PM
PALABRAS
MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas I
El novelista



PM
PALABRAS MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas I
El novelista





Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

La sombra del ciprés es alargada, 1948
Aún es de día, 1948
El camino, 1950
Mi idolatrado hijo Sisí, 1953
La partida, 1954

www.leer-e.es

ISBN: 978-84-9071-217-7

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Miguel Delibes

Obras Completas, Volumen I

El Novelista

La sombra del ciprés es alargada

1948

A mis padres
A mi mujer
A mi hijo

¿Por qué esta ansia, este amor estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de carne que movemos?

M. A. ALCALDE, *Hoguera viva*

LIBRO PRIMERO

«Un amigo hace sufrir tanto como un enemigo».
Proverbio árabe

I

Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter.

De mi primera niñez bien poco recuerdo. Casi puede decirse que comencé a vivir, a los diez años, en casa de don Mateo Lesmes, mi profesor. Me acuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo, del día que mi tutor me presentó a él...

Se iniciaba ya el otoño. Los árboles de la ciudad comenzaban a acusar la ofensiva de la estación. Por las calles había hojas amarillas que el viento, a ratos, levantaba del suelo haciéndolas girar en confusos remolinos. Hicimos el camino en la última carretela descubierta que quedaba en la ciudad. Tengo impresos en mi cerebro los menores detalles de aquella mi primera experiencia viajera. Los cascos de los caballos martilleaban las piedras de la calzada rítmicamente, en tanto las ruedas, rígidas y sin ballestas, hacían saltar y crujir el coche con gran desesperación de mi tío y extraordinario regocijo por mi parte.

Ignoro las calles que recorrimos hasta llegar a la placita silente donde habitaba don Mateo. Era una plaza rectangular con una meseta en el centro, a la que se llegaba merced al auxilio de tres escalones de piedra. En la meseta crecían unos árboles gigantescos que cobijaban bajo sí una fuente de agua cristalina, llena de rumores y ecos extraños.

Del otro lado de la plaza, cerraba sus confines una mansión añosa e imponente, donde un extraño relieve, protegido en una hornacina, hablaba de hombres y tiempos remotos; hombres y tiempos idos, pero cuya historia perduraba amarrada a aquellas piedras milenarias.

Cuando descendimos del coche experimenté una sincera vocación de ser auriga. Tenía el cochero un aspecto imponente encaramado en su sitial delantero, con los pies cubiertos por una media bota acharolada y unas polainas blancas protegiéndole sus piernas delgadas y sin forma. Pero mi tío, que no debía de sentir hacia él el mismo respeto que yo, le despidió tan pronto pusimos nuestras humanidades en tierra.

—Antes de nada —me dijo mi tío al verse a solas conmigo—, para cuando lo necesites, sabe que tu padre se llamó Jaime y tu madre María. —(En toda mi vida tuve otra idea de mis padres. En adelante,

siempre que sus nombres debían figurar en algún documento, lo hice constar así, añadiendo, entre paréntesis, «fallecido», aun cuando, en realidad, nadie me hubiera asegurado tal desenlace.) Acto seguido mi tío desvió sus consejos hacia otro lado—: Estáte formal; procura causar a este hombre una buena impresión; no enredes ni te hurgues en las narices. En fin, pórtate como un caballero.

Dicho esto, nos acercamos a la casa, cuya fachada no podía ser más deprimente. (Tenía sólo dos pisos y, debajo, un entresuelo con ventanas bajas en vez de balcones. La parte izquierda de la casa tenía una sola fila de huecos aun cuando su superficie era más amplia que la de la derecha, recordando, por su especial asimetría, el desequilibrio de la faz de un tuerto.) Mi tío anduvo un poco desorientado desde que entramos en la casa. Todo se le hacía mirar y remirar con atención todas las puertas con que tropezábamos. A tal punto llegó su falta de dominio de la situación, que me subió hasta el segundo piso sólo para preguntar si vivía allí don Mateo Lesmes. Le dijeron que el señor Lesmes vivía abajo, en el entresuelo, y tuvimos que deshacer el camino andado, sin rechistar. (Pensé, para mí, que en contra del sistema de mi tutor, si se ignora el piso de la persona que buscamos, resulta más provechoso preguntar abajo que subir hasta el último piso, para luego, a lo mejor, tener que volver a bajar. No le dije nada, sin embargo, porque ya me había encarecido, en reciente ocasión, que le molestaba que un mocosuelo como yo tratase de enmendar sus decisiones.)

Antes de llamar, mi tío me estiró la corbata y me advirtió de nuevo sobre la necesidad de que me comportara correctamente en presencia de don Mateo; después tomó el llamador en su mano y la vieja casa retembló bajo el eco de dos poderosos golpes. Cuando me entretenía mirando las estrechas y polvorientas escaleras que arrancaban de mis pies, se abrió la puerta y mi tutor, tomándome de la mano, penetró en la casa. Una mujer indefinible nos había abierto. Quedóse parada al vernos entrar tan resueltamente, agarrándose, con cuatro dedos, las dos puntas bajas de su delantal. Al cabo de un rato nos espetó:

—¿Por quién preguntan ustedes?

(Recuerdo el gozo que me produjo este primer triunfo de mi honorabilidad. Nunca, hasta el momento, me llamaron de «usted», y el hecho de que aquella mujer me parangonase en dignidad con mi tutor me ocasionó un íntimo regocijo. Entonces no advertía yo lo raro que hubiese sido que la mujer dijera: «¿Por quién preguntan usted y el niño?», en vez de: «¿Por quién preguntan ustedes?»; de aquí que considerase aquel trato como el mayor triunfo, hasta entonces, de mi yo personal e independiente.) Mi tío respondió que buscábamos al señor Lesmes. La señora, con cara inexpresiva y sin soltar las puntas

de su delantal, nos dijo que su «marido» acababa de salir, pero que no tardaría en regresar porque esperaba nuestra visita aquella tarde.

Al oír mi tutor que la mujer hablaba de «su marido» la saludó cortésmente, deseándole buena salud. Ella contestó, sin inmutarse, que lo mismo nos deseaba a nosotros, indicándonos, acto seguido, que pasáramos y nos sentáramos. Lo hicimos en una salita muy linda y aseada y, una vez allí, la señora nos dejó solos, pidiéndonos perdón antes de hacerlo.

Entonces pude fijarme a mi antojo en lo que me rodeaba. Los muebles se parecían mucho a los de la sala de la casa de mi tío. En ambas, sobre todo lo demás, predominaban los asientos. En ésta había un pequeño sofá, forrado de raso rojo, lo mismo que las sillas y las butacas. Encima del sofá había un espejo con marco dorado, rematado por un copete de dibujos retorcidos. En un rincón, un velador negro de patas gruesas e historiadas, con un mármol encima, sostenía una extraña cajita y un osado florero lleno de rosas de tela con muchas manchitas de mosca. Los tabiques y el techo estaban decorados de un vivo papel rameado. En el ángulo opuesto al del velador había un piano negro abierto, mostrando los dientes cariados de sus teclas, con mucho adorno encima. Al lado del piano una librería baja con varios tomos de *La Ilustración Española y Americana*.

Mi tío se sentó con una pierna sobre la otra en una de las butacas. Yo lo hice en el sofá, muy cerca de él, con un cierto temor hacia aquella casa que, en adelante, iba a ser mía por bastante tiempo. Ninguno de los dos dijimos nada durante diez minutos que tardó en regresar don Mateo. Cuando éste entró, mi tío se levantó y yo le imité.

Era don Mateo un hombre bajito, de mirada lánguida, destartalado y de aspecto cansino. Sonrió a mi tío al estrecharle la mano y a mí me acarició el cogote con fría cordialidad. Luego nos sentamos los tres y mi tutor y don Mateo se enredaron en una conversación interminable sobre enseñanza, carreras y honorarios. Mientras la conversación giró sobre los dos primeros temas me pareció observar que don Mateo hablaba sobre ello con la laxitud y desgana de quien cumple una obligación habitual. Cuando se abordó, en cambio, el tema de los honorarios, sus ojos, naturalmente apagados, se animaron con una chispita de codicia. De esto deduje que don Mateo no era un hombre a quien sobraran recursos para vivir. Por mi parte, lo único que saqué en limpio de aquella hora interminable fue que mi tío deseaba desentenderse de mi educación y que don Mateo se encargaría de ella hasta que yo concluyese el Bachillerato. Otra conclusión que extraje de aquel juego de palabras fue la de que yo quedaría de pupilo en casa del señor Lesmes en tanto se completaba mi formación moral e intelectual, es decir, más o menos, durante siete largos años. Estas conclusiones iniciales favorecían a mi tío Félix y

perjudicaban a mi maestro y a mí. La definitiva favorecía a don Mateo y perjudicaba a mi tutor, siéndome a mí indiferente; el señor Lesmes podría retirar mensualmente del banco ochocientos reales en concepto de honorarios y gastos de manutención. Mi tío justificó su desapego hacia mi pobre humanidad alegando las muchas dificultades que le creaba su nuevo cargo de representante de no sé qué casa comercial.

Una vez rematados estos extremos mi tutor se puso en pie, aprovechando los breves instantes que restaban hasta su inminente despedida en ensalzar y loar mis cualidades físicas, espirituales e intelectuales, cosa que hasta este día jamás oyera en sus labios. Ante mi asombro don Mateo sonrió, asegurando que observaba en mi cara esas maravillosas dotes que mi tío Félix acababa de atribuirme un tanto arbitrariamente. Eran tan falsas unas y otras manifestaciones que, a pesar de mi corta edad, no dejé de ver que las de mi tío las patrocinaba su ferviente deseo de deshacerse de mí y las de mi futuro maestro los pingües honorarios y gastos de manutención que mi alimento físico e intelectual le procuraría. A poco mi tío estrechó la mano de aquel hombre, quien, por su parte, retuvo la de mi tío con un calor impropio de dos personas que acababan de conocerse, aprovechando además la solemne despedida para volver a acariciarme el cogote, esta vez con el calor interesado que pondría un granjero en dar el pienso a su vaca de leche. Todo quedó en que yo me incorporaría a la vida íntima de don Mateo en la noche del día siguiente.

En las veinticuatro horas que siguieron viví una vida de expectativa. No hallaba en mis juegos las sensaciones arrobadoras de mejores días, y únicamente mi próximo destino ocupaba todos mis pensamientos. Después de comer, mi tío me ordenó preparase mis cosas en compañía de Elena, su vieja criada. Así lo hicimos y antes de las ocho partía yo de aquella casa en el mismo coche de caballos que la tarde anterior.

Cuando me apeé en la puerta de don Mateo me invadió una sensación de soledad como no la había sentido nunca. Me hacía el efecto de que nadie en el mundo daría un paso por afecto hacia mí. Yo era un estorbo que únicamente por dinero podía aceptarse. Cuando llamé débilmente en la puerta del señor Lesmes mi mano temblaba. No ignoraba que con un paso más, franqueando aquel umbral, inauguraría una era decisiva de mi existencia. Salieron a recibirme don Mateo y su esposa. Aquél me acogió con una sonrisa y me preguntó por mi tío; ésta me saludó fríamente sin dejar de agarrar las esquinas de su delantal, como si en realidad no se hubiese movido de la postura en que la dejáramos la noche anterior.

No me pasaron a la salita del piano como yo esperaba. (Más tarde me convencí de que era ésta una de esas habitaciones de estar

donde no se está nunca.) Me condujeron a un cuarto de pequeñas proporciones, situado enfrente de la salita y con una ventana, también pequeña, que daba a la plaza. Casi pegada a la ventana había una camilla, con brasero ya, a pesar de estar a últimos de septiembre, y junto a la puerta, una especie de trinchero con copas y tazas colocadas allí con intención evidente de lucirlas. El resto del mobiliario lo constituían unos taburetes de madera y una butaquilla de mimbre, situado todo alrededor de la camilla. Además, lo que ya me resultó más interesante, en un rincón de la habitación, se levantaba una especie de trípode sosteniendo una pecera de cristal verdoso que encerraba dos pececillos de color encarnado. Los miré con simpatía porque me pareció que también ellos estaban prisioneros como yo en manos de aquel hombre chiquitín que se llamaba como un apóstol de Cristo.

Lo que me chocó sobremanera fue ver la mesa dispuesta para cenar, cuando aún no eran las ocho y media de la noche. Imaginé que entraba en una de esas vidas de orden que tanto me disgustaban. Así y todo hube de resignarme y sentarme a la mesa ante la indicación de mi maestro. Esperé impaciente a que viniesen mis compañeros de mesa, pues mi curiosidad advirtió, nada más entrar, que había en ella cuatro platos, y, que yo supiera, no éramos más que tres los comensales. Al aparecer mi maestro con una niñita como de tres años de la mano, lo comprendí todo y se me cayó el alma a los pies. Era la hija del matrimonio y para mí un trasto que en modo alguno deseaba. La sentaron en una silla, a mi lado, después de poner debajo tres grandes cojines. Don Mateo me presentó a la chiquilla, apuntándome con el dedo —un dedo manchado de tiza— y diciéndole «que éste era el nene que papá prometiera traerle». La niña sonrió acentuando sus flácidos mofletes y, naturalmente, no cesó en toda la cena de darme golpes en un brazo con un tenedor usado y repetir «nene, nene», hasta un centenar de veces. No tuve otro remedio que sonreírle, aunque su calificativo no me agradase demasiado.

Aquella misma noche me enteré de varias cosas. La mujer de don Mateo se llamaba Gregoria y no era amiga de palabras ni aun en el seno íntimo de la familia. Don Mateo tenía la carrera de maestro, carrera que explotaba de una manera original. Era, además, el prototipo del maestro de reglas fijas, inconmovibles, y de mezquinos horizontes. Sus primicias pedagógicas me las brindó la misma noche de mi llegada.

—¿Sabes leer, Pedro? —comenzó.

—Sí, señor.

—¿Sabes escribir?

—Sí, señor.

—¿Sabes sumar?

—Sí, señor.
—¿Sabes restar?
—Sí, señor.
—¿Sabes multiplicar?
—Sí..., señor.
—¿Sabes dividir?
—Sí, señor.
—¿Conoces la potenciación?
—No, señor.
Sonrió suficientemente y añadió:
—¿Ves, chiquito? De esta manera tan sencilla puedo adivinar en un momento hasta dónde llegan tus conocimientos.
(Me libré muy bien de decirle que todo eso podría haberlo sabido sin gastar tanta saliva preguntándome directamente, y de una vez, si conocía las cuatro reglas. En este detalle está perfectamente retratado el procedimiento pedagógico de don Mateo. Era enemigo de conceptos generales, de ideas abstractas. Él quería el conocimiento particular y concreto; la rama, aunque ignorásemos el tronco de donde salía.)
Antes de acostarme, aún tuve una satisfacción aquella noche. Conocí a Fany. Fany era una perrita ratonera con psicología de gato. Era faldera, amante del fogón y mimosa para reclamar los desperdicios de la carne. No obstante, en sus manifestaciones de cariño era perro desde el hocico hasta la punta del rabo. Noté que todos en aquella casa amaban al animal más de lo que, aparentemente, se amaban entre sí. Yo también le cogí cariño porque, por lo menos, demostraba la alegría de vivir que no existía, al parecer, en los pechos de los demás habitantes de la casa.
Cuando poco más tarde don Mateo me acompañó a mi cuarto y se despidió de mí deseándome buenas noches, volví a experimentar la angustia de soledad que me acongojase una hora antes. Encontré mi habitación fría, destartalada, envuelta en un ambiente de tristeza que lo impregnaba todo, cama, armario, mesa y hasta mi propio ser. Temblaba al desnudarme, aunque el frío no había comenzado aún a desenvainar sus cuchillos. Me daba la sensación de que todo, todo, hasta las paredes y el techo de la habitación, estaba húmedo de melancolía. Por otro lado, nadie se preocupó de llevar a aquel cuarto la caricia de un detalle. Todo raspaba, arañaba, como raspan y arañan las cosas prácticas. No existía una cortina, o una estera, o una colcha, o una lámpara con una cretona pretenciosa. Allí todo era rígido como la vida y útil como la materialidad del dinero lo es a los espíritus avaros. Me resigné porque esta vida arrastrada, materializada, estaba forzado a vivirla unos cuantos años. Y al apagar la luz y llenarse de lágrimas mis ojos —que aguardaron a las tinieblas para no

escandalizar a la materia que me envolvía—, mi pensamiento quedó muy cerca; dentro de la misma casa, pero, casualmente, fue a parar a Fany y a los dos pececillos rojos que nadaban en la pecera verde.

II

Don Mateo dirigía en su casa una academia sobre estudios de segunda enseñanza. Tenía otro profesor, además de él, que daba las clases de letras. Distribuidos en tres habitaciones, los escasos alumnos que a ella pertenecíamos teníamos ocupada la mañana desde las nueve, en que nos levantábamos. Recuerdo que los alumnos que preparábamos el ingreso, con ser sólo tres, constituíamos la clase más numerosa. Además, no sé si por aquello de que al comenzar una obra se pone siempre en ella mayor empeño, don Mateo y el otro profesor ponían un especial cuidado en nuestra formación. Con los dictados, análisis gramaticales y las cuentas de dividir por decimales pasábamos la mayor parte de la mañana, ocupando la tarde en realizar los trabajos y resolver los problemas que quedaban pendientes en la primera mitad del día.

Abstraído en esta clase de vida transcurrieron los primeros meses. Después de vencer las dificultades y monotonía de las semanas iniciales, aquello fue haciéndose incluso agradable. Encontraba en ello una fuente abundante de distracción, a pesar de que en los días que me levantaba del lado izquierdo se me hacía mi tarea demasiado cuesta arriba.

Cuando hacia las dos marchaban a sus casas todos mis compañeros, yo me refugiaba en la habitación práctica y áspera que me designaran el primer día. Doña Gregoria me había encendido ya el brasero cotidiano, y allí, arrimado a la pequeña camillita, iniciaba mis trabajos hasta que me avisaban para comer.

Las comidas eran siempre las mismas. Me refiero al clima, no al contenido, aunque éste, realmente, tampoco fuese muy variado. Doña Gregoria se sentaba frente a mí, erguida como una espingarda y con su busto seco, únicamente abombado por la disposición de las costillas.

A mi izquierda se sentaba la pequeña Martina, siempre con dos roderas encima de su labio superior que nacían en los agujeritos de su nariz y concluían en la boca. (Me recordaban por su disposición y suciedad las huellas que deja en la nieve un carromato con el eje de sus ruedas torcido.) De espaldas a la ventana y a su derecha, frente por frente con el trinchero, que exhibía sus estantes cargados de porcelana barata, ocupaba su asiento el cabeza de familia y academia: don Mateo Lesmes. Su pequeña humanidad, lenta de costumbre para todo, se movía inquieta, apresurada, a las horas de las comidas. Y no es que comiese con glotonería. Al contrario. Su comida era siempre frugal y el vértigo que ponía en devorarla parecía provenir de una

idea innata en él de que no valía la pena perder el tiempo para cosa de tan leve importancia como era el comer.

Mientras duraba el refrigerio se hablaba poco. Bueno, creo que en aquella casa se hablaba poco durante todo el día, y no digo la noche porque la fría esposa del maestro y su tierno vástago soñaban alto. En las primeras noches sus gritos nocturnos me estremecieron. Dormía la familia en un cuarto vecino al mío y los ruidos de uno y otro se comunicaban a la habitación contigua y con tan sincero detalle, que sería necesario, yo supongo, para explicarlo de una manera fehaciente y clara, la exposición de una elevada teoría física.

La noche de mi ingreso en aquella casa me asaltaron horribles pesadillas. A eso de las tres me despertó un grito sobrecogedor. Escuché y percibí que partía de la habitación de al lado. Era Martina, la niña de don Mateo. Entre otras palabras ininteligibles me pareció que pronunciaba con una insistencia molesta el «nene, nene», que alcanzara su cien representación durante la cena.

Tardé mucho en dormirme después de este descubrimiento. Tanto que pude darme cuenta de que la charlatanería de la pequeña era lo que se puede apellidar un «mal de herencia», congénito. A poco de los gritos de la niña comenzó a hablar doña Gregoria. Lo suyo no eran palabras o voces entrecortadas. Eran parrafadas largas, interminables, como si estuviese pronunciando un discurso a media voz. Advertí que sus preferencias estaban por la cocina, cosa que más tarde no me extrañó, porque en ella transcurría, sin exageraciones, toda su vida. Al principio, tan sentadas eran sus palabras, creí que hablaba con mi maestro. Rechacé esta idea al no escuchar la contestación de éste y oír, por el contrario, que el largo discurso de su esposa se prolongaba sin airarse, lo que no hubiera ocurrido de estar en sus cabales y no hallar contestación. Imaginé, en medio de mi insomnio, que yo no podría dormir en una casa animada por tales expansiones nocturnas, pero poco tardé en convencerme de que aquellos monótonos parlamentos de madre e hija servían para arrullar, más que para otra cosa, cuando se tenían los nervios bien sentados.

Como detalle curioso observé en mis silenciosas comidas el feliz instinto de conservación que animaba a la perrita Fany. Mientras consumíamos el primer plato, generalmente a base de purés o sopas, jamás rondaba nuestra mesa. Comprendía el animal que estos alimentos líquidos no eran para dárselos en mano y renunciaba a sus escarceos mendicantes persuadida de la imposibilidad. Pero cuando el alimento sólido, de carne o pescado, llegaba a la mesa, Fany arribaba con él y nos plantaba sus dos patas delanteras en el regazo, ora a uno, ora al otro. El primer día no me atreví a darle nada. Dudé entre si atender a sus súplicas o demostrar mi urbanidad no cogiendo los

recortes de carne con la mano. La perra insistió en sus pretensiones golpeando mi brazo con una de sus pezuñas, pero a pesar de que el resto de los comensales la hicieron blanco de constantes obsequios, yo no osé romper el fuego con una confianza que estimé excesiva. Pero mi rasgo de delicadeza no fue juzgado por doña Gregoria como se merecía. Seguramente me tomó por un glotón cuando me dijo:

—Pero ¿no tienes nada que dar a Fany?

Me quedé confuso, ya que en mi deseo de no hacer ascos a nada y quedar como un muchacho ejemplar me había tragado, en un paroxismo de náuseas, los duros nervios de mi filete de carne. En adelante me ocupé de Fany como merecía, y hubo días en que repartí con ella mi porción a partes iguales, sin que por eso doña Gregoria se diese por ofendida. La perra no tardó en entender mi generosidad y, a partir de dos semanas, salía a recibirme todas las mañanas a la puerta de mi habitación.

También recuerdo ahora la curiosa actitud de don Mateo en las horas de las comidas. Él gustaba más de rumiar su silencio que los manjares que nos servían. Mientras esperaba, entre plato y plato, dividía en pequeñas porciones con su cuchillo la miga de su pedazo de pan. Mientras duraba esta operación su mirada era vaga, imprecisa, estaba ausente de su momentáneo quehacer. Seguramente pensaría y sacaría consecuencias de la experiencia histórica que hacía pocos minutos acababa de relatarnos. Al concluir la comida recogía en la palma de su mano —una mano negra, pequeña, peluda— aquellas miguitas blancas, que casi fosforescían en contraste con el color de su piel, se acercaba a la pecerita verde e iba dejándolas caer, una a una, con cruel parsimonia, procurando que los dos acuáticos prisioneros se repartiesen su porción equitativamente. Yo me acercaba entonces a la pecera y Martina, a mi lado, abría sus ojos en redondo como los peces al deglutir su alimento cotidiano. Era el espectáculo del día. A excepción de doña Gregoria, todos participábamos de él. Hasta Fany y Estefanía, una vieja señora, medio parienta y medio criada, que tuteaba a todos los de la casa. Fany también abría mucho sus dos ojos redondos al caer la miga de pan en la pecera, aunque me temo que su atención estuviese patrocinada más por la envidia que por la curiosidad. Cuando esta sencilla operación concluía, nos retirábamos todos en silencio, porque doña Gregoria dormitaba ya en una butaca de la sala isabelina después de acariciar la iniciación de su sueño con las notas finas y pegadizas que escapaban de la misteriosa cajita de encima del velador. Todas las tardes oía lo mismo y no se cansaba. Hasta llegué a sospechar que si el sonido de la caja de música hubiese dado un día una nota cambiada, doña Gregoria ya no hubiese podido conciliar el sueño.

El señor Lesmes y Martina sesteaban tumbados en sus camas. De

Estefanía sé que, teóricamente, presumía de no dormir la siesta, aunque una tarde que me llegué a la cocina para sacar punta a un lapicero, la hallé cabeceando, sentada en un taburete, y recostada, lo mismo que Fany, sobre la tibia superficie del fogón. (Pensé que, aparte del nombre, ya existía entre ella y la perra otro punto de contacto.) No le dije nada de aquel descubrimiento, temeroso de herir su orgullo de mujer que se jactaba de no dormir después de las comidas. La dejé, sin despertarla, aunque intencionadamente «olvidé» las virutas de mi lapicero a su lado para que supiera al despertar que alguien, inopinadamente, la sorprendió en su siestecilla de tapada.

Don Mateo tenía otras manías además de las dichas. (Siempre he dado importancia a las manías, porque estimo que ellas son las que definen un carácter.) El señor Lesmes creía que los conocimientos de sus alumnos eran más amplios de lo que en realidad eran. Usaba una especie de estribillo que adhería a su conversación sin pensar si venía o no a cuento. Así, siempre que se hablaba sobre algo, me colocaba en la encrucijada de tener que dar la solución. «Eso lo sabes tú», me decía con una ansiedad tal, que a mí, aunque en verdad lo supiera, se me trababa la lengua y no acertaba con la respuesta. Esto le irritaba un poco, aunque él, con su dominio habitual de sí mismo, procuraba no se transparentase su irritación. A este propósito no olvidaré una noche en que doña Gregoria cerró la cuenta de los gastos domésticos realizados durante el mes. A punto fijo no sé a cuántos reales ascendían sus dispendios; lo que sé perfectamente es que al preguntar a su marido qué media representaban aquellos gastos, éste desplazó sobre mi cabeza la cuestión: «Eso lo sabes tú», afirmó con su acostumbrada seguridad, dándome el lápiz que asomaba siempre por el bolsillo superior de su chaqueta. Me cogió tan de sorpresa aquel problema que, a pesar de saber perfectamente que daría con la solución dividiendo los reales por los días del mes, me quedé parado esperando su ayuda. Él intentó hacerlo, pero, como siempre que se pone mayor calor que de ordinario en hacernos comprender alguna cosa, mi cabeza se llenó de sangre y ya no fue capaz de discurrir con clarividencia. Terminó por hacerla él, mirándome luego con un brillo de censura en sus ojos. Una oportuna trastada de Fany empezó por distraer la atención de todos. Doña Gregoria se ocupó después de la ímproba tarea de limpiar a Martina los mocos acumulados en las dos roderas a lo largo de las últimas veinticuatro horas y ya, a Dios gracias, nadie volvió a preocuparse de la media de gastos de mi celosa patrona.

En los siete años que duró mi vida en el seno de aquella familia no volví a ver a don Mateo ahogado en tanta preocupación como la que le agobió en las tres semanas que duró una grave enfermedad de Martina. Discurría por la casa pálido, desencajado, virtualmente

aplastado por la losa de su pesimismo. Hasta en las clases, de ordinario tan puntual y avaro de tiempo, el señor Lesmes se transformó por completo. Se desdecía y contradecía en sus explicaciones con gran frecuencia, demostrándonos con ello que su espíritu no se balanceaba en aquellos días sobre el campo de la ciencia, sino que iba más lejos, hasta las laderas yertas donde la muerte se cobija, para rogarle que no madrugase tanto en hurtar aquella vida apenas iniciada.

Transcurridas dos semanas, la enfermedad hizo crisis y no tardamos mucho en volver a ver a Martina correteando por la casa, con sus dos velas permanentes colgadas de su nariz. Todos agradecimos aquel retorno a la vida de la niña, y doña Gregoria, mujer muy piadosa, encargó un triduo de misas en acción de gracias, a las que sólo faltaron Fany y los pececitos de la pecera verde. Los días de convalecencia fueron poco menos que festivos, y lo digo porque doña Gregoria no aguardaba a la noche para soltar su lengua. Parecía que también ella había recibido una inyección de vida, tal era su locuacidad y la alegría que escapaba de sus ojos. Eso sí, su busto, enjuto y pobre de ordinario, se hundió un poquitín más, como si sus costillas hubieran cedido unos milímetros a la loca pretensión de la muerte. Su locuacidad fue efímera. Duró lo que la alegría en la casa del pobre. Se diría que su verborrea se desató porque en estos días doña Gregoria durmió danzando por la casa. Eran muchas las noches pasadas junto a la cama de la enferma y el desquite fue ése: una somnolencia que la acompañaba a todas partes y que le hacía pronunciar unos discursos que ella, en su estado normal, hubiese guardado para sus sueños de por las noches.

Pero doña Gregoria era además un ama de casa excepcional. Si exceptuamos su mutismo hermético, que únicamente se rompía cuando había de pedir o criticar algo, la esposa de mi maestro apenas si tenía tacha. Físicamente no merecía un suspiro; moralmente era una mujer completa: ordenada, hacendosa, limpia, piadosa y madrugadora. Diariamente se las veía con la cocina, y sus quehaceres domésticos en ella eran tan historiados, que empalmaba, sin interrupción, unos con otros: el desayuno, la comida y la cena.

Rara vez se la veía fuera de casa si no era para sus visitas a la iglesia o sus compras matutinas en el mercado. Tenía pocas amigas y casi diría que ninguna, a no ser porque la enfermedad de Martina me demostró que, aunque superficiales, contaba al menos con tres: doña Marcela, doña Eduvigis y doña Leonor, la vecina del piso de arriba. Desde luego eran pocas pero, así y todo, sus espaciadas visitas no le hacían ninguna gracia a mi reconcentrada anfitriona.

A veces la sorprendí poniendo a sus amistades en trance de despedida.

—Bueno —solía decir levantándose—, entonces quedamos en eso; no se me olvidará. Y muchas gracias, Marcela, por tu visita.

A Marcela no le quedaba otra salida que buscar apresuradamente la puerta de la calle después de dar dos apretados y sonoros besos en las lacias mejillas de doña Gregoria.

Doña Gregoria, como un eco sincero y fiel de su marido; era también una mujer tristona. Lo que no sé es si lo era de natural o por reflejo. Podría ocurrir que tanto don Mateo como su mujer lo fuesen por naturaleza, y precisamente ello hubiese constituido el punto de atracción que acabara por llevarlos al altar. Tampoco era difícil que el pesimismo innato en alguno de ellos se hubiese transferido a su consorte en virtud de la todavía no expuesta teoría de los «caracteres comunicantes». Teoría que tenía su perfecta aplicación en un matrimonio sólidamente avenido, como era el de mis anfitriones, aunque ambos se empeñasen en disimularlo.

Martina era una mocosa de tres años como tantas otras. Parlanchina en grado sumo, como si adivinase ya que desde su pubertad tendría que empezar a medir las palabras. Me visitaba con frecuencia en mi habitación, generalmente para darme envidia con alguna golosina o anunciarme alguna novedad importante para la familia.

Una tarde me comunicó la próxima llegada de «otro nene». No tenía la menor noticia de ello, pero cuando don Mateo me lo confirmó sentí una gran alegría en el corazón. Venía, como yo, a comenzar el bachillerato y compartiría conmigo la habitación «áspera y práctica» que me fuera asignada el primer día. Al acostarme aquella noche no pude dormir de la alegría que bullía en mi interior. Experimentaba la necesidad de una presencia joven que compartiera conmigo aquella existencia monótona y fría. Los días siguientes no alenté más que para preparar la bienvenida al nuevo visitante.

III

Como Martina me anunciara, dos días después llegó por la tarde un nuevo niño acompañado de una señora vestida elegantemente. Los recibió don Mateo en la misma sala isabelina que utilizase para recibirnos a mi tío y a mí. Por la puerta entreabierta pude ver que ocupaban hasta los mismos asientos que ocupáramos nosotros tres meses antes. Para mayor coincidencia creo que la conversación giraba también sobre el mismo asunto: enseñanza, carreras y honorarios. Desde la butaquita de mimbre del cuarto de los peces donde me senté escuchaba a ratos la conversación que tenía lugar en la sala.

La última parte, la de los honorarios, alcanzó íntegra mis oídos, tal vez porque el señor Lesmes puso en sus palabras una elocuencia desusada en él. Me pareció entender que la madre de aquel muchacho abonaría mil reales mensuales por la enseñanza y manutención de «su pequeño». A mi tío le exigieron solamente ochocientos y, después de muchas vueltas a la cabeza, terminé por justificar aquella desigualdad pensando que el recién ingresado tendría cara de tener más apetito que yo.

Cuando los visitantes se levantaron y la puerta de la sala quedó abierta de par en par pude contemplar a mi sabor el aspecto de los recién llegados. La mujer era alta, espigada y muy joven al parecer. Su rostro era bello, y hablaba con una dulzura y suavidad tan grandes que sus palabras me hacían el efecto de que eran pájaros multicolores con el pico de oro, que salían danzando por la habitación en cuanto ella abría la boca. El muchacho era rubio, muy rubio, casi albino, y con un gesto de cansancio en la mirada que infundía compasión. Sin embargo, existía una atracción indefinible en su figurita frágil y pálida que animaba a ponerlo sobre el piano como si fuese una estatuilla de porcelana. Estuvieron allí parados unos minutos y después oí cómo la señora pedía que le enseñasen nuestra habitación. Los tres se adelantaron hacia el fondo del pasillo y oí abrir la puerta de mi cuarto. No pude escuchar los comentarios sobre él, pero a la noche, cuando nos acostábamos, vi que unas colchas de vivos colores cubrían nuestras camas y un tapete chillón, en el que predominaba el rojo, estaba extendido encima de la camilla. Aquella novedad me hizo pensar que de haber sido mi tutor y aquella señora quienes tuviesen que vivir con don Mateo, éste y su mujer les hubiesen atendido con mayor celo que el que ponían en servirnos a nosotros.

Mientras la señora, don Mateo y el chico se mantuvieron lejos de mi observación, me lancé a la ventana para ver nevar. La noche

estaba oscura y los copos descendían lentamente, como si cada uno utilizara en su descenso un invisible paracaídas; luego se posaban sobre la plaza o sobre los añosos álamos con una lenidad de caricia y alguno, más alborotador, volvía a levantar su vuelo, arrastrado por el viento, para tornar a posarse unos metros más allá. La plazuela estaba desierta, blanca y silenciosa. La luz mortecina de un farolillo sumía en un claroscuro relevante las extrañas figuras medievales de la oquedad del muro de enfrente. De pronto, observé, al pie de un álamo próximo, la oscura silueta de un hombre, con las solapas del abrigo levantadas sobre el cuello y un sombrero metido hasta los ojos. Estaba yo en la edad de los ladrones y de los fantasmas y aquella súbita aparición, negra e inmóvil, me sobrecogió. Indudablemente, aquel hombre esperaba a alguien, pues, de vez en cuando, pataleaba en el suelo con impaciencia y se sacudía los copos de nieve que catan sobre su abrigo. Le vi de pronto ponerse en movimiento. Avanzó sobre mi ventana y antes de que me diera tiempo a reaccionar estaba frente a mí, separado por una leve frontera de cristales, y haciéndome señas atropelladamente con las manos. Me quedé boquiabierto. No entendía las muecas de aquel ser extraño que tenía un copete blanco de nieve en las alas del sombrero. Él pareció percatarse a última hora de que yo era un desconocido y se alejó otra vez, pisando la nieve con marcada impaciencia y riéndose de mí terror. Le vi cobijarse bajo el farol de la esquina como si quisiese templar su cuerpo aterido con sus agudos haces de luz. No pude continuar vigilándole; a mis espaldas sonaban los acentos musicales de la voz de la visita y las respuestas inmediatas de mi maestro. Volví a sentarme en la butaca de mimbre y vi pasar al grupo por la puerta entreabierta. Se detuvieron ante la de salida a la calle. Escuché la zalamera despedida de don Mateo y casi seguidos los sonoros estampidos de dos besos centelleantes. Luego un hondo suspiro y varios contenidos sollozos, la puerta que se abre y se cierra y los taconazos firmes de una mujer airosa al descender los cuatro peldaños que la separaban del portal. Me incliné disimuladamente sobre el alféizar de la ventana y vi cómo la mujer salía presurosa a la calle y el hombre que se cobijaba bajo el farol corría hacia ella que le aguardaba. Él la tomó del brazo y observé que al hacerlo sonreía con la expresión de un hombre que ha alcanzado la integridad de una ilusión. Desaparecieron después tras una esquina, muy juntos, mientras los copos de nieve atusaban livianamente sus siluetas oscuras.

Al volverme, don Mateo estaba junto a mí y me increpó con acento airado:

—¿Qué miras, Pedro?

Me quedé perplejo. Contesté que miraba cómo caía la nieve y la belleza excepcional de la ciudad muerta. Respondióme algo así como

,que la curiosidad es mala consejera de la infancia, y al advertir mi expresión de inocencia, sonrió perdonándome. Al poco rato me dijo que fuese a ver al nuevo ingresado.

—Conviene que os llevéis como buenos hermanos —me anunció—; él ahora está triste y tú debes consolarlo.

Al dirigirme a mi habitación pensaba qué de particular tendría el que un hombre esperase a una mujer a la puerta de la calle y en que yo sorprendiese su encuentro desde la atalaya de mi ventana.

Encontré a mi compañero deshecho en llanto. Se había volcado sobre una de las camas y con la almohada pretendía ahogar la intensidad de sus suspiros. Me aproximé a él, tendiéndole una mano para volverlo hacia mí. Su respuesta me paralizó.

—¡Déjame —gritó—, no quiero ver a nadie!

Retiré mi mano y me senté en la cama de enfrente. Ignoraba de qué medios podría valerme para meter en razón a aquel muchacho rebelde. No me contestó cuando le pregunté su nombre y me dio cuatro voces al intentar contarle algo de las «maravillas» de la vida en casa de don Mateo. Estimé más eficiente no hacerle caso y, sin nuevas tentativas, me aproximé a la camilla y me puse a dibujar de memoria un paisaje nevado, hollado por las roderas de un carro arrastrado por una mula. Así transcurrieron varios minutos. A la media hora los sollozos de mi compañero perdieron su profundidad. Comprendí que los continuaba hipócritamente para evitarme la suposición de que su dolor había hecho crisis. Le molestaba, indudablemente, que yo calificase de versátiles e inconstantes sus sentimientos. Pero este cambio me animó y proseguí abstrayéndome, en apariencia, con mi dibujo, de todo lo que me rodeaba. Pasó otra media hora. Mi vecino se cansó de suspirar y le oí incorporarse a mis espaldas. No hice el menor caso. De vez en cuando él simulaba un sollozo cargado de aflicción. Seguidamente adiviné su mirada puesta en mi dibujo por encima de mi hombro. Ya estaba todo hecho. Aún aguanté en silencio varios minutos, hasta que él dio señales de vida rozándome intencionadamente la espalda con sus dedos. Entonces volví la cabeza:

—¡Hola! —le dije indiferente.

—¡Hola! —respondió—. ¿Sabes dibujar?

—Un poco; sólo un poco.

Rió él:

—Ese burro parece un perro.

—Es una mula —aclaré.

—¡Ah...!

Doña Gregoria asomó en este momento su rostro seco por el hueco de la puerta anunciándonos la cena. Me levanté:

—Vamos; ya verás qué bien lo vamos a pasar.

Sonrió con melancolía. Yo añadí:

—¿Cómo te llamas? Yo me llano Pedro.

—Yo Alfredo.

Volvió a sonreír. Cuando penetramos en el cuarto de los peces, don Mateo y la niña estaban ya sentados a la mesa. Martina miró con ojos curiosos a Alfredo, y éste con amargo gesto de resignación a Martina. Alfredo se sentó entre la niña y yo. Doña Gregoria apareció de improviso con una sopera humeante entre las manos, y la colocó en el centro de la mesa. Se sentó y comenzó a servirnos. Martina concluyó pronto y al acabar se repitió la escena de mi llegada. Empuñó la cuchara usada y, una vez perdido el respeto al pelo albino de Alfredo, empezó a golpearle el brazo con ella, al tiempo que repetía con cansada insistencia «nene, nene, nene».

Don Mateo, después de carraspear, inició la investigación de los conocimientos del recién llegado. Todo, todo fue exactamente igual que lo fuera conmigo meses antes.

—¿Sabes leer, Alfredo? —le dijo.

—Sí, señor.

—¿Sabes escribir?

—Sí, señor.

—¿Sabes sumar?

—Sí, señor.

—¿Sabes restar?

—Sí, señor.

—¿Sabes multiplicar?

—Sí, señor.

—¿Sabes dividir?

—Sí, señor.

—¿Conoces la potenciación?

Algo, señor.

(Esto me avergonzó mucho. Me arrepentí de haber contestado en su día un «no, señor» tan rotundo.)

—¿Y la radicación? —prosiguió el maestro.

—No, señor.

—¿Nada?

—En absoluto, señor.

—Pero ¿nada, nada...?

El señor Lesmes quedó satisfecho, una vez más, de su procedimiento inquisitivo. Guardó silencio, rumiando sus conclusiones mientras su mano negra y peluda se ocupaba activamente en migar un pedazo de pan. Doña Gregoria, una vez concluida la cena, levantó la mesa rápidamente y marchó a la cocina a ayudar a Estefanía. Don Mateo se levantó también al poco tiempo y nos envió a la cama, no sin antes deleitarnos con la breve comida de sus dos huéspedes acuáticos.

Al retirarnos Alfredo y yo escuchamos un leve ladrido. Alfredo

me detuvo:

—¿Qué es eso? —me preguntó con curiosidad.

—¡Oh! ¿No conoces a Fany? —le dije—. Es lo mejor de la familia.

Cambiamos la dirección de nuestros pasos y entreabrí la puerta de la cocina. Fany salió disparada como una flecha y después de brincar sobre mí con un dinamismo circense se detuvo observando a mi compañero.

—¡Ah! No le conoces, ¿verdad Fany? Es un amigo mío y pronto lo será también tuyo.

Alfredo se inclinó y atusó suavemente el lomo de la perrita. Ésta saltó sobre él poniéndole sus dos patas delanteras en el estómago. Sonrió Alfredo mientras tornaba a acariciarla. Entonces comencé a darme cuenta de que el círculo de nuestra naciente amistad se cerraba en Fany, la perrita ratonera de nuestro maestro. Las aficiones de Alfredo y las mías coincidían en ella y allí se solidarizaban. Me asusté al escuchar las voces airadas de Estefanía llamando al animal. Entreabrí de nuevo la puerta de la cocina y Fany se coló de rondón agitando el rabo en señal de despedida.

La pálida melancolía del rostro de Alfredo se animó con esta aparición.

—¿Vive aquí este perro? —me preguntó.

—SI, vive aquí, pero es perra.

—Es lo mismo. Pero es de don Mateo, ¿verdad?

—Sí, sí; es de don Mateo.

No dijo nada más hasta que nos vimos en nuestra habitación. Allí, en tanto nos desnudábamos, fui advirtiéndole de las rarezas de aquella casa. Le puse en guardia sobre las posibles peroratas nocturnas de Martina y doña Gregoria para que no se asustase.

Me dijo que no le importaba porque él no solía despertarse hasta por la mañana.

Alfredo ocupaba la cama de junto a la ventana y al apagar la luz me dijo con voz opaca:

—Sigue nevando.

Entonces rememoré toda la escena que contemplara entre la nieve aquella misma tarde. El hombre agazapado junto al farol esperando a la señora que acompañaba a Alfredo; las muecas ridículas que me hizo aquél al verme asomado a la ventana, confundiéndome, evidentemente, con alguien. La salida de la señora y la sonrisa de satisfacción íntegra de aquel hombre al tomarla del brazo.

La curiosidad terminó por vencer mi prudencia.

—¿Quién te trajo aquí, Alfredo? —musité al cabo de unos minutos, con un hilo de voz.

Alfredo tardó en contestar.

—Era mi madre —dijo al fin—; esa señora que vino conmigo era mi madre.

Me hizo el efecto que volvía a suspirar y que su suspiro tenía un deje de añoranza.

—Es muy guapa, ¿verdad? —añadió al cabo de un rato.

—Sí, es muy guapa... —Y, acordándome repentinamente de su voz, continué—: ... Además tiene una voz muy bonita.

Alfredo hizo una nueva pausa en la oscuridad. Luego dijo:

—Mi padre decía que al hablar parecía que cantaba.

Las palabras de mi compañero llegaban hasta mi lecho sofocantes y cálidas. Más que palabras parecía su voz el aliento de una hoguera. Hablaba con unción, con admiración, con orgullo. Al decir «madre» o «padre» se le llenaba la boca de complacencia.

—Es curioso —añadí recordando mi sensación de la tarde—, también a mí me pareció que sus palabras eran como pájaros con el pico de oro.

Le sentí reír ahogadamente en un impulso de íntima satisfacción. Seguidamente, como buscando un inmediato parangón, dijo:

—¿Tú tienes madre?

—No, no la tengo.

Debió de interesarle mi orfandad porque oí crujir las sábanas como si su cuerpo buscara una postura más cómoda para escuchar. Pero yo no añadí nada. Al contrario, apunté la conversación hacia lo que a mí me interesaba. Lo hice con tiento, con miedo, como si a pesar de mis pocos años ya tuviese una sensación inconsciente de que pisaba terreno prohibido.

—Y el señor que esperaba a la puerta, ¿era tu padre?

Su voz tomó un tinte sombrío.

—¡No esperaba nadie a la puerta! —dijo cortante.

—Yo lo vi —insistí—; era un hombre con abrigo oscuro que se agazapaba junto a un farol para librarse de la nieve. Me hizo gestos cuando le miraba por la ventana...

—¿Que te hizo gestos a ti...? —se traicionó.

—Sí, ¿quién era?

Su voz volvió a desfallecer. Pero en su aspecto mortecino había una especie de filo brillante y amenazador; un margen de espera para hacer más efectista su imaginada venganza.

—No me hagas hablar de él —gimió—. Me acaloraría y no podría dormir en toda la noche. Es el culpable de que yo esté aquí, ¿sabes? Siempre viví tranquilo con mi madre hasta que llegó él. Llegó mirándome con desprecio como si tuviese autoridad sobre mí. Un día me rebelé, pero mi madre...

Guardó silencio como si el eco de la habitación le hubiese

advertido y censurado su franca locuacidad. Hubo una pausa cargada de ansiedades inexpresadas. Su voz llegó de nuevo hasta mí, excitada y vibrante.

—¡No me hagas hablar de él! ¡Te lo suplico!

Se lamentó su cama bajo el peso de su inquietud. Chirriaron los muelles, que parecieron amansarse al escuchar el suave roce de las mantas contra su cuerpo.

Después volvió el silencio.

—Voy a rezar —dijo de pronto—. ¿Tú no rezas?

—Sí, sí rezo...

Callamos de nuevo. Yo agradecí a Dios esta inesperada posibilidad de confidencia.

Sentía una cierta protección al imaginar la quieta presencia de aquella criatura pálida y sumisa en la cama de al lado. Súbitamente se oyó un grito.

—¿Quién es? —preguntó atemorizado.

—Es la niña Martina; no te asustes.

—¿Grita todas las noches así?

—Muchas veces; ella y doña Gregoria son sonámbulas; hablan dormidas.

—¿Quieres que nos durmamos nosotros? —apuntó en su deseo de olvidarse de todo.

—Sí, vamos a dormirnos; debe de ser ya muy tarde. Hasta mañana...

—Adiós...

Le oí volverse en la cama. Luego todo quedó tenso en la noche. Casi se oía el volar estremecido de los copos de nieve en su constante indecisión entre el cielo y la tierra.

IV

Los días de Navidad trajeron un deseado paréntesis a nuestros estudios. Yo no abandoné la casa de don Mateo y Alfredo se limitó a comer dos días en compañía de su madre.

Nuestra amistad, en cortas semanas, se había anudado sólidamente. Apenas podía concebir yo cómo había soportado el peso de aquella casa sin la presencia viva de Alfredo. Ahora todo era distinto: las cosas tenían sus contornos, su voz, su latido, que compulsábamos y saboreábamos los dos juntos. La confianza prolongaba nuestras vidas en aquella espontánea disección nocturna de nuestras ideas, nuestros sentimientos y los variados hechos de cada día.

Las dos semanas de vacación trajeron una nueva luz a mi alma. Nunca había vivido una Navidad por dentro, matizada por el color y el sabor palpitante de cada jornada y cada hora. En esta ocasión se me abrió una perspectiva nueva, ignota y caliente. Doña Gregoria montó, sobre un tinglado, un belén reducido, poblado de figuritas policromas e inmóviles para recreo de Martina. Con el corazón en suspenso, Martina, Alfredo y yo fuimos viendo cómo aquel pequeño mundo abigarrado nacía a la vida, crecía y se multiplicaba. Entre matojos de musgo, verdosas cordilleras nevadas de harina, el señor Lesmes puso una nota de vitalidad colocando los dos pececitos rojos de la pecera en el seno de un lago artificial. Martina palmoteó de júbilo en su infantil inconsciencia al ver que aquel juguete cobraba vida y movimiento, sin importarle un ápice que los pescadores que merodeaban en la orilla fuesen de tamaños más pequeños que los peces que trataban de pescar. A Alfredo y a mí esto nos desilusionó un poco. Sólo a fuerza de imaginación logramos taponar la brecha de nuestro desencanto, dando a los ingenuos pececitos rojos de la pecera la categoría suprema de ballenatos encerrados en un lago. Aprobada esta ficción volvimos a poner nuestros cinco sentidos en el belén. Siendo los peces ballenatos, aquello tenía ya un aire admisible de verosimilitud.

Frente al belén pasamos los mejores ratos de nuestras vacaciones. Martina solía subirse en una silla y con aparatosa lentitud nos preguntaba por la condición de cada grupo, de cada figura, de cada miembro...

—¿Quién es ése?

La atracción fantástica del portal, desmoronado y humilde, se ejercía tensa sobre la niña, que no daba pábulo a su inquietud.

—¡Dios!

—¡Dios! —repetía Martina la palabra abrumada de omnipotencia. No comprendía cómo aquel Gran Señor de que su madre le hablaba podía encerrarse en una pella de barro rosado.

—¿Y por qué está ahí?

—Por ti... y por mí... y por todos...

—¿Y por mi papá y por mi mamá?

—También.

—¿Y por el tío Cosme?

—También.

—¿Y por el abuelo?

—También.

—¿Y por...?

Teníamos que interrumpirla para que no se extendiese en la enumeración de todos sus conocidos. Pero la niña, entonces, comenzaba a desarrollar el hilo de su curiosidad por otro cabo.

—¿Y por qué a ese pastor le falta un brazo?

—Se cayó en un abismo y se le rompió...

—¿Y por qué?

—Estaba persiguiendo a una oveja que se le había perdido y se extravió en la noche...

—¿Y por qué?

—Porque la noche estaba muy oscura.

—¿Y por qué?

—Porque no había luna. Las nubes la tapaban y no la dejaban respirar...

Desde su silla, Martina nos dirigía la mirada de incomprensión de sus dos ojos redondos. Suspiró hondo para evitar ser asfixiada como la luna. Seguramente ignoraba la niña lo que era la luna, el abismo y la oscuridad. No obstante, seguía inquiriendo, inquiriendo, porque a nuestras palabras, anudadas unas a otras, les daba ella algún sentido aislado y fantástico que nosotros no alcanzábamos a comprender. Sin duda su infantil imaginación tejía en torno a aquellas figuritas y a nuestras confusas explicaciones alguna leyenda maravillosa que la embriagaba, haciéndola temblar de gozo.

Doña Gregoria nos sacó varias tardes a ver Nacimientos. Las calles estaban cubiertas de una capa de nieve helada y la ventisca azotaba las esquinas con frenesí de látigo. En las calles abiertas se afilaban los punzones del frío hasta hacernos saltar lágrimas. Apenas se veta gente fuera de las casas. Todo estaba envuelto en una fría palidez que hacía más estrecha nuestra unión en torno a doña Gregoria. Martina caminaba torpemente, agarrada de la mano de su madre, enroscada la bufanda del señor Lesmes alrededor de su boca y sus narices; Alfredo y yo aprovechábamos cualquier descuido de nuestra acompañante para hacer equilibrios de patinadores sobre la

nieve dura y reluciente.

En aquellos paseos navideños, persiguiendo nuevos perfiles y expresiones en las figuritas de arcilla que poblaban los infinitos Nacimientos, aprendimos Alfredo y yo a conocer el sabor agridulce de una leal y sincera amistad de infancia. Doña Gregoria, en estos momentos, constituía un mundo aparte, silencioso y frío, como el clima que oprimía la ciudad. Sentí entonces frecuentemente el escalofrío que produce la confidencia al caer en un pecho abierto a la intimidad. Alfredo me correspondía, si cabe, con mayor efusión. Sus palabras siempre alegres parecían nuevas al salir de sus labios. Él no entendía muchas de las cosas que le rodeaban. Las personas eran un imponente misterio que se había resignado a no conocer. Adoraba a su madre con un instinto casi animal, pero por ello más expresivo y encantador. A veces me hablaba de ella con tal entusiasmo que me hacía palpar con unos dedos internos, invisibles, el trágico bajorrelieve de mi orfandad desprovista de recuerdos. Sólo a su lado empecé a percatarme del sentido trágico de una gran rama separada de su tronco, de una vida desgajada de su origen mismo. Cuando Alfredo, caminando por sus pasos naturales, abocaba a la actual situación, se interrumpía juntando sus cejas blancas en una línea vertical. De aquel hombre extraño apenas si sabía dar la razón de su maldad. Le envolvía uno de esos impenetrables misterios que tan frecuentemente enturbiaban la mirada de Alfredo al contemplar a los hombres. Instintivamente sabía de su perversidad. Había quebrado su dicha de un solo golpe y ello era suficiente. Pero ¿por qué su madre no comprendía tan diáfanamente como él el grado de perversión de aquel hombre? ¿Por qué intentó repetidamente hacérselo ver como un amigo fiel, leal e incluso protector? Alfredo no lo entendía; no podía entender cómo su madre, tan dulce, tan blanda, tan parecida a él, se resignaba a vivir separada de su hijo por mucha que fuera la coacción que aquel hombre ejerciese sobre su voluntad pusilánime y débil. Existía un punto oscuro en este hecho a la ingenua observación de Alfredo: ¿cómo un corazón podía inclinarse hacia otro corazón desconocido postergando un tercer corazón merced al cual pudo, durante muchos años, alentar el primero? Alfredo, con su pueril fantasía, no podía comprender esto. Desconocía, en absoluto, que pudiera existir para el hombre un móvil más fuerte que el amor sin exigencias carnales. Seguramente para Alfredo no existía aún la pasión turbia que, mal contenida, todo lo avasalla. Ignorando esto, a Alfredo se le cerraba absolutamente el camino lógico y razonado que le permitiera esclarecer este hecho incomprensible.

Tampoco yo estaba en condiciones de adivinar qué era lo que allí, en aquellas relaciones irregulares y sin fundamento aparente, podía acontecer. No me explicaba, igualmente, que una relación

sagrada, vinculada con un lazo de sangre, pudiera ser anulada por una relación caprichosa y sin eslabón visible que la justificase.

El día de Navidad se me aclararon, empero, algunas cosas. Fue aquél uno de los dos días en que Alfredo salió a comer con su madre. Yo ocupé la mañana en acompañar a doña Gregoria y a Martina a felicitar las Pascuas a sus parientes. Antes fui el encargado de escribir la tarjeta de felicitación y una fotografía que Martina dedicaba a su abuelo y a sus tíos.

Doña Gregoria pasó muchos días ocupada con el retrato de la niña. Según creo, el pobre fotógrafo hubo de repetir varias veces el ensayo hasta que mi patrona le concedió el visto bueno. Fríamente analizada, aquella obra de arte no respondía a la realidad. Martina había salido favorecida en el trasplante. Las anchas roderas que habitualmente señalaban el camino de la nariz a la boca habían desaparecido y con ellas el sarpullido desagradable que le quedaba cuando su madre anulaba las roderas con un oportuno esponjazo. Además, a mi entender, Martina había sido colocada con tan poca naturalidad, que, sin verla, se adivinaba a su alrededor la mano del artista esforzándose en restar espontaneidad a la niña a fuerza de querer presentarla en actitud sencilla y natural. (Estaba subida en una silla de rejilla abrazando el respaldo con su brazo corto y regordete. Una capelina blanca, rematada, como su vestido, por un encaje historiado y costoso, caía sobre sus hombros. Cubría sus pies con unas botitas blancas, abotonadas a un lado y por cuyo borde superior asomaban los calcetines de una blancura inmaculada. La silueta de la niña se destacaba sobre un fondo gris que iba paulatinamente difuminándose hasta llegar a convertirse en blanco.)

Doña Gregoria me dictó, con una media sonrisa, la dedicatoria de la fotografía. Me indicó también el ángulo bajo derecho como el lugar oportuno para estamparla. Me esmeré cuanto me fue posible para no estropear la obra de arte, empleando una letra que reservaba para las grandes ocasiones: «Martinita —escribí—va a dar un beso a su abuelito José y a sus tíos Cosme y Rosa». Por encima de la dedicatoria anoté la fecha: *24 de diciembre de* 190...». Y en la esquina superior derecha: «Martinita, 38 meses».

Hecho esto tendí gozoso la fotografía a mi rígida anfitriona. Doña Gregoria sonreía con la baba colgando mientras leyó lo que ella acababa de dictarme. Y tan bien debió de parecerle que, arrepentida sin duda de haber concluido tan pronto, me volvió la fotografía para que añadiese bajo la dedicatoria: «... Y a todos un abrazo». Luego me ordenó que la leyese toda entera, lectura que escuchó con la voluptuosa delectación que pondría un novel al escuchar unas palabras de elogio de un maestro consagrado.

A continuación nos ocupamos en escribir una tarjeta alusiva a

las fiestas que conmemorábamos. Se trataba de una pintura del portal de Belén, interpretado a base de mezclar detonantes coloridos, entre los que destacaban por su profusión el rosa y el azul purísimo. Doña Gregoria me dictó, lo mismo que con la fotografía, el contenido del mensaje, terminando por firmar Martina llevándole yo la mano. Todo acabó, como podía esperarse, de una manera lamentable al dejar caer Martina sobre la tarjeta un estupendo borrón que nos costó Dios y ayuda disimular. Concluidos todos los pormenores, Martina y yo, conducidos por doña Gregoria, nos lanzamos a la calle.

El día era frío y aunque el sol se había asomado durante unas horas, no pudo con la nieve ni el hielo que forraban la ciudad. Salimos a la plaza de la Santa por la puerta del Alcázar. La plaza estaba transformada en una gran pista de hielo. Los gorriones piaban desaforadamente desde los aleros pidiendo algún alimento para no sucumbir en aquellas jornadas blancas y heladas. En la esquina, la casa nueva descolgaba sobre la calle sus miradores rebordeados también por un filo blanco de nieve. En el mirador del segundo se apiñaban curiosas las señoritas de Regatillo, chillonas y retozonas como otra bandada de gorriones. Al pie de los miradores un gomoso, con rizados bigotes, bombín y el característico bastoncito de Java, rondaba a las beldades. Doña Gregoria fulminó con una mirada terrible a las «descocadas» jóvenes.

—Día llegará —observó entre dientes— en que los hombres tendrán que subirse a los árboles...

Seguimos avanzando calle abajo, precedidos por las nubecillas de aliento que salían de nuestras bocas. Martina, medio a rastras de la mano de su madre, exhibía por encima de la bufanda apretada contra su nariz dos ojillos redondos y fulgurantes. Una vez en casa de su abuelo, la naricita y la boca de la niña fueron liberadas de la mordaza. Brincó a los brazos del abuelo y hubo un momento en que la perdí de vista oculta entre las barbas pobladas sin medida del viejo.

—Felices Pascuas, papá.

Doña Gregoria y el viejo se abrazaron fríamente. Apareció a poco la tía Rosa, larga, huesuda, anatómicamente exacta a mi patrona. Cuando las bocas de las dos hermanas se unieron, expresando recíprocamente los buenos deseos que la una sentía respecto a la otra, tomaron una semejanza extraordinaria con esas varas unidas en el extremo superior que se utilizan para sostener los emparrados. Luego la tía Rosa cogió en sus brazos a Martina y la besó hasta diez veces con ferocidad (ella no tenía descendencia), tanteándole seguidamente las partes más ocultas de su cuerpecillo.

—Hermana —dijo de pronto—,esta niña sigue siendo de la calidad del tordo: la cabecita pequeña y el culo gordo.

Sonrió doña Gregoria, complacida, agarrándose por la fuerza de

la costumbre las anchas faldas de su lindo vestido nuevo. En tanto, su hermana reanudaba sus manifestaciones afectuosas hacia la pequeña sobrina. De repente, el viejo abrió una puerta y nos mandó pasar y sentarnos. La habitación, amplia y cuidada, tenía dos balcones sobre la calle. Las personas respetables se sentaron alrededor de una camilla, ocupando una butaca y un sofá forrados de raso azul. Yo, un poco avergonzado en aquella reunión familiar a la que no me ataba el menor lazo, me dejé caer sobre una silla alta, un poco apartada, con las piernas balanceándose en el vacío. Entonces doña Gregoria abrió el bolsero sacando la fotografía de Martina y la postal que yo escribiera unas horas antes.

—Martina os trae esto con motivo de la Navidad…

El abuelo debió de sonreír porque sus barbas se estremecieron un poco. Sacó con parsimonia unos lentes pequeños, ovalados, con montura de plata, y los acomodó sobre el caballete de su nariz. Martina miraba hacer a su abuelo sin darse exacta cuenta de su participación en aquel acto. Doña Gregoria tendió el sobre a su padre; yo me sofoqué pensando que mi persona, inadvertida hasta este momento, iba a pasar ahora a primer plano. Volvieron a estremecerse los pelos del abuelo. Sonreía. Doña Rosa miraba al vejete con la boca abierta. Leyó el abuelo en alta voz el contenido de las cartulinas y sus lentes temblaron de emoción. Doña Rosa hizo un rebujo a la pequeña Martina, comiéndosela a besos.

Inopinadamente ocurrió lo que me temía.

—¡Qué bonita letra! ¿Quién ha escrito esto? ——dijo el abuelo.

Al tiempo que hablaba, su barbilla puntiaguda me señalaba.

Me sofoqué. Abrió su sonrisa, complacida, doña Gregoria:

—Pedro, ha sido Pedro, uno de los mejores alumnos de Mateo —haciendo converger las miradas sobre mí.

—Está muy bien, muchacho —de nuevo miró, analizándolas una por una, las letras de la misiva—; muy bien, muy bien. Esto te honra.

A doña Gregoria se la notaba impaciente; de súbito dijo:

—Anda, Pedro, asomaos al balcón Martina y tú a ver si veis llegar al tío Cosme.

Adiviné que doña Gregoria deseaba añadir algo sobre mi persona que no quería que yo oyese. Martina llegó a mi lado con sus pasos menudos y vacilantes y me tendió la mano. La tomé y nos acercamos al balcón.

—Podéis mirar a través de los cristales; sin abrir, que hace mucho frío. Tal vez desde el otro balcón lo veáis mejor…

Quería alejarnos algo más doña Gregoria. Todo su interés se centraba ahora en poner distancia, cuanta más mejor, entre sus labios y mis orejas. Martina y yo nos trasladamos al otro balcón. La niña pegó su naricilla contra el cristal empañado. Sus manecitas se

restregaron contra el cristal consiguiendo un hueco transparente. Fingía yo abstraerme en la desmañada actividad de Martina y en la llegada del tío Cosme (a quien no conocía), mientras, en realidad, la inquietud de mis sentidos se concretaba sobre la conversación que en voz muy baja se desarrollaba en derredor de la camilla.

—Mira... nene... nene.

Apuntaba Martina los balcones de enfrente. Unos niños nos hacían muecas desde allí.

—Sí, nene, nene.

Escuchaba. Algunas palabras perdidas llegaban hasta mí: «huérfano de que os hablé...» «... con otro...» «huérfano también...».

—Otro nene, mira... otro nene.

—Sí, otro nene.

«... si lo tenemos con nosotros es sólo por un acto de misericordia...» «... la madre vive de mala manera con un hombre...» « ... comprenderéis».

Se oyó el ruido de un coche que pasaba por la calle y que eclipsó por completo el murmullo de la voz de doña Gregoria.

—¡Arre, caballo...!

Se alejaba el carruaje. Poco a poco logré captar de nuevo la onda de voz de mi patrona: «... mil reales» «... lo de menos...» «... misericordia...».

Retumbó la voz del viejo, mancillando el tono confidencial de la conversación:

—¡Caramba, no tanta misericordia...!

—Chist...

Volvió el tono pausado, rumoroso, íntimo, como el roce de la corriente de un río contra los sauces de la orilla. La voz de doña Gregoria se afilaba al adivinar un resquicio por donde poder introducir la palanca de la crítica... («comprenderéis que el hijo de una mujer así...» «... enveredarlo, educarlo...»).

Llegó en aquel momento el tío Cosme, sin que ni Martina ni yo cantáramos su presencia. Su llegada alteró el rumbo que había tomado la reunión. Sin duda él no era apto para alternar en aquellas conversaciones de alcance privado que tan sólo podían discutir los miembros de una misma sangre.

Confieso que cuando se hizo la hora de marcharnos me sentí liberado de una tirantez anormal y molesta. El abuelo refrendó la solemnidad de la fiesta entregando a Martina una reluciente y minúscula moneda de oro. Advertí un codazo de doña Rosa a su padre y, casi instantáneamente, cómo éste se hurgaba en los bolsillos de su chaleco y extraía de él una moneda de plata de dos reales que colocó en mi mano apretándola después, como diciéndome que conservase y no dilapidase aquel tesoro que me concedía en premio a mi caligrafía

excepcional.

Ya en la calle volvimos a ser un trío helado que luchaba con la distancia, un grupo que repasaba las calles, solamente por necesidad. Continuaban en su mirador las señoritas de Regatillo, inquietas y cacareantes. Habían entablado conversación con el gomoso que, a juzgar por las estridentes carcajadas de las jóvenes, debía de ser un ingenio más que regular. Los ojos de mi patrona despidieron rayos al fijarse en el mirador colgado. Se sentía humillada, desprestigiada, en su sexo, en su amor propio, en su educación esmerada de hembra hecha para estatua y no para pedestal.

Al llegar a casa estalló la ira de doña Gregoria, mal contenida, golpeada en el lugar más vulnerable de su dignidad.

—Mateo, esas tiorras nos están avergonzando; están introduciendo en la ciudad costumbres y hábitos que no son nuestros, que atentan contra nuestra manera de ser, contra nuestra dignidad, contra nuestro pudor e, incluso, contra nuestra reputación...

Su caja torácica se inflaba y desinflaba a breves intervalos; se estremecía su anatomía, sin carnes, con ruidos de huesos rotos. El marido escuchaba lánguido, la mirada perdida por el suelo y el mechón de su pelo rebelde poniéndole una cresta en la cabeza.

—No sé de quién me estás hablando.

—¿De quién se pueden decir las cosas que yo he dicho?

—¿De las Regatillo?

—De las Regatillo, claro.

—Ésas acabarán robando a la ciudad la poca sustancia incontaminada que aún le queda...

Seguía la acerba crítica cuando me encerré en mi cuarto. Voces atipladas, desacostumbradas en aquella casa, me alcanzaban sin que yo me preocupara de localizar su sentido. Para mí aquella ofensiva oral contra las al parecer simpáticas señoritas de Regatillo no tenía la más mínima importancia. Sólo una cosa me preocupaba entonces: la vaga sensación de que Alfredo era un huérfano en un grado aún más bajo que yo, con la orfandad más deplorable y sensible que la mía, en cuanto que la suya no era la muerte quien la dictaba. Desbrozaba la conversación oída en casa del abuelo de Martina, tratando de concretarla en su punto fundamental, definitivo. Su madre vivía «de mala manera» con un hombre. Esto es lo que había dicho doña Gregoria al referirse a la madre de Alfredo. No lo entendía bien, aunque el instinto ya me indicaba qué podía haber de malo en las relaciones entre un hombre y una mujer.

Me encontraba acodado en la ventana mirando la plaza desierta y tiritando de frío. La casona de enfrente se me imponía con cada una de sus piedras amarillas, vigorizadas por un pulso de siglos. La hornacina rellenaba en parte su concavidad con el relieve de los

cuatro guerreros, dos vencedores y dos vencidos. Me fijé en ellos con más detenimiento que de costumbre. Don Mateo solía referirse a ellos cuando afirmaba «que fueron más serios y mejores que nosotros». Los vencedores, a caballo, pregonaban con sus largas trompetas el triunfo; los vencidos se humillaban de rodillas, cargando con el peso de la derrota. Allí estaban, inmortalizados en piedra. Recordé a la madre de mi amigo, a las señoritas de Regatillo, a mi propia anfitriona… Sí, decididamente, ellos fueron más serios y mejores que nosotros… Tenía razón el señor Lesmes. Cuando menos, más serios; bastante más serios que nosotros…

V

Nada dije a Alfredo de mi descubrimiento del día de Navidad. Lo contrario hubiese equivalido a poner las cosas peor de lo que estaban, ya que hay cosas que se soportan mejor en la penumbra que perfiladas en toda su ingrata sinceridad. A Alfredo le cabía aún la duda que afectaba no sólo a la relación de su madre con «el hombre», sino a toda posible relación irregular, en abstracto, entre cualquier hombre y cualquier mujer. Dejé por ello correr los días sin dejarme ganar por la vanidad de partir con mi amigo un descubrimiento que le tocaba tan de cerca.

Por otra parte, las conversaciones sobre nuestras familias iban espaciándose cada vez más, sin que ni nosotros mismos nos percatáramos de que era nuestra propia vida, la vida que vivíamos, la que desplazaba de nuestras mentes la idea de toda otra preocupación. Tampoco su madre, ni mi tío, aparentaban, por otra parte, ningún interés en evitar este apagamiento de nuestra admiración y cariño hacia ellos. Vivían su vida con absoluta independencia. Ambos faltaban de Ávila, casi sin interrupción, desde nuestros respectivos internamientos en casa de don Mateo. La madre de Alfredo no pasó por allí pasadas las Navidades, y mi tío, aparte una relampagueante visita en el mes de marzo, apenas si volvió a acordarse de que, a retaguardia de sus ocupaciones y devaneos, quedaba un sobrino y pupilo a quien, siquiera por ley, tenía la obligación de controlar y educar. Alfredo recibía cartas con relativa frecuencia; yo, tan de tarde en tarde, que terminé por perder el poco gusto con que antes recibiese la correspondencia de mi tío, y, algunas veces, dejé transcurrir varias semanas sin abrir, ni picarme la tentación de hacerlo siquiera, las cartas que mi tío pergeñaba en Barcelona.

Fruto lógico de esta tibieza hacia ellos fue el fomento de la amistad recíproca que nos unía a Alfredo y a mí. De mi parte, puedo afirmar que experimentaba casi de una manera física el acercamiento creciente de nuestros espíritus. El día que, por cualquier circunstancia, nos fallaba alguno de los habituales ratos de expansión confidencial, me parecía que me obligaban a cargar con un lastre insoportable que impedía el ascenso normal del globo de mi optimismo pueril. Estábamos ya hechos como la mano y el guante, para encontrar uno en el otro la forma y, el otro en el uno, el calor.

La vida proseguía monótona en casa de don Mateo. Nada se alteró con la aparición de la primavera, el mismo plan de estudios, las mismas comidas vacías y, casi siempre —excepto cuando doña

Gregoria tenía que pedir o criticar algo—, silenciosas, idénticos alaridos nocturnos y las mismas fugas de nuestras almas hacia Fany o los pececitos rojos de la pecera verde, que continuaban, también, alimentándose de la caridad espectacular de nuestro maestro.

Se alteró un tanto el curso de las cosas con los éxitos de Alfredo y mío en nuestra primera prueba intelectual. El hecho de salir airosos en los exámenes puso en fiesta aquella casa tan apagada y uniforme de ordinario. Por segunda vez en el curso —el día primero de año fue la otra— doña Gregoria nos hizo vestir de gala para asistir al banquete conmemorativo. (A punto fijo no puedo decir que aquellas comidas, a las que todos asistíamos emperifollados, tuvieran otra finalidad que dar ocasión a doña Gregoria para acabar de gastar un traje negro de cuerpo corto, ajustado a la cintura y que, ocasionalmente, le brindaba la oportunidad de lucir un pecho opulento de matrona, falseado por sabe Dios qué secretos procedimientos.) Alfredo y yo nos pusimos nuestros trajes de marinero, luciendo, por el escote, los petos rayados de azul y blanco que nos daban cierta apariencia de animales exóticos. Enfundamos nuestras piernas en unas medias negras altas y cubrimos los pies con unas botas de charol abotonadas hasta arriba y a un lado. El señor Lesmes se compuso y acicaló su persona con mayor celo que de costumbre, aunque el traje con que se presentó a la mesa era el mismo que usaba diariamente. Martina, a quien estos festejos jamás pillaban de sorpresa, se presentó ante nosotros embutida en el trajecito blanco de la capelina que le sirviese para la fotografía y hediendo profundamente al perfume de violeta que doña Gregoria solía derramar sobre su pechuga en los acontecimientos trascendentales.

Corrió la alegría en aquella cena como en ninguna otra ocasión. Para don Mateo nuestros aprobados tenían, si cabe, mayor importancia que para nosotros. En la prueba se ventilaba sencillamente el ser o no ser de él y del resto de su distinguida familia. El hecho de salir airosos trascendía a la ciudad, pequeña y comentadora, en provecho de su academia y de su eficiencia pedagógica.

Don Mateo llegó a los postres con un visible júbilo bailándole en el rostro. No trataba de disimularlo; estaba satisfecho y su contento irradiaba de él como la luz y el calor del sol, naturalmente. Brindó con champaña por nuestro futuro, añadiendo que sería apacible si no ambicionábamos demasiado. «Siempre es más fácil perder que ganar —terminó—, y por eso conviene quedarse en poco.» Le aplaudimos y cuando se sentó se puso a migar el pan de los peces en su palma tersa y morena. Cortó, además, un pedazo de pastel de hojaldre, estimando que nuestros amigos acuáticos también tenían derecho a festejar esta solemnidad familiar. Después, doña Gregoria hubo de sujetarlo.

Trataba de cambiar el agua de la pecera por vino blanco, alegando que también los peces debían disfrutar de este privilegio excepcional. Poco más tarde, nuestra patrona se lo llevó a la cama mientras Martina miraba extrañada a su padre en quien, seguramente, sorprendía una alegre vitalidad desacostumbrada. Así concluyó el día en que conmemoramos nuestro primer éxito estudiantil. Por primera vez Alfredo y yo tuvimos la alegría de compartir un acontecimiento que entonces juzgábamos trascendental para nuestras vidas. Como rúbrica de aquel día feliz nos dimos un abrazo entrañable en el que cabía tanto la liberación de nueve meses de acción como la perspectiva de la jornada estival que se abría ante nosotros sedante, reconfortadora y fácil.

VI

Uno de los mejores recuerdos que guardo de mi vida es el de aquel primer verano de estudiante en Ávila, alentado por la fragancia de una reciente y cordial amistad y olvidado en absoluto de los estudios que me alicortaron en los nueve meses precedentes. Ávila renacía bajo la cálida caricia de mayo; sus torres, apuntadas de sol, modificaban por completo el aspecto general de la ciudad. (Diríase que se trataba de un muerto resucitado, dispuesto a vivir la nueva vida en la integridad que absurdamente había desperdiciado antes.) Las piedras amarillentas de sus vetustos edificios parecían reaccionar alegremente al contacto de la brisa templada que a oleadas descendía de la Sierra. La gente abandonaba sus conchas y se apiñaba bajo el sol, avariciosa de sus rayos, ansiosa de captar su cálido resuello en toda su intensidad, a conciencia de que más tarde habría de faltarle y añoraría estos días transparentes en que la ciudad se ofrecía desnuda, despojada de su manto de nieve.

Nuestra vida en esta época tampoco se caracterizó por la variedad. Alfredo y yo nos movíamos coaccionados por los actos ya vividos. Hallábamos en esta conducta iterativa un encanto superior al hecho de disfrutar lo no frecuente, lo extraordinario, lo excepcional, a no ser que esto, por su carácter relevante y atractivo, nos animase a dejar con gusto la distracción cotidiana.

Apenas desayunados solíamos dejar la casa de don Mateo. Fany nos acompañaba en nuestras excursiones mañaneras que rara vez variaban en su itinerario. Nos agradaba salir al paseo del Rastro cuando el sol comenzaba a dorar el verdeante valle de Amblés. Por el paseo, bordeando la muralla, llegábamos hasta los marjales del Adaja, donde gustábamos de matar las horas hasta que se hacia el momento de comer.

La irradiación que a aquellas horas se desprendía de la naturaleza tonificaba nuestros espíritus para el resto del día. El paseo del Rastro se empinaba como un balcón sobre el valle. Arrimados a la verja, Alfredo, Fany y yo, llenábamos nuestros ojos de la plenitud del día. Frente a la muralla se levantaban, escamoteadas por la bruma, las estribaciones rocosas y azuladas de la sierra, como otra ciudad amurallada que desafiase a la nuestra a singular combate. En sus crestas aún se agarraba la nieve con una apariencia, poco airosa, de ropa blanca tendida a solear. A nuestros pies, unos metros más abajo de nosotros, se diseminaban los edificios y conventos hasta llegar al campo cultivado de cereales y legumbres, partido en multitud de

trozos de distintos verdes, brotando, ubérrimo, de la madre tierra.

Descendíamos luego alegremente siguiendo la pendiente del Rastro, atraídos ya por el cauce del Adaja. Los vencejos volaban a miles, chirriantes y negros, por encima de nuestras cabezas. En su vuelo, vertiginoso e irreflexivo, se lanzaban contra las almenas de la muralla para salir después despedidos en dirección contraria como pelotas rebotadas en un frontón, Al final de la muralla, descolgándonos por las rampas de la izquierda, llegábamos a las márgenes del Adaja. El río venía decrecido por la fuerza del estío. Su caudal se estilizaba por momentos, como una persona atacada de tisis galopante. Las aguas, al retirarse, dejaban al descubierto el terreno pantanoso y grisáceo del marjal. Todas las mañanas había allí alguien acarreando tierra que luego utilizaría para fines que me eran completamente desconocidos.

Ya en la ribera del río se intensificaba la diversión. (Hay algo en el agua y en el fuego que atrae singularmente la atención de los niños.) El mero hecho de contemplar cómo el volumen del agua se deslizaba entre las dos orillas ya suponía para nosotros algo tentador y digno de admirarse. Fany, a nuestro lado, ladraba al agua, a las ranas que se zambullían estrepitosas en las charcas que la retirada de las aguas había dejado aisladas, a las hojas de los árboles que arrastraba la corriente... Fany, en esos instantes, agradecía el privilegio de vivir. Parecía estar empapada de la dificultad que encierra la aparición de un ser vivo sobre el mundo. No ignoraba que si su padre se hubiese relacionado con otra perra diferente de su madre, ella no estaría ahora allí, ladrando a las ranas, a la corriente, a las hojas verdes que flotaban sobre el río... Conocía al parecer toda la gama de dificultades y azares a que obedece la presencia sobre la tierra de todo ser vivo. En su mismo bisabuelo podría haberse quebrado la cadena cuyo último eslabón era ahora ella y no otro. Tal vez por todo esto Fany exteriorizaba el júbilo de vivir, pregonándolo en sus ladridos agudos y sin fundamento.

Nosotros solíamos aprovechar el encendido entusiasmo de Fany para arrojarle pequeños palitos al centro del río. La perra dudaba siempre al principio. Vacilaba, con las dos patas delanteras sumergidas en el agua, ladrando a más no poder. En último extremo se decidía y nadaba hacia el palito con la rapidez que le permitía su poco eficaz estilo perruno.

Nosotros acostumbrábamos a tumbarnos entre los juncos, charlando de las cosas que nos afectaban. Como era natural, la casa en cuyo seno nos movíamos ocupaba frecuentemente nuestras preferencias. Me interesaba a mí sobremanera el concepto que a Alfredo merecían las personas o las cosas que yo también conocía. Alfredo era observador, aunque pocas veces encontraba justificación a

los detalles y acontecimientos que observaba diariamente. Para él todo eran hechos positivos, sin causas ni efectos.

A menudo pretendía que le desarrollase algún punto concreto tocado por nuestro maestro en los momentos en que solía pensar pronunciando, en voz alta, su pensamiento. Cierto día inquirió de mí la razón por la que el señor Lesmes creía «más serios y mejores que nosotros» a los pétreos monigotes de la hornacina. Me las vi y me las deseé para aclararle unas ideas que yo entendía, aunque no las supiese expresar. Le expliqué que don Mateo con esto sólo pretendía enfrentar dos edades, dos conceptos de vida, dos civilizaciones. Él entendía que el hombre de cinco o diez siglos antes vivía más en la realidad que el actual. Se afanaba en levantar murallas, conventos o catedrales, porque tenía un concepto más serio de la vida: conservar la existencia, para llegar a Dios. Nuestro maestro condenaba la frivolidad del hombre moderno, el cual se dice hijo de Dios pero cifra toda su ilusión en disfrutar la existencia terrena. En consecuencia, el hombre actual se limitaba a conservar los monumentos del antiguo y únicamente levantaba teatros, cafés y otros lugares de esparcimiento con una raíz exclusivamente material.

Alfredo me escuchaba con los ojos cerrados, como si velándose la contemplación del cielo le fuera más sencillo asimilar mi discurso. En cierta ocasión en que machacábamos sobre el mismo tema me dijo:

—Don Mateo parece hijo de las piedras de Ávila.

No le respondí, pero en sus palabras vi encerrada una perfecta definición, una idea alambicada y concisa, de lo que era la psicología del señor Lesmes.

Nuestra conversación era interrumpida diariamente por la llegada de otros compañeros. Habíamos establecido una amistad relativa con otros muchachos de nuestra edad. Nos reuníamos a veces hasta ocho o diez, aunque no siempre fuéramos los mismos. Con su llegada la diversión tomaba otro carácter. Nos descalzábamos y vadeábamos el río entre gritos y frecuentes chapuzones. Algunos días pescábamos hasta media docena de pececitos que asábamos en una hoguera, participando luego todos del sobrio festín. La jornada concluía llegándonos hasta el puente para admirar, desde lejos, la profusión de luces y el sordo murmullo que escapaba de la fábrica de harinas. (Aquella fábrica ejercía sobre todos un inexplicable poder de sugestión. Nuestras imaginaciones forjaban a su costa las más insensatas figuraciones, por más que no existiera motivo para ello fuera de aquellas bombillas brillantes en pleno día y del misterioso rumor que brotaba de sus entrañas.) Desde allí nos lanzábamos en tropel a la «conquista» de la ciudad. Nos considerábamos un ejército medieval galopando sobre ágiles corceles, cuya única meta estribaba en asaltar la muralla y «despojar al enemigo» de su fortaleza. Al llegar

ante los muros, cada cual con su vara a guisa de espada o lanza, nos deteníamos. Alguien arengaba con voz vibrante a «los ejércitos»; después comenzábamos a trepar por las piedras que, espontáneamente, sirvieran de cimiento a la muralla.

—¡Al ataque!

Nos desperdigábamos todos al escuchar esta voz. En cada pecho alentaba una ilusión realista de hacer nuestra la fortaleza, de rebasar sus sólidas defensas. Disparábamos los arcabuces imaginarios contra los enemigos, igualmente fantásticos, que asomaban las cabezas entre los vanos de las almenas. Los gritos de victoria se confundían con los lamentos de los «heridos» y los penetrantes ladridos de Fany asustada. Poco tardábamos en conquistar la plaza. Tal vez un cuarto de hora, tal vez menos. Inevitablemente la fortaleza terminaba por caer en nuestras manos. Luego desfilábamos por las calles de la ciudad, con el gesto adusto y fiero, persuadidos íntimamente de la verdad de «nuestro heroísmo». Al entrar en casa, doña Gregoria nos saludaba siempre con la misma pregunta:

—¿Dónde habéis estado?

La respuesta era unánime:

—En el Rastro.

La patrona se sentía satisfecha. Quizá si supiese de nuestras excursiones a los marjales, de los vadeos del Adaja o de las simbólicas conquistas de la ciudad, no nos pondría tan buena cara. Mas ella tenía una fe ciega en nuestra palabra. Si le asegurábamos que veníamos del Rastro, en el Rastro habíamos estado y no había más que hablar.

Los viernes de todas las semanas alterábamos nuestro programa usual con motivo del mercado de ganado que se celebraba fuera de la muralla, en su ángulo noroeste. La animación de tales días en la ciudad se nos contagiaba a todos. Gustábamos de acudir allí a saborear las mil incidencias a que el acontecimiento daba lugar. Los serranos bajaban hasta la muralla con sus listadas alforjas al hombro, precedidos por sus rebaños de carneros vigilados por experimentados marotos. Había allí rebaños de vacas, de yeguas, de marranos negros. Aquí y allá se alzaba la voz de algún quincallero voceando sus bagatelas. Entremezclados con la muchedumbre, multitud de lisiados pregonaban sus muñones o sus desperfectos físicos, como si se tratase de otra mercancía, para llamar a la caridad a los asistentes. Los gitanos, muy abundantes, hacían gala de su habilidad logrando mantener tiesa sobre sus cuatro patas a la res en tanto cerraban el trato con sus compradores...

Pero lo que más nos atraía a nosotros de aquel enjambre inquieto, aureolado de una polvareda espesa y maloliente, eran los narradores de crímenes. De entre todos, la Bruna disfrutaba de nuestras preferencias, ya que, al interés avasallador de sus relatos unía

el mérito de recitarlos cantando y acompañada por las notas agrias y desafinadas de la guitarra de su marido ciego. La Bruna era una mujer muy popular. Siempre tenía en torno suyo una multitud ávida y curiosa que coreaba con profundos lamentos el dramatismo aterrador de sus canciones. Se le atribuía a la Bruna una fecundidad asombrosa. Había quien afirmaba que la Bruna había llenado de hijos las cunetas de todas las carreteras de España. Nunca le preocupaba el momento. Traía el hijo por sus propios medios allí donde la sorprendía el trance. La criatura, con el cordón umbilical colgando, era adoptada siempre en el pueblo más próximo al lugar del parto. De esta sencilla manera la Bruna no había perdido aún su libertad, y su voz cascada podía seguir sonando por los ámbitos del mundo entero. A más de esto, la Bruna tenía buen cuidado de variar de repertorio, con el fin de que sus incondicionales continuasen prestándole el calor de su ferviente apoyo. Jamás se presentó en público un viernes sin que una copla nueva figurase en su extenso repertorio. Tengo para mí que la voz de la Bruna tenía mucha influencia en el decrecimiento que se apreciaba aquel año en las compraventas de los mercados de los viernes. La gente se movía inquieta entre las bestias hasta que las notas de la Bruna comenzaban a congregar público a su alrededor.

Aquellos marinos,
que unas horas antes,
bravos y arrogantes,
cruzaban el mar…

La tragedia del *Reina Regente* cobraba en la expresión desgarradora de la Bruna unas proporciones inconmensurables. Brillaban los ojos del público y un estremecimiento recorría, uno tras otro, a toda la multitud allí apiñada. Mas la emoción de los oyentes se centuplicaba cuando el relato recaía sobre alguna criatura tierna y desgraciada. Sobre todo uno que hablaba del secuestro de un niño inocente por su madrastra. A Alfredo era ésta, también, la copla que más le llenaba, tal vez por estimar su realidad vital muy semejante a la de aquel muchachito maltratado.

(La madrastra, atizada por sus instintos criminales,—concebía, incluso, la siniestra idea de encerrar al niño en un arca. Su existencia allí, mísera e incómoda, adquiría una fuerza sobrecogedora cuando al muchacho le llegaba la hora de cumplir una función fisiológica):

Cuándo se han visto
tantas maldades...
Un bote le ponían
«pa» que hiciese sus...
necesidades...)

La multitud hipaba, sollozaba, se encogía, se estremecía y la Bruna, inmutable, proseguía, proseguía su copla desoladora. A veces otorgaba la Bruna el privilegio de elegir las coplas al público limosnero. Bastaba con arrojar sobre la gorra casposa del marido ciego una moneda de dos céntimos acompañada de la solicitud oral.

—¡Bruna! *El Renegado de Valladolid.*

Y la Bruna interpretaba, a satisfacción de todos, *El Renegado de Valladolid.*

Previendo esta oportunidad Alfredo se acompañaba todos los viernes de varias moneditas de dos céntimos. En la primera ocasión arrojaba una sobre la mugrienta gorra del ciego, al tiempo que voceaba:

—Bruna, *El niño secuestrado en un arca.*

Y la Bruna recomenzaba su canción, cada vez con más sentimiento, más dolorida de aquella acción criminal de una madre desnaturalizada.

Casi siempre que nos deteníamos para escuchar a la Bruna —invariablemente todos los viernes— demorábamos, sin darnos cuenta, el regreso a casa. Doña Gregoria nos reñía sin palabras, censurándonos con los ojos, privándonos, tácitamente, de la salida del día siguiente.

La noche de un viernes, de uno de aquellos viernes en que la Bruna repitiera hasta seis veces la copla del niño secuestrado, ante la petición onerosa y reiterada de Alfredo, éste, ya en la cama, me dijo:

—¿No crees que de mi vida podría cantarse también una copla?

Me reí ahogadamente.

—Tú no estás en un arca.

—Pero a mi manera yo también estoy secuestrado.

Me reí sin ganas, tratando de restar importancia a sus palabras.

—La gente se aburriría con tu copla.

—No lo creas; la Bruna sabría cargar las tintas sobre «él». Es un malvado.

Suspiró profundamente y añadió:

—Yo no sé qué hay en esa copla del arca que me veo en ella.

Me volví a reír, cada vez más forzadamente. No dijo más. Le oí acomodarse en la cama de al lado. Me dormí con la sensación de que Alfredo, con los ojos muy abiertos, proseguía dando vueltas en su cabeza a la posibilidad de que la Bruna sacase una copla melodramática a su existencia.

VII

Encauzado el verano por unas veredas tan uniformes se nos fue como una ilusión, cuando casi no habíamos empezado a saborearlo. Me acordé de mayo y de cómo había pensado entonces que las vacaciones estivales eran una cosa a la que apenas si se les veía el fin. Transcurridas ya, empecé a darme cuenta de que nada hay largo en la vida por muy largo que quiera ser. Había vaciado un año de mi existencia desde el día que mi tío me llevara a casa de don Mateo a bordo de una carretela descubierta. De entonces acá me quedaba la huella de unos cuantos días, muy pocos, que destacaban sobre la uniformidad de los demás con características peculiares. Opiné, para mis adentros, que si la vida normal se componía de otras sesenta unidades como ésta, tenían mucha razón los que afirmaban que la existencia era un soplo, el transcurso fugaz de un instante, una realidad que sólo daba tiempo para meditar que, aun pareciéndonos mentira, ya habíamos vivido la vida que nos correspondía.

Con el nuevo curso surgieron algunas novedades en las costumbres de aquella casa. Seguramente la más interesante fue la que adquirió el señor Lesmes de sacarnos las tardes de los domingos a dar un paseo largo. Doña Gregoria rara vez nos acompañaba. La dejábamos en casa leyendo *La Ilustración*, escuchando las notas de su caja de música, o preparando la pasta de las croquetas para la cena.

Uno de los paseos de que conservo clara memoria fue el que dimos el día de Todos los Santos hasta Cuatro Postes. Ocurrió en él algo fuera de todo hábito: Don Mateo se nos volvió del revés con una sinceridad desconcertante.

Recuerdo que iniciamos la excursión descendiendo por la calle de Vallespín hacia la puerta del Oeste. Al pasar frente a la puerta principal de la Casa de los Polentinos, nuestro maestro se detuvo, apuntando a la fachada con la contera de su bastón. (Tenía un aire deslucido y lánguido envuelto en su traje negro, asiendo con su mano izquierda la mano de Martina y apuntando, con el bastón en la diestra, la vieja mansión.) Como si fuese un cicerone de alquiler nos relató con pelos y señales la evolución de aquel palacio. Al cabo de diez minutos concluyó por decirnos que de la casa en cuestión no supervivía más que la portada y un retazo de la fachada principal.

—Lo otro —terminó— fue recientemente destruido. —Se volvió a mí, que le escuchaba cansado, y me dijo perentoriamente—: Tú sabes cuándo fue destruido.

No lo sabía; no intenté adivinarlo tampoco, porque había mil

posibilidades de errar en un plazo de diez siglos. Por ello creí preferible, y no muy desacertado, contestar ambiguamente que en la Edad Moderna.

No se molestó por mi respuesta; se contentó con dirigirse a Alfredo, demandando lo que no había obtenido de mí.

—Eso lo sabes tú.

Tampoco lo sabía Alfredo, quien, siguiendo mi ejemplo, manifestó, titubeando, que en la Edad Contemporánea. Don Mateo dio un respingo:

—Eso es como no decir nada.

Nos callamos los dos.

—La mansión de los Polentinos fue destruida durante la Guerra de la Independencia, que fue... —Me señaló a mí.

—... En mil ochocientos ocho.

Seguimos andando calle Vallespín abajo. Sentía yo en los pies, a través de las suelas agujereadas de mis zapatos, las guijas del suelo. La inclinación de la calle nos conducía, sin quererlo, casi corriendo. Martina chupeteaba un caramelo y el polvo del camino se pegaba en los límites pringosos de su pequeña boca. Al salir de la muralla nos sorprendió el zumbido trepidante de la fábrica de harinas. Nos miramos Alfredo y yo, y ambos desviamos después las miradas hacia las lucecitas que brillaban allí, en las ventanas, entre correas sin fin y mecanismos atrayentes y desconocidos. Pasamos el puente y ya en la carretera de Salamanca nos desviamos a la derecha. Teníamos Cuatro Postes al alcance de la mano. Ascendimos el promontorio y don Mateo se sentó en el pedestal de la cruz. Nosotros lo hicimos a su alrededor.

—Mirad —nos dijo de repente señalando frente a él.

La ciudad amurallada, quieta en aquella tarde de noviembre, ofrecía desde allí un aspecto sugestivo y misterioso. Caía por sus extremos como si estuviese colocada a horcajadas de alguna gigantesca cabalgadura. La catedral y otros edificios altos se empinaban, destacando sobre las casas vecinas, lo mismo que los días excepcionales del año transcurrido resaltaban en mi memoria sobre la uniformidad gris de los demás. Don Mateo contempló la ciudad durante un gran rato; luego, mirándonos a los tres, dijo:

—En este punto alcanzaron a Santa Teresa cuando huía con su hermano a tierra de moros.

Los ojos de Martina, redondos y claros, estaban clavados en la liviana humanidad de su padre.

—¿Y por qué?

—Escapaba para sufrir martirio por Dios.

—¿Y por qué?

—Porque era muy buena; una santa; una gran santa...

(En este instante comencé a presentir que Ávila no era una

ciudad como las demás. Tenía sus raíces clavadas en la historia, a diferencia de otras. La historia la vigorizaba en su secuela moderna, le proporcionaba su sustancia vital, la coloreaba de un matiz especial, con la verde e impresionante pátina del tiempo…).

Merendamos después. Había algo en la luz aquel día que rimaba perfectamente con el ambiente de la ciudad. Quizá todos lo notábamos inconscientemente. Y de aquí nuestro silencio; un silencio que parecía desusado, blanco, poroso.

—El día que yo tenga dinero no viviré aquí.

Don Mateo miró a Alfredo como si de sus labios hubiera salido una blasfemia.

Alfredo no se dio por aludido.

—Esta ciudad es aburrida, se cae de vieja.

El señor Lesmes no apartaba su mirada de Alfredo.

—¿No te gusta Ávila?

(Instintivamente miré hacia delante. El promontorio de Cuatro Postes se despeñaba a nuestros pies hasta alcanzar el río. Junto a éste se elevaban las copas aún verdes de susurrantes arboledas. Más allá, el terreno se encaramaba otra vez hasta llegar a la muralla sólida y amarilla. Encima y a los lados el silencio, un espeso silencio preservado por las nubes grises inmóviles en el cielo.)

—No; no me gusta esta ciudad. Aquí sería lo mismo tener dinero que no tenerlo. No hay lugar para gastarlo. Y sin gastar dinero no se puede ser feliz…

Sus palabras adquirían en aquel clima el valor detonante de las amapolas en un campo. Se escapaban del ambiente, desentonaban por su ambición de este clima sin apetencias.

—Hacen falta años para percatarse de que el no ser desgraciado es ya lograr bastante felicidad en este mundo. La ambición sin tasa hace a los hombres desdichados si no llegan a conseguir lo que desean. La suprema quietud con poco se alcanza, meramente con lo imprescindible.

Tenía el señor Lesmes la cabeza ladeada, recostada en uno de los brazos de la cruz de piedra. Una sonrisa de burla estremecía los labios de Alfredo. Sentí su codo contra mi pierna, repetidamente, haciéndome señas.

—Tal vez el secreto —añadió don Mateo— esté en quedarse en poco: lograrlo todo no da la felicidad, porque al tener acompaña siempre el temor de perderlo, que proporciona un desasosiego semejante al de no poseer nada. Debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos. Son, casi siempre, la causa de la infelicidad de los hombres.

Martina jugaba a mi lado con un montón de blancas piedrecitas. El codo de Alfredo seguía incrustándose en mi muslo con leves

intervalos. Adiviné que pensaba en los mil reales que mensualmente retiraba del banco don Mateo para atender al alimento de su cuerpo y de su inteligencia. La insistencia machacona de mi amigo hacía gorgoritear la risa en mi garganta. Un brillo triste iluminaba las pupilas del señor Lesmes conforme iba hablando.

—No es lo mismo perder que no llegar. Si os dan a elegir, quedaos con lo último. El hombre acostumbrado a dos, si le dan tres será feliz; si desciende a uno, apenas percibirá la diferencia. El habituado a diez si baja a tres difícilmente sabrá acomodarse a esta férrea limitación; si llega a veinte no por ello se incrementará su dicha, porque hay una raya en que, rebasada, las conquistas no proporcionan utilidad.

Súbitamente me contemplé como un ser que empieza a usar de la razón con lógica y clarividencia. Noté que mi cuerpo se destapaba como una botella y se hacía receptor de toda clase de influencias externas. Creo que, por primera vez, observé en un juicio humano la prodigiosa relación de causalidad, la lógica de un discurso razonado y fundado hasta la consecuencia extrema. Mas el codo de Alfredo contra mi muslo me hizo pensar que, pese a todo, también podría sonreír; o reír francamente a carcajadas hasta que el amargo pesimismo de nuestro maestro se deshiciese en la atmósfera como el humo. Martina había conseguido ya un aparente montón de piedrecitas blancas, y ahora lo admiraba con una especial reverencia. Fany hurgaba en unas basuras próximas. La tarde iba cayendo. Vimos encenderse detrás de la muralla el primer farol. Después surgieron otras muchas luces, verdosas, inciertas.

Me asusté al volver a escuchar la voz de don Mateo.

—Para el hombre de fe la dicha no es de este mundo. Se acomoda a los malos medios ante la esperanza de un buen fin. Y quizás esta esperanza le facilite mayor motivo de dicha que la que puede obtener aquel que busca, sin saciarse, hasta la última gota de placer. No; la realidad de la vida terrena no es para el creyente, pero tampoco para el vicioso. Para aquél la vida es una esperanza y un hastío para éste. La vida terrena es del hombre neutro; de quien no ha puesto la base de su felicidad en nada caduco, finito, limitado, aunque tampoco en una vida ulterior; de quien ha hecho de la vida una experiencia sin profundidad, altura, consistencia ni raíz...

Se detuvo un momento y prosiguió:

—Éste sería el ideal del cuerpo, el ideal del hombre si todo fuese materia. Mas habiendo detrás un alma, merced a la cual el cuerpo alienta, supone una aberración vivir sólo para el mundo.

Sonó un ladrido de Fany detrás de nosotros. De reojo observé a Alfredo, cuya cara estaba iluminada por una media sonrisa de escepticismo. Martina descendía a gatas del promontorio. Don Mateo

la vio y se levantó de un salto. Tomó en brazos a la tierna criatura y la besó en el trasero manchado de tierra. Oí una voz junto a mí.

—Vaya sermón.

Alfredo apenas podía contener la risa. Al ponerme de pie me obsequió con un tremendo pellizco en el brazo y un guiño expresivo.

Habló don Mateo:

—Creo que ya es hora de marchar.

El señor Lesmes retornaba, poco a poco, a su habitual y reservado estado de ánimo. La transición fue tan paulatina que me pasó casi inadvertida. Tomó el capacho con las sobras de la merienda y me lo confió a mí. Luego, agarrando a Martina de la mano, inició el descenso de la leve prominencia precedido por Fany, trotona e inquieta.

En el puente nos ocurrió un suceso lamentable. Un carro cargado de naranjas pasó a gran velocidad junto a nosotros. Tan rápidamente se nos echó encima que a punto estuvo don Mateo en dar la voltereta por la acitara. El susto de Fany se transformó, pasado el primer instante, en una ira incontenible que la impulsó a lanzarse en pos del caballo ladrándole junto a los cascos. Hubo un momento en que la vi entre las ruedas. Don Mateo la llamó, pero la perrita, obcecada, continuaba su estéril persecución.

—¡Fany!

El grito de Alfredo, interpolado de angustia, me estremeció. La perra se detuvo un instante y miró atrás. Todo lo demás aconteció en un segundo. La rueda del carro cargado aplastó una de sus pequeñas patas contra la calzada. Fany aulló de dolor y quedó tendida en la carretera, lamiéndose la pata lesionada mientras el carro se perdía en la oscuridad. Corrimos todos hacia el animal, que se estremecía en el suelo. Martina, Alfredo y yo llorábamos. Me conmovió aún más la aguda desesperación de la pequeña Martina. Yo abracé al animal izándole con cariño. Su pálida mirada agradecida renovó mis lágrimas que ya no me esforzaba en contener.

El trayecto hasta casa fue muy semejante a una procesión fúnebre. Yo en medio, con la perrita apretada contra mi pecho, rodeado de ojos empañados. Sólo don Mateo supo en esta ocasión imponerse a su tristeza; pero la expresión de su mirada de aquella tarde, cuando nos hablaba recostado en la cruz, había regresado a sus ojos. El timbre de sus palabras, empero, era absolutamente normal.

—Fany quedará coja.

Se marchitó la última esperanza. En un principio juzgué cruel al señor Lesmes, pero un instante después le perdoné, pensando que era aún más cruel alentarnos con una esperanza infundada.

—Aquí tenéis la demostración de lo que antes os decía. —(Aquilaté cuánto había cambiado el mundo en un minuto. Ahora

Alfredo no me presionaba con el codo, ni sonreía escépticamente. Y, sin embargo, el motivo subsistía)—. Si Fany hubiera nacido coja de dos patas hoy se sentiría feliz de poder disponer de tres. Pero Fany hace poco utilizaba sus cuatro patas…

Dejó la frase en el aire, pero todos, excepto Martina y seguramente la propia Fany, le comprendimos. Evidentemente había un riesgo en la abundancia e incluso en la misma normalidad.

Aquella noche, cuando don Mateo se puso a migar la cena de los peces, sus manos morenas y pequeñas se movieron más nerviosas que de costumbre.

VIII

Estoy seguro de que Alfredo, antes de dormirse aquella noche, sólo pensó en Fany. (Lo habíamos preparado todo concienzudamente para pernoctar. La perrita nos escrutaba con sus ojos melancólicos, haciendo el cálculo correspondiente e inevitable de si, en medio de todo, no la compensarían de tener una pata de menos, aquellas raciones extraordinarias, la posibilidad de dormir en un jergón mullido —privilegio que no conociera desde su arribada al mundo— y las miradas de conmiseración en que todos envolvíamos su patita machacada e, incluso, todo su ser físico.) Para Alfredo el lamentable acontecimiento del puente fue, sin duda, el suceso del día, el suceso que más le impresionase desde su internamiento en casa de don Mateo. De los demás actos de la tarde no le restaba ni el más liviano rescoldo; todo quedó enterrado tras la aguda percepción física, y la correspondiente impacción espiritual del atropello de Fany por una carreta. Probablemente ni se acordaría ya, tampoco, de que no hacía cinco horas que se desternillaba de risa y de que su codo se clavaba en mi muslo para subrayarme, irónico, todo lo que a mí pudiera pasarme inadvertido. Nada de esto recordaba ya Alfredo. Únicamente la imagen de Fany postrada, posiblemente dolorida, debió de ocupar un momento su cabeza antes de dormirse. El resto, las demás sensaciones de aquella tarde quedaron atrás, tan atrás en la historia de mi amigo, que de seguro no volvería a recordarlas hasta que un día, vacío por dentro y por fuera, le asaltasen estas rememoraciones que, en virtud de una sensación más realista y vigorosa, habían quedado postergadas en su día.

Alfredo roncaba a mi lado. Roncaba a los cinco minutos de tumbarse en la cama, olvidado de las horas efervescentes de la tarde. Sus ronquidos sonaban en la habitación regularmente; se iniciaban gruesos y guturales para terminar en un breve silbido, cada vez más agudo. Mi imaginación, un poco acorchada, daba a sus ronquidos la forma de un cono con la base en la boca de mi amigo y el vértice en cualquier ángulo oscuro del techo de la habitación...

Por mi parte yo no podía dormirme. Para mí el accidente de Fany no había sido un hecho aislado de los demás acontecimientos del día. Constituía un eslabón más en la sórdida cadena de causas y efectos que se me había manifestado por primera vez aquella tarde; la consecuencia externa del claro razonamiento de mi maestro. Entre las palabras de éste y el percance del puente había más de causalidad que de casualidad; más de relación que de azar. Adivinaba, detrás de todo

ello, la mano de Dios mostrándome por señas lo que la vida era y lo que de ella cabía esperar. Advertía diáfanamente que mi cabeza abandonaba el cómodo sesteo de la inercia de doce años y penetraba en un período de anómala actividad. Cesaba de moverme a impulsos, por instinto; el cerebro se erigía en centro rector de cada uno de mis actos y voliciones. Percibí, con toda claridad, el rompimiento del sello que hasta hoy había vedado el funcionamiento normal de mi cabeza, envuelta y sin mancha como una cosa sin estrenar. Ahora todo era distinto. Yo ya no sólo intuía, razonaba. Columbraba para la vida un alcance diferente al limitado horizonte color de rosa que, hasta este momento, limitara sus perspectivas. Por asociación de ideas, mi pensamiento escapó hasta la fábrica de harinas del otro lado de la muralla. Configuré mi cerebro de una manera semejante a aquel misterioso mecanismo, que ejercía sobre nosotros un inaudito poder de sugestión, adaptándolo a las proporciones de mi cráneo. Diminutas correas sin fin, engranajes minúsculos, lucecitas de colores, señalando bajo mi cráneo la repercusión de la actividad del mundo, enlazando unos hechos con otros que quizás a primera vista no tenían ningún punto de unión. Me encontraba a mí mismo como revestido de una capa de experiencia que Alfredo, por ejemplo, aún no había llegado a adquirir. Empezaba aquella noche a usar de la razón. Mi interior estaba de estreno, lo mismo que lo estaba mi exterior en la jornada bulliciosa del Domingo de Ramos. Presentí que comenzaba a hacerme hombre por dentro, hombre capaz de delimitar su consistencia espiritual en un instante dado, de relacionar «su actualidad» con todos sus precedentes y consecuentes, de dirimir la contienda íntima entre el bien y el mal, de tomar decisiones por sí mismo... Y noté que quien me había despertado era mi maestro con sus bien centradas palabras sobre la felicidad. Mi cabeza ya podía dilucidar entre la dicha y la desdicha. Sus circunvoluciones actuaban ahora bajo el riego de una sustancia que secretaba la razón. Analizaba el mundo y la vida desde un ángulo diferente al utilizado durante los doce años anteriores. Me sentía capaz de sopesar, ponderar y decidir; en una palabra, de valerme por mí mismo.

Y todo ello lo debía a la fría exposición de don Mateo. Había asimilado su lección en todas sus facetas, sus determinantes y sus consecuencias Sus palabras se habían volcado sobre mi ser, empapándole como si fuese una esponja. Casi me dolía la cabeza al iniciarse esta etapa discursiva. Percibía yo claramente, debajo de los huesos de mi cráneo, el palpitar de la vida, la puesta en marcha de la razón, la iniciación de una corriente poderosa que me hacía sentirme otro distinto del que hasta ahora había sido.

Un grito angustiado del otro lado del tabique detuvo el curso de mis cavilaciones. Martina debía de soñar con perritos atropellados a

cientos por conductores inexpertos y sin escrúpulos. Se contuvo la respiración gutural de Alfredo para retornar poco después más simétrica, más acompasada que antes. Pensé en la fuerza lógica de las aseveraciones del señor Lesmes. La felicidad o la desdicha era una simple cuestión de elasticidad de nuestra facultad de desasimiento. La vida transcurría en un equilibrio constante entre el toma y el deja. Y lo difícil no era tomar, sino dejar, desasirnos de las cosas que merecen nuestro aprecio. Aquí estribaban las posibilidades de felicidad de cada humano: en que su facultad de desasimiento fuese más o menos elástica, en que el hombre estuviese irás o menos aferrado a las cosas materiales. Por ello tal vez el secreto básico estuviese contenido en el hecho de no tomar nunca para no tener que dejar nada. Era un remedio negativo, de renunciación, pero, con certeza, el adecuado a mi calidad humana, desprovista de reservas y de capacidad de sacrificio. Lo cuestionable consistía en saber si el hombre tiene alguna probabilidad de subsistir sin aprehender nada, desasido de todo, desconectado de los seres y las cosas que le rodean; si el individuo es capaz de desarrollar su individualidad propia y primitiva sin necesidad de echar mano de recursos extraños a sí.

La cabeza empezaba a calentárseme restregada por el decurso de los primeros razonamientos. Quise imaginarme a un grano de trigo aislado de los demás granos, sin rozarse con ninguno, dentro de un saco; deseé poder concebir un punto de arena en una playa sin conexión alguna con otros puntos; quise aislar una molécula de agua en el seno de la mar, y no me fue posible. La realidad se me imponía con las armas de la lógica. Nada puede existir en el mundo sin una relación de dependencia, de coordinación o de mando. Todo está incrustado en un orden preestablecido, sometido a leyes fatales o voluntarias, pero que por sí hablan ya de una coordinación y un nexo al menos relativos. Deseé imaginarme a un hombre autónomo, independiente de otros hombres y de las cosas en un grado absoluto. Voló mi imaginación a un peñasco solitario del mar mayor del universo. Allí situé a mi hombre imaginario. Le di por oficio el de torrero del faro. Al momento se me impuso de nuevo, implacable, la fuerza de la realidad. Ese hombre venía de algún punto; naturalmente, de otro hombre. El faro debería arder de noche para evitar el naufragio de otros hombres. Sobre esto el torrero había de atender a sus necesidades ineludibles: comer, vestir, cultivar su espíritu. Ya estaba mi hombre encadenado; sujeto a la ráfaga interminable de la dependencia, de la conexión, de la fatal coordinación a otros hombres y a otras cosas. El hombre absolutamente aislado era inconcebible. En ese equilibrio entre el toma y el deja, no era solución posible el no tomar nada para no tener que dejar nada. La encrucijada del desasimiento, en más o en menos, había de llegar forzosamente para

todos.

Suspendió el avance de mis razonamientos un aullido lastimero. Agucé mis oídos pero no volvió a repetirse. Pensé si mi hiperestesia no me estaría jugando alguna mala pasada. Alfredo esta vez no se inmutó. Prosiguió roncando, proyectando sobre cualquier ángulo de la habitación el vértice de sus conos. Insensiblemente las correítas sin fin y las lucecitas de mi cerebro entraron nuevamente en actividad. En pequeño, exactamente igual que en las entrañas de la fábrica cuando la contemplábamos desde el puente. Ahora ya aquilataba, con un perfecto ritmo, el contenido de la vida. La imagen de otro hombre bulló en mi cerebro nuevamente y sus rasgos físicos coincidían cabalmente con los del torrero imaginario. Avanzaba por un camino estrecho y de repente le vi agacharse y tomar de la linde derecha una flor. Era una margarita; en su corazón amarillo cuatro letras decían «amor». Sonriente se la puso en el ojal y siguió adelante. Poco más allá se inclinó otra vez sobre la linde derecha y tomó otra flor: era una violeta. Otras cuatro letras se combinaban formando en su seno la palabra «hijo». Aún tomó otras tres violetas con la misma inscripción y después otras dos flores distintas en una de las cuales se leía «aumento de categoría y sueldo» y «salud» en la otra. Ésta era una amapola. Todas ellas las tomó el hombre con la sonrisa en los labios. De repente se dio cuenta de que la amapola estaba lacia, caída, marchita. Instantáneamente el hombre cesó de sonreír y arrojó la flor a la cuneta de la izquierda. Me percaté que se iniciaba el capítulo de las renunciaciones, del desasimiento. La margarita primero comenzó a perder poco a poco sus pétalos blancos. Suspiró el hombre y la tire lejos de sí. Pero aún continuaba avanzando camino adelante, con aspecto cansino y desmayado, pero apurando la colilla de la vida. Aún hubo de desprenderse el hombre de una de las pequeñas violetas. Al arrojarla el infeliz lloraba como un niño. Poco más lejos se tambaleó el hombre y quedó tendido en el camino. De súbito las tres pequeñas violetas que amorosamente guardaba en su mano se desasieron de su presión y se convirtieron, merced a algún maravilloso prodigio, en tres muchachos de mi edad. Uno tras otro, separados, tomaron el camino y siguieron adelante. Les vi agacharse más allá, arrancando también flores de la linde derecha del camino. Se iban transformando en hombres poco a poco. En plena metamorfosis ya observé que tenían que arrojar a la cuneta de la izquierda algunas flores tomadas antes de la linde derecha…

Ahora sí que había sonado un aullido quejumbroso. El recuerdo de Fany abortó las imágenes de mi fantasía. Volví a escuchar el aullido lastimero. Era tan tenue que únicamente yo, que velaba, hubiese podido oírle. Me incorporé de la cama y por tercera vez percibí el lamento. Introduje mis pies en las zapatillas y avancé hacia

la puerta tanteando en la oscuridad. Abrí de un tirón para evitar despertar a Alfredo. Se rebulló éste y tosió; aguardé a que sus ronquidos tomaran su regularidad normal. Luego me lancé a tientas por el pasillo y di la luz de la cocina. Las cucarachas, deslumbradas así inopinadamente, se quedaron quietas, aplastadas contra el suelo, pretendiendo disimular su negra presencia. Luego echaron a correr en distintas direcciones, escondiéndose en todos los resquicios. Me aproximé a Fany, que me observaba con su mirada cariñosa y triste. Su tenue quejido se repetía cada vez que se pasaba la lengua por la pata rota. La acaricié con una ternura que me sorprendió a mí mismo. La luz parda de sus ojos se posaba en mí agradecida:

—Pobre Fany… Duele, ¿verdad? Mañana estarás mejor.

La había cogido en mis brazos, y entonces advertí que temblaba. No dudé más. Apagué la luz y con Fany en mis brazos me trasladé a mi cuarto. Todos dormían. La acomodé como pude sobre mi lecho, cubriéndola con la manta. Yo me eché junto a ella oprimiéndola contra mi pecho. Me di cuenta entonces de que tenía la almohada muy húmeda y que yo estaba llorando acongojadamente. Fany se quejó, pegándoseme más al pecho.

—Fany, querida perrita… —le dije al oído suavemente—. Si hubieses nacido con dos patas rotas hoy sería el día más feliz de tu vida al verte con tres… Lo que cuesta es renunciar…

Martina dio un prolongado chillido desde su cama. Se inquietó un momento Alfredo y volvió a toser; luego retornó su respiración acompasada. Minutos después Fany y yo nos quedamos dormidos estrechamente abrazados.

IX

Iniciada la primavera llegaron unos parientes de doña Gregoria a pasar unas semanas con nosotros. Eran marido y mujer, aunque por su apariencia podría habérseles tomado perfectamente por madre e hijo. Ella era gruesa, barriguda, de aspecto setentón y cansino; él un magnífico tipo de hombre, ancho, corpulento y capitán de la Marina Mercante. A la sazón se había retirado, pero su retiro, lejos de entibiar el vigor de sus relatos, les daba calidades nuevas, frutos de la experiencia y de la imparcialidad de visión. Aquellas tres semanas fueron para doña Gregoria un espolazo que rompió con la reiteración obstructora de su vivir cotidiano. Se transformó en otra mujer. Se la veía más activa, más animosa, más agradecida de vivir e incluso más charlatana. La presencia de aquel primo postizo —las parientes reales eran las dos mujeres— renovaba sus bríos recordándole constantemente su condición de mujer. Gracias a ella Alfredo y yo podíamos enterarnos de muchas de las cosas que ocurrían en esos grandes pedazos de agua, por lo visto azules, que la humanidad llama mares. Nuestra patrona había escogido por estribillo aquello de que «la carrera de marino debe de ser muy bonita» y lo adhería siempre como remate de cada una de sus opiniones.

—La carrera tiene de bonito lo que tiene de triste —decía el marino—. Se está en perpetuo contacto con lo infinito y se posterga en cambio lamentablemente lo pequeño, lo estrictamente familiar e Mimo. Nuestra carrera le hace vivir a uno una mascarada perpetua. Siempre moviéndose, modificándose constantemente los rostros y los paisajes; el marino es como un forúnculo, aparece de improviso y se desvanece cuando empezábamos a acostumbrarnos a vivir con él. Jamás echa raíces en ninguna parte; y no las echa porque no puede. Yo jamás recomendaría, ni siquiera a un hombre de intensa vida interior, la carrera de marino. Un hombre habituado a la vida interna debe enraizar esta vida en los hechos externos que le afectan y que se repiten. Para el marino los hechos externos apenas si tienen influencia por su constante variabilidad.

—Así y todo, la carrera de marino debe de ser muy bonita.

El estribillo de la patrona aguijoneaba al visitante. Era una fórmula mágica para hacerle mover la lengua sin descanso. De esta manera sus narraciones se extendían a acontecimientos extraordinarios y a veces inverosímiles: incendios en alta mar, abordajes, devastadoras tempestades... Para Alfredo y para mi tuvo aquella visita un encanto indescriptible. Nos movíamos entre

misterios, entre paisajes y cosas lejanos y desconocidos. Empezando por el mar todo era un misterio para nosotros. Habíamos leído últimamente algunos libros de aventuras de carácter marinero y esta visita se nos antojaba como un puente que nos llevaba de la cumbre de la fantasía a la de la realidad, en la cual podíamos palpar y sobar a nuestro gusto todas las estremecedoras mentiras que habíamos saboreado anteriormente en letras de molde.

Doña Servanda, la esposa del marino, solía dormirse en las tertulias de sobremesa, en las que su marido tensaba los nervios de Alfredo y míos con sus estupendos relatos. Se dormía con sus manazas gordas y chatas tumbadas sobre su vientre hinchado, respirando de una forma tan brutal que las tempestades que el marino describía con fiel detalle encontraban en los resoplidos de la dama una representación sincera y próxima de la potencia del huracán. Esta desatención hacia las heroicidades maritales me dio pie para sospechar que nadie resta tanto vigor y mérito a las hazañas de los hombres como las personas que completan el círculo reducido de su clan familiar.

En cambio, para nuestro maestro, los relatos de don Felipe se ofrecían también poblados de alicientes, aunque su curiosidad tuviese un sentido diferente al nuestro. Se interesaba mucho por el comercio de exportación y de importación, el sistema complejo e intrincado de la imposición aduanera, los peces voladores y otras especies marinas y, sobre todo, por cuál era actualmente la inclinación de la balanza comercial entre España y las naciones del Oriente Medio. Cuando el pobre don Felipe se enredaba en estas cuestiones sufría congojas de muerte. Su rostro curtido comenzaba a sudar y el pañuelo que utilizaba hacía sus viajes a la frente de su dueño con más frecuencia que cuando éste se extendía, por ejemplo, en documentados pormenores de escenas movidas y sangrientas.

Una tarde don Mateo llevó a sus huéspedes a ver la ciudad. Alfredo, Martina y yo nos quedamos en casa. Doña Servanda no admitió la excursión hasta que le fue garantizado que los pies no serían usados para el trayecto. Regresaron a altas horas de la noche, haciéndose lenguas los forasteros de las maravillas arquitectónicas que Ávila conservaba entre sus murallas. Naturalmente, habían hecho un alto en Cuatro Postes para recrearse en la contemplación de la ciudad lejana. Lo que más había sorprendido a doña Servanda era que media ciudad estuviese amurallada y la otra media no. Alguien intentó hacerle ver que la primitiva Ávila estuvo toda ella tras los muros de la fortaleza. Alegó doña Servanda en apoyo de su tesis que si esto era así, cómo nos explicábamos que fuera de los muros hubiese edificios más viejos que dentro de ellos. En el terreno de la dialéctica doña Servanda era terca como una mula. Cuando su contrincante quiso

hacerle ver la carencia de base de su argumento, doña Servanda cubrió su vientre voluminoso con sus manos rollizas y se quedó dormida.

Acto seguido don Felipe se puso a contar la maravillosa perspectiva de la villa oteada desde Cuatro Postes. Don Mateo le advirtió que cuando había que ver la ciudad desde este lugar era en invierno, con nieve y luz de luna. (Al hacer el señor Lesmes esta indicación observé que las visitas jamás tienen la fortuna de encontrar nuestras cosas bellas en su fase de mayor belleza y plenitud. Siempre, fatalmente, por pitos o por flautas, hay algo que las desluce, que las achica, que les falta, que les merma sus cualidades sobresalientes y únicas.) Insistió el marino en que, a pesar de los pesares, Ávila, vista desde Cuatro Postes, era un monumento histórico y artístico de valor considerable. Nuestro maestro hizo hincapié en que no podía haber comparación entre lo que habían visto y lo que podrían ver si se animaban a volver para el invierno siguiente, cuando la ciudad alienta bajo la presión de la nieve y la luna se mira en los tejados, pálida y deslucida como un espectro de sí misma.

Don Felipe acabó por asegurar que volverían al invierno próximo si ello les era posible. Y en vista de que doña Servanda no cesaba en sus profundas inspiraciones y sus huracanadas espiraciones, optamos todos por marcharnos sin más a nuestras habitaciones. Apenas me vi a solas con Alfredo le expuse la idea que había germinado en mi mente momentos antes:

—Tenemos que ir a Cuatro Postes una noche de invierno, cuando todo esté nevado y la luna brille en el cielo.

Me miró Alfredo como quien mira a un ser extraño.

—No podremos hacer esto; tú lo sabes. Doña Gregoria no nos deja salir de noche y menos cuando haya nieve en la ciudad.

Me reí de la puerilidad de Alfredo. Mi proyecto iba más lejos de la sumisión y la obediencia. Era más osado y mucho más vasto. Le miré a la raya donde se juntaban sus cejas casi blancas y dije con aplomo:

—Nos escaparemos cuando todos duerman. Nuestra ventana queda a metro y medio del suelo. Nadie se dará cuenta de nuestra fuga. Así será una aventura completa.

Brillaron de ilusión sus ojos claros y la expresión de su rostro me indicó que si de él dependiera desencadenaría ahora mismo una nevada de copos como platos e izaría sobre aquel cielo tibio de abril una luna pálida, glauca y enfermiza como la que salta sobre el firmamento en los meses helados de invierno. El ver aprobado con tanta facilidad mi proyecto me llenó de regocijo. Aquello, mi idea sin madurar aún, cobraba visos de posibilidad con la espontánea y vehemente adhesión de Alfredo. Nos desnudamos proyectando

nuestros comentarios sobre el deseado futuro. Alfredo se me puso delante, súbitamente, cogiéndome los hombros con sus manos:

—Además podremos ver la fábrica de noche. ¿Verdad que no habías pensado en ello?

Tanta dicha en lontananza me parecía excesiva para ser cierta. Sobre la ilusión de la escapatoria, sobre el encanto de deslizarnos por las calles heladas una madrugada de luna, sobre la increíble satisfacción de poder recrear nuestros sentidos sobre la ciudad hermética, silenciosa y nevada, venía ahora este complemento, alentador y sugestivo, de poder atusar con nuestras manos la mole de la fábrica, callada y oscura, de la misma manera que si se tratase de un monstruo dormido. Nos metimos en la cama quitándonos recíprocamente la palabra de la boca. Tanto era lo que nos iba en aquella proyectada expedición que de habernos asegurado alguien la imposibilidad de realizarla como pensábamos, creo que hubiésemos enflaquecido de tristeza. Aquella noche nos dormimos sin rezar. Yo soñé con unas brujas simpáticas, vestidas de blanco, que se paseaban en sus escobas volando de alero a alero. Todo estaba cubierto de nieve y la luna, que lucía demacrada y lánguida en el cielo, era el perfil de otra bruja que había fallecido repentinamente la noche anterior al trasladarse de la Tierra a Marte. Alfredo, según me contó a la mañana siguiente, soñó también cosas extrañas. Hacíamos una excursión nocturna a Cuatro Postes, pero ni Cuatro Postes era Cuatro Postes, ni Ávila Ávila, ni nosotros éramos nosotros mismos. Tanta falta de lógica y de sinceridad disminuyeron mi interés por el sueño de Alfredo. Casi no le entendí lo que se esforzó en relatarme, coaccionado por ese desasosiego turbador de irrealidad que producen los sueños. Resultaba que allí nadie era nadie; ninguno, ni el escenario siquiera, disfrutábamos de una personalidad permanente y acusada, ni en definitiva, el sueño fue sueño, sino una pesadilla.

A la mañana siguiente vino Fany a arañar la puerta de nuestro cuarto. Alfredo se tiró de la cama y la dejó penetrar. Fany no acusaba ya la depresión de los primeros días en que se vio forzada a prescindir de una pata. Ahora era feliz con tres y la realidad de una vida soportada a pipiricojo no parecía sumirla en la triste melancolía de la desgracia que fue y pudo ser evitada. Desayunamos con ella y luego la expulsamos de nuestra vera constreñidos por la precisión de preparar nuestras lecciones.

A la hora de comer, doña Gregoria se presentó indignada. Acababa de beber en la fuente informativa de *La Ilustración Española y Americana* y ansiaba orientar su juicio crítico hacia algo concreto que debía de estar corroyéndola como un cáncer.

—Esto es el colmo —dijo tan pronto como terminamos de sentarnos todos en derredor de la mesa. Hubo un silencio embarazoso,

buscado de propósito por doña Gregoria—. Por lo visto, ahora en Barcelona es moda llevar el viático en automóvil. Acabo de leerlo. Apenas conozco estos artefactos, pero me parece de lo más impropio y de lo menos respetuoso.

Infló el vientre doña Servanda. Seguidamente lo contrajo para no robar tanto espacio en el ambiente a las ondas de su voz.

—Cosas de la civilización.

El marino, que de todo entendía, terció seguidamente.

—La civilización en lo que atañe al espíritu es regresiva.

Le gustó extraordinariamente esta frase a don Mateo, quien se creyó en el deber de echar su cuarto a espadas.

—Estoy de acuerdo con usted. El hombre se engaña en su bienestar material; no quiere entender que el progreso de la materia requiere un substrato espiritual en que apoyarse. De otra manera se edifica en falso, incurriendo en el peligro de que todo se venga abajo en el momento menos pensado.

Doña Gregoria sonrió orgullosa de la polvareda que había armado. Los contempló a todos con sus ojillos naturalmente inexpresivos, inescrutables, hipócritas. Don Mateo migaba ahora el pan en su palma morena.

—Yo no entro con estas novedades; de seguir así, día llegará en que todos volaremos por los aires.

Después de pronunciar esta frase doña Servanda dio libertad a su vientre para que se expansionase. Doña Gregoria vio oportunamente el nuevo punto de apoyo. Se limpió sus morritos con la servilleta y añadió:

—Lo que yo digo; de seguir así no tardaremos en ver el Santísimo elevarse en un aerostato para acudir en socorro de un moribundo. Y esto no está bien. A mi parecer los Sacramentos son antes y por encima de la civilización —concluyó rotundamente—, aunque ésta llegue a perfeccionar el aerostato y a rodear sus movimientos de las máximas garantías.

Nuevamente intervino don Felipe:

—Y eso que ustedes no deben quejarse; viven aquí como en plena Edad Media.

Suspiró el señor Lesmes. Tampoco le disgustaba tocar este tema.

—No vaya usted tan lejos. Aquí se percibe mejor que en ninguna otra parte el rapto de nuestros valores espirituales por la civilización. Tal vez porque hasta las piedras encierran estos valores. Yo, por muchas vueltas que le dé, siempre acabo imaginándome la civilización como una máquina que, como cualquier parásito, va chupando a nuestros espíritus las mejores sustancias para convertirlas en automóviles, aerostatos, cinematógrafos y otros extraños aparatos que constituyen la monumentalidad del más puro materialismo. En

resumidas cuentas, en virtud de la civilización, el espíritu deviene materia prima para ser transformado en productos de una utilidad exclusivamente corporal.

Aquello empezaba a ponerse pedante, fatuo y aburrido. Me miró Alfredo y me guiñó un ojo. Conocía la contraseña y dejé caer al suelo un tenedor. Bastó este leve cataclismo para que doña Gregoria advirtiese nuestra presencia, interrumpiese la tertulia para mandarnos a nuestra habitación, y nos liberase, con ello, del sopor y la atonía de aquella conversación tan poco interesante. Sospecho que la caída del tenedor sirvió también de disculpa a doña Servanda para dormirse. Creo más: don Felipe supo igualmente aprovecharse de la confusión originada para huir de un tema que no aparentaba tampoco divertirle demasiado. La cajita de música de doña Gregoria dejó oír sus notas a los diez minutos escasos de habernos retirado Alfredo y yo. Esto me demostró que la reunión estaba completamente desarticulada. Me sentí orgulloso de la buena obra que con tanto éxito acababa de realizar.

X

De la estancia de doña Servanda y don Felipe me quedaron dos deseos inmoderados: el de conocer el mar y el de contemplar la ciudad nevada desde Cuatro Postes en una noche de luna. No obstante, la sujeción a una línea de conducta establecida de antemano y la imposibilidad de ver realizados estos deseos de momento terminaron por desplazarlos de mi cabeza, quedando relegados a una ilusión sin posibilidades prácticas de ninguna clase.

Con el advenimiento de la primavera se reanudó la costumbre de los largos paseos dominicales. Don Mateo, al frente de la patrulla, embutido en su traje negro de corte detestable, capitaneaba el grupo. Fany brincaba a nuestro lado, sin echar de menos la pata que se llevara por delante aquella malhadada carreta de naranjas. Opiné para mi fuero interno que la facultad de desasimiento de la perrita era extraordinariamente elástica y muy desarrollada.

Un día pasamos por los Deanes y nos encaminamos al cementerio. La tarde, soleada y tibia, se dejaba mecer por la brisa acariciadora que a soplos fugaces bajaba de la Sierra. Al dejar atrás la ciudad me empapó un frenético deseo de vivir mil años aferrado a este día, a este minuto, a este instante. Seguramente preveía para mi ser un futuro muy amargo cuando con tan poco me conformaba. Los chopos a ambas orillas del paseo prestaban refugio a millares de gorriones que se perseguían entre las ramas. A derecha e izquierda el campo se coronaba de crestas de granito que a veces, en virtud de una casual aglomeración, adquirían la prestancia de arcaicas ciudades destruidas. Conforme disminuía la distancia que nos separaba del camposanto se incrementaba el intenso golpear de los canteros contra la piedra. (Con parsimonia daban forma geométrica a un pedrusco de granito con la luctuosa idea de que en su día sirviese para poner frontera entre un muerto y los que detrás le supervivían. Pensé que son muchos los vivos que viven a costa de los muertos; que sobre sus desechos carnales hay muchas industrias establecidas, aupadas por la fatalidad del desenlace.) Al descender una suave ondulación del terreno, que imperceptiblemente habíamos ascendido, me di cuenta de que la ciudad desaparecía de nuestra vista. Diríase que los vivos nada querían saber de los muertos, ni los muertos de los vivos; deseaban ignorarse mutuamente, habitar cada cual su zona de aislamiento. Aprecié en la actitud de los vivos un punto de feroz egoísmo, un comportamiento desaprensivo y suicida. Convenía, a mi entender, a los vivos tener siempre presentes a los muertos para asimilar y

aprovecharse de la experiencia acumulada en sus cuerpos en descomposición. Los muertos siempre sabrían algo más por el simple hecho de haber vivido ya. Sus lecciones podrían tener un contenido de escarmiento para los que quedasen detrás. Vi a lo lejos una arboleda surgiendo junto a una tapia, la cual daba acceso a su interior por una alta verja de hierro. Era el cementerio. Contra mi rostro chocó una vaharada de indecible paz; la paz augusta, ininterrumpida, de los muertos. Imaginé la algarabía que existiría detrás de aquel paredón, de ser vivos en vez de muertos los que allí se albergaban. Ya más próximos leí arriba de la verja la inscripción «Cementerio Católico».

Había ya debajo de la arboleda de la entrada un penetrante olor a pino a pesar de no ser pinos los árboles de la arboleda. Me pasó por la imaginación la idea de que los cuerpos en corrupción podrían exhalar este olor y sentí náuseas. Luego, dentro ya del cementerio, observé que los pinos estaban allí en fraternal camaradería con los cipreses, cobijando bajo sus sombras las losas grises de las tumbas. Era la primera vez que entraba yo en un camposanto y la simétrica manera de esparcirse las moradas de los muertos me llamó poderosamente la atención. No era que yo hubiese supuesto otra cosa, sino que me impresionó que se observase para con los cadáveres una disciplina tan austera, tan rígida, como si el lugar de su descanso fuese un campamento militar. Sobre mis espaldas empezaba a pesarme el calor de la tarde. El camino había sido largo y la temperatura primaveral se hacía excesiva después del ejercicio. Avanzábamos por el paseo principal y a izquierda y derecha se alineaban los panteones y las tumbas. Gravitaba sobre mi ánimo en aquellos minutos una impresión definida que tan pronto me parecía de una paz con ausencia de todo, como de agobio y fatiga espiritual. Algunas tumbas estaban circundadas por combadas cadenas sujetas a unos prismas de granito en las esquinas. No sé qué me daba pensar que allí debajo, entre los primeros estratos de tierra, existiría un osario impresionante de despojos humanos: fémures, tibias, cráneos pelados, cuerpos en semiputrefacción... Y todos aquellos huesos habían un día formado parte de un cuerpo armonioso, pleno de vigor y movimiento. Y seguramente habrían penetrado también alguna vez en el refugio de los muertos anteriores a ellos impregnados del mismo sentimiento, mezcla de repugnancia y respeto, que ahora me invadía a mí. El señor Lesmes se detuvo y se volvió a nosotros.

—Esperadnos aquí; Martina y yo vamos a acercarnos a la tumba de mis padres... Volveremos en seguida.

Y se alejaron lentos; don Mateo un poco más enlutado que de costumbre, con un luto que se le metía hasta el alma; Martina, inconsciente, ajena al lugar y al tiempo, expulsando a empellones de su mente, por descabellada, la idea de que su padre hubiera podido

ser hijo alguna vez.

Alfredo y yo nos detuvimos casualmente ante un severo panteón. En la losa, como las gacetillas de un periódico, se sucedían las líneas de letras negras, en las que constaban las fechas en que la muerte había bajado a la tierra a vendimiar. Muchas cruces, muchas fechas, muchos apellidos iguales. Quise remontar mi imaginación hasta el último superviviente de aquella castigada familia. También él había precisado una inagotable reserva en su facultad de desasimiento. Uno a uno los muertos sumaban cinco en tres años. Desvié mi mirada y veinte metros más abajo vi la silueta de don Mateo recogida ante una tumba gris. En la cabecera tenía la losa una cruz metálica ribeteada toda ella por una ranura que la taladraba de lado a lado. Entonces me percaté de que yo no había orado en mi vida por mis padres. Nadie me enseñó a hacerlo y hay cosas que no pueden aprenderse solo. Advertí que nadie había pretendido nunca fomentar mi cariño hacia ellos, ni me habían comunicado siquiera qué tierra guardaba sus cenizas. Me había considerado siempre como un ser independiente de otros, había aceptado desde un principio con la mayor naturalidad el que unos seres nazcan con padres y otros no. El choque con la realidad me dejó perplejo. Experimenté un deseo vehemente de saber algo de ellos, por lo menos en qué lugar del mundo se habían convertido sus huesos en barro. Luego este afán hizo crisis. Renuncié fríamente al ansia que me embargaba, pensando que lo que la Humanidad tapa no es aconsejable lo destape el hombre aislado.

A mi lado Alfredo tenía su mirada atemorizada por las losas que nos rodeaban por todas partes. Me tocó de improviso en un brazo.

—Mira.

Su boca se retorcía en una marcada mueca de repugnancia. Miré hacia donde me indicaba. En la losa de detrás de mí, cruzada por la sombra alargada de un ciprés, se leía este epitafio:

El niño Monolito García
murió en aciago día
víctima de una terrible disentería.

Escupió en el suelo.

—Me da asco la gente que hace bromas con los muertos. Alfredo había empalidecido y temblaba como las hojas aciculares de los pinos. Le arrastré fuera del cementerio y nos sentamos a la agradable sombra de una acacia. Tardó un rato en serenarse. Cuando se decidió a hablarme había un estremecimiento extraño en su pronunciación.

—Desde luego, el día que yo me muera, que me entierren al lado de un pino, ¿me oyes, Pedro?

Me molestaba la contumaz presencia de la muerte, este lúgubre aleteo de la parca fría e implacable. Alfredo prosiguió:

—Me moriré antes que tú; soy mucho más flojo.

Como tantas otras veces que Alfredo hablaba así procuré tomar a broma sus palabras:

—¡Qué de tonterías dices!

—Te aseguro que no son tonterías. Los cipreses no puedo soportarlos. Parecen espectros y esos frutos crujientes que penden de sus ramas son exactamente igual que calaveritas pequeñas, como si fuesen los cráneos de esos muñecos que se venden en los bazares.

Su voz me entraba hasta el corazón como una aguja afiladísima y fría. La sonrisa que alentaba entre mis labios debió de trocarse en una fea mueca macabra.

—Quizá tengas razón.

—Sí, de todos modos prefiero descansar bajo el aroma de un pino. Su sombra es otra cosa: más redonda, más repleta, más humana... Es una sombra como la que proyectaría doña Servanda si hubiese nacido árbol. Más simpática de todas maneras...

Los dos guardamos silencio como si estuviésemos midiendo las exactas dimensiones de la última frase: «más simpática de todas maneras...» Las salidas de Alfredo tenían la particularidad de desmoralizarme. Bien pensado, su deseo de dormir el sueño eterno a la sombra de un pino era un capricho tan particular que no merecía la pena de discutirlo. No obstante, su insistencia sobre un tema tan descarnado, el ambiente que nos asfixiaba, habían acabado por ponerme nervioso. No quería aceptar, ni en supuesto, la posibilidad de que algún día Alfredo tuviera que separarse de mí para siempre. Prefería no pensar en ello, sobre todo ahora que cualquier minúsculo contratiempo, cualquier frase nueva e impremeditada, bastaban para desvelarme durante toda una noche.

Agradecí por ello el regreso de Martina y el señor Lesmes. Al verles a nuestro lado experimenté unas ganas locas de vocear al viento con todas mis energías. Tentado estuve de rogar a don Mateo nos llevase muy lejos de allí para merendar. Empero era él quien mandaba y con seguridad no le hubiese agradado la idea de continuar andando, teniendo en consideración que la pequeña Martina debía regresar en sus brazos. Encontré por tanto natural que nuestro maestro se detuviese justo en lo alto de la prominencia desde la que se dominaba por una vertiente la ciudad y el camposanto por la opuesta. Herían nuestros oídos los rítmicos golpes de los doladores al modelar la piedra. Semejaban el latido violento del corazón de un hombre metálico, o el tictac de un reloj de fabulosas dimensiones. Aquel golpeteo no me gustaba tampoco. Renovaba la presencia de cosas que hubiera querido tener en aquel instante muy lejos de mí. Apenas

sentados tuvimos que levantarnos. Por el camino cruzaba un cortejo fúnebre. Pocas personas acompañaban a la carroza. Llamó mi atención el aspecto de un hombre joven, enlutado, que caminaba automáticamente tras el difunto. Era su abatimiento tan acusado que se diría que la muerte, no contenta con robarle a un ser querido, le había marcado a él con la impronta de su soplo gélido. Cruzó el cortejo frente a nosotros. Don Mateo se descubrió y Alfredo y yo nos santiguamos.

—Ahí tenéis un viudo bien joven —dijo el señor Lesmes cuando se alejaban.

Ningún otro desenlace me hubiera sorprendido tanto. Pensar que aquel hombre era ya viudo se me hacía tan increíble como si me hubiesen asegurado que Alfredo iba a ser nombrado almirante en jefe de la flota británica en el Mediterráneo. El señor Lesmes aprovechó la coyuntura para hincar en nuestras almas uno de aquellos lapidarios apotegmas a que era tan aficionado.

—Las bodas no serían tan frecuentes ni se adornarían con detalles tan superfluos e insensatos si los novios pensasen en su día que uno de los dos ha de enterrar al otro.

Creo que esta verdad tremenda nos impresionó momentáneamente tanto a Alfredo como a mí. Nunca se me había ocurrido pensar en ella por más que su simplicidad y evidencia fuesen aterradoras. Quedé en suspenso con el bocadillo a mitad del camino de mi boca, planeando en mi interior la decisión de sostenerme por toda la vida en un indeclinable celibato. Pulsé la necesidad inmediata de desahogar mis energías en cualquier ejercicio muscular. Me incorporé y me puse a tirar piedras sobre un próximo menhir, izado por la Naturaleza. A pesar de que mi conducta fue algo insólita y extemporánea, don Mateo y Alfredo me contemplaron como si estuviese llevando a cabo la acción más natural del mundo. Admitieron mi ejercicio de desfogamiento como una necesidad biológica de la que también ellos estaban precisados. Al reclinarme de nuevo en el suelo, Fany, que había echado a correr tan pronto inicié el ejercicio, se presentó a mí portando un trozo de granito en la boca. Me conmovió que el animal supusiese que yo solamente había estado tratando de jugar. La palmeé en el lomo y ella se tumbó a mi lado, pendiente la lengua por el esfuerzo y con el trocito de granito entre su mano sana y el muñón retorcido de la otra.

Declinaba el día cuando don Mateo decidió el regreso. El cielo ofrecía a aquella hora un contraste pintoresco muy bello. Sobre las puntas aún blancas de la Sierra se veían unas nubes rojizas teñidas por el sol que ya se había ocultado. La ciudad amurallada se recostaba sobre el fondo rosáceo del cielo con toda su impresionante altivez de reliquia donde se amontonaban los siglos en portentoso equilibrio. El

señor Lesmes se detuvo un momento y aspiró profundamente la brisa que venía de la Sierra.

—Éste es el lugar más sano del mundo —estalló jubiloso.

Martina, encaramada en sus hombros, no entendió bien la alusión de su padre. Nosotros le miramos fríamente, como él me había mirado poco antes cuando arrojaba piedras como un loco contra un enemigo imaginario. Pensé que también él se estaba desfogando.

—¡Nadie lo querrá creer, pero hasta los muertos de Ávila son más sanos que los vivos del resto del mundo!

Hacía el efecto de que el señor Lesmes tenía la cabeza tan poco firme como la noche que festejáramos nuestros aprobados. Alfredo me detuvo para dar tiempo a que ellos se alejasen.

—¡Está trastornado!, ¿has oído la tontería que ha dicho?

—¡Bah!, es una frase.

Alfredo se irritó un poco:

—Ya lo sé que es una frase, pero es una frase tonta. Eso es lo que digo.

Procuré aclararle el sentido que yo daba a la palabra *frase*, pero él me respondió algo airado:

—¡Todo son frases!; pero decir que unos muertos, de donde sean, son más sanos que unos vivos, de donde sean también, es idiota, ¿no comprendes? Si los vivos están vivos es porque están más sanos que los muertos, de otra manera se hubieran muerto también...

Me reí a carcajadas, más de la tozudez de Alfredo que de su razonamiento inefable. Él se unió a mis carcajadas y cuando entramos en la ciudad habíamos olvidado en apariencia la excursión, los muertos y las «frases» de nuestro profesor. Alfredo me llamó la atención de repente:

—Las de Regatillo siguen en el mirador, ¡míralas! ¡Si se enterase doña Gregoria...!

Charlaban las jóvenes como loritos desde su mirador abierto a la calle. Varios petimetres rondaban por allí como moscas alrededor de un pastel. De improviso me hizo el efecto de que una de las jóvenes arrojaba a uno de los gomosos una llamativa rosa. El gomoso la asió en el aire, la llevó primero a la nariz, luego al corazón y emitió un prolongado suspiro, pretendiendo demostrar a la joven que se hallaba a punto de desmayarse. Las risas de lorito se multiplicaron arriba, y por asociación de ideas pensé otra vez en el inevitable berrinche de doña Gregoria de haber sido testigo de toda esta operación.

Cuando nos adentramos en nuestra silenciosa plazuela me di cuenta de que estaba físicamente agotado. Instintivamente dirigí una mirada a la hornacina con sus cuatro figuritas inmóviles, iluminadas por la luz verdosa del farol. Doña Gregoria nos esperaba con la cena puesta sobre la camilla. Apenas si sentía algún apetito, pero mi

patrona por nada del mundo nos hubiese dispensado aquella noche de excusar nuestra presencia. Tenía que decir algo: criticar o pedir, pero algo había; se barruntaba en las prisas que se dio para que todo estuviese dispuesto y en el temblor de su labio inferior reteniendo la palabra.

—Mateo —dijo de repente—, Leonor ha pasado la tarde conmigo...

El señor Lesmes no añadió nada. Sabía que esto no era más que un preámbulo, que lo interesante vendría después.

—Por lo visto hace tiempo que sale en Madrid un periódico nuevo.

—¿Revista?

Nuestro maestro dijo «¿Revista?» por no dar la sensación de que procuraba frenar a su mujer.

—No, no, diario... y, por lo que ha dicho, sumamente interesante... Trae «Ecos», sección de «Gran Mundo», «Política», «Sucesos», «Teatros» y además unos grabados magníficos. Llega aquí el mismo día que sale de Madrid... La suscripción cuesta seis reales al mes... Barato si tenemos en cuenta...

—¿Cómo se llama?

—«ABC»; bueno, son letras, pero no hagas mucho caso que sean ésas...

Don Mateo puso un gesto de extrañeza:

—Pero ¿no es un periódico de chicos?

—No, no..., de mayores, de personas mayores. Un periódico magnífico, créeme. Yo creo que «nos» convendría suscribirnos.

Me pesaba el sueño en los ojos, pero aún tuve tiempo de ver cómo doña Gregoria se salía con la suya. Y no es que yo tuviese ningún reparo contra la nueva publicación, pero me pareció que poner en manos de mi patrona un periódico diario suponía armar a la crítica hasta los dientes. Sin duda doña Gregoria hablaría algo más de día en lo sucesivo.

XI

A partir de la excursión al cementerio no volví a disfrutar en casa de don Mateo de un minuto de tranquilidad. La idea de la muerte iba amoldándose a los límites, cada vez más amplios, de mi razón; iba adquiriendo consistencia y fuerza, invadiendo toda mi existencia psíquica; informándola en todas sus manifestaciones. Esta idea posibilitaba mi entera comprensión de la exacta teoría del desasimiento. Al hombre, por el mero hecho de vivir, le era necesario aprender antes a deshacerse de todo con una sonrisa de escepticismo. La vida y el mundo corrían lo mismo en la felicidad que en la desgracia. Nadie podía dormirse en la euforia del optimismo o en la angustia del dolor; la corriente de la vida le arrastraría sistemáticamente hasta expulsarle de su cauce por nocivo y anormal. Había que seguir la corriente, parear la existencia íntima con el impulso vital que animaba a la masa humana. Las exigencias de la vida privaban en cierto modo al hombre de su albedrío; le hacían esclavo de una voluntad gregaria, que no goza ni siente, sino que va; va en un sentido o en otro, arrastrada por las circunstancias del momento, accionada por causas absolutamente extrañas a su voluntad. La realidad de la vida, despótica y hosca, no nos autorizaba a vivir con el muerto al hombro. Había que desprenderse de él, desasírnosle, para que su lastre no nos hiciese romper la armonía de la corriente vital.

Entonces pensaba en todas estas cosas a mi manera. Tenía cumplidos los doce años, mas mi carácter introverso y pensador me sumergía frecuentemente en estas zozobras y dudas. No quería creer que en un plazo más o menos largo la vida me pediría a mí las cuentas que diariamente exigía a los demás. Pensaba que era la muerte el fenómeno terreno más terrible y frío. No hallaba trabas en todo lo demás que la existencia pudiera solicitarme un día. Mi misma desaparición no me turbaba lo más mínimo. Creía en Dios por encima de todas las cosas y esperaba confiado en su bondad y misericordia infinitas. Pero el hecho de meditar en que tarde o temprano tendría que desprenderme de los que amaba me obstruía el juicio.

Decidí muchas veces no anudar mi existencia al mundo que habitaba, no asociarme a los hombres con raíces profundas; llegar a la muerte con el menor lastre posible y que la muerte de los demás rebotase en mí como un suceso indiferente y frío. En estas ocasiones una voz interior me anunciaba que podría aún prescindir de mucho, pero que ya no me sería posible dejarlo todo. Alfredo, en la cama de al lado, pregonaba la sinceridad de este juicio. Su respiración jugaba

conmigo aquellas noches un juego de pesadilla. De día solía encontrarle delicado y quebradizo como una caña. En ocasiones buscaba cualquier disculpa para abrazarle; pero, en realidad, lo que tanteaba era el progreso casi nulo de su endeble constitución. Imaginaba que era una criatura excesivamente pálida para ser viable, demasiado transparente para poder contener dentro el germen de una vitalidad normal.

Algunas noches, en la laxa obscuridad de la habitación, mis nervios se tensaban y la atmósfera cobraba una densidad injustificada por encima de mí. Quería oírle respirar con una respiración acompasada y perfecta. Empero sus respiraciones se me antojaban entrecortadas, salteadas de fallos y de silbidos extraños. En estos casos me incorporaba dando la luz. Le veía entonces con su faz blanca pegada contra la almohada, agarrándose con los dedos de su mano izquierda la ceja albina del mismo lado. Apagaba la luz y me acomodaba, boca arriba, con todos mis sentidos expectantes, febriles. De repente Alfredo se inquietaba y tosía dormido dos o tres veces. El corazón se me paralizaba y supongo que mi rostro se pondría más pálido que el de mi amigo. Me quedaba quieto a la caza de cualquier movimiento inconsciente de Alfredo, hasta que, sin yo advertirlo, mi cabeza, agobiada por una actividad cerebral excesiva, enhebraba otra vez el curso de uno de sus morbosos y torpes razonamientos.

En toda aquella temporada recordé mucho al joven viudo del día de la excursión. Le veía con un gesto de abatimiento, entregado a las garras de su dolor. Su rostro lívido, descompuesto, sin afeitar, se me aparecía a menudo en aquellas noches en blanco. Delante iba la carroza fúnebre sosteniendo una caja de un contenido inefable. Una caja austera rebozada de una presencia ultraterrena considerable. Pensaba que sobre ser rígida la muerte, los vivos la adornábamos con un lujo de atributos lúgubres excesivos. Todo era negro a su alrededor: carroza, vestido, hasta los caballos; todo, excepto la peluca blanca del espectral auriga. La caja debería de ser roja, azul cuando menos —imaginaba—, para celebrar debidamente el primer contacto del alma con Dios. Mas el mundo organizaba los duelos para los que quedaban. La muerte para el muerto era un acontecimiento de infinito valor si el desligamiento del alma y el cuerpo se había efectuado al amparo de la caricia divina. No obstante, los que vivimos nos empeñamos en dar al trance egoístamente el negro color del desprendimiento y de la renuncia. Opinaba que el mal del mundo consistía en su incauto entibiamiento de fe. La fe para muchos creyentes era dudar de lo que no vimos. Y ante la duda cumplían con Dios por si acaso en un futuro, cuya fatalidad muy pocos entreveían, todo aquello de la resurrección de la carne y el castigo o el premio final era algo más que una frase timorata y pueril asimilada mecánicamente en los primeros años de

catecismo. La lívida faz del viudo tornaba a reflejarse en mi cerebro. Comprendía la intensidad de su dolor y casi lo compartía. Pero la pena era para él, y únicamente pensando en él se justifican las lágrimas, los crespones y los lutos.

Cierta noche me desperté sobresaltado en virtud de no sé qué sensación interna. Las tinieblas se aplastaban contra mí, inexpugnables y cálidas. Merodeaba un silencio excesivo, como si el cielo y la tierra se hubiesen desplomado de repente. Ni un grito, ni una voz, ni el aullido de un perro callejero, ni la brisa al rozar contra la persiana del balcón... Por no oír... Me enderecé de un golpe. ¡Por no oír, no se oía ni la respiración de Alfredo! Tanteando busqué la llave de la luz, pero no me atrevía a darla. Palpé durante unos segundos la fría superficie del botón. Poseía en mi mano la luz y las tinieblas, pero me acobardaba ante la posibilidad de poder iluminar un cuerpo sin vida. Apercibí mis oídos otra vez, inclinándome sobre el lecho de mi amigo. No se oía nada. De nuevo tacté la llave de la luz, la acaricié. Inopinadamente apreté el botón y grité «¡Alfredo!» con voz ahogada. Él se movió sobresaltado, envuelto en el ovillo de su sueño profundo. Entreabrió los ojos y dijo:

—¿Qué pasa?

Me aturdió su normalidad inesperada.

—Nada, nada: ¿estás bien?

Dio media vuelta en la cama y continuó durmiendo, sin contestarme, agarrándose la ceja izquierda. Apagué la luz, confuso, estrangulado de zozobra. Él estaba bien, lo que ocurría es que yo soñaba con el viudo. Era buena señal que su respiración no sonase. Un indicio convincente de su magnífico estado de salud. Sonreí en la oscuridad. Mi amigo estaba mejor que nunca; con un poquito de suerte me enterraría él a mí. ¿Por qué había de afirmar él que era mucho más flojo que yo? El mundo estaba acostumbrado a la longevidad de los hombres delgados y al estallido de los fuertes. Suponía una tontería creer que el delgado precede al grueso en el camino de la tumba. Sobre eso no podían establecerse leyes, porque es Dios quien lo rige y no la naturaleza, ni el hombre.

A la mañana siguiente estreché conmovido a Alfredo como si terminara de resucitar. Además, me invadía el júbilo de saber que su respiración no sonaba. Mas al medirlo entre mis brazos le encontré más consumido y enteco que nunca. «Medir su pecho —pensé— sería lo mismo que adivinar el perímetro de un palo.» Sus costillas me habían dejado una impresión dolorosa en el pecho, algo así como si el hueco que abrieran en mi carne al abrazarle no se hubiera rellenado al ceder la presión. Con esto el buen inicio se convirtió en un augurio desfavorable: la respiración de Alfredo no sonaba de puro débil que era.

—Alfredo, tienes que pesarte —le dije siguiendo en voz alta el curso de mi raciocinio—; debes pesarte todas las semanas.

Apartó el libro de sí y soltó una carcajada estrepitosa. A continuación se puso a toser. Aquello me deprimió aún más.

—Pero ¿es que te has vuelto loco?

Temblaba el mechón albino que le caía sobre la frente, al compás de sus carcajadas estentóreas. Él no creía en la muerte de los cuerpos jóvenes. Yo le miraba fijamente, sin reír.

Me angustiaba su desinterés por un algo que lo constituía todo para mí. Yo comprendía su reacción, pero la lamentaba. Le hubiese aclarado mis embrollados temores, mas me horrorizaba hacerle víctima como yo de presagios y amenazas infundados.

—Estás muy delgado —insistí aún.

Y eso qué importa. El mundo tiene que ser así, unos gruesos y otros delgados, unos altos y otros bajos, unos ricos y otros pobres, unos malos y otros buenos... ¿No comprendes que de otra manera seria aburridísimo?

Sonaron sus carcajadas con más violencia que antes. Hubiese querido meterle por aquella boca tan abierta la preocupación del peso extractada en una píldora de botica.

—Tu madre te encontrará más delgaducho cuando llegue; no te quepa duda.

Otra vez las risas. Me dolía su indolencia ante un problema fundamental.

—Mi madre no se fija en esas idioteces, se conformará con verme como esté, darme un beso a la llegada, otro a la despedida y hasta la próxima visita.

Ya no reía. Repentinamente se había puesto serio. En el fondo creo que no perdonaba a su madre su cruel postergación. Pensé si alguno de sus amigos accidentales no habría comenzado a ilustrarle en materia prohibida; si su mente no habría captado aún del aire el secreto de la vida y el móvil rojo y envolvente de la torpe pasión. Con seguridad algo turbio barruntaba Alfredo en las relaciones de su madre con «el hombre». Sus ojos no se redondeaban de inocencia como dos años antes. Ahora herían al concentrarse la mirada gris entre los párpados casi juntos.

Por la tarde de aquel día fuimos los dos a pesarnos. Al salir, Alfredo me rogó irónico que espaciásemos un poco las visitas a la botica, ya que montar en la báscula le mareaba. Su peso era bastante normal (apenas si tenía cuatro kilos menos que yo), por lo que mi preocupación momentánea se amortiguó un poco.

Quince días después se presentó la temporada de exámenes. Con ella arribaron los excesos intelectuales y los madrugones. La vigilia se estiraba a veces hasta que en la torre de algún reloj próximo sonaban

solemnemente las campanadas de las cuatro. Otros días nos acostábamos pronto y nos levantábamos con el alba. Nuestros esfuerzos se coronaron con éxito al fin, y en los primeros días de junio Alfredo y yo éramos ya dos estudiantes de segundo año de bachillerato. Temporalmente y debido a la intensa labor desarrollada en estos días, mi estado de ánimo se normalizó un poco. Caía en la cama con un agotamiento tan pronunciado que mi cabeza se entregaba al sueño tan pronto tropezaba con la almohada.

Días después iniciamos la temporada de verano. Habíamos soñado con ella, evocando las aventuras del verano anterior, como con algo sobrenatural y por encima de todas las apetencias. Deseábamos renovar minuto a minuto cada una de las correrías del año anterior. Mas a medida que el verano discurría empezábamos a darnos cuenta de que todo lo presente tiene un sello peculiar, de que el contenido de los actos no coincide, aunque los actos sean, idénticos, si nuestro estado anímico los informa de distinta manera. El valle de Amblés tenía este verano otro color; era diferente la luz del sol; la corriente terrosa del Adaja inundaba parte de los marjales; hasta la fábrica rumorosa y sugestiva estaba armada de una diferente arquitectura, más gris y amazacotada, como un reflejo adecuado de mi inaudita luz interior. Con todo, Alfredo y yo pretendíamos cegarnos a nosotros mismos; pretendíamos hacernos ver lo que no veíamos antes y sentir lo que menos afectaba a nuestros sentimientos. Así fueron transcurriendo aquellos meses, en que la misma naturaleza cooperó en un fraude ruin. Los viernes nos trasladábamos al mercado. También éste había perdido su antiguo encanto. La Bruna no aparecía por ninguna parte. Esta ausencia me sirvió para comprobar que en ocasiones el aliciente de cualquier festejo se encierra en el detalle más oscuro y despreciable. Sin la Bruna, los rebaños de carneros, las vacas, las mulas, los marranos negros, carecían de distintivo y de divisa, de sabor y de movimiento. Retumbaban los cencerros y las esquilas, pero sin tener un jalón de referencia, sin constituir por sí la proporción de una parte que coopera en redondear un todo armónico. Cada cabo tiraba por su lado y lo que antes fuese una madeja ponderada y grata era ahora un nudo endiablado sin posibilidad de solución. Alguien afirmó que la vagarosa Bruna, con los dineros ahorrados se había trasladado a Sevilla, donde tenía casa propia. (Me la representé avanzando por un camino polvoriento de la mano del ciego, repartiendo hijos por cada pueblo que dejaba atrás.) Lo cierto es que la Bruna no reapareció por Ávila en aquel verano y que Alfredo y yo comprobamos que con esta falta se intensificaba nuestra orfandad.

Lo que por contra tuvo en aquel estío más calor que en el anterior fueron «las conquistas de la ciudad». El grupo de nuestros amigos había aumentado en número, lo que ya autorizaba a que la

fortaleza tuviera sus defensores, movidos por un mismo ímpetu y celo que los atacantes. Las mañanas transcurrían así, entre «movimientos de tropa», «escalamientos» y «golpes de sorpresa» por uno y otro bando.

Mediado agosto se presentó la madre de Alfredo para recogerle con ánimo de llevarle a una playa del Norte. Alfredo se mostró entusiasmado por la proposición, máxime al garantizarle su madre que el viaje lo harían ellos dos «solos». Me regocijé ante la idea de que la madre de mi amigo pudiese haber roto definitivamente con «el hombre». Ello equivaldría a un mejoramiento decisivo en el estado de salud de Alfredo y la seguridad de que su peso, libre de este yugo opresor, se dilataría generosamente, activado por el fuelle del amor materno. Ésta fue la razón de que aquellos quince días pasaran sobre mí como un bálsamo redentor. Ya me imaginaba el regreso de un Alfredo nuevo, curtido, animado de una respiración profunda y sonora. Le veía descender del tren con una sonrisa amplia, despejada de inquietudes su cabeza, el pelo casi blanco en contraste con su piel tersa y bronceada. Adivinaba nuestro abrazo estrecho y cordial, y ¡rara maravilla!, las cuerdas de sus costillares no se hincaban ya punzantes en los músculos de mi torso.

El día que nos anunciaron su llegada fue para mí un día de fiesta. Deseoso de hacer penetrar a la madre de mi amigo las delicias de la nueva vida fui a comprar un ramo de flores, aleccionando después a Martina para que se lo endosase a «la señora» en el momento de detenerse el tren. Poco después la casa entera se puso a galope. Nos restaban pocos minutos para salir hacia la estación. Me poseía un hormiguillo, semejante al que recorría mi estómago en vísperas de exámenes, que no permitía a mi cuerpo estarse quieto. Reía por cualquier nadería y experimentaba una vergüenza íntima y recelosa ante la inminente entrega del ramo de flores a la madre de mi amigo. Al fin, luego de regresar dos veces a casa desde la mitad del camino para subsanar sendos olvidos de doña Gregoria, entramos en la estación. Mi corazón se agitaba al deambular por el andén. Olía a tren, a viaje, a distancia y a despedidas. Compadecía desde lo más hondo de mi pecho a los que se habían congregado allí para decir adiós a alguien. Otra vez la ley del contraste vigorizando la actividad humana. Sonó a distancia un chillido penetrante. Acto seguido se recortó sobre la vía el morro de la locomotora, negro y bufante, después de doblar la última curva. Mis pies adquirieron un peso absurdo. Les notaba clavados en el suelo, sin permitirme el menor movimiento. Cuando la locomotora entró en el andén, fumosa y jadeante, me sentí libre otra vez. De reojo contemplé a Martina muy quieta, muy asustada, prendiendo con sus dos manos el ramo de rosas y ataviada con el traje de la fotografía.

—¡Pedro!

El movimiento de rotación del mundo se aceleró bajo las plantas de mis pies. Quería ver todo y no veía nada. Oía solamente pronunciar mi nombre por una voz conocida. De repente le vi. Le vi entre un enjambre de cabezas todas iguales asomadas por la ventanilla. Él agitaba los brazos con entusiasmo y me sonreía. En la ventanilla de al lado su madre sonreía también con su mejilla casi pegada a la «del hombre». Vi avanzar a Martina levantando el ramo por encima de su cabecita. Casi me eché sobre ella.

—¡No se lo des! —le dije con tal imperio que la niña se asustó.

Me dirigió su mirada azul, redonda, como inquiriendo de mí qué destino dábamos entonces a las bellas rosas.

—¡Tíralas! —añadí atravesado de mal humor—. ¡Ahí! ¡En cualquier parte! ¡A la vía misma...!

Me obedeció Martina, sin entenderme, y el pobre ramo quedó allí, desarticulado, deforme, mustio, cruzado sobre el raíl brillante.

Alfredo ya estaba ante mí. Sí, traía el rostro más moreno, transformado tal vez. También había crecido, pero su contextura era más endeble y parecía más desgastado que nunca. Al abrazarle, sus costillas volvieron a incrustarse en mi pecho. Abrazándonos nos sorprendió la arrancada del tren. Crujieron las piezas de todos los vagones y el convoy se puso a rodar. Por encima del hombro de Alfredo vi, intacto, por última vez, el manojo de flores atravesado en la vía. La madre de Alfredo decía adiós desde la ventanilla. A lo que era de ver escapaba otra vez a Madrid acompañada por «el hombre». El señor Lesmes agitaba su mano desganado. Pasó una rueda sobre el ramo aplastándole. Tras ella otra, otra y otra... Apreté más contra mí el escuálido cuerpo de mi amigo. El tren se perdió en la lejanía. Sobre el riel quedaba una mancha de humedad: la savia de las rosas trituradas...

XII

Alfredo cayó enfermo al día siguiente de regresar de su corto veraneo. El médico dijo que no era nada de cuidado; tal vez un debilitamiento producido por los baños de mar o quizás un resfriado sin la menor importancia. Un poco de dieta, una semana en la cama y el muchacho quedaría como nuevo.

A mí las palabras del médico se me hacían exageradamente optimistas. Creía a pies juntillas en su sinceridad y en su ciencia, pero no creía tanto en la capacidad de resistencia de mi amigo. Respecto a éste me había convencido de que su salud se hallaba más apurada que cuando partió. Le veía, indudablemente, algo más crecido, más hombre, pero mucho más arruinado en sus reservas, más quebrantado físicamente. La nariz se le había afilado, mientras sus ojos dejaron abandonada en la playa aquella su expresión ingenua, rutilante y móvil. En la semana larga que pasó en cama no me separé de su lado. Gozaba oyéndole narrar los detalles captados por su retina en su primera visita al mar. Me embriagaba como un sedante la descripción que me hacía del océano, ondulado y rabioso unos días y quieto y manso, como un forzudo perdonavidas, en los demás. Me hablaba de veleros, de conchas y de gaviotas. Me contaba del encanto de la playa rubia regada por el sol. Se detenía en levísimos pormenores de los barcos mercantes que cruzaban frente al rompeolas antes de perderse en la ría. Charlaba y charlaba, en fin, de todo lo que había visto y asimilado por sus cinco sentidos durante su breve escapada al mar.

Una tarde enfocó la conversación por un lado íntimo. Me habló de su madre, de cómo cuando comenzaron el viaje le había prometido no volver a abandonarle y de cómo su decisión se vino abajo cuando una mañana «el hombre» se presentó en la playa ante ellos, y con palabras melosas y persuasivas la convenció de la necesidad de que regresara con él. La resistencia que opuso su madre fue escasa y vacilante y la noche antes de emprender la vuelta ya anunció a Alfredo que un acontecimiento imprevisto la forzaba a alterar sus planes, por lo que él tendría que pasar otro curso en casa de don Mateo. A continuación de esto Alfredo me aseguró que prefería que los planes se hubiesen alterado si lo contrario representaba tener que separarse de mí.

A la semana y media de estar en cama se levantó. Comprobé que no me había equivocado en mi apreciación. Alfredo tenía un aspecto fantasmal: alto, delgado, la cabeza formando ángulo con el tronco, con el vértice de la primera vértebra cervical. En cuanto pudo

salir a la calle nos fuimos a pesar a la botica. Alfredo había descendido un kilo y medio de su primitivo peso. Esta disminución no le preocupó en absoluto:

—Unas veces habrá que pesar más y otras menos; supongo yo, ¿no? De otro modo nos moriríamos todos pesando más de cien kilos...

Por contra, a mí este descenso me inquietó mucho. Retornaron con su antigua fuerza los pasados temores y las noches insomnes. Dormía poco, acechando en la oscuridad cualquier indicio sospechoso que pudiera evidenciarme cuál era el verdadero estado de salud de Alfredo. A él, contrariamente, no le afectaba nada de lo que me ponía en guardia a mí. Aparentaba estar seguro de sí mismo respecto a la suficiencia de sus reservas físicas.

Si tosía, «todos tosían»; si pesaba poco, «había infinitos que pesaban menos que él». Y, desde luego, no le faltaba razón. Sus síntomas —los hechos vulgares que mi recelo convertía en «síntomas»—eran tan corrientes que para cualquier ser normal no hubiesen ofrecido motivo de alarma. Pero yo —empezaba a empaparme de ello— no era un ser normal. No. No era como los demás que me rodeaban. Profundizaba más sobre las cosas y me martirizaba con posibles penas venideras, frecuentemente sin razón alguna. (Pensaba que las estaciones del año se desustanciarían de amargarse, como yo, previniendo la duración efímera de los accidentes que las individualizan. La primavera dejaría de ser primavera, cuna de flores y estrellas, de atormentarse con la idea de que fatalmente en invierno habría de nevar.)

Comprendía que todo esto era una insensatez, que mi vida cimentada tan poco sólidamente, se deslizaría de seguir así por la cuerda floja del presagio nefasto y, en consecuencia lógica, del abatimiento. Pero a pesar de todo, no me consideraba con fuerzas para remontar este influjo pesimista. Me constaba que era un error, una realidad desorbitada, pero me atraía el vértigo de este error, aun a sabiendas de que era tal error, como seducen las fauces abiertas de un abismo aun a conciencia de que abajo se esconde la muerte.

Semanas más tarde Alfredo se había repuesto algo. El verano se iba consumiendo rápidamente y la proximidad del nuevo curso nos apremiaba a disfrutar los últimos momentos de libertad. A Alfredo le poseía en aquellos días un afán inmoderado de correr, de jugar, de hacer ejercicio. Deseaba más que nada verse fuera de las cuatro paredes de nuestra habitación, airearse, oxigenarse, darse al viento y al sol con todas sus potencias y sentidos. Aparentemente este género de vida le mejoró bastante. En los últimos días de septiembre había recuperado el kilo y medio que perdiera en su viaje. La línea de mi optimismo inició su curva ascendente. (Casi comprobaba dentro de mí cómo subía o bajaba la columna del optimismo, sometido a análogas

variaciones que la columnita de mercurio de un termómetro.)

El primero de diciembre de aquel año el tiempo se metió en nieve. Los copos no cesaban de revolotear tras los cristales; parecían moscas envueltas en minúsculas sabanitas, dejándose caer en enjambres sobre la superficie de la tierra. La tarde del tres de diciembre, cesó repentinamente de nevar. Se levantó un vientecillo que barrió las nubes del firmamento. El cielo quedó despejado, traslúcido, como un eco lejano del frío que rodeaba al mundo. Por aquellas fechas Alfredo conservaba una fisonomía esperanzadora. Su rostro, macilento de ordinario, había cobrado un halagüeño tono saludable. Antes de acostarnos estuvimos los dos juntos contemplando desde la ventana la plazuela silenciosa, vacía, rebozada de nieve. Las figuritas de la hornacina me daban compasión. Allí permanecían, quietas, rígidas, como siempre. Vencedores y vencidos portaban en la cabeza unos copetes de nieve de formas caprichosas.

—En la Edad Media no debían de pasar frío —musitó Alfredo.

—Por lo menos parece que están acostumbrados.

Aquello fue la despedida. Cerré las contraventanas y nos acostamos. Oía Alfredo pegarse contra las sábanas y momentos más tarde tuve la vaga sensación de vecindad de un cuerpo dormido.

Yo aún velé largo rato. El insomnio era ya un hábito en mí. Rara noche me dormía sin haber oído desde algún campanario próximo el pareado de las dos. Aquella noche mi vigilia fue algo más breve. Me dormí arrullado por la impresión confortadora de que la tierra tenía también que sentirse a gusto bajo la gruesa capa de la nieve que la cubría.

No sé precisar lo que me despertó. Seguramente la fiel llamada de mi subconsciente anunciándome la oportunidad de lograr algo que habíamos ambicionado mucho. Mi primera percepción sensual fue la línea luminosa que entraba por la ventana cerrada. Su claridad me atrajo, supongo que con la misma intensidad que a una mariposa de noche. Me levanté y di unos pasos hacia la ventana medio hipnotizado. Descorrí el pestillo y abrí sin ruido la contravidriera. Inmediatamente se me avivó el viejo deseo de contemplar la ciudad nevada desde Cuatro Postes, iluminada por la luz de la luna. Aquella noche me parecía hecha a propósito para que Alfredo y yo satisficiéramos nuestro anhelo. La luna llena fosforescía como un agujero redondo en el cielo. Su haz luminoso, invisible en el espacio, se concretaba en la plaza, arrancando de la nieve reflejos irisados. Reverberaba también en las cabezas de las figuras de la hornacina como si quisiera infundirles un aliento vital.

Permanecí allí un rato, abrazándome el silencio iluminado de la placita recoleta. Me acordé de doña Servanda y de don Felipe. No habían vuelto, como prometieron. Imaginé, no sé por qué, que a don

Felipe no le contristaría prever la muerte de su consorte. Rememoré la fisonomía del viudo; del viudo pálido y silencioso como esta noche que se extendía ante mí. En virtud de no sé qué presentimiento deformado pensé que la fuga a Cuatro Postes remediaría mi estado mental y, probablemente, haría estable la mejoría transitoria de Alfredo. Me aproximé a su cama y le zarandeé. Dio varias vueltas sobre sí antes de despabilarse.

—¿Qué quieres?

—Hay una luna redonda como un queso. ¿Quieres que vayamos a Cuatro Postes?

Gruñó dos o tres veces entre sueños. Machacó con reiteración de borracho:

—¿Qué es lo que quieres?

—Hay luna llena, vámonos a Cuatro Postes. ¡Anda!

Abrió los ojos Alfredo todavía sin comprender bien; de improviso se tiró de la cama diciendo:

—La luna… Cuatro Postes.

Como un muñeco mecánico empezó a calzarse. A mitad de la operación levantó la vista hacia mí:

—A Cuatro Postes, claro; casi lo habíamos olvidado ya…

Yo me vestía en silencio, aprovechando el resplandor de la luna que se adentraba por la contraventana abierta. Me animaba una euforia especial, desconocida, como si entreviese en la aventura apenas iniciada el remedio para todos nuestros males.

—Yo ya estoy; cuando quieras… —algo me tentó por dentro—; abrígate bien.

Nos comunicábamos por tenues cuchicheos, casi imperceptibles. Alfredo me asió del brazo.

—Vamos; yo también estoy listo.

Tardamos casi un cuarto de hora en abrir la ventana. Su chirrido nos descomponía. Bullía en mi cerebro una vaga conciencia de culpabilidad. «Si nos sorprenden iremos a la cárcel», pensaba tontamente. La ventana cedió por último con un agudo gemido. Una pella de nieve adherida a su marco cayó sobre la cabeza de Alfredo. La primera bocanada de vientecillo helado se nos metió hasta los huesos. Me coloqué a horcajadas sobre la ventana y salté fuera. La nieve amortiguó el salto. Alfredo iba a seguirme cuando le susurré:

—Entorna la ventana, si no van a congelarse todos.

Resbaló Alfredo, a pique ya de saltar, asió las hojas de la ventana, que se cerraron de golpe con gran estrépito, y cayó a mi lado.

—Vamos, corre… —murmuró—; seguro que nos han oído.

Yo, en cuclillas, fabricaba una bola de nieve con parsimoniosa lentitud. Al oírle, echamos los dos a correr frenéticamente. Cruzamos frente a los monigotes medievales de la hornacina y yo les arrojé el

proyectil. Sin haber atinado, la bola se rompió contra las narices de uno de las trompetas.

Rió Alfredo oscuramente.

—Excelente puntería.

Doblamos la primera esquina sin detenernos. Luego, ya a resguardo de miradas indiscretas, aminoramos el paso. Observé a mi alrededor. La ciudad tomaba a aquella hora el perfil sincero de su auténtica fisonomía. Por primera vez comprobé que Ávila de noche, nevada y con luna, se encontraba consigo misma. Exhalaba su aroma de siglos sin bastardearlo con modernas impurezas; con hábitos, modas y costumbres en discrepancia con su añeja raíz.

Descendimos a paso rápido por la calle de Santo Domingo. La nieve, endurecida, crujía al ser oprimida por el peso de nuestros cuerpos. Delante y detrás no se barruntaba el menor rastro de vida. Los muros amarillos de la casa de la Santa absorbían la humedad del suelo, como si algún perro vagabundo acabase de dejar allí la huella lamentable de su paso. Los farolillos, en las esquinas, derramaban hacia el suelo su claridad mezquina y enfermiza. Nuestros pasos sonaban sobre la nieve con un chasquido especial.

Cruzando la quebrada transversal que nacía a la derecha de Santo Domingo entramos en la calle de Magana. El mismo silencio había allí que en todas partes. El silencio confortable de un pueblo arropado en su sueño. Dejamos a la derecha la mole negra, aislada, de San Esteban y fuimos a parar al Arco de San Segundo, sobre el río. Alfredo rompió el silencio inopinadamente.

—Vamos por el Puente Viejo; pasaremos más cerca de la fábrica.

La ausencia de actividad se intensificaba allí, al borde del Adaja. La corriente discurría apagada por debajo de una gruesa capa de hielo. A la izquierda la fábrica penetraba en el río como una península sin vida. Asomados al pretil nos recreamos admirando nuestro edificio predilecto. Las cosas dormían igual que los hombres. Las ventanas clausuradas eran ojos con los párpados vencidos. Ni el menor ruido acusaba que la fábrica viviese. No le importaba tener sumergidos sus pies bajo las aguas congeladas. Eso era cuestión de aclimatamiento. Los peces de la pecera, de soltarles ahora en el Adaja, seguramente cogerían un resfriado. Se habían hecho sibaritas en su misma cárcel.

Atravesamos el río por el Puente Viejo y salimos a campo abierto. Poco más allá se dibujaba la silueta precaria de Cuatro Postes. Ascendimos al promontorio, embargado yo por una emoción casi religiosa. Recordaba el arrobo de don Mateo al hablar de la ciudad nevada, vista desde allí, a la luz de la luna. Rememoré de nuevo en esta noche a doña Servanda y a don Felipe. Y me sorprendí pensando reiteradamente que a don Felipe no le apenaría la desaparición de doña Servanda. De súbito me vi agarrando la cruz de granito de

Cuatro Postes. Apenas me atrevía a darme la vuelta y tender la vista sobre la ciudad nevada. Cuando lo hice, un sentimiento amplio, inconcreto, me resbaló por la espalda. La ciudad, ebria de luna, era un bello producto de contrastes. Brotaba de la tierra dibujada en claroscuros ofensivos. Era un espectáculo fosforescente y pálido, con algo de endeble, de examinando y de nostálgico. La torre de la Catedral sobresalía al fondo como un capitán de un ejército de piedra. En su derredor las moles, en blanco y negro, de la torre de Velasco, del torreón de los Guzmanes, del Mosén Rubí... Ávila emergía de la nieve mística y escandalosamente blanca, como una monja o una niña vestida de primera comunión. Tenía un sello antiguo, hermético, de maciza solidez patriarcal. La villa, centrada en plena y opulenta civilización, era como una armadura detonando en una reunión de fraques. Imaginé que no otra, en todo el mundo, podía ser la cuna de Santa Teresa. Porque su espíritu impregnaba, una por una, cada una de sus piedras y sus torres. Había en las nevadas almenas algo de una espectacular geometría ornada; algo diferente a todo, algo así como un alma alejada del pecado. Entonces pensé que la tierra es bella por sí, que sólo la manchan los hombres con sus protestas, sus carnalidades y sus pasiones.

En mi arrobamiento había olvidado completamente a Alfredo. Al volver la cabeza le vi sentado sobre el pedestal de la cruz. Le doblaba un signo de fatiga y desaliento. La luna le iluminaba media cara, desencajada y amarilla. Experimenté una conmoción extraña en todas mis vísceras.

—¿Qué te ocurre, Alfredo? ¿Tienes miedo?

Hizo un visaje lánguido con los ojos:

—¿Por qué había de tener miedo?

—La luna hace sombras por todas partes...

Repitió su visaje con los ojos y me miró:

—¡Qué me importan las sombras de la luna!; estoy cansado; horriblemente cansado.

Eso es lo que me ocurre.

Le cogí de los hombros, atrayéndole hacia mí.

—No te preocupes; hemos venido muy de prisa; eso es todo...

Me retorcía el presentimiento de que eso no era todo. Intuía mi gesto ridículo al pretender infundirle un valor que a mí me faltaba. Se incorporó lentamente:

—Si no te importase podríamos ir marchando...

Su rostro estaba lívido. La luz del sol rebotaba en la luna y la de la luna en la faz de Alfredo. Casi me encerraba en un círculo vicioso, de satélite en satélite.

—Tienes mala cara...

—¡Bah!, es el reflejo de la luna.

Caminamos por el declive del cerro. Él colgado de mi brazo y moviendo muy despacio las flacas piernas. Al atravesar el puente se animó un poco.

—Estoy pensando que tal vez sea sueño… que me esté cayendo de sueño… ¿Qué te parece?

Intenté animarlo.

—Puede que tengas razón; la verdad es que deben de ser las cinco de la madrugada…

Tuvo unos minutos de reacción.

—Naturalmente, naturalmente que sí; a las cinco de la mañana todos los hombres tienen sueño… ¡Soy un idiota!

Alcanzó una vara clavada en la nieve junto a la acitara; la blandió luego en el aire y exclamó con voz ronca al tiempo que echaba a correr hacia las murallas:

—¡Al ataque!

Yo le seguía, esperando verle caer en cualquier momento; le seguía frío e impasible ante la perspectiva de aquel ataque nocturno. Llegó a la base de la muralla y comenzó a trepar por las piedras empotradas y resbaladizas. Se sentó súbitamente en la arista de una de ellas. Respiraba fatigosamente, anhelantemente…

Su voz sonaba ronca en medio de aquel ambiente recogido e inerte:

—No es sueño, Pedro… Es… que estoy enfermo. Tengo unas ganas horribles de vomitar…

Subí hasta él. De cada poro de mi cuerpo manaba una gota de sudor frío, angustiado. jamás me pareció tan importante mi estúpida fortaleza. Hubiese querido inyectarle parte de mi sangre nueva, joven, incontaminada… Hubiese deseado cederle para siempre la potencia de mis músculos; el vigor de mis miembros elásticos y firmes… Pero ¿qué conseguía prácticamente con esos buenos deseos? Allí estaba Alfredo, empapándose de la humedad de la nieve derretida por el calor de su cuerpo, jadeante, febril…

—Levántate, Alfredo; el frío de la nieve te puede hacer mucho daño…

—Déjame un rato, por favor… sólo un rato… para descansar…

La respiración de sus pulmones trascendía al resto de su organismo. Cada inspiración se acusaba en su cabeza, en sus dedos, en todo su ser…

Un pavor impalpable se iba adueñando de mí. Le rocé con mis dedos la frente: el tenue contacto le estremeció. Los retiré otra vez. Otras percepciones iban mezclándose, encadenándose, a mi preocupación esencial. Una campana rompió, de pronto, el silencio de la madrugada, llamando a la primera misa. Era un tañido alegre, retozón, pero mi ambiente interior lo transformaba en lóbrego. Me

percaté entonces de que la alegría es un estado del alma y no una cualidad de las cosas; que las cosas en sí mismas no son alegres ni tristes, sino que se limitan a reflejar el tono con que nosotros las envolvemos. Otra campana se oyó a lo lejos, más grave y austera. Encajé mentalmente la primera en el campanario de una ermita de torre airosa y esbelta; la segunda en un convento románico, mazacote, aplastado contra el suelo. Los repiques de ambas se combinaban dentro de mí alternando con la campana de mi corazón tocando a muerto. Me agaché y tomé a Alfredo sobre mi hombro. Alfredo no protestó de su incómoda postura. Había entrado ya en esa fase febril, en ese «dejarse llevar» voluptuoso que no exige comodidades, delicadeza ni holgura.

Ya en el suelo me dijo con voz débil:

—Déjame; puedo andar perfectamente por mi propio pie…

Lo puse en el suelo y lo cogí por la cintura. Durante un rato caminamos así despacio y en silencio. Mil pensamientos cruzaron por mi cabeza en aquel trayecto. Quería descubrir algún indicio anterior a esta brusca decadencia de Alfredo; algún síntoma inequívoco del que pudiera deducirse este agotamiento total. Pero no lo hallaba. Contrariamente, en los días anteriores le había encontrado mejor que nunca, más entonado, más dinámico y brioso dentro de su debilidad original. Era posible que él, conociéndome, hubiese querido evitarme este disgusto. Respiré cuando llegamos a la hornacina. Indiferente observé que había luz en todas las ventanas de nuestra casa. Así era que nos habían descubierto, que nos habían echado de menos. Maldije la ocurrencia de haber salido aquella noche. Cruzamos la hornacina. El trompeta no me guardaba rencor al parecer por el bolazo de dos horas antes. En el aire se estremecían los tañidos de las campanas. Ya no eran sólo dos; eran muchas, millares tal vez, mezclando, disonantes, las vibraciones de sus bronces.

Atravesamos la meseta entre los álamos. La fuentecilla estaba helada. Adheridas a las piedras había una porción de estalactitas y estalagmitas de minúsculas proporciones. Nos acercamos a la casa. Una silueta se recortaba en la ventana del cuarto de los peces. Se oyó la voz de doña Gregoria:

—¡Alabado sea Dios!, ya están aquí…

Recuerdo que no oí una sola palabra de censura cuando avancé por el pasillo medio arrastrando el cuerpo de mi amigo. Doña Gregoria y don Mateo miraban espantados hacia él. Mi patrona tardó un rato en reaccionar. Luego echó a correr hacia la cama de Alfredo y se la dispuso rápidamente.

—Échate, hijo, échate. ¿Qué te ha ocurrido?

Le arropó amorosamente. La piel del cuerpo de Alfredo era aún más blanca que las sábanas. Tiritaba y le entrechocaban los dientes.

Martina se agarraba a mi pantalón agradeciéndome que hubiésemos vuelto. De repente, sin grandes convulsiones, le vino una arcada a Alfredo y vomitó sobre la colcha. Martina me apretó el pantalón con más fuerza. Doña Gregoria, sin vacilar, se aproximó al enfermo sujetándole la cabeza entre sus manos. Alfredo volvió a vomitar. Una, dos, tres, muchas veces…

—Pronto, Mateo, vete a avisar al médico.

Salió don Mateo. Alfredo se había tumbado de nuevo. Ahora su palidez contrastaba con la enorme mancha roja que iba extendiéndose por el embozo de la sábana…

XIII

Después de la hemoptisis de Alfredo me invadió una sensación enervante, algo así como si hubiese andado un camino enormemente largo, excesivamente largo para mis facultades limitadas. Alfredo, postrado, aparentaba dormir apaciblemente. A su alrededor revoloteaba doña Gregoria de un sitio a otro, desviviéndose por atenderle, porque no le faltase nada. Yo continuaba clavado en el mismo punto desde donde presenciase su horrible vómito. No separaba mis ojos de su rostro, consumido y seco, como si con las pesadas bocanadas de sangre se le hubiese fugado hasta el postrer átomo de salud. La insistencia de mi contemplación alteraba a veces el orden de facciones de mi amigo, que tomaba alternativamente la fisonomía del viudo o del monigote de piedra a quien estampase en la nariz una bola de nieve.

Por las contraventanas abiertas penetraba el alba; un alba triste y espantosamente anodina; un amanecer bajo de color, desmejorado, gris... Me poseía la impresión de estar viviendo unas horas ya vividas. Como si no recordase más que estos instantes de otra existencia anterior, diluida ya en la madeja del tiempo. Mis sentimientos estaban como adormilados. Tenía los ojos y el corazón atrozmente secos, como si alguien previamente me los hubiera estrujado hasta sacarles la última gota, de hiel o de sangre.

El roce de la falda de doña Gregoria al pasar de puntillas por mi lado me ocasionaba mucho bien. Lo mismo que sus cuchicheos con Estefanía o su expresivo lenguaje por señas, o el crujir de la sábana limpia que colocaban en el lecho de Alfredo. (A Martina la habían apartado de la vera del enfermo. Supongo que por dos motivos fundamentales: el temor al contagio y el hecho de estimarla aún muy joven para ser presentada a la muerte. Yo la oía ahora entendérselas con un pocillo de chocolate en la habitación vecina. Adivinaba su mueca de satisfacción y su insistente purgamiento en el fondo de la taza para rebañar hasta la última partícula de golosina. El choque de la cucharilla contra la loza se confundía con el repicar de las campanas que era como el timbre de un gigantesco despertador de la ciudad).

Empezaban a rodar por las calles los primeros carros. Entraban sus tumbos a través de la ventana cerrada. Se oían los pregones de vendedores y basureros. Me dio la idea de que el médico se retrasaba demasiado. Encima de la mesilla de noche un elemental reloj, traído hacía unos minutos por Estefanía, contaba el tiempo. Lo contaba

marcando los segundos con pronunciado ritmo. El día iba haciéndose rápidamente. Con todo, la luz que penetraba por los cristales tenía un sombrío tinte opaco. El rostro de Alfredo empalidecía cada vez que la claridad era más intensa. Sus párpados y ojeras ponían sobre su lividez una lúgubre mancha violeta. El médico tardaba excesivamente. El reloj deshojaba sus segundos con cruel parsimonia. Empezaron a caer, blandos, los primeros copos de nieve de aquel día. Llamaron a la puerta. Experimenté un gran alivio cuando la falda de doña Gregoria me rozó suavemente al pasar junto a mí. Se oyeron unos apagados cuchicheos en la puerta de la calle. Debía de ser el médico. Los cuchicheos me confortaron también. Notaba que estas blandas expresiones externas atusaban, con mansedumbre, mis nervios erizados. Entró el médico. Una dulce somnolencia iba desvirtuando mi integridad. El médico pisaba también de puntillas y hablaba susurrando. Se lo agradecí. Se dirigía hacia la cama de Alfredo. Don Mateo entró detrás con gesto contrariado. «Uno de los dos ha de enterrar al otro», parecía decir. Ahora cercaban el lecho entre todos: el médico, doña Gregoria, Estefanía y el señor Lesmes. Yo, sin moverme de mi primitiva postura, observaba. Alfredo abrió los ojos y me sonrió a lo lejos. «Tiene ya sonrisa de eternidad», pensé. El médico le puso la mano en la frente. El gesto me dio la sensación de que mejoraba a mi amigo. Sacó el doctor el estetoscopio de un bolsillo al tiempo que decía no sé qué a doña Gregoria. Los brazos de mi patrona incorporaron a Alfredo mientras los dedos ágiles del doctor desabrochaban su pijama. Bailaban las costillas de mi amigo bajo la piel. Eran como las cuerdas tensas de una guitarra. Le aplicó la trompetilla al lado izquierdo del pecho auscultándole:

—Respira fuerte.

Alfredo debió de entender que apremiase su respiración porque su pecho se agitó vertiginosamente, pero sin dar profundidad a sus inspiraciones. Abrió de nuevo los ojos y me sonrió. Seguramente pensaría que todo esto no tenía la menor importancia: «Unos vomitarían rojo, otros amarillo y otros azul». «También las naciones —se diría con su lógica absurdamente ingenua— se distinguen por los colores de sus banderas, sin que haya un color determinado para las fuertes y otro para las débiles.» «Ahora puedo estar cansado, pero ¿quién no está cansado alguna vez?» «Mañana seguramente podré levantarme y correr y jugar como si nada hubiera ocurrido.»

El estetoscopio hizo un minucioso recorrido a lo largo y a lo ancho del débil pecho. En algunos puntos se detenía el doctor con gesto inescrutable. Hacía tamborilear sus dedos y el pecho de Alfredo sonaba a hueco. Yo contemplaba todo esto como a través de una niebla gris; como la realización de unos preliminares inevitables para llegar a un desenlace previsto. Por último, el médico se enderezó.

Doña Gregoria, solícita, arrebujó el cuerpo de Alfredo entre las mantas. Mi amigo había vuelto a entornar los ojos y sonreía. Don Mateo y el médico salieron al pasillo. Estefanía los siguió con la mirada, sin moverse de la cabecera del lecho. Un poco por instinto, mis piernas me sacaron también de la habitación. A la puerta del cuarto de los peces me detuve, escuchando. Doña Gregoria pasó por delante muy de prisa, sujetando con los dedos corazón y pulgar de cada mano las puntas bajas de su delantal. Esta vez el roce de sus vestidos me crispó los nervios. El médico se despedía ya con el sombrero y el bastón en la mano:

—Es muy joven para ponerse en lo peor. Es de esperar que con un reposo absoluto y una alimentación abundante estemos del otro lado. Eso —rió— sin contar con los prodigios terapéuticos del aire de Ávila... Ya volveré...

Al cerrarse la puerta y oír sus pisadas en la escalera me pareció que nos abandonaba a nuestra propia suerte; que la vida de mi amigo le importaba tan poco como a mí me hubiera importado la de su mujer, de ser casado.

Ésta fue la iniciación de unos días de acentuada intranquilidad, híbridos de esperanza y desesperación, angustiosos en su cariz de buena vecindad con la muerte. En estas horas me transformé en un faldero de doña Gregoria. Su buen corazón comprendía mi congoja y frecuentemente alimentaba mi mortecina esperanza con palabras consoladoras y llenas de fe.

—El clima de Ávila, hijo, es milagroso para esta enfermedad. Yo he visto mil casos peores que se han resuelto fácilmente.

Recién oídas estas palabras, me inundaba el gozo. La experiencia de mi patrona cobraba al tratar esta cuestión aires de infalibilidad absoluta. La creía porque ansiaba que tuviera razón, porque tenía qué creerla. Acudía entonces junto al lecho de mi amigo a ponerle mi inyección de optimismo. Mas su sola contemplación me aturdía al primer vistazo. Me sentaba junto a él en una pequeña silla enfundado en mi abrigo de invierno. (Eran órdenes del médico que no se cerrase la ventana ni de noche ni de día. Por este motivo mis palabras salían precedidas siempre por una nubecilla de aliento).

—Ya estás mejor, Alfredo; el médico lo ha dicho.

(Lo que de verdad decía el médico era que el proceso de curación sería muy largo; varios meses o quizá varios años.) Alfredo sonreía con un movimiento de labios indefinible, sin dejar de aprisionar su ceja albina. No queríamos que hablase una palabra y él aparentaba hallar satisfacción en este hermético mutismo. Hacía el efecto de hallarse en completo acuerdo con su nueva modalidad de estar, pasiva y estática. Jamás aspiraba a ir más allá de lo que le permitían. Esta conformidad sumisa constituía para mí el peor

augurio. Su carácter volcánico, abierto, impetuoso, había experimentado una transformación radical... Y este fenómeno me proporcionaba la señal evidente de que Alfredo se juzgaba ya a sí mismo como un individuo apto para la muerte.

En mis visitas terminaba por absorberme en una muda contemplación de sus facciones. No veía una fórmula que me permitiese encadenar unas palabras a otras en un sentido concreto. La ausencia de réplica y de atención acababa por sumirme en mi actitud expectante. Entonces la anormalidad de su rostro se agigantaba coceándome el corazón. Su faz, cada vez más afilada, adquiría tonalidades cárdenas en las sienes. Allí, si la fiebre era muy alta, veía temblar el pulso, pasar la sangre con las intermitencias impuestas por el control de sus válvulas. Hasta estos días no reparé en las pecas salpicadas, desordenadas, por su rostro, y que tachonaban su lividez como las estrellas el firmamento. A ratos me entretenía contándolas, intentando contarlas. Impensadamente me avasallaba la idea insensata de que el número de pecas simbolizaba el número de horas que le restaban por vivir. Cerraba los ojos, apretando fuertemente los párpados, pero un impulso invencible me imponía la voluntad de abrirlos y de comenzar el recuento otra vez.

En otras ocasiones me figuraba que los latidos del corazón de Alfredo no hacían más que acompasar el tictac del reloj, y que una vez que éste agotase su cuerda concluiría la vida de mi amigo por ausencia de fin. Me levantaba apresuradamente de mi silla y daba cuerda al viejo reloj hasta alcanzar el tope. Sonreía. Mi amigo tenía ya garantizadas otras veinticuatro horas de existencia.

La lima de la intranquilidad iba royendo así, sistemáticamente, mis nervios. Mi pasajera esperanza se diluía en presencia de Alfredo. Precisaba nuevamente establecer conexión con una voz amable, caritativa, estimulante... En la casa todo eran medias voces, murmullos, miradas oblicuas... Otra vez coactaría a doña Gregoria para que acudiese en mi socorro. La buscaba por la casa, hasta encontrarla y vuelta a empezar otra vez la rueda sin fin: optimismo, entibiamiento, depresión... Las tres fases que jalonaban el curso de mi vida de entonces.

A la semana justa el enfermo se puso un poco peor. Tuvo otra hemoptisis. El latido del hogar se amortiguó aún más si cabe. Se vivía allí en un constante roce, tenue y suave, como el crujir de la seda. En aquellos días busqué más que nunca la compañía de doña Gregoria. El mismo señor Lesmes me acariciaba a menudo; se daba cuenta de que yo estaba jugándome a una sola carta toda mi razón de ser y de subsistir en el tiempo. Una tarde me dijo en tono convincente:

—No tienes que preocuparte, Pedro; éstas son cosas corrientes que pasan todos los días. Alfredo ha tenido la suerte de vivir en Ávila.

Y el clima de Ávila es mejor que los remedios de todas las boticas. Ten la seguridad de que, más pronto o más tarde, Alfredo se pondrá totalmente bien.

¡Otra vez el clima de Ávila! Empezaba a resultarme desalentador fiar el restablecimiento de mi amigo a las condiciones climatológicas de una determinada región. El soplo del aire –imaginaba— será muy semejante en todos los puntos de la Tierra. Fiar al clima el remedio de una enfermedad suponía echar mano del criterio ruso al pelear contra Napoleón. A los rusos les resultó bien. Pero ¿no sería diferente el influjo climático en la guerra que en la enfermedad? ¿Es que el clima de Ávila, seco y frío, encerraría también la propiedad de poder poner en desbandada a un apiñado ejército de microbios armados hasta los dientes? ¿Es que la nieve, el lodo, el frío, afectarían también a los microorganismos? De ser así, Napoleón podría ser considerado históricamente como un bacilo de Koch y cabía afirmar, metafóricamente, que Rusia había padecido de tuberculosis en el año 1812. (Ahora, cuando sentía a Alfredo respirar imperceptiblemente el aire gélido de su habitación, me daba la idea de que un millar de boticarios espolvoreaban sobre la ciudad, desde las crestas más altas de la Sierra, los medicamentos e inhalaciones de los tarros, cápsulas y ampollas que poblaban los estantes de sus boticas. ¡Tan sano me imaginaba el clima de la ciudad...!)

Mis noches experimentaban con la enfermedad de Alfredo un profundo cambio, sin excluir su forma externa. Ya no dormíamos juntos en el mismo cuarto. El médico, aun en contra de mis deseos, nos había forzado a la separación. Dormía ahora en la habitación donde dábamos la clase de matemáticas. Por la noche, Estefanía y doña Gregoria trasladaban a ella un catre que colocaban debajo del negro tablero. Allí tenían lugar mis agotadoras luchas cerebrales. Me era imposible acostarme sin luz. Había de hacerlo con la bombilla incandescente por encima de mí. De otra manera las sombras me estrangulaban. Iba invadiéndome, poco a poco, una zozobra pegajosa hasta agotarme. De todas formas sentía mis miembros cruzados por corrientes extrañas; unas corrientes que me compelían, de repente, a estirar mis piernas o mis brazos de un modo involuntario y automático. Entre sueños, algunas noches me parecía que el jeroglífico de mi inquietud se trasladaba al negro tablero y allí se combinaban las letras y los números de un enredo semimatemático preñado de incógnitas.

Cuando mi cerebro disfrutaba de la capacidad suficiente para discurrir con frialdad, las pesadillas adquirían una consistencia pastosa. De causa en causa iba saltando hasta topar con el efecto fatal: la muerte. Siempre giraban mis torturas en derredor del viudo, del negro luto, del picar de los canteros, del pino redondo y aromático

elegido por Alfredo para reposar eternamente... Me asomaba con frecuencia a la angustiosa teoría del desasimiento. Paulatinamente iba confirmándome en ella. «Vivir es ir perdiendo, me decía; e incluso, aunque parezca aparentemente que se gana, a lo largo nos damos cuenta de que el falso beneficio se trueca en una pérdida más. Todo es perder en el mundo; para los que poseen mucho y para los que se lamentan de no tener nada.»

El sábado por la tarde se confesó Alfredo y en la mañana del domingo el párroco le llevó la comunión. Evoqué la escena de doña Gregoria criticando el hecho de que en Barcelona se hubiese conducido el viático en automóvil. Rememoré las posturas respectivas del señor Lesmes, don Felipe y doña Servanda en aquella cuestión. Las consecuencias de los diversos puntos de vista podían condensarse en que la civilización era una porquería, una estrella sin brillo propio, algo ficticio, cuyo relumbrón superficial podía embaucar a los ingenuos. Este domingo, mientras Alfredo comulgaba, me di cuenta de la vacuidad de las conversaciones humanas, aun en los terrenos que se consideran más serios. La civilización en sí no era buena ni mala; todo dependía de la orientación que se imprimiese a sus avances. El hecho de transportar a Dios en automóvil o en un aerostato no lo estimaba irreverente sino, al contrario, como una aplicación exacta del conocimiento humano; como un encajonamiento loable del impulso civilizador puesto al servicio de la Divinidad. Donde la civilización fallaba era en regatear sus hombres a la muerte. «Si yo fuese médico, pensaba, no descansaría hasta encontrar el remedio contra ciertas enfermedades incurables. Maldije internamente a los médicos que dilapidaban su vida sin dejarse morder por la preocupación de superarse; de esos médicos pródigos que malgastan sus energías en un arrastrarse por el fango sin percatarse nunca de las dimensiones trascendentales de su misión.»

(Rumiaba yo entonces estas verdades con la consistencia que cabe en un pecho de apenas trece años. No dejaba de comprender que mi infancia quedó atrás, justo el día de nuestra primera excursión a Cuatro Postes; cuando don Mateo levantó ante mi vista el telón que me eclipsaba la vida con toda su cohorte de miserias y mezquindades.)

En la mañana que Alfredo cayó enfermo, don Mateo avisó urgentemente a su madre a Madrid. Nada supimos de ella hasta después de comunicarle el segundo vómito y el posible empeoramiento de su hijo. Respondió entonces que acudiría rápidamente a su lado y que en tanto siguiéramos teniéndola al corriente de las novedades. Deseé ardientemente que la madre de Alfredo llegase a tiempo para encarrilar «aquello», si es que «aquello» era aún susceptible de encarrilarse. En la noche del martes —nueve días después de caer en cama— Alfredo mantuvo conmigo una corta

conversación.

—Me parece que ya estoy mejor —me dijo con voz débil—: las fuerzas van volviéndome lentamente. ¡Qué bien lo pasamos en Cuatro Postes!, ¿verdad?

No quise desilusionarle; guardaba él un recuerdo muy grato de su último exceso y se lo respeté. Desconocía Alfredo que de entre todos los días torcidos que apuntalaban mi breve existencia, era el de la fuga a Cuatro Postes el que más me amargaba, aguijoneándome sin descanso con crueles remordimientos.

—De todos modos —siguió Alfredo—, no olvides mi capricho de descansar a la sombra de un pino, «si fuese necesario».

Le aseguré que lo tendría en cuenta siempre que «fuese necesario».

A continuación, agradecido, destapó sus brazos entecos, me rodeó el cuello y me abrazó estrechamente. Le correspondí con efusión, y al soltarle observé que a ambos nos rodaban por las mejillas unos tontos lagrimones.

—Estoy mucho mejor...

La insistencia de Alfredo se me hacía sospechosa. ¿Es que sentía venir la muerte hacia él y quería, a toda costa, que yo no recelase su proximidad?

—Te prometo que cuando me ponga bueno iré a pesarme todas las semanas...

¿Por qué remachaba sobre el mismo clavo? ¿Por qué había de empezar a restablecerse precisamente el día de su mayor calentura? ¿Por qué esa bondad, esa sumisión, ese acatamiento a mis deseos, que no había demostrado en ninguna otra circunstancia de su vida? «Dicen que los muertos no son nunca malos —pensé—; ¿será que Alfredo empieza a ser condescendiente porque presiente el tránsito, porque ya ha empezado a morirse?»

—Seguramente mi madre vendrá esta noche... A veces, ¡qué pesaditas se ponen las madres! Al «hombre», si viniese, no le dejes entrar.. Es un malvado... Y a los hombres, cuando son malos, se les puede perdonar si reservan su maldad para ellos solos... Pero no si para ser malos hacen uso de un instrumento inocente...

Iba a prometerle esto cuando advertí que no había terminado de hablar. Dejó sueltas dos palabras que añadió, tras una pausa, como si hubiesen sido objeto de una especial meditación:

—... corrompiéndole previamente.

Él sabía, entonces, o sospechaba al menos, el género de vida de su madre. No obstante, a ella no le guardaba rencor. La tomaba como a una víctima sacrificada por el feroz egoísmo de un hombre. «Alfredo en estos momentos dispone de una lucidez extraordinaria —me dije—; está calando en el alma de "un hombre" con una profundidad

desusada, como jamás lo había hecho él.»

De repente Alfredo se enderezó levemente. Sus mejillas caían a plomo hasta debajo de la boca, formando el óvalo consumido de su faz. Dos rosetones coloreaban sus pómulos como un pregón de falsa salud. Me tanteó con su mano esquelética para convencerse de que continuaba a su lado.

—Oye... que traigan a los peces... hace mucho tiempo que no les veo comer...

Me levanté con la gravedad de un albacea; consciente de que cumplía una súplica de última voluntad. Don Mateo y doña Gregoria comentaban algo en voz baja, con el liviano cuchicheo que ya había adquirido carta de naturaleza en aquel hogar. El señor Lesmes tomó la pecera, sin dudarlo, alegre de poder llevar un consuelo al corazón del enfermo.

—Ten cuidado, Mateo; que no toque el niño los peces... Sería horrible que se convirtiesen en unos portadores de gérmenes...

Me hirieron las frases de doña Gregoria, empleando los términos de don Gaspar, «el médico vanguardista». Podía tener razón, pero eran humillantes para mí, que me resistía en ver en Alfredo el menor asomo de peligrosidad. Gruñó Fany a la puerta de la cocina. Imaginé que Alfredo agradecería también su visita y, sin pensarlo más, escurriendo mi acción a la vigilancia de mi patrona, entreabrí la puerta de la cocina, dándole paso. Me brincó el animal, que echaba de menos mis habituales caricias y, luego como adivinando el objeto de la conmoción de aquella casa, emprendió una carrera por el pasillo y no paró hasta arrojarse sobre Alfredo y fregarle el rostro con los suaves chupeteos de su larga lengua.

—¡Fany!

El grito de doña Gregoria me sonó igual que el de Alfredo la noche que una carreta dejara coja a la perra. Era una llamada a la prudencia, a la prevención... El animalillo no hizo caso y prosiguió su poco higiénico quehacer entre gruñidos de contento por su parte y la tibia delectación de Alfredo por otra. Doña Gregoria cogió al animal por la piel del cuello y lo despachó con un afilado puntapié.

Quería evitar también seguramente que Fany se convirtiese en otro «portador de gérmenes». Aulló la perra del susto y huyó cojeando en dirección a la cocina. Nuestro maestro se acercó entonces al lecho de Alfredo llevando sujeta entre sus manos la pecera verde. Los peces nadaban inquietos, penetrados de la inestabilidad de su equilibrio. A duras penas Alfredo entreabrió los ojos. Yo me puse a migar aceleradamente un pedazo de pan sobre los prisioneros. Me miraron éstos extrañados, ignorantes del motivo por el que aquel día se les despachaba doble ración. Transcurridos unos segundos perdieron su interés por las causas que motivaban el festín y se lanzaron sobre las

migas de pan con manifiesto apetito. Alfredo les miraba, o siquiera, tenía los ojos abiertos en dirección a ellos y sonreía. Cuando terminaron los peces de comer, don Mateo los sacó de allí y todos nos despedimos del enfermo hasta el día siguiente.

Casi no había comenzado todavía a desnudarme cuando los acontecimientos y las sensaciones se acumularon sobre mí. Creo que el orden cronológico de los mismos fue el siguiente:

Unos pasos rápidos en el portal y un taconeo intenso de unos pies femeninos sobre los cuatro primeros escalones.

Un grito de mujer partiendo de un lugar ilocalizable.

Unas palabras, pocas, rompiendo el ritmo amortiguado que se venía usando desde hacía nueve días para conversar en aquella casa.

Un tremendo portazo.

Unas carreras alocadas, frenéticas, por el pasillo.

Una nerviosa llamada a la puerta de la calle.

Otro grito penetrante.

Repetición de la llamada a la puerta cada vez con más frenesí...

Venía esperando esto desde hacía tanto tiempo que estoy convencido de que ni un solo músculo de mi cuerpo se alteró. Percibí, uno a uno, aquellos leves indicios, suficientes para explicar lo sucedido. Apreté las mandíbulas y me encaminé a la habitación de Alfredo. Había luz en ella y llanto. Entré. Alfredo seguía sonriendo, pero sobre el embozo de la sábana había vuelto a surgir la terrible mancha roja. El señor Lesmes apoyaba su oído sobre el pecho de Alfredo. Al incorporarse dijo que «no» con la cabeza. Doña Gregoria y Estefanía alargaron sus gemidos al ver este gesto. La puerta de la calle seguía siendo machacada implacablemente. Salió Estefanía enjugándose las lágrimas con un pañuelo sucio. Don Mateo asió la sábana por el borde y la levantó cubriendo el rostro lívido de Alfredo. De improviso penetraron en la estancia muchos alaridos y tras ellos una mujer. Aunque envejecida la reconocí como la madre de mi amigo. Gritó aún más fuerte al ver el bulto en la cama, coronado por una mancha roja. Se arrojó sobre él y le destapó. Alfredo seguía sonriente. Se abrazó a él su madre, incorporándole. Cuando le soltó, el busto de mi amigo se desplomó, rígido y pesado, sobre la almohada, escurriéndole un hilillo de saliva rosada por la comisura izquierda de la boca.

Yo veía las cosas como si no fuese yo. Mis ojos estaban secos. Miraba y escuchaba por simple curiosidad... Fany, desde la cocina, soltó un aullido que luego repitió a largos intervalos durante todo el resto de la noche.

XIV

La sensación de embotamiento que me ocupó en el momento crucial de desasirme de Alfredo se prolongó hasta el instante de enterrarle. Muchas veces he parangonado después aquella sensación con el acorchamiento parcial que produce en la boca una inyección cuando acudimos al dentista para extraernos una muela. La diferencia afectaba únicamente a la extensión y a la calidad del miembro dormido. En aquellos días la insensibilidad se extendía a toda mi actividad interior. Vivía solamente por los sentidos. Mantenía íntegra mi capacidad de comprensión, pero las consecuencias de mis percepciones no pasaban de la superficie de la piel, no trascendían a mi centro nervioso. Asistía como un espectador desapasionado a un espectáculo cualquiera. Veía, pero la visión no me dejaba la más mínima huella; me hacía cargo de todo sin que ese todo influyese para nada en mi vida interior, absolutamente nula, despegada y obtusa.

Recuerdo la noche en que murió Alfredo como la más movida externamente de cuantas he vivido hasta ahora. Nunca había sospechado que la anulación de un ser de la costra de la Tierra desatase un torrente de actividad semejante entre los que permanecían. Mi primitiva idea de que son muchos los vivos que viven a costa de los muertos, se reafirmó entonces. Las esquelas, la caja, la certificación médica, la modista, la autorización del juzgado y tantas otras cosas más, mantuvieron aquella noche la casa de mi maestro en plena efervescencia. Estefanía se movió mucho más de lo corriente, pese a que la víspera se había lamentado con insistencia de un fuerte ataque de reuma a los pies. Aquella noche Estefanía se dividió para atender a todos con una rapidez insólita, lo que vino a demostrarme que el mejor remedio para el reuma es poner encima del reumático una preocupación mayor.

Recuerdo perfectamente cómo Alfredo fue amortajado por su madre y doña Gregoria con el traje azul marino que usaba para las grandes solemnidades. No se me olvidarán las dificultades inherentes al acto de vestir a un muerto. Las articulaciones habían perdido su flexibilidad, los miembros todos se habían aplomado, la rigidez convertía el cuerpo en un garrote sin elasticidad, de una sola pieza. Todo esto vino a evidenciarme que el cuerpo, sin el alma, es un simple espantapájaros. Las dos mujeres terminaron por dar un corte a la espalda de la marinera e hilvanarla después de puesta sobre el cuerpo inanimado. Concluida esta operación, la madre de Alfredo se puso a llorar. Tenía los párpados enrojecidos y su aparente belleza

desapareció con el llanto denso y silencioso. Pensé en «el hombre», en lo que diría de poder contemplar ahora a su ídolo en toda su autenticidad, convertida en una materia plástica sobre la que la muerte había colocado su sello sincero y frío. Cuando dos muchachos de la funeraria introdujeron el féretro en la habitación su llanto se hizo más agudo, más convulsivo, más profundo. La caja era blanca, y por esto me regocijé de que Alfredo hubiese muerto sin hacerse hombre. Los mismos muchachos de la funeraria depositaron el cuerpo de Alfredo dentro del féretro. La máscara carnal de mi amigo, encerrada en la oquedad de la caja, se asemejaba bastante a uno de los guerreros de la hornacina. Agradecí que no fuese al que yo había acariciado la nariz con una bola de nieve. El azar quiso que la semejanza se estableciese con uno de los vencidos.

Al ver a Alfredo tendido en el ataúd, su madre vino impulsivamente hacia mí y me besó y abrazó varias veces, llamándome «hijo». Sentí en mis mejillas un asco indefinido, baboso y caliente, como si me hubiesen aproximado al rostro alguna alimaña carnosa y suave. Me acuerdo que abandoné por unos segundos la compañía de mi amigo y me hundí, indeciso, en las oscuridades del cuarto de aseo. Preferí no dar la luz para no verme la cara en aquel instante. Recuerdo que a tientas busqué una toalla y con ella me froté infinitas veces, hasta que percibí un escozor agudo en las mejillas. Me senté entonces en la banqueta blanca y con la cara protegida por mis manos, acodado en las rodillas, dejé transcurrir un breve lapso de tiempo, quieto, insensible, suavemente transpuesto en la oscuridad. Uno de los aullidos de Fany me volvió a medias a la realidad. Me puse de pie, advirtiendo que algo sofocante me quemaba aún en las mejillas. Pensé en los besos de aquella mujer y experimenté de nuevo una viva repugnancia. Volqué el jarro de agua en el lavabo, derramando parte de ella. Luego me jaboné el rostro varias veces hasta que comprobé que desaparecía de mi carne la ácida impresión de sus lágrimas y sus besos. Ya más entonado abandoné el cuarto de aseo, resuelto a no volver a dejarme acariciar.

A los pies del féretro seguían llorando varias mujeres. Doña Leonor, la vecina del piso de arriba, había bajado con el exclusivo fin de ver de cerca el aleteo de la muerte al rasar un cuerpo joven. Su dolor quedaba condensado en el «pobrecito» que repetidamente pronunciaba en un tono descendente, hasta llegar al «ito», que apenas si se oía. Lamentaba la desgracia de verdad, pero con un pesar semejante al que podría doblegarla por la pérdida de un canario. Esto no es de extrañar, considerando que doña Leonor era una soltera empedernida. Allí permaneció varias horas, atracándose de morbosas sensaciones y regodeándose posiblemente de las muchas calamidades que la había ahorrado su virginidad.

Vencida casi la noche, la luctuosa reunión tomó un cariz distinto. Alguien dijo oportunamente que, aunque nos deshiciésemos materialmente en lágrimas, no por ello íbamos a reintegrar la vida «al muchacho» y que creía más a propósito elevar al Cielo nuestras plegarias en una piadosa intercesión por su alma, que era lo único que pervivía. Seguidamente todos nos pusimos a rezar el Rosario dirigidos por doña Gregoria. Así estuvimos hasta que amaneció. Las oraciones rodaban monótonas, elevándose pausadamente hacia el Cielo. Las largas letanías arrullaban las almas adormiladas por el dolor. Comprendí en aquella ocasión que orar es lo único digno que cabe hacer en presencia de un difunto; que todo lo demás es una mera explosión de nuestro inacabable egoísmo.

Entrando el día, la madre de Alfredo rogó al señor Lesmes se preocupase de resolver todo lo atañedero al entierro. Deseaba consumar las fúnebres ceremonias en aquel mismo día. La presencia inmóvil de Alfredo crispaba sus nervios; no podía soportar su rígida postura, ni la obsesiva fijeza de sus dos botas apuntando al techo.

A la hora de comer regresó don Mateo con todos los papeles arreglados. A las cuatro el cortejo fúnebre se puso en marcha. El día era uno de los más crudos del invierno. Por la mañana había estado nevando, y ahora el suelo crujía al hollar nuestros pies la nieve semihelada. Un viento frigidísimo barría las calles solitarias. La carroza avanzaba lentamente, meciéndose en tumbos extraños. Detrás marchábamos el párroco, don Mateo y yo. Luego un pequeño grupo de hombres desconocidos hablando de cosas y temas absurdos. La carroza pretendía ser blanca, pero la nieve, oportuna, le echaba en cara sus ridículas pretensiones.

Al pasar junto a la casa nueva, vislumbré a las señoritas de Regatillo santiguándose en el mirador. Lamenté no poderle contar a Alfredo que las señoritas de Regatillo se habían santiguado al ver su cuerpo vacío, contrariamente a lo que solían hacer en presencia de los cuerpos con alma dentro. Me pareció que uno de los jóvenes que acompañaban a Alfredo piropeaba imprudentemente a las señoritas del mirador. Y me pareció también que las de Regatillo se reían y cabrioleaban alocadas, ebrias de ilusión al solo pensamiento de que su atractivo era tan poderoso que se ejercía incluso sobre los hombres que iban a enterrar a sus muertos. Indudablemente, el mundo seguía...

Al doblar una esquina divisé «al hombre» en el centro del grupo de acompañamiento. Imaginé que Alfredo hubiera detestado su actitud y, en consecuencia, la detesté yo también. Es posible que fuera este choque el que comenzó a desentumecer mis sentimientos. Los efectos de «la inyección» se iban debilitando. Empecé a percatarme de que iba acompañando a Alfredo en su último viaje, de que la caja estaba cerrada y que ya jamás volvería a verle. Me encontré inquieto,

aturdido, débil... Me di cuenta de que mis temores se habían cumplido en un plazo relativamente corto. Sin embargo, la lucidez no había vuelto del todo a mi cerebro. Aún no calibraba debidamente las dimensiones de mi desgracia, no aquilataba en todo su alcance la magnitud de mi renuncia. Oía hablar detrás de mí. Conversaciones vacías, estrambóticas, fuera de lugar... Se hablaba de rusos, de japoneses y de Port-Arthur. Se apuntaban las posibles consecuencias de un abortado levantamiento proletario de San Petersburgo. Hubo quien dijo que aquello era el comienzo de «algo muy gordo». Otro respondió que era justo y lógico que en el siglo XX no se tolerase ya la esclavitud.

En tanto, Alfredo proseguía su camino callado hacia la tumba. Nada importaba él. Era menos que un grano de arena. Los hombres continuarían matándose por Port-Arthur o muriendo por conseguir unas reivindicaciones sociales. La muerte de mi amigo nadie la tendría en cuenta. Siquiera hubiera sido violenta merecería el aplauso y el recuerdo de su acción, y tal vez una estatua en una apartada plaza pública si su facción lograba la hegemonía. Mas él había desaparecido en óbito, silenciosa, apagadamente y en la cama. (Tal vez el mundo acabaría dándose cuenta algún día de que hay también héroes que mueren en la cama; héroes de esa clase que no buscan la muerte ajena para satisfacer unas apetencias no siempre desinteresadas.) Habíamos salido a la carretera del cementerio. Los árboles vigilaban desde las cunetas a ambos lados del camino. La perspectiva no ofrecía más que nieve por todas partes. Nieve helada, crujiente, blanca. Nieve, sólo nieve por todas partes... Evoqué la silueta del viudo recorriendo el mismo trayecto: imaginaba que mi apariencia actual debía de guardar muchos puntos de contacto con la silueta evocada. Yo me sentía flotar en el espacio blanco. Acompañaba en su último viaje al último y único amigo. Comenzaron a inquietar mis oídos los golpes de los canteros, produciéndome la impresión de que cada golpe arrebataba una esquirla de mi cráneo. Trabajaban los doladores encima de la nieve. Tal vez en su trabajo les arrebataría cualquier día la muerte, y entonces la losa pulimentada serviría para preservar sus despojos. Pensé que era bello pulir con las propias manos nuestro último reducto.

Ya se veía a lo lejos la verja del cementerio. Me conmovió recordar que este mismo camino lo había recorrido pocos meses antes mecido por las carcajadas de Alfredo. Ahora él yacía inmóvil, encerrado en el cofre blanco que portaba la carroza. Detrás de mí continuaban hablando de rusos, japoneses y de Port-Arthur. Nada de nada. Ni respeto para la muerte; ni un asomo de piedad para aquellos doce años clausurados en una caja blanca como si se tratase de unos gramos de bombones.

Se detuvo la carroza junto a la verja. Cuatro hombres se hicieron cargo de la caja, sobre la que el párroco derramó la lúgubre paz de su responso. Vi entumecida de frío la vieja acacia bajo cuya sombra Alfredo eligiese el pie de un pino como lugar ideal de descanso.

Avanzamos por el paseo central precedidos por el féretro. Cruces por todos lados. A izquierda, a derecha, al fondo… cruces y lápidas empenachadas de nieve. Aquí yacía Manolito García, víctima en aciago día, de unía terrible disentería. De nuevo experimenté asco y escupí sobre la nieve. Advertí que «el hombre» había observado mi ademán y me miraba curiosamente. Los cipreses se bamboleaban, fantasmales, recogidos bajo su manto de nieve. Recordé los frutos mondos que parían sus ramas y que un día poblaran la cabeza albina de Alfredo de lucubraciones macabras.

Ya nos encontrábamos ante la tumba abierta: *tumba*; pensé que el vocablo tenía un sentido estremecedor, de «más allá». Abría sus fauces poseída de un hambre de carne atroz. Me dio miedo, me dio lástima dejar allí unos restos tan queridos. En este instante, cuando todos nos deteníamos ante ella, cruzó como un relámpago por mi mente el contenido inefable de los dos años anteriores. «La inyección», perdía, poco a poco, todos sus efectos. Retornaba a mí, pujante y recia, mi habitual sensibilidad. Veía a Alfredo moverse, hablar y actuar con su proverbial gesto alegre y cansino, con el mechón albino colgándole sobre la frente, con una realidad impresionante y viva. «Sí, de todos modos prefiero descansar bajo el aroma de un pino. Su sombra es otra cosa, más redonda, más repleta, más humana… Es una sombra como la que proyectaría doña Servanda si hubiese nacido árbol… Más simpática de todas maneras.» «Todo son frases; pero decir que unos muertos, de donde sean, son más sanos que unos vivos, de donde sean también, es idiota, ¿no comprendes?» «El mundo tiene que ser así, unos gruesos y otros delgados; unos altos y otros bajos; unos ricos y otros pobres; unos malos y otros buenos… ¿no comprendes que de otra manera sería aburridísimo…?». ¡Oh, todo qué cerca y qué vivo permanecía dentro de mí! Veía a Alfredo subrayando sus frases con un acento especial, prendiendo de vez en cuando los pelos de su ceja izquierda con la mano del mismo lado… Lo veía —¡Dios!— transportado de alegría lanzándose al ataque de la ciudad, corriendo descalzo por las arenas grises de los marjales, vadeando el Adaja con los pantalones remangados a la altura de los muslos… Y le veía corriendo y brincando, ¡vivo!, haciéndome señas por debajo de las faldas de la camilla cuando doña Gregoria pedía o criticaba algo, censurando mi constante preocupación por su peso, sonriente al describirme cómo humeaban los mercantes al virar frente al rompeolas, camino de la ría… Y le tenía tan cerca, comprobaba su

proximidad tan caliente y real, que al dirigir mis ojos a la tumba abierta no pude creer que aquel lecho frío, aquella tierra recién removida, atravesada por las galerías de mil gusanos, estuviese preparado para él.

Los cuatro hombres iban ya a depositar el féretro en el hoyo. Uno de ellos soltó una maloliente palabrota al rozar la caja en uno de los bordes de la yacija. Creo que detrás de mí volví a oír hablar de Port-Arthur, de rusos y de japoneses. ¡Malditos rusos y malditos japoneses! ¿Es que no gravitaba en estos instantes sobre el mundo el riesgo inmenso de que un soplo mortal cortase toda actividad sobre su costra?

Me mordió en las entrañas la glacial indiferencia que me rodeaba. No puedo precisar qué otro impulso me movió. Tan sólo recuerdo que de un tirón me desprendí de la tibia caricia de don Mateo y me arrojé sobre el féretro blanco llamando a mi amigo a grandes voces. Recuerdo que hicieron falta muchos hombres para arrancarme de aquel postrer abrazo y que cuando me revolví furioso contra los que me apresaban, vi en primer término, atenazándome con sus odiosas manos, la corpulenta figura «del hombre». Toda mi sangre hirvió en un segundo. Mi furia, mi dolor, mi soledad tremenda, se concrecionó súbitamente sobre aquellos ojos burlones, sobre aquella mueca incompleta que vivificaba su desprecio. Me encaré con él en el pináculo de mi indignación.

—¡Canalla! Por usted ha ocurrido esto... Usted es el causante de todo. Pero sepa que jamás Alfredo le agradecerá su compañía hasta la tumba. Alfredo le odiaba a usted por encima de todas las cosas; le juzgaba un malvado, un egoísta, un...

Me cruzó la cara de dos estruendosas bofetadas. Mejor dicho, de una bofetada de ida y vuelta que me hizo tambalear. Don Mateo se interpuso entre nosotros y conservo una vaga idea de que, en palabras redondas y claras, le llamó «cobarde» y unas cuantas cosas más. La cara me ardía, pero el corazón se me había amansado ya; se me antojaba que Alfredo, en adelante, podía yacer tranquilo en su tumba. «El hombre» ya sabía lo que él hubiera deseado decirle. Podía considerarse vengado.

Sólo quedábamos el señor Lesmes y yo junto al sepulcro de mi amigo. El resto del acompañamiento había desaparecido ya. Seguramente proseguirían comentando sobre rusos, japoneses y Port-Arthur. Tal vez sobre la inquietud proletaria que bullía en el corazón de la Siberia. Peor para ellos. Peor para ellos que no pensaban en que algún día habrían de realizar este viaje sin vuelta. Igual, lo mismo que Alfredo. Los traerían en carroza, bien tumbadazos, pero se quedarían allí para no volver; y su acompañamiento hablaría igualmente de rusos, japoneses y Port-Arthur para escarnio de su memoria.

Caía la noche. Blandamente empezaron a descolgarse del cielo los copos de una nueva nevada. Don Mateo deshojaba un padrenuestro al pie de la tumba. Al contestarle observé que a la cabecera de Alfredo se erguía un pino de tronco recto y copa tripuda, ornado por sus hojas perennes y aciculares. «En primavera y verano —pensé— le cobijará una sombra semejante a la de doña Servanda, si en vez de mujer, hubiese nacido árbol…»

XV

Hasta después del regreso del cementerio yo no viví la muerte de Alfredo. Sólo cuando pasé frente a la hornacina, entré en casa del señor Lesmes y me puse en contacto con mi primitiva habitación —que hedía profundamente a desinfectante— empecé a convencerme de la colosal dimensión de mi desgracia. La primera impresión que me asaltó fue de vacío: un vacío hosco, erizado, acre... Más tarde completé esta sensación con la de eternidad; este vacío no podría remediarlo en los años que me restaban de existencia. Es decir, estaba solo y para siempre. Una tercera impresión vino a redondear mi percepción cabal del momento. Yo no olvidaría nunca a Alfredo, no podría olvidarlo, aunque lo intentase. Estas tres impresiones, fundidas, creaban a mi alrededor una atmósfera densa, irrespirable. Sospeché que nunca podría acomodarme a esta vida nueva, desasida, sin lazo espiritual alguno que me aferrase al resto de los humanos. Me parecía que flotaba en el espacio, absolutamente desligado de toda criatura terrena, racional e irracional. Comprendí qué profunda verdad encerraban las palabras del señor Lesmes cuando dijo que «entre perder y no llegar era preferible esto último». Después de saborear la compañía de Alfredo me sería muy difícil habituarme a ser como si no le hubiese conocido, como si los dos años últimos no hubiesen pasado de la categoría de un sueño. Morir no es malo para el que muere, pensé; es tremendo para el que queda navegando por la estela que el otro trazó, desbrozando, soportando una vida larga, fofa, despojada del menor aliciente... Imaginé que sería inferior mi zozobra si mi amigo hubiese volado íntegro a regiones superiores, si el gran viaje lo hubiera emprendido con el alma y el cuerpo en amigable armonía. Mas el hecho de haber velado su cuerpo inerte, de saber que sus restos secos descansaban al amparo de una piedra de granito, me desequilibraba hasta hacerme sentir palpablemente que mi cuerpo flotaba ingrávido en el espacio y daba vueltas a la esfera del mundo como un extraño e incansable satélite.

La conformación de la vida externa que en aquellos días asumió la casa de mi maestro me prestó muy poca ayuda para desprenderme de este sentimiento inaudito de soledad. La muerte transformó toda la casa de don Mateo de una manera sensible. Era como si su vitalidad se hubiese levantado ahora cimentada sobre el muro vacilante, suave como el crujir de la seda, en el que se condensara nuestra inquietud durante la enfermedad de Alfredo. Algo de este susurro vacilante se había pegado a nuestras vidas de modo impremeditado, pero

profundo. Cesó de oírse la cajita de música después de las comidas; se extinguió la euforia bullanguera de Fany, el optimismo de Estefanía, la locuacidad mutilada de la pequeña Martina. Dejaron de ser los festines de los peces un festejo colectivo y comentado para quedar resumido a la mera satisfacción de una necesidad fisiológica. Perdieron sus tonalidades las cosas, los muebles y las paredes; desapareció, en fin, el reflejo de una amistad férvida y joven, tiñendo el fondo de aquella casa, de por sí austero.

La sombra de la muerte aún duraba, agarrándose a la superficie de las cosas. No se eclipsó con la desaparición del cadáver; parecía, al contrario, que con la lejanía de éste se había avivado su permanencia. Fue una melancolía póstuma, como la que pone en un hogar enlutado la aparición de un hijo del muerto.

En las comidas se intensificaba, haciéndome daño, esta vaharada de ausencia. Se echaba de menos el nexo, el aglutinante entre las dos familias congregadas en derredor de la mesa, la natural y la artificial. Sin Alfredo yo me sentía despegado de mis anfitriones y ellos se sentían más lejos de mí. De nada vallan los conatos de cordialidad, intentados con molesta frecuencia por el señor Lesmes. Yo estaba allí en virtud de un contrato y el contrato aúna los intereses, pero los corazones no salen de su abotargamiento. Faltaba la chispa que espiritualizase las cláusulas del pacto, que hiciese espíritu la materialidad de mi alimentación y la percepción de los ochocientos reales mensuales por parte de don Mateo. Sin embargo, era esta chispa lo que se había llevado la muerte. Si de mí sólo hubiera dependido, no hubiese permanecido allí más tiempo del necesario para enterrar a Alfredo; después me hubiese marchado de aquella casa donde en cada movimiento, en cada detalle, en cada gemido doloroso de las puertas al abrirse o cerrarse, tenía yo un recuerdo y una nostalgia.

La ubicuidad del alma del ausente se percibía sin que el tiempo la entibiase. Para mí él estaba, como Dios, en todas partes. Pensé que era éste el hálito y la fragancia de eternidad que Dios pone en cada humano al transmitirle la vida. Imaginé que, merced a este prodigio, la permanencia terrena del hombre iba hasta más allá de la muerte; no se eclipsaba hasta cincuenta años después, hasta la segunda o tercera generación.

En la misma calidad de las comidas se percibía la marcha corporal de mi amigo. Los mil reales de cada mensualidad constituían el muro maestro de aquella casa; eran su más sólido puntal económico. Ahora la ubicuidad de su espíritu no devengaba renta de ninguna clase y doña Gregoria, en cambio, había de seguir atendiendo a nuestro sustento corporal. La coacción económica gravitaba, pues, sobre nosotros. Hasta la propia Fany supo de la insatisfacción estomacal y de las mordeduras del hambre. Apenas si algo sólido,

fuera del pan, llegaba a nuestras bocas, y cuando llegaba era pesado y medido previamente, de forma que la alimentación del animal había de hacerse a costa del propio sacrificio. Con todo, como mi hambre en los primeros tiempos fue tan escasa como mis ilusiones, Fany pudo mantener erguido su liviano cuerpecillo gracias a mi estómago inapetente y a mi magnánima voluntad.

Recuerdo que el resto del año transcurrió para mí en un constante y tenaz esfuerzo para adaptarme a las nuevas condiciones de existencia. Fue un proceso duro, de lucha intensa y, en última instancia, de una esterilidad descorazonadora. Alfredo continuaba presente, sin que el don de la ubicuidad que acompañaba a su espíritu dejase de evidenciarse en todo tiempo. Me aprisionaba con tenacidad, me hacía presente su ausencia, recalcaba mi orfandad, me parecía verle y oírle a toda hora, aureolado por los reflejos de su cabello albino. Poco pude hacer en ese tiempo fuera de dejarme llevar por la corriente de su influencia. Le rememoraba, resucitando los pasajes más salientes de nuestra historia común, reviviendo su optimismo, su convencimiento de la inmortalidad de los cuerpos jóvenes, su afán ambicioso de ser rico algún día y liberarse de la opresión de aquellos muros y liberar a su madre de su otra opresión.

Su madre había vuelto a escapar. Sin duda liberada de una manera distinta a la soñada por Alfredo, pero liberada al fin y al cabo. (El dolor que parecía embargarla desaparecería como un charco de agua de lluvia formado sobre unos estratos de tierra arenosa. Se filtraría rápidamente hasta un lugar profundo e ignoto de su cuerpo, donde sería tarea impracticable volverlo a alumbrar. Allí permanecería oculto, callado, asfixiado su dolor, aquel su pesar superficial y vano que la condujo a besarme y abrazarme como si en mí viese encarnado a su propio hijo.) Escapó con «el hombre» que aparentaba ser el único soporte idóneo para mantener y enjugar su húmeda aflicción. Nunca supimos qué fue de ella. Ignoré hasta el fin por qué recovecos inextricables y ocultos discurrió en adelante su vida para terminar de consumar su negra traición al hijo y a su memoria.

Cuando el tiempo fue mejorando, don Mateo que observaba mi positura me autorizó a salir de paseo las tardes que lo quisiera. Solía hacerlo dos veces por semana, y en tales ocasiones casi sin un renuncio mis pies me conducían al cementerio. Me sentía allí a mis anchas. No sé si sería un bienestar morboso, pero hallaba más alivio a mi dolor entre los muertos que entre los vivos. Me parecía un coqueteo macabro de mal gusto esa pusilánime reacción femenina de terror hacia los muertos. ¿Por qué habíamos de temerlos si ellos son los únicos humanos de los que no cabe esperar daño? Ellos estaban allí quietecitos, dormidos a la sombra de sus árboles, en un estado neutro hacia el amor, el odio y la ambición, los tres motores que activaban el

flujo vital; las tres causas que movían al hombre a abandonar su estado letárgico. Allí todo era paz, silencio, con un fondo musical, rítmico y bailable, que ponían los canteros al machacar sus pianos de piedra. (El hombre del siglo XX, pensé, se daba la mano con el hombre del neolítico.) Allí, el presentimiento de Alfredo adquiría visos de mayor verismo. Su don de la ubicuidad tomaba caracteres reales al asomarse su espíritu a la fosa que cobijaba sus restos. Entonces me daba la impresión de que Alfredo no se hallaba tan lejos como creía, de que su ausencia era una separación temporal que tenía un fin, una frontera, una limitación, como cualquier otra postura humana. Le presentía cerca, palpitante, caliente. El cementerio se me hacía entonces como un remedio universal para toda clase de enfermedades; un gigantesco sanatorio donde reposan los hombres sin esa acuciante ansiedad que produce en otros lugares el temor de la muerte.

En mis visitas iba viendo crecer el pino que resguardaba su cuerpo. Su copa iba redondeándose, haciendo tripa como un hombre cincuentón, curvándose en una blanda conformidad de su instinto tutelar. En los días de calor el tronco sudaba resina por los intersticios de su costra. Olía fuerte, con un aroma cálido y penetrante. A su sombra solía yo ocultarme de la implacable persecución del sol. Era una sombra sofocante, calinosa, pero adecuada para templar el frío mortal del recinto. Permanecía allí, impávido, dejando que el tiempo resbalase sobre mí, sintiéndome cada vez más cerca de Alfredo y de su espíritu.

Un día, ganado por un insólito ardor romántico, dibujé en la corteza del pino nuestros nombres —Alfredo y Pedro— uno debajo del otro. Experimenté al hacerlo un sentimiento alambicado de íntima satisfacción; algo así como el placer de poner la rúbrica debajo de un extenso escrito. Aquella inscripción en el tronco del pino resumía nuestra amistad en un signo palpable y solemne; hacía partícipe a la naturaleza —potente, fecunda e inmutable— de nuestra peculiar manera de ser. Quedé muy satisfecho aquella tarde después de terminar mi obra. En lo sucesivo, siempre que visitaba a Alfredo gustaba de palpar el cuerpo caliente del pino, como si el riego subcutáneo de su savia portase diluido en su sustancia el poso de nuestra pasada intimidad.

Una tarde de verano varié el itinerario de mis paseos. Por instinto, sin premeditación alguna, fui a parar al paseo del Rastro. Hacía medio año que no pasaba por allí. Los chillidos sutiles y cortantes de los vencejos al lanzarse contra la muralla revolvieron mi abigarrado sedimento de emociones. Recordé las veces que Alfredo, Fany y yo nos habíamos asomado al fértil valle de Amblés, ahíto de primavera. Al hacerlo ahora, una bocanada de aire de la Sierra me llenó los pulmones sin mi voluntad. Traía el aire en suspensión savia

de árboles y frescor de nieve. Me hizo el efecto de un tónico reconfortante, jugoso, imprescindible para sostener la actividad del corazón. Pero al evocar la endeble silueta de Alfredo, consumiéndose contra la almohada, envié una mirada recelosa a la Sierra, culpándola de no haber poseído bastante vigor para hurtar a la muerte una vida en transición, una vida cortada cuando aún no había casi empezado a ser.

Aquella tarde me dejé llevar por parajes muy familiares, por parajes y lugares que tantas veces recorriéramos Alfredo y yo juntos. Descendí hasta la orilla del Adaja y permití que la sucia arena de los marjales acariciase mis pies descalzos; vadeé el río como en tiempos, y para introducirme del todo en un ambiente retrospectivo, me merqué a la fábrica para pulsar de nuevo su vitalidad pausada y machacona. Todo se mantenía igual y, no obstante, muchas cosas dentro de mí me anunciaban que el mundo seguía, que todo es placable en la tierra menos el tiempo que todo lo arrastra.

Regresé a casa por la puerta del Carmen. Al pisar los terrenos donde se celebraban las ferias de ganado, la horrible cara de la Bruna ganó mi imaginación. La vi moviendo convulsivamente sus labios elásticos, desgañitándose por meter en el alma de cada espectador el frío puñal de sus canciones sensibleras. Vi a Alfredo arrojando una monedita en la casposa gorra del ciego pidiendo la copla del niño encerrado en un arca. Supuse que ahora Alfredo podría satisfacer su capricho sin tales dispendios, sin más que jugar su picardía de espíritu entrometido imbuyendo en la Bruna la idea de entonar la canción del niño secuestrado. Alfredo escucharía escéptico el tremendo relato, con la sonrisa de suficiencia propia de los hombres que ya están «del otro lado».

Cuando volví a casa comprobé que la rememoración tan vívida de mejores días no me aportaba el menor consuelo. Prefería con mucho la augusta paz del camposanto; aquella paz sólo turbada por el cadencioso picar de los canteros. Lo otro me evocaba a un Alfredo ardiente, pleno y vivaz; el cementerio me ayudaba a rememorar, pero las imágenes de mi recuerdo se revolvían sobre un fondo de fatalidad ya consumada que no hacía dolorosos mis retornos al momento actual, vacío e incómodo. Cuando al domingo siguiente volví al cementerio tuve la alegría de ver cómo una chicharra velaba el sueño de mi amigo desde lo alto del tronco del pino. Y el pino estaba mucho más redondo y aromático que la última vez que lo viera.

XVI

Pasados los primeros meses de estupor y desequilibrio comencé a entrar en la fría realidad. Ahora veía que la muerte lo llenaba todo en el mundo con su vacío desolador. Sentía un malestar casi físico encarnando mi desasosiego espiritual. Mi cuerpo se electrizaba a veces sin motivo aparente y yo había de buscar entonces el contacto del aire helado para apaciguar mi cuerpo y mi alma. Ahora me avergüenzo de confesar que presentía la proximidad de un desenlace inminente para mi vida. Entonces no me avergonzaba. Me era absurdo suponer que mi cuerpo continuase albergando un alma sin concordancia con él por mucho tiempo. Sin duda, en mi encarnación había existido algún error de base. No había asonancia alguna entre los dos pilares que sostenían mi ser, por lo que el estallido que desglosase a uno del otro se me hacía irremediable. Pensaba en un lamentable descuido divino; Dios no tenía dispuesta aquella alma para mí, pero ella se enfundó en mi cuerpo sin consideración a los supremos designios. De aquí nacía una lucha sorda, enigmática, impalpable, que me traía y llevaba por sus veredas indeseables, mientras mi todo completo asistía a esta pugna como un espectador pasivo y paciente.

Sin embargo, observaba que yo no era una excepción, que todos arrancamos con un lastre inicial que luego se va incrementando o debilitando en el decurso de la existencia; que todo depende de que nuestro espíritu sea más o menos abierto, de que su caja de resonancias esté enfocada hacia dentro o hacia fuera. Todos portamos un impulso que nos impele desde un principio en un determinado sentido. Ahora, que este impulso no tiene más que una eficacia relativa; no trae y lleva al hombre como un muñeco sin voluntad; no le hace, no le domina, le imbuye únicamente una tendencia. El hombre, su voluntad, podría en todo momento sobreponerse al relativo determinismo que emana de su propio yo y de la misma naturaleza de las cosas.

Pero, pensaba, el lastre del resto de la humanidad era diferente al mío; el mundo era distinto a mí, no pensaba ni sentía como yo. Aun en los hombres hechos y maduros observaba frecuentemente un punto de desacuerdo. No conocía yo, fuera de mí, una vida doblada por una muerte. La muerte siempre pasaba; la memoria del ausente iba debilitándose como esos colores que sucumben sin transición, difuminándose. La muerte no suponía para el mundo nada sustancial; era un simple accidente. «La vida sigue.» Era la fórmula bajo cuyo imperio se organizaban los años, los lustros y los siglos.

En cambio, yo me sentía cada vez más arrebatado por el vacío insensato e irremediable del vuelo de Alfredo. Discurrían los meses, los años incluso, pero la fuerza de su ausencia continuaba imponiéndoseme. Y a mi alrededor yo veía que el curso de la vida retornaba a la normalidad, se encarrilaba suavemente por sus vías ordinarias, incluso para aquellos que como yo habían conocido y amado a Alfredo. Doña Gregoria volvió tras el paréntesis de su luto, a la caja de música, a sus cadencias arrulladoras de sobremesa; Martina, después de un descenso inapreciable de su optimismo, tornó a ser la que era antes de marchar Alfredo; una chiquilla juguetona, vivaracha y locuaz. El mismo señor Lesmes, tan remetido dentro de sí, acusó el tumbo durante un tiempo, pero, al cabo, se enderezó, retornó a su vida metódica y triste, pero con un método y una tristeza normales también. A veces pensaba si sería que el señor Lesmes sabía disfrazar sus sentimientos mejor que yo que era un niño, pero acababa convenciéndome de que don Mateo no tenía por qué sufrir lo que yo, puesto que no era un amigo lo que había perdido. También a Fany y a Estefanía les llegó el olvido fácilmente. Con esto sus caracteres, ya de por sí parecidos, tomaron un nuevo punto de contacto. Eso sí, la vida siguió para todos; para mí, que sentía, y para los demás, que habían olvidado ya; para doña Leonor, para Fany y para los dos pececitos de la pecera verde. La vida continuó para todos a un mismo ritmo, que a unos parecía lento y a otros rápido, excesivamente rápido y vertiginoso.

Yo encontré en adelante cierto alivio a mi vacuo estado interior en los estudios. Como fondo se mantenía siempre la sensación de Alfredo, pero notaba, no obstante, a pesar mío, que su albina silueta se desplazaba, año tras año, a una más distante lejanía. No le olvidaba, pero los contornos de su presencia se desvanecían en el tiempo.

En aquellos años estudié con avidez, como si mi temperamento se alimentase exclusivamente de un ininterrumpido desfile de letras negras, de palabras y de frases. Estudiaba o leía a toda hora, con un afán insaciable de saber, de conocer, de desentrañar un mundo tan complejo, tan vario y tan incoherente. Año tras año iba jalonando mi esfuerzo y mi vida con un nuevo avance intelectual, dando unidad y armonía a los muchos cabos de ciencia que en mi cerebro permanecían sin atar. Así hasta alcanzar el último curso.

Pero la vida avanzaba para todos y a un mismo ritmo.

De vez en cuando un acontecimiento cualquiera nos daba razón y evidencia de su paso. Un día se casó una de las señoritas de Regatillo y doña Gregoria clamó al cielo afirmando «que todas las bribonas tienen suerte». A los diez meses la señorita de Regatillo se desdobló y parió un hijo que, en imparcial juicio de Estefanía, era bonito como las estrellas del firmamento.

Otro día amanecieron muertos los pececitos de la pecera verde. Su muerte se debió a una lamentable negligencia de mi patrona. La ventana del cuarto en que pernoctaban quedó abierta toda la noche y la helada intensa de la madrugada hizo sólido el líquido elemento en que los peces se revolvían. A la mañana un grito de doña Gregoria puso en ebullición toda la casa. Acudimos a su alarido y pudimos ver cómo los dos pececitos rojos estaban incrustados, íntegros, en un opaco y redondo bloque de hielo. Hubo lágrimas. Lloró doña Gregoria, lloró Martina y lloró Estefanía. Don Mateo se contentó con contemplar, sonriendo melancólicamente, la palma pequeña y morena de su mano izquierda. Pero, pese a todo, aquella noche tuvimos pescado con patatas, de segundo plato.

Otro día nos alarmó doña Leonor con una serie de gritos histéricos impresionantes. La habían robado. La habían desvalijado completamente aprovechando el momento en que ella oraba en la iglesia de San Pedro. Doña Leonor acudió a la Policía. Dos años más tarde nadie recordaba el hecho sino esporádicamente la interesada, para justificar la falta de detalles personales. Y advertí que, conforme corría el tiempo, las alhajas robadas aumentaban de tamaño, de valor y de belleza.

Otro día le dio una hemiplejía al abuelo. Doña Gregoria nos trasladó a todos durante una semana a su domicilio. Yacía el anciano entre las sábanas con medio cuerpo vivo y la otra mitad muerto. Hasta las barbas del lado derecho habían perdido su temblor vivaz. Cuando intentaba sonreír sólo los pelos del lado izquierdo se movían como unos hierbajos secos estremecidos por la brisa. Pasó la semana y como el viejo no llevaba trazas de morir ni revivir del todo, retornamos a nuestro hogar con una nueva pena enquistada encima del corazón de doña Gregoria que, no obstante, se adaptaba al doloroso cambio con su característica impasibilidad.

La vida seguía su curso a un ritmo implacable, rápido para unos, moroso para otros, pero objetivamente igual para todos. En un punto u otro de la ciudad iba imprimiendo la huella de su paso cada día. Era como un río que después de la avenida fuese esparciendo a izquierda y derecha de su curso los restos de los destrozos ocasionados en su expansión. Unos nacían, otros morían; unos caían, otros se levantaban; unos quebraban, otros se enriquecían; perdían unos la salud, otros la recobraban. Era un juego de ponderación exquisito, equilibrado y ecuánime. La vida, con sus entrantes y salientes, constituía un gigantesco «puzzle» abigarrado y armonioso. Lo que uno no tenía le sobraba a otro y de la coincidencia entre las sobras y las faltas brotaba el equilibrio humano, con nada de más, pero también sin nada de menos. La vida de la ciudad se desplegaba ante mí como si recorriera una larga carretera en un coche descubierto y periódicamente unos

árboles más altos que otros rompiesen la uniformidad del camino sirviéndome de puntos de referencia, de hitos diferenciales.

Así fue finalizando la primera etapa de mi vida. Extinguiéndose lenta, calladamente, como muere y se extingue una llama, pasando por las sucesivas fases de embriaguez, madurez, debilitamiento progresivo y azul. Desvaneciéndose entre los compases rutinarios de Martina golpeando el piano. Una Martina que iba creciendo, haciéndose persona poco a poco...

En mis largas jornadas de estudio sólo su voz turbaba el silencio que me envolvía. Sonaban primero las teclas del piano de la sala, luego su voz, su voz mutilada e indecisa de niña que aún emplea una infantil verborrea taquigráfica. Más tarde, con los años, su voz magnífica, bien timbrada y flexible:

Frú, frú, frú, frú
hermosa cupletista...
Estoy frú, frú...
loquito por tu amor.

XVII

Así se presentaron los últimos días del último curso. Irremisible, imperceptiblemente, había alcanzado la meta de la etapa primera de mi vida. Contemplé su culminación sin ilusiones ni desasosiego, simplemente como un hecho natural que en sí no me producía ni frío ni calor.

Mi tío me escribía insistentemente desde Barcelona animándome a tomar una decisión para el porvenir, a que me inclinara hacia un lado o hacia otro con absoluta libertad, pero que no demorase mi elección hasta el último momento, ya que en ese caso no se elige una carrera por amor, sino como obligado recurso.

Invariablemente, yo le respondía que tuviese paciencia, que la cosa requería tiempo y que en el instante de tomar una determinación se lo haría saber con toda urgencia. Por otro lado el señor Lesmes me acuciaba en el mismo sentido. Creía ver en mí una facilidad extraordinaria para los números y todo su empeño estribaba en hacerme un gran matemático; en inclinarme decididamente hacia la arquitectura o la ingeniería. Yo no le decía que sí ni que no; le escuchaba simplemente, sin ánimo de emprender una discusión que no nos hubiera conducido a ninguna parte. Le oía con una absoluta indiferencia, convencido interiormente de que ni sus palabras me harían cambiar de parecer ni tomarle si ese parecer no hubiera sido tomado ya. Cuando don Mateo se cansaba de aconsejarme se marchaba dejándome solo.

A raíz de estas visitas solía yo meditar, con el libro abierto delante de los ojos, sobre mi futuro destino. Confieso que la ambición no me atosigaba con sus punzantes tentaciones. Solía yo tomar como punto de partida mi excéntrica contextura espiritual. Iba dándome cuenta de las anormalidades de mi carácter y mi interés directo se cifraba en hallar alguna profesión que no se divorciase de mi especial manera de ser; más bien que se adaptase a ella de una manera regular y elástica. Me observé bien por dentro aquellos días por ver de descubrir en mi alma algún indicio de vocación religiosa. Notaba que en los últimos años se había intensificado mi vida de piedad por ser incuestionablemente ella la que más me aproximaba a Alfredo y la que aún me permitía hacer algo por su acomodamiento ultraterreno. Después de muchas dudas y cavilaciones concluí por desechar esta idea. Me seducía el apartamiento del mundo, el poner frontera entre mi existencia y el siglo en que vivía, el anular para siempre el riesgo de un nuevo arraigo terreno, cuyo desprendimiento a la larga había de

causarme un nuevo dolor, pero me acobardaba ante la posibilidad de una vida excesivamente contemplativa, de que recayera sobre mis hombros una responsabilidad educacional, o quizás una labor misionera, de atracción hacia Dios de otros espíritus, para la que no me sentía con fuerza suficiente.

Evocaba con frecuencia el punto de vista de don Mateo frente a la vida, a pesar de que su autor últimamente aparentaba haberse olvidado de él. Sin duda alguna «el no ser desgraciado ya es disfrutar bastante felicidad en la tierra». Mi esperanza estaba, pues, limitada por este apotegma mezquino, tasada previamente por mi conciencia clara de lo que la vida podía dar de sí. Yo añoraba la quietud para mi espíritu, un estado neutro hacia los hombres y las cosas, una premeditada indiferencia hacia cuanto en un plazo más o menos largo podía volverse contra mí. Sabía que «la quietud suprema con poco se alcanza; meramente con lo imprescindible». De aquí que mis meditaciones tendiesen de modo primordial a procurarme en el porvenir una situación de estabilidad interior, aunque en el aspecto externo no fuese holgada o dejase algo que desear. El secreto de esta proyectada estabilidad estribaba «en quedarse en poco»; don Mateo lo había dicho también. «Al tener acompaña el temor a perderlo, que ocasiona tanta intranquilidad como el no poseer nada»; el señor Lesmes había dicho que «debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos».

Le daba la razón a mi maestro en todos los puntos que había desarrollado durante mi estancia a su lado. Sus constantes lecciones se habían desenlazado en el epílogo de la muerte de Alfredo, hecho que había venido a demostrarme la gran distancia que separa «el perder» del «no llegar», la diferencia profundísima entre el «no asir» y el «desasirnos».

Enfocadas las perspectivas de mi destino desde este ángulo —el fundamental para mi estado de alma— las consecuencias que deducía eran siempre las mismas; análogas por lo menos. Mi facultad de desasimiento era rígida y sin reservas; ni aun esforzándome podría darle la elasticidad mínima para discurrir por la vida como un individuo normal. Habla de sujetarme, de prejuzgar el alcance de mis acciones antes de consumarlas, de vigilarme noche y día para evitar un encadenamiento sentimental que con el tiempo podría costarme caro.

Estos razonamientos y otros similares ocupaban gran parte de mis horas en el último mes de permanencia en casa de don Mateo. Encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación mi cerebro discurría serenamente, en frío, sin precipitaciones. A ratos Martina ponía un fondo musical a mis desvelos, pero su voz, caliente y cristalina, no enturbiaba para nada la claridad de mis razonamientos.

Creo, al contrario, que su música y sus canciones activaban mi potencia cerebral y hasta me hacía ver las soluciones más precisas y rotundas.

Frú, frú, frú, frú
Hermosa cupletista…
Estoy, frú, frú…
loquito por tu amor.

Hacía años que había sentido transformarse dentro de mí las corrientes que vivificaban mi ser. Dejé de ser un niño para convertirme en un medio hombre, para alcanzar esa edad peligrosa, púber, en que los vientos de las pasiones se entrecruzan dentro de nuestro pecho poniendo un biombo, más o menos tupido, a toda otra consideración espiritual. Adivinaba que, con el correr del tiempo, el cuerpo se transforma, exige un complemento físico; un complemento que iba más allá del complemento limpiamente cordial, sin exigencias más bajas; un complemento cabal, amplio, sin restricciones, donde los sexos descubren, al fin, el misterio para que fueron creados. En este punto se condensaba ahora toda mi inquietud. Estaba decidido a «no tomar», a «no asir» jamás nada que pudiera afectar al campo de mis sentimientos, a no amar y no ser amado, a no dejarme arrastrar por la fuerza de mis instintos. Comprendía que mi solución temporal se escondía en un amor alto y sin engaño, en una mutua entrega de energías e inquietudes. Mas el inconveniente se ocultaba en la misma temporalidad de esta solución, en la condición finita de toda relación humana, en que a la larga todo muere, se derrumba, termina por disociarse en el tiempo; en que «fatalmente uno de los dos ha de enterrar al otro».

La experiencia de Alfredo me servía de escarmiento en estos trascendentales instantes. Cinco años no habían bastado para debilitar su recuerdo. No su recuerdo físico, sino su influencia, su espíritu. Un amor más grande, una entrega más completa, produciría en mí al deshacerse un desconcierto tan intenso que muy bien podría concluir en la más abominable traición a Dios: el suicidio.

Frú, frú, frú, frú
hermosa cupletista…
Estoy, frú, frú…
loquito por tu amor.

Mis determinaciones las rubricaba Martina con su estribillo sutil, enervándolas, poniendo sordina a su relevante importancia. Momentáneamente me dejaba portar, abatido, entregado en los brazos de su canción. Pero inmediatamente mi cerebro, espoleado,

recomenzaba su actividad como si hubiese sido sustituido por otro nuevo, fresco, potente, sin estrenar aún.

Tres tardes antes de acabar los exámenes llegué a una definitiva resolución. Convencido de la imposibilidad de elegir el rumbo de mi destino estimando únicamente el valor de mis aptitudes, me decidí, al fin, por una carrera que, conservándome en el mundo, me permitía al propio tiempo mantenerme apartado de él. Decidí hacerme marino mercante. Esta profesión aunaba todas mis ambiciones. Su carácter variable, la constante movilidad de horizontes y de personas, rimaba a la perfección con mi deseo de evitar tratos y relaciones reiterados o permanentes. Una vez tomada me pareció que era esta solución la que, inconscientemente, había ambicionado toda la vida. Evoqué a don Felipe y sus maravillosos relatos de la vida marinera. Rememoré la idea que del mar me imbuyera Alfredo al regresar de su visita a la playa. Y me hizo el efecto de que estas sensaciones, que incidían ahora en mi ser, eran resurrección de unas mismas sensaciones que me habían poseído de siempre anteriormente.

Había cerrado el libro como único medio de dar a mi determinación la solemnidad obligada, como único ritual con que podía adornar mi decisión unilateral, silenciosa y fría.

Martina cantaba desde la sala como otras tardes. Me levanté de mi silla con la tranquilidad de quien acaba de rematar un trabajo excesivo y urgente. Necesitaba descansar, airearme de vida externa, dejarme absorber por acontecimientos ajenos a mí, aunque estos acontecimientos fuesen tan simples como el ver a Martina enfrascada en su tarea de aporrear el piano. Entré silenciosamente en la sala y observé un momento la espalda erguida de la niña. Después me aproximé a ella sin que me advirtiera. Inopinadamente empezó a cantar.

Tras los cristales de aquel balcón
hay unos ojos que adoro yo…
Prenda mía del alma,
que si tú no me quieres
de pena moriré.

Sus dedos pequeños y elásticos recorrían ágilmente el teclado como una serie de pantorrillas femeninas danzando etéreamente sobre un escenario de marfil. Me pregunté cómo doña Gregoria permitirla que en su casa su propia hija, menor, entonase aquellas canciones eróticas que parecían escritas ex profeso para halagar la graciosa coquetería de las señoritas de Regatillo. Martina continuaba golpeando las teclas con una clara noción de la armonía. Sus dedos, tiernos, fugaces, rosados, se curvaban en las puntas, hacia arriba, al pulsar cada tecla. Sólo ante Martina me di cuenta de que algo se

consumía, se cerraba sin remedio dentro de mí. Me percaté del suave ronroneo del tiempo que escapa, que huye, sin volver una sola vez los ojos. Advertí que las cosas empiezan a gustarnos cuando necesariamente tenemos que desprendernos de ellas. Miré al papel rameado de las paredes como algo muy mío, como si mi propio interior estuviese tapizado de él... En aquel mismo cuarto nos recibió, años antes, el señor Lesmes. Entonces yo no era más que un rapaz animado por una vitalidad prestada, sin jugo propio, sin capacidad de raciocinio. Ahora las cosas habían cambiado y, por lo menos, ya sabía que de una sociedad de dos, uno fatalmente ha de enterrar al otro. Sabía siquiera que la materia se desintegra, se desvanece, que es caduca, finita, limitada. Sabía que la sombra del ciprés es alargada y corta como un cuchillo. Sabía...

Tras los cristales de aquel balcón
Hay unos ojos que adoro yo...
Prenda del alma mía…

Sabía que el hombre, físicamente, es como una planta que nace de la tierra y acaba en ella... Fatalmente también...

Al día siguiente escribí a Barcelona, a mi tío, anunciándole mi espontánea decisión. Días después recibí su respuesta, de una disconformidad absurda. Me decía, entre otras cosas, que yo no me daba cuenta de lo que hacía, que estaba influido por una imaginación pueril que decía muy poco de la seriedad de un hombre de diecisiete años; que la vida de marino, aparte de ser muy dura, no me permitiría aprovechar todas mis dotes intelectuales que a juzgar por mis notas del bachillerato y los informes de don Mateo eran vastas y desarrolladas: que meditase, seriamente, sobre este paso, ya que el darlo en falso equivalía a esquinarme con la vida, a perder el ritmo, el equilibrio y caer... No me decía dónde era donde podía caer y si la caída seria mortal de necesidad o no. Volví a escribirle manteniéndome firme en la línea que me había trazado. Le aseguraba que el dar mi brazo a torcer me contrariaría tanto como podía contrariarle a él mi determinación de ingresar en la Escuela de Náutica. Respondió que «fuese así, puesto que yo así lo deseaba». Con esto cedió también la presión del señor Lesmes, a quien adivinaba en concomitancia con mi tío para hacerme desistir de mi propósito. El juego y la correspondencia «subterránea» que sin duda habían mantenido entre ambos hubo de ceder ante mi terca contumacia, frente a mi voluntad decidida a enveredar mi futuro conforme a los principios que directamente recibía de mi conciencia. Con esto y el aprobado en mi última asignatura quedaron orilladas todas las

dificultades.

Dediqué los días siguientes a rematar este lapso con dignidad. Uno de mis primeros quehaceres fue el de acudir al cementerio a despedirme de Alfredo. El pino estaba más tripudo que nunca y la chicharra no cesaba de cantar. Nuestros nombres, impresos en la corteza, iban creciendo de conformidad con el desarrollo del pino. Dije adiós a Manolito García, víctima de horrible disentería, y le compadecí otra vez. La sombra del ciprés, alargada, acicular, dividía su lápida en dos. Pensé que las cosas largas, afiladas, eran más tristes que las redondas. Di la razón a Alfredo, por su elección de un lugar de reposo sombreado por un pino. Me percaté de que hay temperamentos que parecen agujas y temperamentos que parecen dedales. Temperamentos incisivos y temperamentos receptores. Imaginé que una sombra determinada cobija a los hombres en la vida lo mismo que en la muerte. Adiviné que la sombra que a mí me cruzaba el corazón era alargada y fina como la de un ciprés; idéntica a la que partía en dos la lápida de Manolito García...

Al día siguiente abandoné Ávila. Cuando salí de casa con las maletas camino de la estación, crucé la plaza para despedirme de los muñecos de la hornacina. Estaban rígidos como nunca, indiferentes al paso de los hombres y las cosas. «La piedra perdura; la carne no», pensé, y les dije adiós con la mano. Mi generación pasaría sobre ellos sin mudarles. Moriría yo y ellos permanecerían igual que el día que nací. Me volví para decirles adiós otra vez. Comprendí entonces que en esta despedida se encerraba mi doloroso adiós a la ciudad entera.

Doña Gregoria, Estefanía, Martina, el señor Lesmes y Fany me acompañaban en silencio. Me parecía que la gente nos miraba con curiosidad; nos compadecería seguramente, presintiendo una despedida. La estación olía a carbonilla atrasada, tras años de soportar el paso de los trenes. Noté un nudo grueso, con puntos dolorosos, en la mitad de mi cuello. Comprobé que ese nudo crecía y aumentaba sus aristas pungentes al mirar a mis acompañantes. Bajé la vista y me puse a pasear de puntillas sobre los baldosines contándolos, intentando contarlos como un día las pecas de la cara, de Alfredo. Silbó un tren. Sentí los brazos sofocantes de doña Gregoria apretándome el cuello. Tenía húmeda la angulosa mejilla. «Cuídate, hijo; escríbenos.» (No sé precisar si estas palabras me entraban desde fuera o salían de dentro de mí, tan tenues eran, tan vaporosas...) Me asieron ahora los brazos de Estefanía, la inefable Estefanía que no gustaba de dormir la siesta... El nudo de mi garganta crecía, crecía... Diría yo que era como las muescas en la corteza de los árboles, como nuestros nombres en la corteza del pino... Martina saltó a mi cuello y me besó llorando. Si hubiese sido dos años más tarde, Martina se hubiese abstenido... Noté contra las piernas el aliento fumoso del tren. Brincó Fany una y otra

vez sobre mí. Me abrazó don Mateo. De nuevo silbó el tren. Me vi de repente encaramado en él, asomando mi rostro por la ventanilla entre caras desconocidas, diciendo adiós con la mano. Lágrimas, lágrimas, lágrimas... y el nudo de mi garganta esforzándose en asfixiarme, en no dejarme respirar. Se estremeció el suelo del vagón. Ya estábamos en movimiento. Sentí un entrañable alborozo al abandonar vivo aquel manojo de seres. Imaginé que la sombra que velaba el corazón de don Mateo era acicular y alargada como la del ciprés. Y también la de doña Gregoria... y la mía... Deseé para Martina, para la pequeña Martina, una sombra plena, redonda...

Re-don-da-re-don-da...

El paso de las ruedas sobre las entrevías subrayaba, silabeándolo, mi deseo. Allá, a lo lejos, vi agitarse un pañuelo blanco, muy blanco, tan blanco como los retazos de nieve que aún se agarraban a los picachos más altos de la Sierra...

LIBRO SEGUNDO

«No es bueno que el hombre esté solo.»
Génesis

I

Ya en mi nuevo acomodamiento fueron desfilando los años. Progresó mi conciencia del mundo externo, conocí el mar, la vida en común, la atmósfera privativa de cien ciudades, pero todo resbaló por encima de mí sin que mi obstinada resolución tomada al abandonar Ávila se alterase en absoluto.

Mientras estudié en la Escuela de Náutica, en Barcelona, me alojé en casa de mi tío. Económicamente, él había prosperado mucho. Vivía muy desahogadamente y hasta con lujo. En contra de lo que yo neciamente había imaginado, trabajaba también, casi de sol a sol, como un bracero. Conmigo no estuvo demasiado amable; me aceptó con resignación pero nada más. Comprendía que el tiempo no había transcurrido en balde y que a los diecisiete años ya empieza uno a darse cuenta de la calidad moral de las personas que le rodean. Por ello quizás, en ocasiones le veía esforzarse por aparentar afabilidad, cordialidad incluso, con la especiosa idea de que yo no echase de menos otros cariños que me habían faltado en la vida.

Al verme frente a él me abrazó, asegurándome que me había desarrollado mucho en el último año que había dejado de verme. Intentó luego disuadirme de mi proyecto de ingresar en la Escuela de Náutica, mas yo me sostuve en mis trece. Sólo después de dos semanas de analizar mi actitud terca y recalcitrante, acabó por resignarse y concederme amplia libertad para que diese a mi vida el rumbo que desease.

Recién llegado de Ávila, recuerdo que Barcelona me causó una impresión violenta. Algo así como si de un solo salto hubiese pasado de la serenidad mística de un convento a la vitalidad laboriosa y activa de un gigantesco taller. Aquí la gente se movía en enjambres, agobiado cada cual por el peso de sus problemas, pero sin tener en cada esquina un monumento añoso y amarillo que nos recordase constantemente que la generación actual pisaba sobre otros tres estratos históricos. En Barcelona la Historia había pasado del todo; no había ido dejando, como en Ávila, residuos o maulas más o menos arcaicos. El señor Lesmes, pensaba, hubiese estado aquí descentrado y solo, aunque tal vez don Mateo, de haber nacido en Barcelona, sería hoy un experto negociante en tejidos, entregado de lleno a la fiebre del comercio y postergando en consecuencia la llama interior que ardía sin consumirle.

Las dimensiones de la ciudad me impresionaron tanto como su psicología. Echaba de menos mis paseos por la periferia de Ávila,

donde bastaban pocos minutos para rodear la ciudad completamente. Aquí había de conformarme con recorrer un par de calles sin fin para regresar a casa más cansado que si en Ávila hubiese dado cinco vueltas seguidas a la muralla.

Estudié mucho aquellos años. Apenas si buscaba el contacto con mis compañeros de curso. Ellos vivían su vida liviana y fácil, más hacia fuera que hacia dentro. Su actitud me desorientaba con frecuencia. No les entendía, ni ellos me comprendían a mí. Vivíamos en dos esferas aparte, pero tan próximas que a cada instante cabía presumir el choque. Un día llegó éste, inesperadamente.

Solían varios de mis compañeros matar las tardes de los sábados organizando alguna francachela colectiva, que luego les servía al menos para jactarse y presumir ante los demás el resto de los días de la semana. Una mañana de lunes, el que capitaneaba el grupo adoptó conmigo una actitud ridícula en fuerza de ser pretenciosa y soez:

—¿Cuánto tiempo hace que no vas de juerga?

—Dieciocho años.

Al principio se quedó un poco cortado, pero casi inmediatamente soltó una estentórea carcajada y me golpeó bárbaramente la espalda con la palma de la mano.

—Eres genial —añadió—; pero ¿por qué no te has metido cura?

—Prefiero esto.

—¿Vas a decirme que piensas conservarte «íntegro» moviéndote en esta clase de vida?

Nos rodeaban cinco o seis incondicionales del gallito. Alguno, más tonto y flojo que los demás, reía sus palabras como si en cada una de sus sílabas se encerrase un chiste.

—Por lo menos mis primeros ochenta años; luego ya lo pensaré.

Volvió a reírse con fuerza en mis barbas. Sus satélites le corearon.

—No querrás hacernos pensar que eres un... un...

Hubo un instante en que perdí la noción de mí mismo. Cerré el puño derecho y le disparé un soberbio puñetazo en la mejilla. Él se hizo atrás aturdido, reacio a creer que alguien hubiese osado levantarse contra él. Sus compañeros, previendo una pelea, nos hicieron corro. En el fondo creo que todos deseaban mi victoria. Los mismos incondicionales del gallito se sentían llenos de esa morbosa sensación placentera que produce la caída del ídolo. Les poseía un difuso afán iconoclasta. (Existe en esta clase de amistad jerárquica, donde uno está por encima de los demás, una recóndita y secreta esperanza de ver llegar la hora en que el déspota caiga, se derrumbe, impulsado por la figura más oscura y anodina del grupo. Es el mismo enfermizo placer que lleva al pueblo a aplaudir la caída del dictador que ellos auparon un día con el propio esfuerzo.)

El gallito vino hacia mí con los puños cerrados. Quería ofrecerse tranquilo, frío, muy capitán, pero la mueca de conejo rencoroso que asomaba entre sus labios le delataba. Me percataba yo de su desventaja en relación conmigo. Él se jugaba su predominio, su hegemonía, ganado a costa de Dios sabe qué sucios relatos de sus experiencias mujeriegas. Yo no me jugaba nada. Todo lo más mi tranquilidad escolar para lo sucesivo, mi apacible permanencia en el seno de mis compañeros. Intentó golpearme con sus dos puños, pero su acaloramiento le llevó a hacer dos desgarrones en el aire. Se hizo atrás de nuevo presintiendo mi reacción. Yo esperé aún. Cuando nos aproximamos otra vez sentí un golpe en la garganta y un dolor agudo en los nudillos de la mano izquierda. Le había alcanzado fuertemente en la boca y él ahora escupía unos salivazos sanguinolentos.

Alguien nos quiso separar, pero el gallito le mandó apartar violentamente. Una voz detrás de mí dijo: «dejadles». Se acentuaba en mi adversario la mueca de conejillo encolerizado. Pendía de sus labios una baba de sangre que subía o bajaba sin llegar nunca a caer del todo. De repente el gallito vino hacia mí y comenzó a aporrearme corajudamente, sin orden, finalidad ni método, no procurando la calidad, sino la cantidad, corno si diez dedalitos de agua fuesen más eficaces que una herrada para ahogar un gato. Cerré mi guardia como pude y soporté pacientemente el chaparrón de golpes. Sin duda nuestros compañeros imaginaron que aquello estaba ya decidido. Debieron de pensar que me entregaba demasiado pronto. Con seguridad se sorprendieron cuando yo, de un rápido salto hacia atrás, me puse fuera de tiro y los cuatro últimos golpes del gallito —dos de cada puño— se perdieron en el aire. Aproveché su desconcierto para meterle entre su defensa desarticulada dos cortados ganchos, secos y rotundos. Se tambaleó el gallito como si estuviera ebrio. Empero volvió a aproximarse sin notar ya los impactos de mis puños. Volví a asentarle un nuevo derechazo en la boca del estómago, y cuando derrotado inclinaba su busto hacia mí, le propiné un directo magnífico en la barbilla que pensé había de ser el definitivo.

Pero aún se rehízo el hombre. Admiré su capacidad de resistencia. Tornó a enfrentárseme y a ofrecerme, desguarnecido, el apetitoso blanco de su rostro. Le golpeé duramente la nariz por tres veces. Él dejó caer sobre mí sus puños con escasa violencia, desmayadamente…

El corro se estrechaba en derredor nuestro. Los espectadores tenían una respiración entrecortada, contagiados por nuestro jadear de fuelles viejos. Sangraba el «eminente» en tanta abundancia que no sabía yo precisar qué partes de su rostro eran las contusionadas. Súbitamente me harté, aprecié la necesidad de desenlazar aquello rápidamente, sentí un temor turbio de que nuestros profesores nos

sorprendieran en este trance y que la pelea pudiera trascender al. logro de mis ilusiones. Pasé enérgicamente a la ofensiva. Bajo el dolor de uno de mis mamporros el gallito se agachó y yo, aprovechando el resquicio de aquel desvanecimiento, disparé vigorosamente mi puño contra su mentón rendido. El gallito acusó el impacto instantáneamente. La cabeza se le dobló hacia atrás y cayó al suelo, fofo, quebrado, desmarrido, como un pelele de trapo. Hubo un silencio a mi alrededor. Seguramente los antiguos incondicionales ocupaban esta pausa en cambiar los colores de su chaqueta. El déspota había caído, había sido triturado. En lo sucesivo no tendrían ya por qué encogerse ante sus bravatas, ni que admirar las torpes jactancias de sus devaneos mujeriegos. Habían sido liberados por el más nulo, el más oscuro de sus camaradas.

Este episodio sirvió para demostrarme que la juventud, en la segunda decena de la vida, rinde un culto, casi idolátrico, a la potencia de los puños. En adelante mis compañeros acogieron mi presencia con respeto y admiración. Presentía que, de haberlo deseado, mi victoria me hubiese encumbrado al puesto que el gallito acababa de abandonar. Pero no quise estrujar mi triunfo hasta ese punto. Me bastaba con tener garantizada mi tranquilidad, la vida retraída, apartada, que yo gustaba de vivir. Me parecía que con aquella pelea había desbrozado el camino de mi vida, que podría en el porvenir avanzar con la cabeza levantada, sin el temor de que nadie me preguntase adónde iba ni el motivo por el que yo iba así. Nadie, efectivamente, volvió a interponerse en mi vida privada. Mi conducta podría extrañar a unos y admirar a otros, pero nadie me criticó en lo sucesivo, ni coactó el orden, minuciosamente seleccionado, de mis pensamientos y mis acciones.

Así, oscuramente, inadvertido, concluí mis estudios en la Escuela de Náutica de Barcelona, dejando abrochado, rematado, un nuevo lapso de tiempo.

Terminados mis estudios me enrolé en un barco frutero para cumplir mis cuatrocientos días de prácticas. El buque se llamaba *San Fulgencio* y desplazaba cerca de tres mil toneladas. Era un barco muy activo; apenas si permanecía en el puerto algún día fuera de los necesarios para la carga, la estiba y la descarga. Por lo demás navegábamos constantemente, haciendo escalas en el Norte de España, Oeste de Francia y en la zona meridional de Inglaterra.

Aprendí entonces a ver tierras y mares; a navegar y a desenvolverme en el mundo; empecé a convencerme de que el moverse por la tierra causa mayores trastornos que cruzar el mar y que el temor al mar de los hombres de tierra se debe antes que nada a

un fenómeno de sugestión apoyado en la idea obsesiva de la inmensidad en profundidad, longitud y anchura. A mí, que poco a poco iba trocándome en un hombre de mar, me mareaba la tierra más que el agua. Me mareaban los hombres con sus mezquinos problemas a cuestas, con su locuacidad desbordada, con sus ambiciones, con sus odios, con la previsión clara de su vitalidad efímera, infaliblemente limitada. Encontraba por contra que el océano traía consigo la paz a los espíritus. Una paz sedante y fácil, que sólo puede dar lo que no ofrece límite ni barrera en el espacio ni en el tiempo.

En aquellos días de mi primer contacto con horizontes amplios, con superficies inconsútiles, sin rematar, creí se desvanecería fácilmente la aleatoria amenaza que yo presentía, que yo hacía balancear sobre mí vedándome toda posible desviación del árido camino pretrazado. Creí ingenuamente que mi enfermedad sin microbios podría ser tratada bebiendo intensa, pacíficamente, la naturaleza, aletargándome en su contemplación, dejándome emparedar entre el cielo inmenso y el mar inmenso, y llenándome de su dilatación uniforme y vasta.

A veces costeábamos el litoral y entonces un elemento se unía al cielo y al mar, ayudándoles en su ingente tarea. Me agradaba extraordinariamente que el San Fulgencio navegara, ciñéndose a la costa. La tierra entonces, desde el mar, hacía el efecto de algo tan bello que sólo podía concebirse como fondo de un decorado artificial. Las cosas y los hombres perdían sus perfiles íntimos y se nos ofrecían uniformes, animados de una policromía vistosa, todo un poco reducido y mecánico; ficticia en fuerza de parecer tan bella. Y el barco continuaba zigzagueando, pronunciando las ensenadas y los cabos, dibujando el mapa en esa línea misteriosa, que siempre me había fascinado, donde la parte amarilla, roja o verde de las costas se funde con el azul intenso de los mares.

Una franja de color canela solía marcar la frontera entre el agua y la tierra. Más allá comenzaba a brotar la vegetación desigual y asimétrica, en ese desorden caótico y ordenado al propio tiempo con que sólo Dios sabe animar sus propias obras. En ocasiones, cuando el litoral que recortábamos era el del Norte de España, me deleitaba dejando pasar las horas absorto en una muda contemplación. La tierra, en esos casos, adquiría calidades de óptima belleza. El azul y el verde se asociaban en la franja canela divisoria, demostrando al orbe entero que entre todos los colores cabe una armonía cromática, que ningún color riñe con otro si la tonalidad proviene de las vitales energías que animan espontáneamente la costa de la tierra. Se extendían los bosques, apretados, densos, exuberantes, corriendo ladera abajo hasta detenerse a dos pasos del mar. Bosques de castaños, de eucaliptos, de pinabetes... Bosques y bosques a lomos de los prados verdes, formando

un tapiz de irisaciones delicadas, donde nada contrastaba briosamente, sino desposeyéndose lenta, paulatinamente, de su coloración particular; fundiéndose, entregándose a la luz común en un mórbido impulso de renuncia hacia la propia forma y la sustancia característica.

El paisaje emanaba frescas vaharadas de clorofila, una paz vegetal, plena, estimulante. De vez en vez algún caserío blanquísimo aparecía en el centro de un prado, rodeado de vacas opulentas, blancas y negras, de un rebaño de yeguas desnudas, sin arrear... Se adivinaban los relinchos lejanos, las voces inarticuladas de los cencerros, el silbido del gañán llamando al orden a alguna res descarriada. Después doblábamos otro cabo y la perspectiva cobraba de súbito un aspecto fosco, salvaje, abrupto. Un acantilado quebrado, recio, nos enseñaba los dientes amenazadoramente. Las crestas rocosas, deformes, se asomaban al mar desde alturas inconcebibles. Rompían las olas con estrépito al chocar contra los escollos bajos, que apenas emergían de la superficie. Los gritos de las gaviotas adquirían una penetración especial al rebotar en el acantilado. Junto a los peñascos de la cumbre revoloteaban las grajillas, acompañadas por el agudo acento de sus graznidos. Al vernos las gaviotas planeaban sobre el barco, esperando que algo apreciable se desprendiese de él. Las grajillas, contrariamente, no se inmutaban a nuestro paso. Sentían hacia la inmensidad del mar un pánico instintivo. Aun habitando en el confín entre la tierra y el mar, ellas vivían absolutamente de espaldas a éste. Nada querían ni esperaban de él. Si es caso recrearse en su contemplación con una mirada oblicua desde la altura. Pero nada más.

Ya dejábamos atrás la pequeña cala con sus impresionantes y agudas crestas. Las gaviotas nos acompañaban un rato y espaciadamente iban renunciando a seguirnos. De nuevo surgía de la tierra, ondulada y turgente, la maravillosa flora con sus mil matices de verdes combinados al desgaire. Nuevos bosques de castaños, pinos, eucaliptos... En una ligera depresión de la costa asomaba un pueblo de pescadores, una veintena de casas blancas, recién lavadas, con sus lanchas delante, amarradas a un puertecito rústico y elemental. Algunas veces sus moradores nos decían adiós agitando trapos vistosos desde las ventanas. Otras tropezábamos con las lanchas metidas ya en faena, preparando las redes para la pesca. Pero al poco rato también el pueblecito, las lanchas y los pescadores quedaban atrás, perdidos en la distancia o a cobijo de una prominencia ribeteada por la estela de nuestro barco.

Cuando navegábamos por alta mar las percepciones de mis sentidos, aunque distintas, contribuían también a devolverme parte de la quietud perdida. La uniformidad del escenario hacia mucho bien a mi compleja constitución interna. Iba lentamente limando aristas,

puliendo asperezas, redondeando, organizando mi deteriorado sistema nervioso. La mar era algunos días como una cuartilla azul, pero sin ángulos. Otros se empinaba a trechos, se ondulaba como una tierra atravesada de surcos. En estos casos el *San Fulgencio* se adaptaba, remarcaba, uno a uno, los tumbos de su superficie, lo mismo que esos rapaces que recorren una manzana de casas siluetándola en todos sus accidentes con su dedo o una tiza.

En ocasiones los peces saltaban por los costados, imitando a los pájaros. Cortaban el aire fugazmente, dejándonos la sensación de su paso casi sin verles, sin hacer ruido, como estrellas fugaces. El cielo brillaba arriba cubriendo el mar como un gigantesco toldo. A ratos parecía que ambos —cielo y mar— se hacían la competencia, discutían sus dimensiones y calidades. Al cabo me daba cuenta de que nunca dos buenos amigos se abrazan tan estrechamente como ellos lo hacían ahora allá en la línea difusa del horizonte.

Así fueron marchando los días, fluyendo del tiempo puntuales, monótonos, sin un fallo. Y yo seguía esperando sin tener una conciencia clara de qué era lo que esperaba. Tal vez mi retorno a un equilibrio interior, tal vez algo grande, tremendo, inesperado, algo indeterminado, deseable por su misma imprecisión. En el fondo tenía esperanzas de sanar por dentro; de que el tiempo y la naturaleza fuesen debilitando las profundas roderas que en mi ánimo imprimiese el carro de la muerte; de poder decir algún día «he sido un loco» y reírme hasta desmayarme de mi locura; de poder decir al mundo con una risa de oreja a oreja: «Señores, yo jamás pensé casarme y hoy aquí me tienen: quince hijos en veinte años». Pero atrás de todas estas esperanzas imprecisas y vagas, que ni aun a mí mismo conscientemente osaba confesarme, me atormentaba una idea fatalista: «El hombre puede cambiarlo todo —me decía—, transformarse hasta físicamente, enmendar su vida, sus instintos, sus costumbres, pero jamás podrá modificar la luz que porta dentro de sí y a cuya claridad examina la mesmedad de su paso. El hombre libremente puede elegir su camino, pero no puede alterar a voluntad la luz bajo la cual camina».

En tanto, seguía esperando. ¿Qué? No lo sé. Algo indefinible, inconsistente. Pero seguía esperando…

II

Sólo Dios sabe si por aquel entonces tuve alguna posibilidad de modificar el mundo de mis ideas. Pero, desde luego, si esa posibilidad llegó a existir, tengo el riguroso convencimiento de que fue la guerra quien la quebró, quien la deshizo completamente.

Aún estaba yo embarcado en el *San Fulgencio* cuando estalló. Como todas las guerras, su iniciación tuvo tanto de esperado como de sorprendente. Surgió el día que dos hombres, cabezas de país, se dieron a razones menos que de ordinario.

—Oiga, se me está usted subiendo ya a las barbas con tanta historia —debió de decir uno de ellos.

—¿Dice usted «guerra»?

—Sí, guerra.

—Pues, ¡sea guerra, ya que usted lo quiere!

(Verdaderamente, los dos hombres estaban deseando zanjar sus diferencias con las armas en la mano. Lo importante era ocultar ese deseo hasta que el de enfrente no lo mostrase. Había que ganar, primero que la guerra, la opinión universal. En resumidas cuentas, era esta opinión quien en último término había de decidir el pleito. Y la opinión universal no se ganaba pronunciando el primero la palabra *guerra*, ya que la guerra es especialmente odiada por los no beligerantes.)

Y un montón de hombres arremetió a tiros con otro montón contra el que nada tenía en realidad. El otro montón respondió también, naturalmente, con tiros. Los dos montones comenzaron a disminuir; decrecían a ojos vistas. Y un día, después de mucho ruido y muchísima sangre, se vio que de uno de los montones no quedaba ni rastro; del otro unos pocos, muy pocos. Estos pocos, al ver que no restaba nada del montón de enfrente, empezaron a desgañitarse afirmando que habían conseguido la victoria. Pero ¿habían conseguido alguna victoria en realidad? ¿El haber disminuido su montón hasta casi desaparecer, podía ser estimado como una victoria por el mero hecho de que el montón adversario hubiese sido asolado? La verdad era demasiado triste para reconocerla. Empero era cierta; el montón esquilmado sufrió una espantosa derrota; el montón con supervivientes fue también derrotado, pero menos.

En el fondo creo que los dos bandos, por motivos más o menos ocultos, hubiesen llegado a las manos de todas maneras. Había muchos problemas de por medio. Pero también había que dar los rodeos oportunos para que fuese el otro quien declarase la guerra,

para poder decir un día: «Nosotros no hicimos otra cosa que repeler la agresión». Éste era el primer paso hacia la derrota menor en las guerras modernas, hacia lo que los supervivientes, un poco a ciegas, llamaban pomposamente «su victoria». La verdad era que entre todos los problemas que distanciaban a los dos bandos no sumaban, ni remotamente, lo que la guerra. Es decir, que las cuestiones causa de la guerra se hacían nimias, imperceptibles al compararlas con las cuestiones gigantescas que la lucha creaba. (Después de todo era ésta una solución muy humana. El hombre es muy capaz de quedarse en cueros por adivinar el paradero de la lavandera que le hurtó unos calzoncillos. Prefiere perder todo su poderío antes que una sola unidad de él pase a incrementar el del vecino de la casa de enfrente.)

Ningún problema ofrecía las características fabulosas de la guerra y, sin embargo, era a la guerra donde se agarraban para intentar resolver los problemas de menor cuantía que abrían diferencias entre ellos. Era la teoría del mal menor aplicada al revés; es decir, la teoría del mal mayor con toda su cohorte de deformaciones y absurdidades.

Esta guerra empezó por desconcertarme. Siempre pensé que en una guerra de este tipo hay un agresor y un agredido, uno que ataca y otro que se defiende. Uno para quien la guerra es lícita, justa, y otro para quien la guerra es absurda, caprichosa e inmoral. Por ello me pilló de sorpresa el ver cuán difícil resultaba precisar quién de los dos contendientes en este caso abandonó primero las vías de paz para dedicarse abierta, decididamente, a la guerra. Las disculpas de las «hondas diferencias» para justificarla no me convencían en absoluto. Me hubiera resultado convincente de ser la guerra algo que, por detrás de sus monstruosidades, servía para rellenar la «hondura de esas diferencias»; pero no desde el momento en que la guerra abría «la más honda» de todas las diferencias para un próximo porvenir, encerrando a los contendientes en un círculo vicioso de guerras cada vez más extenuantes y «justificadas».

No; no había forma de precisar con rotundidad quién era el agresor. Los dos bandos «querían» la guerra. Uno para cortar el auge del otro. El otro para evitar la expansión del uno. Una expansión, claro, más simbólica que real, económica exclusivamente; en fin, que la guerra la hacían ambos no tanto por beneficio propio como por alicortar las ilusiones del prójimo.

En la historia pasada, pensaba frecuentemente, los campos estaban más definidos. Había siempre agresores y agredidos, ambiciosos y ambicionados, atacantes y defensores, coincidiendo casi siempre con los fuertes y los débiles. Pero se les conocía en seguida y, además, ellos no trataban de enmascarar nunca sus móviles codiciosos. Romanos, bárbaros, árabes, persas y turcos fueron

agresores; peleaban impulsados por su ambición desmedida. Iban a por más ancho campo, a por nuevos horizontes, a buscar mares si habitaban un territorio interior o a buscar tierras si ocupaban una faja litoral. Mas iban claramente a lo que iban. Ahora era todo diferente. Más hábiles los manejos, más farisaicos, más diplomáticos… Ahora los contendientes se perdían en un estéril peloteo de culpas, tratando de demostrar al mundo que ellos eran los pobrecitos embaucados, que el verdadero agresor, el sin escrúpulos, el asesino de mujeres y niños, era el del otro lado, el adversario. Pero no podía haber un punto de vista general y común, como se me antojaba que existiría en la antigüedad con respecto a las guerras de la antigüedad. «Quizá —pensé— sean estos fenómenos de la perspectiva histórica; fenómenos que afectarán igualmente a las guerras actuales cuando los siglos pasen sobre el mundo.»

Yo viví muy de cerca aquella guerra. Más cerca que los mismos contendientes. Ellos, de tan cerca, no pudieron ver ni palpar la extraña deformación que ofrecía la tierra en aquellos años. Ni el inquietante mar de sangre que rodeaba a la civilización por todas partes. Yo sí lo vi. Tal vez demasiado cerca, demasiado vívido y rojo para olvidarlo tan pronto. El *San Fulgencio* realizó en aquella guerra, como otros buques españoles, muchos servicios humanitarios. Un día recogimos del mar tres aviadores derribados que se defendían con ahínco desde su aparato inservible de la implacable asechanza de una escuadrilla de caza enemiga que los ametrallaba en cadena. Me enfureció esta ciega pasión contra el hombre; este matar por matar, sin otro objetivo que destripar al contrario. Evoqué las palabras de doña Gregoria cuando hablaba del «aerostato» como de un prodigio increíble. Ahora estaba allí, fiero, acosador, empleado con saña contra el hombre que le había sacado de la nada. Pensé que la civilización es un arma de dos filos que se vuelve contra el hombre si éste no se revuelve a inmovilizarla. La civilización crea y destruye a partes iguales, dejando al hombre siempre en un inevitable punto muerto, sometido a una humillante y perenne relación de dependencia.

En otra ocasión salvamos a varios náufragos de un barco mercante torpedeado por un submarino. Eran nueve hombres que luchaban incomprensiblemente contra las olas a bordo de un minúsculo chinchorro. Estaban extenuados, hambrientos, manteniéndose sólo merced a esos prodigiosos arrestos, a esas reservas incalculables de que es capaz el hombre llegado al último extremo. Una vez recogidos continuamos buscando a sus compañeros.

Las costas de Irlanda estaban próximas; se dibujaban tenuemente, como suavizadas por un difumino, en la lejanía gris de aquel atardecer de invierno. La mar saltaba, excitada, bronca, rizada por el viento huracanado. Las olas se encrespaban, barrigudas,

furiosas sobre la inestable superficie, y reventaban seguidamente, como si contuviesen dentro alguna materia explosiva. El *San Fulgencio* se resentía de este influjo. El mar jugaba con él, dotándole de un movimiento de cuchareo inestable y persistente. El viento chocaba contra la obra muerta produciendo ruidos extraños, silbidos penetrantes y agoreros. Virábamos constantemente, olfateando aquí y allá, como un perro de caza siguiendo un rastro. Sólo dos de los náufragos permanecían en el puente con nosotros. Procuraban orientarnos en aquel mar vago y uniforme. Vimos de repente una gaviota de vuelo pausado caer sobre el mar y no volver a enderezarse. Aquello nos pareció sintomático. Al acercarnos observamos que el blanco animal reposaba sobre algo deforme que flotaba haciendo remolinos sobre las olas hirvientes. Lentamente el *San Fulgencio* se aproximó. Sentí una impresión quebrada como un latigazo cuando alguien junto a mí afirmó que era un ahogado. La gaviota no se inmutó con nuestra proximidad. De improviso percibí claramente la adecuación anatómica del muerto que antes se me ofrecía como una masa amorfa, sin armonía. La furia del mar le había desnudado. Su cuerpo tenía un tono cárdeno, verdoso, semejante al de un árbol enfermo. El vientre hinchado en redondo aparentaba la artificial turgencia de un aparato salvavidas. La gaviota se precipitó en su festín, consciente de que íbamos a ella con intención de estorbarla. De un picotazo retorcido abrió el voluminoso vientre. Hizo un alto y miró, matrera, al barco que se acercaba. Volvió a picar. Salieron al aire unas tripas extrañas que semejaban el cuerpo sin vida de una culebra. A cada serie de picotazos levantaba la cabeza para observar los progresos de nuestro avance. Experimenté un asco nauseabundo hacia aquellos animales. Pensé en lo equivocado que había estado respecto a ellos. Me reafirmé en mi antigua idea de que muy pocos seres en el mundo aparentan lo que son, de que la guerra despierta los bajos instintos aun en los animales más insípidos y despreciables.

El costado del barco, azotado por los maretazos, se hallaba ya muy próximo al ahogado. La gaviota voló blandamente con un chillido ávido de placer quebrado, insatisfecho. Evolucionó sobre nosotros reacia a renunciar definitivamente a su festín macabro. Un bore gigantesco barrió la cubierta del *San Fulgencio*. Se oyó un golpe seco, como si el cráneo del cadáver hubiese chocado fuertemente contra el costado del barco. El *San Fulgencio* se detuvo en medio del mar. Comenzó a caer una lluvia fina sobre nosotros. El mar se agitaba undísono, trepidante. Dos marineros se acercaron a la borda arrastrando un rezón de curvadas uñas. Chilló de nuevo la gaviota evolucionando por encima de la chimenea. Los marineros arrojaron el ancla al agua como si estuviesen pescando con arpón. La nave hocicaba y rabeaba alternativamente. La dotación libre del *San*

Fulgencio se apiñaba ahora en la borda, aplanada por una sensación de ansiedad. Dos uñas del rezón mordieron el cuerpo inflamado. Cuatro marineros tiraron de él pretendiendo izarlo hasta la cubierta. Súbitamente la carne se rasgó y el cuerpo volvió a caer al mar con un lúgubre chapuzón. Tornó a morder el rezón en la carne obstinada. De nuevo elevaron el cuerpo sobre la superficie del mar. Experimenté un malestar rígido y sofocante, muy parecido al que me embargase ante la tumba de Manolito García la primera vez que visitara el cementerio de Ávila...

El ahogado estaba ya ante nosotros. Tenía una conformación ruinosa e infrahumana. Aparte su vientre, abierto por la gaviota, le faltaban las orejas y los labios. Parecía que sonreía con una mueca atroz de suficiencia póstuma. La piel de los dedos se había desprendido de la carne y le colgaba de las uñas amoratadas como unos jirones repugnantes de tripas de cerdo recién lavadas. Sentí náuseas. La gaviota, en lo alto, trazó unos círculos alrededor del barco, chillando voraz, resentida, colérica... Los supervivientes reconocieron en seguida al compañero. Ya poco quedaba por hacer. Le fue atada un ancla herrumbrosa a los pies, y de nuevo fue lanzado al mar, esta vez para dejarle descansar eternamente en sus turbios abismos.

Tres cadáveres más recogimos y dimos al mar aquella tarde. Cuando posteriormente arrumbamos hacia nuestras costas noté en mi alma un dejo de irrealidad gris, una impresión de malestar extensivo y confuso. Me pesaban encima los cadáveres de aquellos cuatro hombres deformados, espantosamente deteriorados en su ponderación anatómica. El mar dejó de ser para mí una superficie de serenidad, un compendio de paz, plana y bruñida, para pasar a ser un agente más de la muerte; un agente activo, hipócrita, devastador.

Pensé que también aquellos cuatro hombres —y los restos de otros siete que no habíamos encontrado— tendrían lejos una familia, una amistad, que la guerra había tronchado de súbito. Intenté descifrar el móvil que impelía al hombre a precipitar el fin de sus semejantes. Tarea inútil; los hombres se mataban por instinto... Maldije de la guerra y a quienes, inicuamente, la desencadenaban. Maldije de las guerras absurdas con todas mis fuerzas. Y únicamente dejaron de parecerme absurdas aquellas que reprimen un movimiento de agresión auténtico e ilegítimo. «Las guerras sólo son lícitas, compensadoras —me dije—, cuando es la propia sustancia la que está en juego, cuando es un caso de legítima defensa colectiva contra un agresor caprichoso y sin escrúpulo.»

Aquellas jornadas tan vívidas e impresionantes me produjeron un nuevo desequilibrio.

En los meses siguientes y cuando la guerra acabó, me sentí

embargado de un opaco sentimiento de disconformidad. Me estremecía pensar en los vivos por causa de los muertos. No comprendía cómo cientos de hogares mutilados podían incorporarse a la vida normal sin resentirse de sus miembros amputados. Para mí aquella guerra fue como una confirmación de la frialdad humana. Al hombre sólo le corta las alas la bala que le mata. La gigantesca pira de varios millones de muertos no hace más que avivar la sensualidad de los supervivientes.

Maltraté muchas noches mi cerebro buscando una razón que me evidenciara la glacial indiferencia del hombre por el hombre. No había distingos en sus sentimientos. El hombre, tarde o temprano, olvidaba siempre. Me abrumaba la efímera existencia del héroe, yo que siempre creí, candorosamente, en su perdurabilidad eterna. La áspera realidad de la vida me enseñaba que no; que salvo edificantes excepciones, el hogar del héroe renace sobre sus restos con más afanes de vida terrena que nunca; que sus viudas y sus huérfanos buscan un urgente consuelo a su dolor; que las naciones se encumbran sobre ellos exhibiéndoles como una poderosa razón para justificar sus reivindicaciones. Veía, en fin, que el dolor estaba ausente del mundo y que la estela de los muertos era tan efímera y fugaz como la que dibujaba la quilla del barco en la vastedad del océano.

Entonces fue cuando me alarmó mi insólita contextura espiritual. Comprendí que me había formado erradamente; que no había razón de vida fuera de la vida misma; que me hallaba en franca y abierta oposición con el mundo; un mundo denso, olvidadizo, que se reía de mis ridículos temores.

Mi excitación era tan grande que busqué refugio para mi mal en la intimidad de mi prosa desordenada. Pensé escribir un libro. Un intento de orientación para el orbe equivocado. Pretendí trasladar a sus páginas todos los derechos de los muertos para informar la conducta de los vivos.

Cogí mi trabajo con la ilusión de la novedad. Bullía en mi interior una hoguera poderosa que deseaba un orden, una expresión. Mil ideas se agolpaban en mi cabeza. Pasé muchas horas inclinado sobre las cuartillas. Mi trabajo avanzaba. Aquella llamada angustiosa a la razón iba cuajándose en frases imperfectas, aunque acuñadas en la fiebre de mi ansiedad. Volví a contemplarme imparcialmente. Analicé mi alma con la frialdad un poco impresionante con que solía hacerlo. Y la encontré rara, retorcida, sobreexcitada por un cúmulo de impresiones de infancia, desarrolladas más tarde a compás del desarrollo de mi cuerpo. Volví a acordarme del señor Lesmes, el maestro de mi infortunio, tan equivocado como yo, que era su hechura. Pero su recuerdo brotó en mí con respeto, como si aun en medio de mi convencimiento íntimo, viese la luz de la verdad

aureolando su escuálida silueta. Entendí que el mundo marchaba por los cauces debidos y que éramos don Mateo y yo quienes nos empeñábamos en navegar contra corriente.

Aquella noche me torturaron extrañas pesadillas. Don Mateo y yo éramos los tripulantes únicos del *San Fulgencio*, que navegaba por un mar de sangre. De vez en cuando, peces con rostros humanos brincaban entre ola y ola, riéndose estruendosamente. Las caras de aquellos peces eran desconocidas, pero su número iba aumentando progresivamente hasta que el mar se convirtió en una carcajada siniestra. El señor Lesmes y yo contemplábamos el extraño panorama apoyados en la borda. De pronto uno de los peces pasó rozando nuestras cabezas. Vimos su rostro y don Mateo dio un grito. Era Martina. Pero la niña, transformada en pez, no hizo caso y se zambulló en las aguas rojas sin cesar de reír a grandes carcajadas. Vi entonces, horrorizado, cómo el rostro de mi maestro se metamorfoseaba lentamente en la cabeza de un asno. Y luego, se puso a gritar con acento angustioso llamando locos a los peces. Éstos se multiplicaron y sus risas estridentes nos rozaban cada vez más cerca. Al cabo me di cuenta de que era mi maestro quien se había vuelto loco y tuve que sujetarle para que no se volviese contra mí.

A la mañana siguiente quemé los capítulos de mi libro. Entendía el significado de mi sueño por ser sólo la repercusión de mis pensamientos de días anteriores. Y de nuevo me quedé solo en aquel barco frutero cargado del fresco aroma de las manzanas. No tenía ya la fácil comunicación con mi libro que me oreaba la cabeza en los instantes inciertos de mis crisis y dudas. Sólo me encontraba relativamente a gusto en la mar, navegando entre olas rugientes y alborotadas. Frecuentemente, en estas horas, me asomaba hasta el espolón del buque y las olas, rotas contra la proa, me lamían el rostro acalorado. Experimentaba entonces una sensación apacible de euritmia perfecta entre mi ser y la naturaleza que lo envolvía. No había aquí contradicción ni lucha, ni la tensa angustia de la impotencia que a veces me agobiaba.

Por aquel entonces el hijo de mi naviero me regaló una preciosa corbeta encerrada en una botella. Aparentemente aquello era una contradicción. El hombre se resistía a admitir que primero que la corbeta hubiera existido la botella. Era lo mismo que el camello bíblico atravesando el ojo de una aguja. Un imposible; una imposibilidad material, absoluta, pero cuya evidencia desconcertaba. Luego se abría paso la posibilidad de una obra de paciencia, de paciencia controlada férreamente. Aquella corbeta se había hecho dentro del recipiente igual que un hijo en las entrañas de la madre: por partes, paulatina, gradualmente. Admiré abrumado la paciente hazaña. Ahora, analizando la estructura de la pequeña naveta, se

adivinaba bien que ningún pedazo era de tamaño superior a medio palillo de dientes. El todo había adquirido consistencia y armonía merced a una inquietud artística proveniente de fuera.

Desde el primer momento aprecié en aquella obra un punto de afinidad con mi persona. No podía precisar qué era, en qué consistía, pero presentía una misteriosa relación, taimada y latente.

Frecuentemente me entretenía dando vueltas al pequeño objeto entre mis dedos. Una tarde adiviné inesperadamente el nexo palpitante entre mi vida y la minúscula corbeta prisionera en el frasco. Yo también poseía en mi interior una corbeta deforme, menos gallarda y airosa que aquélla. El monstruoso prejuicio que me roía había perforado mi ser de la misma manera que la corbeta la botella, paulatinamente, por partes que en sí independientemente no eran ni significaban nada.

Me sentí muy tranquilo después del descubrimiento. En lo sucesivo traté a mi botella «posesa» con más blandura; con cariño casi…

III

En todo este tiempo respeté mi decisión meditada hondamente años antes. Evité el dar continuidad a mis relaciones personales e incluso el profundizar en el alma de aquellos que por alguna razón estaban en constante conexión conmigo. Huía de toda posible afinidad. Vivía una vida autónoma, oscura, huraña. El mundo rebotaba en mí; ni yo pasaba de su costra ni él rebasaba la superficie de mi piel. En el último año de la guerra terminé mis prácticas, y ya con el título de piloto me incorporé a la dotación de un nuevo barco que hacía un servicio regular transoceánico. Recuerdo que en esta nueva etapa únicamente con una persona me aferré a un trato relativamente continuado. Y lo hice así a conciencia, convencido de que entre él y yo jamás podría existir una corriente de cordialidad, simplemente porque su conversación me divertía. Le conocí en un café de Málaga de una manera curiosa. Era un café que yo frecuentaba con alguna constancia y que me seducía precisamente por su ausencia de tumulto, por la seriedad de sus clientes habituales. Un día aquel hombre se me acercó. Llevaba una carpeta debajo del brazo y un lápiz blando encaramado en la oreja. Vestía pobremente y desarrapado.

Voy a hacerle a usted una caricatura psicológica —me dijo tomando el lápiz de su oreja y un pliego de la carpeta.

Le miré con curiosidad. Era un tipo raro. Tenía una nuez prominente que se estremecía cada vez que hablaba. El pelo le montaba por encima de las orejas y por detrás le caía espeso y largo formando una especie de corta coleta. Tendría aproximadamente cincuenta años. De su persona desvié la mirada sobre el blanco papel en que dibujaba. Vi que pintaba un círculo a pulso y que luego se entretenía en rellenarlo de negro. Me lo enseñó, riéndose sin ambages...

—Éste es usted por dentro; no ha quedado mal del todo, ¿verdad?

Esperó un momento para medir el efecto de su audacia. Su risa era tan sincera, tan limpia, tan desprovista de mala intención, que yo sonreí también. Debió de estimar mi sonrisa por asentimiento...

—Le gusta, ¿no?

—No la entiendo.

—Es fácil; usted se mueve dentro de un círculo negro, sin ilusiones... ¿acierto?

Reconozco que le admiré, aunque por entonces al menos no solté prenda.

—Pero usted qué es, ¿adivino o dibujante?

—Un poco de las dos cosas; una y otra se complementan... Estas caricaturas rara vez se me resisten. Mire, ¿ve usted aquella señorita que toma chocolate con sus padres en la mesa de enfrente...?

—Sí, ¿por qué?

Movió ágilmente su mano sobre la inmaculada cuartilla y transcurrido medio minuto me la enseñó.

—Mírela.

Había pintado como el capullo de una flor a punto de estallar, ávido de distender sus pétalos, de irrumpir en la vida con toda su plenitud.

—Ésta es «ella» por dentro. Se la nota que está enamorada...

Debió de advertir en mi gesto una sombra de duda. Se explicó:

—Se la nota simplemente en que, desde que ha entrado aquí sus ojos dan vueltas a compás de la puerta giratoria. Sin duda espera ver entrar a alguien. Probablemente su prometido. El día que se case se hará flor del todo. Aunque quizá después de casada deje de ser una flor...

Se rió gruesa, sonoramente:

—No me haga caso; esto son tonterías. Es una manera de criticar a esos que hablan de caricaturas psicológicas, que dicen plasmar en una cuartilla los rasgos anímicos del caricaturizado... Afortunadamente, hoy por hoy, y que yo sepa, el alma no tiene rasgos...

Hizo un rebujo con las dos cuartillas y lo tiró debajo de la mesa. Luego añadió:

—Hablando seriamente, quiero hacerle a usted una caricatura de verdad. Tenga la bondad.

Me torció levemente la cara para que le ofreciera el perfil izquierdo. Acto seguido extrajo de la carpeta una nueva cuartilla y se quedó observándome con la punta del lápiz apuntando a la blanca superficie, describiendo pequeños circulitos en el aire...

—Usted tiene caricatura...

Trazó airosamente varias líneas sobre el papel. Después se detuvo otra vez, dibujando en el aire círculos invisibles mientras me observaba.

—Un momento... Esto está ya para terminar... —me miraba nuevamente y otra vez dibujaba unas líneas o enmendaba algún trazo anterior con una raya más gruesa—... así... así... —de repente me la tendió—. Mire, a ver si se conoce...

Sinceramente, no me reconocí. Jamás me había picado la curiosidad por conocer mi rostro de lado y la imagen figurada, tomando como punto de referencia cualquiera de mis escorzos no coincidía en modo alguno con aquélla.

—Los interesados se reconocen a sí mismos pocas veces. Luego, a fuerza de mirarla, acaban convenciéndose de que efectivamente son ellos los de la cuartilla. Pero, si he de decirle la verdad, yo me conformo con que el «paciente» no se ofenda. En ocasiones he pasado verdaderas calamidades por este motivo tan tonto. En una de mis exposiciones...

Se detuvo, me miró y sonrió:

—Me parece que estoy poniéndome pesado —dijo de pronto—. Si se queda usted con ella son cinco reales...

Le pagué inmediatamente.

—Por mí no tenga prisa —le advertí.

Me tomó por la palabra.

Volvió a sentarse, colocándose en la misma postura de antes.

Echó una ojeada por el salón y añadió en tono confidencial:

—Aquí hay poco que hacer; son siempre las mismas caras... pero siquiera me dejan entrar y todas las tardes tomo café gratis...

Me quedé contemplando la caricatura. Ciertamente, no sé si sugestionado, me iba pareciendo que los rasgos se combinaban hasta lograr un indudable parecido conmigo. La línea de la nariz era osada, de un solo trazo, vigorosa y expresiva en su rotundidad. Casi todas las líneas poseían esta cualidad: la audacia y la limpieza, una coincidencia exacta entre lo que se había hecho y lo que se había pretendido hacer.

—Es usted valiente...

Me miró levantando los ojos de una manera sintomática.

—El que no tiene nada que perder tiene más de la mitad del camino andado para ser valiente...

Aquel hombre tenía la habilidad de expresarse en frases redondas y concisas, como caricaturas del mismo lenguaje.

—¿Es que cree usted —continuó— que si yo tuviera una firma consagrada y cotizada me arriesgaría en estas audacias? Decididamente, no. Entonces yo sólo me preocuparía de sacar bellos a mis «pacientes». En última instancia ésa es la clave del éxito: dar al mundo por el gusto, halagarle su tonta vanidad.

Pasó por allí el camarero y le llamé. De repente había sentido la rara impresión de que yo formaba parte del mundo que estaba explotando al artista, de que con los miserables cinco reales que le había dado no tendría ni para mal comer aquella noche.

—¿Qué quiere usted tomar?

Me observó un momento con una chispa de recelo. En seguida reaccionó:

—Vaya, gracias... —miró al camarero—. Tráigame café con leche.

Guardamos unos minutos de silencio. Su aspecto bohemio iba

ganando mi curiosidad. Y su buen conformar. Y, sobre todo, su consideración del mundo desde un ángulo positivamente caricaturesco. Le pregunté:

—¿Hace mucho que vive usted así?

Cruzó las piernas y me pidió un cigarrillo. Lo lió con maravillosa rapidez. Le vi paladear el humo con fruición, luego con prodigiosa facilidad lo expulsó lentamente, dibujando en el aire con el humo un rostro de mujer.

—Vea... Yo puedo dibujar hasta dormido. Esto le demostrará que en mi vida no he hecho otra cosa...

—¿Nació usted artista?

Se sonrió.

—Nacer, nacer... El hombre crece donde le plantan, como los árboles... Yo fui el décimo hijo del portero de una academia de dibujo.

Retornó el camarero. Al colmar el vaso, el pitorro de la cafetera lo golpeó, volcándolo sobre el brazo del artista. Instintivamente éste se puso en pie sacudiéndose el líquido que iba empapando el antebrazo de su americana. Rió jubiloso:

—Bueno, traiga usted otro: éste ya va a ser difícil tomarlo...

Se sentó a mi lado, en el diván, mostrándome la extensa mancha de humedad.

—Realmente, cuando esto se seque —dijo—, va a ser difícil saber cuál es la mancha, si esto del brazo, o el resto de la americana...

Mi deseo de sondear a aquel hombre iba acrecentándose. Le observaba con ahínco sin perder ni uno solo de sus frecuentes visajes.

—Esto de las manchas es muy relativo. Yo ahora, con esta chaqueta, puedo hacer dos cosas: quitar la mancha o mancharla toda por igual. Puede que lo segundo me resulte más barato. Y de color no es fácil que quede fea, ¿no cree?

—Tiene usted puntos de vista muy personales.

Consumió la última mitad de su cigarrillo en una sola, absorbente, intensísima chupada; arrojó la colilla al suelo y todo su párrafo siguiente salió de sus labios aureolado de humo.

—Así debe ser; es lamentable caminar por el mundo sin ideas propias. Me horrorizan los hombres que se limitan a seguir un surco. Admiro, en cambio, a los que abren uno nuevo aunque sea torcido o imperfecto.

—Pero con «ideas propias» no se come...

El camarero llenó ahora con cuidado el nuevo vaso de café de mi amigo. Éste bebió un sorbo paladeándolo.

—¿Y qué de la satisfacción interior? ¿No cree usted que se puede estar satisfecho sin probar bocado y mustio con el estómago lleno? Créame, nunca me gustó hipotecar mi libertad. Prefiero ganar como uno y tener tiempo de gastarlo, y no como mil, sometido a la

tiranía de un hombre o una máquina.

—No lo dirá usted por mí.

—No; lo digo por mí. Sólo por mí. En el mundo hay tipos de todos los pareceres. No hay un hombre idéntico por dentro ni por fuera. El mundo es muy complejo, ya lo creo. Mire. —Cogió la carpeta que había dejado en el diván, a su lado. La abrió, sacando de ella varios dibujos en papel de tamaño folio—. Tengo algunas caricaturas verdaderamente curiosas. Observe ésta —me tendió uno de los dibujos en uno de cuyos lados decía «El Mundo». El mundo, para mi reciente amigo, era como una naranja a la que unas manos afiladas, de viejo avaro, extraían el zumo. En una de las manos de avaro decía «aprovechados» y en la otra «vividores»—. Y mire ésta también… —Ésta era una caricatura de «La Humanidad». El dibujo representaba una gallina al lado de un gigantesco montón de saneado pienso, que ella despreciaba olímpicamente para marchar a picotear las basuras de unas caballerías—. Mire esta otra, «La Política» —en el centro del papel había diseñado un monumental fonógrafo tragaperras y una fila de hombres esperando turno para, mediante su limosna, deleitarse en escuchar las frases huecas y rimbombantes que salían de la trompeta del fonógrafo. Después me enseñó otra del «Comercio», en la que un Mercurio con casco alado tomaba en su mano izquierda de un elegante señor con chistera y levita una granada que luego iba repartiendo con la derecha, grano a grano, entre un puñado de menesterosos a cambio de un billete de más valor que el que había entregado él al elegante señor de la levita por la granada entera. Me mostró seguidamente otras muchas caricaturas originalísimas, heterogéneas, de diversas formas de vida e instituciones actuales o históricas, todas ellas con un marcado sabor cáustico y cínico.

Cuando terminé de verlas me dijo, animado por mis alabanzas:

—Éstas también están a la venta; quince reales cada una.

—No me interesan.

—Pero repare usted en que estas cosas, el día que le dé a un «técnico» por decir que son cosa buena, le supondrán un dineral.

Su insistencia acabó por configurármelo como el Mercurio con casco alado de su dibujo.

—No es por eso; es que no me interesan.

Se levantó súbitamente mirando a un hombre bien vestido que acababa de entrar.

—Perdóneme, no puedo desperdiciar esta ocasión.

Me estrechó la mano efusivamente.

—Ya sabe usted, Julián Royo, siempre a su disposición. Aquí podrá encontrarme siempre que guste.

Tomó los bártulos de que se acompañaba y se dirigió directamente hacia el señor que acababa de entrar. Yo pagué nuestra

consumición y salí del café llevando en la mano, cuidadosamente enrollada, mi caricatura.

Al verme en mi camarote y contemplarme otra vez, pensé si el mundo no sería realmente como lo veía Julián Royo; si mi auténtico perfil no sería aquel que tenía delante y no el que ahora me rozaba tímidamente con las yemas de mis dedos; sí lo que veían diariamente nuestros ojos no sería más que una sugestión creada en torno de algo inexistente; si la vitalidad de los demás sentidos no sería igualmente una mera y simple ilusión; si el mundo, en fin, carecería de un carácter objetivo, real, verdadero, para pasar a ser algo ficticio, iluminado solamente por el carácter que individualmente cada humano queríamos atribuirle.

Guardé mi caricatura con la secreta esperanza de que algún día nos convenceríamos todos de que sólo Julián Royo contaba con la verdad; de que la humanidad era así, alargada, extraña, defectuosa, tal como él la veía.

En los viajes sucesivos, cuando mi barco recalaba en Málaga, no dejé nunca de ir a entrevistarme con mi nuevo amigo. Cada vez me convencía más de que entre él y yo no podía existir nunca un lazo de corazones. Su conversación me entretenía, me recreaba, me emborrachaba, pero no pasaba de ahí.

Una vez, catorce meses más tarde, al llegar a Málaga no pude encontrar su rastro; me aseguraron que hacía dos semanas que no se le veía por allí y que su desaparición había coincidido con tres robos audaces y espectaculares perpetrados en la ciudad. Recordé entonces lo que me había dicho Julián, meses atrás, de que «él no hipotecaría por nada su libertad». Y lo relacioné inmediatamente con su afirmación de que «en todo caso, si las cosas venían mal, contaba con el favor marinero para dar el salto». Conociendo el fondo fisiocrático de su filosofía de la vida (*Laissez faire, laissez passer, le monde va lui même*), no dudé de su participación en aquellos delitos que, cómodamente, le aseguraban una existencia despejada.

Años después volví a verle en Buenos Aires. Estaba más pobre que las ratas, más hambriento y desastrado que cuando le conocí. Las cosas le habían ido de mal en peor hasta sumirle en un presente desesperado. Entendí que era un buen momento para hacerle ver la relación de causa a efecto que existía entre el trabajo y la comida, y recordando yo cuánto le debía, me las arreglé para que en adelante pudiese ganar honradamente su existencia. Jamás me falló la confianza que deposité en él. Me fue honrado y leal por siempre, aunque, eso sí, sin abandonar del todo su prurito de independencia.

IV

Y el tiempo siguió huyendo; sin volver una sola vez los ojos. Así alcancé el grado de capitán y encontré un destino en el *Antracita*, que por entonces era un barco carbonero; más tarde cambió de dueño y en consecuencia se alteró también su misión: se dedicó al comercio de altura, al comercio de corcho casi exclusivamente.

En este período y durante todas estas peripecias continué viviendo como siempre, sólo para mis adentros. La vitalidad externa no podía conmoverme porque no la conocía; rechazaba todas sus posibles tentaciones y llegó un momento en que creía cosa sencilla seguir sin titubeos la línea que me había impuesto de antemano. Soportaba una existencia obtusa, roma, sin prominencias. Claro que tampoco las añoraba. Me había hecho a vivir así y cualquier pasajera variación me desazonaba revolviendo en mi alma el poso de mi pesimismo. De esta manera casi logré el punto de estabilidad que buscaba de tantos años atrás: vivir autónomamente, sin conexiones cordiales, sin afectos… El único nexo que me ataba a mi pasado era el recuerdo de Alfredo y la casa de mi maestro con la preciosa carga de sus habitantes. Pero también esta memoria se había casi extinguido dentro de mí. Mientras permanecí en la Escuela de Náutica me carteé frecuentemente con el señor Lesmes. Después, y con premeditación, fui demorando las respuestas, hasta que aquello se extinguió poco a poco, imperceptiblemente, sin violencias. Seguramente pensarían de mí que era un egoísta, un ingrato. Y tal vez no les faltase razón, aunque ni yo, analizándome detenidamente, hubiera sabido definir mis más acusadas características. Yo me era a mí un desdibujado misterio, un confuso remolino en el seno del cual giraba vertiginosamente mi propia conciencia. Me poseía un raro sentimiento de nebulosidad que me vedaba conceptuarme de una manera positiva, convincente y radical. Tan sólo sabía que era un ser desprovisto de la sabia facultad de perder, de desposeerse, de desasirse. Y daba por posible que de aquí emergieran efectos defectuosos, efectos que, como el egoísmo y la ingratitud, ponían una barrera infranqueable a toda posible tendencia a la sociabilidad.

Mas en lo hondo de mi ser agradecía la inexpugnabilidad de esta frontera. Sincerándome conmigo mismo reconocía que mi existencia transcurría más apacible sin conocer el fin de las personas que había amado, que amaba aún. Prefería vivir a oscuras, ignorando, que palpar una felicidad que a la larga se muda y se trastrueca.

A ratos, en la soledad de mi camarote, ante la caricatura de

Julián Royo y la corbeta embotellada del hijo de mi naviero, pensaba que las dos creaciones se complementaban para engendrarme a mí, a un individuo deforme, viscoso y complicado. Veía en los rasgos de Julián Royo una interpretación elemental pero sincera de mi propia deformidad; en la obra del hijo de mi antiguo naviero una realidad evidente, cuyo origen y proceso desconocía, pero que simbolizaba, con un verismo meticuloso, mi excéntrica idiosincrasia.

Poco tiempo después inauguramos el tráfico con Providencia. Acepté satisfecho este tráfico transoceánico que me permitiría intensificar mi retraída vida de mar, sin influjos de vida común, ni roces temperamentales con psicologías más o menos acordes con la mía. Seis años más tarde tomé un nuevo contacto con el mundo; ese contacto que a todos nos acecha donde menos esperamos, y que inconscientemente va erigiéndose en nervio y estímulo de nuestras existencias, constituyéndose en eje y razón de la propia vida.

Fue un mes de abril. Cala la noche sobre las cenizas de un día calinoso, sobre el océano. Las costas americanas se dibujaban en lontananza sin fijeza ni expresión, como acotadas por la turbia mirada de un miope; desvaídas y lánguidas como algo inconsciente, sin realidad ni vida. La mar se rizaba a olas tumbadas y anchas, agitadas por un movimiento interno de majestad humillada, como la tersura de una sábana quebrada en mil pliegues por la retozona actividad de un animalito apresado debajo; ondulándose aquí y allá pero sin llegar a romper del todo. Cruzaban por el espacio, hacia la costa, bandadas de aves marinas que buscaban ya para pernoctar el abrupto cobijo de las rocas. El *Antracita* cabeceaba cosquilleado en su panza por la vitalidad oculta del mar. (Se diría que la mar sentía despertarse en sus entrañas un tupido instinto maternal y se regodeaba meciendo nuestro barco como si fuese la cunita de un niño recién nacido.)

Antes de hacerse el nuevo día habríamos arribado a Providencia. Palpitaba esta conciencia en cada movimiento de a bordo; crujía y se transparentaba a pesar de la voluntad común de velar este sentimiento. El propio *Antracita* olfateaba ya en la distancia el puerto de descanso. La actividad de la marinería se incrementaba, accionada por la proximidad de unas jornadas de viciosa laxitud; bullía estimulante la esperanza de unas horas mejores, aunque escondida en la pasividad disimulada de una conducta normal. La llegada a Providencia significaba la libertad del instinto, zafarse del rígido collar de la disciplina, trocar una vida austera, sobria, encajonada, por el alborozo pintoresco y libre de la vida del puerto.

Apuraba la tarde el resplandor del día. Vivíamos ese difuso instante de transición donde algo languidece lentamente sin que nadie pueda contener su decadencia. De improviso apareció la silueta de un yate columpiándose en la línea del horizonte. Era un barquito esbelto,

con más aire de pájaro que de pez; un barco formado, como los galgos, sobre el esqueleto de la más elemental arquitectura. Más que vérsele se le adivinaba buido y filiforme, cortando el mar con el pronunciado filo de su espolón. La derrota que seguía era oblicua a la nuestra, de manera que en breves minutos las estelas de los dos barcos se cruzarían dibujando en el mar un aspa gigantesca y espumosa. A poco nos dimos cuenta de que el rumbo del yate era arbitrario y desigual, como si la rueda de su timón fuese movida por un borracho. Ora se nos venía encima verticalmente, ora se alejaba de nosotros como impelido por un instintivo movimiento de repulsión.

Languidecía la tarde rápidamente. De momento observamos que el último rayo de sol era aprovechado por el heliógrafo del yate para transmitirnos un informe apresurado. Leí el mensaje: «SOS. Estamos a la deriva». Comprendí entonces el rumbo caprichoso del navío. Rápidamente di las órdenes oportunas. Deseaba aprovechar lo poco que aún restaba del día para la maniobra. Aproximé mi nave a la popa del yate. Éste había neutralizado sus energías y se mantenía erguido, quieto, borneando ligeramente a impulsos del mar de fondo. Botamos un chinchorro que se aproximó al portalón que habían descolgado los del yate. La lanchita se acercó a la escala, adhiriéndose a ella con el ansia punzante del bichero. Fue un minuto definitivo y luego, cuando uno de mis hombres saltó sobre la cubierta del buque averiado, me percaté de que todo había pasado en un instante. El hombre aseguró el yate con una estacha y un sólido cable y los tripulantes del mismo ocuparon un asiento en el chinchorro, que los portó hasta el *Antracita*. Los tripulantes del yate eran cuatro, dos hombres y dos mujeres; uno de aquellos de media edad y muy jóvenes los otros tres. Al darme las gracias me confirmé en mi primera suposición de que los cuatro eran americanos.

La noche estaba ya sobre nosotros y un esplendor rojo anunciaba que de un momento a otro el firmamento daría a luz una luna espléndida, rotunda y jovial. El *Antracita* había reanudado la marcha llevando a la zaga, como un perrito de lujo, el yate, ligero y airoso, metido en obediencia otra vez.

Navegábamos despacio para evitar cualquier posible colisión entre los dos buques. Los cuatro americanos charlaban en el puente con Luis Bolea, mi primer piloto, en tanto disponía yo su alojamiento en nuestro barco por aquella noche.

Durante la cena las dos muchachas demostraron que la avería del yate, lejos de deprimirlas, les había causado un entusiasta y agresivo alborozo. La aventura inesperada les proporcionaba un aliciente fuera de la órbita vulgar de una singladura marítima sin trascendencia. Avanzada ya la noche nuestros huéspedes se retiraron a descansar. Yo me encaramé en la cubierta, y después de revisar la

seguridad del remolque, me detuve acodado en la amura de babor.

La luna había comenzado su espectacular ascensión de globo de feria. Comunicaba sus reflejos a las cumbres de las olas, que resaltaban bajo su luz en contraste con los sombríos tumbos. La luna abandonaba en su vuelo una estela luminosa de puntos rutilantes. Me aferré la cabeza entre los dedos y me sumergí en mi mar interior, en aquel mar impetuoso, abstruso, que ofuscaba mi cerebro hasta cerrarle toda posibilidad de discurso. Me pesaba mi vida aislada, artificial, guardada como en un arcano en la oquedad de mi pecho. Me pesaba cada vez más y, sobre todo, cuando las circunstancias me ofrecían la ocasión de comportarme normalmente, cuando la vida me rozaba como a cada humano, con los acicates de las cosas normales que entraban en su posesión.

—¡Hola!

Una de las muchachas se hallaba junto a mí, acodada también en la borda.

—No apetece dormir en una noche como ésta —añadió—; dormir mucho es restarnos voluntariamente las horas que se nos dan para vivirlas.

Tenía el cabello suelto y la luna reverberaba ardiente sobre su cabeza. Hubo un silencio tremendamente largo entre nosotros. Entonces me di cuenta de que yo no estaba educado para estas cosas. Me encontraba belicoso, disconforme con toda vida de relación. Me percaté instintivamente de que mi acompañante era bella y atractiva. Hablaba un inglés sugestivo con un acentuado tono irlandés.

—No es usted muy hablador —rompió ella con una risa—; ya lo había advertido en la cena...

—Es difícil conversar cuando faltan puntos coincidentes en la historia de dos personas.

Cogió la borda con sus dos manos y se inclinó hacia atrás. Chisporroteó su mano izquierda al ser rozada por un haz de luna. Advertí entonces que llevaba en su dedo anular una sortija con un grueso brillante engarzado al aire. Levantó inopinadamente la mano enjoyada y apartó un mechón de pelo que le cata sobre la frente.

—¡Oh!, puntos comunes tenemos de sobra.

La miré enojado.

—Por de pronto no es cosa despreciable haber coincidido en el tiempo. La historia del mundo tiene muchos años de existencia.

—Sí, claro; usted y yo podíamos haber existido en Egipto en tiempo de los faraones.

—Naturalmente.

Volvió a reír y tornaron a desprenderse los extraños fulgores de su dedo anular.

Aún hay más —continuó.

—¿Más?

—Colón.

—¿Colón?

—Cada uno estamos en una punta de su hazaña.

Sonreí y admiré a mi expresiva acompañante de reojo.

—¿Qué opina usted de Colón? —dije.

—Fue un visionario genial.

—Es poco...

—¿Poco?

—Un poco poco. ¿No cree que fue también un hombre de una audacia admirable? —sí, desde luego.

—¿Y admira usted en los hombres las visiones más que la audacia?

Quedó un poco confusa. Sonreí yo. No dejaba de advertir el lado cómico de esta conversación, sopesando debidamente las circunstancias en que tenía lugar.

—Según... —dijo al fin—. Si las visiones son geniales y por añadidura resultan verdad, se convierten en una cosa muy seria. ¿No lo cree así? En cambio, si Colón se hubiese confundido, con toda su audacia no hubiese salido de la nada.

—Luego su celebridad estriba en sus visiones.

—En haber acertado en sus visiones.

—De otra manera no hubiese pasado a la historia...

—A lo mejor como loco...

Tenía una sonrisa de ironía adormecida entre sus labios gruesos. Sus manos, de dedos gráciles y blancos, continuaban agarradas a la borda y de vez en cuando dejaba caer su cuerpo hacia atrás lo que le permitían sus brazos elásticos.

—O sea, que la naturaleza, según usted, intervino en la hazaña de Colón...

—Por lo menos le puso un continente por medio y le hizo chocar con él...

—No es ello poco.

Rió libremente.

—Como verá no faltan puntos comunes en nuestras respectivas historias.

Empezaba a encontrar un sabor insospechado en estas conversaciones fútiles que de siempre había odiado. Entreveía que para algunas gentes la vida es una broma y en broma hay que tomarla si no queremos chocar con su inquebrantable armonía. Notaba que me iba sintiendo a gusto en este pugilato insulso de sutilezas irónicas; que olvidaba temporalmente, apartándolas de mí, las sombras que perennemente cercaban a mi espíritu y que con esta fuga a regiones aéreas, sin raíz, penetraba en una zona estimulante, redonda y fértil

que me ayudaba a desprenderme de mi lastre original.

Aún hablamos durante una hora de cosas indiferentes. La visión de sus antebrazos tersos y mórbidos comenzaba a obsesionarme, produciéndome un deseo creciente de acariciarlos una y otra vez con la palma de mi mano, de atusarlos de abajo arriba hasta tropezar con la agudeza de su codo. Experimentaba un afán incomprensible de entretener a aquella muchacha para prolongar nuestra inocua conversación hasta el fin del tiempo, hasta el límite de la resistencia humana.

La luna continuaba mirándonos desde arriba, arrancando fulgores vivaces de aquel brillante engarzado al aire. Llegaba a nosotros la brisa marina entreverada de olores de puerto, cargada de los aromas de una tierra extensa y propincua. .

—Ya veo que cuando quiere usted también sabe hablar.

—Todo es cuestión de la habilidad de mi interlocutor.

Giró sus manos y sus brazos poniendo el dorso hacia arriba. El pigmento que coloreaba su piel perdía fuerzas por este lado, se extinguía paulatinamente para volver a acentuar sus matices en una transición sutilísima al doblar la curva del otro extremo. Este contraste del claroscuro realzaba la redondez de sus miembros, avivando en mi pecho el afán de acariciarlos, de palpar suavemente la tersura de su piel.

—Bueno, creo que ya es hora de descansar...

Se puso en disposición de retirarse. Presentí que se me escapaba la sensación dulcemente enervante que durante unos minutos me había poseído.

—¿No dice usted que dormir es perder vida?

Me sonrió mirándome a los ojos.

—Dormir poco es perder vida también, ya que la que se vive a costa del sueño se vive sólo a medias.

Me tendió la mano, que yo estreché con la conciencia plena de que era algo mezquino para mis ocultas ambiciones aquella presión de sus cinco dedos ornados con un brillante.

—Si usted lo quiere —añadió—, podríamos vernos mañana...

Mi corazón se agitó en un galope frenético. Una voz por dentro me conminó a no aceptar.

—¿Dónde? —dije, empero.

—En el parque; frente a la estatua de Roger Williams. A las doce.

Sonrió otra vez y se desprendió de la presión de mi mano.

—Entonces hasta mañana—dije.

—Hasta mañana.

Aquella noche la caricatura de Julián Royo me pareció una burla sangrienta, una deformación estúpida, grotesca e insustancial...

Antes de dormirme tuve la impresión de que quería huir de algo sin quererlo del todo, de que mi boca deseaba decir que «no» a algo y que todas las células de mi cuerpo se ponían en pie, para gritar un «sí» estruendoso y unánime.

V

Jane llegó al parque dos minutos después qué yo. Su silueta, a la clara luz del día, adquiría una flexibilidad singular mientras avanzaba hacia mí por el paseíllo de grava. Al saludarme observé que también su voz tomaba unas cualidades desconcertantes, distintas a las de la noche precedente. Su voz me recordaba ahora a la de la madre de Alfredo, aquella voz suave y melodiosa, casi inarticulada, que era como el gorjear de una bandada de pájaros en la profundidad de un bosque.

—¿Dónde quiere usted que vayamos?

Notaba yo que todo era indiferente fuera de ella; que cualquier rincón del mundo sería bueno si tenía ante mí la morbidez delicada de sus antebrazos y la dulzura desconcertante de su voz.

Comenzamos a andar sin rumbo determinado, como debe andarse cuando lo externo es accesorio y la fuerza de nuestro bienestar emana de la perfecta adaptación de dos almas en compañía. Algunos transeúntes se cruzaban con nosotros agazapados bajo su preocupación cotidiana. Tan solo Jane y yo parecíamos enteramente libres de cadenas ajenas a nuestro propio impulso espiritual. De repente Jane me dijo, poniéndose seria:

—Es usted un hombre extraño.

Su andar se había hecho más pando y remiso, como si ni con sus pasos quisiese imprimir a su afirmación la idea de que fuese acelerada y sin meditar. La miré a los ojos inquiriendo de ella qué había observado en mí que la condujera a una aseveración tan tajante. Ella comprendió la intención de mi mirada.

—Va usted por la calle como pidiendo perdón a todos cuantos le rodean. Si da usted un paso atrás al cruzar una calle para que pase un automóvil, parece que con su ademán está pidiendo disculpas al conductor por haberle hecho disminuir la velocidad de su vehículo. Pisa usted la ciudad como con respeto, como con miedo a romperla, lo mismo que si visitase una casa de porcelana de la que fuese dueño un hombre con el que usted no tuviese confianza.

Sonrió al terminar, con un deje de amargura, como deseando añadir que no me preocupase por lo dicho, que en realidad no tenía demasiada importancia. Luego añadió:

—¿No lo cree usted así?

Sonreí, y para disimular mi turbación comencé a liar pausadamente un cigarrillo.

—Me parece prematuro su juicio.

—Le aseguro que bastan un par de minutos para advertir en usted esa falta de sinceridad y confianza con las cosas que le rodean.

Encendí el cigarrillo mientras continuaba caminando lentamente.

—Usted quiere decir que carezco de… ¿cómo lo diría yo…? de mundo. ¿No es eso?

—Algo parecido a eso…

Di una chupada con tal aceleración, que el fuego de la lumbre llegó a mis labios, abrasándolos. Pensé que yo le hubiese parecido aún más extraño, de advertirle que de toda su magnífica belleza eran sus brazos redondos y elásticos lo que más me turbaba; de haberle asegurado que su voz se me asemejaba al gorjeo de una bandada de pájaros enredados en la espesura de un bosque; de haberle dicho que ella era la primera mujer con quien me permitía el lujo de tener un *tête-à-tête* íntimo y prolongado. Me hubiera juzgado aún más extraño de haberle desmenuzado la historia de mi vida desde su génesis con todo lujo de pormenores.

—Casi conozco el mundo entero —añadí siguiendo el curso de nuestra conversación.

—Tener mundo no consiste en recorrerlo.

—Siempre se pega algo.

—Aun con todo…

Jane había hecho señas a un autobús, que se detuvo pegado a la acera frente a nosotros.

—Suba —me dijo encaramándose ella primero ágilmente.

La seguí hasta la altura de un segundo piso. El ómnibus, descapotado, dejaba llegar hasta nosotros ráfagas de un aire fragante y acariciador.

—No le he consultado a usted —añadió Jane volviéndose a mí—;este autobús va por la carretera de la costa.

—¡Espléndido!

—¿De veras no le importa?

—El sitio es indiferente.

Volvió rápidamente a mí sus ojos intensamente claros. «Tal vez hayas hablado de más», me dije; pero ella recogió de nuevo su intensa mirada al tiempo que sus brazos se estiraban para aferrar el respaldo del asiento delantero.

Contemplé otra vez sus antebrazos tersos, sólidos, divinamente formados. Los acaricié con mis ojos, dejando resbalar la vista hasta la aguda curvatura del codo. Luego cerré los ojos temiendo que mi excitación se transparentase en ellos, de que Jane leyera en su expresión esta nueva anormalidad de mi carácter.

La carretera gris se extendía ante nosotros. Íbamos dejando atrás las últimas casas de Providencia. El campo empezaba a abrirse por los

costados. Un campo apretado de vida en la atmósfera tibia de la primavera. Al doblar un recodo apareció a nuestra izquierda el mar; el mar rozando en un extraño aspaviento la aspereza de la costa, recortada y alta.

—¿Le parece que nos apeemos aquí?

Jane se incorporó. El autobús se detuvo a la derecha de la cinta blanca que dividía la carretera por la mitad. Descendimos. El ómnibus, al arrancar, olvidó una penetrante estela de gasolina quemada. Cuando se alejó, Jane y yo nos vimos abandonados en medio de la naturaleza. Percibí entonces la proximidad de la mujer con mayor vigor, como si cada uno de mis poros transpirase su presencia. El sol caía sobre nosotros perpendicularmente, pero con escasa fuerza. En la cuneta se apiñaban las florecillas entre matojos y hierbajos medio asfixiados por la actividad de la carretera. Saltó Jane la cuneta izquierda y yo la seguí. Ninguno de los dos hablábamos; rumiábamos quizá la franqueza de las iniciales manifestaciones de mi acompañante.

Al descender un ribazo divisamos la frontera que América ponía en este extremo del mar. Las olas rompían con fuerza contra los riscos, hisopeando las proximidades. Saltaba la espuma blanca y rizada como una cana cabeza de negro. A lo lejos se distinguía algún pesquero o los transportes que iban buscando la entrada del puerto. El humo de los barcos colgaba del cielo como un penacho de aire negro, poco denso e inmóvil, y a intervalos breves el viento lo barría de un brochazo del espacio sin dejar rastro de su presencia anterior.

—¿Bajamos?

Empecé a descolgarme por las rocas sin contestar. Jane brincaba de roca en roca detrás de mí. Experimenté una sensación ampliamente acogedora al ver que el muro de roca iba creciendo detrás de nosotros, aislándonos del resto del universo. Cada vez se oía trepidar el mar más cerca. Mugía como un buey acosado, tratando de vencer inútilmente el valladar que le oponía la naturaleza. Sus aspersiones caían en su postrer esfuerzo blandamente a nuestros pies. Jane se detuvo de pronto, de pie sobre la arista de una roca. Con su mano derecha protegía su vista del destello del sol y miraba al mar, a lo lejos, a algo indeterminado y tan infinitamente lejano que parecía otear solamente por el simple placer de convencerse de que entre el cielo y el mar no cabía ni la brevedad de un beso. Así permaneció un rato en silencio expectante.

—Me gusta contemplar el mar desde aquí —dijo inopinadamente mirándome—; se palpa la influencia de algo sobrehumano en la misma fuerza y sencillez de este trozo de mundo.

Me senté en la roca, junto a ella. Ella se sentó también.

—Usted creerá en Dios, ¿verdad?

La miré sorprendido.

—¿Es usted católica?

—Sí; mi madre era irlandesa.

Estableció entre su país de origen y su religión una relación fatal de causa a efecto que me agradó. Comencé a liar un cigarrillo. Ella me alargó una minúscula petaca sonriendo:

—Fume usted del mío... si no le importa. Están hechos.

Encendimos los pitillos. Me eché hacia atrás apoyando un codo en la roca en que me sentaba.

—Aquí tiene que ser difícil ser católico.

Abrió los ojos dotando a su mirada de una expresión ingenua.

—¿Por qué?

—Son la excepción.

—La excepción es siempre lo más puro.

—¿Lo cree usted así?

—¿Por qué no? El que lucha contra corriente tiene que ser un convencido. Si no, resulta más fácil dejarse llevar.

—Más fácil... —dije.

—Pero la dificultad a que usted alude queda compensada por nuestra íntima convicción de que estamos en la verdad. Y a nadie le cuesta seguir un camino que sabe le conduce a buen fin...

—En otros lugares la excepción son los otros.

—También son convencidos y en sus prácticas, si usted quiere, más puros. Lo que no quiere decir, naturalmente, que estén en la verdad... Además, en Norteamérica los católicos somos ya muchos millones.

Cambié de postura y me quedé mirando a Jane con impertinencia.

—Es usted muy buena conmigo.

Se encendieron sus mejillas un momento. Esperó a que desapareciese su rubor para contestarme:

—No lo crea usted; en esto, como en todo, obro por egoísmo.

Sonreí.

—Hay pocas posibilidades de saber por qué se obra en la vida. Son muy complejos los móviles que informan nuestras conductas. El mismo egoísmo es muy difícil de determinar, ¿no cree?

—A veces.

—¿Sólo a veces? Yo estimo que en casi todos los casos se busca la propia satisfacción. Lo que ocurre regularmente es que el egoísmo tiene, como todo, sus grados y sus matices.

Se sonrió en silencio. Probablemente guardaría su respuesta para sí. Era, desde luego, menos arriesgado y casi tan práctico.

Rompió, alocada, una ola a nuestros pies. Jane arrojó la colilla de su cigarrillo sobre el abanico de espuma y se levantó.

—Vamos; debe de ser ya hora de almorzar.

Algo me impelió en este momento para ser osado. Intenté reprimir este movimiento de audacia que brotaba inesperadamente dentro de mí, pero fue en vano.

—¿Por qué no quiere que almorcemos juntos?

—Encantada.

Ascendimos a la carretera. Los automóviles cruzaban en las dos direcciones, perdida la individualidad de cada uno en la confusa vitalidad del rebaño. Una estrepitosa sinfonía de bocinazos ponía a aquella hora sobre el asfalto gris una nota de audiciones estridentes como de una Babel mecanizada.

Avanzamos Jane y yo por la orilla de la carretera. Pasados unos minutos comenzó a ceder la corriente de automóviles, transformándose en un desfile pausado y rítmico.

Jane tuvo en este instante una idea luminosa.

—¿Qué diría si almorzáramos en un merendero, al aire libre?

—Todo me parece bien.

Cruzamos la carretera. Señaló Jane una arboleda tupida, cercada por una empalizada de la que sobresalía el rojo tejado de una casa.

Allí podremos comer y charlar tranquilamente.

Ascendimos despacio un senderillo abierto en medio de tina pradera. Se agachó Jane a tomar una flor. Hirvió de nuevo un segundo en mi cabeza la antigua pesadilla del hombre avanzando por un camino, y desprendiéndose de las flores que antes tomara. Pero fue un segundo nada más. Cuando Jane colocó en su pelo la florecilla del campo todo volvió a cobrar color y vida ante mis sentidos despiertos.

Entramos en el merendero. A derecha e izquierda, en un grato desorden, se levantaban del suelo hasta una veintena de rústicas mesas de madera, rodeadas de banquetas por todas partes. Un poco al fondo se veían unos departamentos semi reservados circundados por un seto de boj. En el centro del jardín, entre los árboles, estaba la casa blanca y humeante predicando la buena disposición de la cocina. Apenas si había entre todos media docena de comensales divididos en parejas, vigiladas cada una por una curiosa mezcolanza de perros.

—Vamos allá.

Nos sentamos en uno de los departamentos cercados de boj. Sentí otra vez la confortadora sensación de aislamiento que experimenté al ver cómo la mole de rocas crecía tras nosotros al descender hasta el mar. Los reservados tenían sillas de tijera y pequeños sofás de mimbre, a diferencia de las otras mesas. Me senté frente a Jane, que se arrellanó en su silla, incitada de intimidad.

—¿Qué quiere usted comer?

—Un poco de ternera con patatas.

—¿Qué más?

—¡Oh!, nada más; me disgusta comer mucho de una vez. Se nos acercó una mujer rubia, colorada y obesa. Anotó nuestro pedido sobre un papel grasiento con cruel parsimonia, no atreviéndose a confiar a su memoria, sin duda congestionada, la poco extensa lista de nuestra consumición.

—Perdóneme —dijo Jane súbitamente cambiando la expresión de su rostro—, pero siento una terrible curiosidad por saber cómo ha sido su vida hasta ahora.

Me retrepé en mi asiento un poco aturdido. Después de meditar un instante dije, inclinando mi busto hacia ella:

—Le aseguro que fue muy poco interesante. Miro hacia atrás y no hallo en ella el menor relieve.

Se nos acercaron un par de perros, encendidos sus ojos por una golosa mirada. Me disculpé mirando hacia ellos:

—Me pone nervioso hablar con perros delante. Tienen una mirada tan inteligente que parece que se están enterando de todo.

Di un puntapié a uno de ellos que escapó acobardado, cediendo el mareante penduleo de su rabo. El otro le siguió.

—Bueno; ya está usted libre de oídos indiscretos.

Puso sus antebrazos redondos, sofocantes, sobre la mesa y entrecruzó los dedos de sus manos. En su dedo anular fulgía hoy una esmeralda rodeada de pequeños brillantes.

Me quedé pensativo un instante, acalorado por la mirada curiosa de ella.

—He basado mi vida en unos principios bien simples.

—¿Tiene usted padres?

—No; ¿y usted?

—Padre; pero ¿cuáles han sido sus principios?

Volví a guardar silencio. Se abrió una pausa espesa, acaparada de atención.

—Elementales, increíblemente elementales...

Sus antebrazos se habían puesto verticales y ahora sus manos sujetaban por debajo de la barbilla medio óvalo de su cara. La contemplación de sus torneados antebrazos comenzaba a aturdirme otra vez. Ella se hizo cargo de mi embarazo.

—¿No le parece molesto sujetar toda una vida a unos principios previos por muy amplios que sean?

—A veces es necesario.

Jane se corrigió:

—Religiosos y morales de acuerdo.

—De toda índole.

Asomó entre el seto la despierta mirada de un chucho de raza indeterminada. Ladeó la cabeza observándome y al cabo se decidió a

penetrar. Llegó hasta mí olfateando el suelo.

—¿Ve usted? —dije—; es expuesto hablar habiendo perros en las proximidades. Apuesto a que éste ha escuchado detrás del seto toda nuestra conversación y esta noche se morirá de risa contándosela a su dueño.

—Estos perros no tienen dueño.

Llegó la señora obesa y pigre con su mantelillo y unas servilletas a cuadros que colocó encima de la mesa después de largar al perro un afilado punterazo de sus zapatos. El animal aulló, abandonándonos con tanta presteza como si fuera perseguido por el demonio. Marchó también la señora moviendo su humanidad a pasitos tardos y perezosos.

—Siga usted.

Intenté hacerme el distraído:

—¿De qué hablábamos?

—De los principios.

—¡Ah!

—Decía usted que su conducta ha obedecido siempre a unos principios elementales porque los considera indispensables.

—¿Usted no?

—No, fuera de algunos aspectos; en lo demás juzgo más agradable vivir a lo que venga.

—Es arriesgado.

—No tanto como usted cree. Y usted, ¿no se la ha jugado nunca a sus principios?

—¿Qué quiere decir?

—Si los ha traicionado.

Hice un silencio. Por primera vez en los últimos días, me di cuenta de que era ahora cuando me estaba traicionando a mí mismo y a mis principios. Experimenté una rara sensación, como de tener niebla dentro de la cabeza. Farfullé algo ininteligible. Después aclaré:

—Sí, alguna vez.

—¿Y no siente, en esos momentos, una sensación de bienestar?

Me dio la impresión de que Jane estaba divirtiéndose conmigo, de que veía mi cerebro a través de mis ojos con una nitidez diáfana.

—Confeso que sí.

—¿Ve usted? Los principios no son fundamentales, sólo sirven para entristecernos.

—Pero...

Otra vez surgió un perro junto a nosotros sin que pudiera precisar por dónde llegó. Jane soltó una risa y estiró nuevamente sus brazos desnudos, maravillosos, sobre el mantel. Jugueteó un momento con la sortija.

—Me da la sensación de que también los perros ajustan su vida

a unos principios. ¿No ve qué mirada tan triste tienen?

Ladró un perro detrás del seto. Me eché a reír.

—Por aquí dicen que sí.

Entró la señora con nuestro refrigerio sobre una bandeja de madera.

—La ternera para el señor, ¿verdad?

Pareció pasmarse cuando la advertimos que no. Su boca se contrajo en una mueca de resignación que equivalía a una absolución incondicionada para su torpe memoria.

—Perdonen...

Dispuso las viandas sobre la mesa, largó al otro perro otro puntapié y añadió:

—De postre les traeré un poco de fruta a los señores, ¿verdad?

—Sí...

Se retiró.

—¿Un poco de vino? —dije.

—Muy bien.

—¿Le gusta?

—Algo; pero me agrada sobre todo la sensación de sentir una copa dentro del estómago.

Comimos. Yo admiraba con disimulo el juego de sus mórbidos antebrazos al manejar los cubiertos: el halo reluciente que desprendían y que les daba una apariencia de cosa inasequible.

Cuando terminamos de comer encendimos unos pitillos. Entonces empezó a empaparme una confusa idea de deber, de que yo estaba comportándome como un ser desocupado, cuando obligaciones ineludibles me reclamaban en mi barco. Se lo comuniqué a Jane, que se mostró conforme con mi intención de marcharnos.

En la carretera tomamos de nuevo el autobús. El sol iniciaba su descenso desde lo alto. Pronto empezarnos a percibir el pulso de la ciudad.

Hubo un silencio prolongado.

—¿Dónde para este autobús?

—Llega hasta el puerto.

Silencio otra vez. Sobre mí pesaba la idea de la separación como una losa gris. Me apenaba tener que decir a Jane adiós, a lo mejor para siempre.

—Mire, aquí; vamos...

Nos apeamos. La fiebre del puerto se desataba en oleadas de actividad. Ruidos de grúas, sirenas, gritos, el latido de cien motores. Al fondo, en un costado del primer muelle, estaba atracado el *Antracita*.

Jane me tendió la mano.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Instantáneamente se reavivó todo mi ser. Una voz interior me reiteró: «nunca», pero mis labios se abrieron:

—Mañana; ¿le parece?

Y al día siguiente volvimos a vernos. Y al otro y al otro y al otro… Y comenzamos a entrar en una atmósfera de mayor confianza, de una más íntima compenetración.

Una tarde, en la penumbra de un cinematógrafo, Jane me dijo:

Y tú, ¿no has estado nunca enamorado?

—No puedo hacerlo —le respondí.

Y dejamos sin más que los días rodasen simétricos, vivos, alucinantes. Yo, atraído por una fuerza blanda, desconocida, que no pretendía descifrar… Sin intentar siquiera prever el futuro ni relacionar mi actualidad con mis años de estudiante en Ávila. Quizá presintiese un remoto peligro, pero era mayor mi indolencia espiritual. Me dejé, pues, portar en manos de la inconsciencia, suave, sosegadamente, sin indagar motivos ni presagiar efectos, en un estado neutro, impasible, que hacía más elevado el grado de mi felicidad.

VI

Este estado de desatención hacia los principios que de siempre habían informado mi conducta se quebró una noche en que, encerrado en mi camarote, tropecé con la corbeta del hijo de mi ex naviero, olvidada desde hacía dos semanas en la profundidad de un armario. Al verla ante mí me hizo el efecto de que me recriminaba por mi comportamiento de los días pasados. «Yo entré aquí a retazos —aparentaba decir el barquito embotellado—, pero no podré salir sin destrozar la funda que me aprisiona. O sin destrozarme a mí, pero en este caso, la envoltura perdería toda su sustancia y su íntima razón de ser para convertirse en un objeto inútil y despreciable. Y ¿no recuerdas que tú eras antes igual que yo?» Reaccioné lo mismo que si saliera de un sueño. Abrí mucho los ojos y me vi igual que quince días antes.

El mudo reproche de la corbeta embotellada fue el punto de partida de toda una serie de consecuencias que me llevaron a percatarme con claridad del peligro en que me había sumido mi indolencia. Hasta este momento y durante los quince días anteriores sólo me había preocupado de vivir, sin meterme a analizar los motivos a que podía obedecer la alteración psíquica que compulsaba dentro de mí. Esta noche, frente a la corbeta prisionera, advertí que llevaba dos semanas viviendo de espaldas a mis principios, y lo que ya era más inquietante, que me había enamorado de Jane con la fuerza de un adolescente. Este último hecho me ocasionó al confesármelo a mí mismo un desasosiego pungente e inesperado. Había vivido aquellos días bajo una especie de influencia hipnótica, disfrutando el presente sin inquietarme por lo venidero, inconsciente al riesgo que una asiduidad semejante suponía.

Al confesarme la lamentable realidad sentí una gran sorpresa, como si el hecho en cuestión afectase en vez de a mí a cualquier conocido mío. Se cerraba ahora el paréntesis que se abriera la tarde del salvamento del yate, y todo lo que quedaba entre ambos acontecimientos se me hacía tan increíble como un sueño o una fuga de la imaginación a los campos absurdos de su influencia. No podía creerlo. Me era imposible aceptar que mi voluntad, tensa y preparada a lo largo de tantos años, hubiese sido doblegada al primer ataque como una frágil caña por un impetuoso golpe de viento. Quise descubrir las razones de este fallo, induciendo de mis últimos actos las causas formales de mi conducta dócil y reiterativa de las dos semanas anteriores. ,Al fin creí hallar una explicación lógica: yo hubiese

resistido en cualquier caso un ataque violento, pero me desarmó la sencilla ingenuidad con que Jane y yo llegamos a compenetrarnos. Jane entró en mí lo mismo que el resplandor de la luna o el lamento del mar, espontáneamente, sin ser buscada. En la elaboración de los principios a que había de constreñir mi conducta no conté nunca con el azar; y he aquí que el azar me jugaba inopinadamente una mala pasada; un yate a la deriva, un chinchorro, una estacha... y mi corazón encadenado simultáneamente con el yate metido nuevamente en obediencia. Después los frecuentes encuentros, la naturaleza, la ciudad, su voz y aquellos antebrazos torneados, tersos, inquietantes. Lo demás se hizo solo. Ella era atractiva, ingenua, instintivamente cordial; para mí era la única mujer que había tratado y, curiosamente, la única también que en su ser físico me parecía que compendiaba todos los encantos exigibles.

Me miraba la corbeta a través del vidrio verdoso de la botella: «Yo no podré salir sin destrozar la funda que me aprisiona.» Y la voz de la corbeta era idéntica a la del prejuicio empotrado en lo hondo de mi pecho. Tampoco mi obsesión podría abandonarme sin romperme yo previamente en mil pedazos. O rompiéndose mi contextura íntima, pero en ese caso sacrificando, en consecuencia, mi sustancia y mi razón de ser y de subsistir en el tiempo.

Me alarmaba lo que había cambiado todo para mí en unas horas. Comprendí cuán fácil resultaba abstenerse antes de abrirse el apetito, qué sencillo es decir «no tomaré» cuando nada existe que nos atraiga. Ahora todo era diferente. Había algo a que renunciar; la decisión abstracta, inconcreta, tomada veinte años antes, se concrecionaba de súbito en un objeto deseable al que había que responder con una negativa.

En ocasiones, en mis encuentros con Jane, me había asaltado una difusa preocupación de estar faltando a un elemental deber. Pero mi subconsciente, igualmente de una manera difusa, me advertía para mi conveniencia que ésta era la clase de vida que precisaba; que era ésta una aventura esporádica de la que saldría sin raíces ni ataduras, con mi libertad íntegra, vigorizada e insobornable.

Ante la corbeta prisionera vi que no; que mi subconsciente, influido por mi deseo, me había hecho tomar una ruta equivocada, que la conducta sensata en esta ocasión hubiera sido cortar la fuente del proceso, tajar la evolución en el minuto mismo en que comenzaba a gestarse.

Veía la corbeta a través del vidrio. La observaba con fijeza, agarrando la botella por sus dos extremos con mis dedos engarabitados. Le di una vuelta; otra luego y otra... ¡Siempre igual! ¡Siempre decía lo mismo! No había una solución pausada, racional, fuera de dejar las cosas como estaban, en un punto muerto

desalentador, sin ir hacia delante o hacia atrás…

Evoqué en esos momentos la figura enjuta del señor Lesmes. Y el albino resplandor de Alfredo. «Evidentemente tendrás que renunciar —me dije—. La cosa es seria y tú no puedes abrazarte a la vida sin perderte.» Saltó mi imaginación a la placita recoleta y rectangular que fuera el campo de acción de nuestra infancia. La mansión vetusta, amarilla, se erguía, allí, chata y ciega, cerrando uno de los costados de la plaza. Y la hornacina en ella con los cuatro guerreros dentro: dos vencedores y dos vencidos. Pensé que el contenido de la vida se encontraba plasmado allí, en aquella pequeña y primaria obra de arte. «También hay en la vida vencedores y vencidos —me dije—, los que triunfan y los que no pueden o no se atreven a triunfar.» «Todos nacemos con una postura, con una predisposición… unos para galopar frenéticos en sus corceles, otros para discurrir por el mundo de rodillas, humillados, prendidas las muñecas desolladas a las colas espumosas de los caballos…» «Todo debe terminar cuanto antes», pensé decididamente. Y me incorporé para salir a airearme a la cubierta.

Jane había quedado en ir a recogerme al puerto en su coche a la mañana siguiente. Después de mis reflexiones de la noche pasada comprendí que debía ser éste el último encuentro. Había que frenar las cosas antes de que el instinto precipitase un final inadmisible, para mi concepción de la vida y del mundo. Desde luego, saldría aquella mañana, me vería con Jane y remataríamos nuestra amistad de la forma menos violenta posible, cerrando en círculo, sin solución de continuidad, el proceso de nuestra breve vida de relación.

La encontré sentada en su coche, hojeando una revista de modas.

—¡Hola! —me dijo al verme, tirando la revista al asiento de atrás.

Me senté a su lado y ella puso inmediatamente el automóvil en marcha.

—¿Al parque?

—Sí, al parque.

Marchábamos por las calles recién regadas, emparedados entre una hilera de coches de distintas formas y colores. Jane conducía suavemente, sin esforzarse, sin que la grácil armonía de sus antebrazos se quebrase con la contracción de algún músculo. De repente dio un viraje y nos metimos en una calle poco frecuentada que le permitió aumentar la velocidad.

—Aunque sea más largo por aquí llegaremos sin agobios.

—Es una sabia fórmula… para todo.

—¿Te gusta rodear para llegar a un fin?

—O renunciar a este fin si son demasiados los inconvenientes. Me lanzó una mirada de una significación extraña. Mis ojos quedaron presididos en la admirable euritmia de sus antebrazos; obsesionados, incrédulos...

—¡Cuidado!

Jane sorteó a una niña con un zigzag ceñido.

—Los niños son peligrosos... —dijo.

—¿Crees?

—Más que los perros.

Me reía. Ella añadió:

—¿Te gustan los niños?

—No los conozco; tan solo me he tratado a mí cuando era pequeño y confieso que no me gustaba demasiado...

—Debiste de ser un niño simpático.

—Cualquier cosa menos eso.

Jane paró el coche en una entrada lateral del parque. Descendimos. Brotaba la vegetación por este lado, alimentada por la pujanza febril de una tierra henchida. En la corta perspectiva se confundían las copas de los árboles: el álamo, el plátano, el húmedo brillo de las magnolias. La tierra, recién regada, desprendía vahos calinosos de agradecimiento. Por los macizos se combinaban las flores con profusión en un abigarrado conjunto: la suavidad humilde y blanca de las petunias, el amarillo fuerte del botón de oro, la simetría circular y mareante de la margarita, las anémonas, las rosas y los claveles...

Nos adentramos en el parque, casi vacío a aquella hora. Algunos niños jugueteaban por los paseos persiguiéndose a gritos. Algún que otro bebé se recostaba cómodamente en su cochecito impulsado por la madre. Desperdigados por los bancos se veían tres o cuatro ancianos aprovechando los rayos de sol que se filtraban entre las hojas de los árboles para templar la sangre de sus pies ya medio muertos. Caminamos lentamente por una gran avenida. Casi al final nos desviamos por un paseíllo que conducía a la zona del parque más apetecida por nosotros.

—Vamos a sentarnos.

Delante de nuestro banco, a través de un ancho macizo congestionado de árboles, se divisaban entre las hojas las piernas de la estatua de Roger Williams.

—¡Pobre Williams; le hemos decapitado!

—No lo creas, ha debido de perder la cabeza él solo al contemplar los grandiosos efectos de su obra ——dije.

—¿Conoces la historia de Roger Williams?

—Sólo sé que fundó la ciudad.

Echó Jane la cabeza hacia atrás y se quedó un rato quieta, mirando las hojas de los árboles.

—Eso es lo más cómodo de lo que hizo en toda su vida.

Presentí ante Jane que mi tarea de aquella mañana estaba erizada de dificultades. Mi decisión de acabar de una vez con nuestras entrevistas se debilitaba cuanto más avanzaba el tiempo. «Comeremos juntos —pensé—, y al terminar soltaré la lengua. Habré de beber más que de costumbre para no ponerme melancólico.»

—¿Sabías que Williams fue expulsado a viva fuerza de Massachusetts?

Intuí que Jane no pensaba en Williams en aquel momento, que hablaba de Williams como podía haber hablado de otra cosa para desviar mi atención de sus verdaderos pensamientos.

—Tú no estás pensando en Williams.

—¡Qué importa lo que yo piense!

Su respuesta fue rápida, incisiva, cortante. Yo me callé con la boca abierta, mirándola.

—¿Qué te ocurre?

—¿Por qué había de ocurrirme algo? No me pasa nada; estoy bien.

Se hizo un silencio violento. Se oyó a lo lejos el aullido de una de las fieras del zoo. La actitud de Jane había variado totalmente. Ahora se comportaba como una criatura herida. ¿Sería que había intuido que era éste nuestro último paseo?

Me pasé la punta de la lengua por mis labios resecos. Ella volvió a quedar suspensa, contemplando el pendulear de las hojas encima de nosotros.

Al enderezar la cabeza un minuto más tarde su expresión era de nuevo la normal.

—Perdóname, a veces me da por pensar cosas estúpidas.

—¿Sobre Roger Williams?

Hizo un ademán picaresco con la mano:

—Tal vez se relacionen con Roger Williams; Roger Williams era baptista, ¿sabes?

Me reafirmé en mi idea de que Jane utilizaba al fundador de pantalla para ocultarme sus sentimientos. Súbitamente Jane me sobresaltó:

—Tú un día te marcharás, ¿no es cierto?

—Necesariamente.

La mirada clara de sus ojos clavados en los míos me hacía pestañear. Sentí una punzada dolorosa en mi retina.

—Aunque no fuese necesario tú te marcharías un día, ¿verdad?

Experimenté una confusión violenta. La voz de ella, sin abandonar su dulzura, tenía un timbre de interrogatorio de juez. Yo

no sé dónde podía leer aquella muchacha las determinaciones de mi voluntad.

Me incorporé de un salto.

—Vámonos; hoy quiero comer contigo.

Se levantó sumisa, y caminó a mi lado hacia la salida.

—Iremos al merendero del primer día... si te parece.

No respondió. Las petunias, las rosas, los claveles cargaban de fragancia la sombra de los paseos. La tierra mojada mezclaba su aroma con el de las flores, dando a la mezcla un refrescante sabor de pétalo bañado.

Subimos al automóvil. Jane me miraba a los ojos y su sonrisa ponía dos pequeños hoyuelos en sus mejillas. Tomó el volante.

—¿Vamos directos al fin o... rodeamos?

—Rodeamos.

Arrancó suavemente el coche. Inesperadamente me vi corriendo por la cinta gris de la carretera de la costa. Jane desvió el coche poco más adelante y le detuvo junto a la empalizada del merendero.

Tampoco esta vez había demasiada gente, por más que el número de perros pedigüeños se hubiera multiplicado. Jane me dijo, al ver la jauría:

—No es éste un buen sitio para una intimidad.

—Conforme con mi teoría, desde luego.

Sin consultarnos fuimos a ocupar la misma mesa de nuestra primera excursión. Se acercó la señora obesa del pelo rubio, quien puntualizó nuestra consumición con los mismos recursos que la otra vez, como quien cumple austeramente con la severidad de un rito.

—¿Bien?

Nos miramos a los ojos con mutua reticencia. Se acercó un perro.

—Hoy vamos a hacer que no nos importen estos bichos —dije.

—E... ¿importan en realidad?

—Cohíben un poco.

Me levanté para cambiar la silla de Jane, que cojeaba.

—Aquí te encontrarás mejor.

La señora rubia llenaba nuestros vasos de un vino transparente. Jane alzó su espléndido antebrazo con el vaso en la mano.

—Por tu gran idea.

Bebió. Bebimos los dos y yo colmé de nuevo los vasos hasta rebosar.

—¿Qué idea?

Jane seguía reticente y opaca como en el parque.

—Vas a cerrar nuestro trato en el mismo sitio que se inició. Esto es muy poético. Si algún día nos sacaran algún verso, este detalle podría servir de estribillo. Experimenté una sensación extraña, algo así

como si mi cuerpo se hubiese quedado hueco de repente. Me sujeté angustiosamente al borde de la mesa.

—¡Ha de ser así, te lo juro! —dije con una voz que parecía provenir de detrás del seto.

Regresó la mujer que nos servía y dispuso las viandas sobre el mantel a cuadros.

—La ternera para el señor, ¿verdad?

—No, no, para la señorita.

—Ah, perdonen...

Marchó. Casi lamenté su ausencia. Me daba miedo aclarar la situación, por más que Jane pareciera ya enterada de mis propósitos. Tomé el vaso y lo apuré nuevamente. Jane me enviaba ahora la más dulce de sus miradas.

—¿Sabes? Se te traslucen tus decisiones como si fueras de cristal. Eres parecido a un niño... —dijo.

«Como si fueras de cristal.» Se me veía por dentro lo mismo que a la corbeta a través del vidrio de la botella. Experimenté un vivo sentimiento de pudor al sentirme desnudo, desarropado, transparente... ¡Qué cosa tan extraña! ¡Qué sensación tan terriblemente ingrata! Me palpé con dedos nerviosos los huesos de mi cráneo y después los golpeé con los nudillos. ¿Sería verdad? ¿Sería cierto que mi cuerpo era transparente como el cristal? Jane me veía hacer con una expresión de horror en su mirada intensa. Oí inesperadamente mi voz, una voz cavernosa, metálica...

—Mírame bien, Jane, ¡mírame! ¿Crees de verdad que estoy loco?

—¡Calla!

—¿Por qué he de callar?

—Me das miedo.

—¿Miedo? Ja... ja... ja...

Era yo quien se reía sin querer. Me oía a mí mismo, pero era como si fuese el seto, el campo, la tierra, quien estremeciese sus entrañas en una carcajada siniestra. Me había puesto de pie y continuaba riéndome, sin freno ni vergüenza. Me invadía un escepticismo absoluto hacia cuanto existía o pudiese existir. Dos perros me escrutaban con sus lánguidos ojos marrones. Uno de ellos, asustado, empezó a ladrar.

—¿Miedo? Ja, ja, ja...

Veía a Jane encogerse sobre sí misma en un instintivo movimiento de defensa.

—¿Por qué he de darte miedo? ¿No ves que soy un ser inofensivo, infrahumano, cobarde?

Jane vino hacia mí y me puso las manos sobre los hombros. Se había recuperado en un esfuerzo de voluntad.

—Ven, siéntate a mi lado... No me das pizca de miedo, ¿sabes? Te quiero...

Mis nervios y músculos se relajaron, quedaron flácidos, lasos. Me senté. Jadeaba con una respiración fatigosa. Notaba la suave presión de la mano de Jane en mi frente; notaba que todo mi ser buscaba, paulatinamente, su equilibrio, su estabilidad... Había pasado el momento de la crisis. Entonces empecé a experimentar una vergüenza creciente por mi comportamiento. Todo mi profundo escepticismo del minuto anterior se metamorfoseaba en éste en un sentimiento nebuloso de insignificancia y vergüenza.

—Vámonos, ¿quieres?

—Vamos.

Caminé aturdido, colgado inconscientemente del brazo de Jane. Los escasos comensales nos miraron de reojo al pasar. Ya en el coche hice un intento de justificación:

—¿Nunca has experimentado, Jane, un choque entre lo que deseas con toda tu alma y lo que juzgas tu deber?

—Sí.

—Entonces me comprenderás.

Hubo una pausa.

—Llévame al puerto.

La cinta gris de la carretera iba desapareciendo bajo el morro del motor. Los árboles y los edificios se cruzaban con nosotros a increíble velocidad. Jane conducía fácil, diestramente, con sus antebrazos inmóviles sobre el volante en contraste con él. ¡Sus brazos! Nunca más volvería a verlos. Mi memoria perdería un día el recuerdo de sus perfiles, de la exquisitez de sus proporciones...

Entramos en el puerto y Jane detuvo el coche.

—Entonces...

Demoré un minuto el descenso del automóvil. Quería llenar mis ojos, mis sentidos todos de ella; de su aroma, de su forma, de su color. Le tendí la mano.

—Adiós, Jane.

En un movimiento impensado me incliné y besé ardientemente las carnes firmes, morenas, de su antebrazo. Al levantar los ojos la vi rígida, encampanada en su dignidad.

—Perdóname —balbucí y descendí del coche.

Aún la vi un segundo. Estaba ofendida, no por mi beso, sino por el fondo de mi conducta inexplicable. Arrancó el coche, que se perdió a los pocos instantes en el maremágnum del muelle.

Camino de mi barco me di cuenta de que tenía los labios abrasados por un ardor desconocido.

VII

Las aguas suelen remansarse al pie de los rápidos y torrentes como si una vez pasado el peligro meditaran sobre el riesgo corrido en el minuto anterior. Al ver despeñarse nuevas y continuas cataratas, cada gota pensará: «Esa fuerza me impulsó a mí. Igual, lo mismo que a todas ésas. ¡Caramba! Quién me ha visto y quién me ve».

Algo de esto me ocurrió a mí al separarme definitivamente de Jane. Me remansé también. Me remansé y medité: «Qué ímpetu me vigorizaba ayer y qué quietud indiferente y lasa me apabullaba hoy». Y es cierto que aquel tajo decisivo que cortó la antena que yo había lanzado al exterior, me dejó alicortado y desarticulado por dentro.

Cuando emprendimos el regreso a España mi postura ante la vida se había concretado. Ya no tenía que renunciar a todos los lazos del corazón; había simplemente de renunciar a Jane. Comprendía que contra todo lo demás estaba inmunizado, pero la atracción de Jane superaba ahora todas las tentaciones que en abstracto gravitaran antes sobre mí. Involuntariamente evocaba con frecuencia su presencia, su sutilísima perspicacia, el sentido de nuestras conversaciones... Su evocación concluía siempre en sus antebrazos, morenos, mórbidos, estrepitosamente plásticos y rotundos.

En estos días empecé a profundizar mi trato con Luis Bolea, el piloto. Me convencí entonces de que los sentimientos no pueden cortarse de un solo golpe como creía, sino que su apaciguamiento requiere un lapso de suave transición. Yo necesitaba una válvula cordial; una válvula por donde escapase esa misteriosa sustancia que secreta a veces el corazón y que se llama afecto.

Encontré en Luis Bolea un amigo cabal. Una amistad que se me hacía precisa y que no rechacé por dos razones: la necesidad absoluta de un estímulo externo y la conciencia de que esta amistad había de ser pasajera.

Bolea era, ante todo, un hombre comprensivo. Y en segundo término uno de esos hombres para quienes la vida es una sonrisa y la sombra bajo la cual caminan es redonda, amable y feraz. Era, pues, mi antagonista. A Bolea le había conocido, sin tratarle, en el último año de los que pasé en la Escuela de Náutica de Barcelona. Empezaba él entonces la carrera y yo estaba en trance de terminarla. Pero Bolea estudió exclusivamente por amor al mar, por afición. Era un hombre rico. Al terminar sus estudios redondeó su fortuna casándose con una mujer de su posición, trocando sus días de prácticas por una prolongada luna de miel. A los dos años volvió a sentir en su pecho la

llamada del mar. Entonces se decidió a cumplir sus prácticas para obtener el título de piloto. Dio un beso a su mujer, otro a su primer vástago y se fue al mar durante una buena temporada. Al finalizar sus prácticas Bolea volvió a percatarse de que no todo en el mundo ha de ser agua salada y, añorando la vida familiar, colgó otra vez la gorra y se fue unos cuantos años a disfrutar de su mujer y su hija. Pero como todos los hombres que caen en el mundo dotados de un movimiento pendular, Bolea a los pocos años pensó que no todo en la vida ha de ser una mujer y unos niños, y dando un beso a cada uno, reembarcó, precisamente, en el *Antracita*, donde yo estaba de capitán.

Debido, pues, a su titubeante conducta, Bolea hizo una carrera muy lenta. A raíz de los últimos acontecimientos de Providencia, Luis Bolea y yo, como digo, profundizamos bastante nuestras relaciones. Tanto, que cuajó en una verdadera amistad. Una amistad por mi parte más bien egoísta y receptiva, sin que a cambio de sus confidencias y consejos le diera yo gran parte de lo mío.

Recuerdo que al partir aquella vez de Providencia, Bolea y yo tuvimos ocasión de encontrarnos a solas en el puente la primera noche.

—Hay nubes bajas, mal asunto —me dijo mirando el cielo—; me gustaría por esta vez poder llegar a España de un salto, aunque estos días no entrasen en el cómputo de mis prácticas.

Le miré sorprendido:

—La familia va tirando y uno, sin darse cuenta, se va haciendo viejo. No se puede remediar —añadió.

—¿Teme a la vejez?

Metió los dedos pulgares bajo las solapas de su faena.

—¿Por qué voy a temerla? La vejez es la etapa más agradable de la vida; rodeados de los que nos quieren vivimos otra vez nuestros recuerdos. Pero esta vez sin incertidumbre ni desasosiego, sabiendo que lo pasado ya pasó.

Me quedé un rato expectante. De la cubierta ascendía el suave rumor de una canción interpretada a dos voces. Los marineros daban rienda suelta a sus nostalgias de Providencia. (Tenía un alcance dulcemente melancólico aquella canción en alta mar, bajo la vaga luz de las estrellas.) Les dejé hacer un punto antes de responder a Bolea.

—A veces los recuerdos muerden.

—Pocas veces; de los acontecimientos de nuestra vida se recuerda generalmente lo mejor.

—¿Y lo malo?

—Lo malo suele olvidarse en cuanto pasa. El hombre tiene una pésima memoria para las cosas que arañan.

La canción ascendía al cielo en espirales como el humo. Admiré el especial sentido de mucha gente ruda para cantar con sentimiento.

«Bolea tiene razón —me dije—. El hombre tiene una pésima memoria para las cosas que arañan.» El hombre, en general. Por eso las excepciones no encuentran lugar en el mundo y han de sortear la vida a su manera. Bolea tenía razón al hablar así, pero a mí tampoco me faltaba.

—Lo que es una aberración es un niño o un joven viviendo de recuerdos.

Yo entonces había sido una aberración y continuaba siéndolo ahora, con una curiosa particularidad: los recuerdos me arruinaban en vez de estimularme.

—¿Y eso por qué?

—En la infancia y en la juventud es cuando se fabrican los recuerdos.

—Pero cabe en todo tiempo el recuerdo del recuerdo.

—Las vidas uniformes no dan recuerdos. Dan tal vez un solo recuerdo, que tampoco lo es, porque el instante de la vida en que se intenta rememorar es análogo al evocado. ¿Quiere fumar?

(Otra particularidad de Luis Bolea era la de fumar siempre un ínfimo tabaco liado «porque le compensaba tener el pitillo entre los labios en la milésima de segundo en que le apetecía».)

—No, gracias; a mí me compensa hacerlo.

Sonrió.

—Como quiera.

Encendió su cigarrillo y trató de esperar con el fósforo encendido hasta que yo liase el mío. La lumbre le alcanzó las uñas antes de que yo concluyese la operación.

—¡Diantre! —lo arrojó de sí.

Prendió otra cerilla y levantó la mano, dejando la llama a la altura de nuestros rostros, equidistante de ambos. El resplandor se reflejó en sus ojos.

—Es peligroso aguardar a hombre lento —dije.

—¡Bah!, lo más que puede ocurrir es que nos quememos la punta de las uñas.

Tomé lumbre. Bolea sopló el fósforo, apagándole.

—Según el tamaño del fuego —añadí.

—No sé si porque me he pasado la vida viendo agua por todas partes, pero no le temo al fuego. —El piloto cambió súbitamente de expresión—. Otra cosa, capitán, ¿por qué no se casa usted?

Un estremecimiento de recelo me sacudió.

—¿Usted conoce a Jane? ——inquirí con voz oscura.

—La conocí, como usted, la noche que llegamos a Providencia. ¿Por qué?

—¿Y después?

—Nos hemos saludado en la ciudad un par de veces.

(Comprobé en mi alma un secreto y momentáneo rencor contra mi piloto. ¿Con qué motivo sacaba a relucir esta cuestión tan privativamente mía? ¿Sería que Jane había buscado en él un aliado? Me pareció problemática esta suposición conociendo a Jane. Pero, entonces, ¿en qué se cimentaba esta rara impertinencia? ¿En mi propio interés? ¿Creía Bolea que me hacía con esto un gran favor? Me lo imaginé andando por las calles de Providencia, deteniéndose de pronto al tropezar con Jane. Y hablarían. Me desagradó la idea de que Jane hubiese hecho amistad con mi piloto. ¿Y de qué hablarían? Del mar, del yate en reparación, de Providencia... ¡Qué tontería! ¿Cómo una mujer tan inteligente como Jane iba a hablar con nadie de esas ambiguas sandeces? Pero de algo hablarían «ese par de veces que se saludaron». Hablarían quizá de mí. Me desazonó este solo pensamiento. ¿Y qué tenían ambos que decir de mí? ¿Que era un loco? ¿Que era, cuando menos, un aspirante a loco? ¡Bonita conversación para ser sostenida a espaldas de un hombre! Pero no podía ser; no era posible que Jane pensase de mí que era un loco y menos que lo comentase con nadie. ¿No me había dicho hasta que me quería? ¿Hablaría entonces con Bolea de mí para compadecerme? ¡Qué molesto ser un objeto de una conmiseración a dúo! Tampoco creía a Jane capaz de compadecerme a medias con otro hombre. De compadecerme seria ella a solas. Y esto era ya diferente. Que ella me compadeciese tenia para mí las untuosas calidades de un sedante. Se saludarían nada más. Eso. Seguramente no hicieron más que estrecharse la mano y saludarse. Esto ya era otra cosa. Aunque de todas maneras siempre era desagradable pensar que alguien había de estrechar la mano de Jane. ¿Por qué no se saludaría la gente con una simple inclinación de cabeza? ¿Es que se expresa mejor la cordialidad en un mutuo manoseo? ¿Entonces por qué se saludaban también así los hombres que se odian? Evidentemente, el apretón de manos era una vulgar reminiscencia salvaje, derivada del apretón de narices. Tan vulgar y desagradable el uno como el otro. Pero, después de todo, ¿qué me daba a mí que alguien tomase la mano de Jane? ¿Es que me sentía celoso? Me sonreí de mi propia estupidez. Celoso... Palabra estúpida de estúpidos alcances. ¿No era Jane libre? ¿No era posible que dentro de unos meses fuese, íntegra, de otro hombre? ¡Oh, qué pensamiento tan profundamente desagradable! Hasta olía mal. Posible sí era, desde luego, pero ¡diablo!, qué repugnancia me daba...)

Una vaharada del mal tabaco quemado por Bolea me reincorporó a la actualidad. Ya no guardaba rencor a Bolea. Fue una racha pasajera. Al revés, le agradecía la oportunidad que me daba de hablar de Jane, de recordarla. ¡Ah!, el recuerdo. Yo ya sí tenía recuerdos. Mejor sería olvidarla, pero... La rememoración no minaba la solidez de mis principios. Evocarla sí que me estaba permitido.

Hablaría, pues, con Bolea de Jane, pero sin soltar prenda; diría sólo ambigüedades. Después de todo a nadie le interesaba la fuerza de nuestra intimidad.

—Me preguntaba usted por qué no me caso, ¿verdad?

Sonrió Bolea y tiró su nefasto pitillo a la cubierta:

—Imagino que habrá tenido usted tiempo de meditarlo.

—Tiene los ojos claros —hablé al fin.

—¿Bien?

—Nuestros hijos serían cortos de vista.

—¿Los hijos de quién?

—De Jane y míos.

—No he hablado de Jane.

—No rodeemos—dije.

—Adelante, pues.

—¿Tiene usted en ello un interés especial?

—¿En qué?

—En esa boda —aclaré.

—Me agrada pensar que las gentes de mi aprecio van elaborando recuerdos para rumiarlos el día que no tengan vida activa disponible...

—Ah... muy generoso, ¿siempre ha sido usted casamentero?

—Siempre que ha mediado un interés especial.

—¿Aquí existe?

—Evidente.

—Veamos.

Me asió con dedos crispados un antebrazo.

—¡Basta de tapujos! —bramó—. Aquí el interés es usted. Usted debe casarse... Le falta equilibrio para pasar solo la vida.

—Ya entiendo...

—Cuestión de estimación simplemente.

—Ya entiendo.

Apretó sus dedos sobre mi antebrazo haciéndome daño.

—Le conozco hace mucho tiempo y sé...

—¿Está seguro?

—Usted obra como obra porque teme a la vida.

Me impresionó el propio eco de mi negativa:

—¡No!

Me cogió rápidamente del otro antebrazo y me sujetó rápido contra el pasamano del puente. Sus ojos se clavaban en mí con una mirada larga, intensa:

—Sí; sólo por miedo a la vida no llega usted al final que apetece.

Estábamos en uno de los extremos del puente. La voz de Bolea era vigorosa, como la presión de sus manos; con un vigor contenido.

Intenté sonreír.
—No, Luis; está usted equivocado.
—¡Miedo a la vida! —machacó.
—No… lo contrario.
–¿Qué?
—A la muerte.
Aún no cedía en su presión. Descendió, en cambio, el sofoco de su voz:
—Puede entenderse como una misma cosa; la muerte no es más que una circunstancia de la vida colocada en su último extremo.
Le miré irónicamente:
—¿Y la vida?
—La gestación de la muerte.
—Ya.
—Son dos mitades de un todo.
—Ya.
Aflojó la presión de sus dedos.
—¿Por qué no quiere entenderme?
—Usted tiene la propiedad de simplificar las cuestiones más complejas.
—¡Pruebe! ¿Por qué no se casa usted?
—Tendría hijos miopes.
No le agradó mi acento burlón. Soltó mis brazos y enfundó sus manos en los bolsillos de su faena.
—A veces se empeñan los hombres en darse cabezadas contra una tapia cuando, si lo intentaran, podrían saltarla fácilmente.
—La tapia para unos puede ser de dos palmos, y llegar al cielo para otros.
—Espejismos.
—Quizá.
Se alejó un tanto de mí. Su respiración era fatigosa. Percibí que la atmósfera estaba densa y enrarecida.
—Voy a descansar un rato —me dijo—. Le ruego que no persista en su actitud; los huesos del cráneo son duros, pero a veces llega a abrirse la cabeza.
Comenzó a descender la escalera. Di unos pasos hacia él.
—Dígame, ¿dónde habló con Jane de todo esto?
—¿,Eh…? ¿Cuál?
—¿Dónde vio usted a Jane?
—La saludé dos veces en Providencia.
Se perdió en la oscuridad de la cubierta. ¡Ambigüedades! ¡Abstracciones! ¿A qué este afán de no concretar? Ya no se oían las canciones de los marineros. Todos se habían acostado ya. Todos, excepto la rígida figura del timonel encerrado en su jaula de cristales.

Me vio pasar ante él, indiferente. ¿Seria, en realidad, mi cráneo transparente como la cabina del timonel? ¿Tan transparente que todos podían observar lo que sucedía detrás de sus huesos? ¿O era mi actitud tan anormal que en seguida llamaba la atención, hasta a los menos observadores? ¡Oh, qué enrevesado debía de ser yo por dentro! Recordé a una pobre mujer que conocí en Barcelona de dos metros y medio de estatura. Un osteólogo le había comprado en vida el esqueleto para examinarlo después de muerta. A fin de cuentas el osteólogo era un optimista, ya que ¿quién le aseguraba que aquella pobre mujer no le doblaría la vida como ahora le doblaba la talla? «Yo, por dentro —pensé—, debo de ser muy semejante a aquella mujer por fuera.» Estoy seguro de que si mi anormalidad pudiese conservarse incorrupta en un frasco de alcohol, se darían de mamporros los psicoanalistas por adquirirla. ¡Habría que ver mis deformados sentimientos encerrados en un frasco! Con seguridad tendrían la forma de un pulpo plagado de tentáculos. ¡Qué repulsiva visión un tarro con un pulpo dentro! ¡Diablo, como la corbeta! ¿Como la corbeta? Y como mi cerebro. ¿Por qué no también como mi cerebro?

VIII

Entramos en la bahía de Santander una mañana soleada de junio, con cielo despejado y brisa estimulante. Aún no había llegado el verano sobre la ciudad, pero ya se advertían en las rubias arenas de la Magdalena las manchas oscuras de los primeros bañistas.

Apenas si había gente en los muelles aguardando nuestra atracada. Era nuestro buque uno de los menos golosos de cuantos hacían el viaje transoceánico y la pacotilla por «mercancía» resultaba de poco empeño.

Algunos familiares de nuestra marinería agitaban al aire sus pañuelos blancos en su primera expresión de bienvenida. El revoloteo de pañuelos se contagió a poco a nuestro barco y una vez atracado se alzó hasta el puente el rumor de los besos y achuchones del recibimiento.

Nunca hasta entonces me pareció tan vacía una ciudad. Cuando desembarqué y tuve oportunidad de discurrir por sus calles me vino encima un mundo liso y anodino, espantosamente desnudo y desguarnecido de alicientes. Era como recorrer una tierra en barbecho, sin flores ni accidentes en toda la extensión que abarcaba la vista.

Una semana después, asfixiado por el cielo plomizo de la ciudad vacía, tomé un tren para Bilbao con el objeto exclusivo de cambiar de ambiente.

Bilbao renacía en su hondonada con una vitalidad múltiple. Estaba agitado por un febril movimiento industrial que se adivinaba en cada rostro que topaba uno por la calle. Todos, apiñaditos alrededor de la ría, laboraban por el engrandecimiento de la urbe. Pero nada alteró la sensación de soledad que me invadiera en Santander. Con gente y sin ella mi enervamiento continuaba. Me di cuenta entonces de que los agobios del alma son netamente independientes del medio que nos circunda, que sólo puede intervenir en nuestro clima interno el escenario en que nos movemos cuando nuestras facultades receptivas no están aletargadas por una preocupación interior.

En Bilbao permanecí cuatro días escasos. Bolea me aguardaba en Santander para tomarse él su descanso. Empero, las cosas adquirieron una orientación distinta a la que esperábamos. Un acontecimiento sorprendente me obligó a demorar mi regreso dos días más.

Aconteció el hecho la última noche de mi permanencia en Bilbao. Como de costumbre, salí del hotel luego de cenar con ánimo

de acumular sueño callejeando por la ciudad. No me agradaba la idea de encamarme sin sentirme fatigado. Ello equivaldría a declarar una de mis frecuentes controversias cerebrales que, sobre no remediar nada, incrementaban mi debilitamiento nervioso ya de por sí paulatinamente progresivo. Me dediqué, pues, a recorrer callejuelas desconocidas, estrechas y oscuras, donde sólo muy rara vez saltaba de algún balcón colgante el detalle fresco y sonriente de unos tiestos de geranios medio marchitos. Inopinadamente empezaron a caer unos gruesos goterones. Percibí el alivio húmedo de la ciudad en el vaho refrescante que exhalaban ahora sus pulmones invisibles. Avancé de prisa tratando de volver sobre mis pasos. Pero era tal el laberinto de aquellas callejuelas simétricas y uniformes, que experimenté la necesidad de hacer un alto para evitar que el agua me llegase hasta los huesos.

En la primera esquina vi cuatro letras tentadoras combinándose para formar el genérico nombre de Café. Sentí lástima por aquel café sin apellido, dotado de una simple denominación abstracta, como un pobre inclusero. Empero, la lluvia arreciaba y el lastimoso edificio, envanecido por la necesidad, cobraba un tono y un tronío del que por sus cualidades sustanciales se hallaba exento. Próximo ya, acariciaron mis tímpanos los sonidos armoniosos de una orquestina de poco fuste. Empujé la puerta de cristal esmerilado y penetré.

El local era amplio y tenía un desagradable olor a colilla de puro mezclado con el de fichas de dominó manoseadas. Las mesas, con tablero de mármol blanco, se encontraban casi totalmente vacías. Únicamente en los rincones se arrullaban unas cuantas parejas demasiado juntas y expresivas para ser tomadas por enamorados. Mi entrada pasó inadvertida para todos. Hacia el centro de la sala, propincuo al mostrador, se alzaba un miserable tablado donde un trío vestido con blusas amarillas se esforzaban en combinar, arañando dos violines y aporreando un piano, las notas melancólicas de *La Bejarana.*

Me sacudí un poco la lluvia y me senté frente a la orquestina en un diván estrecho y forrado de un tazado y arcaico terciopelo granate. Observé al trío con cierto detenimiento. La pianista, vuelta de espaldas, detentaba un aspecto exótico de difícil definición. A cada lado un violinista, enfundados en blusas amarillas, flamantes y llamativas, pero pregonando con las rodilleras y remiendos de los pantalones y la piel agrietada de sus zapatos que, pese a su uniforme, las notas que parían sus instrumentos apenas si les daban para vivir.

Se me acercó un camarero con una blanca servilleta colocada a horcajadas sobre el hombro. Pedí un coñac. Inopinadamente los músicos concluyeron su interpretación. La mujer quedó un rato a la expectativa, y ante los aplausos reiterados de las cuatro parejas, que sonaban pobremente en la amplitud de la sala, se inició de nuevo su

tecleo. Los dos hombres, que ya se agachaban para encerrar los violines en sus estuches, se incorporaron con un aire de disgusto muy marcado en sus rostros enjutos. Desconocía la pieza en que ahora empeñaba el trío sus aceptables facultades, pero no sé en qué percibí un algo próximo, cálido y familiar.

Instintivamente me había levantado del incómodo diván y me arrimaba, paso a paso, al tablado. Entonces me percaté de que era el ritmo lo que me era familiar, el método interpretativo, el hacer.

Era lo mismo que si me estuviesen leyendo un trozo de prosa desconocido, pero que me permitía aquilatar en el ritmo especial de la lectura un sentimiento de familiaridad. Los violinistas me miraban desde su altura con reojos de dictadores. La mujer seguía volviéndome la espalda. Tan sólo cuando sus manos escapaban a los extremos del teclado podía observarlas, ver sus dedos sonrosados, gráciles como diez pantorrillas femeninas danzando un ballet. Sus yemas tiernas, coronadas por encima por uñas pintarrajeadas de rojo, se curvaban hacia arriba en una generosa entrega, incondicionada, a las exigencias de la interpretación. Impróvidamente las notas de los violines se agudizaron, las manos de la mujer escaparon a las últimas teclas, se originó ese barullo musical precursor del desenlace. Me recorrió un escalofrío. Experimenté la necesidad de gritar. Una nota rotunda cerró los compases de la melodía. Se oyeron cuatro mezquinos aplausos brotando de las esquinas más oscuras del local. Precipitadamente los violinistas clausuraron sus violines en los estuches, como si con sus últimas agrias notas hubiese huido el espíritu de los instrumentos y ahora encerrasen en aquellas cajas, con corte de féretro, sus rígidos cuerpos desalmados. La mujer se mantuvo quieta con la espalda erguida, como cuando niña. Bruscamente se acodó en el piano cerrado y ocultó su cara invisible entre sus manos. Descendieron los violinistas del tablado.

—¡Martina! —grité entonces.

Giró la mujer, lentamente, como poniéndose en guardia, incorporándose al mismo tiempo que volvía su rostro hacia mí. Guiñó sus ojos un segundo, como queriendo penetrarme hasta el último plano del alma. Levantó los brazos y sus ojos adquirieron un intenso brillo.

—¡Pedro!

Con un movimiento subitáneo se dejó caer en mis brazos llorando. La apreté contra mí, conmovido, consciente de que por vez inicial en mi vida podía ser útil a un semejante.

Presentí que la poca vitalidad del café se había concrecionado sobre nosotros. Tomé a Martina por la cintura y la aparté a un rincón acotado de sombra. Oí un poco lejana una risa maliciosa. Martina me miraba incrédula, entre sonrisas y lágrimas. Se dio cuenta de pronto

de que éramos el eje de la atención de la escasa concurrencia. Se incorporó.

—Espera un momento. Pedro, nos iremos a otro sitio donde podamos hablar tranquilos.

Se aproximó al tablado y regresó a mí poniéndose encima de la blusa amarilla una desfasada chaqueta de punto.

—Vámonos.

En la calle la tomé del brazo. Entonces advertí que la mocosa Martina se había transformado en una hermosa muchacha, por más que su espléndida belleza la amustiase un prematuro gesto de cansancio.

—Aquí a la vuelta, hay otro café; ¿te parece que entremos en él?

Se detuvo en medio de la calle. Ya no llovía y el ambiente había refrescado.

—Si no te importa —rectificó— prefiero hablar contigo correteando de calle en calle.

Asentí. Al mirarla a los ojos observé que de nuevo los nublaban las lágrimas.

—Soy una malvada, ¿sabes?

Ahora fui yo quien se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, déjame, Pedro; déjame tirada en medio de la calle, si quieres, pero he sido una perdida…

La calle estaba desierta. De lejos llegaba el sonido apagado de un acordeón como un mensaje de vicio oculto. Me pareció que un mundo vecino a mí se desmoronaba, que me arrancaban de repente la raíz de mi propia vida. Martina, avergonzada, apretó su rostro contra mi pecho y ahogó un sollozo. Reanudamos nuestro paso. Las calles permanecían muertas, adormecidas en sus medias tinieblas. De vez en cuando partía de alguna ventana iluminada una carcajada bronca o un juramento. Pero Martina caminaba sin estremecerse, dando la sensación de que en los últimos años había amoldado su paso menudo al ritmo y tono de aquel clima sinuoso. Martina rompió bruscamente en un torrente de palabras:

—Yo no podía vivir allí… ¿Quién hubiese podido hacerlo? Mi casa, Pedro, ¿recuerdas?, era igual que un cementerio: fría, silenciosa, monótona, sin un quiebro sorprendente. Allí no había alegría, ni ilusiones, ni juventud, ni vida…

Agachó la cabeza sobre el pecho y se reiteró en su llanto amargo y acongojado. Penetramos en una callejuela inundada de un detestable olor a desperdicios de sardina. Se cruzó con nosotros la sombra vacilante de un borracho. Martina levantó la cara, intentando alcanzar mis ojos en la espesa y fétida penumbra.

—Dime, Pedro, ¿por qué eran así mis padres?

Ahora alcanzaba a comprender la estela espeluznante del matrimonio del señor Lesmes. Don Mateo debía haberse enfrentado con la vida desatado de todo vínculo. Los hombres como él y como yo no teníamos derecho a meternos en la cadena. Habíamos de permanecer al margen de ella, rematándola en uno de sus extremos. Martina prosiguió sin que yo contestara:

—¡Mi sangre era tan distinta de la de ellos! Notaba por días que aquella casa se me venía encima, que me acuciaban unos deseos inmoderados de gritar y reírme a carcajadas, de decirle a mi madre que qué sacaba de aquel mutismo hermético, asfixiante y sobrecogedor... —Hizo una pausa—. Pero tenía que aguantarme; había de soportarlo todo mientras viviese en casa de mis padres. Ellos eran muy dueños de ser como les viniese en gana; ellos me habían traído a la vida y yo se la debía a ellos, riendo o llorando... Un día...

Se aturdió un momento. Aparentó arrepentirse de su modo de comenzar; no obstante, tras un movimiento de cabeza como el que se efectúa para desechar un mal pensamiento, recomenzó de la misma manera:

—Un día conocí a un muchacho cuando volvía de dar mi lección de piano. Se me acercó diciéndome que en tiempos, cuando yo no tenía más que un año, había dado clase con mi padre. Me acompañó hasta casa. Al despedirnos me dio su nombre, pero me rogó que nada le dijese a mi padre de todo esto, pues siempre habían tenido unos puntos de vista diferentes y, al marchar de la Academia, su padre había discutido fuertemente con el mío, precisamente por discrepancias en sus puntos de vista respectivos.

Nuevamente habíamos tomado una calle distinta; otra calle estrecha, orillada por casas de cuatro pisos, donde mirando hacia arriba se divisaba un paseíllo de cielo perforado de lunares brillantes. Pasó una pareja, muy apretada, en dirección opuesta a la nuestra. Martina continuó:

—Aquella relación secreta que aquel día se inició, forzosamente tenía que dejar en una vida tan uniforme como la mía una huella profunda. Me parecía que estaba empezando a vivir una aventura de novela; un amor desaprobado por nuestros padres era, siempre lo sería, un idilio tentador. Pensaba que en la discordancia de puntos de vista entre mi padre y Joaquín, sería éste quien tenía la razón. Los puntos de vista de mi padre eran, generalmente, turbios y sombríos, lo que me hacía sospechar que los de Joaquín serían, por lógica contraposición, diáfanos, optimistas y joviales.

Se hizo un nuevo paréntesis, que el pecho de Martina aprovechó para emitir un sollozo. Luego prosiguió:

—Yo creo que fue este ambiente de misterio de que rodeamos nuestras relaciones el que más influyó en mi tonto enamoramiento.

Nos veíamos a horas extrañas, cada vez en lugares diferentes... Yo me dejaba portar en su cariño tan ingenuamente que jamás se me ocurrió preguntarle qué es lo que era, a qué se dedicaba, o en qué calle vivía... Me bastaba, al parecer, saber que no era igual que mi padre, y como en este punto coincidíamos, caí en el error de imaginar que éramos dos almas paralelas que se adaptaban hasta en el menor detalle. Así fue pasando el tiempo. Él hablaba en abstracto de «sus negocios». «Sus negocios» iban bien o le reclamaban en Madrid un par de días, no podría verme a tal hora porque había de atender a sus clientes. Una tarde, sentados delante de la cruz de Cuatro Postes, con la ciudad amurallada a nuestros pies, me dijo que puesto que «los negocios» marchaban bien, sería oportuno ir pensando en nuestro matrimonio...

Me miró Martina con ojos arrasados en lágrimas y prosiguió:

—Me dio un vuelco el corazón; aquello superaba cuanto yo hubiera podido imaginar. Joaquín era un hombre físicamente agradable; espiritualmente, entonces me tenía arrebatada. Al día siguiente, a hurtadillas, comencé a bordar unas servilletas para nuestro futuro hogar. Dos días más tarde quise sorprenderle enseñándole dos servilletas, enteramente confeccionadas por mis manos. Experimenté mi primera desilusión al ver su gesto de desagrado. «Nosotros no podernos hacer como los demás, Martina —me dijo—; quiero que te convenzas de ello. Nosotros nos casaremos de una manera apagada y sin el consentimiento de nuestros padres. Por eso todo lo que haya de hacerse lo haremos después de nuestra boda, con nuestros propios recursos.» Me callé y no le dije nada. Supongo que él, aunque poco le importase, se daría cuenta de que me había herido... Un mes después me dijo que no podía esperar más y que deseaba casarse a la semana siguiente. Le advertí que nada sospechaban aún mis padres de nuestras relaciones, que me diese tiempo para convencerles y que, sólo cuando se hubiesen opuesto decididamente, estaríamos en nuestro perfecto derecho de casarnos contra su voluntad. Él se mostró airado. «¿Y eso es lo que tú me quieres? —dijo—. ¿Sólo hasta ahí estás dispuesta a llegar por mí?» Le respondí que estaba dispuesta a llegar donde fuese necesario por su cariño, pero sin dar brincos forzados, sino por mis pasos naturales. Se enfureció bastante. Como único medio de probar mi decisión me preguntó entonces: «Y si yo te dijera que la única solución es coger el tren un día cualquiera y casarnos en Madrid o en otra parte, ¿qué dirías?». «Si los demás medios habían fallado totalmente no me opondría», respondí. «Tú no me quieres, silabeó encolerizado, tú no estás decidida a entregarte a mí.» «De momento», terminé, «y de la irregular manera que tú deseas, no.» Nos enfadamos. Dejé de verle durante dos semanas. En esos quince días me di cuenta de que todo era preferible a continuar encerrada entre aquellos tabiques de

austeridad. La casa de mis padres y mi espíritu eran inconciliables, definitivamente incompatibles. «Después de todo —me decía—, Joaquín no me pedía nada contra la moral. Únicamente casarnos fuera del asentimiento paterno. Y eso, ¿qué puede tener de particular cuando la rareza está de parte de los padres?» Me arrepentí de mi negativa, pero como ignoraba dónde podría encontrarle, tuve que soportar mi tedio sin intentar mover un solo dedo para tratar de remediarlo. Una tarde, inopinadamente, tropecé con él al regresar a casa. Le vi que venía dispuesto a acercarse, pero me pareció que era yo la obligada a tomar la iniciativa y me abalancé sobre él. «Perdóname, Joaquín», le dije; «he cometido una tontería... tengo fe en ti... una fe absoluta... haremos todo cuanto tú quieras.» Nos habíamos introducido en un portal. Él me limpió las lágrimas con el dorso de su mano. La portera debió de ver nuestras inocentes efusiones, pero, pensé entonces, debía de ser una solterona resentida. «Vayan a arrullarse a otro sitio», silabeó indignada; «ésta es una casa decente y aquí no se admiten estas cosas.» Joaquín aparentó enfadarse mucho por aquello, que estimaba una ofensa a mi pudor. Le dijo, en mi presencia, unas frases atroces, que yo olvidé en seguida en la euforia de lo que juzgaba «una valiente defensa de mi honra». Huimos de allí cogidos alegremente de la mano. Al despedirnos Joaquín me dijo, besándome por primera vez: «Pasado mañana tomaremos el tren de Bilbao y allí nos casaremos.» Volvió a besarme. Yo sentí una embriaguez desconocida recorriendo mi cuerpo de extremo a extremo. Aquello significaba que iba a liberarme de una vez para siempre de aquella casa angustiosa, del frío lúgubre que aleteaba entre sus muros. Te confieso, Pedro, que no noté el menor remordimiento al abandonarla. Se me hacía que la dejaba por su propia culpa, expulsada por su actitud desabrida y hostil hacia mi juventud. Dejé a mis padres una nota en la que, poco más o menos, decía: «Me voy de esta casa donde no he encontrado nunca más que tristeza. Me casaré con un hombre que me quiere por encima de todas las cosas. Nada temáis por mí, porque soy enteramente feliz. Recibiréis noticias mías». Y firmé.

»Por la noche abandoné la casa de mis padres como un ladrón, saltando por una ventana. Joaquín me esperaba en la plaza. Tomó mi maleta y anduvimos a paso acelerado hacia la estación. A la mañana siguiente nos encontrábamos en Bilbao. Nada más apearnos del tren comencé a experimentar el primer resquemor de la culpa. Me censuraba mi conciencia, todo el aliento vital que infundía vigor a mi cuerpo. Pero no dije nada. Daba ya el hecho por consumado. Joaquín me llevó, “provisionalmente”, a una sórdida pensión de una calleja apartada y maloliente. Debíamos ocultarnos, me dijo, hasta que nuestra situación se legalizase a los ojos de Dios y de los hombres.

“Dentro de unos días”, añadió, podrás ocupar el mejor hotel y comprarte cuanto desees. Yo soy rico.”»

Otra vez se detuvo Martina, desfallecida por el peso del relato. Yo había perdido la noción del espacio en aquel laberinto de sucias callejuelas, indignado de antemano por el desenlace que presentía a la aventura de la pequeña Martina. ¡Oh, Dios, aquella niña que nos enojase tanto a Alfredo y a mí con su «nene, nene» espantosamente desalentador! Nos habíamos detenido debajo de una bombilla de luz mortecina. Los sollozos de Martina parecía que iban a arrancarle el corazón. Me miró con sus ojos nublados por las lágrimas y continuó, entrecortadamente:

—Como imaginarás, nuestra situación jamás se legalizó. Ni cambié de residencia, ni me vestí con los mejores vestidos, ni supe nunca si él era rico o no lo era. Me engañó de la forma más miserable y me abandonó tan miserablemente como me había engañado, un día que se hastió de mí...

Calló Martina. Unos puntazos de incertidumbre empezaron a inquietarme tras haber finalizado ella la primera parte de su relato. No pude contenerme:

—¿Y después..., Martina? ¿Hubo después otros...?

Se abalanzó sobre mí como un gato, tapándome la boca con sus manos, rebelándose contra mi inexpresada suposición. Resbalaban mejilla abajo sus lágrimas incontenibles.

—¡Oh, por Dios, no; eso no! Después viví de mi trabajo, de mi propio esfuerzo, con mi sudor... ¿No era ya bastante la experiencia? Me coloqué en el cafetín en que me has visto; al principio tuve que cantar para los hombres... ¡Qué asco me daba! Luego... luego se dieron cuenta de que era verdad que yo sabía tocar el piano...

Como respondiendo a una contraseña se oyeron desde un balcón alto las notas desafinadas de un piano enfermo. La voz cascada de un hombre ebrio ocultó por un momento los compases musicales.

—¡Qué manera de maltratar a un piano! ¡Deberían prohibirlo...!

Me encaré con Martina.

—¿Cuántos años hace que vives así?

—Dos; y los cinco meses que viví...

—Ya.

Medité unos instantes.

—Tú debes volver a casa.

Se encogió.

—No me atrevo; desde que salí de allí no les he escrito ni una línea.

Me animó una energía súbita.

—Nada importa; tú volverás allí mañana. Yo iré contigo.

—Oh, no...

Lloraba. Yo suavicé la voz.

—Iremos juntos. Conozco a don Mateo; él sabrá perdonarte…

Miré el reloj. Eran las tres menos diez de la madrugada.

—Anda, vamos, es tarde; te llevaré hasta tu casa.

Caminamos. Ella dócilmente a mi lado. Atravesamos nuevamente la calleja cargada de un insoportable hedor a desperdicios de sardina. En una calle, aún más angosta e inmunda, vertical a aquélla, se detuvo Martina ante un portal de miserable aspecto. Se aturulló levemente.

—Vivo aquí —dijo a modo de excusa.

—¿Bien?

—No puedo irme, Pedro; compréndelo.

—Mañana vendré a buscarte; a la una.

—¿Y la orquesta?

—Yo lo arreglaré todo.

—¡Oh!

Se puso de espaldas y se encorvó buscando el ojo de la cerradura. Gimieron los goznes y se abrió la puerta. Martina se encaró conmigo y me tendió las dos manos.

—¡Cuánto me alegra haberte encontrado!

Insistí.

—Hasta mañana, pues.

—Estaré.

Cerró de golpe y la oí unos segundos taconear precipitadamente escaleras arriba. Luego comencé a andar sin rumbo, desorientado en aquel laberinto de calles, todas tan semejantes. Al fin hallé el camino de mi hotel. Llegado a mi habitación me tumbé encima de la cama, sin desnudarme. Tenía una conciencia anticipada de que no podría acogerme al sueño después de los complejos sucesos del día. Se me hacía todo inverosímil, incomprensible en su febril realidad. Junto al dolor de una pérdida aquilataba el dolor de algo nuevo vitalizándome. ¡Pobre pequeña Martina! La analicé ahora fríamente, como una víctima inmolada al egoísmo pesimista de su padre. Él tuvo la culpa. Él, que trató de imponer pasivamente a cuantos le rodeaban la sombra alargada, sutil, que dividía su corazón en dos mitades. Los hombres de esa manera jamás podrán ser eslabón en el centro de la cadena. Únicamente por una apetencia egoísta podía obrarse de otra forma. El hombre que se encadena se debe primordialmente a los suyos. «No puede considerarse a un ser humano consecuencia nuestra como algo ajeno a nosotros —me decía—, como algo hacia lo que ya hemos hecho suficiente dotándolo de vida.» Había que darse a ellos, hacerles un refugio tibio amoroso, ayudarles a ver la vida desde la perfecta atalaya desde donde la contemplaban las almas sanas.

Penetraba por la ventana abierta la luz del día cuando me

adormecí. A las ocho ya me había levantado. Me bañé en agua fría para entonarme, hice rápidamente mi equipaje y me lancé a la busca del cafetín inclusero donde encontrase a Martina la noche anterior.

IX

¡Qué sentimientos tan inefables le inundan a uno cuando después de una ausencia de muchos años se vuelve a poner el pie en el lugar por donde discurrió la primera infancia! Parece como que hasta el más mísero hierbajo —ese hierbajo reseco, cuitado, que surge junto a una tapia de adobes— se vuelve para vernos pasar e inquirirnos por las causas de nuestro retorno: «¡Hombre!, ¿tú por aquí? Ya te habíamos echado de menos. Lo mismo no te acuerdas ya de mí»...

Pero yo sí me acordaba de ellos. Me acordaba de todos: de los baldosines del andén; de los rieles; de las fondas que a un lado y otro de la carretera hacen calle para llegar a la estación; de las piedras de los conventos; del mirador de aquellas inefables señoritas de Regatillo; del balcón del abuelo; de todos y cada uno de los vanos de la muralla... Llevaba a Ávila tan metida en el corazón que al descender del tren y pisarla me pareció que jamás había salido de ella. Era una sensación dilatadamente acogedora, como si cada calle, cada casa, cada piedra, cada átomo de polvo que participara en la existencia real de la ciudad me expresase jubilosamente su cordial bienvenida.

Martina avanzaba a mi lado menos esperanzada en apariencia que yo. En el tren apenas si habíamos cambiado cuatro frases. Ella, encogida en su asiento, humildemente retrepada, como un ser que desea expiar una culpa por la que considera ofendida a la humanidad entera.

Al cruzar la muralla, Martina se humilló aún más, como si quisiera a fuerza de encogerse diluirse en una inapreciable insignificancia. Pasamos por delante del Palacio Arzobispal. (Comprobé la febril diligencia de mi corazón encerrado en la caja de las costillas.) Ya podía tocar con mis dedos la añosa mansión que prolongándose formaba uno de los lados de la plaza donde habitaba el señor Lesmes. Al desembocar en ésta me detuve escéptico. Alguien había absorbido a aquella placita rectangular de tan viejo sabor gran parte de sus esencias tradicionales. ¿Dónde estaban los centenarios y copudos álamos, la arcaica fuente, el elemental pretil que de siempre bordeara la prominencia de la meseta central? El hombre había pasado por allí con su piqueta demoledora. Había por lo visto que buscar una rima con la voz «civilización» para versificar aquella placita recoleta, y no se encontró otro mejor que la de «destrucción». Nada importaba que el rincón se viese privado de su íntima sustancia si a cambio se lograba entreverarlo en el siglo sin que nadie advirtiese el disimulado remiendo. Pero no se fijaron en que, para matar del

todo la prestancia arcaica de aquel pedazo de mundo, hubiera sido preciso arrasarlo, sin dejar una piedra montada sobre otra, demolerlo íntegro a golpe de piqueta y sembrarlo posteriormente de sal, por si aún se le ocurría al viejo espíritu, que de fijo alentaría entre aquellas piedras amarillas, salir a la luz y predicar un día a la posteridad la tala infame. No; todavía respiraba la historia en aquel apacible rincón. Respiraba a pesar de los golpes de muerte que le habían asestado, por encima del deseo de la absorbente civilización. El hombre no podía con la historia, ni en su misma significación, ni en su parpadeo intangible por encima de las cosas.

Nos adentramos en la plaza. Entonces fue cuando experimenté un desasosegado temor de que hubieran desaparecido también los muñecos de la hornacina, aquel relieve ahíto de tradición, bajo cuyo amparo discurriese toda mi infancia. Adelanté a Martina constreñido por una impaciencia encabritada. De lejos le vi ya destacarse sobre la uniformidad parda del caserón. Resistía igual, sin acusar sobre sí el peso de plomo de los años: firme, erguido, inmutable. «Mientras esto permanezca —pensé—, no podrá prevalecer el instinto de borrón y cuenta nueva que inspira al hombre de nuestros días.» Y me sentí tan rejuvenecido, tan remozado, tan seguro sobre mis antiguas raíces, que volviendo sobre mis pasos tomé a Martina de la mano y nos metimos sin más en el portal de su casa.

Yo no sé hasta qué ocultos repliegues y reconditeces del alma puede llegar en ocasiones el gemido de una puerta, un tiznón en la pared o el eco retumbante de un llamador al pedir paso en una casa. Sólo sé que al tomar en mi mano la vieja aldaba de bronce que pendía de la puerta de don Mateo, percibí una emoción intensa, que luego se incrementó al resonar la casa toda bajo los ecos de mis dos golpes.

Toda una historia pasada se atropelló en mi memoria. Aquel primer día de mi presentación en aquella casa. La entrada de Alfredo... La llegada de su madre cuando el alma de mi amigo había volado ya... Todo cuanto representaba un jalón de mi antigua vida cabía en las dimensiones minúsculas de aquel viejo y mohoso llamador. Por la puerta, cuyo franqueo pedía aquél, penetró un día Alfredo y salió otro, dejando su historia engarzada entre los dos chirridos de unos goznes herrumbrosos.

Se oyó un andar pausado detrás de la puerta. Martina temblaba. A mí me colmaba una emoción retrospectiva, concentrada y enervante. Oí agarrar el picaporte y la puerta —¡aquella puerta tan definitiva en mis recuerdos!— comenzó a ceder. De pronto nos vimos frente a frente doña Gregoria y yo.

—¿Qué deseaba?

(¡Dios mío! ¿Es posible que la vida se estabilice para algunos mientras para otros se desborda? ¿Es creíble que exista alguien capaz

de resistirse en sus hábitos y modos al ímpetu avasallador del tiempo? Allí, frente a mí, estaba doña Gregoria secándose las manos en las puntas de su delantal. La misma doña Gregoria de los tiempos pasados. Tal vez un poco más enjuta, más corvada, más reseco aún su busto siempre mezquino… Y con los dedos en las puntas de su delantal; igual, lo mismo que veinte años antes.)

Me aparté un poco y madre e hija quedaron encaradas, una frente a la otra. Contra lo que esperaba, todo fue muy sencillo y natural.

—¡Madre!

Había un perdón sangrante entreverado entre aquellas dos sílabas; había una pasión desbordada, impenetrable, estremecida.

Doña Gregoria la tomó de las manos:

—Hola, hija.

La besó fríamente en la frente en tanto Martina se ahogaba en sollozos contra su hombro.

Por la puerta del fondo del pasillo apareció un hombre pálido, vestido de negro. Avanzó hasta nosotros y aparentó pasmarse de la escena que tenía lugar ante un desconocido. Martina se irguió al oír las próximas pisadas de su padre.

—Bienvenida, Martina; me alegra que hayas vuelto.

Bruscamente don Mateo me conoció.

—Usted es Pedro, ¿verdad? ¿Cómo está usted?

Me alargó ceremoniosamente la mano, que yo sacudí entre la mía pretendiendo transmitirle un poco de cordialidad. Doña Gregoria se limitó a tenderme su diestra, sin palabras.

—Pase usted.

Se cerró la puerta en pos de nosotros y su gemido tornó a impresionarme más aún que los dos seres vivos que tenía delante.

—Pase, pase…

Me precedían todos. Noté en mi pecho la violencia de cualquier visita de cumplido. Allí no quedaba un rescoldo de buen amor. «Qué dura escuela he tenido —pensé—; ¿tiene algo de extraño que mi alma siga una senda tan tortuosa? El señor Lesmes y su esposa han admirado tanto a los muñecos de la hornacina que al fin han logrado asimilar su indiferencia y su rigidez de piedra.»

Me pasaron a la sala isabelina de tan compactos recuerdos. ¿Era posible que también por allí hubieran desfilado veinte años de existencia? El mismo papel rameado continuaba adornando las paredes, sirviendo de fondo a la sillería de raso rojo, al arcaico piano, al espejo dorado, al velador con la caja de música y al florero de rosas de tela… Entonces comprendí que el hombre puede inmovilizar el tiempo a su capricho respecto a las cosas que le rodean; que puede estabilizarse voluntariamente en un punto de su existencia y no

abandonarle ya hasta que la muerte le arrebate.

Únicamente volví a percibir el paso del tiempo rozando a las cosas cuando inquirí lo que había sido de Estefanía.

—Murió —dijo el señor Lesmes.

—¿Y Fany?

—Murió; hace trece años...

Martina había escapado a su habitación. Doña Gregoria y el señor Lesmes me hacían la visita.

—Doña Leonor murió también; el jueves hará tres semanas —añadió doña Gregoria como satisfecha de poder continuar el capítulo de defunciones...

Aquí estaba el curso de la vida otra vez; una nueva riada de la vida dando fe de su paso. «Por aquí pasó la vida —me dije—; detrás, más detrás, vendrá la historia espigando los lugares por donde la vida discurrió. Éste es el sino de los humanos; morir, desaparecer, mientras la médula de sus hechos los supervive.»

Se levantó inopinadamente doña Gregoria.

—Perdóneme —dijo.

Y salió rauda en dirección a la cocina.

—Todo va desapareciendo, amigo mío —añadió el señor Lesmes como si adivinase mis pensamientos. Y me reafirmé en mi temor de que mi cráneo debía de ser transparente como el cristal.

De repente encontré a don Mateo terriblemente viejo y demacrado, cediendo ya en su tenso pulso con la vida.

—Un día le dije, Pedro, que abstenerse es un buen remedio para capear el temporal que la existencia arrastra consigo. Hoy me he dado cuenta de que el hombre siempre tiene mucho que perder, aunque él no lo crea así.

Pensé en Martina. «A este hombre le llevo yo muchos años de ventaja», me dije.

—Gracias por habernos devuelto a Martina —cambió él—; supongo que no vendrá como se fue...

—Ha sido engañada.

Se rindió todavía un poco más el señor Lesmes e hizo una pausa. Luego dijo:

—Gracias, de todas maneras.

Deseé decirle cuánta era su culpa en aquella desgracia que ahora lamentaba: que el hombre cuando se ata debe falsear, incluso, sus propios sentimientos en favor de los seres que de él dependen. Pero le vi tan gastado, tan decrépito, tan entregado a su dolor, que no osé despegar los labios en aquel sentido. Corroboré en esta oportunidad mi antigua idea de que hay ocasiones en que nuestra vitalidad se sale de madre, nos desborda, y cuando queremos reparar en los efectos de nuestros actos voluntarios, observamos que han ido

bastante más lejos de lo que nosotros hablamos previsto. Sólo discurriendo así cabía justificar, explicar al menos, la falta que ahora expiaba mi antiguo maestro.

—¿Quiere usted quedarse a comer?

Don Mateo me cumplimentaba con un protocolo impropio de nuestra pasada confianza. No insistió cuando yo me negué a su invitación. Transcurridos unos minutos me despedí. Salió doña Gregoria hasta la puerta, secándose los dedos en las puntas de su delantal. Únicamente Martina puso efusividad en sus palabras al despedirme. Cuando un momento después paseaba inconscientemente por las calles de Ávila me asaltó la idea de que don Mateo y doña Gregoria no hacían más que devolverme la misma moneda que yo había utilizado anteriormente para con ellos.

X

La revelación inesperada de Martina y mi visita, inesperada también, a Ávila me dieron motivo de meditación en los días que aún pasamos en Santander. A mi regreso a esta ciudad mi mundo interior se había alterado con la conciencia de un hecho sorprendente: la casa de don Mateo Lesmes había sufrido una honda conmoción. Me preguntaba muchas veces cómo se adaptarían sus habitantes a este penoso cambio. El matrimonio en realidad no me preocupaba lo más mínimo. Embutidos ambos en su frialdad pesimista, aceptarían su deshonor con la indiferencia lasa que los caracterizaba. Pero ¿y Martina? ¿Sabría Martina aclimatarse definitivamente a la penumbra espiritual de su hogar? ¿No volvería a sentir de nuevo la vaharada pasional de su sangre joven y ardiente? Sinceramente creía que el escarmiento de la pequeña Martina era de esa clase de los que duran toda una vida. Incluso ahora, después de haber conocido la turbulencia, llena de remordimientos de una infidelidad a sí misma, Martina se amoldaría sin protestas a la vida monótona y a la austeridad conventual de su propia casa. El retorno del pecador a una atmósfera de paz suele dar, en punto a su rehabilitación, excelentes resultados. De aquí que tuviese fe en Martina, en su porvenir y en la sinceridad de su amargo arrepentimiento. Martina no volvería a creer en la vida ni en los hombres. Sentiría a buen seguro hacia ellos un instintivo horror que la inmunizaría contra otras posibles calamidades. El clima nauseabundo buscado por el seductor para conseguir su fin obraría como un enervante decisivo en la sangre turbulenta de Martina para ayudarla a perseverar.

Estas conclusiones solían tranquilizarme en lo atañadero a esta nueva preocupación. Había vuelto a quedarme solo en el *Antracita*, ya que Bolea marchó con su familia a una finca en la proximidades de Reinosa el mismo día de mi regreso.

Su ausencia me dejó de nuevo enfrentado con mi cerebro. Confronté, sin embargo, que la aventura de Martina, al atraer sobre mi cabeza otro cabo de atención, me desligaba con relativa frecuencia del recuerdo de Jane y, en consecuencia, hacía más soportable mi vida de retraimiento.

En lo referente al señor Lesmes y doña Gregoria me había autosugerido una explicación razonable para justificarme su actitud respecto de mi persona. Ellos habían puesto de su parte cuanto pudieron por olvidarse de mí, para zafarse de este ligamento que a la larga no podría reportarles más que nuevas pesadumbres. ¿Qué otra

cosa había hecho yo en cuanto a ellos? ¿No había comenzado por favorecer su olvido y su desprecio? ¿Y no era el señor Lesmes quien había modelado a su gusto mi alma hipersensible? En cuanto a doña Gregoria, recordaba que en aquellos días en que la mitad de su barbudo padre se muriera, ella había prometido solemnemente «no querer nunca a nadie más porque le daba miedo». ¿No era también éste un cabo más de los que constituían mi temperamento complejo y turbio? No, nada debía sorprenderme de su actitud que, en última instancia, era también la mía. ¿No era yo, a fin de cuentas, una obra suya? Aparte de no haber salido de ella, ¿no era doña Gregoria mi verdadera madre?

Solía tener estos soliloquios en la intimidad de mi pequeño camarote, viendo siempre a través de la portilla abierta el mismo pequeño círculo de cielo. En las manos acostumbraba a sostener la corbeta embotellada, girándola entre las yemas de mis dedos sobre un eje invisible. A menudo el curso de mis pensamientos me conducía a vanagloriarme de haber visto antes que el señor Lesmes toda la profundidad de su teoría. El ejemplo de Martina me ponía en guardia para cualquier duda que aún me cupiera en lo referente a la conducta que con Jane había yo de seguir. Nunca sentí tan arraigada en mi pecho la decisión de no volver a verla. Me espeluznaba la idea de que algún día pudiera yo casarme y tener un hijo. La responsabilidad de un hijo pesando sobre mí sería catastrófica. Porque, ¿me cabía, por ventura, la posibilidad de mostrar a un ser que se inicia el equilibrio de la vida, con su cúmulo de cosas agradables por un lado, y el saco de los dolores en el otro? Decididamente, mi vida estaba hecha para discurrir como ahora lo hacía, libre, desligada, sin establecer entre mi corazón y otros seres los lazos tremendos de una insoslayable dependencia.

El círculo de cielo que oteaba a través de la portilla iba haciéndose gris. Merced a él conocía yo que el día marchaba. Entonces solía levantarme y dejando sobre la mesa la corbeta prisionera, ascendía a la cubierta.

Era curioso ver cómo el cielo y la tierra coincidían casi siempre en encender sus luces. Las ventanas de la ciudad y las estrellas del cielo iniciaban simultáneamente sus parpadeos, como si unas y otras se enviasen guiños de comprensión y mutuo entendimiento. Las luces del puerto y de las embarcaciones iban reflejándose en la superficie lisa de las aguas. Olía a mar y a petróleo. Una mezcla difícil, característica, que penetraba en los pulmones como un incienso ardiente y voraz.

Discurría por la cubierta mientras no me dominaba la fatiga. Algunas noches salta a tierra y deambulaba pausadamente por los lugares de la ciudad menos transitados. Hacia la una acostumbraba a

regresar. Entonces ya me pesaba la actividad del día y caía en la cama con afán de desquitarme, de disfrutar unas horas de absoluto descanso cerebral, de inhibirme de mis corrosivas preocupaciones. Unas noches lo lograba, pero la inmensa mayoría no. El sueño desaparecía en cuanto mi cerebro tomaba la postura horizontal. Era la hora de repasar por el tamiz de mi cabeza todas mis preocupaciones, mis conjeturas, mis posibilidades, mis prejuicios y mis temores; de sopesar y calibrar los hechos, los mismos hechos calibrados y sopesados mil veces ya, siempre los mismos en las veinticuatro horas anteriores.

No es por tanto de extrañar que yo recibiera siempre con alegría la orden de partir. Mucho más en aquella ocasión en que a mi natural zozobra se unía la conciencia de la lejanía de Jane.

No aspiraba a volver a verla, pero cuando menos me agradaba saber que la tenía cerca, que el sol o las nubes nos quemaban o nos llovían a los dos a un mismo tiempo. Zarpar esta vez significaba comenzar a acortar la distancia que me separaba de ella; iniciar nuestra aproximación. Cuando nos hicimos a la mar experimenté, pues, un desbordamiento de un gozo íntimo y secreto por todo mi cuerpo. Era esto a lo más que podía aspirar y su consecución, hecho a vivir en un plano de renuncias, me alborozaba de una manera efervescente.

Recuerdo que en esta travesía Luis Bolea volvió a la carga con su proverbial habilidad y diplomacia. Acostumbrábamos a hablar en el puente durante las horas de relevo. Una noche me sorprendió por lo directamente que aludió al asunto:

—¿Cuál es su fin próximo en la vida, capitán?

—Eludirlo.

—Eludir, ¿el qué?

—Cualquier clase de fin.

—¡Monstruoso!

—Tal vez; pero al final descansarán mejor los cansados; los que no han tenido nada; los que nada probaron...

—Dios no manda llegar hasta ahí.

—Yo lo doy por añadidura.

En nuestras conversaciones, Bolea acababa siempre malhumorado. Le molestaba mi intransigencia, mi impenetrabilidad, el hecho de que no le ofreciese a sus disparos el menor resquicio vulnerable. Había convertido su oposición en una bandera a la que servía con la mayor e insobornable lealtad. «Es muy triste gastarnos estérilmente», solía repetirme. Y yo encontraba que, en verdad, estaba derrochando mi vida pródigamente, sin una sola desviación de la que pudiera decirse que era útil a Dios, a mí o a mis semejantes.

En Providencia mi vida discurrió sombríamente en una cerrada soledad. A veces paseaba por las calles sin un fin determinado, quizás

inconscientemente para evocar más directamente a Jane apoyándome en el medio en que la había conocido. Una tarde me sorprendió la lluvia sentado frente a la estatua de Roger Williams. Aguanté sin moverme, haciéndome la idea de que el fundador transmitiría luego a Jane este sacrificio inefable que únicamente soportaba para no perder contacto con su rememoración realista y vívida. En otra ocasión comí en el mismo merendero en que lo hice meses antes con Jane, azuzado por la secreta esperanza de que su rolliza dueña pudiera recordarla y darme alguna información sobre ella. Pero nada de esto ocurrió. La pigre señora me sirvió mi consumición sin darse por enterada de nada. Tal vez se adivinase mayor intranquilidad e interés en las inteligentes marrones miradas de los perros que me observaban desde todas las esquinas.

Al reemprender el viaje de regreso a España volvió a penetrarme desde fuera una desasosegada impresión de vacío. Marchaba sin verla, sin sentirla, sin saber siquiera si su existencia seguía latiendo en Providencia. Bolea, empero, me aclaró la última parte de mis dudas la misma noche de partida:

Ayer estuve con Jane —me anunció.

—¿Y bien?

—Me encargó que le saludara.

Sentí que me hacía daño esta comunicación indirecta, la existencia de un intermediario entre nuestros corazones. Dejé, pues, que nuestra conversación languideciera en silencio, muriera por consumición. Pero aquella misma noche, al acostarme, advertí que surgían en mi pecho con una virulencia alarmante los primeros brotes de una airada rebelión. ¿Por qué era yo distinto a los demás hombres? ¿Por qué Bolea la había visto, había estrechado su mano, y ahora podía hacer su vida normal como si nada trascendente hubiese ocurrido? Por primera vez en mi vida experimenté un sordo y sombrío rencor hacia la desaliñada persona del señor Lesmes. ¿Con qué derecho me había forjado a mí con unas características tan retorcidas y enigmáticas? Tuve la idea mezquina de que el placer más completo de un alma amargada es hacer escuela entre los que de ella dependen. Aquí se inició el desfile erizado de una serie de imágenes que terminaron por desequilibrarme. Nunca como en aquella ocasión y en los días y noches sucesivos, me vi tan abocado a la locura. Vivía como bajo los efectos de una embriaguez crónica, de una niebla pesada que se me metía hasta el eje del cerebro, impidiéndole desplegar su función normal. Fueron unos días y unas noches borrascosos, preludio de una crisis general que me sobrevino dos días antes de llegar a España. Caí en cama entonces, presa de unas fiebres delirantes, y una fuga incontrolable de mi imaginación a regiones caprichosas y abstractas. Recuerdo solamente de aquellas horas de pesadilla que los

antebrazos mórbidos y torneados de Jane pertenecían a Roger Williams, a la estatua de Roger Williams, y que éste me hablaba desde su pedestal en el tono persuasivo y apasionado con que solía hacerlo mi piloto.

Cuando empecé a reponerme me comunicaron que llevábamos ya ocho días en España, ocho días encerrado yo en la sala alba y silenciosa de aquel deprimente hospital. Me encontraba débil y desmarrido, sin imperio sobre mis nervios y músculos. Cuando me levanté, Bolea me ofreció hospitalidad en su finca de la montaña.

Allí hay niños, árboles y pájaros —me dijo—; no creo que usted precise otra cosa para reponerse.

Acepté. No podía dejarme morir ni quedar expuesto a ser encerrado en el ambiente irracional de un manicomio. Así es que en cuanto pude levantarme, Bolea y yo marchamos, dejando el barco bajo el mando del segundo piloto.

Según corría el tren mis poros iban transpirando la leve paz de la naturaleza. En seguida me sentí mejorado. Desfilaban los prados verdes, los caseríos blancos, los bosques, por delante de los ojos. Aquello era lo que yo necesitaba. Paz, paz, paz entrándome sin límites por todos los sentidos, traspasando en oleadas la superficie de mi piel.

Descendimos a la hora y media de viaje en una pequeña estación alejada del pueblo. Dos filas de toscas escaleras comunicaban el pequeño andén con la carretera. Al llegar a ésta vimos venir a lo lejos un nutrido grupo de gente.

—Allí están —me dijo sonriente Bolea. Era su familia. Una familia de tres generaciones latiendo al unísono. Su suegra, su esposa, sus hijos; unos hijos todos pequeños, iguales, como las cuentas de un misterio del rosario.

Caminamos todos juntos hacia la casa, que se divisaba al fondo, semiescondida entre las ramas de los árboles. Los niños cabrioleaban a nuestro alrededor, persiguiéndose, molestándose, jugando... Vi la casa ya más próxima. Empezaba a sentirme cansado. Era una casa sólida, arropada bajo una tupida y verdeante enredadera, circundada por una verja de hierro a la que se abrazaba descocadamente una apretada y ofensiva zarzamora.

Bolea me ordenó acostar apenas me vi en mi habitación. No me opuse, porque me sentía terriblemente fatigado. Tenía la cama frente a la ventana y mis ojos gozaban, desde la muelle postura, de la lozanía y plenitud del campo, recortado por el rectángulo de la ventana abierta. Del prado ondulado brotaban aislados hasta una docena de frutales casi todos distintos: una higuera, un avellano, dos manzanos, dos perales... Los pájaros empezaban a organizar su sueño entre la enramada. Oí el canto de un ruiseñor hasta tres veces. Poco a poco el rectángulo iluminado de la ventana fue perdiendo color, sumiéndose

en una tibia penumbra. Subían de la planta baja los chillidos apagados de la chiquillería. Y luego la voz trepidante de la abuela acompasada por el tercer taconazo de su artificial tercera pierna: una cachavita negra con el pie un tanto aporreado. La anciana chillaba y alzaba la voz sin una exacta noción de la intensidad de sus gritos, desorientada en su sordera inviolable y obscura. Oía también la voz de Luis como un murmullo de río caudaloso. Oía, en fin, palpitar la vida de aquella casa por debajo de mí, como aislándome del contacto inmediato con la tierra.

Ya se habían callado los pájaros tras unos revoloteos inciertos y acomodaticios. Me llegó hasta el rostro el aliento perfumado de la noche; escuché, lejísimos, el eco de unos cencerros. «No des la luz; puede que esté dormido.» Y se acercaron a mí como dos sombras, pisando de puntillas.

Me daban algo a beber. Era un vaso de una leche pastosa, sincera, espléndida... Luego volví a escuchar sus pisadas alejándose de puntillas, el crujido tenue de sus trajes al rozar los muebles... Todo quedó a oscuras en derredor. Aún se dibujaba el rectángulo de la ventana y por encima de las oscuras siluetas de los frutales brillaban las estrellas. Me invadió un sopor denso y tranquilo... Después me dormí profundamente. Me despertó un ruiseñor cantando alocadamente a dos metros de mis oídos, dejándose bañar su manojo de plumas por los primeros rayos de sol del nuevo día...

XI

Mi total restablecimiento fue cosa de poco tiempo. Paulatinamente fueron volviéndome las fuerzas, recuperándose todo mi ser, sintiéndome nuevamente maduro para el dolor. Me atendía el médico del pueblo, un practicón campechanote y afable que trató mi caso desde el primer día con análogos remedios que si fuera una señora presa de un ataque de histerismo. Sin embargo, tengo para mí que mi restablecimiento se hubiese consumado igual prescindiendo de las atenciones de aquel galeno rural que, con suicida filosofía, nos diseñaba diariamente, y con una atención muy relativa por la dignidad de su clase, la inutilidad de la ciencia ante la muerte.

—Cuando la parca viene de veras, el médico sobra; si no viene de veras, el enfermo, sin más que un poco de paciencia, sana solo.

Nos reímos de su postura, aunque quizás en el fondo todos comprendiéramos con lástima que no existe en el mundo nada tan lamentable como un hombre desprestigiándose a sí mismo y a su clase.

Así y todo, repito, mi caso no era a estas alturas de los que precisan el concurso de la ciencia para solucionarse. Yo necesitaba únicamente aire y serenidad. Ambas cosas las tenía allí al alcance de la mano con una abundancia sin límites. Por las mañanas me tumbaba en una hamaca, situada en la zona más sombría del jardín, y allí leía o miraba los árboles u observaba distraídamente el juego de los niños. Cualquiera de estas cosas me hacía mucho bien.

Y fue en estos días, alternando la contemplación de los niños y los árboles, cuando me cercioré de la innegable relación existente entre los hombres y los árboles; entre el aspecto externo de los árboles y la conformación del alma de los hombres.

Una mañana, mientras leía, llamó mi atención el parloteo incesante de la chiquillería. Los hijos de Luis organizaban su juego con otros niños de los hoteles vecinos. El más pequeño de los hijos de mi amigo quería terciar en el juego de los mayores, impulsado por esa difusa sospecha de que cuando los mayores, que tienen más experiencia, se divierten así, será porque la cosa es mucho más divertida que cualquier otra que pudiera ocurrírsele a él. La posición de los más crecidos se hizo terminante y el niño quedó postergado, torciendo la boca en una fea mueca que presagiaba una rabieta inminente.

En este nimio detalle vi reflejarse toda mi vida. El juego de los hombres era muy semejante al de los niños. Nuestros problemas eran

proporcionalmente de la misma magnitud que los que poblaban aquellas cabezas, ninguna de más de diez años. Yo en la vida había sufrido la misma postergación que el pequeño de Luis. No se me dio participación en el juego de la existencia y mi única distracción fue la de contemplar la diversión de los demás sin entenderla, pero presintiendo que, cuando la mayoría lo hacía así, el que estaba equivocado era yo y nadie más que yo, que era quien quebrantaba aquella armonía.

Ya más próxima la hora de comer, se sentaban junto a mí Luis, su mujer y las más de las veces la madre de ésta. Ellos formaban el núcleo de una familia encantadora. Tan espontánea y fluida era su amabilidad que yo no me preocupaba de que mi presencia allí pudiera resultar gravosa o molesta. Todo en ellos era natural y sincero. Se encontraban a gusto con mi visita, al menos con esa satisfacción que producen las cosas hechas con intención de obrar bien. Todo les parecía poco e incluso el haber posibilitado y activado mi resurrección lo tomaban como una menudencia de la menor gratitud.

En aquellos últimos días de mi permanencia allí todo su interés se centraba en arrancarme la promesa de que volvería.

—Pero siempre que le apetezca a usted, con la misma libertad que hubiera usado con los suyos.

Éste era el remate con que doña Sole, después de haber orientado la trompetilla en todas las direcciones y percatada a medias de la cuestión que se ventilaba, cerraba siempre los ofrecimientos de sus hijos.

Una de aquellas tardes, repuesto ya, salí con Luis, paseando por las cercanías. Hacia un día tibio con algunas nubes blancas, aparentemente inmóviles, empotradas en el azul del cielo. Advertí que Luis me apartaba de la casa para pulsarme interiormente.

—Y qué —me dijo cuando estuvimos lejos—, ¿ha tenido tiempo de ver quién de los dos está equivocado?

—No hay equivocación por ninguna parte.

—O error. Ante la verdad no caben dos posturas antagónicas. Si una es cierta, la otra, su antagonista, forzosamente tendrá que ser falsa.

—Desde su lado mi postura supone un error; la suya, desde el mío, supone igualmente una equivocación. Pero si ambos somos consecuentes con nuestra sombra interior, los dos estamos en la razón; en nuestra razón respectiva, naturalmente.

Hizo un ademán resignado.

—Bien... es usted un individuo recalcitrante.

—Tal vez.

—Pero, vamos a ver...

Bolea se había medio sentado en el pretil de un rústico

puentecillo y se volvía a mí con renovadas esperanzas:

—Yo sólo voy a pedirle una cosa. Medite usted sobre el proceso evolutivo de esa obsesión que le turba. Usted no nació así. Quizá naciese con una tendencia al pesimismo que luego, mediante un proceso que desconozco, fue acentuándose hasta dejarle en el estado que hoy está... —cruzó una pierna sobre otra y continuó con vehemencia—: Deseo que usted reconstruya su vida tal como hubiese sido de no interponerse esas causas que le imprimieron la orientación que hoy tiene. Sea sincero consigo mismo. Una vez que alcance ese punto, compárele con su estado actual y saque las consecuencias lógicas...

Sonreí.

—Está bien.

—Pero apure el proceso hasta el último extremo, hasta la última consecuencia...

Se levantó del pretil y se palmoteó los pantalones manchados de polvo...

—Está bien.

—Y le prometo que con esto no volveré a meterme en lo que no me importa. Usted se queda con las conclusiones que obtenga y obra en consecuencia.

Volví a sonreírme.

—Bueno ——siguió Bolea—, yo me voy hasta el pueblo de al lado dando un paseo; dentro de una hora podemos encontrarnos aquí. Mire, le recomiendo como lugar ideal para una buena meditación aquella arboleda. La llaman la Castañera, no sé por qué; pero es un buen sitio, se lo aseguro.

Me hizo una seña de despedida y se separó de mí, golpeando alternativamente a cada paso con la picona que portaba en la mano derecha las puntas de sus zapatos. Yo me quedé un rato indeciso. Al fin tomé la desviación del camino en dirección a la Castañera.

Penetré en la espesura por un senderillo derecho y empinado. En realidad sería difícil precisar por qué denominaban a estos bosques la Castañera. Allí hay árboles de cien especies distintas, con un verdor abigarrado y explosivo. Junto al castaño alzan su recubierta anatomía el arce y el nogal, el olmo y el abedul; aparte de un frondoso eucalipto que se yergue magnífico, como presidiendo el verde concilio. Es agreste y salvaje el lugar. Los arbustos, los helechos, el hiriente acebo me dificultan extraordinariamente la marcha agarrándose a mis piernas. He penetrado finalmente, en silencio, sin ruido. Nadie se ha sorprendido. Tan sólo una rendaja, siempre escamona, ha escapado veloz con sus plumas azules al viento. Una pareja de ruiseñores me contempla curiosa desde una rama sin interrumpir el iniciado concierto. Bullen y trinan al unísono los pequeños habitantes de

aquella selva. El ágil verderoncillo, el armonioso jilguero, el pardo malvís y hasta el pimentonero microscópico, alzando su cabecita con aires de gran señor, mostrando vanidoso la roja mancha de su plumaje. En su desacompasada melodía hay un no sé qué de armonía perfecta.

Inevitablemente me he movido y he hecho ruido. Cada cual ha tirado por su lado, batiendo difícilmente sus alas entre el enmarañado ramaje...

El bosque se me presenta cada vez más intrincado. Las mariposas sorprendidas en su siesta se desperezan al aire, evidenciando su policromía vistosa; el saltaprados estira sus largas zancas y brinca lejos de mí: mosconean, monótonos, los abejorros en todas partes.

Discurre a mi lado el agua cristalina de un pequeño regato. De trecho en trecho se esconde entre la maleza para reaparecer más tarde custodiado por dos hileras de rígidos juncos.

El senderillo se va borrando por momentos a mis pies. Al apartar un arbusto he quedado sorprendido, ensimismado por la belleza del lugar. En fuerte contraste con el laberinto de ramas y espinos, de matas y arbustos pasados, se abre aquí la dulce apacibilidad de una braña pequeña, verde, casi redonda, aislada de la maraña del bosque circundante por una poderosa frontera de nogales y castaños. Así se me ha presentado: de improviso, lisa, llana, sin obstáculo... Se ensancha el arroyuelo al caer de una leve cascada, convirtiéndose de súbito en un tranquilo remanso, que más allá se estrecha nuevamente para escapar al fin por el extremo opuesto forzando un ancho muro de sauces, alisos, juncos y llorones.

Tres o cuatro ranas han dejado de croar y se zambullen estrepitosamente en el agua. Un tordo azabache bebe en la orilla, volviendo la cabeza desconfiado en todas direcciones. Los copudos árboles dejan sumida a la braña en una sombra casi perpetua. Tan sólo una hebra de sol se filtra por ellos y reverbera en el agua, lanzando al compás del oscilar de las hojas frecuentes guiños. Los amarillos botones de la manzanilla salpican el prado en cantidad infinita, turnando sus llamativos colores en el de las desapercibidas campanillas.

Al pisar aquella braña recoleta, llena de vida, experimenté un gran sosiego. Algo así como el placer que se experimenta al zambullir la cabeza aturullada de ideas en un recipiente de agua fría. Hubiera deseado descubrirla antes para no haber dejado pasar un solo día sin hacerle una visita... Me senté sobre la verde alfombra, recostándome en un codo. Una hormiga ascendía por el tallo de una manzanilla. Pensé que quizás el animalito precisara medicinarse, aunque de no comer hierba resultaba difícil pensar en este lugar en una indigestión,

pero no debía buscar esto, porque antes de llegar a los pétalos cambió de dirección y comenzó a descender. «Una indecisa —pensé—. Y no me gustan las indecisas...» La di un papirotazo y el animal se perdió entre las briznas de hierba del suelo. Miré a mi alrededor. Verdaderamente era éste un sitio excelente para meditar. «Mahoma, de haber meditado aquí —pensé— no hubiera prohibido a los suyos el vino ni la carne de cerdo. Esas prohibiciones surgían, sin duda, de una meditación desarrollada sobre un cerro árido y pelado.» Luis me había dicho que meditase aquí; que meditase sobre mi proceso psíquico que era algo así, en relación con el alma, como el historial médico para el cuerpo. Medito...

«Soy así, veo así, siento así, porque un día, cuando mi alma era aún virgen, me dijeron: "Sé así, porque la vida es de esta manera". Y yo, que carecía de criterio propio, vi la vida como me dijeron que era; y fui y obré en consecuencia con esta manera de estimar la vida... Por descontado que yo era un espíritu hipersensible y asimilé esta lección pesimista porque se adaptaba a mi manera de ser no manifestada todavía. Después vino la corroboración de la vida misma con una lección práctica: la muerte de Alfredo. Entonces mi temperamento abandonó su estado latente y comenzó a desarrollarse. A desarrollarse en consonancia perfecta con las antiguas teorías. La vida era perder y para no perder deberíamos prescindir de ganar antes. Aquí estaba determinado el ritmo de mi conducta a lo largo de la vida. Luego la guerra. El mundo mutilado e indiferente ante la muerte. Un hecho inexplicable que terminaba por demostrarme que el mundo y yo no congeniábamos de ninguna manera... Sí, pero todo arrancaba de la influencia primera del señor Lesmes. Ahora le configuraba como un envenenador. Me chocó verme de nuevo pensando mal del señor Lesmes... Pero ¿tenía yo en realidad algo que censurarle o que agradecerle? ¿Qué le debía yo? ¿Prefería ser como era o hubiese preferido ser un indolente, un ciego, como los que militaban en la fila de enfrente...? Bueno, y borrando al señor Lesmes de mi vida, ¿qué restaría de mi consistente temperamento actual? ¿Hubiera formado en este caso junto a los indolentes y los ciegos? ¿Y podía estimar indolente y ciego a un Luis Bolea, por ejemplo? ¿No estaría la verdad en un punto medio, entre el mundo indiferente y mi yo excesivamente subjetivo y apasionado? Bolea podía ver que no había forma de establecer un paralelo entre lo que somos y lo que pudimos haber sido. Todo se resolvía en un complejo nudo de interrogantes sin respuesta posible. No había base fija de partida y, consecuentemente, las dudas y bifurcaciones surgían ya en el origen mismo, multiplicándose después... Sólo existía un punto irrebatible, actual, aunque su proceso y evolución hubiese sido inconstante, dudoso y movedizo: yo era ya de una manera y resultarían estériles los

esfuerzos para darme la vuelta basándose en lo que pude ser. Quitando un eslabón a mi cadena vital y añadiéndole otro postizo no se conseguiría modificar la forma ni la resistencia de la cadena. Todo lo demás caía por su base. ¿No era toda mi historia una pura incógnita, una interrogación, una duda? Bolea no se daba cuenta de lo que pedía al decirme que del paralelo extrajera hasta la última consecuencia lógica. ¿Es que era lógico el paralelo? ¿Había siquiera en él un punto de lógica, o tan siquiera de posibilidad? Yo rotundamente era así, como era, y ante mí se abrían dos caminos: tomar o abstenerse. Bolea era partidario de que tomase; yo de abstenerme. Y racionalmente todo concluía ahí. No era posible ir más lejos...»

Me abstraje contemplando la suave corriente del regato que besaba al pasar los pies de los sauces de las riberas. El tordo intentó bajar a beber, pero desechó su primitiva idea al ver que el turista proseguía descansando sobre la hierba. Croó una rana a tres metros, corriente abajo. Las copas de los árboles hacían ruido al dejar pasar el viento por sus intersticios. El clima de la tarde era templado. Advertí un punzante hormigueo en la mano. El brazo se me había dormido de soportar el peso de mi cuerpo. Me tumbé del todo y estiré mis dos brazos hacia el cielo. En este momento tuve la sensación de que mi cuerpo entraba en decadencia, de que mi vida había iniciado la curva de su descenso. Se me escapó un gruñido seco. La majestad de los árboles a mi lado incrementaba mi impresión de insignificancia. «Si en vez de estar tumbado aquí lo estuviera un metro por debajo de la hierba que aplasta mi cuerpo sería que estaba muerto. ¡Qué confortadora impresión permanecer así eternamente!» La copa de un árbol tornó a distraerme de mis reflexiones. «Los árboles son unos buenos compañeros. Tienen la ventaja sobre los hombres de que no hablan tan alto. A veces, sólo a veces, susurran.» Recordé la frase de Julián Royo en sus buenos tiempos de nómada: «Los hombres crecen donde los plantan, como los árboles». Julián Royo era un furibundo determinista. Pero tenía razón. En su frase tal vez hubiese un átomo de verdad. Pero sólo un átomo. Por lo demás su frase era incierta... Me fijé en el árbol, que nuevamente susurraba desde la altura. Era un buen ejemplar de castaño. Sus dos primeras ramas ascendían hacia el cielo rectas y perfectamente torneadas. «Como los brazos de Jane», me dije. Y sentí la viva impresión de que Jane permanecía a mi lado. «Así y todo hay que dejarla; a pesar de sus antebrazos.» Comprendí súbitamente que mi salud renacía a pesar de haber iniciado mi cuerpo la curva de la decadencia. «¡Qué facultad tan extraña ésta mía! —pensé—; un día, muy atrás, percibí que empezaba a usar de la razón, hoy aprecio con una nitidez diáfana que camino hacia mi ocaso físico.» Se escapó de mis labios otro gruñido, como una involuntaria protesta. ¡Qué le íbamos a hacer! Además, lo mejor es acabar pronto

cuando se camina sin método, con una ausencia total de sistemática y de fin inmediato…

Por primera vez había cogido el gusto a la soledad. ¡Cuánto ayuda la soledad a poner en orden la cabeza! Ahora me percataba de dónde estaban las raíces de mi enrevesada psicología. Todo lo malo que dentro de mí portaba residía en la cabeza, dentro de ella. Empecé a torcerme el día que comencé a usar de la razón; mis torturas cerebrales se intensificaron en la hora en que dejé de usar de la razón para empezar a abusar de ella. Pero, claro, esto no tenía ningún arreglo. A pesar de los evidentes progresos de la cirugía. Aunque tal vez extirpando un pedacito de cerebro…

Se iba haciendo tarde. Bolea me esperaría ya en el rústico y pintoresco puente con su acitara de troncos de árbol. Me enderecé y suspiré casi simultáneamente. Esto se acaba. Como todo. Todo se acaba y en seguida. Pero, ¡qué diantre!, también había que dar lugar a las ranas y los tordos suspicaces para que disfrutasen de este paraíso. Una pena no haberlo descubierto antes. Pasado mañana todo esto se habría acabado. Otra vez el *Antracita*, Providencia y… basta.

Me costó hallar el sendero entre la tupida maleza que se apretaba a mis pies. Las aguas del regato se deshacían en espuma al atravesar la ligera cascada. De nuevo el alboroto de los pájaros interrumpidos en su intensa soledad. Una soledad envuelta en el eco de mil gorjeos simultáneos… Apreté el paso. Luis me esperaría ya recostado en la acitara del rústico puentecillo. Me agradaba pensar que ya nunca me pediría explicaciones. Aunque confieso que sus conatos por romper mi indiferencia me producían una secreta satisfacción. Pero de momento prefería no tener que rendirle cuentas sobre las consecuencias deducidas del paralelo entre mi ser real y la probabilidad de haber sido…

Al salir de la espesura me sorprendió la intensidad de luz que aún conservaba el día. Vi desde lejos a mi amigo sentado en el borde del puentecillo y le hice señas. Él me respondió con un ademán semejante. Cuando nos juntamos tomamos el camino de la casa, hablándome él de cosas indiferentes.

XII

La última tarde salí con la suegra de Luis a dar un paseo. Había llovido durante todo el día y la tregua de sol que se abrió en el cielo después de la merienda la aprovechamos para estirar las piernas. Un viento norte, muy fresco, barría la frondosa maleza de uno de los lados de la carretera y secaba el asfalto, barnizado por la lluvia, con excepción de los baches que formaban acá y allá minúsculos lagos de agua sucia. Las nubes negras cabalgaban ligeras por el cielo que, de trecho en trecho, se ofrecía a nuestra vista con su tono azul natural. Lucían los prados su verde charolado, más matizado que de costumbre, y a lo lejos se veía alguna montaña alta coronada por un desgarrón de niebla.

Doña Sole no temía a la lluvia fina ni al frío. Salió de casa con su habitual indumentaria sin otro socorro que una capita negra, de punto, que soportaban sus hombros huesudos. Su cachavita, también negra, la acompañó en este paseo. Se apoyaba en ella a cada paso, lo que hacía que nuestro caminar fuese lento y solemne como el de un desfile procesional.

Recuerdo que me extrañó su invitación a salir con ella. Jamás habíamos hablado a solas, supongo que por la imposibilidad material de darle a conocer un pensamiento propio sin que se enterasen todos cuantos nos rodeaban. A doña Sole además de la trompetilla era necesario hablarla a gritos para que entendiese. Por eso extrañé su manifestación inicial:

—Pedro —me dijo—,deseo hablar con usted.

Le sonreí corno único medio de expresar mi aquiescencia. Cuando, siguiéndola, salimos a la carretera añadió:

—¿Le parece que demos una vueltecita?

Volví a sonreír para mostrarla de nuevo mi conformidad.

Así se inició el paseo aquella tarde. Los primeros diez minutos de camino los hicimos en silencio. Ninguno de los dos hablaba. De cuando en cuando doña Sole se detenía para retirar de la carretera, empujándoles con su cachavita negra, algún cristal o alguna piedra de gran tamaño. «En detalles tan nimios como éste se conoce a las personas», pensé; y luego me entretuve meditando si alguna vez en mi vida me había guiado este instinto de caridad hacia mis semejantes. Comprendí que no y me avergoncé de ello. Cada vez que la viejecita se detuvo después a lo largo de nuestro paseo, sentí una especie de censura interior que me sobrecogía.

Al doblar una revuelta que a pocos pasos de la casa hacía la

carretera, doña Sole se detuvo, y en esta ocasión no para apartar una piedra.

—Pedro —volvió a decirme—, deseaba hablar con usted a solas; ésta es la razón de este secuestro —y rió todo lo vigorosamente que la permitían sus escasas fuerzas.

Yo reí, también, pensando si querría decir que iba a hablarme sin testigos de ninguna especie. Por tercera vez le sonreí para indicar que la escuchaba. Después de una corta pausa añadió:

—Desde luego, este mundo no se ha hecho para gozar. En esto tiene usted razón. El goce es vida de otro mundo que hay que merecer sufriendo en éste.

Caían sus palabras pausadas e ingrávidas sobre mi pecho con la misma suavidad que caen del cielo los copos de nieve. También sus palabras eran blancas como sus canas, y pensé que aquella mujer iba a regalarme con un copioso maná de experiencia.

Después de otra pausa prosiguió:

—También yo sufrí en mi vida como usted y nunca pretendí orillar este suplicio violentando la voluntad de Dios. Pensé que sus designios se cumplen cabalmente entre los humanos y que es necio tratar de apartarlos por la fuerza. Hay una verdad sobre todas que se nos impone con carácter de fatalidad: Dios. Por eso, lo que viene de Él ha de aceptarse con sumisión, porque somos sus criaturas. Hacer otra cosa supondría engañar nuestro orgullo hasta autodeificarnos.

Volvió doña Sole a detenerse en su camino y en su discurso. Tan medidas eran sus palabras que casi no mentiría al decir que más allá de sus canas veía agitarse y funcionar la perfecta máquina de su cerebro. Veía las ideas en un espantoso desorden en la zona más alta de su cabeza. Luego, estas ideas pasaban goteando, una a una, por una criba tupida a una segunda cavidad, de donde después de escogidas y seleccionadas llegaban a su boca que las expresaba.

Todo está regido por un perfecto equilibrio —continuó—. La naturaleza, las plantas, los animales, el hombre, toman y dan con una armoniosa ponderación. junto a las altas montañas ve usted siempre los valles profundos; a la frescura lozana de la primavera sucede la yerta esterilidad del invierno; al lado del capullo están siempre las espinas; las épocas de abundancia son coronadas por épocas de escasez; la guerra sigue a la paz y la paz a la guerra, formando unos estratos semejantes a los del suelo… Ésta es la ley del contraste que rige el mundo. Pero al mismo tiempo es la razón de que todo, todo, tenga su sentido en el universo.

Doña Sole hizo otra breve pausa y prosiguió:

—Pero este equilibrio, esta alternación de lo bueno y lo malo, no puede bastar para enfangarnos en el pesimismo. El pesimismo sólo nos deja ver las espinas en los rosales, la muerte en el hombre, la

carne en el amor. Alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrirnos. Todo lo malo de la vida se agiganta para el pesimista, y, además, lo bueno lo hace malo, precisamente porque de todo escoge su fachada negativa. Y aquí está el error; la contradicción con Dios; la contradicción con nosotros mismos. Cuando la vida es amarga, hay que suavizarla con la representación de un Gólgota, y cuando es dulce, mitigar sus dulzuras pensando que otros sufren por lo que nosotros no sufrimos. Siempre tendiendo al equilibrio, que es el camino de la verdad.

Tornó a callar doña Sole, y de nuevo seguí a través de su cabello aquella delicada selección de ideas que tenía lugar en su cerebro. Sus palabras afluían en mi alma con la misma suavidad que las pronunciaba. No me arañaban como las palabras de los demás hombres y gustaba de dejar por una vez que alguien me acariciase el corazón. Me parecía que al igual que el impulsivo río de montaña que caminaba a nuestra izquierda en dirección contraria a nosotros, mi ser, después de golpearse contra las rocas y discurrir en alborotada corriente, entraba en un remanso apacible de serenidad y paz.

Doña Sole, luego de tomar aliento, añadió:

—Por eso es necio atentar contra ese equilibrio preestablecido. Dios no envía nunca más de lo que el hombre puede soportar. Y el hombre no debe buscar más de lo que Dios le envía. Es terrible, créame, Pedro, un espíritu atormentado; un espíritu que se adelanta a su momento y piensa en la noche cuando es de día y se reboza de antemano en la angustia de la oscuridad. Frente al sol se ha de buscar la sombra y la luz en las tinieblas. Pero ¿por qué buscar las tinieblas en el día y en la noche?

»Yo tuve una época de un cruel martirio espiritual. Me invadieron los escrúpulos de conciencia. Me sentía responsable de cuantos desastres ocurrían a mi alrededor. Siempre, en última instancia, veta mi mano pecadora moviendo el mecanismo de los pecados ajenos. Un consejo sincero me permitió escapar de este tormento. «Obra —me dijeron— como tu conciencia te ordene y aunque involuntariamente vayas sembrando de cadáveres las cuentas del camino de tu vida, cuando llegues a Dios podrás decirle serenamente: “Señor, yo no he matado”. Y acto seguido: “Tampoco he mentido, Señor”.»

Hubo una pausa.

—Su caso, Pedro, aunque a usted le parezca lo contrario, es muy semejante. Las sombras provienen de fuente distinta, pero es del mismo género el sufrimiento. Y tampoco el suyo cuenta con el beneplácito de Dios. La vida debe vivirse serenamente. No deben previvirse las amarguras que nos impiden vivir con serenidad. Y cuando estas amarguras lleguen, soportarlas con estoicismo sabiendo

que alguien sufre más y con mayor resignación que nosotros.

»Conocí a un hombre —prosiguió— que vivía alimentando su pesimismo con desdichas que podrían acontecer. Era un enfermo como usted. “Cómo voy a estar alegre —me decía— si, sobre lo que hoy veo, vendrá lo que me oculta el mañana.” No hizo caso de recomendaciones ni consejos. “Si yo pudiera evitarlo —solía confesarme— ¿cree usted que no lo haría? Pero es que estas negruras se me imponen. No mando en ellas como no mando en los movimientos de la Tierra. Es como un cáncer cuya maldad actual sé que va a agravarse mañana.” Varios días le hablé como hoy estoy haciéndolo con usted. Le animé a desbancar el prejuicio y a enfocar la vida por su lado alegre. Según decía, no podía hacerme caso, no por falta de voluntad, sino por imposibilidad absoluta de utilizar ningún recurso. No quería ver el infeliz que esta conclusión, esta dejadez ante el posible remedio, era la primera consecuencia nefasta de su enfermedad. Si hubiera acertado a ver que el primer paso para su curación estaba en imponerse a aquella supuesta fatalidad, tal vez se hubiese salvado. Pero el mal fue en aumento. Buscó en la bebida una solución absurda. Y lo que olvidaba en los efectos supremos de la embriaguez se recrudecía después en el lánguido decaimiento del retorno a la normalidad. Se intensificó, naturalmente, su vicio. Bebiendo quería olvidar que bebía. Se daba cuenta, no obstante, de que éste era el verdadero paso en falso de toda su existencia. Pero ya no tenía solución. Y todos aquellos presagios que le amargaran prematuramente iban realizándose uno a uno, a causa, precisamente, del remedio insensato que él tomara contra ellos cuando no eran más que una amenaza. Un hijo suyo se extravió con su ejemplo y murió violentamente en una pendencia. Falleció su mujer, martirizada, y llegó a su hogar la temida ruina. Todo aquello rebasó su capacidad de aguante y un día se mató disparándose con una pistola en la cabeza. ¿Cree usted, Pedro, que los reveses de esta vida hubieran sido tan aparatosos de haberse impuesto este hombre a su fatídica obsesión? Si este hombre hubiese luchado decididamente contra su prejuicio, su ejemplo no sería hoy un canto a la desesperación. ¿Le parece que demos la vuelta?

Doña Sole no hizo pausa entre su relato y esta pregunta, lo que me autorizó a suponer que daba por concluida su delicada misión. Dimos la vuelta como deseaba y de propósito buscó ella el lado opuesto de la carretera para purificarlo con su bastoncito de «elementos nocivos». Casi no habló nada en todo el trayecto de regreso. Me dejaba rumiar en silencio las conclusiones de su discurso. Tan sólo recuerdo que al pasar junto a la cerca de un prado vimos una yegua de pelo lustroso y brillante que amamantaba a un airoso potro de poco tiempo. Doña Sole se detuvo en su lento caminar y apuntó

cuidadosamente con su cachavita en dirección a la yegua y su vástago.

—Desengáñese, Pedro —me dijo—; ésta es la vida.

No habló más. Luego apoyó su bastón otra vez en el suelo y reanudamos pausadamente el paseo.

Confieso que sus consejos me impresionaron profundamente. Sabía de quién me hablaba al referirse a «un enfermo como usted». Fue un hermano de su marido, quien se suicidó después de perder un hijo violentamente. Lo que no supe hasta ahora fueron las causas de su determinación.

Mis ojos miraban hacia el infinito. Como siempre, proyectaba mi vida sobre un porvenir incierto. Sentía a mi lado el pausado caminar de los pies de doña Sole. Intenté adivinar dónde tomó aquella mujer su decisión de hablarme al corazón. Y vi, detrás de todo ello, la mano de Luis renunciando a la misión personal y colocando el asunto en otras manos, más competentes y más experimentadas.

Nuevamente me distrajo el rítmico golpear contra el asfalto del bastoncito de doña Sole. Se intercalaba entre el arrastrar de sus pisadas como un verso par sin asonante entre la rima melodiosa de los impares. Sí, sus andares eran lo mismo que un poema salpicado de versos libres, huérfanos y desorientados entre las parejas enamoradas de las rimas.

Arriba las nubes volvieron a tapizar el cielo. Únicamente entre dos montes se resistía semivencido un retazo azul. Le compadecí porque no tardaría en caer estrangulado. Las montañas altas se empinaban por encima de la niebla empujadas por un ansia de libertad. Ellas querían luz y aire como un tísico sediento de anchos horizontes. Y lo buscaban arriba, por encima de las miserias de unas nubes grises que galopaban con sus vientres pegados a la tierra. Respiré hondo porque me pareció que también a mí me presionaba una sensación de asfixia.

Doña Sole siguió caminando sin decir una palabra. De vez en cuando se detenía para empujar un guijarro con su bastón negro.

Cuando salvamos la última revuelta del camino y reapareció la casa, el pecho de doña Sole reventó en un suspiro. Después añadió:

—Prométame, hijo, que meditará sobre cuanto le he dicho. Nada perderá con ello, se lo aseguro —se pasó la cachava a la izquierda y me tendió su mano derecha para que la estrechara. En aquel cordial apretón de manos quedó solemnizada mi promesa.

Cuando aquella noche presentí en mi subconsciencia que iba ganándome el sueño me di cuenta de que una sensación trepidante y monótona de verso incompleto me arrullaba. Era el andar de la viejecita, roto en su rima perfecta por el seco taconazo de la negra cachava al golpear contra el suelo…

Al día siguiente tomé por la mañana el tren de Santander, clausurando definitivamente mi estancia en aquella casa. Al perderse de vista el último pañuelo agitándose en la estación me dejé caer meditabundo sobre mi asiento, pegado a la ventanilla. Reparé entonces en que la temporada pasada en casa de doña Sole había tenido para mi espíritu las calidades que pueda encerrar un baño tibio para un cuerpo cansado. Me sentía en ciertos aspectos como remozado, excitado por un instintivo afán de perfeccionarme, de ser mejor, para que ellos se convenciesen de que por encima de mi recalcitrante actitud les concedía aún una cierta influencia sobre mi persona. Medité, dubitativo, en el extraño paseo dado con doña Sole la tarde anterior. Sin duda el hecho había sido organizado por Luis, siempre en la brecha, dispuesto a no ceder cualesquiera que fuesen las dificultades. Me sonreí interiormente recordando que dos días antes me prometiera no volver a injerirse en las cuestiones que no le importaban. «Después de todo —me dije— él no ha insistido; la que ha insistido ha sido su suegra.» Y me quedé tan satisfecho pensando que Luis sabía ser fiel y leal a su palabra ....

Pronto me vi envuelto otra vez en la actividad del *Antracita*, y a la semana escasa de mi reincorporación recibí orden de mi naviero de tenerlo todo listo para zarpar a la mayor brevedad. De nuevo me hallaba encerrado en esa línea sin fin que es la vida individual de casi todos los humanos.

A los cinco días partimos hacia Providencia. Mediado el viaje el contramaestre me llamó; se asomaba por la amura de estribor:

—Observe, capitán, esas olas... esas olas son las mismas que vimos en el viaje anterior. Las he conocido por la cresta...

Y comenzó a reírse con unos aspavientos tan desorbitados como sus carcajadas.

—Lo mejor que le puede suceder a un hombre es creerse ingenioso... —me dijo Bolea al oído cuando el contramaestre se alejaba congestionado de risa.

Yo me quedé en suspenso, despistado, sin ver claro lo que en mi derredor acontecía.

Y aún le oí reír a Benito otra vez cuando descendía torpemente hacia los sollados por la escotilla de popa.

XIII

Si yo, después de la temporada pasada en casa de los Bolea, hubiese tenido la oportunidad de sondearme, tal vez hubiese apreciado que algo definitivo se había mudado en mí. Pero como desde muchos años atrás tenía el convencimiento de mi inalterabilidad, no juzgué pertinente un nuevo examen de la firmeza de mis principios fundamentales, persuadido de que proseguirían sólidos e inalterables como siempre. Sin embargo, insisto en que, de haberme sondeado entonces, me hubiese percatado de que mi resolución, no obstante ser aparentemente la misma, se hallaba minada por dentro. Mi decisión, a estas alturas de la vida —más tarde me convencí de ello—, estaba ya muy debilitada, perdida quizá su esencia íntima en aras de una apariencia resoluta, invariable y firme.

Al regresar por segunda vez a Providencia después de haber conocido a Jane, tenía yo la sensación subconsciente de que un nuevo encuentro con ella significaría el fracaso de toda mi teoría forjada a costa de muchos años de sacrificios y renunciaciones.

Yo en aquellos días gozaba engañándome a mí mismo. «Jamás volveré a verla—me decía—, ni a recordarla, ni a dejarme envolver en su suave y peligrosa nostalgia.» Pero mientras pretendía que esta norma fuese mi guía, allá, en el fondo de mi ser, me sentía estremecido de añoranzas, lleno de la nueva experiencia de que el dolor termina allá donde comienza la nostalgia.

Instintivamente deseaba encontrarla, aunque me cuidase muy bien de manifestarme libremente este deseo. Me encubría a mí mismo mis propias ansias, mis supremas aspiraciones. «Si nuevamente se cruza en mi camino —me susurraba en el secreto de mis velados afanes— será que Dios lo tiene dispuesto así, y como diría doña Sole, es arriesgado contravenir sus disposiciones.»

En este estado de ánimo arribé de nuevo a Providencia. Me sentí rejuvenecido al solo pensamiento de que ambos respirábamos el mismo aire y estábamos expuestos al vaivén de unos mismos acontecimientos. «A los dos nos roza ahora la misma onda de la vida —pensaba—. Si es verdad que en el mundo existe una impalpable comunicación de los espíritus, ella estará presintiendo a estas horas mi cercana proximidad.» Y el corazón se me aceleraba de una manera espontánea, eléctrica, casi dolorosa. En tanto me decía hipócritamente, para acallar mis ocultos y locos deseos: «Una vez más tendré que marchar sin verla, sin oírla, sin sentirla... despegándomela, apartándola, rechazándola de mí...».

La noche del tercer día de nuestra llegada asistí al concierto de una orquesta muy afamada. Acudí con el convencimiento de que las aristas de mis pensamientos se mitigarían con esta expansión. Para mí la música posee la virtud de crear ese dolor morboso, evocador, de ese género que se agradece al resucitarlo porque acaricia en vez de morder. Me gustaba pensar con música al fondo; oír la música sin escucharla, relegándola a un segundo plano, dejándola actuar únicamente como excitante y motor de los últimos posos de mis nostalgias.

El teatro estaba lleno, excesivamente caluroso, como si su recinto hubiera sido utilizado para almacenar las altas temperaturas estivales. La gente permanecía grave en sus sillones, inmóvil, arrobada, extática... Únicamente cobraban sus ojos una animación furiosa si algún próximo vecino estallaba en una tos contenida. Entonces todas las miradas en diez localidades a la redonda convergían en el desgraciado que no había tenido otro remedio que quebrar con un carraspeo o un estornudo el fragmento más delicado de alguna pieza. Fuera de esto la música actuó sobre mí como esperaba, excitando mis sueños y fantasías, removiendo el copioso caudal de mis nostalgias.

Cuando el concierto terminó aguardé pacientemente a que la sala se desalojara (no he llegado nunca a comprender qué es lo que ofrece la calle en los cinco minutos siguientes a la terminación de un espectáculo. La gente se agolpa en las puertas como si se hubiese establecido un apreciable galardón para los primeros que alcancen la salida. Muchas veces me he preguntado por qué tiene prisa todo el mundo que asiste a una representación. Y por qué esa prisa se desata precisamente en el instante de terminar la obra. Si la obra, por gusto del autor o de los intérpretes, hubiese durado diez minutos más, la gente no se hubiese enterado de que tenía prisa hasta diez minutos después del momento en que en realidad la experimentó.)

Me levanté de mi asiento cuando la concentración humana del pasillo fue cediendo en sus apreturas. Entonces vi, cinco filas detrás de la mía, una pareja más paciente que yo, que no daba la menor muestra de premura por abandonar el local. Sentí repentinamente una paralización extraña al fijarme en ella. Era Jane. No me veía, ni me miraba, abstraída al parecer en una conversación absorbente con su joven acompañante. No sé qué profunda revolución se iba operando dentro de mí. Me había quedado como insensible, como si mi cuerpo todo se hubiera detenido en una diástole del corazón. Al ponerme a su altura interrumpieron la conversación y Jane dirigió los ojos al pasillo, posándolos en mí. Se intensificó vivamente mi aturdimiento. Ella dijo «hola» con una afectada indiferencia. No sé si respondí. Mi primera reacción consciente fue la de huir rápidamente, la de perderme entre

el rebaño humano que me precedía, soslayando aquel encuentro inesperado y violento.

Creo recordar que al verme en la calle eché a correr sin una orientación determinada, doblando esquinas y recorriendo calles con una rapidez diabólica. De pronto me vi en el muelle, paralizado en su luminosa indiferencia, adormecido y quieto en su descanso nocturno. Aminoré el paso entonces y respiré profundamente. Tuve la impresión de que era la primera vez que respiraba desde que saliera del teatro. Me poseía una agitación convulsiva e incontrolable cuando me detuve al borde del agua. Reverberaban en la superficie las luces escasas de los barcos atracados. No veía a nadie a mi alrededor y sentí la tentación de sentarme, dejando a mis piernas tembleteantes oscilando en el vacío. Me senté al fin sobre el bloque de hormigón, sintiendo a mi lado la fortaleza de un férreo bolardo. Allí permanecí bastante tiempo, hasta que noté que el ritmo de mi corazón se recobraba de nuevo. Luego me incorporé dirigiéndome al *Antracita*.

Todo dormía en él menos el marinero de guardia, que me dio las buenas noches al pasar a su lado. Cuando descendía la escalera me detuve un instante, agarrado con las dos manos al andarivel. Comenzaba a entrever al fondo de mi cabeza un punto de lucidez, que iba agrandándose paulatinamente. Dos minutos después me encontraba encerrado en mi camarote, tendido sin sueño en mi estrecha litera. Forzosamente ahora tendría que volver a verla. Era ésta la idea que iba cobrando cuerpo en mi interior. No podía renunciar a verla otra vez, a hablarla y a disculparme. ¿Qué tenía esto de particular? Luego volveríamos a dejar en suspenso nuestro trato, lo mismo que lo hiciéramos seis meses antes. ¿Existía algún motivo para privarme de esta inocente expansión? ¿Por qué iba a acomodarme a verla con otros hombres y renunciar yo por completo a su anhelada compañía? Esto era necio, absurdo e injustificado. ¿Por qué no podía yo decantar mi amor hasta dejarlo en una limpia y sincera amistad?

Si yo me hubiese examinado interiormente con sinceridad, tal vez me hubiese sorprendido al reparar en la falsedad de estas reflexiones. Pero me interesaba más obligarme a creer que poseía todavía los suficientes arrestos de voluntad para detener mi corazón en el momento que me conviniese. El proceso de la traición requiere un movimiento paulatino para parecer menos traición.

A la mañana siguiente llamé a Jane por teléfono y nos pusimos de acuerdo para encontrarnos ante la entrada principal del parque.

La vi llegar con el mismo gesto alegre de nuestra primera cita. Nada parecía haber variado, ni por fuera ni por dentro. Cuando un tanto atropelladamente inicié minutos después mi discurso de disculpa, Jane me dejó perplejo al asegurarme que ella no se había dado por ofendida nunca. Ante la estatua de Roger Williams nos

detuvimos.

—No querrás decirme que Roger Williams era baptista, ¿verdad?

Rió ella como en los mejores días.

—¿Por qué no si lo era?

—Prefiero que me hables de ti.

Y habló de ella y me inquirió a mí, y así escapó aquella mañana en la brevedad intangible de un soplo. Por la tarde volvimos a vernos. Estuvimos en un cinematógrafo. Jane a la salida me dijo:

—No me ha gustado la película.

—¿Por qué?

—Termina mal.

—¿Y eso qué importa?

—Ya hay bastantes cosas en la vida que terminan mal. Prefiero que las historias que se inventen nos den siempre un respiro.

A la mañana siguiente Jane y yo estuvimos de nuevo en el acantilado. El mar de otoño era más bronco y ruidoso que el de la primavera. Jane miraba intensamente la mar encrespada.

—El mar se impone en otoño.

—Es más gris.

Y más frío... y más implacable. Cuando rompe contra las rocas toma calidades de turbios presentimientos.

Me estremecí. Luego de una pausa intenté tranquilizarla:

—El mar empieza a acostumbrarse a sentirse dominado.

—Pero de vez en cuando nos humilla con alguno de sus mortales coletazos...

Sacudí la cabeza.

—Me estremece hablar veladamente de la muerte.

—¿La temes?

—Cuando apaga la vida de los que quiero.

—¿Es ése tu secreto?

—Mi peso, tal vez...

Me miró largamente a los ojos y alzó su mano apoyándola en mi hombro. Instintivamente incliné la cabeza y la besé en su suave dorso.

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella sin moverse.

—¿Qué sé yo? En la vida hay momentos que escapan a todo control.

Por la tarde de aquel mismo día volvimos a encontrarnos. Paseamos por el parque y estuvimos remando en uno de sus lagos bajo la acariciadora media luz del crepúsculo. Después cenamos juntos en un ruidoso restaurante y nos despedimos hasta el día siguiente.

Al encontrarme solo sentí la tranquilidad de haber compartido con la persona a quien amaba el secreto de mi vida. Esta entrega de mi idea fundamental significaba que se abría ante mis ojos la

dimensión atrayente de una etapa nueva, deseable y consoladora. «Ahora todo podría ser distinto si ella me ayudase a desligarme de mi vieja obsesión, si ella se empeñase en hacerme ver la vida por su faceta color de rosa», pensaba.

Tres días más tarde retornó el calor a pesar de estar mediado ya el otoño. Jane me propuso marcharnos a Boston por la mañana y regresar en el día. Cuando me vi a su lado, sentado en el coche descubierto, recibiendo en el rostro el beso de la brisa, tuve una conciencia exacta de dónde están los rincones más acogedores de la existencia. Todo a nuestro alrededor respiraba armonía y serenidad. Desde el cielo intensamente azul hasta la tierra parda poblada de verdes matojos y de perennes arboledas, dejaba en el ánimo una impresión de plácida somnolencia.

De repente me percaté de que los antebrazos de Jane volvían a aparecer gráciles y desnudos ante mi vista como en la pasada primavera. Se apoyaban ahora inmóviles sobre el volante negro, torneados y mórbidos como un eco ponderado de la maravillosa vecina naturaleza. Me quedé mudo, suspenso en su contemplación hasta que oí su voz a mi lado:

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Pude contestarle que ella, sin alterarse, era capaz de despertar dos opiniones contradictorias en un mismo pecho; pude decirle que un impulso irreflexivo, que una irreflexión profunda... Pero respondí, en un tono que me sorprendió a mí mismo:

—Tus brazos.

Me miró de reojo.

—¿Sólo mis brazos?

—Y el movimiento de tus brazos.

Volvió un poco más la cabeza para mirarme.

—¿Lo demás?

—Todo se refleja en el movimiento de tus brazos.

Apenas volvimos a hablar en el corto trayecto hasta Boston. Al llegar aquí, Jane inició un largo capítulo de compras, inspirada por esa particular facultad femenina de creer que nada de cuanto se encuentra fuera existe donde habitualmente se reside.

Almorzamos en un restaurante español, donde aparte del rótulo apenas si hallé algo que justificase la legitimidad de la denominación. Cuando iniciamos el regreso caía ya la tarde, disolviéndose en una pálida penumbra. El automóvil avanzaba raudo a la luz cenicienta del atardecer. Habíamos levantado la capota y las sombras externas hacían más íntima nuestra vecindad.

Fue en una caprichosa parada de Jane en medio de la soledad del campo donde todo terminó por derrumbarse. Ella se había vuelto hacia mí, abiertos sus labios gordezuelos por la iniciación de una

sonrisa. Su voz cálida, sofocante, envolvió mi rostro dejando mi cabeza en blanco. Sólo percibí en esos minutos su inmediata proximidad y los golpes incesantes de mi corazón contra la caja de las costillas. Lo poco que de humano restase en mi pecho brotó incontenible en ese instante. Tomé uno de sus antebrazos y lo cubrí de besos apasionados. Ella me dejó hacer. Sólo cuando levanté de nuevo la cabeza advertí en sus ojos una expresión indecisa.

—Qué extraño hombre eres —me dijo—; ¿por qué obras con tan poca consecuencia?

Pasé mi brazo por detrás de sus hombros y la atraje hacia mí.

—Perdóname —le dije—, pero te quiero.

Cedió instantáneamente su rígida tensión y su cabeza se apoyó confiada sobre mi hombro.

—Entonces…

Sentía el suave contacto de su pelo contra mi mejilla, su anhelante respiración rimando con la mía, estrecharse nuestras almas, acomodadas al fin en un mismo plano emocional.

—Entonces, si tú quieres, nunca más volveremos a separarnos.

Se incorporó súbitamente y puso el coche en marcha.

—Lo quiero así, Pedro… Lo estaba deseando.

Oprimió la palanquita de la luz de los faros y la carretera se iluminó por delante de nosotros.

—No es justo que en adelante sigamos caminando en las tinieblas.

Aquella noche en Providencia no pensé más que en la felicidad que se avecinaba. Al entrar en el *Antracita* me encaminé directamente a mi camarote. Encima de mi mesa se hallaba la corbeta prisionera. Tomé la botella en mis manos y salí a la cubierta, descendiendo después hasta tocar el mar por el portalón de estribor. Así la botella por el cuello y la sumergí toda ella en el agua. Escaparon de su boca unas sonoras pompas de aire. Mi obsesión se iba ahogando lentamente. Sentí que estrangulaba entre mis dedos el último obstáculo que impedía mi felicidad. Tras los angustiosos gorgoteos todo volvió al silencio; al silencio translúcido, afilado, de una noche de otoño estrellada. Sólo entonces separé mis dedos y la botella tomó el camino directo del fondo del mar. Al alcanzar el último tramo de la escalera aprecié que estaba sudando como si terminase de cometer una muerte violenta. Me pasé el pañuelo por la frente e inflé mis pulmones, librados del sortilegio, de la plenitud silente de la noche…

XIV

Contra lo que había temido, los días que siguieron a mi total rendición fueron de los más tranquilos y apacibles. Mis oscuros temores, mis sombríos presentimientos, mis presagios infundados, quedaron postergados de una manera absoluta. Tanto fue así, que llegué a convencerme de que mi vida anterior había sido una simple pesadilla, remontada gracias a la providencial aparición de Jane en el decurso de mi nublada historia. Si ahora evocaba mi pasado en Ávila, la sinuosa envergadura temperamental del señor Lesmes, o la flébil y amarga experiencia de mi amistad con Alfredo, era para jactarme de haber sabido superar ese plano de renuncias y entrar en el capítulo de una nueva existencia más humana y normal.

No me torturaba en estos días la angustia de sentirme bajo el asfixiante patrocinio de la sombra alargada y negra de un ciprés. El milagro de una transformación se había obrado y yo imaginaba que lo mismo que admirase un día en el parque de una ciudad lejana había acontecido ahora en mi corazón. En aquél admiré cómo había germinado la semilla de un pino en la corteza de una palmera. Ahora se exhibía aquello como un fenómeno vegetal, como una especie de monstruo con dos cabezas o una representación del rostro bifronte de un dios Jano. Sobre el tronco del ciprés que sombreaba mi corazón Jane había depositado igualmente una distinta simiente que había arraigado y florecido bajo el celo de sus constantes cuidados.

Sentí con esto mitigarse mi temor hacia la muerte rondadora. Sabía que en el curso del tiempo «uno de los dos habría de enterrar al otro», pero no desorbitaba esta probable realidad, antes bien, la admitía como una imposición de las leyes naturales que exigen el desprendimiento, el desencadenamiento del amor antes de transitar a una nueva vida no terrena. Había logrado, en fin, situarme en el plano ecuánime de la relatividad del dolor apartándome del estéril campo del sacrificio absoluto y de su estremecedora elaboración cerebral. Mi pasión por Jane había sido como el contrapeso a mi torcida disposición, a mi equivocada historia, a lo que hasta este momento había considerado como mi credo de principios fundamentales. Me daba cuenta ahora de que es un error en la vida guiarse sólo por el cerebro; que en la vitalidad íntima, como en la externa, como en la del mundo en que nos movemos, todo debe fundarse en el criterio de la proporción y del equilibrio; que todo lo que el uso tiene de humano, lo tiene de inhumano el abuso, el exceso y la desproporción. Había llegado a topar con esa armoniosa coincidencia de la parte en el todo,

de mi yo en el mundo circundante. Rara vez me asaltaban ya las inquietantes figuraciones dibujadas por mi imaginación en la pantalla blanca de un futuro imprevisible. Y si esto me sucedía procuraba conducir esta corriente morbosa hacia una desembocadura regular y humana, estrictamente acomodaticia. «Hasta hoy he caminado a oscuras —me decía—, porque nadie me enseñó antes a ver la luz; pero ahora que la conozco no la abandonaré mientras Dios no me lo exija.» Y rememoraba los consejos de Luis, las palabras de doña Sole, la espantosa experiencia por ella relatada de la historia de su cuñado. Evocaba, en una palabra, cuanto en aquellas circunstancias podía ayudarme a pensar que había obrado bien y a olvidar cuanto de traición a mis más sólidos principios significaba mi conducta actual.

En realidad era la esperanza de una próxima y definitiva unión con Jane la que ocupaba casi constantemente mi actividad cerebral en estos días. Apenas si me daba tiempo para otra cosa. Habíamos fijado nuestra boda para una semana después a partir del viaje a Boston, y los días se sucedían con una rapidez vertiginosa. Gozaba previendo los efectos de mi decisión en todos mis conocidos. ¿Qué diría don Mateo? ¿Y doña Gregoria? ¿Y qué la pequeña Martina? ¡Qué gran alegría experimentaría la buena de doña Sole con la noticia! Iría a verla personalmente llevando a Jane colgada de mi brazo. Se emocionaría, sin duda, pensando cuánta parte había tenido ella en mi decisión. ¿Y Jane? ¡Qué placer disfrutaría Jane desentrañando, detalle a detalle, el contenido substancial de cada rincón de España! ¡Y qué satisfacción para mí poder servirle de guía en cincuenta capitales totalmente ignoradas y desconocidas...!

Luis Bolea no se asombró con la noticia. Me asombró a mí su falta de asombro. Se limitó a sonreírme, diciéndome, con una sonrisa, que esperaba «esto» desde hacía varios meses. Imagino que por el *Antracita* correría también la noticia como un calambre. Empero nadie me dijo nada, a excepción del contramaestre, que aprovechó la coyuntura para intercalar uno de sus rústicos remiendos filosóficos: «Capitán —me dijo—, con lo de usted me reafirmo en mi idea de que únicamente se casan los hombres que han tratado sólo con una mujer».

Yo me reía de todo y con todos. Nada me lastimaba. Me sentía despertar, amanecer a una vida risueña y extensa.

Con Jane viví intensamente las jornadas precursoras de nuestra boda. Casi no podía creer que en el breve plazo de siete días estaríamos vinculados el uno al otro indisolublemente. La indisolubilidad, que para algunos representa la única sombra de su dicha, significaba para mí la más sólida garantía. Pensar que por encima de sacrificios y desvelos, de venturas y desventuras, saldría siempre reforzado nuestro amor, me conmovía profundamente,

inundando mi alma, fértil ahora, de un poroso sentimiento de ternura. En ocasiones, Jane me decía, nublada su frente por una sombra de escepticismo:

—Me parece mentira todo lo que está pasando y lo que está por venir.

Yo siempre le respondía lo mismo:

—¿Qué más vamos a pedir? Las cosas que parecen mentira, o son fabulosamente lisonjeras o terriblemente desgraciadas. Una boda siempre debe ser de las primeras...

Así fue aproximándose el día señalado. La víspera recibí un cable de mi naviero conminándome a activar mi regreso. Aquello nos enfrió un tanto. El padre de Jane era partidario de demorar la ceremonia hasta el siguiente viaje del *Antracita* a Providencia. Alegaba que puesto que en este viaje de regreso Jane no podría de ninguna manera acompañarme a España, lo aplazásemos todo para tres meses después. Pero nosotros no estábamos dispuestos a renunciar tan pronto a la serie de proyectos que últimamente habíamos forjado, aunque Jane no pudiera encaminarse a España conmigo, y aunque para nuestra definitiva reunión hubiésemos de esperar aún el próximo viaje del *Antracita* a Providencia. Decidimos, pues, ante todo, casarnos, y que luego viniesen las cosas al ritmo que quisieran.

Fuera de esto, la víspera de nuestra boda fue un día más, tranquilo y sin nervios, exento de revuelos, de carreras y de gritos, Jane hacía su matrimonio sin barullos ni histerismos. Serenamente. Agitado de impaciencia sólo el corazón.

Aquella noche, antes de cenar, Jane me dijo:

—¿Tienes interés por algún sitio determinado?

—¿Para?

—Nuestro viaje...

—Prefiero la tranquilidad.

Sonrió pausadamente:

—Entonces coincidimos...

—Siempre me han disgustado los viajes contra nervios.

—Y a mí; ¿no te importaría ir a una granja en la falda de los Apalaches?

Oprimí su mano con violencia. Jane se puso en pie, y así cogidos salimos al jardín. La noche estaba quieta y serena. Del otro lado del seto ascendía el rumor del mar. A lo lejos el cielo comunicaba el reflejo de las luces de la ciudad.

—Me gusta asomarme al jardín las noches que preceden a un día extraordinario.

—¿Para pensar?

—Sí.

—¿Y han sido muchas?

—Siempre que cumplí un año más… y algunas otras veces.

—¿Qué pensabas?

Tardó un rato en responderme. Luego dijo:

—Hoy estoy pensando una cosa extraordinaria —hizo una pausa—. ¿Sabes lo que dijo Zoroastro sobre el matrimonio?

—No.

Se aproximó más a mí y me miró a los ojos.

—Dijo: «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo», ¿te gusta?

—Sí…

—¿Sabes que querría grabarlo a los dos en nuestros corazones? Apoyó repentinamente su cabeza sobre mi hombro.

—Eso no es posible —murmuré.

Se enderezó de improviso.

—¿Y por qué no en nuestros aros?, poder llevarlo con nosotros toda una vida; ¿sabes lo que eso significa?

No me dio tiempo a contestar. Me tomó impulsivamente de la mano arrastrándome dentro de la casa.

Aquella misma noche nuestras alianzas lucían por dentro la inscripción de Zoroastro: «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo». Y a la mañana siguiente Jane y yo entrábamos juntos por ese puente…

XV

Salimos de Providencia la misma mañana de nuestra boda. Era un día templado y tibio y el sol acariciaba desde lo alto sin molestar, con una suavidad infrecuente.

Cuando tomamos la carretera hacia Boston me pareció que inopinadamente rompía con mi pasado cargado de oscuridades, que se abría un mundo desconocido para mí, desconectado y roto el nudo de continuidad que lo unía con el resto de mi vida. Me invadió una impresión de confortabilidad agradable al sentir despeinarse mis cabellos por las rachas de aire que se cruzaban en el interior del coche abierto. La tibia vecindad de mi mujer me daba la percepción de un mundo ignorado, lanzado de súbito sobre mí con toda su cohorte de sensaciones ínsitas y humanas. Entraba en el terreno de la racionabilidad, y los neumáticos, al rodar presurosos sobre el asfalto, me ayudaban a abrir cada vez más la distancia que me separaba del ayer.

Inflé los pulmones con fruición. Las hierbecillas de los lados de la carretera alternaban su inclinación en consonancia con la dirección del aire cambiante. A lo lejos, a nuestra izquierda, se erguían, casi invisibles, las primeras estribaciones de los Apalaches. Todo, en armonioso conjunto, cantaba a Dios un himno de plenitud.

Mi esposa pareció despertar de pronto.

—¡Ya está todo hecho! —dijo.

Yo le sonreí. Después quedé con una mano en el volante y rodeé con mi brazo derecho sus fuertes hombros. Ella se inclinó sobre mí y me brindó una sonrisa.

Pasó una hora. Abandonamos la carretera general y enfilamos la cinta rojiza de un camino de arcilla a nuestra izquierda. Se empinaba allí la carretera de manera increíble y el coche jadeó y apuró sus reservas antes de cambiarle la velocidad. Después sintió el nervio del espolazo y se lanzó cuesta arriba con la energía del esfuerzo *in extremis*.

La Naturaleza alteró entonces su decoración. Los arbustos y matojos se cerraban espesos y hoscos a los lados del camino. El tono de la maleza era verde grisáceo, semejante al color del mar en los días de tempestad. Olía fuerte a tomillo y los pájaros, más libres y salvajes que en ningún otro lugar del mundo, levantaban el vuelo lejano con sus agudos pitidos de sorpresa.

En lo alto de un repecho detuve el automóvil. Súbitamente me di cuenta de que era esto lo que añoraba confusamente en toda mi

vida. No era el silencio lo que afloraba, era la ausencia de humanidad; esta soledad sin ruidos monótonos de civilización... Ahora entendía las inmensas ventajas de amputar un pasado cuando supone una sombra para el porvenir. Entendía las poderosas razones de quienes me hablaron en ese sentido y me percataba, más que nada, de que el hombre, frente a la naturaleza, está más cerca que nunca de Dios.

El perfume del aire me llegaba en oleadas fugaces y cálidas; breves y cargadas de una fragancia desconocida. Volvía a inflar mis pulmones cuando Jane se incorporó a mi lado. Sus ojos brillaban cargados de una misteriosa expresión. Se volvió hacia mí sin mediar entre los dos una palabra y rozó mis hombros con las yemas de sus dedos. La plenitud del paisaje se contagiaba a sus ojos. Los vi brillar otra vez en un momento. Luego, cuando quise volver a darme cuenta de que existía, Jane separaba sus labios ardientes de los míos.

Al doblar un pronunciado recodo vi brillar a través del parabrisas la superficie verde de una pequeña meseta. Al fondo una casa campesina con sus rústicas edificaciones anejas. Era una granjita blanca rodeada de un primitivo vallado como otras varias con las que nos habíamos cruzado anteriormente. Al adentrar el coche en el vallado de la granja saltaron las aves domésticas por todas partes, aturdidas y alborotadas en espantosa confusión. Al ruido del claxon acudió una mujer indefinida e indefinible en su expresión atolondrada. Gritó al reconocer a Jane y al descender ésta del coche la estrujó conmovida contra su pecho opulento. Un hombre apareció detrás. Era un espléndido hijo del campo, atezado y corpulento, con aspecto de roble joven. Saludó a Jane y al advertir mi presencia se detuvo un tanto aturullado. Jane me presentó. Las cejas del hombre se arquearon de sorpresa. Ignoraba que Jane se hubiese casado.

—¿Y Cristián...? ¿Dónde está Cristián? —preguntó mi mujer de pronto.

Se nubló la frente del hombre como apabullado por un mal recuerdo.

—Luego te verá... si es que quiere hablar con alguien.

La voz del hombre, con su frase de duda colgada, sabía a reproche.

—Atraviesa un mal momento —aclaró—. Se nos ha hecho un «absentista». Odia al campo; le aborrece. Yo ya le he dicho: volver la espalda al campo es renegar de tu padre y de tu sangre.

Había una sombra de amargura en su voz. Hablaba con un tono semejante al que adquiría la voz de un general que tuviese que declarar ante el tribunal la traición de un hijo. Después se calmó. Pareció despejarse su tristeza con nuestra presencia y hasta sonrió cuando entramos en la casa.

Ésta era vieja y rústica, con una gran chimenea en aquella

habitación inmensa de la planta baja, donde una gran mesa de nogal en el centro, rodeada de sillas, aireaba su prestancia. Las vigas próximas a la chimenea estaban ahumadas en una de sus aristas y unas prendas de vestir de niños pequeños pendían desmayadas de unos gruesos clavos recubiertos de óxido.

La escalera para ascender al piso superior arrancaba de uno de los rincones de la habitación. Era una escalera vacilante y quejumbrosa como una vieja aquejada de achaques indefinidos. Subimos en fila india, corriendo la conversación de boca en boca, de delante atrás, y de atrás hacia delante, de la misma manera que si nos pasásemos un pelotón. La mujer hablaba poco. Pasados los momentos de la llegada inesperada de Jane volvió a encerrarse en su habitual castillo de soledad. Seguramente pensaría en su hijo, el «absentista».

Arriba, como si descubriese mi pensamiento, dijo, dirigiéndose a mí:

—No le extrañe que hablemos poco. En el campo sirven los brazos y sobran las palabras. Las palabras se quedan para los hombres de las ciudades, que son los que tienen que «arreglar» el mundo.

Recalcó la palabra «arreglar» como si en su apreciación el mundo estuviera verdaderamente roto. Existía un dejo de intención en aquella frase. Una intención velada, sutil, que surgía sin duda de su profundo escepticismo hacia las posibilidades humanas.

En nuestro cuarto nos dejaron solos. Se lo agradecí y creo que a mi esposa le pasó lo mismo. Jane me condujo ante la ventana abierta. La naturaleza entraba bajo su marco pródiga, voluptuosamente, recogiendo en su nostálgico abrazo de otoño esa multitud de cosas inertes que no entienden de estaciones. Al pie de nuestra ventana picoteaban las gallinas ya un poco repuestas de su susto; más lejos se veían hasta una docena de vacas pastando indolentes sobre la alfombra verde del césped. Un poco más allá se iniciaba la vegetación de arbustos bajos y apretados como niños unidos por el terror; detrás la arboleda fresca de la falda de la montaña, y más lejos aún, la informe primera arruga de los Apalaches, repetida luego por una sombra azulada que quería esconderse entre el infinito.

Unas palomas pasaron junto a la ventana rozando nuestros rostros. Se abatieron en la corraliza entre las gallinas, y tan súbita fue su aparición que parecían llovidas del cielo.

Pocos minutos después, despojados de las incómodas vestimentas del viaje, Jane y yo descendimos hasta el camino e iniciamos un corto paseo. La arcilla de las roderas estaba endurecida. A un lado y a otro se apretaba la vegetación superviviente del verano. No se oía el menor ruido mecánico. Estábamos centrados en un ambiente despintado del siglo, propio de edades remotas. El sol, en su cenit, parecía pedir a los campos que fuesen despidiéndose de él, que

sólo por favorecerles estaba faltando a su deber meticulosamente reglamentado por la naturaleza.

Jane se percató en estos momentos de la fugacidad de nuestra luna de miel.

—¡Qué pronto se pasan dos días! —dijo.

—Tres meses no tardan tampoco demasiado…

—Al tiempo lo miden las circunstancias, no los relojes.

Asentí. Ella insistió con acento melancólico:

—¿Y nuestra vida correrá así toda, en un constante fluctuar…?

—Procuraremos que nada ni nadie pueda volver a separarnos.

Repentinamente recordé algo que había permanecido adormecido detrás de la agitada actividad de los últimos días.

—¿Cuándo conociste a Luis Bolea?

—Al mismo tiempo que a ti.

—¿Le has tratado?

Sonrió con los ojos.

—Poco.

—¿Poco?

—¿He de decirte ya siempre la verdad?

—Sí.

Dio dos pasos más, preparando su respuesta:

—Ha sido mi aliado.

—Ya.

Me apretó el brazo con sus dos manos. Después se justificó:

—Yo necesitaba un aliado cerca de ti.

La besé en lo más alto de su cabeza.

—Lo creo.

—Entonces, ¿no lo has tomado a mal?

—Si de verdad lo necesitabas…

—Imprescindiblemente.

La tomé por los hombros y continuamos avanzando. Transcurridos unos minutos añadí:

—Ahora habremos de perdonarnos el uno al otro muchas cosas.

—¿Tienes muchos defectos?

—Los corrientes.

Volaron lejos unos cuantos grajos graznando guturalmente.

—¿Sabes la historia de los grajos? —dijo Jane evadiéndose.

—No.

—¿No sabes por quién están de luto? Sonreí.

—Lo ignoro absolutamente.

—Es un cuento muy bonito que me contaron de pequeña. Por lo visto el grajo padre murió en el Arca de Noé cuando la madre estaba empollando los huevos. Todos sus hijos fueron póstumos.

—Pobres.

—Es una lástima, ¿verdad?

—Sí, pero ha pasado ya tanto tiempo que éstos podían ir pensando en ponerse de alivio.

Dimos la vuelta. Los grajos describían un semicírculo a nuestra derecha. Poco después se posaron a la entrada del monte.

En la granja habían dispuesto ya nuestra comida sobre un velador colocado debajo de un magnolio gigantesco. Al aproximarnos volaron de sus ramas dos vistosas oropéndolas. Un niño, con la cara tiznada, nos miró malhumorado, mostrándonos su tiragomas inútil ya en aquella ocasión. Era el tercer hijo del matrimonio. Junto a él un rapazuelo de apenas dos años le brindaba nuevas presuntas víctimas con su lengua de trapo y sus torpes ademanes. Era el más pequeño de los hermanos. Jane le tomó en sus brazos.

—¿Dónde está Cristián?

El arrapiezo murmuró algo ininteligible y forcejeó por zafarse de aquellos brazos, con los ojos puestos en el tirador de su hermano.

—E… e… o… te —dijo.

—¿En el monte?

—Sí…

Jane le dio libertad. Corrió a reunirse con su hermano y a insistirle tercamente sobre la dirección que había de tomar si deseaba cobrar algo.

Al atardecer conocí a Cristián. Sólo con verle se adivinaba que su adecuado soporte físico no era el campo. Ceñudo, arisco, cerrado, nos costó Dios y ayuda hacerle despegar los labios. Cuando lo conseguimos no hubiéramos podido seleccionar de entre su limitado vocabulario una sola palabra amable.

—Qué fácil es a los que no lo soportan, animar a los demás a poblar el campo.

Me era difícil desde mi postura argumentarle con fundamento y vigor convincente.

—En el campo es donde se ha refugiado lo único de verdad que aún queda en el mundo.

—Prefiero la ciudad.

—Allí todo es ficticio.

—No importa.

—¿No importa?

—No.

Rechazó el cigarrillo que le tendía, con acre indignación.

—Ustedes no saben lo que es el campo. Por eso le cantan. Pero si hubiesen probado cuánta es su ingratitud pensarían como yo.

—Todo es poco, hijo, si así se consigue conservar la cabeza equilibrada.

—Si una cosa se hace a la fuerza, adiós el equilibrio de la

cabeza.

—En eso puede que tengas razón.

—En todo. Además, ¿para qué?

—Para qué ¿qué?

—A qué tanto trabajar. ¿Por los demás? ¿Qué hacen los demás por mí?

Encendí un cigarrillo para disimular mi ligera turbación. Me humillaba que los que consideraba inferiores a mí se condoliesen en mi presencia de su precaria situación. Me sentía yo un poco culpable de las desdichas que lamentaban.

—Todos tenemos que hacer por todos.

—Pero cuando hay detrás una compensación. Y yo, ¿qué compensación tengo? Subir a las fiestas del pueblo dos veces por año. ¿Y qué? Tener que andar tres leguas para echar tres bailes. ¿Es esto una compensación?

Desde la chimenea, que habían encendido, sus padres le miraban atemorizados; el niño pequeño se había quedado dormido contra el regazo de su madre. El otro meditaba con la cabeza entre las manos seguramente en el conato de cacería del día siguiente.

Aún insistí. Me daba la impresión que de no decir yo la última palabra parecía que me doblegaba ante aquel joven rebelde, que el «absentista» se salía con la suya en su pugilato con el hombre de la ciudad.

—¿Y no es una compensación ver crecer lo nuestro, verlo progresar, ver que va perfeccionándose todo día a día y hora a hora...?

Cristián hizo un gesto de impaciencia:

—¿Para qué?, dígame, ¿para qué? Qué me importa a mí levantarme un día a las cinco de la mañana pensando que he doblado las propiedades que empecé a trabajar treinta años atrás. Dígame, ¿de qué me habrá valido doblarlas?

Bajé la voz como avergonzándome de antemano por lo que iba a decir:

—De satisfacción... Al menos de una íntima satisfacción.

Soltó una carcajada tan potente y dolorosa que pensé que las vigas del techo habían acusado la impacción.

—Estoy harto de satisfacciones íntimas. ¿Se conforman todos con satisfacciones íntimas? No, ¿verdad? ¿Por qué había de conformarme yo? Todos queremos satisfacciones de otra clase. Más materiales si ustedes quieren, pero de esas satisfacciones que se ven y se tocan.

Se había puesto de pie. Su padre le contemplaba desde un rincón. Las llamas arrancaban de su tez arrugada y oscura brillos de cuero elaborado. Inopinadamente se colocó de un salto al lado de su hijo.

—¡Cállate ya, Cristián! Tú irás a la ciudad. Esperarás a que tu hermano tenga dos años más y entonces te marcharás…

Cedió la tensión del hijo ante el tono tajante del padre. ¿No había conseguido al fin y al cabo lo que anhelaba? Cristián bajó la cabeza.

—Hasta mañana, padre.

Comenzó a subir las escaleras. Todo quedó en silencio, un silencio donde todavía vibraban las ondas de las últimas palabras. La madre cogió al pequeño entre sus brazos y se despidió. Tenía los ojos brillantes por la proximidad del fuego. Cuando su figura se perdió en lo alto de la escalera comencé a notar que mi corazón se aceleraba.

—Vámonos nosotros también —murmuré al oído de Jane, que había permanecido silenciosa a lo largo de la escena.

Ascendimos los dos. Al cerrar la puerta de nuestro cuarto sentí bullir la sangre ardiente debajo de la piel de mi cuerpo, como si mi vida toda se hubiera concentrado de repente en el latido de aquel momento.

—Cristián es un disconforme —dije por decir algo, y maté la luz.

Jane no contestó. Por la ventana abierta entraba el soplo fresco de aquella noche de otoño. Parpadeaban en el cielo las estrellas y las montañas recortadas sobre el firmamento parecían monstruos dormidos.

Como Jane temía, aquellos dos días transcurrieron demasiado pronto. En la mañana del tercero dispusimos rápidamente nuestras cosas e iniciamos el regreso a Providencia. La vida de aquellas cuarenta y ocho horas había sido tan concentrada, tan apretada de íntimas sensaciones, que el cortar nuestro contacto con la granja se me hacía más doloroso de lo que había pensado. Jamás imaginé que una cosa pudiera en cuarenta y ocho horas arraigarse tanto en el corazón de un hombre. Se me antojaban años las horas transcurridas allí; años felices por el recuerdo múltiple de que iba impregnado; un soplo con arreglo a la más estricta cronología. De todas maneras el tiempo señalado había pasado ya y ahora nos enfrentábamos con una larga y sombría perspectiva, conforme la opinión de Jane de que el tiempo no estaba en los relojes, sino en las circunstancias.

Jane, a mi lado, arropadas las piernas en una ligera manta de viaje, no hablaba. Seguramente prolongaba nuestra breve luna de miel en su fácil imaginación. ¿Qué pensaría? Tal vez en nuestra primera comida debajo del brillante magnolio; o en la larga tertulia de la noche anterior frente a la lumbre crepitante; o en Cristián, el «absentista». O ¿por qué no en el fatigoso paseo de la tarde última,

hasta la cumbre de un alto picacho? ¿No dijo ella, al ver el mundo desde allí que «la tierra, como los buenos cuadros, es conveniente verla de lejos»? Sí, seguramente su imaginación estaría en estos momentos posada en el elevado y abrupto picacho de la tarde antes. Volvería ahora a despeñar sus ojos por la ladera impresionante para ir fijando en su retina todos los obstáculos, todos los accidentes, por cuyo lado pasáramos en el ascenso y que ahora, oteados desde la inmensa atalaya, se convertirían en ridículos y mezquinos.

El coche devoraba kilómetros inmune a la nostalgia. Los árboles, a los dos lados de la carretera, me daban la impresión de que íbamos caminando tras los barrotes de una jaula. Pronto asomaron por delante las primeras casas de Providencia, las crestas de los edificios más altos destacando sobre la construcción uniforme de la ciudad.

Apenas nos detuvimos en casa de Jane. Ella me rogó esperase un instante mientras me preparaba una sorpresa. A poco se presentó con un magnifico retrato al óleo, suyo, que no había visto hasta entonces.

Me lo tendió jubilosa:

—Toma; yo me quedo, pero él se irá contigo. Te acompañará mucho durante nuestra separación. ¡Mira...!

With everlasting love... Al pie del cuadro decía *with everlasting love*. Nos abrazamos. Entonces reparé que la voz *everlasting* encerraba un vago sentido de eternidad. Veía el cuadro por encima de mi esposa, estrechamente abrazada, y mis ojos, como si no hubiera otra cosa dentro de los límites de su campo visual, se detenían absortos en la mágica palabra: *everlasting*. Era una palabra demasiado inmensa para localizar un sentimiento de este mundo. Y yo deseaba, más que nada, que ni el sentimiento de Jane ni el mío salvasen, separados, la frontera eterna. «No empieces con tus estúpidas rarezas», me dije, y me estreché más contra Jane, como si quisiera fundirnos en uno. Entonces se borró de mi vista todo objeto externo y sólo sentí a nuestras almas palpitar al unísono.

Jane me llevó hasta el muelle. Un remolcador se acercaba ya al *Antracita*. Dos obreros portuarios me hicieron señas de que salvara rápidamente la plancha. Jane se lanzó impulsivamente a mis brazos.

Vuelve muy pronto —susurró.

La besé en silencio. Luego eché a correr hacia la cubierta del *Antracita* con el cuadro debajo del brazo. Conservo un claro recuerdo de la actitud de Jane en el muelle durante la larga desatracada del *Antracita*. Su mano no dejó de decirme adiós en ningún momento. Pensé que, ¿cuándo un ser tan despreciable y ruin como yo había producido en la historia del mundo una conmoción semejante en una criatura tan bella? Me consideré único en la historia de todos los tiempos. Excepcionalmente afortunado, desde luego... Más tarde,

rebasada la ostial, ante el mar inmenso, sentí en mi dedo anular la presión del matrimonio; presión del apotegma del viejo Zoroastro. Y supuse que esta sensación debería de ser muy semejante a la experimentada por un caballo salvaje al ser arreado por primera vez.

XVI

Lo mismo que Jane pensase de la tierra y los buenos cuadros empecé yo a pensar por esta época de los actos de los hombres. Es decir, que para verlos en toda su dimensión, ramificados en sus consecuencias, era preciso observarlos desde lejos, cuanto más mejor. Yo, sólo cuando volví a encontrarme en España, sujeto a la rueda rutinaria de siempre, me di cuenta del brusco cambio que en un momento se había operado en la estructura de mi vida. Aprecié simultáneamente que las grandes revoluciones de la humanidad o en el interior de los hombres, acaecen en un instante, aunque luego sus bifurcaciones y efectos se extendieran a veces a lo largo de los años o de los siglos.

A ratos tenía una noción diáfana de la traición consumada. Comprendía que era ésta la única vez que mi yo se había movido a impulsos y en el fondo me regodeaba de la mala pasada que le había jugado mi corazón a mi cerebro. Tampoco trataba nunca de justificarme mi matrimonio. Aceptaba la realidad consumada. La vida así era corta pero fecunda; desligado era monótona y terriblemente prolongada. ¿No había, pues, ganado algo?

Con frecuencia mi cabeza intentaba remover las antiguas ideas que me atormentaban; presentarme, para que los razonara, los posibles efectos de mi impremeditada acción. Yo la desoía. Prefería mantenerme en el plano vital elegido y aunque frecuentemente notase en mi dedo anular la presión de Zoroastro, siempre terminaba por comulgar con él en aquello de que «el matrimonio es un puente que conduce al Cielo». En estas pasajeras meditaciones llegué a una radical resolución: mirar la vida hacia delante, sin dejarme influir por perniciosas reflexiones sobre el pasado.

Me convencí también en estos días de que el espíritu sólo está en paz cuando el cuerpo está cansado. Quizá por ello y por moverme azuzado por una inefable esperanza, mi cuerpo no halló reposo en aquellos tres largos meses. Mi primera idea apenas verme en España, fue la de visitar a doña Sole para comunicarle de palabra la buena nueva. No obstante, no pude hacerlo. Doña Sole había marchado a invernar a Sevilla buscando un clima más benigno para capear la crudeza del invierno. Hube, pues, de conformarme con escribirle una larga carta, agradeciéndole la influencia que pudiese haber tenido en la alteración de mi vieja norma. Seguidamente entré de lleno a trabajarme el asunto de mi destino. No quería en lo sucesivo más mar ni nuevas fluctuaciones. Ahora el ideal de mí vida se condensaba en

arremansar el tiempo en un hogar tranquilo donde, paso a paso, pudiera ir amontonando recuerdos familiares que luego rumiaría y digeriría en mi senectud. Me asustó la extraña facilidad con que se solucionó todo. Mi naviero, después de felicitarme, encontró mi deseo perfectamente natural y me prometió, aparte de autorizarme a traer a Jane conmigo en el próximo viaje, un puesto envidiable en las oficinas de Santander.

Con relativa frecuencia recibía cartas de Jane. Ella me escribía todos los días, pero su correspondencia llegaba en montoncitos de diez o doce cartas que yo seleccionaba minuciosamente por orden de fechas antes de empezar a leerlas. Sus misivas suponían para mi impaciente soledad un gran consuelo. En el primer legajo de cartas que recibí me hablaba de la terrible sensación que se siente al ver despegar un barco de los muelles llevándose dentro una persona que amamos. «Es —me decía— como si el remolcador tuviese sujetas las estachas al corazón del que queda y lo fuese arrancando de su sitio poco a poco.» A continuación me hablaba de sus esperanzas y proyectos; de cómo había construido un calendario con veinticuatro cuadritos blancos en cada día y del placer confortante que suponía el tachar cada mañana las nueve horas de sueño. «Es un calendario —me explicaba—, que llevo siempre conmigo y donde quiera me sorprendan las campanadas de un reloj lo saco para tachar uno de los cuadritos blancos. Es un placer tan simple y reconfortador que te lo recomiendo con toda el alma. De esta manera casi ves pasar el tiempo; y un tiempo que sería odioso normalmente, se transforma así en una cosa simpática porque te permite ir disfrutando paso a paso del camino que conduce a nuestra reunión definitiva.»

Me animaba en todas sus cartas a que tuviera paciencia «en estos pocos días que aún restaban». Insistía mucho en ello como si no confiase demasiado en mí. Sin duda recordaba mi extraño comportamiento del día de nuestra despedida en el merendero, en aquel tiempo en que mi cabeza era transparente como el cristal. «Al tiempo lo que le cuesta es empezar a andar —decía—, pero una vez hecho esto corre con la ligereza de las liebres.»

Y no le faltaba razón a Jane. Lo más costoso fueron las dos primeras semanas. Transcurridas éstas, pensé: «Otras cinco etapas iguales y todo estará vencido».

Y los días comenzaron a desfilar acelerados ante mis ojos atónitos.

Una vez estabilizado mi destino mi primordial preocupación fue buscar una casa donde Jane y yo pudiéramos reposar nuestras vidas. Jane me hablaba de ello en todas sus cartas. Me insistía en que lo hiciese pronto y le facilitase detalles sobre nuestro hogar. Con este motivo visité varios pisos desalquilados en la ciudad, sin que ninguno

fuese de mi agrado. Tenla la idea de que el amor para subsistir no precisa sólo de dos corazones afines, sino de un medio adecuado para desenvolverse. Encontraba las casas de la ciudad excesivamente sombrías y tristes, con gran abundancia de espacio pero con escasa luz. Y yo deseaba una casa donde la Naturaleza asomase constantemente su presencia, donde no estuviéramos separados de ella más que por una transparente barrera de cristales.

Al fin, después de una prolongada búsqueda, encontré lo que quería en las afueras de la ciudad. Me chocó la minuciosa adecuación de la realidad de mi deseo. La casa estaba situada en un altozano verde, orientada la fachada norte hacia el mar y la del sur hacia la montaña. No era grande, aunque las habitaciones eran bastante espaciosas. Constaba de un piso y la planta baja, y en derredor un pequeño jardín protegido por una corta verja de hierro con una puerta de barrotes también frente a la fachada principal. Cuando abrí esta puerta por primera vez y escuché su quejido lastimero pensé que muy pronto su voz herrumbrosa me sería familiar e imprescindible para mantener el tono de mi vida. Una vez examinada la casa cerré el trato rápidamente, temeroso de que aún pudiese alguien adelantárseme.

Desde allí, apoyado en la repisa de la chimenea, escribí una larga carta a Jane dándole cuenta de mi hallazgo, detallándole punto por punto la orientación, cabida y disposición de las habitaciones. Seguidamente le explicaba la forma y las dimensiones del jardín, la situación de los pocos árboles y arbustos que en él brotaban, confiándole además la esperanza de que en primavera, con un poco de cuidado por nuestra parte, se poblasen los verdes macizos de una profusión de flores detonantes y aromáticas.

En adelante gustaba de ir a pasar las tardes a mi casita deshabitada. Allí leía las cartas de Jane y allí también solía contestarlas. Poco a poco iba llenando la casa de muebles y detalles. Tenía en cuenta para ello los buenos consejos de la mujer de Luis, quien estimaba los muebles antiguos compensadores desde el punto de vista económico y del rendimiento. Así un día me presentaba con una butaca de curvas valientes forrada de terciopelo; otro con dos pequeños veladores restaurados para los dos lados del sofá que había colocado frente a la chimenea; otro después con una mesa de grueso tablero de nogal para mi despacho, y así sucesivamente hasta que aquello fue adquiriendo un sentido de confortabilidad acogedor y progresivo. Un día, hojeando una revista de muebles americanos, se me ocurrió copiar un costurero para Jane. Una vez terminado comenzaron a roerme las dudas de si aquello no estaría en contraposición con las más elementales reglas del buen gusto. Consulté con la mujer de Luis, quien aseguró que había tenido un verdadero acierto en la elección.

—La verdad es que estoy desorientado en estas cosas —le dije —; cuando pienso en algo siempre lo imagino mejor de lo que luego resulta.

—Hace usted bien en preocuparse; a veces la felicidad pende del detalle más insignificante.

En lo sucesivo me esmeré más aún en el amueblamiento del hogar. A menudo me invadían dudas en lo atañedero a la colocación de los muebles. «Tal vez sea este sillón junto a esa mesa el que pueda truncar nuestra dicha —reflexionaba—; coloquémoslo al lado de aquella lámpara de pie.» Y de nuevo ponía la casa patas arriba porque la alteración de lugar del sillón implicaba un cambio completo del mobiliario.

Con todo, la casa fue naciendo a la habitabilidad paso a paso. Y una tarde, después de recorrerla detalladamente, me dije, con un secreto fondo de alegría: «Esto está completo. Ya sólo faltan los inquilinos». Y experimenté un pausado placer indefinible.

Por estas fechas recibí la felicitación de la familia Lesmes con un delicado obsequio. Pero debajo de sus líneas, de aparente cordialidad, se traslucía un sedimento de dolorosas reticencias. El señor Lesmes añadía a su felicitación unas líneas que en principio no entendí, y de las que sólo con el transcurso del tiempo pude extraer su equivalencia en el lenguaje vulgar: «El hombre ideal —afirmaba— sería aquel que comenzase a vivir después de haber asimilado la experiencia de todas las generaciones que le han precedido en el tiempo.»

Me enviaba una frágil estatuilla que representaba una mujer china con una especie de albardas sobre el hombro, en las que descansaban dos chinitos de pocos meses. Este obsequio, junto al de la familia de Luis y los de quienes estaban relacionados conmigo por razones profesionales, fueron los únicos que recibí por motivos de mi matrimonio. Una noche, sentado frente a la chimenea encendida de mi casa, reflexioné sobre esto: «Verdaderamente —me dije—, es increíble que un hombre pueda alcanzar la edad media de la vida sin más contactos que éstos...»; y los contactos allí estaban, alineados encima de la chimenea: la estatuilla de porcelana, una tabaquera, otra tabaquera, un juego de escritorio y dos pesados candelabros...

En ellos quedaba encerrada toda mi vida externa, los únicos roces que había tornado mi ser al abrirse calle por medio de una humanidad concentrada y densa.

Un día, semana y media antes de salir para Providencia, me entregaron seis cartas de Jane. Como ya era hábito en mí, esperé a la tarde para leerlas tranquilamente al amor de la chimenea de mi casa. Salí del *Antracita* dos horas después de comer. La tarde estaba lluviosa y desapacible. Quizá por ello y por el bulto cuya sensación percibía sobre el pecho, caminase hacia la casita más acelerado que de

costumbre. Cuando chirrió la puerta de hierro al abrirla, su chirrido me sonó ya a bienvenida retozona y cordial. Eché de menos al perro. «Sí, tras la puerta de la verja, corriendo por el jardín, tendremos un perro que nos salude con brincos y gruñidos de satisfacción cada vez que nos vea llegar. Como Fany hacía en casa de don Mateo.» Me quedé un momento pensativo. «¿Como Fany? Bueno, no tendremos perro», murmuré entre dientes y entré en la casa.

Feli, una vieja criada que provisionalmente había tomado, me encendía el fuego todas las tardes. Ahora, cuando entré, la oí manejar los troncos y prolongar los resoplidos con ánimo de prender la húmeda leña. No advirtió mi entrada en la habitación y allí la sorprendí en cuclillas, la mejilla derecha pegada al fondo del hogar y administrando sabiamente el aire de sus pulmones por debajo de las ascuas mortecinas. Contemplé el salón desde la entrada. «La vida desde aquí tiene otra forma —me dije—; también va a resultar que la vida, como todo, es cuestión de ángulos de enfoque.» Me sonreí satisfecho interiormente. Justo en este momento un soplo acertado y rastrero de la Feli reavivó el fuego, haciendo brotar una brillante llamarada. La Feli levantó la cara y se puso de pie torpemente. Me vio:

—Buenas tardes, señor.

Crepitaba la leña en la chimenea con un chisporroteo jubiloso. La habitación se mantenía en la penumbra y el resplandor de las llamas desplazaba sobre los tabiques sombras alargadas y vacilantes. Salió la Feli hacia la cocina dejándome solo. Me acerqué a uno de los ventanales. Las gotas de lluvia resbalaban por los cristales, dejando tras sí una estela húmeda y brillante. Veía en la lejanía un blanco caserío colgado del cielo por un penacho de humo negro y retorcido que salía por su chimenea. Las montañas al fondo quedaban recortadas por un cielo gris, pesado y plomizo. Saboreé íntimamente la atmósfera tibia y recoleta de mi nuevo hogar. Inmediatamente corrí los cortinones y di la luz de la lámpara sobre el sofá de la chimenea. Extraje el fajo de cartas de mi bolsillo con una excitación extraña y me senté. Ordené las seis cartas cronológicamente por las mataduras del sello, acerqué mis pies húmedos al fuego y abrí la primera...

Sonaba en el jardín el chapoteo monótono de la lluvia... Bailaba delante de mis ojos la caligrafía de Jane y no sé por qué la descifraba despacio y con cuidado, como cuando caminamos en la oscuridad temiendo tropezar. «Lo primero que quiero anunciarte hoy es que pronto tendremos un hijo...» Me invadió una sensación tan ofuscante que tuve que releer la frase para captar su sentido. Después noté la rara impresión de que me estiraban, de que mi volumen físico se prolongaba en el tiempo hasta inmortalizarse. ¡Un hijo! ¡Un ser que era como una consecuencia mía! Y al instante se me aclaró la frase del señor Lesmes que añadía como una tonta coletilla a su fría felicitación:

«El hombre ideal sería aquel que comenzase a vivir después de haber asimilado la experiencia de todas las generaciones que le han precedido en el tiempo». Lo que en buenas palabras equivalía a decirme «que era de necios tropezar en la misma piedra en que vimos tropezar a otros». Pero ¿por qué había que juzgar esto como un tropezón? Yo ya no veía la vida de color gris, yo estaba recuperado. ¿No me había enderezado yo? Pues más fácil me resultaría no dejar de torcer un ser que se inicia desde un estado neutro. La dicha de Jane, concentrada en sus renglones espontáneos y nerviosos, terminó por disipar de mi cabeza el peso de una mala nube. «El niño tendría que ser parecido a mí y con el tiempo tan semejantes el uno al otro como dos gotas de agua...»

Al terminar de leer sus cartas me estiré en el diván, descansando la cabeza en uno de sus brazos. Oía caer la lluvia incesante sobre el jardín, entreverados sus leves chasquidos por el rumor crepitante del fuego en la chimenea. Aprecié que soportaba mejor la nueva emoción en esta postura voluptuosa, con ese difuso rumor por fondo. Encendí un pitillo. Por encima de mí veía la bombilla incandescente y el aro inferior de la pantalla delimitando el círculo luminoso. «La vida es bella a veces —pensaba—. Este haz de luz nos cobijará a los tres algún día. La lluvia, fuera, machacará insistentemente los campos y nosotros nos congregaremos alrededor de la lámpara. Jane hará punto, esa labor de punto que las mujeres nunca terminan, y yo leeré en alta voz desde esta misma postura. A sus pies, sobre la alfombra, jugará el niño. Ella, de vez en vez, nos acariciará a los dos la frente alternativamente. Y fuera seguirá sonando la lluvia, golpeando en los cristales con sus dedos, delgadísimos y transparentes. Desde luego, la vida a veces sabe ser bella...»

Ignoro cuánto tiempo permanecí abismado en estas reflexiones. Como en sueños oí a la Feli despedirse y cerrar la puerta de la calle. A poco sonó el gemido herrumbroso de la puerta del jardín. Me sentí apaciblemente solo y sin ganas de moverme. Más tarde, bastante más tarde, me asaltó súbitamente la conciencia de que llevaba muchas horas sumido en un abismo subconsciente y cerrado. Me incorporé con pereza, estirando mis miembros. «Por esa puerta —me dije al ver frente a mí una de las salidas del salón— entrará Jane anunciándome que podremos cenar cuando yo quiera. El niño a estas horas ya estará dormido, tal vez en este rincón, detrás del sofá. Jane me hablará con un dedo cruzando sus labios por temor a despertarlo. Y la Feli quizá le llamará "angelito"...» Me puse el impermeable y abrí la puerta de la calle. Después volví sobre mis pasos, contemplé el salón iluminado, y apagué todas las luces.

El marco de la puerta de la calle se destacaba en la oscuridad a pesar de lo sombrío de la noche. «Y por esta puerta entrará algún día

el niño como un torbellino a la vuelta de la escuela. Y entrará Jane también, cargada de paquetes, al regresar de sus compras y… algún día, tal vez próximo, saldremos también llevados a hombros, encerrados en un cajón y con los pies por delante.» Sacudí frenéticamente la cabeza. ¿Por qué siempre este remate lúgubre a mis reflexiones? Eché la llave y descendí los dos escalones que me separaban del jardín. La lluvia se concentró airada sobre mi impermeable seco. ¿Cómo podía restar aún en la tierra algo sin empapar? Recorrí un trozo de camino despoblado y oscuro, metiendo los pies en todos los charcos, como si los eligiera. Olía a tierra empapada. Al fin alcancé las primeras casas. Brillaban las calles charoladas, reverberando la luz mortecina de los faroles. Sonó muy penetrante, a lo lejos, el silbido de un tren. El último tranvía había circulado ya hacía más de una hora. Anduve de prisa, automáticamente, hacia el puerto. Mis pisadas retumbaban en el húmedo silencio de la noche. Cuando las acomodé a un determinado compás me pareció que me repetían con un tono extraño y zumbón: «Vas a tener un hijo… Vas a tener un hijo… Vas a tener un hijo…».

XVII

Llegó al fin el día de la partida hacia Providencia. El día, aunque frío, estaba despejado y el sol brillaba sobre la superficie azul del cielo. La desatracada se me hizo lenta y premiosa, enervado mi espíritu por la aguda excitación de mis nervios. Recordé la impaciencia de Luis, no hacia todavía un año, al abandonar Providencia: «Me gustaría por esta vez poder llegar a España de un salto... La familia va tirando y uno, sin darse cuenta, va haciéndose viejo. No se puede remediar».

En esta ocasión me acontecía una cosa semejante. Deseaba también el salto como más rápido medio de transporte, como único medio eficaz de trasladarnos a los brazos amados en la brevedad de un instante. Por asociación de ideas recordé a doña Sole avanzando carretera adelante apoyada en su cachavita negra. Y ahora abarcaba con clarividencia su exacto sentido del ritmo vital. El mundo era un equilibrio, una sucesión alternativa de montañas y valles, donde la tierra apelmazada para engendrar un monte serviría en su caso para rellenar la oquedad del valle contiguo y dejar la superficie de la Tierra lisa, sin el menor obstáculo. «Igualmente —pensaba—, el abismo de soledad de esos tres meses transcurridos será rellenado a su tiempo por el resto de la vida en compañía de Jane.» Todo en el mundo es proporción, compensación y equilibrio. Hasta en los delitos y las penas se percibe esta correspondencia de proporción, compensación y equilibrio. «Después de todo ésta es la última razón del universo. Dios lo ha hecho así y Dios sabe de todo más que todos los hombres reunidos.»

Cuando salimos a alta mar comencé a gustar la longitud de la estela del *Antracita*. «Cuanto más larga sea más próximo estaré de mi destino.» Y aquilataba con un placer voluptuoso cada metro de aproximación, cada minuto de nuestro avance.

En sus últimas cartas Jane me decía que me diese prisa, que con un poco de suerte aún podríamos pasar las Navidades en Providencia los dos juntos. Y yo me adelantaba a esta posible realidad. Me veía con ella recorriendo las calles nevadas, abrumados de paquetes y deteniéndonos aún ante algún escaparate forrado de golosinas. Todo el mundo era bueno en Navidad. Si los hombres fuesen siempre como en Navidad el mundo sería distinto. No tendría necesidad de arreglo porque no estaría roto como ahora, como siempre, como creía la madre de Cristián el «absentista». En Navidad los presentes recordaban a los ausentes y los vivos a los muertos. Excelente

remedio. ¿No sería entonces que el mundo es frívolo fuera de la Navidad sólo por imprevisión y acorchamiento de la memoria?

Mientras pensaba, el *Antracita* continuaba acercándose a Providencia. Y así un día y otro y otro. Una noche me sorprendió el contramaestre tosiendo a mi lado. Me encontró tan ensimismado que sus palabras me dejaron un poco confuso:

—¿Qué, sintiendo la primera preocupación del hijo?

Todos a bordo sabían la noticia. No había tenido voluntad para ocultarla. ¿No era por cierto una especie de prodigio, algo que rompía la órbita de las cosas naturales?

No respondí al contramaestre, pero tampoco pareció importarle.

Soltó una risotada y añadió:

—No olvide lo que le digo, el primer hijo embaraza tanto al padre como a la madre.

Reí su tosca sentencia, la agudeza de su filosofía primitiva. Callé empero, porque sabía que la conversación con Benito se reducía, con brevísimas injerencias de la otra parte, a un mareante y reiterativo monólogo.

—Haga caso de mi experiencia...

Le miré con un gesto de burla. ¿De dónde extraía este hombre la experiencia?

Él continuó como si leyese mi pensamiento:

—Usted no ignora que hay dos clases de experiencia: la ajena y la personal. Lo bueno es cuando el hombre sabe sacar partido de la experiencia ajena; porque si aguardamos a sacarlo de la propia entonces ya es un poco tarde.

Me sonaron sus palabras muy parecidas a la coletilla de don Mateo. Y me extrañó. ¿Qué puntos coincidentes podían existir en los espíritus de dos temperamentos tan opuestos? ¿Qué fibra allá, en la región oculta de los sentimientos, vibraba igual en el uno que en el otro? ¿Y qué hacía vibrar esta fibra en cada uno? Porque, sin duda, los móviles de acción en el señor Lesmes y Benito eran absolutamente diferentes. «Quizá —me dije— exista en todos los hombres un fondo idéntico, pero que reacciona a los acicates externos de distinta manera.»

El contramaestre siguió hablándome largo rato. Siempre alrededor de la experiencia y de los hijos, encerrado en un cada vez más estrecho círculo vicioso. «Porque mi padre decía...» « El boticario de mi pueblo...» «Conocí a una mujer...» Le escuchaba, le atendía, le soportaba porque sabía que aun así el *Antracita* seguiría caminando. Y yo necesitaba distraerme, prender la cabeza en problemas ajenos, hacer más breve el vacío paréntesis de aquella eterna travesía.

Y el *Antracita* continuaba avanzando... La tarde víspera de nuestra llegada me fue imposible dominar los nervios. Me faltaba

barco, aire y vitalidad. Me hacía el efecto de que, conforme me acercaba a Providencia, crecía la posibilidad de que Jane no fuera lo mismo que la dejé, que la estuviesen variando en su forma o en su sustancia. Hubiera deseado hacer la postrera etapa del trayecto sujeto a la popa del *Antracita,* sumergido en el mar, sintiendo por todo mi cuerpo el contacto del agua helada. No admitía conversación. Anhelaba sólo verme ante Jane, uno frente a otro, fundiéndonos en un estrecho y eterno abrazo. Todo lo demás era ambiguo y sin relieve, toscamente secundario.

Cuando me acosté aquella noche, contra lo que esperaba, quedé dormido en seguida. Soñé mucho, pero con un ritmo pausado y verosímil. Fue aquel sueño como un compendio de mi vida transcurrida. Soñé con Ávila, con el señor Lesmes, con Alfredo... Pero fue más bien un sueño evocador, una resurrección completa y vívida de todo mi pasado. Todo desfiló por mi imaginación sin violencias ni retorcimientos. Evoqué la casa de mi maestro con sus dos polos cordiales: Fany y la pecera verde con los dos pececitos rojos. Evoqué mi intensa amistad con Alfredo: nuestros días tranquilos, llenos, de aquellas primeras vacaciones de verano; Cuatro Postes... La Bruna; evoqué nuestros paseos dominicales cuando empezaba a sentir sobre mí la responsabilidad de la vida, la necesidad de ajustarla a nuestra íntima manera de ser y de sentir; evoqué nuestros arriesgados juegos en los marjales del Adaja, la atracción fascinadora de la fábrica de harinas... Todo iba desfilando suavemente por mi imaginación, puesta en blanco por el sueño. Las señoritas de Regatillo que «iban robando a la ciudad lo poco que aún le quedaba de incontaminado»... Doña Gregoria, Estefanía, Martina... La Martina de pocos años, sentada al piano a impulsos de una precoz afición. La hornacina, los muñecos de la hornacina, los cuatro guerreros: dos vencedores y dos vencidos... Luego la gran conmoción... La muerte soplando los candiles de nuestros incipientes entusiasmos. La marcha de Alfredo para no volver; el dolor de la separación; el peso póstumo de su cuerpo gravitando sobre mi aplanada existencia... Detrás la Escuela de Náutica, Barcelona con su febril actividad, la pelea con el «gallito», el *San Fulgencio,* el *Algeciras,* el *Antracita...* Martina otra vez, la Martina engañada y arrepentida y... Jane; Jane como piedra de toque de mi voluntad. Una breve lucha, un impulso... mi matrimonio. La separación; Jane aguardando impaciente mi llegada en la cortina del muelle de Providencia...

Fue al coincidir el sueño con mi actualidad cuando me desperté con un agudo sobresalto. Me incorporé en la litera. La luz entraba ya por el portillo abierto, encima de mi cabeza. Me pasé la mano por la frente. Entonces advertí que durante mi sueño no había existido el menor asomo de violencia. Me puse en pie. «Es raro —me dije—; hoy

debería estar alegre como ningún otro día de mi vida. Y sin embargo no lo estoy. ¿Por qué habré tenido un sueño tan extraño?»

Me lavé apresuradamente y ascendí a la cubierta. El día ya estaba hecho y las costas de Providencia se divisaban muy próximas. Rememoré mi sueño: «Todo es muy raro —torné a pensar—; cuando el hombre evoca con todos los detalles su pasado es que le amenaza algún cambio transcendental en su existencia».

Notaba un cosquilleo insistente por la columna vertebral. «Bah, todo son nervios.» Me calmé un poco. De repente me di cuenta de que me faltaba paciencia para contemplar cómo nos arrimábamos metro a metro a la costa. Descendí de nuevo a mi camarote e intenté distraerme con un libro. Pero mi imaginación estaba fuera de allí. «Jane seguramente estará ya esperándome en el muelle. A pesar de ser sólo las siete de la mañana... Cerré el libro y traté de evocar su silueta tal como la dejara el día de nuestra partida: grácil, esbelta, diciéndome adiós insistentemente con la mano. Ahora vendría a esperarme con un hijo bulléndole ya en las entrañas. Desvié mi vista hacia su retrato. *With everlasting love; everlasting*... Nuevamente me desagradó este vocablo cargado de inmensidad. «Prefiero las cosas más normales; esta palabra, por más que quiera evitarlo, siempre aportará a mi cabeza la idea difusa de la muerte.» Me incorporé y di unas vueltas por mi camarote, desalentado, como un preso en su celda. Pronto me cansé de esta reciente ocupación. Me dejé caer en la litera y pensé en nuestra casa, en la casa que nos aguardaba acogedora a la otra orilla del mar. «Feli, tendrá usted buen cuidado de tenerlo todo dispuesto para cuando la señora llegue.» «Lo que más y lo que menos todo está ya en orden, señor», me había respondido.

Oí inopinadamente un aullido de la sirena. Me levanté de un salto:

—¡Diablo, esto significa que ya estamos entrando en el puerto!

Abrí la puerta de mi cabina y me encaramé por la primera escotilla. Efectivamente, la proa del *Antracita* enfilaba ya la ostial del puerto de Providencia. Ascendí en un vuelo hasta el puente. Me entró por los ojos la agitada convulsión del muelle; el ir y venir de los ligeros barquitos para distancias reducidas, el alarido aturdidor de los remolcadores, la labor chirriante de las grúas ocupándose en la carga y la descarga de los buques atracados... Un poco más allá estaba nuestro hueco esperando desguarnecido el duro contacto del *Antracita*. «Por entre esta baraúnda se encontrará Jane. ¿Cómo podré localizarla?» Cada vez se acercaban más las casas de Providencia. Por la plaza que existe frente al puerto se veían cruzar los automóviles. El cielo se mantenía cubierto con un tono tan cargado que dejaba presumir la vecindad de la nieve...

De improviso divisé su automóvil atravesando la conmoción de

la plaza. Sentí una impresión tan violenta que hube de clavar las uñas en la barandilla del puente para no caer. ¿Era posible todo? Ahora sacaba Jane su mano por la ventanilla abierta y la agitaba de arriba abajo saludándome. El práctico me dijo algo en aquel momento que no entendí. Seguía los movimientos del coche con el menor detalle. En este instante se apartaba de la cadena de automóviles, entre la que venía emparedado, y se dirigía a uno de los costados del muelle. Continuaba Jane agitando su mano por fuera de la ventanilla. Me dio la impresión de que todo, por dentro y fuera de mí, se perdía en la penumbra de un plano lejano, y que sólo ella, su figura, adquiría consistencia relevante, perfiles fundamentales y macizos.

Súbitamente todo varió en un segundo. Un obrero impulsando una vagoneta cargada se interpuso en el camino que seguía Jane. Se oyó el chirrido del frenazo y se elevó en el aire una vaharada caliente de goma quemada. Coleó el automóvil y sin que nadie pudiera preverlo cayó dando tumbos sobre las sucias aguas del muelle. Aún se le vio un instante sobre la superficie, pero inmediatamente desapareció entre una serie de círculos concéntricos que iban haciéndose cada vez mayores.

Cuando extrajeron su cadáver una hora más tarde estaba nevando. Y al ver su cuerpo por última vez logré percibir sobre su rígida esbeltez la leve ondulación del hijo iniciado…

XVIII

Con los años he concluido por convencerme de que esa previsión de sucesos fatales, característica de mi vida, si no diluye el dolor, sí al menos nos prepara para soportarlo más sordamente cuando los hechos temidos llegan a realizarse. El desasimiento de Jane, como antes el de Alfredo, me produjo la impresión de que estaba reproduciendo ante mis ojos un momento ya vivido; que el flébil acaecimiento no era nuevo en el curso sinuoso de mi historia.

No recuerdo apenas nada de los primeros días que siguieron al tremendo desenlace de mi matrimonio. Era como si alguien me hubiese horadado el cráneo y por sus agujeros escapasen ahora hasta las más dignas facultades de mi alma. Llevé una existencia animal, sombría, perdida la perspectiva de dolor en la densa consistencia de la desgracia presenciada. Tan sólo guardo de aquellos primeros días la conciencia completa del chirrido vivo, angustiado, de los neumáticos sobre los adoquines de la calzada y el rotundo chapuzón del automóvil al hundirse en las turbias aguas del muelle. Además la penetrante impresión de unos círculos alucinantes, *in crescendo,* con el centro justo en el lugar por donde Jane y la promesa de un hijo habían desaparecido.

Con el tiempo mi dolor cobró perfiles vigorosos, adquirió constancia, magnitud y proporciones. Ya podía pesarlo y medirlo a mi capricho; valorar la extensión de mi desgracia en el panorama desolador de mi mezquino pasado. Se me demostraba que también el dolor precisa perspectiva para poder aquilatar debidamente sus agudas aristas. Todo, pensaba, necesitaba perspectiva en el tiempo para abarcar sus dimensiones; los actos que nos son externos y las convulsiones que sobrevienen dentro de nosotros mismos. Ahora, en lo sucesivo habría de irme resumiendo, achatando; habría de sustraer mis tentáculos sensitivos al mundo glacial que me rodeaba. Tenía que contraer de nuevo mi vida, agazaparla en los justos límites de su antiguo y frío caparazón. Mi espíritu precisaba un proceso de síntesis, semejante al del caracol que se resume en su concha.

Comencé a gustar de nuevo la angustia desoladora de sentirme impar sobre la costra de la tierra; de hallarme aislado, sin eslabones afectivos, sin un sólido y macizo punto de apoyo. Se intensificó sobre mí el convencimiento de que hasta en mi propio cuerpo se acentuaba la decadencia, de que mi descarnada existencia se remataba en círculo y la aguja del compás que señalaba su centro se me clavaba acerada en el corazón. Pensé que nada me quedaba fuera de mí, que la

discordancia del mundo con mi yo era ahora total, absoluta, sin nada ni nadie que mitigase el desamparo de mi cerrada soledad.

Una noche, en viaje ya de regreso a España, recordé a Ávila, la Ávila única, maravillosamente pálida y alada de una noche de plenilunio. La rememoré con ansias anormales, casi bestiales de poseerla, de identificarme con ella, de relajar a su amparo mi atormentado espíritu y dejarle que se impregnase de su añeja y nostálgica sustancia. Fue este deseo el único que se hizo fuerte en mí, que me poseyó con la más enérgica crudeza desde la trágica desaparición de Jane. Me convencí entonces de que también las almas precisan de un clima propicio para poder pervivir; de que era Ávila lo único que me restaba en el seno de la tierra, de que de entre sus piedras milenarias y sus nevadas almenas extraería mi decrecida vitalidad el estímulo suficiente para rehacerse.

No me incitó el suicidio en estos días. Lejos de lo que había temido, me percaté de que la adversidad aguza la fe y la esperanza en una vida ulterior que nos compense de los duros reveses sufridos en ésta. Era en esta ocasión, en esta fase mística que abrió en mi pecho la renuncia, cuando aquilaté con exactitud dentro de mí la efímera fugacidad del tránsito, la adjetividad de la vida, su tono accidental y secundario. Me embargó una clara convicción de que la vida es un disputado concurso de méritos; un lapso de prueba para ganar o perder una existencia superior. Constaté por encima de mi retorcido dolor que Dios jamás envía al hombre nada más allá de su capacidad de resistencia. Y me convencí, más que de nada, de que la facultad de desasimiento es común a todos los mortales, de que ninguno, ni el más espiritualmente desheredado, está huérfano de ella, de que yo mismo, herido y castigado, aún tenía un motivo por el que alentar pese a todos los reveses e infortunios. Pensaba que el hombre que renuncia voluntariamente a la vida es simplemente por obcecado egoísmo, por haberse constituido absurdamente en eje y razón de la propia vitalidad del universo. A mí, lentamente, me parecía que cuanto más abatido está el hombre en su equilibrio carnal, más fuerte es la necesidad que experimenta el espíritu de desligarse, de remontarse sobre la materia envilecida si estimamos a Dios como rector de este turbio desconcierto humano.

Cuando arribamos a Santander se intensificó mi dolorosa sensación de absoluto abandono y, en consecuencia, mi acuciante ansiedad por retornar a Ávila, por sentir su topografía, su consistencia física, bajo la planta de mis pies. Eran unas ansias desmesuradas, urgentes, sólo acalladas por mi decisión íntima de conectarme cuanto antes, de nuevo, con sus raíces multiseculares. Experimentaba la necesidad ineludible de palpar sus piedras, de sorber su historia, de enraizarme otra vez en su misticismo desgarrado y silencioso. En el

fondo creo que lo único que anhelaba era huir de mí mismo, amputar de mi recuerdo el último peldaño de mi historia, entroncarme a mi primer dolor como postrer reducto de mi vitalidad decadente y roma.

El mismo día de nuestra llegada a Santander tomé el tren para Ávila. El breve contacto con mi casa de Santander me dejó medio enloquecido. De cada rincón extraje la dura experiencia de que el dolor más agudo brota de las cosas sobre las que mentalmente hicimos aletear la sombra del ausente. De aquella casa centrada en plena naturaleza saqué la exasperante conclusión de que es ingrato cimentar nuestros estímulos en cosas materiales, de que el soplo de la muerte es infinitamente más funesto y doloroso cuanto más hemos coordinado la presencia del difunto con los objetos y paisajes que nos rodean. Llevaba tatuada en el alma la mirada circular, aterrorizada, de la Feli. La buena mujer no podía creer el relato entrecortado que surgía de mis labios. «Las cosas que parecen mentira, o son fabulosamente lisonjeras o terriblemente desgraciadas», había dicho yo a Jane recientemente. ¿Por qué ahora, en la inmensidad de mi zozobra, me asaltaba esta terrible verdad como una burla sangrienta?

Traqueteaba el tren entre lucecitas lejanas. Una decrépita vieja con una nietecilla de pocos años eran mis únicos compañeros de compartimiento. La niña dormitaba ahora contra el hombro de la anciana, que difícilmente conservaba energías para sostenerse sola. «He aquí otra burla de la vida —me dije—; la lozanía cimentada en la decrepitud; la pujanza apoyada en la más crítica y acusada decadencia. ¿Por qué el mundo se empeña en marchar del revés?» Otra vez la atormentadora duda: ¿O era yo quien me empeñaba en ver el mundo a través de un prisma insólito?

Dejaba atrás Santander, el *Antracita*..., los habituales resortes de mi vida. Pero ¿qué se me daba ya de todo aquello? Sentí inopinadamente con la misma claridad que si fuese real el chirrido del frenazo de Jane antes de precipitarse sobre las aguas del puerto. Instintivamente me llevé las manos a los oídos, taponándolos con todas mis fuerzas. Pero el chirrido proseguía sonando dentro, con una persistencia asfixiante. De repente observé que la vieja me miraba de reojo con curiosidad morbosa, con un asomo de temor en sus pupilas medio apagadas. La expresión de su mirada ya me era familiar. Pensaba sin duda que era un loco o, como mucho, un aventajado aprendiz de loco. Retiré las manos de mis orejas e intenté sonreírle. Se incrementó su chispa de recelo y bajó los ojos en tanto apretaba entre su mano huesuda los cinco dedos rosados de la criatura que sesteaba sobre ella. Me miré las propias manos medio inconsciente. Al volver las palmas hacia arriba examiné una vez más las cuatro pequeñas cicatrices que rompían la tersura de cada una. Cerré los puños. Ésta era la evidencia tangible de mi desdicha; la huella de un pasado

reciente y adverso. ¿Cómo pudo ser que mis propias uñas se incrustaran en la carne de mis manos hasta hacer saltar la sangre a borbotones? Nada recordaba de esto. Recordaba, en cambio, la estremecedora sensación de contemplar el cuerpo inanimado de Jane, deformado levemente por la iniciación del hijo. Y recordaba también cómo me lancé como un cuervo sobre su mano para arrebatarle aquel aro que encerraba la más dulce de las promesas. «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo.» ¿Pensó seriamente, en esto Zoroastro? ¿O habló por hablar, como hacen muchos hombres, a humo de pajas? «A veces parece ser la propia aprensión quien impele a realizarse los acontecimientos objeto de nuestros temores», pensaba.

Nuevamente el traqueteo agitado del tren, los ojos de la viejecita posados fijos en mí. El revisor dictatorial horadando nuestros billetes… ¿Y Ávila? ¿Dónde estaba Ávila que tanto tardaba en aparecer? Extraje del bolsillo de mi chaleco la alianza que durante cuatro meses circundase el dedo anular de Jane. La introduje en mi dedo meñique pero no pasó de la primera articulación. Al sentir el contacto de su superficie fría sobre la yema de mi dedo me estremecí. No era Jane quien estaba fría. Era la muerte. Tal vez también el breve apotegma del viejo Zoroastro…

Cuando me apeé en Ávila y contemplé su recogida fisonomía a la luz incierta de un amanecer de febrero, sentí una cálida humedad en los ángulos internos de mis ojos. La ciudad se había rebozado de nieve para obsequiar con sus mejores galas mi llegada. Me invadía una emoción singular al recrear mis ojos en el blanco panorama. Seguramente no era mi actitud en aquellos momentos la de un hombre normal. Me hallaba detenido en la puerta posterior del edificio de la estación y mis ojos saltaban de un punto a otro continuamente con ánimo de aprisionarlo todo en mi abrazo inicial, de aspirar íntegra toda la arcaica esencia de la ciudad de mi infancia. No sentía el frío tremendo, y sólo inconscientemente intuía que estaba solo en toda la extensión que abarcaba mi vista. Me lancé a caminar carretera adelante. A un lado y a otro de la carretera se apretaban las fondas, con sus nombres detonantes, sugerentes, en evidente contradicción con sus fachadas modestas y descuidadas. El chasquido monótono de mis pisadas ponía la única nota de vivacidad sobre la ciudad muerta. Andaba de prisa, sin buscar una meta determinada. De improviso me hallé en la plaza de la Santa, con la estatua en el centro casi cubierta por la nieve. Ante la entrada principal de la muralla me invadió una vaga congoja, un difuso conocimiento de una relación latente entre Jane y aquellas añosas piedras. Me detuve otra vez y permanecí un rato absorto sin saber en qué pensaba. Luego reanudé mi camino,

evitando la entrada en la ciudad amurallada, orientando mis pasos hacia el paseo del Rastro.

Volví a experimentar un anómalo sentimiento de placidez al desbocar mi vista por el nevado valle de Amblés. Su longitud uniforme penetraba en mi alma como una pausa acariciadora. Al fondo las crestas de la Sierra, albas, purísimas, con su proverbial enjundia de sólidas defensas. Avancé sin detenerme hacia el cauce del Adaja. A mi derecha se alzaba la maciza adustez de la muralla. Eché de menos los vencejos indecisos y gritadores de la primavera. En su lugar, las grajillas también negras enredaban su vuelo entre las almenas, con su aletear blando, reposado, un poco fúnebre, como de grandes y enlutados copos de nieve. Evoqué nuestras antiguas andanzas en aquellos mismos parajes, las ilusorias conquistas de la ciudad… Ya tenía el Adaja ante mí; un Adaja imponente, aunque adormecido bajo una muelle colcha de nieve. Los marjales del estío servían ahora de lecho a sus aguas congeladas. Pasé junto a la fábrica sin detenerme, sin mirarla casi… Al cruzar el puente me sentí vacío de espíritu. Sólo me entraban por los sentidos los detalles más nimios e insignificantes; el chasquido crujiente de mis pies al pisar la mollar blandura de la nieve; el penduleo incesante de un mohoso cartelón del otro lado del puente, suelto en uno de sus extremos y pregonando las excelencias de un establecimiento de bebidas; el ronroneo del motor de una desvencijada camioneta detenida ante una lechería, dos puertas más allá; el vuelo rápido de una bandada de gorriones buscando el amparo de alguna corraliza llena de estiércol...

Continuaba andando automáticamente, sin determinar previamente el sentido de mis pasos. Al iniciar el ascenso de la suave colina de Cuatro Postes me encontré seriamente apurado. El jadear de mi pecho resonaba acongojado en el ambiente quieto. Experimenté una íntima alegría al pensar que mi resistencia carnal se agotaba, que mi ser físico se desmoronaba ya sin remedio... Luego, ya desde la silenciosa atalaya, oteé como en tiempos la villa amurallada. Emanaba de ella un vaho inquietante de seres y cosas en reposo, de un estatismo mineral y sugerente. Las piedras se amontonaban con un sentido arquitectónico diluido y bello, dando prestancia y solidez a un fragmento de historia ya desgraciadamente fenecido. La torre de la Catedral seguía detentando su hegemonía sobre el Mosén Rubín, la mansión de los Almarza, los Polentinos... Todo uniformado, sin embargo, bajo una geometría blanca, redondeada en sus ángulos y aristas por el amortiguador de la nieve. Hasta mí ascendía el profundo clamor de las campanas de mil conventos lanzando sus ecos, dilatados y austeros, a los albores del nuevo día.

Me vino inopinadamente a la cabeza el alcance trascendental de la pequeña cruz de Cuatro Postes en el curso de mi vida. El paisaje,

contemplado desde aquí, hacía renacer en mi interior retazos truncados de mi exigente pasado. En Cuatro Postes comenzó a gestarse el ímprobo alentar de mi cerebro y ahora, vencido ya, trágicamente derrotado, buscaba nuevamente la cruz de Cuatro Postes para extraer de ella un jugo vital que avivase la morosa corriente de mi historia.

No sé cómo encadené a Jane a mis pensamientos. Y otra vez torné a adivinar una vaga relación entre su ser y la naturaleza circundante; una mutua, confortable influencia que ensartaba en una misma fibra todo el nostálgico mundo de mis recuerdos.

Ya camino del cementerio identifiqué absolutamente a Jane con Alfredo; tuve la sensación de que ambos representaban para mí una misma influencia. Se me antojaba que en mi vida me había conformado con bisar un solo número; que era uno de esos seres que nacen con una marcada predisposición, inexorable, hacia la uniformidad y cualquier alteración los desorbita y confunde.

Anduve lentamente, rumiando el poso de mis memorias. Cuando los golpes rítmicos del primer cantero hirieron mis oídos tuve un acentuado momento de estupefacción. Los doladores de hoy serían, sin duda, hijos de los antiguos, pero en su hacer conservaban en su más cabal pureza el ritmo, la entonación familiar del trepidante y monótono golpeteo. Avancé por el paseo desierto, imprimiendo sobre la nevada virgen la huella sucia de mis pasos. Conforme caminaba se incrementaba el picar de los pedreros. Sus alternativas en el golpear de las losas otorgaba al conjunto algo de una inarticulada sinfonía orquestal. «Ha de ser arduo para estos hombres —pensaba—parear su vida a las exigencias de la muerte, agotar su vigor, el empuje de sus músculos, en esta ingrata tarea.»

Inopinadamente me vi frente a la verja cerrada del camposanto. La vegetación circundante conservaba el tenso y helado agarrotamiento del invierno. No se veía a nadie a mi alrededor. Sobre la puerta de una casita contigua decía: «Conserje». Llamé con los nudillos, embargado de un opaco sentimiento de temor. Era algo monstruoso ponerse uno frente por frente del dueño de los muertos. Me lo imaginé enteco, alcoholizado, ansioso de olvidar su helada vecindad. Transcurrió bastante tiempo sin que nadie respondiera a mi llamada. Al fin escuché una voz que iba haciéndose perceptible a medida que la puerta, después de un ruidoso correr de cerrojos, iba abriéndose sin prisas.

—¿Qué desea usted?

No era un tono demasiado áspero el de la voz teniendo en cuenta el aspecto somnoliento de mi interlocutora. Respeté su indiscreto y repentino bostezo con una pausa que ella empleó, además, en restregarse concienzudamente los ojos con el dorso de sus manos.

—Quería entrar en el cementerio...

Alargué mi mano hacia la suya en una ingenua tentativa de soborno.

—No hace falta... —aulló dolorida y digna retirando su mano—; dentro de media hora abriremos para todos.

No pude insistir, porque la puerta se cerró de golpe ante mí. Paseé entonces bajo las ramas desguarnecidas de las acacias de la entrada; de aquellas acacias que un día lejano, cuando mi dolor era sólo un presentimiento, sirvieron de testigos a los anhelos lúgubres de Alfredo... De improviso vi salir de la casa a la mujer somnolienta y abrir la verja sin dirigirme la palabra. La adiviné impregnada de compasión, movida por un impulso instintivo de afecto hacia un semejante a quien urgía la presencia de los muertos. Al atravesar la verja le di las gracias con una inclinación de cabeza. Respondió con un respingo que quería ser de extrema dignidad. Imaginé que era una de esas personas para quienes es una manera como otra cualquiera de enfrentarse con la vida la del gesto adusto y el tono desabrido, por más que su pecho encerrase un afectuoso corazón.

Cuando me contemplé desfilando entre dos hileras de muertos sentí abalanzarse sobre mí una oleada de infinita paz; me hizo el efecto de que dejaba en la puerta una insoportable carga de sinsabores y pesadumbres. «Mi sitio está aquí —me dije—; entre los vivos y mis muertos, actuando de intercesor.» Sentí agitarse mi sangre al aproximarme a la tumba de Alfredo. La lápida estaba borrada por la nieve, pero nuestros nombres —Alfredo y Pedro— fosforescían sobre la costra oscura del pino. Me abalancé sobre él y palpé su cuerpo con mis dos manos, anhelando captar el estremecimiento de su savia. Así permanecí un rato, absorto, renovando en mi mente los primeros años de mi vida, el latente sabor de mi primera amistad. Luego, casi inconscientemente, extraje de un bolsillo el aro de Jane circundado, por la inscripción de Zoroastro y me aproximé a la tumba de mi amigo. Por un resquicio de la losa introduje el anillo y lo dejé caer. Experimenté una extraña reacción al sentir el tintineo del anillo al chocar contra los restos del fondo. Ahora ya estaban eslabonados, atados, mis afectos; las dos corrientes que vitalizaran mi espíritu habían alcanzado su punto de confluencia.

Cuando una hora más tarde abandonaba el cementerio me invadió una sensación desusada de relajada placidez. Se me hacía que ya había encontrado la razón suprema de mi pervivencia en el mundo. Ya no me encontraba solo. Detrás dejaba a buen recaudo mis afectos. Por delante se abría un día transparente, fúlgido, y la muralla de Ávila se recortaba, dentada y sobria, sobre el azul del firmamento. No sé por qué pensé en aquel instante en la madre de Alfredo y en «el hombre». Y fue casualmente en el momento en que tropecé con un obstáculo

oculto por la nieve. Al mirar hacia el suelo comprobé que a la nieve la hace barro el contacto del pie…

Me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún me quedaba Dios.

El camino

1950

I

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él afectaba...

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el Bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de este progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Leía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía aplicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de Bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después, los estudios superiores, en la Universidad, de otros tantos años, por lo menos. ¿Podría existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de los que ahora contaba Daniel? Seguramente, en la ciudad se pierde mucho el tiempo —pensaba el Mochuelo— y, a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un rendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas.

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desagradablemente. Que él recordase, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en qué pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades. Tres meses encerrado en un colegio. A Daniel, el Mochuelo, le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que

su amigo Roque, el Moñigo, le dijese que un hombre bien hombre no debe llorar ni ante la muerte del padre. Y el Moñigo tampoco era cualquier cosa, aunque contase dos años más que él y aún no hubiera empezado el Bachillerato. Ni lo empezaría nunca, tampoco. Paco, el herrero, no aspiraba a que su hijo progresase; se conformaba con que fuera herrero como él y tuviese suficiente habilidad para someter el hierro a su capricho. ¡Ése sí que era un oficio bonito! Y para ser herrero no hacía falta estudiar catorce años, ni trece, ni doce, ni diez, ni nueve, ni ninguno. Y se podía ser un hombre membrudo y gigantesco, como lo era el padre del Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, no se cansaba nunca de ver a Paco, el herrero, dominando el hierro en la fragua. Le embelesaban aquellos antebrazos gruesos como troncos de árboles, cubiertos de un vello espeso y rojizo, erizados de músculos y de nervios. Seguramente Paco, el herrero, levantaría la cómoda de su habitación con uno solo de sus imponentes brazos y sin resentirse. Y de su tórax, ¿qué? Con frecuencia el herrero trabajaba en camiseta y su pecho hercúleo subía y bajaba, al respirar, como si fuera el de un elefante herido. Esto era un hombre. Y no Ramón, el hijo del boticario, emperejilado y tieso y pálido como una muchacha mórbida y presumida. Si esto era progreso, él, decididamente, no quería progresar. Por su parte, se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huerto de la trasera de su casa. No pedía más. Los días laborables fabricaría quesos, como su padre, y los domingos se entretendría con la escopeta, o se iría al río a pescar truchas o a echar una partida al corro de bolos.

La idea de la marcha desazonaba a Daniel, el Mochuelo. Por la grieta del suelo se filtraba la luz de la planta baja y el haz luminoso se posaba en el techo con una fijeza obsesiva. Habrían de pasar tres meses sin ver aquel hilo fosforescente y sin oír los movimientos quedos de su madre en las faenas domésticas; o los gruñidos ásperos y secos de su padre, siempre malhumorado; o sin respirar aquella atmósfera densa, que se adentraba ahora por la ventana abierta, hecha de aromas de heno recién segado y de resecas boñigas. ¡Dios mío, qué largos eran tres meses!

Pudo haberse rebelado contra la idea de la marcha, pero ahora era ya tarde. Su madre lloriqueaba unas horas antes al hacer, junto a él, el inventario de sus ropas.

—Mira, Danielín, hijo, éstas son las sábanas tuyas. Van marcadas con tus iniciales. Y éstas tus camisetas. Y éstos tus calzoncillos. Y tus calcetines. Todo va marcado con tus letras. En el colegio seréis muchos chicos y de otro modo es posible que se extraviaran.

Daniel, el Mochuelo, notaba en la garganta un volumen inusitado, como si se tratara de un cuerpo extraño. Su madre se pasó el envés de

la mano por la punta de la nariz remangada y sorbió una moquita. "El momento debe de ser muy especial cuando la madre hace eso que otras veces me prohíbe hacer a mí", pensó el Mochuelo. Y sintió unos sinceros y apremiantes deseos de llorar.

La madre prosiguió:

—Cuídate y cuida la ropa, hijo. Bien sabes lo que a tu padre le ha costado todo esto. Somos pobres. Pero tu padre quiere que seas algo en la vida. No quiere que trabajes y padezcas como él. Tú —le miró un momento como enajenada— puedes ser algo grande, algo muy grande en la vida, Danielín; tu padre y yo hemos querido que por nosotros no quede.

Volvió a sorber la moquita y quedó en silencio. El Mochuelo se repitió: "Algo muy grande en la vida, Danielín", y movió convulsivamente la cabeza. No acertaba a comprender cómo podría llegar a ser algo muy grande en la vida. Y se esforzaba, tesoneramente, en comprenderlo. Para él, algo muy grande era Paco, el herrero, con su tórax inabarcable, con sus espaldas macizas y su pelo híspido y rojo; con su aspecto salvaje y duro de dios primitivo. Y algo grande era también su padre, que tres veranos atrás abatió un milano de dos metros de envergadura... Pero su madre no se refería a esta clase de grandeza cuando le hablaba. Quizá su madre deseaba una grandeza al estilo de la de don Moisés, el maestro, o tal vez como la de don Ramón, el boticario, a quien hacía unos meses habían hecho alcalde. Seguramente a algo de esto aspiraban sus padres para él. Mas, a Daniel, el Mochuelo, no le fascinaban estas grandezas. En todo caso, prefería no ser grande, ni progresar.

Dio vuelta en el lecho y se colocó boca abajo, tratando de amortiguar la sensación de ansiedad que desde hacía un rato le mordía en el estómago. Así se hallaba mejor; dominaba, en cierto modo, su desazón. De todas formas, boca arriba o boca abajo, resultaba inevitable que a las nueve de la mañana tomase el rápido para la ciudad. Y adiós todo, entonces. Si es caso... Pero ya era tarde. Hacía muchos años que su padre acariciaba aquel proyecto y él no podía arriesgarse a destruirlo todo en un momento, de un caprichoso papirotazo. Lo que su padre no logró haber sido, quería ahora serlo en él. Cuestión de capricho. Los mayores tenían, a veces, caprichos más tozudos y absurdos que los de los niños. Ocurría que a Daniel, el Mochuelo, le había agradado, meses atrás, la idea de cambiar de vida. Y sin embargo, ahora, esta idea le atormentaba.

Hacía casi seis años que conoció las aspiraciones de su padre respecto a él. Don José, el cura, que era un gran santo, decía, a menudo, que era un pecado sorprender las conversaciones de los demás. No obstante, Daniel, el Mochuelo, escuchaba con frecuencia las conversaciones de sus padres en la planta baja, durante la noche,

cuando él se acostaba. Por la grieta del entarimado divisaba el hogar, la mesa de pino, las banquetas, el entremijo y todos los útiles de la quesería. Daniel, el mochuelo, agazapado contra el suelo, espiaba las conversaciones desde allí. Era en él una costumbre. Con el murmullo de las conversaciones, ascendía del piso bajo el agrio olor de la cuajada y las esterillas sucias. Le placía aquel olor a leche fermentada, punzante y casi humano.

Su padre se recostaba en el entremijo aquella noche, mientras su madre recogía los restos de la cena. Hacía ya casi seis años que Daniel, el Mochuelo, sorprendiera esta escena, pero estaba tan sólidamente vinculada a su vida que la recordaba ahora con todos los pormenores.

—No, el chico será otra cosa. No lo dudes —decía su padre—. No pasará la vida amarrado a este banco como un esclavo. Bueno, como un esclavo y como yo.

Y, al decir esto, soltó una palabrota y golpeó en el entremijo con el puño crispado. Aparentaba estar enfadado con alguien, aunque Daniel, el Mochuelo, no acertaba a discernir con quién. Entonces Daniel no sabía que los hombres se enfurecen a veces con la vida y contra un orden de cosas que consideran irritante y desigual. A Daniel, el Mochuelo, le gustaba ver airado a su padre porque sus ojos echaban chiribitas y los músculos del rostro se le endurecían y, entonces, detentaba una cierta similitud con Paco, el herrero.

—Pero no podemos separarnos de él —dijo la madre—.Es nuestro único hijo. Si siquiera tuviéramos una niña. Pero mi vientre está seco, tú lo sabes. No podremos tener una hija ya. Don Ricardo dijo, la última vez, que he quedado estéril después del aborto.

Su padre juró otra vez, entre dientes. Luego, sin moverse de su postura, añadió:

—Déjalo; eso ya no tiene remedio. No escarbes en las cosas que ya no tienen remedio.

La madre gimoteó, mientras recogía en un bote oxidado las migas de pan abandonadas encima de la mesa. Aún insistió débilmente:

—A lo mejor el chico no vale para estudiar. Todo esto es prematuro. Y un chico en la ciudad es muy costoso. Eso puede hacerlo Ramón, el boticario, o el señor juez. Nosotros no podemos hacerlo. No tenemos dinero.

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quédalo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbre desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las

bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre, con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

II

Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Pensó en Roque, el Moñigo. Quizá si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo "eso". Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perrerías. También las Guindillas le decían a menudo que por juntarse al Moñigo ya era lo mismo que él, un golfo y un zascandil.

Daniel, el Mochuelo, siempre salía en defensa de Roque, el Moñigo. La gente del pueblo no le comprendía o no quería comprenderle. Que Roque supiera mucho de "eso" no significaba que fuera un golfo y un zascandil. El que fuese fuerte como un toro y como su padre, el herrero, no quería decir que fuera un malvado. El que su padre, el herrero, tuviese siempre junto a la fragua una bota de vino y la levantase de cuando en cuando no equivalía a ser un borracho empedernido, ni podía afirmarse, en buena ley, que Roque, el Moñigo, fuese un golfante como su padre, porque ya se sabía que de tal palo tal astilla. Todo esto constituía una sarta de infamias, y Daniel, el Mochuelo, lo sabía de sobra porque conocía como nadie al Moñigo y a su padre.

De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa. Ni tampoco tenía la culpa nadie de la falta de capacidad educadora de su hermana Sara, demasiado brusca y rectilínea para ser mujer.

La Sara llevó el peso de la casa desde la muerte de su madre. Tenía el pelo rojo e híspido y era corpulenta y maciza como el padre y el hermano. A veces, Daniel, el Mochuelo, imaginaba que el fin de la madre de Roque, el Moñigo, sobrevino por no tener aquélla el pelo rojo. El pelo rojo podía ser, en efecto, un motivo de longevidad o, por lo menos, una especie de amuleto protector. Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso. Daniel, el Mochuelo, la había conocido corriendo tras de su hermano escalera abajo, desmelenada y torva, gritando desaforadamente:

—¡Animal, más que animal, que ya antes de nacer eras un animal!

Luego le oyó repetir este estribillo centenares y hasta millares de

veces; pero a Roque, el Moñigo, le traía aquello sin cuidado. Seguramente lo que más exacerbó y agrió el carácter de la Sara fue el rotundo fracaso de su sistema educativo. Desde muy niño, el Moñigo fue refractario al Coco, al Hombre del Saco y al Tío Camuñas. Sin duda fue su solidez física la que le inspiró este olímpico desprecio hacia todo lo que no fueran hombres reales, con huesos, músculos y sangre bajo la piel. Lo cierto es que cuando la Sara amenazaba a su hermano, diciéndole: "Que viene el Coco, Roque, no hagas tal cosa", el Moñigo sonreía maliciosamente, como desafiándole: "Hale, que venga, le aguardo". Entonces el Moñigo apenas tenía tres años y aún no hablaba nada. A la Sara la llevaban los demonios al constatar el choque inútil de su amenaza con la indiferencia burlona del pequeñuelo.

Poco a poco, el Moñigo fue creciendo y su hermana Sara apeló a otros procedimientos. Solía encerrar a Roque en el pajar si cometía una travesura, y luego le leía, desde fuera, lentamente y con voz sombría y cavernosa, las recomendaciones del alma.

Daniel, el Mochuelo, aún recordaba una de las primeras visitas a casa de su amigo. La puerta de la calle estaba entreabierta y, en el interior, no se veía a nadie, ni se oía nada, como si la casa estuviera deshabitada. La escalera que conducía al piso alto se alzaba incitante ante él, pero él la miró, tocó el pasamano, pero no se atrevió a subir. Conocía ya a la Sara de referencias y aquel increíble silencio le inspiraba un vago temor. Se entretuvo un rato atrapando una lagartija que intentaba escabullirse por entre las losas del zaguán. De improviso oyó una retahíla de furiosos improperios, en lo alto, seguidos de un estruendoso portazo. Se decidió a llamar, un poco cohibido:

—¡Moñigo! ¡Moñigo!

Al instante se derramó sobre él un diluvio de frases agresivas. Daniel se encogió sobre sí mismo.

—¿Quién es el bruto que llama así? ¡Aquí no hay ningún Moñigo! Todos en esta casa llevamos nombre de santo. ¡Hale, largo!

Daniel, el Mochuelo, nunca supo por qué en aquella ocasión se quedó, a pesar de todo, clavado al suelo como si fuera una estatua. El caso es que se quedó tieso y mudo, casi sin respirar. Entonces oyó hablar arriba a la Sara y prestó atención. Por el hueco de la escalera se desgranaban sus frases engoladas como una lluvia lúgubre y sombría:

—Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima a su fin...

Y, detrás, sonaba la voz del Moñigo, opaca y sorda, como si partiera de lo hondo de un pozo:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

De nuevo las inflexiones de Sara, cada vez más huecas y extremosas:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la

inminente muerte, fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas…

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Se iba adueñando de Daniel, el Mochuelo, un pavor helado e impalpable. Aquella tétrica letanía le hacía cosquillas en la médula de los huesos. Sin embargo, no se movió del sitio. Le acuciaba una difusa e impersonal curiosidad.

—Cuando perdido el uso de los sentidos —continuaba, monótona, la Sara— el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte…

Otra vez la voz amodorrada y sorda y tranquila del Moñigo, desde el pajar:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Al concluir Sara su correctivo verbal, se hizo impaciente la voz de Roque:

—¿Has terminado?

—Sí —dijo Sara.

—Hale, abre.

La interrogación siguiente de la Sara envolvía un despecho mal reprimido:

—¿Escarmentaste?

—¡No!

—Entonces no abro.

—Abre o echo la puerta abajo. El castigo ya se terminó.

Y Sara le abrió a su pesar. El Moñigo le dijo al pasar a su lado:

—Me metiste menos miedo que otros días, Sara.

La hermana perdía los estribos, furiosa:

—¡Calla, cerdo! Un día… un día te voy a partir los hocicos o yo no sé lo que te voy a hacer.

—Eso no; no me toques, Sara. Aún no ha nacido quien me ponga la mano encima, ya lo sabes —dijo el Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, esperó oír el estampido del sopapo, pero la Sara debió pensarlo mejor y el estampido previsto no se produjo. Oyó Daniel, en cambio, las pisadas firmes de su amigo al descenderlos peldaños, y acuciado por un pudoroso instinto de discreción, salió por la puerta entornada y le esperó en la calle. Ya a su lado, el Moñigo dijo:

—¿Oíste a la Sara?

Daniel, el Mochuelo, no se atrevió a mentir:

—La oí —dijo.

—Te habrás fijado que es una maldita pamplinera.

—A mí me metió miedo, la verdad —confesó, aturdido, el Mochuelo.

—¡Bah!, no hagas caso. Todo eso de los ojos vidriados y los pies que no se mueven son pamplinas. Mi padre dice que cuando la diñas no te

enteras de nada.

Movió el Mochuelo, dubitativo, la cabeza.

—¿Cómo lo sabe tu padre? —dijo.

A Roque, el Moñigo, no se le había ocurrido pensaren eso. Vaciló un momento, pero en seguida aclaró:

—¡Qué sé yo! Se lo diría mi madre al morirse. Yo no me puedo acordar de eso.

Desde aquel día, Daniel, el Mochuelo, situó mentalmente al Moñigo en un altar de admiración. El Moñigo no era listo, pero, ¡ahí era nada mantenérselas tiesas con los mayores! Roque, a ratos, parecía un hombre por su aplomo y gravedad. No admitía imposiciones ni tampoco una justicia cambiante y caprichosa. Una justicia doméstica, se sobreentiende. Por su parte, la hermana le respetaba. La voluntad del Moñigo no era un cero a la izquierda como la suya; valía por la voluntad de un hombre; se la tenía en cuenta en su casa y en la calle. El Moñigo poseía personalidad.

Y, a medida que transcurría el tiempo, fue aumentando la admiración de Daniel por el Moñigo. Éste se peleaba con frecuencia con los rapaces del valle y siempre salía victorioso y sin un rasguño. Una tarde, en una romería, Daniel vio al Moñigo apalear hasta hartarse al que tocaba el tamboril. Cuando se sació de golpearle le metió el tambor por la cabeza como si fuera un sombrero. La gente se reía mucho. El músico era un hombre ya de casi veinte años y el Moñigo sólo tenía once. Para entonces, el Mochuelo había comprendido que Roque era un buen árbol donde arrimarse y se hicieron inseparables, por más que la amistad del Moñigo le forzaba, a veces, a extremar su osadía e implicaba algún que otro regletazo de don Moisés, el maestro. Pero, en compensación, el Moñigo le había servido en más de una ocasión de escudo y para golpes.

A pesar de todo esto, la madre de Daniel, don José el cura, don Moisés el maestro, la Guindilla mayor y las Lepóridas, no tenían motivos para afirmar que Roque, el Moñigo, fuese un golfante y un zascandil. Si el Moñigo entablaba pelea era siempre por una causa justa o porque procuraba la consecución de algún fin utilitario y práctico. Jamás lo hizo a humo de pajas o por el placer de golpear.

Y otro tanto ocurría con su padre, el herrero. Paco, el herrero, trabajaba como el que más y ganaba bastante dinero. Claro que para la Guindilla mayor y las Lepóridas no existían más que dos extremos en el pueblo: los que ganaban poco dinero y de éstos decían que eran unos vagos y unos holgazanes, y los que ganaban mucho dinero, de los cuales afirmaban que si trabajaban era sólo para gastarse el dinero en vino. Las Lepóridas y la Guindilla mayor exigían un punto de equilibrio muy raro y difícil de conseguir. Pero la verdad es que Paco, el herrero, bebía por necesidad. Daniel, el Mochuelo, lo sabía de

fundamento, porque conocía a Paco mejor que nadie. Y si no bebía, la fragua no carburaba. Paco, el herrero, lo decía muchas veces: "Tampoco los autos andan sin gasolina". Y se echaba un trago al coleto. Después del trago trabajaba con mayor ahínco y tesón. Esto, pues, a fin de cuentas, redundaba en beneficio del pueblo. Mas el pueblo no se lo agradecía y lo llamaba sinvergüenza y borracho. Menos mal que el herrero tenía correa, como su hijo, y aquellos insultos no le lastimaban. Daniel, el Mochuelo, pensaba que el día que Paco, el herrero, se irritase no quedaría en el pueblo piedra sobre piedra; lo arrasaría todo como un ciclón.

No era tampoco cosa de echar en cara al herrero el que piropease a las mozas que cruzaban ante la fragua y las invitase a sentarse un rato con él a charlar y a echar un trago. En realidad, era viudo y estaba aún en edad de merecer. Además, su exuberancia física era un buen incentivo para las mujeres. A fin de cuentas, don Antonino, el marqués, se había casado tres veces y no por ello la gente dejaba de llamarle don Antonino y seguía quitándosela boina al cruzarse con él, para saludarle. Y continuaba siendo el marqués. Después de todo, si Paco, el herrero, no se casaba lo hacía por no dar madrastra a sus hijos y no por tener más dinero disponible para vino como malévolamente insinuaban la Guindilla mayor y las Lepóridas.

Los domingos y días festivos, Paco, el herrero, se emborrachaba en casa del Chano hasta la incoherencia. Al menos eso decían la Guindilla mayor y las Lepóridas. Mas si lo hacía así, sus razones tendría el herrero, y una de ellas, y no desdeñable, era la de olvidarse de los últimos seis días de trabajo y de la inminencia de otros seis en los que tampoco descansaría. La vida era así de exigente y despiadada con los hombres.

A veces, Paco, cuyo temperamento se exaltaba con el alcohol, armaba en la taberna del Chano trifulcas considerables. Esto sí, jamás tiraba de navaja aunque sus adversarios lo hicieran. A pesar de ello, las Lepóridas y la Guindilla mayor decían de él —de él, que peleaba siempre a pecho descubierto y con la mayor nobleza concebible— que era un asqueroso matón. En realidad, lo que mortificaba a la Guindilla mayor, las Lepóridas, al maestro, al ama de don Antonino, a la madre de Daniel, el Mochuelo, y a don José, el cura, eran los músculos abultados del herrero; su personalidad irreductible; su hegemonía física. Si Paco y su hijo hubieran sido unos fifiriches al pueblo no le importaría que fuesen borrachos o camorristas; en cualquier momento podrían tumbarles de un sopapo. Ante aquella inaudita corpulencia, la cosa cambiaba; habían de conformarse con ponerlos verdes por la espalda. Bien decía Andrés, el zapatero: "Cuando a las gentes les faltan músculos en los brazos, les sobran en la lengua".

Don José, el cura, que era un gran santo, a pesar de censurar

abiertamente a Paco, el herrero, sus excesos, sentía hacia él una secreta simpatía. Por mucho que tronase no podría olvidar nunca el día de la Virgen, aquel año en que Tomás se puso muy enfermo y no pudo llevar las andas de la imagen. Julián, otro de los habituales portadores de las andas, tuvo que salir del lugar en viaje urgente. La cosa se ponía fea. No surgían sustitutos. Don José, el cura, pensó, incluso, en suspender la procesión. Fue entonces cuando se presentó, humildemente, en la iglesia Paco, el herrero.

—Señor cura, si usted quiere, yo puedo pasear la Virgen por el pueblo. Pero ha de ser a condición de que me dejen a mí solo — dijo.

Don José sonrió maliciosamente al herrero.

—Hijo, agradezco tu voluntad y no dudo de tus fuerzas. Pero la imagen pesa más de doscientos kilos—dijo.

Paco, el herrero, bajó los ojos, un poco avergonzado de su enorme fortaleza.

—Podría llevar encima cien kilos más, señor cura. No sería la primera vez... —insistió.

Y la Virgen recorrió el pueblo sobre los fornidos hombros de Paco, el herrero, a paso lento y haciendo cuatro paradas: en la plaza, ante el Ayuntamiento, frente a Teléfonos y, de regreso, en el atrio de la iglesia, donde se entonó, como era costumbre, una Salve popular. Al concluir la procesión, los chiquillos rodearon admirados a Paco, el herrero. Y éste, esbozando una sonrisa pueril, les obligaba a palparle la camisa en el pecho, en la espalda, en los sobacos.

—Tentad, tentad —les decía—; no estoy sudado; no he sudado ni tampoco una gota.

La Guindilla mayor y las Lepóridas censuraron a don José, el cura, que hubiese autorizado a poner la imagen de la Virgen sobre los hombros más pecadores del pueblo. Y juzgaron el acto meritorio de Paco, el herrero, como una ostentación evidentemente pecaminosa. Pero Daniel, el Mochuelo, estaba en lo cierto: lo que no podía perdonársele a Paco, el herrero, era su complexión y ser el hombre más vigoroso del valle, de todo el valle.

III

El valle... Aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circuían. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera.

A veces, Daniel, el Mochuelo, pensaba que su padre, y el cura, y el maestro, tenían razón, que su valle era como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior. Y, sin embargo, no era así; el valle tenía su cordón umbilical, un doble cordón umbilical, mejor dicho, que lo vitalizaba al mismo tiempo que lo maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parda y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos.

En su trayecto por el valle, la vía, la carretera y el río —que se unía a ellas después de lanzarse en un frenesí de rápidos y torrentes desde lo alto del Pico Rando— se entrecruzaban una y mil veces, creando una inquieta topografía de puentes, túneles, pasos a nivel y viaductos.

En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. La vía del tren y la carretera dibujaban, en la hondonada, violentos y frecuentes zigzags; a veces se buscaban, otras se repelían, pero siempre, en la perspectiva, eran como dos blancas estelas abiertas entre el verdor compacto de los prados y los maizales. En la distancia, los trenes, los automóviles y los blancos caseríos tomaban proporciones de diminutas figuras de Nacimiento increíblemente lejanas y, al propio tiempo, incomprensiblemente próximas y manejables. En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles! Surgían como los grillos cuando el Moñigo o él orinaban, hasta anegarlas, en las huras del campo. Locomotora y grillo evidenciaban, al salir de sus agujeros, una misma expresión de jadeo, amedrentamiento y ahogo.

Le gustaba al Mochuelo sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados, divididos en parcelas, y salpicados de caseríos dispersos. Y, de vez en cuando, las manchas oscuras y espesas de los bosques de castaños o la tonalidad

clara y mate de las aglomeraciones de eucaliptos. A lo lejos, por todas partes, las montañas, que, según la estación y el clima, alteraban su contextura, pasando de una extraña ingravidez vegetal a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros.

Al Mochuelo le agradaba aquello más que nada, quizá, también, porque no conocía otra cosa. Le agradaba constatar el paralizado estupor de los campos y el verdor frenético del valle y las rachas de ruido y velocidad que la civilización enviaba de cuando en cuando, con una exactitud casi cronométrica.

Muchas tardes, ante la inmovilidad y el silencio de la Naturaleza, perdían el sentido del tiempo y la noche se les echaba encima. La bóveda del firmamento iba poblándose de estrellas y Roque, el Moñigo, se sobrecogía bajo una especie de pánico astral. Era en estos casos, de noche y lejos del mundo, cuando a Roque, el Moñigo, se le ocurrían ideas inverosímiles, pensamientos que normalmente no le inquietaban:

Dijo una vez:

—Mochuelo, ¿es posible que si cae una estrella de ésas no llegue nunca al fondo?

Daniel, el Mochuelo, miró a su amigo, sin comprenderle.

—No sé lo que me quieres decir —respondió.

El Moñigo luchaba con su deficiencia de expresión. Accionó repetidamente con las manos, y, al fin, dijo:

—Las estrellas están en el aire, ¿no es eso?

—Eso.

—Y la Tierra está en el aire también como otra estrella, ¿verdad? —añadió.

—Sí; al menos eso dice el maestro.

—Bueno, pues es lo que te digo. Si una estrella se cae y no choca con la Tierra ni con otra estrella, ¿no llega nunca al fondo? ¿Es que ese aire que las rodea no se acaba nunca?

Daniel, el Mochuelo, se quedó pensativo un instante. Empezaba a dominarle también a él un indefinible desasosiego cósmico. La voz surgió de su garganta indecisa y aguda como un lamento.

—Moñigo.

—¿Qué?

—No me hagas esas preguntas; me mareo.

—¿Te mareas o te asustas?

—Puede que las dos cosas —admitió.

Rió, entrecortadamente, el Moñigo.

—Voy a decirte una cosa —dijo luego.

—¿Qué?

—También a mí me dan miedo las estrellas y todas esas cosas que no se abarcan o no se acaban nunca. Pero no lo digas a nadie, ¿oyes?

Por nada del mundo querría que se enterase de ello mi hermana Sara.

El Moñigo escogía siempre estos momentos de reposo solitario para sus confidencias. Las ingentes montañas, con sus recias crestas recortadas sobre el horizonte, imbuían al Moñigo una irritante impresión de insignificancia. Si la Sara, pensaba Daniel, el Mochuelo, conociera el flaco del Moñigo, podría, fácilmente, meterlo en un puño. Pero, naturalmente, por su parte, no lo sabría nunca. Sara era una muchacha antipática y cruel y Roque su mejor amigo. ¡Que adivinase ella el terror indefinible que al Moñigo le inspiraban las estrellas!

Al regresar, ya de noche, al pueblo, se hacía más notoria y perceptible la vibración vital del valle. Los trenes pitaban en las estaciones diseminadas y sus silbidos rasgaban la atmósfera como cuchilladas. La tierra exhalaba un agradable vaho a humedad y a excremento de vaca. También olía, con más o menos fuerza, la hierba según el estado del cielo o la frecuencia de las lluvias.

A Daniel, el Mochuelo, le placían estos olores, como le placía oír en la quietud de la noche el mugido soñoliento de una vaca o el lamento chirriante e iterativo de una carreta de bueyes avanzando a trompicones por una cambera.

En verano, con el cambio de hora, regresaban al pueblo de día. Solían hacerlo por encima del túnel, escogiendo la hora del paso del tranvía interprovincial. Tumbados sobre el montículo, asomando la nariz al precipicio, los dos rapaces aguardaban impacientes la llegada del tren. La hueca resonancia del valle aportaba a sus oídos, con tiempo suficiente, la proximidad del convoy. Y, cuando el tren surgía del túnel, envuelto en una nube densa de humo, les hacía estornudar y reír con espasmódicas carcajadas. Y el tren se deslizaba bajo sus ojos, lento y traqueteante, monótono, casi al alcance de la mano.

Desde allí, por un senderillo de cabras, descendían a la carretera. El río cruzaba bajo el puente, con una sonoridad adusta de catarata. Era una corriente de montaña que discurría con fuerza entre grandes piedras reacias a la erosión. El murmullo oscuro de las aguas se remansaba, veinte metros más abajo, en la Poza del Inglés, donde ellos se bañaban en las tardes calurosas del estío.

En la confluencia del río y la carretera, a un kilómetro largo del pueblo, estaba la taberna de Quino, el Manco. Daniel, el Mochuelo, recordaba los buenos tiempos, los tiempos de las transacciones fáciles y baratas. En ellos, el Manco, por una perra chica les servía un gran vaso de sidra de barril y, encima les daba conversación. Pero los tiempos habían cambiado últimamente y, ahora, Quino, el manco, por cinco céntimos, no les daba más que conversación.

La tasca de Quino, el Manco, se hallaba casi siempre vacía. El Manco era generoso hasta la prodigalidad y en los tiempos que corrían resultaba arriesgado ser generoso. En la taberna de Quino, por unas

causas o por otras, sólo se despachaba ya un pésimo vino tinto con el que mataban la sed los obreros y empleadas de la fábrica de clavos, ubicada quinientos metros río abajo.

Más allá de la taberna, a la izquierda, doblando la última curva, se hallaba la quesería del padre del Mochuelo. Frente por frente, un poco internada en los prados, la estación y, junto a ella, la casita alegre, blanca y roja de Cuco, el factor. Luego, en plena varga ya, empezaba el pueblo propiamente dicho.

Era, el suyo, un pueblecito pequeño y retraído y vulgar. Las casas eran de piedra, con galerías abiertas y colgantes de madera, generalmente pintadas de azul. Esta tonalidad contrastaba, en primavera y verano, con el verde y rojo de los geranios que infestaban galerías y balcones.

La primera casa, a mano izquierda, era la botica. Anexas estaban las cuadras, las magníficas cuadras de don Ramón, el boticario-alcalde, llenas de orondas, pacientes y saludables vacas. A la puerta de la farmacia existía una campanilla, cuyo repiqueteo distraía a don Ramón de sus afanes municipales para reintegrarle, durante unos minutos, a su profesión.

Siguiendo varga arriba, se topaba uno con el palacio de don Antonino, el marqués, preservado por una alta tapia de piedra, lisa e inexpugnable; el tallercito del zapatero; el Ayuntamiento, con un arcaico escudo en el frontis; la tienda de las Guindillas y su escaparate recompuesto y variado; la fonda, cuya famosa galería de cristales flanqueaba dos de las bandas del edificio; a la derecha de ésta, la plaza cubierta de boñigas y guijos y con una fuente pública, de dos caños, en el centro; cerrando la plaza, por el otro lado, estaba el edificio del Banco y, después, tres casas de vecinos con sendos jardincillos delante.

Por la derecha, frente a la botica, se hallaba la finca de Gerardo, el Indiano, cuyos árboles producían los mejores frutos de la comarca; la cuadra de Pancho, el Sindiós, donde circunstancialmente estuvo instalado el cine; la taberna del Chano; la fragua de Paco, el herrero; las oficinas de Teléfonos, que regentaban las Lepóridas; el bazar de Antonio, el Buche, y la casa de don José, el cura, que tenía la rectoría en la planta baja.

Trescientos metros más allá, varga abajo, estaba la iglesia, de piedra también, sin un estilo definido, y con un campanario erguido y esbelto. Frente a ella, los nuevos edificios de las escuelas, encalados y con las ventanas pintadas de verde, y la vivienda de don Moisés, el maestro.

Visto así, a la ligera, el pueblo no se diferenciaba de tantos otros. Pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a lo de los demás. Los problemas no eran vulgares, su régimen de vida

revelaba talento y de casi todos sus actos emanaba una positiva trascendencia. Otra cosa es que los demás no quisieran reconocerlo.

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisonomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir.

¿Que el pueblo era ferozmente individualista y que una corporación pública tuviera poco que hacer en él, como decía don Ramón, el alcalde? Bien. El Mochuelo no entendía de individualismo, ni de corporaciones públicas y no poseía razones para negarlo. Pero, si era así, los males consiguientes no rebasaban el pueblo y, después de todo, ellos mismos pagaban sus propios pecados.

¿Que preferían no asfaltar la plaza antes de que les aumentasen los impuestos? Bien. Por eso la sangre no iba a llegar al río. "La cosa pública es un desastre", voceaba, a la menor oportunidad, don Ramón. "Cada uno mira demasiado lo propio y olvida que hay cosas que son de todos y que hay que cuidar", añadía. Y no había quien le metiera en la cabeza que ese egoísmo era flor o espina, o vicio o virtud de toda una raza.

Pero, ni por esto, ni por nada, podían regateársele al pueblo sus cualidades de eficiencia, seriedad y discreción. Cada uno en lo suyo, desde luego, pero los vagos no son vagos porque no quieran trabajar en las cosas de los demás. El pueblo, sin duda, era de una eficacia sobria y de una discreción edificante.

¿Que la Guindilla mayor y el Cuco, el factor, no eran discretos? Bien. En ningún cuerpo falta un lunar. Y, en cuanto al individualismo del pueblo, ¿se bastaban por sí solos los mozos y las mozas los sábados por la tarde y los domingos? Don José, el cura, que era un gran santo, solía manifestar, contristado: "Es lástima que vivamos uno a uno para todas las cosas y necesitemos emparejarnos para ofender al Señor".

Pero tampoco don José, el cura, quería entender que esa sensualidad era flor o espina, o vicio o pecado de toda una raza.

IV

Las cosas pasaron en su momento y, ahora, Daniel, el Mochuelo, las recordaba con fruición. Su padre, el quesero, pensó un nombre antes de tener un hijo; tenía un nombre y le arropaba y le mimaba y era ya, casi, como tener un hijo. Luego, más tarde, nació Daniel.

Daniel, el Mochuelo, evocaba sus primeros pasos por la vida. Su padre emanaba un penetrante olor, era como un gigantesco queso, blando, blanco, pesadote. Pero, Daniel, el Mochuelo, se gozaba en aquel olor que impregnaba a su padre y que le inundaba a él, cuando, en las noches de invierno, frente a la chimenea, acariciándole, le contaba la historia de su nombre.

El quesero había querido un hijo antes que nada para poder llamarle Daniel. Y se lo decía a él, al Mochuelo, cuando apenas contaba tres años y manosear su cuerpecillo carnoso y rechoncho equivalía a prolongar la cotidiana faena en el entremijo.

Pudo bautizarle con mil nombres diferentes, pero el quesero prefirió Daniel.

—¿Sabes que Daniel era un profeta que fue encerrado en una jaula con diez leones y los leones no se atrevieron a hacerle daño? —le decía, estrujándole amorosamente.

El poder de un hombre cuyos ojos bastaban para mantener a raya a una jauría de leones, era un poder superior al poder de todos los hombres; era un acontecimiento insólito y portentoso que desde niño había fascinado al quesero.

—Padre, ¿qué hacen los leones?

—Morder y arañar.

—¿Son peores que los lobos?

—Más feroces.

—¿Queeeé?

El quesero facilitaba la comprensión del Mochuelo como una madre que mastica el alimento antes de darlo a su hijito.

—Hacen más daño que los lobos, ¿entiendes? —decía.

Daniel, el Mochuelo, no se saciaba:

—¿Verdad que los leones son más grandes que los perros?

—Más grandes.

—¿Y por qué a Daniel no le hacían nada?

Al quesero le complacía desmenuzar aquella historia:

—Les vencía sólo con los ojos; sólo con mirarles; tenía en los ojos el poder de Dios.

—¿Queeeé?

Apretaba al hijo contra sí:
—Daniel era un santo de Dios.
—¿Qué es eso?
La madre intervenía, precavida:
—Deja al chico ya; le enseñas demasiadas cosas para la edad que tiene.
Se lo quitaba al padre y lo acostaba. También su madre hedía a boruga y a cuajada. Todo, en su casa, olía a cuajada y a requesón. Ellos mismos eran un puro y decantado olor. Su padre llevaba aquel tufo hasta en el negro de las uñas de las manos. A veces, Daniel, el Mochuelo, no se explicaba por qué su padre tenía las uñas negras trabajando con leche o por qué los quesos salían blancos siendo elaborados con aquellas uñas tan negras.
Pero luego, su padre se distanció de él; ya no le hacía arrumacos ni carantoñas. Y eso fue desde que el padre se dio cuenta de que el chico ya podía aprender las cosas por sí. Fue entonces cuando comenzó a ir a la escuela y cuando se arrimó al Moñigo en busca de amparo. A pesar de todo, su padre, su madre y la casa entera, seguían oliendo a boruga y a requesón. Y a él seguía gustándole aquel olor, aunque Roque, el Moñigo, dijese que a él no le gustaba, porque olía lo mismo que los pies.
Su padre se distanció de él como de una cosa hecha, que ya no necesita de cuidados. Le daba desilusión a su padre verle valerse por sí, sin precisar de su patrocinio. Pero, además, el quesero se tornó taciturno y malhumorado. Hasta entonces, como decía su mujer, había sido como una perita en dulce. Y fue el cochino afán del ahorro lo que agrió su carácter. El ahorro, cuando se hace a costa de una necesidad insatisfecha, ocasiona en los hombres acritud y encono. Así le sucedió al quesero. Cualquier gasto menudo o el menor desembolso superfluo le producían un disgusto exagerado. Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre quesero.
Lo peor es que de esto nadie sacaba provecho. Daniel, el Mochuelo, jamás lo comprendería. Su padre sufriendo, su madre sufriendo y él sufriendo, cuando el quitarle el sufrimiento a él significaría el fin del sufrimiento de todos los demás. Pero esto hubiera sido truncar el camino, resignarse a que Daniel, el Mochuelo, desertase de progresar. Y esto no lo haría el quesero; Daniel progresaría aunque fuese a costa del sacrificio de toda la familia, empezando por él mismo.
No. Daniel, el Mochuelo, no entendería nunca estas cosas, estas tozudeces de los hombres y que se justificaban como un anhelo lógico de liberarse. Liberarse, ¿de qué? ¿Sería él más libre en el colegio, o en la Universidad, que cuando el Moñigo y él se peleaban a boñigazo

limpio en los prados del valle? Bueno, quizá sí; pero él nunca lo entendería.

Su padre, por otra parte, no supo lo que hizo cuando le puso el nombre de Daniel. Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarles. Y también lo ignoró el padre del maestro y el padre de Quino, el Manco, y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil?

A Daniel, el Mochuelo, le duró el nombre lo que la primera infancia. Ya en la escuela dejó de llamarse Daniel, como don Moisés, el maestro, dejó de llamarse Moisés a poco de llegar al pueblo.

Don Moisés, el maestro, era un hombre alto, desmedrado y nervioso. Algo así como un esqueleto recubierto de piel. Habitualmente torcía media boca como si intentase morderse el lóbulo de la oreja. La molicie o el contento le hacían acentuar la mueca de tal manera que la boca se le rasgaba hasta la patilla, que se afeitaba muy abajo. Era una cosa rara aquel hombre, y a Daniel, el Mochuelo, le asustó y le interesó desde el primer día de conocerle. Le llamaba Peón, como oía que le llamaban los demás chicos, sin saber por qué. El día que le explicaron que le bautizó el juez así en atención a que don Moisés "avanzaba de frente y comía de lado", Daniel, el Mochuelo, se dijo que "bueno", pero continuó sin entenderlo y llamándole Peón un poco atontas y a locas.

Por lo que a Daniel, el Mochuelo, concernía, es verdad que era curioso y todo cuanto le rodeaba lo encontraba nuevo y digno de consideración. La escuela, como es natural, le llamó la atención más que otras cosas, y más que la escuela en sí, el Peón, el maestro, y su boca inquieta e incansable y sus negras y espesas patillas de bandolero.

Germán, el hijo del zapatero, fue quien primero reparó en su modo de mirar las cosas. Un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable.

—Fijaos —dijo—; lo mira todo como si le asustase.

Y todos le miraron con mortificante detenimiento.

—Y tiene los ojos verdes y redondos como los gatos —añadió un sobrino lejano de don Antonino, el marqués.

Otro precisó aún más y fue el que dio en el clavo:

—Mira lo mismo que un mochuelo.

Y con Mochuelo se quedó, pese a su padre y pese al profeta Daniel y pese a los diez leones encerrados con él en una jaula y pese al poder hipnótico de los ojos del profeta. La mirada de Daniel, el Mochuelo, por encima de los deseos de su padre, el quesero, no servía siquiera

para apaciguar a una jauría de chiquillos. Daniel se quedó para usos domésticos. Fuera de casa sólo se le llamaba Mochuelo.

Su padre luchó un poco por conservar su antiguo nombre y hasta un día se peleó con la mujeruca que traía el fresco en el mixto; pero fue en balde. Tratar de impedir aquello era lo mismo que tratar de contener la impetuosa corriente del río en primavera. Una cosa vana. Y él sería, en lo sucesivo, Mochuelo, como don Moisés era el Peón; Roque el Moñigo; Antonio, el Buche; doña Lola, la tendera, la Guindilla mayor, y las de Teléfonos, las Cacas y las Lepóridas.

Aquel pueblo administraba el sacramento del bautismo con una pródiga y mordaz desconsideración.

V

Es verdad que la Guindilla mayor se tenía bien ganado su apodo por su carita redonda y coloradita su carácter picante y agrio como el aguardiente. Por añadidura era una cotilla. Y a las cotillas no las viene mal todo lo que les caiga encima. No tenía ningún derecho, por otra parte, a tratar de dominar al pueblo. El pueblo quería ser libre e independiente y a ella ni le iba ni le venía, a fin de cuentas, si Pancho creía o no creía en Dios, si Paco, el herrero, era abstemio o bebía vino, o si el padre de Daniel, el Mochuelo, fabricaba el queso con las manos limpias o con las uñas sucias. Si esto le repugnaba, que no comiera queso y asunto concluido.

Daniel, el Mochuelo, no creía que hacer lo que la Guindilla mayor hacía fuese ser buena. Los buenos eran los demás que le admitían sus impertinencias e, incluso, la nombraban presidenta de varias asociaciones piadosas. La Guindilla mayor era un esperpento y una víbora. A Antonio, el Buche, le asistía la razón al decir esto, aunque el Buche pensaba más, al fallar así, en la competencia comercial que le hacía la Guindilla, que en sus defectos físicos y morales.

La Guindilla mayor, no obstante el tono rojizo de su piel, era alta y seca como una cucaña, aunque ni siquiera tenía, como ésta, un premio en la punta. Total, que la Guindilla no tenía nada, aparte unas narices muy desarrolladas, un afán inmoderado de meterse en vidas ajenas y un vario y siempre renovado repertorio de escrúpulos de conciencia.

A don José, el cura, que era un gran santo, le traía de cabeza.

—Mire usted, don José —le decía, cualquier día, un minuto antes de empezar la misa—, anoche no pude dormir pensando que si Cristo en el Monte de los Olivos se quedó solo y los apóstoles se durmieron, ¿quién pudo ver que el Redentor sudase sangre?

Don José entornaba los ojillos, penetrantes como puntas de alfileres:

—Tranquiliza tu conciencia, hija; esas cosas las conocemos por revelación.

La Guindilla mayor lloriqueaba desazonada y hacía cuatro pucheros. Decía:

— ¿Cree usted, don José, que podré comulgar tranquila habiendo pensado esas cosas?

Don José, el cura, debía usar de la paciencia de Job para soportarla:

—Si no tienes otras faltas puedes hacerlo.

Y así un día y otro día.

—Don José, anoche no pegué un ojo dando vueltas al asunto del Pancho. ¿Cómo puede recibir este hombre el sacramento del

matrimonio si no cree en Dios?

Y unas horas después:

—Don José, no sé si me podrá absolver usted. Ayer domingo leí un libro pecaminoso que hablaba de las religiones en Inglaterra. Los protestantes están allí en franca mayoría. ¿Cree usted, don José, que si yo hubiera nacido en Inglaterra, hubiera sido protestante?

Don José, el cura, tragaba saliva:

—No sería difícil, hija.

—Entonces me acuso, padre, de que podría ser protestante de haber nacido en Inglaterra.

Doña Lola, la Guindilla mayor, tenía treinta y nueve años cuando Daniel, el Mochuelo, nació. Tres años después, el Señor la castigó en lo que más podía dolerle. Pero no es menos cierto que la Guindilla mayor se impuso a su dolor con la rigidez y destemplanza con que solía imponerse a sus convecinos.

El hecho de que a doña Lola se la conociera por la Guindilla mayor ya hace presumir que hubiese otras Guindillas menores. Y así era; las Guindillas habían sido tres, aunque ahora solamente restasen dos: la mayor y la menor; las dos Guindillas. Eran hijas de un guardia civil, durante muchos años jefe de puesto en el pueblo. Al morir el guardia, que, según malas lenguas, que nunca faltan, falleció de pena por no tener un hijo varón, dejó unos ahorros con los que sus hijas establecieron una tienda. Naturalmente que el sargento murió en unos tiempos en que un suboficial de la Guardia Civil podía, con su sueldo, vivir discretamente y aun ahorrar un poco. Desde la muerte del guardia — su mujer había muerto años antes— Lola, la Guindilla mayor, se hizo cargo de las riendas del hogar. Se impuso a sus hermanas por edad y por estatura.

Daniel, el Mochuelo, no conoció más que a dos Guindillas, pero según había oído decir en el pueblo, la tercera fue tan seca y huesuda como ellas y, en su época, resultó un problema difícil diferenciarlas sin efectuar, previamente, un prolijo y minucioso análisis.

Nada de eso desmiente que las dos Guindillas menores hicieran pasar, en vida, a su hermana mayor un verdadero purgatorio. La del medio era dejada y perezosa y su carácter y manera de ser trascendía al pueblo que, por los gritos y estridentes reconvenciones que a toda hora salían de la trastienda y la casa de las Guindillas, seguía la mala, y aun peor, situación de las relaciones fraternas. Eso sí, decían en el pueblo y debía ser verdad porque lo decían todos, que jamás mientras las tres Guindillas vivieron juntas se las vio faltar un día a la misa de ocho que don José, el cura, que era un gran santo, decía en la parroquia, ante el altar de San Roque. Allí caminaban, tiesas y erguidas, las tres, hiciera frío, lloviera o tronase. Además marchaban regularmente, marcando el paso, porque su padre, aparte de los

ahorros, dejó a sus hijas en herencia un muy despierto y preciso sentido del ritmo militar y de otras virtudes castrenses. Un-dos, un-dos, un-dos; allá avanzaban las tres Guindillas, con sus bustos secos, sus caderas escurridas y su soberbia estatura, camino de la iglesia, con los velos anudados a la barbilla y el breviario debajo del brazo.

Un invierno, la del medio, Elena, murió. Se apagó una mañana fosca y lluviosa de diciembre. Cuando la gente acudió a dar el pésame a las dos hermanas supervivientes, la Guindilla mayor se santiguaba y repetía:

—Dios es sabio y justo en sus decisiones; se ha llevado a lo más inútil de la familia. Démosle gracias.

Ya en el pequeño cementerio rayano a la iglesia, cuando cubrían con tierra el cuerpo descarnado de Elena —la Guindilla del medio—, varias plañideras comenzaron a gimotear. La Guindilla mayor se encaró con ellas, áspera y digna y destemplada:

—No la lloréis —dijo—; ha muerto de desidia.

Y, desde entonces, el trío se convirtió en dúo y en la misa de ocho que don José, el cura, que era un gran santo, rezaba ante el altar de san Roque, se echaba de menos el afilado y breve volumen de la Guindilla difunta.

Pero fue aún peor lo que ocurrió con la Guindilla menor. A fin de cuentas lo de la del medio fue designio de Dios, mientras lo de la otra fue una flaqueza de la carne y por lo tanto debido a su libre y despreocupado albedrío.

Por aquel entonces se estableció en el pueblo la pequeña sucursal del Banco que ahora remataba uno de los costados de la plaza. Con el director arribó un oficialito apuesto y bien vestido al que sólo por verle la cara de cerca, a través de la ventanilla, le llevaban sus ahorros las vecinas de la calle. Fue un buen cebo el que utilizó el Banco para atrapar clientela. Un procedimiento que cualquier financiero de talla hubiera recusado, pero que en el pueblo rindió unos resultados formidables. Tanto fue así que Ramón, el hijo del boticario, que empezaba entonces sus estudios jurídicos, lamentó no estar en condiciones todavía de elaborar su tesis doctoral que hubiera hecho muy a gusto sobre el original tema "Influencia de un personal escrupulosamente escogido en las economías de un pueblo". Con lo de "economías" se refería a "ahorros" y con lo de "pueblo", concretamente, a su "pequeña aldea". Lo que ocurría es que sonaba muy bien aquello de "economía de un pueblo" y daba a su hipotético trabajo, y aunque él lo decía en broma, una mayor altura y un alcance mucho más amplio.

Con la llegada de Dimas, el oficialito del Banco, los padres y los maridos del pueblo se pusieron en guardia. Don José, el cura, que era un gran santo, charló repetidas veces con don Dimas, apuntándole las

grandes consecuencias que su bigote podría acarrear sobre el pueblo, para bien o para mal. La asiduidad con que el cura y don Dimas se entrevistaban diluyó no poco el recelo de padres y maridos y hasta la Guindilla menor consideró que no era imprudente ni irreligioso dejarse acompañar, de cuando en cuando, por don Dimas, aunque su hermana mayor, extremando el comedimiento, le censurase a gritos "su libertinaje y su descoco notorios".

Lo cierto es que a la Guindilla menor, a la que hasta entonces se le antojara aquel valle una cárcel vacía y sin luz, se le abrieron repentinamente los horizontes y reparó, por vez primera en su vida, en la belleza de las montañas abruptas, las calidades poéticas de la verde campiña y en lo sugestivo que resultaba oír rasgarse la noche del valle por el estridente silbido de un tren. Naderías, al fin y al cabo, pero naderías que logran una afilada trascendencia cuando se tiene el corazón encandilado.

Una tarde, la Guindilla menor regresó de su acostumbrado paseo alborozada:

—Hermana —dijo—. No sé de dónde te viene esa inquina hacia Dimas. Es el mejor hombre que he conocido. Hoy le hablé de nuestro dinero y él me dio en seguida cuatro ideas para colocarlo bien. Le he dicho que lo teníamos en un Banco de la ciudad y que hablaríamos tú y yo antes de decidirme.

Aulló, escocida, la Guindilla mayor:

—¿Y le has dicho que se trata solamente de mil duros?

Sonrió la Guindilla menor ante el menosprecio que su hermana hacía de su sagacidad:

—No, naturalmente. De la cifra no he dicho nada —dijo.

Lola, la Guindilla mayor, levantó sus hombros huesudos en ademán de impotencia. Luego chilló, dejando resbalar las palabras, como por un tobogán, a lo largo de su afilada nariz:

—¿Sabes lo que te digo? Que ese hombre es un truhán que se está burlando de ti. ¿No ves que todo el pueblo anda en comentarios y riéndose de tu tontería? Serás tú la única que no se enterré hermana. —Cambió repentinamente el tono de su voz, suavizándolo—: Tienes treinta y seis años, Irene; podrías ser casi la madre de ese muchacho. Piénsalo bien.

Irene, la Guindilla menor, adoptó una actitud levantisca, de mar encrespada.

—Me duelen tus recelos, Lola, para que lo sepas —dijo—. Me fastidian tus malévolas insinuaciones. Nada tiene de particular, creo yo, que se entiendan un hombre y una mujer. Y nada significa que se lleven unos años. Lo que ocurre es que todas las del pueblo, empezando por ti, me tenéis envidia.

Las dos Guindillas se separaron con las narices en alto. A la tarde

siguiente, Cuco, el factor, anunció en el pueblo que doña Irene, la Guindilla menor, y don Dimas, el del Banco, habían cogido el mixto para la ciudad. A la Guindilla mayor, al enterarse, le vino un golpe de sangre a la cara que le ofuscó la razón. Se desmayó. Tardó más de cinco minutos en recobrar el sentido. Cuando lo hizo, extrajo de un apolillado arcón el traje negro que aún conservaba desde la muerte de su padre, se embuchó en él, y marchó a paso rápido a la rectoría.

—Don José, Dios mío, qué gran desgracia —dijo al entrar.

—Serénate, hija.

Se sentó la Guindilla en una silla de mimbre, junto a la mesa del cura. Interrogó a don José con la mirada.

—Sí, ya lo sé; el Cuco me lo contó todo —respondió el párroco.

Ella respiró fuerte y sus costillas resonaron como si entrechocasen. Seguidamente se limpió una lágrima, redonda y apretada como un goterón de lluvia.

—Escúcheme con atención, don José —dijo—, tengo una horrible duda. Una duda que me corroe las entrañas. Irene, mi hermana, es ya una prostituta, ¿no es eso?

El cura se ruborizó un poco:

—Calla, hija. No digas disparates.

Cerró el párroco el breviario que estaba leyendo y carraspeó, pero su voz salió, no obstante, empañada de una sorda gangosidad.

—Escucha —dijo—, no es una prostituta la mujer que se da a un hombre por amor. La prostituta es la que hace de su cuerpo y de las gracias que Dios le ha dado un comercio ilícito; la que se entrega a todos los hombres por un estipendio. ¿Comprendes la diferencia?

La Guindilla irguió el busto, inexorable:

—Padre, de todas maneras lo que ha hecho Irene es un gravísimo pecado, un asqueroso pecado, ¿no es cierto?

—Lo es, hija —respondió el cura—, pero no irreparable. Creo conocer a don Dimas y no me parece mal muchacho. Se casarán.

La Guindilla mayor se cubrió los ojos con los dedos descarnados y reprimió a medias un sollozo:

—Padre, padre, pero aún hay otra cosa —dijo—. A mi hermana le ha hecho caer el ardor de la sangre. Es su sangre la que ha pecado. Y mi sangre es la misma que la de ella. Yo podría haber hecho otro tanto. Padre, padre, me acuso de ello. De todo corazón, horriblemente contristada, me arrepiento de ello.

Se levantó don José, el cura, que era un gran santo, y le tocó la cabeza con los dedos:

—Ve, hija. Ve a tu casa y tranquilízate. Tú no tienes la culpa de nada. Lo de Irene, ya lo arreglaremos.

Lola, la Guindilla mayor, abandonó la rectoría. En cierto modo iba más consolada. Por el camino se repitió mil veces que estaba obligada

a expresar su dolor y vergüenza de modo ostensible, ya que perder la honra siempre era una desgracia mayor que perder la vida. Influida por esta idea, al llegar a casa, recortó un cartoncito de una caja de zapatos, tomó un pincel y a trazos nerviosos escribió: "Cerrado por deshonra". Bajó a la calle y lo fijó a la puerta de la tienda.

El establecimiento, según le contaron a Daniel, el Mochuelo, estuvo cerrado diez días con sus diez noches consecutivas.

VI

Pero Daniel, el Mochuelo, sí sabía ahora lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Estas cosas se hacen sencillas y comprensibles a determinada edad. Antes, le parecen a uno cosa de brujas. El desdoblamiento de una mujer no encuentra sitio en la cabeza humana mientras no se hace evidente la rotundidad delatora. Y eso no pasa casi nunca antes de la Primera Comunión. Los ojos no sirven, antes de esa edad, para constatar las cosas palmarias y cuya simplicidad, más tarde, nos abruma.

Mas también Germán, el Tiñoso, el hijo del zapatero, sabía lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Germán, el Tiñoso, siempre fue un buen amigo, en todas las ocasiones; hasta en las más difíciles. No llegó, con Daniel, el Mochuelo, a la misma intimidad que el Moñigo, por ejemplo, pero ello no era achacable a él, ni a Daniel, el Mochuelo, ni a ninguna de las cosas y fenómenos que dependen de nuestra voluntad.

Germán, el Tiñoso, era un muchacho esmirriado, endeble y pálido. Tal vez con un pelo menos negro no se le hubieran notado tanto las calvas. Porque Germán tenía las calvas en la cabeza desde muy niño y seguramente por eso le llamaban el Tiñoso, aunque, por supuesto, las calvas no fueran de tiña propiamente hablando.

Su padre el zapatero, además del tallercito —a mano izquierda de la carretera, según se sube, pasado el palacio de don Antonino, el marqués— tenía diez hijos: seis como Dios manda, desglosados en unidades, y otros cuatro en dos pares. Claro que su mujer era melliza y la madre de su mujer lo había sido y él tenía una hermana en Cataluña que era melliza también y había alumbrado tres niños de un solo parto y vino, por ello, en los periódicos y el gobernador la había socorrido con un donativo. Todo esto era sintomático sin duda. Y nadie apearía al zapatero de su creencia de que estos fenómenos se debían a un bacilo, "como cualquier otra enfermedad".

Andrés, el zapatero, visto de frente, podía pasar por padre de familia numerosa; visto de perfil, imposible. Con motivos sobrados le decían en el pueblo: "Andrés, el hombre que de perfil no se le ve". Y esto era casi literalmente cierto de lo escuchimizado y flaco que era. Y además, tenía una muy acusada inclinación hacia delante, quién decía que a consecuencia de su trabajo, quién por su afán insaciable por seguir, hasta perderlas de vista, las pantorrillas de las chicas que desfilaban dentro de su campo visual. Viéndole en esta disposición resultaba menos abstruso, visto de frente o de perfil, que fuera padre

de diez criaturas. Y por si fuera poco la prole, el tallercito de Andrés, el zapatero, estaba siempre lleno de verderones, canarios y jilgueros enjaulados y en primavera aturdían con su cri-cri desazonador y punzante más de una docena de grillos. El hombre, ganado por el misterio de la fecundación, hacía objeto a aquellos animalitos de toda clase de experiencias. Cruzaba canarias con verderones y canarios con jilgueras para ver lo que salía y él aseguraba que los híbridos ofrecían entonaciones más delicadas y cadenciosas que los pura raza.

Por encima de todo, Andrés, el zapatero, era un filósofo. Si le decían: "Andrés, ¿pero no tienes bastante con diez hijos que aún buscas la compañía de los pájaros?", respondía: "Los pájaros no me dejan oír los chicos".

Por otra parte, la mayor parte de los chicos estaban ya en edad de defenderse. Los peores años habían pasado a la historia. Por cierto que al llamar a quintas a la primera pareja de mellizos sostuvo una discusión acalorada con el Secretario porque el zapatero aseguraba que eran de reemplazos distintos.

—Pero hombre de Dios —dijo el Secretario—, ¿cómo van a ser de diferente quinta siendo gemelos?

A Andrés, el zapatero, se le fueron los ojos tras las rollizas pantorrillas de una moza que había ido a justificar la ausencia de su hermano. Después hurtó el cuello, con un ademán que recordaba al caracol que se reduce en su concha, y respondió:

—Muy sencillo; el Andrés nació a las doce menos diez del día de san Silvestre. Cuando nació el Mariano ya era año nuevo.

Sin embargo, como ambos estaban inscritos en el Registro el 31 de diciembre, Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", tuvo que acceder a que se llevaran juntos a los dos chicos.

Otro de sus hijos, Tomás, estaba bien colocado en la ciudad, en una empresa de autobuses. Otro, el Bizco, le ayudaba en su trabajo. Las demás eran chicas salvando, naturalmente, a Germán, el Tiñoso, que era el más pequeño.

Germán, el Tiñoso, fue el que dijo de Daniel, el Mochuelo, el día que éste se presentó en la escuela, que miraba las cosas como si siempre estuviese asustado. Afinando un poco, resultaba ser Germán, el Tiñoso, quien había bautizado a Daniel, pero éste no le guardaba ningún rencor por ello, antes bien encontró en él, desde el primer día, una leal amistad.

Las calvas del Tiñoso no fueron obstáculo para una comprensión. Si es caso, las calvas facilitaron aquella amistad, ya que Daniel, el Mochuelo, sintió desde el primer instante una vehemente curiosidad por aquellas islitas blancas, abiertas en el espeso océano de pelo negro que era la cabeza del Tiñoso.

Sin embargo, a pesar de que las calvas del Tiñoso no constituían

motivo de preocupación en casa del zapatero ni en su reducido círculo de amigos, la guindilla mayor, guiada por su frustrado instinto maternal en el que envolvía a todo el pueblo, decidió intervenir en el asunto, por más que el asunto ni le iba ni le venía. Mas la Guindilla mayor era muy aficionada a entrometerse donde nadie la llamaba. Entendía que su desmedido interés por el prójimo lo dictaba su ferviente anhelo de caridad, su alto sentido de la fraternidad cristiana, cuando lo cierto era que la Guindilla mayor utilizaba esta treta para poder husmear en todas partes bajo un rebozo, poco convincente, de prudencia y discreción.

Una tarde, estando Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", afanando en su cuchitril, le sorprendió la llegada de doña Lola, la Guindilla.

—Zapatero —dijo, apenas estuvo ante él—, ¿cómo tiene usted al chiquillo con esas calvas?

El zapatero no perdió la compostura ni apartó la vista de su tarea.

—Déjele estar, señora —respondió—. A la vuelta de cien años ni se le notarán las calvas.

Los grillos, los verderones y los jilgueros armaban una algarabía espantosa y la Guindilla y el zapatero habían de entenderse a gritos.

—¡Tenga! —añadió ella, autoritaria—. Por las noches le va usted a poner esta pomada.

El zapatero alzó la vista hasta ella, cogió el tubo, lo miró y remiró por todas partes y, luego, se lo devolvió a la Guindilla.

—Guárdeselo —dijo—; esto no vale. Al chiquillo le ha pegado las calvas un pájaro.

Y continuó trabajando.

Aquello podía ser verdad y podía no serlo. Por de pronto, Germán, el Tiñoso, sentía una afición desmesurada por los pájaros. Seguramente se trataba de una reminiscencia de su primera infancia, desarrollada entre estridentes pitidos de verderones, canarios y jilgueros. Nadie en el valle entendía de pájaros como Germán, el Tiñoso, que además, por los pájaros, era capaz de pasarse una semana entera sin comer ni beber. Esta cualidad influyó mucho, sin duda, en que Roque, el Moñigo, se aviniese a hacer amistad con aquel rapaz físicamente tan deficiente.

Muchas tardes, al salir de la escuela, Germán les decía:

—Vamos. Sé dónde hay nido de curas. Tiene doce crías. Está en la tapia del boticario.

O bien:

—Venid conmigo al prado del Indiano. Está lloviznando y los tordos saldrán a picotear las boñigas.

Germán, el Tiñoso, distinguía como nadie a las aves por la violencia o los espasmos del vuelo o por la manera de gorjear; adivinaba sus

instintos; conocía, con detalle, sus costumbres; presentía la influencia de los cambios atmosféricos en ellas y se diría que, de haberlo deseado, hubiera aprendido a volar.

Esto, como puede suponerse, constituía para el Mochuelo y el Moñigo un don de inapreciable valor. Si iban a pájaros no podía faltar la compañía de Germán, el Tiñoso, como a un cazador que se estime en algo no puede faltarle el perro.

Esta debilidad del hijo del zapatero le acarreó por otra parte muy serios y sensibles contratiempos. En cierta ocasión, buscando un nido de malvices entre la maleza de encima del túnel, perdió el equilibrio y cayó aparatosamente sobre la vía, fracturándose un pie. Al cabo de un mes, don Ricardo le dio por curado, pero Germán, el Tiñoso, renqueó de la pierna derecha durante toda su vida. Claro que a él no le importaba esto demasiado y siguió buscando nidos con el mismo inmoderado afán que antes del percance.

En otra ocasión, se desplomó desde un cerezo silvestre, donde acechaba a los tordos, sobre una enmarañada zarzamora. Una de las púas le rasgó el lóbulo de la oreja derecha de arriba a abajo, y como él no quiso cosérselo, le quedó el lobulillo dividido en dos como la cola de un frac.

Pero todo esto eran gajes del oficio y a Germán, el Tiñoso, jamás se le ocurrió lamentarse de su cojera, de su lóbulo partido, ni de sus calvas que, al decir de su padre, se las había contagiado un pájaro. Si los males provenían de los pájaros, bienvenidos fuesen. Era la suya una especie de resignación estoica cuyos límites no resultaban nunca previsibles.

—¿No te duele nunca eso? —le preguntó un día el Moñigo, refiriéndose a la oreja.

Germán, el Tiñoso, sonrió, con su sonrisa pálida y triste de siempre.

—Alguna vez me duele el pie cuando va a llover. La oreja no me duele nunca —dijo.

Pero para Roque, el Moñigo, el Tiñoso poseía un valor superior al de un simple experto pajarero. Éste era su propia endeblez constitucional. En este aspecto, Germán, el Tiñoso, significaba un cebo insuperable para buscar camorra. Y Roque, el Moñigo, precisaba de camorras como del pan de cada día. En las romerías de los pueblos colindantes, durante el estío, el Moñigo hallaba frecuentes ocasiones de ejercitar sus músculos. Eso sí, nunca sin una causa sobradamente justificada. Hay un afán latente de pujanza y hegemonía en el coloso de un pueblo hacia los colosos de los vecinos pueblos, villorrios y aldeas. Y Germán, el Tiñoso, tan enteco y delicado, constituía un buen punto de contacto entre Roque y sus adversarios; una magnífica piedra de toque para deslindar supremacías.

El proceso hasta la ruptura de hostilidades no variaba nunca.

Roque, el Moñigo, estudiaba el terreno desde lejos. Luego, susurraba al oído del Tiñoso:

—Acércate y quédate mirándolos, como si fueras a quitarles las avellanas que comen.

Germán, el Tiñoso, se acercaba atemorizado. De todas formas, la primera bofetada era inevitable. De otro lado, no era cosa de mandar al diablo su buena amistad con el Moñigo por un escozor pasajero. Se detenía a dos metros del grupo y miraba a sus componentes con insistencia. La conminación no se hacía esperar:

—No mires así, pasmado. ¿Es que no te han dado nunca una guarra?

El Tiñoso, impertérrito, sostenía la mirada sin pestañear y sin cambiar de postura, aunque las piernas le temblaban un poco. Sabía que Daniel, el Mochuelo, y Roque, el Moñigo, acechaban tras el estrado de la música. El coloso del grupo enemigo insistía:

—¿Oíste, mierdica? Te largas de ahí o te abro el alma en canal.

Germán, el Tiñoso, hacía como si no oyera, los dos ojos como dos faros, centrados en el paquete de avellanas, inmóvil y sin pronunciar palabra. En el fondo, consideraba ya el lugar del presunto impacto y si la hierba que pisaba estaría lo suficientemente mullida para paliar el golpe. El gallito adversario perdía la paciencia:

—Toma, fisgón, para que aprendas.

Era una cosa inexplicable, pero siempre, en casos semejantes, Germán, el Tiñoso, sentía antes la consoladora presencia del Moñigo a su espalda que el escozor del cachete. Su consoladora presencia y su voz próxima, caliente y protectora:

—Pegaste a mi amigo, ¿verdad? —y añadía mirando compasivamente a Germán—: ¿Le dijiste tú algo, Tiñoso?

—No abrí la boca. Me pegó porque le miraba.

La pelea ya estaba hecha y el Moñigo llevaba, además, la razón en cuanto que el otro había golpeado a su amigo sólo por mirarle, es decir, según las elementales normas del honor de los rapaces, sin motivo suficiente y justificado.

Y como la superioridad de Roque, el Moñigo, en aquel empeño era cosa descontada, siempre concluían sentados en el "campo" del grupo adversario y comiéndose sus avellanas.

VII

Entre ellos tres no cabían disensiones. Cada cual acataba de antemano el lugar que le correspondía en la pandilla. Daniel, el Mochuelo, sabía que no podía imponerse al Moñigo, aunque tuviera una inteligencia más aguda que la suya, y Germán, el Tiñoso, reconocía que estaba por debajo de los otros dos, a pesar de que su experiencia pajarera era mucho más sutil y vasta que la de ellos. La prepotencia, aquí, la determinaba el bíceps y no la inteligencia, ni las habilidades, ni la voluntad. Después de todo, ello era una cosa razonable, pertinente y lógica.

Ello no quita para que Daniel, el Mochuelo, fuera el único capaz de coger los trenes mercancías en pleno ahogo ascendente y aun los mixtos si no venían sin carga o con máquina nueva. El Moñigo y el Tiñoso corrían menos que él, pero la ligereza de las piernas tampoco justificaba una primacía. Representaba una estimable cualidad, pero sólo eso.

En las tardes dominicales y durante las vacaciones veraniegas los tres amigos frecuentaban los prados y los montes y la bolera y el río. Sus entretenimientos eran variados, cambiantes y un poco salvajes y elementales. Es fácil hallar diversión, a esa edad, en cualquier parte. Con los tirachinas hacían, en ocasiones, terribles carnicerías de tordos, mirlos y malvises. Germán, el Tiñoso, sabía que los tordos, los mirlos y los malvises, al fin y al cabo de la misma familia, aguardaban mejor que en otra parte, en las zarzamoras y los bardales, a las horas de calor. Para matarlos en los árboles o en la vía, cogiéndolos aún adormilados, era preciso madrugar. Por eso preferían buscarlos en plena canícula, cuando los animales sesteaban perezosamente entre la maleza. El tiro era, así, más corto, el blanco más reposado y, consiguientemente, la pieza resultaba más segura.

Para Daniel, el Mochuelo, no existía plato selecto comparable a los tordos con arroz. Si cobraba uno le gustaba, incluso, desplumarle por sí mismo y de esta forma pudo adivinar un día que casi todos los tordos tenían miseria debajo del plumaje. Le decepcionó la respuesta del Tiñoso al comunicarle su maravilloso descubrimiento.

—¿Ahora te enteras? Casi todos los pájaros tienen miseria bajo la pluma. Según mi padre, a mí me pegó las calvas un cuclillo.

Daniel, el Mochuelo, formó el propósito de no intentar nuevos descubrimientos concernientes a los pájaros. Si quería conocer algo de ellos resultaba más cómodo y rápido preguntárselo al Tiñoso.

Otros días iban al corro de bolos a jugar una partida. Aquí, Roque,

el Moñigo, les aventajaba de forma contundente. De nada servía que les concediese una apreciable ventaja inicial; al acabar la partida, ellos apenas si se habían movido de la puntuación obtenida de gracia, mientras el Moñigo rebasaba, sin esfuerzo, el máximo. En este juego, el Moñigo demostraba la fuerza y el pulso y la destreza de un hombre ya desarrollado. En los campeonatos que se celebraban por la Virgen, el Moñigo —que participaba con casi todos los hombres del pueblo— nunca se clasificaba por debajo del cuarto lugar. A su hermana Sara le sulfuraba esta precocidad.

—Bestia, bestia —decía—, que vas a ser más bestia que tu padre.

Paco, el herrero, la miraba con ojos esperanzados.

—Así lo quiera Dios —añadía, como si rezara.

Pero, quizá, donde los tres amigos encontraban un entretenimiento más intenso y completo era en el río, del otro lado de la tasca de Quino, el Manco. Se abría, allí, un prado extenso, con una gran encina en el centro y, al fondo, una escarpada muralla de roca viva que les independizaba del resto del valle. Enfrente de la muralla se hallaba la Poza del Inglés y, unos metros más abajo, el río se deslizaba entre rocas y guijos de poco tamaño, a escasa profundidad. En esta zona pescaban cangrejos a mano, levantando con cuidado las piedras y apresando fuertemente a los animalitos por la parte más ancha del caparazón, mientras éstos retorcían y abrían y cerraban patosamente sus pinzas en un postrer intento de evasión tesonero e inútil.

Otras veces, en la Poza del Inglés, pescaban centenares de pececillos que navegaban en bancos tan numerosos que, frecuentemente, las aguas negreaban por su abundancia. Bastaba arrojar a la poza una remanga con cualquier cebo artificial de tonos chillones para atraparlos por docenas. Lo malo fue que, debido al excesivo número y a la fácil captura, los muchachos empezaron por subestimarlos y acabaron despreciándolos del todo. Y otro tanto les ocurría con los ráspanos, las majuelas, las moras y las avellanas silvestres. Cooperaba no poco a fomentar este desdén el hecho de que don Moisés, el maestro, pusiera sus preferencias en los escolares que consumían bobamente sus horas libres recogiendo moras o majuelas para obsequiar con ellas a sus madres. O bien, pescando jaramugo. Y, por si esto fuera poco, estos mismos rapaces eran los que al final de curso obtenían diplomas, puntuaciones sobresalientes y menciones honoríficas. Roque, el Moñigo, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sentían hacia ellos un desdén tan hondo por lo menos como el que les inspiraban las moras, las avellanas silvestres y el jaramugo.

En las tardes calurosas de verano, los tres amigos se bañaban en la Poza del Inglés. Constituía un placer inigualable sentir la piel en contacto directo con las aguas, refrescándose. Los tres nadaban a estilo perruno, salpicando y removiendo las aguas de tal manera que,

mientras duraba la inmersión, no se barruntaba, en cien metros río abajo y otros tantos río arriba, la más insignificante señal de vida.

Una de estas tardes, mientras secaban sus cuerpecillos, tendidos al sol en el prado de la Encina, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, se enteraron, al fin, de lo que significaba tener el vientre seco y de lo que era un aborto. Tenían, entonces, siete y ocho años, respectivamente, y Roque, el Moñigo, se cubría con un remendado calzoncillo con lo de atrás delante y el Mochuelo y el Tiñoso se bañaban en cueros vivos porque todavía no les había nacido la vergüenza. Fue Roque, el Moñigo, quien se la despertó y aquella misma tarde.

Sin saber aún por qué, Daniel, el Mochuelo, relacionaba todo esto con una conversación sostenida con su madre, cuatro años atrás, al mostrarle él la estampa de una exuberante vaca holandesa.

—Qué bonita, ¿verdad, Daniel? Es una vaca lechera —dijo su madre.

El niño la miró estupefacto. Él no había visto leche más que en las perolas y los cántaros.

—No, madre, no es una vaca lechera; mira, no tiene cantaras —enmendó.

La madre reía silenciosamente de su ingenuidad. Le tomó en el regazo y aclaró:

—Las vacas lecheras no llevan cántaros, hijo.

Él la miró de frente para adivinar si le engañaba. Su madre se reía. Intuyó Daniel que algo, muy recóndito, había detrás de todo aquello. Aún no sabía que existiera "eso", porque sólo tenía tres años, pero en aquel instante lo presintió.

—¿Dónde llevan la leche entonces, madre? —indagó, ganado por un súbito afán de aclararlo todo.

Su madre se reía aún. Tartamudeó un poco, sin embargo, al contestarle:

—En... la barriga, claro —dijo.

Como una explosión retumbó la perplejidad del niño:

—¿Queeeeé?

—Que las vacas lecheras llevan la leche en la barriga, Daniel —agregó ella, y le apuntaba con la chata uña la ubre prieta de la vaca de la estampa.

Dudó un momento Daniel, el Mochuelo, mirando la ubre esponjosa; señaló el pezón.

—¿Y la leche sale por ese grano? —dijo.

—Sí, hijito, por ese grano sale.

Aquella noche, Daniel no pudo hablar ni pensar en otra cosa. Intuía en todo aquello un misterio velado para él, pero no para su madre. Ella se reía como no se reía otras veces, al preguntarle otras cosas.

Paulatinamente, el Mochuelo se fue olvidando de aquello. Meses después, su padre compró una vaca. Más tarde conoció las veinte vacas del boticario y las vio ordeñar. Daniel, el Mochuelo, se reía mucho luego al solo pensamiento de que hubiera podido imaginar alguna vez que las vacas sin cántaras no daban leche.

Aquella tarde, en el prado de la Encina, junto al río, mientras el Moñigo hablaba, él se acordó de la estampa de la vaca holandesa. Acababan de chapuzarse y un vientecillo ahilado les secaba el cuerpo a fríos lengüetazos. Con todo, flotaba un calor excesivo y pegajoso en el ambiente. Tumbados boca arriba en la pradera, vieron pasar por encima un enorme pájaro.

—¡Mirad! —chilló el Mochuelo—. Seguramente será la cigüeña que espera la maestra de La Cullera. Va en esa dirección.

Cortó el Tiñoso:

—No es una cigüeña; es una grulla.

El Moñigo se sentó en la hierba frunciendo los labios en un gesto hosco y enfurruñado. Daniel, el Mochuelo, contempló con envidia cómo se inflaba y desinflaba su enorme tórax.

—¿Qué demonio de cigüeña espera la maestra? ¿Así andáis todavía? —dijo el Moñigo.

El Mochuelo y el Tiñoso se incorporaron también, sentándose en la hierba. Ambos miraban anhelantes al Moñigo; intuían que algo iba a decir de "eso". El Tiñoso le dio pie.

—¿Quién trae los niños, entonces? —dijo.

Roque, el Moñigo, se mantenía serio, consciente de su superioridad en aquel instante.

—El parir —dijo, seco, rotundo.

—¿El parir? —inquirieron, a dúo, el Mochuelo y el Tiñoso.

El otro remachó:

—Sí, el parir. ¿Visteis alguna vez parir a una coneja? —dijo.

—Sí.

—Pues es igual.

En la cara del Mochuelo se dibujó un cómico gesto de estupor.

—¿Quieres decir que todos somos conejos? —aventuró.

Al Moñigo le enojaba la torpeza de sus interlocutores.

—No es eso —dijo—. En vez de una coneja es una mujer; la madre de cada uno.

Brilló en las pupilas del Tiñoso un extraño resplandor de inteligencia.

—La cigüeña no trae los niños entonces, ¿verdad? Ya me parecía raro a mí —explicó—. Yo me decía, ¿por qué mi padre va a tener diez visitas de la cigüeña y la Chata, la vecina, ninguna y está deseando tener un hijo y mi padre no quería tantos?

El Moñigo bajó la voz. En torno había un silencio que sólo

quebraban el cristalino chapaleo de los rápidos del río y el suave roce del viento contra el follaje. El Mochuelo y el Tiñoso tenían la boca abierta. Dijo el Moñigo:

—Les duele la mar, ¿sabéis?

Estalló el reticente escepticismo del Mochuelo:

—¿Por qué sabes tú esas cosas?

—Eso lo sabe todo cristiano menos vosotros dos, que vivís embobados —dijo el Moñigo—. Mi madre se murió de lo mucho que le dolía cuando nací yo. No se puso enferma ni nada; se murió de dolor. Hay veces que, por lo visto, el dolor no se puede resistir y se muere uno. Aunque no estés enfermo, ni nada; sólo es el dolor. —Emborrachado por la ávida atención del auditorio, añadió—: Otras mujeres se parten por la mitad. Se lo he oído decir a la Sara.

Germán, el Tiñoso, inquirió:

—Más tarde sí se ponen enfermas, ¿no es cierto?

El Moñigo acentuó el misterio de la conversación bajando aún más la voz:

—Se ponen enfermas al ver al niño —confesó—. Los niños nacen con el cuerpo lleno de vello y sin ojos, ni orejas, ni narices. Sólo tienen una boca muy grande para mamar. Luego les van naciendo los ojos, y las orejas, y las narices y todo.

Daniel, el Mochuelo, escuchaba las palabras del Moñigo todo estremecido y anhelante. Ante sus ojos se abría una nueva perspectiva que, al fin y al cabo, no era otra cosa que la justificación de la vida y la humanidad. Sintió una repentina vergüenza de hallarse enteramente desnudo al aire libre. Y, al tiempo, experimentó un amor remozado, vibrante e impulsivo hacia su madre. Sin él saberlo, notaba, por primera vez, dentro de sí, la emoción de la consanguinidad. Entre ellos había un vínculo, algo que hacía, ahora, de su madre una causa imprescindible, necesaria. La maternidad era más hermosa así; no se debía al azar, ni al capricho un poco absurdo de una cigüeña. Pensó Daniel, el Mochuelo, que de cuanto sabía de "eso", era esto lo que más le agradaba; el saberse consecuencia de un gran dolor y la coincidencia de que ese dolor no lo hubiera esquivado su madre porque deseaba tenerle precisamente a él.

Desde entonces, miró a su madre de otra manera, desde un ángulo más humano y simple, pero más sincero y estremecido también. Era una sensación extraña la que le embargaba en su presencia; algo así como si sus pulsos palpitasen al unísono, uniformemente; una impresión de paralelismo y mutua necesidad.

En lo sucesivo, Daniel, el Mochuelo, siempre que iba a bañarse a la Poza del Inglés, llevaba un calzoncillo viejo y remendado, como el Moñigo, y se ponía lo de atrás delante. Y, entonces, pensaba en lo feo que debía ser él nada más nacer, con todo el cuerpo cubierto de vello

y sin ojos, ni orejas, ni narices, ni nada... Sólo una bocaza enorme y ávida para mamar. "Como un topo", pensaba. Y el primer estremecimiento se transformaba al poco rato en una risa espasmódica y contagiosa.

VIII

Según Roque, el Moñigo, la Guindilla menor era una de las mujeres del pueblo que tenía el vientre seco. Esto, aunque de difícil comprobación, no suponía nada de particular porque las Guindillas, más o menos, lo tenían seco todo.

La Guindilla menor regresó al pueblo en el tranvía interprovincial a los tres meses y cuatro días, exactamente, de su fuga. El regreso, como antes la fuga, constituyó un acontecimiento en todo el valle, aunque, también, como todos los acontecimientos, pasó y se olvidó y fue sustituido por otro acontecimiento que, a su vez, le ocurrió otro tanto y también se olvidó. Pero, de esta manera, iba elaborándose, poco a poco, la pequeña y elemental historia del valle. Claro que la Guindilla regresó sola, y a don Dimas, el del Banco, no se le volvió a ver el pelo, a pesar de que don José, el cura prejuzgaba que no era mal muchacho. Bueno o malo, don Dimas se disolvió en el aire, como se disolvía, sin dejar rastro, el eco de las montañas.

Fue Cuco, el factor, quien primero llevó la noticia al pueblo. Después de la "radio" de don Ramón, el boticario, Cuco, el factor, era la compañía más codiciada del lugar. Sus noticias eran siempre frescas y curiosas, aunque no siempre edificantes. Cuco, el factor, ostentaba una personalidad rolliza, pujante, expansiva y físicamente optimista. Daniel, el Mochuelo, le admiraba; admiraba su carácter, sus conocimientos y la simplicidad con que manejaba y controlaba la salida, entrada y circulación de los trenes por el valle. Todo esto implicaba una capacidad; la ductilidad y el talento de organización de un factor no se improvisan.

Irene, la Guindilla menor, al apearse del tren, llevaba lágrimas en los ojos y parecía más magra y consumida que cuando marchó, tres meses antes. Aparentaba caminar bajo el peso de un fardo invisible que la obligaba a encorvarse por la cintura. Eran, sin duda, los remordimientos. Vestía como suelen vestir las mujeres viudas, muy viudas, toda enlutada y con una mantilla negra y tupida que le escamoteaba el rostro.

Había llovido durante el día y la Guindilla, al subir la varga, camino del pueblo, no se preocupaba de sortear los baches, antes bien parecía encontrar algún raro consuelo en la inmersión repetida de sus piececitos en los charcos y el fango de la carretera.

Lola, la Guindilla mayor, quedó pasmada al sorprender a su hermana, indecisa, a la puerta de la tienda. Se pasó la mano repetidamente por los ojos como queriendo disipar alguna mala

aparición.

—Sí, soy yo, Lola —murmuró la menor—. No te extrañes. Aunque pecadora y todo, he vuelto. ¿Me perdonas?

—¡Por los siglos de los siglos! Ven aquí. Pasa —dijo la Guindilla mayor.

Desaparecieron las dos hermanas en la trastienda. Ya en ella, se contemplaron una a otra en silencio. La Guindilla menor se mantenía encogida y cabizbaja y humillada. La mayor aparentaba haber engordado instantáneamente con el regreso y el arrepentimiento de la otra.

—¿Sabes lo que has hecho, Irene? —fue lo primero que le dijo.

—Calla, por favor —gimoteó la hermana, y se desplomó sobre el tablero de la mesa, llorando a moco tendido.

La Guindilla mayor respetó el llanto de su hermana. El llanto era necesario para lavar la conciencia. Cuando Irene se incorporó, las dos hermanas se miraron de nuevo a los ojos. Apenas precisaban de palabras para entenderse. La comprensión brotaba de lo inexpresado:

—Irene, ¿has...?

—He...

—¡Dios mío!

—Me engañó.

—¿Te engañó o te engañaste?

—Como quieras, hermana.

—¿Era tu marido cuando...?

—No... No lo es ahora, siquiera.

—¡Dios mío! ¿Esperas...?

—No. Él me dijo... él me dijo...

Se le rompió la voz en un sollozo. Se hizo otro silencio. Al cabo, la Guindilla mayor inquirió:

—¿Qué te dijo?

—Que era machorra.

—¡Canalla!

—Ya lo ves; no puedo tener hijos.

La Guindilla mayor perdió de repente los buenos modales y, con éstos, los estribos.

—Ya sabes lo que has hecho, ¿verdad? Has tirado la honra. La tuya, la mía y la de la bendita memoria de nuestros padres...

—No. Eso no, Lola, por amor de Dios.

—¿Qué otra cosa, entonces?

—Las mujeres feas no tenemos honra, desengáñate, hermana.

Decía esto con gesto resignado, aplanada por un inexorable convencimiento. Luego añadió:

—Él lo dijo así.

—La reputación de una mujer es más preciosa que la vida, ¿no lo

sabías?

—Lo sé, Lola.

—¿Entonces?

—Haré lo que tú digas, hermana.

—¿Estás dispuesta?

La Guindilla menor agachó la cabeza.

—Lo estoy —dijo.

—Vestirás de luto el resto de tu vida y tardarás cinco años en asomarte a la calle. Ésas son mis condiciones, ¿las aceptas?

—Las acepto.

—Sube a casa, entonces.

La Guindilla mayor cerró con llave la puerta de la tienda y subió tras ella. Ya en su cuarto, la Guindilla menor se sentó en el borde de la cama; la mayor trajo una palangana con agua tibia y le lavó los pies. Durante esta operación permanecieron en silencio. Al concluir, la Guindilla menor suspiró y dijo:

—Ha sido un malvado, ¿sabes?

La Guindilla mayor no contestó. Le imbuía un seco respeto el ademán de desolación de su hermana. Ésta continuó:

—Quería mi dinero. El muy sinvergüenza creía que teníamos mucho dinero; un montón de dinero.

— ¿Por qué no le dijiste a tiempo que entre las dos sólo sumábamos mil duros?

—Hubiera sido mi perdición, hermana. Me hubiera abandonado y yo estaba enamorada de él.

—Callar es lo que te ha perdido, loca.

—Lo gastó todo, ¿sabes?

—¿Qué?

—Vivió conmigo mientras duró el dinero. Se acabó el dinero, se acabó Dimas. Luego me dejó tirada como a una perdida. Dimas es un mal hombre, Lola. Es un hombre perverso y cruel.

Las escuálidas mejillas de la Guindilla mayor se encendieron aún más de lo que habitualmente estaban.

—Es un ladrón. Eso es lo que es. Igual, lo mismo que el otro Dimas —dijo.

Se quedó silenciosa al apagarse su arrebato. Repentinamente los escrúpulos empezaron a socavarle la conciencia. ¿Qué es lo que había dicho de Dimas, el buen ladrón? ¿No gustaba el Señor de esta clase de arrepentidos? La Guindilla mayor sintió un vivo remordimiento. "De todo corazón te pido perdón, Dios mío", se dijo. Y se propuso que al día siguiente, nada más levantarse, iría a reconciliarse con don José; él sabría perdonarla y consolarla. Esto era lo que la urgía: un poco de consuelo.

Se pasó, de nuevo, la mano por los ojos, tratando de desvanecer la

pesadilla. Luego se sonó ruidosamente la larga nariz y dijo:

—Está bien, hermana; cámbiate de ropa. Yo vuelvo a la tienda. Cuando acabes puedes regar los geranios de la galería como hacías siempre antes de la desgracia. Mañana verás a don José. Has de lavar cuanto antes tu alma empecatada.

La Guindilla menor la interrumpió:

—¡Lola!

—¿Qué?

—Me da mucha vergüenza.

—¿Es que todavía te queda algo?

—¿De qué?

—De vergüenza.

Irene hizo un mohín de desesperación.

—No lo puedo remediar, hermana.

—Vergüenza debería haberte dado escaparte con un hombre desconocido. ¡Por Dios bendito que entonces no hiciste tanto remilgo!

—Es que don José, don José... es un santo, Lola, compréndelo. No entendería mi flaqueza.

—Don José comprende todas las flaquezas humanas, Irene. Dios está en él. Además, una buena confesión forma también parte de mis condiciones, ¿entiendes?

Se oyó el tintineo de una moneda contra los cristales de la tienda. La Guindilla mayor se impacientó:

—Vamos, decídete, hermana; llaman abajo.

Irene, la Guindilla menor, accedió, al fin:

—Está bien, Lola; mañana me confesaré. Estoy decidida.

La Guindilla mayor descendió a la tienda. Dio media vuelta a la llave y entró Catalina, la Lepórida. Ésta, al igual que sus hermanas, tenía el labio superior plegado como los conejos y su naricita se fruncía y distendía incesantemente como si incesantemente olisquease. Las llamaban, por eso, las Lepóridas. También las apodaban las Cacas, porque se llamaban Catalina, Carmen, Camila, Caridad y Casilda y el padre había sido tartamudo.

Catalina se aproximó al mostrador.

—Una peseta de sal —dijo.

Mientras la Guindilla mayor la despachaba, ella alzó la carita de liebre hacia el techo y durante unos segundos vibraron nerviosamente las aletillas de su nariz.

—Lola, ¿es que tienes forasteros?

La Guindilla se cerró, hermética. Las Lepóridas eran las telefonistas del pueblo y conocían las noticias casi tan pronto como Cuco, el factor. Respondió cauta:

—No, ¿por qué?

—Parece que se oye ruido arriba.

—Será el gato.
—No, no; son pisadas.
—También el gato pisa.
—Entiéndeme, son pisadas de personas. No serán ladrones, ¿verdad?
La Guindilla mayor cortó:
—Toma, la sal.
La Lepórida miró de nuevo al techo, olisqueó el ambiente con insistencia y, ya en la puerta, se volvió:
—Lola, sigo oyendo pisadas arriba.
—Está bien. Vete con Dios.
Pocas veces la tienda de las Guindillas estuvo tan concurrida como aquella tarde y pocas veces también, de tan crecido número de clientes, salió una caja tan mezquina.
Rita, la Tonta, la mujer del zapatero, fue la segunda en llegar.
—Dos reales de sal —pidió.
— ¿No lo llevaste ayer?
—Puede. Quiero más.
Al cabo de una pausa, Rita, la Tonta, bajó la voz:
—Digo que tienes luz arriba. Estará corriendo el contador.
—¿Vas a pagármelo tú?
—Ni por pienso.
—Entonces déjalo que corra.
Llegaron después la Basi, la criada del boticario; Nuca, la del Chano; María, la Chata, que también tenía el vientre seco; Sara, la Moñiga; las otras cuatro Lepóridas; Juana, el ama de don Antonino, el marqués; Rufina, la de Pancho, que desde que se casó tampoco creía en Dios ni en los santos, y otras veinte mujeres más. Salvo las cuatro Lepóridas, todas iban a comprar sal y todas oían pisadas arriba o se inquietaban, al ver luz en los balcones, por la carrera del contador.
A las diez, cuando ya el pueblo se rendía al silencio, se oyó la voz potente, un poco premiosa y arrastrada de Paco, el herrero. Iba éste haciendo eses por la carretera y ante los balcones de las Guindillas se detuvo. Portaba una botella en la mano derecha y, con la izquierda, se rascaba incesantemente el cogote. Las frases que voceaba hubiesen resultado abstrusas e incoherentes si todo el pueblo no hubiera estado al cabo de la calle.
—¡Viva la hermana pródiga! ¡Viva la mujer de los muslos escurridos y el pecho de tabla!... —Hizo un cómico gesto de estupor, se rascó otra vez el cogote, eructó, volvió a mirar a los balcones y remató:
—¿Quién te robó el corazón? ¡Dimas, el buen ladrón!
Y se reía él solo, incrustando el poderoso mentón en el pecho gigantesco. Las Guindillas apagaron la luz y observaron al escandaloso por una rendija de la ventana. "Este perdido tenía que ser", murmuró

Lola, la Guindilla mayor, al descubrir los destellos que el mortecino farolillo de la esquina arrancaba del pelo híspido y rojo del herrero. Cuando éste pronunció el nombre de Dimas, le entró una especie de ataque de nervios a la Guindilla menor. "Por favor, echa a ese hombre de ahí; que se vaya ese hombre, hermana. Su voz me vuelve loca", dijo. La Guindilla mayor agarró el cubo donde desaguaba el lavabo, entreabrió la ventana y vertió su contenido sobre la cara de Paco, el herrero, que en ese momento iniciaba un nuevo vítor:

—¡Vivan las...!

El remojón le cortó la frase. El borracho miró al cielo con gesto estúpido, extendió sus manazas poniéndose en cruz y murmuró para sí, al tiempo que avanzaba tambaleándose carretera adelante:

—Vaya, Paco, a casita. Ya está diluviando otra vez.

IX

Comprendía Daniel, el Mochuelo, que ya no le sería fácil dormirse. Su cabeza, desbocada hacia los recuerdos, en una febril excitación, era un hervidero apasionado, sin un momento de reposo. Y lo malo era que al día siguiente habría de madrugar para tomar el rápido que le condujese a la ciudad. Pero no podía evitarlo. No era Daniel, el Mochuelo, quien llamaba a las cosas y al valle, sino las cosas y el valle quienes se le imponían, envolviéndole en sus rumores vitales, en sus afanes ímprobos, en los nimios y múltiples detalles de cada día.

Por la ventana abierta, frente a su camastro quejumbroso, divisaba la cresta del Pico Rando, hincándose en la panza estrellada del cielo. El Pico Rando asumía de noche una tonalidad mate y tenebrosa. Mandaba en el valle esta noche como había mandado en él a lo largo de sus once años, como mandaba en Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, su amigo Roque, el Moñigo. La pequeña historia del valle se reconstruía ante su mirada interna, ante los ojos de su alma, y los silbidos distantes de los trenes, los soñolientos mugidos de las vacas, los gritos lúgubres de los sapos bajo las piedras, los aromas húmedos y difusos de la tierra avivaban su nostalgia, ponían en sus recuerdos una nota de palpitante realidad.

Después de todo, esta noche era como tantas otras en el valle, sin ir más lejos como la primera vez que saltaron la tapia de la finca del Indiano para robarle las manzanas. Las manzanas, al fin y al cabo, no significaban nada para el Indiano, que en Méjico tenía dos restaurantes de lujo, un establecimiento de aparatos de radio y tres barcos destinados al cabotaje. Tampoco para ellos significaban mucho las manzanas del Indiano, la verdad, puesto que todos ellos recogían buenas manzanas en los huertos de sus casas, bien mirado, tan buenas manzanas como las que tenía Gerardo, el Indiano, en los árboles de su finca. ¿Que por qué las robaban? Eso constituía una cuestión muy compleja. Quizá, simplificando, porque ninguno de ellos, entonces, rebasaba los nueve años y la emoción de lo prohibido imprimía a sus actos rapaces un encanto indefinible. Le robaban las manzanas al Indiano por la misma razón que en los montes, o en el prado de la Encina, después del baño, les gustaba hablar de "eso" y conjeturar sobre "eso", que era, no menos, el origen de la vida y su misterio.

Cuando Gerardo se fue del pueblo todavía no era el Indiano, era sólo el hijo más pequeño de la señora Micaela, la carnicera y, según decía ésta, el más tímido de todos sus hijos. La madre afirmaba que Gerardo "era el más tímido de todos", pero en el pueblo aseguraban

que Gerardo antes de marchar era medio tonto y que en Méjico, si se iba allá, no serviría más que para bracero o cargador de muelle. Pero Gerardo se fue y a los veinte años de su marcha regresó rico. No hubo ninguna carta por medio, y cuando el Indiano se presentó en el valle, los gusanos ya se habían comido el solomillo, el hígado y los riñones de su madre, la carnicera.

Gerardo, que ya entonces era el Indiano, lloró un rato en el cementerio, junto a la iglesia, pero no lloró con los mocos colgando como cuando pequeño, ni se le caía la baba como entonces, sino que lloró en silencio y sin apenas verter lágrimas, como decía el ama de don Antonino, el marqués, que lloraban en las ciudades los elegantes. Ello implicaba que Gerardo, el Indiano, se había transformado mucho. Sus hermanos, en cambio, seguían amarrados al lugar, a pesar de que, en opinión de su madre, eran más listos que él; César, el mayor, con la carnicería de su madre, vendiendo hígados, solomillos y riñones de vaca a los vecinos para luego, al cabo de los años, hacer lo mismo que la señora Micaela y donar su hígado, su solomillo y sus riñones a los gusanos de la tierra. Una conducta, en verdad, inconsecuente e inexplicable. El otro, Damián, poseía una labranza medianeja en la otra ribera del río. Total nada, unas obradas de pradera y unos lacios y barbudos maizales. Con eso vivía y con los cuatro cuartos que le procuraba la docena de gallinas que criaba en el corral de su casa.

Gerardo, el Indiano, en su primera visita al pueblo, trajo una mujer que casi no sabía hablar, una hija de diez años y un "auto" que casi no metía ruido. Todos, hasta el auto, vestían muy bien y cuando Gerardo dijo que allá, en Méjico, había dejado dos restaurantes de lujo y dos barcos de cabotaje, César y Damián le hicieron muchas carantoñas a su hermano y quisieron volverse con él, a cuidar cada uno de un restaurante y un barco de cabotaje. Pero Gerardo, el Indiano, no lo consintió. Eso sí, les montó en la ciudad una industria de aparatos eléctricos y César y Damián se fueron del valle, renegaron de él y de sus antepasados y sólo de cuando en cuando volvían por el pueblo, generalmente por la fiesta de la Virgen, y entonces daban buenas propinas y organizaban carreras de sacos y carreras de cintas y ponían cinco duros de premio en la punta de la cucaña. Y usaban sombreros planchados y cuello duro.

Los antiguos amigos de Gerardo le preguntaron cómo se había casado con una mujer rubia y que casi no sabía hablar, siendo él un hombre de importancia y posición como, a no dudar, lo era. El Indiano sonrió sin aspavientos y les dijo que las mujeres rubias se cotizaban mucho en América y que su mujer sí que sabía hablar, lo que ocurría era que hablaba en inglés porque era yanqui. A partir de aquí, Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", llamó "Yanqui" a su perro, porque decía que hablaba lo mismo que la mujer de Gerardo, el

Indiano.

Gerardo, el Indiano, no renegó, en cambio, de su pueblo. Los ricos siempre se encariñan, cuando son ricos, por el lugar donde antes han sido pobres. Parece ser ésta la mejor manera de demostrar su cambio de posición y fortuna y el más viable procedimiento para sentirse felices al ver que otros que eran pobres como ellos siguen siendo pobres a pesar del tiempo.

Compró la casa de un veraneante, frente a la botica, la reformó de arriba abajo y pobló sus jardines de macizos estridentes y árboles frutales. De vez en cuando, venía por el pueblo a pasar una temporada. Últimamente reconoció ante sus antiguos amigos que las cosas le iban bien y que ya tenía en Méjico tres barcos de cabotaje, dos restaurantes de lujo y una representación de receptores de radio. Es decir, un barco de cabotaje más que la primera vez que visitó el pueblo. Lo que no aumentaban eran los hijos. Tenía sólo a la Mica —la llamaban Mica, tan sólo, aunque se llamaba como su abuela, pero, según decía el ama de don Antonino, el marqués, los ricos, en las ciudades, no podían perder el tiempo en llamar a las personas por sus nombres enteros— y la delgadez extremada de la yanqui, que también caía por el valle de ciento en viento, no daba ocasión a nuevas esperanzas. César y Damián hubieran preferido que por no existir, no existiera ni la Mica, por más que cuando ella venía de América le regalaban flores y cartuchos de bombones y la llevaban a los mejores teatros y restaurantes de la ciudad. Esto decía, al menos, el ama de don Antonino, el marqués.

La Mica cogió mucho cariño al pueblo de su padre. Reconocía que Méjico no la iba y Andrés, el zapatero, argüía que se puede saber a ciencia cierta "si nos va" o "no nos va" un país cuando en él se dispone de dos restaurantes de lujo, una representación de aparatos de radio y tres barcos de cabotaje. En el valle, la Mica no disponía de eso y, sin embargo, era feliz. Siempre que podía hacía una escapada al pueblo y allí se quedaba mientras su padre no la ordenaba regresar. Últimamente, la Mica, que ya era una señorita, permanecía grandes temporadas en el pueblo estando sus padres en Méjico. Sus tíos Damián y César, que en el pueblo les decían "los Ecos del Indiano", velaban por ella y la visitaban de cuando en cuando.

Daniel, el Mochuelo, nació precisamente en el tránsito de los dos barcos de cabotaje a los tres barcos de cabotaje, es decir, cuando Gerardo, el Indiano, ahorraba para adquirir el tercer barco de cabotaje. Por entonces, la Mica ya tenía nueve años para diez y acababa de conocer el pueblo.

Pero cuando a Roque, el Moñigo, se le ocurrió la idea de robar las manzanas del Indiano, Gerardo ya tenía los tres barcos de cabotaje y la Mica, su hija, diecisiete años. Por estas fechas, Daniel, el Mochuelo,

ya era capaz de discernir que Gerardo, el Indiano, había progresado, y bien, sin necesidad de estudiar catorce años y a pesar de que su madre, la Micaela, decía de él que era "el más tímido de todos" y de que andaba por el pueblo todo el día de Dios con los mocos colgando y la baba en la barbilla. Fuera o no fuera así, lo contaban en el pueblo y no era cosa de recelar que existiera un acuerdo previo entre todos los vecinos para decirle una cosa que no era cierta. Cuando saltaron la tapia del Indiano, Daniel, el Mochuelo, tenía el corazón en la garganta. En verdad, no sentía apetito de manzanas ni de ninguna otra cosa que no fuera tomar el pulso a una cosa prohibida. Roque, el Moñigo, fue el primero en dejarse caer del otro lado de la tapia. Lo hizo blandamente, con una armonía y una elegancia casi felinas, como si sus rodillas y sus ingles estuvieran montadas sobre muelles. Después les hizo señas con la mano, desde detrás de un árbol, para que se apresurasen. Pero lo único que se apresuraba de Daniel, el Mochuelo, era el corazón, que bailaba como un loco desatado. Notaba los miembros envarados y una oscura aprensión mermaba su natural osadía. Germán, el Tiñoso, saltó el segundo, y Daniel, el Mochuelo, el último.

En cierto modo, la conciencia del Mochuelo estaba tranquila. Las manías de la Guindilla mayor se le habían contagiado en las últimas semanas. Por la mañana había preguntado a don José, el cura, que era un gran santo:

—Señor cura, ¿es pecado robar manzanas a un rico?

Don José había meditado un momento antes de clavar sus ojillos, como puntas de alfileres, en él:

—Según, hijo. Si el robado es muy rico, muy rico y el ladrón está en caso de extremada necesidad y coge una manzanita para no morir de hambre, Dios es comprensivo y misericordioso y sabrá disculparle.

Daniel, el Mochuelo, quedó apaciguado interiormente. Gerardo, el Indiano, era muy rico, muy rico, y, en cuanto a él, ¿no podía sobrevenirle una desgracia como a Pepe, el Cabezón, que se había vuelto raquítico por falta de vitaminas y don Ricardo, el médico, le dijo que comiera muchas manzanas y muchas naranjas si quería curarse? ¿Quién le aseguraba que si no comía las manzanas del Indiano no le acaecería una desgracia semejante a la que aquejaba a Pepe, el Cabezón?

Al pensar en esto, Daniel, el Mochuelo, se sentía más aliviado. También le tranquilizaba no poco saber que Gerardo, el Indiano, y la yanqui estaban en Méjico, la Mica con "los Ecos del Indiano" en la ciudad, y Pascualón, el del molino, que cuidaba de la finca, en la tasca del Chano disputando una partida de mus. No había, por tanto, nada que temer. Y, sin embargo, ¿por qué su corazón latía de este modo desordenado, y se le abría un vacío acuciante en el estómago, y se le

doblaban las piernas por las rodillas? Tampoco había perros. El Indiano detestaba este medio de defensa. Tampoco, seguramente, timbres de alarma, ni resortes sorprendentes, ni trampas disimuladas en el suelo. ¿Por qué temer, pues?

Avanzaban cautelosamente, moviéndose entre las sombras del jardín, bajo un cielo alto, tachonado de estrellas diminutas. Se comunicaban por tenues cuchicheos y la hierba crujía suavemente bajo sus pies y este ambiente de roces imperceptibles y misteriosos susurros crispaba los nervios de Daniel, el Mochuelo.

—¿Y si nos oyera el boticario? —murmuró éste de pronto.

—¡Chist!

El contundente siseo de Roque, el Moñigo, le hizo callar. Se internaban en la huerta. Apenas hablaban ya sino por señas y las muecas nerviosas de Roque, el Moñigo, cuando tardaban en comprenderle, adquirían, en las medias tinieblas, unos tonos patéticos impresionantes.

Ya estaban bajo el manzano elegido. Crecía unos pies por detrás del edificio. Roque, el Moñigo, dijo:

—Quedaos aquí; yo sacudiré el árbol.

Y se subió a él sin demora. Las palpitaciones del corazón del Mochuelo se aceleraron cuando el Moñigo comenzó a zarandear las ramas con toda su enorme fuerza y los frutos maduros golpeaban la hierba con un repiqueteo ininterrumpido de granizada. Él y Germán, el Tiñoso, no daban abasto para recoger los frutos desprendidos. Daniel, el Mochuelo, al agacharse, abría la boca, pues a ratos le parecía que le faltaba el aire y se ahogaba. Súbitamente, el Moñigo dejó de zarandear el árbol.

—Mirad; está ahí el coche —murmuró, desde lo alto, con una extraña opacidad en la voz.

Daniel y el Tiñoso miraron hacia la casa en tinieblas. La aleta del coche negro del Indiano, que metía menos ruido aún que el primero que trajo al valle, rebrillaba tras la esquina de la vivienda. A Germán, el Tiñoso, le temblaron los labios al exigir:

—Baja aprisa; debe de estar ella.

Daniel, el Mochuelo, Y Germán, el Tiñoso, se movían doblados por los riñones, para soportar mejor las ingentes brazadas de manzanas. El Mochuelo sintió un miedo inmenso de que alguien pudiera sorprenderle así. Apoyó con vehemencia al Tiñoso:

—Vamos, baja, Moñigo. Ya tenemos suficientes manzanas.

El temor les hacía perder la serenidad. La voz de Daniel, el Mochuelo, sonaba agitada, en un tono superior al simple murmullo. Roque, el Moñigo, quebró una rama con el peso del cuerpo al tratar de descender precipitadamente. El chasquido restalló como un disparo en aquella atmósfera queda de roces y susurros. Su excitación iba en

aumento:

—¡Cuidado, Moñigo!

—Yo voy saliendo.

—¡Narices!

—Gallina el que salte la tapia primero.

No es fácil determinar de dónde surgió la aparición. Daniel, el Mochuelo, después de aquello, se inclinaba a creer en brujas, duendes y fantasmas. Ella, la Mica, estaba ante ellos, alta y esbelta, embutida en un espectral traje blanco. En las densas tinieblas, su figura adquiría una presencia ultraterrena, algo parecido al Pico Rando, sólo que más vago y huidizo.

—Conque sois vosotros los que robáis las manzanas, ¿eh? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, fueron dejando resbalar los frutos, uno a uno, hasta el suelo. La consternación les agarrotaba. La Mica hablaba con naturalidad, sin destemplanza en el tono de voz:

—¿Os gustan las manzanas?

Tembló, un instante, en el aire, la amedrentada afirmación de Daniel, el Mochuelo:

—Siiií...

Se oyó la risa amortiguada de la Mica, como si brotase a impulsos de una oculta complacencia.

Luego dijo:

—Tomad dos manzanas cada uno y venid conmigo.

La obedecieron. Los cuatro se encaminaron hacia el porche. Una vez allí, la Mica giró un conmutador, oculto tras una columna, y se hizo la luz. Daniel, el Mochuelo, agradeció que una columna piadosa se interpusiera entre la lámpara y su rostro abatido. La Mica, sin ton ni son, volvió a reír espontáneamente. A Daniel, el Mochuelo, le asaltó el temor de que fuera a entregarles a la Guardia Civil.

Nunca había visto tan próxima a la hija del Indiano y su rostro y su silueta iban haciéndole olvidar por momentos la comprometida situación. Y también su voz, que parecía el suave y modulado acento de un jilguero. Su piel era tersa y tostada y sus ojos oscuros y sombreados por unas pestañas muy negras. Los brazos eran delgados y elásticos, y éstos y sus piernas, largas y esbeltas, ofrecían la tonalidad dorada de la pechuga del macho de perdiz. Al desplazarse, la ingravidez de sus movimientos producían la sensación de que podría volar y perderse en el espacio lo mismo que una pompa de jabón.

—Está bien —dijo, de pronto—. De modo que los tres sois unos ladronzuelos.

Daniel, el Mochuelo, se confesó que podría pasarse la vida oyéndola a ella decir que era un ladronzuelo y sin cansarse lo más mínimo. El decir ella "ladronzuelo" era lo mismo que si le acariciase las mejillas con las dos manos, con sus dos manos pequeñas, ligeras y vitales.

La Mica se recostó en una tumbona y su figura se estilizó aún más. Dijo:

—No voy a haceros nada esta vez. Voy a dejaros marchar. Pero vais a prometerme que en lo sucesivo si queréis manzanas me las pediréis a mí y no saltaréis la tapia furtivamente, como si fuerais ladrones.

Les miró, uno tras otro, y todos asintieron con la cabeza.

—Ahora podéis iros —concluyó.

Los tres amigos salieron, en silencio, por el portón a la carretera. Anduvieron unos pasos sin cambiar palabra. Su silencio era pesado y macizo, impuesto por la secreta conciencia de que si aún andaban sueltos por el mundo se debía, más que a su propia habilidad y maña, al favor y la compasión del prójimo. Esto, y más en la infancia, siempre resulta un poco deprimente.

Roque, el Moñigo, miró de refilón al Mochuelo. Caminaba éste con la boca abierta y los ojos ausentes, como en éxtasis. El Moñigo le zarandeó por un brazo y dijo:

—¿Qué te pasa, Mochuelo? Estás como alelado.

Y, sin esperar respuesta, arrojó con fuerza sus dos manzanas contra los bultos informes y oscuros que pastaban pacientemente en el prado del boticario.

X

La amistad del Moñigo forzaba, a veces, a Daniel, el Mochuelo, a extremar su osadía y a poner a prueba su valor. Lo malo era que el Moñigo entendía que el valor de un hombre puede cambiar de la noche a la mañana, como la lluvia o el viento. Hoy podía ser uno un valiente y mañana un bragazas, o a la inversa. Todo dependía de que uno se aviniera o no a realizar las mismas proezas que Roque, el Moñigo, realizaba cada día.

—Gallina el que no haga esto —les conminaba una y otra vez.

Y Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, se veían forzados a atravesar el puente por la acitara —quince centímetros de anchura— o a dejarse arrastrar y hundir por la violencia del Chorro, para ir a reaparecer, empujados por la corriente de fondo, en la Poza del Inglés, o a cruzarse, dentro del túnel, con el tranvía interprovincial.

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, que, por otra parte, no había de violentarse demasiado para imitarlas proezas del Moñigo, se despertaba en la alta noche sobresaltado, asiéndose crispadamente al jergón de la cama. Respiraba hondo. No estaba hundido, como soñaba, bajo el Chorro, ni le arrastraban dando tumbos los hierros del tren, ni se había despeñado por la acitara y volaba a estrellarse contra las rocas del río. Se hallaba bien, cómodamente instalado en su cama de hierro, y, de momento, no había nada que temer.

Desde este punto de vista, suponían una paz inusitada los días de lluvia, que en el valle eran frecuentes, por más que según los disconformes todo andaba patas arriba desde hacía unos años y hasta los pastos se perdían ahora —lo que no había acaecido nunca— por falta de agua. Daniel, el Mochuelo, ignoraba cuánto podía llover antes en el valle; lo que sí aseguraba es que ahora llovía mucho; puestos a precisar, tres días de cada cinco, lo que no estaba mal.

Si llovía, el valle transformaba ostensiblemente su fisonomía. Las montañas asumían unos tonos sombríos y opacos, desleídos entre la bruma, mientras los prados restallaban en una reluciente y verde y casi dolorosa estridencia. El jadeo de los trenes se oía a mayor distancia y las montañas se peloteaban con sus silbidos hasta que éstos desaparecían, diluyéndose en ecos cada vez más lejanos, para terminar en una resonancia tenue e imperceptible. A veces, las nubes se agarraban a las montañas y las crestas de éstas emergían como islotes solitarios en un revuelto y caótico océano gris.

En el verano, las tormentas no acertaban a escapar del cerco de los montes y, en ocasiones, no cesaba de tronar en tres días consecutivos.

Pero el pueblo ya estaba preparado para estos accesos. Con las primeras gotas salían a relucir las almadreñas y su "cluac-cluac", rítmico y monótono, se escuchaba a toda hora en todo el valle, mientras persistía el temporal. A juicio de Daniel, el Mochuelo, era en estos días, o durante las grandes nevadas de Navidad, cuando el valle encontraba su adecuada fisonomía. Era, el suyo, un valle de precipitaciones, húmedo y triste, melancólico, y su languidez y apatía características desaparecían con el sol y con los horizontes dilatados y azules.

Para los tres amigos, los días de lluvia encerraban un encanto preciso y peculiar. Era el momento de los proyectos, de los recuerdos y de las recapacitaciones. No creaban, rumiaban; no accionaban, asimilaban. La charla, a media voz, en el pajar del Mochuelo, tenía la virtud de evocar, en éste, los dulces días invernales, junto al hogar, cuando su padre le contaba la historia del profeta Daniel o su madre se reía porque él pensaba que las vacas lecheras tenían que llevar cántaros.

Sentados en el heno, divisando la carretera y la vía férrea por el pequeño ventanuco frontal, Roque, el Moñigo, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, hilvanaban sus proyectos.

Fue uno de estos días y en el pajar de su casa cuando Daniel, el Mochuelo, adquirió una idea concreta de la fortaleza de Roque, el Moñigo, y de lo torturante que resultaba para un hombre no tener en el cuerpo una sola cicatriz. Ocurrió una tarde de verano, mientras la lluvia tamborileaba en el tejado de pizarra de la quesería y el valle se difuminaba bajo un cielo pesado, monótono y gris.

Mas el Moñigo no se conformaba con que la evidencia de su musculatura le entrase por los ojos:

—Mira; toca, toca —dijo.

Y flexionó el brazo, que se transformó en un manojo informe de músculos y tendones retorcidos. El Mochuelo adelantó tímidamente la yema de un dedo y tocó.

—Duro, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Pues mira aquí.

Se alzó el pantaloncillo de pana hasta el muslo y tensó la pierna, que adquirió la rigidez de un garrote:

—Mira; toca, toca.

Y de nuevo el dedo del Mochuelo, seguido a corta distancia por el del Tiñoso, tentó aquel portentoso juego de músculos.

—Más duro que el brazo, ¿no?

—Más duro.

Luego se descubrió el tórax y les hizo tocar también y contaban hasta doscientos sin que el Moñigo deshinchase el pecho y tuviera que

hacer una nueva inspiración. Después, el Moñigo les exigió que probasen ellos. El Tiñoso no resistió más que hasta cuarenta sin tomar aire, y el Mochuelo, después de un extremoso esfuerzo que le dejó amoratado, alcanzó la cuenta de setenta.

A continuación, el Moñigo se tumbó boca abajo y con las palmas de las manos apoyadas en el suelo fue levantando el cuerpo una y otra vez. Al llegar a la flexión sesenta lo dejó y les dijo:

—No he tenido nunca la paciencia de ver las que aguanto. Anteanoche hice trescientas veintiocho y no quise hacer más porque me entró el sueño.

El Mochuelo y el Tiñoso le miraron abrumados. Aquel alarde superaba cuanto ellos hubieran podido imaginar respecto a las facultades físicas de su amigo.

—A ver tú las que aguantas, Mochuelo —le dijo de repente a Daniel.

—Si no sé... No he probado nunca.

—Prueba ahora.

—El caso es...

El Mochuelo acabó tumbándose e intentando la primera flexión. Empero sus bracitos no estaban habituados al ejercicio y todo su cuerpo temblaba estremecido por el insólito esfuerzo muscular. Levantó primero el trasero y luego la espalda.

—Una —cantó, con entusiasmo, y de nuevo se desplomó, pesadamente, sobre el pavimento.

El Moñigo dijo:

—No; no es eso. Levantando el culo primero no tiene mérito; así me hago yo un millón.

Daniel, el Mochuelo, desistió de la prueba. El hecho de haber defraudado a su amigo después de aquel inmoderado esfuerzo le dejó muy abatido.

Tras el frustrado intento de flexión del Mochuelo se hizo un silencio en el pajar. El Moñigo tornaba a retorcer el brazo y los músculos bailaban en él, flexibles y relevantes. Mirando su brazo, se le ocurrió al Mochuelo decir:

—Tú podrás a algunos hombres, ¿verdad, Moñigo?

Todavía Roque no había vapuleado al músico en la romería. El Moñigo sonrió con suficiencia. Después aclaró:

—Claro que puedo a muchos hombres. Hay muchos hombres que no tienen más cosa dura en el cuerpo que los huesos y el pellejo.

Al Tiñoso se le redondeaban los ojos de admiración. El Mochuelo se recostó plácidamente sobre el montón de heno, sintiendo a su lado la consoladora protección de Roque. Aquella amistad era una sólida garantía por más que su madre, la Guindilla mayor y las Lepóridas se empeñasen en considerar la compañía de Roque, el Moñigo, como un mal necesario.

Pero la tertulia de aquella tarde acabó donde acababan siempre aquellas tertulias en el pajar de la quesería los días lluviosos: en una competencia. Roque se remangó el pantalón izquierdo y mostró un círculo de piel arrugada y débil:

—Mirad qué forma tiene hoy la cicatriz; parece una coneja.

El Mochuelo y el Tiñoso se inclinaron sobre la pierna del amigo y asintieron:

—Es cierto; parece una coneja.

A Daniel, el Mochuelo, le contristó el rumbo que tomaba la conversación. Sabía que aquellos prolegómenos degenerarían en una controversia sobre cicatrices. Y lo que más abochornaba a Daniel, el Mochuelo, a los ocho años, era no tener en el cuerpo ni una sola cicatriz que poder parangonar con las de sus amigos. Él hubiera dado diez años de vida por tener en la carne una buena cicatriz. La carencia de ella le hacía pensar que era menos hombre que sus compañeros que poseían varias cicatrices en el cuerpo. Esta sospecha le imbuía un nebuloso sentimiento de inferioridad que le desazonaba. En realidad, no era suya la culpa de tener mejor encarnadura que el Moñigo y el Tiñoso y de que las frecuentes heridas se le cerrasen sin dejar rastro, pero el Mochuelo no lo entendía así, y para él suponía una desgracia tener el cuerpo todo liso, sin una mala arruga. Un hombre sin cicatriz era, a su ver, como una niña buena y obediente. Él no quería una cicatriz de guerra, ni ninguna gollería: se conformaba con una cicatriz de accidente o de lo que fuese, pero una cicatriz.

La historia de la cicatriz de Roque, el Moñigo, se la sabían de memoria. Había ocurrido cinco años atrás, durante la guerra. Daniel, el Mochuelo, apenas se acordaba de la guerra. Tan sólo tenía una vaga idea de haber oído zumbar los aviones por encima de su cabeza y del estampido seco, demoledor, de las bombas al estallar en los prados. Cuando la aviación sobrevolaba el valle, el pueblo entero corría a refugiarse en el bosque: las madres agarradas a sus hijos y los padres apaleando al ganado remiso hasta abrirle las carnes.

En aquellos días, la Sara huía a los bosques llevando de la mano a Roque, el Moñigo. Pero éste no sentía tampoco temor de los aviones, ni de las bombas. Corría porque veía correr a todos y porque le divertía pasar el tiempo tontamente, todos reunidos en el bosque, acampados allí, con el ganado y los enseres, como una cuadrilla de gitanos. Roque, el Moñigo, tenía entonces seis años.

Al principio, las campanas de la iglesia avisaban del cese del peligro con tres repiques graves y dos agudos. Más tarde, se llevaron las campanas para fundirlas, y en el pueblo estuvieron sin campanas hasta que concluida la guerra, regaló una nueva don Antonino, el marqués. Hubo ese día una fiesta sonada en el valle, como homenaje del pueblo al donante. Hablaron el señor cura y el alcalde, que entonces era

Antonio, el Buche. Al final, don Antonino, el marqués, dio las gracias a todos y le temblaba la voz al hacerlo. Total nada, que don José y el alcalde emplearon media hora cada uno para dar las gracias a don Antonino, el marqués, por la campana, y don Antonino, el marqués, habló durante otra media hora larga, sólo para devolver las gracias que acababan de darle. Resultó todo demasiado cordial, discreto y comedido.

Pero la herida de Roque, el Moñigo, era de una esquirla de metralla. Se la produjo una bomba al estallar en un prado cuando, una mañana de verano, huía precipitadamente al bosque con la Sara. Los más listos del pueblo decían que el percance se debió a una bomba perdida, que fue lanzada por el avión para "quitar peso". Mas Roque, el Moñigo, recelaba que el peso que había tratado de quitar el avión era el suyo propio. De todas maneras, Roque, el Moñigo, agradecía al aviador aquel medallón de carne retorcida que le había dejado en el muslo.

Continuaban los tres mirando la cicatriz que parecía, por la forma, una coneja. Roque, el Moñigo, se inclinó de repente, y la lamió con la punta de la lengua. Tras un rápido paladeo, afirmó:

—Sigue sabiendo salada. Dice Lucas, el Mutilado, que es por el hierro. Las cicatrices de hierro saben siempre saladas. Su muñón también sabe salado y el de Quino, el Manco, también. Luego, con los años, se quita ese sabor.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, le escuchaban escépticos. Roque, el Moñigo, receló de su incredulidad. Acercó la pierna a ellos e invitó:

—Probad, veréis como no os engaño.

El Mochuelo y el Tiñoso cambiaron unas miradas vacilantes. Al fin, el Mochuelo se inclinó y rozó la cicatriz con la punta de la lengua.

—Sí, sabe salada —confirmó.

El Tiñoso lamió tras él y asintió con la cabeza. Después dijo:

—Sí, es cierto que sabe salada, pero no es por el hierro, es por el sudor. Probad mi oreja, veréis como también sabe salada.

Daniel, el Mochuelo, interesado en el asunto, se aproximó al Tiñoso y le lamió el lóbulo dividido de la oreja.

—Es verdad —dijo—. También la oreja del Tiñoso sabe salada.

—¿A ver? —inquirió dubitativo, el Moñigo.

Y deseoso de zanjar el pleito, chupó con avidez el lóbulo del Tiñoso con la misma fruición que si mamase. Al terminar, su rostro expresó un profundo desencanto.

—Es cierto que sabe salada también —dijo—. Eso es que te dañaste con la cerca de alambre y no con la púa de una zarzamora como crees.

—No —saltó el Tiñoso, airado—; me rasgué la oreja con la púa de una zarzamora. Estoy bien seguro.

—Eso crees tú.

Germán, el Tiñoso, no se daba por vencido. Agachó la cabeza a la altura de la boca de sus compañeros.

¿Y mis calvas, entonces? —dijo con terca insistencia—. También saben saladas. Y mis calvas no me las hice con ningún hierro. Me las pegó un pájaro.

El Moñigo y el Mochuelo se miraron atónitos, pero, uno tras otro, se inclinaron sobre la morena cabeza de Germán, el Tiñoso, y lamieron una calva cada uno. Daniel, el Mochuelo, reconoció en seguida:

—Sí, saben saladas.

Roque, el Moñigo, no dio su brazo a torcer:

—Pero eso no es una cicatriz. Las calvas no son cicatrices. Ahí no tuviste herida nunca. Nada tiene que ver que sepan saladas.

Y el ventanuco iba oscureciéndose y el valle se tornaba macilento y triste, y ellos seguían discutiendo sin advertir que se hacía de noche y que sobre el tejado de pizarra repiqueteaba aún la lluvia y que el tranvía interprovincial subía ya afanosamente vía arriba, soltando, de vez en cuando, blancos y espumosos borbotones de humo, y Daniel, el Mochuelo, se compungía pensando que él necesitaba una cicatriz y no la tenía, y si la tuviera, quizá podría dilucidar la cuestión sobre si las cicatrices sabían saladas por causa del sudor, como afirmaba el Tiñoso, o por causa del hierro, como decían el Moñigo y Lucas, el Mutilado.

XI

Roque, el Moñigo, dejó de admirar y estimar a Quino, el Manco, cuando se enteró de que éste había llorado hasta hartarse el día que se murió su mujer. Porque Quino, el Manco, además de la mano, había perdido a su mujer, la Mariuca. Y no sería porque no se lo avisaran. Más que nadie la Josefa, que estaba enamorada de él, y se lo restregaba por las narices a la menor oportunidad, muchas veces sin esperar la oportunidad siquiera.

—Quino, piénsalo. Mira que la Mariuca está tísica perdida.

Quino, el Manco, se sulfuraba.

—¿Y a ti qué diablos te importa, si puede saberse? —decía.

La Josefa tragaba bilis y lo dejaba. Por la noche lloraba, a solas, en su alcoba, hasta empapar la almohada y se juraba no volver a intervenir en el asunto. Mas a la mañana siguiente olvidaba su determinación. Le gustaba demasiado Quino, el Manco, para abandonar el campo sin quemar el último cartucho. Le gustaba porque era todo un hombre: fuerte, serio y cabal. Fuerte, sin ser un animal como Paco, el herrero; serio, sin llegar al escepticismo, como Pancho, el Sindiós, y cabal, sin ser un santo, como don José, el cura, lo era. En fin, lo que se dice un hombre equilibrado, un hombre que no pecaba por exceso ni por defecto, un hombre en el fiel.

Quino, en realidad, no creía en la tuberculosis. El mundo, para él, se componía de delgados y gordos. Mariuca era delgada, como delgados eran doña Lola y doña Irene, las Guindillas y Andrés, el zapatero. Y él era gordo como lo era Cuco, el factor. Pero eso no quería decir que los otros estuvieran enfermos y ellos sanos. De la Mariuca decían que estaba tísica desde que nació, pero ahí la tenían con sus veintitrés años, lozana y fresca como una flor.

Quino se acercó a ella sugestionado más que enamorado. Su natural tendencia le inclinaba a las hembras rollizas, de formas calientes, caídas por su propio peso, y exuberantes. Concretamente, hacia mujeres como la Josefa, duras, densas y apelmazadas. Pero Quino, el Manco, reflexionaba así: "En las ciudades, los señoritos se casan con las hembras flacas. Algo especial tendrán las flacas cuando los señoritos que tienen estudios y talento, las buscan así". Y se arrimó a la Mariuca porque era flaca. A los pocos días, sí se enamoró. Se enamoró ciegamente de ella porque tenía la mirada triste y sumisa como un corderillo y la piel azulada y translúcida como la porcelana. Se entendieron. A la Mariuca le gustaba Quino, el Manco, porque era su antítesis: macizo, vigoroso, corpulento y con unos ojos agudos y

punzantes como bisturíes.

Quino, el Manco, decidió casarse y los vecinos se le echaron encima: "La Mariuca está delicada". "La Mariuca está enferma". "La tisis es mala compañera". Pero Quino, el Manco, saltó por encima de todo y una mañana esplendente de primavera se presentó a la puerta de la iglesia embutido en un traje de paño azul y con un pañuelo blanco anudado al cuello. Don José, el cura, que era un gran santo, los bendijo. La Mariuca le puso la alianza en el dedo anular de la mano izquierda, porque Quino, el Manco, tenía seccionada la derecha.

La Josefa, a pesar de todo, no logró amargarle la luna de miel. La Josefa se propuso que le pesara toda la vida sobre la conciencia la sombra de su desgracia. Pero no lo consiguió.

En la iglesia, durante la primera amonestación, saltó como una pantera, gritando, mientras corría hacia el altar de san Roque y poniendo al santo por testigo, que la Mariuca y Quino, el Manco, no podían casarse porque ella estaba tísica. Hubo, primero, un revuelo y, luego, un silencio hecho de cien silencios, en el templo. Mas don José conocía mejor que ella los impedimentos y todo el Derecho Canónico.

—Hija —dijo—, la ley del Señor no prohíbe a los enfermos contraer matrimonio. ¿Has entendido?

La Josefa, desesperada, se arrojó sobre las gradas del presbiterio y comenzó a llorar como una loca, mesándose los cabellos y pidiendo compasión. Todos la compadecían, pero resultaba inoperante fabricar, en un momento, otro Quino. Desde los bancos del fondo, donde se ponían los hombres, el Manco sonreía tristemente y se daba golpes amistosos con el muñón en la barbilla. La Guindilla mayor, al ver que don José vacilaba, no sabiendo qué partido tomar, se adelantó hasta la Josefa y la sacó del templo, tomándola compasivamente por las axilas. (La Guindilla mayor pretendió, luego, que don José, el cura, dijese otra misa en atención a ella, ya que entre sacar a la Josefa de la iglesia y atenderla unos momentos en el atrio se le pasó el Sanctus. Y ella afirmaba que no se iba a quedar sin misa por hacer una obra de caridad, y que eso no era justo, ni razonable, ni lógico, ni moral y que la comían por dentro los remordimientos y que era la primera vez que le ocurría en su vida... A duras penas don José logró apaciguarla y devolverle su inestable paz de conciencia). Después continuó el Santo Sacrificio como si nada, pero al domingo siguiente no faltó a misa ni pancho, el Sindiós, que se coló subrepticiamente en el coro, tras el armonio. Y lo que pasa. Aquel día, don José leyó las amonestaciones y no ocurrió nada. Tan sólo, al pronunciar el cura el nombre de Quino surgió un suspiro ahogado del banco que ocupaba la Josefa. Pero nada más. Pancho, el Sindiós, dijo, al salir, que la piedad era inútil, un trasto, que en aquel pueblo no se sacaba nada en limpio siendo un buen creyente y que, por lo tanto, no volvería a la iglesia.

Lo gordo aconteció durante el refresco el día de la boda, cuando nadie pensaba para nada en la Josefa. Que nadie pensara en ella debió ser el motivo que la empujó a llamar la atención de aquella bárbara manera. De todos modos fue aquello una oscura y dolorosa contingencia.

Su grito se oyó perfectamente desde el corral de Quino, El Manco, donde se reunían los invitados. El grito provenía del puente y todos miraron hacia el puente. La Josefa, toda desnuda, estaba subida al pretil, de cara al río, y miraba la fiera corriente con ojos desencajados. Todo lo que se les ocurrió a las mujeres para evitar la catástrofe fue gritar, redondear los ojos, y desmayarse. Dos hombres echaron a correr hacia ella, según decían para contenerla, pero sus esposas les ordenaron acremente volverse atrás, porque no querían que sus maridos vieran de cerca a la Josefa toda desnuda. Entre estas dudas y vacilaciones, la Josefa volvió a gritar, levantó los brazos, puso los ojos en blanco y se precipitó en la oscura corriente de El Chorro.

Acudieron allá todos menos los novios. Al poco tiempo regresó a la taberna el juez. Quino, el Manco, decía en ese momento a la Mariuca:

—Esa Josefa es una burra.

—Era... —corrigió el juez.

Por eso supieron la Mariuca y Quino, el Manco, que la Josefa se había matado.

Para enterrarla en el pequeño camposanto de junto a la iglesia hubo sus más y sus menos, pues don José no se avenía a dar entrada en él a una suicida y no lo consintió sin antes consultar al Ordinario. Al fin llegaron noticias de la ciudad y todo se arregló, pues, por lo visto, la Josefa se había suicidado en un estado de enajenación mental transitorio.

Pero ni la sombra de la Josefa bastó para enturbiar las mieles de Quino en su viaje de bodas. Los novios pasaron una semana en la ciudad y de regreso le faltó tiempo a la Mariuca para anunciar a los cuatro vientos que estaba encinta.

—¿Tan pronto? —la preguntó la Chata, que no se explicaba cómo unas mujeres quedaban embarazadas por acostarse una noche con un hombre y otras no, aunque se acostasen con un hombre todas las noches de su vida.

—Anda ésta. ¿Qué tiene la cosa de particular? —dijo, azorada, la Mariuca.

Y la Chata mascculló una palabrota por dentro.

El proceso de gestación de la criatura no fue normal. A medida que se le abultaba el vientre a la Mariuca se le afilaba la cara de un modo alarmante. Las mujeres comenzaron a murmurar que la chica no aguantaría el parto.

El parto sí lo aguantó, pero se quedó en el sobreparto. Murió tísica a

la semana y media de dar a luz y dio a luz a los cinco meses justos de suicidarse la Josefa.

Las comadres del pueblo empezaron a explicarse entonces la precipitación de la Mariuca por pregonar su estado, aun antes de apearse del tren que la trajo de la ciudad.

Quino, el Manco, según decían, pasó la noche solo, llorando junto al cadáver, con la niñita recién nacida en los brazos y acariciando tímidamente, con el retorcido muñón, las lacias e inertes melenas rubias de la difunta.

La Guindilla mayor, al enterarse de la desgracia, hizo este comentario:

—Eso es un castigo de Dios por haber comido el cocido antes de las doce.

Se refería a lo del alumbramiento prematuro, pero el ama de don Antonino, el marqués, tenía razón al comentar que seguramente no era aquello un castigo de Dios, puesto que Irene, la Guindilla menor, había comido no sólo el cocido, sino la sopa también antes de las doce, y nada le había ocurrido.

En aquella época, Daniel, el Mochuelo, sólo contaba dos años, y cuatro Roque, el Moñigo. Cinco después empezaron a visitar a Quino de regreso del baño en la Poza del Inglés, o de pescar cangrejos o jaramugo. El Manco era todo generosidad y les daba un gran vaso de sidra de barril por una perra chica. Ya entonces la tasca de Quino marchaba pendiente abajo. El Manco devolvía las letras sin pagar y los proveedores le negaban la mercancía. Gerardo, el Indiano, le afianzó varias veces, pero como no observara en Quino afán alguno de enmienda, pasados unos meses lo abandonó a su suerte. Y Quino, el Manco, empezó a ir de tumbo en tumbo, de mal en peor. Eso sí, él no perdía la locuacidad y continuaba regalando de lo poco que le quedaba.

Roque, el Moñigo, Germán, el Tiñoso, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse con él en el banco de piedra rayano a la carretera. A Quino, el Manco, le gustaba charlar con los niños más que con los mayores, quizá porque él, a fin de cuentas, no era más que un niño grande también. En ocasiones, a lo largo de la conversación, surgía el nombre de la Mariuca, y con él el recuerdo, y a Quino, el Manco, se le humedecían los ojos y, para disimular la emoción, se propinaba golpes reiteradamente con el muñón en la barbilla. En estos casos, Roque, el Moñigo, que era enemigo de lágrimas y de sentimentalismos, se levantaba y se largaba sin decir nada, llevándose a los dos amigos cosidos a los pantalones. Quino, el Manco, les miraba estupefacto, sin comprender nunca el motivo que impulsaba a los rapaces para marchar tan repentinamente de su lado, sin exponer una razón.

Jamás Quino, el Manco, se vanaglorió con los tres pequeños de que

una mujer se hubiera matado desnuda por él. Ni aludió tan siquiera a aquella contingencia de su vida. Si Daniel, el Mochuelo, y sus amigos sabían que la Josefa se lanzó corita al río desde el puente, era por Paco, el herrero, que no disimulaba que le había gustado aquella mujer y que si ella hubiese accedido, sería, a estas alturas, la segunda madre de Roque, el Moñigo. Pero si ella prefirió la muerte que su enorme tórax y su pelo rojo, con su pan se lo comiera.

Lo que más avivaba la curiosidad de los tres amigos en los tiempos en que en la taberna de Quino se despachaba un gran vaso de sidra de barril por cinco céntimos, era conocer la causa por la que al Manco le faltaba una mano. Constituía la razón una historia sencilla que el Manco relataba con sencillez.

—Fue mi hermano, ¿sabéis? —decía—. Era leñador. En los concursos ganaba siempre el primer premio. Partía un grueso tronco en pocos minutos, antes que nadie. Él quería ser boxeador.

La vocación del hermano de Quino, el Manco, acrecía la tentación de los rapaces. Quino proseguía:

—Claro que esto no sucedió aquí. Sucedía en Vizcaya hace quince años. No está lejos Vizcaya, ¿sabéis? Más allá de estos montes —y señalaba la cumbre fosca, empenachada de bruma, del Pico Rando—. En Vizcaya todos los hombres quieren ser fuertes y muchos lo son. Mi hermano era el más fuerte del pueblo, por eso quería ser boxeador; porque les ganaba a todos. Un día, me dijo: "Quino, aguántame este tronco, que voy a partirlo de cuatro hachazos". Esto me lo pedía con frecuencia, aunque nunca partiera los troncos de cuatro hachazos. Eso era un decir. Aquel día se lo aguanté firme, pero en el momento de descargar el golpe, yo adelanté la mano para hacerle una advertencia y ¡zas! —las tres caritas infantiles expresaban, en este instante, un mismo nivel emocional. Quino, el Manco, se miraba cariñosamente el muñón y sonreía—: La mano saltó a cuatro metros de distancia, como una astilla —continuaba—. Y cuando yo mismo fui a recogerla, todavía estaba caliente y los dedos se retorcían solos, nerviosamente, como la cola de una lagartija.

El Moñigo temblaba al preguntarle:

— ¿Te... te importa enseñarme de cerca el muñón, Manco?

Quino adelantaba el brazo, sonriente:

—Al contrario —decía.

Los tres niños, animados por la amable concesión del Manco, miraban y remiraban la incompleta extremidad, lo sobaban, introducían las uñas sucias por las hendiduras de la carne, se hacían uno a otro indicaciones y, al fin, dejaban el muñón sobre la mesa de piedra como si se tratara de un objeto ya inútil.

La Mariuca, la niña, se crió con leche de cabra y el mismo Quino le preparó los biberones hasta que cumplió el año. Cuando la abuela

materna le insinuó una vez que ella podía hacerse cargo de la niña, Quino, el Manco, lo tomó tan a pecho y se irritó de tal modo que él y su suegra ya no volvieron a dirigirse la palabra. En el pueblo aseguraban que Quino había prometido a la difunta no dejar a la criatura en manos ajenas aunque tuviera que criarla en los propios pechos. Esto le parecía a Daniel, el Mochuelo, una evidente exageración.

A la Mariuca-uca, como la llamaban en el pueblo para indicar que era una consecuencia de la Mariuca difunta, la querían todos a excepción de Daniel, el Mochuelo. Era una niña de ojos azules, con los cabellos dorados y la parte superior del rostro tachonado de pecas. Daniel, el Mochuelo, conoció a la niña muy pronto, tanto que el primer recuerdo de ella se desvanecía en su memoria. Luego sí, recordaba a la Mariuca-uca, todavía una cosita de cuatro años, rondando los días de fiesta por las proximidades de la quesería.

La niña despertaba en la madre de Daniel, el Mochuelo, el instinto de la maternidad prematuramente truncada. Ella deseaba una niña, aunque hubiera tenido la carita llena de pecas como la Mariuca-uca. Pero eso ya no podría ser. Don Ricardo, el médico, le dijo que después del aborto le había quedado el vientre seco. Su vientre, pues, envejecía sin esperanzas. De aquí que la madre de Daniel, el Mochuelo, sintiese hacia la pequeña huérfana una inclinación casi maternal. Si la veía pindongueando por las inmediaciones de la quesería, la llamaba y la sentaba a la mesa.

—Mariuca-uca, hija —decía, acariciándola—, querrás un poco de boruga, ¿verdad?

La niña asentía. La madre del Mochuelo la atendía solícita.

—Pequeña, ¿tienes bastante azúcar? ¿Te gusta?

Volvía a asentir la niña, sin palabras. Al concluir la golosina, la madre de Daniel se interesaba por los pormenores domésticos de la casa de Quino:

—Mariuca-uca, hija, ¿quién te lava la ropa?

La niña sonreía:

—El padre.

—¿Y quién te hace la comida?

—El padre.

—¿Y quién te peina las trenzas?

—El padre.

—¿Y quién te lava la cara y las orejas?

—Nadie.

La madre de Daniel, el Mochuelo, sentía lástima de ella. Se levantaba, vertía agua en una palangana y lavaba las orejas de la Mariuca-uca y, después, le peinaba cuidadosamente las trenzas. Mientras realizaba esta operación musitaba como una letanía: "Pobre

niña, pobre niña, pobre niña..." y, al acabar, decía dándole una palmada en el trasero:

—Vaya, hija, así estás más curiosita.

La niña sonreía débilmente y entonces la madre de Daniel, el Mochuelo, la cogía en brazos y la besaba muchas veces, frenéticamente.

Tal vez influyera en Daniel, el Mochuelo, este cariño desmedido de su madre hacia la Mariuca-uca para que ésta no fuese santo de su devoción. Pero no; lo que enojaba a Daniel, el Mochuelo, era que la pequeña Uca quisiera meter la nariz en todas las salsas e intervenir activamente en asuntos impropios de una mujer y que no le concernían.

Cierto es que Mariuca-uca disfrutaba de una envidiable libertad, una libertad un poco salvaje, pero, al fin y al cabo, la Mariuca-uca era una mujer, y una mujer no puede hacer lo mismo que ellos hacían ni tampoco ellos hablar de "eso" delante de ella. No hubiera sido delicado ni oportuno. Por lo demás, que su madre la quisiera y la convidase a boruga los domingos y días festivos, no le producía frío ni calor. Le irritaba la incesante mirada de la Mariuca-uca en su cara, su afán por interceptar todas las contingencias y eventualidades de su vida.

—Mochuelo, ¿dónde vas a ir hoy?

—Al demonio. ¿Quieres venir?

—Sí —afirmaba la niña, sin pensar lo que decía.

Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se reían y le mortificaban, diciéndole que la Uca-uca estaba enamorada de él.

Un día, Daniel, el Mochuelo, para zafarse de la niña, le dio una moneda y le dijo:

—Uca-uca, toma diez y vete a la botica a pesarme.

Ellos se fueron al monte y, al regresar, ya de noche, la Mariuca-uca les aguardaba pacientemente, sentada a la puerta de la quesería. Se levantó al verles, se acercó a Daniel y le devolvió la moneda.

—Mochuelo —dijo—, dice el boticario que para pesarte has de ir tú.

Los tres amigos se reían espasmódicamente y ella les miraba con sus intensos ojos azules, probablemente sin comprenderles.

Uca-uca, en ocasiones, había de echar mano de toda su astucia para poder ir donde el Mochuelo.

Una tarde, se encontraron los dos solos en la carretera.

—Mochuelo —dijo la niña—. Sé dónde hay un nido de rendajos con pollos emplumados.

—Dime dónde está —dijo él.

—Ven conmigo y te lo enseño —dijo ella.

Y, esa vez, se fue con la Uca-uca. La niña no le quitaba ojo en todo el camino. Entonces sólo tenía nueve años. Daniel, el Mochuelo, sintió

la impresión de sus pupilas en la carne, como si le escarbasen con un punzón.

—Uca-uca, ¿por qué demonios me miras así? —preguntó.

Ella se avergonzó, pero no desvió la mirada.

—Me gusta mirarte —dijo.

—No me mires, ¿oyes?

Pero la niña no le oyó o no le hizo caso.

—Te dije que no me mirases, ¿no me oíste? —insistió él.

Entonces ella bajó los ojos.

—Mochuelo —dijo—. ¿Es verdad que te gusta la Mica?

Daniel, el Mochuelo, se puso encarnado. Dudó un momento, notando como un extraño burbujeo en la cabeza. Ignoraba si en estos casos procedía enfadarse o si, por el contrario, debía sonreír. Pero la sangre continuaba acumulándose en la cabeza y, para abreviar, se indignó. Disimuló, no obstante, fingiendo dificultades para saltar la cerca de un prado.

—A ti no te importa si me gusta la Mica o no —dijo.

Uca-uca insinuó débilmente:

—Es más vieja que tú; te lleva diez años.

Se enfadaron. El Mochuelo la dejó sola en un prado y él se volvió al pueblo sin acordarse para nada del nido de rendajos. Pero en toda la noche no pudo olvidar las palabras de Mariuca-uca. Al acostarse sintió una rara desazón. Sin embargo, se dominó. Ya en la cama, recordó que el herrero le contaba muchas veces la historia de la Guindilla menor y don Dimas y siempre empezaba así: "el granuja era quince años más joven que la Guindilla...".

Sonrió Daniel, el Mochuelo, en la oscuridad. Pensó que la historia podría repetirse y se durmió arrullado por la sensación de que le envolvían los efluvios de una plácida y extraña dicha.

XII

El tío Aurelio, el hermano de su madre, les escribió desde Extremadura. El tío Aurelio se marchó a Extremadura porque tenía asma y le sentaba mal el clima del valle, húmedo y próximo al mar. En Extremadura, el clima era más seco y el tío Aurelio marchaba mejor. Trabajaba de mulero en una gran dehesa, y si el salario no daba para mucho, en cambio tenía techo gratis y frutos de la tierra a bajos precios. "En estos tiempos no se puede pedir más", les había dicho en su primera carta.

De su tío sólo le quedaba a Daniel, el Mochuelo, el vago recuerdo de un jadeo ahogado, como si resollase junto a su oído una acongojada locomotora ascendente. El tío se ponía compresas en la parte alta del pecho y respiraba siempre en su habitación vapores de eucaliptos. Mas, a pesar de las compresas y los vapores de eucaliptos, el tío Aurelio sólo cesaba de meter ruido al respirar en el verano, durante la quincena más seca.

En la última carta, el tío Aurelio decía que enviaba para el pequeño un Gran Duque que había atrapado vivo en un olivar. Al leer la carta, Daniel, el Mochuelo, sintió un estremecimiento. Se figuró que su tío le enviaba, facturado, una especie de don Antonino, el marqués, con el pecho cubierto de insignias, medallas y condecoraciones. Él no sabía que los grandes duques anduvieran sueltos por los olivares y, mucho menos, que los muleros pudieran atraparlos impunemente como quien atrapa una liebre.

Su padre se rió de él cuando le expuso sus temores. Daniel, el Mochuelo, se alegró íntimamente de haber hecho reír a su padre, que en los últimos años andaba siempre con cara de vinagre y no se reía ni cuando los húngaros representaban comedias y hacían títeres en la plaza. Al acabar de reírse, su padre le aclaró:

—El Gran Duque es un búho gigante. Es un cebo muy bueno para matar milanos. Cuando llegue te llevaré conmigo de caza al Pico Rando.

Era la primera vez que su padre le prometía llevarle de caza con él. A pesar de que a su padre no se le ocultaba su avidez cinegética.

Todas las temporadas, al abrirse la veda, el que se recogía el mixto en el pueblo, el primer día, y se marchaba hasta Castilla. Regresaba dos días después con alguna liebre y un buen racimo de perdices que, ineluctablemente, colgaba de la ventanilla de su compartimiento. A las codornices no las tiraba, pues decía que no valían el cartucho y que a los pájaros o se les mata con el tirachinas o se les deja vivir. Él les

dejaba vivir. Daniel, el Mochuelo, los mataba con el tirachinas.

Cuando su padre regresaba de sus cacerías, en los albores del otoño, Daniel, el Mochuelo, salía a recibirle a la estación. Cuco, el factor, le anunciaba si el tren venía en punto o si traía algún retraso. De todas las maneras, Daniel, el Mochuelo, aguardaba a ver aparecer la fumosa locomotora por la curva con el corazón alborozado y la respiración anhelante. Siempre localizaba a su padre por el racimo de perdices. Ya a su lado, en el pequeño andén, su padre le entregaba la escopeta y las piezas muertas. Para Daniel, el Mochuelo, significaba mucho esta prueba de confianza, y aunque el arma pesaba lo suyo y los gatillos tentaban vivamente su curiosidad, él la llevaba con una ejemplar seriedad cinegética.

Luego no se apartaba de su padre mientras limpiaba y engrasaba la escopeta. Le preguntaba cosas y más cosas y su padre satisfacía o no su curiosidad según el estado de su humor. Pero siempre que imitaba el vuelo de las perdices su padre hacía "Prrrr", con lo que Daniel, el Mochuelo, acabó convenciéndose de que las perdices, al volar, tenían que hacer "Prrrr" y no podían hacer de otra manera. Se lo contó a su amigo, el Tiñoso, y discutieron fuerte porque Germán afirmaba que era cierto que las perdices hacían ruido al volar, sobre todo en invierno y en los días ventosos, pero que hacían "Brrrr" y no "Prrrr" como el Mochuelo y su padre decían. No resultaba viable convencerse mutuamente del ruido exacto del vuelo de las perdices y aquella tarde concluyeron regañando.

Tanta ilusión como por ver llegar a su padre triunfador, con un par de liebres y media docena de perdices colgadas de la ventanilla, le producía a Daniel, el Mochuelo, el primer encuentro con Tula, la perrita *cocker*, al cabo de dos o tres días de ausencia. Tula descendía del tren de un brinco y, al divisarle, le ponía las manos en el pecho y, con la lengua, llenaba su rostro de incesantes y húmedos halagos. Él la acariciaba también, y le decía ternezas con voz trémula. Al llegar a casa, Daniel, el Mochuelo, sacaba al corral una lata vieja con los restos de la comida y una herrada de agua y asistía, enternecido, al festín del animalito.

A Daniel, el Mochuelo, le preocupaba la razón por la que en el valle no había perdices. A él se le antojaba que de haber sido perdiz no hubiera salido del valle. Le entusiasmaría remontarse sobre la pradera y recrearse en la contemplación de los montes, los espesos bosques de castaños y eucaliptos, los pueblos pétreos y los blancos caseríos dispersos, desde la altura. Pero a las perdices no les agradaba eso, por lo visto, y anteponían a las demás satisfacciones la de poder comer, fácil y abundantemente.

Su padre le relataba que una vez, muchos años atrás, se le escapó una pareja de perdices a Andrés, el zapatero, y criaron en el monte.

Meses después, los cazadores del valle acordaron darles una batida. Se reunieron treinta y dos escopetas y quince perros. No se olvidó un solo detalle. Partieron del pueblo de madrugada y hasta el atardecer no dieron con las perdices. Mas sólo restaba la hembra con tres pollos escuálidos y hambrientos. Se dejaron matar sin oponer resistencia. A la postre, disputaron los treinta y dos cazadores por la posesión de las cuatro piezas cobradas y terminaron a tiros entre los riscos. Casi hubo aquel día más víctimas entre los hombres que entre las perdices.

Cuando el Mochuelo contó esto a Germán, el Tiñoso, éste le dijo que lo de que las perdices se le escaparon a su padre y criaron en la montaña era bien cierto, pero que todo lo demás era una inacabable serie de embustes.

Al recibir la carta del tío Aurelio le entró un nerviosismo a Daniel, el Mochuelo, imposible de acallar. No veía el momento de que el Gran Duque llegase y poder salir con su padre a la caza de milanos. Si tenía algún recelo, se lo procuraba el temor de que sus amigos, con la novedad, dejaran de llamarle Mochuelo y le apodaran, en lo sucesivo, Gran Duque. Un cambio de apodo le dolía tanto, a estas alturas, como podría dolerle un cambio de apellido. Pero el Gran Duque llegó y sus amigos, tan excitados como él mismo, no tuvieron tiempo ni para advertir que el impresionante pajarraco era un enorme mochuelo.

El quesero amarró al Gran Duque por una pata en un rincón de la cuadra y si alguien entraba a verle, el animal bufaba como si se tratase de un gato encolerizado.

Diariamente comía más de dos kilos de recortes de carne, y la madre de Daniel, el Mochuelo, apuntó tímidamente una noche que el Gran Duque gastaba en comer más que la vaca y que la vaca daba leche y el Gran Duque no daba nada. Como el quesero callase, su mujer preguntó si es que tenían al Gran Duque como huésped de lujo o si se esperaba de él un rendimiento. Daniel, el Mochuelo, tembló pensando que su padre iba a romper un plato o una encella de barro como siempre que se enfadaba. Pero esta vez el quesero se reprimió y se limitó a decir con gesto hosco:

—Espero de él un rendimiento.

Al asentarse el tiempo, su padre le dijo una noche, de repente, al Mochuelo:

—Prepárate. Mañana iremos a los milanos. Te llamaré con el alba.

Le entró un escalofrío por la espalda a Daniel, el Mochuelo. De improviso, y sin ningún motivo, su nariz percibía ya el aroma de tomillo que exhalaban los pantalones de caza del quesero, el seco olor a pólvora de los cartuchos disparados y que su padre recargaba con paciencia y parsimonia, una y otra vez, hasta que se inutilizaban totalmente. El niño presentía ya el duelo con los milanos, taimados y veloces, y, mentalmente, matizaba la proyectada excursión.

Con el alba salieron. Los helechos, a los bordes del sendero, brillaban de rocío y en la punta de las hierbas se formaban gotitas microscópicas que parecían de mercurio. Al iniciar la pendiente del Pico Rando, el sol asomaba tras la montaña y una bruma pesada y blanca se adhería ávidamente al fondo del valle. Visto, éste, desde la altura, semejaba un lago lleno de un líquido ingrávido y extraño.

Daniel, el Mochuelo, miraba a todas partes fascinado. En la espalda, encerrado en una jaula de madera, llevaba al Gran Duque, que bufaba rabioso si algún perro les ladraba en el camino.

Al salir de casa, Daniel dijo al quesero:

—¿Y a la Tula no la llevamos?

—La Tula no pinta nada hoy —dijo su padre.

Y el muchacho lamentó en el alma que la perra, que al ver la escopeta y oler las botas y los pantalones del quesero se había impacientado mucho, hubiera de quedarse en casa. Al trepar por la vertiente sur del Pico Rando y sentirse impregnado de la luminosidad del día y los aromas del campo, Daniel, el Mochuelo, volvió a acordarse de la perra. Después, se olvidó de la perra y de todo, no veía más que la cara acechante de su padre, agazapado entre unas peñas grises, y al Gran Duque agitarse y bufar cinco metros más allá, con la pata derecha encadenada. Él se hallaba oculto entre la maleza, frente por frente de su padre.

—No te muevas ni hagas ruido; los milanos saben latín —le advirtió el quesero.

Y él se acurrucó en su escondrijo, mientras se preguntaba si tendrías alguna relación el que los milanos supieran latín, como decía su padre, con que vistiesen de marrón, un marrón duro y escueto, igual que las sotanas de los frailes. O a lo mejor su padre lo había dicho en broma; por decir algo.

Daniel, el Mochuelo, creyó entrever que su padre le señalaba el cielo con el dedo. Sin moverse miró a lo alto y divisó tres milanos describiendo pausados círculos concéntricos por encima de su cabeza. El Mochuelo experimentó una ansiedad desconocida. Observó, de nuevo, a su padre y le vio empalidecer y aprestar la escopeta con cuidado. El Gran Duque se había excitado más y bufaba. Daniel, el Mochuelo, se aplastó contra la tierra y contuvo el aliento al ver que los milanos descendían sobre ellos. Casi era capaz ya de distinguirles con todos sus pormenores. Uno de ellos era de un tamaño excepcional. Sintió el Mochuelo un picor intempestivo en una pierna, pero se abstuvo de rascarse para evitar todo ruido y movimiento.

De pronto, uno de los milanos se descolgó verticalmente del cielo y cruzó raudo, rasando la cabeza del Gran Duque. Inmediatamente se desplomaron los otros dos. El corazón de Daniel, el Mochuelo, latía desalado. Esperó el estampido del disparo, arrugando la cara, pero el

estampido no se produjo. Miró a su padre, estupefacto.

Éste seguía al milano grande, que de nuevo se remontaba, por los puntos de la escopeta, pero no disparó tampoco ahora. Pensó Daniel, el Mochuelo, que a su padre le ocurría algo grave. Jamás vio él un milano tan próximo a un hombre y, sin embargo, su padre no hacía fuego.

Los milanos volvieron a la carga al poco rato. La excitación de Daniel aumentó. Pasó el primer milano, tan cerca, que el Mochuelo divisó su ojo brillante y redondo clavado fijamente en el Gran Duque, sus uñas rapaces y encorvadas. Cruzó el segundo. Semejaban una escuadrilla de aviones picando en cadena. Ahora descendía el grande, con las alas distendidas, destacándose en el cielo azul. Sin duda era éste el momento que aguardaba el quesero. Daniel observó a su padre. Seguía al ave por los puntos de la escopeta. El milano sobrevoló al Gran Duque sin aletear. En este instante sonó el disparo, cuyas resonancias se multiplicaron en el valle. El pájaro dejó flotando en el aire una estela de plumas y sus enormes alas bracearon frenéticas, impotentes, en un desesperado esfuerzo por alejarse de la zona de peligro. Mas, entonces, el quesero disparó de nuevo y el milano se desplomó, graznando lúgubremente, en un revoloteo de plumas.

El grito de júbilo de su padre no encontró eco en Daniel, el Mochuelo. Éste se había llevado la mano a la mejilla al oír el segundo disparo. Simultáneamente con la detonación, sintió como si le atravesaran la carne con un alambre candente, como un latigazo instantáneo. Al retirar la mano vio que tenía sangre en ella. Se asustó un poco. Al momento comprendió que su padre le había pegado un tiro.

—Me has dado —dijo tímidamente.

El quesero se detuvo en seco; su entusiasmo se enfrió instantáneamente. Al aproximarse a él casi lloraba de rabia.

—¿Ha sido mucho, hijo? ¿Ha sido mucho? —inquirió, excitado.

Por unos segundos, el quesero lo vio todo negro, el cielo, la tierra y todo negro. Sus ahorros concienzudos y su vida sórdida dejaron, por un instante, de tener dimensión y sentido. ¿Qué podía hacer él si había matado a su hijo, si su hijo ya no podía progresar? Mas, al acercarse, se disiparon sus oscuros presentimientos. Ya a su lado, soltó una áspera carcajada nerviosa y se puso a hacer cómicos aspavientos.

—Ah, no es nada, no es nada —dijo—. Creí que era otra cosa. Un rebote. ¿Te duele, te duele? Ja, ja, ja. Es sólo un perdigón.

No le agradó a Daniel, el Mochuelo, este menosprecio de su herida. Pequeño o grande, aquello era un tiro. Y con la lengua notaba un bultito por dentro de la mejilla. Era el perdigón y el perdigón era de cuarta. Casi una bala, una bala pequeñita.

—Ahora me duele poco. Lo tengo como dormido. Antes sí me dolió

—dijo.

Sangraba. La cabeza de su padre se desplazó nuevamente al milano abatido. Lo del chico no tenía importancia.

—¿Lo viste caer, Daniel? ¿Viste el muy ladino cómo quiso rehacerse después del primer tiro? —preguntó.

Se contagió Daniel, el Mochuelo, del expansivo entusiasmo de su padre.

—Claro que lo vi, padre. Ha caído ahí —dijo el Mochuelo.

Y corrieron los dos juntos, dando saltos, hacia el lugar señalado. El milano aún se retorcía en los postreros espasmos de la muerte. Y medía más de dos metros de envergadura.

De regreso a casa, Daniel, el Mochuelo, le dijo a su padre:

—Padre, ¿crees que me quedará señal?

Apenas le hizo caso el quesero:

—Nada, eso se cierra bien.

Daniel, el Mochuelo, casi tenía lágrimas en los ojos.

—Pero... pero, ¿no me quedará nada de cicatriz?

—Por supuesto, eso no es nada —repitió, desganado, su padre.

Daniel, el Mochuelo, tuvo que pensar en otra cosa para no ponerse a llorar. De pronto, el quesero le detuvo cogiéndole por el cuello:

—Oye, a tu madre ni una palabra, ¿entiendes? No hables de eso si quieres volver de caza conmigo, ¿de acuerdo?

Al Mochuelo le agradó ahora sentirse cómplice de su padre.

—De acuerdo —dijo.

Al día siguiente, el quesero marchó a la ciudad con el milano muerto y regresó por la tarde. Sin cambiarse de ropa agarró al Gran Duque, lo encerró en la jaula y se fue a La Cullera, una aldea próxima.

Por la noche, después de la cena, puso cinco billetes de cien sobre la mesa.

—Oye —dijo a su mujer—. Ahí tienes el rendimiento del Gran Duque. No era un huésped de lujo como verás. Cuatrocientas me ha dado el cura de La Cullera por él y cien en la ciudad la Junta contra Animales Dañinos por tumbar al milano.

La madre de Daniel no dijo nada. Su marido siempre había sido obstinado y terco para defender su postura. Y él no lo ocultaba tampoco: "Desde el día de mi boda, siempre me ha gustado quedar encima de mi mujer".

Y luego se reía, se reía con gruesas carcajadas, él sabría por qué.

XIII

Hay cosas que la voluntad humana no es capaz de controlar. Daniel, el Mochuelo, acababa de averiguar esto. Hasta entonces creyó que el hombre puede elegir libremente entre lo que quiere y lo que no quiere; incluso él mismo podía ir, si éste era su deseo, al dentista que actuaba en la galería de Quino, el Manco, los jueves por la mañana, mediante un módico alquiler, y sacarse el diente que le estorbase. Había algunos hombres, como Lucas, el Mutilado, que hasta les cercenaban un miembro si ese miembro llegaba a ser para ellos un estorbo. Es decir, que hasta la tarde aquella que saltaron la tapia del Indiano para robarle las manzanas y les sorprendió la Mica, Daniel, el Mochuelo, creyó que los hombres podían desentenderse a su antojo de cuanto supusiese para ellos una rémora, lo mismo en lo relativo al cuerpo que en lo concerniente al espíritu.

Pero nada más abandonar la finca del Indiano con una manzana en cada mano y las orejas gachas, Daniel, el Mochuelo, comprendió que la voluntad del hombre no lo es todo en la vida. Existían cosas que se le imponen al hombre, y lo sojuzgan, y lo someten a su imperio con cruel despotismo. Tal —ahora se daba cuenta— la deslumbradora belleza de la Mica. Tal, el escepticismo de Pancho, el Sindiós. Tal, el encendido fervor de don José, el cura, que era un gran santo. Tal, en fin, la antipatía sorda de la Sara hacia su hermano Roque, el Moñigo.

Desde el frustrado robo de las manzanas, Daniel, el Mochuelo, comprendió que la Mica era muy hermosa, pero, además, que la hermosura de la Mica había encendido en su pecho una viva llama desconocida. Una llama que le abrasaba materialmente el rostro cuando alguien mentaba a la Mica en su presencia. Eso constituía, en él, algo insólito, algo que rompía el hasta ahora despreocupado e independiente curso de su vida.

Daniel, el Mochuelo, aceptó este fenómeno con la resignación con que se aceptan las cosas ineluctables. Él no podía evitar acordarse de la Mica todas las noches al acostarse, o los domingos y días festivos si comía boruga. Esto le llevó a deducir que la Mica significaría para el feliz mortal que la conquistase un muy dulce remanso de paz.

Al principio, Daniel, el Mochuelo, intentó zafarse de esta presión interior que enervaba su insobornable autonomía, pero acabó admitiendo el constante pensamiento de la Mica como algo consustancial a él mismo, algo que formaba parte muy íntima de su ser.

Si la Mica se ausentaba del pueblo, el valle se ensombrecía a los

ojos de Daniel, el Mochuelo, y parecía que el cielo y la tierra se tornasen yermos, amedrentadores y grises. Pero cuando ella regresaba, todo tomaba otro aspecto y otro color, se hacían más dulces y cadenciosos los mugidos de las vacas, más incitante el verde de los prados y hasta el canto de los mirlos adquiría, entre los bardales, una sonoridad más matizada y cristalina. Acontecía, entonces, como un portentoso renacimiento del valle, una acentuación exhaustiva de sus posibilidades, aromas, tonalidades y rumores peculiares. En una palabra, como si para el valle no hubiera ya en el mundo otro sol que los ojos de la Mica y otra brisa que el viento de sus palabras.

Daniel, el Mochuelo, guardaba su ferviente admiración por la Mica como el único secreto no compartido. No obstante, algo en sus ojos, quizás en su voz, revelaba una excitación interior muy difícil de acallar.

También sus amigos admiraban a la Mica. La admiraban en su belleza, lo mismo que admiraban al herrero en su vigor físico, o a don José, el cura, que era un gran santo, en su piedad, o a Quino, el Manco —antes de enterarse el Moñigo de que había llorado a la muerte de su mujer— en su muñón. La admiraban, sí, pero como se admira a las cosas bonitas o poderosas que luego no dejan huella. Sentían, sin duda, en su presencia, a la manera de una nueva emoción estética que inmediatamente se disipaba ante un tordo abatido con el tirachinas o un regletazo de don Moisés, el maestro. Su arrobo no perduraba; era efímero y decadente como una explosión.

En ello advirtió Daniel, el Mochuelo, que su estado de ánimo ante la Mica era una cosa especial, diferente del estado de ánimo de sus amigos. Y si no, ¿por qué Roque, el Moñigo, o Germán, el Tiñoso, no adelgazaban tres kilos si la Mica marchaba a América, o un par de ellos si sólo se desplazaba a la ciudad, o engordaban lo perdido y un kilo más cuando la Mica retornaba al valle por una larga temporada? Ahí estaba la demostración de que sus sentimientos hacia la Mica eran singulares, muy distintos de los que embargaban a sus compañeros. Aunque al hablar de ella se hicieran cruces, o Roque, el Moñigo, cerrase los ojos y emitiese un breve y agudo silbido, como veía hacer a su padre ante una moza bien puesta. Esto era pura ostentación, estridencias superficiales y no, en modo alguno, un ininterrumpido y violento movimiento de fondo.

Una tarde, en el prado de la Encina, hablaron de la Mica. Salió la conversación a propósito del muerto que según la gente había enterrado desde la guerra en medio del prado, bajo el añoso árbol.

—Será ya ceniza —dijo el Tiñoso—. No quedarán ni los huesos. ¿Creéis que cuando se muera la Mica olerá mal, como los demás, y se deshará en polvo?

Experimentó el Mochuelo un latigazo de sangre en la cara.

—No puede ser —saltó, ofendido, como si hubieran afrentado a su madre—. La Mica no puede oler nunca mal. Ni cuando se muera.

El Moñigo soltó al aire una risita seca.

—Éste es lila —dijo—. La Mica cuando se muera olerá a demonios como todo hijo de vecino.

Daniel, el Mochuelo, no se entregó.

—La Mica puede morir en olor de santidad; es muy buena —añadió.

—¿Y qué es eso? —rezongó Roque.

—El olor de los santos.

Roque, el Moñigo, se sulfuró:

—Eso es un decir. No creas que los santos huelen a colonia. Para Dios, sí, pero para los que olemos con las narices, no. Mira don José. Creo que no puede haber hombre más santo, ¿eh? ¿Y no le apesta la boca? Don José será todo lo santo que quieras, pero cuando se muera olerá mal, como la Mica, como tú, como yo y como todo el mundo.

Germán, el Tiñoso, desvió la conversación. Hacía tan sólo dos semanas del asalto a la finca del Indiano. Entornó los ojos para hablar. Le costaba grandes esfuerzos expresarse. Su padre, el zapatero, aseguraba que se le escapaban las ideas por las calvas.

—¿Os fijasteis... os fijasteis —preguntó de pronto—en la piel de la Mica? Parece como que la tiene de seda.

—Eso se llama cutis... tener cutis —aclaró Roque, el Moñigo, y añadió—: De todo el pueblo es la Mica la única que tiene cutis.

Daniel, el Mochuelo, experimentó un gran gozo al saber que la Mica era la única persona del pueblo que tenía cutis.

—Tiene la piel como una manzana con lustre —aventuró tímidamente.

Roque, el Moñigo, siguió con lo suyo:

—La Josefa, la que se suicidó por el Manco, era gorda, pero por lo que dicen mi padre y la Sara también tenía cutis. En las capitales hay muchas mujeres que lo tienen. En los pueblos, no, porque el sol les quema el pellejo o el agua se lo arruga.

Germán, el Tiñoso, sabía algo de eso, porque tenía un hermano en la ciudad y algunos años venía por las Navidades y le contaba muchísimas cosas de allá.

—No es por eso —atajó, con aire de suficiencia absoluta—. Yo sé por lo que es. Las señoritillas sedan cremas y potingues por las noches, que borran las arrugas.

Le miraron los otros dos, embobados.

—Y aún sé más. —Se suavizó la voz y Roque y Daniel se aproximaron a él invitados por su misterioso aire de confidencia—. ¿Sabéis por qué a la Mica no se le arruga el pellejo y lo conserva suave y fresco como si fuera una niña? —dijo.

Las dos interrogaciones se confundieron en una sola voz:

—¿Por qué?
—Pues porque se pone una lavativa todas las noches, al acostarse. Eso hacen todas las del cine. Lo dice mi padre, y don Ricardo ha dicho a mi padre que eso puede ser verdad, porque la vejez sale del vientre. Y la cara se arruga por tener sucio el intestino.
Para Daniel, el Mochuelo, fue esta manifestación un rudo golpe. En su mente se confundían la Mica y la lavativa en una irritante promiscuidad. Eran dos polos opuestos e irreconciliables. Pero, de improviso, recordaba lo que decía a veces don Moisés, el maestro, de que los extremos se tocan y sentía una desfondada depresión, como si algo se le fuese del cuerpo a chorros. La afirmación del Tiñoso era, pues, concienzuda, enteramente posible y verosímil. Mas cuando dos días después volvió a ver a la Mica, se desvanecieron sus bajos recelos y comprendió que don Ricardo y el zapatero y Germán, el Tiñoso, y todo el pueblo decían lo de la lavativa, porque ni sus madres, ni sus mujeres, ni sus hermanas, ni sus hijas tenían cutis y la Mica sí que lo tenía.
La sombra de la Mica acompañaba a Daniel, el Mochuelo, en todos sus quehaceres y devaneos. La idea de la muchacha se encajonó en su cerebro como una obsesión. Entonces no reparaba en que la chica le llevaba diez años y sólo le preocupaba el hecho de que cada uno perteneciera a una diferente casta social. No se reprochaba más que el que él hubiera nacido pobre y ella rica y que su padre, el quesero, no se largase, en su día, a las Américas, con Gerardo, el hijo menor de la señora Micaela. En tal caso, podría él disponer, a estas alturas, de dos restaurantes de lujo, un establecimiento de receptores de radio y tres barcos de cabotaje o siquiera, siquiera, de un comercio de aparatos eléctricos como el que poseían en la ciudad los "Ecos del Indiano". Con el comercio de aparatos eléctricos sólo le separarían de la Mica los dos restaurantes de lujo y los tres barcos de cabotaje. Ahora, a más de los restaurantes de lujo y los barcos de cabotaje, había por medio un establecimiento de receptores de radio que tampoco era moco de pavo.
Sin embargo, a pesar de la admiración y el arrobo de Daniel, el Mochuelo, pasaron años antes de poder cambiar la palabra con la Mica, aparte de la amable reprimenda del día de las manzanas. Daniel, el Mochuelo, se conformaba con despedirla y darle la bienvenida con una mirada triste o radiante, según las circunstancias. Eso sólo, hasta que una mañana de verano le llevó hasta la iglesia en su coche, aquel coche negro y alargado y reluciente que casino metía ruido al andar. Por entonces, el Mochuelo había cumplido ya los diez años y sólo le restaba uno para marcharse al colegio a empezar a progresar. La Mica ya tenía diecinueve para veinte y los tres años transcurridos desde la noche de las manzanas, no sólo no lastimaron su piel, ni su rostro, ni

su cuerpo, sino, al contrario, sirvieron para que su piel, su cuerpo y su rostro entrasen en una fase de mayor armonía y plenitud.

Él subía la varga agobiado por el sol de agosto, mientras flotaban en la mañana del valle los tañidos apresurados del último toque de la misa. Aún le restaba casi un kilómetro, y Daniel, el Mochuelo, desesperaba de alcanzar a don José antes de que éste comenzase el Evangelio. De repente, oyó a su lado el claxon del coche negro de la Mica y volvió la cabeza asustado y se topó, de buenas a primeras, con la franca e inesperada sonrisa de la muchacha. Daniel, el Mochuelo, se sintió envarado, preguntándose si la Mica recordaría el frustrado hurto de las manzanas. Pero ella no aludió al enojoso episodio.

—Pequeño —dijo—. ¿Vas a misa?

Se le atarantó la lengua al Mochuelo y no acertó a responder más que con un movimiento de cabeza.

Ella misma abrió la portezuela y le invitó:

—Es tarde y hace calor. ¿Quieres subir?

Cuando reparó en sus movimientos, Daniel, el Mochuelo, ya estaba acomodado junto a la Mica, viendo desfilar aceleradamente los árboles tras los cristales del coche. Notaba él la vecindad de la muchacha en el flujo de la sangre, en la tensión incómoda de los nervios. Era todo como un sueño, doloroso y punzante en su misma saciedad. "Dios mío —pensaba el Mochuelo—, esto es más de lo que yo había imaginado", y se puso rígido y como acartonado e insensible cuando ella le acarició con su fina mano el cogote y le preguntó suavemente:

—¿Tú de quién eres?

Tartamudeó el Mochuelo, en un forcejeo desmedido con los nervios:

—De... del quesero.

—¿De Salvador?

Bajó la cabeza, asintiendo. Intuyó que ella sonreía. El fino contacto de su piel en la nuca le hizo sospechar que la Mica tenía también cutis en las palmas de las manos.

Se divisaba ya el campanario de la iglesia entre la fronda.

—¿Querrás subirme un par de quesos de nata luego, a la tarde? —dijo la Mica.

Daniel, el Mochuelo, tornó a asentir mecánicamente con la cabeza, incapaz de articular palabra. Durante la misa no supo de qué lado le daba el aire y por dos veces se santiguó extemporáneamente, mientras Ángel, el cabo de la Guardia Civil, se reía convulsivamente a su lado, cubriéndose el rostro con el tricornio, de su desorientación.

Al anochecer se puso el traje nuevo, se peinó con cuidado, se lavó las rodillas y se marchó a casa del Indiano a llevar los quesos. Daniel, el Mochuelo, se maravilló ante el lujo inusitado de la vivienda de la Mica. Todos los muebles brillaban y su superficie era lisa y suave, como si también ellos tuvieran cutis.

Al aparecer la Mica, el Mochuelo perdió el poco aplomo almacenado durante el camino. La Mica, mientras observaba y pagaba los quesos, le hizo muchas preguntas. Desde luego era una muchacha sencilla y simpática y no se acordaba en absoluto del desagradable episodio de las manzanas.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Da... Daniel.

—¿Vas a la escuela?

—Ssssí.

—¿Tienes amigos?

—Sí.

—¿Cómo se llaman tus amigos?

—El Mo... Moñigo y el Ti... Tiñoso.

Ella hizo un mohín de desagrado.

—¡Uf, qué nombres tan feos! ¿Por qué llamas a tus amigos por unos nombres tan feos? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, se azoró. Comprendía ahora que había contestado estúpidamente, sin reflexionar. A ella debió decirle que sus amigos se llamaban Roquito y Germanín. La Mica era una muchacha muy fina y delicada y con aquellos vocablos había herido su sensibilidad. En lo hondo de su ser lamentó su ligereza. Fue en ese momento, ante el sonriente y atractivo rostro de la Mica, cuando se dio cuenta de que le agradaba la idea de marchar al colegio y progresar. Estudiaría denodadamente y quizá ganase luego mucho dinero. Entonces la Mica y él estarían ya en un mismo plano social y podrían casarse y, a lo mejor, la Uca-uca, al saberlo, se tiraría desnuda al río desde el puente, como la Josefa el día de la boda de Quino. Era agradable y estimulante pensar en la ciudad y pensar que algún día podría ser él un honorable caballero y pensar que, con ello, la Mica perdía su inasequibilidad y se colocaba al alcance de su mano. Dejaría, entonces, de decir motes y palabras feas y de agredirse con sus amigos con boñigas resecas y hasta olería a perfumes caros en lugar de a requesón. La Mica, en tal caso, cesaría de tratarle como a un rapaz maleducado y pueblerino.

Cuando abandonó la casa del Indiano era ya de noche. Daniel, el Mochuelo, pensó que era grato pensar en la oscuridad. Casi se asustó al sentir la presión de unos dedos en la carne de su brazo. Era la Uca-uca.

—¿Por qué has tardado tanto en dejarle los quesos a la Mica, Mochuelo? —inquirió la niña.

Le dolió que la Uca-uca vulnerase con este desparpajo su intimidad, que no le dejase tranquilo ni para madurar y reflexionar sobre su porvenir.

Adoptó un gracioso aire de superioridad.

—¿Vas a dejarme en paz de una vez, mocosa?

Andaba de prisa y la Mariuca-uca casi corría, a su lado, bajando la varga.

—¿Por qué te pusiste el traje nuevo para subirle los quesos, Mochuelo? Di —insistió ella.

Él se detuvo en medio de la carretera, exasperado. Dudó, por un momento, si abofetear a la niña.

—A ti no te importa nada de lo mío, ¿entiendes? —dijo, finalmente.

Le tembló la voz a la Uca-uca al indagar:

—¿Es que te gusta más la Mica que yo?

El Mochuelo soltó una carcajada. Se aproximó mucho a la niña para gritarle:

—¡Óyeme! La Mica es la chica más guapa del valle y tiene cutis y tú eres fea como un coco de luz y tienes la cara llena de pecas. ¿No ves la diferencia?

Reanudó la marcha hacia su casa. La Mariuca-uca ya no le seguía. Se había sentado en la cuneta derecha del camino y, ocultando la pecosa carita entre las manos, lloraba con un hipo atroz.

XIV

Podían decir lo que quisieran; eso no se lo impediría nadie. Pero lo que decían de ellos no se ajustaba a la verdad. Ni Roque, el Moñigo, tenía toda la culpa, ni ellos hacían otra cosa que procurar pasar el tiempo de la mejor manera posible. Que a la Guindilla mayor, al quesero, o a don Moisés, el maestro, no les agradase la forma que ellos tenían de pasar el tiempo era una cosa muy distinta. Mas ¿quién puede asegurar que ello no fuese una rareza de la Guindilla, el quesero y el Peón y no una perversidad diabólica por su parte?

La gente en seguida arremete contra los niños, aunque muchas veces el enojo de los hombres proviene de su natural irritable y suspicaz y no de las travesuras de aquéllos. Ahí estaba Paco, el herrero. Él les comprendía porque tenía salud y buen estómago, y si el Peón no hacía lo mismo era por sus ácidos y por su rostro y su hígado retorcidos. Y su mismo padre, el quesero, porque el afán ávido de ahorrar le impedía ver las cosas en el aspecto optimista y risueño que generalmente ofrecen. Y la Guindilla mayor, porque, a fin de cuentas, ella era la dueña del gato y le quería como si fuese una consecuencia irracional de su vientre seco. Mas tampoco ellos eran culpables de que la Guindilla mayor sintiera aquel afecto entrañable y desordenado por el animal, ni de que el gato saltara al escaparate en cuanto el sol, aprovechando cualquier descuido de las nubes, asomaba al valle su rostro congestionado y rubicundo. De esto no tenía la culpa nadie, ésa es la verdad. Pero Daniel, el Mochuelo, intuía que los niños tienen ineluctablemente la culpa de todas aquellas cosas de las que no tiene la culpa nadie.

Lo del gato tampoco fue una hazaña del otro jueves. Si el gato hubiese sido de Antonio, el Buche, o de las mismas Lepóridas, no hubiera ocurrido nada. Pero Lola, la Guindilla mayor, era una escandalosa y su amor por el gato una inclinación evidentemente enfermiza y anormal. Porque, vamos a ver, si la trastada hubiese sido grave o ligeramente pecaminosa, ¿se hubiera reído don José, el cura, con las ganas que se rió cuando se lo contaron? Seguramente, no. Además, ¡qué diablo!, el bicho se lo buscaba por salir al escaparate a tomar el sol. Claro que esta costumbre, por otra parte, representaba para Daniel, el Mochuelo, y sus amigos, una estimable ventaja económica. Si deseaban un real de galletas tostadas, en la tienda de las Guindillas, la mayor decía:

—¿De las de la caja o de las que ha tocado el gato?

—De las que ha tocado el gato —respondían ellos, invariablemente.

Las que "había tocado el gato" eran las muestras del escaparate y, de éstas, la Guindilla mayor daba cuatro por un real, y dos, por el mismo precio, de las de la caja. A ellos no les importaba mucho que las galletas estuvieran tocadas por el gato. En ocasiones estaban algo más que tocadas por el gato, pero tampoco en esos casos les importaba demasiado. Siempre, en cualesquiera condiciones, serían preferibles cuatro galletas que dos.

En lo concerniente a la lupa, fue Germán, el Tiñoso, quien la llevó a la escuela una mañana de primavera. Su padre la guardaba en el taller para examinar el calzado, pero Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", apenas la utilizaba porque tenía buena vista. La hubiera usado si las lupas poseyeran la virtud de levantar un poco las sayas de las mujeres, pero lo que él decía: "Para ver las pantorrillas más gordas y accidentadas de lo que realmente son, no vale la pena emplear artefactos".

Con la lupa de Germán, el Tiñoso, hicieron aquella mañana toda clase de experiencias. Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, encendieron, concentrando con ella los rayos de sol, dos defectuosos pitillos de follaje de patata. Después se analizaron minuciosamente las cicatrices que, agrandadas por el grueso del cristal, asumían una topografía irregular y monstruosa. Luego, se miraron los ojos, la lengua y las orejas y, por último, se cansaron de la lupa y de las extrañas imágenes que ella provocaba.

Fue al cruzar el pueblo hacia sus casas, de regreso de la escuela, que vieron el gato de las Guindillas, enroscado sobre el plato de galletas, en un extremo de la vitrina. El animal ronroneaba voluptuoso, con su negra y peluda panza expuesta al sol, disfrutando de las delicias de una cálida temperatura. Al aproximarse ellos, abrió, desconfiado, un redondo y terrible ojo verde, pero al constatar la protección de la luna del escaparate, volvió a cerrarlo y permaneció inmóvil, dulcemente transpuesto.

Nadie es capaz de señalar el lugar del cerebro donde se generan las grandes ideas. Ni Daniel, el Mochuelo, podría decir, sin mentir, en qué recóndito pliegue nació la ocurrencia de interponer la lupa entre el sol y la negra panza del animal, la idea surgió de él espontánea y como naturalmente. Algo así a como fluye el agua de un manantial. Lo cierto es que durante unos segundos los rayos del sol convergieron en el cuerpo del gato formando sobre su negro pelaje un lunar brillante. Los tres amigos observaban expectantes el proceso físico. Vieron cómo los pelos más superficiales chisporroteaban sin que el bicho modificara su postura soñolienta y voluptuosa. El lunar de fuego permanecía inmóvil sobre su oscura panza. De repente brotó de allí una tenue hebra de humo y el gato de las Guindillas dio, simultáneamente, un acrobático salto acompañado de rabiosos maullidos:

—¡!Marramiauuuu¡! ¡!Miauuuuuuuu¡!

Los maullidos agudos y lastimeros se diluían, poco apoco, en el fondo del establecimiento.

Sin acuerdo previo, los tres amigos echaron a correr. Pero la Guindilla fue más rápida que ellos y su rostro descompuesto asomó a la puerta antes de que los tres rapaces se perdieran varga abajo. La Guindilla blandía el puño en el aire y lloraba de rabia e impotencia:

—¡Golfos! ¡Sinvergüenzas! ¡Vosotros teníais que ser!¡Me habéis abrasado el gato! ¡Pero ya os daré yo!¡Os vais a acordar de esto!

Y, efectivamente, se acordaron, ya que fue más leonino lo que don Moisés, el Peón, hizo con ellos que lo que ellos habían hecho con el gato. Así y todo, en ellos se detuvo la cadena de escarmientos. Y Daniel, el Mochuelo, se preguntaba: "¿Por qué si quemamos un poco a un gato nos dan a nosotros una docena de regletazos en cada mano, y nos tienen todo un día sosteniendo con el brazo levantado el grueso tomo de la Historia Sagrada, con más de cien grabados a todo color, y al que a nosotros nos somete a esta caprichosa tortura no hay nadie que le imponga una sanción, consecuentemente más dura, y así, de sanción en sanción, no nos plantamos en la pena de muerte?". Pero, no. Aunque el razonamiento no era desatinado, el castigo se acababa en ellos. Éste era el orden pedagógico establecido y había que acatarlo con sumisión. Era la caprichosa, ilógica y desigual justicia de los hombres.

Daniel, el Mochuelo, pensaba, mientras pasaban lentos los minutos y le dolían las rodillas y le temblaba y sentía punzadas nerviosas en el brazo levantado con la Historia Sagrada en la punta, aquel único negocio en la vida era dejar cuanto antes de ser niño y transformarse en un hombre. Entonces se podía quemar tranquilamente a un gato con una lupa sin que se conmovieran los cimientos sociales del pueblo y sin que don Moisés, el maestro, abusara impunemente de sus atribuciones.

¿Y lo del túnel? Porque todavía en lo de la lupa hubo una víctima inocente: el gato; pero en lo del túnel no hubo víctimas y de haberlas habido, hubieran sido ellos y encima vengan regletazos en la palma de la mano y vengan horas de rodillas, con el brazo levantado con la Historia Sagrada sobrepasando siempre el nivel de la cabeza. Esto era inhumano, un evidente abuso de autoridad, ya que, en resumidas cuentas, ¿no hubiera descansado don Moisés, el Peón, si el rápido se los lleva a los tres aquella tarde por delante? Y, si era así, ¿por qué se les castigaba? ¿Tal vez porque el rápido no se les llevó por delante? Aviados estaban entonces; la disyuntiva era ardua: o morir triturados entre los ejes de un tren o tres días de rodillas con la Historia Sagrada y sus más de cien grabados a todo color, izada por encima de la cabeza.

Tampoco Roque, el Moñigo, acertaría a explicarse en qué región de su cerebro se generó la idea estrambótica de esperar al rápido dentro del túnel con los calzones bajados. Otras veces habían aguantado en el túnel el paso del mixto o del tranvía interprovincial. Mas estos trenes discurrían cachazudamente y su paso, en la oscuridad del agujero, apenas si les producía ya emoción alguna. Era preciso renovarse. Y Roque, el Moñigo, les exigió este nuevo experimento: aguardar al rápido dentro del túnel y hacer los tres, simultáneamente, de vientre, al paso del tren.

Daniel, el Mochuelo, antes de aceptar, apuntó algunos sensatos inconvenientes.

—¿Y el que no tenga ganas? —dijo.

El Moñigo arguyó, contundente:

—Las sentirá en cuanto oiga acercarse la máquina.

El detalle que descuidaron fue el depósito de los calzones. De haber atado este cabo, nada se hubiera descubierto. Como no hubiera pasado nada tampoco si el día que el Tiñoso llevó la lupa a la escuela no hubiera habido sol. Pero existen, flotando constantemente en el aire, unos entes diabólicos que gozan enredando los actos inocentes de los niños, complicándoles las situaciones más normales y simples.

¿Quién pensaba, en ese momento, en la suerte de los calzones estando en juego la propia suerte? ¿Se preocupa el torero del capote cuando tiene las astas a dos cuartas de sus ingles? Y aunque al torero le rasgue el toro el capote no le regaña su madre, ni le aguarda un maestro furibundo que le dé dos docenas de regletazos y le ponga de rodillas con la Historia Sagrada levantada por encima de la cabeza. Y, además, al torero le dan bastante dinero. Ellos arriesgaban sin esperar una recompensa ni un aplauso, ni la chimenea ni una rueda del tren tan siquiera. Trataban únicamente de auto convencerse de su propio valor. ¿Merece esta prueba un suplicio tan refinado?

El rápido entró en el túnel silbando, bufando, echando chiribitas, haciendo trepidar los montes y las piedras. Los tres rapaces estaban pálidos, en cuclillas, con los traseritos desnudos a medio metro de la vía. Daniel, el Mochuelo, sintió que el mundo se dislocaba bajo sus plantas, se desintegraba sin remedio y, mentalmente, se santiguó. La locomotora pasó bufando a su lado y una vaharada cálida de vapor le lamió el trasero. Retemblaron las paredes del túnel, que se llenó de unas resonancias férreas estruendosas. Por encima del fragor del hierro y la velocidad encajonada, llegó a su oído la advertencia del Moñigo, a su lado:

—¡Agarraos a las rodillas!

Y se agarró ávidamente, porque lo ordenaba el jefe y porque la atracción del convoy era punto menos que irresistible. Se agarró a las rodillas, cerró los ojos y contrajo el vientre. Fue feliz al constatar que

había cumplido ce por be lo que Roque les había exigido.

Se oyeron las risas sofocadas de los tres amigos al concluir de desfilar el tren. El Tiñoso se irguió y comenzó a toser ahíto de humo. Luego tosió el Mochuelo y, el último, el Moñigo. Jamás el Moñigo rompía a toser el primero, aunque tuviese ganas de hacerlo. Sobre estos extremos existía siempre una competencia inexpresada.

Se reían aun cuando Roque, el Moñigo, dio la voz de alarma.

—No están aquí los pantalones —dijo.

Cedieron las risas instantáneamente.

—Ahí tenían que estar —corroboró el Mochuelo, tanteando en la oscuridad.

El Tiñoso dijo:

—Tened cuidado, no piséis...

El Moñigo se olvidó, por un momento, de los pantalones.

—¿Lo habéis hecho? —inquirió.

Se fundieron en la tenebrosa oscuridad del túnel las afirmaciones satisfechas del Mochuelo y el Tiñoso.

—¡Sí!

—También yo —confesó Roque, el Moñigo; y rió en torno al comprobar la rara unanimidad de sus vísceras.

Los pantalones seguían sin aparecer. Tanteando llegaron a la boca del túnel. Tenían los traseros salpicados de carbonilla y el temor por haber extraviado los calzones plasmaba en sus rostros una graciosa expresión de estupor. Ninguno se atrevió a reír, sin embargo. El presentimiento de unos padres y un maestro airados e implacables no dejaba mucho lugar al alborozo.

De improviso divisaron, cuatro metros por delante, en medio del senderillo que flanqueaba la vía, un pingajo informe y negruzco. Lo recogió Roque, el Moñigo, y los tres lo examinaron con detenimiento. Sólo Daniel, el Mochuelo, osó, al fin, hablar:

—Es un trozo de mis pantalones —balbuceó con un hilo de voz.

El resto de la ropa fue apareciendo, disgregada en minúsculos fragmentos, a lo largo del sendero. La onda de la velocidad había arrebatado las prendas, que el tren deshizo entre sus hierros como una fiera enfurecida.

De no ser por este inesperado contratiempo nadie se hubiera enterado de la aventura. Pero esos entes siniestros que constantemente flotan en el aire, les enredaron el asunto una vez más. Claro que, ni aun sopesando la diablura en toda su dimensión, se justificaba el castigo que les impuso don Moisés, el maestro. El Peón siempre se excedía, indefectiblemente. Además, el castigar a los alumnos parecía procurarle un indefinible goce o, por lo menos, la comisura derecha de su boca se distendía, en esos casos, hasta casi morder la negra patilla de bandolero.

¿Que habían escandalizado entrando en el pueblo sin calzones? ¡Claro! Pero ¿qué otra cosa cabía hacer en un caso semejante? ¿Debe extremarse el pudor hasta el punto de no regresar al pueblo por el hecho de haber perdido los calzones? Resultaba tremendo para Daniel, el Mochuelo; Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, tener que decidir siempre entre unas disyuntivas tan penosas. Y era aún más mortificante la exacerbación que producían en don Moisés, el maestro, sus cosas, unas cosas que ni de cerca, ni de lejos, le atañían.

XV

Don Moisés, el maestro, decía a menudo que él necesitaba una mujer más que un cocido. Pero llevaba diez años en el pueblo diciéndolo y aún seguía sin la mujer que necesitaba. Las Guindillas, las Lepóridas y don José, el cura, que era un gran santo, reconocían que el Peón necesitaba una mujer. Sobre todo por dignidad profesional. Un maestro no puede presentarse en la escuela de cualquier manera; no es lo mismo que un quesero o un herrero, por ejemplo. El cargo, exige. Claro que lo primero que exige el cargo es una remuneración suficiente, y don Moisés, el Peón, carecía de ella. Así es que tampoco tenía nada de particular que don Moisés, el Peón, se embutiese cada día en el mismo traje con que llegó al pueblo, todo tazado y remendado, diez años atrás, e incluso que no gastase ropa interior. La ropa interior costaba un ojo de la cara y el maestro precisaba los dos ojos de la cara para desempeñar su labor.

Camila, la Lepórida, se portó mal con él; eso desde luego; don Moisés, el maestro, anduvo enamoriscado de ella una temporada y ella le dio calabazas, porque decía que era rostritorcido y tenía la boca descentrada. Esto era una tontería, y Paco, el herrero, llevaba razón al afirmar que eso no constituía inconveniente grave, ya que la Lepórida, si se casaba con él, podría centrarle la boca y enderezarle la cara a fuerza de besos. Pero Camila, la Lepórida, no andaba por la labor y se obstinó en que para besar la boca del maestro habría de besarla en la oreja y esto le resultaba desagradable. Paco, el herrero, no dijo que sí ni que no, pero pensó que siempre sería menos desagradable besar la oreja de un hombre que besar los hocicos de una liebre. Así que la cosa se disolvió en agua de borrajas. Camila, la Lepórida, continuó colgada del teléfono y don Moisés, el maestro, acudiendo diariamente a la escuela sin ropa interior, con la vuelta de los puños tazada y los codos agujereados.

El día que Roque, el Moñigo, expuso a Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sus proyectos fue un día soleado de vacación, en tanto Pascual, el del molino, y Antonio, el Buche, disputaban una partida en el corro de bolos.

—Oye, Mochuelo —dijo de pronto—; ¿por qué no se casa la Sara con el Peón?

Por un momento, Daniel, el Mochuelo, vio los cielos abiertos. ¿Cómo siendo aquello tan sencillo y pertinente no se le ocurrió antes a él?

—¡Claro! —replicó—. ¿Por qué no se casan?

—Digo —agregó a media voz el Moñigo—, que para casarse dos basta con que se entiendan en alguna cosa. La Sara y el Peón se parecen en que ninguno de los dos me puede ver a mí ni en pintura.

A Daniel, el Mochuelo, iba pareciéndole el Moñigo un ser inteligente. No veía manera de cambiar de exclamación, tan perfecto y sugestivo le parecía todo aquello.

—¡Claro! —dijo.

Prosiguió el Moñigo:

—Figúrate lo que sería vivir yo en mi casa con mi padre, los dos solos, sin la Sara. Y en la escuela, don Moisés siempre me tendría alguna consideración por el hecho de ser hermano de su mujer e incluso a vosotros por ser los mejores amigos del hermano de su mujer. Creo que me explico, ¿no?

De la contumacia del Mochuelo se infería su desbordado entusiasmo.

—¡Claro! —volvió a decir.

—¡Claro! —adujo el Tiñoso, contagiado.

El Moñigo movió la cabeza dubitativamente:

—El caso es que ellos se quieran casar —dijo.

—¿Por qué no van a querer? —afirmó el Mochuelo—. El Peón hace diez años que necesita una mujer y a la Sara no le disgustaría que un hombre le dijese cuatro cosas. Tu hermana no es guapa.

—Es fea como un diablo, ya lo sé; pero también es fea la Lepórida.

—¿Es escrupulosa la Sara? —dijo el Tiñoso.

—Qué va; si le cae una mosca en la leche se ríe y le dice: "Prepárate, que vas de viaje", y se la bebe con la leche como si nada. Luego se ríe otra vez — dijo Roque, el Moñigo.

—¿Entonces? —dijo el Tiñoso.

—La mosca ya no vuelve a darle guerra; es cosa de un momento. Casarse es diferente —dijo el Moñigo.

Los tres permanecieron un rato silenciosos. Al cabo, Daniel, el Mochuelo, dijo:

—¿Por qué no hacemos que se vean?

—¿Cómo? —inquirió el Moñigo.

El Mochuelo se levantó de un salto y se palmeó el polvo de las posaderas:

—Ven, ya verás.

Salieron de la bolera a la carretera. La actitud del Mochuelo revelaba una febril excitación.

—Escribiremos una nota al Peón como si fuera la propia Sara, ¿me entiendes? Tu hermana sale todas las tardes a la puerta de casa para ver pasar la gente. Le diremos que le espera a él y cuando él vaya y la vea creerá que le está esperando de verdad.

Roque, el Moñigo, adoptaba un gesto hosco, enfurruñado, habitual

en él cuando algo no le convencía plenamente.

—¿Y si el Peón conoce la letra? —arguyó.

—La desfiguraremos —intervino, entusiasmado, el Tiñoso.

Añadió el Moñigo:

—¿Y si le enseña la carta a la Sara?

Daniel caviló un momento.

—Le diremos que queme la carta antes de ir a verla y que jamás le hable de esa carta si no quiere que se muera de vergüenza y que no le vuelva a mirar a la cara.

—¿Y si no la quema? —argumentó, obstinado, el Moñigo.

—La quemará. El asqueroso Peón tiene miedo de quedarse sin mujer. Ya es un poco viejo y él sabe que tuerce la boca. Y que eso hace feo. Y que a las mujeres no les gusta besar la boca de un hombre en la oreja. Ya se lo dijo la Lepórida bien claro —dijo el Mochuelo.

Roque, el Moñigo, añadió como hablando consigo mismo:

—Él no dirá nada por la cuenta que le tiene; le queda canguelo desde que la Camila le dio calabazas. Tienes razón.

Paulatinamente renacía la confianza en el ancho pecho del Moñigo. Ya se veía sin la Sara, sin la constante amenaza de la regla del Peón sobre su cabeza en la escuela; disfrutando de una independencia que hasta entonces no había conocido.

—¿Cuándo le escribimos la carta, entonces? —dijo.

—Ahora.

Estaban frente a la quesería y entraron en ella. El Mochuelo tomó un lápiz y un papel y escribió con caracteres tipográficos: "Don Moisés, si usted necesita una mujer, yo necesito un hombre. Le espero a las siete en la puerta de mi casa. No me hable jamás de esta carta y quémela. De otro modo me moriría de vergüenza y no volvería a mirarle a usted a la cara. Tropiécese conmigo como por casualidad. Sara".

A la hora de comer, Germán, el Tiñoso, introdujo la carta al maestro por debajo de la puerta de su casa y a las siete menos cuarto de aquella misma tarde entraba con Daniel, el Mochuelo, en casa del Moñigo a esperar los acontecimientos desde el ventanuco del pajar.

El asunto estaba bien planeado y todo, mas a pique estuvo de venirse abajo. La Sara, como de costumbre, tenía encerrado al Moñigo en el pajar cuando ellos llegaron. Y eran las siete menos cuarto. Daniel, el Mochuelo, presumía que, necesitando como necesitaba el Peón una mujer desde hacía diez años, no se retrasaría ni un solo minuto.

La voz de la Sara se desgranaba por el hueco de la escalera. A pesar de haber oído un millón de veces aquella retahíla, Daniel, el Mochuelo, no pudo evitar ahora un estremecimiento:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la

inminente muerte fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas...

El Moñigo debía saber que eran cerca de las siete, porque respondía atropelladamente, sin dar tiempo a la Sara a concluir la frase:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

La Sara se detuvo al oír que alguien subía la escalera. Eran el Mochuelo y el Tiñoso.

—Hola, Sara —dijo el Mochuelo, impaciente—. Perdona al Moñigo, no lo volverá a hacer.

—Qué sabes tú lo que ha hecho, zascandil —dijo ella.

—Algo malo será. Tú no le castigas nunca sin un motivo. Tú eres justa.

La Sara sonrió, complacida.

—Aguarda un momento —dijo, y prosiguió rápidamente, ansiando dar cuanto antes cima a su castigo:

—Cuando perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte...

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí. Sara, ¿has terminado?

Ella cerró el devocionario.

—Sí.

—Hale, abre.

—¿Escarmentaste?

—Sí, Sara; hoy me metiste mucho miedo.

Se levantó la Sara y abrió la puerta del pajar visiblemente satisfecha. Comenzó a bajar la escalera con lentitud. En el primer rellano se volvió.

—Ojo y no hagáis perrerías —dijo, como estremecida por un difuso presentimiento.

El Moñigo, el Mochuelo y el Tiñoso se precipitaron hacia el ventanuco del pajar sin cambiar una palabra. El Moñigo retiró las telarañas de un manotazo y se asomó a la calle. Inquirió angustiado el Mochuelo:

—¿Salió ya?

—Está sacando la silla y la labor. Ya se sienta —su voz se hizo repentinamente apremiante—. ¡El Peón viene por la esquina de la calle!

El corazón del Mochuelo se puso a bailar locamente, más locamente aún que cuando oyó silbar al rápido a la entrada del túnel y él le esperaba dentro con los calzones bajados, o cuando su madre preguntó a su padre, con un extraño retintín, si tenían al Gran Duque como un huésped de lujo. Lo de hoy era aún mucho más emocionante y trascendental que todo aquello. Puso su cara entre las del Moñigo y el Tiñoso y vio que don Moisés se detenía frente a la Sara, con el cuerpo

un poco ladeado y las manos en la espalda, y le guiñaba reiteradamente un ojo y le sonreía hasta la oreja por el extremo izquierdo de la boca. La Sara le miraba atónita y, al fin, azorada por tantos guiños y tantas medias sonrisas, balbuceó:

—Buenas tardes, don Moisés, ¿qué dice de bueno?

Él entonces se sentó en el banco de piedra junto a ella. Tornó a hacer una serie de muecas veloces con la boca, con lo que demostraba su contento.

La Sara le observaba asombrada.

—Ya estoy aquí, nena —dijo él—. No he sido moroso, ¿verdad? De lo demás no diré ni una palabra. No te preocupes.

Don Moisés hablaba muy bien. En el pueblo no se ponían de acuerdo sobre quién era el que mejor hablaba de todos, aunque en los candidatos, coincidían: don José, el cura; don Moisés, el maestro, y don Ramón, el alcalde.

La melosa voz del Peón a su lado y el lenguaje abstruso que empleaba desconcertaron a la Sara.

—¿Le... le pasa a usted hoy algo, don Moisés? —dijo.

Él tornó a guiñarle el ojo con un sentido de entendimiento y complicidad y no contestó.

Arriba, en el ventanuco del pajar, el Moñigo susurró en la oreja del Mochuelo:

—Es un cochino charlatán. Está hablando de lo que no debía.

—¡Chist!

El Peón se inclinó ahora hacia la Sara y la cogió osadamente una mano.

—Lo que más admiro en las mujeres es la sinceridad, Sara; gracias. Tú y yo no necesitamos de recovecos ni de disimulos —dijo.

Tan roja se le puso la cara a la Sara que su pelo parecía menos rojo. Se acercaba la Chata, con un cántaro de agua al brazo, y la Sara se deshizo de la mano del Peón.

—¡Por Dios, don Moisés! —cuchicheó en un rapto de inconfesada complacencia—. ¡Pueden vernos!

Arriba, en el ventanuco del pajar, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sonreían bobamente, sin mirarse.

Cuando la Chata dobló la esquina, el Peón volvió a la carga.

—¿Quieres que te ayude a coser esa prenda? —dijo.

Ahora le cogía las dos manos. Forcejearon. La Sara, en un movimiento instintivo, ocultó la prenda tras de sí, atosigada de rubores.

—Las manos quietas, don Moisés —rezongó.

Arriba, en el pajar, el Moñigo rió quedamente:

—Ji, ji, ji. Es una braga —dijo.

El Mochuelo y el Tiñoso rieron también. La confusión y el aparente

enojo de la Sara no ocultaban un vehemente regodeo. Entonces el Peón comenzó a decirle sin cesar cosas bonitas de sus ojos y de su boca y de su pelo, sin darle tiempo a respirar, y a la legua se advertía que el corazón virgen de la Sara, huérfana aún de requiebros, se derretía como el hielo bajo el sol. Al concluir la retahíla de piropos, el maestro se quedó mirando de cerca, fijamente, a la Sara.

—¿A ver si has aprendido ya cómo son tus ojos, nena?—dijo.

Ella rió, entontecida.

—¡Qué cosas tiene, don Moisés! —dijo.

Él insistió. Se notaba que la Sara evitaba hablar para no defraudar con sus frases vulgares al Peón, que era uno de los que mejor hablaban en el pueblo. Sin duda la Sara quería recordar algo bonito que hubiese leído, algo elevado y poético, pero lo primero que le vino a las mientes fue lo que más veces había repetido.

—Pues... mis ojos son... son... vidriados y desencajados, don Moisés —dijo, y tornó a reír en corto, crispadamente.

La Sara se quedó tan terne. La Sara no era lista. Entendía que aquellos adjetivos por el mero hecho devenir en el devocionario debían ser más apropiados para aplicarlos a los ángeles que a los hombres y se quedó tan a gusto. Ella interpretó la expresión de asombro que se dibujó en la cara del maestro favorablemente, como un indicio de sorpresa al constatar que ella no era tan zafia y ruda como seguramente había él imaginado. En cambio, el Moñigo, allá arriba, receló algo:

—La Sara ha debido decir una bobada, ¿no?

El Mochuelo aclaró:

—Los ojos vidriados y desencajados son los de los muertos.

El Moñigo sintió deseos de arrojar un ladrillo sobre la cabeza de su hermana. No obstante, el Peón sonrió hasta la oreja derecha después de su pasajero estupor. Debía de necesitar mucho una mujer cuando transigía con aquello sin decir nada. Tornó a requebrar a la Sara con mayor ahínco y al cuarto de hora, ella estaba como abobada, con las mejillas rojas y la mirada perdida en el vacío, igual que una sonámbula. El Peón quiso asegurarse la mujer que necesitaba:

—Te quiero, ¿sabes, Sara? Te querré hasta el fin del mundo. Vendré a verte todos los días a esta misma hora. Y tú, tú, dime —le cogía una mano otra vez, aparentando un efervescente apasionamiento—, ¿me querrás siempre?

La Sara le miró como enajenada. Las palabras le acudían a la boca con una fluidez extraña; era como si ella no fuese ella misma; como si alguien hablase por ella desde dentro de su cuerpo.

—Le querré, don Moisés —dijo—, hasta que, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte.

—¡Así! —dijo el maestro, entusiasmado, y le oprimió las manos y guiñó dos veces los ojos, y otras cuatro se le distendió la boca hasta la oreja y, al fin, se marchó y antes de llegar a la esquina volvió varias veces el rostro y sonrió convulsivamente a la Sara.

Así se hicieron novios la Sara y el Peón. Con Daniel, el Mochuelo, estuvieron un poco desconsiderados, teniendo en cuenta la parte que él había jugado en aquel entendimiento. Habían sido novios año y medio y ahora que él tenía que marchar al colegio a empezar a progresar se les ocurría fijar la boda para el dos de noviembre, el día de las Ánimas Benditas. Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", tampoco aprobó aquella fecha y lo dijo así sin veladuras:

—Los hombres que van buscando la mujer se casan en primavera; los que van buscando la fregona se casan en invierno. No falla nunca.

A la Nochebuena siguiente, la Sara estaba de muy buen humor. Desde que se hiciera novia del Peón se había suavizado su carácter. Hasta tal punto que, desde entonces, sólo dos veces había encerrado al Moñigo en el pajar para leerle las recomendaciones del alma. Ya era ganar algo. Por añadidura, el Moñigo sacaba mejores notas en la escuela y ni una sola vez tuvo que levantar la Historia Sagrada, con sus más de cien grabados a todo color, por encima de la cabeza.

Daniel, el Mochuelo, en cambio, sacó bien poco de todo aquello.

A veces lamentaba haber intervenido en el asunto, pues siempre resultaba más confortador sostener la Historia Sagrada viendo que el Moñigo hacía otro tanto a su lado, que tener que sostenerla sin compañía.

El día de Nochebuena, la Sara andaba de muy buen talante y le preguntó al Moñigo mientras daba vuelta al pollo que se asaba en el horno:

—Dime, Roque, ¿escribiste tú una carta al maestro diciéndole que yo le quería?

—No, Sara —dijo el Moñigo.

—¿De veras? —dijo ella.

—Te lo juro, Sara —añadió.

Ella se llevó un dedo que se había quemado a la boca y cuando lo sacó dijo:

—Ya decía yo. Sería lo único bueno que hubieras hecho en tu vida. Anda. Aparta de ahí, zascandil.

XVI

Don José, el cura, que era un gran santo, utilizaba, desde el púlpito, todo género de recursos persuasivos: crispaba los puños, voceaba, reconvenía, sudaba por la frente y el pescuezo, se mesaba los escasos cabellos blancos, recorría los bancos con su índice acusador e incluso una mañana se rasgó la sotana de arriba abajo en uno de los párrafos más patéticos y violentos que recordaría siempre la historia del valle. Así y todo, la gente, particularmente los hombres, no le hacían demasiado caso. La misa les parecía bien, pero al sermón le ponían mala cara y le fruncían el ceño. La Ley de Dios no ordenaba oír sermón entero todos los domingos y fiestas de guardar. Por lo tanto, don José, el cura, se sobrepasaba en el cumplimiento de la Ley Divina. Decían de él que pretendía ser más papista que el Papa y que eso no estaba bien y menos en un sacerdote; y todavía menos en un sacerdote como don José, tan piadoso y comprensivo, de ordinario, para las flaquezas de los hombres.

Eran un poco torvos y adustos y desagradecidos los hombres del valle. No obstante, un franco espíritu deportivo les infundía un notorio aliento humano. Los detractores de don José, el cura, como orador, decían que no se podía estimar que hablase bien un hombre que a cada dos por tres decía "en realidad". Esto era cierto. Claro que puede hablarse bien diciendo "en realidad" a cada dos por tres. Ambas cosas, a juicio de Daniel, el Mochuelo, resultaban perfectamente compatibles. Mas algunos no lo entendían así y si asistían a un sermón de don José era para jugarse el dinero a pares o nones, sobre las veces que el cura decía, desde el púlpito, "en realidad". La Guindilla mayor aseguraba que don José decía "en realidad" adrede y que ya sabía que los hombres tenían por costumbre jugarse el dinero durante los sermones a pares o nones, pero que lo prefería así, pues siquiera de esta manera le escuchaban y entre "en realidad" y "en realidad" algo de fundamento les quedaría. De otra forma se exponía a que los hombres pensaran en la hierba, la lluvia, el maíz o las vacas, mientras él hablaba, y esto ya sería un mal irremediable.

La gente del valle era obstinadamente individualista. Don Ramón, el alcalde, no mentía cuando afirmaba que cada individuo del pueblo preferiría morirse antes que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vivía aislada y sólo se preocupaba de sí misma. Y a decir verdad, el individualismo feroz del valle sólo se quebraba las tardes de los domingos, al caer el sol. Entonces los jóvenes se emparejaban y escapaban a los prados o a los bosques y los viejos se metían en las

tascas a fumar y a beber. Esto era lo malo. Que la gente sólo perdiese su individualismo para satisfacer sus instintos más bajos.

Don José, el cura, que era un gran santo, arremetió una mañana contra las parejas que se marchaban a los prados o a los bosques los domingos, al anochecer; contra las que se apretujaban en el baile cerrado; contra los que se emborrachaban y se jugaban hasta los pelos en la taberna del Chano y, en fin, contra los que durante los días festivos segaban el heno o cavaban las patatas o cuchaban los maizales. Fue aquél el día en que don José, el cura, en un arrebato, se rasgó la sotana de arriba abajo. En definitiva, el cura no dejó títere con cabeza, ya que en el valle podían contarse con los dedos de la mano los que dejaban transcurrir una festividad sin escapar a los prados o a los bosques, apretujarse en el baile cerrado, emborracharse y jugar en la tasca del Chano o segar el heno, cuchar los maizales o cavar las patatas. El señor cura afirmó que, "en realidad, el día del Juicio Final habría muy poca gente del pueblo a la derecha de Nuestro Señor, si las actuales costumbres no se enmendaban radicalmente".

Una comisión, presidida por la Guindilla mayor, visitó al cura en la sacristía al concluir la misa.

—Díganos, señor cura, ¿está en nuestras manos cambiar estas costumbres tan corrompidas? —dijo la Guindilla.

El anciano párroco carraspeó, sorprendido. No esperaba una reacción tan rápida. Escrutó, uno tras otro, aquellos rostros predilectos del Señor y volvió a carraspear. Ganaba tiempo.

—Hijas mías —dijo, al fin—, está en vuestras manos, si estáis bien dispuestas.

En el atrio, Antonio, el Buche, abonaba dos pesetas a Andrés, el zapatero, porque don José había dicho "en realidad" cuarenta y dos veces y él había jugado a nones.

En la sacristía, don José, el cura, agregó:

—Podemos organizar un centro donde la juventud se distraiga sin ofender al Señor. Con buena voluntad eso no sería difícil. Un gran salón con toda clase de entretenimientos. A las seis podríamos hacer cine los domingos y días festivos. Claro que proyectando solamente películas morales, católicas a machamartillo.

La Guindilla mayor hizo palmitas.

—El local podría ser la cuadra de Pancho. No tiene ganado ya y quiere venderla. Podríamos tomarla en arriendo, don José —dijo con entusiasmo.

Catalina, la Lepórida, intervino:

—El Sindiós no cederá la cuadra, señor cura. Es un tunante sin fe. Antes morirá que dejarnos la cuadra para un fin tan santo.

Daniel, el Mochuelo, que había ayudado a misa, escuchaba boquiabierto la conversación de don José con las mujeres. Pensó

marcharse, pero la idea de que en el pueblo iba a montarse un cine lo contuvo.

Don José, el cura, apaciguó a Catalina, la Lepórida:

—No formes juicios temerarios, hija. Pancho, en el fondo, no es malo.

La Guindilla mayor saltó, como si la pinchasen:

—Padre, ¿es que se puede ser bueno sin creer en Dios? —dijo.

Camila, la otra Lepórida, infló su exuberante pechuga y cortó:

—Pancho por ganar una peseta sería capaz de vender el alma al diablo. Lo sé porque lo sé.

Intervino, toda excitada, Rita, la Tonta, la mujer del zapatero:

—El alma se la ha regalado ya ese tunante. El diablo no necesita darle ni dos reales por ella. Eso lo sabemos todos.

Don José, el cura, impuso, finalmente, su autoridad. Nombró una comisión, presidida por la Guindilla, que llevaría a cabo las gestiones con Pancho, el Sindiós, y se desplazaría a la ciudad para adquirir un proyector cinematográfico. A todos les pareció de perlas la decisión. Al terminar su perorata, don José anunció que las próximas colectas durante dos meses tendrían por finalidad adquirir una sotana nueva para el párroco. Todos elogiaron la idea y la Guindilla, creyéndose obligada, inició la suscripción con un duro.

Tres meses después, la cuadra de Pancho, el Sindiós, bien blanqueada y desinfectada, se inauguró como cine en el valle. La primera sesión fue un gran éxito. Apenas quedó en los montes o en los bosques alguna pareja recalcitrante. Mas a las dos semanas surgió el problema. No había disponibles más películas "católicas a machamartillo". Se abrió un poco la mano y hubo necesidad de proyectar alguna que otra frivolidad. Don José, el cura, tranquilizaba su conciencia, asiéndose, como un náufrago a una tabla, a la teoría del mal menor.

—Siempre estarán mejor recogidos aquí que sobándose en los prados —decía.

Transcurrió otro mes y la frivolidad de las películas que enviaban de la ciudad iba en aumento. Por otro lado, las parejas que antes marchaban a los prados o a los bosques al anochecer aprovechaban la penumbra de la sala para arrullarse descomedidamente.

Una tarde se dio la luz en plena proyección y Pascualón, el del molino, fue sorprendido con la novia sentada en las rodillas. La cosa iba mal, y a finales de octubre, don José, el cura, que era un gran santo, convocó en su casa a la comisión.

—Hay que tomar medidas urgentes. En realidad ni las películas son ya morales, ni los espectadores guardan en la sala la debida compostura. Hemos caído en aquello contra lo que luchábamos —dijo.

—Pongamos luz en la sala y censuremos duramente las películas —

arguyó la Guindilla mayor.

A la vuelta de muchas discusiones se aprobó la sugerencia de la Guindilla. La comisión de censura quedó integrada por don José, el cura, la Guindilla mayor y Trino, el sacristán. Los tres se reunían los sábados en la cuadra de Pancho y pasaban la película que se proyectaría al día siguiente.

Una tarde detuvieron la prueba en una escena dudosa.

—A mi entender esa marrana enseña demasiado las piernas, don José —dijo la Guindilla.

—Eso me estaba pareciendo a mí —dijo don José. Y volviendo el rostro hacia Trino, el sacristán, que miraba la imagen de la mujer sin pestañear y boquiabierto, le conminó—: Trino, o dejas de mirar así o te excluyo de la comisión de censura.

Trino era un pobre hombre de escaso criterio y ninguna voluntad. Poseía una mirada blanda y acuosa y carecía de barbilla. Todo ello daba a su rostro una torpe y bobalicona expresión. Cuando andaba se acentuaba su torpeza, como si le costase un esfuerzo desplazar a cada paso el volumen de aire que necesitaba su cuerpo. Una completa calamidad. Claro que hasta el más simple sirve para algo y Trino, el Sacristán, era casi un virtuoso tocando el armonio.

Ante la reprimenda del párroco, Trino humilló los ojos y sonrió bobamente, contristado. Al cura le asistía la razón, pero ¡caramba!, aquella mujer de la película tenía unas pantorrillas admirables, como no se veían frecuentemente por el mundo.

Don José, el cura, veía que cada día crecían las dificultades. Resultaba peliagudo luchar contra las apetencias instintivas de todo el valle. Trino mismo, a pesar de ser censor y sacristán, pecaba de deseo y pensamiento con aquellas mujeronas que mostraban con la mayor desvergüenza las piernas en la pantalla. Era una tarea ímproba y él se encontraba ya muy viejo y cansado.

El pueblo acogió con destemplanza las bombillas distribuidas por la sala y encendidas durante la proyección. El primer día las silbaron; el segundo las rompieron a patatazos. La comisión se reunió de nuevo. Las bombillas debían de ser rojas para no perturbar la visibilidad. Más entonces la gente la tomó con los cortes. Fue Pascualón, el del molino, quien inició el plante.

—Mire, doña Lola, para mí si me quitan las piernas y los besos se acabó el cine —dijo.

Otros mozos le secundaron.

—O dan las películas sin cortar o volvemos a los bosques.

Otra vez se reunió la comisión. Don José, el cura, estaba excitadísimo:

—Se acabó el cine y se acabó todo. Propongo a la comisión que ofrezca el aparato de cine a los Ayuntamientos de los alrededores.

La Guindilla chilló:

—Venderemos una ocasión próxima de pecado, don José.

El párroco inclinó la cabeza abatido. La Guindilla tenía razón, le sobraba razón esta vez. Vender la máquina de cine era comerciar con el pecado.

—Lo quemaremos entonces —dijo, sombrío.

Y al día siguiente, reunidos en el corral del párroco los elementos de la comisión, se quemó el aparato proyector. Junto a sus cenizas, la Guindilla mayor, en plena fiebre inquisidora, proclamó su fidelidad a la moral y su decisión inquebrantable de no descansar hasta que ella reinase sobre el valle.

—Don José —le dijo al cura, al despedirse—, seguiré luchando contra la inmoralidad. No lo dude. Yo sé el modo de hacerlo.

Y al domingo siguiente, al anochecer, tomó una linterna y salió sola a recorrer los prados y los montes. Tras los zarzales y en los lugares más recónditos y espesos encontraba alguna pareja de tórtolos arrullándose. Proyectaba sobre los rostros confundidos el haz luminoso de la linterna.

—Pascualón, Elena, estáis en pecado mortal —decía tan sólo. Y se retiraba.

Así recorrió los alrededores sin fatigarse, repitiendo incansablemente su terrible admonición:

—Fulano, Fulana, estáis en pecado mortal.

"Ya que los mozos y mozas del pueblo tienen la conciencia acorchada, yo sustituiré a la voz de su conciencia", se decía. Era una tarea ardua la que echaba sobre sí, pero al propio tiempo no estaba exenta de atractivos.

Los mozos del pueblo soportaron el entrometimiento de la Guindilla en sus devaneos durante tres domingos consecutivos. Pero al cuarto llegó la insurrección. Entre todos la rodearon en un prado. Unos querían pegarla, otros desnudarla y dejarla al relente, amarrada a un árbol, toda la noche. Al fin se impuso un tercer grupo, que sugirió echarla de cabeza a El Chorro. La Guindilla, abatida, dejó caerla linterna al suelo y se dispuso a entrar en las largas listas del martirologio cristiano; aunque, de vez en cuando, lloriqueaba, y pedía, entre hipo e hipo, un poquitín de clemencia.

Profiriendo gritos e insultos, la condujeron hasta el puente. La corriente de El Chorro vertía el agua con violencia en la Poza del Inglés. Flotaba, sobre la noche del valle, un ambiente tétrico y siniestro. La multitud parecía enloquecida. Todo estaba dispuesto para su fin y la Guindilla, mentalmente, rezó un acto de contrición.

Y, al fin de cuentas, si la Guindilla no compartió aquella noche el lecho del río, a Quino, el Manco, había de agradecérselo, aunque él y la difunta Mariuca hubieran comido, según ella, el cocido antes de las

doce. Mas, por lo visto, el Manco aún conservaba en su pecho un asomo de dignidad, un vivo rescoldo de nobleza. Se interpuso con ardor entre la Guindilla y los mozos y la defendió como un hombre. Hasta se enfureció y agitó el muñón en el aire como si fuera el mástil de una bandera arriada. Los mozos, cuyos malos humos se habían desvanecido en el trayecto, consideraron suficiente el susto y se retiraron.

La Guindilla se quedó sola, frente por frente del Manco. No sabía qué hacer. La situación resultaba para ella un poco embarazosa. Soltó una risita de compromiso y luego se puso a mirarse la punta de los pies. Volvió a reír y dijo "bueno", y, al fin, sin darse bien cuenta de lo que hacía, se inclinó y besó con fuerza el muñón de Quino. Inmediatamente echó a correr, asustada, carretera adelante, como una loca.

Al día siguiente, antes de la misa, la Guindilla mayor se acercó al confesionario de don José.

—Ave María Purísima, padre —dijo.

—Sin pecado concebida, hija.

—Padre, me acuso... me acuso de haber besado a un hombre en la oscuridad de la noche —añadió la Guindilla.

Don José, el cura, se santiguó y alzó los ojos al techo del confesionario, resignado.

—Alabado sea el Señor —musitó. Y sintió una pena inmensa por aquel pueblo.

XVII

Daniel, el Mochuelo, le perdonaba todo a la Guindilla menos el asunto del coro; la despiadada forma en que le puso en evidencia ante los ojos del pueblo entero y el convencimiento de ella de su falta de definición sexual.

Esto no podría perdonárselo por mil años que viviera. El asunto del coro era un baldón; el mayor oprobio que puede soportar un hombre. La infamia exigía contramedidas con las que demostrar su indiscutible virilidad.

En la iglesia ya le esperaban todos los chicos y chicas de las escuelas, y Trino, el sacristán, que arrancaba agrias y gemebundas notas del armonio cuando llegaron. Y la asquerosa Guindilla también estaba allí, con una varita en la mano, erigida, espontáneamente, en directora.

Al entrar ellos, les ordenó a todos por estatura; después levantó la varita por encima de la cabeza y dijo:

—Veamos. Quiero ensayar con vosotros el *Pastora Divina* para cantarlo el día de la Virgen. Veamos —repitió.

Hizo una señal a Trino y luego bajó la varita y los niños y niñas cantaron cada uno por su lado:

Pas-to-ra Di-vi-naaa
seee-guir-te yo quie-rooo...

Cuando ya empezaban a sintonizar las cuarenta y dos voces, la Guindilla mayor puso un cómico gesto de desolación y dijo:

—¡Basta, basta! No es eso. No es "Pas", es "Paaas". Así: "Paaas-to-ra Di-vi-na; seee-guir-te yo quierooo; poor va-lles y o-te-roos; tuuus huellas en pooos". Veamos —repitió.

Dio con la varita en la cubierta del armonio y de nuevo atrajo la atención de todos. Los muros del templo se estremecieron bajo los agudos acentos infantiles. Al poco rato, la Guindilla puso un acusado gesto de asco. Luego señaló al Moñigo con la varita.

—Tú puedes marcharte, Roque; no te necesito. ¿Cuándo cambiaste la voz?

Roque, el Moñigo, humilló la mirada:

—¡Qué sé yo! Dice mi padre que ya de recién nacido berreaba con voz de hombre.

Aunque cabizbajo, el Moñigo decía aquello con orgullo, persuadido de que un hombre bien hombre debe definirse desde el nacimiento.

Los primeros de la escuela acusaron su manifestación con unas risitas de superioridad. En cambio, las niñas miraron al Moñigo con encendida admiración.

Al concluir otra prueba, doña Lola prescindió de otros dos chicos porque desafinaban. Una hora después, Germán, el Tiñoso, fue excluido también del coro porque tenía una voz en transición y la Guindilla "quería formar un coro sólo de tiples". Daniel, el Mochuelo, pensó que ya no pintaba allí nada y deseó ardientemente ser excluido. No le gustaba, además, tener voz de tiple. Pero el ensayo del primer día terminó sin que la Guindilla estimara necesario prescindir de él.

Volvieron al día siguiente y la Guindilla siguió sin excluirle. Aquello se ponía feo. Permanecer en el coro suponía, a estas alturas, una deshonra. Era casi como dudar de la hombría de uno, y Daniel, el Mochuelo, estimaba demasiado la hombría para desentenderse de aquella selección. Mas a pesar de sus deseos y a pesar de no quedar ya más que seis varones en el coro Daniel, el Mochuelo, continuó formando parte de él. Aquello era el desastre. Al cuarto día la Guindilla mayor, muy satisfecha, declaró:

—Ha terminado la selección. Quedáis sólo las voces puras. —Eran quince niñas y seis niños—. Espero —se dirigía ahora a los seis niños — que a ninguno de vosotros se le vaya a ocurrir cambiar la voz de aquí al día de la Virgen.

Sonrieron los niños y las niñas, tomando a orgullo aquello de tener "las voces puras". Sólo se desesperó, por lo bajo, inútilmente, Daniel, el Mochuelo. Pero ya la Guindilla estaba golpeando la cubierta del armonio para llamar la atención de Trino, el sacristán, y las veintiuna voces puras difundían por el ámbito del templo las plegarias a la Virgen:

Paaas-to-ra Di-vi-naaa
seee-guir-te yo quie-rooo
pooor va-lles y o-te-rooos
tuuus hue-llas en pooos.

Daniel, el Mochuelo, intuía lo que aquella tarde ocurrió a la salida. Los chicos descartados, capitaneados por el Moñigo, les esperaban en el atrio y al verles salir, formaron corro alrededor de los seis "voces puras" y comenzaron a chillar de un modo reiterativo y enojoso:

—¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas!

De nada valió la intercesión de la Guindilla ni los débiles esfuerzos de Trino, el sacristán, que era ya viejo y estaba como envarado. Tampoco valieron de nada las miradas suplicantes que Daniel, el Mochuelo, dirigía a su amigo Roque. En este trance, el Moñigo olvidaba hasta las más elementales normas de la buena amistad. En el fondo del grupo agresor borboteaba un despecho irreprimible por

haber sido excluidos del coro que cantaría el día de la Virgen. Por esto no importaba nada ahora. Lo importante era que la virilidad de Daniel, el Mochuelo, estaba en entredicho y que había que sacarla con bien de aquel embrollo.

Aquella noche al acostarse tuvo una idea. ¿Por qué no ahuecaba la voz al cantar el *Pastora Divina*? De esta manera la Guindilla le excluiría como a Roque, el Moñigo, y como a Germán, el Tiñoso. Bien pensado era la exclusión de éste lo que más le molestaba. Después de todo, Roque, el Moñigo, siempre había estado por encima de él. Pero lo de Germán era distinto. ¿Cómo iba a conservar, en adelante, su rango y su jerarquía ante un chico que tenía la voz más fuerte que él? Decididamente había que ahuecar la voz y ser excluido del coro antes del día de la Virgen.

Al día siguiente, al comenzar el ensayo, Daniel, el Mochuelo, carraspeó, buscando un efecto falso a su voz. La Guindilla tocó el armonio con la punta de la varita y el cántico se inició:

Paaas-to-ra Di-vi-naaa
seee-guir-te yo quie-rooo...

La Guindilla se detuvo en seco. Arrugaba la nariz, larguísima, como si la molestase un mal olor. Luego frunció el ceño igual que si algo no respondiera a lo que ella esperaba y se sintiera incapaz de localizar la razón de la deficiencia. Pero al segundo intento apuntó con la varita al Mochuelo, y dijo, molesta:

—Daniel, ¡caramba!, deja de engolar la voz o te doy un sopapo.

Había sido descubierto. Se puso encarnado al solo pensamiento de que los demás pudieran creer que pretendía ser hombre mediante un artificio. Él, para ser hombre, no necesitaba de fingimientos. Lo demostraría en la primera oportunidad.

A la salida, Roque, el Moñigo, capitaneando el grupo de "voces impuras", les rodeó de nuevo con su maldito estribillo:

—¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas!

Daniel, el Mochuelo, experimentaba deseos de llorar. Se contuvo, sin embargo, porque sabía que su vacilante virilidad acabaría derrumbándose con el llanto ante el grupo de energúmenos, de "las voces impuras".

Así llegó el día de la Virgen. Al despertarse aquel día, Daniel, el Mochuelo, pensó que no era tan descorazonador tener la voz aguda a los diez años y que tiempo sobrado tendría de cambiarla. No había razón por la que sentirse triste y humillado. El sol entraba por la ventana de su cuarto y a lo lejos el Pico Rando parecía más alto y majestuoso que de ordinario. A sus oídos llegaba el estampido ininterrumpido de los cohetes y las notas desafinadas de la charanga bajando la varga. A lo lejos, a intervalos, se percibía el tañido de la

campana, donada por don Antonino, el marqués, convocando a misa mayor. A los pies de la cama tenía su traje nuevo, recién planchado, y una camisa blanca, escrupulosamente lavada, que todavía olía a añil y a jabón. No. La vida no era triste. Ahorra acodado en la ventana, podía comprobarlo. No era triste, aunque media hora después tuviera que cantar el *Pastora Divina* desde el coro de las "voces puras". No lo era, por más que a la salida "las voces impuras" les llamasen niñas y maricas.

Un polvillo dorado, de plenitud vegetal, envolvía el valle, sus dilatadas y vastas formas. Olía al frescor de los prados, aunque se adivinaba en el reposo absoluto del aire un día caluroso. Debajo de la ventana, en el manzano más próximo del huerto, un mirlo hacía gorgoritos y saltaba de rama en rama. Ahora pasaba la charanga por la carretera, hacia El Chorro y la casa de Quino, el Manco, y un grupo de chiquillos la seguía profiriendo gritos y dando volteretas. Daniel, el Mochuelo, se escondió disimuladamente, porque casi todos los chiquillos que acompañaban a la charanga pertenecían al grupo de "voces impuras".

En seguida se avió y marchó a misa. Los cirios chisporroteaban en el altar y las mujeres lucían detonantes vestidos. Daniel, el Mochuelo, subió al coro y desde allí miró fijamente a los ojos de la Virgen. Decía don José que, a veces, la imagen miraba a los niños que eran buenos. Podría ser debido a las llamas tembloteantes de las velas, pero a Daniel, el Mochuelo, le pareció que la Virgen aquella mañana volvía los ojos a él y le miraba. Y su boca sonreía. Sintió un escalofrío y entonces le dijo, sin mover los labios, que le ofrecía el *Pastora Divina* para que las "voces impuras" no se rieran de él ni le motejaran.

Después del Evangelio, don José, el cura, que era un gran santo, subió al púlpito y empezó el sermón. Se oyó un carraspeo prolongado en los bancos de los hombres e instintivamente Daniel, el Mochuelo, comenzó a contar las veces que don José, el cura, decía "en realidad". Aunque él no jugaba a pares o nones. Pero don José decía aquella mañana cosas tan bonitas, que el Mochuelo perdió la cuenta.

—Hijos, en realidad, todos tenemos un camino marcado en la vida. Debemos seguir siempre nuestro camino, sin renegar de él —decía don José—. Algunos pensaréis que eso es bien fácil, pero, en realidad, no es así. A veces el camino que nos señala el Señores áspero y duro. En realidad eso no quiere decir que ése no sea nuestro camino. Dios dijo: "Tomad la cruz y seguidme".

—Una cosa os puedo asegurar —continuó—. El camino del Señor no está en esconderse en la espesura al anochecer los jóvenes y las jóvenes. En realidad, tampoco está en la taberna, donde otros van a buscarlo los sábados y los domingos; ni siquiera está en cavar las patatas o afeitar los maizales durante los días festivos. Dios mismo, en

realidad, creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. Y era Dios. Y como Dios que era, en realidad, no estaba cansado. Y, sin embargo, descansó. Descansó para enseñarnos a los hombres que el domingo había que descansar.

Don José, el cura, hablaba aquel día, sin duda, inspirado por la Virgen, y hablaba suavemente, sin estridencias. Prosiguió diciendo cosas del camino de cada uno, y luego pasó a considerar la infelicidad que en ocasiones traía el apartarse del camino marcado por el Señor por ambición o sensualidad. Dijo cosas inextricables y confusas para Daniel. Algo así como que un mendigo podía ser más feliz sin saber cada día si tendría algo que llevarse a la boca, que un rico en un suntuoso palacio lleno de mármoles y criados.

—Algunos —dijo— por ambición, pierden la parte de felicidad que Dios les tenía asignada en un camino más sencillo. La felicidad —concluyó— no está, en realidad, en lo más alto, en lo más grande, en lo más apetitoso, en lo más excelso; está en acomodar nuestros pasos al camino que el Señor nos ha señalado en la Tierra. Aunque sea humilde".

Acabó don José y Daniel, el Mochuelo, persiguió con los ojos su menuda silueta hasta el altar. Quería llenarse los ojos de él, de su presencia carnal, pues estaba seguro que un día no lejano ocuparía una hornacina en la parroquia. Pero no sería él mismo, entonces, sino una talla en madera o una figura en escayola detestablemente pintada.

Casi le sorprendió el ruido del armonio, activado por Trino, el sacristán. La Guindilla estaba ante ellos, con la varita en la mano. Los "voces puras" carraspearon un momento. La Guindilla golpeó el armonio con la varita y Trino acometió los compases preliminares del *Pastora Divina*. Luego sonaron las voces puras, acompasadas, meticulosamente controladas por la varita de la Guindilla:

Paaas-to-ra Di-vi-naaa
seee-guir-te yo quie-rooo
pooor va-lles y o-te-rooos
tuuus hue-llas en pooos.

Tuuu grey des-va-li-da
gi-mien-do te im-plo-ra
es-cu-cha, Se-ño-ra,
su ar-dien-te cla-mor.

Paaas-to-ra Di-vi-naaa
seee-guir-te yo quie-rooo
pooor va-lles y o-te-rooos
tuuus hue-llas en pooos.

Cuando terminó la misa, la Guindilla les felicitó y les obsequió con un chupete a cada uno. Daniel, el Mochuelo, lo guardó en el bolsillo subrepticiamente, como una vergüenza.

Ya en el atrio, dos envidiosos le dijeron al pasar "niña, marica", pero Daniel, el Mochuelo, no les hizo ningún caso. Ciertamente, sin el Moñigo guardándole las espaldas, se sentía blando y como indefenso. A la puerta de la iglesia la gente hablaba del sermón de don José. Un poco apartada, a la izquierda, Daniel, el Mochuelo, divisó a la Mica. Le sonrió ella.

—Habéis cantado muy bien, muy bien —dijo, y le besó en la frente.

Los diez años del Mochuelo se pusieron ansiosamente de puntillas. Pero fue en vano. Ella ya le había besado. Ahora la Mica volvía a sonreír, pero no era a él. Se acercaba a ella un hombre joven, delgado y vestido de luto. Ambos se cogieron de las manos y se miraron de un modo que no le gustó al Mochuelo.

—¿Qué te ha parecido? —dijo ella.

—Encantador; todo encantador —dijo él.

Y entonces, Daniel, el Mochuelo, acongojado por no sabía qué extraño presentimiento, se apartó de ellos y vio que toda la gente se daba codazos y golpecitos y miraban de un lado a otro de reojo y se decían con voz queda: "Mira, es el novio de la Mica", "Mira, es el novio de la Mica", "¡Caramba! Ha venido el novio de la Mica", "Es guapo el novio de la Mica", "No está mal el novio de la Mica". Y ninguno quitaba el ojo del hombre joven delgado y vestido de luto, que tenía entre las suyas las manos de la Mica.

Comprendió entonces Daniel, el Mochuelo, que sí había motivos suficientes para sentirse atribulado aquel día, aunque el sol brillase en un cielo esplendente y cantasen los pájaros en la maleza, y agujereasen la atmósfera con sus melancólicas campanadas los cencerros de las vacas y la Virgen le hubiera mirado y sonreído. Había motivos para estar triste y para desesperarse y para desear morir y algo notaba él que se desgajaba amenazadoramente en su interior.

Por la tarde, bajó a la romería. Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, le acompañaban. Daniel, el Mochuelo, seguía triste y deprimido; sentía la necesidad de un desahogo. En el prado olía a churros y a aglomeración humana; a alegría congestiva y vital. En el centro estaba la cucaña, diez metros más alta que otros años. Se detuvieron ante ella y contemplaron los intentos fallidos de dos mozos que no pasaron de los primeros metros. Un hombre borracho señalaba con un dedo la punta de la cucaña y decía:

—Hay allí cinco duros. El que suba y los baje que me convide.

Y se reía con un cloqueo contagioso. Daniel, el Mochuelo, miró a Roque, el Moñigo.

—Voy a subir yo —dijo.

Roque le acució:

—No eres hombre.

Germán, el Tiñoso, se mostraba extrañamente precavido:

—No lo hagas. Te puedes matar.

Le empujó su desesperación, un vago afán de emular al joven enlutado, a los niños del grupo de "los voces impuras". Saltó sobre el palo y ascendió, sin esfuerzo, los primeros metros. Daniel, el Mochuelo, tenía como un fuego muy vivo en la cabeza, una mezcla rara de orgullo herido, vanidad despierta y desesperación. "Adelante —se decía—. Nadie será capaz de hacer lo que tú hagas". "Nadie será capaz de hacer lo que tú hagas". Y seguía ascendiendo, aunque los muslos le escocían ya. "Subo porque no me importa caerme". "Subo porque no me importa caerme", se repetía, y al llegar a la mitad miró hacia abajo y vio que toda la gente del prado pendía de sus movimientos y experimentó vértigo y se agarró afanosamente al palo. No obstante, siguió trepando. Los músculos comenzaban a resentirse del esfuerzo, pero él continuaba subiendo. Era ya como una cucarachita a los ojos de los de abajo. El palo empezó a oscilar como un árbol mecido por el viento. Pero no sentía miedo. Le gustaba estar más cerca del cielo, poder tratar de tú al Pico Rando. Se le enervaban los brazos y las piernas. Oyó un grito a sus pies y volvió a mirar abajo.

—¡Daniel, hijo!

Era su madre, implorándole. A su lado estaba la Mica, angustiada. Y Roque, el Moñigo, disminuido, y Germán, el Tiñoso, sobre quien acababa de recobrar la jerarquía, y el grupo de "los voces puras" y el grupo de "los voces impuras", y la Guindilla mayor y don José, el cura, y Paco, el herrero, y don Antonino, el marqués, y también estaba el pueblo, cuyos tejados de pizarra ofrecían su mate superficie al sol. Se sentía como embriagado; acuciado por una ambición insaciable de dominio y potestad. Siguió trepando sordo a las reconvenciones de abajo. La cucaña era allí más delgada y se tambaleaba con su peso como un hombre ebrio. Se abrazó al palo frenéticamente, sintiendo que iba a ser impulsado contra los montes como el proyectil de una catapulta. Ascendió más. Casi tocaba ya los cinco duros donados por "los Ecos del Indiano". Pero los muslos le escocían, se le despellejaban, y los brazos apenas tenían fuerzas. "Mira, ha venido el novio de la Mica", "Mira, ha venido el novio de la Mica", se dijo, con rabia mentalmente, y trepó unos centímetros más. ¡Le faltaba tan poco! Abajo reinaba un silencio expectante. "Niña, marica; niña, marica", murmuró, y ascendió un poco más. Ya se hallaba en la punta. La oscilación de la cucaña aumentaba allí. No se atrevía a soltar la mano para asir el galardón. Entonces acercó la boca y mordió el sobre furiosamente. No se oyó abajo ni un aplauso, ni una voz. Gravitaba sobre el pueblo el presagio de una desgracia. Daniel, el Mochuelo,

empezó a descender. A mitad del palo se sintió exhausto, y entonces dejó de hacer presión con las extremidades y resbaló rápidamente sobre el palo encerado, y sintió abrasársele las piernas y que la sangre saltaba de los muslos en carne viva.

De improviso se vio en tierra firme, rodeado de un clamor estruendoso, palmetazos que le herían la espalda y cachetes y besos y lágrimas de su madre, todo mezclado. Vio al hombre enlutado que llevaba del brazo a la Mica y que le decía, sonriente: "Bravo, muchacho". Vio al grupo de "los voces impuras" alejarse cabizbajos. Vio a su padre, haciendo aspavientos y reconviniéndole y soltando chorros de palabras absurdas que no entendía. Vio, al fin, a la Uca-uca correr hacia él, abrazársele a las piernas magulladas y prorrumpir en un torrente de lágrimas incontenibles...

Luego, de regreso a casa, Daniel, el Mochuelo, cambió otra vez de parecer en el día y se confesó que no tenía ningún motivo para estar atribulado. Después de todo, el día estaba radiante, el valle era hermoso y el novio de la Mica le había dicho sonriente: "¡Bravo, muchacho!".

XVIII

Como otras muchas mujeres, la Guindilla mayor despreció el amor mientras ningún hombre le propuso amar y ser amada. A veces, la Guindilla se reía de que el único amor de su vida hubiera nacido precisamente de su celo moralizador. Sin su afán de recorrer los montes durante las anochecidas de los domingos no hubiera soliviantado a los mozos del pueblo, y, sin soliviantar a los mozos del pueblo, no hubiera dado a Quino, el Manco, oportunidad de defenderla y sin esta oportunidad, jamás se hubiera conmovido el seco corazón de la Guindilla mayor, demasiado ceñido y cerrado entre las costillas. Era, la de su primer y único amor, una cadena de causalidad y casualidad que si pensaba en ella la abrumaba. Son infinitos los caminos del Señor.

Los amores de la Guindilla y Quino, el Manco, tardaron en conocerse en el pueblo. Además, progresaron con una lentitud crispante. Era un paso definitivo, a la postre. Quino, el Manco, ya había pensado en ella, en la Guindilla, antes del incidente con los mozos. La Guindilla no era joven y él tampoco. Por otro lado, la Guindilla era enjuta y delgada y poseía un negocio en marcha; y un evidente talento comercial. Precisamente de lo que él carecía. Últimamente, Quino estaba asfixiado por las hipotecas. Bien mirado, propiedad de él, lo que se dice de él, no restaba ni un hierbajo del huerto. Además, la Guindilla era delgada y tenía los muslos escurridos. Vamos, al parecer. Naturalmente, ni él ni nadie vieron nunca los muslos a la Guindilla. En fin, la Guindilla mayor constituía para él una solución congruente y pintiparada.

Cuando Quino, el Manco, la defendió de los mozos en el puente no lo hizo con miras egoístas. Lo hizo porque era un hombre noble y digno y detestaba la violencia, sobre todo con las mujeres. ¿que luego se enredó la cosa y la Guindilla le miró de éste u otro modo, y le besó ardorosamente el muñón y él, al beso, sintió como el cosquilleo de un calambre a lo largo del brazo y se conmovió? Bien. Eslabones de una misma cadena. Incidencias necesarias para abordar un fin ineluctable. Designios de Dios.

El beso en la carne retorcida del muñón sirvió también para que Quino, el Manco, constatase que aún existía en su cuerpo pujanza y la eficacia de la virilidad. Aún no estaba neutralizado como sexo; contaba todavía. Y se dio en pensar en eventualidades susceptibles de ser llevadas a la práctica. Y así nació la idea de introducir una flor cada mañana a la Guindilla, por debajo de la puerta de la tienda, antes

de que el pueblo despertase.

Quino, el Manco, sabía que en esta ocasión había que obrar con tiento. El pueblo aborrecía a la Guindilla y la Guindilla era una puritana y la otra Guindilla un gato escaldado. Tenía que actuar, pues, con cautela, sigilo y discreción.

Cambiaba de flor cada día y si la flor era grande introducía solamente un pétalo. Quino, el Manco, no ignoraba que una flor sin intención se la lleva el viento y una flor intencionada encierra más fuerza persuasiva que un filón de oro. Sabía también que la asiduidad y la constancia terminan por mellar el hierro.

Al mes, todo este caudal de ternuras acabó revertiendo, como no podía menos, en don José, el cura, que era un gran santo.

Dijo la Guindilla:

—Don José, ¿es pecado desear desmayarse en los brazos de un hombre?

—Depende de la intención —dijo el párroco.

—Sin más intención que desmayarse, don José.

—Pero, hija, ¿a tus años?

—Qué quiere, señor cura. Ninguna sabe cuándo le va allegar la hora. El amor y la muerte, a traición. Y si es pecado desear desmayarse en los brazos de un hombre, yo vivo empecatada, don José, se lo advierto. Y lo mío no tiene remedio. Yo no podré desear otra cosa aunque usted me diga que ése es el mayor pecado del mundo. Ese deseo puede más que yo.

Y lloraba.

Don José movía la cabeza de un lado a otro maquinalmente, como un péndulo.

—Es Quino, ¿verdad? —dijo.

El pellejo de la Guindilla mayor se ahogó en rubores.

—Sí, él es, don José.

—Es un buen hombre, hija; pero es una calamidad — dijo el cura.

—No importa, don José. Todo tiene remedio.

— ¿Qué dice tu hermana?

—No sabe nada aún. Pero ella no tiene fuerza moral para hablarme. Sería inútil que me diera consejos.

Irene, la Guindilla menor, se enteró al fin.

—Parece mentira, Lola. ¿Has perdido el juicio? — dijo.

—¿Por qué me dices eso?

—¿No lo sabes?

—No. Pero tú tampoco ignoras que en casa necesitamos un hombre.

—Cuando lo mío con Dimas no necesitábamos un hombre en casa.

—Es distinto, hermana.

—Ahora la que ha perdido la cabeza has sido tú; no hay otra

diferencia.
—Quino tiene vergüenza.
—También Dimas parecía que la tenía.
—Iba por tu dinero. Dimas duró lo que las cinco mil pesetas. Tú lo dijiste.
—¿Es que crees que Quino va por tu persona?
La Guindilla mayor saltó, ofendida:
—¿Qué motivos tienes para dudarlo?
La Guindilla menor concedió:
—A la vista ninguno, desde luego.
—Además, yo no he de esconderme como tú. Yo someter mi cariño a la ley de Dios.
Le brillaban los ojos a la Guindilla menor:
—No me hables de aquello; te lo pido por la bendita memoria de nuestros padres.
Aún en el pueblo no se barruntaba nada del noviazgo. Fue preciso que la Guindilla y Quino, el Manco, recorrieran las calles emparejados, un domingo por la tarde, para que el pueblo se enterase al fin. Y contra lo que Quino, el Manco, suponía, no se marchitaron los geranios en los balcones, ni se estremecieron las vacas en sus establos, ni se hendió la tierra, ni se desmoronaron las montañas al difundirse la noticia. Apenas unas sonrisas incisivas y unas insinuaciones de doble sentido. Menos no podía esperarse.
Dos semanas después, la Guindilla mayor fue a ver de nuevo a don José.
—Señor cura, ¿es pecado desear que un hombre nos bese en la boca y nos estruje entre sus brazos con todo su vigor, hasta destrozarnos?
—Es pecado.
—Pues yo no puedo remediarlo, don José. Peco a cada minuto de mi vida.
—Tú y Quino debéis casaros —dijo, sin más, el cura.
Irene, la Guindilla menor, puso el grito en el cielo al conocer la sentencia de don José:
—Le llevas diez años, Lola; y tú tienes cincuenta. Sé sensata; reflexiona. Por amor de Dios, vuelve en ti antes de que sea tarde.
La Guindilla mayor acababa de descubrir que había una belleza en el sol escondiéndose tras los montes y en el gemido de una carreta llena de heno, y en el vuelo pausado de los milanos bajo el cielo límpido de agosto, y hasta en el mero y simple hecho de vivir. No podía renunciar a ella ahora que acababa de descubrirla.
—Estoy decidida, hermana. Tú tienes la puerta abierta para marchar cuando lo desees —dijo.
La Guindilla menor rompió a llorar, luego le dio un ataque de nervios, y, por último, se acostó con fiebre. Así estuvo una semana. El

domingo había desaparecido la fiebre. La Guindilla mayor entró en la habitación de puntillas y descorrió las cortinas alborozada.

—Vamos, hermana, levántate —dijo—. Don José leerá hoy, en la misa, mi primera amonestación. Hoy debe ser para ti y para mí un día inolvidable.

La Guindilla menor se levantó sin decir nada, se arregló y marchó con su hermana a oír la primera amonestación. De regreso, ya en casa, Lola dijo:

—Anímate, hermana, tú serás mi madrina de boda.

Y, efectivamente, la Guindilla menor hizo de madrina de boda. Todo ello sin rechistar. A los pocos meses de casada, la Guindilla mayor, extrañada de la sumisión y mudez de Irene, mandó llamar a don Ricardo, el médico.

—Esta chica ha sufrido una impresión excesiva. No razona. De todos modos no es peligrosa. Su trastorno no da muestra alguna de violencia —dijo el médico. Luego le recetó unas inyecciones y se marchó.

La Guindilla mayor se puso a llorar acongojada.

Pero a Daniel, el Mochuelo, nada de esto le causó sorpresa. Empezaba a darse cuenta de que la vida es pródiga en hechos que antes de acontecer parecen inverosímiles y luego, cuando sobrevienen, se percata uno de que no tienen nada de inextricables ni de sorprendentes. Son tan naturales como que el sol asome cada mañana, o como la lluvia, o como la noche, o como el viento.

Él siguió la marcha de las relaciones de la Guindilla y Quino, el Manco, por la Uca-uca. Fue un hecho curioso que tan pronto conoció estas relaciones, sintió que se desvanecía totalmente su vieja aversión por la chiquilla. Y en su lugar brotaba como un vago impulso de compasión.

Una mañana la encontró hurgando entre la maleza, en la ribera del río.

—Ayúdame, Mochuelo. Se ha escondido aquí un malvís que casi no vuela.

Él se afanó por atrapar al pájaro. Al fin lo consiguió, pero el animalito, forcejeando por escapar, se precipitó insensatamente en el río y se ahogó en un instante. Entonces la Mariuca-uca se sentó en la orilla, con los pies sumergidos en la corriente. El Mochuelo se sentó a su lado. A ambos les entristecía la inopinada muerte del pájaro. Luego, la tristeza se disipó.

—¿Es verdad que tu padre se va a casar con la Guindilla? —dijo el Mochuelo.

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—Ellos.

—¿Tú qué dices?

—Nada.
—Tu padre, ¿qué dice?
—Que se casa para que yo tenga una madre.
—Ni pintada querría yo una madre como la Guindilla —dijo el Mochuelo.
—El padre dice que ella me lavará la cara y me peinará las trenzas.
Volvió a insistir el Mochuelo:
—Y tú, ¿qué dices?
—Nada.
Daniel, el Mochuelo, presentía la tribulación inexpresada de la pequeña, el valor heroico de su hermetismo, tan dignamente sostenido.
La niña preguntó de pronto:
—¿Es cierto que tú te marchas a la ciudad?
—Dentro de tres meses. He cumplido ya once años. Mi padre quiere que progrese.
—Y tú, ¿qué dices?
—Nada.
Después de hablar se dio cuenta el Mochuelo de que se habían cambiado las tornas; de que era él, ahora, el que no decía nada. Y comprendió que entre él y la Uca-uca surgía de repente un punto común de rara afinidad. Y que no lo pasaba mal charlando con la niña, y que los dos se asemejaban en que tenían que acatar lo que más convenía a sus padres sin que a ellos se les pidiera opinión. Y advirtió también que estando así, charlando de unas cosas y otras, se estaba bien y no se acordaba para nada de la Mica. Y, sobre todo, que la idea de marchar a la ciudad a progresar, volvía a hacérsele ardua e insoportable.
Cuando quisiera volver de la ciudad de progresar, la Mica, de seguro, habría perdido el cutis y tendría, a cambio, una docena de chiquillos.
Ahora se encontraba con la Uca-uca con más frecuencia y ya no la rehuía con la hosquedad que lo hacía antes.
—Uca-uca, ¿cuándo es la boda?
—Para julio.
—Y tú, ¿qué dices?
—Nada.
—Y ella, ¿qué dice?
—Que me llevará a la ciudad, cuando sea mi madre, para que me quiten las pecas.
—Y tú, ¿quieres?
Se azoraba la Uca-uca y bajaba los ojos:
—Claro.
El día de la boda Mariuca-uca no apareció por ninguna parte. Al

anochecer, Quino, el Manco, se olvidó de la Guindilla mayor y de todo y dijo que había que buscar a la niña costara lo que costase. Daniel, el Mochuelo, observaba fascinado los preparativos en su derredor. Los hombres con palos, faroles y linternas, con los pies embutidos en gruesas botas claveteadas que producían un ruido chirriante al moverse en la carretera.

Daniel, el Mochuelo, al ver que se pasaba el tiempo sin que los hombres regresaran de las montañas, se fue llenando de ansiedad. Su madre lloraba a su lado y no cesaba de decir: "Pobre criatura". Por lo visto no era partidaria de dar a la Uca-uca una madre postiza. Cuando Rafaela, la Chancha, la mujer del Cuco, el factor, pasó a la quesería diciendo que era probable que a la niña la hubiera devorado un lobo, Daniel, el Mochuelo, tuvo ganas de gritar con toda su alma. Y fue en ese momento cuando se confesó que si a la Uca-uca le quitaban las pecas, le quitaban la gracia y que él no quería que a la Uca-uca le quitaran las pecas y tampoco que la devorase un lobo.

A las dos de la madrugada regresaron los hombres con los palos, las linternas y los faroles y la Mariuca-uca en medio, muy pálida y desgreñada. Todos corrieron a casa de Quino, el Manco, a ver llegar a la niña y a besarla y a estrujarla y a celebrar la aparición. Pero la Guindilla se adelantó a todos y recibió a la Uca-uca con dos sopapos, uno en cada mejilla. Quino, el Manco, contuvo a duras penas una blasfemia, pero llamó la atención a la Guindilla y le dijo que no le gustaba que golpeasen a la niña y doña Lola le contestó irritada que "desde la mañana era ya su madre y tenía el deber de educarla". Entonces Quino, el Manco, se sentó en una banqueta de la tasca y se echó de bruces sobre el brazo que apoyaba en la mesa, como si llorara, o como si acabara de sobrevenirle una gran desgracia.

XIX

Germán, el Tiñoso, levantó un dedo, ladeó un poco la cabeza para facilitar la escucha, y dijo:

—Eso que canta en ese bardal es un rendajo.

El Mochuelo dijo:

—No. Es un jilguero.

Germán, el Tiñoso, le explicó que los rendajos tenían unas condiciones canoras tan particulares, que podían imitar los gorjeos y silbidos de toda clase de pájaros. Y los imitaban para atraerlos y devorarlos luego. Los rendajos eran pájaros muy poco recomendables, tan hipócritas y malvados.

El Mochuelo insistió:

—No. Es un jilguero.

Encontraba un placer en la contradicción aquella mañana. Sabía que había una fuerza en su oposición, aunque ésta fuese infundada. Y hallaba una satisfacción morbosa y oscura en llevar la contraria.

Roque, el Moñigo, se incorporó de un salto y dijo:

—Mirad; un tonto de agua.

Señalaba a la derecha de la Poza, tres metros más allá de donde desaguaba El Chorro. En el pueblo llamaban tontos a las culebras de agua. Ignoraban el motivo, pero ellos no husmeaban jamás en las razones que inspiraban el vocabulario del valle. Lo aceptaban, simplemente, y sabían por eso que aquella culebra que ganaba la orilla a coletazos espasmódicos era un tonto de agua. El tonto llevaba un pececito atravesado en la boca. Los tres se pusieron en pie y apilaron unas piedras.

Germán, el Tiñoso, advirtió:

—No dejarle subir. Los tontos en las cuestas se hacen un aro y ruedan más de prisa que corre una liebre. Y atacan, además.

Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, miraron atemorizados al animal. Germán, el Tiñoso, saltó de roca en roca para aproximarse con un pedrusco en la mano. Fue una mala pisada o un resbalón en el légamo que recubría las piedras, o un fallo de su pierna coja. El caso es que Germán, el Tiñoso, cayó aparatosamente contra las rocas, recibió un golpe en la cabeza, y de allí se deslizó, como un fardo sin vida, hasta la Poza. El Moñigo y el Mochuelo se arrojaron al agua tras él, sin titubeos. Braceando desesperadamente lograron extraer a la orilla el cuerpo de su amigo. El Tiñoso tenía una herida enorme en la nuca y había perdido el conocimiento. Roque y Daniel estaban aturdidos. El Mochuelo se echó al hombro el cuerpo inanimado del

Tiñoso y lo subió hasta la carretera. Ya en casa de Quino, la Guindilla le puso unas compresas de alcohol en la cabeza. Al poco tiempo pasó por allí Esteban, el panadero, y lo transportó al pueblo en su tartana.

Rita, la Tonta, prorrumpió en gritos y ayes al ver llegar a su hijo en aquel estado. Fueron unos instantes de confusión. Cinco minutos después, el pueblo en masa se apiñaba a la puerta del zapatero. Apenas dejaban paso a don Ricardo, el médico; tal era su anhelante impaciencia. Cuando éste salió, todos los ojos le miraban, pendientes de sus palabras:

—Tiene fracturada la base del cráneo. Está muy grave. Pidan una ambulancia a la ciudad —dijo el médico.

De repente, el valle se había tornado gris y opaco a los ojos de Daniel, el Mochuelo. Y la luz del día se hizo pálida y macilenta. Y temblaba en el aire una fuerza aún mayor que la de Paco, el herrero. Pancho, el Sindiós, dijo de aquella fuerza que era el Destino, pero la Guindilla dijo que era la voluntad del Señor. Como no se ponían de acuerdo, Daniel se escabulló y entró en el cuarto del herido. Germán, el Tiñoso, estaba muy blanco y sus labios encerraban una suave y diluida sonrisa.

El Tiñoso sirvió de campo de batalla, durante ocho horas, entre la vida y la muerte. Llegó la ambulancia de la ciudad con Tomás, el hermano del Tiñoso, que estaba empleado en una empresa de autobuses. El hermano entró en la casa como loco y en el pasillo se encontró con Rita, la Tonta, que salía despavorida de la habitación del enfermo. Se abrazaron madre e hijo de una manera casi eléctrica. La exclamación de la Tonta fue como un chispazo fulminante.

—Tomás, llegas tarde. Tu hermano acaba de morir —dijo.

Y a Tomás se le saltaron las lágrimas y juró entre dientes como si se rebelara contra Dios por su impotencia. Y a la puerta de la vivienda las mujeres empezaron a hipar y a llorar a gritos, y Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", salió también de la habitación, todo encorvado, como si quisiera ver las pantorrillas de la enana más enana del mundo. Y Daniel, el Mochuelo, sintió que quería llorar y no se atrevió a hacerlo porque Roque, el Moñigo, vigilaba sus reacciones sin pestañear, con una rigidez despótica. Pero le extrañó advertir que ahora todos querían al Tiñoso. Por los hipos y gemiqueos se diría que Germán, el Tiñoso, era hijo de cada una de las mujeres del pueblo. Mas a Daniel, el Mochuelo, le consoló, en cierta manera, este síntoma de solidaridad.

Mientras amortajaban a su amigo, el Moñigo y el Mochuelo fueron a la fragua.

—El Tiñoso se ha muerto, padre —dijo el Moñigo. Y Paco, el herrero, hubo de sentarse a pesar de lo grande y fuerte que era, porque la impresión lo anonadaba. Dijo, luego, como si luchase contra

algo que le enervara:

—Los hombres se hacen; las montañas están hechas ya.

El Moñigo dijo:

—¿Qué quieres decir, padre?

—¡Que bebáis! —dijo Paco, el herrero, casi furioso, y le extendió la bota de vino.

Las montañas tenían un cariz entenebrecido y luctuoso aquella tarde y los prados y las callejas y las casas del pueblo y los pájaros y sus acentos. Entonces, Paco, el herrero, dijo que ellos dos debían encargar una corona fúnebre a la ciudad como homenaje al amigo perdido y fueron a casa de las Lepóridas y la encargaron por teléfono. La Camila estaba llorando también, y aunque la conferencia fue larga no se la quiso cobrar. Luego volvieron a casa de Germán, el Tiñoso. Rita, la Tonta, se abrazó al cuello del Mochuelo y le decía atropelladamente que la perdonase, pero que era como si pudiese abrazar aún a su hijo, porque él era el mejor amigo de su hijo. Y el Mochuelo se puso más triste todavía, pensando que cuatro semanas después él se iría a la ciudad a empezar a progresar y la Rita, que no era tan tonta como decían, habría de quedarse sin el Tiñoso y sin él para enjugar sus pobres afectos truncados. También el zapatero les pasó la mano por los hombros y les dijo que les estaba agradecido porque ellos habían salvado a su hijo en el río, pero que la muerte se empeñó en llevárselo y contra ella, si se ponía terca, no se conocía remedio.

Las mujeres seguían llorando junto al cadáver y, de vez en cuando, alguna tenía algún arranque y besaba y estrujaba el cuerpecito débil y frío del Tiñoso, en tanto sus lágrimas y alaridos se incrementaban.

Los hermanos de Germán anudaron una toalla a su cráneo para que no se vieran las calvas y Daniel, el Mochuelo, experimentó más pena porque, de esta guisa, su amigo parecía un niño moro, un infiel. El Mochuelo esperaba que a don José, el cura, le hiciese el mismo efecto y mandase quitar la toalla. Pero don José llegó; abrazó al zapatero y administró al Tiñoso la Santa Unción sin reparar en la toalla.

Los grandes raramente se percatan del dolor acervo y sutil de los pequeños. Su mismo padre, el quesero, al verle, por primera vez, después del accidente, en vez de consolarle, se limitó a decir:

—Daniel, para que veas en lo que acaban todas las diabluras. Lo mismo que le ha ocurrido al hijo del zapatero podría haberte sucedido a ti. Espero que esto te sirva de escarmiento.

Daniel, el Mochuelo, no quiso hablar, pues barruntaba que de hacerlo terminaría llorando. Su padre no quería darse cuenta de que cuando sobrevino el accidente no intentaba diablura alguna, sino, simplemente, matar un tonto de agua. Ni advertía tampoco que lo mismo que él le metió la perdigonada en el carrillo la mañana que mataron el milano con el Gran Duque, podría habérsela metido en la

sien y haberle mandado al otro barrio. Los mayores atribuían las desgracias a las imprudencias de los niños, olvidando que estas cosas son siempre designios de Dios y que los grandes también cometen, a veces, imprudencias.

Daniel, el Mochuelo, pasó la noche en vela, junto al muerto. Sentía que algo grande se velaba dentro de él y que en adelante nada sería como había sido. Él pensaba que Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se sentirían muy solos cuando él se fuera a la ciudad a progresar, y ahora resultaba que el que se sentía solo, espantosamente solo, era él, y sólo él. Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia. Advirtió que todos acabarían muriendo, los viejos y los niños. Él nunca se paró a pensarlo y al hacerlo ahora, una sensación punzante y angustiosa casi le asfixiaba. Vivir de esta manera era algo brillante, y a la vez, terriblemente tétrico y desolado. Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. A la larga, todos acabarían muriendo: él, y don José, y su padre, el quesero, y su madre, y las Guindillas, y Quino, y las cinco Lepóridas, y Antonio, el Buche, y la Mica, y la Mariuca-uca, y don Antonino, el marqués, y hasta Paco, el herrero. Todos eran efímeros y transitorios y a la vuelta de cien años no quedaría rastro de ellos sobre las piedras del pueblo. Como ahora no quedaba rastro de los que les habían precedido en una centena de años. Y la mutación se produciría de una manera lenta e imperceptible. Llegarían a desaparecer del mundo todos, absolutamente todos los que ahora poblaban su costra y el mundo no advertiría el cambio. La muerte era lacónica, misteriosa y terrible.

Con el alba, Daniel, el Mochuelo, abandonó la compañía del muerto y se dirigió a su casa a desayunar. No tenía hambre, pero juzgaba una medida prudente llenar el estómago ante las emociones que se avecinaban. El pueblo asumía a aquella hora una quietud demasiado estática, como si todo él se sintiera recorrido y agarrotado por el tremendo frío de la muerte. Y los árboles estaban como acorchados. Y el quiquiriquí de los gallos resultaba fúnebre, como si cantasen con sordina o no se atreviesen a mancillar el ambiente de duelo y recogimiento que pesaba sobre el valle. Y las montañas enlutaban, bajo un cielo plomizo, sus formas colosales. Y hasta en las vacas que pastaban en los prados se acentuaba el aire cansino y soñoliento que en ellas era habitual.

Daniel, el Mochuelo, apenas desayunó regresó al pueblo. Al pasar frente a la tapia del boticario divisó un tordo picoteando un cerezo silvestre junto a la carretera. Se reavivó en él el sentimiento del Tiñoso, el amigo perdido para siempre. Buscó el tirachinas en el bolsillo y colocó una piedra en la badana. Luego apuntó al animal cuidadosamente y estiró las gomas con fuerza. La piedra, al golpear el

pecho del tordo, produjo un ruido seco de huesos quebrantados. El Mochuelo corrió hacia el animal abatido y las manos le temblaban al recogerlo. Después reanudó el camino con el tordo en el bolsillo.

Germán, el Tiñoso, ya estaba dentro de la caja cuando llegó. Era una caja blanca, barnizada, que el zapatero había encargado a una funeraria de la ciudad. También había llegado la corona encargada por ellos con la leyenda que dispuso el Moñigo: "Tiñoso, tus amigos Mochuelo y Moñigo no te olvidarán jamás". Rita, la Tonta, volvió a abrazarle con énfasis, diciéndole, en voz baja, que era muy bueno. Pero Tomás, el hermano colocado en una empresa de autobuses, se enfadó al ver la leyenda y cortó el trozo donde decía "Tiñoso", dejando sólo: "tus amigos Mochuelo y Moñigo no te olvidarán jamás".

Mientras Tomás cortaba la cinta y los demás le contemplaban, Daniel, el Mochuelo, depositó con disimulo el tordo en el féretro, junto al cadáver de su amigo. Había pensado que su amigo, que era tan aficionado a los pájaros, le agradecería, sin duda, desde el otro mundo, este detalle. Mas Tomás, al volver a colocar la corona fúnebre a los pies del cadáver, reparó en el ave, incomprensiblemente muerta junto a su hermano. Acercó mucho los ojos para cerciorarse de que era un tordo lo que veía, pero después de comprobarlo no se atrevió a tocarlo. Tomás se sintió recorrido por una corriente supersticiosa.

—¿Qué... quién... cómo demonios está aquí esto? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, después del enfado de Tomás por lo de la corona, no se atrevió a declarar su parte de culpa en esta nueva peripecia. El asombro de Tomás se contagió pronto a todos los presentes que se acercaban a contemplar el pájaro. Ninguno, empero, osaba tocarlo.

—¿Cómo hay un tordo ahí dentro?

Rita, la Tonta, buscaba una explicación razonable en el rostro de cada uno de sus vecinos. Pero en todos leía un idéntico estupor.

—Mochuelo, ¿sabes tú...?

—Yo no sé nada. No había visto el tordo hasta que lo dijo Tomás.

Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", entró en aquel momento. Al ver el pájaro se le ablandaron los ojos y comenzó a llorar silenciosamente.

—Él quería mucho a los pájaros; los pájaros han venido a morir con él —dijo.

El llanto se contagió a todos y a la sorpresa inicial sucedió pronto la creencia general en una intervención ultraterrena. Fue Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", quien primero lo insinuó con voz temblorosa.

—Esto... es un milagro.

Los presentes no deseaban otra cosa sino que alguien expresase en alta voz su pensamiento para estallar. Al oír la sugerencia del zapatero

se oyó un grito unánime y desgarrado, mezclado con ayes y sollozos:

— ¡Un milagro!

Varias mujeres, amedrentadas, salieron corriendo en busca de don José. Otras fueron a avisar a sus maridos y familiares para que fueran testigos del prodigio. Se organizó un revuelo caótico e irrefrenable.

Daniel, el Mochuelo, tragaba saliva incesantemente en un rincón de la estancia. Aun después de muerto el Tiñoso, los entes perversos que flotaban en el aire seguían enredándole los más inocentes y bienintencionados asuntos. El Mochuelo pensó que tal como se habían puesto las cosas, lo mejor era callar. De otro modo, Tomás, en su excitación, sería muy capaz de matarlo.

Entró apresuradamente don José, el cura.

—Mire, mire, don José —dijo el zapatero.

Don José se acercó con recelo al borde del féretro y vio el tordo junto a la yerta mano del Tiñoso.

—¿Es un milagro o no es un milagro? —dijo la Rita, toda exaltada, al ver la cara de estupefacción del sacerdote.

Se oyó un prolongado murmullo en torno. Don José movió la cabeza de un lado a otro mientras observaba los rostros que le observaban.

Su mirada se detuvo un instante en la carita asustada del Mochuelo. Luego dijo:

—Sí que es raro todo esto. ¿Nadie ha puesto ahí ese pájaro?

—¡Nadie, nadie! —gritaron todos.

Daniel, el Mochuelo, bajó los ojos. La Rita volvió a gritar, entre carcajadas histéricas, mientras miraba con ojos desafiadores a don José:

—¡Qué! ¿Es un milagro o no es un milagro, señor cura?

Don José intentó apaciguar los ánimos, cada vez más excitados.

—Yo no puedo pronunciarme ante una cosa así. En realidad es muy posible, hijos míos, que alguien, por broma o con buena intención, haya depositado el tordo en el ataúd y no se atreva a declararlo ahora por temor a vuestras iras. —Volvió a mirar insistentemente a Daniel, el Mochuelo, con sus ojillos hirientes como puntas de alfileres. El Mochuelo, asustado, dio media vuelta y escapó a la calle. El cura prosiguió—: De todas formas yo daré traslado al Ordinario de lo que aquí ha sucedido. Pero os repito que no os hagáis ilusiones. En realidad, hay muchos hechos de apariencia milagrosa que no tienen de milagro más que eso: la apariencia. —De repente cortó, seco—: A las cinco volveré para el entierro.

En la puerta de la calle, don José, el cura, que era un gran santo, se tropezó con Daniel, el Mochuelo, que le observaba a hurtadillas, tímidamente. El párroco oteó las proximidades y como no viera a nadie en derredor, sonrió al niño, le propinó unos golpecitos paternales en el cogote, y le dijo en un susurro:

—Buena la has hecho, hijo; buena la has hecho.

Luego le dio a besar su mano y se alejó, apoyándose en la cachaba, a pasitos muy lentos.

XX

Es expresivo y cambiante el lenguaje de las campanas; su vibración es capaz de acentos hondos y graves y livianos y agudos y sombríos. Nunca las campanas dicen lo mismo. Y nunca lo que dicen lo dicen de la misma manera.

Daniel, el Mochuelo, acostumbraba a dar forma a su corazón por el tañido de las campanas. Sabía que el repique del día de la Patrona sonaba a cohetes y a júbilo y a estupor desproporcionado e irreflexivo. El corazón se le redondeaba, entonces, a impulsos de un sentimiento de alegría completo y armónico. Al concluir los bombardeos, durante la guerra, las campanas también repicaban alegres, mas con un deje de reserva, precavido y reticente. Había que tener cuidado. Otras veces, los tañidos eran sordos, opacos, oscuros y huecos como el día que enterraron a Germán, el Tiñoso, por ejemplo. Todo el valle, entonces, se llenaba hasta impregnarse de los tañidos sordos, opacos, oscuros y huecos de las campanas parroquiales. Y el frío de sus vibraciones pasaba a los estratos de la tierra y a las raíces de las plantas y a la médula de los huesos de los hombres y al corazón de los niños. Y el corazón de Daniel, el Mochuelo, se tornaba mollar y maleable —blando como el plomo derretido— bajo el solemne tañer de las campanas.

Estaba lloviznando y tras don José, revestido de sobrepelliz y estola, caminaban los cuatro hijos mayores del zapatero, el féretro en hombros, con Germán, el Tiñoso, y el tordo dentro. A continuación marchaba el zapatero con el resto de sus familiares, y detrás, casi todos los hombres y las mujeres y los niños del pueblo con rostros compungidos, notando en sus vísceras las resonancias de las campanas, vibrando en una modulación lenta y cadenciosa. Daniel, el Mochuelo, sentía aquel día las campanas de una manera especial. Se le antojaba que él era como uno de los insectos que coleccionaba en una caja el cura de La Cullera. Se diría que, lo mismo que aquellos animalitos, cada campanada era como una aguja afiladísima que le atravesaba una zona vital de su ser. Pensaba en Germán, el Tiñoso, y pensaba en él mismo, en los nuevos rumbos que a su vida imprimían las circunstancias. Le dolía que los hechos pasasen con esa facilidad a ser recuerdos; notar la sensación de que nada, nada de lo pasado, podría reproducirse. Era aquélla una sensación angustiosa de dependencia y sujeción. Le ponía nervioso la imposibilidad de dar marcha atrás en el reloj del tiempo y resignarse a saber que nadie volvería a hablarle, con la precisión y el conocimiento con que el

Tiñoso lo hacía, de los rendajos y las perdices y los martines pescadores y las pollas de agua. Había de avenirse a no volver a oír jamás la voz de Germán, el Tiñoso; a admitir como un suceso vulgar y cotidiano que los huesos del Tiñoso se transformasen en cenizas junto a los huesos de un tordo; que los gusanos agujereasen ambos cuerpos simultáneamente, sin predilecciones ni postergaciones.

Se confortó un poco tanteando en su bolsillo un cuproníquel con el agujerito en medio. Cuando concluyese el entierro iría a la tienda de Antonio, el Buche, a comprarse un adoquín. Claro que a lo mejor no estaba bien visto que se endulzase así después de enterrar a un buen amigo. Habría de esperar al día siguiente.

Descendían ya la varga por su lado norte, hacia el pequeño camposanto del lugar. Bajo la iglesia, los tañidos de las campanas adquirían una penetración muy viva y dolorosa. Doblaron el recodo de la parroquia y entraron en el minúsculo cementerio. La puerta de hierro chirrió soñolienta y enojada. Apenas cabían todos en el pequeño recinto. A Daniel, el Mochuelo, se le aceleró el corazón al ver la pequeña fosa, abierta a sus pies. En la frontera este del camposanto, lindando con la tapia, se erguían adustos y fantasmales, dos afilados cipreses. Por lo demás, el cementerio del pueblo era tibio y recoleto y acogedor. No había mármoles, ni estatuas, ni panteones, ni nichos, ni tumbas revestidas de piedra. Los muertos eran tierra y volvían a la tierra, se confundían con ella en un impulso directo, casi vicioso, de ayuntamiento. En derredor de las múltiples cruces, crecían y se desarrollaban los helechos, las ortigas, los acebos, la hierbabuena y todo género de hierbas silvestres. Era un consuelo, al fin, descansar allí, envuelto día y noche en los aromas penetrantes del campo.

El cielo estaba pesado y sombrío. Seguía lloviznando. Y el grupo, bajo los paraguas, era una estampa enlutada de estremecedor y angustioso simbolismo. Daniel, el Mochuelo, sintió frío cuando don José, el cura, que era un gran santo, comenzó a rezar responsos sobre el féretro depositado a los pies de la fosa recién cavada. Había, en torno, un silencio abierto sobre cien sollozos reprimidos, sobre mil lágrimas truncadas, y fue entonces cuando Daniel, el Mochuelo, se volvió, al notar sobre el calor de su mano el calor de una mano amiga. Era la Uca-uca. Tenía la niña un grave gesto adosado a sus facciones pueriles, un ademán desolado de impotencia y resignación. Pensó el Mochuelo que le hubiera gustado estar allí solo con el féretro y la Uca-uca y poder llorar a raudales sobre las trenzas doradas de la chiquilla; sintiendo en su mano el calor de otra mano amiga. Ahora, al ver el féretro a sus pies, lamentó haber discutido con el Tiñoso sobre el ruido que las perdices hacían al volar, sobre las condiciones canoras de los rendajos o sobre el sabor de las cicatrices. Él se hallaba indefenso, ahora, y Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de su alma, le daba,

incondicionalmente, la razón. Vibraba con unos acentos lúgubres la voz de don José, esta tarde, bajo la lluvia, mientras rezaba los responsos:

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis...*

A partir de aquí, la voz del párroco se hacía un rumor ininteligible. Daniel, el Mochuelo, experimentó unas ganas enormes de llorar al contemplar la actitud entregada del zapatero. Viéndole en este instante no se dudaba de que jamás Andrés, "el hombre que de perfil no se le ve", volvería a mirar las pantorrillas de las mujeres. De repente, era un anciano tembloteante y extenuado, sexualmente indiferente. Cuando don José acabó el tercer responso, Trino, el sacristán, extendió una arpillera al lado del féretro y Andrés arrojó en ella una peseta. La voz de don José se elevó de nuevo:

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis...*

Luego fue el Peón quien echó unas monedas sobre la arpillera, y don José, el cura, que era un gran santo, rezó otro responso. Después se acercó Paco, el herrero, y depositó veinte céntimos. Y más tarde, Quino, el Manco, arrojó otra pequeña cantidad. Y luego Cuco, el factor, y Pascualón, el del molino, y don Ramón, el alcalde, y Antonio, el Buche, y Lucas, el Mutilado, y las cinco Lepóridas, y el ama de don Antonino, el marqués, y Chano y todos y cada uno de los hombres y las mujeres del pueblo y la arpillera iba llenándose de monedas livianas, de poco valor, y, a cada dádiva, don José, el cura, que era un gran santo, contestaba con un responso, como si diera las gracias.

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis...*

Daniel, el Mochuelo, aferraba crispadamente su cuproníquel, con la mano embutida en el bolsillo del pantalón. Sin querer, pensaba en el adoquín de limón que se comería al día siguiente, pero, inmediatamente, relacionaba el sabor de su presunta golosina con el letargo definitivo del Tiñoso y se decía que no tenía ningún derecho a disfrutar un adoquín de limón mientras su amigo se pudría en un agujero. Extraía ya lentamente el cuproníquel, decidido a depositarlo en la arpillera, cuando una voz interior le contuvo: "¿Cuánto tiempo tardarás en tener otro cuproníquel, Mochuelo?". Lo soltó compelido por un sórdido instinto de avaricia. De improviso rememoró la conversación con el Tiñoso sobre el ruido que hacían las perdices al volar y su pena se agigantó de nuevo. Ya Trino se inclinaba sobre la arpillera y la agarraba por las cuatro puntas para recogerla, cuando Daniel, el Mochuelo, se desembarazó de la mano de la Uca-uca y se adelantó hasta el féretro:

— ¡Espere! —dijo.

Todos los ojos le miraban. Notó Daniel, el Mochuelo, en sí, las miradas de los demás, con la misma sensación física que percibía las gotas de la lluvia. Pero no le importó. Casi sintió un orgullo tan grande como la tarde que trepó a lo alto de la cucaña al sacar de su bolsillo la moneda reluciente, con el agujerito en medio, y arrojarla sobre la arpillera. Siguió el itinerario de la moneda con los ojos, la vio rodar un trecho y, luego, amontonarse con las demás produciendo, al juntarse, un alegre tintineo. Con la voz apagada de don José, el cura, que era un gran santo, le llegó la sonrisa presentida del Tiñoso, desde lo hondo de su caja blanca y barnizada.

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis...*

Al concluir don José, bajaron la caja a la tumba y echaron mucha tierra encima. Después, la gente fue saliendo lentamente del campo santo. Anochecía y la lluvia se intensificaba. Se oía el arrastrar de los zuecos de la gente que regresaba al pueblo. Cuando Daniel, el Mochuelo, se vio solo, se aproximó a la tumba y luego de persignarse dijo:

—Tiñoso, tenías razón, las perdices al volar hacen "Prrr" y no "Brrr".

Ya se alejaba cuando una nueva idea le impulsó a regresar sobre sus pasos. Volvió a persignarse y dijo:

—Y perdona lo del tordo.

La Uca-uca le esperaba a la puerta del cementerio. Le cogió de la mano sin decirle una palabra. Daniel, el Mochuelo, notó que le ganaba de nuevo un amplio e inmoderado deseo de sollozar. Se contuvo, empero, porque diez pasos delante avanzaba el Moñigo, y de cuando en cuando volvía la cabeza para indagar si él lloraba.

XXI

En torno a Daniel, el Mochuelo, se hacía la luz de un modo imperceptible. Se borraban las estrellas del cuadrado de cielo delimitado por el marco de la ventana y sobre el fondo blanquecino del firmamento la cumbre del Pico Rando comenzaba a verdear. Al mismo tiempo, los mirlos, los ruiseñores, los verderones y los rendajos iniciaban sus melodiosos conciertos matutinos entre la maleza. Las cosas adquirían precisión en derredor; definían, paulatinamente, sus volúmenes, sus tonalidades y sus contrastes. El valle despertaba al nuevo día con una fruición aromática y vegetal. Los olores se intensificaban, cobraban densidad y consistencia en la atmósfera circundante, reposada y queda.

Entonces se dio cuenta Daniel, el Mochuelo, de que no había pegado un ojo en toda la noche. De que la pequeña y próxima historia del valle se reconstruía en su mente con un sorprendente lujo de pormenores. Lanzó su mirada a través de la ventana y la posó en la bravía y aguda cresta del Pico Rando. Sintió entonces que la vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. Se daban uno al otro en un enfervorizado anhelo de mutua protección, y Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra.

No obstante, el convencimiento de una inmediata separación le desasosegaba, aliviando la fatiga de sus párpados. Dentro de dos horas, quizá menos, él diría adiós al valle, se subiría en un tren y escaparía a la ciudad lejana para empezar a progresar. Y sentía que su marcha hubiera de hacerse ahora, precisamente ahora que el valle se endulzaba con la suave melancolía del otoño y que a Cuco, el factor, acaban de uniformarle con una espléndida gorra roja. Los grandes cambios rara vez resultan oportunos y consecuentes con nuestro particular estado de ánimo.

A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa. No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa y enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales; y el gato

de la Guindilla; y el agrio olor de las encellas sucias; y la formación pausada y solemne y plástica de una boñiga; y el rincón melancólico y salvaje donde su amigo Germán, el Tiñoso, dormía el sueño eterno; y el chillido reiterado y monótono de los sapos bajo las piedras en las noches húmedas; y las pecas de la Uca-uca y los movimientos lentos de su madre en los quehaceres domésticos; y la entrega confiada y dócil de los pececillos del río; y tantas y tantas otras cosas del valle. Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso. Él no tenía aún autonomía ni capacidad de decisión. El poder de decisión le llega al hombre cuando ya no le hace falta para nada; cuando ni un solo día puede dejar de guiar un carro o picar piedra si no quiere quedarse sin comer. ¿Para qué valía, entonces, la capacidad de decisión de un hombre, si puede saberse? La vida era el peor tirano conocido. Cuando la vida le agarra a uno, sobra todo poder de decisión. En cambio, él todavía estaba en condiciones de decidir, pero como solamente tenía once años, era su padre quien decidía por él. ¿Por qué, Señor, por qué el mundo se organizaba tan rematadamente mal?

El quesero, a pesar del estado de ánimo de Daniel, el Mochuelo, se sentía orgulloso de su decisión y de poder llevar a cabo su decisión. Lo que no podían otros. La víspera habían recorrido juntos el pueblo, padre e hijo, para despedirse.

—El chico se va mañana a la ciudad. Tiene ya once años y es hora de que empiece el grado.

Y el quesero se quedaba plantado, mirándole a él, como diciendo: "¿Qué dice el estudiante?". Pero él miraba al suelo entristecido. No había nada que decir. Bastaba con obedecer.

Pero en el pueblo todos se mostraban muy cordiales y afectuosos, algunos en exceso, como si les aligerase no poco el saber que al cabo de unas horas iban a perder de vista a Daniel, el Mochuelo, para mucho tiempo. Casi todos le daban palmaditas en el cogote y expresaban, sin rebozo, sus esperanzas y buenos deseos:

—A ver si vuelves hecho un hombre.

—¡Bien, muchacho! Tú llegarás a ministro. Entonces daremos tu nombre a una calle del pueblo. O a la Plaza. Y tú vendrás a descubrir la lápida y luego comeremos todos juntos en el Ayuntamiento. ¡Buena borrachera ese día!

Y Paco, el herrero, le guiñaba un ojo y su pelo encarnado despedía un vivo centelleo.

La Guindilla mayor fue una de las que más se alegraron con la noticia de la marcha de Daniel, el Mochuelo.

—Bien te viene que te metan un poco en cintura, hijo. La verdad. Ya sabes que yo no tengo pelos en la lengua. A ver si en la ciudad te enseñan a respetar a los animales y a no pasear en cueros por las calles del pueblo. Y a cantar el *Pastora Divina* como Dios manda. —

Hizo una pausa y llamó—: ¡Quino! Daniel se va a la ciudad y viene a despedirse.

Y bajó Quino. Y a Daniel, el Mochuelo, al ver de cerca el muñón, se le revivían cosas pasadas y experimentabas una angustiosa y sofocante presión en el pecho. Y a Quino, el Manco, también le daba tristeza perder aquel amigo y para disimular su pena se golpeaba la barbilla con el muñón reiteradamente y sonreía sin cesar:

—Bueno, chico... ¡Quién pudiera hacer otro tanto...! Nada... lo dicho. —En su turbación Quino, el Manco, no advertía que no había dicho nada—. Que sea para tu bien.

Y después, Pancho, el Sindiós, se irritó con el quesero porque mandaba a su hijo a un colegio de frailes. El quesero no le dio pie para desahogarse:

—Traigo al chico para que te diga adiós a ti y a los tuyos. No vengo a discutir contigo sobre si debe estudiar con un cura o con un seglar.

Y Pancho se rió y soltó una palabrota y le dijo a Daniel que a ver si estudiaba para médico y venía al pueblo a sustituir a don Ricardo, que ya estaba muy torpe y achacoso. Luego le dijo al quesero, dándole un golpe en el hombro:

—Chico, cómo pasa el tiempo.

Y el quesero dijo:

—No somos nadie.

Y también el Peón estuvo muy simpático con ellos y le dijo a su padre que Daniel tenía un gran porvenir en los libros si se decidía a estudiar con ahínco. Añadió que se fijasen en él. También salió de la nada. Él no era nadie y a fuerza de puños y de cerebro había hecho una carrera y había triunfado. Y tan orgulloso se sentía de sí mismo, que empezó a torcer la boca de una manera espasmódica, y cuando ya se mordía casi la negra patilla se despidieron de él y le dejaron a solas con sus muecas, su orgullo íntimo y sus frenéticos aspavientos.

Don José, el cura, que era un gran santo, le dio buenos consejos y le deseó los mayores éxitos. A la legua se advertía que don José tenía pena por perderle. Y Daniel, el Mochuelo, recordó su sermón del día de la Virgen. Don José, el cura, dijo entonces que cada cual tenía un camino marcado en la vida y que se podía renegar de ese camino por ambición y sensualidad y que un mendigo podía ser más rico que un millonario en su palacio, cargado de mármoles y criados.

Al recordar esto, Daniel, el Mochuelo, pensó que él renegaba de su camino por la ambición de su padre. Y contuvo un estremecimiento. Le anegó la tristeza al pensar que a lo mejor, a su vuelta, don José ya no estaría en el confesionario ni podría llamarle "gitanón", sino desde una hornacina de la parroquia, convertido en un santo de corona y peana. Pero, en ese caso, su cuerpo corrupto se pudriría junto al de Germán, el Tiñoso, en el pequeño cementerio de los dos cipreses

rayanos a la iglesia. Y miró a don José con insistencia, agobiado por la sensación de que no volvería a verle hablar, accionar, enfilar sus ojillos pitañosos y agudos.

Y, al pasar por la finca del Indiano, quiso ponerse triste al pensar en la Mica, que iba a casarse uno de aquellos días, en la ciudad. Pero no sintió pesadumbre por no poder ver a la Mica, sino por la necesidad de abandonar el valle sin que la Mica le viese y le compadeciese y pensase que era desgraciado.

El Moñigo no había querido despedirse porque Roque bajaría a la estación a la mañana siguiente. Le abrazaría en último extremo y vigilaría si sabía ser hombre hasta el fin. Con frecuencia le había advertido el Moñigo:

—Al marcharte no debes llorar. Un hombre no debe llorar aunque se le muera su padre entre horribles dolores.

Daniel, el Mochuelo, recordaba con nostalgia su última noche en el valle. Dio media vuelta en la cama y de nuevo atisbó la cresta del Pico Rando iluminada por los primeros rayos del Sol. Se le estremecieron las aletillas de la nariz al percibir una vaharada intensa a hierba húmeda y a boñiga. De repente, se sobresaltó. Aún no se sentía movimiento en el valle y, sin embargo, acababa de oír una voz humana. Escuchó. La voz le llegó de nuevo, intencionadamente amortiguada:

— ¡Mochuelo!

Se arrojó de la cama, exaltado, y se asomó a la carretera. Allí abajo, sobre el asfalto, con una cantarilla vacía en la mano, estaba la Uca-uca. Le brillaban los ojos de una manera extraña.

—Mochuelo, ¿sabes? Voy a La Cullera a por la leche. No te podré decir adiós en la estación.

Daniel, el Mochuelo, al escuchar la voz grave y dulce de la niña, notó que algo muy íntimo se le desgarraba dentro del pecho. La niña hacía pendulear la cacharra de la leche sin cesar de mirarle. Sus trenzas brillaban al sol.

—Adiós, Uca-uca —dijo el Mochuelo. Y su voz tenía unos trémolos inusitados.

—Mochuelo, ¿te acordarás de mí?

Daniel apoyó los codos en el alféizar y se sujetó la cabeza con las manos. Le daba mucha vergüenza decir aquello, pero era ésta su última oportunidad.

—Uca-uca… —dijo, al fin—. No dejes a la Guindilla que te quite las pecas, ¿me oyes? ¡No quiero que telas quite!

Y se retiró de la ventana violentamente, porque sabía que iba a llorar y no quería que la Uca-uca le viese. Y cuando empezó a vestirse le invadió una sensación muy vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado. Y lloró, al fin.

Mi idolatrado hijo Sisí

1953

MEDIO SIGLO DE VIDA

Mi idolatrado hijo Sisí, como hace tres años *El camino*, cumple medio siglo de vida. Es decir, como *El camino*, sigue vendiéndose no con la alegría de éste pero sí con la seguridad habitual de mis libros. Al llegar la fecha de su cincuentenario no hemos querido tirar la casa por la ventana pero sí, como es de ley, recordar la efemérides. Felicitamos a Sisí, felicitamos a Ediciones Destino y nos felicitamos a nosotros mismos por la parte que nos toca; y deseamos que los lectores del libro sigan encontrando en sus páginas la satisfacción que otros encontraron antes. Yo contaba poco más de treinta años cuando nació esta obra y hoy tengo la edad provecta de un cumplido bisabuelo; algunos más de ochenta. Es, pues, momento de alegría, aunque arrugada, y de agradecer a mis lectores su devoción y fidelidad.

MIGUEL DELIBES

A mis hermanos Adolfo, Concha, José Ramón, Federico, María Luisa, Manuel y Ana María, en la confianza de que —como un día me dijiste, querido José Echánove— ocho hermanos unidos pueden conquistar el mundo.

«Creced, multiplicaos y henchid la tierra.»

Libro primero (1917-1920)

I

El establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» tenía en 1917 tres amplias vidrieras a la calle, iluminación eléctrica, buena calefacción y un local holgado, atiborrado de enseres sanitarios. Cecilio Rubes era en 1917 un experto negociante, lo que se dice un agudo hombre de negocios, avalado por una tradición de lustros. De niño, Cecilio Rubes no se sentía atraído por los negocios de su padre; a él le hubiese gustado alterar la tradición familiar, dedicarse a una profesión que exigiera más cerebro y más iniciativa, pero Cecilio Rubes dejó pasar los años decisivos, bien porque Cecilio Rubes no fuese lo que se dice un hombre intuitivo y audaz, bien porque el comercio de materiales higiénicos latiese en la sangre de los Rubes con una fatalidad inexorable.

A las siete de la tarde del día de Nochebuena de 1917, el establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» tenía las luces apagadas y los blancos enseres asumían en la penumbra —a la feble, verdosa luz de gas que a través de los tres grandes ventanales se adentraba de la calle— la incierta y rígida pasividad de un camposanto abandonado.

Al fondo del establecimiento se hallaban los despachos de la administración y en el de Valentín, el contable, había luz, y en ese momento Cecilio Rubes, de pie, con los pulgares en las axilas, decía morosamente, como si le costase un esfuerzo desplazar los enormes bigotes rubios para dar paso a su voz:

—Es así, Valentín. Yo cada Nochebuena me siento un poco mejor, y hoy... Bien. Hoy no me siento un poco mejor, sino más duro de corazón que de ordinario. Algo raro me sucede.

El contable, sentado frente a un libro, era viejo y tenía sus gafas de présbita sobre la frente. Dijo:

—...Algo raro me sucede. También su papá hacía examen de conciencia todas las Navidades y se sentía especialmente confidencial esta noche, señor Rubes. Eso es propio de seres bondadosos como usted y como su papá.

Cecilio Rubes dibujó un gesto ambiguo con su mano ancha, blanda y bien cuidada. Tal vez su ademán expresara un secreto fondo de hastío. Cecilio Rubes dijo:

—¿Cree usted que un hombre puede estar cansado de la vida a los treinta y cinco años hasta el extremo de no desear seguir viviendo?

El contable se incorporó. En su rostro monótono había un poco de susto; sus barbitas temblaban levemente. Respondió:

—...Seguir viviendo. Puede, ya lo creo. Pero éste no es su caso, señor Rubes. Usted maneja uno de los más asentados negocios de la ciudad y tiene una hermosa mujer y una hermosa casa, y la vida le sonríe.

Cecilio Rubes vacilaba:

—¡Ah! —dijo, al fin—. Vivimos una época difícil, Valentín. En el mundo no hay más que odio y mala voluntad. Guerra en Francia, guerra en Portugal, revolución en Rusia. ¿Es posible que alguna vez lleguemos todos a entendernos?

—...Todos a entendernos —dijo el contable—. ¿Quién lo sabe, señor Rubes? El mundo es muy obstinado. Tal vez ganemos más limitando nuestro mundo a las paredes de nuestra casa: ello es un poco egoísta, pero es mejor. Estamos mal, ciertamente, pero peor lo pasarán esta noche los soldados en las trincheras, entre la nieve, y el zar en Rusia.

Cecilio Rubes volvió la cabeza para mirar a su empleado. Hacía días que se preguntaba si el contable y sus dependientes simpatizarían con el movimiento bolchevique. Cecilio Rubes era desconfiado. Desde muy joven presentía que los que servían lo hacían a la fuerza, en espera de su oportunidad. Le invadía la sensación de que de ocurrir en su ciudad algo semejante a lo ocurrido en Rusia, sus propios empleados le degollarían sobre una de sus inmaculadas bañeras. Esta idea provocaba en él un inevitable estremecimiento.

Cecilio Rubes detestaba la violencia y padecía de un exceso de sensibilidad. ¿Por qué preocuparse ahora de cosas que podrían ocurrir? Estaba deprimido y eso era todo. Pero, bien mirado, no había razón para este abatimiento. Contaba con un próspero negocio en marcha, una bonita mujer y todas las comodidades apetecibles. Valentín tenía razón. Por más que tampoco las cosas le fueran tan favorables a Cecilio Rubes como creía el contable. El negocio no marchaba mal, pero no prosperaba. Los constructores se aferraban a la antigua usanza y las nuevas viviendas se construían sin cuartos de baño. Las bañeras con agua corriente eran un lujo insólito en la ciudad y tan sólo las utilizaban los aristócratas. Su denodada lucha de diez años no se tradujo en ningún resultado práctico. Claro que lo mismo ocurrió veinte años antes con los inodoros. El hombre en su ciudad se agarraba de una manera patética a la tradición. La gente se bañaba mensualmente en el Círculo o en las Casas de Baños o no se bañaba. Cecilio Rubes se preguntó si el progreso caminaría de siempre con paso tan lento y mesurado; si su porvenir seguiría ligado, como hasta

ahora, a una regularmente periódica venta de retretes. Esta idea le desazonaba. Él soñaba con poder decir un día: «Recibí diez y hoy tengo ciento». El comercio, la habilidad mercantil, no se demostraba sólo viviendo, y aun viviendo confortablemente como en su caso, sino viviendo confortablemente y doblando, triplicando y aun decuplicando la fortuna inicial.

Cecilio Rubes, cuando meditaba sobre su negocio, llegaba a la conclusión de que era preciso hacer algo, derivar, introducir alguna innovación, mas la cuestión inmediata era insoluble. ¿Qué hacer? ¿Hacia qué derivar? ¿Qué innovación introducir? La cabeza se le desbocaba entonces hacia ideas impracticables: la bañera vertical, la cisterna con música, el lavabo-espejo y otras ensoñaciones igualmente pueriles. Mas el cerebro de Cecilio Rubes no descansaba en su afán revolucionario-mercantil. Le poseía el convencimiento de que el éxito en los negocios dependía las más de las veces de un detalle insignificante que halagase la vanidad o avivase la convicción del cliente. Uno no podía dormirse mientras la humanidad, la pequeña humanidad de su ciudad, ofreciese un vasto mercado latente.

Cecilio Rubes consideró a su contable y se preguntó una vez más si Valentín simpatizaría con los revolucionarios rusos; luego dijo, hundiendo su puño derecho en su fofo costado:

—Aquí tenemos el hígado, ¿no es eso?

—Y la vesícula biliar, señor Rubes.

—Llevo unos días que me molesta aquí —añadió.

—Aquí —dijo el contable—. ¿Ha consultado usted al doctor, señor Rubes?

—¡Ah, bien, el doctor! No me gustan los doctores. Le arreglan a uno o le acaban de estropear, ¿sabe? Son un negocio muy arriesgado. Yo sé, además, que bebo y me duele aquí y no bebo y me deja de doler. Bien, habrá que prescindir de la bebida. Eso es todo.

El contable consultó su reloj. Sonrió bondadosamente. Dijo de súbito:

—Lleva usted unos días que se queja del negocio, se queja de la marcha del mundo y se queja de dolores. ¿Me permite que le dé un consejo, señor Rubes?

Cecilio Rubes miró atónito a su subalterno:

—¿Qué es ello? —dijo, casi sin voz.

El contable seguía sonriendo. Añadió:

—¿Por qué no prueba tener un hijo?

—¿Un hijo? —dijo Rubes desalentado.

—Los hijos arreglan más cosas que desarreglan, señor Rubes. Es difícil entender la Nochebuena y la vida sin un hijo, señor Rubes. Créame.

A Cecilio Rubes le daba vueltas la cabeza. A Cecilio Rubes no le

gustaban los niños. Entendía que de todos los martirios conocidos, soportar a un niño era el más metódico y refinado. ¿Por qué ahora su contable le salía con este cuento? ¿No le constaba a Valentín su aversión innata a los chiquillos? «¿Quién fue el necio primero que dijo que la edad da experiencia?», pensó. Luego dijo:

—¿Lo cree usted así o es una broma?

—...Una broma —dijo Valentín—. ¡Ah, no es una broma eso, señor Rubes! El hombre exige una prolongación y no está satisfecho mientras no la tiene. Es ley de vida, señor Rubes.

El contable volvió a consultar el reloj. Había en sus movimientos una mal reprimida impaciencia:

—Son las ocho —dijo.

Cecilio Rubes no le oía. Cecilio Rubes reflexionaba. Cecilio Rubes dijo:

—Con el corazón en la mano, Valentín, si usted, que es un buen contable, tuviera que hacer un balance detallado de las satisfacciones y disgustos recibidos de sus hijos en la vida, ¿qué saldo le daría?

—Un saldo claramente favorable, señor Rubes —dijo el contable, y añadió—: Note que no he necesitado reflexionar.

Cecilio Rubes cavilaba. Se diría que en la vida de Cecilio Rubes se abría, de pronto, una senda insospechada. «Un hijo —pensó—. ¿Es que este hombre me quiere mal porque simpatiza con los proletarios rusos?» El contable dijo:

—Me esperan en casa, señor Rubes, son ya las ocho dadas.

Cecilio Rubes volvió a la realidad:

—¡Ah! —dijo—. Puede usted marchar cuando quiera, Valentín. Apuesto a que su mujer y sus hijos le esperan impacientes con la cena en la mesa. Bueno. Dígame, Valentín: ¿son seis o siete?

—Cinco, señor Rubes.

—¿Todos varones?

—...Varones. Tengo dos hembras, señor Rubes. ¿No recuerda a la pequeña Matilde?

—¡Ah, claro! ¿No es la pequeña Matilde mi ahijada?

—...Ahijada. Así es, señor Rubes.

El contable se colocaba el abrigo con parsimonia. Se dio dos vueltas a la boca con la bufanda. Su voz salió como de detrás de un muro:

—Si no me manda otra cosa, hasta pasado mañana, señor Rubes.

—Feliz noche, Valentín.

El establecimiento quedó en silencio. Cecilio Rubes recostado indolentemente en la mesa aparentaba que pensaba, pero no pensaba. Cecilio Rubes entendía que un hombre gana mucho adoptando, de cuando en cuando, actitudes reflexivas aun en la intimidad. Cecilio Rubes era un hombre de treinta y siete años que aparentaba cuarenta

y hubiera deseado detenerse en treinta y cinco. En suma, un hombre descentrado por dentro y por fuera.

Al cabo de un rato extrajo del bolsillo del chaleco un enorme reloj de oro sujeto a una cadena, de oro también, oprimió el resorte con el dedo pulgar y la placa superior se levantó. «Las ocho y cuarto —murmuró—; es hora de marchar.» Se incorporó. Se encontraba pesado y apático. Al abandonar el despacho dio las luces del establecimiento. Cecilio Rubes recorrió minuciosamente las dependencias. No le hubiera sido fácil a Cecilio Rubes determinar la razón de esta última inspección diaria. Cecilio Rubes no sabría decir si buscaba en ella un conato de incendio o un ladrón agazapado en una bañera. Llevaba quince años haciendo lo mismo sin que jamás se diese el caso de constatar la eficacia de esta medida de precaución.

Mientras efectuaba el cotidiano reconocimiento, Cecilio Rubes daba vueltas a su llavero y a su cerebro. «Un hijo», pensó. Y por un instante advirtió que su hogar era algo destemplado, a pesar de Adela y de su apetitosa anatomía, y su vida algo semejante a un barco sin rumbo.

Al concluir el recorrido mató la luz, se dirigió al despacho y se embutió en un impecable abrigo azul con cuello de terciopelo. Le fue difícil darse el botón; su tripita progresaba. Recogió los guantes y el bastón y salió a la calle. Hacía frío. Un frío seco y cortante y, sin embargo, a Cecilio Rubes le pareció que el ambiente no era de Nochebuena. Hacía tiempo que no sentía estas noches en su interior la inefable emoción de otras épocas. «Tal vez sean los años —se decía—; tal vez los hombres somos cada día menos propicios a esta clase de emociones.» Y recordó su infancia y reconoció que los tiempos iban evolucionando imperceptiblemente y que la evolución tenía un matiz materialista poco grato. «Los hombres acabaremos por estropear el mundo», se dijo. Se llevó la mano al costado derecho y pensó: «Me duele aquí». Se cruzó con una sombra apresurada y oyó decir: «Feliz noche, señor Rubes». «¡Ah, feliz noche, feliz noche!», respondió. «¿Quién era?», se preguntó. Cecilio Rubes no se encontraba a sí mismo esta noche. «Los tiempos actuales están muy enconados. En vida de mi padre eran otra cosa —pensó—. No había guerras y los de abajo estaban contentos de su suerte. Hoy todo el mundo quiere ser más de lo que es y ahí está el peligro.»

Llegó a la plaza y comprobó que la ciudad se extendía por esta parte, aun sin bañeras. Se edificaba allí y la línea de los nuevos edificios corría paralela al río. El nuevo alcalde no podría salirse con la suya. ¿A qué ese afán de salvar el río con dos puentes y edificar en la otra ribera? ¿No había, por cierto, en esta parte solares para dar y tomar? Cecilio Rubes no sentía simpatías por el nuevo alcalde. Él sabía bien de qué pie cojeaba. El alcalde deseaba meter ruido, hacer

algo sonado y que su nombre trascendiera de la esfera ciudadana. Utilizaba el Ayuntamiento de trampolín para su carrera política. Y eso no estaba bien. El alcalde debería ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde. Le gustó esta idea a Cecilio Rubes y la repitió para sus adentros, aunque tenía el presentimiento nebuloso de haber leído algo semejante en alguna parte. «Sería un buen latiguillo —pensó— para un hombre de la oposición.»

Salvó la plaza y penetró en la calle Mayor. Había poca gente allí. «Todo el mundo estará ahora alrededor de una mesa con sus hijos», pensó. En otros tiempos también él se reunía con sus padres alrededor de una mesa. Entonces Cecilio Rubes, hijo, «Materiales higiénicos», era un niñito sonrosado y fláccido, bien educado, con una cabeza poblada de encantadores ricitos rubios. ¡Qué tiempos tranquilos aquéllos! Él, Cecilio Rubes, hijo, sorprendía cada año a sus padres ocultándoles bajo las servilletas unas postales con flores, y campanitas, y muérdago que decían: «Felices Pascuas»; y sus padres daban gritos de júbilo y de sorpresa al descubrirlas, y él, entonces, se sentía persona importante y centro de gravitación de algo, aunque no supiese qué. Luego le besaban y le felicitaban, aunque su madre lo hiciera siempre con una estudiada composición y como con lejanía. Después, cenaban y su padre bebía y a cada plato se tornaba más locuaz y expansivo y cuando, al concluir, Cecilio Rubes, hijo, se encaramaba en una silla y lanzaba un discursito sobre el «Niño Dios» y «los pastores» y «los magos» y «los hombres de buena voluntad», con su redonda carita de inocencia resplandeciente de dicha, su padre lloraba ruidosamente entre grandes convulsiones y se limpiaba las lágrimas y la nariz con la servilleta. Su madre, entonces, le decía que se acostase y Cecilio Rubes, hijo, se iba también a la cama persuadido de su poder, y de su importancia, y de sus dotes de orador. Y una vez en el lecho, continuaba oyendo los desgarrados sollozos de su padre durante un gran rato. Así, una Nochebuena y otra, hasta que Cecilio Rubes, hijo, cumplió los once años y entonces se dio cuenta de que su padre lloraba de esa manera porque estaba ebrio y no porque le enterneciesen sus palabras, ni sus llamadas a la paz y a la buena voluntad entre los hombres. Aquel descubrimiento le decepcionó y hasta le hizo llorar apretando sus dóciles ojitos azules contra la almohada. Mas, al día siguiente, Cecilio Rubes, hijo, se confesó que lloraba de pensar que sus palabras fueran una cosa vana y no porque su padre fuese un borracho.

La contera del bastón de Cecilio Rubes golpeaba rítmicamente la calzada. Se dijo a sí mismo: «Cecilio, te estás volviendo sentimental». Y sonrió por dentro. Bien mirado, Cecilio Rubes era un hombre instintivo, que se desconocía completamente a sí mismo. En ocasiones desistía de cambiar de actitud, aunque previera la conveniencia, por

ahorrarse el liviano esfuerzo de romper la inercia. En tales situaciones, Cecilio Rubes pensaba: «Soy un perezoso; un incorregible holgazán». Mas si al día siguiente se levantaba con ganas de actuar y a su llegada al Establecimiento trataba de imprimir al negocio un ritmo revolucionario, totalmente inusitado, se decía: «Rubes, eres un hombre diligente. Lástima que no te secunden».

Otras veces, Cecilio Rubes creía ver en sí el prototipo de hombre emprendedor que su país necesitaba, lo que no impedía que, veinticuatro horas más tarde, se menospreciase y se confesase a sí mismo: «Soy un rutinario. Bien, si mi padre me hubiera enseñado a elevar globos de papel con aire caliente en lugar de vender retretes, no sabría hacer otra cosa que elevar globos de papel con aire caliente». Cecilio Rubes pensaba ahora: «Rubes, te estás volviendo sentimental». Media hora antes, cuando charlaba con su contable, se había dicho: «Me encuentro insensible, egoísta, demasiado duro de corazón». No obstante, pese a este aparente espíritu contradictorio, Cecilio Rubes guardaba en el último repliegue de su conciencia un alto concepto de sí mismo. Ocasionalmente podía despreciarse, incluso denostarse, pero Cecilio Rubes, por encima de depresiones transitorias, se consideraba un hombre físicamente atractivo, inteligente, de lúcidas y trascendentales determinaciones. «Sí, tal vez sea una equivocación el que yo no tenga un hijo», pensó.

Dio un conterazo especialmente agudo en el pavimento y penetró en el portal de su casa. Se detuvo un instante y respiró fuerte. Cecilio Rubes temía apurar la capacidad de sus pulmones en la calle, durante los meses fríos, e inspiraba con cautela. Cecilio Rubes suponía que cuanto menos aire frío aspirase de un golpe, menos riesgo corría de agarrar una pulmonía o, de agarrarla, siempre sería más leve que respirando a pleno pulmón, sin método alguno. La contención le fatigaba. Por eso se detenía siempre en el portal a regularse antes de adentrarse en el ascensor de agua.

La casa tenía un oscuro y amplio portal y ancha escalinata de mármol blanco, cuidadosamente alfombrada; la barandilla era de hierro forjado con pasamanos de caoba. Era una de las casas eminentes de la ciudad y Cecilio Rubes se pagaba de vivir en ella. Le gustaba el confort y, aún más que el confort, guardar las apariencias. Para Cecilio Rubes, un hombre se definía por su casa, su indumentaria y su habitación. Él cuidaba de estas tres cosas como un médico o un abogado velan por su prestigio profesional.

Le abrió Cristina, la doncella, y mientras le ayudaba a desembarazarse del abrigo, el sombrero y el bastón, analizó concienzudamente su uniforme. Tenía el borde de la cofia sucio y se disgustó. Le ofendían estos detalles de desaseo que, en su opinión, redundaban en perjuicio de su honorabilidad y de su negocio. Pensó

advertírselo a su mujer, pero se distrajo, de nuevo, evocando su conversación con el contable. «¿Será posible que Valentín tenga razón?», se dijo. Se sentía incómodo y hallaba cierto placer esta noche en alimentar su propio malestar. Pasó a la sala y se desplomó en un sillón tapizado de gutapercha.

Enfrente había un gran espejo y se examinó con atención concentrada. Se retorció cuidadosamente las guías de los bigotes y estudió la postura. Admitía la inmediata presencia de Adela como un mal necesario. Había ocasiones en su vida, y hoy era una de ellas, en que la proximidad de Adela no levantaba en él sino un sombrío impulso de contrariedad. Precisaba violentarse para comportarse correctamente. Le parecía mentira que fuese ésta la misma mujer que unos años antes despertase en él, con un simple ademán o una mirada, un turbulento deseo. Entonces Cecilio Rubes no reparaba en lo que su mujer guardaba dentro, sino en la adecuada disposición de sus senos y sus curvas, en la proporción y correspondencia del conjunto de sus encantos. Pero ahora su mujer no le llenaba, ni tan siquiera físicamente. Era una belleza impávida, un poco pasada, otro poco decaída, con un desconocimiento absoluto de la técnica de la seducción. Adela, en cualquier momento, era un ser pasivo, desmayado, que correspondía como cumpliendo un deber y un deber no muy agradable. Esto decepcionaba a Cecilio Rubes. Él, en determinados momentos y lugares, amaba la incitación, la violencia, la pérdida pasajera de la compostura y la dignidad. Adela no sabía darle esto y como, por otra parte, los temas de conversación con su mujer eran muy cortos y limitados, Cecilio Rubes no halló en el matrimonio el estado armonioso que ambicionara.

Mas el secreto de esta incomprensión tal vez fuera otro. Cecilio Rubes estimaba que él daba más de lo que recibía. En este aspecto se juzgaba defraudado. Él dio a Adela una posición social, una fortuna y a sí mismo. La contraprestación, unos encantos disminuidos por encogimiento y frialdad, no era, desde luego, equitativa ni justa.

En los últimos tiempos, Cecilio Rubes daba razón a su madre. Su madre se opuso desde un principio a su matrimonio. Adela era huérfana de un modesto funcionario y vivía de una modesta pensión. Su madre —la madre de Cecilio Rubes— consideraba que el matrimonio debía asentarse sobre un pie de igualdad en aficiones, gustos, clase social y fortuna. Por eso se opuso a la boda de su hijo con Adela. Pero, entonces, Cecilio Rubes no vio en la oposición obstinada de su madre más que un nuevo incentivo.

Cecilio pensaba, además, que el hecho de rescatar a su mujer de una clase social inferior ya la obligaba al reconocimiento y al amor de una manera apasionada y vitalicia. Luego, se equivocó. Al menos de un tiempo a esta parte, Cecilio Rubes pensaba que se había

equivocado. Aun sin una declaración expresa, él guardaba en el fondo de su alma el convencimiento de que se merecía mucho más. Esta convicción inexpresada era, sin duda, el principal motor de su descontento y de su resentimiento, a duras penas acallado, contra su esposa.

Últimamente Adela no era para él más que una satisfacción momentánea y algo que forzosamente había que soportar durante dos o tres horas al día. A veces, también, una ocasión de descargar su irritación y sus malos humores. Él no amó nunca a Adela y tal vez no pudiera nunca amar a ninguna mujer, porque Cecilio Rubes se consideraba superior a todas. Hubo un tiempo en que deseó a Adela con desasosiego, pero su posesión, contrariamente a lo esperado, jamás le satisfizo plenamente.

Cecilio Rubes se miró de nuevo al espejo y se retorció los bigotes. Después, se incorporó y abrió un mueble pequeño y brillante y, al abrirlo, sonó una musiquita lejana, de débiles notas. Cecilio Rubes sacó una botella y un vaso y cerró; la musiquita cesó bruscamente. Se sirvió una copa y se sentó de nuevo. En ese momento apareció su mujer.

—Hola, querido —dijo. Le besó formulariamente en la mejilla.

—Hola, querida —dijo él—. Estamos con el balance y me retrasé un poco.

Se abrió un pesado silencio. Su esposa, sentada frente a él, observándole, le erizaba los nervios. Prefería, con mucho, la libertad que le brindaba Paulina. Bebió por llenar el tiempo, y se sirvió otra copa. Estaba incómodo. Ella dijo:

—¿Qué tal el balance?

—Bien.

No se esforzaba en mostrarse condescendiente y amable como otras veces. Le dominaba su mal humor.

—¿Favorable?

—Sí.

—¿Mejor que el último año?

—Puede que sí.

—¿Encargaron, al fin, las bañeras para la nueva casa de la Plaza?

—No.

Le desazonaban los esfuerzos de Adela por enhebrar una conversación continuada. Cecilio Rubes entendía que su mujer no tenía derecho a tanto, máxime cuando a la legua se advertía que él, esta noche, deseaba pensar, beber y estar solo. Adela no le agradecía lo que hizo por ella. Pensó: «¿Qué sería de ella si yo no la redimo?». Se había alzado una pausa entre ambos. A Rubes le tiraban los nervios y para sujetarlos bebió otra copa. Dijo su mujer:

—¿Sabes que Matías, el de La Bola de Fuego, tiene parte en esa

casa?

—¿En qué casa?

—En la de la Plaza, querido.

—¿Sí?

—Sí.

Los dos callaron. Cecilio Rubes pensaba: «¿No se irá? Bien, ¿será capaz de seguir espiándome hasta la hora de cenar?». Se sirvió otra copa.

—¡Oh! —dijo ella—. No debes beber tanto, Cecil; te está mal.

—¿Quién dijo que me esté mal?

—Querido, tú lo dijiste. Ayer dijiste: «La bebida me pega al hígado. Habrá que pensar en dejarla».

—¿Dije eso?

—Sí.

—Hoy estoy mejor. Bien, además es Nochebuena —dijo él.

Cecilio Rubes se mostraba mordaz y desconsiderado, pero no trataba de evitarlo. Se sentía furioso esta noche bajo la implacable mirada de su mujer. Ni por un momento admitía que la presencia de Adela allí y su noble deseo de entablar conversación entrase en un normal y equilibrado curso de las cosas. Él era lo primero y la voluntad de él debería respetarse a costa de lo que fuese. No obstante, le faltaba valor para plantear sus exigencias al desnudo y decirle a su mujer: «¡Vete!, quiero estar solo». En el fondo, Cecilio Rubes era un pusilánime y temía despertar enojos, trastornos y convulsiones. Prefería que los demás adivinaran sus pensamientos y obrasen en consecuencia. Era la cerril incomprensión de los que le rodeaban lo que le ponía fuera de sí. Aún insistió Adela:

—¿Sabes que conocí esta tarde a la nueva vecina?

—¿Sí?

—Sí. Es una muchacha muy atractiva.

—¿Quién es él?

—Un abogado recién casado.

—¿Sí?

—Sí.

Evitaba mirar de frente a su mujer; temía mirarla de frente. Temía que ella descubriera sus pensamientos y, al mismo tiempo, lo deseaba. ¡Oh, qué cruel indecisión la suya esta noche! Aún ingirió otra copa y tomó un libro, cuidadosamente encuadernado en piel, de una librería próxima. Se fingió abstraído en la lectura. Su esposa se rebulló en el sofá. Le molestaba el desinterés de él hacia su persona y sus problemas. Cecilio Rubes no leía. Pensaba: «¿Fue mi padre feliz con mi madre? Mi madre medía las distancias y no se doblegaba ante nadie. ¿Se emborrachaba mi padre porque no era feliz con mi madre? ¿Es mi descontento algo adherido al apellido Rubes como un

estigma?». Adela dijo:

—Voy a vestirme para la cena, Cecil.

Cecilio Rubes emitió un ancho suspiro. Pero ahora que estaba solo seguía encontrándose hipersensible y molesto.

Intentó concentrarse en el libro, pero existía algo dentro de él que le impedía interesarse en las vidas ajenas esta noche, máxime si estas vidas eran fruto, como en este caso, de una imaginación calenturienta.

El reloj de pie, a su lado, dio las nueve y media. «Ya falta menos», pensó. No veía el momento de poder acostarse, dormir y olvidarse de todo. Le invadía, por momentos, ese cruel estado de ánimo que nos impele a considerar la vida como un reducido y siniestro círculo vicioso. Pensó: «Mañana fiesta. El Club (el teniente coronel López, la cara de pájaro de Fidel Amo, Ramón Prado y su descomunal nariz: "No, eso no está bien. No es humano, correcto, ni razonable"). La partida; Paulina ("¡Vaya! ¿Qué me traes?") y vuelta a sentarse en este sillón. Pasado, a la tienda (Valentín: "Sí, señor Rubes". Méndez: granos y sofocos). Y al otro, y al otro, y al otro». «¿Así hasta cuándo?», se preguntó.

Entreveía los horizontes de su existencia tremendamente sombríos y limitados. Y Cecilio Rubes sabía que esto era un mal. Su abuelo, el padre de su madre, se mató por eso. Su madre le decía que se había trastornado, pero él sabía que no; él, Cecilio Rubes, sabía que su abuelo se mató, simplemente, de cansancio, hastío y aburrimiento.

Abandonó el libro en sus rodillas e intentó dilucidar si su actual estado de postración era anterior a su conversación con el contable o nació precisamente de ella. Resultaba una cuestión ardua y compleja en su mismo convencionalismo, pero Cecilio Rubes, a pesar de su natural indolente, indiferente de ordinario a las posibles causas de las cosas, se entregó a ella con especial y desusado ardor. Cecilio Rubes ansiaba demostrarse a toda costa que no era la falta de un hijo lo que le trastornaba; que con un hijo seguiría todo lo mismo que sin un hijo y que el contable no tenía, por tanto, ninguna razón. En principio, la idea de un hijo le había aterrado, pero, poco a poco, y aun a regañadientes por su parte, la idea iba amoldándose a su cerebro, tomando cuerpo y posibilidades, e incidía en él como un posible remedio para su vida, irritante en su holgura y uniformidad. Era, pues, la sugerencia del contable, en lucha con sus principios, lo que originaba su actual desazón, aunque Cecilio Rubes no lo advirtiese. Cecilio Rubes carecía de la suficiente agudeza para dar con la raíz del mal. Puesto a meditar sobre un problema, las ideas brotaban de todos los rincones de su cerebro, entrechocando, contraponiéndose y vedándole de entrada el hallazgo de una solución convincente. De aquí que sus grandes decisiones, o lo que él tomaba por grandes decisiones, le asaltasen a Cecilio Rubes como a contrapelo, cuando su

mente se ocupaba en un asunto diametralmente distinto.

Se sobresaltó cuando Cristina, la doncella, le anunció la cena. Por primera vez advirtió Cecilio Rubes que aquel comedor de muebles pesados y brillantes, escrupulosamente organizado, era excesivo para su mujer y para él. Aun comiendo a la misma mesa, entre Adela y él existían unos enormes espacios vacíos por donde escapaban el calor y la cordialidad.

Adela había colocado sobre el mantel flores de muérdago y adornos de escarcha artificial. Adela retocaba los detalles con una meticulosidad casi ofensiva. Cecilio Rubes miró un momento a su mujer y se preguntó qué pensaría en aquel momento. Constataba que entre ambos mediaba un abismo que iba ensanchándose con el tiempo. Adela tenía aspecto de cansancio, pero reconoció que era atractiva y apetecible. Le pareció, también, que su esposa cenaba tranquilamente, sin el menor sobresalto. Cecilio Rubes se dijo: «La mujer es el animal más elemental del universo. Bien, ¿sabe Adela que estamos cenando en el vértice de un volcán? ¿Sabe siquiera que en Francia hay guerra, y en Portugal hay guerra y en Rusia ha estallado la revolución?». Se sintió repentinamente recorrido por una fiebre vehemente. Dijo:

—Valentín dijo esta tarde que peor está el zar en Rusia.

—¿El zar? —preguntó ella.

—Sí, el zar. ¿No sabes acaso quién es el zar?

Adela guardó silencio. Cecilio Rubes bebía desordenadamente. Dijo:

—Bueno, el zar. Es muy complicado eso para ti. ¿No es cierto, querida? Bien. Es mucho más sencillo saber que Cristina está sirviendo la cena con un guante roto y el borde de la cofia sucio, ¿no es así?

Cecilio Rubes bebió otra copa. De nuevo recordó a su padre y se representó a sí mismo con su linda cabecita sembrada de ricitos hablando del «Niño Dios», de «los pastores» y de «los hombres de buena voluntad». Pensó: «Un niño, ahí entre los dos, podría solucionarlo todo». Le ardía la cabeza y notaba que el sudor le resbalaba por los sobacos hasta los costados, produciéndole una extraña sensación de frío. Adela dijo:

—Perdona, Cecil, nada de esto volverá a ocurrir. Te lo aseguro.

Habían concluido de cenar y Cecilio Rubes se incorporó. El vino activaba en él un monstruoso deseo de ensañamiento. Rodeó con un brazo la espalda de su mujer:

—¿No es cierto —dijo— que mi mujer no sintió en la vida la menor inclinación hacia su esposo? ¿No es cierto que lo soporta por guardar las apariencias, y por propia estimación, y por aquello de la buena conformidad y la paciencia y la resignación cristianas?

Adela se había quedado rígida. Le desagradaba, de pronto, sentir

el brazo de él oprimiendo sus hombros. Lentamente se incorporó. La mirada de ella reducía, ahora, la destemplanza de Cecilio Rubes:

—¿Qué te sucede esta noche, Cecil? —dijo—. ¿No será que has bebido demasiado?

Cecilio Rubes remitía. Emanaba de la firme serenidad de Adela un algo que rompía de antemano todo conato de violencia. Ella añadió:

—Había preparado champaña para brindar esta noche.

Cecilio Rubes se desfondó de súbito. Experimentó un vívido sentimiento de humillación. Cecilio Rubes rara vez tenía la suficiente voluntad para llevar las cosas hasta el fin. Dijo con voz ronca:

—Bien. Brindemos. ¿Por qué no hemos de brindar?

Adela llenó las copas. La mano regordeta y pulcra de Cecilio Rubes temblaba.

—Por el zar —dijo.

—Por que la guerra concluya pronto —dijo Adela.

Bebieron. A través de la copa, Cecilio Rubes observó a su mujer y, al acabar, sin otras explicaciones, la rodeó la cintura y la besó en la boca torpemente. Estaba demasiado grueso y pesado para besar así, por sorpresa. Su cabeza se hallaba confusa ahora. Mas, sobre todas las cosas, predominaba un ardiente deseo de su mujer. Apagó la luz y la empujó suavemente hacia la puerta.

Dijo Adela, en un vano intento:

—¿Por qué no pruebas de afeitarte si ello te cambia el humor?

—¡Ah! Esta noche no. Estoy fatigado —refunfuñó Cecilio.

Se encontraba mejor ahora descansando los pies desnudos en la muelle alfombra del dormitorio. Le dominaba una excitación febril, que avivaban los suaves crujidos de la seda, a su lado, tras el biombo. Dijo:

—¿Sabes qué dijo Valentín esta tarde?

Le excitó la risa de Adela tras el biombo.

—Que peor está el zar en Rusia —dijo.

—¡Oh, no!; no es eso ahora —dijo él.

—¿Qué?

La voz de Cecilio Rubes temblaba:

—Que me conviene tener un hijo.

Adela no respondió. Cecilio Rubes no supo contenerse. Nunca se había atrevido a tanto. El biombo se desplomó, a su torpe manotazo, con gran estrépito. Adela trató, en vano, de cubrirse. Nunca, en sus seis años de matrimonio, vio Cecilio Rubes así a su mujer.

—¡Dios mío! —dijo.

—¡Oh, no, Cecil! ¿Por qué haces estas cosas?

Él la abrazó. Dijo:

—Bien, lo quiero. ¿Entiendes, Adela? Quiero un hijo. Necesito un hijo.

Cecilio Rubes constató que la cintura de Adela perdía su primitiva flexibilidad, circundada por un cinturón de grasa. Pero no le importó. Adela se sentía desfallecida. Dijo:

—¡Oh, Cecil, nunca quisiste un hijo! A poco de casarnos me hiciste prometer que nunca tendríamos un hijo. ¿No lo recuerdas ahora?

La conversación se hizo más confidencial y luego cesó, por un momento, en el lecho. Cecilio Rubes tornaba a experimentar una caótica confusión en su cabeza. De repente, el cuerpo de su mujer le daba calor y le molestaba su proximidad. Le pareció mentira que fuese él, el comedido y discreto Cecilio Rubes, quien unos minutos antes derribara un biombo de cinco mil duros de un manotazo. Casi se avergonzó de sí mismo. Después pensó que su derecho de marido alcanzaba a derribar un biombo y a mucho más y deploró haber demorado su uso hasta seis años después de su matrimonio. Quizá cinco años antes, cuando la cintura de Adela era aún estrecha y elástica, un acto de esta naturaleza hubiera remediado muchas cosas. Tal vez no fuera tarde tampoco ahora. De nuevo sintió calor y se refugió en el extremo del lecho que le correspondía. Dijo:

—Debemos poner dos camas aquí. Un hombre a mi edad necesita cama propia. Esto es incómodo.

La voz de Adela le alcanzaba sofocada por el embozo:

—Sólo tienes treinta y siete años, querido.

—Treinta y cinco —dijo él.

—¿No te casaste a los treinta y uno?

—Sí.

—¿Y no hace seis años que nos casamos?

—Exactamente; pero tengo treinta y cinco años, ¿comprendes?

—Ya.

—Hay otra cosa, querida —dijo—. ¿Sabes que roncas de madrugada?

—Cecil, por amor de Dios, no digas cosas desagradables —dijo ella.

Cecilio Rubes no respondió. A Cecilio Rubes iba ascendiéndole de los pies un cálido y enervante sopor. Guardó silencio. Se encontraba bien, divinamente así. Permaneció muy quieto, con las manos aprisionadas entre las rodillas, hecho un ovillito, sin atreverse casi a respirar. Al poco rato se quedó dormido con los ojos y la boca entreabiertos, emitiendo un breve, intermitente ronquido.

II

El periódico del día 24 de diciembre de 1917 decía: «Amsterdam.— Un telegrama de la frontera anuncia el incendio de las fábricas Krupp. Hay víctimas y daños». «*La guerra*. En el frente italiano se han registrado nuevos combates desde el Piave hasta el Brento. Los italianos rechazaron al enemigo causándole pérdidas crueles.» También decía el periódico de la víspera de Navidad de 1917: «En las bronquitis agudas y crónicas y en la dilatación de los bronquios, las Cápsulas Serafón, de guayacol yodoformado y de guayacol eucaliptol yodoformado, consiguen la curación, secan los bronquios y hacen desaparecer la fetidez de los esputos». En segunda plana decía el periódico del día 24 de diciembre de 1917: «Hermosee sus senos con Pilules Orientales». Poco más abajo, se leía: «La mejor tintura progresiva es la Flor de Oro. Usando esta privilegiada agua, nunca tendréis canas ni seréis calvos. El cabello abundante y hermoso es el mejor atractivo en una mujer. Usando esta agua se cura la caspa, se evita la caída del cabello, se suaviza, se aumenta y se perfuma». En su página tercera decía el diario del día 24 de diciembre de 1917: «Ayer se puso en escena en el Teatro Bretón *El húsar de la guardia* y *La famosa*, debutando con esta obra la tiple cómica Pepita Álvarez, que obtuvo una excelente acogida por parte del numeroso y selecto público que llenaba la sala».

Cecilio Rubes plegó el periódico y se estiró en el lecho. «Bien. Nada nuevo», se dijo. No tuvo tiempo de leerlo la víspera, y ahora, en el descanso de la Navidad, se distrajo echándole un vistazo. Los sangrientos titulares de la primera página no le causaron la menor impresión. Cecilio Rubes entendía que no tiene mayor importancia lo que se lee en los periódicos que lo que se lee en las novelas. A fin de cuentas, para Cecilio Rubes lo que ocurría a más de mil kilómetros de distancia era casi lo mismo que si no ocurriera. El hecho de que sucumbieran quinientos italianos en el Piave, o cien alemanes en el incendio de las fábricas Krupp, no implicaba para él ni la mezquina contrariedad de trastornarle la venta de una bañera. A Cecilio Rubes, en una palabra, no le quitaban el sueño los acontecimientos lejanos. Desde niño sintió así, seguramente porque su padre y su abuelo y la larga dinastía de los Rubes sintiera siempre de la misma manera.

Cecilio Rubes tan sólo se afectaba por aquellos hechos que, en cierto modo, atentasen contra su perfumado baño matinal, su amable tranquilidad interior y su digestión. Si a Cecilio Rubes se le preguntase cualquier mañana, al despertar: «¿Qué prefiere usted, que perezcan tres mil japoneses en un terremoto o que le brote un grano insignificante en el interior de la nariz?», respondería sin vacilar: «Lo de los japoneses, claro». Suponía Cecilio Rubes que ni los italianos, ni los alemanes, ni los japoneses, ni los rusos, ni los operarios de las fábricas Krupp, ni el propio señor Krupp, ni aun el mismísimo zar se preocupaban por Cecilio Rubes y que sería idiota y desproporcionado que Cecilio Rubes se fuese a preocupar por ellos. Su posición era, según él, la consecuente y la justa. Cecilio Rubes no gustaba de engañar ni de ser engañado.

De nuevo se estiró perezosamente entre las sábanas. Había dormido bien, profundamente, y se encontraba eufórico. Cecilio Rubes no se extrañó de su repentino cambio de humor porque estaba habituado a sus volubilidades. Tampoco se sentía inquieto ni aburrido de la vida. Le apetecía la perspectiva de este día de holganza y estaba satisfecho de sí mismo y de la salud de roble de su cuerpo blando y sonrosado. De momento, no se acordaba de la obstinada resistencia de la ciudad a aceptar sus bañeras, ni de los presuntos sentimientos de sus empleados hacia la revolución rusa, ni de la supuesta desafección de su mujer, ni aun de su hígado. Cecilio Rubes era, esta mañana de Navidad de 1917, el íntegro, ponderado, discreto, expeditivo Cecilio Rubes de las grandes solemnidades.

Frente al espejo del cuarto de baño, el rostro de Cecilio Rubes se contrajo en una serie de estudiadas muecas. La luna reflejaba las paredes de la habitación de aseo, la cómoda bañera —dos metros de eslora, uno de manga y setenta y cinco centímetros de puntal—, el higiénico y moderno inodoro con sobrecubierta barnizada, el blanco portapapeles, los relucientes toalleros de cristal, todo tan colocado y pulcro como si jamás hubiera sido utilizado.

Cecilio Rubes sonrió complacido, puso la boca en forma de O, se pasó las chatas manos por las mejillas y aprestó los útiles de afeitar. Su barba era poco concentrada y floja y para él suponía un placer eliminarla. Llevaba razón Adela en lo de que el afeitado le cambiaba el talante. Sus malos humores desaparecían ante el espejo reflejando su cara bien enjabonada. Solía tararear, entonces, alguna vieja canción; el rostro enjabonado le inundaba de una esponjosa dicha.

Se rasuraba con cuidado, meticulosamente. No ignoraba que su fino cutis rubio no admitía más allá de dos pasadas y las efectuaba a conciencia. Casualmente le asaltó el recuerdo de la escena del biombo y, entonces, se volvió y abrió los grifos de la bañera. Alguna extraña concatenación de ideas bullía, ahora, en el cerebro de Cecilio Rubes.

«Con gusto me bañaría con ella aquí», pensó. Tenía medio rostro afeitado y, el otro, blanco de jabón. «Bien —se dijo—. Sería un estupendo negocio fabricar bañeras de matrimonio.» Los grifos del baño gorgoteaban. «Ya lo creo que sería un buen negocio.» Inmediatamente denegó con la cabeza. Obraba a impulsos de un secreto proceso mental. «Bien, quizás en Francia o en Estados Unidos lo fuera. Pero ¿qué puede esperarse de este pueblo de cafres que no admite en sus leyes el divorcio?»

A Cecilio Rubes le poseía el convencimiento de que la frivolidad estaba en razón directa con el progreso. Los pueblos más adelantados eran los que mayor número de cabarets, revistas picantes y casas alegres podían ofrecer a sus ciudadanos. «¿Tendrá razón Unamuno —pensó— cuando dice que el cristianismo ensombrece la vida y veda los placeres?» Estuvo a punto de cortarse al denegar nuevamente con la cabeza. Cecilio Rubes no era hombre de arraigada fe; era hombre de misa de una los domingos y tres ayunos anuales a regañadientes, pero en el último plano de su alma guardaba un asomo de respeto por las instituciones religiosas. Un inconcreto tensor hacia las penas del infierno alicortaba sus ligerezas, sus más audaces determinaciones. Concluyó de afeitarse y se quitó la chaqueta del pijama. Tenía un torso rosado y blando, un poco levantado y picudo como las liebres, y las tetillas tenuemente brillantes en las puntas. Se llevó los puños a los hombros, hinchó el pecho y se contempló en el espejo. Aún tenía rastro de jabón en las orejas. Estiró los brazos e intentó el ejercicio de pectorales dobles. Un dolor incisivo junto a la axila derecha le hizo desistir. Cerró los grifos de la bañera, introdujo un dedo en el agua, se lo llevó a la boca y concluyó de desnudarse.

Cecilio Rubes solía dejar en el baño matinal todos los problemas y quebrantos. El agua lo limpiaba por dentro y por fuera. Y era un placer, además, sentirse sumergido, a excepción de la nariz y la redondeada curva del vientre que emergía a la superficie como un islote. Se jabonó con deleite todo el cuerpo y, al concluir, se zambulló de nuevo, chapuzando, en el agua, quedándose inmóvil. «¡Qué placer! —suspiró—. ¡Qué gran placer!» Creía ingenuamente que estas particulares exclamaciones favorecían la difusión de sus bañeras por todas las casas de la ciudad. «Bien. Quién sabe si la telepatía...», pensaba. Se incorporó y se envolvió en una amplia toalla blanca. Cecilio Rubes se sentía, de súbito, plenamente equilibrado. Tarareó tímidamente una canción mientras se secaba. Después, al friccionarse el torso con colonia de muchos grados, cantó a media voz:

Yo no sé qué tendrá la primavera que
todo lo altera el mes de abril;
    la primavera
    la sangre altera

y tra la la, la la.

Se friccionaba con suavidad y con método, velando por su piel delicada. Su piel no permitía grandes excesos. A veces pensaba que si hubiese sido mujer tendría un cutis atractivo, pese a sus treinta y siete años. Más tarde pensó hasta qué años sería atractiva y deseable Adela, su mujer. «Bien, está echando caderas de cuarentona y su cintura no es lo que fue», se dijo. Comenzó a vestirse y en ese momento oyó unos golpecitos tímidos en la puerta. Cecilio Rubes buscó, en su interior, la voz de trueno:

—¿Quién es? —gruñó ásperamente—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Adela. Abre.

Cecilio abrió la puerta y suavizó el tono.

—¡Vaya, vaya, querida! Buenos días, querida.

Advertía en su mujer una expresión preocupada y distante. Recordó la escena del biombo. «Bueno, tendrá que acostumbrarse», se dijo.

—Cecil, querido, quiero saber... He estado pensando... Me pregunto... —dijo Adela.

—Bien. ¿No acabarás? —dijo él.

Adela bajó los ojos. Dijo, al fin:

—Me he preguntado muchas veces esta noche si lo de ayer fue sólo cosa del vino o... o... ¡Oh, Cecil, qué necia soy! ¡No sé lo que me pasa!

Adela rompió a llorar sobre su pecho. Cecilio pensaba: «¡Ah, el cochino pudor de este pueblo de cafres que sólo engendra beatas y toreros!». Esperó que se desahogase, propinándola palmaditas alentadoras en la espalda. Con disimulo fue bajando la mano hasta la cintura. «Bien, sí, ha engordado —pensó—. Tiene un neumático de grasa aquí.» Dijo:

—¿Te refieres a lo del biombo?

Ella apretó los ojos contra su camisa. Dijo con cierta solemnidad:

—Prométeme, Cecil, que nunca me avergonzarás con ese recuerdo. ¡Prométemelo!

—Prometido. ¿Bien?

—No es eso lo que te quiero decir —añadió Adela.

Cecilio Rubes se impacientaba.

—Habla, nena —dijo—. Ayer bebí un poco de más y te dije una serie de inconveniencias. Luego, en fin... el que a mí me agrade verte así debe enorgullecerte. Bien, no eres una mujer de mala nota por ello, si es eso lo que te preocupa.

—Por favor, Cecil.

—Habla.

—Quiero decir —añadió Adela—, que si ayer, cuando me dijiste

«eso», lo pensabas así y lo deseabas, o… o… todo fue porque te tomaste dos copas de más y no sabías lo que decías.

Cecilio Rubes estaba desconcertado.

—Bien —dijo—. No es cierto que yo crea que no me quieres, ni es cierto que yo piense que me soportas por propia estimación ni por buena conformidad ni, en realidad, tampoco me corre mucha prisa todo eso de las dos camas…

La tomó con un dedo de la barbilla y levantó su rostro abatido hacia él. Le decepcionó la persistencia de su desencanto:

—Por favor, Adela, ¿qué es lo que quieres de mí? —dijo, con una sombra de irritación—. Tengo prisa.

—Dime, Cecil. ¿Es cierto que quieres un hijo?

—¿Un hijo… yo?

—Tú lo dijiste.

—Eh, bien. No te preocupes por ello. Anoche me dio por ahí. Son ventoleras, nena. Los hombres somos a veces muy complicados; no sabría explicarte qué me pasó.

—Cecil…

—¿Qué?

—Yo creo, querido… me parece que espero un bebé.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

Los ojos de Cecilio se agrandaron; parecían dos bocas con sendos huevos dentro. Miró a su esposa como la primera vez que vio un escorpión. Sentía curiosidad y miedo a la vez.

—Tú dijiste anoche que deseabas un hijo, Cecil, y vamos a tener un hijo. Eso es lo que pasa.

—¡Oh, oh! Entonces…

—Es de antes —dijo ella—. Dentro de seis meses nacerá.

—¡Oh, oh! ¿Quieres decir…?

—¡Por amor de Dios, Cecil, no me mires así! No es un crimen, al fin y al cabo, tener un hijo. Un exceso de confianza, eso es todo. ¡Por favor, no me mires así!

Por primera vez en la vida una impresión dominaba del todo a Cecilio Rubes hasta hacerle perder la ecuanimidad. ¡Un hijo…! ¿Es que Adela sabía lo que decía? Ea, bien; las cosas había que aceptarlas como fuesen. Iban a tener un hijo y sus treinta y siete años, o sus treinta y cinco, o los que fueran, iban a cambiar de rumbo inopinadamente. «Un hijo no es una gran cosa, después de todo —pensó—. Valentín tiene cinco, y es un pobre hombre y asegura que le han dado más satisfacciones que disgustos. Bien. Bien. Tal vez un hijo me evite esos terribles momentos de depresión que me asaltan de cuando en cuando.»

—¡Oh, Cecil! —dijo Adela—. Estoy muy asustada, ¿sabes?

Cecilio Rubes vio, de pronto, a su mujer como una mujer distinta.

Comprendió que se había roto la rutina y que ni su audacia del biombo tenía importancia ya. Por primera vez miró a su mujer como a algo trascendente; como a un ser sensible y cerebral.

—No hay por qué preocuparse, nena. Todas las mujeres tienen hijos alguna vez.

—Pero, querido, mi madre…

—Tu madre, tu madre… —Cecilio Rubes entendía que su mujer no tenía ningún derecho a mezclar el pasado en sus conversaciones íntimas. Le molestaba la sola mención de su suegro o de su suegra. Él había liberado a Adela de una existencia mezquina y los malos tragos no había que recordarlos. Añadió—: Eso pasa una vez; no pasa siempre.

Intuía Cecilio Rubes que en su vida entraba, de improviso, aun antes de nacer, un nuevo factor fundamental. Le ganaba por instantes un ansia creciente de estar solo y ordenarse por dentro. Sobre su pecho gravitaba un peso desconocido, quizás el primer brote de una inminente responsabilidad.

—Querida, queridita —dijo—. Voy a dar un paseo. Bien. Necesito pensar y que me dé el aire. Me has impresionado, ¿sabes? Esto sí que es un regalo de Pascua. No es que me importe o no me importe. Aún no sé si me importa o no me importa. Bien. Sólo sé que es algo nuevo y tengo que pensar en ello.

Adela le miró como con un condicionado reconocimiento. Se dijo: «Ya está». En cinco minutos se había descargado de un enorme peso. Verle salir a la calle fue para Adela como un escape. También ella precisaba estar sola y meditar. Por un momento pensó cruzar el rellano y decirle a Gloria, la nueva vecina, que Cecilio ya estaba al corriente de todo. Luego decidió que esperaría a arreglarse y luego decidió no arreglarse hasta más tarde, porque sentía pereza.

En la calle hacía frío y Cecilio Rubes no reparó en que no había desayunado hasta que el estómago vacío le produjo una intermitente sensación de destemplanza. En realidad, lo de tomar el aire era una disculpa; Cecilio Rubes necesitaba cambiar impresiones y, quizá, también, una pequeña orientación en aquel laberinto imprevisto en el que, de súbito, se veía hundido. Entendía que Adela no valía para ello, ya que Adela tenía un susto dentro del cuerpo casi tan grande como el suyo. Y era, además, uno de los factores del problema. Dudó entre encaminarse en busca de su madre o de Paulina. Finalmente tomó el paseo de junto al río, en el nuevo ensanche de la ciudad. Se vería con Paulina. La chiquilla era optimista, y en cierto modo sensata, y acertaría a ver las cosas en frío.

Lo de Paulina fue un capricho; Cecilio Rubes lo entendía así. Pero su vida estaba llena de caprichos porque precisamente para eso Cecilio Rubes era un hombre rico y sensible a todas las influencias. Paulina

cosía en un taller cuyas ventanas traseras daban al patio del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos». Era, por tanto, una cosa destinada a entrar en la órbita de su vida; por eso y porque para eso Cecilio Rubes no se entendía del todo con su mujer y pasaba a veces las penas del Purgatorio, y era un hombre rico, y Paulina pobre, y una chiquilla, y pelirroja, y tenía la loca cabecita llena de pájaros.

Cuando él se asomaba al patio, Paulina se reía y se daba de codo con sus compañeras de trabajo. Cecilio Rubes llevaba entonces dos años de casado y Paulina acababa de cumplir los diecisiete. También el hecho de que Paulina tuviera diecisiete años y las cosas personales bien distribuidas influyó, sin duda, en la resolución de Cecilio Rubes.

Una tarde la esperó y, a la salida, le dijo: «¿De qué te ríes, peque, si puede saberse?». Ella dijo: «¡Ah, no me río de nada importante, señor!». Cecilio Rubes se sintió audaz. La pelirroja Paulina le daba pie. Dijo: «Tú no estás hecha para andar todo el día de Dios con la aguja. Bien, tú eres bonita y puedes aspirar a más». «¿Sí?», preguntó ella. «Si tú lo quieres te llevo a Madrid conmigo», dijo Cecilio Rubes, con voz temblorosa. «¡Vaya, Madrid! —dijo ella—. Mi hermano es un demonio. ¿Comprende usted?» «Ya. ¿No tienes padres?» Añadió ella: «Si yo tuviera padres no me iría a Madrid con usted». Cecilio Rubes tenía las orejas calientes y los ojos le pesaban. «Bien. ¿Te vienes, entonces?» Rió ella y a Cecilio Rubes le apeteció su redonda garganta y su boca y todo lo suyo. «¡Claro! ¿No se lo estoy diciendo?»

Al regresar, Cecilio Rubes le puso un pisito. Nada de despilfarros, desde luego. Un modesto ático en la parte nueva de la ciudad, junto al río, con dos amplias habitaciones —salón y dormitorio—, bañera e inodoro «Rubes» y una minúscula y agradable cocina. Rubes dijo: «¿Qué dice tu hermano?». Ella le abrazó: «El pisito es muy lindo. Soy muy feliz», dijo. Insistió Cecilio: «Bien. ¿Acepta tu hermano este estado de cosas?». «¡Ah, claro! —dijo Paulina—. Mi hermano dice que ya era hora de que pudiera quitárseme de encima.» Luego añadió: «Voy a decirte una cosa, yo quiero ser actriz». «¡Bien, pequeña! Tú serás actriz. Claro. Tú tienes talento y personalidad. Bueno. Hay algunas actrices que no tienen ninguna de las dos cosas o les faltan las dos.» Preguntó Paulina: «¿Sabes cómo te llamábamos en el taller?». Se reía. Cecilio Rubes se sintió molesto. Dijo: «¿Es que me llamabais de alguna manera?». Paulina volvió a reír y cuando se reía agitaba su cabello rojo: «Tú eras el gordito», dijo. «¡Ah!» Cecilio Rubes se pasaba insistentemente la mano por el vientre como si quisiera plancharlo. Paulina le besó: «Yo sé que no eres gordo —dijo—. Eres todo un hombre, tú».

Paulina sabía halagarle y sabía satisfacerle. Paulina tenía una disposición innata para el amor. A su lado advirtió Cecilio Rubes que

su mujer no era más que una infeliz pacata con los escrúpulos y dengues propios de un modesto funcionario. Paulina era su antítesis: viva, resuelta e incitante. En los primeros tiempos, Cecilio Rubes estaba excesivamente sometido. Visitaba a diario a la muchacha y, a veces, se quedaba a cenar con ella. Su mujer se extrañaba de la frecuencia de «las cenas en el Club», pero jamás se lo reprochaba. A Cecilio Rubes, en ocasiones, le asaltaba algún remordimiento, pero lo desechaba apelando «a la tradición libidinosa de los Rubes». (A ciencia cierta desconocía las inclinaciones de sus antepasados en este sentido, pero Cecilio Rubes era un experto en eso de arreglar las cosas a su conveniencia.)

Subió despacio las escaleras porque le repugnaba entrar jadeando; no quería que ella pensase de él que era un viejo. Cecilio Rubes ponía buen cuidado en guardar las apariencias. A sus años era necesario guardar las apariencias.

Sorprendió a Paulina preparándose el desayuno:

—¡Vaya, chico, qué temprano hoy! ¡Felices Pascuas!

La besó tímidamente Rubes.

—¿No me abrazas?

Cecilio la abrazó sin la nerviosa y como electrizada tensión de otras veces. «Está cansado», pensó ella. Paulina vestía una bata azul eléctrico y el contraste con su pelo rojo era ya una tentación. Rubes no reparaba en la tentación esta mañana.

—¿Qué me traes? —dijo ella—. ¿Qué me traes hoy?

Le registraba los bolsillos del gabán ávidamente. Después le ayudó a desprenderse de él y le registró la americana y el chaleco.

—¡Vaya! —dijo—. ¿No me traes siquiera flores?

Volvió a notar Cecilio Rubes una desfalleciente vaciedad de estómago.

—Sólo vengo a desayunar contigo —dijo—. Pensé que me gustaría desayunar contigo y he venido. Traigo también... una noticia para ti.

Paulina pasó los desayunos al salón. Era agradable aquel compartimiento, con su confortabilidad desprovista de todo lujo y el blanco y frío sol de invierno y el reflejo del río adentrándose por el amplio ventanal.

Cecilio Rubes se sentó en una butaca. Paulina se puso al respaldo y pasó los brazos por encima de sus hombros.

—Dime, ¿es buena o mala?

Rubes hizo una pausa.

—Voy a tener un hijo —dijo, finalmente, con oscura timidez.

Le ofendió la risa loca de Paulina.

—¡Vaya! ¿A tus años vas a tener un bebé?

—Yo, no. Mi mujer.

—¡Vaya! —respondió Paulina—. Un bebé. También yo, cuando pasen unos años, deseo tener un bebé. Yo creo que todas las mujeres querrían tener un bebé en alguna ocasión. ¿Tú qué dices, Lilito?

—¡Oh, no me llames así, Paulina! Te lo suplico. Siempre te he dicho que no me gusta que emplees conmigo esos nombres horribles.

Paulina se sentó en el brazo del sillón. Repentinamente se puso seria:

—Dime —dijo—. ¿Es eso todo?

—Sí.

—En realidad, no es una noticia importante el que un hombre casado vaya a tener un hijo.

—Yo no iba a tener hijos, Paulina. Tú lo sabes.

—Ah, sí. Pero las cosas no salen siempre a la medida de nuestros deseos, cariño. Yo quiero ser actriz y sé esperar. Y llevo cuatro años esperando. ¿No es eso exactamente?

Se incorporó y sirvió el café con leche. Cecilio Rubes lo tomaba a pequeñas dosis, velando por la integridad de su bigote.

—Bueno —dijo—. Son cosas diferentes.

En un rápido movimiento, no provocado por su parte, Paulina se sentó en sus rodillas y le abrazó. Dijo:

—Espero, cariño, que la novedad no altere nuestra vida. Lo nuestro es distinto, ¿no es así?

Él la estrechó. Dudaba, ahora, si era el café con leche o la proximidad del cuerpo de Paulina lo que le estimulaba. Enredó los dedos en su cabello y zarandeó la roja cabecita.

—Desde luego —dijo—. Por eso no te preocupes.

La besó en los labios.

Paulina se incorporó de un salto:

—¡Ah, ven, pequeña! —se quejó él, desamparado.

Paulina, recostada en una pequeña mesa con un gramófono encima, sonreía y guiñaba los ojos al sonreír; estaba bonita. Cecilio Rubes procuró apaciguarse: «No es momento; no es momento oportuno», se dijo. Habló en tono fuerte, pretendiendo acallar su incipiente apetito:

—Bueno —dijo—. Lo raro no es que un hombre casado vaya a tener un hijo. No es tampoco importante. Todo eso ya lo sé, pequeña. Otros hombres más viejos que yo tienen hijos todos los días y el mundo no se vuelve del revés por ello. Bien. Todo eso es correcto, Lina. Estamos de acuerdo. Pero yo… ¿Tú crees…? Bueno, concretamente. Yo ayer deseaba un bebé y hoy no sé si lo quiero. Eso es lo raro. ¿Tú crees que es normal desear hoy una cosa ardientemente y mañana hacerle ascos? ¿Has sentido tú alguna vez de esa manera, pequeña?

Se ensombreció el rostro de Paulina.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Es eso todo lo que ves de particular? ¡Ah, cariño! No te compliques la vida. Yo te dije una vez: «Regálame ese collar». ¿Recuerdas? Y al día siguiente te dije: «No me regales ese collar, cariño. Regálame ese gramófono».

Cecilio concluyó de beber el café e irguió la cabeza. Tenía dos bolsas moradas bajo los ojos y el rostro un poco pálido y como mate:

—Es otro caso ése —dijo—. Yo te regalé el collar y el gramófono, y asunto concluido.

Paulina levantó los brazos y trenzó los dedos detrás de la nuca. La bata se entreabría y el descote del camisón mostraba la iniciación de sus pequeños pechos vigorosos.

—Bueno, bueno —añadió Paulina—. Tú no puedes tener un bebé y dejar de tenerlo. ¡No pidas imposibles!

—Bien. Por eso es distinto —dijo Rubes.

Paulina fue hacia él y se sentó, de nuevo, en sus piernas. Con los labios formaba un hociquito, tibio como un nido, para que él la besase. Cecilio no vio más allá y hundió los labios en aquel refugio, como un sediento. Ella le miró de cerca, con un leve matiz de severidad en los ojos. Dijo:

—Vamos a acabar con estas pamplinas de una vez, cariño. No me gusta ver tu cabeza enredada en ninguna cosa. Ayer querías un bebé y hoy también lo quieres, aunque todavía no te des cuenta de ello. Más tarde, cuando estés bien despabilado, pensarás: «¡Vaya alegría tener un chico!». Y desearás ponerle tu nombre, y que se parezca a ti, y que herede tu negocio, y que la gente diga: «Otro Rubes. Ese apellido no se extinguirá jamás. La ciudad no se concibe sin un Rubes». Y tu hijo, cuando crezca, se casará y tendrá otro hijo y se llamará también Cecilio Rubes, y de esa manera tú, en cierto modo, seguirás aquí y no te irás del todo. No sé si entiendes lo que te quiero decir, cariño, pero no lo sé decir de otra manera.

Cecilio Rubes reflexionaba. Sí entendía lo que Paulina decía y casi se sentía capaz de sacar de su egoísmo un amor puro y desinteresado hacia ella. Lo hubiera hecho así, seguramente, de no tener tan cerca sus formas excitantes. De repente a Cecilio le agradaba la idea de un hijo y hasta sentía impaciencia por él. Un hijo era, en la vida, una cosa necesaria. Dijo:

—Lina, eres una buena chica.

Ella se puso en pie de nuevo. Gozaba truncando de súbito las expansiones de él. Entendía que en este juego estribaba el gran secreto de su poder. Actuando así podría, de desearlo, poner a Rubes de rodillas y hasta hacerle llorar. Cecilio Rubes se volvía loco y la perseguía, ciego, entre los muebles.

Mas hoy, Cecilio no reaccionó como esperaba. Le sujetaba al asiento una idea fija que ella, bobamente, había exacerbado.

Experimentó Paulina una pasajera desolación. «Ese mocoso no podrá nada contra mí», se dijo. Se aproximó al gramófono y le dio cuerda. La música sonaba agria, con cierto engolamiento. Paulina colocó sus manos en la cintura y movió las caderas delante de él, al compás de la música. Cantaba suavemente, cálidamente, Paulina:

El cura de Alcañices
a la nariz llamaba las narices.
Y el cura de Alcañiz
llamaba a las narices la nariz.

Se aproximó a Cecilio:

—¿Quieres bailar, cariño? —preguntó.

Cecilio Rubes sudaba por las sienes. Vaciló. La rutilante figura de ella le atraía. Su figura y la conciencia de que bajo la bata azul ardiente no existía otro obstáculo que el liviano camisón.

—No es momento, pequeña. No me parece momento oportuno para bailar —resistió, débilmente, incorporándose.

Ella se lanzó en sus brazos.

Bailaban, ahora, los dos, y a Cecilio Rubes le agradaba sentir en la palma de la mano el quiebro rotundo de la cintura de ella. Se le hacía aquella oportunidad una dicha inmerecida. Debajo del ventanal corría el río, sucio, entre los chopos agarrotados. El altavoz chillaba descomedido. Cecilio dijo:

—Esa bocina está mal.

Ella alzó la cabeza y él la besó. La habitación le daba vueltas en la cabeza a Cecilio Rubes. Cuando el disco concluyó, dijo Cecilio:

—Bien. Es hora de marcharme.

—¿Tan pronto?

—Es hora, pequeña. No llegaré a misa.

Abrió la tapa de su enorme reloj de oro.

—Es hora. Es hora de marcharme —insistió tercamente.

Él mismo se sorprendía de su dominio, de su inusitada fuerza de voluntad. Fingía prisas y hablaba alto para aturdirse.

—¿Y mi sombrero? ¿Dónde dejaste el gabán, Lina? El bastón no está aquí. ¿Dónde pusiste el bastón, pequeña? —La besó en la frente —. ¡Felices Pascuas, Paulina! ¡Adiós, adiós!

Descendía con precaución los escalones, pues el peso del abdomen le desnivelaba. «No hubiera estado bien. No hubiera estado bien», se dijo. Y movió la cabeza con fuerza para desechar la imagen de Paulina.

Adela estimó que era ya hora de arreglarse, se desnudó y se metió en

el baño. Sintió vergüenza de que Cecilio la contemplara así la noche antes. Tal vez si Cecilio hubiera tenido este capricho cinco años atrás no le importase tanto. Mas seis años de matrimonio en una mujer cambian muchas cosas.

Su pobre prima Enriqueta —e. p. d.— decía que a los treinta años las grasas son el supremo lastre en una mujer. A esa edad, según Enriqueta, no se concebía una mujer sin grasas. Cabía la suerte de que las grasas se repartieran equitativamente, en cuyo caso el físico no se resiente de modo grave, pero lo normal era que las grasas se asentasen preferentemente en un lugar concreto: el pecho, las nalgas, el vientre o las caderas. Adela notaba que su cintura no era la misma de otros tiempos y presentía que su depósito de grasas iba elaborándose pacientemente ahí y sintió como un oscuro desencanto ante lo irreparable.

A Adela le daba pereza el arreglo de su persona. Tenía pereza de jabonarse y exponer su cuerpo húmedo a la tibieza del ambiente. Prefería, al baño activo, sumergirse hasta el cuello y dejar que el agua obrase lentamente sobre sus poros. De esa manera cabía meditar en el perfecto punto de equilibrio que da una temperatura graduada al gusto de una. Adela se estiró dentro de la bañera. Era alta, pero las dimensiones del baño eran como para albergar un gigante. Trató de alcanzar con las puntas de los pies el extremo posterior, pero resbaló, se le hundió la cabeza, tragó agua y desistió, disgustada.

Estaba contenta de que Cecilio lo supiera todo. El peor momento había sido vencido. Su marido imbuía en ella un inconcreto temor; comprendía que jamás se compenetraron del todo y aun lo problemático de que llegaran a compenetrarse algún día. No tenían nada en común, salvo la cama y las comidas. Eso era muy poco. Aunque Adela no era aguda, ni inteligente, columbraba que una mesa y una cama en común eran algo insuficiente para aglutinar un matrimonio. Mas tampoco se le escapaba a Adela que otros matrimonios tienen en común aun menos que una mesa y una cama y que, por lo tanto, su situación no era, en modo alguno, desesperada.

En realidad, Adela no estuvo nunca enamorada de Cecilio. Más bien se sintió deslumbrada por él. Estaba habituada a una vida mediocre y él le ofreció una maravillosa oportunidad. Pero Adela, aun antes de casarse, ya sabía, sobre poco más o menos, a qué destino estaba abocada.

Quizá si su madre no hubiera muerto al darle a luz, o su padre no hubiera agarrado el tifus todavía joven, o sus hermanos no se hubieran marchado a Cuba siendo ella todavía una chiquilla, Adela hubiese esperado la llegada del verdadero amor y hubiera rehusado la mano salvadora que Cecilio Rubes le tendía. Pero en sus condiciones, Adela comprendió que era tonto vacilar, y no vaciló. Admitió a Cecilio

y se casó con él.

La adaptación no fue difícil, aunque su suegra decía de ella que era una mujer tosca. A Adela no le importaban demasiado las opiniones de su suegra, porque su suegra no la quería, ni ella quería a su suegra. Estaba, pues, en paz. A Adela se le hacía su suegra una mujer altiva y orgullosa, un poco chiflada, y además tenía la cabeza grande. A ella sólo le preocupaban su marido y la idea de tener un hijo. Ambas cuestiones se solucionaron favorablemente y con rapidez. Ponerse a nivel de su marido fue cosa de unas semanas y, para ello, apenas hubo de trocar Adela seis u ocho palabras de su habitual vocabulario. Cecilio decía «almuerzo» en vez de «comida» y «tapiz» en vez de «alfombra». Tan pronto asimiló estos latiguillos y se acostumbró a tomar el chocolate a la francesa y a sujetarse graciosamente el traje de noche para subir y bajar de la berlina, comprendió Adela que había logrado parear su educación a la de su marido.

En cuanto a lo de tener un hijo, Adela guardaba un terror instintivo. Tal vez fuese herencia. Su madre, según su padre, siempre lo temió. Era el suyo —el de Adela— un terror exclusivamente físico; un miedo al dolor y, también, a la muerte. A Adela le asustaba morirse; se le antojaba irrazonable que el mundo siguiera su marcha impasible cuando ella desapareciese. Era injusto y el único remedio posible para evitarlo era no morirse. Por eso Adela, cuyos sentimientos religiosos eran algo sin base e improvisado, ofreció a Dios una custodia de plata si no le daba descendencia. Pero Cecilio Rubes allanó aquel problema la misma noche de bodas y le ahorró a Adela la custodia. Fue ésta la primera vez que Adela vio en los ojos de Cecilio una extraña lucecita de crueldad. Dijo:

—No, querida, yo no soy de esos hombres que tienen hijos. Bien. No quiero hijos, entiéndelo. Tú y yo debemos bastarnos y si algún día cambio de opinión ya te avisaré.

Cecilio le dio instrucciones y Adela sintió su conciencia tranquila y se comió la vergüenza, achacando toda la responsabilidad a su marido. Era el jefe de la familia y él mandaba y a ella no le quedaba otra salida que obedecer.

Al establecerse en su nueva casa, Adela empezó a sentirse sola. Comenzó a darse cuenta de que el refinamiento y la abundancia no bastan para llenar una vida y que la felicidad, e incluso el bienestar, están por dentro de una y no por fuera, como ella neciamente había supuesto. Cecilio oscilaba entre el negocio y el club. Tan sólo de año en año la llevaba en la berlina al baile de la Prensa y, de vez en cuando, a la ópera y a la zarzuela. Fuera de esto, apenas le dedicaba unos minutos de sobremesa y la desagradable vehemencia de sus expansiones nocturnas.

En este punto, Adela no comprendía a los hombres. Cecilio, en la intimidad, se trastornaba; era algo enloquecido e incoherente. Adela, en cambio, cada vez, se sentía vejada. Cecilio no encontraba en ella más que una tiesa y fría correspondencia, y no por cálculo o por premeditada decisión sino porque la acción, en sí misma, le repugnaba. Adela no había nacido para eso.

La casa, enorme, silenciosa, hacía más sensible el aislamiento de Adela. Lograba sus únicos momentos dichosos a fuerza de imaginación, cuando evocaba sus años adolescentes junto a su padre, el funcionario Martínez, y él la llamaba «mi tierna florecilla» y la acompañaba, solícito, a ver las salidas de los toros, o los escaparates, o los fuegos de artificio, o, como mucho, a oír los conciertos gratuitos en el quiosco del parque las mañanas de los domingos. Entonces, Adela, sin percatarse de ello, era extraordinariamente feliz; se sentía segura dentro de su barata ropa nueva y hediendo el perfume de violetas que generosamente se derramaba por el escote y los lóbulos de las orejas antes de salir. Ahora pensaba que una huida a la calle remediaría su soledad; pero Cecilio no le permitía salir sola.

A Adela le sorprendieron los celos de su marido. Nunca creyó que los celos fuesen una cosa digna y estimaba a su marido al margen de la menor indignidad. Su primera explosión la dejó perpleja. El chico de la tienda vino a colgarle una lámpara cuando apenas llevaban unos meses de casados. A Adela aquel chico, con su bozo incipiente y su delantalón desproporcionado y su nariz granujienta, no le pareció avispado. Ella misma se subió a la mesa para indicarle la disposición de la lámpara. En ese momento entró Cecilio. De nuevo bailaba en sus ojillos una chispita de crueldad.

—¡Baja! —dijo. Se volvió al chico—: ¿Qué miras tú, idiota, si puede saberse?

Adela dijo:

—Fui yo, Cecil. Quise darle una idea.

A Cecilio Rubes le temblaban levemente los labios. Al marchar el chico le dijo:

—¿No viste que ese tunante te miraba las piernas?

—¿Qué dices, Cecilio? Ese chico es un infeliz.

—¡Bien! —vociferó él—. Al levantar los brazos se recogen las faldas y enseñas las piernas. Y ese maldito dándose un atracón. ¿Es que no lo comprendes?

Al sentarse a comer, Cecilio estaba más aplacado. Le dijo, tomándole una mano:

—Escucha, querida. Cuando tú estés en alto asegúrate de que no hay hombres debajo. En caso contrario, baja tú también. No es una tontería mía, créeme. Bien, quizá sea el más importante consejo que te he dado en la vida.

A Adela le turbaban las expresiones de su marido; le sorprendió su actitud violenta y le asustó, porque Adela temía especialmente la cólera de los hombres pacíficos. De esta manera fue estrechándose el círculo de sus posibilidades. Cecilio fruncía el ceño cada vez que ella le comunicaba que se había visto obligada a salir. No le agradaba que comprara sola, porque decía que los dependientes, de ordinario, son unos aprovechados. Tampoco le gustaba que callejease, porque en las calles acecha el peligro en cada esquina. Detestaba igualmente que Adela frecuentase las reuniones de sociedad, «porque hay maridos que están hartos de sus mujeres y, en cambio, les apetecen las del prójimo». Así el aislamiento de Adela se convirtió casi en una reclusión. A ella le mortificaba la desconfianza de Cecilio. Pese a la falta de identificación con él, en el cerebro de Adela no cabía la idea de una traición. Sabía que al casarse se daba del todo y con exclusividad: ser fiel era para ella una cuestión de sentido común. Aparte de todo, Adela consideraba que la consumación del amor era repugnante en sí, con independencia de los protagonistas.

Salió del baño, se arrebujó en la toalla y, a continuación, comenzó a vestirse lentamente. No tenía prisa; jamás tenía prisas Adela. Los días eran largos, casi infinitos, y sabía que aun dedicando dos horas corridas a su arreglo personal le sobraría mucho tiempo. Con cuidado se palmeó las mejillas y se cepilló las cejas. Estaba un poco pálida. Se estremeció levemente al pensar que una vida se iniciaba en su vientre. Esta idea le daba grima. Le ponía nerviosa pensar que bajo su piel latiese algo vivo. En este sentido, tanto le daba un hijo como una lombriz o una tenia. Se puso una media y reconoció que tenía los muslos bonitos. La pantorrilla quizás un poco demasiado fina. No quería pensar en que llevaba un hijo dentro. Le agradaba la idea de imaginarle ya con autonomía y vida propia, rebasado el temido momento del parto. Ahora, la esperanza de un hijo alimentaba su soledad. Había llegado a preferir el bárbaro desgarro del alumbramiento, con todas sus consecuencias, a la idea de encontrarse sola hasta el fin. Le asustaba, sin embargo, la edad. «Las mujeres —pensaba— deben tener sus hijos antes de los treinta años.»

Días atrás le asustaba, también, su secreto. Llegó a suponer que Cecilio la mataría cuando se enterase. Por eso le pareció todo como un milagro de la Nochebuena. Cecilio no sólo se avenía, sino que le rogaba que le diese un hijo. ¿No era aquello un hecho portentosamente casual? Gloria se alegraría al conocer la excelente disposición de Cecilio. En muchos puntos, Gloria no pensaba como ella y, no obstante, se entendieron admirablemente. Adela se pellizcó suavemente los lóbulos de las orejas y sonrió al espejo. «Es simpática Gloria», se dijo. Adela se alegraba ahora de su costumbre de acechar las subidas y bajadas del ascensor. Extremando un poco las cosas, toda

su vida de relación consistía en espiar por la mirilla de la puerta quién subía y quién bajaba las escaleras. Cuando la tarde anterior descubrió a Gloria esperando en el descansillo, le dijo a Cristina:

—Póngase derecha la cofia y diga a esa señora si quiere pasar.

A Adela le gustó Gloria; no era bonita, pero con sus ojos pequeños, levemente oblicuos, y su sonrisa, un poco dentona, resultaba muy atrayente. Y su fino talle, y su busto discreto, y su flexibilidad, y su trajecito marrón, con encajes ocre, muy bien cortado. A Adela le sedujo también la juventud de Gloria y su aire desgalichado de niña torpe y su perpleja timidez. Entró dando excusas y explicaciones sobre la sirvienta, y la llave, y su mala cabeza, y su marido... Al hablar de su marido, Gloria se ruborizaba. Adela la pasó a la salita. Resultaba más acogedora para una conversación entre mujeres. Una vez sentadas, Adela dijo que le gustaba el traje de Gloria, y su abrigo, y las perlas de sus orejas, y que su persona, sin mayor motivo, le había sido simpática. Gloria elogió el uniforme de la doncella y los muebles de la salita. Entre ambas discurría una rápida corriente de comprensión. El corazón, al saltar, casi hacía ruido en el pecho de Adela; le poseía una emoción inquieta, y entreveía que aquella muchacha podía dar a su vida una inesperada amplitud de horizontes. Charlaban vivamente, confidencialmente. Y al poco rato aproximaron sus butacas y Adela descubrió, tímidamente, que iba a ser madre. Ello dio nuevo calor a la conversación. Dijo Gloria:

—Bueno... yo, ¿sabe? ¡Yo también espero un bebé!

Se puso encarnada. Adela sonrió. Dijo:

—Mi pequeño nacerá en mayo. Es una buena época, me parece a mí.

—¡Ah, qué casualidad tan grande! —dijo Gloria y se le encendían dos llamitas en los ojos—. Mi niño nacerá en junio. Es mejor así. Septiembre es un mes malo para los dientes.

Se cogieron impulsivamente de las manos en un mutuo intento de ayuda y protección.

Dijo Adela:

—Yo tengo un poco de susto, ésa es la verdad. Me da miedo tener un hijo. Mi madre murió al nacer yo.

—¡Ah, no! Siempre no es así. Yo tendría mi hijo mañana mismo —dijo excitada Gloria—. ¿Y su marido?

—Mi marido no sabe aún nada y no le gustan los bebés. A veces pienso que voy a ser desgraciada con mi hijo y siento ganas de llorar. Los hombres no entienden las cosas como nosotras. Hay cosas que los hombres no comprenden de ninguna manera.

Gloria le apretó las manos con un notorio deseo de apoyo eficaz.

—No sea tonta. Dígaselo —dijo—. Sí, es cierto que los hombres son diferentes y aun así hay hombres que nos comprenden mejor. Mi

marido dice que quiere diez hijos y…

Al ruborizarse se le achicaban los ojos a Gloria. De improviso se le hizo impúdico descubrir los deseos de su marido. El deseo de diez hijos implicaba otro deseo y Gloria se quedó cortada.

Se levantó:

—¡Por Dios! —dijo—. Llevo aquí más de media hora importunándola. Ha sido usted…

—¡Oh, no! No se vaya usted, se lo ruego. Yo estoy muy sola y su compañía es para mí muy… muy… extraordinariamente agradable. Por favor, quédese usted y merendaremos juntas…

Gloria se volvió a sentar.

—No, no debo tomar nada —dijo—. Muchas gracias. Me sienta mal.

—¡Oh! Un chocolatito a la francesa es cosa de nada: ¿no es cierto? —Pulsó el timbre y asomó Cristina. Dijo—: Pónganos unos chocolates, Cristina. —Añadió—: Yo, a veces, también me encuentro un poco alterada, de veras. Siento molestias aquí, pero no ganas de arrojar. Es como un hervor en el estómago. Mi cocinera dice… ¿Sabe usted qué dice mi cocinera? Son cosas de esta gente. Mi cocinera dice que el pelo del niño produce estas molestias. ¿Qué le parece a usted? Yo no puedo pensar en ello porque me altero toda. ¿No le da a usted grima tener una cosa viva dentro del cuerpo? A veces pienso que cuando el niño se mueva dentro de mí me moriré del susto.

Gloria sonreía y sus pequeños ojos centelleaban. Tenían una extraña luminosidad.

—¡Pobres criaturas! —dijo—. Si yo pienso que mi hijo está dentro de mí me enternezco toda y lloro. Luis me dice que soy una boba. Luis es mi marido, ¿sabe? Yo creo que el estar así… en nuestra situación, nos vuelve sentimentales y un poco tontas. Yo tenía una amiga casada que siempre que se quedaba así… en nuestra situación… lloraba por cualquier nadería. Por ejemplo, un día lloró porque se le extravió un botón. Yo le decía: «¿No te da lo mismo un botón más o menos?». Pero ella lloraba más fuerte y decía: «Le tenía cariño a ese botón, mujer».

A Adela le arrastraba, como un torbellino, la conversación. Hacía muchos años que no sostenía una charla de esta naturaleza, libre y despreocupadamente, con una mujer. Su única amiga se casó y vivía lejos y la prima Enriqueta —e. p. d.— murió del pecho. Íntimamente reconocía que era éste el momento más feliz vivido desde su matrimonio. Un fondo de cicatería la llevaba a lamentar el transcurso de cada minuto. Le agradaba Gloria y le agradaba conversar con ella. De no estimarlo impertinente le hubiera hecho firmar allí mismo que mantendrían su amistad a través de los años y a costa de lo que fuese. Necesitaba, de pronto, la garantía de una continuidad. Dijo:

—¿Cree usted en los antojos? Mi padre decía que eso es tan

verdad como el sol. Mi padre era un gran hombre, ¿sabe usted? Era de esos hombres comprensivos que se dan muy pocas veces. Aunque enviudó muy joven no se volvió a casar, ni le sorprendí jamás mirando de este u otro modo a las mujeres. Mi padre me contaba que una hermana suya tuvo un antojo de un reloj y el niño cuando empezó a andar ponía los piececitos a las once y diez, como si fueran las manillas de un reloj. «Mi hermana tuvo justamente el antojo a esa hora», decía mi padre. ¿Qué le parece?

—¡Es sorprendente! —dijo Gloria. Y, en verdad, sentía una sorpresa casi infantil—. Yo no creía en esas cosas. Me parecían supersticiones. Pero de todas maneras los hombres se vuelven más complacientes cuando nos ven así… en nuestra situación. Yo creo que les damos lástima. Luis me dice: «Nena, si necesitas algo pídemelo». Y así siempre que va a salir. Y yo le digo: «Lo haces para que nuestro pequeño no nazca con un antojo, ¿no es cierto?». Y él se ríe y me dice que lo hace por mí, pero yo creo que lo hace para que el niño no salga con un antojo. ¿Usted qué cree?

A Adela le arrullaba el rumor de la conversación. Su lengua se movía con la misma impaciencia que el recluso en las primeras horas de libertad; quería decirlo todo. Era un fenómeno extraño que no experimentó en ninguna otra ocasión. También Gloria era locuaz y en su intercambio de ideas pueriles vibraba un regocijo recíproco e inefable. Se les echó encima la merienda, todo se echó raudamente encima de Adela. Cuando quiso volver a reparar en su dicha, Gloria ya estaba de pie y consultaba su pequeño reloj y se llevaba las manos a la cabeza escandalizada.

—¡Por Dios! —dijo—. Son ya las ocho. El tiempo ha pasado sin sentirlo. Luis se preguntará: «¿Dónde se ha metido esta mujer?». He pasado un rato muy agradable, se lo aseguro. No conozco a nadie aquí, ¿comprende? Para mí este cambio de impresiones ha tenido mucha importancia. Deseo que su bebé venga sin novedad y… y… ¡Felices Pascuas!

Tendía su pequeña mano enguantada a Adela. A Adela le tiró dentro, muy fuerte, el dolor de la separación. Acababa de destapársele muy vívido el afán de compañía. Le pareció insuficiente estrechar aquella mano y obedeció su impulso sin reservas. Gloria se azaró un poco al sentir sobre la piel los besos de Adela. Adela pensó: «¡Oh, tal vez haya estado demasiado efusiva!». Dijo con la voz quebrada:

—He sido muy dichosa esta tarde. Créame.

Adela evocaba la visita de Gloria con toda clase de pormenores. Le constaba que era todo un poco ridículo, pero en su vida no era aquello un nuevo incidente trivial. Deseaba mantener a toda costa la amistad de Gloria. «¡Ah, todo podrá cambiar!», pensó. Y un gozo pueril le alborotaba dentro del pecho mientras concluía de arreglarse.

Se dijo: «Pasaré y le diré a Gloria que Cecilio ya lo sabe y que está conforme». Se dio un ligero toque con el peine y salió del cuarto de aseo.

Le temblaba levemente la mano al pulsar el timbre. «¡Vaya! —se dijo—. Un poquito de serenidad. Que Gloria no advierta que estoy sola hasta ese punto.» Gloria misma le abrió. Se sorprendió al verla:

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo.

Adela le sonrió. A Gloria le chispeaban los ojos. Estaba un poco sofocada. Tal vez no era de esas mujeres que dejan todo el peso de la casa en manos de las sirvientas.

—¿Sabe? —dijo Adela—. Mi marido ya está al corriente. Creí que iba a ser otra cosa. Se lo dije y dijo: «¿Qué estás diciendo?». Luego dijo: «Bueno, todas las mujeres tienen hijos, ¿no es eso?». Me he quitado un gran peso de encima. Sólo quería decirle eso y...

—¡Pase, pase! Por favor —dijo Gloria sonriendo.

III

Cecilio Rubes, empapado de una indefinida trascendencia, se daba cuenta de que existía ahora una razón que justificaba su presencia en el mundo. El hastío que de vez en cuando le asaltaba en los últimos tiempos se desvanecía para dar paso a una inquietud nueva. Entendía que un mal paso, un estornudo, una trepidación, podía dar al traste con sus esperanzas y velaba por que ninguno de estos accidentes se produjera sobre su esposa. Cuidaba a Adela como depósito de su hijo, independientemente de su hermosura y aun de su propia satisfacción.

Adela vivió una temporada en el mejor de los mundos. Por una vez en la vida se convertía en eje de atención y hasta hallaba un oculto placer en que Cecilio no le permitiese estornudar, ni tomar el tranvía, o le aconsejase flexionar un poquito las piernas, a manera de muelles, cuando el ascensor se detenía bruscamente. Era una dicha verse rodeada de precauciones y cuidados y llegó a pensar que la maternidad, con todas sus bárbaras manifestaciones, era el objetivo fundamental en una mujer.

Cecilio no la abandonaba ahora y hasta pasaba veladas enteras a su lado leyéndole un libro o tejiendo proyectos sobre el niño por nacer. Otras tardes Adela merendaba con Gloria y cambiaban impresiones. Frecuentemente se reunían ambos matrimonios y Gloria tocaba el piano o jugaban al tresillo o a la brisca. Era un profundo cambio el operado en la vida de Adela, tan profundo que ella misma procuraba no pensar en ello por temor de echarlo a perder. Como medio de consolidar su incipiente vida de relación, Adela deseaba que su marido se entendiese definitivamente con Luis Sendín. A Cecilio, de momento, no le llenaba Luis.

Se conocieron la tarde que Gloria y su marido pasaron a darles las gracias por su atención —la de Adela— y a ofrecerles su casa. Cecilio dijo cuando ellos marcharon:

—Él es un poco sosaina, ¿no? ¿Recuerdas la cara que puso cuando le dije que la mujer es lo más importante en la vida y que nada hay como la mujer?

—Oh, Cecil, no seas injusto —dijo Adela—. Es un muchacho simpático y agradable.

—Te parece simpático y agradable, ¿eh?

—En el buen sentido, Cecilio.

—Bien. No sé en qué otro sentido puede entenderse lo que dices. Yo de entrada tengo un poco de prevención hacia los individuos con gafas. Me parecen un poco así... ¿Cómo te diría? Un poco reservados, un poco fuera de la realidad.

—Es un intelectual, Cecil. Eso es lo que pasa.

—Los intelectuales están fuera de la realidad, es lo que digo, nena.

—Has de darte cuenta de que además es muy joven. Luis es casi un muchacho.

—¡Bien, ya se le nota! Reparaste: «Luis Sendín a su disposición». «Estamos muy agradecidos por sus atenciones.» «Esta tierra no ha dejado de ser hospitalaria.» ¡Ah, caramba! Es un hombre un poco cargante, querida. Bien. Puede que sea simpático pero, desde luego, lo es a su manera. Yo prefiero los hombres más espontáneos. ¿No podrá decir sencillamente: «Estoy a su disposición», «Han sido muy amables con mi mujer; muchas gracias»? Además, la cara que puso cuando yo dije lo de las mujeres. Arrugó la nariz, ¿te fijaste?; como si las mujeres no fuesen con él, ¿eh? Pero bien, va a tener un hijo el tunante. Esos mosquitas muertas son peligrosos, querida.

—Por amor de Dios, Cecil. Cualquiera que te oiga... Luis es un muchacho serio y reflexivo y nada más. Gloria es inteligente y está enamorada de él y algo tendrá dentro para que una mujer inteligente se enamore de él. ¿No es así?

—Bien. Puede ser, puede ser, querida. Hay hombres que se empeñan en disimular lo que son y lo consiguen admirablemente. Ella es muy inocente, además. Es una pavita atractiva, eso es todo. Y tiene una cintura bonita y gusto para vestirse. Bien. Es muy poca cosa ella; eso es lo que es.

—Cecilio, querido, es amiga mía.

—¿Y he de reservarme mi opinión por ello?

—Debes tener un poco de benevolencia. Gloria es una muchacha encantadora.

—Bueno. Puede ser. Pero no rezan conmigo esa clase de mujeres encantadoras. Le falta... Bien. Le falta lo fundamental en una mujer.

Adela, finalmente, se echó a reír. Cecilio solía ser poco piadoso con sus nuevos conocimientos. Veía antes —excepto en él— la parte mala que la parte buena de las cosas. Adela sospechaba que poco a poco iría cambiando de opinión. Dos semanas después el matrimonio Sendín invitó a tomar el té al matrimonio Rubes. Por primera vez, Gloria tocó el piano ante ellos. Interpretó *Moraima*. Cecilio dijo al salir:

—¿Sabes que Gloria es una chica atractiva? Tiene... ¡qué sé yo! Resulta muy *chic*, vaya.

—Y tiene una figura distinguida.

—Sí, es posible. Muy poquita cosa, un poco frágil, pero...

—Muy femenina.

—Eso es, muy femenina. Él, en cambio, es demasiado serio, demasiado comedido; no me gusta, ¡ea!

A los pocos días el matrimonio Rubes invitó al matrimonio Sendín a tomar un chocolate a la francesa con picatostes. Cecilio Rubes dijo, por la noche, a su mujer:

—Es un hombre de apetito ese Sendín, ¿sabes? Hube de darme prisa para no quedarme sin picatostes. Bien. Será que trabaja poco y no come lo suficiente en casa, ¿eh? ¿Qué te parece?

Adela se ofendió.

—No sé si trabaja o no como abogado, pero su familia tiene dinero en La Rioja. Si él se ha instalado aquí es porque estudió aquí y le tomó cariño a esto. Ésa es la razón. Por otra parte a mí me gusta ver con apetito a mis invitados.

—¡Caramba, eso es distinto! —aclaró Rubes—. Pero no aprobarás el que los invitados dejen sin comer a sus anfitriones. Bueno. Además, querida, no debes aprovecharte de tu estado para llevarme la contraria. Eso no es correcto, ni un caballero como yo puede consentirlo. Bien. Por otro lado, Sendín es un hombre agudo y no me importa lo que coma o lo que deje de comer. ¿Te fijaste cuando dijo: «Como no estamos en Rusia, es el rey quien manda aquí»? Nos llevó la baza, ¿eh? Lo dijo con tanta seriedad que resultó gracioso, verdaderamente gracioso. La verdad es que los hombres con gafas te dan el pego. Se parapetan tras sus cristales y son poco menos que indescifrables. De repente se destapan y... bueno, se destapan y te sorprenden, eso es.

Cecilio cuidaba de Adela como de un recipiente frágil que contuviera un líquido precioso. Hasta veía menos a Paulina, ahora, y sus instintos, de ordinario exigentes y vivos, se manifestaban premiosos y como adormecidos. Era, todo él, una ansiosa y cómica expectativa. En ocasiones experimentaba hacia su esposa unos insólitos movimientos de ternura. No era raro últimamente ver a Adela sentada en las piernas de su marido, jugueteando con la cadena del reloj, mientras la mano fofa de él le acariciaba la cintura. Una tarde le dijo:

—Querida, esta cintura va perdiendo flexibilidad. Hay que luchar contra la grasa. Bueno. La grasa a cierta edad es el mayor enemigo de las mujeres.

Cecilio Rubes se olvidaba de su vientre. Al hablar de defectos e imperfecciones Cecilio Rubes se olvidaba de sí mismo. A Adela le mortificó oír en labios de su marido sus propios pensamientos.

—¡Ah, es el niño! —dijo.

—Querida, antes del niño ya lo había advertido. No es el niño. Bueno. Todo no es el niño. Cuando el niño nazca harás gimnasia de cintura. Bien. Yo también la haré. Haremos los dos juntos gimnasia de cintura todas las mañanas, con la ventana abierta.

—¿Has pensado alguna vez que puede ser niña, Cecil?

Esta suposición ya ponía a Cecilio Rubes fuera de sí.

—¿Quién dice que puede ser niña?

—Hay las mismas probabilidades. Mercedes dice que si en el matrimonio domina físicamente la mujer nacen varoncitos y niñas si domina físicamente el hombre. ¡Todo lo contrario de lo que debiera ser!

Cecilio Rubes se alteró todo:

—¿Es que quiere decir la idiota de Mercedes que si tienes un hijo varón soy... soy... soy yo un lila... un marica? —voceó.

Adela notó un furioso golpe de sangre en la cara.

—Por amor de Dios, Cecil, no digas esas horribles palabrotas.

En el fondo, estos desahogos de su marido no alarmaban a Adela. Mas ella creía que una mujer de buena cuna debía fingir cierto escándalo. Adela intuía que cuantos mayores desahogos verbales se permitiese Cecilio delante de ella menos necesitaría de sus vicios, de su club y de sus amigos. Preveía que el día que el hombre se permitiese hablar ante su mujer con la misma libertad que ante sus amigos, los maridos habrían sido ganados definitivamente para el hogar. Cecilio dijo:

—Creo que esas cosas son más que nada cuestión de voluntad. Si tú quieres un hijo debes decirte a cada momento: «Niño, niño, niño; yo quiero un niño». De ese modo, querida, no puede nacer más que un varón. Bien. ¿Qué otra cosa si no puede determinar el sexo?

Adela pensaba: «Le diré a Gloria lo que Cecilio me ha dicho de la cintura. Ella dice que los hombres no reparan en ciertas cosas. Los hombres están en todo». Cecilio Rubes pensaba: «Preguntaré a Tomás si hay algún fundamento en lo que la imbécil de Mercedes dice sobre los sexos».

La ostensible aproximación de su marido fomentaba en Adela el deseo de desvelar ciertos misterios. Ello y el convencimiento de que la libertad de expansión de los hombres redundaría en beneficio de las mujeres. Indagó tímidamente.

—¿Eso que dijiste antes, Cecil, pueden serlo sólo los hombres o también podemos serlo las mujeres?

—¿Qué? —dijo Rubes.

—Eso, Cecilio, la palabrota que dijiste antes cuando te dije lo de Mercedes...

—¡Ah! Los hombres, claro. ¿Estás tonta?

En los largos ratos que pasaba sola, Adela no acertaba a huir de la

amarga realidad de su embarazo. En cierto modo sentía un tácito reconocimiento hacia su hijo; aun antes de nacer ya le debía muchas cosas. Pero la sola idea de que su hijo habitaba en su vientre ya despertaba en ella un nervioso extravío. Cuando la criatura empezó a moverse, Adela sufría angustiosos ataques de histeria. Se desesperaba entonces de la lentitud del proceso y al propio tiempo le aterraba la proximidad del desenlace inevitable. Pensaba en su madre y llegó a considerar una cosa natural que una vida costase otra vida.

Una tarde, de regreso del Establecimiento, Cecilio la encontró llorando. Ella le abrazó convulsivamente. Se sentía más segura y a cubierto agarrada a algo.

—Oh, querido —dijo—. Tengo miedo. Un miedo espantoso. A veces, pienso que me voy a morir…

Cecilio Rubes achacaba al embarazo la extraña volubilidad de su esposa. Repentinamente Adela se calmó y le consideró con una morbosa curiosidad.

—U-na-co-sa, Ce-cil —añadió—. Si yo me muriese, ¿te volverías tú a casar?

—En modo alguno, nena.

—¿De veras?

—De veras.

Le abrazó de nuevo. Dijo:

—¡Ah, querido! Tú no sabes el consuelo que me das.

Cecilio Rubes se armaba de paciencia. Rodeó la cintura de Adela:

—¿Por qué piensas en morirte, dime?

Adela hizo un esfuerzo. Aunque Cecilio conocía su edad, siempre le irritaba manifestarla en voz alta. Dijo:

—Mercedes dice que los hijos deben tenerse antes de los treinta años.

—¡Caramba con Mercedes! —dijo él, sofocado—. ¿Cuándo piensa Mercedes cerrar el pico y dedicarse a sus quehaceres sin más?

—Mercedes tuvo hijos, Cecil. Se casó dos veces y sabe lo que se dice. ¿No comprendes que si no me guío por Mercedes no me puedo guiar por nadie? Ella dice que antes de los treinta años el cuerpo es como de goma y todo va bien, pero pasados los treinta años el cuerpo se endurece y tener un hijo es peligroso.

—Bien —dijo él—. Mañana visitaremos al médico.

A Adela le saltaba el corazón ante aquella bata blanca, remotamente humana. Le habían hablado muy bien del doctor Rouge y, sin embargo, al verle ahora, con sus lentes de oro, y su rostro ahilado, y su parvedad, y su boca roja y húmeda, un poco viscosa, Adela experimentaba una instintiva desconfianza. Cecilio quiso llevarla a

Tomás, que era su amigo, pero ella pensó que Tomás era demasiado simpático y campechano, y además español, para ser un médico solvente. Para Adela, el científico necesitaba una atmósfera adecuada, y la jovialidad no encajaba en ella. Tomás era excesivamente jovial. Era preferible el doctor Rouge, que era francés y estaba de moda y la gente decía de él que era capaz de sacar un niño vivo de una mujer muerta. Cecilio transigió. Adela notaba que Cecilio transigía siempre esta temporada y procuraba aprovechar sus oportunidades. Sin embargo, el doctor de moda no le complacía ahora; no le gustaban sus lentes de oro, ni los pliegues de su boca, ni su sequedad. Con recelo observaba la mesa patilarga e incómoda y el instrumental brillante, alineado en una vitrina.

—Échese —dijo el médico.

Nada de aquello era agradable, pero Adela comprendió que era necesario. Dijo el doctor:

—Esta señora está embarazada.

—Ah, sí... naturalmente —dijo Cecilio Rubes.

Adela se incorporó.

—¿Hubo más hijos? —preguntó el médico.

—No... No, es el primero.

Se sentó ante una mesa y escribió algo.

—¿Edad? —dijo luego.

Adela se sentía humillada.

—Treinta y tres —dijo.

Se levantó el médico.

—La *natugaleza* aconseja que los hijos se tengan antes —dijo—. En fin, *espeguemos* que todo se *guesuelva* sin novedad.

Cecilio Rubes se sintió iracundo al salir. Dijo con displicencia:

—Bien. Lo has entendido, ¿no? Si a ti te pasase algo, él ha cubierto su responsabilidad de antemano. Bueno. Si no te ocurre nada, él es un excelente doctor que saca los hijos de un vientre pasado como si nada. Está claro, ¿no? De todos modos los honorarios serán cosa de verse. Bien. ¿Vas entendiendo cómo se elabora un prestigio profesional? Si yo vendo un inodoro y digo: «Usted tiene la mano dura, señor, pero el género es inmejorable», también me cubro, ¿no? Si la cadena se rompe, es la mano dura del cliente; si aguanta, es la calidad del género. Nada de esto es correcto, querida; créeme. —Hizo una pausa—: ¿Por qué no hemos de ver a Tomás? —añadió luego.

—Oh, Cecil, Tomás no me da confianza. Es demasiado simpático.

—Bien. Ello no quiere decir que prescindamos del otro. Son compatibles.

Adela accedió. En todas las cosas era partidaria de la multiplicidad de opinión. «Mejor verán cuatro ojos que dos», se dijo. El doctor Rouge, además, la había asustado. Tomás se echó a reír al

escuchar sus temores. Dijo:

—Es la edad ideal para tener chicos, Adela. No tienes que preocuparte.

Cecilio intervino:

—Bien, Tomás. No creo que te moleste saber que antes hemos estado en Rouge. No voy a andar con tapujos contigo. Ya sabes lo que son las mujeres. Rouge complica las cosas sencillas que luego se resuelven bien y se lleva la fama y el dinero. Bueno. Eso no afecta a nuestra amistad, Tomás. Mi querido Tomás, yo quería pedirte... en fin... si no te es enojoso, desearía que asistieses al trance... ¡ejem!... Claro que para ti el que el otro... el otro... ¡ejem!

Tomás tenía la particularidad de reír siempre. Estudió el bachillerato con Cecilio Rubes y le conocía a fondo. Le divertía verle ahora debatiéndose contra la insuficiencia de expresión. Ello indicaba que Cecilio Rubes estaba confundido. Al reír, la cara cuadrada de Tomás se fruncía en cuatro hondos pliegues y su piel parecía cuero. Dijo:

—No te esfuerces, Cecilio; yo estaré allí.

—¡Ah, gracias! Mi querido Tomás, para mí es una gran tranquilidad saber que estarás allí, claro.

Le abrazó y le palmeó la espalda y pensó: «Es duro y fuerte este condenado Tomás. ¡Había que verle en el gimnasio del colegio!». De niños, la amistad de Tomás fue para Cecilio Rubes una sólida garantía; ahora, al cabo de los años las cosas se enredaban de tal manera que la amistad de Tomás volvía a ser para él una sólida garantía.

Para Adela estas visitas fueron un nuevo excitante. A veces, si se sentía deprimida, pensaba: «Rouge dijo: "La Naturaleza aconseja que los hijos se tengan antes"». Mas si su estado de ánimo era optimista se decía: «Tener los hijos antes de los treinta es una equivocación. Tomás lo dijo así. ¿Qué va a hacer Gloria con un hijo? ¡Dios mío, si ella misma es una chiquilla!».

Dos días después de visitar al médico, Cecilio regresó temprano de la oficina. Adela sabía lo que esto significaba y lo lamentó. No se entendía con su suegra; es más, le parecía que entenderse con su suegra no encajaba dentro de las posibilidades humanas. En el fondo, aborrecía aquella gran cabeza blanca, y sus rasgos duros, y sus ropas enlutadas, y el caserón sombrío, y aquel temperamento dominante y despiadado. Y aborrecía, sobre todo, la sumisión de Cecilio a ella, el hecho de que la considerase la única razón de su vida. Cecilio Rubes dijo:

—Hemos de ver a mamá, querida. Después de la confirmación de los médicos, mamá debe saber que va a ser abuela. Bien. Está muy sola mamá.

Cecilio Rubes no acertaba a deslindar sus sentimientos hacia su

madre. Debajo de todo, y aunque él no lo advirtiese, latía un fondo de temor. Su madre poseía una recia, enteriza personalidad; tal vez demasiado firme. De niño le fue imprescindible y ella le protegía contra el oscuro furor de las tormentas en verano. Desde pequeño, Cecilio Rubes acostumbraba a someter todos sus problemas a su madre. Era como si a él se le vedara, previamente, toda capacidad de decisión. Cecilio Rubes veía en su madre un asidero firme e insustituible.

La viuda de Rubes vivía en la parte vieja de la ciudad. A Adela le sobrecogía aquella casa donde jamás entraba el sol y en cada esquina tropezaba uno con viejas vitrinas cargadas de viejos objetos con polvo de siglos. Toda la casa tenía una rigidez apergaminada y lóbrega. La viuda de Rubes era una mujer despechada con la vida y con los hombres. La vida no le dio lo que creía merecer y le ofendía la sola idea de que alguien, con menos merecimientos, sacase de la vida más de lo que ella sacó. A fin de cuentas, un marido borracho y un hijo sin carácter no eran demasiado para ella, que fue una mujer codiciada, de esas que los hombres acechan en cada movimiento para tratar de descubrirles un tobillo. Y ella tuvo siempre los tobillos bonitos y no anduvo remisa en mostrarlos y los hombres se enardecían en su presencia. Total ¿para qué? Los Rubes eran notables en la ciudad y a ella, en principio, le halagó compartir la vida con un Rubes. Un Rubes que, a la larga, resultó más borracho que notable. Luego, la viudez, el reuma, la soledad y una nuera pobre y boba. ¿Era justo este destino para una mujer como ella?

Ante su suegra, Adela se vigilaba; estaba siempre en guardia y como al acecho. Había que estudiar las palabras, las miradas, los ademanes y guardar la debida compostura. Aquella mujer era fría, terriblemente fría, y distante. Generalmente, sus observaciones eran crueles, cargadas de despecho y resentimiento. Por contra, una intervención de los demás levantaba en su pecho mezquino una furiosa oleada de suspicacia. Adela la miró y se le antojó la idea de que su enorme cabeza desproporcionada era postiza y quedaba unida al tronco por el gollipín. Dijo, para disimular sus pensamientos:

—Bueno, mamá, dentro de unos meses tendré un bebé.

—Lo sé —dijo ella secamente—. ¿No tuvisteis tiempo de decírmelo antes?

Cecilio Rubes rodeó sus hombros amorosamente:

—¿Lo sabías? No me digas, mamá...

La mirada de su madre lo secó:

—Tomás me lo dijo. Es sensible que una se entere de estas cosas por labios extraños.

—¡Por Dios, mamá! El caso...

—Bien, si queréis que os diga la verdad, os diré que ninguno de

los dos estáis ya en edad de tener hijos. Yo tuve mi primer hijo a los veintitrés años y se murió de sarampión. No le brotó: creo que yo no tuve la culpa de ello.

Cecilio Rubes se mostraba conciliador:

—Bien, mamá. Hasta hace dos días no tuvimos certeza de que fuese un bebé. Eso es todo. Rouge... Bien, Rouge la vio y dijo que era un bebé. Eso fue anteayer y... Bueno, ayer anduve ocupado...

—¿Rouge?

—Ya sé, mamá. También estará Tomás. Adela quiso ver a Rouge, porque Rouge...

—Rouge es un curandero francés; eso es, ¿qué falta ha de hacer él estando Tomás delante?

Tomás era una de las debilidades seniles de la viuda de Rubes. Lo fue desde chiquillo, por su fuerza, su simpatía, su arrolladora franqueza y la vibración vital que comunicaba a cada uno de sus movimientos. La viuda de Rubes amaba las cosas consistentes y vitales. La tibia y desmayada flaccidez de Adela la ponía fuera de sí.

—Bien —dijo Rubes—. No quiero que te enfades, mamá. Si Tomás estuvo aquí, nada tiene de particular que se nos haya anticipado en unas horas. La cuestión es que vamos a tener un bebé y que hemos de ponerle un nombre. Bien, para eso estamos aquí. Yo he pensado en Cecilio para que prosiga la dinastía de los Rubes, mamá. Cecilio, como su padre y como su abuelo. ¿Qué te parece?

—¿Qué ha de parecerme? —dijo la viuda de Rubes, dolida—. Tú sabes lo mismo que yo cómo murió mi padre y lo que él fue para mí en la vida.

Cecilio Rubes sabía que su abuelo materno tuvo el extraño capricho de arrojarse desde un cuarto piso por el hueco de la escalera. Eso fue muchos años atrás.

—¿Quieres decir el abuelo Alejandro? —inquirió.

—Fue un hombre como ya quedan pocos —dijo la viuda de Rubes —. Hoy ya no existen hombres tan enteros y cabales como él.

—Bien —dijo Cecilio—. Creo que Cecilio Alejandro es un nombre sonoro y adecuado para un nieto tuyo.

—¿Y si fuera niña?

Rubes sonrió generosamente:

—Si fuera niña se llamaría Ramona a secas, como tú —dijo. Y deliberadamente dejó las palabras en el aire, como una estela de humo.

La viuda de Rubes expresó de manera casi imperceptible su satisfacción. Adela, en cambio, se sintió postergada; experimentó un repentino sofoco. Su rama, su sangre, no importaba nada allí.

—Yo creo... —comenzó.

La viuda de Rubes la interrumpió. Entendía que su nuera debía

cederle siempre el paso y la palabra. Dijo, dirigiéndose a Cecilio:

—¿Consideras tú posible que tu esposa alumbre un hijo varón?

—¡Mamá!

Adela dijo:

—Yo adoré a mi padre y mi padre se llamaba Eusebio.

Cecilio Rubes se encontró incómodo. Se le antojaba una tontería de su mujer esto de mezclar el nombre del modesto funcionario con los de sus ilustres antepasados.

—Está bien, querida —dijo.

La viuda de Rubes sonrió maliciosamente:

—Con todos los respetos que quieras, hija, no me negarás que Eusebio es un nombre de artesano. Eusebio es exactamente un nombre horrible.

—¡Oh! —dijo Adela.

—Todo lo más de labrador —añadió la viuda de Rubes—. Siempre he creído mezquino y egoísta colgar un nombre impropio sobre los hijos sólo por el mero hecho de que un querido antepasado nuestro tuviera esa desgracia sobre sí.

Adela se contrajo como si la golpeasen. Le escocía la sonora voz de su suegra, y su presencia, y la penumbra de la sala, y los cuadros oscuros e indescifrables de las paredes. Estaba acobardada y tuvo que cerrar los ojos para decir:

—A mí me gusta el nombre de Eusebio. Me gusta más ese nombre que el de Alejandro. Un tío mío se llamaba Alejandro y era pastelero.

Aun con los ojos cerrados Adela experimentó constancia del impacto. Fue como el resuello y el aspaviento de un can fatigado lo que llegó hasta ella. Cecilio pensaba: «Idiota, idiota, idiota. Nunca agradecerá lo que se ha hecho por ella». La viuda de Rubes pensaba: «¡Por amor de Dios! ¿Qué se habrá creído esta monja boba?».

Dijo la viuda de Rubes:

—Mi padre solía decirme: «Hija, has de tornar las palabras como de quien vienen. Ten en cuenta que no todo el que quiere puede ofenderte».

En la euforia de su golpe de audacia, a Adela le resultó confusa la reacción de su suegra. No lo comprendió bien. Verdaderamente las alusiones indirectas se le hacían casi siempre inextricables. Cecilio Rubes pensaba: «Idiota, idiota, idiota. ¿Cómo es posible que le diga esas cosas a mamá?».

Dijo:

—¿Y Nicolás? ¿Qué os parece Nicolás?

Este nombre no surgió espontáneamente en los labios de Cecilio Rubes. Hacía semanas que pensaba obsesivamente en el zar y le parecía que con sólo pronunciar su nombre ya fijaba una bandera de oposición frente a la progresiva revolución laboral. Su inclinación

compasiva hacia el zar no la movía un impulso de admiración o de afecto, sino la intuición de que los que le hacían la guerra al zar no eran partidarios de los negocios, de los negocios de bañeras.

—Nicolás. ¡Bonito nombre! —dijo la viuda de Rubes, y añadió mirando fijamente a su nuera—: Nicolás se llama el zar de Rusia. ¡Ahí tienes un nombre importante!

—¿El zar? —dijo Adela y pensó: «¿Qué negocios se trae de un tiempo a esta parte Cecilio con el zar?».

Cecilio pensaba: «Mamá es muy aguda: me ha descubierto. ¿Qué pensará Valentín de la revolución de los soviets?».

Dijo:

—Bien. Será un Cecilio Alejandro Nicolás Rubes, ¿no es así?

Intervino Adela.

—¿A qué esa retahíla tonta de nombres? Después se llamará Lilín o algo por el estilo, sin tanta pretensión.

—Querida, ¿por qué no disimulas un poco tus gustos? —dijo la viuda de Rubes.

A Cecilio Rubes le desagradaba esta pugna de reticencias. Agregó:

—Imagino que no querrás que nuestro hijo se llame José a secas, como un ganapán cualquiera.

—¿Por qué no? —dijo Adela.

Le temblaban levemente las manos y, de improviso, se levantó chillando. Fue todo muy repentino.

—¡Oh! ¿Por qué no me dejáis en paz? ¿Por qué hacéis un frente los dos para acorralarme y quitarme la voluntad como si yo fuese una loca o algo parecido?

Salió dando un portazo. La viuda de Rubes sonreía beatíficamente.

Cecilio dijo:

—Perdona, mamá.

Se levantó y salió tras Adela. Dijo la viuda de Rubes:

—Tu mujer es una tonta o una calamidad. Y hasta puede que las dos cosas. ¡Vaya por Dios! Ya me duele la pierna otra vez.

Nunca pensó Cecilio Rubes, a pesar de no tenerlas todas consigo, que estas cosas fuesen tan arduas y complicadas y que la aparición de una vida humana sobre la costra de la tierra supusiera tantos sudores, tanto revuelo, tanta excitación y tantas lágrimas. En aquel trance, Cecilio Rubes se confesó que había sido un lamentable error tener un hijo. Estas cosas, a su entender, deberían estar reservadas para los pobres. En su casa y en su vida —plácida y fácil— no había lugar para acontecimientos de esta naturaleza. «Los hijos, para los pobres —pensaba—. Ellos están habituados a sufrir.»

El dolor tornaba caprichosa a Adela y sus exigencias le atormentaban a él, que, de siempre, había detestado la violencia. «No; no entraré —se repitió—. Odio esta clase de situaciones.» Bebió otra copa. Tenía el balcón abierto y hasta él llegaba el tibio aliento de la noche de primavera. Estaba cansado y le dolía la espalda. Todo era enconado y terrible esta noche. Primero su mujer, tan desesperada y chillona; después, Rouge, quien al divisar a Tomás, que le había precedido, no pudo evitar una mueca de desagrado. (Cecilio Rubes se precipitó a él: «Bien, no piense usted mal. Él está aquí como amigo y no como médico. Entiéndalo».) También Cristina era como un fantasma esta noche y vagaba de un lado a otro sin finalidad aparente y con una torpeza inconcebible. Y Gloria y Luis pasaban y repasaban, y decían: «Pedimos por ella», y Rubes tenía que hacer un esfuerzo para dejar la copa y decir: «Gracias». Y pensaba: «Vienen a ver qué es esto, para aprender. Bien. No saben lo que les espera». Y experimentaba como un torpe regodeo al pensar que Gloria aún no había empezado. Bebió otra copa.

Todas las luces de la casa estaban encendidas y vibraba en ella un revuelo como de fiesta. Era mayo pero hacía calor. Cecilio Rubes se levantó y se acercó a la ventana. Oyó la voz alterada de Adela: «¡Doctor, usted lo sabe tan bien como yo! ¡Mi marido no viene porque es un gallina! ¡Oh! Esto es horrible... Díselo así de mi parte, Tomás, ¡por favoor; díselo así! Dilee.., dilee que yo... yooo, me estoy rompiendo aquí en pedazos mientras él se está fumando... ¡oh!... fumando tranquilamente cigarrillos en el salón. ¡Ooooh!». A Rubes le flojeaban las piernas. «Bien —pensó—. Un gallina. Es posible que sea un gallina. ¿Qué hay de malo en ello?» La impotencia y la forzada pasividad le ponían nervioso. Habitualmente fumaba poco, pero esta noche empalmaba cada cigarrillo con la colilla del anterior. Necesitaba ocuparse en algo y por eso fumaba. Por centésima vez le agarró la terrible idea esta noche: «Un camello por el ojo de una aguja. Eso es». Movió bruscamente la cabeza y para distraerse trató de imaginarse a Paulina en déshabillé. De siempre le atrajo esta imagen, pero esta noche no le tentaba. Volvió a pensar: «Un camello por el ojo de una aguja». Oyó la voz de Adela, irritada: «¡Cállese, por favor...! ¡Ah, no sabe lo que es esto...!».

Cecilio Rubes se acercó al velador y fue a servirse otra copa. La botella se había acabado. Soltó una palabrota y se dirigió al mueble bar. La musiquilla le puso furioso y golpeó airado la cubierta. Experimentó un extraño alivio al cerrarlo, como si le sacasen algo pesado y punzante de la cabeza. De nuevo oyó el quejido desgarrado de Adela en la habitación. Pensó: «Bien, no estaría bien visto que yo me marchase de casa ahora». Tornó a sentarse, pero el sillón le daba calor y a los cinco minutos se levantó de nuevo. «Esto no es normal.

Llevamos así seis horas. Habrá que intervenir», se dijo. Escuchó a Adela llamándole a voces y, como cada vez que le llamaba, le poseyó, como una fuerza, un frenético deseo de golpearla. Entendía que era ponerle en evidencia. Entró Cristina y dijo:

—Señor, la señora le llama.

—Ah, bien —contestó.

«No tengo más remedio», se dijo. Cristina no tenía cofia esta noche, pero Cecilio Rubes no se dio cuenta.

Ahora estaban ante él Gloria y Luis; le incomodó la mirada interrogativa y patética de él, tras los cristales. Y su boca redonda, pequeña y expectante.

—Bueno —dijo—, no estamos mejor que hace dos horas.

Gloria puso una mano ligera y confortadora en su antebrazo:

—Es horrible —dijo—. Pedimos por ella.

De nuevo se encontraba solo y se le doblaban las piernas de debilidad. Adela le llamó otra vez a gritos y entre sollozos. Pero aún pasó media hora antes de que Cecilio Rubes se decidiese a entrar en la habitación.

Lamentó haberlo hecho. Adela, en el lecho revuelto, jadeaba. No experimentaba ahora el menor deseo de un hijo y le poseía una inquina creciente hacia aquel estorbo que le hinchaba el vientre y hacia la solícita mujer rubia que la atendía. Su rostro estaba desencajado y el cuerpo cubierto de sudor. A intervalos le parecía que alguien se entretuviera dándole hachazos en los riñones. En esos momentos deseaba la presencia de Cecilio, no porque ello la consolase, sino para que él sufriese también. El que Cecilio se estuviese tranquilamente fumando cigarrillos en la sala mientras ella se partía materialmente en pedazos se le hacía injusto y egoísta. Advertía que le había insultado repetidamente. También insultó de pasada al doctor Rouge y a Tomás, pero no sentía el menor remordimiento por ello. Se consideraba con derecho a todo esta noche y mentalmente hacía responsables a todos los hombres del mundo de su tortura. Odiaba a los hombres sin excepción. Odiaba especialmente a Cecilio, porque todo esto pudo ocurrir cinco años antes, cuando ella era aún elástica y flexible, y él, caprichosamente, no lo quiso entonces. El dolor le impedía llorar. Se quejó vagamente y apretó los ojos contra la almohada. Al abrirlos, vio a Cecilio a su lado.

—¡Oh! —dijo—. ¡Ya lo sabes!, ¿no? Voy a morirme. No tardaré ni dos horas en morirme. Y tú te volverás a casar. ¡Ya te conozco a ti! No podrías pasarte sin una mujer... aunque los demás nos partamos y... y...

El rostro de Adela iba reflejando por instantes la intensidad creciente del dolor. Cecilio Rubes encontraba extraña y como lejana y vacía la mirada de su mujer. Pensó: «¿Será verdad que va a morirse?».

Sintió que perdía el dominio de sus nervios, se levantó y dijo:

—¡Bien! Habrá que intervenir, ¿no es eso? No podemos ver cómo ella se muere con los brazos cruzados.

Rouge no le contestó; se limitó a fruncir su húmedo hociquito. La sonrisa de Tomás le apaciguó. «Será que tiene que ser así», se dijo.

Adela se atravesó en la cama. La mujer rubia forcejeó con ella un momento para colocarla bien. Tomás dijo:

—Déjela.

Dijo Rouge:

—No es ésa una *postuga* académica, colega.

—Es igual.

Rouge sonrió displicente, sacó del bolsillo un papel de fumar y lo pasó meticulosamente por los cristales de sus lentes de oro.

—¡Vaya! —dijo después—. ¿También es usted de los que no creen en la eficacia de la *postuga* inglesa?

—En absoluto —dijo Tomás.

Adela chilló:

—¡Bien, ya sé lo que pasa! Soy vieja y no sale. ¡Eso es lo que me pasa a mí!

Tuvo un violento ataque de histerismo. La mujerona rubia trató de calmarla. Cecilio pensó: «Bueno. Sólo me falta que estos dos se pongan de punta».

Dijo Rouge:

—Está prácticamente comprobado.

Tomás tenía las manos en los bolsillos y dijo:

—El feto se desprende cuando está maduro, aunque las ponga usted cabeza abajo.

Hubo un silencio que duró mucho rato. Tan sólo se oían los quejidos de Adela y sus desgarradas exclamaciones. El nerviosismo de Cecilio Rubes acrecía al constatar la inutilidad del paso del tiempo. Pensó: «Un camello por el ojo de...; eso es». La noche le pesaba en la cabeza, en las piernas, en los hombros, en todo su ser. De vez en cuando contemplaba a su mujer con una especie de fría fatiga en los ojos.

A las cuatro menos cuarto de la madrugada, Adela gritó:

—¡No me volverás a engañar, Cecilio!

No había la menor chispa de razón en los ojos de Adela; era, la suya, una mirada enloquecida. Cecilio Rubes se volvió a Tomás en busca de apoyo. Adela mordía ahora las sábanas con desesperación. Dijo Tomás:

—Ya falta menos.

Dijo Rouge:

—Las toallas.

La mujer rubia dispuso unas toallas en la cabecera del lecho.

—Vaya —dijo Rouge, mientras se colocaba unos guantes de goma —. *Agáguese* ahí y haga *fuegza*.

—¡No quiero! —gritó Adela—. ¡No me agarro ahí porque no quiero!

Se cogió del cuello de Cecilio y Cecilio sintió en la piel toda la impaciencia y el dolor de su mujer. Aguantó. «Tal vez sea el fin», se dijo. Dijo Rouge:

—*Agáguese* de las toallas.

—¡Oh!, ¡no quiero! —sollozó Adela—. ¿Es que no me oye? ¡No quiero!

—Es igual —dijo Tomás.

—Bueno —prosiguió Rouge, reprimiendo su enojo—. ¿*Quiegue* usted *decigme* lo que he de *haceg ahoga*?

—Darse prisa. Esto ya está —dijo Tomás.

La cara de Adela se deformaba. Chilló:

—¡Júrame que no volveremos a tener más hijos, Cecilio! ¡Júramelo!

—Te lo prometo, querida —dijo Rubes sombríamente.

—¡No quiero más hijos! ¿Me entiendes? ¡De ningún modo quiero más hijos!

Sentía un volumen inusitado entre las piernas, un algo monstruoso que la dividía y que pese a su tamaño avanzaba y se escurría sin cesar. Olía mal el aliento de Adela. Dio un grito. «¡Oh, Dios mío, Dios mío!», se dijo Cecilio. Era la primera vez que se acordaba de Dios desde la muerte de su padre. Entendía, cuando pensaba en ello, que sería egoísta por su parte molestar a Dios con peticiones cuando él tenía de todo y había muchos que no tenían nada. Era mejor así, ya que Dios debía de estar a diario muy atareado. Pensó otra vez: «El camello por el ojo de una aguja», y se estremeció. Las manos de Adela le despellejaban el cuello en un esfuerzo ímprobo, definitivo. Como entre sueños oyó la voz velada de la mujer rubia:

—¡Un niño! ¡Qué hermoso es!

Luego oyó berrear algo que parecía un gato en celo. Adela se reía como una loca. De repente se había quedado pálida y fría, pero experimentaba sobre sus miembros un inmenso relajamiento. «Ya está, ya está. Ya pasó todo y no me he muerto», pensó, y este pensamiento la hacía reír a carcajadas. Aún hurgaban en ella, pero ya no le importaba. Dijo:

—¿Cómo es el niño?

—Es rubio y con los ojos azules —dijo la mujer grande.

Sintió que Cecilio la besaba en la frente y cerró los ojos inundada de una dicha próxima y caliente. Después la taparon con muchas mantas, pero ella notaba su peso y no su calor. Tiritaba. Más tarde fue ascendiéndole hasta los ojos una invencible somnolencia. La ganaban

unas ansias infinitas de dormir. Oyó la voz de Cecilio un poco empañada por la emoción: «¿No es cierto que es un chiquitín muy bonito éste? Bien. Aquí les presento a Cecilio Alejandro Nicolás Rubes». Adela pensaba: «Cecilio, por su padre; Alejandro, por su bisabuelo; Nicolás, por el zar»... Era como si contase hasta ciento; un algo pausado y rítmico que le nublaba la razón y la adormecía. No le importaba ahora que su hijo se llamase Alejandro. Oyó las voces de Mercedes y Cristina. Sonrió y abrió los ojos cuando se le acercaron. «Vaya, ya no estoy sola —pensó—. Tengo un hijito precioso.»

IV

El periódico del 9 de mayo de 1918 decía: «la guerra europea. Gran actividad de fuego en el arroyo Luce y en la orilla occidental del Havre. En el campo de batalla de Flandes y en las orillas del Lys aumentó la actividad de la artillería». También decía el periódico del 9 de mayo de 1918: «Londres.— Un telegrama del Gobierno ruso anuncia que el sábado se ha firmado entre Rusia, Ucrania y Alemania un armisticio en el frente de Kurak. Firma el telegrama, *Lenine*». En segunda página decía el periódico del 9 de mayo de 1918: «Teatro Bretón: A las cuatro, *El asombro de Damasco*; a las siete y media, *La viuda alegre*». «Cinema Montoya: A las cuatro y a las siete, *Ana Karenine*.» «Cinema Olaso: Sesiones de cinematógrafo.» En la última página, en segunda columna, el periódico decía: «Madrid.— A las siete y media de la tarde de ayer ha ido a Palacio la Mesa del Congreso a someter a la sanción del Rey la ley de amnistía. Asistió también el conde de Romanones». En la página anterior decía el periódico del 9 de mayo de 1918: «El estreñimiento es la causa de graves dolencias. Combatid el estreñimiento habitual con el uso de Coprobalina. No es un purgante. No es un laxante. No irrita. No origina molestias. (Tolerada por niños y ancianos)».

El anunciante de la Coprobalina hubiera desistido probablemente de insertar su reclamo en tal día como el 9 de mayo de 1918 si le hubieran advertido de la publicación del anuncio de las píldoras De Witt, en la misma página y en la misma fecha. El anuncio de las píldoras De Witt eclipsaba, por su tamaño y sus caracteres de impresión, el resto de la información publicitaria que el periódico facilitaba el 9 de mayo de 1918. Decía el anuncio de las píldoras De Witt, a tres columnas y con relevantes titulares:

TRIUNFO SENSACIONAL DE DE WITT
HOMBRE DE 76 AÑOS CURADO
DE MAL DE PIEDRA EN LA VEJIGA

> Esto no es exageración, sino la justa y verdadera declaración de un anciano de setenta y seis años, que fue curado de piedras en la vejiga sin operación, cuando casi se había perdido toda esperanza. Unos seis años atrás este anciano caballero inglés —su nombre es J.C. Watts— cayó enfermo sufriendo de unos dolores muy agudos en los riñones y de un dolor

ardiente interior. Sufría mucho de flaqueza urinaria. Se puso tan enfermo y el dolor se hacía tan agudo que no podía doblegarse ni tan sólo moverse en la cama. Por meses y meses fue probando toda clase de lo que llaman remedios, incluso «Mezclas para los riñones» y «Píldoras para el dolor de riñones», pero no encontraba alivio alguno. Se hallaba invariablemente peor…

Hasta que un día le informaron de las curas maravillosas hechas por las píldoras De Witt para los riñones y la vejiga y fue a la tienda de los señores Boots, en Caledonian Road, Londres (los más importantes droguistas del mundo) y compró una caja de las pequeñas. Antes de que concluyera la segunda caja expulsó de la vejiga dos piedras bastante gruesas, de un aspecto tremendo, así como también algunas pequeñas, todas cubiertas de cristales con esquinas toscas. Esto sucedió el día 30 de noviembre de 1913, a las seis de la mañana. Hoy, en mayo de 1918, Mr. J.C. Watts sigue en buen estado de salud. No lo dudéis:

¡PÍLDORAS DE DE WITT PARA
LOS RIÑONES Y LA VEJIGA!

El llamamiento venía ilustrado con un retrato del plácido rostro de míster J.C. Watts, enmarcado por unas frondosas patillas que las píldoras parecían también haber vigorizado.

Cecilio Rubes se impacientó. De nuevo examinó el periódico de arriba abajo. «Bien, ¿es posible?», se preguntaba a sí mismo. Su ceño estaba fruncido y odiaba cordialmente al doctor De Witt. También sentía una injustificada inquina contra J.C. Watts, contra su plácido rostro y sus frondosas patillas y hasta lamentaba que hubiera sanado de su mal de piedra en la vejiga. El mundo se renovaba, era precisa la renovación del mundo y, sin embargo, el saludable vejete J.C. Watts, con sus setenta y seis años a cuestas, venía a robar un espacio que una criatura recién nacida precisaba. La cara de Cecilio Rubes semejaba la de un niño en los preludios de una rabieta. Se sentía decepcionado y humillado. Plegó el periódico de nuevo y entonces, casualmente, lo vio. Su pigre rostro se iluminó, se abrió, se distendió y mostró los blancos dientes en una conmovida sonrisa. En estos momentos felices, Cecilio Rubes era todo bondad y perdonaba de corazón al doctor De Witt y al honorable caballero Mr. J.C. Watts y aun se regocijaba de que este último hubiera sanado, al fin, de la vejiga. Sonreía dulcemente mientras sus ojos recorrían la noticia. La noticia decía:

«*Natalicio*. Felizmente ha dado a luz un precioso y robusto niño la esposa del conocido hombre de empresa y estimado amigo nuestro don Cecilio Rubes, nacida Adela Martínez. Tanto la madre como el neófito —a quien se impondrán en el Sacramento del Bautismo los nombres de Cecilio Alejandro Nicolás— se encuentran en perfecto estado. Nuestra enhorabuena».

A Cecilio Rubes le agradaba ver su nombre en letra de molde.

Este simple hecho le producía en el estómago un alegre cosquilleo; más que cosquilleo era un vivificante calorcito que le iba ascendiendo de la pelvis al pecho y a la garganta, para sofocarle luego. Leyó cinco veces la nota antes de incorporarse. Al cabo, dijo:

—Adela... Bien... ¡Adela!

Avanzaba por el pasillo blandiendo el diario como una bandera y en esta actitud penetró en la habitación de su mujer. No dejaba la sonrisa de los labios y su rostro, en este crítico instante, exhibía un tan plácido equilibrio como el que caracterizaba a J.C. Watts en su fotografía. Adela entornó los ojos. Se encontraba débil.

—Bien, querida —dijo Rubes—. Tú, tu hijito y yo venimos en el periódico como la gente importante, ¿qué te parece?

La modestia del modesto funcionario asomó en el rostro confundido de Adela. Pensó en su padre, en lo que su padre —fiel coleccionador y clasificador de natalicios, bodas, esquelas y otros recortes familiares— celebraría este momento. También pensó en sus hermanos y experimentó un loco burbujeo en la cabeza al decidir mentalmente enviarles el recorte a La Habana.

—¿Es cierto, Cecil? A ver... enséñame.

Leyendo la nota acrecía el enervamiento de Adela. Cecilio Rubes, en tanto, miró al pequeño Rubes en el moisés próximo. Dijo:

—Verdaderamente es precioso nuestro hijito, Adela. Bueno, no creo que haya nacido un chiquillo tan hermoso en la ciudad desde hace muchos años.

Dijo Adela:

—¿Mandaste tú poner esta nota?

—Bien. Coloca la manita junto a la boca como su padre y frunce la boquita como tú. ¿Qué cosa será ésta, querida, que desde que nacen ya llevan el sello de uno?

Dijo Adela:

—Es muy cariñosa la nota. Dime, Ceci, ¿la mandaste poner tú?

—¡Ah, va a llorar, Adela! ¡El chiquitín va a llorar! Por amor de Dios, hazle una fiesta y no dejes llorar a esta criatura. ¿Sabes que parece imposible que esta cosita pueda ser un día algo como tú y como yo, una persona importante?

Cecilio Rubes mecía acompasadamente la vaporosa cunita de encajes y muselinas. Adela releyó: «...nacida, Adela Martínez». Pensó: «Aún queda algo de papá». Sus ojos estaban clavados en una palabra: «Martínez». «Bien —se dijo—. Si él lo leyera se sentiría orgulloso.» Notó que le picaba la garganta. Se dijo: «Soy tonta. ¿Pues no iba a llorar?». Luego pensó: «He de enterarme de cuándo sale el primer barco para La Habana».

Dijo:

—¿Quién puso la nota, Cecilio?

Cecilio volvió los ojos a ella. Estaba bonita Adela un poco empalidecida. Rubes se dijo que le sentaba bien este color y reconoció que últimamente le preocupaba la restallante vitalidad de Adela, la posibilidad de que Adela llegara a adquirir los tonos bastos y saludables de las mujeres del campo. Su origen humilde podía asomarle en cualquier momento a la cara y ello sería el fin de su prestigio y su honorabilidad. Dijo.

—¿Estás bien, querida? ¡Ah!, la nota. Bien, ya sabes que tu marido tiene amigos en todas partes. Hay que reconocer que uno no es un cualquiera en la ciudad y… Bueno. ¿Te sientes bien, querida?

—¡Ah, estoy muy bien, Cecil…! Ya no me acuerdo de nada —dijo ella.

Cecilio Rubes carraspeó. Le crecía en el pecho un orondo y grato sentimiento de responsabilidad. Carraspeó otra vez.

—Bien —dijo, al fin—. Creo que las cosan han cambiado un poco desde ayer, querida. Bueno… En fin, hoy hay en casa alguien que no estaba hace dos días y que, de repente, está aquí en medio de nosotros y…

—¿Te refieres al niño, Cecil?

Rubes frunció el ceño al decir:

—Bueno, sí. Me refiero a Cecilio Alejandro Nicolás, eso es, querida. Él, ahora… Bueno, Cecilio Alejandro es ahora aquí lo más importante. Bien; eso es… Lo más importante. Creo que con ello está dicho todo. Bueno… Naturalmente harás saber a Mercedes y Cristina que en esta casa es ahora el cuidado de Cecilio Alejandro Nicolás…

Adela arrugó la cara:

—¡Por Dios bendito, Cecil, no llames de ese modo tan engolado a la criatura! ¡Cualquiera diría que nuestro hijo es ya un bigotudo corredor de comercio!

Cecilio Rubes acarició la pálida mano de su mujer. Era la mano de Adela un miembro bien formado y pulcro, pero cruelmente desmayado e inexpresivo. Dijo Rubes:

—Bien, queridita, eso ahora es lo de menos. No tiene importancia si ha de ser Cecilio o Cecilio Alejandro Nicolás. Eso tendrá importancia para algún padre fatuo, pero no para mí. Bueno. Lo que yo digo es que el servicio debe estar enterado de que el niño es en esta casa ahora lo primero. Bien. También he pensado… En fin… he pensado en la necesidad de tomar un ama para que mi hijo esté siempre debidamente atendido…

El runrún de la cunita mellaba los nervios de Adela. Aunque ella aseguraba no acordarse de nada, sus nervios estaban despellejados y al aire desde el acontecimiento. Le irritaba la manera personal de enfocar los asuntos que tenía su marido. De recién casados, Cecilio Rubes hablaba ya de «mi casa» y «mi situación». Adela creyó siempre

que casarse era «compartir» y la autonomía que derivaba de las manifestaciones de su cónyuge la exasperaba. Con el tiempo se habituó a ello y apenas daba importancia a que Cecilio dijera: «Voy a vender este tapiz y sustituirlo...». O bien: «No me gusta mi comedor; estos muebles son grandes y presuntuosos». El acontecimiento había agudizado su sensibilidad. El acontecimiento y el hecho de que su padre —el funcionario Martínez— no pudiese leer aquella halagadora notita de los «Ecos de sociedad». Hizo un puchero Adela. Dijo Adela:

—Tu hijo, tu hijo. ¿Has pensado, Cecilio, en lo difícil que te hubiese sido tener «tu hijo» sin mi ayuda?

Cecilio Rubes dejó de mecer la cuna. Dijo:

—Bien, nena. ¿Eres tonta? Comprenderás. Bueno... Confieso que tengo una manera de expresarme un poco vaga. Eso es todo. Bien... «Nuestro hijo» debe tener un ama que se ocupe de su cuidado, eso es lo que quiero decir...

De repente se despertó en Adela una fiebre vehemente de un aña. Su imaginación recorría desbocada todas las posibilidades de indumentaria: un flamante cuello almidonado, una cofia de encajes y un enorme, fantástico lazo atrás. El aña del niño de los Rubes sería la admiración de la ciudad.

Cecilio Rubes se incorporó, se estiró la chaqueta y dijo:

—Querida, me marcho; se me hace tarde.

Le dio una palmadita cariñosa. Adela dijo:

—No te olvides del ama, Cecil. Es cierto que nuestro hijo necesita un ama.

Cecilio Rubes no había salido a la calle desde el nacimiento de su hijo. El hecho parecía haber transformado la estructura de la ciudad y hasta la primavera parecía, ahora, más cálida y luminosa. Se le hacía que todo el mundo le miraba al cruzarse con él y se daba codazos y comentaba la trascendencia que la aparición de un nuevo Rubes aportaba sobre la ciudad. Cecilio Rubes avanzaba poseído de sí mismo, golpeando la calzada, cada dos pasos, rítmicamente, con la contera del bastón. «Bien —pensó—. No quiero imaginar lo que será mi entrada en el Establecimiento.» Sonreía vagamente. Se cruzó con el ultramarinero de la esquina:

—Enhorabuena, señor Rubes.

Cecilio Rubes se tocó con presuntuosa ceremonia el ala de su sombrero e inclinó levemente la cabeza. Bien. La ciudad estaba conmovida. Sin duda, la ciudad había creído que él no era de esos individuos aptos para tener hijos. «Quizá —pensó, arrugando la frente — imaginaban todos ellos que yo era un... un... Bueno. Ahí tienen la respuesta.» Dobló la última manzana e infló el pecho al descubrir,

sobre las tres alargadas vitrinas, los enormes titulares del rótulo: «Cecilio Rubes · Materiales higiénicos».

A Valentín lo encontró nervioso. Lo notó desde lejos, sin necesidad de llegarse al despacho. Rubes sonrió mentalmente. «Se diría que él no tuvo nunca hijos —pensó—. Es un pobre hombre.» Valentín se aproximó a él con grandes movimientos de brazos. Dijo:

—Estuvo aquí el capataz de las obras de la Plaza, señor Rubes. No hace aún diez minutos que marchó.

Rubes se irguió:

—¿Bien? —dijo, veladamente decepcionado.

—¿Bien? ¡Al fin instalarán las bañeras, señor Rubes! Ayer me permití hacer una gestión personal y éste es el resultado.

—¿Las bañeras?

—Las bañeras, señor Rubes. Esto puede ser el principio. Los propietarios empiezan a darse cuenta de que el bañarse es una cosa tan necesaria como el comer. Tal vez no esté lejano el día que en las casas se ponga un cuarto de aseo lo mismo que hoy se pone un comedor. ¡Ah!, y enhorabuena, señor Rubes, ya leí el periódico. Son seis pisos, señor Rubes, y cuatro interiores. Éstos, de momento, no llevarán cuarto de baño. Piden el presupuesto de seis bañeras, seis lavabos, seis bidés y diez inodoros.

Rubes se despojó del abrigo. Le parecía que algo imprimía al mundo una marcha antinatural y sin sentido. Era incorrecto, a su entender, que seis bañeras tuvieran hoy más importancia que el nacimiento de Cecilio Alejandro Nicolás Rubes. Algo andaba desquiciado en la marcha de las cosas. Se sentó a la mesa malhumorado. Méndez, el auxiliar de contabilidad, un muchacho despierto pero terriblemente tímido, masculló la enhorabuena sin mirarlo y se puso colorado. «¡Vaya, estos niños bobos que se ruborizan porque los bebés no vienen de París!», pensó Rubes. Dijo:

—Gracias.

Méndez se parapetó tras el libro borrador fingiéndose abstraído. Pensaba: «¡Diantre, con este tímido temperamento mío nunca podré decirle a Lola lo que siento!». Tenía las manos arrugadas en las articulaciones porque padecía de frieras y a la llegada de la primavera las manos perdían su turgencia y la piel le quedaba grande. Cecilio Rubes pensaba: «Para estas gentes un hijo es un acontecimiento de cada día. En el Club, esta tarde, será otra cosa».

Rubes se preciaba de su Club. Entendía que a las personas acababa de matizarlas el club a que pertenecen. No le gustaban los asiduos al Centro Mercantil. Por su profesión pagaba la cuota pero era un socio puramente nominal. La mayoría eran artesanos, especuladores y horteras. Tampoco el Círculo le apetecía, por su excesiva popularidad: era un centro de funcionarios modestos. En la

ciudad era el Real Club la entidad social de más tono y sus asociados, en su mayor parte, eran gentes de posición, aficionados a la buena mesa, a las mujeres y al juego. Cecilio Rubes no concebía un hombre de mundo a quien no le agradase rodear la cintura de una mujer que no fuese la suya o arriesgar quinientas pesetas a una carta o a un número. Si además bebía en forma, y fumaba gruesos habanos, el tipo de hombre de mundo quedaba perfecto a los ojos de Cecilio Rubes.

Para él, el Club era su segundo hogar. Antes del nacimiento de Cecilio Alejandro Nicolás tal vez fuese el primero. Y Cecilio Rubes se afinaba en exhibirse en él como el prototipo de hombre de mundo que en su imaginación creaba y admiraba. Con todo, no llegó nunca a acostumbrarse a fumar gruesos habanos porque a la segunda chupada le asaltaban unos irreprimibles deseos de devolver y un hombre movido de bascas no podía ser en modo alguno un perfecto hombre de mundo.

El número de socios del Real Club era más bien reducido, por el excesivo coste de la cuota de entrada. La última junta, presidida por Cecilio Rubes, acordó elevar la prima de ingreso a quinientas pesetas para limitar el derecho de admisión. De esta forma, «se protegía la pureza del núcleo fundador y bueno… no se prostituía la tradicional, acrisolada dignidad del grupo», como el propio Cecilio Rubes dijo en el breve preámbulo que precedió a la votación.

El Club contaba con tres amplias dependencias: salón, sala de juego y comedor. Cecilio Rubes procuraba frecuentar las tres a partes iguales y, para ello, no había de esforzarse, puesto que le gustaba charlar casi tanto como comer o arriesgar su dinero. Allí, resguardado de la plebeyez que envolvía a la ciudad como una pesada túnica, se sentía más amigo de sus amigos, más joven, más importante, más hambriento, más sediento, más jugador que en ninguna otra circunstancia de su vida. Por todo esto le gustaba el Real Club.

Cuando entró en él aquella tarde, Cecilio Rubes esperaba un recibimiento apoteósico. Cecilio Rubes se lo había confesado secretamente mientras comía y no pudo disimular una sonrisa de complacencia. No en vano era el presidente y tenía simpatías allí. Quizá le hubieran preparado alguna bromita inofensiva. Conocía de sobra al cojo León Valdés como para esperar cualquier cosa. León Valdés era un rico propietario con cara de pájaro que escupía levemente al hablar. Y León decía a gritos, cuando Cecilio llegó: «Y yo digo: ¡Si hay tasa no se sembrará trigo!». Rubes se puso en guardia y saludó. Dijo Ramón Prado, temblándole las aletillas de su enorme nariz: «Pero, amigo mío, ahora te permiten elevar la tasa cuatro pesetas, ¿no es eso?». León Valdés volvió levemente la cabeza: «Hola, Cecilio», dijo, y añadió vociferando: «¡Te repito a ti y a todos que lo peor de la tasa no es ser baja; lo peor de la tasa es la tasa misma!».

Cecilio pensó: «¿Dónde van a parar?». Su bien alimentada esperanza se deshizo cuando la descuidada cabeza de Fidel Amo, el boticario, se inclinó levemente hacia él y dijo a media voz, como con cierto temor: «Enhorabuena, Cecilito». Luego agregó: «Lo que León dice lo sabe Ventosa y lo sabe Maura, lo que pasa es que en este país nadie se atreve a manifestar lo que piensa». Chilló Valdés, abriendo mucho el pico: «Ventosa dice: La tasa es injusta e ineficaz. Bien. Pero luego, ¿qué hace Ventosa?». Dijo Fidel Amo: «Lo que han hecho los demás». La nariz de Ramón Prado se levantó amenazadora: «La realidad es ésta —dijo—: o un problema de carestía o un problema de escasez».

Algo se derrumbaba para Cecilio Rubes. Pasó alguien a su lado y le dio un golpecito en la espalda: «Enhorabuena, chico», dijo. En el rincón había otra tertulia y Cecilio Rubes se dirigió hacia ella. A sus propios ojos, su personalidad iba quedando ridículamente pequeña. Se desplomó en un sillón y el teniente coronel López dijo: «¿Qué hay, Rubes?», pero sin el menor deseo de saber lo que había; apenas le miró. Dijo Lozano, el magistrado: «Las cosas ahora habrán de sujetarse a una revisión». Dijo el teniente coronel López: «¿Ha quebrantado Rusia su tratado de alianza con la Entente? Ésa es la cuestión». «No estoy de acuerdo —dijo el magistrado—. La cuestión debe plantearse así: ¿debe un Gobierno quedar atado de pies y manos por compromisos de gobiernos anteriores?» Rubes pidió una copa y luego otra. Creyó que le entonarían pero no fue así. Le molestaban, hoy, las lucubraciones políticas de sus amigos; las encontraba grandilocuentes y vacuas. Le dolía la indiferencia de su grupo, el hecho de que su problema familiar quedara tan oscuramente relegado. Oyó la voz agria de Valdés, violando el espacio de la tertulia del teniente coronel López: «La tasa es un gran pecado». Oyó la voz del teniente coronel López, violando el espacio de la tertulia de León Valdés: «¡La revolución no precisa de razones!». Se hizo un silencio. Rubes pensó: «Me ha llegado el turno». Y sintió como el inicio de un azoramiento. Cogió la copa para disimular, vio encenderse los ojos del magistrado y se dijo: «Preparado, Rubes». El magistrado dijo: «¡Diablo, diablo! ¡Miren qué criatura!». Frente al ventanal cruzaba una muchacha bien curvada en compañía de una mujer vieja. Dijo Valdés, desde el otro grupo, levantando su rostro de pájaro: «La conozco». El teniente coronel López dijo: «¿A fondo?». Todos se echaron a reír. Dijo León: «Conozco a la de allá. Entendámonos». A Cecilio Rubes no le hizo gracia; le estorbaban esta tarde los pies. Los notaba demasiado calientes y no hallaba postura para ellos. Se levantó y salió sin volver la cabeza. Pensó: «Mañana presentaré la dimisión. No debo presidir un grupo donde no se me estima». Sabía que al día siguiente no presentaría la dimisión pero se llenaba preparando, al menor motivo, un gesto teatral de dignidad ofendida que nunca llegaba a adoptar.

Estimaba demasiado la presidencia del Real Club; este honor, en la ciudad, constituía un sobresaliente timbre de distinción.

Recorrió la calle contemplando los escaparates. Penetró en una tienda de música y salió muy complacido con un disco de gramófono debajo del brazo. Más allá, Cecilio Rubes entró en una bisutería y, al pagar, en la caja, sonreía cordialmente. Advertía que mediante estos escarceos iba cambiándole el humor. Al llegar al pisito de Paulina no era ya un hombre deprimido. Pulsó el timbre tres veces y abrazó a la muchacha en el pasillo, casi sin darle tiempo a respirar. Le agradaba refrotar su mejilla contra el cabello rojo y alborotado de Paulina.

—Bien, pequeña. Mira lo que te traigo.

La muchacha desenvolvió el disco. Lanzaba sofocadas exclamaciones de alegría. Dijo:

—*Con una falda de percal planchá*. ¡Oh, amor mío! ¿Por qué sabes tú que es ésta mi música preferida?

Se lanzó a su cuello, le besó y luego le dio dos tironcitos amistosos de las guías de los bigotes.

—Aún hay más —dijo Rubes.

Ella le registró minuciosamente. Encontró un pequeño envoltorio y lo descubrió.

—Bien, unas perlas para las orejas —dijo Cecilio.

—¡Ah!

La muchacha palmoteaba y le besaba con intermitencias. Pensaba Cecilio: «Esta chiquilla y mi hijo son la única verdad de mi vida. Mañana presentaré la dimisión». Sobre el sofá había un espejo y Paulina superpuso una perla al lobulillo de su oreja estudiando el efecto. Se volvió a él y se le colgó del cuello:

—¡Ah, cariño, qué feliz me haces!

Rubes la besó en la mejilla. Le gustaba el ceñido trajecito de punto que llevaba Paulina ajustándole la forma del cuerpo.

Puso una mano en su cintura y se turbó.

Pensó: «Hacía mucho tiempo, mucho tiempo…». Ella dijo:

—¿Cómo se te ocurrió?

—Una vecinita las usa y da un efecto bonito a las orejas.

Intentó rodearle la cintura, pero ella esquivó el abrazo, dio cuerda al gramófono y colocó en el platillo el disco nuevo.

—Vamos a bailar, cariño.

Notó Cecilio que no hallaba en su pareja el ritmo adecuado. El cuerpo de Cecilio Rubes tenía unos desplazamientos pesados y torpes, en contraste con la ligereza de ella. «He de hacer gimnasia», pensó. Tarareó Paulina mirándole a los ojos y echando la cabeza hacia atrás:

—Con-u-na-fal-da-de-per-cal-plan-chá…

Él dijo:

—¿No leíste el periódico, Lina?

Denegó la muchacha con la cabeza. Paulina aprovechaba cualquier coyuntura favorable para imprimir a sus cabellos una expresión vivaz. Sabía que esto a Cecilio le trastornaba. Bailaban junto al ventanal y al fondo se descubría el cauce frondoso del río y unos tesos distantes y grises. Añadió Cecilio:

—Ayer, por la mañana, nació mi hijo.

Ella recostó la cabeza en su pecho:

—¿Es niño? —preguntó con un leve temblor.

—Bien. Un Cecilio Alejandro Nicolás. Eso es —dijo él eufórico.

Paulina se encogía sobre sí misma. Se preguntó Cecilio: «¿Está llorando?». Dijo:

—¿Tienes miedo?

Ella asintió:

—Lo tengo y no sé de qué.

La estrechó él y perdieron el ritmo. Los ojos de Paulina estaban ligeramente empañados. Sin volverse, detuvo el gramófono.

—¡Vaya! —dijo, de pronto—. Estoy pensando, cariño, que sin periódico en casa mal me puedo enterar de las cosas.

Cecilio la tomó de los hombros. En esos momentos Cecilio Rubes daba la impresión de un padre serio e indulgente disculpando las diabluras de su hija. Animaba el rostro y la figura de Paulina un espontáneo matiz de picardía que le prestaba un aire exageradamente juvenil. Se sentaron uno junto al otro en el sofá.

—Bueno —dijo Rubes—. Una cosa. Bien… No es fácil empezar, pero quiero advertirte una cosa, Lina. Bien… El hecho de que tenga un hijo… Bueno, desde ayer tengo un hijo y mi hijo es mi hijo y tú eres tú… Es decir…

Paulina le observaba expectante y su mirada le cohibía. Era ostensible que Paulina esperaba de él una manifestación terminante. Añadió penosamente Cecilio Rubes:

—Es decir… Bien. Quiero decir que mi hijo no ha de ser una sombra para ti, ni… en fin, ni tú debes ser una sombra para mi hijo. Bueno. Cada uno tenéis un sitio… un sitio… aquí, en mi corazón. El hecho de tener un hijo no impide que yo te quiera y te visite y… Bien, quiero decir que mi hijo es mi hijo y tú eres tú…

Cecilio Rubes sudaba. No era partidario de sentimentalismos con Paulina. Cecilio Rubes sospechaba que Paulina, sin el trajecito ajustado y sin las tentadoras proporciones que ocultaba debajo, no tendría un sitio en su corazón. Paulina para él era una distracción. Si le hacían gracia sus cosas y su manera de ser era por el trajecito de punto y las proporciones que había debajo. Una Paulina vieja o gorda no le interesaría, por mucho ingenio que derrochase. Por eso sudaba y le costaba envolver la prosaica realidad en un tenue y almibarado halo poético. Dijo Paulina:

—¿Cómo es tu hijo, Cecilio? ¡Yo quiero conocer a tu hijo! —Paulina adoptaba posturas indolentes, ingenuamente provocativas. Se tumbó en el diván y recostó la roja cabeza en las piernas de Cecilio Rubes.

—Mi hijo... mi hijo.

La tierna imagen de Cecilio Alejandro Nicolás se evaporaba de la cabeza de Rubes. No veía más allá de Paulina, de su trajecito ceñido y de las presuntas formas maravillosas que ocultaba.

—Bien —dijo, tomándola bajo los brazos y levantando su rostro hacia él—. Eso ahora no importa, Lina. Ahora sólo importas tú... Dime, dime, pequeña, ¿cuánto me quieres? ¿Es cierto que me quieres tú a mí mucho, pequeña?

A Cecilio Rubes no le divertía el cinematógrafo. Tampoco a su mujer le divertía el cinematógrafo. De todos modos, en la ciudad, los cinematógrafos en 1918 eran dos y las películas combinaban la fotografía y los carteles de forma convencional. Cecilio Rubes prefería que todo se lo dieran hecho. Para leer prefería su casa y su sillón favorito. Las butacas de los cines eran incómodas y le parecían sucias. La ópera le cansaba, pero asistía a ella en traje de etiqueta, y hasta encontraba un placer en descender de la berlina bien charolada y ayudar a hacerlo a su mujer, pomposamente envuelta en su salida de noche, y, luego, volver a tomar la berlina cuando el espectáculo concluía. Lo que mediaba entre la llegada y la salida se le hacía a Cecilio Rubes tonto, denso y fatigoso, aunque a sus treinta y siete años aún no se lo hubiese confesado a nadie.

Por todo esto prefería la luz y la sencillez y el color de las zarzuelas. No tenía mal oído y aprovechaba cualquier oportunidad para renovar su repertorio, ineludible mientras se afeitaba o al salir del baño. Le gustaba también ver la garganta y los tobillos de las tiples y echar una ojeada a la cintura de las señoritas de los coros. Una mujer bonita y con bonita voz suponía para Cecilio Rubes el compendio de todas las virtudes.

A veces, Cecilio Rubes hacía alguna escapadita a Madrid. Adela desconocía las necesidades del negocio y no se extrañaba de estos viajes. Cecilio Rubes, en Madrid, se desenvolvía como el pez en el agua. Allí las zarzuelas le gustaban menos y prefería entretener sus ocios con alguna revistita picante. Y como el hábito de casado se había ahincado en él de manera definitiva, y la habitación del hotel se le hacía fría e inhóspita, no era raro ver a Cecilio Rubes a la puerta reservada de los teatros, esperando la salida bulliciosa de las chicas del conjunto. A menudo, Adela le pedía que la llevase a Madrid con él, pero Cecilio Rubes se evadía. Sobre este punto había asimilado la

teoría de su amigo de club Fidel Amo, el boticario. Decía Amo: «Ir a Madrid con la mujer es como ir a La Bombilla y llevar la merienda».

Con todo, y artísticamente hablando, ningún espectáculo reunía para Cecilio Rubes tanto atractivo como la Chelito buscándose la pulga. Aquel número ejercía sobre él tal poder de sugestión que Cecilio Rubes desistía de contemplarlo si no podía ser en una localidad de primera fila. Cecilio Rubes entendía que el arte era insinuación y la Chelito era artista porque se insinuaba. El argumento no admitía vuelta de hoja.

El 30 de mayo de 1918, Cecilio Rubes contemplaba a Cecilio Rubes instalado en su confortable cunita. Aquella figurita rechoncha y sonrosada ejercía una atracción sobre él superior a la de la Chelito. Y de otra índole además, aunque él, exactamente, no acertara a definirla. Cecilio Rubes, en presencia de su hijo, se enternecía y se sentía inclinado a un cambio de conducta. Pensó: «Bien. Todo eso se terminó. Nada de viajes a Madrid, ni de Chelitos, ni de vicetiples. Bueno, no es que eso tenga nada de particular, pero todo eso se terminó. Uno tiene una responsabilidad sobre sí y un hijo que atender y todo aquello pasó. Uno ya tiene edad de sentar la cabeza».

Notó sobre su hombro la leve presión de la mano de su mujer y se sobrecogió como si acabara de sorprenderlo en un mal paso. Dijo Adela:

—¿Qué es lo que piensas, querido?

—Bien —dijo él—. Pensaba que a este niño le toca ya. En realidad, pasan cinco minutos de su hora.

—¡Oh! Tienes razón, querido.

Cecilio Rubes anduvo indeciso respecto a la crianza de su hijo. Le constaba que era impropio de una mujer de posición dar el pecho a su propio hijo. Le constaba a Cecilio Rubes que el pecho de su mujer no precisaba de mayor desarrollo. Le constaba, no menos, que los pechos femeninos perdían de utilidad para el marido justamente lo que ganaban de utilidad para el hijo. (Había en todo esto una relación inversamente proporcional.) Por eso consultó a Valentín, el contable:

—Señor Rubes, usted sabe como yo que amamantar a los hijos no está bien visto en ciertas esferas sociales. Eso no es nuevo ni para usted ni para mí. Pero si me permite que le dé un consejo le diré que para un niño no hay leche como la de la madre y que al lado de un hijo todas las demás cosas son secundarias. Mi mujer ha criado a todos sus hijos y yo me aguanté por ellos. No estaría bien, ni es cristiano, que ellos se fueran a aguantar por mí.

Cecilio Rubes pensó: «Bien. Aún me queda Paulina».

Pero Adela puso el grito en el cielo al enterarse de la decisión de Cecilio; se deformaría, y él huiría de ella, y buscaría otras mujeres. Además, le producía escalofríos la idea de que un ser vivo se agarrara

de ella y subsistiera a su costa, como un parásito. Mas, cuando vio al pequeño Cecilio relajarse de satisfacción y encontrar en su pecho el equilibrio vital, experimentó un loco deseo de llorar y de estrujarle.

A Cecilio Rubes le agradaba constatar el noble deseo de vivir en la boquita sonrosada de su hijito. En la ávida e implacable succión ya se hubiera conocido que era un Rubes. Se mostraba glotón, exigente y sensual. A su madre, la viuda de Rubes, no le asistía ninguna razón cuando decía que Adela no tenía todo el alimento que la criatura precisaba. Al concluir sus comidas, Cecilio se quedaba tranquilo y congestionado y le impacientaba que su madre le pusiera una mano sobre el estómago y otra sobre la espalda en espera de los tres eructos. Era la condición previa para descabezar una siestecita. Y Cecilín Rubes berreaba porque le vencían unos imperiosos deseos de dormir. A veces, el tercer eructo del niño se demoraba y la casa entera entraba en conmoción con el llanto del pequeño. Mas los tres eructos eran algo sagrado y parecía posible que de la inobservancia o de la observancia incompleta de esta condición derivasen los más graves daños para todos. Sí, Cecilín mamaba lo suficiente aunque su madre dijera otra cosa. La viuda de Rubes, como casi todas las mujeres, propendía a considerar que ella, en su momento oportuno, cumplió su misión de madre y de mujer más concienzudamente que ninguna. A las ocho de la noche bañaban a Cecilín. Cecilio Rubes volvía ahora a casa directamente sin pasar por el Club. No existía para él distracción comparable a la de ver al pequeño Rubes chapuzando en el agua. Un Rubes en una bañera —aun diminuta— encerraba para Cecilio un inefable sabor simbólico. Constituían —niño y bañera— una entidad indivisible, la suprema razón de su vida: su origen y su consecuencia.

En ocasiones, la viuda de Rubes se esperaba para verle bañar. Decía:

—Insisto en que esta criatura no está suficientemente alimentada. Mira qué plieguecitos le hace la piel bajo los brazos.

Rubes decía:

—¡Oh, mamá!

Adela se inclinaba sobre el pequeño para ocultar su irritación.

Decía la viuda de Rubes:

—Tú fuiste más hermoso, Cecilio. Mi hermano decía: «Éste es un niño de exposición». Tenías unos bucles dorados que te chorreaban sobre los hombros. La piel muy tersa y blanca. Tu padre decía: «Ramona, no me gusta que besuqueen al niño en la calle», y te pusimos un letrerito que decía: «No me beséis». ¡Eras una criatura encantadora, Cecilio! Este niño no sale a ti. Tiene la piel oscura como un mestizo y… no come lo suficiente.

Adela le decía a su marido, cuando se encontraban a solas:

—Oh, Cecilio, tu madre quiere decir que yo he echado a perder a

tu hijo. Tu madre quiere humillarme y no sabe cómo. ¿Sabes que empiezo a aborrecer a tu madre?

Adela lloraba y Cecilio se esforzaba en consolarla. Cecilio Rubes temblaba, ahora, cada vez que veía disgustada a Adela. Valentín le decía que una mujer criando debía ser objeto de los mayores cuidados. Mas Cecilio no tenía voluntad para oponerse a su madre. Ante ella se sentía sujeto a una inexorable dependencia.

Gloria, en cambio, decía también de Cecilín Rubes que era un niño de exposición. Una tarde, en el colmo del entusiasmo, Gloria dijo que le gustaba el chiquitín más que el del anuncio de Laxen Busto.

Adela reía gozosa al transmitírselo a Cecilio. Cecilio encontraba un encanto insospechado en estas confidencias vespertinas, cuando volvía fatigado del Establecimiento. Ellas le daban fe del progreso de su hijo. Veía menos a Paulina ahora y ella se lo reprochaba. Él no acertaba a explicarse esta influencia de un hijo en el instinto sexual.

Antes de que Cecilín Rubes cumpliera el mes, Gloria dio a luz un niño. Fue un parto laborioso el suyo, pues el doctor Rouge ya había advertido que la muchacha era estrecha de pelvis. Gloria estuvo de parto treinta y seis horas. Adela, a su lado, la veía fruncir el ceño y morderse los labios. No emitió un quejido, sin embargo. «Es muy valiente o no le duele como a mí. ¡Oh, es imposible que le duela como a mí!», pensaba Adela. Nada más nacer la criatura, Adela abrazó a Gloria y dijo:

—¡Ah, querida! Me alegro de que todo haya sido fácil. ¡Tú no sabes lo que es sufrir!

Cecilio pasó a dar la enhorabuena a su vecino. Luis estaba sereno y le ofreció una copa de jerez.

—Bien —dijo Cecilio—. Ya estamos iguales. —Le dio una palmadita entusiasta en el muslo.

Luis tenía un gesto de extremada gravedad en el rostro. Cecilio dijo:

—Un hijo es lo más importante del mundo. Cierto que trae consigo graves responsabilidades, pero tiene otras muchas compensaciones. Bueno. Cecilín ya agarra, ¿sabe usted?

—¿Agarra ya su chico?

Cecilio Rubes sonrió inefablemente:

—Agarra como un condenado. Le pone usted dos dedos entre las manitas y él se levanta de la cuna como si nada. ¡Es un chiquillo muy espabilado, es cierto! Ahora, una cosa le aconsejo aunque su mujer no opine así... si el pequeño llora por la noche muévale usted. Bueno. Un movimiento ligero, un pequeño vaivén. Gloria le dirá que le maleduca usted. Bien. Yo digo lo contrario: lo importante es que los chiquillos no aprendan a llorar. Si los chiquillos cogen gusto al llanto, se ha perdido usted. Total, eso no cuesta nada y el pequeño lo agradece.

—¿Otra copa?

—Ah, bien. Así. ¡No me la llene! No me conviene esto, ¿sabe? Me pega al hígado.

Cecilio Rubes se hallaba a gusto esta tarde. Encontraba un maravilloso placer en dar consejos paternales. Se juzgaba a sí mismo un padre modelo, ducho y experimentado. Ciertamente, el nacimiento de Cecilio Alejandro ocasionó en él una apreciable metamorfosis. Su hijo le brindaba la posibilidad de estirar su egoísmo, de prolongarlo a una nueva generación. De rechazo, sus relaciones maritales tomaron otro cariz; no se reducían ahora a la desordenada satisfacción de un instinto sexual sino que Adela cobraba a sus ojos una más excelsa dignidad como obligado sustento de su hijo y como copartícipe en su propiedad. Entre su mujer y él brotaba de una manera espontánea un motivo atrayente de conversación, un raro punto de entendimiento y afinidad. Veía con gusto la inquietud que movía a Adela hacia su hijito, su tierno afán por remediar sus pequeños sinsabores. Un día le dijo su mujer:

—Querido, he encontrado un libro maravilloso. Es del doctor Hoffman. Alemán, ¿sabes? ¡Ah, qué contenta estoy, Cecil! Tú ves... Trae todo lo que pueda interesarnos. ¡Oh, querido, querido!... Mira: «Comodidad del vestido». «Posición que debe adoptarse cuando el niño ha de mamar fuera de la cama.» «Modo de dar un pecho o ambos pechos.» «Signos de que un niño recibe suficiente, poca o demasiada leche.» Bien. Lo he comprobado, Cecilio, ¿sabes? Tu madre no tiene razón. Cecilín mama demasiado. ¿Tú ves? ¡Hay más! Aquí está todo lo que puede importarnos. Dice, mira, por ejemplo: «Los niños pueden llorar por el deseo de estar con su madre, porque tengan hambre o estén sobrealimentados, porque permanezcan en la humedad demasiado tiempo, porque tienen frío, porque tienen calor, porque sus vestiditos estén prietos, porque les molestan los insectos, porque están estreñidos, porque tienen dolores, porque tienen ventosidades o porque están enfermos». ¿Has oído, Cecil?

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. Verdaderamente el doctor Hoffman no ha descubierto el Mediterráneo. No creo que haya otro motivo de queja ni para un adulto, siquiera.

Mas a Cecilio Rubes, en el fondo, le agradaba este interés y este desproporcionado entusiasmo de su mujer.

Le agradaba también, en esta nueva fase de su vida, asistir con Adela a la misa de una los domingos y pasar después por el parque, a recoger al ama y a Cecilín junto al quiosco donde la banda del Regimiento de Caballería interpretaba su gratuito concierto matinal. Y le agradaba ver de lejos al ama de su hijo —arrastrando un coche de altas ruedas, de níqueles brillantes— con su vestido a cuadros, su cofia almidonada y su gaseoso y gigantesco lazo atrás. Y le agradaba, no

menos, cuando Luisito y Cecilín fueron creciendo, oír los sabrosos comentarios de su mujer, los días que ella y Gloria visitaban juntas al médico, para constatar el desarrollo de sus hijos.

Adela decía:

—Y entonces Fraile dijo, y se refería a Cecilín: «Este chico va muy bien. Está espléndido». Y, luego, dijo: «El pequeño Sendín tendrá que apretar si no quiere que Rubes le deje en la cuneta». Oye, Cecil, y Gloria me dijo al salir: «Mujer, ¿qué haces para que tu chico engorde así? Estoy disgustada». Figúrate, Cecilín le lleva más de un kilo.

Cecilio Rubes se esponjaba como un pavo real. Exultaba. A Adela, estos triunfos de su pequeño la estimulaban a pensar en su padre y en La Habana. Después de cuatro años reanudó la correspondencia con sus hermanos, no por atracción afectiva, sino por la necesidad de dar salida a sus nuevas y asfixiantes emociones. Su vida encontraba un sentido y experimentaba un profundo deleite acomodando su ritmo a sus exigencias. Veía también a Cecilio más próximo, más hecho a su hogar, más compenetrado. No resistía la impaciencia cuando Cecilio se retrasaba y ella le esperaba con una noticia importante. Le veía sujeto a sus labios, pendiente, ávido, y ello la complacía. Un día, iniciado ya el otoño, Adela le dijo:

—Cecilín llora desde hace días después de mamar, Cecil...

Se le formaba una bola dolorosa en la garganta que casi le impedía hablar. Cuando se arrancó a llorar, las palabras surgían de su boca como lanzadas por una explosión, como si hubieran estado comprimidas demasiado tiempo.

Cecilio Rubes sintió temblar el mundo en torno, y sintió temblar sus manos también, dentro de los holgados y blanquísimos puños de la camisa.

—Sí. Cecil... He hecho la prueba del doctor Hoffman; he hecho todas las pruebas. No tengo leche, ¿sabes? ¿Comprendes lo que eso significa? Cecilín apenas tiene medio añito y su madre se ha quedado sin leche... ¿Puedes imaginar, querido, una calamidad semejante?

Cecilio Rubes se esforzó en consolarla. Columbraba las enormes dimensiones de la desgracia, pero esperaba, no sabía a ciencia cierta de dónde, un oportuno remedio. Le prestó a Adela su pañuelo inmaculado para que se sonase. Ello revelaba en Cecilio Rubes una magnífica y entrañable disposición de ánimo. Dijo, luego:

—Vaya, no extrememos las cosas, querida. Hay remedios para eso. Bueno. Todo en la vida tiene remedio. ¿Has probado las Pilules Orientales? Bien, no es que yo tenga una fe ciega en esas cosas, pero hay píldoras muy renombradas y que, por lo visto, hacen efecto. Además, has de reposar y comer bien y fortalecerte y... Bien. No creo que esté aún todo perdido.

Durante tres semanas, Adela ingirió toda clase de píldoras, reposó

las comidas, durmió doce horas, no se agitó, sudó, bebió cerveza, procuró no afligirse, engordó, pero el pequeño Cecilio Alejandro Nicolás seguía insatisfecho. Fue entonces cuando Cecilio Rubes se decidió a consultar a su madre.

Dijo la viuda de Rubes:

—No me dirás tú que esto es una sorpresa, Cecilio. Siempre te lo advertí. No es fuerte, Adela. Es una de esas mujeres que todo lo echan en fachada; es una pobre monja boba tu mujer.

Cecilio replicaba débilmente, dócilmente. Añadió su madre:

—¿Habéis probado las Pilules Orientales?

Rubes estaba decepcionado:

—Bien —dijo—. No queda un solo remedio en las boticas que no hayamos probado.

Su madre se excitó toda. A la viuda de Rubes le lastimaba que su nietecito se resintiera por la incapacidad de una mujer en la que ni loca creyó, ni como esposa ni como madre.

—¿Podríamos esperar otra cosa de ella? Dime, Cecilio —dijo—. ¿Por qué te empeñaste en hacer tu esposa a una mujer que no es de tu casta? ¡Dios me libre de ser orgullosa! Bien me sé que yo no tengo títulos, ni pergaminos, ni cosa alguna de que jactarme, pero tú sabes, Cecilio, que un antepasado tuyo peleó en las Navas de Tolosa y ganó una distinción real; y la bisabuela de mi abuelo paterno fue camarera mayor de la reina Isabel; y mi propio bisabuelo fue condecorado por Carlos III cuando el motín de Esquilache. Bueno, todo eso pesa en la sangre, hijo, y…

La impaciencia le subía a la cabeza a Cecilio Rubes, le enturbiaba la razón:

—Bueno —dijo—. Nada de todo eso da leche, que yo sepa, mamá. Ni mis antepasados ilustres, con todos sus merecimientos, han podido evitar que su descendiente Cecilio Rubes venda retretes.

—¡Cecilio!

—¡Mamá!

—Hijo, el pasado es el pasado y no tenemos derecho a hacer tabla rasa de él.

Por primera vez, Cecilio Rubes echaba los pies por alto ante su madre. Hubo entre ellos un oscuro y prolongado tiroteo de reticencias. Al fin, la viuda de Rubes puntualizó e hizo ver la conveniencia de tomar una nodriza.

Fraile, el médico puericultor, dijo: «Una nodriza. La lactancia artificial es peligrosa en la dentición».

Adela leyó, al día siguiente, con voz temblorosa, la lista de ofrecimientos que publicaba el periódico. (Era horrible, para ella, entregar a su hijito así, de repente, a unos pechos mercenarios.)

«Soltera de veinte años, leche de quince días, desea para casa de

los padres, dentro o fuera de la capital.» «Casada, de veintiséis años, leche de un mes, desea para su casa.» «Soltera, de veinticuatro años, leche de ocho días, desea para casa de los padres...»

Dijo Rubes:

—¡Bien, bien! ¿Por qué todas han de tener la leche atrasada, querida? ¿No podremos encontrar una que marche al día?

La vitalidad de Adela se hallaba como velada, un tanto oscurecida y marchita. Su voz tenía unos trémolos opacos de autodominio y resignación. Dijo:

—Mercedes dice, querido, que aquí no hay buenas nodrizas. Las buenas nodrizas son de Galicia. Ella conoce una agencia que facilita nodrizas con todas las garantías.

Por la tarde fueron juntos a la Agencia. La Agencia estaba instalada en un edificio destartalado, con las paredes húmedas y un enorme y sombrío patio interior. En él paseaban las muchachas, tristes y deprimidas, o armaban tertulias en los rincones. «Bien —pensó Rubes—. Estas mujeres no tienen fuerza ni para sostenerse solas.»

El hombrecillo nervioso y vehemente que les atendía dijo:

—Esto es lo que queda. No es mucho, es cierto. Yo les recomiendo que aguarden a mañana. Espero un nuevo envío del Norte.

Al día siguiente, con el nuevo envío, llegó Jacoba. Era una mujer opulenta y maciza, de bondadosa sonrisa y pocas palabras. Hizo una breve demostración en el patio, apuntando a la cara de una de sus compañeras y dibujando en el suelo, con el chorrito de leche, unos jeroglíficos indescifrables. Ella dijo: «Dice: ¡Viva Santiago Apóstol!». El hombrecillo nervioso dijo: «¿Qué les parece?». Añadió Adela: «¿Le hacen treinta duros y mantenida?». Jacoba se levantó y se puso a su lado sonriente, sin decir palabra.

Cecilín agradeció la abundancia de la nueva fuente. Ante aquel pecho inmenso, inagotable, se quedaba dormido, ahíto, sin fuerzas siquiera para eructar.

El día 3 de noviembre de 1918 la balanza pesabebés acusó el refuerzo a que Cecilín Rubes venía siendo sometido. El día 4, Cecilio Alejandro echó su primer diente y el día 6 mordió, por primera vez, el pezón derecho del ama Jacoba. Cecilio Rubes consideró que los acontecimientos eran bastantes y lo suficientemente abultados como para justificar una visita a su madre. Las proezas de Cecilio Alejandro Nicolás ya se conocían en el establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos», en el Real Club y en todas las reuniones de cierta monta de la ciudad. Cecilio Rubes chorreaba satisfacción:

—Bien —dijo a su madre—, sabrás que el pequeño Cecilio ha engordado otro kilo, tiene un diente y, cuando se enfada, muerde el pecho de su nodriza hasta hacerla chillar. Bueno. El nuevo Rubes viene pegando. Eso es todo.

Dijo la viuda de Rubes:

—¿No dice aún «papá»?

—No; aún no dice «papá», mamá.

—Tú, a los seis meses, decías «papá», Cecilio. ¿No crees que ese niño anda un poco atrasado?

Advertía Cecilio Rubes en su madre una habilidad extraordinaria para recortarle las alas. De repente, se quedó como sin voz. Los pinitos de Cecilín Alejandro Nicolás, que de ordinario asombraban a su auditorio, producían en su madre una reacción opuesta. ¿Atrasado Cecilio Alejandro? A Cecilio Rubes le asaltaban deseos de reír. «Bien —pensó—. Aún no ha participado en la batalla de las Navas de Tolosa, ni ha sido condecorado por Carlos III, si es eso lo que mi madre quiere decir.» Dijo:

—¡Por Dios, mamá! Si es el niño más avispado que he conocido...

Súbitamente Cecilio Rubes intuyó que detrás de Cecilín y de las palabras de su madre se escondía algo esta tarde; algo que en cierto modo era fundamental o atentaba contra los soportes que él, en la vida, estimaba fundamentales. Dijo la viuda de Rubes:

—A propósito de tu hijo, Cecilio. Digo yo si por su buen nombre y por el bien parecer estarás dispuesto a algo que, a fin de cuentas, también a ti ha de favorecerte, aunque de momento te suponga un sacrificio.

Advirtió Cecilio Rubes una especie de desfondamiento.

—¿A qué te refieres, mamá? —dijo como con la boca llena.

—Creo que va siendo hora, hijo, de que dejes a esa pelandusca y aclares un poco tu situación.

Le subió, como una racha de fuego, la sangre a las orejas.

—¿Sabes tú...? —dijo.

—¿Quién lo ignora en la ciudad? Fuera de la monja boba de tu mujer, ¿hay alguien que desconozca que Cecilio Rubes tiene un capricho... pelirrojo y le ha puesto un piso en la calle Nueva, junto al río?

—¡Ah, mamá!

—Vaya, no te alborotes. Lo supe desde el primer día y entonces no te dije nada porque sé lo que sois los hombres e imagino lo que, en ciertos momentos, dará de sí la simple de tu mujer. Pero ahora, con un hijo, todo es distinto, y si quieres que ese hijo tuyo pueda llevar tu nombre con la cabeza bien alta, debes renunciar a ciertas cosas, Cecilio. Debes elegir entre tu hijo y esa pelandusca.

Cecilio inclinó la cabeza. Se sentía cogido, como cuando niño era sorprendido en alguna trastada prohibida. Le zumbaba la sangre en las sienes y le impedía reflexionar.

—Bien, mamá —dijo, al fin—. ¿Crees tú que es necesario plantear el problema en unos términos tan concluyentes?

La viuda de Rubes ladeó su enorme cabeza blanca. (Hacía el efecto de que el gollipín resultaba insuficiente para sostener su peso.)

—Ella o tu hijo —insistió.

Cecilio Rubes vacilaba:

—Paulina, además, no es eso que tú dices, mamá. Paulina es una buena chica.

—Todas ésas lo parecen; lo admito. Pero ¿sabes tú si no te la está pegando con el primer sinvergüenza que se le arrima?

—¡Mamá!

—Siempre fuiste un niño, Cecilio. ¿Has pensado alguna vez si esa muchacha te hubiera complacido de ser tú un pobre diablo con dos cuartos en el bolsillo?

—¡Quién lo duda! —voceó Rubes, herido.

Su madre sonreía piadosamente:

—No has cambiado, Cecilio. Creo que pecaste siempre de un exceso de confianza en ti mismo.

—Bien... Bueno... Creo que las mujeres no penetráis en ciertas cosas. Dejarlo... Dejar a esa «pelandusca»... Bien, mamá. Eso no es tan sencillo. No es de ninguna manera sencillo. Bueno. A una mujer la quitas... Bien. Convives cuatro años con ella y luego le dices: «Desde mañana no te necesito. Puedes ir desalojando la habitación». Bueno; primero, esto no me parece correcto; segundo, ¿quién te garantiza que esa mujer, despechada, no te organiza un escándalo? Ésa es la cuestión...

La viuda de Rubes le atajaba, conocía demasiado sus puntos vulnerables. Dijo:

—¡Caramba, Cecilio! Nunca pensé que esa muchacha fuese para ti algo más que un capricho pasajero. Un escándalo, un escándalo... ¿Hasta ahí llega tu falta de ascendiente sobre ella?

Cecilio Rubes se levantó. Apenas recordaba ahora que su visita estaba relacionada con el primer diente de su hijo y el primer mordisco al ama Jacoba. Los hechos tomaban con frecuencia curso distinto del previsto. La vida era así un perpetuo despropósito. Evocó a Paulina con el ceñido traje de punto, recostando la roja cabecita sobre sus piernas. La evocación resultaba mórbida y excitante. Luego le asaltó la imagen de la muchacha en deshabillé contoneándose, canturreando: «Con-u-nafal-da-de-per-cal-plan-chá». Suspiró. Volvió a suspirar.

—Mamá —dijo—, se me hace tarde. —La besó—. Te prometo... Bien, te aseguro que reflexionaré sobre ello. Estas cosas no se pueden digerir así, de un golpe. Reflexionaré sobre ello. Te lo prometo, mamá.

Cuando salió a la calle, Cecilio Rubes casi corría; sentía la rara y difusa sensación de que alguien, no sabía quién ni por qué, le acechaba desde los ojos oscuros y profundos de los portales, y él,

precavidamente, avanzaba con el bastón levantado por encima de la cabeza, en disposición de golpear.

V

Unas cosas llevaban a otras a Adela. La verdad es que nunca se sintió en la vida tan sólidamente instalada como ahora sobre las rodillas de su marido.

—Dime, Cecil —dijo—. Y esas mujeres que tanto dan que hablar... esas mujeres de vida alegre, ¿se pintan los ojos?

—No es obligación, querida.

—Pero ¿se los pintan?

—Algunas.

—¿Visten de colorines, Cecilio?

Cecilio la miró a los ojos:

—Dime, Adela, ¿qué mosca te ha picado? ¿Por qué te interesas hoy por todas estas cosas?

Adela se ruborizó. Comprendía que pisaba un terreno impropio para una mujer recatada, pero su curiosidad la vencía:

—Creo —dijo— que ahora que tengo un hijo debo saberlo todo. Para educar a un hijo hay que conocer todas esas cosas. Contesta, querido: ¿visten de colorines esas mujeres?

—¡Por Dios, qué preguntas! ¡Qué preguntas tienes, cariño! ¡Habrá de todo! Conocí yo a una de... Bueno. Una vez me dijo un amigo que conocía a una de esas mujeres que vestía siempre de negro y se ponía gasa por la cara como una viuda. ¿Qué te parece?

—¿Y salen de noche... solas?

—¡Ah, sí, claro! Esas mujeres no tienen prejuicios de ninguna clase.

—¿Es verdad, Cecilio, que viven en cuevas como los mendigos?

—Viven en casas, naturalmente —saltó Rubes.

—¿En los barrios bajos?

—En todos los barrios.

—Cecilio, por favor, no te enfades con esto que voy a decirte. ¿Te importaría... te importaría llevarme un día a un barrio de ésos... y..?

—¿Has perdido la cabeza? ¿Y tu reputación?

—Una mujer puede ir con su marido donde le plazca. Podríamos ir en la berlina, para que nadie se enterara. ¿Oyes?

—Está bien —dijo Cecilio Rubes—. Ahí no hemos de ir. No te molestes.

Cecilio Rubes empujó suavemente a su mujer y se incorporó. Le sacaba de quicio esta conversación. Pese a su cambio de carácter reconocía que las posibilidades de conversación con una mujer como la suya eran muy limitadas. Encogió los hombros con enojo.

—Se ha terminado —dijo—. No tenemos más que hablar sobre el asunto. ¡Ah! Además, hay otra cosa. Bien. A lo de los Sendín me refiero. No vayas a pensar que un hombre tan ocupado como yo... Bueno. En una palabra, me molesta atar mi vida a la de nadie. Entiéndelo. Bien está reunirse cada mes o cada dos meses... de vez en cuando. Pero me irrita eso... Bien. No estoy dispuesto a todo eso de las reuniones semanales a tomar el té y a tocar el piano. Eso está bien para cuatro viejas cursis y aburridas y... y... Bueno. ¡No estoy dispuesto! Tú sabes como yo que en el Club no mirarían bien mi intimidad con un hombre como Luis Sendín, que ha desertado de nuestro grupo haciéndose del Círculo.

Adela no dijo nada. Durante seis años Adela aprendió mucho sobre los hombres. Sabía distribuir sus pausas y sus silencios y sabía igualmente cuándo convenía levantar la voz. De momento se daba cuenta de que una intervención suya sería torpe e ineficaz, más bien contraproducente.

Mas a Adela le constaba que la tarde anterior Cecilio no se había aburrido. Y era esto lo que a él le atormentaba: no haberse aburrido. Cecilio iba encontrando en la vida del hogar, en su mujer, en su hijo, en las blancas reuniones con sus vecinos, un atractivo jamás soñado y se enfurecía contra sí mismo por lo que estimaba una flaqueza y casi, casi, una deserción. Un hombre de su categoría social era inconcebible pegado a las faldas de su mujer, hogareño, autocontrolado, ridículamente austero y paternal. Pero Adela lo vio sonreír plácidamente cuando Gloria interpretaba al piano un nocturno de Chopin y, después, al concluir *La canción del olvido*, iniciar un aplauso entusiasmado que bruscamente interrumpió para volver a parapetarse tras su habitual máscara de mesura y dignidad.

Bien. Cecilio Rubes no quería reconocer estas cosas. La vida de un hombre de posición estaba en el Club, en los amigos, en las copas, en las cartas y en las amiguitas rubias y ocasionales. El teniente coronel López, León Valdés, Fidel Amo, el boticario se reirían de él si pudiesen verle haciendo fiestas a Cecilio o conversar amigablemente con Luis Sendín, mientras sus respectivas esposas, en un aparte, hablaban de bebés, de muebles o de labores. Con todo, Cecilio Rubes se encontraba a gusto conversando con Luis Sendín y hasta se le antojaba que prestaba más atención a sus observaciones que los superficiales amigos del Real Club.

Luis Sendín le decía la tarde anterior: «Es usted injusto. La ciudad progresa». Él dijo: «¿Progresa? Bien ¿No cree usted que nuestra ciudad

progresa un poco a la manera de los cangrejos?». Luis Sendín tomaba muy en serio cada una de sus manifestaciones. Dijo: «¿Lo piensa así o sólo lo dice porque la ciudad no marcha todo lo deprisa que usted quisiera?». «Ah, no, no —dijo Cecilio Rubes—; lo creo así. Hay para ello una razón fundamental: Nuestros alcaldes no buscan el progreso de la ciudad sino el medro propio. Y yo digo: El alcalde debe ser para la ciudad, no la ciudad para el alcalde.» Dijo Sendín: «Eso está bien. En ese punto estamos de acuerdo». Añadió Cecilio: «Bien. ¿Qué puede esperarse de un hombre que quiere ensanchar la ciudad del otro lado del río cuando ni la densidad de población ni el núcleo de viviendas lo justifica, ni lo aconseja, siquiera?». Rubes pensó: «Vaya, ha salido redondo».

Después, Gloria se sentó al piano y tocó un nocturno de Chopin, y a Cecilio Rubes le empujaba la necesidad de pensar en Cecilio Alejandro y se sentía herido como por una especie de blanda ternura lacrimosa. Tocó luego Gloria *La viuda alegre*, *El conde de Luxemburgo*, *Los cadetes de la reina* y una selección de *La canción del olvido*. Gloria, al tocar, movía bien los dedos y la cintura. Cecilio Rubes pensó que si él fuera su marido le gustaría besar la punta de sus dedos cada noche; unos dedos poseídos de una comunicativa vivacidad.

Al concluir, tomaron el té, y Luis Sendín le preguntó por sus negocios. Cecilio Rubes dijo: «La época es mala. La paz nos ha dejado peor que estábamos». Le gustaba a Rubes que Gloria y Adela fueran testigos de su elocuencia. Las damas solían dar una exagerada importancia a las palabras de los hombres. Las vio pendientes de sus labios y deseó estremecerlas. Añadió: «Bien, la guerra no ha solucionado nada. Esta guerra traerá otra guerra mayor y así hasta el fin de los tiempos».

Intervino Gloria: «¡Por Dios, no nos anuncie usted más calamidades, Rubes!». Se le iluminaban expresivamente sus pequeños ojos.

En ese momento apareció Luisito en brazos de su ama. «Bien —dijo Rubes—. El chiquillo está muy espabilado.» Pensó: «Tiene los ojos demasiado pequeños y demasiado juntos». Dijo Gloria: «Di papá, mi niño, a ver: "Pa-pá"». El niño la miró un poco asombrado. Dijo, al fin: «Pa-pá». Hubo un coro entusiasta de aprobación. Cecilio se sentía mortificado. «Bueno —dijo—. Cecilín tiene ya un diente y muerde a su nodriza. ¿Qué dicen a esto?» Gloria dijo al pequeño: «A ver, chiquitín, di ahora mamá; a ver: "Ma-má"». Dijo Luisito: «Ma-má». La incomodidad le subía hasta el pescuezo a Cecilio Rubes; le apretaba la camisa. Pensó: «Este chiquillo es feo y tiene el pelo como la estopa». Cuando el crío salió, dijo Luis: «Antes de que éste cumpla trece meses llegará un hermanito». Gloria se puso encarnada. «¿Es posible?», dijo Rubes. Añadió Sendín: «Le prevengo que a mí los chiquillos no me

estorban para nada».

Todo esto ocurrió la tarde anterior. Ahora Cecilio Rubes movía la cabeza con impaciencia. Estimaba que dar lugar a estas evocaciones era un síntoma peligroso de «reblandecimiento». «Bien —pensó—. Lo de ayer fue una reunión blanca, insípida y tonta.» Se levantó para ir al Establecimiento.

Tampoco hoy tenía tiempo de pasarse por el Club. Bien pensado, ahora no tenía nunca tiempo para nada. Oyó a Adela entendérselas con el pequeño Cecilio y entró en el dormitorio. Le gustaba ver a su hijito recién despierto de la siesta. Le pellizcó levemente el terso moflete.

—Bien, pedazo de atún —dijo—. ¿Cuándo aprenderás a hablar como tu amigo?

Cecilín sonreía y pateaba al aire. Dijo Adela:

—Lo que más sentiría es tener un niño prodigio, Cecilio.

—Bien —dijo Cecilio—, verdaderamente hablar a los siete meses es un caso desagradable de precocidad. Luego... Bien, que los chicos sean luego inteligentes y creadores es una satisfacción para los padres. Pero a su tiempo. Yo celebraría que el día de mañana Cecilio Alejandro fuese un gran arquitecto o un gran ingeniero. ¿Qué dices a eso? No me gustaría que arruinase su iniciativa y su talento creador en un negocio rutinario y encauzado en un determinado sentido.

Cecilio Rubes contemplaba a su hijo con una ternura indolente. El pequeño Cecilín removía en él una serie de cosas fundamentales; removía su orgullo, imprimiéndole nuevos derroteros; removía su conciencia, llamándole a un arrepentimiento superficial; removía su adormecida iniciativa mercantil, agudizándola (el pequeño Rubes fue fotografiado en su pequeña bañera y la fotografía difundida en periódicos, cinematógrafos y octavillas, con la siguiente leyenda: «Cecilio Rubes no admite rival en enseres y materiales higiénicos»); removía, también, el sentido de emulación en Cecilio Rubes, hasta este momento rabiosamente personal e intransferible; removía, en fin, sus malos humores y su notable capacidad de resentimiento contra aquellos que no hacían en presencia del pequeñuelo una demostración entusiasta de lo mucho que les impresionaba su precoz sabiduría y sus genialidades y sus múltiples y evidentes atractivos físicos. Cecilio Rubes se consideraba padre de la criatura más perfecta y armoniosa asomada al mundo desde el principio de la vida y el tiempo.

Últimamente Cecilín removía en él un oscuro y no bien delimitado sentimiento de superación que él, neciamente, identificaba con Paulina. Esto fue así desde la conversación sostenida un mes antes con su madre. Frente a su hijo, Cecilio Rubes se sentía decidido y con agallas suficientes para imprimir otro rumbo a su vida. Luego, ante Paulina, esos arranques se enervaban, perdía la confianza en sí mismo,

su decisión se enfriaba y le gustaba abandonarse a un entrañable sentimiento de molicie y laxitud.

Cecilio Rubes era inconstante y espiritualmente fofo y débil. A raíz de la conversación con su madre, Cecilio experimentaba un morboso placer fomentándose su dolor y su desasosiego. Era agradable pensar que estaba triste y deprimido en medio de su felicidad. El hecho de no tener motivos notorios de descontento desarrollaba en Cecilio Rubes el afán de inventarlos. Últimamente, cada noche, antes de dormirse, pasaba cinco minutos fomentándose su desazón. Quería estar triste; deseaba sentirse atribulado y solo en medio de una humanidad enloquecida por sus apetitos y su egoísmo. En esos momentos de recogimiento, Cecilio Rubes se esforzaba en arrancar de sus ojos una lágrima para poderse decir a sí mismo: «Mira, Cecilio, estás llorando. Eres el hombre más desgraciado de la Tierra».

Una noche tomó la decisión de terminar con Paulina. Su pusilanimidad le vetaba enfrentarse con su madre mientras este asunto no hubiese sido despachado. Los ojos azules de Cecilio Alejandro eran, por otro lado, una nueva llamada apremiante. Era necesario acabar. Cecilio, contra la almohada, pensó: «Iré y le diré que mi deber de padre me impide prolongar ni un día más nuestras relaciones». Se revolvió en el lecho y se retorció las guías de los bigotes. Estaba desazonado. Dijo Adela:

—Cecilio, ¿no puedes estarte quieto? No me dejas dormir.

Cecilio Rubes se irritó un poco:

—Bien —dijo—. ¿Cuándo vas a decidirte a poner dos camas aquí?

Dio otra vuelta y pensó: «Paulina llorará y yo le diré: "Pequeña, no hay más remedio. Es un ser inocente el que nos lo exige"». Las tinieblas y el blanco cobijo del lecho inspiraban a Cecilio Rubes una sentimental inclinación al melodrama. De nuevo quería llorar, aparentar ante sí mismo un doloroso desánimo que se hallaba muy lejos de sentir.

A la tarde siguiente visitó a Paulina. La muchacha estaba encantadora. Le besó tres veces antes de dejarle sentar. Cecilio Rubes resollaba. La impaciencia no le permitió hacer los habituales altos en la escalera.

—Pequeña —dijo—. Bien, pequeña... —Acariciaba los rojos cabellos de Paulina.

—Hace mucho tiempo que no venías, amor —le reprochó ella.

Cecilio se desabrochó la americana. Le hacía la impresión de que no le dejaba respirar. Infló el pecho.

—Mi querida Lina —dijo, tomándole una mano—. Bien. No pude venir antes. El chico...

Ella se incorporó y le sirvió una copa de vino. Se quejó Cecilio Rubes:

—Pequeña, pequeña, no debes hacer eso. El hígado, ¿comprendes?

Paulina se recostó en él. Estaba zalamera y cruelmente mimosa esta tarde. Dijo:

—Amor mío, siempre me estás hablando tanto de tu hijito y aún no lo conozco. ¡Vaya! A veces pienso, a veces pienso que yo merecía ser la madre de tu hijo mejor que tu mujer... Tú, ¡vaya! Al nacer tu hijo... Antes de nacer tu hijo...

Dijo Cecilio Rubes:

—¿Quieres decir que en ese momento yo pensaba en ti y pensaba que... bien, que eras tú la que tenía entre mis brazos?

Paulina sonrió:

—Eso quería decir —dijo—. Tu hijo es también un poco mío, ¿no es así? Y, sin embargo, aún no lo conozco. ¿Te das cuenta, Cecilio, de lo injusto que eres conmigo? Yo quiero conocer a tu bebé, ¿sabes? Me gustaría conocerle y decirle: «Tu papá y yo somos dos buenos amigos». Nada más que eso. ¡Ah, Cecilio! Te prometo que nada más que eso. ¿Por qué no has de complacerme?

—Bien —añadió—. A propósito, hay momentos en la vida que uno, bien...

Notaba la calidez del cuerpo de Paulina en el costado; su calidez y una mórbida dulzura incitante. Ella le escuchaba abstraída y sus ojos sorprendidos tenían algo de la estupefacción del escolar que recibe las primeras lecciones.

—Sigue —dijo—. Sigue.

A Rubes se le empañaba la voz. No le frenaba la lástima, ni la dignidad, ni el oprobio, ni el amor, sino una medrosa sensación de perder aquellos encantos para siempre.

—Hay ciertos momentos en la vida —agregó— en que uno...

Observaba a la muchacha con el rabillo del ojo, rebuscando entre los resquicios de su ropa. De pronto, decidió aplazar la ruptura. Dijo tan oscuramente que apenas se percibió su voz:

—En que uno pierde los estribos, y la medida, y hasta el honor por una mujer...

Paulina se incorporó indolentemente. Conocía los preliminares y su poder estaba en exacerbar los deseos del hombre.

—¡Vaya, tonto, ése no es tu caso! —dijo.

Cecilio se volvió torpemente e intentó abrazarla. Tropezó aparatosamente con una silla. Ella se parapetó tras el sofá.

—Hoy pondré yo las condiciones —dijo Paulina.

La voz de Rubes era ronca y torpe.

—Habla —dijo—. Bien... bien. No tramarás alguna diablura, ¿verdad, pequeña?

Paulina dijo:

—Sólo quiero conocerle. Tengo derecho, ¿no?

—Bien —dijo Rubes. Reflexionó un instante—: ¿Podrás estar el domingo a la una y media junto al quiosco de la música?

Le nublaba la razón la abierta sonrisa de la muchacha. La hubiese llevado a su casa, de habérselo exigido. Se hubiera arrojado a sus pies.

Dijo Paulina:

—El domingo, junto al quiosco de la música. No lo olvides.

Cecilio temblaba al acercarse a ella. Paulina le dio dos tironcitos amistosos de las guías de los bigotes antes de dejarse besar.

Desde lejos divisó Cecilio Rubes el traje a cuadros del aña y los brillantes níqueles del coche. Experimentó una excitación que le bajaba hasta la punta de los pies. No tenía costumbre de encontrar a Paulina por la calle y la blanda presión de la mano de Adela sobre su brazo casi le producía náuseas. Adela había dicho al salir de misa: «¿No crees que hace un poco de fresco para el pequeño?». Él no la oyó. Adela volvió a decir: «¿No crees que hace un poco de fresco, Cecil?». Dijo él: «Bien. Puede ser». En la misa de una se encontraban ordinariamente todos los asiduos del Real Club. En realidad, a los asiduos del Real Club les agrupaba una extraña comunidad de vicios y costumbres. Adela dijo: «Cecil, los Valdés, ¿cómo no los has saludado?».

La gente joven paseaba por el andén central del parque y los papás y las mamás observaban, desde las dos filas de sillas situadas a ambos lados de la carrera, los primeros pasos amorosos de sus retoños. Cobraba la ciudad a aquella hora un tinte conmovedor, una suerte de candorosa espontaneidad que hacía de ella un todo cerrado, aglutinado e indestructible. La banda de Caballería, desde el quiosco situado en el lateral derecho del andén, interpretaba en ese momento una selección de *El conde de Luxemburgo*.

Cecilio Rubes pensó: «¿No tramará Lina alguna diablura?». Veía ya, a lo lejos, los dorados mofletes de Cecilín e, inclinada sobre ellos, la cabeza roja y vital de Paulina. Sintió una extraña vaciedad de estómago y la sensación de que el corazón le coceaba el pecho como si tuviera herraduras. Casi le hacía daño. La mano de Adela sobre su brazo pesaba como plomo. «¡Dios! —pensó—. Espero que la pequeña no me haga una escena.» Dijo Adela: «Allí veo a Cecilín. También hoy parece que ha hecho una de sus conquistas».

Paulina hacía fiestas al pequeño Rubes. Pasó un cadete y le dijo algo aproximando la boca a su oído. El juego anatómico de Cecilio Rubes se tensó como un cable. «¡Mamarracho!», pensó. Paulina volvió la cabeza sonriente hacia ellos. Llevaba un detonante abrigo de entretiempo y el rostro levemente maquillado. No obstante, su

presencia allí, entre la música y la rígida austeridad ciudadana, era algo atrevido y deslumbrante. Cecilio Rubes vio a un hombre calvo sentado en una silla junto al quiosco devorándola con los ojos. «¡Cochino viejo verde!», se dijo. De pronto, se sentía enfurecido contra todo y contra todos. ¿A qué este tonto capricho de Paulina de exhibirse un día de fiesta en un lugar tan concurrido?

—Los Gómez Bravo, Cecil, ¿qué te ocurre hoy que no ves a nadie? —dijo Adela.

—Déjame —dijo.

Paulina se separó unos pasos y Cecilio trató de hacerle una seña para que se alejase, pero no se atrevió. A la muchacha parecía divertirle su violencia. Vio Cecilio que Adela contemplaba a Paulina de reojo y trató en vano de concentrarse en su hijo.

Adela daba instrucciones al aña y Cecilio aprovechó para hacer a Paulina una leve indicación con la mano escondida tras de la espalda. Advirtió que el hombre calvo le había visto y entonces fingió que se rascaba insistentemente. «Mamarracho —pensó—. Ya te ajustaré yo las cuentas.» Volvía el cadete empeñado en dar conversación a Paulina. La banda del Regimiento de Caballería interpretaba ahora una selección de *Agua, azucarillos y aguardiente*. La música inyectaba en las venas de Cecilio Rubes algo como el comienzo de una loca vehemencia pasional. «Si no nos vamos ahora mismo reventaré y haré reventar a alguien», pensó. Entonces vio a Paulina a su lado y se asió torpemente al manillar del cochecito:

—¡Vaya! —dijo la muchacha—. ¿Son ustedes los padres de este niño? Les felicito; es una preciosidad.

Adela le apretaba el brazo con sus dedos desmayados, de ordinario blandos y dóciles. «¿Qué querrá decirme con esta seña?», pensó Cecilio. «Gracias», dijo Adela un poco secamente. Pensó Rubes: «¿Qué ocurre aquí?». La música se le hacía una locura desatada, sin ritmo ni compás; un ruido desacorde e hiriente. Y la gente y el bullicio, una multitud desordenada y hostil. Temblaba. Vio al hombre calvo pasarse la punta de la lengua por los labios; miraba los tobillos de Paulina. De nuevo Adela le oprimió el brazo.

—Cuando quieras, Cecil —dijo, y añadió al aña—: No tarde.

Paulina repitió:

—Les felicito.

Dijo Adela:

—Buenos días.

Cecilio Rubes se tocó ceremoniosamente el ala del sombrero. Cuando se alejaba pensó: «Bien. Lina no se da cuenta de lo que hace; es una chiquilla irresponsable». Volvió levemente la cabeza para observar al cadete. Dijo Adela, entonces, oprimiéndole el brazo de nuevo:

—Por amor de Dios, Cecil. Esto sí que ha sido casualidad. —Volvía reservadamente los ojos hacia Paulina—: ¿No será ésa una de esas mujeres de que hablábamos el otro día? ¿Te fijaste qué pelo, qué aires, qué manera tan provocativa de vestir?

—¡Ah, la gripe! —dijo Cecilio Rubes—. ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante?

Pensaba en Cecilio Alejandro y creía que con sus gritos restaba gravedad a la situación; quizás, hasta podría ahuyentar la gripe; todo dependía del vigor y la convicción que imprimiera a sus palabras.

Dijo Valentín:

—Esta de ahora no es cosa de broma, señor Rubes. Es una gripe que no se pasa con dos días de cama y un sello de aspirina.

Méndez levantó su rostro granujiento. Siempre se ruborizaba para hablar, con un rubor que lo incendiaba todo, la frente, las orejas y los párpados:

—Ayer murieron dos mujeres en mi barrio —dijo.

—...Mi barrio —dijo Valentín—. ¿No me ha dicho a mí el párroco que no dan abasto los curas para administrar la extremaunción?

La ciudad entera se sentía atenazada por el invisible fantasma de la gripe. Se dictaron una serie de medidas preventivas: se cerraron las escuelas y los teatros; se suprimieron los paseos dominicales; las empresas funerarias montaron un servicio nocturno permanente para atender el exceso de enterramientos; a los niños nuevos se les imponía el nombre de Roque para preservarles de la peste; las fondas y hospedajes cerraban por falta de clientela; los alumnos de la Facultad de Medicina recibieron una autorización especial para tratar casos de urgencia; los médicos no descansaban ni de día ni de noche... y Cecilio Rubes decía: «¡Ah, la gripe! ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante?».

Dijo Méndez, el auxiliar de contabilidad:

—Me han dicho que hay varios casos de enfermos enterrados vivos.

—...Enterrados vivos —dijo Valentín—. ¡No digas tonterías!

Dijo Cecilio Rubes:

—La peste siempre viene tras de la guerra. Bien. ¿Hubiese llegado la peste si este pueblo de cafres acostumbrara a bañarse con un poco más de asiduidad?

De repente, Cecilio Rubes se sintió en trance. Al día siguiente el periódico local publicaba la fotografía de Cecilio Alejandro Nicolás en el baño y, en un ángulo, un dragón agonizante, con la siguiente inscripción: «La higiene es el mayor enemigo de la peste. Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos».

Ramón Prado le dijo en el Club, alzando fatuamente su enorme nariz, en un grotesco ademán admonitorio:

—Tu reclamo no me gusta, Cecilio; lo siento. Entiendo que no es lícito aprovecharse de una calamidad social para hacer prosperar nuestro negocio.

Ramón Prado era un puritano; Ramón Prado era uno de esos hombres que se pasan la vida censurando a los demás. Dijo Cecilio Rubes, airado:

—¿Quién te pide tu opinión? Bien... Bien. ¿Crees tú honradamente que tendríamos la peste si hubiese un poquito más de higiene en la ciudad? Bien... ¿Qué dices entonces de ese otro anuncio de Gregorio Lemos: «Pompas Fúnebres, servicios esmerados, rápidos y económicos»?

Cecilio Rubes sudaba. Cecilio Rubes no admitía la censura de nadie y menos de un ser tan pintoresco y vacuo como Ramón Prado. Dijo Ramón Prado:

—Me parece tentar a Dios que utilices la salud de tu hijo para una finalidad tan siniestra e inhumana. Ya sabes que yo acostumbro a decir siempre lo que pienso.

Cecilio Rubes se incorporó de un salto. La mención de su hijo y la inconcreta amenaza que envolvían las palabras de Ramón Prado le pusieron fuera de sí. La sangre le golpeaba vivamente en las sienes. Adoptó una actitud relativamente ofensiva, casi ridícula:

—¡Sujetadme! —chilló—. ¡Me está provocando y le voy a...!

Ramón Prado no se inmutó. Amo, el boticario y el teniente coronel López trataron de apaciguar a Cecilio Rubes.

Dijo Ramón Prado sordamente:

—Siento que te lo hayas tomado así.

Paulatinamente las palabras de Ramón Prado iban limando la serenidad de Cecilio Rubes. Siguió publicando el anuncio porque otra cosa hubiese equivalido a darle la razón, pero ahora sentía una creciente angustia por la salud de Cecilio Alejandro Nicolás. A cada momento temía que el dragón de su dramático reclamo se revolviera en su agonía y despachase a su hijo de un zarpazo fatal. Por las noches soñaba que Cecilín se moría y que era enterrado en la bañera blanca del anuncio. Se despertaba cubierto de frío y sudor, y abrazaba a su hijito. Adela decía: «¿Qué te sucede, Cecilio?». Decía él: «Ah, no es nada; no te preocupes», e intentaba, en vano, reanudar el sueño.

Con todo, Cecilio Rubes rodeó a Cecilín de un inusitado sistema de precauciones. Cecilín no salía jamás de la habitación, ni el ama Jacoba de casa. Había que impedir el contagio a costa de lo que fuese. Nadie podía ver ahora al pequeño sin colocarse previamente sobre la boca y nariz una blanca careta protectora. Ningún juguete nuevo debería entrar en casa. Las sabanitas y las ropitas del pequeño Rubes

eran hervidas concienzudamente antes de ser empleadas. Cecilio y Adela, al regresar de la calle, se mudaban de ropas y de calzado. El ama Jacoba, aun a regañadientes, tuvo que aceptar el baño cotidiano; amenazó con marcharse y Cecilio le imploró que se quedase. El ama Jacoba aceptó a condición de una nueva subida de sueldo.

En la ciudad, el panorama era cada día más sombrío y tétrico. A toda hora se sentía el martilleo cansino de los caballos arrastrando por las calles las carrozas fúnebres. Era como una oleada de muerte, como un lúgubre viento arrasando las calles y plazas de la ciudad.

Gloria enfermó en aquellos días y abortó de su segundo hijo. El feto fue bautizado con el nombre de Roque. Cecilio Rubes se sobresaltó: «Tenemos la gripe aquí mismo, dentro de casa», pensaba, y esta idea llegó a obsesionarle. Hizo aún más estrechas las medidas precautorias en torno al pequeño Cecilio. No sentía apetito. Suprimió el anuncio. Por las noches tenía un sueño agitado, lleno de sobresaltos y pesadillas. Adela decía: «¿Qué te ocurre, Cecil? Llevas unos días que no me dejas dormir».

Una noche le dijo:

—Cecil, anoche olvidé decirte que mañana vendrán a instalar el teléfono.

—¿El teléfono? —dijo él—. ¿Se puede saber qué me importa a mí el teléfono?

Había suspirado por el teléfono porque a Cecilio Rubes le agradaba marchar acorde con el progreso, pero ahora no le importaba el teléfono. Dijo Adela:

—Gloria saldrá de ésta, ¿sabes?

Cecilio saltó en la cama y dio la luz. Estaba pálido como un muerto:

—No habrás pasado a ver a Gloria, ¿verdad?

—Oh, no, no te excites, Cecilio, Mercedes pasó.

—Bien. Me alegra que esté mejor —dijo.

Apagó la luz. «¡Dios! —pensó—. Hace un año hubiera dado mi fortuna por no tener un hijo; hoy la daría por conservarlo. ¿Qué clase de hombre idiota soy yo?»

A veces se sorprendía pensando qué cosas anteponía a la salud de Cecilio Alejandro y llegaba a la conclusión que prefería la muerte conjunta de Paulina y Adela a la de su hijo. Lo pensaba fríamente, como si en cualquier momento pudieran ofrecerle tal opción. «Toda la ciudad antes que mi hijo. Todo el mundo antes que mi hijo», se decía. Y pensaba en sus bracitos rollizos indefensos y en su mirada intensa, redonda, casi patética, y en su expresión dócil, ingenua, sobrecogedoramente elemental.

En ocasiones, Cecilio Rubes se decía que él también podría morirse y, en esos casos, imaginaba a Adela con su hijito en brazos

mendigando por las calles de la ciudad.

«Bien, no será para tanto —se decía—. Estoy pasando una crisis nerviosa; eso es todo.» Pero no encontraba fácil consuelo. Una noche, mientras Adela se acostaba, escribió una larga carta con instrucciones sobre lo que su mujer habría de hacer para el caso de que él muriera inesperadamente. La carta encerraba párrafos de indescriptible patetismo y decía, por ejemplo: «Piensa siempre que nuestro hijito es lo primero y no te cases mientras no sepas que tu futuro esposo le quiere a él tanto como a ti». Puso en el sobre «Abrir en caso de mi muerte». Y a la mañana siguiente se la entregó al contable. Dijo Valentín:

—Señor Rubes, ¿es que se encuentra usted mal?

Cecilio Rubes quiso reír, pero su risa salió de la garganta un poco gangosa y enmohecida. No se encontraba mal, pero el ser padre obligaba a ciertas previsiones. Cuando dos meses más tarde Valentín le entregó la carta sin abrir, experimentó un desvanecido sentimiento de vergüenza al recordar sus horas de debilidad.

La gripe alcanzó su cenit en la ciudad y lentamente empezó a decrecer. Los datos de las autoridades sanitarias invitaban al optimismo. Gloria se levantaba ya y los aurigas de las carrozas fúnebres disfrutaban de ciertos momentos de reposo. La tensión de Cecilio Rubes comenzó a decrecer también. Seguía el luto ahincado en la ciudad, pero era un luto más sosegado y pacífico. Poco a poco la gente iba asomando a la calle; iniciaba tímidamente los paseos dominicales, un teatro abría sus puertas, otro anunciaba la próxima apertura con la reaparición de una compañía de cómicos muy renombrados, y, de este modo, la ciudad iba retornando a su antiguo ritmo, encontrándose a sí misma, olvidándose del paso funesto de la peste como de un mal sueño.

Fue en este declive de la epidemia, al comenzar a recobrar la ciudad su antigua fe y confianza en la vida, cuando Cecilio Rubes recibió la alarmante conferencia telefónica de Adela:

—Dime —dijo.

La voz de Adela llegaba un poco desfibrada e impersonal a través del hilo:

—El niño, Cecil… No quiere mamar y tiene mucha calentura. Ven corriendo.

—¡Oye, Adela…! —chilló.

No le hacían caso. Gritó enloquecido por el micrófono:

—¡Óyeme, Adela! ¡¡Escúchame!!

Colgó el auricular y dio vueltas a la manilla enfurecido. ¡Cuánto tardaban! La voz de la señorita de la central le exasperó, por su calma pastosa:

—El 0019, por favor —dijo él.

Oyó llamar. A Cecilio Rubes le comía la impaciencia. Valentín dijo:

—¿Pasa algo, señor Rubes?

«No contestan», dijo la voz, al fin.

Cecilio Rubes cogió el gabán, el sombrero y el bastón y salió desolado. Le parecía que nada de esto era una novedad, que era todo simplemente la realización de un sueño profético que durante muchas noches le había sobrecogido. Buscó con los ojos un coche de alquiler. No se veía ninguno. «Bueno —se dijo—. El niño estaba bien esta mañana. ¿Qué puede haber sucedido?» Renegó del ambiente de confianza y seguridad que últimamente se adueñó de su casa, del estúpido proceder de Cristina y de su propia madre penetrando en el recinto del niño sin cubrirse con la careta protectora. «Bien —se dijo —. Piensan que todo ha pasado y no se dan cuenta de que lo peor de todo son los últimos coletazos.» En la esquina de la avenida detuvo un coche.

—Deprisa —dijo—. A casa del doctor Fraile.

El caballo tenía un trotecillo cansino, como si también él estuviera derrengado de trasladar muertos al camposanto. Rubes se inclinó hacia el pescante:

—¡Atícele! —dijo—. Es muy urgente.

El auriga le miró con socarrona curiosidad y no hizo mención de estimular el caballo. El doctor no estaba en casa. Cecilio Rubes tomó nota de sus visitas.

—A prisa, a prisa —volvió a decir al cochero.

Encontró al médico en el portal de la tercera casa.

—Doctor… —dijo—. Bien, doctor, el pequeño no quiere mamar y tiene mucha calentura.

El doctor Fraile tomaba las cosas con una calma filosófica. Su rostro era casi imberbe, más bien lleno, absolutamente impenetrable:

—¿Cuándo ha empezado? —dijo.

—Mi mujer me avisó hace cosa de una hora.

El coche brincaba sobre el pavimento y los dos hombres marchaban en silencio, uno junto al otro. Cecilio Rubes agarraba el bastón con una fiereza singular y los nudillos se le ponían extrañamente blancos.

Siempre pensó que su ciudad era pequeña y ahora se le hacía que las calles casi desiertas no tenían fin. No esperó la ayuda del portero y él mismo tiró de la cuerda del ascensor de agua para darle impulso.

Aspiraba a que, con su llegada, Cecilín se sintiese más protegido; él no toleraría que la muerte se saliese con la suya sin luchar tenazmente, apurando todos los recursos. Adela lloraba junto a la cunita del niño. También lloraban Mercedes y Cristina. Sólo el ama Jacoba aparecía tan terne, como si nada de todo aquel aparato rezase

con ella. Al fin y al cabo, también el ama Jacoba perdió a su hijito unos meses atrás sin que el mundo se conmoviese, ni nadie se tomase tanta molestia.

A Cecilio Rubes se le heló el corazón al comprobar que el pequeño no respondía a sus caricias, sumergido en una especie de delirante sopor. Su cuerpecito ardía. Era un cuadro sobrecogedoramente patético contemplar a aquel niño tan indiferente y entregado. El doctor le auscultó detenidamente.

—No veo nada —dijo, al fin—. Dieta absoluta y cuidar de que no se enfríe. Mañana volveré.

Cecilio Rubes se retorcía las manos en la densa espera que siguió. Con la llegada de la noche le asaltó el recuerdo de Ramón Prado y el recuerdo de sus palabras: «Ese narizotas impertinente», dijo. Adela se volvió a él:

—¿Decías algo, querido?

Cecilio Rubes le contó a Adela la escena del Club. Se sintió liberado de un peso cruel. Adela trató de tranquilizarle. «Bien —pensó Cecilio—. Ella es más fuerte que yo. Siempre pensé que Adela era una criatura blanda y resulta que es más fuerte que yo.»

Cecilín se rebullía inquieto y, de vez en cuando, se quejaba. Sus quejidos le llegaban muy adentro a Cecilio Rubes. Dos veces se levantó a enjugarse a hurtadillas una lágrima en el cuarto de baño. «Si el niño se me fuera, yo no querría vivir», se dijo.

Sentado en su sillón favorito, Cecilio Rubes se enfangaba en las más lúgubres lucubraciones. Pensó en Paulina y se preguntó si Paulina se alegraría de que el niño desapareciese. «¡Ah! —se dijo—. Ella tiene celos de mi hijo, no lo puede negar.» Se le despertó un odio absurdo contra Paulina. «Bien —pensó—. Si el chico sale de ésta la dejaré. Lo prometo.» Pensaba que no le costaría demasiado dejar a Paulina teniendo a Cecilio sano y salvo a su lado. «La dejaré; lo prometo», se repitió para sí.

De madrugada, la calentura remitió. Cecilio Rubes parecía borracho en su euforia desordenada. «El niño está mejor, Adela; bien, está mucho mejor. ¿Es que no lo ves? Tiene un sueño tranquilo. Observa.» Para demostrar que su decisión era tan firme como minutos antes, en la fase más aguda de la fiebre, se repitió: «La dejaré. Lo prometo». Y miró a lo alto, al techo, no sabía bien a qué.

Fraile llegó a las nueve de la mañana y Cecilín seguía durmiendo beatíficamente, con los puñitos pegados a los mofletes y una respiración acompasada y regular. Cuando el médico lo despertó, el niño sonrió a su padre, mostrándole su dientecito incipiente. Cecilio Rubes sintió una oleada de cálida ternura derramándosele dentro del cuerpo.

—Vaya —dijo Fraile, sin abandonar su expresión imperturbable

—. El pequeño Rubes está del otro lado.

Cecilio Rubes se precipitó:

—Doctor... —dijo—. ¿Quiere decir que está completamente bien?

Dijo Fraile:

—Estos causones son frecuentes en los niños. Una irrigación, un poco de dieta y hasta otra. ¡Buenos días!

Fue como la llegada de una tibia primavera después de un invierno excesivamente riguroso. En la ciudad se advertía, por todas partes, como un renacimiento, un anhelo apresurado de vivir, de gozar, de estirarse voluptuosamente al sol y olvidar la tétrica pesadilla que quedaba a las espaldas. Era un deseo perfectamente legítimo, aunque desordenado, de constatar que, contra todas las adversidades y asechanzas, aún se seguía firme y vivo sobre la costra de la Tierra.

Cecilio Rubes participaba de esta especie de cálida resurrección. Encontraba un raro deleite en su hogar, en su trabajo y en sus diversiones. Le parecía que su negocio era nuevo, nuevas las tertulias y las partidas en el Real Club y nuevas las posibilidades de distracción que su hijo le brindaba. La peste y el miedo, al pasar sobre él, le dejaban tan virgen y sensible a los placeres de la vida como una playa al retirarse la marea.

Regresaba todas las tardes directamente a casa y se entretenía con su hijo. Cada día le escogía un juguete en el bazar de la esquina. Adela se lo reprochaba. Adela entendía que el poseer mucho podía hacer tan desgraciado a un ser como el no poseer nada. Adela sustentaba unas extrañas teorías y además gozaba llevándole la contraria. No le agradaba que por las noches meciera la cunita del niño si el niño lloraba; no le gustaba que le comprase juguetes para que el pequeño los destrozase; le reprendía por acostumbrar al niño a estar siempre entre las personas mayores.

Adela le decía:

—¿Crees tú, Cecil, que esto es educación?

Cecilio se enojaba:

—¿Qué entiendes tú por educación? Bien. ¿Para qué necesita mi hijo que lo metan en cintura? Él puede tener de todo, ¿comprendes? La educación se queda para los pobres, Adela. La educación debe ser más estrecha y severa cuanto más pobre se sea. Bueno, supongo que me comprendes, ¿no? Bien. Si uno tiene diez y otro cinco, el de diez debe ser educado para diez y el de cinco para cinco. Mi hijo podrá tener siempre lo que desee y no hay por qué privarle de ninguna satisfacción. Bien, si educarle es reventarle y mortificarle, no voy a educar a mi hijo, eso es lo que te quiero decir.

Adela sonreía:

—Tienes unos puntos de vista muy originales, Cecilio.

Rubes prefería, por eso, encontrarse con Cecilio Alejandro a solas

cuando regresaba de su trabajo. Cecilio, en esos casos, demoraba, adrede, su paso a casa de los Sendín a recoger a su esposa. Anteponía a cualquier otra satisfacción la de hallarse con su hijo mano a mano sin la coacción que la presencia de Adela comportaba. En esos casos, Cecilio Rubes, mirándose en su hijo, sostenía monólogos interminables.

A Cecilio le gustaba sorprender a su mujer con los progresos del pequeño. De aquí que el ejercitarle en los más diversos sentidos constituyera su principal distracción. Un día le dijo:

—Pequeño, tú te llamas Cecilín. A ver: Ce-ci-lín.

El niño le miraba con un redondo asombro dentro de los ojos. Mas Cecilio Rubes insistía pacientemente. Cecilio Rubes, con su hijo, daba muestras de una tesonera y loable perseverancia:

—Cecilín, a ver, Ce-ci-lín...

Le hacía gracia la obtusa expresión del pequeñuelo:

—Ce-ci-lín —insistió.

De pronto, el niño dijo, con acentuada torpeza:

—¡Si-sí!

—¡Bien! —exclamó Rubes, entusiasmado—. ¡Sisí! ¡Sisí Rubes! ¡Ése eres tú!

Otro día, con ayuda de su padre, Sisí Rubes se arrancó a andar. Sus vacilantes piernecitas se movían con más seguridad y presteza cuando eran los brazos de su padre quienes le aguardaban al final de su carrera. Ello le llevó a Cecilio Rubes a pensar que entre su ama, su madre y su padre, era él el preferido de su hijo.

Algunos días, Cecilín y su madre pasaban la tarde con Gloria y Luisito. Cecilio Rubes gozaba, a la noche, con el relato de su mujer. Adela decía:

—Y entonces Sisí agarró a Luisito por la manguita y lo derribó. Luisito se echó a llorar. Gloria decía: «Andad, daos un besito; debéis ser dos buenos amigos».

En los días primeros de cada mes Gloria y Adela acudían con los niños a casa de Fraile. El primero de febrero de 1919 Gloria le dijo a Adela, en el camino, que esperaba un bebé. Cecilio se enfadó al saberlo:

—¡Otro bebé! —dijo—. ¡Esa mujer es una máquina!

El primero de marzo de 1920 ocurrió en casa de Fraile un hecho decepcionante: Luisito Sendín dio en la balanza pesa-bebés 12 kilos 300 gramos de peso; Sisí Rubes únicamente 12 kilos 250 gramos. Esto no fue lo peor sino que Luisito Sendín, como percatado de su naciente supremacía, agarró del kiki a Sisí Rubes, lo zarandeó, lo derribó y le hizo sangrar por las narices antes de que su madre pudiera impedirlo. Adela adoptó una improcedente actitud defensiva. «Dios mío, el niño no quiso hacerlo, Adela, perdónale», dijo Gloria. Por la noche, el

abogado Luis Sendín pasó a dar explicaciones al hombre de empresa, Cecilio Rubes. Cecilio Rubes guardaba las distancias, rebozaba su cólera en un almibarado juego diplomático.

—Bien —dijo—; es cuestión de principios. Los Rubes no fuimos nunca gruesos ni agresivos. Yo he sido la excepción.

Luis Sendín apenas podía esconder tras de las gafas su oronda satisfacción de padre:

—Rubes, ¡por Dios!, usted no es agresivo.

—Soy grueso —dijo Rubes desmayadamente.

A la hora de cenar, Cecilio soltó su irritación:

—¡Qué tiene que venir este besugo a darme explicaciones a mí! Bien. Lo he dicho cien veces, me estomagan su comedimiento y su corrección. ¿Le he dado yo explicaciones a él las veces que Sisí ha sacudido el polvo al tonto de su hijo y le ha metido en un bolsillo? No, ¿verdad? Bien, pues en adelante se puede guardar sus explicaciones en... en... bien, en donde le quepan.

El primer domingo de abril de 1920 Cecilio Rubes llevó por primera vez a misa a Sisí Rubes. Le apetecía oír los comentarios que provocaba a su paso y captar, por vez primera, la reacción del niño ante un cura y un altar. Antes del Evangelio, Sisí le pidió pis y Cecilio Rubes abandonó el templo rebosante pidiendo disculpas y haciendo ver en sus ojos el problema que le creaba la inoportunidad del chiquillo. En el momento de la elevación, cuando la unción y el fervor de los fieles de misa de una se manifestaba en un expectante silencio, Sisí gritó con todas sus fuerzas: «¡Papá!». Se originó un pequeño revuelo. Margarita Sánchez, que no tenía hijos, dio a su marido —un probo corredor de comercio— un ligero codazo en el costado, como queriendo decir: «¿Ves lo que traen los niños?». Dos viejecitas que había detrás sonrieron comprensivas. A la izquierda, dijo León Valdés a su esposa: «Es el pequeño Rubes». Y el gran Rubes, Cecilio, se esponjaba hasta casi saltar los botones del chaleco.

El día 25 de abril de 1920, a primera hora de la tarde, Cecilio Rubes perdió la elección del Real Club y el narizotas Ramón Prado subió a la presidencia. Cecilio Rubes dijo a Adela por la noche: «Me daré de baja. Mi resolución es irrevocable». Minutos después, Cecilio Rubes, para dar en la nariz a sus compañeros del Real Club, decidió vender la berlina y comprar un landó, con tronco nuevo.

El día 27 de abril de 1920 Cecilio Rubes lo pensó mejor y no se dio de baja en el Real Club.

El día 30 de abril de 1920 Cecilio Rubes se encontró gordo y pesado y constató que la cintura de su mujer continuaba rodeada de un embarazoso neumático de grasa, pese a que Sisí cumpliría dos añitos al mes siguiente. Cecilio Rubes dijo a su esposa, mientras abría el mueble bar y sonaba lejana la melancólica musiquita: «Querida, has

de hacer gimnasia todas las mañanas. Bien, ya sé que a mí también me conviene. Recuérdamelo. Quiero que hagamos gimnasia los dos juntos todas las mañanas con la ventana abierta».

El día 2 de mayo de 1920 Cecilio Rubes recordó, al fin, cuando se acostaba, que había prometido dejar a Paulina.

El día 3 de mayo, mientras abrazaba a Paulina y ronroneaba frotando su mejilla contra el frondoso cabello rojo de la muchacha, pensó que no había señalado fecha determinada para romper con Paulina y decidió aplazar la ruptura.

El día 7 de mayo de 1920, víspera del cumpleaños de Sisí, Cecilio Rubes dijo a su esposa, mientras tomaban café: «Mañana, sin falta, empezaremos con la gimnasia». Al día siguiente Sisí cogió una indigestión; le invadió una alta calentura. Cecilio Rubes pensó que la gripe no estaba tan lejos como imaginara y se fue a casa de Paulina.

—Pequeña —dijo, sin detenerse a pensarlo—. Lo nuestro debe terminar cuanto antes. Bien. He reflexionado sobre ello y… Bueno, naturalmente, no es que yo no te quiera, sino que mi hijo va creciendo y…

Paulina, recostada junto a la ventana, contemplaba con cierta impaciencia los esfuerzos de Cecilio Rubes. Desde que el niño nació, Paulina tuvo el presentimiento de que aquello terminaría fatalmente así. Bullía en ella una difusa noción sobre las incompatibilidades.

—Vaya —dijo—. No te esfuerces más, Cecilio. Nadie tiene derecho a ser feliz una vida entera.

Los ojos de Paulina estaban empañados y Cecilio Rubes sintió un repentino y brusco enternecimiento. Se levantó e intentó rodearla paternalmente los hombros con el brazo. Sus palabras eran ahora implorantes y lloronas:

—No, Lina, perdóname —dijo—. Bien. La verdad es que lo he prometido cuando el pequeño estuvo malito, y bueno… cada vez que el niño está indispuesto pienso, bien… pienso que se me va a morir por no cumplir mi promesa y que Dios me puede castigar.

—Dios, Dios —dijo Paulina—. ¿Piensas ahora en Dios muy a menudo, Cecilio?

Paulina emanaba una glacial indiferencia esta mañana. De no ser por la turbiedad de sus ojos, Cecilio Rubes se diría que nada de todo esto iba con ella. Dijo Paulina:

—¿Has pensado en el caluroso recibimiento que me dispensará el burro de mi hermano después de tantos años?

A Cecilio se le enredaban las palabras en la lengua. Quería decir simultáneamente todo lo que pensaba:

—Bien. Tú no vas a casa de tu hermano, Lina… Tú… tú vas a Madrid. Al teatro… ¿Entiendes? Bueno… Llevas estas dos cartas de presentación y esto… —Le tendió un cheque—. Con esto te defenderás

un tiempo y… bien, después serás una buena actriz. Pequeña… Lina, tú tienes talento y personalidad. Tu cabecita tiene seso y un precioso pelo rojo. Bien. En Madrid no piden más que eso y… y, en fin, todo eso otro que a ti te sobra. Bueno, Lina, debes perdonarme, ¿sabes? Yo pensé… bien, yo pensé mal de ti y me dije: «¿No me armará la peque un alboroto?». Bueno, yo comprendo que no está bien, pero lo he prometido y…

Paulina le miraba como midiéndole, como buscando una favorable perspectiva.

—¡Vaya! —dijo la muchacha—. Supongo que todo esto habrá que liquidarlo, ¿no?

Acariciaba la bocina del gramófono como si arrancase un cierto placer de ello. La muchacha se erguía en un frío y orgulloso estatismo. Cecilio pensó que el recurso del teatro le había fallado. Se dijo vanidosamente: «Estoy destrozando el corazón de esta mujer». Pero se hallaba embalado. No tenía que esforzarse ya para hallar soluciones. Lo difícil hubiese sido detenerse. Dijo:

—Bien, eso no es problema, pequeña. Harás almoneda de ello. Te ayudarás con esto también, ¿comprendes? De ninguna manera quiero perjudicarte…

Paulina daba cuerda al gramófono lentamente. Cambió la aguja. Dijo:

—Quiero que nos despidamos bailando, Cecilio, si no te importa.

La muchacha no veía, de momento, más que un enorme vacío en torno. Pensó: «¿Qué me esperará, allá, en Madrid?». Dijo el gramófono: «Con una falda de percal planchá…».

Cecilio tomó a la muchacha por la cintura. Quiso atraerla hacia sí pero notó en ella una actitud de reserva y se ruborizó de su audacia. La música le ablandaba y, por un momento, creyó sentir debajo de la piel del pecho una pena, como un hueco. Pensó: «Bien, ¿qué haré yo este verano cuando Adela se vaya?». Advirtió en la reticencia física de ella que todo había concluido, que Paulina era ya, para él, una extraña. Dijo:

—Iré a despedirte a la estación, pequeña.

Volvían a brillarle los ojos a Paulina. Dijo:

—¡Qué amabilidad tan grande la tuya, Cecilio! Siempre pensé de ti que eras un caballero, ¿sabes? Ahora cuando te marches recogerás ese paquetito que hay encima de la mesa. Es para tu hijo, de mi parte. Fue su santo ayer, ¿no es cierto?

Cuando concluyeron de bailar, Cecilio permaneció quieto, aplanado por una sensación como si todo él sobrase.

—Cecilio —dijo ella, tendiéndole la mano—. Durante cinco años he sido muy feliz. Es bastante, vaya. Te estoy agradecida.

—Mañana te enviaré el billete —dijo.

—¿Es que quieres asegurarte? —dijo ella.

Cecilio intentó protestar.

Añadió Paulina:

—¡Ah, no olvides el regalo del pequeño! Adiós.

—Adiós.

Al descender, con infinitas precauciones, la escalera, Cecilio Rubes se detuvo un momento y se registró, pensativo, los bolsillos. Le invadía la insistente sensación de que había dejado algo olvidado allá arriba.

Libro segundo (1925-1929)

I

El periódico del día 21 de abril de 1925 decía: «Francia realiza esfuerzos para salvarse. A la crisis económica se une ahora la crisis política». «Movimiento revolucionario en Lisboa. Filomeno Cántara, jefe del movimiento subversivo, envía un ultimátum al Gobierno. Tiroteos en la Rotonda. Severísimas medidas de precaución en Oporto.» Decía igualmente el periódico del 21 de abril de 1925: «La tormenta de ayer en nuestra ciudad. Numerosas calles inundadas. Una anciana fue sepultada al derrumbarse una pared». «La guerra de Marruecos. Parte oficial de ayer: Establecida emboscada noche última por la harca del Fondak, sorprendió convoy enemigo en las proximidades de Dar-Sedla, dejando en nuestro poder dos muertos con armamento y apoderándose del contenido del convoy y cabezas de ganado. Resto del territorio, sin novedad».

En segunda página decía el periódico del 21 de abril de 1925: «Emplastos de fieltro rojo del Dr. Winter. No hay mejor abrigo que éste. Un emplasto del Dr. Winter aplicado oportunamente, hallándose en estado catarroso, permite salir a la calle indemne a los efectos del frío. Los emplastos del Dr. Winter curan catarro, bronquitis, reuma, neuralgia, dolor de riñones, lumbago, ciática, dolores peculiares de las señoras, etc., etc. ¡Jamás dejan de aliviar! Elegid un verdadero emplasto de fieltro rojo del Dr. Winter. Éste es el único medicinal».

A mano derecha de la misma plana venía el dibujo de un elemental automóvil de cinco plazas, descubierto, con cinco turistas a bordo, rebasando a un rebaño de ovejas, y el pastor, un zagalejo de doce años, les decía adiós. Debajo del dibujo se leía: «Ford. Observe usted que la mayoría de los automóviles que circulan por carreteras, calles y paseos de las grandes ciudades y pequeñas poblaciones son Ford. Los coches Ford son los que proporcionan mayor placer a miles de personas, prestan mayores servicios a comerciantes, profesionales y hombres de negocios, a más bajo coste que cualquier otra marca de automóviles. Adquiera usted un Ford y recibirá íntegro el valor de su dinero. Pesetas 4.500. F. A. B. Barcelona». Más abajo, en la misma plana, decía el periódico del 21 de abril de 1925: «Automóviles Citroën. Vencedor de todos los concursos de consumo. El más económico del mundo. Torpedo, dos plazas, 5.100 pesetas. Coupé, 4

plazas, 10.475 pesetas».

Decía el periódico en tercera plana: «Suministramos instalaciones completas y máquinas sueltas con arreglo a los más modestos progresos de la fabricación en Semiseco. Tejerías mecánicas Buhler». Y, luego, más abajo: «Teatro Bretón: Debut de la Compañía de zarzuela y opereta Haro-Ballester. A las seis y cuarto: *El Duquesito o la Corte de Versalles*; a las diez: *Don Quintín el amargao o el que siembra vientos…*». «Cinema Montoya: Hoy se estrenarán en este favorecido Coliseum la bonita película titulada *El muchacho de París* y *Pamplinas*, muy cómica.» «Cinema Olaso: Hoy estreno de la emocionante película americana en cinco partes *Cabalgando desenfrenadamente*, por el simpático actor Hoot Gibson, y la chistosísima cinta cómica en dos partes *Quédate agarrado*.» «Ideal Cinema: Hoy, en popular y vermut, *La hija indómita*, emocionante relato, versión cinematográfica de la famosa novela de Jules Mary *La fille sauvage*. El interés de *La hija indómita* aumenta considerablemente en los episodios que hoy se proyectan. En estos episodios —*El ángel del hogar*, *Un grito en las tinieblas* y *En el engranaje*— se suceden las escenas trágicas que se desarrollan en un ambiente de lujo y elegancia y sobre maravillosos fondos.»

Todo esto decía el periódico del día 21 de abril de 1925.

Y era verdad que la ciudad contaba con un cinematógrafo nuevo desde 1923 y era un hermoso local modernizado, sin palcos, galería, ni paraíso, alto de techo, con una luminosidad anaranjada que procedía de unas bombillas anaranjadas que, a su vez, constituían el núcleo de unas flores en relieve anaranjadas también, distribuidas profusamente por los muros y techos del amplio recinto. No importaba que el temporal de la tarde anterior, por su intensidad y duración, abriese varias vías de agua en la estructura del edificio y que los relieves de flores escurriesen, dibujando, sobre las agrisadas paredes, unos caprichosos churretes color naranja. Eso no importaba para que el Ideal Cinema abriese sus taquillas el 21 de abril del 1925 y anunciase los tres nuevos episodios de *La hija indómita*.

También «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» sufrió las desagradables consecuencias de la inundación, y no por ello cerró sus puertas a una posible clientela. En realidad, fuera de los sótanos, el Establecimiento no padeció demasiado, aunque sí lo suficiente para que Cecilio Rubes tuviera el humor agriado aquella mañana. Méndez, el auxiliar de contabilidad, no estuvo discreto cuando dijo «que también las bañeras debían bañarse de vez en cuando». Se lo dijo a Valentín confidencialmente, como una graciosa ocurrencia, pero Cecilio Rubes lo oyó y se creyó en el deber de darle cuatro voces. Aquel muchacho de los granos era un insolente. Méndez se ruborizó, pero menos de lo que se hubiera ruborizado el año dieciocho. Según

Cecilio Rubes, el triunfo definitivo de la revolución rusa había revolucionado igualmente otras muchas cosas en su ciudad y en su establecimiento. Desde hacía tiempo venía advirtiendo en los de abajo algo como un malestar; un efervescente afán por dar la vuelta a las cosas. Cecilio Rubes iba en sus suposiciones demasiado lejos. En realidad era el matrimonio —que le tocaba algo más de cerca que la revolución rusa— lo que le transformó un tanto el temperamento a Méndez, el auxiliar contable. Méndez ya lo advirtió a poco de casarse con Lola. Le preguntó a Valentín:

—¿No cree usted que el matrimonio ayuda a quitarle a uno la vergüenza?

Valentín frunció el ceño, pensó: «Idiota», y dijo:

—Depende.

Añadió Méndez:

—Yo opino que uno que se atreve a querer a una mujer se atreve a todo lo demás.

Los bomberos estuvieron achicando el agua de los sótanos y revolviendo gran parte de la mañana. Cecilio Rubes seguía sus evoluciones con marcado interés. En cierto modo, lo que le interesaba a Cecilio Rubes era evitar la posible sustracción de toalleros, repisas y portaesponjas. Cecilio Rubes era en 1925 un poquitín más desconfiado que en 1917. Más tarde, cuando los bomberos se marcharon, Rubes se encontró con la desagradable sorpresa de que uno de los retretes de la exposición había sido utilizado. Ello acreció su mal humor y su irritación y acusó a Méndez del desaguisado. Méndez dijo:

—Señor Rubes, uno no ha perdido la vergüenza hasta ese punto.

Camino de casa, con su abrigo de entretiempo, su sombrero de fieltro y su bastón, Cecilio Rubes aparentaba una más severa dignidad que seis años antes. Se le notaba el paso del tiempo en los andares menos briosos, en la curva del vientre, más floja y fláccida, y en los bigotes más recortados. Sin embargo, Cecilio Rubes, sobre poco más o menos, continuaba siendo el mismo Cecilio Rubes de seis años atrás. Quiso pensar en Sisí para descargarse de su mal humor y pensó en Adela. «Es idiota lo que hace —se dijo—. ¿Por qué no la gimnasia en vez de quedarse sin comer?» Entendía que el adelgazamiento era muy distinto de conseguirlo en una u otra forma. Para la galería, quizá sirviese un adelgazamiento que no era otra cosa que desnutrición, pero para el marido era preferible el adelgazamiento logrado a base de un ejercicio muscular concienzudo y cotidiano. «¿Qué pretenderá?», se preguntó.

Precisamente aquella mañana había decidido Adela romper con los viejos moldes. Con los años se había convencido de que la señora Rubes venía obligada a ser la primera en abordar las nuevas corrientes en la ciudad. Los últimos figurines de París y los modelos de

primavera de Pedro Rodríguez se hacían lenguas sobre la nueva moda femenina, rabiosamente revolucionaria. La mujer, venían a decir, debe convertirse en una pura y estilizada línea recta. Era sugestiva la innovación y Adela se propuso sorprender a su marido. A Cecilio le halagaba ver a su mujer a la vanguardia de la moda, le halagaba que fuese Adela —y no Gloria— quien fijara la pauta. Mas Cecilio Rubes desconocía en absoluto las nuevas tendencias. Adela, en cambio, llevaba semanas rumiándolas. Suprimir su moño, guillotinarlo sin más, se le hacía un poco cuesta arriba. Anhelaba, en cambio, verse embutida en uno de aquellos informes vestidos «palo de rosa» y poder olvidarse de sus senos y sus caderas superabundantes. Mas una cosa implicaba la otra y hasta esta mañana no se decidió del todo.

Llevaba un mes sometiéndose a un régimen de comidas que a Cecilio exasperaba. En realidad, Adela reconocía que con tanta privación no consiguió otra cosa que dos profundas ojeras y un desmadejamiento general que no le permitía estar de pie más de un cuarto de hora seguido.

Se miró al espejo del tocador con una intención analítica, como si se viese por primera vez, y se encontró extraña, un poco más llena de cara y un poco más dura, y con un cierto y remoto parecido con Sisí. «Lo del pelo podría ser una equivocación», se dijo. Oyó llamar a Cecilio y se apresuró. Se coloreó levemente las mejillas y se cepilló las cejas. Su cerebro estaba un poco obnubilado.

Notó que le saltaba el corazón al abrir la puerta. Notó también el gesto de estupor de Cecilio Rubes, su vano intento por pronunciar una palabra que se le enredaba enojosamente en la lengua. Cecilio la miró de arriba abajo. Estaba a punto de desmayarse. Vio la extraña cabeza de Adela, peinada como un muchacho, las presuntuosas medias ondas de las patillas, aquella especie de saco informe, color de rosa, eclipsando deliberadamente todas sus redondeces, y con un cinturón, sin ceñir, colocado una cuarta más abajo de las caderas. Constató Cecilio, tras la primera impresión, que le volvía el uso de la palabra.

—Bien —dijo—. ¿Qué especie de barbaridad es ésta?

Adela prendía azorada el inmenso collar de gruesas bolas que le caía hasta más abajo del pecho; se encontraba vendida, a la intemperie, casi tanto como la primera vez que Cecilio, su marido, apartó el biombo de un manotazo cuando ella se desnudaba.

—¡Oh! —dijo Adela, chillando—; ¡siempre te ha gustado, Cecil, verme seguir el ritmo de la moda!

—¡La moda! ¿Puede saberse qué broma es ésta?

Ella se aproximó a él. La impulsaba un oscuro afán, casi una necesidad, de esconderse. Ni los años, ni su hijo lograron establecer entre ellos un puente de confianza.

Añadió Adela:

—La línea recta y el pelo a lo *garçon*, ¿es que no te gusta, Cecil? En París y Madrid las damas no visten ya de otra manera.

—¿Es posible? Bien. ¡No me gusta! —gritó Cecilio, a quien la mención de París y Madrid enervó momentáneamente.

—Es cuestión de acostumbrarse —añadió Adela con una puntita de voz.

—¿Qué es lo que se trata de ocultar aquí? ¿Es que es una monja quien ha dictado esta moda? —dijo Cecilio.

—¿Ocultar?

—Bien —dijo Rubes—. No irás a decirme que estos sacos son favorecedores, ¿verdad?

—Vaya, Cecilio —dijo Adela—. A los hombres siempre os ocurre lo mismo cuando se trata de romper con las viejas costumbres. Pedro Rodríguez dice: «Hay que sustituir la forma por la línea». ¿Vas a decirme, Cecil, que Pedro Rodríguez no sabe lo que se dice?

Cecilio Rubes se irritó:

—Bien —dijo—. ¡Al diablo Pedro Rodríguez y París y la moda! Yo también sé lo que me digo y... bien, digo que la forma es fundamental en una mujer y que es un absurdo hablar de sustituir la forma en la mujer, porque la forma es su esencia, ¿te enteras? Y la línea recta es una equivocación inventada seguramente por una mujer más seca que un palo, y que va contra la realidad de la mujer, que es, por definición... bien, es, por definición, una línea curva. Bueno. Dime, bien, ¿qué es lo que queda de una mujer si prescindimos de... de... bueno, de eso? ¿Quieres decirme qué deseos van a despertar en los hombres... bien, unas escobas vestidas? ¿Quieres decirme qué cosa monstruosa va a ocurrir en el mundo si los hombres no pueden enamorarse en lo sucesivo de las mujeres?

Adela tenía ganas de llorar. Hubiera llorado allí mismo si no le pareciera grotesco llorar con aquel vestido y aquel pelo y aquella traza. La opinión de Cecilio la había deprimido. Se encontraba espantosamente ridícula y, por un momento, odió a Pedro Rodríguez.

Dijo Cecilio Rubes:

—Los modistos no saben ya qué inventar y se ríen de vosotras colocándoos esas visiones estrafalarias. Bien, pues Cecilio Rubes no está de acuerdo con los modistos y ningún modisto se ríe impunemente de Cecilio Rubes. Bien, eso tiene remedio, pero ¿ese peinado? ¡Ah, es horrible! ¿Es que no lo comprendes? Una mujer que se precia de algo no puede asomarse así a la calle. Bien. Provocaría una revolución; eso es lo que quiero decir. Lo mejor que puedes hacer, querida, es olvidarte de ese horrible vestido y disimular ese horrible peinado y... y, en fin, tratar de olvidar este horrible momento de debilidad.

A la semana siguiente Gloria les invitó a su casa y apareció

ataviada con un vestidito «palo de rosa», de cincuenta centímetros de falda, el cuerpo largo, la línea recta, y la cabeza tan ligera de pelo como la de un muchacho de diez años.

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. ¿Quién sería capaz de adivinar que es usted la madre de cinco criaturas? ¡Si parece usted otra!

A Adela le sacudió interiormente como un viento de tempestad.

—Dime, Adela —dijo Gloria—, ¿cómo me encuentras? Es un poco extravagante la nueva moda, ¿no es así?

—La moda siempre ha sido una cosa caprichosa —dijo Luis Sendín.

Los niños armaban una estrepitosa algarabía en el cuarto de los trastos.

Dijo Adela, despechada:

—¡Oh! ¿Cómo puedes vivir, Gloria, con este ruido infernal a todas horas?

Un mes más tarde, ojeando en el Club una revista de Madrid, el coronel López se detuvo ante la página de modas.

—Rubes —dijo—. Por amor de Dios, Rubes, ¿se ha detenido a considerar con atención a esta muñeca?

—Odio la nueva moda —dijo Cecilio Rubes—. De esta manera todas las mujeres son iguales.

—Todas extraordinariamente atractivas —dijo el coronel López—. Son tentadoras, ¿no es cierto? Parece como si les hubiesen colocado un saco sobre la piel, sin otra impedimenta. Luego, al andar, bueno, al andar, los pliegues indican… Vamos, ustedes ya saben lo que yo quiero decir, ¿no es cierto?

León Valdés exclamó:

—Exacto. Sobre este punto, opino lo mismo que tú. La exhibición plena sugiere menos que una levísima insinuación.

Cecilio Rubes llegó a casa un poco cohibido y meditabundo aquella tarde. Pensó en Paulina. A menudo, en los últimos seis años, había pensado en Paulina y no le disgustó hoy imaginarla dentro de un vestidito «palo de rosa» de falda corta y cuerpo largo y holgado. «Bien, pero Paulina no puede desprenderse de las melenas. Sería un error.» Con esta evocación llegó casi a comprender al coronel López y a León Valdés. Sí, efectivamente, al moverse, se insinuarían… Desechó la imagen violentamente. No le gustaba deleitarse con lo que no estaba a su alcance. «Si los hambrientos no se recreasen tanto pensando en un menú imposible habría menos descontentos por el mundo. Y también menos revoluciones.» Cecilio Rubes pensaba así, y por ello siempre procuraba despertarse un recuerdo casto de Paulina, aunque muy pocas veces lo consiguiera.

Besó a su mujer en una mejilla, de una manera un tanto formularia. Hacía meses que Adela no despertaba en él el apetito de

otros tiempos. No obstante, salvo sus poco frecuentes escarceos extramatrimoniales, Adela seguía siendo para él el remedio de una necesidad. A veces, Adela le trastornaba en grado sumo, de manera insospechada, pero Cecilio Rubes se confesaba, entonces, que también un famélico podría trastornarse a la vista de un pedazo de pan seco. A Cecilio Rubes le gustaban mucho los símiles de los famélicos y, desde un punto de vista exclusivamente sexual, se encontraba más de un paralelo con ellos.

Adela dijo:

—Sisí no quiso trabajar hoy, Cecil. Creo que es hora de tomar una determinación con él. ¿No crees que los siete años son una edad más que suficiente para aprender a leer? Luisito Sendín ya lee de corrido y escribe y suma y resta y multiplica. Elisita Sendín tiene sólo cinco años y ya deletrea. ¿Qué esperamos para tomar una decisión con este chico, querido?

Sisí Rubes estaba alto y desarrollado para sus siete años. Tenía un pelo intensamente rubio, casi pajizo, y la piel tostada, muy oscura; sus ojos azules, limpios, eran como dos lagos dentro de una tierra árida. Adela decía: «Mi padre era muy cetrino de piel». Cecilio decía: «No te molestes, querida. Sisí es Rubes de los pies a la cabeza». «Tú eres rosado de piel, Cecil, no lo olvides.» A Cecilio Rubes le mortificaba ser rosado de piel, y más aún el que se lo echasen en cara. «¡Bien, eso no hace al caso! —decía—. El chico es Rubes.» En el fondo, Cecilio estimaba una desgracia el que el chico pudiera heredar algo del malhadado funcionario Martínez.

Sisí Rubes tenía del mundo, a los siete años, una visión peculiar. El mundo se componía de dos partes; una: Sisí Rubes; la otra: el resto, con la particularidad de que esta última se debía a la primera y giraba en torno de ella de un modo complaciente y continuado. Bajo esta consideración personal que Sisí Rubes se forjó desde los dos años, Sisí era medio mundo y el centro de gravitación del otro medio. Con el uso de la razón y una idea más concreta de las cosas, le llegó a Sisí Rubes el convencimiento de que aquel que no sacaba de la vida lo que deseaba es que era un tonto.

Existía para ello un medio infalible. Sisí Rubes tenía un concepto desorbitado y excesivo del valor de las lágrimas. Las lágrimas constituían para él la llave que abría todas las puertas. Ya, cuando era aún un niño de meses, Sisí Rubes comprobó que un vagido en la noche atraía sobre su cunita el movimiento; dos vagidos, de día, tenían la hermosa virtud de aproximar hasta su boquita diminuta la teta apasionante y suculenta del ama Jacoba.

Luego, al crecer, Sisí fue descubriendo paulatinamente la maravillosa eficacia del llanto. Unas lágrimas y una pataleta simultánea valían, por ejemplo, para que llegara a sus manos sin

demora el juguete apetecido, para retrasar una hora o dos el momento de acostarse, para salir de paseo antes de que el aña concluyera de comer, para pasar a jugar en casa de los Sendín, para que le permitieran ver de cerca la partida de tresillo que sus padres disputaban a los vecinos de enfrente. Sisí Rubes intuía, en una palabra, que las lágrimas resultaban omnipotentes, administradas con oportunidad y discreción.

Desde muy niño apreció también Sisí Rubes dónde se escondía el principal obstáculo para lograr sus deseos. Antes de cumplir el año, Sisí Rubes se acostumbró a ver en su madre un adversario. Ella era siempre la que se enfrentaba a sus caprichos, la que le reprendía si rompía un juguete, la que acudía a su padre en demanda de castigo, cuando Sisí Rubes trastornaba, aunque fuese levemente, el ridículo y caprichoso curso de las cosas. En realidad su madre, y sus faldas, y su ternura demasiado escondida, sólo servían para refugiarse en ella cuando el cielo pesado y sombrío se derrumbaba pavorosamente sobre la ciudad durante las dramáticas tormentas estivales. Sisí Rubes temblaba entonces y sólo hallaba refugio adecuado en la solicitud protectora de su madre. Ella era fuerte, rígida y dura, y los relámpagos y los truenos nada podrían contra ella. También servía su madre para arroparle y abrigarle contra los siniestros fantasmas que, a veces, se levantaban en sus sueños.

A Adela le preocupaban estos trastornos. Cecilio decía: «Bien, yo también tuve terrores nocturnos y miedo de las tormentas y aquí me tienes. Todos los chicos tienen terrores de esa clase».

Por el contrario, en el decurso diario y normal de la vida, Sisí Rubes encontraba en su padre una base y un apoyo fundamental. La eficacia de su llanto penetraba en su padre primero y su madre la admitía después, siempre, claro es, a regañadientes. Gracias a su padre disponía de un incomparable arsenal de juguetes. Gracias a su padre no había el menor riesgo en destriparlos. (Si Sisí destripaba un muñeco para sacarle el relleno, Cecilio Rubes decía sonriendo: «Este chico será un cirujano extraordinario». Cuando Sisí destrozaba un automóvil de pedales o un triciclo por el placer de estropearlos, su padre decía: «¡Qué formidable ingeniero lleva dentro!».) Gracias a su padre, Sisí conocía la plaza de toros, la iglesia, la botica, el teatro y el cine. Gracias a su padre disponía de una habitación empapelada de muñecos multicolores, con una sólida camita de cuello de cisne, una mesa y dos sillitas diminutas y una estantería, ahora llena de animalitos de trapo, para que el día de mañana colocase sus trofeos Sisí Rubes. Gracias a su padre, en fin, podía aún Sisí Rubes seguir disfrutando de una completa autonomía personal.

Su madre estuvo a punto de echarlo todo a rodar un año antes, al decidir enviarlo al colegio. Sisí Rubes fue cuidadosamente preparado

durante meses en relación con su proyectado cambio de vida. En el colegio había flores y pájaros y confites y niños simpáticos con quienes jugar. El colegio era una especie de paraíso anticipado, que Dios tenía dispuesto en la Tierra para los pequeños que eran buenos. Pero a Sisí Rubes le ocultaron que los niños del colegio no estaban allí para procurarle a él una complacencia, y que también había allí monjas oscuras y siniestras parecidas a los fantasmas que poblaban sus noches, y que también había allí un abecedario implacable y una numeración cardinal, ordinal y romana contra la que su cabecita rubia y alborotada chocaba como contra un muro. Sisí Rubes receló, tan pronto se vio en el colegio, que el medio mundo que habitualmente giraba en torno suyo trataba de desglosarse ahora y, entonces, cogió una rabieta y pidió que le llevaran a casa.

Adela, su madre, se mostró muy obstinada. Dijo: «Sisí ha de ir al colegio, si no quiere ser un desgraciado». Pero su padre intercedía y era su padre quien mandaba en casa: «No creo que sea imprescindible ir al colegio a los seis años. Bueno. La verdad es que yo he tenido un hijo para que sea feliz. No sé si te dije alguna vez, querida, que, a mi entender, la educación debe reservarse para los pobres».

Sisí Rubes volvió a sus juguetes y a sus costumbres y a sus caprichos, con una sola innovación: cada tarde, su madre le hacía enfrentarse con el abecedario. Algunos días se rebelaba y una tarde Adela llegó a golpearle. Sisí Rubes se lo contó a su padre, llorando. Por la noche les oyó discutir vivamente en su habitación. Luego, oyó un gran ruido. Por la mañana la mesilla de noche de su padre estaba rota. Su madre no volvió a golpearle y él podía negarse impunemente a dar su diaria lección.

Ahora, Adela decía:

—Sisí no quiso trabajar hoy, Cecil. Luisito Sendín lee de corrido y escribe y suma y resta y multiplica, y Elisita Sendín, con sólo cinco años, ya deletrea. ¿Qué esperamos para tomar una decisión con este chico, querido?

Cecilio Rubes abrió el mueblecito de las botellas y se sirvió una copa. La musiquita solía inspirarle decisiones discretas.

—Bien —dijo—. ¿Qué esperas para colocarte tu vestidito «palo de rosa», querida?

—¿Eh? —dijo Adela—. ¿Te dijeron algo en el Club esta tarde, Cecilio?

—Bueno, me gusta. Me ha costado entrar, pero al fin he entrado. ¿Qué tiene eso de particular? Nunca he sido fanático ni intransigente con tus cosas, que yo sepa, querida.

A Adela le subía una fuerza dolorosa a la garganta. Dijo:

—¿Después de que Gloria está harta de él y la gente cansada de vérselo?

—Bien —dijo Rubes—. No hablo de ese traje en particular; hablo de la moda y… bien, de todo eso de la forma y la línea recta.

—Me haré otro modelo —dijo Adela—. Pero dime la verdad, Cecilio, ¿te dijeron algo en el Club esta tarde?

Sonrió Cecilio con cierta piedad:

—¿Puede caber en tu cabeza, Adela, que en el Real Club se discutan problemas tan vanos e insignificantes? —dijo.

Al día siguiente, Sisí Rubes se negó también a sufrir la lección. Adela aguardaba impaciente a Cecilio Rubes. Dijo, al verle:

—Otra vez. ¿Qué te parece?

—Otra vez, ¿qué?

—Sisí.

—¡Sisí, siempre Sisí! ¿Qué harías, querida, si Dios te hubiera dado un hijo verdaderamente arisco?

—¿No te parece arisco Sisí?

—¡Cielo santo! —chilló Rubes—. Trataste pocas criaturas en la vida, ¿verdad, querida? Bien, ¿cuándo vas a darte cuenta de que ni el arte, ni la ciencia, ni la educación se encuentran en los libros? Para tratar a tu hijo, Adela, no te debes guiar de un libro, sino de tu propio corazón. ¡Eso es!

Insistió Adela:

—No soy partidaria de blanduras con los chicos, Cecilio, ya lo sabes. ¿No crees que con esta actitud no hacemos más que perjudicarle?

—Perjudicarle, perjudicarle… ¿Piensas que un niño es más feliz llevándole siempre la contraria que viviendo su vida libremente?

—De continuar así, Sisí será un niño bobo y el hazmerreír de los demás, eso es lo que pienso.

—Eso es otra cosa —dijo Rubes—. Bien, no digo que el chico no deba aprender a leer, querida, entendámonos… Bueno, lo que yo digo es que se le puede llevar a ello de otra manera que no por la viva fuerza. Por ejemplo, por ejemplo… tú puedes decirle: «Bien, pequeño, cuando aprendas a leer podrás ver aquí… bueno, por ti mismo, lo que le ocurrió a Blancanieves con los enanitos del bosque». ¿Comprendes?

Cecilio Rubes sonrió, persuadido de la eficacia de su sugestión. Estaba satisfecho de sí mismo. La reacción de Adela le dejó un poco perplejo. Dijo Adela:

—¡Oh, Cecil! ¿Tan ingenuo eres? ¿Crees que no apuré ya todos los recursos? ¿Crees que no le dije cien veces lo de Blancanieves y lo de Cenicienta y lo de Pulgarcito y lo del Gato con Botas? ¿Y sabes qué conseguí? Sisí dijo: «Sé lo que le pasó a Blancanieves, mamá. Y lo que les pasó a la Cenicienta, a Pulgarcito y al Gato con Botas. ¡No quiero aprender a leer!».

Cecilio Rubes permaneció un momento pensativo con la copa en

la mano. Le costaba claudicar. Al fin, dijo:

—Bien. Habrá que pensar en tomar una profesora. Ésa puede ser la solución. No enseña a leer quien quiere sino quien puede. Eso es. Bueno, tomaremos una profesora para el chico; vaya. Creo que es la única posible determinación.

El primer antojo de un automóvil le asaltó a Cecilio Rubes el día que vio a León Valdés encaramado en su Forito, petardeando y sembrando el pánico por las calles y plazas de la ciudad. Los chicos se detenían embobados a verle a la puerta del Club y él descendía cojeando con cierta petulancia, se quitaba las gafas de los ojos, sacaba un poco de brillo al parabrisas, echaba un vistazo a las cuatro ruedas y encendía indefectiblemente un cigarrillo sobre el bordillo de la acera.

Rubes se dijo, al verle: «Es interesante. El automóvil es el último grito de la civilización». Bien pensado, a Cecilio Rubes le resultaba más cómodo tomar el ferrocarril, o simplemente el landó, cuando tenía que desplazarse. Pero no era menos cierto que la gente empezaba a mirar, sobre todo la juventud, los coches de caballos por encima del hombro, y con esa suerte de compasiva condescendencia con que se consideran las antiguallas. «Bien —se dijo Rubes un día—, cuando voy en el landó la gente me mira como suelen mirar los turistas las murallas de Ávila.» Esto le deprimió a Cecilio Rubes. Él fue el primer hombre de la ciudad en tener luz eléctrica, calefacción y teléfono en su casa: el que León Valdés y otros cuatro o cinco conciudadanos se le hubieran anticipado en el uso del automóvil se le hacía, de pronto, una deplorable postergación. «Bien —pensó—, habrá que comprar un automóvil.»

Pero cuando verdaderamente se decidió Cecilio Rubes a comprar un automóvil fue después de oír a Ramón Prado, en el Real Club, que su deseo más ferviente era adquirir un automóvil; después de oír suspirar a Méndez, el auxiliar contable: «¡Quién tuviera un automóvil!», y después de oír a su hijo Sisí decir a gritos: «¡Papá, yo quiero un automóvil!». Cecilio Rubes se decidió entonces. Cecilio Rubes solía ultimar sus adquisiciones por lo que deseaban los demás, antes que por lo que él mismo deseaba. Le gustaba que la gente dijese: «¡Qué suerte Rubes; ya se compró el automóvil!»; «Ese Rubes tiene siempre lo que quiere», o bien: «¡Qué fortuna la de Cecilio Rubes!». Pero Cecilio Rubes vio, en esta ocasión, una feliz oportunidad para estimular a Sisí de una manera incruenta: «Bien —le dijo—. El día que aprendas a leer te compraré el automóvil. Además, debes comportarte bien con la señorita Matilde».

Cecilio Rubes no aguardó a que Sisí aprendiera a leer para empezar sus gestiones. Desechó de entrada las marcas Citroën y Ford

porque el periódico decía: «Los coches Ford son los que proporcionan mayor placer», «Los automóviles Citroën son los más económicos del mundo», y Cecilio Rubes, como la mayor parte de los hombres que se anuncian, desconfiaba de los anuncios. Entendía que los anuncios estaban bien para esa parte ingenua de la humanidad que son mayoría, pero en un hombre maliciado como él, los anuncios no provocaban otra cosa que una media sonrisa de escepticismo. Él sabía por dónde se andaba y no se dejaba embaucar así como así.

Habló con Fidel Amo, que era un técnico y fue, en su juventud, campeón de velocidad en biciclo, y le recomendó un Ballot, modelo torpedo Tourist. Le dijo: «El Ballot Tourist es un coche de semilujo, bien dotado, con embrague a disco único». Dijo Cecilio Rubes: «Vaya. Eso es interesante». Pero Méndez, el muchacho de los granos, no estaba de acuerdo. «Donde esté el Chevrolet, señor Rubes, que se quite el Ballot. Delante de un Chevrolet hay que descubrirse». Cecilio vaciló. Por la tarde de ese mismo día cambió impresiones con Luis Sendín. Luis Sendín era un hombre comedido que pesaba las palabras. «¿Conoce usted el Talbot, Rubes?», le preguntó. «Bien, no, no lo conozco», respondió Cecilio. Añadió Luis: «Bueno, no sé si habrá otro tipo de coche hoy con transmisión por eje a doble cardán y empuje por las ballestas». «Eso está bien, ¡caramba!», dijo Rubes.

Al día siguiente, en compañía de Fidel Amo, visitó la casa Ballot. El representante era un hombre pequeñito, de ojos enloquecidos y un arisco pelo indómito. Hablaba mucho y demasiado técnicamente. Cecilio Rubes se encontraba como perdido en un bosque frondoso. Decía el hombre de los ojos enloquecidos:

—Aquí tiene usted el torpedo Tourist. La elegancia de la línea, los cuatro cilindros en bloque, las dimensiones del chasis y demás están a la vista, ¿me comprende usted? Pero reúne además una serie de características que hacen del Ballot el coche del día.

Fidel Amo lo miraba como diciendo «¿Qué te dije yo?». Puntualizó el hombrecito del pelo estropajoso:

—Los cárters son de aluminio, ¿comprende usted? El suspensor lleva tres apoyos de grandes dimensiones para el cigüeñal y el inferior forma el depósito de aceite; en la parte posterior va acoplada la caja de velocidades, ¿comprende usted? Las válvulas, alojadas en la culata de los cilindros, están mandadas directamente por el árbol de levas. La distribución se efectúa con piñones helicoidales y comprende un eje vertical que recibe su movimiento del cigüeñal accionando por su extremidad inferior la bomba de circulación de aceite, por su parte media la bomba de agua y el alumbrado del motor y por su extremidad superior el árbol de levas, ¿comprende usted?

Cecilio Rubes analizaba el mullido de los asientos, el tono del tapizado, el brillo de los níqueles y el grosor de las llantas. Fidel Amo

le dio con el codo, insinuando: «¿Qué te parece?». Rubes pensó: «Todo es propaganda». Dijo, después de dar una vuelta en torno del vehículo:

—Ah, sí; me gusta. Volveré.

A media tarde, con Méndez al lado, visitó la casa Chevrolet. Le atendió un hombre calvo de voz afeminada y modales estudiados. Hablaba con esa monotonía que da un previo aprendizaje y la repetición cotidiana de una lección dominada de memoria. No descendió el calvo, como el hombrecillo del Ballot, a detalles técnicos. Es posible que presumiera en Cecilio Rubes el desconocimiento total de la mecánica que efectivamente le invadía. Dijo:

—En los comienzos del año, el Chevrolet domina en absoluto el mercado de los precios bajos, con una preponderancia indiscutible. El Chevrolet ha conseguido esta envidiable posición por sus propios méritos, y este éxito alcanzado no ha sido de improviso, no es debido a una casualidad, sino que lo debe a haber probado de una manera decisiva la potencia del principio en que se basa esta marca, y consistente en que, dado un producto de una valía intrínseca excelente por demás…

Cecilio Rubes desistió de escucharle. Le aburría aquel hombre y le parecía un invertido. No le gustó. Tampoco le gustó el modelo de automóvil que le mostraba. Se le antojaba demasiado sencillo, totalmente desprovisto de grandeza. Pensó Rubes: «Propaganda». Méndez le dirigía toda la capacidad de expectación anhelante que cabía en sus ojos y sus granos. Le miraba, como diciendo: «¿Qué le dije yo?». Cuando, al cabo, concluyó de hablar, Rubes recorrió con sus ojos el tapizado, los níqueles y el grueso de las ruedas. Dijo, luego:

—Me gusta. Volveré.

Al día siguiente recogió a Luis Sendín en el juzgado y visitaron al representante de Talbot. Cecilio Rubes no llegó a discernir quién de aquellos dos hombres que le abrumaban gesticulando, a su alrededor, diciendo: «Acomoda cinco pasajeros y tiene un tapizado fuerte y elegante», «Eje delantero montado sobre un rodamiento de bolas», etcétera, era el auténtico representante de la casa Talbot. Ambos rivalizaban en mostrarle las maravillosas características de aquel modelo, le tomaban del brazo, le empujaban, le forzaban a agarrar el volante, a abrir y cerrar las portezuelas, le sentaron en las cinco plazas disponibles y, finalmente, le cogieron entre los dos, le acomodaron, acomodaron a Luis Sendín a su lado y salieron disparados por las calles de su ciudad. Cecilio decía: «¡Cuidado, un ciclista!», «¡Ojo con esa mujer!». Iba asustado. El más alto de aquellos hombres conducía a velocidades de vértigo. Al regresar le obligaron a tomar el volante. Cecilio Rubes temblaba: «Bien, no es necesario —dijo—. Tendré un mecánico». «No importa, no importa», decía el alto. El otro, por el lado opuesto, decía: «Para ordenar hay antes que conocer.

¡Desembrague!». «¡Acelere ahora!», chilló el otro. El coche arrancó de improviso y Luis Sendín se echó sobre él; notó su peso en la espalda. Volvió la cabeza. «¡Cuidado!», gritó el hombre alto. «Bien, desembrague de nuevo y cambie de velocidad», dijo el otro. Los dos actuaban sin darle tiempo a él para intentarlo, apretaban los botones, activaban las palancas, se hacían cargo del volante, con múltiple y asombrosa variedad de reflejos. Se cruzó un carrillo de mano y Cecilio Rubes dobló a la derecha, el hombre alto dobló a la izquierda, el bajo dio un frenazo en seco. Y el coche se detuvo. Los dos se reían. Cecilio Rubes se sentía como un muñeco movido por aquellos hombres. Dentro de él empezó a levantarse, como un viento, un odio feroz.

—Bien —dijo, al fin—. Creo que uno de ustedes debe hacerse cargo definitivamente de esto.

—Es sencillo, ¿no? —dijo el hombre alto.

—En esta primera lección ha respondido usted como no es frecuente —dijo el bajo.

Cecilio Rubes pensó: «De ninguna manera compraré un Talbot».

Fidel Amo le preguntó en la primera oportunidad: «¿Te decides por el Ballot?». Méndez le decía cada día: «El Chevrolet Coach es su coche, señor Rubes». Sendín decía, con su habitual mesura y circunspección: «La impertinencia y la vitalidad de los representantes no resta méritos al Talbot como automóvil de calidad». Sisí le dijo una noche:

—¿Compraste el coche, papá?

—Bien. Aún no hay nada definitivo —dijo Rubes.

—Bueno, papá —dijo—, quería decirte que hoy he visto un Lincoln mejor que ninguno.

—Bien —dijo Rubes.

A la mañana siguiente visitó solo la casa Lincoln. Le gustó, nada más verlo, el modelo Town Car, de siete plazas, con la parte delantera descubierta para el chofer, y la caja, con cinco plazas, aislada, detrás. «Bueno —pensó—. Éste es mi coche.» El representante le dijo:

—Efectivamente, señor Rubes, ese automóvil parece hecho para usted.

A Cecilio le halagó que el agente le conociese.

—Un solo cardán, ¿qué le parece? —agregó, con un guiño de entendimiento, el representante.

—Magnífico, magnífico —dijo Rubes al ver el guiño.

Añadió el agente:

—En este coche pone usted un duro de canto sobre el motor, y llega a Madrid de canto, la vibración es mínima.

—Magnífico —repitió Rubes—. Me quedo con él.

Le brillaban los ojos de entusiasmo a Cecilio Rubes. También al representante le brillaban los ojos de entusiasmo.

—Bien, necesito un chofer —dijo Cecilio Rubes.

Entraron en las oficinas. Un subalterno dijo al agente:

—Bernardino está de más.

—Espléndido —dijo el agente.

A Cecilio Rubes le gustaron también las referencias de Bernardino y envió a buscarle. Era un hombre maduro, con el pelo gris en las sienes y una boca y unos ojos voluntariosos; tal vez un tanto apocado. Cecilio Rubes se quedó también con Bernardino.

Al llegar a casa dijo a Sisí:

—Bien, asómate.

Los ojos azules de Sisí parecían agrandados al regresar del balcón:

—¡Dios, si es el Lincoln, papá! —dijo.

—Bueno; es tuyo.

Cecilio Rubes se consideraba feliz sintiendo en sus brazos el cuerpecillo de Sisí, sintiendo sus besos y sus abrazos. Adela se echó a reír al verlos:

—Parecéis dos enamorados, querido —dijo.

Gritó Sisí, desde la altura de su padre:

—¡Asómate al balcón, mamá!

Volvió Adela, levemente estremecida:

—Querido, querido, ¿es posible...?

Chilló Sisí:

—¡Es nuestro, mamá!

—¡Oh, Dios mío! —dijo Adela—. Este verano podremos hacer esa excursión a Galicia que tanto hemos proyectado. Se lo diremos a los Sendín. ¡Oh, Cecilio, querido, qué contenta estoy!

II

El periódico del día 8 de mayo de 1927 decía: «El problema del maíz. Los almacenes están abarrotados de maíz, al que no se puede dar salida por falta de ganado». «La guerra de Marruecos. Continúa el avance por la cábila de Beni-Aros. La columna de Ketama cruzó el río Anses, ocupando Maka-Chied. La columna Capaz se encuentra en el Zoco, el Yebel de Tamarrout. Todas las columnas han enlazado entre sí, y con estos movimientos puede considerarse terminada la campaña de Senhaya y Ketama y se comenzará en el territorio de Melilla la intensa labor de organización política y militar que precisa.»También decía el periódico del 8 de mayo de 1927: «Terribles inundaciones en los Estados Unidos. Cuatrocientas mil personas sin albergue». «¿Una guerra entre moderados y extremistas chinos? La situación de Hanken es inquietante.» «Mac Donald espera nuevas huelgas generales en Inglaterra.»

En segunda página decía el periódico del 8 de mayo de 1927: «Ramera: se vende en el monte de Puentealto, en condiciones de arder a cuarenta céntimos carga». «Radio: Aparatos Radio-Muse, de cuatro lámparas, funcionando en alta voz. Para casinos, sociedades, etc., modelos especiales de seis lámparas, muy potentes.» «Por baja de primeras materias, rebajo el 10 por ciento en el precio de mis tarifas. Recauchutados J.V.D.»

En tercera plana decía el periódico del 8 de mayo de 1927: «Teatro Bretón: Compañía Sánchez-Ariño. Estreno de *Los extremeños se tocan*. Todos saben que se trata del mayor éxito de risa del año. En Madrid se está representando a teatro lleno desde que se estrenó». «Cine Montoya: Hoy, estreno de la colosal joya de la Universal, *El libertino* (siete partes), por el eminente Reginald Denny, y *Un niño de grandes vuelos* (cómica, dos partes), por la Pandilla y el perro.» «Cinema Olaso: Hoy se proyecta la superproducción monstruo, marca Metro, *El trapero*, creación insuperable de Jackie Coogan (Chiquilín). No deje de ver esta sentimental y graciosa película, última creación de Chiquilín.» «Ideal Cinema: Hoy *El viejo gruñón*, preciosa película en siete partes, y una bonita cómica. Mañana: *Nobles y plebeyos*.»

Cecilio Rubes se encontraba esta temporada sexualmente insatisfecho.

Él prejuzgaba que el hombre al acercarse a la cincuentena dejaría de tener problemas de esta clase. Sin embargo, ahora podía asegurar que no era así, y aun que el hombre a esa edad volvía a la adolescencia en lo referente a la exacerbación de su primer instinto. No es que le desagradase sentirse útil y sexualmente famélico —como él decía—, sino la imposibilidad de encontrar satisfacción en el lugar en que debía y con la frecuencia que precisaba. Adela, efectivamente, iba entrando en una fase de desinterés absoluto en este aspecto, por no decir de repulsión. Había veces que la correspondencia le costaba lágrimas y, en todo caso, una acre e indignada censura. «No somos ya dos chiquillos, ¡caramba!», decía Adela. De aquí que la complacencia de Cecilio Rubes fuera algo tan tortuoso y difícil de conseguir que, a última hora, hubo de reconocer que el remedio para su apetito era una cosa tan enojosa como, por ejemplo, tragarse una tableta de aspirina para disipar un dolor de cabeza; algo cuyos resultados constituían la única compensación de las desagradables medidas adoptadas.

Cecilio Rubes se pasaba la navaja con precaución. Su boca se retorcía en el más variado repertorio de muecas que pueda concebirse. El espejo reflejaba sus ojos y sus ojos reflejaban un profundo e instintivo desasosiego. Sus ojos se encendieron de pronto y volvieron, de súbito, a apagarse.

Cecilio Rubes evocaba a Paulina.

Al romper con Paulina, Cecilio tuvo que hacerse un nudo al corazón para no pensar en el futuro. Intuía que, no tardando, echaría en falta a la muchacha. No obstante, en un principio, Cecilio Rubes se sintió contento de sí mismo y de su fuerza de voluntad. «Soy un hombre —pensaba—. Soy todo un hombre.» Cuando su resolución comenzó a tambalearse visitó a su madre. «Cecilio —le dijo la viuda de Rubes—, esto que ahora lamentas será tu mayor orgullo cuando pasen unos meses.» Pero su madre se equivocó. Cecilio Rubes empezaba a perder la fe en su madre y en su experiencia. El proceso resultó opuesto al que su madre previera. Fue en los primeros meses cuando experimentó un confortador estado de equilibrio que le compensaba de sus privaciones; mas, a los seis meses, le nació la nostalgia de Paulina y el sentimiento de Paulina, y Cecilio Rubes hubo de volcarse en Sisí para tratar de olvidar a la muchacha. Era cierto que Sisí animó su vida en los últimos años transcurridos. Cecilio Rubes volcaba en él toda su capacidad de amar y de ilusionarse. Le agradaba desvelar para su hijo los pequeños misterios de la vida, conversar con él, salir juntos al campo en el landó, protegerle contra la rigidez despótica que Adela llamaba educación, satisfacer inmediatamente sus menores caprichos, auxiliarle, en fin, de modo y manera que su joven vida no hallase en su curso el más pequeño obstáculo. Mas así y todo, la imagen de Paulina asaltaba a Cecilio Rubes cada vez más vívida y

con mayor frecuencia. Luego llegaron los dengues y los reparos de Adela. Él, hasta entonces, había procurado no despertarse un recuerdo de Paulina demasiado frívolo, mas, al acentuarse las reservas de su esposa, Cecilio Rubes, despechado, se decidió a evocar a la muchacha pelirroja libre de prejuicios y coacciones mentales: en deshabillé, que era como más le gustaba.

La remembranza alentó su adormecido apetito. Sisí no le bastaba ya para contenerse y Cecilio Rubes se decía: «Son dos cosas distintas. Bien. Una cosa no estorba a la otra». Su deseo fue creciendo, cociéndose en él como se cuece el temporal bajo la capa inocua de la marejadilla. Hasta que un día, dos meses antes, Cecilio Rubes no pudo más; llamó a Bernardino y le mandó preparar el Lincoln para un viaje a Madrid.

Paulina no le había escrito desde su marcha, pero Cecilio recibió carta de uno de sus amigos comunicándole el ingreso de la muchacha en la compañía de revistas para la que él le recomendara. Cecilio presumía que allí podría encontrarla cuando quisiera. Esta seguridad represaba su impaciencia y le consolaba. En anteriores viajes a Madrid tuvo que violentarse para no dar este paso. Cecilio Rubes intuía que de volver a tener a Paulina entre sus brazos ya no habría fuerza capaz de separarlos. Ahí acechaba el peligro. Mas al admitir en su cerebro, para regodearse, la imagen de la pequeña en deshabillé, Cecilio Rubes tuvo cabal y plena conciencia de que acababa de derruir la última muralla de su resistencia viril. Pensó: «No la traeré aquí. Desde luego. Nos veremos en Madrid cada dos semanas. Bien, eso será suficiente».

Le acometió un punzante ataque de celos cuando su amigo le dijo que Paulina hacía cinco años que no estaba con ellos.

—Bien —dijo Cecilio—. ¿Dónde, entonces?

Le corroía una cosa interior que era como un fuego agrio, sin llama. Su amigo se encogió de hombros; después, dijo:

—Tenía pájaros en la cabeza, la muchacha. Buenas piernas, efectivamente, pero muchos pájaros en la cabeza.

Cecilio se había enfadado:

—Bien. Es bonita y tiene derecho a exigir.

El otro bostezó aburrido:

—No tenía pizca de talento —dijo.

—¡Vaya! —dijo Rubes.

Prosiguió el otro:

—Audacia no le faltaba. Me dijo un día: «Ya estoy harta; todo o nada».

—¿Bien? —dijo Rubes inquisitivo.

—Había un tipo elegante que le rondaba las salidas y se fue con él. Yo le había dicho anteriormente: «Nada».

Cecilio Rubes sintió un raro impulso de abofetear a aquel hombre.

Pero sólo el impulso. Luego se dijo que las cosas tenían que suceder fatalmente así y se conformó. Le atenazaba una inquietud efervescente. Durante dos días buscó a Paulina por todos los lugares frívolos de Madrid. Iba ciego y sólo una vez se le ocurrió enfrentarse consigo mismo para preguntarse: «Bien, si la encuentras con ese tipo, ¿qué piensas hacer?». Entonces pensó: «Paulina no es única». Tomó un taxi y le dijo al chofer:

—Lléveme donde estén las muchachas más alegres y bonitas de Madrid.

Al día siguiente, un poco más aplacado, Cecilio Rubes avisó a Bernardino para regresar a casa. En el trayecto miraba el cogote del chofer mientras pensaba: «Mi derecho sobre Paulina ha prescrito definitivamente». Estaba triste. Cuando Bernardino frenó de improviso salió despedido con fuerza hacia delante.

—¿Qué ocurre? —dijo irritado.

—Hay un herido en la carretera —respondió el chofer.

Entonces Cecilio vio a un muchacho ensangrentado y sin conocimiento.

—Siga, siga —dijo Rubes.

—Sangra mucho —advirtió el chofer.

Rubes miró con detenimiento en derredor y no vio a nadie.

—Tire, aprisa —dijo—. Pasan coches a menudo por aquí.

Le enojaba detenerse ahora y verse mezclado sin motivo en líos de sangre y de juzgados.

—Parecía un muchacho —dijo Bernardino al acelerar.

—Sí, parecía un muchacho —dijo Rubes. Inmediatamente pensó: «¿Me habrá visto alguien?». A continuación se relajó en el asiento y se acarició repetidamente la barbilla con sus dedos: «Bien —pensó—. Paulina, para mí, como si no existiera».

Concluyó de afeitarse, se despojó del pijama y se metió en el baño. Su vientre voluminoso casi le impedía alcanzarse con las manos los pies. Se dijo: «Bueno. Hay que reconocer que las bañeras son incómodas. Necesarias y todo lo que se quiera, pero uno a cierta edad necesita… ¡Qué sé yo!, más holgura, tener el trasero un poco más alto que los pies…». Se quedó pensativo un momento con la esponja en la mano. «¡Vaya! —se dijo—. Podría ser la solución. Ya lo creo que podría ser la solución.» Se jabonó el pecho y las axilas y de nuevo se quedó quieto con la mirada perdida. Pensó: «Tener el asiento en un plano más alto que los pies… ¡Ah, sí, es una gran idea!… Incluso un respaldo con una inclinación… ¡Ah, claro! Bien, meditaré detenidamente sobre ello. Ahora no tengo tiempo».

Se tumbó en la bañera y se entretuvo un momento contemplando

el islote de suaves perfiles que componía su vientre. Pensó: «Desde mañana haré gimnasia yo solo, ya que a Adela le falta voluntad». Oyó correr a su mujer por el pasillo y luego su voz enfebrecida en la puerta:

—¡Por amor de Dios, Cecil, date prisa! ¡Llegaremos tarde!

Cecilio gruñó por lo bajo. No le gustaban las cosas hechas aprisa, ni las cosas improvisadas. Quizá por eso nunca puso demasiado empeño en la primera comunión de Sisí; por eso y porque temía que un acto de esa naturaleza removiera en su pecho muchas cosas que prefería tener olvidadas. Desde un principio, opuso a los planes de su esposa una indiferencia glacial. Tan sólo le agarró un sobresalto al comunicarle Adela su deseo, de sopetón. «¿Es que tendré que comulgar yo también?», preguntó Rubes. «¡Oh, querido! Mejor sería, pero no es necesario», respondió Adela. Cecilio Rubes se sintió entonces más tranquilo y admitió la comunión de Sisí como una prueba por la que necesariamente había que pasar.

Por su parte, el comulgar tampoco le hubiese importado a él si la confesión no fuese un sacramento previo. A menudo Cecilio Rubes se decía: «Yo no pregunto a nadie sus pecados. ¿Por qué he de contarle yo a nadie los míos?». Otras veces Cecilio Rubes, en un superficial examen de conciencia, llegaba a la peregrina conclusión de que él se hallaba limpio de todo pecado y sólo podía anotarse en su debe «una sarta, y no muy larga, de pequeñas y comprensibles debilidades».

Por lo demás, Cecilio Rubes era un cristiano y admitía y deseaba que su hijo se educase y formase como un cristiano. No le molestaba, tampoco, hacer por un día de Sisí el centro de atracción de sus amistades y conocimientos. Sisí, con su cuerpo esbelto y arrogante, embutido en su marinera blanca, constituía, sin duda, un espectáculo digno y bello. Bien. Así considerado, a Cecilio Rubes le agradaba la primera comunión de Sisí y aun prometió a las monjitas del convento, donde el acto había de celebrarse, un estipendio cuantioso para que no faltasen ese día en la iglesia flores, violines, tapices, coros y reposteros. Indagando en los motivos de Cecilio Rubes uno llegaba a una diáfana conclusión: Cecilio Rubes quería y no quería la primera comunión de Sisí Rubes.

Otra cosa era la voluntad del chico, que ya contaba, y el empeño de Adela de hacer tabla rasa de ella. Sisí tenía ya nueve años y un temperamento indomable y un buen sentido de las cosas y una clarividencia precoz. Cecilio Rubes temía engordar con estos pensamientos. Se había formado una idea de Sisí, alta e incomparable. Bien mirado, Sisí no admitía rival, ni física, ni moralmente. Y era una cosa extraña que Cecilio advertía: Adela, de ordinario blanda y fláccida, por dentro y por fuera, se erigía ante Sisí con una rigidez indestructible. Era un prurito de educación el que la movía, un afán

absurdo de amoldar al chico a una senda oscura llena de contratiempos y renunciaciones.

La víspera aconteció un espectáculo indigno y desproporcionado con su motivo. Que Sisí deseara un pantalón largo para recibir la comunión era un anhelo perfectamente lógico y admisible. Que Adela, menospreciando sus legítimos deseos, se empeñase en llevarle a comulgar con pantalones cortos era una obstinada testarudez. Cecilio Rubes oyó los gritos de Sisí y corrió a su lado.

—¿Bien? —dijo.

Sisí chillaba:

—¡No quiero estos pantalones! ¡Sin unos pantalones largos no haré la comunión!

Adela dijo:

—Es un capricho tonto, Cecilio. Con calzones largos no van hoy más que los hijos de las porteras.

Cecilio Rubes dijo, mirando a Sisí:

—¿Bien?

Chilló Sisí:

—¡Yo quiero unos pantalones largos! ¡Yo dije que quería unos pantalones largos!

Dijo Adela:

—Compréndelo, Cecilio; ya no es momento.

Le hizo gracia a Cecilio Rubes el impulso agresivo de Sisí hacia su madre. Pensó: «Sabe defender sus derechos el amigo».

—Bueno —dijo—. No creo que cueste demasiado dar gusto al chico.

Adela dio media vuelta:

—No cuentes conmigo para maleducar a mi hijo.

Cecilio corrió tras ella. Pensaba: «Idiota, idiota, idiota, ¿qué sabes tú de eso?». Dijo:

—Ahora mismo se le encargan al chico... bien, se le encargan al chico unos pantalones largos.

Adela rompió a llorar:

—Yo no haré eso. No quiero que me quites la autoridad delante del niño, ¿me oyes?

A Cecilio Rubes le temblaban las manos. Adela se encerró en el dormitorio dando un portazo; pensó Rubes: «Idiota, idiota, idiota». Chilló:

—¡Cristina! Bien... Cristina —dijo, al verla, mostrándole los pantalones—, vea la manera de que le hagan a Sisí para mañana... bien, para mañana, unos pantalones largos.

Sisí sonreía con las mejillas brillantes de lágrimas y vino a abrazarle. Rubes pensó: «Bien, supongo que estas peloteras suceden en todas las casas todos los días». Dijo:

—¿Estás contento?

Cecilio Rubes se ponía la camisa cuando oyó de nuevo los tacones de Adela en el pasillo.

—¡Date prisa, Cecil! ¡Llegaremos tarde!

Cecilio rezongó al colocarse la polea. Pensó: «¡Que espere el cura!». Luego se dijo: «Bien. Eso es una broma». Experimentaba un turbio temor cuando a veces, en el correr de la vida, sentía un súbito impulso anticlerical. Conservaba de su infancia una difusa noción de la Iglesia, y sus caóticos conocimientos le llevaban a suponer que eran los curas quienes, el día del Juicio Final, revelarían ante el Señor los pecados y merecimientos de los demás hombres.

Bajó corriendo la escalera, agarrándose al pasamanos. El Lincoln, desde el portal, le hizo una magnífica impresión, recién lavado y con los níqueles brillantes. Dentro, Sisí ponía cara de ángel y Adela daba muestras de una extraña agitación. Bernardino, impecablemente uniformado, sostenía la portezuela. Dijo Rubes, sin saber lo que se decía:

—Bueno, Sisí, hoy es un día grande para ti. Un gran día. ¿Comprendes?

Le dio una palmadita cariñosa en el muslo.

Cuando entraba en la iglesia sonó la música en el coro y los cánticos desafinados de una veintena de chiquillos. Notó Rubes, al ver avanzar a Sisí con sus pantalones largos y su inocencia, que algo se le ablandaba por dentro. «Bien —pensó—. No iré a emocionarme como una vieja boba.» Inclinó repetidamente la cabeza, saludando; divisó a Valdés, con su esposa, a su amigo Tomás, a los Sendín con los niños, al coronel López y señora, a Valentín con la familia, a la señorita Matilde, a Méndez, y, llorando en un rincón, a Mercedes, la cocinera. Se alegró de pronto, al arrodillarse en el blando reclinatorio que le estaba reservado junto al altar, de este acto y de la solemnidad de que lo había rodeado. Durante la misa se esforzó en permanecer erguido y digno, pensando que la crema y nata de la ciudad le observaba las espaldas. Con el rabillo del ojo contempló a Sisí, rebosando pueril unción, a su lado. Más allá, Adela se mantenía un poco pálida y como repentinamente envejecida. Se dijo Cecilio: «¿Qué pensará Adela?». Adela pensaba: «¡Oh, Dios mío!, ¿qué diría el pobre papá si levantara la cabeza?».

De pronto, el sacerdote se volvió y comenzó a hablar a Sisí en tono suave y paternal. Cecilio Rubes escuchaba embobado. Tan embobado que, cuando se dio cuenta, tenía el cuerpo hecho un ovillo sobre el reclinatorio. Detrás la señora de Valdés murmuró al oído de su marido: «¿Te fijas en Rubes? ¡Qué aviejado está!». Cecilio se irguió de pronto. Dijo la señora de Valdés: «Se diría que me ha oído». Decía el sacerdote:

—Hijo, no debes olvidar nunca este solemne momento de tu vida. Él debe ser tu guía y tu sostén. Que el día de mañana seas un buen cristiano, casto, caritativo y virtuoso, como hoy lo son tus padres.

Cecilio carraspeó. Del coro surgió un rumor acorde que fue creciendo poquito a poco:

Las palomitas vuelan,
vuelan al palomaaar…

Era llegado el momento y Rubes advirtió, sin mirarla, que Adela lloraba unos metros más allá. Pensó que el momento así lo exigía y buscó en vano una lágrima abriendo y cerrando los ojos con obstinada insistencia.

Al concluir, llegaron las enhorabuenas y los parabienes, y el suculento desayuno preparado por las monjas y las conversaciones que se cruzaban, aumentando poco a poco de tono, a través de las cuatro mesas dispuestas en el refectorio. Méndez decía: «Esto parece una boda». Dijo Valentín, rebuscando un pastel: «…Una boda. A mí no me va bien el dulce tan de mañana». Decía la nuera de Valentín: «¡El chiquillo está precioso!». Rubes reventaba de euforia en la presidencia: «Padre, esta bizcocheta es perfectamente inocente…». Decía el sacerdote: «¿De modo que éste es el chiquillo del anuncio de las “Bañeras Rubes”? ¡Caramba!, cuánto has cambiado, pequeño». La esposa del cojo León Valdés decía: «¿Cómo no ha venido Prado?». León Valdés bajó la voz: «Hace más de siete años que están reñidos. ¿Cuándo fue la epidemia de gripe?». Ahora decía Rubes: «Ya alcanzó nuestro respetado alcalde una subsecretaría. Bien. La ciudad no se irá ya del otro lado del río». El sacerdote sonrió: «Caridad, hermano». Voceó Rubes: «Caridad, caridad…, yo digo, padre: el alcalde debe ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde». Chilló el coronel López: «Magnífica idea, Rubes. Casi tan buena como este chocolate». Gloria Sendín daba cachetitos, más bien cariñosos, en la mano de su hija Elisa, que había dejado escurrir el chocolate por su vestido nuevo. Luisito Sendín preguntaba: «¿Cuánto tiempo hace que yo hice la primera comunión, papá?». «Un año y quince días, exactamente», decía Luis Sendín, y, después, a su mujer: «¿No te has mareado en la iglesia con tanta vela, mi vida?». A Gloria se le habían rellenado las caderas, pero sus ojos continuaban siendo alegremente luminosos. Sonrió: «Hoy estuve muy bien», dijo. Al concluir, el padre se levantó a dar gracias, y Cecilio Rubes se precipitó. Dijo:

—Yo le agradecería, padre, bien…, yo le agradecería una oración por mi madre. No pudo venir a la comunión de su nietecito, ¿comprende?

Dijo el cura:

—¿Está enferma doña Ramona?

—Bueno, lleva una temporadita fastidiada —añadió Rubes, y miró al techo en actitud resignada y devota.

Rezaron. Al concluir, Sisí Rubes, sofocado por la emoción, dio vuelta a la mesa repartiendo recordatorios.

Los Sendín comieron en casa de los Rubes para festejar la primera comunión y el noveno cumpleaños de Sisí. Pasaron Gloria y Luis y los dos niños mayores. Antes de comer tomaron unas copas de jerez, y Gloria dijo:

—Querido, ¿cuándo vas a comprarme la cajita de música que me tienes prometida?

Rió Sendín. Dijo:

—El niño nace en octubre, ¿no es así? Pues en octubre.

Dijo Adela:

—¡Oh!, ¿cuándo piensas terminar de tener hijos, Gloria, querida?

Cuando se sentaron a la mesa, Sendín preguntó a Rubes:

—¿Y esos negocios?

Cecilio Rubes dibujó con su chata y floja mano un ademán como de lejanía.

—¡Los negocios, vaya! ¿Cómo van a ir los negocios en una época como ésta? Sinceramente, Sendín, ¿cree usted que hemos pasado nunca otra época tan revuelta e inestable como ésta? Los tiempos son difíciles. Huelgas, hambre, guerras y el maíz pudriéndose en los graneros. ¿Qué puede esperarse de una época así?

Dijo Sendín:

—La gente entra ya con la higiene. Es evidente que se tiende ya al baño semanal y eso ya es algo.

Intervino Gloria:

—A propósito de baños —rió alto—. Leí el otro día un cuento muy divertido. El marido se lava los pies y le dice a su mujer: «El agua está demasiado caliente», y dice la mujer: «¡El año pasado me dijiste lo mismo! ¿Es que no voy a acertar nunca?». Es ocurrente, ¿verdad?

Rubes rió complaciente. Dijo Adela:

—No lo entiendo.

A Cecilio Rubes le invadió una extraña amargura. En estas explosiones de torpeza de Adela veía siempre unas desagradables reminiscencias del funcionario Martínez. Dijo:

—Parece dar a entender, querida, que únicamente se bañaba los pies de año en año.

Se volvió confidencial a Luis Sendín:

—La otra tarde —añadió— reuní en el Establecimiento, a tomar unas copas, a una comisión de arquitectos, aparejadores, contratistas y

maestros de obras. Bien. Yo dije: «Tengo interés en que ustedes encuentren en el montaje de cuartos de aseo un lógico beneficio». Bien, les ofrecí un descuento estimable y una bonificación. Bueno, ¿qué cree usted que me respondieron?

—No sé —dijo Sendín.

—Bien, dijeron que eso no les parecía lícito y que, por tanto, no lo aceptaban. Uno me dijo: «Me ha ofendido, señor Rubes, pero no me da la gana enfadarme con usted». Y me sonreía como haciéndome un favor. ¿Usted qué cree?

—Es un almuerzo magnífico, Adela —dijo Luis Sendín.

Adela decía a Gloria:

—Ese modelo hace la cabeza ridículamente pequeña y yo no entro con él.

Decía Sisí a Luisito Sendín:

—En mi comunión ha habido más pasteles que en la tuya.

Rubes tocó en el brazo a Luis Sendín. Estaba ya en la carne y Cecilio Rubes esperaba un poco de comprensión con el cambio de vinos. La euforia era ahora espumosa y expansiva, como una copa de champaña. Dijo:

—Yo no veo la inmoralidad en una oferta tan razonable. Bien. Pues uno me dijo: «Las casas subirán de valor y la bonificación nos la darán los propietarios, no usted». Yo dije: «¿Ha pensado usted que me chupo el dedo?». Otro dijo: «Estamos teniendo demasiada paciencia, vámonos». Yo dije: «Bien, señores. Creo que no me han comprendido». Dijo Fernández Lemos, el arquitecto del municipio: «Creo que el que no quiere entendernos es usted, amigo Rubes. No deseamos entrar en un negocio que no nos parece correcto». Bien. Yo me excité y dije: «¡Vayan ustedes con Dios, caballeros!», y uno me dijo al salir: «Yo no tendría inconveniente en aceptar esa oferta, amigo Rubes». ¿Usted cree, Sendín, que Fernández Lemos y otro par de tontos llevaban la representación de los demás? Bueno, usted me conoce, Sendín, y usted sabe que en mi negocio no me importa un pimiento perder un año si veo la posibilidad de que al siguiente voy a enjugar esa pérdida y a doblar los beneficios. Yo soy así. Yo soy un tipo, bien... soy un tipo que durante todo el mes de diciembre inserto en el diario un anuncio que dice: «Entre en el nuevo año con un buen cuarto de baño», y que me gasto en el anuncio la friolera de mil duros. Bien. Yo entiendo que eso no tiene importancia y...

Adela le miraba fijamente esperando que terminara. Dijo, al fin:

—¿No crees, Cecil, que estás hablando demasiado?

Rubes pensó: «Idiota, idiota, idiota. ¿Quién te dio vela para este entierro?». Sonrió y dijo:

—Usted me perdonará, Luis.

Dijo Gloria:

—Usted, usted; me hace gracia oíros hablar entre vosotros con tanta ceremonia. ¿No creéis que ha llegado el momento de tutearos?

Luis Sendín se sintió un poco violento. Rubes, en cambio, iba lanzado por una fuerza denodada y optimista:

—¡Magnífica idea! —chilló—. Bien, no creo que nos hayamos conocido ayer, querido Luis. —Le palmeaba ardorosamente la espalda—. Tú por tú, va a ser divertido, ¿no es cierto?

Bebió otra copa y añadió:

—Y ya que hemos entrado en el terreno de la confianza... Bien, te diré, te diré que yo, francamente, no te tragaba al principio. ¡Que te diga Adela, que te diga Adela! Yo decía: «Este Luis es un poco cargante». Bueno, es gracioso, ¿no es cierto? Yo pensaba: «Los hombres con gafas no me inspiran confianza». ¿Qué te parece? Ja, ja, ja. Luego has resultado un tipo divertido. ¡Que te diga Adela! Yo te calé bien... te calé en el primer chiste que dijiste una tarde, ¿no recuerdas? Dijiste, bien, dijiste: «Como no estamos en Rusia, es el rey quien manda aquí». Yo me dije: «Es un tipo agudo, éste. ¡Vaya!».

Luis Sendín estaba un poco amoscado. Bebió dos copas de champaña para entonarse. Dijo:

—Ahora que se han ido los chicos le diré...

—Ja, ja, ja —rió Rubes.

—Bueno, te diré —añadió Sendín— que de entrada tampoco tú me fuiste simpático, ¿no es cierto, mi vida?

Gloria se divertía y sus pequeños ojos chispeaban. Dijo:

—¿Y lo nuestro, Adela? Lo nuestro fue más que divertido. Yo perdí la llave y tú me dijiste con la muchacha: «¿Quiere usted pasar?». Y tú me dijiste, luego: «Voy a tener un bebé y estoy asustada», y yo dije: «¡Vaya, qué casualidad! También yo espero un bebé».

Adela rompió a reír. Se sentía estrepitosamente feliz ante su taza de café negro. No recordaba la escena del día anterior cuando se encerró en el dormitorio llorando y dijo a gritos que Cecilio la desautorizaba delante del niño. Ahora le parecía todo una broma y reconocía que Sisí estaba guapo con sus pantalones largos. Rió otra vez. Dijo:

—Y yo dije: «Mi bebé nacerá en mayo». Y tú dijiste: «¡Caramba, qué casualidad, el mío en junio!».

Cecilio sirvió licores y vaciló ante su copa. Dijo:

—Bien, no debería beber, pero hoy haremos una excepción.

Le arrastraba una euforia desordenada y, al levantarse para pasar al salón, rodeó mentalmente la cintura de Gloria y le dijo, mentalmente, que a pesar de los años y los hijos continuaba teniendo un talle mareante y tentador. Dijo:

—Gloria, a pesar de los pesares, sigues con una figura elástica y bonita.

Luis Sendín le envió una mirada desaprobadora a través de sus cristales. Gloria se sentó al piano e interpretó unos compases de *Moraima*. Luego se volvió a ellos.

—¿Recordáis? —dijo—. Es la pieza que toqué en nuestra primera reunión. ¡Qué tiempos! Entonces la gente de esta ciudad me resultaba antipática y no me acostumbraba a sus calles, ni a sus comercios, ni a sus ruidos.

Luis y Cecilio se sentaron en unos sillones un poco apartados. Cecilio ofreció a Luis un cigarro y Luis lo rehusó. Encendieron unos cigarrillos egipcios. Rubes se sentía inclinado ahora a la conversación privada y confidencial. Veía ante sí unos preciosos grabados franceses de temas equinos que le parecían nuevos. Se relajó en el sillón y fumó despacio, con una succión esmerada y voluptuosa. A pesar de la irresponsabilidad que en su cerebro ponía el alcohol, Cecilio Rubes experimentaba cierto pudor en abordar determinados temas ante Luis Sendín. No obstante, el incipiente tuteo le invitaba a barrer de entre ellos, definitivamente, todo asomo de desconfianza. Un hombre no es amigo de otro mientras entre ambos no ha mediado una conversación sobre mujeres. Cecilio debería, en lo sucesivo, atreverse a tocar con Luis los temas que habitualmente se planteaban y resolvían entre los amigos del Real Club. Le interesaba, además, la intimidad de Luis Sendín, sus debilidades, lo que escondía por debajo de su aparente discreción y comedimiento. Dijo:

—Puestos a recordar, me venía a la cabeza hace un momento la primera noche que cené a solas con una mujer... Bien. Yo tenía dieciséis años entonces y ella casi me doblaba la edad. Yo le dije, tomándola una mano: «A tu lado no me es posible comer ni beber». Ella se echó a reír y me dijo: «Eres demasiado joven aún, hijo mío».

Rubes entraba con tacto y precaución. No advirtió el leve gesto de desagrado que quebró fugazmente la boca de Luis Sendín. Añadió Rubes con un ademán significativo:

—Un poco más tarde ella me dijo: «¿Sabes que ya no me pareces tan crío?». Bien. Ésa es una anécdota de juventud. Luego, uno ha acumulado experiencia y... bien, sin ir más lejos, hace dos meses, en Madrid, era yo quien le doblaba la edad a ella y ella me dijo: «Estoy un poco asustada, ¿sabes?». Yo pensé: «¿De qué nido ha caído esta avecilla inocente?», y luego me dije: «Recuerda lo que le ocurrió a Fidel Amo». Bien, ¿sabes qué le ocurrió a mi amigo Fidel Amo? Bueno, estaba con una muchacha y ella le dijo: «Tengo mucho miedo, señor. A veces pienso que nunca debí dar este paso». Amo pensó: «Un mirlo blanco». Bien, al día siguiente nos dijo en el Club: «¡Chicos, qué bomboncito!». Ja, ja, ja. A los pocos días se encontró que había agarrado... Bueno, tú ya me entiendes, ¿no es eso?

Sendín abrió una mezquina sonrisa.

Rubes añadió:

—Yo la doblaba la edad a ella y ella me dijo: «Estoy un poco asustada, ¿sabes?». Yo me dije: «Acuérdate de Fidel Amo», y tomé mis precauciones. Le dije: «Eres demasiado joven aún, hija mía». Al poco rato tuve que decirle: «¿Sabes que ya no me pareces tan niña?». Ja, ja, ja.

Le cortó en seco el vago gesto de asombro de Luis Sendín. Se inclinó hacia él. Dijo intrigado:

—¿Es que tú...? Bien. ¿Tú no tuviste nunca una aventurilla pasajera?

—Nunca —respondió Sendín categórico.

—¡Bueno! ¿No se la pegó... no se la pegaste nunca a... a...?

—Nunca —atajó Sendín.

—Bien. Eso es hacerles un feo a las muchachas —dijo jovialmente Rubes—. Es como decir: «Fuera de la mía las demás mujeres no valen ni para descalzarme un zapato».

Sendín pareció interesado:

—No —dijo—. A mí tampoco me divertiría que mi mujer tuviese una aventurilla pasajera.

—Bueno —dijo Rubes—. Son cosas distintas.

Miraba, ahora, a su amigo poniendo en los ojos toda su capacidad de asombro. Añadió:

—¿Tampoco viste nunca a la Chelito buscarse la pulga?

—Tampoco —respondió Sendín.

Cecilio Rubes se mostraba estupefacto. Pensó: «¿Qué clase de monstruo soy yo? ¿Qué pensará de mí Sisí el día que me conozca a fondo?». Insistió débilmente, por no cortar de una vez la conversación y reconocer así, tácitamente, su culpa:

—La Chelito es artista. Bien, uno no va a ver a la mujer tanto como a la artista.

Dijo secamente Sendín:

—No sé; no la conozco.

Pensó Rubes: «¿Quién me mandó a mí meterme en este berenjenal?». Permaneció un momento en silencio, retrepado en el sillón, un poco avergonzado de su audacia. Le pareció, de pronto, que Luis tenía temperamento de cura, y se le antojó una enormidad imaginarlo acostado con Gloria en una misma cama. Pensó: «No me equivoqué al juzgarlo. Es un timorato y un cargante». Después de su euforia, le invadía un pesado aburrimiento. Se reconvino mentalmente: «¿Es que soy yo, acaso, un terrible monstruo libidinoso?». Dijo:

—El Lincoln va bien; creo que hice una buena adquisición.

Se iluminaron los ojos de Luis Sendín. El tema de los automóviles le seducía. Por un momento pensó si Cecilio iba a resultarle un

hombre desequilibrado, de esos que sólo sueñan con hacer las cosas fuera de casa. Le satisfizo comprobar que su amigo tenía otras miras menos estrechas. Dijo:

—Llevo una temporada dando vueltas en la cabeza a la posibilidad de comprar un Opel Cuatro. Claro que con tanto chico, el Opel Cuatro es poco coche para mí.

En el diván, Gloria y Adela se quitaban mutuamente la palabra de la boca. Hablaban en cuchicheos, con mucha pasión. Habían charlado, libremente, de modas y, veladamente, de mujeres equívocas. Gloria sabía, sobre este último punto, menos que Adela, y gozó mucho con los conocimientos de su amiga. Gloria decía:

—Es lo que yo le digo a Luis: «Si una mujer quiere educar debidamente a sus hijos, la vida no debe tener secretos para ella».

Adela dijo:

—Gloria, querida, ¿sabes tú el tormento que a mí me cuesta Sisí? Tengo mucho miedo por él, ¿comprendes? Algunas noches pienso que le estamos haciendo un desgraciado y un inútil y lloro a solas. Cecilio es blando con él y no se da cuenta de los peligros que eso encierra...

—¡Qué bien te comprendo! —dijo Gloria.

Añadió Adela:

—Yo no quiero chocar con Cecilio, pero a veces es inevitable. No me ayuda en nada, ¿comprendes? Es más, él se goza destruyendo todo lo que yo hago y cree bobamente que con ello hace más feliz al niño. Él dice: «La educación debe reservarse para los pobres». ¿Qué te parece?

Dijo Gloria, riendo:

—¡Qué cosas tan graciosas dice tu marido, mujer!

Añadió Adela impetuosamente:

—Dice que él quiere mucho al chico y que yo no le quiero nada y el niño me mira ya con un poco de recelo y no se da cuenta de que lo que yo deseo es su bien.

Notaba Adela una amargura creciente en la garganta: «Siempre mi optimismo viene a desembocar aquí; soy tonta», pensó.

Entró Elisita Sendín llorando y ello la distrajo.

—¿Bien? —dijo Rubes.

Dijo la niña:

—Sisí me pegó, mamá. Dice que es su primera comunión y él manda y todos tenemos que obedecerle.

Rubes rompió a reír. Pensó: «El chico tiene madera de dictador».

Dijo Gloria:

—Pobrecita.

Adela se levantó y volvió agarrando a Sisí de la mano. Dijo:

—¿Por qué pegas a la niña? ¿No sabes que es de cobardes pegar a las niñas? Pídele perdón, ¡anda!

—No quiero.

Dijo Gloria:

—Daos un besito, pequeños.

Dijo Rubes:

—Me parece una medida contraproducente que los mayores intervengan en los asuntos de los chicos. Bien… ¿por qué no probamos a dejarlos en paz?

Elisita Sendín tenía unas graciosas trenzas morenas, cogidas con dos lazos rojos detrás de las orejas. Puso un compungido puchero. Sus ojitos eran pequeños y expresivos como los de su madre. Dijo Gloria:

—Luis, mi vida. ¿No crees que es una hora muy oportuna para retirarnos?

Luis se puso en pie. Gloria besó a Sisí:

—Felicidades, Sisí. Ya has hecho la primera comunión y en adelante debes comportarte como un hombrecito.

Cuando salieron, Sisí sacó la lengua. Dijo:

—Esa señora de enfrente es una sobona.

Dijo Adela, furiosa:

—¡Calla, mal educado!

Rubes se echó a reír a carcajadas. Dijo:

—¿No crees, querida, que Luis Sendín, padre, está volviéndose otra vez un poquito cargante?

Al día siguiente, camino del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos», Rubes pensaba: «Bien. No es que yo me crea un dechado de virtudes, pero, francamente, tampoco un tipo corrompido hasta las raíces. Soy un poco alegre, ¡eso es todo! No soy un alelado como él, ni un medio cura. Bien. Yo me digo: “¿Qué hacen estos hombres fuera del seminario?”. Si paso lista en el Club y digo que el marido fiel presente levante un dedo, no creo que salte uno. Bueno, supongo que el Real Club no será tampoco un antro de perdición, ni que nos hayamos puesto de acuerdo para asociarnos los hombres más libidinosos y mujeriegos de la ciudad». Se hundió el puño derecho en el costado y se dijo: «Esto sigue punzando y reventando. No vuelvo a probar una copa». De repente, pensó: «¿Habrá visto Valentín buscarse la pulga a la Chelito?». Le mordió esta idea con fuerza obsesiva. Al entrar en el Establecimiento y acomodarse en su despacho, se dijo: «No es probable que Valentín haya visto a la Chelito. Es muy viejo». Consultó sin atención las notas del calendario. «Y eso que cuando la Chelito empezaba Valentín no tendría más de… de…» Intentó distraerse revisando unas facturas. Pensó: «También los viejos disfrutan viendo a la Chelito». Firmó el correo y puso sobre las cartas un pesado pisapapeles. A continuación,

se quedó inmóvil con los ojos sobre las espaldas encorvadas de Valentín, a quien divisaba a través de la cristalera. Voceó, de pronto, Rubes:

—¡Valentín!, bien… ¿le importaría que cambiásemos cuatro palabras?

El contable volvió la cabeza, le miró por encima de las gafas y se incorporó. Estaba ya un poco vacilante y achacoso. Méndez le siguió con la vista a través de la cristalera del despacho. Pensó: «Ya está el cochino viejo preparándome la encerrona». Rubes entrecruzó sus mórbidos dedos y dijo:

—Bueno… en fin… no se trata de nada de particular, Valentín, sino de un simple motivo de curiosidad. Bien… Bueno… ¿Vio usted alguna vez a la Chelito buscarse la pulga?

El contable alzó una mirada asombrada, como la de un animalejo doméstico. Pensó: «¿Qué querrá que le diga, sí o no?». Hubo una pausa. Dijo finalmente Valentín:

—…La pulga. La he visto un puñado de veces, señor Rubes.

Cecilio suspiró hondo. Sonrió luego tratando de estrechar entre ellos el naciente lazo de complicidad.

—¿Y qué? —dijo Rubes.

Era el viejo Valentín quien suspiraba ahora. Guiñó uno de sus ojos macilentos y le nacieron muchas arrugas en el vértice:

—Una mujer asombrosa —dijo—. La primera vez que la vi, lo recuerdo perfectamente, me tiró una flor, señor Rubes. Yo no me pude contener y chillé: «¡Guapa!». Ella se volvió a mí y… en fin, ¿sabe usted lo que dijo, señor Rubes?

—¿Qué? —insistió Cecilio, interesado.

—…Ella fue y me dijo: «Eso se lo dirás a todas». La gente se echó a reír y se armó un escándalo, pero ella empezó a moverse con esa gracia suya y a cantar y el público fue entrando en razón.

Rubes pensó: «¿Qué pensaría mi terrible y rancio vecino de este viejo?». Se sentía extraordinariamente aliviado. Le dio unas palmaditas afectuosas al contable. Valentín se hallaba sorprendido. Pensó: «La oportunidad no puede ser más favorable». Dijo:

—Una cosa, señor Rubes. Ahora que estamos así, es decir, ahora que podemos conversar tranquilamente a solas, yo quería decirle que hace dos meses he cumplido los sesenta y la vista me falla y mi capacidad de trabajo no es la de antaño y, en fin, que creo ganaría usted más, señor Rubes, dando paso a la juventud.

Rubes lo consideró, visiblemente sorprendido. Dijo:

—¿Me está usted pidiendo la jubilación, Valentín?

Añadió el contable con alguna dificultad:

—En cierto modo, señor Rubes, en cierto modo. Yo digo, en fin, yo digo: «A rey muerto, rey puesto». No sé si me explico, señor Rubes.

Mi hijo Jacobo concluye ahora el grado de perito mercantil y yo siempre pensé que él algún día podría sustituirme. Ha cursado la carrera con aprovechamiento, señor Rubes, y espero que no tendría usted ningún motivo de queja. Es honrado, señor Rubes y..

Cecilio Rubes tuvo la intuición de hallarse hundido hasta el pescuezo en una situación enojosa.

—¿Y Méndez, Valentín? Bien. ¿Ha pensado usted en ese chico? Lleva quince años aquí y es natural que tenga sus aspiraciones y la vista puesta en su retiro. Bueno. Entiendo que Méndez tiene un par de chicos y su mujer es joven aún y… y, bueno, todas esas cosas.

La voz de Valentín languidecía:

—Esas cosas… Usted resolverá, señor Rubes. Yo serví a su papá y a usted con toda mi lealtad y puse siempre todo al servicio de la casa.

Cecilio Rubes carraspeó; no veía la solución definitiva del problema. Dijo:

—Bien. Una cosa hay clara aquí, Valentín. Ese retiro está perfectamente justificado… también la admisión de su chico en el Establecimiento. Bien, todo eso está claro y no ofrece la menor duda. Bueno… lo demás, la categoría del muchacho y… y, bien, todo lo demás, se resolverá en su día…

Pensaba Rubes: «Yo debo hacer a este hombre una demostración de pesar y de agradecimiento. No cumplo con menos». Añadió, levantándose y abrazando a su subordinado:

—Usted ha sido un funcionario modelo, Valentín, y, bueno, los Rubes… los Rubes le expresan a usted, por mi mediación… en este momento, su más profunda y sincera gratitud.

Se le abrillantaron los ojos al contable. Parecía más ruin y enteco que un cuarto de hora antes, al iniciarse la conversación. Le tembló la voz:

—Señor Rubes, señor Rubes…

Cecilio sintió el peso de la cabeza del contable sobre su pecho y, también, la vibración de sus sollozos reprimidos. Cecilio Rubes le pasó el brazo por la espalda y trató de consolarle. Pensó: «Huele a sudorcillo el viejo. ¿Qué hará que no se baña?». Dijo:

—Mi querido Valentín, no debe usted tomarse las cosas tan a pecho, ni, bueno…

Pensó: «Si yo fuera tan viejo como Valentín, me moriría del susto». Valentín se recobró, al fin. Le miró intensa, implacablemente a los ojos y Cecilio Rubes pestañeó dos veces. Dijo el contable:

—Sea como sea, señor Rubes, yo también a ustedes les estoy agradecido. ¡Vaya!, mañana le presentaré al chico.

Méndez observaba al contable, a través de la vidriera, con palmaria animadversión.

III

Hay una fotografía de Cecilio Rubes, padre, con fondo de libros, que pertenece a la época en que la efigie madura y orgullosa de Cecilio Rubes, padre, estuvo a punto de recorrer el mundo en triunfo como uno de los hombres que con su espíritu de iniciativa y su resolución aportó algo estimable al progreso y bienestar de la Humanidad. La fotografía de Cecilio Rubes, padre, no llegó a recorrer el mundo, pero sí se insertó en el diario local y aun en el *ABC* de Madrid, como información de pago. El retrato data del día en que Cecilio Rubes, padre, firmó la escritura de constitución de una sociedad regular colectiva con los socios capitalistas don Bartolomé Alegre González y don León Valdés Beltrán y que fue autorizada por el notario firmante, don Salvador López y López de Haro.

La escritura pública de constitución de la sociedad Rubes, Valdés y Compañía, S.R.C., dijo textualmente así:

> En esta Ciudad, a tres de noviembre de 1927, reunidos don Cecilio Rubes Jurado, don Bartolomé Alegre González y don León Valdés Beltrán acuerdan, en uso de su más libre derecho, constituir una sociedad regular colectiva, sujetándose a las disposiciones del Código de Comercio, a cuyo efecto hacen constar lo siguiente:
>
> 1.º Los socios que integran la Sociedad son: don Cecilio Rubes Jurado, con domicilio y residencia en esta capital; don Bartolomé Alegre González, con domicilio y residencia en esta capital, y don León Valdés Beltrán, igualmente residente y domiciliado en esta capital, todos mayores de edad, y con pleno uso de sus derechos civiles.
>
> 2.° La nueva Sociedad girará comercialmente bajo la razón social: Rubes, Valdés y Compañía, S.R.C., para todos sus efectos de inscripción industrial, marcas comerciales, correspondencia y servicios telegráficos y telefónicos.
>
> 3.° La gestión de los negocios correrá a cargo de los señores socios don Cecilio Rubes Jurado y don Bartolomé Alegre González, bien entendido que alternarán semestralmente para el más equitativo reparto del trabajo.
>
> 4.° El socio don Cecilio Rubes Jurado contribuye al haber social con la cantidad de 100.000 pesetas, en efectivo; el socio don Bartolomé Alegre González, con la cantidad de 75.000 pesetas, también en efectivo, y el socio don León Valdés Beltrán, con la cantidad de 75.000 pesetas, igualmente en efectivo, de lo que resulta que el capital social asciende a la cantidad de 250.000 pesetas, que se dedicarán íntegras a la explotación de la patente de invención «Bañeras Rubes», inscrita debidamente en el Registro de la

Propiedad Intelectual.

5.° La Sociedad tendrá una duración obligatoria de cinco años y al finalizar los mismos y después de efectuado el balance los socios acordarán por mayoría de votos la disolución o, por el contrario, la prórroga del contrato por igual período de tiempo, y así sucesivamente.

6.° Cada uno de los socios podrá retirar del haber social la cantidad de 6.000 pesetas anuales para sus gastos particulares y familiares.

7.º La distribución de los beneficios y pérdidas se efectuará anualmente y en la proporción correspondiente al capital aportado por cada uno de los socios, teniendo derecho los gestores, don Cecilio Rubes Jurado y don Bartolomé Alegre González, en concepto de gratificación, a un diez por ciento de los beneficios sociales.

8.° Cuando surgiere alguna discusión o desavenencia de carácter comercial entre dos socios, éstos renuncian de antemano a toda intervención judicial y someten sus diferencias al fallo de amigables componedores, que serán elegidos a sorteo entre nueve comerciantes de la localidad señalados previamente tres por cada socio.

Y para que así conste, se firma la presente escritura pública en el lugar y fecha indicados al principio, de la que doy fe como notario de este Ilustre Colegio Notarial.

Cecilio Rubes experimentó una sensación extraña al estampar su firma en el pliego que el notario le tendía; era algo así como si, de pronto, el corazón se le desplomase en un abismo sin fondo. Por la mañana, le habían retratado frente a la librería del salón y se encontraba tranquilo, con una tranquilidad que provenía de una orgullosa conciencia de su propio valor, mas ahora las rodillas le fallaban y sentía, como latidos, el paso de la sangre por las sienes.

—Bien —dijo a Valdés y a Bartolomé Alegre al salir—, esto está en marcha. Creo que lo más oportuno es celebrar nuestra reunión con unas copas.

La idea de una bañera que rompiera con los moldes clásicos nació en Cecilio Rubes mientras se bañaba en su domicilio la mañana que Sisí hizo su primera comunión. Entonces comprendió Cecilio Rubes que la bañera de un solo plano era inapropiada e incómoda para seres que, como él, habían rebasado la cuarentena; es decir, para aquellas personas de escasa elasticidad para quienes constituía un problema alcanzarse los pies con las manos. Cecilio Rubes suponía que estas personas eran la mayoría y, mentalmente, decidió desarrollar aquella idea en germen de la bañera de dos planos que le asaltara, como todos los grandes descubrimientos, de un modo completamente casual. Ello satisfacía, además, el constante espíritu de innovación que desde niño tenía agarrado, aunque se mostrase tan sólo de una manera intermitente, a Cecilio Rubes. Por añadidura, Rubes, en los últimos tiempos, pensaba que ahora que tenía un niño debía forzar hasta el máximo las posibilidades de su negocio. A menudo se decía: «No puedo dejar a mi hijo hecho un ganapán. Hay que derivar, ampliar,

hacer algo». De pronto, el modelo de bañera de su invención venía a resolver todas sus dudas.

No fue cosa de un día perfilar las condiciones del nuevo tipo de bañera. Había que armonizar la comodidad con la estética; lograr un modelo confortable dentro de una línea airosa y proporcionada. Cecilio Rubes realizó esta temporada sus primeros pinitos de dibujante. Con el lápiz era tardo, premioso y desangelado. Sus creaciones adolecían de agarrotamiento y falta de espontaneidad. Sin embargo, Rubes pretendía únicamente perfilar los rasgos del nuevo modelo, expresar sus esenciales características, aun de una manera tosca, para, luego, ponerse en manos de un dibujante profesional. Cecilio Rubes mordía la parte posterior del lapicero y meditaba. Adela decía: «¿Qué te sucede esta temporada, Cecil?». «Ah —decía él—, no me molestes, querida. Estoy con mis cosas.» Al cabo de un mes de reflexión, Rubes tuvo perfilado, en líneas generales, el tipo de bañera de su invención. Las características, en principio, eran las siguientes:

Un metro setenta de eslora en la base (dos en la parte alta); setenta centímetros de manga y ochenta de puntal. Luego, una diferencia de quince centímetros entre el plano que servía para las piernas y el utilizado de asiento y, por último, un respaldo ordenado en ángulo diedro de ciento quince grados con el plano-asiento. (Más tarde Cecilio, aconsejado por León Valdés, que no vaciló en asociarse con él para explotar la patente, modificó la inclinación del plano-respaldo, fijándola en ciento veinte grados con referencia al plano-base.)

Al presentarle a Adela el nuevo tipo de bañera concebido por él y fielmente interpretado por un dibujante profesional, su mujer reveló una agradable sorpresa:

—¡Querido, qué reservado te lo tenías! —dijo.

—¿Te gusta? —preguntó Rubes.

—¡Oh, la bañera es bonita y parece cómoda! Te harás famoso, Cecil.

Más tarde, cuando le mostró la fotografía en los periódicos junto al diseño de la «bañera Rubes», Adela sintió que su vanidad se empinaba hasta extremos que nunca pudo sospechar.

En la parte trasera del Establecimiento, Cecilio Rubes montó el taller de la nueva empresa. Fue una temporada de trabajo concienzudo y hubieron de buscarse materias primas, abastecedores y un personal competente. El problema del hijo del contable dejó de ser un problema con esta nueva perspectiva del negocio. La Sociedad era una cosa distinta del Establecimiento y precisaba de una administración autónoma.

La idea del reclamo publicitario surgió en Cecilio Rubes el mismo día que firmaron la escritura y se encontraron juntos los tres socios

capitalistas ante sus copas respectivas. Comprendió, entonces, Cecilio Rubes que eso de que el alcohol estimulaba sus dotes de invención no era, como a veces pensaba, una pura chufla. Dijo Cecilio Rubes, después de vaciar la quinta copa:

—Bien, lo que ahora precisamos es mover el negocio, darle vuelos, interesar en el nuevo tipo de bañera a toda la nación. Bueno, estimo que es menester remover todos nuestros recursos de iniciativa en cuanto a propaganda se refiere.

Apuntó Alegre, que era un hombre altísimo, calvo y desgarbado:

—A mi entender la Prensa es más eficaz que el cinematógrafo.

Dijo León Valdés:

—Debemos coordinar ambos procedimientos. De ordinario, el cinematógrafo lo frecuenta la gente joven y el diario lo lee a fondo la gente madura. Hay que buscar el medio de interesar a todos en esta innovación.

León Valdés levantaba su cara de pájaro y su redondo y pequeño ojo negro, que era como un padrenuestro del rosario, buscando en sus interlocutores un síntoma de aprobación. Cecilio Rubes se infló. Dijo:

—No es eso. Bien, entiendo que el problema no está en «el dónde» debe hacerse la propaganda, tanto como en «el cómo» debe hacerse la propaganda. Bueno, ahora pensaba yo en la posibilidad de interesar a la generalidad de las personas en una especie... bien, una especie de concurso, instituyendo un premio para aquella frase publicitaria que... bueno, que un jurado adecuado y solvente considerase como la más ingeniosa y eficaz. Bueno, este concurso, bien dotado, difundido por la Prensa podría interesar a los sectores que utilizan el baño tanto como a los que no lo utilizan. Lo importante es remover la opinión de arriba abajo y levantar una especie de fiebre colectiva en torno a la «bañera Rubes». Las frases seleccionadas podrían publicarse, y bien, solamente eso, bueno, junto a las peripecias del fallo y el fallo mismo, moverían el interés de la nación.

Cecilio Rubes respiró prolongadamente después de su discurso. No le sorprendió hallar en sus amigos una entusiasmada unanimidad. Cecilio Rubes pagó las copas, se pasó meticulosamente los dedos por las solapas del abrigo sacudiendo un polvo invisible y salió a la calle canturreando en medio de sus consocios.

La viuda de Rubes llevaba dos meses postrada en cama y sin esperanzas. Tan sólo Cecilio Rubes alimentaba una infundada seguridad en que la vitalidad de su madre era un algo imperecedero. Verla en la cama no significaba para él más que una nueva fase de su existencia. Jamás a Cecilio Rubes se le ocurrió pensar que su madre pudiera estar sujeta, como los demás seres, a la inexorable ley de la

vida y la muerte. La cama era, para él, la base del placer y del descanso. Su madre, a su edad y en su circunstancia personal, no buscaba en la cama el placer, luego buscaba el descanso.

No pasaba día sin que Cecilio Rubes hiciera una visita a su madre. Y no se imponía este deber forzando su voluntad, sino que lo llevaba a efecto con la misma meticulosidad y normal satisfacción y diligencia con que regulaba sus horas de oficina. Cecilio Rubes, a pesar de su aparente independencia, estaba sólidamente vinculado a su madre. Le agradaba someter a ella todos sus problemas. Le agradaba la manera franca y áspera con que la viuda de Rubes afrontaba las cosas, y le agradaba, en fin, por una vez en la vida, verse sometido, dominado, encarrilado, censurado o confortado. Su madre era la única persona en el mundo que gozaba de cierta ascendencia sobre él y a la que Cecilio Rubes concedía el honor de equiparársele.

La besó en la frente.

Dijo:

—Bien, mamá, la cosa está en marcha. Hoy legalizamos la situación de la Sociedad. Bueno, la «bañera Rubes» es ya un hecho.

Su madre se quejó. Viendo su enorme cabeza emergiendo de los encajes y bordados de la colcha y considerando el liviano bulto que su cuerpo levantaba en la ropa, uno pensaba, sin querer, en una enorme calabaza pinchada en un palo. Dijo la viuda de Rubes:

—¿Qué dice la monja boba de tu mujer? ¿Cómo no viene?

—Bien, dice que seré famoso —dijo Rubes.

—¿También le pica a ella la vanidad?

—¿A quién no, mamá?

Cecilio Rubes se sentó en una silla a la cabecera del lecho. Dijo:

—He estado reunido con Alegre y Valdés. Bueno. He lanzado una sugerencia que les ha gustado con vistas a la difusión de mi bañera. Organizaremos un concurso sobre frases publicitarias. Bien, la triunfadora nos servirá de eslogan propagandístico.

Advirtió Cecilio Rubes que su madre no estaba en lo que decía. Lo advirtió en la manera de mirarle y en la forma de depositar sus afiladas manos sobre el embozo. Dijo la viuda de Rubes:

—¿Sabes ya lo de Tomás?

—¿Qué?

—Se casa con una enfermera del hospital.

—¿Qué dices?

—¿Qué ves de particular en ello? Los hombres a esa edad se casan con una prostituta o con la cocinera. Al fin y al cabo, él no ha caído tan bajo —dijo la viuda de Rubes.

—¿Estuvo aquí?

—Viene todas las mañanas. Hoy me lo dijo y me preguntó mi opinión.

—Le dirías... —intervino Rubes.

—Le dije lo que pienso, ni más ni menos. Le dije que me parecía bien y que aplaudía su determinación.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres? ¿Puedes tú encontrar una cosa más acorde que un matrimonio entre un médico y una enfermera?

—Bien; tú no pensabas así... cuando yo... cuando yo...

—¿Qué puntos de contacto existían entre tú, un hombre educado y de posición económica, con la sandia de tu mujer? Tomás encontrará en esa muchacha una colaboradora y tendrá de qué hablar con ella cuando la luna de miel entre en su cuarto menguante. Me comprendes, ¿no?

Cecilio Rubes estaba sorprendido; más bien, fingía sorpresa para no defraudar a su madre. Pensó: «Deberé anunciar el concurso en la mayor parte de los periódicos del país. Ello es una siembra. Luego vendrá la recolección». Un rincón de su conciencia le frenó: «¿Y las heladas tardías?». Él decidió: «El que no se arriesga no pasa la mar». Dijo:

—Me dejas de una pieza con lo de Tomás. Con toda su simpatía siempre fue un individuo extraño. Recuerdo que en el colegio decía: «Yo no me casaré nunca si ello me obliga a abandonar a mis padres».

—¿Y eso te parece extraño? —preguntó.

Cecilio pensaba: «Con la frase en mi poder vendrá la segunda parte: "Propaganda activa"». Respondió:

—Entendámonos, mamá. La vida tiene ciertas leyes y ciertas exigencias. El hombre en plena razón busca su propia mujer y su propio hogar. Bien. Ello no implica desapego o desprecio hacia los padres.

—Es curioso, ¿y cuál crees tú que es el punto de sazón de un hombre, Cecilio?

—Ah, bien, bueno... mamá, ¡me quieres encerrar!, ¿no es así? Bien... Un hombre entra en sazón... a punto de sazón... cuando su capacidad de amar... se encuentra... bien, se encuentra en su apogeo, eso es —respondió Rubes.

Dijo su madre:

—¿A qué amor te refieres?

Cecilio Rubes se puso encarnado. Se incorporó. Se azoraba pocas veces —únicamente ante su madre—, pero en esos casos tenía que moverse, actuar, amortiguar su confusión.

—Bien, mamá —dijo—. Me voy. Esta conversación requiere tiempo y calma. —Trataba de sonreír y parecía un conejo—. Tú hubieras hecho un magnífico abogado, te lo aseguro, mamá. Bien, lo siento, pero es la hora de comer.

Sisí saltó a su cuello al llegar a casa, mas hoy Cecilio no le hizo

demasiado caso, necesitaba una persona reflexiva, razonable, con quien discutir las nuevas perspectivas del negocio; una persona que supiera medir las dimensiones de su iniciativa y halagar su vanidad. Dijo, sin embargo, como de paso:

—¿Qué tal la señorita Matilde?

—Papá, ya sé sumar y restar.

Cecilio dijo:

—¡Adela, Adela! ¿Dónde está tu madre?

Adela salía del cuarto de baño:

—¡Hola, querido! ¿Sabes ya lo de Tomás?

—Bien —dijo Rubes, alicortado—. ¿Se puede encontrar algo más acorde que un matrimonio entre un médico y una enfermera? —Hizo una leve pausa; luego añadió, sonriendo—: Bien. Estuve con Alegre y Valdés, ¿sabes, querida? La Sociedad tiene ya forma legal y…

Dijo Adela:

—Por lo visto es la enfermera que le ayuda en todas sus intervenciones. ¿Quién lo iba a suponer?

Recorrió las piernas de Cecilio Rubes un hormiguillo electrizado. Sentía unas ganas atroces de destaparse, como si una extraña fuerza expansiva se comprimiese en su interior. Por hacer algo, extrajo del bolsillo del chaleco su grueso reloj de oro y levantó la cubierta:

—¡Las dos y media! —vociferó—. ¿Es que no te parece una hora razonable de almorzar, querida?

En los primeros meses del año 1928 la ciudad entera vibró de norte a sur y de este a oeste con el anuncio del concurso: «¿Quiere usted ganar sin esfuerzo cincuenta duros?», que el diario publicaba con asiduidad en una de sus páginas interiores. Durante una semana, el anuncio se insertó igualmente en la prensa de Madrid, Bilbao, Sevilla y Barcelona. Las bases del concurso «Rubes Valdés y Compañía, S.R.C.», eran las siguientes:

> La compañía Rubes Valdés y Compañía convoca un concurso para premiar una frase publicitaria sobre el nuevo modelo de bañera que fabrica esta empresa. Las frases se ajustarán a las siguientes condiciones:
>
> 1.° Es preciso que las palabras «bañera» y «Rubes» figuren en ella.
>
> 2.° Las frases publicitarias no podrán exceder de quince palabras.
>
> 3.° Las frases seleccionadas se publicarán en el diario local, y de entre ellas un jurado competente elegirá la premiada.
>
> 4.° El mismo jurado tendrá en cuenta los motivos de ingenio y persuasión que concurran en ellas para su selección previa e incluso la designación de la definitiva.
>
> 5.° Las frases se enviarán al domicilio social de esta Compañía, indicando en el sobre: «Para el Concurso de Bañeras Rubes», antes del 1.° de mayo de 1928.

Eran los tiempos en que Cecilio Rubes, pagado de sí mismo, preguntaba a su esposa antes de acostarse: «¿No crees, querida, que el éxito me está volviendo más sociable?», o bien: «La gente pensará que me he envanecido, pero tú sabes que no es cierto, ¿verdad, querida?», o bien: «No creas, querida, que todo el mundo aceptaría su triunfo con la misma sencillez que yo lo acepto». Eran los tiempos en que, cada mañana, el cartero entregaba en el domicilio social un fajo de cartas nunca inferior al centenar y cada carta exhibía en letras bien visibles el motivo a que respondía: «Para el Concurso de Bañeras Rubes». Entre los tres socios existía esta temporada una alegría comunicativa y explícita. Trabajaban, se reunían, determinaban, enmendaban, sumidos en una actividad continuada y febril, cuyo norte era, invariablemente, la «bañera Rubes». A veces una carta de origen insospechado levantaba en sus pechos una oleada de júbilo. Decía Rubes: «Una carta de Tenerife. Bien, este muchacho por el mero hecho de escribir desde Tenerife ya merece algo». Decía Rubes: «La frase no es muy redonda que digamos: "Con baños Rubes, el cansancio baja, el optimismo sube"». Intervenía Valdés: «No me parece mal». Cada carta provocaba un torrente apasionado de comentarios. La selección diaria no era difícil desde el momento que no existía una previa limitación del número. A Cecilio Rubes le costaba eliminar una frase; todas ellas, al pronunciar su nombre, ya glorioso, elogiando su invento, comportaban para él un gran valor y, en potencia, la clave de un éxito apoteósico. «Rubes bañera, en holgura y comodidad, es la primera.» «Creo que podemos prescindir de ella», decía Valdés. «¡Quiá! No está mal. Es publicable», intervenía Rubes.

Por la mañana, ante el desayuno, Cecilio Rubes se recreaba en la larga lista de frases y aleluyas alusivas que publicaba el diario. Ello, en sí, ya constituía una importante propaganda de su bañera, tanto como de su persona. Una mañana le dijo a su mujer:

—Con estas frases haré un libro que Sisí conservará, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Creo que ello les animará... bien, a recordar a su abuelo Cecilio con un poquito de orgullo.

Dijo Adela:

—¿De verdad crees, Cecil, que tu hijo es capaz de conservar nada que merezca la pena?

Dijo Cecilio:

—Mira, esta frase tiene fuerza; es una pena que resulte tan macabra: «La bañera Rubes es el ataúd donde definitivamente se entierran la suciedad y la fatiga».

El 15 de mayo de 1928 comenzó la labor de selección definitiva. Rubes, Valdés y Alegre se reunían cada tarde en la oficina de la Sociedad. Las recomendaciones constituían el principal obstáculo de sus deliberaciones. Una tarde Cecilio Rubes afrontó valientemente la

situación:

—Bien, si nuestro concurso ha de rematarse con eficacia, hemos de resolver con absoluta independencia. Ésa es mi opinión.

Bartolomé Alegre se puso inmediatamente de su parte. Valdés vacilaba. Dijo:

—Hay compromisos que no se pueden eludir.

Los tres hombres, arrellanados en sendos sillones, en mangas de camisa y con las corbatas flojas, fumaban cigarrillos turcos y deliberaban. Hubo una serie de votaciones sucesivas a fin de eliminar el mayor número posible de frases. Finalmente, cada jurado optó, en forma definitiva, por su favorita. Dijo León Valdés:

—De acuerdo. Yo me quedo con ésta: «Un baño en bañera Rubes da la gracia de un querube».

Preguntó maliciosamente Cecilio:

—¿No es ésa la frase que recomienda nuestro respetado ex alcalde?

Valdés dio una chupada intensa a su cigarrillo y no respondió. Había en la estancia una espesa atmósfera de humo y el suelo estaba cubierto de sobres y papeles. Dijo Bartolomé Alegre:

—Decididamente la mía es esa que dice: «La bañera Rubes es el ataúd donde definitivamente se entierran la suciedad y la fatiga».

Intervino Rubes:

—La frase es acertada si no resultase de un impresionismo demasiado fúnebre. ¿Quién va a zambullirse tranquilo en nuestras bañeras si piensa que se introduce en un ataúd?

—Estoy de acuerdo —dijo León Valdés, clavando en Alegre sus ojos como abalorios.

Añadió Rubes:

—La mejor a mi juicio es ésta: «Señora: el mejor perfume, un baño en bañera Rubes». Bien. Eliminemos una por votación.

A Bartolomé Alegre le dolió ver cómo León Valdés tiraba contra la frase seleccionada por él. La frase del «ataúd» quedó excluida por dos votos contra uno. A renglón seguido la frase recomendada por el ex alcalde fue eliminada por el mismo número de votos. Alegre pensó: «Toma, tú te lo has buscado». Rubes respiraba de satisfacción:

—De modo —dijo con voz llena y levemente emocionada— que la frase elegida por el jurado es ésta: «Señora: el mejor perfume, un baño en bañera Rubes», que corresponde a don Orestes Gómez, de Madrid.

Dijo Alegre:

—Me duele que todos los premios se queden en Madrid. Parece que los de provincias somos poco menos que tontos.

Pero no tenía ningún recurso para alterar aquello y Rubes dijo:

—La elección se ha hecho libremente y es, por tanto, definitiva.

El diario publicó al día siguiente el fallo del jurado y con esta

postrera determinación la ciudad volvió a su curso normal un poco desilusionada. Cecilio Rubes decidió aprovechar el momento de apasionada euforia que el concurso había levantado. Consultó, primero, con Alegre y Valdés y, luego, con Méndez, Valentín y Jacobo, sobre la manera de difundir las bañeras a caballo de la frase premiada. Alegre era partidario de la bañera y la frase, escuetas. A Valdés le parecía mejor un dibujo de la bañera y emergiendo de ella un rostro irradiando satisfacción y plenitud de vida. Valentín, ante su hijo, se mostraba parco en palabras y como taciturno. Dijo Méndez, a quien el reciente ascenso inclinaba, con ardiente devoción, hacia la familia Rubes:

—La fotografía de su bebé tiene un gran atractivo, señor Rubes.

—Ah, gracias; mi hijo ya no es un bebé para fotografiarlo desnudo —dijo Cecilio, y pensó: «Meditaré detenidamente sobre ello. Está visto, si yo no resuelvo las cosas no las resuelve nadie».

En la puerta de la calle le adelantó Valentín:

—Dispénseme, señor Rubes —dijo.

Cecilio se volvió a él, displicente:

—¿Bien? —inquirió.

—¿Bien? También yo tengo una idea, señor Rubes. No me pareció oportuno exponerla delante del chico, compréndalo.

—¿Bien?

—¿Bien? —dijo el contable—. El anuncio podría ser el dibujo de una bañera Rubes y de pie, en ella, una señorita desnuda que...

Rubes golpeó el suelo con el bastón:

—Eso es inmoral —dijo impaciente.

—Inmoral —dijo Valentín—. Déjeme usted terminar, señor Rubes. La señorita debe sujetar una pequeña toalla por dos de sus puntas y la toalla debe ir dispuesta de tal suerte que no se vea nada y se sospeche todo. ¿Me entiende usted, señor Rubes?

Le miraba el viejo con una picardía contagiosa. «Vaya —pensó Rubes—. Eso es otra cosa». Dijo:

—Pensaré en ello, Valentín. Gracias.

Dos días más tarde el diario publicaba el nuevo y seductor anuncio de la «bañera Rubes». El dibujante expresó la idea de Valentín con notable fuerza sugeridora. El texto decía: «Los perfumes irritan el cutis». Y debajo de la señorita y la bañera se leía: «Señora: no hay mejor perfume que un baño en bañeras Rubes».

En el Club le dijo el magistrado Lozano, aquella tarde, enarbolando el periódico:

—Dígame, Rubes: ¿venden ustedes estas señoritas también o solamente bañeras?

Rubes pensó: «Bien. Es posible que la señorita sea demasiado atractiva». Chilló, riendo:

—Por ser para usted, le doy las dos cosas y a precios de saldo. ¿Le hace?

Para Sisí, la señorita Matilde fue una innovación atrayente dentro de la holgada monotonía que era su vida. Personalmente, la señorita Matilde no tenía otro atractivo que el de su seriedad pedagógica, tal vez un poco excesivamente desorbitada. La señorita Matilde era maestra, pensaba como maestra, comía como maestra y, por las noches, reposaba también como maestra en un punto de mesura y cuitado envaramiento. La encendía una fiebre exclusivamente didáctica y su aderezo personal iba encaminado a subrayar esta su primordial característica. Usaba gruesas gafas de concha, raya en medio, vestidos amplios de un corte entre extranjero y anticuado, las manos y las orejas desprovistas de todo adorno y, cuando se llevaba un buen rato a su lado, uno acababa por darse cuenta de que la señorita Matilde olía profusa, despiadadamente a jabón y que toda su persona era, en sus modales amanerados y sus remilgos un poco cursis, una pura pastilla de jabón de olor.

A Sisí Rubes no le importaba que la señorita Matilde fuese una mujer seca y desvaída. En principio, ella dio a su vida una dimensión nueva y, como novedad, la aceptó. Le chocaba mucho la manera peculiar con que la señorita Matilde trataba siempre de concentrar su atención. La señorita Matilde decía: «Al grano, Sisí, al grano». Y a Sisí le asombraba la coincidencia de que la señorita Matilde dijera eso y tuviera, al propio tiempo, un granito cómico e insolente en la punta de la nariz. No le dijo nada, pero Sisí advertía una asombrosa relación entre su estribillo y aquella leve prominencia nasal que remarcaba, con acentuado orgullo, cada movimiento de su mano sobre el tablero, donde dibujaba primorosamente las letras y los números.

A Sisí Rubes le interesó la señorita Matilde desde el primer día. Seguramente este dato constituya la prueba más evidente de su eficacia pedagógica. Sisí reservaba ahora todas sus dudas y problemas para consultárselos a la señorita Matilde a la mañana siguiente. La señorita Matilde respondía a sus preguntas en forma contundente y sin vacilaciones; esto hizo pensar a Sisí Rubes que el conocimiento de la vida y del mundo que su profesora denotaba podría reportarle una provechosa utilidad. Le dijo un día:

—¿De dónde vienen los niños, señorita Matilde?

Ella dijo:

—De París, naturalmente.

—¿Dónde los fabrican? —prosiguió Sisí.

Dijo la señorita Matilde:

—En unas fábricas muy grandes y muy complicadas. Luego los

embalan en unas cajas llenas de agujeritos para que los niños respiren y los mandan a sus papás.

Prosiguió Sisí:

—¿Por qué mi mamá no encarga otro niño?

Añadió la señorita Matilde:

—Ya tendrá bastante contigo, digo yo. —De repente, la señorita Matilde levantó su carita anodina con cierto imperio y dijo—: Al grano, Sisí, al grano.

Siempre, de sus consultas con la señorita Matilde, le quedaba a Sisí Rubes un profundo motivo de meditación, lleno de misterio y alicientes. Movido por la curiosidad que en él despertaba su profesora, Sisí Rubes aprendió a leer, a sumar y a restar. Entonces hizo su primera comunión. Al día siguiente, Sisí Rubes preguntó a la señorita Matilde:

—¿Por qué mi papá no comulgó ayer conmigo, señorita Matilde?

Dijo ella:

—¿Lo sé yo, acaso? Sus motivos tendría.

Y arrugó la frente expresando una vaga contrariedad.

—¿Es mi papá malo por eso, señorita Matilde? —insistió Sisí.

Dijo la profesora:

—¡Calla, criatura! Tus papás son las personas más bondadosas del mundo, ¿no lo comprendes?

Sisí vacilaba. Dijo al cabo:

—¿Por qué no comulgó, entonces?

La señorita Matilde atajó:

—Al grano, Sisí, al grano.

Y él se fue derecho a mirarle la nariz y a seguir sus evoluciones en el espacio, adecuadas al ritmo y sentido de los rasgos que su pequeña y dura mano trazaba en el tablero.

La señorita Matilde venía cada mañana a las diez y permanecía con Sisí hasta mediodía. Le enseñaba gramática y aritmética. Por las tardes volvía durante hora y media, que dedicaba a la formación cultural —en su más amplio sentido— del pequeñuelo. Cecilio Rubes le había dicho el primer día:

—Los ejercicios de la tarde ha de encaminarlos usted a despertar en mi hijo un interés por las cosas del mundo. Entiéndame... bien, no deseo nada en concreto a esa hora, sino simplemente que mi hijo Sisí se acostumbre a pensar y que usted trate de adivinar sus inclinaciones. Bueno, señorita, yo soy de esos hombres convencidos de que muchos talentos se echan a perder por una deficiente orientación. Bien, en realidad, no sé si me explico. Yo querría adivinar en mi hijo su vocación en sus primeras manifestaciones, ¿me comprende usted?

Dijo la señorita Matilde:

—Creo que le comprendo perfectamente, señor Rubes.

Dijo Cecilio Rubes:

—Esto es. Pongamos por caso que usted advierte en Sisí una marcada disposición para el dibujo, para la música, para la oratoria... Bien, lo que yo quiero es conocer su vocación y fomentársela desde niño. Yo creo que aunque el día de mañana el chico haya de hacer una carrera práctica no ha de estorbarle para nada tener un sentido artístico bien desarrollado. ¿Qué opina usted de ello?

Cecilio Rubes sentía una suave complacencia charlando con aquella señorita pedagoga sobre el porvenir de Sisí. Se ahuecó de pronto al oírla decir:

—A mi entender, señor Rubes, el mundo marcharía mejor si todos los padres pusieran en el porvenir de sus hijos la mitad del interés que usted demuestra. Yo siempre he pensado también que el sentido práctico preponderante en la actividad profesional del hombre moderno debe tener una adecuada contraposición.

Cecilio Rubes dijo, casi sin pensarlo:

—Ahí me tiene usted a mí.

Pensó que la señorita pedagoga le echaría un capote, pero como siguiera en silencio y le mirase con expectante atención, Cecilio Rubes se vio abocado a seguir, y dijo:

—Mis negocios... bien, mis negocios no me impiden tener una sensibilidad especial para... para la zarzuela.

La señorita Matilde sonrió bondadosamente. Preguntó:

—¿Es la zarzuela su violín de Ingres, señor Rubes?

Cecilio no supo qué responder y se echó a reír.

—¡Vaya! —dijo luego.

Añadió la señorita Matilde:

—También mi difunto padre sentía una rara debilidad por la zarzuela.

Dijo Rubes:

—¿Es usted huérfana?

La entonada rigidez de la señorita Matilde languideció al declarar:

—Desde hace dos años.

Cecilio Rubes se levantó:

—Bien, señorita, confío en usted. Tengo grandes esperanzas depositadas en ese chico.

La señorita Matilde alternaba las tareas de la tarde. Unas veces las dedicaba a la caligrafía, otras al dibujo, otras a la música —para la que tenía un detestable oído—, otras a explicar a Sisí los acontecimientos más sobresalientes de la historia del mundo, y otras, en fin, a ilustrarle en materia de religión. A Sisí Rubes le ganaba inmediatamente el interés por cualquiera de las actividades que la señorita Matilde señalara. Él veía en su profesora un compendio exuberante de ilustración, un insondable pozo de conocimientos. Una

tarde, a la salida, la señorita Matilde pasó por el Establecimiento.

—Señor Rubes —dijo—. Tengo para usted una grata sorpresa. Creo descubrir en Sisí una acusada disposición para la música. Mejor dicho, no me cabe duda de ello.

Sisí Rubes comenzó a la semana siguiente a dar clases de violín con un individuo sucio y nervioso a quien llamaba ceremoniosamente «señor profesor» porque él se lo indicó así el primer día. El «señor profesor» tenía unas atrabiliarias cejas levantadas y una mirada tan concentrada y poderosa que, ante ella, Sisí se veía forzado a recular. Las clases duraron lo que la curiosidad de Sisí en este sentido, y a las dos semanas, Cecilio Rubes le dijo al «señor profesor»:

—Bien, lamento mucho nuestra equivocación, señor profesor. El chiquillo no parece muy inclinado, ciertamente, al hermoso arte de la música.

Dijo el señor profesor con una cómica afectación:

—El chiquillo es una perfecta calamidad.

La señorita Matilde le dio una explicación a Cecilio Rubes:

—Sisí tiene curiosidad musical, señor Rubes; eso es indudable. Pero a este niño hay que saber manejarlo.

Un mes más tarde la señorita Matilde creyó interpretar determinadas manifestaciones de Sisí, así como un elemental dibujo suyo de una corrida de toros, en el sentido de que el pequeño Rubes poseía una connatural inclinación hacia el hermoso arte del dibujo. Se lo comunicó así a su padre en la primera ocasión. Dos días después Sisí Rubes tenía a su lado al más acreditado profesor de dibujo de la ciudad. Sisí dijo a su padre la noche de su debut:

—Papá, el profesor no me deja pintar caballos, ni vacas, ni ovejas… yo no quiero dibujar.

—Bien, ¿qué pintas, entonces?

—Rayas.

—¿Sólo rayas?

—Muchas rayas.

La señorita Matilde dijo a Cecilio Rubes:

—El niño es dócil con quien se sabe imponer.

Sisí Rubes dejó las clases de dibujo. En Sisí Rubes iba madurando, de nuevo, un anhelo de independencia. Un día preguntó a su profesora:

—¿Conoció usted a Nuestro Señor Jesucristo, señorita Matilde?

—¡Por Dios, criatura! ¿Tan vieja me haces?

Insistió Sisí hondamente decepcionado:

—¿Y a Colón, señorita Matilde?

—Tampoco, criatura.

Súbitamente la señorita Matilde perdió todo su misterioso interés para él. Sisí Rubes la vio torpe, vacía, humanamente limitada.

Experimentó unas vacilantes ganas de llorar. Era como si algo muy preciado para él se hubiera roto de súbito. Oyó la voz de la señorita Matilde:

—Al grano, Sisí, al grano.

Se irritó. No comprendió el porqué, pero de pronto veía a la señorita Matilde tan insignificante y atolondrada como a la propia Elisita Sendín. Tampoco se preocupó de analizar las razones de su cambio de sentimientos. De nuevo le mortificó la voz infatuada de la señorita Matilde:

—Al grano, Sisí, al grano.

Sisí Rubes no supo bien lo que hacía cuando se llevó un dedo a la punta de la nariz y dijo engolando la voz:

—Al grano, Sisí, al grano.

Pero sintió que se desahogaba. Dijo la señorita Matilde:

—¿Estás tonto, criatura?

Sisí repetía con ademán burlón:

—Al grano, Sisí, al grano.

—¿No quieres trabajar? —dijo la profesora.

Sisí Rubes se hallaba empapado de la embriaguez de la rebelión:

—Al grano, Sisí, al grano —repitió.

La señorita Matilde perdió los estribos, sintió una racha de sangre abrasándole las orejas y le dio un coscorrón.

Al regresar del Establecimiento, Cecilio Rubes encontró a Adela levemente alterada. No le preguntó nada, sin embargo, hasta que se vio en la cama, estirado junto a ella, y notó sus rodillas contra las suyas. Pasó una mano a su mujer por la cintura. Dijo Adela:

—La señorita Matilde se despidió hoy, Cecil.

—¿Cómo dices?

—Sisí la insultó y ella perdió la serenidad y le pegó.

Saltó en la cama Cecilio Rubes.

—¿Pegó al niño esa pobre desgraciada que no tiene...? —dijo exaltado.

Adela le apaciguó:

—Sisí la insultó primero, Cecil —dijo—. Nuestro hijo está ya en edad de relacionarse con otros niños. El colegio es necesario para él.

Dijo Rubes:

—El colegio, bien. ¿No sabes aún lo que Sisí piensa del colegio?

Ella se aproximó más a él. Notó Cecilio en la oscuridad su blando y frondoso cuerpo como un edredón. Añadió ahogadamente:

—No obstante, haremos otro ensayo, querida, si así lo deseas.

La rodeó con ambos brazos la cintura y la besó en los labios. Adela intentó zafarse inútilmente. Dijo, sofocada:

—¡Bruto, bruto! ¡Por amor de Dios, Cecil, cuándo querrás dejar de comportarte como un chiquillo!

IV

Le dijo Ventura Amo:

—¿Es cierto que tu padre es ese tipo de las bañeras que tiene tantos cuartos?

—Sí —dijo Sisí Rubes.

Ventura Amo puso los ojos en blanco:

—¿Cómo no lo dijiste antes? —inquirió.

—Tú no me lo preguntaste —dijo Sisí, balanceando sus piernecitas en el vacío.

A Sisí Rubes, sentado en una papelera de rincón, le halagaba ver al chico de más edad y más fornido de la clase dirigiéndose a él. Todos estimaban y temían a Ventura Amo. Sostener una conversación reservada con él era un privilegio. Y ahora, mientras los demás muchachos correteaban o jugaban a la pelota con los blusones recogidos a la cintura por el gran patio, Ventura Amo se había acercado a él, con su sombrío bozo, y su gran estatura, y su mirada apasionada, y su grave y precoz conocimiento de las cosas.

—Esto no parece divertirte mucho, ¿qué años tienes? —dijo Ventura Amo.

—En mayo haré once.

—Bueno, yo tengo trece; no es mucha la diferencia. Creo que podremos divertirnos juntos. ¿Por qué no me aguardas esta tarde a la salida?

A Sisí Rubes le galopaba el corazón en el pecho. Había oído multitud de comentarios reservados y apasionantes en torno a las hazañas de Ventura Amo y se juzgaba incapaz de compartirlas. Era ésta una de las razones que le empujaban a odiar el colegio. Ésta, y aquellos conceptos de organización, disciplina y esfuerzo que sus profesores trataban en vano de inculcarle. Su segunda experiencia del colegio no dio mejores resultados que la primera. La mitad del mundo que hasta ahora fuera Sisí Rubes era, en el colegio, un número y un blusón más. No sólo dejaba de ser la mitad del mundo, sino que hasta desaparecían aquí los atributos propios de la persona como tal individualidad. Le parecían injustos la tiranía del profesor, el horario de clases y el plan de asignaturas. Y el ambiente del colegio, en las clases y en el rosario de la tarde, y en los recreos, se le hacía

tremendamente helado e inhóspito. El colegio, en suma, iba contra naturaleza según las elementales conclusiones que Sisí Rubes podía deducir de su corta semana de asistencia. No creyó encontrar nada en él y secretamente pensaba: «Me gustaría ser amigo de Ventura Amo». Este afán era lo único que le sostenía. Por eso tembló cuando vio a Ventura Amo acercársele en el recreo de la tarde y volvió a temblar cuando, al colgar los blusones para salir a la calle, Ventura le susurró al oído: «Espérame». Sisí dijo: «Viene la criada a buscarme». Le encendió la sangre la rápida conclusión de Ventura Amo: «Mejor. La torearemos», dijo.

En la puerta Sisí vio a Mercedes y Ventura Amo le dijo misteriosamente: «Ponte detrás de mí». Salió, cubriéndose con su amigo, y ya en la calle echaron a correr. En la esquina aminoraron el paso. Dijo Ventura Amo:

—Has andado poco solo por la calle, ¿no es cierto?

Admitió Sisí:

—Nunca.

Le fascinaba de pronto esta posibilidad de disponer de su cuerpo, del espacio y del tiempo libremente. Dijo Ventura Amo:

—Mira, si no te importa, arrímate a mí; yo te enseñaré a vivir.

Los ojos azules de Sisí Rubes brillaban en la oscuridad como los de los gatos. Temblaba de impaciencia. Añadió Ventura Amo:

—Para empezar, ¿tienes una hermana?

—Soy solo —dijo Sisí.

Ventura Amo hizo un gesto de decepción:

—Lo siento —dijo—. Me gustaría una hermana tuya.

Sisí lo miró patéticamente, sin comprenderlo.

Dijo Ventura:

—Cruza, vamos al parque.

—¿Al parque, de noche? —dijo Sisí.

—Aguarda y nos reiremos un rato.

Ya en el parque atravesaron un macizo y Sisí tuvo la primera sensación placentera de atropellar una disposición dictada por una autoridad superior a la de su madre. Ventura Amo le recomendaba cautela con ademanes muy vivos. Se acurrucaron detrás de un seto. La sangre se le alborotaba a Sisí en las venas. Le acuciaba la anhelante ansiedad de lo imprevisto.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad divisó a un hombre y a una mujer sentados en un banco. Distinguió cómo se besaban con una voracidad absorbente. Dijo al oído de su amigo: «¿Por qué se besan así?». «¡Chist!», dijo Ventura mientras arrojaba a la pareja una piedrecita. Entonces vio a Ventura que se reía de una manera rara y le vinieron a él unas ansias enormes de reír así también. Hizo un ruido extraño al reprimir la risa y el hombre del banco se

levantó sorprendido.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Sisí rompió a reír.

Ventura Amo chilló:

—¡Déjame un poco!

Echó a correr a través del macizo y Sisí le seguía. Corría tanto y con tanto temor que le parecía que sus piernas se movían mecánicamente.

Ventura dijo: «¡El guarda!». A Sisí le latía como un animalillo la fiebre en el pecho. Intensificó cuanto pudo su carrera y cuando se detuvieron le dijo Ventura Amo:

—Corres bien.

A Sisí se le antojaba todo un sueño maravilloso. Preguntó:

—Dime, Ventura, ¿por qué se besan así?

Ventura Amo adoptaba un aire de infalibilidad al informarle:

—El beso no sabe a nada si no se pega diente con diente —dijo.

Sisí Rubes veía en su nuevo amigo un mundo atrayente, lleno de incentivo y misterio. Le miraba arrobado. Dijo:

—¿Es que los besos saben a algo?

Ventura Amo le observó de una manera que hizo que Sisí Rubes se viera ridículamente pequeño.

—Ya verás cuando tengas mis años —dijo Ventura entornando los ojos. Luego añadió, sacando un pequeño papel—: ¿Quieres fumar?

—¡Oh! ¿Fumas? —dijo Sisí.

—¿Qué hacer, si no?

Lió expertamente un pitillo y dijo:

—Prueba a ver si te gusta.

Sisí chupó, tosió y escupió, todo simultáneamente:

—Sabe a rayos —dijo.

Ventura lo aspiró con delectación. Dijo:

—Yo ya no sabría privarme del tabaco. Para mí este vicio es más fuerte que las mujeres.

—¿Qué mujeres?

Sisí volvió a encontrarse diminuto y enteramente inocuo.

—¿Dónde viviste hasta hoy? —dijo Ventura.

Atravesaban una calle con los escaparates iluminados. Dijo Ventura, deteniéndose:

—Ya me gustaría una pitillera como ésa.

Sisí dijo con voz quebrada, impresionado de poder corresponder con algo a quien tan desinteresadamente le daba todo:

—Yo te la regalaré.

—¿De veras?

—De veras. Tengo dinero.

Un poco más allá, Ventura Amo sintió la apremiante necesidad de

otra aventura y pulsó todos los timbres de una casa de vecindad. Sisí se vio de nuevo corriendo por el empedrado, con los cabellos al viento y las mejillas encendidas de placer. Se hubiera puesto de rodillas ante Ventura Amo y le hubiera hecho reverencias. ¿Qué clase de seres eran sus padres que le ocultaron hasta hoy este mundo maravilloso? Una embriaguez extraña activaba su organismo; sentía un vivo deseo de coger, romper, deshacer entre sus pequeñas y fuertes manos. La ciudad, que hasta hoy se le antojase una inmensidad, sin concreción posible en sus límites, se le hacía, de pronto, algo manejable, que podía domeñar como un juguete; algo que no bastaba para contener su exuberante vitalidad.

Oyó a Ventura Amo que decía algo, pero no le escuchó; le invadía la euforia de la libertad en plena calle. Cuando, al poco rato, le dijo Ventura que eran las nueve, pensó que el tiempo se había desbocado con él. Añadió Ventura Amo:

—Dime, ¿te has divertido?

Sisí abrió mucho los ojos y la boca y levantó los brazos, pero no pudo encontrar una expresión satisfactoria. Dijo Ventura Amo:

—Eso no es nada. Lo pasaremos mejor.

Dijo Sisí:

—Saldremos todos los días, ¿no es cierto?

Al entrar en casa, Sisí Rubes tuvo conciencia de que para los hombres había dos vidas y la puerta de la calle era la frontera divisoria. De puerta para dentro era el reinado de los buenos modales, la contención y la hipocresía. La auténtica vida, la única verdad, estaba en la calle. Sisí Rubes se preguntó qué es lo que su padre y su madre hacían en la calle. Pulsó el timbre con un incipiente aire de indiferencia. Se sorprendió de ver a su madre llorando. Le abrazó con una violencia inusitada y Sisí se preguntó qué es lo que había ocurrido allí durante su ausencia. Dijo Adela:

—Hijo, hijo, ¿por qué has hecho esto conmigo? ¿Dónde has andado?

Sisí se explicó:

—Estuve haciendo los deberes en casa de un amigo. En adelante, no quiero que Mercedes vaya a buscarme. Todos los chicos salen solos del colegio.

—¡Oh, Sisí! Eres aún tan pequeño...

Al acostarse Adela comunicó a Cecilio Rubes las pretensiones de Sisí. Cecilio Rubes se echó a reír. Dijo:

—Bien, no veo inconveniente en lo que Sisí pide. El chico empieza a pulsar la vida por su propia cuenta. ¿Por qué hemos de avergonzarle delante de los demás?

Por la mañana, Sisí le dijo a su padre:

—Me gusta ir al colegio, papá. Yo quiero aprender cosas nuevas.

Su padre le acarició el cogote. Cecilio Rubes veía a Sisí fuerte y sólido, con energías sobradas para afrontar las dificultades de la vida. Sisí Rubes continuó saliendo cada tarde con Ventura Amo. Al día siguiente le regaló la pitillera y Ventura dijo: «¡Qué grande eres!». Entre ellos se iba anudando una amistad basada en un recíproco interés. Ventura Amo le enseñaba cosas nuevas y fascinadoras cada día. Una tarde le dijo:

—Llámame Ven; los buenos amigos me llaman Ven. Ventura yo no sé si es nombre de hombre o de mujer.

Sisí Rubes se confió:

—Tú llámame Sisí.

Corrían juntos las más increíbles aventuras y Sisí Rubes llegó a adquirir un prestigio en el colegio. Ser el segundo de Ventura Amo comportaba un honor y una dignidad envidiables. También comportaba determinados riesgos, pero Sisí no los rehuía. Si había que organizar un tumulto o una huelga de brazos caídos con el hermano Domingo, el más joven de la comunidad, Sisí Rubes tomaba parte activa en el planteamiento y encabezaba, virilmente, la puesta en práctica. Sisí Rubes se mostraba consecuente en su amistad con Ventura Amo y estaba a su lado en las duras y en las maduras. Junto a Ven, Sisí Rubes sentía cómo su cuerpo y su alma iban tallándose de acuerdo con las más estrictas normas de virilidad.

En una ocasión, correteando por las calles, Sisí se echó a reír y dijo, señalando con su dedo a una extraña mujer:

—¡Oh, Ven, mira qué gorda está!

—Está —dijo Ventura Amo, lacónicamente.

—¿Está qué? —preguntó Sisí, que siempre esperaba de su nuevo amigo un descubrimiento sensacional.

—Está preñada; eso quiero decir —dijo Ven.

Sisí Rubes clavó en Ventura Amo su insólita mirada azul:

—¿Qué es preñada? —dijo.

—Que tiene un chico dentro, vaya.

—¿Un chico dentro?

Ventura Amo se cruzó de brazos y le miró con una sombra de enojo.

—¿Es que todavía crees que los niños vienen de París? —dijo.

—¿De dónde, si no?

—Del vientre de su madre.

Sisí Rubes se encontraba violentamente aturdido. Notaba un calor diabólico en las orejas. Intuía que pisaba un límite de madurez:

—Explícame —exigió.

Ventura Amo le explicó. Dijo Sisí Rubes:

—Tengo una vecina que echa un hijo cada año. ¿Cómo es posible?

—El marido será un hombrachón, ¿no es cierto? —inquirió Ventura Amo.

—¡Oh, no! Tiene gafas —dijo Sisí—. Dentro de unos días espera otro.

Dijo Ventura Amo para refrendar sus explicaciones:

—Fíjate en si está gorda y mañana me lo cuentas.

Sisí quiso aquella tarde pasar a casa de los Sendín. Luisito Sendín no le gustaba, porque era demasiado serio y aplicado. Elisita Sendín, con sus coletas y su aire ingenuo, era una niña boba. Ana, Daniel y Rodrigo Sendín eran unos niños empalagosos y cargantes que no hacían más que pelearse y llorar. Dijo Adela:

—¿Cómo quieres hoy jugar con los niños de enfrente?

—Me aburro —dijo Sisí.

Luisito le dijo al verle:

—¿Qué tal en el colegio?

Le dijo Elisa Sendín:

—Las niñas de mi colegio dicen que los niños de tu colegio son unos mal educados.

Dijo Rodrigo Sendín:

—Mira cómo salto desde esta mesa.

Salió Gloria y Sisí Rubes la miró de refilón: «Dios mío —se dijo—. ¿Cómo no me fijé antes?». Al día siguiente le dijo a Ven:

—Mi vecina está gorda como una vaca.

Aquella tarde, Ventura Amo le llevó a su casa. A Sisí Rubes le causó una agradable impresión aquel alojamiento descuidado, donde los niños no habían de sujetarse a límites ni trabas. Ven vivía en un barrio apartado, en una casita modesta. El piso estaba lleno de polvo y papeles rotos y cada mueble tenía allí una misión imprescindible. Sisí Rubes no advirtió en casa de su amigo un solo objeto superfluo. «Así debe ser», pensó. Les abrió una ancianita muy arrugada y encorvada y cuyas manos temblaban nerviosamente.

Ven dijo al entrar:

—Abuela, un amigo.

La viejecita se llevó la mano a la oreja e hizo un ademán de escuchar un poco tardío, pero Ventura no le hizo caso. Pasaron a un despacho con una mesa de oficina, un sillón y una librería. En la librería había unas botellas. Dijo Sisí:

—¿No hay nadie más que esa vieja?

Dijo Ventura:

—Mi padre es viajante y está siempre fuera. Mi madre murió de la gripe. La abuela es sorda, no te preocupes.

Sisí envidiaba con todo su ser la situación de Ventura Amo. Se le antojaba que una vida así, y no la suya, merecía la pena de ser vivida. Dijo Ven, tomando unas revistas de la librería:

—Atiende.

Las hojeó, deteniéndose en los grabados de mujeres jóvenes. Ante un anuncio de fajas francesas emitió algo así como un gruñido.

—¿Qué pasa? —dijo Sisí, siempre expectante.

—Mira —dijo Ventura.

—¿Qué? —dijo Sisí.

—Vamos, ¿es que se te pasea el alma por el cuerpo? ¡Esto es una mujer!

—¿Está...? —insinuó Sisí, tímidamente.

Ven se enfureció.

—Está buena. Eso está —dijo Ventura Amo—. ¿Es que en la vida saliste con una chica?

—Nunca —reconoció Sisí.

Ventura Amo le consideró con una lejana compasión.

—Para la primavera —dijo— te llevaré con unas chicas que se dejan besar. Aún eres muy joven.

—¿Sí?

—Sí. Una cosa —dijo Ventura, mirándole fijamente—. Habrás de estirarte el pelo y pasarte la maquinilla todas las semanas. Necesitas un poco de bigote; así no representas.

—¿Sí?

—Sí. Además, otra cosa. ¿Quién tiene empeño en tu casa en acicalarte y perfumarte como un marica? Di.

—¿Qué es un marica? —dijo Sisí.

—Los tíos que parecen tías.

Sisí Rubes se sintió humillado.

—Mamá me arregla.

—¿Por qué dices «mamá»? —insistió Ven, ganado por un súbito afán de hacer de su amigo Sisí Rubes un hombre nuevo.

—¿Cómo he de decir? —dijo Sisí sumisamente.

—«Madre», decimos los hombres. Tú verás.

Sisí Rubes en manos de Ventura Amo era un algo dúctil y maleable. Comprendía que aún le quedaba mucho terreno que recorrer, pero no desesperaba. Interiormente bendecía el día que tropezó con Ven, ya que ello le puso en camino de hacerse un hombre. Le movía hacia su amigo una creciente admiración. En los días siguientes riñó con su madre por cuestión de las ondas del cabello y del perfume. Su madre no transigía y le dijo algo de un extraño afán de «parecerse a los chicos de la calle». Sisí buscó amparo en su padre. «Los chicos del colegio se ríen de mí», dijo. Su padre le acarició el cogote. Dijo: «Adela, Adela, querida Adela. ¿Qué mal ves en que nuestro hijo quiera ser un hombre austero?». A Cecilio le hacían gracia las exigencias que Sisí planteaba en lo que él llamaba «su despertar». Sisí Rubes, conseguida esta nueva meta, se dedicó concienzudamente

a pasarse de vez en cuando, a hurtadillas, la maquinilla de su padre. Le poseía un ahincado sentimiento de no defraudar a Ven en lo más mínimo. Deseaba ardientemente «representar». Para ello necesitaba disponer de un al menos incipiente bozo en primavera. ¿Con qué cara, si no, iba a presentarse ante las chicas que se dejaban besar?

A veces tenía la sensación de que andaba pisando una zona prohibida, pero estimaba mucho lo que él llamaba «su hombría» para volverse atrás. Además, Sisí Rubes estaba habituado a no respetar demasiadas prohibiciones ni obstáculos. La vida le sonrió fácil desde su nacimiento. Empezó a ver en los hermanos Sendín unas criaturas ñoñas e insoportables. En ocasiones se decía, perplejo: «Y pensar que de pequeño me gustaba jugar con ellos». Consideraba su primera infancia una época imbécil, felizmente rebasada. Cuando Daniel Sendín cumplió cinco años y le invitaron sus padres a merendar tuvo un ataque de furia. Hubo de dejar plantado a Ven aquella tarde. Luego, comparando a Ventura Amo con aquellos chiquillos, casi se reía en voz alta, al verlos tan desprovistos de ideas y ambiciones, con sus cabecitas limpias y bien cuidadas. A fin de cuentas, resultó que no lo pasó tan mal y, después de merendar, dijo confidencialmente a Elisita Sendín, la pobre tonta de las coletas y los lazos rojos:

—Me cuesta quedarme sin fumar, ¿sabes?

Elisita Sendín se llevó las manos a sus brillantes ojos sorprendidos.

—¡Ah! ¿Fumas? —dijo.

—¿Qué hacer, si no?

Después, Sisí Rubes charló confidencialmente con Luisito Sendín. Le dijo:

—Hueles a colonia. ¿Es que te perfumas?

—Sí —reconoció Luisito Sendín.

—Lo siento, pero eres un marica —dijo Sisí.

—¿Qué es un marica?

Sisí convino piadosamente:

—Los tíos que parecen tías.

Para Adela no era un secreto el paulatino cambio de Sisí. A veces, de tiempo en tiempo, pensaba que el chico se le escurría de entre los dedos y se estremecía. En vista de la esterilidad y la ineficacia de sus propias razones, apoyaba ahora sus argumentos en Cecilio: «tu padre» quiere esto; «tu padre» quiere lo otro, le decía a Sisí, pero Sisí, claramente lo advertía ella, tenía, desde hacía unos meses, cuerda propia. No era dócil, ni obediente, ni manejable. Adela desesperaba de encontrar ayuda en Cecilio Rubes. Comprendía que Cecilio era otro desde el nacimiento de Sisí y que este hecho la libró a ella de una vida seca y desértica, pero Cecilio se mostraba blando y acomodaticio para las cosas del niño. Respecto a ella, Cecilio estaba frío esta temporada y

sólo semanalmente le exigía como marido y ella lo aceptaba de mala gana. Nunca encontró placer en ello, pero ahora, ya en plena menopausia, se le hacía una demostración baja e indecente. En esos momentos concretos, Adela pensaba que Cecilio estaría mejor encerrado en un manicomio. Mas nada de esto suponía para Adela causa suficiente de depresión. Estos motivos producían en su ánimo desfallecimientos ocasionales e intermitentes, pero, normalmente, Adela no se sentía desgraciada, sino más bien feliz. No pensaba seriamente que Sisí llegara a perderse.

Un día, disponiendo la ropa de Sisí, encontró unas motas de tabaco en el bolsillo del pantalón. «¡Oh! —se dijo—. ¿Será posible que fume este crío?» Estuvo inquieta y desazonada hasta que llegó Sisí.

Al verle dijo:

—Échame el aliento. Anda.

Sisí obedeció.

—¿A qué huele? —dijo ella.

—A menta —dijo Sisí—. He comido una pastilla.

—Bueno, no es a menta a lo que hueles, si lo quieres saber; es a tabaco. «Tu padre» se enfadará cuando lo sepa. ¿Qué clase de hombrecito canijo vas a ser, querido, si te agarras al pitillo desde los once años? ¿No lo comprendes?

Adela turnaba con Sisí procedimientos persuasivos pacíficos y violentos. Con cualquiera de ellos daba con una roca; ella lo sabía. A Cecilio Rubes quiso «hablarle seriamente» antes de la cena.

—Querido —dijo—, acabo de descubrir en nuestro hijo lo único que le faltaba. Sisí fuma.

—Bien. ¿Hasta hoy no ha fumado? —dijo Cecilio con insolencia cínica—. Yo empecé a los ocho años, para que lo sepas.

A Adela le aplanaban las contestaciones de su marido. Ella se recreaba en armar castillos y montañas antes de su llegada para que él, con sólo dos palabras, los destruyese. Sonrió Cecilio, tratando de compensarla:

—Bien, recibí en la tienda carta de tu primo Hipólito desde África; ahí la tienes…

Adela jamás recibía cartas. Su familia, lejana, desperdigada por toda la geografía peninsular y protectorado, apenas se preocupaba de ella. Sus hermanos le escribían de año en año, desde La Habana, durante las Navidades. Abrió apresurada la carta. Dijo: «¿Cuántos años hace que no viene por aquí Hipo? Ignora hasta mi domicilio». Pasó la vista por los renglones desiguales y un poco infantiles y su rostro fue adquiriendo una vivaz animación.

—Vaya, Cecil. Hipo quiere que le destinen aquí cuando ascienda a comandante, ¿sabes? ¡Qué alegría! Todos se fueron. Hipo es el único que vuelve.

Cecilio Rubes se sintió apesadumbrado. Le afectaba íntimamente cuanto se refiriese a la aproximación geográfica de un pariente de su mujer.

—¿Qué quiere? —dijo con acentuado desagrado.

—Pregunta cómo están las cosas aquí. Si hay pisos militares decorosos, la cuestión comida y demás. ¡Qué alegría que Hipo vuelva al cabo de quince años, Cecil!

Adela advirtió la depresión de Cecilio. Pensó: «Oh, lo había olvidado. A Cecilio le gusta verme interesada en las cosas que se trae entre manos». Dijo:

—¿Hiciste algo de lo tuyo, querido?

Dijo Cecilio Rubes:

—Ya tengo la licencia en el bolsillo. Bien. Esta tarde hablé con un marmolista. Parece que no hay dificultad. Los Rubes tendrán el panteón que merecen. Bueno. Otra cosa... En el Real Club me anuncian un homenaje. —Cecilio Rubes sonreía con una clemencia infinita. Quería aparentar modestia, pero que los demás apreciasen su talento creador. Añadió—: Quieren... quieren. Bien, piensan solicitar para mí la Medalla de la Ciudad. ¿Qué te parece, querida?

Cecilio Rubes se incorporó y miró al grupo entrañable de sus amigos, los concurrentes asiduos al Real Club. Se sentaban todos en torno a una larga mesa y en las copas respectivas se dilataba el champaña. Cecilio Rubes se encontraba pesado y ahíto. Pensó: «A mis años, un poco de gimnasia abdominal por la mañana me vendría de perlas... Bien, he de comenzar cuanto antes». Carraspeó antes de hablar y experimentó algo como un desasosiego al ver todos los ojos clavados en él.

Había preparado concienzudamente este discurso. La primera noche, apenas pudo dormir. Pensaba: «¿He de empezar diciendo: “Señores...”, o bien “Mis queridos amigos...”?». Cuando se decidió le asaltó otra terrible duda: «¿Qué actitud debo adoptar? La modestia se ve con simpatía, pero empequeñece los verdaderos méritos de uno. Bien. La excesiva vanagloria repele. ¿Cómo enfocar mi discurso?». A la tarde siguiente se sentó a su mesa y Adela le dijo al cabo de media hora:

—¿Escribes a Hipo, querido?

—Ah, no; en qué cabeza cabe —dijo Cecilio.

Dos horas más tarde, dijo Adela:

—¿Es que preparas un libro, Cecil?

Dijo él:

—Bien, querida, ¿por qué no me dejas en paz?

Tenía la cabeza como llena de agujeros y le costaba un esfuerzo desproporcionado discurrir. Pensó: «No sabré qué decir; diré: “A todos, muchas gracias. Nada más”». Se puso nervioso y salió al balcón

a fumar un cigarrillo. Pero todo fue inútil. No llegaba a establecer una correspondencia entre su cerebro, su pluma y la cuartilla. Se dijo: «Es improcedente. Estoy vacío».

De súbito, mientras se bañaba a la mañana siguiente le asaltaron cuatro ideas aprovechables. «¡Vaya!», pensó. Se secó, se enfundó en la bata y tomó la pluma. El discurso le salió redondo. Clavó ahora su mirada en León Valdés para concentrarse.

Dijo:

—Mis queridos amigos: nos reunimos hoy en un acto fraternal que tiene la virtud de remover en mí sentimientos puros y encontradas emociones. Bien. Me agasajáis hoy por lo que consideráis un triunfo de uno de vosotros, de uno de vuestros conciudadanos...

El coronel López había dicho, al ofrecer el homenaje: «Cecilio Rubes, nuestro querido amigo, es un genuino representante de los valores, de la capacidad de inventiva de la raza. Pero Cecilio Rubes es, además, un caballero en el más amplio y generoso sentido del vocablo». Añadió Rubes:

—En realidad, yo me pregunto: ¿Qué he hecho? Bien. Mi vanidad me responde: «Has revolucionado la higiene universal». Mi modestia me dice: «Lo que has hecho no tiene la menor importancia, Rubes».

Cecilio Rubes pudo captar recientemente la opinión de la ciudad: «La bañera Rubes tiene el inconveniente de que exige más agua que la bañera normal para cubrir el vientre. De ordinario, la gente que en el baño no se alcanza los pies con las manos es gente de vientre sensible a los cambios de temperatura. La bañera Rubes es, pues, inútil y contraproducente porque obliga al usuario a bañarse con faja o a emplear un termo de tamaño desmesurado». Se sintió un poco perplejo. Empero tenía el discurso enrollado en el cerebro como el hilo en un carrete. Dijo:

—Entre estos extremos me debato. ¿He conseguido algo útil en lo referente al progreso higiénico mundial? Bien. Sinceramente, creo que sí. Creo que la nueva técnica del aseo, ideada y desarrollada por mí, comporta para la Humanidad una inmediata consecuencia práctica: el que la higiene llegue a los viejos. Ahora bien, ¿es proporcionada vuestra demostración de admiración y afecto a mis pequeños méritos? Sinceramente también, creo que no. Vuestra demostración es excesiva.

El banquete fue opíparo y la camaradería efusiva y abierta. Rubes notaba en su hígado el banquete; la camaradería efusiva y abierta, en el corazón. Ambos estallaban congestionados. Fidel Amo le dijo al llegar: «Querido Cecilín, estábamos en deuda contigo». Luego vino un loco deglutir y una conversación llena de aspavientos y exclamaciones. Se habló de mujeres: «Una bonita muchacha y una bañera Rubes. No pido más», dijo el magistrado Lozano en el colmo del entusiasmo. «¡La del anuncio, la del anuncio!», chilló el coronel

López. Cecilio Rubes examinó la nariz de Ramón Prado, frente a él, con una suerte de conmovida ternura. Añadió:

—Y creo que vuestra demostración es excesiva porque en este acto, que nunca olvidaré, hay más afecto, más gratitud, más limpieza de corazón, más efusividad, más conmovedora franqueza, que las que merece Cecilio Rubes ni hombre alguno de la Tierra.

Volvió a mirar a Ramón Prado y le sonrió. Ramón Prado le devolvió la sonrisa. Rubes pensó: «Me gustaría que me viese Adela ahora». Acababa de hacer las paces con Ramón Prado, al cabo de casi diez años, y experimentaba un cálido derramamiento de corazón. Le emocionó enterarse, tres días antes, de que Ramón Prado era de los que firmaban el homenaje. Al llegar, aquella tarde, Prado dijo, echándose en sus brazos y clavándole su deforme nariz en el hombro:

—Querido Cecilio, creo que «aquello» debemos olvidarlo de una vez. Mi hermano tenía la gripe entonces y yo me hallaba excitado.

Cecilio le estrechó en sus brazos. Cerraba y abría ardientemente los ojos, buscando una lágrima.

—Bien —dijo—. Yo tenía el convencimiento de que con más higiene la epidemia no se habría producido.

Ahora miraba la nariz de su amigo Ramón Prado y sonreía. Añadió:

—Por todo ello, mis queridos amigos, me encuentro emocionado. Mi limitación impide a mi cerebro y a mi lengua expresar cuanto mi corazón siente. Sólo puedo deciros una cosa. Os estoy agradecido; os estoy sinceramente, profundamente agradecido.

Le aturdió el ruido de los aplausos y los palmetazos en la espalda y la reanudación de la expansiva euforia, reprimida momentáneamente por respeto a sus palabras. Cecilio Rubes obsequió a sus amigos con unos gruesos cigarros habanos. Inmediatamente, Fidel Amo dio cuenta de haberse enviado una propuesta al municipio solicitando para Cecilio Rubes la Medalla de la Ciudad «en mérito a los servicios prestados por dicho ciudadano a la higiene universal». Rubes dio las gracias y dijo: «La cosa me parece excesiva». Pensaba: «Soy el único que verdaderamente ha descollado del grupo».

Entró el conserje y se acercó a él: «Señor Rubes —le dijo con voz temblona al oído—, avisan de casa de su madre que la señora viuda de Rubes se ha agravado». Cecilio se puso en pie de un salto. Notó un puntazo en el hígado, pero no le prestó atención.

—Bien, señores —dijo—, una cruel novedad. Mi madre se ha agravado súbitamente.

A Cecilio Rubes le agradó la solidaridad de sus compañeros; le agradó sobre todo no sentirse solo en tan difíciles momentos. En la puerta tomó un coche y advirtió que, a medida que se aproximaba a casa de su madre, la euforia despertada por el banquete se trocaba en

una opresiva congoja. Por si esto fuera poco, él se esforzaba en adoptar una expresión de amargura para todos aquellos conocidos que pudieran sorprenderle a través de la ventanilla.

Entró en la habitación de puntillas. Tomás estaba al lado de la enferma. La viuda de Rubes abrió los ojos y Tomás salió. Dijo la viuda de Rubes con muy poca voz:

—Cecilio, esto se acaba.

Se sentó a su lado. Dijo:

—¡Bien, mamá! ¿Por qué has de ser tan exageradamente aprensiva?

La cabeza de la anciana parecía más grande que nunca. Dijo:

—¿Cuándo te convencerás, borrico, de que alguna vez he de marcharme?

Cecilio Rubes observó la respiración fatigada de la enferma. Apenas tenían fuerza sus pulmones para levantar el peso de la ropa. Le tomó una mano Cecilio y la encontró viscosa y fría.

—¡No, mamá, no! —dijo—. Todavía no.

La enferma cerró los ojos y estuvieron un largo rato en silencio. Le agobiaba a Cecilio la penumbra, los muebles oscuros, la tensión que gravitaba sobre ellos. Dijo la viuda de Rubes al fin:

—Estrenaré el panteón, Cecilio. No creas que es un honor despreciable. Tuviste una magnífica idea. Dime, hijo, ¿cómo estaba tu padre?

—¿Mi padre? —dijo Cecilio.

—¿No trasvasaste ayer sus restos?

El banquete se le ponía ahora de punta a Rubes en el estómago y la cabeza le daba vueltas. Dijo:

—Bien. Lo mismo podría ser mi padre que otro cualquiera.

Entró la doncella y dijo:

—Señor, está el párroco.

Se inclinó Rubes sobre el rostro de su madre y dijo con voz crispada:

—¡No, mamá, hasta ese punto no!

—Que pase —dijo la anciana.

Rubes salió. En la sala se hallaba Tomás con dos amigas de su madre. Le pareció una eternidad el tiempo que la viuda de Rubes empleaba con el cura. Cuando volvió a su lado la encontró muy agotada. Le dijo:

—Sisí... ¿No puede venir el pequeño Sisí a ver a su abuela?

Cecilio envió recado telefónico a su casa. Debía venir Adela. A Sisí deberían recogerlo a la salida del colegio. Cecilio Rubes se veía desordenado por una inmensa conmoción interior. Jamás supuso que estos momentos tuvieran una fecha real para ocurrir en su vida. Llegó Adela y le abrazó levemente conmovida. La encontró gorda y dura de

cintura, pero desechó este pensamiento por parecerle, ahora, irreverente. Le dijo Adela, con cierta reserva:

—Sisí no quiso venir con Mercedes, querido.

Cecilio se desconcertó.

—¿En qué piensa ese chico? —dijo.

Adela se acercó a su suegra con cierta repugnancia. No sentía simpatías por ella ni ahora, que la veía a punto de salvar la última frontera. Dijo la viuda de Rubes, con una voz sorprendentemente adormecida:

—Ese chico, Sisí... Debes velar por él, Adela.

Adela encontró a su suegra desusadamente blanda. Pensó: «La muerte ablanda las piedras». Luego se dijo: «¿Dónde está su cuerpo, que no hace bulto en la ropa?». Acercó sus labios al oído de la anciana:

—No te preocupes, mamá.

Poco después la enferma se despidió de Cecilo y le entregó unos papeles reservados. La viuda de Rubes demostraba una insólita entereza. Dijo:

—No pongáis otros féretros encima del mío, Cecilio. Me ahogaría.

Cecilo dijo broncamente:

—Te lo prometo, mamá.

Se le afilaban las mejillas a la enferma y adquirían una sobrecogedora lividez de cera. Empero seguía firme. Cecilio pensó: «Es lo mismo que cuando tronaba y yo me refugiaba en ella». Se encontraba tan pueril e indefenso como entonces y se hubiera arrojado con gusto sobre su pecho y hubiera sollozado hasta vaciarse sobre él. Balbució la anciana:

—Sisí... ¿No viene Sisí?... Llegará tarde.

Sisí decía a Ven en ese momento:

—¿Dónde está tu padre?

Dijo Ven:

—Viaja. Cuando yo cumpla quince años viviremos en Madrid.

—¿Te irás?

—Yo quiero irme a Madrid. Allí las fulanas andan sueltas por las calles.

—¿Qué es fulana? —dijo Sisí.

Ven apretó con el tacón la piedra previamente introducida en una bomba de riego y de súbito surgió un surtidor espectacular. Dijo Ven:

—¡Corre! ¡El guardia!

La viuda de Rubes, en tanto, tomó la mano de Cecilio y trató de incorporarse. Su cabezota se derrumbó, de súbito, a plomo sobre la almohada y, entonces, Tomás se acercó a ella, la levantó un párpado y dijo, volviéndose:

—Ha muerto.

A Cecilio Rubes le subió un sollozo, como un rugido, a la garganta. Se veía impotente y cruelmente solo. Por un momento pensó: «¿Por qué no he de morir yo también?». Había perdido su habitual dominio de sí. Los nervios le vencían. No experimentó el menor deseo de abrazar a Adela y, en cambio, pensó en Paulina con una suerte de melancólica añoranza. Le movía una especie de temor infundado a la muerte. Para él, su madre acababa de abandonar aquella habitación, sin que ni las puertas ni las ventanas se abriesen. «Sin romperla ni mancharla», pensó, exactamente. Miró el cuerpo de su madre y se dijo: «Bien. No es ella. ¿Qué tiene de común esta figura con mi madre?». Se encontró débil y salió de la estancia. Adela, detrás, le dijo:

—Debes descansar, Cecil. Yo permaneceré aquí.

Dijo Cecilio:

—Descansar con mi madre de cuerpo presente... ¿Es esto cuanto se te ocurre, querida?

Adela se ruborizó.

—Al menos, cámbiate de ropa, Cecil. Eso te descansará.

Cecilio lo admitió porque necesitaba moverse, hacer algo. Al salir, le dijo Adela:

—Mira a ver qué ha sido de Sisí.

«Sisí —se dijo Cecilio. Arrellanado en el asiento posterior del Lincoln, pensó—: Sisí.» Al llegar a casa, su extraño estado de ánimo le llevaba a culpar a Sisí de la muerte de su madre. Lo vio tranquilamente sentado en un sillón, leyendo un libro. Fue a él, arrebatado por una viva excitación. Dijo:

—¿Es así como fuiste a ver a tu abuela?

Dijo Sisí, sin moverse:

—Lo olvidé, papá.

Cecilio Rubes notó en la palma de la mano una neta exigencia. Sin pensar en lo que hacía, la levantó y la aplastó estruendosamente contra la mejilla del niño. Inmediatamente se arrepintió, pero le pareció una cobardía volverse atrás. Le asustó ver a Sisí retorciéndose en el sillón y, luego, incorporarse y arrojarle el libro a la cabeza con todas sus fuerzas.

—¡No te acerques! ¡Idiota! ¡No vuelvas a acercarte a mí! —chilló Sisí.

Al cambiarse de ropa, Cecilio Rubes pensó que acababa de cometer una terrible equivocación. Una cosa extraña, como un oleaje, le subía y le bajaba a la garganta. Oía llorar a Sisí, lejos. Entonces le asaltaron también a él unos irreprimibles deseos de llorar. «¡Ah! —pensó—. ¿Por qué estoy solo en una noche tan horrible?» Cambió la cartera de americana y salió. Ante Sisí vaciló unos momentos. Luego, impulsivamente, se arrodilló junto a él y le abrazó. Le hablaba con

una calidez casi femenina, desahogándose:

—Bien, hijo mío, tienes que perdonarme, ¿comprendes? Bueno, los nervios… los nervios no me respondieron, ¿sabes? Yo no quise pegarte, Sisí, querido niño mío…

Lloraba sobre él, sobre su indiferencia absoluta, sobre su dolida rigidez. Prosiguió:

—La abuela ha muerto, ¿entiendes, hijo mío? La abuela es mi madre y papá acaba de quedarse sin madre y… bien, me estallaron los nervios y no supe lo que hacía. Bueno, a veces pienso, a veces pienso que si tú…

Volvió a él Sisí su expresión fría y distante. Dijo perentorio:

—¿No mueren todos los viejos? ¿No tenemos que morir todos?

Vibraba un desgarro restallante en su voz y Cecilio Rubes le abrazó y le atrajo hacia sí. Notó que su cuerpecillo se relajaba, se entregaba y se alegró de haber afrontado la situación directamente. Después, cuando se incorporó para salir, se encontró más firme sobre sus piernas. Dijo humildemente:

—Luego vendrá mamá, querido. Bien. Yo tengo necesidad de salir.

V

Decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Las elecciones inglesas. El voto femenino da el triunfo a los partidos extremos. Los laboristas formarán Gobierno». También decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Las curaciones del doctor Asuero. El doctor Asuero estuvo ayer en el domicilio de su madre política, la señora viuda de Arcaute. Allí llamó al guardián de la casa, que padece hace muchos años reuma, y le dijo: "Ven, que te voy a curar". Efectivamente, con una breve intervención fue sanado el viejo servidor. A su regreso a San Sebastián operó a una señora en el Hotel María Cristina, obteniendo la enferma considerable mejoría». Decía también el periódico del 1 de junio de 1929: «La Exposición de Barcelona. Inauguración del monumento a la Reina. El Rey visita las instalaciones».

En tercera plana decía el periódico del 1 de junio de 1929, encerrando los caracteres tipográficos dentro de un pie humano: «Si están sus pies: hinchados, ardientes, cansados, sudorosos, sensibles, doloridos... Si padecen callos, durezas, grietas, ampollas, sabañones, contusiones... Nada encontrará mejor que un baño con Sal. Paquete para un baño, treinta y cinco céntimos. Farmacias y droguerías». Y, más arriba: «Silencioso como una sombra... Inflexible. Espacioso. Pruebe el nuevo Dodge Brothers, seis».

Doblando la página, decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Teatro Bretón: Hoy, últimas representaciones a precios populares de la famosísima comedia, en tres actos, original de Pedro Muñoz Seca, *El alfiler*, que constituye un verdadero éxito de la compañía Meliá-Cibrián». «Cinema Montoya: Esta tarde, a las siete y a las diez, *Rin-tin-tín, mandíbulas de acero*, interesante cinedrama, marca superdiana, en el que el famoso Rin-tintín produce justa admiración por su excelente trabajo.»

También decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Señora: no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes». Era el pan de cada día, pero Cecilio Rubes lo oía ya como quien oye llover; sabía, además, que para las señoras sí había mejores perfumes que su bañera. Esto era un mal. Era un mal que Cecilio Rubes fuese el primer convencido de la falsedad de su eslogan publicitario. El negocio de las bañeras no prosperó como él se imaginara un año antes; ni como

soñaran León Valdés y Bartolomé Alegre. La innovación higiénica despertó una resonancia de relativa curiosidad en el ámbito meramente local. Algunas familias se decidieron a introducir las «bañeras Rubes» en sus cuartos de aseo e, incluso, algunas casas de nueva planta instalaron los cuartos de baño con la bañera de su invención. Empero, sus deficiencias circularon entre los bañistas domésticos con mayor fuerza persuasiva que su frase de propaganda. La gente decía que en los baños Rubes tenía uno que optar entre enfriarse el vientre o instalar unos termos desproporcionadamente grandes. Ello, que era fundamentalmente cierto, retrajo a la clientela. Rubes lo sabía y, como no podía permanecer pasivamente con los brazos cruzados, decidió continuar la venta de bañeras de un solo plano —de las bañeras de tipo clásico— en su establecimiento. Su actitud motivó el enojo de sus consocios. Rubes no podía hacer la competencia a la compañía. El establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos», el más importante de la ciudad, debía expender solamente baños de los fabricados por Rubes Valdés y Cía., S.R.C. En este sentido se expresaban sus consocios y Cecilio Rubes no tuvo otra salida que plantarse: «Bien —dijo—. ¿Es que ustedes creen que porque la Compañía se hunda ha de hundirse el Establecimiento con ella?». Valdés le hizo ver que si él no vendía bañeras de tipo clásico, la venta de «bañeras Rubes» se incrementaría. Cecilio trató de convencerle de que si él no servía al público la bañera que apetecía, el público se iría a comprar a Madrid o a Barcelona, con el perjuicio consiguiente para su establecimiento. Regañaron y Bartolomé Alegre dijo: «La Sociedad ha nacido muerta». Apuntó Valdés: «Entiendo que en nuestras manos está proporcionarle balones de oxígeno». Dijo Rubes: «Si los balones de oxígeno que esperas consisten en que yo no venda bañeras de un solo plano, estás fresco». Añadió Valdés: «Ningún socio debe dedicarse particularmente al mismo fin mercantil que la compañía a que pertenece. Éste es un postulado elemental». Rubes se cargó. Dijo: «El fin social de Rubes Valdés y Compañía es la fabricación de “bañeras Rubes”. Mi negocio es exclusivamente de venta de bañeras y no de fabricación. Bien, creo que está claro. Sobre este punto no se hizo en la escritura la menor salvedad». Valdés pensó llevar la cosa adelante, pero luego desistió. No valía la pena enredarse en una cuestión judicial. Transcurridos los cinco años fijados se disolverían y asunto concluido.

Para Cecilio fue aquél un nuevo y sintomático indicio. La Sociedad se desintegraba y él no llegaría, como soñaba, a ser un hombre mundialmente famoso.

Antes de esto sostuvo una larga y espinosa querella con los perfumistas. Hasta ahora, la Sociedad no le proporcionaba más que sinsabores y problemas enojosos. Cecilio Rubes no estaba satisfecho;

no podía estarlo. Los perfumistas arremetieron cinco meses antes contra su eslogan publicitario. La Sociedad Rubes, Valdés y Compañía venía anunciándose así: «Los perfumes irritan el cutis. Señora, no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes». Los perfumistas estimaron que la primera parte del anuncio suponía «una competencia desleal que, envolviendo una inexactitud notoria —ya que está suficientemente demostrado que los perfumes no irritan el cutis—, merma el crédito y perjudica al negocio de perfumería». Cecilio Rubes recibió un comunicado del juzgado municipal en este sentido. Los perfumistas, a lo que era de ver, querían bronca. «Es una insensatez, nada hay de desleal en esta competencia», se dijo Rubes. Los perfumistas solicitaban la supresión de esta frase y Cecilio Rubes se revolvió como un león enjaulado. Pasó a ver a Luis Sendín, que le había llevado con tacto algunos pequeños asuntos, y le expuso la cuestión. Le dijo Sendín:

—No es mucho lo que piden.

—Bien —dijo Rubes—. Eso significa que he de acceder.

Luis Sendín consultó de nuevo la copia de la reclamación que enviaba el juzgado. Añadió:

—En estos casos, lo grave suele ser la indemnización. Los perfumistas no la reclaman. Se limitan a pedir que cese lo que ellos estiman una «competencia desleal», es decir, que suprimas la primera parte de tu anuncio.

Miró a Cecilio, buscando su aprobación.

—¿Bien? —dijo Rubes.

—Lo más sencillo es darles gusto; máxime cuando ello no lesiona tus intereses. Si la cosa prosperase podría irrogarte un perjuicio económico serio.

Chilló Rubes:

—¡Ceder bobamente siempre lesiona mis intereses!

Valdés y Alegre se mostraron partidarios de los paños calientes. Dijo Valdés, el cojo: «No quiero más líos». Dijo Alegre: «Estoy de la Sociedad hasta aquí», se señalaba la gran calva, en la punta de su enorme estatura. Cecilio Rubes aceptó, a la fuerza, el acto de conciliación. Acudió al juzgado con Luis Sendín de «hombre bueno» y aceptó la petición de los perfumistas. En lo sucesivo, el anuncio quedaría redactado así: «Señora, no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes», suprimiendo, en consecuencia, la primera parte, que decía: «Los perfumes irritan el cutis». Concluido el acto, Rubes estrechó las manos de los representantes del gremio de perfumería y, quieras que no, se sintió vejado y deprimido.

En realidad, la Sociedad no le proporcionó hasta el momento más que disgustos. Exceptuando la resonancia del concurso, su fotografía en el *ABC* de Madrid, como información de pago, y el homenaje de sus

colegas del Real Club, muy poco había sacado en limpio de la bañera de su invención. Rubes pensaba, a veces: «La verdad es que es de necios tratar de reformar el mundo. Por cada ser inteligente hay más de un millar de burros entre los hombres». Pero lo que más le dolió fue ver desechada la solicitud de su grupo pidiendo para él la Medalla de la Ciudad. Esto no podría olvidarlo Rubes aunque viviera mil años. A veces se confesaba: «Es la mayor vejación que puede soportar un hombre». Lo cierto es que, salvo el apoyo de su buen amigo el concejal Rodríguez, la demanda cayó en el vacío en el Municipio. Para algunos, incluso, fue un estupendo motivo de hilaridad. Dijo el teniente de alcalde Ruiz Bravo: «Señores, considero un error esta solicitud. Por este camino sería cosa de pensar si merece igualmente la Medalla de la Ciudad el inventor del papel higiénico en rollos». Dijo el concejal Vedate: «Sería capaz de inventar la bañera-vertical, si el municipio premiara con tanta largueza una tontería semejante». El alcalde reconoció «que la Medalla de la Ciudad fue creada con unas miras más altas». En resumen, la solicitud de los amigos del Real Club fue desechada y Rubes se enteró de las interioridades de la sesión por boca de su amigo Rodríguez. Primero sintió calor y, luego, un frío intenso; primero se puso encarnado y, luego, amarillo. Al fin, vociferó: «¡Cochinos ediles!». Sus ya escasas simpatías por la administración local sufrieron una nueva merma con este contratiempo y cuando Hipólito, el primo de Adela, llegó de Ceuta y se lamentó del estado del pavimento en las calles principales de la ciudad, Cecilio se apresuró a declarar:

—Bien. ¿Crees tú que es posible el decoro urbano cuando nuestros ediles tienen los ojos puestos en Madrid? Yo digo: El alcalde debe ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde.

Aparte de este desfogamiento, Cecilio Rubes no experimentó la menor alegría cuando Hipólito descendió del tren, con su camisa azulona, y los puños sucios, y su constitución regordeta, y su franca y agresiva campechanía. Hipólito decía «¡Arrea!» a cada dos por tres y le presentó a su mujer, diciendo: «Mi señora», y tenía los mofletes congestionados como si terminara de salir del pueblo. Los tres chicos parecían tontos y no hacían más que darse con el codo y reírse sin ton ni son. A Cecilio le amargó la excesiva efusividad de Adela hacia su primo. Le besó en la cara y le llamó varias veces «Querido Hipo». A Cecilio le confesaba con frecuencia Adela últimamente: «Oh, Cecil, de niños, Hipo y yo estuvimos muy unidos. Siempre que jugábamos, él y yo formábamos una pareja inseparable». «¿De niños, niños?», inquirió Cecilio un poco escamado. Adela se ruborizó: «Bueno, y un poco después». Aventuró Rubes: «¿Te besó alguna vez tu primo Hipo?». Adela se encontraba molesta: «¡Oh, Cecil, nos besábamos normalmente como hermanos!». «¡Como hermanos!», gruñó Cecilio de mal humor.

Ahora, Hipo tomaba a Adela del brazo y Cecilio tenía que atender a su mujer, que era pequeña también y extrañamente estúpida. Le dijo: «¿Tienen cines bonitos aquí?». Cuando iban a entrar en el Lincoln, Hipo se volvió: «¡Arrea! —dijo—. ¡Vaya un automóvil que te gastas, querido primo!». El «querido primo» le sentó a Rubes como un alfilerazo. Sisí decía, un poco alterado, a su primo mayor: «¿Fumas?». «¿Fumas tú?», le dijo el primito, levemente espantado. «¿Qué hacer, si no?», dijo Sisí. Ya en el coche, Hipo se ladeaba sobre el transportín y se limpiaba con un pañuelo el sudor de las manos. A cada momento se agachaba un poco para mirar por la ventanilla. «¡Arrea! —decía—. Esto está completamente cambiado.» Adela sonreía: «No lo conocerás».

A Cecilio Rubes le mortificaba tener que ser el rodrigón de estos inesperados primos; le mortificaba el evidente afán de Adela por estrechar los lazos familiares. Le había dicho: «Son los únicos parientes que viven a mi lado en mucho tiempo y quiero disfrutarlos, Cecil». Cecilio pensaba: «¡Idiota, idiota! ¿Es posible que con esta gentuza se pueda disfrutar algo?».

Hipo vio en ellos su tabla de salvación. Conservaba pocos amigos en la ciudad y ninguno, desde luego, podía compararse con sus primos. Cecilio Rubes se acostumbró a encontrarlos en su casa cuando llegaba del Establecimiento. Hipólito sentía una predilección especial por los temas africanos y hablaba con frecuencia de «los moros» y «la guerra». «Allí la vida es distinta», decía. Adela preguntaba ingenuamente: «¿Es cierto que las mujeres se cubren la cara?». «¡Arrea, claro!», decía Hipólito echándose a reír con un confuso gorgoteo gutural. La señora de Hipólito, Ester, sonreía con una sonrisita completamente hueca y convencional. «Yo le diría...», intervenía tímidamente. Hipo estallaba: «Mujer, tutéala. Estamos en familia». Estas alusiones a la familiaridad estremecían a Cecilio Rubes. En ocasiones, Adela les invitaba a comer y Cecilio no se sentía con fuerzas para oponerse abiertamente. Confiaba en que Adela advirtiera algún día su irritación y se decidiera a prescindir de sus parientes. Mas Adela acostumbraba a lograr sus pequeñas satisfacciones en la vida a contrapelo de su alarido. Cecilio no resistía el ruido de Ester al sorber la sopa, o el hecho de que se llevase el pescado a la boca con la paleta en vez de con el tenedor. Estas minucias cobraban en su interior el relieve de cosas trascendentales. En presencia de sus primos por afinidad se encontraba desalentado. Un día le dijo Hipólito:

—Mi querido primo, yo querría asociarme a algún club. Entre la casa y el cuartel y el cuartel y la casa se oxida uno. Echo de menos un poco de vida de relación.

—Bien —dijo Cecilio, sobrecogido—, ahí tienes el Círculo...

—El Círculo se me hace demasiado bullanguero. Yo querría algo más recogido y... y más familiar. ¿Qué tal está el Real Club?

Cecilio temblaba visiblemente:

—No te gustaría —dijo, tajante.

—¿Tú crees?

—Es… bien, ¿cómo te diría yo? Bueno, una cosa excesivamente seria.

—Me gusta —dijo Hipo—. Me gustan la seriedad y los buenos modales en los casinos.

—Bien… Te he dicho serio cuando, en realidad, el Real Club es… bueno, todo lo contrario. ¡Que te diga Adela! Comilonas, juego, vino…

—¡Arrea! —dijo Hipo—. Me estás dando por el gusto, Cecilio. Vino, comida, juego, ¿eh, Ester? —Guiñó un ojo a su mujer—. El primo parece que conoce mis debilidades.

Apuntó Cecilio con un hilo de voz:

—Creo que me explico mal… El Real Club es… —Buceaba en sí mismo y miraba a Hipólito, que esperaba anhelante que se explicase —. Es como una gran familia un poco ñoña y un poco aburrida y un poco especial… Bien, un sitio donde el que llega por vez primera se encuentra como gallina en corral ajeno… Ésa es la cosa.

—Sigue —dijo Hipólito—. Eso va en temperamentos. Yo no me acoquino ni ante el Padre Santo.

Se limpiaba el sudor de las manos con el pañuelo. Cecilio pensaba: «¿Qué haría yo en el Club con este hombre? ¿Qué pensaría el coronel López? ¿Y Fidel Amo?». Dijo:

—En realidad, es algo caro… Es muy caro, realmente.

—¿Cuánto?

Cecilio Rubes tenía conciencia de que se jugaba la última carta:

—Quinientas la entrada —dijo.

—¡Arrea! —dijo Hipo—. Esto ya me gusta menos.

Cecilio le abrió:

—La cuota mensual es de diez duros… bien, más luego alguna comida, homenajes, gastos de juego y demás te suponen la friolera de veinte duros mensuales.

Intervino Ester:

—Eso no es para ti, Hipo.

Cecilio suspiró hondo cuando observó que Hipólito desistía. En lo sucesivo, siempre se mostraba en guardia ante su primo. Le temía. Temía su audacia, un poco irresponsable, y su anhelo por hacer todo y probar de todo en la vida. Le mortificaba cuanto se refería a sus parientes. El hecho de que Adela quisiera meter al pequeño Lito por las narices de Sisí le sacaba de quicio. Ante esto se plantó:

—Querida —le dijo una noche a su mujer—, ya ves que respeto a tus parientes, y… bien, les estimo como tales, pero no me gusta que Sisí intime con ese chico medio moro.

—¿Te refieres a Lito? —dijo Adela.

—Exacto.

—¡Oh, Cecil! ¿Qué niños no tratará Sisí de un tiempo a esta parte? Lito es un niño extraordinariamente dócil.

Lito tenía una cara desagradablemente redonda, una tez oscura y una mirada negra, evasiva y lánguida. A menudo su padre le preguntaba: «¿Qué vas a ser?». «Cura», respondía el niño invariablemente. Era su gracia y su padre la celebraba con el gorgoteo gutural acostumbrado en él cuando algo le ocasionaba mucha risa.

—Entiéndeme —añadió Cecilio, conciliador—. No digo que Sisí no se trate con él. Bueno, lo que quiero es que tú no fuerces la cosa para que los niños intimen.

A Sisí, Lito Martínez, su primo, le producía una extraña satisfacción. Sisí lo consideraba un niño tonto, pero dotado de unas misteriosas facultades que exacerbaba en él un fondo de sadismo. Le agradaba mortificar a aquel muchachito impasible, de tez cetrina y mirada ingenua, que tenía dos años menos que él. Sisí le proporcionaba humillaciones y sacrificios sin cuento. Decía Lito: «Yo quiero sufrir para ser santo». Decía Sisí: «Déjate dar dos docenas de pellizcos». Lito decía: «Venga». Y Sisí, con una crueldad refinada, iba retorciendo las carnecitas de su primo hasta producirle un amoratamiento en la piel. Un día les sorprendió Ester. Chilló: «¿Qué le haces al niño?». Sisí se estremeció. Abrió los ojos Lito, cuyos párpados se apretaban siempre mientras duraba la tortura. Sonrió con inefable conformidad y sus oscuros ojos llorosos brillaban extrañamente: «Quiero hacer sacrificios —dijo—. Yo se lo pedí». «Déjate de boberías —dijo Ester—. ¿Estás tonto?» Y miraba a Sisí con horrorizada expresión.

Otras veces, Sisí le llamaba «moro» y «perro judío» a Lito y, ante eso, su primo se enardecía: «¡Soy cristiano! ¡Más cristiano que tú!», voceaba. Y Sisí reía y se lo contaba luego a Ventura Amo. Ventura le preguntaba: «¿Crees tú que tu primo se dejará pinchar?». «Creo que sí», admitía Sisí Rubes. Y un día llevaron a Lito a casa del viajante.

—¿Te importaría que te pinchase? —dijo Ven.

Lito puso un gesto de heroica resignación. Dijo:

—Puedes atravesarme la frente y los carrillos con un alfiler, si quieres; y la piel de los brazos también. No sangro.

Soportó sin una queja el suplicio y, al final, sus ojos oscuros tenían una rara chispa de iluminado. Su resistencia al dolor levantaba en el pecho de Ventura Amo una oleada creciente de refinamiento. Al concluir, le dijo, airado:

—Eres un perro judío. Sólo un judío puede aguantar lo que tú aguantas.

—¡Soy más cristiano que tú! —chilló Lito, saltándosele las lágrimas, y entonces Ventura Amo le dio un coscorrón—. Eso sí

puedes hacerlo —advirtió sumisamente Lito.

Sisí Rubes seguía viendo en Ventura Amo el prototipo del hombre perfecto, con un sentido de la vida perfecto también, y con un avispado método para gozar de ella. Se reunían a menudo en su casa y Ventura Amo le aleccionaba en los más diversos aspectos. Ventura Amo sentía una notable inclinación hacia las revistas frívolas. Ahora, con el dinero de Sisí y con las que el viajante compraba en sus viajes, tenían suficiente entretenimiento para sus horas de ocio. Sisí Rubes advirtió que aquellos dibujos obscenos, que en principio no le hacían mella, iban moviendo paulatinamente en su carne algo así como un apetito indeterminado; aquellas mujeres provocaban en él una ansiedad semejante a la que le producía la vista del agua cuando tenía sed.

A menudo merodeaban por el parque acechando a las parejas, y estos movimientos, que en su origen constituyeron una pueril distracción, iban levantando en Sisí un extraño sentimiento de envidia. Él, a veces, deseaba estar en el lugar de aquellos hombres y no tirándoles chinitas o riendo veladamente desde detrás del seto.

Los jueves, Sisí aprovechaba las tardes libres para acudir al cinematógrafo con Ventura Amo. Sisí Rubes le invitaba con abierta liberalidad. Consideraba que era ésta una pequeñísima compensación a los desvelos de Ventura hacia él. La primera tarde que asistieron a un cine juntos, al pasar los anuncios del intermedio, Ven le dio con el codo sorprendido:

—Mira —dijo—, los baños de tu padre. ¿Has visto qué fulana?

Sisí Rubes contemplaba embelesado la grácil figura de la muchacha saliendo del baño y deseó vivamente, ignoraba bien por qué, apartar la inoportuna toalla de un manotazo. Sisí no sabía que su padre, once años atrás, deseó hacer lo mismo con un biombo y lo hizo, al fin. Dijo Ven:

—Tu padre debe de ser un buen randa, ¿eh?

Sisí rió en voz alta. En realidad, desconocía absolutamente qué era lo que su padre hacía una vez que cerraba la puerta de la calle. Sabía que tenía una tienda de baños y una Sociedad, pero ignoraba el tiempo que una y otra le ocupaban. Podía ser, efectivamente, como Ven apuntaba, «un buen randa».

Hasta la última primavera, Cecilio Rubes no consideró a su hijo un ser capaz de razonar y reaccionar inteligentemente ante los avatares de la vida. Lo descubrió una tarde soleada de domingo en que Bernardino los llevó en el automóvil al campo. Los trigos apuntaban y la implacable meseta árida del estío parecía, a la luz tibia de la primavera, un océano de pujante fertilidad. Fue en esta ocasión cuando Cecilio Rubes se volvió por vez primera a su hijo y lo vio bajo una luz desconocida:

—Bien —dijo—. ¿Qué querrías ser el día de mañana, Sisí?

Su hijo lo miró y demoró levemente la respuesta. Rubes pensó: «¡Dios mío, este chico razona ya!». Y fue para él un conmovedor descubrimiento. Desde la marcha de Paulina, Rubes se sentía incompleto. Desde la muerte de su madre, solo.

—Me gustaría ser ingeniero —dijo Sisí.

A Sisí Rubes le gustaba ser viajante, pero Sisí Rubes sabía que estas cosas no podían descubrírsele inopinadamente a su padre. Había que fingir y tener tacto.

—¿Te gustan las matemáticas? —dijo Cecilio.

—Ah, no —dijo Sisí, con espontáneo horror.

—¿Entonces?

—Me gustaría tender puentes sin manejar números —añadió Sisí.

Cecilio Rubes se detuvo un momento y hundió la contera del bastón en la ura de un grillo que acababa de refugiarse en ella atemorizado. Dijo, luego:

—Me temo que eso no sea posible. La vida tiene ciertas normas sobre las que uno no puede saltar alegremente. Bien, no sé si será una enormidad más, pero en este país no se puede ser ingeniero sin familiarizarse antes con los números.

Sisí se apresuró:

—Seré otra cosa, entonces —dijo.

Sisí Rubes ocupaba el anteúltimo lugar de la clase. El último era Ventura Amo.

Dijo Cecilio Rubes:

—La medicina no requiere cálculos.

—No me gusta —dijo Sisí.

—¿Y abogado?

—¿Qué es abogado?

—Como el papá de Luisito Sendín —dijo Rubes.

Torció el gesto Sisí.

—Bien —sonrió Rubes—. Creo que aún tienes tiempo de reflexionar sobre ello. Me gustan los muchachos que como tú reflexionan y no resuelven a tontas y a locas.

A partir de esta conversación, Cecilio Rubes creyó adivinar en el pequeño Sisí el primer brote de madurez. Le encontró serio y ponderado. Le gustó por dentro como le había gustado siempre por fuera. Decidió ser el mejor amigo y confidente de su hijo. A Luis Sendín se lo dijo así una tarde:

—Me gustaría que mi hijo no tuviese conmigo ningún reparo. Bien, conocerle a fondo en sus sentimientos y en sus debilidades, eso es lo que quiero decir. Yo aspiro a que mi hijo me confiese tranquilamente el día de mañana: «Papá, he estado con una pécora. ¿Crees que en lo sucesivo debo tomar alguna precaución?». El padre

que llegue a basar las relaciones con su hijo en este grado de confianza tiene todo resuelto.

De vez en cuando se entrevistaba ahora con Sisí y procuraba sondearle, sin herir su susceptibilidad. Mas Sisí Rubes sabía ya que la postura a adoptar en casa era distinta a la que convenía adoptar en la calle. El hombre tenía dos vidas y, en consecuencia, dos caras. Con su padre guardaba siempre una simulada actitud de reserva. Observó que sus padres se mostraban intrigados respecto a sus nuevas relaciones. Adela decía, con frecuencia, a Cecilio:

—Sisí fuma y dice palabras feas y se comporta como un chico de la calle. ¿No crees, Cecil, que tenemos a ese chiquillo demasiado suelto?

Rubes dirigió sus tiros en este sentido. Con delicadeza descendió a las profundidades del alma de Sisí. Le preguntó por su amigo:

—Es un buen chico —dijo Sisí.

—¿Qué es su padre? —preguntó Rubes, como sin darle importancia.

—Viajante.

Rió Rubes, despectivo.

—Bien, Sisí —dijo—. A veces pienso que te encontrarías mejor entre muchachos de tu clase.

—¿Es malo ser viajante? —indagó Sisí.

—¡Ah, bueno! No es que sea malo, hijo mío; me libraré mucho de decir que eso sea malo.

Dijo Sisí:

—Ven es el mejor chico de la clase y me ayuda en mis deberes.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eso es otra cosa —dijo Rubes.

Con Adela se enfrentó Cecilio a la hora de cenar. Tomó parte decidida por Sisí.

—Es una tontería eso de dejarse llevar por un mal entendido orgullo de casta —dijo—. Bien. El que Sisí tenga un amigo de origen humilde debe servirnos de satisfacción si, como en este caso, bueno, si, como en este caso, es el muchacho más inteligente del grupo y promete ser algo importante en la vida.

Dijo Adela:

—¿Y por qué se esconden, Cecil, si puede saberse? ¿Por qué no trae Sisí a casa a su amigo y lo conocemos y les vigilamos un poco?

Cecilio se lo dijo así a Sisí y Sisí a Ventura Amo:

—Tienes que venir a mi casa —dijo—. Mis padres quieren conocerte. Tendrás que ponerte bien y saludar como es debido.

Ventura se revolvió como si le hubieran dado una bofetada:

—¿Es que te avergüenzas de mí? —dijo—. Yo no me vuelvo

marica, aunque tenga que ir a tu casa. Yo soy como soy y si no te gusto te largas. ¿Entiendes?

Ante Adela, Ventura Amo se sintió, empero, un poco cohibido. Adela se encontraba favorecida con el luto y adoptaba unos aires majestuosos. Ello hacía que Ven se sintiera disminuido; ello y los muebles brillantes y macizos, y la coordinación de elementos domésticos, y las frondosas alfombras y los cuadros oscuros de las paredes. Dijo: «¡Hola!», y no volvió a abrir la boca hasta que se vio a solas con Sisí en su cuarto. Dijo allí: «¡Caracoles, vaya casa!». Sisí le mostró sus juguetes y Ventura Amo se arrojó entre ellos con enloquecido interés. Adela los vigilaba por la puerta del falsete. Por la noche, le dijo a Cecilio:

—¡Oh!, querido, ese muchacho, Ven, es un auténtico golfillo. Dice: «Caracoles», «no me amueles», «órdiga», «al ojo lo vieras» y unas horribles palabrotas. ¿Qué enseñanzas provechosas puede sacar Sisí de este amigote?

Cecilio sonreía. Dijo:

—¿Qué importa eso, si Sisí aprende a trabajar y a vivir al lado de ese muchacho?

Adela se excitó:

—¿Y eres tú quien se opone a que Sisí intime con su primito Lito?

—Ese chico medio moro es un lelo —dijo Cecilio, arrebatado de sinceridad.

Pero Sisí no hubiera abandonado a Ventura Amo aunque su padre se lo hubiera exigido. Sisí le dijo a Ven a la tarde siguiente:

—Si mi padre me exige que riña contigo me escaparé de casa, Ven.

—¿Tendrías agallas? —preguntó Ventura, abrumado por el arranque de adhesión de su amigo.

—¡Te lo juro como que me llamo Sisí!

Ventura le palmeó la espalda y dijo:

—Eres un hombre. A veces dudo de ti, pero ahora no me cabe duda de que eres un hombre.

Pasaron la tarde en el despacho del viajante viendo revistas. Cuando se cansaron, Ven tomó una de las botellas de la estantería y le dijo a Sisí:

—Tengo sed. Voy a echar un trago.

Trajo dos vasos y Sisí bebió también. Se sentía más hombre, y más fuerte, y más importante, con aquel pesado vaso en la mano. Preguntó:

—¿Dónde anda la vieja?

Dijo Ven:

—Te digo que es sorda; no te preocupes.

Sisí bebió otra vez y comenzó a notarse absurdamente contento y

optimista. Dijo:

—Ya es primavera, Ven, ¿cuándo salimos con esas chicas que se dejan besar?

Ven vaciló. Dijo, enervado:

—¿Quieres que te sea sincero?

—Sí —respondió Sisí.

—Bueno —añadió Ven—. Me parece que con esos jerseicitos de bebé que usas, la Mary se reirá de ti.

Sisí se puso encarnado. Bebió otro vaso y eructó. Luego le asaltó el hipo. Preguntó:

—¿Es mayor esa chica?

—Tiene catorce años —dijo Ven—. Está acostumbrada a chicos como yo, con bigote y chaqueta. No sé si a ti te dejaría que la besaras.

—Me haré una chaqueta de hombre —dijo Sisí, ofendido. Y bebió otra copa.

Empezó a encontrarse distinto. Sus dedos rozaban su cara con una sensibilidad especial. Veía a Ven como algo lejano y le hablaba a gritos. Tenía el balcón abierto y hacía calor. Ven dijo, asomándose:

—Va a tronar.

A Sisí le entró un extraño temblor. Dijo con oscura vehemencia:

—¡No tronará!

—¿Te asustan los truenos? —dijo Ven intrigado.

—No me asustan los truenos, pero no tronará —insistió tercamente.

Bebió para olvidarse de la posibilidad de los truenos. En su nebulosa conciencia, Sisí comprendía que necesitaba estar junto a su madre por si la tormenta llegaba. De siempre, los truenos le inspiraron un seco y sobrecogedor respeto. Le parecía, al oírlos, que la tierra se desmoronaba y amenazaba tragarle. Nadie más que su madre, ocultándole en el regazo, servía para neutralizar su pánico. En una ocasión, la tormenta le sorprendió sin su madre y Sisí hubo de refugiarse bajo dos colchones y durante su transcurso no cesó de gritar y llorar como un poseído. Bebió una vez más y dijo:

—He de irme, Ven. Mi... mi madre dijo que no me retrasara.

Ven se acercó a él de un salto. Tenía Sisí la cara desencajada y su pelo rubio revuelto y húmedo de sudor. Dijo Ven:

—No puedes marchar así; estás borracho.

—Me iré —insistió Sisí.

Ven le llevó a un lavabo y le remojó la cabeza con agua fría. Empero, la palidez y el mal semblante no desaparecieron de él. Sisí hipaba con fuerza. Le iba envolviendo un negro y asfixiante terror. Pensó: «¿Me dará tiempo a llegar a casa?». Ven bajó con él. Le parecía a Sisí que pisaba una ciudad desconocida. El suelo se levantaba a su paso y en la primera esquina tropezó y se cayó. Ven se echó a reír.

Dijo:

—Estás borracho perdido, Sisí.

Sisí miraba al cielo. Por la parte de poniente los relámpagos cruzaban los tejados de las casas. No tronaba aún, sin embargo. Sentía en sus vísceras el eco del recorrido eléctrico del rayo. Comenzó a cantar para aturdirse. Dijo Ven, tomándole del brazo:

—¡Calla! La gente te mira.

Estalló Sisí:

—¡Oh, pesado! ¿Qué me importa la gente a mí? Dime: ¿cuándo salimos con esas chicas... hip... con esas chicas... que se dejan besar?

Ven le dejó en la puerta de su casa. Sisí tardó un cuarto de hora en acertar a salir del ascensor. Hubo un momento en que pensó que Ven le había enjaulado adrede para que la tormenta le sorprendiese indefenso y empezó a chillar despavorido. La criada del principal, a la que Ven preguntaba siempre que la veía «que cuándo podría pasar un rato con ella», le abrió la portezuela. Dijo: «¿Qué te ocurre, Sisí?». Sisí no contestó. Añadió ella: «No llames ahí. Ésa no es tu casa». Le venteó como un perro de caza. «¿Qué hiciste, Sisí? Hueles a vino.»«¡Qué te importa... hip... qué te importa a ti!», prosiguió Sisí. Se alegró, de pronto, de que Cristina se hubiera casado un mes atrás. Cristina le había visto nacer y metía las narices donde no le importaba. Pensó: «Que me abra la nueva y no me abra Mercedes». Le costó un esfuerzo inusitado pulsar el timbre. Le abrió la criada nueva y respiró satisfecho. Ahora, ya en su casa, casi no se acordaba de la tormenta. La puerta del salón, entornada, dejaba escapar la voz poderosa de su padre:

—La época es dura. Dime, Hipólito, ¿hubo alguna vez una época tan difícil para los negocios como ésta? A veces pienso que los hombres no llegaremos nunca a entendernos.

Inesperadamente salió Adela y le encontró recostado en la consola del hall. Las paredes cerradas acentuaban el malestar de Sisí y algo le empujaba a vomitar sobre la alfombra del vestíbulo.

Chilló su madre al verle:

—¡Oh, Sisí! ¿Qué es lo que te ocurre, hijo mío?

Le tomó por los hombros. Olfateó el ambiente:

—¡Dios mío! ¡Estás bebido, Sisí!

Sisí la miraba como un perro apaleado. Quiso hablar, pero el hipo le cortó. A Adela le brillaba una lágrima en el ojo izquierdo.

Pensó Sisí: «Tiene un ojo distinto del otro». Adela pensaba: «¡Oh, Dios! Nos matará a disgustos; nos matará a disgustos». Le tomó por la cintura y le condujo a su habitación. En el trayecto, Sisí vomitó una pasta pesada y áspera. Le quedó un regusto seco en la lengua y el paladar. Pensó: «Me quiero morir». Dijo en alta voz:

—Quiero morirme, mamá. ¡Quiero morirme!

Adela lloraba silenciosamente. Lo metió en la cama, lo arropó y apagó la luz. Deseó que sus primos se marcharan. Cuando, al fin, se vio a solas con Cecilio, rompió a llorar de nuevo sobre su hombro. Cecilio le daba golpecitos confortadores en la espalda. Adela no podía hablar. Esperó un largo rato. Rubes pensaba: «¡Ah, los histerismos absurdos de la menopausia!». Le dio a beber un poco de agua. Finalmente dijo Adela:

—Sisí, Cecilio... ¡Sisí!

—Bien, Sisí —dijo Cecilio—. ¿Es que no sabes pronunciar el nombre de tu hijo sin ahogarte en lágrimas?

—Ha venido bebido, Cecil... ¡Bebido!

—¡Ah, bueno! Los niños son muy aficionados a fingirse hombres antes de tiempo —dijo Rubes.

—Está... está enfermo —añadió Adela.

—¿Enfermo? —Rubes frunció el entrecejo.

Pasaron a la habitación de Sisí, que dormía honda, pesadamente. Rubes le tocó la frente. Dijo:

—Está fresco como un ángel, querida. Bien, no exageres las cosas hasta ese punto. Un vaso de vino basta para trastornar a un niño de esta edad. Bueno, de todos modos... de todos modos, yo hablaré con él mañana.

Tres días más tarde Sisí Rubes manifestó que sin un traje de chaqueta no volvería al colegio. Adela dijo:

—¡Qué horror! Como un hombrecito. ¿No comprendes, hijo, que vas a parecer un niño de pueblo?

Rubes sonreía. Sisí se mostró inflexible. Cecilio pensaba: «Un chico con este carácter no lo pasará mal en la vida».

Agregó Adela:

—¿Es ese Ven quien te mete estos pájaros en la cabeza? No querrás parecerte a él, ¿no es cierto, mi vida?». Dijo Sisí:

—Todos los niños de la clase usan chaquetas menos yo. Necesito bolsillos para llevar mis cosas.

Aún insistió Adela, aunque sabía de antemano que la baza no sería suya:

—Eso es una cosa horrible, Sisí, ¿no lo comprendes?

A la semana siguiente le dijo Ventura Amo a Sisí, mirándole de arriba abajo:

—Esto ya es otra cosa. ¿Cuándo salimos con las chicas?

Era verano, y quince días después Adela le llevaría a Santander. Dijo Sisí:

—Antes de dos semanas tendrá que ser.

Por la noche, Rubes anunció un viaje imprevisto a Madrid. Lo decidió por la tarde, cuando, camino del Establecimiento, vio una muchacha ondulante cruzar a su lado. Pensó: «¡Caramba, qué cosas

preciosas quedan aún por el mundo! Mañana me iré a Madrid».

Sisí dijo a Ven:

—Lo mejor es esta tarde. Mi padre ha marchado a Madrid.

Dijo Ven:

—¿Cómo las aviso yo ahora? —Debió de resolver inmediatamente la dificultad, porque añadió enseguida—: Pasa a las ocho a buscarme.

Adela se sorprendió de ver a Sisí estirándose el cabello y mirándose reiteradamente al espejo. Le encontró nervioso y distinto. A la hora de comer le dijo, como de pasada:

—¿Qué te dijo papá el día que te conoció, mamá?

Después de comer, dijo:

—¿De qué cosas pueden hablar un hombre y una mujer antes de casarse?

Su instinto maternal le anunciaba a Adela un peligro. Pensó: «No estando Cecilio soy yo quien manda aquí». A las siete, Sisí preguntó:

—¿Qué hora tienes, mamá?

Adela se dijo: «Trataré de entretenerlo». A las siete y media, Sisí se puso la americana, dispuesto a salir.

Adela dijo:

—No es hora, Sisí, de andar por la calle.

Dijo Sisí:

—Me espera un amigo.

Adela le recordó tembleteante y vencido por la borrachera.

—No irás —dijo, autoritaria.

—¡Tengo que ir! —dijo Sisí.

Adela se levantó y se colocó delante de la puerta. Insistió:

—Querido, entra en razón. No es hora de que un chiquillo ande solo por la calle.

Dijo Sisí:

—No voy solo; voy con un amigo.

Adela se cerró:

—No te molestes; no saldrás.

Sisí se vio acorralado, pensó en Ven y se dijo: «Pensará que no tengo independencia, ni agallas para salir con las chicas». Crispó los puños y dijo airado:

—Déjame salir.

Odiaba a su madre, de pronto, con una vehemencia precoz. La consideró como un enemigo irreductible. Pensó fugazmente: «Tengo que intentarlo». Dijo su madre:

—Quítate la chaqueta y quédate conmigo; jugaremos una partida de damas.

Un golpe de sangre ofuscó por un momento a Sisí. Se arrojó sobre su madre y dijo:

—¡Quita!

Adela temblaba. No quería hacerle daño; apenas si se atrevía a emplear la fuerza con él. Notó los golpes de Sisí en pleno rostro y pensó que algo grande y fundamental se hundía de pronto en el mundo. No hizo la menor resistencia al ver a Sisí franquear la puerta y huir. Un áspero sollozo la agarrotó la garganta. Aún sentía en su carne los golpes de su hijo, unas leves huellas dolorosas. Pensó, mientras el llanto la desbordaba: «Cecilio y yo lo hemos querido así».

El niño descendió apresuradamente las escaleras y en el portal olvidó ya la tenaz oposición de su madre. El corazón le golpeaba apasionadamente el pecho. Deseaba imaginar la actitud de Mary hacia él. Ven le dijo al verle:

—Tú irás con la morena, que es un poco más baja, y yo con la rubia. La tuya es la Mary; la mía, la Nati.

Sisí dijo:

—Bueno.

Las encontraron junto al quiosco del parque. A Sisí le cohibieron un poco los ademanes resueltos de las muchachas, sus picudos pechitos insolentes. La Mary le sonrió:

—Buenas —dijo.

Sisí se aturrulló un poco. Dijo la Nati, que tenía unas pestañas muy largas:

—Ven, tu amigo parece muy chiquillo.

La Mary era más alta que él y Sisí dijo para nivelarse:

—Vamos; os convido a un bombón helado.

Las chicas se cogieron del brazo y Sisí se colocó junto a la Mary. Ven le había advertido: «Tendremos que aguardar a que anochezca». Se cruzaron con Luisito Sendín y Sisí levantó la voz para que le viera.

—¿Es amigo tuyo ese chico tan majo? —preguntó la Mary.

Respondió Sisí:

—Conocido.

Luisito Sendín volvió dos veces la cabeza, estupefacto. En el bar de la esquina del parque, Sisí les convidó a un orange. Caía el sol tras de los árboles del parque y Sisí dijo a la Mary:

—Vamos a dar un paseo.

Ven le había advertido: «Con estas chicas hay que actuar con cautela». Sisí se sentía ante la muchacha respetuoso y minúsculo. La chica le dijo:

—¡Qué joven eres! Aún no tienes vello en las piernas.

Él se rió, profundamente dolido:

—Tengo trece años —mintió.

Ya en los paseos del parque las dos parejas se separaron. Anochecía y Sisí Rubes lamentó que la noche no tocara a su fin. De repente le mortificaba tener que dar conversación a la Mary y tener que besarla; de otro nodo Ventura se reiría de él y lo despreciaría.

Dijo:

—¿Por qué no nos sentamos aquí?

Se sentaron muy separados y la Mary le preguntó:

—Es la primera vez que sales con una chica, ¿verdad?

Se acercó a él y Sisí reconoció humildemente:

—Sí; es la primera vez.

Le molestaba que la Mary advirtiera su inexperiencia y su juventud. De otro lado, el turbio deseo que otras veces le poseyera estaba, ahora, muy lejos de él. La Mary olía intensamente a perfume barato y Sisí Rubes se encontraba un poco mareado. Vio que un hombre en un banco próximo echaba el brazo por los hombros de su pareja, y le imitó. No sabía qué hacer con la Mary entre sus brazos. Ella rompió a reír:

—Te doy calor, ¿no es así?

Sisí pensaba: «¿Qué hará Ven con la Nati?». Y deseó, de pronto, espiarle y arrojarle chinitas desde detrás de un seto.

Sisí pensaba en el beso como pensaba en las medicinas cuando estaba enfermo: como en un mal necesario. Aproximó su rostro al de la muchacha y dijo:

—Eres muy guapa, ¿sabes?

La Mary le observaba de reojo. No era bonita, pero tenía el atractivo de la juventud. Sisí pensaba: «Quiero sentir deseos de besarla». Pero, a su pesar, la chica le inspiraba un profundo anhelo de soledad y lejanía. Sisí se dijo: «Procuraré dar diente con diente. De otro modo, ella pensará que soy un pobre tonto como mi primo Lito». Dijo, de súbito, con entusiasmo:

—¿Sabes que tengo un primo que se deja atravesar los carrillos con un alfiler?

—¡Chico! —decía la Mary.

Al cabo, Sisí se dio cuenta de que aún no la había besado y el tiempo pasaba. Se acomodó en el banco y atrajo a la muchacha hacia él. Había visto repetidamente en el cine la técnica y el procedimiento del beso de amor. Se sofocó al decir:

—Te amo, ¿sabes?

Cerró los ojos como cuando ingería una medicina y besó a la muchacha largamente. Ella dijo, toda agitada:

—Chico, no creí que fueras así.

Sisí sonrió, en la oscuridad, complacido. Notaba el labio de arriba ligeramente tumefacto.

Libro tercero (1935-1938)

I

El periódico del 22 de octubre de 1935 decía: «Revelación sensacional: Sorprenda a sus amistades luciendo esta noche un cutis de “Estrella”. El gran secreto de Hollywood da a la piel el tono de color que más le favorece. El esmalte nacarado de rosas Carpe hace de cada mujer una verdadera belleza. Frasco grande, 7,5 pesetas. Frasco pequeño, 4,25 — timbre aparte». También decía el periódico del 22 de octubre de 1935: «Dice el señor Gil Robles: “Se ha frenado la revolución; mientras alentemos opondremos una barrera a los instintos destructores”». «La Benemérita recupera en Asturias 12.000 pesetas procedentes del asalto al Banco de España.» «Para gestionar el indulto del reo Manuel Vasco, condenado a muerte en Granada por el atraco ocurrido hace unos meses en Motril, se encuentra en Madrid, desde ayer, el alcalde de la capital granadina acompañado de varios concejales.» «Trescientas mil personas se concentraron en el campo de Comillas para escuchar al señor Azaña.»

Decía igualmente el periódico del 22 de octubre de 1935: «La guerra en Abisinia. Salen para Dessie 6.000 hombres de la guardia imperial. La aviación italiana bombardeó, durante una hora, el importante nudo abisinio de Dhaguerre. Ski-llave ha sido ocupado».

En segunda página decía el periódico del 22 de octubre de 1935: «Pompas fúnebres El Recuerdo. Única casa que dispone de suntuosas carrozas. Féretros de todas clases, tamaños y precios. Hábitos y uniformes. Es la casa que más servicios hace y la que mejor los presta. Servicio nocturno». «Cinema Montoya: Hoy, definitivamente, último día de proyección de la emocionante película *Nuestra hijita*, por Shirley Temple, hablada en español. El éxito del día. Mañana estreno del gran acontecimiento cinematográfico Metro Goldwyn *La viuda alegre*, una maravillosa creación de la sin rival pareja MacDonald-Chevalier.» «Cinema Olaso: Hoy, últimas proyecciones de la superproducción máxima de la temporada, hablada en español, *Viva Villa*, por Wallace Beery. El viernes, estreno de la superproducción Warner Bros, hablada en español, *Duro y a la cabeza*, por James Cagney. Un film gracioso, dinámico y juvenil, en el que no falta nada.» «Ideal Cinema: Hoy, estreno de la película policíaca *La novia de la suerte*, por Bárbara Stanwyck. Butaca, vermut y noche, una peseta.

Próximamente, *Busco un millonario*, en español, por José Mójica. En breve, *Cleopatra*, por Claudette Colbert.»

Sisí Rubes, solo en el palco proscenio, miraba las piernas de la muchacha con ojos encandilados. La gente aplaudía y Sisí no aplaudió porque no se dio cuenta de que había que aplaudir. Cuando veía a una muchacha que le gustaba, a Sisí Rubes se le borraba de la cabeza toda impresión. Había heredado la debilidad sexual de los Rubes. Acababa de cumplir diecisiete años y le gustaban las chicas, la música, el juego y el buen vino. Con una particularidad: en sus preferencias no existía un orden fijo de prelación. A ratos creía que las mujeres estaban por delante del juego y del buen vino, pero una vez saciado, colmado y desbordado de caricias femeninas, buscaba en el vino el olvido de las mujeres. Con frecuencia, ahíto de alcohol, se convertía en un asiduo de las mesas de juego del Casino para olvidarse del vino. Luego, volvía a empezar la rueda inalterable.

En ocasiones, Sisí Rubes se miraba hacia dentro y se encontraba espantosamente vacío. Entonces se iba a Madrid para aturdirse. Su vida en la capital oscilaba entre los *music-halls*, las salas de fiesta, las revistas frívolas y las casas de compromiso.

Al final, siempre topaba Sisí Rubes con un desamparo ineluctable. Advertía en su propio desenfreno una odiosa limitación. Se preguntaba: «¿Dónde voy a parar?». En estos casos, buscaba en Luisito Sendín un punto de apoyo y un consejo. Algo por dentro le decía que en el sistema, y en el autocontrol, y la aplicación, y el patriotismo de Luisito Sendín se escondía algo aprovechable. Mas no podía imitarle. En realidad, era tarde para tratar de imitarle. Él, en su circunstancia personal, debería conformarse con salvar lo poco que aún pudiera de su propio naufragio. Desconfiaba de su padre y de su madre porque sabía que, en aquél, su conducta no hallaría jamás un reproche y, en su madre, en cambio, encontraría censuras constantes, pero nunca, absolutamente, un punto de partida creador y positivo. Su madre se limitaba a censurar, pero no le decía: «Aprovecha tu tiempo en esta tarea o esta actitud». No; su madre sólo sabía decir: «Hijo, nos matarás a disgustos; nos matarás a disgustos».

De nuevo se levantó el telón y la muchacha rubia desfiló bajo su palco y Sisí le guiñó un ojo. Sisí Rubes no tenía ahora sentidos más que para la muchacha. Le gustaban estas revistas, como le gustaban las playas, porque, en una y otra manifestación de vida, las chicas no podían darle el pego. Lo que se veía —y se veía casi todo— era la pura verdad. Alguna vez, Sisí Rubes, enamorado en la calle, se enfriaba al poco rato al descubrir que los presuntos encantos que le sugestionaron no tenían una acorde traducción real. «¡Cuántos pechos fláccidos,

cuántas caderas escurridas, cuántos muslos endebles se ocultaban bajo una fingida y artificial firmeza!», pensaba.

Sisí tenía una gallarda apariencia a sus diecisiete años. Era ancho, alto, rubio y con una atractiva viveza en el rostro; tenía unas manos poderosas y hábiles, pulcramente cuidadas, y las caricias de sus dedos dejaban una difusa sensación de dureza. Él sabía que a las chicas les gustaba su presencia, su aparente respeto, sus modales y su educación. Ahora, aquella muchachita del conjunto le agradaba por su elasticidad y por su piel tersa y suave. Volvió a guiñarle un ojo y ella le sonrió sosteniendo su mirada. Parecía muy jovencita y en el pecho ancho de Sisí Rubes empezó a cocerse algo, como una impaciencia.

Frecuentemente, Sisí pensaba que de haber seguido más tiempo ligado a Ventura Amo sus gustos se hubieran atrofiado. Ahora se alegraba de que Ven se marchase tres años antes a Madrid. En su día lo sintió, porque Ven había llegado a ser su sombra. De todos modos a Ven le estaba agradecido. Ven era uno de esos hombres prematuros que ayudan a los demás a reparar en las cosas bellas y atractivas de la vida. Sin Ven empujándolo, Sisí sería a estas alturas un pobre diablo pegado todo el día de Dios a las faldas de su madre. Excitado por la muchachita rubia, Sisí Rubes pensaba ahora así. Cansado de la muchachita rubia, Sisí hubiera pensado: «Maldito Ven, ¡cómo ha destrozado mi vida!». Pero, de momento, Sisí no podía estar cansado de la muchachita rubia.

El día que Ven le dijo: «Lo siento, Sisí. El mes que viene, mi padre, la vieja y yo nos iremos a Madrid», Sisí Rubes experimentó una sensación como si le metieran bajo un fanal. Creyó que se ahogaría y, por un momento, no pudo responder. Al cabo, dijo: «¿Qué voy a hacer yo sin ti?». En su casa lloró contra la almohada durante mucho rato y evocó a veces a Ven en pleno derrame cordial. Más tarde, cuando Ven se marchó, Sisí constató que había heredado un respeto y una hegemonía. Los muchachos de la clase se peleaban por su amistad y los Hermanos le señalaban como la oveja negra del grupo, lo mismo que meses antes señalaran a Ven. Ello, para Sisí, significaba mucho. Su afligida depresión desapareció y fue sustituida por un sentimiento de propia admiración e íntimo orgullo. A menudo pensaba en Ven: «¿Qué hará ese chico en Madrid con las fulanas sueltas por las calles?», se decía Sisí. Y, aunque a distancia, procuraba emularle, se unió ahora a Lucas Ribera, un muchacho gordinflón y rudo, y le presentó a la Mary y a la Nati.

Antes de marchar, Ventura Amo le inició debidamente. La primera vez, Sisí experimentó un oscuro atolondramiento. Pero las muchachas eran simpáticas y la vieja le dio de fumar. Sisí notó que, a pesar de la música, y a pesar del vino, y a pesar de los cigarrillos, y a pesar de todo lo demás, tras el aparente brillo externo de las

muchachas se ocultaba una velada sombra de tristeza. Él había pensado: «¿Es que están aquí a la fuerza?». La chatina del pelo tirante le dijo: «¿Es cierto que quieres subir? ¡Si eres un crío!». Tenía el rojo de los labios corrido y los ojos hinchados como si en todo el día no hubiese cesado de llorar. Al cabo, le dijo la chica chatina del pelo tirante: «¿Sabes que no eres tan crío?». Las de abajo se echaron a reír. «¡Vaya, nene, enhorabuena!», le dijo la vieja. Y Ven, orgulloso de sí mismo y de su amigo, le pasó el brazo por la espalda y le murmuró al oído: «Ya eres un hombre».

Cuando Ven se marchó a Madrid, Sisí llevó a Lucas Ribera con él. El gordinflón estaba aterrado. Las chicas se rieron de él y lo sentaron en sus rodillas. Vestían todas con unas batas chillonas muy descotadas y tomaron a Lucas como un entretenimiento. Lucas le dijo al salir: «Me gusta la Nati; éstas, no». Sisí pensaba todo lo contrario. La Mary y la Nati ya no le gustaban; su indecisión, a la hora de la verdad, le había llevado a regañar con ellas. «Es otra cosa», le dijo a Lucas. En lo sucesivo prescindió de Lucas Ribera. La vieja fumaba tabaco negro y llegó a demostrar por Sisí una abierta predilección. Un día le dijo: «¿Por qué no nos regala tu papá una bañera?». Dijo Sisí: «Se lo diré. Ya lo creo». Saltó la vieja: «¡No se te ocurra; era una broma!». Las chicas le enseñaban a bailar a Sisí con un viejo gramófono que agriaba la música. Solía pasar allí muchos buenos ratos y cada vez con mayor frecuencia.

Una noche, la vieja no le dejó pasar de la puerta. Denotaba una viva contrariedad:

—¿Qué años tienes? —le preguntó por una rendija.

—Catorce —respondió Sisí.

—¡Lárgate y no vuelvas en cuatro años! —le dijo.

Sisí imploró, recurrió a su antigua amistad y a los pitillos que habían fumado juntos. La vieja le dijo, por toda respuesta:

—No me gustan los líos con la policía, ¿comprendes? —y cerró la puerta.

Sisí Rubes se encontró tan desamparado como si le hubieran arrojado de su propia casa. Volvió con la Nati. Una tarde le preguntó: «¿A qué esperas, tú?». Ella dijo: «Si estás aguardando, vas fresco. Yo no soy de ésas». La llevaba del brazo por la penumbra de los jardines y, de repente, se dieron de bruces con el hermano prefecto. Al día siguiente lo expulsaron del colegio. Cecilio Rubes trató de evitar aquello. La insistencia de su padre abrumaba a Sisí. Dijo Rubes al hermano director: «Eso son chiquilladas, padre». El hermano director sonreía: «Llámeme hermano; no somos padres». «Está bien, padre; pero estará usted de acuerdo en que lo ocurrido, bien, lo ocurrido no tiene mayor importancia.» Fue en vano. Sisí Rubes fue expulsado del colegio sin aprobar el cuarto año de bachillerato.

Cecilio Rubes lo lamentó. Mal que bien, Sisí iba tirando y en los exámenes se defendía. Decidió llevarlo al instituto. Sisí se dio cuenta de que salía ganando mucho en el cambio. Comenzó por faltar a una clase diaria y terminó por no aparecer por allí. Ante sus ruegos, la Nati le facilitó una nueva dirección, y Sisí pasaba las tardes allí, bailando y charlando con las chicas.

En una ocasión, Lucas Ribera, el gordito, le encontró en la calle. Le dijo: «¡Caramba, Rubes, cuánto tiempo sin verte!».

Se fue con él y le gustó el plan de Lucas. Todas las tardes de jueves y domingos se reunían con otros muchachos en una taberna a jugar a las siete y media. Sisí tomó el gusto a la aventura del riesgo. Le agradaba el cosquilleo del azar, la emoción tensa de lo imprevisto. En adelante, asistió con mucha frecuencia a las partidas de Lucas Ribera.

En junio lo suspendieron en todas las asignaturas. Su padre le dijo:

—Bien, Sisí. ¿Es que no te gustan los estudios?

—No quiero estudiar más —dijo Sisí.

Rubes pensó: «Es mi segunda edición». Adela le dijo a su marido:

—Querido, ¿cuándo piensas decir «¡Basta!»?

Rubes se echó a reír:

—He tenido un hijo, uno solo, para que sea feliz.

Dijo Adela:

—Es un mal educado.

Añadió Cecilio:

—Querida Adela, no sé si te dije alguna vez que, en mi opinión, la educación debe reservarse para los pobres.

Ahora, Sisí Rubes iba algún rato por el Establecimiento. Era lo bastante inteligente para no defraudar a su padre en lo fundamental. Fingía interés por los negocios y por las bañeras. Dos años antes su padre se encerró con él en el despacho. Le habló largamente de la «bañera Rubes», de la sociedad Rubes, Valdés y Compañía y de los nuevos negocios abordados y, finalmente, le confesó que «la bañera de su invención no le había procurado más que sinsabores». «¿Bien, papá?», inquirió Sisí. Rubes le entregó la escritura. Notaba Cecilio Rubes una profunda satisfacción haciendo partícipe a su hijo de sus inquietudes mercantiles. A pesar de todo, Cecilio Rubes se sentía orgulloso de Sisí. Sisí dijo: «Creo que es el momento de disolver la Sociedad». Cecilio disolvió la Compañía. A Adela le dijo:

—El chico tiene un punto de vista agudísimo para los negocios.

Adela abrió mucho los ojos:

—¡Ojalá sea así! —suspiró.

Agregó Rubes:

—Y demuestra un profundo interés.

Su mujer dijo:

—Luisito Sendín ha aprobado el primer año de abogado, Cecil.

Saltó Rubes:

—¿Qué sería del mundo, querida, si todos los muchachos fueran abogados?

Adela se acaloró:

—Lito, mi sobrino, estudia para cura. Todos los niños tienen un ideal y una ambición en la vida menos el nuestro, Cecil; eso es lo que quiero decir.

La mano blanca y blanda de Adela se desmayaba penosamente sobre el mantel. Rubes pensó: «No tiene sangre en las venas; nunca tuvo sangre en las venas». Dijo:

—¿Es que te gustaría que Sisí fuera cura?

Sisí, en realidad, no se tomaba la molestia de estudiar las cuestiones que su padre le confiaba. Primero analizaba la reacción de su padre ante el problema y luego decidía conforme imaginaba que a él le agradaría más. De esta manera Cecilio Rubes estaba siempre satisfecho. Cecilio llegó a pensar que Sisí era un peón insustituible para la buena marcha del Establecimiento. Sisí pensaba: «Todas estas cosas son ridículas».

Ahora pensaba: «Esta chiquitina me está trastornando». De nuevo guiñó un ojo y la muchacha dijo que «sí» con la cabeza. Evolucionaba en el escenario con gracia y picardía y tenía las piernas llenitas. Su carne no era demasiado blanca, además. En sus devaneos, Sisí Rubes había llegado a la conclusión de que las carnes excesivamente blancas le repugnaban. Se volvió exigente con las mujeres y, ahora, al recordar a la chatina del pelo tirante, experimentaba una especie de náuseas. Bajó definitivamente el telón y Sisí Rubes se pasó la punta de la lengua por los labios. Su experiencia le aconsejaba no precipitarse. Salió al pasillo y encendió un pitillo mientras la gente aplaudía. No experimentaba ansiedad, ni torpeza, sólo un vivo y apremiante deseo. Al concluir el cigarrillo pasó al escenario por la puerta reservada del proscenio. Ahora, el corazón se le agitaba levemente en el pecho. Cuando divisó a la chica entre la barahúnda de la tramoya, sonrió para sí y se estiró disimuladamente la americana. Hasta que no estuvo a dos pasos de ella no divisó a su padre. Sisí Rubes se quedó cortado:

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. Bien… La señorita Chelo… Mi hijo…

Cecilio Rubes experimentó, primero, un súbito azoramiento. Luego, pensó: «Abandonaré el campo». Por último, se dijo: «¿Cuándo pensé encontrar en mi hijo un competidor?».

Añadió en voz alta:

—Bien…, vine a felicitar a esta señorita por su actuación. No te vayas a pensar otra cosa.

Sisí Rubes notó en los hombros que le volvía el aplomo.

—¡Oh, papá! —dijo—. También a mí me gustó cómo bailaba. ¡Eso no tiene nada de particular!

La muchacha bajaba la cabeza con estudiada timidez. Dijo Rubes, estrechando la mano de la muchacha:

—Bien; ha sido para mí un gran placer.

Pensó: «Este Sisí es un águila». Después, en plena evocación melancólica: «¡Ah, mis diecisiete años!». Parecía más bajo ahora, con su rosada calva brillante y la pesadez de la renuncia aplomando sus pasos. Cuando se volvió para salir, Sisí dijo a la muchacha:

—¡Oh, qué bien baila usted! ¿No le dijeron nunca que es el mayor atractivo del espectáculo?

—Gracias —dijo la muchacha.

Sisí la miraba apasionadamente.

—¿Por qué —dijo—, por qué no ha de venirse a cenar conmigo?

—Apenas dispongo de tres cuartos de hora —dijo ella.

—Sobrará tiempo —dijo Sisí.

Ya en la calle, la tomó del brazo y ella se apretó contra él. Dijo:

—Dentro de media hora debo estar en el teatro.

—Yo también —afirmó Sisí—. Aún no he acabado de mirarla.

En el angosto reservado se dio cuenta Sisí Rubes de que la muchacha no era tan joven como desde el escenario le pareciese; tenía patas de gallo en los ángulos de los ojos y la boca entre paréntesis. Empero era atractiva. Al concluir de cenar la besó, y al besarla notó su cuerpo como cargarse de electricidad. Regresaron al teatro y ella no separaba la vista del proscenio. Le dijo el empresario: «Niña, esas sonrisas hay que repartirlas. Lo que hagas después me trae absolutamente sin cuidado». Sisí le guiñó el ojo y, al concluir, la esperó en la puerta trasera del teatro. La acompañó hasta la pensión.

En la calle solitaria Sisí la tomó por la cintura y volvió a besarla. La besó repetidamente, cada vez con mayor ahínco. En su cintura, notó que la muchacha desfallecía. Dijo ella, en un arranque:

—Yo no sé si hago bien o no perdiendo la cabeza por ti, pero me gustas un disparate.

Para Adela, el primer quiebro importante de su vida fue el matrimonio con Cecilio Rubes. El segundo, el nacimiento de Sisí; el tercero empezaba ahora, al abordar la cincuentena. Invitó a cenar a Gloria y Ester y sus respectivos maridos para celebrar su cuarenta y cinco cumpleaños. Hipo le había dicho la víspera: «¡Arrea! ¿Cuarenta y cinco? ¿Quieres decir que cuando yo jugaba contigo aún no habías nacido?». Y le hizo una mueca de entendimiento. Dijo Adela: «Sabrás guardarme el secreto, ¿no es así?». Adela pensaba: «A partir de hoy exigiré a Cecilio un poco de respeto. ¡Dios mío, ya soy medio

centenaria!». Adela constataba una extraña metamorfosis en su carácter. En los últimos años, su preocupación exclusiva fue Sisí. En verdad, Adela nunca temió, hasta ahora, la corrupción moral de Sisí, ni, tan siquiera, la pérdida de sus modales corteses. Temía únicamente que Sisí se volviese feo, tosco, borracho, y que su salud se resintiese. De siempre vio en él un motivo de orgullo y gozaba soñando con su perfección. Se miraba en él, y se vanagloriaba de que lo más suyo que tuvo nunca en la vida fuese algo tan hermoso. Cuando le vio amarrado a Ven experimentó un escalofrío. Vio en los ojos negros y evasivos de aquel chico un matiz de perversión. Se dijo: «Nada bueno sacará Sisí de esta amistad». La indiferencia de Cecilio la llevó a desistir de sus tentativas para cambiar el curso de las cosas. Debía resignarse. Aún intentó algo en las ausencias de Cecilio, pero una vez que Sisí se atrevió a golpearla, comprendió Adela que el chico se le había marchado definitivamente de las manos. Sentía hacia él un cariño impulsivo, un poco ciego e irracional, inspirado más por la armonía física de Sisí que por la comunidad de sangre y la convivencia. Luego, lo vio con frecuencia con chicas extrañas. Le decía a Cecilio, al principio:

—¿Son chicas formales esas que van con Sisí?

—¡Bien, bien! —decía Rubes—. Ésas son cosas suyas. Comprenderás que no voy a meterme en sus asuntos privados. Su vida le corresponde y si yo me metiera en ella haría muy bien mandándome al diablo.

A veces Sisí llegaba a casa borracho y Adela le ayudaba a acostarse. Viéndole así, Adela pensaba que lo mejor para Sisí, a pesar de su juventud, sería que se enamorase seriamente de una buena muchacha. Un día habló con él confidencialmente y en la conversación dejó caer, como de pasada, el nombre de Elisita Sendín. Sisí hizo un elocuente gesto. Dijo:

—¡Valiente pavisosa!

Adela la defendió; Elisita Sendín no contaba más que quince años y el uniforme y las coletas no la favorecían nada. Añadió Sisí:

—Es una pena que sean hermanos. Elisita y Luis harían un estupendo matrimonio.

Tampoco a Cecilio le agradó esta posibilidad. Le dijo:

—¿Estás loca? Esos Sendín no tienen dónde caerse muertos. Son nueve hermanos. Bien. ¿Has pensado alguna vez lo que resulta dividiendo nada entre nueve?

Le pareció ingeniosa su manifestación y la rió sin reservas. Sin darse cuenta, acababa de poner el dedo en la llaga. Desde que Adela supo que ya no podía tener más hijos, se sintió socavada por unos lancinantes escrúpulos de conciencia. A menudo pensaba que la manera de ser de Sisí era un castigo del Cielo. Ella veía a los Sendín, a

los chicos de su primo Hipólito, sin ir más lejos, que eran de otra manera. Una vez, Luis Sendín había dicho: «Cuando hay muchos hermanos, ellos mismos se educan por fricción». Gloria dijo, en otro momento: «Es una manera de enseñarles a renunciar desde que nacen». Y ella pensó: «¿Por qué no he tenido yo más hijos?».

A los veintitrés años de casada, a Adela se le antojaba su actitud ante Cecilio demasiado culpable y acomodaticia. Recordó su oferta de una custodia de plata y se abochornó. También evocó la mirada de Cecilio en su noche de bodas: «No soy de esos hombres que tienen hijos. Bien. No quiero hijos, ¿me entiendes?». Ahora, Adela no se sentía justificada. Un día, espoleada por un vago deseo reivindicativo, compró una custodia de plata y se la llevó al párroco. Dijo el viejo sacerdote: «Señora Rubes, no sé cómo pagarle…». Adela tenía lágrimas en los ojos. «Rece por mí», le dijo. Desde entonces bajaba a la iglesia con bastante asiduidad y allí, en la tibia penumbra del templo, se encontraba más confortada. No se explicaba cómo existían seres que quemaban iglesias y no entendía el porqué había grupos que simbolizaban en ellas un orden de cosas que aborrecían. Para ella, la Iglesia era la paz, el único reducto adonde no llegaba el egoísmo y la sensualidad de los hombres. Lamentó haberlo hallado tan tarde, y cuando entrevió una oportunidad de apoyarla se decidió a hacerlo de corazón. Cecilio la contuvo:

—Votar, votar… —dijo—. Bien, ¿quieres decirme, querida, qué es lo que ganas con significarte? ¿Es que no son todos ellos unos aprovechados y unos sinvergüenzas?

Adela insistió:

—Debemos ponernos al lado de la Iglesia, Cecil.

Voceó Cecilio:

—¡La Iglesia, la Iglesia! ¿Qué diablos te da a ti la Iglesia? —Pensó: «He estado demasiado rudo». Agregó—: Bien, querida, creo en Dios como tú y como todos, pero no creo que la Iglesia tenga nada que ver en esta merienda de negros.

Dijo Adela:

—Un día dijiste, Cecil, que el rey era un parásito y votaste por la República. Luego te has arrepentido y dices que sin un rey no es posible gobernar a este pueblo de cafres.

—Bien —añadió Cecilio—. ¿Es que quieres meterte mañana en medio de los tiros? ¿No sabes, querida, que mañana habrá palos en todas las esquinas?

Adela advertía que su recién descubierta adhesión a la Iglesia le prestaba una firmeza que nunca tuvo.

—Es en esos casos donde debemos demostrar lo que somos, Cecil. Ya que no tengo autoridad ninguna sobre ti, ni sobre mi hijo, déjame al menos conservarla sobre mí. ¡Mañana votaré!

Cecilio pensó: «Idiota, idiota, idiota… ¿Desde cuándo se cree esta idiota una heroína?».

A partir de aquí, Adela empezó a considerarse una pieza de posible trascendencia nacional. Al mismo tiempo, su temor por Sisí fue cambiando de signo. Se sobrecogía pensando en la vida que llevaba su hijo y la dificultad, cada vez mayor, de que en el otro mundo se salvase. A veces se despertaba gritando en la alta noche palabras incoherentes. Encontraba un profundo consuelo rezando por Sisí. A Adela le ganaba por momentos un ardiente fervor religioso. Empezó a bendecir la mesa y a dar gracias después de las comidas. «No debo tener respetos humanos», se decía. Cecilio opuso una débil y medrosa resistencia.

—Esto es una vieja costumbre de pueblo, querida —dijo.

—Lo que está bien, está bien en el pueblo y en la ciudad —respondió Adela.

Ella misma se sorprendía de que al borde de los cincuenta años brotase en ella esta intemperante energía. «¿Será la menopausia?», se preguntaba en ocasiones.

Una tarde, Gloria le habló de la CEDA con fines proselitistas. Gloria era una vehemente propagandista de la CEDA y decía: «¿Puede aspirarse a algo más grande que a tener Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo?». A pesar de su resolución actual, Adela no se decidió:

—No me puedo afiliar a ningún partido, Gloria. Compréndelo. Cecilio me mataría.

Gloria se mostró muy comprensiva:

—Antes es el marido que nada —dijo.

Añadió Adela, sofocada por la conciencia de su nueva dimensión:

—De todos modos, cuenta conmigo para lo que necesites. Si quieres que te acompañe algún día, te acompañaré. Estoy decidida a luchar antes de que todo se hunda.

Luis Sendín ponía a disposición de su mujer, y de su campaña política, el cochecillo de cuatro plazas que acababa de adquirir. Era un Opel 4 cilindros. Un día, después de comer, Gloria pidió a Adela que la acompañase a un pequeño recorrido por los pueblos próximos. Adela aceptó. Dijo:

—¿Qué es lo que hacéis ahora si no va a haber elecciones?

—Siempre conviene tener todo preparado. Al año que viene las habrá —dijo Gloria.

Después se concentró en un ángulo del coche en actitud reflexiva. Pensó Adela: «Está madurando su discurso; debo callar». Y le sorprendía ver a su amiga en esa actitud. Cuando divisó el tosco y polvoriento pueblecito sintió un poco de miedo: «Nos pueden matar», pensó. Y experimentó una secreta satisfacción de pensar que se arriesgaba por una gran causa.

Adela barruntaba vagamente que algo fundamental andaba en juego por aquellos días. Le dijo Gloria: «Tú siéntate a mi lado y observa; nada más». Adela se arreboló un poco al ver a Gloria de pie, tras un tablero de amasar pan, con su sombrerito calado y la sonrisa en los labios. Las mujeres del pueblo llenaban el desportillado local y en sus ojos había tristeza y como una remota curiosidad. Al comenzar a hablar Gloria se hizo un comprometido silencio y Adela pensó: «El ambiente está cargado. Señor, no nos abandones». Y Gloria decía: «¿Puede aspirarse a algo más grande que a tener Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo? Esto es lo que os ofrece la CEDA. Esto y la redención de los campesinos y una cristiana hermandad entre todos los hombres». Estornudó una vieja y algunas mujeres aplaudieron. Gloria, al hablar, se inflamaba y se volvía extraordinariamente bonita. Hablaba despacio y con firme serenidad. Adela pensaba: «¡Oh, tiene un acento que conmueve a las piedras!». Al concluir, chilló una mujer de pelo lacio y piel amarillenta: «¡Y el auto para vosotras, pedazos de zorras!». Adela se sofocó, pero no dijo nada. Otras mujeres se excitaban y coreaban a la mujer de la tez amarillenta. Se armó un pequeño alboroto y Gloria le hizo una seña para que saliera. El mecánico tenía ya el motor en marcha y partieron. Adela se decía: «Un día la matarán en uno de estos pueblos de Dios y nadie sabrá quién ha sido».

Recorrieron otros pueblos y Gloria decía en todos: «Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo. Esto es lo que os ofrece la CEDA». Y unos aplaudían y otros la insultaban y Gloria no se alteraba ni con las ovaciones ni con los improperios. Por lo general, su sencillez arrebataba. Al acabar las visitas, le dijo Gloria, apretándole el brazo:

—Querida, ¿te importa haberme acompañado?

Adela sentía aún su corazón comprimido. Se esforzó:

—¡De ninguna manera! —dijo—. Cuenta conmigo siempre que lo necesites.

Agregó Gloria:

—Esta noche se lo contaré a Luis y se entusiasmará.

Dijo Adela con una sorda envidia:

—¿Pensáis en casa todos lo mismo?

—¡Hasta el pequeño Juanito! —dijo Gloria, arrebatada.

En lo sucesivo, Adela acompañó a Gloria en muchas de sus correrías. Adela empezaba a descubrir lo que era el campo y lo que eran los campesinos. No acertaba a distinguir un pueblo de otro y todos, con sus casitas de adobe, la plaza polvorienta y su fuente calcinada, y la iglesia en punta, cobijada la torre bajo un gran nido de cigüeñas, le parecían lo mismo. Una noche, al regresar, un pequeño grupo detuvo el coche en la carretera. Eran media docena de hombres ceñudos, armados con garrotes, y parecían tener un excelente humor.

Dijo uno, asomándose por la ventanilla: «Son mujeres». «¿Qué clase de mujeres?», preguntó otro. Estalló, vibrando en la quietud y la soledad del campo, una risotada. «Fulanas caras», dijo un tercero. Un oscuro terror se alzaba en el pecho de Adela, que quiso rezar y no acertaba a recortar su mente en una oración. Se le había olvidado el «Señor mío Jesucristo». Entonces, una enorme cabeza alborotada se metió por el hueco de la ventanilla, a su lado, y dijo:

—Ojito, palomas. A la próxima os colgaremos. Ya estáis avisadas.

Adela dijo, estremecida, a Gloria al reanudar la marcha:

—¿Oíste?

—Bueno, ¡no te preocupes! Les gusta presumir de bravucones —respondió Gloria con una tranquila sonrisa.

Mas el incidente sumió a Adela en una crisis nerviosa. En la ocasión siguiente, Adela dijo:

—¡Lo siento mucho, Gloria! Hoy no puedo acompañarte.

Gloria no dijo nada. Estaba organizando ahora en los pueblos las delegaciones del partido. Ponía en su tarea el mismo cálido afán que puso siempre en traer hijos al mundo y en educarlos. Cecilio decía:

—No es misión de mujeres ésa. Bien; en realidad, creo que tampoco de hombres. Es tarea de diablos esa de enviscar a unos contra otros.

Adela calló. Cecilio ignoraba que ella iba con Gloria con alguna frecuencia. Mas a Cecilio, ahora que su mujer entraba en la cincuentena, le preocupaba, sobre todo, su problema sexual. Contra todas sus previsiones, él había cumplido los cincuenta y cuatro y se hallaba tan útil y fogoso como el día que se casó. Esto originaba una cuestión peliaguda. Adela se empeñaba en «que a su edad era inmoral y grotesco hacer chiquilladas». Por añadidura, los muslos de Adela estaban llenos de cráteres, sus senos fláccidos —ella decía, si él se quejaba: «¡Oh, Cecil, esto es una glándula, no un músculo!»— y su cintura enteriza. Francamente, Adela no le servía ya. Mas tampoco era posible a sus años repetir la experiencia de Paulina. Sisí ya no era un niño y la ciudad resultaba demasiado pequeña para ocultar una cosa así. Por si fuera poco, él no podía ajustar sus viajes a Madrid a sus constantes apremios. Ello levantaría en Adela el recelo y la sospecha. Todo este cerco le ponía nervioso a Cecilio Rubes. Vivió meses bajo el peso de esta inquietud. El que Sisí no pudiera ser ingeniero o arquitecto era una preocupación de segundo orden. Lo primordial era que Sisí disfrutase de la vida y glorificase a su padre por haberle engendrado y por disponer al alcance de su mano todas las cosas buenas y deseables del universo. Por otro lado, Cecilio Rubes iba admitiendo la limitación de la vida humana. Fueron aquellos años demasiado crueles para dudar de ello. Tras su madre, se fueron Valentín, el viejo contable, el magistrado Lozano y Fidel Amo, a pesar

de los poderosos remedios que durante su vida expendiera en su botica. Todo ello demostraba que la vida era efímera y que un día, no tardando mucho, le tocaría a él.

Alguna vez, Cecilio Rubes se sobrecogía pensando: «Quince años nada más; como mucho, veinte, y al hoyo». Y dejaba volar su imaginación en torno a lo que encontraría más allá del hoyo. Le estremecía la idea de la nada. Para confortarse, pensaba: «Bien, como cuando Napoleón. ¿Sufría yo en tiempos de Napoleón?». Inmediatamente pensaba: «¿Por qué como cuando Napoleón? ¡Yo creo en Dios! ¡Yo quiero creer en Dios!». Esta incertidumbre, ya que no otra cosa, espoleaba su apetito carnal. Quería disfrutar de la vida mientras pudiera y luego, ya de viejo, arrepentirse. Tras muchas vacilaciones se decidió a frecuentar los *music-halls* y los escenarios y remediar su problema con fugaces aventuras ocasionales.

El fracaso de la «bañera Rubes» produjo en él un torvo desengaño. Se consideraba un incomprendido y decidió para lo sucesivo «no levantar un dedo aunque la Humanidad se viniese abajo». La humanidad era necia y los seres inteligentes como él eran apartados violentamente por la necedad del rebaño. «En realidad —pensaba—, las mujeres son más necias que los hombres, pero siquiera sirven para algo.»

Se sorprendió de ver a Adela esta temporada enredada en las cosas de la Iglesia y bendiciendo la mesa. A veces pensaba: «Las mujeres son muy supersticiosas». Mas, casi enseguida, se decía: «Naturalmente, Dios es lo primero». Adela se santiguaba ahora al pasar ante la puerta de los templos y rezaba de rodillas a los pies de la cama.

Una noche le dijo:

—Querido, desearía celebrar mi cuarenta y cinco cumpleaños.

Dijo Rubes:

—¿No te avergüenza decir mentiras?

La sondeaba. Respondió Adela:

—Cumplo cuarenta y cinco más cinco, Cecil, eso no es una mentira; es una reserva mental.

Cecilio pensó: «Está bueno eso». Inmediatamente pensó: «Dentro de tres días se estrena una revista en el Bretón». Dijo:

—De todas maneras, puedes celebrarlo si ése es tu gusto, querida.

Preguntó Adela:

—¿Por qué dices «de todas maneras»?

Cecilio dio media vuelta en la cama. Dijo:

—Ahora que vamos a entrar en esa edad en que el matrimonio se convierte en una cosa blanca, convendría poner dos camas aquí.

—¡Oh, claro! —dijo Adela—. ¿De veras vamos a hacerlo así?

Respondió Cecilio:

—Tú dices que a partir de los cincuenta no quieres más chiquilladas.

—¡Oh, Cecil querido…! —Le acarició la cara. Añadió en la oscuridad—: Invitaremos a cenar a los Sendín y a mis primos.

—¿A Hipo? —inquirió Rubes.

—¿Por qué no? Hipólito y Ester son mis únicos próximos parientes y quiero disfrutarlos, querido.

Cecilio guardó silencio. Agregó Adela:

—Pondré el turbante de langostinos que tanto te gusta.

Dijo Rubes:

—Bien; y un consomé, ¿no?

—Sí, un consomé —agregó Adela. Después añadió—: Yo desearía que Gloria diese un pequeño concierto y que Ester cantase. ¿Qué te parece?

Cecilio no contestó. Insistió Adela:

—¿Qué te parece?

Cecilio emitió un breve ronquido. Pensó Adela: «¡Qué tranquila vida la de este hombre!». Dio media vuelta. Pensó: «No volveré a salir de viaje con Gloria. Le diré que Cecilio me lo ha prohibido». Llevaba varios días soñando con la cabeza desgreñada de aquel hombre metiéndose por el hueco de la ventanilla. Le inspiraba tal terror la imagen que, al evocarla, le castañeteaban los dientes. «Puedo trabajar en otra cosa», se dijo para reforzar su decisión. Luego pensó: «Quizá con dos camas se le olviden esas porquerías. O quizá le excite más». Por último, pensó: «Consomé y turbante de langostinos». Con esa idea se quedó dormida.

El día de su cumpleaños, Adela no encontró langostinos en el mercado y los sustituyó por langosta. Cecilio pensó, al despertarse: «Daré una vuelta por el Bretón… Bien, nada más que para preparar el terreno. No estaría bien en el cumpleaños de mi mujer». Al tropezar con Sisí, delante de la muchacha rubia, pensó que era ya un viejo. También pensó: «¿No cenará Sisí en casa en el cumpleaños de su madre?». Cedió el campo y, cuando a las diez y media, Adela dijo preocupada: «¿Qué le ocurrirá a Sisí?», respondió Cecilio: «¡Ah, querida, me olvidaba! Sisí me dijo esta tarde que acababa de encontrarse un antiguo amigo y regresaría tarde».

Hipo llamaba «calducho» al consomé y Ester lo alabó diciendo «que estaba muy sustancioso». Rubes vigilaba a sus parientes y cada una de sus manifestaciones o ademanes le avergonzaban. Empezó a beber para olvidarse de ello. Luis Sendín se mostraba grave y silencioso esta noche. Se esforzó Rubes en crear entre todos un clima de familiaridad y confianza. Preguntó a Sendín por sus pleitos y a Hipo por la situación militar. Después miró la garganta de Gloria con anhelante nerviosismo. No obstante, sus esfuerzos resultaron vanos. La

comida discurría fríamente a pesar de la calidad de los vinos y la suculencia del menú. Chilló, al fin:

—¡La cochina política os trastorna a todos! Bien. ¿Qué pasa aquí, si puede saberse?

Él no quería pensar en la política. Sus escasas lucubraciones sobre el tema iban a desembocar fatalmente en la macabra imagen de su propia cabeza sanguinolenta olvidada en una bañera. No le gustaba pensar en ello. En momentos de efervescencia y disturbios le decía a su mujer: «¿Por qué no marchar a Portugal, como León Valdés?». Decía Adela: «Si todos hacemos lo mismo, ¿quién va a quedar aquí para defender esto?».

Dijo Gloria:

—Es una tontería, Luis. Nunca pasó nada y hoy no pasará nada tampoco.

—¿Qué ocurre? —dijo Hipólito.

El rumor de unas voces y unas carreras ascendió de la calle. Adela se incorporó tan bruscamente que derramó un vaso de vino sobre el mantel.

—¿Le sucederá algo a Sisí? —gritó alarmada. Se asomó al balcón, mientras Gloria, lívida, crispaba los dedos en las puntas del mantel. Rubes pensó en la muchacha rubia:

—Sisí está con un amigo —dijo.

Nadie le hizo caso. Ester miraba sorprendida a Gloria y Adela cerró el balcón de golpe. Gravitaba sobre ellos un clima de agobiante tensión. Había aparecido, de súbito, sin que nadie se percatase de ello, y, ahora, el ambiente vibraba y parecía como si cada uno de los presentes recelase de su prójimo. Cecilio llenó las copas y les animó a beber. Poco a poco, la tirantez iba cediendo. Rubes dijo:

—La política no es lo esencial en la vida. Ante una buena mesa, la política que se vaya al diablo.

—¡Arrea! —rió Hipo.

Cecilio sirvió coñac. Sonó la musiquita del mueble bar y Gloria dijo:

—¿Queréis que toque el piano?

—¿De veras crees, Cecilio, que no se está preparando una gorda? —le dijo Luis en un aparte.

—¡Ah, por favor...! —gimió Rubes.

De repente oyó la voz pastosa de Ester cantando, la vio cimbrearse y pensó: «Está borracha». Gloria le acompañaba al piano. Hipólito dio un azote a su mujer al pasar a su lado. Notó Cecilio un puntazo en el hígado y se dijo: «No vuelvo a probar una copa». A continuación, Gloria interpretó las *Czardas*, de Monti, y Rubes sintió la urgente necesidad de una mujer. Se levantó y puso la gramola en marcha. Fue Hipo quien sugirió:

—¿Bailamos?

Seguían bebiendo coñac y el ambiente se caldeaba. Hipólito sacó a bailar a su prima y entonces Rubes se decidió y tomó a Gloria por la cintura. Nunca bailó con ella. Lo había deseado mucho, por poder dominar con su abrazo aquel cuerpo flexible, pero le contenía la seca circunspección de Sendín y una especie de respetuosa reserva. Cuando vio a Luis bailar con Ester se confió y oprimió a Gloria dulcemente entre sus brazos. Rubes había bebido y no daba demasiada importancia a sus actos. Le gustaba aquella cintura, a la que ni los años ni los hijos habían podido vencer. Advertía en Gloria una firme resistencia, pero ello le divertía. Le dijo suavemente:

—Tienes la cintura de una niña de quince años.

Gloria se echó a reír. Le brillaban sus pequeños ojos y Rubes experimentó deseos de besarla. Intentó atraerla de nuevo, pero le contuvo la acre mirada de Sendín. Pensó: «Está celoso. El probo y concienzudo Luis está celoso como un árabe». Dijo a Gloria:

—¿No te dice tu marido que eres una mujercita maravillosa?

Gloria estaba inquieta entre los brazos de Rubes. Lo encontraba desagradablemente próximo y sobón. Sin embargo, no le apetecía hacer una escena. De siempre intuyó en Rubes algo viscoso que la repelía. Con frecuencia pensaba que Cecilio Rubes era regañón, puntilloso y sensual como una mujer gorda y compadecía a Adela. Le agradó poder cambiar de pareja, aunque Hipólito bailase con un contoneo exageradamente popular. Empero, le parecía un bendito. En cambio, a Rubes le molestó tener que danzar con su prima Ester. Ella le decía «Primo» y «Bendición». Era tan notablemente baja, que Cecilio había de poner la mano casi en su cogote. A Cecilio se le hizo que le hedían los sobacos y arrugó la nariz.

—¿Te he pisado, primo? —le dijo Ester.

Al pasar junto a Gloria e Hipólito, dijo Rubes, bromeando:

—¡Cambio de pareja!

Y de nuevo se asió a la breve cintura de Gloria y aspiró la discreta fragancia de sus cabellos. Gloria se sofocó de la audacia de Rubes. Pensó: «Cecilio se pone a veces intolerable». Rubes pensaba: «Tiene la misma flexibilidad de Paulina a los veinte años». Hacía mucho que sus nervios no sufrían esta vibrante tensión. Acusaban, sin duda, la proximidad de la mujer, la honestidad de la mujer y la fidelidad de la mujer de un amigo. Esto para Cecilio Rubes era una experiencia desconocida. En su audacia pensó: «Acabaría cediendo como todas las mujeres». Dijo:

—Estás preciosa, Gloria, esta noche.

Y la miraba directa, impúdicamente, a los ojos.

Cecilio Rubes no se explicaba bien lo que aconteció en los minutos siguientes. Tenía idea de que la criada entró desencajada y

dijo algo. Un poco antes oyó el timbre de la puerta y comprobó en la cintura de Gloria un fugaz estremecimiento. Había pensado: «Ya cede». Pero Gloria se libró de su abrazo de un tirón y corrió hacia el pasillo enloquecida. Todos salieron detrás y él salió también. La puerta de la calle estaba entreabierta. Todos pasaban a casa de los Sendín y él pasó también. Advirtió en la confusa algarabía de conversaciones que algo desusado ocurría. Entonces descubrió a Luisito Sendín derrumbado en un sofá y sangrando por su negra cabeza. Elisita Sendín le restañaba la herida con un algodón mojado en alcohol. La niña estaba en camisón y Rubes estudió la grácil curva de su cuerpo adolescente al inclinarse sobre su hermano. Adela gritó al ver el cuadro y, en cambio, Gloria no perdió la serenidad. Dijo:

—¿Fueron?

Luisito Sendín abrió sus francos ojos y sonrió. Tenía un mentón pugnaz y sólido y una boca voluntariosa. Dijo:

—Sí; hubo jaleo.

Hipo preguntó:

—¿Cómo ha sido?

Dijo Luis Sendín:

—Voy a buscar un médico.

Adela estaba espantada. Se volvió a Rubes.

—¿Y Sisí, Cecil? ¡Por amor de Dios!, ¿dónde está mi hijo esta noche? —Se acercó a Luisito Sendín—. ¿Estaba «allí» Sisí? —preguntó —. Dime, ¿estaba contigo?

—¡Oh, no! —dijo Luisito Sendín.

—¿Cómo fue? —dijo Ester.

A Luisito Sendín le agobiaba tanta solicitud:

—Un golpe —dijo.

Continuaba sangrando. Adela se aproximó a Rubes. El salón de los Sendín era pequeño y desangelado. Dijo:

—A Sisí le ha ocurrido algo, Cecil. Estoy segura. ¿Dónde está este hijo a las dos de la madrugada? ¡Por Dios bendito, Cecil, ve a buscarle!

Cecilio Rubes pensó en la muchacha del Bretón. Dijo:

—No te preocupes, Sisí está en buenas manos.

—¿Dónde está, Cecil? ¿Dónde está? Tú sabes dónde está.

Cecilio trató de calmarla. Regresó Luis con el médico, quien dio a Luisito dos puntos de sutura.

—¿Fue en las Carmelitas? —preguntó.

—En las Esclavas —respondió el muchacho arrugando la frente.

No se quejó ni hizo un ademán de impaciencia. Cecilio, en cierta manera, admiraba la capacidad de sufrimiento de los Sendín. Él, por no ver la operación, se distrajo admirando la gentil armonía del cuerpo de Gloria. «Parece una muchacha; parece una muchacha», se

repetía, asombrado. «De todos modos, debe de tener diez años menos que Adela. Sí: sin duda, cuando vino recién casada no era más que una chiquilla.»

Hipólito dijo:

—Ahora, la Intendencia y todo resuelto.

Hipo sentía un desmesurado cariño por su Cuerpo. Cuando aludía a la necesidad de comer hablaba de «la Intendencia». Consideró que Luisito, después de los puntos, se encontraría definitivamente repuesto con un adecuado refrigerio. Ester le dijo:

—Deberíamos irnos; aquí no pintamos nada.

Se disolvió la reunión. En casa, el nerviosismo de Adela subió de punto. Se retorcía las manos y lloraba. Cecilio comprendió que carecía de recursos para consolarla. El que Sisí estuviera con una muchacha a estas horas comportaría para Adela un disgusto superior al de saberle con un chirlo en la cabeza. Trató de distraerla hablándole de la guerra de Abisinia. La guerra de Abisinia era para Cecilio Rubes una historia de aventuras. Él, que detestaba la violencia, hubiera participado en la guerra de Abisinia, junto a los italianos, sin el menor inconveniente. A veces decía: «Esa guerra es coser y cantar». En ocasiones, se compadecía del Negus y, otras, lo llamaba «suicida y soberbio». Mussolini no le gustaba porque era un hombre de acción. Cecilio Rubes consideraba a los hombres de acción, cuando manejaban multitudes, más peligrosos que los criminales. A Adela, la guerra de Abisinia le pillaba un poco a trasmano. El que los infieles muriesen a centenares redundaba en beneficio de los fieles. Eso creía ella, al menos, en su incipiente religiosidad. No escuchaba ahora a Cecilio. El tictac del reloj de pie la desazonaba. De vez en cuando decía:

—Ese chico, Cecil. ¡Ese chico!

Cecilio decía:

—El afán imperialista de los países grandes terminará por hundir el mundo. Bien. ¿No crees tú…?

Adela no creía nada. A las cinco intentó dormir. Pero no le fue posible. A las cinco y media Cecilio hubo de salir a la calle para ver «si Sisí venía». Dio un paseo por el parque, fumó un cigarrillo y volvió a subir. Adela dijo:

—¿Dónde puede estar metido a estas horas, Cecil? Este chico nos matará a disgustos.

Su imaginación se lo representaba ya cadáver; incluso llegó a pensar que sería hermoso, al fin y al cabo, si había entregado la vida por un ideal. Inmediatamente pensó que, así y todo, preferiría tenerle vivo en casa. Volvió a retorcerse las manos, a echar unas lagrimitas y a decir:

—Ese chico, Cecil. ¡Ese chico…!

A las ocho menos cuarto apareció Sisí. Estaba pálido y

demacrado. Se sorprendió de encontrar a sus padres de pie.

«Al fin y al cabo, papá lo sabía», se dijo. Otras noches su madre no se enteraba de sus ausencias. Adela se abrazó a él, casi sin aliento. De repente le pesaban la vigilia, la tensión y la noche en las sienes. Dijo:

—Hijo, ¿qué ha sido de ti? Luisito vino herido. ¡Oh, qué susto me has dado!

Le besaba con frenesí; le acariciaba la cara, las manos, el cuello, complaciéndose en su integridad. Pensaba: «Un mes a misa de siete; lo he prometido. ¿Qué importa eso?».

Dijo Sisí:

—¡Cómo lamento no haber comido contigo, mamá! Mi amigo marchó ahora en el exprés de las siete. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, ¿sabes?

Mientras le preparaba «algo caliente», Adela repetía: «Deberías haber avisado, Sisí. Otra vez avísanos». Solo, ante su padre, Sisí sonrió.

Cecilio dijo:

—No debes abusar así; bien, eso está mal y puede perjudicarte.

Sisí pensó: «Está celoso. Me lo imaginaba. Verdaderamente, es una mujer extraordinaria». Y cerró los ojos y estiró los brazos en ademán de cansancio.

II

Sisí Rubes se creyó enamorado cuando Isabel Gutiérrez, hija de un modesto cerrajero, lo rechazó al intentar besarla. Este hecho, en la vida de Sisí Rubes, no tenía precedentes. Más tarde o más temprano, todas cedían. Claro que a Sisí Rubes no le atraían la dignidad ni el recato. A su entender, las muchachas dignas y recatadas eran tan insípidas como un alimento sin sal. Algunas veces sobraban la compostura y la dignidad y, de entregarse, era una solemne necedad dilatar el momento con dengues y escrúpulos sin sentido. En la especial manera de entender la vida del joven Rubes figuraba la teoría de que el hombre se casa con aquella mujer bonita que se le resiste. Antes no; de no resistírsele ninguna mujer bonita, tampoco. Por eso, él pensó que no podría soportar la vida privado de los muslos firmes y el busto erguido de Isabel Gutiérrez. Sisí Rubes se dijo, al fallar el tercer intento: «Estoy enamorado como un cabrito». No había cumplido aún los dieciocho años, pero suponía que el amor no requiere una edad definida para manifestarse.

Salía cada tarde con la muchacha y la llevaba al cine o de paseo. Isabel no era ñoña para bordear el peligro, porque el peligro era su arma decisiva. No ponía reparo alguno cuando Sisí le pedía salir al campo o sentarse, de noche, en un oscuro banco del parque. Ella sabía que podía estar allí tranquilamente y hasta que el estar allí era un paso más para alcanzar sus calculadas previsiones. No ignoraba que su destino dependía inmediatamente de su resistencia. Sabía igualmente que al levantar la cabeza de un golpe y mostrar su desnuda garganta, o al cruzar las piernas bajo la falda, o al entornar los ojos y sonreír de determinada manera, Sisí se excitaba y ella no vacilaba en poner en juego todos estos recursos. Todo era lícito, puesto que el fin era lícito. Le gustaba Sisí, y le gustaba su automóvil, y le gustaba el negocio de su futuro suegro. Le gustaba también que Sisí oliese a tabaco rubio —Sisí fumaba Bisonte— y que llevase las americanas bien cortadas. Algunas veces, Sisí, encendido por las insinuaciones de la muchacha, trataba de abrazarla. Ella se incorporaba bruscamente, trascendiendo un fúnebre desconsuelo:

—¡No, no, Sisí! —decía—. De seguir así no volveremos a salir juntos. Para mí será la muerte, pero lo dejaré, ¡te lo aseguro!

Sisí se humillaba, entonces. Ella añadía:

—Prométeme que no volverás a hacerlo. ¡Anda, prométemelo!

Sisí accedía. Isabel tenía la nariz respingona, los labios gruesos y unos muslos sólidos y poderosos. Al moverse, desplazaba el aire con cierta majestad. Pisaba fuerte y como diciendo: «¡Ojo a mis caderas!».

En el buen tiempo daban paseos en bicicleta y Sisí se complacía observando las suaves curvas de Isabel Gutiérrez en acción. Acechaba la racha de viento, o la cuesta abajo que le levantaría las faldas, o la cuesta arriba que la forzaría a inclinarse sobre el manillar ahuecando el escote. Sisí Rubes vivía en plena exaltación. Algunas tardes se detenían en la ribera del río e Isabel se colocaba un breve bañador para tomar el sol. Hacía todas estas cosas con la mayor naturalidad y, por supuesto, con la firme convicción de que nunca iría más allá. Para vestirse se escondía tras un matorral y obligaba a Sisí a volver la cabeza. Una vez, Sisí desobedeció y la vio entera. Isabel se turbó. Sisí no intentó nada porque sabía que sería rechazado. Sólo dijo: «¡Oh, por favor!». Parecía un mendigo suplicando. Isabel no le habló durante el regreso y, al despedirse, se echó a llorar. Dijo:

—¡No vuelvas! No podría volver a mirarte a los ojos. Me has humillado.

Fue después de esta contingencia cuando Sisí Rubes pensó seriamente en la eventualidad de casarse. La imagen del cuerpo desnudo de Isabel tiraba de sus nervios y le descomponía. Tenía llena la cabeza de ella a toda hora. Entre sueños se agitaba y rodeaba amorosamente la almohada con su brazo izquierdo. Al despertar, le vencía una cruda e inhóspita sensación de soledad. Sus torpes desahogos en otros lugares revalorizaban el cuerpo de Isabel Gutiérrez. Ella era distinta: digna, firme y nueva, sus oscuros ojos prometían caricias y fervores sin cuento. Un día, su padre le preguntó:

—Bien, esa muchacha… ¿Quién es esa muchacha que ahora frecuentas?

Sisí se sintió espoleado:

—Voy a casarme con ella —dijo.

—A los dieciocho años. ¿Estás loco?

—¿Qué otra cosa se puede hacer cuando te gusta una chica, papá?

Rubes se echó a reír con una leve crispación:

—Hacer… hacer… Bien. ¿Es que te gusta como para casarte con esa chica?

—Todas las chicas guapas me gustan como para casarme —respondió Sisí.

Rubes trató de ordenarse. A veces tenía ideas, pero la dificultad de exponerlas le ponía en una situación tan comprometida como si no las tuviese. Por primera vez, y para ganar tiempo, ofreció un cigarrillo a Sisí y su hijo fumó en su presencia. Después de encender el suyo,

dijo Rubes:

—Entiéndeme; cuando yo me casé con tu madre, ella era para mí la única mujer del mundo. Las demás no me importaban, fueran guapas o feas. Bien dicho, ni siquiera las miraba...

Rubes aspiró ávidamente de su pitillo como buscando en él nuevos argumentos. Mentía abierta, deliberadamente. Él sabía mejor que nadie que si la ley lo permitiera dispondría de un harén. En su día le ocurrió lo mismo que ahora le ocurría a su hijo y lo que imaginaba le ocurriría alguna vez a su padre. Era el torvo, desequilibrado sino de los Rubes. Fumó nuevamente y añadió:

—El hombre debe casarse cuando advierte que una chica... Bien, que una chica está a su nivel en todo y, sobre todo, que le comprende. A los dieciocho años, uno tiene el corazón lleno de hervores y... bueno, el corazón engaña y se agita a cada mujer bonita que pasa a nuestro lado. Bien, Sisí, eso no es amor, créeme a mí. Uno se obceca, cierra los ojos, se casa y, luego, a los pocos meses, se da cuenta de que ha cometido una solemne estupidez.

Respiró honda, laboriosamente. Sisí entornó los ojos. Se advertía en él un importante motivo de preocupación. Dijo:

—De hombre a hombre, papá. ¿Qué cosa puede hacer uno cuando una mujer le gusta más que ninguna y ella dice que ni hablar?

A Rubes le cogió un ataque de tos demasiado violento para ser sincero. Se levantó y se sirvió una copa. Luego volvió a sentarse.

—Hay muchas chicas en el mundo; demasiadas chicas bonitas que pueden sustituirla —dijo dejando caer las palabras por su propio peso.

—¡Oh, no! —dijo Sisí—. Como ella no hay ninguna. Yo lo sé que no hay ninguna.

Rubes entrevió que por segunda vez en la vida —la primera fue cuando la gripe— rondaba un peligro en torno a su hijo. Le hubiera guardado bajo sí, como la gallina a sus polluelos, hasta que la amenaza pasase. Empero, Sisí ya tenía vida propia y entre sus virtudes no figuraban la docilidad ni la sumisión. Para Sisí, la conversación con su padre no resolvió nada. Comprendía que su padre hablaba sin expresar lo que pensaba, es decir, que de sus labios a su cerebro mediaba un abismo. Su padre, aunque otra cosa pareciese, era un ser hermético. Lo adivinó la tarde que se encontró con él —la muchacha rubia por medio— en el escenario del Bretón. Como siempre que un problema serio le acuciaba, Sisí se volvió a Luisito Sendín. Pasaban meses enteros sin verle, pero le agradaba recurrir a él en los momentos difíciles. A pesar de sus vidas tan distintas, Luis infundía en él un elevado respeto y una encendida admiración. En los meses anteriores a las elecciones, Luis Sendín quiso ganarle para su partido. Le habló serena, reflexivamente, de «la difícil coyuntura del mundo», «la rebelde disconformidad de la juventud», «la posibilidad de un

mundo nuevo», «la grave responsabilidad de quemar una vida sin objeto» y de otras muchas cosas. Luis peleaba en la calle y en la universidad. Estudiaba mucho y, en los ratos perdidos, se reunía con su padre para familiarizarse con los asuntos del despacho. En alguna ocasión, Luis le había dicho a Sisí: «Si paro un momento, corro peligro. Tengo una sangre demasiado inflamable». Sisí pensaba todo lo contrario. Acogió con una mueca desolada y escéptica la proposición de Luis Sendín. Era raro, pero Sisí Rubes, a los dieciocho años, se consideraba incapaz de muchas cosas. Juzgaba que era demasiado tarde para dar marcha atrás. Le poseía una enervante incredulidad senil. A ratos, envidiaba a Luis, querría haber sido como él, pero a la sangre, se decía, la empuja una fuerza fatal.

Ahora, ante su problema, Luisito Sendín adoptó una actitud de extremada gravedad. Le dijo:

—¿Por qué no procuras interesarte en otras cosas? En el negocio de tu padre, por ejemplo.

A Sisí se le enturbiaban los ojos. Dijo:

—Tú no sabes cómo es ella. La he visto desnuda, ¿sabes?

Y Luis se levantó de un salto:

—¡Por favor, no me tientes! —chilló.

Sisí le observó vivamente extrañado.

—¿Te gustan también las chicas a ti? —preguntó.

Saltó ofendido Luis Sendín:

—¡Oye! ¿Por quién me has tomado?

—¿Y qué haces?

—¡Me aguanto!

—¡Vaya! —dijo Sisí—. ¿Y no fuiste nunca a…?

—¡Nunca!

—Eso es imposible. Y si ves una chica atractiva en bañador y luego piensas en ella, ¿qué haces? —inquirió.

—Suelto la ducha fría y me meto debajo —respondió Luis—. Cuando salgo procuro entretenerme en otra cosa. ¿Quieres un remedio? —añadió—. No te recrees nunca pensando en cosas que no están a tu alcance.

Una negra fuerza abatía a Sisí Rubes. Dijo:

—En mí… eso es una necesidad.

Luis dijo:

—Ocupa todas tus horas. Yo me levanto y me voy al frontón. Hago media hora de gimnasia y juego una partida de pelota. Luego voy a la universidad. Al acabar de comer estudio y ayudo un poco a mi padre. Después me reúno con mis amigos y tomamos decisiones. Cosas políticas, ¿comprendes? Los días de fiesta me dedico a pintar y a remar. Cuando me acuesto caigo en la cama como un leño. ¿A qué hora crees que puedo pensar en una chica atractiva en bañador?

Sisí experimentó una brusca reacción. Pensó: «Voy a imitar a Luis». Le dijo:

—¿Te importaría que fuese mañana contigo al frontón?

—Todo lo contrario —respondió Luis, sacudiéndole la espalda.

Sisí comenzó la nueva vida con mucho entusiasmo. Le agradaba alojar en sus articulaciones el dolor del ejercicio. Iba por el Establecimiento mañana y tarde y procuraba abstraerse en las cuestiones del negocio. Los domingos remaba durante dos horas consecutivas. A las dos semanas pensó: «Soy otro hombre, verdaderamente». Al día siguiente sorprendió a una linda muchacha subiéndose las medias en un portal. La visión de las piernas de la chica se le agarró tenazmente. Ello le llevó a pensar en el cuerpo de Isabel. Se metió debajo de la ducha y soltó el grifo frío. Al verse desnudo, su imaginación se remontó a algunos momentos íntimos y turbadores. Al secarse, pensó: «Recién bañada. El ideal». A las ocho de la noche se dijo: «Hay que empezar poco a poco. Pretender ser como Luis de la noche a la mañana es una tontería». De momento no experimentaba la menor repugnancia hacia las carnes blancas. «He cambiado mucho», pensó. Y luego: «Empezaré con una sola vez a la semana. Luego, cada quince días. Después, una vez al mes; luego, cada trimestre y, por último, lo dejaré». Aquella tarde se emborrachó y perdió el control de sus pasos. Apenas recordaba a la muchacha. Tenía una vaga idea de que, al concluir, la chica se echó a llorar y le dijo que la vieja se lo llevaba todo. Él le dio una buena propina. Se acostó tarde y sintiendo por dentro una inconcreta saciedad de sí mismo. Cuando a la mañana siguiente Luis pasó a buscarle, le dijo que había trasnochado y que dejaría por aquel día la gimnasia. A la noche siguiente, entre sueños, pensó: «Isabel es una mujer maravillosa». Estaba soñando con ella cuando Luis llamó. Se despertó indignado y le dijo a su amigo que se fuera al diablo. A las once se bañó en agua caliente y se dejó estar en una actitud voluptuosa. Por la tarde buscó a Isabel e hicieron las paces. Sisí le dijo: «¿Sabes? No puedo vivir sin ti». Ella entreabrió sus rojos labios. Había temido ser demasiado tajante, excesivamente dura. Por un momento creyó que Sisí no volvería. Se acercó a él con la ansiedad que despertaba en su pecho toda cosa inesperadamente recobrada.

—¡Oye, tú! —dijo—. ¿Por qué nos atraemos los dos de esta manera?

Y, por primera vez, permitió a Sisí que la besara.

Para Cecilio Rubes pasaron inadvertidos los altibajos sentimentales de Sisí. Lo vigilaba con el acuciante temor de que un día se le ocurriera casarse con la hija del cerrajero. La chica estaba estupenda, bien lo

comprendía él, pero un Rubes no podía buscar en ella otra cosa que un plan frívolo transitorio. Probarla y dejarla. Eso es lo que a los dieciocho años hubiera hecho él. Cecilio Rubes llevaba una temporada ligeramente desquiciado de los nervios. Estaba harto de que Adela, Sendín, Prado, el general López y todo aquel con quien tropezaba, en su casa, en la calle y en el Club, presagiase calamidades inminentes. Él, efectivamente, se daba cuenta de que el edificio se bamboleaba, pero le irritaba que a cada momento se lo refrotasen por las narices. En las últimas elecciones tuvo una fuerte discusión con Adela. Ella terminó por subírsele a las barbas y él la llamó «heroína en ciernes». Se quedó muy a gusto después de esto y hasta casi se alegró de que los suyos perdieran la elección. Adela dijo: «Han hecho trampas». Luis Sendín decía: «Se han valido de toda clase de artimañas». Ramón Prado agitaba admonitoriamente su enorme nariz en el Club: «¡Nos lo han robado; nos lo han robado!», decía a gritos. Cecilio decía: «Todos habéis hecho las trampas que habéis podido».

Cuando pasó la fiebre de los primeros días, Cecilio presintió que se acercaba la hora cumbre y se sintió intranquilo. «Creo que ha llegado el momento de irnos a Portugal», le dijo a Adela una noche. Su mujer se opuso terminantemente. También a Rubes la medida se le hacía demasiado categórica y se apoyaba en la menor oposición de su esposa para desistir. En muchas ocasiones, Cecilio Rubes precisaba que le empujasen para poner en práctica una decisión.

Con frecuencia pensaba que a Adela la frenaban los Sendín. Sin los Sendín vigilándola enfrente, Adela misma le hubiese pedido que la llevase lejos de allí. A Rubes no le pasaba inadvertido el terror de su mujer. Algunas noches le despertaba con sus gritos y él la apaciguaba. Ella decía: «Soñaba que un hombre horrible quería colgarme de una higuera. Una mujer comía brevas al pie del árbol y se reía al verme llorar». Por el contrario, los Sendín daban muestras de una admirable serenidad. A Rubes, «el clan Sendín», como últimamente llamaba a sus vecinos, empezaba a fastidiarle. Se le antojaba un «grupo de acción» y él aborrecía a los grupos y a los individuos de acción. Desde la cabeza rectora al último crío, la familia Sendín era un volcán en perenne actividad. Cada uno en su radio de acción organizaba, exigía y predicaba: «¡Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo!».

Rubes se decía: «Gloria acabará perdiendo su cintura y su feminidad. La política conseguirá lo que no consiguieron los años y los hijos». Y lamentaba que ella fuese así. «Si yo fuera su marido —pensaba— velaría por sus encantos un poco más que ese zoquete.» Y se pasaba la punta de la lengua por los labios. Siempre que pensaba en la cintura de Gloria, o en la ya casi olvidada elasticidad de Paulina, se pasaba la lengua por los labios. Era en él un viejo hábito y un triste e insuficiente consuelo.

Respecto a Adela, lo que Rubes deseaba era que no se significase. Temía por el negocio y por su propia integridad.

Entendía que, permaneciendo en medio, unos y otros se detendrían a una distancia prudencial. Todavía quedaba en el mundo, creía él, un asomo de respeto hacia los neutrales. Cuando estalló el primer petardo en la ciudad, en un almacén de muebles, Cecilio le dijo a su mujer: «¿Comprendes? Mira de qué le ha servido a Gómez ser de la CEDA. ¿Crees tú que Gil Robles va a reconstruirle el almacén?». Transcurrida una semana, hizo explosión un petardo en la droguería de un furibundo socialista. Rubes dijo: «Mira, querida. En todas partes cuecen habas. Eso es lo que se saca en limpio tomando partido por unos o por otros». Quince días después, un artefacto estalló en la puerta principal del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos». Al recibir la noticia por teléfono, Rubes notó que le flaqueaban las rodillas. «No es posible —se dijo—. Debe de ser una equivocación.» Tartajeaba, al hablar, como un borracho. «Bueno… Bueno… ahora voy», dijo.

La puerta estaba destrozada, y también una vitrina, y dos retretes y una bañera y un número indeterminado de materiales y accesorios. Cecilio Rubes se estremeció a la vista de los efectos del atentado. Hasta ahora, nunca creyó que nadie pudiera quererle mal hasta este punto. Valoró los desperfectos mentalmente. Hacía cuatro años que aseguró su establecimiento contra el riesgo de «motines y tumultos». El momento era inmejorable para dar salida a tres bañeras anticuadas y a dos de «tipo Rubes», arrinconadas ya como invendibles. Era la oportunidad que la Providencia le brindaba. Cecilio Rubes atribuía a la Providencia actos impropios de ella. Intencionadamente desportilló aquellas existencias y las incluyó, luego, en la lista de materiales dañados que la Compañía había de compensarle. Ello le sosegó un poco. No obstante, pasó tres semanas cavilando sobre quién podría ser el autor del atropello. Sentía un miedo sordo y tenaz. Adela le había dicho: «Para que veas, Cecil, que la revolución no distingue de matices». Tuvo que callarse, pero pensó: «Idiota, idiota, idiotísima, ¡qué sabes tú de revoluciones!». Dos días después le dijo: «Estoy pensando en el hijo de Valentín». «¿Tú crees?», inquirió Adela. Agregó Rubes: «Cuando disolvimos la Sociedad, Jacobo dijo que él no podía ser subalterno de un indocumentado, y se marchó de malos modos».

De repente, Cecilio Rubes empezaba a sentirse cansado de luchar. Veía enemigos personales por todas partes. Recordó los tiempos en que se esforzaba por dar una orientación más ambiciosa al negocio. Pensaba: «La época es peor que nunca. Me lo explico muy bien. A la gente tanto le da morir limpia como sucia». En su hipersensibilidad volvió a inquietarse por Sisí. Lo veía a todas horas con la muchacha aquella y pensó que Sisí era antes que el negocio. De casarse Sisí con

aquella zarrapastrosa, la honorabilidad y la categoría social de los Rubes bajaría muchos enteros. Era preciso evitarlo. También él se casó con una muchacha de nivel inferior al suyo, era cierto, pero aún existía una distancia entre un funcionario y un cerrajero. «A los dieciocho años a mí no me atrapaba nadie», pensó.

Una noche le dijo a Adela:

—A ese chico hay que quitarle la idea de la cabeza. Bien. ¿Qué te parece que se quiere casar?

A Adela, nada de cuanto se refiriese a Sisí le cogía ya de sorpresa. Esperaba de él las más sombrías e insospechadas calamidades. Rezaba mucho por su conversión. Le dolían las rodillas de rezar por él. Últimamente sufría lo indecible por Sisí. Empezaba a sospechar que Sisí se relacionaba con mujeres de mala nota. Para Adela, esto era propio de seres desalmados. La única cosa que la induciría a separarse de Rubes sería saber que su marido le faltaba con una mala mujer. Incluso que las hubiera frecuentado antes de casarse le hubiera molestado mucho. A veces preguntaba a Cecilio: «Tú, tan fogoso, ¿cómo te las arreglabas de soltero, querido?». «¡Ah, bien! —decía Rubes—. ¿Quién se acuerda ya de ello?» Sisí volvía borracho con demasiada frecuencia. Ella no sabía que Sisí necesitaba olvidar muchas cosas. Una noche le hizo una escena. Le había suplicado en todos los términos; le dolía en lo hondo su estúpida impotencia. Entonces se arrodilló y se abrazó crispadamente a sus piernas, llorando. Ella soñaba con ablandar a Sisí, atraerle al buen camino, pero a Sisí la actitud de su madre se le antojó ridícula y calamitosa. «Levanta —dijo—. A ti no te gusta mi manera de ser. A mí la tuya tampoco, mamá. ¡Oh, levanta!» Ahora, Adela pensó: «¿Casarse?». Clavó en Cecilio su mirada. Dijo:

—Tal vez fuese su solución, Cecil.

—Bien... —dijo él irritado—. ¿Es ésa toda la estupidez que cabe en tu pequeña cabeza o debo esperar nuevas majaderías?

Adela no perdió la calma:

—¿Quién es ella? —dijo.

—La hija de un cerrajero.

—¡Oh! —gimió Adela.

—Comprenderás...

—No, no. Eso no puede ser.

—Si Sisí se casase...

—¡No se casará!

Adela le dijo a Sisí en la primera oportunidad:

—¿Quieres a esa muchacha?

—Bueno, sí —respondió Sisí, a quien le mortificaba ver a su madre escarbando en sus problemas.

—¿Por qué no te casas con ella? —preguntó Adela de súbito.

Adela poseía una idea muy clara sobre la psicología de los hombres indómitos. Sabía de antemano que si ella dijera a Sisí: «No puedes casarte con esa chica», al día siguiente le anunciaría su boda. Por el contrario, si le aconsejaba: «Debes casarte con ella», la susceptibilidad de su hijo le echaría atrás y reflexionaría: «¿Por qué este empeño de mi madre en que me case con ésta?». Sisí acostumbraba a ver, en las chicas que su madre le sugería que cultivase, monjas embozadas. Las madres no tenían idea, a juicio de Sisí Rubes, de lo que a los hombres les gusta de las mujeres. Su madre se asustaría si supiera que él anteponía unas carnes duras a una cara bonita. Su madre no sabía por dónde se andaba, ésa es la verdad. «Pero ¿por qué este afán de que él se casase ahora?»

Por otro lado, Isabel no se mostraba tan tensa e inabordable después de la reconciliación y hasta se dejaba besar trabajándola un poco. Isabel había pensado: «Le he perdido por ser demasiado rígida. Debí ir dándole confianzas poco a poco. Él se ha cansado». Cuando Sisí volvió a ella se propuso no caer en los mismos errores. Se dejó besar y hasta se hacía la distraída si él buscaba un furtivo roce con algún lugar sustancial. «Un poquito sí debo darle», se decía. Sisí pensaba: «¡Ah, las primeras posiciones ya son mías! Las otras vendrán detrás. ¿A qué ton he de casarme si puedo conseguir sin compromisos lo que me propongo?». Cecilio Rubes se decía: «Parece que ha olvidado sus tontos propósitos». Respiraba. Pensando en la sensualidad de Sisí, olvidaba su propia sensualidad. Al ver a Sisí más encajado en el curso normal de la vida, Cecilio volvió a las andadas. Se fue a Madrid. Venía advirtiendo que conforme envejecía iba prefiriendo las mujeres entradas en años. «Las mujeres no están maduras antes de los treinta y cinco», se decía. Encontró una de esa edad que le proporcionó unas horas felices. Bebieron champaña y ella bailó en dos piezas sólo para él. La chica se emborrachó y le anunció acontecimientos horribles. Él decía: «No hablemos de política ahora». Al regresar, Cecilio Rubes experimentó una vívida nostalgia de Paulina. Guardaba de ella el buen recuerdo de las cosas cortadas en flor. De haber conservado a Paulina a su lado tal vez ahora la aborreciera. «¿Cuántos años hace? —se preguntó—. Sisí era una criatura de faldones.» Miraba distraídamente por la ventanilla del Lincoln las espaldas, un poco cargadas, de Bernardino al volante. Se dijo: «¿Qué pensará Bernardino de todas estas cosas?». Luego pensó: «Paulina se portó como una señora. Ésa es la verdad».

Dos días más tarde, estando encerrado en el despacho del Establecimiento, apareció Paulina. Cecilio se quedó tan sorprendido que no se levantó. Notó, primero, una exaltación visceral y, luego, una

lisa, pavorosa calma. Pensó: «El tiempo no ha pasado para ella». Paulina pensó: «¡Qué calvo y qué gordo está! No parece el mismo hombre». El pelo rojo de la muchacha centelleaba. Vestía sencillamente, sin afectación.

En las manos llevaba guantes.

—Hola, Cecilio —dijo—. ¿Cómo estás?

Rubes se incorporó entonces penosamente. La vitalidad de Paulina le hacía sentirse viejo y anacrónico. Se precipitó:

—Bueno, Paulina... Bien... Siéntate. ¿Cómo te ha ido?

Advertía, de súbito, que la vida ya había pasado sobre él y, al mismo tiempo, deseaba fervorosamente hacerla recular y conectarla en el punto en que, diecisiete años antes, se escindiera de la de ella. Pensó: «No tiene más de treinta y ocho. Es aún una chiquilla». Paulina se sentó frente a él, la mesa entre ambos. A la chica le vino a la cabeza el pequeño apartamento soleado, con la curva del río abajo. Suspiró. En su conciencia, alguien removía la melancólica musiquita: «Con-u-na-fal-da-de-per-calplan-chá». «¡Cuánto tiempo ha pasado!», pensó. Dijo, de pronto, lúgubremente:

—¡Vaya!, no triunfé en el teatro, ni tuve un hijo... Mi fracaso ha sido absoluto, Cecilio. ¿Es eso cuanto quieres saber?

Entre ambos se cernía el vago fantasma de una incomprensión. Quizás él, en un tiempo, no tuvo suficiente valor. Tomó las manos de Paulina entre las suyas:

—Paulina... Paulina... Mi querida Paulina —dijo.

La había deseado mucho y, sin embargo, la presencia de la muchacha, ahora, no levantaba su carne. Sospechó que en su relación de entonces pudo existir algo digno y elevado. Dijo ella:

—Todos vuelven alguna vez al rincón de su infancia.

—¿Con tu hermano? —preguntó Cecilio.

—¡Oh, no! —dijo Paulina—. Tengo medios propios. He sido ordenada en mis gastos. Mi retiro ha de ser sólo mío.

La miró por primera vez Cecilio directamente a los ojos.

—Sólo mío, Cecilio; sólo mío —insistió ella.

En su voz había unos quiebros extraños. Poco a poco Cecilio Rubes iba volviendo a su verdadero ser. Reconocía que la inesperada irrupción de Paulina había movido en él una melancólica añoranza. Consideró su pecho aún floreciente y se dijo: «¡Qué hermosa es!». Se levantó y, al acercarse a ella, presintió que, no obstante su movimiento, se alejaba. La tomó por los hombros, pero la glacial indiferencia de Paulina le empujó a sentirse culpable de no sabía qué. Escondió las manos en los bolsillos. Súbitamente le ganaban unos vehementes deseos de abrazarla. Ante ella se le olvidaba toda la tensión y la inquietud que le desequilibrara en los últimos tiempos. Dijo, con velada pasión:

—¡Ah, Paulina! ¿Tú no sabes que no he podido olvidarte en todo este tiempo? Bien… he pensado en ti a menudo. Te he buscado. Hace tres días pensaba en qué sería de ti y me decía, bien, me decía: «Cometí un tremendo error. Fui cobarde. Paulina ha sido la mujer de mi vida».

Ella le daba la espalda y no volvió la cabeza al oírle. Tenía los ojos cerrados y le quemaban por dentro una suerte de indefinidos remordimientos. Ella no había acudido a Cecilio para reanudar lo pasado. La empujó a él la nostalgia, un velado sentimiento de despecho, el deseo de poder decirle: «Me he defendido sin ti. Ya lo ves». Sobre Cecilio alimentaba una idea contradictoria: «Me pervirtió y luego me abandonó», pensaba. Otras veces se decía: «Fue generoso conmigo. El más generoso de todos». Ahora se encogía aunque estaba decidida a no reanudar sus malos pasos. Se volvió, de pronto:

—¿Y tu hijo, Cecilio? ¿Qué ha sido de él? —dijo.

—¡Bien, Sisí ya es un hombre!

—¿Cómo es?

Cecilio se sintió seguro y audaz. Dijo:

—Bien, ¿es que aún te remueve el chico un sentimiento de maternidad?

—Yo pude ser su madre —dijo Paulina—. Eso es lo cierto. Yo debía ser su madre. Cecilio, tú lo sabes.

Se volvieron los dos al oír la puerta y apareció Sisí. Paulina advirtió enseguida la resolución del muchacho; le gustó su impulsiva manera de mirarla, su belleza, la forma en que abrió los ojos, atónito, al descubrirla. Sisí pensó: «¡Dios mío, qué mujer!». Se dijo Cecilio Rubes: «El fuego y la paja». Pensó Paulina: «Podría ser mi hijo. Hijo mío, de verdad». Le agradó la cálida vehemencia con que Sisí oprimió su mano. Dijo Sisí:

—¡Vaya, papá!

Dijo Rubes:

—Una antigua amiga.

Dijo Paulina:

—¡Vaya, Sisí, qué grande te has hecho! ¡Dios mío, eras una cosita insignificante cuando te conocí!

Sisí expresó un cómico estupor:

—A algunas mujeres les gusta presumir de viejas. No es lo corriente, pero es así. ¿No es cierto, papá? —dijo.

Devoraba con los ojos a Paulina. Paulina pensó: «¿Qué tendré yo para atraer así a los chiquillos? Podría ser mi hijo; mi hijo». Cecilio Rubes pensaba: «No debe mirarla así. Es como si deseara a su madre». Sisí se decía: «¿De dónde ha surgido esta maravillosa aparición?».

Paulina dijo con remota intención:

—Vaya, querido. Podría ser tu madre, aunque no te lo parezca.

¿No es cierto, Cecilio?

Se le conmovió un poco la voz y se revolvió en la silla como una mujer tímida cuando le suenan las tripas. Estaba vagamente emocionada. Dijo Sisí:

—¡Caramba!

Paulina se incorporó súbitamente. Cecilio pensó: «Es como si no hubiese pasado el tiempo. Ella y yo. El gramófono. “Con una falda de percal planchá.” El río abajo y el sol en la ventana». Miró a Sisí y se dijo: «Sin embargo, ése es mi hijo y le gusta Paulina». Se interpuso:

—Bien —dijo—. Iré a verte, Paulina. Bueno. Hemos de charlar aún de muchas cosas…

Por primera vez miró a su hijo con un sentimiento de desconsuelo. Los diecisiete años separados de Paulina eran este cuerpo grande y atractivo. Él mismo, Sisí, era su separación y, ahora, su vejez. Pensó: «Reanudaremos el pasado». Los ojos de Paulina le infundían, no obstante, pocas esperanzas. De momento, nada le importaban los hombres ni el mundo. Dijo Paulina:

—Vendré por aquí, Cecilio. Nada de lo pasado cuenta ya.

Se movía con cierto imperio. Rubes constató la transformación en la insinuante parábola de sus desplazamientos y en su perfume. Sisí medía sus proporciones, la armonía excitante de sus pantorrillas, la calidad sensual de su rojo cabello desmelenado. Pensó: «¡Oh, es una real hembra! ¿Qué habrá habido entre mi padre y ella?». La vio estrechar la mano de Cecilio y cuando Paulina se la tendió a él, casi se enfadó:

—¡Yo salgo también! —dijo—. Yo voy con usted.

Sonrió Paulina. Le halagaba la fogosidad del muchacho y cuando salieron y él la tomó del brazo no hizo ademán de desasirse. Pensó: «Al fin y al cabo, como si paseara con un hijo mío». Notaba en el antebrazo la mano fuerte de Sisí y le gustaba sentirla.

Cecilio Rubes, al verlos marchar, había pensado: «Es una monstruosidad. ¿Es que Sisí sabe siquiera lo que hace? Paulina no debería permitirlo». A Sisí le excitaba la risa fresca y joven de Paulina. La muchacha no puso reparo para tomar tres copas con él y, a la cuarta, Sisí comenzó a hacerle confidencias. Le hablaba de Isabel Gutiérrez con fingida exaltación.

—Una muchacha que dice que no y yo la quiero. ¿Qué otro remedio me queda que casarme con ella?

Paulina se echó a reír. Sisí se dio cuenta entonces de que lo que ansiaba era levantar los celos en el pecho de Paulina. Se confesó violentamente: «Me gusta más que Isabel. ¡A la porra Isabel! ¡A la porra!». Dijo Paulina:

—¿Se casan aquí los chicos a los dieciocho años?

El vino y las cosas de Sisí le producían un arrebatador optimismo.

Le miró de reojo y pensó: «Es extraordinariamente guapo y muy varonil. Estoy orgullosa como si fuera mi hijo. ¡Qué boba!». En el portal de la pensión tendió la mano a Sisí.

—¡Oh! —dijo el muchacho decepcionado. Le miró ella desde el borde de las pestañas:

—¿Qué? —dijo.

Dijo Sisí:

—¿Cuándo salimos a bailar juntos?

Añadió Paulina:

—No me gustaría que por mí regañaras con tu novia.

—¡Eso no! —dijo Sisí—. No importa. No me importa… No le importa eso a ella.

Empezaron a salir juntos con cierta asiduidad. Un día se cruzaron con Isabel Gutiérrez. Sisí dijo al oído de Paulina:

—Mira; ésa es.

Paulina volvió la cabeza y chocó con la mirada furiosa de la chica.

—¡Oh!, vete con ella, Sisí. Se ha enfadado.

Sisí apretó su brazo:

—Déjala que se enfade —dijo—, tú estás conmigo.

Paulina quiso insistir, pero sentía una secreta alegría constatando la predilección de Sisí. A Paulina le complacía ver enamorados de ella a los chicos jóvenes y vitales. Al bailar con Sisí y notar en la cintura su amoroso cerco, le gustaba relajarse. Sisí despertaba en ella una sensación ambigua. Se decía: «Es como mi hijo. ¡Qué feliz soy con él!». Pero, en el fondo, sabía que no era como su hijo.

A veces se confesaba que exhibiéndose al lado del muchacho le estaba perjudicando. Tomaba, entonces, débiles decisiones. «No volveremos a salir juntos», se decía. Mas, al día siguiente, olvidaba sus propósitos o determinaba aplazarlos. Le agradaba la valentía de Sisí. No la encerraba entre cuatro paredes como su padre hizo un día, sino que la exhibía orgulloso por todos los locales de distracción de la ciudad.

Algunas noches, sola en la cama, Paulina repasaba sus últimos diecisiete años y se arrepentía, en cierto modo, de su vida anterior: «Si él supiese», se decía compungida. Sus inocentes devaneos con el joven Rubes despertaban en ella cosas ya casi olvidadas. Sus pequeñas excitaciones de adolescente, sus primeras inclinaciones amorosas, antes de que Cecilio Rubes la llevara a Madrid y le pusiera un piso. Ahora, en este quiebro inesperado de su vida, Paulina desearía volver a empezar. No obstante, sabía que nunca volvería a tener trece años, ni tampoco podría borrar el pasado.

Una tarde, Sisí subió a la habitación a buscarla. Paulina le reprendió, pero, en verdad, celebraba su audacia, le agradaban los

impulsos incontrolables del muchacho. Pensó: «Yo debería haber nacido veinte años más tarde». Sisí paseó la mirada por la habitación. Era un apartamento limpio, agradable y sin pretensiones: una cama baja, de tubo niquelado, un armario sólido, una cómoda, una mesa y dos sillas tapizadas de flores. La lámpara tenía unos flecos que suavizaban la luz. Paulina le sirvió una copa mientras ella se vestía tras la puerta abierta del armario. Sisí dijo:

—Llueve y está desagradable. Podríamos bailar hoy aquí.

Le temblaban levemente las manos. Oyó la voz de Paulina tras de la puerta:

—¿Estás seguro de que prefieres quedarte aquí?

Sisí dio cuerda al gramófono y puso un disco. Le atraía esta intimidad. Presentía que Paulina no era como Isabel Gutiérrez. ¿Por qué se enfadaba Isabel Gutiérrez con él? Sonrió al recordarla, la tarde anterior, golpeándole fieramente el pecho con sus puñitos cerrados. Él dijo: «Entre tú y yo no existe complicación. Tú lo has preferido así. ¿No es eso?». Isabel pensó: «¿Por qué he sido tan ridículamente comedida?». Insistió Sisí: «No me puedes exigir nada. No soy responsable de nada». Ella seguía golpeándole el pecho e insultándole. Dijo Sisí: «Está bien, ¿has terminado?». Ella bajó la cabeza. Le invadía una demoledora sensación de fracaso. Comprendía que había desaprovechado los triunfos que tuvo en la mano. Añadió Sisí: «Entonces, adiós». Dio media vuelta y la dejó sola en su pequeño y angosto portal. Ella le llamó, volvió a llamarle más fuerte en un último intento, pero Sisí dobló la esquina sin volver siquiera la cabeza.

Paulina estaba ya a su lado y Sisí la tomó por la cintura. El suave tejido de seda dejaba llegar hasta su mano la cálida vibración del cuerpo de ella. La ciñó estrechamente. La habitación era pequeña y se movían con alguna dificultad:

—Regañé definitivamente con ella, ¿sabes? —dijo Sisí.

Y como si ello le diera algún derecho sobre Paulina la atrajo aún con mayor fuerza.

Paulina le miró a los ojos:

—¿Por qué lo has hecho? —dijo.

—Por ti —dijo Sisí.

Al concluir de bailar, se sentaron a beber unas copas. Cuando reanudaron el baile, Sisí dijo:

—¿Qué hubo entre mi padre y tú?

—Fuimos buenos amigos. Eso hubo.

Pensó Paulina: «No parecen padre e hijo. No lo parecen». Rubes estuvo allí tres días antes. Se creía con derecho a exigirle. Dijo: «¿No comprendes que es monstruoso? Bien, tú misma dices que es como si fueras su madre. ¿Hay algo medianamente honrado en todo esto?». Ella le dijo: «Estás celoso, Cecilio. Eso te pasa». «¿Celoso? ¿Celoso de

mi hijo? ¿Es que sabes siquiera lo que dices?» La agarró por los brazos y la zarandeó con violencia. Añadió Paulina: «¡Suelta, me haces daño!». Entonces quiso besarla. Ella se zafó de su abrazo: «Todo acabó hace diecisiete años, Cecilio. Ahora soy libre». Él había llevado un gran ramo de flores y lo lanzó al suelo y lo pisoteó. Ella sonreía. «Bueno, ¿no es ridículo esto?», dijo. «¡Todo es una monstruosa inmoralidad!», voceó Cecilio. Ella dijo suavemente: «¿Desde cuándo sientes escrúpulos morales, cariño?». Cecilio cedió. Le suplicó de nuevo y dijo «que era ella la mujer de su vida». Se puso de rodillas en ademán implorante. Paulina se reía. La fortalecía un sórdido sentimiento de revancha. «Tú me suplicaste que me fuera, Cecilio. Yo me fui. Todo acabó entonces.» Cecilio se levantó, intentó de nuevo abrazarla y ella se resistió. «Bien, si es así vete y no vuelvas más», dijo Paulina, abriéndole la puerta.

Ahora notaba una extraña excitación bailando a solas con Sisí. Le acariciaba voluptuosamente el rubio cogote. Constataba en su pareja la fuerza de la juventud. Sisí era como un fuego, como un mundo de energías reprimidas. Sin embargo, aquel muchacho removía en ella un algo maternal. Se alegraba de poder despertar en él un fervor y un anhelo porque estaba dispuesta a aplacarlo tan pronto él se lo pidiese. Creía haber obrado bien apartándole de Isabel. Un muchacho como Sisí no debía casarse a los dieciocho años con la hija de un cerrajero. Ella sabría consolarlo hasta que encontrase la mujer que le conviniera. Sentía un próximo orgullo de Sisí, como de cosa propia. Dijo:

—Me alegra que hayas regañado con ella. ¡Vaya! No te convenía.

Constató, como fuego, el cerco de él:

—Tú eres la que me conviene, ¿no lo comprendes?

Su aliento le quemaba la punta de la nariz. Dijo Paulina:

—¡Vaya!, es una tontería. Yo puedo ser tu…

La besó con tan extremosa voracidad que Paulina se asustó.

Fue un beso largo y denso, mientras el gramófono cantaba ritmos inútiles.

Cuando volvió a la realidad, Paulina se dio cuenta de que la aguja rayaba fuera de la impresión. Sisí estaba a su lado, sobre la cama, y una mano lacia, que al parecer era la suya, le acariciaba mecánicamente sus alborotados cabellos rubios.

III

El periódico del día 7 de octubre de 1936 decía: «Comunicado oficial: Ha transcurrido la jornada de hoy con gran actividad en el frente aragonés, en Asturias y en los dos sectores del frente de la VII División. En todos ellos ha cooperado muy eficazmente nuestra aviación, en íntimo enlace con las fuerzas de tierra, logrando importantes éxitos. La situación se sostiene y mejora en cada jornada. En la zona de la retaguardia de este ejército, sin novedad». «Ha sido hallada la magnífica custodia de la catedral de Toledo y, aunque está en pedazos, podrá ser reconstruida.»

Decía también el periódico del 7 de octubre de 1936: «El Día sin Postre: Ayer se reunió en la alcaldía con el alcalde accidental la junta organizadora del "Día sin Postre" para cambiar impresiones sobre la organización de la recaudación». Y, debajo: «¿Se entablará un combate naval en aguas de Casablanca?». «El barco pirata *Galerna* fue apresado cuando se dirigía de Bayona a Bilbao y conducido a Pasajes. Intentó huir forzando la máquina, pero los cañonazos de nuestros barcos le obligaron a entregarse.» Acompañaba a esta información naval una fotografía del submarino B-6, después de ser atacado por el destroyer *Velasco* y unos pesqueros.

En segunda plana decía el periódico del 7 de octubre de 1936: «Procesión de Rogativas: Continúan las parroquias de la capital realizando rogativas matutinas para implorar nuestro triunfo y la paz de España». «*Natalicio*. Con toda felicidad dio ayer a luz un hermoso niño la esposa del sargento de Infantería don Claudio Salgado —nacida Felicidad Alonso—, que se encuentra cumpliendo sus deberes militares en el campo de batalla.» Varios titulares de la tercera plana del periódico del día 7 de octubre de 1936 decían: «Suscripción pro avión para la defensa». «¡A los toros, a los toros! El gran festival patriótico de mañana.» «Donativos recibidos para la Biblioteca de Heridos y Soldados.» «Junta del Tesoro de Guerra. Vigésimo tercera relación de alhajas recibidas en esta ciudad a disposición de dicha Junta.»

En tercera página decía el periódico del 7 de octubre de 1936: «Cinema Montoya: Hoy se proyecta la extraordinaria producción Fox, hablada en español, titulada *El carnet amarillo*, por Elisa Landi y Lionel

Barrymore». «Ideal Cinema: Hoy, la graciosísima película *Limpia, fija y da esplendor*, por la monísima artista Anny Ondra.»

Adela se cepilló el pelo ante el espejo del tocador, se quitó la bata y se metió en la cama. Miró a Cecilio de reojo y pensó: «Los hombres en calzoncillos están grotescos». Se encontraba cansada y estiró las piernas. Llevaba cuatro meses acostándose rendida. En realidad, el hospital no daba reposo. Cada día llegaban nuevos heridos y suponía un quehacer exagerado atenderlos debidamente a todos. Eran muchachos jóvenes, casi unos niños, y a Adela le maravillaba el orgullo con que mostraban sus miembros destrozados y el sombrío estoicismo con que soportaban las curas. Aquella misma mañana sacaron un ojo a un chiquillo de dieciocho años y él había dicho con heroica displicencia: «Mejor; así no tendré que guiñarlo para cazar codornices». Le preguntó Adela: «¿Es que hay codornices en tu pueblo?». A Adela no le interesaban las codornices. Dijo el muchacho: «Años que sí y años que no. Depende». Ella procuraba ocultarle el instrumental. Al principio, Adela no podía ver un rasguño sin marearse. La necesidad la obligó. Se improvisaban hospitales por todas partes y ella se puso al frente de uno. Todos debían cooperar a la causa. Aquélla era una guerra total. Nadie podía regatear su aportación y su sacrificio. Adela se transformó en «doña Adela» y sus vestidos de última moda en una simple bata blanca. Tenía que tomar decisiones, organizar, saber mandar y saber obedecer. Era la guerra. Todos debían intervenir en la guerra y, de hecho, todos intervenían. Todos intervenían menos Sisí. Estaba cansada. «Pobre muchacho. Tuerto», pensó. De nuevo observó de reojo a su marido y se dijo: «¡Qué piernas tan blancas tiene!».

Dijo:

—Sisí tendrá que alistarse, Cecil.

—Sí, tendrá que alistarse —dijo Cecilio sombríamente.

A Cecilio Rubes se le agarrotaba la garganta. «Tendrá que alistarse. No queda otro remedio», pensó. La guerra había llegado sin que él se diera bien cuenta. Él nunca se imaginó que las guerras y los terremotos pudieran acontecer un día en su ciudad. Él siempre creyó que las guerras y los terremotos eran catástrofes exclusivas de otros países. El Japón, por ejemplo. Después de todo fueron cuatro tiros y, de repente, se hablaba del frente norte y el frente sur, de ciudades abiertas, de posiciones y de trincheras. Era, pues, la guerra. Y Sisí tendría que ir a la guerra. Era inconcebible que un muchacho como Sisí, tan hermoso y pusilánime, tuviese que ir a la guerra. Cecilio le había visto retorcerse de terror cuando algún avión adversario arrojaba cuatro bombas sobre la ciudad. Pero el miedo no era un

motivo de inutilidad. Como quien no quiere la cosa, Ramón Prado le decía repetidamente en el Real Club: «El valor no consiste en no tener miedo sino en comérselo». Y Cecilio Rubes pensaba que aquello no era la guerra, sino un deportivo movimiento de protesta. Él se sumó a esa protesta. Estaba harto de inquietudes, de petardos y de pensar marcharse a Portugal. Aquello era una ventana abierta a la tranquilidad y él se asomó, sin vacilar, a esa ventana. Respiró profundamente. Se alistó en «segunda línea» e hizo guardias con un fusil al hombro en los hospitales y en la Capitanía. En las vitrinas de su Establecimiento exhibió durante un mes la hélice de un avión enemigo derribado y un negro pedazo de pan del que comían los sitiados en el Alcázar. También entregaba cien pesetas por cada «Día sin Postre» y doscientas por los de «Plato Único». Donó a la junta del Tesoro una medallita de bautismo y su alianza —con este gesto se sintió un tanto liberado— y no entregó sus dos relojes de oro, las alhajas de su madre, las bandejas y los juegos de café de plata, porque eran recuerdos de familia. Invitó a su casa a tomar café a dos legionarios rasos y tuvo alojado por una semana a un capitán de Regulares. Ante la bandera, se descubría y saludaba. A los acordes de un himno militar se ponía firme y saludaba también. Entregó quinientas pesetas para la suscripción «Pro avión para la defensa». Envió diez volúmenes en piel para la Biblioteca de Heridos y Soldados. No protestó cuando su Lincoln fue requisado para necesidades militares. Cumplía como ciudadano disciplinado las órdenes de acogerse en los «refugios» si sonaban las sirenas anunciando la proximidad de aviones enemigos. En las primeras semanas, incluso, disparó contra ellos desde el mirador con la escopeta de caza que conservaba de su padre. Después del primer bombardeo, formó parte de la manifestación que desfiló ante el Gobierno Civil y la Capitanía execrando «la vandálica provocación de un adversario desesperado y sin escrúpulos». Cecilio Rubes, en fin, cumplió con un alto espíritu y se sumó como embriagado a la colectiva euforia. Ahora, de repente, se daba cuenta de que aquello no era cuestión de días sino que era la guerra y que Sisí tendría que ir a la guerra y que su reemplazo estaba ya en puertas y pensó, irritado: «¡Qué ganas de enredar las cosas!». Se puso el pantalón del pijama y apagó la luz. Su voz retumbó en la opaca oscuridad:

—Mañana veré al general López —dijo.

—¿Qué quieres del general López? —dijo Adela.

—Bien. Lo de Sisí.

—¿Qué?

—Si puede hacer la guerra cómodamente será mejor.

—El Ejército le vendrá bien.

—Allá pueden matarlo.

—Lo meterán en cintura.

—Bien. Hablaré con el general López.

—Hoy sacaron un ojo a un muchacho más joven que Sisí.

—¿Ves?

—No se quejó. Sólo dijo: «Así no tendré que guiñarlo para cazar codornices».

—¿Ves?

—Alguien tiene que luchar, Cecilio. Todos hacemos lo que podemos. Luisito está en la Legión.

—Bien. Es un loco. Todos los Sendín son unos locos.

—Los locos que tú dices nos sacarán las castañas del fuego, Cecil.

Rubes se soliviantó:

—¿Es que también tú vas a caer en la tontería de decir que tu hijo es un emboscado?

—Es fuerte y saludable, Cecil. Yo tampoco quiero que maten a Sisí, compréndelo. Yo no quiero que Sisí se aliste en la Legión. Pero debe hacer algo.

—Le asustan las bombas.

—¡Oh, Cecil! —sollozó Adela—. ¿Por qué le hemos educado así?

—El miedo es el miedo. Se nace con él o sin él. Bien, la educación nada tiene que ver con las bombas, me parece a mí —dijo Rubes.

Hubo un silencio. Adela dio una vuelta en la cama. Rubes pensó: «Veré a López mañana. Él me dará una solución». No tenía sueño. De siempre durmió de un tirón, mas ahora no sentía sueño. Era raro. «¿Cuándo se decidirá esta mujer a poner dos camas aquí?», se dijo, malhumorado. Oyó dar la una en el reloj de pie del salón. «Bien —pensó—. No creo que López con la muerte de su chico haya cambiado. Al fin y al cabo era militar. Y si los militares cobran dinero durante toda su vida es para que den la cara en ocasiones como ésta; es su obligación. Pero ¿qué le va ni qué le viene a Sisí en esta guerra?» Más tarde pensó en los tiempos calamitosos que corrían. «¡Ah, qué tranquilidad la de 1918! Entonces se podía vivir y prosperar. El teatro, la berlina, el ama Jacoba. Sisí era un cachorrito que llamaba la atención. ¿Por qué se empeñó Paulina en conocerle? Entonces se podían acariciar; era una mujer y un niño. Bien, el cadete aquel y el viejo de la silla la deseaban. Ahora es otra cosa... Adela pensó que Paulina era una prostituta. Lo de Paulina con Sisí es un... ¿Un...? Sí, un...» Cecilio daba vueltas desazonado. Las sábanas de hilo se le hacían demasiado ásperas y las almohadas de miraguano demasiado duras. No encontraba postura. Dio otra vuelta. Luego, otra. Se incorporó y mulló un poco la almohada superior. Volvió a tumbarse. Tenía calor. Estuvo pensando un rato en lo que le diría al general López. «No, así no», se dijo. Se colocó boca arriba. «Habré de tener tacto —pensó—. López es algo especial. Además le han matado un

chico. Bien, él no ha podido olvidar que hace años me brindó el homenaje.» Las tinieblas le daban calor y le producían una rara sensación de asfixia. Se puso del lado derecho. Después, del izquierdo. En el reloj de pie dieron las tres. Rubes volvió a acostarse del lado derecho, bostezó dos veces y notó el reguero fresco de una lágrima surcando su mejilla. Volvió a bostezar. Pensó, entre nieblas: «¿Cuándo se decidirá Adela a poner dos camas aquí?». Se le iban esfumando paulatinamente las ideas de la cabeza y, finalmente, se quedó dormido.

Sisí Rubes no creía que lo suyo con Paulina fuese un... Si es caso, si pensaba en lo de su padre con Paulina, cuando la chica contaba diecisiete años, le parecía un infanticidio. Paulina le gustaba. Hacía tiempo que Sisí no necesitaba de otras mujeres. Hasta el palmito de Isabel Gutiérrez, en otro tiempo tan deseado, era ya historia. No lo recordaba o, de recordarlo, lo hacía con absoluta frialdad, como algo de lo que podía buenamente prescindir. Sin embargo, hacía dos meses que Sisí constataba en su alma un vacío; Sisí se sentía fogueado y ardiente a rachas, mas, inmediatamente, caía en un estado de laxa postración. No era la guerra. Él sabía que no era la guerra, porque meses antes de la guerra ya advirtió en su sangre este decaimiento y este desánimo. Era algo como un sentimiento brutal y vívido de incapacidad. Frecuentemente, Sisí Rubes pensaba que en la vida gozó de todo, conoció de todo, y que, por lo tanto, la vida, en el futuro, carecía para él de objetivo.

Cuando le habló a Paulina de su decepción, ella se atribuló y le atusó la cabeza. Paulina no era como su padre o como su madre: ella creía en su problema moral y se esforzaba en hallarle una solución. Le aconsejó que leyera. En otra ocasión le dijo: «¿No sientes alguna inquietud especial, Sisí? ¿No te gustaría la mecánica, o las leyes, o estudiar el curso de las estrellas?». Sisí se miraba, abrumado, sus manos grandes vacías. Experimentaba la sensación de ser un algo frustrado e incompleto. «Quizá —le dijo a Paulina una noche cálida, en el campo, con el cielo arriba— sea que yo no he empezado la vida por el principio, como debe ser. Dime, Paulina, ¿qué hay más allá de los veinte años?» Paulina le acariciaba la cabeza: «Cariño, no te atormentes. Encontrarás, tal vez, la mujer de tu vida». «¿Y más allá de las estrellas?», indagaba Sisí. «Está Dios», decía Paulina, levemente sobrecogida. «Dios, Dios, ¿crees tú que Dios me odiará?» Paulina rompió a llorar. Aún era mayo. Emitía unos sollozos crispados. También a ella le atormentaba la idea de Dios. A Sisí le atraía, en cambio, una difusa noción de la nada. Le apetecía, más que otra cosa, descansar mucho, sin limitaciones. Preguntó:

—¿Crees tú que los que no han nacido es como si hubieran muerto?

Paulina hizo un esfuerzo y se secó las lágrimas:

—No te entiendo, Sisí —dijo.

—Bueno —dijo Sisí—. Si un hombre se casa con una mujer tiene hijos distintos que si se casase con otra, ¿no es así? ¿Puedes decirme, Paulina, cuántos seres quedaron sin nacer desde que la Tierra existe?

—No pienses esas cosas —dijo Paulina.

Se le torció la boca a Sisí en una mueca de precoz amargura:

—¿Temes que me vuelva loco? ¿No es eso?

Paulina le estrechó tiernamente contra sí. Le dolía el desvalimiento y la soledad de Sisí. Pensó: «Cecilio es un egoísta. Siempre fue un egoísta, Cecilio».

Con cierta frecuencia, Sisí la deseaba y ella se entregaba con un violento deseo de hacerle dichoso. Pero el ardimiento de Sisí era puramente transitorio. La depresión volvía más acentuada tras el momentáneo goce. Pensaba Sisí: «¿Es hartura o es limitación?». Su padre le había dicho un día: «Lo tuyo y lo de Paulina es… es… bien, es algo así como si sedujeras a tu madre». Por fuera se echó a reír Sisí, pero por dentro le sobrecogió una especie de viscosa repugnancia. Se lo contó a Paulina. Ella dijo: «Tu padre está celoso». «¡Oh!, ¿celoso de mí? —protestó Sisí—. Eso es mezquino.»

Bebía mucho para olvidar su vida en el tope, su hartura o su limitación; para olvidarse de todas las cosas. Se encontraba mejor inconsciente, transportado a un mundo maravilloso al margen de toda atadura. Hubiera deseado estar siempre borracho o, al menos, bajo la sensación placenteramente difusa del borracho. Entonces nada le importaba. Una noche, Gloria y Luis Sendín le recogieron inconsciente en un banco del parque. Su madre se lo contó abochornada, al día siguiente. Sisí dijo: «¿Qué quieres?». Adela lloraba sobre su pecho. A él le mortificaba ser causa y ocasión de lágrimas y pesares. «No puedo hacer otra cosa. Es algo más fuerte que yo.» Su madre le abrazaba convulsivamente. Sólo decía: «Hijo… hijo… hijo». A Sisí le dolía el esfuerzo de todos por alterar su signo; las lágrimas de su madre, la tesonera actitud de Luisito Sendín, los leves reproches de colegiala de Elisita Sendín. Sólo Cecilio Rubes, su padre, decía: «Bien, ¿qué os choca? ¿Es que la juventud ha sido alguna vez de otra manera?».

Un día caluroso de junio, camino de su casa, Sisí Rubes tropezó con una Elisa Sendín desconocida. Se había cortado las coletas y había jubilado su uniforme de colegiala.

—¡Oh! —dijo Sisí—. ¿Puedes decirme qué ha pasado? ¿Qué cambio es éste?

Ella se sofocó. Tenía los ojos pequeños y rasgados, muy brillantes, como su madre. El pelo corto alargaba su garganta y le daba un aire

de graciosa fragilidad. Su cuerpo conservaba aún la vaga imprecisión de la adolescencia. Dijo:

—Hola, Sisí. No volveré al colegio. Tengo dieciséis años.

A Elisa la azoraba Sisí. Estaba acostumbrada a oír hablar de él a sus padres en cuchicheos e interrumpirse cuando ella se acercaba. Solía verle con mujeres raras y, últimamente, con una pelirroja que debía de llevarle muchos años. Ante Sisí se sentía pequeña, ridícula y un poco ñoña. Lo consideraba un chico mayor y recelaba que se riese de ella. Algunas veces se atrevió, sin embargo, a decirle que no bebiera vino. Sisí, en cambio, la trató siempre con un asomo de cariñosa condescendencia:

—Estás muy guapa —dijo—. ¿En qué piensan los chicos de aquí que te dejan volver solita a casa?

—¡Ah! —dijo ella—. ¡Qué tonto eres!

Llevaba los brazos desnudos y eran como dos ramas delgadas y vitales. En otro tiempo, Sisí la tomaba del brazo y bromeaba con ella. Quince días antes la hubiese tirado de las coletas. Hoy, todo era distinto. En primer lugar, Elisa Sendín ya no tenía coletas, y, en segundo, algo emanaba de ella que le frenaba. Dijo él:

—Te vi de lejos y pensé: «Aquella chica es nueva en la ciudad; no hay chicas tan guapas que yo desconozca».

Dijo ella:

—¿Tan rara me hacía el uniforme?

En el fondo, estaba halagada, aunque sospechaba que Sisí estuviese bromeando. Ella sabía que a Sisí le gustaban las chicas más atractivas. Tenía Elisa Sendín un pobre concepto de sí misma. Era alta, pero se consideraba torpe y desgalichada. Dijo Sisí:

—Bien. Una nueva mujer se asoma al mundo. ¡Oh, vaya, ten cuidado! Hay quien piensa que el mundo se come a las niñas crudas.

Elisa Sendín apretó el paso. Apenas sabía sostener una conversación a solas con un chico. Intuía que ahora sería torpe abordar los mismos temas que cuando era una atolondrada colegiala. Todo era distinto, pero, a pesar de ello, ella seguía aún sin saber dónde colocar las manos. Echaba de menos los libros, los lapiceros y la cartera de estudiante. Su madre le decía, a veces: «Hija, tienes que corregirte; andas lo mismo que un soldado». Ella decía: «Pero mamá...». Mas no se atrevía a preguntarle si eran los brazos o las piernas o ambas cosas lo que movía como un soldado. Se sentía tonta, grotesca y humillada. Experimentó cierto alivio al llegar a casa. Sisí vigilaba de cerca el azoramiento de Elisa. Acababa de descubrir en ella una desconfianza en sí misma que le conmovía. Ella dijo:

—¡Hasta luego, Sisí!

Sisí pensó: «Estaba deseando escaparse». Mientras comía, Sisí pensó: «¡Oh!, a lo mejor la hice llorar». Notaba que la sensación de la

muchacha no había huido completamente de él; quedaba agarrada a sus poros y a su esencia. Se tumbó después de comer y se dijo: «Es una ingenua». Tenía las manos debajo de la nuca y la mirada fija en el techo. Hacía calor. Oyó una música amortiguada tras el tabique y pensó: «Elisa da su lección de piano». Al cabo de media hora, la música cesó; pensó Sisí: «Ya ha terminado». Luego se dijo: «¿Qué me importa a mí lo que haga la pavisosa de Elisa Sendín? Parece como si la estuviera acechando». Inmediatamente reconoció que su conversación con la muchacha había venido a descubrir, en la tenebrosa sima en que últimamente se movía, una rendijita de luz. «Vaya —se dijo—. ¡Es curioso!» De su vida de relación con Elisa Sendín no recordaba más que los coscorrones normales de la primera infancia y las irrupciones inoportunas de la niña cuando él hablaba de cosas fundamentales con Luisito Sendín. Él decía: «Hola, Elisita». Ella decía: «Bueno, me tengo que marchar, ¿no es eso?». Decía Luisito Sendín: «Exactamente, querida. Lo has adivinado». Después, alguna vez, Elisa le decía: «¿Por qué bebes vino si dicen que es un veneno?». Él decía: «Es rico». Ahora, Sisí pensaba en todas estas cosas y las rumiaba. A las seis se incorporó y pasó a casa de los Sendín. Preguntó por Luis. Vio a Elisa cruzar el pasillo y dijo:

—Hola, Elisita.

—Hola, Sisí —dijo ella.

Él añadió:

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Sisí temía la aparición de Gloria. Sabía que el matrimonio Sendín estaba en guardia ante él. En cierto modo lo consideraban un apestado. Elisa dijo:

—Estoy yo sola con los niños. Pasa.

Dijo Sisí:

—¿Por qué no tocas un rato el piano para mí?

Se sentó en un sillón mientras Elisa tocaba. El salón estaba en penumbra y Sisí advertía a través de la música una misteriosa y confidencial comunicación. Por lo general, la música le inspiraba un reblandecimiento melancólico. Hoy, este reblandecimiento estaba impregnado de un algo vivificante y placentero. Mantenía los ojos cerrados y ahora no notaba el calor. Descansaba totalmente así, como en un sueño profundo. Elisa no hablaba. Tocaba de oído y antes de que sus dedos oprimieran las teclas dibujaba la armonía en su cerebro. Esto suponía para ella una agradable concentración. Le complacía esta tarde tocar sólo para Sisí. Anteriormente estuvo tumbada en la cama, llorando. «Soy una estúpida —se dijo—. Sisí me habla como a una criatura estúpida.» Y, quizá por primera vez en la vida, ambicionó ser exageradamente bonita. De pronto, ante el piano, con Sisí escuchando, se encontraba más sosegada. Estuvo así casi una hora y, al concluir, se

levantó. Vio a Sisí aplaudir, y de nuevo le subió de la garganta un imperioso deseo de llorar.

Chilló Sisí:

—¡Bravo, Elisa! Eres una gran pianista, ¿sabes?

Ella se recostó en el brazo del sillón:

—Sisí… —dijo.

—¿Qué?

—Te voy a pedir un favor.

—¿Un favor? Dime.

—No me hables siempre como si yo fuera una chica tonta —dijo Elisa.

—¡Oh, no! —dijo él—. ¿De veras crees que yo pienso eso de ti?

Le gustaba ver las manos de ella, delgadas, inquietas e imprecisas; unas manos que ahora se le antojaban recorridas de una nerviosa vibración.

—Me dices las mismas cosas que cuando yo era pequeña. ¿Por qué hablas siempre conmigo en tono de broma?

Sisí tuvo un impulso de cogerle una mano, pero el pelo corto de Elisa le dominaba. Dijo:

—De veras pienso que tocas muy bien el piano. No es una broma eso.

—Bueno —siguió ella—. Me refiero a todo lo demás.

Se alzó un silencio tenso. Sólo se oía un reloj y el lejano rumor de los niños. Sisí pensaba: «¿Qué puedo decir yo ahora?». Dijo Sisí, al fin:

—Bueno. ¿Puedo salir contigo esta tarde?

Ella denegó con la cabeza.

—¿Cuándo podemos salir juntos, entonces?

—Mañana —dijo Elisa.

A Sisí empezó a serle agradable la compañía de Elisa Sendín.

Salían juntos a menudo y regañaban por naderías. A Sisí Rubes le divertía que Elisa se enfureciese si él decía que Shirley Temple era una niña retaco y empalagosa. Notaba una ardiente oleada de ira si veía a Elisa Sendín paseando con algún muchacho. Un día le dijo: «Las chicas, en cuanto os dicen que sois guapas, os volvéis insoportables». Ella se enfadó. Al día siguiente no salieron. Al otro, Sisí pasó a preguntar por Luis Sendín. Elisa, como quien no quiere la cosa, entró en la habitación. «¡Hola!», dijo Sisí. «¡Hola!», dijo Elisa. Dijo Sisí: «No estarás enfadada, ¿verdad?». Dijo Elisa Sendín: «¿Por qué voy a estar enfadada?». Así hicieron las paces. Sisí pensaba: «¿Qué me sucede?». Advertía, o mejor intuía, algo parecido a un cambio. En ocasiones pensaba que él, en la vida, fue siempre derecho hasta el fin sin reparar en muchas cosas bellas del trayecto. Ahora había hecho marcha atrás y repetía el recorrido por sus pasos naturales. Eso era todo. Podía ser lo suyo un despertar u otro nuevo, pasajero y frustrado intento. Era un

fenómeno extraño el que Elisa provocaba en él. No levantaba su apetito y, por tanto, en su opinión, aquello no era amor. Por primera vez en la vida, Sisí Rubes sentía un placer pleno, sin más que estar sentado al lado de una muchacha más bien delgada. No experimentaba deseos de entablar contactos más o menos furtivos. Ni deseos de abrazarla. Él creía que, de intentarlo, la estropearía y la mancharía; destruiría, de fijo, aquello tan hermoso, y tan extraño, y tan frágil, que de un tiempo a esta parte se ensanchaba dentro de él.

Un día, Elisa le hizo esconderse para que no les viera su padre.

Dijo Sisí:

—¿Es que no quieres que te vean conmigo?

Fruncía el ceño y su expresión se endureció al ver azorarse a la muchacha. Insistió:

—Es eso, ¿verdad?

Elisa Sendín vaciló. Dijo:

—Mamá dice… mamá dice que tú eres de otra manera. Bueno… que te diviertes de otra manera… Yo le dije: «Sisí ya no bebe vino». Ella dijo: «De todos modos, hija…». Yo… yo…

Se ofuscó. Era como un vehículo que empieza a vacilar en un camino arenoso y termina por detenerse. Se esforzó Elisa en decir algo, en vano. Añadió él:

—¿Tú qué piensas de mí?

—¡Ah, Sisí! Tú antes ibas con chicas raras… Ibas con una chica pelirroja… Bueno, no sé. Ahora vienes conmigo. Yo no pienso más cosas de ti, te lo aseguro.

Aquello dejó una huella en el alma de Sisí. A solas, se decía: «Soy como un hombre con las manos sucias». A menudo se desesperaba y se golpeaba a sí mismo con los puños crispados. Había comprado unas píldoras para aborrecer el vino, pero, aunque bebía menos, seguía haciéndolo, por más que ahora se ocultase. También continuaba visitando a Paulina, a quien daba cuenta de su proceso. Paulina le animaba y le decía: «Ésa es la chica con quien has de casarte». Decía Sisí: «No me gusta para eso». Paulina volvió a sentirse encerrada entre cuatro paredes. «Es mi sino», pensaba. Claro que ahora poseía la libertad de moverse sola a su capricho. Pero Sisí ya no la llevaba a bailar, ni hacía ostentación de ella. Paulina decía dolorida: «Amor es lo que sientes por ella; no lo que sientes por mí». Él se enardecía entonces y la quería. «Ella no me atrae así; de ninguna manera», decía Sisí apasionadamente. Pero, después, le quedaba un regusto seco y áspero, como una desolación. Y tenía conciencia entonces de lo que pueden ser dos mundos diametralmente contrapuestos.

Una vez, Luisito Sendín se encerró gravemente con él, en el despacho de su padre. «Me va a pedir cuentas», pensó Sisí. Le encendió una reacción intemperante de lobo acorralado:

—¡No me irás a prohibir andar con tu hermana! —chilló—. Yo sé mandar en mí y ella sabe mandar en ella. ¿Por qué diablos todo el mundo se mete en nuestras vidas?

La familia Sendín tenía un concepto calderoniano del honor. Sisí sabía que los Sendín anteponían el honor familiar a toda otra posible virtud. No ignoraba Sisí que los Sendín matarían por defender el honor. Dijo Luis con fría calma:

—¡En modo alguno!, yo no prohíbo nada a nadie. Yo te quiero como a un amigo, Sisí. Bueno, eso ya lo sabes. No me meto en vuestras vidas. Pero te conozco a ti y ella es mi hermana y... sólo quiero decirte... quiero decirte que si algo le pasara a Elisa yo te mataría. Créeme que no vacilaría en matarte en ese caso.

Le había mirado con unos ojos lejanos, desconocidos. Sisí pensó: «¡Oh, qué ridiculín está Luis diciendo estas majaderías!». Después, Luisito Sendín le hizo sentarse, como si no ocurriera nada, y le dijo:

—Sisí, quiero anticiparte que es cuestión de días el que se arme un fregado aquí. Vamos a jugarnos todo a una carta. Eso es. Desearía saber si tú... en fin, si tú... si tú... si podemos contar contigo para la causa que defendemos. Es la ocasión y...

—Habla más claro —dijo Sisí.

Luis frunció el ceño y apretó las mandíbulas. Dijo:

—Más claro: ¿estarás o no a nuestro lado para pegar tiros cuando sea necesario?

Le sorprendió la rápida negativa de Sisí.

—No —respondió—. De ninguna manera. Todo eso es cuenta vuestra. Yo no entiendo ni lo que vosotros queréis ni lo que quieren los otros. Hay algo turbio en todo eso aunque tú no lo creas.

Salía con Elisa todas las mañanas a sentarse en la penumbra del parque. Sisí constataba la resurrección de la primavera en torno. Por primera vez advertía, en algo más que las alteraciones de temperatura, la sucesión de las estaciones. Sisí no sabía que su existencia precoz le privó de estos goces. En ocasiones pensaba en Ven y en la Nati, en sus lejanas aventuras en estos mismos bancos del parque. Se decía: «Es curioso. Me parece como que soy más joven ahora y, sin embargo, han pasado muchos años». Elisa decía: «¿No es Elisa Landi la mejor artista de cine? Di». Respondía Sisí: «¿Lo dices, acaso, porque se llama como tú?». Una mañana, Sisí Rubes le confesó:

—¿Sabes qué pensaba yo de ti?

—¿Qué? —dijo Elisa.

—Me parecías una pavisosa. Yo decía que si no fueras hermana de Luis haríais un matrimonio perfecto.

Elisa Sendín se sofocó:

—¡Ah, Sisí!, ¿de veras no te parezco ahora una pavisosa?

Dijo Sisí:

—Hace un calor sofocante.

Añadió Elisa:

—Luis, mi hermano, es un chico muy guapo.

Después hablaron otra vez de Elisa Landi. Al despedirse Sisí advirtió en la cara de Elisa Sendín una leve alteración. Dijo Sisí:

—¿Te ocurre algo?

Respondió Elisa:

—Sisí, dame tu palabra de honor de que ahora no te parezco una pavisosa.

Unos días después estalló la guerra. La guerra alteró la vida y la tranquilidad de Sisí. Aquellas bombas que, de vez en cuando, caían sobre la ciudad abrían un estrépito como si la tierra toda se desgarrase. Eran como truenos horrísonos, que metían su estruendo a través de la carne. Luis Sendín y los muchachos como él andaban de aquí para allá con el fusil presto y las cartucheras a la cintura. Eran tan jóvenes que parecían niños jugando a la guerra. Salían de la ciudad en camiones, voceando al viento. Sisí no sabía dónde, y muchos no volvían; quedaban tendidos sobre los surcos o sobre las crestas grises de las montañas. Había una vibración extraña poseyendo la ciudad, poseyendo la tierra, poseyéndolo todo. Sisí, en el foco de este caos, se sentía descentrado. Le sorprendió la actitud decidida de su padre, el sentido de iniciativa de su madre organizando en tres días un hospital donde antes hubiera un colegio, los arrestos de Luis Sendín, la voluntad y el entusiasmo de Elisa Sendín yendo cada tarde al polvorín para fabricar municiones. Sisí se preguntaba: «¿Cuándo acabará todo esto?». Le parecía impropio que las gentes volcasen toda su capacidad y todo su esfuerzo en una causa impersonal, en algo que no era tangible y sí muy problemático. Se le antojaba que la gente le miraba en la calle, como diciéndose: «¿A qué espera este muchacho para agarrar un fusil?».

Luego venían los aviones y, con ellos, el estruendo, y, con el estruendo, la muerte. Sisí gemía, arrinconado bajo un colchón, y se decía: «Yo no sirvo para la guerra. No podría ser útil a nadie». Temblaba. Elisa le decía con frecuencia:

—Sisí, ¿por qué no vienes al polvorín conmigo? ¿Por qué no haces alguna cosa?

Comprendía Sisí que para Elisa y para su clan, su actitud resultaba incomprensible y humillante. Solía decir:

—¡Ah!, yo no tengo nada que ver con vuestras tonterías.

Se veía con Paulina frecuentemente. Él le decía: «Yo no valgo para la guerra. Yo no veo nada útil detrás de esta guerra». En cierto modo, Sisí barruntaba que la vida y la persona no eran, en determinados momentos, lo primero. Los ojos de Elisa Sendín le permitían entrever que se cernía algo grande y elevado por encima de

aquella espantosa catástrofe. Paulina le alentaba: «Tampoco valgo yo para la guerra». Mas la guerra se prolongaba —no fue cuestión de meses como Sisí previera— y la amenaza de ser llamado a filas se alzó en él. Era como el soldado que ve aproximarse un rosario de bombas y piensa: «Otras dos y la siguiente caerá sobre mí». El alistamiento avanzaba implacable. «¡Oh! —pensaba Sisí—, cada vez bajan más el tope y yo soy cada día mayor. No hay remedio. Tendré que ir a la guerra.» Se abrazaba a Paulina crispadamente: «¡Esas bombas! ¡Esas bombas! ¿Es que no se darán cuenta de que no lo puedo resistir?».

Ante Elisa fingía serenidad. Consideraba que para ella verle temblar sería causa del mayor desencanto. Salían menos ahora porque el esfuerzo de la muchacha parecía cada vez más necesario. Un día le dijo Sisí:

—Esas manos, Elisa. ¿Qué te ha ocurrido en esas manos?

—¡Ah, no te preocupes! Se ponen amarillas de la trilita. Es como si te dieras yodo —dijo ella sonriendo.

«La trilita, la pólvora, la dinamita», pensaba Sisí. Odiaba esos vocablos. Odiaba la hélice que su padre exhibía en la vitrina principal del Establecimiento. Odiaba los himnos, la unción colectiva, el veneno bélico que endurecía los corazones. «Tal vez si la guerra hubiera llegado antes de que Elisa se cortase las coletas no me hubiese importado tanto», se decía. Un día le dieron la noticia de que Luis Sendín se alistaba en el Tercio. Sisí se sobrecogió. Cada iniciativa de Luis Sendín le humillaba más. Parecía como si quisiera echarle en cara su pasividad. Elisa decía:

—Haz algo, por Dios. ¿No comprendes que en estos momentos no es posible estar mano sobre mano?

Una tarde volvieron los aviones y la muerte sobre la ciudad. Las bombas caían lejos y su estruendo era más prolongado, pero menos intenso. Al concluir el bombardeo, Sisí salió a la calle. La gente señalaba atemorizada las densas columnas de humo izándose en el aire quieto de la tarde. Dijo una mujer: «¡Es el polvorín! ¡Han volado el polvorín!». Algo como un ramalazo le sacudió por dentro a Sisí. Echó a correr enloquecido, sin detenerse a pensar nada, y mientras corría no le importaba que los aviones volvieran, ni que el estrépito de las bombas hundiese la Tierra. Decía sólo: «¡Han matado a Elisa! ¡Han matado a Elisa!». Caía el sol de plano sobre la carretera, y él continuaba corriendo desencajado. Oía el rasguear de las chicharras sobre los chopos de las orillas y el hedor acre del asfalto reblandecido. Todo cooperaba a formar en él una confusa sensación de tragedia. Le adelantó un camión de socorro y él se agarró crispadamente a la trasera y trepó hasta él. No quería concretar su pensamiento en Elisa, porque se le formaba una bola en la garganta. Tenía que estar tranquilo para actuar con serenidad. Se aproximó a la cabina y oyó la

voz de un soldado: «No ha sido en el polvorín. En el polvorín no ha pasado nada». Sísí experimentó unos deseos locos de reírse a carcajadas. Se sentía inconteniblemente feliz. «No ha pasado nada», se repetía. Se pellizcaba para hacerse más real la realidad. Frente al polvorín se arrojó del camión en marcha y cayó dando volteretas sobre la carretera. Notó un fuerte dolor en un hombro, pero echó a correr hacia el edificio de ladrillos. Todo, allí, estaba intacto. Preguntó al centinela por Elisa y al verla ante él le empezaron a escocer los ojos como si los tuviera llenos de tierra.

Dijo Sisí:

—¡Oh, Elisa, querida! Las bombas… dijeron que habían caído aquí. Yo dije: «Han matado a Elisa», ¿sabes? He pasado un miedo atroz.

Tomó de la mano a la muchacha y ella se dejó llevar. Algo, dentro de Sisí, se conmovía al contacto de aquella mano. Caminaban lentamente por la carretera. Sisí no advertía ahora la dureza del sol, ni el acre olor del asfalto.

Se sentaron al pie de un pino y Sisí dijo:

—Tú te vendrás conmigo, ahora; no trabajarás más esta tarde.

Elisa frenó su entusiasmo. A veces, Elisa Sendín parecía mayor de lo que era por su aplomada gravedad:

—Tengo que trabajar, Sisí —dijo—. Todos deberíamos trabajar hasta más allá de nuestras fuerzas. La victoria depende de nuestras manos.

Se miraba patéticamente sus pequeñas manos amarillas de trilita. Prosiguió:

—¿Ves? Esas bombas, Sisí, no me han matado a mí, pero habrán matado a otros. Alguien estará sufriendo ahora, ¿no lo comprendes?

Sisí miraba las débiles manos de Elisa, todo su frágil cuerpo. Una rara fiebre le enardecía. Pensó: «¡Oh, ¿qué me pasa a mí que no logro ver las cosas de esa manera?».

Cecilio Rubes se despertó temprano. Adela, empero, ya había salido para el hospital. Su primer pensamiento fue para el general López. «Bien. Allá voy», se dijo. Se bañó deprisa, se afeitó y, por primera vez en mucho tiempo, no entonó una canción mientras se rasuraba. Últimamente solía tararear himnos patrióticos. Las reuniones en casa de los Sendín, desde que la guerra estalló, giraban en torno a los himnos patrióticos. Gloria los interpretaba al piano con notable pasión. Si tocaba la marcha de *Los legionarios* o *El novio de la muerte*, le brillaban mucho los ojos y tecleaba con cierta impaciencia. Seguramente pensaba en su hijo mayor. Las reuniones no las dictaban ahora los aniversarios, los santos o los cumpleaños, sino las

conquistas, los avances y las ocupaciones. Una cota, hoy, tenía un valor superior a un cumpleaños. «La guerra —pensaba Cecilio Rubes— ha trastornado muchas cosas.»

La víspera habló con Sisí. Su reemplazo estaba en puertas y no se podía perder el tiempo. Por la noche, Adela le había dicho que a Sisí le vendría bien el Ejército. Él tardó mucho en dormirse. Ahora recordaba que oyó dar las tres en el reloj del salón. Con este recuerdo se creyó en la obligación de tener la cabeza pesada. «Claro —se dijo—. Apenas si he pegado el ojo.» Andaba deprisa y como abstraído. Vio cruzar un camión cargado de soldados y pensó en Sisí. «Dios mío», se dijo. Más allá, en el balcón de un edificio militar, ondeaba una bandera, y Cecilio Rubes se tocó el ala del sombrero en actitud respetuosa. Cruzó una muchacha a su lado y la midió de arriba abajo. «Espero que López no me suelte una coz. Cuando lo de su chico estaba muy entero», pensó. Poco más tarde, pensó: «¿Quién iba a adivinar que esto era la guerra? Bien. Parecía una cosa de broma y como quien no quiere la cosa ya llevamos cuatro meses enredados en esto. ¿Qué vamos a adelantar? Todos arruinados, la nación arruinada, los hogares sin pan. Ése es el resultado de las guerras. Luego, la gripe, por si acaso la guerra no hubiese arrancado bastantes vidas. Y cuando pase la gripe a preparar otra guerra para que los chiquillos que nazcan entonces también tengan su parte». Cecilio Rubes ya no se acordaba de los petardos, la incertidumbre, ni de sus proyectos de marcharse a Portugal. En sus breves semanas de militante activo de la segunda línea, se sintió bélico. Ahora de súbito se sentía pacifista y odiaba la guerra porque la guerra, para él, era Sisí.

Se puso un poco nervioso esperando en la anacrónica salita de la casa del general. La amistad entre los socios del Real Club tenía características propias. Se reducía a la escueta solidaridad del centro, tal vez, a una ocasional confluencia los domingos en misa de una. Pero, por ejemplo, Cecilio Rubes no había pisado hasta hoy la casa del general López, ni el general López pisó nunca la suya.

El general López, en bata, parecía mucho más alto. Su mirada era también más dura y desafiante, desde la guerra. A Cecilio Rubes se le antojaba un hombre distinto al que él conocía y trataba en el Real Club. Dijo:

—Mi querido general.

—¿Qué hay, Rubes...?

Se sentaron uno junto a otro en el sofá isabelino. López le miraba con fijeza. Rubes vaciló.

—Bien, López —dijo—. ¿Cómo está tu esposa?

El general López clavó la mirada en la alfombra. Cualquiera pensaría que contaba los rosetones de la greca. Respondió:

—Las mujeres reciben ahora esos golpes con sorprendente

serenidad. Ella se hizo a la idea desde el principio de que esta guerra habría de costarle algo importante. Cuando vine a darle la noticia lo vio antes en mis ojos. «¿Ya, Mariano?», me dijo. Yo dije: «Ya». Ella dijo, entonces: «Alabado sea Dios. ¿Podrán traerlo?». No quiso que nadie, fuera de mí, la ayudara a amortajar al chico.

A Rubes le picaba la garganta. Carraspeó. No comprendía cómo podía hablarse con esta tranquilidad de la muerte de un hijo. Añadió el general:

—Yo creo que Dios les envía una fuerza sobrenatural. Claro que queda el consuelo de que han muerto por una gran causa.

—Ya, ya —dijo Rubes—. Los chicos. Bien, uno cría y educa a los hijos pensando en su porvenir y... y... bueno, nadie sabe nunca lo que hay detrás de la cortina. Bien, a propósito de chicos, López, yo... bueno, mi chico va a entrar ahora en edad militar. Bueno, yo he pensado en ti. Sólo tengo un chico, López, y tiene un temperamento del diablo. Bien, es como un manojo de nervios; con las explosiones se agita y se vuelve como loco... temperamentalmente, es un inútil para estas cosas. Bueno, no está acostumbrado, eso es todo. Yo comprendo bien que ésta es una guerra en la que cada cual debe aportar su esfuerzo y... y... bueno, que no es correcto que unos ganen la guerra y otros disfruten de la victoria. Bien, todo eso es lo natural y lo justo. Pero yo digo, López: un chico despierto, ¿no puede encontrar un sitio tranquilo donde rinda a la causa una utilidad superior... bien, una mayor utilidad que con un fusil en la mano?

El general no se inmutaba. Para ablandarle, Cecilio le dio una cariñosa palmada en el muslo izquierdo. Añadió amistosamente:

—Ayer pensé en ti. Recordaba cuando me ofreciste el homenaje hace un montón de años. Y... me dije: «Bueno, iré a ver a López, que me aconseje». En realidad, fue mi mujer la que me empujó a ello. Bueno, ya sabes lo que son las mujeres. Una madre con un solo hijo cree que sus sentimientos son los únicos que merecen... bueno, que merecen respeto. Tú ya me entiendes.

El silencio que siguió estuvo poblado, para Rubes, del zumbido de la ansiedad. Intuía que acababa de dar un mal paso. El rostro del general López estaba tenso y sombrío. Cuando le miró, Cecilio no pudo resistir la fuerza de sus ojos grises y bajó los suyos a la alfombra. Dijo el general López:

—Mi querido Rubes. Entiendo que tú y yo vemos estas cosas de distinta manera. Quizá sea la diversa circunstancia personal. En fin, tu hijo es fuerte y sano y yo no veo otro lugar más apropiado para él que las trincheras.

Algo cambió de sitio en el abdomen de Cecilio Rubes. Pensó: «Maldito. Está resentido». Sonrió, empero. La amabilidad del general dejaba aún una vaga esperanza. Dijo:

—Es un chico extraordinariamente nervioso, te lo aseguro.

Sonrió el general con amargura:

—¿Qué pensarás si te digo que mi hijo se asustaba de los ratones, Rubes? Eso no importa. Cuando hay que ser hombre, se es hombre. Prado dice: «El valor no consiste en no sentir miedo, sino en comérselo». Es una gran verdad. Comprenderás que mi hijo tampoco era tonto y pude buscar para él «un sitio tranquilo». No lo hice entonces por él, porque entendía que su deber era ir al frente, y no lo haré ahora por tu hijo, porque la conciencia me lo reprocharía.

Cecilio Rubes se agitó. Se pasó la mano acolchada por la frente. Pensó decir: «Tu hijo era militar y era su deber y para eso cobraba», pero se contuvo. Dijo sólo:

—Entonces, ¿no me das ninguna esperanza?

El general se levantó:

—Lo siento, Rubes, lo siento mucho, créeme. Cuenta conmigo para todo menos para eso. Otra cosa sería atropellar mis principios y los principios son algo sagrado para mí.

Le acompañó a la puerta. Rubes pensaba: «Quiere que maten a mi hijo y a todos los hijos porque él ha perdido el suyo. Bien. No me hace falta, ¡que se acueste con su egoísmo!».

Sonrió débilmente:

—General... —dijo.

—Adiós, Rubes —dijo el general—. Di a tu hijo que esta guerra es una cruzada y que todos los muchachos están orgullosos de servirla en los puestos de mayor riesgo y responsabilidad. Es una guerra...

—Adiós, López —dijo Rubes.

Pensó: «Esta guerra, esta guerra, esta guerra. ¡Me cago yo en la guerra! La guerra es desolación, hambre y ruina. ¿Es que hubo en el mundo alguna guerra provechosa?». Le dolía el pecho y notaba una rara fatiga. Tal vez fuese la ira; tal vez la humillación. En el Establecimiento no encontró la calma. Sisí le dijo:

—¿Qué hay, papá?

Dijo Rubes:

—Nada; es un buey.

A Adela le dijo por la noche:

—Hemos de hacer algo. Cualquier día se nos llevan al chico a morir por ahí. Bien: es preciso obrar con rapidez. López ha estado hecho un mentecato.

Adela estaba cansada. Todos los días estaba cansada Adela. Dijo:

—¿Por qué no hablas con Hipo, querido?

—Hipo, Hipo, ¿qué puede hacer Hipo?

—Es teniente coronel de Intendencia, Cecil.

—¿Bien?

—Es un puesto ése de cierta seguridad.

Como un rayo atravesó el cerebro de Rubes esta idea: «Siempre estará mejor el chico cebando a los que pegan tiros que pegando tiros».

—¡Ah, Adela! ¡Claro que puedo hablar con él!

—Podría hacerle su asistente, incluso.

—¡Eso no! —dijo Rubes—. ¿Mi hijo limpiando las botas a tu primo? ¡Eso nunca, querida! Antes, la Legión.

—En estos casos debemos dejar el amor propio a un lado, Cecil. Eso al menos creo yo. Siempre estará mejor limpiando las botas a su tío que a un desconocido.

Rubes se revolvía inquieto en el lecho. Hubiera deseado que fuera ya mañana para actuar. «A lo mejor están disponiendo en este momento la movilización del próximo trimestre», pensaba. Continuaba oprimiéndole el pecho algo así como un cuerpo extraño. Pensó: «¡Cuánto me alegro ahora de haber intimado con Hipo y con la tonta de Ester! Bueno, en la vida lo esencial es tener amigos. Siempre lo he creído así». Oyó dar las dos, las tres y las cuatro. A las ocho ya estaba en pie. Visitó a Hipólito en el cuartel:

—¡Arrea! —dijo Hipólito—. ¿Qué le trae a mi primo por aquí?

Se limpiaba el sudor de las manos en la guerrera.

—Bien —dijo Rubes sin aliento—. Sisí está en vísperas de movilización, ¿entiendes? Bueno, tú ya sabes lo que ese chico es para su madre y para mí. Mi querido Hipo, nunca te he molestado, pero ahora necesito que me eches una mano. Bien, ¿no podría presentarse Sisí antes de que lo llamaran? Estando a tus órdenes el chico… bueno, el chico se desenvolvería mejor y tú velarías por él.

Hipo sonreía:

—Yo saldré para el frente dentro de un mes, primo —dijo.

—¿El frente?

—Bueno. No a la primera línea, si es eso lo que quieres saber. La Infantería está en la Sierra. Nuestros almacenes de víveres estarán abajo.

—¿Donde no llegan los tiros?

—Nos situaremos donde no alcance la artillería. Eso es esencial.

—Bien —dijo Rubes—. Yo no pretendo que mi hijo se escurra de sus deberes militares, naturalmente. Entiendo, bueno, entiendo que vale la pena sacrificarse por esta causa. Irá al frente contigo y… y… bueno, todo lo demás.

Hipo dijo:

—Podría hacerle mi asistente. Estará mejor y más libre que en el batallón.

—¡Oh…!

Rubes, de pronto, se encontraba incómodo y humillado. Pero no quería humillar a su primo aun a costa de descargarse de su propia

humillación. Vacilaba. Pensó: «Quizás en este instante estén decidiendo la movilización de Sisí». Dijo, abrazando afectuosamente a Hipo:

—Querido primo. Eso lo dejo a tu albedrío. Bueno. Tú sabrás lo que le conviene al chico. Mañana se presentará. Bien, muchas gracias por todo.

—¡Arrea! ¿Gracias? —dijo Hipo—. No querrás que me enfade, ¿verdad, Cecilio?

Por primera vez en la vida, Sisí se vio sujeto a un destino impuesto a contrapelo de su voluntad. Estaba acostumbrado a obrar sin coacciones. Se le hacía abusivo e inicuo que alguien —el Estado o quien fuese— dispusiera ahora de su persona sin contar con su asentimiento. De todos modos, si por algo se alegraba era por Elisa. Había llegado el momento de hacer algo. El día antes, Daniel Sendín, el hermano de Elisa, le avergonzó delante de todos. Le dijo: «¡Ah, si yo tuviese tus años, Sisí!». «¿Qué harías?», dijo Sisí. «Irme al Tercio con mi hermano.» Le dijo Elisa: «Vete al colegio. ¡Anda!».

Por la mañana, estando en el parque con la muchacha, un soldado borracho le había llamado emboscado. Le dijo, además, que las chicas guapas estaban reservadas para los hombres. Sisí se levantó y le golpeó. Se pelearon ferozmente. Elisa temblaba sin encontrar una solución. Era horrible verles rodar por el suelo, golpeándose, y oírles mascullar palabrotas. Al fin, Sisí lo dominó. Jadeaba y dijo:

—No te mato porque soy más hombre que tú.

—De verdad que tienes agallas —dijo el otro.

Luego, Elisa había acompañado a Sisí a la fuente y le ayudó a restañar la sangre del labio. En el pómulo tenía un cardenal. Le dijo Elisa:

—Tienes valor, Sisí; tienes mucho valor. ¿Por qué no tomas una determinación? En el frente se necesitan hombres como tú.

Sisí lo pensaba ahora, camino del cuartel. Su tío estuvo afable y le habló amistosamente y los soldados le trataron con consideración y, finalmente, le dieron un uniforme. «Tendrás que cortarte un poco el pelo», le dijo su tío Hipo. Después le dijo: «Mientras estemos aquí podrás dormir en casa. Será poco tiempo porque saldremos al frente enseguida». Sisí se esforzó en mostrarse amable: «¿Y Hipolitín?», dijo. «Ya sabes que lo dieron inútil.» «Ya», dijo. Prosiguió su tío: «Está en Sevilla, en servicios auxiliares». Sisí pensó en cuando Ven y él le atravesaban la carne con alfileres. «¿Y lo de cura?», preguntó. Dijo su tío: «Seguirá cuando la guerra acabe, digo yo, si no encuentra antes una chica en forma que se lo quite de la cabeza». Sisí se rió. Consideraba que era una cosa muy importante ahora caerle en gracia a su tío.

A Elisa no le anticipó nada. Esperaba darle una sorpresa. Sin

embargo, al presentarse ante ella con el uniforme de soldado, Sisí sentía cierta prevención. Elisa gritó al verlo:

—¡Qué alegría, Sisí!

Él mantenía una rigidez un poco envarada. Al aproximarse, la muchacha distinguió las insignias de sus solapas. Sisí creyó adivinar en ella un desplome desilusionado:

—¡Ah, de Intendencia! —dijo Elisa.

Estuvieron juntos un rato y cuando, al fin, Sisí se marchó, Elisa Sendín se llevó las manos a las mejillas… Sentía un calor inusitado en ellas. Pensó en sus amigas. Se sentía ridícula al pensar en sus amigas. «Él… él… ¿qué dirán?», se dijo. Se le formaba un obstáculo arriba del pecho. Comprendió que tenía necesidad de llorar, echó a correr y se encerró en su habitación dando un portazo.

IV

Paulina, en cambio, lo recibió como a un héroe. Paulina no distinguía de Cuerpos ni de Armas. Para ella se era soldado o no se era soldado. El soldado era un hombre diferente de los demás hombres: era un ser creado para la guerra y que por el mero hecho de estar dentro de un uniforme ya quedaba sujeto a un riesgo. Sisí, por tanto, era un héroe. Le dijo Paulina:

—¿Por qué lo has hecho?

Dijo Sisí:

—No por mi voluntad. Te lo aseguro.

—Bueno, no importa —añadió la muchacha—. Casi todos los chicos jóvenes son hoy soldados.

Prosiguió Sisí:

—¿Qué, si no?

Paulina dijo:

—Quiero que brindemos por tu suerte en la guerra.

Paulina se sentía esta temporada triste e inquieta. Las visitas de Sisí la rejuvenecían. No obstante, sospechaba que un día no lejano Sisí, cansado de ella, la abandonaría a su suerte. Era su destino, inexorable. Cuando regresó a la ciudad creyó que anhelaba la soledad y el descanso. Después de conocer a Sisí, deseaba volver a ser joven, bonita y honrada. Lo quería así más por ella que por él. Estaba habituada a despertar hervores en los hombres y aplacarlos después. El día que no pudiese hacerlo se consideraría fracasada e inútil. Fuera de la técnica de la seducción y el amor, Paulina no conocía otra cosa. Podría vivir, es cierto, mas la soledad, de repente, la asustaba. Sin embargo, en su cabeza brotaban las canas y en los ángulos de sus facciones iban surgiendo unos pliegues sutiles, pero cada vez más acusados.

Había intentado reanudar las relaciones familiares, mas su hermano se mostró con ella demasiado bruto: «¿Qué dice la gran...?». Fueron sus primeras palabras. Después, le dijo: «Qué, te has cansado de... y ahora vuelves para ser buenecita, ¿no es eso? ¡Largo, no quiero zorras en casa!». Ella se marchó. Su hermano estaba envidioso, pensaba, porque a pesar de su trabajo no había salido de pobre. Ni podía soñar en un decoroso retiro tampoco. Paulina levantó los

hombros en actitud displicente y regresó a casa. Ahora, ante Sisí, olvidaba su aislamiento. La inclinaba hacia el muchacho un sentimiento complejo. Le agradaba su cuerpo joven y su vitalidad, pero detrás de todo latía una emoción protectora. En principio, pensó que le gustaría ver a Sisí enamorado de una buena chica, mas ahora que lo estaba la recomían los celos, la humillación y la impotencia. No obstante, se mostraba tolerante, tal vez porque preveía que, planteado un régimen de opción, ella llevaría siempre la peor parte.

Brindó con Sisí y luego charlaron. Con disgusto advertía Paulina que la actitud de Sisí a su lado iba trocándose paulatinamente en algo ponderado, contenido y sobrio. Ella presumía que la sensualidad era su única arma y que, una vez que fuese incapaz de provocarla, Sisí se marcharía. Pensó: «Cuando regrese él de la guerra, tal vez sea yo un vejestorio». Sisí decía: «La vida de cuartel es un infierno. ¿Tú sabes lo que es no poder encontrar en ningún lado un momento que sea sólo tuyo?».

Sisí se hallaba en un solemne proceso de transición. Odiaba con todas sus fuerzas el régimen de comunidad. Le molestaba tener que moverse a la voz de la corneta y aborrecía saberse parte de una voluntad gregaria, donde la individualidad quedaba absorbida por un espontáneo sometimiento al espíritu de disciplina. Eran las primeras renunciaciones que la vida exigía de Sisí y a él le costaba entrar por ellas. Iba todas las mañanas por el cuartel, hacía instrucción, comía allí y las últimas horas de la tarde, así como la noche, eran suyas por entero. Sin embargo, el cuartel se le hacía un penoso lugar tan indeseable como una cárcel. Era húmedo y hedía a la humanidad concentrada, a local superpoblado. Había en él una atmósfera de promiscuidad y grosería. Pero Sisí sabía que ahora de nada valdría decir que no. Era extraño, mas de pronto acababa de descubrir que existía en el mundo una voluntad superior a la de su padre.

Para él fue un alivio cuando su tío Hipo le anunció una mañana: «Dispón tus cosas. Dentro de cuatro días saldremos para el frente». Ese mismo día le dieron la noticia de que Luis Sendín había recibido un balazo en su hombro. Llegó Luis al día siguiente, con el brazo aparatosamente levantado casi a la altura de la cabeza. Elisa le dijo: «A Luis le gustaría verte». Luis le dijo, reticente: «Hola, Sisí; vaya, ya veo que te has alistado». Sisí estaba incómodo y dijo: «Pasado mañana salimos para el frente». Añadió Luis: «Cuando se me cure esto me haré oficial». En casa de los Sendín vibraba un barullo infernal y Gloria tocaba el piano. Los niños no habían ido al colegio. El regreso del hermano era un acontecimiento; su brazo levantado y su hombro roto eran un motivo de orgullo allí, no de pesar. Cuando Luis hablaba cesaba todo otro rumor. Traía con él el viento y el fragor de la guerra y en sus ojos brillaba un algo enloquecido.

Adela, Cecilio y Sisí pasaron a merendar. Rubes dijo: «¡También Sisí marcha pasado mañana a la guerra!». Lo dijo a gritos, como desafiando, y Sisí sintió vergüenza por él y por su padre. Gloria abordó después el himno de la Legión y todos lo cantaron a voz en grito. Existía algo allí que Sisí Rubes no era capaz de discernir. Le embargaba una emoción opaca. Por la noche, después de cenar, Sisí buscó a su padre. Le dijo:

—Papá, ¿te importa que te hable reservadamente?

Rubes dejó con lentitud el libro que leía sobre la mesa y se quitó las gafas. Hacía tres meses que usaba gafas para leer. Empezó notando mareos y dolores de cabeza y el oculista dijo: «Hacen falta unas gafas, Rubes. Ya no somos chicos». Ahora dijo Cecilio:

—¿Qué ocurre?

Sisí vaciló. Dijo, al cabo:

—Yo me marcho ahora, papá, y no quiero irme sin decirte antes una cosa. Yo no sé si lo habrás advertido, pero creo que en mí ha cambiado últimamente algo importante.

Rubes entornó los párpados y se inclinó hacia delante:

—¿A qué te refieres? —dijo.

—Bueno, me refiero a Elisa Sendín. Ella se quitó el uniforme y se quitó las coletas y, de repente, se me apareció como una chica distinta. No sé si me explico bien o no, pero...

Cecilio Rubes simulaba una actitud de profunda solemnidad. Le divertían las palabras de Sisí. «Es un chiquillo ingenuo», pensó. Dijo:

—Sigue, sigue...

—Yo siempre pensé que Elisita Sendín era una pavisosa, papá, y, en fin, cuando ella se quitó el uniforme y se cortó las coletas, yo me dije: «Es una chica inteligente y tiene algo que no sé lo que es». Bueno, empecé a salir con ella y me di cuenta de que cuando estábamos juntos se me olvidaban otras cosas y cuando no estaba con ella pensaba que me gustaría estar con ella aun sin hablar y, por supuesto, sin hacer otras cosas peores. Yo me dije, papá: «Esto es raro».

Rubes cruzó las piernas, irguió el busto y miró a Sisí con atención.

—¿Es eso todo? —dijo.

Sisí se desahogaba hablando. Temía, ahora que se marchaba, que a Elisa pudiera sobrevenirle algún mal irreparable.

—Es una chica excepcional, papá —añadió—. Yo sé que ella no ha hecho nunca nada malo y que puede ir con la cabeza bien alta y, sin embargo, sin embargo... va por la calle como si molestara o cosa por el estilo. Yo sé, papá, que no la merezco, que ella se merece un hombre honrado y bueno y, sin embargo, sin embargo, yo la necesito tanto que no puedo prescindir de ella.

—¿Bien? —dijo Cecilio.

—Yo he sido un poco cabeza loca, papá, ¿a qué vamos a

engañarnos? Pero te prometo que, en lo sucesivo, voy a sentarla. No me choca que los Sendín no me miren con buenos ojos y…

Cecilio se echó, de nuevo, impulsivamente hacia delante:

—¿Quieres decir que al tonto de Luis Sendín le pareces poco para su niña?

—¡Oh, no es eso, papá! Él sabe que bebo y que he ido con mujeres… y… que soy desordenado en mi manera de vivir. Esto es lo que quería decirte, papá. Tú debes hacerle ver que estoy decidido a cambiar. Además, además, me gustaría que, en cierta manera, tú velases por Elisita ahora que yo no voy a estar aquí.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Rubes.

Algo le picó por dentro:

—¿Y… Paulina? —añadió Cecilio casi sin voz.

—¡Oh, Paulina! —dijo Sisí—. Lo de Paulina es más complicado. Ella y Elisa son como los dos extremos de algo. Yo no he tenido voluntad para dejarla. Ahora que me marcho será más fácil. Pero no olvides lo que te digo, papá: cuida de ella y haz ver a Luis Sendín que estoy decidido a vivir de otra manera.

Al quedarse solo, Cecilio Rubes tomó el libro aun a conciencia de que no le sería posible reanudar la lectura. La conversación con Sisí le había dejado un eco reconfortante. Su hijo no acostumbraba a desahogarse con él. Por otro lado, el que pretendiera dejar a Paulina era para él un motivo de felicidad. De pronto, no le lastimaba que su hijo Sisí estuviese enamorado de Elisa Sendín. Tal vez las cosas estuvieran mejor así, con su hijo engranado dentro de un orden. Tal vez fuese la guerra la que le empujaba a pensar de otra manera, o, tal vez, Paulina. Lo cierto es que Cecilio Rubes no se inquietaba ahora meditando en el negativo cociente que resultaba de dividir nada entre nueve.

El día que Sisí se marchó, Cecilio le dijo:

—Actúa con precaución. Bien, en los momentos decisivos piensa siempre que la vida es el mayor beneficio de que dispones. En las guerras tienen poco valor las acciones aisladas.

Elisa le había dicho:

—La guerra debemos ganarla un poco cada uno, Sisí.

Paulina le dijo:

—No te arriesgues; ninguna cosa vale tanto como para arriesgarse por ella.

Adela vertió unas lágrimas y dijo:

—Cumple con tu deber, hijo mío.

Más tarde, Sisí no oía más que los compases de las cornetas y los tambores y todo su afán se concretaba en ajustar el paso a su ritmo. Avanzaban por la gran Avenida, camino de la estación, y la gente se congregaba a su paso en los andenes para aplaudirles. Era un

espectáculo que se repetía a diario. En cada corazón latía, en aquel tiempo, una especie de exaltación militar. Cecilio Rubes vio pasar a Sisí y se le esponjó en el pecho un cálido orgullo. Luego echó a correr, adelantó a las tropas y se detuvo para verle pasar otra vez. Aún repitió varias veces la operación. No se cansaba de mirarle. Deseaba hacer ver su parentesco con un soldado y le hacía señas. Algo como un prurito o una exigencia le arañaba en la garganta. Vio a una mujer entusiasmada y quiso decirle: «Mire usted, el segundo de la tercera fila es hijo mío».

En el último recodo, Rubes se empinó sobre la punta de los pies y gritó: «¡Vivan los valientes!». Apenas halló respuesta y observó en derredor atemorizado. Dos metros más allá, un legionario le miraba con una media sonrisa condescendiente. Cecilio Rubes trató de escabullirse. Ya no pensaba en Sisí. Alimentaba un concepto terrible sobre los legionarios. Le impresionaban sus tatuajes, sus rostros curtidos, el hecho de que se dejasen clavar las medallas y los detentes sobre la carne del pecho. Huyó aceleradamente. Algunas noches soñaba que un legionario le obligaba a tumbarse en una mesa y le sujetaba, mientras otro le tatuaba sobre la piel delicada del vientre una mujer desnuda.

Se despertaba sudando y gimiendo débilmente.

A partir de la marcha de Sisí, Cecilio Rubes se transformó de nuevo. Leía cada mañana, con delectación, las crónicas de guerra; escuchaba por la radio, en actitud recogida y devota, el parte oficial; aplaudía a los soldados que desfilaban hacia el frente o que regresaban de él; daba cinco pesetas mensuales por la insignia del Auxilio de Invierno; donó otros diez volúmenes encuadernados para la Biblioteca de Heridos y Soldados; intervenía en las discusiones a favor de la situación y, si se terciaba, y a veces sin terciarse, chillaba: «Yo tengo un hijo en el frente y ello me da algún derecho a hablar»; decía en el Real Club: «Gracias a la juventud podemos vivir tranquilos»; si veía un muchacho joven de paisano, pensaba: «Qué bonito y qué cómodo que otros nos saquen las castañas del fuego». En una palabra, Cecilio Rubes volvió a ser el que fuera en los preliminares de la revolución.

Cuando empezaron a llegar las cartas de Sisí, Adela y él se reunían para leerlas en voz alta a la hora de comer. Para Rubes, la guerra era Sisí, y mientras a Sisí le fuese bien, bien iría también la guerra. Cada párrafo era comentado y desentrañado con dulce complacencia. Por lo general, Sisí se mostraba contento y extrañamente filial. Adela decía: «Este chico ha cambiado, Cecil. Es distinto». Y se sentía conmovida. Una vez Sisí dijo: «No olvides, papá, mi encargo».

—¿Qué es ello? —dijo Adela.

—Bien —respondió Rubes—. Sisí está enamorado de Elisa Sendín.

Adela le agarró de las solapas:

—¿Es eso cierto, Cecil?

—Bueno, ¿me puedes decir por qué había de engañarte?

—¡Dios me ha oído, Cecil! —dijo Adela—. Hace años que se lo vengo pidiendo.

Aquella noticia la transformó. Escribía a Sisí con frecuencia y ya no se contenía en trasladar al papel lo que le dictaba el corazón. Antes pensaba que su hijo se reiría de ella. Sisí le decía en una carta: «Te daré la buena nueva de que ya no bebo vino». Adela rompió a llorar. La desbordaban las lágrimas como si su cuerpo estuviese lleno de ellas, reventaba de una dolorosa felicidad. Rubes dijo:

—Esto ya te lo anuncié, querida. Por ese sarampión pasamos todos.

Por las cartas de Sisí le localizaban en una topografía adusta, con un fondo de crestas de granito. Arriba estaban las trincheras; abajo los campos, ahora yermos. Entre ambos, los barracones de víveres y Sisí. Sisí decía: «A veces subo con los camiones hasta la primera línea». Esto desazonaba a Cecilio Rubes: «¿Quién le manda arriesgarse así?», decía. Un día tomó la pluma y escribió a su primo Hipo: «Te estamos agradecidos. ¿No podrías impedir que Sisí subiera con los camiones hasta la primera línea?».

Sisí, en aquel panorama desolado, empezaba a descubrir muchas cosas. Le agradaba tumbarse al aire las noches de luna y extasiarse ante el firmamento de Dios. Se encontraba, en esos casos, diminuto, levemente sobrecogido. Pensaba en Elisa Sendín y en que le gustaría contemplar a su lado la armoniosa majestad de las estrellas. «Cuando la guerra acabe —se decía—, me casaré y viviré con ella en el campo.» A veces tronaba la artillería y a Sisí le parecía imposible que los hombres alterasen la paz del mundo sólo para matarse. Los aviones eran su única preocupación. Los barracones y los almacenes tenían los tejados cubiertos de maleza, mas, así y todo, de vez en cuando las bombas destripaban la tierra a su alrededor. Sisí huía entonces despavorido. Le asustaba más el ruido que la metralla y únicamente se hallaba seguro en los almacenes, sepultado bajo una pirámide ingente de sacos de víveres. Cuando el bombardeo cesaba, Sisí salía al exterior y el mundo le parecía nuevo y recién construido.

Un día, Sisí Rubes descubrió el afanoso deambular de las hormigas. Le interesó aquello tanto que pasó dos horas largas observando sus movimientos. Le gustaba distinguir, ahora, un pájaro de otro, un árbol de otro y un insecto de otro. Sus compañeros, en su mayoría campesinos, le ilustraban a su satisfacción. Como disponía de mucho tiempo, Sisí pidió libros a su casa, libros de historia natural o referentes a curiosidades de las plantas o de los animales. Empezó a

coleccionar insectos. Al principio, caprichosamente, clasificándolos por sus formas o sus colores; luego, al recibir los primeros libros, aprendió los nombres de las grandes familias y se acostumbró a ordenarlos por sus características peculiares. Para él suponía una satisfacción inmensa encontrar un ejemplar nuevo y alinearlo junto a los demás en su caja correspondiente. Al mismo tiempo, llevaba un fichero con las peculiaridades de cada ejemplar. Sisí se mostraba concienzudo y minucioso en su trabajo. Era un gran placer aquello y sus cajas constituían para él un estimado tesoro. Pasaba la mayor parte del tiempo entre los riscos, o en el campo, inspeccionando la tierra o las plantas. Le gustaba comprobar por su cuenta las particularidades y costumbres que los libros describían. Descubrió así que las hembras del escarabajo depositan sus huevos en una bola de estiércol que el macho empuja. Descubrió que la «abeja maestra» era fecunda y la «neutra» estéril y que la «albañila» jamás vive en comunidad. Todas estas cosas despertaban en Sisí Rubes un interés avasallador. Leía libros con inquieta voracidad. Acababa de desvelar un mundo nuevo y deseaba desentrañarlo hasta el fondo.

Adela y Cecilio comentaban la curiosidad de Sisí por los insectos. Decía Rubes: «Bien, será un magnífico naturalista». Decía Adela: «Parece mentira, con lo que me horrorizan los bichos a mí». Cecilio exultaba. Decía en el Club: «La guerra todo lo cambia. Mi hijo ha necesitado irse al frente para hacerse un estudioso». Una tarde le dijo Ramón Prado:

—Si tu hijo tuviese que pegar tiros, seguro que no tendría tiempo de coleccionar cucarachas.

Rubes se indignó:

—¿Insinúas que mi hijo está en el frente tocándose la barriga?

La nariz de Prado se bamboleaba:

—No digo tanto —dijo—. Lo que yo pienso es que no pueden ejercitarse simultáneamente las armas y las letras.

Rubes pensó entonces que lo de la gripe no fue un incidente casual. Ramón Prado trataba de zaherirle y airear sus puntos flacos porque le tenía envidia. En adelante procuró relacionarse con él empleando tan sólo las palabras justas.

El género de vida de Sisí durante nueve largos meses le inclinó a amar el campo y a buscar el contacto directo con la Naturaleza. Su equilibrio era tan exacto que no necesitaba beber para ofuscarse la razón. También su sensualidad, desbocada en otro tiempo, era moderada ahora y, muchas veces, dominada en flor. Sisí empezaba a darse cuenta de que matar la imagen es matar la tentación y admitir la imagen es preparar, y aun exacerbar, la caída inmediata. En ocasiones bajaba con los camiones al pueblo y al ver mujeres se le avivaban los recuerdos y, con ellos, el apetito carnal. Llevaba muy metida en la

sangre la lujuria, mas ahora, después de las caídas, experimentaba como un enervamiento y una fatigada repugnancia de sí mismo. Verse entre cuatro paredes le producía, además, una opresiva sensación de ahogo. Amaba el aire libre, la luz y el calor, la fría comunicación de las estrellas.

Con frecuencia, una carta de Paulina levantaba en su pecho turbias tempestades de pasión. En los renglones mal trazados enviaba ella siempre insinuaciones y promesas embozadas. Los momentos de intimidad con Paulina fueron siempre tan vivos y completos que sólo la letra de ella ya suponía para Sisí una apremiante excitación. Él procuraba mostrarse apagado e idealista en sus cartas. Le escribía una vez: «Voy descubriendo poco a poco que hay otras cosas hermosas en la vida además de las mujeres». Ella contestó: «Además de las mujeres, ¿es que las mujeres siguen pareciéndote todavía lo primero? Si así no fuera, cuando estés a mi lado yo me encargaré de hacerte cambiar de opinión».

Cecilio Rubes visitó a Paulina en el primer mes de ausencia de Sisí. Pensaba: «Deseo cortar estas relaciones. Bien, reanudarlas yo tampoco. Eso sería monstruoso». Le dijo a la muchacha:

—Sisí está enamorado de una buena chica. Creo que lo tuyo podría perjudicarle.

—¡Vaya! —dijo Paulina—. ¿No estabas tú casado con una buena chica cuando me pusiste un piso?

Dijo Rubes, mirando descaradamente el pecho de la muchacha:

—Son cosas distintas.

Se acercó a ella e intentó acariciarla.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¿En qué quedamos?

La voz de Rubes tenía unos trémolos opacos:

—Yo fui el primero. Bueno, ello ha de darme algún derecho sobre ti, creo yo.

La chica abrió la puerta y dijo enérgicamente:

—Vete, Cecilio. Ya te dije un día que habíamos terminado.

Sobre toda actividad de Sisí Rubes se cernía la imagen de Elisa Sendín. Notaba, a través de la distancia, una misteriosa comunicación entre ellos. Al partir le había dicho: «Mira al sol, a las once del día, y piensa en mí. Yo pensaré en ti y nos sentiremos unidos». Y, en los días claros, le gustaba sentir su retina deslumbrada y se le hacía que era a esa hora cuando el sol poseía mayor fuerza, mayor pureza y mayor esplendor. «Refleja —pensaba Sisí— la mirada de ella.» La evocación de la muchacha jamás le llegaba empañada por la menor sombra de impureza. Se la representaba siempre como una pobre desvalida. Mirando a las estrellas, se preguntaba Sisí Rubes qué es lo que le había enamorado de Elisa Sendín. Le era difícil concretarlo. Toda ella le encendía una idea de incomprensión y desvalimiento. No era bonita,

ni demasiado armoniosa, ni demasiado inteligente, pero era quizás esta ostensible necesidad de apoyo lo que le impresionaba. Él deseaba ampararla, protegerla y, también, despertar su pueril indignación diciéndole, por ejemplo, que Shirley Temple era una chiquilla empalagosa.

Le escribía a menudo cartas simples, de una espontaneidad elemental. Le decía: «Te recuerdo a toda hora, hasta cuando cazo escarabajos». Ella decía: «Ayer no hubo sol y se pasaron las once sin poder encontrarme contigo». En invierno, Elisa le envió un chaleco, unos calcetines y un pasamontañas. Él escribía: «Estas cosas me traen tu calor». Ella le escribía: «Ayer entré en el despacho de papá y estaba tu padre y hablaban de ti». Cecilio Rubes le había escrito: «Por lo que se refiere a tu temor, no creo que haya el menor fundamento. Luis Sendín considera a su hija una chiquilla, pero no hay otra cosa». Un día le escribió Elisa Sendín: «Un oficial de la Legión, amigo de Luis, sale conmigo. Acepto su compañía en la seguridad de que a ti no te importará. Me parece una obligación moral animar a todos a que peleen con entusiasmo». A Sisí Rubes le produjo esta carta una lacerante humillación. Se atribuía un papel secundario en la disposición bélica de elementos y le hería que entre ella y él se interpusiese alguien con más méritos y más brillantez.

Había transcurrido un crudo invierno de nieves, una tibia primavera y un verano abrasador, cuando Sisí recibió el primer permiso. Su tío Hipo le dijo: «Pásalo bien y saluda a tus padres en mi nombre». Su tío Hipo, más curtido y flexible, parecía más joven y arrogante. Se portó bien con él y Sisí Rubes le estaba agradecido. En el tren pensaba Sisí: «Dentro de unas horas estaré a su lado». Ahora que se aproximaba a ella no recordaba su timbre de voz ni su expresión. «A Paulina no la veré», se dijo. De momento, no le importaba renunciar a Paulina.

La ciudad, recién anochecida, le pareció más nueva que cuando la recorría a diario. Más nueva y más estridente. Le aturdía el rumor de la concentración urbana y su movimiento. El corazón aceleraba el ritmo en el pecho de Sisí Rubes. «Bien —pensó—, ya estoy aquí.» Se notaba un poco forastero. Y su padre dijo:

—Sisí, haces un aguerrido soldado.

Le palmeaba la espalda y le dio a beber una copa, y al sonar la musiquita del mueble bar, Sisí pensó: «El tiempo no pasa sobre las cosas». Estaba impaciente y hablaba para aturdirse y su padre exultaba y Adela, mirándole, se encontraba saciada, desbordada de una queda felicidad. Fue Rubes quien dijo: «Pasa enfrente. Te esperarán». En un momento desfilaron por la imaginación de Sisí los Sendín, Ventura Amo, la Mary, la Nati, la muchacha del pelo tirante, Isabel Gutiérrez, Paulina... Los muebles familiares comportaban una

gran fuerza evocativa. Sisí pensó en sus insectos como en algo anacrónico y lejano. «Que esté ella sola», se dijo. Pero oyó la música del piano y rumor de voces en el salón y quiso volverse atrás. De repente vio a Daniel Sendín delante de él y se dio cuenta de que era tarde para evadirse.

—Pasa, Sisí —le dijo—. Estamos todos.

Lo primero que vio Sisí desde la puerta fue a Elisa Sendín bailando en brazos de un oficial, y las risas de ambos le abrieron en el pecho una vía de amargura. La muchacha corrió a su lado al verle, Gloria dejó de tocar, los ojos de todos se fijaron en él y Sisí Rubes se sintió acobardado. Dijo Elisa:

—¡Sisí!, ¿cómo no has avisado?

Estaba azorada y su falta de seguridad se le contagiaba. Hizo un torpe saludo al oficial y vio venir a Luisito Sendín, con una estrella en el pecho:

—¡Hola, Sisí! ¡Cuánto me alegra verte! ¿Sabes? Hace una semana concluimos el curso. Ahora, a la guerra otra vez.

Gloria le dio la bienvenida. Había vasos con bebidas encima de los muebles. Sisí Rubes tuvo la impresión de haber interrumpido una reunión íntima. Elisa le presentó al oficial. Dijo el oficial, que parecía un poco borracho:

—Saludo en tu persona a las heroicas fuerzas de Intendencia.

Daniel Sendín se rió alto desde un rincón. El oficial y Luis Sendín crecían ante los ojos atónitos de Sisí como dos gigantes de la guerra. Llevaban en los ojos la fuerza y la resolución. Estaba descentrado y una injustificada atonía se apoderó de la reunión. Se dijo: «Estoy estorbando». Vio a Elisa preparándole una bebida y el oficial diciéndole algo por detrás, muy cerca de ella. Elisa se reía. Dijo:

—No seas tonto. —Se volvió a él—: Bebe una copa, Sisí. —Le dijo al oído—: ¡Qué alegría tengo de que estés aquí!

Dijo Sisí:

—Te veré en otro momento.

Chilló Luis Sendín:

—Toca un pasodoble, mamá.

Osadamente, el oficial se acercó a Elisa y la tomó por la cintura.

—Si no te importa —le dijo a Sisí—, voy a bailar un pasodoble con esta preciosa chica.

Luis bailaba con una amiga de Elisa y Daniel con su hermana Ana. Sisí dijo:

—Nos veremos; ahora tengo que irme.

El oficial arrastró a Elisa y ella miró a Sisí con cierto desconsuelo.

En la calle se encontró mejor Sisí. Ahora se sofocaba de su sofoco anterior, mas la frescura del ambiente le entonaba. No llevaba idea alguna en la cabeza, sino una depresión en el pecho como una

oquedad. Él mismo se sorprendió al encontrarse en el portal de Paulina. Pensó volverse atrás, pero una sensación ardiente, como de tacto, lo enervó. «Charlaré con ella —se dijo—. Simplemente, charlaré un rato con ella.» Paulina no estaba y él se encerró en su habitación y pensó: «Esperaré». Se sirvió un vaso de vino. No acertaba a mitigar la sensación de escozor que le ardía en el pecho. Transcurrió un cuarto de hora y Sisí tomó otra copa. Puso en marcha la radio. La conciencia del apartamento removía en él muchas cosas.

Al oír la puerta se volvió. Chilló Paulina:

—¡Sisí!

Él no le habló. La tomó en sus brazos y en su sangre se reflejó toda la intensidad del contacto. Al ayudarla a despojarse del abrigo pensó que la desnudaba. Comprobaba Sisí ahora el inmenso contraste entre la fría aspereza de la guerra y la cálida suavidad femenina. Ponía una meticulosidad voluptuosa en cada uno de sus movimientos:

—¡Vaya, querido! —dijo ella—. ¿Cuándo has llegado? Yo pensaba: «Sisí ya no quiere volver a verme. Me ha dejado sola».

Le acariciaba el cogote mientras Sisí observaba el suave escorzo de su pecho. Advertía en sus manos una fuerza extraordinaria. Y en su cuerpo toda la tensión reprimida durante meses.

Se sentaron juntos en la cama. Dijo Paulina:

—Háblame de ti, Sisí; de esas cosas maravillosas que has descubierto. ¿Por qué os cambia la guerra a los hombres de arriba abajo? ¿Es que ya no te gusto yo?

Sisí la besó. Notó en los labios de ella una intensidad absorbente. Dijo, luego:

—Sobre ti no hay nada.

Pensó en sus insectos y casi rompió a reír.

—¡Ah, son las diez! —dijo Paulina.

—¿Las diez?

—Debes marcharte, Sisí. Ya nos veremos.

—¿Marcharme?

Su cabeza no tenía ya la menor lucidez. Dijo Paulina, incorporándose:

—A no ser que cenemos juntos y…

—¡Claro! —dijo.

—Avisa a casa, entonces.

Paulina pensaba en Rubes. «¿Qué se creía?», pensó.

Sisí se incorporó. Añadió Paulina:

—Cariño mío, ¿qué vas a decirle?

Él la abrazó con sostenida tensión.

Paulina lo apartó suavemente:

—Ahora no, Sisí —dijo—. Ten paciencia.

—Bueno —dijo Sisí. Su cerebro estaba ofuscado. Le costaba

pensar—: Diré… eso es, diré que me he encontrado a un compañero… eso es, que cenaré con él y que regresaré tarde.

—¡Ah! —dijo Elisa Sendín—. No puedo evitarlo, compréndelo. Es amigo de Luis. En la guerra, todo lo que hagamos por los que luchan es poco.

Decía Sisí:

—Me humilla, ¿sabes?

—¿No tienes confianza en mí?

—Sí la tengo.

—Entonces no te preocupes, Sisí.

Sisí Rubes tornaba a moverse a impulsos. A veces pensaba que nada había cambiado en él y, a veces, se decía: «Soy un hombre completamente distinto». La ciega vehemencia de la carne continuaba en él, mas también vibraba en su alma un ardiente anhelo de dignificarse. Dentro de él existía otra guerra. A los diecinueve años, Sisí Rubes no encontraba en la vida una postura definitiva. Oscilaba. Le asustó una noche el insistente deseo que le asaltó al abrazar a Elisa. Él pensó siempre que ella estaba al margen de todo eso. Y, sin embargo, él hubiera querido abrazarla y sentir el dulce peso de su cabeza sobre su hombro. Se dijo: «Nunca me ha ocurrido una cosa semejante». Otro día pensó: «Es ridículo que me llamen Sisí». Activaba su imaginación el hecho de saber que había en el mundo otros hombres, más brillantes, más decididos y más completos que él. Deseaba que la guerra terminase y que los uniformes y las insignias dejasen de establecer una diferencia. Su permiso se consumió bajo esta idea obsesiva. Le quemaban los celos. Pero los celos no creaban en su alma impulsos de desesperación, sino de callada amargura. Cada día salía con Elisa Sendín y, al verla a su lado, experimentaba una estable seguridad. Mas, al separarse, pensaba: «El alférez ese volverá cualquier día a tomarla de la cintura y ella bailará». Sus conversaciones con Elisa, aun partiendo de puntos opuestos, convergían inexorablemente en ese sentimiento obsesivo. La tarde que Elisa le comunicó que Luis y su amigo habían partido para el frente se confesó que deseaba no volviese. No le importaba la razón; cualquier razón sería buena si él no volvía.

Con Paulina no volvió después de la primera noche. Tan sólo volvió a despedirse. La encontró bebiendo junto a la radio. Pensó Sisí: «Es una vida extraña la de esta mujer». Ella dijo amargamente: «¿Me has olvidado, verdad, pequeño?». Dijo él: «¡Oh, Paulina!, ¿por qué piensas esas cosas?». Ella se levantó y se aproximó a él: «Yo sé que si no es hoy será mañana; pero me dejarás». Sisí la estrechó contra sí y ella lloró sosegadamente sobre su hombro. Sisí se dijo al entrar:

«Estaré un minuto. Sólo un minuto». Pero ahora se sentía férreamente amarrado. Se sentó a su lado. Ella dijo: «Ven; mañana, lejos de aquí, me echarás de menos. Quiero que, mientras puedas, seas feliz». El pelo rojo de la muchacha incendiaba en el pecho de Sisí un volcán de furiosos afectos. Se rindió. Le preguntó ella, después: «¿Volverás pronto?». Temía Paulina su inminente desplome. Imaginaba que un día se levantaría de la cama, se miraría al espejo y pensaría: «Ya llegó. Ya soy vieja». Cada día se encontraba más ajada y mustia. Ella siempre creyó que una mujer de cuarenta años era un desecho. Y era raro pensar que, precisamente ahora, a esa edad, no le importaba el dinero. Dijo Sisí: «Depende». Ella añadió, besándole: «¿Sabes? Esta noche tuve un horrible presentimiento».

Sisí regresó a su sol, sus estrellas y sus insectos con cierta nostalgia. Sus compañeros le preguntaban qué cosas y qué chicas había visto allá. Tenía que fingir. Seguramente el hablarles de Elisa Sendín les defraudaría. Después del rancho de la tarde se sentaban en corro en derredor de él para que les contase. «En la guerra se cambian los papeles —pensaba Sisí—. A mí me interesa el campo y a ellos la ciudad. ¿Por qué deseamos todo lo que no tenemos?»

Volvió a sus bichos, y a sus búsquedas, y a sus colecciones, pero no hallaba ahora en todo ello el equilibrio de otros tiempos. Una mansa y callada tristeza le envolvía. Era como una desolación que no dependía de él el arrancar. Su tío Hipo le decía: «Esto marcha; tal vez la guerra no dure medio año». Él lo escribía a casa y a Elisa y a Paulina. No tenía voluntad para dejar de comunicarse con Paulina.

Su padre le escribía con mucha frecuencia. Algunas veces le consultaba cuestiones del negocio. Rubes escribía: «Los tiempos son "difíciles" para "Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos"», y, sin embargo, su padre era millonario. Con bastante asiduidad, Rubes hacía literatura. «El día de mañana —escribía—, si los bichos no te siguen trastornando, comerciarás. Pero te prevengo que el amor, el estómago o la vanidad son mejores estímulos para el cliente que la higiene.»

Rubes, en el Real Club, comentaba las incidencias de la guerra. Continuaba explotando la primacía que su «bañera Rubes» le otorgaba sobre sus consocios. Él mismo se veía por encima de los demás. El general López no volvió por el Club desde la muerte de su hijo. Cecilio pensaba: «Es una manera bien extraña de interpretar el luto». Rebasados los cincuenta, Cecilio Rubes se achaparraba y engordaba. A veces le asaltaba el deseo de rejuvenecerse: «Mañana empezaré a hacer gimnasia», decía con firme convicción. Había resuelto dejar la bebida porque le pegaba al hígado; le salieron, además, varices en las piernas. Su bigote, ahora recortado, tenía canas en los bordes, pero afortunadamente pasaban inadvertidas porque el resto era muy rubio.

Llevaba desde hacía un año una vida más bien metódica. De no exacerbar deliberadamente su sensualidad —lo que hacía con frecuencia—, las mujeres no constituían ya problema para él. Sin embargo, reanudaría la relación con Paulina de buen grado. A las nueve iba al Establecimiento y volvía por la tarde, sobre las cuatro. Méndez llevaba bien su gestión contable. Era un muchacho meticuloso y con buena letra redondilla. Tenía cuatro chicos y se diría que cada chico le quitaba de la cara media docena de granos. Sin duda, tenía una madurez más favorecida que la adolescencia. Últimamente, Rubes colocó de mecanógrafa en el Establecimiento a la hija pequeña de Valentín, su ahijada. Aquella familia se defendía mal desde la muerte del padre. Los chicos se fueron casando y quedaba la viuda con dos hijas. Cecilio Rubes sintió una noche un arranque caritativo y dio un puesto de 250 pesetas a su ahijada. Hacía tiempo que necesitaba una mecanógrafa y su ahijada no mostraba excesivas ambiciones. La viuda de Valentín quiso ponerse de rodillas delante de él para agradecérselo, pero Rubes se lo impidió y dijo en tono grandilocuente: «No es caridad, señora, es justicia». Le gustó la frase y por la tarde, cuando Ramón Prado insinuó en el Club que la lucha de clases podría evitarse con un poco de caridad hacia los suburbios, Rubes voceó: «Bien, no es caridad, sino justicia lo que el suburbio necesita».

Al salir del Establecimiento, antes de ir al Club, Rubes pasaba un rato en la librería vecina. Se acostumbró a ello desde que Sisí empezó a pedirle libros y folletos sobre los animales. Ahora, todo cuanto veía que podría interesar a su hijo lo compraba y se lo remitía. Encontraba un gran placer en su conducta. A Cecilio Rubes, de tiempo atrás, le hubiera agradado proteger a un sabio o a un gran artista; figurar como mecenas de una destacada celebridad. La posibilidad de que Sisí fuese algo grande algún día le llevaba a procurarle todos los medios precisos.

Una tarde, al llegar al Establecimiento, Méndez le entregó un telegrama. Rubes comprobó en su abdomen una conmoción injustificada. Le temblaban ligeramente sus pulcras manos rechonchas al abrirlo. Méndez lo vio palidecer y formársele en las pupilas como un velo traslúcido. Cecilio volvió a leer. Por la cabeza le pasó la idea de una broma cruel: «Sisí gravísimo, ven enseguida, abrazos, Hipólito». Notó las manos de Méndez piadosamente en su brazo: «¿Ocurre algo, señor Rubes?». Le tendió el telegrama. «¿No será una confusión, señor Rubes?» Méndez se sofocó levemente. Sabía que había dicho una torpeza, pero no se le ocurrió cosa mejor en ese instante. Le asustaba la rígida pasividad de su jefe. Le hizo sentar, pero Rubes no reaccionaba; su mirada era tan fija y abierta como la de un muerto. Cuando volvió en sí, lo primero que se le ocurrió a Cecilio Rubes es que nadie tenía derecho a darle un golpe de esta naturaleza.

Se sintió airado contra Hipólito. Luego se dio cuenta de la vecindad de Méndez y dijo: «Yo sé que ha muerto. Me lo han matado». Su voz era ronca, como si saliera a través de un tubo herrumbroso. De improviso, todo él entró en actividad; una actividad desordenada, enfebrecida. Tuvo ganas de salir a la calle a gritar su angustia, pero se contentó con tomar el teléfono y marcar el número de su casa. Colgó antes de que le respondieran. Chilló: «¡Méndez, un coche!». Dio dos vueltas por el despacho sin saber lo que buscaba y, luego, salió a la calle corriendo. Méndez gritó algo, pero él no le escuchaba ya. Avanzó corriendo pesadamente hacia la plaza. Le subía por las piernas como un peso muerto, que le entorpecía, y la gente le miraba sin descubrir en su expresión más que un lado grotesco. El vientre se bamboleaba y cada tumbo era un dolor. Al sentarse en el asiento trasero de un taxi casi se ahogaba. Dio la dirección de su casa y empezó a resoplar como una locomotora. Eran rugidos acongojados, densos, como si estuviera asfixiándose. Adela saltó a su paso: «¿Qué sucede, Cecil? ¡Dios mío! ¿Le pasa algo a Sisí?». Él no podía hablar y le alargó el telegrama. Deseaba ardientemente compartir su dolor, hacer sufrir a los demás. Adela se apoyó en el respaldo de una silla. Su rostro denotaba una perplejidad estúpida. Pensó que iba a caerse y chilló algo inarticulado. Notó el brazo de Cecilio en su cintura y a su contacto rompió a llorar mansamente: «Dios mío, Dios mío». Algo le temblaba en los pulsos además de la sangre; sentía unos latidos ajenos a su propia vitalidad. Como entre sueños vio a Cecilio encerrar cuatro cosas en un maletín y salir corriendo. Pensaba Rubes: «Bien. Me lo han matado. Yo sé que me lo han matado». Le agradaba, ya en el coche, tener constancia de la velocidad a través de los árboles arrancados de cuajo. Cecilio Rubes se dijo: «La guerra, la guerra. ¡Ah, maldita sea la guerra!». De nuevo sus sentimientos cambiaban de signo, mas, a pesar de todo, columbraba que algo honrado vibraba por encima de tanto desastre.

Hipo le esperaba en la carretera. En su abrazo conmovido apreció Cecilio Rubes la trágica solemnidad del momento. Después de tanta impaciencia, deseaba dilatar, prolongar su tensa incertidumbre. No se decidía a hablar. Se miraron Hipólito y él, como si recelaran el uno del otro. Tendió la vista en derredor y la posó en las altas crestas de granito, en la faja de tierra parda a sus pies. No estuvo nunca allí y, sin embargo, todo aquello le resultaba vagamente familiar. Balbució, al fin:

—¿Bien?

Hipo se miraba la puntera de sus botas de campaña:

—Ha sido algo imprevisto, Cecilio. Es la primera baja en el batallón desde hace meses.

—¿Qué fue?

—Una bomba.

«Cuánto habrá sufrido», pensó Rubes. No se atrevía a preguntar si quedaba aún algo de Sisí. Hipo le tomó del brazo.

—No eres una excepción, Cecilio. Otros padres pasaron por este trance antes que tú —le dijo Hipólito.

—¿Quieres decir...?

Estaban ante un barracón de madera carcomida por las lluvias. Hipólito empujó la puerta y el corazón de Cecilio Rubes se detuvo un momento. A través de la puerta entreabierta divisó cuatro cirios encendidos en torno a una mesa y, sobre la mesa, un bulto cubierto con una bandera. Cuatro muchachos, rígidos como los cuatro cirios amarillos, custodiaban el cadáver.

—¡Ah! —rugió Rubes—. ¡Dios mío!

Era la cuarta vez que se acordaba de Dios en la vida. La primera, cuando la muerte de su padre, la segunda cuando el nacimiento de Sisí, la tercera cuando la muerte de su madre... «Yo tengo de todo en la vida; ¿para qué ir a molestar a Dios con peticiones superfluas?», solía pensar. De pronto, deseaba estar solo con aquel bulto de encima de la mesa y, como si su pensamiento se trasluciera, Hipólito ordenó retirarse al piquete. Entonces Rubes se aproximó, levantó una punta de la bandera y emitió un ronco sollozo.

—¡Oh, Dios, Dios! —dijo.

No quedaba nada de las serenas facciones de Sisí; un trozo de hierro se llevó por delante su hermosa nariz y sus labios. Su rostro era un pingajo mutilado. Cecilio se ahogaba. Cada espiración era en él un doloroso gemido. Los dientes de Sisí, al descubierto, detentaban una imposible voracidad. Tan sólo su pelo estaba intacto, su pelo fuerte y rubio, centelleando a la luz de los cirios. Maquinalmente acarició aquella cabeza. Todo el mundo se desmoronaba en torno de Cecilio Rubes. Tan sólo quedaba él para sufrir hasta el fin de su resistencia. Se inclinó y besó la frente helada de Sisí. No pensaba que fuese Sisí lo que besaba, sino un mero símbolo. Hipólito le empujó, luego, hacia la puerta. Voceó Rubes:

—¡Dime! ¿Por qué me has engañado? Yo te entregué a mi hijo para que velaras por él. ¿Qué has hecho de mi hijo?

Odiaba a Hipólito, y al general López, y a la guerra, y a la vida, al mundo. Odiaba todo y de su pecho se esfumaba su escasa capacidad de amor. En la carretera se hallaba detenida una furgoneta funeraria. Una hilera de soldados se trasladaba de un barracón a otro, en silencio. «Ayer, Sisí haría lo mismo», pensó Rubes. Y le asaltó una fiebre desordenada de destrozar.

Dijo Hipólito:

—Vinieron dos aviones. Yo paseaba con Sisí y le dije: «Aguanta aquí». Él dijo: «No, me voy al barracón de víveres». Me tumbé en la cuneta y grité: «¡Ven aquí!». No me escuchó y salió corriendo. La

bomba estalló a cuatro metros de él. Murió en el acto.

Se acercaba un soldado flaco, medio calvo, e Hipólito dijo, secándose el sudor de las manos con un pañuelo:

—Es el castrense. Baja de las trincheras todas las tardes.

Dijo el castrense:

—Su hijo era un buen muchacho. Lo siento.

Dijo Rubes vagamente:

—¿Estuvo antes con usted…?

—Ayer se confesó conmigo —dijo el cura—. Tenía unos excelentes propósitos.

Pensó Rubes: «Me estoy volviendo supersticioso». Confusamente entreveía que algo de Sisí se salvaba en alguna parte.

Anochecía. Unas leves nubes rojizas surcaban el cielo hacia poniente. Olía a la pureza del campo. Dijo Hipólito:

—Cenarás aquí y descansarás. Puedes salir mañana por la mañana, Cecilio.

—No —dijo Rubes—. Saldré ahora. ¡Tengo que marchar ahora!

En el coche se dio cuenta por primera vez de que Sisí no estaba con él y de que aunque diera la vuelta al mundo no lo encontraría en ninguna parte. No obstante, se hallaba cerca, en el coche de delante, pero Sisí ya no estaba allí. Sisí ya no estaba en el mundo y Rubes constató la inmensidad de su abandono. La torva paramera se abría a ambos costados del automóvil y todo el mundo era, ahora, para Cecilio Rubes, como esta ingrata paramera. Era, el mundo, un gigantesco desierto desolado. Sisí no estaba ya. Y al mundo enloquecido nada le importaba. Nada se trastornaría con su ausencia más que su corazón. Sisí no estaba ya. No pensó como el general López y otros muchos padres inconscientes: «Mi consuelo es que mi hijo ha muerto por una gran causa». A Cecilio Rubes todas las causas que provocaban la muerte le parecían malsanas. Sisí había muerto y lo que ocasionaba la muerte de Sisí no podía ser, en modo alguno, una gran causa. Se dijo: «¿Por qué no aguardó en la cuneta? ¿Por qué no le forzó Hipólito a quedarse con él? ¡Oh, Dios, cuánto habrá sufrido!». Más adelante pensó: «¿Por qué no le darían permiso un mes más tarde?». Se encontraba tan cansado que le parecía que él no fuese él; una sensación de plomo le agarrotaba las piernas y los brazos. Pensó: «¿Por qué López no me escuchó? López tendrá una gran alegría al saberlo». La furgoneta levantaba una nubecilla de polvo que la luz de su automóvil hacía parecer amarillenta. «Tal vez en la Legión no le hubiera pasado nada. ¿Por qué no se alistaría Sisí en la Legión?», se dijo amargamente Cecilio Rubes.

V

El periódico del día 1 de enero de 1938 decía: «Parte oficial: Las fuerzas nacionales han llegado a Teruel, levantando el cerco de las tropas enemigas, derrotadas en brillantísimo combate. La guarnición de Teruel, a las cinco de la tarde, telegrafía diciendo: "Entusiasmo indescriptible ante la presencia de nuestros compañeros victoriosos. ¡Arriba España! ¡Viva España!"». En la primera plana, a mano derecha, decía un entrefilete del periódico del 1 de enero de 1938: «Por dificultades de abastecimientos, por falta de medios económicos, nuestros soldados no pueden, a veces, fumar. Asistencia a Frentes y Hospitales le brinda una ocasión para que en estos días no les falte a nuestros combatientes el puro o los cigarrillos que les harán pasar un rato agradable». En la parte inferior de la plana, del periódico del 1 de enero de 1938, decían unos titulares: «La charla del general Queipo de Llano: Permitidme que me ría. Radio Madrid... ¡que te crees tú eso! Lo que ha pasado en Teruel».

En su segunda plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Día del Plato Único. Por acuerdo de la Sociedad de Fondistas y similares de esta capital, el plato que se servirá en sus respectivos establecimientos en el mes de enero de 1938 será como sigue:

Comida del mediodía

Día 7. Cocido castellano, un postre.
Día 14. Lechazo asado con patatas doradas, un postre.
Día 21. Vaca estofada a la italiana, un postre.
Día 28. Paella valenciana, un postre.

Comida de la noche

Para los días en que corresponda el Plato Único, se servirá en todos ellos carne asada o a la parrilla, con legumbres del tiempo, un postre.

Decía también el periódico del 1 de enero de 1938: «Cantidades enviadas por los pueblos para el Aguinaldo del Soldado». «Por la Comisión Provincial de Chatarra se efectuó ayer la entrega de los regalos correspondientes al sorteo del último Jueves Chatarrero.» «Nueva lista de donativos en alhajas recibidos por la junta del

Tesoro.»Y decía otro entrefilete: «Español, se precisa urgentemente para la patria todo el aluminio, latón y cobre que poseas».

En tercera plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Atención, duros a peseta. Café malta y a la crema. Recordad que en el despacho central, comprando un kilo o medio kilo, se regala un cuarto de kilo. Nota de garantía: Si nuestro café malta no resultara igual que el café corriente, devolveremos el importe del género. Si no quiere perder tiempo y dinero desconfíe de las imitaciones». También decía el periódico del día 1 de enero de 1938: «Cinema Montoya: Hoy, sesión única, de cinco a nueve: *Campeones olímpicos*, en español, y *Una chica angelical*, por Margaret Sullivan y Herbert Marshall. Bellísima e interesante producción a gran presentación. Mañana, reestreno de la producción española *El niño de las monjas*, por Raquel Rodrigo». «Cinema Olaso: Ha sido tan enorme el éxito de la película en español titulada *El jorobado o el juramento de La gardere*, que se proyecta hoy por última vez a las 4.45, 7 y 10.15. Mañana, formidable estreno, *Compañeros de juerga*, por Stan Laurel y Oliver Hardy. Gran éxito de risa.» «Ideal Cinema: Hoy, otro estreno: *Sonata triste*, drama según la novela de León Tolstoi. *Sonata triste* es un emocionante drama presentado por la famosa marca Ufa, de su nuevo lote 1938. *Sonata triste* está interpretada por Lil Dagover y P. Petersen. *Sonata triste* es otro programa garantizado de éxito, que presenta Ideal Cinema. Viernes, gran acontecimiento: *El sombrero de copa*.»

En la parte inferior izquierda de la misma plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Nesfarina. Preparado de que se carecía...

¡Ya llegó!

Destete a sus niños con Nesfarina. Madres lactantes, pidan una muestra y librito explicativo. Sólo las madres lactantes». Y, debajo, en otro entrefilete: «Frentes y Hospitales, por medio de la juventud femenina de A.C., reclama de tu generosidad un cigarrillo para nuestros combatientes».

Cecilio se desnudó y se metió en la cama. Llevaba cuatro días, después de la muerte de Sisí, viviendo de una manera artificial. Dijo:

—Bien. Tú no querías ir a Portugal. ¿Quién va a defender esto?, decías. Esto ya está defendido. Bueno, Sisí ha muerto.

Gozaba estrechando la posible responsabilidad de su esposa, exacerbando su parte de culpa. Era en él un desahogo escarbar en el dolor ajeno, fomentarlo, no darle reposo.

—Ha sido la voluntad de Dios, Cecil.

Se encontraba Rubes cada vez más lejano y frío. La presencia de Adela le enfurecía. Era como si el hastío de veinte años atrás hubiera ido engrosando soterradamente y la muerte de Sisí le hiciera aflorar

ahora a la superficie. Adela era para él un bulto responsable y mezquino.

—Vamos a rezar por él —dijo Adela.

—¿Rezar?

—¿Por qué no?

—Reza tú; tú le has matado.

—Cecil, ¡por Dios!

—¡Déjame!

A Cecilio Rubes le enardecía un anhelo de revancha. Si de él dependiese desataría sobre el mundo una catástrofe sin precedentes que dejara a todos los padres sin hijos. En cuatro días había envejecido y sus ojos tenían una expresión extraña. También sus labios se movían ahora constantemente, con un ruidito desagradable, como si chupetease algo. No iba por el Real Club, ni por el Establecimiento y se tornó apático y taciturno. No le gustaba recibir condolencias de sus amigos ni conversar con nadie. La presencia de Adela, sobre todo, despertaba en él una incomodidad física. Entre otras cosas, creía que Sisí estaba muerto porque Adela lo prefería así a borracho. Ya cuando llegó con el cadáver de Sisí y su mujer se asió a él, comunicándole su vibración dolorosa, chilló agriamente: «¡Suelta! Bien, Sisí ya hizo algo por esta guerra. ¿Estás satisfecha?». Después se encerró con su hijo en el salón y bebió hasta emborracharse. Le parecía que la musiquita del mueble bar cantaba el nacimiento de Sisí. El dolor de Adela se le antojaba impertinente y fingido; sólo existía su propio, desconsolado dolor. Había dicho: «Recibe tú a los curiosos. Bien, yo no estoy para nadie, ¿comprendes? A mí, en este trance, no hay Dios que me consuele».

No obstante, había llorado abrazado a Elisa Sendín y, por primera vez en su vida, Cecilio Rubes tuvo en sus brazos una mujer sin saber que era una mujer. Era como sentir a Sisí porque ella tenía una parte de Sisí que él desconocía. Ella dijo puerilmente:

—Yo no quería que Sisí muriera.

El vino ofuscaba la razón de Cecilio. Gritó:

—¡Es la guerra, criatura!

Y Elisa confesó, entonces:

—A veces pienso cosas de las que luego me horrorizo. Yo me digo: mejor que hubieran matado a Luis.

El ascensor zumbaba, subiendo y bajando. «Bien, ¿por qué no tuve yo una hija?», había pensado Rubes. Ella se desprendió de él e irguió su cuerpecillo de una manera patética. Dijo:

—¿Qué culpa tienen los padres que sólo tienen un hijo?

«Culpa», pensó Rubes. Dijo:

—Eso, eso, ¿qué culpa tengo yo?

El vino le encendía y le deprimía a intervalos. Antes de llegar

Elisa Sendín se había estado riendo él solo a carcajadas, con una risa seca y lúgubre. Se echó a llorar de improviso, abriendo sus flojos dedos:

—¿Por qué estoy ahora tan espantosamente solo, dime, criatura? —inquirió.

Elisa le abrazó suavemente y le besó una mejilla. Él sólo dijo:

—¡Dios mío!

En los días siguientes le agradaba encontrar a la niña y unirse en el sentimiento de Sisí. Le decía Elisa:

—A veces pienso que Dios vela especialmente por las grandes familias. Luis está en la Legión y vive y Sisí murió donde en apariencia había menos riesgo. ¡Ah, Cecilio! Nadie sabe dónde está el peligro, ¿no es cierto?

Aquella chiquilla, con sus incompletas ideas sobre las cosas y los fundamentos de las cosas, removía en Cecilio un sedimento de culpas y errores. Pensaba: «¿Será cierto que Dios protege a las grandes familias? ¿Por qué no tuve más hijos?». Estalló de súbito:

—¡No es Dios, niña! Bien, nada importa que la familia sea grande o pequeña. ¡Es la guerra!, ¿sabes? La guerra es algo horrible y monstruoso.

Cecilio Rubes pasaba largos ratos encerrado en el salón, bebiendo. Las varices deformaban sus blancas piernas y la derecha le dolía de reuma. Alguna tarde, después de comer, salía solo a tomar el sol. Un día encontró a Elisa Sendín. Le dijo la chiquilla:

—Siento un orgullo muy grande, Cecilio, cuando veo los triunfos de nuestras fuerzas. Pronto ganaremos la guerra y Sisí habrá cooperado a ello.

Se le movieron los labios nerviosamente a Cecilio Rubes. Emitía unos ruiditos imprecisos, semejantes a quejidos intestinales. Se palpó los bolsillos en un ademán inútil:

—¿Significa eso algo para ti? —dijo.

—¡Oh, claro!

Él se sintió aplanado:

—¡Bien! —dijo—. Yo he perdido la guerra de todas maneras.

Un mes más tarde intentó reanudar su antigua vida. Fue por el Establecimiento y pasó un rato en el Real Club. Todo cooperó a despertar en él una evocación minuciosa de la vida pasada. Se consideró un fracasado. Su matrimonio, su amante, su hijo, su bañera formaban una cadena ininterrumpida de intentos frustrados. Nada cuajó en algo continuado y práctico. Sus fracasos formaban una montaña. Prado dijo, en el Club:

—Mis chicos escriben que la cosa marcha. Pronto volverá la normalidad.

León Valdés, que acababa de regresar de Portugal y guardaba

hacia Rubes una especie de resentimiento desde la disolución de la Sociedad, frunció su cara de pájaro para decir:

—Luego dicen que los españoles ya no tenemos agallas.

Cecilio le miró sorprendido. Dijo:

—Bien, sobran agallas para saltar la frontera, ¿no es eso?

Dijo Valdés:

—¿Qué quieres decir?

—Bien, ¿no me has comprendido? Digo que si todos hacemos lo que tú, esto se lo hubiese llevado el diablo.

—¡Si no fuera porque...! —dijo Valdés.

—Bueno —dijo Rubes.

Hubo un silencio violento. Por la noche, Cecilio dijo a Adela:

—He visto a Valdés. Bien, sin tanta patriotería, él aguantó en Portugal y ahora recibirá la victoria tocándose la barriga. ¿Quieres decirme qué ley quebrantábamos esperando en Estoril los acontecimientos?

Un día le asaltó a Cecilio Rubes la idea de que no era demasiado viejo para empezar otra vez. «Tengo cincuenta y siete años. Si yo tuviera un hijo podría muy bien verle llegar a la mayoría de edad», se dijo. Pensaba mucho y esta idea surgió en él como algo natural después de sopesar los pros y los contras. En principio no le hizo demasiado caso, pero despejadas las perspectivas, se dio cuenta de que era el único asidero para su vaciedad.

Adela se asustó, una noche:

—¿Qué intentas? ¿Estás loco?

—Quiero un hijo, ¿entiendes? Me has quitado un hijo y debes darme otro. Necesito tener un hijo.

Adela se echó a llorar. Chilló Rubes ásperamente:

—Así no, ¡idiota! ¿No comprendes que si lloras me inutilizas?

—¡Por amor de Dios, Cecil!

Su ardor mismo le imposibilitaba.

—Tú no lo quieres, ¡maldita! Tú quieres que me pudra en esta soledad.

Oía llorar a Adela fúnebremente. Dijo ella:

—¿Por qué no tuvimos a tiempo todos los hijos que Dios quiso darnos?

—Sí, ¿por qué?

—Ahora es tarde, Cecil. Un imposible.

—¡Ah! ¿Por qué un imposible? Todas las cosas son cuestión de desearlas. Bien, quiérelo mucho y tendremos otro hijo.

La cintura de su mujer estaba ancha y anquilosada, no despertaba en él la menor ansiedad. Dijo Cecilio:

—Podría ser el comienzo otra vez.

Recostaba, ahora, la nuca en la almohada y contemplaba las

tinieblas por encima de él. Le envolvía como una ternura impalpable. Añadió:

—A veces pienso que los hijos son la única verdad de la vida. —De nuevo se enfureció con Adela—: ¿Por qué no pones un poco de tu parte? —chilló—. ¿Por qué te has mostrado conmigo siempre fría e indiferente?

Le alcanzó la poca voz de su mujer:

—Somos dos viejos, Cecil. La vida ha pasado ya sobre nosotros.

Mas la idea había cuajado sólidamente en el cerebro de Cecilio Rubes. Era un punto de luz en la oscuridad y se movía derechamente hacia él. Adela trataba de apaciguarlo:

—Querido, querido... es una insensatez.

—Lo quiero, ¿sabes?

—¡Oh! No se pueden querer imposibles.

—¿Imposibles? ¿Cuántas mujeres tienen hijos después de los cincuenta? ¿Por qué no quieres ayudarme un poco?

Rubes no se resignaba; una especie de anticipada terquedad senil le poseía. Volvía a ser el niño caprichoso que fuera siempre, el niño caprichoso que fuera, luego, Sisí.

Una tarde fue a ver a Tomás. Tomás era feliz con su enfermera y tenía tres hijos pequeños. Le recibió con mucho afecto:

—¡Ah!, me temo que no pueda ser —dijo.

—¿No hay muchas mujeres que tienen hijos después de los cincuenta años?

—Tu mujer tuvo ya la...

—Hace tres años.

Movió la cabeza Tomás:

—Veremos. Tráela por aquí.

Adela le hizo una escena al comunicárselo.

—Cecilio. ¡Por amor de Dios! ¿Vas a avergonzarme así a mis años?

—¿Avergonzarte? ¡Idiota! ¿Es una vergüenza para una mujer comprobar si está en disposición de tener hijos? Bien, prepárate, Tomás nos está esperando.

—¿No comprendes, Cecilio, que es una humillación para mí? ¡Oh, por favor, desiste! Te prometo, Cecil, que lo intentaré, pero no me avergüences delante de nadie.

Había una luz obstinada en los ojos de Rubes desde la muerte de Sisí que se acentuaba al enfurecerse:

—¡Idiota, idiota, idiota! —voceó—. ¿Es que no me has oído?

En su trato con Adela no observaba ya Cecilio Rubes la menor consideración. Una vez le dijo ella: «Cecil, no nos queda más que resignarnos». Él se alteró todo. Era lo único que no admitía mientras hubiera vida. No comprendía cómo nadie podía aceptar la resignación

por unos años, los únicos que le quedasen por vivir.

Tomás reconoció a Adela minuciosamente. Cecilio esperaba su fallo con el corazón agitado. Al concluir, Tomás se volvió:

—Lo siento —dijo—. No creo que haya la menor esperanza.

Rubes bajó la cabeza. En la puerta, Tomás le pasó su poderoso brazo por los hombros:

—Cecilio —dijo—. Cuídate. Estás envejeciendo prematuramente.

Cecilio Rubes entró en una nueva fase de postración. «Un hijo —pensaba—. Un hijo podría remediarlo todo.» Apenas cambiaba palabra con Adela y, si lo hacía, era para descargar su mal humor. Si no tenía noticias de una visita de los Sendín, procuraba no estar en casa. Rehuía todo contacto y toda vida de relación. Un día tropezó con Elisa Sendín riendo junto a un alférez de la Legión y comprendió que se había quedado definitivamente solo.

La gente decía: «No parece el mismo Rubes». «Le ha afectado mucho lo de su hijo.» Y él deambulaba con los tacones de los zapatos comidos, las ropas demasiado holgadas y sucias y arrastrando las vueltas de los pantalones desplanchados por el pavimento. No parecía el mismo Rubes de 1930 o 1918. Había adelgazado mucho y el cuello de la camisa le quedaba demasiado ancho. Sus ojos encerraban una vaga expresión enloquecida y sus labios se movían constantemente, murmurando letanías inaudibles. El paso de Cecilio Rubes por la calle despertaba sentimientos de conmiseración. Él advertía en sus antiguos amigos, principalmente en Luis y Gloria Sendín, una viva solicitud por remediar su decaimiento, pero él la atribuía a fines ruines y sádicos. A veces, en plena reunión, Cecilio se levantaba y salía dando un portazo. Adela le decía, saliéndole al paso:

—¿Adónde vas, Cecil?

—¿Y a ti qué te importa?

—Por favor, Cecil. No debes descuidarte así.

—Déjame en paz.

Prefería sentirse solo y estarlo. Vagamente culpaba a su mujer de todas las cosas. En realidad, su mujer jamás en la vida le hizo totalmente feliz. Ahora que su dolor era más manso, lo notaba más profundo, como si fuera vaciándolo poco a poco.

Para Adela, Cecilio se erigió en el foco esencial de su preocupación. Temía que se trastornase y le asustaba dormir con él en una misma cama. Bajaba a la iglesia diariamente. Ella sabía que lo de Sisí fue un merecido castigo y lo aceptó resignada. Si pensaba en los hijos que deliberadamente dejaron por nacer, sollozaba a impulsos de un arrepentimiento sincero. De nuevo se encontraba sola, pero ahora hallaba en su piedad un confortable alivio. En ocasiones le lastimaba la intemperancia de Cecilio hacia ella, su afán por alejarse cada vez más:

—Por Dios, Cecil —le decía—. Vuelve en ti. Estás torturándote en vano.

Él se agriaba. Le dolía a Adela, tanto como las palabras, el tono infinitamente despectivo con que se las tiraba a la cara:

—¡Calla, pedazo de inútil! —chillaba—. ¿Qué me ofreces tú para evitar mi tortura?

La idea del hijo crecía en él hasta convertirse en una obsesión. Constantemente se lo echaba en cara a su mujer. En los largos insomnios pensaba en ello; casi estaba persuadido de que otro hijo sería recuperar a Sisí. Se acostaba hecho un ovillito, mirando al costado de la cama. Acostarse hacia su mujer entendía él que equivaldría a una tácita absolución de su inutilidad. Cecilio Rubes necesitaba demostrarle constantemente su resentimiento. En ocasiones, sentía frío y, entonces, se acurrucaba y escondía sus manos entre las rodillas. Si Adela roncaba, gritaba él, sin contemplaciones: «¡Calla! ¡Me vuelves loco!». Adela dormía ahora en un perpetuo sobresalto. No se atrevía ni a darse la vuelta en la cama. Oía como en una pesadilla los nerviosos ruiditos que producía Cecilio al mover los labios. Algunas noches, Adela se desazonaba pensando en Sisí, mas, cuando evocaba su pérdida, no se lo representaba hecho un hombre, sino la criatura irresponsable que, años atrás, tiraba glotonamente de sus pechos cada tres horas. Ello le producía una indecible emoción. Cecilio rebullía a su lado. Le dolía la pierna y le punzaba el hígado. Pensaba, a menudo, en Elisa Sendín: «Bien —se decía—, ella se casará; conozco casos semejantes». Elisa le había dicho a los pocos días de morir Sisí: «Hay guerras y guerras. Nosotros moriremos tristemente en una cama, molestando a todos, sin ser útiles a nadie. Nos queda el consuelo de que Sisí ha muerto por una gran causa». Rubes había sonreído amargamente. «Una gran causa», pensó.

Una noche, Cecilio Rubes recordó a Paulina. No había vuelto a verla desde el día en que la visitó, estando Sisí en el frente. La actitud de Paulina aquel día le pareció grosera e ingrata. Juró no volver a visitarla. Su orgullo estaba entonces demasiado lastimado. Ahora, Cecilio Rubes no tenía orgullo y necesitaba un hijo por encima de todas las cosas. «Paulina también quería un hijo», pensó. Oía la respiración de Adela en el extremo opuesto de la cama y su regularidad le irritaba. «Veré a Paulina. Bien, Sisí ya no está y las cosas han cambiado de nuevo», se dijo.

Ya era de noche cuando, al día siguiente, subió a casa de Paulina. La radio cantaba de una manera estridente y Paulina, derrumbada en la cama, tenía un vaso con vino al alcance de la mano. «¡Qué ajada está!», pensó Rubes. Ella se echó a reír al verlo:

—Cecilio —dijo—. Esto no tiene remedio. Somos dos viejos.

—Bien —dijo Rubes, y se sentó en el borde de una silla.

Sonaba la música locamente, agriamente. Dijo Rubes, incorporándose y acercándose al receptor:

—Esto es una locura. ¿Te importa…?

—¡Oh, no lo toques! —gritó Paulina.

Había una media asomando por debajo de una silla y un zapato sobre el tocador y varias prendas interiores revueltas por el suelo. Paulina tuvo constancia de su vejez el mismo día que enterraron a Sisí Rubes.

Necesitaba hablar a gritos para entenderse. Dijo Paulina:

—¡Vaya! Hace veinte años que me visitaste para decirme que tenías un hijo, Cecilio, ¿recuerdas? Me regalaste unas perlas para las orejas y mi disco favorito. Hoy vienes a decirme que ya no tienes un hijo. ¿No me regalas, siquiera, un ramo de crisantemos?

Rompió a reír locamente y, con la estridencia de la radio, no se sabía a ciencia cierta si todo aquello era una carcajada o una canción. Dijo Rubes sombríamente: —Bien, Lina; estás borracha, ¿no es cierto? Paulina torcía un poco la boca y se expresaba con cierta dificultad. Dijo irónicamente:

—No irás a pedirme mis favores… ¿verdad, Cecilio? Eso sería una monstruosa inmoralidad.

Se incorporó a medias en el lecho, apoyándose en un codo. Añadió, pasándose levemente las yemas de los dedos por las arrugas de la frente:

—¿Te has fijado en mí, Cecilio? Soy una vieja. Soy ya una pobrecita vieja que no sirve para nada.

Cecilio se aproximó a ella y se sentó en el borde de la cama. Se palpaba los bolsillos con nervioso ademán. No acudía a Paulina ahora en busca de un placer, sino a sentar las bases de un contrato. Cecilio Rubes no era en este instante un seductor sino el hombre de negocios que fuera siempre Cecilio Rubes:

—Bien, pequeña —dijo—. Escúchame, pequeña. —La tomaba autoritariamente por la muñeca—: Tú no estás borracha hasta el punto de no entenderme. Bien… Las cosas han cambiado un poco desde hace unas semanas. Sisí ya no está. Bueno, tú me recordabas antes lo que ocurrió hace veinte años. Bien, Lina, entonces me dijiste: «También yo, cuando pasen los años, desearía tener un bebé. Yo creo que todas las mujeres querrían tener un bebé en alguna ocasión», ¿no lo recuerdas? Bien… Bueno, pequeña, yo también quiero un bebé; y…

Los labios de Paulina se entreabrían expectantes. Gritó, de pronto:

—¡Vaya!

—¿Bien?

La chica se puso en pie de un salto y miró a Cecilio Rubes con una mueca ambigua. Cecilio ignoraba si ella iba a reír o a llorar. Al fin, gritó, triunfalmente:

—¡Soy yo la única que conservo algo de Sisí! ¿No quieres saberlo, Cecilio?

Rubes se aproximó a ella y la tomó suavemente por la cintura:

—Bien, Lina —dijo—. Has bebido y estás excitada. ¿Por qué no apagamos de una vez este demonio loco?

Se acercó de nuevo al receptor. Gritó ella:

—¡No lo toques!

Cecilio se volvió calmosamente:

—¿Adónde vamos a parar, pequeña?

Agregó Paulina:

—También dije entonces, ¿no recuerdas?: «Cuando tu hijo crezca tendrá otro hijo y se llamará también Cecilio Rubes y de esa manera tú seguirás aquí y no te irás del todo».

—¡Ah, bien! ¿Por qué divagas ahora, pequeña? Di, Lina, ¿por qué no atiendes a razones? Sisí ha muerto y los muertos no tienen hijos.

Antes de concluir, Cecilio Rubes ya advirtió que había dado un paso en falso. Quiso gritar a Paulina que se callara, pero su vitalidad no se manifestó sino en un extraño y angustioso temblor. Las palabras de Paulina lo sacudían despiadadamente:

—¿Es que estás ciego, Cecilio? ¡Yo espero un hijo de Sisí! ¡Voy a tener un hijo de tu hijo! ¿Es que no lo ves? Yo quería un hijo, ¿sabes? Yo sabía que Sisí moriría en la guerra y no quería quedarme sola. ¡La soledad es una cosa terrible, Cecilio! Yo soy vieja... ¡Vieja, oyes!, y no tengo a nadie.

Cuando Paulina se arrojó en el lecho, Cecilio no sabía si reía o lloraba. Sólo veía su cuerpo estremecerse en nerviosas convulsiones. Una ansiedad desconocida atenazaba su estómago y sus pulmones. Se desplomó en una silla como sin vida. Murmuró: «Tengo que pensar. Es una cosa muy importante, ésta. Tengo que pensar». Luego le envolvió, como una nube, todo el asco y la amargura de la realidad. «Paulina, madre de mi nieto —pensó—. Paulina, madre de un Rubes, ¿cómo es posible que quede en el mundo algo vivo de Sisí?»

Al incorporarse Paulina, Cecilio la vio viciosa y basta y deformada y repelente, tal como él la había creado. Dijo ella:

—Cecilio...

—¡Calla! —dijo él—. Esto es una cosa muy importante. ¿Comprendes? Tengo que pensar en ello.

La radio cantaba con toda su potencia. Una atmósfera extrañamente enrarecida sepultaba a Cecilio Rubes. «¡Dios! —pensó—. Sisí ha dejado una vida dentro de ella.» Se pasaba repetidamente la mano por las mejillas. Se levantó en un movimiento brusco y sujetó a Paulina por los brazos:

—¡Dime que es un absurdo eso! ¡Dime que me has engañado!

Ella levantó la cabeza para reírse:

—¡Vaya, Cecilio, estás celoso!

—¿Celoso?

—¡Loco!

—¡Calla, zorra!

La abofeteó cruelmente, con creciente frenesí. Cuando ella empezó a chillar, Cecilio sintió deseos de matarla. Le cruzó la mente esta idea: «El hijo de Sisí no nacería de esa manera». Pero le echó atrás su cobardía. Cecilio Rubes fue siempre cobarde, y ahora lo notaba claramente en la indecisión de sus manos. Bajó la escalera a trompicones. Parecía un borracho. En el portal había dos hombres hablando de la batalla de Teruel. Atravesó la calle con pasos rápidos y vacilantes. La sensación de vacío se agrandaba en su pecho hasta extremos insoportables.

Ya en la cama oyó la voz de Adela, conciliadora:

—Cecil, ¿qué te ha ocurrido? ¿Por qué hemos de estar tan distanciados uno del otro?

—¿Te quieres callar?

—¡Oh, Cecil, estás destrozando tu vida! ¿No lo comprendes?

—¡Calla, calla!

De nuevo empezaba la tortura del insomnio, agudizada por el reciente descubrimiento. Rubes pensó: «¿Dónde empezaron mis fracasos? ¿Qué hay en mi vida que no haya sido un fracaso?». Le dolía muy fuerte la pierna derecha. Oyó dar la una y las dos en el reloj del salón. Le agobiaba la sensación de que Adela le acechaba en la oscuridad. Prefería tenerla dormida, inconsciente, a su lado, que no así, vigilándole y compadeciéndole y torturándole. Notaba una rara imprecisión en la cabeza, como si no pudiera retener las ideas que le importaba retener, ni desechar las ideas que deseaba desechar. El control de su propio mecanismo le fallaba. Era una vaga impresión de dependencia aquello. Oyó rebullir a Adela y voceó:

—¡No podrás estar quieta un momento!

Entonces la sintió llorar. Se puso fuera de sí:

—¿A qué ton esas lágrimas? ¿Por qué diablos las mujeres resolvéis todos vuestros problemas llorando?

Dio la luz de la cabecera. Adela, sentada en la cama, se cubría el rostro con las manos. Dijo:

—¡Oh, Dios, Dios! Esto es superior a mis fuerzas. No lo puedo resistir.

Chilló Cecilio histéricamente:

—¿Qué es lo que no puedes resistir? Di. ¿Es que sabes siquiera lo que es empezar a padecer? No te ha ido tan mal en la vida, digo yo. Bien, ¿qué te faltó en la vida?, ¿qué tuviste en la vida antes de casarte conmigo?

—¡Calla, Cecilio!

—¡No quisiste nunca a tu hijo, si es eso lo que estás tratando de hacerme creer! Sisí te estorbaba, ya lo sé yo. Trataste de mortificarle siempre. Cuando viste que no se te sometía, bien, que no se te sometía, quisiste deshacerte de él mandándolo a la guerra.

Adela lo miraba implorante. Dijo:

—Cecilio, Cecilio, ¡por Dios!, ¿por qué no tratas de comprenderme?

—¿Qué hay de comprensible en ti?, dime.

—Vamos a hacer un frente común, querido, en vez de estar todo el día acusándonos mutuamente y martirizándonos.

—Bien, un frente común... un frente común. Se te ha pegado el cochino lenguaje de la guerra. ¡La guerra! Bien, ¿has pensado en cómo nos iría sin esa estúpida manía vuestra de enderezar las cosas? ¡La guerra! Entre todos habéis armado esta guerra para que paguemos los que no tenemos nada que ver con ella.

No existía la menor coherencia en las palabras de Cecilio Rubes. Sin embargo, él intuía que necesitaba desahogarse. Mas a medida que hablaba, su cerebro se ofuscaba más y sus voces eran más fuertes y destempladas. Experimentaba un raro vértigo chillando como un loco, sin sopesar el valor de las palabras. De repente, la luz se apagó y se alzó poco a poco sobre la ciudad dormida el ulular de las sirenas anunciando la presencia de aviones adversarios. Era como un gigantesco alarido lastimero, quebrado en mil gradaciones y matices. A Cecilio le exasperó aún más la oscuridad, la inmediata conciencia de la guerra, el hecho de que otra voz, aguda e implacable, eclipsara la vibración de la suya. Voceó:

—¡La guerra! ¡Ahí tienes la guerra, idiota! Eso querías tú. ¿Y mi hijo? ¿Dónde diablos puedo encontrar ahora a Sisí?

Dijo Adela:

—Hemos sido cobardes, Cecil. Esto es un castigo del Cielo.

Rubes soltó una palabrota. Notó que su boca se llenaba y soltó un rosario de palabrotas. Le hería la repentina calma de Adela. Palpó en la oscuridad, buscándola.

La sirena zumbaba por encima de los tejados. Oyó la voz desgarrada de su mujer; como una conciencia.

—¡Esos hijos, Cecilio! ¡Esos hijos que dejamos por nacer!

—¡Hijos! —chilló él—. Maldita inútil, ¿qué hijos has sabido darme tú? ¿Qué has hecho de Sisí?

Todo su cuerpo estaba como electrizado. De la calle ascendía un rumor de gente huyendo a los «refugios». Sus manos toparon con el bulto de su mujer y lo retorció y lo golpeó a ciegas, fallando muchos golpes.

Gritó Adela:

—Eso no, Cecilio, ¿estás loco?

—¡Tú mataste a Sisí, maldita!

—¡Tú!, tu afán por esconderlo lo mató.

Cecilio Rubes, ciego de furia, se incorporó. Sólo notaba nervios en su cuerpo y una tensión enloquecedora a flor de piel. Fuera, silbaba la sirena monótonamente, en tono menor. Adela le oyó avanzar hacia el balcón con los pies descalzos. Pensaba: «¡Oh, Dios!, ¿qué querrá hacer ahora?». Escuchó los ruiditos nerviosos que emitían sus labios y luego una palabra soez. Cuando Rubes abrió el balcón de par en par, el aposento se llenó del dramático alarido de la sirena. El cuerpo rechoncho de Cecilio Rubes se recortó un momento sobre el fondo de las estrellas. Con una ligereza insospechada, Cecilio se encaramó a la balaustrada y saltó. Como en una pesadilla oyó Adela el ruido sordo de un cuerpo al chafarse contra el asfalto. No comprendía bien lo que acababa de ocurrir, pero mecánicamente se llevó las manos a la cabeza y gritó muy fuerte, una, dos, tres veces.

La partida

1954

Uno

Había sido Miguel Páez durante dieciocho años, y de pronto, en cuarenta y ocho horas, era sólo *Valladolid.* Y en el *Cantabria* le decían *Valladolid* con acento indulgente, como un tierno diminutivo. A él no le ofendía, antes al contrario, le confortaba no sólo el tono, sino la palabra, y la nostalgia de su ciudad que la palabra envolvía. Don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria,* decía *Valladolid* de otra manera. Aun si recitaba versos, don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria,* adoptaba una expresión negra y cortada, como el ladrido de un mastín hosco. En cambio, Benito, el contramaestre, veía las cosas de color rosa, y hasta cuando mencionaba la carga –aquella carga que le hacía sudar y blasfemar junto a los cuarteles de la sentina, mientras chirriaba, arriba, el aguilón de la grúa– decía: «Naranjas, naranjitas; pequeños soles para los hijos de la niebla». Y seguramente Benito, el contramaestre del *Cantabria,* pensaba en redondo, porque su cuerpo era redondo, y para él imaginar a Ava Gardner era como tener a Ava Gardner, y él la vio apearse una vez del avión 7532 de la U.S. Air Force, y desde entonces se creía con algún derecho sobre la muchacha. Él decía: «Las caritas de las actrices, contra lo que la gente cree, no son sólo potingues. Ava Gardner sabe sonreír y, sobre todo, sabe mirar. En las mujeres, el saber mirar es una sabia virtud». A Miguel Páez le decía ahora *Valladolid y* a *Valladolid* le agradaba oír al contramaestre llamarle *Valladolid* porque así olvidaba, o se desentendía de la mugre y la sordidez, y aun de la austeridad, del *Cantabria.* Escuchando a Benito las cosas tomaban un amable cariz de fiesta.

Él llegó dos días antes, con sus maletas de cartón a cuestas y su predisposición al asombro. «Yo soy un alumno de Náutica sin conocimientos prácticos; eso, eso...», se decía. Luego, durante la cena, se lo confesó al maquinista y el maquinista gruñó. El capitán era joven para tener el pelo blanco y, sin embargo, el pelo suyo era desoladamente blanco y sus maneras lacónicas. Benito, el contramaestre, se echó a reír, primero, cuando él, *Valladolid,* al oír las presentaciones del capitán, lanzó aturdido su mano al azar, para el primero que quisiera tomarla. *Valladolid* estaba descentrado con su carita blanca, imberbe, de escolar de pensión, entre aquellos rostros atezados por todos los vientos. Más tarde, cuando pretendió arrimar la banqueta a la mesa, Benito, el contramaestre, rió por segunda vez y don Jesús Beardo, el maquinista, le dijo:

–Muchacho, cuando subas a un barco repara que eres tú lo único que no está amarrado al suelo.

Su ingreso, pues, no fue ni mucho menos unas pascuas. El revisor,

en el tren, le había dicho: «¿Embarcas en Santander? Un bote». «¿Por qué un bote?», inquirió él, que todavía no era *Valladolid,* con cierto desapego. «Ahí no hay barcos de calado.» «No hay barcos de calado... No hay barcos de calado. ¿Pretendo yo darle lecciones a él de lo que pasa en el tren?», pensó Miguel Páez. Luego resultó que el *Cantabria* era un bote de 500 toneladas, 35 metros de eslora, 6 de manga y 6,75 de puntal. Y la arboladura un desecho, tarada de herrumbre, y él no era Miguel Páez, sino *Valladolid*. Se arrimó a Benito, que a orilla de la sentina contemplaba la carga, sudaba y escupía juramentos.

–¿Qué creíste, hijo? ¿Que era el *Queen Mary?* –le dijo el contramaestre.

–¿Y eso? –indagó él, señalando la carga.

–Naranjas, naranjitas; pequeños soles para los hijos de la niebla.

Más tarde juró de nuevo el contramaestre, cuya faena de dril estaba desteñida en los sobacos. En su cuello poderoso se distinguían tres franjas de color grana y, si elevaba los ojos para observar las evoluciones del aguilón de la grúa, se hacían más ostensibles. El cuerpo del contramaestre resultaba un poco cómico en su redondez pretenciosa, en su vil adiposidad. *Valladolid,* que aún no era *Valladolid,* sino Miguel Páez, se sintió entristecido y pensó en Marita y, sin poder remediarlo, porque era una necesidad perentoria, se encaramó al espardel y arañó el nombre de la muchacha en la pintura, debajo de un cable. Se hizo la tonta ilusión de que así la chica, en cierto modo, le acompañaba. Bajó más aliviado y ya el aguilón descendía al sollado por última vez y Benito, el contramaestre, dejó de jurar, le tomó por los hombros y le fue diciendo, sin que él le preguntase nada:

–Aquí es la pacotilla, ¿me entiendes? Sin la pacotilla esto no es carrera ni es nada. ¿Dónde estudiaste tú?

–En Barcelona.

–Luego eres catalán. ¡Buen país!

–Soy de Valladolid.

–¡Ejem! Bueno, eso es otra cosa. No es mal país tampoco Valladolid... Sin la pacotilla te podrías dedicar a escardar, te lo digo yo. Es más rentable. ¿Valladolid? Yo pasé por Valladolid en el año nueve. ¡Bonitas chicas o yo soy un perro sarnoso!

Valladolid, que empezaba a ser *Valladolid*, sonrió tímidamente. No se aventuraba a la sonrisa abierta para no dulcificar aún más su rostro. A Marita le decía, tres días antes, tomándole de las manos y sintiéndose fuerte y viril: «Ya ves, hijita, la mar, la mar... Recorrer el mundo. Es ésta una profesión muy dura». A Marita le temblaba una lágrima en el ojo derecho. Le dijo, recostando la cabeza sobre su hombro, que, entonces, podía parecer capaz y sólido: «Cuando nos casemos me llevarás contigo. No nos separaremos nunca, ¿no es cierto?». «Veremos, veremos...», respondió él dispuesto a allanar dificultades.

Marita tenía dieciséis años y unos hombros adolescentes y frágiles, y unos acerbos celos del *Cantabria*, carga general, junto a Benito, el contramaestre, *Valladolid* se sentía Marita: débil y compungido. Él, *Valladolid*, era audaz lejos de las realidades. En el *Cantabria* era tímido y se sentía muy poquita cosa. Su padre le dio tres billetes de cien al despedirse: «Tú sabes que esto no sobra. Pero aún no ganas y yo he de concluir lo que empecé o no soy hijo de mi madre». Su padre, naturalmente, sí era hijo de su madre, concluyera o no lo que había empezado, pero *Valladolid* no era, en puridad, hijo de su padre. Su madre, que sí que era su madre, se casó con su padre en segundas, cuando ya le tenía a él. *Valladolid* no recordaba la boda, ni recordaba a su madre, pero sí recordaba a su medio hermano Raulito, que era breve y enclenque como un pájaro en carnutas. Cuando murió, le encerraron en un cofrecito blanco y su padre, «Revisor de la Compañía de Ferrocarriles del Norte», hizo asueto aquel día y andaba tras el féretro como borracho y, por la noche, le dijo a Miguel Páez: «Sólo me quedas tú. Lo más mío se esfumó». Lo más suyo eran Raulito y su madre, que también eran lo más suyo, lo más de *Valladolid*, y también se le habían esfumado. Él le dijo: «¡Padre...!», y se atascó, porque allí no cabían las palabras, y el revisor de los Ferrocarriles del Norte añadió: «Sí, hijo, sí; como sí lo fuera; para ti, como si lo fuera».

A *Valladolid* le constaba el esfuerzo de su padre y le constaba que no mentía al decirle: «Tú sabes que esto no sobra». Los tres billetes eran una necesidad truncada y *Valladolid* los colocó en el bolso alto de la americana, tal vez para tenerlos más cerca del corazón. Había respondido: «Descuida, padre». Y ahora, abrió el ojo cuando Benito, el contramaestre del *Cantabria*, le dijo:

–Sin el frasco y el naipe, ¿qué sería del marinero en la mar? La mar, muchacho, es un desierto sin arena.

–Bueno, el naipe.

–Esta noche nos hacemos a la mar. Fuera de la ostial, el naipe. ¿Valladolid, dices? ¿No hay en Valladolid un hermoso acueducto?

–Es en Segovia...

–Sí, Segovia... ¿Sabes jugar al póker, *Valladolid?*

–¡Oh, sí!

–¡Magnífico!... De Valladolid, bien mirado, no recuerdo sino las chicas. Un poco esquivas, pero bonitas, ¿no es cierto?

–Sí.

–Yo llevaba un uniforme bien cortado, pero ni por ésas. ¿Quieres hacer el cuarto mañana?

–¿El cuarto?

–En mi cabina; al póker.

–¡Ah, bien! De acuerdo –dijo *Valladolid*.

Dos

Caía la noche y de la amura de babor soplaba una brisa muy tenue. Los pesqueros se ponían en movimiento y se oía, a lo lejos, una sirena como el quejido de una mujer ebria. Olía a salitre y a algas y las gaviotas sobrevolaban el mar con una atención suspensa. De la parte de Pedreña, la superficie se encrespaba y se poblaba de cabrillas blancas. En el muelle, el bolardo parecía un brazo en tensión, cargando con la responsabilidad del *Cantabria*. El bolardo era, ahora, el capitán, y el capitán, cuando *Valladolid* se presentó a él en la diminuta camareta, era, de pronto, un burócrata concienzudo y borracho. Bebió dos vasos de vino mientras anotó sus datos en el diario de navegación. El capitán, como los practicantes, olía intensamente a alcohol. En sus palabras y sus movimientos se descubría una premeditada represión. *Valladolid* observaba su cogote rapado y pensó que aquella cabeza, prematuramente blanca, estaba electrizada y que de tocarla le sacudiría un calambre. El capitán del *Cantabria* mordisqueaba la pluma antes de escribir. Sus dedos grandes y expeditivos tenían una extraña agilidad. Se volvió al muchacho de pronto:

–No le extrañe –dijo–. En la Escuela fui campeón de dedos.

–¿De dedos?

–¿No luchó nunca con los dedos?

–No.

–También se lucha con los dedos. Y yo era campeón.

Valladolid pensó que estaba bebido. Su sonrisa era juvenil, pero no franca; quedaba como sometida a una condición, como si el capitán del *Cantabria* pensase: «Si no tuviera *eso* encima de mí, sonreiría del todo». Luego enseñó el barco al alumno y le entregó dos faenas de dril y una gorra de plato. *Valladolid* se sentía orgulloso debajo de ella, pero Benito, el contramaestre del *Cantabria*, dijo, al verle: «*Valladolid*, criatura, pareces el *botones* de la Banca Arteche». Y *Valladolid* pensó en Marita y cuando, a su lado, parecía un hombre ciclópeo. Sonreía, sin embargo, con una limitación predispuesta. «Fuera de Benito, el contramaestre, nadie en este demonio de barco sonríe de verdad», pensaba.

El barco no le gustaba a pesar del concienzudo interés del capitán por enseñárselo. Era sucio y viejo y en las sentinas había ratas. La obra muerta, alterosa y renegrida, no guardaba equilibrio con el casco, y el capitán le dijo que «era un trasto reconstruido». En extraña contradicción con el resto, el puente de mando brillaba como una patena; la rueda del timón, pulcramente barnizada, parecía un objeto de adorno.

–Bueno –dijo *Valladolid*–. ¿Qué velocidad desarrolla?

–Doce millas sin forzar.

–¿Servicio?

–Habitualmente con Plymouth.

El muchacho asió el timón y, de súbito, se sintió un hombre importante.

–¿Yo podría llevarlo?

–Un niño puede llevarlo. Es un barco marinero éste y la pista más ancha que el Paseo del Campo Grande.

–¿Conoce Valladolid?

–¡Oh, Valladolid! ¿Qué razón existe para que venga al mar un castellano de tierra adentro?

–Eso; el mar.

–¡Vaya!

–Yo siempre deseé lo que no tenía –dijo *Valladolid*.

Tres

El camarote de Benito, el contramaestre del *Cantabria*, le produjo la misma impresión que el camerino de una *vedette* de pocas pretensiones. Olía a axila sudada y a ropa de cama sin ventilar y era tan sórdido y angosto como el de *Valladolid*, siquiera el contramaestre se las arreglase para imbuirle cierto aire de local de esparcimiento. En ninguno de los mamparos se veía la madera; fotografías de periódicos de todas las actrices de Hollywood se exhibían pegadas allí toscamente, unas conservando el pie y otras, las más, recortadas en silueta. Sobre la cama, entre las estampas frívolas, había un cromo de la Purísima con rostro de modistilla:

–La Virgen está en mi pueblo por encima del alcalde –dijo el contramaestre–. En la fiesta hacemos una hoguera en la plaza y los *carcas* arrojan caramelos a los chicos.

Le había acogido con una sonrisa pletórica, la misma sonrisa con que acogió la noche antes los malos humores de don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*.

–Siéntate, *Valladolid*. Tomaremos una copa. Eres el primero, ya lo sabes.

Se agachó y, tras un desmanotado forcejeo, abrió el candado de la taquilla y sacó una botella. Sonreía. Aún no hacía tres horas que el *Cantabria* navegaba en mar abierta. Cabeceaba suavemente y *Valladolid* notaba una sensación difusa en las plantas de los pies. Nada en concreto, pero prefería estar sentado. La cabina de Benito tenía dos ojos de buey. Él había permanecido una hora larga acodado en la borda contemplando la nada del cielo y el mar. Producía una extraña impresión pensar en Marita en aquellas circunstancias. Ahora deseaba jugar al póker y mirar los naipes del descarte lentamente, uno a uno, exacerbándose la emoción del azar.

–Es una molestia –dijo *Valladolid*, tímidamente. Y miraba, fascinado, los muslos redondos de Sonja Henie, la patinadora.

–¡Bah!, molestias, molestias... Para mí echar un trago no significa una molestia, sino exactamente lo contrario: me aclara la cabeza y me abre el apetito. Decía mi padre: «El mucho vino mata, pero un poco menos resucita», ¡ja, ja, ja!

Se sentó frente al muchacho y llenó dos vasos:

–El cura de mi pueblo solía decirme: «Conserva el corazón de un niño y serás un niño aunque tengas pelos bajo la nariz y la cabeza monda como una bola de billar».

–En mi litera hay chinches –dijo *Valladolid* repentinamente disgustado.

–¿Dónde no? Y cucarachas en las taquillas y ratas en las sentinas.

¿Qué imaginaste que era el *Cantabria, Valladolid?* Aprende a llevar el *Cantabria* y podrás llevar mañana el *Queen Mary*. Atiende, muchacho. ¡Mira qué bocas! Mis novias posaron sus labios aquí para que yo las conservase...

Le mostraba un álbum lleno de pequeñas cartulinas blancas, ordenadas de forma simétrica:

–Bueno –dijo el chico, a quien las fotografías de los tabiques perturbaban–: ¿quién es aquella de arriba, si puede saberse?

El contramaestre del *Cantabria* volvió los ojos con un esfuerzo:

–¡Ah, ja, ja!... –dijo–. ¿No conoces a Elizabeth Taylor, criatura? ¿Pudiste vivir este tiempo sin conocer a esa chica? –Volvió sobre su álbum, jactanciosamente–: Cuéntalas, *Valladolid*, hijo –añadió–. Suman ochenta y siete. Ochenta y siete bocas que este menda ha probado. Repara, *Valladolid*, muchacho... Repara en estos labios... Dime, ¿qué dice debajo?

–Dice: «Leonisa Altable. Cádiz. Doce febrero mil novecientos treinta y cuatro – once abril mil novecientos treinta y cuatro».

El contramaestre adoptaba un aire beatífico. Meditó un momento:

–Te soy sincero, *Valladolid;* no recuerdo a esta muchacha y te juro que lo siento. No la recuerdo aunque me esfuerzo en ello.

Valladolid apuró el vaso. Dijo:

–¿No vinimos a jugar al póker?

–Paciencia, hijo. Hemos de esperar –consultó su reloj de muñeca–; la noche es joven.

Valladolid, el muchacho, sentía el prurito de los naipes en las yemas de los dedos. Le agradaba la sensación del azar; no disfrutaba tanto con la jugada como con la expectativa de la jugada. Los tres billetes del padre, del que no era su padre pero como si lo fuese desde que perdió a Raulito, su medio hermano, le calentaban el corazón. *Valladolid* no dudó que los multiplicaría. Para él, sentarse a jugar equivalía a sentarse a ganar. Era, el juego, una actividad retribuida como otra cualquiera. Sin embargo, desconocía la técnica de la nueva mesa. En Barcelona ya sabía que Martí era aficionado al «pase negro» y a farolear cuando los demás pasaban. Climent, por el contrario, se mostraba moderado y corría el riesgo de comerse su jugada en espera de que fuese otro quien iniciara la puesta. *Valladolid* ignoraba la mecánica de los nuevos compañeros.

Benito, el contramaestre, eructó de pronto:

–Perdona, muchacho –dijo–. El viento es un lastre para el marino, créeme.

Sonreía. Retiró el álbum de la mesa. Él estaba sentado sobre la litera y *Valladolid* sobre una redonda banqueta, frente a él.

–Vendrá el maquinista, ¿no es cierto?

–No faltará, hijo.

A *Valladolid* no le gustaba el maquinista y por eso le agradó que viniese. Le placía estrujar a quienes no le eran simpáticos. Al desatracar, seis horas antes, coincidió con él a estribor, mientras el remolcador, fumoso y chillón como un chulo de puerto, arrastraba al *Cantabria* hacia la bocana. *Valladolid* observaba las tensas estachas, el agobiado esfuerzo del barquichuelo:

–Esto es otra cosa –dijo con incipiente entusiasmo–, la mar es otra cosa.

–Esto no es vida. Ni arriba ni abajo es vida –dijo don Jesús Beardo, el maquinista del Cantabria.

Se refería a las calderas y al puente, y ni las calderas ni el puente le parecían vida. Tenía un cigarrillo entre los labios y las manos ocultas en los bolsillos.

–Inglaterra –dijo el chico vagamente.

–¿Crees que allí atan los perros con longaniza, muchacho?

Su rostro era desplomado y funerario, con las mejillas chupadas y las sienes abultadas. Había en su espalda enjuta, y aun en la manera de proteger la colilla contra el viento, un definitivo aire de enterrador. Pero *Valladolid* no sabía que don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, fue, primero, un hijo único y, después, un huérfano único. Ni sabía lo de la lápida. El padre del maquinista se excedió cuando perdió a la mujer, mas entonces la amaba e ignoraba que se excedía. Él creyó honradamente que no tardaría en seguirla y por eso grabó en la piedra: «Espérame. Pronto me reuniré contigo». Don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, era entonces un pedazo de carne que se movía, pero no sentía. Cuando empezó a sentir conoció la lápida y advirtió que su padre no tenía prisas por reunirse con la difunta. Al morir su padre, al fin, diecisiete años más tarde, alguien añadió en la lápida, tras la fecha de defunción: «Querido, creí que no venías». Para don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, jovencito sensible y enfermizo, fue aquello un rudo golpe. En todas partes le embromaban y una pequeña novia que tenía, y que apenas le llegaba a la cintura, le dejó plantado acuciada por el recelo de que la informalidad del padre se le contagiara. Entonces empezó para don Jesús Beardo la macabra costumbre de visitar cementerios. Se hizo marino para huir de su ciudad y conocer nuevos cementerios. Le gustaban los cementerios y le agradaba constatar que no fue su padre el único que le hizo a su madre una perrería.

Dijo a *Valladolid*, acodado en la borda, junto a la amura de estribor, en tanto se encendían las luces del puerto:

–Yo pasé por Valladolid en el año quince. ¡Hermosos cipreses!

Hablaba igual que los perros aúllan en la noche, con un matiz de reproche y un filo amenazador.

–En el camposanto de Valladolid tengo yo un medio hermano –dijo

Valladolid.
–¿Sí?
–Sí. Se llamaba Raulito.
–¿Murió chico?
–Seis años. El padre de él es ahora el padre mío.
–¿Cómo es eso?
Valladolid le explicó. Agregó el maquinista del *Cantabria:*
–¿No hay allí una lápida que dice: «Padres, ¿dónde estáis? ¿Dónde está vuestra virtud? ¿Quién separa la amistad?: Esta piedra y esta cruz»?
–Lo ignoro.
–¿No conoces las lápidas del cementerio de tu pueblo?
Valladolid se atarantó. Don Jesús Beardo parecía un catedrático reconviniéndole.
–No, en efecto –dijo *Valladolid.*
–Malo.
–Malo, ¿qué?
–Tu desinterés.
El capitán asomó por la baranda del puente y voceó una orden a la toldilla con el megáfono. Inmediatamente desapareció. *Valladolid* desvió la conversación:
–¿Y él? –inquirió.
–¿Qué, él?
–Es joven y su pelo es blanco.
–Sí.
–¿Y eso?
–La vida le mordió. La mordedura de la vida es como la de un perro rabioso –dijo el maquinista.
A *Valladolid* le acució la curiosidad. Observaba las cejas pobladas y vencidas de don Jesús Beardo y después miró a la mar. Ahora miró a Benito, el contramaestre del *Cantabria*, e inmediatamente, por encima de su hombro, miró las pantorrillas de Lana Turner. Todo le asombraba en aquel barco. Era, todo, como una intrigante caja de sorpresas. Se encontraba a gusto entre las muchachas del contramaestre. Dijo Benito:
–Don Jesús Beardo, el maquinista, tiene una amiga que se llama Mari Luz.
Valladolid no sabía lo de la lápida.
–Sí –dijo.
–Quiere que los entierren en tumbas distintas. ¿Qué te parece?
–¿Y el capitán? –inquirió el muchacho.
Entró, de súbito, el capitán y *Valladolid* se sofocó.
–Llueve –dijo el capitán– y hace frío.
La vibración sorda de las máquinas ahogaba cualquier otro ruido

del exterior. Se despojó el capitán del impermeable y *Valladolid* le miró las manos con cierta perplejidad. «Es campeón de dedos», se dijo.

–El jefe subirá enseguida –dijo Benito, el contramaestre del *Cantabria*.

En este instante la puerta rodó sobre el engargolado y asomó el rostro funerario del maquinista:

–¡Bah! –dijo–. Allá abajo no se puede respirar. Hace más calor que en el mismísimo infierno.

Cuatro

Miguel Páez, que ya era *Valladolid* y cuando pensaba en Ava Gardner presentía un mundo más complicado y difícil que el suyo propio, colocó dos duros en el centro de la mesa. Había empezado por llevarle cinco a Benito, el contramaestre del *Cantabria*, con una escalera máxima. El maquinista observaba a los contrincantes con el rabillo del ojo. Sus dedos afilados separaban una carta de otra mezquinamente. Ponía avaricia en el manoseo de los naipes; una avaricia puntillosa y sórdida.

–Los veo –dijo–. Y pongo tres más.

Valladolid vaciló. Sentía una advertencia en las entrañas; una rara advertencia que era como un vacío. Tal vez fuera el vacío del primer viaje. Éste era para *Valladolid* como una recopilación de apostura, megáfono y autoridad. Y mar, el endiablado mar infinito absorbiendo la total intensidad de sus pupilas. Ahora, el primer viaje era una angosta cabina y tres hombres viciosos y el presentimiento de Ava Gardner, Elizabeth Taylor y Sonja Henie. Y sus efigies y las efigies de sus muslos. El *Cantabria* cabeceaba. El capitán dijo: «Hay mar de fondo». Y *Valladolid* no se explicaba por qué la mar de fondo se acusaba en la superficie. Entró con dos jotas y dos ases y en el descarte llegó una Q. Vaciló, de nuevo.

–Van –dijo, al fin.

–Tres ochos.

–Valen.

–¿Qué tienes, *Valladolid?* –preguntó Benito, el contramaestre.

–Figuras, sólo.

Por encima del hombro del contramaestre veía la belleza obsesionante de Elizabeth Taylor. «Esa mujer debió de besar mucho en la vida», pensó *Valladolid*. También él besó una vez a Marita en el cinema Roxy, viendo *El bailarín pirata*, en technicolor. Lo hizo torpemente, prematuramente, y lastimó la nariz a la muchacha, que se resistía; y ella le regañó. Le dejó un regusto desolado el primer beso. Era probable que el capitán del *Cantabria* hubiera besado más de una vez. Sus labios eran finos y elásticos y después de beber un vaso se estiraban con satisfacción. *Valladolid* llevaba la cuenta de los vasos que bebía el capitán. También le sorprendía su modo de manejar las cartas con una sola mano, mientras que la otra sostenía el vaso. Para el capitán del *Cantabria* pensar en Ava Gardner era exactamente acentuar la distancia que le separaba de Ava Gardner. Con suma facilidad abría las cartas en abanico, una en cada dedo, tal cual si los dedos fuesen las varillas del abanico:

–Voy –dijo.

–Paso –dijo el maquinista observándole torvamente.

–Voy –dijo *Valladolid,* y no tenía más que una pareja de nueves.

La suerte le volvía la espalda y pidió otro resto de diez duros. Bien pensado, no había prisas. Él dedicaba su atención preferentemente a estudiar a sus compañeros. Observó que si Benito sacaba el pañuelo del bolsillo y se secaba las manos, tenía de escalera para arriba. Al maquinista solía paralizársele la cara cuando ligaba. Descubría los naipes con una lentitud agobiante. Por contra, el contramaestre del *Cantabria* jugaba alegremente, aun sin arriesgarse demasiado. Para Benito, el contramaestre, pensar en Ava Gardner era como tener a Ava Gardner, particularmente desde que la viera descender del 7532 de la U.S. Air Force.

–Cinco duros –dijo Benito, y se secó las manos con el pañuelo.

–Veo –dijo el capitán cerrando el abanico.

Valladolid se dijo: «Estoy en un barco de verdad. Es éste mi primer viaje». El capitán del *Cantabria* pensó: «Definitivamente solo». Y recordó a Julia, aquella morenita del cuerpo obsesionante. Julia, la chiquilla, fue su mujer. Ella le decía: «Quiero viajar, cariño». Él dijo: «Si me caso contigo te llevaré a América». Julia añadió: «Cásate conmigo». Él la llevó a Buenos Aires cuando se casaron. En la camareta, que era mezquina como todas las camaretas, ella le dijo diabluras. Pero luego, en Buenos Aires, desapareció. Hacía diez años que Julia desapareció y aún ignoraba el capitán del *Cantabria* por qué clase de hombre le había cambiado. Su mano se crispó imperceptiblemente sobre la mesa, sujetando los naipes, y con la otra se llevó el vaso a los labios y bebió. El maquinista observó la fotografía de Ava Gardner e imaginó una lápida rodeada de flores en los hermosos jardines de Hyde Park: «Aquí yace Ava Gardner, la actriz más hermosa de su época». Tal vez algún insensato, como su padre, la apremiase a esperar. Pero ya no sería Ava Gardner, sino los huesecitos de Ava Gardner, bonitos, blancos y proporcionados, los que esperasen. Acababa de decidir que su amiga Mari Luz se había vuelto respetable y fondona. Ahora, mientras *Valladolid* barajaba torpemente, el mar azotaba los costados del *Cantabria* y el rumor se hacía claramente perceptible. En el puente también era perceptible, minutos antes, el rumor del mar mientras el capitán le mostraba la bitácora. La proa del *Cantabria* se hundía intermitentemente en las aguas grises con cierta majestad. *Valladolid* había pensado entonces en su infancia, cuando incendiaba barquitos de papel en un balde de agua. Y luego, en sus devaneos por el Pisuerga pilotando una barca de dos remos. El *Catarro* le fiaba los viajes y, a veces, ni siquiera le recordaba su deuda. «Hoy no tengo cuartos, *Catarro.»* «¿Cuándo sí?», decía el *Catarro* y rompía a reír. El *Catarro* conocía el lecho del Pisuerga como su propio lecho. Ningún ahogado se le resistía. Rastreaba con inteligencia y sin

precipitaciones. Él sabía como nadie la querencia de las aguas para arrastrar a sus muertos y dependía del caudal, de la estación y de la fuerza de la corriente el rastrear el Vivero antes que la Pesquera o a la inversa. *Valladolid* pasaba tardes enteras junto al *Catarro* en el Sobaco, ante un porrón del vino tinto.

–*Catarro* –le decía–. ¿Es cierto que un barco al hundirse forma un remolino que arrastra cuanto le rodea?

Los dientes del *Catarro* estaban careados, lo que no impedía que en la ciudad fuese una institución benéfica.

–Según –decía.

Los chopos se erguían en las márgenes y delimitaban orgullosamente el cauce del río. Entonces *Valladolid* no era aún *Valladolid* y contaba solamente catorce años.

–*Catarro* –inquiría–. ¿Es cierto que hueles los ahogados?

–No es cierto. ¿Quién dijo tal?

–¿Por qué los encuentras todos?

–Conozco mi oficio.

–Dime, *Catarro,* ¿por qué si uno sabe nadar flota sin moverse y cuando no sabe se hunde?

–El miedo pesa, hijo.

Una tarde, *Valladolid* le confesó:

–¿Sabes que voy a ser marino, *Catarro?*

Entonces él, *Valladolid*, intuyó su primer viaje y notó una emoción de virginidad. El *Catarro* le acarició el cogote, orgulloso de su magisterio.

Benito, el contramaestre del *Cantabria*, se secó las manos obstinadamente. *Valladolid* se sobrecogió. Acababa de ligar un ful de jotas-nueves. Miró las manos del capitán y el capitán bebió otro vaso de vino. *Valladolid reparó* que había perdido la cuenta.

–Ficho –dijo tímidamente.

–Diez duros para verlo –dijo el contramaestre.

Apuñaba el pañuelo mientras *Valladolid* pensaba: «Tú sabes que esto no sobra». Su padre, el que no era su padre, el revisor de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, tenía el rostro azulado y la boca entre paréntesis. Según decía él, aquello era por haber reído mucho. «Todo lo que reí de niño me tocó llorar luego», afirmaba después del entierro de Raulito, su mediohermano. La gorra de plato de su padre le imprimía un aire marcial. ¡Lástima del tono azulado de su piel! *Valladolid* cerró los ojos:

–Veo –musitó.

–Color –dijo triunfalmente Benito, el contramaestre del *Cantabria*.

Valladolid sintió que las orejas le abrasaban. Dijo:

–Otro resto.

Cinco

A Marita le decía diez días antes, sentados en un banco de los jardincillos del Poniente: «El capitán en un barco es como Dios, ¿sabes?» «¿Sí?», inquirió ella. «Sí», respondió él con firme acento de convicción: «Puede incluso casarte si así lo deseas», agregó. «¡Oh!, ¿por qué no nos casamos en un barco?», dijo ella, repentinamente iluminada. «Puedes hasta hacer testamento delante del capitán», continuó impávido *Valladolid*, que aún no lo era, ni conocía a Elizabeth Taylor. «¿Es cierto que un capitán de barco puede echarte la bendición?» «Bueno –confesó, al fin, *Valladolid*–, no sé exactamente si el matrimonio que hace un capitán vale para la Iglesia o sólo para lo civil.» Repentinamente, Miguel Páez experimentó deseos de besar a Marita porque era guapa, y anochecía, y los jardines del Poniente estaban desiertos, y cuatro soldados hacían coro desde una ventana del cuartel de San Quintín. Estudió, incluso, el procedimiento para no lastimarle la nariz como el primer día. Finalmente desistió porque Marita estaba ajena a su persona y pensaba en las atribuciones del capitán de barco.

Él dijo: «Un capitán es casi como un Dios. Yo te contaré de mi primer viaje».

El capitán del *Cantabria* bebió otro vaso y fichó. El maquinista descubría las cartas con parsimonia y desconfianza. Prefería los *tréboles* y los *pics* porque eran de color negro. El rojo le lastimaba.

–Hablas, Beardo –dijo el capitán.

–Ficho.

–Y yo –dijo Benito.

–Yo también –dijo *Valladolid*, a quien le iba creciendo en el pecho un sentimiento de decepción.

–Dos parejas –dijo el maquinista, adelantando sobre la mesa su rostro funerario.

Benito, el contramaestre del *Cantabria*, tomó las cartas y barajó. El contramaestre del *Cantabria* desconocía la envidia porque era el sexto de catorce hermanos, y Nicanor, el primogénito, se quedó con la taberna de su padre sin compensarlos. No sentía envidia porque para él pensar en Ava Gardner era como tener a Ava Gardner y pensar en la tasca de su hermano Nicanor era como tener la tasca de su hermano Nicanor. Y cuando cumplió catorce años, su madre le llamó aparte y le dijo: «Nito, habrás de ir pensando en labrarte un porvenir». Él siempre ambicionó viajar, pero no tenía dinero. «Está claro», dijo. Y antes de cumplir los quince se fue al mar. Desde entonces no volvió por su pueblo. Ahora no importaba su pueblo, sino ligar un hermoso póker de ases.

A *Valladolid*, el muchacho, le pesaba la cabeza y notaba una sensación amarga en la boca del estómago. Una vez le dolió el estómago y su padre, el que no era su padre, le llevó al especialista y *Valladolid* hubo de orinar en una copa y beberse el contenido de otra copa y la sensación que notó más tarde era análoga a la que sentía ahora. Sin él darse cuenta, se le iba haciendo trizas dentro, tal vez en el estómago, la ilusión de su primer viaje: «El mar, el poder, la tempestad». No era eso el primer viaje, sino vino, naipes, ambiente enrarecido *y* un pesado movimiento de vaivén. Su padre, el revisor de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, le dijo cuando él le comunicó que deseaba ser marino: «Chico, eso no puede estudiarse aquí». Luego hizo números, estrujó su buena voluntad y pensó en Raulito: «Bien mirado, estudia lo que gustes, hijo», le invitó. Y a continuación le dijo: «¿Sabes qué edad tendría ahora Raulito?» «Tal vez ocho», respondió *Valladolid. «*Nueve y dos meses exactamente», dijo el revisor contrayendo amargamente su rostro azulado. Añadió *Valladolid: «*¡Qué barbaridad, padre, cómo pasa el tiempo!». El revisor se puso melancólico: «Te irás al mar, chico, y te olvidarás de mí y de nuestro pobre mundo». *Valladolid* odiaba las expansiones sentimentales, excepto con la pequeña Marita. Oprimió, como suprema concesión, la mano grande del revisor, aquella mano que, sin darle importancia, había horadado más de un millón de billetes de ferrocarril, y dijo, solemnemente: «Padre, le dedicaré a usted todas las emociones de mi primer viaje. Se lo prometo».

Seis

Era, ahora, su primer viaje y el mar era para *Valladolid* una circunstancia lejana. Pero tenía vino a mano y bebió para olvidar el rostro azulado de su padre, que, en puridad, no era su padre, que le perseguía en sus recuerdos como una sombra. Y para olvidar su primer viaje. Le temblaba levemente la mano al dejar el vaso. Recordó al profesor Pisa Teruel, con su gravedad aplomada: «El mar, chiquitos; esa escuela de duras costumbres». A su lado, don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, descubría las cartas con un regodeo dilatorio, esquina por esquina.

–Una vez, en Montecarlo, gané diez mil francos en tan sólo media hora –dijo el contramaestre, eructando, sin que los demás lo advirtieran.

Dijo *Valladolid*, que había solicitado un nuevo resto y que pensaba en su padre y en los tres billetes que no le sobraban y que hasta unos minutos antes habían arropado su corazón:

–¿Cómo fue su primer viaje?

El maquinista dio cartas y pensó en su amiga Mari Luz, que no se parecía a ninguna de las muchachas que decoraban la camareta del contramaestre. Estaba contrariado, pero no sentía curiosidad por conocer los motivos. Dijo Benito, para quien la envidia no tenía sitio en el mundo:

–Nos sorprendió un temporal frente a las Azores y yo estaba en la cofa y dije: «Mi capitán, hay luces próximas a estribor». El capitán era un endiablado erudito y dijo: «En tal sitio como el que estamos se dio la batalla de San Miguel». Y se cuadró en la cubierta, mas un golpe de mar rompió de pronto contra la amura y le dejó hecho una sopa. ¡Ja, ja, ja...!

El capitán dijo:

–Mi primer barco fue el *San Roque;* era un barco carbonero. Cuando salí por primera vez ya estaba liada la guerra del catorce y los ingleses decían de los alemanes que eran unos hijos de perra. Los alemanes decían de los ingleses que eran unos zorros y cuando divisamos el hidro derribado y flotando sobre las aguas, yo pensé que el avión que ametrallaba a los náufragos era el de los hijos de perra.

–¿Era, por casualidad, inglés? –dijo *Valladolid*, a quien se le recrudecía la sensación de vacío y la pesadez de la cabeza.

–Yo no dije eso –dijo el capitán.

–Bien, la batalla de San Miguel... –dijo *Valladolid*.

El contramaestre y el capitán carraspearon banalmente. El maquinista dijo, irritado:

–Estamos jugando al póker, ¿no es eso?

Tan sólo seis o siete días antes, *Valladolid* le decía a Marita mientras recorrían el paseo alto de las Moreras con los dedos enlazados: «En mi opinión personal, el primer viaje es definitivo. Entonces puedes decir con conocimiento de causa si te gusta el mar o si te has equivocado». Ella le oprimió la mano y, con este apretón, él tuvo conciencia de su propio relieve: «No te preocupes, hijita, mi vocación es una cosa sólida». Ella dijo: «Me gustaría despedirme de ti bailando. En mis recuerdos te tendría más cerca». Por la tarde, cuando anochecía, *Valladolid* la llevó a bailar a las Piscinas Samoa y Marita tenía los ojos iluminados, transida la mirada de una blanda emoción marina. Recostaba la cabeza en su hombro y tarareaba suavemente *El gato montés*, que era el pasodoble que el altavoz desgranaba, con un punto de acritud, en ese instante. Él la acompañó, luego, a una mesa apartada, junto al agua. «¡Qué piscinita!», dijo él despectivamente. Manita se miró en sus ojos: «El mar, ¡oh, Dios!, el mar», dijo como arrobada.

Valladolid, ahora, no tenía otra sensación del mar que el desasosegado y creciente movimiento de vaivén y la oscilación de la lámpara en el techo de la camareta. Le aumentaba en el estómago una indefinible sensación de malestar. *Valladolid* lo atribuía a la adversidad de la suerte. Había alcanzado ese nivel fatídico en que el jugador se desmoraliza. Perdió la fe en las cartas y las cartas se le negaban. Por un instante experimentó deseos de llorar al comprobar que, una vez tras otra, se rompían las posibilidades de ligar jugada. Odiaba de pronto el sistema mezquino de descubrir las cartas que empleaba el jefe de máquinas, el pañuelo de Benito, el contramaestre, y la ductilidad de dedos y el cogote blanco del capitán. Se le antojaba que el desinterés favorecía y él no se sentía capaz de desinteresarse de la partida. Administraba el último resto y, al final, tendría que retirarse. Le temblaban ligeramente los dedos, tenía los ojos turbios y las orejas encarnadas, cuando le correspondió barajar. Levantó sus cinco cartas y advirtió enseguida su buena disposición; no vio el ful de *kas* en el primer momento, pero sí reparó en la buena disposición de los naipes.

–Paso –dijo el capitán.

–Voy a duro –dijo el contramaestre.

–Dos –dijo *Valladolid*.

También el capitán entró con dos duros.

–Tres cartas –dijo el maquinista.

–Una –dijo Benito, el contramaestre, y en ese instante extrajo el pañuelo del bolsillo y se limpió las palmas de las manos.

Valladolid se estremeció. «Tiene póker servido», pensó. De otro modo hubiera esperado el descarte para sacar el pañuelo. Levantó los ojos y miró fijamente, impúdicamente, a Benito, el contramaestre del

Cantabria. Valladolid creyó intuir en sus pupilas la confusión que inspira una gran jugada. «Me quiere enredar con su póker. ¡Maldito!», se dijo.

–¡Quince duros! –dijo Benito, y volvió a limpiarse las manos en el pañuelo.

El corazón de *Valladolid* pulsaba más deprisa que las calderas del *Cantabria*. Unas gotas de sudor frío le resbalaron por los sobacos. Levantó sus cartas y se recreó una vez más en la jugada: tres *kas* y dos nueves. Era una bella y laboriosa jugada. Seis horas ininterrumpidas le costó elaborarla. «El muy granuja me quiere enredar con su póker servido», pensó *Valladolid. «*Se ha limpiado las manos antes de mirar el descarte.» Conservaba un resto de siete duros, pero era cuanto conservaba de lo que a su padre, que, bien mirado, no era su padre, no le sobraba. Vaciló. El silencio era tan hondo que el roce del costado contra las olas producía un rumor insoportable. Recordó las palabras de Martí en Barcelona; Martí era un buen jugador: «El secreto del póker no estriba tanto en ligar como en saber retirarse a tiempo». La evocación decidió la actitud de *Valladolid*, Arrojó sus cartas sobre la mesa y, al hacerlo, se sintió descargado de una seria responsabilidad:

–Me voy –dijo, y respiró.

También respiró Benito, el contramaestre, quien sin nadie pedírselo exhibió un proyecto frustrado de escalera de color. Dijo:

–Quiero enseñarlo. Es el primer farol de toda la noche. Pasé un mal rato, lo confieso.

Valladolid se puso en pie de golpe. Y experimentó una vaga reminiscencia de los tiempos en que él era un hombre fuerte y viril y Marita buscaba en su persona un punto de apoyo. Estaba tan pálido que parecía más niño, tal vez un poco delicado. Ahora el cabeceo del *Cantabria* se acusaba directamente sobre su estómago. Era como si tuviese dentro de él una horrible música de jazz.

–Me retiro, señores –dijo–. Estoy... bien...; estoy un poco mareado.

Los tres hombres curtidos, que eran prácticamente tres semidioses para *Valladolid*, se miraron entre sí y comprendieron. El maquinista juntó las cartas y comenzó a barajar lentamente. Dijo el contramaestre:

–No te preocupes, *Valladolid*, muchacho. Es éste tu primer viaje.

Siete

«Mi primer viaje», pensó *Valladolid* mientras, en el angosto pasillo, daba bandazos angustiosos, perdido por entero el control. Notaba como una tenaza comprimiéndole las vísceras y como si el bumbum de las máquinas se produjera exactamente dentro de su cerebro. «Tú sabes que esto no sobra...» «Nos sorprendió un temporal a la altura de las Azores...» «Me gustaría despedirme de ti bailando...» «Cuando salí por primera vez ya estaba liada la guerra del catorce...» *Valladolid* avanzaba a trompicones. A veces le parecía que sus piernas eran pequeñitas y, a veces, que sus piernas habían de alargarse inverosímilmente hasta encontrar un punto de apoyo. Era incapaz de acomodar sus movimientos a los movimientos del navío. Ahí radicaba su confusión. El suelo y los mamparos venían a su encuentro cuando menos lo esperaba. Intuyó tan próxima la muerte que pensó en su padre, en el que, en puridad, no era padre suyo, sino de Raulito, su medio hermano muerto, y tuvo conciencia nebulosa de su negra traición.

Cuando vomitó por tercera vez, inclinado sobre la borda, experimentó algo así como un modesto renacimiento. Amanecía por la amura y la mar se extendía gris ante él, abierta en grandes baches, pero sin espuma. Se constató tan absurdo y débil como absurda y débil se constataba Marita cuando recostaba su ligera cabeza sobre su hombro. Él, entonces, era un orgullo de hombre, poderoso y desafiante. El mar reducía la importancia de las cosas. Y cuando vio a Luis, el joven repostero del *Cantabria*, redondear los ojos a su lado, no experimentó vergüenza, sino una extraña ventura. Y cuando Luis, el repostero del *Cantabria*, le dijo: «¿No es hermoso el mar?», creyó en la posibilidad de que el mar pudiera resultar efectivamente hermoso aunque él, *Valladolid*, de momento lo odiase. Y *Valladolid* pensó que si el mar era hermoso no lo era desde una cabina hedionda donde él desbarataba lo que no sobraba a su padre. Dijo Luis, acercándosele al corazón con su espontánea sonrisa infantil:

–Usted es de Valladolid, ¿no es cierto? Bueno, yo soy de Villamarciel.

–¡Oh! –exclamó *Valladolid*, quien volvía por instantes a sentirse entero y sólido–. Una vez en Villamarciel maté yo un pato. Era diciembre y la corriente lo arrastraba y yo me dije: «Si no me zambullo, lo pierdo». Y me zambullí y, contra lo que esperaba, el agua no estaba fría.

Luis, el joven repostero del *Cantabria*, le escuchaba con tanta atención que *Valladolid* iba reconstruyéndose espiritualmente a pasos acelerados.

Luis, el repostero, dijo:

–Yo cazaba los patos de madrugada, oculto entre los carrizos de la isla. Bajaban en grandes bandos a la confluencia y la *Moña*, una perrita que no abultaba lo que un pato, permanecía quieta mientras yo no le dijera: «¡Hala, perrina, a por él!».

–¿No abultaba lo que un pato y no se acobardaba?

–Una mañana me cobró catorce patos –dijo Luis.

–¿Ella sola?

–Yo no hacía más que animarla desde la orilla.

–Bien. ¿Tú puedes decirme, hijo, por qué un hombre a veces se siente empequeñecido?

Luis, el repostero del *Cantabria,* le miró un momento perplejo y, luego, rompió a reír. No le comprendía. *Valladolid*, ahora, deseaba vehementemente que Luis, el joven repostero del *Cantabria*, no le hubiera visto inclinarse sobre la borda y vomitar. En la proa, dos marineros comenzaban a baldear la cubierta. Agregó Luis:

–Hace una hora nos cruzamos con el *Queen Mary*. Aunque ya amanecía, llevaba dadas todas las luces y parecía un palacio flotante.

–¿Pasó el *Queen Mary* junto a nosotros?

–A menos de una milla de distancia, señor.

–¡Diablo!

–Me gusta estar sobre cubierta en la amanecida porque se ven los peces voladores con frecuencia.

–¿Viste también peces voladores?

–Dos rebaños tremendos.

–¡Diablo!

Valladolid pensó: «Mi primer viaje». Pensó: «Escribiré a Marita: "He visto el *Queen Mary*, que es un palacio flotante, con todas sus luces encendidas, y dos enormes rebaños de peces voladores"». También se lo escribiría a su padre, que, con mayor exactitud, no era su padre, sino el de Raulito, su mediohermano. En realidad, tendría que decirles: «En mi primer viaje no vi sino un ful de *kas* que me pisó el contramaestre con un cochino farol, y las piernas de Sonja Henie, esa patinadora rubia de Hollywood». Luego pensó que lo que viera Luis, el joven repostero del *Cantabria*, bien pudo verlo él y que más ganaba diciéndole a su padre que vio al *Queen Mary* en su primer viaje que no que había perdido los tres billetes que a él no le sobraban. «Sí –decidió mentalmente–; escribiré: "En mi primer viaje me crucé con el *Queen Mary*. Amanecía, pero, no obstante, llevaba dadas todas las luces y parecía un palacio flotante. A popa vi la piscina y la pista de tenis y... y el campo de golf".»

Permaneció un momento caviloso *Valladolid*, cuyo estómago se iba serenando y ya no se creía un pobre diablo, sino un hombre importante. La inmensidad del mar le emborrachaba. Se volvió a Luis,

el repostero del *Cantabria*, que bien mirado no era más que un chiquillo:

–Dime, *Villamarciel*, muchacho, ¿lleva, por casualidad, el *Queen Mary* campo de golf?

Aún es de día

1948

A mi amigo Fernando Olmedo

¿Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?»

KEMPIS

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Yo no era partidario de publicar ahora mi novela fallida Aún es de día*, pero acabé aceptando el argumento de los editores: «Sin esta novela la Obra nunca estará completa». Verdad inobjetable.*

El libro nació al año siguiente de obtener el Nadal y, en origen, ya era malo pero la censura lo hizo peor. El corte referente a la Germana redujo los temores y sufrimientos de Sebastián ante su relación con Aurora, fundamental para la comprensión de la obra. Durante sesenta años acusé, sin mala fe, a la censura de haber eliminado del libro un aborto cuando lo eliminado no era tal sino un infanticidio, narrado con una insoportable minuciosidad tremendista. De modo que a mi libro, tan defectuoso de nacimiento, había que unir ahora algunos cortes de la censura (la mayor parte simples, incluso perjudiciales, algunos fundamentales) que empañarían su limpia ejecutoria. ¿Falló también la censura en este caso? ¿No fue por mi parte ese episodio una provocación? En aquellos años (mediados del siglo XX) los novelistas solíamos «poner carnaza» en los escritos para atraer a los censores y que dejasen a salvo lo que considerábamos importante. En este punto no conseguí nada por la explosión de tremendismo, mal gusto y brutalidad que introduje en el texto. En todo caso, en sesenta años no lo he reconocido y lo hago ahora, en que me consta que estaba equivocado, no sólo para poner a los censores en su sitio sino para que mis lectores puedan leer la novela tal como nació y como quedó después, tras los cortes de la censura y un leve maquillamiento (cuatro expresiones excesivas y media docena de adjetivos impropios) posterior.

Mi obsesión, absurda, por no quedarme en novelista de una sola novela me llevó a editarla con todas las consecuencias (todas ellas negativas). En fin, para no hablar más de este asunto desagradable, debo reconocer que un error fue escribir el libro y otro, aún más grave, publicarlo, con cortes o sin ellos. En lo literario no había gran diferencia.

M.D.

Mayo de 2007

NOTA DEL EDITOR

Aparecen entre corchetes y en cursiva los pasajes del texto que en su día fueron suprimidos por la censura, ahora restituidos.

Capítulo I

Sebastián se despertó sin sobresaltos. Por las rendijas del balcón penetraban unos pálidos haces de luz que permitían descubrir las sombras de los muebles. Se oía el correr destartalado de un carruaje por la calle y el golpeteo de los cascos de la caballería que lo arrastraba. De la calle ascendían, también, los rumores y gritos desmesurados de un grupo de escolares.

Sebastián sacó sus cortos brazos del embozo y se estiró por dos veces. Hacía frío. Notó el frío mordiéndole las pequeñas y deformadas manos y volvió a esconderlas bajo las mantas. Era éste, para Sebastián, el único momento feliz del día. Veinte años llevaba pensando, cada mañana, al despertar, que aquel día podría traerle un cambio radical en su existencia. Jamás se le ocurrió presentir en qué consistiría este cambio. Se conformaba con anhelarlo, en la esperanza vaga de que fuese algo renovador, algo que le apartase de la triste monotonía de su vida regular y gris.

La punta de la nariz se le enfriaba y al exhalar fuerte una bocanada de aire advirtió que se congelaba en la atmósfera formando una tenue nubecilla blanca. El frío había venido con prisas este año. No hubo lluvias otoñales y quizá por ello llegó el frío a la ciudad con una considerable anticipación. Era la época de los sucedáneos y Sebastián pensó que, a fin de cuentas, el frío constituía un buen sustitutivo de la humedad.

Paulatinamente Sebastián fue despabilándose del todo. Recordó entonces el sobre azul que dejara al acostarse sobre la desvencijada mesilla de noche y sonrió. «Ya decía yo que hoy tenía un motivo para estar contento», se dijo. Y, alargando la mano, recogió el sobre y tornó a introducirla debajo de las mantas.

Acariciaba el papel con una delectación singular, como si dentro se ocultase aquel maravilloso e inconcreto cambio que esperaba en su existencia. *¿Y* por qué no iba a ser así?

El señor Suárez le decía que pasase hoy por su despacho, que necesitaba hablarle. En realidad, el señor Suárez no tenía que decirle más que «sí» o «no»; pero, por lo visto, prefería decirle el «sí» o el «no» de palabra y cara a cara. Esta idea deprimió a Sebastián. «Cuando me vea dirá "no", aunque antes haya pensado que "sí"», imaginó descorazonado. Y acarició nuevamente el sobrecito azul como si así, extremando las caricias, aumentasen sus probabilidades de éxito. «Bueno, lo que sea sonará», se animó; y dando una patada a la ropa se

tiró de la cama.

Gimieron los muelles del camastro de hierro al liberarlos del peso del cuerpo. Sebastián tiritó de frío, dio un puntapié al orinal y lo ocultó debajo de la cama. Atravesó luego el aposento, corriendo de puntillas, abrió las contraventanas y regresó de una carrera a la alcoba. La impaciencia natural y el hondo frío que se le clavaba en los huesos no le aconsejaron lavarse con detenimiento. Por eso se vistió y seguidamente tomó el jarro desportillado que había junto al lavabo y fue a llenarlo al grifo del fregadero.

Al atravesar el pasillo vio, desde la puerta, a la pequeña Orencia levantando su cuarto, aireando las ropas del lecho. Sebastián se detuvo y la contempló un rato, inmóvil y en silencio. Muchas veces se había confesado Sebastián que sufría más por su hermana que por él; que aquella criatura desgarbada, pálida, de mirada huera, le oprimía el corazón, le desazonaba, más que sus propios contratiempos. Parecía un ser insensible, indiferente a las personas y las cosas; cruzaba la vida con una frialdad glacial, impropia de sus pocos años. Sebastián recelaba la razón de todo esto y le corroía, mas no se atrevía a contrarrestarla de una manera abierta y eficaz. Miraba ahora a la niña en su ir y venir por la pequeña habitación, sin acusar el frío que se adentraba por la ventana abierta. La niña pasaba el escobón por el suelo, torpemente, produciendo la impresión de que era el escobón el que la dominaba a ella y no ella al escobón. Estaba alta para sus trece años, pero su aspecto armonizaba plenamente con su edad.

De repente la niña levantó la cabeza y vio a su hermano en el umbral con el desportillado jarrón en la mano, redondeando su facha grotesca. Apoyó el escobón en la cama, se aproximó a él y le besó en la mejilla.

—Buenos días, Sebastián.

—Hola. ¿Qué tal has dormido?

(A Sebastián le hacía daño la grande, patética mirada de sus ojos negros.)

—Muy bien.

—¿No tuviste miedo?

—Anoche, no.

Sebastián reparó en la bata de manga corta que vestía su hermana.

—Ponte una chaqueta; hoy hace muy mal tiempo y te puedes constipar.

—No tengo frío, ¿sabes?

Le acarició la mejilla y continuó pasillo adelante hasta la cocina. Puso el jarro bajo el grifo. El gorgoteo del agua le intensificó la sensación de frío y se frotó una mano contra la otra con aspereza. Aquella casa, desamparada y sucia, no contribuía en nada a atenuar

esta sensación. Fuera del cuarto de Orencia, aquello parecía una pocilga; periódicos rotos, cucarachas muertas, mondas de naranja y de cacahuetes se amontonaban en la cocina, entremezclados con las bolas de porquería de ratón. En un rincón, tres botellas tumbadas, polvorientas y vacías, completaban la deplorable impresión de desaseo. Sebastián pensó en el señor Suárez para animarse. Todo podía cambiar aquella mañana. Sí, podía cambiar. (Y se le nubló la vista sólo de pensar que su vida podría tomar en adelante otro rumbo.)

Regresó a su cuarto, se mojó un poco los ojos y se peinó. Al concluir oyó el grito destemplado de su madre desde el cuarto vecino:

—¡Orencia! ¡Orencia!

Y como la niña se descuidase en acudir, la madre comenzó a rezongar. Al cabo de un rato se presentó la pequeña:

—¿Qué quieres, madre?

—¿Has prendido la lumbre?

—No.

—¿En qué estás pensando, pasmarote?

Orencia no se inmutaba:

—Aún es pronto para Sebastián; hoy no va a bajar a la tienda.

Sebastián notó unas palpitaciones dolorosas en el corazón. Presumía que él sería el objetivo del nuevo ataque. Y le mortificaba aquel entenderse a gritos con un tabique por medio. Pero se equivocó.

—¡Corre y pon una astilla!, ¿oyes? Y luego baja un momento a por el pan.

Ya había comenzado la dura jornada. Orencia no pararía hasta el anochecer, en que, cansada y aburrida, iría a tenderse en su catre, a refugiar en él su lánguido decaimiento.

Su madre ya estaba ante él. A Sebastián le contristaba aquel manojo de carne apretada, sucia y maloliente, envuelta en una cazadora militar que ignoraba por qué ocultos medios apareciera en su casa. Él hubiera deseado para su madre lo mejor, pero no podía evitar un sentimiento de repulsión y asco ante su cochambroso abandono. Por otra parte, la madre no velaba su desprecio hacia él, su arrepentimiento de haberlo engendrado. A menudo se complacía en recalcarle que era a su padre a quien debía todas sus taras físicas. «Tu padre, tu padre (y hablaba de su padre con un odio acendrado y sutil, como si fuera su mayor enemigo) era como tú, igual que tú, un horrible hombre deformado.» A Sebastián se le hacía un vacío angustioso en el cuerpo y no respondía. Temía, más que nada, aquella lengua de su madre que le zahería sin compasión, embistiendo siempre a los puntos más vulnerables y sensibles. Ahora se erguía frente a él, embutida en aquella horrible cazadora llena de lámparas, con los brazos cruzados, asomando por debajo los mugrosos pingajos

de una eterna combinación negra.

—¿De manera que estás decidido a salirte con la tuya, cabezota?

—¿Y qué mal hay en ello, madre?

La mujer enrojeció y sus pupilas adormiladas y cruzadas de venitas sanguinolentas parecieron adelantarse hacia él.

—Mal, mal. ¿Te parece poco mal que pierdas tu colocación en casa del señor Sixto?

—No la perderé.

Dio una palmada de irritación:

—Ya lo sabes tú; ¿es que crees que va a gustarle saber que andas buscando otro empleo sin contar con él?

—Le he pedido permiso para esta mañana.

—¿Y le has dicho para qué?

Sebastián adoptaba una actitud sumisa aunque inflexible:

—No se lo he dicho, pero se lo figura. Él ya sabe que no me gustan los ultramarinos.

Se acercó Aurelia a una silla de paja, se sentó y ocultó sus manos achorizadas debajo de los sobacos.

—Eres muy finolis, Sebastián. ¿Qué hay de malo en ser dependiente de ultramarinos? ¿Y en estos tiempos?

—Yo no soy dependiente, madre. ¿O es que lo es uno que va repartiendo de la mañana a la noche raciones de casa en casa?

—¿Y las propinas?

—No quiero vivir de propinas. Quiero una colocación más seria.

Aurelia no se alteró; hizo discurrir una leve corriente de aire a través de los intersticios de sus dientes, como era su costumbre, para purificarlos de los residuos de la última comida, y acercándose al muchacho dijo:

—No sé si te he insistido bien alguna vez en tu mala estampa, Sebastián. El señor Suárez te despachará de un puntapié en cuanto te ponga la vista encima. Tú no vales para estarte detrás de un mostrador en un comercio elegante. Eres muy poca cosa, Sebastián; muy poca cosa —recalcó—. Tienes muy mal porte, ¿comprendes? *[Pero eso es lo de menos. Lo peor es... que eres un giboso. Y un giboso no tiene su puesto en esos sitios.]* Y desengáñate, para esos menesteres se necesitan hombres un poquitín más decorativos...

Sebastián miraba sin decir nada las piernas blancas, deformadas por las varices, de su madre. Le dolían sus frases, se le clavaban como dardos, muy adentro, en un lugar ilocalizable. Respiraba entrecortadamente. Aún no se había acostumbrado a la insolencia de Aurelia, machacándole sobre su insuficiencia física. Tragó saliva y añadió:

—Lo intentaré; al menos lo intentaré. No creo que pierda nada con ello.

Se oyó crujir la cerradura de la puerta y seguidamente los pasos breves pero firmes de Orencia por el pasillo. Al corto rato se presentó con un tazón de leche humeante y un gran bollo de pan. Lo dejó en la mesa y luego se quedó quieta mirando a su madre y a Sebastián alternativamente. Éste comenzó a engullir. Aurelia había vuelto a sentarse y se soplaba con fruición las manos amoratadas.

—Siéntate; come sentado. Así no te puede aprovechar, Sebastián.

—Es lo mismo.

—Eso, cómete ahora tu ración de pan y luego a la noche tendrás que comerte las uñas.

Le desazonaba a Sebastián esta inmediata fiscalización de su madre, esta constante vigilancia para aquilatar sus defectos y cada uno de sus descuidos. Aurelia miró a la niña, que permanecía inmóvil, con los ojazos enormes enfocados hacia su hermano.

—Vamos, ¿qué haces ahí, pasmada? Vete a acabar tu cuarto.

Salió la niña. En la habitación, en silencio, resonaban las mandíbulas de Sebastián triturando el panecillo. «A la noche tendrás que comerte las uñas.» Sebastián se mordía las uñas, pero no se las comía. Eso le constaba a su madre. No obstante, la cuestión era no perder ripio y echarle en cara todos los defectos. Aurelia, con crispante cominería, seguía pendiente de él. Sebastián no pudo resistir más:

—Hasta luego, madre —dijo con la boca llena.

Aún oyó pronunciar con ironía el nombre del señor Suárez y algo alusivo a él y a la risa, mientras se ponía el abrigo. Sebastián descendió las estrechas y polvorientas escaleras que lo separaban del portal. Al llegar a la última se miró la mano llena de mugre y comprendió que en esto tenía razón su madre: él parecía estar contratado por la dueña de la casa para quitar diariamente el polvo a la barandilla. No podía evitarlo. Veinte años, día a día, haciendo lo mismo constituían una respetable tradición. Sebastián miró al pequeño monstruo que remataba el pasamano y le sonrió. (Era un bichejo repugnante con cara de león, orejas de gato y pechos muy cónicos de mujer.) Era el mejor amigo de Sebastián. Le dio un golpecito y murmuró:

—Deséame suerte.

El idolillo permaneció inmutable con un gesto estúpido torciéndole la boca. Silbó Sebastián mientras cruzaba el angosto y alargado portal. Todo él se hallaba decorado de carteles obscenos y confesiones de amor o de deseo, con nauseabundas ilustraciones gráficas, a Pepita, la vecina, muy descocada, del piso de arriba. Al llegar a la puerta, Sebastián se alzó el cuello del abrigo. Entraba en el mundo y la sociedad le cohibía. Sebastián se encontraba a gusto cuando estaba solo. La compañía le estrangulaba y le ponía los pelos

de punta. Además, hoy tendría que pasar deprisa ante la tienda del señor Sixto, situada frente por frente de su casa. A Sebastián no sólo le disgustaban los ultramarinos; le disgustaba también el señor Sixto, aunque esto no se lo confesase a su madre; aquel hombre tremendo, coloradote, que hedía profundamente a patata y a pimentón. Le repugnaba su inmoralidad, aquella su manera de entender el negocio, estrujando el hambre del prójimo. Le revolvía su muletilla de que veinticinco gramos escatimados en cada ración a nadie mataban y a él le hacían mucho bien. Con esto y el enigmático sótano, atestado de mercancías intervenidas, el señor Sixto había amasado sus buenas pesetillas. Edificó la casita de encima de la tienda con los beneficios de los tres años de guerra, y ahora, tras la escasez y el desequilibrio económico ocasionados por la conflagración mundial, posiblemente estaría en condiciones de construir un rascacielos.

Sebastián cruzó rápido ante su puerta y, rebasado este obstáculo, respiró sin trabas el frío seco de la meseta. Una neblina muy vaga se agarraba a las calles y a las casas. A Sebastián le agradaba esta bruma que diluía los perfiles y los contornos de las cosas. Daría algo por que el señor Suárez tuviera que enfrentarse con él a través de una capa de niebla, adivinándole más que viéndole.

Estimuló a Sebastián el rumor mañanero del barrio. Era de suyo el barrio más alegre y jaranero de la pequeña ciudad. Allí todos reían o voceaban a toda hora, sin abismarse en las preocupaciones que parecían exclusivas de otros lugares y otros seres. Cantaban las dueñas de casa al sacar los colchones a airear o mientras sacudían, sin miramientos, las esteras desde los balcones.

Sebastián miró hacia el cielo y vio confirmada su creencia de que los aleros de los tejados terminarían por juntarse. La calle se estrechaba por arriba y resultaba innegable que el pasillo de cielo que se descubría al levantar la cabeza era más angosto y estilizado cada día. En realidad, esta calle, larguísima y estrecha, constituía el barrio entero; un barrio de horteras, artesanos y pequeños comerciantes. A veces, a Sebastián le hería la alegría un poco insensata de su barrio. Se decía que aquel jolgorio era puro artificio para envolver las penas y las miserias, para eclipsarse la conciencia de una vitalidad efímera. Pero no era cierto; el barrio tenía una alegría natural, fluida y espontánea, y, tal vez, el dolor que producía este optimismo en el pecho de Sebastián estribaba en la comprensible incompatibilidad del alma del barrio con su propia alma.

La larga calle se remataba, en los extremos, por dos plazuelas con un mercado cada una. Yendo hacia el centro, se topaba con el mejor mercado de la ciudad. Una vez en él podía determinarse la estación del año y la hora del día con sólo dejarse guiar por el olfato. En las madrugadas de otoño e invierno se percibía un jugoso aroma de frutas

frescas, recién cortadas. Un húmedo vaho de savia vegetal impregnaba la Plaza del Mercado. Al mediodía, las fruteras y verduleras se habían retirado y el suelo aparecía cubierto de mondas de todas clases, de los paquetes de paja de los envases y de un sinfín de frutos podridos y aplastados. Olía, entonces, a jugo vegetal pisoteado, a un olor especial entre agradable y desagradable.

En el verano predominaba un tufo especial a pescado putrefacto, a carne atrasada o en malas condiciones. Así, en estío, a toda hora, y este hedor intensificábase y se hacía irresistible cuando el sol arreciaba hacia el mediodía.

Muchas veces se había dicho Sebastián que, colocado en el centro de la ciudad con los ojos vendados y las manos amarradas, hubiese acertado con su casa sin un titubeo, orientándose sólo por el olor. Los hedores del mercado se venteaban desde muy lejos. Ya en él, Sebastián se hubiese guiado por el penetrante olor a amoníaco del urinario público que se abría en la plaza, justo en la confluencia con su calle. Una vez allí, el viaje no tenía pérdida: la cantina de Ernesto con su característico aroma a vino de Rueda, la droguería de Pérez, la frutería de don Santiago Cerrato…

Ahora pasaba ante ella Sebastián, y el señor Santiago le decía adiós, encerrado entre sus cajones llenos de naranjas, de manzanas, de castañas, de las estalactitas de los plátanos verdosos, sin madurar aún. Se entendía, con su simpatía proverbial, con un enjambre de compradoras de mantoncillo que reían sus ocurrencias o le daban golpes en la espalda con la mayor confianza.

Al extremo opuesto de la calle se hallaba la iglesia, un edificio románico, pardo y pesado, sin nada que admirar fuera de su apariencia de fortaleza. Pero, en realidad, allí estaba la cabeza del barrio. La iglesia era, en última instancia, el lugar por donde todos los vecinos pasaban, siquiera un par de veces en sus vidas. Alrededor de ella estaban la confitería y un cine apañadito, pintado de tonos chillones.

Sebastián avanzaba poco a poco, rumiando la entraña de su barrio. Aquel barrio significaba, ahora lo advertía, como un pueblo autónomo incrustado en el corazón de la ciudad. Allí todos se conocían, para ser amigos o enemigos, pero lo que no se autorizaba era ignorarse. «Si es caso —pensaba Sebastián—, yo soy la excepción; a mí, por mis condiciones, se me ha forzado al aislamiento.»

Los chicos del barrio no salían de él para buscar sus novias. Era muy raro hallar uno que rompiese la tradición. Y, además, se casaban más jóvenes que en ninguna otra parte, como si allí el problema económico estuviese resuelto de antemano. Algunos se casaban al tiempo que bautizaban a su primer hijo, pero esto no indicaba relajamiento, sino un poco de ingenuidad. No había apenas gente

mala o torcida en el barrio; todo lo más que existía era un poco de despreocupación, una despreocupación y una ligereza que, a veces, empujaba a los vecinos a cometer censurables faltas. A Sebastián lo que más le mortificaba de todo era el optimismo de grupo que lo inundaba; un optimismo que, se le antojaba a él, se nutría un poco a su costa. Porque Sebastián, sin tener ningún amigo, constituía un personajito allí. Le designaban por frases conmiserativas como: «ese muchachito cargado de espaldas» o «el pequeñín ese», todo lo cual le hundía en un lamentable tósigo.

Sebastián abocaba ya a la Plaza del Mercado. A la izquierda se levantaba el muro ciego de un convento de capuchinos (un paredón desconchado y gris que significaba una frontera de Dios en la Tierra). Atravesó el mercado aturdido por la variada policromía de los frutos maduros y los gritos estridentes de las vendedoras. A medida que se aproximaba a los Almacenes Suárez se hacían más sensibles las palpitaciones de su corazón. Recorrió otras dos calles y fue a parar a la arteria principal de la ciudad, por donde, en invierno y verano, se apretujaba la gente paseando. Ya se divisaban los Almacenes, y Sebastián presintió que le faltaría valor para introducirse allí, en aquel magnífico edificio moderno, donde ocho grandes lunas brillaban inmaculadas. Sin embargo, se acercó cruzando la calzada. Los escaparates produjeron en él un efecto prodigioso. Nunca se había dado cuenta del lujo que se encerraba allí, de lo remunerador que resultaría «limpiar» una noche aquella fascinadora vitrina. «Y yo, yo, puedo salir por esa puerta, dentro de cinco minutos, como un empleado de la casa», se dijo, turbándose.

Aquello era demasiado para ser verdad. Se arrimó a la puerta y, luego, se separó, recorriendo lentamente, mirando los escaparates, toda la fachada del establecimiento. La tienda, vacía, le asustaba un poco. Siempre prefería el tumulto que todo lo tapaba y diluía. Presentarse en un lugar donde nadie acaparara previamente la atención le imbuía de un fastidioso recelo. «Esperaré a que entre algún cliente y a que la dependencia esté entretenida con él», pensó. Y así lo hizo; comenzó a pasear de arriba abajo y de abajo arriba hasta que divisó a un hombre, con una gran cartera de piel bajo el brazo, que se zambullía en el establecimiento. «Ésta es mi vez», se dijo, y, decidido, entró tras él.

Sebastián estuvo a pique de sufrir un desvanecimiento. La tienda era amplísima y estaba muy limpia, caliente e iluminada. Los largos mostradores corrían paralelos, enormes y encerados, a lo largo del local. Tras ellos varios hombres charlaban en voz baja y volvieron la cara hacía él al oír el ruido de la puerta. A mano derecha de la entrada había un pequeño mostrador, aislado del resto, y, encerrada en él, una mujer rubia de una extraordinaria belleza. Todo

evidenciaba un lujo y un orden a los que Sebastián no estaba habituado. Las piezas de tela de distintas clases y colores reposaban en los estantes, que se alzaban hasta una altura inconcebible. Del techo pendían unas grandes y relucientes arañas con colgantes de cristal. Al fondo se veían varias puertas, que, en este instante, permanecían cerradas.

Sebastián se aturdió. Del hombre que le precediera y que él, neciamente, tomara por un viajante no se veía rastro, de modo que todas las miradas convergían en su liviana humanidad. Notó que dos dependientes se hacían señas con el codo y que otro se tapaba la boca para que no le vieran reír. También la mujer rubia volvió un momento la cara un poco enrojecida. Pero lo que le resultó a Sebastián más doloroso fue el gesto instintivo de dos de los hombres de agarrarse con fuerza a la madera del mostrador.

Entonces advirtió Sebastián lo que no había advertido nunca: que su indumentaria estaba sucia y andrajosa y que en los codos de su abrigo detonaban dos piezas de otro color. Todo esto le importaba más que su corta estatura y la curva de la espalda. Esto, después de todo, era una cosa irremediable. Azorado se desabrochó el gabán, pensando que el traje estaría más presentable. Más, inmediatamente, volvió a cerrarlo al recordar los lamparones que invadían las solapas.

Hubiera querido, en ese instante, haberse transformado en un gusano y desaparecer de allí por la rendija de la puerta. Pero uno de los hombres, esbelto y repeinado, salía ya de detrás del mostrador y se le acercó solícito:

—¿Qué desea usted?

Sebastián se aturulló. Apreció entonces que el llavero se le escurría por un agujero del bolsillo del pantalón, y, en su movimiento por contenerlo, precipitó la caída. Sintió el frío de las llaves a lo largo de su piernecita y, luego, el deslizarse presuroso de dos monedas por el mismo agujero. Las llaves y las monedas produjeron un tintineo cristalino al chocar con el suelo, y éstas rodaron prestas hasta topar con el mostrador. Estallaron varias risas, y Sebastián, al agacharse a recoger los objetos, se encontró más desamparado que nunca en su vida. Cuando se enderezó, muy sofocado, le pareció que la joven rubia le sonreía desde su encierro. Esto le animó un poco. Habló, trémulamente, entonces:

—Querría ver a don Saturnino Suárez.

¡Oh, cómo resonaban sus sílabas en aquella estancia! Se le hacía que las piezas de tela repetían su frase en distintos tonos. (Aquellas piezas coloradas del fondo voceaban, indudablemente, más alto que las demás.)

—Pase, pase...

Le precedía amablemente el joven esbelto y repeinado. «Verse

ante don Saturnino no tiene importancia después de salir de ésta», se dijo Sebastián. Y cruzó una de las puertas del fondo, que, servicialmente, le abría el caballero repeinado, con una relativa seguridad en sí mismo.

Un hombre calvo, con un matiz de carne rosado, se levantó al verle. Sebastián tuvo la impresión de que aquel rostro lo había visto antes en alguna parte. En un rincón hacía números en un librote descomunal el hombre de la cartera de piel. Al entrar le miró de reojo. El calvo le sonreía con un gesto simpático. Sebastián dudaba entre si debía abrirse o cerrarse el abrigo.

—Siéntese, siéntese usted —le dijo el caballero calvo, y le estrechó cordialmente la mano.

Sebastián se sentó en el borde de un gran sillón y con vergüenza constató que en aquel sillón ingente quedaba espacio más que suficiente para sentar a otros cuatro o cinco Sebastianes.

—Usted es don Sebastián Ferrón, ¿no es así?

—Sí, sí, señor...

Don Saturnino, que era sin duda el hombre calvo, le trataba con gran consideración, como si no hubiera reparado en su horrenda presencia física.

—Me ha hablado de usted con gran interés don Julio Longa...

—Sí, sí, señor... Era amigo de mi padre.

—Sí, ya lo sé. —Meditó unos segundos mirando al techo y rascándose la calva. Luego añadió—: Me ha dicho que le gustaría a usted trabajar con nosotros, ¿no es así?

—Sí, sí, señor...

Cuando más seguro empezaba a sentirse Sebastián, advirtió que una moquita, helada con el frío de la calle, empezaba a derretirse en la ventana izquierda de su nariz. Sorbió un poco, ocasionando un ruidito desagradable. Don Saturnino se hizo el desentendido, pero el contable le censuró con una altiva mirada.

Sebastián volvió a perder las riendas de sí mismo. Ahora toda su atención se concentraba en que la moquita no llegase a asomar por el agujero de la nariz. Oía la conversación de don Saturnino como un rumor accesorio, como un murmullo lejano, intrascendente y banal. La moquita resbalaba, y allí estaba Sebastián, al acecho, para truncar a tiempo la trayectoria. En último extremo recurriría al sorbetón, ante la imponente mirada del contable, que se emancipaba un momento del despotismo del Debe y del Haber para censurarle.

Al fin, Sebastián echó mano al bolsillo y extrajo un mugriento pañuelo archivado allí un mes atrás. Furtivamente se frotó la nariz intentando cubrir la totalidad del pañuelo con su pequeña mano. No obstante, la mirada incendiaria del contable le evidenció que no lo había conseguido.

Don Saturnino continuaba hablando, hablando y haciéndose el desentendido, y, casi sin darse cuenta, Sebastián se vio de nuevo apreciando el alcance de sus palabras:

—En realidad la dependencia está ahora completa, anótelo bien...

(Se deshacían las ilusiones de Sebastián; tantas zozobras, tantos sobresaltos, tanto bochorno iban a terminar en nada, en unas buenas palabras sin ninguna traducción práctica.)

El señor Suárez se levantó y Sebastián se creyó en el deber de no continuar sentado. Don Saturnino le envolvía en una corta mirada. «Me está midiendo, me está midiendo», tembló, horrorizado, Sebastián, y estiró sus miembros, tensó su pobre cuerpecillo, esperando alargarlo al menos una pulgada.

—De todos modos, puede usted quedarse como mozo en el almacén. Ya sabe, son trescientas pesetas con arreglo a la última reglamentación. Y el plus de vida cara... Y, ¿es usted casado?

Sebastián imaginó que don Saturnino hacía un chiste y se rió para complacerle. Pero se rió con una risa cortada, seca, como un quejido:

—No, no, señor; claro que no soy casado.

(Se aclaraban las perspectivas de Sebastián con una ignota, diáfana luz... Una luz que parecía provenir de las pupilas inmóviles del contable clavadas en él.)

—De momento no es mucho lo que le ofrezco, pero andando el tiempo, si usted trabaja, puede llegar a dependiente y...

—Oh, es usted... es usted demasiado amable...

Le sonreía el señor Suárez con una sinceridad tal que se diría que la sonrisa iluminaba hasta su rosada calva. De pronto, le asaltó a Sebastián la idea de que a don Saturnino le movía únicamente la compasión. Tuvo un momento de desfallecimiento, mas enseguida se encogió interiormente de hombros: «Bah, no es mi caso como para desdeñar la compasión». Deseaba hablar, hacerse el simpático, el afectuoso para con todos. Maquinalmente se aproximó a la mesa del contable:

—Estoy pensando que esto debe de ser muy complicado.

Sonreía; repartía sonrisas a voleo, con generosa prodigalidad, al señalar con su dedo regordete y deforme el Debe y el Haber del grueso volumen. El contable no respiró. Don Saturnino, en cambio, celebró la oportunidad de exponer su punto de vista contable:

—No, no es tan difícil como parece; es como un burro con unas aguaderas... Lo interesante es mantenerlas bien niveladas.

Al cruzar la tienda le parecía a Sebastián que el ambiente no era tan complejo y esquinado como había supuesto al entrar. Había dos clientes agobiadas de incertidumbre ante unas piezas que no se ajustaban plenamente a sus deseos. Don Saturnino mismo le abrió la puerta de la calle. Al pasar ante la rubia cajera, Sebastián le sonrió y

le dijo muy bajito: «Buenos días». Ella le sonrió también. El señor Suárez, ya en la puerta, le estrechó la mano:

—Mañana mismo puede usted incorporarse. Ya sabe que será bien recibido.

Camino de su casa, le pareció a Sebastián que hacía menos frío que cuando, minutos antes, recorriera aquellas calles en sentido inverso, hacia los Almacenes…

Capítulo II

En los primeros días de su empleo en los Almacenes Suárez Hermanos, Sebastián recordó mucho a su padre. Le hubiera gustado prolongar la vida de aquel ser lo bastante para que pudiese haber contemplado su triunfo. Porque Sebastián se consideraba un triunfador. Le sostenía un íntimo convencimiento de que en el barrio todos le envidiaban. Constituían los Almacenes Suárez el establecimiento de tejidos más acreditado en la ciudad, y Sebastián presumía que su buena estrella se comentaba y apostillaba en todas partes. Su pobre padre hubiese muerto más tranquilo con la conciencia de este éxito del hijo. Pero Dios quiso que su padre se apagase sin esta mínima satisfacción; en verdad, su padre se apagó sin conocer satisfacción de ninguna especie.

Sebastián recordaba su casa, en vida de su padre, como un verdadero infierno. Jamás el señor Ferrón coincidió en nada con su mujer, y estas discrepancias provocaban ingentes e ininterrumpidos conflictos domésticos. Desde muy joven, desde niño, había sido Sebastián el confidente forzoso de las bestiales reacciones de Aurelia hacia su marido. No podía contar las veces que su madre le había sintetizado, en una gráfica frase, la historia de aquel amor: «Yo remedié a tu padre sus bajos deseos; él, a mí, mi pobreza. Yo creo que fue un contrato bien equitativo». Y, en apariencia, la razón del matrimonio, aunque muy triste era reconocerlo, ésa fue.

Aurelia se colocó de criada en casa del señor Ferrón cuando éste comenzó a ejercer como pedicuro. Don Sebastián no tenía malas manos para la profesión, y no tardó en hacerse con una discreta clientela. El señor Ferrón era muy bajo, cargado de espaldas y con un algo más, inarmónico y desafinado, en su ser que le hacía, físicamente, repelente y monstruoso. Por eso el infeliz no aspiró nunca a hacer un matrimonio normal; jamás dispuso de una mínima capacidad para despertar afecto; admitió como inevitable que si algún día alguna mujer se encadenaba a él no sería, desde luego, por cariño. Por esta razón aceptó resignado la fácil posesión de Aurelia, que, mediante un hábil juego de tira y afloja, le condujo al matrimonio. Después ocurrió lo que tenía que ocurrir. Surgió la disidencia desde el primer instante porque Aurelia aborrecía a su marido. Se daba a él, pero le soliviantaba constantemente con sus desprecios, sus ultrajes y sus insultos. Al pobre señor Ferrón se le saltaban los nervios; sus manos eran, cada día, menos expeditivas y seguras. Un día les nació un hijo. A Aurelia le horrorizó la crianza de un hijo imperfecto como era Sebastián. Aquello le dio pie para zaherir más a fondo a su marido. Le

increpaba, llamándole egoísta; le denostaba por motivos insignificantes o sin motivo alguno. Sebastián recordaba haber sorprendido varias veces a su padre llorando. Sabía Sebastián que lloraba por él, previendo la amargura del camino que aún le quedaba por recorrer y presintiendo, proféticamente, que él, su padre, tan débil, no podría acompañarlo mucho tiempo. Y así fue.

El señor Ferrón aparecía cada mañana más gastado y decrépito. Era joven aún, pero no lo aparentaba. Se le venían encima su profesión, su mujer, su hogar y la preocupación de aquel hijo. Y así fue consumiéndose poco a poco. Un día (¡qué fijo y claro conservaba Sebastián este recuerdo!) acudió a su consulta un personajillo muy conocido en la ciudad en aquel entonces. El señor Ferrón vio enderezarse un poco su fortuna. Aquello podría ser, de conseguir un buen trabajo, el comienzo de una necesaria rehabilitación. Y puso, como era natural, todas sus mermadas facultades en el empeño. Sólo le fallaron los nervios; un movimiento inoportuno, una palabrota, un grito terrible advirtieron a Sebastián, el niño. El personajito abandonaba la consulta cojeando y amenazando al señor Ferrón con el bastón. Cuando Sebastián entró en la clínica vio a su padre agarrándose la cabeza desesperado y rezongando dicterios contra sí mismo. A su lado había una palangana y en el centro de ésta, rodeado de un charco de sangre, como el cadáver desnudito de un niño, estaba el dedo meñique del pie izquierdo de aquel buen señor. Sebastián hijo podía dar fe de que estaba arrancado de cuajo.

Aquel contratiempo apremió el desenlace. El señor Ferrón sobrevivió poco al dedo meñique del personajito. Se postró en cama y una noche su homeopática humanidad se quedó rígida y fría, sin despertar a nadie ni decir oxte ni moxte. A los once meses justos de fallecido don Sebastián, Aurelia parió a la Orencia. Cuando alguna amiga la interrogó sobre la irregularidad del proceso de gestación de la pequeña, Aurelia se echó a reír y respondió «que la condenada cría era oncemesina». También se lo dijo así a su primogénito, aunque entonces Sebastián no tendría arriba de diez años.

Sebastián evocaba estos episodios cuando avanzaba, entre la bruma mañanera, camino de los Almacenes. Le agradaba sentir en el rostro los picotazos de la niebla e imaginarse a su padre allá arriba, en un cielo difuminado, sin Dios ni satisfacciones, regocijarse de su buena suerte. Aurelia no se alegró demasiado con el nuevo empleo; se limitó a decir con aires de pitonisa a Sebastián:

—Eres un bobo; ya veremos lo que esto dura.

Y le forzó a presentarse en casa del señor Sixto a despedirse de él. Al señor Sixto no le costó prescindir de sus servicios; lo accesorio no le

perturbaba nunca demasiado. Le manchó la mano de pimentón al oprimírsela y le dijo, francamente, que le deseaba muchos éxitos. Luego se situó tras su balanza mágica y se dispuso a escamotear unos gramos de arroz de la débil ración de una cliente. Así, concisamente, cerró Sebastián su trato con el ultramarinero a quien sirviera con lealtad durante seis años.

Sebastián estaba contento en los Almacenes. Sus manos pequeñas y nudosas se estremecían al palpar las suaves piezas de seda, de raso o de terciopelo. Existía una honda diferencia entre este género y el que antes manejara en la tienda de ultramarinos. Lo de ahora se acercaba más a su manera de ser sutil y delicada, casaba mejor con su espíritu hipersensible. De los compañeros no tenía queja. En aquellas dos primeras semanas se habían comportado humanamente con él. Es cierto que le costó algún berrinche la adaptación, que la manía de algunos en tocar madera al divisarle y la de otros a sofocar las carcajadas al verle encaramado como un mono en la picuruta de la escalera le mortificaban, amargándole un poco su actual bienestar. «Pero —se preguntaba Sebastián— ¿por qué sitio he ido yo que mi presencia haya pasado inadvertida?» Y se consolaba así; sobre todo, observando la manera paternal de enseñarle y aconsejarle que utilizaba don Saturnino; la etiquetera y digna conducta de don Arturo, el apoderado, hacia él.

El señor Suárez le presentó a los compañeros el primer día de su incorporación a los Almacenes. Después, poco a poco, Sebastián fue presentándoselos a sí mismo de verdad, sondeándolos, examinándolos, aquilatando todos esos pormenores íntimos que no caben en un apretón de manos por muy aparentemente sincero y cordial que éste sea. Así, don Arturo, el joven repeinado y etiquetero que le atendiera el primer día, se le iba definiendo con una rotunda claridad. Era, a su juicio, un comerciante perfecto. Las clientes no se privaban de esperar media hora si con ello conseguían verse despachadas directamente por don Arturo. Don Arturo les sonreía, les complacía, halagaba ceremoniosa y sutilmente su vanidad. El pobre Sebastián comprendió pronto que era éste un buen espejo donde mirarse; que por muchas vueltas que le diese a la esfera mercantil de la ciudad, no encontraría un maestro con mejores cualidades que las que don Arturo reunía.

—Usted, que sabe distinguir lo bueno de lo malo, no debe llevar esto.

Y don Arturo retiraba la pieza barata con cuquería y metía por los ojos de la cliente la pieza cara. Esto lo repetía con todas, empleando las mismas o parecidas palabras. Y a las clientes les enorgullecía el que don Arturo creyese, sinceramente, «que ellas sabían distinguir» y no se conformaban con cualquier cosa. Acababan, casi siempre, comprando lo que a don Arturo convenía que comprasen.

—No, por Dios, esto no es para usted; usted no puede vestirse con estos harapos.

La cliente sonreía, y por nada del mundo hubiese llevado aquello que don Arturo juzgaba indigno de ella.

Sebastián miraba y analizaba, escuchaba y aprendía. Estaba decidido a hacerse un experto y competente comerciante. Él se abriría camino, aunque sólo fuera para desentumecer la memoria de su padre, su congoja postrera. Envidiaba a don Arturo porque don Arturo había ascendido ya varios escalones por la escalera del triunfo personal cuyos primeros peldaños pisaba él, tímidamente, ahora.

Don Arturo comenzó como él, de mozo en los Almacenes; mas el señor Suárez se dio cuenta inmediatamente de su valía y lo ascendió a dependiente. Don Saturnino sabía que manejaba un arma de dos filos, y actuaba con discreción y astucia. Los demás establecimientos de tejidos de la ciudad iban conociendo la competencia de Arturo y le hacían ofertas tentadoras. El señor Suárez se veía obligado a acallar las llamadas de la ambición en el pecho de don Arturo e iba de concesión en concesión: mozo, dependiente, apoderado, partícipe, en buena cuantía, en los beneficios, asociado... Era un proceso ineluctable. Un día se alcanzaría el tope: don Saturnino no podría ofrecer más. Don Arturo se encontraba en la cumbre de la popularidad y era el momento. Entonces aquel cuerpo social se escindiría y la unidad de acción quedaría desarticulada y rota. La masa de sangre que lo vivificaba se dividiría en dos y a partir de entonces los dos antiguos asociados lucharían en campos opuestos. Don Arturo inauguraría un comercio propio y arrastraría en pos de sí toda aquella clientela que aguardaba pacientemente horas y horas a que él concluyese con los que habían llegado antes. Era la evolución fatal del comerciante; el comerciante, como algunas células, se reproducía por bipartición.

Pero don Arturo, hombre prudente y mesurado, no veía aún la oportunidad; no consideraba lograda todavía la plena madurez, ni realizadas la totalidad de las conquistas. Se hallaba en medio de la evolución. Sebastián lo miraba actuar, embelesado; contemplaba los movimientos rápidos, intensamente armónicos y sugeridores, de aquellas manos de dedos finos y blanquísimos.

—Tengo algo nuevo y magnífico para usted.

¡Cómo se lo agradecía la cliente! Vigilaba de hito en hito a su alrededor, para que nadie le arrebatase aquella tela maravillosa que Arturo le reservaba con tanta amabilidad. Sí; ya lo creo que la quería. Que se la envolviese Arturo a hurtadillas para que no fuese demasiado descarada la atención. Luego se alejaba sonriente, pasaba por la caja, donde Anita, la bella mujer rubia, permanecía encerrada, y, por último, marcharía a casa, a contar a su marido, con la condición de que no lo divulgase, el gesto liberal de Arturo, el simpático apoderado

de los Almacenes Suárez.

Sebastián observó, nada más ingresar, que don Arturo conseguiría ser uno de los comerciantes más ricos y acreditados de la ciudad. Comprendió también que únicamente en este ramo de la economía cabía aún el encumbramiento en unos años; esa labor sorda y callada que culminaba un buen día en un negocio redondo y próspero. La gente diría luego:

—Yo conocí a este hombre vendiendo cacahuetes en la Plaza Mayor.

Y así era, en efecto, sobre poco más o menos, con muy ligeras variantes.

—Ese hombre no era nadie cuando empezó.

Y hoy lo era, efectivamente, gracias a sus dotes singulares y a su esfuerzo ininterrumpido, casi heroico.

Ninguno de los otros dependientes estaba hecho de la misma pasta que don Arturo, en opinión de Sebastián. Martín, un hombre alto y guapo, con un bigotito recortado debajo de la nariz, trataba de imitarlo con escaso éxito. Por sobre todas las cosas, Martín era un presuntuoso que alardeaba de conquistador. Se vanagloriaba de entontecer a la mujer que se proponía, aunque, a la vista, jamás trascendiese este supuesto entontecimiento. Martín las arrastraba con melosas sugestiones hasta el probador y, al salir de allí, aseguraba «que aquella pobre cliente estaba ya en el bote». Afirmaba que se había citado con ella y a la hora de cerrar, por la tarde, marchaba deprisa, o decía marchar, al problemático lugar de la cita. Martín pertenecía a una familia distinguida de la ciudad, pero su falta de talento para el estudio le condujo a recalar en el almacén como único remedio asequible para resolver su porvenir. Constituía Martín, por tanto, una rara excepción de su época. En este tiempo, los jóvenes estudiaban todos, los que tenían condiciones y los que no, tanto si existían fondos disponibles en el hogar como si había de recurrirse a procedimientos extremos para costear la carrera.

Hugo era menos competente que Martín, pero también menos fatuo, aunque resultaba aún más ostentoso en su constante preocupación de exhibir sus dotes de Tenorio sin miramientos ni remilgos. Vivía con una muchacha en una modesta pensión y se jactaba de esto tanto como de sus aventuras pasajeras. Era bajo de estatura y muy moreno de pelo y piel. Los ojos, exageradamente negros, despedían fuego como los de un árabe. Poseía un temperamento exaltado y sensual. A las clientes las rozaba la mano intencionadamente o las musitaba piropos al oído. Anteponía el menor contacto furtivo a la posibilidad de hacer una buena venta. No le poseía, pues, la ambición de medrar, sino la ambición de la carne y la vanidad de ser admirado. El señor Suárez le reprendía y, a veces, se le

inflaba, al hacerlo, una gruesa vena en la iniciación de la calva. Eso denotaba que la furia henchía su sangre, forzándole a buscar un desagüe que no encontraba. Pero Hugo era así y no hubiese cambiado aunque le intimidaran con la horca. Sus dos manos eran morenas y peludas como las de un mono, pero Hugo se ufanaba de ellas, convencido de que el hombre, cuanto más velludo, más irresistible e interesante resultaba a las mujeres. «El hombre y el oso, vellosos», afirmaba con retintín siempre que se aludía a ello, mostrando al auditorio el piloso envés de sus extremidades.

Otro dependiente, el de más edad, y por el que más atraído se sentía Sebastián, era Manolo. Siempre se mostraba triste y cariacontecido. Tenía un cuerpecillo enclenque, formado, al parecer, de una urdimbre de huesos y nervios, y constantemente cavilaba en las dificultades de la vida y en la enmarañada y oscura perspectiva de dar salida a siete hijos, todos varones. Con Manolo congeniaba bien Sebastián. Era con el único con quien no se sentía oprimido al entablar conversación. Con los demás no hablaba a ser posible, y si lo hacía, procuraba siempre pasar inadvertido.

Por último, había otros dos dependientes en los Almacenes que eran hermanos, jóvenes, rubios y muy aficionados a los deportes. Habían ingresado recientemente y aún permanecían precintados y sin destapar, sin abrirse a una peligrosa confianza.

Después de la dependencia propiamente dicha, venían los mozos. Además de Sebastián, había otro mozo que se llamaba Emeterio. Éste era muy joven, apenas un niño, pero Sebastián receló desde los primeros días que era de él de quien principalmente debería guardarse. Tenía una nariz muy larga, con dos ventanas prolongadas y estrechas en las que se hurgaba activamente con los dedos a toda hora. De cuando en cuando, extraía de ellas un pedacito de materia viscosa con la que elaboraba, imprimiendo un movimiento uniforme e iterativo a las yemas de sus dedos, una pelotita oscura que lanzaba, sin miramientos, en cualquier dirección, mediante un hábil ejercicio combinado de índice y pulgar. Emeterio tenía un carácter expansivo y desmesurado. Charlaba mucho, casi siempre para decir tonterías o puerilidades, pero era a estos temperamentos expansivos y locuaces a quienes más temía Sebastián.

En este ambiente y entre estos compañeros comenzó a desenvolverse la nueva vida de Sebastián. Llegaba al almacén a las nueve menos cinco, hora en que todavía no había comenzado el barullo y los dependientes comentaban en corro las incidencias de la tarde anterior. Los dos hermanos rubios solían formar tertulia aparte con Emeterio y hablaban de fútbol y de aviones, pero sobre todo de fútbol. Las charlas se celebraban, por lo general, en torno a los radiadores.

El otro mozo y Sebastián alternaban el encendido de la calefacción. Correspondía este quehacer una semana a cada uno. Al principio, Sebastián se las vio y se las deseó hasta que logró prenderla tres veces. En lo sucesivo aquella tarea no le planteó problemas de ninguna clase.

Hasta las once sólo caía por el establecimiento algún comprador espaciado, y en esos casos un dependiente se destacaba del grupo para atenderlo. Poco después tenía lugar la invasión. Comenzaba a entrar gente y gente y la dependencia se multiplicaba, iba y venía, con un dinamismo enloquecedor. Se oía el rumor de muchas voces, el timbre de la caja, el retumbo compacto de las piezas al ser desenrolladas sobre el mostrador, todo simultáneamente. Sebastián se dividía para no frenar la vitalidad del negocio.

—¡Pequeño, el piqué de 21,80!

Y Sebastián trepaba ágilmente por la escalera, las piezas desfilaban ante sus ojos —rojo, amarillo, beige— a gran velocidad. En los primeros días se aturullaba. Apenas distinguía el piqué de la franela y tanteaba las piezas tímidamente, aguardando que desde abajo le confirmasen: «¡Ésa!». Y Sebastián se descolgaba, entonces, con la pieza al hombro. En pocos días se puso al corriente de los tejidos más vulgares y de su ubicación en la estantería. Subía y bajaba, bajaba y subía con pasmosa celeridad. «Después de todo —se decía Sebastián —, yo no tengo el temor de caer y torcerme la columna vertebral.» Oía, desde arriba, el tintineo del timbre de la caja, las frases persuasivas de don Arturo, la galante indicación de Martín invitando a alguna señorita a pasar al probador a ponerse las pieles; veía los furtivos desvíos de la mano de Hugo buscando el contacto de otra mano femenina; el salir y entrar de docenas de personas, la sonrisa de Anita, encerrada en su mostrador; y, al fondo, erguido y complacido, don Saturnino, con los pulgares metidos bajo el chaleco, junto a las axilas, viendo su máquina en marcha, el espectacular funcionamiento de aquel taller con piezas y engranajes humanos. E, inesperadamente, otra voz:

—¡El cheviot marrón, muchacho!

Sebastián era el «pequeño», el «chico», el «muchacho»... Le dolió un poco, al principio, esta despectiva forma de designarle, pero acabó persuadido de que en ello no había ofensa, ni desprecio, ni mala voluntad hacia él, aunque algunas veces, sobre todo por parte de Hugo, lo pareciese.

A la una, Sebastián echaba el pestillo y volvía el cartelito de «Cerrado». Los rezagados ponían cara de haber perdido un ser querido al topar con el cartel que les vedaba el paso. Aún continuaba el movimiento durante un cuarto de hora. El local se desahogaba por una puerta secundaria. Allí don Saturnino estrechaba manos y decía

adiós, muy sonriente, a aquellos que le permanecían fieles hasta el instante de cerrar. Poco a poco iba remitiendo aquella fiebre hasta que el último cliente abandonaba el local. Se oía, en ese instante, un suspiro colectivo, se amontonaban y ordenaban algunas piezas y cada uno tomaba su abrigo del ropero y marchaba a comer.

Don Arturo permanecía un rato con el señor Suárez, hablando y riendo de cosas del negocio. A Sebastián le daba la sensación de que a don Saturnino, entre risa y risa, le iban quedando desgarrones del alma al constatar que cada palabra y cada carcajada de don Arturo le desasía un poco más del fructífero cuerpo social. Poco después el apoderado se marchaba a dar una vuelta por la calle Principal. Era la hora del paseo de los estudiantes y las jovencitas. Pero don Arturo no iba allí a perder el tiempo. Espiaba los escaparates de los competidores con el rabillo del ojo —el pararse detenidamente a examinarlos estaba mal conceptuado—, observaba las preferencias de los jóvenes y las jóvenes y de todo ello extraía luego ventajosas consecuencias que redundaban en la prosperidad del negocio.

Sebastián, embutido en su abrigo raído, con las dos piezas detonantes en los codos, salía solo hacia su barrio. Pronunciaba un «adiós» colectivo y, pasito a paso, se encaminaba a casa, rumiando los nuevos conocimientos, la astucia mercantil de don Arturo, la posibilidad de que algún día pudiese él contemplar, con los dedos pulgares bajo el chaleco, la feliz marcha, fecunda y crematística, de una empresa propia.

Con alguna frecuencia se detenía en la Plaza del Mercado. Allí tenía su cuartel general una pareja pintoresca que concentraba a la multitud a su alrededor. La mujer actuaba como adivinadora y el hombre, que se calificaba a sí mismo como el «doctor cubano», la explotaba y vendía un ungüento prodigioso para cicatrizar heridas. Sebastián había oído hablar con desprecio de aquella mujer, pero él la admiraba. Admiraba aquellas facultades excepcionales que le permitían adivinar las penas y miserias y, también, las alegrías de sus prójimos; admiraba la sencilla manera de mostrar en público su talento y, sobre todo lo demás, admiraba su escasa ambición, ya que, a juicio de Sebastián, de haber explotado sus condiciones en un teatro cualquiera hubiera salido en menos de un año de la miseria.

El hombre formaba el corro, con minuciosidad de artesano, en torno a la mujer, encaramada sobre dos cajones y con los ojos vendados. La gente se arremolinaba esperando el comienzo. Salvo alguna excepción, podía asegurarse que a la pintoresca pareja la circundaba un corro de fe.

—Se pide que te concentres.

Sonaba ronca, gutural y poderosa la voz del hombre, mientras perfeccionaba el círculo de oyentes, empujando a unos y rogando a

otros. Su voz, de improviso, se hacía monótona, inarticulada casi, como un murmullo:

—Concentra, concentra, concentra...

El corro iba cobrando una precisión geométrica. Crecía la expectación y los chiquillos ganaban a empujones la primera fila. Alguien, impaciente, llamaba con un susurro al «doctor cubano» y le hablaba al oído. El espectáculo comenzaba:

—¿Quién te pide consulta?

La voz ronca del hombre iba dirigida a la mujer. Ésta se estremecía un tanto por el esfuerzo de la concentración. Al cabo, respondía con una voz agudísima, como un chirrido:

—¡Una señora!

Continuaba el hombre:

—¿Qué desea esta señora?

Y ella, tras leves vacilaciones:

—Esa señora tiene en el pensamiento a su esposo.

La «paciente», arrebujada en su mantón negro, asentía. La adivinadora proseguía desde su improvisado estrado:

—... y desea saber si su marido sanará de su enfermedad.

Se hacía un silencio de muerte. A la consultante comenzaban a brillarle los ojos y una lágrima furtiva rodaba mejilla abajo. Todos la miraban con ansiedad; leían en su rostro cómo la intimidad que ponía la pitonisa patas arriba era muy cierta. El fallo se hacía desear siempre. Al fin, la adivina sentenciaba de modo inapelable:

—El marido no sanará totalmente de su enfermedad, pero mejorará grandemente.

Hervía el respetable en un murmullo de compasión. A Sebastián le arañaba la garganta la desgracia de la mujeruca del mantón, que se alejaba haciendo pucheros y enjugándose las lágrimas con un pañolón de lunares negros.

Y seguían las consultas. De cuando en cuando, el hombre agrandaba o perfeccionaba el corro, y una gran serpiente que le acompañaba sacaba la cabeza de una cesta ante el estupor y el susto de los chiquillos.

—Yo soy el «doctor cubano», y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas —reía, nerviosa, la concurrencia— para los niños. Vamos, un poquito más atrás. Se ve lo mismo. —Y nuevamente elevaba su voz, ronca y omnipotente—: Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas...

Algunos se marchaban. Entre consulta y consulta, el «doctor cubano» encajaba tubos de pomada con gran facilidad. Los que la habían usado se hacían lenguas de su maravillosa eficacia, y estos elogios constituían un estímulo para los vacilantes. Ante estas ventas

considerables, Sebastián no podía por menos de recordar a don Arturo y establecer un paralelo entre él y el «doctor cubano».

Una mañana, la víspera de Todos los Santos, Sebastián vio acercarse al corro de espectadores a la Aurora, la hija del señor Sixto. La Aurora era muy conocida en el barrio de Sebastián. Llamaba la atención por lo ridículos que resultaban la presunción y el engallamiento en un ser tan poco atractivo. Usaba unas gruesas gafas que acentuaban el ungüento verde oscuro con que se acicalaba los bordes de los ojos. Era corta, ancha y culibaja, y, aunque gastaba mucho en vestirse, tenía un aspecto desolador.

Parecía preocupada aquella mañana. Con una marcada habilidad de tornillo logró internarse hasta la primera fila. Desde allí siseó varias veces al «doctor cubano», hasta que éste se aproximó a ella. Sebastián se preguntó qué es lo que aquella criatura tendría, en su intimidad, de consultable.

—¿Quién te pide consulta?

Por centésima vez en aquella mañana repitió el doctor su interrogante.

—Una jovencita... —Aurora se arreboló un poco.

—Y, ¿qué desea esta jovencita?

—Esta joven tiene en el pensamiento a su novio... Y desea saber... —se detuvo la pitonisa, como midiendo el alcance de su futura frase— si su novio volverá a ella.

Los soldados y varios hombres de mono y tabardo que rodeaban al «doctor cubano» estallaron en una carcajada. Fue todo visto y no visto. La Aurora se arrepintió de su osadía, volvió la espalda al doctor y se abrió paso a codazos entre la multitud. Luego echó a correr como si la serpiente del «doctor cubano» la persiguiese. La carcajada, entonces, se hizo general. El hombre se encogió de hombros y prosiguió, dando forma al corro:

—Yo, el «doctor cubano», les juro a ustedes que siempre...

Sebastián se alejaba también. Pensaba en la Aurora, en la inexplicable conducta de la Aurora. Después de todo, a él nada de ella le importaba, pero aquella absurda consulta al «doctor cubano» le colmaba de curiosidad.

Al llegar a casa encontró a su madre atendiendo la cocina y a la Orencia, con los ojos llorosos, que encendía un braserillo. Sebastián se fue a su cuarto. En la cabecera de su cuarto había un pintarrajo de San Ignacio de Loyola. Y al verlo, por un momento, se le hizo a Sebastián que aquella mañana no había salido aún del almacén. Enseguida se dio cuenta de que la pintura de San Ignacio era una reproducción exacta del semblante de don Saturnino Suárez, y aquello le pareció un gran milagro.

La Orencia entraba ahora con el brasero y lo introdujo en una

pequeña camilla, vestida indecorosamente con una falda de color claro, llena de manchas de vino y churretes de grasa. Tres sillas y un aparador polvoriento y desvencijado completaban el mobiliario. En los cuartos de los lados dormían Aurelia y Orencia, y, en la alcoba de la misma habitación, Sebastián.

La niña, como era frecuente en ella, se quedó quieta mirando a su hermano. A Sebastián no le agradaba esta silenciosa y concentrada contemplación. «Me está midiendo, me está midiendo», no podía por menos de pensar cuando veía unos ojos posados en él, aunque éstos fuesen los de su hermana. Carraspeó y se sentó al brasero. La pequeña continuaba observándole, indiferente.

—Oye, Orencia... —murmuró de pronto Sebastián.

La niña no se inmutó. Prosiguió el hermano:

—Mañana son los Santos y pienso ir al cementerio a llevar unas flores a nuestro padre. ¿Querrás venir conmigo?

—Bueno, te acompañaré.

Aceptaba Orencia como si con ello le hiciera un favor, no por impulso espontáneo.

Por la puerta del pasillo se adentró la avinagrada voz de Aurelia, llamando a la niña:

—¡¡Orencia, Orencia!!

A Sebastián le arrastraba una impresión de asco al escuchar aquella llamada conminatoria, como si el nombre de la pequeña llegase sumergido en vino y arropado en la grasienta cazadora militar. Le mortificaba ver a su hermana trabajando como un burro de carga de la mañana a la noche, sin una expansión ni un rato de regocijo. Y las punzadas lancinantes que le asaeteaban el alma se hacían más dolorosas cuando escuchaba en la calle el murmullo jaranero de sus pequeñas vecinas, las de la edad de Orencia, jugando al corro o saltando a la comba.

Comió poco y, sin un rato de sobremesa, salió para los Almacenes. Eran aquéllos unos días de mucho movimiento; la gente se preparaba para sortear el invierno y se vendían muchos artículos de abrigo. Sebastián subió y bajó, trepó y descendió cientos de veces por aquella escalera de la tienda que, en dos semanas, se le había hecho familiar. En tanto pensaba en Orencia sin conseguir tampoco desentenderse de la imagen de la Aurora frente al «doctor cubano», indagando por el novio fugitivo. Entre el repiqueteo del timbre de la caja y las frases persuasivas de don Arturo se alzaban las sombras de su hermana y de la Aurora eclipsándolo todo, como si se erigiesen en los núcleos fundamentales de su existencia.

Ya de noche salió del almacén. La gente paseaba por la calle a pesar del frío inclemente. Las confiterías iluminaban bandejas repletas de buñuelos de viento y huesos de santo. (Imaginó Sebastián que entre

éstos se encontrarían los de su padre: pequeñitos y dulces, así se había imaginado siempre él los huesos de su progenitor.) La Plaza del Mercado se hallaba alfombrada de pétalos de flores y la gente los pisaba sin inmutarse, los mataba con los tacones, pensando, quizá, que no les estaba permitido evadirse de la función de preservar el reposo de los muertos.

Aquella noche, al desnudarse, se avergonzó Sebastián de hacerlo ante los ojos húmedos y paternales del señor Suárez. Alargó la mano y volvió el cuadro de San Ignacio contra el tabique. Más tranquilizado, se desprendió de los calzoncillos y de la renegrida camiseta —ambos llenos de agujeros, como si estuviesen comidos de las cucarachas—, se metió en la cama y apagó la luz. Luego se quedó pensando mucho rato en la oscuridad.

Capítulo III

Después de comer, Orencia y Sebastián salieron de casa para ir al cementerio. Las calles, aunque arrasadas por un viento helado, se veían muy transitadas. Había en ellas más luto que de costumbre, como si todos hubiesen reservado los trapos negros con que se tocaban para ir a saludar a sus muertos. Se adivinaba en la gente un afán de emulación, de adornar las tumbas familiares con mayor primor que el vecino.

El mismo Sebastián no se libraba de este sentimiento. En la Plaza del Mercado se detuvo para comprar unas flores. Los tenderetes, que usualmente expendían puntillas, carretes y ovillos de hilo, plumines, horquillas, herretes y otras bagatelas, se veían hoy atestados de flores y coronas mortuorias. Había allí claveles, dalias, pensamientos, crisantemos… Sebastián caviló, antes de decidirse, durante unos minutos; al fin, sonriente, escogió dos ramilletes de crisantemos. En el fondo, aun sin él darse cuenta, pensaba: «Sí, con esto mi padre estará más guapo y distinguido que los demás muertos. Sobresaldrá de todos sus contertulios del camposanto». Y, cogidos de la mano, Orencia y Sebastián se perdieron en un laberinto de calles.

Formaban una pareja inefable y grotesca. Sebastián, con su traza física, acentuada por las deplorables prendas que vestía, y, a su lado, la niña, alta y espigada, más alta que Sebastián, con los ojos muy grandes, muy abiertos y muy asustados, el cuerpecillo embuchado en un raído abrigo gris claro que apenas le ocultaba los flacos muslos, y con una tiñosa pielezuca de conejo protegiéndole el cuello.

Pronto dejaron atrás el casco urbano. Los edificios de pisos iban diseminándose y aparecían primarias barracas y casuchas miserables de una sola planta, rodeadas de pequeños huertos. La carretera, bordeada de cipreses, semejaba una interminable procesión de capuchones como las que recorrían la ciudad durante la Semana Santa. Orencia y Sebastián apenas hablaban; si es caso, se transmitían sus emociones por el contacto de las manos. La gente iba y venía, unos despacio, deprisa otros, algunos en lujosos automóviles, muchos en los gruñones y renqueantes autobuses de la ciudad, que, al tomar cada curva cerrada, amenazaban con acostarse allí para no volver a levantarse.

Orencia y Sebastián avanzaban, perdidos en el barullo. La gente hablaba a su alrededor con una locuacidad desenfrenada, como si acabaran de percatarse de la conveniencia de flexionar la lengua un número determinado de veces antes de servírsela de pasto a los

gusanos.

Encerraba mucha belleza aquel camposanto; una belleza de tránsito, no enteramente de este mundo, pero tampoco del otro. Sebastián recorrió varios paseos con respeto y un tanto sobrecogido. Orencia miraba a los lados y, de repente, soltó la mano de su hermano y se llevó las dos suyas al rostro sofocando un grito:

—¡Sebastián, me ha rozado un ánima; me ha dado en la cara, te lo aseguro!

La niña se había exaltado y estaba a punto de llorar. Desmanotadamente trataba de arrancarse la turbadora sensación que notaba impresa en la mejilla.

—¡Tonta! Si es una tela de araña —rió Sebastián.

—No lo es, no lo es. ¿Dónde está la tela de araña?

—Anda, dame la mano y no tengas miedo.

(Los temores inconcretos de Orencia preocupaban mucho a su hermano; esto era lo único que arrancaba a la niña de su habitual indiferencia por todo. Ni los golpes ni las reprimendas de Aurelia la rozaban; sólo podía con ella aquel pánico infundado, absurdo, que la poseía a toda hora.)

El señor Ferrón tenía su última morada en un extremo del cementerio. Allí una humilde losa gris decía simplemente: «Don Sebastián Ferrón. 1893—1932. R.I.P.». Y arriba de la losa había sido horadada una cruz.

Sebastián se detuvo y esparció, con minuciosa precisión, los crisantemos sobre la tumba; después comenzó a orar un poco maquinalmente. A poco, observó de reojo a la Orencia y se dio cuenta de que la niña no rezaba. Interrumpió un Padrenuestro:

—¿Por qué no rezas por nuestro padre, Orencia?

—Él no era mi padre —Sebastián se agitó sobresaltado:

—No digas esas cosas, mujer.

—¿Por qué no voy a decirlo, si es cierto? No vayas a creer que todavía soy una tonta.

[*Le hurgaba una cosa rara a Sebastián en el estómago; tal vez la conciencia de que la niña decía verdad en contra de lo que él hubiera deseado. Pensó que aquel esqueletito que adivinaba acurrucado y frío bajo la losa no podía ser, en verdad, el padre de la pequeña. Nuevamente le sacudió los oídos la voz de Orencia:*

—Mi madre me lo ha dicho el otro día. Me dijo: «Cualquiera podría ser tu padre, menos tu padre». Al principio no la entendí pero ahora sí lo entiendo.

Sebastián percibió dentro de sí un exacerbado temor, un impulsivo deseo de venganza contra la lengua de su madre. Anheló verse ante ella y

censurarle su repugnante libertinaje de expresión, la contundente manera de derribar afectos e ilusiones. Sí, él sabía que Orencia y él no eran hijos de un mismo padre, que la pequeña era un producto de los funerales del señor Ferrón.

Pero ¿no era criminal el proceder de su madre? ¿No atentaba contra ella misma y contra la niña?].

No obstante, Sebastián sabía que este desengaño, como tantos otros, habría de comérselo él solo, que jamás se atrevería a enfrentarse con Aurelia e increparla por su conducta, que su madre proseguiría socavando el cauce por donde él y la niña, por las buenas o por las malas, habrían de continuar caminando.

Orencia advirtió la compunción de su hermano:

—Anda, Sebastián, rezaré por él contigo, si tú lo quieres. No importa que él no fuera mi padre.

Rezaron muy quietos y muy juntos, bajo la atmósfera reposada y yerta del camposanto. La tarde iba cayendo imperceptiblemente sobre ellos. Una picaza infatuada galleaba desde la copa de un alto y fantasmal ciprés. Transcurrido un corto rato, Sebastián se levantó, volvió a tomar de la mano a su hermana y ambos caminaron pausadamente hacia la puerta.

En una plazoleta del cementerio se erguía un severo monolito de mármol con una pequeña capilla en la base. En el frontis de la capilla decía: «Panteón de hombres ilustres», y a continuación, en una lápida blanca, se alineaban hasta dos docenas de nombres. (Sin querer le recordó a Sebastián aquella sucesión de líneas negras los castigos del colegio —en los tres años anteriores a la muerte de su padre—, cuando le ordenaban copiar hasta un centenar de veces aquello de que «Los niños deben ser educados».) Sebastián leyó algunos nombres ilustres y suspiró. «Después de todo —se dijo—, su cama no es ahora mejor que la de mi padre; ni sus huesos serán tampoco más duros y resistentes.»

La puerta del camposanto vomitaba toneladas de gente negra. Las tragaba con flores y sonrientes y las devolvía sin flores y apesadumbradas. De aquel constante ir y venir dedujo Sebastián que la vida, la vida toda, consistía simplemente en eso: en ir y venir, en fluctuar, hasta que la guadaña de la muerte segaba la última trayectoria.

Se adentraron por el camino de cipreses, en ruta hacia la ciudad. Se iba haciendo de noche y algunos farolillos mortecinos comenzaban a encenderse a los costados de la carretera. El viento había amainado o les daba ahora de espaldas y se hacía menos sensible. En las calles, la multitud festejaba el día saliendo de casa, sin motivo ni rumbo, deseosos de dejar volar tres horas grises a la intemperie, badulaqueando, para convencerse de que aquello era, a la postre, un

día de fiesta y se veían libres de la tiranía de la oficina, de la tienda o del taller.

Al pasar ante una confitería, Sebastián se detuvo. Acababa de experimentar un irresistible impulso de ternura que le impelía a abrazar y estrechar contra sí aquel manojo desgalichado de huesos que era la pequeña.

—Te voy a convidar, ¿sabes?

—¡Huy, qué gusto! —sonrió Orencia.

Y pegó su roja naricita a la vitrina. Tras unos minutos de indecisión, señaló con el dedo un hueso de santo relleno de pasta de fresa:

—Ese, yo quiero ése.

Penetraron los dos y Sebastián pidió dos huesos de santo. Mientras comía el dulce, observaba la delectación de la pequeña socavando el canuto con la afilada punta de la lengua. Al pretender pagar se dio cuenta de que las golosinas importaban un real más de sus posibilidades. Se aturdió Sebastián:

—Mire, no tengo más que dos veinticinco. Yo creí... Me parecía que tendría bastante y...

La mujer, una mujerona como una torre, obesa y coloradota, torció el gesto. Añadió Sebastián, tartamudeando:

—Yo puedo dejarle en prenda lo que usted quiera... Desde luego...

—No hace falta; ya pasarás mañana por aquí.

Sebastián se sonrojó:

—El caso es que hasta el domingo no podré disponer de dinero.

—Bueno; pues el domingo te espero.

Salieron. Su impotencia económica le había arrebatado a Sebastián el buen gusto del dulce; su impotencia y el tuteo impertinente de la confitera. A Sebastián le dolía ver cómo pasaban los años sin que su personalidad aumentase por ello; le mortificaba que en todas partes le considerasen como un chiquillo, sin pizca de poder de representación. Parte de ello lo achacaba a su dependencia económica, a aquel no poder desprenderse de dos pesetas sin amenazar gravemente el equilibrio de su asignación dominical. Pero otra parte la llevaba él mismo a cuestas, con su insignificante porte y aquella cara de niño pequeño, de niño triste y atolondrado. Sebastián hubiera deseado sólo por esto, sólo por verse tratado de usted y oírse llamar «don Sebastián», alcanzar un puesto importante, codiciado, en la vida. Añadía un nuevo grado a su depresión el hecho de que Orencia hubiera sido testigo del despectivo trato de la confitera. La pequeña, colgada de su brazo, se relamía aún los labios de placer. De pronto pareció conectar sus pensamientos con los de su hermano:

—¿Cuánto te da ahora madre los domingos?

Le molestaba a Sebastián tratar este problema con Orencia.

—Lo mismo que antes.

—¡Huy! ¿Lo mismo que cuando trabajabas en la tienda del señor Sixto?

—Igual.

—¿Siete pesetas, entonces?

—Sí.

—Es poco.

—Sí, no da para comprarse un coche.

Atravesaban ya la Plaza del Mercado y entraban en su calle, estrecha y animada. A la derecha, el pacífico paredón ciego del convento de los capuchinos parecía una sucursal del cementerio, tal era su imperturbabilidad y su reposo ancho y macizo. Allí, al lado, unos chicos ataban una lata al rabo de un perro. El chucho acabó perdiendo la paciencia y, revolviéndose contra ellos, soltó dos potentes ladridos. Los chiquillos, atemorizados, rompieron a correr, desparramándose y riendo convulsivamente. Mas, al poco rato, los rapaces tornaron a la carga y era el can, ahora, quien trotaba arrastrando un llanto quejumbroso y agudo a lo largo de toda la calle.

Los portales del barrio eran lóbregos y oscuros como carboneras. Las tiendas mantenían cerradas las trampas. Algunas mujerucas vendían naranjas y cacahuetes desde los tenderetes montados en las aceras. Los novios pasaban cuchicheando muy juntos y algunos se escondían, amartelados, en los negros portales. Al fondo de la calle, el cine iluminaba los muros pardos de la parroquia, situada enfrente, con un resplandor rojizo. Ante la taquilla se retorcía la cola como una serpiente de un centenar de segmentos articulados. Los tenderetes se multiplicaban ante la puerta del teatrillo y las vendedoras no se retraían de pregonar sus mercancías a voz en grito.

Orencia y Sebastián se zambulleron en el portal de su casa.

El monstruito de la cabeza de león y los pechos cónicos los observó desde el remate de la barandilla. (Aparentaba abrir más los ojos cuando alguien se aproximaba.) El portal se mantenía casi a oscuras, apenas rotas las tinieblas por una bombilla de luz amarillenta, encerrada en una jaula en el vano de la escalera. Ascendieron Orencia y Sebastián y llamaron en su piso. Salió Aurelia a abrirles. Sebastián se quedó pasmado, mirándola incrédulo. Se había despojado de la horrible cazadora parda y hasta se había peinado sus cabellos débiles y zarriosos.

—Pasad, niños; tenemos visita.

Orencia y Sebastián se miraron en silencio. Aurelia les sonreía y les daba palmaditas en los hombros como una madre derretida de ternura.

—Venid, venid por aquí...

Les abría la puerta de la habitación de la camilla. Pasaron. A

Sebastián fue la presencia de la visita lo que le hizo reparar en el aspecto desolado de la habitación. (La camilla se levantaba triste y fría en el centro de la estancia polvorienta. En derredor, tres sillas, con el asiento de paja, dos de ellas ocupadas por doña Claudia y la Aurora y la otra caliente aún del opulento trasero de Aurelia. Un viejo y mohíno aparador apartado en una esquina completaba el frugal mobiliario.) Sebastián se dirigió hacia su antigua patrona y la saludó, preguntándole, en un murmullo, por el señor Sixto. Luego estrechó la mano de la Aurora, a quien, no sabía si por los efectos de luz de su casa, encontraba pálida y desmejorada. La niña se quedó tiesa e inexpresiva bajo el marco de la puerta.

—Vamos, saluda a estas señoras.

Su madre la conminaba, mas Orencia se encerraba en su hosquedad un poco salvaje. Le imponía el sombrero aparatoso de doña Claudia y los ojos abesugados de Aurora, que se le metían en la carne, agrandados por aquellos cristales como culos de vaso.

—Hola.

Pronunció, al fin, la niña un «hola» como un ladrido y salió disparada a encerrarse en su habitación.

—Discúlpela, doña Claudia, es muy hurona.

Se estiró la boca de doña Claudia en un amago de comprensiva sonrisa:

—¿Y cómo te va, Sebastián, en tu nuevo cargo?

Doña Claudia le interrogaba con ironía. Sebastián se sintió incómodo.

—Bien; hasta ahora estoy contento.

Su madre se había sentado de nuevo y él era ahora el único que permanecía de pie.

—Creo que estás de botones en los Almacenes Suárez, ¿no es así?

—No, señora; estoy de mozo.

—¡Ah!

Al decir «¡ah!» levantó la cabeza y un pájaro artificial encaramado en la copa de su sombrero retembló. Habló Aurelia:

—Doña Claudia se ha acordado del aniversario de tu padre, Sebastián. Ése es el motivo de su visita.

Sebastián quiso agradecerlo, pero no pudo; no se sentía capacitado para comprender cómo aquellas dos mujeres se acordaban del señor Ferrón al cabo de catorce años. Por primera vez en la vida, creía recordar Sebastián, ocurría esto. Por más que el aniversario de su padre no era ahora, sino en julio. No se pudo contener:

—Pero mi padre murió el 13 de julio.

Se sonrieron entre sí las tres mujeres. Su madre tomó la palabra:

—Ya lo saben, Sebastián; pero mañana son las Ánimas Benditas y es el aniversario de todos los «fiambres».

Fue muy desagradable para Sebastián oír tratar a su progenitor de esta manera. Y más por boca de Aurelia. No obstante, como tantas veces, no dijo nada. Doña Claudia cambió el rumbo de la conversación, después de mirar en torno:

—Es ésta una habitación muy guapa. (¿Por qué le infundían desaliento a Sebastián estos adjetivos tan traídos y llevados por los vecinos del barrio?) ¡Vaya que sí! Podrían ustedes sacar mucho partido de ella...

—Ya lo creo; no le falta razón, doña Claudia.

Prosiguió la señora de don Sixto:

—Sí vieran ustedes qué maja hemos puesto ahora nuestra salita de estar, ¿verdad, Aurora?

—Sí, mamá.

—La hemos puesto al estilo Luis XV. Hemos comprado en un *antiguario* unos mueblecitos muy estilizados. Estilizados Luis XV, ya les he dicho antes...

(Sebastián sufría por su madre. La veía rígida como una roca, con una sonrisita boba curvándole los labios; impenetrable por completo a las insensateces de doña Claudia. Tan sólo de vez en cuando lanzaba un ruidoso chorrito de aire por los intersticios de los dientes para purificarlos de elementos nocivos. Y el sonido que producía entonces era semejante al de un ruiseñor joven que aún no ha aprendido a cantar.)

—Luego hemos forrado la sillería con un raso muy mono de florecitas, ¿verdad, Aurora?

—Sí, mamá.

—Ha quedado muy cuco; sí, muy cuco. Pero todo tan caro. Los *antiguarios* se han puesto por las nubes. Me acuerdo yo antes de la guerra...

(Sebastián recordaba pocas cosas de la preguerra; pero las suficientes para evocar la ínfima tiendecita del señor Sixto, en un cuchitril próximo al lugar que ahora ocupaba el cine y donde sólo se despachaban bolas de anís, regaliz de palo, canicas de dos colores, ajos, castañas pilongas y cajas de chicle conteniendo dos pastillas rosadas. Si la señora Claudia acudió a un anticuario antes de la guerra sería, a no dudar, para desprenderse del resto de un posible patrimonio familiar.)

—Entonces se encontraban las cosas a un precio razonable. Pero ahora, ahora todo el mundo no piensa más que en ganar aunque sea a costa de la sufrida piel del prójimo.

Aurelia pudo, al fin, intervenir:

—Y que usted lo diga, doña Claudia; la vida está cinco veces. Antes se vivía con nada.

—No tiene usted que decírmelo. —Retemblaba otra vez el

pajarito del sombrero de doña Claudia—. Vea usted los automóviles. Sixto hace tiempo que anda tras uno, pero no se decide. Y hace muy bien. ¿Qué dirá usted que le piden por un *Sevrolet* del año treinta?

—¿Cinco mil duros?

Aurelia puso los ojos en blanco sólo de insinuar esta cifra.

—Ponga cinco mil más.

—¿Diez mil duros por un automóvil viejo?

—Ni uno más, ni uno menos.

Aurelia quiso demostrar bien a las claras su pasmo:

—¡Hay que amolarse!

(Sebastián se sintió invadido por una corriente muy viva y caliente de sangre. Se sofocó. Aquellas explosiones de perplejidad de Aurelia le ocasionaban náuseas, le hacían tener presente continuamente la maldita cazadora parda, plagada de lamparones de vino y de grasa.)

Aurora arrastró hacia atrás la silla y se aproximó a Sebastián. Las dos madres cambiaron una mirada de entendimiento.

—¿Me quieres enseñar tu casa, Sebastián?

Éste se acogió al escape que se le presentaba:

—Bueno, pero te advierto que es muy fea.

Pasaron al cuarto de Aurelia. Allí languidecía sus penas la horripilante cazadora, tumbada sobre la cama de su madre. Todo estaba sucio, desbaratado y en desorden.

—Es una habitación muy hermosa, ¿qué tendrá? ¿Seis metros por tres?

Aurora se mostraba discreta. De aquella destartalada habitación no cabía decir otra cosa. Sebastián asintió y se sobrecogió de un íntimo rubor cuando se adentraron en su alcoba:

—Aquí duermo yo.

Aurora soltó una risita:

—¿Y es capricho tuyo poner los cuadros del revés?

Reparó Sebastián en el San Ignacio vuelto de espaldas la noche última. Le era duro confiar a Aurora los motivos de esta particularidad. Se hubiesen visto complicados en la confidencia don Saturnino, las cucarachas y, sobre todo, sus calzoncillos; por eso prefirió callar.

—Lo habré hecho sin darme cuenta.

—¿Eres sonámbulo?

Notaba Sebastián que jamás Aurora se había comportado con él con la cordialidad agresiva con que ahora lo hacía. Aurora, aunque fea, se había visto siempre muy solicitada, porque en el barrio, casi en la ciudad entera, tenía fama de atrevidilla y pindonga. A Sebastián lo miraba por encima del hombro, sin olvidarse de que aquel hombrecillo ruin y torcido era, a fin de cuentas, el recaderillo de la

tienda de su padre. De repente, todo aparecía distinto. Una Aurora instintivamente pegajosa y cordial le hablaba en melosos tonos y le dirigía, por entre los pequeños círculos concéntricos de sus gafas, húmedas y melancólicas miradas de carnero degollado. Sebastián atribuyó el cambio a la importancia de su colocación actual.

Alrededor de la camilla proseguía el monólogo de doña Claudia, mientras la mirada tonta de Aurelia continuaba dilatándose con asentimiento. Aurora y Sebastián alcanzaron el pasillo. Aquél señaló a su huésped la primera puerta a la derecha y dijo en voz baja:

—Ésta es la habitación de Orencia. —Y añadió, disculpándose—: Pero ella está dentro ahora.

Pasaron de largo hasta la cocina. Pensó repentinamente Sebastián que era absurdo todo cuanto acontecía esta tarde en su casa. Y lo más absurdo de todo, aquella detenida inspección de su hogar por parte de la Aurora. (Un hogar deplorable, sin nada que ver, como no fuese la inmundicia y el polvo que se acumulaba en los rincones.)

Al dar la luz de la cocina, tres ratones pequeñitos y de una nerviosa movilidad saltaron de la lata de la basura, que apestaba a restos podridos, y se refugiaron en el cuchitril de la leña. A Sebastián le abochornó este detalle:

—Ésta es una casa muy ratonera —se justificó.

Aurora trascendía optimismo y comprensión:

—Todas las casas viejas son ratoneras.

Él se vio plantado, sin nada que añadir, pero el recuerdo de la tarde anterior vino en su auxilio:

—Ayer te vi donde el «doctor cubano».

Se sonrojó Aurora y comenzó a retorcer mecánicamente las cuatro puntas de un pequeño pañuelo. Ambos se recostaban en el fogón y oían, lejano como un arrullo, el rumor del monólogo de doña Claudia. Inesperadamente Aurora le miró con confianza, sin disimulo:

—Estoy muy desengañada, ¿sabes, Sebastián?

Este desahogo confidencial le aturdió momentáneamente:

—¿Qué te ocurre, Aurora?

Le costaba arrancarse. No respondió enseguida, sino después de una pausa reflexiva:

—Nada concreto, pero estoy harta de tontear. Él se aventuró:

—¿No tienes novio ahora?

—¿No me viste en el «doctor cubano»? Se azoró Sebastián:

—Sí. .

—Entonces ya sabes que no. —Guardó silencio un momento—. Toda esa serie de novios no me ha dado ninguna felicidad, créeme.

(Se preguntaba Sebastián qué habría imprimido en el alma de Aurora un viraje tan radical y qué es lo que la llevaba ahora hasta él para desembucharle de este modo sus desengaños. Aurora inclinó la

cabeza sobre el pecho.)

—He flirteado mucho, mucho... Tal vez demasiado, Sebastián... —Parecía apesadumbrada y mustia—: ...y no creas que por ello tenga el alma más llena —añadió.

A Sebastián comenzaba a removerle por dentro un inconcreto sentimiento de compasión. Se percataba de que no siempre las desgracias propias son las más lamentables de las que pueblan el universo; que a veces hay criaturas que parecen dichosas, plenas, y luego están huecas y vacías como un tambor. Y en un minuto de intimidad vuelcan sobre nosotros su podredumbre y su miseria espiritual. La sensibilidad de Sebastián se estremeció al contemplar cómo se empañaban de lágrimas los gruesos cristales de las gafas de la Aurora.

—SÍ yo puedo hacer algo por ti...

—¡Oh, no te preocupes! Son tonterías mías. Todo esto son tonterías mías.

Puso una mano sobre los dedos deformes y achatados de Sebastián y el infeliz se sobrecogió al notar la tenue caricia. Era la primera vez que recordaba haber percibido sobre su piel el tibio contacto de otra piel humana acariciándole.

—Anda, vámonos allí; me ha gustado mucho tu casa; es un mundo de posibilidades...

Avanzaron por el pasillo hasta el cuarto donde departían Aurelia y doña Claudia. Ésta se levantó al entrar ellos:

—Te estaba esperando, Aurora. Yo creo que debemos marchar.

Aurelia intentó retenerlas. Sebastián se confundió al ver abalanzarse a su madre sobre doña Claudia y sellarle las mejillas con dos espontáneos y ruidosos besos. Con Aurora hizo otro tanto y a Sebastián le pareció advertir en el rostro de la chica una mueca de repugnancia. Cuando él le estrechó la mano se sonrieron levemente con una sonrisa de sabrosa complicidad.

Aquella noche fue para Sebastián un constante revolverse en un mar de incertidumbres. No comprendía nada de lo que había acontecido por la tarde; la visita de las Fernández, las confidencias de la Aurora, el brusco afecto de su madre hacia ellas; todo, todo, le llenaba de estupor. Pero, sobre las demás cosas, le enardecía el recuerdo de la mano de Aurora sobre la suya, palpándole, confiándosele, como si se sintiese más sola e impotente que él mismo. No se le ocultaba la fealdad de la hija del señor Sixto; mas, al tiempo que la reconocía, notaba cobrar vida dentro de sí un anómalo y vago sentimiento, mezcla de compasión y desconocida ternura.

Sebastián daba vueltas sobre sí mismo sin lograr dormirse. Se le calentaba la oreja emparedada entre la almohada y la cabeza y cambiaba de postura poniéndose boca arriba. Tampoco así se

encontraba bien. Se le hacía que el almohadón iba endureciéndose paulatinamente hasta hacérsele irresistible el duro contacto con la nuca. Se recostaba del otro lado y, a consecuencia de estos movimientos, las sábanas se plegaban y se le hincaban en el cuerpo, desazonándole.

Había oído dar las once en una torre lejana y luego repetirlas como un eco al viejo reloj de los capuchinos. Por la calle discurrían, hablando a gritos o cantando, algunos grupos de borrachines. Sebastián tornaba a estirarse o a encogerse entre las sábanas. Llegó a pensar si la visita de doña Claudia y Aurora a su madre no perseguiría su regreso a la tienda del señor Sixto. Ante esta posibilidad todos los nervios de su cuerpo se tensaron en una maquinal rebeldía. Enseguida rechazó esta figuración absurda, repitiéndose que él, en realidad, era un material humano de desecho que si se adquiría era por simple conmiseración.

Los minutos seguían huyendo, desvaneciéndose. Sebastián no paraba inmóvil un momento. Oyó dar el cuarto, las once y media y las doce más tarde. Apenas terminó la última campanada comenzó, austero y crispante, el toque de ánimas. Los tañidos, distanciados y profundos, parecían acariciar el barrio como una aspersión de eternidad, imprecisa y queda. Rebotaban las campanadas en el silencio, arrastrando una estela lúgubre y monótona que trepidaba, un momento, en las tinieblas. Pero era el intervalo, largo, denso, entre una y otra campanada, lo que ponía a Sebastián al acecho, sobresaltado. Esta expectativa enredaba sus nervios de una manera diabólica. De pronto, percibió un grito de terror en la habitación de al lado. Seguidamente escuchó el movimiento alocado de un cuerpo que choca con sillas y trastos al tratar de rebullirse presuroso en la oscuridad. Sebastián se erizó todo él al oír, acto continuo, junto a sí, entre las tinieblas, un llanto crispado y convulsivo. Tanteó en la oscuridad buscando la pera de la luz y cuando apretó el botón pareció cerrarse aún más la oscuridad por encima de sus ojos. Oyó entonces la voz entrecortada de la Orencia a su lado:

—No te molestes, Sebastián... El apagón es a las doce.

Se acordó súbitamente del nuevo régimen de restricciones eléctricas. (Creyó oír la voz del señor Sixto, echándoselas de gracioso, repitiendo que el español era un temperamento tan original que inventaba antes el automóvil que la gasolina. Luego, añadía, ha de esperar a inventar ésta para hacerlo andar. Y se reía. Se reían todos los que llenaban en aquel momento la tienda, la dependencia y la clientela.) Con un esfuerzo se incorporó Sebastián a la realidad:

—¿Qué te sucede, Orencia?

Le contestaron varios agitados sollozos. Él se sentó en la cama:

—Dime, ¿qué te pasa? —insistió.

—¿No oyes?, ¿no oyes? —repetía la Orencia, horrorizada. (Y el toque de Ánimas se filtraba por las rendijas del balcón, pausado y espectral.)

—¡Bah! ¿Eres tonta? Son las campanas.

La sintió apretar la cara contra la colcha convulsivamente. Pesaba la noche por encima de ellos como si la atmósfera fuese de plomo.

—No seas niña, Orencia; las campanas tienen que tocar así toda la noche.

Por la cabeza de la niña desfilaban fugazmente imágenes aterradoras. Se figuraba a los espíritus rozando con las sábanas blancas los bronces de las campanas, chocando y rebotando contra los vanos de las altas torres.

—Son las almas en pena las que tocan así, Sebastián; estoy segura.

—¿Tienes una cerilla? —inquirió él.

—Las tiene madre; yo no tengo.

Un tañido más grave que los demás produjo un ataque de histerismo en la chiquilla:

—Ésa es el alma de tu padre, Sebastián. ¿Crees que me atormentará así por no haber querido rezar nunca por él?

—Mi padre está en gloria; era muy bueno, Orencia.

—Tengo un miedo horroroso; ¿te importa que traiga mi colchón y duerma aquí?

Sorbía los mocos la pequeña de un modo mecánico, al tiempo que se comía las lágrimas. Los cuchicheos en la oscuridad matizaban misteriosamente la conversación.

—Bueno.

—Voy por él.

La oyó correr de puntillas, por la tarima, con los pies desnudos. El «tan-tan» de las campanas se repetía con una insistencia de pesadilla. Se le ocurrió, de súbito, a Sebastián que estaba obrando egoístamente y se tiró de la cama dispuesto a ayudar a Orencia.

Hacía un frío terrible en la casa, un frío que los tañidos metálicos y lejanos avivaban. Atravesó su habitación y entró de puntillas en el cuarto de su hermana. Avanzó dos pasos en la oscuridad y tropezó con ella. Un grito desgarrado de la niña le hizo vacilar:

—Soy yo, Orencia; no te asustes.

La pequeña se revolcaba sobre la cama, poseída de un irrazonable pánico. Entre sollozo y sollozo gritaba, sin preocuparse de atenuar la fuerza de su voz:

—¡Dios, qué susto me has dado! ¡Dios, qué susto me has dado!

Sebastián la incorporó y tomó el colchón en sus brazos:

—Vamos, ven conmigo; eres una boba.

Entraron en su alcoba. En este momento oyeron a Aurelia

murmurar algo ininteligible. Los dos se quedaron quietos, Sebastián con el colchón en alto y su hermana pegada a él. Aurelia seguía rezongando cuando apareció en la puerta de comunicación con una veía en la mano. Se sorprendió al ver aquel cuadro inesperado:

—¿Qué andáis haciendo, condenados? Parece ésta una casa de locos.

Sebastián se explicó:

—Orencia tiene miedo; quiere dormir aquí, conmigo. —La llama iluminó la faz estupefacta de la madre, inundándosela de espectrales contraluces.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? Sonó, hueca, la voz de Sebastián:

—De las campanas.

Los dos ojos enormes de la pequeña se centraban implorantes en su madre. Temía lo que seguidamente aconteció:

—¡Basta de tonterías! —dijo a gritos Aurelia—. Cada uno a su cuarto...

—¡¡No!!

La rotunda oposición de Orencia resonó en la casa en tinieblas como un estampido.

—¿Cómo no, mocosa? Tú a dormir a tu cuarto, aunque te ensucies las bragas de miedo, pedazo de histérica. Ya te voy a quitar yo a ti esos ridículos nervios...

Orencia rompió a llorar crispadamente. Aurelia se acercó a ella y la golpeó dos veces con violencia:

—¡Calla ya, puerca!

La niña ahogó su llanto y se encaminó nuevamente a su habitación. Detrás de ella caminaba lentamente Sebastián con el colchón a rayas en alto.

Poco después no se oía en la casa más que el eco solemne de los bronces, entreverado de los sollozos de Orencia. Y cuando Sebastián, al empezar a amanecer, hizo una visita a la niña, la encontró dormida debajo del colchón y con dos pedazos de trapo sucio metidos en los oídos.

Capítulo IV

La temporada de otoño fue magnífica para los Almacenes. Se superaron con mucho las ventas de años anteriores y todo hacía presagiar que los rumores de crisis económica de que la gente hablaba con la convicción que da el desconocimiento no pasarían de ser una falsa alarma. La nave marchaba viento en popa, bien avituallada por su capitán, don Saturnino Suárez, y expertamente arrumbada por don Arturo, el segundo de a bordo.

A mediados de noviembre, el señor Suárez marchó a Barcelona a hacer unos pedidos importantes para la temporada de primavera. A los quince días regresó, y cuando se vio rodeado de sus fieles subordinados pronunció, con énfasis, las añoradas palabras:

—Amigos míos, eso de la crisis es un camelo.

Y cada cual redobló su actividad pensando que no había nada que temer en lo sucesivo; que don Saturnino venía de Barcelona y tenía sobrados motivos para saberlo todo a ciencia cierta. Y la máquina continuó funcionando sin un fallo, don Arturo persuadiendo a la clientela a la vista de todos, Martín desde el probador y los dos hermanos altos y rubios entreverando su actividad mercantil con los pronósticos futbolísticos para la jornada inmediata.

A Sebastián no le hacía gracia constatar que la atmósfera un poco tirante y respetuosa, por lo que a él se refería, de los Almacenes iba trocándose, con el correr del tiempo, en un clima chocarrero y de confianza, en el que él llevaba la peor parte. Siempre le había sucedido lo mismo. En cualquier agregación humana que cayese se desarrollaba análogo proceso. Primero un irónico actuar a sus espaldas que se delataba en tenues y espaciados cuchicheos, una carcajada contenida o un simbólico tocar madera en su presencia que tenía más bien una raíz de concesión a la galería, sensacional y espectacular, que íntimamente supersticioso. Los que esto hacían creían conseguir de esta manera una gracia fácil. Esta primera etapa la soportaba bien Sebastián. Le dolía ser centro de un callado espionaje, de una minuciosa y constante observación. Pero temía más por el futuro que por el presente. Él sabía que con el correr del tiempo llegaría, ineluctablemente, la segunda etapa, en la cual este proceder velado se destaparía en una clara ofensiva. No desconocía Sebastián que los hombres necesitan siempre de un hazmerreír para eclipsarse a sí mismos la propia ruindad de sus barros. Sebastián, por ello, se libraba de entablar confianzas, de dar pie a sus compañeros para bromas excesivas. Mas el roce constante, el trato de todos los días acababa por

formar un ambiente propicio para bromear y hacer chacota de su mezquindad física.

Así, al mes de su ingreso en la casa, nadie reparaba en que tras aquella imagen pequeña y retorcida se ocultaba un alma que sufría y que conservaba eternamente sangrantes las huellas de los impactos. Sebastián soportaba las pullas con una frágil sonrisa y de sus amarguras internas sólo él tenía conciencia. A sus compañeros les parecía que aquel manojo inarmónico de músculos y huesos no tenía razón de sufrir.

Su compañero, el otro mozo de los Almacenes, era quien más se distinguía en aquel burdo e inhumano juego. En cualquier claro de la febril actividad del establecimiento se creía obligado a sacar a colación a Sebastián para recreo de la dependencia. Sebastián hablaba con él en tono respetuoso, a veces suplicante, aguardando ingenuamente que aquel jovenzuelo le correspondiese. Pero Emeterio, su compañero, no tenía tiempo para fijarse en estas esperanzas del otro. Había optimismo en los Almacenes y esto era lo fundamental, cayera quien cayese.

—Para hablar conmigo póngase usted de pie —decía, con frecuencia, adoptando una grotesca actitud de superioridad, a Sebastián.

Y Sebastián se retorcía por dentro, maldiciendo de su estatura. O bien, remedando un concurso que celebraba en aquellos días un importante diario madrileño, afirmaba a voz en grito:

—Era tan pequeño, tan pequeño, que la cabeza le olía a pies.

Sebastián inventaba un quehacer para hacerse el desentendido. Pero las carcajadas retumbaban en todas partes y él se veía obligado a responder a la burla con una fría sonrisa de conformidad; se veía forzado a aplaudir su propio desgarramiento.

De aquí que Sebastián deseaba que la actividad del establecimiento no languideciese a ninguna hora del día. Palidecía, encaramado en la escalera, al ver que el flujo de clientes remitía y poco a poco la tienda iba vaciándose. Allá arriba, tieso en un palo, como un canario, Sebastián comenzaba a temblar esperando el sarcasmo. Y Emeterio, que se mantenía al quite para hacer gala de su ingenio, voceaba, al abandonar el local el único comprador, elevando los ojos a lo alto de la escalera y sin sacar el dedo de uno de los agujeros de la nariz:

—Caramba, Sebastián, hoy estás más alto.

Sebastián rumiaba luego a solas todos estos improperios. Se enfangaba, sin percatarse, en un oscuro masoquismo. Casi hallaba una voluptuosidad enervante en la digestión solitaria de las chocarrerías de Emeterio.

Así iban discurriendo las semanas en los Almacenes. El estado de

ánimo de Sebastián oscilaba como un péndulo. Ni él mismo hubiera acertado a definirse.

Una tarde, cuando comenzaba a decrecer la riada humana, don Saturnino le envió a la trastienda a buscar una caja de mantillas. Jamás había entrado Sebastián en aquella estancia; por eso, al introducirse en ella por primera vez, percibió una impresión rara, como si violara un recinto clausurado para el mundo muchos años atrás. (Las estanterías se alzaban desde el suelo al techo, cuajadas de cajas, de baúles y de trastos inservibles y viejos. Todo cooperaba a forjar una idea rígida de paralización y entumecimiento. Apenas había luz. La tarde, plomiza e invernal, se filtraba cobardemente por dos ventanucos de ordenanza rayanos al techo.) Al cerrar la puerta aspiró un aroma extraño, mezcla de polvo antiguo y de puntillas amarillentas por el decurso de los años. Sebastián miró hacia los rincones antes de aventurarse. Entonces le llamó la atención un maniquí femenino, tirado en un rincón, desnudo y desamparado como una mujer pública. A Sebastián le conmovió su desamparo; y quizá más que su desamparo, la rotundidad explosiva de sus curvas, turgentes y apretada. [*Y comenzó a galoparle el corazón con una energía absurda e inusitada, conforme daba pasos hacia el maniquí. Evocó repentinamente los grupos de soldados que se detenían ante el escaparate donde tres piernas de madera bien formadas pregonaban la belleza de unas medias de cristal. Y se explicó aquella reacción.*

El viejo maniquí, antiguo y polvoriento, hipnotizaba a Sebastián. «Una mujer que no hable, ni sienta, ni piense; he ahí mi ideal», se dijo, y acarició con un frenesí loco, sensual, las curvas llenas de serrín. Luego tomó el pelele por los hombros y besó sus rojos y muertos labios con ardor volcánico, ansiando transmitirle un poco de la efervescencia de su sangre. Permaneció un rato a su lado, refocilándose, y, al cabo, se incorporó y sintió un inconcreto asco de sí mismo.]

Aquella tarde, al llegar a casa, encontró allí a doña Claudia con Aurora. Sus visitas menudeaban desde el día que la Aurora le confiase su decepción sentimental. Su madre y doña Claudia aparentaban haber hecho buenas migas; charlaban de muchas cosas y reían como dos locas de cualquier cominería. Sebastián no se explicaba aquella amistad. Doña Claudia era rica y Aurelia no tenía una peseta; doña Claudia bullía y Aurelia vivía encajonada en su mugriento agujero, dada al vino y al mal humor. Pero, sin embargo, la amistad existía y se manifestaba claramente en aquellas conversaciones interminables alrededor de la camilla, sazonadas de ruidosas carcajadas.

Cuando Sebastián llegaba era corriente organizar una partida de tute de compañeros en la que Sebastián y la Aurora jugaban juntos.

Las señas tradicionales apenas si bastaban para que la Aurora le transmitiese sus posibilidades de baza. Casi siempre las refrendaba con golpecitos por debajo de la mesa, incrustándole a Sebastián una rodilla en el muslo o de otro modo semejante que aturdía al muchacho.

Otras veces salían juntos a la calle. A Sebastián le avergonzaba que en el barrio lo viesen acompañando a la Aurora. No era su fama de fresca lo que le turbaba, sino el hecho de que creyesen que él presumía de conquistador.

Aquella tarde la Aurora le esperaba con impaciencia para ir al cine. Echaban una buena película en el teatro del barrio. Sebastián se quedó perplejo al comunicarle su madre que le había sacado las localidades. (Notaba Sebastián que a su madre le halagaba aquella amistad, que por conservarla sería muy capaz de hacer sacrificios que por cualquier otro motivo no hubiera aceptado nunca.)

Salieron a la calle. La noche estaba fría y las luces del barrio brillaban con la mitad de su potencia habitual, debido a las restricciones. Los novios caminaban más juntos que de ordinario; tanto que a Sebastián se le ocurrió pensar si no serían los novios de su barrio los que chupaban el agua de los pantanos. En la taquilla se arremolinaban los golfillos pidiendo una perra para completar el importe de una entrada. Siempre a aquellos muchachos desharrapados les faltaban diez céntimos para tener derecho a forzar la frontera del teatrillo.

—Ande, señorito, que hoy es apta para menores.

Y los señoritos les daban la perra gorda y, perra a perra, los golfillos iban sumando para la localidad y para un real de cacahuetes.

Aurora y Sebastián entraron en el teatro. Sebastián se sonrojó al cruzarse en el vestíbulo con Hugo, el moreno dependiente de los Almacenes, que daba el brazo a una mujer de edad y muy pintarrajeada. Penetraron en la sala. El aparato, chillón y agudo, llenaba los ámbitos del local. Proyectaban el No-Do y la chiquillería se impacientaba con aquel extracto de cultura superficial. Sebastián se acordó del maniquí de los Almacenes al ver que el acomodador les iluminaba, para que se sentasen, dos butacas de la anteúltima fila. Experimentó una instintiva repulsa, pero se sentó junto a la Aurora sin decir nada. Poco después comenzó la película y la chiquillería aplaudió frenéticamente para soltar los nervios. En derredor, la película interesaba tan poco como el No-Do. Todo eran parejas que se arrullaban en la penumbra. Y a veces sonaba una bofetada y una mujer ahuecaba el ala taconeando ruidosamente. Transcurridos unos segundos, un hombre salía detrás de ella, abrazado a los abrigos, al paraguas y a la cartera de la mujer.

La película prometía ser interesante. Sebastián apenas había ido

al cine y miraba la pantalla sin pestañear. Aquel pobre padre incomprendido le recordaba mucho al suyo y aquella mujer tan poco complaciente podría ser muy bien una caricatura de Aurelia. Sí, era interesante. Inopinadamente le rozó, como un susurro, la cálida voz de la Aurora:

—Me gustan estas películas que reflejan la vida.

Sebastián pensó que no era precisamente la vida de Aurora lo que reflejaba el film, pero le respondió que también a él le gustaban mucho. Las voces de los intérpretes tenían un matiz campanudo de ultratumba. Entre frase y frase se oía en la sala el crujir de cientos de cacahuetes, castañas y giganteas mondándose al mismo tiempo. Y si por azar se cortaba un momento la película, un pataleo trepidante y estruendoso sobrecogía a los más pacientes. Otras veces se hacía un gran silencio, mientras los actores seguían moviendo convencionalmente los labios, y entonces un rugido atronador aleteaba por el local:

—¡¡¡Que es sonoro!!!

E inmediatamente las imágenes, como convencidas de que estaban defraudando al respetable, reanudaban sus cavernosas voces hinchadas y retumbantes. A la media hora la película comenzó a decaer, a juicio de Sebastián. En ese instante advirtió que la Aurora miraba su perfil sin pestañear a través de los gruesos cristales de las gafas.

—¿No te diviertes? —le dijo ella.

—Es menos interesante ahora.

—Tienes razón.

Si hubiesen hablado así cuatro filas más adelante, un siseo múltiple se hubiese abalanzado sobre ellos cortando en flor su conversación. Pero allí detrás no parecían estorbar a nadie.

—Es que también la vida va haciéndose menos interesante a medida que se vive, ¿no crees, Sebastián?

Aurora le hablaba muy cerca, tan cerca que casi notaba temblar sus labios en la mejilla. Sebastián había ido olvidando paulatinamente la fealdad de Aurora. Día a día reconocía nuevas virtudes en su alma e ignotos alicientes en su fachosa presencia física. Con todo, lo que más le conmovía era su sinceridad con él, aquel destapar el alma sin prejuicios ni recelos. Se había enamorado de muchos hombres, había flirteado mucho, era muy cierto, pero a la hora de la verdad le buscaba a él, un ser despreciable para todo el mundo, para decirle que la vida tenía destellos de bisutería, que era una joya falsa.

—Yo creo que la vida no es interesante nunca, la verdad —respondió él, al cabo de una pausa.

—¡Oh, tampoco es eso! No seas tan categórico.

De nuevo acariciaba la mano de la Aurora sus dedos deformados.

—¿Cuándo puede serlo? —dijo Sebastián, con voz temblorosa.

—Cuando se encuentra comprensión y fe.

Notaba Sebastián recorrerle el cuerpo como un líquido muy cálido y fluido, como si todo lo que encerrase bajo su piel se derritiese de repente. Habían enlazado sus manos y entonces Sebastián comprendió que sólo así podría recorrer la vida con un poquito más de seguridad y confianza en sí mismo. Le bailaban en la lengua muchas palabras de amor, tiernas alusiones a la bondad y blandura de corazón de su compañera; pero aquellos ojazos de Aurora, agrandados por los vidrios de las gafas, le detenían la palabra al posarse fijos en él. Ya no oía la voz cascada de los intérpretes, ni la crepitación de las resecas cáscaras de los cacahuetes, ni recordaba las chanzas de Emeterio y Hugo en los Almacenes. Disfrutaba, por primera vez, de un mundo acotado e invulnerable, un mundo tierno y sencillo construido para él solo.

—La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos.

Aurora se acercaba y se acercaba al susurrarle al oído frases bonitas. Aquella criatura parecía desglosada, absolutamente desasida, de la prosa pimentonera de su padre, el señor Sixto, y de los alardes vanidosos de doña Claudia.

Justo en el momento más emocionante del film, el teatrillo se inundó de luz y se hizo el descanso. Las parejas se separaron de un salto y Aurora se replegó en el brazo opuesto de la butaca. Tenía las mejillas arreboladas y parecía nerviosa. Sebastián divisó a Hugo unas butacas más allá y se sintió cohibido cuando éste le sonrió maliciosamente y le guiñó un ojo.

Los hombres salían al vestíbulo a fumar, mientras los chiquillos armaban un vocerío desapacible desde las filas baratas. El hechizo de Sebastián se había roto y al reanudarse la función no logró concentrarse en sí mismo, temeroso de que Hugo le espiase desde su asiento para hacer chuflas a su costa al día siguiente. Todo concluyó, pues, en la bella frase de Aurora de que «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos».

En los días que siguieron se multiplicaron las cuchufletas sobre Sebastián y su habilidad de conquistador. Hugo había pronunciado el grito de alarma en los Almacenes. Al pobre Sebastián le mortificaba escuchar, interpretado por todas las lenguas, el éxtasis de su intimidad.

No obstante, cuando salía con la Aurora olvidaba estos sinsabores y se decía que constituían los satélites inevitables de toda gran pasión. Doña Claudia y Aurora continuaban visitándoles y en la polvorienta habitación de la camilla se repetían las animadas partidas de tute o las interminables conversaciones sobre el ornato de la casa, las prendas

de vestir o los medios de locomoción de doña Claudia.

Así se echó encima la Navidad. La tarde de Nochebuena cerraron antes el almacén. Todos marcharon presurosos, con su paga extraordinaria en el bolsillo y el corazón henchido, después de recibir del propio señor Suárez sus inmejorables deseos de que pasasen unas felices Pascuas.

Sebastián corrió a casa de la Aurora en cuanto se vio libre. Se habían citado en el portal para salir juntos. Y Sebastián no acertaba a explicarse por qué aquellos encuentros iban haciéndosele imprescindibles como el pan de cada día.

El señor Sixto no había cerrado aún la tienda. Los clientes rezagados acudían a comprar el vino, los mazapanes y el turrón. Detrás de la balanza el señor Sixto, orondo y saludable, escatimaba unos gramos en cada venta. (Los beneficios suplementarios de aquel día alcanzarían para comer pavo y turrón durante las dos semanas que aún faltaban hasta Reyes.) Se mostraba contento. El balance de aquel año remontaba las cifras más fantásticas y satisfactorias. «No creo —se decía— que haya muchas sociedades de envergadura que cierren con un margen mayor de beneficios.» Y el insensato olvidaba que su bolsa se henchía a costa de los glóbulos rojos del barrio.

Sebastián paseó ante la casa de Aurora repetidas veces. Enfrente se alzaba, sucia y desconchada, su propia casa. En el cuarto de Orencia había luz. Escapaba por el redondo agujero de la contravidriera, por el que un día tuviese salida el cañón de una estufa. Sebastián se aproximó y, agarrándose a los barrotes de la ventana, flexionó sus cortos brazos y miró a través del boquete. La Orencia se hallaba sola, mustia e indiferente, hurgando en su mesilla de noche. A Sebastián se le oprimió el corazón, notó su peso en el pecho como si, de pronto, se le hubiese hecho más denso y compacto. Mientras los demás niños del barrio bailaban y entonaban villancicos alrededor de un ingenuo Nacimiento, la Orencia se consumía en su soledad apática y laxa, como una vieja sin ilusiones.

Aurora ya salía de su casa. Estrenaba un bonito abrigo de pieles que cohibió a Sebastián.

—Andando —le dijo, sonriente.

Y Sebastián comenzó a andar a su lado, atemperado por el fuerte perfume que emanaba el cuerpo de Aurora.

—Callejearemos un rato, si no te importa. A mí me gusta entrar en ambiente para estar en forma al celebrar la Nochebuena.

Le sedujo el plan a Sebastián. La niebla se apretaba contra los transeúntes como los novios en el cine del barrio. Hacía frío, pero la ausencia de viento lo hacía menos sensible. La gente abundaba en todas partes. Vagaba en diversas direcciones, con cestos y capachos pendientes del brazo. Los niños miraban los escaparates con ojos

ilusionados y a Sebastián se le antojaba que todos, los niños y los grandes, estaban elaborados aquella noche de turrón y colorines. Tenía otro aspecto la gente, como sí de súbito se hubiera dado cuenta de que todos formaban parte de un mismo rebaño y que cada cual precisaba del calor del prójimo para subsistir.

Sebastián andaba deprisa al lado de la Aurora, hablando, como se imponía, de temas accesorios. De vez en cuando reían y sus risas parecían también, como los niños y los grandes, de turrón y colorines. Sebastián se confesaba que desde niño no había entrado en unas Navidades tan íntegro y optimista como en éstas. El corazón volteaba dentro del pecho con un júbilo inusual y le agradaba que los niños tropezasen con él al hacer cabriolas y tonterías. Tan sólo conservaba un resentimiento oscuro y turbio allá en el fondo de su alma: la memoria de aquel maniquí abandonado en la sucia trastienda de los Almacenes. Su recuerdo se le imponía de vez en cuando y lamentaba que una mujer tan atractiva hubiese de pasar la Nochebuena arrinconada y yerta como un perro vagabundo.

Los escaparates sonreían con sus luces despiertas, olvidándose un día de las duras restricciones. Entraban ya en el centro y el deambular de la multitud dificultaba el paso. Aurora se detuvo ante un gran escaparate. Se apiñaban allí las cestas de Navidad, rebosantes de embutidos, turrones y botellas, plenas y opulentas, adornadas con lazos de distintos colores, con blancas peladillas y con brillantes serpentinas de escarcha artificial.

—Yo preferiría una cesta de éstas a un regalo en metálico.

A Sebastián le hubiese agradado que Aurora dijese *dinero* en vez de *metálico;* pero su interna alegría no le permitió recapacitar en esta desilusión. Después de todo, *metálico* y *dinero* eran dos conceptos equivalentes.

—Yo, francamente, elegiría el dinero.

Sebastián hablaba con el corazón. Tal vez después de verse embutido en un abrigo decoroso y libre de los lamparones de su traje, hubiese antepuesto la cesta al dinero; pero mientras su decoro y dignidad no estuviesen a salvo, era indiscutible que prefería las pesetas.

—No me seas materialista, Sebastián.

Él sonrió quedamente:

—No es materialismo; es necesidad, Aurora.

—Me disgusta que hables de eso esta noche.

—Es un tema importante todas las noches, ¿sabes?

Sebastián había meditado seriamente sobre este punto. Admitía que estaba enamorado de la Aurora, o al menos que se sentía atraído hacia ella por un tierno, indefinible impulso. Pero, salvando las distancias físicas, aún quedaba aquel abismo económico que situaba a

cada uno en una vertiente. Nada importaban los rumores de los chismosos, ni el método seguido por el señor Sixto para amasar su fortuna. La realidad era que la Aurora era rica y él pobre, y el amor sólo parece limpio y saneado cuando surge de una equivalencia económica de las dos partes. Era este obstáculo, sobre todos los demás, el que contenía la lengua de Sebastián.

—A mí, en cambio, me parece que el dinero no tiene demasiada trascendencia.

—Porque te sobra, Aurora.

Prosiguieron su paseo. Oleadas de gente se precipitaban en todas direcciones y, de vez en cuando, la copla tartajeante de un borracho ponía un lunar en el suave e íntimo júbilo de la ciudad.

—Viviendo mi padre era distinto; él tenía su buena carrera y ganaba lo suficiente.

—Pero ocurre una cosa, Sebastián. Hay veces que juntándose un pobre y un rico pueden salir dos ricos. Otras salen dos pobres, pero eso no es lo corriente.

Miraba Sebastián el perfil de Aurora, tratando de ayudarse con los ojos en la interpretación de sus palabras. Al fin se dibujó en su rostro una expresión obtusa y confesó:

—Apenas si te entiendo.

Ella se detuvo:

—Quiero decir que no hay problema cuando uno es lo suficientemente rico para dos.

Sebastián creyó entrever la luz:

—Pero es poco digno para el protegido.

—Si trabaja y aporta lo suyo no es nada denigrante.

Resultaba evidente que la Aurora trataba de allanar obstáculos, de facilitar de una vez la solución al problema planteado. Ahora le miraba con los ojos saltones, que si no escapaban de las cuencas era sólo, al parecer, debido a la contención que procuraban los gruesos cristales de las gafas.

Pasearon por varias calles y, al aproximarse las nueve, tomaron el camino de su barrio. Iban muy juntos, mirándose a los ojos y sin hablar. Sebastián, más canijo que su pareja, alzaba los ojos hasta ella, embebecido. De vez en cuando bajaba los ojos y observaba en derredor, medroso de que cualquier dependiente del almacén, o algún conocido del barrio, pudiera gastarle alguna cuchufleta de mal gusto. A ratos, indagando en la expresión de Aurora, descubría una curva burlona, casi imperceptible, en los labios o un atisbo de fatiga y aburrimiento en los ojos. «Si será todo una broma», recelaba Sebastián. Pero, al momento, volvía a surgir en la faz de su acompañante un brillo indefinible de complacencia, y Sebastián se tranquilizaba.

Se oían los villancicos de la «radio» desde diversos balcones cerrados y, en la calle, apenas transitaba ya gente. Apremiaron el paso. En el portal de ella se detuvieron. Impensadamente Sebastián advirtió que Aurora se había desprendido de los guantes y su piel cálida vivificaba la sangre aterida de sus manos.

—No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar. Noto... ¡no sé!

Sebastián volvía a ser arrastrado por un empuje compasivo incontenible:

—Eso les sucede sólo a los que son buenos.

—¿Crees tú que es un privilegio?

Tenían las caras muy juntas y por la calle oscura, fría, no deambulaba nadie. Desde las tabernas del barrio se levantaban gruesas voces de borracho desafinando hermosas canciones. El aliento de ella, tan próximo, le llenó de una excitada embriaguez.

—Creo en ti, Aurora —musitó, entrecortadamente—. Nada me importa todo lo demás.

Se empinaba sobre las puntas de los pies para que ella le oyera más cerca. Escuchó la tremenda confesión de Aurora:

—Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible. Te amo con toda mi alma.

Sebastián, si hubiera podido elegir, hubiese elegido un «te quiero» en lugar de aquel opaco y sofocado «te amo», pero el momento no era como para reparar en vacuas sandeces. Sintió una oleada rápida y tibia que le ascendía desde los pies a la garganta.

—Eres mi vida, Aurora; eres toda mi vida, ¿sabes?

—¿No es cierto que no volveremos a pasar una sola Nochebuena separados?

—Si tú lo quieres...

—¿No ves, tonto, que me muero por que así sea?

Le apretujaba, nerviosa, los dedos hinchados en los nudillos, amoratados de frío. Sebastián recostaba la frente en el hombro de ella y temía que su corazón sufriese un colapso. Permaneció así unos minutos. Después oyó la dulce voz de la Aurora:

—Hace cientos de años aconteció un hecho maravilloso en un portal, tal día como hoy. ¿No te parece significativo que hoy haya ocurrido esto, precisamente en un portal también?

Todo le parecía prodigioso a Sebastián, incluso la irreverente comparación de la Aurora; todo aparentaba ser de dulce, como las Navidades.

—Parece un milagro, Aurora, de verdad...

De repente las manos de ella se escurrieron. Habló con voz sofocada:

—Tengo que subirme; es ya muy tarde, Sebastián.

—Bueno, querida; hasta mañana.
—Adiós.
Se volvía a cada paso que daba para sonreírle. Luego, a cada escalón que subía; cuando desapareció de su vista, Sebastián hubo de hacer un gran esfuerzo para cerciorarse del lugar que ocupaba. Después, cruzó la calzada y entró en su casa.
El idolillo abría los ojos al aproximarse él; Sebastián se paró a su lado y le atusó las melenas:
—¿Has visto, amigo mío? Voy a tener más suerte que mi padre.
Se le hizo que el monstruito se estremecía bajo su palma. De dos saltos subió la media docena de escaleras que separaban su piso del portal y abrió la puerta silenciosamente con el llavín. Tropezó con Orencia en el pasillo.
—He de decirte una cosa, pequeña, ¿sabes?
—¿Qué?
—Aurora y yo somos novios.
Frunció la boca la niña. Sebastián añadió:
—¿Es que no te alegras?
—No.
—¿Por qué, si puedes decirlo?
—No me gusta la Aurora.
—¿Qué vas a pedir para mí? ¡Dilo!
—Tú, siquiera, eres bueno.
—Y ella, ¿es que no lo es?
—Nadie es bueno en esa casa.
Sebastián se impacientaba. Por primera vez en la vida hubiera abofeteado con gusto a la niña.
—¿Es que sabes algo?
—¿De qué?
—De lo que sea. ¿Sabes algo?
—Yo no sé nada de nada, Sebastián.
—Eso, tú lo has dicho; tú no eres más que una tonta.
Sebastián se dirigió a su alcoba, de mal humor, se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos y se echó sobre la cama. De pasada vio la mesa dispuesta para la Nochebuena. En el fondo, le intranquilizaba la desaprobación de Orencia. Era muy joven, una niña, desde luego, pero tenía un sentido muy despierto para localizar en qué parte le dañaba el zapato. «Bah, tonterías de una mocosa.» Sebastián pretendía, en vano, tranquilizarse. Su espontáneo rencor hacia la niña nacía del difuso temor de que pudiese tener razón. Oyó el penoso arrastrarse de su madre por el pasillo y, de un brinco, se arrojó de la cama y estiró los pliegues de la colcha apresuradamente. Descorrió la cortina de la alcoba y se encontró con Aurelia.
—Buenas noches, madre.

—Ah, ¿ya estás aquí? Si se cae la casa no te va a coger debajo.

—He estado de paseo con la Aurora.

Cambió la expresión de su madre.

—¿Y qué?

Le envolvió una bocanada de olor a vino y miró con el entrecejo fruncido la cazadora de Aurelia.

—¿Cómo y qué?

—¡Concho, que si te vas decidiendo!

Le molestó a Sebastián la expresión de su madre y decidió mentalmente, en un instante, no manifestarle nada. A fin de cuentas, tampoco ella merecía ni hacía nada por merecer su confianza.

—Yo soy un desgraciado que no puede querer a nadie.

Apareció Orencia con un gran chicharro crujiendo todavía en una fuente desportillada. Se sentaron los tres en torno a la camilla. Sebastián reparó en que su madre vacilaba antes de sentarse. Luego le cruzó la cara con una desafiadora mirada y dijo con retintín:

—Mira tu padre.

Sebastián no pensó al responder:

—No quiero que me ocurra lo mismo.

—¿Qué más podía pedir él, pedazo de memo?

—Dio el plato a Aurelia para que le sirviera y determinó zanjar la cuestión.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

No respondió Sebastián. Inclinó su cabeza sobre el plato y devoró calladamente su ración. Su madre apuraba con gran frecuencia los vasos de vino y, entre sorbo y sorbo, hacía discurrir, por los intersticios de sus dientes, fugaces y sonoras corrientes de aire.

—Vamos, bebe, Sebastián; hoy es Nochebuena.

Alzó la vista y las pupilas turbias, atravesadas de filamentos rojos, de Aurelia le produjeron un ataque de risa. Sin embargo, se dominó:

—Yo no quiero beber, y tú no deberías beber más, madre.

Pero a Aurelia le excitó su interés protector:

—Yo sé hasta dónde debo beber, necio. Y para que veas, brindo por tu Aurora.

Y bebió de nuevo. Orencia la observaba asustada, sin decir palabra. Al concluir la cena, Aurelia se levantó de la mesa tambaleándose y se limpió los labios con la bocamanga de la cazadora.

—Me voy con la señora Luisa a la misa del gallo.

Sebastián se dirigió a ella:

—Tú debes acostarte; no debes salir.

Le apartó de un empellón:

—Tú, botarate, a callar y a honrar padre y madre.

Y empezó a reír y a reír sujetándose la barriga con las dos manos. A continuación se echó su raído abrigo sobre los hombros y dio un gran portazo al marchar. Aún se la oyó reír a carcajadas en el portal, ella sola, antes de salir a la calle.

Orencia y Sebastián se fueron a la cama sin despedirse. Sebastián veló largo rato. Cuando comenzaba a sujetar el sueño entre los párpados oyó roncas voces en la acera, frente a su cuarto. Prestó atención y escuchó la voz de su madre simultaneada con la de la señora Luisa, la del punto. Ambas cantaban, prolongando de una manera desafinada e hiriente el final de las estrofas:

Tengo una vaca lechera,
no es una vaca cualquiera…

Capítulo V

Transcurrieron dos semanas del nuevo año y Sebastián podía atestiguar que, aparte de haber comenzado a deshojarse ya los nuevos tacos del calendario, este año era igual al otro como dos flanes hechos con un mismo molde.

Faltaba un cuarto de hora para las nueve y Sebastián avanzaba lentamente por la larga calle central de su barrio. Se cruzó con un carro de basuras y un lechero a lomos de un borrico que hacía sonar los cántaros con el traqueteo de su trotecillo nervioso. Seguía haciendo frío. La nariz de Sebastián se congelaba al recibir el soplo del vientecillo helado. Con frecuencia había de dar un profundo sorbetón para evitar que la moquita resbalase hasta las solapas del abrigo. Los hombres y los animales iban precedidos de una tenue nubecilla de aliento. Pegadas a los bordillos de las aceras había unas roderas de barro endurecido por la helada, encima de las cuales se hacinaban las mondas de naranja, las cáscaras de cacahuete y los frutos podridos que arrojaban, sin el menor reparo, las vendedoras de los tenderetes.

En la cantina de Ernesto andaban de limpieza después de las jornadas bulliciosas de la Navidad. Dos mujerucas restregaban el suelo con zotal, mientras otra iba amontonando las sillas y las mesas en los rincones. Olía intensamente a vino de Rueda en aquel trecho de la calle. Un poco más allá, el señor Pérez se disponía a abrir su droguería, y, casi en la esquina, el señor Santiago se movía entre enormes canastas de fruta seleccionada, derramando bromas y piropos sobre la extensa clientela. Al pasar Sebastián, lo divisó el frutero:

—¿Quieres una manzana, Sebastián? —le gritó.

Y, sin aguardar su respuesta, le arrojó una fruta colorada y sana por encima de las cabezas que se arracimaban frente a la tienda. Sebastián, azorado, la atrapó en el aire, preguntándose cuándo querría darse cuenta el señor Cerrato de que él había dejado de ser aquel rapaz escuchimizado y buscón que rondaba el establecimiento en espera de las frutas tocadas. «Nada, hasta esto —pensó—. Un día es igual a otro día y un año igual a otro año.»

Así abocó a la Plaza del Mercado, donde los gritos aturdían y los olores a frutos jugosos y maduros se hacían especialmente penetrantes. La atravesó y, tomando el camino habitual, arribó a los Almacenes.

Emeterio había encendido ya la calefacción. El aire, caldeado a trechos, olía a radiador incandescente. Saludó como de costumbre, entró en el ropero, se despojó del gabán y salió frotándose las manos.

A través de la puerta del despacho oyó hablar a don Arturo con el señor Suárez. En torno a un radiador conversaban los dos hermanos rubios con Emeterio y con Hugo.

—Hombre, aquí viene el conquistador. Chico, pero ¿puede saberse qué les das?

Las negras pupilas de Hugo resplandecían con destellos intensos. Al reírse enseñaba dos hileras de dientes blancos y perfectos resaltando sobre su cutis oscuro. A Sebastián le mortificaba su insistencia, su tono monótonamente irónico y mordaz. En aquellos primeros momentos, Sebastián no sabía qué hacer ni dónde detenerse. Prefería engancharse al extremo de una conversación, donde nadie le advirtiese, y escuchar sin decir nada. Pero, a veces, reparaban en él y su fachosa presencia pasaba, entonces, a primer plano para regocijo general. Por eso Sebastián hubiera deseado disolverse, desaparecer, cada día, hasta la llegada del primer cliente.

Sin embargo, aquella mañana la actividad se inició muy temprano en el almacén. La cuesta de enero no hacía mella en el público. Alguien opinaba que éste era el milagro de las pagas extraordinarias. Las pesetas extraordinarias se multiplicaban como los panes y los peces y la gente comía pavo y turrón y se trajeaba a costa de ellas.

Sebastián se escurría entre los dependientes y las telas, se multiplicaba, con Emeterio, por atender presuroso todos los pedidos. Subía, bajaba, andaba, deshacía el camino andado, consciente de que bien irían las cosas económicamente para él mientras lo fuesen para los Almacenes. Don Arturo, Martín, Hugo, Manolo, los dos hermanos altos y rubios se deshacían en sonrisas de amabilidad y embaucaban con hábil destreza a los recelosos.

—Como este género no vendrá en mucho tiempo...

—¿De verdad?

—Es lo último que fabrican mientras no se normalice el suministro de fluido.

Hugo despedía a una señora respetable acompañándola hasta la puerta. Apenas salió ésta, Hugo acogió con amabilidad a una gentil pareja. Ambos eran muy jóvenes y, sin saber por qué, Sebastián los observó un momento, como si tuviera un anuncio anticipado de que algo iba a acontecer. Hugo pasó detrás del mostrador y se plantó cara a cara de la jovencita, sonriéndole.

—Necesito unos metros de hilo fresa para una mantelería.

—Un momento, señorita. ¡Pequeño, el hilo fresa, doble ancho!

Sebastián precipitó la pieza encima del mostrador. En ese instante se fijó en la cara de pocos amigos del acompañante de la muchachita. Hugo se bandeaba, como de costumbre, con ostentosa presteza. A su lado, don Arturo desenrollaba una enorme pieza de paño de espiga. Ambos luchaban por el espacio vital del mostrador. El joven había

cogido ahora la vara del metro y se golpeaba con ella, un poco irritado, la palma de su mano izquierda. Era alto y fornido, aunque apenas contaría veinte años. Su compañera se mantenía un poco forzada ante la excesiva familiaridad de Hugo. De buena gana, Sebastián hubiera advertido a éste que se anduviera con cuidado, que la actitud del joven no presagiaba nada favorable. Mas Hugo se desenvolvía con su característica inconsciencia, considerando a aquella jovencita como terreno conquistado. A la joven no le agradaba el género:

—El tono es bonito —con sus deditos rosados palpaba la tela concienzudamente—, pero no me parece hilo de verdad.

Sonrió Hugo y la miró de frente. Sebastián, desde lo alto de la escalera, no se perdía un detalle de la escena.

—Es hilo y muy hilo; parece mentira que con esos ojos no lo vea usted.

Efectivamente, los ojos de la joven eran bonitos; mas su acompañante debía de considerarse con la exclusiva de piropearlos. Saltó como un gato al oír aquello y, sin decir palabra, comenzó a dar golpes con la vara en la cabeza de Hugo hasta que el metro se quebró con un chasquido. Entonces comenzó a injuriarlo:

—¡Maldito, tú a despachar el hilo que se te pide y deja en paz los ojos de mi novia!

El escándalo fue más que regular. Hugo saltó a la torera el mostrador y se enfrentó con el joven. La muchacha, aterrada, empujaba a su novio hacia la calle. Las transacciones se suspendieron y dependientes y compradores se quedaron mudos ante el inusitado espectáculo. El novio hacía frente a Hugo con tesón y se zafaba de la coacción de la muchacha:

—¡Déjame, déjame, que a este cochino tenorio voy a escarmentarle de dos mamporros!

Y Dios debió de estimar digno tal empeño, porque puso tanta fuerza en sus dos puños, que Hugo salió despedido contra el mostrador, chorreándole sangre por la nariz. Aún intentó el vapuleado Hugo la revancha, pero ya don Arturo había mediado, separando a los contendientes. Los novios se marcharon; ella asustada, él farfullando aún amenazas e insultos. Emeterio atendía a Hugo, dolorido en un rincón, y don Arturo hacía esfuerzos por encauzar todo aquello por las vías normales. Al ruido de la bronca salió don Saturnino de su despacho. Sebastián le vio encararse con Hugo, hinchada la vena de la frente, y, por primera vez desde su ingreso en los Almacenes, contempló al señor Suárez enardecido por un ataque de furia:

—Ya le había advertido a usted que no quiero dependientes zalameros ni tenorios baratos en mi establecimiento. Aquí se viene a trabajar, anótelo bien, y el que no quiera trabajar se marcha a su casa

y ¡santas pascuas!

Sebastián aquilató que este final era una reminiscencia de la reciente Navidad. Pero el momento era demasiado solemne para manifestar en alta voz su observación.

Hugo estaba airado y respondió a don Saturnino con modales insolentes:

—¡Qué habla usted sin saber, viejo chocho! Yo he cumplido con mi deber y no tengo la culpa de que entren chiflados en su establecimiento.

Se colmó la paciencia del señor Suárez. Don Arturo lamentaba que tan ingrata escena se desarrollara ante un nutrido grupo de clientes.

—¡Usted se marcha ahora mismo a la calle, mequetrefe! Y no vuelva a pisar por esta casa porque saldrá de mala manera.

—¿Ah, sí?

Parecía que Hugo trataba de tomarse la revancha con el viejo.

—Sí, sí y sí.

Le latía con violencia la vena de la frente a don Saturnino al aferrar a Hugo por las solapas. Éste se libró de sus garras de un tirón. Se metió en el ropero y salió enseguida con el abrigo puesto. Al pasar al lado del señor Suárez, le dijo irónico:

—Voy a tener mucho gusto en que la Magistratura del Trabajo le pegue a usted en la nariz.

Don Saturnino casi le gritó:

—¡Váyase usted a paseo, botarate!

Hugo miró a sus compañeros con gesto de superioridad, como si dijese: «Vaya, que con toda vuestra escuela, yo he sido el único capaz de cantarle cuatro cosas al viejo», y avanzó hasta la puerta. Al franquearla se volvió a Anita y le guiñó un ojo:

—Adiós, preciosa; hasta muy pronto.

Anita sonrió disimuladamente.

Sebastián notó que sus piernecitas no bastaban para sostenerle, y se sentó en el borde del butacón.

—No, señor; no quiero más tipos apolíneos para dependientes. Voy a ver si así acabo de una vez con esta ralea de conquistadores. Usted, Ferrón, es inteligente y educado; me basta con eso. Me basta con su inteligencia y con su educación.

El despacho le daba vueltas a Sebastián. Veía varios contables y varios don Saturninos. Pensó, fugazmente, que su vuelo hacía lo alto era rápido como el de los vencejos, aunque más directo que el de éstos y vertical hacía una meta determinada. Se quedó tan confuso que no supo responder. Don Saturnino le contempló, un poco estupefacto.

Desde la mañana Sebastián había observado que su patrono no se parecía ya al pintarrajo de San Ignacio de su alcoba. La irritación endurecía sus rasgos, bastardeando la mística luz de sus ojos.

—Bueno, ¿qué me dice a todo esto?

Tartamudeó Sebastián:

—Que le estoy muy agradecido por todo… por todo… señor Suárez.

—Sólo es justicia, amigo Ferrón; usted es pundonoroso y se merece este ascenso. —Algo iba a añadir que se le hacía difícil, y Sebastián adivinó cómo su cerebro se contraía cavilando. Al fin dijo—: Quiero antes hacerle un ruego, ¿verdad? Se refiere a algo que usted comprenderá. No quiero darle ningún motivo de enojo, anótelo bien… Pero sería conveniente… En fin, convendría que usted se hiciese un traje nuevo y… ¡ejem! … dejase de morderse las uñas. Es algo… ¿cómo le diría yo?… denigrante… no, vamos, más bien… desagradable; eso es, desagradable tratar al público con unas manos descuidadas. Las manos de un dependiente de comercio son el secreto del éxito, anótelo bien… En este ramo, unas manos son un negocio, no lo olvide.

Sebastián se sofocaba. De buena gana se hubiese cortado aquellas extremidades que, de repente, le sobraban, que no sabía dónde ocultar. Las colocó bajo los muslos y asintió con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo. Usted es desde hoy un dependiente de los Almacenes Suárez.

Se levantó don Saturnino y le empujó cordialmente hasta la puerta. Nada más salir del despacho, Sebastián se detuvo, pasándose los dedos por los párpados. Había ascendido. En menos de tres meses se le doblaba el sueldo y la categoría. Se sujetó al picaporte de la puerta y permaneció un rato agarrado a él, sin darse cuenta exacta de la realidad. Sólo reaccionó al percatarse de que tiraban por dentro de la puerta del despacho y casi le arrastraban tras ella. Era don Saturnino. No se enfureció, como temía Sebastián, sino que se conformó con preguntarle de pasada:

—¿Qué le ocurre, Ferrón?

—Estoy… estoy confundido… confundido, señor Suárez; eso es todo.

De nuevo se atusó Sebastián los párpados cerrados y avanzó hasta el mostrador. Los dos hermanos rubios le miraban. Había poca gente en el establecimiento. Sebastián se vio en el compromiso de tener que anunciar su nuevo cargo. «Si lo hago sonriente, dirán que me jacto de elevarme sobre las cenizas de Hugo —se dijo—. Si me pongo cariacontecido, pensarán que soy un abúlico, que todo me resbala.» «Ellos dirán», pensó, y profirió con gesto inescrutable:

—Don Saturnino acaba de nombrarme dependiente de los Almacenes.

Los dos hermanos tenían algo de deportivo en sus movimientos. El salto que dieron hacia Sebastián podía confirmarlo. Y también las palmadas que le propinaron en sus breves y dobladas espaldas.

—¡Enhorabuena, chico; esto hay que celebrarlo!

Se aproximó Martín frunciendo el bigotito, como si temiese que una sonrisa demasiado distendida pudiese rasgarlo:

—¡Magnífico, hombre; luego lo mojaremos!

Todos lo enfocaban por el lado por donde podían sacar algo. Era ésta una época que todo se reflejaba en los estómagos. Las cosas, de cualquier matiz que fuesen, terminaban por desembocar en la comida o en la bebida o en las dos cosas juntas. Sebastián no pudo rehuir las solicitudes:

—Gracias, gracias a todos; luego lo festejaremos.

Y pensó que le venía bien que la Aurora no saliese aquella tarde para poder cumplir con sus amistades.

A la hora del cierre, Sebastián pidió a don Saturnino un anticipo de veinte duros y salió rodeado de sus compañeros. La gente paseaba en grandes grupos por la calle Principal. La ciudad exhalaba a estas horas un confuso rumor vital y Sebastián sonreía a las constantes chirigotas de Emeterio y de los dos hermanos rubios.

—Vamos, aquí, ¿os parece?

Entraron en un bar minúsculo. Los grandes cafés iban desapareciendo desde la guerra, absorbidos por los bancos y las tiendas de tejidos. Se pagaban grandes sumas por sus traspasos. Y los lugares de esparcimiento se reducían a pequeños apeaderos, con una barra niquelada a lo largo y un par de diminutas mesas enfrente.

—Seis chatos —exigió Sebastián con acento dictatorial.

Los vasos, cortos y pesados, rodaron, uno tras otro, por la bruñida superficie de mármol. Por primera vez en la vida, Sebastián notaba depender de él otros seres; aunque fuese para tan mermada satisfacción como vaciar un vaso de mal vino.

No le agradó a Sebastián la bebida, pero le agradó, en cambio, el excitante calorcillo que suscitó en su estómago. Constataba que la sangre se inflamaba y su humana realidad tomaba una trascendencia desmesurada en el espacio. Sebastián pagó los chatos y salieron. Los dos hermanos chicoleaban con desparpajo a las muchachas, y Martín casi enredaba las narices en sus melenas para murmurarles al oído piropos picantes. Emeterio lo hacía a voz en grito, más para que le admirasen sus compañeros y le aplaudiesen que para que las destinatarias se diesen por aludidas. Se diría que a Emeterio le apremiaba la idea de ocupar el puesto de conquistador ostentoso que Hugo había dejado vacante. Eran distintas técnicas del chicoleo, pero todas igualmente nuevas y desconocidas para Sebastián.

Entraron en otro bar y, al abandonarlo, Sebastián apreció que no

le importaba caminar por una calle tan concurrida, ni que la gente lo mirase y lo midiese. Después de todo, que uno sea bajo y feo no significa nada si es simpático y generoso. Y tiraba las pesetas en las barras de los bares como quien está habituado al despilfarro.

La calle iba llenándose de ecos lejanos para Sebastián. Sus compañeros emanaban una alegría contagiosa y estridente que les imprimía a todos la necesidad de hablar a gritos. Era una locuacidad desenfrenada la que les había abierto el vino. Los grupos los miraban al pasar, pero a Sebastián no le importaba. «Soy el eje de esta alegría; si yo me planto, se acabó el optimismo», se decía. Y sentía una vanagloria primeriza y pueril de ser cabeza, razón y motivo de algo, que, poco a poco, iba adquiriendo su importancia. Tras el cuarto vaso, Sebastián imaginó que no le importaría piropear a una muchacha; y, tras el quinto, que no se achicaría si Emeterio le exigiera palmear a cualquier transeúnte y llamarle, cuando volviera la cabeza, «tío cornudo». Aquellos vocablos chocarreros que tanto daño le hacían normalmente, se le presentaban ahora como ingeniosas combinaciones de sílabas, que encerraban la gracia en sí mismas, prescindiendo de su significado. ¡Oh, qué optimista se sentía Sebastián! Pasaba de un extremo a otro del grupo y se reía a carcajadas cuando Emeterio le decía «chiquitín». Sebastián empezaba a comprender a su madre. El vino no sabía bien, pero ¡cómo cambiaba la fisonomía de las cosas! Y la alegría de seis solamente le había costado cuatro duros. Aún podría gastar otros dieciséis, y entonces el júbilo les haría reventar a todos. Sus compañeros le consideraban, le trataban como a un amigo más, tal vez el más importante, y ya no tenía que esconderse recelando una alusión. ¡Que le aludiesen cuanto les diese la gana! A él le hacían gracia todas las alusiones. Incluso que uno de los hermanos le apretase la ligera chepa y le afirmase «que debía de ser muy hermoso caminar siempre con un cerro a las espaldas». ¿No era gracioso esto? Todo era muy gracioso y alegre esta noche. La calle, llena de gente, a la que otros días temía como a un monstruo, era esta noche campo conquistado; él la hacía exuberante con sus gritos y sus contorsiones.

Paulatinamente fue perdiendo Sebastián la noción del tiempo. Entraban y salían en los bares, y los vasos achatados, colmados de dorado líquido, se le aparecían por todas partes. Una muchacha retaquilla y absurda de formas propinó un sonoro bofetón a Emeterio, y todos se caían de risa, tropezando, indecisos, unos con otros. Martín, de improviso, animó a Sebastián a piropear a una mujer. A Sebastián le sedujo la idea y recordó, como por un milagro, un requiebro que leyera una vez en la envoltura de un caramelo. Significaba una grosera solicitud de un beso. Se reían todos al verle vacilar en la elección de víctima. Sebastián experimentó una satisfacción reconfortante al constatar con cuánta facilidad hacía reír a sus

compañeros.

Entonces empezó a pintear. Llovía, al fin, y la gente miraba al cielo anubarrado, aguardando que las precipitaciones fuesen más copiosas, suficientes para acabar con la paralización que hacía unas semanas se observaba en la ciudad. Habló Martín, frunciendo el bigotito, y sus palabras sorprendían a Sebastián como si partiesen del fondo de una alcantarilla.

—Se ha lucido don Saturnino; mañana van a instalar en el almacén un grupo electrógeno.

Estalló una atronadora carcajada. La verdad era que la broma que la Naturaleza le jugaba al señor Suárez era como para estallar de risa. Cuando los pantanos iban a llenarse, don Saturnino se gastaba las pesetas; era el colmo de la inoportunidad. Sebastián recordó a los novios de su barrio y volvió a reír sin comunicar a nadie los motivos de su hilaridad. Las luces daban vueltas sobre Sebastián y éste pensó que se encendían otras nuevas en vista de que la lluvia les visitaba al fin. Sí, no cabía duda. La calle se hallaba más iluminada que de costumbre y además los focos vacilaban y hacían guiños de alegría.

La gente seguía paseando, y el murmullo de pies que se arrastran y de conversaciones que se entrecruzan mareaba a Sebastián.

—¡Mira! A ésa.

Emeterio le empujaba hacia una mujerona muy pintada y que paseaba del brazo de otras, a cuerpo, como si fuese primavera. Recordó que se había comprometido a piropear a una muchacha y se lanzó hacia ella sin pensarlo más:

–Ojalá me convierta
en botijo sin pitorro,
y tú, muertita de sed,
tengas que beber a morro.

Sonó una estruendosa bofetada y Sebastián quedó sentado en el bordillo de la acera. Sus amigos le rodearon agarrándose el vientre para no estallar, poseídos de una agitación espasmódica. Emeterio comenzó a recular; Martín le empujó un poco y los dos chocaron, retorcidos de risa, contra la luna de un escaparate, que se quebró con un tintineo trágico. Un grupo de chicas dio un grito y la gente se arremolinó en torno a Sebastián. Éste se reía, babeando, con la barbilla incrustada en el pecho. Se reía maquinalmente, impotente para contener la expansión. Oyó, difusamente, parlotear en derredor. Parecía que la multitud enfurecida censuraba algo, le enojaba que él se riese como un tonto desde el bordillo de la acera y sin hacer ningún mal a nadie. Levantó los ojos y se vio desoladoramente solo, abandonado de los suyos. La sonrisa se fue helando en sus labios,

transformándose, imperceptiblemente, en una mueca de congoja. Entonces se oyó el crujir de una cerradura y un hombre se presentó ante él, iracundo, temblando de rabia.

—Muy gracioso, ¿verdad? Me has destrozado la luna del escaparate; pero me la vas a pagar, ¿oyes? La broma te va a costar mil duros; pero me alegro, por animal.

Sebastián se sintió izado sin su voluntad por los brazos del hombre. Veía muchas bocas sonriendo en torno; muchas, una muchedumbre. Examinó los alrededores y comprobó que sus amigos habían escapado. Activada por el vino, su inteligencia perspicaz le advirtió que éste era el fin de todos los que caen.

—Yo no sé si he...

—Yo sí lo sé, borracho indecente. Tú me has roto la luna y tú me la vas a pagar.

Sebastián no tenía razones para negar que hubiese roto la luna. No podría confirmar ni negar nada de cuanto quisieran atribuirle aquella noche.

—Está bien, se la pagaré... ¡Hip! Pero ahora no tengo dinero. —Pasmado, miró a su interlocutor como si se despertase de repente—. ¿Ha dicho usted mil duros?

El hombre rehuyó la respuesta, tal vez pensando que entre los numerosos espectadores bien podría existir un perito en lunas.

—No lo sé; tú me pones un cristal igual y asunto concluido. —Bueno —se conformó Sebastián, y, al pensar en los mil duros, experimentó una necesidad imperiosa de llorar. Conteniendo las lágrimas murmuró:

—Yo soy...

—Sí, ya te conozco; con tu caparazón a cuestas eres inconfundible.

Volvía la multitud a convertirse en un monstruo para Sebastián. Sus risotadas le despertaron e intuyó que su espíritu se había hecho sensible. Un poco aplacado por el éxito de su gracia, el comerciante añadió:

—Tú eres el chico de los Almacenes Suárez. Bueno, a mí eso no me importa. Aunque te estés un año sin ver un céntimo te aseguro que no voy a derramar ni una lágrima por ello.

Sentía Sebastián como una piedra en la garganta que subía y bajaba, ablandándole extrañamente los ojos. Al verse libre se escabulló entre la gente y enfiló una bocacalle transversal. Apenas había entrado en ella cuando vio surgir a Martín a su lado:

—¿Qué ha pasado, Sebastián?

Le tomaba compasivamente por los hombros.

—Nada, he roto una luna. Por favor, que no se entere de todo esto don Saturnino.

Le apretaba los hombros Martín paternalmente, y los ojos de Sebastián se ablandaban aún más al percibir la espontánea solidaridad del compañero:

—No pases cuidado; no diremos nada.

—¿Y los otros?

—No sé; se han quedado por ahí.

—¿No te importa dejarme solo? Vamos a dar la juerga por terminada, si os parece.

Sebastián anhelaba verse a solas para descongestionarse. Cuando advirtió que Martín se alejaba plegando, de vez en cuando, su bigotito, penetró en un callejón oscuro y comenzó a llorar acongojadamente, recostado contra una pared. Se encontraba mal de cuerpo y muy abatido. Le corroía una depresión conturbadora, movida por la conciencia plena de su abandono. Y el llanto le desahogaba. De pronto le asaltó una ronca arcada y vomitó profusamente sobre un brazo. Sintió un sabor ácido y pastoso recorrerle la lengua hasta el estómago. Lloraba al mismo tiempo y dudó si aquel sabor no sería el de las lágrimas. Luego, un poco más repuesto, aunque con la cabeza torpe, tomó el camino de su casa.

Según andaba, Sebastián sopesaba sus posibilidades de consuelo, añoraba la presencia de alguien con quien desahogarse, en quien confiar las causas de su infortunio. Y pensó en la Aurora. Al hacerlo sintió una inconcreta y vacilante impresión de malestar, porque la Aurora no era ya la misma del día de Nochebuena, ni la que se le franquease con tanta espontaneidad el primer día, junto al fogón de la cocina de su casa.

La Aurora se había tornado difícil y desigual. Había días que Sebastián casi no llegaba a comprenderla. Fluctuaba en su manera de ser, en su modo de comportarse, como si en estas alteraciones de carácter encontrase su razón de subsistir. Muchas veces su simpatía era violenta, entrecortada, como si estuviese pensando en otra cosa y repentinamente advirtiese la insignificante vecindad de Sebastián. En esos casos hablaba poco y prefería distraerse en el cine, admitiendo la cooperación de una fuerza extraña para mantener viva su pasión. Ya en el cine, la mano de Sebastián adelantaba tímidamente en la penumbra hasta topar con la de ella. Tímidamente iniciaba la caricia; iba animándose ante la impasibilidad de la mujer, mas, de súbito, Aurora murmuraba enérgica, retirando la mano:

—Estáte quieto; me das mucho calor, Sebastián.

Él se retrepaba en su butaca como un conejito perseguido en su madriguera, casi sin atreverse a respirar. La Aurora, entonces, arrepentida de su brusquedad, trataba de restar rotundidad a su respuesta:

—Tengo un calor hoy como no puedes imaginar. No sé lo que me

pasa...

Y soplaba sus manos como para confirmar sus palabras.

Pero Sebastián ya sabía que esta frase era producto de la reflexión, debidamente pesada y medida antes de emitirla.

La Aurora no gustaba tampoco de recorrer, como antes, las calles céntricas sin una finalidad determinada. Prefería transitar por calles apartadas, apagadas y desiertas. A días, la conversación era difícil. No llegaba, y los novios caminaban en silencio, a lo largo de una roja tapia de ladrillo que circundaba un colegio de monjas. De cuando en cuando surgía una pregunta ocasional, una respuesta concisa, y vuelta al silencio. A Sebastián, esto, no le desagradaba. Por naturaleza hablaba poco y por instinto rehuía la luz y las aglomeraciones. Le disgustaba mantenerse por un tiempo más o menos largo expuesto al análisis del público. De aquí que hallase una saludable paz en estos paseos a lo largo de la roja tapia, envueltos en la penumbra y rozándose, de vez en cuando, intencionadamente, la mano con la mano.

Con frecuencia, Aurora se presentaba ante él pletórica y radiante, tan enardecida y apasionada como la tarde de Nochebuena. Entonces forjaban sus mejores y más dulces planes para el porvenir. Aurora quería casarse enseguida, y él hallaba un placer regodeante en fingir que frenaba sus locos anhelos. Era delicioso hundirse juntos en aquella confianza acotada de intimidad. Sebastián aprovechaba estos raptos para inquirir de ella por qué no era siempre así.

—Es mi temperamento, Sebastián. Son cosas de nosotras las mujeres, que tú no entenderías. Pero debe bastarte saber que estando así o asá te quiero mucho.

El oír esto era como si un reguero de luz de sol le rehogase las vísceras, caldeándolas.

Evocaba ahora Sebastián, mientras deambulaba a trompicones por las calles brillantes de humedad, con la cabeza nublada por los vapores del vino, el extraño suceso de la tarde anterior. Aún no había penetrado en su entraña, ni deslindado sus motivos ni sus alcances. Pero lo recordaba con minuciosidad, abarcando hasta los detalles más insignificantes y anodinos.

Salieron de paseo como otras tardes y, al entrar en la Plaza del Mercado, la Aurora echó a correr, inopinadamente, dejándole patidifuso.

—Aguarda un momento —le gritó al iniciar la fuga. Y Sebastián, obediente, quedóse parado en medio de la Plaza.

La Aurora corría como una loca, haciendo aspavientos y muecas a un ser invisible para Sebastián. Un minuto más tarde, éste divisó a un joven con terno marrón y bufanda amarilla, detenido a la puerta de un bar. Hacia él se dirigía la Aurora, sin duda, aspirando el aliento.

Sebastián no podía oírles debido a la distancia, mas aquel juego mímico de Aurora, exhortador y persuasivo, se le hacía inefablemente grotesco. El joven de la bufanda amarilla no parecía tomar muy en serio el manoteo creciente de la Aurora; sonreía con media boca, mientras con la otra media mordisqueaba un palillo de dientes. Al final se llevó un dedo a la sien y dio media vuelta con ademán de ajustar un tornillo, terminando por encogerse de hombros dos veces seguidas.

Mientras esperaba a la Aurora, una mujeruca con un capacho en la mano se le acercó a Sebastián por la espalda:

—Hay pan blanco, joven. ¿Quiere pan blanco?

Sebastián se sofocó, como siempre que se dirigían a él. Al volver la cabeza vio un enjambre de mujerucas como aquélla que vendían pan blanco. Su profusión era inevitable. De vez en cuando la policía les daba cuatro carreras y desaparecían por una corta temporada. Pero, al cabo de ella, tornaban a florecer con la espontaneidad de los hongos en el bosque. **[**(*Era el pequeño estraperlo para el que, con muy buen acuerdo, las autoridades hacían la vista gorda ya que, a fin de cuentas, esta actividad ilegal en pequeña escala venía a mitigar los efectos de un universal desquiciamiento económico.*)**]** Lo peor para Sebastián es que nunca se atrevía a decir que no de primera intención.

—¿A cómo? —preguntó por preguntar algo.

—A ocho, joven.

—Oh, no; es muy caro.

—Se lo dejo en siete.

—No, de todas maneras no.

—Entonces, ¿para qué me haces hablar tanto?

Se alejó, furiosa, la mujeruca. Los ojos de Sebastián se posaron de nuevo en la puerta del bar. Aún le dio tiempo de ver cómo se introducía por ella un traje marrón rabioso y detrás, desamparada, permanecía un rato la Aurora. Poco después dio media vuelta y regresó a su lado trémula y llorosa. No le quiso dar explicaciones. A Sebastián le desagradó esta falta de confianza, pero no insistió más que una vez.

—Son cosas mías, son cosas mías…

La noche se echó a perder con este contratiempo. Aurora discurrió a su lado, apagada y pensativa, y cuando él le dirigió la palabra le contestó en forma intemperante. Al subir a casa le anunció que no viniese a buscarla al día siguiente, porque no podría salir.

Sebastián se detuvo y se pasó la mano por la húmeda frente como si quisiera, con este ademán, borrar el penoso recuerdo de la tarde anterior. A poco, reanudó el camino. Había cesado de lloviznar y

Sebastián se encogía en su raquítico abrigo al notar el vaho húmedo de las calles. La calzada rebrillaba por delante de sus ojos con un brillo intenso. En la esquina de su calle se topó de bruces con Aurelia.

—¿Y la Aurora?

Su madre no pensaba más que en la Aurora. El día que, por fin, le comunicó su noviazgo creyó que se volvía loca. A Sebastián le costaba creer que fuese su presunta felicidad lo que le ocasionaba este júbilo; ni tampoco, desde luego, la presunta felicidad de la Aurora. Pero Sebastián estaba habituado a ignorar los móviles de las reacciones de su madre y no sintió curiosidad por conocerlos ahora.

—Ha tenido que hacer y no ha salido.

Reparó Sebastián en la indumentaria de Aurelia y le cortó su nueva pregunta con una audacia inusitada en él:

—¿Cómo sales a la calle con esta traza? Esa horrible cazadora está para tirarla.

—Cállate; voy en un momento a casa de Ernesto a por una botellita de vino. Pero, dime, ¿qué te ha pasado con la Aurora? ¿Habéis regañado?

—La Aurora está bien; pero tengo que decirte una cosa, madre. ¿Sabes? Me han ascendido a dependiente en el almacén esta tarde. Ahora cobraré alrededor de las setecientas pesetas con arreglo a las nuevas bases.

La codicia asomó a las pupilas de Aurelia. Aquel dineral imprevisible iluminaba sus ojos con un fulgor extraño.

—¿Setecientas, eh? No está mal el pellizco.

Colocó debajo de la axila la botella vacía que portaba y se frotó las manos.

—Dime, ¿y cómo ha sido eso?

—Echaron a uno esta mañana; pero eso no importa. ¿Sabes otra cosa? Hemos estado celebrando mi ascenso y he roto la luna de un escaparate. Tengo que pagarla.

Sebastián consideró que hubiera sido maravilloso captar el cambio de expresión de Aurelia con una cámara lenta. La transición fue breve, pero radical:

—¿Cómo eres tan animal, pedazo de burro? ¿Tú crees que eso no vale dinero?

Lloriqueaba teatralmente y alzaba la voz para que la oyesen los transeúntes. Aurelia era una entusiasta partidaria de los escándalos callejeros. Sebastián tomó a su madre por la muñeca:

—Por favor, no armes barullo; esto, al lado del ascenso, no significa nada, ¿sabes? Con dos mesadas lo pagaremos y se acabó. Lo importante es tener un sueldo aceptable para toda la vida.

Por primera vez Sebastián rindió a Aurelia, consiguió que el escándalo no fuese más adelante, ya que ésta se contentó con hacer

pasar un hilo de aire por entre dos dientes y lloriquear:

—Eres un bruto, hijo, eres un bruto.

Sebastián se compadeció de sí mismo. En realidad era éste el primer exceso económico que se anotaba en su morigerada historia.

—Anda, vete por el vino; luego hablaremos en casa.

Le agradó volver a sentirse solo. No tenía la cabeza muy firme y, de vez en cuando, vacilaba, deslumbrado por los destellos del asfalto. Ante su casa, oteó un momento los balcones de Aurora y deseó su proximidad corporal. Creía necesitarla muy cerca. Ella, seguramente, sería la única persona capaz de consolarle en este trance. Sin embargo, se hundió en el portal de su casa y, después de rebuscar inútilmente la llave por todos sus bolsillos, llamó a la puerta con dos secos aldabonazos. Al verse encajonado entre paredes, la cabeza comenzó a darle vueltas y se acentuó la desazón de su estómago.

—Orencia, pequeña, voy a acostarme; no me encuentro muy bien.

Su hermana le olfateó como un sabueso:

—Tú has bebido vino, Sebastián. Y eso no debes hacerlo; te puede costar caro.

—Déjame ahora; no me sermonees.

Los dos llegaron a la alcoba y Sebastián se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos. Se tumbó en la cama sin desnudarse.

—Tráeme el orinal; siento ganas de vomitar, unas ganas atroces.

Se presentó Orencia con la bacinilla. Le miraba con ojos asustados.

—¿Cómo ha sido eso, Sebastián?

—No me trates como a un niño. Soy un dependiente de los Almacenes Suárez, ¿entiendes?

La Orencia se mostraba imperturbable.

—¡Ah! ¿Te han ascendido?

—Así parece... Ahora, ¿quieres hacerme un favor? ¡Anda! Véndame las manos. Tengo que dejar de morderme las uñas para siempre. Las manos de un comerciante son un negocio, no lo olvides...

De reojo observó Sebastián la efigie de San Ignacio de Loyola. No; el señor Suárez no se había ofendido por el plagio.

Orencia salió del cuarto y regresó enseguida con unas vendas. Pacientemente las arrolló a las deformadas extremidades de su hermano.

—Así estás bien, me parece a mí.

—Gracias. ¿Quieres apagar la luz?

Se encontraba muy a gusto así, quieto en la oscuridad, con la persuasión de sentirse a solas. Algo le giraba velozmente en la cabeza, ocasionándole un plomizo torpor. Sin embargo, a los cinco minutos roncaba.

Al despertarse, recordó vagamente haber mordido con fiereza

varias veces las vendas que ocultaban sus manos. Los trapos, efectivamente, estaban húmedos y él tenía varios hilos blancos adheridos a las comisuras de los labios.

Capítulo VI

Nada más levantarse al día siguiente, Orencia le entregó una carta que habían introducido por debajo de la puerta. Ante el tazón humeante de malta con leche, Sebastián rasgó el sobre y vio confirmadas sus sospechas de que la carta era de la Aurora. En ella le decía que se veía comprometida a acompañar a su madre a Madrid para un asunto imprevisto, que estarían fuera una semana aproximadamente y que podía escribirla al hotel Gran Vía con la frecuencia que lo desease. Como remate, le enviaba su saludo más afectuoso.

Sebastián frunció el ceño, pensativo, mientras sorbía lentamente la malta con leche. No sabía por qué consideraba aquel viaje como una huida, como un tapujo organizado para engañarle. Sebastián recelaba siempre. Quizá su constitución o el proceso de su vida le habían forzado a ser así. Instintivamente advirtió que tenía las manos frías y que el café amargaba:

—Orencia, ¡la sacarina! —gritó, casi maquinalmente.

La ración de azúcar, bien vendida, daba para adquirir sacarina para todo el mes. Era una combinación ventajosa que Aurelia no desdeñaba poner en práctica.

La niña apareció con una cajita y, sin decir nada, echó dos diminutas pastillas en el tazón.

De nuevo Sebastián se abstrajo y se llevó la taza a la boca varias veces, mecánicamente. Concluido el desayuno, siguió imperturbable en la silla, pellizcándose el labio inferior hasta dejarlo exangüe. La cabeza le pesaba y tenía ardor de estómago, exactamente como si la garganta fuese una chimenea por donde resollase una gran hoguera interior. Decididamente no le gustaba aquel inesperado viaje a Madrid, así, sin despedirse. Y, sobre todo, después de la breve y misteriosa entrevista con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla. «Si estará arrepentida y no se atreverá a confesármelo», se dijo, y se movió inquieto en la silla.

Inadvertidamente había introducido su dedo anular entre los dientes y roía con avidez la uña achaparrada. De súbito se dio cuenta y sacó el dedo de la boca.

—¡Demonio, qué vicio! —murmuró, y se puso en pie.

Cuando se colocaba el abrigo, surgió Aurelia de la cocina, secándose las manos en el regazo:

—¿Qué te dice la Aurora?

—Nada de particular—Sebastián respondió con dureza, malhumorado—. Se ha marchado a Madrid con doña Claudia.

Aurelia le guiñó un ojo con malicia y luego le apretó un brazo como queriendo imbuirle sus propios pensamientos.

—¿Qué?

El ánimo de Sebastián no se hallaba para admitir e interpretar sugestiones indirectas. Se sentía tozudo y premioso de mollera.

—Seguro que no me equivoco si te digo que ha ido a agenciarse el equipo.

Sebastián tomó el picaporte y entornó la puerta de la calle.

—No queremos casarnos tan pronto.

—Déjame hablar. Aunque ahora digas eso, luego el cuerpo te va a pedir otra cosa. Ya me lo dirás más adelante.

Cerró de un portazo. Le deprimían los juicios y sospechas de su madre, el modo rastrero, casi animal, de enfocar todas las cuestiones, incluso las más delicadas y respetables. Caminó a paso rápido hacia los Almacenes. Estaba helando y el andar se hacía peligroso. Sebastián pensó en la Aurora y otra vez lo relacionó todo, la absurda negativa a salir de paseo la tarde anterior, la fuga a Madrid, su inesperada misiva, con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba con la mayor indiferencia un palillo de dientes. Se hallaba disgustado y notaba dentro de sí una ardiente y apasionada rebelión contra el curso de los acontecimientos.

Al entrar en el almacén advirtió que era Manolo el eje de la habitual tertulia en torno al radiador. Uno de los hermanos rubios vociferaba al entrar él:

—El bestia es usted por tener ocho hijos en estos tiempos. Nadie le manda a usted hacer una salvajada semejante. A no ser que entre en sus cálculos ganar el premio de natalidad.

Manolo permanecía callado y compungido, mirando en derredor con ojos ausentes y apagados. Aquella noche su mujer había dado a luz su octavo hijo. Había sido un parto laborioso; muy lento y de nalgas. A última hora, el tocólogo terminó por sacar la criatura. Su mujer tenía fiebre y no se encontraba bien. Para colmo, otros dos de los chicos tenían el sarampión. Sebastián felicitó efusivamente a Manolo, cuyos ojos se pusieron blandos y relucientes como si fuese a llorar. No obstante, se reprimió y se limitó a decir, contestando más a los destemplados apostrofes de los compañeros que a la sincera felicitación de Sebastián:

—Y menos mal; gracias al Seguro, si no me hubiera entrampado hasta los pelos.

La presencia de Sebastián alteró el rumbo de las conversaciones. Fue Emeterio quien, entre investigación e investigación a los agujeros de la nariz, prorrumpió en una retahíla de frases jocosas sobre la juerga de la tarde última, terminando por hacer una alusión a la luna destrozada.

—¿Estáis seguros de que fui yo quien rompió la luna? —interrogó Sebastián, por decir algo.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió uno de los hermanos.

—No me acuerdo de nada de eso.

Rieron otra vez.

—Agarraste una buena moña y aquella criada te pegó. ¿No recuerdas que te sentó en la acera de un sopapo? —añadió Emeterio.

Sebastián se atusó levemente los párpados.

—Todo lo que recuerdo es muy confuso; aún tengo la cabeza muy pesada.

Martín no hacía más que desternillarse en un extremo. Su jocunda alegría le vedaba participar en la conversación. Al cabo de un rato afirmó:

—Ten cuidado, no te dejes engañar. La luna esa es de cristalina. Ha de costar por debajo de las mil leandras. Estoy seguro.

Sebastián reflexionó un momento y añadió tartamudeando:

—Mmmmme... estoy dando cuenta de que si me dieron un golpe en mitad de la calzada y caí sentado en el bordillo de la acera... nnno pude yo romper el cristal... a no ser que rebotase luego y...

Se hizo un penoso silencio e, inmediatamente, Sebastián se arrepintió de sus palabras. Sufría, ahora, suponiendo que sus compañeros pensarían de él que era un desconfiado y un suspicaz; que quería descargar sus culpas sobre ellos. Al fin surgió la voz de Emeterio, oscura y vacilante:

—Rebotaste, claro... Pegaste una culada a la luna y luego fuiste a caer sentado sobre el bordillo de la acera.

Sebastián deseaba dar por buena cualquier aclaración. Anteponía su permanencia tranquila en el establecimiento a la posibilidad de ahorrarse un montón de pesetas. Después de la respuesta de Emeterio y de la pausa cargada y densa de un momento antes, tenía la seguridad de que no fue él quien rompió la luna del escaparate. Pero no quería enemistarse con sus compañeros, ni contradecirlos de una manera sistemática. Así, respondió a Emeterio:

—Sí, naturalmente, pudo ser de esa manera —sonrió amistosamente a todos—; yo estaba algo borracho y no me daba cuenta... Claro que pudo ser así, como Emeterio dice.

Observó las miradas de entendimiento que se cruzaron disimuladamente entre los miembros del grupo. Sebastián experimentó una sutil congoja al percatarse de la extremada facilidad que encuentran los hombres para asociarse contra el débil. Y se figuró que si él, en vez de ser así, fuese un cuerpo fuerte arropando un temperamento impetuoso y dominante, el grupo se mantendría ahora tras él, apoyándole contra el enclenque y el timorato.

Emeterio, después de hacer saltar una oscura bola de su nariz por

encima del mostrador, habló:

—¿Cómo era el piropo que dijiste ayer? Algo del morro y del pitorro… Resulta chocante.

Tuvo Sebastián, con el recuerdo, cabal conciencia de su ordinariez de la tarde última.

—Una tontería.

—Pero, dime, ¿cómo era?

El primer cliente de aquel día cruzó el umbral de la puerta de cristales y liberó a Sebastián de repetir el grosero requiebro. Cada cual ocupó su sector acostumbrado y Sebastián se dirigió al lugar de Hugo. Martín, a su lado, le insistió plegando coquetonamente su recortado bigotito:

—Escucha lo que te digo. La luna esa es de cristalina y ha de valer dos perras gordas. Yo conozco el género; no te dejes estafar.

Pero Sebastián no pensaba ya en la luna. Le inquietaba la conciencia de su nueva misión en el almacén. En lo sucesivo, su tarea consistiría en despachar y Emeterio tendría que trabajar para él. Esto le abochornaba un poco. Emeterio era más antiguo que él en el almacén y, no obstante, era él quien había ascendido. Sebastián tenía una creencia difusa de que estas postergaciones son muy difíciles de soportar con elegancia entre los hombres. Así, cuando se vio en la precisión de solicitar una pieza, él mismo fue a buscarla, medroso de humillar a su compañero.

Sebastián se desenvolvió bien en su primer día de dependiente. Desenrollaba los géneros con facilidad, y si de algo cojeaba era de ser muy poco insistente. Se le hacía una montaña violentar a nadie para comprar lo que no le agradaba y le resultaba ingrato emplear aquellas frases persuasivas que tan naturales y desinteresadas parecían en boca de sus compañeros: «Esto no es para usted», «A usted, que distingue lo bueno de lo malo, le voy a enseñar…», «Para usted tengo algo reservado». Nada de esto le sonaba bien a Sebastián pronunciado por sus labios. A su juicio, le faltaba la hipocresía suficiente para dar a aquellas frases el necesario tono trivial para que aparentase que, efectivamente, se le hacía al cliente un gran favor. Sin embargo, poco a poco, Sebastián iba entrando por el aro. No fue el primer día, ni el segundo, pero transcurrida una semana, después de prolongados ensayos en la soledad de su alcoba, llegó a pronunciar las frases rituales del buen comerciante con la espontaneidad y la convicción precisas para que nada, por este lado, pudiera objetársele.

A medida que la jornada avanzaba, los movimientos y las palabras adoptaban un riguroso automatismo. Las frases salían sin esfuerzo y el plegar y desplegar, el enrollar y el desenrollar de las piezas, se hacía mecánicamente; en apariencia, sin que la cabeza, ni casi los músculos de Sebastián, colaborasen en la operación. Todo era

simple y primariamente sencillo. El timbre de la caja significaba un incentivo no despreciable. Equivalía al grito de: «¡Siguen entrando pesetas!», y esto, a fin de cuentas, era lo que a él, a don Arturo, a don Saturnino y a todo el personal de los Almacenes interesaba.

Así fueron discurriendo los días. En los ratos libres Sebastián se encerraba en casa o pindongueaba, solitario, pensando siempre. No volvió a salir con sus camaradas. Su antigua suspicacia hacia ellos había renacido más agudizada que antes. Les temía. Temía que, en cualquier instante, le escupiesen una chirigota o sacasen a relucir sus deformidades físicas.

Dos tardes escribió a la Aurora. Respecto a ella, había concluido por convencerse de que la vida a su lado sería siempre así, desconectada y libre, para que cada cual pudiera tomar sus determinaciones. La Aurora no era un temperamento para someterse; podía rogársele, pero no humillarla con una exigencia o una orden. Le escribió un poco fría y forzadamente, aunque salpicando la misiva de los adjetivos empalagosos que en determinadas circunstancias solían cruzarse entre ellos. De ella recibió otras dos cartas, no muy largas, pero en las que se hacía ostensible su preocupación por anotar que le seguía queriendo con la misma fuerza y sinceridad de siempre. A pesar de esto, el recuerdo del joven del mondadientes proseguía martirizándole, imprimiéndole la desagradable sensación de no ser más que un copartícipe en el disfrute de las caricias de la Aurora.

Por las noches, la Orencia le vendaba las manos. Este sacrificio proporcionaba a Sebastián la satisfacción de ver cómo sus uñas achaparradas, desbordadas por la carne de las yemas de los dedos, iban creciendo, elevando y desarrollando su natural frontera. A veces le asaltaban unos deseos casi irreprimibles de despojar las manos de aquellos harapos y morder hasta hartarse las puntas de aquellas uñas, magras y apetitosas. La contención le volvía loco. Era como el primer día de un fumador que ha dejado el cigarro. Se desazonaba y no encontraba orden ni razonamiento en su cerebro. Pero también, esfuerzo a esfuerzo, fue dominando este vicio. Y un buen día se dio cuenta de que sus manos pequeñas y nudosas habían ganado mucho, desde el punto de vista estético, coronadas por aquellas uñas formadas y normales.

Para completar su adecentamiento físico, Sebastián se hizo un traje. Fue cuestión pavorosa la decisión y la elección de tela. En los Almacenes le hacían una importante rebaja y Aurelia se empeñó en acompañarle una tarde para ayudarle a escoger. Esta determinación de su madre oprimió a Sebastián. Temía presentarla ante sus compañeros, más que nada por las expresiones de su lengua irresponsable. Pero un día Aurelia se arregló y, sin consultarle su opinión, partió con él hacia los Almacenes.

Todo resultó bastante menos violento de lo que Sebastián había imaginado. Su madre se mostró discreta y hasta razonable. Únicamente se empeñó en ver despachar a Sebastián, y sólo cuando éste, con la natural prevención al saberse observado, vendió unos metros de sarga azul, Aurelia se decidió a marchar. A última hora lo estropeó todo largando un discurso absurdo y sensiblero a la dependencia. Sebastián aquilataba los esfuerzos de todos para no reír, y se hubiese lanzado contra su madre y la hubiera amordazado cuando ésta remató su vibrante discurso apelando a los buenos sentimientos de la dependencia para que se comportasen con su hijo —un pobre desgraciado— con espíritu fraternal y caritativo. Su alocución estuvo mechada de los vocablos groseros y desagradables que Aurelia llevaba siempre a flor de labio y que ocasionaron en Sebastián unas violentas náuseas.

Aquella tarde no dio pie con bola y anduvo errante y desacertado por el establecimiento. Al salir pasó por Faustino —el sastre más acreditado de su barrio— a tomarse medidas. Dos días después el traje estuvo concluido.

Sebastián no se encontraba dentro de aquella tela nueva que todavía olía a tejido recién fabricado; no se atrevía a doblar los brazos y caminaba agarrotado y tenso, como si se hubiera tragado el palo de una escoba. A punto fijo sería imposible discernir si la tal rigidez la inspiraba el respeto al tejido intacto e impoluto o al íntimo orgullo de la percha. Ante Orencia, Sebastián se confió esperanzado:

—Dime, ¿cómo me encuentras?

—El traje es bonito.

Le dio un vuelco el corazón a Sebastián.

—Pero yo, yo, dime... yo con él, ¿cómo estoy?

—Eres canijo, Sebastián, y eso no puede taparse con nada.

La bárbara sinceridad de Orencia desconcertaba a su hermano. Quizás era esta propiedad la que le llevaba siempre a solicitar su parecer, aunque luego, a renglón de oírla, se arrepintiese de haberlo hecho.

Aquella noche durmió mal. Soñó con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla y, entre sueños, vislumbró con desagrado que el joven descarado se quitaba el mondadientes de la boca y, con la punta, hacía cosquillas a la Aurora en los sobacos en plena Plaza del Mercado. Lo que más le irritó fue el que la Aurora le riese la gracia con nervioso deseo de agradarle.

Al día siguiente se despertó con un ataque de celos que le desasosegaba. Volvió a tomar cuerpo en él el pensamiento de que la Aurora le traicionaba, y con ello olvidó la contrariedad que le produjera el juicio de la Orencia sobre su persona encerrada en el traje nuevo.

La actividad del almacén no le aplacó, antes bien aumentó su nerviosismo al presagiar que, aunque los celos le mordiesen con mayor ferocidad aún, él tendría que seguir firme al pie del cañón, con la sonrisa en los labios, como si no fuese susceptible de sufrir y padecer. Comprendió entonces, en toda su intensidad, la tragedia del pobre Manolo, que sonreía siempre, aunque acabasen de abrirle un pecho a su mujer o de sacarle un hijo por las bravas.

Al salir encontró al «doctor cubano» en sus postreras exhibiciones matinales en la Plaza del Mercado. Atraído por una fuerza inorillable se aproximó al cerco que lo acosaba.

—Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas para los niños... —Una pausa—. Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción —se detenía otro poco después de pronunciar *excepción*— de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas...

Perfeccionaba el corro con un manoteo incierto y convencional. Una pobre mujer se le acercaba. Seguidamente el doctor solicitaba de la adivinadora:

—Se te pide que te concentres... —Él seguía perfeccionando el corro—. Concentra, concentra, concentra...

Sebastián imaginó súbitamente que nadie mejor que el «doctor cubano» para sacarle de su terrible incertidumbre. Aquella mujer, tan poca cosa, con los ojos vendados y su agria e intempestiva voz chillona, podía extraer de su cerebro en tinieblas, y —según creencia de Sebastián— atiborrado de misteriosos cajoncitos como un interminable y ordenado fichero, las respuestas a sus aguijoneantes dudas sobre la Aurora.

Sebastián trataba de animarse para la consulta. Dentro de sí notaba el estrépito sordo de una lucha denodada. Una parte de sí mismo se inclinaba por abrir su pecho al «doctor cubano», mientras otra se oponía tajantemente, tachándole de crédulo e ignorante. Al concluir cada consulta, Sebastián hacía un ligero gesto al doctor con el deliberado propósito de que éste no lo advirtiese. De esta manera se consolaba, diciéndose que él no tenía la culpa de que el doctor no atendiese sus demandas.

Con su indecisa actitud Sebastián dio tiempo a que el «doctor cubano» terminase su exhibición cuando aún no se había decidido del todo a consultarle su caso. El círculo de espectadores se disolvió en un minuto y allí quedó Sebastián, frente a frente de la adivinadora. Ésta y el «doctor cubano» recogían apresuradamente sus bártulos. En aquel trasiego, Sebastián advirtió que el doctor llamaba *Pepa* a la gran serpiente que constituía el terror y la admiración de la chiquillería.

Cuando la pareja se puso en movimiento, un impulso todavía no determinado animó a Sebastián a seguirla. Entonces se le ocurrió que

quizá la adivinadora admitiese consultas privadas en su casa. Esta esperanza le empujó a proseguir la persecución mientras, con la mano en el bolsillo, hacía un minucioso arqueo de sus fondos disponibles. Así atravesaron las calles principales y entraron en un barrio extremo, un barrio sucio y populoso, de mal aspecto, donde abundaban las tabernas ínfimas y los prostíbulos. Sebastián estuvo a punto de volverse atrás. Pero lo pensó mejor y prejuzgó que el destino del «doctor cubano» no andaría ya muy lejos. Y no se equivocó. Unos pasos más allá, la adivinadora y su acompañante enfilaron una bocacalle estrecha y fangosa, poblada por un enjambre de chiquillos sucios y harapientos que chillaban descomedidamente. La pareja se introdujo en un portal y Sebastián apremió el paso en pos de ella. Ante la casa se detuvo; vaciló un momento y, al fin, penetró en ella resueltamente.

Sebastián no estaba habituado a frecuentar casas lujosas. Su barrio no se caracterizaba precisamente por la suntuosidad de sus mansiones, pero el hogar del «doctor cubano» le causó una impresión penosa. En el portal se hacinaban basuras atrasadas, sobre un suelo que en su día había sido de mosaicos rojos y que ahora aparecía irregularmente pavimentado, con enormes huecos por donde asomaba la tierra y que, en conjunto, semejaba la sonrisa de un hombre con la dentadura destrozada e incompleta. Ascendió cuatro escalones y se encontró en un angosto descansillo. A izquierda y derecha, los huecos de las puertas se hallaban mal cubiertos por unas telas remendadas y mugrientas. Las paredes estaban negras de letreros, de comas trazadas con el dedo manchado de porquería, y de excrementos de insectos. Vaciló nuevamente Sebastián, y cuando, ya decidido, quiso llamar, percatóse de que en aquellas colgaduras asquerosas, tendidas en el umbral a modo de puertas, no había medio de producir ruido alguno. De improviso, tras el colgajo de la vivienda de enfrente asomó la cara tiznada de un mozalbete.

—Dígame —farfulló Sebastián—, ¿el «doctor cubano» ?

El chico no contestó, pero se puso a dar grandes gritos:

—¡Paco! ¡¡Pacoo!!

Inmediatamente oyó Sebastián, tras la colgadura más próxima, el timbre oscuro y firme de la voz del «doctor cubano». Casi simultáneamente se descorrió el pingajo y asomó el ancho rostro del «doctor».

—¿Quién llama?

Sebastián se aturdió.

—¿Es el «doctor cubano»? —indagó.

—Yo soy. ¿Qué quería?

Aparentaba disgustarle la irrupción. Sólo después de ímprobos esfuerzos le salía la voz del cuerpo a Sebastián:

—Mmmme haría el favor… Yo quería hacerle una consulta y…

Dudó el doctor. La adivinadora surgió a su lado y le hizo una indicación con la cabeza.

—Pase —dijo el doctor.

La habitación era áspera y destartalada. En el medio había una mesa cuadrada con un florero roto y pegado en el centro. Junto al ventanuco que daba a la calle se exhibía una mecedora con dos dedos de polvo y el balancín partido. Había, además, dos parejas de sillas desiguales, las cuatro con el asiento agujereado. En un rincón, sobre un jergoncillo anémico, dormía un crío de teta, pálido y esmirriado, y un gato lleno de calvas sanguinolentas le lamía un pie amoratado de frío. Había otros tres huecos de puertas además del de entrada, todos clausurados por unas cortinas deshilachadas de diversos tejidos.

—Siéntese. ¿Trae usted dinero?

Sebastián mostró los fondos previamente recopilados.

—Doce sesenta y cinco —murmuró, puntualizando.

—Por ese precio poco podemos decirle.

En la angostura del aposento el «doctor cubano» parecía más corpulento y poderoso que en la Plaza del Mercado. La mujer era menuda, escurridiza y pecosa como un trozo de cielo estrellado.

—Sólo quiero que me contesten «sí» o «no».

—Usted dirá, entonces.

—¿No necesita vendarse? —dijo Sebastián, aludiendo con un gesto a la mujer.

—No, no es necesario.

Dudó otra vez Sebastián. Ahora se le hacía peliaguda la consulta.

—Mmmme gustaría saber… Es una tontería, ¿saben?… Pero estoy un poco desorientado. Eso es todo.

Sonrió servilmente, pero al advertir el gesto adusto del doctor, la sonrisa se transformó en una mueca desolada.

—Mmmme gustaría saber —insistió— si mi novia me engaña con otro…

La pareja cambió una mirada indescifrable. La adivinadora se sentó frente a él. Sebastián la observaba sin pestañear. Ella frunció el ceño y se llevó los dedos a los ojos, concentrándose, denotando una acusada semejanza con un anuncio, muy difundido por la ciudad, de unas píldoras contra el dolor de cabeza. Sebastián sufrió por ella. Juzgaba leonino obligar a comprimirse aquella cabeza portentosa por la irrisoria cantidad de doce pesetas sesenta y cinco céntimos. Transcurridos unos segundos, la adivinadora bajó las manos, abrió mucho los ojos y dijo gravemente:

—Está usted de enhorabuena, joven. Su novia le estima y le es fiel de pensamiento, palabra y obra. ¿Quiere saber algo más?

El corazón de Sebastián bailaba de júbilo. Se puso en pie y

entregó a la adivinadora todos sus fondos.

—Nnnno, nnada, nada más; muchas gracias.

Salió. Según descendía los desgastados peldaños, oyó la voz gutural del «doctor cubano»:

—Vuelva cuando quiera. Estamos a su disposición.

Aurora anunciaba que llegaría en el tranvía a la hora de comer. Por eso Sebastián recogió aquel día las piezas amontonadas sobre el mostrador con mayor premura que de costumbre. Los nervios no le dejaban en paz. En semana y media había perdido la noción concreta de la Aurora, Sus rasgos se le difuminaban en el recuerdo y hasta la vibración de su voz había dejado de serle familiar. Bobamente se preguntaba qué efecto le causaría su novia; si el contacto de su mano continuaría detentando suficiente poder para hacerle estremecer.

Camino de la estación tuvo una repentina revelación. Se dio cuenta de que su impaciencia por volver a ver a la Aurora no la dictaba el cariño, sino más bien la ansiedad por convencerse de que la Aurora no se mofaba de su inferioridad; de ver si la Aurora, al menos, seguía guardando las apariencias.

Andaba deprisa, moviendo nerviosamente sus cortas piernas. En su precipitación adelantaba la cabeza, como si de ella dependiese y no de las extremidades inferiores el llegar antes. Franqueó una gran avenida del parque público, dejando a su izquierda las moles grises de las casas más antiguas y eminentes de la ciudad. Al acabar de recorrerla comenzó a sonar, modulada y estridente como un lamento, la sirena de la estación. Aquella sirena había anunciado la vecindad de los aviones enemigos durante la guerra y desde entonces conservaba una agria y amenazadora entonación. Su llamada constriñó a Sebastián a ir más deprisa. Temía, siempre temía, no llegar a tiempo. Esa desconfianza en las propias fuerzas caracterizó a Sebastián desde que dispuso de la facultad del raciocinio. Al fin se vio en el andén. El tren no había llegado aún y Sebastián se acercó a la pizarra que anunciaba los retrasos. El tranvía no figuraba en la tabla, por lo que dedujo que, de retrasarse, no lo haría en más de una hora.

Hacía mucho que no se asomaba a la estación y se entretuvo contemplando el ir y venir de los mozos con los carros de los baúles preparados para las facturaciones, los presuntos viajeros presos del nerviosismo del viaje inminente y un viejo colillero, agachándose aquí y allá, con una traza marcadísima de ángulo recto.

Eran las dos menos veinticinco cuando Sebastián inició su paseo por el andén. Dos veces lo recorrió a lo largo, animándose a soportar la espera con paciencia. Los trenes no acostumbraban a llegar a su hora. Otro signo de la época consistía en el poco respeto de hombres y

vehículos a la puntualidad.

Comenzaba el tercer recorrido del andén cuando la campana que había junto al reloj dio la salida a un tren. «Éste tiene que ser», pensó Sebastián, y se aprestó al recibimiento.

De las puertas de la cantina y la fonda surgían ahora docenas de personas que aguardaban la aparición del tranvía ante un vaso de vino tinto. Sebastián experimentó un vago malestar al pensar en su reciente borrachera. De repente, entre las personas que salían de la cantina divisó al Sixto, el hermano de la Aurora. El Sixto le vio también y se dirigió hacia él. A nadie hubiera deseado Sebastián tener más lejos en este momento y en cualquier otro de su vida. Sixto era un mozo grandullón, de rostro congestivo y pelo rojizo. Era vigoroso de miembros y terriblemente desgarbado en sus movimientos. Sebastián había temido a Sixto toda su vida. Disfrutaba de una lengua acerba y un temperamento pendenciero e increíblemente mordaz. Vestía de tonos chillones porque le molestaba pasar inadvertido en cualquier parte. Que Sebastián supiera, tres veces había estado procesado como autor de lesiones y una vez en el hospital con una cuchillada en el vientre. Todo ello, lejos de mitigar sus humos de luchador, había contribuido a enardecerlo y a fomentar sus cruentas aficiones.

Su padre, el señor Sixto, era el más directo culpable de la conducta del mozo. El Sixto presumía, cuando alguien le preguntaba a qué se dedicaba, de malgastar las pesetas «que robaba su padre». Constituía, a su juicio, una ocupación laboriosa —ya que su padre «robaba mucho»—, aunque extraordinariamente agradable. Y no se conformaba con holgazanear él, sino que censuraba a todos cuantos en la vida desarrollaban alguna actividad. A veces, Sebastián oía decir en el barrio que el Sixto era la oveja negra de la familia; pero a él le parecía natural que de una oveja negra se derivase otra oveja negra, incluso más negra que la progenitura.

Al ver que se acercaba Sixto, Sebastián pataleó dos veces en el suelo pretendiendo activar la marcha del tren. Desde que se hiciera novio de la Aurora, e incluso desde que abandonara la tienda de comestibles de su padre, no había cambiado una palabra con el Sixto.

Torció el gesto cuando éste le golpeó campechanamente la espalda:

—¿Qué dice el gran hombre?

—¡Hola!

—¿A quién esperas?

Sebastián se sofocó:

—A… a… a…

Se dio el Sixto una palmada en la frente y rió sonoramente:

—¡Ah, claro, qué tonto soy! Tú esperas a la Aurora, ¿no es cierto?

Sebastián asintió con la cabeza. Sixto añadió:

—Está bueno eso. Entonces esperas lo mismo que yo. —Miró el reloj del andén y luego añadió indolentemente—: Te felicito; chico, tienes unas buenas tragaderas.

Sebastián deseaba mostrarse cordial y simpático, pero la derrota tomada por la conversación le impedía despegar los labios. Particularmente aquello de las «tragaderas» le había dejado atónito y como alelado. ¿A qué quería referirse el Sixto? De nuevo pateó impacientemente en el suelo, anhelando la aparición del tren. El Sixto no se daba reposo:

—Creo que ahora te dedicas al comercio de tejidos. ¡Buen negocio ése para ser el amo! Pero yo, de trabajar en tejidos preferiría ser sastre de señoras; aunque los ingresos no sean tan saneados. —Dibujó unas curvas en el aire con sus manos hinchadas y rojas y prosiguió riéndose —: Ya me entiendes, ¿verdad? Sí, ya creo que nos entendemos. —Volvió a reírse.

Sebastián se encontraba incómodo y aturdido. La indiferencia soez y burda del lenguaje del Sixto le sacaba de su centro, quebraba su equilibrio interior. En vista de que no le respondía, el Sixto continuó:

—No os comprendo; no comprenderé nunca vuestra abulia para acomodaros a tirar por un sendero que otro traza. Es una esclavitud idiota la vuestra, ¿no? Y no es lo peor el trabajo, sino la rutina de todos los días; dando siempre la misma vuelta, como si el hombre no fuese un poco más que una máquina de rallar pan.

A Sebastián le impacientaba la tardanza del tren; le desagradaba la atmósfera, el vapor de vino en que le envolvía Sixto al hablarle desde tan cerca.

Sixto proseguía devanando las insulsas bravatas que paría su cerebro:

—Y en tus ratos de ocio te dedicarás a leer vidas de santos, ¿no? No me explico para qué queréis vivir algunos. Ocho horas de trabajo y luego a mal comer y a dormir. Esto un día tras otro, un día tras otro, hasta que un buen día estalláis y sanseacabó. Habéis vivido o creéis que habéis vivido y os morís tan a gusto, ¿no es así?

La locomotora apareció, al fin, como un punto negro y fumoso en la dilatada perspectiva.

—¡Ya está ahí! —profirió, jubiloso, Sebastián.

Sixto le observó, con una mueca maligna deformándole el rostro:

—Sinceramente —le dijo, de pronto, tomándole por un brazo y mirándole fijamente—, no querrás hacerme creer que te alegra volver a ver a la Aurora.

El tren resoplaba ya, entrando en el andén, y Sebastián se fingió distraído:

—Míralas.

Doña Claudia y Aurora pegaban sus narices a la ventanilla de un

vagón de primera clase. Al divisarlos, doña Claudia comenzó a agitar una mano de arriba abajo, sonriendo. Sebastián se sofocó al pensar que su entrevista con la Aurora habría de verificarse ante una importante representación familiar. Mas doña Claudia se mostró particularmente discreta en aquella ocasión. Abrazó a Sixto, quien llamó «mi vieja» a su madre, y se adelantaron hacia la salida. La Aurora quedó sola, plantada ante él, pálida y desangelada. Sebastián se confesó una vez más que la Aurora no era bella, aunque poseía un incentivo indiscernible en su redonda fealdad.

—Hola, Aurora. ¿Cómo te ha ido?

Aurora dejó su maletín de piel en el suelo y le tendió la mano libre. En la otra se balanceaba, pendiente de una goma, un muñeco con cara de niño y el cuerpo recubierto de una piel de mono.

—Hola, Sebastián. Mira lo que me ha tocado en una rifa del tren.

Agitó el brazo y el niño-mono dio unos saltos increíbles.

—Es muy gracioso.

Sebastián observó que la Aurora desviaba intencionadamente la conversación. Sin duda juzgaba extemporáneo hablar de ellos tan pronto. Sin decir nada tomó el maletín de su novia y juntos abandonaron la estación. Doña Claudia se apoltronaba en un taxi.

—Niña, danos el maletín. Vosotros podéis ir a pie si os apetece.

Sixto se reía, con su risa roja y explosiva, desde el interior del automóvil.

—Hola, Aurora, pequeña; aún no me has saludado. Por lo visto yo ya no soy nadie para ti.

La Aurora le saludó desganada, entregó el maletín a su madre y salió andando, haciendo saltar al monigote, hasta alcanzar a Sebastián. Éste carraspeó:

—Dime, ¿qué tal Madrid?

Los ojos de Aurora se dilataron de añoranzas por detrás de sus gafas:

—Muy animado. Aquello es vivir. Viniendo de allá se da uno cuenta de que esto no es más que un pueblo.

Sebastián se sintió culpable de que su ciudad no se hubiera desarrollado más; de que no hubiera en ella más gente, más automóviles, una actividad más febril y mecanizada.

—Sí, eso debe de ser verdad; pero esto es más íntimo… Todo tiene sus compensaciones. Aquí cabe vivir hacia adentro y saborear mejor tus sentimientos.

Sebastián se notaba forastero. Nunca había pulsado el latido del corazón de Aurora tan distanciado del suyo y, con avispada sutileza, concretó la pueril frontera entre ambos en aquel muñeco saltarín que pendía de un dedo de la Aurora. Él constituía la última realidad de aquel viaje que había cortado bruscamente su cotidiano intercambio

de impresiones. Súbitamente pensó en la gran novedad que ocultaba todavía a la Aurora y que estimaba adecuada para resolver definitivamente su distanciamiento:

—Voy a darte una buena noticia, ¿sabes? Soy dependiente de los Almacenes Suárez.

A Sebastián se le antojó artificial el júbilo de la muchacha. Le parecía que su novia había de hacer de tripas corazón para exteriorizar una especiosa y falsa alegría. Le apretó la mano y le dijo: «¿De veras, Sebastián?», pero recelaba que la Aurora, al comportarse de este modo, suspiraba aún por las grandes avenidas, los espectáculos y el gentío que había dejado atrás. Él no conocía Madrid, pero la imaginaba una de esas ciudades brillantes y peligrosas contra las que se estrellan los espíritus incautos.

—Sí, es verdad; tan verdad que ya llevo siete días trabajando en mi nuevo puesto.

Reflexionó un momento y su cara se ensombreció:

—¿Sabes? Expulsaron a Hugo.

Hasta entonces no advirtió Sebastián lo incompleto de las satisfacciones humanas; la necesidad cruel de arruinar a un prójimo para encumbrar la propia existencia. La alegría de un hombre se cimentaba en el dolor y el aniquilamiento de otro. Su propia colocación dependía de la descolocación de un semejante.

—¿Hugo? ¿Aquel chico moreno de los ojos bonitos?

Se dijo Sebastián que bien podían ser bonitos los ojos de Hugo aunque a él no le parecieran así:

—Sí, ese mismo.

—¡Pobre muchacho!

El tufo de cáscaras de plátano pisoteadas, mezclado con el aroma de otros frutos podridos, les alcanzó al abocar a la Plaza del Mercado:

—Ya estamos cerquita de casa.

Se había hecho difícil la conversación. Aurora había digerido la grata novedad, tan celosamente guardada por Sebastián, sin necesidad de masticarla demasiado. Tras unos pasos en silencio, Aurora se desabrochó el abrigo de piel:

—También hace bueno aquí.

—Sólo desde ayer; los demás días ha hecho mucho frío.

Cruzaron la plaza atestada de tenderetes, que a esa hora se levantaban, y de vendedoras de pan blanco, cuyas insistentes ofertas les asaltaron al pasar. Ante el portal de la Aurora se detuvieron y, como ya era costumbre en ellos, Sebastián subió al banzo y ella quedó abajo. Era el único procedimiento hábil para equiparar sus estaturas. La Aurora le miró con insistencia:

—Chico, ¡pero si tienes traje nuevo!

Sebastián se azoró. También él se había desabrochado

disimuladamente el abrigo para que ella reparase en los progresos de su indumentaria. Le separó ella los dos extremos del gabán:

—Es muy bonito. Estás muy bien con él, Sebastián; de verdad.

Él vio una salida viable para su aturullamiento:

—También tú, a lo que parece, has estrenado.

Aurora se abrió el abrigo para que Sebastián contemplase el vestido nuevo a su placer.

—Es de mucho gusto, Aurora, ¡ya lo creo! Pero ¿sabes que me parece que has engordado en Madrid? Estás más ancha... un poco más voluminosa.

Se frunció la frente de Aurora y su expresión se ensombreció:

—No digas memeces. Eso es una impertinencia, Sebastián. Eres un grosero. Ven a buscarme a las siete.

Y subió los peldaños presurosa, dejando a Sebastián plantado y con ganas de decir: «Pero si no me importa, de veras. Me gustas igual». Pero no se atrevió. La voz de su novia le había sonado con un acento desgarrado y extraño; con un acento que era la primera vez que sorprendía en la boca de la Aurora.

Capítulo VII

El comportamiento absurdo de la Aurora apabulló a Sebastián. La frialdad inicial, unida a su iracunda despedida, le hizo volver a recelar que no era él lo más importante de cuanto ocupaba el corazón de la muchacha; por más que el «doctor cubano» le asegurase su fidelidad «en pensamiento, palabra y obra».

Pero, además, por una inexplicable razón, después de volver a verse con la Aurora, advertía que tampoco la muchacha, contra lo que había creído, constituía para él nada fundamental y hasta se le hacían ahora risibles y extravagantes los celos exaltados que le condujeron a correr detrás del «doctor cubano» mendigando unas migajas de tranquilidad interior. Se indignaba consigo mismo y una sordidez retroactiva le llevaba a lamentar el despilfarro —doce pesetas con sesenta y cinco céntimos— realizado para pagar la consulta. Se daba cuenta, de pronto, que no eran celos lo que le impulsó a dar ese estúpido paso, sino su propio egoísmo, el recelo característico del hombre inferior que en todas partes cree entrever una humillación de su amor propio.

Sebastián daba vueltas a estos pensamientos mientras se entendía con la muchedumbre de clientes. Plegaba y desplegaba enormes piezas ante los ojos de la clientela, que picaba, vacilaba o rotundamente dejaba de picar.

—Puedo enseñarle otra cosa. De eso tenemos un gran surtido. —Cabía en lo posible que fuese la viva realidad de la Aurora, muy inferior a la imagen que conservaba en el recuerdo, lo que vigorizaba su vertiginosa e irreprimible desilusión. Era posible, también, que fuese la interposición del Sixto, su realidad casi olvidada, lo que enfriaba la pasada vehemencia del pobre Sebastián.

—Mire, no me gusta. No es precisamente esto lo que busco. Yo quería una muselina blanca, pero un poco más tupida.

—Lo siento, señora; de eso no tenemos nada. Tal vez lo recibamos en el próximo envío. ¿Usted qué deseaba, señorita? —De todas formas lo innegable era que la Aurora le había decepcionado. Tal vez no la hubiese amado nunca; tal vez sólo le hubiera empujado a ella su absoluto y frío aislamiento; quizá una fe necia en sus palabras de escepticismo respecto a los hombres y las cosas; tal vez...

[(*De todas maneras, una persona que recibe dinero por informar al público debería medir sus palabras con un poco más de formalidad. Era indignante que el «doctor cubano» se hubiese expresado de un modo tan atrevido. A lo mejor se habían pronunciado así adrede para burlarse de él.*

De él, que en última instancia era quien aquel día, con sus doce sesenta y cinco, les había echado de comer. Gracias a que habían topado con Sebastián Ferrón y no con otro, que si no aquella osadía podría haberles costado muy cara. Pero, en definitiva, eso no importaba. Lo que realmente trascendía era la posibilidad que ahora vislumbraba Sebastián de que el «doctor cubano» no fuese infalible, de que pudiese equivocarse como un Juan Pérez cualquiera y la fidelidad de la Aurora —de pensamiento, palabra y obra— hubiera de ponerse, de nuevo, en tela de juicio…)]

—Muy bien. Espere, que se lo envuelvo. ¿Deseaba algo más?

—No; nada más. Muchas gracias.

—Anita, haga el favor de cobrar sesenta y tres setenta y cinco… Gracias, señorita. ¿La atienden a usted, señora? —De otro lado, Aurora había regresado muy especial. Nada concreto cabía decir de ella, de su actitud, ni de sus palabras. Pero algo dejaba traslucir su voz, su mirada, su persona entera, que no agradaba a Sebastián.

El nuevo dependiente se movía con agilidad, mientras su cerebro se desbocaba, sin pausa, en una serie inacabable de conjeturas. De cuando en cuando se detenía pensativo en su quehacer hasta que su mirada ausente coincidía sobre las uñas de sus dedos, desarrolladas y casi normales, y esta visión lo incorporaba instantáneamente a la realidad. A intervalos le asaltaba el recuerdo del maniquí abandonado en la trastienda y esta evocación exaltaba su carne. Él movía la cabeza de un lado a otro, pretendiendo liberarla de la acuciante impresión de aquellas curvas turgentes, henchidas de serrín. Mas la imagen, absurdamente provocativa, tornaba a asaltar su mente con turbadora insistencia.

La afluencia de personal había decrecido en los últimos minutos y Sebastián frenaba su diligencia para tomar aliento. En la calle era ya de noche y hacía rato que brillaban en el establecimiento las potentes luces que nutría el grupo electrógeno recientemente instalado por don Saturnino. La caja espaciaba sus timbradas, como si acusase la nerviosa carrera de las últimas dos horas. También Anita podía, ahora, levantar tranquila su rubia cabeza y respirar el aire calefactado de los Almacenes con parsimonia y fruición. Los dependientes se miraban entre sí como se miran el tocólogo, el marido y la comadrona después de coronar halagüeñamente un trabajoso parto. Emeterio iba y venía colocando piezas en los estantes por su orden de numeración. Al día siguiente era domingo y el esfuerzo actual apenas si contaba. Mañana dormirían a pierna suelta hasta mediodía y después se encontrarían, adormilados aún y sombríos, en la misa de una de la catedral.

Cuando todo aparentaba haber concluido aquella tarde, se abrió la puerta de cristales del establecimiento y entró una mujer joven, alta y bien formada, acompasada por el uniforme taconeo de sus zapatos contra los baldosines. Sebastián se hallaba de espaldas a la puerta y no

se inmutó, pero quedó perplejo al observar el unánime aceleramiento de sus compañeros, como si hubiesen sido estimulados por un mismo espolazo:

—¿Qué tal, señorita Irene? —decía uno de los hermanos deportistas, acercándole una silla.

—¿Cómo le ha ido por aquellas tierras? Sea usted bienvenida. ¡Vaya si la hemos echado a usted de menos! —Don Arturo estrechaba la mano de la visita. Después volvió con disimulo la cabeza y susurró imperativamente a Emeterio—: ¡Corre a avisar a don Saturnino!

Los demás dependientes expresaban su júbilo por la visita en análogos términos y todos, al parecer, se regocijaban igualmente de que la joven hubiese regresado ya de «aquellas tierras», donde, por lo oído, había pasado «tres estupendos meses de vacaciones».

Sebastián no era curioso en exceso. Sin embargo, el agresivo entusiasmo de sus colegas le impulsó a volver perezosamente sus ojos hacia el lugar donde la mujer charlaba con don Arturo, rodeada por las melifluas sonrisas de toda la dependencia. Sebastián miró un momento con idea de no prolongar demasiado su mirada; pero, apenas vuelta la cabeza, dio un gran salto y giró su cuerpo por completo. La verdad es que la visita justificaba este exaltado celo de Sebastián.

Jamás en la vida había contemplado éste una tan soberana belleza concentrada en un simple cuerpo humano. La envolvía una grácil aureola, como si se tratase de algo inasequible. Tenía el pelo muy negro, recogido en dos cocas por detrás de las orejas. Éstas eran pálidas, rematadas por unos lobulillos rosados y carnosos de los que pendían unos pendientes fulgurantes que avivaban su sensualidad. Del óvalo de su cara, apenas sin maquillar, resaltaban sus pupilas verdes, muy vivas, enmarcadas por unas pestañas espesas y oscuras. Su nariz pequeña, un poco respingona, se elevaba sobre unos labios graciosamente curvados que se separaban uno de otro, como con pena, cuando su dueña tenía que hablar o sonreír. En estos casos exhibía dos filas de dientes muy blancos y cuidados.

Pero tal vez lo que más llamó la atención de Sebastián fue el cuello torneado, firme y larguísimo de aquella muchacha. Emergía del abrigo de pieles con una rotunda seguridad de sí mismo, con la orgullosa convicción de saberse cimiento y sostén de la cabeza más hermosa de la tierra. Sebastián pensó muy seriamente que de otorgársele la gracia de poder rozar con sus dedos aquella columna mágica y tersa no le sería posible evitar un desmayo.

La joven vestía y calzaba con elegancia y naturalidad. Nada resultaba forzado en ella. Podría afirmarse que había nacido envuelta en aquel espléndido abrigo y calzada con aquellos zapatos. Cuando hablaba, todos sus miembros y hasta sus ropas participaban de su actividad; ayudaban a endulzar aquellas frases moduladas y

persuasivas que escapaban de su boca fluida, naturalmente…

Don Saturnino surgió presuroso de su despacho, seguido muy de cerca por Emeterio, jactándose aún de su embajada. Sonreía el señor Suárez con un caudal de simpatía extraordinario:

—¿Cómo está usted? Ya era hora de que la viésemos por aquí. ¿Y sus papas? Dígame: ¿cómo resultó ese viaje? Espléndido, ¿verdad? «Aquellas tierras» son lo más parecido al paraíso que aún queda en el mundo. Se la ha echado de menos. ¡Vaya que sí! Pero siéntese, siéntese, señorita Irene, por favor.

—No, muchas gracias, le aseguro que estoy muy descansada.

—Vaya, vaya, vaya. —Don Saturnino se frotaba una mano con otra, con un movimiento iterativo que a Sebastián le parecía grosero e inarmónico. La dependencia se había desparramado al aparecer el jefe. Sólo don Saturnino y Arturo atendían a la visita—. Y qué, mejor tiempo que por aquí, ¿no es así? En esta tierra no salimos de heladas y de nieblas. Por allá supongo que luciría el sol y hasta podrían permitirse el lujo de salir sin abrigos. Es un clima hermoso aquél. Cuando yo estuve en el año treinta y cuatro… Claro que eran otros tiempos, pero el clima no creo que haya cambiado para nada…

Todo se lo decía él. A Sebastián le disgustaba que no la dejase despegar los labios. Aquella voz armoniosa, oída por primera vez hacía cinco minutos, le iba siendo necesaria, imprescindible, para conservar la integridad de sus tímpanos. De pronto notó Sebastián que le golpeaban la mandíbula y sus dientes chocaron con rudeza. Advirtió entonces que tenía la boca abierta y se ruborizó al ver reír a su lado a uno de los hermanos rubios:

—Buena mujer, ¿eh?

Le olió mal a Sebastián esta expresión soez, aplicada a aquella muchacha ingrávida y de una realidad tan delicada y sutil:

—Es… hermosísima… sí.

—No hay mejor hembra en muchos kilómetros a la redonda, tonto. ¿Tienes ahí la pana rayada verde? Tengo que atender a aquella lechuza. ¡Diablo!, ¿por qué no serán todas las mujeres como ésta?

Sebastián no comprendía cómo la presencia de Irene no trasmudaba a sus compañeros; no les elevaba sobre la rutina rastrera y prosaica de todos los días; él consideraba a aquella mujer como muy capaz de dignificar cuanto tocase, más aún, cuanto rozase la onda expansiva de su lozana y contundente armonía.

—Ahí la tienes.

No pudo evitar el quedar nuevamente prendido en la maravillosa vitalidad de la muchacha. Prejuzgaba que sería muy difícil y laborioso encontrar algo más bello en el resto de la tierra. Sebastián había visto mujeres hermosas, si se quiere mujeres de una belleza extraordinaria, pero nunca —estaba bien seguro— ninguna como aquélla. **[***Exhalaba*

un hechizo particular, algo indefinible e indescifrable que llegaba envuelto, entreverado, en su propio perfume. Un perfume, por otro lado, que invadía a oleadas todo el establecimiento y que aparentaba fluir de su piel tersa y blanca, como algo consustancial con ella misma, como un aroma peculiar, inimitable, de su excepcional juventud.]

Comprobaba que la contemplación de aquella mujer le elevaba, le purificaba, le hacía ver que por encima del barro existe algo que aletea y redime la materia. No era la escultural modelación de aquel barro, con ser mucho, lo que le hacía vibrar con una desacostumbrada emoción; era la luz, el difuso matiz, que lo vivificaba y le imprimía un equilibrio y un ritmo.

—¡¡Vamos, joven!! ¿Me quiere usted despachar de una vez?

Fue un brusco descenso a la tierra la destemplada citación de aquella mujeruca arropada en un chal negro, moteado de caspa. Sebastián observó su faz terrosa, la piel duramente fruncida de las mejillas, y se afirmó en su creencia de que el mundo entero no estaba preparado para alojar una beldad como Irene.

—¿Me quiere enseñar los retales de la otra temporada? Me da lo mismo el género y el color.

(Se reía Irene, con una rara musicalidad en la contracción de su garganta. Sebastián comprobó que todo acompañaba con dignidad a su porte, sin rebajarlo, antes bien, añadiendo ignotos y sutiles matices que redondeaban su perfección. Sebastián no acertaba a desenvolverse.)

—Ha dicho usted retales, ¿verdad?

—Sí, sí, retales, por favor; tengo un poco de prisa.

(Prisa, prisa... ¿No podía haber un paréntesis en la vida de todos los hombres para recrearse en la suma perfección? Aunque después de todo, ¿qué podía importarle a esta mujer del chal negro y casposo y la cara fruncida la impecable sazón de la otra? Ahora hablaba ella. Don Saturnino, al fin, se había callado, había interrumpido sus preguntas afirmativas. «No tienen el gusto que en la Península, eso por descontado... ¿Tipismo, dice? Tal vez sí. Aunque yo creo que el tipismo de todas partes sólo es ya una atracción para forasteros. Cuando llegan los barcos de la Península...» ¡Oh, Dios, qué afortunada Península! Sebastián imaginaba los rabiosos celos de toda la geografía física. Intuía que los golfos, cabos, cordilleras y todos los istmos del mundo rabiarían de celos ahora al oír que ella decía con aquella cadenciosa entonación *Península* y nada más que *Península*.)

—¿A cómo es esto?

—Sesenta pesetas ese retal; el amarillo, cincuenta y cuatro.

(Irene proseguía: «No se ría usted, don Saturnino. Son los novios los que dan de comer a las islas. Hasta tal punto que si ellos faltasen se paralizaría la vida de una manera casi absoluta». ¡Oh, las islas!

Menos mal que Irene repartía un poco equitativamente entre la geografía el don de pronunciar sus nombres con su voz modulada y graciosa. Eran sus palabras las que usualmente se emplean en el lenguaje corriente, pero en su boca adquirían unas tonalidades especialmente sabrosas y expresivas.)

—Póngame éste de cincuenta y cuatro. Después de todo, para lo que lo quiero tanto me da uno como otro.

(A Sebastián no le afectaba el uso que la mujeruca del mantón casposo y la cara fruncida pudiera dar a aquel retal amarillo de cincuenta y cuatro pesetas. Realmente, en estos instantes, no le importaba nada, fuera de la actitud, la voz y la sonrisa de Irene, a quien absorbía con sus ojos por encima del hombro de la mujeruca del chal.)

—¡Anita, cobre cincuenta y cuatro pesetas, por favor! ¡Usted siga bien, señora!

Desfilaban los últimos clientes. Irene había pedido algo que ahora le mostraba don Arturo en el otro extremo de la tienda. Pareció complacerla enseguida:

—Me lo enviarán, ¿verdad?

(Otra sonrisa. En verdad, todo se reducía hoy a un ininterrumpido peloteo de sonrisas.)

—No faltaba más; dentro de cinco minutos lo tiene usted en su casa.

Ella le ofreció su mano:

—Adiós, Arturo; hasta otro rato. Ya saben que de nuevo me tienen aquí. Usted siga bien, señor Suárez. Adiós a todos.

Las flexiones y las sonrisas de la dependencia hicieron pensar a Sebastián que Irene era una reina en el establecimiento. (Y le agradó que así fuera por su hermosura deslumbrante y expansiva, por la calidad de relevante excepción que la encumbraba sobre las demás de su sexo.)

Taconeó Irene brevemente al cruzar la tienda. Al discurrir frente a Sebastián dirigió los ojos verdes hacia él un poco sorprendidos. Sebastián se sintió poseído de un extraño hormigueo que se tradujo, segundos después, en una emoción inquieta. Finalmente, Irene traspuso el umbral y salió a la calle. Sebastián la vio aún franquear el fragmento de acera que ocupaban las vitrinas y se dio cuenta de que todos los jóvenes que iniciaban a aquella hora su paseo vespertino volvían la cara insistentemente y se daban codazos admirativos al cruzarse con ella.

La respetuosa admiración de la dependencia se relajó en cuanto Irene abandonó el local. El fervor de los hombres se tornó entonces en un procaz apetito, alentado por una exacerbada animalidad. Expresaba cada cual sus deseos con una desgarrada y deprimente

crudeza. Sebastián se confesó su error de haber pensado anteriormente que la belleza de Irene bastaba para elevar y dignificar la carne. Le sorprendieron, más que nada, las expresiones instintivas de los dos hermanos rubios y, por vez primera, comprobó que ambos eran susceptibles de poner acaloramiento y pasión en un tema diferente del fútbol. Por asociación de ideas advirtió que Irene ocasionaba en los temperamentos de sus compañeros los mismos apasionados furores que en él despertaba el recuerdo del polvoriento maniquí de serrín.

Por su parte, el conocimiento de aquella mujer había significado para Sebastián algo importante en su vida, algo cuya huella constataba él, profunda y distinta, perfectamente diferenciada, allá abajo, en lo más hondo de su espíritu. En principio no discernía claramente el significado de esta huella. Aquilataba su existencia, su indeleble impacto, pero se veía imposibilitado de calcular sus efectos y medir sus resultados en el porvenir de su vida. Por de pronto le inundaba un enardecimiento casi místico; le apabullaba, aplanándole, la gigantesca idea de la perfección.

Al salir aquella tarde de los Almacenes procuró coincidir con Manolo. A la larga iba convenciéndose de que era éste la única persona para quien su antiestética estructura no constituía un motivo de regocijo y de burla. Manolo era serio, honrado y un amigo verdadero. Su faz consumida, en la que detonaban sus ojos saltones atravesados de venitas sanguinolentas, daba idea de lo dura que era para él la lucha por la existencia. No obstante, era un hombre equilibrado. No descorazonaba de salir con bien —él, su mujer y su prole numerosa— del atolladero de la vida. Cuando le interrogó por lo que significaba Irene para el establecimiento, no se sorprendió al oírle decir que aquella joven equivalía, ni más ni menos, a la prosperidad de los Almacenes. Sin duda, era la mujer más hermosa y elegante de la ciudad, además de pertenecer a una familia distinguida y adinerada. Ella imponía la moda, los gustos y las aficiones en la pequeña ciudad. Gastaba un dineral en vestirse y adornar su casa. Tras ella invadían el establecimiento verdaderas turbas de jovencitas que copiaban sus indumentarias con la especiosa esperanza de lograr, al arroparse en aquellos trapos, el prodigio de trasmutarse en hermosas y atractivas Irenes. Era, simplemente, lo de siempre; el instinto gregario, el afán de superación, de equipararse a la mujer más arrogante y sugestiva de la agregación, olvidando que la gracia es un don innato que no se adquiere, artificialmente, con nada. Éste era, en pocas palabras, el hilo que unía a Irene con los Almacenes, el secreto que explicaba su delirante acogida en el establecimiento.

Sebastián, en su exaltación, no podía hablar de otra cosa. Absorbía materialmente las palabras de Manolo. Le agradaba tener por fondo de la conversación la grácil y cimbreante silueta de Irene, su

rotunda y plástica proporcionalidad. Ahora le interrogaba por su ausencia, por el equivalente geográfico de «aquellas tierras». ¡Ah, claro! Había estado en Mallorca. Tenía, por lo visto, familia allí. Naturalmente, no había desperdiciado la ocasión y había pasado en las islas cerca de tres meses. A Sebastián le pareció bien aquel devaneo. Las mujeres como Irene debían dedicarse a recorrer el mundo o a convertirse en piezas de museo. Eran arte y el arte debe doblegarse a la educación del rebaño, de la colectividad. A Irene no le estaba permitido encerrarse en un núcleo más o menos populoso; se debía a la exhibición, al entusiasmo y al aplauso de las multitudes.

Al dejar a Manolo en el cruce de dos calles, Sebastián se dio cuenta de que aún permanecía en la tierra, agarrado con su podredumbre al asfalto de la vieja ciudad castellana. Su exaltación le había conducido a lejanos parajes de ensueño, parajes que se adecuaban con la soberana belleza de Irene, con el tono cantarín y sugerente de su hermosa voz. Ahora la ciudad se le hacía vieja, turbia y desapaciblemente sucia; desabrida en su rutina gris, en su monotonía de piedras amontonadas con un diverso y a veces opuesto sentido arquitectónico. La escasa luz la hacía todavía más lánguida y decadente. Las calles equivalían a tiras de asfalto, ribeteadas por casas desiguales, amorfas, vagamente lóbregas y huidizas. Las conversaciones de los transeúntes eran huecas y vulgares, como las casas y las calles; con un ritmo roto, desafinado, de música maltratada. En las esquinas algunas viejas vendían castañas asadas, encerradas en una casetucha de maderas grises, con reminiscencias de ataúdes. Despachaban diez, quince, veinte de castañas y se quedaban tan contentas con la calderilla amontonada en un cestito de mimbre, análogo al que empleaban para despachar sus frutos calientes.

Sebastián sentía su cabeza poseída de difusas e imprecisas sensaciones. Era Irene quien motorizaba su cerebro aquella noche; su intachable equilibrio quien impregnaba, por contraste, a la ciudad, de un vaho de desagradables imperfecciones.

Avanzó despacioso y cansino hasta la Plaza del Mercado. El fétido hedor vespertino se hacía irresistible allí, después de un día de sol más bien caldeado. La franqueó y entró en su barrio, invadido de una postradora sensación. Tras unos pasos inseguros, titubeantes, oyó la voz de la Aurora a su lado:

—¡Podías venir con más calma! ¿Es que no sabes qué hora es? Llevo esperándote en el portal más de un cuarto de hora. Y ya sabes que si hay algo que deteste en el mundo es esperar y esperar como una idiota más de cinco minutos seguidos.

Sebastián no tenía vigor bastante para contestar; pensó, además, que no valía la pena hacerlo; que le era completamente indiferente lo que la Aurora creyese. Le raspó su sensibilidad la agria reprimenda y

le pareció bufo, repugnantemente risible, que aquella mujer, miope, grosera y culibaja, tuviese la osadía de escarnecerle en plena calle a él, a él, que acababa de entrever la perfección y la armonía, que había convivido con ella durante un breve lapso de tiempo, cobijados bajo un mismo haz de luz. Se sentía impermeable a cualquier denuesto, enervado por una extraña atonía. No tenía deseos de andar, ni de moverse, ni de compañía. Le hubiera agradado perderse en sus lucubraciones, fantasear, desgajado absolutamente de su triste existencia.

Aurora paseaba a su lado como una extraña. Sebastián celebraba su enojo, ya que así no se veía forzado a hablar, a rebuscar frases tontas y absurdas, constreñido por la precisión de decir algo. Así era más grato caminar; cada uno en su mundo. Súbitamente había apreciado que aquellos amores suyos con la Aurora eran extravagantes y atrozmente ridículos. Ridículo él, en su detestable conformación; ridícula ella en sí misma, en sus pretensiones, en sus desvergonzadas aventuras, en su prurito de recoger velas ahora y enmendar definitivamente sus malos pasos. E inefablemente ridícula y grotesca la pareja, la confluencia de ella y él en su común aspiración, burda, ramplona y carnal, de formar un día un solo cuerpo.

A cada paso crecía su vergüenza y su estupor. Ahondaba Sebastián en su risible corporeidad y se enfurecía contra ella, contra sí mismo, contra la torpeza de su padre, pequeño y deforme como él, empeñado en depositar su nefasta semilla en el interior de una mujer zafia, primitiva e ineducada. A veces Sebastián movía la cabeza rápidamente de un lado a otro, tratando de librarla de aquellas ideas peligrosas, sutilmente envenenadas. Mas las ideas retornaban, mostrando su perfil más sangriento y doloroso, y Sebastián, involuntariamente, las rumiaba una y otra vez, y una y otra vez las rechazaba y volvían a asaltarle.

Paseaban ahora frente al paredón de ladrillos rojos que resguardaba el colegio de monjas; es decir, por el lugar que instintivamente habían elegido, otras tardes, como refugio ideal de su amor. La Aurora iba mitigando su mal humor y pronto dirigió la palabra a Sebastián. Éste le contestó mecánicamente, sin saber a punto fijo qué le decía. Sin embargo, el hielo se había roto y pronto entablaron un diálogo normal. Se disiparon un tanto las imágenes torturadoras del cerebro de Sebastián; se aventó su pesadilla y no quedó más que la idea fija, risible y vergonzante de aquel amor —el suyo y el de Aurora—, que era como el esfuerzo titánico de dos despojos humanos pugnando por arrancar de la vida unas briznas de placer.

La Aurora se humilló de repente:

—Perdóname, Sebastián. Sí, ya sé que he estado un poco dura

contigo, pero ya sabes que me molesta esperar. No puedo soportarlo. Impónme cualquier penitencia menos ésa. Ya me hago cargo de que habrás tenido que hacer en la tienda, pero al verte venir con esa cachaza no me pude contener y…

Significaba esta declaración de parte de la Aurora un hecho insólito y excepcional. Mientras se disculpaba había tomado entre las suyas la chata mano de Sebastián y la acariciaba una y otra vez con ánimo de imprimir mayor fuerza y convicción a sus palabras.

Para Sebastián fue muy doloroso apreciar que aquellas caricias cálidas y reiteradas no tenían ya siquiera fuerza para mover su carne, quedaban por debajo de la potencia sensual del maniquí insensible y mudo de la trastienda de los Almacenes.

—Bah, es una bobada. No te disculpes por eso, Aurora. Comprendo que es muy molesto esperar. Yo también lo he hecho muchas veces; pero para una chica es distinto, ya lo sé…

Inesperadamente Aurora se detuvo en el portón trasero del colegio. La escasa luz que llegaba del farol de la esquina se esfumaba en el hueco de la puerta. La Aurora se introdujo en el oscuro rincón y arrastró tras de ella a Sebastián. **[***Sin decirle nada sus brazos cercaron su cuerpecillo atrayéndolo irresistiblemente hacia sí. Sebastián no perdió el tino. Conservaba una lucidez extraña para observar y analizar cada movimiento de la Aurora con fría razón. Y sintió asco; un asco nasal, nauseabundo, estimulado por la proximidad del aliento desagradable de la mujer. La conciencia de Irene, inmutable y viva dentro de él, enervaba sus instintos, los desvanecía hasta trocarlos en un sentimiento seco de repulsión:*

—¿Qué intentas, Aurora? ¿Qué pretendes hacer?

Ella no respondía. Acercó sus labios codiciosos a los suyos y los entreabrió con imperiosa y voraz pasión. Sebastián sintió sobre sí la húmeda succión del beso pero no por ello se quebró su frialdad. Se notaba increíblemente lejos de la Aurora, de su propia carne, vacío de instintos primarios y de bajos impulsos. La Aurora aflojó el cerco de sus brazos y murmuró decepcionada: .

—Estréchame, aprieta, ¿o es que los hombres tan poca cosa como tú no tenéis instintos?

Le rozaba la piel el aliento ávido, pecaminoso, de la Aurora; le envolvía, cálido, apasionado, con la tácita promesa de una entrega total. Pensó él que todo esto, un día antes, lo hubiera arrastrado, incontenible, hasta la pérdida total de su dignidad de hombre. Mas hoy no era así. **]** Él se encontraba sublimado por el presentimiento de Irene, anulado en su rastrera carnalidad. No hubo de esforzarse para aplacarla:

—No, Aurora, no; debemos dominarnos. Esto no está bien que lo hagamos antes de casarnos. Esto es una porquería.

Aurora cedió. No parecía contrariada ni humillada, si es caso

poseída de un nervioso desasosiego, como cuando nos invade la sospecha de haber dado al buzón una carta sin franquear. Los cercó una pausa espesa, plagada de remordimientos reprimidos. Finalmente la Aurora habló:

—Quizá tengas razón; soy una tonta y una impaciente. Pero es que nuestras cosas van demasiado despacio, Sebastián. —Se ordenaba el cabello y se sujetaba las gafas, que en el forcejeo habían estado a pique de caer—. Debemos arreglarlo todo cuanto antes. Sí, ¿por qué no? Mañana quiero que vengas a casa. Merendaremos juntos y te presentaré a toda mi familia.

Esperaba la respuesta de él con una ansiedad tan notoria, que Sebastián no pudo eludirla.

—Sí, claro; tienes razón. Recorriendo las mismas calles cada día no adelantamos nada.

Se le veía desinflado de entusiasmos, acatando la sugerencia de Aurora como la orden de un superior. Mas ella no reparaba en su depresión.

—Entonces mañana te esperamos en casa. No te dé apuro, pues ya conoces a casi toda la familia. Además, no lo pasaremos mal, ya lo has de ver.

Habían reanudado los paseos a lo largo de la roja tapia del colegio. Sebastián se veía arrastrado por un vendaval interno en el que se combinaban sensaciones diversas y encontradas. Presentía que acababa de dar un nuevo paso, un paso que le aproximaba a una meta peligrosa, pero prefería no pensar en ello, prefería dejar que las cosas navegasen un poco merced a sus propios impulsos.

Recorrieron el rojo paredón una, dos, mil veces; ida y vuelta, vuelta e ida, en un pendular sin fin ni objeto. La noche, la ciudad, la Aurora, eran distintas. Nada coincidía con el clima reposado, sólidamente apuntalado de tardes, paseos y entrevistas anteriores. No obstante, el cerebro de Sebastián iba serenándose, entreviendo la razón por la que las cosas cambiaban de matices con esta facilidad sorprendente.

Cerca de las nueve tomaron el camino de su barrio. Próximos ya, los arrolló un torrente humano que salía del cine comentando a gritos la película. Aurora y Sebastián bracearon contra corriente. A él le invadió la sensación de que se ahogaba, de que la multitud le apretujaba las costillas oprimiéndole el corazón. Luego se percató de que la gente no estaba tan aglomerada como para asfixiarle y constató que su sensación provenía directamente de su particular estado de alma. Y una vez más hubo de deplorar Sebastián tener una sensibilidad tan desarrollada que le permitía ahondar de esta manera en su propia y despreciable podredumbre.

[*La Aurora, al despedirse, le oprimió la mano con mayor devoción*

que la que en ella era habitual:

—No te olvides, Sebastián; a las siete te esperamos mañana.]

Capítulo VIII

Los domingos eran días de especial animación en el barrio de Sebastián. Es verdad que rara vez faltaban la algazara y el bullicio, pero los domingos esta animación adquiría unas características peculiares y hasta la atmósfera delataba la festividad con un denso olor, desde la mañana a la noche, a humo de puros baratos y ropa recién planchada.

Raro era el ciudadano que acudía a oír misa fuera de la parroquia. Las misas se sucedían, en ésta, de hora en hora y, desde las siete, las naves frías de la iglesia románica veíanse atestadas de fieles. La hora de cumplir con Dios iba en razón inversa de la edad; eran las viejas las que acudían a las primeras misas de la mañana, y los jóvenes, hombres y mujeres, los que parecían citarse en la explanada de delante del templo diez minutos antes de las doce, hora en que se celebraba la última misa.

Los jóvenes fumaban ante la puerta aguardando el Evangelio, mientras las chicas entraban precipitadamente en la iglesia poniéndose las mantillas y dejando ver por el abrigo, intencionadamente entreabierto, sus trajes domingueros de tonos audaces y chillones. También los mozalbetes reservaban para estos días lo mejor y más selecto de sus roperos, y sus camisas blancas, azules o a grandes cuadros les oprimían la nuez, ceñidas por unas corbatas detonantes y de bien centrados nudos.

Terminada la misa, se reunían en corros delante de la iglesia y mientras los mozos acosaban a las chicas con requiebros de todos los tonos y gustos, ellas, halagadas, daban grititos de ofendido pudor, se desplazaban de grupo en grupo en alocadas carreritas o respondían con una dulce sonrisa y una pudorosa y lánguida caída de ojos como aconsejaban su vanidad satisfecha y su estudiada táctica del coqueteo. Luego paseaban por la estrecha calle, los novios y los que aspiraban a serlo, grandes grupos de chicas y chicos hablando de noviazgos, de películas y de fútbol. La cola del cine se retorcía bulliciosa y abigarrada en contraposición a las casi siempre negras y sombrías de los huevos de ración y de la carne. Nadie se acordaba del lunes, y si, como excepción, se proyectaban las imaginaciones hacia el futuro, era para pensar y decidir un plan para el domingo siguiente o para la próxima festividad.

Si la mañana estaba templada, mucho más en los días en que el sol invernal se arremansaba en la angosta calle, los paseos se prolongaban hasta las dos y el barrio entero hervía produciendo un

excitante y juvenil rumor. Las vecinas más viejas y las amas de casa, a quienes la cocina sujetaba en sus hogares, comadreaban de balcón a balcón, se citaban para la tarde o comunicaban la última novedad sobre el enfermo de gripe postrado en cama en la adyacente alcoba. Ninguna boca permanecía inactiva en la jornada mañanera de los domingos. Era como si la vitalidad avasalladora del barrio rompiese sus diques de contención, periódicamente, una vez por semana.

Hacia las dos, la calle iba quedando desierta. Sólo la confitería seguía vomitando gente durante un cuarto de hora todavía, gente que parecía hipnotizada con su paquete de pasteles en la mano pendiente de una cuerdecita de franjas azules con otra blanca en el medio.

Cerca de las tres volvía a iniciarse el rumor; paulatinamente, como una ola que va engrosando para terminar en fragoroso estallido. El olor a cigarro barato se introducía por todos los rincones y sobre el barrio pesaba como una fina neblina gris. Comenzaba, entonces, la actividad de las tabernas —siete abrían sus puertas a lo largo de la calle—. Eran tugurios modestos la mayor parte de ellas, y allí, entre gritos y palabrotas, en un ambiente caldeado más por la temperatura humana que por la energía de cualquier comestible, ante unos vasos de grueso cristal rebosantes de malta con leche caliente, los hombres se jugaban sus ahorros al tute, a la garrafina o a las carreras. El juego en cuestión no significaba nada fundamental; lo fundamental consistía en sentir el escalofrío del riesgo y doblar o perder en unos minutos un puñado de pesetas ganadas con el sudor de ocho o diez horas de trabajo. En otras mesas se hablaba de fútbol. El fútbol iba imponiéndose, a raíz de la guerra, como el supremo espectáculo de masas. De vez en cuando, algún taurófilo, de antigua generación, se lanzaba por los fueros de su fiesta favorita, pero no tardaba en caer estrepitosamente derrotado por un grupo de inquisidores de la nueva religión del deporte. Éstos no transigían; creían entender que los toros se fueron con Joselito y la era del fútbol asomaba incontenible y pujante, constituyendo un empeño vano tratar de resistir su implacable influjo.

Alguno, más osado que sus compañeros de «filia», aseguraba que mientras los toros no desapareciesen sin dejar rastro, con toda su cohorte de flamenquismo, pintoresquismo y folklore andaluz, en España no podrían fabricarse automóviles. A esto saltaba el padre de una criatura prodigio que obtuvo una mención en el último concurso de «Arte hacia la Fama», o de «Fiesta en el Aire», que no había en el mundo arte más puro y fascinante que dos mujeres bailando con garbo unas sevillanas, o un gachó, con voz bien timbrada, arrancándose por bulerías.

La semilla de la discordia estaba sobre la mesa; el calor de los comentarios en torno no tardaría en hacerla germinar. La discusión

subía de tono y no era imposible que el intolerante defensor del fútbol saliese de allí con una pata rota y sin poder acudir en un mes a su espectáculo favorito, o el embrión de artista que caminaba hacia la fama con paso decidido, hubiese de perder, maltrecho en la cama de un hospital, un tiempo inestimable para conquistar la meta de sus largas aspiraciones.

En uno u otro sentido, la sangre del barrio bullía excitante e inquieta en la jornada dominguera. A fin de cuentas, el partidario de las sevillanas y las bulerías partía hacia el fútbol con su grupo de amigos tan pronto sonaban las tres y media y el fanático inquisidor de la «torería» marchaba sin escrúpulo a la novillada en las soleadas tardes de primavera, sin importarle mucho, después de todo, si en España podían fabricarse automóviles o no. Ni si en realidad eran los toros los culpables de este retraso nacional.

Mientras los hombres se hallaban en el fútbol, en el barrio imperaban, efímeramente, las mujeres, que aprovechaban este paréntesis de absoluto matriarcado en injuriar a sus maridos, insultar a las vecinas o, las más jóvenes y de lengua menos acerba y desarrollada, en hablar de los trajes que se confeccionarían para la próxima primavera y de sus esperanzas y devaneos amorosos. Pero en el fondo de todas estas conversaciones femeninas latía un difuso temor de que el equipo representativo de la ciudad pudiese salir del encuentro de aquella tarde con dos puntos negativos. La que más y la que menos entendía este léxico para darse cuenta de que aquellos puntos negativos podrían significar una cena borrascosa y, si se terciaba, una inmotivada y extemporánea paliza. Los hombres eran —en opinión de las mujeres del barrio— unos animales primarios y feroces que actuaban siempre —injusta e irracionalmente, por supuesto— en virtud de una concatenación de causas sólo comprensibles para las inteligencias más sutiles y despiertas. Acudían al fútbol para desahogarse de la opresión y los malos ratos de la oficina o el taller; más tarde, en el hogar, se liberaban de las contrariedades del fútbol insultando y golpeando a sus mujeres sin causa justificada, y, los lunes, pagaban en la oficina o el taller, con su ceño adusto y su escasa laboriosidad, los malos ratos domésticos. Era un círculo vicioso que iba contra su propia consideración de seres racionales y contra sus propios intereses. Pero la vida era así, y a nadie se le hubiera ocurrido privarse del fútbol como medida lógica frente a todas sus contrariedades, por el mismo motivo que a nadie se le ocurriría dejar de comer para cesar de sufrir.

De todos modos, los domingos del barrio concluían en el cine, en el baile o en la taberna, con el morro fruncido o las sonrisas distendidas; lo que no era evitable, en ninguno de los casos, eran aquellas canciones cascadas y aguardentosas de los borrachos que

herían sin contemplaciones el silencio nocturno hasta altas horas de la madrugada.

Sebastián, como casi todos los humanos que se sujetan a un horario de trabajo, disfrutaba más los sábados que los domingos. Esto, a fin de cuentas, es tan admisible como que la ilusión y la esperanza sean más bellas y estimables que la misma realidad.

Se levantaba tarde, y entre arreglarse, desayunar, leer el periódico, que le subía la Orencia con la ración de pan, y oír la misa de doce en el barrio, se le escapaba la mañana casi sin sentirla. Se presentaba, después, la tarde y entonces el descanso de Sebastián se trasmudaba en un desleído y monótono aburrimiento. Badulaqueaba por la casa sin objetivo definido, cuidándose de no levantar ruido para no herir los nervios de Aurelia, que dormía la siesta en la habitación contigua, y, casi siempre, concluía sentándose a la mesa con la Orencia a disputar una partida de parchís. La Orencia arriesgaba en el juego una peseta —su asignación semanal íntegra— y el azar de perderla o de doblarla la mantenía expectante y entretenida durante tres cuartos de hora. A Sebastián, la posibilidad de victoria apenas le hacía mella, y el juego, mejor que para distraerle, servía para encauzar y dar sentido a su insoportable aburrimiento.

No obstante, aquel domingo encerraba una significación especial para Sebastián. Los acontecimientos de la tarde última le desvelaron durante gran parte de la noche, y, ahora, nada más terminar de comer, su cabeza pesada y dolorida seguía dando vueltas y vueltas a la cuestión que le atosigaba. La repentina claridad con que se le representase el día antes su desamor hacia la Aurora continuaba inmutable y firme en su cerebro. Se daba perfecta cuenta de que no amaba a la muchacha, de que, en realidad, no la había amado nunca. Fue, primero, la compasión hacia ella; el cabo cordial que la Aurora le arrojó para que se aferrase a él y se salvara de su irreductible aislamiento, después, lo que le constriñó a aceptarla con entusiasmo y como posible y definitiva compañera de su vida. Luego, con el trato, comprendió que la Aurora y él eran dos esferas, dos mundos diametralmente opuestos; que nunca, por buena voluntad que se pusiese en ello, podrían llegar a fundirse y borrar sus correspondientes fronteras. El viaje a Madrid y, sobre todo, el borrascoso regreso, habían terminado por perfilar estas sensaciones que tenuemente se abocetaban ya de semanas atrás. Durante este período fue la Aurora para él el futuro remedio de su sensualidad; es decir —ahora se percataba de ello—, lo que fuera Aurelia para su pobre padre, el pedicuro Ferrón, veinticinco años antes.

Tampoco se le ocultaba a Sebastián la parte inconscientemente

tomada por Irene en esta autorrevelación de sus propios sentimientos. La vista de aquella mujer le hizo comprender la torpeza y cortedad espiritual de sus amores con la Aurora. Era necio ocultarse a sí mismo las cosas y Sebastián reconoció, con un débil sonrojo, que se había enamorado de Irene con todo el vigor de su pequeño cuerpo. Advertía que este flechazo constituiría para el mundo, si llegara a conocerlo, un inusitado motivo de hilaridad, pero él no tenía culpa de que sus fibras interiores se conmovieran a la vista de lo bello y de lo puro, ni de ser un finolis, como su madre le decía a menudo con sobrada razón. Esto era verdad. Si sentir una repulsa instintiva hacia las frases e indumentas, a cual más sucia, de Aurelia y asquearse de los apetitos groseramente manifestados de sus convecinos, o de las artimañas mercantiles del señor Sixto, o de las bravatas y audacias orales de su hijo significaba ser un finolis, él, a no dudar, lo era, aunque bien pudiera ser, como pensaba Sebastián, que se tratase simplemente de una sensibilidad descentrada como, a buen seguro, habría muchas en el mundo.

Él estaba habituado a ver que los hombres apuestos o inteligentes se casaban con las muchachas más agraciadas y distinguidas en todas las esferas sociales y que los imperfectos o incompletos matrimoniaban con las mujeres incompletas o imperfectas. Esto debería ser así desde que el mundo fue mundo y respondía a un elemental principio de lógica social. Pero —¡qué demonio!— el corazón no podía controlarse y él no tuvo en la mano evitar que el suyo vibrase con una agitación especial al contemplar a Irene por primera vez. Sí, se había enamorado de ella, no sólo la había admirado, y seguramente por no atreverse a reconocerlo a tiempo había pasado una noche infernal, inquieta, agujereada de oscuras e inarticuladas pesadillas.

Ahora, con los codos apoyados en la mesa y la frente recostada en los dedos entrelazados, se encontraba mejor ante este inaudito y descarnado reconocimiento de su verdad interior. Claro, se decía, que amar a Irene en secreto no constituye un delito. Muchos hombres han amado así, sin expresar en la vida su loco anhelo, vueltos a toda esperanza, sufriendo en la soledad las amargas e inútiles contracciones de su ambicioso corazón. Sebastián se incorporó frotándose los párpados. Estaba solo. Aurelia se había echado a dormir la siesta y Orencia fregaba en la cocina los cacharros de la comida. Se aproximó al balcón y apoyó la frente sobre la fría superficie del cristal. Así se encontraba aún mejor, como si el fresco contacto fuese bastante para apaciguar su cerebro excitado y febril.

Nutridos grupos de gente desfilaban ante sus ojos hacia el campo de fútbol. Sebastián hubiera deseado sentir aquello —aquel juego que enardecía multitudes— en la sangre, como aquellos hombres que antes

del encuentro discutían ya acaloradamente sobre sus posibles incidencias y resultados, y como los dos hermanos rubios de los Almacenes, a quienes no les importaba arriesgar media soldada, y aun perderla, si ello les suponía disfrutar por unos días de la ilusión de una presunta victoria de su equipo favorito.

De la puerta de enfrente vio salir al Sixto con un gran habano entre los dientes, incensando con su aroma las calles del barrio. Esta visión le hizo volver a la idea de la Aurora y a su pasada pesadumbre. La Aurora le esperaba en su casa aquella tarde, y ello suponía anudar con mayor solidez sus ligaduras. Esta idea le desazonó. A medida que se sentía más cordialmente libre, aumentaba su impulso compasivo por la Aurora. Ella lo amaba. De esto no podía dudar, como no se le ocurría dudar de ninguna de las verdades evidentes. A su manera, con sus altibajos y sus reacciones insólitas, Aurora lo quería. Pudo ser el rebote de un desengaño o de muchos desengaños consecutivos, pero la Aurora acudió a él, a su insignificante persona, anhelando hallar la paz, el cariño reposado e inconmovible que no había encontrado en otros huertos donde anteriormente fuese a picotear. Este pensamiento le hizo palidecer de un íntimo y nunca degustado orgullo, e, instintivamente, se apretó y se centró el nudo de la corbata. Mas, sin querer, se encontró pensando con la mayor naturalidad en el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba un mondadientes. La rememoración de su figura cosquilleando los sobacos de la Aurora con la punta del palillo sólo le hizo, ahora, sonreír con frialdad. «Tal vez sea lo mejor dejar que las cosas vengan a moverme y no intentar yo mover a las cosas», se dijo, con su característica desconfianza en las propias fuerzas.

—Ya he terminado, Sebastián; cuando quieras jugamos.

La voz de la Orencia le hizo volverse. La niña estaba ante él, desgalichada y torpe, con el cuadrado multicolor del parchís pendiente de una de las manos.

—Hoy no voy a jugar; no tengo ganas. Me duele un poco la cabeza.

—Así te distraerás.

—Te he dicho que no tengo ganas.

Se notó irritable y resentido, seco.

—¿Y piensas estarte así toda la tarde, mirando la calle sin más ni más?

—No lo sé; no he pensado aún lo que voy a hacer toda la tarde. ¿Por qué te importa tanto?

—A mí no me importa nada; me da lo mismo tumbarme en la cama y ponerme a dormir, te lo puedo asegurar.

Sebastián no contestó. Se pasó la mano por los párpados doloridos y luego recostó de nuevo la frente sobre la superficie del

cristal. Adivinaba a Orencia con los ojos posados en su espalda, y esta sensación le irritaba. Soportó un rato la conciencia de aquella mirada, mas, al cabo, se volvió hacia su hermana:

—¿Quieres dejarme, Orencia?

—He pensado que voy a quedarme al brasero. No me voy a acostar, si no te importa. Sebastián hizo un esfuerzo.

—Está bien; haz lo que quieras. Yo me marcho, entonces.

—¿Adónde vas a ir?

—A dar una vuelta. ¿Por qué?

—Por nada.

—Entonces, hasta luego.

Salió a la calle y, al sentir sobre sí la caricia fría de la brisa, se alegró de haber salido. Anduvo un rato sin reparar en la dirección de sus pasos, y no tardó en advertir que la corriente lo arrastraba hacia el campo de fútbol. Atravesó la Plaza del Mercado y antes de llegar a la Plaza de Toros se desvió a la izquierda, salvó un paso a nivel y abocó al campo.

Algunas fábricas en construcción se levantaban allí, a la izquierda de la carretera, y en su abandono dominical semejaban edificios ruinosos, olvidados por el hombre. Por delante no divisaba más que un carromato lejano, cargado de leña, y un grupo bullicioso de soldados que avanzaban hacia la ciudad desde el cuartel próximo. Constató en sus células un confortable sentimiento de libertad e infló los pulmones, sintiendo que su ruin y breve cuerpo se tonificaba. Más allá, dobló a la derecha y se perdió en el campo pardo, sin límites, de su meseta.

El cielo estaba gris, profundamente oscuro y amenazador. Debajo se difundían los tonos sepia de la tierra, agrietada y vasta. Algunos árboles diseminados en la perspectiva exhibían su rígido agarrotamiento invernal, encogidos sobre sí mismos, retorcidos por la savia helada. Semejaban esqueletos de animales extraños, sostenidos, incomprensiblemente, en la tierra sobre un somero pedestal. De trecho en trecho, tropezaba Sebastián con alguna casa molinera, cercada de espinos, tras los cuales picoteaban, insensibles al frío, las gallinas supervivientes de la peste aviar. Un poco a la derecha, surcaba la tierra una acequia de caudal rumoroso que chapaleaba contra los dos tabiques laterales, cortados verticalmente. Algunos grajos, en las alturas, graznaban su negra presencia y, de vez en vez, descendían aleteando blandamente sobre las tierras en barbecho y picoteaban ávidamente Al fondo, cerrando la visibilidad, se elevaban algunos cerros y tesos pelados y grises, como avergonzándose de su relevancia en aquella llanura interminable.

Sebastián no se detuvo. Caminaba, mientras la Naturaleza agarrotada, yerta, le entraba por los ojos, apaciguándole. Le agradaba

que el soplo del viento, cargado de savias distintas y mezcladas, le refrescase el rostro enfebrecido. En realidad, no sabía hacia dónde marchaba, ni intentaba tampoco explicárselo. Iba, simplemente, y en su brusca huida se hallaba la razón y el objetivo de su marcha. Le recreaba estar allí, sobre la apacibilidad no truncada de la Naturaleza, donde, de cuando en cuando, el relincho lejano de una yegua o el graznido oscuro de un grajo le deparaban conciencia de su situación.

La tierra temblaba toda bajo las desgastadas suelas de los zapatos de Sebastián, recorrida por sus jugos vitales. La aparente hosquedad de la tierra no trascendía; su meseta era así y Sebastián acostumbraba a no juzgar la hosquedad como un defecto ni en los hombres ni en las cosas. La hosquedad presuponía sinceridad, y él amaba esta virtud por encima de todo lo existente.

El viento era muy frío y se filtraba por las aberturas de su viejo abrigo, hiriéndole la piel. Mas Sebastián no daba importancia a estas incomodidades triviales. De pronto, una ráfaga de aire le trajo un aullido prolongado, estentóreo, que gravitó un momento sobre él y luego se perdió, diluido, en el espacio. Semejaba ser la tierra toda que se conmovía allá a su derecha, debajo de aquel teso pelado y oscuro, difuminado en la perspectiva. No obstante, Sebastián comprendió que aquel clamor significaba que los futbolistas de su ciudad habían hecho un gol, y se preguntó en qué otro lugar del globo existiría una fuerza semejante, capaz de aunar en un segundo el aullido de diez mil gargantas. En su fuero interno agradeció a la Providencia el que los hombres hubiesen inventado el balón redondo para desfogarse. De otro modo, ¿qué hubiera sido de él y de los seres como él? Porque los hombres precisaban de un algo concreto para soltar sus instintos de fieras, para desalojar de sus almas ese absurdo y rojo rencor, provisionalmente represado por la fuerza de una autoridad. Allí podían liberarse, pateando un balón hasta reventarlo o bramando por los fueros de su equipo favorito.

No habían transcurrido dos minutos cuando el clamor se repitió más pronunciado y fragoroso que antes. La cosa marchaba bien, al parecer, y, de seguir así, las mujeres de su barrio podrían cenar y dormir tranquilas aquella noche y, a la mañana siguiente, no iba a haber quien soportase a los dos hermanos rubios de los Almacenes.

Aquellos alaridos deprimieron todavía más el ánimo de Sebastián. La alegría ajena, desbordada y clamorosa, le entristecía. Y no porque guardase hacia la humanidad un espíritu de revancha, sino porque creía que aquellas manifestaciones tumultuosamente vitales equivalían a una cortina de humo para ocultarse su condición efímera y finita: la temporalidad, rigurosamente tasada, de la colectiva existencia. A la vuelta de unos años el estadio seguiría rugiendo como hoy, pero nadie, ni protagonistas ni espectadores, serían los mismos; gota a gota,

aquel gigantesco charco humano se habría ido mudando sin que nadie lo advirtiese. Sí, una vida era bien poco y había que velar la macabra previsión de su desenlace.

Poco más allá, Sebastián divisó un rebaño de ovejas, pegadas unas a otras como un montón de croquetas sin freír. A la izquierda, entre unos juncos, retozaban un recluta y una criada, y al verle a él, el recluta se apresuró a soltar el talle de la muchacha. Sebastián pensó que de aquella manera se hacían las madres prematuras y de estos lugares salían los bautizos y las bodas simultáneos. Aquellas entrevistas en la soledad invernal de los campos no solían terminar de otra manera. Aunque tampoco era improbable que el soldado, un día, rompiera a volar y la muchacha vociferaría entonces que había sido miserablemente engañada.

No quiso estorbar y dio la vuelta. Apenas se volvió, el recluta tornó a aferrar el talle femenino con acrecentada vehemencia. Sebastián, aunque hundido en su depresión, se sentía más tranquilo, casi capaz de ordenar su revuelto mundo interior. Evocó el momento doloroso —hacía sólo unos meses— en que él fue también llamado a filas. Imaginaba que con sólo verle sería descartado del servicio militar. Pero existían algunos sargentos encumbrados para quienes la inutilidad en la milicia sólo se decretaba después de un minucioso y concienzudo examen. (Al parecer, no resultaba imposible que Sebastián Ferrón ocultase, intencionadamente, parte de su humanidad en los bolsillos del gabán para no alcanzar la talla.) Fue desnudado a la vista de todo el mundo y así quedó al descubierto aquella faja de franela que él ocultaba como una vergüenza y que desde niño comprimía su vientre lacio y voluminoso. Recordaba Sebastián las carcajadas de los quintos que presenciaron la escena y el comentario de un barbarote de pueblo que le seguía en la fila, al ver su íntima y secreta prenda:

—¡Arrea, si va *enfajao* como un niño!

Todos rompieron a reír hasta saltárseles las lágrimas, y él, desairado y corrido, abandonó la sala sujetándose los pantalones y con el vientre pasmado.

Movió la cabeza de un lado a otro y apretó el paso hacia la ciudad que ya divisaba en la lejanía. No quería rememorar hechos dolorosos, felizmente pasados ya. Tampoco el presente le ofrecía unas perspectivas lisonjeras, y era necio volver la vista atrás habiendo tantos dolores actuales gravitando sobre él. La proximidad de su visita a casa de Aurora le encogía algo por dentro, le violentaba. No sólo por suponer un nudo más en sus relaciones afectivas con la muchacha, sino por la anunciada presencia del señor Sixto y su hijo en la reunión.

Cruzó frente a las fábricas en construcción, salvó el paso a nivel y entró en la ciudad ya medio anochecido, en el momento en que

comenzaba a lloviznar. (Apreció, entonces, que el paseo le había aliviado, que su cerebro, a pesar del aparente revoltijo de pensamientos y sensaciones dispares que lo animaba, obedecía ahora a una sencilla y relativa organización.) El cielo estaba negro, totalmente encapotado e inmóvil. Sus pasos resonaban con fuerza sobre el pavimento y las calles se veían poco concurridas. Andaba deprisa hacia la Plaza del Mercado. Próximo a ella, tropezó con un grupo de mozalbetes de su barrio, tiesos y orgullosos en sus ternos nuevos. Al cruzarse con él, uno del grupo le señaló y susurró algo a sus compañeros. Sebastián apretó el paso, pero aún pudo oír, perfectamente diferenciado, el nombre de la Aurora. El grupo comenzó a reír con carcajadas contenidas y uno de ellos, más audaz, mugió como un buey encelado, repetidamente, e hizo como que embestía a sus compañeros.

Daban las horas en el reloj de la catedral y Sebastián contó mentalmente las campanadas. Eran las seis. Aún faltaba una hora para acudir a casa del señor Sixto, y le disgustaba volver a enfrentarse con la Orencia y responder a sus nerviosas interrogantes. Se detuvo en medio de la plaza y, como advirtiese que una vendedora de pan blanco se dirigía hacia él, aturdido e inconsciente, cruzó la calle, empujó el portón claveteado del convento de los capuchinos y entró en él.

Era la primera vez que Sebastián Ferrón cruzaba aquellos recios muros, y al verse arropado en el ambiente solemne y espectral del templo sintió una rara impresión de frío. Sebastián no frecuentaba la iglesia. Se conformaba con asistir a la de su barrio los domingos a las doce, y aquella misa, animada y bulliciosa, apenas le aportaba la idea de la divinidad.

Pero aquí todo era distinto. Sebastián se sintió trasladado a un mundo lejano, desplazado a muchos miles de kilómetros de su barrio. El ruido externo no trascendía y era el templo como un remanso, como una gran y celestial pausa preservada por el ancho muro.

Se arrodilló maquinalmente en un banco y, transcurrido un rato, se sentó. La iglesia estaba casi en tinieblas. Sólo una candelita, frente al sagrario, arrancaba del trabajado retablo intensos brillos de oro. A la izquierda se levantaba un pulpito elemental y Sebastián notó un estremecimiento al ver emerger de su barandilla a un hombre embutido en una túnica basta y oscura y con el rostro enmarcado con una barba espesa e imponente. (Más que verle a él, veía su silueta proyectada por la luz de la palmatoria sobre el frío y húmedo muro. Se recortaba allí la sombra fantasmal de aquel hombre barbudo e impresionante, con las manos levantadas sobre la cabeza y asomando por unas bocamangas enormemente anchas y desgarbadas.) Un corto auditorio de mujeres elevaba los ojos hacia él, que hablaba en tono

menor, aunque con un extraordinario poder de persuasión. Sebastián apenas le oía, agobiado por una impresión borrosa de irrealidad, pero acusaba los impactos de su voz retumbante, que subía enroscándose hasta la cúpula, para descender, después, sobre sus hombros como una lluvia mansa y amortiguada. De súbito se sintió penetrado por las frases del capuchino, calado por el sentido y la fuerza de sus palabras.

—Respetad esos cuerpos en cuanto son templos vivos del Espíritu Santo —decía—; pero cultivad vuestra alma, luchad por perfeccionarla; no olvidéis un instante que es ella la que redime al cuerpo y que está por encima de él. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano.

Sebastián notó una violenta rebelión interior y estuvo a punto de gritar: «¡Mentira; no le hagáis caso! Ese hombre de las barbas miente». Pero se contuvo en último extremo. Creía que el cura se había dirigido a él al hablar y tomó sus últimas palabras como un desafío personal. Le vio santiguarse, descender del pulpito y desaparecer por una puertecilla, a la derecha del altar. Le dieron ganas de correr tras él y explicarle lo que había fuera de aquellos impenetrables muros. Aclararle que el alma era un trasto absurdo en aquellos tiempos y que a nadie le importaba un rábano su blancura. Sin duda todo esto lo ignoraba aquel hombre de las barbas, y por eso decía aquellas cosas. Sebastián le hubiese abierto los ojos si le hubiera dado tiempo. Le podría hablar del señor Sixto, de sus especulaciones ilícitas; de la sensualidad desbordada de sus amigos de los Almacenes; de la sádica ironía de los quintos de su reemplazo; de los mozalbetes que ponían letreros audaces y dibujos pornográficos en su portal requiriendo de carne a Pepita, la vecina del segundo; de los maridos que pegaban hasta cansarse a sus mujeres porque el equipo representativo de la ciudad había salido del estadio con dos puntos negativos; del recluta que abrazaba entre los juncos a una opulenta marmota; de sus propios y ruines devaneos con el maniquí de los Almacenes; de la lengua lancinante de Emeterio; de...

¡Oh!, tantas cosas le diría él al cura de las barbas, que lamentó se hubiese escabullido con aquella celeridad pasmosa. «El alma, el alma...», pensaba Sebastián. En los pocos años en que de niño asistiera a un colegio de religiosos, les predicaban sobre el alma y sus cosas, los jueves y los domingos. Él siempre había imaginado el alma con una consistencia algodonosa que se empañaba con polvo de carbón al caer el hombre en el pecado. Otras veces, ante la imposibilidad natural de figurarse aquel pedazo de algodón volando por los aires, configuraba el alma como un jirón, con forma humana, de niebla blanquecina. Aquellas dos imágenes se adaptaban perfectamente a su ingenua mentalidad de entonces. Luego, con los años, llegó al olvido de aquellas verdades eternas, y el despotismo de la vida y de los hombres

le enfriaron sus primitivas creencias. No era un escéptico porque nunca, transcurridos los primeros años, se detuvo a pensar en la vida de ultratumba ni en los postulados de Cristo, ni siquiera en su doctrina. Era uno más del rebaño, sin fe ni incredulidad; un ser anfibio que acudía a misa los domingos y rezaba de año en año por su padre empujado más por el flujo vital del barrio y por la fortaleza del hábito que por la necesidad de acatar un imperativo divino.

De súbito, las palabras de aquel cura de las barbas removieron su empantanada fe. En la turbiedad cenagosa de su espíritu brotó un movimiento de insurrección. Aquel hombre no entendía de las cosas del mundo, aislado como estaba en aquel frío caserón, sin contacto alguno con el exterior. Por eso osaba afirmar que «un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano». El señor Sixto y su hijo eran cristianos; cristianos eran Emeterio y los mozalbetes que escribían letreros procaces en su portal; cristianos los quintos de su reemplazo y, seguramente, el recluta que sobaba aquella tarde a la marmota y la marmota misma que se dejaba sobar. Al mundo, el alma le importaba un comino. Todos los hombres se bautizaban, pero eso se hacía sin contar para nada con su voluntad. Cuando eran capaces de pensar y discernir, todos, sin excepción, mancillaban su nombre de cristianos.

Sebastián podía demostrar que no era el alma lo primero, al menos en este siglo. A él jamás le preguntaron si su alma era contrahecha como su cuerpo para burlarse de él. Le denostaban, le zaherían, sin preocuparse de si su alma brillaba como un faro en las tinieblas. Bastaba su cuerpecillo grotesco y ruin para apartarle de la colectividad o para divertir a la colectividad. Jamás, jamás en su vida, ni aun cuando se educaba en un colegio de religiosos, oyó a nadie interceder, interponiendo su alma blanca y pura como descargo de su materia defectuosa. ¡Ah! Muchas cosas podría decir él a aquel cura de las barbas. Tal vez al mirarle lo presintió y por eso se escurrió presuroso por la puertecilla del altar, medroso de no haber sabido qué contestar a los argumentos contundentes de Sebastián.

Recordó la cita de la Aurora y se puso de pie. Sólo quedaba ante él una viejecilla enlutada que rezaba como si tirase al aire rosarios intermitentes de besitos. Era un besuqueo en tono menor, aquél, que se adecuaba perfectamente con el ambiente. Sebastián se santiguó y avanzó hacia la salida. En ese instante entró una mujer joven que se adelantó decidida hacia el altar de San Bruno. Se detuvo Sebastián y la observó intrigado. La joven se arrodilló frente al santo y puso los brazos en cruz. Algo movía y activaba el corazón de Sebastián. La joven, sin importarle la presencia de nadie, comenzó en voz alta su absurda oración:

—Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel... Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis

hermanos… También, San Bruno, por mis tíos y por el novio de Estefanía… Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca… Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes?… Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte… Pero siempre, siempre, siempre y todos, todos, todos, ¿oyes?… Te pido, San Bruno…

«Una loca, es una loca», se dijo Sebastián. E intuyó que era bien triste que sólo los seres irracionales se diesen cuenta de su condición efímera y la llorasen.

Al agarrar el tirador de la puerta reparó, nuevamente, en la candelilla azulada que lucía ante el sagrario. Y una impresión más fuerte que él mismo le penetró desde fuera, anunciándole que el alma era así, como aquella llamita tenue y oscilante, azul, que iluminaba el sencillo refugio de Dios.

Salió. Era ya de noche y continuaba lloviznando. El mundo externo le causó una impresión desagradable. Había poca gente en la plaza, pero le molestó que se entendiesen a gritos, como si todos fuesen sordas bestias. Tornó a ocupar su mente la idea de la lamparita azul y la desechó: «¡Bah! El alma es blanca; ese cura de las barbas lo ha dicho así. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano. El alma blanca… el alma…».

—¡Hay pan blanco, joven! ¿Quiere pan blanco?

¡Eso! ¡Eso era! ¡El pan blanco! ¿Es que no lo oía el cura de las barbas lo mismo que lo estaba oyendo él? Por eso luchaban los hombres y por eso se mataban y hacían guerras horribles y se exterminaban. Por eso: por el pan blanco, por las comodidades, por el dinero… A los hombres, a la humanidad, el alma blanca les importaba un ardite.

A las siete en punto llamaba Sebastián en casa del señor Sixto. Sentía un hormigueo interior que avivaba su innata suspicacia. Al oír pasos del otro lado de la puerta se centró cuidadosamente la corbata y lamentó no haberse retrasado cinco minutos y haberlos aprovechado para afeitarse aquel bigote lacio y débil que le caía sobre el labio superior. Le abrió la puerta la Aurora:

—Hola, Sebastián; llegas muy puntual. Papá y Sixto no han regresado aún del fútbol, pero creo que hemos ganado por cinco a cero. Pasa.

(«Hemos ganado.» A Sebastián le hacía gracia esta frecuente manía de pluralizar el resultado, atribuyendo a la ciudad entera unos goles que habían hecho once muchachos, que vivían mimados y envidiados entre ellos, pero que no eran de la ciudad. En realidad, ni el señor Sixto ni su hijo ganaban nada. Si es caso, perdían su elevada cuota de socios. Los que ganaban —y no sólo goles— eran aquellos

once muchachos que componían el equipo representativo de la ciudad, pero que no eran de la ciudad.)

Pasó y se quitó el abrigo, que la Aurora colocó, procurando que no se viesen los remiendos, en un perchero de barras doradas, relucientes, que brindaba la pulcritud de sus lunas a dos metros de la puerta. La casa del señor Sixto le llamó la atención por su limpieza lamida y su elegancia, sin discernir que la rimbombancia ostentosa de ciertos muebles y detalles denunciaba a gritos la condición de nuevos ricos de los dueños. A la Aurora le faltaba esta tarde naturalidad, y la evidencia de ello aumentó su apocamiento.

—Mira este arcón qué bonito nos ha quedado. Era muy antiguo y feo, pero le hemos puesto herrajes nuevos y ha resultado precioso, ¿no te parece?

(A Sebastián le pareció que sí, que había quedado bonito, pero que no eran aquéllos momentos para mostrar a sus tristes ojos un arcón, aunque fuese con herrajes nuevos.)

Atravesaron un largo y reluciente pasillo y, al final, la Aurora le abrió una puerta de cristales esmerilados a través de los cuales se veía luz en el interior. Entró y, al advertir los focos de seis ojos convergiendo en su esmirriada figura, le vinieron ganas de dar media vuelta y echarse a correr.

—Pasa, pasa —le dijo la Aurora con una violenta sonrisa—. A mamá ya la conoces. Este señor es el tío Cleto, hermano de papá, y esta ancianita es la mamá de papá. Éste —no dijo «señor», ni «joven», ni nada que se le pareciese, y esta falta de especificación humilló a Sebastián— es mi novio.

Se saludaron, y a Sebastián le chocó la manera de comportarse de la ancianita, sentada en una mecedora y con una sonrisita estúpida bailando en su boca deshuesada.

—¡Oh, joven, yo ya no estoy para nada! —le dijo a modo de saludo cariñoso.

Le hicieron sentarse, y, para romper el embarazoso silencio que pesaba sobre ellos, el tío Cleto anunció con voz opaca:

—Dicen que está llegando una ola de frío.

—Ya ha llegado, hijo. ¿Te parece poco? En León están a doce grados bajo cero. Ayer dio la mínima —confirmó doña Claudia.

Sebastián observaba la habitación, tratando de imponerse a su azoramiento. Estaba muy limpia y ordenada, como el resto de la casa que había visto. En el centro había una camilla alrededor de la cual se sentaban y, encima de doña Claudia —apoltronada en un sofá forrado de sarga azul y con los brazos, semicirculares, de madera—, había un bonito cuadro de un anacoreta con una cruz en una mano y una especie de bollo suizo, con jamón dentro, en la otra. Doña Claudia reparó en su curiosidad:

—Según Sixto, es un *Aticiano*. Yo, en verdad, de estas cosas entiendo muy poco. Pero es bonito, ¿verdad?

Y se reía para quitar fuerza a su ignorancia.

Sebastián asintió. Al fin, venciendo su timidez, se dirigió a la anciana, que se mecía con una insistencia infantil:

—Tenía ganas de conocerla. Aurora me ha hablado mucho de usted.

—Oh, joven, yo ya no estoy para nada.

Aurora, que se mantenía de pie detrás de él, agarrando el respaldo de su silla, le auxilió:

—Está muy viejecita la pobre. Apenas se entera de lo que le dices.

La vieja se sonrió mostrando, sin vergüenza, sus encías limpias, y eructó fuerte, sin dejar de sonreír. Doña Claudia se azoró y el señor Cleto pareció no reparar en ello. Sebastián notó que todo su cuerpo, especialmente la cara, le ardía.

—¡Pobre!

Estuvo a punto de añadir: «¿Y es que es tonta?», pero se contuvo.

—Pues ahora estoy casi parado con estas dichosas restricciones. Debería nevar de firme para ver si se llenan esos pantanos de una vez.

El tío Cleto, mientras hablaba, se sacudía el pelo con ambas manos, y una lluvia finísima de caspa caía sobre la falda de la camilla, intencionadamente extendida sobre sus piernas. (Sin duda, así se hacía la ilusión de que nevaba.)

—¿Qué negocios tiene usted?

—Cola; una fábrica de cola, obtenida de huesos de animales. Está del otro lado del puente, ¿sabe usted? Según se sale del puente a mano derecha, en la misma calle Curtidores.

Continuaba golpeándose la cabeza y la caspa acumulada blanqueaba ya sobre la cubierta verde oscuro. No le miraba al hablar, porque tenía la cabeza inclinada sobre la camilla.

Entre pregunta y pregunta, la abuela eructaba y mostraba las encías limpias, sonriendo. Un postizo blanco que llevaba la vieja en la cabeza se había ladeado y descubría una primorosa calva rosada en el lugar en que los niños de pecho tienen la fontanela.

—Ya me gustaría verla —dijo Sebastián para distraer la atención de un extraño ruido intestinal que había brotado del bulto oscuro de la abuela.

—Pues cuando usted quiera.

—Lo malo es que yo salgo a la una de los Almacenes, y a mí me agradaría verla en pleno funcionamiento.

El tío Cleto orilló mentalmente todas las dificultades; luego dijo:

—Nada; cuando usted vaya la ponemos en marcha. ¡No faltaba más!

—¿Y los obreros? No estarán a esa hora...

—No le preocupe: soy yo solo. Yo solo la manejo —respondió, sonriendo satisfecho—. Bueno, y un chiquito de doce años que me acarrea los huesos. Y va muy bien, ¡eh! Pero que muy bien.

Se preguntó Sebastián qué fábrica sería aquélla, tan rudimentaria o tan moderna, que bastaba un solo hombre para hacerla producir.

—Perdonen, voy a mirar el té.

Salió doña Claudia, y en ese momento llamaron a la puerta.

—Ésos son papá y Sixto.

Abandonó Aurora su compañía y se la oyó taconear por el pasillo.

—Diga usted —el señor Cleto había levantado al fin la cabeza y se dirigía a él en un tono confidencial—, ¿sabe usted lo de la chica?

El cerebro de Sebastián no estaba para interpretar ambigüedades.

—¿Qué chica?

El tío miraba con recelo a la abuela, que de nuevo produjo un desagradable ruido de tripas revueltas.

—¿Está enferma? —interrogó instintivamente Sebastián, señalando a la vieja con el dedo y olvidando los aspavientos confidenciales del señor Cleto.

—No; que es vieja ya. Pero, escuche, le pregunto que si sabe usted lo de la Aurora.

Se oyeron voces roncas y joviales por el pasillo, y la conciencia de la proximidad de Sixto atarantó a Sebastián y redujo al silencio y a la reanudación de sus nevadas artificiales al señor Cleto.

Entraron Sixto padre y Sixto hijo.

—Un resultado redondo, ¿eh? —afirmó éste.

Sebastián pensó que si lo diría por el cero del equipo contrincante.

—Hola, chico.

El señor Sixto no podía considerarle de otro modo que como el chaval que repartía los racionamientos. Se acomodaron en sus correspondientes butacones mientras Sebastián continuaba erguido y tenso en su silla.

—Hola, abuela.

—Oh, Sixtín, yo ya no estoy para nada.

Un nuevo y prolongado ruido de tripas, como un gemido humano, brotó de las entrañas de la viejecita.

—Voy a poner la radio. Radio Madrid dará los resultados dentro de un rato. Desde luego, si el Salamanca ha perdido podemos considerarnos del otro lado.

Sixto hijo accionó en los botones de una radiogramola situada junto al sofá. Encima se erigía un presuntuoso florero atiborrado de rosas de trapo.

Sonó la música, y como si sus cadencias fuesen un estímulo para las aficiones deportivas del Sixto, éste se encerró en una discusión con

su padre sobre las posibilidades de su equipo, haciendo cábalas en torno a los partidos que restaban por jugar. (Luego no saldría nada como ellos habían previsto, pero el pago al contado de sus cuotas de socio les daba derecho a conjeturar y a emitir todo género de opiniones.)

Al cabo de unos minutos, el señor Sixto se volvió hacia su hermano:

—¿Has oído algo de esas investigaciones de fortunas surgidas después de la guerra?

—No sé nada; no estoy enterado de nada.

—Sería jugar poco limpio. Las guerras siempre han servido para que unos cuantos mueran y otros tantos vivan mejor que vivían antes. Es una bonita compensación y me parecería absurdo que ahora se pusiesen a investigar las nuevas fortunas como si fuese un fenómeno excepcional. Decididamente, a Franco no le gustamos los ricos.

Sebastián miraba a uno y a otro alternativamente. Recordaba los gramos que el señor Sixto restaba en cada ración y sus procedimientos de especulación con los artículos que escaseaban. Y pensó que ni a Franco ni a él le gustaban los ricos de esa ralea. Sixto hijo tarareaba, siguiendo el compás de la brillante radiogramola, «La bombonera» de *La blanca doble*. El vientre de la anciana gemía frecuentemente, pero ahora sus gemidos, entre las canciones de la radio y las voces cada vez más excitadas del señor Sixto, pasaban casi inadvertidos.

—Ya está aquí la merienda. Sixtito, hijo, ¿quieres quitar esos trastos de encima de la mesa?

Doña Claudia traía el té en una preciosa cafetera de porcelana. En una fuente grande y en la misma bandeja, portaba un montón de churros y cohombros.

—¡Aurora, trae las medias noches! —Y como Sebastián la mirara, doña Claudia estalló en una risa estúpida y forzada y, señalando el breve refrigerio del anacoreta del cuadro, añadió:

—¡Son como ésa!

Sebastián agradecía la poca importancia que hasta el momento se había dado a su persona. De vez en cuando temblaba imaginando que la conversación pudiera centrarse sobre él, y entonces no habría medio hábil de ocultar aquellos pelos lacios y débiles que sombreaban su bigote y que le cosquilleaban desde hacía un rato debajo de la nariz.

—Además, ¡qué demonio!, las desgracias ajenas no sólo van a servir para hacernos llorar. Yo creo que estas guerras sirven para poner a flote muchos talentos que antes andaban a pique de naufragar.

El señor Sixto, para rematar su inhumana intervención, devoró un cohombro de dos bocados. Todos aproximaron sus asientos a la

camilla y se dispusieron a engullir la suculenta merienda.

—Ya sé que otros tenderos no valen lo que yo valgo. ¿Tengo yo la culpa de que no sean comerciantes? No señor. Si otros no saben hacer dinero, que se mueran. Te aseguro que Sixto Fernández no ha de mover un solo dedo para evitarlo.

Tomó una medianoche y la engulló, masticándola con formidable ferocidad.

Doña Claudia se sentaba frente a Sebastián, y éste pensó que todos los barnices y artificios del mundo no bastarían para eclipsar la procedencia rústica de aquella mujer. La abuela comía con una celeridad pasmosa, y Sebastián imaginó que debía de tener buche como las aves, ya que resultaba inconcebible que una boca desdentada pudiera triturar los alimentos con aquella premura. De repente, Sebastián no pudo evitar la inminencia de un estornudo que, tras cuatro leves cabezadas con la nariz encogida y la boca abierta, estalló horrísono.

—¡Atchíss!

—¡Jesús!

Todos se volvieron hacia él. A Sebastián se le antojó que todo estaba perdido.

—Te has resfriado, hijo.

—Un poco, sí, tal vez un poco.

Una hebra de jamón le colgaba inoportuna por la barbilla cuando la reunión íntegra pendía de sus palabras y movimientos.

—¡Atchíss!

El colgajo de jamón salió despedido al segundo estornudo y fue a aterrizar sobre la mano achorizada del señor Sixto. Sebastián se arreboló.

—¡Jesús!

El señor Sixto forcejeaba por librarse con disimulo de aquel filamento de carne que dibujaba sobre su mano una graciosa interrogación. Un gato de buena casta vino a liberarlo de su violencia.

—Miauu.

En su azoramiento, Sebastián confundió su maullido con uno de los reiterados ruidos intestinales de la abuela y se removió inquieto sobre la silla.

—Oh, *Tití*, bonito, ven con mamá.

El gato saltó ágilmente sobre el regazo de doña Claudia. Aurora miraba en torno, humillada y confusa. El señor Sixto cogió el filamento de jamón con dos dedos, escrupulosamente, y lo depositó en el plato junto a su taza de té. Sebastián lanzó la mano hacia la mesa y sus dedos cogieron una nuez como podían haber agarrado un florero. No tenía apetito. Comía simplemente para que no le atosigasen con sus reiterados ofrecimientos. Tomó el cascanueces y apretó, pero

inopinadamente los músculos de su mano se relajaron y cedió en su esfuerzo. Le parecía que la nuez, vista de proa, era igual que la cabecita de un gorrión que abría el pico cada vez que él apretaba, intentando conmoverle. La cabeza se le iba a Sebastián. Volvió a mirar la nuez. Su similitud con la cabeza de un pájaro era ahora tal que Sebastián casi veía las plumas y distinguía los ojitos redondos y penetrantes pidiendo clemencia. «Oh, no tengo valor —se dijo—. ¿Me estaré volviendo loco?» Sin embargo, ocho ojos pendientes de los movimientos de sus manos le forzaron a oprimir, y la nuez al cascarse produjo un ruido seco de cráneo quebrantado. Sebastián casi no se atrevía a contemplar su obra destructora. Al fin miró, y la carne de la nuez se le ofreció igual que un minúsculo cerebro humano, con sus prominencias y sus circunvoluciones. Sintió unas náuseas atroces y apartó en su plato la carne de la nuez tapándola con las cáscaras.

—¿Está mala?

—¡Callad!

El Sixto amplificó la voz de la radio, que se oyó en medio de un silencio sepulcral:

—Continuamos nuestro programa radiando «Las encajeras», otro fragmento de *La blanca doble*.

—¡Bah!

Se reanudó la merienda con redoblada ferocidad.

—Y bien —dijo, intempestivamente, el señor Sixto—. Vosotros pensáis casaros, ¿no es así?

El sonrojo de la Aurora aumentó el suyo propio. Sebastián entendió que el tío Cleto le hacía señas con una mano junto a la oreja. Pero el Sixto, frente a él, debió de sorprenderle, y entonces el señor Cleto comenzó a sacudirse el pelo ocultándose tras una fina lluvia de caspa. La anciana eructó fuerte y, por su cara contraída y de disgusto, Sebastián coligió que le mortificaba la acidez de estómago. Cantó la radio: «Para hacer el encaje de bolillos…».

El Sixto seguía el compás, sin cesar de mirar fijamente a Sebastián.

—Sí, papá; claro que pensamos casarnos. Cuanto antes lo hagamos mucho mejor —farfulló la Aurora.

{Sebastián intuyó que asistía a la representación de una comedia cien veces ensayada anteriormente.)

—Pues por nosotros… —inició tímidamente doña Claudia.

—Tú cállate —conminó el señor Sixto.

De nuevo se le hizo a Sebastián que el tío Cleto deseaba transmitirle un urgente mensaje, pero sus muecas degeneraron otra vez en un apremiante cepillado de su cuero cabelludo.

El Sixto amortiguó la voz de la radio y se volvió interesado a Sebastián. Su actitud paralizó al resto de la reunión:

—Pero vamos a ver, Sebastián. Por curiosidad. ¿Tú no nos estás tomando el pelo a todos?

—¡Calla, bruto!

—¿Por qué me voy a callar si puede saberse? Esta buena pieza no es tan tonto como parece. ¿Tú quieres a la Aurora de verdad o…?

(Sebastián imaginó que aquella pregunta debería cerrarse así: «O quieres más al dinero de su padre», y se sintió ofendido.)

—Claro que quiero a la Aurora.

Doña Claudia, con las manos temblorosas, se levantó y salió de la habitación. Se cruzaron las miradas de Sixto padre y Sixto hijo, y éste, después de leve resistencia, se decidió a abandonar el campo. Giró un botón de la radio y los acordes de *La blanca doble* inundaron de nuevo la estancia. (Sebastián se preguntaba qué es lo que acababa de ocurrir allí; qué se le estaba velando con malévola intención.)

Entró doña Claudia con una botella de anís y los ojos enrojecidos, como si en el intervalo de su salida y su entrada hubiese derramado unas lagrimitas. Repartió unos pequeños vasos azules entre los hombres.

—Anda, Sebastián, echa un trago.

Sebastián obedeció y hubiese hecho lo mismo si doña Claudia, en vez de eso, le hubiese ordenado: «Anda, Sebastián, córtate la cabeza».

El tío Cleto se hurgaba ahora con la uña de su dedo corazón en los intersticios de sus dientes. De cuando en cuando, algo extraía de ellos que saboreaba con fruición. Cuando terminó con los restos de la comida atacó denodadamente el sarro que se acumulaba detrás de sus dientes de abajo.

Aurora cortó con sutil disculpa la violencia de la escena:

—¿Por qué no nos vamos al cine todos juntos? Echan *La mujer de las dos caras*, aquí abajo.

—Es ya tarde y no habrá localidades.

—Pues vámonos a un palco a ver a la Lola Flores.

Aquello hizo saltar a todos de sus asientos. (Sebastián reflexionaba en lo que sería de su generación el día que le faltase el fútbol y el folklore andaluz.)

—¿Tú no vienes, Sixto?

—Yo tengo que hacer, pequeña. **[**—*Guiñó pícaramente un ojo. Después puso una cara muy cómica de niño cogido en falta y añadió, atiplando la voz y con un tono pueril y rutinario—: Además, según la Iglesia, ese espectáculo es «grana».***]**

La abuela se había dormido en la mecedora sin interrumpir su beatífica y deshuesada sonrisa. De vez en vez, sus tripas se contraían ocasionando una especie de aullido, lejano y lastimero.

Capítulo IX

Con lluvia o con sol, en invierno y en verano, la ciudad no desertaba nunca de su paseo por la calle Principal, y allí, de una a dos, se encontraban, sin citarse, la gente joven, los estudiantes y los oficinistas, los aprendices y las modistillas, y por la tarde, a eso de las seis, los soldados y las criadas de servicio. En estos paseos cotidianos la ciudad estiraba las piernas y recreaba el espíritu. Dando una vuelta por la calle Principal, a las horas de paseo, se enteraba uno de más noticias sensacionales que leyendo los periódicos; noticias veraces y rumores infundados, noticias de paz y noticias de guerra, noticias que circulaban de oído en oído y noticias que se transmitían a voz en grito. Todo cabía allí y todo se admitía, porque en esos momentos la ciudad era como una gran familia sin rencillas ni pliegues ocultos; una entidad firme, sólidamente avenida.

Sebastián veía a través de las vitrinas el deambular de la gente joven. La aglomeración del público en la calle Principal era un indicio, aún más minucioso y fiel que el reloj, de que se aproximaba la hora del cierre. Al salir, Sebastián atravesaba la calzada cabizbajo, procurando no llamar la atención. Aquella calle irregular, ribeteada por edificios antiguos y desiguales, siempre tan concurrida, le producía un indefinible respeto. Fuera de la tarde aciaga de su borrachera, Sebastián no recordaba haberla recorrido de punta a cabo y deseaba no verse forzado a hacerlo nunca.

No obstante, parece como que todas las cosas que nos imbuyen un supersticioso y oscuro terror acaben por atraernos en virtud de un inexplicable e irreprimible vértigo. Y si Sebastián no tuvo necesidad de recorrer jamás aquella calle, su nueva condición de dependiente le deparó un quehacer que, para su espíritu pusilánime y apocado, resultaba aún más aterrador y bochornoso que el temido paseo. Dos semanas después de ascender a dependiente, don Saturnino le comisionó para correr las cortinas de los escaparates al mediodía. Era una situación vergonzante y ridícula la que creaba aquel deber, ya que Sebastián había de exhibirse en la vitrina como un monigote durante unos eternos minutos. (Hiciera sol o no, la obligación persistía, ya que cabía en lo posible que en las dos horas de asueto, entre la mañana y la tarde, el sol rasgase la coraza de nubes que lo mantuviera eclipsado hasta entonces y decolorase con sus insistentes lengüetazos los géneros expuestos a la curiosidad del público, generalmente los más estimados.)

Al cumplir este menester, Sebastián soportaba chuflas del peor

gusto. Nunca faltaban tres o cuatro mozalbetes estacionados ante los escaparates y la presencia de Sebastián era acogida con ruidosa fruición y una acongojante profusión de muecas alusivas a su hilarante físico. (Sebastián, con muy fino instinto, detestaba más que ninguna la cuchufleta del hombre acompañado de mujeres. En estos casos el varón se consideraba obligado a hacer gala de su ingenio ante el otro sexo, sin reparar en la inclemencia de la vejación. Los hombres con hombres eran crueles, bárbaros casi, pero con una crueldad más espontánea y desprovista de maldad que la de los hombres acompañados de mujeres. Éstos eran especialmente mortificantes; incisivos, con una sutileza que sólo puede darla la vanidad del sexo ante la admiración incondicional del sexo opuesto.)

Algunas muchachas y muchachos se detenían al verle accionar en la vitrina. Algunos se ponían en cuclillas y daban manotazos al aire imitando groseramente su desmañada actitud. A veces le recibían con palmas de tango como si la calle fuese un patio de butacas y la vitrina el escenario correspondiente y acusasen impaciencia ante su demora en salir a escena. Frecuentemente la cortina se engarabitaba en virtud de esa enojosa ley que permite que se nos rompan los cordones de los zapatos en el momento en que más prisa tenemos. (El vértigo de Sebastián por acabar pronto espoleaba estas y otras muchas contrariedades.) Entonces se veía forzado a echar mano de la escalera para auxiliarse en su cometido.

Aquella mañana de lunes —al día siguiente de merendar en casa del señor Sixto— Sebastián luchaba en vano, encaramado en lo más alto de la escalera y con la vara del metro en la mano, con una cortina insufriblemente indómita.

El frío era intenso en la calle; el cielo estaba entoldado y, sin embargo, no faltaba la media docena de mirones de rigor que reían a cada intento fallido de Sebastián. Dos estudiantes le hacían muecas y luego se oprimían el vientre con las manos para que no les lastimase la fuerza de su hilaridad. Las jovencitas que les acompañaban se regocijaban de la cómica situación de Sebastián, y una de ellas, más osada, pegó su naricilla encarnada por el frío a la luna del escaparate y movió los labios como para decirle algo o darle un buen consejo.

En tanto, Sebastián, azorado y nervioso, no acertaba a imprimir al extremo de la vara el movimiento preciso para desenredar las argollas. Cada intentona, creía él, había de ser la definitiva; pero tras accionar torpemente con la vara y coreado por el «aaaaahora» expectante del grupo detenido ante el establecimiento, la vara terminaba por resbalar en la anilla y caer desmayada, venciendo la pobre resistencia de su muñeca.

De improviso, detrás del grupo, por una bocacalle afluente de la Principal, apareció la Aurora, corriendo como un conejo perseguido,

congestionada y jadeante, con el pelo revuelto y una expresión ansiosa en su blanda mirada. Sin detenerse, atravesó la calle y se abalanzó sobre la entrada de los Almacenes. Hacía unos minutos que habían cerrado y los secos e inútiles golpes del picaporte hicieron sospechar a Sebastián que la Aurora lo buscaba urgentemente a él.

Se sentía cada vez más incómodo allá arriba, pero por un instante alentó la ilusión de que la Aurora no le descubriese y se quedó muy quieto, cerrando los ojos, aguardando que la muchacha, al ver fracasadas sus esperanzas, regresase por donde había venido. Mas no sucedió así, ya que la Aurora, al sorprender la puerta cerrada, desposeída de todo respeto humano, comenzó a dar codazos a diestro y siniestro, abriéndose camino hacia la vitrina. Los espectadores, víctimas de los contundentes golpes, la miraban indignados, pero nadie osó oponerse a sus pretensiones. Al fin, sofocada, sudorosa, con las greñas pegadas a la frente, tropezó con la luna del escaparate. Advirtió entonces Sebastián que la Aurora tenía en la cara una expresión muy acusada, aunque indescifrable, ya que lo mismo podía sugerir que estaba locamente contenta como que el dolor le lancinaba el alma sin contemplaciones. Sebastián, sin embargo, se hizo el distraído, pues receló que la Aurora, en su excitación, acabaría llevando hasta el paroxismo la jocundidad alevosa de los espectadores. No obstante, los nerviosos golpes propinados por la muchacha contra el cristal le hicieron volver de su aparente distracción y bajar los ojos hacia ella. (La media docena de espectadores reía a mandíbula batiente viéndole a él saludar por señas a la novia desde lo alto de la escalera y a la novia aporrear la luna, excitada, como queriendo echar abajo aquella transparente frontera que demoraba sádicamente el feliz momento de poderse desmayar en los brazos del amado. Sebastián en aquel instante renegó de la Aurora, la injurió entre dientes y nada le hubiese importado verla morir allí de un modo fulminante e inesperado.)

—¡¡La abuela...!! ¡¡La abuela!! ¿Me estás oyendo, Sebastián? ¡La abuela está muriéndose!

Él asentía con la cabeza, pero interiormente se negaba a admitir que aquella viejecita de las encías deshuesadas y el intestino sonoro hubiera cambiado tanto de la noche a la mañana. Sin embargo, a la vista de la afectación de la Aurora, no vaciló y, descendiendo la escalera de dos saltos, se presentó ante don Saturnino, farfulló algo relativo a «una inesperada desgracia de familia» y salió corriendo, poniéndose el abrigo, por la puerta trasera del establecimiento.

La Aurora se unió a él, muy compungida, y ambos avanzaron corriendo entre los irónicos codazos y las expresivas sonrisas del grupo juvenil estacionado ante las vitrinas. Unos pasos más allá, Aurora se explicó de forma deshilvanada, incoherente, contradictoria:

—Algo inesperado... Si ella estaba muy bien... Bueno, es verdad que siempre padeció del corazón... ¿Para qué vamos a engañarnos? Tenía una deficiencia mitral o algo por el estilo, pero comía muy bien y últimamente sólo le fallaba un poco la cabeza. (Sebastián, mentalmente, confirmó el soberano apetito de la anciana y sus fugas cerebrales.) Ayer la viste: estaba como si nada, tan campante... Ahora me acuerdo, que me diga, se quejó por la mañana del pecho, pero ninguno le hicimos caso... ¡Se quejaba tan a menudo! Cuando volvimos de la Lola Flores cenó con mucho apetito y se fue a la cama como todos los días... Pero esta mañana, al vestirse, le dio un vahído y se cayó de bruces contra la escupidera... ¡Fíjate qué horror! Se puso asquerosa... La metimos en la cama y llamamos al médico... —Le brillaban los ojos a la Aurora al llegar a este punto. Sebastián se confesó con horror que no deploraba lo más mínimo la desgracia de la abuela. Su fría relación actual con la Aurora, unido a los descarados ruidos ventrales de la vieja, le impedían el sentimiento directo y el indirecto—. El médico casi no le encontraba el pulso... Le metió una inyección horrible y dijo que la cosa estaba muy mal. Así hemos pasado dos horas, hasta que hace un rato se puso un poco peor y papá me ha mandado a buscar penicilina...

Iban casi corriendo y la gente con que se cruzaban se volvía para mirarlos. Sin duda, la ansiedad que se dibujaba en el rostro de la Aurora no pasaba inadvertida para nadie.

—¿Penicilina para el corazón? —inquirió, escéptico, Sebastián.

—Por lo visto es una medicina ésa que lo cura todo. Ya ves, el niño de la Rufina se salvó con eso, después de tomarle medidas para la caja y todo. El médico había dicho que sólo un milagro podría salvarlo ya...

Las piernecitas de Sebastián casi no podían igualar el ritmo apresurado de la muchacha. Recorrieron dos calles y entraron en una farmacia.

—Penicilina, por favor —dijo, nerviosa, Aurora.

El mancebo puso cara de sorpresa:

—De eso, nada; pregunten ustedes en las boticas de guardia.

Una de las farmacias de guardia se encontraba muy próxima. Entraron. El boticario era hombre locuaz:

—Eso se acaba tan pronto como nos lo dan. Anda muy escaso y para eso muchos, en cuanto tienen un granito, se atizan doscientas mil unidades y asunto arreglado. Luego, lo que pasa, viene un caso de urgencia y no hay penicilina.

Salieron. Aurora se había demudado.

—¿Tú crees que no nos ha tomado el pelo?

—¿Por qué?

—Por lo de las doscientas mil unidades.

—No sé.

—Es que a una peseta que cueste cada unidad supone una fortuna. Y yo no traigo más que quinientas pesetas. Lo de la abuela no es un grano, además.

—No te preocupes. Ya lo arreglaremos.

Atravesaron otra calle y una pequeña plazuela sin hablarse. Sebastián se detuvo de pronto:

—Mira, aquí hay otra farmacia de guardia.

El dependiente movió la cabeza, denegando:

—Si no la encuentran en el Colegio de Farmacéuticos tendrán que buscarla de estraperlo. No hay nada y no lo habrá hasta la semana que viene.

(Sebastián pensó que a la semana siguiente el vientre de la abuela tenía todas las probabilidades de haber dejado de sonar.)

—Vamos al Colegio, anda.

—¿Dónde está?

—En la Plaza del Rey.

Atravesaron las calles vertiginosamente. Las piernas de Sebastián se movían automáticamente. No se le cansaban, sin embargo. Era más bien como si fuesen de una sustancia insensible y las vitalizase algún mecanismo autónomo, independiente de su voluntad.

—Esperen un momento; voy a preguntar.

Desapareció y volvió a aparecer, con crispante lentitud, un hombrecillo calvo con expresión de no saber por dónde se andaba. Debía de ser el conserje del Colegio:

—¿No traen ustedes receta?

—No. —Aurora miró a Sebastián con ademán desolado—. Sólo traía el dinero y...

—No es suficiente. Miren ustedes, con esto se han cometido muchos abusos y nos está rigurosamente prohibido despachar sin receta. Sí, no dudo que será un caso extremado, pero es preciso que llamen al médico y... les recete a ustedes la penicilina.

Aurora se sintió derrotada en toda la línea. Abandonó el local dejando al hombrecillo de los ojos despistados con la palabra en la boca. Corrían ahora hacia casa sin acusar la rigurosa temperatura. A medio camino comenzó a nevar. Se descolgaban los copos del cielo con indolencia, sin prisas, como regodeándose en la impresión del descenso. La nevada era tan lenta que no cuajaba en el suelo. De vez en cuando el viento, muy frío, arrastraba los copos lejos del lugar escogido por ellos como punto de aterrizaje. Era la hora de comer y las calles se hallaban solitarias. Sólo en el barrio, los chicos, a pesar del intenso frío, habían organizado un desfile pintoresco y marcaban el paso al compás del redoble de un tambor que era una vacía lata de atún.

—Gracias a Dios, todavía no está la puerta cerrada.

Sebastián consideró atinada la observación de Aurora. Las puertas abiertas de par en par indicaban en la pequeña ciudad que el enfermo alentaba aún. (Se dijo Sebastián que era un tanto ineficaz y absurda esa costumbre de cerrar las puertas de las casas después que la muerte había logrado entrar.)

Ascendieron precipitadamente las escaleras. Doña Claudia salió a abrir e interrogó con voz amortiguada:

—¿Traéis la *pinicilina*?

Doña Claudia decía *pinicilina* en vez de penicilina.

Aurora negó con la cabeza.

—¿Cómo sigue, mamá?

—Parece que no tiene remedio.

A la sombra de la desgracia inminente le resultaba menos embarazoso a Sebastián volver a entrar en aquella casa. Pasaron a la habitación donde merendaron la tarde anterior. El señor Sixto discutía con el médico; el tío Cleto permanecía derrengado y como ausente, desplomado sobre un sillón.

—Le digo a usted que yo he visto casos mucho peores resolverse con la penicilina. Si no lo hubiese visto, no se lo diría. Y como a mí el precio no me importa, quiero la penicilina. Si la enferma se muere, bien muerta está, pero yo he de agotar todos los medios a mi alcance antes de que eso llegue a suceder. Usted me perdonará, don José, pero yo no creo que sean éstos momentos para andarse con vacilaciones. Yo de medicina no entiendo un pimiento, pero quiero la penicilina y la tendré, saltando lo que haya de saltar.

—Escúcheme...

La entrada de Aurora y Sebastián cortó pasajeramente la discusión. La muchacha respondió a la mirada interrogativa de su padre y bajó los ojos:

—Hace falta la receta del médico, papá.

Como empujado por una corriente eléctrica, el señor Sixto se volvió hacia el doctor:

—¿Ha oído usted? La penicilina puede ser su salvación y...

—¿Es que no quiere usted entenderme? Es la última vez que se lo digo: ¡el corazón no tiene nada que ver con la penicilina!

El médico hablaba a gritos, evidentemente contrariado. La respuesta del señor Sixto fue grosera, definitiva:

—Está bien; ¡váyase usted a hacer...!

El doctor tomó su sombrero y salió dando un portazo. El señor Sixto soltó un juramento atroz; luego añadió:

—Estos médicos ni por Dios se apean de su burro. Se les mete una cosa en la sesera y ya les puede usted ir con razonamientos y con buenas palabras. Han dicho blanco y ha de ser blanco aunque usted

les demuestre lo contrario.

El tío Cleto se levantó de la butaca y prendió un pitillo. Era un tipo menos corpulento y congestivo que el señor Sixto a pesar de ser hermanos:

—Estás obcecado, Sixto. El médico sólo te ha dicho que la penicilina es inútil en este caso. Es lo mismo que si tú pides unos guantes para curarte los sabañones de las orejas.

—¡Maldita sea! ¿Es que también tú vas a ponerte de su parte; o es que no me explico; o es que no os da la real gana de entenderme?

Doña Claudia se asomó con el gato en brazos:

—No chilléis de esa manera; estáis molestando a mamá...

Aurora susurró al oído de Sebastián:

—¿Quieres verla?

Sebastián asintió, desganado, lamentando que la desgracia que flotaba en el ambiente no le llegase más dentro. La Aurora le tomó de la mano y ambos pasaron a la alcoba adyacente. La abuela estaba allí, acostada, respirando ahogadamente, aunque con la misma sonrisita deshuesada, de niño de teta, de la víspera. Una vecina, poco más joven que ella, no hacía más que repetirle, recostándose en el catre:

—¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila.

La viejecita proseguía impertérrita, ajena a la inmediata proximidad de la Cirila, con la sonrisita perdida en su faz consumida e inocua. Estaba tan delgada que su cuerpo no hacía bulto en la ropa y sólo al final de la cama se erguían dos agudas prominencias como si se hubiesen metido entre las sábanas dos estacas en punta. Eran los pies de la abuela.

—¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila — reiteró la visita.

La Aurora se aproximó a ésta:

—No se moleste; ya no conoce.

—¡Cómo no va a conocer! Lo que pasa es que la pobrecita ya no puede valerse. —Se recostó sobre la enferma y le volcó su aliento a dos dedos del oído, con recalcitrante tozudez—. ¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila.

Salieron y la Aurora se enjugó una lágrima con el dorso de la mano:

—Debe de estar muy mal, ¿no te parece?

Sebastián admitió la gravedad con un movimiento de cabeza. Aún permaneció una hora al lado de la Aurora, preguntándose por qué aquel doloroso acontecimiento no le sacaba de su indiferencia y por qué razón sentía aquellas prisas irreprimibles por marcharse.

A la una y media la dejó sola prometiendo volver en cuanto saliese de los Almacenes. Aurelia le esperaba impaciente:

—¿Cómo está la señora Zoa?

—Muriéndose.

—Dicen por ahí que al médico no le ha dado la gana de ponerle la chisma esa... como se llame.

—¿Cuál, la penicilina?

—Sí, eso.

Orencia miraba de una a otro sin decir nada, aprehendiendo cada una de sus palabras. Sebastián contestaba de mala gana. Jamás halló recreo en aquellas insulsas y primitivas conversaciones domésticas. (Una vez más constató la espléndida facilidad del barrio para difundir toda clase de noticias hasta los más apartados rincones. El barrio era así, cotilla y comentador, aparatosamente impresionable. A buen seguro el médico de cabecera del señor Sixto no volvería a encontrar en él un solo cliente.)

—La penicilina no le va, madre. Es una tontería muy extendida pensar que la penicilina es un agua milagrosa que lo cura todo.

—Pero dicen que por ponerla, nada se pierde. Podía haberlo intentado. Tal vez así...

Sebastián no contestó. Comía sin apetito, maquinalmente, apremiado por el deseo de acabar pronto. Cuando concluyó, cogió el abrigo y se fue a los Almacenes. En el camino sorprendió a varios grupos comentando desfavorablemente la recalcitrante oposición del médico a aplicar la penicilina a la señora Zoa.

Una vez en la tienda, se olvidó de todo y entonces se dio cuenta de que sólo vivía espoleado por la esperanza de volver a ver a Irene. Ella era lo único que le importaba. Le desazonaba su remembranza, el recuerdo estimulante de su perfección, aquella mirada oblicua desde el borde de las pestañas que le dirigiera con sus ojos verdes al abandonar la otra tarde el establecimiento. En contraste, la Aurora y todo lo que la rodeaba le ocasionaba malestar. Le mortificaba el señor Sixto con su carácter impetuoso y rudo, la abuela moribunda, doña Claudia tan tosca y tan zafia, y, sobre todos, el Sixto con su lengua lancinante, con su contextura moral de mozo malcriado y ensoberbecido. Recordó, de pronto, su actitud de la tarde anterior y se sobresaltó. ¿Qué querría decirle con aquello de que si no les estaba tomando el pelo a todos? ¿Es que sospechaba la verdad de sus sentimientos hacia la Aurora? ¿O se figuraba, equivocadamente, que él no iba más que por los cuartos, indignamente amasados, de su padre? «Bah, que piense lo que quiera», se dijo Sebastián, y como oyera abrirse la puerta de cristales del establecimiento, volvió la cabeza ilusionado con la posibilidad de toparse con Irene. Pero Irene no apareció aquella tarde por los Almacenes y, al concluir la dura jornada, Sebastián sintióse deprimido. No obstante, tan pronto dieron las siete se embutió en el gabán y salió.

Continuaba haciendo frío, aunque el viento impidió que la

nevada llegara a formalizarse. Por la calle Principal paseaba la gente produciendo un rumor confuso de pisadas que se arrastran y conversaciones sostenidas a media voz. Sebastián atravesó la calle y se cerró las solapas del abrigo al notar que una ráfaga helada, aguda como un cuchillo, le atravesaba el pecho. «¿Se habrá muerto?», pensó, de repente, recordando a la viejecita postrada. Y la duda le hizo acelerar el paso.

(Al divisar el convento gris de los capuchinos experimentó un repentino sobresalto al figurarse la candelita encendida junto al sagrario, proyectando sobre los anchos muros la silueta fabulosa del cura de las barbas.)

Intencionadamente cambió de acera para ver desde más lejos el portal de la casa del señor Sixto. La puerta serviría, como en la mañana, para transmitirle las primeras novedades sobre el estado de la señora Zoa. Aunque la vida de la vieja no le inquietaba, miró con relativa ansiedad al portal. «Está abierta... Está cerrada... No, no, está abierta. ¡Está abierta!» Cruzó de nuevo la calzada y subió apresuradamente las escaleras. La Aurora le abrió y en los ojos enrojecidos y en la expresión idiotizada de la muchacha Sebastián adivinó que la puerta de abajo no tardaría en cerrarse.

—Ven, deprisa, la abuela está agonizando.

Al pasar por la cocina, Sebastián sorprendió a doña Claudia haciendo arrumacos al gato persa:

—Ven tú, monín mío; ven tú a consolar a mamá.

Tití maulló y saltó blandamente sobre el regazo de doña Claudia.

En la puerta de la alcoba Sebastián se detuvo horrorizado. El señor Sixto y su hijo forcejeaban con la moribunda, pretendiendo embutirla en un fúnebre traje negro. El Sixto parecía disgustarse ante la natural pasividad de la anciana:

—Vamos, abuela, ¡coño!, no sea tan terca. Luego se queda usted rígida y no hay Dios que la vista.

Sebastián se asió al marco de la puerta para no caer. El tío Cleto contemplaba la macabra escena con los ojos enrojecidos, pero sin oponerse. La pobre vieja se dejaba amortajar sin fuerzas para nada, dibujándosele en su boca de labios pálidos y arrugados su eterna y lánguida sonrisa.

—No quiero que me vuelva a pasar como con el abuelo, ¡demonio! —proseguía, entre dientes, su monólogo el Sixto—. Luego se quedan fríos y tiesos como garrotes y no hay macho que se atreva a ponerles una prenda encima.

Alrededor había varias vecinas contemplando indiferentes la lúgubre operación. Al fin, la abuela quedó vestida y entonces el señor Sixto le izó con cuidado la cabeza y le colocó sobre el pecho consumido un escapulario del Carmen. Cuando concluyó todos estos

preparativos la besó en la frente y se quedó inmóvil, a los pies de la cama, con los brazos cruzados y como diciendo: «Cuando guste, madre; ya puede morirse».

Sebastián se vio abocado al desmayo. Contra costumbre aquilató el abrazo de la faja de franela oprimiéndole las vísceras, pero permaneció quieto, sin pestañear, observando con concienzuda atención el rostro de la abuela. Un difuso recuerdo de sus años de colegio le imbuía la idea de que estaba asistiendo al solemne momento de un tránsito; al instante decisivo en que un alma se desgaja de un cuerpo dejando a éste convertido en un puñado de polvo. Recordó las palabras del hombre de las barbas y pensó si la abuela no sería también de aquellas personas que descuidan el alma y sobrestiman el valor del cuerpo. Un vago escepticismo volvía a adueñarse de él. Sin embargo, proseguía mudo, absorto, con los ojos clavados en los labios entreabiertos de la viejecita, aguardando ver salir por ellos una especie de nube algodonosa o un jirón de niebla ingrávido y blanquecino. Quizá, tal vez una llamita tenue y azulada como la palmatoria que ardía en el ara del convento de los capuchinos. Se mantenía suspenso, arrobado, como si de aquel definitivo trance dependiese toda su fe para el porvenir. Los presentes contenían la respiración en una expectativa anhelante. De vez en vez, la nariz aguileña de la moribunda se contraía como si fuese a estornudar. Pero era la boca, la boca entreabierta en una corta sonrisa, aquella boca de labios cárdenos y exangües, lo que fascinaba a Sebastián. Su imaginación enhebraba ahora los más insólitos pensamientos. Se figuraba fantásticamente, pero con una precisión extraña, el color de los pecados de los hombres. Ya no era el indistinto polvo de carbón lo único que podía mancillar la albura de un alma. El tono negro correspondía, en la mente de Sebastián, a los pecados contra la fe; el verde, a los pecados de la carne; el rojo, a los de soberbia; el amarillo, a los de gula... Imaginó que tal vez el ánima de la anciana saliese aureolada de un color amarillento, como el producido por un cólico hepático. Se dio cuenta de que pensaba así acordándose de la merienda de la última tarde, y compelido por una profunda convicción de que la gula y la soberbia eran los pecados característicos de la vejez, como el de la lujuria era el de la juventud.

De pronto, una contracción muscular de la vieja le dejó petrificado. La miró, concentrando la atención en los labios entreabiertos, y le pareció adivinar un borbotón de aliento blanco, impoluto, que ascendía paulatinamente hacia el techo. Le estremeció la voz hiposa, como un sollozo retenido, de la Aurora a su lado:

—Se había confesado esta mañana.

Los músculos faciales de la anciana se relajaron a continuación. El señor Sixto se aproximó a ella y la tocó en el corazón:

—Ha muerto —dijo simplemente.

Y como sí aquellas palabras fuesen la contraseña esperada, todas las mujeres que rodeaban la cama rompieron en unos lamentos quejumbrosos y agudos. La vieja sonreía al vacío y se mantuvo indiferente cuando su hijo Cleto se acercó piadosamente a ella y le cerró los ojos.

Fue tres días después del entierro de la señora Zoa cuando Sebastián, al regresar a mediodía de los Almacenes, tropezó con una Orencia rebelde, excitada, rígida de indignación. Apenas le dio tiempo a pasar al cuarto de la camilla cuando le vomitó a bocajarro:

—¿Sabes lo que has hecho, Sebastián? ¡Di! ¿No sabes que la Aurora está embarazada de cuatro meses y que todo lo que ha hecho contigo es una comedia asquerosa para atraparte? Di. ¿No lo sabías?

La habitación le daba vueltas y, de momento, no tuvo palabras para responder. Una mezcla de lástima y repugnancia pugnaban en él al mirar, aterrado, a su hermana. De momento le enervó la conciencia de su estupidez al intuir que la afirmación de la Orencia era rigurosamente cierta. No obstante, aquella chiquilla pálida y desgalichada, de mirada grande y vacía, se le representaba ahora como una Aurelia en miniatura, una Aurelia enfundada en su esmirriado cuerpo. La explosión airada de la chiquilla, con unas palabras impropias de su edad, le aplastaron.

—Pero... ¿qué dices? ¿Qué... qué estás diciendo, Orencia?

Un sudor viscoso y frío le resbalaba por los costados; le empapaba el cuerpo; temblaba al pensar en su extravagante postura, al comprobar la presencia de una nube densa y negra que gravitaba como una losa sobre su amor propio, aplanándolo. ¡Ah, aquella bárbara sinceridad de la Orencia! ¡Cómo le asqueaba de repente aquella niña lánguida y triste, expresándose con descarnado impudor como si fuera la mujer más libre y deslenguada del barrio! ¿Y era esto, en realidad, lo que le aplanaba o era, sencillamente, la conciencia de su miopía, de su falta de perspicacia para intuir un hecho que nadie a estas alturas debía de ignorar en el barrio?

Orencia continuó en un brusco arrebato:

—Sí, ella y doña Claudia... Doña Claudia ha dado dinero a madre para que tú tapases el hijo de la Aurora. Ya te decía yo que no me gustaba, que no...

—¡Oh, eso no es verdad, maldita!, ¡calla! ¡Eso no es verdad!

Algo fuera de todo hábito le cegó. Una indignación desconocida le sacudió el cuerpo y se localizó, como un acuciante e intenso hormigueo, en la punta de los dedos. No pudo reprimirse. Levantó la mano y golpeó a su hermana con toda su fuerza, con todo el

aborrecimiento acumulado hacia ella, hacia su lengua viva y abrumadoramente sincera.

La pequeña estaba erizada, vibraba al rozarla como la cuerda tensa de un instrumento.

—¡Puedes matarme! ¡Puedes hacer lo que quieras de mí! ¿Me oyes, Sebastián? Pero no conseguirás que me calle. ¡Han jugado contigo, te han engañado miserablemente! ¡Oh, qué horror! ¿Es que creíste alguna vez que la Aurora te aceptaba por ti mismo, que te quería por tus cualidades o siquiera por compasión? —Hablaba y lloraba al mismo tiempo. Sus palabras salían a chorros de sus labios, zumbantes y dolorosas, y Sebastián aquilató, por encima de su aturdimiento, que los chillidos histéricos de la Orencia le herían en un sitio vital; que las expresiones tremendas de su hermana significaban una traducción literal de sus ominosos actuales pensamientos— ¡Hoy la gente no compadece a nadie, ni le importa nadie! El mundo es una cosa cochina, ¿me entiendes? Te han atrapado a ti para tapar la marranada de la Aurora y del otro. ¡Ya te decía yo…!

—¡Calla, calla! ¿Es que no te puedes callar? —Se cubría los oídos con las manos; pero más que por no oír, era ésta una reacción instintiva ante el vago temor de que su cráneo pudiese estallar como una nuez (el cráneo de un gorrión) entre la palanca de un cascanueces.

Orencia se calmó de súbito, pero no calló. Hablaba ahora como una máquina parlante, sin inflexiones ni gradación en su tono de voz. Habían desaparecido, como por ensalmo, su excitación y sus histerismos:

—Ayer vino doña Claudia… Ha venido muy a menudo en estos últimos tiempos, ¿sabes?… Madre se creyó que yo no estaba en casa y hablaron tranquilamente. Pero yo lo estaba oyendo todo desde mi cuarto. **[***Las dos se reían, ¿sabes, Sebastián? Se reían diciendo que la cosa estaba ya hecha y «muy adelantada». Le dio más dinero… y madre decía que ni un choto se compraba hoy en día más barato… Doña Claudia volvía a reírse y… y… le contestó que qué tenías tú que valiera más que un choto*.**]**

A Sebastián le arrastraba una rabia sorda y creciente, un impulso seco y descarnado. Su aversión hacia su madre se trasmudaba en un sentimiento de odio acendrado, indigesto, expansivo. Se imaginaba muy bien la escena que la Orencia relataba con irritante prolijidad. Pero, sin embargo, deseaba saber más, más, hundirse con mórbida delectación en aquel piélago de iniquidades.

—¡Habla, habla, di! ¿Qué más decían? Que qué tenía yo que valiese más que un choto, ¿verdad? ¿Qué más? ¿Qué más decían?

Ahora Orencia retrocedía ante su mirada ávida y desorbitada. Mas él la perseguía implacable, con la cabeza adelantada, clavando

fieramente los ojos en el semblante de la niña.

En aquel momento se oyó por el pasillo el andar perezoso y cansino de Aurelia. Sebastián desvió la mirada hacia la puerta y se quedó así, inmóvil, con la cabeza un poco avanzada y ladeada como un perro de caza marcando la postura. A poco apareció Aurelia, indiferente, en el umbral, envuelta en la pringosa cazadora militar, introduciendo sus manos amoratadas debajo de las axilas:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Qué pasa aquí?

Orencia guardó silencio y un relámpago de desafío le brilló en las pupilas, normalmente apagadas. Sebastián no se movió, limitándose a envolver a su madre en una mirada incisiva. Aurelia, a pesar de su obtusa perspicacia, lo comprendió todo instantáneamente y palideció.

—¿Qué es eso? Tú estabas ayer ahí, ¿verdad, cotorra del demonio? —Aurelia se decidió al fin. Se adelantó hacia Orencia y la zarandeó con una expresión descompuesta en el rostro—. Ya me lo olía yo. Estabas escuchando como una zorra indecente, ¿verdad que sí? Pero yo te juro que te voy a escarmentar para toda tu vida. Voy a partirte esos hocicos de rata parlona que tienes...

Conforme hablaba, Aurelia golpeó a la niña con los puños crispados. Los golpes producían un rumor sordo, un ruido característico de colchones vareados.

Sebastián se adelantó y sujetó a su madre por la muñeca con una tenacidad de lapa:

—¿Por qué la emprendes con la niña? ¿Qué culpa tiene ella de lo que ha pasado? No quiero escándalos, ¿me oyes? ¡No quiero escándalos!

Aurelia se volvió a él:

—¿Cómo te atreves? Suelta, desgraciado, suelta o...

Pero Sebastián no desfallecía. Comprendía que por una vez tenía agallas suficientes para reducir a su madre, para exigirle una rectificación urgente y completa. Aurelia se encontraba tan excitada que no hacía más que mover los labios sin llegar a expresar palabra alguna.

—Esto sólo tiene una solución —siguió, más firme, Sebastián—. Vas a devolver a doña Claudia hasta el último céntimo. Yo no voy a casarme con la Aurora.

De un tirón, Aurelia liberó su muñeca:

—Eres orgulloso y estúpido como tu padre. ¿Qué más puedes buscar tú, dime? ¿Es que con tu facha puedes aspirar a otra ocasión mejor que ésta?

En un segundo cambió la expresión de la Aurelia. Se dirigió a Sebastián y le pasó un brazo melosamente por los hombros. Su voz era alterada, pero suave:

—Tuya es la mitad. Es justo eso. No me atreví a decírtelo antes.

El cuerpecillo de Sebastián emanaba una enhiesta y orgullosa cólera:

—No busco dinero ni lo quiero a costa de mi amor propio, ¿me entiendes? Di, ¿me entiendes? Quiero que devuelvas hasta el último céntimo.

—Pero, dime, monigote. ¿Yo aquí no soy nadie? ¿No merezco, después de haber sufrido contratiempos y miserias para sacarte a flote, alguna compensación?

Tornaban las voces avinagradas, desabridas. Sebastián aparentaba una calma absoluta, como si tras la colérica actitud inicial se hubiese agotado su capacidad de indignación:

—Ya lo has oído. No quiero casarme con la Aurora. Todo es inútil ya. Ahora mismo voy a enterarla a ella.

—¡No, tú no harás eso, puerco! Siquiera por respeto a mi palabra. He empeñado mi palabra, ¿sabes? Yo consideré la cosa como una buena oportunidad para ti y por eso lo hice; nada más que por eso... La Aurora es rica, ¿comprendes? Tú podías vivir cómodamente por el resto de tus días. ¿Qué importa la criatura? Una vez casados, el crío es tan tuyo como tú mío. Y tú te reirás del mundo con una mujer al lado que te quiere y te dé de comer. Porque la Aurora te quiere ya, ¿lo sabes? Se ha acostumbrado a ti. No, Sebastián, tú no puedes hacer eso que piensas...

El estado de ánimo de Aurelia tenía altibajos sensibles. Su tono de voz terminó siendo impetrante, mientras le perseguía a lo largo del pasillo. Mas Sebastián no transigía. Pese a su calma externa notaba en su interior un vacío opaco que lo angustiaba. Se había trazado una decisión y la pondría en práctica por encima de todos los obstáculos.

Abrió la puerta y salió a la caja de la escalera. Aurelia lo siguió. Forcejearon un rato:

—¡Déjame, maldita seas! ¡Déjame en paz!

Su madre le sujetaba por las solapas. Tenía el semblante descompuesto, y una espuma blancuzca, como de saliva demasiado consistente, se le pegaba a las comisuras de la boca.

—¡Entra, cochino! ¡Vuelve a casa si no quieres...! ¡Pedazo de...!

Le denostaba con horribles palabrotas. Vocablos gruesos y detonantes de carretero malhumorado. Sebastián le dio un empujón y descendió corriendo las escaleras. Por detrás, en la espalda, se le clavaban los improperios cada vez más abyectos y groseros de la Aurelia.

Salió a la calle un poco aturdido. Su respiración era irregular y agitada y para serenarse caminó hasta la iglesia y luego regresó muy despacio. Vaciló en el portal de la Aurora, mas enseguida se sobrepuso y ascendió sin prisas los escalones. Dudó antes de oprimir el timbre y escuchó acercando la oreja a la mirilla. No se oía nada fuera del

maullido lejano y quejumbroso de *Tití*, el gato persa. La casa del señor Sixto se veía agobiada por el luto reciente y semejaba descansar aún de los plañidos incesantes, agudos, de la tarde del entierro. Al fin, se decidió y pulsó el timbre con un dedo tembloroso.

Le abrió doña Claudia:

—Buenos días, ¿está la Aurora?

—Sí, pasa. ¿Qué te trae a estas horas por aquí?

—Quiero hablar con ella un momento.

Salió la Aurora enlutada y apática y dijo con un mohín de desagrado:

—¿Qué quieres? íbamos a comer ya.

Doña Claudia se había retirado y la muchacha y Sebastián estaban frente a frente en el vestíbulo. El recuerdo cálido y opresivo de la humillación desató repentinamente la lengua de Sebastián:

—Sólo vengo a decirte que he cambiado de parecer. No voy a casarme contigo ya. Ha sido todo un error.

Palideció el rostro de la Aurora y le tomó por la manga de la chaqueta.

—Ven, entra aquí. ¿Qué estás diciendo?

Habían pasado a una sala reluciente y presuntuosa, con una gruesa alfombra de nudo cubriendo casi enteramente los baldosines rojos del pavimento. Ella insistió:

—¿Qué quieres decir?

—Ni más ni menos que lo que he dicho. No vamos a casarnos ya. Mi madre devolverá el dinero hasta el último céntimo...

La Aurora tartamudeó y buscó a tientas una silla donde sentarse:

—No... te... entiendo, Sebastián.

—¿Por qué vas a hacerme hablar más claro? Es un asunto desagradable, ¿no? Yo nada tengo que ver con ese hijo que esperas. ¡He sido un necio! Eso es todo...

Sonó la voz de la Aurora como a través de un tabique, pero despojada ya de todo artificio:

—¡No puedes hacer eso ahora; no puedes hacerlo, Sebastián! Yo te quiero. ¡Te lo juro! Te quiero como nunca me imaginé que pudiera llegar a quererte. No me dejes ahora así... ¡Te lo suplico! Todo lo pasado debes olvidarlo. Debes ser generoso...

Aquella visión de la Aurora arrastrándose, implorando, al fin, consiguió imbuirle una más sólida seguridad en sí mismo:

—Es en vano. No estoy dispuesto. Me parece que la lección no ha sido pequeña. Ya estoy escarmentado.

La Aurora comenzó a llorar crispadamente. Se arrodilló a los pies de Sebastián:

—¡Dios mío, qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Qué puedo hacer para que me perdones, para que te olvides de mi horrible conducta?

Te juro por Dios que seré sólo para ti, Sebastián, que te serviré como una esclava... Siempre. Pero ayúdame a ocultar esta vergüenza. ¡Por amor de Dios... ayúdame!

Esta irritante sumisión exaltó a Sebastián, soliviantó sus ánimos más aún que si la Aurora hubiese adoptado una actitud engallada, de diosa ofendida.

—¿Por qué he de ser yo quien resuelva tus porquerías? ¡Di!, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver con tus devaneos y tus indecencias? ¿Te parece aún pequeña mi degradación que aún me requieres para continuarla? ¡Por Dios te digo que me dejes en paz, Aurora!

—Óyeme, tú... —Le miraba desde abajo con las gafas empañadas por las lágrimas. Tenía la cara enrojecida y las facciones abultadas y feas—. No seas intransigente, Sebastián. No te vayas sin oírme, por Dios bendito. Yo no tuve casi culpa. Fue todo una locura, una insensata locura. Pero te juro que todo ha pasado ya. No quiero ni volverme a acordar de ello. ¡No quiero...!

Volvía a llorar con acrecentado desconsuelo. Sebastián se sentía a sí mismo duro e irreductible. De su antiguo sentimiento por ella, fuese amor o compasión, no restaba más que un solemne y creciente desprecio. Miraba indiferente sus espasmos y convulsiones y se le antojaba que todo aquello era una farsa más, una prolongación de la amarga comedia en que él había jugado tan buena parte. La contemplaba con irritación, con repugnancia casi, e íntimamente se confesó que su físico, abultado e inarmónico, le repelía. De súbito aquilató dentro de sí una punzada de curiosidad, de fría e impersonal curiosidad:

—Dime: ¿quién fue él?

—¡Oh, qué importa eso! ¡Qué importa eso! —Se quedó boquiabierta, mirándole, sin llorar. Luego enmendó—: Bueno, sí, fue Benjamín Conde, ¿para qué voy a ocultarlo? Ya lo sabes: el hijo del contratista. Pero ¿qué importa eso ahora, Sebastián? —insistió.

Sebastián tuvo una fugaz visión:

—¿El chico del abrigo marrón y la bufanda amarilla?

La Aurora asintió sin hablar. (Sebastián notó unas ganas horrorosas de reírse a carcajadas al recordar la ensoñada visión de Benjamín Conde haciendo cosquillas en las axilas de la Aurora con la punta de un mondadientes.) Se separó de ella con asco. Volvía a sentirse furioso, intransigente. ¿Por qué andar con rodeos y paños calientes con una mujer que no había dudado en arrojarle a la cara la menos piadosa de las humillaciones? Deseó, de pronto, aplastarla sin más, como a un reptil, vocearle el concepto que su conducta le merecía, regodearse sádicamente en su turbación y su angustia:

—¡Quita, apártate de ahí! —dijo, acercándose a la puerta—. ¿Por qué no vas a él a hacerle esta escena? Me parece a mí que es el más

indicado. ¡Háblale del hijo que esperas! ¡Háblale de tu estado y de tu vergüenza! ¡Háblale de todas esas cosas asquerosas que tenéis entre los dos! ¿Oyes? Y dile de paso... dile de paso —se acaloraba Sebastián, se acaloraba paulatinamente como si en cada palabra que pronunciaba hallase un nuevo acicate que estimulase su airada locuacidad— que Sebastián Ferrón ha dejado de hacer el cretino; que como los monos ha abierto los ojos un poco tarde, pero al fin con tiempo suficiente para escurrir el bulto. ¡Eso, eso! Dile todas esas cosas y las demás que se te ocurran a ti... Y si se tercia... si se tercia... puedes tocarle el corazón... —Agarró Sebastián el picaporte de la puerta y la entreabrió. La Aurora le miraba por encima de las gafas, con una expresión demudada, de pasmo e impotencia. Seguía de rodillas sobre la alfombra, con los brazos en cruz y los dedos crispados, imitando burdamente la Dolorosa de Juni—. Sí, tócale el corazón, a ver si le conmueves; tal vez no sea difícil. No parecía mal chico... Además... además... —Advirtió súbitamente que se le acababa la cuerda, que no tenía más que decir. Entonces cerró la puerta con furia, al tiempo que, instigado por un recóndito instinto melodramático, gritaba con énfasis: — ¡Hasta nunca, Aurora!

Descendió las escaleras resollando, estremecido aún por la fuerza de la escena. Los sollozos de la Aurora le perseguían cada vez más amortiguados. Abocó a la calle y comenzó a andar deprisa, sin rumbo previsto. Las imágenes se le atropellaban confusas y alborotadas en la mente. Reinaba en ella un caótico desorden, aunque presidido por la conciencia clara de su vejación. No quería comer; no lo hubiese conseguido aun deseándolo. Además no volvería a casa hasta la noche. Detestaba renovar pleitos añejos o remover problemas ya resueltos. A la noche la excitación habría amainado y nadie osaría replantear la cuestión. Atravesó la ciudad y se encontró siguiendo la ribera del río, impetuoso, y de un sucio tono achocolatado. Más arriba debía de haber llovido de firme en los últimos días. Los chopos, erguidos en las orillas, resaltaban sobre el fondo gris del cielo como los palotes tembloteantes del cuaderno de un niño. Algunas barcas surcaban la corriente y, pese a su línea achaparrada y al tono desagradable de las aguas, detentaban una airosa y gallarda apariencia.

Continuó andando Sebastián sumido en sus cavilaciones, y sin darse cuenta se vio sobre el puente de piedra que salvaba el río, asomado al pretil. Las aguas, espesas y turbias, chocaban con los pilares por debajo de él; parecían anudarse en una madeja irresoluble, mas luego reanudaban la marcha más veloces, como deseosas de recuperar el tiempo perdido. La cabeza le daba vueltas a Sebastián. Tornó a observar las dos hileras de afilados chopos que fijaban el curso de la corriente, y luego zambulló nuevamente la vista en los revueltos abismos de espuma a sus pies. Aquellos remolinos le

fascinaban. Le atraían, insinuándole la posibilidad de concluir de una vez con todas las pesadumbres. El agua producía, al topar con los pilares, un chapaleteo casi cristalino, como la lengua de un niño que aún no ha aprendido a vocalizar. Todo era sugestivo y fácil, extremadamente sencillo y tentador. La cabeza le ardía y suponía una aspiración demasiado ambiciosa imaginar que aquellas aguas espesas y heladas pudiesen cerrarse alrededor de su cráneo enfebrecido. Entonces le pareció que le llamaban. Escuchó un rato, inmóvil, para cerciorarse, e inmediatamente oyó pronunciar su nombre con absoluta claridad. Le costó un gran esfuerzo reaccionar, y cuando giró la cabeza y divisó al tío Cleto haciéndole señas con la mano desde la acera de enfrente, emitió un ronco y acongojado suspiro.

—Mire usted qué oportunos —le dijo aquél regocijado—; ya voy para allá. Podemos aprovechar si usted quiere para ver la fábrica. Es un buen momento...

(El señor Cleto se llevaba, de vez en cuando, una uña a la boca y escarbaba en el sarro, produciendo un ruido semejante al de los ratones al roer la tarima.)

Anduvieron uno junto a otro y atravesaron el puente. Entraban en un sucio y maloliente suburbio de rústicas edificaciones de adobe, donde la mayoría eran cuadras o inmensas corralizas donde se amontonaba el estiércol. De vez en cuando tropezaban con un solar lleno de latas oxidadas y cascos de vidrio. Al fondo vislumbró súbitamente Sebastián un edificio de adobe de una sola planta, desconchado y caduco, con un letrero sobre la puerta cerrada que decía: «Cleto Fernández. Fábrica de Cola», y sin saber por qué, en ese instante acreció su simpatía por el señor Cleto. Éste se volvió a Sebastián, deteniéndole por un brazo:

—¡Ah, Ferrón, ya decía yo que tenía que decirle algo! El otro día no me fue posible. El Sixto, ¿sabe? —Levantaba las cejas como para completar la frase—. Y no es que mis hermanos sean malos, ¿comprende usted?; pero son egoístas. Atiéndame; los demás cuentan muy poco para ellos cuando se trata de salvar del naufragio a algún miembro de la familia. Y a mí, la verdad, no me parece correcto lo que intentan con usted... —Reanudaron la marcha hacia «Cleto Fernández. Fábrica de Cola»—; porque... porque ¿sabe usted lo de la Aurora? Si usted lo sabe y pasa por ello... —Volvió a levantar las cejas, acompañando este ademán de una mueca ambigua que podría interpretarse como un «allá se las componga». Luego continuó—: Pero si no lo sabe...

Sebastián le observó de reojo y tuvo que reprimirse para no abrazar al señor Cleto.

—Lo sé ya todo; gracias... muchas gracias de todas maneras.

Ante la puerta de la fábrica se detuvieron mientras el señor Cleto

buscaba la llave en sus bolsillos. Se sonrieron con mutua comprensión.

—Bueno —empujó la desvencijada puerta con el hombro—, vamos a ver si vemos esto… A no ser que… —Dudó al dar vuelta a la llave de la luz. Una bombillita se encendió en un rincón iluminando dos artesas y un informe montón de grandes huesos de animales a sus pies—. ¡Ah, sí, mire! Dan luz hasta tarde… Hemos tenido suerte. Pase, pase…

Capítulo X

Sebastián, en los días siguientes, se sintió náufrago y abandonado en medio de aquel océano de humanidad que le envolvía. Era aquél un mar espeso e inextricable, colmado de reconditeces, escollos y arrecifes; un mar difícil, donde suponía un esfuerzo de titanes sostenerse a flote.

La ruptura con la Aurora fue la comidilla del barrio, como antes lo fuera su noviazgo y las especiales circunstancias que lo rodearon. En todas partes se hablaba de la Aurora y Sebastián; se comentaba con complacencia el frustrado noviazgo, se sentaban presunciones y se exponían conjeturas, llegándose, casi siempre, a la conclusión de que el infeliz contrahecho había desperdiciado una magnífica oportunidad. La gente se daba codazos significativos al cruzarse con él, y los menos discretos le voceaban chirigotas procaces o le repetían la vieja chufla de mugir en su presencia.

Se cotilleaba de Sebastián a la puerta de la iglesia los domingos, en las colas del cine y de la carne, en las siete tascas del barrio y en las comidas familiares, alrededor de la camilla. El tiempo era aún frío y se diría que el cotilleo sabroso y picante aportaba sobre los miembros entumecidos una cálida intimidad.

Sebastián soportaba todo esto con aparente estoicismo, pero allá, en el fondo de su inarmónico cuerpo, algo se retorcía con violencia cada vez que lo vejaban, produciéndole un agudo e intenso dolor. Nunca decía nada. Guardaba aquellas chuflas para sus cavilaciones solitarias y, entonces, en su lenta y aislada digestión, se daba cuenta de la inquina de los insultos y las alusiones y lloraba mansa, calladamente.

No le dolía la ruptura con la Aurora. A fin de cuentas, esto respondía y se adecuaba cabalmente a la realidad de sus sentimientos. Últimamente se había percatado de que no amaba a la muchacha y, desde este punto de vista, era un hombre feliz con su autonomía recobrada. Echaba de menos, sí, los paseos vespertinos a lo largo de la roja tapia que circundaba el colegio de monjas mientras el día declinaba por detrás de la torre de la catedral; o las tardes de cine, arropados por la masticación crepitante de los devoradores de cacahuetes; pero lo echaba de menos lo mismo que a una muela perdida cuando la punta de la lengua, en su minuciosa exploración por las dos bandas de la boca, topaba con el hueco inusitado de la fosa recién abierta. Es decir, que lo que Sebastián lamentaba era la costumbre rota, el aniquilamiento de un horario fijo, minuciosamente

reglamentado. Por lo demás, suponía una ventura inesperada poder disfrutar de una absoluta independencia cordial, con la posibilidad inaudita y osada de fantasear a más y mejor sobre un utópico entendimiento con Irene.

Era la reacción de la humanidad circundante lo que le atormentaba, sumiéndole en un abismo de pesimistas y desesperadas reflexiones. En su casa no hallaba ningún consuelo. Aurelia, después de la violenta escena del día de la ruptura, se mantenía tiesa e inabordable, con una perpetua expresión de padre decepcionado en el mil veces acariciado porvenir del hijo. Ahora se reunía con la señora Luisa, la del punto, con más frecuencia que de costumbre, y en estas reuniones bebían vino tinto y jugaban a las cartas sobre la mugrienta mesa de la cocina. La Orencia proseguía devanando su existencia desligada, indiferente y gris. Tampoco se había atrevido Sebastián a cruzar una palabra con ella desde entonces, temeroso de ofender su orgullo inflexible. La niña se mostraba sumisa y triste, con la inalterable expresión de susto en sus ojos redondos, pero sin osar tampoco dirigir la palabra a su hermano, a quien suponía aún herido y con el corazón en carne viva.

La vida de Sebastián discurría así monótona y aislada, con una carga interior excesiva para su vapuleado corazón. A veces pensaba en Orencia con melancolía, y en estos casos las desdichas de la niña le apartaban un tanto de su oscuro y romo vivir. Recordaba con espanto las palabras de la pequeña al comunicarle el estado de la Aurora, y estas remembranzas le herían el pecho como si se pasase por dentro un cepillo de rígidas cerdas. Intuía, entonces, que no son los niños que callejean sin descanso los peores, sino los que se esconden y roen, encerrados entre cuatro paredes, los misterios de la vida todavía a medio velar; esos niños ariscos y aviejados, que no tienen alegría ni espontaneidad.

Las comidas alrededor de la destartalada y churretosa camilla acentuaban su chato abatimiento. Nadie hablaba allí, y los roces de los cubiertos con los platos descascarillados de loza barata adquirían una vibración casi trágica. Se les oía mascar a los tres o sorber la sopa con artificial presteza, deseando romper cuanto antes la forzada reunión. Entre plato y plato, los siseos de Aurelia al hacer discurrir por los intersticios de los dientes repentinas corrientes de aire casi asustaban a Sebastián. La Orencia iba y venía de la cocina, trayendo y llevando, y el ajetreo de la niña le hacía pensar que era como esas frutas ásperas y agrias, maduradas a fuerza de golpes.

Pero eran las noches y las irremediables tinieblas impuestas por las restricciones de luz lo que más temía Sebastián. Un insomnio desacostumbrado se había apoderado de él. Era a esas horas cuando los recuerdos dolorosos y la conciencia de su vejación le asaltaban,

royéndole el alma. Evocaba, en esos momentos, su ciega fe en la Aurora, su pueril e inefable comportamiento, mientras el barrio entero soltaba risotadas a su costa. Recordaba el día que descubrió a la muchacha apostada en el corro de espectadores del «doctor cubano» y su forma inexplicable de escabullirse antes de que el doctor respondiese a la consulta. Ya aquella mañana podría Sebastián haber recelado algo, pero él era de esa madera, sin vetas ni manchas, de que están construidos los hombres de buena fe. Después, la escena con Conde, el hijo del contratista, y la inmotivada fuga de la Aurora a Madrid; la descarnada manifestación del Sixto, ensalzando la amplitud de sus tragaderas; el resentimiento de la Aurora al comunicarle él que la encontraba más gruesa; los torpes mugidos de los mozalbetes del barrio; los codazos de los más prudentes y mesurados al divisar a la pareja…

Sebastián daba vueltas y más vueltas sobre el lecho. Aquellos recuerdos le ocasionaban una desazonadora picazón por todo el cuerpo. Y tanto como su humillación, como la conciencia dolorosa de saberse el hazmerreír del barrio, le afligía su falta de perspicacia al no haber descubierto a tiempo el artero complot; la ingenuidad imperdonable de su conducta, crédula y confiada.

Las sábanas, sucias y remendadas, se plisaban por debajo de su cuerpo sudoroso, incrustándosele en la carne y lastimándolo. Se enderezaba a oscuras y las tensaba, pero, al momento, le parecía que las costuras de los remiendos alcanzaban un relieve excesivo que le oprimía desagradablemente la piel. Volvía a incorporarse y tornaba, poco después, a tumbarse. De súbito, experimentó calor en las manos y las sacó por el embozo; mas, a poco de hacerlo, le sacudieron el cuerpo unos escalofríos febriles que se quebraban dentro de él como relámpagos. Volvía a esconder las manos bajo la ropa y volvía a pensar. Rememoraba ahora pasajes enteros de sus relaciones con la Aurora y se excitaba aún más. Se le aparecían delante de los ojos frases completas, conversaciones redondas, llenas, por parte de ella, de taimada intención y sutiles reticencias. «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos.» «No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar.» «Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible; te amo con toda mi alma.» «Debe bastarte saber que estando así o asá te quiero mucho…»

Sudaba y se rebullía en el lecho revuelto. Los recuerdos le asaltaban en grupos, estrangulándole contra la tenebrosidad circundante. Excitado, medio enloquecido, sin saber lo que se hacía, tornaba a asomar una mano por entre las ropas y oprimía, angustiado, el botón de la luz. Pero la luz no se hacía y él, entonces, agobiado por las irreductibles tinieblas, apretaba con un frenesí loco aquel botoncito una y otra vez, y el chasquido reiterado parecía una carcajada

burlona.

—¡Oh, Dios; oh, Dios, estas restricciones, estas malditas restricciones!

Se cubría el rostro con la ropa para hacerse la ilusión de que fuera existía un reino brillante de luz que él voluntariamente se vedaba. Así, bajo esta sugestión, le era más soportable aquella horrible oscuridad.

Sus lucubraciones desembocaban siempre, fatalmente, en una prístina conciencia de su absoluto aislamiento. Y, en estos casos, le daba por pensar si no sería, en realidad, un exceso de sensibilidad lo que engendraba todos sus problemas. El veía a los demás hombres quemar la vida sin detenerse a reflexionar si eran o no comprendidos. Esto les era indiferente. Vivían su vida, sujeta y adecuada a un patrón, y esa vida se cruzaba mil veces con las de los demás sin que por ello la urdimbre resultante de tantos hilos entretejidos les ofuscase o mitigase sus afanes vitales. La vida propia era lo primero, por encima de todo. Mas a él le dañaban estas conductas egoístas, malvadas, que precisaban del dolor del prójimo para eclipsar su desazón interior. De este modo, la vida, para unos, era una sucesión ininterrumpida de acontecimientos ruidosos y excitantes, y, para otros, el eco triste y melancólico de esos ruidos y esa excitación de los demás.

Inadvertidamente la imaginación de Sebastián se detenía en la fabulosa silueta del cura de las barbas, recortándose, escueta y severa, sobre el frío muro del convento de los capuchinos. Su desasosiego aumentaba entonces. Una cosa era lo que los curas decían en las iglesias y otra, muy distinta, lo que los hombres hacían fuera de ellas. Pero, sin él quererlo, algo por dentro le anunciaba que detrás de todo este tinglado terreno existía un mundo más equilibrado y justo en cuya puerta un ser, de aspecto semejante al cura de las barbas, examinaba con mirada prolija y minuciosa las hojas de servicio de todos los hombres. Allí cada cual obtenía lo que había merecido conforme a un criterio altruista, equitativo y compensador.

Sebastián meneaba la dolorida cabeza en la oscuridad. No quería pensar en esto. No quería hacerse ilusiones; los duros reveses sufridos le demostraban que nada hay tan flébil y triste en la vida como una ilusión reventada sin florecer.

Solía levantarse cansado y aturdido, como después de una noche de juerga. Sin el menor estímulo se lavaba, se vestía y marchaba a los Almacenes. Todo seguía igual por allá. Don Saturnino, con los dedos pulgares introducidos bajo el chaleco, junto a los sobacos, vigilaba la máquina que tan expertamente había puesto en movimiento; don Arturo continuaba haciendo progresos en su habilidad mercantil y su fondo fenicio iba aquilatando, con matemática precisión, la llegada del momento en que su vitalidad comercial constituyera una corriente

propia, desglosada y autónoma; Martín y el probador continuaban en magníficas relaciones, y las numerosas clientes caían en «el bote» tan pronto como aquél se lo proponía; los hermanos rubios hablaban los lunes, los martes y los miércoles del partido celebrado el domingo anterior, y los jueves, viernes y sábados hacían cábalas sobre el que se avecinaba. Entre todos ellos discurría la sombra deprimida de Manolo, a cuya mujer había arrancado un pezón la avidez lactante de su pequeño, ya tan fuera de peligro que podía, incluso, poner en peligro a los demás. (Imaginó Sebastián, al enterarse de este nuevo contratiempo de Manolo, que el alma del pequeñín estaría tintada de amarillo por su pecado de gula, como lo estuvo un día, dos semanas atrás, el alma de la señora Zoa.) Y, como una constante de la maldad de los hombres, Emeterio, husmeando siempre la posibilidad de rebajarle y zaherirle, movido sin duda por la corrosiva envidia de saberse postergado en el establecimiento.

Sebastián atendía su zona con febril dinamismo. Por nada del mundo hubiera consentido que su inquietud espiritual mermase su capacidad de trabajo tan generosamente contratada por el señor Suárez. Se movía entre sedas, terciopelos y percales, y llegó a establecer, a fuerza de girar siempre entre sus preocupaciones y aquellas piezas, una relación marcadísima entre los estados del alma y las características de los tejidos.

Lo único que alentaba en estos días a Sebastián y le permitía desentenderse un poco de sus amargos problemas interiores era su ardiente y callado amor por Irene. Presentía que, aunque se empeñase en ello, no podría olvidarla. La sola evocación de su persona bastaba para desequilibrarle el corazón, atropellando la sangre en sus aurículas y ventrículos. Cuando ella entraba en los Almacenes, la víscera redoblaba como un tambor. (Sebastián se asombraba de que aquellas palpitaciones casi dolorosas no se manifestasen, no se oyeran en varios kilómetros a la redonda.) La observaba silencioso y apasionado desde su rincón, absorbiendo, arrobado, el timbre cantarín de su risa, el tono indistinto de su cabellera, la euritmia y la ponderación de aquel cuerpo flexible y armonioso. Mas ella no reparaba en esta secreta adoración. Coqueteaba inconscientemente con don Arturo o gastaba bromas incruentas al señor Suárez. Con los demás apenas si cambiaba una palabra, aunque les sonreía pródigamente al entrar y al salir con una expresión de simpática camaradería. Su presencia encalabrinaba a sus compañeros, que se emperraban en ver en ella el arquetipo del excitante carnal. A Sebastián esta reacción instintiva le asqueaba y aumentaba su pesadumbre. Él había hecho de Irene, de su mudo amor por ella, una especie de culto que, a su propia observación, lo dignificaba y enaltecía.

Pero, frecuentemente, constataba su impotencia, la debilidad de sus recursos humanos, y, en esos casos, le brotaba desde dentro como una rebelión sorda y expansiva que le conducía a la penumbra de la trastienda junto al insensible maniquí atiborrado de serrín, [*y allí se solazaba tentando sus curvas, estrechándole contra sí, en un impulso vehemente y estéril, inconfesado, de encelar a la bella Irene. Luego, apenas consumada la vergonzosa acción, Sebastián experimentaba una repugnancia nauseabunda, se prometía no volver a visitar al polvoriento pelele, dejarlo allí olvidado y muerto hasta que las modas y la costumbre volvieran a reclamar su presencia en ¡os escaparates. Pero su propósito de enmienda duraba poco. Pasaba él por una época de vacilaciones, de hondos baches espirituales, de una vacía y vertiginosa depresión moral, que enervaban sus decisiones, sometiéndole a una conducta pendular y contradictoria. La vista de Irene reforzaba sus buenos sentimientos, no excitaba su carne como les ocurría a Martín y a los dos hermanos rubios, pero tras su visita, la conciencia de su relegación social, de la inutilidad de su amor, le impulsaban al pecaminoso contacto con aquel ser inerte de inmutable expresión que yacía entre las puntillas y encajes amarillentos de la trastienda. A veces imaginaba que aquella acción rastrera y vil era el desahogo físico de la imposible posesión de Irene*.] Se preguntaba si no buscaría efectivamente en aquel muñeco sin sangre, sin sensibilidad, un sustitutivo de la beldad animada y viviente, inasequible a sus posibilidades.

Los días que Irene visitaba los Almacenes, Sebastián encontraba todo más triste y anodino que de ordinario. Los tenderetes de la Plaza del Mercado, colmados de encajes, botones, automáticos, herretes y horquillas, se le antojaban mudas expresiones de la mediocridad humana, lo mismo que los puestos ambulantes de castañas y frutas secas y la ampulosa oratoria del «doctor cubano». Respecto a éste, Sebastián había perdido toda su antigua fe en él. Recordaba su consulta en días pasados y la rotunda seguridad con que la adivinadora le afirmara «la fidelidad de pensamiento, palabra y obra» de la Aurora. Él sabía, ahora, que ambos formaban una pareja de soberanos farsantes que vivían de explotar la buena fe y la credulidad de sus prójimos. Muchas veces Sebastián se sintió tentado de chillarle esto en la cara, en plena Plaza del Mercado, mas su timidez connatural mitigaba sus deseos y había de contentarse con sabotearles solapada y clandestinamente, derramando de oído en oído la especie de que el doctor y su compañera eran dos redomados embusteros.

En estos días en que su retina llegaba cargada del resplandor fulgurante de Irene, su casa se le aparecía más sombría y destartalada que nunca. El polvo y las pelusas se amontonaban en los rincones y los cristales de los balcones exhibían una extraña opacidad, fruto de la mugre acumulada en su superficie. La sebosa cazadora militar de

Aurelia y los pingos llenos de lamparones que cubrían a medias la mesa camilla le imbuían una oscura sensación de podredumbre e impotencia. Sin embargo, cada día que pasaba se le hacía más difícil soportar el silencio de su hogar y la enconada hostilidad que encubría este silencio. Él hubiera deseado que la ruptura con la Aurora no aportase consecuencias perniciosas para su pequeño mundo. A punto fijo no sabía discernir sus sentimientos hacia su madre, pero desde luego prefería sus gritos desgarrados y aguardentosos, sus reacciones efervescentes y desabridas, a este silencio mortal, a este distanciamiento incomprensible entre seres consanguíneos que alientan y viven bajo un mismo techo.

Por esto Sebastián husmeaba de continuo la manera de llegar a un entendimiento con Aurelia, y un día, quince después de la ruptura con Aurora, se le presentó una oportunidad de esclarecer este problema y él la aprovechó concienzudamente, constreñido por el temor de que esta distensión doméstica degenerase en una situación grave.

Don Saturnino les anunció, un sábado, que en la mañana del lunes despacharían en los Almacenes género blanco sin otro requisito que la presentación de la cartilla de racionamiento. Ellos podrían retirar subrepticiamente lo que les correspondiese, pero se lo anunciaba para que advirtiesen con tiempo a sus amistades. Sebastián apreció esta noticia en todo su valor y, mentalmente, hizo el propósito de sacar de ella el mayor partido posible. (El género blanco escaseaba desde la guerra y lo poco que había, y cuando lo había, alcanzaba precios fabulosos.)

Aquella mañana llegó a casa a comer como de ordinario. Aurelia sorbía la sopa con ruidosas aspiraciones y, de cuando en cuando, emitía un siseo sutil por entre los intersticios de los dientes. Al fin, en el instante en que Aurelia se limpiaba los labios con el envés de la mano, Sebastián balbució:

—¡Ah, se me olvidaba! Pasado mañana daremos género blanco en los Almacenes a precio de tasa.

Quedó aturdido. Su voz había resonado como una bomba comprimida en la habitación y notó que la pequeña Orencia se estremecía de ansiedad. Aurelia aparentó no escucharle, pero, inmediatamente, interesada por el significado trascendental de la noticia, se volvió a Sebastián e inquirió con fingida indolencia:

—¿A cómo?

Sebastián suspiró profundamente. La muralla comenzaba a ser expugnada.

—No sé a qué precio vendrá marcado, pero desde luego barato.

—Y, ¿cuánto dais?

—Cinco metros por cartilla.

Respondía Sebastián apresuradamente, casi sin dejar que su madre terminase de formular la pregunta. Quería, a toda costa, imprimir al diálogo una fuerza mínima inicial para que no languideciera antes de haberse roto el hielo por completo, antes de dejar asentada para lo sucesivo una atmósfera, al menos, de superficial cordialidad. De aquí que, al advertir el silencio de su madre a raíz de la última pregunta, prosiguió, atropellándose:

—Por de pronto, yo podré traer a casa todo lo nuestro, lo que nos corresponda por las tres cartillas: quince metros. Pero vosotras —dijo «vosotras» con intención, deseoso de envolver a la pequeña en aquella incipiente corriente de efusión— podéis avisar a vuestras amigas para que vayan pronto; yo las atenderé. Además, es fácil que se forme cola, y así no tendrán que aguardar.

El género blanco tuvo la extraordinaria virtud de disolver en un instante el enfurruñamiento de Aurelia. (La posibilidad de recorrer el barrio anunciando la primera la grata nueva suponía, para una mujer, un privilegio excepcional.)

Por la noche pidió nuevos datos y detalles a Sebastián, y así, de una manera casi imperceptible, volvieron a la normalidad las relaciones entre madre e hijo.

En cuanto a la niña, las cosas se encauzaron una noche, dos días más tarde. Sebastián se había acostado ya, cuando se oyó en la casa uno de aquellos frecuentes gritos angustiados con que la Orencia daba salida de su cuerpecillo a sus supersticiosos terrores. Sebastián se tiró de la cama y corrió hacia su cuarto. La niña se revolcaba en la cama, boca abajo, dando gritos incoherentes.

—¡Un ojo horrible!... ¡Ahí, ahí... en el balcón! ¡Es un ojo marrón muy brillante! ¿No lo ves? ¡Ahí... ahí mismo, en el agujero!

Sebastián miraba en derredor desorientado, como siempre que atacaba a la Orencia una crisis nerviosa. Se sentó al borde del lecho y pasó a su hermana un brazo por la espalda. El contundente contacto con los huesudos hombros de la niña le estremeció.

—Vamos, Orencia, no hagas caso, ya estoy yo contigo, ¿no me oyes? Ahora vas a dormirte como una niña buena, ¿verdad, bonita mía?

La estrechaba contra sí en un impulso concentrado de ternura. Las lágrimas le temblaban en los ojos al sentir que la Orencia se dejaba estrujar dócilmente, sin oponer la menor resistencia. Él prosiguió:

—Esas historias de los ojos son tonterías, ¿no es cierto, pequeña?

Se incorporó ella instantáneamente:

—¡Oh, no, no son tonterías! ¡Lo he visto bien claro, Sebastián! Estaba ahí, ahí—señalaba el agujero redondo de la contravidriera por donde saliese un día el tubo de una estufa—, con una horrible

expresión de loco...

—Sí, tonta, pero ya no está, ¿no lo ves? Sería algún curioso que pasaba por la calle. No debes asustarte, cariño mío. Ya se ha ido, tú misma puedes verlo. ¡Anda! Échate otra vez, así. Verás qué bien vas a dormir ahora. Yo me quedaré contigo un rato, hasta que te serenes. Y mañana te taparé ese boquete con una hojalata. Así no volverás a tener miedo nunca, nunca...

Los sollozos histéricos de la niña habían amainado, pero sus hombros huesudos estaban fríos como el mármol. Aquella noche no había corte de luz, y la lamparita débil que lucía a la cabecera de la cama ayudaba a Sebastián a tranquilizar a la pequeña. Hizo un esfuerzo para añadir:

—Además, quiero que me perdones por lo del otro día... cuando te pegué. Me pusiste furioso, ¿sabes? Pero estoy muy arrepentido de haberte golpeado. Fue un pronto, ¿comprendes? Pero yo te prometo, cariñito mío, que aquello no volverá a repetirse.

La Orencia gimoteaba y, de vez en cuando, emitía un ronco e irreprimible sollozo. A Sebastián le movió una espontánea piedad por ella al girar sus ojos por la habitación. Fuera del catre, un armario sin fondo, desvencijado, la mesilla de noche y una silla de paja, no se veía otra cosa que las paredes desnudas, agrietadas y llenas de desconchones. La Orencia le miraba ahora suplicante.

—Pero no te casarás con la Aurora, ¿verdad?

La estrechó nuevamente.

—No, mi niña; eso ya pasó. Ahora seguiré viviendo siempre contigo y, cuando seas más mayor, la que se casará serás tú con un hombre muy guapo y muy rico. Y yo iré a comer a tu casa los domingos. Me darás paella y solomillo y, después de comer, jugaremos los tres al parchís alrededor del brasero.

—Eso no, Sebastián. Tú sabes que yo no me voy a casar nunca.

—¿Por qué, cariñito? Tú te casarás, claro que te casarás, y habrá muchos hombres que se peguen por que tú los quieras. Ya verás: yo te regalaré bonitos trajes, y a la salida de misa, los domingos, todos los muchachos querrán pasear contigo.

La niña curvó los labios en un rictus de amargura.

—A mí no me querrá nadie, ni yo tendré nunca trajes bonitos. Tú lo sabes de sobra, Sebastián.

Se inclinó él hacia ella.

—No seas tonta, mi niña. Desde hoy todo va a ser distinto. Tú vas a divertirte mucho, ¿sabes? Bajarás a jugar a la calle todos los días con otras niñas de tu edad. Tienes que tomar el aire y el sol y jugar, jugar mucho. Así te pondrás muy alta y muy guapa y todos te envidiarán y te querrán.

La sonrisa de escepticismo de la Orencia le heló la sangre en las

venas.

—A mí nadie me quiere para jugar con ellos. Se ríen de mí... de mí y de todas nuestras cosas...

«De todas nuestras cosas.» Sebastián evocó la facha de su padre, el pedicuro, la suya propia, sus amores con la Aurora, la triste fama de borracha de la Aurelia, y comprendió que las niñas de la edad de Orencia tenían un material inagotable para la mofa antes de llegar a un entendimiento mediante las tabas, la comba o el diábolo.

—No te preocupes, anda. Ahora quiero que te duermas y que no pienses en nada. Todo lo arreglaremos. Ya verás como todo lo arreglamos a su tiempo. Ahora debes dormirte tranquila, ¿me oyes, pequeña? Ninguna cosa hay tan importante como para que tu cabecita se preocupe por ella. Ya somos amigos, y ahora debes dormir tranquila, muy tranquila, ¿oyes, pequeña?... Tranquila... muy tranquila...

Sebastián se había enderezado y repetía maquinalmente las palabras «tranquila... muy tranquila», cada vez en tono menor. Aproximó cuidadosamente la mano a la llave de la luz y la apagó. Luego salió de puntillas del aposento, musitando aún: «Tranquila... tranquila... muy tranquila...».

La noticia se difundió con la violencia de un cañonazo. Todo el barrio conocía a la Germana, y su espeluznante fin dio nueva oportunidad de cotilleos y comentarios en torno de las camillas, a la puerta de la iglesia, en las tabernas y en la cola del cine. Las misteriosas circunstancias que concurrieron en la muerte de la Germana prestaban un incentivo desusado a las conversaciones. La Germana estuvo el domingo último en el baile y nadie advirtió en ella la menor anormalidad. No obstante, la Germana estaba ya de siete meses, y en la noche del lunes al martes, inopinadamente, se presentó el parto. La chica era soltera, y, conforme al plan que previamente se había trazado para ocultar su deshonra, no despegó los labios ni derramó una sola lágrima en el curso de las ocho horas interminables que el chico tardó en abrirse camino. A las seis en punto de la mañana la Germana dio a luz un niño sietemesino, lo envolvió en una manta y, sin hacer demasiado caso de la hemorragia que la desangraba, inició el camino del almacén de sacos que su padre tenía en la planta baja. [*Pero la criatura, como si presintiese su negro destino, comenzó a berrear con todas sus ganas al atravesar el vestíbulo. La Germana aceleró el paso, apretó el bulto contra sí y, una vez en el almacén, prendió un cabo de vela que ya tenía dispuesto para el caso, hizo tiras de un saco y ahogó los vagidos del pequeño rellenándole la boca con los trozos de esparto. El niño se asfixió instantáneamente. Entonces la Germana lo depositó en el suelo,*

abrió apresuradamente un boquete en la gigantesca pila de sacos que se elevaba al fondo del almacén y allí introdujo el diminuto cadáver. La Germana actuaba con irritante sangre fría, como si en vez de estar borrando las huellas de un hijo asesinado estuviera borrando simplemente las huellas de un leve desliz. Al día siguiente recogería el cadáver e iría a tirarlo al río, procurando no llamar la atención de nadie. Ella entonces se fingiría enferma hasta que se sintiese con las fuerzas recuperadas. Lo principal era deshacerse de aquel estorbo, que era lo único que podía crearle complicaciones.**]** Una voz trepidante, inopinada, cortó bruscamente el curso de sus movimientos.

—¿Qué haces ahí a estas horas, condenada?

La Germana comenzó a temblar. Cuando volvió la cabeza divisó a su padre en lo alto de la escalera, en tirantes, con el pelo revuelto y sosteniendo en la mano una palmatoria. **[***El señor Amando, padre de la Germana, tenía un sueño sutil y entre cabezada y cabezada le parecía haber oído llorar a un niño o maullar a un gato. Se tiró de la cama decidido a investigar los motivos de aquellos vagidos insólitos. Y cuál no sería su sorpresa al descubrir a su hija, pálida y ojerosa, arañando en el montón de sacos con frenética premura. La Germana, al verse descubierta, perdió la serenidad y comenzó a llorar desaforadamente, como una loca, mesándose los cabellos y pidiendo perdón a voz en grito. Entonces reparó el señor Amando en el charco de sangre que rodeaba a su hija y le asaltó una idea que su razón se negaba a aceptar pero que le impulsó a descender de un salto los seis últimos escalones:*

—¿Es que has...? ¿Es que has...? ¡Pedazo de p...!¿Es posible qué...?

No le salían las palabras del cuerpo, atarantado por el inaudito y terrible presentimiento. Se acercó en dos saltos al montón de sacos, y tras unos segundos de ávida busca, extrajo a la infeliz criatura agarrándola por los pies.**]**

Se frotó los ojos legañosos, miró en torno y añadió horrorizado.

—Pero... pero... ¿es esto posible, Dios de los Cielos?...

El señor Amando se negaba a admitirlo y miraba alternativamente a su hija y a aquel manojito de carne amoratada, rebelándose a establecer entre ambos, ni siquiera mentalmente, la menor concatenación. De repente, sin una palabra, soltó al chico y se dirigió hacia la Germana con todos los músculos crispados:

—¡Maldita! Pero ¿tú sabes lo que has hecho? ¿Sabes el crimen que has cometido, mala pécora?

[*La Germana vociferaba implorando comprensión y perdón, pero el señor Amando la tenía ya sujeta por los cabellos y la pateaba con sus botas con inusitada crueldad:*

—¡Ahora voy a enseñarte lo que has hecho! ¡Has matado una criatura indefensa, condenada! ¡A tu propio hijo! ¿Entiendes? ¡A tu propio hijo...! Mañana mismo tu padre te denunciará. ¡Y si es necesario te pegará

dos tiros…!]

La Germana, debilitada por el parto, se desmayó a los primeros golpes. El señor Amando la dejó allí, abandonada y sin sentido, a dos metros de distancia del niño muerto. Cuando una hora más tarde, ya más sereno, regresó al almacén, lo primero que vio desde lo alto de la escalera fue la silueta movediza, proyectada por la palmatoria sobre el tabique de enfrente, de unas piernas y unos pies agarrotados oscilando en el vacío; al inclinar el busto sobre el vano divisó a la Germana colgada de una viga por una cuerda hecha con tiras de saco.

Ésta era la versión que con leves variaciones de detalle circulaba por el barrio. Había quien decía que a la Germana la había ahorcado su padre, pero no debía de ser verdad, pues el señor Amando quedó libre desde el primer momento. Lo cierto fue que por tapar un pecado se cometieron otros dos mucho más monstruosos que el primero y que el barrio de Sebastián, ante un hecho tan infrecuente y plagado de aristas melodramáticas, se olvidó por completo de él y de su ruptura con la Aurora.

Con este olvido, y los armisticios firmados con Aurelia y la pequeña, Sebastián volvió a disfrutar de unos días de relativa tranquilidad. Las aguas retornaban a su cauce y las consecuencias de la riada no aparentaban ser tan fatales como en un principio imaginó. Sin embargo, a los tres días de suicidarse la Germana, Sebastián tuvo un sueño horrible que le sumió nuevamente en sus preocupaciones y quebraderos. Soñó con una mujer que a ratos era la Aurora y a ratos el insensible maniquí de los Almacenes. De todas formas era siempre un pelele aplomado y sin vida, colgado por el cuello, con una tira de encaje, de una de las viguetas de la trastienda. A sus pies cabrioleaba un hombre cuyas facciones oscilaban entre las del joven de la bufanda amarilla y las de Emeterio.

Tanto cuando era uno como cuando era otro, sus carcajadas resonaban con un matiz lúgubre mientras hacía cosquillas en los sobacos de la mujer colgada con un mondadientes rayado como la vara del metro.

En el fondo de la trastienda se apilaban unos sacos hechos con las piezas de colorines que figuraban en los estantes de los Almacenes y que constituían un conjunto abigarrado y detonante. Encima del montón había una criatura informe, colgada también de una vigueta por el cordón umbilical. Sebastián estaba allí, acurrucado en un rincón, sin atreverse a hacer ningún movimiento; pero, de repente, entraba furibundo don Saturnino injuriando al seductor de la bella Irene, cuyo hijo, por lo visto, era aquel que pendía del cordón umbilical, aun cuando había sido concebido en las entrañas del maniquí que guardaba las proporciones anatómicas de la Aurora. Todo resultaba muy confuso e irreal. La pequeña Orencia irrumpía detrás de

él, suplicándole que perdonase la vida a su hermano, pero el señor Suárez se mostraba irreductible. De improviso la niña descubría los sacos de colores y, olvidada de todo lo demás, se embutía coquetamente en uno mientras se miraba en un espejo que se levantaba en un rincón y cuya superficie chorreaba mugre como los cristales de su casa. Poco después irrumpía en escena Aurelia, muy rígida, ataviada con un traje largo y con una cola inmensa de género blanco. Se dirigía hacia el joven de la bufanda amarilla, quien le entregaba, pinchados en el mondadientes, tres billetes gordos, sin cesar de lanzar gruesas risotadas por ello. Aurelia, recibido el dinero, daba media vuelta y abandonaba la estancia, después de descubrir a Sebastián, trémulo en un rincón, y lanzarle una mirada despectiva. Don Saturnino siguió la dirección de la mirada de Aurelia y le vio también, acurrucado allí, y en ese instante sus labios se distendieron en una sonrisa sardónica y se le hinchó hasta adquirir unas proporciones enormes la vena de la frente. Se encaminó hacia él y cuando estuvo a su lado comenzó a patearle sañudamente con unas botazas inmensas, sembradas de tacos prominentes, como las usadas para jugar al fútbol. Al tiempo que lo pateaba le decía no sé qué alusivo a los «puntos negativos que se habían perdido por su culpa», y Sebastián, lejos de impetrar clemencia, vociferaba —¡él, que en su vida había asistido a una corrida de toros!— que respetase su integridad, ya que era taurófilo y «pepeluisista» por añadidura y que nada había tenido que ver con aquellos malhadados puntos negativos.

Entonces se despertó. Un silencio opaco le rodeaba y constató que tenía su liviano cuerpo empapado de sudor. El corazón le redoblaba con un frenesí análogo al que le estimulaba en presencia de Irene y tardó en discernir que aquel tictac sordo que le golpeaba los oídos desde hacía un rato provenía del despertador de Aurelia y no de lo hondo de su pecho. Jadeaba Sebastián como si la paliza recibida del señor Suárez fuese algo real. Permaneció unos minutos sin moverse, con los ojos muy abiertos, pretendiendo deslindar los objetos en la oscuridad. Luego se le representó con cruel exactitud la sucesión de imágenes que turbaron su sueño y sintió un escalofrío que le sacudía los nervios como un latigazo. Le dolía la nuca con intensidad y se colocó de lado para evitar la presión de la almohada. El corazón continuaba brincándole, insólitamente excitado. Inmediatamente pensó en la posibilidad de que la Aurora pudiese cometer una insensatez semejante a la de la Germana. Sus circunstancias eran exactas y resultaba factible imaginar que buscase la liberación de su vergüenza por unos procedimientos análogos. (Era muy frecuente, sobre todo en el barrio, que el honor perdido por un pecado intentase recuperarse con la comisión de un pecado mucho mayor.) Esta idea lo aturdió. En el fondo de su ser se atribuyó un poco de culpabilidad y se

desazonó aún más. Rebullía entre la ropa revuelta a punto de gritar, como la Orencia, para desahogarse de aquella tenaz presión que le oprimía los pulmones. Respiraba trabajosamente como si estuviese enfermo. «Bueno, si lo hace, peor para ella. Yo no tengo la culpa de nada. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada!», pretendía tranquilizarse. Pero no logró recuperar el sueño hasta que la primera luz de la amanecida irrumpió por las rendijas del balcón.

Al día siguiente le fue difícil contemplar a don Saturnino con los buenos ojos de siempre. Le veía airado, odioso con aquella risa sardónica y la prominente vena surcando su amplia frente. Parecía un San Ignacio vengador y cruel, un San Ignacio anterior a su conversión. Lo mismo le ocurrió con su madre y con la Orencia. Pero lo peor fue que a la noche siguiente se repitió la pesadilla con mordientes innovaciones. Era un proceso confuso y alborotado donde nada, ni personas ni cosas, guardaba la menor consecuencia. Las imágenes, encarnando ideas y conceptos, formaban un mundo caótico y desordenado, sin concatenación ni lógica en sus movimientos y reacciones. Mas todo giraba alrededor del maniquí suspenso de una viga, de la criaturita informe y amoratada, pendiente del cordón umbilical y de las botas de tacos golpeando brutalmente su vientre lacio y voluminoso. Sebastián se despertó de nuevo e intuyó que aquella pesadilla era como una advertencia. Había oído decir a Manolo que cuando se soñaba con muertos, a la mañana siguiente aparecía fatalmente un cadáver en la vecindad. Aquello le alarmó, acreciendo su desasosiego. Si los sueños eran avisos, Aurora terminaría sus días ahorcada como la Germana; todo por haberla abandonado él, cuando ella estaba persuadida de haber encontrado un padre para su hijo.

En las noches siguientes la pesadilla se repitió. Diríase que era el mismo terror de Sebastián al acostarse lo que implicaba su recalcitrante reiteración. Sebastián temía quedarse dormido, pues aborrecía aquel espectáculo viscoso y helado, que le sumergía en un clima espectral y ominoso donde sus nervios eran sacudidos por unos dedos invisibles, como las cuerdas de una guitarra, y su alma se poblaba de lúgubres vibraciones. De esta manera su resistencia física iba enervándose, se doblegaba azuzada por las macilentas imágenes. De día deambulaba como una sombra, sus ojos ribeteados por oscuras ojeras y la faz pálida y consumida. Sus brazos entecos semejaban nerviosos tentáculos de pulpo que reaccionaban como sacudidos por corrientes eléctricas. Llegada la noche, Sebastián se aterrorizaba, todos sus nervios se crispaban ante la dura disyuntiva de renunciar a dormir o someterse a la tensión agobiante de la implacable pesadilla.

Una tarde ventosa, en los últimos días de febrero, al regresar a su casa procedente de los Almacenes, una ráfaga de música de órgano

alcanzó sus oídos en el momento en que una viejecita enlutada empujaba la puerta del convento de los capuchinos. Sebastián se detuvo en medio de la calle y contempló con simpatía aquellos sólidos muros. De repente, sin vacilar, cruzó la calle y se zambulló en el convento. Una vaharada de indecible paz le envolvió. Apenas cuatro viejecitas enlutadas se sentaban en los bancos y rezaban como si lanzasen al aire interminables rosarios de besitos. En el altar lucía la candelita azul como el aliento de un alma virgen. De cuando en cuando la insignificante lamparita arrancaba del soberbio retablo unos deslumbrantes reflejos de oro. En el coro sonaba modulada y hueca la música del órgano, ensayando la misa de once del próximo domingo. Todo emanaba una apacibilidad sedante, mansa y confortable.

Sebastián se santiguó con agua bendita y le pareció que sus nervios y músculos se relajaban con aquel húmedo y breve contacto. Sus pisadas resonaban en el pausado ambiente y terminó caminando de puntillas para evitar los dilatados ecos que rompían el estático reposo de los hombres y las cosas. De nuevo se le antojaba que se hallaba muy lejos de su barrio, a cientos de miles de kilómetros, al margen de sus vicios y pasiones. Se le hacía, de repente, que la Iglesia, el Cristianismo, todo cuanto en el mundo existía de religioso y espiritual se recogía allí, en aquella gigantesca pausa circundada de piedra, en aquel quieto y tenebroso convento donde sólo trascendían los suspiritos de las cuatro malolientes viejas postradas ante la divinidad.

Sebastián se arrodilló. Las miserias e iniquidades de su barrio, de la ciudad entera, su propia turbación, el recuerdo de la Germana y la hirviente pesadilla que le atormentaba aquellos días se desplazaban a un plano inasequible y lejano. Las moduladas inflexiones del órgano le entraban profundamente, ocasionándole la extraña impresión de que le cepillaban por dentro con un cepillo de plumas. Había dejado caer la cabeza sobre los brazos y un sollozo le subió a la garganta. Entonces experimentó la imperiosa necesidad de ver y hablar a aquel cura de las barbas. Sintió dentro de sí un algo trascendente y vago, una especie de niebla viva y fugaz que aligeraba la pesadez de sus miembros. Y recordó de pronto la bocanada de aliento blanco que brotara de los labios cárdenos de la señora Zoa en el instante de expirar. Los insomnios de aquellas jornadas, los zumbantes dolores de cabeza, el torbellino espiritual en que se debatía no existían ya en él, aparentaban disolverse caldeados por aquella brizna de luz azulada que brillaba en el altar.

Penosamente se incorporó Sebastián. Era muy rara la sensación que le acuciaba; era como la constancia de una realidad espiritual de que había dudado, que se había negado a admitir y que ahora, repentinamente, le conmovía con una ternura inexplicable. Anduvo

vacilante hacia el lugar que ocupaba la vieja más próxima. Ya a su lado, la vio estremecerse al escuchar de sus labios el inesperado y tenue susurro:

—Todos los padres de aquí tienen barbas; si no me da usted otros detalles…

A la vieja le había disgustado la interrupción de sus oraciones y le respondió en tono desabrido, pero Sebastián no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad:

—Sí, señora; le daré más detalles. Predicó aquí, desde ese pulpito, hace cuatro domingos. Hablaba del alma y del cuerpo, ¿comprende usted? Decía del alma que es un negocio importante… El negocio más importante…

—El padre Matías. ¿No tenía una verruga aquí, en la mejilla derecha? —atajó, rápida, la anciana.

Sebastián vaciló:

—No me fijé, no le puedo decir; está esto tan oscuro…

—El padre Matías es quien predica aquí los domingos por la tarde. Pregunte usted por él allí.

La vieja retornó a sus impacientes rezos, después de señalarle la misteriosa puertecilla a la derecha del altar. Sebastián caminó de puntillas hacia la puerta. Al aproximarse al altar aumentaban de tamaño las figuras del retablo y se oía crepitar la candelita. Abrió la puerta y su cabeza rozó con una cuerda pendiente del techo. En un visible letrero, sobre el muro, decía lacónicamente: «Llamad». Sebastián tiró de la cuerda y la voz estridente y alegre de una campana lo asustó. A poco surgió de las tinieblas del corredor un cura con unas barbas enmarañadas y unos ojos extraordinariamente móviles y vivarachos. Unas cejas como las cerdas de un escobón, negras y en punta, los protegían.

—¿Qué desea usted?

—El padre Matías, si me hace el favor… Querría… querría hablar con él.

—¿Confesarse?

El cura era de un laconismo tan acentuado como la advertencia del muro.

—No, no… hablar con él un momento… Nada más.

—Espere fuera, tenga la bondad.

Sebastián regresó al templo y se sentó allí, en uno de los largos bancos laterales. Sus piernecillas pendían en el vacío, pero por primera vez en la vida no experimentó vergüenza de su mezquina estatura. Sin embargo, advertía de pronto que no tenía nada que contarle al padre Matías; es decir, había mucho que confiarle, pero Sebastián sintió repentinamente una irreprimible avaricia de sus confidencias. Estuvo a punto de echar a correr y dejar plantado al

padre, pero una inconcreta sensación de serle conveniente aquel paso le animó a perseverar en su espera.

A los diez minutos oyó pasos blandos en el corredor y los goznes de la puerta claveteada gimieron al abrirse ésta. Sí, era él. No había duda. La inconfundible silueta del muro estaba allí, ante él, hecha carne y vigor.

—¿Preguntaba por mí?

A Sebastián le parecía que el convento entero, en una lluvia mortal de pedruscos amorfos, se desplomaba sobre él. Se levantó.

—Sí... sí, padre... Era que... querría... es sólo un momento, ¿comprende?

Le hipnotizaba aquella verruga sobresaliendo de la pálida tez; redonda, húmeda y brillante como una diminuta boñiga; la verruga y las bocamangas enormemente abiertas de la sotana que, con sólo mirarlas, le hacían tiritar de frío:

—Deseaba... pero a lo mejor le he quitado a usted de sus ocupaciones, padre... y... y...

—No se preocupe, hijo. Quiere que charlemos un rato, ¿no es eso? Venga conmigo.

Tenía una mirada absoluta y firme el padre aquel. Sebastián comprendió que aunque hubiese conseguido ponerse frente a él cuatro domingos atrás, no se hubiera atrevido a exponerle uno solo de los argumentos contrarios a sus afirmaciones. Atravesaron la amplia nave y el padre Matías se sentó en un rincón oscuro, en la parte posterior del templo.

—Venga, siéntese a mi lado y no tema nada.

(Le había cogido una de sus horribles manos, achatadas y deformes, y Sebastián experimentó el calor de su sangre a través de la piel. Le acuciaron unas invencibles ganas de llorar al sentirse protegido, envuelto en un desconocido hálito de afecto. Y lloró, al fin, lloró durante un rato, con unos sollozos densos y contenidos, apoyado contra el áspero hombro de aquel cura de las barbas contra el que, días atrás, le había empujado una rebeldía indómita. Según lloraba, conforme su frente golpeaba convulsivamente el hombro del fraile, se convencía de que el alma existía, de que era una verdad portentosa que la carne no era suficiente para ocultar. Al fin se serenó. La voz del cura a su lado le acariciaba interiormente.)

—Dime, hijo, ¿qué es lo que te ocurre?

Sebastián ignoraba cómo empezar. Balbució torpemente algunas palabras, y luego, casi sin darse cuenta, se encontró hablando y hablando, con una fluidez desusada, descongestionándose, sintiendo, por vez inicial en su vida, el desahogo de la confidencia:

—Yo le oí a usted un domingo, padre... decía... Hablaba del alma. El alma es lo primero para ustedes. Usted decía que el alma es lo

fundamental, lo primero para un cristiano. Yo… a mí… hay cosas en la vida que no se explica uno, padre. Todos los que nos rodean son cristianos y, sin embargo, no se preocupan de cumplir como cristianos. Hay muchos pecados por ahí fuera, padre, muchos más pecados de los que usted se figura. Ninguno cumplimos como debemos. El alma es hoy un trasto y nadie se preocupa de ella mientras tiene salud. Luego sí, padre, por si acaso… Todo esto… esto es muy extraño, ¿sabe? Y…

—¿Dudabas del alma, hijo?

La verruga del padre Matías se dilataba al hablarle. Sebastián la contemplaba fascinado, agradeciendo a Dios aquel fenómeno epidérmico del fraile, ya que mirándole a los ojos profundos y graves no hubiera acertado a expresarse.

—Todo está lleno de miseria, padre. A la gente sólo le preocupa el dinero, la comodidad y… y… bueno, las diversiones.

Ahora el cura se golpeaba la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha.

—¿Y vas a dudar, hijo, porque los buenos y los honrados sean pocos? Todo lo perfecto o casi perfecto escasea, pero no quiere eso decir que no exista. La belleza en los hombres y en las cosas, el equilibrio, es muy difícil de encontrar, ¿no es cierto?

Sebastián asentía con la cabeza. El fraile prosiguió:

—Los hombres se hostigan y se matan por el dinero, tienes razón. Se querellan, se insultan y se mofan unos de otros. Todo eso es verdad, pero no prueba nada. La honradez y la dignidad del mundo es como el agua en un colador. —Se quedó un momento pensativo, como si su imagen fuera excesiva. Mas al instante continuó, ratificando su aserto con un golpe propinado con el dedo índice en la palma de la otra mano—: Sí, seguramente es así. La honradez humana es como el agua en un colador —repitió—; se escapa a chorros. Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero. Todo eso es cierto, hijo, pero no debe llevarnos a desesperar. Cristo sólo encontró doce apóstoles y era Cristo. ¿Qué hay de extraño que nosotros no hallemos en derredor ni siquiera doce justos? —Hizo otra pausa y durante ella la verruga se redujo a sus límites primitivos. Al menos a Sebastián le hizo este efecto. Las palabras del fraile iban calando en él, despertando en su pecho una vaga ansiedad. Se figuraba Sebastián que la sensación que experimentaba debía de ser análoga a la de la tierra sedienta cuando, al fin, se la otorga el privilegio de empapar el agua de una nube—. Eso no impide —añadió el fraile— que existan almas nobles y honestas, más estimables y meritorias por su escasez. Su misión es bien clara, hijo, tan clara como abnegada. Esas almas deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron. Sólo eso podrá evitar que la humanidad pierda su dignidad íntegramente. ¿Me comprendes ahora?

Sebastián le miró a los ojos, dubitativamente:

—Creo que sí, padre. Pero entonces... entonces es necesario renunciar de antemano a la menor felicidad.

Sonrió el padre y la verruga tomó una forma ovalada:

—La felicidad no se encuentra donde tú crees. La felicidad está en la paz interior.

Sebastián estuvo a punto de dar un grito. Deducía, aplicando a su caso las palabras del cura, que logrando su paz interna, un sedante espiritual, terminarían para siempre sus congojas y pesadillas. Indagó tímidamente, con mal reprimida ansiedad:

—¿Y la paz interior, padre?

—La paz interior, en el orden de los instintos.

(Aquello no estaba tan claro para Sebastián. Quizá aquel hombre empleaba términos demasiado elevados para su rudimentaria formación intelectual. Intuyó, sin embargo, que sus devaneos con el maniquí de la trastienda, la borrachera del día de su ascenso eran «instintos desordenados», e «instintos desordenados» eran también los que empujaban al señor Sixto a amasar ilegalmente una fortuna, al recluta a conducir a la marmota a las afueras, a la Germana a matar a su hijo, a Hugo a vivir con una furcia y a los mozalbetes del barrio a las escandalosas insinuaciones gráficas que decoraban las paredes de su portal.)

El padre Matías le miraba con sus ojos escrutadores, como si siguiera paso a paso, con todo detalle, la evolución de sus pensamientos. Sebastián se sentía, de improviso, trascendente, sujeto a una misión insospechada y de dilatadas perspectivas. El fraile se levantó y él se puso de pie a su lado.

—Se acerca la hora de nuestros rezos, hijo. Voy a dejarle. Acuda aquí cuando le venga en gana. Y no lo olvide: es el alma lo que merece toda nuestra atención. No le importe ser un incomprendido en este mundo de bajas pasiones. Las demás almas nobles le comprenderán a usted. Y eso es lo importante. Recuerde que la carne es sólo una pella de barro y el alma el soplo de Dios. Hasta otro día, hijo.

(«Una pella de barro y el alma el soplo de Dios», se repetía Sebastián. Y al pensar en sí mismo, en Hugo, en la Germana, en el señor Sixto y en los mozalbetes de su barrio, se figuró a un ejército de muñecos de arcilla, grotescos y amorfos, desafiando paladinamente la omnipotencia del Creador. Aquello era la ruin, la ciega, la impasible rebelión del barro.)

Sebastián se quedó paralizado mirando la candelita lejana que ardía en el Sagrario. Boquiabierto vio alejarse al fraile y, cuando le quiso decir «adiós», desaparecía ya por la puertecilla de la derecha del altar. Tuvo que sentarse, impelido por el reciente conocimiento de su propia trascendencia. Se miró las manos y sonrió: «¡Bah, bah, barro

asqueroso!», se dijo con un hilo de voz. (Y deseó muy vivamente reír con todas sus fuerzas, como hacía mucho tiempo que no se había reído.)

Cuando abandonaba la iglesia volvió a tropezar con la devota de San Bruno. Se detuvo y la observó nuevamente. Todo se repitió como cuatro domingos antes. La muchacha se arrodilló, abrió los brazos en cruz e inició su pedigüeña retahíla:

—¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel! ... Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos... Sobre todo por mi hermano Benjamín, santo bendito, que es un redomado sinvergüenza. Protégele, San Bruno, y haz que vuelva sus ciegos ojos a ti... También, San Bruno, te pido por mis tíos y por el novio de Estefanía... Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca... pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la tierra para alabarte y bendecirte. Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes?... Te pido, San Bruno...

Sebastián salió a la calle. El viento impetuoso le despeinó y le pareció que arrancaba de cuajo de su cabeza todas sus congojas y pesadumbres.

Capítulo XI

Sebastián apreciaba que aquel cambio que durante veinte años anhelase cada mañana al despertar se había producido en su interior casi sin darse cuenta. Al lado de esta honda transformación nada significaba su ingreso en los Almacenes, el rápido ascenso a dependiente, las fugaces relaciones con la Aurora... Esto no eran más que facetas de un mismo prisma que reverberaban la luz de un modo diverso sin que la génesis de esta luz se modificase por ello; los reflejos eran distintos, pero la luz era la misma. En cambio, ahora todo era diferente sin que, en apariencia, el curso de las cosas se hubiese alterado para nada. Comprendía Sebastián en estos días que el hombre porta dentro de sí el cromatismo de las cosas, que la trascendencia de un acto depende de nuestra conformación interior y no de las circunstancias superficiales que lo acompañan.

Por primera vez experimentaba la pujanza de un alma vitalizando su pobre carne; imprimiendo a su obtusa existencia un signo y dotándola de una concreta finalidad. Sus cavilaciones no concluyeron después de su entrevista con el cura de las barbas, pero sí sufrieron una absoluta metamorfosis y dejaron de ser las lancinantes pesadillas que le aguijoneasen hasta entonces. En los días y noches siguientes a su visita al convento, Sebastián reflexionaba en todo lugar y a cualquier hora. Para él significaba mucho saberse portador de un alma que era susceptible de pulirse y perfeccionarse. «El cuerpo no se elige —se decía— pero el alma sí; cada uno hacemos de nuestra alma lo que nos apetece que sea.» Y este convencimiento constituía el cimiento de un proceso cerebral que acababa llevándole a regiones absurdamente irreales, sin que su imaginación admitiese límites ni topes estranguladores que chafasen en flor sus anhelos de felicidad.

Para él suponía un deleite inconcreto cuidar del alma recién descubierta. Ponía en ello una meticulosidad inefable, como si en vez de vigilar el desarrollo de un alma se tratase de sacar adelante una docena de patitos recién empollados. Todos sus actos y proyectos convergían en esa escueta finalidad. Un afán concienzudo por extraer su espíritu de la atonía en que había estado sumido le espoleaba, le animaba a buscar obstáculos que salvar y contrariedades en que fortalecerlo. Su propia imperfección corporal era un incentivo más en el camino propuesto... Él acostumbraba a decirse que su torpe y desairada constitución era un vicio de origen que se vería forzado a arrastrar aunque viviese mil años. El carácter ineluctable de su deformidad le deprimía, cuando pensaba en ello; pero de repente todo

cambiaba por completo. La persuasión de que por debajo de su piel se escondía un algo intangible, mucho más valioso que el mismo cuerpo, le imbuía de una suave emoción y una ternura infinita; era una emoción semejante a la que invade a los hombres al enterarse de la prolongación de su ser en un hijo recién nacido. Aquella alma, cuya presencia sentía dentro como un blando aleteo, podía ser como una nube de blanco algodón, un retazo de fina niebla que se adaptaba a las paredes internas de su cuerpo, o una llamita tenue, azul y crepitante como la candelita que ardía perennemente en el altar de los capuchinos. Su contextura no le desazonaba. A veces pensaba también que el alma era un globo muy blanco e inflado, sin contornos evidentes, al que los pecados, como saquillos macizos de lastre, encadenaban a la ruindad de la tierra; bastaría liberarle de ellos para que el alma, desgajada y libre, se remontase airosa y rauda hasta un reino lleno de luz donde no se conocían el odio, las bajas pasiones ni la miseria.

A Sebastián no se le había ocurrido dudar de la existencia del alma, aunque tampoco reparase nunca en su trascendencia. Acostumbraba a ver que el alma, para los hombres, no significa una rémora, ni siquiera un motivo de preocupación. Los humanos vivían su vida sin darle excesiva beligerancia y esta postergación cundió en él, haciéndole pensar que el alma no debía de ser, en verdad, demasiado importante. Al morir los hombres, sí. Entonces llamaban apresuradamente al cura para que pasase sobre la carroña acumulada en sus espíritu la húmeda esponja de la absolución, que todo lo borraba. Lo hacían con un asomo de temor supersticioso, removidos interiormente por el vago recuerdo de los días infantiles, cuando sus madres y sus maestros les inoculaban la idea del odio al pecado mortal. Entre la infancia y la muerte los pecados se acumulaban en una gigantesca pira que no sacaba al hombre de su indiferencia. Algunos iban los domingos a misa. En realidad era un sacrificio que costaba bien poco. Otros ni eso. Eran coleccionistas de pecados de todos los colores y matices. Mas, cuando la oscuridad inviolable de la tumba amenazaba con zamparse bonitamente sus cuerpos, unos y otros se acordaban de improviso de la posibilidad de una vida posterrena y llamaban al párroco a grandes gritos. Sebastián pensaba, cuando se enteraba de alguna de estas conversiones *in extremis,* en un momento en que todos los hombres eran buenos, que mejor le hubiera ido a él viviendo siempre en un mundo de moribundos que no tener que convivir con seres ahítos de una atormentadora vitalidad.

Esta indiferencia de su barrio, de la ciudad entera, por todo lo que no fuese tangible y evidente arrinconó en Sebastián toda inquietud espiritual. Él no era de los que dejaban hasta la misa, pero su alma le costaba bien pocas cavilaciones y no era, desde luego, de

esos expertos catadores de la buena conciencia que se confesaban con frecuencia periódica, aunque en cada período volviesen a caer en unos mismos pecados. Sebastián advirtió desde niño que el alma, su integridad, no hacía vacilar a nadie a su alrededor, y creyó que cuando los hombres se comportaban así sería porque aquello no merecía la pena. Pero, de pronto, la muerte de la señora Zoa, primero, las palabras del cura de las barbas, después, le despertaban a una idea nueva, mucho más humana y verosímil que la que hasta ahora había guiado sus pasos. El alma constituía una realidad simple, y del complejo humano era ella lo único fundamental. Él había visto en la vida muy pocos muertos. Apenas recordaba el cadáver de su padre yaciendo en un ataúd negro, del tamaño del de un niño, y últimamente el descarnado y enlutado de la señora Zoa. Pero al evocarlos ahora, experimentaba una sensación profundamente clara de que allí no quedaba apenas nada de su padre o de la señora Zoa. Eran unos amorfos pedazos de materia, un cárdeno montón de pienso para los gusanos. Aquella rigidez amoratada de los miembros, aquella mueca póstuma dibujada en el rostro con el postrer rechinar de dientes y el último movimiento muscular voluntario daban idea de que allí se había consumado un desligamiento, una recentísima escisión. De un lado quedaba aquel cuerpo, tieso y frío como un garrote; al otro, en una región inaudita e inasequible para los vivos, permanecería el alma durante un tiempo interminable. Aquello no era, pues, el sueño eterno, sino un eterno despertar.

Estos procesos mentales reavivaban en Sebastián la idea de perfeccionar su alma. Habituado a considerarse como un desecho humano sin posibilidad de modificación, acogió la oportunidad de pulir su alma con una secreta alegría. No, no tenía por qué ser siempre como había sido. Cabía hacerse un hombre completamente diferente, con una misión y un objetivo definido y escueto. El alma era lo primero y era el alma precisamente lo que le brindaba la ocasión de transformarse. «En un caballo —se decía—, puede ser su línea, la pureza de su sangre, lo primero; pero, en el hombre, lo esencial es el espíritu. Se es hermoso o feo involuntariamente; no se elige el cuerpo, como no se eligen los padres; pero para el alma, como para la esposa, siempre hay opción.» Y, al meditar en estas ideas, mil veces repetidas en su cerebro, le estimulaban unas ansias desconocidas.

A menudo rememoraba su entrevista con el padre Matías. En esos casos, si tenía ocasión, se contemplaba largo rato en un espejo. Elevaba las dos manos a la altura de la cabeza y, al verse reflejado en la pulida superficie, sonreía e inmediatamente su boca se fruncía en una mueca de repulsión. «Esto desaparecerá un día. Volverá a fundirse con el barro de donde ha salido. ¿Qué importa que sea imperfecto e inarmónico? Al fin y al cabo soy menos barro que los demás hombres.

Pero el alma… —le vibraba dentro una sacudida que, por un instante, le nublaba la imagen repetida por el espejo—, el alma es el soplo de Dios.» Cerraba entonces los ojos y le parecía que un viento huracanado recorría todas sus vísceras; un viento huracanado y ululante que le hacía estremecer al permitirle sopesar su propia trascendencia.

Como raras veces ocurría, aquella tarde abandonaron en bloque el establecimiento. Hacía ya dos semanas que se acusaba cierta paralización en las ventas y don Saturnino andaba un poco consternado temiendo la llegada de la crisis. Se hablaba en la ciudad de que América enviaba algodón a bajo precio y los tejidos se abaratarían. Esta dudosa perspectiva bastaba para que muchos insensatos se abstuvieran de comprar, pensando, ingenuamente, que ocho semanas de paz serían más que suficientes para que la vapuleada economía mundial encontrase su equilibrio. El rumor, sin un fundamento cierto, circulaba de grupo en grupo, de boca en boca, y la gente experimentaba un júbilo colectivo imposible de contrarrestar. Los numerosos desengaños sufridos en los últimos tiempos no enervaban el mantenimiento de esta esperanza. Se soñaba con una era fácil y barata donde nadie careciera de nada y se olvidaran definitivamente los odios y miserias desempolvados por la guerra. Surgían canciones ligeras, esperanzadoras, que anunciaban la inminencia de una etapa mejor en la que la vida tornaría a discurrir por los suaves raíles de la normalidad. Los mozalbetes y las modistillas entonaban a voz en grito estas canciones cuando, aprovechando alguna festividad soleada, se desplazaban a merendar al campo o regresaban de él despeinados, sudorosos y llenos de polvo:

El año cuarenta y pico,
según dicen los profetas,
será el año de la paz,
volverán las vacas gordas…

Pero las vacas gordas, pese a los pronósticos de los autores de las coplas, no acababan de llegar, aunque se las aguardaba con impaciencia creciente. La guerra había concluido hacía más de medio año y no era difícil prever que, dando la vuelta a todos aquellos artefactos y maquinarias empleados durante seis largos años para destruir y aplicando las energías de todos aquellos hombres que habían estado matándose en las trincheras a una finalidad constructiva, la abundancia en todas sus manifestaciones no tardaría en caer sobre los hombres como una nueva lluvia de codornices. Los

hombres como el señor Sixto temieron al principio. El fin de la guerra podía significar el fin de la especulación ilícita y de las ganancias abusivas. Cabía esperar que las vacas gordas que la gente esperaba con ansias incontenibles se trocasen para ellos en vacas flacas. La peseta podría depreciarse, y en todo caso los hombres como el señor Sixto se apresuraban a colocar sus fortunas en bienes tangibles, bienes raíces las más de las veces, con el afán desasosegado de no perder lo que con tanta facilidad habían amasado. Pero pasaron los primeros meses después de la lucha y los más avispados comenzaron a entrever que sostener la paz era aún más costoso que sostener la guerra. Los pueblos de Europa estaban hambrientos y depauperados y, mientras la reconstrucción del continente no fuera un hecho, resultaba prematuro e insensato creer en las vacas gordas. Los hombres como el señor Sixto se tranquilizaron. De momento no había nada que temer. El grueso del rebaño no se avenía, en cambio, a hacerse a la idea de que la normalidad tardaría aún muchos años en volver a posarse sobre el mundo. Cada día se despertaba uno con una nueva ilusión y cada noche la ilusión se trocaba en un amargo desengaño. Pero el cúmulo de desilusiones y desengaños, de reveses y contrariedades, no conseguía matar del todo la esperanza general de que ya estaba al alcance de la mano la anhelada liberación de la implacable y mezquina tiranía de la cartilla de racionamiento. Unas veces era el rumor de la venta libre del pan, otras del aceite, otras de los garbanzos. Uno a uno estos rumores se extinguían sin haberse traducido en realidades prácticas. Mas pasadas unas semanas volvían a surgir aún más pujantes y vigorosos que antes, apoyados en las frases irrebatibles: «Ahora es seguro; lo sé de muy buena tinta...»; «Me lo ha dicho Fulano, que, como sabes, está en contacto directo con la Delegación de Abastecimientos y Transportes». A pesar de estas seguridades, los rumores se marchitaban sin ninguna consecuencia.

Ahora les había tocado el turno a los tejidos y la única novedad visible era aquel notorio detrimento de las ventas. El rumor pasaría y la crisis de ventas con él; pero, mientras tanto, los que regentaban algún negocio de esta especie se sentían devorados por los nervios y la amenaza de que la paralización se convirtiera en un mal endémico y ruinoso. El señor Suárez no se sustraía a esta preocupación general. Pasaba el día recorriendo la tienda a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la barbilla desplomada sobre el pecho. Nadie se atrevía a hablarle. La vena de la frente, hinchada y retorcida, era un símbolo elocuente de su peligroso estado de ánimo. Con él, don Arturo retrocedía un gran trecho en el camino de la emancipación total. Tendría que esperar a que las cosas se asentasen debidamente antes de alzar el vuelo definitivo. Obrar con precipitación siempre había sido contrario a su lema. Llevaba quince años sometido al negocio de otro,

esperando, y nada le importaría avenirse a esperar quince años más. Lo primero era la seguridad del paso que acariciaba desde hacía tres lustros.

En los demás apenas repercutía el pesimismo de los dueños. Los hermanos rubios continuaban hablando de fútbol como si tal cosa; Martín, vanagloriándose de sus conquistas en el probador, y Emeterio punzando con sus sarcasmos a Sebastián en cuanto adivinaba el menor resquicio por donde poder introducir el aguijón. Sólo Manolo parecía percatarse de la gravedad del problema. Y un día, temblando, se lo había confiado a Sebastián: «La ruina de los Almacenes sería mi ruina y la de todos mis hijos». Y los ojos sanguinolentos y saltones le brillaban como si fuese a llorar.

El Almacén se veía menos concurrido, y a eso de las seis y media apenas si franqueaba el umbral algún cliente rezagado. Este descenso en las ventas implicaba una merma en el trabajo de la dependencia. Después de cuatro meses de dura brega Sebastián veía en este decrecimiento de la actividad una ocasión muy oportuna para reponerse de las noches insomnes pasadas a raíz del suicidio de la Germana. Al propio tiempo, los largos paréntesis de espera le permitían ahondar en su nuevo descubrimiento y dejar a su imaginación, tan encadenada hasta entonces, desbocarse y retozar por mundos ignotos y construidos de acuerdo con sus más audaces ilusiones.

Aquella tarde, tres días después de la entrevista con el cura de las barbas, salieron todos juntos de los Almacenes. Emeterio había vuelto a tomarle como blanco de su burda ironía y este hecho fue la piedra de toque para que Sebastián constatase que en setenta y dos horas cabía la absoluta transformación de un hombre. Las cuchufletas de Emeterio no le ocasionaban ya dolor alguno; lejos de ello, Sebastián agradecía sus vejaciones con el convencimiento de que en ellas debía fraguarse la solidez de su alma. Se había persuadido, en tan poco tiempo, de que las almas se pulen y bruñen por percusión, como determinados metales. Por eso sonreía con los demás al oír las chuflas de Emeterio, que se desternillaba, como siempre, de sus fáciles agudezas, aun cuando el autodominio de Sebastián, por inusitado y completo, lo desconcertaba:

—Ten cuidado no te pise la cabeza, Sebastián. A veces voy distraído y no se ni dónde pongo los pies.

Martín reía y entre risa y risa piropeaba, poniéndose serio y arqueándose hacia atrás, doblando la cintura, a alguna muchacha que tenía la mala suerte de cruzar frente a él; reían los dos hermanos rubios y deportivos mientras discutían los resultados de una quiniela, y, sobre todo, reía Emeterio hasta descoyuntarse, coreando sus carcajadas con contundentes patadones sobre el asfalto, sin duda para

facilitar su desahogo.

El paseo por la calle Principal se había iniciado ya. Discurrían grupos de muchachas y muchachos hacia un lado y hacia otro, comentando las incidencias del día y riendo sin ton ni son. Era aquél un río bullicioso y alegre, impelido por una corriente de irresponsabilidad y juventud. La tarde estaba apacible y se barruntaba ya, en la consistencia y los aromas del aire, la inmediata primavera.

—Bueno, yo me voy por aquí.

Sebastián se detuvo a diez metros del establecimiento, dispuesto a atravesar la calle.

—Vamos, no seas tonto y ven a dar una vuelta con nosotros. Ayer lo pasamos en grande todos juntos, ¿no es cierto, chicos?

Emeterio reclamaba su cooperación. Indudablemente lo consideraba un magnífico elemento para «pasarlo en grande».

—No; hoy no puedo. Tengo que hacer.

—¡Déjale, que se le pasa el arroz! —intervino uno de los hermanos rubios, atiplando la voz.

—¿Qué tienes que hacer con tanta prisa? —Emeterio no renunciaba a su compañía así como así.

—Voy a confesarme.

Rieron todos como si Sebastián hubiese pronunciado un graciosísimo chiste. Aquella reacción le dejó un poco perplejo. ¿Sería posible que los hombres se desentendiesen de sus almas hasta este extremo? ¿Hasta el extremo de regocijarles así el ver que otro ser humano se preocupaba de ella? En aquellos tres días Sebastián había llegado a la conclusión de que el primer paso de su enmienda consistiría en una sincera confesión de sus culpas. Añoraba el momento de verse libre de aquellos pecados que le desgarraban por dentro. Sus escarceos con el polvoriento maniquí, el recuerdo infecto de su borrachera y de las groserías derivadas de ella, los sentimientos que abrigaba hacia su madre, su pesimista concepto del mundo y de los hombres... todo aquello necesitaba descargarlo cuanto antes, emancipar su pequeño globo interior, sin contornos evidentes, de aquellos fardos de pesado lastre.

—Anda, chato; te aseguro que al cura no le interesan tus horribles pecados en absoluto. Puedes decírmelos a mí y te juro que te escucharé con la boca abierta. **[** *Y si quieres te arrodillas luego y te doy la absolución. Ya verás qué tranquilo te quedas. O si no espérate a mañana y llévate ahora a una marmota a los jardines y date un buen lote. Eso es lo que voy a hacer yo, ¿comprendes? Un pecado más ¡qué importa al mundo! Mañana el cura te los perdonará igual que hoy y de seguro no te va a aumentar la penitencia por ello*.**]**

Emeterio se hurgaba en la nariz mientras hablaba, y luego, con el mayor impudor, amasaba con los dedos una pelotita oscura que

lanzaba sobre la masa amorfa de paseantes. A Sebastián su perorata le había herido en lo más íntimo. Los compañeros reían a excepción de Manolo, que se mantenía sombrío y con una expresión ausente en la mirada.

—No debes hablar así, Emeterio. Lo que has dicho es casi una blasfemia. Por otro lado, no creo que ello te cause ningún provecho y menos que te divierta.

Emeterio trató aún de arrastrarlo:

[—*¿Por qué no me ha de divertir? ¿Se confiesa algún cura contigo? ¿Por qué demonios, entonces, has de confesarte tú con un cura?*

Se reía de su lógica impetuosa y sacrílega.] Se notaba que jamás se había sentido lastimado por un preocupación espiritual.

—No te esfuerces; he dicho que voy a confesarme y me voy a confesar. Aunque tú no lo quieras.

A Sebastián le animaba una energía desusada. Nunca en la vida se atrevió a mantener un punto de vista frente a la menor oposición. Mas, de súbito, notaba una oleada de vigor que hacía de él, por una vez, un ser autónomo e independiente.

[—*Como quieras, chico; pero piensa que mientras tú estés en la boca de la garita abrazado al cura yo andaré en lo más espeso de los jardines dando achuchones a una marmota. A mi entender no cabe mucha duda en la elección.*]

Emeterio lanzó una nueva bolita oscura sobre un racimo de muchachas e inmediatamente cogió a uno de los hermanos rubios por el brazo:

—Que te diviertas con tu cura y dile antes a gritos que estás allí, no sea que te pise sin darse cuenta. —Comenzaron a andar en dirección contraria a la seguida por Sebastián. Dos pasos más allá, se volvió Emeterio y gritó: —¡Ah, adviértele también al cura ese que no tiene nada de particular que tengas la manga estrecha, porque todo tú eres un hombre muy pequeñito!

Oyó su risa Sebastián y las de varios grupos que discurrían en ese momento por las proximidades. No le importó. El mismo se sorprendía de su indiferencia. Caminó de prisa y sin volver la cabeza. Cruzó la calle y tomó la transversal hacia la Plaza del Mercado. Repasaba su conciencia con minuciosidad. Por nada del mundo omitiría ante el padre Matías ninguna mala acción, ningún pensamiento torvo de aquellos cuyo recuerdo le punzaba ahora el corazón como un aguijón venenoso.

Cuando empujó el portón ribeteado de clavos y penetró en el templo volvió a experimentar la misma sensación apacible y sedante que en anteriores visitas. Todo cooperaba a estimular tan sosegada impresión. Una vaga penumbra envolvía a los seres y las cosas, y las oraciones de los escasos fieles, apenas musitadas, tenían un dejo

pausado de mansa sumisión, de humildad remansada y sonora. Sebastián preguntó por el padre Matías.

—Haga el favor de esperar fuera.

De nuevo estaba allí, con los pies colgando, sentado en uno de los duros y largos bancos laterales. El cura de las barbas brotó de las espesas tinieblas del corredor.

—Ah, ¿eres tú, hijo? Dime, ¿qué se te ofrece?

—Quería confesarme, padre.

Otra vez le hipnotizaba la verruguita oscura, redonda, arrugada y húmeda como una diminuta boñiga.

—Está bien, hijo. ¿Estás preparado?

Sebastián asintió y con un inconcreto temor vio al cura separarse de su lado y zambullirse en uno de los oscuros confesonarios. Tenía la garganta reseca cuando comenzó su confesión; pero a medida que avanzaba, su voz, penosa al principio, iba fluyendo de sus labios fácil y rumorosa como una corriente de agua. Paulatinamente iba encontrándose más ágil y fuerte, liberado de una tremenda carga interior. El padre le facilitaba el desahogo con mesurada discreción.

Cuando le habló del maniquí, de que había tomado como amante un montón de serrín embutido en un pedazo de trapo, creyó entrever que el cura se estremecía. Mas ni esto le detuvo en su absoluta y franca confidencia. Sebastián no comprendía cómo cientos de hombres aborrecían el confesionario, cuando nada existe en el mundo tan consolador y reconfortante. El padre le comprendía; comprendía todas sus ruindades y muchas más que hubiera podido contarle. Su voz persuasiva y serena le producía el efecto de que le pasaban suavemente por los párpados blandos pedazos de algodón.

Después le habló de su madre. Encontraba un alivio muy grande en poder hablar de Aurelia con aquel cura. Él tenía solución para todo y para esto no podía faltarle. Le contó la tirantez de sus relaciones domésticas, le habló de su genio encrespado y arisco, de sus torpes aficiones, de la ruindad de su proceder en el asunto de la Aurora. Y el padre lo entendía todo; lo entendía casi antes de que él lo hubiera expuesto. ¡Daba gusto departir en voz baja con personas así! Se quedó un poco cortado cuando el cura de las barbas indagó, de improviso, si él, a lo largo de su vida, había hecho alguna cosa para que su madre fuese de otra manera. Se sintió culpable también de esto y confesó, avergonzado, que él creía que cada ser había de agenciárselas solo en la vida para ser de un modo u otro. Pero la indicación indirecta del padre le hizo reflexionar e inmediatamente se propuso modificar su conducta en este sentido. Sí, ¿por qué no? Aurelia era su madre y él reventaría de orgullo si un día conseguía arrancarle de sus vicios y hacer de ella una persona digna y respetable. Podría entraría blandamente, con buenas palabras y razones evidentes. Su madre, en

verdad, no tenía ningún motivo para ser mejor de lo que era. Se había formado sin educación y sin principios, constreñida por la imperiosa necesidad de dinero. Sí, ya pensaría en esto después, con más calma. Y le hablaría a la Orencia. Quizá entre los dos...

El padre le absolvía y en ese instante Sebastián, con la cabeza rendida sobre el pecho, sintió una dureza extraña en la garganta que le imprimía deseos de llorar. (Era como si alguien le oprimiese la nuez con insistencia e incrementando paulatinamente la presión.) No obstante, se venció. Besó la mano del padre Matías y huyó acelerado a un rincón oscuro del templo, sujetándose el corazón con las manos crispadas. Se notaba organizado; minuciosa, cabalmente organizado. Ya no era un hombre roto, un despojo de la sociedad. La felicidad le ahogaba. Creía adivinar en el fondo de su pecho algo inusitado que fosforescía en las tinieblas. Se sentía transido de una rara y desacostumbrada emoción, algo así como si acabara de renacer con una contextura diferente.

A la mañana siguiente, al llegar a los Almacenes, Martín le salió al paso, demudado:

—¿Te enteraste de lo de Emeterio?

Había un tono trágico, desgarrado, en su voz.

—No, ¿qué?

—¿No lo sabes? Anoche lo mató un autobús en la Plaza del Rey.

Las piernas le flaquearon a Sebastián y hubo de recostarse en el mostrador para permanecer de pie. Un escalofrío, acerado como un puñal, le atravesó el pecho de un modo fulminante.

—¿Qué...? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes; lo mató instantáneamente. Tenía la cochina manía de ir colgado de las cadenas y otro autobús que venía en dirección contraria le sacudió un cacharrazo en la cabeza y lo dejó en el sitio.

Sebastián se ahogaba. Su cabeza se representaba la escena de la tarde anterior, cuando Emeterio arremetía contra las cosas más santas e, impúdicamente, se relamía ya de su proyectada aventura con una marmota cualquiera. Como un relámpago pasó por su cerebro la idea de que Emeterio había muerto en pecado mortal y estaría condenado para siempre. Crispadamente se sujetó al mostrador. Los dos hermanos rubios y Manolo se aproximaban:

—Parece mentira, ¿no? Ayer lleno de vida, rebosando de vida, y ahora...

La desgracia creaba entre todos un punto de afinidad y coincidencia que daba mayor solidez que de ordinario al bloque. Sin embargo, sus compañeros sólo lamentaban que la vitalidad de Emeterio hubiese hecho crisis, les impresionaba el vértigo del tránsito

repentino. Habló uno de los hermanos:

—Ha venido la madre. Está ahí, en el despacho, con el señor Suárez y don Arturo. Por lo visto es viuda y le queda aún cuatro hijos más pequeños. Con lo de Emeterio vivían todos, y ahora...

Hasta este momento Sebastián no había reparado en los lamentos que, como maullidos de un gato escaldado, escapaban por debajo de la puerta del despacho. Pero tampoco esto le apartó del cuerpo central de su idea. Con esfuerzo iba rememorando cada una de las palabras de Emeterio en la víspera, y al evocarlas, una a una, su desazón aumentaba. Un sudor viscoso le empapaba la frente y los sobacos, resbalándole hasta los costados. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Por qué no iría con él Emeterio la tarde anterior? ¿Por qué, al menos, no acallaría su salida irrespetuosa y blasfema? ¿Habría llegado a consumar su proyectado devaneo con la marmota en los jardines?

Maquinalmente, Sebastián daba vueltas y más vueltas al botón central de su americana. De repente, el botón se desprendió y él lo contempló estúpidamente, posado sobre la palma de la mano, como si hubiera caído del cielo inesperadamente. Sin darse cuenta de lo que hacía lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y comenzó a girar, igualmente, el botón de más abajo.

Anita hablaba ahora, dirigiéndose al grupo:

—¡Qué pena da!, ¿verdad? Era tan alegre... Vamos a echarle mucho de menos.

Le retorcía a Sebastián que los demás sólo pensasen en el fin del cuerpo de Emeterio, como si nada de lo demás tuviese la menor importancia. Pensó que, siendo la gente así, nada tenía de extraño que los hombres se peleasen por un puñado de pesetas o se matasen en masa por tres palmos de tierra. Para ellos esto era el fin, y Emeterio dormía, desde la noche última, el sueño eterno. Se le erizó la carne al imaginar que el sueño eterno de Emeterio podría consistir en una eterna, incandescente, inacabable pesadilla. Pasarían mil años, millones de millones de años, y la pesadilla de Emeterio podría decirse que no había comenzado aún. «¡Oh, Dios del Cielo, eso no es posible! ¡No es posible, Señor!» Los pelos se le ponían de punta y la sangre le escapaba del corazón y la cabeza como si repentinamente se hubiera desfondado.

Después de todo, a él podría haberle ocurrido lo mismo; podría haber tropezado con la muerte después de una de sus frecuentes visitas al maniquí. Y lo mismo podría acontecerles al señor Sixto y a su hijo; a los mozos que escribían impudicias en las paredes de su portal; al soldado que se solazaba en las afueras con una marmota, o a Hugo, que vivía maritalmente con una furcia. A todos podría ocurrirles lo mismo y, no obstante, en ninguno ocasionaba la repentina muerte de Emeterio una resonancia de contrición o un propósito de enmienda.

(Un nuevo botón aparecía como una mancha gris en la palma de la mano de Sebastián. Lo había arrancado inadvertidamente e, inadvertidamente también, se lo guardó con el otro en el bolsillo.) Sus compañeros hablaban sin pausa; discutían sobre lo que era y lo que podría haber sido. Al fin y al cabo ésta era la perpetua discusión entre los hombres, aunque casi ninguno advirtiese lo que en realidad «era», ni cuan diferente «lo que podría haber sido».

—¿Qué te pasa, Sebastián? ¿Te pones malo?

Martín lo sujetaba por un brazo. Agradeció esta ayuda porque, inopinadamente, todo había empezado a desvanecerse ante sus ojos y, por un momento, tuvo conciencia de que iba a desplomarse sin remedio, como un fardo sin apoyo.

—Le ha afectado mucho.

Sonaba la voz de Anita como un cascabel. Ahora le transportaban al fondo del establecimiento y le sentaban en una silla.

—Trae un vaso de agua. Anda.

Sebastián estaba pálido y con la mirada vidriosa. Mas ahora, sentado allí, después de beberse el vaso de agua, la sangre volvía a circular por sus venas, caldeándole. Acababan de entrar dos clientes y sus compañeros le dejaban solo. Lo prefirió así. Constató, de pronto, que algo se interrumpía, un rumor regular y continuo que, al detenerse, hacía más ostensible el silencio. Levantó los ojos y se dio cuenta de que eran los lamentos del despacho lo que había cesado. Un minuto después se abrió la puerta y Sebastián divisó a una mujeruca esmirriada, vestida de negro y con un pañuelo, negro también, anudado toscamente debajo de la barbilla. Sin conocer los motivos que la empujaban, Sebastián vio a la mujeruca abalanzarse sobre la mano derecha del señor Suárez y colmársela de besos y de lágrimas. Don Saturnino se mostraba violento:

—Nada, mujer; nada tiene usted que agradecernos. Después del entierro conoceré al chico, y desde mañana puede venir a sustituir a su hermano, anótelo bien...

A la mañana siguiente, Juan, el hermano de Emeterio, ingresó como mozo en los Almacenes. Tenía una innegable semejanza con él, aunque era más pálido y más enteco, o lo parecía debido al luto. En lo que resultaban idénticos era en aquella fea costumbre de andarse en las narices y elaborar luego, pacientemente, con la materia extraída una diminuta y oscura pelota.

Con la llegada de Juan el mecanismo de los Almacenes estuvo completo otra vez, y, encajada adecuadamente la nueva pieza, la máquina reanudó su funcionamiento y su producción. Nadie se acordaba, a la semana, del cuerpo ni del alma de Emeterio, y su

madre, salvado airosamente el bache de lo económico, tampoco se sintió preocupada por las circunstancias de su muerte. Los ingresos seguían siendo los mismos y había una boca menos que alimentar. Cierto que perdía una cartilla de racionamiento, pero la cosa no era para llorarla demasiado. Al mes, nadie recordaba en el mundo a un ser que se había llamado Emeterio Ruiz, salvo Sebastián, y cuando éste evocaba su vida, y sobre todo su muerte, experimentaba un convulsivo sobresalto.

Sebastián se cruzó con el idolillo de la cara de león y los pechos cónicos que remataba la barandilla de la escalera de su casa y le hizo un guiño de simulado entendimiento.

—Deséame suerte —musitó.

Ascendió las escaleras con paso lento. En el brazo derecho portaba un gran paquete envuelto con el papel de los Almacenes. El corazón le latía apresuradamente, y, como siempre que le sucedía esto, presumía que su redoble debía oírse a distancia. Cuando llamó a la puerta, la violencia de los latidos se agudizó.

—Hola, madre.

—¿Qué traes ahí?

Sebastián se azoró y el murmullo que salió de sus labios fue apenas perceptible:

—Un regalo para ti y para la niña.

Aurelia no añadió nada, pero frunció el ceño y cerró de un portazo. Al pasar frente a ella, le pareció a Sebastián que su inmunda cazadora apestaba a vinagre y a sudor. Reprimió una mueca de asco y, sin detenerse, penetró en la habitación de la camilla. Aurelia le seguía; al parecer, dispuesta a acoger con cuatro gritos destemplados la presunta dilapidación.

—¿Está la Orencia?

—Ha salido hace un rato por la ración. Volverá enseguida. Pero, vamos, ¿qué es eso?

No separaba la vista del enorme paquete, como si esperase ver salir de él un horrible dragón de siete cabezas. Sebastián, ante la ausencia de la niña, se encontró tan desamparado como un general a quien en el comienzo de una derrota anunciasen el retraso de unos refuerzos que esperaba ver llegar en ese instante.

—No... no... bueno, es bien poca cosa, desde luego. Pero... pero no quiero que te vayas a enfadar... En realidad... Después de todo, esto no significa nada...

Aurelia se impacientaba. Había adoptado la habitual postura en ella antes de lanzar algo desagradable: las manos hinchadas debajo de las axilas, y las piernas, blancas y salpicadas de varices amoratadas,

abiertas en un ángulo muy amplio.

—Déjate de rodeos y habla de una vez. ¿Qué te ha costado todo esto?

Sebastián no respondió y comenzó a desenvolver el paquete con parsimonia, procurando dar tiempo a la niña para que subiese con la ración. Con todo, terminó de deshacer el gran envoltorio antes de que la Orencia apareciese.

—¿Qué es eso? ¿Estás loco?

—No… verás. Esto es un retal de franela muy buena y muy barata para que te hagas una bata para ti. Es… es… es muy barato y te hace tanta falta… Esa… esa cazadora está muy sucia y muy vieja y…

Aurelia no pestañeaba al escucharle, y Sebastián se aturullaba:

—Y… y… y esto es un poco de seda lavable para que te hagas una blusa. Y esto otro, un retal de semihilo para que hagas un vestido a la niña en primavera, y… y… bueno, como verás, ya no hay nada más… —terminó.

Aurelia continuaba mirándole con una fijeza turbadora.

—Todo eso está muy bien. Y ahora dime, ¿qué vamos a comer este mes?

Una losa de culpabilidad se desplomaba, de repente, sobre los pobres hombros de Sebastián. Al fin balbució:

—Bueno… en fin… esto no es obligatorio pagarlo en un mes… Lo amortizaremos en varios plazos… Si es preciso, estaremos un año amortizándolo…

Las manos de Aurelia seguían inmóviles en los sobacos y sus ojos en los de Sebastián.

—Envuélvelo con cuidado. Mañana vas a devolverlo, y en lo sucesivo no te ocupes para nada de mí ni de la niña. De eso ya me encargo yo. ¡Pues están buenos los tiempos para tirar el dinero! Lo primero de todo es comer, y dime, ¿qué sobra aquí después de comer?

Sin querer le vino a la boca a Sebastián decir «el beber», pero milagrosamente se contuvo. Luego murmuró:

—Después de todo, es una insignificancia y… y… este tono azul te iría tan bien… —Le venían de improviso a los labios los ardides del buen comerciante, esos incentivos irresistibles para cualquier mujer. Tomó el retazo de seda lavable por una punta y, con cierta repugnancia, lo sobrepuso a la cazadora. Aurelia miró la pieza de reojo, con oculta y ávida complacencia—. Estarías muy elegante con una blusa de este color, créeme. ¡Hace tanto tiempo que no puedes hacerte un vestido! Además, es una magnífica oportunidad, porque… porque en la tienda me lo sirven descontando el margen de beneficios y a precio de saldo. No hay… no hay muchas ocasiones como ésta… que digamos. Y la bata… la bata es una preciosidad. A fin de cuentas, pagando un poco hoy y mañana otro poco, es como si… como si nos lo

regalaran. ¡Y qué diría la señora Luisa al verte tan elegante! Sin duda querría correr enseguida a hacerse una igual…

Los ojos de Aurelia iban redondeándose. La expresión de indiferencia desapareció de su rostro y su mano derecha abandonó lentamente el cálido hueco del sobaco y comenzó a palpar con sus bastos dedos el tejido suavísimo. Sebastián tuvo un conocimiento repentino de su primera victoria sobre su madre. No le faltaba, pues, razón al padre Matías. Cabía, en lo posible, domeñarla. Él lo conseguiría; conseguiría hacer de ella una mujer distinta. «¿Por qué, por qué —se preguntaba— no habré comenzado antes?»

—Sí que es bonito todo… Pero, la verdad, es mucho dinero. Sí, es mucho dinero para nosotros. —Y prosiguió atropellándose, como queriendo huir, de este modo, de la tremenda tentación—: Todos lo dicen y tienen razón. Ahora, con poder malcomer ya es suficiente. Pero… —De nuevo flaqueó la decisión de Aurelia—. Bueno, vamos a quedarnos con la blusa, y lo otro… lo otro vas a devolverlo enseguida…

Sus ojos caían ahora sobre la franela marrón. La tentación era tan fuerte que Aurelia casi temblaba al pensar en la renuncia, en desistir de ella, cuando la tenía allí, allí, al alcance de su mano. Olfateaba el tejido nuevo, el penetrante y agradable olor de las piezas sin mancillar, y suspiró:

—Sí, tienes que devolver lo otro; mañana lo devolverás —corroboró, desmayadamente.

Se oyó crujir una cerradura en el pasillo y después un portazo. Sebastián dio media vuelta y vio a la Orencia parada en el umbral, con una pequeña zafra de aceite en una mano y una cesta de mimbre sucia, ocupada por tres canteros de jabón y unos paquetitos envueltos con el basto y resistente papel de ultramarinos, en la otra.

—Hola —dijo.

—Deja todo eso en la cocina y ven —respondió Sebastián.

Aurelia continuaba inmóvil, con la mirada llena de la policromía turbadora de los tejidos. Cuando Orencia regresó se llevó instintivamente sus dos manos blancas y afiladas a la boca:

—¡Oh, qué bonitas son!

—¿Te gustan, mocosa? Pero no las toques; tendrás las manazas untadas de grasa.

Eran como un trío de salvajes congregado en derredor de un montón de abalorios multicolores. Aquellas tres piezas impolutas los sugestionaban hasta la fascinación. Hacía muchos años que en aquella casa no entraban unos tejidos nuevos, vivo todavía el olor de los tintes.

—¿Para quién son?

Había unas temblorosas inflexiones en la voz de la pequeña. Por

primera vez en mucho tiempo la veía Sebastián interesada en algo y por algo, y comprendió que la indiferencia de la niña era simplemente una consecuencia de su vida rutinaria y gris.

—Ésta es para ti, para hacerte un vestido esta primavera. Las otras dos son para madre. ¿Verdad que madre estará muy distinguida con una bata de esta franela? Fíjate, no la quiere tomar porque dice que valdrá mucho dinero y... —Como sin hacer nada, Sebastián desplegó unos centímetros de la pieza y los dejó caer sobre los hombros de su madre—. ¿Verdad que es una preciosidad?

—Es... parece... parece una reina. Claro que es preciosa la tela... y todo. ¿Por qué no nos vamos a quedar con ello?

Aurelia agradecía esta insistencia, que justificaba, a fin de cuentas, su deseada rendición. Comprendía que sería superior a sus fuerzas abrir la puerta al día siguiente para que aquella pieza de franela partiese, en viaje de regreso, hacia los Almacenes. Ya era algo suya por la simple razón de haber descansado sobre la camilla de su casa. Sin embargo, habría de adoptar una postura de concesión a regañadientes, que era lo oportuno en este caso:

—Está bien; haremos como queráis. Pero yo insisto en que esto es un despilfarro que no podemos hacer... Aquí no hay de esto —con el pulgar y el índice hacía ademán de pasar billetes—, y sin esto —repetía el ademán— no se pueden hacer estos excesos...

Sebastián sonreía por dentro; aguardaba impaciente el desplome absoluto, total, de Aurelia. Su madre prosiguió:

—Esto... esto es muy bonito. Y será barato, yo no lo dudo... pero, pero... —Hizo una pausa y, al cabo, estalló—: Sí, tenéis razón, es muy bonito... Nos quedaremos con ello... Nos quedaremos con todo... —Sobaba los géneros con nerviosos movimientos de dedos, con una fruición de avaro que cuenta sus monedas. Extendió la franela y la superpuso a su indumenta de forma que el extremo de la pieza cayó hasta el suelo—¿Creéis de veras... creéis de veras que me sentará bien? ¡Uy, Dios santo, qué dirá la Luisa cuando me vea!

Capítulo XII

El repentino apagamiento de Emeterio reafirmó la convicción de Sebastián de que el instante de la muerte era el único trascendente en la vida de los hombres, y, en consecuencia, acrecieron sus anhelos de perfeccionamiento y superación. Todo lo enfocaba por el lado espiritual, y pronto se dio cuenta de que un alma bien templada irradia un halo de sosiego y bienestar que trasciende a cuanto constituye su reducido mundo circundante.

Su casa, sin transformarse en esencia, había experimentado una reacción apreciable. Aurelia, a pesar de seguir enfangada en sus turbios hábitos, dejaba entrever, de cuando en cuando, que su corazón no era impermeable a la ternura y al agradecimiento, lo que hizo presumir a Sebastián que su rudeza y tosquedad no eran vicios de origen sino de formación. Esta advertencia le animó a perseverar en la tarea emprendida. Orencia, por otra parte, constituía un temperamento mollar que respondía admirablemente a sus celosos cuidados. Había sido una niña sin infancia, y la misión de Sebastián se centraba ahora en encajar el ánimo de la pequeña en la edad y el tiempo en que vivía. Cuando tenía oportunidad de ponerse el trajecito rosa de semihilo, la niña se acicalaba con escrupuloso esmero, asomando en ella los primeros síntomas de coquetería femenina. La indiferencia hacia todos y hacia todo no era más que una postura natural frente a la rutinaria y tediosa existencia que se le había forzado a llevar y que, ante los incentivos que Sebastián le brindaba ahora, iba desapareciendo gradualmente. La vida comenzaba a tentarla con sus claroscuros y sus contrastes, y la niña reaccionaba como era lógico esperar.

Los sábados por la noche, Sebastián la sacaba al cine. Aurelia, en un principio, se negó a acompañarlos, ya que los sábados eran los días escogidos por ella y la señora Luisa para prolongar sus reuniones hasta las primeras horas de la madrugada. A su regreso del cine, Sebastián y Orencia las encontraban desplomadas de bruces sobre la mesa de la cocina, completamente ebrias. Los naipes se hallaban desperdigados por el suelo, y los únicos indicios de vitalidad en aquella habitación, que apestaba a sudor y a vino tinto, eran los ronquidos feroces de su madre y los tres ratoncitos, vivos y nerviosos, que saltaban aceleradamente de la lata de la basura en cuanto los oían entrar. Otras veces, sorprendían a Aurelia y a la señora Luisa cantando con pésimo oído *La vaca lechera* o *El año cuarenta y pico.* No había forma humana de hacerlas callar. La señora Luisa pasaba las horas muertas en su

cuchitril de la esquina de la calle haciendo punto, y las tardes de los sábados deseaba olvidarse de su ingrata y monótona tarea. Era viuda de tres hombres y en el barrio la llamaban la «matamaridos». Todo ello cooperaba a formar en ella una bóveda interior sombría y pesimista que sólo se aligeraba un poco ante una jarra rebosante de espumoso tintorro.

En estos casos, Sebastián mandaba a la cama a la Orencia y durante más de una hora forcejeaba con su madre hasta que conseguía trasladarla a su habitación. Se presentaba, luego, la tarea más peliaguda de la noche, como era la de transportar a la tozuda y obstinada «matamaridos» hasta el inmundo chiribitil donde habitaba. Sebastián la agarraba por los sobacos y la arrastraba por las escaleras hasta el portal. Ella, insensible al dolor de los tumbos y batacazos, cantaba *El año cuarenta y pico* o farfullaba con recalcitrante monotonía: «Vivo en la calle Zapateros, número 46, sótano izquierda; llaves en el bolsillo derecho». Era su repugnante estribillo de borracha, que iba repitiendo, como un disco rayado, a lo largo de toda la calle.

Pero Sebastián sabía que no mentía. La concisa manifestación era un hecho. En aquella calle —la central del barrio—vivía, y además portaba las llaves de su zaquizamí en el bolsillo derecho de la merdosa bata.

Los gritos de la señora Luisa hendían el silencio de la noche. Los escasos transeúntes miraban regocijados a la grotesca pareja y Sebastián experimentaba un poco de rubor, que se disipaba, no obstante, en cuanto recapacitaba que estaba llevando a cabo una buena acción que redundaría en provecho de su alma.

Fue el romper esta indigna costumbre sabatina de Aurelia el obstáculo más fuerte que surgió ante Sebastián en su proyectada rehabilitación de la familia. Aurelia no se avenía a prescindir de Luisa y afirmaba, muy seriamente, que la entristecía la penumbra acongojante de los cines. Se hizo necesario que la señora Luisa los acompañase un sábado para que Aurelia se decidiese a romper una costumbre que contaba con una respetable tradición de tres lustros. Una vez probado, el nuevo plan las sedujo y, en lo sucesivo, todos los sábados por la noche Aurelia, Luisa, la pequeña Orencia y Sebastián se desplazaban a un cine céntrico.

Sebastián se recreaba observando la meticulosidad que ponían su madre y su hermana en acicalarse. Por la tarde, Aurelia se planchaba con parsimonia la blusa azul, muy descotada, de seda lavable, y la Orencia su vestidito rosa de semi-hilo. Después de cenar, ambas se retiraban a sus habitaciones y, un cuarto de hora más tarde, emergían de ellas completamente transformadas. Sebastián notaba algo extraño e inusitado en sus cabezas, y poco tardó en constatar que se debía a unos peinados rimbombantes, completamente revolucionarios. El de

su madre le sonaba a algo muy conocido, aunque ignoraba qué, hasta que un día, al entrar en la cocina a beber un vaso de agua, sus ojos tropezaron con un calendario, profuso en colorines, que anunciaba una marca de galletas. Una mujer exuberante y frescachona exhibía en él sus curvas opulentas, salpicadas de lunares de moscas. El peinado, con dos ondas relamidas adheridas a la frente, era el mismo que se hacía Aurelia los sábados antes de marchar al cine. Y Aurelia, sobre el traje vaporoso y blanco que en el original vestía la aldeana, había diseñado elementalmente su blusa azul con todos los detalles.

Estas muestras inefables del carácter de su madre le evidenciaron que en el interior de todos los seres existe un rescoldo adormecido, susceptible de metamorfosearse en una llamarada fulgurante. Y él vigilaba esta llamita que empezaba a avivarse con un celo excesivo, con un temor constante de que cualquier revés imprevisto pudiera matarla para siempre.

Los sábados por la tarde, al salir de los Almacenes, sacaba cuatro entradas de delantera de galería en algún cine de postín. Huía del teatrillo de su barrio, pues consideraba que en él había mucho más de pernicioso que de aleccionador. En un cine céntrico, la vaharada de distinción y buenos modales que gravitaba sobre el patio de butacas podía alcanzar incluso a las alturas.

Una vez acomodados en sus localidades, Orencia se abstraía en la proyección, mientras a Sebastián le distraía el ruido reiterativo y crepitante que ocasionaban Aurelia y la señora Luisa mondando cacahuetes. Sebastián no se atrevía, de momento, a censurar a su madre aquel goloso esparcimiento, medroso de que sus consejos la animasen de nuevo a trocar los cacahuetes por el vino. Mas una noche, en plena representación, se oyó elevarse del patio de butacas una voz airada:

—¡A ver quién es el guarro que ha tomado mi butaca por un recipiente de basuras!

La gente, conmocionada por la sorpresa, rompió en una risotada, mientras Sebastián, colorado hasta las orejas, propinaba a su madre contundentes codazos de advertencia. Sebastián se dio cuenta, ese día, de que la vaharada de distinción y buenos modales que imaginaba gravitando sobre el patio de butacas era, también, algo muy discutible y relativo. No obstante, a partir de aquella noche hizo llevar a su madre una bolsita de papel donde ella y la señora Luisa iban depositando cuidadosamente los desperdicios de su manjar.

Poco a poco, la vida íntima de Sebastián iba modificándose merced a sus desvelos. Ni Aurelia ni Orencia podría afirmarse que hubieran cambiado por completo, pero su comportamiento daba pie para barruntar un más lisonjero amanecer. Era una costra de muchos años la que había de hendirse, y ello no se conseguía en cuatro

semanas. Sin embargo, la cosa marchaba hacia delante y Sebastián se sentía satisfecho de sí mismo y de las reacciones de sus sujetos experimentales.

También Sebastián se preocupaba de su persona. La idea motriz que le impulsaba era la del perfeccionamiento para el que desde muchos años atrás se había juzgado desahuciado. Al saber que no, que también él podía mejorar y en lo que de más valioso y estimable encerraba su ser, toda su vitalidad se concretaba en una sola aspiración, determinada y concisa: engrandecer su alma, hacerla más digna y excelsa. Para ello trabajaba noche y día y se creaba dificultades que, al ser salvadas, le producían un secreto deleite. Frecuentemente prescindía de su ración de pan y la entregaba al primer pobre con quien tropezaba en la calle, o introducía guijas en sus zapatos para que le mortificasen la carne, o recibía con una sonrisa de sumisión las pullas de los mozalbetes cuando la operación de correr las cortinas de los escaparates al mediodía sufría algún entorpecimiento. A veces llegaba a nimiedades ingenuas, sugeridas por las lecturas de libros de santos adaptados a mentes infantiles. Él, en realidad, había vivido poco y apenas sabía nada fuera de lo que se encerraba en aquellos libros, los primeros que empezaron a fertilizar su inteligencia.

Mas él, a su modo, se encontraba feliz, más feliz y tranquilo, más conforme de sí mismo, que lo había estado en momento alguno de su vida. Por las noches repasaba sus actos y palabras, sus sacrificios y privaciones, y casi se daba cuenta de que su globo interior, el halo de niebla que lo ribeteaba por dentro, crecía y crecía hasta extremos insospechados. Ahora le gustaba reflexionar sobre sus actuaciones y movimientos cuando caía por la noche en la cama. Entonces se confesaba a sí mismo que las cosas marchaban por las sendas más risueñas y optimistas que cupiese imaginar. Aurelia era mejor. Orencia se encajaba en la vida poco a poco, y la señora Luisa, de rechazo de todo esto, casi había dejado el vino. (Sebastián presentía que de haber varios hombres, estratégicamente distribuidos por el barrio, encargados de atajar el vicio y divulgar la virtud, sin más armas que la persuasión mesurada y el buen ejemplo, el barrio sería diferente de lo que era: las parejas no bautizarían a sus hijos al tiempo que se casaban, los hombres no se emborracharían hasta la incoherencia los sábados, ni los maridos apalearían, los domingos, a sus mujeres cuando el equipo representativo de la ciudad salía del estadio con dos puntos negativos.)

Una noche en que Sebastián meditaba sobre estas cosas tuvo una idea repentina. (No sabía por qué, pero sus buenas, sus geniales ideas, brotaban siempre del contacto de su cráneo con la almohada.) Se incorporó en la cama y dio la luz. Afortunadamente aquella noche no

había restricciones. Saltó del lecho tan precipitadamente que introdujo su pie derecho en el desconchado orinal, volcándolo. El líquido se derramó por el suelo y a Sebastián le asaltó la angustiosa sospecha de que Aurelia se hubiese despertado. Aguardó un momento con todos los nervios en tensión, a la expectativa, pero el uniforme ronquido de su madre en la adyacente alcoba le sosegó. Colocó, entonces, los codos sobre los muslos y sujetó la cabeza entre las manos. ¡Sí; la cosa estaba igualmente clara con luz e incorporado! (En ocasiones, ideas que en la penumbra de la duermevela se le antojaban lúcidas y geniales, con la claridad del día y el pleno raciocinio de su cerebro se tornaban estúpidas e irrealizables. Pero ésta no, bien seguro estaba de ello.)

Durante muchas noches y días Sebastián había pensado en Irene. Su mente reproducía su imagen con frecuencia, mas siempre para considerarla como un sueño abstracto, como una ilusión inasequible y absurda. Ella era la perfección y él un ser grotesco y risible; ella la luz y él las tinieblas. Mas, de repente, aquella noche había visto mucho más claro. Él, su alma, lo más valioso de su ser, avanzaba por el camino del perfeccionamiento; día a día se pulía, se redondeaba, en un deseo ardiente de superación. Y era el alma lo único trascendente de la persona, lo único libre y eterno, lo único inmarchitable porque era el soplo de Dios. Como el resplandor de una luz vivísima brotó la ambiciosa idea en su cerebro: ¿por qué, Señor, no poder aspirar a Irene cuando su alma había alcanzado un notorio grado de elevación? ¿Qué importaba el cuerpo? ¿No era éste una masa amorfa de barro sin valor alguno? ¿No decía el padre Matías que es el alma lo que da la medida y el valor de un hombre? Pues bien, ahí estaba la suya. No era aún buena, no era grande, no era digna; pero lo sería, ¿por qué no podía serlo? ¿Es que existía algún tope establecido para el desarrollo espiritual de un hombre físicamente defectuoso? Él había encontrado a Dios en los ojos de Irene. Esto no tenía nada de extraordinario, ya que otros hombres lo encontraron en una piedra, una catástrofe o en el filo de una espada. Irene no despertaba su carne como la de otros hombres. Él veía en ella un trasunto de la perfección de Dios. Sí, ¿por qué no? ¿Por qué había de ser una aspiración irracional, monstruosa, pensar en una unión suya con Irene?

Sebastián temblaba. Tenía una actitud fachosa, sentado en la cama excesivamente grande para él, con los pies de dedos deformes y achatados oscilando en el vacío y embutido en un pijama lleno de cosidos y remiendos, a través de cuyo tejido desgastado se traslucía su espalda encorvada. La idea era audaz y desmesurada, incompatible, en apariencia, con el temperamento reposado y chato de Sebastián, pero surgió loca, avasalladora, en su cerebro, y de buena gana se hubiese puesto a trabajar allí, sí un trabajo físico de cualquier especie hubiera devengado un mejoramiento espiritual.

Sus ojos se posaron, de pronto, en el charco de orines que dibujaba una mancha oscura y caprichosa sobre la tarima, y esta visión le sugirió un nuevo proyecto que le hizo abrir desmesuradamente los ojos, ilusionado. De un salto se arrojó al suelo y corrió a la cocina con los pies descalzos. Al dar la luz, los tres familiares ratoncitos brincaron de la lata de la basura sobre el pavimento y corrieron desalados a ocultarse en el compartimiento de la leña. Sebastián no hizo caso de ellos. Tenía una idea fija en la mente y cualquiera otra imagen externa no menoscababa su resolución. Tomó de un rincón la viscosa aljofifa y regresó presuroso a su habitación. Una vez allí, se arremangó los pantalones del pijama hasta los muslos, se arrodilló y comenzó a enjugar el líquido derramado, con el lampazo, y a escurrirlo luego sobre la bacinilla. Un incontenible júbilo interior le rebosaba por los ojos. (Gustaba de humillarse, de rebajarse hasta la insignificancia, de aniquilarse físicamente, si con ello se enriquecía, en una mínima proporción, su alma. Comprendía que la hermosura deslumbrante de Irene exigía una equitativa contraprestación, y él estaba dispuesto a nivelar, con su exuberancia espiritual, la mezquindad de su cuerpo.)

En los días siguientes continuó imponiéndose renunciaciones y sacrificios, acometiendo toda clase de buenas acciones. Le interesaba, ahora, un perfeccionamiento acelerado, una rápida, vertiginosa, dignificación. Y cada noche, en la soledad de su alcoba, reconocía humildemente sus progresos, se achacaba inexistentes defectos y se marcaba nuevas tareas que acometer a la mañana siguiente. Vivía en una exaltada fiebre de actividad, muchas veces pueril, pero ardorosa y vibrante. No se daba sosiego. Estimaba el descanso como un freno en la consecución de su objetivo y apenas si se concedía cuatro horas para el sueño. Había mucho que hacer, existían mil posibilidades y matices para mortificarse, innumerables ocasiones de practicar el bien. Y él debería aprovecharlas. Veinte años de su vida había malgastado estérilmente, y ahora era preciso recuperar cuanto antes el terreno perdido, volver a amontonar el tesoro dilapidado.

Una noche se preguntó cómo habría de hacer para que Irene se percatase del valor de su alma, para que no le pasase inadvertido su fulgor. Y, como siempre, en aquellos días, tropezó con la solución casi sin buscarla. Una solución inefable y pueril, inocente, pero que a él, en aquellas jornadas de místico estupor, se le antojó inmejorable: «Los ojos; los ojos son el espejo del alma», se dijo, esperanzado. Sebastián había oído decir esto con tanta frecuencia, que había llegado a identificar el alma con los ojos, los encadenaba por algo más que por un eslabón de simple afinidad. Hasta podían ser, a su juicio, una misma cosa. Él, realmente, no era capaz de discernirlo, pero entendía que en ese dicho se ocultaba algo más que la liviana filosofía de todo

aforismo. Así, los ojos verdes de Irene reflejaban su pureza de intención; los pequeños e incisivos de Emeterio, envidia y maldad; sensualidad y bajos apetitos, los desafiadores y brillantes del Sixto; avaricia, los azules y oblicuos de su padre; los sanguinolentos y saltones de Manolo, un alma atormentada...

Sí, a través de los ojos de los hombres se traslucía siempre la tonalidad y las inclinaciones de sus almas. Irene podría ver en los suyos con la misma precisión y claridad que él veía las almas en el fondo de los ojos de los demás.

Cuando meditaba sobre esta posibilidad sentía unos escalofríos febriles. La ansiedad le devoraba y suspiraba por el instante en que su alma fuese tan grande que rebasase los contornos de su cuerpecillo. A ratos pensaba, puerilmente, que en fuerza de laborar por el espíritu, podría éste llegar a trascender, a desvanecer los límites físicos de la carne, a venirle grande, produciendo el efecto desequilibrado de un niño encerrado prematuramente en la chaqueta usada, sin adaptar, del padre.

Pasada una temporada, Sebastián se consideró apto para la prueba. Tenía fe en sus privaciones y desvelos; fe en que Irene fuese uno de aquellos seres que otorgan amplia preferencia al espíritu sobre la materia.

Un día tropezó con ella, como casi siempre, en los Almacenes. La crisis de ventas no rezaba para Irene, y el presunto algodón americano no disminuyó sus visitas al establecimiento. Ante ella, el corazón de Sebastián redoblaba como los cascos de un caballo en pleno galope. Estaba bella como siempre, erguida y perfecta, con una sonrisa distendida iluminando su faz. Hablaba con el señor Suárez, quien, en su honor, había cesado en sus monótonas zancadas a lo largo de la tienda y hasta había permitido decrecer el relieve de la vena de la frente.

Sebastián observaba a Irene fijamente, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, empujado por un ansia pueril de que no le pasase inadvertido el menor detalle de su espíritu. Mas ella no parecía darse cuenta de su presencia. Hablaba y reía despreocupadamente con el señor Suárez, lo embromaba constantemente con su voz cantarina y cabrilleante, sin llegar a ofenderle nunca. De repente, por encima del hombro de don Saturnino, vio la expresión asustada de Sebastián del otro lado del mostrador y cedió instantáneamente en su risa. Miraba, ahora, al muchacho con palmaria curiosidad, como si se tratase de un fenómeno raro. (Y, efectivamente, Sebastián, con sus ojos redondos y grandes como platos, en su actitud de impaciente expectativa, ofrecía unos pormenores dignos de ser tomados en consideración por cualquier curiosidad medianamente despierta.) A pesar de que la muchacha le sostenía la mirada, Sebastián no cerraba, ni entornaba

siquiera, los párpados. Tenía una seguridad grande en su alma y en su sistema de traducción. Al fin, Irene hizo un gracioso mohín, como diciendo: «Decididamente, este chico está loco», desvió la mirada y prosiguió departiendo alegremente con don Saturnino como si nada hubiera ocurrido.

Cuando, cinco minutos más tarde, intrigada por la sorprendente conducta de Sebastián, volvió de nuevo la vista a él, tropezó otra vez con sus ojazos desmesuradamente abiertos, implacables en su estúpida fijeza. «Bueno», se dijo Irene, y comenzó a sentirse violenta bajo la vigilancia inquisidora de aquellos dos ojos, agudos y convergentes como dos potentes focos de luz centrando un mismo barco en la noche.

Sebastián traducía su embarazo como un indicio favorable para sus apetencias. Irene, sin duda, aquilataba a través de sus ojos su agitación espiritual y las buenas prendas que empezaban a adornarle. De aquí, imaginaba, aquella actitud forzada de la muchacha, que acusaba de esta manera el impacto de los ojos de Sebastián exhibiendo las cualidades de su alma.

En los días que siguieron Sebastián no dio paz ni reposo a la muchacha. Entendía que era preciso un tratamiento iterativo y obstinado si quería que fuese eficaz. La buscaba en la calle, a través de las vitrinas del casino, a la puerta de su casa, en el almacén… A todas horas Irene se daba de bruces con los ojos dilatados, espantosamente abiertos, de Sebastián. Su insistencia concluyó por turbarla, por hacerle sentir un temor inconcreto y vago hacía aquel muchachito de inocua apariencia, pero tan tozudo en la observación de su persona.

Sebastián la veía salir con un hombre apuesto, bien trajeado, siempre el mismo; pero, en su ceguera, no concedía al síntoma la menor importancia. Tampoco el hombre parecía reparar en su irritante presencia. Al lado de Irene, caldeado por la tibieza de su proximidad, semejaba un ser en perpetuo éxtasis. Sebastián los seguía por calles y plazas, se hacía el encontradizo o se detenía a su lado ante algún escaparate. La mirada de Irene, al verle allí, rozando su brazo, con los ojos horriblemente dilatados, encerraba una buena dosis de espanto. (Sebastián podría haber advertido, de concederse unos instantes de reposo, que la expresión de aquellas pupilas verdes era idéntica a la que iluminó los ojos de Orencia una tarde, hacía muchos años, en que él le enseñó de repente un engañapastor vivo atrapado en una carretera. Los ojos de la niña ante el pájaro eran los mismos que los de Irene al contemplarle a él. Pero Sebastián carecía de tiempo para buscar analogías o establecer paralelismos. Atribuía la confusión de Irene al poder fascinador de su mirada, y todas las tardes, al regresar a su casa, solo, después de una de sus correrías en pos de la muchacha, se confesaba, con un íntimo y desbordante júbilo, que

estaba llegando el momento de dirigirle la palabra.)

La duda le asaltó un día en los Almacenes, mientras despachaba unos metros de crespón de seda rojo. El tono de la pieza, tan vivo y chillón, le recordó la muerte de la Germana y de su hijo, y entonces se preguntó qué sería de la Aurora. Dos meses habían transcurrido sin la menor noticia suya, sin verla en la calle y sin echarla de menos. Inmotivadamente, hoy evocaba su persona con un dejo de compasión. La silenciosa persecución de Irene le había hecho olvidar todo lo demás e, incluso, sus proyectos de reivindicación espiritual intensiva. Y he aquí que, de pronto, la imagen de la Aurora, con su embarazo a cuestas, se interponía en su mente para echarle en cara que su conducta de los últimos días rezumaba egoísmo por los cuatro costados. En tanto él acariciaba la esperanza de ser correspondido por Irene, su antigua novia rumiaría a solas, en su alcoba, su desgracia, y quién sabe si proyectaría la recuperación del honor perdido apelando a los mismos violentos procedimientos que la Germana.

Sebastián cerró los ojos un instante. Verdaderamente su alma no podría remontarse en tanto el peliagudo problema de la Aurora permaneciese sin resolver. Bien estaba que Aurelia hubiese sustituido su odiosa cazadora militar por una bata de franela marrón y que la Orencia pudiese acudir al cine las noches de los sábados ataviada con su trajecito rosa de semihilo. Bien estaba que, de rechazo, la señora Luisa hubiese abandonado casi enteramente su vicio y que en vez de beber vino se dedicase ahora a comer cacahuetes con voraz glotonería. Todo eso estaba muy bien y le honraba. Pero ¿qué había hecho para solventar el asunto de la Aurora? ¿No era esta cuestión más grave y compleja que otras muchas de las que voluntariamente había volcado sobre sus hombros y no le afectaba más directamente que cualquiera de ellas?

Con la clarividencia y decisión que en estos días caracterizaban a Sebastián, tomó en su fuero interno una resolución urgente. Había cambiado mucho. En momentos como éste era cuando verdaderamente se percataba de ello. Ahora, al menos *in mente*, nada le importaba imaginar una entrevista con Benjamín Conde, el joven del traje marrón y la bufanda amarilla, y rogarle que enmendara sus malos pasos y fuese un buen padre para su hijo. Seguramente no sería tan desalmado como para negarse a atenuar los efectos de su desafuero, y más a la vista del trágico fin de la Germana y su hijo, que Sebastián se encargaría de restregarle ante los ojos acentuando los tonos lúgubres y sombríos.

Sebastián ya sabía dónde encontrarlo. Según sus noticias, apenas abandonaba una mesa del Bar Arribas, en la Plaza del Mercado, donde

jugaba al tute y se atizaba al coleto campano sobre campano. Sí, iría a verle allí. Le parecía, ahora, que mientras no diese este paso no tendría ningún derecho a importunar a Irene, husmeando su propia felicidad. Sebastián nunca fue, y menos ahora, de esos hombres que van derechos hacia un punto de luz sin reparar en los desaguisados que origina su trayecto rectilíneo. Desde el despido de Hugo se había convencido de que, casi siempre, el encumbramiento de un ser depende del aniquilamiento de otro, y esto, en adelante, por lo que a él se refería, deseaba evitarlo. Él quería llegar, pero sin frenar a los demás, sin permitir que nadie resultase postergado por imprimir a su marcha un mayor apresuramiento.

Al domingo siguiente, después de comer, Sebastián se encaminó al Bar Arribas. El día lucía plácido, contraviniendo las especiales características de marzo. Era un día más de invierno, aunque con un sol alto y brillante que estimulaba sin llegar a molestar.

Sebastián marchaba despacio, súbitamente atemorizado. Su resolución de tres días atrás había sido muy decidida y valiente, pero, llegado el momento, su osada determinación languidecía. (Era lo mismo que cuando un hombre resuelve operarse con la sonrisa en los labios, pero su sonrisa se trueca en una amarga mueca al avanzar desolado camino del quirófano.) Sebastián no sabía cómo empezar. En la cabeza se arrinconaban multitud de proyectos previamente desechados como un informe montón de papeles arrugados e inservibles. «No, así no; dirá que soy un idiota», se decía, espantando una nueva idea con un reiterado movimiento de cabeza.

Ante la puerta de cristales esmerilados del bar se detuvo un momento. En el escaparate, sobre una fuente blanca, se recostaba un tostón tentador, churruscante y grasiento. Debajo, dos soberanas langostas, y, a los lados, una profusa decoración de botellas de vinos de marca. Sobre el cristal, en letras blancas y desiguales, decía: «Almejas, gambas, cigalas», y, en letras más grandes y encima: «Comidas económicas». La visión de tanta esplendidez distrajo momentáneamente a Sebastián de sus lucubraciones. Sin expresa voluntad empujó la puerta de cristal esmerilado y entró.

Una atmósfera densa de tabaco barato, de vapores de mal café y de gritos estentóreos le envolvió, aturdiéndolo. Tintineaban, por todas partes, las cucharillas al chocar contra la loza o el cristal. Los hombres conversaban a gritos, insultándose cordialmente, hablando de fútbol, de la próxima temporada de toros o del racionamiento. Los oídos de Sebastián recogían fragmentos de conversaciones distintas que, al empalmarse en el aire, originaban, absurdos y contradictorios despropósitos. El local se veía lleno hasta los topes, y Sebastián pensó con alivio, justificándose su cortedad, que no era éste el lugar más adecuado para sostener una conversación confidencial. Sin embargo,

consecuente con su decisión, se adelantó hasta el fondo del mostrador. Allí la fiebre de concurrentes remitía un poco y podía observar sin llamar demasiado la atención. Pidió un café con leche, y, mientras le servían, examinó de reojo las mesas próximas, donde se jugaba al julepe, a la garrafina o al tute. Los jugadores no se intimidaban ni enfurecían por el infernal barullo que los rodeaba. Ellos estaban a lo que estaban y los accidentes externos no influían para nada en su actividad. (Luego sí, llegarían a casa malhumorados, conscientes de que el domingo tocaba a su fin, y cualquier grito destemplado de la mujer reconviniendo a los niños les sacaría de quicio y les haría jurar entre dientes contra aquel «caos» doméstico.)

En el momento en que le servían el oscuro brebaje, Sebastián divisó, en la más próxima mesa de juego, a Benjamín Conde. Aunque no le había visto más que una vez en la vida, le resultó inconfundible, con su terno marrón muy ceñido y el mondadientes emergiendo de la boca, enhiesto, sujeto por un colmillo. Sus compañeros de mesa eran tres y le llamaban el «Moreno» sin que él se diese por ofendido. Jugaban al tute subastado y a Benjamín aparentaba abstraerle el empeño. (Sebastián se preguntó cómo podría estar allí, tan sereno, con las finas manos, firmes y tranquilas, aprehendiendo las cartas, cuando un hijo ilegal, fruto de un pecado, bullía ya en las entrañas de una mujer.) Le observó con minuciosidad, estimulado por un mórbido y desconocido placer de ver tan de cerca «un hombre malo». Tenía las cejas muy tupidas y negras, protegiendo sus ojos descarados y penetrantes. Era moreno de tez, enjuto y fino de miembros. Hablaba con un matiz imperativo de superioridad y no admitía que en el juego nadie se desmandase lo más mínimo. A la legua se advertía que le molestaba la presencia de un jovencito imberbe que hacía chacota de la seriedad de la partida. Éste, siempre que intervenía, lo hacía amasando previamente una aleluya que luego, después de lanzada, reía con un enojoso descoyuntamiento de miembros:

—No dejéis, por comentarios, de pagar a los contrarios.

Era la segunda vez que repetía la misma frase. Recordó Sebastián a Emeterio, su obsesión por hallar la gracia burda de las cosas. Benjamín torcía el gesto en silencio y pagaba o cobraba sin inmutarse.

Sebastián volvió el rostro hacia el mostrador y, pensativo, bebió un sorbo de café. Sería difícil, sin duda, abordar a Benjamín Conde en estas circunstancias. Y, por otro lado, no era cosa de aguardar hasta que levantasen la partida. Bebió de nuevo. Oyó abrir la puerta de un empellón y giró la cabeza. El Sixto acababa de entrar en el local, fumando un rimbombante habano. A Sebastián le recorrió una sensación abstrusa de incomodidad, de nerviosa precaución, como cuando veía dos hilos de la luz descarnados, a punto de juntarse y producir un estallido. ¿Qué venía a hacer el Sixto aquí? Le vio avanzar

por entre las mesas, casi perdido en la atmósfera fumosa, palmoteando de vez en cuando los hombros de algún amigo ocasional.

Ya ante el mostrador, pidió un doble de coñac. Lo bebió de un trago y exigió otro. Sebastián agradeció que un nutrido grupo de personas se interpusiese entre él y el Sixto. No había hablado con él desde la muerte de la señora Zoa, y no experimentaba ningún deseo de volver a hacerlo. Sin embargo, la sensación de incomodidad, de estar en el centro de un círculo electrizado, persistía en él, atemorizándolo. Aún bebió el Sixto otra copa antes de pasear detenidamente la mirada por las mesas. Sebastián vigilaba la dirección de sus ojos sin pestañear, con una expresión análoga a la que adoptaba en su empeño de transmitir a Irene la calidad de su alma. Como esperaba, aun sin confesárselo, la ojeada del Sixto se posó en la mesa donde jugaba Benjamín Conde. En las comisuras de sus labios se esbozó, entonces, una sonrisa tenue que ni siquiera llegó a florecer. Mordió el puro con dureza y se adelantó hacía el fondo del local.

Sebastián intentó pasar inadvertido, hacerse invisible, mas el Sixto le vio y alteró momentáneamente el curso de sus pasos dirigiéndose hacia él. Su rostro, pigre y congestivo, estaba cruzado por una expresión impenetrable.

—Hola, chico. —Lo zarandeó por un brazo—. No irás a decirme que algún mal amigo te ha pervertido y te ha traído a este antro de perdición.

Sebastián reaccionó dócilmente. Temía que aquella expresión indescifrable que bailaba en los ojos del Sixto pudiera recrudecerse si no se sometía a sus impertinencias,

—No... no... Sólo he venido a tomar un café.

El Sixto adelantó la barbilla en un ademán pugnaz y agresivo.

—Me alegro, ¿sabes? No sé decirte otra cosa. Pero prefiero que seas testigo y juzgues lo que va a pasar. —Con desenvoltura arrojó un billete sobre el mostrador: Cobra tres dobles y el café de este amigo.

En las puntas de los dedos de Sebastián se iniciaba un convulso temblor. Sixto no apartaba los ojos del espejo donde figuraba la lista de equipos que se enfrentaban aquella tarde y donde, al anochecer, se estamparían los resultados de los encuentros. Pero no miraba esto. La mesa de Benjamín Conde se reflejaba en el espejo, y esto era lo que llamaba la atención del Sixto. «Prefiero que seas testigo y juzgues de lo que va a pasar.» Sebastián experimentó un miedo creciente. La sensación de que dos cables despellejados estaban a punto de tomar contacto se incrementaba. Sixto dio otra absorbente chupada a su puro y se enderezó.

—Guarda la vuelta.

El camarero miró la calderilla amontonada en el plato y cantó a gritos su entusiasmo:

—¡Cincuenta y cinco regalan!

Como un eco le respondieron cinco voces desde distintos lugares del establecimiento:

—¡Eh, graciaaaaaas…!

Un temblor nervioso sacudía las manos de Sebastián. Las piernas se le flexionaban por las rodillas y apenas tenía ojos y oídos para abarcar lo que le rodeaba. Pero aún pretendió detener al Sixto.

—No irás… no irás a…

El Sixto se alejó de él sin hacerle caso, se aproximó a la mesa de Benjamín Conde y se situó detrás de la silla que ocupaba éste. Dio una profunda fumada a su cigarro y, seguidamente, despidió el humo en una serie de aros simétricos, alucinantes. Su barbilla tornaba a adelantarse pugnaz y pendenciera.

—Yo, en tu pellejo, no jugaría eso.

La voz brotó en un susurro, regular y amable, como si en realidad se tratase de un consejo desinteresado.

Benjamín apenas levantó la cabeza.

—Ha sido una mala jugada, lo reconozco —asintió.

El Sixto prosiguió en su actitud indiferente:

—Las malas jugadas deben enmendarse.

Los compañeros de mesa del «Moreno» observaban al intruso sin acertar a desentrañar sus frases reticentes. Se acentuaba el temblor de manos de Sebastián, que presentía algo catastrófico en el ambiente sobrecargado y enrarecido del cafetín.

—Yo prefiero sostener lo que juego. No me gustan las enmiendas. Además, por sobre todas las cosas, detesto a los mirones.

Conde hablaba tranquilamente, sin interrumpir la partida. El Sixto añadió con su tonillo displicente:

—Siendo parientes…

Benjamín atendía a las dos jugadas sin esfuerzo aparente. Sabía, indudablemente, quién era el Sixto y lo que había ido a buscar allí. Sebastián se dijo que resultaba improbable que los dos perros más feroces del barrio se desconocieran mutuamente. Y barruntó que en aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos había tanto de defensa de una honra como un prurito de hegemonía.

—¿Parientes?

—¿No vas a ser tú el padre del hijo de mi hermana?

Sonrió Conde imperceptiblemente al tiempo que se desprendía de una carta.

—Ah, ya… No te habrá dicho que la he engañado, ¿verdad? Es un truco ése demasiado viejo.

Benjamín hablaba sin mirarle, atendiendo al movimiento de los naipes sobre el tapete.

—Pudiera ocurrir, pero de todas las maneras ésta va a ser tu

última inversión. Ya estás gastado.

Conde reprimió una carcajada. [*Luego dijo:*

—Si hubiese un nuevo diluvio universal y sobreviviera yo solito con diez mujeres, me comprometería a repoblar el mundo en un par de años.]

Sixto observó las cartas por encima de su hombro y añadió:

—Yo tampoco jugaría así. Van a comerte ese tres. Es una necedad.

Sebastián sospechaba que cuanto más se prolongase esta amenaza latente, esta contención de la mutua animosidad, más sordo y enconado sería el desenlace.

—Gracias. Pero creo haber dicho antes que detesto a los mirones.

—¿Vas a enmendar la jugada?

Volvió a sonreír Benjamín y denegó expresivamente con la cabeza.

[*—Es muy sensible, pero yo no puedo dar padre a todos mis hijos. Y lo peor no es eso, lo peor es que a pesar de mis méritos aún ando sin cartilla de familia numerosa.*]

El ademán indiferente de Conde acabó por sacar al Sixto de sus casillas:

—¿Por qué no juegas conmigo, entonces?

Sebastián no podría decir si gritó en ese momento. Todo fue tan rápido que, en un abrir y cerrar de ojos, las mesas y las sillas se separaron con estrépito y en el fondo del cafetín surgió un espacio libre en el que dos hombres, navaja en mano, se observaban enconados, sin fingimientos, al fin.

—Voy a rajarte, hijo, ¿no lo sabías? —El Sixto ahora arrastraba las palabras, gozándose en ellas.

Las tertulias, las canciones, las partidas se habían interrumpido, y los clientes del Bar Arribas formaban un apretado racimo en torno a los contendientes. Nadie, sin embargo, intentó interponerse. El que los dos camorristas fuesen a parar a la cárcel sin un rasguño y el intercesor al hospital o al cementerio era un hecho excesivamente frecuente en el barrio para que nadie osara meter su humanidad entre las dos navajas afiladas.

Fue el Sixto quien primero saltó y simultáneamente su brazo derecho se adelantó con violencia hasta topar con su adversario. Conde no emitió un gemido; se desplomó blandamente sobre sí mismo y quedó allí inmóvil, bañándose en un gran charco de sangre.

—A ver qué creías. ¿Qué otra cosa esperabas conseguir? Ese muchacho al camposanto y el Sixto ocho años a chirona. Todo esto podrías haberlo evitado sin tus escrúpulos y tus majaderías.

Aurelia hablaba y, de cuando en cuando, oteaba por el balcón, a

través de los churretosos cristales, la efervescencia de la calle. Habían matado a un hombre y el barrio reaccionaba con todos los tentáculos de la curiosidad desplegados a los cuatro vientos. Un hombre había muerto en una pendencia y alrededor del suceso se acumulaban ya toda clase de detalles, veraces unos, falsos los más, incomprobables todos. Con el acontecimiento, Aurora y Sebastián volvían a primer plano de la actualidad. El rumor popular los zarandeaba, los traía y llevaba de aquí para allá, se disparaban sus nombres de balcón a balcón, se les acusaba, se les disculpaba, se les hacía cómplices o se les absolvía incondicionalmente.

Sebastián estaba fatigado, física y moralmente fatigado. Un laxo decaimiento se había adueñado de él después del suceso. La idea de que también Conde, como Emeterio, había muerto en pecado mortal le atribulaba hasta hacerle soltar lágrimas. Parecía ser éste su amargo y cruel destino: enfrentar a los hombres con la muerte cuando más emponzoñadas se hallaban sus almas. Aurelia, su madre, lejos de consolarle, le perseguía por todas partes, haciéndole blanco de crueles acusaciones que le rebotaban dentro como la voz de la conciencia. Sí; él podría haber evitado todo aquello. Si se hubiera casado con la Aurora, nada de esto hubiera sucedido. «Pero ¿por qué, por qué —se preguntaba— había yo de pagar las culpas de otro?» Y, como si oyese la respuesta, rememoró inmediatamente las palabras del cura de las barbas: «La dignidad humana es como el agua en un colador… Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero… Las almas nobles deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron…» Movía la cabeza, constreñido por la necesidad de emanciparse cuanto antes de la diabólica pesadilla. El hecho de conocer que su buena disposición hubiese evitado la tragedia le sumía en un absoluto, impenetrable abismo de arrepentimiento.

—¿Ves lo que has hecho? ¿Ves lo que has conseguido, haragán?…

Pero ¿por qué, al menos, Aurelia no le dejaba en paz? La metamorfosis de su madre, contra lo que él imaginara, no se había iniciado siquiera; continuaba siendo la misma, con su lengua incisiva, mordiente, de dolorosa violencia. El suceso había retrasado su evolución, que tan concienzudamente controlara Sebastián; había reculado, quedando tan elemental y hosca, tan ruda, como en los primeros tiempos. En cualquier momento la vería surgir con la cochambrosa cazadora militar, ocultando sus manos amorcilladas bajo los sobacos y atravesando los intersticios dentales con fugaces y silbantes corrientes de aire.

A su depresión moral se unía un absoluto cansancio físico. Los nervios le habían sostenido en las últimas semanas, mas ahora la tensión se relajaba y quedaba roto, desmarrido, convertido en un guiñapo, desmoronado y sin voluntad. El mundo y la vida estaban

impregnados de violencia y de miseria. Ofuscado por el dolor, censuró a Dios la ocurrencia de haber animado el barro con su soplo. El barro era barro e implicaba una absurdidad pretender trasmudarlo en algo trascendente y vital. «Estoy blasfemando, Dios mío, estoy blasfemando. Estoy exigiendo cuentas a Dios...» Hincaba los codos en los muslos y se cubría la cara con las manos chatas y deformadas. Consideraba que si llorase se desahogaría, pero no sentía ya el menor deseo de hacerlo. La miseria de su alrededor, la ruindad de los hombres, le secaba con su soplo árido. E intuía, en el seno de su desconcierto, que únicamente recostando blandamente su cabeza en el hombro de Irene y escuchando sus palabras tenues y afectuosas podría encontrar consuelo.

Aquella noche durmió mal, y con las primeras luces de la amanecida se arrojó de la cama. Le zumbaban los oídos y le dolía a trechos la cabeza, como si tuviese desparramado por ella un archipiélago de punzantes islillas. Contra toda costumbre, introdujo la cabeza entera en un recipiente de agua helada, pero el remedio no le mejoró. Era como si llevase dentro, entre los sesos, el batacazo que ocasionó la muerte de Emeterio y la navajada de Benjamín Conde.

Sin desayunarse salió hacia los Almacenes. Era muy temprano cuando llegó, y don Saturnino, al parecer más tranquilo que en días anteriores, departía en un rincón con don Arturo y los dos hermanos rubios.

—Ayer hubo un muerto en tu barrio, ¿no? —interrogó Luis, el mayor de los hermanos.

Asintió Sebastián y se alegró interiormente de que los pormenores de la noticia no trascendieran al centro de la ciudad. Su barrio era matón y pendenciero, y pinchazo más, pinchazo menos, la ciudad no se lo tomaba en cuenta.

—Salís a muerto por mes.

—Aproximadamente.

Sonrió don Saturnino, empalmando la conversación, donde, sin duda, la había interrumpido al entrar Sebastián:

—Pues, como les decía, de París ya vienen figurines con la falda notablemente más larga. Será cuestión de meses verla arraigar aquí.

Uno de los hermanos pareció muy satisfecho:

—Entonces el corte de vestido aumentará y así venderemos más.

Don Saturnino hizo un gesto de desaprobación:

—¡Quiá! El corte de vestido de una mujer será siempre inalterable. Si se alargan dos dedos por debajo restarán los dos dedos de otro sitio. No le quepa a usted duda, Urbón: el día que bajen la falda hasta los tobillos se descubrirán los pechos. Luis se relamió:

—No caerá esa breva, señor Suárez.

Rieron todos. Sebastián tuvo una idea muy clara en ese momento

de que no eran la ambición y el odio los peores enemigos de la humanidad. Constató que lo que amenazaba la colectiva existencia, abrazándola en un cerco asfixiante, era la más brutal, ruin y descarnada sensualidad. Una concupiscencia irreprimible, libre, que se expandía por todos los estratos sociales, enervándolos. Intervino don Arturo, un poco cohibido, ante el freno echado por la crisis de ventas a su proyectada emancipación:

—Aquí todo será cuestión de que Irene se haga la ropa larga para que tengamos ropa larga hasta en los orfelinatos.

Sebastián prestó oído a la conversación.

—El equipo ha de hacérselo así.

—¿Cuándo se casa?

—En mayo, creo...

Las vísceras se le revolucionaron a Sebastián. No podía haber entendido bien:

—¿Se casa...? ¿Que se casa quién? —indagó.

Uno de los hermanos rubios censuró su deficiente información.

—Irene, claro. ¿En qué país vives?

Sebastián, de buena gana, se hubiese tumbado en el suelo para sentirse más seguro. Todo le daba vueltas con una celeridad inexplicable.

—Se casa... ¿Con quién se casa, si puede saberse?

—Con López López, ese dentista rubio y bonito de la Plaza Mayor.

Miraban todos a Sebastián y éste no sabía por dónde salir:

—Es extraño...

—¿Qué es lo que es extraño? ¿Tú has visto alguna vez un filón de oro que no tenga dueño?

El mundo se le venía abajo. Era como si penosamente hubiese logrado levantar un edificio con las propias manos y le dijesen de súbito: «Es inútil; todo eso hay que tirarlo; aquí no se puede edificar». ¡Cuánta privación y cuántos desvelos para nada! Sus sueños absurdos se diluían como por ensalmo; el cuadro de ilusión que poco a poco había ido diseñando se lo emborronaban de pronto con cuatro violentos brochazos. Pero Luis tenía toda la razón: ¿dónde había visto él un filón de oro sin dueño? Siempre había sido así y era zafio y tonto creer que las cosas pueden cambiar o alterar su curso para satisfacer la propia conveniencia. Los hombres guapos, o ricos, o inteligentes, se casaban siempre con las mujeres más hermosas. Los feos, pobres y hueros no tenían mucho donde escoger. Por más que ahora las estadísticas... Pero él no era guapo, ni rico, ni inteligente... ni podía poner su esperanza en las estadísticas. Las mujeres preferirían siempre quedarse solteras a casarse con él. Contra todas las estadísticas.

Se alejó Sebastián del grupo maquinalmente. Un vacío mareante

le ahuecaba, le debilitaba hasta extremos inverosímiles. A su inquietud inicial se unía ahora este vacío angustioso, opaco, aniquilador. Era aquél, el suyo, un naufragio completo, irremisible. De nuevo se encontraba solo, desasido, traído y llevado, zarandeado por un mundo hostil.

En el ropero hizo como si buscase algo en el bolsillo de su gabán, pero lo que hizo fue sujetarse a una percha, fuerte, crispadamente, con todos los músculos y los nervios en tensión.

—Buenos días, don Sebastián.

Era Juan, el hermano de Emeterio, que llegaba a colgar su abrigo en la percha. Hubo un día en que él neciamente deseó que lo llamaran así, «don Sebastián», como ahora lo hacía Juan, el respetuoso hermano de Emeterio. No obstante, al oír en boca ajena este tratamiento, Sebastián experimentó vergüenza, como si ello se debiera a una equivocación pretendida y buscada por él. Sintió deseos de golpearse violentamente la cabeza. Sin embargo, se conformó con sisear al mozo, que se volvió extrañado:

—¿Qué quería, don Sebastián?

Aquel muchacho no podía llevar en las venas la misma sangre que Emeterio. Empero eran hermanos. Sebastián carraspeó:

—Mira —y se azoró al decirlo—, no me llames don Sebastián. Llámame en lo sucesivo Sebastián simplemente. Ese tratamiento es absurdo, ¿sabes?

Y se le antojó que gran parte de sus pesares se disipaban con esta nimia declaración.

Capítulo XIII

Era la víspera de San Bienvenido, una de las dos fiestas más importantes del barrio. Al atardecer se iniciaría en la esquina sur de la calle de Zapateros, junto al teatrillo del barrio, una pintoresca verbena que se correría luego a lo largo de la estrecha calle para desembocar, explosiva e incontenible, en la Plaza del Mercado. En ambas plazas extremas y en la calle principal, el bullicio, la alegría y la jarana no se amortiguarían durante toda la noche, y la mayoría de los vecinos, principalmente los jóvenes, verían amanecer la festividad de San Bienvenido sin haber pegado un ojo.

La víspera era día laborable, pero el incentivo de la fiesta inminente ponía en los talleres y establecimientos del barrio una impaciente y excepcional alegría. Olía ya a churros y a pólvora de cohetes, aun antes de haberse empezado a freír aquéllos y a quemarse éstos. Pero el ambiente era festivo y festivos eran los rostros y las expresiones que se topaba uno por las calles.

Para Sebastián nunca fue la verbena de San Bienvenido —bajo cuya advocación estaba el barrio— un acicate en su vida uniforme y gris. Le molestaban aquellos hedores a frituras, los gritos desgañitados de la juventud y aquel frenético deseo de vivir mucho en una noche activado por la música incansable, los estridentes silbidos de los chiflos y las salvas aturdidoras de los cohetes y las bombas.

Este año la festividad de San Bienvenido no podía presentarse en momento más aciago para él, aunque admitía que, como mal menor, la perspectiva de las fiestas y del bailoteo había echado mucha tierra sobre la reyerta del Bar Arribas, y el barrio casi había olvidado ya el incidente con aquella su peculiar manera de desentenderse de todo cuando así convenía al mayor disfrute de la colectividad.

Eran las nueve menos cuarto y Sebastián avanzaba poco a poco por el centro de la angosta calle. El día estaba tibio y primaveral y todo hacía presagiar que la víspera y la festividad del santo patrón del barrio serían preservadas por un tiempo grato y bonancible. A los lados de la carrera se elevaban ya los tenderetes, las churrerías portátiles y, atravesando la calle, cientos y cientos de farolillos multicolores, distribuidos en filas cuyos extremos se anudaban en los balcones intermedios de las dos aceras. Tenía todo un peculiar sello de adormecimiento previo, de laxitud preventiva, como sí cada tenderete, cada churrería y cada farolillo barruntase las dos noches de ininterrumpida actividad.

La cantina de Ernesto tenía ya gente a esta hora. Eran los pocos

vecinos del barrio que habían emigrado a los pueblos colindantes, pero que periódicamente, cada año, respondiendo a una cita tácita, se congregaban de nuevo en el local de Ernesto por la festividad de San Bienvenido. No creían, la mayoría, en San Bienvenido, pero creían en su conmemoración y la respetaban emborrachándose como cubas y blasfemando contra el santo patrón si se terciaba.

Sebastián cruzó ante la puerta de la cantina y una vaharada de vino de Rueda le alcanzó la nariz. Venteó distendiendo las aletas como un perro ventea un tufillo familiar. En ese momento percibió el tránsito de un olor a otro y se dio cuenta de que había penetrado en el radio de acción de la droguería de Pérez. Poco más allá, el señor Santiago distribuía kilos de fruta con su característica jovialidad. Las clientes le embromaban y alguna que otra, aprovechando la buena fe del comerciante, distraía un par de naranjas de una canasta o arramblaba con un plátano del racimo que pendía de la puerta. El señor Santiago lo divisó como cada mañana:

—A trabajar, ¿eh? No te canses demasiado; esta noche tendrás que bailar hasta despanzurrarte.

Sebastián le sonrió y le dijo adiós con la mano. Los aromas familiares del mercado gravitaban en el aire, disueltos e imprecisos. Era una mezcla inextricable, muy difícil de precisar. Predominaba el jugoso olor de la fruta sazonada, pero detrás de este aroma, más intenso que los demás, se aquilataba el desagradable hedor a vaca descuartizada, a conejos caseros y a aves de corral.

También en la Plaza del Mercado se palpaba la proximidad de la fiesta. Los tenderetes eran más abundantes y variados que de ordinario, y las casetas de churros y de venta de refrescos se esparcían buscando los cruces estratégicos. Al igual que en la calle de Zapateros, los farolillos abigarrados se cernían sobre las cabezas, balanceados por el suave viento. En el centro de la plaza, el «doctor cubano» había comenzado la jornada. Sería aquél un día de prueba, de trabajo intenso; pero, a vueltas de todo, lucrativo y remunerador. La gente del barrio perdía un poco esos dos días el minucioso control de la peseta y los paquetes de pomada para cicatrizar heridas no faltarían seguramente en ningún hogar al día siguiente de San Bienvenido.

—Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre...

Sebastián le lanzó una mirada de desprecio. Inconscientemente unía al «doctor cubano» con su desdicha y, por hábito inmotivado, le achacaba la mayor parte de sus desventuras.

A los Almacenes, por el contrario, no llegaba el eco de los preparativos del barrio. El barrio y el resto de la ciudad constituían dos mundos distintos, a pesar de estar enquistado, encajonado, el uno en la otra. Los hermanos charlaban con Martín, por primera vez en el año alejados del radiador. Juan barría apresuradamente los despachos

y Manolo y los demás no habían llegado aún. Un cuarto de hora después se presentaron éstos y al poco rato se inició la actividad del establecimiento.

La crisis de ventas, aunque en modo alguno total, seguía apreciándose en los Almacenes. Y, como consecuencia inevitable, el señor Suárez continuaba midiendo el local a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la vena de la frente cada vez más relevante. Por el contrario, y aun cuando la crisis de ventas no significaba tampoco para don Arturo un grano de anís, éste proseguía dando un ejemplo de serenidad y erigiéndose en prototipo del buen comerciante; sesudo, amigoso y cabal.

Las clientes, aunque reducidas a la mitad, esperaban pacientemente a que don Arturo estuviese libre para verse atendidas por él. Sus manos firmes, finas, sugeridoras, embaucaban tanto como sus frases moduladas y oportunistas, rotundamente sagaces:

—¡Oh, por Dios, esto no es para usted! Para usted tengo algo magnífico que acabo de recibir.

La sonrisa de la cliente manifestaba un crédulo papanatismo, su fe ciega en las decisiones del apoderado. En realidad era don Arturo quien compraba y vendía, quien se lo decía todo, dejando únicamente a la cliente el leve desahogo de pagarlo. Sebastián pensaba que era éste el secreto del experto comerciante; pero, contra lo que soñara cinco meses atrás, ahora no cifraba sus aspiraciones en llegar a ser como don Arturo. En cinco meses tan sólo se había cansado de luchar; se había percatado de que no vale la pena colocar en la vida un excesivo interés. Por lo demás, todo ahora, observando a un lado y a otro, semejaba ser igual a entonces. Las manos finas y dúctiles de don Arturo arrobando a la clientela; las espaciadas visitas de Martín al probador; la automática diligencia de Manolo, mientras su cerebro indagaba soluciones para sus mil y uno problemas domésticos; la deportiva desenvoltura de los dos hermanos altos y rubios... Prescindiendo, pues, de la actitud satisfecha de don Saturnino cuando vigilaba el preciso movimiento de su máquina poderosa con los pulgares escondidos en el chaleco, todo parecía ser igual a cinco meses antes. Y, sin embargo, ¡qué convulsión tan tremenda se había operado en tan breve tiempo en el alma de Sebastián! ¡A qué violentos bandazos se había visto sometido! ¡Cuánto había aprendido de la vida en tan poco tiempo!...

En un claro de la actividad de la mañana, don Saturnino, enarbolando un papel blanco en una mano y un sobre azul en la otra, se encaró con la dependencia:

—Sólo esto me faltaba... ¡Este maldito se ha propuesto darme guerra, pero si quiere guerra la tendrá! ¡Vaya que sí!

—¿Qué es ello, don Saturnino? —Luis, el mayor de los hermanos

rubios, más audaz que los demás, se aproximó a él. Sebastián tuvo miedo de que la vena de la frente del jefe reventase con una explosión mortífera.

—¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de ser? Este bribón de Hugo, que es un sinvergüenza de siete suelas. Pero ya le voy a dar yo citaciones, ya... —Esgrimía de nuevo el papelito blanco, sin el sobre ahora—. Me ha llevado el muy pillo a la Magistratura... ¡Excuso decirles a ustedes! Yo un escándalo en la Magistratura del Trabajo, cuando soy un padre para mis subordinados, cuando...

Don Arturo intentó aplacarlo.

—¡No hace falta que me calme nadie, anótelo bien! Yo sólo quiero saber quién, además de usted, está dispuesto a acompañarme pasado mañana a la Magistratura a atestiguar la verdad... Quién...

La fría acogida de su solicitud le dejó un poco perplejo. Sebastián iba a decir: «Yo, desde luego»; pero al observar la glacial indiferencia de los compañeros cerró la boca.

—¡Ah!...

A don Saturnino no le salía la voz del cuerpo, tal era su pasmo. Sebastián miró a Martín; pero éste se hacía el desentendido y arañaba con aire distraído una manchita del mostrador. Los demás tenían los ojos bajos y no hablaban.

—¡Ah! —repitió don Saturnino, cada vez más perplejo—. ¿Pero es esto posible? ¿Es que ninguno de ustedes recuerda ya el escándalo de hace unos meses? ¿Tampoco usted, Ferrón? Es extraño. ¿Tampoco recuerdan que ese maldito mequetrefe me llamó con la mayor frescura «viejo chocho»?

Sebastián se ruborizó y sintió un calor absurdo por todo el cuerpo. Él sería el último que hablaría. Él, que debía su puesto al desplazamiento de Hugo, no podía, moralmente, declarar contra él. ¿Pero por qué los demás guardaban este silencio?

Luis, el mayor de los hermanos, tomó la palabra; una palabra vacilante, indecisa, impropia de él, que siempre iba recto hacia el fin:

—No lo tome a mal, señor Suárez; comprenderá... en fin... la solidaridad entre compañeros... nos obliga...

La vena del señor Suárez se puso amoratada, retorcida y sinuosa como un relámpago:

—No me regatee usted, Urbón; no me regatee... —Evidentemente empleaba adrede un término deportivo—. Dígame las cosas claras. ¡Chute usted de una vez! Pero para hablarme de la solidaridad de los subalternos es mejor que se calle. No soy partidario de esa solidaridad, anótelo bien. Esas solidaridades y esas pamplinas nos trajeron una guerra desastrosa y de seguir así acabarán con todo. Prefiero las relaciones abiertas y francas de hombre a hombre que esos bloques de mal entendido compañerismo, recelosos y prestos a saltar sobre uno al

más leve roce. Pero está bien, allá ustedes con su solidaridad; con su pan se lo coman. Hugo pide guerra y tendrá guerra, aunque ustedes y su solidaridad se empeñen en lo contrario…

Se encerró en su despacho con un portazo. Sobre el establecimiento se cernía aún la vibración de sus últimas palabras, cuando de nuevo comenzaron a llegar clientes y la sombra de la filípica del jefe se disipó. Sebastián intuyó entonces que se había portado desconsideradamente con don Saturnino y estuvo a punto de correr a su despacho para desagraviarle, pero la conciencia de que debía su puesto al despido de Hugo y que se haría sospechosa toda declaración de su parte contra él reprimió otra vez sus buenos deseos.

Los compañeros atendían a varios clientes cuando se abrió la puerta de cristales y entró Irene con su gracioso y fascinante taconeo, sonriendo por doquier. Sebastián presintió que algo tremendo, inconmensurable, se le venía encima sin poder hacer nada por evitarlo. En ese instante era el único dependiente libre, e Irene, sin vacilar, se dirigió hacia él. Toda la fuerza cósmica del Universo pareció desplomarse sobre la cabeza de Sebastián en ese momento; la vista se le nubló y notó palpablemente cómo sus vísceras se contraían, angustiadas, en el interior del cuerpo y las piernas se le doblaban por las rodillas. Los músculos de la garganta se le agarrotaron y respondió con un idiota movimiento de cabeza cuando Irene, sonriente, le saludó con un afabilísimo «Buenos días». Su torpe conducta de días anteriores se le representó con fastidiosa sinceridad. Se avergonzaba ahora de las silenciosas persecuciones por las calles, de haber buscado la mirada de Irene a través de las ingentes lunas del casino, por encima del mostrador de los Almacenes, en todas partes. ¡Cuánto se habría reído ella de su recalcitrante actitud! Ella, que era amada por un hombre apuesto, inteligente, de risueño porvenir, soportando el mudo cortejo de un pobre hombre, zafio, ordinario y contrahecho que no sabía hacer otra cosa que mirarla y mirarla como un bobo, como un perro excesivamente pegajoso y fiel.

Los ojos de Irene, verdes, brillantes, indagaban en su rostro confuso y aturdido. No se explicaba Sebastián cómo había tenido nunca valor para sostener aquella mirada, directa, vital, llena de una variedad inagotable de matices expresivos. Sebastián creía entrever, en lo más profundo de ellos, un suave toque de burla, como de terciopelo rojo. Y la sonrisa… ¡aquella sonrisa sin reconditeces, fresca y exultante!

—Le agradecería que me enseñase las cretonas que vi el otro día. Pero pronto, por favor, tengo un poco de prisa.

Sebastián se quedó tan desorientado como si le hubiesen pedido una lata de sardinas. Permaneció un rato inmóvil sin decir palabra y, cuando reaccionó, fue para encaminarse tontamente hacia la caja.

Anita le sonrió y al verse emparedado entre aquellas dos sonrisas de mujer creyó volverse loco de aturdimiento. Le pareció oír algo relativo a Arturo, aunque ignoraba de dónde había arrancado la insinuación. Y, sin tener conciencia de que se movía, se descubrió al lado de don Arturo en el otro extremo de la tienda y oyó que éste le decía:

—Estas son las cretonas de la señorita Irene.

No veía las cretonas por ninguna parte, pero oyó nuevamente la voz de don Arturo dirigiéndose a Irene:

—¡Ahora mismito soy con usted!

Alguien le colocó tres piezas de cretona entre los brazos y de nuevo se vio ante la sonrisa jugosa, fascinante, de Irene.

—Y bien, ¿qué le ocurría a usted en los ojos estos días atrás?

Se escondía una ironía sutil en el doble fondo de la pregunta, pero el ánimo de Sebastián no estaba para interpretar sutilezas.

—Nnnnada... nada... nunca he tenido los ojos malos. Muchas gracias.

Irene reía francamente mientras desplegaba las piezas y las comparaba mentalmente, calibrando las ventajas y defectos de cada una.

—Como los tenía usted tan inmóviles y tan... tan dilatados, llegué a pensar si... si...

Sebastián caló, de improviso, en el sentido de la pregunta. Su rostro palideció, pero se sintió algo más desembarazado:

—Tendrá... tendrá que perdonarme usted... Ha sido todo... He cometido... Ha sido todo una gran tontería... Era como... Me parecía... En fin, ha sido todo una gran tontería —repitió, después de innumerables tentativas por encontrar alguna respuesta adecuada que explicase razonablemente lo sucedido.

Hablaban bajo, casi en un cuchicheo; pero a ratos Irene quebraba esta intimidad con su risa cantarina.

—Me alegra eso. Me alegra mucho lo que me dice. Llegó usted a preocuparme, de verdad. Nunca ningún hombre me había mirado como usted... —Irene ponía en estas palabras una insinuante coquetería—, se lo aseguro. Era algo así como... vamos, como si desnudase usted con el mayor descoco, ante mis ojos inocentes, las más atroces intimidades de su alma. Algo horrible, se lo aseguro.

Rió despreocupada al notar el embarazo de Sebastián, quien se confesó, avergonzado, que eso y no otra cosa era lo que había pretendido. Irene dejó de bromear y comparó las piezas una vez más. Ante la inocua proximidad de Sebastián había perdido todos sus antiguos temores:

—Bueno —dijo al cabo de un rato, sin dejar de sonreír—, envíenme las tres a casa. Si duda uno entre varias cosas, lo mejor es

quedarse con todas. ¿No le parece razonable mi actitud?

Sebastián no pensó en responderle. Se daba cuenta de que ésta podía ser la primera y la última oportunidad de hablar con Irene, de tenerla tan cerca de sí. Experimentó como un tirón imperioso que coaccionaba su voluntad de retenerla, de impedir que se marchase de su lado sin más ni más. Irene le miraba ahora fijamente con sus pupilas verdes, sombreadas por los medios arcos de sus larguísimas pestañas. «¡Oh, Dios, me está midiendo; me está midiendo», se dijo Sebastián, aturullándose. Impelido por su embarazo, recogió la mirada y la dejó resbalar por la superficie del mostrador. Entonces vio allí mismo, a medio metro de él, la mano cuidada, atildada, bellísima de la mujer. No pudo reprimir el impulso que le agitaba: comenzó a enrollar una de las piezas de cretona e, intencionadamente, buscó el contacto. Éste, a pesar de su brevedad, fue para Sebastián como una sacudida eléctrica. Notó la sangre cálida de ella a través de la piel, activando su propia circulación. El roce de aquella piel tersa, fresca, suavísima, terminó de desconcertarlo. Imaginó que nunca en la vida, por ocasiones que se le presentaran, podría volver a ser tan feliz como en ese momento, y cerró los ojos, dejándose mecer por un extraño y loco desvarío.

La mano enjoyada no se apartaba del mostrador; tamborileaba ahora con la punta de las uñas sobre el tablero y su tecleo tenía un no sé qué indefinible de ponderada armonía. Sebastián levantó la mirada, turbia, húmeda, como la de un buey cansino, y acogió la sonrisa de la mujer con una mueca resignada, mezcla de culpabilidad e impotencia.

—Entonces me lo mandarán, ¿verdad? Muchas gracias...

Salía del establecimiento diciendo adiós a don Arturo con la mano, con aquella mano que, a juicio de Sebastián, podría, de proponérselo, cambiar el curso del universo. La contempló extasiado, sin mover un solo músculo de su cuerpo y con la boca abierta y reseca.

Transcurridos unos segundos, se dio cuenta de dónde estaba. La sensación arrobadora de encontrarse suspendido en el espacio desapareció. Y en el primer instante de su regreso a la tierra divisó sobre el mostrador, entre las desordenadas piezas de cretona, el guante de crochet olvidado por Irene. Era un guantecito minúsculo, de tono crudo, que emanaba unos efluvios discretos a perfume fresco y confortante. Lo tomó entre sus manos deformadas y aspiró su aroma golosamente una y otra vez, tratando de reproducir el pasado embelesamiento. De pronto, le asaltó el deseo repentino de conservar aquel guante durante toda la vida como recuerdo de la mujer a quien con tanto ardor había amado en silencio. Furtivamente, para evitar llamar la atención de nadie, lo dejó resbalar hasta el bolsillo de su americana.

Apenas había concluido de ocultarlo, cuando oyó a su lado, de nuevo, el inconfundible taconeo de Irene. Alzó la vista y la contempló atolondrado:

—Perdone, pero creo que he olvidado un guante.

Sebastián se arreboló. Por un segundo vaciló entre devolver la prenda o mentir con todo descaro. Fue la facilidad con que podía negarlo lo que le animó a mentir:

—¿Un guante? —dijo, simulando sorpresa—. Es raro que no lo haya visto por aquí. ¿Está usted segura de que lo traía? —Y mudó de sitio las piezas de cretona, haciendo un mohín cariacontecido.

—Tiene que estar forzosamente. Lo he echado de menos antes de llegar a la esquina y he entrado aquí con ellos puestos; tengo absoluta seguridad.

Se acercó don Arturo:

—¿Un guante dice?

Sebastián simulaba una activa busca.

—Es raro... es raro... —murmuraba, mientras hacía esfuerzos por que el galope de su corazón no le delatase.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales don Arturo cooperó en la minuciosa investigación, Irene se impacientó:

—Bueno, mandaré esta tarde a preguntar. Dispénsenme, pero ahora tengo un poco de prisa.

Don Arturo no podía consentir esto.

—De ninguna manera. En cuanto aparezca se lo enviaremos a usted, Irene. ¡No faltaba más! Por favor, no mande a buscarlo. Nos daría usted un disgusto. Antes de comer lo tendrá usted en su casa.

Marchó Irene. A la una, en cuanto el establecimiento se cerró, el pequeño ejército de la dependencia, capitaneado por don Saturnino —cuya furia aumentó con este nuevo contratiempo—, inició una detenida inspección del local, que resultó completamente infructuosa. Se indagó hasta en las estanterías y el ropero, en los despachos del contable y del señor Suárez, debajo de los mostradores, pero la pequeña prenda, naturalmente, no apareció.

El corazón de Sebastián latía frenético; su ilusión inicial había sido reemplazada por un temor creciente de que aquello que tomase por inocente trastada pudiese degenerar en un irremediable desastre. Al contemplar a toda la dependencia y al propio don Saturnino andando a cuatro patas por debajo de los mostradores sentía un miedo invencible de que el guante abultase demasiado el bolsillo de su americana o de que algún compañero hubiese sido testigo de su original rapacería. Con gusto hubiese vuelto Sebastián a poner las cosas como estaban.

—El guante tiene que estar en casa; forzosamente tiene que estar en casa...

El señor Suárez se animaba, cantando a gritos su seguridad, aunque en el fondo, él, como todos, dudase mucho de la confirmación real de sus palabras. Sólo faltó levantar el piso, tirar los tabiques y remover los cimientos del edificio. Decepcionado, al fin, don Saturnino, y con un humor de todos los diablos, los despachó a casa a comer.

Sebastián echó a correr en cuanto se vio libre. Corría como con miedo de que alguien le persiguiese o vigilase desde algún punto sus movimientos. En su cabeza bullía una idea que, en principio, juzgó genial, pero que iba perdiendo grandeza a medida que pasaba el tiempo; no obstante, era la solución más viable y oportuna para aquel conflicto. Como una exhalación atravesó la Plaza del Mercado, bajo los farolillos verbeneros, sorteando con agilidad la multitud de tenderetes y casetuchas que se levantaban por todas partes. Al llegar frente al cuchitril de la señora Luisa se detuvo jadeante y suspiró hondo por tres veces. Estaba sudando y tenía el rostro congestionado. Cuando se adentró en el chiribitil, la señora Luisa le miró por encima de las gafas, sin levantar la cabeza. Estaba allí casi perdida entre una barahúnda de madejas, restos de lana de diferentes colores, chalecos, calcetines, botas de niño de teta y un sinfín de agujas de diversos grosores y tamaños.

—¿Qué se te ocurre con esta prisa, hijo? No estará mala la madre, ¿verdad?

Denegó Sebastián y apresuradamente extrajo el guante del bolsillo:

—Señora Luisa... es preciso... —dijo vacilante, y tras una breve pausa continuó—: Querría que... en fin, le agradecería que de esto no dijese una palabra a nadie, ¿sabe? Ni a mi madre. Se trata... ¿sabe? En una palabra, querría... a ver si usted puede hacerme un guante... Bueno, un guante igual a éste, ¿sabe? Pero para esta tarde, compréndame; me urge mucho.

La señora Luisa se había encariñado con Sebastián. Al fin y a la postre, reconocía que gracias a él podía permitirse el lujo de lanzar, cada sábado, una inocente canita al aire. Su fondo era más tierno y femenino que el de Aurelia, aunque ambas coincidieran en sus instintos y sus vicios. Le guiñó picarescamente un ojo:

—¿Es para un regalo?

Sebastián no vio motivo para desilusionarla.

—Sí, es para un regalo. Es bonito, ¿verdad?

Sonrió la señora Luisa, sacando los labios como una mulata.

—Qué hacer; y finos.

Tanteó el guante con dedos profesionales y expertos.

—Para las seis lo tendrás hecho —añadió luego.

—¿Y me lo podrá mandar al Almacén?

—¿Tanta prisa te corre?

—Mucha; es cuestión de... Bueno, es una cuestión muy importante.

—¡Sebastián!

Él sonrió, complacido en el fondo.

—Por el momento no puedo decirle nada.

Volvió la señora Luisa a guiñarle un ojo.

—Pero, hijo, ¿de cuándo acá...? Bueno, bueno... yo misma te lo llevaré. A las seis, ¿eh? —Iba a retornar a su labor cuando se le ocurrió una nueva pregunta

—Dime, ¿qué se sabe del Sixto? ¿Cuándo le juzgan?

—Aún no hay nada, que yo sepa.

—¿Y de la Aurora? ¿Ha dado a luz?

—Todavía debe faltarle tiempo.

—¡Pobre muchacha! —Sin hacer pausa cambió de conversación con la mayor facilidad—: Oye, dime, ¿qué películas hay para el sábado?

—Mañana miraré las carteleras; aún es temprano.

Bajó la voz como si le manifestase algún anhelo inconfesable:

—Oye, hijo, a ver cuándo nos llevas a otra de Jorge Negrete.

—Está bien, señora Luisa, pero no se le olvide lo que le he dicho. Ni una palabra a nadie. A las seis yo estaré al quite. Tampoco quiero que la vean dármelo, ¿entiende? Yo saldré un momento a la calle y lo recogeré. No lo olvide. Hasta luego.

—Bueno, bueno: está bien, hijo. Vete con Dios.

Sebastián empujó el portón claveteado del convento de los capuchinos, que gimió como un viejo gato apaleado, y se adentró en la penumbra de la gran nave. Hacía fresco en el interior en relación con la temperatura de la calle, y la primera impresión, agobiada la retina por la luminosidad del día en su apogeo, era de vacío absoluto. Al cabo de un rato los ojos de Sebastián, habituados al ambiente sombrío del templo, comenzaron a descubrir los perfiles y contornos de las cosas y vislumbraron la primaria imagen de San Bruno, a la derecha, y a sus pies una muchacha pálida y enlutada que comenzaba su angustiada súplica:

—¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel! ... Te ruego, San Bruno, por mi hermano Benjamín... Intercede por él, santo bendito, ante el trono de Dios, pues en la Tierra fue siempre un redomado sinvergüenza... Vivió como un bribón y murió como un bribón; pero te ruego, San Bruno, que no le dejes ahora de la mano. Te pido también, santo bendito, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos... También, San Bruno, por mis tíos y por

el novio de Estefanía... Haz, santo bendito, que ninguno de los que quedan se muera nunca... Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte... Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes? Que mi hermano Benjamín sea el único...

Sebastián parpadeó un momento y tornó a mirar el perfil de la muchacha. Un perfil enjuto y oscuro de rasgos finos, al que sólo faltaba el bigote, espeso y moreno, y el palillo de dientes emergiendo de un colmillo para completar la faz de Benjamín Conde. Se estremeció. También la voz se le hacía conocida y familiar, y el tono impetrante de la plegaría le recordaba la advertencia reticente, implacablemente mordaz: «Por sobre todas las cosas, detesto a los mirones». O la expresión airada y furibunda: «Me amuela que sólo a las más pendones les salga un defensor de su honra». La hermana, zumbona y pedigüeña, llevaba razón. Benjamín vivió como un bribón y murió como un bribón... Y ahora era posible que ni la intercesión de San Bruno...

Sebastián había pasado unos días, a raíz de la sangrienta pendencia del Bar Arribas, como adormecido, poseído de un aturdimiento que le privaba de discernir lo pasado, su posible intervención en ello, la calidad y sentido de sus consecuencias. La muerte de Emeterio y después la de Benjamín Conde habían obrado sobre él los efectos de dos mazazos consecutivos y contundentes. No supo ver más allá del tremendo presentimiento de una eternidad sujeta a castigos. Le rasparon tanto ambos hechos su sensibilidad excitada, que quedó como embotado y neutro, transitoriamente insensibilizado. Después tuvo unos momentos de lucidez que le empujaron a una sorda rebeldía. Se encontraba disconforme y descontento, y cualquier roce, hasta el más minúsculo, le erizaba los nervios, que amagaban con estallar de la tensión. Fueron unas horas borrascosas y, al fin, se propuso no pensar más en aquellas dos desgracias irremediables que posiblemente arrastrasen unas consecuencias nefastas. Pero la creencia de que Emeterio y Benjamín Conde se habían condenado eternamente, de que a estas horas se debatirían impotentes contra las torturas del infierno, le ocasionaban una caótica lucha cerebral que le enloquecía.

Sólo después de la impensada entrevista con Irene y del episodio del guante, aparentó olvidarse de aquellos hechos. Pero no se había olvidado. Lo que ocurría era que Sebastián acababa de descubrir el cauce por donde lanzar y ordenar el impetuoso caudal de sus sentimientos encontrados. Pensó en el convento de los capuchinos como otros hombres desesperados o deprimidos piensan en la bebida: como en un sedante posible, como en un medio eficaz y expeditivo de huir de las tinieblas, de las aprensiones y de la incertidumbre.

Y ahora estaba allí ya. En el altar lucía la llamita azulada y crepitante de la palmatoria, como un alma cruzando indemne a través de un inextricable bosque de asechanzas y pasiones. El cuchicheo de la hermana de Benjamín Conde, postrada ante la tosca imagen de San Bruno, le llevó a pensar en Emeterio y Juan. E imaginó que unos mismos moldes no bastan para limitar dos distintos temperamentos. El libre albedrío humano se mostraba pujante y descarnado, brutalmente cierto, en aquel par de hermanos, vivificados por la misma masa de sangre, pero diametralmente opuestos en el enfoque de sus destinos. Ello probaba, una vez más, la autonomía espiritual de cada ser, el espontáneo e incoercible poder de determinación del hombre. La belleza del cuerpo era un fenómeno exclusivamente connatural, pero no la conformación del alma, sujeta siempre a las disponibilidades de la voluntad.

El silencio manso y reposado del templo repasaba la piel de Sebastián como si se filtrase a través de una membrana porosa. De nuevo pensaba en Emeterio y Juan y los dos hermanos Conde, tan distintos. Y otra vez se sintió empapado por el convencimiento de que sólo allí, dentro de él, en lo más oscuro y recóndito de su cuerpo, se encerraba la suprema verdad, la única, escueta y trascendental verdad. Los nervios, tensos y crispados, iban relajándose, produciéndole una calmante sensación de plácida laxitud. Conociendo la verdad, no tenía por qué temer nada. A fin de cuentas él no había matado a Emeterio, ni había provocado sus pecados; ni tampoco la muerte ni los pecados de Benjamín Conde. ¿Por qué, entonces, no enderezarse de nuevo? Él sabía que el alma, la parte intangible, más íntima y vaporosa del ser, era lo primordial del complejo humano, aunque los hombres en general no lo advirtiesen y vivieran y se mataran como si el dinero o el poderío fuesen los supremos estímulos sociales, lo único que implicaba, en el mundo, una razón de lucha y emulación.

Él había sido egoísta, postergando esta alma cuya existencia constataba otra vez en el pulso de su sangre, en el latido apresurado y sordo de su corazón. Le costaba renunciar, desasirse de toda ligazón terrena, y había aspirado incluso a dar satisfacción a su pobre cuerpo exhibiendo como un producto de esmerada elaboración el secreto de su alma. Recordó a Irene e inmediatamente desechó este pensamiento. La felicidad podía estar ahí como podía estar en otros mil sitios diferentes. Era un error imaginar que el propio acomodo sólo se encuentra en una línea de conducta rígida e inflexible, que todo lo que suponga desviarse de esa línea ha de ser el caos, el desquiciamiento y la perdición. Los caminos del alma eran dúctiles y variados, enmarañados o abiertos, rectos o sinuosos, pero eran, a no dudar, infinitos y eternos. «La felicidad está en el orden de los instintos... —se repitió Sebastián—. Y los instintos —se dijo— son susceptibles de un

orden y una organización con Irene y sin Irene, con sinsabores y desengaños.»

Una tierna y dulce congoja le subía del pecho y le oprimía suavemente la garganta. Entonces comenzó a llorar con un ritmo pausado, desalojando su cerebro de lúgubres presunciones y reconditeces sombrías. Apoyaba la frente en la madera del banco y mansamente se desahogaba, no intentaba cortar el curso de las lágrimas.

Entonces pensó que él podría ser feliz encerrado para siempre entre aquellos densos muros, bajo la mirada paternal y vigilante del padre Matías. Pero ahuyentó este pensamiento como ahuyentase poco antes el recuerdo de Irene, como si se tratase de un algo vagamente pecaminoso. No quería ser egoísta otra vez. Comprendía que fuera de allí le esperaba una tarea ardua e intransferible, una misión exclusivamente personal. No podía abandonar ahora a Aurelia ni a la Orencia, ni podía... «La dignidad humana es como el agua en un colador.» Evocó a la Aurora, desquiciada, rumiando a solas, noche y día, su abultada deshonra. Y la monstruosa decisión de la Germana siguió a esta evocación como dos piezas íntimamente concatenadas.

Los sollozos de Sebastián se hicieron más profundos; resonaban ahora acongojados en la vasta quietud del templo en reposo. Le costaba enfrentarse, dar cara a una posibilidad recién descubierta, pero intuía que era la mano de Dios la que le dirigía y controlaba, que era Dios mismo quien le exigía la reparación de un acto y de otro. Emitió un ronco sollozo y transigió. ¿Por qué no? «Las almas nobles deben taponar los agujeros que otras almas perdidas abrieron.» (Y Sebastián se imaginó a un Benjamín Conde grotesco y apayasado, como el Benjamín Conde de sus pesadillas, haciendo agujeros apresuradamente en un colador con la afilada punta de un mondadientes.)

Comprobó, en un segundo, que era ésta la misión para que había sido creado, que él —¡qué sarcasmo, Dios mío, para el barrio!— acabaría cerrando el agujero que la Aurora y Benjamín Conde abrieron a medias. Sintió una instintiva repugnancia, pero al pensar en el desgraciado niño por nacer sonrió dolorosamente entre sus lágrimas. «Sí, me casaré con la Aurora», dijo con voz ronca, en un susurro apenas perceptible. Y añadió para sí: «Seremos como dos hermanos, nos respetaremos mutuamente y... y educaremos a ese niño que ninguno de los dos hemos querido».

Su llanto se acentuó, pero una serenidad desconocida se apoderó de él. Al ceder, se dio cuenta de que había sido la lucha interna, áspera y velada, que sostuvo con la conciencia la que le produjo sus amarguras y quebrantos. La rígida resistencia para admitir aquella solución le desazonaba, y ahora, de pronto, al hundirse hasta el cuello

en la inmensidad de su sacrificio, sometiéndose a los postulados de una difusa voluntad superior, experimentaba unos anhelos locos de reírse a gritos de su cobardía y de abrazar estrechamente a todo el mundo.

Oyó chirriar el portón claveteado y una sombra se deslizó hasta el banco que él ocupaba. Entre las lágrimas divisó la silueta del señor Cleto a su lado. Andaba casi a ciegas, tanteando, deslumbrado aún por los destellos del sol. Sebastián, en un impulso espontáneo, le sujetó la mano y se la oprimió con calor.

—Soy yo, Sebastián, señor Cleto. —Y lloraba a raudales— ¿Cómo... cómo usted por aquí?

El señor Cleto se repuso enseguida de la sorpresa.

—Hola, hijo. Hoy es el patrono del barrio. ¿No lo sabías? ¿O es que eres tú también de los que creen que sólo deben rezar los niños, las viejas, los tontos y los enfermos?

Serían aproximadamente las seis y media cuando Martín se le acercó por detrás y le dijo, frunciendo levemente su bigotillo:

—Esa pelmaza del chal pregunta por ti. Lleva un cuarto de hora esperando a la puerta y haciéndote señas. Dice que quiere comunicarte algo importante, pero que no quiere pasar. Ya le he dicho que aquí no nos comemos crudos a nadie, pero insiste en que no le da la gana de entrar y que salgas tú.

¡Dios mío, la señora Luisa! Sebastián se había olvidado por completo de su negocio del guante. Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas cuatro horas para acordarse de aquella pequeñez. Después de todo Irene no significaba ya nada en su vida, y cuanto antes se olvidase de ella, de todo lo relacionado con ella, sería mucho mejor. Las margaritas no eran para los puercos y el puerco nada conseguiría más que evocar a todas horas su empeño frustrado y su impotencia evidente guardando un pétalo como si fuese un tesoro. Salió Sebastián, y la señora Luisa le regañó impaciente:

—Vamos, hijo; llevo aquí casi una hora plantada como un espantapájaros. ¿No te corría tanta prisa el guante? —Desenvolvió un pequeño paquete que llevaba bajo el brazo y añadió—: Aquí los tienes. Éste es el tuyo y este otro el que te he hecho. Yo creo que ni en fotografía te los sacarían más parecidos.

Sebastián guardó uno en cada bolsillo.

—Muchas gracias, señora Luisa, y no arrugue la cara; el sábado estrenan una película de Jorge Negrete en el Ideal. Allá iremos.

Suspiró, resarcida en su espera, la señora Luisa y entornó los ojos. Con facilidad se adivinaba que haría con gusto de Jorge Negrete su cuarto marido si el astro se aviniera a apencar con sus aprovechados

cincuenta años, su inmundo cuchitril y su agria afición al vino.

—¿Cómo se llama?

Sebastián reflexionó un momento.

—*Los hombres de Jalisco, Las mujeres de Jalisco* o algo por el estilo; pero, desde luego, se relaciona con Jalisco. Bueno, ¿y el precio?

—¿Qué precio?

—El del guante.

—¡Bah, quinientas pesetas! —Y la señora Luisa se reía de su botaratada.

—¿No será un poco mucho?

—Haga cuenta el señor del trabajo que eso encierra y de la calidad de la prenda.

Sebastián le seguía la broma:

—El trabajo y la calidad son excelentes. Pero podríamos dejarlo en cuatrocientas noventa y cinco.

La esperanza de volver a ver a Jorge Negrete disipó por completo el mal humor acumulado en la espera por la señora Luisa.

—Si el señor lo considera bien pagado, vale.

—Luego le enviaré un cheque a su casa. Muchas gracias.

—Adiós, hijo; que te diviertas y gastes poco.

Sebastián volvió a entrar en el almacén. La sensación de los guantes en los bolsillos y el temor de que alguien los descubriese le distrajo de sus reflexiones. Aquella tarde la crisis fue más patente y agudizada que en días anteriores. Apenas siete clientes franquearon la puerta del establecimiento, y, de ellos, cuatro o cinco se marcharon sin comprar, por encima del acento persuasivo de don Arturo y de los movimientos de sus dedos finos, acuciantes y sugeridores. Aparentemente aquello se agravaba. Las clientes iban echando costra y, sobre ser menos, las que llegaban parecían puestas en guardia de antemano para evitar ser llevadas por donde no les apetecía ir. Es decir, compraban o no compraban por propia voluntad, indómitas a la menor influencia externa.

A las siete se cerró la puerta y Juan, el mozo, volvió el cartelito de «Cerrado». Don Saturnino salía de su despacho con cara de pocos amigos. Sebastián, en este instante, casi sin pensarlo, se precipitó hacia él:

—El guante, don Saturnino. ¡Ha aparecido el guante! —Y tremolaba entre sus dedos achaparrados, ante el asombro de todos, la pequeña prenda.

Pero si esperaba ver cambiar el semblante de don Saturnino se equivocó. El señor Suárez tomó el guante en la mano y le espetó a bocajarro:

—¿Dónde estaba?

Toda la dependencia se concentró en torno, intrigada. Sebastián

se aturdió. No había pensado en esta indagación tan enojosa.

—Ahí... ahí... —balbució, sin convicción alguna—. Al pie del mostrador.

—¿En qué parte?

El tono de don Saturnino manifestaba que no se conformaba con ambigüedades. —Ahí, en la esquina esa...

—No puede ser —intervino, tajante, don Arturo—. Es una necedad querer hacernos creer que el guante ha estado ahí, a la vista de todo el mundo, y nadie ha reparado en él hasta ahora.

¡Oh, qué difíciles se le ponían siempre las cosas a Sebastián! Se diría que un ente diabólico se divertía enredando y enmarañando el sencillo ovillo de su vida.

—Era... Ha sido más atrás...

—¿Debajo?

—Sí, eso... por debajo.

—¿No he estado yo debajo dos horas andando a cuatro patas como un burro? ¿Eh? ¡Dígame!

—Sí, sí, pero era más... más hacia... hacia la esquina esa...

Martín hacía sonar también sus méritos:

—Ahí he mirado yo cinco veces, y como no lo hayan puesto luego, el guante no estaba ahí; bien seguro estoy de ello.

Sebastián se veía cercado, acosado por cien bocas implacables, por mil ojos que leían en su rostro el inefable embuste.

—Es que... es que...

—¡Que lo había guardado usted! ¿No es eso?

¡Cómo giraba todo, describiendo círculos alucinantes, por encima de su cabeza! La contundencia de los argumentos esgrimidos contra él lo anonadaba, lo ofuscaba, impidiéndole servirse de la clara luz de la razón. Veía las caras de sus compañeros, multiplicadas por diez, censurando su palmaria falta de sinceridad.

—¡Eso es imposible!

—Ahí he estado yo media hora; en cualquier otro sitio podría estar, pero ahí no; estoy convencido de ello.

—¡Pero, hombre, si por ese rincón he mirado yo más de cien veces!

—¡No diga usted tonterías!

—Lo había guardado usted, ¿no es cierto?

—¿Y qué ha sacado usted en limpio con guardarse ese guante?

Se le hacía a Sebastián que todos leían en sus ojos la grotesca verdad. Adivinaban que estaba enamorado de Irene, que el barro ruin aspiraba a remontarse hasta el pájaro alacre, de vistosa policromía. Le vinieron ganas de taparse el rostro con las manos y escabullirse, esconderse debajo del mostrador, cobijarse de aquellas miradas directas que le desnudaban el alma en su prolija manía de investigar

hasta el fondo de las cosas.

Pero aún insistió torpemente:

—Más allá… más allá… donde ninguno…

No le dejaron terminar. Ignoraba si aquella barahúnda que se elevaba en su derredor era cierta o una mala jugada de sus nervios hipersensibles. Pero no, no. Allí estaban las cabezas de todos, muy unidas, muy estrechamente unidas, formando un cerco ceñido e invulnerable, negándole toda posibilidad.

—¡No es cierto!

—¡No puede ser verdad!

—¡No es usted sincero!

—¡Miente!

—¿Dónde estaba el guante?

—¡…Anótelo bien!

—Por última vez…

—¡No, no y no!

Y todo giraba en derredor. Giraban los rostros y las piezas multicolores de las estanterías; giraban las arañas gigantescas que pendían del techo; giraba la vena relevante de la frente de don Saturnino; giraba el recortado bigotito de Martín, las manos finas y afiladas de don Arturo, los ojos sanguinolentos y saltones de Manolo; giraban las letras, las palabras y las frases. Giraban, sobre todo, aquellos «noes» ominosos y rotundos, las crueles negativas de sus compañeros a admitir como verosímiles sus razones. Y detrás de aquel constante y absoluto girar le pareció recoger una helada carcajada y el sonido mollar y crujiente como de un saco de virutas al ser trasladado. Sebastián no pudo resistir aquella risa viva del maniquí abandonado. Porque la risa provenía de él, a no dudar. Nadie más que él podía reírse con aquellas carcajadas de trapo, frías y cavernosas, que llenaban con sus ecos todos los rincones del establecimiento.

Se tapó los oídos con las manos deformadas y echó a correr enloquecido hacia la puerta. Los denuestos y las negativas de sus compañeros le perseguían como sabuesos ávidos de sangre. Y, de entre ellos, extrajo, distinta y rotunda, la enfurecida voz de don Saturnino, irritado con la persistente crisis de ventas y la reciente citación de Hugo:

—¡Eso! ¡Márchese y no vuelva más! ¡Anótelo bien, Ferrón! ¡No vuelva a poner los pies en esta casa!

Pero él seguía corriendo y corriendo, sin dar importancia a nada que no fuese huir deprisa de aquella guirnalda de cabezas acusándole, de la lúgubre carcajada del maniquí de serrín…

Volaba atravesando las calles, sin cuidarse de que la gente le mirara o hiciese comentarios irónicos de su marcha precipitada. De repente, sin detenerse, se dio cuenta de la tremenda verdad. ¡Estaba

despedido! ¡Despedido! Y como si de su sueldo sólo dependiera el esparcimiento de los sábados, pensó en la señora Luisa, en cómo le costaría renunciar a volver a ver a Jorge Negrete. Las lágrimas se le acumulaban en los ángulos internos de los ojos, le rebosaban ya y comenzaron a rodar presurosas hasta empaparle las solapas de la chaqueta. Pero él seguía corriendo, mientras el leve viento, intensificado por la rauda carrera, le irritaba la húmeda piel de las mejillas.

«¿Y Aurora? —se preguntó súbitamente—. ¿Cómo podré casarme ahora con la Aurora? La gente dirá que busco su dinero, que sólo al quedarme en la calle, indigente y desamparado, acudo a ella como un perro vagabundo a una lata de basuras. —Sin cesar de correr movió la cabeza con violencia—. ¿Qué me importa? ¿Qué puede importarme eso? Yo me casaré con ella piense la gente lo que quiera. —Y presentía que era éste el verdadero, auténtico, incontaminado sacrificio; que sólo los actos consumados así, en el secreto de la propia conciencia, son actos meritorios y trascendentes, acreedores, un día, a una eterna contraprestación—. No tocaré su dinero; no necesito su dinero para nada; yo trabajaré hasta que reviente en cualquier parte. ¿Por qué no he de encontrar trabajo?»

Y, de improviso, al pensar en esto, se sentía más ágil y libre, más dueño de sí que nunca.

Corría como un desesperado, moviendo impulsivamente las cortas piernas y notando que su vientre, lacio y abultado, trepidaba dolorosamente por debajo de la faja de franela. Al sentir despeñarse por las mejillas un nuevo torrente de lágrimas, buscó el pañuelo tanteando sus bolsillos. La mano derecha topó con el guante de Irene e, impensadamente, lo extrajo apuñado en sus dedos cortos y nudosos. Lo contempló a través de la lente de lágrimas y, luego, lo levantó hasta la nariz aspirando con fruición su fresco perfume. Desposeído de todo respeto humano, comenzó a besarlo atropelladamente, enjugando con él sus lágrimas, cada vez más abundantes.

Ya entraba en la Plaza del Mercado, y los gritos estentóreos de la multitud, el estampido de los cohetes y las bombas y los silbidos de los chicos le aturdieron. El barrio conmemoraba con una exuberancia vital la festividad de San Bienvenido. Todo el mundo se había lanzado a la calle y, bajo el resplandor incierto de los farolillos verbeneros, teñidos los rostros por mil contrastes de luz, parecían fantasmas pugnando con las torturas del infierno. Pensó en Emeterio y Benjamín Conde; pensó en la Germana y se estremeció. Mujeres regordetas y congestionadas extraían de ingentes sartenes roscas interminables de churros, inmensos rosetones de patatas fritas, bolas fritas de San Bienvenido. Y en su derredor una turba de mujeres y chiquillos disputándose a gritos y a empellones los puestos de preferencia. Los

hombres se aglomeraban en las tascas ambulantes y bebían vino y limonada insaciablemente. Los muy entonados cantaban *La vaca lechera* o *El año cuarenta y pico* con sus voces roncas y aguardentosas. Los menos ebrios buscaban anhelosamente la manera de igualar su entusiasmo con el de aquéllos. El «doctor cubano» vendía tubos de pomada como si fuesen caramelos. La mujer, encaramada sobre dos cajones, estaba pálida por el infrecuente esfuerzo, y la serpiente sacaba la lengua enloquecida por tanto grito y tanta pasión.

El pavimento de la plaza se hallaba alfombrado por cáscaras de avellanas y cacahuetes, papeles grasientos, restos de farolillos y mondas de girasol. La multitud, al fluctuar y pisar aquellos restos, producía un rumor crujiente, como el que invadía a las horas de función el teatro del barrio.

Sebastián reía y lloraba interiormente de la miopía de los hombres. Se imaginaban felices en el seno efervescente de aquella babel y lo que estaban era desconcertados, enloquecidos por los gritos, el estallido ininterrumpido de los cohetes y las bombas, los compases agudos y estridentes de la charanga y los trajes vivos y chillones, mareantes, de las mujeres. «La felicidad está en el orden de los instintos.» Y allí predominaba un caótico e irresponsable desorden. [*Varias parejas bailoteaban en un reducido hueco, junto al urinario público. Un cantinero animó a un parroquiano con insistencia:*

—¡Anda a bailar!

—Si apenas sé moverme.

—¡Qué importa eso! El caso es arrimarse. —Y los dos reían como dos tontos, con los ojos encandilados por un acuciante deseo de fornicar, sin pensar que aquella noche podían morirse repentinamente lo mismo que la Germana, Emeterio o Benjamín Conde.]

Sebastián avanzaba ahora despacio, recibiendo empujones y achuchones por todas partes. En la mano derecha oprimía el leve guante de crochet de Irene con una ternura infinita y se hacía la ilusión de que portaba a la bella mujer de la mano. Así atravesó la Plaza del Mercado y se adentró en su calle, en donde la aglomeración tomaba increíbles proporciones. Los gritos y las canciones se hacían aquí ensordecedores y la gente llevaba en la cabeza gorros de papel de ofensivos colorines. [*Se apretaban unos contra otros y las mujeres emitían grititos equívocos de cuando en cuando, acusando, sin duda, unos roces ocultos. La cantina de Ernesto rebosaba de parroquianos zumbones y un nutrido grupo de ellos cantaba El año cuarenta y pico con tanta unción y seriedad como si en realidad esperasen que al día siguiente los garbanzos estuvieran a dos pesetas el kilo y a venta libre el aceite.*]

Ante la puerta de su casa, un grupo de chiquillos armaba un escándalo mayúsculo con sus flautas y silbatos, agudos e incoherentes. Los tenderetes se alineaban a ambos lados de la carrera y las mujeres

que los regentaban pregonaban a gritos la calidad y suculencia de los artículos cuando no la asequibilidad de los precios.

Un mozalbete grandullón arrojaba garbanzos detonantes a los pies de las muchachas que corrían en desbandada, empujándose y gritando. Desde un balcón alto, un hombre en mangas de camisa, con los brazos llenos de vello, lanzaba cohetes al espacio oscuro que se abría en una estela de luz vivísima y efímera para, después de la explosión, sumirse en una tenebrosidad aún más espesa y maciza que antes.

Olía fuerte a frituras, a pólvora, a emanaciones humanas y a vino tinto en porrón. Era una mezcla penetrante y desagradable, pero que incitaba a la locura y al frenesí. Sebastián se abrió camino, a codazos entre eructos vinosos, voces destempladas y los crujidos de las cáscaras, hacinadas en el suelo. Era tedioso bracear contra corriente, y Sebastián se veía obligado a desarrollar un violento esfuerzo físico para conseguirlo.

Ya en el portal de su casa, hubo de apoyarse en el muro para no caer. Dirigió una mirada desmayada al idolillo de la cara de león y los pechos cónicos y le sonrió con languidez, con una acentuada expresión de cansancio en los ojos enrojecidos.

—Hoy no ha habido suerte, ¿sabes? Otro día será. —Y ascendió penosamente las escaleras.

Sin detenerse llegó hasta su alcoba, se quitó los zapatos pisándose los contrafuertes y se derrumbó sobre la cama. No había nadie en la casa. De la calle ascendían mil ruidos diversos, amortiguados por el balcón cerrado. Sobre el fondo de aquella algarabía apenas si se oyó el desgarrado sollozo de Sebastián. En la mano derecha apretaba el guante de crochet de la bella Irene. Por su cerebro, rendido sobre la almohada, desfilaban las palabras del cura de las barbas, imbuyéndole una pausada serenidad: «La dignidad y la honradez humana son como el agua en un colador». Y, una vez más, Sebastián se representó a Benjamín Conde, al absurdo y grotesco Benjamín Conde de sus pesadillas, dando estocadas furiosas a un colador con la afilada punta de un mondadientes.

PALABRAS MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas II
El novelista





Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa

www.leer-e.es

ISBN: 978-84-90712-18-4*Distribuye: Leer-e 2006 S.L.*

C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Diario de un cazador

1955

Prólogo-dedicatoria

A mis amigos cazadores que, por descontado, no son gentecilla de poco más o menos, de ésa de leguis charolados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que con arma, perro y bota componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mondos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarles demasiado que el revisor huela al perro ni que el matacabras azote despiadadamente la paramera; a esos amigos cazadores —digo— de buen corazón y mala lengua, para quienes cazar en mano continúa siendo un deporte, pese a que la perdiz y la liebre se muestran cada día más reacias a aguardar amonadas en un chaparro, y pese, no menos, a los multitudinarios y descansados ojeos y a los pasos de palomas de Echalar, que así, tan vergonzosamente, señores, se las ponían a Felipe II; a esos cazadores —digo— que todavía van a la pieza noblemente, porque la pieza, pese a todo, aún sigue —siendo para ellos un trofeo y una suculenta merienda, va dedicado este libro.

Y, en especial, a mi padre, que me enseñó a amar la caza y que, a más de la escopeta, la canana y el morral, aún sube gallardamente sus ochenta años ladera arriba; y a mi cuadrilla: Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —aquel parro lo bajé yo, Vicente—, Santiago R. Monsalve, en sus primicias entusiastas, y a mi hermano José Ramón, que nos dejó por otra y solía llevar de postre un tocinillo de cielo.

A todos un abrazo.

M. D.
1955

15 agosto 1954, viernes

Al fin dejé el Instituto. Me viene al pelo porque aquí no están desdobladas las clases ni hay permanencias. Veré de agenciármelas para hacer unas pesetillas por las tardes.

Don Basilio, el director, me recibió bien y me soltó un discursito. Le dije lo de la casa y él me contestó que aguardemos una semana porque ahora están los pintores. A la madre no le gusta el traslado. Dice que ella preferiría morir donde vivió treinta años. Todas las viejas tienen las mismas pamplinas. Finalmente la convencí con lo de la renta.

Por otro lado, me dicen que aquí los obvencionales son sustanciosos, y hay una gratificación extra por Navidad. No para echar coche, desde luego, pero menos da una piedra. En fin, si las cosas vienen como espero, podré comprarme para diciembre la Jabalí del 16. Aquilino me dijo ayer que aguardará unos meses antes de sacarla a subasta. Me queda un poco larga de culata, pero Melecio podría cepillarla con cuidado. Por lo demás, me viene que ni pintada, es ligerita y los tubos brillan de tal modo que hacen daño a los ojos.

En el café volví a discutir con Tochano. Cuando Tochano coge una perra hay que sentarse. Me dice que por qué tiro con el 16, habiendo un calibre mayor y otro más pequeño. Apuré toda clase de razones, pero no le convencí. Acabó con la de siempre, diciéndome que estaba enviciado y que el 16 es un calibre a extinguir. No le basta que yo me acierte con él. Será porque soy zurdo, como él dice, pero yo me arreglo con él y no veo motivo para ensayar otro.

16 agosto, sábado

Estuve por la mañana con don Basilio viendo la casa. Los pintores la han dejado como nueva y huele a limpia. Lo celebro porque, según me dijo el señor Moro, la mujer de Ladislao era una tía guarra. El piso no tiene otro inconveniente que el de estar en la parte alta del edificio, expuesto a todos los vientos y a todas las inclemencias. El señor Moro me dice que con las lluvias del otoño salen goteras. Veremos de andar al quite.

18 agosto, lunes

A las seis de la mañana alquilé un carrillo de mano e hice el traslado. La madre anduvo llorando un rato, agarrada al quicio de la puerta. La Modes no quiso venir a echar una mano, eso que la avisé ayer. La Modes siempre anda a lo suyo. Si alguna vez viene por casa es a pedir. No he visto otra mujer que haya cambiado tanto como ella con el matrimonio. A todas horas anda desgreñada y sucia como las de la tirada del carbón. Cuando le dije lo del traslado me contestó que quién iba a atender lo suyo entonces. Le advertí que haría el traslado de los trastos de madrugada, antes de levantarse Serafín y de despertarse los críos, pero ella dijo que nanay. En cambio Melecio estuvo trajinando como un forzado hasta las ocho y media que se fue a la sierra. Tiene unas manos muy hábiles el condenado. Melecio es uno de esos tipos que no hace un solo movimiento de más. Al concluir la tarea, me dijo que ayer oyó decir en la Sociedad de Cazadores que el 24 se levanta la veda de la codorniz. Al parecer no hay mucha, aunque de la parte del páramo se las oye cantar. Dice que, en cambio, la perdiz crió bien este año y que se ven polladas de igualones por todas partes. Cuando oigo decir estas cosas me entra frío por la espalda. Desde marzo no he disparado un tiro. ¡Desde marzo, Señor! ¡Se dice pronto!

19 agosto, martes

Me despertaron los gorriones piando como locos en la azotea. Dice el señor Moro que la señora de Ladislao tenía la costumbre de echarles las migajas de pan de las sobras al levantarse. Así se explica que hubiera más de un ciento de ellos revoloteando entre las chimeneas y los tendederos. La madre llevaba un rato levantada, rutando porque no le tira la cocina. Debe de ser por el tiempo quedo, sin una brizna de viento. De todas formas a estas cosas hay que cogerles el punto. La madre estaba hecha a la cocina de la otra casa y ésta le extraña. Además, la madre siempre anda dispuesta a protestar. Es su manera de ser. Todavía no ha hincado el pico. Se le ha ido el día recordando a la señora Rufina. A las siete me dijo: «¿Y qué hago yo a estas horas si no puedo sacar una silla a la puerta?». «Siéntese en la azotea, madre», le dije yo. Ella dijo: «Ya, a ver pasar los pájaros, ¿verdad?». A la mujer no le falta razón, pero cuando hemos cenado a la fresca, bajo un techo de estrellas, se le ha desarrugado el semblante. A medio comer me pidió la toquilla porque notaba el relente. Yo le dije que de cuándo acá había necesitado la toquilla en agosto. Al concluir, la llevé a la baranda para que contemplara las vistas. Ella se asomó y dijo: «Es muy hermosa nuestra ciudad, ¿verdad, hijo?». Desde la azotea se divisa un mar de luces y todo está en silencio, como muerto. Sólo de

vez en cuando le asusta a uno el silbido de un tren. Cuando le mostré el Sagrado Corazón, se le alegró la cara y se santiguó: «Lo tenemos aquí cerquita, hijo. Casi al alcance de la mano», decía. La notaba sobrecogida porque el Sagrado Corazón, iluminado por una luz blanquecina, parece tal cual una aparición milagrosa.

20 agosto, miércoles

De día es aún más hermosa la vista de la ciudad. Al pie de la casa brillan los carriles de la estación y se divisa el movimiento de los trenes sin que se oiga su jadeo. La ciudad queda enfajada por el río y de la otra orilla hay un extenso campo de remolacha, protegido por unos tesos rojizos, salpicados de vides. En las otras direcciones, la ciudad se pierde en unos arrabales polvorientos.

Melecio pasó la tarde en casa. Anduvimos recargando. Parece que lo de la codorniz es un hecho. Sacamos una mesa a la azotea y allí estuvimos a la fresca. El perdigón sigue subiendo. Nos lo han cobrado a veintidós. Menos mal que para la codorniz ponemos media carga. Melecio se da buena maña para calcular la pólvora. Yo me limito a numerar las tapas y a rebordear los cartuchos cargados. Siempre que hago esto, sea donde quiera, me acuerdo de la primera vez que salí al campo con el padre, después que la guillotina de la imprenta le segó la mano. Marró una liebre que le arrancó de los mismos pies en unas pajas y tiró la escopeta. Luego se puso a llorar, se sentó en un mojón y me dijo: «Esto no debes hacerlo nunca, hijo». Yo le pregunté: «¿Se puede cazar con una sola mano, padre?». El dijo: «Por lo visto, no». A partir de aquel día empezó a consumirse y se nos fue en tres meses. ¡Qué cosas! Sólo contaba cincuenta y dos años. El médico decía: «Por más que le hurgo no le encuentro ningún mal». Mi madre dijo: «Es la pena, doctor». Y se murió y aún estamos aguardando el diagnóstico. Es chocante cómo cada vez que me siento a recargar me acuerdo del padre. Y también cuando me veo en el campo, con el sol arriba y un cansancio doloroso en los pies.

Al marchar Melecio, le pregunté dónde iríamos el domingo 24 y me dijo que ha oído que en Villatorán hay un corro grande de codornices. Iremos, pues, a Villatorán.

21 agosto, jueves

A la una fui a casa de Melecio a ver a la Doly. Está crecida la zorra de ella y tiene buena estampa. Estuve un rato enseñándola a cobrar con la boina vieja de Melecio. Pero ella lo echa a barato. Es un animal

retozón y zalamero. O mucho me equivoco o no tiene casta. No volveremos a agarrar una perra como la Ina. Malas pulgas sí gastaba la condenada, pero conocía el oficio como nadie. Todavía recuerdo la perdiz alicorta que me cobró en lo de la Diputación. ¡Aquello eran vientos!

De regreso, me topé con la Modes. Al verme se echó a llorar. Siempre hace igual la chalada. Le dije que si a pedir limosna, y ella respondió que Serafín estaba enfermo. Me supuse que sería otra vez el vino, pero ella dijo que no, que esta vez tiene calentura. «¿Y el Seguro no paga?», dije yo. «Ése es otro cantar», respondió ella suspirando. Le di una pela, porque aunque le diese cinco sé que volverá mañana. A mi hermana le hizo la boca un ángel.

En el café estuve con la peña de Tochano. Parecen confabulados para no decir dónde piensan abrir la temporada. También yo me callé que en Villatorán hay un corro grande. Si quieren codornices, que las busquen. De todas formas no creo que Tochano y su partida se conformen con matar pajaritos el domingo. O mucho me equivoco o irán a la linde de lo de Muro, a las liebres. Jugué la partida con ellos y palmó el Pepe los cafés. Como acostumbra, lo anotó en cuenta. Don David no le puso buena cara.

22 agosto, viernes

He pasado un rebufe del demonio. Encontré llorando a la madre al regresar del café y me dijo que la hija segunda del señor Moro la había llamado tía. Le dije que se explicase y me dijo que desde hace cuatro días las hijas del señor Moro cuelgan la ropa en nuestro tendedero y hoy nos arrancaron un palo. Me endemonió la cosa, pues hace una semana me tiré la tarde colocando el alambre. Como no me gusta andar con tapujos pasé a casa del señor Moro y le dije que, con todos los respetos a su edad, no estaba dispuesto a molerme para él y los suyos. Las tres candajos de sus hijas vinieron a mí como tres furias y me dijeron que me explicara. Yo me expliqué a mi modo, y la Carmina, al concluir, me chilló que podía meterme el tendedero en el culo. El candongo del señor Moro me dijo que lo que yo decía no era cierto y que el tendedero lo había arrancado el viento. Fuera de tino le pregunté que qué viento. Él me pasó a la habitación vecina y me salió con que si yo había caído aquí al olor de la Conserjería. «Vamos, vamos, ¿es eso?», le dije. Él me dijo entonces que tenía muchos años y sabe que nadie dejaría el Instituto por esto si no esperara un ascenso. «Yo no vine aquí a hocicar —dije lealmente—. Eso no quita para que si don Basilio me ofrece la Conserjería le vaya a arrugar el morro.» El viejo empezó con que don Basilio le tiene aquí y que si el cargo lo dan

por antigüedad, como debe ser, yo no pinto aquí nada. Me recomió el retintín y le contesté que no estaba allí para hablar de la Conserjería sino del tendedero y que, aunque joven, no me gusta que nadie se me siente en la barriga. Le dejé con la palabra en la boca.

He estado un rato en la azotea contemplando las luces de la ciudad.

23 agosto, sábado

Tengo un remusguillo dentro que no me lamo. He sacado a la cocina las botas, los pantalones de dril, la camisa vieja, la canana, la percha y la escopeta. No quisiera despertar a la vieja cuando salga de madrugada. Melecio estuvo aquí por la mañana y por la tarde. Con unas puntas afirmamos el cajoncito en el soporte de la bicicleta. Melecio trajo los pistones que nos recargaron en la cárcel. Supone una buena economía porque hoy día los pistones son un renglón. Le pregunté a Melecio si sabía dónde iban los de Tochano y piensa lo mismo que yo: que saldrán a las liebres. Le dije que si la Doly no se asustaría de ir en el soporte y me contestó que no lo cree fácil. Cuando se fue, estuve quitándole la grasa a la escopeta y me acosté temprano; pero, como me olía, no me pude dormir. No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada la perdiz aquella de Villalba; la que me hizo la torre. La condenada no llevaba sino un perdigón en la cabeza. Le pegué a cincuenta metros cuando menos. He pensado en ella y luego he pensado en cuando yo era chico y dejaba los tiros cortos. Don Florián, el cura párroco del Carmen, se hartaba de decirme: «No es eso, mozo. No pares la escopeta cuando oprimas el gatillo. De otro modo, adelanta el tiro para que la pieza se encuentre con él». Pero yo no podía seguir sus instrucciones porque arrancarme la pieza y perder la cabeza era todo uno. Él decía: «Si no sabes reportarte es mejor que cuelgues la escopeta, mozo». Yo lloraba por las noches y me decía que nunca sería un buen cazador. Alguna vez, de casualidad, yo cobraba una caza y entonces la apretaba el pecho con toda el alma y encontraba un placer dañino en verla abrir y cerrar la boca en los estertores de la agonía. Y me gustaba ver mis manos untadas de sangre. Ahora, cada vez que encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que aquel rapaz sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!». Yo lo echo a barato: «¡Qué cosas tiene, don Florián! ¡Qué más quisiera yo!». Él me da unos golpecitos en la espalda: «¿Quién si no?». «Docenas, señor cura. Hay docenas de ellos que funcionan mejor que yo.» Y él pone una sonrisa resignada. Yo pienso que el día que me ocurra lo que a él, que el reúma o el asma o la historia no me dejen salir al campo, me moriré de asco. Como el padre. Eso es, igual que el padre. Voy a

intentar dormir, aunque de seguro volverá la perdiz aquella de Villalba. A las seis he quedado con Melecio frente a la botica de Creus.

24 agosto, domingo

El corro de Villatorán debió subirse al páramo. Ha cedido un poco el calor y la codorniz es muy sensible al cambio. En la huerta se constipa en días así. Por lo que he podido oír, casi todos los excursionistas se quedaron a la luna de Valencia. Decididamente no hay codorniz este año. Melecio me recordaba la primera salida del año pasado en la que cobramos ciento dieciséis. Hoy hicimos veintiuna, pero después de un buen jabón. Claro que la Doly es nueva y no parece le sobren vientos. En el arroyo trabajó mal y únicamente hizo tres muestras, una de ellas a una calandria. Mala cosa para un pointer, aunque sea nuevo, hacerle una muestra a una calandria. Melecio hizo once y yo sólo diez. Claro que tiré cuatro tiros menos. De salida hice un doblete junto a una morena que me llevó a pensar que las cosas rodarían bien, pero que si quieres. De todos modos ha sido un buen día. Salir al campo a las seis de la mañana en un día de agosto no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece que uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios. La Doly se arrojó dos veces del soporte y terminamos por amarrarla. El bicho regresó reventado.

25 agosto, lunes

Vino la Modes después de comer y volvió a echar unas lágrimas. Cuando se calmó dijo que le gustaba la situación de nuestra casa. La madre se va haciendo y dice que si no fuera por la vecindad del señor Moro y los suyos aguantaría. Ha cogido la costumbre de la mujer de Ladislao y todas las mañanas un ciento de gorriones la esperan en la azotea. Alguna tarde viene la señora Rufina a hacerle la tertulia. Sacan dos sillas a la azotea y no cesan de charlar. Otros días va la madre a casa de ella para ver pasar la gente. A la Modes le dije que escribiera a Tino, que está en mejores condiciones que nosotros para ayudarla. Tino, de churrero en Madrid, y sin familia, vive como un patriarca. Las Navidades últimas le habló a la madre de sacar un chiquillo del hospicio. La Modes me dijo que escribió a Florentino pero que, como acostumbra, se había hecho el roncero. Fue entonces cuando le dije que por qué no le dejaba uno de sus chiquillos. Se puso burra y dijo que antes los despachaba a todos que darle uno a Tino. Le pregunté la razón y me dijo que no me hiciera de nuevas, que yo sé lo mismo que ella que Florentino mete en casa a mujeres de la vida.

En el café pregunté a Tochano por su excursión. Como me olía, estuvieron en lo de Muro, a las liebres. Llevaban hechas dos cuando les salió la pareja y tuvieron que tirarlas. Luego no encontraron más que una. En resumidas cuentas, perdieron el día. Le pregunté si quería venir conmigo a Herrera, a las torcaces, un día de labor. Respondió que a las torcaces no hay quien les meta mano una vez que oyen un tiro. A pesar de lo que dice, yo iré a los pinares de Herrera antes de que empiecen los exámenes. Mal ha de darse para no colgar media docena.

A última hora caí por casa de Melecio. No estaba él y pasé un rato con el Mele enseñando a la Doly a cobrar. Luego el Mele me pidió que le contase cosas de pájaros. Le conté otra vez lo del alcaraván y la lagartija.

La madre me dice que en casa del señor Moro tuvieron barullo esta tarde porque es el santo de una de las chicas.

26 agosto, martes

Me pasé el día yendo y viniendo a la tienda de don Rafael para que firme unos traslados. Es la primera vez que veo a un secretario despachar los asuntos oficiales sin moverse de su almacén. Este don Rafael me va a hacer la tana. Ir y volver a la tienda le lleva a uno media hora larga. El señor Moro me dice que podíamos organizar el servicio por viajes, por días o por semanas; como a mí me pete. Yo prefiero por días, porque así durante las vacaciones no necesito aguardar una semana para salir al campo. Le pareció bien. El tío candongo no me habló una palabra de la Conserjería. Bueno está lo bueno.

28 agosto, jueves

En la vida pasaré un trago como el de hoy. Me sorprendió la pareja en un pinar y llevaba a la espalda una liebre como un burro. Bien sabe Dios que salí a las torcaces, pero la tía se me arrancó en la linde de un majuelo, tan clara y tan pausadita, que no me pude reportar. Le solté el izquierdo porque iba un si es no es larga y la dejé seca. El tiro le cogió la chola y sangraba a chorros. Me asusté porque la socia pesaba sus buenos tres kilos y hacía un bulto del diablo. Pensé que era mejor dejar las torcaces para otro día y volverme arreando a la bicicleta. Yo sabía que en Herrera hay cuartelillo, pero confiaba en que la pareja anduviera de servicio en la carretera. De todas formas, si no es por la mierda de la tamuja ellos ni se enteran. Pero la tamuja crujió al pisar

y entonces ellos me sisearon. Me acerqué temblando como si acabara de matar a un hombre. El cabo me preguntó si no sabía que aún no es tiempo de caza y le respondí que había salido a las torcaces. Tenía las manos de sangre y no sabía dónde meterlas. «Ha tirado ahí arriba, ¿no?», preguntó el cabo. «Tiré una torcaz y se me fue de riñones. ¡Son duras las condenadas!», le dije. Yo le sonreía, pero el tío tenía cara de estreñido. Le ofrecí un cigarro, pero no tragó y dijo que no fumaba. Yo no hacía más que pensar si el Aquilino tendría autoridad para sacarme del aprieto. Luego dijo el cabo que según la Ley de Caza no puede cazarse donde haya frutos pendientes. «Son negrales estos; no dan más que resina», dije. «Aunque así sea», dijo el cabo. Y luego añadió: «Saque usted...». Y yo pensé que iba a decir: «la liebre del zurrón», pero dijo: «...los papeles». Se los mostré sin abrir la mano para que no viera la sangre. «Bueno», dijo mirándolos por encima. La liebre me pesaba una tonelada y pensé que no podía darme media vuelta mientras ellos siguieran mirando. Tampoco me petaba que me hiciera más preguntas el cabo y le pregunté, para distraerle, si conocía a un brigada que se llama Aquilino. Me dijo que dónde andaba y le respondí que en la capital. «Aquilino ¿qué?», dijo él, entonces. «Pérez. Es primo de mi madre.» El cabo llamó al otro y le preguntó si conocía al brigada Aquilino Pérez. El otro encogió los hombros. Me vi mal otra vez y entonces se me ocurrió contarles lo de la mujer soldado. Le interesó el asunto al cabo y me hizo muchas preguntas. «Cumplía por un hermano», dije. «¿Y el hermano?», preguntó el cabo. «Es desertor», dije. El cabo sonrió al fin y empezó a pesarme menos la liebre en la espalda. ¡La madre que le echó! Hasta las tres no llegué a la bicicleta. La madre ya había dado recado a Melecio. Me he metido en la cama sin comer. La liebre ha pesado tres kilos menos cien gramos.

29 agosto, viernes

Desde hace cuatro días me estoy dejando bigote. Arranca un poco ralillo, pero me da cierta prestancia. No tiene razón de ser, pero sale más recio del lado izquierdo. Claro que también el brazo y el pecho izquierdo los tengo más desarrollados que los derechos. Es natural siendo zurdo, pero no parece claro que lo del bigote tenga nada que ver con esto.

Don Basilio, el director, echó esta mañana un buen rapapolvo a José, el de Secretaría. Don Basilio si se atocina saca una voz chillona de pendoncete. José me dijo luego que él conoce a don Basilio y estas peteras no se las toma en cuenta.

No he visto a Melecio en todo el día. Realmente la sierra y los conejos, luego, no le dejan tiempo ni para echar un vaso.

30 agosto, sábado

La Sociedad de Cazadores era esta tarde una olla de grillos. El presidente leyó un escrito para la prensa contra los cazadores desaprensivos. El artículo estaba bien traído y viene a decir que si los cazadores no respetamos la veda acabaremos con la gallina de los huevos de oro. El domingo, los civiles hicieron una redada en el rapidillo y el que más y el que menos traía las manos manchadas. Se incautaron de veinticinco escopetas y ciento veintitrés cazas. He de ver a Aquilino. Uno de estos birlochos llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones. Como el presidente dice, esto no se explica si no es por el placer de hacer daño. Según los informes, diez de las liebres estaban preñadas y veintitrés criando. A tres crías por término medio, resulta que los daños causados por esta bazofia son, además de las treinta y tres hembras muertas, las noventa y nueve crías que no nacerán o no podrán vivir sin la teta. Me dijeron si quería firmar al pie del escrito y no me hice de rogar. Hay que terminar con esa canalla.

El Pepe dijo en el café que a ver quién es el guapo que yendo de codornices se quita la gorra ante una liebre que se le enreda en los pies. Yo me cabreé y le contesté que el que no sepa reportarse que se quede en casa. Tochano dijo que para tanto como eso es mejor que no se abra la veda mientras no se pueda tirar a todo. Yo dije: «A ver qué codornices cazas tú en octubre». Él se sulfuró y terminó diciendo que por su parte las codornices podían morirse todas.

31 agosto, domingo

Hoy hicimos veinticinco pájaros sin movernos de un garbanzal y sin perder tiro. Estuvimos en lo de Ortega, junto al Duero, en una vega muy fresca. La Doly va espabilando. Cobra cuando quiere, pero tiene la boca dura y machuca los pájaros. Hizo cuatro posturas de tente y no te menees. Melecio llevó al Mele en la barra y el chiquillo se ensució los calzones. No debimos dejarle beber de la bota.

De vuelta, me dijo la madre que han robado el pellejo de la liebre de la ventana donde lo puso a secar. No es el valor del pellejo sino la acción lo que me giba. Pensé pasar sin más a casa del señor Moro y preguntarle para qué quería en casa un pellejo más, pero lo pensé mejor y me fui donde Tochano a pedirle el Sol. El Sol tiene unos vientos muy vivos. Tochano no había regresado y le esperé cosa de media hora. Al fin llegó con dos pollos de perdiz en el morral. Me dijo que las parejas andan muy movidas este año. Encontraron dos durante el día. Luego me preguntó para qué quería el Sol y se lo dije. El animal estaba cansado, pero no bien le dieron los vientos se coló en

casa del señor Moro y salió con el pellejo en la boca. La candaja de la Carmina apareció detrás con la escoba en alto. Al verme tiró la escoba y se colocó en jarras. «¿Qué?», dijo en plan chulo. «Este pellejo tiene dueño», dije tranquilamente, quitándoselo al Sol de la boca. «¿Y quién ha metido esa basura en casa, si puede saberse?», dijo ella con el mayor cinismo. «Eso me pregunto yo», dije. «Habrá sido ese cochino perro, que como vuelva a echarle el ojo le parto los hocicos de un escobazo», dijo ella. Me estaba jorobando ya la tal Carmina. Dije: «El perro lo ha sacado, no lo ha metido». «Vamos, ¿es que ahora va a resultar que me he pringado en ese pellejo apestoso?», dijo la tía a voces. Salió el señor Moro y por buenas componendas le dije que a la próxima se enteraría don Basilio. Él sonrió y dijo que si llamaba a un guardia, ¿qué? Dije un poco cortado: «No quiero líos, señor Moro; bien claro se lo dije el primer día». No tuve ganas de darme otro paseo y le eché al Sol unos mendrugos y le extendí una arpillera para que durmiera en la azotea.

1 septiembre, lunes

El 5 empiezan los exámenes. Hoy conocí al de Francés, que es un tipo así pingorotudo y muy recompuesto. Ha veraneado en San Sebastián y es catedrático de última hornada. Como el de Francés del Instituto, también hace muecas con los labios cuando habla, como si estuviese dando la lección. Me gibó el pollo porque no respondió cuando le di los buenos días. Pregunté a don Basilio cuándo concluyen los pintores para que se lleven la chapera. El de Francés hacía que leía una revista, pero me miraba de reojo. Al salir le oí cómo preguntaba a don Basilio si yo era el nuevo. El de Francés me parece de esos tipos que miran a las mujeres de arriba abajo; de esos que se paran al ver una buena mujer, no para verla mejor, sino para que ella les vea a ellos.

Por la tarde he ido dos veces a la tienda de don Rafael a recoger unas firmas. Hoy volvió Zacarías por el café. Después de la enfermedad le ha quedado triste el ojo de la nube.

3 septiembre, miércoles

El Pepe ha andado toda la tarde de cachondeo a vueltas con mi bigote. Dijo que parecía tuerto del lado izquierdo y todos se rieron las muelas. No estaba Tochano y nos jugamos los cafés al parchís. Le tocó pagar al Pepe, pero dijo que se lo apuntaran. Como quien no quiere la cosa, don David se llegó a él y le dijo que para dar crédito ya estaban

los bancos. El Pepe puso unos ojos como cortantes: «¿Desconfía?», dijo sin casi mover los labios. Don David tiene cara de mandria, pero cuando se atufa enseña los dientes como un caimán. Le dijo: «No fío ni a mi padre, que esté en gloria, más de dos meses». El Pepe hizo que se buscaba algo que no encontraba en el bolsillo del pantalón. «No tengo ahora», dijo. Veía mal la cosa y tiré de cartera y le dije al Pepe: «Me lo debes a mí». Cuando se largó don David, nos contó el Pepe que la víspera había dado en el cine cinco rubias de propina pensando que eran perras chicas. ¡Si no le conociera! Luego me dijo que quería salir un día conmigo a las codornices. Quedamos para mañana porque el 5 estoy de exámenes. El Pepe dijo que recogería al Sol en casa de Tochano. He estado recargando hasta las tres. Cuando me metía en la cama sentí silbar al exprés de Galicia.

4 septiembre, jueves

Estuve con el Pepe en lo de Aniago. Es un mar de surcos y duelen los ojos de la perspectiva. Hay unos linderos muy majos que tienen bastante codorniz. Lo malo fue el viento. Si la codorniz coge el viento, navega a vela. El Pepe es incansable. Tiró a troche y moche durante dos horas. Apenas había disparado yo cinco tiros y ya llevaba él diecisiete. En un alto que hicimos a dar un tiento a la bota me pidió cartuchos. Le advertí que eran del 16, pero él lo resolvió quitando el culatín a los del 12 y metiendo los míos por el canuto. Me gibó que tirase por puro placer a una picaza, que para tanto como eso no le dejé yo la munición. A poco de comer me llamó a voces. Me acerqué de mal café porque creí que iba a pedirme más cartuchos, pero no era para eso sino para enseñarme el nido de una liebre. No lo había visto nunca. Es un socavón en el surco hecho con mucho arte y forrado de pajitas y pelusas. Tenía tres crías recién paridas que parecían ratones a medio pelo. El Pepe me propuso manear los chaparros, puesto que la madre no andaría lejos. «¿Y las crías?», le pregunté. «Tampoco estarán malas en el cocido», respondió el Pepe. «Me sabe mal, la verdad», le dije. «Si no lo hacemos nosotros, otros lo harán», dijo él. En el fondo me petaba el plan y al Pepe le sobraba razón. Acepté a condición de dar una pasada sólo. El Pepe me pidió dos cartuchos de perdigón gordo y me dijo que si no levantábamos la liebre me los devolvería. El Pepe caza haciendo un ruido con los labios como si tirara besos. No dimos con el bicho y ya nos volvíamos y el Pepe había abierto la escopeta cuando la tía se le arrancó de junto a un enebro, surco arriba, con las orejas gachas y corriendo a ciento por hora. Cuando el Pepe cerró la escopeta y se la quiso echar a la cara, la muy zorra estaba en París. Pero eso no es ley para el Pepe. Soltó los dos tiros con

toda tranquilidad, como si los cartuchos fuesen suyos. «¡Me cago en tu padre, tía puta!», voceó. Ya le dije que no tirase a la desesperada, pero él protestó y dijo que a una liebre hay que tirarle aunque sólo asome las orejas, porque nadie sabe lo que puede ocurrir. Se puso de mal café y cien metros más arriba marró dos codornices que le volaron de la gorra. Entonces la tomó con el Sol. Empezó a darle cantazos porque decía que se alargaba y el animal se amorrongó, se puso tras mío y ya no hubo manera de hacerle trabajar. En total hicimos treinta y tres. Yo dieciocho y tiré quince cartuchos menos que el Pepe.

La madre me ha dicho al llegar a casa que anda alcanzada. Si no se resuelve pronto lo de la Conserjería tendré que agenciarme un complemento. Prefiero no pensar en eso ahora.

5 septiembre, viernes

Entré en el estanco esta mañana por unas pólizas y me encontré a Aquilino. Iba tan majetón como siempre, con el correaje y el tricornio relucientes y la guerrera bien estirada. Me preguntó qué había de la Jabalí, y le dije que aguardase a Navidad porque ahora no tengo disponibles. «Los tubos están criando moho», me dijo él con guasa. Yo me eché a reír: «Como dejes que eso ocurra hemos terminado», dije. Él entonces se puso serio y me preguntó qué me parecía lo del rapidillo del día 24. Le dije si había algo que mereciera la pena y respondió que sí, pero que sólo en 12 y 20. En ese caso no interesa.

El día, con los exámenes, ha sido de aúpa. El señor Moro me había dicho que eso de las propinas se acabó con la guerra, pero cuando vi su interés por repartir las papeletas le paré los pies. Me preguntó si es que para mí la antigüedad no contaba, pero le dije lealmente que también los jóvenes tenemos estómago. El tío marrajo aún se resistía y sólo cuando le propuse consultarlo con don Basilio se avino a hacer partes. Él ya sabe por dónde se anda. Con unas cosas y otras he sacado 20,35 líquidas, que no está mal.

Melecio estuvo un rato en casa. Me dijo que la Amparo rellenó de virutas la piel de la liebre y el Mele se pasa el día tirándosela a la Doly amarrada de un cordel. Le pregunté que qué tal y Melecio arrugó el morro. Me da mala espina. Es difícil quitarle el vicio a un perro con la boca dura. Y el caso es que la maldita, cuando le da la gana, sabe hacerlo. Por otra parte, tampoco es buena enseñanza que esté todo el día de Dios viendo correr los conejos por el corral. Ya me gustaría cruzarla con el Sol, por más que Melecio diga que el Sol es un perro resabiado.

6 septiembre, sábado

No me he sentado en todo el día. A la noche la madre me preparó un baño de pies porque no podía parar. Empezaron los exámenes de primero. El de Francés se cargó dieciocho de veintidós. ¡Buen guaje! Saqué 19,20 líquidas.

8 septiembre, lunes

Don Basilio me dijo esta mañana que me quitara el blusón y me pusiera la gorra del uniforme. Me lo estaba oliendo. Fui sincero con él y le expliqué que la gorra no me va a la cara. Él me salió con que el uniforme es la manifestación de la disciplina en el Centro. Le dije que era una gorra muy llamativa y entonces se le puso el habla de pendoncete y me dijo que él no la había inventado, sino que era la reglamentaria. Aún intenté convencerle de que quitándome el blusón y con los botones dorados sería suficiente para darme a respetar y él me respondió que yo no estaba allí para meter miedo a nadie sino para mantener el orden y la disciplina. Dijo, después, algo así como que él en su despacho era el ministro de Educación y yo en los pasillos era también como el ministro de Educación. ¡Mucho cuento! Al cabo se quedó mirándome la nariz y creí que iba a decirme algo del bigote. Así es que di media vuelta y he andado todo el día huido y como acobardado.

El de Francés se cargó hoy diecinueve de veintiuno. Saqué 21,70 líquidas. He borrado un letrerito en el váter que decía: «Pérez, cornudo». Pérez es el de Francés. Por la noche, me ha dicho Melecio que si tengo plomo sabe de uno que hace perdigón.

10 septiembre, miércoles

Esto de los exámenes es una lavativa. Hay mucha matrícula y van al paso. Esta mañana empezó la de Alemán y los claustros se quedaron vacíos porque es una hembra que marea. Dicen que por una grieta del pupitre se le ven las rodillas cuando se enoja. No sé, no sé. Lo cierto es que hoy en los pasillos no había una rata. Cuando tocó el timbre para entregarme las papeletas me dio un vahído. Realmente está que lo tira. Y el tono ronco de la voz le da aún más aliciente. Por lo visto era de Hitler, y desde que Hitler perdió la guerra anda como cabreada. Ella piensa que está vivo, escondido en alguna parte. El señor Moro, cuando le pregunté, me dijo furioso: «¡Como no lo tenga en su alcoba!». El señor Moro anda quemado desde lo del otro día. ¡Anda y

que le zurzan! ¡Lo que es, si para que él desarrugue el morro he de dejarme pisar la barriga, está listo! Al entrar por las papeletas, el de Francés y ella hablaban en alemán. Él chapurreaba y ella se divertía corrigiéndole. Una de las veces le agarró de los labios con las puntitas de los dedos y le dijo: «Como la *u* castellana». Él me vio de pronto y se puso a vocear. «¿No han llamado?», dije. Ella me alargó entonces las papeletas sin decir palabra.

15 septiembre, lunes

No veo el momento de que esto termine para dar gusto al dedo. Fuera de ayer, que subí con Melecio a lo de Aniago, no salgo desde el día 4. Yo le tenía mucho hablado a Melecio de lo de Aniago y le conté lo del nido de la liebre. Pero lo que son las cosas, el domingo no vimos nada. Se conoce que lo habían pateado otros. Esto de la caza es como el huevo de Juanelo. Después de mucho mover las tabas hicimos once pájaros. Nueve yo y dos Melecio. El cielo se cargó por la tarde y se puso de nublado. No nos dio tiempo ni de llegar a las bicicletas. Nos metimos en el chozo de ramera de un melonar y allí aguantamos. Melecio se santiguaba a cada descarga y yo le pregunté si tenía rilis. «Lo que tengo son dos chavales», dijo el. Le vi tan blanco que no quise cachondearme. Ciertamente daba rilis aquel cielo negro y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. Le dije para calmarle que los rayos iban a los pinares, pero él no estaba por la labor. «No sería el primero que funde un chozo», me contestó. Con el tacón pateaba a la Doly. Le pregunté si le molestaba la perra, pero a él le atocinó la pregunta y dijo de mala gana que la piel de los animales atrae los rayos. Luego se pasó el nublado y empezaron a cantar los sapos. Estaba oscureciendo y olía bien el campo. En la bicicleta, Melecio no hacía más que rajar. Parecía como si quisiera que me olvidara de que le había visto pasar rilis. A mí me gibaba su runrún porque me gusta escuchar el ruido de las llantas sobre la carretera mojada. A última hora acordamos ir el domingo 28, que se levanta la general, a lo de Illera.

19 septiembre, viernes

Esta mañana me dijo José, el de Secretaría, que ayer estuvieron hablando don Basilio y don Rafael durante una hora sobre la Conserjería. Parece que no hay acuerdo. Por lo visto el vaina de don Rafael me pone la proa. José me suplicó que no haga uso de esta información.

La Modes pasó por casa esta tarde. Como de costumbre, anduvo un rato moquiteando. Me temí que fuese por lo de siempre, pero tampoco me chocó cuando dijo que esperaba otro chaval. La Modes ha tenido cuatro en cuatro años. La madre dijo: «¡Alabado sea el Señor! ¿Cuándo piensa sentar la cabeza el Serafín?». «Él dice que es lo único que nos queda a los pobres, madre», respondió la Modes. Mi hermana se calmó enseguida y se puso a hablar de los puntos y de los subsidios. Serafín está bien colocado y tiene un buen jornal, pero mi hermana es desordenada. Vino con los dos críos mayores, que andaban por la azotea, y, de pronto, los sentí llorar. La Modes saltó como un buscapié. Cuando salí tras ella ya estaba enzarzada con la Carmina, insultándose a voces. Por lo visto, los chicos se habían puesto a trastear con una camisa del señor Moro. Quise hacer ver a la Carmina que los chicos son chicos, pero ella contestó a grito pelado que la que no sepa atenderles que se los guarde. La Modes la llamó entonces tía marrana y la madre le echó en cara a la Carmina lo del tendedero y lo del pellejo de la liebre. Entonces dijo la Carmina que es muy bonito eso de echar golfos al mundo y que deberían colgar a las sinvergüenzas que dejan sus hijos en el arroyo. Cuando se largó la Modes, le dije a la madre que no quiero más cuestiones con el señor Moro y los suyos. No son trigo limpio. No he visto a Melecio en todo el día.

24 septiembre, miércoles

Hoy concluyeron los exámenes. Dentro de ocho días empezaremos el curso. El tiempo ha oscurecido y asoma la otoñada. La azotea se ha puesto gris. Por la tarde hice balance: 380 pelas con 65 céntimos me dejaron los exámenes. Está visto que esto del dinero es cuestión de ordeñar a lo que salte.

Pensaba ir a ver a Aquilino, cuando la madre me recordó que le debo a Asterio el último traje; el de las listas. ¡Tengo la cabeza a caldo! Asterio es considerado y nunca pasa factura. Le di a cuenta las 300 y todavía me dijo que no corrían prisa. Añadió, por guasa, que ya había pensado en denunciarme. Asterio, como de costumbre, estaba con dos amigos escuchando mambos en la gramola. De vuelta, me compré un extractor de los de tenaza. El otro no me va.

En el café, me dijo el saleri de Tochano que se vendrán con nosotros a lo de Illera. Le pregunté que quiénes y me dijo que Zacarías, el Pepe y él. Total, cinco. ¡Buena mano!

26 septiembre, viernes

¡La madre se los pisa, vamos! Hoy abrió al cobrador de la luz sin acordarse de quitar la horquilla. Por lo visto le dio un repaso regular. Se enteraron las de enfrente y para qué te voy a contar. La Carmina la llamó tramposa y beata de las de aquí te aguardo. La madre no sabía cómo decírmelo. Me he echado a la calle y he andado toda la tarde como un zarandillo. Melecio me habló de su primo Esteban y fuimos juntos a su casa. Esteban dijo que todo dependía de que el cobrador hubiera o no dado parte. Luego me preguntó si era Sisinio quien tiene esa vereda. Le dije que no lo sabía y él dijo que si era así, un muchacho más bien flaco, con cara de estreñido. Le dije que sí y nos fuimos los tres a casa del tal Sisinio. Sisinio estaba fuera y le aguardamos en el bar de la esquina. Me recomían los nervios, porque si don Basilio se lo cata no creo que la cosa me haga mucho favor. Le quise explicar a Esteban el asunto de la horquilla y me dijo que conocía todas esas triquiñuelas y aún podía enseñarme otras. El tal Esteban no hacía el favor de grado y me pareció que si daba este paso era en atención a su primo. Melecio es un individuo que se hace querer. Fuimos otra vez donde Sisinio y al verle le reconocí y le dije a Esteban que sí era el de mi vereda. Esteban, echándolo a barato, le preguntó si había encontrado una horquilla en la cobranza de la mañana. Dijo Sisinio que una horquilla y un imán. Esteban entonces le sacó de la habitación y les oímos cuchichear un rato en la cocina. Nos dejaron solos a Melecio y a mí con el padre de Sisinio, que se bañaba los pies en un balde. Cuando regresaron Sisinio y Esteban, Esteban dijo que todo estaba listo. Al despedirnos, me advirtió que anduviera con ojo porque todas esas gaitas están muy castigadas.

Melecio y yo hemos estado en casa recargando hasta las diez. A la madre le dije que en lo sucesivo retire la horquilla hasta para abrir al basurero. Hemos quedado con los de Tochano a las siete frente a la botica de Creus.

28 septiembre, domingo

Fuimos en tren hasta lo de Illera. Es un cazadero hermoso con una ladera muy áspera, llena de jaras y tomillos, y un chaparral arriba, en el páramo. El río corre por bajo y espejea con el sol. Lo de Illera, a las doce del día, es un bonito espectáculo. Cogimos la ladera de izquierda a derecha, porque si no la perdiz escapa al otro lado del río. Venteaba recio y las tías salían largas. Zacarías dijo que había que subirlas al monte si queríamos que aguantasen. La Doly empezó trabajando bien y a la mano, pero luego se cansó. El Pepe tiró a una liebre en París. A pesar del viento hacía calor y me quedé en camisa. Como no hacíamos nada, Tochano dijo que lo que procedía era dar unos ganchitos,

primero en la ladera y luego arriba, en los chaparros. Organizamos la cosa de forma que ojeasen dos y tres se quedaran de puesto, alternando. En los tres primeros ojeos bajamos cinco y en el cuarto yo me quedé de puesto en la esquina, junto al río. No me prueba el ojeo porque soy nervioso y no sé decidir, hasta que ha pasado el momento, si es mejor tirar de pico o de rabo. Acababa de bajar una perdiz cuando sentí ruido entre los mimbrerales de la ribera y me puse al quite. De repente apareció el zorro como a unos treinta pies y pensé que era el perro de un pastor. Él se volvió de lado y entonces le vi la cola. «Me cago en su padre», me dije y me cubrí bien con los enebros. El indino estaba quedo, con unos ojos muy despiertos, escuchando las voces de Zacarías y el Pepe que traían la mano. Dudé si cambiar el cartucho porque tenía séptima, pero me dije que en la operación iba a armar ruido y le iba a espantar. Luego, cuando me eché la escopeta y le apunté a la paletilla a ciencia y paciencia, me oía el corazón con tanta claridad como cuando de chavea me ponía don Florián, el cura, el reloj en la oreja para que cantara los segundos. Iba a apretar el gatillo cuando el tío marrajo se arrancó. Entraba gazapeando, el hijoputa. Entonces me dio la duda de si tirarle de morros o sacudirle de culo. Aún me dio tiempo de pensar que si le tiraba de culo podría machucarle el rabo y, sin vacilar más, disparé. Dio un brinco como un títere, el condenado, pero siguió corriendo y creí que se me iba. Entonces tiré el segundo y le quedé. Empecé a vocear y Tochano acudió el primero. «¡Mira!», le dije. «¡Coño, el zorro!», dijo él. Y fue a echarle mano, pero el maldito se revolvió y le mordió el brazo. Tochano se puso a patearle. «Deja —dije—, vas a escoñarle la piel.» Allí mismo comimos y Zacarías contó que en Extremadura hizo una vez una carambola de zorros y que eran mayores que éste. Melecio le dijo que no era posible matar dos zorros de un tiro, y Zacarías, que no se calla ni por cuanto hay, explicó que uno mordía el rabo del otro porque el de atrás era ciego y el de delante hacía de lazarillo. ¡No te giba! Parpadeaba el cachondo de él como cada vez que suelta una trola. Al concluir de comer, Tochano tenía la muñeca como una morcilla. «Ya estará rabioso el hijoputa», dijo. El Pepe no hacía más que darle a la bota. Al levantarnos dijo que le debíamos los billetes. Yo le dije que él me debía a mí los cafés del otro día. Se cabreó y me salió con que si me había dejado de pagar alguna vez. Le abonamos los billetes y él me dijo que mañana me abonaría los cafés y en paz. No me atreví a recordarle lo de los cartuchos de Aniago.

Por la tarde hicimos dos perdices y una liebre. La liebre la agarró la Doly en la cama. Con paciencia, la Doly puede ser más perro que la Ina. Le sobra instinto; sólo le falta afinarse. Cuando tomamos el tren de vuelta, Tochano tenía el brazo como un neumático y le dolía el hombro. El revisor estuvo curioseando el zorro por arriba y por abajo

como si le fuera a cobrar billete. Luego dijo que valía la piel. En la estación hicimos partes y el Pepe dijo que el que llevara el zorro no llevaba cazas. El Pepe sabía que yo quería llevarme el zorro. Pregunté que qué clase de reparto era ése, pero terció Tochano y dijo que liquidásemos pronto porque tenía calentura. No quise hacer una escena por Tochano, pero es fijo que no vuelvo a salir al campo con el Pepe. Es un granuja. Melecio me cedió una perdiz de las suyas. Mañana iré a que me curtan la piel del zorro.

29 septiembre, lunes

Dice el curtidor que la piel de los zorros vale los meses que traen «R». Yo le dije que septiembre traía «R» y él dijo que sí, pero me hizo ver que septiembre es el primer mes que trae «R» después de cuatro que no la traen y que por lo tanto era muda nueva y no se hacía responsable. Quedamos en que le pagaría seis duros por el servicio.

Por la tarde estuve donde Tochano. La hinchazón le llega a los ojos y tiene muchos dolores y calentura. La Paula, la mujer, anda más nerviosa que una lombriz. Él la sacude, pero a ella no parece importarle. Un día le pregunté a Tochano por qué no se casaba con la chica, pero él me respondió de malos modos que pusiera mi casa en orden y no metiera el cuezo en la de los demás. Le pregunté si había avisado al médico y me contestó que le estaban poniendo penicilina. Dice la Paula que el médico dijo que la cosa no le gusta y que había meneado la cabeza como con preocupación. También gibaría que Tochano la diñase por una pamplina así.

1 octubre, miércoles

Hoy cobré 615 líquidas. También cobraron los obvencionales, pero a mí no me corresponden porque soy nuevo. Dice José que, como mínimo, entre los repartos de octubre, febrero y mayo hemos de hacer las dos mil pelas. Si no, nos completan hasta esa cifra por Navidad. Le pregunté si en ese suplemento va incluida la extra, y dijo que son cosas aparte. El señor Moro ha hecho estos días varias matrículas de los de fuera y supongo que le rentarán lo suyo. Comprendo que lo haga él porque a mí aún no me conocen y Ladislao se largó. Al curso que viene veré de explotar este filón.

Llamé al bar de Polo a preguntar por Tochano y la Paula me dijo que tiene menos calentura, pero la hinchazón no baja.

El tiempo se ha metido en agua. Ha estado jarreando todo el día. Las tardes así me gusta encerrarme en casa y oír el chapoteo del agua

en el tejado. Me gusta también escuchar los silbidos de los trenes cuando entran y salen de la estación. Pasé la tarde entretenido en limpiar la escopeta y después sumé las piezas de la temporada de codorniz. Total, bien poca cosa: una liebre, cincuenta y tres codornices, cuatro torcaces y dos tórtolas. Es la peor temporada en los últimos seis años. En el 42 hice cinco codornices menos. Fue el verano que anduve con las fiebres.

3 octubre, viernes

Sigue cayendo agua. Apertura de curso. A primera hora fui de uniforme a la Universidad a llevar las togas y los birretes. A don Basilio le cae bien el traje académico. El de Francés, en cambio, parece un espantapájaros. El acto resultó un buen tomate. Habló un catedrático de Medicina sobre tumores cerebrales. Cosme me dijo que a ver cuándo me voy con ellos. Ya le dije yo que por mi parte haré todos los posibles para no pasar a la Universidad. El vaina me preguntó que por qué y le contesté lealmente que hay demasiados actos, demasiadas conferencias y demasiadas historias. ¡Si aquello no es vivir! Al salir la procesión, dijo Emilio que ninguno iba como los del Insti. Me hizo gracia el disparate y le dije que se fijara en mi director. Preguntó quién era mi director y se lo dije. ¡Si parece que ha nacido con la toga puesta! Cosme metió el cuezo y dijo que no entraba ni salía en si le caía bien o mal la toga a don Basilio, pero que los catedráticos de Universidad tienen un qué que no tienen los de otros centros. La procesión duró sus buenos tres cuartos de hora, y cuando regresé a casa con las togas y los birretes, la madre andaba alarmada pensando en si me habría ocurrido algo.

No fui por el café. La madre me avisó para que me asomase a ver pasar el Talgo. Para la madre es un espectáculo de todos los días. Todos los días dice entre dientes: «¡Qué hermoso es!». A las siete vino Melecio y estuvimos recargando. Trajo más pistones de la cárcel. Nos los dan casi regalados y queman mejor la pólvora que los de fábrica. Melecio traía también una lata de pólvora P. B. S. Me dijo luego que, a mediodía, pasó por casa de Tochano y que la hinchazón había cedido. Después Melecio quedó como achucharrado y apenas hablaba. Casi a la hora de marchar me preguntó si me conformaría yo con otros treinta. Le dije que de cuál y respondió que de años. «¡Hombre! —dije —. Eso, Dios dirá.» Él dijo que los firmaba. «¿Es que te sientes mal? —le dije intranquilo—. ¿Por qué piensas hoy esas cosas?» «El otoño me abolla», agregó. Le pregunté si estaban malos los críos, pero él insistió que era el otoño. Cuando se iba me confesó que había regañado con el jefe. Este Melecio tiene un temperamento del diablo. A ratos pienso si

no estará un poco chalado.

6 octubre, lunes

Hay más de doscientos chaveas de matrícula y algunos tan chicos que aún se mean la cama. La gorra es un cachondeo. Uno se me cuadró esta mañana y me dijo: «A sus órdenes, mi teniente». Luego he oído a varios llamarme Teniente. Me quedaré con Teniente para toda la vida, digo yo.

Al señor Moro le dicen la Gallina y al de Francés, José Bonaparte. Es ley de vida. Después de todo, también don Basilio es el Coronel. Tenía miedo de que me faltara la voz al llamar a clase o al dar la hora, pero todo rodó bien. El de Francés me ha dicho que le dé la hora a las menos diez; la de Alemán, a las menos cinco; don Basilio, a las menos siete, y don Rafael, a las menos cuarto. Así da gusto.

Después de comer, aunque la tarde estaba anubarrada, me cogí la burra y la escopeta y me llegué a Buitrejo. Los majuelos están aún sin vendimiar y viene una cosecha bien rala. A poco de llegar al pinar, descargó una nube y aguanté bajo un pino. Cuando escampaba, sentí cantar las perdices a mi vera. Hacía un ventarrón del demonio y me llegué a la linde del pinar cubriéndome con los pimpollos. Allí hay un claro de escobillas y jaras. El viento casi me tumbaba, pero aguardé con paciencia tras el pimpollo, pues la perdiz cantaba allí mismo. Cuando la vi apeonar, a tiro, estuve por sacudirla, pero aguardé por el placer de observarla. El sol rompió una nube y el campo se llenó de colores. De la parte de la derecha llegaron otras dos perdices cantando confiadamente. Luego se me ocultaron tras una avena y dejaron de cantar. Esperé un rato y salí a por ellas. Las suponía encamadas y llevaba a punto la escopeta. El bando de lo menos veinte se me levantó de los pies. Iban apiñadas y yo tiré al bulto y descolgué tres. No me atreví a tirar el segundo por miedo a perder las tres primeras y luego, en la bicicleta, me pesó.

En el café, el Pepe se cachondeó cuando se lo dije y me salió con la bobada de que también él, de chico, mató un oso de una pedrada en la ingle. Terció Zacarías y dijo que él cayó una vez dos perdices disparando cuando se cruzaban, pero no sabía de nadie que bajara tres de un tiro. Me cabreé y les dije si es que mi palabra no contaba. Los mandrias se echaron a reír. Juan, que retiraba los servicios, dijo: «El cazador no puede engañar a los de su oficio». Y me guiñó un ojo. Me levanté y me vine para casa sin jugar la partida. El que quiera divertirse que se compre un mono.

10 octubre, viernes

Vino Melecio después de comer. Traía en la mano un recorte de *El Diario Vasco* y me lo enseñó. Decía: «Proeza de un joven cazador. El joven de la localidad, Vicente Ansoátegui, tuvo la fortuna de matar ayer una hermosa liebre en este término municipal. Dicha proeza la realizó sin ayuda de perro». Dijo Melecio: «¿Qué te parece?». «Bueno —dije—. Yo no lo entiendo.» Luego me dijo Melecio que le acompañara al café, que íbamos a reírnos un rato. Respondí que ni hablar y me pidió que le explicara. Yo le conté lo de las tres perdices. Me preguntó si es que pensaba guardársela y le dije que no era eso, sino que no me petaba. Salí con él, pero en la esquina nos separamos y yo me fui donde el curtidor. La piel queda bien, aunque un poco tiesa. Le largué al tío los seis duros y él me dijo entonces que eran siete. Le dije que habíamos quedado en seis y seis le daba. El marrajo salió con que el bicho estaba machucado más de la cuenta y que si no quería la piel la dejase. Anduvimos un rato de picadillo. El tío estaba sentado en un taburete, enfrascado en la tarea sin mirarme. De repente levantó los ojos y dijo: «Vengan los seis. Con un duro me limpio yo el ojete». Le dije que no se trataba de eso y que si él creía que su trabajo lo valía le daba los siete duros y santas pascuas. Él saltó con que le diera lo que quisiera. Le dejé los siete pavos sobre el banco y llevé la piel a casa de Melecio para que la Amparo me la guarde hasta Navidad. A los tipos así hay que recortarles las alas.

12 octubre, domingo. El Pilar

Esta mañana bajé por unos churros para celebrar la fiesta. Hay una buñolería en la esquina, pero hasta hoy no había entrado en ella. Ya iban a cerrar aunque sólo eran las nueve y media. Había un montón de churros sobre el zinc y pregunté si estaban calientes. El tipo gruñó y preguntó cuántos quería. Yo los toqué por encima con cuidado para ver si estaban calientes. El hombre se subió a la parra y voceó que los sobase bien y luego dijera que estaban fríos. Yo le dije que no se trataba de eso. Había una chavala fregando la churrera a mano izquierda, bajo un grifo, y volvió la cara al oírnos. Tenía los ojos grandes y asustados. Le dije al tipo aquel que me diera dos pesetas. El hombrón, mientras me despachaba, dijo a la chica: «Lava bien la estrella, que luego pasa lo que pasa». La chavala tenía las manos torpes y daba lástima. Yo no podía apartar los ojos de ella, y cuando comía los churros mano a mano con la madre, veía sus ojos asustados en el tazón de café con leche. Luego, cuando llevaba la caja con los birretes y las togas, junto a la estatua de Colón, donde había un acto

de la Hispanidad, me quedé mirando como alelado la puerta gris de la buñolería. Durante la misa de campaña y los discursos, seguía pensando en los ojos asustados de la chavala de la buñolería. Después de comer, me tumbé en la cama tripa arriba y en el techo continuaba viendo los ojos asustados de la chavala de la buñolería. No salí en toda la tarde. Por la noche me asomé a la azotea y se oía de lejos el concierto de la Banda Municipal en el quiosco del parque. Pensé que quería que tocasen *La Bejarana* y fue como un milagro, porque a la pieza siguiente la tocaban y hasta que la oí no me di cuenta de que si yo quería que tocasen *La Bejarana* era para poder recordar más de cerca los ojos asustados de la chavalilla de la buñolería. He estado un rato como un bambarria mirando las luces de la ciudad. Nunca he sentido una cosa así. También gibaría que la chavea esa me hiciera perder la cabeza.

15 octubre, miércoles

Hoy se presentó Serafín con un chirlo en la cabeza. Olía que apestaba a vino. La madre se asustó y le preguntó qué le ocurría. Él respondió que la Modes le había sacudido con el hierro de la cocina. Explicó que los embarazos irritan a mi hermana y que en la fábrica le habían dicho que diese parte, pero que él no va a dar parte porque quiere a la Modes, y eso era una vergüenza, y por los chicos. Le acompañé a la Casa de Socorro y le pusieron dos grapas. El menguado chillaba como una mujer cuando le cosieron. Al concluir le llevé a casa y la Modes se colgó de él como si hiciera un año que no le veía. «Eso es por lo que te quiero, gandul, ¿me oyes? Nada más que por lo que te quiero», decía a voces. Los dos lloraban y los chiquillos andaban por allí a la greña y yo, no sé por qué, me acordé de la chavala de la buñolería. Al regresar a casa, entré y pedí una pela de churros. El hombrón tenía una rueda en la sartén y la chavala atendía al mostrador. Me preguntó que si una peseta y yo dije que sí con la cabeza. Sirvió antes a dos vejetes y me di cuenta que en mis churros ponía más azúcar que en los de ellos. Le pregunté a qué hora cerraban y ella me dijo que a las ocho. Entonces le dije que si tenía algo que hacer a esa hora. Ella se achucharró y me hizo señas de que callara la boca porque el hombrón podía oírnos. A las ocho estaba como un clavo a la puerta de la buñolería y vi salir a la chica con el hombrón. Llevaba un abrigo muy corto y gastado y enseñaba unas pantorrillas demasiado flacas. A pesar de todo, tiene tilín. La seguí de lejos y por la noche, desde la azotea, me emperré en distinguir la casa donde ella vive.

17 octubre, viernes

Con estos fríos mi bigote anda flojo. Del lado izquierdo, todavía; pero del derecho... El Pepe dice que es un quiero y no puedo. A la madre le gusta y cuando me mira dice que hace nada era aún un mocoso. Si pasados unos días no da más, me lo corto y para la primavera volveré a ensayar. Yo quisiera saber qué piensa la chica de la buñolería de los hombres con bigote.

A Melecio le confesé este mediodía que hay una chavea que me tiene gilí. Melecio se interesó y aunque yo le dije que, aparte de que la chica me puso a mí más azúcar que a los vejetes, no había nada, me hizo contarle todo con pelos y señales.

Por la tarde volví junto a la buñolería. La chavala salió con el hombrón, pero se separaron en la esquina. Yo me acerqué y le dije que si no le importaba la acompañaría y ella dijo que no le importaba, y fui yo entonces y la acompañé. Ella me contó que la buñolería era de su padre y que acababa de tener un hermanito y por eso venía ella a ayudar a su padre en lugar de su madre. Le dije yo que era una cosa rara que siendo su padre tan fuerte fuese ella tan flaca, y ella se echó a reír y me dijo que su padre era hombre y ella mujer, y que su hermanito recién nacido era en proporción tan fuerte como su padre, porque era hombre también. Luego me dijo que se llamaba Anita y que sus amigas dicen que se parece a la Pier Angeli. Le pregunté quién era ésa y ella me dijo que no bromeara. Le dije lealmente que no bromeaba y ella me dijo entonces que era una artista de cine y que ya me mostraría fotografías. Le pregunté a intención que cuándo y me dijo que el domingo. Yo le dije que era cazador y que los domingos salgo al campo y a ella esto la gibó y dijo que si no tenía tiempo, nada. Le dije que cualquier otro día, pero ella dijo que no salía más que los domingos, y que si su padre la ve corriendo por las calles entre semana la dobla por la mitad. También la chavala es de su pueblo.

Pasé por casa de Melecio y el Mele me dijo que la perra estaba coja. La anduve mirando y tenía una garrapata entre los dedos inflada como un globo. Se la quité y le di un poco de alcohol. El animal aullaba y el Mele le acariciaba las orejas. Luego me pidió el chiquillo que le contara historias de animales. Le conté la del hurón que encontró dentro de la boca un turón y tuvo que salir de naja. El Mele se reía las muelas. Cuando llegó Melecio estuvimos un rato recargando.

A la chavala esa voy a darle otra oportunidad. Si quiere, bien; si no, ¡que tire por donde le dé la gana!

19 octubre, domingo

Estuvimos en lo de Quintanilla. Es un cazadero áspero, pero tiene perdiz. Por la mañana nos salió el guarda cuando acababa de coger un racimo de un bacillar. Lo arreglamos con dos barbos. Yo estuve hecho un panoli. Marré dos perdices que me salieron a huevo. Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo que aquello era vedado. Le pregunté por los postes y él dijo que arriba estaban. Le dije lealmente que arriba no había postes y él contestó que no tenía la culpa si los arrancan los del pueblo, pero que allí tenían que estar. Melecio me hizo señas de que callara la boca y tiramos para arriba. Buscamos la abrigada para comer y entonces le conté a Melecio que estuve con la chica de la buñolería la otra noche. Le dije también que me había citado para esta tarde y que se mosqueó cuando le dije que salía al campo. Dice Melecio que a las mujeres las cabrea la escopeta. Le pregunté la razón y él dijo que les estropea el domingo, y que recordase que la Amparo, mientras no tuvo el primer chico, siempre le ponía jeta.

Al volver para tomar el tren, me preguntó Melecio si conocía a uno que le dicen Pavo, que estudia donde yo estoy. Le dije que sí y que es el que organiza todas las jaranas. Melecio abrió el ojo y dijo que a ver si me hago con él, porque tiene un monte de la parte de La Pedraja, donde por lo visto no se da abasto para cargar la escopeta. Mañana haré por verle.

Hemos hecho cinco perdices y una media liebre. Yo hice dos perdices y el resto Melecio. En casa me mudé de ropa y me bañé los pies, y me fui a la calle a dar un clareo. No he visto a la Anita viva ni muerta.

20 octubre, lunes

El Pavo es mal estudiante, pero lleva dentro una alegría que para qué. Hoy, a cada vuelta que daba al corredor, yo le decía: «Pavo, majo». Él miraba y me hacía una seña con la mano. A la cuarta vez yo le dije también: «Pavo, majo», pero él no me hizo la seña. A la quinta vuelta se separó del grupo y vino a mí y me saltó con que qué coño pasaba ya con tanto Pavo. Me dejó parado, la verdad, y le dije que yo no había querido molestarle. Dijo él: «Joroba ya eso de Pavo, Pavo, a lo bobo, ¿no comprendes?». Yo intenté ganarle por la mano y le dije que no lo tomara por ahí, que si quería un pito. «Acabo de tirarlo. No lo tomes a desaire», dijo él. Luego el cipote volvió con su cuadrilla. No me pareció pedirle el permiso. Otra vez será.

Tochano fue hoy por el café. Aún se le notan los colmillos del zorro en la muñeca. Nos jugamos el café a la garrafina y le tocó palmar. Dijo, por guasa, que le salía más barata la penicilina.

Luego cogió la perra con que si en vez del trespito mete el cincopito no le ahorca Zacarías el seisdoble y nos dio la tarde. El Pepe todavía no se ha explicado.

En casa, la madre me contó otra vez lo del gobernador, cuando invitó al padre a cazar y le dijo que era la primera escopeta del país. Siempre que se acercan las Ánimas hablamos del padre. Cuando me acosté, el viento sacudía la persiana contra los cristales y no me pude dormir hasta las tantas. Sentí el exprés de Galicia.

2 noviembre, domingo. Las Ánimas

Por la mañana fui al camposanto a llevar al padre unas flores. He oído que en el cementerio hay una plaga de conejos. Me alegra por el padre. Así podrá entretenerse viéndoles corretear por entre las tumbas las noches de luna. Digo yo que así no se sentirá tan solo. Hace ya quince años que se marchó. ¡Cómo pasa el tiempo! A la salida del camposanto tropecé con don Florián, el cura párroco del Carmen. Me interesé por su reúma y me dijo que en los otoños secos mejora. Volvimos por el paseo de cipreses hablando del padre. Hacía una mañana templada y de no ser por lo apagado del sol y el aspecto del campo, parecería primavera. Le recordé al cura que hacía quince años de lo del padre y él dijo: «Verdaderamente no somos nadie». Él me contó algunas anécdotas de cuando cazaban juntos. Luego le recordé la tarde del entierro y le dije lealmente que su presencia me dio valor. Aquel día, quince años antes, don Florián me cogió de los brazos y me dijo: «Ya eres un hombre, Lorenzo». Lo decía porque yo tenía los ojos secos, sin darse cuenta de lo que a mí me costaba tener los ojos secos, recordando la mañana que el padre marró una liebre, tiró la escopeta y me dijo llorando: «Esto no debes hacerlo nunca, hijo». Le dije luego si recordaba que el Don pasó la noche aullando como un poseído. Don Florián dijo: «¡Qué hermoso animal aquél! ¡Sentía casi como una persona!». Enseguida cambió de conversación y me mostró las casas del Secretariado. Le dije que vaya si era una gran obra. Al pasar por casa del Pepe me preguntó don Florián cómo marchaba y yo le dije que lo mismo. Él dijo que si seguía sin acercarse a la iglesia y tomando sus cosas a chacota. Le contesté lealmente que ya se sabe que el Pepe no toma nada en serio. Don Florián dijo que qué lástima de chico, que tenía buenos principios.

Hubo carta de Tino. El hombre, tan satisfecho de la vida como siempre. La madre dijo que todos los días le pide al Señor que a la Veva le nazca un crío. Le pregunté el porqué y ella dijo sólo que Tino necesitaba un hijo. Mi hermano dice en su carta que no podrá venir para Nochebuena.

6 noviembre, jueves

Esta mañana me topé con la de Alemán, de palique con el de Gimnasia en el sofá de la Sala de Profesores. Detrás mío entró el de Francés y les vio lo mismo que yo, pero como el de Gimnasia es un tipo con una espalda como un encerado, se hizo el tolondro y pasó a la Secretaría sin saludarles. Yo ya me olía la tostada, y cuando sonó el timbre sin dejarlo, ya sabía por dónde iba. El de Francés se puso guapo, aunque no llevaba razón. Le dije lealmente que no le vi salir de Secretaría y que le hacía arriba. Él dijo que mi obligación era estar abajo y no preocuparme de si él entraba o salía en Secretaría. Le dije entonces que si abandoné mi puesto fue por subir el correo y él me contestó que no me tomase atribuciones de cartero, que no me competían. ¡El muy cipote! Terminó por decir que esperaba que fuese ésta la primera y la última vez. Luego volvió a llamar todo el tiempo, porque le molestaban unos cuantos cantando en el corredor. Al salir se me acercó el Pavo y me preguntó qué pasaba. Me gustó que me tutease, la verdad, y yo le dije que el de Francés se quejaba de que un grupo cantase en los pasillos mientras daba la lección. El Pavo se echó a reír y me dijo que lo que pasa es que al tío le molestan los cuernos. Estuvimos un rato de cháchara y finalmente le dije al Pavo si era cierto que su padre tiene un coto. Me preguntó si era cazador y yo le respondí que sí y él entonces dijo que fenómeno, y que para vacaciones iríamos un rato. Le dije, para obligarle, que qué clase de combinación había y él me contestó que saldría por mí a la estación en la serreta.

A las dos, cuando todo el mundo se había largado, me topé con el de Francés hablando con la de Alemán. Él creía que estaban solos y le iba diciendo a voces que jugar con los sentimientos de un hombre honrado era una bajeza. La de Alemán no le hacía mucho caso y fue él entonces, la agarró de las muñecas y dijo no sé qué de hacer una barbaridad. Me di media vuelta y me puse a silbar para que me oyesen. ¡Toma del frasco!

7 noviembre, viernes

Le pregunté esta mañana al señor Moro si no nos renovarán el abrigo este invierno, porque el que tengo está para dárselo con cinco céntimos a un pobre. Me contestó que se lo diga yo a don Basilio, porque a él le duelen ya las narices de ir con esa embajada. Según el reglamento deberían renovarnos el vestuario cada tres años, pero por lo que dice el señor Moro va para cinco que no le dan un botón. Aproveché cuando don Basilio salía de clase para decírselo y él me

respondió que estaba en ello, pero que el Centro no anda en fondos. Luego dijo que si le saca al director general para la Biblioteca, retirará un pellizco para los abrigos. Le dije que reparase en el mío y a él le gibó tanta insistencia, me apartó de malos modos y me dijo que sí, y que le dejara en paz.

A Melecio le conté esta tarde lo del Pavo. Melecio quiere ir en víspera de Navidad y traer conejos para las fiestas. Me preguntó si hay algo nuevo de la chavala. No he querido decirle que la tengo en las mientes a todas horas, y que esta mañana la vi salir de la churrería y me entró un temblor de piernas que para qué. Quedamos en ir el domingo a lo de Jado.

9 noviembre, domingo

Las perdices de lo de Jado están muy bravías. Claro que también es cierto que las ovejas han entrado ya en los majuelos y no tienen donde aguardar. Estuvimos tres horas dando patadas sin disparar la escopeta. La Doly andaba trabajadora, pero como si nada. A las dos nos llegamos a un maizal sin panochas, pero con las cañas altas. Allí se armó la guerra. Las tías salían a huevo, y no dábamos abasto. Cobramos cinco en un cuarto de hora y una se me largó de ala. Al concluir la mano, se me arrancó de los pies una media liebre. Las cañas me mareaban y dejé los dos tiros cortos. Le voceé a Melecio y le ocurrió otro tanto. En la vida se llevó una pieza más maldiciones. Melecio dijo que estaba cierto de haberla sacudido. Yo le dije que alguna habíamos de dejar para que criase. A cosa de kilómetro y medio hallamos la media liebre muerta junto a un chaparro. Melecio la puso a orinar y reventaba de contento. Nos sentamos a comer en una junquera y le pregunté que qué pediría él si le dijeran que se le concedía un favor. Melecio pensó un momento y dijo luego que el Mele fuese un gran cazador. Le pregunté por los años del Mele y me dijo que ya va para ocho. Luego nos pusimos de recordatorios, y Melecio mentó a doña Flora y el día que él se orinó en la procesión del Viernes Santo cuando iba tocando la corneta. Nos reíamos a carcajadas como dos menguados. Era por doña Flora, y por la media liebre, y por el cielo azul intenso, y por el campo abierto a lo largo y a lo ancho y por nuestras fuertes piernas para recorrerlo. Melecio explicó que no se pudo contener, y que la gente armaba dos murallas a lo largo de la calle. Le recordé yo que doña Flora, de regreso, le sacudió dos guantadas y dijo que para tanto como eso no había dado ella permiso para orinar antes de la procesión, y que había sido una vergüenza para el Grupo Escolar número 4. Habíamos terminado de comer y nos tumbamos un rato al sol, entre los juncos. Dije, luego, que

yo pensaba entonces que era una eternidad lo que nos faltaba para hacernos hombres. La Doly jadeaba a mi costado, y Melecio dijo que ahora, en cambio, piensa uno que es un suspiro sólo lo que nos queda. Le dije asustado que se callara.

Por la tarde vimos correr el zorro por un teso pelado. Cojeaba de la mano izquierda. Luego empezaron a bajar las primeras sombras sobre el campo y sentí, sin saber por qué, como una tristeza. Tiré dos perdices largas por calentarme la mano. Melecio, a última hora, derribó un engañapastor porque se aburría. Hasta las doce no regresamos a casa. El rapidillo traía cuatro horas. Dicen que ha habido un descarrilamiento de la parte de Cervera.

12 noviembre, miércoles

Esta mañana bajé por una pela de churros. La chica me despachó como si fuera un desconocido. Me dolió, palabra. El hombrón miraba sin dejarlo desde su taburete y callé la boca. Luego oí decir al Pavo que la chavala de la buñolería está como un tren. Por la tarde regañé con Tochano por jugar el rey a destiempo. Ha sido un día negro. Me acosté de mal café.

15 noviembre, sábado

Se presentó Serafín a la hora de comer y le dijo a la madre que la Modes andaba con dolores de parto. La madre se echó el abrigo y se fue con él. A la noche regresó. Mi hermana ha abortado. Dijo la madre que era un crío muy majo. Me pasé por casa de mi hermana después de cenar. Tenían al crío en una caja de zapatos sobre la mesa de la cocina, y mi cuñado lloraba a su vera. De vez en cuando acariciaba las manitas del chaval y lloraba más recio. No me imaginaba que la muerte de algo que no ha vivido pudiera doler. La Modes se quejaba en la habitación de al lado y entré a verla. Le dije que era una pena y que parecía un crío muy majo. Me agarró las manos y anduvo llorando un rato abrazada a ellas. Luego se serenó y me preguntó que si acompañaría a Serafín mañana a dar tierra al niño. Yo le pregunté que si se enterraba con todas las de la ley a algo que no ha nacido. Ella me contó que le habían bautizado y todo, y le habían puesto Pío, como el papa. Le dije que si aguardaban a la tarde podría ir con Serafín. La Modes me dijo que habían estado de la fábrica de mi cuñado y uno había dicho que el crío empezaba a oler. Yo le dije que si a oler con este frío, y ella insistió que eso decía uno. Le dije que eran pamplinas, y que a las cuatro iría con un taxi. Me han gibado la excursión de

mañana.

16 noviembre, domingo

Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña eso de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. Fuimos los dos solos, con la caja de zapatos. Yo, por distraer a Serafín, le pregunté si la caja era de unos zapatos suyos o de la Modes, y él me contestó que se la había dado un vecino, pero que de todos modos el chaval no mediría más de un cuarenta y uno. Serafín se había colocado una corbata negra. El tío es muy aparatoso. Le puse un brazo por los hombros y le dije que tuviera resignación y que aún le quedaban cuatro. El cagueta de él empezó a hipar y pidió al taxista que parara. Se apeó llorando y me dijo que aguardase un minuto. Le vi que se metía en un bar, y entonces me apeé yo. Me preguntó el taxista si era cierto que llevábamos en la caja un niño muerto. Le dije que sí y él me pidió que se lo enseñara. Levanté con cuidado la cubierta y él dijo que era muy majo y que parecía talmente un muñeco. Me metí en la taberna con la caja bajo el brazo. Mi cuñado estaba en un grupo y tenía un campano sobre el mostrador. «Ve, aquí está», dijo al verme, y me quitó la caja. Le pregunté qué iba a hacer, pero no me contestó, puso la caja sobre una mesa de mármol y la destapó. Los cipotes que andaban con él se quitaron la gorra. Serafín rompió a llorar, se bebió el vino y pidió otro. Yo entonces me cabreé, cogí la caja y la cubrí y le dije a Serafín que me iba a enterrarlo solo. Él vino a mí y se puso a zamarrearme y a decir que el crío era suyo y que dijera otra vez lo de irme a enterrarle solo y me daba una mano de guantadas que no me iba a conocer ni mi madre. Le dije entonces que si no le daba vergüenza emborracharse de esa manera con su hijo de cuerpo presente y él se echó a llorar y se me abrazó y me dijo que el chiquillo se había muerto porque no lo merecía. Como es de ley, me tocó pagar los vasos. Serafín iba voceando por la ventanilla que su hijo se había muerto porque no lo merecía. La gente miraba y yo temía que a Serafín le diera algo. A la vuelta le acompañé a casa y le dejé acostado. El desgraciado me ha dado el día.

19 noviembre, miércoles

Hubo Claustro esta tarde. Como me olía que tratarían de la grati de Navidad, anduve al quite. En las citaciones se hablaba primero de los ayudantes interinos y luego de la Biblioteca. La cosa salió a relucir en ruegos y preguntas. Don Basilio hace el canelo sometiendo estas

boberías al Claustro. Al hombre se le encoge el ombligo cuando tiene que decidir solo. De todos modos, nadie puso pegas y la grati se aprobó. Al subir, se lo dije al señor Moro y me soltó un bufido. Me eché a reír en sus barbas, más tranquilo que el Bomba, y esto al tío marrajo le desconcertó. ¡Anda y que te zurzan!

Al afeitarme, después de cenar, me encontré cara de panoli y me corté el bigote. La gorra me va peor sin él. Para la primavera me lo volveré a dejar. Con estas heladas no hay bigote que resista.

La madre ha vuelto a decirme que anda alcanzada. Estas cosas me ponen de mal café. Ella dice que no tiene culpa, pero la fetén es que otros viven con menos. Le dije que aguarde a que se resuelva lo de la Conserjería y, si fallase, habrá que pensar en buscar algo para por las tardes.

23 noviembre, domingo

La Amparo ha caído con la gripe y en vista de ello me subí en la burra con el Mele, a lo de Herrera. La Doly nos dio la tarde, pues no se hace al soporte. La amarré, pero la tía es terca como una mula y dos veces estuvo en un tris de ahorcarse. Lo de Herrera está muy pateado y las pocas perdices que quedan se levantan en París. En toda la mañana no vi más que una liebre rabiosa que se me arrancó a dos kilómetros. Está visto que en esto de la caza lo que no se haga en septiembre y octubre no se hace luego. Comimos en la cotarra San Crispín. Desde el alto se dominan los bosques de negrales, perdiéndose en la distancia. El río corre por medio y espejea con el sol. El Mele me preguntó dónde acostumbra a anidar la perdiz, y le dije que en Castilla suele hacerlo en las cebadas y los trigos. Le estuve contando que a veces los segadores encuentran un nido con huevos y al día siguiente no queda más que el cascarón. Me preguntó si es que nacían corriendo y le respondí que algo parecido a eso. A la derecha del pinar están los barbechos, y al cabo, lo de Muro, y le dije al Mele que íbamos a seguir el lindero después de comer, a ver si había más suerte. Me prometí de antemano no pisar una hierba del coto, pero luego, al ver que no salía una mosca, maneé unos chaparros. Era tan grande el silencio que me confié y al llegar a la pimpollada tiré a la derecha y me metí tranquilamente en el coto. Casi no habíamos dado un paso cuando apareció el guarda. Le di las buenas tardes y él dijo «si no sabíamos que eso estaba penado». Puse cara de gilí y le dije que cuál. El candongo tiró de libreta y me pidió los papeles. Le pregunté si es que me iba a denunciar y si por casualidad era aquello terreno de Muro. Respondió que bien claro lo decían las tablillas. Había una a cuatro metros, pero le dije que debía dispensarme porque no obré a

intención. Él se cabreó, volvió a pedirme los papeles y dijo que todos iban con la misma copla. Vi la cosa mal y le puse en la mano un billete de cinco pavos y le pregunté qué alargaba el rifle. El vivales miró de reojo la mano y respondió que como alargar puede que los dos kilómetros, pero que a esa distancia no se hace puntería. Le dije que si eran alemanes y él dijo que sí, que eran alemanes. Luego le pedí que me indicara por dónde iba la linde y me largué. De retirada, se arrancó una perdiz en unas palas, grandota como un ganso, y le tiré por calentarme la mano. La tía zorra cayó como un trapo. Llamé a la Doly, pero no sé qué coños la pasa a esta perra que, a pesar de que la llevé donde el plumón todavía caliente, no dio con ella ni la picaron los vientos. El bicho este no vale un real. Sobre los cinco barbos, esto. Lo que faltaba para el duro. Y, encima, la madre me puso jeta porque vengo de vacío. Las mujeres son así. Creen que esto de la caza es aquello de llegar y besar el santo.

25 noviembre, martes

Dice el Pavo que el doce sale con la tuna para Marruecos. Como veía mal la excursión, le pregunté si desistíamos de lo del monte, y él entonces me dijo que si hacía el siete. Le contesté que fenómeno, aunque no sé qué pensará Melecio sobre el asunto.

Al concluir las clases, don Rodrigo, el de Matemáticas, me llamó y me dijo que si quiero encargarme de la venta de unos apuntes de su asignatura. Me advirtió que se trata de hacer las cosas discretamente, y que me dejará un duro limpio cada ejemplar. El asunto me hizo tilín y le dije que de acuerdo. Don Rodrigo, aunque joven todavía, da la sensación de un hombre agotado. A pesar de que le dije que bueno, él se puso a darme explicaciones y me dijo que ya sabía que esto no debería hacerlo, pero que le dijera qué puede hacer un hombre con seis hijos y mil ochocientas mensuales si paga novecientas de casa. Me gibaba tanta historia, pero él como si nada, siguió diciendo que en un país bien organizado él vendería sus apuntes en la librería, pero que si conocía yo la comisión del librero, y que para tanto como eso él se hubiera metido librero y no tendría necesidad de estrujarse los sesos. Yo le dije que sí y él se animó y dijo que no fuera a creer por estas cosas que me decía que el negocio fuese una cosa inmoral, pero que me pusiera en su situación, con ocho bocas en casa y no sabiendo más que matemáticas y no poder dar clases particulares, porque está prohibido, y que lo de vender apuntes se hace en todos los centros docentes. Le dije que qué cosas tenía, y él me contó entonces que no hablaba por hablar y que, en el último viaje de estudios a Baleares, oyó decir a dos alumnos en la cubierta del barco que don Rodrigo era

capaz de afeitar un huevo. Luego insistió en que le dijera sinceramente qué puede hacer un hombre como él con mil ochocientas mensuales y ocho bocas en casa si no es afeitar un huevo. Para que me soltara tuve que decirle que tenía que dar la hora al de Francés, y que ya sabía cómo las gastaba. Me dijo que no dejara de pasarme por su casa a recoger los apuntes.

En casa me encontré a Melecio. Dice que la Doly está enferma y que no sabe si es el moquillo, porque el animal anda muy postrado. Recuerdo que la tarde de Herrera no quiso seguir el rastro de la perdiz que caí, a pesar de que la llevé donde estaba el plumón todavía caliente. Quedé en pasarme por su casa para ver lo que procede. Éramos pocos y parió la abuela.

28 noviembre, viernes

La Doly anda cogida. Lleva dos días sin probar bocado. En el ojo derecho se le ha formado como una telilla transparente. El Mele no se separa de ella. Acordamos llamar al veterinario. Melecio me preguntó si sabía lo de Tochano. Dije que no, y él dijo entonces que se casa con la Paula para Navidad. Le pregunté cómo era eso y él me contó que le encontró ayer tarde y le había dicho que durante su enfermedad pensó en la vida y había decidido casarse con la chica que le había demostrado su cariño. Le dije lealmente a Melecio que mira por dónde un zorro había conseguido lo que no consiguió don Florián, el cura.

José, el de Secretaría, me ha dicho que ayer volvieron a hablar de la Conserjería don Basilio y don Rafael. No sabe qué decidirán, pero cree que lo que sea sonará pronto. Al tal don Rafael le tengo más miedo que a un nublado. Es más tonto que un hilo de uvas, pero se me hace que no me tiene buena ley.

Como me prometió el Pavo, la tuna estuvo esta noche donde la Anita. Sólo se asomó el churrero y les dijo que se largaran, porque el chaval acababa de agarrar el sueño. Les dio tres pelas. El tío no se ha corrido. La verdad es que tres pelas en estos tiempos no son dinero.

29 noviembre, sábado

Estuve esta tarde a ver a la perra. Por lo visto el veterinario ha recetado penicilina. Pregunté a Melecio si interesaba la inversión con un animal que así viva mil años nunca aprenderá a cobrar, pero él dijo que aunque no sea más que por el chico está determinado a ello. Escotamos a diez barbos. De vuelta a casa me di de bruces con la Anita. Me acerqué a ella y la panoli puso cara de circunstancias. Le

pregunté si le gustó la serenata y respondió que su padre a poco la desloma, porque había entendido que ella salía con estudiantes. Le dije entonces que si tenía a mano las fotografías de la artista esa que se le parece, y me contestó que el domingo las sacó, pero que no me vio en el paseo vivo ni muerto. En el portal le agarré una mano y ella me dejó hacer. La arrinconé y le solté lo que pensaba desde que la conocí en la buñolería. Ella me salió con que por qué me había quitado el bigote. Le pregunté si le gustaba más con bigote, y ella dijo que ni más ni menos, solamente que extrañaba el verme ahora sin él. Estaba tan mollar que pensé que era buen momento y le pregunté por su madre. Ella se extrañó que le preguntase por su madre, y yo le dije que era por lo del crío. Se achucharró como si yo le hubiera propuesto un qué y, al fin, me dijo que su madre iba ya por la buñolería, y que ella había vuelto a peinar. Le dije que no sabía que peinara y ella dijo que iba para un año que trabajaba con las Mimis en la peluquería de la calle Blanca. He quedado en ir el martes a la noche y ella en echarse al bolso las fotografías.

2 diciembre, martes

En cuanto oteé al Mele esta tarde trasteando en la calle, ya me imaginé que la perra estaba buena. El chavea me lo confirmó. Anduvimos los dos un rato tirándola el pellejo de la liebre, ella enreda con él, pero no lo trae. Melecio me ha devuelto 4,75. No ha sido caro el tratamiento. Ahora, cuando se mete uno en boticas, hay que cerrar los ojos. Me preguntó Melecio si se había explicado Tochano. Ya le dije que no. Al marchar me preguntó dónde iba con tantas prisas y le conté lo de la chavala. Estuvo un rato de cachondeo.

La Anita sacó las fotografías. Sí, pero no. Es la Anita, pero no es la Anita. Ella tiene un qué que le falta a la otra. Se lo planté así y ella dijo que eso quisiera. Aunque hacía fresco, dimos una vuelta por los soportales y la invité a un bartolillo en La Conchita. La Anita es más golosa que un gato. En el portal le pregunté cuándo iba a darme una respuesta, y ella dijo que no sabía que le hubiera preguntado nada. No sé qué me da esta mujer que me tiene como tolondro.

3 diciembre, miércoles

Los apuntes de don Rodrigo se venden como rosquillas. Ya me han dejado 125 líquidas. Esta tarde me llegué a su casa a llevarle su parte y me mandó pasar, y me enseñó un termómetro para que vea que la temperatura no pasa de trece grados, y que no puede encender una

estufa de petróleo porque entonces se vería obligado a reducir la ración de los chicos. Dijo que aborrecía todo eso de andar con tapujos y no obrar a las claras, pero que los hijos son los hijos y con mil ochocientas mensuales, pagando novecientas de piso, no puede hacer milagros. Luego dijo que si sabía yo por qué ellos no tenían economatos, que si por casualidad los hijos de los catedráticos no tienen estómago como los demás. Le contesté que no lo sabía y le di los cuartos. Los contó dos veces delante de mí y, luego, me entregó otra docena de ejemplares de sus apuntes. Al marchar, insistió en que no se trata propiamente de un negocio clandestino, sino que al rogarme discreción pretende tan sólo no darle excesiva publicidad. Me escama a mí ya tanta gaita, pero si yo dijera no, el señor Moro no le iba a ir con ascos.

En el café nadie dijo media palabra de la boda. Echamos la partida como si tal cosa. Palmó Zacarías. El Pepe me preguntó por qué no íbamos el domingo a lo de Villalba. Le dije que tenía compromiso y él preguntó que dónde. Le conté lo del Pavo y me dijo que si no había sitio para él. Le respondí lealmente que no. Todavía estoy aguardando que me liquide los cafés y los cartuchos de Aniago.

4 diciembre, jueves

Cuando subí a comer este mediodía no se podía parar. En la azotea había una docena de cajones de envasar pescado que tiraban para atrás. Llamé en casa del señor Moro y le pregunté qué pintaba allí aquella basura. Asomó la bruja de la Carmina y me voceó que si me importaba a mí mucho lo que pintaban allí los cajones. Le dije que tanto, que si ella no los quitaba de allí los iba a tirar yo mismo a la calle. Metió el cuezo el señor Moro y me dijo que los cajones se estaban secando para luego hacer astillas con ellos. El cipote me preguntó si sabía yo lo que costaba un saco de leña. La madre, que andaba al quite, dijo que si creía el señor Moro que ella encendía la lumbre con piñas de California. Yo dije entonces que bien que ahorrasen en leña, pero que pongan a secar los envases donde no molesten. La pingo de la Carmina todavía voceó que si los iba a meter en la cocina, y yo le contesté, de mal café, que por mi parte podía metérselos donde le cupieran.

A las siete salí con la chavala. No sabe hablar más que de las Mimis. Dice que la mayor tiene un novio fogonero y que ella por nada del mundo querría un novio fogonero. Le pregunté que si por lo de los tiznones, y ella dijo que no por eso, sino porque cada jueves y cada domingo se largan de casa y a ella le gustan los hombres caseros. Anduvo un rato rondando delante de La Conchita, pero yo me hice el

sueco.

De retirada me topé con Melecio. Ha recibido una citación del Ayuntamiento y le dije que es fijo por lo de la Sinfónica. Él se encogió de hombros. Ya le advertí que si le hacen flauta caerán unas pelas. Mañana se pasará por allí a ver lo que se cuece. Le pregunté por la Doly y me dijo que el domingo podremos llevarla ya donde lo del Pavo.

Diario de un emigrante

1958

A Ángeles de Castro de Delibes,
el equilibrio; mi equilibrio.

Prólogo

La filosofía popular, un sí es no es despiadada y sin entrañas, afirma de manera categórica que nunca segundas partes fueron buenas. La filosofía popular es, con frecuencia, un tanto burda y sansirolé, demasiado primaria y elemental como para reparar en eso que, con petulancia disculpable, llaman los exquisitos sutilezas o matices. Generalizar —dicho sea con perdón de la filosofía popular— es errar. Uno, en su oficio de escritor, no es sino un ser zarandeado por fuerzas contradictorias, fuerzas no siempre tan sumisas y controlables como uno deseara.

El alumbramiento del escritor, si penoso, no siempre resulta redondo y cabal, y aún hay ocasiones que, tras el jadeo final, uno constata, descorazonado y esperanzado, que no se desembarazó del todo, que aún resta personaje dentro. El escritor en trance, en definitiva, a quien más se asemeja es a la mujer en trance. El escritor nunca decide en qué medida va a ser fecundado. El que venga un fruto, o vengan dos, o vengan tres, excede a sus previsiones; lo mismo que el que sea macho o hembra; lo mismo que el que el primero salga balarrasa y el segundo licenciado en Ciencias Políticas y Económicas.

Los sabihondos, que nunca faltan, argüirán maliciosamente que lo que uno pretende es estrujar su relativo éxito inicial, que éxito relativo es ya en nuestro país, afortunadamente, colocar en un par de años diez o doce mil ejemplares de una novela. Pero el sabihondo, como la filosofía popular, a menudo se pasa de listo. Uno, al echar al mundo el *Diario de un cazador*, imaginó que había sido el suyo un parto regularmente laborioso, pero completo. Mas a poco constató que no; que dentro, en ese lugar recóndito donde se localizan las entrañas del escritor, bullían más personajes. Ahora, al alumbrar este hermano gemelo, uno renegaría de la providencia de Dios si afirmara frívolamente que es el último y definitivo; es decir, que uno admite —aunque no proyecte; que uno, en estos menesteres, y por mucho que nos envanezca, no es sino un mandado— que estos «diarios» puedan ser trillizos y aun quintillizos, como las sufridas, simétricas y estereotipadas hermanas Dionne. Después de todo, Lorenzo, el cazador, pese a su modestia, a su candor, a su primitivismo exaltado, puede servir lo mismo que cualquier colosal burgués para darnos mañana la medida de una época un sí es no es revuelta y aleatoria, una época en la que están proscritas las señales acústicas; una época,

en fin, cuyos prohombres sestean indolentemente, amparados por un acolchado e inexorable bando de silencio.

Uno, desde su oficio de escritor, no debe honradamente predecir el futuro. Uno, humildemente, se limita a prometer a sus lectores que no negará apoyo a su personaje, que no le abandonará, en tanto no se sienta entera, feliz y absolutamente parido.

M. D.

24 enero, lunes

Hay panolis que se piensan que esto de escribir para uno es como el hablar a solas, cosa de chalados. Eso son ganas de enredar las cosas, porque uno no siempre dice lo que quiere y hay pensamientos que andan por dentro de uno y uno, por vueltas que les dé, no acierta a expresarlos, o a lo mejor no le da la real gana de hacerlo. Uno es de una manera y como uno es, no lo sabe ni su madre y, sin necesidad de ir a lo zorro, uno nunca se confía del todo a los demás y, si quiere recordarse de algo, no hay como comerlo a palo seco, sin el recelo de que otro venga a cachondearse de lo que dice. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente.

Cuando murió la madre, sin ir más lejos, si yo me pongo a parlar no hubiera dicho más que boberías y, sin embargo, las ideas que me rondaban dentro no podían ser más serias y respetables. Y equilicual cuando la boda y los amiguetes me salían con que «todavía estaba a tiempo» y yo respondía que me iba a suicidar, como Melecio y como don Basilio y como el cagueta de Serafín, mi cuñado, y como cada quisque, porque, desde que el mundo es mundo, todos tropezamos en la misma piedra y todos somos unos gilís. Pero dentro andaba la procesión y yo me sabía que no era un gilí por eso y que lo mío con la Anita no era un suicidio. Y yo digo que esto de escribir para uno es tal y como mirarse al espejo, con la diferencia de que uno no se ve aquí el semblante, sino los entresijos. Uno, al fin y al cabo, no es un zoquete y algo se pega de andar todo el día de Dios entre gente de libros.

Yo sé que ahora la vida mía va a pegar un quiebro y una cosa así no ocurre todos los días y si no me lo repito por escrito y hasta dos docenas de veces parece como que todo eso de largarme a América y despedirme de todas las cosas no fuese más que una coña. Llevo unos días como aliquebrado dándole vueltas al asunto, y ni la caza me lo quita del pensamiento.

25 enero, martes

Hoy se recibió carta del tío Egidio. El hombre, tan razonable. Manda los pasajes para el vapor *Miguel Ángel* del día 15 de marzo. El mandria dice textualmente: «Ustedes vienen al tiro y lo de abonarme los pasajes dejémoslo no más. No conozco al señor marido de Anita, mas el marido de la hija de mi hermano no puede menos de ser un

caballero y en mi barraca siempre queda hueco para él. En lo que ustedes dicen de la guagua, bien puede nacer aquí, que lo mismo hay parteros y niñas de mano que la saquen luego a pasear».

La carta me ha dejado achucharrado, como yo digo. Uno se maneja en la vida y cree que decide, pero la verdad de la buena es que uno nunca sabe lo que quiere ni quién le empuja. Hace tres años yo hubiera dado una mano porque me tocase el gordo y hacerme una nueva vida allí, pero ahora que está todo liado me da rilis, la verdad. Es mucha responsabilidad y mucha conmoción y mucha historia esto de dejar lo que es de uno y largarse con los ojos cerrados donde no conoce. La chavala, en cambio, como unas castañuelas. Las mujeres ya se sabe. A primera hora anduvo con los mareíllos, pero ahora, con la carta, como si nada. Ella dice, y no le falta razón, que entre vivir aquí mirando la peseta o allí a mesa puesta, no hay duda.

A la mañana, luego de llamar a las clases de once, me llegué a la churrería. Mi señor andaba afanando con la masa y mientras le cortaba la rueda se lo planté. El chalado que qué había determinado y lo que yo le dije, que pedir la excedencia por más de un año y menos de diez, por si las moscas, y luego largarnos.

A las ocho cayó Melecio por casa, le di a leer la carta y nos quedamos una hora de reloj, que se dice pronto, mirándonos a lo bobo sin abrir el pico. Luego Melecio lo echó a barato y le dijo a la Anita que quién la verá a la vuelta de dos meses con un negro para espantarla las moscas. La chavala salió con que ha oído decir que los negros son fieles como pocos. A saber quién la habrá ido con ese cuento.

A don Basilio todavía no le he dicho una palabra. Tardé en dormirme. Sentí el exprés de Galicia.

26 enero, miércoles

Me llegué al Gobierno Civil para lo de los pasaportes. No es que me importe, pero en las fotos me han sacado una jeta de mandria que atufa. La chavala, en cambio, está curiosa y dice Melecio que ciertamente se le da un aire a la Pier Angeli.

El que no traga es don Basilio. El marrajo me puso a caldo por no habérselo anunciado. Sacó el habla de pendoncete, todo para decirme que un ordenanza no se improvisa, o sea, que yo debí poner en su conocimiento mi determinación. Ya le aclaré que hasta ayer ni yo lo supe con fijeza y que tenía en el pensamiento pedir la excedencia por más de un año y menos de diez, por lo que pueda tronar. Luego le advertí que en Murcia tengo un conocido que le cuadra venir, y él, entonces, entró en razón y me dijo que aguardará unos meses a ver en

qué para lo mío y, de esta forma, si no me aclimato, puedo volver al Centro, y que no olvide que el señor Moro se jubila este año y que él seguía pensando en mí para lo de la Conserjería. Le di las gracias y que lo tendría en cuenta.

Al subir a comer me preguntó el señor Moro si era cierto que me largo a América y yo le dije que a ver, y el candongo de él que lo sentía de veras. ¡No te giba! Ahora va a resultar que hasta la candaja de la Carmina se va a llevar un berrinche. Crescencio me aguardaba en la terraza y me salió con la misma colación. Luego me dijo que no deje de mandarle sellos. El hombre parecía afectado.

Estuve en el café, pero como si nada. Las cosas no volverán a ser como antes. Uno anda aquí ahora provisional y no puede poner la misma ilusión en la vida, como yo digo. Zacarías dijo que también era mala uva, primero morirse el Pepe y luego largarme yo, y que la cuadrilla se había gibado. Ya le dije que aún eran tres, pero Tochano se cabreó y dijo que si íbamos a pasarnos la tarde en este plan, adiós muy buenas. Candamos la boca y echamos una garrafina, pero todos andábamos en lo otro. Al marchar, Zacarías me dijo en un aparte que un conocido suyo que va por las tardes al Ginebra tiene intereses en el Uruguay y que a lo mejor me petaba echar un párrafo con él. Dice que si voy pregunte por Marcelo, y que el tal Marcelo tiene un coche que le zumba el bolo y en América maneja rebaños de cientos de vacas y para moverse de un sitio a otro ha contratado fijo un aerotaxi. Al cachondo de él según hablaba se le entornaba el ojo de la nube. Tochano propuso para despedirnos de la temporada ir el domingo a lo de Bellver. Bellver queda a una tirada y quedamos en salir el sábado por la tarde en el coche de línea y dormir allí. No quiero pensar en la cara que pondrá la Anita.

28 enero, viernes

Como esperaba tuvimos cuestión. La chavala salió con que los domingos ya era poco e inventaba marcharme los sábados para no parar en casa. Cerré el pico por no armar la de Dios, pero ella porfió que si en América pensaba hacer lo propio, eligiera entre ella o la escopeta, porque las dos no cabían en el barco. Le eché calma al asunto y la dije que no llevaba razón, pero como si no. La cogió modorra con que era su tío y no el mío quien abonaba los pasajes y que, si yo iba allí a pegar la manga, justo es que la guardara un poco de consideración. Se calentó, se subió a la parra y no tuve más remedio que decirle cuántas son cinco. Ya la advertí que ni por soñación se pensase que con un pasaje me iba a quitar los calzones, y que, con todos los respetos, en mi casa mando yo. Pepita en la lengua

no tengo. Y a mí, por las buenas lo que se quiera, ya se sabe, pero por las bravas ni hablar del peluquín. No sé si los americanos o qué, pero las mujeres andan ahora más revueltas que otro poco. Antes, uno decía blanco y ellas cerraban los ojos y decían blanco, sin mirar ni tampoco el color. Yo recuerdo mi madre. Ahora de qué. Ahora uno dice blanco y ellas vocean que negro aunque nada más sea por llevar la contraria. Me giba eso de que uno no pueda ya ni dar una orden en su casa, siquiera para demostrar delante de los amigos que los tiene bien puestos. Es lo mismo que con los arreos. Yo recuerdo a la madre que le faltaba tiempo para disponer las botas, la canana, la merienda y el morral. En casa había un sitio para cada cosa y uno no necesitaba sino mentarle la caza para que ella fuera a ojos ciegas donde los trebejos. Hoy son de otra pasta, como yo digo. Es como si con la cocina no tuvieran ya bastante y tuvieran que saber de todo, discutir y fumar lo mismo que los hombres. Así nos crece el pelo. Digo yo si no se aproximará el fin del mundo y estas cosas no serán el Anticristo. ¡Vaya usted a saber!

El tiempo anda de helada y de seguir así el domingo nos divertiremos. Melecio vino a última hora y anduvimos recargando hasta las tantas. Por lo visto la Doly anda empachada, pero cree que para el domingo se le pasará. Ya le dije que tampoco es potra ni nada eso de cerrar aquí la temporada y llegar a América al tiempo de abrirla otra vez. Eso es andar con la chorrina y lo demás son cuentos.

31 enero, lunes

El sábado nos encontramos en el Poniente, junto al coche de San Pedro del Campo. El cipote del cobrador no nos quería dejar subir la perra, pero al fin transigió. Hay fulanos que no viven más que para hacer la cusca al prójimo, ya se sabe. En el camino, a la altura de La Mota, vimos el bando de avutardas. ¡La madre que las echó! Estaban junto a la cuneta y había lo menos veinte. Las tías a verlas venir, tan plantadas, y Zacarías se arrimó al chófer y le dijo que dos barbos si daba marcha atrás, pero el panoli salió con que quería tener la fiesta en paz y dejáramos quietas las escopetas. ¡No te giba! Llegamos ya de noche, pero Severiano, un conocido de Tochano, había reservado alojamiento. Antes quisimos hacer lo del cura, pues Melecio porfiaba que diría una misa de madrugada si se le daba una limosna. ¡Al ojo lo vieras! El hombre que binaba, pero que no podía trinar, y cuando Melecio se dejó caer con lo de la limosna a poco se le escapa la izquierda y le cepilla los morros de una guantada. ¡Fíate y no corras! Para acabar de gibarla, las habitaciones andaban jugando a las cuatro esquinas. Ni aposta se encuentran más separadas, como yo digo. A mí

me tocó donde una vieja hocicuda que no hacía más que toser y escupir y me dio la noche. Para desengrasar, me caía en las mismas narices el pitorro de una lavativa, o sea cada vez que movía la chola me topaba con él. También estos tíos de los pueblos son como Dios los ha hecho.

Por unos o por otros no empezamos hasta casi las once. El cazadero es majo y el día andaba quedo, bien a propósito para la perdiz. Los bacillares y las pajas se dan mano y hay unas vaguadas muy aparentes para sorprenderlas a la asomada. Echando hacia arriba, en un piornal, agarramos un bando de lo menos cien. Se armó la guerra y Tochano, que andaba con la chorrina, bajó cuatro en menos que se tarda en decirlo. Melecio hizo dos, Zacarías una, y yo me senté a comer con lo puesto. Severiano, el de Bellver, andaba de coña y le dijo a Zacarías que a la tarde iba a haber nublado, y Zacarías preguntó que si nublado en enero, y entonces el torda de Severiano dijo que lo decía por lo de la nube del ojo. Zacarías, con razón, se atocinó y le dijo que cuándo habían comido juntos y que por menos que eso había puesto él a alguno la cara como un pan de un lapo bien dado. El Severiano calló la boca y menos mal que Melecio, que andaba al quite, le echó un capote y dijo de seguir cazando. Pero yo no sé si se puso nervioso o qué, que a poco de salir, Severiano le cortó unos calzones de lástima con un sisón que Melecio había visto darse en una junquera. En esto de la caza hay cosas que no se explican. El mandria soltó los dos tiros a tenazón y el Severiano, quieto parado, le dejó hacer y cuando el bicho andaba a una legua le bajó con el izquierdo como quien lava. Me cabreó lo que nadie sabe, porque estos paletos se ríen luego del lucero del alba. La tarde redondeó la percha; cambió la suerte y yo bajé tres perdices, Zacarías dos y Severiano otras dos a más del sisón. Total, quince piezas, que a estas alturas no está mal. De regreso paramos en la tasca a hacer tiempo. Yo empecé con que en América pensaba desquitarme y entonces, sin venir a qué, Tochano pegó con el culo del vaso en la mesa y voceó que no volviera a mentar América porque desde hacía dos semanas sólo de oír mentar América se descomponía. Callé la boca por educación; para cuatro días no es cosa de armar la polca, me parece a mí. De todos modos, el Tochano este va necesitando un guapo que le siente la mano.

En la general, a la altura de El Chozo, se arrancó una liebrota como un perro a la luz de los focos. Yo no sé qué clase de sangre tienen estos chóferes, pero el vaina ni se alteró. Cerca ya de casa, un engañapastor le partió un faro. ¡Entonces sí que había que oírle al condenado! El cipote mentó hasta a su madre. Así son las cosas. La chavala seguía de morros cuando llegué. Ya le dije que dos trabajos tiene, enfadarse y desenfadarse, pero ella ni mus.

1 febrero, lunes

Desde que me levanté no se me quita de las mientes la idea de que un mes más y a esconder. Hoy, febrero; bueno, pues en marzo, a volar. Mentira parece. A ratos pego brincos de la alegría, pero otras veces me achucharro y me doy mismamente compasión. Estas cosas le llevan a uno a pensar en la vida. Aquilino decía que si uno piensa en la vida es que la va a doblar. No sé, no sé... El caso es que yo no quiero pensar en la vida, pero es como si no, porque uno no piensa siempre lo que quiere. Ahora he cogido la pichicharra de que yo he nacido en América y de repente llego aquí y voy y me asomo a la terraza y me emperro en verlo todo con ojos nuevos.

Y me digo: «¡Qué hermosa es esa ladera de vides, y esta torre, cubierta de verdín, y la estación con los trenes que suben y bajan!». Pero si hay algo imposible en la vida es pegársela uno mismo y así, aunque yo me digo esto, por dentro una voz me dice: «Que no, Lorenzo; boberías, tú y tu gente donde habéis nacido es aquí, y esa ladera, y esa torre, y esa estación las conoces talmente como si las hubieses parido. Y donde vas de nuevas es a América, y aunque allí tengas ante las narices una ladera de vides, una torre con verdín y una estación donde los raíles brillen y los trenes suban y bajen, no serán los mismos y tú andarás más despistado que un chivo en un garaje, porque así son las cosas; y si tú, en América, quieres aguantar has de hacerte americano; o sea, para que nos entendamos, sin memoria de nada de lo de aquí». La fetén es que esto me descompone, porque yo quisiera llevarme a América a mis amigos, y mis cazaderos, y mis perdices y todo; claro que, bien mirado, si yo allá voy a disponer de un par de docenas de negros que me ojeen las piezas, y de una Sarasqueta repetidora y un buen bote para ir de un sitio a otro; y si con el tiempo monto un negocio de pieles de liebre que me dé para vivir como un príncipe y para asomarme cada año por aquí a ver a los amiguetes y a tirar cuatro tiros con ellos, en ese caso hay que dejar el sentimiento a un lado y pensar con la de arriba.

A la mañana, José, el de Secretaría, me hizo la instancia para la excedencia por más de un año y menos de diez. Don Basilio la informó y dice que en un par de semanas listo. Del Gobierno ya pidieron a Madrid los certificados de penales. La cosa se va liando. Tardé en dormirme. Sentí el exprés de Galicia.

4 febrero, jueves

Hoy pasó un mal trago la chavala. ¡Hay que ver lo que cuesta un hijo! La dio el telele por la mañana y al mediodía me mandó recado

con el chico de Crescencio. La encontré en cama devolviendo. Cuando está así me recuerda a la madre y me llevo un cojijo del demonio. ¡Qué días, órdiga! A la hora de comer ya andaba tan animadilla, como si nada. Es lo bueno de estas cosas, se pasan en un verbo y, aunque vuelvan otro día, uno siempre piensa que ha de ser la última.

Recibí carta del Tino. Este hermano mío las urde como agua. ¡Vaya un prójimo! Ahora me sale con que en América le tenga presente y si encuentro una proporción le ponga cuatro letras porque todavía se siente joven para empezar otra vez. Ni recuerdo qué tiempo tiene el Tino, aunque desde luego no es ya ningún chaval. Le contestaré otro día. De la Veva, ni palabra.

El tiempo ha templado y a última hora se ha puesto a diluviar.

6 febrero, sábado

Mañana se cierra la temporada. Antaño esta fecha era para mí un día de duelo. Hoy, ni lo pienso siquiera. ¡Qué cosas! Dentro de mes y medio a darle otra vez gusto al dedo. Si yo fuera millonario pasaría en Europa hasta marzo y de marzo a septiembre me largaría a América. He quedado con Melecio en subir mañana en las burras a lo del Marqués. Hace tiempo que no lo pateamos y Melecio se emperra en que es el mejor sitio para despedirnos.

Me llegué donde el Ginebra a ver a ese tal Marcelo. El tipo así, al pronto, tiene jeta de acelga, pero luego no resulta mal chaval. Porfía que si me gusta la caza me quedaré en América de por vida; que allí hay pájaros para divertirse. Luego me salió con que el *Miguel Ángel* es un barco de una vez; no hace todavía el año que lo pusieron en servicio los italianos. Dice que la tercera es mejor que la primera de cualquier barco de postín y que las fiestas de a bordo, con chavalinas de los cinco continentes, un mar de oportunidades. Le aclaré que estaba casado y que voy con la señora y me dijo que así era otra cosa. Por lo visto tocaremos en Dakar, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires. ¡Menuda jira! Estuve cascando con la Anita hasta las tantas. Luego no me podía dormir y sentí el exprés de Galicia.

7 febrero, domingo

No sé por qué nos emperramos en subir a lo del Marqués. Es el cazadero más pateado de la provincia. Las perdices se levantan en París y si queda una liebre viva a estas alturas, ésa sabe más que Lepe, Lepijo y su hijo. ¡Qué cosas! Una vi a mediodía y la tiré por calentarme la mano, pero la zorra de ella pegó un respingo y entonces

creí que quedaba, pero no. La tía debió de llevarse más de un perdigón en el culo, pero se perdió entre la maleza de la ribera. El sol andaba arriba, pero batía un viento muy fino. Yo todo era decirme: «Aprovecha, Lorenzo, estás cazando en España por última vez; en tu vida volverás a pisar un tomillo español, ni a dar con los caños en un chaparro español, ni a sentir volar una perdiz española, ni...». Y tanto lo pensé que al sentarnos a merendar, a la abrigada, tenía como un bulto en lo alto del pecho que casi ni me dejaba respirar. Y cuando vi a la Doly, el animalito, que me miraba a los ojos como con tristeza, se me iban las lágrimas y le dije a Melecio, echándolo a barato, que sentía capricho por saber si la última perdiz que cobrase aquí sería macho o hembra. Melecio, el hombre, andaba afectado y me confesó que cuando yo me largue colgará la escopeta, sin más. Iba a darle en la espalda, pero pensé que sería peor para los dos y sólo le dije: «No digas disparates». Él dijo que quince años cazando a mi lado, domingo tras domingo, crean un hábito, y que ya no entendería la caza sin tenerme a su vera. La Doly metió el cuezo y nos lamió la cara, primero a él y luego a mí. ¡Qué instinto el de estos bichos! Le recordé a Melecio cómo lloraba el animal cuando enterramos al Mele y él me hizo un gesto para que callase la boca. Entonces abrí el pan y le ofrecí un cacho de tocino y Melecio dijo que no con la cabeza, y yo tampoco podía tragar y me tumbé con las manos en la nuca, y me petaba oír por última vez el viento en los pinos y el agua, abajo, entre los sauces, y el galleo de las picazas entre la fronda. No hicimos sino dar tientos y tientos a la bota hasta que el vino se acabó y entonces nos miramos y dijo Melecio que dar otra vuelta y el sol ya bajaba, pero nos levantamos y tiramos para arriba. Y fue como un milagro, porque al regresar donde las bicicletas sin habernos estrenado, se arrancó de un barbecho una perdiz, grandota como un ganso, y tiramos los dos, pero sólo sonó un tiro y allí quedó la tía patas arriba, con perdigones del uno y del otro. Al acomodar a la perra en el soporte dijo Melecio: «Bueno, se acabó lo que se daba». Y allí delante estaba el monte del común, casi negro, y detrás los pinos, y más detrás los tesos pelados, y más detrás todavía, el resplandor rojo del sol que acababa de ocultarse y, al pie, el camino con las roderas endurecidas, y todo eso era mío, pero yo me esforzaba en no pensarlo porque de otro modo hubiera tenido que decirle que nanay al tío Egidio, y ya era un poco tarde para eso. De regreso parecía aquello un funeral. Melecio pinchó y anduvimos reparando la goma a la luz de la luna. Las luces de la ciudad se veían desde lo alto y era un espectáculo. Me acosté aliquebrado. En toda la noche el viento dejó de sacudir la persiana de la cocina.

10 febrero, miércoles

Me topé esta mañana con don Rodrigo cuando subía a la Secretaría y me plantó que si a Chile. Le respondí que a ver, y él, que si tuviera mi edad haría otro tanto. Le dije que a qué ton y él que esto es como un tranvía lleno y aquello como un tranvía vacío y que aquí si te subes al tranvía ha de ser a costa de que otro se apee y que en cambio allá todavía hay ocasión no sólo de subir al tranvía, sino de hacer el viaje sentado. Ya me huelo por dónde va. Lo que queda por ver es si uno, por el hecho de ir sentado en un tranvía, ya va a gozarla. Le dije lealmente que agradecía su información y él me salió entonces con que tampoco me pensara que allí paguen por dormir, y que yo debía ir a América con ganas de arrimar el hombro, ya que tropezaría con muchas dificultades antes de triunfar. Se me hizo que lo decía con retintín y le dije lealmente que me olía que él sabía algo de Chile que se guardaba. El hombre se reía las muelas y me contestó que no había tal y que lo único los temblores de tierra. ¡Gibar! Ya es algo. Se lo conté a la chavala a la hora de comer, y lo que es la ignorancia, la gilí como unas pascuas, que eso la divierte y que lo único que no aguanta es un día igual a otro como ocurre aquí.

Por la tarde se presentaron el Aquilino y la Lourdes. El Aquilino con la tripita, la ropa planchada y el correaje reluciente va cogiendo aires de general. ¡Vaya un tipo! A la Lourdes, ya es de antiguo, no la trago. De novios ya me gibaban sus dientes de caballo, pero ahora que la conozco mejor me cabrea que no abra la boca si no es para despellejar al prójimo. Sacó a colación a Serafín, mi cuñado, pero de que vi por dónde iba le pregunté si era cierto que veía mal de un ojo y quería ponerse lentes. La tía pegó un respingo, pero tragó, y me salió con que quién me había ido con el cuento. Lo que yo la dije, que se decía el pecado pero no el pecador, y entonces la candaja se subía por las paredes. ¡Toma del frasco! A última hora se puso a fumar como una marrana, con una pierna sobre la otra y enseñando hasta el ombligo. Hay mujeres que la gozan provocando y si no parece como que no estuvieran a gusto.

13 febrero, sábado

Volvió a llover. Me reí las muelas con Zacarías. Me le topé en la plaza y el baboso que si andaba cojo. Después de quince años todavía no se ha enterado que cuando llueve me gusta remeter las punteras para echar fuera las cascarrias y no manchar la ropa. El rácano es un desaseado y el ir más o menos curioso se la trae floja.

A la tarde me encerré en casa y no salí. Aproveché para contestar al

Tino y preguntarle por la Veva. Al acostarme llovía si Dios tenía qué. Dice la Anita, y no la falta razón, que nos vamos a volver ranas.

16 febrero, martes

Sigue diluviando. El desagüe de la azotea no tira y está imposible. Pasé descalzo donde el señor Moro y le dije si podía saberse qué echan allí para que el sumidero se tapone todo el tiempo. La pingo de la Carmina se arrancó como una novilla y me salió con que le preguntara al pasmarote de mi mujer dónde ponía las mondas cada vez que comía una naranja. La dije que más despacio y sin ofender, pero ella que si quieres. Finalmente le dije al señor Moro que la hiciera callar la boca si no quería que la cosiese los hocicos de media guarra. El candongo de él que eso sí sabría, pegar a una mujer, y lo que yo le dije, que si de veras se pensaba que la Carmina lo era. El tío se cabreó, se puso faltón y entonces terció la Anita con que más tonto era yo por tratar con gentes de medio pelo. La Carmina se fue a ella, pero yo la agarré por el brazo, según iba, y la voceé que si me marrotaba el chico yo iría a la cárcel, pero ella se iba al camposanto, como me llamo Lorenzo. La tipa, al pronto, se quedó quieta parada y luego se puso a reír a lo bobo y me voceó que valiente hijo iba a tener ese manojo de huesos, pero la Anita la volvió la espalda y me dijo que lo dejara porque ya sé cómo las gastan las mujeres que se pasan la vida esperando a un hombre sin haber de qué. Salió Crescencio con la escoba y en un verbo desatrancó el desagüe y entonces el señor Moro dijo que yo era un azuzón y que armaba un alboroto por cualquier pendejada. Cerré el pico por no armar la de Dios, pero la tipa esta me las paga antes de marchar. ¡Por éstas!

18 febrero, jueves

Me pasé por el Gobierno Civil. Ya tenemos los pasaportes listos. Dentro de veinte días habrá que ir pensando en liar las maletas. Tengo una cosa dentro que no me lamo. Uno no ve el momento de arrancar. La Anita, que soy un culillo de mal asiento. Bueno, lo seré, pero lo cierto es que a uno empieza a gibarle un sitio cuando se huele que en otro puede andar mejor. Todo lo demás son coplas. La chavala como un geranio. Veremos a ver qué dura. Hace dos días que no veo a Melecio ni vivo ni muerto.

21 febrero, domingo

Después de misa tomamos el vermut en Yago. Luego comimos donde los viejos. El marrajo como un cascabel, pero ella se va a ir en agua. ¡Madre, qué barbaridad! Va para dos meses que no lo deja. Cada vez que asomo la gaita, ya se sabe, a mojar la pestaña. Y lo que yo me digo, que una cosa es sentir la separación y otra convertirse en un lloraduelos. Pero ¿quién es el guapo que le va a la chavala con la embajada? Su casa, el papá, la mamá y el hermanito son sagrados, como yo digo. Todo lo de ellos está bien hecho y si yo pongo reparos, ya se sabe, Lorenzo es tan hidalgo como el gavilán. Me empieza a gibar ya tanto restregarme por las narices al tío Egidio. Después de todo, a quien Dios no da hijos, el diablo le da sobrinos. Ya es cosa vieja y ahora no parece sino que uno lo hubiera inventado para la ocasión. Es lo mismo que decirles a ellos papá y mamá, cuando a mí, lealmente, no me sale. Uno no es un farotón, pero tampoco un lila, ¡qué coño! La Anita porfía que a mí me gusta apearme siempre por la cola, pero no lleva razón. A mí la lengua quieta, eso de siempre, otra cosa es si me meten los dedos en la boca. ¿Pero a qué ton voy a decirle mamá a esta tipa que, con todos los respetos, la he conocido ayer? Mejor me peta no llamarla y digo usted, o señora, o no digo nada, porque el mamá me cabrea a mí, y el madre la giba a ella; total, siempre hay cuestión.

Al terminar de comer salió a relucir lo de la vacuna y mi señor preguntó si no me alcanzaba el seguro. Ya le dije que no, por funcionario; luego dijo que si tenía médico de cabecera y le dije que nanay, que cuando lo de la madre regañé con él y que como ni me recuerdo de la última vez que estuve enfermo, lo había dejado para cuando viejo. El hombre no entiende de bromas y saltó con que mal hecho y que en América lo primero un médico. Ella, en cuanto que oyó América, lo de siempre, empezó a moquitear y se gibó la fiesta. Me largué al café y a la noche la chavala me puso jeta. La dije que qué y ella que un poquito más de consideración, que si de novio todo eran facilidades ahora no había razón para cambiar. Lo que yo me digo: Lorenzo, abre el ojo, que asan carne.

23 febrero, martes

De Madrid, ni pío. Le pregunté a don Basilio, que al fin y al cabo es el director, si no convendría dar otro toque. El vaina que calma, que aún quedan por delante tres semanas. Me pone negro la tranquilidad de esta gente.

Saqué los cuartos del Banco. Dos mil doscientas treinta y tres pelas, que no está mal. Eso si el suegro no se descuelga a última hora con un par de billetes. ¡Qui lo sa!

Me llegué donde mi hermana. Uno se encuentra chicos hasta en los pucheros. ¡La madre que los echó! Y ya dan guerra, ya. Está la Titina esa que es más lista que un conejo. Ahora que voy a largarme me doy cuenta de que estos chaveas no son para mí como los demás. Eso de la voz de la sangre no es un cuento. La chalada de mi hermana que si me pinta allá no la eche en olvido, ya que cada día que pasa está más necesitada. Le pregunté por Serafín y la de siempre, a moquitear. Le pregunté si no cumplía y me salió con que si el Serafín no bebiera no habría mejor hombre que él. Ya la advertí que es ley de vida que hasta el más blanco tenga un lunar. Ella que a ver, pero que cuando viene mamado se pone imposible y que ella ya se lo tiene dicho hasta con el hierro de la cocina, pero como si no. La Modes, greñas aparte, tiene así un pronto que es tal y como ver a la madre. Al acostarnos me salió la Anita con que no le gustaría confiar el niño a una negra. Lo que yo la dije, que primero tenerle, y después buscaremos una blanca, que eso, como todo, es cuestión de billetes.

27 febrero, sábado

Hubo carta del tío Egidio. Dice que su señora tan contenta de nuestra llegada, y que aunque es criolla se entiende con los españoles. Luego dice que los boletos para el transandino los recojamos en una tienda de juguetes de la calle Azcuénaga, de Buenos Aires, no recuerda bien el número, que se llama La Sonrisa. El dueño es amigo suyo y debemos preguntar por don Eusebio. Dice que no le abonemos nada, pues el asunto de la plata está ya arreglado. Ya le dije a la chavala que yo pensaba porfiar un poco lo de los cuartos, pero que tal como se explica me da miedo el ofenderlo.

Estuve donde Melecio. El hombre sigue achucharrado y hacerle abrir la boca cuesta un triunfo. Cuando se le murió el chaval, cuate. Se emperró en no llorar y el sentimiento le recomía por dentro. No digo yo que fuera a llorar por esto, pero, al menos, podía hablar y algo se descongestionaría. De la excedencia, ni palabra. También gibaría que por una pendejada así tuviéramos que retrasar el viaje.

1 marzo, lunes

Esto está dando las boqueadas. Ha vuelto a diluviar y ando como aliquebrado. No me petaría largarme sin despedirme del monte de Villalba, de la linde de lo de Muro, de la ladera de la Sinoba, ni de nada, pero a la fuerza ahorcan y no quiero pensar en que no volveré a ver esos campos porque se me encoge el ombligo. Uno quisiera

llevarse todo esto en un bolsillo y en el otro al Melecio, al Zacarías, al Crescencio, a la Modes, a la Doly, a don Rodrigo y a todos. Entonces no me importaría América, ni me importaría nada. Pero no, dice Tochano, y no le falta razón, que la vida es un fandango y el que no lo baila es tonto. Yo no sé si seré un gilí, pero a mí la vida me duele y, a ratos, pienso que si yo voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida, pues cazando parece como si uno espabilase ese dolor y se lo metiese, con los perdigones, a las liebres y las perdices por el culo. Esta tarde cada vez que sonaba el pito de un tren me escocía en lo vivo. Y cuando Melecio, a cosa de las diez, se presentó en casa y me dijo que para el sábado han liado los amigos una cena de despedida en lo de Polo, se me empezó a inflar el corazón y bien creí que me estallaba. Uno no tiene entrañas para dejar todo a sangre fría; uno será un mandria, o lo que sea, pero si piensa que allá olvidará, malo; si piensa que no va a olvidar, peor.

Dice José que de lo mío nada. Estoy negro. Sentí el exprés de Galicia.

3 marzo, miércoles

La excedencia sin aparecer. Don Basilio habló con Madrid y parece que le dieron buenas palabras. Veremos. Vinieron dos a ver la burra, que la había anunciado en la prensa, pero la gente de esta tierra quiere momios, como yo digo. Una bici que está nueva, las ruedas con el dibujo, su timbre y su dínamo, bueno, pues uno pide seiscientas y ellos que la mitad. ¡Vaya usted a paseo! El otro me vino con que era un pobre. Ya le dije que si por casualidad tenía yo cara de ir a veranear a la Costa Azul. ¡No te amuela! Ya le he dicho a la chavala que si no la pagan como se debe, antes la regalo; todo menos hacer el primo. Don Basilio me ofreció una trastera del Centro para los muebles. La chavala quería fundirlos sin más. Yo le dije que calma. Con estas cosas nunca se sabe lo que puede pasar.

4 marzo, jueves

Uno de Villaherrero se quedó con la burra en cuatro billetes. Anduvimos tres horas porfiando, que si subo, que si bajo, y ya me dio lacha y se la di en dos reales para que callase la boca. Cuando la sacaba tuve que mirar para la pared. Uno termina cobrándole ley a las cosas; cuando más a este trasto. ¡Anda y que tampoco les habré dado yo vueltas a esos pedales, ni nada!

5 marzo, viernes

¡Lo que faltaba para el duro, vamos! De regreso del café me encontré a la Anita hecha una dolorosa. Le pregunté que qué, pensando en la candaja de la Carmina, que es la fija, pero ella que no, que era por las Mimis. Le dije que qué de las Mimis y ella me salió con que se habían hecho de cruces de que ella fuese a tener un crío con unas caderas tan escurridas. ¡No te giba! Me puse negro y la voceé que qué pintaban las pingos esas en mi casa y ella que habían estado de despedida. Le dije lealmente que peor era no tener vergüenza y que a la Mimi tiempo la sobró de hacerse de cruces cuando el vivo del fogonero la sacó anticipada. ¡Toma del frasco! Bueno, pues la chavala aún tuvo que salir por ellas, con que si un desliz lo tiene cualquiera, y lo que yo le dije, que a nadie se le caen los pantalones por un descuido. Acabé dando cuatro voces. Para esta mujer lo que digan las Mimis es el evangelio. ¡La madre que la parió! A mí las Mimis, la alta y la baja, las dos, me la traen floja, pero uno viene quemado con lo de la excedencia y malo es que llueva sobre mojado.

6 marzo, sábado

¡La Virgen! La verdad es que nunca me pensé que darían a lo de la despedida tantos vuelos. Nos juntamos en lo de Polo también más de dos docenas de personas. Allí andaban mi hermana con Serafín, Tochano y la Paula, Tomasito y la parienta, Melecio y la Amparo, Zacarías, Crescencio y dos de las chicas, las Mimis y Lucio, el fogonero, Asterio y su chavala, don Rodrigo y qué sé yo cuántos más. Al final, el mismo Polo se sentó con nosotros a echarnos una mano para despachar el lechazo. La cosa empezó un poco así, pero de que nos echamos dos vasos al cinto cambió la decoración. Se emperraron en que cantara «Un estudiante a una chica...» y ahí empezamos a liarla. Luego se puso a hablar Asterio, el sastre, y se quedó solo a elogiarme. ¡Anda y que tampoco me dio jabón ni nada el lila de él! Menos mal que tenía cuatro copas y ya nada me asustaba. Don Rodrigo, el hombre, anduvo haciendo el zángano como uno más y luego se puso a imitar al alcalde, y a don Basilio, y al final todos decían que era un tío majo y que de dónde lo había sacado. Ya les dije que era un profesor y los cipotes se quedaron de una pieza. Les aclaré que en eso, como en todo, había clases. Lucio, el marido de la Mimi, se entonó a escape; a medio comer se levantó diciendo que el cuerpo le pedía juerga, agarró a don Rodrigo y se lo echó al hombro. Todos se liaron a aplaudir y don Rodrigo, entonces, soltó un discurso desde lo alto y acabó con que hacía votos porque a la vuelta de tres años «nos

reuniéramos otra vez todos en lo de Polo con un Lorenzo que apaleara los billetes». Al decir esto, Lucio empezó a bailarle y bien creí que lo estampaba. La Amparo, la de Melecio, andaba desatada y al servir la tarta se subió a la mesa y se marcó un zapateado y el vino se derramaba por los manteles y todos voceaban alegría, alegría, y Melecio tiró de armónica y se metió con *El emigrante* y yo no sabía si reír o llorar, pero notaba una cosa así, sobre la parte, que casi no me dejaba respirar. A última hora, mi cuñado Serafín a poco la giba, venga de darme abrazos y de llorar y de decir que perdía un hermano, y gracias a que Tochano metió el cuezo, lo agarró de las solapas, empezó a zamarrearlo y le voceó que si aguaba la fiesta le iba a dar más palos que a una estera. Entonces Tomasito se arrancó por lo bajines y Lucio quiso hacer un número de circo entre dos sillas, pero agarró una liebre y se lastimó un hombro. El panoli del Zacarías se partía el pecho a reír. Luego hicimos el coro la cuadrilla, o sea, Melecio, Zacarías, Tochano y yo, y cantamos *La comida que he comido ayer* y *La mujer del Churrimandungui*. La Mimi alta saltó con que todo eso era una guarrada de tomo y lomo, pero las chicas de Crescencio, que resultaron muy majas metidas en juerga, a pesar de que uno las ve así, en frío, y se le hacen un poco estreñidas, se meaban de risa. Terminamos en el parque burreando a nuestro antojo. Anduvimos haciendo estatuas hasta que se puso a llover. Entonces, don Rodrigo recordó que yo no había hablado y Lucio me agarró, me subió al hombro y tuve que decirles que por mucho que me diera América nunca podría darme una noche como ésta, y pensaba decir más, pero Tochano me miraba sin dejarlo y me dijo: «Ché, ojo con el pico», y entonces paré quieta la lengua y todos se liaron a aplaudirme y lo dejamos. Luego no acertaba con la cerradura y la chavala me tuvo que echar una mano. En la cama le decía: «Aprieta los ojos y es tal y como si fuéramos navegando». Pero ella, ni pío. A poco la sentí que devolvía, pero no tuve fuerzas ni para moverme.

9 marzo, martes

Le dije a don Basilio que si los papeles no llegan tendré que largarme a Madrid. El vaina, que si mañana no hay noticias pedirá otra conferencia, que ya le choca un retraso así. El caso es amargarle a uno los últimos días. Al salir de la Dirección me topé con don Rodrigo y me preguntó que qué tal desde la otra noche. Ya le dije que agarré una juma regular y que aún andaba con la resaca. Él se puso a reír y me salió con que ayer se topó con Lucio en la plaza y el cipote llevaba un brazo en cabestrillo. ¡Los habrá bestias!

Por la noche ya cantan los ruiseñores en el parque. Tenemos una

primavera temprana. Esto no sería malo si no anunciase nublados para julio, y si es así las nidadas de perdiz se las va a llevar la trampa. Claro que, por lo que a mí respecta, ahí me las den todas. Le dije a la Anita que cuándo empezamos las despedidas; me pone negro dejarlo todo para lo último. Son tantas cosas en la cabeza que uno vive estos días a lo loco, sin tiempo para reflexionar, ni nada.

10 marzo, viernes

De Madrid, ni mus. ¡Los hay que se los pisan, vamos! Don Basilio habló con el Ministerio y porfían que ya está resuelto, pero la verdad es que yo no me puedo largar así, fiado de unas palabras. Con unas cosas y otras hoy ha sido no parar. Por la mañana me llegué a la Renfe por los billetes. Tuve que echarle paciencia al asunto, pues había una cola de órdago a la grande. Luego anduvimos en el Instituto de Higiene a vacunarnos. Comí donde los viejos y con el bocado en la boca me acerqué al cementerio. A uno, por más que diga, le cuesta arrancar y, aunque de vivo ande de la Ceca a la Meca, a la postre no desea otra cosa sino descansar en esta tierra, junto a los suyos, que para algo tiene uno la chamba de no ser un inclusero. El camposanto estaba tranquilo y sentí lástima de los que no están enterrados por lo sagrado. Mentira parece que algunos lleven sus convicciones hasta ese extremo. Pasé por la tumba del Pepe y le dije un padrenuestro. Aún me parecía oírle vocear, siempre en plan protesta. Allí, en América, ni muertos ni conocidos va a tener uno, como yo digo. De regreso me llegué al Ginebra y pregunté por Marcelo, el uruguayo. Le dije que quería llevar dinero americano o italiano para el viaje por si las moscas y me salió con que a bordo tengo un Banco para hacer los cambios que me urjan. Creí que se cachondeaba, pero no; me dio su palabra de que era cierto. Estos extranjeros son la oca. Hasta plaza de toros van a tener los barcos con el tiempo. ¡Qué cosas!

A la noche, el Melecio pasó por casa. Marché con él a despedirme de la Amparo y los chaveas. La Amparo, la mujer, que más que por ella lo sentía por Melecio, que se iba a quedar como sin sombra. Le dije que es la vida, y ella que a ver. Sentí llorar a la Doly en el corral y pasé a verla. El animal se la sabe entera, esto no hay quien me lo saque de la cabeza. Metió el hocico entre mis piernas y no hubo quien la hiciera menearse hasta que me largué. Melecio se vino conmigo. ¡Qué murrio está este hombre! Al despedirnos me dijo que si no molesta sacará billete para acompañarnos a Barcelona. Ya le dije que él manda, por más que luego el verse solo en una ciudad tan grande y desconocida le va a dar que sentir.

La chavala que por qué no encargué los billetes a Lucio, que me

hubiera ahorrado la espera. ¡También es verdad! Y es que uno, en fuerza de dar vueltas a las cosas, acaba como tolondro. Esta historia de los papeles me está haciendo la santísima.

11 marzo, sábado

¡Al fin! Llegó todo el papeleo, solté cuatro firmas, y como los ángeles. Ahora a aguardar. Bueno es saber que uno, por mal dadas que vengan, tiene cubierta la retirada. Pongo por caso que aquel clima no me pinta o, sencillamente, que no me adapto, que todo puede suceder. Zacarías dice que hay quien vive diez años en un sitio y no se adapta. A ver, el hombre y los animales Morlés de Morlés, como yo digo; y hay animales que no aguantan un clima y otros que sí. Con esto sucede como con todas las cosas; cada hombre es como es y nadie puede decir aquí me va a pintar y allí no me va a pintar. Uno tiene que probar antes de decir sí o no. La perdiz, pongo por caso, no se aclimata en el norte. Y como esto, a cientos.

Tino no tuvo tiempo de venir a darme un abrazo. ¡Faltaría más! Mi hermano, es cosa sabida, donde no saque sustancia, nada. Eso sí, en la carta, erre que erre, que si encuentro una proporción no deje de ponerle cuatro letras. Tino, desde que tengo uso de razón, es un gilí que siempre anduvo a la sopa. Todavía tengo clavado cómo se hizo el roncero cuando lo de la madre. Que diga que yo soy así, un tipo sin hiel, si no de qué le vuelvo a mirar a la cara. La vida de Madrid, ya se sabe.

Anduve de despedidas en el Centro. Don Basilio me pasó a la sala de profesores, con toda la consideración, y que en cualquier circunstancia ya se dónde queda un amigo, y que lo de la Conserjería ahí está mientras yo no determine. Ya le dije qué difícil veo que regrese, pero él, que su experiencia le aconseja obrar así y que un primo suyo que se largó a Venezuela, con intención de no volver, se presentó en casa a los dos meses, porque el asunto corazón puede más que otras razones. Bien mirado, todos estuvieron como caballeros menos el de Francés, el tío estirado, que me dio la mano como si fuera un nombramiento de director general. ¡Le daba así, al cipote este! Pero ¿quién se habrá creído que es?

Sentí todos los trenes hasta las tres. De dos semanas a esta parte ando como una pila.

13 marzo, lunes

Pensaba hacer muchas cosas y luego, lo que pasa, no hice ninguna.

Empecé con la Anita las despedidas, pero ahora resulta que todos irán a la estación, eso que el Shanghai no puede salir a peor hora. El suegro soltó trescientas; creo que no vamos mal. Intenté cenar, pero no pude pasar bocado. Me he tirado dos horas de reloj, que se dice pronto, en la azotea mirando las luces y escuchando los ruidos de la ciudad. Mañana no podré hacerlo y si lo pienso me reconcomo. La chavala, con los nervios del viaje, como si no tuviera barriga.

14 marzo, martes

Esto se mueve a base de bien y no hay cristiano que haga una letra derecha. Entre tantas impresiones parece como si uno fuera otro. En la estación se juntaron tres docenas de amiguetes de los fetén. La vieja me hizo una escena que para qué. Bien creí que le daba el telele. Cuando pitó el tren se abrazó a la Anita lo mismo que si la llevaran a la horca. ¡Qué cosas! Lo que yo me digo, que estos extremos no conducen a nada. Menos mal que los otros anduvieron al quite y se pusieron a cantar *Por ser tan buenos muchachos* y me echaron un capote, que si no... Al arrancar, Zacarías se colgó del estribo voceando y el mandria, cuando se soltó, cayó en el andén de mala manera. Vamos, que a poco tenemos algo que lamentar; porque, lo que yo digo, no son pocos los que se han desgraciado por una pamplina así. Los otros, venga a mover los pañuelos, y la chavala no hacía más que moquitear en la ventanilla y a mí se me puso así un bulto como una nuez en el pecho que no iba para arriba ni para abajo. Al doblar el recodo, junto a la fábrica de jabones, les perdimos de vista y Melecio dijo: «Bueno, se acabó». Luego se quedó achucharrado, sin decir palabra. Ni sé para qué se le ha ocurrido escoltarnos. No hago más que pensar en el regreso de este hombre mañana. La Anita, de que se echó la noche, a dormir como una bendita. Las mujeres ya se sabe, ni sienten ni padecen. Al pasar por Zaragoza, le hice jurar a Melecio por la Virgen que no colgaría la escopeta. Ya tiene uno encima bastantes penas para que vayamos a aumentarlas así, a lo bobo.

Dice el revisor que hasta las nueve no llegaremos a Barcelona. Creo yo que Italmar ya tendrá abierto para esa hora. Es lo único que me queda por hacer.

15 marzo, miércoles

Ni tiempo he tenido de echar una ojeada a la ciudad y eso que es mucha capital Barcelona. La gente anda a lo suyo y afana como el que más. Esta ciudad no tiene cuento y si es grande y si es importante, a

pulso se lo ha ganado. En Italmar me despacharon los pasajes sin más que tirar de resguardo; luego merendamos en un bar del Barrio Chino, y a las seis, al muelle. Me giba echarle sentimentalismos al asunto, pero según miraba al Melecio, se me ponía una cosa así, sobre la parte, que ni podía hablar ni nada. Pero en cuanto que le eché la vista al barco, me olvidé de él, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. ¡La madre que lo parió! Esto es como una ciudad y, bien mirado, así de abajo arriba, parece talmente la fila de casas de la Audiencia, todas juntas. Había mucho público en el muelle y a codazo limpio llegamos a la pasarela donde decía tercera, pero entonces nos dijo un panoli de uniforme, con una jeta así muy particular, que debíamos dejar las maletas delante. Nos fuimos allá y Melecio andaba renqueando, arrastrando las suelas de los zapatos. Pusimos las maletas junto a las otras, pero allí no había nadie al quite y le dije a Melecio si le importaba mirar por ellas. Yo sabía que había llegado el momento y, aparte los bultos, lo que yo quería era entretener al Melecio para quitarle la idea de la cabeza. Quedamos en asomar la gaita junto al bote del cuarto piso, donde decía III, y que él no se moviera de donde estaba. Según subíamos, la chavala no hacía más que reírse y apretarme el brazo y ya le dije que, ojo, no resbalara en la escalera y fuera a desgraciar al crío. Arriba entregamos los pasajes y era aquello una olla de grillos de gente que subía y bajaba, y pasillos, y tiendas con escaparates y toda la pesca, y bocinazos por el altavoz en todas las lenguas, pero la Anita y yo sólo nos parábamos a escuchar cuando hablaban en español. Luego empezamos a bajar y subir escaleras y al fin dimos con un mozo y le enseñamos los boletos y nos llevó a los camarotes, pero ahora resulta que la chavala tiene uno y yo otro, y ella va con tres mujeres y yo con tres hombres. Nos han hecho la santísima. Se lo dije al mozo, pero no entendía y no hacía más que reír a lo mandria. Me expliqué por señas y él dijo que «eso costar mucha plata». Ya iba a soltarle cuatro frescas, pero la Anita me dijo que lo dejara y que al fin y al cabo nuestros camarotes eran vecinos. No quise empezar armando una polca. Las cabinas son pequeñas, pero el resto del barco parece cosa de cine, vamos.

Había público por todas partes y entonces pensé en Melecio y pregunté a uno de uniforme si no podría subir un amiguete, y él, que sin tarjeta, nanay. Luego nos pusimos a buscar el bote donde decía III, pero que si quieres. Nos asomamos por la cubierta de segunda clase y allá abajo andaba el Melecio, medio apelelado, con las manos en los bolsillos, mirando para el bote. Por más que le hice señas no hubo manera. Había un ruido del demonio y a pesar de que le voceé, nada. Entonces empezaron a meter maletas con una grúa y yo me bajé donde los camarotes y cuando llegó el mozo con lo mío le largué un pavo, pero el candongo de él me salió con que qué era eso. Le dije

lealmente que la propina, y el farotón, que menos bromas. Me gibó la salida, porque yo creo, vamos, que ya está bien embolsarse un pavo por cargar cien metros con tres maletas terciadas, y como lo pensé se lo solté, y le dije, además, que si hacía treinta servicios por día, ganaba más que un catedrático. Acabé dándole tres pavos por no dar el espectáculo.

Cuando subí, Melecio seguía medio apelelado, allá abajo, en los adoquines, mirando todo el tiempo para el bote. Le dije a la Anita que deberíamos buscar la salida a donde el bote, y cuando andábamos en ello, los altavoces empezaron a decir que los que no fueran pasajeros se largaran, que íbamos a marchar. Me puse como el rabo de una lagartija y cuando quisimos dar con el bote los remolcadores ya tiraban de nosotros hacia fuera. Entonces nos vio Melecio y empezó a mover la gorra, y la chavala y yo tiramos de pañuelo, y había mucho gentío abajo meneando también los suyos y era todo tal y como en las películas. Se iba echando la noche y Melecio ya no era más que un punto en el muelle, pero el hombre seguía moviendo la gorra de un lado a otro, y, de repente, los altavoces dijeron en todos los tonos que la comida para los de tercera estaba lista. Según bajaba empecé a notar el balanceo y, qué sé yo por qué, me recordé de cuando de chavea me montaba la madre en la burra de la señora Felipa, la basurera. El barco se movía como una burra grande y yo sentía los movimientos talmente como podrían sentirlos las pulgas de la burra de la señora Felipa. Nos sentamos a una mesa redonda con un gicho así con trazas de cachondo. Yo no sabía si traerían de todo lo de la minuta, pero me fijé que el de la cara de cachondo pedía tres cosas y yo le di a la Anita con el pie, y ella fue y pidió tres cosas y cuando el gilí del camarero se me acercó, con su poquito de zumba, yo le dije que ídem y asunto concluido. Andábamos un poco moscas, pero, al fin, el de la cara de cachondo preguntó que si españoles y yo le dije que a ver, y que él qué, y él que italiano, de Génova, y que si la siñora también española, y yo que sí, y él salió con que la siñorina parecía napolitana, y entonces la Anita le dijo que si era italiano conocería a la Pier Angeli, pero el cipote ni la había oído mentar.

Andaba más molido que otro poco y al terminar le dije a la Anita que qué tal si nos largáramos. La dejé en su cabina y, ya en la mía, tropecé con un gilí y me dio lacha quedarme en cueros vivos delante de él y me fui a quitar la ropa donde las duchas. Cuando volví, el tipo se lavaba los dientes y hacía unos ruidos que parecía talmente que fuera a volvérsele el estómago del revés. Al acabar me dijo que era alemán, pero que tenía su hacienda en la Argentina. No quise darle carrete por precaución. Zacarías me dijo que en el extranjero hay mucho cipote de la serie B. En realidad, este candongo parece un macho muy macho, pero vaya usted a saber. Tochano decía que ésos,

cuando lo son, son los peores.

Tardé en dormirme. Eché en falta el exprés de Galicia. El hombre, te pones a ver, y no es más que un animal de costumbres.

16 marzo, jueves

La Anita y yo pasamos la mañana recorriendo el barco. Mentira parece que la técnica llegue a estas cosas, como yo digo. Uno oye que el mundo progresa, pero no se percata de ello mientras no lo guipa con estos ojos que se ha de comer la tierra. ¡Qué cosas! Uno tiene aquí todo lo que se pueda soñar y más: gimnasio, salas de juego, biblioteca, cine, pistas de baile, bar, iglesia, tiendas y, tal como me dijo Marcelo, un Banco para cambiar las pesetas en la moneda que a uno le pete. Esto es vivir y lo demás son coplas. Uno paga el servicio, es cierto, pero luego tiene un ciento de tipos que sólo se preocupan de que uno vaya a gusto. Y esto en la tercera. Luego el altavoz dando instrucciones en cuatro lenguas y que uno lo oye, quieras que no, aunque se encierre en el váter. De cine, vamos.

Al ir a comer nos ganó por la mano Giusseppe, el gilí de la cara de cachondo, y luego vinieron uno y una. Él, de que nos oyó hablar, saltó que unos de ida y otros de vuelta, no más, y yo dije que a ver, y le pregunté de dónde era, y él, que chileno, y yo le dije que allá íbamos, y en éstas terció ella, que es una tipa así, tan grandota, que lo mismo parece la voluntad del Señor, y preguntó que si al norte o al sur, y yo callé la boca, y ella que el sur es cosa linda y que ella era del sur. Hicimos migas con la pareja y nos fuimos al cine juntos. La película era en italiano y yo sudé por cada pelo una gota para entenderla y cuando quise preguntarle al chileno qué había dicho un gilí al que parecía que todas las cosas se le torcían, el tío frito. Luego tuvimos té-baile con una orquesta muy apañada, y la chavala y yo nos marcamos un bugui que fue la sensación. Ya veo yo que fuera de España no se baila. Se mueven de acá para allá, pero no hay gracia, ni ritmo, ni nada, ésta es la fetén. En la cena le pregunté al chileno si era cierto que en Chile había campo, y él me salió con que en ninguna parte pagan por dormir. A la noche jugamos unas liras a los caballitos. Anduve con la chorrina y embolsé quinientas, que no está mal. La Anita se volvía loca a aplaudir. Me giba lo que nadie sabe esto de tener las cabinas separadas. Me dice la chavala, y con razón, que a ella le gustaría comentar hasta las tantas. Cuando me acosté, el alemán roncaba con unas ganas como si nunca lo hubiera hecho. ¡Menudo fuelle se gasta el condenado! Tardé en dormirme. Uno lleva tantas cosas en la cabeza que no sabe a qué carta quedarse.

17 marzo, viernes

Esto es un guirigay de aúpa. En la litera de debajo del alemán hay un griego de gafas que puede tener mi tiempo y que así, al pronto, tiene jeta de pasmado, pero te pones a ver y el tipo se la sabe entera. Esta tarde, emperrado en enredarme con dos brasileñas que, según él, son dos churros. Ya le dije que venía con mi señora y él salió entonces con que de lo dicho no había nada. Luego le vi bailando con una gachí medio enana y, de que me veía tumbarme a reír, el gilí se ponía bizco con una gracia que para qué. El fulano se agarraba bien.

Vimos una película en norteamericano y el chileno, así que apagaron, se quedó roque. La Anita porfía que la ha entendido. No sé a santo de qué, pero será verdad cuando ella lo dice. A uno le giba ya esta pichicharra de poner las películas en extranjero cuando nueve de cada diez cascamos en español.

El tiempo anda calmo y anoche cruzamos el estrecho de Gibraltar. Ahora, frente al África, va pegando el calor. Dice el chileno que ya veré cuando pasemos la zona tórrida. Echamos una lotería antes de acostarnos y me costó palmar.

18 marzo, sábado

De madrugada llegamos a Dakar. Los negros salían en barcas a esperarnos más allá de la barra y era un espectáculo. Luego, en las calles, uno no ve un blanco ni con recomendación. ¡Madre, qué fachas! Los gilís estos son negros como la pez y más largos que una peseta de tripas. Luego se colocan unos manteos que para qué. A la Anita, cada vez que se arrimaba uno a ofrecernos algo, la entraba el canguelo. ¡Anda y que también saben ponerse pelmas los mandrias estos! Uno nos siguió hasta el centro y me pedía mil francos por un peinecito que no valía dos reales y ya, cansado, le pregunté si tenía yo, por un casual, cara de memo. Él dijo que no entender y entonces yo me eché a reír en sus barbas, pero el cipote pegó un tirón y me lastimó un dedo. No le solté un sopapo por no armar un trepe. ¡No te giba, el betún este!

Pegaba en forma manolo y nos sentamos en un café con los chilenos y, a cada rato, se nos arrimaba una negra con una cesta a la cabeza, se escupía la mano y un puño de cacahuetes al velador. Le pregunté al chileno si era un obsequio, pero él dijo que mejor nos iría comprándole una medida, no nos fuesen a descrestar por una pichanguita así. Te pones a ver y los edificios aquí son cosa seria. Luego vendrán los del cine a decirnos que el África, en punto a civilización, cero. Ya, ya... Esto es como Europa y el color de la piel no

hace al caso. Antes de regresar al barco dimos un garbeo por los suburbios, y allí sí: los cipotes andan como salvajes y orinan y hacen de vientre en mitad de la calle. Pero lo que yo le digo a la chavala, a edificios no le echan la pata a Dakar muchas capitales que presumen.

A la anochecida me dio por recordarme de lo de allá. Bien mirado el Melecio, con su rutina y sus cosas, no me da envidia. Habrá que verle volver de Barcelona, al torda de él. ¡Se pensará el gilí que sólo por eso ya ha visto medio mundo! Así es la vida; para uno no cuenta más que lo que ve. La fetén es que nada enseña tanto como el viajar; uno guipa otras gentes y otras costumbres, y no es aquello de encogerse en un rincón sin saber de la vida, ni conocer de la misa la media.

A los viejos les enviamos una postal con unos negros debajo de una palmera. Daría dinero por ver la cara que ponen al recibirla.

19 marzo, domingo. San José

Hubo misa en el salón de primera. ¡Vaya postín! Apuesto a que ni en el hotel de más campanillas de París hay un lujo como éste. Tocó la orquestina, y el páter, por no perder la costumbre, habló en italiano. ¡Que le echen un galgo! Según la chavala, dentro de unos años viajaremos en una primera de éstas, como señores; yo ya le digo que por capacidad y por ansia de trabajar no ha de quedar. Con esto y con que el tío eche una mano... En la misa había poco público, y aunque hubo otra de mañana en la capilla, va a tener razón Marcelo, el uruguayo, cuando decía que fuera de España la gente es menos carcundia.

Alquilé una tumbona para que la Anita tome el aire en la cubierta. ¡Cuatro mil liras, que no está mal! Los extras aquí le comen a uno por un pie, órdiga. Ayer invité al griego a tomar el vermut y quinientas del ala. Claro que esto de las liras parece una coña; uno suelta cientos de ellas como quien lava. La verdad es que, quitando el tabaco, lo que no va incluido en los servicios anda por las nubes. Aquí una de rubio viene a salir por cuatro o cinco calas. De lo demás, más vale no hablar.

A última hora se puso el barco a bailar y yo en la mesa veía la jeta de Giusseppe que subía y bajaba y, a poco, noté que se me revolvía el cuerpo y dije que disculpasen y me largué a ventilarme a la cubierta. Detrás subió la chavala con la copla de que la señora de Iquito, la chilena, tenía unas píldoras muy buenas para el mareo. Bajé, me tomé dos píldoras y, al cuarto de hora, como un geranio. La señora de Iquito dice, y no le falta razón, que no hay cosa peor que el mal de mar, particularmente si uno quiere devolver y no hay de qué. El chileno salió entonces con que una vez, estando en el Caribe, fue el único que

se presentó en el comedor. Luego la gozaba y dijo que así y todo tuvo que ayunar porque también los garsones andaban curaditos. Le pregunté si habían viajado mucho y el candongo de él, como quien no dice nada, que se ha dado dos veces la vuelta al mundo. ¡Toma del frasco! Pegamos la hebra hasta las tantas porque los caballitos andaban desanimados.

El personal ha empezado a bañarse en la piscina. El griego, que si no me determino. Otra cosa bueno, pero la fetén es que yo no corro por el agua.

20 marzo, lunes

He pasado el rato con el mapa de cubierta, viendo las banderitas. Bien mirado hemos recorrido ya tres o cuatro veces el largo de España. Sólo de verla tan chica, se le encoge a uno el ombligo, coño. Uno, en su pueblo, se cree alguien, pero de que se asoma al mundo se percata de que es menos que una mosca y que por el hecho de vivir en una ciudad no deja de ser un pardillo. Hay mucho que aprender, como yo digo, aun cuando uno se crea que se la sabe entera. Anoche precisamente le decía a la Anita que me gustaría ver la cara que pondría el Zacarías, o las Mimis, o el señor Moro, si nos vieran ahora aquí, en medio de este mar que no se acaba nunca. La Anita salió con que, para eso, mejor en la tumbona, con las piernas arrebujadas en la manta. Le dije que la cosa tenía fácil arreglo, llamé al fotógrafo y la tiró una placa. Luego hicimos un grupo con los chilenos, el alemán, el griego y el italiano. Mañana las recogeré y desde Brasil podemos mandarlas. Te pones a ver y aquí cada uno es de un país distinto. Mentira parece. Es como el asunto de las monedas. ¡Una colección, vamos! Y no es aquello de que sea un capricho. Si uno quiere desenvolverse en el mundo y no quedar como un panoli necesita echar mano cada día de una moneda distinta. La vida está organizada de esa manera y uno tiene que achantar la mui y bailar al son que le tocan. Que juega a un caballito y gana, bien: uno puede elegir la estampita que más le guste. Que pierde: uno paga con las estampitas que más rabia tenga. ¡Ya me petaría disponer de cinco minutos para contar allá, en la peña, todas estas cosas!

Al marrajo del chileno me lo voy calando. De entrada me salió con que si me parecía podíamos pagar el vino a medias. Ya es una pendejada esto de no incluir el vino en los billetes, pero a uno le pilló de nuevas y bien. Pero ahora resulta que el ansioso se bebe una botella por comida, y con eso de que la chavala ni lo cata, yo me levanto todos los días mamado de la mesa porque tampoco es cosa de pagar doble, vamos, me parece a mí.

Esta noche hubo fiesta de gala, pero no pusieron pegas para entrar de paisano. La Anita dice que en cuanto nos acomodemos, lo primero unos trajes de etiqueta. No es de ahora que yo tenga capricho por la ropa, de forma que le dije que bien. Anduvimos bailando como peonzas hasta las tantas. En el barco ya tenemos fama; sobre todo por el tango. Si siento que la chavala se abulte, está esto entre otras razones. Yo me pirro por el baile, ésta es la fetén.

Antes de acostarme subí a ventilar la cabeza. Por arriba y por abajo uno no ve una luz ni por cuanto hay. Esto del mar es un mundo, vamos.

21 marzo, martes

Hoy hubo bureo con los preparativos de la fiesta del Ecuador. Giusseppe me preguntó si yo lo había pasado más veces y le dije lealmente que nones. Conmigo hay otros seis. El cachondo de él que había que bautizarnos y los demás se reían las muelas, pero yo le dije que de acuerdo. Luego me preguntó si la Anita estaba encinta y le dije que sí, y él dijo que de la siñorina había entonces que prescindir. Me empieza a oler mal la tostada. Por la tarde nos repartieron el programa. A las 8:00, *Passaggio del' Equatore*; 7:00-8:00, *Santa Messa in Capella*; 7:30-10:00, prima colazione; 10:30, battesimo dei neofiti (esto debe de ser lo mío); 12-13, *seconda colazione*; 14:30, *spettacolo cinematografico*; 16:30, *giochi sul ponte*; 16:30, *Santo Rosario e benedizioni in capella*; 17:15, *té-concerto nella sala feste*; 19:00-20:15, pranzo ecuatoriale; 22:00, *gran ballo*; 24:00, *sandwichs e pasticceria*. Total, que mañana jarana de la mañana a la noche. Giusseppe anduvo todo el día de Dios armando corrillos por todas partes. Ni sé la que tramará el cachondo de él. Al anochecer hicimos un ensayo de naufragio, y empezaron a darle a las sirenas, y venga bocinazos por el altavoz, y el público corriendo de acá para allá, poniéndose el salvavidas, y ¡gibar! era todo tan a lo vivo que se le ahogaba a uno con un pelo. La Anita, la mujer, todo era decir que si no había peligro era una pendejada meternos a lo bobo el resuello en el cuerpo.

Dicen que a partir de Río subirá el tabaco y me compré un cartón de Chester. Por la tarde, el griego me estuvo enseñando a jugar al ping-pong. Luego me preguntó si sabía dónde se apeaba el alemán. Le dije que creía que en Buenos Aires y él, que ya era mala suerte. Le pregunté la razón y el cipote se puso bizco y me salió con que una de las brasileiras no le haría ascos a partir con él el camarote. Ya le dije que aún estaba yo, pero el candongo se echó a reír y dijo que yo tenía mi señora y para eso estaban los turnos. La verdad es que no está mal pensado y, puestos a mirar, con esto de la separación de las cabinas

me han hecho la santísima. Uno no será un abusón, pero tiene sus necesidades como cada quisque.

Recogí las fotos. ¡Gibar con el artista! ¡Seiscientas cincuenta liras por dos tamaño postal! A pique estuve de decirle que a robar a Sierra Morena, pero callé por educación. Luego la gozaba con la chavala, porque lo cierto es que ha salido de película.

Hace un bochornazo que le zumba el bolo y la camisa se pega al cuerpo. En cambio, dentro del barco, lo mismo que cuando salimos de Barcelona. Dicen que es por eso del aire acondicionado.

22 marzo, martes

La fiesta no terminó a sopapos de puro milagro. El cipote de Giusseppe se confundió de pieza y a poco la giba. Ya le dije que de mí no se cachondeaba ni mi madre, que gloria haya. El gilí que no sé aguantar una broma. ¡Coño, lo que no sé es nadar! Cuando me tiznó la cara bien callé la boca. Pero, órdiga, hay bromas y bromas, como yo digo. Bueno, pues el cipote todavía porfiaba que no sabía encajar una broma y que si tal, y que venía haciendo de Neptuno desde que nació y nunca le ocurrió una cosa así. Tentado estuve de darle en la cara, pero la gente no hacía más que reír a lo bobo de verme todo empapado y pensé que mejor sería cerrar el pico y dejarlo. ¡Gibar, me voy a recordar del Ecuador así viva mil años! Y lo grande del caso es que todo había ido bien, con el cipote de Giusseppe lleno de barbas, y un tenedor, y rodeado de sirenas, y soltando el discurso a voces. Pero luego me empujaron y perdí la cabeza. Por un momento bien creí que la palmaba, pero uno, no sé cómo, me dio un envite y salí arriba, y Giusseppe y las sirenas me agarraron desde el borde y todos venga de felicitarme, y de gozarla, y Giusseppe fue y me besó y me dijo que ya era un neófito y fue entonces cuando le solté lo de que de mí no se cachondeaba ni mi madre. Aún no sé quién me empujó en el agua, pero tengo un moratón en una cadera que para qué. Luego la Anita cogió la perra con que dónde andaba el Ecuador, porque ella no lo había visto vivo ni muerto y me dio el día. Ya le dije que estas cosas no están, que son como pendejadas que se inventan para hablar de algo y armar folclores. Ella porfió que eso eran pamplinas y que, si habíamos pasado el Ecuador, en alguna parte andaría. Traté de hacerle ver que, bien mirado, el Ecuador venía a ser como la zona tórrida, que tampoco se la veía, pero ella saltó con que la zona tórrida no se la ve, pero se la siente. Callé la boca por no decirle que hija de un churrero tenía que ser.

A las doce retrasaron los relojes treinta minutos. Antes de llegar a Buenos Aires hemos de rebajar cuatro horas. Esto quiere decir que

cuando yo abra el ojo Melecio ya saldrá de la sierra para comer. ¡Toma del frasco! Ya le digo a la chavala que tampoco le voy a hacer ascos a eso de amanecer a mediodía, pero ella porfía, y con razón, que también me amolará acostarme a las cuatro de la madrugada.

23 marzo, miércoles

La Anita es muy asquerosa para comer. Del lechazo, el momio, y pare usted de contar. Ahora me sale con que está harta de la comida de a bordo y que los treinta platos de la minuta son los mismos perros con distintos collares y que te pones a mirar y no comemos de fresco desde que arrancamos de Barcelona. Le eché calma al asunto porque cuando las mujeres la cogen con la cocina ajena es bobería discutir. De todos modos me pone en cuidado que la panoli casi no coma. La fetén es que se está quedando en la espina de Santa Lucía.

Esto de las mujeres también tiene su guasa, como yo digo. Cuando yo era chico la mujer que se casaba, ya se sabía, al año, un tonel. Bueno, ahora, yo no sé qué pasa, que la mujer que se casa se queda espiritada y hasta pierde las formas y el color. Y no lo digo por la Anita, que nunca tuvo demasiado; lo digo por lo común.

El griego andaba hoy en el té-concierto con otra chavala. Le pregunté y que una argentinita de Mendoza. Le dije lealmente que estaba mejor que la brasileña y él me salió con que con la otra no había de qué. Bien mirado, el tío es un canijo, pero las mujeres se le dan como agua.

Mañana a la noche, fiesta de disfraces. Giusseppe me dijo en la mesa que tiene una idea. El tío, desde lo del bautismo, anda con ganas de congraciarse. Le dije que hablara, pero saltó con que hasta mañana no. La chavala, por lo pronto, que no contemos con ella para hacer el payaso.

Retrasamos los relojes otra media hora. En la cubierta hace un bochorno de aúpa. Ni sé cómo la gente de aquí puede pegar el ojo por las noches. En los caballitos perdí esta noche seiscientas liras. Menos mal que la chavala andaba en el salón con la señora de Iquito.

24 marzo, jueves

Estuve mirando las banderitas. ¡Anda y que tampoco hemos hecho kilómetros ni nada! Si no me equivoco, Río está al caer. Tantos días de mar cansan. Uno no ve el momento de pisar tierra firme. Digo yo si será la costumbre, pero el señor Iquito y el griego porfían que no; que por mucho que se navegue, uno nunca se enseña. En cambio, el

alemán viviría siempre de esta manera. El gilí dice que llegar a tierra y empezar las complicaciones es todo uno. Y no es aquello de que se pegue a bordo la vida padre, no. El gicho sigue con sus costumbres y se administra. Giusseppe le propuso hoy hacer panda con nosotros para lo de los disfraces y que no, que a esas horas nada como la cama. Así es que nos juntamos Giusseppe, el señor Iquito, el griego y yo. Con los preparativos nos reímos las muelas, pues el señor Iquito está tan fuerte que es tal y como si tuviera tetas, y a pesar de que su señora es un ejemplar le venía el sostén que ni pintado. Los demás tuvimos que meternos trapos y papeles y sólo de ver las pantorras del griego, tan blanquitas, me meaba de risa. Giusseppe dice que esto del grupo de hawaianas lo hizo ya una vez y fue el despiporre. Nos pintamos los ojos y los labios y el señor Iquito parecía talmente una tía, con esos pechazos y esa barriga y el peluquín. La salida fue el disloque, porque la orquestina tocaba el *Siboney* y nosotros levantábamos primero una pierna y luego la otra, y después nos pusimos en fila y empezamos a cantar afinando la voz, de forma que todos se tumbaban a reír. A última hora nos gibaron y le dieron el premio a una que se puso de húngara y que no hay quien me saque de la cabeza que traía la ropa de propósito. Y esto no debía de ser, porque lo que cuenta en estas cosas es la gracia de la improvisación, como yo digo, y a eso me juego el pescuezo que no había quien nos echara la pata.

Terminé el día molido y a la una me di un clareo con la Anita por la cubierta. Bien sabe Dios que no llevaba segundas, pero subimos y la noche andaba tan clara, y la luna arriba, y la música suave, como colada, y luego las lucecitas de la costa, que nos amartelamos en la toldilla y beso va, beso viene, terminamos perdiendo la cabeza. La chavala me regañó luego, pero ya la aclaré que a nadie necesitaba pedir permiso. Ella me salió, y con razón, que no era lugar, pero la verdad es que no hay otro y estas cosas de los viajes habrá que arreglarlas de forma que cada oveja vaya con su pareja. Porque lo que yo digo, no es cosa esto de andar bien bebido, bien comido y viviendo como un rajá y, luego, de lo otro, nada. Por donde quiera que se le mire, esto no guarda proporción.

Atrasamos los relojes otra media hora. Por lo que dicen, esta noche entraremos en Río. Me apunté en una excursión para visitar lo más señalado.

25 marzo, viernes

Esto de Río es un espectáculo. Uno se impla los ojos y aún no queda conforme. La Anita dice que es como una película en tecnicolor y ésa es la fetén. ¡Madre, qué plantas! ¡Y qué pájaros y qué rascacielos! Y

luego anda el mar ese tan azul que talmente parece hecho de encargo; y las montañas, y el sube y baja, y el tráfico. Vamos, como para perder la cabeza. Y es lo que yo le digo a la chavala, esto no se aprende en los libros. Uno se amona en su rincón y se muere sin saber de la misa la media. Ve ahí Tochano, un cipote que se cree el amo del mundo y luego va uno a mirar y no sabe más que colocar en fila las fichas de dominó, meterse en los cotos como un furtivo y dar cuatro voces cuando lo que uno dice le revienta. ¿Y qué? Bueno, pues lo que yo le digo a la Anita, por voces que dé no deja de ser un mermado. Uno tiene que asomar la gaita al mundo, que el mundo es muy ancho y caben en él muchas cosas, como yo digo, y las cosas de uno no tienen por qué ir delante de las de los demás. No sé si me explico, pero esto de viajar ilustra y el mismo gilí de Francés, con todo su golpe de profesor y de veraneo en San Sebastián, no deja por eso de ser un paleto.

En Río anduvimos toda la santa mañana en autobús de acá para allá, en el Corcovado, el Pan de Azúcar y Copacabana, donde salen los millonarios del cine pegándose la gran vida. ¡Vaya una playa, me cago en sandiez! Ya le digo a la chavala que, así nos hiciéramos ricos todos los del mundo, cabíamos en ella. Y por detrás vengan rascacielos y una avenida que no se la salta un torero. ¡Qué botes, la madre que los echó! Luego anduvimos por las afueras y todo es la selva. Las plantas le tragan a uno con autobús y todo. Yo me reía pensando en lo nuestro, pues los maíces y las patatas de España, en comparación con esto, cosa de broma. Lo gracioso es que los coches van aprisa, pero la cachaza de los negros es cosa de verse, vamos. En los tranvías, los chalados van como dormidos y aunque están abiertos por los lados no se cae uno ni por cuanto hay. Regresamos al barco más molidos que otro poco.

Cuando nos largábamos entró el *Loire* y la gente iba amontonada como los negros en las películas de la trata. Andábamos todos en la borda y el señor Iquito dijo que vale más una tercera del *Miguel Ángel* que una primera en cualquiera de estos vapores. Te pones a ver y el tío Egidio se ha tirado un detalle, pues lo mismo pudo pagar un pasaje en un trasto de éstos y, sin embargo, nos trae en un transatlántico a modo, como señores. Dice la chavala que para que luego diga, y ya le dije que yo no digo ni dejo de decir y que ya sabe que, si es menester, yo le abonaré los pasajes con mi trabajo. Por curiosidad le pregunté al señor Iquito qué puede costar una tercera en el *Miguel Ángel* y él que del orden de los siete mil pesos argentinos, que hablando en plata vienen a ser once o doce mil pelas, que no está mal. En cambio, en esos otros de barullo todavía puede irse a América por la mitad y aun por la tercera parte. Total que, llegado el caso, malo sería que yo no pudiese ahorrar seis mil beatas para el regreso. Más vale no pensarlo.

Esta noche en Santos, dentro de dos en Montevideo, al otro en Buenos Aires y, pasados otros dos, en Santiago. Ya tengo ganas de asentarme allí y empezar la nueva vida.

26 marzo, sábado

Nos repartieron en taxis cada dos parejas para recorrer la ciudad de Santos. La Anita y yo fuimos con los Iquito. Esto de Brasil es más grande que la voluntad del Señor. Nos llevaron a ver una playa que se pierde de vista. Al taxista no le entendía ni jota, pero le dije que la tal playa era más larga que un día sin pan y el cipote se reía las muelas. Luego nos llevó a ver un parque y un zoo. La Anita empezó con que se la revolvía el cuerpo de ver aquellos animales y a un gicho que sacaba el veneno a las culebras como si nada, pero ya me cabreé y la dije que aguantase un poco porque nos iba a hacer a todos la santísima. Luego subimos al Morro de Santa Therezina y la ciudad desde allí parecía talmente una tarjeta postal, con el mar tan azul y luego lo verde del campo. El taxista caminaba muy agudo y le dije que ojo, y él, que en Brasil, el que no va aprisa no llega, y yo que otros, por correr, van más despacio y que más de uno por ganar dos minutos acabó con sus huesos en el camposanto. El cipote era medio negro, como todos los de por aquí, y se reía todo el tiempo y enseñaba unos dientes más blancos que los de un perro. ¡Madre, qué boca!

Regresamos a comer a bordo y la Anita que no podía pasar bocado. Tuve que bajar a toda prisa y la merqué un melón en el muelle. Invitamos a los Iquito y él que nones, que le caía mal. Ya le dije que mi padre decía, y con razón, que al melón para que no repita hay que ponerle sal, pero el tío ni por ésas. La chavala se pegó una tripada de órdago, pero a la tarde ni se quejó. El tiempo está calmo y anduvimos en la toldilla, charlando hasta las tantas. La chavala dice que siquiera en el barco ha aprendido a vivir y que si la peta llegar a Chile es para demostrar que sabe ser una señora, y que para cuatro días que va a vivir una, buena gana de pasar privaciones.

Antes de acostarnos anduvimos en los caballitos. Gané mil liras en un verbo. No vienen pizca de mal porque andaba casi a pre. Retrasamos los relojes media hora. Esto está en las últimas; dentro de tres días si te he visto no me acuerdo.

27 marzo, domingo

Oímos misa a primera hora en la capilla. Luego desayunar. Empezamos con el tiro al plato y me dijo el gili que atiende los

concursos que son ciento cincuenta liras cada plato y que sólo lleva premio el primero. No le dije nada a la chavala, pero me apunté. Tengo unas ganas de dar gusto al dedo que no me lamo. Yo nunca tiré a esto, pero bien mirado no parece que tenga mucho chiste. El plato es negro y liviano y sale recio, pero sereno. La gente anduvo un rato entrenándose y a mí me lo ofrecieron, pero nanay. Me iba a salir más caro que un hijo tonto. El caso es que luego empezamos ya en serio y no sé si los nervios o qué, que no me reportaba y rompía los platos del segundo, cuando ya caían al mar. Cogí fama de doblador y de zurdo y todos decían: «Ahora el zurdo, pim-pam». Y era la fetén, porque yo soltaba los dos, quieras que no. Claro que esto para matar el rato no está mal, pero no es la caza, como yo digo. Uno pega al blanco y la goza, es cierto, pero no es aquello de salir ahumando al ver pegarse el pelotazo a la perdiz y agarrarla todavía caliente o, si es pelo, poner la pieza a orinar antes de colgarla.

Cenamos langostinos. La chavala salió con que le habían sabido a orines y empezó por arriba y por abajo, que no había forma de cortarlo. Tuvimos que avisar al médico y dijo que no eran los langostinos, sino el embarazo. La barriga de la Anita nos va a dar que sentir. Y si no, al tiempo.

Retrasamos otra media hora los relojes. Lo que yo le digo al señor Iquito, a este paso pronto me veo otra vez de calzones cortos.

28 marzo, lunes

Seguimos con el tiro sobre las diez. La Anita, que ya anda tan terne, me preguntó quién pagaba los cartuchos y la dije, echándole cara, que iban incluidos. Llegué a la final, con el italiano, y no sé qué coños pasó, si es que el barco pegó un bandazo o qué, lo cierto es que el último plato se me fue a criar y me quedé a verlas venir. Lo dije así, pero el cipote se sonrió como diciendo que todos los cojos echan la culpa al empedrado. ¡No te amuela! El caso es que el tío no me dio otra oportunidad y cuando la gente le aplaudía yo le choqué los cinco porque no dijeran. Total que he fundido trescientas latas que, bien mirado, no me sobraban.

A la hora del café armamos una tertulia regular. Yo no sé a cuento de qué salió la conversación de las guerras y el griego porfió que las guerras eran cosa de la cultura y que su país hizo más guerras cuando dicen que tenía más cultura. Ya le dije que por eso no, que los generalitos americanos armaban un trepe por un quítame allá esas pajas y eso que dicen que Europa en punto a cultura es la fetén. Terció el señor Iquito y dijo que las suyas eran guerritas de tres al cuarto y que se armaban de ordinario en el trópico, y que no era a causa de la

cultura, sino del calor, y que los generalitos de Centroamérica en cuanto llevaban una semana pegando tiros se aburrían y lo dejaban. El alemán metió el cuezo y dijo que ciertamente el señor Iquito llevaba razón y que en Europa somos más tesoneros y cuando la liamos no sabemos dejarla. Total, que el griego terminó por confesar que hacía diez años que se fue de su tierra huyendo de la quema y que no estaba arrepentido. El alemán que cuate, pero que las guerras no eran a causa de la cultura, ni del calor, sino del aburrimiento. A última hora andaba medio barco metido en la porfía y no había Dios que se pusiera de acuerdo.

A la noche entregaron los premios en una fiesta a todo trapo. El gilí del griego se llevó el de pingpong y Giusseppe el de braza de espalda. Le pregunté con qué se comía eso y el cachondo de él que braza de espalda es lo que yo hice el día que pasamos el Ecuador. ¡Mírale qué ocurrente! Tentado estuve de decirle que nadar, efectivamente, no sabía, pero puesto a repartir guantadas era capaz de poner a media docena de italianinis, uno detrás de otro, la cara como un pan. Pero, en fin, faltan un par de días y no es cosa de armar un cisco por una pendejada así.

29 marzo, martes

El griego sacó hoy a colación el asunto de las propinas. ¡En qué hora! Yo, la verdad, ni sabía a qué propinas se refería, pero Giusseppe dijo que él tenía una norma y que la seguirá pese a quien pese. Le pregunté qué norma era ésa y él salió que del orden de veinte pesitos al camarero, veinte al *maître*, veinte al mozo y quince a la mucama. Le hice ver que a lo bobo, a lo bobo, eso representaba más de cien pelas, pero el alemán terció que menos de cincuenta pesos no se les podía dar al mozo y al camarero. ¡Gibar! Después de cenar, la chavala y yo echamos la cuenta de la vieja y entre los dos no sumamos quinientas pelas. ¡Toma del frasco! La chavala porfía que, a pesar de todo, lo último quedar como tabas, y que afloje la mosca, que no se puede ser señores para una cosa y para otra no. La hice ver que era muy bonito decirlo, pero que qué demonios íbamos a hacer en Buenos Aires con trescientas calas y un viaje a Chile por delante. Bien mirado, no queda más que cerrar los ojos y la que sea sonará. Lo que yo le digo a la chavala, ya lo hemos podido pasar bien, ya, ahorcando más de dos mil pelas en menos de quince días. Si la madre levantara la cabeza... En definitiva, será la que cante un sastre, como yo digo.

He andado toda la tarde como acobardado. La fetén es que uno no puede presumir de señor sin un buen fajo que le respalde. El señor Iquito, por ejemplo, funde tres o cuatro billetes en dos semanas, pero, al cabo, tiene para responder. Y uno no, es bobada engañarnos. Uno dobla un par de sábanas en dos semanas y ha de andar lampando un mes para equilibrarse. Esto no es vida. Si tengo ansia de llegar a Chile es para labrarme un porvenir y dejar de vivir como un paria, mirando siempre la peseta; y no es que yo sea un ansioso, ni me aproveche el amasar dinero, así, por amasarlo, pero, ¡gibar!, siempre es agradable llevar cuatro duros en la cartera siquiera para que un perro no le mee a uno en el bolso.

Al caer la tarde entramos en Montevideo. No me apunté a la excursión. Achanté la mui y aguanté a bordo, que es lo sano. La chavala se puso de morros y me salió con que ella prefería no comer a perder la oportunidad de ver el Uruguay. La dije que bueno, pero ni intención. Ella porfió y acabé diciéndole que yo me visto por los pies y que, acá y allá, en mi casa mando yo. Terminamos mal y se largó al camarote sin despedirse. A mí que me registren.

El sol tiene ya color de otoño. ¡Qué cosas! Retrasamos los relojes otra media hora. Mañana, a la mañana, en Buenos Aires. A lo que dicen ya no navegamos por el mar, sino por el Río de la Plata. Si esto es un río, yo soy obispo. ¡No te giba! ¿Pero es que tiene uno cara de

mamarse el dedo?

30 marzo, miércoles

Hoy ha sido un día de barullo. A las diez atracábamos en Buenos Aires. El altavoz no hacía más que dar órdenes y todo quisque tenía en el muelle a quien saludar menos la Anita y yo, que andábamos en cubierta como dos palominos atontados. Soltamos las propinas y el cipote del *maître* todavía puso jeta. No le calqué un lapo en los hocicos por no dar el espectáculo. Luego tuvimos los líos de la aduana y la chavala pasó su rilis con el azafrán y los ovillos, y la botella del tío Egidio, pero la verdad es que apenas si miraron. Con este fregado ni adiós dijimos a nadie fuera de los Iquito.

Ya en el muelle, tomé un taxi y le dije que a una pensión que ande cerca de la estación del ferrocarril de Chile y que no costara mucha plata. Llamé a La Sonrisa y pregunté por don Eusebio. El cipote hablaba como cantando y me salió con que nos aguardaba en el café España, a las ocho de la tarde. Le dije que dónde andaba eso y él que le dijese a cualquiera que al España, en la avenida de Mayo, y que no tenía pierde. La chavala se arregló y hemos andado pindongueando todo el día de Dios por las calles, medio apelelados. La fetén es que Buenos Aires es una capital de una vez y a edificios y a comercios y a animación pocas habrá que la echen la pata. Y todas son calles principales, y todas llenas de público, y luego dirán que la Argentina tiene poca población. ¡Anda y que tampoco hay almas ni nada por todas partes!

A la tarde, la chavala salió con que la mancaba un zapato y nos sentamos en un banco a ver pasar la gente. Andaba yo ya un poco achucharrado y me dio por pensar que así desfilasen delante mis narices cinco millones de tipos no encontraría una jeta conocida, y entonces me dio por pensar que esto era peor que estar en el desierto y se me puso una cosa así sobre la parte, como una pena de todo, que no podía parar. Empecé a acordarme de casa, y de la cuadrilla, y de los caceríos, y le dije a la Anita que qué se harían en ese momento los viejos y su hermanillo, y ella me preguntó qué hora era y le dije que las cuatro, pero que pusiese cuatro más, o sea las ocho, y ella iba a hablar y de repente se puso a llorar a lo bobo con un hipo del demonio, y la dije que qué, y ella que tenía como una pena por todo el cuerpo que no la dejaba ni respirar. Ya le dije que si empezábamos así pronto dábamos la vuelta, y ella, por no perder la costumbre, se atocinó, y que si no estaba conforme me largase, que tampoco iba a perderse. Me gibó la salida, porque yo no quiero darle alas, pero tampoco que se cabree, porque, lo que yo digo, si somos ella y yo los

únicos conocidos entre seis millones de chalados y callamos la boca sí que nos vamos a divertir. Entonces la dije que no lo tomara por donde quema y ella que si no me importaba quería poner una postal, y mientras la escribía volvió a mojar la pestaña, pero yo me hice el soca para no ponerlo peor. Lo que es si la parienta empieza con esas pamplinas apañados estamos.

A las ocho nos encontramos con don Eusebio en el café. El gicho tiene ya años, pero se perfuma como una tía. Cuando chocamos los cinco dejó la mano tan floja que me dio el repeluzno, lo mismo que si fuera un sapo. Digo yo si el tipo éste no será cacorro. Nos invitó a cenar y dijo que tomáramos pejerrey, que es un pescado que deja chica a la merluza. La fetén es que yo no corro por la merluza, pero pedí pejerrey por no hacerle un desaire. La chavala apenas probó bocado. El vaina de él salió luego con que era de La Mota y que le contara de la tierra, pero, de que yo cogí la palabra, el cipote me la quitaba de la boca y empezaba con que si esto era otra cosa y que oportunidades hay, pero lo que es cultura no la conocen ni por el forro. Tentado estuve de decirle que si echaba de menos la cultura de La Mota, pero cerré el pico por no ser desagradecido. Luego salió con que los mismos bifes tenían aquí otro gusto y ya le dije, lealmente, que hacía muchos años que no me metía en el cuerpo un filete como el que acababa de manducarme. ¡Teta pura, vamos! Luego la chavala me regañó y dale con que si parecía que en la vida había comido caliente, pero ya le dije que gracias por la advertencia, pero que yo me sé de sobra por dónde me ando. Al largarnos, don Eusebio me entregó los billetes para el transandino de pasado mañana y dijo que al tío Egidio un abrazo de su parte. Lo que es si el tío se le parece, yo conozco un prójimo que no va a aguantar a su lado.

Hay dos camas en la pieza, pero nos metimos juntos y dormimos tan apretados como pájaros en carnutas. Tardé en pegar el ojo. Luego me dio por pensar en la vida y acabé de gibarla.

31 marzo, jueves

Amanecí más animadillo. En estas cosas, lo mejor la de Tochano, no mirar atrás. A fin de cuentas, uno no es un ignorante y tiene la suficiente mollera para distinguir lo que conviene de lo que no. Todo es a lo que uno se enseñe, como yo digo.

La Anita empezó a la mañana que parecía que sentía al crío, pero ya le dije que aún es pronto. También entre tanta impresión se le olvida a uno que el chavea se está cociendo. Y es lo que yo me pienso, siquiera sea por el chaval hay que sacrificarse y prosperar, que mañana no pueda echarle a uno en cara que pudo hacer esto y lo otro y lo de más

allá y no lo hizo porque es un mermado y que él, por culpa de uno, tenga que arrancar terrones. Verdaderamente no hay cosa con cosa.

Anduvimos a la que salta todo el día. No quisimos tomar un taxi para ahorrar los cuatro cochinos pesos que quedan, pero a medio día iba echando el bofe. Así y todo estuvimos de escaparates, pues dice la chavala que hay que ir mirando para cuando volvamos para allá con la cartera repleta. Compré una de negro, porque fumar de rubio todo el tiempo no me satisface. Ya se sabe que perdices a diario cansan. Así y todo el tabaco éste es flojo y uno se queda después de haber fumado con más gana que cuando empezó. Nos encamamos temprano porque el tren sale a las nueve. La chavalilla se zampó una pizza en la tienda de abajo y yo un café con leche. Ya la digo que lo mejor para no andar comprometidos es comprar mañana un pan y meter algo de sustancia dentro. Cualquier unte, como yo digo; si empezamos con restaurantes y mandangas vamos a llegar a pre. Verdaderamente, en esta situación nunca debí meterme a tirar al plato.

1 abril, viernes

El trenillo este no vale dos reales. Dicen que era de los ingleses y que los argentinos, para no depender de nadie, se lo compraron. ¡Vaya un negocio! Los tercerolas llevan los asientos tan tiesos que al cabo de dos horas no puede uno con las espaldas. A lo que dicen no llegamos a Santiago hasta mañana a la noche. Paciencia y barajar, que diría el otro. En el departamento viaja un uruguayo que le dicen Guardner y trabaja en Montevideo en una fábrica de vidrio. Le pregunté por la caza y me salió con que es su pasión. ¡También es casualidad! Le dije cómo andaba Chile de eso, y él que de Chile no sabía una palabra, porque él paraba en Mendoza, a ver a una tía, pero que en el Uruguay una escopeta regular baja cuarenta perdices en la jornada sin necesidad de correr mucho monte. Le pregunté si es la perdiz roja y dijo que nanay, que por aquí no queda más que parda, que es un bicho que se arranca de los mismos pies y chilla como un pendón. Luego le dije que de liebres qué, y él que aquí ni caso, pero, en cambio, matan al carpincho, que es como un conejo gigante con una piel muy hermosa. Le pregunté si en Chile se daba también el carpincho y me salió con que ya me había dicho que de Chile no sabía una palabra. La chavala no se movió de la ventanilla en todo el día de Dios. Porfía que no se ve un pueblo ni para un milagro y que las vacas andan por todas partes como sin dueño. Ya le dije que reparase en que los campos estaban cercados y que de alguien sería el ganado que hubiese dentro. A la una nos echamos al cinto los bifes que nos pusieron en la estación. Estoy que no sé de qué postura ponerme; no puedo con las espaldas, vamos. En cuanto que oscureció, la chavala se tumbó en el

banco, apoyó la cabeza en mi muslo y hasta Mendoza. Las mujeres, ya se sabe, descabezan un sueño en la punta de un alfiler.

2 abril, sábado

Amanecía Dios cuando llegamos a Mendoza. Dicen que esto es la tierra del vino. Por probar y mientras se arreglaba el cambio de tren, me ferié una botella. ¡Tampoco tienen mal precio las condenadas! Luego me tuve que ocupar de las maletas y armé un cisco con un panoli que me preguntaba si quería despachar las valijas o las llevaba conmigo. Le dije que las llevaba conmigo, pero facturadas, y fue él y las separó. Entonces le pregunté por qué ponía mis valijas aparte y el cipote salió a voces que las llevaba conmigo y que los demás iban a despacharlas. Ya quemado le dije que qué coños quería decir con eso de despacharlas, que eso no era cristiano, y entonces el gilí se atocinó y nos pusimos los dos a voces. Menos mal que terció uno que me hizo ver que facturar y despachar eran una misma cosa.

En un minuto nos metimos en los Andes. ¡Madre, qué picos! Yo me recordaba de los tesos nuestros y la gozaba. La verdad es que uno junto a estos montes queda más chico que una hormiga. El trenillo iba para arriba echando los bofes, daba agonía el verlo. Por todas partes hay nieve y eso que aquí ni se ha acabado el verano. En una de las rampas de junto a la vía se arrancó, de repente, una liebrota como un burro y anduve siguiéndola con la vista hasta que se perdió. Digo que si aquí hay liebre, abajo, en los valles, han de andar en rebaños. Estaba de mal café desde lo de las valijas, pero el animalito este me ha cambiado el talante. La chavala se puso de palique con una religiosa que subió en Mendoza y no lo dejaban. Más arriba parece que uno hubiera bebido. No sé si será la sugestión o qué, pero es tal como si tuviera una piedra encima del pecho. En las cimas, empezaron a volar los cóndores. ¡La madre que los echó y qué majestad tienen los condenados! Los babosos de ellos, con el collarón blanco y la jeta pelada, parecen aves de mal agüero, pero la fetén es que vuelan como los ángeles. Entre éstos y la liebre, estoy negro; no veo la hora de dar gusto al dedo. La monja dice que en el Hostal de Farellones tienen disecado uno y que mide más de tres metros de envergadura. ¡Toma del frasco! A media tarde llegamos arriba y luego el tren empezó a bajar. Si uno mira a los picos y, más abajo, al abismo, se le va la cabeza. La monja se apeó en un pueblo y nos quedamos la chica y yo mano a mano. Desde que se hizo de noche hasta Santiago no hicimos más que calentarnos la cabeza con planes para el futuro. A última hora pasamos la aduana y como si nada. Sólo quitaron las valijas a una prójima que las llevaba llenas de cortes de traje. ¡Las habrá

aprovechadas!

Al entrar en Santiago, con tantas luces y tantas voces por el altavoz y tantas horas de tren, no acertaba a abrir la boca. Aquello era un hormiguero y la chavala y yo no hacíamos más que mirar la foto del tío Egidio, la que se hizo durante la mili, aunque ya llovió. Cuando el tren paró nos plantamos en la ventanilla como pasmarotes y de repente pasó un gicho y la Anita tuvo una corazonada y dijo «¡Ése es!» y empezó «tío, tío» y el hombre se acercó sonriendo y dijo: «Vos sois la Anita», y la chavala se arrancó a llorar como una lela y yo le sonreía al tío, porque sabía que nada al principio como caerle en gracia. Le dimos las valijas por la ventanilla y fuimos por las otras donde el furgón. Al cabo, se nos acercó una tipa así como implada, de buenas carnes, y el tío dejó las valijas en el suelo y dijo que era su viejita y ella que éramos dos cabros no más y la Anita le plantó dos besos y la tía añadió que salir fuera, que con los parlantes no había manera de entenderse. Ni sé qué se habrá querido decir la gilí con eso de los cabros, pero se me hace que con esta fulana habrá que andar con ojo. Yo le dije al tío Egidio que llamar un mozo, pero me salió con que si yo era un hombre joven, y no tuve más remedio que apencar con las valijas y sonreír a lo bobo. A la puerta había una furgoneta del tiempo de la nana y dijo el tío que lo pusiera allí y luego me preguntó si manejaba. Le dije que si manejaba qué, y él saltó con que cuál iba a ser, y ya le dije lealmente que no entendía y él, entonces, sin más, se puso como de mal café y se plantó al volante. Detrás íbamos los tres sentados en unas tablas y con la cabeza gacha para no pegarnos en el techo cuando botaba. Y al tío todo se le volvía decir: «Esto es la alameda O'Higgins», «Esto San Francisco», «Esto el parque Japonés», «Esto tal», «Esto cual», y luego decía: «Lindo, ¿no?», y la Anita y yo que muy lindo, aunque no veíamos ni papa. Cuando se detuvo, en una calle ancha, de casas de un solo piso, nos dijo que era la Recoleta y que era un sitio tranquilo y que más allasito estaba el negocio y a dos cuadras, el cementerio. ¡No te giba! Por hablar de algo le pregunté por qué eran las casas tan bajas y él se rió y salió con que buen detalle era que al señor marido de la Anita le picara la curiosidad por las cosas y que las casas eran así por los temblores, pues. La chavala dijo si era cierto que había muchos y él dijo que temblorcitos como moscas. La tía no hacía más que mirarnos y decir que parecíamos dos cabros, no más, y sonreír a lo mandria. ¡No te amuela!

En casa salió una tipa con jeta como de mora y dijo la tía que era la niña de mano y ella nos miraba todo el tiempo sin dejarlo y el tío dijo que era una mapuche de Temuco. Yo, por lo de la curiosidad, le dije que qué era mapuche y él que india, araucana, y que Temuco, la reducción. Iba a preguntarle qué era la reducción, pero se me hizo que la cosa olía ya a cachondeo y lo dejé. Luego, en la cena, apenas

pudimos abrir el pico, porque el tío se lo dice todo. La casa no vale dos reales, por más que él como si fuera un palacio. Nos acostamos temprano y anduvimos cuchicheando hasta las tantas. Dice la chavala, y no le falta razón, que ya le lleva años el tío a la tía. La dije que ciertamente, y que se me hacía que el tío era así un poquito agarrado, pero ella saltó con que a cuento de qué decía eso y cerré el pico para no gibarla. No sé por qué me parece que aquí no voy a hacer carrera. La pieza es muy chica y la cama está pegada a la pared de forma que si yo quiero bajar a orinar tengo que pasar por encima de la chavala. Tampoco hay una mala silla donde doblar la ropa, ni nada de nada. En fin, mañana será otro día. Estoy que no puedo con mi alma.

3 abril, domingo

El tío ni palabra. Parece como si yo hubiera venido aquí a pegar la gorra. Eso sí, en el café se emperró en ponerme cinco terrones y no tuve otro remedio que aguantar. ¡Vamos, que la cosa tiene guasa! A pique estuve de decirle que aunque pobre, ni la Anita ni yo, a Dios gracias, venimos de pasar necesidad. Callé la boca, sin embargo, para no poner peor las cosas. La tía se pasó la mañana cantando y la machucha, o como se llame el pellejo ese, yendo de acá para allá como un fantasma. A las doce subimos a misa, a San Francisco, y estuvimos viendo la Alameda como Dios manda. ¡Ya tiene tráfico esta ciudad, ya! Dice el tío Egidio que como no hay metro todo sale por fuera, y no le falta razón. Lo cierto es que aquí hay carros de todos los tamaños y todos los colores. El tío cogió la pichicharra de que debía aprender a distinguirlos desde el primer día y allá anduvimos parados en el bordillo como lelos, tres cuartos de hora. Él preguntaba: «¿Ése?» y yo tenía que decirle: «micro», o «liebre» o «colectivo», o lo que fuese, y él decía: «Bien» o «No»; y si decía «No» yo tenía que repetir hasta que acertara. Me giba lo que nadie sabe esto de que me traten como a un piernas. Uno, me parece a mí, ya ha demostrado que sabe desenvolverse, y lo que no sepa hoy ya lo aprenderá mañana, que tampoco se ganó Zamora en una hora, como yo digo.

Camino de casa, el tío Egidio nos enseñó los negocios del centro y la calle Ahumada, y la plaza de Armas, y los principales monumentos, pero de que la tía dijo que tomar unas pichanguitas, él que aligerásemos, que era la hora del rancho. Luego se pasó la tarde cascando y sólo al final preguntó cómo se las arreglaba su hermano allá. Le dije lealmente que el negocio le daba para ir tirando y él movía la cabeza de un lado a otro y sonreía a lo bobo. Después cogió la perra de su barraca y no lo dejó hasta la hora de cenar. ¡Vaya un pico de oro que se gasta el gilí! La tía agarró la baraja y preguntó si

jugábamos canasta. Yo le dije que no y entonces se puso a hacer montones ella sola. A la hora de acostarnos, salió con que había olvidado el correo y nos dio dos cartas de allá. La chavala dijo que leerlas en la cama, se amonó entre las sábanas y que las leyera en alto y despacio. Según leía me iba entrando por el pecho como un ansia y apenas si podía pronunciar. La carta de los viejos, ya se sabe, vengan recomendaciones, que si el médico, que si el frío, que si el tío Egidio. Se empezó a mover la cama, miré para la Anita y la gilí toda la almohada empapada. Me hice el soca para que se desahogara a gusto, pero cuando me puse a leer la de Melecio, casi no había de qué. El vaina de él que cuando se vio solo en Barcelona le parecía que andaba en otro planeta y que en el tren de regreso era tal y como si fuese acompañando un entierro. Piensa vacunar a la Doly contra el moquillo a pesar de que es vieja y poca utilidad puede rendirle, pero el animal es ya para él como uno de la familia. Al terminar, la chavala me dijo que se acordaba de su casa y que no lo podía remediar. Ya le dije que eso ahora no contaba y que no volviera a mentar a lo bobo lo que habíamos dejado, porque no conducía a nada más que a joder la marrana. Así y todo yo no pude dejar de pensar en Melecio, y en la Amparo, y en el Mele, y en todo hasta que me quedé roque. ¡Anda y que tampoco tenemos kilómetros por medio!

4 abril, lunes

Desde la ventana se ven los picos de los Andes, con las puntas nevadas, y sólo de mirarlos se le encoge a uno el ombligo. Es como si uno estuviera encerrado, órdiga. ¡Virgen, qué agonía! Luego eso de no tener nada que hacer más que pensar en la vida de la mañana a la noche. Esto no me gusta un pelo. Yo debería decirle al tío que necesito darle al parche cuanto antes para matar el gusanillo. Pero, lo que yo me digo: ¿Cómo va a reaccionar este hombre? Él porfía que en unos días no haga más que comer y dormir, que tiempo habrá de lo demás y que ahora a reponerme. Ya le dije que bien repuesto estaba, que llevo casi un mes tocándome la barriga, pero él me salió, no sé a cuento de qué, que de siempre los españoles fuimos muy orgullosos. La chavala anda como lela y a la legua se ve que está afectada. Me giba lo que nadie sabe la manera de ser de esta mujer. La verdad es que se gasta un temperamento que no hay Dios que la entienda. Ayer, allá y suspirando por venir aquí, hoy aquí, suspirando por volver allá. La fetén es que la chavala se ha llevado un desengaño de órdago por más que diga misa. Pero, al fin y al cabo, lo que yo me digo: ¿que el tío no es lo que creíamos? Bueno; eso, me parece a mí, no quiere decir nada; a unos les gusta airear los billetes y a otros candarlos. Cada uno

es cada uno.

A la tarde dimos un clareo con la tía. Le dije lealmente que me chocaba la cantidad de mendigos y ella que no eran mendigos, sino rotos, y que los rotos son tan caballeros como el que más. No sé, no sé. Puede que sean caballeros, pero la fetén es que con esos sombreros y esos pantalones que se gastan, los gilís talmente parecen Cantinflas.

Nos sentamos en una fuente de soda de la calle Ahumada y parece que la chavala salió de mejor garbo. A la noche le dije, con toda la buena intención, que comprendía que se hubiera llevado un desengaño, pero que le echara calma al asunto. Ella saltó, tan chulilla, que desengaño a cuento de qué. Ya le dije, en buen plan, que no tuviera rostro y que no me tirara de la lengua, pero como si no. Acabé recordándola lo de los negros y todo lo demás, y fue ella, entonces, y se arrancó a llorar de unas formas que inclusive devolvió y todo. En la cama quise contentarla pero ni por pienso; la panoli retiraba la mano cada vez que la iba a tocar.

Verdaderamente será difícil que yo me aclimate. Me da a mí el corazón que aquí no hay nada que hacer.

5 abril, martes

Hoy me llevó a la barraca el tío. El negocio es de postín, pero parece poco atendido. A la puerta había un cantinflas de esos y yo le saludé y el cipote se quitó el sombrero. ¡No te giba! Me dijo el tío que él empezó barriendo la oficina, y luego de recadero, y luego en la tupi, y luego de chupatintas, y luego de socio, y terminó quedándose con todo. Le dije lealmente que ya era mérito, y él que sólo un poquito de conocimiento de la vida y que yo haría otro tanto porque sabía por su hermano que yo era un hombre capaz y que en América el que trabaja y es capaz hace platita. Cuando me dijo que había ampliado el negocio el año anterior pensando en nosotros, aproveché para soltarle que quería empezar cuanto antes a currelar, porque no tengo coraje para aguantar que otro me eche de comer. El hombre se reía como un conejo y me prometió que al tiro y que ya hablaríamos en casa del asunto. Según me mostraba el taller pasé un sofoco del demonio cuando le vi con la sacristía abierta, enseñando el faldistón de la camisa. Ya es la segunda vez que le pillo así. Los gilís de la sierra se daban de codo y se coñeaban y ya le dije que «tío, la bragueta», y él me miró, y se vio lo blanco y, tan pancho, salió con que desde joven es muy distraído, y se cerró la ventana como si tal cosa.

A la chavala se le pasó el berrinche. Esta tarde agarramos una micro y anduvimos dando clareos por cinco pesos hasta que cayó la noche. La ciudad esta tiene vida, como yo digo, aunque desde luego no es

Buenos Aires. Eso sí, a monumentos no creo que nadie la achante. Y la gente es cariñosa, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. De regreso, la chavala se emperró en poner la radio a ver si cogíamos España. La cogimos y sólo de sentir el habla de allá se me puso el corazón como una pasa. Lo que yo le digo a la Anita, uno no será un animal de bellota, pero tiene sus querencias como cada quisque.

6 abril, miércoles

Quedan ochenta calas y el tío sin explicarse. Hoy las cambié y me largaron setecientos pesos. La chavala, loca, que hemos hecho chamba; ya la dije que menos chamba, puesto que si por un diario te sacan aquí quince pesos y por una merienda doscientos, tampoco vamos muy lejos con siete de los pequeños. El tío, a ver, una de dos, o me pone a trabajar o afloja la mosca.

A la tarde me llegué al Consulado. De regreso me colé en un bar y el cipote del mostrador de que me oyó hablar me salió con que ¡pucha, un coño! Ya le dije que sin ofender y el torda recogió velas y que había querido decir español. Le hice ver que tampoco eran formas, vamos, y él, de buenos modos, que es un decir, porque coño es la primera palabra que los españoles tenemos en la boca. Le aclaré que eso, como todo, es cuestión de educación, y que a mí no me gusta hablar mal por la misma razón que no me peta andar desaseado. El gilí se dio a razones y dijo que pagaba un trago y que disculpase y que qué quería decir, pues, la palabra esa. Le expliqué y él soltó el trapo y me salió con que de dónde era y se lo dije y le pregunté su nombre y salió con que Lautaro y le dije, entonces, si eso era un alias o nombre cristiano. El mandria se reía las muelas y porfió que en Chile todos se llaman así. ¡No te giba! Lo cierto es que trago va trago viene terminé un poquillo mamado y entonces le dije que cuando amasara un carro de plata le pagaría un pasaje para que conociera mi país y que ya vería cosa fina. Luego no acertaba a encontrar la casa del tío, y la chavala, de que me echó la vista encima, se puso así como implada, se arrancó a llorar y no la vi el pelo hasta la hora de cenar. El tío me puso jeta y andaba como pensativo y al acostarnos me salió con que mañana conversaremos. Luego les sentí discutir en la pieza y la tía decía que tomarse un trago es natural en un gallo joven, pero el tío decía que mierda, y que cuándo le había visto a él curadito, y que si el gallo andaba así antes de ganar un peso qué sería luego. A la chavala no hubo manera de sacarla una palabra del cuerpo y, de que apagué la luz, la sentí llorar como si hubiera en casa una desgracia. ¡La cosa tiene pelotas, vamos!

7 abril, jueves

Fui con el tío esta mañana a la barraca, me metió en su despacho, trancó la puerta y, sin más coplas, me plantó que mi primer cometido sería de cobro de los mandados, para corretear facturas, y que embolsaría ciento ochenta pitos diarios. Así, de primeras, no me pareció mal, pero de que eché la cuenta por dentro y reparé que eran dieciocho pelas, tentado estuve de cantarle cuatro verdades. Pepita en la lengua no tengo. Me subió un sofoco a la cara que para qué, pero el gicho me doró la píldora y me salió con que de esta manera conocería en poco tiempo la ciudad y luego ya conversaríamos. Me preguntó si contento, y yo, como un vaina, que a ver. Pero no debió verme muy pispo que digamos porque empezó con que si él llegó aquí con lo puesto, y sin un tío macanudo que le echase una manita, y que pasó dos meses en el campo recogiendo paltas y durmiendo en una parva, y que si sabía cuánto ganaba por una jornada de peón. Le respondí lealmente que no, y él, para acoquinarme, que cinco pesos diarios. Callé la boca, pero de sobra me sé yo que cinco pesos de hace treinta años ya serían lo que ahora quinientos; lo que ocurre es que para estos viejales un peso siempre es un peso y no quieren darse cuenta de que el peso no hay que mirarlo y lo que hay que mirar es el pan. A pesar de que no abrí el pico, el marrajo cogió carrerilla y me preguntó si sabía lo que le quedaba de cinco pitos diarios y le dije que, claro, no, y él que cuatro, y yo le dije entonces que bueno, tío, eran otros tiempos, pero eso le cabreó y se puso a voces que todos los tiempos eran buenos o malos, que eso va en los gallos, si son capaces o no, y yo le dije que por probar, probaría, y él me salió con que hiciera caso de su consejo y dejara el tinto a un lado. Para no oírle le dije que bueno, y que mañana empezaría, pero el cipote se puso loco, como si me hubiera ciscado en su madre, y salió con que mal principio, y que cuando a uno le ofrecen un empleo debe decir ahorita, no más, y no demorarlo, y que el que dice mañana no es más que un flojo y un roto de mierda. Tentado estuve de decirle que a mí no me levantó la voz ni mi padre, que gloria haya, y que a fin de cuentas con ciento ochenta pesos me limpio yo el ojete. Bien sabe Dios que si cerré el pico fue en atención a la chavala y a su barriga, y que en otras circunstancias ni el tío Egidio ni san Egidio me agarran a mí para el chorizo. ¡No te amuela el torda este! Lo que le sobra al candongo de él es labia, como yo digo, y a la próxima habrá que decirle que la historia de las paltas ya me la sé y que me cuente ahora la de risa. Le pedí las facturas y he pasado el día de acá para allá como un zascandil, sin más que una hora para comer. A fin de cuentas tampoco me va a perjudicar, creo yo, informarme del terreno que piso, por la que pueda tronar.

A la chavala la puse al corriente al acostarnos. Le pregunte qué le

parecía y la panoli que si me había creído que el tío iba a hacerme socio de la noche a la mañana; que, de principio, es natural que desconfíe. Le dije que tampoco es eso, pero que ciento ochenta pesos eran más o menos dieciocho pelas y que eso lo gana allá un pelado con la gorra y que para tanto como eso no hace falta correr mucho mundo. Ella, de que me vio atufado, calló la boca como mejor solución. Tardé en dormirme dándole vueltas al asunto.

8 abril, viernes

Hoy me dijo el hocicudo de Efrén, el carrero, que también él es español, de la parte de Zamora, y que lleva cinco años acá tomando las medidas a la ciudad. Le pregunté si cinco años sin salir de carrero, y él que y gracias, que allá mucho cuento con América, pero que él ha corrido ya tres países y en ninguno atan los perros con longaniza. Le confesé que ayer me pegué una pechada de órdago cobrando facturas y me dijo que más tonto soy yo, que haciendo la mitad gano lo mismo. Eso también es cierto, que, al fin y a la postre, uno no lleva parte en los beneficios. Le pagué un trago donde Lautaro y luego le pregunté qué clase de patrón era mi tío. Me dijo que más o menos, pero fuera de eso, chitón. Se conoce que cinco años dando patadas por el mundo le han enseñado a candar la boca. El Efrén tiene así, al primer vistazo, jeta de acelga, pero tratado no resulta mal rapaz.

A Lautaro le pregunté por la caza y dice que más o menos, que él tiene unos parroquianos que suben los domingos y matan el rato y que cualquier día me presentaría un gallo que en asuntos de caza no hay quien le enseñe nada. Quedé con Efrén en estudiar a diario nuestras veredas y ver el camino que podemos hacer juntos y que, para que mi tío no diga, le aguardaré en la esquina. Lo que haga en el carro lo ahorro en la micro y eso queda para el bolso. Dios nos manda ser hermanos, pero no primos.

Ni sé qué se hará la chavala en este tiempo. Hoy, cuando volví a casa me la encontré agarrada a la radio. Yo me canso de decirle que por eso no anda más cerca de casa, pero ella porfía, y no le falta razón, que con ello no hace mal a nadie y que mientras la tía le da a la baraja ella la goza con la radio. Esta noche me salió con que si sabía lo que pensaba la tía de mí. Le dije que qué, y ella que la tía había dicho que yo era un gallo harto encachado y que ella le preguntó con qué se come eso y la tía dijo que un muchacho guapo. ¡Qué cosas! ¿Pero es que también los hombres pueden ser guapos? Las mujeres, ya se sabe, aunque te pones a ver y cada día las entiendo menos. Claro que más pelo echaríamos si fuera ella y no él la dueña del negocio.

9 abril, sábado

Una semana que llegamos, se dice pronto. Antes que nos demos cuenta llevaremos un año aquí. Así es la vida y uno, en definitiva, no puede hacer otra cosa que bailar al son que le tocan. Ando como achucharrado y sólo de ver los picos de la Cordillera paso la pena negra. Hoy me dio por pensar que, después de todo, en casa no echaba nada en falta, o sea que si nos largamos fue sólo por la cochina avaricia. Bien mirado, allá con los caceríos, los amiguetes y un empleo descansado, uno tenía para ir tirando, pero no. Decía mi padre, y con razón, que los hombres son como las gallinas, que las echas maíz y se van a picar a la mierda.

A la mañana me las tuve tiesas con el tío. ¡No te amuela! El cipote emperrado en que me colocara un mandil para repartir, como si uno fuese un cualquiera. Ya le dije que eso no, que estaba enseñado al uniforme que, no es porque yo lo dijera, pero poco tenía que envidiar del de la Armada. El candongo de él, que sabía por experiencia que la ropa no aguanta estos trajines, y ya le dije que si le parecía bonito que su sobrino saliese a la calle como un cantinflas de esos que andan picando piedra en la calle Ahumada. Ya quemado, se fue de la cuestión y dijo que uno no debería achuncharse de su vida de trabajo, y ya le dije que de eso a disfrazarme por aquello de no marrotar la ropa hay distancia.

La Anita cada día come menos. Está que pisa un huevo y no lo rompe, como yo digo. Ciertamente la comida aquí no es como para correr por ella, con tanto choclo y ese aceite de gigantea que se gastan, pero, vamos... Ya le digo que se esfuerce, pero como si no. Lo que le ocurre a la chavala es que se ha llevado un desengaño de aúpa, pero antes de confesarlo se dejaría abrir en canal.

Al acostarnos me preguntó si me había recordado de que ayer fue Viernes Santo. Verdaderamente. Mira que allá éste es un día grande; bueno, pues aquí, ni muestra. Razón le sobraba a Marcelo, el uruguayo, cuando decía que tocante a religión los extranjeros son más fríos que otro poco.

10 abril, domingo

Sigo como aliquebrado. Quedé con Efrén donde Lautaro y luego no me determiné a ir. La chavala no me quitaba ojo y si yo digo de salir es fijo que se arma la polca. Por la mañana anduvimos en misa y luego subimos con los tíos al cerro de San Cristóbal, en el funicular. Desde arriba, la ciudad parece talmente de muñecas, y los carros, unos detrás de otros, como si fuesen hormigas. La tía propuso tomar un traguito

en la cantina, pero el tío dijo que estábamos demorando y lo dejamos para otro día. Pasé la tarde mano sobre mano, mientras la tía hacía montones con la baraja. A ratos levantaba la vista y me miraba sin decir palabra y ponía los ojos como las vacas cuando las van a ordeñar. La tía así, al pronto, parece una tipa implada, pero luego no tiene mal corazón. Al anochecer, el tío salió a comprar el diario y no lo dejó hasta la hora de cenar. A la Anita ya le digo que, de seguir así, tendremos que ir al fútbol o inventar otra pendejada, pero que yo no aguanto otro domingo en este plan.

11 abril, lunes

A la tía le gusta hablar de entierros más que comer con los dedos. Me giba lo que nadie sabe, porque entre el desengaño, el no comer, la pena y los entierros no sé qué clase de crío canijo va a parir la chavala. Pero la tía, erre que erre. Se pasa la vida en el balcón y como esto es camino casi obligado, quieras que no, sales a docena y media de entierros por día. Ya le dije que qué gusto le sacaba, y ella se puso a reír a lo bobo y dijo que por lo menos el gustazo de saber que está vivita. También son ganas de enredar. Andábamos en el balcón y, en éstas, se puso a mirarme lo mismo que las vacas cuando las van a ordeñar, y yo, sin saber qué cara poner, le pregunté que qué, y ella que si me había dicho mi señora que yo era un gallo harto encachado. Le dije que a ver, y ella, entonces, me confesó que el tío no me había comprendido y que aguantara que ya sería para mejor. Le dije si, por un casual, se refería a lo de recadero, y ella que a qué si no. Seguía mirándome sin dejarlo y ya le dije que muy gentil y que me largaba a la tarea. A la chavala, ni palabra. Al Efrén, como quien no quiere la cosa, le pregunté esta tarde si el tío llevaba muchos años de casado, y él que no lo conoció de otra manera. Le tiré otro viaje, pero el marrajo quieto parado. Al cipote de él la lengua le ha debido de dar más de un disgusto.

El tiempo está quedo, pero en toda la santa mañana se acaba de ir la bruma. Mentira parece que ahora anden allá estrenando la primavera. Esto de dar la vuelta al tiempo tampoco tiene chiste, la verdad. Uno se hace a una idea desde crío de los meses y las estaciones y empezar a contar de otra manera es una gaita. Esta noche se oía la radio de España como si la tuviéramos en la mismísima esquina.

12 abril, martes

Hay que andar todo el día de Dios trotando calles para ver el tamaño de esta capital. ¡La madre que la echó! Puestos a mirar, fuera

del centro, no hay más que casas de un solo piso, y si uno se hace la reflexión de que vecinos tiene tantos como Madrid, la cosa se explica. Así es que uno anda como un zarandillo y si no fuera por el Efrén, que me echa una mano, ni sé qué sería de mí.

Lo cierto es que no paro ni a sol ni a sombra y que cada día me está más grande el cuello de la camisa. Menos mal que de vez en cuando me paso por donde Lautaro a conversarnos una botella. Hoy me topé allí con una cuadrilla de cazadores, pero el jefe, un tipo estirado, no dio facilidades. Paciencia. Me limité a preguntarle cómo anda el asunto acá y me salió con que para distraerse. Le dije que a qué llamaba él distraerse y el torda que más o menos. ¡Gibar! Parece que les pidiera uno la mujer, órdiga. Me puso de mal café y ya le dije que podía meterse la lengua en el culo si es que no le petaba hablar, pero él ni se amoscó ni nada; sólo se rió y que dejémoslo, no más. Lo que yo le digo al Efrén, que lo que es aguante tienen aquí un rato largo.

A última hora se puso a diluviar en forma; no cayó más agua el día que enterraron a Zafra.

En casa me bañé los pies en sal. Tengo los zancajos en carne viva.

13 abril, miércoles

¡La madre que los parió! Ya veo yo que lo de los terremotos no es un decir. Andaba esta mañana en la Plaza de Armas cuando el Carrera empezó que me voy, que no me voy, y los carros aparcados venga de brincar, y por bajo tierra se sentía un ruido como si los demonios anduvieran a la greña. Yo, como un panoli, me quedé quieto parado en medio la calle, hasta que un cantinflas de esos me voceó que acá, patroncito, y me metí con él en un portal. Me entró un rilis que no podía ponerme quieto y el cantinflas la gozaba y decía que era un temblorcito de mierda y que en el hoyo de una puerta no había para qué chuparse. Le dije que yo no estaba enseñado a esto y él al sentirme hablar dijo que ¡pucha, un coño!, y yo me reí como podía haberme ciscado en su madre. Se ve que los panolis estos lo han aprendido en jueves. Luego me salió con que temblaba lo mismito que un chancho eléctrico. ¡No te amuela! El torda de él no hacía más que reír a lo mandria y ya me cabreó tanto choteo, me di media vuelta y le dejé con la palabra en la boca.

Me llegué a casa en un verbo, pero la chavala no estaba y salió la tía y me dijo que había sido un sismo de nada. Le dije que el susto no me lo quitaba nadie y ella me hizo sentar, sacó una botella de pisco y me sirvió un trago. Luego se sentó a mi lado y me preguntó si andaba contento con la paga. Le respondí que más o menos, y ella que mi tío no era malo, pero le gusta poner a prueba a la gente y que ya

cambiaría el naipe, pues. Empezó a mirarme otra vez como las vacas cuando las van a ordeñar y me levanté y le dije que aún me quedaban muchas patadas por dar y me largué. La gente en la calle, como si nada. Y es lo que yo le digo a la chavala. ¿Pero es que también uno puede enseñarse a estas cosas? Lo cierto es que uno anda ansioso de comentar como si hubiera salvado el pellejo de una buena y en cuanto que abre el pico le sueltan que ha sido un temblorcito no más. Al acostarse dijo la tía que la tincaba que iba a repetir por la noche, pero no. A la Anita no le he dicho una palabra de la forma tan particular que tiene la tía de mirarme de un tiempo a esta parte.

14 abril, jueves

El Efrén me presentó esta tarde a su amigo cazador. Parece un chavea majo y anda de ascensorista en el Carrera. Le pregunté qué tal, y él que seiscientos diarios y las propinas, pero que tal como está la cosa eso no alcanza ni para un trago y que como la polla no le saque de pobre ya va arreglado. También son maneras de hablar. El chalado parece como que me hubiera adivinado el pensamiento y me salió con que la polla es acá la lotería, que ellos dicen la polla a lo que nosotros decimos la lotería. Me dijo luego que se llama Oswaldo y que si me petaba podíamos vernos donde Lautaro entre semana. Le propuse que qué tal los sábados y él, que bien, mientras no tenga servicio de tarde. Quedamos en firme para el próximo y que si el domingo 24 no hay novedad subiremos al campo con las escopetas. ¡Ya iba siendo hora! Parece como que las cosas fueran entrando en caja. Uno se deja llevar a veces por el sentimiento y se encoge, como si el mundo le acobardase o cosa parecida. La verdad es que en todas partes cuecen habas y uno no ve lo suyo a modo más que cuando lo deja. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente. A ver, si no, la gracia que me hacía a mí ir pedaleando como un paria hasta lo de Miranda, o pasarme la santa mañana dando la hora, o aguantando las chinchorrerías de don Basilio. Aquí, al menos, tiene uno independencia y un porvenir por delante. De regreso encontré a la chavala pegada a la radio. Me giba lo que nadie sabe la manía esta. Al acostarnos me salió con que si ocurriría algo en su casa que no la escriben. Ya le dije que esto no es Tudela y que no es aquello de hoy envío la carta y mañana la lees, o sea que en estas circunstancias hay que darle tiempo al tiempo.

15 abril, viernes

Como quien no quiere la cosa, este mediodía me vino otra vez el tío con el pleito del mandil. Ya le dije que ése era asunto resuelto y que no me determino, y él me salió, entonces, con que si sabía lo que cuesta un corte aquí. Le advertí que eso era cuenta mía, pero el cipote se puso por las nubes y dijo que, bien pensado, también era cuenta suya y por eso se interesaba. De buenas formas le hice ver que yo ganaba de sobra el salario que me daba, pero entonces me soltó que yo no pagaba ni el pan que comía y que mi señora estaba en las mismas. Se me hincharon las narices y le dije que buscaría mi propia casa porque no me gusta que me vendan los favores. La cosa se ponía fea y menos mal que terció la tía con que la entregase ochenta diarios para el gasto de los dos y todos tan contentos. Verdaderamente el tío tiene unos prontos que no hay quien le aguante. La tía porfía que es muy celoso de su platita, como todo el que ha tenido que rajuñárselas. Bien mirado, él está en su papel, pero tampoco uno se va a dejar candar la boca por un pedazo de pan. Uno no será un señorito de cuna, qué coño, pero también tiene su dignidad. A fin de cuentas uno ha dejado allá su empleo y su categoría y nunca necesitó andar mendigando. La cosa me ha puesto negro y, al acostarnos, le dije a la chavala que no me va el carácter del tío y que será muy difícil que nos entendamos. Ella que tampoco le haga la contra porque, si hemos de volver a casa, habrá de ser a costa de su bolsillo. Ya le dije que de dar la vuelta ni hablar, que yo tengo mi orgullo y que antes me entierran acá con pellejo y todo que regresar como un fracasado.

He quedado con el Efrén en jugar mañana la partida en lo de Lautaro. Acá hacen semana inglesa y las tardes de los sábados no trabaja ni Rita.

16 abril, sábado

Anduvimos donde Lautaro echando un cacho. La verdad es que a los juegos de esta gente les falta el qué. Me tocó palmar como un señorito por aquello de que uno todavía no está impuesto. Estuvieron el Efrén, Oswaldo y Dativo, el de la tupi, que no es porque yo lo diga, pero es de lo mejorcito de la barraca. De entrada, le pregunté qué clase de patrono era mi tío y el mandria que más o menos, pero que si tuviera la mano tan abierta como la bragueta, mejor nos pintaría a todos.

Nos jugamos café y copa y el Dativo, por aprovecharlo, se echó la copa al cinto y luego anduvo toda la tarde renqueando del estómago. Ya le dije que no debió beber, pero me salió con que para eso no jugaba, puesto que si pierde, pierde, y ganar sin asunto tampoco es gracia. Lo que es por mí, que reviente; él es el amo de la burra, como yo digo.

Al acabar la partida nos pusimos de cháchara y el Efrén salió con que llevaba cinco años acá y todavía no había aprendido por dónde hay que empezar para hacerse rico. Oswaldo, que es uno de esos tipos que se la saben entera y que el empinar el codo le gusta por vivir, le dijo que por de pronto el tinto, las carreras y los amigos sobraban, que para hacer plata hay que apretarse la cincha y andar juntando pesos un montón de años. Dije lealmente que, a mi ver, no traía cuenta el sistema y Oswaldo que cuate y que por eso mismo no había salido de pobre. El cipote no hacía más que beber a lo loco y, a última hora, Lautaro dijo que no le servía otro trago, y que si andaba a las tomas se fuese a otra parte. Me pensé que el Oswaldo se cabrearía, pero sólo dijo dejémoslo no más y que otra manita, pero Dativo andaba sin humor con lo del estómago y yo tenía prisa y lo dejamos. Quedé con Oswaldo para ir juntos otro sábado a pedir un permiso. Le pregunté que si a un coto y él que, bien mirado, acá todos son cotos, ya que no queda un fundo sin cercar.

A última hora me di un garbeo con la Anita. Anduvimos por el centro, de escaparates. La chavala, que no es tonta, echó el ojo a un chal de vicuña, pero buen precio tiene el condenado. De regreso, me dijo que sigue preocupada porque los viejos ni pío. Ya le dije que esto no es Tudela y, sin venir a qué, ella se puso, a voces, que la aburría ya lo de Tudela y que dejara de tratarla como a una pasmada. ¡No te giba! Callé la boca por tener la fiesta en paz.

17 abril, domingo

Acá todo quisque le dice al cine biógrafo. ¡Qué cosas! ¡También son ganas de hablar por hablar! Claro que con esto de las palabras no hay razones, pero llamarle al cine biógrafo parece una coña, como yo digo. Vimos una película que está bien traída, pero en extranjero y con carteles debajo. El tío, digo yo que por congraciarse, me dio mucho palique y, a la salida, empezó que si tenía ganas de darse un clareo por España era por hartarse de ver zarzuelas. Le hice ver que lo que sentía yo por la zarzuela es también chaladura. Me preguntó si se hacían ahora nuevas y le dije lealmente que pocas y que lo que le gusta a la gente es oír las viejas y seguir el compás con el pie. Él empezó entonces con lo del «caballero del alto plumero» por lo bajines y así fuimos hasta la micro. El cipote parecía otro hombre.

De regreso nos encontramos a la mapuche en la cama de la tía. Creí que se iba a armar, pero resulta que la tía lo hace a intención para encontrar la cama caliente. Vamos, creo yo que no son maneras. Cerré el pico, porque, en realidad, a mí ni me va ni me viene, pero, ya en la pieza, le dije a la chavala que eso era abusar, pero ella, tan templada,

que si pudiera haría lo propio. Mal anda el mundo, me parece a mí, si los pobres hemos nacido para calentar las camas de los ricos. Aunque después de todo, a mí plin, que diría el otro.

18 abril, lunes

Llevo unos días que se me hinchan los pies de dar patadas pero, por no oírle, prefiero no decirle al tío una palabra. También es verdad que los zapatos me aprietan de más, y por la parte del zancajo tengo unas mancaduras que no veas, pero los ingresos no dan para reemplazarlos. Digo yo que para mayo pueda cambiar el panorama.

Esta tarde me preguntó mi tío si quería apuntarme de bombero en la España y yo le dije que sin dejar lo de la barraca. Me salió con que lo de bombero era un honor acá y que toda la gente hace de bombero por lo menos un par de años en la vida, por afición. Le pregunté qué había que hacer y qué provecho se sacaba, y el pelado que, como provecho, la satisfacción y que, como hacer, apagar los fuegos y jugarse el poto cuando se tercia. ¡No te giba! Éramos pocos y parió la abuela. Le respondí que no interesaba y parece como que le cabreó la contestación. A la hora de cenar me sacó un diploma y me lo mostró y me dijo que se lo dieron el año pasado y que es el nombramiento de bombero honorario después de treinta años de servicios. El candongo de él se implaba como un pavo real al decirlo y luego nos enseñó el casco y el uniforme. Lealmente le dije que también son ganas de enredar y que por qué el municipio no tiene un servicio de bomberos como cada quisque en España. Me salió con que deje a España ahora en paz y me preocupe de vivir la vida de Chile, porque si hago punta a dos cosas no me resultará ninguna. Por no porfiar en que nones terminé por decirle que cuando arregle mi vida aquí volveremos al asunto.

Hubo carta de los viejos. La Anita, la mujer, parecía otra y, aunque soltó unas lagrimitas, ha andado todo el día con más garbo. El viejo que siguen echándonos de menos y que cómo nos las arreglamos con el tío. También escribió Crescencio. El cipote de él que, desde que me largué, andan reventados, pues el señor Moro está para lo de arriba y él solo para todo lo de abajo y es no parar, pero que le mande sellos. Luego dice que para el curso próximo se ha hecho cargo de la calefacción porque el sereno de los dominicos apandaba carbón. Mal pleito ese; lo sé por experiencia. En fin, que entre unos y otros me han revuelto el sentimiento y cuando me acosté andaba con la cabeza en otro sitio.

20 abril, miércoles

Anoche acogotaron a un tipo en la misma esquina de la barraca. Por las noches el barrio está mal alumbrado y se presta a cualquier cosa. El público andaba hoy revuelto y dice la tía que del mal, el menos, porque bien cerca le han dejado del camposanto. Me giba lo que nadie sabe que gasten bromas con estas cosas. Lo cierto es que el fulano las entregó sin decir oste ni moste. Por lo visto, los cogoteros le rebozaron de parafina y le pegaron fuego. ¡Anda y que tampoco se gastan recochineo ni nada, los tipos estos! Todo para robarle doscientos pesos. Ya le digo a la chavala que oído al parche y que, a ciertas horas, mejor no moverse de casa si no es en la micro.

No sé a santo de qué pero esta noche me dio por recordarme del barco. Con tantas impresiones ni comentarlo hemos podido. La Anita dice que lo pasó como en su vida y que razón tenía el alemán cuando decía que se abonaría a vivir a bordo y que las preocupaciones empiezan al desembarcar. Luego cambió el disco y me contó que la tía dice que el tío se cansará pronto de tenerme de recadero y me dará un buen empleo. Que su boca sea un ángel, aunque la verdad es que eso todavía no lo he visto yo.

21 abril, jueves

Anduve toda la santa mañana con Efrén en el carro. Mientras no me baje la hinchazón de los pies no doy un paso; eso lo saben en China. El marrajo se puso de confidencias y me dijo que allá, en Zamora, se las apañaba. Andaba de barrendero en el Ayuntamiento y los domingos de acomodador en el fútbol, pero se le vino un primo acá y le metió los perros en danza, y lo que pasa. Luego, como en Buenos Aires no había de qué, se largó a Montevideo. Allí le dijeron que en Chile la gente era más floja, o sea que había más porvenir para los que venían con ansia de trabajar, y se las piró a Santiago. Pero lo que él dice, con tanto vete y ven y los salarios tan bajos, ni para los viajes. Ciertamente no hay cosa con cosa. El cipote emperrado en que él no vale para los negocios, que teniendo una poquita de plata de principio tal vez, pero que lo difícil es arrancar. Ya en este plan, le confesé que me había llevado un desengaño y que tanto hablar de América, yo me creí que en América se sacaba oro de las piedras, pero que uno llega a América y son los menos los que andan en coche, como en todas partes. Luego le conté lo de la Anita, que se creía que iba a tener negros a su servicio, y lo de la mapuche, que calentaba la cama a la tía cuando salía de noche, pero el cipote ni mus. Ya en plan confianzudo le pregunté si, por un casual, se había llevado alguna vez

un lapo por irse del pico y él que a lo mejor, pero que, de todos modos, nada como tener quieta la lengua para vivir tranquilo. Le pregunté si tenía familia y él que dos cabros. Ya le dije que también son formas de hablar éstas de los chilenos y que los tíos, sin darse cuenta, sueltan cada pecado que se mea la perra.

El hombre se reía las muelas y dijo que todo eso del lenguaje es una chorrada y a un chileno que hable como un libro, a lo mejor se le toma en España por un deslenguado y a la recíproca. La fetén es que en estos asuntos uno nunca sabe a qué carta quedarse.

22 abril, viernes

A la chavala la hablé hoy de lo del cacerío del domingo. La cosa está al caer y no quedaba otro remedio. La panoli se subió a la parra y empezó con que allá bien porque aún le quedaban las amigas, pero que aquí qué. La confesé que la afición puede más que yo y que si he de dejar la escopeta prefiero que me rocíen de parafina, como al pelado ése del otro día, y me peguen fuego. Saltó con que muy bonito y que a los demás que les den tila. Ya le dije que no se trataba de eso y que te pones a ver y yo no hago mal a nadie saliendo al campo con la escopeta. Ella porfió que tanto se puede hacer daño a uno por darle un bofetón como por dejar de dárselo y que precisamente en su estado la dolía más mi desconsideración que si un día me incomodaba de más y la soltaba una guantada. Quise hacerla ver que mi padre era mi padre y no dejó un domingo de subir al monte, y que mi madre la gozaba preparándole la merienda y los arreos, sólo de ver cómo la gozaba él. Ella dale con que los tiempos eran otros y que si, además, allá me había dicho algo alguna vez por casualidad. Lealmente la dije que cada domingo, y que si yo seguí con la afición fue porque por un oído me entraba y por otro me salía lo que decía. La tipa se atocinó, se puso faltona y acabó con las lagrimitas. Por meterla las cabras en el corral saqué a colación lo del padre, que palmó en cuanto que la guillotina le segó la mano, que además es la fetén, pero a la gilí le faltó tiempo para decirme que si no había de verme el pelo tanto la daba vivo como muerto. ¡Lo que hay que aguantar! Para rematar la suerte empezó que muy bonito todo eso de quejarme de que tenía los pies lastimados y luego dedicar el descanso a correr el monte. Me puso negro, y ya la dije que si me mancaba el zapato peor para mí y que si se había llevado un chasco al llegar acá no por eso tenía derecho a embromarnos a todos, y que anduviera con ojo no se me fuera a escapar la izquierda en una de éstas y la saltara las muelas.

He andado todo el día de mal café. Uno se cree que estas polcas no le afectan, pero la verdad es que le dejan como achucharrado. Al

volver a casa me encontré en la esquina una cuadrilla de guitarras y a un gicho largándoles un sermón. Dice el Efrén que son los canutos y que tienen su religión y sus prácticas como cada quisque. De que acabó el sermón, los gilís se pusieron en fila y se fueron por las calles cantando a lo bobo. ¡No te giba! Lo que yo digo, bien es que tengan su religión, que eso nadie se lo discute, pero que canten en su casa por lo bajines y no incordien.

23 abril, sábado

Estuve con Oswaldo donde don Heliodoro, un español que ha hecho plata, ve ahí, y que vive a todo trapo. ¡Madre, qué choza! Entra uno en ella como acobardado, y menos mal que tanto él como ella son dos tipos bien sencillos que le tratan a uno como si fuera un igual. ¡Buena diferencia con el otro! Al saber que yo era español, me preguntó cómo andaba aquello y ya le dije que de todo había y que, como siempre ocurre, los buenos y los honrados éramos los menos. Luego me preguntó si es cierto que los americanos andan ahora poniendo el hombro y le respondí lealmente que eso decían, pero que yo no había visto que a mi señora la regalaran los solomillos en la plaza. Nos dio la tarjeta y le preguntó a Oswaldo cómo iríamos al fundo desde Melipilla, y Oswaldo, que en el carro de la leche, si el tren llega a pelo, y si no, a patita. Al salir le dije a Oswaldo que eran simpáticos y él me salió con que con una ruca así también él sería simpático. Le hice ver que son dos cosas distintas, pero el cipote se obstinó y determiné callar la boca. El gilí quería echar unos tragos donde Lautaro, pero le dije que tenía corte y quedamos a las tres en la estación. Estuve dudando si acostarme o no acostarme, pero el tío andaba hoy de buenas y le dije a la tía que dejase de hacer montones y armábamos una de julepe entre los cuatro. Luego resultó que el panoli de él ni sabía con qué se come eso. Ya le dije que era obligación asistir y que para eso le había dado dos meneos y que si él respondía con la falsa le quitaba el chiste al juego. De primeras se puso burro, pero acabó con que llevaría yo razón, pero que él cuando tenía mi tiempo no le hacía la contra a un viejo así dijera que era noche en pleno día; que hace treinta años había otro respeto. Lo que yo digo, si a él le peta podemos jugar al corro, pero sin mediar la plata. ¡También gibaría que por complacerle le fuera yo a regalar los cuatro cochinos pesos que me deja a la semana!

Terminamos a la una y yo dije entonces que me iba a la estación porque pasaría el domingo en el campo con un amigo. El tío me puso jeta, pero, al menos, calló la boca. La tía quería prepararme una tortilla a toda prisa, pero ya le dije que no se molestara y que

compraría un bocadillo en la estación. La chavala de morros, para no perder la costumbre. Hay que ver lo que cuesta a un cazador meter en cintura a la parienta. ¡Más que al perro, que ya es decir! Si yo me sé esto de qué me caso y me busco complicaciones. Al largarme la pegué un beso, pero ella como si fuera una estatua. ¡Hay que gibarse!

24 abril, domingo

Aguardé una hora en la estación y, al cabo, llegó el Oswaldo. Venía sin perro ni nada y se lo dije, y él me salió con que sólo le faltaba un perro en casa. Le conté lo de la Doly, y que allá en España los cazadores tenemos el perro como uno de la familia. El vaina se mondaba y salió con que son dos lados de la vida. El tren traía un cuarto de hora y aguardamos en el bar. El gilí se calzó una botella y nada más arrancar ya iba diciendo huevadas. Total, que la cosa empezó mal y cuando en Melipilla tuvimos que esperar tres cuartos de hora al carro de la leche, yo ya andaba de mal talante. A las ocho llegamos al cazadero. El campo es hermoso, todo ondulado y lleno de espinos, y a veces los espinos son tan espesos que le agarran a uno como si fuesen uñas. ¡La madre que los parió! Así y todo, de entrada, me arrancaron dos perdices. Yo ni las conocía ni nada y el mandria de Oswaldo me voceó y yo tiré entonces, pero no sé si porque extrañaba al compañero, porque iban ya largas o qué, marré como un principiante y el tío la gozaba y me salió con que sí que íbamos a hacer buen morral. Después las cogí el tranquillo y bajé seis en un par de horas, más una rabona de cuatro kilos que se me enredó en los pies. El cipote del Oswaldo no hacía más que darle a la botella y apenas si disparó la escopeta. A pesar de que se me daba bien la cosa, cuando nos sentamos a merendar yo tenía una barba así. Y es que por más que me esforzaba no se me quitaba del pensamiento el último cacerío con Melecio. Ve ahí, entonces no hicimos más que una perdiz, pero era otra cosa. Y es que la caza, como todo en la vida, es cuestión de corazón y, si uno va a disgusto, el hecho de hacer una buena percha no le quita el morro. En primer lugar me giba que mi compañero esté en otra cosa. Recuerdo Melecio: no estaba más serio en misa que en el monte. Y es como debe ser, me parece a mí. En cambio este vaina venga de reír a lo pelele, sin motivo ni fundamento. Con Melecio yo ya sabía, le silbaba una vez y el hombre ya andaba al quite porque sabía que le entraba la perdiz; y si dos, la liebre. Al Oswaldo le silbaba y lo mismo que si me rascase el ombligo. Y es lo que yo me digo, éste es un asunto de años y de amistad fetén y una cosa así, de compenetración, no se improvisa. Luego está la caza que, como yo digo, acá le deja a uno tan ansioso de cazar como antes de haber cazado. Va por parejo con el tabaco, que uno fuma acá de

negro, pero es como si no. Yo me recuerdo allá, sólo por ver pegarse el pelotazo a una perdiz valía la pena darse una pechada. Pero lo que es esto… Estas perdices son medio maricas, como yo digo, se le arrancan a uno de los pies y, para más garantía, chillan como pendones y, por si todavía fuera poco, te vuelan sin malicia, por lo derecho, para que las caigas sin otro trabajo que echarte la escopeta a la cara. Y eso no, vamos. Para el que no va por la carne, sino por el deporte, eso es demasiada romería. A uno le agradan las pegas para vencerlas y poder vocear después en el café que es un tío fenómeno y que cada día que pasa las corta mejor. Es como las liebres. Lo único, que salen un sí es no es largas, pero, ¡madre!, no he visto cosa más confiada, corren al paso y de vez en cuando culo a tierra y, por si no fuera bastante, son grandotas como burros. ¿Qué ciencia va a tener esto? Uno las sacude como quien sacude a un saco de papas. Y si siquiera fuera cierto eso de que hay una detrás de cada yerbajo. Pero ni por pienso. Alguna más que allá, ciertamente, pero vamos, tampoco para tanto. Se lo dije al Oswaldo y él que dejémoslo no más, que lo lindo de la caza era esto de poder tomar un trago al aire libre. El tío apestaba a vino y cuando le dije de seguir me salió con que él por la tarde no daba un paso y que me aguardaba en la chacra y que no olvidara que el tren las envelaba a las seis y teníamos que hacer cinco kilómetros a pata. ¡No te giba! Anduve solo un par de horas por el monte como tolondro. Según caía el sol sobre los picos me dio por pensar en lo del marqués, y en Melecio, y en la Doly y en todo lo de allá. Bajé otro par de perdices, pero como si nada. Por vueltas que le dé, esto nunca podrá ser lo mismo. Uno necesita su amiguete de toda la vida, su perro, sus bacillares y, si me apuras un poco, hasta sus perdices. Bien mirado, éstas ni son perdices ni nada. Son como codornices; cebadas, eso sí. Y lo mismo de pasmadas que ellas.

De regreso me topé con un cantinflas de esos que andaba al cuidado del ganado y me dijo que sabía dónde había un alojamiento de liebre. ¡No te amuela! Le pregunté si le decía alojamiento a la cama y él se puso a sonreír a lo mandria y que no se las paraba conmigo. Me cabreó la salida y no hice ni intención. El Oswaldo andaba mamado en la chacra. Cogimos carretera adelante y a la estación. He llegado reventado. Tengo los pies que no sé si son míos o del vecino. La chavala, ni palabra, como si no me conociera. Yo callé la boca. Cuando las cosas se ponen así son peor las explicaciones.

25 abril, lunes

En todo el santo día la he hincado. Me agarré al carro del Efrén y no hice más que lo que me cogía de camino. A la tarde, el tío me puso a

caldo, con que si era un flojo y un tumbón. Tentado estuve de decirle que me buscara sustituto, que ya estaba harto de dar patadas. Callé la boca por la chavala, pero él debió de interpretarlo mal y salió con que si quiero hacer platita acá deje los vicios a un lado. Le pregunté, en buenas formas, que qué vicios, y él salió con que las fuentes de soda, la caza y los amigos. Le dije que si eso eran vicios, y el cipote que todo lo que estorba al trabajo es vicio. ¡Lo que hay que oír! No quise llevar las cosas más lejos, pero el mandria tampoco lo entendió y me salió con que si me parecía lindo que el sobrino del patrón anduviera todo el santo día de conversa con el carretonero. Yo debí decirle que si le parecía lindo a él que el sobrino del patrón se pasase el día como un zarandillo por quinientas cochinas pelas, pero cerré el pico por no poner peor las cosas. Decididamente, este país no me va. Si el crestón este se ha creído que va a tenerme una vida dándole al parche como un esclavo, y encima vigilándome los asuetos, está fresco. Uno no será un potentado, qué coño, pero tiene su dignidad. Al fin y al cabo, yo no necesitaba un pedazo de pan y si me vine acá no fue para hacer de criado de nadie, sino para tenerlos a mi servicio. Y es lo que yo me digo, cualquier día el torda este me va a calentar los cascos de más y voy a ponerle las peras a cuarto. Pepita en la lengua no tengo.

Al salir de la barra pasé por la armería. ¡Hay que agarrarse! Casi a treinta pitos cartucho los del dieciséis. Más o menos, tres pelas. Pedí plomo y que, de eso, nada. Total, que uno gana para un ciento de cartuchos al mes a todo tirar. Verdaderamente esto no es vida. Para asomarse al campo todas las semanas haría falta una fortuna. Compré una docena y eso para hacer la de los furtivos allá: disparar poquito y sobre seguro.

A la chavala se la va pasando el berrinche. Lo mejor, no hacerla caso y cuando se largue la nube que avise. Parece que los pies andan esta noche un poquito más listos.

27 abril, miércoles

Comimos las perdices. El tío, mucho aspaviento a la excursión, pero la fetén es que nunca le vi jamar con más apetito. Y estaban buenas las condenadas. No es que sean las de allá, con ese gusto a bravío que le enciende a uno la sangre, pero son tiernas y tienen buen paladar.

Al salir de la sierra me dijo Dativo si quería acompañarles a ponerle una vela a las animitas por el finado del otro día. Le dije que bien, a lo bobo. Le pregunté por el estómago, y el cipote, que para las cagas. Estuvimos seis, y en la misma pared de la barraca hicieron un hueco, metimos la Virgen y le prendimos una candela. Le pregunté al Dativo para qué hacíamos todo eso, y él que por lo del crimen del otro día,

que es una costumbre y que el finado lo agradece. Luego me quedé mano a mano con él y el hombre dale con el estómago, que los que tenemos salud no sabemos lo que tenemos y, en cambio, al que le falta, padece y padece y así no más es la vida. Verdaderamente, la salud no se sabe lo que vale hasta que se pierde. Le pregunté de dónde era y él que chileno de Chile. El hombre tiene así un aquel de tío meapoco, pero digo yo que será por lo del estómago. Talmente es un tipo que da compasión.

No sé por qué ni por qué no, hoy me bajó la hinchazón de los pies. Los zapatos apenas me mancan y ando como nuevo. Digo yo si no habría en el monte alguna hierba que al pisarla me haya arreglado sin yo darme cuenta. Me alegro porque ya empezaba a preocuparme. Dice el Efrén que un hermano suyo empezó así, a lo bobo, y luego le dijo el doctor que la carne se le había pegado al hueso y hubo que cortar.

La Anita oyó esta tarde *Doña Francisquita* por la radio. La gilí bailaba en una pata. Me harto de decirle que no mire para atrás, pero como si cantase.

30 abril, sábado

Uno se mete en la rutina sin percatarse y luego es difícil salir. Es como cuando a uno se le mete la bici en la rodera de un camión; antes te caes que salir de ella. Y si quieres hacerlo sin pegarte la costalada, has de apearte y hacer las cosas a ciencia y paciencia, pensando lo que haces. Casi un mes llevo aquí y entre la sierra, la casa y el bar de Lautaro tengo hecha la vida. Te pones a ver y hace cuatro semanas ni sabía que existiera esta ciudad y ahora casi me la sé de memoria. Después de todo, el tío va a tener razón, pues si me mete en la oficina sin más yo andaría ahora por la calle como un chivo en un garaje. Hoy lo dije así en el bar y el Efrén, como de costumbre, calló la boca, pero Dativo se puso a voces que si a él un tío suyo le hace una de éstas, le hubiera largado a la chucha sin más explicaciones. Le hice ver que mi tío era muy celoso de su plata, como todo aquel a quien le ha costado ganarla, pero él, ni caso, que mi tío era un perro huacho tamaño grande y que de sobra le conocía. El Oswaldo se mamó a escape y salió con que mañana tenía servicio, pero como había concentración del partido iba a hacer la chancha. Ya le dije que a ver si le despedían por una pendejada así, pero el panoli se las sabe todas, tiró de diario y me enseñó cuatro páginas de ofertas de trabajo y que le dolían los remos de darle a la manivela para subir parejas a acostarse y que no le importaría pasar unos días al garete. Eché un vistazo a las colocaciones y ciertamente las hay apañadas. Cuando dejé el diario saltó el Oswaldo, con mucho retintín, que si seguía pensando que mi

tío se cagaba en la diferencia.

Todo esto me ha dado que pensar y a la noche se lo planté a la chavala. Ella, que tenga paciencia, que si le sabemos llevar, lo que hoy es del tío mañana será nuestro. La hice ver que el tío sí está cascado, pero lo que es la tía está para enterrarnos a todos, y mientras ella no palme, aquí no hay nada que hacer. La Anita, que de todas maneras, y que cuando ese día llegue, lo mejor liquidar todo y volvernos por donde habíamos venido. Ya le dije que eso ni mentarlo y que se haga a la idea de que acá vinimos por propia voluntad y que acá seguiremos a gusto o a disgusto. La chavala se mosqueó y para quitar hierro le dije que mañana no subo al monte por complacerla. No le dije ni pío del precio de los cartuchos.

1 mayo, domingo

Por la mañana dimos un garbeo. La Alameda estaba llena de grupos escuchando los altoparlantes. Al tío todo se le volvía decir que mucho calentar los cachos a los rotos, pero que lo que había que enseñarles, no más, es a trabajar. La Anita le preguntó si eran comunistas, y él, que ni saben lo que son y que lo único que quieren es embolsarse un fajo de plata esquivando el poto, pero que ya se sabe que en ninguna parte pagan por dormir, que si él, de recién llegado, se tumba a la bartola en lugar de aplicarse a recoger paltas, andaría ahora hecho un roto de mierda, y hasta aquí llegamos, no más. Luego la tomó conmigo y empezó con que si sabía cuál era el mejor sindicato y el mejor partido, y yo, por darle carrete, que cuál, y él, que el trabajo y el ahorro. ¡Mucho cuento! Me gustaría verle al candongo de él con quinientas calas mensuales en el bolsillo en plena juventud. ¡No te giba!

Según íbamos, por la tarde, al hipódromo en la furgoneta me dio por pensar en la jeta que pondrían los de la panda si nos vieran en este plan, yendo en coche a ver saltar a los caballos, como los señoritingos allá. La chavala iba como unas pascuas y se había puesto más bonita que un San Luis a pesar de que el bombo ya se le nota. Después resultó que en el hipódromo había más rotos que otra cosa y que los gilís silban y vocean como si fuera el fútbol. Yo aposté con la tía, pues a ella le pasa lo que a mí, que si no media un interés todo esto se la trae floja. Nos tocó palmar tres veces, pero ella como si tal cosa, me agarraba del cuello y me decía al oído el número del que iba a ganar y apostábamos, pero volvíamos a perder, y ella se reía las tripas. La Anita y el tío andaban en las gradas y, cuando regresamos, el cipote de él me salió con que me dijera mi señora lo que él le había dicho y a la chavala le daba lacha y fue él, entonces, y salió con que lo

que le había dicho, y me lo repetía a mí porque nunca se dirá bastantes veces, es que no debo fiarme de la suerte, y que el juego más seguro es el trabajo. ¡No te amuela! Empieza a gibarme esto de andar todo el día de Dios sermoneándome y no poder uno ir ni al váter sin que el marrajo se entere. Verdaderamente carga ya tanto consejo. Bien mirado, uno ya está criadito y, más o menos, ha demostrado que sabe desenvolverse. Vamos, me parece a mí.

La chavala me dijo esta noche que hace días le parecía sentir el chaval, pero que hoy, en las carreras, está fija. La panoli que me iba a reír, pero que la criatura pateaba cuando los rotos lo hacían y que cuando ellos lo dejaban la criatura paraba quieta. Por no enojarla le dije que todo es posible. Luego me salió con que qué había perdido y ya le dije que nada, que pagó la tía. Dice la chavala que la tía es generosa y para mí que sí que lo es; lo que sucede es que tiene al lado al husmia ese que la come la voluntad. No quise decirle nada de que la tía me agarraba del brazo y me cogía por el cuello y me hablaba al oído, porque a lo mejor ni lo entiende y va a interpretarlo de otra manera.

3 mayo, martes

Me levanté con mal cuerpo y a la hora de comer no podía parar. Tenía las piernas como de plomo y me dolían las espaldas. El tío no dijo nada, pero a la legua se ve que le giba también que yo me enferme. La chavala, que antes es Dios que todos los santos y que me acostara y que el tío podía decir misa. La Anita llevó la radio a la pieza y hemos estado los dos, con la tía, toda la tarde oyendo música. Cuando tocaron *El emigrante* se me puso una cosa así sobre la parte que yo no sé a ciencia cierta si era murria o gana de hacer del cuerpo. A la chavala se le iban las lágrimas y la tía le dijo cabrita, y entonces ya se arrancó y la tía me explicó que era por causa de la guagua y que no me chupara por eso. Terminé con la cabeza loca. Para mí que tengo calentura.

4 mayo, miércoles

A ratos me pienso que el tío lo que es es un mala uva de tomo y lomo. Parece como que la gozara faltando y pinchando sin más. Vamos, lo que yo le digo a la chavala, ¿pero es que hay alguien que guarde cama sólo por capricho? Bueno, pues hoy entró y venga de gibar la parte y de que si al cabro le duele la guatita, pues, y que si tal y que si cual. Yo le dejé hacer y, cuando se cansó, le dije que llevaba

la sacristía abierta, y el cipote entonces se largó más corrido que una mona.

Te pones a ver y no vale la pena dejar las cosas que a uno le petan ni por un saco de plata. A mí me perdió el ansia y no hay más. Uno quiere de todo, más cuartos, y más perdices, y más liebres, y luego resulta que no es la plata, ni las perdices, ni las liebres lo que interesan, sino esto, o sea, el corazón y el afecto de verdad. El hombre no es un animal de bellota y para algo ha de tener la mollera, digo yo. Bueno, pues a veces la cabeza falla, porque la avaricia la ciega y la pone como tolondra. Porque, vamos a ver, ¿qué me faltaba a mí allá? Nada, a decir verdad; mal que bien tenía un cacho pan que echarme al cinto, una casa curiosa, media docena de amiguetes de los fetén y una escopeta y unas perdices para distraerme. ¿Que hay otros sitios donde dan más? De acuerdo, pero tampoco faltan donde den menos. Lo malo es que uno ya se ha determinado y, de grado o por fuerza, no queda otro remedio que achantar la mui y apencar con lo que haya.

Pasé la tarde con la chavala. Anduvimos con la radio. Hoy se oía mal. Dice la tía que habrá temporal en la Cordillera.

5 mayo, jueves

Escribí a mi hermana y a Melecio. La Anita escribió a los viejos. Sigo con un dolor de espaldas que no puedo parar. Cuando llegó el tío me hice el soca. Aparte la calentura, me han salido dos bubas en el labio de arriba y no estoy para grescas. Tendré que desistir de salir al campo el domingo.

6 mayo, jueves

A veces pienso que la tía... No sé, no sé. Tampoco es cosa de hablar por hablar. Esta tarde entró en la pieza y, de que la enfilé, ya me olí la tostada y, para parar el golpe, le pregunté por la chavala. Ella, que no sabía vivir sin mi señora, y que andaba fuera a pegar las estampitas al correo, y que no me chupara, que tampoco venía a comerme crudo, sino a saber de mi salud. Se sentó al borde la cama, empezó a enredar con el embozo y me preguntó, como quien no quiere la cosa, si antes de casarme con la Anita tenía yo en el pensamiento el venir a América. La contesté, lealmente, que de higos a brevas me pasaba por las mientes que si me caía el gordo me gustaría hacerme una nueva vida allá, o sea, acá, pero que seriamente no lo tenía determinado. Luego saltó con que qué laya de mujeres nos gustaban a los españoles y yo le dije que, a Dios gracias, sobre eso no hay patrón, pero ella me

dijo que tenía entendido que nos agradaban más bien las macicitas y calientonas. Le dije que en mi caso no, ciertamente, ya que la Anita es tirando a flaca, como podía ver, y ella salió con que ya lo había notado y que si a mí no me había costado eso un desengaño. Lealmente le contesté que no sabía por dónde iba, y ella, que a juzgar por mi tío y por sus aficiones de diez años atrás, la Anita no era percha como para hacer berrear a la gallada. Le respondí que, naturalmente, eso iba en gustos y que de todas maneras la Anita engaña. De repente la tía calló la boca y empezó a entornar los ojos y me cogió la mano y dijo que cómo andaba el pulso. La dejé hacer y, en éstas, se oyó la puerta y ella se levantó como un cohete y dijo que era mi señora y que de pulso estaba bien. A la Anita no le dije una palabra.

Tardé en dormirme pensando dónde querrá ir a parar la tía. La chavala porfía que es cariñosona y yo, la verdad, no lo dudo, pero también el cariño, me parece a mí, debe tener un límite.

8 mayo, sábado

Esta mañana me incorporé al tajo. Estaba baldado y le dije al tío que, si no le importaba, me diera menos carrete que de ordinario. No contestó, pero, al marchar el carro, me dijo que aprovechara la vereda del Efrén para no fatigarme. Me pareció que el marrajo lo decía con retintín, pero, en la duda, preferí cerrar el pico.

Por la tarde anduve donde Lautaro. Echamos un cacho y me tocó palmar. El Oswaldo también palmó y a la hora de pagar se puso imposible. Le pregunté qué ocurrió, por fin, en el hotel y dice que sigue dándole a la manivela porque acá falta coraje para despedir a nadie. Regresé a casa temprano y me acosté sin más. Los tíos se fueron con la chavala al biógrafo.

9 mayo, domingo

Me despertaron a las nueve para subir a Farellones. Por lo visto lo decidieron anoche al salir del cine. La tía bailaba en una pata y entre ella y la chavala llevaban el cesto con la merienda. Cogimos la rubia en la Alameda y a escape tiramos para adelante. Verdaderamente, el camino vale la pena. La carretera es tan empinada que talmente parece que uno volara. Y luego, las revueltas. Porque uno no es así de marearse, pero el caminito es como para echar los hígados el más pintado.

A la mitad nos paramos a ver el panorama. De fantasía, vamos. De la parte abajo queda el río rodeado de árboles, casi todos sauces llorones. Luego se ve la carretera, empinándose y dando vueltas y más vueltas, y las chacritas entre lo verde, y vas alzando la vista y los árboles cada vez son menos y la nieve cada vez es más y, cuando levantas la jeta del todo, en los picos no hay más que blancura por todas partes y sólo los cóndores y los jotes volando entre las quebradas con una majestad que no veas. Arriba es un espectáculo. Cosa de sueño, vamos. Las casas son de madera y los tejados de lata, y encima de las latas te ponen cuatro piedras los gilís para que el viento no se las lleve. Dice el tío que cuando sopla el puelche se va todo a la chuña y yo le dije que será como el matacabras allí. Él se cachondeaba y que no hay caso; que aquí te agarra una noche el puelche al sereno y al amanecer estás cagando fuego sin remedio. ¡Gibar! Dimos un clareo y la tía dijo si no sentíamos como fatiga. Lealmente le dije que nanay, y ella entonces que intentara subir el cerro ligerito, ya vería lo que era bueno. Me puse a ello y a las diez zancadas no podía con mi alma y

resollaba como un perro en agosto. Los tres se reían las muelas y el tío salió con que era la puna y eso pasaba porque andábamos en los tres mil metros y el corazón no aguanta bien esas alturas.

Todo alrededor eran picos nevados y en uno, a mano derecha, andaban varios grupos esquiando. Anduvimos un rato quietos parados viéndoles manejarse. Luego comimos de lo nuestro en la hostería y sólo pagamos el vino. Dice el tío que pides el menú y 600 pitos por nuca. Ya le dije que a ver, que eso como en todas partes. Luego anduvimos aguardando la puesta del sol antes de bajar. Merece la pena subir aquí, aunque sea a pie, sólo por verlo. ¡La madre que lo echó, si parece cosa del otro mundo! El sol pega en los montes, que brillan como cristales en las quebradas, en cambio abajo es ya noche y, según se mete el sol, todo va cambiando de color y es como un juego de luces hecho aposta. Ni por soñación puede uno imaginar cosa más hermosa. Así es que cuando el sol terminó de esconderse nos miramos todos como panolis, como si acabara de aparecérsenos la Virgen o cosa parecida.

La Anita bajó tronzada y nos encamamos sin cenar. Ha sido un buen día, y lo que yo le digo a la chavala, si el tío estuviera siempre así, otro gallo nos cantara.

12 mayo, miércoles

Desde el lunes no encuentro en casa a la chavala cuando regreso. Ni ayer ni anteayer le dije una palabra, pero hoy le hice ver que no todos los días es el Corpus. La panoli se subió a la parra y me salió con que si oye la radio no me peta, si se queda acoquinada, tampoco, y si se va de paseo con la tía, menos, y que le dijera de una vez qué debía hacer para darme gusto. La verdad es que no le falta razón. Y te pones a pensar y tampoco me importa un bledo que la chavala la goce por ahí y lo único que me cabrea es que sea precisamente con la tía. Yo no sé por qué ni por qué no, pero la manera de ser de la tía no me gusta un pelo y ando ya con la mosca en la oreja con este asunto. Así que le hice cuatro fiestas y le dije que contara, y ella, que no habían hecho más que comprar cuatro pichanguitas y tomar once en El Negrito Bueno. Luego abrió el bolso y me dio un cenicero y me salió con que era un obsequio de la tía. Estábamos en éstas cuando empezó el sismo, la luz se puso a hacer guiños y los trastos de afeitar a sonar en la repisa, y, antes que lo pensara, la Anita saltó de la cama, lista como un conejo, se metió en el quicio de la puerta y yo salté detrás, y allá anduvimos hasta que cedió. La chavala empezó entonces a reírse y a decirme que estaba blanco como el papel, y la tía, a voces desde la cama, si habíamos sentido el temblorcito, y si estábamos chupados.

¡No te giba! Chupado no sé si estaré, pero a mí estos meneos me dan cien patadas y, de seguir así, malo será que el mejor día no coja el portante y si te he visto no me acuerdo. Tardé en dormirme aguardando que repitiera, pero no.

14 mayo, viernes

Hubo carta de Melecio. El hombre, que allá tienen una primavera hermosa y que por aprovechar el sol y sacar al chavea al campo le ha dado por la pesca y se pasa los domingos con la caña en la mano en lo de San Miguel. Dice que no le pinta mal y que el domingo agarró un barbo de a kilo. El cipote porfía que se me echa en falta y que al salir de la sierra ni sabe lo que hacerse. La chavala andaba fuera y a falta de cosa mejor me puse a contestarle. Ya le tengo dicho a la Anita que para los de allá vivimos como duques y que nada de que si yo estoy de recadero, ni de si el tío nos tiene a pupilos. Así que le dije que sigo en la barraca de encargado y que los domingos apenas puedo salir al campo porque el tío es aficionado a los caballos y a las excursiones y con el carro de casa tenemos todo resuelto. Le dije también que verdaderamente América es un mar de oportunidades para el que llega con ansia de trabajar y que malo será que en unos años no me labre un porvenir aquí, pero que, pese a todo, la tierra tira y la chavala y yo nos damos las grandes sesiones a hablar de lo de allá y que, para ser sincero, ya me agradaría hacerles una visita de Pascuas a Ramos. Le conté lo del cacerío, pero no le dije ni palabra de que estas perdices están medio apeleladas y se le arrancan a uno de los mismos pies. La chavala no llegó hasta las diez con la tía. Por lo visto estuvieron viendo una película de la Lola Flores. El tío ha andado toda la noche como cabreado. Digo yo si no le irán bien las cosas, pero como uno aquí es un don nadie, no me queda otra salida que callar la boca y aguantar.

15 mayo, sábado

Hoy armamos parlamento en lo de Lautaro. Oswaldo se presentó con otro amiguete cazador, un tal Luis, pero como la gente esta es así, porfió que no le llamase Luis, sino Lucho, que eso de Luis parece un nombre de ceremonia y que él es muy gallo y la ceremonia no le va. El mandria es uno de esos gichos que todo lo sabe y nada le pilla de sorpresa. Quedamos en ir a las tórtolas el domingo 25. Dice que tiene autorización para un fundo donde hay pájaros como de aquí a Penco y que lleve munición en cantidad. Jugamos un cacho y luego Efrén se

quedó como achucharrado y Lautaro le preguntó que qué ocurría, y él, que lo de siempre, que andaba pensando en la forma de hacer plata, que todo el mundo que acá hay más caso que en Europa, pero que él, mierda. Lleva cinco años y como si nada. Metió el cuezo el Dativo, que eso, como todo, es cuestión de voluntad, pero Lucho terció que la plata, como las mujeres, es suerte y nada más, aquí y en la quebrada del ajo. El Efrén, que de acuerdo, que él ha parado en varias capitales de postín y, a veces, le salían con que qué bien se daban acá las chavalas, pero a él como en todas partes. La cosa se calentó y Lucho le preguntó al Efrén si él dio gancho alguna vez, pero el Oswaldo saltó con que para saber si con una cabrita hay o no algo que hacer no hay como atusarla tras de los cachos y si reacciona, bien, y si no, al garete. El Efrén, que eso eran huevadas, pero que de todos modos le dijeran dónde había que atusar para hacer plata, que era lo que interesaba. Lautaro dejó el mostrador por meter baza y saltó con que la plata llama a la plata y que sin unos pitos de principio no hay caso, y entonces el Efrén dijo que partiéramos del supositorio que él tenía unos pesos y que qué era lo siguiente que había que hacer. Dativo voceó que ¡pucha! invertirlos, y el Efrén, que eso se dice pronto, pero en qué. Se atocinó el Oswaldo y salió, con razón, que eso depende de la cantidad, y entonces tercié yo que también de los conocimientos y las aficiones. El candongo del Efrén todavía meneaba la cabeza y no paró hasta que nos hizo cabrear a todos por turno. Lo cierto es que cuando se acabó la discusión eran más de las siete.

Quedé con el Oswaldo y Lucho para el próximo sábado. Lucho volvió a insistir en lo de la munición. Eso se dice pronto, pero ¡gibar, que son tres pelas cartucho!

16 mayo, domingo

Esta tarde no salimos. La chavala andaba con mal cuerpo y nos dio casera. Los tíos se quedaron con nosotros y, al fin, el tío aceptó un julepe asistiendo como mandan los cánones. El torda tiene mal perder y una vez que le encarté un seis de copas a poco me esmorra. La tía la gozaba y salió con que esto del julepe parece un juego de taberna. No sé qué será, pero lo cierto es que matamos la tarde. Al acostarnos, la Anita, me parece a mí, andaba con más garbo.

18 mayo, martes

El jueves, el cumpleaños de la tía. Según dice, va a armarla de pata y quincha. ¡No te giba! Ella sabrá con qué se come eso. Salí con la

chavala y la compramos una cerámica.

19 mayo, miércoles

El marrajo del tío, como me olía, me hizo un drama. Quise explicarle que hoy los pesos nada, pero se puso de unas formas que bien creí que le daba un mal. Salió otra vez con lo de las paltas, y lo que embolsaba hace treinta años por laborear de sol a sol, y que con esa mano tan abierta que yo tenía jamás de los jamases podría llevar dos chiches en el bolsillo. Le hice ver que todo Dios en la barraca solicita anticipos y él que quién de ellos era el sobrino del patrón y quién de ellos había salido de roto pidiendo plata adelantada. Callé la boca, pero ya veo que con este hombre es peor. Cogió la pichicharra del ahorro y empezó con que no hay que mirar lo que cuestan las cosas, sino lo que se gana, y si se gana diez, ahorrar cinco, y si veinte, diez, y si dos, una, pero el secreto es ahorrar siempre aunque el estómago se chinche y uno tenga que dormir al raso. ¡Mucho cuento! Por las buenas quise hacerle ver que eran puntos de vista distintos y que los jóvenes pensábamos de otra manera, pero el cipote, loco, empezó a darse manotadas en la cabeza, se desbarató el pelo y se puso a faltarme y a decir que así nos pintaba a los cabros de hoy con nuestras teorías, y que el respeto siempre era el respeto, y que para él su padre era Dios sin otra ciencia que sus años, pero que ahora la juventud se ciscaba en la experiencia y que hoy en día cualquier huevón de mierda por el hecho de ser joven ya se creía más capaz que su padre y que su abuelo. Al torda de él sólo le faltó abanicarme. Todo para acabar soltando una sábana como corresponde.

La Anita no estaba en casa cuando llegué. Por lo visto ha andado con la tía de compras para la fiesta de mañana. Al acostarnos le conté lo del tío. Ya le digo que la paciencia tiene un límite y no respondo de que un día no se me suelte la izquierda y le ponga al tío la cara del revés. Muy larga tiene la lengua para cosa buena. No sé, no sé.

20 mayo, jueves

A la tía le agradó el obsequio. Ya le dije que un poquito de gusto nada más, y ella, que lo más de agradecer era el cumplido. Luego dijo que almorzaría en casa su pura mamá y le dije, lealmente, que bien creí que no tenía, y ella, con toda la intención, que si por vieja. La fetén es que la tía se gasta unas maneras de mirar y de decir las cosas que le queda a uno parado. Luego llegó la vieja, que tiene unas formas de hablar que no hay cristiano que la entienda. ¡La madre que la echó!

Dice la Anita que es el habla del campo, y entre eso y que le faltan los dientes, no hay manera, vamos.

El tío y yo nos fuimos por la tarde al tajo como un día más. De regreso estaban ya los invitados. ¡A cualquier cosa le dicen acá fiesta! Había un matrimonio gallego, la vieja, el contable y pare usted de contar. El tío hizo las presentaciones y el Carballeira venga de hacer aspavientos. ¡Qué cosas! Le decía el tío: «Cuéntale a mi sobrino cómo llegaste a Chile, pues», y el cipote abría los brazos y me enseñaba las manos bien vacías y luego soltaba que con lo puesto. Así nos tiramos casi una hora. Y luego el gilí del contable, que no echaba una mano ni para Dios. Y el otro venga de que ahora tenía para empapelar la casa con billetes de a mil y que podía decirlo con la cabeza bien alta, cosa que no pueden hacer todos. Dios los cría y ellos se juntan, como yo digo. Menos mal que la galleguita salió sandunguera y empezó con que poner música y arrinconamos los trastos y nos pusimos de bailoteo. El Carballeira no lo hacía mal del todo, pero todavía hay clases. Como ni el tío ni el contable se manejaban, él y yo nos dimos el lote. Ni la tía ni la otra me dijeron a mí palabra, pero la fetén es que no me quitaban ojo y, por dos veces, le oí decir a la gallega en voz baja que «por bailar un tango con el cabro se podía dar plata». Luego la tía se arrimaba y se me hace a mí que no estaba a lo que estaba. Cuando se largaron y el tío se fue a llevar a la abuela, me dijo la tía que bailaba como los ángeles, y yo que tampoco ella lo hacía mal y que ciertamente yo me pirro por el baile. Luego le pregunté dónde hizo la fortuna el Carballeira, y me dijo que con las cortas, en el sur. Razón le sobra al Efrén cuando dice que acá nadie le cuenta a uno los pasos que hay que dar para hacerse rico.

La chavala andaba amoscada al acostarnos. La verdad es que lleva una temporada que por un qué arma el trepe. Le pregunté qué le pasaba ahora y me salió con que yo había echado más bailes con la gallega que con la tía y ella juntas. La hice ver que era la forastera, pero como si no. Cuando se pone burra es mejor dejarlo.

22 mayo, sábado

Me vi con Lucho y el Oswaldo donde Lautaro. Quedamos a las cinco, porque, a lo que dicen, tenemos tres horas largas de tren. El Lucho cogió la perra con que, si soy tirador de perdiz española, mal ha de dárseme la tórtola, pues. Ya le dije que algunas de ésas tengo bajadas también allá, pero él, que a pesar de todo. Lo dejé porque de otro modo sería el cuento de nunca acabar. El mandria este todo lo sabe, inclusive lo que uno puede y no puede hacer. ¡No te amuela!

Pensaba acostarme temprano, pero salieron con que al biógrafo y

cerré el pico. ¡Seré panoli que hasta rilis me da decirle al tío que salgo al campo mañana! La chavala, como si no fuera con ella.

23 mayo, domingo

El cazadero es cosa linda, con un montecillo de espino arriba, el valle de sembrados abajo y, para remate, la cordillera de la costa, que no es que sea los Andes, ya se sabe, pero también se las trae con abalorios. La tórtola andaba en corros en el monte y con el gris salía recia como un tren. De primeras no corté pluma y el Lucho empezó a voces con que esto no era la perdiz y que ya me había advertido. Mucha labia es lo que tiene éste, pero también se chinchó porque él bajó la primera, pero luego se lió a soltar cohetes y no quedaba otra ni por milagro. El torda del Oswaldo, ni ademán. Al cabo de un rato las cogí el chiste y hasta caí dos de un golpe. Le voceé a Lucho y el cipote, que duro. A mediodía se me arrancó una liebrota tremenda de unas pajas, un sí es no es larga, y la solté los dos, aunque bien vi que del primero la había tocado. ¡La madre que la echó a la zorra de ella! Renqueando de una pata se me perdió entre unos carrascos y aunque los maneamos luego a ciencia y paciencia, nada. La cosa me puso de mal café. Siempre giba perder una caza, pero si se trata de una liebre como un perro la cosa es más grave. Cuando nos sentamos a comer, Lucho llevaba tres tórtolas y yo siete y el torda del Oswaldo todavía no se había estrenado. El cipote de él tenía la nariz como un pimiento y los ojos atorados, y Lucho se puso a reír a lo mandria y a decirle está curadito el gallo, pues, y venga de beber él también, y luego, al ver las siete cazas, que ya me dijo que el secreto era cogerlas el aire y que la cosa iba bien. Yo quise quitarle al Oswaldo la idea de seguir cazando, pero no hubo manera. Tiró a una diuca posada en una piedra y no dejó pluma. El cipote se reía las tripas, y que qué tal. ¡Ya ve usted qué gracia! Yo iba frito porque el muy panoli soltaba tiros sin ton ni son y por dos veces me silbaron los perdigones. Le voceaba que ojo, pero como si cantase. Lo que más me giba es que si uno va con una preocupación, ya ha cazado. Uno está en otra cosa y cuando la pieza se arranca, con un ojo hace a ella y con el otro al peligro. Menos mal que sobre las cuatro apareció un gicho a caballo, hecho un paquete, y se llevó al Oswaldo a la grupa. Le pregunté a Lucho por qué el tipo ese llevaba la pechera de colorines y la manta y unas espuelas de a metro, que si había fiesta, y el cipote, no sé si por coña, que acá los campesinos visten así. Ya sin el Oswaldo, me serené y bajé cuatro pájaros más y Lucho hizo otro par. Total, once por cinco. Menos da una piedra. Camino de la estación le mostré el ramo a Lucho y el mandria, que las pegaba bien y que ya el Oswaldo le había advertido.

No quise ensañarme con él. El Oswaldo andaba como un tronco en el andén, con la escopeta y el morral de almohada. El cipote tenía los cartuchos dentro. ¡Hay que gibarse!

El tren la echó larga hasta Santiago. ¡Seis horas, que se dice pronto! ¡Llegué con las espaldas muertas! Y lo peor es que uno no acaba de gozarla, porque lo que yo me digo, la caza no es sólo la caza; la caza es el amiguete, y la compenetración, y la perrita de uno, y las querencias y todo. Y aquí, o es que uno no está hecho, que todo puede ocurrir, o es que echa de menos el asunto de allá. Y la fetén es que te pones a ver y en ningún cacerío de mi tierra solté los tiros que hoy. Ciertamente no hay cosa con cosa. Uno, con todo su golpe de estar de vuelta, no sabe ni tampoco lo que quiere.

25 mayo, martes

Esta mañana me confesó el Efrén que dispone de veinte mil pitos y por eso dijo todo aquello el sábado donde Lautaro. ¡Mírale el cipote de él qué callado se lo tenía! Puestos a mirar, veinte mil pesos no van a misa y tal como están las cosas ni para papel de fumar. El mandria, que si más adelante veo una oportunidad, cuente con él.

Hoy ha sido el primer día de invierno fetén. El cielo está anubarrado y desde casa se ve la Cordillera llena de nieve.

26 mayo, miércoles

Por primera vez desde que llegamos, la Anita andaba fuera sin la tía, al regresar del tajo. Pregunté por ella, y la tía que con la señora de Carballeira a comprar unas braguitas para la guagua. El tío andaba en la oficina y yo no sabía a qué carta quedarme y la tía me dijo entonces que si no me importaba pondríamos la gramola y bailaríamos un rato, que el día de su santo se quedó con ganas de danzar conmigo hasta no dar más. La cosa me olió a chamusquina, porque ella, además, andaba en bata, pero tampoco era como para desairarla y empezamos con que si un tango y con que si un pasodoble que no sabíamos dejarlo.

Ella se arrimaba y dale con que si yo era un gallo harto encachado, y luego que, bien mirado, no era más que un cabro y, para colmo, empezó a transpirar y a dar suspiros y me dijo que la oprimiera, pues, que si no se perdía. Al cabo de media hora dijo que descansar y se sentó en el sofá pegada a mí, y yo me retiraba un poco con disimulo, pero ella, dale que dale, y así hasta el tope. Cuando me vi arrinconado no se me ocurrió cosa mejor que preguntarle por la mapuche, y ella, que también andaba fuera, y entonces me puse a sudar por cada pelo

una gota. Ella sacó un pañuelo y me lo pasó por la frente y que por qué esa manera de transpirar, pues. De repente me salió con que yo le gustaba y que no era culpa suya tener un cuerpecito calientón, ni de que el viejo estuviera ya para el gato, y que de ponerle la cresta siempre sería mejor hacerlo en familia que no del lado afuera sacando los trapos sucios a la ventana. ¡Valiente zorra! Después la cogió con que la Anita era una buena cabrita, pero de lo que nos gusta a los hombres, ni caso, y que ella la había tomado ley, pero que eso no tenía que ver para que los dos pasásemos juntos un buen rato. ¡No te giba el cacho pendón este! Menos mal que llegó a tiempo la mapuche, si no, no sé. La tía la puso a caldo porque nos había cortado de forma que ni decirla pude cuántas son cinco. El caso es que me quedé medio apelelado cuando, puestos en lo justo, yo debí decirle que era una guarra de tomo y lomo y que tonto sería irme a la cordilla teniendo solomillo en casa. Callé la boca, sin embargo, por no enredar más el asunto, pero llegados a este extremo habrá que tomar una determinación. ¡Vamos, que también gibaría que por una vaca vieja fuese yo a echar a rodar la familia y la dignidad! Conozco a la chavala y ni con la Ava Gardner que fuese me pasaría ella una aventura. Cuanto más con este saco. La cosa me ha dejado como tolondro.

De momento, a la Anita mejor no decirle una palabra. Si la tía es un pendón, de ella para mí, pero dejaría de ser un caballero si me faltase tiempo para ir por ahí con el cuento. Punto en boca y andar al quite.

A la chavala, que si no es conmigo no vuelva a salir de casa a ciertas horas. Saltó que si ya estábamos con la de siempre y lo que yo le dije, que a ver, y que no olvide lo que la digo. La mujer, para no perder la costumbre, se acostó con las lagrimitas.

28 mayo, viernes

Lo de la tía no se me va del pensamiento. Y la zorra de ella, como si tal cosa. Dale con las miraditas y con las chorradas. Y puestos a ver no es que sea una venus, pero, para sus años, no tiene mal cuerpo y de cara no está mal. Demasiadas carnes, en todo caso. Y el cipote del tío en ayunas. Ya le aconsejaría yo que menos currelar y más pesquis. Claro que llegada cierta edad tampoco él tiene la culpa. Ahora le diría yo a Melecio si el hombre se gasta o no se gasta. Él porfiaba que no, que sólo con la muerte. Ya lo ves. Y es de cajón: ha de llegar una edad en que uno sea un punto indiferente y los pechos y las nalgas de una mujer no le digan nada.

A la chavala, ni mus. Dejaría uno de ser un caballero.

29 mayo, sábado

Caí por la tarde donde Lautaro. Echamos un cacho y palmaron Lucho y el Efrén. No salía conversa y lo dejé temprano. De caza, nada. Ando como achucharrado. Más adelante veré de agenciarme una perrita y manejarme por mi cuenta. Me tinca que, bien organizado, también la perdiz de acá puede proporcionar buenos ratos. Allá veremos.

En todo el día de Dios dejé de pensar en la tierra. Y es que nada como la casa de uno. Por vueltas que se le dé siempre iremos a lo mismo.

30 mayo, domingo

Anduvimos con los tíos en el Estadio Español. Ya está bien montado esto, ya. La piscina es cosa de fantasía. Y luego, la bolera y el frontón. Verdaderamente no le falta detalle. Y luego esa idea de dar a los edificios los aires de allá. Todo está pero que muy bien traído. El tío salió con que cuando me labre un porvenir podré asociarme. ¡No te amuela! Cuando me labre un porvenir ya sé yo lo que habré de hacer sin necesidad de que él me lo diga. Desde lo de la tía me da lacha cada vez que el hombre este abre la boca. Y es que nunca pierde tanto uno como cuando su mujer le falta. Es cosa comprobada. Desde ese día, la fetén es que yo veo a este gicho como un pelele, sin carácter, ni agallas, ni nada de nada. Y en realidad, lo que diría el otro, ¿qué culpa tiene él? De acuerdo, pero la vida no tiene entrañas, ya se sabe.

El tiempo abrió hoy. Vimos el sol y a media tarde hacía una temperatura hermosa.

1 junio, martes

Sin venir a qué, hoy empecé a darle vueltas a las salidas de la chavala con la tía y hasta que no me la eché a la cara no pude ponerme quieto. Le pregunté dónde iban, y ella que por ahí. Le dije de malos modos que dónde era por ahí y ella porfió que pues por ahí. Me puse loco y la dije a voces que se explicara. Me salió con que qué mosca me había picado ahora y ya le dije que eso era cuestión mía y que lo que quería saber era dónde rayos la llevaba la tía cuando salían juntas. ¡También gibaría que la zorra de ella me la estuviera malmetiendo! Bueno, finalmente dijo que tres tardes estuvieron de compras, dos al biógrafo y dos tomando once en El Negrito Bueno. Le pregunté si la había presentado hombres y ella que a qué ton. Ya le dije que contestara y no se preocupase de más. Acabó reconociendo que uno, en el cine, y le pregunté qué trazas tenía y si se sentó con

ellas. La chavala, que bien trajeado y que nones. Entonces le dije si habían salido con alguna otra mujer, y ella que eso no. Luego anduve apretándola para que soltase de qué hablaban, y ella que de cosas de mujeres, pero yo porfié y terminó por decirme que la tía le contaba cómo sisaba al tío, y también que a los hombres hay que dejarles que crean que mandan para luego hacer una lo que se la antoje. ¡Qué bonito! Le pregunté si no le hablaba de mí, y ella que a cuento de qué, pero seguí, erre que erre, y acabó por reconocer que alguna vez la tía le había dado consejos para atraerme, e inclusive le preguntaba si tenía posturas, y que ella no sabía a punto fijo qué quería decir, pero decía que sí para que callara la boca. ¡No te giba la tía guarra esta! Motivos me sobran para saltarla las muelas de un testarazo, y si me dejara llevar, por Dios bendito que iba a oírme. Estoy negro. La Anita venga de preguntarme qué pasaba ahora con la tía y ya le dije que, como pasar, nada, y que un poco de curiosidad le pica a cualquiera. He andado dando vueltas en la cama hasta las tantas para luego no determinar nada.

3 junio, jueves

Cada vez que me echo a la cara a la tipa esta me descompongo. Desde el primer día ya me olió que no era trigo limpio. ¡Qué no serán las corazonadas! Este mediodía el cipote del tío empezó a hacerla monerías y a decirle mi perrita choca y tuve que largarme para no dar el espectáculo. ¡No te giba! Y la pingo de ella como si nada; poniendo caras y meneando las cachas cada vez que me adelanta por el pasillo. Hay que echarle calma al asunto. ¡Ni sé lo que debo hacer, ni lo que procede, ni nada! Desde luego habrá que determinar algo. Y lo grave del caso es que la prójima, bien mirado, no deja de tener su qué.

Se ha pasado el día diluviando. Según el tío, ahora hasta agosto. ¡Estamos apañados!

5 junio, sábado

Mira tú por dónde se resuelven las cosas. Ya sabía yo que esto terminaría mal. De qué si no. La cuerda se rompe siempre por lo más flojo, ya se sabe. Ahora sale la chavala con que si fui demasiado lejos y que si tal y que si cual. Esto pasa cuando llueve sobre mojado. Pepita en la lengua no tengo. Si yo he aguantado lo que he aguantado, a la Anita y a sus viejos se lo deben; si no de qué. Así se lo solté a la chavala y que lo comprendía. Uno no será un señorito de cuna, qué coño, pero tampoco un robaperas. Lo que yo le digo a la chavala, la

paciencia tiene un límite. Y luego estaba lo de la otra; la pingo esa que sólo de oírla me atufo, vamos. Y no es aquello de que el tío tenga o no tenga razón con lo de la letra. Pero pasemos porque yo dejara la letra donde no debía. ¿Qué tiene eso que ver con que yo me reúna los sábados con cuatro gallos a beber unos tragos? Si él empleaba las tardes de los sábados y los domingos en aprenderse la ciudad y relacionarse, con su pan se lo coma. ¿Le he censurado yo, acaso? Entonces, por qué ley ha de reprenderme él a mí si parlo con el carrero, o si me bebo un trago con dos amiguetes, o si salgo al campo los domingos. ¿Es que hay algo más inocente que eso? Bueno, pues él dale con la mula, que ya está bien de farras y que no paga más vicios, y yo, implado, le solté que se buscara otro recadero a ver si lo encontraba por esa limosna. Al candongo se le escapaban los ojos cuando vino hacia mí con que si la culpa la tenía él por traerme en un vaporcito de lujo como un señorito, y que ésa fue su primera equivocación, y la otra meterme en casa como a un hijo, y ya le solté que eso tampoco, porque mi señora y yo pagábamos lo que comíamos, y el cipote loco que ¡rechucha!, que con ochenta pesitos ni el choclo amortizaba y que así le paga el diablo a quien bien le sirve. Entre las voces del torda y los ojos de la zorra de ella me puse negro y le solté todo lo que me vino a las mientes, entre otras cosas que lo que hizo al traerme de allá era lo que hacían otros gilís como él hace cien años y más con los negros del África, con la diferencia que él me trajo en un barco de postín, pero, como nada quería agradecerle, le devolvería uno sobre otro los pesos del pasaje, porque a fin de cuentas no soy un potentado, pero con ocho billetes, o con diez, o con los que sean, me limpio yo el ojete. Porque yo me cisco en la plata estando en juego el orgullo, cosa que él no sabe hacer porque le faltan arrestos para eso. El marrajo venía a mí con las del beri y menos mal que le agarraron a tiempo que si no le descresto. Al gilí se le iba el moquillo cuando voceaba que más leso era él por confiar en nadie y que ya me las estaba endilgando de su casa al tiro, y ya le dije que recién amaneciera, y para no guardarme nada le solté que si sabía qué se pensaban de él en la barraca, y el torda, a voces, que qué tenían que decir de él en el negocio, y ya le dije que los del negocio y yo, y yo y los del negocio, pensábamos que si tuviera la mano tan abierta como la bragueta, mejor nos pintaría a todos. Se quiso soltar y abanicarme y ya le advertí que ojo, que a mí no me había tocado ni mi padre, que gloria haya, y que no hiciera algo de lo que tuviera luego que arrepentirse. La Anita se vino a mí hecha un lloraduelos y nos largamos a la pieza. Bien sabe Dios que si no es por ella y por el bombo aún era floja.

He quedado con la chavala en que mañana buscaremos casa y trabajo donde sea. Colocaciones no me han de faltar. Tocante a lo de

la tía, tentado estuve de desembuchar, pero finalmente cerré el pico. Una cosa no tiene que ver con la otra. Sentí dar las cinco sin pegar ojo.

6 junio, domingo

Por primera providencia dejamos las maletas donde Lautaro. La chavala andaba como achucharrada y ya le dije que a qué ton, que cuando menos ahora somos independientes. Pero que si quieres. La panoli ha andado todo el santo día con las lagrimitas. A Lautaro, el hombre, se le veía afectado. De entrada empezó con que mi señora era muy joven y yo, mosca, le dije que sí, que talmente parecía una cabrita, pero que ese disco ya lo conocía, y que ahora lo que procedía era encontrar una pieza barata donde dar con nuestros huesos. El hombre me recomendó una casa a dos cuadras, de una que le dicen la Verdeja, que tiene cuatro pupilos y, por un casual, hace dos días se la desocupó una pieza de matrimonio. Allí nos presentamos y la casa, sin ser un palacio, no me hizo mal efecto, aunque la Verdeja parece una tipa así tirando a guarra y sin demasiados miramientos. La Anita salió con que se le hacía muy cuesta arriba quedarse allí con el cielo y la tierra, pero ya le dije que pronto haríamos amistades, y que, de momento, nada como meter las valijas en alguna parte. Finalmente nos quedamos con la pieza. La Verdeja, por venir de donde Lautaro, nos llevará quince mil pesitos al mes, y que más adelante, cuando nazca la guagua, conversaríamos, porque no ve fácil que mi señora pueda darle de mamar, porque mi señora tiene unos pechitos como paltas y que las criaturas necesitan otra cosa. ¡No te giba! Acá todo el mundo tiene que dar su opinión sobre la chavala y ya veo que el negocio es casarse con una vaca holandesa. En definitiva, no es que esto sea caro, pero habrá que apechugar para sacar adelante a la familia.

Hemos andado todo el día de Dios como tolondros. Bien mirado, estuve demasiado bravo con el tío, que, al fin y al cabo, no es más que un pelado y un calzonazos. Si me alegro es por ella, pues la cosa se iba enredando y uno, a fin de cuentas, no es un iceberg. Donde Lautaro anduve hojeando *El Mercurio*. Anuncian una plaza de ascensorista en el Munich. Mañana me presentaré. No es que sea una plaza de director general, pero menos da una piedra. Además, lo que yo digo, si el Oswaldo, que es un flojo, aguanta, la cosa no será tan dura. Dice el Lautaro que el Munich cae en Monjitas, a cuatro cuadras del Lírico, y que es un hotel de postín. Por probar nada se pierde, creo yo, por más que, como diría el otro, en tanta probatura se le fue el virgo a Juana.

7 junio, lunes

Hemos extrañado la cama y me levanté sin pegar ojo. De primera intención me llegué a la esquina de la barraca y cuando apareció el Efrén con el carro le di la novedad. El hombre no quiso entrar en detalles y, cuando se los fui a dar, me salió con que había terminado con mi tío y eso bastaba. Le dije que iba a ponerme de ascensorista y no le pareció mal. Luego le dije que si le parecía bien seguiríamos viéndonos los sábados donde Lautaro. Él que conforme, y que se lo comunicaría al Dativo.

En el Munich aguardé una hora de reloj. Los hay que se los pisan, vamos. El hotel está bien puesto, pero había un mandamás con la jeta cuadrada que no hacía más que vocear a las chicas y a los botones. El cipote arrastraba las erres y daba órdenes como un general. Luego resultó ser el patrón y vino a mí y me preguntó si había manejado alguna vez ascensores de éstos, y yo le dije que ni de éstos ni de ninguno, y él, sin más, que podía largarme. Yo le dije entonces, con toda la cara, que no veía que el asunto requiriera mucha ciencia y que yo procedía de un centro de estudios. El cipote, de que me sintió hablar, que si español, y yo, tan templado, que y de los finos, y él que si recién venía llegando, y yo que sí, y él que si traía afán de trabajar, y yo que a ver, y entonces saltó el tío que le asaba la flojera del país y prefería personal de fuera y que podía quedarme provisorio y que León me enseñaría a la noche el manejo de estos trastos y que, si me parecía, eran cuatro mil semanales. Le dije que por la soldada bien y que a la noche a qué hora. Me dijo que después de cenar, que había poco movimiento, y a las doce dejé a la chavala en la cama moquiteando y me llegué, de segundas, al Munich. En el ascensor andaba un gilí de uniforme adormilado en una banqueta y le pregunté si era León, y él que el mismo, y le dije que era el nuevo y que el patrón había dicho que me enseñaría el manejo del ascensor. El panoli usa raya en medio y contesta de malos modos, pero no tuvo otro remedio que hincarla y me salió con que todo el chiste estaba en la manivela, y que hacia uno, subía, y hacia fuera, bajaba, y que el cuadro indicaba en todo caso de qué piso llamaban. Con toda su mala uva me subió a ciento por hora y al frenar me daba una cosa así, sobre la parte, como si quisiera devolver. El torda de él empezó con que «ahora llamaban del cuarto», y «ahora del tercero», «ahora de arriba», y «ahora de abajo», total, que cuando lo dejé llevaba encima una mierda de cuidado.

Me di un garbeo para ventilar un poco la terraza. Cuatro mil semanales vienen a ser dieciocho al mes, menos quince a la Verdeja, quedan tres para vicios, que no está mal. De éstos y, si se tercia, de las propinas reservaré dos para amortizar los pasajes. Poco hombre he de

ser si antes de un año no le he devuelto al tío hasta la última peseta.

8 junio, martes

Al marrajo del patrón le dicen don Herman, o cosa parecida. Por lo visto es alemán. Le confesé que ya estaba al tanto del ascensor y que podía incorporarme a voluntad. Él que mañana; verdaderamente no hay día más cerca. Anduve en recepción y una tipa así con una jeta muy particular me dijo que los ascensoristas tenemos tres turnos: seis, dos y diez de la noche, y que corren por semanas, y que mañana empezaría con el de tarde, y el domingo pasaría al de la noche, y así sucesivamente de semana en semana. La dije que al tiro y que mañana a las dos como un clavo.

No sé qué mosca le habrá picado a la chavala, pero hoy andaba como un cascabel. Ya le dije que a partir de este mes le daré quinientas para sus gastos. Al acostarnos me salió con que había escrito a los viejos contándoles lo del tío y dándoles la nueva dirección. Le pregunté por la Verdeja, y ella que es un pedazo de pan y que está deseando dar gusto, y que una disposición así en una extraña no se paga con dinero. No le falta razón.

9 junio, miércoles

¡La madre que lo echó! He acabado de ascensor hasta el pelo. Por curiosidad he contado los viajes: 313 para arriba y otros tantos para abajo. ¡Se dice pronto! Y menos mal que lo manejé con cuidado y las paradas las hice con calma, si no ¡de qué aguanto esta sesión! Luego las tías gordas que si llevaban dos horas llamando abajo, y ya las dije que otras llevaban tres llamando arriba y que uno no se puede dividir. ¡No te amuela! ¡También son exigencias! Ya quisiera yo verlas encerradas ocho horas en este cajón, y que ahora se enciende el quinto y luego el primero y luego la planta baja y uno está en el tercero y no sabe dónde acudir primero. Salí con la cabeza como un bombo. Para desengrasar, me llevé a la chavala al biógrafo, aunque sólo vimos media película. Te pones a ver y el cine aquí está tirado. A cinco pelas hoy en una sala del centro.

10 junio, jueves

De propinas, cero. Hoy le pregunté a León, al hacer el relevo, y el panoli, de malos modos, que si cae algo es en el turno de noche,

cuando algún cliente se larga y hay que despertarle y sacarle las valijas al portal. El cipote me mira con malos ojos. Hoy me fijé que tiene la oreja derecha medio cortada, y de que el candongo me vio mirar, me salió con que era una gracia de los míos. Ya me iba a largar, pero le dije que se explicase y que qué era eso de los míos, y el mandria, que también era español y que no vino aquí por su gusto, sino porque nosotros le empujamos. Ya le dije que piano, que yo no había empujado a nadie, pero el torda porfió que eso o perder la cabeza, y que él prefirió largarse. Le pregunté si era emigrado de la guerra y él que a ver, y yo le dije que conmigo podía estar tranquilo porque a mí la política me la trae floja y que, por ese lado, tan amigos. El tío, de principio, se atufó, pero luego acabó reconociendo que, puestos a mirar, la política no sirve más que para hacer el caldo gordo a media docena de mangantes y que, en definitiva, a los que siempre nos hacen la santísima es a los pobres. Razón no le falta. Roto el hielo, la echamos larga y me preguntó de dónde era y el tío se bebía las noticias de allá con un ansia que para qué. Le pregunté por lo de la oreja y me dijo que era una reliquia de lo del Ebro. Yo le dije lealmente que anduvo con la chorrina, porque le agarra un poco más dentro y se lo lleva pateta sin decir ni mus. El panoli que no sabe qué hubiera sido peor. ¡Vamos, anda! Quedamos tan amigos. Te pones a ver y el León es un buen chavea, porque lo que yo digo, a un individuo que deja su patria por las bravas no se le va a exigir encima que esté de buen café.

Hoy hice 297 viajes. Poco menos que ayer, algo vamos ganando.

11 junio, viernes

El don Herman este se gasta un talante de los diablos. Hoy la puso a caldo a la mucama, todo porque la pilló hablando con el novio por el teléfono del hotel. También a mí, de que asomé la gaita, me llamó a capítulo y me dijo que cuando me dirija a un cliente diga siempre «señor» o «señora». Yo le dije que de acuerdo. Luego me entregó el uniforme. Ya ha ido rápido, ya. Todavía no hace dos días de la prueba. Y bien mirado, no es que sea el del Centro, pero no está mal. Todo él va en gris y en las solapas lleva unas letras en dorado que dicen H.M. (Hotel Munich). La gorra también es de plato, como la de allá, pero sin galones. Más seria si se quiere, pero resulta más pobre. Lo que sí está todo él es bien cortado; se ve que estas cosas las cuidan y se las encargan a un sastre de postín. Estoy contento porque otra cosa no, pero tocante a la ropa no me gusta ir de cualquier manera.

Hoy 321 viajes. Ya veo que el día que bajen de 300 estoy de enhorabuena. Hoy me dio por pensar que el día que me agarre un

temblor dentro del ascensor va a ser la grande. La chavala me espera despierta todas las noches y conversamos hasta las tantas.

12 junio, sábado

Dejé razón donde Lautaro que no podía quedarme por el servicio, pero que el sábado próximo a la hora de siempre. Pasé por recepción a cobrar: 2.855, que no está mal. Al don Herman este no se le escapa una. Al parecer, los domingos respetan el descanso, pero si uno quiere, cotizan la jornada como horas extraordinarias. El Oswaldo no tiene esa potra. De todos modos yo la dije a la tía de recepción que para mí el domingo es sagrado y que nones, aunque me paguen mi peso en oro.

Esta noche le pregunté a la Verdeja por los demás huéspedes. Dice que los dos son viajantes de comercio y que andan por el sur con la gira de invierno. A lo que es de ver, don Juanito, uno de ellos, que viaja calzado, siempre está de guasa. Dice la Verdeja que ya veremos cosa chistosa cuando regrese.

13 junio, domingo

Por la mañana anduvimos dando un garbeo por la Alameda. El tiempo está hermoso y mentira parece que sea la época que es, más o menos el noviembre de allá. Por la tarde estuvimos al fútbol, a ver al Colocolo, que a la gente esta la trae de cabeza, pero nada. Una pendejada de tres al cuarto. Lo único las alambradas en el campo para que no le tiren botellazos al árbitro. Dice la chavala que otro domingo prefiere el biógrafo. Menda se apunta.

A la noche anduvimos de recordatorios. Le dije a la Anita que no hace todavía tres meses que salimos de allá y que bien parece una vida y ella que si me recordaba de cuando bailábamos en la Cerve hasta las tantas, y yo le dije que cómo no, y la chavala que lo ve tan lejos que a veces piensa que lo ha soñado. ¡Qué tiempos! Luego me dijo que la Verdeja tiene un aparato de radio en la trastera y que podríamos arreglarlo. Ya la advertí que cuanto menos echemos la vista atrás, mejor, pero ella dijo, y con razón, que es lo único que la queda cuando me voy al tajo. Verdaderamente no es que uno se encuentre aquí a disgusto, pero como en casa en ninguna parte.

14 junio, lunes

Hoy cayó la primera propina: cincuenta pesitos del ala. En realidad no hice otra cosa que llamar al del 450 a las cinco y pedirle un taxi. Luego le saqué las valijas al portal. Bueno, pues cincuenta por el servicio, que no está mal.

El turno de noche, a partir de la una, es tranquilo. Aunque el don Herman lo tiene prohibido, a las doce metemos una banqueta en el ascensor y a descabezar una siesta. Que suena el timbre, pues arriba; luego, otra vez a dormir. Me metí en la cama a las seis y hasta la una de mediodía ni respiré. Luego dispone uno de la tarde para dar dos patadas por el centro, como yo digo. Verdaderamente, si yo tuviera cuatro chiches ahorrados sería el momento de emprender un negocio. También la chavala prefiere este turno porque así no se aburre todo el día de Dios sola en la pieza. No sé a santo de qué, pero hoy la encuentro más abultada.

15 junio, martes

Ha vuelto a nevar de firme en la Cordillera y esta noche soplaba un gris de tente y no te menees. La chavala se ha mangado un buen catarro. De los tíos, ni una palabra.

17 junio, jueves

La patroncita cada día se esmera más. Ahora anda emperrada en que probemos los platos del país. Puestos a ver yo no corro por el choclo, ni por ninguna de estas cosas, pero siquiera me esfuerzo por no desairarla. A la chavala, en cambio, no hay Dios que la haga probar bocado. Hoy la Verdeja nos preparó unas humitas y la chavala, de que las vio, que nones. Por más que porfié no hubo manera. La patroncita se llevó un berrinche de órdago. Ya la dije que no hiciera caso, que mi señora era muy asquerosa para comer, y con mayor motivo en su situación.

Esta noche pasé más frío en el ascensor que un gato agostizo. ¡La madre que la parió! Mañana me llevo una manta como me llamo Lorenzo.

19 junio, sábado

Estuve con el Efrén donde Lautaro. También cayeron por allá Dativo, el Oswaldo y Lucho. Le pregunté al Dativo cómo iban las cosas por la barraca y que como siempre, pero que peor que eso era el

estómago, que llevaba un otoño que ya no sabe qué inventar. Lucho me salió con que tiene un buen cacerío para mañana.

Ya le dije que ahora no, porque no quiero dejar sola a mi señora. El cipote se emperró en que ya me había dicho que venirse a América con la señora era una huevada, y lo que yo le dije, que gracias por la advertencia, pero que de todas formas había llegado tarde. El marrajo la gozaba y que dejémoslo no más; lo que yo le dije, que por lo que a mí respecta bien dejado estaba.

Cuando me largué, el Efrén se me vino a la rueda. Se veía que el hombre quería soltar algo pero mientras no llegamos a casa no se destapó. Entonces salió otra vez con los veinte mil pitos y en que ya le agradaría asociarse conmigo, y que ahora era ocasión, puesto que yo no dependía de nadie. Le dije que lo pensaría, pero que en el supositorio, que ya es suponer, de que yo encuentre plata, qué demonios podíamos coger, y él que lo dejaba a mi capricho y que el Dativo opinaba que un quiosco. No sé, no sé. Luego, he andado dándole vueltas al asunto toda la noche. Me llevé el abrigo al ascensor y he estado como Dios. Sin comerlo ni beberlo cayeron tres propinas. Cien pesitos en total; no para echar coche, pero menos da una piedra. De regreso me vino a las mientes don Heliodoro. No lo he vuelto a ver desde que fui con el Oswaldo a pedirle permiso para el fundo. Malo será que este hombre, que ha demostrado que sabe desenvolverse, no me dé un consejo aprovechable. He de verle cuanto antes.

20 junio, domingo

Soñé con las perdices de allá y me he levantado con un remusguillo que para qué. Yo apuntaba a conciencia con la escopeta pero cuando apretaba el gatillo, nada; abría y tenía el cartucho vacío, y volvía a cargar, y seguían saliendo perdices, y apuntaba otra vez a conciencia, apretaba el gatillo y nada. Y así un ciento de veces. ¡La madre que las echó! Ésta me la pagan, vaya que sí. Ya le dije a la chavala que si hoy no fui de caza, lo mismo que el domingo pasado, fue por ella, y que estaba determinado a dejar la escopeta si el que yo saliera al campo iba a afectarla. La chavala, tan comprensiva, que ni por pienso, y que si yo la gozaba así, ella ya se apañaría, y que no me preocupara. Le dije lealmente que me gibaba y que ya sabe que yo no soy uno de esos tipos que por encima de todo pongan su capricho. Ella porfió que no la importaba y yo le dije que me daba lacha, la verdad. La chavala terminó por decirme que si no salgo al campo el domingo no me dirigirá la palabra. A la chavala esta, por las buenas, lo que se quiera, ya se sabe, pero si uno se pone enfrente va arreglado.

Estuvimos al biógrafo. Verdaderamente esto de los letreros es una

gaita. Sale uno del cine con la cabeza tonta. Acabé el día murrio. Yo no sé a santo de qué, uno ve unos días la vida color de rosa y otros, negra. Esta noche qué sé yo lo que hubiera dado por encontrarme allá.

21 junio, lunes

Tampoco el turno de alba está mal, fuera del madrugón que le sabe a uno como una patada en mala parte. Pero luego queda la tarde y, a la noche, a la piltra como Dios manda.

Hoy le propuse a León una comandita para las propinas. Le dije que allá, en un cine, la cosa era seria y todos los días venías a salir lo mismo. Él me dijo que, aunque fuera mala pregunta, qué había sacado la semana última, y le dije, para no mentir, que ciento cincuenta y él sin más, que no interesaba. Me da a mí el pálpito que el gicho este no se fía ni de su padre.

Hubo carta de los viejos. Él anda afectado con lo del tío y dice que debimos aguantar y que, en estas circunstancias, lo mejor es dar la vuelta. El hombre envía por giro quinientas pelas. Tuvimos cuestión porque la chavala porfía que el viejo tiene razón y que aquí ya no pintamos nada. Para taparla la boca la pregunté si es que su padre iba a sacudirse cinco billetes o seis para el regreso y ella que a qué ton, que nuestra era la culpa y nosotros debíamos aflojar la mosca para lo que proceda. Lo que yo la dije, que si es así, a achantar la mui y darle al parche, porque de momento, trabajando como un negro, apenas saca uno para mal vivir, y que no olvide que aún tengo que abonarle al tío los pasajes.

Sigue el frío. El tiempo está quedo, pero el invierno empieza a apretar.

23 junio, miércoles

Me pasé por casa de don Heliodoro. Verdaderamente es un caballero. Y ella una señora. Con gentes así da gusto tratar. No es que no guarden las distancias, como debe ser, pero a uno no le miran como a un bicho raro. Me pasaron a la sala y él se metió dentro de un mostrador y me preguntó qué me petaba y me sirvió un vermut, y uno como un señorón venga a rajar y a beber del vaso a buchecitos. Me contó que él hizo su fortuna en el norte; tuvo la chamba de descubrir un yacimiento de cobre y lo denunció. Verdaderamente aquí todo quisque ha hecho su fortuna en el norte o en el sur; ya veo yo que en el centro no hay de qué. Cuando nazca la guagua habrá que pensar en cambiar de aires. Yo le decía todo el tiempo don Heliodoro, y él, de

repente, me dijo que me dejase de etiquetas y le llame don Helio, como le dicen los amigos. Luego, ya en la confianza, le conté de pe a pa todo lo del tío y que andaba de ascensorista en el Munich y él, como un caballero, me dejaba hablar, y no es que yo me explique mal, pero siempre es raro ver a un rico escuchando a un pobre, o sea a uno que no es su igual. Bueno, pues me salió ella con que si mi mujer cosía, y yo la dije que no, y ella porfió que qué hacía de soltera, y yo la dije que peinaba, pero por capricho, ya que en su casa no pasaban necesidad, pero ella, tan campechana, dijo que a ella, o sea la señora de don Helio, le hacía falta una peinadora, y que fuese por allí que ya sabía dónde tenía una amiga. La sonreí y callé la boca, por no parecerle orgulloso, pero poco hombre sería yo si tuviera que poner a currelar a mi señora. Ya en este terreno, le confié a don Heliodoro, o sea don Helio, que tenía entre ceja y ceja montar un negociejo con un amigo y que me interesaba su parecer antes de determinarme para el momento que hubiera ahorrado cuatro pitos. Él me salió con que restoranes y zapatos eran negocio acá y daban plata, pero yo le dije que más modesto, y él entonces me dijo que un salón de lustrar venía haciendo falta en toda la zona esa de Ahumada, Bandera y Monjitas, y que poco local precisábamos para una cosa así. Verdaderamente el punto de vista de estos hombres de negocios tiene un qué que no se encuentra en un hombre cualquiera. Al largarme, se llegaron a la puerta como si yo fuera visita de ellos, o sea un igual, y ella me salió con que no dejara de decirle aquello a mi señora, y él me dijo, con todo el señorío, que si precisaba un anticipo no acudiera a un Banco, que para eso están los amigos. Vamos, lo que yo me digo, esto es un señor y lo demás son cuentos. Que me venga ahora Tochano con que el señorío es cuestión de billetes. Pues no señor, el señorío se mama y el que no lo mama no hay de qué.

Le conté a la Anita la entrevista y la panoli loca con lo de empezar a peinar. Le dije que parara la jaca, que yo era yo, y poco hombre había de ser si la permitía trabajar, máxime en sus circunstancias. Ella la cogió modorra y no lo dejó en toda la tarde. Acabé por decirla que bien si era capricho, pero que si lo hacía por la cuestión internacional del manduque, ni hablar del peluquín. A fin de cuentas, a la chavala no la ha de venir mal entretenerse en algo. Y, por otra parte, tampoco va a perjudicarnos, digo yo, una amistad como ésta. Al Efrén le propondré mañana lo del salón de lustrar.

25 junio, viernes

A la hora de comer se presentó don Juanito, el viajante de calzado. Es un tipo así, chiquilín y escurrido, pero más vivo que el rabo de una

lagartija. Entró pegando voces y la patroncita le preguntó por don Roque y él que había enfermado, que se había hospitalizado en Osorno. La Verdeja hizo las presentaciones, y él que, chucha, españoles, y que eso le gustaba. A la patrona la decía todo el tiempo mamá y mi perrita choca y venga a reír. El hombre tiene una alegría dentro que para qué; es uno de esos panolis que siempre andan de coña y que a uno le cogen un día de mal café y los enfila, pero le cogen de buen talante y le caen ya simpáticos *per in sécula seculórum*. Anduvimos de sobremesa como si nos conociéramos de toda la vida y, al final, el mandria que mucho gusto y que la señora española era muy linda y que parecía una cabrita no más. Yo, por no aguar la fiesta, callé la boca, pero la verdad es que joroba ya tanto cabrita, cabrita a lo bobo. Parece que lo han aprendido en jueves, coño.

A la tarde me llegué con la Anita donde don Helio y le mostré el sitio y la micro que debe tomar. El hombre, como corresponde, vive en el barrio elegante, Apoquindo arriba, y no digo yo que no se pueda ir a pie, pero hay una tirada. Antes de llegarnos al chalet, le advertí a la chavala que ella le llamase don Heliodoro mientras él no diga otra cosa, pero como a la torda esta no hay quien la entienda, se enojó y me dijo que si la tomaba por tonta o qué. Tanto ella como él estuvieron simpáticos y ya aproveché para pedirle un permiso para el domingo. El hombre no puso trabas. La chavala quedó en acercarse por allí, o sea por casa de ellos, todas las mañanas a las once. Ella le dijo que le buscará otra casa de alguna amiga para que no se dé el paseo por tan poco. No nos pasó al bar, ni él le dijo a la chavala nada de que le llame don Helio. Tampoco me parece mal; en el mundo hay de todo y sobra la gente que le das la mano y se toman el pie.

26 junio, sábado

Me reuní con el Efrén donde Lautaro. Jugamos un cacho y me tocó palmar. Aguardamos a que Dativo y Lucho se largaran para conversar de lo nuestro. El Efrén bailaba en una pata cuando le dije lo de don Helio. Sin más, recogimos a la Anita y anduvimos mirando locales por el centro. En Monjitas vimos el boliche de un relojero y en Moneda y Ahumada dos obras muy avanzadas con sus huecos a la calle. Me peta lo de Monjitas; queda a dos cuadras del hotel y a poca costa podría yo vigilarlo. Ya se sabe que donde falta el ojo del amo no engorda el caballo. No nos mostramos demasiado interesados, sin embargo, porque estos cipotes de que ven un interés se suben al guindo. El Efrén, que conoce un limpia de toda confianza. Ya le dije que ése puede ser uno, pero con menos de tres no se puede empezar. Luego anduvimos discutiendo el nombre. El Efrén la cogió modorra con El

Betunero de los Andes, pero le dije lealmente que se me hacía un poco largo y que en estos nombres comerciales nada como abreviar. La chavala terció que por qué no Lustre Español y no cayó mal. Veremos. Quedé en pasarme por donde el relojero el lunes para ver de arreglar lo del traspaso. El Efrén, como unas castañuelas. A Lucho no le dije esta tarde una palabra del cacerío de mañana. Prefiero manejarme solo, y si más adelante me merco una perrita, miel sobre hojuelas.

De regreso le dije a la chavala que daría diez años de vida porque esto del negocio cuajara. Ella que menos vida. ¡Gibar, sólo por ver la jeta del tío se podía dar entera!

27 junio, domingo

Subí a Melipilla en tren. Luego, como no conocía al del carro de la leche, me llegué al cazadero a pinrel. Vale la pena porque de madrugada las diucas se posan a bandadas en las cercas y sólo el verlas con las pechuguitas rojas en los alambres es ya un espectáculo. Arriba andaban los jotes de observación, como yo digo, y a mano derecha, según se mira, asomaba el sol y los espinos, a contraluz, parecían talmente negros. La tierra de esta parte es roja como el ladrillo y malo sería que aquí no se aclimatase la perdiz nuestra. Lo que pasa es lo que pasa, que esta gente es muy dejada y no da un paso por mejorar de condición. ¿Pues no han andado hasta hace unos años sin ley de caza? Y el candongo de Lucho aún me sale que eso era lo lindo y que entonces uno cazaba y pescaba a capricho y que eso era vivir. ¡Dejarían de tirar piedras contra su propio tejado! Bueno, pues él porfiaba que eso es lo bueno y que cuando se acabe, se acabó. Ya le dije que ése era un modo de enfocar el asunto muy particular y él mismo me dio la razón cuando me dijo que en el sur, que apenas hay cazadores, se pueden matar dos docenas de perdices con un tiragomas en media hora.

Pasé por casa del encargado para mostrarle la tarjeta y quitarme de preocupaciones, pero el mandria me salió con que si no venía don Oswaldo conmigo y me dio el día. En cuanto que aparezca Oswaldo por aquí se lo planta. ¡Faltaría más! ¿Y qué le digo yo al gicho este ahora? En todo el día se me ha ido la idea del pensamiento y las dos primeras perdices las marré a cascaporrillo sólo por la dichosa preocupación. Me dije, finalmente, que la que sea sonará; me serené y, en cinco minutos de reloj, hice una perdiz, una liebre y un bicho raro con un moño parigual que las avefrías. Luego encontré a un pastor y dale con que era una codorniz. Ya le dije que a las codornices me las conozco como si las hubiera parido y el cipote porfió que cómo no, que al tiro la reconocería y que era un macho, no más. Le dejé en su

idea por no llevarle la contraria y echar la mañana a perros. A poco perdí el corro y aquello era una desolación. Tampoco di patadas ni nada sin ver un pájaro. El monte tenía así una traza hermosa, pero que si quieres. En una cortada, vi el culo a una liebre, pero en París. No quise forzar la suerte, me senté junto a un chaparro y me puse a merendar. Luego, sin más que dar media vuelta, parecía aquello un gallinero. Empecé pim, pam, pim, pam, y en un verbo colgué siete perdices. Andaba con la chorrina y, en una asomada, se me arrancó una liebrota a huevo y por precipitado la caí del segundo y, según la puse a orinar, me saltó otra, aún más grande, de los mismos pies, y la zorra de ella se largó gazapeando y yo, que si quieres, se me enredaban los dedos y ni podía cargar ni nada. ¡La madre que la parió! Bien puede decir que nació hoy. Y es lo que pasa, que uno se promete andar siempre al quite, pero estas zorras se la saben entera y brincan cuando uno, por una razón o por otra, anda más descuidado. En éstas andaba, cuando pirribiiií, una perdiz, la encañono y, pirribiiií, otra perdiz, me acerolo y no caigo ninguna. ¡Me cago en su alma! Me cabreé y me bajé a la carretera. Total dos liebres, nueve perdices y lo del moño. Ya es un morral pero, bien mirado, podía haber hecho el doble. Claro que en esto siempre pasa lo mismo. Y hay cazas que se van porque sí, porque se tienen que ir, porque de otro modo no quedaría ni una para contarlo.

De regreso, me volvió a las mientes lo del Oswaldo. Cuando este hombre se entere me va a armar la de Dios. Después de todo, que le den tila. Luego me dio por pensar en lo de allá y, cuando llegué a casa, entre el cansancio y los recordatorios estaba para el arrastre.

La señora Verdeja y don Juanito porfían que lo del moño es una codorniz. Ya les dije que será para ellos, por su capricho. ¡No te amuela! Si esto es una codorniz, yo soy teniente coronel.

28 junio, lunes

Pasé por donde el relojero. El marrajo que trescientos mil. ¡No te giba! Ya le dije que si le hacen doscientos, Lorenzo me llamo, y que si porfía en trescientos, a otra cosa, mariposa. Le dejé razón. No sé por qué me tinca que va a picar.

Empecé el turno de tarde.

30 junio, miércoles

Don Herman sigue armándolas como Amancio. Por menos de un pimiento le canta a uno cuántas son cinco. Al mandria de él, cuando

se mete en harina, se le pone el pestorejo como la grana. La fetén es que los alemanes y los españoles, los españoles y los alemanes, parece como que viniéramos aquí a despacharnos a nuestro antojo. Al chilenito no le vaya usted con peteneras. Le sale con que dejémoslo no más y este cuento se ha acabado. Pero lo que es los extranjeros... ¡La madre que los echó! Claro que es la diferencia, que los de fuera vienen con el ansia de amasar y los de aquí no tienen prisa, viven su vida y sanseacabó. La mucama del segundo andaba hoy con un sofoco que para qué. Ya la dije que, aunque fuera meterme donde no me importa, no lo tomase así. La fulana ni me miró la cara. ¡Anda y que te zurzan!

Esta noche merendamos las perdices. La Verdeja, de propio intento, me salió con que por cada cuatro me deja de cobrar un día y por dos liebres equilicual. ¡Fenómeno! Lo que yo le digo a la chavala, si salgo cada domingo, a vivir de la caza. La Anita me paró los pies con que menos salir, y que a saber a cómo me habrá costado cada perdiz si incluimos viaje, merienda y demás. Ya me parecía a mí que esto no podía durar, aunque después de todo, razón no le falta a la chavala.

Del relojero, ni palabra.

1 julio, jueves

Cobró la Anita a razón de treinta y cinco diarios. Lo que yo la digo, si se gasta veinte en micros ya ha hecho el agosto. Ella porfía que no le importa y que, prescindiendo de que viva cerca o lejos, que eso a la clienta ni le va ni le viene, no está mal pagado, y que yendo a pie algunos días malo será que a fin de mes no le queden setecientos cincuenta limpios. ¡Ya ve usted qué renta! Después de todo, la amistad de don Heliodoro bien vale el paseo y hasta de balde se le podía hacer el servicio.

Recibí carta de mi hermana. Entre tanto chico y el borracho de su marido, la Modes se va a olvidar hasta de su nombre. ¡Madre qué carta! Verdaderamente da lacha verla. Lo que yo le digo a la Anita, uno no será un Cervantes, pero todavía hay clases. ¿Pues no me pone venir con be de burro? Siempre tuve a mi hermana por una mala bestia, pero, a decir verdad, no hasta este punto. En definitiva, todos andan bien de salud y eso es lo que importa.

Tocante a lo de ayudarla, lo que yo le digo a la chavala, no estamos para ayudar, sino para que nos ayuden.

Va para el mes que no vemos a los tíos ni vivos ni muertos.

2 julio, viernes

Se recibió el giro del viejo. Le propuse a la chavala invertir las quinientas pelas en el negocio y ella que bien. Si en una semana no asoma la gaita el relojero, veremos de darle otro toque. En estos asuntos no conviene precipitarse.

Doña Flor, la de don Helio, le ha dado a la Anita la dirección de una matrona de confianza. Habrá que hacerla una visita, porque, bien mirado, el chavea está ya para caer.

4 julio, domingo

Este mediodía nos reímos las muelas con don Juanito. Verdaderamente el tipo este tiene una sombra que para qué. Se pasó más de dos horas gastándole chuflas a la patrona y finalmente nos dijo que reparásemos en su cara según la arrimaba el ají. La Verdeja andaba sentada y él la puso el ají por detrás, junto a la oreja, y la tía entonces se sofocó de media cara y empezó a sudar por cada pelo una gota. Cuando se percató de la guasa se puso a perseguir a don Juanito a escobazo limpio. Luego dijo que eso suyo es como una enfermedad y que, desde que era guagua, en cuanto que la arriman algo picante se arranca a transpirar por media cara como un caballo. ¡Qué cosas! Don Juanito empezó luego con los juegos de manos y así se estuvo hasta las tantas.

Después de cenar estuvimos al biógrafo. Al regresar, la chavala se quejaba de pinchazos sobre la parte, y tuvimos que tomar un taxi. ¡También gibaría que el chavea se anticipase!

6 julio, martes

Y me quejaba yo, allá, del habla de pendoncete de don Basilio si se atocinaba. Bien mirado, el don Herman este le hace bueno. A fin de cuentas don Basilio era un caballero, y si a veces le pisaba a uno los callos, era siempre con la razón por delante. Con don Herman, o como se llame, no hay tal; vocea porque se le pone y nada más. Hoy se enojó porque llamé tarde al del 9. Le hice ver que yo le llamé a su hora y si volvió a quedarse roque, mía no era la culpa. Además, después de todo, creo yo, las once son horas de levantarse sin necesidad de que le zarandeen a uno. Bueno, pues el tío se atufó y me puso a caldo. A voces me llamó huevón de mierda, crestón y qué sé yo qué disparates. Ya le dije que diera gracias que sólo llevo unas semanas en el país y no comprendía bien lo que quería decirme. ¡Hasta aquí podíamos llegar! Al gilí, cuando se calienta, se le ponen blancos dos cacho carrillos y todo lo demás rojo como la sangre. No sé

por qué, pero los hombres cuando más se parecen a tías es cabreados, cuando dan voces al tuntún y dicen desatinos. En realidad me la trae floja y lo que diga el torda este me entra por un oído y me sale por el otro. Bien me sé que estoy aquí provisional y que en este país lo que sobran son colocaciones. Así se lo planté a la mucama del segundo, que miraba sin dejarlo, como cachondeándose, y la gilí de ella me saltó con que si con provisional quería decir provisorio. De mal café la respondí que sería ella la que con provisorio quería decir provisional. ¡Vamos, que también gibaría que ahora me fueran a enseñar a hablar estos cipotes! Pepita en la lengua no tengo y el mejor día voy a recordarle a alguno que si Colón se dio un garbeo por aquí hace unos años, fue para enseñar a su abuelo a decir pan y vino en lugar de chau-chau. ¡No te amuela!

He andado todo el día como aliquebrado. La chavala salió por la tarde con la señora de don Helio. Ya le dije que ojo no fuese a trompicar. La panoli se cabreó y que la idea había salido de ella y tampoco era cosa de hacerla un desaire. Lo que yo la dije, que en esto de las amistades nada como guardar las distancias, pero se puso chulilla y me salió con que tan honrada era ella como la señora más señora. No digo que no, pero son cosas distintas, me parece a mí. ¡Qué tendrá que ver el culo con las témporas! Callé la boca, sin embargo, por tener la fiesta en paz.

Don Juanito está en cama con un ántrax, y he pasado la tarde con él charlando de todo un poco. El marrajo se gasta cada cacho salida que le hace a uno reír aunque no quiera. Verdaderamente el cipote este tiene una sal por arrobas.

8 julio, jueves

Se presentó el relojero cuando menos lo esperaba. El huevón empezó con que doscientos cincuenta y ya le dije que tonto era en darse el paseo porque ya le tengo dicho que no doy arriba de doscientos mil, y que sólo tengo una palabra. Acabó por hincar el pico y que tomara ese precio como un obsequio. ¡No te giba! Quedé en formalizar la cosa el sábado por la tarde.

He andado todo el día de Dios dándole vueltas al asunto. De entrada se pueden coger tres limpias, que a 12.000 mensuales son 36. Por término medio habrá que contar con 200 clientes, que a 15 pitos son 3.000 diarios, o sea 90.000 al mes. Si a esto le sumas cambios de tacones, cordones y lengüetas, te metes en los 100.000 pesitos como quien lava. Quítale 36 de los limpias, 10 de seguro, 5 de material y otros 5 de contribución y aún quedan 44 para repartir. Pongamos 14 de amortización todos los meses y aún restan 15 para cada socio que

te embolsas sin más que arriesgar cuatro chiches. La cosa no parece mal planeada y, puestos a ver, todo está calculado por lo bajo y malo será que a fin de mes no recojamos 20 o 25.000 pesitos sin otro trabajo que alargar la mano. Así se lo planté a la chavala y ella que todo será que se ponga de moda y en vez de 25 caigan 50. Con estas cosas se olvida hasta del chavea, que estos últimos días le venía dando guerra.

9 julio, viernes

Estuve en casa de don Helio. Pasé un sofoco, porque siempre da lacha ir por plata aunque sea donde un amigo. Me largó un cheque por los doscientos y me dejó de piedra cuando me salió con que qué me parecía un seis por ciento. Le dije que bien, porque antes que nada tengo mi orgullo, pero tonto sería si en estas condiciones vuelvo a pedirle una perra. El huevón encima me hizo firmar un papel, como si no fuese suficiente mi palabra. La fetén es que el tipo este me ha dado el pego y te pones a mirar y es más verdad que nada eso de que en el mundo no puedes fiarte ni de tu padre. Aguardé al Efrén a la salida de la barraca y me faltó tiempo para contárselo. Él, que bien estaba, que si conocía a alguien que soltara la plata porque sí no más, y que, después de todo, ahorrábamos un dos porque los Bancos soplan el ocho. Vistas así las cosas, aún voy a tener que estarle agradecido. Quedé con el Efrén mañana, donde Lautaro, para ir donde el relojero. Él avisará a un carpinterillo de confianza para ver de estudiar la transformación. A la noche no podía agarrar el sueño. La fetén es que sólo de pensar que ando metido en un negocio de cientos de miles se me encoge el ombligo.

10 julio, sábado

Estuve con el Efrén donde el relojero legalizando la operación. Félix, el carpintero, anduvo midiendo la salita y ya le dije que de lo que se trataba era de transformar el local en un salón de lustrar, armar tres tronos de madera para los clientes y tres bancos para los limpias. Él, que estaba en ello, pero que la cosa no iba a salirnos por menos de los cien mil. ¡Pucha la madre! A lo bobo, a lo bobo, uno se va metiendo en honduras y ni Dios sabe por dónde va a salir. El torda del Efrén bailaba en una pata y que lo que sea bien está, que siquiera por aprovechar la oportunidad ya arriesga con gusto los veinte mil pesitos. Le hice ver que no eran veinte sino trescientos, entre unas cosas y otras, y el huevón que aunque así fuese. El relojero quedó en desalojar

el taller de aquí al lunes y el carpintero que se pondría a ello, a ver si para dentro de diez días podíamos empezar. Luego le dije al Efrén que mañana a la mañana me presente al roto ese amigo suyo que lustra en la Alameda. Si el chaval es de confianza bien puede quedarse, por el momento, de encargado.

A las cinco recogí a la chavala y nos fuimos donde la matrona. La hizo un tacto y dijo que el chaval está ya encajado y que para cuándo. La Anita dijo que un mes más o menos y la tipa la aconsejó que no coma sal porque tiene la sangre alterada. La chavala salió preocupada con que a ver si la sangre esa nos va a dar que sentir. Ya le dije que las candajas estas algo tienen que inventar para justificar la minuta, pero ella que nadie habla a lo bobo y que más tranquila se quedaría si la asistiese un doctor. La hice ver que un doctor se llevará como poco veinte mil y ella, por no perder la costumbre, saltó ofendiendo con que no le haría tantos ascos para gastármelos en cartuchos. Nos acostamos de morros. No la dije una palabra de lo del negocio.

11 julio, domingo

Al limpia conocido del Efrén le dicen Gallito, como al torero. Parece buen rapaz y de que se lo propusimos aceptó al tiro. Es un tipo así, muy particular, con jeta de niño de teta y unas pestañas como persianas. El cipote mientras habla no hace más que abanicarse con ellas. Le dije lo de los mil y las propinas y que bueno. Quedamos en que él buscaría otra pareja y que cuando esté todo liado le avisaremos. Luego le dije al Efrén que se procure otros doscientos para la carpintería y demás y que resuelva también lo de la contribución industrial. Ciertamente, cuando pienso en el lío que nos estamos metiendo se me cae el poto. Esta noche no pude pegar ojo hasta las tantas. Luego, a las cinco, arriba; a las seis tengo el turno de alba. Bien mirado esto del ascensor es un oficio de perros. Si digo mi verdad, no veo el momento de poder mandarlo a paseo.

13 julio, martes

¡Éramos pocos y parió la abuela! Ciertamente las preocupaciones nunca vienen solas. De regreso del hotel me encontré a la chavala encamada. Dice que siente pinchazos sobre la parte y que la da rilis dar a luz y que no hace más que acordarse de la mamá. La dije, con toda la buena intención, que la mamá ahora como si no existiera, pero ella se puso por las nubes con que si en este trance no se acordaba de ella de quién si no. La gilí se metió en llanto lo mismo que si la

hubiera soltado dos guantadas. La Verdeja, la mujer, se sentó al borde de la cama y a contemplarla. Me cabreó la cosa, me fui donde don Juanito y anduvimos de cháchara hasta las cuatro. Cuando volví ya se le había pasado. La dije que lo principal en estos trances es la serenidad y que si se deja llevar por el canguelo ya estábamos listos. Puestos a ver, esto es mear en botija, como dicen en mi pueblo. Uno da consejos a voleo, pero si fuera uno el que tuviera que dar a luz, otro gallo le cantara. Sólo de pensar que tuviera yo que soltar entera toda esa carga se me revuelve la mierda.

A las seis se presentó el relojero con la llave del taller. Hice levantar a la chavala y nos fuimos donde el carpintero dando un garbeo. La Anita iba callada y por distraerla le pregunté si no había vuelto a ver a los tíos. Respondió que no y entonces fui yo y, para quitarle la idea de la cabeza, la conté de pe a pa lo de la tía. ¡Había que verla entonces! Se me puso brava, pero contra lo que esperaba, la tomó conmigo y con que si yo la daría gancho y con que si antes debía habérselo contado. Total, que fue peor el remedio que la enfermedad y acabamos como las tristes. Ciertamente, a la chavala esta no hay Dios que la entienda. Como no venga su papá a contemplarla, lo que es yo ya me voy a esforzar, ya. ¡Anda y que la den morcilla! Una y no más.

15 julio, jueves

Pasé por casa de don Helio a decirle que mi señora estaba indispuesta y dejaría lo de peinar por una temporada. El huevón me preguntó por el negocio; se ve que quiere amarrar sus pesitos. Ya le dije que andamos de preparativos y que hasta dentro de ocho o diez días no abriremos. Le llamé, de idea, don Heliodoro, con toda la etiqueta, y el tío calló la boca. Las confianzas para los amigos. ¡Toma del frasco!

El Efrén se me presentó en el hotel con los doscientos restantes. El cipote como unas castañuelas. A saber qué se pensará de todo este asunto. De fijo que le ha dicho a su señora que para el año que viene por estas fechas, millonario.

Hubo carta de los viejos y otra de Melecio. Por lo visto están pasando un calor de aúpa. ¡Qué cosas!

Aquí les querría yo ver. Particularmente por la noche baja un relente de la Cordillera que no hay cristiano que aguante.

17 julio, sábado

La chavala parece de mejor garbo, pero anda celosilla y tal. Desde lo

de la tía no hace más que tirar puntadas a lo bobo. Menos mal que uno las encaja de grado porque, a fin de cuentas, no todos los días se puede presumir de guapo. Hoy me salió con que ya había notado ella que la tía se arrimaba de más cuando bailábamos. Le dije que a ver y que si yo no fuera como se debe ser, lo que hubiese querido con ella. La gilí se atocinó y me dijo que si ella diera gancho, planes tampoco la habían de faltar. Ya le dije que no pensaba lo mismo la tía. Me preguntó qué tenía que decir la tía de ella, pero callé la boca, porque si me voy del pico tenemos cuestión para rato.

Después de comer estuve donde Lautaro echando un cacho. Encontré al Dativo alicaído. El hombre se fue a casa así acabó la partida, quejándose del estómago. Me dice el Efrén que ha estado donde un curandero, pero como si nada. También el Oswaldo estaba hoy muy particular, y al final me salió con que qué tal el cacerío del 27. Me quise justificar y fue peor, me armé un taco y acabé metiéndola hasta el ombligo. Bueno, después de todo, la cosa ya no tiene remedio.

A última hora me pasé por el salón con la Anita y el Efrén. El carpintero le ha colocado un zócalo muy majo y realmente da el pego. Malo será que me confunda, pero me da a mí el corazón de que con el saloncito este vamos a hacer el agosto. Si me alegraría es sobre todo, aparte del Efrén, por el tío, para que vea él si los jóvenes de hoy somos o no somos capaces.

19 julio, lunes

Al relevar hoy a León le encontré muy afectado. El huevón me preguntó si tenía mala cara y yo le dije que no y que por qué. El tío salió con que le estaba bien empleado por crestón, y que nadie le mandaba meterse en camisa de once varas. Le dije si quería explicarse de una vez y entonces me dijo que había ido donde el doctor por aprovechar el seguro, para que le reconociese, y que, en cuanto que le echó los rayos, le preguntó si había estado en una guerra, y él que sí, que en la de España, y el doctor, que por eso, y él que qué, y el doctor que tenía una bala de máuser en la misma pared del corazón. Le dije que no fastidiase y él que como lo oía. ¡Vamos, que la vida tiene cada caso! Le pregunté a León si él no notó nunca nada y me salió con que, aparte lo de la oreja, en Teruel sí sintió una vez como un latigazo en la espalda, pero que le miraron y era un rasguño y pensó que era un roce de metralla, y ni caso. Le dije que siquiera por el peso, pero él porfió que, por la cruz bendita, nada de nada. Luego le dije que, bien mirado, si ha tirado quince años sin sentirlo, lo mismo puede tirar treinta más, pero el gilí me salió, y con razón, que no es lo mismo

saberlo que no saberlo, y que el propio doctor le había dicho que a poco que se mueva la bala puede entregarlas en un verbo. ¡Qué cosas! El hombre, como es de ley, andaba con rilis y cuando se largó caminaba encorvado, como si llevara a las espaldas un saco de cien kilos.

20 julio, martes

Le pregunté a León que qué tal, y él, que a ver, que aguantando. Vamos, que tampoco es vida. Me dicen a mí que tengo una bala de máuser en el corazón y la pringo sólo del susto. Lo que León dice que a estos asuntos, si no les echas presencia de ánimo, estás apañado.

Pasé por el salón. La cosa va tomando forma. Me dice el carpintero que de aquí a una semana listo. Me asomé al salón de la Alameda y es un desfile. Claro que hoy lloviznaba y no es ley. Me dicen que allí llevan también quince pesitos por el servicio.

22 julio, jueves

Abrí una cuenta en el Banco Nacional, a nombre del Efrén y mío. Da gloria caminar así con un talonario calentándole a uno el bolsillo.

La chavala, de mejor garbo, aunque se me hace a mí que la barriga se la ha bajado.

23 julio, viernes

Se me presentó el Efrén cuando me iba a la cama. Bien creí que habían surgido dificultades, pero no. La cosa es peor aún. Dativo la diñó esta tarde de una manera tonta. Según el Efrén, se le perforó el estómago y al mezclarse el alimento con la sangre se le envenenó el organismo. Estuve dudando entre ir o no ir por su casa, pero la Anita dice, y con razón, que yo no soy visita de él y que bien mirado no pinto nada allí. Verdaderamente la vida es un fandango y el que no lo baila es tonto. No somos nadie, órdiga. El sábado, sin ir más lejos, echando un cacho donde Lautaro, y ya ves: ¿quién le iba a decir a él que no llegaría a otro sábado? Bien verdad es que padecía del estómago y todo lo que se quiera, pero precisamente ésos son los que no palman nunca. La noticia me ha dejado como sin sangre. Uno no es de piedra y estas cosas siempre impresionan, y no es que yo vaya a decir ahora que el Dativo fuese un íntimo, pero era un buen chavea que se hacía de querer. Ando achucharrado. Al acostarme me dio por

pensar en todo lo de allá. Bien mirado, me gibaría dejar mis huesos en esta tierra.

24 julio, sábado

¡Qué vueltas da el mundo, Virgen! Bien mirado, cada día tiene su qué y si no fuese por esto ni valdría la pena de vivir, como yo digo. Estuve a dar tierra al Dativo y en el camposanto, que talmente es un jardín, ya me eché al tío a la cara. Me hice el tolondro pensando que sería cosa de poco, pero antes de meterle en el hoyo el tío se puso a hablar y no lo dejaba. Por lo visto es costumbre aquí. Le puso al Dativo por las nubes, y en éstas me echó una mirada y al tiro me di cuenta de que el huevón buscaba hacer las paces. Luego se puso a rajar Paulino, el de la cepilladora, y el tío seguía mirando sin dejarlo. A todo esto, yo quieto parado, haciéndome el leso. Después se pusieron a hablar toda la gallada por turno y venga de dar jabón al muerto, y, de repente, empezaron todos con que hablase el sobrino del patrón. Me quise resistir, pero porfiaron tanto que ya me determiné, no fueran a pensarse que uno es medio analfabeto. No sabía a ciencia cierta qué decir, pero no estuve mal, me parece a mí, y dije talmente lo que pensaba, que Dativo era un buen chavea y que precisamente por eso había cascado, porque ya se sabe que la muerte no tira bocados a lo loco sino que escoge siempre a los mejores. A todo esto el tío venga de mirarme y yo venga de hacerme el soca. Al final me arrimé a uno de los cabros de Dativo y le dije, con todo el corazón, que salud para encomendar su alma, pero el cipote de él saltó que para qué quería la salud una vez que su papá las había entregado. No son maneras, me parece a mí. Cuando ya me largaba, sentí que me tocaban las espaldas; me volví, y el tío. El mandria de él tenía los ojos relucientes y me dijo que ésta era su mano y que mi discurso había sido el más lindo, no más, y que él no tenía coraje para andar así con el marido de la hija de su hermano y que lo pasado, pasado, y que qué tenía que decir. Uno es un corazón sin hiel, ésta es la verdad, porque lo que me ha hecho a mí este crestón no tiene nombre, pero le choqué los cinco, y le dije que todo olvidado, y él me saltó con que la pieza estaba aguardándonos, pero yo ya le dije que parase la jaca, que él por su lado y yo por el mío, y él, entonces, que eso era guardarle mala ley, pues, y ya le dije que lo llame como quiera, pero que cada uno es cada uno, y que mejor andaríamos cada cual en nuestra casa. El torda estaba dispuesto a pasar por todo, y que bueno, y que cómo andaba la ñata, que si había mejorado de la guagua, y que cómo me había defendido yo solo, y que se había pasado una semana sin pegar pestaña pensando en nosotros, y que sólo deseaba que yo le

comprendiera, y que yo no era malo, sino una miaja corajudo, y que él por un cariño de verdad estaba dispuesto a lo que fuese. Al mandria de él se le nublaban los ojos y parecía sincero. Al cruzar frente a su casa me hizo entrar a saludar a la tía y yo pasé un sofoco porque la zorra de ella se me abrazó como una loba, y el crestón de él, delante, cayéndosele la baba, y ella venga de decir que la casita andaba como las tristes desde que las endilgamos y que habíamos de regresar, pues. Ya le dije que de eso ni hablar, tía, y, con toda la mala uva, que bien estaba olvidar lo pasado y no volvernos a acordar de ello, pero de lo otro, nanay. La guarra de ella me miraba de mala manera y me sonreía y, cuando salió a la puerta, me saltó con que volviera cuando me petase, que ésta era mi casa. ¡Gibar con la socia! Bien mirado, mal no ha de venirme el hacer las paces con el tío. Faltaría a su palabra si me cobrase los pasajes, digo yo. Claro que eso es lo de menos y si hay que pagarlos, se pagan, que primero de todo pone uno su amor propio.

La chavala ladraba a la luna cuando le conté lo de la tía. ¡No te amuela! Por más que porfié y le dije que yo no tuve culpa, ella, nada. ¿Pues no quería ir a su casa a dar el espectáculo? Ya le dije que me haga una escenita de ésas y no me vuelve a ver el pelo, como me llamo Lorenzo. La gilí esta aún no me conoce y el mejor día me destapo y voy a armar la de Dios. ¡Pucha la madre! Esto pasa por andarse uno con miramientos, eso. Si el primer día que me alza el gallo la largo una chuchada como Dios manda, está ahora la burra de ella más suave que un guante. Pero no. Uno anda con chorraditas y contemplaciones y la gilí se me sube al guindo. Más tonto soy yo que la vengo con cuentos. Si no me fuese del pico, otro gallo me cantara.

25 julio, domingo

Nos dimos un garbeo por la Alameda sin abrir el pico. ¡Vaya un plan! Le hice cuatro preguntas a la chavala, pero ella, «sí», «no», «no», «sí» y este cuento se ha acabado.

Por la tarde se presentaron los tíos. La chavala no le quitaba ojo a la tía y yo ni la miré la cara, no fuera a armarse un agarrón por un malentendido. El tío mojó la pestaña en cuanto que vio a la Anita y venga con explicaciones de que si no estaba bien que él fuera a retar con la hija de su hermano, y con que él no tiene malas entrañas, pero como nadie hasta la fecha le regaló un chiche, era muy celoso de su plata, y que si tal y que si cual. Cuando terminó el disco, le dije lo del negocio y le enojó que no le pidiera la plata a él y sí a un extraño, pero el huevón ni pío de soltar los cuatrocientos para cerrar agujeros. ¡Mucho de boquilla, como yo digo! Luego se puso a darme consejos, y acabó por decirme que peso comido no pare, y peso invertido dobla.

El tío será lo que sea, que en eso yo no me meto, pero para los negocios tiene un punto de vista muy majo. Bien pensado, si yo saco quince mil limpios y me los como, viviré mejor, pero a la postre, mierda. Si los invierto, al año pueden ser treinta mil que nos van a venir como por la mano. En definitiva, si lo que yo quiero es volver allá con plata y un carro que le zumba el bolo, no hay más que currelar y apretarse el cinturón.

La Anita, con la tía, como si se hubiera tragado el palo de una escoba.

27 julio, martes

El carpintero, que pasado mañana. Esto es el cuento de nunca acabar. El huevón prometió que diez días, pero ya me conformaría yo con que fuera un mes. El salón queda curioso y sólo por verlo se puede dar plata. El Efrén avisó a Gallito para que esté dispuesto para el día primero. Gallito ya tiene apalabrados a los otros dos.

Escribimos a los viejos con lo de los tíos. Parece que la chavala andaba hoy más animadilla.

29 julio, jueves

Ayer le vio a León un doctor de pago y le ha confirmado lo del otro. ¡Vaya un caso! El doctor ese dice que va a ponerlo en una revista. León andaba hoy con más garbo. Al huevón le cae en gracia eso de verse en los papeles como un bicho raro. Hay gustos para todo.

Va para largo que no echo un trago donde Lautaro. Ni tiempo le queda a uno para conversarse una botella.

30 julio, viernes

Se presentó la tía en la pensión después de comer. La gilí esta nos va a hacer la tana. La Anita, de que la vio, ya le puso cara de acelga. Ni sé cómo la otra aguanta. La mujer venía con un ajuar completo para la guagua. Lo que yo digo, a la chica, la tía no es mala, lo que pasa es que tiene un temperamento cachondo y con el tío no hay de qué. La chavala, que con su pan se lo coma, y no le falta razón. Bueno, pues la tía salió con que el tío y ella querían apadrinar a la guagua, y yo miré para la chavala y la chavala no tuvo coraje para negarse. En el fondo todos vamos al interés y en cuanto que media un interés, a tomar por el saco las demás razones. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario

miente.

Aprovechando la circunstancia, le dije a la tía que quería entregarle unas estampas a cuenta de lo del pasaje. Ella, de que me vio abrir el pico, empezó a ponerme caras, y yo veía a la Anita que la llevaban los demonios y quise dar marcha atrás, y la tía dijo entonces que si no quería enojar al tío no volviera a mentar la platita. Le prometí que no lo sacaría a colación, pero que sólo por él, ya que, si yo ando a dos velas, lo que me falta en plata me sobra en orgullo. La tía, que de sobra lo sabía ella. Cuando se largó, la chavala empezó que a cuento de qué sabía ella lo de mi orgullo, y ya le dije que a cuento de lo pasado, y la panoli, que qué era lo pasado, y yo, que lo pasado, y que a la vista estaba. En resumidas cuentas, que terminamos otra vez de morros. Verdaderamente esto no es vida. Antes de marcharme al café le dije a la Anita que si lo que la giba es América, en cuanto que dé a luz podía largarse con viento fresco, que yo no me iba a oponer. La gilí se puso a voces que lo que yo quería era que me dejara el campo libre y que si era así podía esperar sentado porque de pie me iba a cansar. ¡No te amuela! ¿Pero es que uno no va a tener agallas para sellarle un día los morros de una guantada? Llevo unos días con la cabeza como un bombo. Ni sé dónde tengo la mano derecha.

31 julio, sábado

Félix, el carpintero, salió esta noche que hasta más luego, que el lunes daría los últimos toques, pero me planté, tranqué la puerta y le dije que no se iba a acostar mientras no me entregase el local en condiciones. El huevón saltó entonces con que necesitaba herramienta y ya le dije que pidiera por esa boca, que el Efrén iría por ello. Avisé a la chavala y hasta las cinco la mañana, que se dice pronto, no salimos de allí. El local ha quedado regio. Lo que yo le digo al Efrén, que talmente parece una bombonera. Total, trescientos sesenta y cinco billetes, que tampoco es paja.

1 agosto, domingo

La Verdeja avisó a unas mujeres que han dejado el salón como una patena. Allí hemos andado hasta la hora de comer. A las seis vinieron los tíos y volvimos allá. Dice el tío que si voy a ponerme al frente y ya le dije que en lo que pueda, porque está también lo del Munich. Luego me preguntó si teníamos personal y le dije que sí, que seleccionado. Por no callar la boca a tiempo le conté que voy asociado con el Efrén, y me preguntó, al tiro, que si con Efrén el carretonero. Respondí que a ver, y él movió la cabeza, y yo le dije que qué, y él salió con que ya que le preguntaba debía decirme que el carretonero no era hombre capaz. Le dije que para lo que tiene que hacer, pero él salió con que si un socio no tenía que hacer en la sociedad, pronto se iba todo a la chuña. El marrajo iba con retintín, pero por no enredarla me salí por la tangente y le dije que llevaba la sacristía abierta, que es la fija. ¡Pucha la madre! Digo yo que si pusiera el mismo cuidado que en contar los billetes en cerrarse los botones, mejor le pintaría. De regreso a casa me llegué donde el Efrén y le dije que a ver si puede estar a las nueve en el salón para abrir, y que avise al Gallito y los otros dos. Me dijo que estuviera descuidado, que andaba en ello. Ya le advertí que yo me tiraré allí la tarde y así toda la semana. Por otro lado me tinca que esta noche va a llover. Dice el Efrén, y no le falta razón, que eso ya sería encontrar la Virgen amarrada en un trapito. Muy templado está el día; no sé, no sé.

3 agosto, martes

¡Lo que faltaba para el duro, vamos! A las diez de la mañana de

ayer me llegó recado de la Verdeja que la chavala andaba sangrando y que la habían llevado a la clínica. Lo dije en recepción y salí al tiro. La tipa, todavía, que dónde iba tan ligerito y que aguardara al suplente. Ya le dije que mi señora andaba sangrando no más y que corría prisa. La Verdeja no andaba en casa y me dijo don Juanito que me aguardaban en la clínica de San José. Aunque cogí una micro llegué allá echando el bofe. La Verdeja salió con que no podía ver a mi señora y allí pasé el rato consumiéndome. Al fin, sobre las dos, asomó la gaita el doctor y le dije que qué y él, que andaba de enhorabuena porque las trazas eran de una placenta previa, pero que el parto había empezado y todo andaba bien. Le pedí que me llevara junto a la chavala, pero él, que nanay. Me puse a voces, pero el cipote saltó con que no largara la pepa o me ponía en la calle. ¡La madre que le echó al huevón de mierda este! Yo no podía ponerme quieto y a cada enfermera que asomaba, venga de preguntarlas, pero ellas ni mus. Menos mal que sobre las cinco volvió la Verdeja, que, bien mirado, se está portando con nosotros como una madre. A las ocho asomó el doctor y que vamos arando. Me gustaría verle a él en mi caso. ¡No te amuela! A las nueve llegó el Efrén y me salió con que 87, y que para el primer día no estaba mal. Le pregunté que 87 qué, y que de qué me estaba hablando, y él, que de qué iba a ser, pues del salón. ¡No te giba! Lo que yo le dije, que el saloncito ahora, a esconder, que mi señora estaba sangrando y que lo primero es lo primero. ¡Vaya nochecita! La Verdeja marchó en un verbo a ponerle la cena a don Juanito y regresó al tiro. ¡Pucha madre! Lo que yo digo, como en casa, en ninguna parte. Allá es otra cosa, la verdad. Uno tiene un hijo y no le apartan de su señora como si fuese un apestado. Hay que comprender. Un hijo es un hijo, y te pones a mirar y el padre, después de la madre, es lo primero. Bueno, pues acá, mierda. Claro que el huevón este parece más tonto que Carracuca y a saber qué se piensa que puede ocurrir porque yo pase a dar dos achuchones a la chavala y unos poquitos de bríos. De seguro que mejor nos pintaría a todos; pues no, señor. ¡A esperar! Según amanecía me dio la pena y se me puso una cosa así, sobre la parte, que no podía parar. Le dije a la Verdeja que, o me enseñaban a la chavala, o le arrimaba al doctor un par de chuchadas que se iba a acordar. Ella porfió que tuviese calma, y gracias a la Verdeja, que si no al medicucho ese le saco la mierda, como me llamo Lorenzo. Bueno, pues venga de aguardar y uno sin probar bocado. Cada vez se me ponía peor cuerpo y hubo un momento que bien creí que iba a devolver. Digo yo que serían las aguas, porque otra cosa no. Al fin apareció el doctor, y que un niño. De principio me quedé quieto parado, así como si no fuera conmigo, pero, de seguida, me arranqué a llorar, me abracé a la señora Verdeja y los dos a moco tendido como dos vainas. El médico la gozaba y yo me separé y le di

las gracias, y él, que muy gentil, y que podía pasar a ver a mi viejita. Entré en la celda con una cosa sobre la parte como esta amanecida, y de que vi a la chavala tan blanca como las sábanas, me implé todo y me arranqué otra vez a llorar que no sabía dejarlo. Ella, con todo el coraje, que me sonase, que me iba a ir en agua, y que estaba tronzada, pero como unas pascuas. Entonces le pregunté por la guagua y que se la habían llevado. Me puse de mala uva y le dije que para qué, y ella, que era costumbre y que sólo lo traerían para darle la teta. Estuve un rato de cháchara con la chavala y luego pasó la Verdeja y yo me fui a conocer al chavea. El cipotín andaba en la cunita y tenía un número arriba. Había en la sala también más de diez críos, pero el mío era rubiales, me lo habían lavado y peinado y estaba rechute de verdad. Se me hace a mí que el crío se parece a mi señor. Toda esta cosa de la frente y las cejas es tal y como verle a él. Allí, ante la cunita de la guagua, se me iba el moquillo, ésta es la fetén, porque, lo que yo digo, un heredero es una cosa muy seria; es así como uno que sigue. Precisamente ahora me viene como por la mano, porque si un hijo no le empuja a uno, dejaría uno de ser hombre. Uno le ha hecho y uno ha de sacarle del atolladero; no hay que darle vueltas, es ley de vida. Me fui a despedir de la chavala y que les pusiera a los viejos cuatro letras y avisara a los tíos, pero que ojo con la tía, y yo me reí y le dije que tonto sería irme a los higadillos teniendo solomillo en casa. La fetén es que la Anita, ahora, sin la barriga, va a llevarme de apunte, como diría el otro.

Los tíos, como unas castañuelas. Él salió que por qué no avisé antes. Lo que yo le dije, que en ese trance no está uno para nada. La tía, en su sitio. Me besó, ciertamente, pero como pudiera hacerlo una madre, que lo mismo que digo una cosa digo la otra. Quedé con ellos en encontrarnos en la clínica mañana a las diez.

4 agosto, miércoles

He dormido doce horas de un tirón. Ya podían caer rayos que yo ni enterarme. A las diez andaba en la clínica como un clavo. Le pregunté a la chavala por el amo de la casa y me salió con que se ha puesto amarillito como un canario. ¡Vamos, que también gibaría que la criatura se enfermase ahora! Dice la chavala que eso sucede siempre. Le pregunté si no pasaría gazuza y ella la gozaba, y dijo que lo dejase no más, que la guagüita aún no tiene edad de comer. ¡No te amuela! Lo que yo digo, para eso no hace falta edad; nacer y manducar es todo uno.

Luego llegaron los tíos, y él, de que le dije que el chavea de cejas arriba era tal y como ver a su hermano, se puso hecho un gimotero y

que, puestos a mirar, sacaba también a su papá por la forma de la calabaza. En cambio, yo, si digo mi verdad, no le saco hoy a nadie; sólo faltaría que la torda de la enfermera nos hubiera pegado el cambiazo. Vamos, que sería sonada.

El tío obsequió a la guagua una cadena con su medalla, todo ello en oro de ley y grabadito. Le pregunté qué quería decir la E, y él que, pucha, Egidio. Lo que yo le dije, que a cuento de qué Egidio. Él saltó con que si no era él el padrino, y yo que sí, pero que qué tenía que ver una cosa con la otra. Terció la tía con que no me gustaba el nombre, y ella, de acuerdo. Hombre, como gustar, gustar, pero, ¡coño!, que no es un capricho, que es una cosa para toda la vida. El cipote del tío se quedó de un aire y luego salió con que si, por un casual, era feo el nombre de Egidio. Ya le dije que los nombres no son feos ni bonitos y que ésa es una cuestión de gustos. Él se ajisó y empezó con que si era la primera vez que le decían que fuese feo el nombre de Egidio, y yo, por no contrariarle, que no había tal, que, puestos a ver, el nombre era lindo, pero que, por una razón o por otra, no se me pegaba al oído. Total, que a un paso anduvimos de cabrearnos, y lo que yo le dije, para remate, que él era el padrino, pero yo el padre, y que el chiquito se llamaría Lorenzo y sanseacabó.

Les puse cuatro letras a los viejos diciéndoles que llegó el chilenito. También escribí a la Modes y a Melecio. Luego me pasé por donde Lautaro a dar la novedad. Mañana volveré por el Munich.

5 agosto, jueves

Don Herman, de entrada, se me puso chulillo: con que qué formas eran éstas de dejar mi obligación. Le dije, de buenos modos, que me bajó el apuro porque mi señora había sangrado, y el huevón, que todas sangraban. Le hubiera plantado que menos guasa, que la cosa era seria, pero, mirando ya por el chavea, le dije que disculpase, que me había atontolinado, que además es la fetén. Él, entonces, tan razonable. Al uso suelta una coz y deja la pata levantada para tirar otra, pero hoy no.

León me salió con que al tiro me lleve a la vieja a casa, pues una clínica aquí vale un riñón. Ya andaba yo en ello, pero de que dejé el ascensor me llegué al sanatorio y le dije a la chavala que espabilase, que mañana a ahuecar. El chavea, tan majo. Dice la Anita que ha salido con ganas de manducar y que agarra la teta con un ansia como si en diez años no hubiera comido caliente.

Me pasé por el salón. El Efrén me presentó al Joe, que es un gilí echaopalante. Él y Gallito y Gallito y él, venga con patroncito por acá y patroncito por allá, que le ponen a uno la cabeza loca. Cuando se

largaron le dije al Efrén que qué, y él que 79. No hay que engañarse, eso no es cifra. Por este camino, a la ruina. Y es que, bien mirado, esto no son formas. El Joe y el Gallito, el Gallito y el Joe andan llenos de mierda, y lo que yo digo, en estos asuntos la limpieza lo primero. Si tengo ganas de llevar a casa a la chavala y ordenar otra vez la vida es para ver de encarrilar el negocio.

6 agosto, viernes

Los tíos se presentaron en casa con una cunita para la guagua. A la legua se ve que el tío anda chalado por la criatura. Como a lo bobo, le dije que me iba a pasar por la clínica para liquidar, y él que ni a tarros, que ese asunto ya estaba saldado. Le dije que eso no, y él, que si no era la guagua el hijo de la hija de su hermano. Le dije que a ver, pero que así y todo era demasiado y que sólo la mitad, tío. Él se puso a reír y salió con que si es que también quería meter la cuchara en su bolsa. Le aclaré que éste no era el caso y él porfió que él era el padrino y a él le tocaba quitar el poto a la jeringa, y que para cuándo el bautizo, pues. La chavala, que para el 17, que yo tendré la tarde libre y ella estará más valiente.

Lo del salón no cuaja. Desde mañana me hago cargo del negocio. Al huevón del Efrén no le llega la camisa al cuerpo.

7 agosto, sábado

Pasé la tarde en el salón. Setenta y dos parroquianos, que no está mal. Bueno, pues el Gallito, que eso era el sábado y que otros días no hay caso. ¡También es casualidad, hombre! El cipote de él pestañeaba más de la cuenta. Lo cierto es que hoy, entre mañana y tarde, hicimos 105 servicios, que, a 15 pesitos, dejan 1.575. Ponle 336 de los ocho tacones que cambiamos y de tres pares de cordones y te salen 1.911. Ahora, si los gilís estos embolsan doce de los pequeños, resultan 1.200 diarios, más unos 650 de seguros y contribución, 1.850, hasta 1.911 te quedan 61 chiches. ¡Una mierda! Lo que yo digo al Efrén, si de esto hay que echar una parte a amortización, al garete. Lo mires por donde lo mires, así no podemos seguir. Para ir tirando necesitamos como mínimo 150 clientes diarios. Todo lo que sea bajar de esa cifra es ir de culo. El Efrén, que no se le ocurría nada, la verdad. Lo que yo le dije, que, por primera providencia, el Gallito ese, con toda su jeta de leso y todo su golpe de pestañas, era más vivato de lo que parecía y que habríamos de atarle corto si no queremos que nos empiece por un pie. Luego está lo del uniforme. Cierto que serán unos pitos; pero lo que yo

me digo, ¿quién rayos va a entrar a lustrarse los zapatos donde unos gilís que llevan la culera rota? El Efrén, que lo que yo diga. Acordamos ponerles unos monos grises, con unos letreritos en rojo, así, sobre la tetilla izquierda, que diga: «Lustre Español». El Efrén se largó con mejor garbo. Lleva unos días que, aunque calle la boca, yo me sé que no le alcanza la sangre a los zancajos.

8 agosto, domingo

El chavea no ha abierto el ojo y ya nos lleva a todos en el pico. Desde que amanece ya andamos a ver qué gracia se le ocurre. Hoy le dio por pedorrear y para qué queríamos más fiesta. Luego anduvo mamando. ¡Vaya si es avaricioso el mozo! Le dije a la Verdeja que qué, y ella, que no creyó que la cabrita pudiera criarle con esos pechitos de picada de pulga. ¡No te amuela! Y lo que yo me digo, qué cosa será el ser madre que yo la veo ahora una teta a la chavala, y nada, y antes de la guagua, sólo de verla el empiece ya me ponía negro. Verdaderamente no hay cosa con cosa.

Los tíos vinieron a pasar la tarde con nosotros. La tía se emperró en echar un julepe conmigo en el comedor, pero la chavala tosió y le dije que nanay, que mejor era aguardar a que mi señora se levantase. ¡Bueno está lo bueno y tengamos la fiesta en paz!

9 agosto, lunes

Cuanto más le miro al chaval, más se me despega. El cipotín de él no se le parece a nadie y cada día que pasa ando más escamado. ¡Vamos, que también gibaría que me hubieran pegado el cambiazo! No lo quiero ni pensar, pero la fetén es que el día que nació había allá otras diez criaturas y que bien fácil es ponerle a uno un número por otro. ¡Pucha madre! Si esto fuera cierto me iban a oír. Te pones a ver y todo esto es una pendejada, pero tengo una cosa así por el cuerpo que no me deja parar.

Pasé la mañana en el negocio. Abel volvió por allá. El mandria hace limpios a los otros dos. Eso sí, mucho unte en el pelo como si fuera lila, pero en los pies se le podrían sembrar papas, como yo digo. Dos veces hube de retar al Joe; el gilí se cae de flojo. Y encima venga de reír y de hacerse leso, y que no da más. Con esta gente, si no estás encima, vas listo. Cuatro gallos se me largaron por no esperar. Les voceé que avivaran, pero saltó el Joe con que él no esquiva el poto, pero a dos manos tampoco sabe lustrar. Los gilís estos se los pisan, vamos. ¡Hay que ver la calma que se gastan! Setenta y tres pasaron

por la mañana y veintiocho por la tarde según el parte del Efrén. ¡Nada, en cuanto que se les deja solos!

La chavala se va entonando. Esta noche estaba de buen garbo y anduvimos cascando hasta las tantas. Yo tardé en dormirme dándole vueltas al asunto del crío. ¡Seré vaina!

10 agosto, martes

Con los buzos parecen otra cosa, pero ¡anda y que tampoco les costó arrancar ni nada! Los vainas se tumbaban a reír sólo de verse. ¡Serán panolis! Así se tiraron media mañana. Al Efrén le dije que había que ponerles unas alpargatas y él se echó a reír y dijo que de eso acá no hay y que hasta aquí llegamos, no más. A otra cosa, mariposa, porque seis mil pitos en zapatos no me gasto.

11 agosto, miércoles

Pasé la noche desazonado. Al levantarme, parece como que me pidiera el cuerpo. Prácticamente lleva uno más de cuatro semanas sin catarlo. Me llegué a la clínica y le pregunté al doctor que hasta cuándo, y el berzas, que deje pasar otra semana. Le dije si no habría cuidado entonces, y el vaina, que lo único otra guagua. Ya le dije que dejase estar y que no gibara la parte.

No debió verme muy pispo porque me preguntó que si alguna otra cosa, y entonces ya le dije que andaba con el recelo de que me hubieran cambiado la guagua, y él se tumbaba a reír y que también eran ideas, y yo, mosca, que cosas más difíciles se han visto, y que, bien mirado, en mi familia no se ve un rubio desde el siglo dos, y que por lo que respecta a mi señora sus papás eran renegridos como cucarachas, y que ve ahí. El huevón salió con que alguna madre tuvo que ser la primera, ¿no?, y que de ella salieron luego blancos, negros y amarillos. Eso también es cierto. Le dije que muy gentil y me largué más tranquilo. Parece como que me hubieran quitado un peso de las espaldas.

A la tarde ha caído un aguanieve muy maja. La Cordillera está imposible; se cae el poto sólo de verla. ¡Anda y que tampoco tiene majestad la tía! Hoy hicimos 99 clientes. Esto no cuaja. Vaya usted a saber qué tecla falla.

13 agosto, viernes

Este mediodía dio el ombliguito el crío. La chavala se levantó para festejarlo, pero a la hora se le puso el cuerpo cortado y se volvió a encamar. Dice don Juanito que vitaminas. Lo que yo le dije, jarabe de cepa y píldoras de chon es lo que mi señora necesita. Sólo faltaba meternos en botica ahora. ¡No te giba!

En el hotel se han puesto de obras en el comedor. ¡Anda que tampoco hay mierda en las escaleras ni nada! Bien cierto es que a mí no me va a tocar fregarlas, pero uno es curioso por cuna y le cabrea moverse entre porquería. No hay más.

El salón, como las tristes. Te pones a ver y ni para cubrir gastos. Habrá que tomar una determinación.

15 agosto, domingo

Ahora que la chavala anda loca con la guagua veré de aprovechar para salir al campo. A uno se le agarrotan los dedos de estar mano sobre mano. Y lo que yo me digo, otro domingo como hoy y al camposanto. En todo el día de Dios he salido de casa sino para oír misa. Esto no es plan, la verdad. Bien está el chavea para un rato, pero te pones a ver y de momento no es más que un leño. Ni habla, ni conoce, ni nada de nada. La chavala porfía que sí, que hace dos noches, después de la mamada, reía a los ángeles, pero eso son las ganas que ella tiene. Un chavea de este tiempo, ya se sabe: comer, dormir y ensuciar pañales. Dicen que ahora nacen más espabilados; no digo que no, pero por ahí se andarán. Luego la chavala con la flojera, quita eso, trae lo otro, arrima lo de más allá. ¡Pucha la madre! Y no es que yo sea un zascandil, que te pones a ver y soy más bien casero, pero uno echa en falta el campo, que uno, después de todo, en él se ha criado.

A la tarde vinieron los tíos, y ya se sabe. El vejete con los consejos; la zorra de la otra con las miraditas y las chorradas. Y a la noche, por si fuera poco, cara a la pared y a dormir se ha dicho. ¡Vamos, que uno no es de cartón piedra! Esto no es vida, me parece a mí. Uno anda todo el dichoso día currelando y para desengrasar, esto. Si el domingo no salgo al campo, reviento. Y si la chavala se aburre, que se compre un mono.

16 agosto, lunes

Avisé al Oswaldo y a Lautaro para el bautizo. Al Efrén hace días que se lo tengo dicho. Estuve dudando si decirle o no algo a don Helio y finalmente le fui a ver. El mundo da muchas vueltas. Bien mirado,

tengo ya más reprise que un coche americano. León, que no puede dejar el ascensor, y don Herman, que le representarán los cabros. ¡No te amuela! Ya ve usted qué van a pintar allí cuatro meones.

La chavala se levantó más entonadilla. Anduvimos de broma con don Juanito. El cipote se lió a contar chistes y nos meábamos de risa con él. Contó el del friolero, dos de loros y el de la puñalada, que son algo de libro, vamos. Para desengrasar empezó otra vez con el ají y menos mal que la señora Verdeja tiene correa para rato.

A la noche volvió el meneo. Ya hacía tiempo. Fue un temblorcito de nada, pero lo suficiente para que uno ande al quite. Por primera providencia, yo me agarré la guagua y me metí bajo el marco de la puerta. La chavala, que a ella que la parta un rayo, ¿no?, y lo que yo la dije, que dos patas tiene como yo para ponerse a cubierto.

17 agosto, martes

El bautizo a todo trapo. El tío, cuando quiere, sabe hacer las cosas. Primero se armó un boche por el cura, que no llegaba, pero finalmente se presentó. Luego fuimos toda la gallada donde los tíos. El Efrén andaba como acobardado, por aquello de ser la casa del patrón, pero, en cambio, el Oswaldo agarró de entrada una castaña que no había cristiano que le aguantase. Estuvieron también los Carballeira y él me contó otra vez su venida a Chile y me enseñó las manos vacías antes de decir que llegó con lo puesto, y ya me metí dos copas, le pregunté si tenía un fundo y, con toda la cara, que soltase un permiso. El huevón me puso jeta, pero no tuvo otro remedio que hincarla como es de ley. A media fiesta se me arrimó la tía y empezó con que estaba dije no más, tan curadito, y, sin más, puso la gramola y nos metimos con una samba que ni bordada. Ella emperrada en llevarme a los rincones y venga con que si la pieza era muy angosta y que dejáramos el centro a los invitados, pero yo me hice el leso y para el centro. La chavala no hacía más que toserme desde el sofá y yo, a pesar de los tragos, no me olvidaba que mañana se acabó la dieta. Después me metí con la Carballeira, que no sé por qué se me antoja que hace migas, y más que migas, con la tía, y la pingo de ella que, por dejarse llevar en mis brazos, daría plata. ¡Vaya dos! Don Helio andaba más despistado que un chivo en un garaje y yo me acerqué a él, y el cipote que qué tal el negocio. De primeras le solté que no me mentara la bicha, y él, que el ojo del amo engorda el caballo, y que más me valdría dejar lo del Munich. Ya le advertí que cerrara la boca, que los tres cabros que andaban por allí eran los chavales de don Herman. La cosa se fue calentando y a las doce, no sé quién dijo que seguir la farra, pero la chavala se plantó y que a la una tenía que dar el

mostrador al nene y se acabó la fiesta. En casa bien creí que iba a regañarme, pero nanay. Verdaderamente a la chavalilla le ha quedado una percha que no respondo.

18 agosto, miércoles

Estuve en el bar de enfrente del negocio y conté hasta catorce clientes en hora y media. El Gallito liquidó treinta y seis de tarde. ¡Vaya usted a saber! A la semana que viene me planto aquí como un clavo a las tres de la tarde y no me muevo hasta las ocho de la noche. No veo mejor manera de comprobar si el gilí este me la está pegando.

A la noche me puse a trastear a lo bobo con la chavalilla, y ella, que quita, loco, y que no enredase y, al fin, la gloria bendita. ¡Que venga luego el torda del Oswaldo con que la ilusión del matrimonio dura más de tres meses pero menos de seis! Será una guasa, digo yo. Te pones a ver y eso, como todo, va en temperamentos. Los hay que se acuestan con un pendón y, ve ahí, saciados para quince días. Yo, conciencia aparte, no puedo con eso, la verdad. No niego que soy muy asqueroso para la cama, pero otros lo son para otras cosas, que, a fin de cuentas, hijos de muchas madres somos.

20 agosto, viernes

Concluyeron las obras en el hotel. El comedor ha quedado curioso y a bien poca costa. Estos alemanes son aprovechados y serios como pocos. El alemán, allá donde va, pone el mingo, como yo digo. Y es que tienen otro concepto de la vida, como debe ser. Nada de empezar una cosa y luego darle largas, no, señor; lo que se empieza se acaba y mientras tanto nada de descabezar una siesta. Las cosas hay que hacerlas así y, si no, mejor es no hacerlas. Don Herman bailaba en una pata y me preguntó que qué me parecía y le dije, lealmente, que al pelo, y que lo más lindo las cornucopias, y él, que no había tal, que eran dos muchachas muy honradas que recién vienen llegando de Valparaíso. El torda este entiende por la bragueta, como los gigantones.

El negocio me trae loco. Cierto que aún no he echado toda la carne en el asador, pero, por mucho que me empaten los limpias, esto no cuaja. Todos los días, alrededor de los cien clientes, más bien por lo bajo. Lo que yo le digo al Efrén, todo lo que no sea llegar a los 150 diarios es hacer oposiciones a la culada.

21 agosto, sábado

Le dije a la chavala que mañana saldré al campo, y ella, que bien, que me divierta y gaste poco. Verdaderamente, desde hace tres semanas no tiene ojos más que para la guagua. Así es la vida. Y no es aquello de que a mí el chavea no me haga tilín, que te pones a ver y me lleva en el pico tanto como a ella o más, pero distingo. Porque lo que yo le digo, el cariño entre hombre y mujer tiene otro qué, pero hay que hacer compatible una cosa con la otra. Bueno, pues la gilí nada como el darle la teta al crío. También son caprichos.

Hubo carta de los viejos, tan conformes con que hayamos hecho las paces con el tío. Digo yo si no procederá devolverle al viejo las quinientas, por más que tampoco va a pasar nada si yo me hago el roncero.

22 agosto, domingo

El fundo de don Carballeira queda a poco trecho, en la misma falda de los Andes. Tiene árboles de más para ser un buen cazadero, pero, a cambio, es un espectáculo. A mí esto de los sauces me gusta por vivir, pero sólo de verlos tan mustios me entra la flojera. La Cordillera andaba blanca de nieve y de vez en cuando soplaba un viruji que se metía en los huesos. Todo el santo día anduvieron los cóndores planeando en lo alto. Los huevones vuelan en París y hay que hacer números para caer uno. Los jotes ya es otra cosa, pero matar un jote, como yo digo, no tiene más ciencia que bajar allá un grajo o un aguilucho. A la mañana hice dos perdices y dos tórtolas; las perdices, de los pies. No hay quien me saque a mí de la cabeza que estos bichos son medio maricas. La tarde, en cambio, a verlas venir. Había un resolillo muy majo y me senté a la abrigada y me entretuve comparando este panorama con el de allá. Verdaderamente no hay cosa con cosa, pero me dan a elegir y me buscan una empatadera. De que se metió el sol me puse murrio. Melecio no se me quitaba del pensamiento. Y también la Doly, y mi hermana, y todo, para qué nos vamos a engañar.

Encontré a la chavala chupada. El cabrito no hizo de vientre en todo el día. Antes de acostarnos la Verdeja le puso una calita con un fósforo untado en aceite. Al minuto soltó el mozo una pedorreta. Aguardamos un rato y, al cuarto de hora, ya había hecho el cipotín toda la necesidad.

23 agosto, lunes

Un mes hoy de lo de Dativo. Se dice pronto. ¡Hay que ver cómo

pasa el tiempo! Ni un minuto he tenido para recordarle. Así. ¡Pobre muchacho! Pero el caso es que si quieres salir de pobre en estas tierras hay que darle de lado al sentimiento. Si andas con la compasión por delante vas listo. Cuanto más vive uno, más cuenta se da de que nada vale la pena de correr por ello. Y sin embargo corres, que éste es el chiste. Luego, un día revientas y te entierran con pellejo y todo.

Tuve el turno de madrugada. Después de comer me metí en el bar con papel y lápiz. Gallo que entraba en el saloncito, gallo que apuntaba. Al largarse, le ponía una cruz. Bueno, pues 68. Crucé y le pedí cuentas al Gallito. El cipote, que 51. Me puse de mala cueva y le pregunté si tenía yo cara de chuparme el dedo y el cachondo de él venga de hacerse leso, y yo, que 68, y que les había anotado uno a uno sin moverme del bar de enfrente, y él venga de parpadear y que dejémoslo no más, patroncito, que una cosa es entrar y otra lustrar y que unos entraron y se largaron por no aguardar, pero que el patroncito no debía ser desconfiado. No le pegué un sopapo no sé por qué, pero sí le dije que entraron chorreaditos y que yo mismo les había visto con estos ojos que se ha de comer la tierra. El gallo, que nones, patroncito, y que ya eran ganas de retar. Me revolvió la mierda y le dije que desde mañana, mientras yo no esté, Joe es aquí el encargado. El huevón, que a mandar, y al Joe un ojo se le iba y otro se le venía. Si esto sigue así, veré de dejar lo del Munich. Oficio nuevo, dinero cuesta, ya se sabe.

24 agosto, martes

Pasé cinco horas en el negocio y 69 clientes. En cambio, por la mañana, sin nadie al quite, 33. Lo que yo digo, el hacerse una parroquia es cuestión de aguante. Nada más. De regreso a casa me topé con don Helio. Me salió con la de siempre. Ya le dije que cuando uno controla, bien, pero de que uno se larga te toman por el pito de un sereno. Él porfió que deje el Munich o ponga aquí a mi señora. Tampoco es mala solución. Bien mirado, esto, como quien dice, no es trabajar. Si la coloco un mamparo al fondo, inclusive puede trasladar la guagua y hacer su vida aquí. La chavala, de que se lo menté me saltó con que de peinar qué, y ya le dije que ahora no se trata de hacer *sport*, sino de amasar un puñado de plata a poca costa. Además, lo que yo digo, la mañana o la tarde estaré yo, todo depende del turno. A la legua se ve que la chavala no ha aceptado de grado.

26 agosto, jueves

Ayer hicimos 113 parroquianos; hoy, 116. ¡Lo que es tener allá alguien a la mira! El carpintero ha quedado en despachar lo del mamparo para el primero de septiembre. Para entonces la chavala se puede traer al crío y se ahorra un paseo cada tres horas. De todos modos, los huevones estos son más flojos que la chaqueta de un peón. El Joe, desde lo de encargado, raja por cuatro. El panoli tiene su punto de vista y no hay quien le apee. Y lo cierto es que no le falta razón. El tío porfía que coño que llega acá, coño que viene con ansia de hacer plata, y que eso es como cuando a uno le pica, que siempre se quiere más. Yo le digo que menos cascar y más currelar, pero como si dijera misa.

Al chavea le dio esta noche por mamarse el fole. El cipotín lo hace con unas ganas como si en su vida hubiera comido caliente.

28 agosto, sábado

Pasé por donde Lautaro. Ya ha llovido desde la última vez. Lo cierto es que fuera del Efrén no cayó nadie por allí. Es lo que pasa con estas cosas. Como no sea una amistad de años, en cuanto uno, por pitos o por flautas, lo deja un par de semanas se gibó la reunión. Visto lo visto nos largamos al negocio. Le expliqué al Efrén lo del mamparo, y que de acuerdo.

Hoy fue un buen día: 137 parroquianos, que no está mal. El Efrén me salió con que en conjunto qué. Yo le dije mi verdad, que en esto de los negocios nunca se sabe lo que es momio y lo que no, pero que en la cuenta había cuartos y a fin de mes agarraríamos cinco mil pesitos cada y, luego, la que sea sonará. El torda, dale con que era buena señal, y ya le dije que ni a tarros, que eso es mi santo capricho y que lo único cierto es que mientras no lleguemos a los 150 diarios vamos de culo.

Casualmente hoy recibí carta de Crescencio. Ya se resolvió lo de la ayuda familiar para los funcionarios. En cuanto que yo me largué; es la fija. También soy oportuno, coño. Y la cosa no es de despreciar: 300 calas por la chavala y 200 por chavea. Peor es mascar lauchas, como diría el otro. El chalado dale con que le mande sellos. También el mandria este cuando coge una perra no sabe dejarla.

29 agosto, domingo

Estuvimos con la guagüita donde los tíos. Al huevón de él le sacaremos los pitos, que eso no lo niego, pero nuestros sudores nos cuesta. Hoy la tomó con el salón y a aguantar se ha dicho. Dice que ha

pasado dos veces por allá y que, dicho sea con verdad, no está bien ubicado y resulta demasiado angosto. Le dije que la cosa no cuaja y él, que cómo va a cuajar, que en estos negocios pequeños lo que procede es largar la gallada y hacérselo uno todo. Le pregunté si quería decir que yo debía ponerme a lustrar personalmente, y él, que eso, no más. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Uno no será un señorito de cuna, pero tiene su orgullo. Él salió con lo de las paltas y que era una faena dura, pues, y lo que yo le dije, que no es por no pegarme una chaqueta, que eso, si hay que hacerlo, es lo de menos, pero que hay trabajos y trabajos. Él porfió que cuando se determina uno a hacer la América no debe parar mientes en si allá era esto o lo de más allá, y que lo mismo hay que hacer a un roto que a un descosido. Le planté que bien, para que callase la boca.

La tía andaba hoy recaliente. Bien creí que se le había pasado, pero de que salí un momento a orinar, me la tropecé, de regreso, en el pasillo, que estaba a media luz, y me salió con que era un ingrato y que qué pronto la había olvidado. La hice ver que bien estaban las cosas para que ahora las fuésemos a enredar, y ella, que muchos cabros ha conocido, pero ninguno como yo. Ya le dije que eso va en temperamentos, y entonces la tipa de ella salió con que si su cuerpo no me decía nada. Cargado, callé la boca, la aparté y me fui a la pieza. La chavala no me quitaba ojo. De que salimos me dijo que dónde fue la tía cuando yo me levanté. Ya le dije que la sentí trajinar en la cocina y que no sabía. La fetén es que una vida aguantando las ansias de este pendón es una pejiguera. Para ella no reza que uno esté casado e, inclusive, que, grande o pequeña, tenga una familia.

1 septiembre, miércoles

El carpintero colocó el mamparo esta tarde. Treinta mil del ala; por cuatro cochinas tablas ya está bien, ya. Si le añades los diez mil que ayer retiramos el Efrén y yo, la cuenta se va a las pailas. De todos modos, desde que la chavala vigila y el Joe anda de encargado, no ha habido día que la parroquia baje de ciento.

El chavea medra. No es porque yo lo diga, pero si no ha doblado el peso, allá se andará.

3 septiembre, viernes

Te pones a ver y esto no es vida. ¡Pucha madre, el tiempo que hace que no veo una película! Y no es que yo corra por el biógrafo, que, bien mirado, me la trae floja, pero al menos me distrae. La fetén es

que el Joe tiene más razón que un santo. Fuera del ascensor y el salón uno no encuentra horizontes. Uno tiene el golpe de cepillo metido hasta la cueva. Esto no es plan, la verdad. Porque vamos a ver, poniéndonos en lo mejor, yo embolso al año quinientos mil y los ahorro. A los diez años, cinco millones; a los veinte, diez; a los treinta, quince, que traducido a pelas te quedan en millón y medio. Y esto tirando por lo largo. Bueno, dentro de treinta años uno ha amasado unos pitos, se compra un carro que le zumba el bolo y para allá. ¿Qué interés puede uno tener en conocer los nietos de los amigos? Porque, por vueltas que se le dé, uno está aquí provisorio y sólo le sostiene el ansia de regresar y si le quitas esa ansia, le matas el afán de currelar, y si le matas el afán de currelar, a la mierda todo. Ésta es la fetén y el que diga lo contrario miente. Entre unas cosas y otras, yo podía salir ahora allá por las dos mil y no es que sea mucho, pero buenas son. Dos mil calas ganadas con la gorra y con una categoría no son de despreciar, me parece a mí.

Le dije a don Juanito de arreglar la radio a medias, y que de acuerdo. Va para tres meses que no oigo hablar español como Dios manda. Se dice pronto.

Hoy cumplió un mes el cabrito.

6 septiembre, lunes

De que me llegué al salón y me topé a un gilí pololeando a la chavala me subía por las paredes. El huevón dale con que era un churrito y que si tenía plan para la noche. ¡Pucha madre! Le agarré de las solapas y le dije que le iba a arrimar una mano de chuchadas que no le iba a conocer ni la zorra de su madre. El mandria iba hecho un paquete y saltó con que dejémoslo no más, que él no había querido ofender, y que no sabía que la señora fuese casada. Le hice meter la jeta por el ventano para que viera la guagua y le dije que ahora qué, y él, que bien, que dejémoslo no más, y que él ignoraba que la guagua fuera de mi señora. Se armó una rosca regular y lo que yo le dije, que si volvía a verle asomar la gaita le sacaba la mierda, como me llamo Lorenzo. ¡Faltaría más! No es que a uno le pete levantar el tarro, qué coño, pero que no me toreen porque si me implo ni yo mismo sé dónde puedo llegar. Me giba lo que nadie sabe que los huevones estos no distingan, porque, lo que yo digo, la que es pendón en la cara lo lleva escrito. Le pregunté a la chavala si por un casual ella había dado soga, y la tipa, como una leona, que por quién la había tomado, y lo que yo le dije, que no se pusiera así que tampoco era para tanto, y que desde hoy no porte por el salón aunque se vaya todo a la chuña. Ella salió con que si el mamparo. Ya le dije que primero de todo la honra,

y que ante eso, el mamparo y el salón, el salón y el mamparo podían irse a tomar por el saco. Me acosté cabreado. Anduve dando vueltas hasta las tantas. Verdaderamente, como en casa, en ninguna parte.

8 septiembre, miércoles

Desde que falta la chavala anda todo como las tristes. Le pregunté al Joe cómo se explica y el vaina, que la patroncita era un reclamo. No le sacudí una guantada por ser vos quien sois, pero ganas no me faltaron. ¡No te giba! Le dije si es que lo del otro día ocurría con frecuencia, y el huevón venga de reír y de hacer muecas a lo bobo. Le llevé tras el mamparo y le dije que se explicase. El torda, que la patroncita era dije no más, y que con la pollera amarilla todo el mundo era a decirle algo y que aquí, en su tierra, levantarle el ganso a un amigo tampoco es nada. Ya quemado, le pregunté si es que la patroncita daba gancho, y el cipote, que a todas las mujeres, pues, les agrada que se fijen en ellas. Me subí a la parra y le solté que era un roto de mierda y un crestón, y él, que dejémoslo no más, patroncito, y el mandria me desarmó y fui entonces y que disculpase. De que llegué a casa me fui derecho donde la chavala y la puse las peras a cuarto. La menté al chavea y la planté que no estaba en condiciones de hacer el zángano, y ella que a cuento de qué decía eso, y yo que, mientras no fuera de mi brazo, la pollera amarilla a esconder. La Anita terminó negra y me salió que a ver si yo podía pololear con la tía y ella nada, y lo que yo le dije, que la otra noche en el pasillo, para que callase la boca, la tía volvió a hacerme proposiciones y que con ella lo que quisiera porque se me da como agua y, sin embargo, yo, que nanay, porque primero que todo está la dignidad. Puse peor la cosa, se subió a la parra y me salió con que por qué le dije, pues, que marchó a la cocina. Finalmente, por no abanicarla, la planté que volviera a peinar a la mujer de don Helio a ver si nos hacíamos ricos, y que el salón se fuera a las pailas. Me acosté de mal café. A la hora, el chavea se puso bravo y no había Dios que parase. ¡Vaya nochecita!

10 septiembre, viernes

La radio ya está compuesta. Me la traje para casa y se lo dije a don Juanito, y el panoli, que al pelo, pero de aflojar la mosca ni pum. A ver si el cachondo de él me va a jugar la talquina, como dicen acá. Estos gallos son como Dios les ha hecho. Total, la friolera de mil doscientos del ala, que tampoco es paja. Si el huevón no se explica, como hay Dios que me la agarro y para la pieza. La pusimos después

de cenar y lo que son las casualidades, lo primero, *Cuando salí de mi tierra*. ¡Anda, y que tampoco tiene sentimiento la canción esa! Oyéndola, se pone uno a recordar y no acaba. Terminé murrio. Cuando me encamé tenía una cosa así sobre la parte que no me dejaba ni respirar.

11 septiembre, sábado

Abel no se presentó esta tarde. El Joe me dijo que andaba en las tomas y, lo que yo le dije, que buen viaje, pero que no vuelva por aquí, no se me suelte en una de ésas la izquierda y le vaya a partir los hocicos sin intención. Verdaderamente esto no es vida. Desde que ahuecó la chavala, no alcanzamos los ciento ni por casualidad. Y lo peor es que uno no sabe ya qué cara poner. De sobra te sabes que te están empatando, pero empezar a guantazo limpio tampoco es solución. Al torda del Efrén cada vez que le digo algo se le cae el poto, pero si espero que él resuelva la papeleta estoy fresco. Al crestón todo se le vuelve decir que es más difícil de lo que parece amasar un puñadito de plata. Lo que yo le digo, que en ninguna parte pagan por dormir...

Don Juanito, ni palabra. Digo yo si será otra gracia de las suyas esto de cargarme ahora con el muerto.

14 septiembre, martes

La Anita volvió donde don Helio. Por lo visto la recibieron bien y su señora le dio tarjetas para otras dos del barrio. Según ella, agrada como peina, y como fija unos precios arreglados malo será que no se haga una parroquia. Ya le digo que no apunte tan alto, no se vaya a marear, pero ella porfía que sabe por dónde se anda y que ya me lo dirá a la vuelta de unos meses. Por de pronto hoy me pidió plata para un estuche de uñas. Ya le dije que ojo, no termine con mis huesos en la cárcel, pero ella que la deje hacer. Por mí, bien dejada está, pero si no candamos la cartera no iremos a buena parte.

La Verdeja, ciega por el chavea. Bien mirado, una abuela no haría más. Gracias a eso, que, si no, de qué iba a andar la chavala toda la santa mañana como un zascandil. En esto hemos tenido chamba, que lo mismo que digo una cosa digo la otra.

16 septiembre, jueves

El tiempo se ha puesto raso. También joroba esto de empezar la

primavera en septiembre. Uno no está hecho a estas cosas, la verdad, y le peta que todo venga a su tiempo y por sus pasos. Pero te pones a ver y aquí no hay cosa con cosa. Cuando tú te levantas, allá andarán comiendo, y cuando sales del tajo, Melecio y toda la tropa se habrán tirado ya una horita de sueño como poco. Llevo una temporada como perro huacho. Todo lo veo negro, y raro será que yo me aclimate acá. A fin de cuentas, si hemos nacido en un sitio será por algo y no es cosa de ir a enmendarle la plana al Señor.

Don Juanito las endilgó con las valijas al norte sin explicarse. Más tonto soy yo por no abrir el pico a tiempo.

18 septiembre, sábado

Esta semana nos hemos defendido con Gallito y Joe y, después de todo, las entradas poco han bajado; en cambio, ahorramos cuatrocientos diarios del huevón de Abel. Claro que siempre resulta desairado un hueco, pero en estos asuntos hay que ir al grano. Lo malo del caso es que a la mañana, que hay mucha gallada, alguno se larga por no aguardar. Probaremos otra semana. Dice el Efrén que por probar nada se pierde, pero, lo que yo le digo, que en tanta probatura se le fue el virgo a Juana.

A la noche me salió la chavala con que un marinero de Valparaíso le vende a la señora de don Helio perfumes y otras pichanguitas de París y que es una oportunidad y que la anticipase unos pesos. Ya le dije que ni hablar del peluquín, que como decía un profesor del Centro, los ensayos con gaseosa y, como me olía, terminamos de morros. ¡Qué le vamos a hacer! Dos trabajos tiene.

22 septiembre, miércoles

Lleva tres días lloviendo con pica. Mientras caiga de estas formas de poco me vale andar despatarrado para echar fuera las cascarrias. Las mismas goteras te ponen perdidos los bajos de los pantalones. Yo confiaba que esto fuera bueno para el salón, pero nada. Claro que lo que ellos dirán, para lo que van a durar limpios. El Joe, que son las chaparraditas lo que atrae al cliente, pero no esto. La verdad es que llevo una temporada que no me lamo. Hoy por usted, mañana por mí, lo cierto es que ni clavo...

La guagua andaba esta noche desazonada. ¡Lo que faltaba para el duro, vamos! La Verdeja, que era la guatita, y anduvo poniéndole paños calientes. Hasta las dos no pegamos pestaña. La chavala se hizo hoy otro par de clientes. Mírala, a lo bobo, a lo bobo, va formando

una parroquia. El domingo 26 cumple los veintiuno. Ya vamos para viejos. Veré de feriarla con algo de su gusto.

25 septiembre, sábado

Sin venir a cuento, hoy se las endilgó el Gallito. Me hice el leso. Si el mandria se pensó que iba a andar llorándole le ha salido rana. ¡Anda y que le den morcilla! Le pregunté al Joe si le podía sustituir para el lunes y me dijo que un tal Sergio, conocido suyo, quiere ponerse de fijo. De primera. En resumidas cuentas, más pelo echamos esta semana con dos que con tres, aunque ya le dije al Efrén que en estos asuntos todo lo que sea jugar a no perder no conduce a nada práctico. El huevón, que lo que yo haga bien hecho está. ¡Gibar! La verdad es que si espero una iniciativa de este mostrenco estoy aviado.

La obsequié a la chavala un estuche de una vez, para que lleve los trebejos del oficio. Si la mujer ha de andar en casas de postín con unas y con otras, no es cosa de que se presente de cualquier manera.

26 septiembre, domingo

La chavala, loca con el estuche. La gilí se pensaba que iba a olvidarme. Lo que yo le dije, si me olvido de estas cosas, qué me queda. Llevamos dulces a casa y, a la tarde, les dimos once a los tíos y luego al biógrafo. Ya metidos en el ajo, le dije a la chavala que después de dar el mostrador al mozo nos íbamos a cenar por ahí y luego de farra. El tío me salió con que debía tener buenas entradas, y lo que yo le dije, que de eso poco, pero que si hay que gastarse veinte pavos soy tan guapo como el que más para machacarlos con salero. El huevón, que edad tengo de saber lo que me hago, y yo, con todo el rostro, que a ver. Cenamos en el Aconcagua y, para desengrasar, al Trocadero de bailoteo. La tía se calentó y cada vez que la sacaba el tío, ella que «cambio de parejas» y me agarraba bien aunque la chavala se asaba. Así anduvimos hasta las tantas. La tía se arrimaba de más, pero, bien mirado, allí nadie llama la atención por eso. De que se echó al cinto dos tragos empezó con que su cabrito, y yo, que tía no me hace usted mucho favor, pero ella dale que dale. La tipa se curó a escape y empezó a gozarla a voces, y todo el mundo era a mirarla, y, cuando andábamos en éstas, se presentó la chavala más tiesa que palo de bandera y que se acabó la fiesta y que cada oveja con su pareja. El tío, ni agua. Menos mal que se cagó en la diferencia y pagó el gasto. La tía, ni mus. Con la salida de la chavala se la cortó el habla. Ya en la cama empezamos con la de siempre. Le dije a la Anita que no me

malrotase el día, y ella que lo dejara, luego que no enredase, loco, y para remate, la gloria bendita. Bien mirado, hace mucho tiempo que no pasaba un día como éste.

29 septiembre, miércoles

El tal Sergio parece un hombre capaz. El huevón, con seis dedos en la mano derecha, maneja el cepillo como los ángeles. Sólo por verle se puede pagar plata. Claro que el cliente afloja la mosca porque le lustren y para diversión se marcha al circo. El Joe que qué, y yo le dije que bien, que su amigo trabaja seriamente y que creía que nos entenderíamos. El vaina venga de gozarla y patroncito por acá y patroncito por allá. ¡Gibar! A veces el huevón este se pone más pegajoso que las moscas. En resumidas cuentas, seguimos como antes. Me petaría que el tío se diese un garbeo por aquí y dijese esto falta y esto sobra y esto aquí y esto allá. Los hombres de negocios tienen un punto de vista, que vale un valer. Así se lo planté al Efrén, y el panoli que bien, pero que o mucho se equivoca o de esta hecha no salimos de pobres, y que ya hace ratito que se las anda parando.

Me acosté con mal cuerpo. Sólo me faltaba ahora enfermar.

30 septiembre, jueves

No había llegado al hotel y ya andaba de vuelta. De entrada empecé a sudar frío y en menos que se tarda en decirlo fui tres veces al váter. Inclusive me parece que tengo calentura. En casa me entró una tiritona que no se iba ni por cuanto hay. Cuando me acosté estaba como sin sangre. ¡Ay, madrica, qué malo me encuentro! ¡También gibaría que fuese uno a dejar sus huesos en esta tierra!

17 octubre, domingo

Me levanté por primera vez después de qué sé yo el tiempo. Miedo me da el mirarme al espejo. Tengo las corvas que talmente parezco un tísico. ¡La madre que me echó y qué apuradillo he andado! Decididamente, esta tierra no me pinta. ¡A santo de qué voy a agarrar yo allá un catarro intestinal! Y antes la gripe. Si apenas he salido de una y ya ando metido en otra. Y no es porque yo lo diga, pero hasta llegar acá ni sabía lo que era estar enfermo. ¡Pero anda que ahora! Ni la pluma puedo sostener. ¡Pucha madre! Y me he quedado en la espina Santa Lucía. Menos mal que amistades no me han faltado, que lo

mismo que digo una cosa digo la otra. Y que se han portado conmigo como si fueran los míos. ¡Qué digo!, ni la familia hace a veces lo que la señora Verdeja ha hecho conmigo, ve ahí. Así viva mil años le guardaré yo ley a esta mujer, que uno puede ser lo que sea, pero no es un desagradecido. Porque lo que yo digo, los amigos para las ocasiones. Y ahí está el Efrén, que será lo que se quiera profesionalmente, que yo en eso no me meto, pero tiene un corazón tamaño grande. Y luego los tíos. Yo se lo decía ayer a la chavala, la tía tendrá un pronto cachondo, que yo ahí ni pincho ni corto, pero es de esas mujeres que si hay que darse no esquivan el poto. Eso por descontado. ¿Que luego tiene sus ventoleras? ¡Qui lo sa! Después de todo, nadie somos perfectos, como yo digo. La chavala, que menos historias. ¡También hay que verla a la gilí! De que me levanté me mostró el alijo de perfumes de allá. Lo que yo la dije, que ojo, pero ella me dio en los morros con un mazo de billetes. Quince mil del ala, que se dice pronto. ¡Hay que tocarse las narices! Esto lo hace la chavala a base de simpatía y un poquito de gusto, como yo digo, porque, vamos, por peinar nadie da hoy plata. Claro que también está lo de las uñas y los potingues. Con unas cosas y otras malo será que la chavalilla no se saque para sus gastos. Y después de todo, lo suyo no es más que un entretenimiento, porque, bien mirado, a esto no puede llamársele currelar.

A las seis se presentó el Efrén con la novedad de que el Sergio las enveló también. El huevón mojó la pestaña y lo que yo le dije, que ningún negocio vale tanto como para tomarse ese sofoco. No podía con mis huesos y me encamé. Anduve revisando papeles y sólo un día durante mi enfermedad pasaron de cien los clientes. El Efrén, que lo mejor será tomar el dos. Ya le dije que dé tiempo al tiempo y que encargue al Joe que se busque compañía. A la noche se presentó el tío y me dio la murga con que agarre yo el cepillo y no me ponga en manos de nadie. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

20 octubre, miércoles

Esta tarde salí por primera vez. ¡Pucha madre! Parece como que uno no mandase en sus piernas. De regreso no me tenía de pie. No quise asomar la gaita por el negocio para no pasar un mal trago.

A la Anita ya no la alcanza la mañana y tiene también sesión por las tardes. Hoy se retrasó y el chavea andaba loco. Tampoco es plan esto de que se lleve la despensa a cuestas. Así se lo dije, y ella, que porque el crío aguarde media hora tampoco va a pasar nada. Para todo encuentra salida la torda de ella. Otra cosa no, pero labia ya tiene para dar y tomar, como yo digo.

22 octubre, viernes

Cuando llegué al salón esta mañana estaba aquello animadillo. El Joe se ha echado una compañía que ni buscada con candil. ¡Anda y que tampoco tiene mierda encima el tal Manuel! Le pregunté al Joe por qué no se ponía Manuel el buzo, y él, que es condición. ¡Lo que hay que aguantar! Pero, lo que yo le digo al Efrén, nada ganaremos con enfrentarnos. No hay más que achantar la mui y el que venga detrás que arree.

El chavea hace, no es porque yo lo diga. La chavala, que ya se sabe, niño vomitón, niño regalón, y así debe de ser. Por de pronto el mozo se está poniendo como un trullo.

Voy mejorandillo. Eso no quita para que cada día que pasa me acuerde más de la tierra. Esta tarde le puse unas líneas a don Basilio para dar fe de vida. El mundo da muchas vueltas y nadie sabe lo que puede pasar mañana.

25 octubre, lunes

Me topé con una cabrita muy dije a la puerta del hotel esta mañana. De que vio que me metía me chistó y me preguntó por León. ¡Mírale qué cacho lelo, qué callado se lo tenía! Así se lo planté, y él que ya va para mes y medio, y que ya me contará. Me tinca que el mandria de él, a la chita callando, se me ha puesto de novio.

El ascensor me ha dejado para el arrastre. Cuando me metí en la cama no me acordaba ni de mi nombre. La chavala, por no perder la costumbre, venga de cascar, pero yo ni caso.

28 octubre, jueves

Se me hace a mí que el torda de León ya no tiene remedio. A lo bobo se ha metido en harina y lo que pasa. Hoy me salió con que la chavala lo lleva de apunte y es hija de españoles. Entonces aproveché para decirle que la cría tiene dije, pero que la guaneaba yéndole a buscar al hotel. El vaina se enojó y me salió, de malos modos, que cada uno es cada uno, y que si yo pienso a lo burgués con mi pan me lo coma. Ya le dije que no era eso, que no me había explicado, pero el cipote dio media vuelta y adiós muy buenas. Me dejó pegado. ¡Anda y que te zurzan!

El chavea le ha cogido gusto a mamarse el fole y, si no, no hay quien haga vida de él. Ya le digo yo a la chavala que de aquí a un mes el dedito para el gato, pero ella como si no. La Anita anda a lo suyo y

estas huevadas no la quitan el sueño.

El salón, de culo. Lo que es si espero hacerme rico con él, voy listo. Esta tarde me decía el Efrén que me veía preocupado. Lo que yo le dije, que anda que tú. Verdaderamente ningún cagado se huele su mierda; no hay cosa más cierta.

30 octubre, sábado

Pasé un rato donde Lautaro, por no perder la costumbre. Le pregunté por Oswaldo y dijo que la otra tarde cayó por allí y que andaba cabreado conmigo desde lo del cacerío. Mira tú por dónde dos trabajos tiene. Me preguntó cómo llevaba la veda, y le dije si es que se ha cerrado, y él que si ahora me desayuno. Te pones a ver y hace meses que no salgo al campo, pero basta que ahora sepa que no puedo hacerlo para que me chinche más de la cuenta. La noticia me ha afectado. Hasta marzo a enfundar. Aunque, bien mirado, ni la escopeta me quita a mí el morro esta temporada. Le pedí un trago a Lautaro y trago va, trago viene, cuando me quise dar cuenta tenía encima una merluza de tente y no te menees. Luego anduve dos horas trotando calles para ventilar la terraza.

Así que llegué a casa, la chavala me dio en los hocicos con un fajo de veinte billetes. ¡Hay que fastidiarse! Que esté uno dándole al parche de la mañana a la noche para nada y luego llegue ella, que no sabe de la misa la media, y, con las manos lavadas, embolse veinte mil mensuales. La dije que ya tenía para sus gastos y ella salió que si estaba tonto, que a cuento de qué fundía ella veinte mil al mes, y que le abriese una libreta. Me da lacha sólo de pensar que algún día puedan decirme que vivo a cuenta de mi señora, pero la fetén es que la chavala tiene simpatía y sabe desenvolverse.

1 noviembre, lunes

Hoy, los Santos. Acá como si tal cosa. Yo me recuerdo allá, con las visitas al cementerio y el Tenorio por la tarde. Verdaderamente no hay cosa con cosa. Y luego el clima. Allá, el tiempo de las ánimas benditas es tiempo de nieblas, y como quien dice, la puerta del invierno. Te pones a ver y acá todo lo contrario. La nieve de la Cordillera va de capa caída y los árboles ya tienen brotes. Total, que la primavera se huele y celebrar los Santos y las ánimas parece cosa de coña.

He andado todo el día de Dios como achucharrado. Para acabar de gibarla recibí carta de Melecio. El panoli me cuenta de los dos primeros caceríos. Dice que la Doly es una cosa seria y que Pito, el de

la armería, le daba dos billetes por el animal, pero que él ni por todo el oro del mundo. Abrió la temporada con los de Tochano, en Villalba, e hicieron veintidós perdices y cuatro liebres entre cuatro escopetas. Ya es. Dice que el domingo 17 subió un rato con el Mele a los bacillares de Herrera y bajó dos perdices y una torcaz rezagada. El huevón, que ahora más que nunca me echa en falta. Vamos, y que uno tenga que andar aquí a la que salta, viviendo como un paria. El Melecio se cura en salud con que veintidós cazas para mí serán cosa de risa, pero que recuerde que allá no es tarea fácil. ¡No te amuela! Ni aquí tampoco, como yo digo; lo que pasa es que a uno le han metido los perros en silba, o sea que a uno, con todo su golpe de andar de vuelta, se la han pegado con queso.

No estaba para nada y me puse a oír la radio. La chavala que deje ahora de mirar atrás. Lo que yo le digo, que yo no me meto en sus cosas, y si a mí se me pone oír la radio de allá tampoco molesto a nadie. ¡No te giba!

4 noviembre, jueves

León se puso hoy de confidencias. El cipote anda en el bote, pero le da rilis por lo de la bala. Ya le dije que dentro de cien años todos calvos. Él dale con que el cálculo de probabilidades, y lo que yo le dije, acá no va a pasar nada sin que de Arriba lo ordenen, porque los médicos, con toda su ciencia, no son más que unos mandados. El torda, que no estaba mal visto, pero que le daba canguelo, la verdad, porque casarse para dejar al año una viuda tampoco es plan. Finalmente le convencí y el mandria me salió con que, al menos, decírselo, y ya le dije que ganas tenía de enredar, y que lo mismo que ha tirado quince años puede tirar cincuenta, que eso nunca se sabe, y que deje a la cabrita tranquila.

No sé qué demontre de fiesta sería hoy, pero los canutos anduvieron en la esquina dándonos la murga hasta las tantas. ¡Anda que tampoco hicieron pendejadas ni nada los tipos esos!

7 noviembre, domingo

Echamos la tarde donde los tíos. El huevón de él de que ve la guagua se pone más tierno que un pollo tomatero. ¡Tampoco le ha cogido ley al crío que digamos! Y lo que yo le digo a la Anita, lo que vamos a conseguir con esto es malcriarle y luego vaya usted a enderechar el árbol torcido. Bueno, pues para el tío no hay razones. El chavea se empeñó hoy en romper una ampolleta y hasta que no lo consiguió no se quedó tranquilo. Y si el mozo se emperra en dejarnos a oscuras, por el menguado de su tío no ha de quedar, eso ya se sabe. Ya le dije al tío que nos le estaba malenseñando, y él que dejémoslo no más, que la guagua era el amo de la casa y para él iba a ser todo, y que, al fin y al cabo, lo mismo daba antes que después. Luego el crío se meó por la pata abajo y el vaina venga de gozarla y que agua bendita. Y no es aquello de que haga un reguerín, que te pones a ver y el mozo se echa unas meadas como un general. Verdaderamente a los huevones estos no hay quien les entienda. Conmigo mucha exigencia y con la guagua todos los caprichos son pocos. Me parece a mí que esto no guarda proporción. De que el chavea se quedó dormido, echamos un julepe. Palmó el tío y cuando en la última ronda, con un pozo de veintiséis pitos, le solté tres meneos y la falsa y le pegué en los morros, bien creí que me abanicaba. ¡Chúpate ésa! Antes de largarnos me preguntó si había pensado lo de bombero, y que a él, por seguir la tradición, ya le petaría que me apuntara en la España. No le dije de entrada que nones por no enojarle, pero lo que es si aguarda verme con la manga de acá para allá, está fresco. ¡Vamos, que sólo me faltaba ahora disfrazarme de bombero!

9 noviembre, martes

Sí, ya me tincaba a mí que toda esta historia iba a acabar como las tristes. Una vieja cachonda que se encapricha por uno no puede llevar a buena parte, ya se sabe. Y si la chavala no se entera, menos mal. Pero anda que si la van con el cuento... Te pones a ver y lo del hotel me la trae floja. Después de todo, ocupaciones no me han de faltar. Lo que me giba es la cosa en sí y lo que el menguado del don Herman y el León y toda la gallada puedan pensarse. Claro que si se piensan lo que no es, peor para ellos. Te pones a ver y un hombre poco pierde con ello. ¿Que se han tomado a la tía por una patinadora? A mí plin. Bien mirado, no encuentro mejor manera de llamarla pendón. Después de todo, ella se lo ha buscado. Porque, vamos a ver, ¿quién la manda

hacer estas cosas? Ya de que la vi me dio un sofoco que para qué. La tipa iba más bonita que un San Luis, con unas pieles por la pechera y un casquete que no se lo salta un torero. Bueno, pues yo me hice el leso, y la digo: «¿Qué piso?». Y la tipa de ella se cuela en el ascensor y que el último, cabro. Y de que llego arriba, que abajo, cabro, y entre medias que no veía otra forma de conversar conmigo, y que yo era un gallo receloso. Así, por las buenas. Yo andaba al quite y la dije que qué, y ella que qué pensaba de lo nuestro, y yo con la de siempre, que el tío no merecía eso y que dejémoslo, no más. La pingo de ella, de que llegamos abajo, otra vez para arriba y que la abrazase. Yo me puse a traspirar y andaba todo asorochado, y fue la tipa entonces y me echó los brazos al cuello y uno, después de todo, no es de cartón piedra, y a ver, lo que pasa. La tunanta se las sabe todas y no dejaba tranquilo el ascensor, y cada vez que llegábamos arriba o abajo dejaba de apretarme el cuello y dale al botón, y en éstas se puso a sonar el cuadro y llamaban de todos los pisos y don Herman empezó a vocear, pero ella ni caso. Ya la dije que soltara o la atizaba una chuchada, y ella que dónde y cuándo nos veíamos, y que mientras no la respondiera no había nada que hacer. Se me calentaron los cachos, me olvidé que era una, la solté una galleta y paré el trasto. Como esperaba, don Herman se puso loco. La tía se largó tan templada y ni volvió la jeta cuando don Herman la voceó cuatro verdades. Luego el candongo la agarró conmigo y con que si para eso ya tenía mis asuetos y el Parque Japonés. No me dejaba abrir el pico y, ya cargado, me quité la americana con la insignia y le dije que me buscara sustituto y que me daba por cumplido. El berzas de él ladraba a la luna y el pestorejo se le ponía como la grana, y cuando se puso a zamarrearme le dije que soltara, no tuviéramos después algo que lamentar. El mejor de estos huevones debería estar ahorcado. Aunque ya me gustaría que la tía le hubiera oído explicarse. Porque lo que yo digo, todo lo que la cuelguen es pálido, pero ¿a cuento de qué voy a tener yo que aguantar mecha? Me las endilgué sin más. Cuando se me pasó el rebufe me quedaron los labios como entumidos. ¡Anda y que tampoco es ansiosa la socia esta!

Me llegué al negocio, pero no estaba a lo que estaba. A la chavala ni agua. Tiempo habrá, como yo digo.

10 noviembre, miércoles

Uno no es de esos gilís capaces de estarse de brazos cruzados viendo cómo los demás currelan. Así, de que llegaron esta mañana las apreturas, me calcé el buzo y a lustrar se ha dicho. ¿Que luego le sacan punta? Bueno, con su pan se lo coman, que a mí no me se caen

los anillos por cepillarle las botas a un prójimo. Te pones a ver y lo que yo me digo, en estos negocios pequeños lo mejor es no depender de nadie. Bien tonto he sido en no dejar antes lo del Munich. El torda del Efrén, que si no lo veo no lo creo; ya le dije que el trabajo honra y que más señorito he sido, pero que para poner el hombro me falta tiempo. El huevón, que no lo tomara por ahí, y que si es preciso que él se remangue, también sabe hacerlo. Ya le advertí que no lo dijera dos veces.

Al cerrar, el Joe, que vaya con el patroncito, y que si eso iba a ser una costumbre; le contesté que a lo mejor, y al vaina no le gustó un pelo. Al llegar a casa no daba más con las espaldas. La fetén es que ni aposta se encuentra mejor postura para castigar el cuerpo.

En la cama le dije a la chavala que he colgado lo del Munich. Me salió que a cuento de qué y la confesé que voy a llevar el negocio con mis manos. Ella, que si pensaba lustrar, y yo que a ver, y ella, que madre, qué vergüenza, y que prefería verme de barrendero. Lo que yo le dije, que nadie le daba a elegir, y que, después de todo, puestos a hacer la América, hay que dejarse de remilgos y huevadas. La gilí porfió que la daba lacha, y ya cargado la planté que, bien mirado, tanto me daba hurgarle a un prójimo en la cabeza como en los pies, y que si ella les arreglaba por una punta yo les arreglaba por la otra y todos contentos. Nos acostamos enojados. Tardé en agarrar el sueño dándole vueltas al asunto. Tal vez si el Efrén dejara la barraca y se pusiera a lustrar conmigo echáramos más pelo. He de hablar con el tío.

11 noviembre, jueves

El tío todo facilidades. Dice que, si la cosa no pita, el Efrén encontrará otra vez hueco en la barraca. Le dije lealmente que muy gentil y él que dejémoslo no más, que somos o no somos. Con el tío, por las buenas, lo que se quiera, ya se sabe. Te pones a ver y tiene mejor pasta él que ella. ¡Dónde va! ¿Que es un poco rácano y un poco así, cómo diría, agarradillo? De acuerdo, pero nadie somos perfectos, como yo digo. Luego, en buena hora. De que llegué al negocio, el Joe que se largaba y el Manuel cuate. Los huevones, que querían libertad. ¡No te giba! ¡Ya les veo venir yo a los marrajos estos! Lo que pasa es lo que pasa y si el patrón le quita el poto a la jeringa se acabaron los enjuagues. ¡Anda y que les den tila! Al Efrén no es que le haya dado por el palo del gusto, que digamos, pero calló la boca y ha pasado por el aro. Bueno, pues ciento diez gallos, que se dice pronto. Ni recuerdo una cifra igual desde que abrimos. Cierto que hemos sudado la gota gorda, pero lo que yo le digo al Efrén, en ninguna parte pagan por

dormir. El torda se quejaba de las espaldas. Lo que yo le dije, ¡hasta agujetas en los dedos tengo!

En casa he andado echando cuentas por encima, y de seguir así, a 25.000 mensuales por nuca, que no está mal. Siquiera para que la chavala no pare el gallo, que vergüenza para un hombre ha de ser que la viejita le mee en las entradas.

13 noviembre, sábado

En toda la santa mañana hemos parado. Y todavía un huevón que si eso era lustrar. Ya le dije que si sabe quien lo haga mejor, carta blanca tenía. El crestón, a voces, que le habíamos empatado. Le devolví la pasta y le dije mi verdad, que con quince pitos me limpio yo el ojete. Todavía el marrajo se largaba rutando y ya cargado le voceé que si quería encima una indemnización. ¡No te giba!

Casi a la hora de cerrar se presentó León y dale con que qué ocurrió el martes en el hotel. Se lo conté de pe a pa, pero de ella chitón, sólo que era una tía chalada que ni de vista la conocía. El gilí, si no le explico, revienta. Los hay que son peores que porteras, coño.

Tengo las manos para el gato. Le propuse al Efrén no abrir por la tarde y el panoli que al pelo. Después de todo es sábado y tampoco es cosa de que la avaricia le quite a uno las pocas satisfacciones que da la vida. Me marché con la chavala al biógrafo. ¡Anda que tampoco hacía tiempo que no veía una película ni nada!

14 noviembre, domingo

El chavea cada día más encachado. ¡Pucha y que tampoco es vivo el condenado! Las pesca al vuelo, como yo digo. Luego, si le da por reír, a partirse el pecho se ha dicho. Lo que yo le digo a la Verdeja, éste se la sabe entera. Ella que va para ministro, y no le falta razón. No tiene cuatro meses y el cipotín ya distingue, esto quiero y esto no quiero, y si no se le da por el palo del gusto, ya se sabe, a berrear. Lo que me llevan los demonios es que se mame el fole. ¡No puedo con ello, me cago en sandiez! Y la chavala que dejémoslo no más; no hay cosa más fácil. Pasé la tarde enredando con él. Los tíos no aparecieron vivos ni muertos.

A la anochecida me entró la murria y para espabilarla me quedé donde Lautaro. A lo bobo a lo bobo, me puse a soplar y cuando me quise dar cuenta estaba juma perdido. De que llegué a casa, la chavala, a voces, que si esto iba a ser una costumbre. Ya la dije que a santo de qué salía con ésas y ella que el otro día calló la boca porque

una vez al año no hace daño, pero que si pensaba acabar como mi cuñado, avisase a tiempo para tomar el portante. Yo no sé si las voces de la chavala o qué, pero se me puso la lengua gorda y terminé volviendo el cuajo. Me acosté desriñonado. Luego dormí el vino a modo y amanecí como un geranio.

18 noviembre, jueves

Lo del negocio no pita. A esto le falta el qué, como yo digo. Uno no está hecho al oficio y el cepillo le manca las manos y todo. Ni sé si son míos los dedos, o sea que, por la parte de dentro, tengo dos en carne viva, y con la anilina y el betún veo las estrellas. El Efrén, que con el tiempo nos saldrá callo y listos. ¡Valiente porvenir! Luego, las espaldas. Que no es vida, vamos.

Porque si siquiera rindiese, pero ¡de qué! Si hoy mal, mañana peor. A esto lo llaman en mi pueblo ir de culo. Después, lidiar con estos tipos, que si les tiznas los calcetines o que si no sacas bastante lustre. Ni saben lo que quieren. Yo soy el primero que me gusta ir bien puesto, pero todo tiene un límite. Y los gilís estos, si no se ven la jeta en la puntera no quedan conformes. Llevo una temporadita que para qué. Desde que estuve enfermo. Bien mirado, de entonces acá no levanto cabeza.

20 noviembre, sábado

Llevamos dos días que Manolo aprieta de firme. ¡Vamos, que la cosa tiene chiste, como yo digo! Al borde de diciembre, o sea invierno, y las cabras de manga corta por la calle Ahumada. Si no lo veo no lo creo. Y luego las flores, que está el Cerro y el Parque Japonés que no veas cosa más linda. Pero esto a su tiempo, porque a este paso me veo pasando la Nochebuena en la terraza de un café. Y eso no, vamos. Que uno, en el fondo, no es más que un animal de costumbres, ya se sabe, y te pones a ver y ni se diferencia de las perdices ni nada. Yo me recuerdo del bando de la Sinoba, si no lo hallabas en los bajos, andaba en la vaguada, en las pajas, y si tampoco paraba en las pajas, arriba, en el bacillar era la fija, ya se sabía. A uno, parigual, le arrancas de su rincón y, ve ahí, no se aclimata. Es la fetén. A uno le cabrea la rutina, pero le sacas de la rutina y anda más despistado que un chivo en un garaje.

Cada día marcho peor de las manos. Sólo faltaba que se me enconasen ahora las pupas para acabar de gibarla. Hoy la parroquia no llegó a setenta.

23 noviembre, miércoles

¡La tipa esta está para encerrar, vamos! Pero ¿es que no va a poder vivir uno tranquilo? La cosa es tan así, que uno no sabe qué determinación tomar. Hoy se me presentó en el negocio, se apotrincó en un sillón y que la lustrase. Yo no quería que el Efrén la conociese y la pegué dos cepilladas y que listo, pero ella, que embetunase, pues, y venga de recogerse la pollera y de restregarme las corvas. Cuando terminé la dije que tía no me vuelva a torear, y ella, que era libre de lustrarse los zapatos donde la viniese en gana. De que se largó, el Efrén que si no era la patroncita. Le dije que a ver, pero que no se pensase lo que no es. El vaina, que qué se iba a pensar, y yo que por si acaso.

Llegué a casa de mal talante y para acabar de gibarla la chavala venteándose y el cabrito berreando. De que regresó la armé una rosca regular. Ella, que si iba a tirar por la ventana esta oportunidad. Lo que yo la dije, que cuando no lleve la despensa a cuestas podrá hacer lo que quiera, pero que ahora, antes es la criatura que nada. La huevona se encarachó y terminamos de mala manera. Más tonto soy yo por consentirla lo que la consiento.

26 noviembre, sábado

La tía es un caso perdido. Hace cuatro días que no pierde comba. A las doce, clavada en el salón, ya se sabe. Y si el Efrén está libre y yo afanando, la pingo de ella, con toda la carota, a aguardar que yo concluya. La verdad es que uno no sabe a qué carta quedarse. La guarra de ella se ha encaprichado y mientras no me la calce o la suelte una mano de guantadas, que va a ser lo más práctico, no me va a dejar tranquilo. Lo cierto es que esto está para las cagas y más nos valdría a todos dar cerrojazo y terminar de un viaje.

29 noviembre, martes

Tres meneos en veinticuatro horas, tampoco es paja. Lo que yo le digo a la chavala, esto no es plan. Los dos primeros me agarraron en el negocio y aquello fue el descuece. El segundo sacudió a modo y la gallada, ahumando calle arriba, era un espectáculo. El tercero nos pescó cenando, se apagó la luz y se armó un boche regular. La chavala y yo tropezamos cuando íbamos por la guagua y a poco nos sacamos la cresta. La señora Verdeja, que a la puerta y venga de vocear. Hace falta ser de pasta flora para dormir después. Yo ya le he dicho a la

Anita que esto no lo aguanto. Dificultades, las que me echen, pero esto de jugarse la vida a cada paso es una huevada, la verdad. Ahora sale la señora Verdeja con que la tierra tiembla aquí trescientas veces por año, pero que algunas veces el temblorcito es tan liviano que no lo sentimos. ¡Pucha que es un lindo porvenir! El cipote del tío se presentó a las diez de la noche a ver qué había sido de la guagua. Dice que hubo desgracias y que los dos últimos sismos han sido tamaños de grandes. Aproveché para decirle que a ver si asoma por el negocio para darnos cuatro normas, porque aquello no hay Dios que lo levante. Quedó en pasarse mañana por allá. A ver si se tropieza con la candaja de la tía y matamos dos pájaros de un tiro. Al huevón de él le gusta que le consulte más que el comer con los dedos.

30 noviembre, miércoles

El tío se despachó a su gusto. Saltó con que la plata es como la caza, que toda la ciencia está en ubicarla y tener maña para engancharla luego. Le dije que se explicase, y el mandria, que en un mismo montecito uno hace dos piezas y otro diez y que con la platita parigual, unos aciertan a agarrarla y otros no, porque unos son capaces y otros no lo son. Le dije que en punto al negocio qué, y él, que el Efrén y yo, yo y el Efrén, por no consultar a tiempo, nos habíamos puesto donde no hay de qué, porque el negocio está mal ubicado y que no le veía fácil salida. ¡Para ese viaje...! En éstas andábamos cuando se presentó la tía. Bueno, pues como si tal cosa. Se besaron, y él la gozaba y venga con que la tía venía a echar una mano y que si todos los amigos hicieran lo propio, otro gallo nos cantara. ¡Será crestón el pellejo este! Pero ¡anda que la otra! Tampoco hace falta cara de cemento, como yo digo. El vaina de él aguardó a que la lustrase y ella buen cuidado de no levantarse la pollera. Finalmente, le dije al tío que qué, y él, que si habíamos repartido propaganda. Le contesté lealmente que nones, y él que pidiera el fichero en el Círculo Español, hiciéramos unas octavillas y las mandásemos a domicilio. Le dije que diciendo qué, y él, que el nombre del negocio y algo que llamara la atención, como «El sol de España en la punta de sus botas», o algo así. ¡No te amuela! Le dije que muy gentil, pero si espera que yo envíe a nadie esas huevadas, está fresco. Pero ¡qué coño de sol de España, si ni uno ni otro hemos agarrado un cepillo hasta anteayer! Muchas teorías, como yo digo, pero a la hora de ver el lado práctico de las cosas, cero al cociente. Por muchas vueltas que se le dé, esto no tiene solución, o sea, lo único, poner una fuente de soda, pero para eso hace falta plata y yo no arriesgo un peso más como me llamo Lorenzo.

A última hora me llegué donde Lautaro a echar un trago. Llevo una temporada que si no empino el codo no soy persona. Y no es que para esto del vino sea un abusón, que la fetén es que nunca me dio por ahí, pero ahora si no lo cato parece como que me faltara algo. ¡También gibaría que a mis años me fuera a agarrar el vicio!

3 diciembre, sábado

Me levanté con mal cuerpo y, ya de mañana, tuve un agarrón con la chavala. Lo de peinar dará chiches, no lo discuto, que yo mismo conté anteayer treinta billetes juntos, pero está la guagua y ya se sabe que antes es Dios que todos los santos. Así se lo planté y ella empezó con toda la calma que no fuera vaina y que si prefiero que se establezca está determinada a ello. Ya le dije que ni a tarros, y ella que a qué ton, que le faltan manos para atender la parroquia y que mejor la pintaría así. Con todo el temple la solté que bien estaba lo suyo como pasatiempo, pero que dice muy poco en mi favor el tener a mi señora currelando, y que poner un establecimiento era tal y como dar dos cuartos al pregonero y que yo tengo mi orgullo y que por ahí no pasaba. La chavala se atufó y me salió con que lo que me escocía es que ella medrase y yo para atrás como el cangrejo, y eso me cabreó y le dije que ojo, que por ahí iba mal, pero ella porfió que el tío había dicho que era más capaz que yo y que eso era lo que me enojaba, y ya me sacó los chorros del canasto y la voceé, de segundas, que ojo y que como volviera a comparar la pegaba una mano de guantadas que se iba a acordar de la fecha. ¡Estaría bueno! A la marraja se le cayó el poto y apuntó en otra dirección; que me diera a razones, que treinta mil son una cifra y que no era cosa de decirle adiós por una cabezonada. Ya le dije que por ahí podíamos entendernos, que yo, lo único, el chavea, y que si atendía al chavea, inclusive podía establecerse en el salón de lustrar, que no va para atrás ni para delante y estaba bien ubicado. La torda de ella, que eso era una cochiquera y que para tanto como eso mejor dejarlo, y yo, que qué se había pensado, y ella, que de no establecerse como Dios manda prefiere seguir corriendo calles aunque se deslome. Lo que yo digo, muchos pájaros en la cabeza es lo que tiene ésta. La gilí no se da cuenta de que sin la de don Helio y otras como ella, o sea, por simpatía, no sacaría ni para la micro. Pues, no señor, ella un genio; ella monta una peluquería y tortas por entrar. Lo que ella dice: «Al saber lo llaman suerte». ¡Qué cosas!

Y no digo yo que sea capaz o deje de serlo, que en eso no me meto, pero lo que procede es aprovechar estos meses que anda con la chorrina en vez de alzar el gallo a cada paso, que uno, mal que le

pese, todavía se viste por los pies.

6 diciembre, martes

Tú que no quieres caldo, taza y media. Ahora sale la chavala que lleva cuatro meses sin verlo y que si no será que la he sacado preñada otra vez. Ya le dije que si no lo había visto mal podía andar preñada, y ella que qué tiene que ver el culo con las témporas, que, sin ir más lejos, mi hermana empalmó cuatro criaturas sin verlo vivo ni muerto. ¡También gibaría! Yo porfiaba que eso no es posible, pero lo cierto es que me ha metido el resuello en el cuerpo y en todo el día de Dios se me ha ido la idea del pensamiento.

Hubo carta de los viejos. Los huevones, que muchas nieblas y que quién pudiera estar acá. A ojos cerrados hacía chamba con ellos. ¡No te amuela!

8 diciembre, jueves

Hoy, la Virgen. ¡Buen día de caza, me cago en sandiez! De fijo que la cuadrilla habrá salido allá, vaya usted a saber dónde. En cambio, uno acá como un tonto lilaila. Un paseíto por la Alameda, a ventearse, y a casita, que se pega el arroz. Bien mirado, esto no es vida.

Vinieron los tíos después de comer. Ya se sabe, la de siempre. El cipote, chocho por el crío. Dale con que él sí es capaz. Me giba lo que nadie sabe, porque el marrajo lo dice con retintín, como dando por supuesto que uno es un pelado. Y eso que se le quite de la cabeza. Malmeter a la criatura con su padre, de ningún modo. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

10 diciembre, sábado

Ahora que le iba cogiendo el qué al cepillo me está saliendo un uñero que cada vez que lo tropiezo es ver a Dios. ¡Pucha madre! Desde que salí de casa no hago más que amontonar desgracias. Y no es que el negocio vaya mejor ni peor, pero si tengo que cruzarme de brazos apañados estamos.

La Anita, como quien no quiere la cosa, sacó otra vez a colación lo de establecerse. Ya le dije que ve ahí tiene el salón, que si lo quiere lo coja y si no lo deje. La panoli, ni mus. A otra cosa, mariposa.

13 diciembre, martes

Trece y martes. ¡Toma del frasco! Cincuenta y tres clientes en todo el santo día. A última hora se me reventó el panadizo. ¡Anda y que tampoco solté forraje ni nada! A la salida, le dije al Efrén que habrá que pensar en tomar el dos; esto no cuaja y es lesera porfiar. Sólo un buen traspaso nos sacaría de apuros.

Va para cuatro días que no veo a la tía. A saber qué preparará la guarra de ella. Aunque te pones a ver y cada vez me dice menos. Bien mirado, no es más que un saco de papas.

Anduve un rato donde Lautaro conversándonos una botella.

17 diciembre, sábado

En este país no hay cosa con cosa. Aquí todo es provisorio y uno puede acostarse de soldado raso y levantarse de general. La cosa tiene chiste, como yo digo. Y la fetén es que si no es por el Joe, aquí no ha pasado nada. Pero el tazado de él se me planta delante y yo bien me pensé que venía a pedir árnica, pero el pelado se apotrinca en el sillón y que le lustrase, patroncito. El mandria no hacía más que gozarla con dos rotos de mierda que quedaron a la puerta. Me puse negro y le dije que para lustrar, lo primero, tener zapatos y no los pingos que él calzaba. El huevón, venga de gozarla y venga de mirar a los gilís por la vidriera y que dejémoslo no más, y que le lustrase los pilches, patroncito. Ya le dije que aviado estaba, y él, entonces, saltó con que tenía quince pitos y quería lustrarse y le tenía que lustrar, no más, porque el saloncito era de todos. Ya cargado, le dije que le lustrase su padre, y que si él y los cantinflas de la puerta se querían divertir, que se comprasen un mono. El huevón, que un ratito no más, se largó y volvió con un carabinero y que le lustrase. Le mostré el reloj y le dije que era hora de cerrar, y él, que en ese caso, el lunes volvería. Si espera que yo la hinque está fresco. Me faltó tiempo para decirle al Efrén que ponga un anuncio de traspaso en *El Mercurio* y que yo lo pondré en el *Diario*, porque el salón no se vuelve a abrir, como me llamo Lorenzo. El Efrén, dale con que nos podíamos buscar un boche. Lo que yo le dije, nadie está obligado a pechar con un negocio que no rinde. ¡Sólo faltaría! Quedé con él mañana donde Lautaro.

A la tarde me llegué donde el *Diario* y andaban de obras, y le pregunté a un gicho que salía por el administrador, y él, de que me oyó hablar, que si español, y yo, que a ver, y de los finos, y él, que era el subdirector, y que para él España lo más grande, y ya pegamos la hebra y nos pusimos de palique y de que le conté mi historia, él, que cabalmente había en el diario un puesto de ordenanza y que, si me

petaba, allí tenía una casa y un amigo, y yo, que muy gentil, y que tan pronto pasaran las fiestas volvería y que por quién debía preguntar, y él, que por don Rodrigo, y yo, que tanto gusto. Y sin más etiqueta me he comprometido. Porque, lo que yo digo, lo que más vale en la vida es la consideración, y por un jefe que sea un caballero, plata se puede dar. Ya le digo a la chavala que mira tú por dónde se levanta uno de la cama de limpiabotas y se acuesta de periodista. Ella, que más vale así. Lo que yo le digo, que el que no currele aquí es que es más vago que la chaqueta de un peón caminero, porque lo que se dice facilidades, como de aquí a Penco. Lo de hacer plata, ya es otro cantar. Hoy en día, en ninguna plaza pagan por dormir y plata, lo que se dice plata, se puede hacer lo mismo aquí que en Lima, pero hace falta chamba, y en América igual que en todas partes. La chavala, que hay aquí más caso. Puede ser. Tocante a ella, lo que la sobra es garbo y simpatía, y lo mismo haría allá que acá, porque lo que se dice apreciar un buen peinado hoy no lo aprecia nadie; basta un poquito de gusto y otro poquito de remango. Ella porfía que ni hablar, que otras peinadoras hay muertas de risa, pero, precisamente a eso voy, ésas serán unas fomes, sin el dije y el qué que la chavala se gasta. Finalmente cerré el pico. Con la chavala si es cuestión personal, es tontería discutir.

Tardé en dormirme más de la cuenta dándole vueltas a lo del traspaso. Si nos cogemos los dedos va a ser la grande.

18 diciembre, domingo

Me encontré con el Efrén donde Lautaro. El gilí anda chupado y todo se le vuelve decir que todavía estamos a tiempo. Ya le advertí que sólo tengo una palabra. Finalmente le confesé mi verdad, o sea que yo no me echo a los pies de ese tolón así me paguen mi peso en oro. Pobre seré, pero tengo mi orgullo. ¡Miren no más! Al Efrén todo lo que le preocupa es perder sus veinte mil pitos. Ya le dije que peor eran los créditos, pero que siempre saldrá un huevón que pague un buen traspaso. Él, que mi boca sea un ángel. Andaba más murrio que otro poco, y lo que yo le dije, que ni acá ni en la quebrada del ajo hace plata quien quiere, sino quien puede y que nosotros teníamos vergüenza y que el tenerla es un lastre en los negocios. El cipote, que qué hubiéramos hecho de no tener vergüenza, y yo le dije que, bien mirado, también eso era cierto, y que llevaba razón, que el saloncito nació muerto y sólo Dios podía resucitarlo. Acordamos que yo le hablaré al tío para que él vuelva a la barraca. Parece que no, pero desde que he pegado cerrojazo al salón ando por la calle como si me hubieran quitado cien kilos de las espaldas. Así se lo planté a Lautaro,

y el huevón, que había que festejarlo, y empezamos a darle a una frasca de tinto hasta que terminamos de mala manera. De que llegué a casa, la chavala ni mirarme a la cara.

21 diciembre, miércoles

El tío, que mal hecho, que las cosas hay que pensarlas, pues, y que mientras no salga un comprador, dar trancazo a un negocio es lesera. Ya le dije que tenía las manos imposibles y no era cosa de buscar nuevo personal para cuatro días. Luego me preguntó cómo habíamos salido. Bien mirado, aún no lo sé; depende del traspaso, pero ya me conformaría con que quedáramos a pre. Por de pronto, en la cuenta hay cien billetes, pero entre el don Helio y el Banco nos agarran en cuatrocientos. Más vale no pensarlo. El tío, que allí tengo un hueco y que el Efrén vuelva cuando le pete. Ya le dije que, por lo que a mí respecta, nada, pues me he apalabrado con un diario. Él, que cuál, y yo, que el *Ilustrado*, y él, que bien, pero que en sustancia cuánto; ya le dije que aún no lo habíamos determinado. El huevón candó el pico y me dijo que para la Navidad no me comprometa que celebraremos las fiestas juntos.

A la tarde se presentó en casa un gicho por lo del anuncio. Yo, que cuatrocientos, y él, que dejémoslo no más. Le eché cara al asunto y le dije que por mí no corría prisa. Se largó con viento fresco.

23 diciembre, viernes

Mañana, Nochebuena. ¡Tócate las narices! Y las chavalas, paseo abajo, paseo arriba, medio en pelotas. Verdaderamente, todo anda acá patas arriba. Te pones a ver y ni la primavera es primavera, ni la hora la hora fetén, ni las perdices perdices. Llevo unos días que pienso demasiado en la vida. Luego está lo de la plata. Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que no hay nada que hacer. Por cada tipo que hace plata te tropiezas con ciento y la madre que andan a verlas venir. Para el caso, lo mismo que allá. Bien mirado, también en mi pueblo, con lo de la remolacha, les hay que se embolsaron un buen fajo en un par de años. Pero eso, como yo digo, es la excepción. Hay que desengañarse. A estas alturas en ningún sitio atan los perros con longaniza. Y aunque así fuese. Razón le sobraba al Joe cuando decía que el afanar para hacer plata tampoco es solución. Uno no para porque el ansia no le deja y el día que para, ¡coño!, al camposanto, se acabó lo que se daba. Que no, vamos. Es lo mismo que enmendarle la plana al de Arriba y decirle: «Tú me colocaste acá, bueno, pues yo me

voy allá porque me sale». No son formas. Te pones a ver y el hombre no es más que un animal de costumbres, que ni se diferencia de la perdiz ni nada. Y si yo los tuviera bien puestos pegaría media vuelta, ¡march!, y si te he visto no me acuerdo. Pero, lo que pasa. Uno cogió la pichicharra de América y les ha ido a los amiguetes con el cuento, que si hay perdices como escombro, y que si uno vive como un duque, y vete ahora a decirles que no hay de qué y que te vuelves porque la murria no te deja parar y porque no tienes donde caerte muerto. La fetén es que la Anita y yo, yo y la Anita nos hemos llevado un desengaño de órdago. ¿Que ahora toca tragar? Pues se traga, que uno sabe hacer a todo. Porque, lo que yo me digo, tampoco lo de ordenanza en un diario es una carrera como para echar pelo. Te pones a ver y allá mis entradas seguras tenía y, sobre las demás cosas, la categoría y, para más, uno andaba entre los suyos y malo sería que en la calle no pudiese echar un párrafo con éste, con el otro o con el de más allá. Y hay que dejarse de huevadas, la vida es eso y todo lo demás son coplas.

Pasé la tarde con la radio. Estoy murrio. Anda y que si se me diera volver a poner las cosas como estaban hoy hace un año tampoco iba a hacerle ascos. ¡La madre que me echó, quién lo pillara! Verdaderamente, como en casa en ninguna parte.

24 diciembre, sábado

¡Que no, pucha! ¡Que esto no es la Nochebuena! Aunque el torda del tío se emperre que es mejor que aquello. Pero, como yo le digo, de qué, tío, si no hay cosa con cosa. Que me diga que esto es como la noche de San Juan allá, pase, pero de lo otro, ni hablar. Una cerveza aquí, una horchata allá, un trago en el otro sitio, que no son formas, vamos. Luego los belenes; si les pones nieve, mal, si les pones calor, peor. Uno, mal que bien, tiene sus creencias y de esta manera parece como que todo fuese una coña. Y no es que uno sea un meapilas, pero las cosas serias, serias son y no hay por qué menearlas.

Terminamos cenando en el Aconcagua a toda orquesta. Y no es que yo vaya a decir que esto sea pecado, pero no pega, me parece a mí. En la cama se lo planté a la chavala, y ella, que de acuerdo. Andaba yo con media tajada y pensando en mi hermana y los chaveas y Melecio y toda la gallada, no podía agarrar sueño y ya fui y le dije a la Anita que si sabía lo que estaba pensando, y ella, que qué, y yo, que en dar la vuelta, y ella que qué dices, estás loco, y yo, que lo que oyes, y ella que ahora que empezaba a pintarla, y yo, que lo dejase, no más, que teniendo su gusto y su remango, lo mismo la pintaría allá, y que, sobre todo, por el cabrito. La chavala calló la boca, y lo que yo le dije, no

me hagas mucho caso que cuando salga el sol ni me recordaré de esto; pero la fetén es que ando con una cosa así sobre la parte que ni sé lo que me digo.

27 diciembre, martes

Andaba descabezando una siestecilla cuando se presentó un huevón preguntando por la chavala. El mandria de él, que recién venía llegando de Valparaíso con el pedido de la siñorina. Ya le dije que ella andaba fuera y que lo dejase. Él, que a qué hora regresaba, y lo que yo le dije, que lo mismo podía ser a las cinco que a las seis. Él, que esperaría, y yo que se sentase, que de pie se iba a cansar. Luego empezó a cascar, abrió la valija y tenía dentro más potingues que una farmacia. ¡La Biblia en verso! Ya le dije que cualquier día le tocaría penar por esos enjuagues, y el cipote, que ni a tarros, que llevaba ya muchos años y conocía el oficio. De que llegó la chavala, todo confianza. Le hizo el gasto y en cuanto que el gicho se las endilgó, la planté que de aquí en adelante el gallo ese se las entendería conmigo. La chavala porfió que si la ato corto, adiós negocio, y lo que yo dije, que bueno, que ya me empieza a gibar de más eso de que ande todo el día de Dios macaneando. Ella se ajisó, y yo, ídem, y terminamos a voces. La chavala, con tantas novedades se ha salido de madre y lo que pasa. Pero ya me encargaré yo de que vuelva a la querencia. ¡Dejaría de ser quien soy!

La casa está como un horno. Ya se me había olvidado lo que es transpirar a modo. El chavea, desazonadillo; a ver, la criatura va para tres noches que no pega pestaña.

30 diciembre, viernes

Si uno fuera como se debe de ser, ya se hubiera determinado, pero ocurre que a uno le falta coraje para arrancar, no hay que engañarse. Porque la fetén es que uno ha intentado hacer la América y ha visto que no hay caso. El cimborrio del tío ya sabemos lo que da de sí, y uno no vale para andar haciéndole la rosca de por vida para luego, a lo mejor, una limosna. Luego está lo de la tía. Echas eso a un lado y ¿qué te queda? Cuatro cochinos empleos que ni te dan plata, ni categoría, ni relaciones, ni nada de nada. Allá no es que yo fuese un duque, ya lo sabemos, pero uno era alguien, me parece a mí. Tocante a caceríos, no hay ni que hablar. Luego, los amiguetes. Bueno, todavía está el Efrén, pero no se trata de eso, porque sales de él y hasta aquí llegamos. El Oswaldo, si te he visto no me acuerdo; el don Juanito,

bien está para una tarde de broma; el León, hoy sí, mañana, no. Total, que para donde te vuelvas, te queda el poto atrás. Bueno, pues es lo que yo me digo, ¿por qué chuchas seguimos aquí? Que al tío, o al viejo, o a la misma chavala no les peta, ¡que digan misa! En esta vida, lo primero es lo primero, que uno, al fin y al cabo, no es un animal de bellota y tiene sus exigencias, y acá no es que yo vaya a decir que no distingan, que también los hay finos, pero la mayoría es a amasar, y ya se sabe que el que está a amasar no está para otra cosa. La fetén es que esta semana sin dar golpe me ha enseñado mucho y uno ve cada día más difícil aclimatarse acá, porque para aclimatarse acá, una de dos, hay que haberlo mamado o decir nones al sentimiento. Cada día que pasa me alegro más de no haberme precipitado. Pidiendo la excedencia por más de un año y menos de diez, uno siempre deja cubierta la retirada.

La guagua, talmente como si las parara. Lleva unos días, desde que empezaron las Navidades, que no nos deja tranquilos. ¡Qué será el instinto humano! Al angelito le tira la tierra, eso no hay quien me lo saque de la cabeza por más que la chavala porfíe que son los dientes.

31 diciembre, sábado

Estuvimos en el Aconcagua a inaugurar el año. La chavala, que desarrugase el ceño, que lo mismo parecía un funeral. Ya le dije que llevo unos días con una tristeza a cuestas que no me lamo. Anduvimos de bailoteo hasta las quinientas y la tía, quieta parada. Desde que la chavala la paró el gallo parece como que la gachí se hubiera formalizado. La fiesta, a todo trapo, con farolillos y confetis y gorros de papel, pero, lo que pasa: uno no está para fiestas, y por si algo faltase, pasado mañana a currelar otra vez. Soplé más de la cuenta. El tío nos obsequió tres décimos para la Polla del día 10. Que ligue, es lo que hace falta. Me acosté con mal vino. El cabrito durmió bien por primera vez en siete días.

2 enero, lunes

Me presenté a don Rodrigo en el *Diario* y anduvo preguntando de dónde era y cosas de allá. Luego hizo las presentaciones y el director, tan campechano, que no le dijese señor Silva, sino don Lucho, como le dicen aquí. Son buenos gallos y le tienen ley a aquello; es cosa que sale de ojo. Me mandaron volver a las diez y entonces empezó el bureo con atender a la centralita, a la redacción, a los talleres y a todo. Uno no se puede dividir, como yo digo. Me acosté a las cuatro

más molido que otro poco.

4 enero, miércoles

Me llamó la Verdeja por una visita y, de que salí, me tropecé con el baboso del otro día, y que trescientos por el salón. Le dije mi verdad, que si para eso me había despertado, y que ya sabe que son cuatrocientos, y que sólo tengo una palabra, y que, por si le interesaba, anda detrás del local una casa de cambios y ésos no lloran la munición. El huevón, que los cambistas podían pagarlo. Lo que yo le dije, que para los negocios el corazón a un lado. El vaina no se determinaba y ya, cargado, le dije que qué, y él, que lo pensaría y que chao. A poco se presentó el Efrén y lo que yo le dije, que había un gilí que anda que pico que no pico, pero que si le sacamos los cuatrocientos, aún quedan ochenta billetes para repartir. El pelado, que mi boca sea un ángel y que el tío anda toreándole para que abramos un quiosco. Ya le dije que no cuente conmigo, que una y no más, Santo Tomás, y que así me lo ponga a huevo yo no hago el leso dos veces.

La chavala, treinta y tres billetes este mes. Se dice pronto. No creo yo que con un peine y unas tijeras se pueda hacer esta cifra, la verdad. Así se lo planté, y ella, que los perfumes. Callé la boca por no armar la grande, pero el asunto no me huele bien desde hace una temporada.

En el diario es no parar. Sólo los viajes del teléfono al taller suman más de diez kilómetros por noche. ¡Pucha la madre!

5 enero, jueves

Se presentó otra vez el baboso de la agencia, y que trescientos cincuenta. Le voceé que cómo coños había que decirle las cosas, y el mandria, que no podía tirar la platita. Por no darle una mala contestación le dije que si de verdad de la buena le ha echado el ojo al local, ande al quite porque si se duerme en las pajas, ve ahí, a lo mejor mañana ya es tarde. El huevón terminó por rajuñarse el bolsillo y largarme un cheque. Cuando se lo participé al Efrén, el cipote bailaba en una pata. Me salió otra vez con lo del quiosco, y dale con la mula. Ya le dije que nanay, que soy gato escaldado. Le entregué sus veinte y los cuarenta que corresponden, y le advertí que el crédito del Banco queda saldado y que me llegaré donde don Helio para terminar de poner las cosas en orden. Mañana saldremos a feriarle cualquier pichanguita a la guagua.

6 enero, viernes

¿Y esto son los Magos? Lo que yo le digo a la chavala, no somos animales de bellota, y aunque parece que no, todo esto hace mella dentro. ¡Faltaría más! ¿Pues no te encuentras en cada esquina un papá Noel, o un viejito Pascuero, que para el caso todo es uno? ¡Que no, vamos! Esto es una guasa, y si los chaveas han de tener una fe hay que dejarse de huevadas y hacer las cosas como Dios manda. ¡Anda y que tampoco es espabilado el mozo! ¡Como para irle con estas pendejadas! ¡No te giba! Por no perder la costumbre le mercamos un muñequillo de goma. A ver si el condenado se encariña con él y deja de mamarse el fole.

De que llegamos a casa, la Verdeja nos llevó a la pieza calladito el loro. La guagua estaba más bonito que un San Luis, tumbado en un cochecito nuevo la mar de postinero. La chavala y yo nos quedamos tiesos al verlo. Y entonces los tíos, a la chita callando, salieron de la alcoba que qué nos parecía, y nosotros, que vaya un derroche, y él, que mejor es así que no aguardar a entregarlas, que entonces ni agradecido ni pagado, y que su abuelo todo se lo dio en vida, todas las pichanguitas y todo, y que él conservaba de su abuelo buena memoria sólo por eso. Al crestón se le humedecían los ojos como si fuese a llorar. El cipote, con todos sus arrebatos, no tiene malas entrañas. Mejor que ella, ¡dónde va!

La señora Verdeja, para no ser menos, salió con unos cascabeles y a poco se presentó el Efrén con un tamboril. ¡Anda y que tampoco ha estado festejado el pollo!

8 enero, domingo

La chavala, que no lo tome así. Lo que yo la digo, que me diga ella de qué otra manera puedo tomarlo. Lo que pasa es que el torda del viejo se ha ido del pico y vete a recoger velas ahora. Por la boca muere el pez, y antes que andar copuchando mejor que se metiera la lengua en el culo, como yo digo. Pues no, señor, con el cuento al primero que llega. Y luego, ese tono de ceremonia que se echa el candongo del Melecio a veces. Cuando el Melecio se pone protector no hay macho que le aguante. ¡Vaya cartita, me cago en sandiez! El cipote, dale con que si el viejo le ha contado todo y que de pasar privaciones acá, mejor dar media vuelta. ¡No te giba! ¿Pero quién está pasando privaciones, vamos a ver? Uno no tendrá el carro a la puerta, pero se desenvuelve y en menos de un año ha ganado su platita sin necesidad de arrastrarse. Y lo que yo le digo a la chavala, a estas horas lo sabrá ya todo Cristo y andaremos en lenguas, por no cerrar el viejo

el pico a tiempo. Y todavía, la huevona de ella, que lo dejara, que al fin y al cabo es su padre. ¡No te amuela! Mejor haría en meterse la sartén por la boca, a ver si aprende a callar de una puta vez. Será cosa de oír a la cuadrilla ahora. La cartita dichosa me ha puesto de mala cueva. La lástima es no tener a mano al viejo para cantarle cuatro verdades. ¡Iba a oírme, me cago en su sombra! Luego la pagó el don Helio. Al cipote le llevé las doscientas y quería palique, pero yo, «sí», «no», «no», «sí», y a otra cosa, mariposa. El que quiera informes, a la oficina del turismo. ¡No te giba! Después de todo, esto diste, esto te devuelvo. Uno no está obligado a más.

10 enero, martes

¡Cuajó! Te pones a ver y es la primera vez que me ocurre una cosa así en la vida. Esto sí que es encontrar a la Virgen amarrada en un trapito. En estas cosas lo mejor ni recordarte. Si yo ando pidiendo un capicúa, y aprendiéndome el número, y diciendo mañana se sortea, y dale con la mula, es fija que ni el reintegro. Yo me recuerdo allá. Tampoco es que sea una fortuna, pero cincuenta mil del ala ya alcanzan para cuatro caprichos. Mal pagados son cinco mil pelas, y con cinco mil pelas se pueden hacer cosas. Mira tú por dónde todavía va a resultar que ando con la chorrina.

De que me enteré, me llegué donde el tío, pero sólo estaba ella y nos pusimos de cháchara. Ni sé qué mosca la habrá picado. La marraja de ella muy formal, que la alegraba y que debía darme una explicación, no me fuera a pensar lo que no era. Yo que dejémoslo no más, tía, y ella empezó con que si el tío no cumplía y ella está en mala edad, con que se la va, que no se la va, y que se había pensado que un gallo como yo necesitaría otra cosa, y ve ahí, pero que respetaba mi orgullo y que de lo pasado ni agua. Yo que está bien, tía, y que muy gentil, y ella que si obró así fue porque se pensaba que era mejor para todos, y en éstas, se presentó el tío y le solté que nos había tocado y el huevón que, ¡pucha!, que sólo se reservó un decimito, pues, y lo que yo les dije, que para el domingo estaban invitados y a pedir por esa boca. La chavala, como un cascabel. A la señora Verdeja que comprara lo mejor de lo mejor, que había que festejarlo, y lo que son las cosas, media hora antes de comer se presentó el don Juanito. El chalado, con toda su sombra, que qué boda se celebraba, y lo que yo le dije, que boda no, pero sí un pellizco en el cuarto premio que no era moco de pavo.

Por la noche me vino a las mientes la carta de Melecio y me puse de mal café. Nunca falta una nube. El día que yo vuelva por allá y me llegue a la peña voy a ser la risión. ¡La madre que le parió al viejo ese

de mis pecados!

12 enero, jueves

Entre unos y otros, el cabrito está muy mal enseñado y no acierta a estar sin gente. Si no anda alguien trasteando con él, ya se sabe, a berrear. Llevo unos días que sólo de verle ya me entra la murria. Uno, para los suyos, quisiera siempre lo mejor, es ley de vida. Y a uno le petaría criarle entre lo que estima y enseñarle desde chiquitín a manejarse con la escopeta y a patear el campo. Y luego la chavala. El casado casa quiere, ya se sabe. Y nada de una pieza en la ajena y andar trotando de la mañana a la noche por cuatro pitos. Bien mirado, la chavala no merece esto, y si te pones a pensar y el viejo ha corrido la bola allá, no hay nada que nos amarre.

De que cobré la lotería, parece como que los billetes tuvieran escrito su destino. Te pones a ver y cada día que pasa estoy más aliquebrado, y si nos largáramos de una vez, malo sería que no alcanzara todavía el último cacerío. Uno, por más que diga misa, sabe que anda aquí provisorio y que liará una estadía más o menos larga, pero terminará por dar media vuelta y si te he visto no me acuerdo.

Me fumé el periódico y, de que me acosté, le solté a la chavala, como de coña, que si sabía qué me iba a hacer con los pesos de la Polla y un poco más, ella que qué, y yo que mercarme dos pasajes para allá. Ella que si pensaba lo que decía, y yo que a ver, que llevo un mes dándole vueltas y que, en definitiva, si el viejo ha largado la pepa nada pintamos aquí ya. La chavala, de primeras, un poco roncera, pero de que la hablé de ver a los viejos, y de la casa con la azotea, y de los amiguetes, y de que tampoco íbamos a darnos pote ni nada con toda la cuadrilla, se fue calentando y acabó bajándole el apuro. Bien sabe Dios que yo empecé de broma, pero de que la vi a ella tan colada, y que no ponía pegas, la dije que para el mes que viene y que era cosa determinada. Sólo de pensarlo se me puso una cosa así sobre la parte que no me dejaba parar. Me levanté y me fui donde la señora Verdeja, que andaba trajinando, y se lo largué, y ella que no sabría vivir sin el cabrito, y fue y se puso tierna, y lo que yo la dije, que mil años que viviera, mil años que la llevaría aquí, porque había sido para nosotros como una madre y más que una madre también. En éstas se presentó la chavala y empezamos a rajar y entre unas cosas y otras se nos hicieron las cuatro. Luego ni podía agarrar sueño. ¡Pucha madre! Te pones a pensar y esto es lo que a uno le cuadraba desde que llegó, pero uno es cobarde y lo que pasa, le cuesta determinarse. ¡La madre que me echó y quién me verá a la vuelta de un par de meses paseando arriba y abajo la calle Principal! ¡Mentira

parece aún!

13 enero, viernes

Me pasé por dos agencias. Para el 20 de febrero sale un vapor holandés de Buenos Aires. Cuatro mil calas por nuca. No me determiné. Antes he de hablar con el tío. No es que le dé vela en este entierro, pero siquiera por educación, como yo digo. He pasado el día como tolondro. No sé pensar en otra cosa y hasta se me olvida dónde tengo la mano derecha. Me baila una alegría dentro que para qué. El cabrito como si se diera cuenta. ¡Qué será el instinto humano!

15 enero, domingo

Me llevé a comer a los tíos a El Criollito y, al concluir, les dije que oído a la bomba, y ellos que qué, y yo, sin más, que habíamos determinado largarnos. Él saltó al tiro que si estaba loco, pues, y lo que yo le dije, que el sentimiento es lo primero y que no es cosa de tener el cuerpo aquí y el corazón en otra parte. El crestón que de hacer la América qué, y lo que yo le dije, que eso se acabó con la guerra, no más, y él que a qué ton, que no era así para quien era capaz y que ve ahí tenía a mi señora. Le planté que no me mentara la bicha y tuviéramos la fiesta en paz. Él que siquiera por la guagua y que, por si no lo sabía, su voluntad era que el día que faltaran la tía y él, todo lo suyo fuese para el cabrito, y yo que tío, muy gentil, pero que no podía aceptarlo, y que si daba este paso era, sobre todo, por el chavea precisamente, para que se enseñase en las costumbres de allá. El cipote se pasó dos horas porfiando y ya me cabreó de más y le dije que yo mandaba en lo mío y se me ponía largarme y me largaba, y que si, después de todo, él me hubiera colocado en la barraca donde debía, tal vez no se me hubiera pasado por las mientes esta determinación. El huevón se puso bravo y que ya conocía a la juventud de hoy, que la juventud de hoy quiere sentar plaza de capitán general sin pasar por sargento y que eso no. El mandria me levantaba la voz, y todo el mundo era a mirarnos, y otra vez salió con lo de las paltas y ya le dije, en plan cachondo, que esa película ya me la sabía y que me contara ahora la de risa. A voces empezó con que su pecado fue traernos en un vaporcito de lujo y que vería yo ahora lo que era navegar como chanchos y que entonces me acordaría del tío Egidio. En éstas metió la cuchara la tía con que déjalos, no más, que cada uno es dueño de su voluntad, y el huevón se levantó y que chao, que nos hiciéramos a la idea de que no le habíamos conocido. La

chavala que corriera ligerito a disculparme y lo que yo le dije, que él era quien me había faltado y, por consiguiente, quien debía darme una explicación. ¡Faltaría más! Luego empezó la Anita que, puestos a ver, yo soy un culillo de mal asiento, y la dije que en eso de acuerdo y que bastante desgracia es la mía, andar siempre buscando acomodo y no hallarlo. Camino de casa, la dije que puesto que estábamos decididos a largarnos, también era huevada prolongarlo más y que cogería pasajes para el primer vapor y que mañana sin falta dejaría lo del diario. Ella que no hay día más cerca. Bueno, pues no lo hay, si con eso queda contenta.

16 enero, lunes

Me ha bajado el apuro y ya no puedo parar. En el diario, que si ocurría algo. Por no dar explicaciones les dije que nos llamaba de allá el papá de mi señora y que, al parecer, había enfermado. Los gallos, muy comprensivos, me liquidaron no más y que felicidad. En la agencia que para el 30 tenemos el *Algerie* y que treinta y ocho mil pitos por nuca. El precio es arreglado. Por lo visto entra en Vigo el 27 del que viene. Tampoco es ninguna tontería ver ese puerto. No sé a santo de qué, pero desde chico me petó conocer Vigo. Tomé los billetes y luego la chavala que eso era muy poca plata y que se la temblaban los orificios sólo de pensar en el viaje que nos aguardaba. Me gibó la cosa y ya le dije que qué pensaba, y ella que por pensarse nada, pero que plata teníamos de sobra como para no ir amarrados. Tuvimos cuestión. Finalmente la convencí con que mejor era emplear la platita en cosas de más sustancia. Puse cuatro letras a don Basilio y Melecio, y la chavala a los viejos. Dentro de dos semanas a correr. ¡Pucha madre! ¡Mentira parece aún! Bien mirado, todavía llego a tiempo de soltar cuatro cohetes a las avefrías.

17 enero, martes

El Efrén, achuchado con la novedad. Le aguardé a la puerta de la barraca para no echarme a la cara al torda del tío. Quedamos en vernos el sábado donde Lautaro para conversarnos una botella.

La chavala currelando con las clientas. Pasé por donde las oficinas del transandino y el de la taquilla que para el 29 aún no despachan. Quedé en volver el lunes 23. Cada vez que pienso que estoy a un paso de allá, se me corta el resuello. La fetén es que no puedo ni con mi alma de la alegría. Le dije a la chavala que qué cara pondrá la Doly cuando me vea, y ella que si no tenía alguien más importante en quien

pensar. Lo que yo la dije, que puede, pero que para mí ese animalito, con perdón, es como uno de la familia. La fija es que ni la chavala ni yo, ni yo ni la chavala pisamos firme estos días. Ella, que estoy como el chico del esquilador. No digo que no, pero ¡anda que la neófita!

Ya tengo los papeles en el bolsillo.

19 enero, jueves

La Verdeja, la mujer, no está para nada. Sólo de verla se me encoge el ombligo. Es lo que pasa con estas cosas, uno se va amarrando y luego cuesta cortar. Por más que don Juanito porfía, la mujer como una estatua. A ver, uno se encariña, mayormente con los críos, y luego la separación escuece.

¡Gibar y qué poco corre el reloj! Estuve con la Anita haciendo una lista para los obsequios. La chavala dice, y no le falta razón, que hay que llegar allá como señores. Esta noche la gozaba y dice que va a fundir de un viaje toda la plata de la libreta. Yo que bien, pero que se ferie algo de fundamento. La gilí tiene entre ceja y ceja las pieles de Buenos Aires. No me parece mal. Después de todo ella se lo ha ganado.

21 enero, sábado

Tuve un mano a mano con el Efrén, donde Lautaro. El hombre andaba de poco garbo; a la legua se ve que mi marcha le ha afectado. No salía conversación y entonces le dije si quería algo para allá. El chalado que nones. Lautaro terció con que va para un año que me presenté por primera vez en el bar y me enojé porque me dijo coño. El huevón de él se reía las muelas. Ya metidos en recordatorios agarramos vuelo y la echamos larga. Bien mirado, no me llevo de acá más que buenos ratos y media docena de amiguetes de los fetén.

De regreso encontré a la chavala encamada. Me quedé tieso, pero al tiro me explicó que andaba otra vez con los mareíllos y que va para seis meses que no lo ve vivo ni muerto. ¡También gibaría que nos presentásemos allá con chilenito y medio! Cosas más difíciles hay, como diría el otro.

22 enero, domingo

A las seis ya estaba despierto y no había Dios que me hiciera pegar pestaña. He pasado dos horas dándole vueltas a lo de allá. Todo se me

hace pensar en lo que le diré a mi hermana, y al Melecio, y a la Amparo, y a don Basilio, y a Polo. La fetén es que para todos tengo algo que contar. A las nueve se despertó la chavala con que había soñado con las Mimis. Ya la advertí que no empecemos.

Fuimos a misa de doce y luego a ver vidrieras. La chavala anda con más garbo. Mañana lunes saldremos de compras. Te pones a ver y parecemos chicos con zapatos nuevos. Después de comer anduvimos de arqueo. Ciento noventa mil y con los pasajes en el bolsillo, que no está mal. Ya le digo a la Anita que se reserve cien para sus caprichos, veinte para obsequiar a los amiguetes, y aún restan setenta para el tren, el vapor y los primeros gastos allá. No vamos mal, me parece a mí. La chavalina dice, y no le falta razón, que peor vinimos.

En éstas andábamos cuando se presentaron los tíos. El marrajo de él, por no perder la costumbre, con la bragueta abierta. De primeras le puse jeta, pero el mandria empezó a sonreír y que lo pasado pasado, y no era cosa de despedirnos así por un malentendido y que ésta era su mano. Total, que hicimos las paces y, al cabo, el huevón se dejó caer con que por qué no le quedábamos la guagua, que nada le faltaría y que el día de mañana suyo sería todo. Lo que yo le dije, que ni a tarros, que un hijo es sagrado, y uno será un pobre, pero ni al mismo rey que se lo pidiera. ¡También son ideas! El huevón se quedó aliquebrado y luego preguntó que para cuándo, ya le dije que el 29 hemos de estar en Buenos Aires, y fue él, entonces, y dijo que no era cosa que la criatura pasase un sofoco en el tren y que nos obsequiaba con los pasajes del avión del sábado 28. Me dio lacha, la verdad, y porfié que no, tío, que sólo la mitad, pero el baboso se puso tierno y saltó con que si le quito ese capricho qué le queda. Verdaderamente. Terminé por decirle que bueno, y que él manda. Luego, el cipote, sólo de enredar con el chavea ya se le iba el moquillo.

Tardé en dormirme. Al cabo, como entre sueños, me pareció sentir el exprés de Galicia. ¡Qué no será el ansia de verme en casa!

23 enero, lunes

Si le doy soga a la chavala se merca todo Santiago. ¡Anda y que tampoco tiene la mano larga ni nada la gilí esta! Uno había presupuestado veinte para los amiguetes, pero fueron cuarenta y cinco y no acabamos con todos. A Melecio le ferié un extractor de palanca como no los hay allá. ¡A presumir se ha dicho! Anduvimos mirando chales de vicuña, pero pedían la luna y finalmente la chavala compró uno de pelo de vicuña que exactamente valen la décima parte y son más abrigados. También se ferió un abrigo de castorina que, no es porque yo lo diga, pero talmente parece nutria. Digo yo que en Buenos

Aires ha de haberlos más económicos, pero ella porfía que no y que no la pesa. Bien mirado, la chavalina con el abrigo puesto parece una duquesa. La Anita será lo que sea, pero chorrea señorío; hay que mirarla despacio, como yo digo. Después me dijo, y con razón, que para el avión no puede ir de cualquier manera y que quería feriarse un casquete, no más. Veremos a ver lo que da de sí el presupuesto.

Llegué a casa más molido que otro poco. Así y todo tardé en dormirme. Anduve dándole vueltas al asunto del chaval nuevo. Verdaderamente va a ser una complicación.

25 enero, miércoles

También uno es como Dios le ha hecho, órdiga. ¡Pues no me da la murria ahora de pensar que voy a dejar esto! Razón le sobra a la chavala cuando dice que soy un culillo de mal asiento. Sólo de mirar la Cordillera, se me pone una cosa así, sobre la parte, que no sé qué es ni qué no es. Uno, yo no sé a cuento de qué, quisiera tener a mano todo lo que conoce porque cada vez que deja algo le pica dentro. Bien mirado, esto de envelarlas ha sido un poco precipitado y uno debió antes intentar algo en el norte o en el sur, que por lo que se ve es donde anda la plata. Don Juanito dice que los de los nitratos y los del cobre tienen unas entradas muy aparentes. Aunque, si miras despacio, esto no son más que pamplinas y mi sitio está allá, en el Centro, sin complicaciones y con las zorras de las perdices a mano.

Esta noche se presentó León a invitarme a la boda. El chalado no sabía una palabra. Ya le dije que lo habíamos determinado recién y él que se daría con un canto en los dientes por hacer lo propio. ¡Pobre chavea! Luego me soltó que su chavalilla sabía ya lo de la bala y que aguanta. Me pidió que le llevara un paquete para una hermana suya de El Bierzo y le dije que de acuerdo, pero que ligerito porque, como quien dice, pasado mañana nos largamos.

La chavala me dio la murga con el avión. Yo callé la boca, pero sólo de pensar en meterme por encima de esos montes en un trasto de ésos se me cae el poto. Para acabar de gibarla, sobre las dos, arreó un temblorcito de los buenos. El chavea ni despertar. Ya le digo a la chavala que esto es la despedida.

26 enero, jueves

¡Esto está dando las boqueadas! Uno no acierta a parar quieto en ninguna parte. Compramos el casquete de la chavala, sencillo, pero de gusto. La plumilla esa le da un qué, que uno no sabe qué es, pero

resulta. Yo me ferié un saco de los de *sport*, del capricho de la chavala, porque yo no asomo la gaita así delante de Zacarías, pongo por caso. Eso lo saben en la quebrada del ajo. Con eso de la ropa ocurre una cosa chocante, como yo digo, uno se pondría una ropa para la mujer y otra distinta para los amigos, porque lo que está bien para ella, para ellos es de pijes, y lo que está bien para ellos, para ella es de guarros, o sea de descuidados. Ésta es la fetén, y el que diga lo contrario miente.

La Verdeja pasó la comida moquiteando. ¡Qué mujer esta! La tipa tiene un corazón tamaño grande y lo que pasa. A la tarde se presentaron los tíos. Ella como si estuviera curada. ¡Hay que ver lo que parló la socia! Él me entregó los pasajes. Dice que a las cinco de la tarde, no más, en Los Cerrillos, pero que no pase apuro que bajará con el carro a buscarnos. Luego nos fuimos a despedir de los Carballeira y de los gallos de la barraca. Hacía un calor del diablo y, al final, anduvimos venteándonos. Como quien no quiere la cosa yo le iba diciendo chao a la Alameda, y a la calle Ahumada, y al Munich, y al Negrito Bueno, y al Cerro, y a la Cordillera, y a la plaza del Cemento, y a todo. ¡La madre que me parió! ¡Los tipos de mi calaña no deberíamos nacer!

De regreso me aguardaba León con el encargo para su hermana. El panoli que si me importa que suba a Los Cerrillos. Ya le dije que a mí plin, pero que no vaya a buscarse complicaciones. Al huevón se le veía amurriado.

Hicimos las valijas antes de acostarnos. Le dije a la chavala que la anteúltima noche, y que todo acaba, y ella que callase la boca, y que no enredase, loco, y que así es como no lo ve vivo ni muerto desde hace seis meses.

Si me pinchan esta noche con un alfiler no sale tampoco una gota de sangre. También es fija.

27 enero, viernes

¡Menudo julepe! Esto ha sido no parar. Dejar las cosas para lo último es una gaita. Anduvimos de despedidas. No pensaba decirles nada ni al don Helio ni al Oswaldo, pero finalmente me acerqué. La vida da muchas vueltas. El Oswaldo que, pucha, recién llegado y ya de retirada. Lo que yo le dije, tampoco la perdiz roja se aclimata en estas montañas; es ley de vida.

A la tarde nos metimos de compras. ¡La Biblia en verso! Ni un momento paramos de mover las gambas. La chavala, luego, agarró una micro y a decir adiós a cuatro clientes de las fetén. Tengo una cosa dentro que me baila y no hay cristiano que la pare. ¡La última

noche! Bien mirado, uno ya tenía hecho su hueco en la cama y la de allá ahora le va a extrañar. El Efrén, que subirá también al aeropuerto. El huevón, que ha determinado montar un quiosco en la plaza de Armas y la que sea sonará, que todo no va a ser como el salón. No tenía ganas de discutir y le dije que bien y que suerte.

Cuando me acosté no daba más.

28 enero, sábado

Cuando vi desde lo alto las luces de Buenos Aires, le dije a la chavala que se animase y que ya andábamos más cerca. A la legua se la veía con mal cuerpo, pero mañana ni recordarse, como yo digo; todo por el cochino güisqui. Si la chavala no lo cata, de qué, pero se emperró, aunque ya de entrada porfió que olía a orines, y lo que pasa. Claro que te pones a ver y ya subió al trasto este con un poquito de canguelo. Luego las despedidas, que lo quieras o no, siempre afectan. ¡Y hay que ver el boche que se armó con los tíos, y el Efrén, y el León, y la Verdeja, y el don Juanito en Los Cerrillos! El torda del tío se presentó como un viejito Pascuero, todo para el condenado crío. ¡También es chaladura la de este hombre! Menos mal que conocía a uno de la Aduana y nos hicieron la vista gorda, si no de qué. Avisaron por el parlante para subir y todos que chao y felicidad y desde la azotea venga de decir adiós con los pañuelos. El despistado del tío, para no perder la costumbre, enseñando el faldistón de la camisa por la pretina. Me dio lacha, la verdad, ni le miré la cara.

Luego, el avión. ¡Menudo cigarro puro, como yo digo, el artefacto este! No hace falta que digan que es norteamericano. Y menuda chavala al cuidado. ¡De fantasía, vamos! Yo iba tan pancho junto a la Anita, que con la castorina y el casquete parecía una duquesa. ¡Pero anda que tampoco transpiró ni nada la mujer con las pieles dichosas! Cuando echamos para arriba un color se me iba y otro se me venía. Y, al minuto, la Cordillera. ¡La madre que la parió! Uno ha corrido ya mucho mundo, pero por mil años que viva no olvidará el espectáculo. El sol iba de retirada y las puntas de los picos nevados talmente como si fueran espejos. Detrás de los montes, más montes. No se veía el fin. Le dije a la chavala que atendiera y ella que qué creía que estaba haciendo. Fue entonces cuando la camarera se hizo cargo de la guagua y dijo lo del güisqui, y la chavala que al pelo. En éstas íbamos de cara a un pico que todavía levantaba más que nosotros y, de que llegamos a pocos metros, el avión empezó que me caigo que no me caigo y el parlante que saludábamos al Aconcagua, y entre esto y el güisqui, que la chavala se me puso a morir, agarró la bolsa y volvió el cuajo a modo. Faltó un pelo para decirle a la camarera que si no podían dejar

de hacer el zángano, que hasta las pieles de mi señora se habían malrotado y que si no nos habíamos desnucado no sería por falta de ganas. Si candé el pico fue por no armar la polca a aquellas alturas. Luego la chavala se serenó y se quedó un poquito traspuesta. Yo no acertaba a ponerme quieto y, en diez minutos de reloj, fui tres veces al váter. La camarera, que si me ocurría algo. Lo que yo le dije, que a qué ton, que sólo era a orinar y que, como iba camino de casa, no se me cocía el bollo. Luego me acomodé y me puse a pensar que aunque no hacía todavía el año que salí de casa, bien parecía una vida. Y, sin darme cuenta, empezaron a venirme a las mientes el Melecio, y la Modes, y los chaveas de mi hermana, y el Tochano, y el Zacarías, y el Polo, y el don Rodrigo, y todo Cristo, y yo venga de pensar lo que les diría, porque, en definitiva, el que mi señor haya largado la pepa poco nos puede perjudicar, me parece a mí. Como no sea el mala uva del Tochano, los demás punto en boca, ya se sabe. Al huevón del Melecio, o mucho me equivoco o nos le tropezamos en Vigo. ¡Anda y que tampoco va a presumir el mandria de él con el extractor de palanca ni nada! Lo que yo me digo, que si me le veo en el muelle aguardándonos con la boinilla en la mano no respondo. Y a saber la jeta de la Doly cuando me ponga la vista encima. Digo yo que el animalito ni me reconocerá siquiera. Y no tiene nada de extraño, que uno no le va a exigir a una perra lo mismo que a una persona. Pero, ¡anda que en cuanto que me olfatee los bajos los pantalones va a ser ella! Te pones a mirar y ni con diez años hay suficiente para desembuchar lo que he visto. Quieras que no, el viajar da viso y el Tochano en lo sucesivo tendrá que achantar la mui cuando este menda se explique. No digamos el Zacarías. El cipote se andará ahora con más cuidado antes de soltar una trola. Pero si me alegro es, sobre todas las cosas, por el de Francés, el tío estreñido, que sólo por veranear en San Sebastián ya se cree alguien. Vamos, todavía hay clases, me parece a mí. Y con esto y con lo de la Conserjería, que estará al caer, el huevón empezará a darse cuenta de que uno no es un cero a la izquierda. Bueno, todo esto si el don Basilio no me ha hecho la marranada. ¡Vaya usted a saber! En cuanto al viejo, va a oírme, por más que, bien mirado, si él no se va del pico, allá seguiría moviendo las tabas como un paria. Bueno está lo bueno.

En éstas andaba cuando la camarera dijo que se veían las luces de Buenos Aires. Le di de codo a la chavala y ella que qué, y yo que ya estábamos más cerca, y ella que se la había puesto mal cuerpo y seguía con ganas de devolver. Lo que yo la dije, aguanta diez minutos y mañana como un geranio. Te pones a ver y como en casa en ninguna parte.

Diario de un jubilado

1995

Al doctor Carlos Almaraz.

5 octubre

Subí con Partemio donde don Francisco Javier a darle el acuerdo, o sea que bueno, que la baja voluntaria. Él nos miraba a uno y otro como preguntándonos qué había cambiado de ayer a hoy pero, antes de que abriese la boca, se lo planté, o sea, que había echado cuentas con la parienta, y más vale pela en mano que pavo volando. Puestos a ver, desde que dejé el Centro no he hecho otra cosa que currar, pero son los turnos lo que no aguanto. Esto aparte, sesenta tacos no es mala edad para descansar, por más que Partemio salga ahora con que la jubilación voluntaria no deja de ser una pepla, algo así como la inutilidad en la mili. ¿A santo de qué? La fetén es que en el país sobramos la mitad del personal y si, por un lado, te alargan la escuela, por el otro te anticipan la jubilación, de forma que, a la postre, todo cuadrado. El pensionista, por la cuenta que le tiene, callará la boca, sabe que los demás trabajan para él y, aunque cobre dos reales, todavía tiene que mostrarse agradecido. Así es la vida. De modo que Partemio y un servidor firmamos los papeles y nos fuimos donde Arcadio Ovejero, que hace un año nos ganó por la mano y se largó con seis kilitos y lo puesto. Según él, en la ciudad hay ya una taberna por cada tres habitantes y que pedir la baja para poner otra sería pasarse de listo. Le pregunté qué otra cosa cabía hacer con siete kilos en mano y lo que él me dijo: bebértelos y olvidarte de esta puta vida. ¿Y después?, le pregunté yo con las del beri. El cipote puso cara de mandria y añadió: «Después reventar y que te entierren con pellejo y todo». Partemio, que andaba con la pichicharra de la tasca, que inclusive había apalabrado local y todo, se fue a casa amorrongado. Estos tiempos traerán otros.

6 de octubre

De que acabó el culebrón en la tele, la parienta y yo nos pusimos a hacer números y ella salió con que si algo sentía era no tener veinte años menos para ponerse a peinar. Lo que yo la dije, que eso se acabó con la guerra y lo que procedía ahora era determinar dónde darían más sustancia los siete kilitos de la baja voluntaria. De primeras, ella mentó la taberna, pero de que le hablé de Arcadio Ovejero, saltó con que una churrería entonces, pero no al menudeo como la de su difunto padre, sino con veladores de mármol para servir desayunos y

meriendas. Y lo que yo la dije, que un hombre que echó la barba en un centro de Segunda Enseñanza, que mal que bien ha hecho las Américas, desmerece con una servilleta al hombro. Ella se atufó, que si es que me creía el conde de Romanones, y yo que eso tampoco, pero que, puesto que no nos poníamos de acuerdo, preferible pedirle parecer a mi sobrino José Antonio, que sabe el número que calza. Cuando la parienta se mosquea me recuerda a la chavalilla aquella de los años cincuenta, de novios digo, cuando íbamos los sábados a mover el solomillo a la cervecería. ¡Anda y que no ha llovido desde entonces!

8 octubre

Me pasé por el banco, donde mi sobrino José Antonio. Mentira parece que entre mi hermana Modes y el curda de Serafín fabricaran un individuo tan prudente como éste. Luego te salen con que los hijos de alcohólicos suelen ser subnormales. ¡Anda y que si el angelito llega a ser normal! ¡Pero si ve crecer la hierba! Eso sí, cada vez que me siento frente a él, en el sillón articulado, se me va la cabeza, la verdad. De primeras me aconsejó que no, que me olvide de los negocios y ponga los siete kilos en un plazo fijo al diez por ciento y a vivir. Echó cuentas y que con las noventa del paro y cincuenta de renta un matrimonio sin hijos puede defenderse hoy. Le hice ver que eso de sin hijos no iría por mí, que ya conoce al Lorencín, caprichoso como él solo, y que cuando él no necesita cambiar de coche, es a su hermana a la que le peta cambiar de piso. Así es que abrí el plazo, que es una manera como otra cualquiera de no tener el capital de brazos cruzados. A la salida, me merqué un cupón, un capicúa, un numerito que dice cosas. Y, para no variar, me topé con otra multa en el parabrisas por aparcar en doble fila. La agente estaba cuatro coches más allá y la hice ver que habían sido diez minutos, pero lo que ella dijo, que aún diera gracias de que no se lo hubiera llevado la grúa. ¡Toma del frasco, Carrasco! Guardé el papel para la colección.

14 octubre

Aunque la parienta piense otra cosa, la verdad es que no me pinta esto de estar sin pegar sello de la mañana a la noche. Te levantas y el cafelito, una ojeada al papel, los amiguetes, cuatro vasos donde el Arcadio, un meneo a las tragaperras y vuelta a casita, que se te pega el arroz. Hace treinta años aún me quedaba la caza, pero ¿quién es el tonto que se pega hoy una chaqueta ladera arriba para bajar una

perdiz de granja? Deportes del tercer mundo, como yo digo. Y en cuanto a la tarde, tres cuartos de lo mismo. Esto no es vida. Te queda la tele, es cierto, que menudo invento. A veces me pregunto qué diría la madre si levantara la cabeza.

21 octubre

¡Gibar con la parienta! Llega la tarde del sábado, nos colocamos el chándal y, ya se sabe, a ver residencias para el día que no podamos valernos. Y es lo que yo la digo: lo último, un asilo; antes me pego un tiro que meterme en un asilo, ya ves tú. ¿Y qué vas a hacer el día que yo te falte? Siempre la misma copla. Coño y ¿por qué no he de ser yo quien le falte a ella primero? ¿Y por qué regla de tres no ha de tocarnos antes una partida de millones en el *Un, dos, tres*... como le tocó al menguado ese de Guadix el otro día? En la vida, para que pinten oros hay que tener fe, que te pones a ver las pelas que reparte la tele, o la loto, o el cuponazo, o las quinielas mismas al cabo del año, y te caes de culo. Ahora, que la parienta se conforme con jugar los sábados un cartoncito al bingo, bueno está lo bueno. Pero ella dale que no me fíe del azar, y lo que yo la dije anoche, ¿de quién nos fiamos entonces, del gobierno? La Anita anda encandilada con la viuda de Zacarías, cuatro comidas diarias, su partidita, su médico... ¡a todo plan! Eso es lo que dice ella, pero ¿por qué no tiramos de la manta para ver lo que hay debajo?

25 octubre

Hubo carta del Lorencín con la de siempre, que no le alcanza lo que gana, que con dos meones en casa cualquier sueldo se queda corto, que si tal y que si cual. A la tarde, después del culebrón, me puse de palique con la chavala y la fetén es que la Soraya, o séase la nuera, tiene un agujero en cada mano y no le basta con nada. Que si veraneo en Benidorm, que coche nuevo cada tres años, que si el puente de Semana Santa... ¡Que me digan a mí qué sueldo puede aguantar ese ritmo de vida! Y encima, el tío con recochineo, que ya sabe que me han dado unos kilitos a cuenta de la jubilación anticipada y que a ver si se me ve un detalle. El chaval este sólo se acuerda de su padre cuando le ve con la bolsa bien herrada, ¡no te giba! Si hubiera seguido estudiando, como yo le aconsejé, otro gallo le cantara. Pero no señor, el peritaje y basta, que está uno de libros hasta los huevos. Y ¡hale!, al banco, que no hay cosa más fácil, sobre todo si dentro se tiene un primo que da la cara por él. Pero así son las cosas. Acordamos

mandarle dos mil pavos, que siempre le giba a un padre que un hijo le mee en las entradas. Pero lo que la parienta dice, si empezamos a soltar la mano ¿dónde van las noventa del paro? Claro que, puestos a hacer economías, también podríamos dejar el bingo, que, te guste o no, un cartón con otro, te metes en cinco billetes mensuales y hasta puede que me quede corto.

26 de octubre

Mandé un giro al Lorenzo. Postal, aunque él prefiera por banco. El guaje este siempre a lo grande. No puede negar que nació en las Américas, junto al tío Egidio. Pero ya ves para lo que le sirvió la fortuna al mandria del tío, que, al decir del escribano, ni para el entierro tuvo. Y es lo que no me canso de repetirle a la chavala, más que dinero lo que en la vida hace falta es salero para gastarlo.

Esta tarde escribimos diecisiete cartas al concurso de la tele *El precio justo*. A ver si esta vez hay suerte.

27 octubre

Me sinceré con la parienta y le dije mi verdad, o sea que no va conmigo esto de estarme todo el día de Dios mano sobre mano. Ella se quedó de piedra, que desde cuándo tan azacán, que antaño lavar un plato ya me fatigaba. Y lo que yo le dije, que una cosa es molerse uno los huesos y otra pasarse el día mirando; que yo con un apañito de un par de horas me arreglaba. Ella me advirtió que ojo con Magistratura, que ya se sabe que en este mundo, si los cabrones volaran, nublarían el sol. Bien mirado, razón no le falta a la chavala.

La tarde la echamos en Los Vados, un asilo con baño individual y televisor en todas las habitaciones. ¡Claro que noventa billetes no son de despreciar!

31 octubre

Me llegué al Hogar a echar una partidita con Tochano, Melecio y Partemio Roldán. Hacía un siglo que no veía al Tochano, pero el tío sigue a la que salta. Ahora se ha enchufado en Sindicatos y lo que yo le dije, quién te ha visto y quién te ve. Él se cabreó y que a cuento de qué le salía por peteneras, que él no había cambiado. Entonces le recordé cuando era mandamás en Educación y Descanso y él que a ver, que abrir las ventanas, que eso es lo que intentó en Educación y

Descanso y en los demás cargos que desempeñó cuando Franco. Callé la boca por tener la fiesta en paz, pero el Partemio, que sabe jugar al abejón, le soltó con mucha sorna que si también en el año cincuenta y ocho, en el aniversario de José Antonio, cuando se pasó la noche fusil al hombro delante del monolito, estaba abriendo las ventanas de la catedral. ¡No te giba!

1 noviembre

Me di una vuelta por el camposanto. Llevé unas flores a los viejos y al Tino, y otro ramo para la parte de ella, que no se diga. Recordé a la madre, a la Modes, al Pepe, a don Florián, el cura, al Zacarías, a toda la tropa. ¡Que tiempos, Dios! Ahora dicen que eran malos pero de joven todos los tiempos son buenos. Entonces no se pensaba tanto en los cuartos, creo yo. Se conformaba uno con lo puesto y punto. A la tarde, por no perder la costumbre, nos fuimos de asilos. Vimos uno apañado en Santobendito, al pie del cerro, junto al arroyo donde de chico pescaba cangrejos con el padre, pero dejará de ser un moritorio como los demás. Ya le digo a la chavala que convencerme no me va a convencer pero, si a ella le divierten estas visitas, para eso tiene un coche y un mecánico a sus órdenes. ¡Faltaría más!

13 noviembre

Hoy, San Estanislao, mi santo. La vieja, a saber por qué, me puso Estanislao de primero, y es el santo que siempre celebramos en casa. Invité a unos vasos al Melecio y al Partemio donde Ovejero. El bueno de Arcadio hizo unos pinchos de tortilla ex profeso, pues de sobra sabe que allí no entra un alma ni por equivocación. Como de costumbre, anda aliquebrado. Esta tarde se sentó con nosotros y salió con la de siempre, que la parroquia no da ni para la contribución y que si FUTESA le llamara mañana, volvería al tajo por la mitad del sueldo, aunque fuera al turno de noche. Visto lo visto, el Partemio piensa dedicar el local que tenía apalabrado a despacho de pan. El Partemio, a primera vista, parece un dormido, pero saca polvo debajo del agua. Como el pan de la Nueva Panificadora no le mola al personal, ha llegado a un acuerdo con el panadero de Castrillo, que es de los pocos que todavía hornean con ramera, para vender aquí pan de pueblo, lechuguino de cuatro canteros, más metido en harina que el pan industrial. La gente va hoy por la vida de capricho, dice. Y no le falta razón. Melecio callaba la boca, no metía el cuezo ni por cuanto hay. Sigue cuitado este hombre. La fetén es que no ha tenido suerte en la vida. El primer

chaval la dobló de niño y al otro más le valiera haber palmado también. Pero no, enganchado a la droga anda, apandando dinero aquí y allá, cuando no robándoselo a su madre. Y luego, cacorro o bisexual, como se diga, de esos que hacen a pelo y a pluma, que eso no hay cristiano que lo entienda. Yo me pienso que Melecio, si no fuera por la flauta, ya se habría pegado un tiro. El panoli se pasa las horas soplando y alguna sustancia debe sacarle cuando no se cansa. Una flauta no es un piano, conforme, pero menos da una piedra. De cuando en cuando yo se lo digo y él que sí, que la flauta le acompaña como me puede acompañar a mí el escribir estas cosas. Pero lo que yo le digo, que todavía, cuando cazábamos, mi cuaderno olía a tomillo y a hierbabuena, pero lo que es ahora, metidos ya en los sesenta, más parece un gorigori. A estas edades, ya se sabe, me dijo él, hasta la música sale rancia. Al caer la tarde, Ovejero trancó la puerta y no sé si por las penas del Melecio, las suyas o para festejar a San Estanislao, ya andábamos todos a medios pelos. Y como siempre que uno se mama, a partir de cierta edad, nos pusimos de recordatorios y nos dio llorona, como yo digo.

15 de noviembre

A la parienta no le salen las cuentas. Que si la luz, que si el teléfono, que si la comunidad, que si el plazo de la lavadora, que si el de la enciclopedia. Total, que abres los ojos el día 1 y antes de abrocharte la bragueta ya has fundido treinta mil pelas. Ésta es la fetén. Y eso que no cuenta el bingo, las quinielas y el cuponazo, que, entre unos y otros, suman otro renglón. Le pregunté de qué valdría la vida si le quitases cuatro caprichos, pero ella dale, que no nos engañemos, que así no hacemos el mes ni con ciento cincuenta ni con trescientos, que estamos comiendo de lo vivo, que con los siete kilitos en reserva nos hemos creído los condes de Romanones y así nos crece el pelo. Salí con la de siempre, que diera tiempo al tiempo, que ya me extrañaría que con mi educación y mi percha no encontrara una encomienda de un par de horas pagadas como Dios manda. Y ya, destrabada la lengua, se lo solté, o sea la dije que tampoco nos íbamos a arruinar si de los siete millones del plazo retirábamos un piquillo para un Renault-11, que hay que ver las prestaciones de ese coche y cómo está el Renault-6, madre mía, como para dárselo con cinco céntimos a un pobre.

21 noviembre

El periódico, aparte masajes y criadas, no anuncia ni una colocación por horas. Dos he visto en cuatro días para no mentir: la una para sereno de un almacén, y para limpiar una mercería la otra. ¡Anda y que les den morcilla! Para tanto como eso no me tiré yo veinte años en un centro docente, como yo digo.

22 de noviembre

Me llegué donde don Juan Niño para ofrecerme de acomodador, oficio que ya desempeñé de joven. No es que rinda mucho pero menos da una piedra. Don Juan lo echó a barato, que su aspiración era jubilar a los dos que tiene, dividir el cine en tres y que cada espectador se acomode donde le pete. Le hice ver que siempre hará falta una cabeza organizadora, y él que a ver, que eso es lo que pretende, que únicamente con un hijo en los proyectores y él fiscalizando las entradas se puede comer dos veces al día.

La parienta me salió con que en la tintorería necesitan un chico para la limpieza en seco y lo que yo la dije, que gracias por el piropo, pero que lo que yo busco no es un puesto de chico sino un apaño para un tipo que ya anda rondando la tercera edad.

24 noviembre

Hemos leído el anuncio más de diez veces, pero, lo que yo la digo a la parienta, esto es la gata de Juan Ramos, o sea uno de esos reclamos con segundas, para entendernos. Ella que por preguntar nada se pierde, pero yo ya no me fío ni de mi padre que gloria haya. Así y todo lo recorté y lo metí en la cartera: «Caballero distinguido necesita acompañante por horas. Bien retribuido. Se exige discreción y buena presencia. Inútil sin informes». Eso dice. Durante la comida, la parienta volvió a la carga, pero lo que yo la dije, ¿a santo de qué no dice dónde debo acompañarle? ¿Por qué para hacer de lazarillo necesito buena presencia? Aquí hay gato encerrado. La parienta acabó atufándose y salió con que, si tanto desconfiaba, ella se acercaría un momento para informarse. Tampoco se trata de eso, me parece a mí.

25 de noviembre

Pasé más nervios esta tarde que un debutante en plaza. A las siete y media ya andaba paseando la calle, y a las menos cuarto cogí el ascensor y tiré para arriba con más miedo que vergüenza. La casa es

vieja, de techos altos y gruesas alfombras, y en la sala donde aguardé había una partida de cuadros de esos oscuros que no les harían ascos en el museo. Doña Heroína, la señora que me atendió, es tan vieja como la casa, pero a la legua se ve que tiene clase. Me habló de su hermano, que había sido muy deportista, pero que ahora, a causa de una lesión, trabucaba el paso y necesitaba un apoyo, y que ni ella ni sus hermanas, por razones de trabajo, podían prestárselo. Sus modales eran tan finos que yo andaba gustoso allí, oyéndola parlar, y, antes de que la preguntara por los cuartos, ya me estaba diciendo que me abonarían a setecientas cincuenta pelas la hora, tanto si salía de paseo como si me quedaba en casa, y que, unos días con otros, me necesitarían un par de horas, unos más y otros menos. Hablaba como pidiendo disculpas, y cuando me dijo que, debido a su impedimento, a lo mejor tendría que ayudar a su hermano a calzarse, le dije que tranquila, que no por eso se me iban a caer los anillos. Al cabo de un rato me preguntó si tenía automóvil, y cuando la dije que sí aclaró que a su hermano no le daban carné pero, debido a su condición de hombre público, necesitaría que le trasladase de un sitio a otro, abonando el kilómetro al precio convenido. Doña Heroína viste de lila y lleva una gargantilla de terciopelo en el pescuezo, y es tan sencilla de trato que de balde la hubiera servido yo. La dije mi verdad, que para el mes que viene vendería el R-6 y me mercaría un Renault-11, que era un coche con más prestaciones y más capaz, pero para mis adentros ya andaba yo calculando que, paseando un par de horas al impedido y haciéndole de taxi de vez en cuando, mal habrían de ir las cosas para no ingresar un mes con otro las cincuenta mil del ala. Un poco acobardada, la vieja me dijo que «le había hecho buena impresión», pero que los tiempos no eran de fiar y le gustaría algún informe, y así que le cité el Centro y FUTESA, veinte años en cada, se le subió el pavo y que disculpase, que eso era más que suficiente. Cuando se puso de pie, a poco agarro una liebre por adelantarme a ella y, ya en la puerta, me dijo que, si no me importaba, volviese el jueves a la misma hora y si, como esperaba, su hermano y sus hermanas lo aprobaban, enseguida podría empezar a trabajar. Me largué de allí con cara de pascua, aunque luego la parienta me bajara los humos con eso de que hoy en día una canguro se saca las mil por hora sólo con mirar y que si para tanto como eso había que comprar un coche, aviados iban los ahorros. Candé el pico por no poner peor las cosas.

28 noviembre

Doña Heroína me presentó hoy a la familia. Doña Asunción, la

segunda, tiene el pelo azul y no es muy parlanchina que digamos, o sea lo contrario que doña Cuca, la tercera, tan flaca y fina de voz que en lugar de hablar parece gorjeara como los pájaros. Pero a la legua se ve que todas ellas son señoritas de cuna. Por el aquel de la educación, agaché la cabeza al darlas la mano como corresponde. Y, al cabo de un rato, doña Asunción salió y volvió con don Tadeo, un viejo alto, flaco, de cara curtida y bigote blanco, pero tan torpe de movimientos que, a pesar del bastón, apenas si se tiene en pie. Y allí anduvimos de palique los cinco, él con el bastón entre las piernas, en la mano un solitario que no se lo salta un torero y una pulsera dorada en la muñeca izquierda para esas cosas de la reúma. Enseguida se nota que tuvo buenos pañales, como las hermanas, pero cuando me dijo que siempre fue buen deportista y lo de la pierna se lo hizo jugando al tenis, me dije para entre mí, a otro perro con ese hueso, porque lo suyo no viene de una lesión sino de arriba, de la azotea, de donde salen las órdenes, como yo digo. Yo no hacía más que mirarle el moreno de la cara, a saber si por el sol o por los rayos esos que usan ahora, pero cuando dijo que, si no me importaba, el mejor rato para salir era sobre mediodía, porque a primera hora de la mañana él escribía, se me hizo la luz y le pregunté si no sería él, por casualidad, don Tadeo Piera, el poeta. Él sonrió complacido, que a nadie le amarga un dulce, que talmente, pero no por casualidad, sino por la gracia de Dios, poeta e hijo predilecto de la ciudad. Le comenté que le había sacado por las fotografías de los periódicos y por la tele autonómica y, a juzgar por el guirigay de doña Cuca y las cabezadas de doña Heroína, les gustó que yo le reconociera más que comer con los dedos. Quedamos citados mañana a las doce para salir un rato y, si el tiempo está alborotado, ejercitar un poco las piernas por el pasillo. La Anita mandó hoy quince cartas al *Un, dos, tres*..., para sufridores. A ver si nos llaman de una puñetera vez.

29 noviembre

La chica me aclaró que era la mucama, y su gracia Prisca, y ya por los ojos la había sacado yo que era de allá, colombiana, guatemalteca o de donde sea, india. Me sonrió cuando le dije que también yo había estado un año en Chile. ¿Ahorita no más?, me preguntó. La desengañé, que estuve allá de recién casado y ahora tenía dos nietos, de modo que echase cuentas. Me pasó al despacho de don Tadeo. ¡Madre, este hombre debe ser un pozo de ciencia! Los libros no dejan ver las paredes y, entre ellos, mete los cuadros para que abulten más. Detrás de la mesa, en un cacho pared libre, tiene fotografías con gente importante, la última, de más joven, dando la mano al rey. Cuando

salimos a la calle me di cuenta de la que me ha caído encima. El señor Piera da unos pasitos tan cortos como los de un niño y se agarra a mi brazo izquierdo como una lapa. Le dije que caminara tranquilo, que no le iba a dejar caer, pero a él todo se le volvía decir que le chocaba que yo fuese zurdo. Por distraerle, le pregunté, con segundas, si se produjo la lesión al cogerle la pelota con los pies cambiados, y él que no, que cayó de espaldas al pegar un *smash* y se golpeó la cabeza. Entonces le pregunté, con las del beri, si la cojera no sería a causa del golpe, y él que nones, que la cabeza nada tenía que ver con el tema. Íbamos tan calmudos que el personal se paraba para vernos pasar y, como don Tadeo es un hombre público, la gente le saludaba. Desde la esquina de su calle hasta el quiosco donde compró el *ABC*, doscientos metros a todo tirar, la echamos larga, diecisiete minutos de reloj, que se dice pronto. Yo me ponía a mil, pero por dentro me decía para calmarme: paciencia, Lorenzo, hazte a la idea de que son dos billetes; pero ni por ésas, siempre he sido un culo de mal asiento y la pachorra me descompone. El paseo no ha llegado a las dos horas pero se me ha hecho una eternidad y el bíceps del brazo izquierdo lo tengo tronzado. Se lo dije a la parienta pero ella se subió a la parra, que a ver si lo iba a dejar ahora después de solicitar un Renault-11 nuevo, y lo que yo la dije, que nadie había hablado de dejarlo, pero que si uno ya no puede ni desahogarse en casa, mejor echarse una querida. Saltó como una pantera, los ojos bizcos. A la parienta nada como mentarla la competencia para sacarla de sus casillas. De novios ya las gastaba así.

1 diciembre

Estrené el Renault para llevar a don Tadeo al entierro de un colega. Aunque no dijo ni pío, el bote rodó como una seda, ésta es la verdad. Don Tadeo iba detrás, bien repantingado, y yo, conduciendo, con pantalón gris y cazadora negra, que no se diga que el luto de mi patrón me trae al fresco. Me interesé por el muerto y él, que el pobre hombre no valía ni el papel que manchaba, pero en provincias ya se sabe. A la puerta del camposanto me junté con el grupo de escritores, pero don Tadeo dio el brazo a un señor fuerte con voz de pito, y me dijo que yo no, que me quedara aguardando a la puerta. De regreso le pregunté por el señor fuerte con voz de pito, y él, que poeta también, un marmolillo que no sabía hacer una O con un canuto. Por seguirle la corriente, le dije que si peor todavía que el muerto, y él alzó los hombros y que tal para cual, del mismo paño, pero lo cierto es que, cuando el coche arrancó, se volvía del revés dándole de mano por la ventanilla.

2 diciembre

Mientras aguardaba a don Tadeo en su despacho reparé en una carpeta abierta, como al descuido, sobre la mesa. Estaba llena de recortes de periódicos, noticias, entrevistas y conferencias suyas. No hay quien me quite de la cabeza que el gicho la ha dejado aposta, para que yo me entere de con quién me gasto los cuartos. ¡No te amuela! En un recorte de un periódico de Madrid le ponen por las nubes, ésta es la pura verdad, tal como si don Tadeo fuera Dios. Eminente, le llaman, y, luego, refiriéndose a su conferencia «El vate y su disciplina», dicen que es el breviario del poeta, que nadie podrá escribir en el futuro una poesía sin saberse de carrerilla estas páginas. De que le sentí llegar metí todo en la carpeta y me puse a mirar la fotografía del rey como si nada. Él sólo dijo que había dejado los papeles sin recoger y guardó la carpeta en la librería, delante de mis narices, para que yo sepa dónde está y pueda echarle un vistazo cuando me dé la gana.

4 diciembre

La fetén es que con este zorronglón a cuestas se queda uno como un sorbete. Hoy andaba el termómetro a cinco grados bajo cero pero el patrón ni enterarse. Pasito a paso echamos dieciséis minutos en llegar al quiosco a por el *ABC*. A la vuelta, le apremié para ganar tiempo, pero, a medio camino, se paró en seco y me preguntó si es que pretendía deshacerme de él. Le contesté que qué cosas, que si le llevaba más agudo era para evitar que cogiera un resfriado, pero él que eso no, que ha pasado media vida en la montaña y le agrada el viento de nieve o, por mejor decir, ni lo siente. Después me preguntó si no sería yo quien lo sentía, y entonces reconocí que estaba esmorecido. Y ahí me cogió el toro: ¿Es que no tiene usted abrigo?, me dijo. No gasto, le respondí lealmente, y él, pues ahora lo tendrá que gastar puesto que debe caminar al paso de un impedido y, si no lo tomase a mal, con gusto le regalaría uno. No tuve coraje para negarme y, a lo bobo, a lo bobo, me fue liando, que era un gabán de vestir, que se le quedó chico sin usarlo, que es de un paño de Béjar especial… Y, así que regresamos a casa, le preguntó a su hermana Heroína dónde estaba el gabán azul con cuello de terciopelo, y su hermana, en el ropero está, Tadeo, muerto de risa, y antes de que reaccionara, ya tenía el gabán puesto. La fetén es que siempre me dio por la ropa y del abrigo de don Tadeo se podrá decir lo que se quiera menos que no es una prenda bien cortada. De hecho me cae como un guante. Pero lo que yo digo, ¿dónde voy con este gabán si, quitando el del uniforme

del Centro, no gasté uno en mi puñetera vida? Todavía intenté resistirme, más de boquilla que de otra cosa, pero con doña Heroína no vale de nada llorar con un ojo. Me dijo que me estaba pintado, que me lo llevase puesto y no hiciera tonterías. Luego, en casa, la Anita no se cansaba de mirarme, que qué prenda, qué corte, qué hechuras, que me diera la vuelta, que ahora del otro lado, que parecía un figurín.

5 diciembre

Se me hace a mí que todo el mundo es a mirarme. Bien mirado, me la trae floja, pero ¿y si un buen día me topo con el Tochano en plena calle Principal? A Melecio y Partemio, por si las moscas, ya les he anticipado que me he colocado de acompañante con don Tadeo Piera, el poeta, que anda muy torpe, aunque no les dije palabra acerca del uniforme.

6 diciembre

Don Tadeo no mejora; es un madero. Esa cojera suya si no le viene de la terraza es de mala circulación, me juego doble contra sencillo. Porque, a fin de cuentas, el pie es lo de menos. Todo el costado izquierdo lo tiene como entumido y apenas si puede sostener el bastón con la mano de ese lado. A la mucama la veo cada mañana y cada mañana me sonríe y me dice lo mismo: ¿El señor? Recién viene llegando. Y yo le doy las gracias y la llamo Prisca, que también el nombrecito se las trae. Hoy le pregunté, a intención, por la pierna de don Tadeo, y ella que el día que le dio el telele anduvo muy enfermo, sin poder abrir los ojos ni nada, y las tres señoritas eran a llorar, que, más que hermanas, las tres parecen enamoradas. A la Prisca esta, o como se llame, no le falta razón: las tres viejas se miran en el hermano. De ordinario no las veo, pero cuando aparecen todo se las vuelve piropearle, arreglarle el nudo de la corbata o abrocharle el botón de la americana. Y el día que doña Cuca se quedó en casa resfriada, me estuvo enseñando todo el tiempo fotos de su hermano, de tenista, de esquiador y, sobre todo, de cuando la guerra, que se le caía la baba, que cómo le sentaba el traje de campaña, Lorenzo, que más parecía Gary Cooper que un señor corriente y moliente. Así nos tiramos media hora de reloj, que se dice pronto. Menos mal que, a efectos laborales, el tiempo de espera corre parigual que si estuviera currando.

7 diciembre

De mañana me telefoneó el Partemio que habían hospitalizado a Ovejero. El vaina no se aclaraba o no quería aclararse; que si la UVI, que si un lavado de estómago, que si veinte tabletas de barbitúricos, que si tal, que si cual. Estaba como un flan. Total, que Ovejero había decidido cortar por lo sano y se había atizado un tubo de somníferos. Para suerte que hoy entró en la cantina un cliente a primera hora, lo encontró privado, envió razón y los médicos consiguieron volverle. Partemio se empeñó en facilitarme una tarjeta para visitarle, pero lo que yo le dije, que un sobrino del hermano de mi cuñado, que gloria haya, estaba en Urgencias, con lo que yo entraba y salía del hospital como Pedro por su casa. ¡Sólo faltaría! La señora y la suegra de Ovejero no hacían más que moquitear. Y lo que yo les dije, que la cosa no era para tanto y, visto lo visto, lo prudente era dar el traspaso a la cantina y vivir hoy del paro y mañana de la pensión. Que eso no se lo iba a quitar nadie. Que perder un par de kilitos malo es, pero no como para morir por ello. A última hora parecían tan campantes.

10 diciembre

Hoy solamente quince minutos y veinte segundos en llegar al quiosco a por el *ABC*. Un récord. De salida ya vi a don Tadeo más espabiladillo que de costumbre y así se lo dije: Esa lesión va pero que mucho mejor, don Tadeo. Le cogí en fuera de juego: ¿Qué lesión? Concho, ¿cuál va a ser?; la de su pierna, la del tenis, le dije. Se quedó quieto parado y durante cinco minutos no dijo esta boca es mía. Entonces fui y le hice un cambio de tercio. Le pregunté por qué ahora los versos no pegaban, que yo tenía entendido que siempre tenían que pegar, que eso era un verso, pero él que no, que la poesía no era la rima, que la poesía estaba en la combinación de las palabras, pegasen o no.

Luego se interesó por si yo había escrito poesía alguna vez. Y lo que yo le dije, de qué, don Tadeo, por más que en el Centro, donde anduve veinte años, tenía trato con gente culta y algo se pegaba, pero escribir versos, lo que se dice escribir versos, nunca me dio por ahí. Con unas cosas y otras se nos hizo la hora de comer en un verbo. Cuando el tiempo suavice todo será coser y cantar. Hoy se notaba el relente y me subí el cuello del gabán, pero don Tadeo me hizo ver que este tipo de abrigos de vestir no se prestaban a usos deportivos y que, si sentía frío en la garganta, él me regalaría un fular. Me bajé el cuello a escape y le dije que nones con tales bríos que no volvió a mentar el fular en toda la mañana. ¡Sólo me faltaba ahora un fular!

13 diciembre

Hoy ganó la chavala trece mil del ala, con un cartón, en el bingo de la esquina. No cabía en su pellejo. Lo que no cuenta son los billetes y los paseos que le ha costado ganar esa miseria.

14 diciembre

Amaneció Dios con cielo despejado y pasamos el rato en el parque tomando el sol. Don Tadeo había comprado el *ABC* y estuvo echándole un vistazo. En las primeras páginas venía una foto del Duque, muy puesto, y don Tadeo salió con que este tipo había sabido cambiar de chaqueta a tiempo, y que qué opinaba yo al respecto. Le dije mi verdad, que de política ni pun, o sea que no entendía, pero él dale que te pego, que lo que sí sabría es que ese pájaro había sido un poquito traidor. Le repliqué que yo tenía al señor Suárez por valiente desde la noche del 23-F, cuando se quedó sentado en el estrado, como si tal cosa, mientras sonaban los tiros y los demás se metían debajo de la mesa; y que fue el único. Don Tadeo se mosqueó y que único no, que el señor Carrillo hizo lo propio. Y entonces me recordé y le dije que tate, que los dos, sólo que el señor Carrillo estaba sentado de media anqueta echando un pito y más que la chola se le veía el humo del cigarrillo. De todas maneras, añadió él, el Duque dejó a mucho conmilitón en la estacada mientras se afanaba en hacer carrera. ¡Grande de España! ¿Se da usted cuenta de lo que significa hacer grande de España a un botarate semejante?

No sabía dónde quería ir a parar, pero sonreí para que no se alterara, y él entonces se levantó del banco y, sin aguardar respuesta, se puso a caminar. En los veinticinco minutos que tardamos en llegar a casa no me dirigió la palabra. ¡El que se pica, ajos come!

15 diciembre

Prisca, la india, me anunció que don Tadeo estaba escribiendo unas cartas y que demoraría un ratito. Le pregunté para qué quería el despacho y ella que en invierno el gabinete era más abrigado. Le dije que bien y anduve un rato curioseando en la carpeta de las entrevistas. A don Tadeo todo se le vuelve decir que la infancia es un tesoro, pero la vida es un desatino, y los niños no la disfrutan en su afán por hacerse hombres. Está bien traído. Más adelante tropecé con un recorte de cuando le hicieron hijo predilecto de la ciudad y en su discurso dijo que nunca sintió deseos de abandonarla cuando ayer, sin

ir más lejos, me decía que su gran error había sido «afincarse de por vida en esta ciudad cochambrosa». ¡Échale hilo a la cometa! Me estuve aprendiendo algunas preguntas para luego hacérselas yo y ganar en su estimación. Así, por ejemplo, le pregunté por qué escribía, y aunque en la prensa responde que para comunicarse, a mí me dijo que para no morir del todo, que si el día de mañana alguien recordara un verso suyo, eso significaría que aún seguía en el mundo. Me hice el tolondro y le participé que otros decían que escribían para comunicarse y él rompió a reír, me apretó la bola y que paparruchas, Lorenzo, que comunicarse con quién. En una de éstas se quedó quieto parado mirándome y me dijo que, si me lo propusiera, podría llegar a ser un buen reportero.

Pasé por el hospital a visitar a Ovejero pero el pájaro había volado. Mandamos otras nueve cartas a *El precio justo* pero nos ocurrirá lo de siempre. Para mí que estos concursos están conchabados de antemano.

17 diciembre

Telefoneó el Lorencín, que no me habría herniado con las diez mil del ala, pero lo que su madre le dijo, que qué nos daba él a cambio. El cipote confesó que esperaba un kilito de los siete de la jubilación, pero lo que la parienta le dijo, que el trabajo de toda una vida merecía un respeto. Luego, por hablar de algo, le conté lo de don Tadeo Piera, lo de acompañante, pero él lo tomó por donde quema y que si a mi edad no encontraba nada más digno que ponerme a servir a un viejo loco.

La Sorayita, la nena, anda con las anginas enconadas. Eso ya es peor. Total, que no vendrán para Nochebuena. La yaya se puso murria y que el Lorenzo siquiera llamaba aunque fuera para pedir, pero lo que es la otra ni llama, ni escribe, ni sabemos dónde para; año y medio que se largó y si te he visto no me acuerdo. Lo que yo la dije, una chavala de buen ver, a los veinte años, con un empleo bien retribuido y en una isla turística, ¿para qué necesita telefonear? La parienta se atocinó y que de veinte años nada, monada, que la Sonia no cumplía ya los veinticinco y en cuanto a lo del empleo no lo diría por las ATS, que sudar sí sudan la gota gorda, pero los ingresos no marchan en proporción. Al cabo salió con la de siempre, que por qué no se casa, que una mujer a esa edad no está bien sola. ¿Sola la Sonia?, pensé para mis adentros, pero candé el pico por no poner peor las cosas.

20 diciembre

Ovejero y el Partemio se han asociado para explotar el puesto de pan y fruta. Ovejero aportó los tres kilitos del traspaso del bar y el Partemio la diferencia. Los dos van a sueldo y los beneficios a partes proporcionales al capital. Gedeón Baruque, profesor mercantil, conocido de un primo de Ovejero, les ha hecho el trato. Así deben hacerse las cosas. Si Ovejero se hubiese buscado un asesor a tiempo, se hubiera ahorrado los dos millones de la cantina. Medio en broma medio en serio les dije que, llegado el caso, aún podía arrimar yo otro par de kilos para lo que se terciase, pero Partemio, que es un rácano, que nones, que esto es empresa de dos, que para uno quedaba corta pero tres resultaban demasiados.

22 diciembre

Con ocasión de las fiestas, don Tadeo me dedicó esta mañana su último libro: *El paraíso enigmático*. Es un libro ensoñador, me dijo, cosa comprensible puesto que yo, en el fondo, soy un nostálgico. La verdad es que no entendía la dedicatoria, pues don Tadeo tiene una escritura así, más bien enrevesada, pero él, muy amable, me lo tradujo: «A Lorenzo, mis pies y mis manos, con afecto», dijo. Está bien traído, pero quizá sea un poco exagerado, don Tadeo, le comenté; como mucho digamos que soy su bastón. Paseamos un rato por la calle Principal, pero soplaba un regañón tan fino que acabamos sentándonos en la pajarera del Medellín. Me había olvidado ya del abrigo pero, con él puesto, el libro en el velador y la cerveza a mano, debía de parecer un señor. Y en éstas andaba cuando vi venir al Tochano con un tal Acisclo, también de la UGT, y me dije: «Tierra trágame». Pero el Tochano ya me había guipado y, al pasar, se asomó a la puerta de la pajarera y voceó con toda su alma: ¡Usted lo pase bien, don Lorenzo! Le hice señas disimuladamente con la mano para que se largara pero don Tadeo, intrigado, que quién era ese macarra, y lo que yo le dije, más que macarra, don Tadeo, un poco cheche. No me entendía y yo le expliqué que ese amigo porfiaba que fue siempre del PSOE pero lo cierto es que se crió a los pechos de la OJE y de Educación y Descanso. Don Tadeo saltó entonces que le dijera qué otra cosa había hecho el Duque, que no se quitó la sahariana blanca desde la primera comunión, y lo que yo le dije, otros también la llevaron, don Tadeo, desengáñese, pero el 23-F se metieron debajo de la mesa en cuanto sonó un tiro. Don Tadeo se atufó: Y dale con el 23-F; usted, Lorenzo, confunde al Duque con Supermán. Y lo que yo le dije, mire usted, don Tadeo, en esa circunstancia, el Supermán de seguro no le hubiera echado más valor. Se puso de morros y no volvió a hablarme en toda la santa mañana. ¡Anda y que le den morcilla! Si me

ha contratado para que le diga a todo amén, está listo.

23 diciembre

Doña Asunción me recibió hoy con una libreta en la mano, me hizo sentar a la mesa del despacho, arrancó la primera hoja llena de sumas y restas y me la entregó, preguntándome si lo entendía. Y allí había anotado diariamente las horas desde que empecé a trabajar, mi servicio la mañana del funeral, mis esperas en la casa, todo con mucho primor, y, al final, ponía: A entregar: 54.560 pesetas. Se ve que esta señora habla poco pero se fija. Me preguntó si estaba conforme y yo que qué hacer, sí señora, y agradecido. Entonces ella puso sobre la mesa, billete a billete, las cincuenta y cuatro, y me dio las quinientas sesenta en calderilla. Antes de que las guardara dijo que estaban contentas conmigo, y su hermano tal cual, de modo y manera que si por mi parte no había queja, seguiríamos lo mismo hasta nueva orden. Ya en casa, la chavala, de que vio el fajo, se echó el abrigo por los hombros y se bajó un rato al bingo. Yo rellenaré mañana unas múltiples para hacer honor a la primera soldada.

24 diciembre

Justo al empezar el culebrón, sonó el timbre de la puerta. Un pobre, dijo la Anita. Conque me levanto, abro, y me topo con la Sonia y un individuo con un pendiente en la oreja y un montón de bolsas y bultos de mano. La Sonia, con mucho remango, me pegó dos besos y que allí estaba ella y aquí el Terry, su hombre, y que, ambos a dos, habían decidido celebrar las fiestas con nosotros. Yo me quedé quieto parado, la verdad, sin saber qué decir, pero la parienta, que había andado al loro, asomó como un cohete y que tan pronto pasaran por la vicaría allí tenía una cama ese señor Terry, faltaría más, pero mientras tanto, puerta. La Sonia siempre tuvo correa y le dijo al tal Terry que ya lo había oído, que se largara y la aguardase en la pensión, pero el otro que ni hablar del peluquín, que o se iban los dos juntos o de hoy en un año, que para tanto como eso no se había venido él desde Palma de Mallorca. La Sonia se puso arrabalera y que si quería aguardar, aguardase, y en caso contrario ya sabía el camino. Y él fue, entonces, agarró tres bolsas y una maleta y se marchó con viento fresco. La Sonia, como si nada, se puso a darme achuchones y yo le pedí una explicación, pero ella sólo dijo que al Terry le había conocido el día de la Virgen en una fiesta y que era un poquito gilipollas, pero que tipos de esa calaña los tenía así (y apiñaba los dedos) en la isla, con lo cual

el Terry y su pendiente podían irse a tomar por el saco. Le comenté que vaya pico que se gastaba, y ella que qué tenía de extraño, que era el signo de los tiempos, que ella no lo había inventado. La Sonia quiso echar una mano a su madre, pero como ésta no abría la boca, la otra se plantó y le dijo que si iba a estar así, chiticallando, los tres días de la visita, agarraba el dos y si te he visto no me acuerdo, que ella se había acercado a vernos y no a aguantar caras de guardia. La parienta, que tiene respuestas para todo, le dijo que de acuerdo, que ésta era su casa y tenía la puerta abierta, pero que la próxima vez que viniera a visitarnos dejara los tiburones en la isla.

26 diciembre

¡No te giba! Esta mañana la Sonia se arrancó a llorar en plena calle de que vio a don Tadeo colgado de mi brazo. Luego, en casa, me preguntó si tan apurados andábamos, y lo que yo le dije, que la jubilación anticipada estaba bien sabiéndola administrar, pero si cogías los siete kilos con una mano y los fundías con la otra te habías caído con todo el equipo. La Sonia salió entonces con la del otro, lo jodido que resultaba verme sirviendo a los sesenta años, pero lo que su madre le dijo, ¿y es que tú no sirves a los enfermos, no les lavas el culo y les quitas inclusive la mierda de los calzones? La Sonia, tan terne, que así era, pero ella no cobraba de los cagados sino del Estado; que era una funcionaria. Me hizo gracia la salida. ¿Es que quieres decir, le dije, que si fuese el Estado el que me pagara no estaría mal visto que yo pasease a un impedido? Tal cual, padre, así es la vida; y, para que te enteres, hoy en día todo lo que no sea servir al Estado es una forma de esclavitud. ¡Toma del frasco!

27 diciembre

Como quien no quiere la cosa, don Tadeo me preguntó hoy si había leído su libro. Le dije mi verdad, que lo había empezado pero se me hacía un poco trabalenguas. Él se perdió por el pico y me confesó que, de primeras, escribía clara su poesía, pero luego oscurecía los versos porque, de lo contrario, nadie le tomaba en serio. Le pregunté si es que la poesía debía ser enredosa, y él, que algo parecido a eso, que la poesía que se entiende a la primera es poesía facilona y hoy no hay poeta que se estime que quiera hacer poesía facilona. Tan entretenidos andábamos que don Tadeo pegó un traspiés y no besó el santo el suelo de verdadero milagro.

La Sonia se largó a media tarde. El capullo del pendiente vino a

recogerla en un taxi.

28 diciembre

La parienta y yo nos pusimos de tiros largos para la inauguración de la tienda del Partemio. Por la mañana había lavado el bote pero no encontraba dónde aparcar y, para no retrasarnos más, lo metí en la acera en la calle La Libertad, que la tiene bien ancha. La chavala se había colocado la capota del velo y los zapatos de tacón alto y yo el traje azul y la corbata roja tornasolada. La verdad es que íbamos como dos pinceles y por eso nos gibó más que allí no apareciera un alma. A la parienta todo se le volvía decir que no lo entendía, porque Partemio había telefoneado dos veces en la mañana, hasta que caí yo y la dije si se había dado cuenta que era 28 de diciembre. El Partemio se pinta solo para estas camamas, aunque lo cierto es que ya no estamos en edad de jugar a los despropósitos. Como remate me encontré una multa en el parabrisas que guardé para la colección.

30 diciembre

Los sábados don Tadeo se lustra los zapatos en un limpia del Medellín. Y cada vez que le veo me recuerdo del Lustre Español que monté allá, en Chile, hace un montón de años, y las calamidades que pasé a cuenta de los rotos. Pero no sé si porque eran otros tiempos o porque las ideas de uno van cambiando con los años, hoy no veo bien que un hombre se tire a los pies de otro para sacarle brillo a sus zapatos. Don Tadeo, en cambio, se deja querer y cuanto más le soben los pinreles, mejor. Hoy le dije mi verdad, que cada vez que le lustraban parecía que entrara en trance, y él reconoció que así era, porque nada tan agradable como que un quídam nos sobe los pies por cuatro perras gordas.

2 enero

El año ha entrado tiritando. Se hiela la moquita, se hielan los charcos y el parque está blanco como después de una nevada. El hombre del tiempo aclaró ayer que eso no es nieve sino cencellas, pero en Pagoda, el pueblo de mi abuelo, llamaban carama a estas asperezas. En vista del tiempo, Prisca me anunció que el señor tomaría las once en la cama y que le aguardase en el despacho. Me senté a la mesa con la carpeta de los recortes y pasé el rato. El patrón es un tipo

curioso. Los niños y los pobres son para él la única verdad del mundo. De los pobres dice que hay que cortar de arriba y añadir de abajo para que en el mundo reine la justicia. Pero lo que yo digo, el día que añadan de abajo ¿quién va a lustrarle las botas en la pajarera del Medellín? En una de éstas cayó de entre los recortes una fotografía antigua. Era de don Tadeo, un don Tadeo joven y rubio, con el pelo planchado, y una sahariana blanca, saludando brazo en alto al Duque, que estaba tras una mesa. Y allí andaba con ellos don Ángel Lecumberri, el dueño del café del Norte, con treinta años menos, cantando. Remiré la fotografía y sin ninguna duda la sahariana mejor cortada, con diferencia, era la de don Tadeo. Luego, en el paseo, le dije que a él, por su edad, le tocaría hacer la guerra, y él que qué hacer, con Yagüe desde el primer día, y luego de alférez provisional, en El Pingarrón y la Marañosa, pero que ni en un sitio ni en otro se topó con el Duque, con todo su golpe de camisa vieja. Ya le advertí que, en aquellos entonces, el Duque sería un mamoncillo, si es que había nacido, pero él perdió la chaveta y que cuando uno tiene ideales y un par de compañones la edad no cuenta. El gicho la ha cogido modorra con el Duque.

5 enero

Sigue el frío. El parque parece de cristal y hasta el estanque se ha helado. Hoy se nos acercó un pobre y don Tadeo le largó con cajas destempladas. También puso a caldo al limpia del Medellín porque le untó de betún los bajos de los pantalones. La parienta sigue achucharrada. Desde el día de Navidad no levanta cabeza. ¿Es que se pensaba que la Sonia vivía en Mallorca como Santa María Goretti?

7 enero

Don Tadeo volvió a preguntarme si había leído su libro. Le dije que sí para que callara la boca, pero lo cierto es que me he saltado tres cuartas partes. ¿Y qué?, me preguntó. Le respondí que bien, que allí donde uno abre el libro todo está en orden. Lo dije a lo bobo, por las líneas cortas y las largas, tan parejas, pero coló, y él que gracias, que eso era lo más hermoso que podían haberle dicho, que cuando uno, a cierta edad, hace un ofertorio, el orden debe ser lo primero. Me animé al oírle y entonces le guiñé un ojo y le dije que también había su poquito de sexo, pero eso, en contra de lo que esperaba, no le gustó un pelo y volvió a lo del orden. Se quedó un rato mirándome y acabó diciendo que hasta ahora era lo más inteligente que le habían dicho

sobre su libro y que me quedaba muy reconocido.

8 enero

Hoy se nos acercó otro pobre implorando una caridad. Don Tadeo le mandó repetir su muletilla, y el pobre le dijo entonces que una limosnita para poder comer. ¿Para poder comer o para poder beber?, le replicó riendo don Tadeo. Y me apretaba la bola para que yo riera también y que qué me parecía. Yo me encogí de hombros y se lo dije, o sea que, a mi entender, el gobierno había blanqueado las tapias pero dentro quedaba aún mucha miseria. Él dijo entonces si no sabía que los diputados querían subirse el sueldo en un treinta y tres por ciento mientras el Ministerio de Economía aconsejaba no subir los salarios más del seis si no queríamos arruinar al país. Volvió a amasarme el bíceps, que es cosa que siempre hace cuando se pone nervioso, y que qué opinión me merecía todo esto. Yo carraspeé, para ganar tiempo, y al fin le dije lealmente que lo prudente sería que los diputados repartieran duros entre los pobres para que pudieran comprarse bocadillos. Vamos, a mi entender.

Cuando camina distraído, el patrón se tortolea menos y va más agudo. Hoy invertimos quince minutos en llegar al quiosco, pero hasta que no bajemos del cuarto de hora no me quedo contento.

9 enero

Esta noche tuve una gresca con la chavala a cuenta del dichoso *Un, dos, tres*.... Ella quería ir de protagonista pero ya la advertí que eso se quedaba para los niños bonitos, que a nuestra edad podíamos darnos con un canto en los dientes yendo de sufridores. Ella se puso en lo último, que si en una jaula, y lo que yo la dije, que a cambio de un chalé en Torrevieja y tres coches en batería no tendría inconveniente en dejarme encerrar en una jaula y con dos leones dentro. Ella que por qué no mandábamos fotos antiguas, o sea de novios o de recién casados, a ver si colaba, pero lo que yo la dije, y cuando descubran el pastel nos ponen de patitas en la calle. Total que nos enredamos a voces, esas zambras que cuanto más gritas, más grito, que no conducen a ninguna parte. Después de todo, la actitud de la parienta no es más que una cabezonada, ya que los sufridores se llevan el mismo premio que los protagonistas y sin necesidad de dar el callo además.

12 enero

Pasamos la tarde en casa. Al fin mandamos 26 cartas para sufridores al *Un, dos, tres*... La chavala estaba hoy más pajarera. Dice muy seria que si le toca la Ruperta se pone al tren.

13 enero

Esta mañana me confesó don Tadeo que las opiniones de los críticos no le preocupan; que lo importante es la opinión de la gente sencilla aunque no esté familiarizada con la poesía. Por eso antaño gozaba con los juegos florales, pero ahora los poetas progres se los han cargado porque no soportan el silencio reprobador del pueblo. Así me lo dijo. Le notaba nervioso, y en estos casos me pega unos pellizcos en el bíceps que me deja el brazo para el arrastre. Y cuando eso ocurre ya sé que hay algo que no marcha y que más tarde o más temprano terminará soltándolo. Pero hoy no cantó la gallina hasta después de comprar el *ABC*. Entonces, se apoyó en la esquina del quiosco y me preguntó de sopetón si yo creía que él era un poeta pirotécnico. Le respondí que no, aunque no comprendía bien la pregunta. Y él que suponía que un poeta pirotécnico sería un poeta colorista, de muchos adornos; un poeta de fuegos artificiales. Yo asentía con la cabeza, porque en esos casos nada como dejarle largar, ya que si le interrumpo me deja la bola hecha trizas. Y él dale con que un tal Juan Bernáldez escribía esta semana en *El Cocodrilo* que en *Paraíso enigmático* el señor Piera se despachaba con su pirotecnia acostumbrada y que qué entendería por pirotecnia el señor Bernáldez. A saber, le dije, y él que lo que digan los críticos se lo pasa por la entrepierna; que Tadeo Piera no será más grande ni más pequeño porque lo digan media docena de indocumentados. Camino de casa, don Tadeo se detuvo y me dijo que él tenía seguramente algo de barroco, y yo que quizá sí, señor Piera, y él que incluso bastante de barroco, y yo, que quizá sí, señor Piera. Y él fue entonces y dijo malhumorado: Barroco pase, pero de seguro un pirotécnico no soy.

16 enero

A don Tadeo se le cae el párpado de arriba del ojo izquierdo como si quisiera guiñarlo. Hoy se lo comuniqué a doña Cuca y me respondió que, desde Navidad, su hermano anda preocupado con el tema. A ella, en cambio, no le inquieta; o sea le parece un tic, una picardía juvenil. Además, ¡como es tan guapo!, me dijo con entusiasmo. Al parecer las

tres hermanas están de acuerdo, inclusive doña Heroína cree que el tic acentúa el aspecto varonil de su rostro. A mí se me ocurre que el párpado se cae de puro viejo, pero ¿qué adelanto llevándolas la contraria? Lo curioso es que todo le viene a este hombre por el mismo lado y bien pudiera ser lo del ojo otra reliquia de lo de la pierna. A mí él no me había dicho ni mus pero hoy, al dejarle en casa, me preguntó con mucha guasa si sabía por qué guiñaba el ojo izquierdo y, al contestarle yo que a saber, dijo con mucho retintín que para impedir que le deslumbrara su propia pirotecnia. El capullo la ha cogido modorra con el Bernáldez ese de los cojones. ¡Anda y que si le llegan a importar las críticas!

18 enero

Doña Heroína, que es el cerebro de la banda, me preguntó esta mañana si me importaría dedicar una hora del sábado o del domingo para llevar a misa a don Tadeo. Reconoció que ellas ya no podían con él y que cualquier día se les caía en plena calle y montaban el número. Me sorprendió el pedido, la verdad, pero ella debió de entender que titubeaba, porque se apresuró a decir que esa hora se pagaría al doble como extraordinaria que era. Pero lo cierto es que yo andaba pensando en los recortes, cuando don Tadeo le dice a un periodista que su ateísmo no era cosa de hoy, que ya se sentía ateo en el vientre de su madre. Así que le dije que de acuerdo, aunque tendría que consultar con mi señora qué día le iba mejor, si los sábados o los domingos.

22 enero

Doña Asunción me llevó discretamente al despacho y me entregó mis haberes y el recibo correspondiente escrito en el ordenador, sin deducciones ni coplas. Es mujer dispuesta ésta y, antes de marchar, me hizo firmar el recibo: 62.000 pelas líquidas. Me preguntó si estaba conforme y si me abrigaba el abrigo, y a las dos cosas le respondí que sí y que los que no opinaban lo mismo eran mis hijos. ¿Es que no les gusta el abrigo?, preguntó. Y lo que yo la dije, que no se trataba del abrigo, sino de que no les gustaba que me pagase por servirle el mismo imposibilitado. Ella dijo entonces que quién les gustaría que me pagase y yo que tenía entendido que el Estado o una empresa particular, pero que no me hiciera mucho caso, que a punto fijo no podía decírselo. Entonces doña Asunción me sugirió la posibilidad de extender la factura a nombre de Hijos de Edmundo Piera, la razón

social de la joyería, y si me agradaba esa solución. Ya le dije que por mi parte no había inconveniente y que, aunque desconocía la opinión de mis hijos, podíamos probar. La fetén es que este mes, con las noventa del paro, las cincuenta del plazo y la soldada del patrón, la chavala y yo no necesitamos pedir limosna. Que me den los cuartos a nombre de la razón social o del impedido, a mí, personalmente, me la trae floja.

24 enero

Llevé a misa al señor Piera. Estuvo muy devoto el hombre, tanto que pensé que si los ateos son así cómo serán los creyentes. Intentó arrodillarse en la Elevación pero se lo saqué de la cabeza. No está usted para hacer títeres, le dije por lo bajo. Y es una verdad como un templo. La pierna izquierda no le aguanta y, en una de ésas, puede agarrar una liebre y pasar a la reserva. Hoy don Tadeo estaba tranquilo y llegué a casa con la bola en su sitio.

25 enero

Fuimos al médico por lo del ojo. Como es natural, yo no pasé a la consulta pero él y doña Heroína salieron tan ternes. Según ella, el doctor había dicho que lo del párpado era un tic y, a la edad de su hermano, los tics no se corrigen. Don Tadeo se atocinó, que no tomase el rábano por las hojas, que lo que el doctor había dicho era que lo de su ojo era una degeneración senil y que, al igual que los tics, no tenía tratamiento. Doña Heroína, que tanto daba, que con tic o sin tic, él seguía estando guapo y las chicas iban a rifárselo, porque el ojo guiñado le daba aires de conquistador. Total, que entre el paseo de la mañana y el médico por la tarde, hoy cayeron tres billetes que no son de despreciar.

29 enero

Esta mañana me encontré con el Toni en el vestíbulo, charlando con doña Heroína de cosas del negocio. Me lo presentó como el fornituras de la empresa. La verdad es que eso de fornituras suena mal en boca de una señora, pero si ella lo dice sus razones tendrá. El dichoso Toni es un tipo cuarentón, lampiño, con cara de arcángel, y una mirada brillante, un poco como de fiebre. Las manos son de manicura, eso fijo, y cuando don Tadeo le invitó a pasear con nosotros, le cogió del

brazo y a mí me dejó tirado, de convoyante, como suele decirse. Al patrón todo se le volvía largar y reír a lo bobo, para llamar la atención del otro, pero se me hace a mí que al Tino o al Toni, o como se llame este capullo, el viejo le cae gordo o, por mejor decir, se la trae floja. ¡Vaya dos! Una vez en el parque, don Tadeo me mandó a por el *ABC*, y cuando volví hablaban del viaje del viernes y el viejo le animaba a retrasarlo porque le estaba haciendo un poema y quería leérselo de viva voz antes de que marchara. Toni salió con que le ponía en un brete y entonces don Tadeo le contó que Juan Bernáldez había dicho de él, en *El Cocodrilo*, que era un pirotécnico y que qué pensaba él al respecto. El Toni se sorprendió, y que precisamente *Paraíso enigmático* era un canto a la desolación humana y en esos temas cabían pocos fuegos de artificio. El patrón se fue entusiasmando según hablaba y terminó diciéndole que por el bien de la poesía era necesario que se viesen más a menudo y que podría recomendarle a De Blas, el joyero de la plaza, si fuera preciso. A casa volví de convoyante, tal como había ido, pero, sin comerlo ni beberlo, cayó otro billete y medio, que no está mal.

31 enero

Con la remesa de don Tadeo, la Anita y yo subimos la cuesta de enero sin enterarnos. No sé si mi oficio será digno o no, pero yo creo que con sesenta billetes se paga la peonada. Hoy telefoneó Lorencín y aproveché para preguntarle si le parecía de mejor tono cobrar de la empresa de don Tadeo que del propio don Tadeo, y él que tranquilo, macho, que lo dejase estar, que lo que había que mirar en definitiva es si yo era un empleado o un criado. Que eso es lo único que interesa. ¡Toma del frasco!

11 febrero

Partemio se salió con la suya. Nada de senos para el pan y vasares para la fruta. Senos para todo. Eso sí, alicatados con baldosín blanco, de modo que cuando uno entra en la tienda no se le ocurre decir que está bonita, sino que está limpia, como debe ser. Con las cosas de comer no se juega. Pasé por allí antes de recoger al señor Piera y me cayó en gracia. La fruta la baja Arcadio del Mercado Central y no llama la atención ni por buena ni por mala, pero los lechuguinos de cuatro canteros son un monumento al trigo castellano. ¡Menudo pan! Le felicité al Partemio, aunque no estaba para nada. Los clientes se rifaban el género y, en lo que yo anduve allí, despachó más de docena

y media de piezas. Parece ser que Justo Redondo, el panadero de Castrillo, o sea, el hijo, se los baja con la furgoneta antes de que amanezca. El negocio está bien traído y lo cierto es que con ocho kilitos han hecho milagros. Para San José, el santo de Pepita, la señora del Partemio, quieren inaugurarlo en el Don Sebastián con una fiesta por todo lo alto.

13 febrero

Acompañé a misa al señor Piera. El fantasmón de él no mejora. Yo le digo que sí pero no es cierto. Antes que una mentira lo que hago es una obra de caridad. Al quiosco no llegamos nunca en menos de diecisiete minutos. Pero el día que le coge el carro podemos echarle tranquilamente los veinte. Hoy me vino a la cabeza preguntarle por qué no jugaba a las quinielas. Bien mirado, que juegue o que no juegue me la trae floja, pero él me contestó que no creía en el azar, ni le gustaba el fútbol. Dos buenas razones para que te toquen, le dije yo. Pero él que pobre de aquel país cuyas mayores aspiraciones fuesen las quinielas y el cuponazo. ¡Manda cojones! El cipote tira con bala.

16 febrero

El patrón andaba esta mañana de mal café. Dice que no se explica que ayer le salieran bien las cosas y hoy no, cuando en apariencia nada ha cambiado. Le dije que no se fiara, que yo de joven me dejé el bigote y del lado derecho arrancaba recio pero del izquierdo no hacía vida. Él me salió entonces con que qué tenía que ver el culo con las témporas y yo, como si no le hubiera oído, que en invierno el bigote se helaba como un geranio y no me quedó otro remedio que cortarlo. De vuelta a casa me pidió que a las ocho le llevara al Ateneo, que un conocido suyo, don Rufo Peralta, daba una conferencia. De modo que, a las menos cuarto, nos cogimos el Renault y a las menos cinco en el Ateneo. El tal don Rufo se armó un taco regular, con que si el novelista era un inventor de mentiras, y mientras inventaba vidas de mentira no vivía la suya que era de verdad. Bien mirado, no dijo más. El señor Piera le aplaudió a rabiar, pero cuando se acercó a la tarima a saludarle el tal don Rufo ni le reconoció. El jefe se quedó cortado. Luego, ya en el coche, me dijo que el dichoso conferenciante era un marmolillo, que toda su vida había sido un marmolillo que se creía un clásico y no era más que un buñolero.

17 febrero

Don Tadeo andaba hoy un poco resfriado y le aguardé en el despacho fisgando papeles. A las doce y media se presentó doña Cuca, que no pega ni sello, con un álbum de fotografías. Con su vocecita de pito me confesó que nunca tuvo novio porque siempre estuvo enamorada de su hermano, en plan platónico, desde luego, pero sobre todo le gustaba en traje de campaña. Y para demostrarme lo guapo que estaba vestido de soldado me traía el álbum de la guerra.

En éstas entró don Tadeo y que qué guerra ni qué ocho cuartos, que durante cuarenta años estuvieron haciéndole creer que ellos habían sido los buenos de la película, y ahora venían a decirle que no, que habían sido los malos, y que qué pensaba yo sobre el asunto. Lo que yo le dije, que a saber, que eso nunca se sabe, que para unos serían buenos y para otros malos, que, a fin de cuentas, ésa era la sal de la vida y que aviados estaríamos si todos fuéramos a pensar de la misma manera. De repente terció doña Cuca, me mostró una fotografía del señor Piera y que si yo creía que se podía ser malo con esa cara de ángel. A don Tadeo le subió la sangre a la cabeza pero candó el pico por no joder la marrana.

18 febrero

Pasé por el banco a echar un párrafo con José Antonio. Decididamente no me hago a la butaca articulada. Gira tan suavecito que en cuanto da media vuelta se me va la cabeza. Le dije mi verdad, que hoy todo dios habla de los milagros del dinero negro y que si no podríamos oscurecer un poco mis siete kilitos. El guaje la cogió al vuelo, que si iba de broma o que si hablaba en serio, que el dinero negro, como los hombres negros, nace ya de esa condición, y el mío, todo el mundo lo sabía, procedía de mi jubilación anticipada. Le pregunté, entonces, si no podríamos aumentar una miaja el rédito y me respondió que podía darme por contento si no lo bajaban, que el Estado achucha sin piedad a los establecimientos de crédito y el momento no era bueno. Después me salió con que si tenía algo que ver con el señor Piera, que me había visto por la calle de su brazo y que ya era suerte conocer a un personaje semejante. Me finché como un pavo real y le dije que todos los días dábamos juntos un garbeo, que entre los dos existía una buena amistad. Entonces se puso a hablarme de él, de su categoría como poeta, de sus modales, de su modestia, y no lo dejaba. Me recitó un verso de un tirón y, al acabar, dijo: Es del maestro. ¿Lo conocía usted por un casual, tío?

19 febrero

Al marchar a casa, doña Heroína me preguntó si no podría ir un rato por la tarde, que venían a ver a su hermano dos señores extranjeros y habría que servirles alguna bebida y a las seis, con toda seguridad, una tacita de té. Fui sincero y la confesé que me había negado a montar una churrería precisamente por no hacer de camarero pero ella, muy amable, que no comparase, que su casa no era un establecimiento público y que todo lo que hiciera esa tarde sería como amigo de su hermano y no como sirviente. Me doró tan bien la píldora que terminé por aceptar y, luego, no me pesó, pues tanto don John como don Richard son dos auténticos señores. Don Tadeo me presentó como su secretario y ellos don Lorenzo por arriba y don Lorenzo por abajo, eso sí, no me apearon del tratamiento. Prisca les hizo un té a las seis y yo se lo serví, muy claro y sin azúcar, aguachirle, como yo digo. El don John está escribiendo un libro sobre el señor Piera y no hacía más que hacerle preguntas que mi patrón contestaba muy despacito, con la mano en la frente, pensando las cosas, como debe ser. Estuvo muy atento con ellos y únicamente me dejó pegado cuando les habló de lo de la lesión de la pierna y que por ese motivo había reducido su actividad a la mitad. Don John le dijo entonces que afortunadamente un poeta no escribía con los pies y había de dar gracias a que la lesión no hubiera afectado a su cerebro. Al final, hablaron de cuando el señor Piera estuvo en América, y a las ocho seguían de cháchara pero yo ahuequé el ala. Con unas cosas y otras, mis emolumentos van aumentando y hay gente inteligente, como mi sobrino José Antonio, a quienes no sólo no les parece de mal tono que acompañe al señor Piera, sino que lo consideran un honor.

20 febrero

Si los ingresos siguen subiendo habrá que pensar en la parcelita. Desde chaval tengo metida en la sesera la idea de un chalé, y en El Sardón, el antiguo coto de Muro, venden parcelas a plazos, a precios arreglados.

21 febrero

Enchiqueraron otra vez al Mele. La droga dichosa puede más que él. Hoy arrastró calle abajo a una vieja de tres mil años, todo para quitarle el bolso con cuatrocientas pelas. Melecio no sabe qué determinación tomar; en cuatro años es la tercera vez que le

enchironan y siempre sale peor que entró. Y lo que yo digo, ¿qué puede hacer un padre en una situación semejante? ¿Le va a arrimar candela al hijo a sus años? Porque el Mele ya no es un niño, los treinta y cinco ya no los cumple. ¿Y quién es el guapo que le hace cara y le dice que eso no, que se acabó? Conocí a una chavala española que la trincaron en Francia con dos papelinas, la metieron tres meses en la trena, bien vigilada, y volvió curada, sin mono ni leches; a puro huevo. En cambio aquí el que no se pincha fuera aprende a pincharse dentro, como yo digo.

El Melecio y la Amparo andaban esta tarde cada uno por su lado, como de costumbre. ¿Por qué no se juntan para buscar un remedio en vez de andar todo el día de Dios a la greña, echándose las culpas el uno al otro?

Al Melecio le conté lo del otro día, en casa de don Tadeo, con don John y don Richard, y él que es un mundo interesante ése, que si en mis apuntaciones acierto a dar una imagen íntima del señor Piera, lo mismo el día de mañana, cuando fallezca, le saco cuartos a mi cuaderno.

22 febrero

Doña Asunción me abonó la soldada, bien detallada, en una cuartilla: 65.700 cucas, que no está mal. Tres mil pelas me supuso la visita de don John y don Richard, casi seis las misas de don Tadeo y dos, peseta más, peseta menos, la conferencia de don Rufo Peralta. La Sonia puede decir lo que quiera, pero pesetas más fáciles de ganar no se encuentran en el mundo. La juventud anda implada de orgullo, pero mira dónde ha ido a parar el Mele con todo su orgullo.

La hoja roja

1959

Esta novela fue escrita con ayuda
de la Fundación March, a quien el autor expresa
por estas líneas su reconocimiento.

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Aparte un capítulo de mi obra, «La hoja roja» es un libro con su pequeña historia propia, ajena por completo a la literatura.

La he contado alguna que otra vez, pero me gusta recordarla. Yo comencé a escribir este libro en los últimos meses de 1957*, trabajando a saltos, en ratos perdidos, ya que mis quehaceres empezaban a agobiarme. Tenía muy claro lo que quería hacer pero caminaba despacio. La jubilación de mi padre y de otros profesores de la Escuela de Comercio de Valladolid me dejaron un sabor agridulce. Hubo una, sobre todas, la del catedrático de Química, un hombre sin mujer, sin descendientes, que con la baja administrativa abocó a una soledad absoluta, sin ninguna compañía. El título del libro, «La hoja roja», lo tenía yo de tiempo atrás, y la situación desolada del catedrático de Química me facilitó un modelo vivo. Se trataba de un hombre que de la noche a la mañana se había quedado sin voz. De un par de horas de discurso diario había abocado al silencio, se había quedado sin interlocutor. Tras el día de la jubilación, caminaba ensimismado, con su bastoncito de adorno, siempre sonriente aunque con cierto aire de viejo boxeador sonado. De sus lecciones diarias durante cerca de cincuenta años había pasado a la mudez absoluta. Sentí muy hondo este drama pero seguía desarrollando su peripecia novelística lentamente debido a las circunstancias. Había vencido la objeción del editor Vergés sobre la cacofonía del título —paronomasia, hubiera dicho Quevedo—, buscada de propósito. Vi el camino libre pero no por ello aceleré la escritura, que continuaba con sus pausas y aplazamientos. Pero, de pronto, sucedió algo totalmente inesperado. La Fundación March —en torno a la cual funcionaba entonces la cultura española— convocaba unas becas de viaje para escritores que necesitaran hacerlo para escribir un libro. No vi en esto relación alguna con mi caso. Sin embargo, como tenía a mi cargo la asignatura de Historia del Comercio, sí vi una posibilidad de viajar por el Báltico y escribir un libro sobre la organización y métodos de la Hansa Teutónica, que desde hacía tiempo me había interesado. Me ilusionó la idea y solicité la beca. Nada perdía con ello. Cuando pocas semanas después me fue concedida, me propuse organizar la excursión, olvidando de momento que aquel apetecible viaje no resolvía mi problema de tiempo, sino que retrasaría aún más la culminación y publicación de la novela que traía entre manos.*

Sin embargo, antes de darme cuenta de la nueva situación, recibí una propuesta del padre Félix García, factótum de la March, con una

encarecida súplica: «Perdone mi intromisión —me decía—. ¿Por qué no cambia usted ese viaje de estudios y emplea la ayuda de la Fundación en escribir una novela? De cualquier modo la beca es suya». Le respondí sinceramente que para escribir la novela que me pedía yo no necesitaba viajar y, por tanto, la ayuda no procedía, mas él volvió a explicarme que la beca pretendía ayudar al escritor a liberarse de tareas no creativas, como conferencias, coloquios, prólogos y quehaceres semejantes que quizá le ayudaban a vivir pero no a realizar la obra que se esperaba de él. Entonces me sentí liberado de mis escrúpulos. Su ofrecimiento me parecía ahora, antes que sensato, milagroso. La Fundación venía a ofrecerme el tiempo que no tenía y, además, retribuido. Cogí, pues, a mi jubilado y le conduje hasta la soledad extrema. La convivencia con una muchacha pueblerina analfabeta acabaría por llenar el poso de vida que le quedaba. La novela, muy meditada, salió fácil, y mediado 1958*, a diez años del Nadal, puse el punto final.*

El padre Félix quedó satisfecho de su gestión. La March también y, por supuesto, yo, que renuncié de buen grado a navegar por el Báltico y salí del atolladero: «La hoja roja», como no pocos de mis libros, era un relato duro de fondo, pero tierno, humano, irónico y divertido, que se publicó en 1959 *y cuyas ediciones se han ido sucediendo sin interrupción hasta la fecha. Es decir, he vuelto a disfrutar, como en tantas obras mías, del hecho de permanecer en los escaparates, como quien dice, la friolera de medio siglo.*

Esta novela, con otras dos, fue adaptada por mí al teatro y se estrenó en Valladolid en 1986*. La cosa no fue del todo mal, sin llegar al clamoroso éxito de «Cinco horas con Mario» y «Las guerras de nuestros antepasados», interpretadas respectivamente por Lola Herrera y Pepe Sacristán (y después por Galiana). La comedia tenía graves defectos de origen que, como el decorado desafortunado, la falta de una actriz que tuviera la salvaje adolescencia de la Desi y el hecho imposible de que al sargento del Picaza (al actor) le faltara una pierna, no ayudaron ciertamente a que la adaptación llegara más lejos. Resignación.*

M. D.

Octubre 2007

I

Por tercera vez en la vida el viejo Eloy se erigía esta noche en protagonista de algo. La primera fue cuando su boda; la segunda cuando su intervención en la Sociedad Fotográfica allá por el año 1933. Tres años antes, su amigo Pepín Vázquez le dijo un día aquella cosa tremenda de que la jubilación era la antesala de la muerte. Pero, en 1933, Pepín Vázquez ya se había largado al otro mundo sin necesidad de guardar antesala.

En puridad, los mejores ratos de su vida los pasó el viejo Eloy con sus amigos de la Sociedad Fotográfica. A Pacheco, el óptico, su presidente, le decía: «Pacheco, si me gustaría ser rico es por la fotografía. Hoy día la fotografía es un lujo». Mas el viejo Eloy nunca logró pasar de aficionado. Una vez, allá por el año 1932, cuando Leoncito, el chico, ganó las oposiciones, se mercó una Contax a plazos, con una luminosidad de lente 3,5, y entonces advirtió su sensibilidad, su buena disposición para la plástica. Obtuvo alguna fotografía de mérito y se dio de alta en la Sociedad. Le atraían los problemas técnicos y asistía con avidez a las conferencias y las proyecciones.

Un día, Pacheco, el óptico, le dijo de improviso: «Don Eloy, el domingo actuará usted». Él se sintió abochornado. Dijo: «No tengo nada que valga la pena, hijo». Pero Pacheco sonreía: «Lo dicho», dijo. Insistió él, tenuemente: «Me explico mal y tengo poca voz». Sin embargo a Lucita le cayó en gracia la cosa. Lucita, su mujer, nunca debió casarse con él; debió hacerlo con un hombre un poco más decorativo. Él la hizo vivir en un plano de extremada modestia. En realidad, el viejo Eloy vivió treinta y seis años junto a Lucita, pero jamás llegó a comprenderla del todo. Aquel domingo, al regreso de las proyecciones, Lucita le dijo: «Para ese papel, más hubiéramos adelantado quedándonos en casa». Él apuntó tímidamente: «Ya le advertí a Pacheco; yo no tengo ingenio ni tengo voz, pero él se obstinó». Dijo ella irritada: «No basta con decirlo».

El viejo imaginaba que tal vez la fotografía pudiera llenar el hueco de su jubilación. Se analizó detenidamente en la gigantesca luna y mentalmente se dio el visto bueno. Vestía el traje rayado que le confeccionara Téllez, el sastre real, en 1941, y la corbata de piqué agrisada que Lucita le regalara allá por el 1943. Mauro Gil, su compañero de negociado, le había dicho la víspera: «Asistirá el señor alcalde, don Eloy; él siempre le ha distinguido». Y él, ahora, se observó con ojos críticos, con ojos inquisitivos de señor alcalde.

Pareció satisfecho de su inspección. Tan sólo los zapatos negros, cargados del lado derecho, le azoraban un poco. Quince años arriba, cuando aún el frío no se asentaba en su cuerpo, el viejo sudaba por los pies y deformaba el calzado. Ahora el zapato izquierdo le lastimaba levemente en el empeine: «En cuanto los caliente cederá —se dijo—. Además, nadie tiene por qué mirar debajo de los manteles». Dio media vuelta y con lento ademán extrajo el pañuelo del bolsillo. Le brillaban tenuemente los agujeritos de la nariz en los bordes anteriores. El viejo se limpió sin sonarse, plegó el pañuelo y lo guardó de nuevo. Luego se asomó al pasillo y llamó:

—¡Desi!

—¡Señorito!

Le alcanzó la voz inflamada de la muchacha antes de que su rostro obtuso, de tez renegrida y frente cerril, traspusiera la puerta de la cocina:

—¡Ave María! —la chica hizo un borroso ademán, como si se persignase.

—¿Ocurre algo, Desi?

La muchacha sonrió y al sonreír se acentuó su expresión elemental.

—Ande y que tampoco se ha puesto usted chulo. ¿Va de fiesta? —dijo.

—Algo parecido a eso —respondió el viejo—. Voy a que me den el cese.

—¿El cese?

—El retiro, hija.

—¿El retiro?

—Es la ley.

—¿Qué es la ley, señorito?

El viejo carraspeó banalmente:

—Bueno, supongo que la ley es eso que se ha inventado para que los hombres no hagamos nunca lo que nos da la gana. ¿Me explico o no me explico, hija?

Ella levantó los hombros y sonrió. Tenía un aire desgalichado y torpe con la pobre bata que apenas le ocultaba las corvas, las pinzas en la cabeza y las manos rojizas, hinchadas como sapos, desmayadas sobre el vientre:

—¿Es mala la ley, señorito?

El viejo se arropó en el abrigo y se cruzó la bufanda sin responder. En determinados momentos, la curiosidad de la chica le irritaba. Dijo desde la puerta:

—Cuando sepas leer aprenderás todas esas cosas, Desi —dijo, y añadió—: No me esperes, hija, regresaré tarde.

Perdido en la noche urbana, pensó de nuevo en Lucita y en sus

paseos vespertinos, cuando él analizaba críticamente las bocas de riego y las papeleras públicas y los rincones con inmundicias y ella le regañaba: «No estás trabajando ahora, Eloy; ésas son cosas de ellos». «Ellos» eran el señor alcalde y los concejales. Pero el viejo jamás se desentendía, en ninguna coyuntura, de su condición de funcionario municipal, aunque luego Carrasco, su compañero de negociado, le mortificase levantando el dedo índice y echándole en cara que él entró en la Corporación de gracia, en tanto ellos, los jóvenes, hubieron de someterse a las inciertas peripecias de una oposición.

Lucita, su mujer, le decía: «Deja quietas las basuras, Eloy, o no vuelvo a salir de casa». Mas su vocación era más fuerte que él mismo y sus paseos recataban siempre el objetivo de las necesidades municipales. Una tarde, el viejo Eloy se detuvo en la Plaza Mayor, con una sonrisa complacida colgándole de los labios. «¿Qué?», inquirió Lucita, siempre en guardia. Él le mostró las nuevas carretillas de la limpieza y los escobillones de brezo. Dijo orgullosamente: «Mujer, hemos estrenado material». Lucita, su mujer, tampoco le comprendió entonces. Chilló enojada: «¡Por Dios bendito, Eloy! Deja de pensar en las basuras o me volverás loca».

El tío Hermene, con quien el viejo, cuando aún no era viejo, convivió unos años, le decía que su afición por los asuntos municipales le venía de atrás, ya que su padre, cuando todavía no era su padre, se dirigía frecuentemente al diario local demandando civilidad. A veces el tío Hermene, que era un hombre mollejón y sedentario, le mostraba al viejo, cuando todavía no lo era, algún periódico amarillento de los últimos años del siglo. Había un recorte, en particular, que el tío Hermene leía con fruición, e indefectiblemente, al concluir de leerlo, decía: «Esto podría firmarlo Cervantes». Pero no lo firmaba Cervantes sino Eloy Núñez y concluía así: «¿No hay disposición que determine cuándo deben verificar la operación los encargados de verter las tradicionales ollas de la basura sin ofender uno de los cinco corporales sentidos de los transeúntes en la primeras horas de la noche?». El padre del viejo, al decir del tío Hermene, tuvo dotes de literato, pero los Núñez siempre malbarataron su talento.

Mauro Gil, su compañero de negociado, le esperaba junto a la botica de Diéguez. Enfrente había nacido un nuevo anuncio luminoso: «Gaspar. Droguería-Perfumería», que teñía el pavimento de un estremecido resplandor rojizo. Mauro Gil era un muchacho concienzudo y cabal, de una gravedad austera, que le había dicho la víspera: «Asistirá el señor alcalde, don Eloy; él siempre le ha distinguido». Mauro Gil era uno de esos muchachos ejemplares que sólo ven en su mujer la madre de sus hijos y recortan sus ambiciones a la medida del escalafón de funcionarios. Y si Carrasco formulaba en la

oficina una de sus ideas revolucionarias, como por ejemplo que el Montepío era un robo, allí estaba Mauro Gil para atemperarla, afirmando que no sólo no era un robo el Montepío, sino que era una hucha. Mauro Gil tenía la piel grisácea, como si su carne empezara a descomponerse, y vestía ropas oscuras porque, según él, las ropas claras eran tan incivilizadas como el hecho de deambular por las calles dando gritos o cantando a pleno pulmón.

Frente al bar Laureano se estacionaba un pequeño grupo y el viejo se apresuró y le dijo a Gil:

—Ya están ahí los de Arbitrios. Confío que el señor alcalde no haya llegado aún.

Pero el señor alcalde ya estaba en la sala, sentado a la mesa dispuesta para el banquete, y al ver al viejo se incorporó y fue hacia él y el viejo vaciló porque, a pesar de su experiencia, nunca supo la manera discreta de comportarse frente a una autoridad al margen del ejercicio de sus funciones, y fue y tendió una mano humilde y fría, surcada de abultadas venitas azules, pero el señor alcalde hizo caso omiso y le oprimió a todo él, entero, filialmente, contra su pecho:

—Creí que nos la jugaba, don Eloy —dijo envolviéndole en una ancha y campechana sonrisa.

El viejo, al sentarse a la mesa entre el señor alcalde y don Cástor, el jefe de negociado, saludó a todos amistosamente con la mano y bebió dos buches de vino blanco para entonarse. La presencia de Carrasco, frente a él, le mortificaba. Mas cuando repartieron las viandas y bebió otro buchecito de blanco, empezó a burbujearle dentro una euforia casi agresiva. Y para entrar en conversación le dijo al señor alcalde «que esperaba que todo eso del arrendamiento del servicio de limpieza no pasara de ser un rumor, porque tenían, desgraciadamente, una triste experiencia reciente». El señor alcalde asintió, mientras despachaba las viandas a dos carrillos, y don Cástor, el jefe de negociado, convino en que «lo del 48 fue un ensayo deplorable y que sujetar toda la plantilla a la legislación laboral suponía un enredo diabólico».

Carrasco, frente al viejo, elaboraba bolitas de miga de pan y las hacía rodar despiadadamente sobre el mantel. El viejo sabía que Carrasco quería decirle «pelotilla» pero no hizo caso y cambió de vino; sorbió un buche de tinto de la tierra porque, además, tornaba a mortificarle la frase de Pepe Vázquez de que la jubilación era la antesala de la muerte. Como a través de una niebla oía hablar a su derecha de los platillos volantes y a su izquierda de una revisión de sueldos y jornales y entonces pensó en Goyito, su hijo menor, que se fue a los veintidós, como Vázquez, sin guardar antesala, y voceó para ofuscarse: «Dentro de cinco años viajaremos a la luna como si tal cosa». Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios, le señaló con el pulgar y

dijo: «Mira el abuelo», pero el señor alcalde reconoció que, en efecto, la era atómica podría revolucionar muchas cosas y, entre ellas, la higiene urbana. Martinito, el del coche-manga, exultó: «Los platillos volantes regarán las calles». Y don Cástor se mordió el labio inferior porque Martinito cuando regaba el parque solía aprovecharse para pasear a los chicuelos en el coche-manga por dos reales y la Corporación le había reconvenido reiteradamente por ello.

A poco, el señor alcalde golpeó discretamente el hombro de don Cástor por detrás del viejo, y don Cástor se incorporó y dijo con su voz destemplada, a causa de las cuerdas vocales que se le averiaron cuando el tifus, que despedían esta noche a don Eloy, pero no le decían adiós sino hasta luego y que don Eloy, después de cincuenta y tres años ininterrumpidos de servicio, encontraría siempre su casa en la Corporación porque por mucha que fuese su fuerza, la ley nada podía contra el sentimiento, y que había dicho.

A don Eloy le estimuló la efusión de don Cástor y el fervor de las palmadas de sus compañeros y, al invitarle el señor alcalde a pronunciar unas palabritas, se puso en pie levemente encorvado, carraspeó banalmente, se frotó la punta de la nariz con la punta del pañuelo y dijo con una punta de voz que, cuando acudía a este acto, le vino a las mientes el día que la Corporación estrenó carretillas para la limpieza y escobillones de brezo, y que él se detuvo y le dijo a su señora: «Mira, Lucita», porque Lucita era el nombre de su señora, y que su señora se irritó y le dijo que olvidara de una vez las basuras o la volvería loca. Pero él pensaba en las basuras porque un buen funcionario debe pensar en sus funciones a toda hora y no sólo en las del servicio, y que cuando le dijo a su señora: «Mira, Lucita», mostrándole un escobillón de brezo lo hacía con el mismo entusiasmo con que le hubiera mostrado un cepillo de dientes recién adquirido.

Carrasco rodó una nueva bolita de miga de pan sobre el mantel y el viejo cerró los ojos y se agazapó tímidamente tras el hombro de don Cástor. El señor alcalde aprovechó la pausa para cambiar de postura: pero, a medida que el viejo hablaba, su sonrisa condescendiente se iba trocando en una mueca ambigua. Y cuando el viejo repitió por tercera vez que un buen funcionario debía demostrar su condición a toda hora, porque la oficina debía ser la prolongación del hogar y el hogar la prolongación de la oficina, la mueca ambigua del señor alcalde se fue trocando en un gesto de impaciencia.

La voz del viejo era un bordoneo monótono. El viejo Eloy se sentía como en trance. Jamás, ni en su matrimonio, tuvo a nadie pendiente de sus palabras y, en su excitación, no advertía el cruel carraspeo de Martinito, el del coche-manga; ni la sonrisa reticente de Carrasco; ni la ostentosa manera de apretarse el nudo de la corbata de Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios; ni los reprimidos bostezos de don

Cástor, el jefe de negociado; ni el flash del fotógrafo ametrallándole a quemarropa; ni, tan siquiera, los golpecitos impertinentes que el señor alcalde propinaba en la arista de la mesa con el pequeño envoltorio que había extraído del bolsillo de la americana. Y el viejo porfió que hoy día los jóvenes consideraban el trabajo como una maldición y que un buen funcionario se manifiesta antes en el asueto que en el servicio y que el día que él le mostró a su señora los nuevos escobillones de brezo lo hacía con un entusiasmo tan sincero como si le mostrase…

El señor alcalde desenvolvió el pequeño paquete y, al concluir, oprimió ruidosamente el papel de la envoltura. El viejo pareció despertar de súbito y posó sus pupilas fatigadas en las manos nerviosas del señor alcalde, y el señor alcalde consultó el reloj y, entonces, el viejo Eloy carraspeó banalmente, se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y dijo que, para terminar, sólo quería decir que él siempre vio en la oficina una prolongación del hogar y en el hogar una prolongación de la oficina y que, al dejar la Corporación, se sentía como si le hubieran puesto los muebles en la calle y que, en lo sucesivo, siempre que divisase el coche-manga, o bien el recoge-perros, o bien el carro-volquete, su corazón se iría tras ellos, porque para él el carro-volquete, o bien el recoge-perros, o bien el coche-manga, eran como su propio ser, y que no quería molestarles más y que había concluido.

El señor alcalde se incorporó con desgana, frenando en flor los desganados aplausos de la concurrencia y, sin dar tiempo a que el viejo plegara el pañuelo que acababa de pasarse por el extremo de la nariz, extrajo del estuche que acababa de desempaquetar una medalla de plata y se la impuso al viejo, al tiempo que decía formulariamente:

—El señor ministro ha considerado que su abnegación durante cincuenta y tres años ininterrumpidos de servicio le hace acreedor a esta distinción que yo le impongo en su nombre.

Le propinó una palmadita en la espalda, sonrió acremente, unió sus manos tres veces sin efusión, consultó de nuevo su reloj de pulsera y dijo confidencialmente al viejo: «Ha sido un acto sencillamente conmovedor».

Todos se pusieron en pie y el viejo, que se disponía a agradecer la recompensa, se conformó con sonreír y asentir dos veces con la cabeza. El señor alcalde se colocó apresuradamente el gabán, el sombrero y los guantes y, al momento, todos le imitaron. En la puerta, Martinito, el del coche-manga, le palmeó los hombros al viejo Eloy y le guiñó un ojo: «Que la duerma usted bien, don Eloy», dijo. Y todos rieron. Y entonces, se aproximó Pérez Ballester, el auxiliar de Arbitrios, y dijo: «Que descanse; bien a gusto se habrá quedado usted». Y el viejo asentía sonriente y se dejaba estrujar pasivamente sus azuladas manos temblonas, y así desfilaron todos y, finalmente,

Carrasco le abrazó con burdos aspavientos y le dijo: «Resumiendo, viejo, que tú te quedas sin plaza como yo me quedé sin padre». Y rompió en una carcajada, pero ya el grupo se disgregaba y volvió a descender sobre el viejo el frío, un frío extraño que le nacía dentro del cuerpo y se ramificaba luego por las venas y los músculos y los nervios para escapar a la noche a través de la piel. Se cerró la bufanda y carraspeó y el foco de la calle arrancó de la puntita de su nariz unos vivos destellos. Una fina neblina, aún sin cuajar, ascendía del cauce del río y el fondo de la calleja era como un tabique brumoso. Oyó las pisadas de sus compañeros perderse en la distancia y cuando Mauro Gil le oprimió el brazo por detrás volvió la cabeza sobresaltado:

—¡Ah, es usted! —dijo sonriente.

—El acto ha resultado simpático. Le felicito por su discurso, don Eloy —dijo Mauro Gil.

—Vaya —dijo el viejo, y añadió tras una tímida sonrisa—: ¿Cree usted… cree usted, de verdad, que estuvo bien?

La humedad ablandaba el ruido de sus pasos sobre el asfalto.

—Estuvo bien, ya lo creo —agregó Mauro Gil—. En casos así, lo oportuno es dejar hablar al corazón. Usted dejó hablar al corazón, don Eloy, y todo resultó bien. Es decir, todo resultó bien menos la metedura de pata de Martinito. Nunca debieron dejar venir a esa gente.

El viejo Eloy alzó el cuello del gabán para ocultar su satisfacción. Se sentía íntimamente halagado, como un niño que acabara de ser objeto de una mención honorífica. Dijo, de pronto, deteniéndose, tocando levemente en un brazo a Mauro Gil:

—Es posible que bebiera demasiado, pero yo traté de hablar con el corazón. Otra cosa no, pero yo creo que lo que dije es cierto porque hablé con el corazón, eso es.

Observaba a Gil con concentrada insistencia y Gil reinició la marcha tratando de arrastrar al viejo en pos de sí, pero el viejo Eloy, apenas avanzó unos pasos, tornó a detenerse y a mirar a Gil y dijo de súbito:

—¿Sabe usted lo que decía mi amigo Vázquez allá por el año treinta, y mire que ya ha llovido?

—¿Qué? —dijo Gil.

El viejo carraspeó:

—Vázquez decía que el retiro es la antesala del otro mundo, ¿qué le parece?

Mauro Gil se impacientaba. De nuevo trató de reanudar la marcha, mas la leve presión de la mano del viejo en su antebrazo le obligó a detenerse. Contempló sus ojos gastados:

—¡Bobadas! —dijo. Mas como el rostro del viejo vacilase, añadió con calor—: ¡Tonterías!

El viejo Eloy pareció animarse:

—Eso pienso yo. El mismo Vázquez se fue sin guardar antesala. Y ya ve usted, mi hijo Goyito, el segundo, a los veintidós.

Eran como dos sombras espectrales entre la bruma, erguidos en la plaza solitaria. El viejo constató que algo insidioso le reptaba por la garganta y, al fin, confesó:

—Puede que Vázquez exagerase —dijo—, pero de todas maneras a mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar, eso es.

Había en sus pupilas estremecidas un transfondo de complacencia. Añadió con un hilo de voz:

—Quedan cinco hojas.

Se dejó arrastrar por Gil, que le había tomado de un brazo. El viejo Eloy se movía a trompicones, ofreciendo una resistencia instintiva, mas cuando iba a insistir en su punto de vista, Gil le cubrió con sus palabras:

—Bobadas. Hoy un hombre a los setenta no es un viejo, métaselo en la cabeza, don Eloy. La ley dijo setenta como pudo decir noventa. El retiro es un premio. Hoy un hombre a los setenta no es un viejo. Usted ahora podrá dedicar su tiempo a lo que le plazca; a sacar fotografías, por ejemplo.

Mientras brincaba sobre el pavimento, el viejo Eloy observaba de reojo a su compañero cuya piel cetrina, debido, sin duda, a la tirantez muscular de la vigilia y a la luz mortecina de los focos, asumía una apariencia cadavérica. La presión de la mano de Gil era cada vez más firme en su antebrazo. Ante el portal de su casa cedió y el viejo Eloy aprovechó el momento para restregarse blandamente la nariz con el pañuelo. La idea de encerrarse a solas en su habitación le producía pavor. Dijo para ganar tiempo, tercamente:

—Quedan cinco hojas, Gil, convénzase.

Las llaves tintineaban en sus manos temblonas. Entonces Gil, para reanimarle, le tomó por los hombros y dijo:

—Ganas de hablar. Después de dormir pensará usted de otra manera. Es la cena y el vino y la medalla y todo. Que usted descanse, don Eloy.

Mas no había llegado a la esquina cuando sintió pasos tras de sí. El viejo Eloy trotaba torpemente por la calle en penumbra y al llegar a su altura jadeaba penosamente y le sonreía como pidiendo indulgencia. Guardó las llaves en el bolsillo y dijo anhelante:

—Si no le importa, Gil, ahora le acompañaré yo a usted. He cenado demasiado. Me vendrá bien dar un paseo, creo yo.

En la casa, del siglo pasado, se abría verticalmente un patio de luces de aspecto siniestro al que las voces y risas espontáneas de las chicas de servicio imprimían una alegre vivacidad. Para la Desi, la muchacha, aquel patio constituía una importante razón de existir. Diariamente pasaba varias horas acodada en el hierro del balcón, charlando con sus compañeras. Esto solía acontecer por las tardes, cuando el viejo salía de paseo con su amigo, el señorito Isaías. Y, a veces, la Marce, su amiga, la del tercero, le voceaba: «Vamos, maja, que a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree».

La Marce, su amiga, la del tercero, acostumbraba a meter la nariz donde no le importaba. La Marce, por ejemplo, afirmaba que el viejo estaba lleno de rarezas, pero lo decía con retintín y arrugando el morro como si en lugar de rarezas el viejo estuviera lleno de miseria. Pero la Desi sabía que todo el mundo tiene sus cosas, y la misma Marce, después de dar media docena de vueltas por el andén principal del parque las tardes de los domingos, había de sentarse en el bordillo de la acera, así fuese diciembre, porque tenía los pies planos y los zapatos la lastimaban.

Después de todo, el viejo no estaba más lleno de rarezas que cualquier otro mortal y, por si fuera poco, las rarezas del viejo no trascendían y a la Desi no la quitaban el sueño. Así, el que el viejo fuese friolero y superpusiera a la colcha los pantalones, el chaleco y la americana; o que durmiera con la faja y los calcetines puestos; o que permaneciese arrodillado durante media hora después de las comidas para facilitar la digestión; o que pasara los domingos soleados en el balcón tirando fotografías sin película, o que, en suma, en primavera y verano, madrugase con el alba para hacer de vientre en la espesura del parque, eran cosas que no ofendían a nadie y que a nadie perturbaban. Peor sería que al viejo le diera por pasear descalzo una hora al día por las baldosas humedecidas del cuarto de baño para descongestionar la cabeza, como hacía el señorito de la Tasia, o, simplemente, por salir al café después de cenar como hacía el señorito de la Marce. Claro que el señorito de la Marce no era viudo y ella no se quedaba sola en la casa aunque él marchase por las noches al café. La Desi no hubiera pasado por esto, porque, aunque no era cobarde, desde niña temió la soledad de la noche. De ahí que la víspera encareciera a la Marce que bajase a hacerle compañía porque al señorito le iban a dar el cese y regresaría tarde. La Marce, como de costumbre, no se hizo de rogar, pero como el viejo se retrasara, al fin la dejó sola con el siniestro crujido de los muebles y el acelerado tictac del reloj de la sala.

La Desi no recordaba unas horas como éstas. Entre que era corta de respiración, como decía la Caya, su madrastra, y que se cubrió con las

ropas hasta el pelo, anduvo varias veces a pique de ahogarse. Sin quererlo, la Desi pensaba en la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una tarde de nieve a la entrada del monte, y en el Moisés, el mozo pelirrojo, que se achicharró la cara en el horno de achicoria y durante las noches de ánimas, cuando repicaban las campanas, recorría las calles del pueblo envuelto en una sábana asustando a la gente. Hubo un momento en que la Desi no distinguía el acelerado tictac de su corazón del acelerado tictac del reloj de la sala y entonces pensó gritar pero no lo hizo y, en lugar de eso, se acurrucó en el lecho y empezó a rezar. Llegó a decir doscientas treinta y seis veces «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo», pero cada vez que concluía, volvía a aparecérsele la Adriana, la resinera. Esto se repitió hasta que oyó el llavín del viejo en la cerradura y se quedó plácidamente dormida.

No es que ahora ella le reprochara a la Marce el dejarla sola. La Marce trabajaba como una burra y entre esto y los pies planos terminaba la jornada como unos zorros. Después de todo, la Marce se portó siempre con ella como una hermana, y cuando Eutiquio, el guarda jurado, encontró muerto a su padre en el almorrón y ella le puso cuatro letras, desde el pueblo, la Marce contestó a vuelta de correo e incluso, dos semanas más tarde, en cuanto le mandó razón, salió a buscarla al coche de línea. La Marce era prima de Fifín, o sea su primo hermano, el del molino, y fue la propia Marce quien le buscó acomodo en casa del viejo. Bien mirado, la Marce, modales aparte, siempre se portó con ella como de la familia. Ella le leía las cartas de su hermana, la Silvina, la del Eutropio, y escribía asimismo las respuestas que le dictaba la Desi y cuya gestación se demoraba, en ocasiones, más de una semana. La Marce siempre estaba dispuesta a hacer un favor, ésa es la verdad. Inclusive cuando la Desi llegó del pueblo dos años atrás con un hatillo en la mano, la Marce, que salió al coche a esperarla, le prestó sesenta pesetas para que adquiriese a toda prisa una maleta y no se presentase donde el viejo como una cualquiera.

De otro lado, la Marce sabía de Manuel tanto como ella. Por el patio de luces seguían diciendo Manuel, en cristiano, aunque en el pueblo nadie lo conociera ya por tal nombre. El Picaza dejó de llamarse Manuel cuando, a los seis años, amaestró una urraca que había atrapado en la ribera del río. La Silvina, su hermana, la del Eutropio, le decía en su última que el Picaza vendría a la mili para febrero a todo tardar, y cuando la Desi lo comentó con la Marce por el patio, terció la pingo de la Tasia, la del principal, diciendo que se sentase a esperarle, que de pie se iba a cansar. Entonces la Desi perdió los estribos, se asió crispadamente a los barrotes y voceó con voz inflamada: «¡Calla la boca tú, estropeabarrigas!».

Otras veces, la Tasia le decía por el patio que lo que ella pretendía era heredar al viejo. En realidad, la Tasia era un pingo y la Desi había vaticinado que de casarse subiría al altar con berretes. La Tasia disfrutaba de una fama turbia en la vecindad. Las más piadosas aseguraban que había abortado dos veces, pero la Marce, que no se llevaba mal con ella, afirmaba que la Tasia reglaba con coágulos y ésa era una desgracia lo mismo que el nacer coja. La Tasia no decía que sí ni que no; se dejaba querer. Todo lo más se reía o decía: «Porque puedo; anda ésta».

No; la Desi conocía muchas chicas y ninguna, a pesar de su talante, como la Marce. Sin duda, la Marce tenía sus flaquezas como el viejo y como la Caya, su madrastra, y como todo hijo de vecino, pero la Desi la disculpaba. Únicamente le mortificaba que la Marce, si la contradecía, le dijese con desprecio que era más bruta que la pila de un pozo. Eso le dolía en lo vivo, como le dolió, la noche antes, que la Marce le dijese de la colcha nueva que la clase no le parecía una cosa del otro jueves, ya que la Marce decía esto despechada, porque su salario era mayor que el de la Desi y nunca le alcanzaba para cosas de algún provecho.

A menudo, la Marce le decía:

—Tú ganarás dos reales, maja, pero bien los luces.

La Desi, en efecto, juntaba cosas para el día de mañana. En menos de dos años había reunido, además de la colcha, dos mudas, dos toallas, tres sábanas y la maleta. Y cuando la noche última extendió la colcha sobre la cama y la Marce la palpó y le dijo que la clase no le parecía cosa del otro jueves, estuvo a punto de saltar. Pero la Marce detentaba una autoridad sobre ella por el hecho de saber leer y escribir, de controlar su correspondencia y de llevar diez años en la ciudad. Por todo ello la Desi se comió el despecho, aunque, sin poderlo remediar, se quedó extasiada ante el suave tono azul de la colcha y confesó tímidamente:

—Es para la noche aquella.

—¿Con el Picaza?

Irguió la cabeza desafiante:

—¿Con qué otro había de ser?

—¿Y la Matilde, maja?

—Esa para el gato. De que el Picaza venga a la mili ni se vuelve a acordar de ella, ya ves.

La Marce se recostó en el catre sujetando su blanca y carnosa rodilla con los dedos entrelazados. Entornó sus ojos acuosos, que eran como dos fragmentos de sifón mal encajados, y dijo:

—Para la noche aquella yo me mercaré un camisón trasparente como el de mi señorita.

La Desi se santiguó:

—¡Serás capaz!

—Anda, maja, ¿de dónde sales?

—Eso es muy indecente.

La Marce soltó una risotada:

—¡Mira ésta! En la noche aquella ya no hay decente ni indecente.

Más tarde conversaron sobre Argimiro, el cabo primero que estaba tras de la Marce; de la Tasia, del Picaza y de *El derecho de nacer*. Y si la Marce se subió antes de que el viejo regresara fue, sencillamente, porque, entre unas cosas y otras, la mujer ya no podía con los zancajos. Los domingos, en el paseo, le ocurría lo mismo; si no se sentaba, reventaba. Pero todo esto, y aun sus desplantes, lo sobrellevaba mejor la Desi que si la Marce la tomaba con el viejo y empezaba con que si estaba lleno de rarezas y con que si era un tío roñoso y que si tal y que si cual.

Bien mirado, la Desi no ignoraba que en otras casas daban más, pero ella tenía conciencia de su libertad y la valoraba. Además, el viejo podía pecar de cualquier cosa menos de roñoso. Ocurría, simplemente, que donde no hay no se puede sacar. Así se lo repetía a la Marce por el patio de luces, pero habían de cambiar de conversación porque la Tasia metía la cuchara y voceaba: «Tú lo que quieres es heredar al viejo, pero me parece a mí que estás fresca».

La Desi, la muchacha, podía decir muy alto que no había en la ciudad señorito menos pamplinero que el suyo. A la comida no le ponía reparo y de la limpieza ni se preocupaba. A la mañana no se desayunaba porque decía que el estómago es la víscera que más tarda en despertar y era malo sorprenderla. Por eso la Desi la gozaba si la Marce le decía: «Estoy negra, maja; hoy me han armado una fregadera del demonio». A ella jamás le armaban una fregadera del demonio y además, mientras trajinaba, podía cantar a voz en cuello sin fastidiar a nadie. Ella cobraría cuarenta duros, pero disfrutaba de unos privilegios de que otras carecían. Por lo demás, la Desi no era tragona y había noches en que, por no tomarse el trabajo de cascar un huevo, se metía en la cama sin cenar.

Últimamente, sin embargo, el viejo había cambiado; no cantaba mientras se afeitaba, ni tiraba fotografías sin película desde el balcón. Además, por si le sobrasen carnes, llevaba una semana sin tomar la leche antes de acostarse. Él le decía: «Los viejos vivimos del aire, hija, no te preocupes». Pero ella le regañaba:

—¿Es que está enfermo?

—No, Desi.

—Si lo está, dígalo.

—No, Desi.

—No empecemos con el no y luego vaya a resultar que sí.

—Que no, Desi.

—Será capaz. ¿Por qué no acaba la leche, entonces?

—No tengo gana, hija, eso es.

—Ande usted enredando, verá qué pantorrillas va a echar.

A la Marce no le contaba nada de esto. La Marce nunca comprendería que ella le tuviera ley al viejo. La Marce no entendería nunca que el afecto entre una mujer y un hombre nace la tercera vez que aquélla le lava a éste los calzoncillos.

La Desi intuía que el afecto dispone de múltiples variantes para manifestarse. Entre el que ella guardaba hacia el Picaza, el que le unía a su hermana la Silvina, la del Eutropio, y el impulso difusamente protector que la inclinaba hacia el viejo había mucha distancia. Y, sin embargo, todos ellos eran afectos.

III

Mientras el viejo Eloy escribía a Leoncito, el chico, en la mesa de la sala, la Desi, la muchacha, con el escobón y la bayeta de la mano, contemplaba extasiada por encima de su hombro cómo la pluma garrapateaba sobre el papel. La tinta fluía sumisamente sobre el pliego y ella, la muchacha, fruncía los párpados, como si el sol la deslumbrase, en un esfuerzo por descifrar aquellos caracteres. Desde niña, las letras la fascinaron. La maravillaba la extraña capacidad del hombre para atrapar las palabras y fijarlas indefinidamente en un papel, con la misma facilidad que don Fidel, el maestro, allá en el pueblo, arrancaba una flor y la prensaba entre las páginas de un libro.

A poco de llegar, la chica le dijo al viejo: «Daría dos dedos de la mano por aprender a leer, ya ve». Entonces el señorito rompió a reír y dijo: «Hija, eso no cuesta dinero». Y se puso a la tarea. Pero la muchacha era roma y de lento discurso y necesitó un año y cinco meses y siete días para dominar el abecedario sin una vacilación. Y una tarde, de pronto, el endiablado mundo de las letras, que ella consideraba definitivamente sometido, se amplió hasta lo inverosímil. Le preguntó recelosa:

—¿Es cierto que esto también es una eme, señorito?

—Claro, Desi —respondió pacientemente el viejo—. La eme mayúscula.

—¿Cómo dijo? —inquirió la chica.

—Ma-yús-cula, hija —repitió el viejo. La muchacha se enojó como si le hubieran jugado una mala pasada:

—¿Y eso qué es, si puede saberse?

Y el señorito le explicó que las mayúsculas eran algo así como los trajes de fiesta de las letras, pero la Desi, la muchacha, porfió que para qué demontre requerían las letras traje de fiesta y él respondió que para escribir palabras importantes como, por ejemplo, «Desi» y, ante esto, la chica se palmeó el muslo sonoramente, como cada vez que reía recio, y dijo:

—No empiece usted con sus pitorreos.

Pero estaba decidida a leer o morir en el empeño y, en los últimos dos meses, el señorito consiguió que deletrease los gruesos y entintados titulares del diario.

Cada tarde le decía: «¿Qué dice aquí, hija?». Ella adelantaba su cerril rostro enrojecido, se mordía la punta de la lengua y, firmemente, sus agrietados labios balbucían: «Fran-co-visi-ta-un-sal-to-de-a-gua-en-Lé-ri-da». Le miraba arrogante y jactanciosa, como si acabara de ejecutar una acción heroica, pero el viejo no le daba tregua para evitar que se enfriase: «¿Y aquí, hija? ¿Qué dice aquí?». La chica bajaba la vista. Enrojecía. Se arrancaba, al cabo, tras una breve vacilación: «Los-ni-e-tos-del-Ca-u-di-llo-pa-sa-dos-por-el-man-to-de-laVir-gen-del-Pi-lar». Al concluir, alzaba de golpe la negra cabeza y soltaba una risotada: «¡Ay, madre, si la Silvina me viera!», decía.

Durante los últimos días, el viejo Eloy, al comprobar los progresos de la muchacha, la inició en los palotes. La chica engarfiaba los bastos dedos sobre el palillero y escribía con pulso débil y tembloteante. Aconsejaba el viejo: «Tira el palo de un trazo, hija». Ella sacudía la cabeza con encono: «¿Se puede saber con qué se come eso?». «¿Cuál, hija?», inquiría él. Ella se enardecía: «¡Concho, cuál!... Lo que acaba de decir». El viejo le explicaba pacientemente y la muchacha se reclinaba de nuevo sobre el papel, mordiéndose la lengua, comprometiendo en su quehacer los cinco sentidos.

Dos semanas atrás le brotó a la Desi una friera en la articulación del dedo índice y apenas podía valerse. Fue entonces cuando el viejo descubrió que estaba mal visto que una chica de servicio usase guantes, que los guantes, como la cartera y los zapatos de tacón, se reservaban para las señoritas y las fulanas. A pesar de todo insistió: «No puedes valerte con esos dedos, hija». Pero la Desi cerró la discusión sin contemplaciones: «Aviada iba una si el jornal fuese para eso», dijo.

Ahora, la Desi observaba embobada por encima de su hombro la docta caligrafía del viejo. Dijo, de súbito, cruzando levemente los ojos:

—Daría dos dedos de la mano por escribir como usted, ya ve.

—¿Ah, eres tú, hija? —extendió la mano sobre los papeles y le alargó el recorte.

La chica analizó detenidamente el grabado. Había pocas cosas que

tuvieran para ella tanto sentido como una fotografía:

—¡Vaya! —dijo al fin—. Bien majo le han sacado a usted, ¿no es cierto?

—Es para el chico —dijo él a modo de aclaración. Y añadió—: Ese que está a mi lado es el señor alcalde.

—¿Este fuerte que chupa del puro?

—Ése.

Soltó una risotada la Desi y se palmeó el muslo:

—No dirá que está de mal año.

Luego, el viejo le leyó la letra menuda y le enseñó la medalla. Notaba en esta comunicación un raro alivio. Había pasado la noche desazonado, no sabía a punto fijo si soñando o pensando, pero en torno suyo se movían las borrosas figuras de Pepe Vázquez, Goyito, su hijo menor, y Lucita, su mujer. Después se le representaron los papeles. Fue un cruel ensañamiento el suyo. Los impresos que rellenara durante más de cincuenta años brotaban relevantes de la oscuridad, lo mismo que las siluetas de Galán y García Hernández que circularon en 1934 por la oficina y que se reproducían en el cielo o en la pared después de contar hasta veinte sin cesar de mirarles la punta de la nariz. Y los impresos decían: «SERVICIO DE LIMPIEZA. Mañana... salió del Parque... Llegó al primer puesto... Salió del último... Portes de basura al vertedero... etc.»; o bien: «PARTE DE TRABAJO correspondiente al día... Barrido... Riego... etc.»; o bien: «INFORME... El que suscribe, capataz de la zona... Debe informar a usted... etc., etc.».

Al despertar le tiraban las sienes y le dolía la cabeza. Comprobó si se le había aflojado la faja, pues solía soñar cuando se le enfriaba el estómago, pero la faja, en contra de lo que esperaba, estaba en su sitio. Hacía más de un año que dormía con ella y los calcetines puestos. La costumbre empezó al presentársele el dilema de qué prenda debía quitarse primero para no enfriarse: si se desprendía de los calcetines se resfriaba los pies; si de la faja, se resfriaba el vientre. Entonces decidió dormir con la faja y los calcetines puestos, e Isaías, su amigo, le dio la razón y le dijo que uno se enfría, no cuando hace frío sino cuando teme que va a enfriarse, porque el enfriamiento no era problema de temperatura sino, como todas las cosas, problema de sugestión.

El viejo Eloy, al verse perdido en la sala en la primera mañana de jubilado, pensó en Isaías. También pensó que el frío nacía en sus huesos, y aunque trató de mitigarlo colocando los pies en la débil franja dorada que se filtraba entre los visillos y, más tarde, al marchar el sol, enfundándolos en una vieja bufanda, todo resultó inútil. Por si fuera poco tampoco su cabeza lograba reaccionar. De joven soñó con la jubilación y ahora, de jubilado, soñaba con la juventud. El tiempo le

sobraba de todas partes como unas ropas demasiado holgadas e imaginó que tal vez sus paseos vespertinos con Isaías terminarían por ceñir las horas a su medida.

Pero los primeros paseos con Isaías después del homenaje tampoco resolvieron nada. De un tiempo a esta parte Isaías se volvía egoísta y tan sólo pensaba en rebasar los ciento y en su vientre perezoso y en las muchachitas que cruzaban su campo visual. El viejo Eloy le confió la primera tarde: «¿Sabes, Isa? Me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar», pero Isaías no le hizo caso y le mostró, apuntándola impertinentemente con el bastón, una muchacha que taconeaba a su lado. Dijo: «Atiende, atiende ¡vaya ejemplar! No había de éstos en nuestra época». Al viejo Eloy se le iluminaron tenuemente los ojos y dijo dolido: «La Paquita Ordóñez no era nadie, claro». «¡Ah!, bueno», dijo Isaías y, sin cesar de mirar a la muchacha, dibujó a la Paquita Ordóñez en el aire con la contera de su bastón. El viejo Eloy volvió a la carga y le apuntó que Pepín Vázquez bebía los vientos por la Paquita Ordóñez y que recordara que Pepín Vázquez decía en 1930 que la jubilación era la antesala de la muerte, pero Isaías sonrió ostentosamente, mostrando sus tres dientes de oro, y dijo que Pepín Vázquez fue toda su vida un neurótico y que recordara él, a su vez, que, en sus depresiones, Vázquez migaba coco en el estanque del parque para envenenar a los peces de colores.

El viejo Eloy regresó insatisfecho, transido de un frío extraño. En las tardes siguientes no encontró en Isaías mayor apoyo. Isaías sonreía siempre porque no se consideraba viejo y decía fustigando el aire con su bastoncito: «Andando poquito a poco». Pero jamás descendía donde el viejo Eloy quería que descendiese. Por las mañanas el viejo Eloy tampoco conseguía equilibrarse. Tras la carta a Leoncito comprendió que nada le quedaba por hacer en la vida. Pasó tres días ordenando anacrónicas fotografías y pegándolas en un viejo álbum. Era una tarea lenta porque en torno a cada retrato el viejo Eloy recomponía prolijos recuerdos. De vez en cuando se interrumpía y se pasaba el pañuelo por la punta de la nariz. Hacía frío o lo criaba él, lo cierto es que el poco sol de la ventana o la bufanda arrebujada a sus pies no le servían de nada. De vez en cuando se llegaba a la cocina para dar una orden a la Desi y, en esos casos, la vaharada cálida de la pieza lo reconfortaba. También lo reconfortaba la voz llena de la muchacha, su avidez por aprender cosas elementales.

Al viejo Eloy no se le ocultaba que la Desi era una buena chica, aunque, como cada hijo de vecino, también tuviera sus rarezas. La Desi, por ejemplo, ofrecía al buen tuntún dos dedos de la mano derecha por aprender a escribir, siendo así que con tres dedos le sería mucho más difícil conseguir lo que no pudo lograr con cinco. Esto era una simpleza, como lo era, asimismo, imaginar que los guantes no

eran prenda apropiada para una chica de servicio; que los guantes, como los zapatos de tacón y la cartera, sólo estaban bien vistos en las señoritas y las fulanas. Ésta era otra rareza, como lo era igualmente su manía de llenarse la cabeza de pinzas los miércoles y los sábados o la de tratarse el oído lastimado a sopapo limpio. Pero el viejo Eloy la disculpaba. No ignoraba que había otras chicas que rinden más pero no faltaban las que rinden menos y, por añadidura, carecían de la brusquedad protectora y de la buena conformidad de la Desi.

Dos años atrás, el viejo Eloy pasó tres malos meses. El servicio doméstico andaba en baja y su casa no era golosa porque no ofrecía porvenir. Al fin, una mañana se presentó la Desi con el rostro congestionado, los cabellos adheridos a la frente, formando cuerpo con sus cejas, vacilando al compás de la maleta y le preguntó si era allí donde necesitaban chica y que la Marce daba la cara por ella. «¿La Marce?», preguntó el viejo. «La del tercero —dijo la chica—. Lleva tres años en la casa y es de fiar.» El viejo la invitó a pasar y la Desi se agachó para tomar la maleta, pero recordó de repente las instrucciones de la Marce y se incorporó y le preguntó a bocajarro por el jornal y las salidas. El viejo Eloy se desconcertó y, aunque pensaba dar treinta duros, le dijo: «¿Qué le parecen, hija, treinta y cinco duros y mantenida? Tocante a salidas aquí se acostumbra los jueves y los domingos pero, si usted necesita otro día, por eso no vamos a regañar». La muchacha esbozó una sonrisa cerril y frunció luego la frente y, finalmente, volvió a sonreír y dijo que bastaba porque, aunque le estuviera mal el decirlo, ella no suspiraba por la calle ni era bailona. Así llegaron a un acuerdo el viejo y la muchacha. Después la chica se mostró dócil y servicial y en premio a su disposición y a su buena voluntad el señorito le subió cinco duros para mayo haría un año.

La revisión de las viejas fotografías no satisfizo al viejo como había imaginado. La sala, por otra parte, era demasiado amplia y destartalada y el frío le mordía los pies. Había momentos en que el viejo Eloy se sentía como entumecido por dentro y por fuera, incapaz de pensar o de tomar una decisión. En esos casos veía abrirse ante sus ojos un abismo y había de sujetarse el estómago con ambos brazos para dominar el vértigo. Empezó a desconfiar de sí y una mañana, siete días después de su despedida, con la disculpa de mostrarle a la Desi una fotografía de Goyito vestido de marinero, se presentó en la cocina y la chica preguntó si era el difunto, y él asintió, y ella agregó que la Virgen lo tuviera en gloria y que se le daba un aire, y él respondió que era la primera vez que oía eso y que Goyito era un trasto de cuidado y que no había diablura que no se le ocurriera a él. Al llegar a este punto arrimó al fuego el taburete, se sentó en él y tomó posesión de la cocina.

Al principio, la chica lo extrañaba. Decía desabridamente: «Venga, ahueque». O, si acaso: «Usted siempre en medio como el miércoles». O, si acaso: «¿Se puede saber qué se le ha perdido a usted aquí?». Pero el señorito se hacía el roncero y la muchacha terminó por habituarse, de forma que a los tres días no hubiera acertado a desenvolverse sin el viejo allí a su lado controlando cada uno de sus movimientos.

Por la mañana, al presentarse en la cocina, preguntaba el viejo invariablemente:

—¿Llamó el cartero, hija?

—Ya va para rato.

—¿Y nada?

—Nada.

Se sentaba junto al fogón y observaba en silencio los desplazamientos de la muchacha. Un día la Desi le oyó murmurar entre dientes: «Estará muy ocupado; es mala época ésta».

Dijo entonces la Desi:

—¿De quién está hablando si no es mala pregunta?

—Del chico.

—Siempre anda ocupado su hijo.

—A ver, Desi. Es notario en Madrid.

Le enfocó la chica sus romas pupilas anhelantes:

—¿Y eso qué es?

Él trató de ilustrarla pero la chica desistió de comprenderle. Dijo:

—En Madrid anda la Alfonsina, mi hermana. También es casualidad.

Charlaban amigablemente pero el señorito rara vez ponía interés. A la Desi le dolía, de un tiempo a esta parte, su pasividad. El viejo había de meterse dentro del fuego para reaccionar. Le decía la chica: «¡Otra!, es usted más friolero que un gato agostizo». Él asentía sin palabras. Una mañana, tratando de complacerle, la Desi abrió el tiro pero él saltó como si le hubieran pinchado:

—Cierra, hija, el carbón se va sin sentirlo.

—¡Será capaz! —dijo la Desi—. ¿Es que le quitan el jornal al dejarle cesante?

—En un buen porcentaje, sí.

La chica levantó los hombros malhumorada:

—¿Y eso con qué se come?

—Si antes me daban como ciento ahora me darán como setenta y cinco, eso es.

—¿De duros?

—O de pesetas.

—¿Tanto da duros como pesetas, señorito?

—Entiéndeme, Desi, para explicar lo que es un porcentaje, sí.

—¿Un porcen...? ¿Cómo dijo? ¡También tiene usted cada cacho salida! —dijo ella riendo y golpeándose el muslo con ardor.

El viejo, sentado en el taburete, envuelto en su ajado batín gris, terminaba por enojarse:

—No quieras aprender todo de una vez, hija.

Desde el cese, el señorito estaba como ensimismado. La chica constataba su ensimismamiento en que el viejo no sentía formársele la moquita en la punta de la nariz y ella había de advertirle con frecuencia: «Señorito, el pañuelo». Él, entonces, musitaba un «gracias» inaudible y se limpiaba mecánicamente, un poco azorado. Había veces en que la Desi había de repetírselo tres veces para que él se diese cuenta. Mas, a pesar de su ensimismamiento, la Desi, a estas alturas, no temía ya que el señorito se chalase como el Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado. Lo había temido diez días atrás, cuando el viejo balbució una noche, con mirada absorta, algo de una hoja roja y un librillo de papel de fumar. La Desi se agitó toda y le voceó:

—¡Señorito! ¿Está usted bien?

Él pareció volver en sí:

—Bien, Desi. ¿Por qué voceas así? No soy sordo.

La chica respiró fuerte. Por un momento temió que le aconteciera como al Apolinar. Uno y otro tenían el mismo mirar un si es no es abstraído y amenazante. Así empezó el Apolinar y una noche, al llegar a casa, le dijo a su madre: «Madre, la yegua baya a poco me muerde». A la señora Visi, al verle el mirar, le entró la temblequera: «¿Qué yegua, hijo?», dijo. «Cuál ha de ser, madre, la baya; la que está en la cuadra», respondió él. Pero la señora Visi no tenía ninguna yegua ni ninguna cuadra sino solamente un pollino escuálido y seis pares de conejos. Sin embargo, le llevó la corriente: «Algo la habrás hecho, hijo, el animal es muy dócil». Él prosiguió: «Darle el pienso como cada noche, madre, se lo juro. ¿Qué otra cosa iba a hacerle?». La señora Visi se llegó a la puerta y llamó. Al día siguiente recluyeron al Apolinar. En el pueblo aseguraban que se había trastornado porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción.

Pero lo del señorito había pasado sin más. En los últimos siete días no la volvió a mirar de aquella alterada manera, ni a decir entre dientes cosas sin sentido. De otro lado, la Desi ignoraba que el viejo lo único que ambicionaba era calor. Desde niño el viejo Eloy buscaba instintivamente el calor y desde niño, empujado por un sino tortuoso, se había visto obligado a cambiar de calor como de camisa.

De todos modos, nada hubiera cambiado en la historia de la Desi sin la terrible riada del 52. Pero debía de estar escrito.

El viejo Eloy le decía cada mañana:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—¿Otra vez? —decía la chica—. ¡Cómo habrá que decirle las cosas!

—Perdona, hija; lo había olvidado.

El viejo se acercaba al fogón y extendía sus azuladas manos sobre la chapa:

—Hace bueno aquí.

La chica tomaba el gancho de la lumbre y escarbaba las brasas de la rejilla. Al viejo le brillaban intermitentemente los agujeritos de la nariz. El fuego se enfurecía. Advertía él:

—Ojo, Desi; cierra el tiro. El carbón se va sin sentirlo.

La muchacha se plantaba ante él; sus manos hinchadas y cortas descansaban sobre el vientre como sapos.

—Será capaz.

Decía el viejo:

—No bromeo, hija.

También la Caya, su madrastra, cuando Eutiquio, el guarda jurado, descubrió el cadáver de su padre en el almorrón, les decía: «Ahora, ya lo sabéis, a poner el hombro y a ayunar». Y también su hermana, la Alfonsina, aguardaba con impaciencia carta de la Valen cuando decidió ponerse a servir en Madrid. Y preguntaba cada día: «¿No tuve carta?». Y respondía la Caya: «¿Quién va a escribirte a ti, hocicos de rata?». Mas, al fin, la Alfonsina recibió carta de la Valen desde Madrid y le decía: «Aquí cobra una doble jornal y tiene donde gastarlo». Entonces la Alfonsina decidió marchar a Madrid, pero la Desi, que era la más sensitiva de las hermanas, se quedó en la ciudad porque la oprimían los viajes y porque le faltaba coraje para separarse tantas leguas del Picaza.

Todo esto aconteció después de la riada del 52 y, bien mirado, sin la terrible riada del 52 nada hubiera cambiado en la historia de la Desi. Pero debía de estar escrito. Y ahora, cuando el viejo entraba en la cocina cada mañana, envuelto en su ajado batín gris, e inquiría: «¿Llamó el cartero, Desi?», la chica se esforzaba en pensar en la Caya, su madrastra, y en su oscura autoridad para percatarse de que había cosas peores en la vida que la tozudez del viejo y armarse de paciencia y no darle una mala contestación. A la Desi, la muchacha, sólo de imaginarse bajo la arbitraria potestad de la Caya, su madrastra, se le abrían las carnes.

Por contra, le placía recordar sus paseos vespertinos con el Picaza, cuando, sentados en la cuneta, o recostados en la paja de la era, entre dos luces, éste la cantaba a media voz *El relicario* y *Por qué tengo penas*.

A la Desi le decía don Fidel, el maestro, que el Picaza tenía una hermosa voz pero en cambio le faltaba oído. Ella se reía recio y se palmeaba el muslo cada vez que lo comentaba con la Alfonsina y le decía: «Ya ves tú qué tendrá que ver una cosa con la otra. El tío Fideo anda de la chaveta». Y don Jerónimo, el párroco, consciente asimismo de la hermosa voz del Picaza, cerró un trato con él para que le ilustrase las primeras comuniones, las bodas, los funerales y los entierros. El funeral de primera era el Picaza. Y el entierro de lujo y la boda de postín eran, asimismo, el Picaza. El muchacho, de este modo, disponía de unos ingresos extra para llevar a la novia al cine o a bailar. Mas la Caya le dijo un día a la Desi: «En la plaza lo que quieras, pero si te veo bailar otra vez donde el cocherón te muelo los huesos».

Don Jerónimo, el párroco, era de la misma opinión y en misa y en los novenarios se hartaba de vocear desde el púlpito, moviendo los brazos como si fueran aspas, que el mejor destino del cocherón sería quemarlo. Al hablar de estos asuntos, que él decía «de la lujuria», se exaltaba mucho y le nacía una espuma blanca en las comisuras de la boca y en los aledaños del púlpito caía una lluvia menuda e incesante. Pero don Ulpiano, el dueño, no estaba por la labor. De esta manera le sacaba una renta al cocherón mucho más sustanciosa que cuando Marciano, el de la fábrica, y Tomás, el del estanco, cobijaban sus camiones allí. Y le decía al párroco: «Hay que desengañarse, señor cura; hoy lo que renta es la alegría». Y don Jerónimo, el párroco, le reconvenía reservadamente y le instaba a pensar en el alma, pero don Ulpiano reía y enseñaba, al reírse, hasta el estómago y le decía: «El alma no come, padre», y don Jerónimo se descomponía entonces, levantaba una tremenda mano de pelotari como si fuera a golpearle y, finalmente, la dejaba caer, sin usarla, sobre la polvorienta sotana.

Luego la Culohueco, el ama, iba diciendo por todas partes que el señor cura, por las noches, lloraba sangre, y una vez hasta enseñó a las comadres la funda de la almohada en el lavadero y en realidad estaba manchada de rojo, pero el Picaza, que con los menesteres del canto andaba siempre a la vera del párroco, aclaró que, sin quitarle mérito al señor cura, él le había visto sangrar por la nariz cada vez que se mangaba un catarro.

Y, en vista de ello, la Desi y el Picaza frecuentaban el cocherón. La advertencia de la Caya no bastó para disuadir a la chica. Ella barruntaba que la Caya la aborrecía a ella y a sus hermanas, porque el Marcos, su único hijo, le salió inocente, tal vez porque cuando se casó con su padre ella ya había cumplido los cuarenta y cuatro. El Marcos, pues, a más de inocente, era un fruto tardío, y la Caya no les perdonaba a ella ni a sus hermanas que fueran despabiladas ni que el Galo, su marido, la dejara para plato de segunda mesa. A las vecinas solía decirles: «Sabe Dios lo que el Galo vería en la perro de mi

hermana».

La Desi y sus hermanas nunca aceptaron de grado este apaño. Al Galo le decían los amigos en la taberna: «¿No tuviste bastante con una Rufa que ahora vas por la hermana?». Y el Galo, a quien ninguna cosa de este mundo importunaba porque tenía la sangre espesa, asentía: «Es un remiendo de la misma tela». Pero ella, la Caya, no le dejaba quieto desde el día de la boda: «¿A qué ton tus hijas me dicen Caya? Diles que me digan madre». Él decía, sin la menor convicción: «¿Oísteis? Decidla madre». Pero ellas seguían diciéndole Caya y sacándole a relucir los trapos sucios y ella las golpeaba al menor motivo y, muchas veces, sin tomarse el trabajo de buscarlo.

De todos modos nada hubiera cambiado en la historia de la Desi sin la terrible riada del 52. En puridad, nada de lo de la riada iba con ella, pero Marcos, su mediohermano, que era inocente, se puso a vocear en la punta del teso:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y los hombres lo miraban torcidamente porque era el agua la causa de su infortunio. Y el río, que era un lánguido reguero con el cauce cubierto de espadañas durante once meses del año, se hinchaba, como si lo preñaran, cada primavera, y aquel año se hinchó tanto que se extendió por la hondonada como un mar y ellos, desde el cerro, no divisaban sus límites, ni su principio ni su fin, y apenas emergían del agua, con la torre de la iglesia y el nido de la cigüeña, cuatro tejados alabeados a punto de desplomarse. Y, sin embargo, Marcos, el Tonto, no hacía más que vocear, escrutando el cielo:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y en el corazón de los labriegos se iba cociendo un odio explosivo porque la lluvia había sido su desgracia. Y Práxedes, el Raposo, le dijo al fin a la Caya:

—Dile al chico que calle la boca; si no, no respondo.

La Caya se puso como una furia:

—¿Qué culpa tiene el pobrecito? Bastante desgracia lleva con ser inocente. ¡Vamos, digo yo!

Y don Jerónimo, el párroco, que con su palidez y su alta y rígida silueta y el barro de la sotana parecía un desenterrado, los instaba a hincarse de rodillas y rogar a Dios que las aguas remitieran y aseguraba que la inundación era un castigo del cielo por los innumerables pecados que se cometían los domingos y festivos en el cocherón. Mas, como a don Ulpiano le sorprendió la riada en la ciudad donde había ido por un neumático para el tractor, don Jerónimo no podía irritarse contra nadie en concreto y decía las cosas mansa, resignadamente, sin que le naciera la espuma en los extremos de la boca.

Pero Marcos, el Tonto, proseguía obstinadamente:

—¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!

Y el grupo oscuro, con los cuatro enseres salvados de la riada apilados en el teso, iba perdiendo el control de los nervios, y si algún rapaz se levantaba chillando espontáneamente: «¡Mira, la cabra del señor Poli!», señalando un bulto hinchado como una vejiga navegando sin rumbo por la bruñida superficie, surgía de alguna parte un brazo poderoso que lo sentaba de un manotazo cruel. Tan sólo el Marcos parecía disfrutar allí de una bula, pero Práxedes, el Raposo, se desquiciaba por momentos y cuando las aguas turbulentas arrancaron del corral su vaca tudanca y ésta fue avanzando, turgente como un globo, a compás de la corriente hasta detenerse, aprisionada entre las ramas más altas de la nogala, a veinte metros del teso, Práxedes, el Raposo, empezó a golpearse la cabeza con una piedra y a blasfemar entre dientes y cada vez que miraba a la vaca se convulsionaba como un poseído y cuando el Marcos dijo otra vez a voz en cuello: «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!», el Raposo se volvió a la Caya fuera de sí:

—¡Cállale o le callo yo!

Mas como nadie hiciera ademán, el Raposo se incorporó con toda su santa cachaza, agarró una horca que tenía a mano y la hundió tres veces en el vientre del muchacho mientras voceaba riendo a carcajadas: «Así aprenderá».

No es que la Desi le diera la razón al Raposo ni se la quitara. Tampoco se la daba ni se la quitaba a Marcos, su medio-hermano, que, a fin de cuentas, era inocente. La culpa era de la Caya por alumbrarlo a destiempo y de su padre por binar con una mujer así. Y el hecho de que el Práxedes ingresara en la cárcel, y de que las aguas remitiesen al fin, y de que la vida volviese a latir sobre el pueblo, no resolvió nada. La Caya, con la desgracia, se puso de los nervios y se pasaba el tiempo acariciando una de las botas que calzaba el Marcos el día de la riada. Y si topaba con el Galo, a quien la desgracia no pareció afectar porque tenía la sangre espesa, le decía sollozando, con unos sollozos que más parecían balidos:

—¡Ay, qué hijo tan majo has perdido!

Y si en lugar del Galo era cualquiera de las chicas, la Caya balaba también y decía:

—¡Ay, qué hermano tan majo has perdido!

Un día a la Desi la cogió de mal temple y se revolvió:

—Un mediohermano y para eso tonto de nacimiento.

Entonces la Caya le sacudió tal bofetada que la chica permaneció cinco minutos privada junto al hogar. Desde entonces, cada vez que se iniciaba un invierno el oído derecho empezaba a zumbarle y a

manarle y la chica se quedaba sorda de medio lado hasta la próxima primavera. No obstante, la Desi soportaba el desvarío de la Caya, hasta que una tarde, tres meses después, Eutiquio, el guarda jurado, encontró al Galo ahogado en el almorrón. De primeras, la gente del pueblo empezó a hablar de suicidio, pero don Federico, el doctor, certificó que no, que simplemente el Galo se había privado al ir a beber porque su sangre era ya tan espesa que no podía correrle por las venas; que era talmente como cuando la acequia se aterraba y el agua no fluía.

Entonces empezó la desbandada. La Doro, la mayor, se casó con el Antonio y se fue a vivir a La Parrilla. La Silvina, la tercera, anunció su compromiso con el Eutropio, que tenía una buena hacienda del otro lado del río, para el otoño, pero la Caya se plantó y dijo que mientras no cumplieran la mayoría allí no habría más bodas. El Eutropio, entonces, tiró por la calle del medio, sacó anticipada a la Silvina y la Caya, a trancas y barrancas, accedió a que les echaran las bendiciones. La Candi, la segunda, se largó un día del pueblo sin dejar rastro y la Desi empezó a planear con la Alfonsina la manera de ponerse a servir. A la Alfonsina la encandilaba Madrid porque la Valen le escribió al fin y le decía: «Aquí cobra una doble jornal y tiene donde gastarlo». Pero a la Desi, que era la más sensitiva de las hermanas, le escocía alejarse tantas leguas del Picaza y entonces decidió quedarse en la ciudad y le puso cuatro letras a la Marce, que se portó con ella como una hermana, le contestó a vuelta de correo y salió al coche a recibirla y aún le prestó sesenta pesetas para que no se presentase donde el viejo sin maleta, como una cualquiera.

La Desi, la muchacha, cada vez que evocaba su pasado se sofocaba y le dolía el oído y los pelos se adherían a la frente y formaban un solo cuerpo con las cejas. Pero, inevitablemente, sonreía, se encaraba con el viejo, levantaba los brazos como si fuera a volar y los dejaba caer después sobre los costados en ademán de impotencia:

—Y aquí estoy porque he venido —decía.

El viejo, que mientras la Desi hablaba se dejaba arrullar por su voz inflamada y permanecía con los párpados entornados, como si dormitase, abría perezosamente un ojo y decía un poco sobresaltado:

—¿Y qué fue de ese muchacho?

—¿Qué muchacho?

—El Zorro, hija, el de la horca.

La chica se propinaba un sonoro palmetazo en el muslo y su rostro, de ordinario obstinado y cerril, se abría en una fulgurante risotada:

—¡Qué Zorro ni qué demontre! El Raposo querrá usted decir.

—Eso, hija, el Raposo.

—Lo empapelaron. Pero no es ningún muchacho, no se crea. Ese no

cumple los treinta, ya ve.

El viejo suspiraba:

—¿Y aún sigue encerrado?

—La Silvina dice que para Pascua lo soltarán. El abogado dijo que estaba de la cabeza por lo de la vaca. Ya ve usted; los abogados enseguida lo arreglan todo.

—Eso.

Y la helada, fuera, entumecía los plátanos y hacía brillar los tejados y ponía sordina en las calles y plazas de la pequeña ciudad; y cuando la Desi, la muchacha, iniciaba una nueva historia, el viejo se dejaba mecer por su voz, extraía lentamente el pañuelo del bolsillo del batín, se limpiaba mecánicamente la punta de la nariz y, por último, cruzaba los débiles brazos sobre el estómago en ademán protector y entornaba suavemente los párpados como si dormitase.

V

Arrullado por la crepitación de la lumbre en el hogar, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia. La Antonia fue su primer calor, pues a su padre no llegó a conocerlo y de su madre no guardaba una idea exacta. En cuanto a su hermana Elena, con quien vivió unos años, era despegada, áspera y fría como un reptil. El viejo Eloy, como el Marcos, el medio-hermano de la Desi, fue un fruto tardío y precisamente vino a nacer el mismo día que enterraron a su padre, coincidencia que indujo a algún chusco a decir en el Círculo que don Eloy Núñez había muerto de parto. Sin embargo, la realidad era que don Eloy Núñez falleció del cólera morbo y, casualmente, al día siguiente de ser recibido el doctor Ferrán en el Congreso por los señores Castelar, Sagasta, Martos y Moret. La víspera, el señor Cánovas manifestó al doctor Ferrán que el Gabinete tomaba en consideración sus esfuerzos para librar a la Humanidad del terrible azote del cólera y había dispuesto dietarle con cien pesetas diarias para ayudarle en su tarea. Pero, a pesar de las dietas, don Eloy Núñez falleció del cólera morbo a la tarde siguiente y, al decir de la Antonia, lo enterraron con pellejo y todo.

Don Quintín Magro, el magistrado, recordó la anécdota en el entierro: «Ahora que el Congreso dieta a Ferrán por su triunfo sobre el cólera —dijo—; también es fatalidad». Entonces Clemente Cid, el de la Peletería Hispanoamericana, se llegó a él reservadamente y le dijo: «¿No sabe lo de Tortosa?». Al instante se formó un corro en torno al peletero y éste añadió: «Ferrán dice que va a Tortosa a ayudar a sus paisanos, pero sé de buena tinta que se larga porque su potingue no sirve». Fuera una cosa u otra, a don Eloy Núñez, el padre del viejo, se

le acabó la cuerda en 1885 y, como decía la Antonia, lo enterraron con pellejo y todo.

El viejo Eloy le decía a la Desi:

—Ya ves, hija, no tenía yo una hora y mi padre de cuerpo presente. Lo que se dice ni conocerlo.

Los ojos sin pestañas de la muchacha se ensombrecían:

—Eso se llama tener la negra.

—Más o menos me sucedió lo que al rey.

—¿El rey?

—¿No sabes quién era el rey, hija?

Ella rompía a reír, recelosa:

—Con usted nunca sabe una cuándo habla en serio ni cuándo se pitorrea.

—No me pitorreo, hija. El rey era algo así como el amo del país. Mandaba en todas las cosas y decía: «Esto aquí y esto allá». «Esto me gusta y esto no me gusta.» Y todos de cabeza a obedecerle.

La chica le escuchaba boquiabierta:

—¡Madre, ya sería rico! —decía.

—Figúrate, hija, lo que quisiera; pero, lo que son las cosas, en cambio no tenía padre.

La Desi vacilaba; no sabía si enfadarse o reír:

—No empiece —dijo, al fin—. Padre lo tiene hasta el más pobre.

—Pues el rey, hija, no lo tenía, así son las cosas. Murió cinco meses antes de nacer él y cuando nació lo arroparon ya con pañales negros. ¿Qué te parece?

La Antonia estaba al tanto de las desavenencias del matrimonio e incluso cada noche depositaba secretamente unas viandas en el aparador, pues desde que empezaron los disgustos, Elena, la hermana del viejo, se jactaba de no comer. Por su parte, el viejo Eloy, que entonces no era sino una breve y delicada criatura, hacía la vida en la cocina, con la Antonia, y la Antonia, para distraerle, le decía a cada rato: «¿Qué quieres que te cuente hoy, caraguapa?». Y el niño respondía: «Lo de la Emabó, Antonia».

—¿Conoces la historia de la Emma Abbot, hija? —le dijo una mañana el viejo a la Desi, observando los tejados engarabitados por la escarcha y las chimeneas alentando penosamente contra el cielo plomizo.

—De qué, señorito —dijo la chica expectante—. Una se pasa la vida en el pueblo y ya sabe usted lo que son los pueblos.

Entonces el viejo Eloy la explicó que la Emma Abbot, la primadona, era una cantante hermosísima y cuando murió solamente en vestidos dejó una fortuna. Pero el vestido más hermoso, todo cuajado de perlas, brillantes y pedrería, le sirvió de mortaja y era el que lucía en

su ópera favorita y cuando se lo acabaron de poner, después de muerta, abriéndolo por un costado, la prendieron fuego porque ella lo había ordenado así. Y una vez que la Emma Abbot ardió entera, con vestido y todo, de forma que no quedaron sino unas pocas cenizas, un amigo suyo encerró éstas en un cofre de oro repujado y se las llevó a una hermana de la Emma Abbot y le dijo: «Miss Clark, esto queda de su hermana».

La Desi, la muchacha, le recordaba a él cuando niño. Primero enrojecía paulatinamente, después se llevaba las manos a la boca y musitaba un «¡Virgen!» apagado, casi inaudible. Decía por último:

—¿Y qué respondió Miss Clark, señorito?

El viejo Eloy no hacía sino seguir las antiguas huellas de la Antonia:

—¡Vete a saber, hija! Diría, digo yo: «¡Qué poco somos!», o algo por el estilo.

Otras veces la Antonia, bajo el quinqué de luz mortecina, mientras aguardaban el regreso de su hermana Elena, le narraba la historia de Rovachol. A Rovachol le echaron el guante porque siempre andaba enredando y tramando perrerías y cuando lo atraparon le juzgaron y le condenaron a muerte. Y el día de la ejecución, el piquete le despertó a las tres y media y le dijo: «Rovachol, arriba, es la hora». Pero él dio media vuelta en el jergón porque tenía mucho sueño y el que mandaba el piquete hubo de zarandearlo seis veces y decirle otras seis: «Despabila, Rovachol, ya es la hora», para que se despertase. El niño Eloy no pestañeaba. Tampoco pestañeaba la Desi, la muchacha, cuando ahora el viejo Eloy le refería la historia. Decía el niño Eloy, antaño: «¿Y qué respondió Rovachol, Antonia?», y la Antonia proseguía: «Dijo: “Está bien, sin apechugar”». Y Rovachol se vistió y se afeitó y se peinó e hizo del cuerpo delante de la guardia y, finalmente, dijo que listo y, entonces, se aproximó el cura y le preguntó: «Rovachol, Dios te espera, ¿quieres confesar tus pecados?». Pero Rovachol escupió y dijo: «Los cuervos luego». Y uno le quiso vendar los ojos, pero él se apartó y dijo: «Ni se te ocurra». Y cuando caía ya la cuchilla sobre su cuello, Rovachol volvió los ojos al cura y voceó: «¡Viva la República popular!». Y su cabeza rodó al cubo y desde allí, separada ya del tronco, volvió a vocear desorbitando los ojos: «¡Viva la República popular!».

La Desi, la muchacha, contenía un estremecimiento:

—¿Es que puede hablar una cabeza sola, señorito? —decía.

—Por lo visto, hija. Un primo de la Antonia que formaba en el piquete decía que se muriese si la historia no era cierta.

Junto a la Desi, en la cocina, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia, un agridulce y ofuscante vaho de establo. En cambio, por las mañanas, al despertar, en el inmenso lecho, le atenazaba el hálito

helado de su hermana Elena. Su hermana Elena, pese a los lazos de sangre y a llevarle veinticinco años, jamás dio un paso por asentarle en la vida o por proporcionarle un calor. El viejo Eloy, empero, no le guardaba mala memoria, porque Elena, su hermana, como Suceso, su nuera, la esposa de Leoncito, no escogieron su manera de ser y hay personas que nacen para dar calor y otras que nacen para recibirlo. Pero no era Elena la que surgía en su imaginación por las mañanas, en su desamparo, sino solamente la sensación de su frío de entonces. Era una sensación imprecisa, pero el viejo, para espantarla, adoptaba instintivamente en el lecho la postura defensiva del feto, los ojos fijos en la esfera del despertador. De este modo, la sensación de Elena era sustituida, con una vaguedad de lejanía, por la conciencia de las pasadas obligaciones: «Las nueve y media —se decía—. A recoger el pliego de firmas». Y poco después: «Las diez menos cuarto; pasar la relación a Secretaría General». Y más tarde: «Las diez, los partes de los capataces». Y luego: «Las diez y media, relación de averías e informe a Registro General». En ocasiones, ya de mañana, se adormilaba, y entre las sombras de la duermevela, se destacaban en caracteres nítidos los impresos que durante cincuenta años cumplimentara minuciosamente: «SERVICIO DE LIMPIEZA», «PARTE DE TRABAJO», «VISADO DEL VIGILANTE DEL VERTEDERO».

Una noche soñó que Carrasco le enviaba un gigantesco rimero de impresos y Mauro Gil le decía con su habitual gravedad: «Mientras no los cumplimente no salga de la oficina; orden de don Cástor». Se despertó sobresaltado, envuelto en sudor, la lengua extrañamente indócil y enteriza. Desde la jubilación, el viejo Eloy sufría pesadillas sin necesidad de que se le aflojase la faja. Era una desagradable novedad. Solía soñar con el dedo acusador de Carrasco o con basuras que se amontonaban sobre él sin que pudiera mover un dedo ni hacer un ademán de protesta. Antaño, en vida de Lucita, su señora, soñaba, a veces, cosas estimulantes. Una vez llegó a soñar que le elegían alcalde y todos le llamaban Excelencia y él les rogaba que por los clavos de Cristo le apeasen del tratamiento y le dijeran sencillamente Eloy, o a lo sumo, don Eloy, pues de otro modo no sabría desenvolverse. Pero Lucita, su señora, le regañaba y le encarecía que dejara a los subalternos que le trataran de Excelencia pues, si daba confianza a la gente, terminarían sentándosele en la barriga. Mas, al despertar, le bastaba ver la cara de Lucita, su señora, cubierta con el velo para saber que todo había sido un sueño.

Lo mismo le sucedía ahora al ver el despertador. Pero ahora las pesadillas le perseguían aun despierto y él, para huir de ellas, se embutía en la bata con torpes movimientos y se refugiaba en la cocina. Una vez allí, el calor de la Antonia prevalecía sobre el frío de los impresos, y el frío de Carrasco y el frío de su hermana Elena. Y

decía:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—Ya va para rato.

—¿Y nada, hija?

—Nada.

Se sentaba en el taburete y la crepitación de las brasas iba doblegando poco a poco su rigidez interior. Si cerraba los ojos, era como si aventase los últimos doce lustros de su vida.

—La Antonia no era mala, hija. Me decía, muchas veces: «Me duelen los riñones, caraguapa».

—¡Será capaz! Le decía caraguapa a usted.

El viejo le regañaba:

—Qué tiene de particular, Desi. Yo era una criatura entonces. Y yo le decía: «¿Dónde tienes los riñones, Antonia?». Y ella se desabrochaba el escote y me mostraba dos verrugas para que yo se las besase.

La Desi se llevaba a la boca el puño cerrado y movía la cabeza reiteradamente como si reconviniera a un niño:

—Vamos, que hace falta valor —decía.

—¿Para qué, hija? —inquiría el Viejo.

—¡Otra! ¿Todavía lo pregunta? —cortaba la muchacha.

En realidad, gracias a la Antonia pudo el viejo salvar cinco años de su infancia. Su cuñado se llamaba Alejo y él le decía tío. Y el tío Alejo tenía cuerpo de gigante y bracitos de enano y cada vez que regresaba embriagado llevaba un obsequio para su hermana, pero ésta salía a la puerta de la alcoba blandiendo una cruz y decía fúnebremente, como si lo exorcizase: «Aparta de mí, Satanás». Entonces el tío Alejo, dócilmente, se iba al cuarto del niño y se desvestía con la luz del pasillo para que, si acaso aquél velaba, no viera sus desnudeces. Algunas noches, sin embargo, en la penumbra, el niño distinguía sus formas hercúleas, sus bracitos como sin articulación en el codo, su vello frondoso y, cuando ya sin luz, oía a su tío hablar solo y, en ocasiones, llorar, experimentaba un terror reptante y angustioso y echaba en falta a la Antonia.

Durante los anocheceres, en la cocina, bajo la vacilante luz del quinqué, la Antonia arrimaba el cesto de la labor y le decía: «Enhébrame la aguja, caraguapa, ya no me alcanza la vista». Al niño Eloy se le encendía el mirar: «¡Con hilo rojo, Antonia!». Ella encogía sus fornidos hombros y sonreía: «Bueno, con hilo rojo; luego la desenhebras y me la enhebras con blanco, es para coserme unas bragas». Allí, sentado junto a la Antonia, escuchaba sus sombríos relatos o hablaban de sus problemas. El niño le decía a veces: «Anoche salió otra vez mi hermana con la cruz, ¿sabes, Antonia?». Ella decía: «Ése es el cuento de nunca acabar». En una ocasión el niño añadió:

«Anoche el tío se vino a dormir conmigo y cuando apagó la luz estuvo mucho rato hablando solo». La Antonia dejó de coser y clavó los ojos en él: «¿Y qué decía, caraguapa, qué decía?». Agregó el niño. «Decía: con esta mujer está uno j...». La Antonia se santiguó: «¡Jesús, qué disparate! No digas a la señorita una palabra de esto, ¿me oyes?». «Sí, Antonia.» «Es un pecado.» «Sí, Antonia.» «Pero un pecado muy gordo, criatura. Tú mismo has de confesarlo mañana por haberlo repetido ahora.» «Era para decírtelo a ti —dijo el niño—, tú me lo preguntaste, Antonia.» «No importa; has de confesarlo mañana.» «Bueno, Antonia.»

Meses después, cuando lo del sacrilegio, todo se lo llevó la trampa, y el viejo, que aún era un niño, se vio forzado a cambiar de calor. Su hermana marchó a Bilbao, de señorita de piso, al convento de su amiga Heroína, que es lo que siempre había deseado; su cuñado a Venezuela, en el *Rey Fernando*, y la Antonia donde la señorita Emilia, para sacar niños.

La Desi, la muchacha, observó al viejo sentado en el taburete, dando cabezadas. Dijo bruscamente:

—Se va usted a dormir, concho.

El viejo Eloy se sobresaltó:

—Descuida, hija.

Ella se tocó levemente la nariz:

—Señorito, el pañuelo.

Él se limpió maquinalmente.

—Vamos, cuente algo. Parece usted un funeral —agregó la chica.

—¿Y qué quieres que te cuente, hija?

La Desi se puso en jarras, sonriendo:

—Lo de la Emabó, señorito —respondió sin vacilar.

VI

Minucias aparte, la Marce se había portado con ella como una hermana y cuando le escribió desde el pueblo, la otra contestó a vuelta de correo y, más tarde, apenas le avisó, salió a esperarla al coche de línea, y, más tarde aún, la llevó por la ciudad, como quien dice de la mano, para que aprendiera a desenvolverse. En el fondo de su alma, la Desi veneraba a su amiga; admiraba su blanquísima piel; sus tibios, inexpresivos ojos azules; su lacio pelo rubio; su desenvoltura con los reclutas que la asediaban; su genio endiablado pero consecuente; su manera de exigir cuando la asistía un derecho y hasta los pies planos que la torturaban de más durante los interminables paseos dominicales y que, a la postre, la forzaban a sentarse en un banco o en el bordillo de la acera así fuese diciembre.

A la Desi, habituada a las pieles cetrinas, achicharradas por el sol, a espantarse los moscones a sopapo limpio, a reclamar a voces lo que le correspondía, los modales civilizados de la Marce le llenaron, primero, de sorpresa y, más tarde, de admiración.

Pero, a pesar de todo, el pueblo seguía en su sangre y, en ocasiones, la Desi decía deslumbrada:

—Madre, mira que la plaza esta si en lugar de estar aquí la llevaran a mi pueblo. ¡Vaya cara que pondrían!

Su pueblo, pese a distar de la ciudad apenas siete leguas, se le antojaba un lugar vago y remotísimo; sin embargo, el pueblo era su inevitable punto de referencia. La Marce le regañaba:

—Olvídate del pueblo, coña; parece que no hubiera más cosas en el mundo.

Pero la Desi no podía evitarlo; era más fuerte que su deseo; más fuerte que ella misma:

—Anda que si el cine éste en lugar de estar aquí estuviera en la plaza de mi pueblo.

Y abrumada de su propia audacia golpeaba sonoramente su dedo índice contra el dedo corazón y reía imaginando las caras del Picaza, que no había llegado más allá de Cerecilla, y la de la Matilde, y la de don Jerónimo, el párroco, y la de la Caya, su madrastra, y la de la Silvina, su hermana, y la del Fideo, y la de todos, si tal cosa aconteciese.

La Marce gastaba malas pulgas. Particularmente con el viejo se mostraba intolerante: «Vamos, a cualquiera que le digas que el tío roñoso ese te despacha con cuarenta duros no te lo cree». La Desi callaba, o, a lo más, apuntaba tímidamente: «Mira, Marce, peor para mí; a nadie tengo que dar cuentas». En estos casos, la Marce se subía por las paredes: «Dile por lo menos que te compre ropa, que se rasque el bolso el roñoso de él». La Desi soportaba en silencio las andanadas de su amiga porque sabía que al viejo no le sobraba y no quería estrujarlo. No obstante, seis meses atrás, le pidió ropa, porque las dos batas que se trajo del pueblo estaban para dárselas con cinco céntimos a un pobre, y el viejo le compró un mandil y le prometió que con la paga extraordinaria le mercaría un vestido y unas alpargatas. Pero llegó la extraordinaria y el viejo no se explicó. La chica intuía que ahora, después del cese, no era momento propicio. Dos noches antes había sorprendido al señorito quitando las bombillas de la sala y el retrete. El viejo se azoró al verla y dijo desde lo alto de la silla: «Lo que haya de hacerse aquí lo mismo se puede hacer a oscuras, ¿no crees, hija?».

Luego la tomó con la máquina de retratar. A los veinte días de darle el cese, la Desi se lo encontró en la sala poniendo todo patas arriba.

Antes solía pasar los domingos soleados en el balcón disparando la cámara sin película a diestro y siniestro, pero dentro de casa no solía enredar. Al ver a la chica le rogó que se recostara en el sofá y permaneciese quieta unos segundos porque iba a hacerle una fotografía con exposición. La Desi dejó la escoba y se situó muy rígida ante la cámara y le dijo sonriendo forzadamente, mirando de soslayo al objetivo:

—¿Va en broma o en serio, señorito?

Él entornó las maderas del balcón, buscando el efecto de luz:

—En broma, hija; hoy una película vale una fortuna.

Dijo ella:

—A ver si un día se tira un detalle y me saca una de verdad.

Ella, la Desi, soñaba con enviar un retrato suyo a la Silvina con objeto de que ésta se lo hiciera llegar al Picaza. Aunque a la Marce le decía que no, lo del Picaza con la Matilde le traía de cabeza. Y cuando se encontraba a solas no pensaba en otra cosa. Alguna noche, si veía abrirse el cielo con la estela de una estrella, decía para sí con gran fervor: «¡Que me quiera el Picaza! ¡Que me quiera el Picaza!». De niña le enseñaron que un deseo expresado en ese momento se cumplía indefectiblemente y para ella el anhelo más firme era que el Picaza la quisiera. Pero la Silvina, su hermana, la del Eutropio, le escribió últimamente: «Soy en decirte que el Picaza y la Matilde andan desde el verano a partir un piñón». De ahí que la Desi, aun cuando siguiera confiando a las estrellas errantes el amor del Picaza, siempre, al concluir su trayectoria, musitara como para sí con los ojos levemente empañados: «¡Madre, qué perro de hombre!».

En puridad, la Desi, fuera de la Verbena de los Quintos y las fiestas de la Virgen de la Guía, y el día de Santa Águeda en que mandaban las mujeres, no echaba de menos el pueblo. Tampoco la ausencia del Picaza la lastimaba. El Picaza, evocado a distancia, era un compendio de virtudes. El Picaza, desde la ciudad, no hedía a establo, ni andaba como a la rastra, ni sus piernas estaban arqueadas, ni tenía los ojos juntos. A medida que la Desi se urbanizaba iba emergiendo en su imaginación un Picaza urbano y próspero, semejante, en cierto modo, a los galanes que ella, de tarde en tarde, admiraba en el cine.

La Desi no frecuentaba más los espectáculos para no malbaratar su salario: «Si nos metemos todos los días en el cine, adiós jornal», decía a la Marce. Y la Marce le reconvenía: «Anda, roñosa; para lo que sirve el dinero». Pero a la Desi sí le servía el dinero. En tan sólo dos años y medio había juntado dos mudas, dos toallas, tres sábanas, una colcha azul y una maleta para su ajuar. De otra parte, la Silvina le había escrito: «Soy en decirte que, para febrero a más tardar, el Picaza irá a ésa para la mili». Y ella, la chica, para cuando el Picaza llegara, quería comprarse un cancán y una rebeca heliotropo. Eran muchos los gastos.

Por eso prefería pasear del brazo de la Marce, calle abajo y calle arriba, estimulada por la conciencia de que el salario quedaba intacto para cosas de más provecho.

De otro lado, el paseo tenía sus alicientes. Los reclutas se renovaban cada año y ella admiraba a los militares, sus andares pausados, rítmicos, deliberadamente responsables. Inconfesadamente sentía predilección por los de caballería, porque de una manera vaga le recordaban al Picaza. La chica no analizaba las razones. De haberlo hecho hubiera llegado a la conclusión de que era el olor a establo lo que los identificaba. La Marce, en cambio, prefería los de infantería, tal vez porque sus extralimitaciones, en particular si provenían del cabo Argimiro, la hacían absurdamente feliz. La Desi, por contra, no toleraba ni a los de infantería ni a los de caballería la menor audacia: «Toca otra vez, cacho asqueroso, y te suelto un bofetón que no te va a conocer ni tu madre», decía, llegado el caso, con los ojos fuera de las órbitas.

La chica conservaba un ahincado sentimiento de la honestidad y lo defendía con bravura. Este principio, en rigor, no respondía a una base religiosa, ya que la Desi, en este aspecto, alentaba en su pequeño cerebro unas ideas elementales. Para ella la Virgen de la Guía, la patrona de su pueblo, era lo más excelso del universo. Al acostarse y al levantarse, la chica apuñaba los dedos en los labios y lanzaba un rosario de besos a la estampa de la cabecera de su lecho y, luego, balbucía, humillando su mirada tierna y cerril: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo».

Estos nombres formaban un confuso tropel en su cerebro. Apenas asistió de muy niña a la escuela y, al morir su madre, los quehaceres la retuvieron en casa. La Caya, su madrastra, por otra parte, no se preocupó de fomentar sus sentimientos religiosos. En el pueblo existían muchos casos semejantes. Sin necesidad de remontarse demasiado la chica recordaba el año que don Jerónimo, el cura, pretendió actualizar la fiesta de San Roque y congregó, para ello, dos docenas de rapaces en el coro. Las piernecitas de los niños colgaban por entre los barrotes y sus bocas sonreían expectantes. Y les dijo el señor cura tan pronto llegó: «¿Quién es San Roque bendito?». Y las dos docenas de voces atipladas corearon: «¡Oh, San Roque bendito / que el Señor te escogió / para madre de Dios!». Don Jerónimo perdió el control: «¿Pero sabéis lo que estáis diciendo? ¿Quién es Dios Nuestro Señor?». Dijeron a voces las dos docenas de rapaces: «¡¡San Roque bendito!!». Don Jerónimo se encolerizó, empezó a almacenar espuma en las comisuras de la boca y los expulsó del templo. Renunció a festejar a San Roque. Fue entonces cuando se inició el pleito entre don Jerónimo y don Fidel, el maestro, quien regentaba, además, una fábrica de adobes en las afueras del pueblo. El choque no sobrepasó el

aspecto personal, mientras el señor cura no se topó a los rapaces cantando por las calles embarradas:

Padre nuestro, pichilín,
Dios nos tenga en un buen fin.
Por entre unos olivares
pasa una paloma blanca
más blanca que los cristales.

Al día siguiente, el señor cura se trasladó a la ciudad para dar cuenta al señor Obispo de que el maestro hacía sarcasmo de lo más sagrado. Posteriormente intervino la Inspección y, aunque nada se pudo demostrar contra el maestro, que aducía que si los rapaces no comprendían las cosas naturales imaginaran su confusión al interpretar las sobrenaturales, don Fidel terminó por solicitar la excedencia por más de un año y menos de diez y dedicar su esfuerzo a la tejera. Don Jerónimo dijo que el maestro «hilaba muy delgado» y, a partir de entonces, en el pueblo empezaron a decirle don Fideo en lugar de don Fidel.

Años después, cuando lo del cocherón, el pleito se avivó. El párroco decía que parecía mentira que un hombre de carrera cooperase abiertamente con las fuerzas del mal. A don Fidelín se le hincharon las narices y le dijo que él vendía adobes y nada más y que aviado iba si cada vez que le compraban un carro de ellos tenía que meterse a averiguar si eran para un váter o para un kiosko. Don Jerónimo empezó a vocear y, como era tan corpulento y tenía manos de pelotari, don Fideo no acertaba a argumentarle y se limitaba a decir formulariamente: «Bueno, ¿eh? Sin escupir». Y así andaban las cosas cuando la Desi se vino a la ciudad. Por lo demás, la chica proseguía barajando en su pequeña cabeza conceptos distintos aunque con un común denominador: Dios, San Roque, la Virgen de la Guía, el Espíritu Santo. Las ideas religiosas de la Desi únicamente se mostraban claras en dos puntos: el paraíso que aguardaba a los que eran buenos y rezaban todas las noches, sin un solo fallo, el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...», y que ella, la muchacha, identificaba con un purísimo cielo azul, como su colcha, surcado por alguna que otra vaporosa nube sobre las que flotaban los bienaventurados, y un infierno tenebroso, con luz de llama, del que mantenía una idea precisa: el incendio de las eras de su pueblo, allá por agosto del 45. Un inmenso fuego, en el que ardían sin consumirse los cuerpos de los réprobos y de todos aquellos que, sin llegar a ser réprobos, hubiesen omitido por un descuido rezar alguna noche al acostarse o alguna mañana al despertar el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...».

De aquí que la Desi, aun en las jornadas más arduas, dirigiera cada

noche sus planos ojos a la Virgen de la Guía y murmurara devotamente: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo». Tan sólo una vez, cuando la gripe, omitió la chica su oración y a las tres de la madrugada se despertó sobresaltada, sollozando. Se arrojó del lecho y oró, pero le anidó en el pecho el escrúpulo, ya que el día concluía a las doce de la noche, y únicamente cuando el viejo le aseguró que eso era para los astrónomos y los científicos, pero que para el resto del mundo el sol era quien iniciaba el nuevo día, la muchacha se quedó tranquila.

De entrada, la ciudad la había desconcertado, y otro tanto le sucedió con su alcoba. Pero paulatinamente la ciudad fue haciéndosele familiar y su alcoba lo más personal e íntimo que la chica poseía. Allá, en el pueblo, jamás tuvo nada propio y por ello el ordenamiento de sus cosas, la posesión de su mísero tabuco despertaba ahora en su pecho un celo desproporcionado. No importaba que el aposento, con dos ventanillos de ordenanza en lo alto, preservados por una tela metálica y unos barrotes entrecruzados, fuera angosto y lóbrego. A la chica se le hacía asombrosamente luminoso y hasta consiguió insuflarle un acento personal «aunque su dinero le costara», como le decía a la Marce cuando ésta dejaba caer, con cierta reticencia, que allí había de todo.

Por primera providencia la Desi colocó una tablilla junto al lavabo desportillado, a modo de repisa, compró dos reales de papel de goma transparente para fijar la estampa de la Virgen de la Guía a la cabecera del lecho y, sobre la apolillada cómoda, dispuso el caracol de piedra que de niña encontrara en el páramo y del que don Fideo decía que era un fósil, el papel de alfileres con las cabezas de colores y la foto de las fiestas del 50 donde borrosamente se definía el Picaza en una esquina, la hermana de la Desi, la Silvina, junto al Eutropio, y el Delfín, el chico mayor de Tomás, el del estanco, que andaba tras la Matilde. Al principio, la chica ocultaba esta fotografía junto a sus cosas reservadas, en una cajita de madera barnizada con una calcomanía en la cubierta y un espejo en el reverso. Pero después empezó a utilizar esta caja, cuya llavecita, enhebrada en un bramante rojo, colgaba de su cuello, para guardar las cartas de su hermana, la Silvina, la que la Marce le dirigiera al pueblo, meses atrás, una foto al minuto para el carnet de identidad y un recorte de un diario del año anterior sobre un accidente de automóvil en el que se mentaba a su pueblo, a don Jerónimo, el cura, a don Ulpiano y a don Federico, el doctor, aunque en el papel le decían equivocadamente don Francisco.

Pero lo que más estimaba la Desi era su tocador. Por consejo de la Marce que, pese a sus prontos, se había portado con ella como una hermana, y con el asentimiento de las chicas que se reunían con ellas los domingos en la misa de siete de San Pedro, la Desi adquirió una

cajita de crema Bella Aurora para el cutis. Y, cada noche, antes de rezar el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...», se extendía ante el espejo una pellita del tamaño de un garbanzo. La chica esperaba un milagro. La Marce, en principio, le dijo: «Es la manera de echar fuera el pueblo». Y ella aguardaba, impaciente, la transformación. Y cada jueves y cada domingo, le decía a su amiga con su corta mirada ilusionada:

—Marce, ¿eché ya fuera el pueblo?

La Marce adolecía de una brusquedad innata que apenas atemperaba ante los reclutas de infantería y, en especial, ante las audacias del cabo Argimiro. Decía:

—Anda, maja; no corres tú poco.

En la repisa, junto al estuche de crema Bella Aurora para el cutis, la Desi alineaba cuidadosamente una barra de labios, una docena de pinzas para el pelo, una bolsa de polvos, una cajita de betún y una pastilla de jabón de olor.

Todo su mundo se encerraba en aquel aposento y si algún día, por cualquier circunstancia, su espíritu flaqueaba o sus pies no pisaban firme, la muchacha se encerraba allí, se ponía a ordenar la repisa o la caja de la calcomanía, y así, poco a poco, iba recobrando la serenidad. Y si ni aun así se sentía llena de algo, prendida de algún estímulo, tomaba de sobre la cómoda la foto de las fiestas del 50 y la contemplaba fija, insistentemente, hasta que las figuras terminaban por animarse y el Picaza le sonreía o le guiñaba un ojo. En estos casos el rostro romo de la muchacha se ablandaba, se le ahuecaban los agujeros de la nariz, el agrietado labio inferior se estremecía levemente y sus ojos, de ordinario de una opacidad mate, se iluminaban con el brillo de una lágrima.

VII

Poldo Pombo, el sportman, solía decir en determinados raptos de romanticismo: «¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?». Por aquellas fechas, Poldo Pombo se ejercitaba ya con las poleas gimnásticas del doctor Sandon, recomendadas por las principales celebridades médicas para el desarrollo muscular, y no dudaba que el superviviente sería él. Pero lo que son las cosas, Poldo Pombo, pese a las poleas gimnásticas del doctor Sandon y a sus proezas sobre el biciclo, murió tísico el 8 de febrero de 1929.

Camino de la estación depuradora, el viejo Eloy se lo recordó a su amigo Isaías, e Isaías blandió el liviano bastón y dijo deteniéndose:

—El mejor recuerdo que guardo de Pombo es la vez que le regaló a mi hermana Lupe un lorito de pico blando. Lupe atravesaba un mal

momento y el detalle de Pombo la ayudó a sobrellevarlo.

El viejo Eloy suspiró hondo. Se pasó fugazmente el pañuelo por la punta de la nariz. Últimamente, Isaías siempre se le escurría; no acertaba a cuadrarlo en su terreno. Era un raro fenómeno su amigo. De un tiempo a esta parte tan sólo le preocupaban el afán por llegar a centenario, el sol, las muchachas y, en particular, su vientre perezoso. El viejo Eloy le instaba a hacerlo en el campo pero él se resistía tenazmente. Decía el viejo Eloy: «En primavera y verano yo me regulo y marcho como un reloj». E Isaías argüía: «Eso va en temperamentos, mira Aguado. Aguado se pone al corriente revisando legajos viejos. Él dice que es el polvillo, pero ¡vete tú a saber!».

Ya de chiquillo, Isaías era irregular, y su hermana Lupe le decía que recordaba a su madre aplicándole calitas de aceite a cada dos por tres y que ella lloraba pensando que habría de lastimarle. Desde niño fue Isaías la debilidad de su hermana Lupe. Por su parte, Isaías se justificaba con sus hermanas, afirmando que ellas eran la razón de su soltería y que, después de todo, su actitud nada tenía de heroica puesto que en su día tampoco ellas se casaron por atenderle a él. No obstante, en el Círculo, donde todo se sabía, aseguraban que Áurea, la menor, jamás tuvo una proporción, y en cuanto a Lupe, desde niña sorbió los vientos por Poldo Pombo, pero éste, fuera del detalle del lorito de pico blando, nunca le dio una esperanza. Estaba además lo del escándalo del guardia, que tampoco les hizo ningún favor.

Hubo un tiempo en que Poldo Pombo, Pepín Vázquez, que se fue sin guardar antesala, Isaías y el viejo Eloy constituyeron una sólida y apretada entidad. Era el tiempo en que el probo y honesto ciudadano don Nicomedes Fernández Piña fue elevado a la dignidad de alcalde y, bajo su mandato, se acometió al fin la ingente obra del alcantarillado y el asfaltado de la plaza y vías principales. Era aquél el tiempo de las vacas gordas, y el alumbrado eléctrico sustituyó al alumbrado de petróleo y, para celebrar la grata innovación, el Ayuntamiento organizó una sensacional Exposición de Agricultura, Industria, Comercio y Arte que mereció la atención del mundo entero. Aún resonaban los ecos del magno certamen cuando el excelentísimo señor don Nicomedes Fernández Piña, al descubrir la estatua de Colón bajo una lluvia torrencial, cogió un resfriado que degeneró en pulmonía y cuatro días después falleció, resultando inútiles los remedios de la ciencia. El diario local destacó la dolorosa pérdida con un laconismo patético: «Don Nicomedes Fernández Piña. Alcalde de la Ciudad. Falleció en cumplimiento de su deber. D.E.P.».

Por aquellos días, el viejo Eloy iniciaba su actividad municipal aunque la pierna del tío Hermene, su segundo calor, empezaba ya a darle guerra. El tío Hermene le decía al pequeño Eloy que su afición por los problemas municipales le venía de herencia. El tío Hermene

era un ser de una delicadeza vegetal, con un ingenio pronto para improvisar agudezas y defender causas perdidas. Pero era muy independiente y prefería no enredarse y si andaba entretenido con los naipes rehuía cualquier pleito alegando que estaba atareado. De cuando en cuando, el tío Hermene le leía las cartas que su padre dirigía al diario demandando civilidad e, inevitablemente, al concluir, afirmaba que aquellas cartas podría firmarlas Cervantes pero las firmaba Eloy Núñez porque la vida es así de voluble y caprichosa.

Frente a la estación depuradora, el viejo Eloy dio dos vueltas sobre sí, buscando la cara del sol, y le dijo a Isaías después de pasarse el pañuelo blandamente por el extremo de la nariz:

—Mi tío Hermene era un hombre comprensivo, eso es. Un día le dije que no quería ir a la escuela, y ¿sabes qué me contestó?

Isaías le enfocó su sonrisa dorada:

—¿Qué? —inquirió.

—Me dijo: «Haz lo que quieras, la vida es corta y si nos la amargamos unos a otros obligándonos a hacer lo que no nos gusta no valdría la pena vivirla». Por esa razón yo entré en el Ayuntamiento.

Los paseos cotidianos del viejo Eloy y su amigo Isaías databan de 1929, cuando la muerte de Poldo Pombo, el sportman. Hasta entonces su relación fue constante pero discontinua. A partir del 9 de febrero de 1929 se regularizó y ambos se encontraban a las cuatro de la tarde en los soportales, junto a la papelería de Afrodisio Niño. Cinco lustros atrás andaban sin medida y platicaban con juvenil ardor. Pero, poco a poco, el ardor fue cediendo, y, con el ardor, la locuacidad y, con la locuacidad, la longitud de los paseos. A partir de los sesenta, sus caminatas rara vez rebasaban el cementerio, la estación depuradora o el merendero de Gasparín Márquez. A esas alturas, uno y otro caminaban despacito, como con desgana, y la conversación fluía asimismo despacito, como con desgana. Su relación estaba hecha de silencios y acuerdos tácitos. Se criaron juntos, crecieron juntos, vivieron el mismo ambiente y al cabo de los años ninguno de los dos se sentía ya capaz de sorprender al otro. Fue necesario llegar a la vejez para que de nuevo todas las cosas les parecieran asombrosas y dignas de ser contadas. Y con el recrudecimiento del diálogo llegó la discrepancia. Isaías no le entendía o no quería entenderle. Isaías se negaba a elaborar su presente con su pasado. Era cierto que los tiempos habían dado un viraje radical pero ello no justificaba que Isaías hubiera virado con ellos. Al viejo Eloy le dolía esta identificación de Isaías con una época que no era la suya, una época que no admitía parangón con la de su juventud.

En sus tiempos todo el mundo era más serio y los problemas serios se dirimían sin prisas, con la pertinente seriedad, y el propio Ayuntamiento de don Nicomedes Fernández Piña se reunió doce veces

en pleno extraordinario en 1903 para decidir el asfaltado de la plaza, y catorce en 1904 para acordar la instalación del alcantarillado. Y no sólo eran serias las entidades, sino que con los funcionarios acontecía otro tanto. Cuando él ingresó en el Ayuntamiento, sus compañeros rara vez dedicaban sus ocios a hablar de mujeres y frivolidades. En su época se discutía la decisión del conde de las Almenas de apoyar la creación de los jurados mixtos o el paro general de Barcelona. El propio Isaías, que acababa de montar su agencia de publicidad en la calle de los Gremios, decía: «El primer efecto de los jurados mixtos será facilitar las relaciones entre patronos y obreros y establecer la debida armonía entre capital y trabajo». Las cosas eran así y, de repente, no se sabía a ciencia cierta por qué, cómo ni cuándo, todo había cambiado. El viejo Eloy constataba el hecho pero no acertaba a precisar sus causas. A veces pensaba en la guerra pero, a su juicio, la guerra no justificaba tal metamorfosis. Lo cierto era que los jóvenes actuales, como Carrasco, mataban la mañana haciéndoles muecas irreverentes a los viejos y si, ocasionalmente, adoptaban una actitud reflexiva y consciente era para afirmar, como hacía Mauro Gil, que una butaca de cine le representaba a un funcionario tres horas de trabajo y que tal cosa no guardaba paridad.

De regreso de la estación depuradora, el viejo Eloy le recordó a su amigo Isaías su discusión con Pepín Vázquez por mor de los jurados mixtos y de la actitud del conde de las Almenas frente a la cuestión, pero Isaías golpeó el pavimento con la contera de su bastón y, sin dejar de sonreír al sol y a la vida, dijo displicentemente:

—Vázquez fue toda su vida un neurótico. Recuerda que en sus depresiones migaba coco en el estanque del parque para matar a los peces de colores.

El viejo Eloy conoció a Isaías a los seis años, en el colegio de Madame Catroux, la francesa. Isaías peinaba bucles entonces y los compañeros le decían «Isabelita», mas él se engallaba y replicaba con su vocecita incipientemente meliflua: «Si soy niña, mejor para mí». A los nueve años su hermana Lupe le cortó los bucles pero le perfumaba y era aún peor. Ya de adolescente, las muchachas no le interesaban y si Poldo Pombo, el sportman, proponía merodear por la Casa de Baños para sorprender a la Paquita Ordóñez en *deshabillé*, él los aguardaba sentado en un banco de las proximidades. Aún Poldo Pombo no era famoso porque no había ido a San Sebastián en bicicleta en tan sólo dos etapas; ni a Madrid de un tirón, para la coronación del rey; aunque utilizara ya las poleas gimnásticas del doctor Sandon, recomendadas por las principales celebridades médicas para el desarrollo muscular.

Poldo Pombo, el sportman, vivía bajo la obsesión del vigor físico y cuando regresó de Madrid dijo decepcionado: «Bah, el rey es un

alfeñique; para eso tanto ruido». Sus amigos le acosaron, interesados por el ceremonial, e inquirían si era cierto que los trenes porteaban viajeros hasta en los techos y los W.C., y si las habitaciones se pagaban a seis duros, y si asistieron príncipes extranjeros, y cómo resultaba la mezcla del gas con la maravilla de la electricidad y, en fin, si era cierto que Su Majestad trompicó en la alfombra al prestar juramento y que el marqués de la Vega Armijo le advirtió: «Majestad, un tropezón cualquiera lo da en la vida. Procure V.M. que sea el último». Pero Poldo Pombo se desentendía de todo, adoptaba un gesto hosco como si se sintiera estafado y al fin decía: «No tiene media guarra, os lo digo yo».

Isaías era la antítesis de Poldo Pombo. Isaías sonreía siempre, desde niño. Ahora, de viejo, mostraba al sonreír tres dientes de oro. A la Desi, la muchacha, los tres dientes de oro del señorito Isaías la tenían fascinada. A los pocos días de llegar a la ciudad le dijo al viejo Eloy: «Se ve a la legua que el señorito Isaías tiene de aquí». Hacía ademán de pasar billetes. Le dijo el viejo: «Hija, ¿por qué piensas esas cosas?». La chica se levantó el labio superior, como veía hacer a don Ulpiano con los caballos para mirarles la edad, y exhibió unos dientes amarillentos y desiguales: «¡Otra! —dijo—. Tiene tres piezas de oro». Se soltó el labio, pero como el viejo no respondiera añadió: «Hace bien. Si yo tuviera capital, lo primero toda la boca de oro». Casi se lo echaba en cara al viejo Eloy porque la dentadura que éste depositaba por las noches en un vaso de agua no tenía ni siquiera una pieza de metal plateado. Pese a ello, también la dentadura movible de su señorito había asombrado a la muchacha a su llegada. Al principio la Desi pasaba largos ratos contemplando aquel artefacto con estupor, como hubiera mirado a un estómago haciendo la digestión por su cuenta en una pecera. Le sobrecogía la idea de que aquella armadura rosada donde se incrustaban las piezas pudiera ser carne, pero una mañana osó tocarla y al comprobar su rigidez se había desilusionado.

Isaías, su amigo, sonreía siempre, desde chico. Entre esto y su voz meliflua y su olor a perfume y su predilección por las corbatas llamativas y su repulsión por la Casa de Baños, cogió mala fama. Su amigo Eloy, sin embargo, juzgaba infundados los rumores que corrían por el Círculo, ya que la manera de ser de Isaías obedecía, a su juicio, al hecho de haberse criado entre mujeres. Él, muchos años antes, se esforzó en reivindicarlo, pero a Isaías cada vez le azoraban más las muchachas. Un día, sin dar cuenta a nadie, Isaías se ausentó de la ciudad y regresó a las dos semanas afirmando que la ciudad era como un colegio de párvulos, que, para frivolidad, París, que en París las muchachas no se vendían, se regalaban, que las vedettes con una hojita y pare usted de contar, y si alguno de sus amigos deslizaba una tímida alusión a las camareras del Fígaro, Isaías hacía una mueca

despectiva y decía: «Para eso, París». Y aunque Poldo Pombo, el sportman, recelaba y decía socarronamente: «Isaías mucho de boquilla», en el Círculo empezaron a respetarle, y para designarle se recurría al estribillo de «ese de la vida morigerada que, sin embargo, la corrió en París…».

Lucita, la mujer del viejo Eloy, experimentaba hacia Isaías una viva aversión. Con frecuencia le preguntaba a su marido qué veía en ese hombre para soportarlo a diario. Ella ignoraba que detrás de Isaías estaban Madame Catroux y su colegio de párvulos; y estaban Poldo Pombo y su biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon; y estaban la Antonia y su primer calor; y estaban el tío Hermene y sus lúcidos golpes de ingenio, y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana; y estaban la Paquita Ordóñez y su frivolidad y la Casa de Baños; y estaba Pepín Vázquez y su melancolía; y estaban las chicas del Fígaro, y la pelea con los cadetes, y los jurados mixtos y, andando el tiempo, estaban incluso ella y Goyito, su hijo menor, que se marchó a los veintidós sin hacer antesala, y toda una vida.

Los paseos del viejo Eloy y su amigo Isaías concluían ordinariamente ante los viejos muros verdigrises de San Ildefonso, donde se remansaba el último sol. Esta tarde, en la plazuela se reunían muchos niños de corta edad y muchachas parlanchinas del tiempo de la Desi. El viejo Eloy golpeó a su amigo insistentemente en el antebrazo y, sin volverse del todo para no perder la caricia del sol, le dijo de medio lado:

—El superviviente está entre tú y yo, eso es.

Isaías entrecerró los ojos para protegerlos.

—¿El superviviente? —dijo.

—Claro —agregó el viejo Eloy—. Poldo Pombo decía: «¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?». ¿Es que ya no lo recuerdas?

Isaías se recostó en el viejo paredón, los ojos voluptuosamente cerrados.

—Pombo —dijo—. El mejor recuerdo que guardo de Pombo es la vez que le regaló a mi hermana Lupe un lorito de pico blando. Lupe atravesaba un mal momento y el detalle de Pombo la ayudó a sobrellevarlo.

Medio sol, un sol hinchado de color naranja, se ocultó allá, tras un cerro descarnado, y una progresiva paralización fue adueñándose de la plaza, que en pocos minutos quedó oscura, fría y en silencio. La piedra aún conservaba un resto de calor cuando el viejo Isaías abrió los ojos y vio a Eloy limpiándose maquinalmente la punta de la nariz con el pañuelo. Isaías acentuó su dorada sonrisa, fustigó el aire con el bastón, se encajó a tientas el sombrero y dijo con una sonrisa iniciando lentamente la marcha:

—Andando poquito a poco.

VIII

A mediados de noviembre, como cada año, se desató el norte. En unas horas el parque quedó desnudo y despoblado, a excepción de los gorriones y las urracas, que soportaban impávidos los rigores invernales. Los árboles, sacudidos por el viento, semejaban una zarabanda de esqueletos sobre una brillante alfombra de hojas amarillas. Dos días después el viento amainó. Empezaron a alzarse del río las nieblas del otoño y la ciudad se sumió en un estatismo agarrotado, precursor de las rígidas escarchas de diciembre. Mas antes que los hielos llegó este año la nieve. Se presentó embozada de unas metálicas nubes grises que en un santiamén cubrieron la ciudad y la bombardearon lenta, persistentemente, con sus copos ingrávidos, revistiendo de blanco las calles y tejados. Y, contra toda previsión, el temporal se prolongó cinco días con cinco noches. La vida en la pequeña ciudad se resumió en sí misma, como el caracol en su concha, aguardando mejor circunstancia para renacer.

El viejo Eloy, desde la cama, captaba cada mañana el glacial silencio de la calle. De vez en cuando emitía una bocanada de aliento sólo por el capricho de verlo cuajar por encima de él en deleznables nebulosas blanquecinas. Desde hacía una semana se levantaba más tarde que de ordinario. La jubilación no alcanzaba y había dado instrucciones a la Desi para no prender lumbre hasta las once. Ahora, acurrucado en el lecho, le parecía oír el blando posarse de los copos sobre el asfalto. Sentía frío, un frío impreciso que le hacía estremecer. Para mitigarlo refugiaba la punta del pie izquierdo tras la articulación de la rodilla derecha y luego cambiaba. Al fin, cansado de este juego, se rascaba áspera, obstinadamente el vientre por encima de la faja hasta sentir la concentración de sangre bajo la piel. Movía dubitativo la cabeza: «Gil asegura que hoy un hombre a los setenta no es un viejo; será un decir, creo yo».

Unos días antes se lo encontró en la plaza, pero Gil le tendió una mano desmayada y húmeda, abrió mucho sus ojos austeros y dijo sin detenerse: «Discúlpeme, don Eloy; llevo prisa». Al alejarse murmuró entre dientes: «Demonio de viejo, en cinco semanas ha pegado un bajón de cinco años». No obstante, volvió la cabeza, agitó la mano y voceó: «¡Conservarse! ¡La jubilación le ha quitado a usted cinco años de encima!».

Mientras la nieve se descolgaba, el viejo Eloy pensó que la vida es una sala de espera y que como en las salas de espera hay en la vida quien va de la Ceca a la Meca para aturdirse y olvidarse de que está

esperando. Hacía una semana que se recreaba en estas lucubraciones. Un día se le ocurrió que los viejos se ponen al sol porque ya llevan el frío de la muerte dentro. La depresión que en su ánimo pudieran producir estos pensamientos se compensaba por la creencia de que eran unas ideas lúcidas e inteligentes. Pero si meditaba algún tiempo sobre ellas, llegaba a la desoladora conclusión de que, inteligentes o no, las tales ideas no le eran propias. Ya Pepín Vázquez afirmaba en 1930 que la jubilación era la antesala de la muerte y, sin remontarse tanto, Carrasco, su compañero de negociado, cada vez que cruzaba ante los muros de San Ildefonso decía cínicamente que los viejos y los ajusticiados se arriman a la pared para tener donde apoyarse en el momento de la caída.

Propias o no, tan pronto estas ideas empezaban a desperezarse en su cerebro, el viejo Eloy se arrojaba de la cama tiritando, se embutía en su mustio batín gris y corría a refugiarse en la cocina. Allí, junto a la Desi, oyendo el dulce crepitar de la lumbre en el hogar, experimentaba una plácida sensación de equilibrio:

—¿Llamó el cartero, Desi?

—Ande, ya va para rato.

—¿Y nada?

—Nada.

Movía la cabeza para disimular su contrariedad:

—Bueno, hija —añadía—. Ante todo buenos días, que no había saludado.

Se sentaba en el taburete, pegado al fogón, las manos tembloteantes y violáceas patéticamente abiertas sobre la chapa. Cualquier menudo incidente bastaba para establecer comunicación:

—¡Jolín!, me quemé.

—Anda con ojo, hija.

—¡Otra! ¿Y qué quiere que haga?

La Desi se embadurnaba el dedo lastimado con aceite crudo y harina. Explicaba:

—Allá en el pueblo, Marcos, mi mediohermano, se abrasó una vez las piernas cuando las hogueras de San Juan.

—¿Tienes un mediohermano, hija?

—Tenía. Práxedes, el Raposo, le sacó las tripas con una horca cuando la riada del 52.

—¡Vaya por Dios! ¿Es eso cierto?

—¡Mire! Tan cierto como que me llamo Desi.

—Dime, hija, ¿cómo fue eso?

Por un instante la muchacha interrumpía sus quehaceres. Observaba al viejo con un asomo de irritación, pero lo veía tan desmantelado que terminaba por reanudar su tarea y añadía pacientemente:

—El Raposo tampoco tuvo la culpa, no se vaya usted a pensar. El río le arrastraba la vaca y el Marcos, que era inocente, no hacía más que vocear: «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!». Y entonces fue el Raposo, agarró la horca y lo dejó en el sitio. Todo en menos de lo que se tarda en decirlo.

La Desi, al concluir, agitó la mano lastimada en el aire:

—¡Jolín!

El viejo arrugaba la cara:

—¿Duele, hija?

—¡Mire! Don Federico decía: «No hay cosa peor que una quemadura seca y una mancadura de zapato».

—¿Don Federico?

—A ver, el médico de mi pueblo.

—¡Ah!

Fuera, se descolgaba la nieve fúnebremente. En las ramas entumecidas de los plátanos se formaba una leve cenefa blanca. El viejo miró a la ventana y se estremeció. Luego cruzó los brazos sobre el estómago y dijo:

—Y ese muchacho, Desi, ¿qué fue de él?

—¿Qué muchacho?

—El Zorro, hija, el de la horca.

La chica soltó una risotada y se golpeó el muslo con la palma de la mano:

—¡Qué Zorro, ni qué demontre! El Raposo querrá usted decir.

—Eso, hija, el Raposo.

—Lo empapelaron. Pero no es ningún muchacho, no se crea. Apuesto a que el Práxedes no cumple ya los treinta, ya ve.

El viejo suspiró. Por un momento no se oía en la cocina sino el doméstico fragor de las cacerolas en el hogar. La mirada del viejo vagaba inquieta de un lado a otro. Al cabo se detuvo en la Desi. Dijo con tono soñoliento:

—También la señorita abrasó una vez a Goyito, mi hijo segundo, con una botella de agua caliente.

—¿El que murió?

—Ése. Era un diablo de chico. No había trastada que no se le ocurriera a él. Cuando mi mujer lo quemó no tendría arriba de dos semanas. Lo llevaba en el cochecito al médico y el chico se rebulló y se abrasó. Como lloraba, ella decía: «¿Qué le ocurrirá hoy?». Pero el doctor dijo al desfajarlo: «Ajajá, esto es una quemadura de segundo grado». Y tanto Lucita, bueno, mi señora, como yo nos asustamos. Y ella, finalmente, se echó a llorar.

La Desi, en el centro de la cocina, observaba al señorito sin

pestañear, las rojizas manos cruzadas sobre el regazo. A la chica se le antojaba que el viejo contaba muy bien las historias, pero siempre temía que las dejase inconclusas. Esto acontecía con frecuencia, cuando, sin motivo aparente, su mirada se volvía lejana y como translúcida. Ella le tendió un puente para evitarlo:

—¿Y murió de eso la criatura?

El viejo sacudió obstinadamente la cabeza:

—¡Oh, no! El doctor dijo que en una criatura tan tierna la cosa podía ser grave, pero le cortó la vejiga y le recetó un medicamento para… —sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó blandamente por la punta de la nariz— para espolvoreárselo con un pulverizador. Lucita, bueno, mi señora y yo nos turnamos toda la noche y a la mañana la herida estaba casi cicatrizada. Pero la criatura seguía berreando y al fin mi señora se dio cuenta de que hacía más de doce horas que no le daba de mamar.

La chica sonrió tenuemente.

—Para sabido —dijo—. Si a usted le dicen que el chico la doblaría joven ni se toma esa molestia, ¿no es cierto?

El viejo calló. Sus conversaciones con la muchacha tenían esta ventaja. Ella jamás exigía una correspondencia. Si él hablaba, ella se lo agradecía y nada más. Pero, en los últimos días, había ratos en que el viejo se impacientaba. Entonces se llegaba a la ventana para ver caer la nieve. De cuando en cuando decía como para sí: «Ahí vuelve Martínez del almacén». O bien: «Don Estanislao no deja las cotizaciones así se hunda el mundo, eso es». O bien: «Ya va don Demófilo a la Escuela Normal. Las doce menos tres minutos».

Al quinto día de temporal, la Desi se asomó a la ventana con él. La ciudad, aletargada bajo la nieve, apenas dejaba trascender su vitalidad por las bocas de las chimeneas. El mundo era un enrarecido silencio. Cruzó un ciclista y, ante la ventana, la rueda trasera describió un fulminante zigzag. La muchacha se palmeó sonoramente el muslo y soltó una carcajada:

—A poco coge una liebre el pelado ese —dijo.

El viejo le reconvino:

—Hija, ¿por qué razón ha de ser un pelado?

—Ya ve, manías —dijo la chica.

El viejo se volvió, arrimó el taburete a la lumbre, se sentó y dijo, cruzando lentamente los brazos sobre el estómago:

—Poldo Pombo, un amigo mío, se fue hasta Madrid en bicicleta. No creo que fuera un pelado por eso, hija. Él sólo quería asistir a la coronación del rey.

La frente de la muchacha se frunció en un esfuerzo. Dijo al fin, cálidamente, la mirada encendida y como si diera de pronto con la

solución de un problema largo tiempo perseguida:

—El rey es el que mandaba en todo, ¿no es eso, señorito?

—Así es, mandaba en todo menos en el destino. Ya ves, hija, un hombre que disponía de todas las cosas, en cambio no tenía padre.

A la chica se le enfrió la mirada:

—No empiece —dijo con cierta suspicacia—. Padre lo tiene hasta el más pobre.

—Pues él no lo tenía; así son las cosas, hija. Cuando nació lo envolvieron en pañales negros. La criatura, con todo su poder, jamás conoció a su padre.

La Desi se espantó de un manotazo un mechón de pelo de la frente. Dijo con reprimida animosidad:

—Ya está usted con la copla de siempre.

Fuera, la nieve continuaba descolgándose con una obstinación irritante. Una yerta rigidez cubría las calles y tejados. El viejo Eloy, cada vez que se arrimaba a la ventana, experimentaba la impaciencia propia de la reclusión. La blancura del panorama urbano le lastimaba los ojos. A veces, junto a la lumbre, se transponía, y la Desi, la muchacha, había de llamarle la atención: «Señorito, el pañuelo». Se tocaba delicadamente la nariz. Decía el viejo, sobresaltado, sacando apresuradamente el pañuelo del bolsillo del batín: «Gracias, hija». Algunos ratos, con objeto de distraerlo, la muchacha le contaba historias de nieve, como la de la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una noche a la entrada del monte, o la de las fiestas de los Quintos del 47, cuando se puso a nevar y los forasteros quedaron bloqueados y el pueblo entero se hartó de bailar durante cuatro días con cuatro noches, o la cacería del zorro con el Eutropio, su futuro cuñado, una noche de luna.

Decía la chica:

—El raposo hacía cada día una de las suyas y se zampaba una gallina del corral. El Eutropio, o sea, mi cuñado, decía: «Cualquier noche lo aguardo y va a pagar de una vez por todas». Y aprovechó la nevada y la luna y va y nos dice: «¿Queréis subir?». Y subimos con él yo y mi hermana, la Silvina. Él se apostó en el ventano del gallinero y no decía palabra y yo y la Silvina venga de mirar por encima de su hombro.

El viejo observaba a la chica distraídamente:

—Sí —dijo.

Prosiguió la Desi:

—La nieve brillaba con la luna y los pinos a contrapelo parecían talmente negros. Allá anduvimos más de dos horas de reloj, que se dice pronto. Y de repente, el Eutropio se vuelve y nos chista y va y nos dice: «Ve, ahí viene, a callar». Y el pellejo de él se arrimaba de culo

para arrancarse…

Cortó el viejo.

—Desi, hija, no digas disparates.

La muchacha se encampanó:

—¿Es que acaso está mal dicho?

—No es eso, Desi, pero se pueden decir las cosas de otra manera.

Súbitamente la cocina pareció inundarse de luz. La chica, que iba a replicar al viejo, levantó la cabeza de un golpe, como espantada, observó un momento atónita en derredor y, finalmente, corrió hacia la ventana, voceando con un leve acento histérico:

—¡El sol, señorito! ¡Es el sol!

Una brisa queda empezó a batir las yertas ramas de los plátanos y cuarteó el brillante cielo plomizo y, entre las hendiduras, se filtró una húmeda, amarilla luminosidad que fue henchiéndose paulatinamente a medida que el viento ahuyentaba a las nubes como el perro a las ovejas de un rebaño.

IX

El domingo 11 de diciembre, la Desi, la muchacha, cumplió veinte años. La víspera le había dicho a la Marce por el sórdido patio de luces con acendrada melancolía: «Marce, chica, ya voy para vieja». Y no era un decir, porque la Desi desde que tuvo uso de razón pensó que, en efecto, la vejez se inicia con la segunda decena de la vida, y la chica que no se casa antes de esa edad, de no espabilarse, se queda para vestir santos. Y para mitigar su depresión, la muchacha se refugió en su alcoba, los cerriles ojos clavados en la foto de las fiestas del 50, y por una inesperada circunstancia, el Picaza se resistió esa tarde a sonreírle o a guiñarle un ojo, y cuando el señorito la llamó para la lección, hubo de empolvarse la cara y sorber por dos veces la moquita para que él no advirtiera que había llorado. Y el viejo le tendió el diario, como de costumbre, señalándole con la uña uno de los negros titulares, y ella deletreó:

—El-Ca-u-di-llo-re-cha-za-pu-e-Es-pa-ña…

Dijo el viejo:

—No, Desi; no es «pue» sino «que». Si la letra que sigue está detrás de la barriga de la primera ésta es *p* y no *q*. ¿Comprendes?

—Sí, señorito —dijo ella sin ninguna convicción.

—Apréndelo de una vez, hija. Piensa una palabra que empiece por *pe* o por *pi*. Una palabra que te caiga en gracia, ¿oyes? De este modo no lo olvidarás.

La chica movía los labios como si rezara y sus párpados entornados

delataban una dolorosa concentración. El viejo la observaba encarecidamente. De pronto, la muchacha se sofocó, redondeó los ojos, se llevó las dos manos a las rojas mejillas y volvió a él su cabeza triunfante:

—¡¡Picaza!! —dijo exaltada.

—Bueno, picaza, vale —dijo él—. ¿Cómo se te ocurrió una palabra tan rara, hija?

Ella sonreía azorada y seguía musitando «Picaza, Picaza» maquinalmente y, al fin, añadió:

—Es una amistad.

Dijo él:

—¿Una amiga tuya se llama con ese nombre?

Se acentuó el sonrojo de la chica:

—Es un mote ¿sabe? Y es un amigo, no una amiga, para que se entere.

—Está bien, hija.

Ahora, junto a la Marce camino de la iglesia, pensaba en lo diferente que era la *p* de la *q* y en lo divertido que resultaba que la *i* de Picaza se refugiase, como acobardada, tras la gran barriga de la *P*. Mas no le dijo nada a la Marce. Aunque a veces experimentaba deseos de revelar su secreto, era más fuerte su anhelo de sorprenderla.

Aún no había amanecido y la escarcha blanqueaba el césped del parque y las huellas de las muchachas quedaban impresas en el sendero. La Desi, embutida en su abrigo color ladrillo, prendía a su amiga por el brazo, a la altura del codo, y le decía confidencialmente que no creía que la Tasia se casara porque los hombres una vez que entran en el prado ya no se casan. El abrigo color ladrillo le venía muy justo a la Desi y por los bajos asomaba el percal de la bata. Antes lo usaron la Doro, la Silvina, la Candi y la Alfonsina, y ella lo heredó a los catorce años y aunque hoy cumplía los veinte y la prenda la venía estrecha, y estaba mustia y sudada por los sobacos, la chica pensaba prudentemente que aún podría tirar otras dos temporadas.

La iglesia se alzaba del otro lado del parque y en primavera y verano la Desi aprovechaba el despertar de los pájaros para migarles un pedazo de pan al tiempo que imitaba el silbido de los mirlos. Los gorriones y las palomas acudían a su silbido y rodeaban a la muchacha y, en ocasiones, si iba sola, se posaban confiadamente sobre sus manos y sus hombros. A la Marce la descomponía la actitud de su amiga: «Llevas el pueblo en la sangre», le dijo un día. Y la Desi pensó abandonar su costumbre, mas el domingo siguiente los gorriones la miraron con unos ojos tan suplicantes, gorjeando de un modo tan lastimero, que decidió volver a las andadas aunque la Marce se enojase. Pero la Marce se limitó a encogerse de hombros y sólo le dijo:

«Eres más bruta que la pila de un pozo, maja».

Sin embargo, en invierno no amanecía Dios hasta las ocho dadas y no existía problema. Los pájaros aún dormían cuando ella atravesaba el parque. La Marce le había dicho en la escalera esta mañana: «Que cumplas muchos, maja», y la besó formulariamente en la mejilla. La Desi se sonrojó y le recordó que la invitaba a desayunar en la churrería, pero que no dijese una palabra a las otras porque ya sabía cómo las gastaba la Tasia y que hoy no estaba para pitorreos. En efecto, en la iglesia no acertó a concentrarse, ni sintió como otras veces, sobre su nuca humillada, cuando la elevación, la mirada de la Virgen de la Guía. De ordinario, la Desi permanecía en misa distraída, haciendo muecas a sus compañeras o riéndose de las trazas de los cazadores que se alineaban con sus arreos, como un ejército, en los bancos de la izquierda. Únicamente se recogía devotamente cuando el monaguillo tocaba la campanita. En estos momentos la muchacha advertía que la Virgen de la Guía se filtraba a través de la alta cúpula y entonces se encogía sobre sí misma, sintiéndose polvo y ceniza, y se golpeaba rítmica, ardorosamente el pecho con el puño cerrado, mientras murmuraba: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo». Y reclinada sobre la madera recibía el impacto de los ojos de la Virgen como el pinchazo de una aguja sutilísima en la primera vértebra cervical; por unos instantes permanecía inmóvil, como petrificada, hasta que la campanita agitada reiteradamente por el monaguillo anunciaba que la Virgen había regresado al cielo a través de la alta cúpula, sin romperla ni mancharla, y ella, la Desi, podía tornar impunemente a sus codazos y sus muecas con las compañeras.

Al concluir la misa, las chicas comentaban en el atrio las novedades de la semana: los despidos, los ingresos, las enfermedades. O se hacían las presentaciones de las nuevas en el barrio, mientras en lo alto de la calle se iban borrando las estrellas.

—Aquí, mi hermana; aquí, una amistad.

O rodaban los consejos bienintencionados:

—Como eso de echarse otro novio de verano como hace la Nati. Eso, por mucho que ella diga, no está bien hecho.

O bien:

—No te metas algodones, Puri, hazme caso. Luego toca él y lo que pasa.

O bien:

—¿Sabes lo que me dice el Emiliano? Que si no le contesto, para el mes que viene pide relaciones a mi hermana, date cuenta.

Pero hoy la Marce no dio tiempo a comentarios porque, tan pronto el corro empezó a formarse, ella se situó en el centro y dijo señalando

a la Desi:

—Chicas, hoy es el santo de ésta.

La Desi, la muchacha, apenas tuvo tiempo de turbarse porque dos docenas de compañeras se abalanzaron sobre ella, la prendieron por las orejas y el cabello y no pararon hasta hacerla rodar por las piedras del atrio, entre un cacareo aturdidor. Al incorporarse, la chica sangraba por las rodillas y con el pelo alborotado, derramado en greñas por el rostro, parecía un personaje cómicamente caracterizado. Mientras se sacudía el polvo del abrigo color ladrillo, oyó la voz de la Tasia:

—No sabía que fuera San Antón.

La Desi alzó la cabeza, hinchadas las venas de la frente, y dijo con voz sofocada:

—¡Calla la boca tú, estropeabarrigas!

Estaba a punto de llorar pero no lo hizo por amor propio. No obstante, camino de la churrería, a solas con la Marce, cuando Dios amanecía por encima de los tejados, le advirtió tímidamente:

—¿A qué ton hiciste eso, Marce? Ya te dije que hoy no estaba para pitorreos.

La Marce levantó los hombros:

—Vamos, maja, no te tomes las cosas tan a pecho.

La Marce andaba arrastrando los zapatos como un recluta y su fofo busto se movía a compás de cada zancada. La Desi, cuyas piernas eran más cortas, correteaba como un perrillo a su lado para parear el paso al de su amiga. No abrió la boca, sin embargo, hasta no verse sentada a la rústica mesa de la churrería. En un rincón había una cuadrilla de cazadores que hablaban a voces y en el mostrador un borracho noctámbulo bebía un vaso de aguardiente. En la mesa de al lado, cuidadosamente plegado aún, estaba el periódico del día. La Desi, la muchacha, lo miró de reojo. El titular más grueso de la primera plana podía leerlo de un tirón. Estuvo a punto de hacerlo, pero se aproximó el camarero y ella se dominó. Después de pedir los chocolates se volvió a su amiga:

—En un sitio como éste se celebran las bodas en mi pueblo.

La Marce estaba como distraída:

—¿No es donde el tío Boti? —dijo con desgana.

—Sí, donde el tío Boti. ¿Por qué lo sabes, Marce?

—Ya estuve allí.

La Desi olvidó súbitamente su rencor y aproximó su banqueta a la de su amiga:

—Digo —dijo con aire confidencial— que yo he de casarme en tal día como hoy. Desde que era una chavala lo tengo determinado. La boda el día de mi santo. ¿Tú, Marce?

—Ya veré.

—En vida de mi madre, ella decía: «A cada una os daré una gallina el día de la boda, como hacía mi difunta suegra». Pero ella se murió y la Caya, como no me envíe cuatro palos por correo, ya estoy dándole las gracias, ¿no te parece, Marce?

—A ver.

Se aproximó el muchacho con los chocolates y los churros. Los cazadores discutían a voces en el rincón y la perra canela se puso de manos sobre la mesa y uno de los cazadores la golpeó y le dijo conminatoriamente: «A echar, Doly», y el animal, entonces, se enroscó dócilmente bajo la mesa próxima y dirigió a su amo una mirada suplicante. Y dijo su amo jactanciosamente: «Allá en América la perdiz, nada. Como yo digo, es medio marica: para bajarla, basta con reportarse».

La Desi alzó la mirada hacia él y luego la bajó a la mesa próxima, hasta el diario, y deletreó mentalmente: «El-Ca-udi-llo-re-ci-be-al-re-y-Si-me-ón». Puso la mano sobre el brazo de su amiga y dijo con la boca llena:

—Allá en mi pueblo, el novio y el padrino van a buscar a la novia a casa. El vecindario anda a la puerta y aviada vas si no saludas con simpatía. A la Silvina yo no hacía más que repetirle: «Da de mano al vecindario. Da de mano al vecindario, mujer». Y ella andaba revuelta y me voceaba: «¡Quieres callar la boca!». Pero yo se lo decía por su bien. Si no, te cuelgan la fama de antipática y vas aviada. ¿Eh, Marce?

Dijo la Marce lánguidamente:

—En los pueblos ya se sabe.

—Y luego las vecinas que si le ponen el sostén a la novia, que si lo dejan de poner. ¡Es una juerga!

Las dos muchachas comían a dos carrillos. De nuevo tentó el diario a la Desi y para vencer la tentación la chica le dijo a su amiga:

—En la iglesia de mi pueblo hay dos filas de bancos, la de la derecha para los niños y la de la izquierda para las niñas. Y lo dice así en un pilar pero eso es para la misa de los domingos y en las bodas nadie hace caso y en los bancos de los niños se ponen los invitados de una parte y en los de las niñas los de la otra parte. Y, chica, algunas veces se miran así unos a otros como si se fueran a abanicar; ya ves qué cosas.

Salían los cazadores y la perra canela se les enredaba entre las piernas en su afán de no quedar rezagada. Voceó el churrero: «¡Que pinte bien!». Y el grupo dijo a coro: «¡Gracias!». A poco entró el retén de bomberos, cuyo parque estaba dos manzanas más allá. El borracho los miraba, pacíficamente recostado en el mostrador. La Desi se aproximó aún más a su amiga y acentuó el tono confidencial.

—Cuando la boda de la Silvina, todo Dios tenía algo que decirle. Y anda que al Eutropio no le dejaban parar. Y a la noche, la Culohueco, el ama del señor cura, con el Delfín y toda la cuadrilla, les hicieron la petaca en la cama. ¡Menuda juerga!, y menos mal que no se la desarmaron. A la Daniela, el día que se casó le metieron un marrano bajo el colchón con una esquila y todos andaban en la calle aguardando y cuando sonó la esquila se subieron por el balcón y les pillaron... ¡Figúrate, Marce, cómo les pillaron!

La Marce ya no comía churros. Como de costumbre, sus ojos acuosos tenían un aire apagado y ausente. Dijo:

—Antes me quedo soltera que casarme en un pueblo, ya ves tú.

—Anda de ahí, Marce. Para sosas, las bodas de la capital. En mi pueblo te metes en juerga a las diez de la mañana y hasta las diez del día siguiente no has terminado. Primero el refresco, luego la comida, con orquesta y todo, y después la cena. Y no hablo de muertos, Marce; ve ahí tienes a mi hermana, que te lo puede decir.

La Marce bostezó. A la Desi le tiró un momento el diario desde la mesa vecina: «El-Ca-u-di-llo-re-ci-be-al-re-y-Sime-ón». La voz del borracho la salvó de nuevo. Se le habían caído los billetes al pagar y juraba mientras los recogía sentado en el suelo.

—Está bueno ése, ¿eh, Marce?

—Sí.

Sonrió la Desi con expresión remota. Dijo:

—Ahí es nada con la que se armó en mi pueblo en el refresco de la Silvina. Empezaron los mozos copa va, copa viene, y que «viva el señor cura», y que «vivan los novios», y que «vivan los padrinos» y que «vivan los invitados», y ya sabes lo que pasa. Al final todo el mundo juma venga de cantar: «Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán, al que no le gusta el vino, es un animal». Y le hicieron corro a don Fidel, el maestro, que no bebe, y dale que le das. Hasta el párroco estaba en el corro, figúrate, Marce.

—Ya es humor.

—Ahora, lo mismo que digo una cosa digo la otra. Si yo no puedo dar refresco, comida y cena y llevar orquesta como Dios manda, no me caso. Yo siempre se lo digo a él, ¿eh, Marce?

—Sí.

—Lo mismo que la ropa. La Silvina se casó de cualquier manera. Y no es cosa de ir desnuda, como yo digo. No vas a ir el día de la boda sin camisa. Prefiero casarme de mañana y comprarme una camisa. ¿No te parece, Marce?

Le daba a su compañera con el codo:

—A ver —dijo su amiga.

La Desi se cortó un instante. Dijo luego:

—No estarás disgustada, ¿verdad, Marce?

—¿A qué ton voy a estar disgustada?

—Come más churros, guapa.

—No puedo meter uno más; estoy implada.

La Desi sonrió. De nuevo se le iban los ojos al diario. Los bomberos charlaban con voces adormiladas. El borracho salió haciendo eses. Repentinamente la Desi alargó la mano, atrapó el diario, se sofocó y dijo con unos redondos ojos iluminados:

—Marce, te voy a decir una cosa... ¡Ya sé leer!

Su amiga se mordió el labio inferior. Prosiguió la Desi:

—Atiende, verás.

Colocaba nerviosamente su basto dedo bajo la línea de gruesos caracteres cuando la Marce se puso en pie. Dijo sorprendida:

—Pero ¿sabes la hora que es, maja? Se sienta una a comer churros y se olvida hasta de su nombre. A estas horas podía ya tener levantadas dos habitaciones. ¿Has pagado?

X

Una tarde, arrodillado junto a la mesa-camilla como era su costumbre, el viejo Eloy decidió visitar a Pacheco, el óptico. El viejo Eloy alimentaba el prejuicio de que el día que no se arrodillaba durante media hora después de la comida se le retrasaba la digestión. A los setenta años cumplidos el viejo Eloy observaba sus propias normas para discurrir por la vida y si alguien le contradecía él apelaba a la razón y la experiencia para defenderlas. La primera vez que la Desi le sorprendió de rodillas en la sobremesa la muchacha cerró la puerta azorada. Él voceó: «¡Pasa, pasa, hija, no estoy rezando!». La chica no dijo nada pero en todo el tiempo no le quitó los ojos de encima y recordó con un escalofrío de terror al Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no se le ofrecía ninguna proporción.

Sin embargo, a su amigo Isaías, el viejo Eloy le decía que era razonable que el hombre hiciera mejor la digestión de rodillas que de pie porque en aquella postura el estómago permanecía más próximo del centro de la tierra y en consecuencia la gravedad tiraba de los alimentos con más fuerza y que observase la facilidad de digestión de los niños y que por qué creía que los niños hacían la digestión más rápidamente que los adultos. Luego le dijo que, observando rigurosamente esta precaución y evacuando el vientre diariamente en el parque, cualquier individuo normalmente constituido podía alcanzar la longevidad. A esto le respondió Isaías que cada cual disponía de sus recursos y que Aguado, sin ir más lejos, se regulaba

revisando legajos viejos y que según él era por el polvillo, pero que eso nunca se podía saber. El viejo Eloy se reía de estos remedios y le animaba a que ensayase el suyo y a que probase, asimismo, de subir las escaleras de su casa doblado por la cintura en ángulo recto, ya que de este modo el diafragma se desplazaba y podían ascenderse cincuenta y hasta sesenta peldaños sin que los pulmones se fatigasen. Un día, subiendo así las escaleras, el viejo embistió a don Aurelio, el delineante, el señorito de la Marce, que en ese momento descendía, y se sintió turbado y se llevó tímidamente la mano al ala del sombrero, y don Aurelio sonrió muy comprensivo y sólo le dijo: «Creí que jugaba usted al toro, don Eloy». Desde entonces el viejo se detenía en cada tramo para escuchar si alguien bajaba y evitarse un nuevo sofoco.

De ordinario, las decisiones trascendentales las adoptaba el viejo Eloy mientras iniciaba la digestión arrodillado ante la mesa camilla. Así determinó una tarde visitar a Pacheco en la óptica y estimularle a reorganizar la actividad de la Sociedad Fotográfica. Dos días antes había resuelto visitar a sus compañeros de Corporación para felicitarlos por la rapidez con que actuaron los mangueros después de la gran nevada. No obstante, había sufrido entonces una dura decepción. Él imaginaba que su irrupción en el negociado tendría una acogida calurosa, pero don Cástor, el jefe, le dijo solamente: «¿Ha visto? La prensa nos ha echado encima a la opinión». Nadie levantó los ojos, excepto Carrasco, quien desde lejos mostró el dedo índice erecto y lo hizo girar un momento por encima de su cabeza. Dijo el viejo Eloy, limpiándose mecánicamente la punta de la nariz con el pañuelo: «Precisamente cuando la nieve el personal se comportó como los buenos. Yo venía a felicitarlos por ello». Don Cástor sólo tenía ojos para sus papeles. Tardó cinco minutos en responder al viejo Eloy y cuando lo hizo tampoco le miró a la cara: «Eso dice usted. Usted es parte —le salió la voz de bajo profundo, por lo de las cuerdas, al añadir—: Usted no es la prensa. Estamos pensando en una reorganización».

El viejo se apeó del tablado y se arrimó al radiador. Hubiera querido estar muy lejos de allí pero no se decidía a marcharse. Observaba la vieja oficina con sus suelos polvorientos y sus mesas carcomidas y sus gigantescos rimeros de impresos —«SERVICIO DE LIMPIEZA», «PARTE DE TRABAJO», «VISADO DEL VIGILANTE DEL VERTEDERO»— como si fuera la primera vez que los veía. Y, cosa extraña, se aferraba al radiador ávidamente, temiendo que su espontáneo entusiasmo y su antiguo afecto por la Corporación le traicionasen y le empujasen hacia una de las mesas donde sus compañeros trabajaban. Sintió alivio cuando vio a Mauro Gil incorporarse y venir hacia él, pero Gil no pretendía saludarle sino que le empujó levemente para poder pasar a Secretaría General: «Por favor, don Eloy». Y al regreso le dijo, sin detenerse: «La prensa nos ha

echado encima a la opinión. Dice que la ciudad está sucia. ¡Ya ve usted! Ahora andamos tras un reajuste de horarios y estudiando un aumento de personal».

El viejo se sentía abochornado. Le avergonzaba hallarse allí, ocioso, tontamente aferrado al radiador, mientras sus antiguos compañeros planeaban aquel gigantesco plan de reorganización del servicio municipal de limpieza, pero no se resolvía a marcharse. Y al intentar hacerlo, al fin, Carrasco se incorporó perezosamente y le salió al encuentro y le dijo: «Hola, abuelito», y después le tomó del brazo y le acercó a su antigua mesa y un muchachito pálido, de orejas como alas, que ocupaba su puesto alzó entonces la cabeza y le dijo Carrasco: «¿Cómo entraste aquí, Pin? Díselo al abuelito». El muchacho vaciló y quiso ponerse en pie, pero Carrasco le disuadió y le dijo: «No te molestes, el abuelito es de casa», y al fin el muchachito movió las orejas y dijo: «Por… por oposición». Carrasco se encaró con el viejo Eloy: «¿Eh? Ya lo oyes». Luego se volvió al chico: «Dile al abuelito cuántos ejercicios tuviste que hacer, anda, Pin». El muchachito parecía un perrillo amaestrado: «Tres. Uno oral, otro escrito y otro práctico». Carrasco miró al viejo: «¿Eh, qué te parece?». El viejo temblaba. A veces pensaba que Carrasco era un ser perverso y que, en determinadas circunstancias, sería capaz de matar. De nuevo se dirigió Carrasco al nuevo: «Pin, dile al abuelito ahora cuántos kilos perdiste preparando la oposición, anda». Dijo el muchachito, azorado, agitando otra vez las orejas como un gnomo: «Ocho… pero ya recuperé dos y medio». «Bueno —dijo Carrasco—, pues aquí tienes al abuelito. Entró en la Casa hace más de cincuenta años por el dedo y en premio a haber vivido toda su vida de guagua le dan un banquete y una medalla y una pensión vitalicia, ¿qué dices a esto, Pin?». El muchachito se sonrojó, movió las orejas y sonrió. Entendía que era una broma. También el viejo trató de sonreír echándolo a barato, pero sentía miedo y dijo: «Usted, Carrasco, siempre con su buen humor». Pero Carrasco puso cara de juez para decir: «No bromeo, abuelito. Anda, Pin, dile al abuelito que no bromeo». Y Pin tornó a sonreír azorado y el viejo dijo: «Me marcho, se me hace tarde», y entonces Carrasco se inclinó con la temblona mano del viejo en la suya y se la besó ceremoniosamente.

El viejo Eloy, cada vez que recordaba esta escena, se consternaba. El recuerdo le despertaba una sensación como de asco o de miedo. Movía la cabeza de un lado a otro para aventarla. Sin mayor motivo la oficina ahora le aterraba. Era como si hubieran puesto a la puerta dos feroces perros guardianes. Pensó en Pacheco con alivio. «Él es otra cosa», se dijo.

Y, en efecto, Pacheco lo acogió cordialmente y hasta sus gafas, sin montura, de cristales impolutos, le sonreían abiertamente. En el

Círculo aseguraban que Pacheco no precisaba lentes, pero los gastaba como propaganda de su establecimiento. Pacheco le dijo: «Cuánto bueno por aquí, don Eloy. ¿Qué hace que no nos vemos?». La óptica de Pacheco era un comercio tentador; un comercio plagado de objetos brillantes y celofanes y al que la habilidad decorativa de su dueño le imprimía un sugestivo ambiente de asepsia absoluta.

—Siéntese, don Eloy.

El viejo se sentó, se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y carraspeó banalmente. Dijo, al cabo:

—Recuerda usted, Pacheco, cuando mi intervención en la Sociedad allá por el año 33.

Pacheco asentía sonriendo, sus regordetas manos de uñas acicaladas depositadas sobre la vitrina:

—Yo le decía: «No tengo ingenio ni tengo voz», pero usted se obstinó y yo hice el ridículo. ¿Se acuerda usted, Pacheco?

Pacheco hizo un imperceptible ademán a una de las señoritas de bata blanca para que atendiese a un cliente. Después se acodó en la vitrina y miró al viejo. Sus gafas despedían unos destellos cegadores.

—¿Sigue usted con la Contax tres con cinco, don Eloy?

El viejo se sintió confundido. Dijo:

—Entre otras cosas de eso quería hablarle.

Pacheco frunció la frente, concentrándose, como si las palabras que esperaba del viejo fuesen para él de vital importancia.

—¿Qué vale hoy un carrete seis por nueve? —dijo el viejo mediante un esfuerzo y, al final, carraspeó como abriendo un paracaídas para que su pregunta no se desplomase de golpe, sino que cayese muellamente sobre su interlocutor.

Pacheco echó distraídamente sobre el mostrador un estuche amarillo:

—Éstos van bien. Son veinticuatro sesenta, pero van bien.

Le azoraban al viejo los destellos de las gafas de Pacheco. Le parecía que descubría con ellas hasta el fondo de su miseria.

—Todo ha subido —dijo—. Hoy la vida está por las nubes.

—Para usted no. Usted se lleva esto y lo paga cuando quiera, don Eloy. Usted en esta casa es el ministro de Hacienda.

—Gracias, hijo, pero no puedo aceptarlo.

—¿Cómo no? ¡Gemita, envuelva este carrete! No lo anote en caja. ¡Tenga! Un obsequio de la casa.

Cada vez que decía «Casa» a Pacheco se le hinchaban los carrillos, elevaba la voz y le imprimía un acento reverencial, algo así como si verificase la genuflexión ante un altar.

El viejo se sentía cada vez más aturdido. Intentó explicarle a Pacheco que su intención no era ésa, pero Pacheco sonreía con las

gafas y no le daba tiempo a explicarse. Luego, para corresponder a su gentileza, el viejo estuvo hora y media recordándole pormenores de su actuación en 1933 y le dijo que Lucita, su señora, se irritó con él y le dijo que para ese papel más hubieran adelantado quedándose en casa. Más tarde hablaron de la Sociedad y el viejo Eloy dijo bruscamente: «Está muerta», e inmediatamente advirtió que la frase era demasiado rotunda, ya que Pacheco era su presidente, y lo quiso arreglar, pero Pacheco no parecía ofendido y varias veces le dijo: «Disculpe, don Eloy», para atender a los clientes, y el viejo esperaba tranquilo y, cada vez que regresaba, Pacheco le decía: «Discúlpeme, pero éstas son horas de mucho ajetreo». Y el viejo asentía y, al despedirse, Pacheco extremó su amabilidad con el viejo Eloy y le animó a visitarle con más frecuencia y el viejo le dijo: «De mi actuación de 1933 sólo recuerdo con satisfacción que usted me dijo que entre mis trabajos había un par de fotografías de antología». Las gafas de Pacheco sonreían y aprobaban y el viejo Eloy le dijo que volvería por la óptica con alguna asiduidad, pues siempre era grato cambiar impresiones sobre la fotografía y entre los dos podían activar la vida de la Sociedad.

La semana anterior a la Navidad, el viejo Eloy bajó dos mañanas al parque con la Desi y la fotografió recostada en un banco, junto a la pajarera, migando pan a las palomas y en un estudio difícil a contraluz, sobre las brillantes aguas del estanque. El viejo procedía meticulosamente, medía los pasos tres veces, cambiaba la luz a cada fotografía y, generalmente, para evitar el temblor de sus manos, buscaba un punto de apoyo para la cámara. El tiempo había templado y un puñado de espectadores se arracimaba en torno. La Desi, la muchacha, se ponía furiosa porque los reclutas le gastaban chirigotas mientras posaba y ella se hartaba de llamarles «pelados» y «asquerosos» pero, a costa de ello, perdía la naturalidad.

Le voceaba al viejo:

—¡Vamos, señorito! Da usted tiempo a descabezar una siesta, concho.

El viejo volvía a medir los metros. Con la máquina en la mano le poseían unos vanidosos pujos de profesional.

—Paciencia, hija.

A los tres días volvió por la óptica y se sentó en la silla recostado en la columnita de espejos.

—Tres con cinco es hoy un objetivo anticuado, ¿no es cierto? —le dijo a Pacheco de súbito.

—Disculpe, don Eloy.

—Sí, hijo.

Pacheco atendía a la clientela. Al cabo se aproximaba al viejo:

—Zeiss envía hoy objetivos uno con ocho, pero son demasiado

luminosos; hay que diafragmar mucho —decía.

El viejo se limpiaba el extremo de la nariz:

—Entiendo que la óptica azul es inevitable ya en cámaras de cierta calidad, ¿no es así?

—Disculpe, don Eloy.

—Sí, hijo.

Pacheco tardaba en regresar, pero el viejo le esperaba pacientemente contemplando las cámaras, las gafas, los prismáticos y los decorativos anuncios de las vitrinas: «Lentillas corneanas: únicas, sencillas, expresivas, limpias, adaptables, selectas. Amplia información; pruebas sin compromiso». «¡Utilice el nuevo Zeiss con exposímetro incorporado!» «Brújulas, estereóscopos, podómetros y termógrafos.»

—Dice usted, el tres con cinco sigue siendo un objetivo cotizado —decía Pacheco—. Con el uno con ocho hay que diafragmar mucho.

—¿Sí?

—Claro.

—¿Y usted cree que una Contax como la mía...?

—Discúlpeme, don Eloy.

—Sí, hijo.

El viejo Eloy se hallaba a gusto en la óptica, envuelto en aquella atmósfera templada y aséptica, reconfortante. Mas Pacheco cada vez demoraba más el retorno a su lado. Cuando dos días después volvió con el carrete y se sentó, Pacheco dijo alarmado:

—¿Piensa usted aguardar, don Eloy?

El viejo se desconcertó; mas Pacheco era un hombre resuelto, de rápidas decisiones. Sonrió con el morrito fruncido, como un conejo:

—Pase al laboratorio y revele usted mismo, ¿eh? ¿Qué le parece?

El viejo temblaba como un niño pobre a quien le ponen de improviso un juguete caro entre las manos. Pacheco le acompañó al sótano y le ayudó a enfundarse en una bata blanca. «Bueno», repetía el viejo Eloy. «Ensaye primero con una película estropeada. Tenga», advirtió Pacheco. «Descuide, hijo.» El viejo, al verse solo, pensó en la Desi. Cada mañana la chica le decía: «A ver si se luce usted, concho». La muchacha había pasado dos noches en claro pensando en las fotografías, pues el viejo aseguraba que saldrían tan bien como las portadas de las revistas. Al viejo le costaba acomodar sus ojos a la oscuridad; le era difícil, asimismo, hacerse a la idea de que disponía de un laboratorio para él solo, para revelar su propia obra. Desde muchacho, que trabajó unos meses en un daguerrotipo, era éste su sueño dorado. Finalmente la luz roja le permitió distinguir los líquidos y los recipientes. Primero ensayó con agua y una película estropeada y todo resultó bien. Luego desprendió la película del chasis, cargó la

cuba, vertió el revelador y agitó pacientemente. Sentía una emoción aguda y pertinaz sobre el estómago; la pura, decantada emoción del creador. Y cuando, al fin, levantó la película a la luz no vio más que un papel traslúcido, virgen, sin contrastes. Su decepción coincidió con la apremiante llamada de Pacheco a la puerta: «Don Eloy, abrevie; vamos a cerrar». El viejo corrió el pestillo y le mostró su obra y Pacheco confrontó los líquidos y dijo:

—Confundió usted el revelador con el fijador.

El viejo Eloy trató de sonreír cuando se desprendía de la bata blanca. Sus ojos se habían ablandado y denotaban una opacidad extraña. Pensó: «Tal vez Pacheco me regale otro carrete». Pero Pacheco, ya en la tienda, sólo dijo, señalándole los bajos de los pantalones:

—Además se ha manchado usted. Eso ya es peor. Esto no se quita.

Y el viejo Eloy pensó en la Desi y dijo:

—¡Qué le vamos a hacer!

XI

Cuando el viejo Eloy decidió celebrar la Nochebuena en compañía de la Desi y ordenó a la chica subir una botella de clarete de la taberna de la esquina tenía sus razones. El viejo Eloy rara vez actuaba a humo de pajas. Al dar este paso pensó que si había muchas cosas que olvidar, otras había que merecían ser celebradas. Una de las cosas a olvidar era, por ejemplo, el asunto de las fotografías; otra, el perdido calor de la Corporación; otra más, la hoja roja del librillo de papel de fumar; otra, en fin, el embrollado asunto de la manta. Este asunto de la manta había constituido para la Desi una de sus más crudas y hondas decepciones.

Dos días antes de la Nochebuena, y en combinación con el sorteo extraordinario de la lotería, le tocó a la muchacha una manta en la rifa anual de la Obra Pía. Sin embargo, cuando la chica fue a reclamarla del brazo de la Marce, el portero le informó que la manta correspondía al número 49.183 y no al 10.094, porque el premio decimoquinto no se contaba por el orden que daba el periódico sino por el orden de salida del bombo. La chica insistió, pero visto que de este modo no conseguía nada, se sofocó y le llamó a voces pendejo y tío granuja. El portero la amenazó con dar parte, pero la chica se acaloró aún más y la Marce hubo de sacarla de la conserjería a viva fuerza. Más tarde, ya en casa, la Desi se lo contó al viejo sollozando y le rogó que pasase él a reclamar la manta porque de una criada todo el mundo se pitorrea; pero si va un señorito, la cosa cambia.

El viejo se llegó por la tarde a la portería de la Obra Pía con el

recorte del periódico y la papeleta, pero el portero reafirmó que el premio decimoquinto no se contaba por el orden que daba el periódico sino por el orden de salida del bombo y que, por lo tanto, el número premiado con la manta no era el 10.094, sino el 49.183. Aún intentó el viejo conmover el corazón del hombre, haciéndole ver que se trataba de una pobre chica de servicio, pero el portero dijo que de lengua no era tan pobre y que, por otro lado, él no era allí más que un mandado. En vista del fracaso, el viejo Eloy decidió celebrar la Nochebuena con la muchacha en la cocina, pero la chica, cuando él se lo propuso, se atropelló toda:

—Será capaz.

—¿Por qué no, hija? Aquí hace bueno. Además así podremos charlar.

Para entonces ya había una cosa que celebrar y la botella de clarete de la tierra no sólo constituía un lenitivo para las penas sino un nuevo estímulo de la alegría. El hecho ocurrió la víspera, inesperadamente, con la llegada del correo. La Desi, la muchacha, había voceado desde la puerta:

—¡Cartas, señorito! ¡Hay cartas!

Y él echó a correr a brinquitos indecisos y, en sus prisas, se golpeó la cadera contra la esquina de la mesa, pero no sintió dolor alguno. Después, al abrir el sobre, su respiración se tornó difícil y anhelante. A través de una lente de humedad, el viejo divisó el inefable portal y los muñecos coloreados y la primorosa orla y el «Felicidades» impreso en letras doradas y, abajo, en la caligrafía minuciosa y aprovechada que le era familiar, la firma: «León» y la infantil rúbrica, y, entonces, con el rostro distendido por un júbilo desproporcionado, levantó la tarjeta en alto y dijo:

—¡Es de mi hijo, Desi! El chico me escribe desde Madrid.

Todo su cuerpo se llenó de una viva ansiedad y volvió a mirar la tarjeta y cuando la Desi dijo con el rostro congestionado, a punto de estallar: «También yo tuve carta, señorito», él murmuró: «Ya es coincidencia». Después la chica subió un momento donde la Marce y mientras estuvo ausente el viejo no apartó los ojos húmedos y reblandecidos de la cartulina, y cuando la Desi regresó le dijo: «¿Buenas noticias, hija?», pero la muchacha parecía en trance y él hubo de repetir la pregunta cuatro veces y ella, al fin, dijo como si de pronto despertara: «Buenas», y se llevó las manos al corazón y oprimió amorosamente la carta que acababa de ocultar en el seno.

Era de la Silvina, su hermana, la del Eutropio, y la Marce acababa de leérsela arriba de un tirón. Decía la Silvina: «Hermana, soy en decirte que para el 7 del que viene irá a ésa el Picaza para la mili, que cuando vaya a ésa el Picaza te llevará unos chorizos y unos bollos de los de casa». A la Desi, la muchacha, le faltó el aliento y trató de

sujetarse el corazón y entonces lo sintió repicar bajo los huesos como una campana enloquecida. Al cabo de un rato tocó a su amiga en su blanco y rollizo brazo desnudo y dijo con la voz empañada: «Viene él, Marce, ¿te das cuenta?». Dijo la Marce: «Sí, maja». Añadió la Desi: «Para dentro de quince días, ¿te das cuenta, Marce?». Dijo la Marce sin cesar de trajinar: «Sí, maja». De pronto, la Desi se palpó ansiosamente las mejillas arreboladas y dijo: «Marce, por favor, ¿eché ya fuera el pueblo?». Dijo la Marce sin mirarle la cara: «No corres tú poco, maja». La Desi sintió que el suelo y el techo se inclinaban y estuvo a punto de echarse a llorar. Dijo, no obstante, tras un esfuerzo: «Irás a Misa de Gallo mañana, ¿verdad, Marce?». Su amiga se irritó. Dijo: «Tengo yo los zancajos como para misas de Gallo». Entonces la Desi se marchó como sonámbula y, ya en casa, el viejo hubo de preguntarle cuatro veces que si buenas noticias, hija, para que ella se percatara.

El día siguiente amaneció quedo aunque frío y el ambiente de Nochebuena se filtraba a través de los cristales y encandilaba los sentidos. Y las iluminaciones de los escaparates y el altavoz de Ruiz Gandarias, el de los discos, cantando villancicos, y los cristales empañados de los cafés, y la esporádica agitación de las campanas, y la leve orla brillante de los plátanos, y la alegría como sobrecogida de los niños, subrayaban la importancia de la fecha. Por si fuera poco, el viejo Eloy pasó la tarde en la cocina, participando de los preparativos de la fiesta, y ordenó a la chica que subiera una botella de clarete de la tierra y, por fin, con todo dispuesto, le dijo: «Siéntate, Desi». Mas ella hizo un mohín de recelo, como una recién casada en la primera noche, y dijo: «No sé qué me da, señorito». Él separó un poco el taburete: «¿Estás tonta, hija? Siéntate». Y ella, entonces, sumisamente, se sujetó contra las piernas el vuelo de la bata y se sentó. El viejo llenó los dos vasos de vino y levantó el suyo:

—¡Por las cartas! —dijo.

Y ella bajó los ojos:

—¡Qué cosas tiene usted, señorito!

Mas como el viejo aguardara, ella, al fin, tomó su vaso y lo apuró de un trago.

De pronto vio al Picaza más próximo y un júbilo gaseoso empezó a subirla del estómago al corazón. Dijo el viejo, mientras comía ruidosamente:

—Hace muchos años, en tal día como hoy, mi tío Hermene nos abría los armarios donde guardaba la ropa de sus antepasados y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la murciana, y yo y los amigos de los dos nos disfrazábamos y el tío hacía un concurso de chistes y otro de poesías y otro de villancicos y en cada uno daba un duro de plata de premio. ¿Recuerdas tú los duros de plata, hija?

—¿Qué duros?

—Los redondos.

Ella le miraba fijamente con su mirada desdibujada y el viejo, al observar sus ojos romos, desistía de proseguir:

—Come, hija.

Pensó el viejo, de pronto, que Suceso, su nuera, no firmaba la tarjeta, y lo fácil que le hubiera sido firmarla, y para matar la idea bebió otro buche de clarete de la tierra y notó su ardor y su aspereza y su fuerza correrle piernas abajo. Y dijo:

—Madrid no se conquista en un día, es bobada.

—¿Madrid?

—A ver, hija. Una notaría en Madrid es un asunto más complicado de lo que parece.

La chica le miraba sin comprenderle. Pensaba que cuando el Picaza llegara cantaría *El relicario* y *Por qué tengo penas* a media voz, sólo para ella. Dijo:

—Allá en mi pueblo, en tal noche como hoy, Marcos, mi mediohermano, que era inocente, hacía una zambomba con el cuajo del lechón y nos daba la murga.

El viejo bebió otro buche de clarete para olvidarse de Pepín Vázquez y de sus lúgubres ideas sobre la jubilación. Cuando habló, la lengua se le trababa ligeramente al paladar:

—¿Tienes un mediohermano, hija?

Ella lo miró contrariada:

—Tenía —dijo, al fin—. Práxedes, el Raposo, le dejó en el sitio con una horca cuando la riada del 52.

El clarete de la tierra, y la serenidad de la noche y el lejano tañido de una campana iban ensanchando entre ellos un clima de intimidad. Dijo el viejo con voz tartajeante:

—Cuando yo nací mi padre también había muerto. Yo no cené una sola Nochebuena con mi padre. Me sucedió lo mismo que al rey.

—El rey es el que mandaba en todo, ¿no es eso, señorito?

—Así es, hija. Mandaba en todo menos en el destino. Ya ves, hija, un hombre que disponía de todas las cosas en cambio no tenía padre.

De nuevo bebió el viejo para olvidar su orfandad. Y bebió después otro buchecito para olvidarse de Goyito, su hijo menor, que se fue sin guardar antesala. Y dijo, al cabo:

—Poldo Pombo, un viejo amigo mío, fue a Madrid en bicicleta para asistir a la coronación del rey. El viaje le llevó dieciséis horas.

Su cabeza era un hervor. Los recuerdos brotaban como pompas de jabón y al hincharse rompían y se deshacían en el aire. La Desi, la muchacha, se iba encontrando a gusto así, junto al viejo, oyéndole parlar incesantemente, bajo la conciencia de que el Picaza estaría a su

lado pocos días más tarde. Y cuando el señorito empezó a contarle la historia de la Antonia, su primer calor, la chica se olvidó de la comida. Y cuando el viejo contó las historias que le narraba la Antonia a él, cuando niño, la Desi no pestañeaba. Y cuando el viejo le contó que su hermana Elena salía con la cruz a la puerta de la alcoba y el tío Alejo, su cuñado, que era un gigante con los bracitos de enano, se iba a dormir a su cuarto y hablaba solo y algunas veces incluso lloraba, a la Desi se le formó un doloroso nudo en la garganta. Y añadió el viejo:

—Come, hija —hizo una breve pausa para tragar, y añadió—: Luego vino lo del sacrilegio, que fue lo peor.

—¿El sacrilegio? —dijo la muchacha cerrilmente.

—Mi hermana salió con la cruz pero el tío Alejo venía más bebido que de costumbre, ¿sabes, hija?, y fue y dio un golpe a la cruz y la tiró y luego la pateó y la hizo astillas. ¿Me explico o no me explico, hija?

La Desi hizo un borroso ademán como si se persignase. Estaba roja como la grana:

—¡Virgen! —dijo sobrecogida.

—Y mi hermana decía a voces: «¡Sacrílego!», «¡Blasfemo!». Y fue él y se marchó de casa con el regalo. Al cabo se separaron y ella se fue a Bilbao, de señorita de piso, al convento de su amiga Heroína, que es lo que siempre quiso hacer. Y él se largó a Venezuela. A América, ¿sabes? Y yo me quedé solo. Pero no se lo tomé en cuenta y cuando ella murió le puse la papeleta en el diario y le dije un novenario de misas.

La voz del viejo iba haciéndose cascada y sin matizar. Levantó de pronto el vaso mediado y lo unió al de la muchacha y dijo:

—Por mi tío Alejo.

La muchacha se estremeció:

—Eso sí que no —dijo.

—Bueno, como quieras —dijo él. Y bebió solo.

Las campanas empezaron a dialogar vivamente por encima de los tejados brillantes de escarcha. En el ánimo de la muchacha iba asentándose una tibia y placentera sensación de bienestar. Ahora el viejo comía besugo y separaba las espinas con los dedos y ella aprovechó el momento para beber y, al terminar, depositó el vaso sobre la mesa y dijo:

—Y de la Antonia, ¿qué fue, señorito?

El viejo vaciló.

—¿La Antonia?... ¡Ah! —reaccionó vivamente—: Lo de la Antonia ya es harina de otro costal, hija.

—Eso. Pagó la chica. Siempre pagan justos por pecadores. Y las criadas llevamos la peor parte. La Marce lo dice siempre y no le falta razón.

—¿La Marce?

—A ver. Mi amiga, la del tercero —dijo la Desi, acalorada.

El viejo notaba una nube dentro de la cabeza que le despintaba las imágenes.

Se incorporó y dijo tozudamente, apoyándose en la pared y frunciendo el ceño para concentrarse:

—Eso es cierto. Justos por pecadores. Es muy cierto, hija. Mi hijo Goyito se fue a morir allá lejos y él no era responsable de nada. No es porque yo lo diga pero él nunca le hizo mal a nadie.

Se sujetó al respaldo de la silla:

—Vamos, siéntese —dijo la chica autoritariamente—. A ver si se cae usted ahora y se parte un hueso.

El viejo obedeció. Se sentó en el taburete torpemente porque le parecía que en lugar de dos piernas tenía muchos tentáculos, como un pulpo, y se le enredaban entre las patas de los muebles. Dijo la chica, señalándose la nariz: «Señorito, el pañuelo». «Ah, bien», dijo el viejo sin el menor pudor y agregó después de limpiarse y guardar el pañuelo en el bolsillo:

—A Leoncito le gustaban los libros pero era delicado y, para sobrealimentarlo, decidimos comprarle un jamón. Y cada vez que su hermano se arrimaba al jamón, el otro se ponía loco. Yo le decía a mi señora: «Este chico ha de ser más que yo». Y ya ves, hija, notario en Madrid a los cuarenta y dos años.

La Desi bebió otro sorbo de vino. Tenía las mejillas arreboladas y notaba la piel de la cara enteriza y poco flexible, como hule. Dijo:

—Marcos, mi mediohermano...

El viejo se volvió a ella, interesado:

—¿Tienes un mediohermano, hija?

Ella se revolvió entre irritada y perpleja. Dijo casi a gritos:

—No empiece usted con sus pitorreos.

El clamor de las campanas era cada vez más encendido y próximo. Penetraba a través de los cristales empañados como la Virgen de la Guía a través de la alta cúpula cada vez que el monaguillo agitaba la campanita los domingos, en la misa de siete de San Pedro. En la cocina hacía calor y bajo los ojos le habían nacido al viejo Eloy dos vivos rosetones. Observó a la chica, que acababa de ladear la cabeza y se golpeaba afanosamente la oreja con la palma de la mano:

—Vas a hacerte daño, hija.

—Ya empezó. Es como si tuviera un cínife dentro.

—A golpes no conseguirás nada.

Ella sonrió. Dijo:

—Un clavo saca otro clavo.

Mas el Picaza aleteaba en su subconsciente. Se le antojaba que las campanas anunciaban su advenimiento. Dijo de súbito:

—El día que yo me case, señorito, usted no faltará a mi boda.

El viejo la miró como si regresase de otro mundo. Sobre los ojos se le había formado como una película cristalina:

—¿Dónde, hija?

—¡Otra! En mi pueblo.

Se exaltó de pronto:

—Yo iré de padrino, ya lo creo ¡Yo seré el padrino de tu boda, hija!

—Trato hecho —dijo la chica. Y luego, tras unos segundos de silencio, añadió—: Buena se organiza en mi pueblo con el refresco. Los mozos empiezan copa va copa viene y luego arman un corro y cantan: «Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabánpampán al que no le gusta el vino es un animal». ¡Es una juerga!

El viejo Eloy se interesó:

—¿Cómo es eso, hija?

Dijo la chica:

—¿Cuál, el cantar? Pues eso: «Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán...».

El viejo se incorporó penosamente. Notaba en su pecho la alegre y melancólica excitación de las campanas:

—Vamos, Desi —dijo alargando los brazos como si la invitara a bailar.

La chica se puso en pie y el viejo la tomó por las manos y, bajo la pobre lámpara de 25 vatios, ambos empezaron a girar vertiginosamente y sus sombras se achataban y se agigantaban sin cesar sobre los muros, y sus voces desacompasadas clamaban contra la vaciedad y el aislamiento y el miedo:

—¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal!! ¡Con el pimpiribínpimpín, con el pamparabán-pampán...!

—¡Pare, me mareo...!

El viejo se reía. Cada vez oprimía más ansiosamente las bastas manos de la muchacha:

—¡¡Venga!! Otra vez, Desi. ¡¡Más fuerte!!

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán...!!!

La Antonia y Goyito, y Lucita y Pepín Vázquez, y Leoncito y la hija de la Fuensanta y Poldo Pombo y el tío Alejo bailaban en derredor, se aproximaban y se desplazaban en un juego delirante y el viejo Eloy pestañeaba atónito y, al concluir, reía y voceaba:

—¡¡¡Más fuerte!!! ¡¡¡Más fuerte!!!

—¡Pare ya, señorito, me mareo!

Él apretaba aún más las sudorosas manos de la muchacha:

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el pamparabán-pampán al que no le gusta el vino es un animal!!! ¡¡¡Con el pim…!!!

—¡Suelte, señorito, me hace daño!

Él no la oía:

—¡¡¡Con el pimpiribín-pimpín, con el…!!!

De pronto sonó el timbre de la puerta y automáticamente el viejo y la muchacha se detuvieron. El viejo Eloy se aferró crispadamente al respaldo del taburete y así permaneció un rato con la mirada clavada en el suelo tratando de afirmarse sobre sus débiles piernas. Dijo, al cabo de unos segundos:

—Han llamado, Desi; ve a abrir.

Salió la chica dando bandazos y cuando regresó el viejo estaba sentado en el taburete y sostenía la cabeza entre las manos. Al oír a la Desi levantó el rostro, un rostro repentinamente pálido y demacrado. Dijo la muchacha, avergonzada:

—Es la chica de abajo; que hagamos el favor de no meter bulla; que hay un enfermo…

XII

Aunque la víspera le esperó durante todo el día, así, al pronto, en la penumbra de la escalera y con aquella ropa y la visera haciéndole sombra en los ojos, la Desi no lo reconoció.

Dijo él, en tímida audacia, intentando conectar sus relaciones con el pasado:

—¿Q… qué dice la burra más burra de todas las burras?

—¡Picaza! —exclamó ella entonces, enternecida.

El Picaza portaba bajo el brazo una caja de zapatos con manchas de grasa, atada con un cordel. El muchacho permaneció unos segundos inmóvil en el umbral, justo el tiempo para que la Desi se habituase a la penumbra y lo analizase con la nueva indumentaria. A la chica no la bajaba el calor de la cara. Se llevó las manos a la boca y dijo, turbada:

—¡Ay, madre! ¿Quién me iba a decir? Anda, pasa.

Él avanzó jactanciosamente por el pasillo con sus cortas piernas arqueadas, arrastrando las botas negras de media caña sobre las desgastadas maderas. Ya en la cocina, se echó la gorra hacia atrás, se sentó en el taburete donde solía sentarse el viejo cada mañana y se acodó en los muslos. La chica lo contemplaba arrobada, las rojizas manos cruzadas sobre el regazo, sus zafias facciones iluminadas por una tierna sonrisa. Mas él, de súbito, se tornó cohibido, extrañamente

desconcertado y ausente. La Desi trató de aproximarlo:

—¿Sabes que te cae bien la ropa de militar?

—P... puede.

Divisó ella las bombas doradas sobre los rojos rombos de las solapas:

—Vaya, me pensé que vendrías a caballería.

—U... un primo hermano de don Ulpiano me ha sacado de asistente, ve ahí —dijo él justificándose.

Entonces la chica cortó el cordel de la caja y le ofreció unos bollos. El Picaza engullía sin mirarla, esquinadamente, como un perro en casa ajena. Por dos veces intentó el muchacho adoptar una actitud desenvuelta, pero la ciudad, y la casa, y aquella ropa, le abrumaban. Entre ellos se levantaba una violencia inusual. Ella había pensado que el Picaza, tan pronto llegara, le contaría cosas de allá y le cantaría al oído, para ella sola, *El relicario* y *Por qué tengo penas*. Pero el Picaza no hacía más que comer, y si ella inquiría algo, él respondía sin levantar la cabeza, contrariamente a lo que hacía en el pueblo cada vez que se arrancaba a hablar o cantar, que es cuando decía la Culohueco, el ama del señor cura, que se le veían los sesos por los agujeros de la chata nariz. Eso sí, el Picaza, lo mismo que allá, había de tomar carrerilla cada vez que decía algo, porque según don Jerónimo, que le guardaba mucha estima, le ocurría igual que a los aeroplanos, que necesitaba tiempo para despegar:

—A... al Caraplana, el de la Críspula, le ha salido Marruecos, ya ves.

—¡Virgen, cómo estará la Críspula!

—C... calcula.

De nuevo el silencio. El desasosiego se ensanchaba en el corazón de la Desi. Apeló a todos los recursos para establecer entre ambos una corriente comunicativa. Dividió un chorizo con el cuchillo:

—Come una raja de chorizo, Picaza; no te acobardes.

Él comía sin despegar los labios, sin dirigir a la muchacha una sola mirada de sus ojos, tan juntos que cuando miraban insistentemente parecían uno solo. La Desi pensaba en la Matilde y un bulto esquinado y doloroso se le iba formando en lo alto del pecho. Observaba fascinada la franja blanca, como cruda, junto al pelo, allí donde la boina preservaba la piel. Dijo en un último intento:

—Madre, qué color traes.

—L... la de siempre.

—Puede, pero llevando tiempo en la ciudad la cosa choca. Cuando termines la mili habrás echado fuera el pueblo; les pasa a todos.

—A... a saber. Eso nunca se sabe.

La muchacha ensayó nuevas formas de comunicación en vano. El Picaza se encerraba en un hermetismo salvaje. Al cabo de un rato,

cuando menos lo esperaba, él se levantó. A la Desi apenas le salía la voz del cuerpo. Le dijo desde la puerta: «Vuelve, ya sabes el camino». Y tan pronto se vio sola subió donde la Marce y se arrancó a llorar contra su pecho. Decía la Marce: «Vamos, maja, no te tomes ese sofoco». La Desi sollozaba: «No me quiere, Marce. Ya no me quiere». La Marce le golpeaba formulariamente la espalda: «Otros hombres hay, mira tú». La Desi no se consolaba. Estaba hecha a las audacias del Picaza, a sus bravatas, y aquella su actitud, incomprensiblemente desmayada, la aturdía. «No es el mismo. La pingo de la Matilde me lo ha cambiado, ¿oyes, Marce?». Decía la Marce: «Vamos, maja, déjalo ya; te vas a ir en agua».

La Desi pasó unos días malos desde que la Silvina, su hermana, la del Eutropio, le anunciara la llegada del Picaza. Salió tres tardes con la Marce y hasta la tercera no se decidió por la rebeca heliotropo. En cambio tuvo que renunciar al can-can. Últimamente, con lo del ajuar, se había metido en muchos gastos y el Picaza se presentó antes de lo previsto. Por otra parte se había hartado de hacer proyectos con la Marce por el sórdido patio de luces. Ello le costó regañar dos veces con la Tasia. La Tasia porfiaba que lo aguardase sentada, que de pie se iba a cansar. La Tasia nunca creyó que él existiese. De otra parte, se complacía en refrotarla por las narices su exceso de la Nochebuena: «Vamos, que buena la mangaste con el viejo; si no subo a tiempo echáis la casa abajo». La Desi, la muchacha, se enardecía y voceaba que callase la boca, que tenía por qué callar, y la llamaba pingo y estropeabarrigas, pero la otra estiraba el cuello, como las gallinas al beber, y decía: «Las verdades escuecen». Y la Desi temblaba sólo de pensar que el rumor trascendiera y el Picaza pudiera imaginarse lo que no era. Por eso prefería que la Tasia se burlara y dijese que podía aguardar sentada que de pie se iba a cansar y ella, la Desi, en estos casos, se hacía la que se irritaba más a fin de que la Tasia tirase por este lado y se olvidara de lo otro.

A la noche, al concluir de fregar los cacharros, la Desi subió de nuevo donde la Marce. No podía parar quieta. Estuvo más serena pero volvió a echar unas lágrimas. Le dijo a su amiga que no sabía qué podía haber ocurrido pero que el Picaza estaba medio alelado y ni hablaba, ni se reía, ni tocaba, ni nada. Sus labios agrietados se fruncían en un puchero para decir:

—¡Ay, Marce, con la guasa que se gastaba! Si no parece el mismo.

Pero a la tarde siguiente volvió el Picaza y el corazón de la Desi empezó a batir desacompasadamente al percibir aquel tufillo inconfundible, hecho de sudor humano, establo y cuero empapado en sebo. No es que fuera el Picaza de antaño con su jovialidad agresiva y sus bravuconadas pueriles, pero siquiera le contó alguna cosa de allá, como la historia del milagro y lo del nido de la cigüeña. Decía la Desi,

estimulándole:

—Ya sería una coz.

—Q... quita de ahí. Tenía el corazón con las gotas de sangre y todo, y bien dibujado. Y el cura dijo que era cosa de estudiarlo porque la Tina, cuando se metió bajo las patas del macho para sacar a la criatura, dijo: «Corazón de Jesús, sálvala». Y cuando salió ya llevaba el corazón en rojo, arriba del brazo, y bien dibujado.

—Sí que es chocante.

—T... todo el pueblo anda alborotado con eso, ya ves tú. Si no han desfilado mil almas por casa la Tina, pocas faltarán.

—¿Y lo de la cigüeña?

—L... l... la mala pata, porque otra cosa no. Si cae un minuto antes, nada; si cae un minuto después, tampoco. Pero tuvo que caer cuando los mellizos andaban enredando bajo la torre, ya se sabe. Claro que el nido era una buena carga.

La Desi frunció su estrecha frente:

—Será cosa de oír a la Candelas ahora.

—C... calcula.

Luego el muchacho se desabotonó la guerrera, extrajo un papel mugriento del bolsillo interior y dijo:

—M... menuda la prepara el cura este año para la Virgen. Lo de otros años al lado de éste nada.

Desdobló el papel y lo leyó en un tono rutinario, salpicado de vacilaciones:

«E... e... en un justo anhelo de restaurar la grandiosidad de nuestras fiestas de la Virgen de la Guía de acuerdo con su hermosa tradición, hacemos un llamamiento a los hijos de este pueblo, seguros de encontrar el eco que nuestro propósito merece solamente concebido a la mayor gloria de Dios y de nuestra Santa Madre la Virgen de la Guía. PR... PRESUPUESTO DE GASTOS. P... por nueve misas cantadas, alumbrado todo el año, derechos párroco, coadjutor, velas, etc.: cuatro mil ciento cinco pesetas. P... por tres sermones 6, 7 y 8 de septiembre (cálculo aproximado, estamos en trámites con el padre Federico): tres mil. P... por fuegos artificiales: cinco mil. P.... por refresco (cálculo aproximado): tres mil ciento setenta y cinco. P... por circulares y correspondencia: setecientas diez. T... total ...: quince mil novecientas noventa pesetas. C... cada uno puede aportar la cantidad que desee y con arreglo a la aportación se hará una distribución proporcional para asistir al refresco. El distintivo de los colaboradores será una medalla de la Santísima Virgen de la Guía, pendiente de la solapa con un pequeño lazo con los colores nacionales. Todos los que aporten más de un duro tendrán puesto destacado en la función religiosa.

»¡A... a escote nada es caro!

»¡A... ayuda a la celebración de la festividad de la Virgen de la Guía!»

Cuando el Picaza concluyó, la Desi estuvo a punto de confesarle que ella también sabía leer, pero decidió no precipitar la sorpresa. Sin decir palabra se incorporó, salió y regresó con una peseta cuidadosamente plegada en cuatro dobleces:

—Toma —dijo—. Se la mandas al señor cura de mi parte.

Él guardó la peseta con la circular en el bolsillo interior de la guerrera. Dijo:

—Y... y van por las diez mil quinientas. Con la subasta del pardillo se sacaron más de setecientas sólo en la escuela, mira tú.

La chica frunció el ceño:

—¿La subasta?

—E... el maestro llevó un pájaro y el Chicho, el de la Críspula, pujó hasta tres veinticinco y el maestro va y le dice: «Este dinero es para la Santísima Virgen, ¿quieres el pájaro o lo subastamos otra vez?». Y el rapaz se acobardó y dijo que otra vez, señor maestro, y que las tres veinticinco para la Señora. Y así hasta cuatrocientas, y en la de las niñas hasta trescientas, y como nadie se quedaba el pájaro lo pusieron al pie de la Virgen. Y ahora andan con que si otro milagro porque el pardillo no se vuela.

La chica le miraba atentamente:

—¿No se vuela el pardillo del pie de la Virgen?

El Picaza sonrió con suficiencia:

—A... ver. El maestro me lo dio y yo mismo le quebré las alas.

—Será capaz, ¿don Fidel?

—Q... qué don Fidel, el nuevo. Va para dos años que don Fidel se largó del pueblo. El párroco no lo podía ver ni en pintura. De lo de las alas no te vayas a ir con el cuento.

Cuando el Picaza se marchó, la Desi quedó más sosegada. A la noche, la chica en camisa y con los brazos en cruz, le pidió a la Virgen de la Guía que el Picaza la quisiera.

A la tarde siguiente estrenó la rebeca para recibirle y, aunque él no le dijo nada, ella pudo advertir en las furtivas miradas audaces de sus ojos que las cosas habían cambiado. Luego sí, le decía todo el tiempo midiéndola de arriba abajo:

—¿S... sabes que te prueba la capital?

La chica temió que le asomara la veta mala, aunque tal como andaban las cosas casi era preferible. La Culohueco, el ama del señor cura, afirmaba que el Picaza era un muchacho formal mientras no le asomara la veta mala, y que cuando le asomaba la veta mala era capaz de cualquier perrería. A veces, en los funerales de primera, el Picaza sacaba una tenebrosa voz de ultratumba sólo por el gusto de asustar a

las viejas. Y ellas lo comentaban a la salida: «Jesús, qué demonio de Picaza; hoy me metió el resuello en el cuerpo». Cuando mató a palos a la urraca amaestrada y cuando quebró las alas del pardillo y cuando acosaba a la Desi en el campo, el Picaza actuaba asimismo bajo el influjo de la veta mala. Pero después de su paralización del primer día, a la Desi, la muchacha, esto no la asustaba.

De pronto, el Picaza se arrancó a canturrear *Jalisco* y con una pierna montada sobre la otra seguía el compás con el pie. Ella no lo interrumpió. Cuando el Picaza se movía se llenaba la cocina de un hedor a sudor, establo y cuero ensebado. Fue él quien dejó de tararear por decisión propia y dijo con una jactanciosa sonrisa:

—M... mientras el Picaza ande en la mili se acabaron en el pueblo las bodas y los funerales de postín. El cura ha puesto un cartel diciéndolo así en la puerta de la iglesia. Si el Picaza no canta no hay nada que hacer, ya lo sabes.

Ella le golpeó amistosamente en el hombro:

—Chico, qué importancia.

—P... porque se puede, mira tú.

—A ver.

Se abrió una pausa y, para llenarla, la chica se oprimió repetidamente, ladeando la cabeza, el oído lastimado con la palma de la mano.

Dijo el Picaza:

—¿S... sigue eso?

—A ver. Sigue siempre. De que llega el invierno se pone a cantar y es como si tuviera un cínife dentro de la cabeza.

—Sí que la tía Caya te dejó una reliquia.

—¡Mira! ¿Y qué es de ella?

El muchacho volvió a cruzar las piernas y a bailar un pie.

—Como siempre, para encerrar.

—¿Volvió el Raposo?

—¡Anda! Para el veintiuno del que viene, un año.

El Picaza se desasosegaba. La Desi lo advertía en la frecuencia con que cambiaba de postura. Ella pensó: «De aquí a dos días el Picaza de antes». Pero él no aguardó tanto. Súbitamente se puso en pie y se le arrimó y la estrechó en una cálida mirada envolvente:

—M... me largo, me aguardan unos amigos —dijo y, sin razón aparente, posó su mano derecha en la cadera de la chica y la oprimió con fuerza—: ¿S... sabes que te pinta la capital?

Ella se retiró riendo:

—Mira, Picaza, no empecemos.

El hedor a cuero ensebado y a sudor y a establo la enervaba. Dijo él:

—M… mañana te aguardo en el portal.

—Bueno.

Caminaban hacia la puerta:

—A… a las cuatro.

—Bueno.

Ella tomó el picaporte pero él adelantó de nuevo la mano y ella saltó hacia atrás riendo a carcajadas, pero él la seguía y ella le golpeaba la mano y le decía:

—Anda, asqueroso, para quieto si puedes.

Al fin, el Picaza se fue y la Desi suspiró hondo, sofocada, reclinó la mejilla en la puerta sonriendo y allí permaneció inmóvil hasta que las pisadas del muchacho se extinguieron allá abajo, en lo profundo del hueco de la escalera.

Dijo el viejo Isaías fustigando el aire con su bastoncito y trocando su dorada sonrisa por una ambigua mueca de gravedad:

—¿Sabes quién anda apuradillo?

El viejo Eloy volvió a él sus pupilas gastadas y dijo con una punta de voz:

—¿Quién?

—Pintado, el ferretero.

—Ya tiene años Pintado.

—Andará por los setenta y cinco; no le pongo ni uno más.

El viejo Eloy se pasó el pañuelo por la punta de la nariz. Sus paseos cotidianos con Isaías databan de 1929. Hasta entonces, el viejo Eloy y su amigo Isaías se preguntaban al encontrarse: «¿Sabes quién ha tenido un heredero?». Desde 1929 el viejo Eloy y su amigo Isaías se preguntaban al encontrarse: «¿Sabes quién anda apuradillo?». La ciudad renovaba su caudal humano de manera incesante y el viejo Eloy, cuando en sus paseos se acercaban al cementerio, solía decir señalando con un dedo temblón las tapias del recinto:

—Tengo ya más conocidos ahí que fuera. Eso nos pasa siempre a los viejos.

Se limpiaba la nariz. Decía Isaías: «Tú siempre con tus cosas». Desde hacía tres meses, el viejo Eloy replicaba indefectiblemente: «Lo quiera o no, me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Es un aviso».

Lucita, la mujer del viejo Eloy, jamás tragó a Isaías y en vida le decía a su marido que qué veía en ese hombre para soportarlo a diario. Mas ella ignoraba que detrás de Isaías estaba Madame Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos; y estaban Poldo Pombo y su biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon; y estaban Elena y el tío Alejo y la Antonia y la Emma Abbot y Rovachol y su primer calor; y estaban la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana, y la Paquita Ordóñez y su frivolidad y la Casa de Baños y Pepín Vázquez y sus negras ideas sobre las cosas; y estaban las muchachitas del Fígaro y los jurados mixtos y el conde de las Almenas y la coronación del rey; y estaban el tío Hermene y sus puzzles y el Banco Cooperativo y ahora, andando el tiempo, estaban incluso ella, Lucita, y Goyito, su hijo menor, y toda una vida.

Decía el viejo Eloy deteniéndose y buscando la cara del sol:

—A mi hermana Elena, tú lo sabes, nunca le tomé en cuenta lo que hizo conmigo. Y cuando murió encargué un novenario de misas y le puse la papeleta en el periódico como si tal cosa.

Isaías fustigó el aire con el bastón. Solían pasear durante hora y media, y luego, cuando declinaba el sol, buscaban refugio junto a los muros verdigrises de San Ildefonso, con todos los viejos cesantes y todos los niños irresponsables de la ciudad.

Decía Isaías de pronto:

—Andando poquito a poco.

Y reanudaban la marcha para interrumpirla de nuevo quince o veinte metros más allá.

Pero, en realidad, el calor de la Antonia lo perdió el viejo Eloy antes de lo del sacrilegio y, por lo tanto, antes de que su hermana Elena marchase de señorita de piso a Bilbao, al convento de su amiga Heroína. Y si la Antonia no se hubiera empeñado en llevarle aquella mañana al funeral de la condesa, ni en contarle luego lo del hombre que se disfrazó de criada para robar la casa de un rico, su calor hubiese muerto regularmente, por consunción. Pero la Antonia era muy aficionada a las honras fúnebres y solía aprovechar sus salidas a la compra para asomarse a los funerales de los personajes importantes y regodearse así sintiéndose viva y compadeciendo a los que tenían los ojos hinchados de tanto llorar en la presidencia. Y aquella mañana le dijo al niño: «Hoy te vienes conmigo a un funeral de postín, caraguapa». Y el niño se fue con ella. Los negros crespones cubrían el enorme catafalco y del coro goteaban unas tenebrosas letanías y la Antonia le arrimó los gruesos labios a la oreja y le dijo: «Bajo los paños están los muertos. Estate formal; hay un puñado de ellos». El niño empezó a temblar y se apretó contra la Antonia: «¿Cuántos habrá, Antonia?», preguntó en un susurro. «Lo menos ocho o diez. ¿No ves lo grande que es el cajón?», respondió ella. El niño no acertaba a dominar sus nervios. Añadió: «¿Por qué están ahí?». Decía ella: «Para que los curas les echen agua bendita y los demonios no les arrastren de los pelos al infierno».

Cuando salieron, el niño, que más tarde sería el viejo, respiraba roncamente, como si sollozase, y a cada ruido inesperado se estremecía. No obstante, todo lo hubiera olvidado si la Antonia no remacha horas más tarde en el mismo clavo contándole la historia del hombre que se disfrazó de criada para robar la casa de un rico y se metió dos toallas en el pecho y fue descubierto porque la señorita lo sorprendió una mañana afeitándose en la despensa y con las toallas sobre una silla. El niño sólo decía: «¿Sí, Antonia?». Pero poco a poco iba separándose de ella, observando aterrado sus lacios bigotes y su nuca vigorosa y sus peludos antebrazos estremecidos de músculos, y cuando sonó el timbre de la calle escapó corriendo y se refugió en las piernas del tío Alejo y voceaba histéricamente: «La Antonia es un hombre disfrazado, tío. ¡Échala!». La Antonia lo miraba asombrada y decía: «¿Qué le pasa hoy a la criatura?». El niño porfiaba: «¡Échala,

tío; es un hombre! Tócala, tiene dos toallas metidas ahí». Pero el tío Alejo, su cuñado, a pesar de que era un gigantón, no se decidía a palparle los pechos a la Antonia para comprobar si aquellos bultos eran toallas o no y su indecisión aumentaba el terror de la criatura. La excitación del niño era tan grande que hubo que trasladarlo provisionalmente a casa del tío Hermene hasta que días más tarde acaeció lo del sacrilegio y su hermana marchó a Bilbao de señorita de piso, el tío Alejo a Venezuela en el *Rey Fernando* y la Antonia, o lo que fuese, donde la señorita Emilia para sacar niños.

Pero el viejo Eloy, al confesarle a su amigo Isaías que él nunca le tomó en cuenta a su hermana Elena lo que hizo con él, no se refería a su distanciamiento sino a la cuestión de las joyas. El tío Hermene, sin la menor malicia, fue quien le dijo un día lo de las joyas de su madre; mas cuando el viejo Eloy, al cumplir los veintitrés, escribió a su hermana a Bilbao, aquélla le respondió que hacía diez años que donó las joyas para una custodia y que qué mejor destino, pero que si, a pesar de todo, él seguía en la idea de recibir su parte, vendería sus ropas y se estrecharía y le pagaría, pero que, en verdad, nunca pudo imaginar que su hermano fuese tan interesado. En vista de ello, el viejo respondió que no era eso, que lo que ella dispusiera él lo acataba y que qué sabía del tío Alejo, si seguía en Venezuela, pero jamás tuvo respuesta a esta carta.

El viejo Eloy, cada vez que se detenía, buscaba la cara del sol y se dejaba rebozar voluptuosamente por sus rayos. Le dijo a su amigo Isaías:

—El tío Hermene fue un gran hombre. Él decía que mi padre pudo ser una figura pero que los Núñez siempre derrocharon su talento.

Isaías le miró y sonrió y agitó el bastón y dijo:

—Andando poquito a poco.

A los lados del camino se erguían las acacias desnudas y detrás de las cunetas las primeras huertas y las primeras barracas suburbiales. El sol, pálido y blando, apenas tendía sombras sobre el asfalto. Los dos viejos avanzaban a pasitos muy cortos, ligeramente encorvados, sin apremios. Sabían que el sol tenía su horario y no podía jugársela.

Al pasar del calor de la Antonia al calor del tío Hermene, el viejo Eloy no advirtió diferencias de temperatura. Las noches de invierno, junto al brasero, el tío armaba complicados puzzles y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana, y él le ayudaban a buscar pedacitos y cuando uno de ellos casaba palmoteaban y se llenaban de regocijo y el tío Hermene decía: «Ojo, no lo echemos a rodar». Y en otras ocasiones se disfrazaban y, una vez que los tres estaban hechos unas fachas, jugaban a decir versos solemnemente, y el tío Hermene poseía una hermosa y profunda voz de recitador. Después, cuando llegaba el primer domingo de primavera, venía la gran fiesta del

Banco Cooperativo. Se reunían muchos niños y niñas y padres y madres en la plaza y de allí a «Los Almendros en Flor» iban en alegre caravana entonando el himno de la institución:

Poco a poco, pionier,
del Banco Cooperativo.
Poco a poco, pionier,
del Banco Cooperativo.
Plantaremos arbolitos.

Algunos desafinaban o se precipitaban:

¡*Verás los senderos*
cubiertos de flores!

Y entonces don Gregorio de la Toja, el presidente, se erigía en director de orquesta y lo hacía con tanto calor que a veces propinaba un coscorrón a alguno de los pequeños cantores que se desmandaba. Ya en «Los Almendros» empezaba la ceremonia de la repoblación y cada niño con una azadilla plantaba un arbolito y rodeaba su débil cintura con un cordel y una plaquita con su nombre y la fecha. Después venía la comida campestre y, por último, el discurso de don Gregorio de la Toja, el presidente, en el que cada año decía que había que despertar en los niños el amor por las plantas y que el niño que amaba las plantas sería el día de mañana un ciudadano ejemplar. Al atardecer regresaban con las piernecitas cansadas y las pupilas atiborradas de luz, pero don Gregorio encabezaba el grupo y al entrar en la ciudad, ya anochecido, los conminaba: «¡Ahora, venga!».

Y todos los niños entonces se arrancaban a cantar desganadamente con sus delgadas vocecitas adormecidas:

Poco a poco, pionier,
del Banco Cooperativo.

Cada mes, mientras duraba el buen tiempo, el tío Hermene los llevaba a la Rosina y a él a «Los Almendros en Flor» a ver los progresos de sus arbolitos. Y la Rosina y él hacían de esto una competencia y regañaban ardorosamente. En los últimos años, cuando al tío Hermene se le hinchó la pierna de aquella bárbara manera y yació en cama durante meses y meses, la Rosina, la hija de la Fuensanta, la criada murciana, era ya una señorita que más que los árboles amaba los pantalones y le decía a su padre adoptivo cada vez que salía a la calle: «Adiós, papá, que te diviertas». Y el tío Hermene, que andaba ya con unos dolores continuos y crueles que le hacían

sudar blanco por la calva, respondía pacientemente: «Adiós, hija, que te alivies». Luego estos dichos se comentaban en el Círculo, e incluso algunos que no eran suyos se los atribuía la ciudad a pesar de todo y las gentes decían: «Son cosas de Hermene Núñez». Y cuando el tío Hermene, a punto de morir, los reunió en torno al lecho y todos aguardaban sus últimas disposiciones, él se limitó a decir: «No olvidéis que tengo mi traje gris en el quitamanchas». En ese instante se fue la luz y, cuando volvió, el tío Hermene era ya un cadáver que sonreía con su enorme calva rosada que paulatinamente iba trocándose cenicienta. Rosina, la hija de la Fuensanta, se obstinó en que era él quien había apagado la luz al marchar y en el Círculo se corrió la voz de que Hermene Núñez, aun después de muerto, seguía gastando bromas a los sobrinos. Fuese como quiera, Hermene Núñez se fue con su pierna enferma y su ingenio y, años más tarde, se fue la Rosina, de sobreparto, allá en Sevilla, donde se había casado con un ayudante de ingeniero forestal.

Y el viejo Eloy le decía ahora a su amigo Isaías durante sus paseos vespertinos:

—Mi tío Hermene aseguraba que mi vocación de funcionario municipal me vino de herencia. Mi padre no toleraba el desaseo urbano y escribía, por ese motivo, frecuentes cartas al diario. Recuerdo una que concluía así: «¿No hay disposición que determine cuándo deben verificar la operación los encargados de verter las tradicionales ollas de la basura sin ofender uno de los cinco corporales sentidos de los transeúntes en las primeras horas de la noche?». Decía el tío Hermene, y le sobraba razón, que esta carta podía firmarla Cervantes y, sin embargo, la firmaba Eloy Núñez porque el mundo no siempre da la fama a quien la merece.

Isaías levantaba su flexible bastoncito y decía sonriendo:

—Andando poquito a poco.

Una tarde, los dos viejos, apurando el último sol ante los muros de San Ildefonso, regañaron fuerte. La cosa empezó porque el viejo Eloy aseguraba que en sus tiempos había otra seriedad y que los problemas importantes se resolvían sin prisas y que recordase, sin más, que el propio Ayuntamiento, antes de decidir el asfaltado de la plaza o la instalación del alcantarillado, se reunió en pleno extraordinario doce veces para lo primero en 1903 y dieciséis para lo segundo en 1904. Posteriormente Isaías se quejó de que mediada la digestión se le ponía una franja dolorosa entre el estómago y el intestino y entonces el viejo Eloy le recomendó que bajase a la espesura del parque a evacuar de madrugada porque la Naturaleza era el mejor regulador, pero su amigo Isaías replicó acalorado que eso no, que eso, como todo, iba en temperamentos y que recordase que Aguado, sin ir más lejos, se ponía al corriente revisando legajos viejos y que él decía que era el polvillo.

De unas cosas pasaron a otras e Isaías le hizo ver que en sus tiempos no había mujeres como las de hoy y que observase y, al decirlo, le señalaba una prieta muchacha que atravesaba la plaza, pero el viejo Eloy puso tanta pasión en recordarle a la Paquita Ordóñez que se le soltó la dentadura y eso le enojó. Al separarse, la irritación de ambos era tan manifiesta que ninguno hablaba y en su fuero interno consideraban que su vieja amistad era un hecho que acababa de pasar a la historia.

Sin embargo, al día siguiente se encontraron como cada tarde en los soportales, junto a la papelería de Afrodisio Niño, y ninguno de los dos recordaba la controversia de la víspera y, en cambio, recordaban lúcidamente, aun en sus más nimios pormenores, la escuela de Madame Catroux, la francesa, fallecida cincuenta años atrás, y el viaje en biciclo de Poldo Pombo, y la creación de los jurados mixtos, y la Casa de Baños y la pelea con los cadetes y la coronación del rey. Y dijo Isaías, sonriendo al sol y a la vida con sus tres dientes de oro:

—Andando poquito a poco.

Veinte metros más allá, los dos viejos se detuvieron. El viejo Eloy se limpió mecánicamente la punta de la nariz y buscó la cara del sol. Dijo su amigo Isaías, fustigando el aire con su bastoncito:

—¿Sabes quién anda apuradillo?

El viejo Eloy levantó sus párpados reblandecidos y resignados:

—¿Quién?

—Pintado, el ferretero.

—Ya tendrá años Pintado.

—Andará por los setenta y cinco; no le pongo ni uno más.

En el aire se cernía un sol lánguido y plano que apenas dibujaba sombras sobre el asfalto.

XIV

El fotógrafo ocultó la cabeza bajo el trapo negro y dijo perentoriamente:

—Quietos, un momento.

El Picaza se colocó en su lugar en descanso; el pie izquierdo ligeramente retrasado, el mentón erguido, la mirada desafiante, las manos relajadas, superpuestas a la altura de la pelvis. La Desi, la muchacha, se encampanó rígidamente, como siempre que algo la apuntaba, lo mismo fuese un objetivo, un ojo o un revólver.

Dijo la sofocada voz del artista bajo el paño negro:

—Sonrían, por favor.

La Desi, la muchacha, esbozó una sonrisa enteriza y su incomodidad

aumentó. El Picaza observó que se aproximaba un grupo de reclutas y le dijo al artista sin descomponer la postura, sin mover un solo músculo de la cara, sin mover apenas los labios:

—A... apure, ¡coña!

Entonces el artista destapó el objetivo, asomó la cabeza levemente congestionada y dijo:

—Son cuatro cincuenta.

El Picaza registró los fondos de los bolsillos de la guerrera, extrajo tres pesetas y, luego, contó, una a una, quince monedas de diez céntimos.

—Ha... hasta luego —dijo.

Se perdieron en lo profundo de los jardines. Un tibio, mortecino sol invernal, se arremansaba en el parque. El Picaza andaba con las piernas arqueadas, arrastrando las suelas de las botas, remoloneando en torno de la muchacha. La Desi, envuelta en su rebeca heliotropo, sentía frío, pero la conciencia de su propio decoro y su íntima satisfacción la abrigaban. El Picaza, transcurridos unos días, había vuelto a ser el mismo de siempre, con su osadía incisiva y su mala lengua y su vitalidad envolvente y su hermosa voz. Al cabo de unos minutos regresaron donde el artista y anduvieron un rato sentados en un banco riendo y comentando la fotografía.

—Vaya una cara que me ha sacado el tío baboso ese; parece una cualquier cosa —la chica se palmeaba el muslo y reía a carcajadas—: ¡Anda que tú, madre, qué facha!

Los jueves y domingos, el Picaza aguardaba a la muchacha a las cuatro, frente al portal, curioseando la vitrina de la relojería de Emeterio. Si el tiempo era bueno recorrían los paseos del parque y, a la noche, daban un par de vueltas por la calle principal o permanecían, sentados muy juntos, en la oscuridad de los jardines. En estos casos, el Picaza le cantaba a la chica a media voz *El relicario* o *Por qué tengo penas*. Mas la Desi prefería pasear porque en la sombra de los jardines, sintiendo en su mejilla el aliento del Picaza y en el corazón los trémolos de su voz, temía que su resistencia flaquease. Paseando, en cambio, se evitaba este peligro, siquiera el Picaza, con su peculiar audacia, le enviase con frecuencia un azote o un pellizco intencionado. Ella se reía:

—Para quieto, Picaza.

Él le guiñaba un ojo:

—¡P... p... pelela!

—¡Asqueroso! —decía la Desi tiernamente, propinándole un empellón.

A menudo él le compraba pipas de girasol y mientras charlaban iban escupiendo las mondas sobre las espaldas de los transeúntes.

Hablaban del pueblo, o de la Marce, o del cabo Argimiro, o del cuartel, o, simplemente, se contaban los argumentos de las películas. A veces el Picaza se extasiaba ante cualquier perspectiva urbana: «A... anda que si la plaza esta en lugar de andar aquí la llevaran a mi pueblo», decía. Mas la Desi le reconvenía: «Vamos, olvídate del pueblo, concho; parece que no hubiera más cosas en el mundo». Al lado del Picaza la muchacha se sentía vívida y avezada.

En ocasiones, hacían cuarteto con la Marce y el cabo Argimiro. A la Marce no le agradaba el Picaza y así se lo plantó a la Desi en la primera oportunidad: «Madre, qué patas, maja; le pasa un perro por medio y ni se entera». La Desi se encendió toda, pero le faltó coraje para enfrentarse. Dijo oscuramente: «Marce, guapa, todos tenemos defectos». En general, el físico del Picaza defraudó a sus compañeras y los domingos, a la salida de misa de siete en San Pedro, la Desi había de sostener acaloradas porfías. Un día la Tasia dijo de sopetón: «¡Vaya un tipo, ni buscado con candil se le encuentra más facha!». La Desi fue ciega hacia ella, pero terció la Marce y las separó; fue una suerte, porque en los pequeños y desguarnecidos ojos de la Desi brillaba un impulso homicida. Pero, de ordinario, la Desi se despachaba con cuatro frescas y se quedaba tan terne: «Envidia, eso es lo que tienes, que desde que murió tu padre no te se arrima un hombre».

Algunas tardes paseaban con la Marce y el cabo Argimiro, pese a que los galones del cabo intimidaban a la muchacha. Temía su autoridad, pero más que su autoridad temía que un día la ejerciese y sorprendiese al Picaza con la veta mala. El Picaza, en cambio, se permitía embromar al cabo sin consideración a sus galones. En alguna ocasión se mostró tan audaz que la Desi se ofuscó toda, esperando un alboroto. No obstante, el cabo Argimiro, que era más largo que una peseta de tripas, por más que ella no se lo refrotase a la Marce, tenía correa para rato. Y con el Picaza no hacía malas migas. Algunas veces la Desi los había visto darse de codo y reír sofocadamente ante el escaparate de Leo Conde, donde se exhibían piernas anunciando medias y bustos de mujer con sujetadores de seda. En esos casos, los muchachos cuchicheaban y hacían muecas sin cesar y se reían por detrás de ellas.

La Marce, sin embargo, que recelaba que cualquier día el cabo Argimiro diese la espantada, le regañó una noche:

—Oye, maja, dice el Argimiro que un día el Picaza ese le va a cabrear de más y va a tenerle media hora firme en medio del paseo.

La Desi se asustó. No osó, empero, comunicarle nada al Picaza. Se lo imaginaba firme entre la multitud, asediado por las chirigotas de unas y otros, y estaba segura de que el Picaza no soportaría esta humillación. Sin necesidad de remontarse, ella recordaba cuando el Picaza le cortó la oreja al Velao, en la taberna del tío Boti, con la

misma naturalidad con que un caballero se descalzaría un guante. El Velao andaba borracho y le dijo al Picaza que no era hombre como para cortarle la oreja y entonces el Picaza se puso en pie, abrió la navaja y de un solo tajo se la seccionó limpiamente. Eso acontecía cuando al Picaza le asomaba la veta mala, como decía la Culohueco, el ama del señor cura, pero lo tremendo era que al Picaza le asomaba la veta sin avisar y uno nunca sabía en qué disposición de ánimo iba a encontrarle.

De chico, cuando atendía aún por Manuel, capturó una picaza en la ribera del río y la crió con solicitud y le dispuso un pesebre en la cuadra de su cuñado con todas las comodidades imaginables. La urraca, ya de adulta, bajaba a comer a su mano e incluso el muchacho le enseñó a hablar y a silbar. Cada vez que le veía, el pájaro decía: «Ho... hola, Lolo», y el Picaza por las mañanas le daba suelta, y a la noche el animal regresaba a la cuadra con las garras cargadas de abalorios y cristalitos multicolores que iba depositando cuidadosamente en el pesebre. El Picaza la aguardaba cada atardecida y le daba de comer caracoles, gusanos, sapos y bayas silvestres. Al concluir el festín, la urraca se acostaba en el pesebre sobre su tesoro y ahuecaba las plumas como si tratara de empollarlo. Su cuñado, el Siestas, le decía que no se fiase de las picazas, que eran zalameras con los pájaros más fuertes que ellas y crueles con los pequeños y que se había dado el caso de que una urraca se emparejase con una corneja para matarla a traición mientras dormía, pero el Picaza no le hacía el menor caso.

A la primavera siguiente, el chico atrapó en la higuera del corral un nido de verderones con cuatro pollos y los enjauló y la madre venía a darles de comer a cada rato a través de los barrotes. Una mañana, le despertó al Picaza un frenético piar y al levantarse se encontró a las cuatro crías con los sesos al aire y a la madre piando y aleteando desaforadamente sobre la jaula. Nadie supo cómo ni en qué instante le cambió la veta al Picaza, que entonces sólo era un niño, pero sin decir palabra tomó una de las varas que hacían de apeo los años que los cerezos traían mucho fruto, se encerró en la cuadra y cuando salió llevaba la cara arañada y en la mano derecha portaba triunfante el cadáver de la urraca, que no era más que un revoltijo de plumas blancas, verdinegras y azules. Su cuñado, el Siestas, le preguntó qué había ocurrido, pero el chiquillo lanzó el cadáver por encima de la tapia y balbució escuetamente: «A... andaba celosa la muy zorra». Luego se sacudió una mano con la otra y no volvió a hablarse del asunto.

La Desi desconfiaba fundadamente de los prontos del muchacho; temía, en particular, que le asomase la veta mala si al Argimiro le daba por aplicarle su autoridad. La Marce la asustaba por las noches:

«La mili no es cosa de broma, maja; que se ande con ojo, díselo, que se ande con ojo». Ella, la muchacha, no le decía nada, recelosa de desencadenar sin más una tragedia, pero cada vez que veía de cerca los galones rojos del Argimiro se le iba la sangre a los zancajos. Por otra parte, el Picaza tenía buen corazón y a las dos semanas de llegar a la ciudad se presentó en casa con un anillo de acero inoxidable con una *P* y una *D* caprichosamente entrelazadas. Ella estuvo a punto de arrancarse a llorar, se lo puso en el dedo índice, lo contempló enternecida y dijo brumosamente:

—Estás loco, Picaza. ¿A qué ton viene ese gasto?

—E... eres mi novia, ¿no?

—A ver.

—P... pues eso.

Le había costado siete noventa en un tenderete a la puerta del cuartel. El del carretillo le pedía nueve, pero él porfió que siete y finalmente partieron la diferencia. El Picaza había entrado en la mili con buen pie y desde que el sargento le oyó cantar le apuntó en el orfeón y le comprometió para participar en los actos del día de Santa Bárbara y en el desfile del Cristo de los Artilleros para Semana Santa.

—Anda y que no lo toman con tiempo —comentó la Desi.

Durante medio año, el Picaza ahorró en el pueblo para poder dilapidar en la ciudad. A la Desi la tenía deslumbrada. Cuando no era un anillo de acero inoxidable, era una fotografía al minuto o seis reales de pipas. El Picaza no miraba la peseta. Los domingos salía en rebaño del cuartel con sus colegas y si pasaba una señorita de buen ver rebuznaban todos a coro. De dos a tres, para hacer tiempo, se iban todos en manada a ver las piernas y los pechos del escaparate de Leo Conde. Las piernas eran de madera, pero tenían ligas y todo y estaban bien conformadas, al igual que los pechos que se ocultaban pudorosamente tras un sujetador de seda que trasparentaba. Si iba con la Desi y con la Marce y el cabo Argimiro, se reprimía, limitándose a darle a éste con el codo y a reír por lo bajo, pero si iba con sus colegas decía, después de suspirar teatralmente:

—¡A... ay, madre! De una tía así no me separaba yo en todo el tiempo de la mili.

Decía Demetrio, el de Villacabrales, con la mirada empañada:

—Está buena, ¿eh?

—V... vaya si está.

Los soldados permanecían un cuarto de hora estacionados ante la vitrina, inmóviles, los pulgares prendidos en el negro cinturón, a los lados de la hebilla, como hechos a multicopia. Después se iban a ver las carteleras de los cines y el juego excitante y turbador continuaba. Una hora después la pagaban las chicas de servicio, inermes para

contrarrestar la ardorosa ofensiva. De ordinario, los reclutas iban y venían, fluctuaban en una rutinaria y tediosa indecisión, arrastrando los zapatos, moviéndose por bloques, no por unidades. Mas a las cuatro en punto se iniciaba la desbandada, pues quien más y quien menos disponía de un portal donde esperar.

El Picaza solía hacerlo mirando los relojes de Emeterio, frente a la casa del viejo Eloy. El hermano de don Ulpiano, su comandante, le había dicho que cuando cumpliera, si se comportaba disciplinadamente, le pondría de chófer en un camión. Entonces ingresaría una buena soldada e incluso podría comprarse un reloj chapado en oro. De momento no cabía sino esperar. Mientras aguardaba a la Desi, el Picaza mordía un mondadientes o una boquilla de plástico. Con la boquilla había de andar al quite pues en un descuido podía abrasarse los hocicos como el Gumer, el de Valdecasas. Si no chupaba un palillo o la boquilla, mondaba, valiéndose de los dientes y la lengua, pipas de girasol. El caso era no parar quieto, como decía la Desi. Si le obsequiaban con un cigarrillo consideraba una desatención no lucirlo, antes de quemarlo, unos minutos atravesado en la oreja. Aprendió a hacerlo en los bautizos y las bodas de su pueblo y ahora en la ciudad continuaba haciéndolo. A la Desi la agradaban estas cosas, le parecían detalles que aumentaban el natural atractivo del muchacho. La chica no veía arqueadas las piernas del Picaza, ni juntos sus ojos, ni roma su nariz. A ratos, cuando él caminaba escupiendo distraídamente mondas de girasol, ella le observaba con disimulo el perfil y su corazón sensible se aceleraba. Y si acaso en ese momento cruzaba un superior, particularmente si era un general, y el muchacho se cuadraba de un taconazo, la vista altiva en el infinito, el pecho saliente, el mentón recogido y la mano inmóvil en la sien, la chica se implaba de orgullo y a la noche le decía a la Marce, arrebatada: «Marce, tú no le has visto saludar, no le has visto saludar, parece una medalla». La Marce reposaba en ella sus ojos abesugados: «Lo que tienes que decirle es que se ande con ojo. Un día le pica de más al Argimiro y se arma el trepe en el paseo, ya ves».

Entre semana, el Picaza subía un par de veces donde la Desi aprovechando los paseos del viejo. A la chica, el verse a solas con él en la casa silenciosa le ponía la cabeza como vacía. Su resistencia, en esos casos, era puramente instintiva. Ella aceptaba que el Picaza podía tocar con cierto decoro, porque sí, porque para eso era su novio, pero de eso a lo otro había distancia. Por eso prefería cortar en flor las extralimitaciones del muchacho:

—Quieto, Picaza.

O más contundente aún:

—¡Saca esa mano o te suelto un bofetón, vaya!

Una tarde la Desi hubo de revelar su secreto para contenerlo a pesar

de que todavía no leía de corrido:

—Atiende, Picaza, ya sé leer.

Él arrimó aún más su taburete al de la chica y ella desplegó el periódico grasiento sobre el fogón:

—A... a verlo —dijo él.

La chica permaneció unos segundos con la lengua entre los dientes, clavados los ojos donde el dedo chato y rojizo parecía sujetar la sólida línea de gruesos caracteres y, finalmente, se arrancó:

—Fran-co-con-de-co-ra-do-con-el...

Se interrumpió de pronto, miró al muchacho con simulado disgusto y, sin separar el dedo del renglón, lo desplazó con el hombro:

—¡Quieto, Picaza! —volvió los ojos al periódico y prosiguió—: ...con-el-Co-llar-del...

Lo miró de nuevo la chica furiosamente:

—¿Quieres parar quieto de una vez, Picaza?

El Picaza sonreía cucamente. Ella se obstinó:

—...el-Co-llar-del-Mé-ri-to-E-cua-to-ria-no.

Al concluir se incorporó de un salto:

—¡Te estás quieto o te suelto una guantada, vaya!

Pretendía mostrarse airada pero, de pronto, rompió a reír en rojas risotadas, doblándose por la cintura, y golpeándose ardorosamente el muslo, mientras el Picaza la invitaba de nuevo a sentarse a su lado y ella, entre carcajada y carcajada, le decía que no con la cabeza. Cuando se le pasó la risa, la chica le contó cómo aprendió a distinguir la *P* de la *Q* y le preguntó si había reparado alguna vez en que la *i* de Picaza se refugiaba como acobardada bajo la gran barriga de la *P*. Mas el Picaza estaba a lo que estaba. Dijo:

—A... a propósito de barrigas, ¿sabes tú que a la Pruden la hizo una el Caraplana el otoño pasado? E... él dice que cuando regrese de la mili se casará con ella, pero eso todavía no lo he visto yo.

XV

En los últimos días el viejo Eloy advirtió una nueva luz en los macilentos ojos de la Desi. No es que la muchacha se hubiese tornado atractiva ni su rostro denotase la menor inteligencia, pero de pronto su persona emanaba como una expansiva vivacidad. Por las mañanas, cuando él se refugiaba junto al fogón, la chica canturreaba alegremente y sonreía como para sus adentros y se mostraba complaciente y cada vez que le dirigía la palabra era para preguntarle por su señora y sobre los pormenores de sus relaciones en el pasado:

—Señorito, no me vaya usted a decir que Lucita es un nombre

cristiano.

—No, hija, su nombre era María Luz y le decíamos Lucita. Tú tampoco te llamarás Desi a secas, me imagino yo.

La chica le observaba atónita:

—¡Otra! Usted dirá, si no.

—Claro, hija. Eso son diminutivos cariñosos.

La Desi rompía a reír:

—Diminu... ¿cómo dijo?

—Diminutivos, hija.

—¡Será capaz!

Se palmeaba ruidosamente el muslo y soltaba una risotada:

—Usted siempre de broma.

Ya encarrilados, la muchacha inquiría dónde y cómo conoció a la señorita y lo que le dijo la primera vez y si se casó en la ciudad y si hubo muchos invitados el día de la boda. El viejo Eloy se dejaba llevar. En la vida siempre procuró dejarse llevar, pero a Lucita, su esposa, le enojaba que en el baile renunciase a la iniciativa: «Bailar contigo es lo mismo que hacerlo con un palo, Eloy», le decía. Y él entonces procuraba enmendarse, pero ella le regañaba: «No me levantes en vilo, por Dios bendito, que pierdo el paso». El viejo Eloy relajaba la tensión: «Pero, alma de Dios, ¿es que la música no te dice nada?», añadía ella. Él tornaba a erigirse en conductor, más Lucita le reconvenía nuevamente: «Si no aflojas acabaré desmayándome. Es que le cortas a una el resuello, ¿eh?».

De ordinario Lucita, su esposa, exhalaba un calor áspero pero confortable. No se parecía en nada al vaho cálido, un poco animal, de la Antonia, ni al sedante y vegetal del tío Hermene. Con Lucita, su fórmula de dejarse llevar no le dio jamás buenos resultados. Ya de novios, ella le dejaba decidir para, después, hacerle responsable del fracaso. Algún sábado caían por el Royalty a oír a la Ruiseñora; pero Lucita siempre se disgustaba y decía que la Ruiseñora valdría para animar un regimiento de caballería, pero con gente fina no tenía nada que hacer, porque era una actriz que decía más con el cuerpo que con la boca. Ya casados, Lucita continuó fiel a su fórmula y si él decía a pasear, ella, de regreso, le echaba en cara que no pudo elegir tarde más fría; y si él decía al teatro, ella, Lucita, le censuraba su decisión alegando que la obra era mortalmente aburrida; y si él decía que a visitar a los Cobos, Lucita, tan pronto se veía en la calle, le recordaba que Isaías no era santo de su devoción y que, por lo que afectaba a su hermana Lupe, era tan sosa y vacua como una pava; y si él, algún día, trataba de sorprenderla con los nuevos carretillos de la limpieza o los escobillones de brezo, ella decía toda alborotada: «Deja quietas las basuras, Eloy, o me volverás loca».

En cualquier caso, Lucita era una mujer muy particular y exigía demasiado de la vida, y, cuando su marido la decepcionaba, le imponía duras penitencias que él cumplía dócilmente porque lo primero de todo era el calor del hogar. Por otro lado, Lucita, su esposa, no admitía presentarse en público sino en todo su saludable esplendor, y de aquí que, al menos cuatro días por mes, se recluyera en la cama sin querer ver a nadie. Lo mismo acontecía si le asaltaba un dolor de muelas o si quedaba embarazada. En estos casos, durante los nueve meses y la cuarentena del sobreparto, únicamente el viejo Eloy podía vulnerar su intimidad, aunque con la persiana entornada. Con alguna frecuencia, Lucita le decía: «Eloy, prométeme que cuando me muera me pondrás un velo por la cara para que no me vea nadie». Él decía: «De acuerdo». Lucita porfiaba: «Júramelo». Él decía: «Te lo juro». Ella aún recelaba: «Pero júramelo por algo, Eloy, con más calor». Él inquiría: «¿Y por qué voy a jurártelo?». Ella abría el camino: «Pues por la memoria de tus padres, o por los evangelios o por algo santo». Él obedecía, mas no transcurría una semana sin que Lucita le encareciese de nuevo con análogo ardimiento y él volviera a obedecer.

La Desi decía apasionada:

—¿Y le puso usted el velo por la cara, señorito?

—Hice lo que le había prometido, eso es.

—Madre, ya se necesita valor. ¿Sabe usted lo que le pidió uno a un vecino allá en mi pueblo?

—¿Qué, hija?

—Que una vez que la doblase le abriera las venas de las muñecas para que no le enterrasen vivo.

—¡Qué horror!

—Pues con toda su sangre fría fue y le cortó las venas, que luego el alcalde lo quería meter en presidio y todo, ya ve.

Era extraña la confianza que unía al viejo con la Desi. Muchos de sus recuerdos, que se había reservado durante setenta años, los revelaba ahora, ante aquella burda y elemental muchacha, sin hacerse la menor violencia, sin someterse a la menor presión. La chica se mostraba insaciable:

—¿Y qué le decía usted? ¿Qué le decía, señorito, cuando novios?

—Pues le decía, hija, todas esas cosas que se han dicho siempre, pero ella era especial. Ella decía: «Eloy, no es lo mismo decirle a una mujer “vida mía” que “mi vida”».

La Desi le miraba con el ceño fruncido. Rara vez comprendía las explicaciones del señorito y sus ojos delataban el esfuerzo de su cerebro. Mas el viejo Eloy no se tomaba el trabajo de aclarar los puntos oscuros. Tampoco le dijo nunca que Lucita, su esposa, falleció de una menopausia repentina y muy tardía, a los sesenta y dos años.

Entonces se había jactado de ello con Isaías: «Era muy vital. A sus años no lo ha podido resistir. Ni el corazón ni las venas estaban preparados para ello». A la chica le decía:

—Lo importante, hija, es fundar una familia.

Los minúsculos ojos pardos de la Desi se inundaban de luz:

—¿Verdad usted que sí? Bueno, pues la Marce que antes se queda soltera que casarse en un pueblo, ya ve.

—¿La Marce?

—Mi amiga, la del tercero.

—Ah, bueno.

Junto a la chica, el viejo Eloy se sentía apaciguado y en calma. La espera no le impacientaba ni le ganaba el deseo de sacarle a la vida un rendimiento. Ahora, cada mañana le leía a la muchacha el anuncio de venta de la Contax. Le parecía que el periódico, con aquel anuncio insignificante, compuesto en redondas del seis, contenía un mensaje personal y que la ciudad entera había de captarlo.

—Atiende, hija —decía—: «Vendo Contax, objetivo tres cinco. Como nueva. Material antes de la guerra. Razón esta administración». Hoy viene el primero.

O si acaso:

—En la parte alta se ve mejor, ¿no crees, hija?

Había vuelto varias mañanas por la óptica de Pacheco, pero Pacheco vivía muy atareado. Le decía todo el tiempo: «Discúlpeme, don Eloy». Él respondía: «Sí, hijo». Y, en tanto regresaba, se entretenía observando las lentes y los anteojos y los prismáticos de las vitrinas o miraba los vistosos anuncios: «Lentillas corneanas: únicas, sencillas, expresivas, limpias, adaptables, selectas. Amplia información; pruebas sin compromiso». «El nuevo Zeiss con exposímetro incorporado.» «Brújulas, estereóscopos, podómetros y termógrafos.» A veces, Pacheco demoraba el retorno más de una hora y, en tal caso, el viejo Eloy se acomodaba en la dorada silla de arpa, se recostaba en la columna de espejos y se quedaba dormido. En la óptica de Pacheco había buena temperatura. Un día, el viejo Eloy resbaló y cayó al suelo con silla y todo. Se armó un pequeño revuelo pero cuando Pacheco inquirió de él si se había hecho daño, el viejo observó en los impolutos cristales de sus gafas que estaba harto de él. Anteriormente, el viejo le instó a reavivar la actividad de la Sociedad Fotográfica, e incluso se le ofreció para ocuparse personalmente de pormenores de organización, pero Pacheco observó: «No hay tiempo. Hoy día nadie tiene tiempo para malgastarlo en frivolidades». En los ojos del viejo Eloy se pintó el desamparo y entonces Pacheco añadió: «Excepto usted, claro». El viejo Eloy le dijo: «¿Sabe, Pacheco? A mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Es un aviso».

Después de su aparatosa caída, Pacheco recibía al viejo Eloy en la trastienda y le abandonaba allí, junto a la caldera, hasta la hora de cerrar. El viejo solía decirle: «Tengo ganas de charlar un día largo y tendido con usted». Mas Pacheco decía: «Otro día, don Eloy, hoy ando muy ocupado». De esta forma el viejo fue demorando sus visitas a la óptica y terminó por no volver. La última vez le había preguntado a Pacheco qué podía pedir por su Contax y Pacheco dijo: «Esas cámaras no tienen precio. Sencillamente vale lo que le den a usted por ella».

A la Desi, cuando decidió no volver donde Pacheco, le dijo el viejo:

—¿Adónde irán tan deprisa, pienso yo?

—¿Quién va deprisa, señorito?

—Todos, hija; parece como que tuvieran miedo de no llegar.

Se quedó inmóvil, los brazos cruzados sobre el estómago, concentrado en sí mismo. La Desi observó la gotita que empezaba a formársele en la punta de la nariz y dijo con un expresivo gesto: «Señorito, el pañuelo». Él se limpió. Al concluir volvió a quedar silencioso, los brazos sobre el estómago. Cada vez que el viejo se ponía así, la chica recordaba al Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción. Pero la Desi, esta temporada, no estaba para sutilezas y siempre terminaba por llevar el agua a su molino:

—¿Es cierto, señorito, que una criatura le cambia a una la vida?

El viejo le contaba de Leoncito y de Goyito, el menor, que se fue a los veintidós sin guardar antesala. Leoncito le llevaba seis años a su hermano y cuando éste nació le quiso ahogar con un gancho de abotonar los zapatos. Leoncito era el primero de la clase y el viejo solía decirles a su esposa y a sus amigos: «Este chico será más que yo». Ahora, al llegar a este extremo, hacía una pausa deliberada y le decía a la chica:

—Y ya ves, hija, notario en Madrid a los cuarenta y dos años.

La Desi hacía sonar su dedo índice contra los otros tres:

—¡Jolín! —decía vagamente admirada, con ánimo de que el viejo prosiguiera.

Y el viejo le contaba que, para que Leoncito fuese notario en Madrid a los cuarenta y dos años, él hubo de renunciar al tabaco y al café y suprimir el postre de por las noches. Añadía:

—El chico era delicado y mi esposa y yo, para sobrealimentarlo, decidimos comprarle un jamón. Y cada vez que su hermano se arrimaba al jamón el otro se ponía loco.

Carraspeaba banalmente y extendía las manos sobre la chapa. Al cabo de una pausa, agregaba:

—Goyito, el menor, era un trasto de cuidado. No había diablura que no se le ocurriera a él.

Con Goyito, el viejo no pudo hacer carrera. En la escuela sacaba el puesto 38 y el viejo le decía: «¿Cuántos sois, hijo?». «Cuarenta», respondía la criatura con cierta petulancia. Mas enseguida añadía: «Esta semana hubo dos enfermos». A los doce años, Goyito sustrajo al viejo dos duros del portamonedas. El viejo Eloy se preocupó tanto que mandó llamar a Orestes, su cuñado, que era policía, y Orestes regañó al niño solemnemente y le puso unas esposas y un cartelón en la espalda que decía: «Me veo así por ladrón». A la noche encontraron a Goyito en la calle maniatado y con el cartel a la espalda y jactándose de su situación delante de los amigos.

Lucita decía de Goyito que era una criatura imposible y el viejo Eloy sufrió en su día por esta causa, mas ahora, en la lejanía de los años, sonreía conmovido al recordarlo. En todo caso, Lucita, su esposa, alumbrase un ladrón o un notario, le obligaba a cubrirle la cara con un velo durante el parto y al concluir le imponía un duro castigo porque decía que él pecaba y no era justo que ella llevase la penitencia, porque a ella el acto matrimonial no le proporcionaba frío ni calor y que, al parecer, era él el único que sacaba de ello algún provecho. De cualquier modo, Lucita rara vez se encontraba visible porque, si no era su salud, eran sus trapos o sus zapatos, y si él decía en la calle: «Hombre, Pombo», ella le azuzaba: «No te detengas, Eloy, no vengo calzada». Y si las cosas se torcían y él se veía obligado a detenerse, ella al llegar a casa le imponía un correctivo. Al final resultó que Lucita, pese a lo adormecido de sus instintos, fue mujer hasta los sesenta y dos y, si murió a esa edad fue sencillamente porque su corazón y sus venas carecían de la suficiente elasticidad para soportar la menopausia.

Decía la Desi:

—¡Qué perro debía ser el Goyito!

El viejo se pasaba el pañuelo por la punta de la nariz. La chica se golpeaba el oído:

—Deja eso, hija, vas a armarte una cantera.

—No hace más que cantar; no hago vida de él.

—Déjalo que cante.

—Qué fácil se dice.

El viejo cruzó los brazos sobre el estómago. Dijo tras una pausa:

—De todos modos, mis hijos tuvieron más suerte que yo: bueno o malo tuvieron un padre. Cuando yo nací el mío estaba de cuerpo presente; lo que se dice ni conocerlo.

La chica le miró llena de asombro:

—¡Será capaz!

—Como te lo digo, hija, me sucedió lo mismo que al rey. Cuando el rey nació tuvieron que envolverlo en pañales negros. Lo que es la

vida. Un hombre que tenía todo, en cambio no tenía padre.

La muchacha se irritó.

—No empiece —dijo.

Él levantó sus pupilas gastadas, casi incapaces de reflejar su extrañeza. Dijo con un tono levemente contrariado:

—¿A qué ton no empiece? Yo no miento, hija. Lo que te digo es tan cierto como la luz del día.

XVI

Al octavo día de poner la fecha, la Desi concluyó la carta a su hermana la Silvina. Era la primera carta que redactaba en la vida y como aún desconocía todas las zarandajas del alfabeto y la gramática determinó escribirla en caracteres tipográficos que eran los que dominaba. Ahora, al releerla, experimentaba unos opresivos ahogos, no sabía si por la emoción de ver transcritos por vez primera sus sentimientos o por ser corta de respiración, como decía la Caya, su madrastra.

La carta decía:

SETIMADA REMANA CUATO LETAR PARA DECITE QUENOS ENCONTRA MOS VIEN GRACIA ADIO. REMANA RECIBI LO CHORICOS YLO BOYO. REMANA ME COMPARO UNA REBECA IES MUI BONITA Y VIA PICAZA IME DIGERO QUEL CARAPALNA IBA MARUECO. REMANA IASE ESCIRBI QUEL SEYORITO MENSEYA. REMANA ESTOI MA GORDA PESO 53. REMANA CUADO MESCRIBA MEDE LA SEÑA DELA AFONSINA EN MADIR. REMANA DISIAS MATAO CUATO A PESAO. REMANA DISI YUEVE PORAI SIACE FRIO. REMANA DE RRECUERDO ALO BECINO IDEN RRECUERDO ALA TIA CAYA IQUELO PASAO PASAO. REMANA SEDES PIDE TU REMANA QUE LO ES.

DESI SAJOSE

REMANA RRECIBI LO CHORICOS ILO BOYO IME PUSE MUI COTETA. REMANA MEMADE LA SEÑA DELA AFONSINA EN MADIR. REMANA SEDES PIDE.

DESI SAJOSE

Volvió a leerla y sintió un turbador estremecimiento. Le parecía mentira haber sido capaz de llenar por sí sola aquella cuartilla y que aquella cuartilla, sin más que encerrarla en un sobre y pegar en éste un sello de 0,80, llevase a su hermana sus pensamientos sin necesidad de intermediarios. Pensó que aquello era un prodigio y que la Marce podía irse al infierno, que ella para manejarse por el mundo no necesitaba de andaderas.

Diez días atrás había regañado con la Marce y por vez primera se acaloró y le cantó cuatro verdades. La Marce abusaba de su posición y bien claro le tenía dicho que de lo de la Nochebuena con el viejo ni una palabra, que el Picaza podía tomarse la cosa por donde quema. Pero a ella le faltó tiempo. Después de todo, si el Picaza se gastaba

confianzas con el Argimiro a ellas ni les iba ni les venía. El Argimiro tenía una autoridad y si no se decidía a usarla con el Picaza sus motivos tendría. De otro lado, la autoridad no estaba bien que se emplease para ofender y al Argimiro nadie le dio pie para decirle aquello al Picaza, que si el Picaza era bajo, él, el Argimiro, era en cambio más largo que una peseta de tripas. Pero el Argimiro veía la paja en el ojo ajeno y no veía la viga en el suyo y una tarde le dijo al Picaza sin más:

—Chaval, eres pequeño pero bajo.

Y el Picaza se puso como morado y se le engarfiaron los dedos de las manos y la Desi temió por un instante que le cambiara la veta, pero el Picaza, a Dios gracias, se conformó con decir:

—D... dejarse de bromas; pequeño y todo si hay que partirse el alma me la parto con cualquiera.

Por la noche, la Desi subió donde la Marce dispuesta a hablarle claro, pero la mirada roma de su amiga, su sentido de la anticipación la dejaron anonadada. Le dijo la Marce con vehemencia:

—El Picaza ese, maja, no hace más que comprometer. No va una tranquila con él, es verdad. No hace más que comprometer, maja; va una volada.

La Desi se desinfló y, como siempre que se sentía indefensa y sin recursos, le nació una raya horizontal en el angosto espacio que separaba el pelo de las cejas. Sin embargo, acertó a decir:

—No digo que no tengas razón, Marce, guapa, pero el Argimiro no debió decirle lo que le dijo. Las cosas como son.

La Marce se aproximó a ella airada. A medida que se excitaba parecía que toda ella se iba cociendo:

—Mira, maja, entérate de una vez. El Argimiro es un jefe y bastante hace con no tener al Picaza firme como un pasmarote todo lo que dura el paseo. Es verdad, que le pones a una negra con tus pamplinas. El Picaza no hace más que comprometer y un día, si no se anda con ojo, se va a encontrar con lo que no busca. Porque lo que yo digo, maja, si no sabe aguantar una broma, ¿con qué derecho las gasta?

La Desi, la muchacha, humilló los ojos. La otra se ensañó en su victoria. Le golpeó en un brazo y repitió:

—¿Eh, maja? ¿Con qué derecho las gasta?

Afortunadamente el Picaza era incapaz de rencor y al domingo siguiente hicieron cuarteto como si tal cosa. Sin embargo, al ir para casa, la Marce, sin venir a qué, le dijo al Picaza si le había contado la Desi la juerga que se trajo con el viejo la noche de Nochebuena, que tuvieron que subir los vecinos y todo porque de otro modo echan la casa abajo. La Desi, la muchacha, encajó tan hondo el impacto que se quedó sin habla durante unos instantes, la cabeza llena de sangre y los

labios trémulos. Al fin, balbució:

—No le hagas caso, Picaza; está de broma.

Al Picaza se le apretó la boca hasta formar una línea y la Desi oyó cómo chascaba la boquilla lo mismo que un cacahuete. Le agarró una temblequera que se acentuó cuando el Picaza dijo sin mirarla: «Con Dios» y dio media vuelta y se largó. Y el Argimiro le voceó: «¡Aguarda!», y se largó con él y entonces la Desi, roja como una amapola, le voceó a la Marce en el portal que ésas no eran formas de comportarse y que qué ganaba con ello, pero la Marce la miraba plácidamente con sus ojos acuosos y le dijo: «Vamos, maja, pues no te tomas tú poco a pechos las cosas; si le dije eso fue por tu bien». La Desi, aunque un poco desarmada, insistió que eso no era de amigas y entonces la Marce dijo que si no se la pegaba él en el pueblo con la Matilde y que bueno era darles a los hombres unos pocos de celos. Pero la Desi, que se iba apagando a medida que subían los crujientes y desgastados peldaños, le dijo que el Picaza no era de esos que necesiten de celos, mas la Marce adujo que todos los hombres necesitan de celos porque todos los hombres son iguales, y la Desi, a quien las lágrimas le iban ablandando los ojos, le dijo que y si no volvía, ¿qué?

Mas a la tarde siguiente subió el Picaza:

—¿E… es cierto lo que cuenta la Marce? —le dijo.

Ella se sofocó:

—Según y cómo —dijo a punto de llorar.

Mas, de improviso, todo se resolvió:

—¿S… sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Q… que la Marce esa es una cuentera.

Fue hacia ella con la mirada turbia, ahuecados los agujeros de la nariz y, de improviso, todo se complicó:

—¡Suelta, Picaza, me haces daño!

—L… los demás no te hacen daño, ¿verdad?

Se le agolparon a la chica las lágrimas en los ojos:

—No hay demás, para que te enteres, Picaza.

—¿Y… y el viejo?

La Desi rompió a llorar:

—¡Si vas a dar oídos a todos los cuentos marcha y no vuelvas!

Sollozaba acongojadamente y el Picaza la soltó entonces y se quedó en pie, los pulgares en el cinturón, a los lados de la hebilla, mirando cómo la chica se sentaba en el taburete. La Desi pensó que al Picaza le dominaba la veta mala y voceó de nuevo, entre sollozos:

—Marcha y no vuelvas; ¿no me has oído?

La chica pasó tres malos días, suplicando a la Virgen de la Guía, cuya efigie a duras penas descifraba a través de las lágrimas, que el Picaza volviera. Fue en ese tiempo, asimismo, cuando decidió independizar su correspondencia de la tutela de la Marce. Su congoja era tan grande que hasta su señorito se dio cuenta: «¿Te ocurre algo, hija?», le dijo una mañana. Ella respondió esquinadamente: «¿A mí? ¡A qué ton!». Pero el jueves por la tarde el Picaza la aguardaba abajo en la calle como si no hubiera pasado nada. Cuando le sorprendió mirando los relojes de Emeterio, con el palillo entre los dientes, la chica creyó que se desmayaba. Había pensado no salir, pero se puso la rebeca heliotropo y se perfumó el escote con esencia de rosas y bajó. Al ver al Picaza fingió sorpresa:

—Ah, ¿eres tú?

—¿Q... quién si no?

—Nadie.

A fin de cuentas pasaron una hermosa tarde, mascando pipas y paseando, enganchados de un dedo, por el andén central del parque. El Picaza no habló del viejo ni ella aludió para nada a la pasada discusión. A los dos días, el muchacho le preguntó que si era su señorito el que subía cuando él bajaba la víspera y la Desi asintió:

—¿Y... y por qué sube así las escaleras? Parece un perro.

—Ya ves, manías.

—N... no sé por qué se me da a mí que el señorito ese tuyo debe andar un poco de la azotea.

La chica se exasperó:

—A qué ton; bien bueno que es, mira tú.

El Picaza llevaba en la mano un saquillo blanco y la Desi le preguntó qué era aquello y él dijo que la ropa para lavar y que Demetrio, el de Villacabrales, le había dado las señas de una lavandera.

La muchacha le arrebató la bolsa:

—Faltaría más, estando una aquí —le miraba entrañablemente conmovida—. Pasado mañana tienes lista la ropa, Picaza, ya lo sabes.

El domingo salieron juntos. Hacía un día invernal pero quedo y transparente, y pasearon por el parque durante largo rato. Por vez primera, él le confesó que el primohermano de don Ulpiano, su comandante, le daría un camión el día que le licenciasen, y entre esto y algún apaño en cualquier parte tendría la vida resuelta. La chica imaginó que iba a hablarle del porvenir pero el muchacho sólo dijo que para entonces podría mercarse un reloj chapado en oro, de los que exhibía Emeterio en el escaparate. Más tarde, al anochecer, se pusieron de broma y la Desi le dijo al Picaza que andaba como un recluta y él le preguntó que en qué distinguía los andares de un

recluta de los de un señorito y ella respondió que los reclutas andaban dos veces el camino, como los perros, y que además arrastraban las suelas de los zapatos.

—A… a ver —dijo él—; me están grandes las botas.

Todo marchó bien hasta el martes siguiente, en que el Picaza, cuando la muchacha le enseñaba la casa, sin ningún ademán que delatara sus miras, la derribó sobre la amplia cama del viejo y se lanzó sobre ella, los ojos brillantes, como de fiebre, y estremecidas las aletillas de la nariz. Fue todo tan inesperado, que la Desi le vio venir encima como una alimaña, lleno de torpeza y voracidad, y sintió sobre su carne la asechanza viril y entonces pataleó con todas sus fuerzas, le arañó y le mordió la cara y le insultó a voces. No era el Picaza en ese instante y a la chica no le fue difícil reprimir el ataque porque experimentaba unas oscuras náuseas al sentir en su rostro el furioso y ahogado jadeo del muchacho. Rodaron sobre el lecho, y, finalmente, el Picaza se incorporó derrotado. Ella se alisaba las faldas sin osar levantar la cabeza. La chica juraría que en los momentos más abruptos de la lucha había visto los sesos del Picaza por los agujeros de la nariz, talmente como decía la Culohueco, el ama del señor cura. Notaba dentro de sí un sentimiento nuevo, mezcla de orgullo, repulsión y perplejidad. Al levantar los ojos, observó que el Picaza sangraba por la frente y la mejilla. Le apremiaban unos inmoderados deseos de llorar; de estar llorando toda una vida, hasta vaciarse. Se oyó decir al fin, roncamente, tal como si la voz brotase de las paredes:

—Si vienes con esas intenciones, marcha y no vuelvas, Picaza.

Él se restañaba la sangre con la bocamanga del tabardo. Dijo:

—N… no te has hecho tú poco señorita.

—Yo soy una chica honrada, para que lo sepas.

—C… con quien te parece, ¿no?

Ella se arrancó a llorar:

—Si te has creído que todas vamos a ser como la Matilde, estás listo. Yo no soy de ésas.

El Picaza recogió el gorro del suelo. Se mostraba indeciso. Dijo cruelmente, entornando los ojos:

—Y… y él sí, aunque sea viejo, porque es señorito, ¿no es eso?

Ella fue hasta él ciega de rabia y le llevó a empellones pasillo adelante. El Picaza no cesaba de injuriarla volviendo un poco la cara:

—D… de que os venís a la ciudad todas iguales, eso. De que llegáis a la ciudad, todas unos pingos, ya se sabe. Y los pobres a esperar que los ricos se cansen, ya ves tú…

Ella le abrió la puerta. Tenía las facciones descompuestas. Aún le voceó cuando él descendía las escaleras:

—¡Yo puedo volver al pueblo con la cabeza bien alta, entérate!

¡Entérate, Picaza! ¡Entérate…!

Cerró la puerta de golpe y se sintió ahogada por las lágrimas. Estuvo llorando sobre su mísero catre hasta la noche. El viejo la había llamado para la lección y ella le respondió que se encontraba enferma. Más tarde dio la luz y le dijo a la Virgen de la Guía que, a pesar de todo, deseaba que el Picaza volviera porque lo de la tarde fue un pronto y todo lo olvidaría en cuanto que le cambiara la veta. Después se acurrucó en el lecho sin desvestirse y empezó a decir: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo», muy devotamente.

Contaba con los dedos las veces que lo repetía y al llegar a la 637, sin saber cómo ni por qué, se quedó profundamente dormida.

XVII

En la segunda quincena de febrero, el viejo Eloy empezó a notar frecuencia en las micciones y un pasajero escozor y se dijo: «La próstata». Al llegar a cierta edad, ya se sabía: «La próstata o la vida», o sea que él todavía andaba de suerte. A Isaías le dijo: «Me escuece al orinar», pero Isaías le replicó: «Tanto tú como yo tenemos cuerda para los ciento, no te preocupes». Y sonreía al sol y a la vida con sus tres dientes de oro y le decía agitando en el aire su bastón: «Andando poquito a poco». Mas el viejo Eloy caminaba con aprensión, despatarrado, temeroso de exacerbar su padecimiento incipiente. En otra circunstancia hubiera acudido al médico, mas ahora pensaba que sus recursos no daban para esos lujos. Acababa de vender la Contax en ochenta duros y con ellos había tapado algunos agujeros; no era cosa de empezar otra vez.

Ensimismado en su preocupación, el viejo Eloy apenas advirtió la depresión de la chica. Las mañanas transcurrían en silencio, cada cual en su mundo, sin otra actividad que el afanoso trajinar de la Desi en el fogón. La muchacha seguía implorando a la Virgen de la Guía el retorno del Picaza, pero cuando se juntaba con la Marce su desesperanza acrecía. Le dijo ésta una noche: «Hoy le vi en la calle Principal, maja. Iba con Demetrio, el de Villacabrales, y dos chicas. Una de ellas era la Yaya, ¿no sabes? Esa pequeñita que le regalaron un reloj de pulsera por dormir una semana con el niño». La miraba fijamente la Marce con sus ojos insípidos. «No caigo», dijo la Desi. Añadió la Marce: «Sí, mujer, la de las pecas, esa pequeñita que no para en ninguna casa, gallega ella, que dice que tiene la abuela de guardabarrera en Villacarriedo». «No caigo», insistió la Desi, aunque tampoco hacía por caer. Le era indiferente que fuese una u otra. Se le formó una bola en el tubo de respirar y preguntó penosamente, como

sin darle importancia: «Oye, Marce ¿iban las chicas juntas o apareados?». «Apareados», respondió la Marce sin vacilar, y ella hubo de marcharse rápidamente para llorar a gusto, a solas en su alcoba.

Una mañana, el viejo Eloy pareció salir de su abismo y le preguntó a la chica:

—¿Te pasa algo, hija?

Ella respondió, cortada:

—¿A mí? ¡A qué ton!

Insistió el viejo:

—Se me hace como que tuvieras los ojos hinchados, hija.

Ella intentó sonreír y apenas consiguió una mueca ambigua:

—Será de sueño, porque otra cosa... —dijo.

Por las tardes, Isaías no le escuchaba y, en cambio, pretendía que él se hiciera cargo de sus trastornos. Últimamente Isaías se quejaba de mareos y el viejo Eloy inquirió si marchaba bien del vientre y su amigo Isaías confesó que regular y entonces el viejo Eloy le recomendó que bajase por las mañanas al parque, porque la Naturaleza era el mejor regulador. A todo esto Isaías le hizo ver que eso no, que eso, como todo, iba en temperamentos y que Aguado, sin ir más lejos, se ponía al corriente revisando legajos viejos y que él decía que era el polvillo, pero que eso nunca podría saberse.

A la tarde siguiente, Isaías no acudió a los soportales como de costumbre, junto a la papelería de Afrodisio Niño, y el viejo Eloy, tras esperarle en vano durante media hora, se encaminó a su casa. Encontró a su hermana Áurea, la menor, llorando apagadamente en el vestíbulo. Todo se le volvía decir:

—¡Ay, Eloy, qué desgracia tan grande!

Y mordía un breve pañuelo ribeteado de encaje. No acertaba a explicarse; pero salió Lupe, la mayor, la que estuvo en tiempos por Poldo Pombo, según decían en el Círculo, y le dijo que a Isaías le había dado una congestión y estaba muy grave.

El viejo Eloy encontró a su amigo hecho un ovillito, el rostro exangüe, la boca quebrada en una torva sonrisa. De puntillas se aproximó a él y se sentó en la descalzadora, junto a la almohada, y le dijo por tres veces al oído, levantando la voz de una a otra:

—Isaías, soy yo, Eloy, ¿me oyes?

Isaías roncaba de una manera acompasada y remota. Lupe le veía hacer, erguida a los pies de la cama, altísima y seca, con los brazos cruzados sobre el pecho. El viejo Eloy se pasó el pañuelo por la punta de la nariz y repitió la llamada otras tres veces:

—¡Isa, Isa! ¿No me oyes? ¡Soy yo, Eloy!

Se sentía tan impotente como si le llamase desde otro planeta y, al propio tiempo, tan abandonado como un niño que viera a su madre

extraviarse en la espesura del bosque. De repente, Isaías levantó el brazo derecho y se santiguó en un brusco garabato. Dijo el viejo Eloy mirando a Lupe, estupefacto:

—Se ha persignado.

—Sí —dijo Lupe, fríamente—. Es lo único que hace.

Entonces el viejo le preguntó qué había dicho el médico y ella respondió que de vivir quedaría tullido, paralítico, o tonto, o mudo, y que para tanto como eso mejor sería que Dios se lo llevase, pero el viejo Eloy dijo que eso no, que lo importante era conservar a Isaías con ellos y que él mismo le sacaría en un carrito a tomar el sol si no podía valerse o le daría conversación si quedaba mudo, pero que si se iba ya nada tendría remedio. Luego se quedó aguardando la respuesta de Lupe, anhelante, como si de ella dependiera la vida de su amigo, mas Lupe nada dijo. El viejo Eloy se sentó en la descalzadora y permaneció allí hasta que la oscuridad se hizo en el balcón. Y cada vez que su amigo se santiguaba, el viejo Eloy le miraba insistentemente, tratando de penetrar en el difuso mundo intermedio en que Isaías se movía ahora, y se decía: «Él ve algo y, sin embargo, a mí no me oye». Después le colocó un pañuelo entre la almohada y la mejilla y su amigo cesó de roncar y él le dijo a Lupe que se iba a avisar a la chica y que pasaría allí la noche.

Cuando el viejo se lo propuso a la muchacha, la Desi palideció, pensando en la Adriana, la resinera, y en Moisés, el que se abrasó la cara en el horno de achicoria, y le dijo que se iba con él y que qué le había sucedido al señorito Isaías. El viejo le explicó.

Dijo la chica mientras bajaban las escaleras:

—El cuadrante es la esperanza de los viejos, ya se sabe.

—¿El cuadrante?

Ella sonrió:

—El hoyo, si así lo entiende mejor.

Inmediatamente aclaró que, por su parte, echaría una mano y todo lo que hiciera falta, pero que no se pensase el viejo que ella iba a entrar donde el señorito Isaías, pues no podía resistir los muertos ni los enfermos graves una vez que empiezan a oler.

—¿A oler, hija?

—Ande, no se haga de nuevas. El enfermo que va a doblarla huele que tira para atrás.

En el vestíbulo, Lupe le comunicó que el médico había dicho que de subirle la fiebre todo estaba perdido. Olía a medicinas y el viejo miró a hurtadillas a la Desi y la chica afirmó gravemente con la cabeza y él se sentó junto a su amigo hasta que llegó la monja. En realidad, el fenómeno de la muerte no sobrecogía al viejo Eloy, aunque le espeluznasen su rigidez y sus lúgubres atributos. Le sobrecogía, en

cambio, esta media muerte de Isaías, ese estar con un pie aquí y con el otro en el otro mundo sin hallarse definitivamente ni en un sitio ni en otro. Y le sobrecogía, en especial, su obstinación en santiguarse como si deseara espantar algo o granjearse el favor de alguien. Desde hacía muchos años, su amigo Isaías se desentendió de toda preocupación religiosa y al viejo Eloy, salvo las misas dominicales, le aconteció otro tanto. La actitud de su amigo, en su media muerte, le producía una viva conmoción interior. Ensayó, de nuevo, llamarlo, pero en vano. El viejo Eloy se decía: «Él ve algo y a mí no me oye. Lo que Isaías vea ahora está del otro lado». Una congoja insidiosa le ascendía garganta arriba y él había de carraspear para no ahogarse. Minutos antes de llegar la monja, le puso el termómetro. Salió de la habitación muy excitado:

—Treinta y siete dos; eso no es fiebre. De la misma cama le pueden subir unas décimas; ¿no le parece, Lupe?

Lupe metía un dedo bajo el gollipín como si quisiera aliviar su respiración. Apoco, entre los dos y la Desi, hubieron de reducir a Áurea, que se empeñaba en que había visto esconderse a la muerte y que si miraban con atención aún podrían ver la punta de la guadaña por encima de los cortinones. Le dieron un calmante y la acostaron. La Desi, la muchacha, cada vez que Áurea decía lo de la muerte y la guadaña, la miraba aterrada y decía: «Vamos, señorita, déjese de coplas».

El viejo Eloy pasó la noche entre la sala y la habitación del enfermo. Lupe permaneció con él y, en la soledad confidencial que brindaba la madrugada y la mesa-camilla y el común afecto por Isaías, el viejo Eloy le confesó que le había salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Pero Lupe no le comprendía y se lo dijo así y él quiso explicarle que era como un aviso y que la vida, bien mirado, era como una sala de espera, pero ella insistió que no lo entendía y el viejo Eloy, azorado, concluyó que la cosa no tenía mayor importancia y que era un decir. Más tarde hablaron de sus tiempos y el viejo Eloy le dijo que cuando el cuarteto Pombo, Vázquez, Isaías y él, Poldo Pombo se complacía en preguntarse quién de los cuatro sobreviviría a los demás. Fue la suya una torpeza porque Lupe lo escrutó profundamente como diciéndole que él era el superviviente pero su mirada era tan implacable que parecía que le acusara de alguna cosa. Para romper la tirantez, el viejo Eloy le contó que Pepín Vázquez, en sus momentos de depresión, migaba coco en el estanque para matar a los peces de colores, y ella dijo que ignoraba que el coco tuviera esas propiedades y, sin venir a cuento, dijo que Pombo era un muchacho extraordinariamente abierto y un gran sportman. Al hablar de Pombo, su rostro antipático y enjuto se animaba, y hasta esbozó una fugaz sonrisa al recordar el día que Poldo le regaló un lorito de pico blando,

allá por el año cinco. Luego salieron a relucir la pelea con los cadetes, y la Paquita Ordóñez, y las fiestas de la coronación del rey, y doña Pura Catroux, y el Banco Cooperativo; y cuando sobre el garaje de Ismael Abril empezó a alzarse una claridad lechosa y Lupe dijo, tornando a la realidad, que era la hora de los muertos, el viejo Eloy se levantó y volvió, al cabo de un rato, diciendo que, bien mirado, treinta y siete grados y medio no eran calentura y que medio grado sube de la misma cama. Después el viejo Eloy se marchó a su casa a descabezar un sueño.

Cuando retornó donde su amigo Isaías caía ya la tarde y en el vestíbulo encontró a Áurea, la menor, aparentemente tranquila, y el viejo Eloy le dijo, con el rostro transido de amargura, que la vida era como una sala de espera y que todos andaban en ella y que, de cuando en cuando, alguien decía: «El siguiente», y de esta manera, poco a poco, el mundo se iba renovando, porque unos entraban y otros salían, pero que más tarde o más temprano a todos les llegaría el turno. Fue una imprudencia la suya porque los ojos de Áurea, la menor, según hablaba, empezaron a desorbitarse y a ponerse blancos y, al fin, se llevó las manos a las orejas y empezó a chillar y a implorarle que no dijera aquellas horribles cosas y que ella estaba la primera y le tocaba ya, pero no podía esperar con calma que alguien le gritase: «El siguiente», y entonces apareció Lupe, la mayor, e inquirió qué ocurría y el viejo Eloy dijo que la enfermedad de Isaías había trastornado a su hermana y que era preferible que durmiera.

Isaías continuaba inmóvil, respirando por la boca entreabierta fatigosamente, y cuando él le llamó poniendo en sus palabras el mayor anhelo, no le hizo caso y, en cambio, se santiguaba a cada rato, y al concluir dejaba caer su brazo inerte sobre las ropas. El viejo Eloy pasó la noche en la sala junto a Lupe y él le habló de Leoncito y que desde que era chico él le decía a su esposa: «Este chico ha de ser más que yo», y luego agregaba: «Y ya ve, Lupe, notario en Madrid a los cuarenta y dos años». De madrugada le puso el termómetro a Isaías y salió diciendo que treinta y ocho grados no era una temperatura como para alarmar y que hoy día la penicilina obraba milagros.

A la mañana siguiente se fue a dormir a su casa. Durmió profundamente y, al despertar, sintió hablar en la cocina y salió enfundado en el batín y la Desi charlaba con un recluta que se puso marcialmente de pie al entrar él y la Desi dijo, muy sofocada, tras unos segundos de confusión:

—Aquí, mi señorito; aquí, una amistad.

Dijo el viejo Eloy:

—Siéntese, siéntese, hijo.

Y cuando el soldado se sentó en el taburete, la Desi exultó:

—Del pueblo, sabe.

Todo había acontecido inesperadamente. Cuando la chica sintió llamar a la puerta no pensó que pudiera ser el Picaza. Pero él dijo al abrir ella, como si nada hubiera sucedido: «¿Q… qué dice la burra más burra de todas las burras?». Y ella, entonces, le dijo conmovida: «¡Picaza!», y permaneció un momento contemplándolo. La chica no lograba vencer su aturdimiento. Dijo finalmente: «Anda, pasa, no te quedes ahí parado como un pasmarote». Él pasó y le entregó el saquillo con la ropa sucia.

Al quinto día, el viejo Isaías abrió unos ojos lejanos, como atónitos y sin vida. Lupe se lo dijo al viejo Eloy al llegar éste y el viejo Eloy entonces se sentó en la descalzadora y anduvo llamándole pacientemente por su nombre, con ligeras pausas, durante un cuarto de hora. Pero Isaías no reaccionaba y sólo, de tarde en tarde, levantaba el brazo para persignarse. A las cinco de la madrugada falleció.

El viejo Eloy vivió las veinticuatro horas siguientes como un autómata. Conocía todos los pasos a dar y los cumplió puntualmente; la funeraria, el Registro, el periódico y la parroquia. Tenía como una nube dentro de la cabeza y le parecía que estaba viviendo un sueño tenebroso. Cuando se presentaron los chicos de Flora Martín con el ataúd, ayudó a Lupe a amortajar a su amigo y, minutos después, condujo a don Rodrigo Palomino, el médico del Registro, ante el cadáver para que le mirase la pupila y certificase. Acto seguido, Lupe le dijo que quería que afeitasen a su hermano antes de ponerle un pañuelo para que no se le demudase el rostro. El viejo Eloy llamó a Mamés, que les arreglaba a Isaías y a él desde hacía veinte años, y Mamés, al concluir, dijo que eran siete duros. Lupe armó un altercado con el barbero y el viejo se puso de parte de ella y le dijo a Mamés que de vivo le cobraba menos de uno y Mamés dijo entonces que no fuera a comparar. Le dijo el viejo:

—Pero, hijo, ¿qué tiene un muerto que no tenga un vivo?

Y Lupe no hacía más que repetir:

—Hace usted de él lo que quiere, si le corta no protesta, ¿por qué regla de tres va a pagar un muerto lo que siete vivos?

Pero Mamés, el muchacho, afirmaba que no fueran a comparar, que el propio don Abilio, el patrón, decía que muy necesitado había de verse para rasurar a un cadáver, y que si él lo había hecho, aparte las dificultades de la vida, había sido por lo que había sido. Finalmente, Lupe, la mayor, le abonó seis duros por el servicio y Mamés se largó escaleras abajo refunfuñando. Y Áurea, la menor, andaba espantada por la casa y solamente decía, mordiendo el pañuelo de encajes: «Ay, Dios, ay, Dios…». El viejo Eloy, de cuando en cuando, se iba donde el muerto y le hablaba confidencialmente, en voz muy tenue. Al bajar la noche se fue a su casa con la Desi. La muchacha le hablaba

gesticulando mucho por el camino, mas como advirtiera la absoluta pasividad del viejo, le dijo:

—Ande, si no es pariente ni nada, ¿a qué ton se pone usted así?

Él la miró un instante con ojos sanguinolentos, esmaltados de angustia. Pareció que iba a hablar, pero no dijo nada. Continuó andando como un autómata con la cabeza baja. Era difícil tratar de hacer comprender a la chica que no era el amigo, sino el calor, y que no era sólo un hombre lo que yacía en el ataúd, sino Madame Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos, y Poldo Pombo y su anacrónico biciclo y las poleas gimnásticas del doctor Sandon, y su hermana Elena, y la Antonia, y el tío Alejo y sus bracitos de enano; y la Rosina, y el tío Hermene y el Banco Cooperativo; y Pepín Vázquez y la Paquita Ordóñez y la Casa de Baños; y Lucita y Goyito, su hijo menor, y toda una vida. Era muy complicado empezar a explicarle a la muchacha todo aquello de que el hombre precisa un calor por dentro y otro por fuera y que cuando se inventó el fuego todo iba bien, porque los hombres se sentaban en torno y surgía una intimidad que provenía de las mismas llamas, pero desde que vino el progreso y el calor se entubó, la comunidad se había roto porque era un contrasentido servirse de un fuego sin humo. Era todo tan complicado que ni él mismo sabía dónde iría a parar si empezaba a hablar. Por eso prefirió callar y continuar andando y cuando la muchacha, ya en casa, le puso ante las narices el vaso de leche y le dijo que no tomara las cosas tan a pecho, que con ello no adelantaba nada, él denegó obstinadamente con la cabeza:

—Deja, hija, no tengo apetito.

XVIII

El viejo Eloy sabía que el hombre es un animal de corta vida por larga que sea la que se le conceda. Ya de chico hizo unos cálculos y conocía el promedio de vida normal de un hombre: 25.000 días, es decir, poco más de medio millón de horas. Ahora, el viejo Eloy calculaba los días de vida de un hombre que muere a los 75 años y llegó a la conclusión de que rondaban los 27.375, que correspondían a 657.000 horas, o sea 39.420.000 minutos, o sea 2.365.200.000 segundos. Pero considerando que el hombre duerme un promedio de ocho horas diarias, que transcurrían en un estado de muerte provisional, venía a resultar que el hombre que muere a los 75 años había vivido tan sólo 18.250 días, o sea 438.000 horas, o sea 26.280.000 minutos, o sea 1.576.800.000 segundos. Mas si descontaba, como era de ley, los días, las horas, los minutos y los segundos que el hombre pasa en la inopia de la primera infancia, la vida consciente de un hombre que vive 75 años

se reducía a 15.695 días, o sea 376.680 horas, o sea 22.600.800 minutos, o sea 1.356.048.000 segundos. Ahondando en su caso concreto, el viejo Eloy llegaba a la conclusión de que viviendo hasta los 75 años, le quedaban por vivir 1.220 días, que correspondían a 29.280 horas, o sea 1.756.800 minutos, o sea 105.408.000 segundos. Muy poca cosa en el mejor de los casos.

La chica le veía morder la contera del lapicero y anotar cifras parsimoniosamente. Le dijo:

—¿Qué es lo que hace, si puede saberse?

—Cuentas, hija.

—¿Es difícil hacer cuentas, señorito?

—Aun siendo las mismas cifras, unas son más complicadas que otras, hija; ya ves qué cosas.

La Desi fruncía la frente en una solitaria, profunda arruga horizontal. Esbozaba, luego, una sonrisa cerril:

—Ci… ¿cómo dijo?

—Cifras, Desi.

La muchacha movió la cabeza descorazonada:

—Ande y que tampoco le quedan a una cosas por aprender.

El viejo Eloy no respondió. La chica trató de animarle en vano. El señorito había pasado dos horas mirando fijamente por la ventana la casa de enfrente. Después, a las doce y media, se puso con las cuentas y no sabía dejarlo. De vez en cuando sacaba el pañuelo del bolsillo de su macilento batín y se lo pasaba por la punta de la nariz.

La víspera acudió al entierro del señorito Isaías y la chica estuvo con el Picaza metida en un portal viendo el fúnebre desfile. A la noche le había dicho al viejo:

—Yo me pensé que el señorito Isaías tenía capital, ya ve.

El viejo Eloy le enfocó unos ojos patéticamente huecos:

—¿Por qué creías esas cosas, hija?

Ella descubrió sus dientes amarillentos y desiguales:

—Tenía tres piezas de oro —dijo.

Observó al viejo, pero como éste no respondiera, ella añadió que la caja era pobre y la carroza llevaba tan sólo dos caballos muertos de hambre y una corona, pero el señorito continuó mudo, como si la cosa no fuese con él. Entonces la muchacha le preguntó si le habían quitado los dientes de oro antes de enterrarlo, porque hoy tres dientes de oro representaban un capital, pero ante la expresión de espanto del viejo determinó callar la boca. Al cabo le preparó el vaso de leche y el señorito dijo:

—Deja, hija, no tengo ganas.

Ella entonces le dijo:

—Esfuércese, concho. Sí que va a echar usted pantorrillas, si no.

Mas él no hizo ademán. La Desi se acaloró entonces:

—Vamos, si por un amigo se pone usted así, ¿qué deja para uno de la familia?

El viejo levantó los ojos y la exploró lejanamente. Dijo: «Hija, es su primera noche», y ella advirtió en sus pupilas tal extravío que recordó al Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado y dijo:

—Coma, coma, no se deje; no tengamos mañana algo que lamentar.

El viejo Eloy presidió el entierro de su amigo con Felino Crespo, el de la gestoría. El viejo Eloy encargó una corona sencilla, con un lazo negro y una breve leyenda en trazos dorados que decía: «De tu amigo Eloy». Luego estuvo dando cabezadas automáticamente a la puerta de la parroquia y en pocos minutos se quedó solo con Felino Crespo, quien le dijo que tenía contratado un taxi, y el viejo, sin más, se metió en el coche con él. La carroza negra, con unos ángeles dorados en las esquinas, les precedía dando tumbos, y uno de los caballos, al pasar por la Audiencia, se desahogó impunemente y dejó sobre el pavimento un collar de cagajones. La tarde tenía un evasivo color ceniciento y después de que el cura del camposanto rezara un responso ininteligible frente a la pequeña capilla, Felino Crespo le dijo al viejo que regresaba, que le aguardaba una visita, y le preguntó si tenía coche donde volver, pero el viejo Eloy le respondió que no se preocupase de su persona y que ya se arreglaría. En el cementerio en silencio se sentía el paso del aire por entre las ramas prietas de los cipreses. Un hombre empujaba el carricoche con el féretro encima y una de las ruedas traseras chirriaba agriamente a cada vuelta. Luego, cuatro hombres tomaron el féretro y lo depositaron en lo hondo del hoyo con la misma rutinaria frialdad que un campesino depositaría una semilla en lo hondo del surco.

De pronto el viejo Eloy se vio solo en el amplio y sobrecogedor recinto, custodiado por fantasmales cipreses, y se volvió y sus ojos toparon con una lápida: «¡Cree y espera! Propiedad de Diego Blanco Fanjul». Diego Blanco no renunciaba a la propiedad ni después de muerto. A Diego Blanco lo mató en duelo a espada francesa Rodríguez de Llano, porque Diego Blanco no aceptó el fallo del jurado de la batalla de flores en 1905, y entonces se dirigió a la tribuna y abofeteó a Rodríguez de Llano en público y le dijo que había votado la carroza de Cesáreo Gaytán porque en ella iba la hija de su querida. Rodríguez de Llano lo desafió, pero Diego Blanco decía en el Círculo: «A este cerdo lo ensarto yo». Mas apenas dijo el juez de campo: «Adelante, señores», tras un fulminante *corps* a *corps*, Diego Blanco cayó con un pulmón atravesado.

Detrás de la capilla de Blanco se hallaba la tumba de Pepín Vázquez, asfixiada por los yerbajos, y decía: «Aquí yace José M.ª

Vázquez Palomero (10-4-1922). Descanse en paz». Pero no decía nada del coco, ni de los peces de colores del estanque, ni de que se marchara sin guardar antesala. Tampoco en la tumba de Doro Peña se hablaba de su talento, ni de que en 1906 capitanease la comisión de estudiantes de Medicina que exigió del Ministro de Instrucción la derogación del decreto de 31 de julio, ni de que declarase la huelga del hambre hasta ver logrado su propósito. Ni la tumba de la niña Tomasita Espeso —«Hija, tus papás no te olvidarán nunca»—, poco más allá, hablaba de sus terrores nocturnos, ni de que se colgara de una encina el 15 de mayo de 1910 para no presenciar el escalofriante choque de la Tierra con el cometa Halley, que la prensa anunciaba para el 18. Ni la tumba del domador de pulgas —«Jesús mío, misericordia»— Trifón Lasalle González (3-3-1921), hablaba nada de su habilidad, ni de su monótono pregón: «Si puga no tiga de cago, cago no anda. Pasen, señogues, pasen». Ni de que la gente pasase a empellones para ver a través de las lentes de aumento cómo las pulgas amaestradas arrastraban una minúscula carroza versicolor. Ni la tumba de Heliodoro Rojas —«Recuerdo de tus hijos»— decía que fuese el refundidor de La Sandovala, la campana de San Benito, cuyo casco de bronce dio en la báscula 72 arrobas de peso neto. Ni decía la de Fernando Marín (12-2-1933), que se hubiese arruinado por seguir al torero Gallito, ni de que fuese él el primer ciudadano que asistió a una corrida nocturna en Barcelona, el 24 de junio de 1903, en la que estoquearon, con aquél, Machaquete y Morenito de Algeciras. Ni decía la de Generoso González Prat —«Piedad, Señor, piedad»— nada de su agencia de matrimonios: «Señoras y señoritas ricas, decentes y honradas de la corte y muchas de provincias desean legalmente casarse; de 1.000 a 50.000 duros de dote. Dirigirse formalmente y con sello para la contestación al acreditado Generoso Glez. Prat, calle de La Sota, número 8, Madrid». Ni la tumba de don Buenaventura Salgado, párroco de San Ginés —«Te sirvió, Señor, en la Tierra, dale tu descanso eterno»—, decía una palabra de su celo apostólico, ni de su oposición terminante a abrir una gran vía en la ciudad a costa de derruir su parroquia, ni de sus famosas palabras al Excelentísimo Reverendo Señor Arzobispo que decidieron el pleito en 1900: «Excelencia, no está bien que la Casa de Dios desaparezca para comodidad de los hombres». Ni la tumba de doña Pura Catroux —«Ici repose»— decía nada de sus prendas didácticas, ni de la caja de anises que depositaba como una tentación cada mañana en el pupitre, ni de que en su colegio se hubiera educado el párvulo Eloy Núñez. Ni decía la tumba de Eutiquio Gomero, poco más lejos —«Aquí yace en la paz del Señor»—, que él fuera el inventor de los brillantes de boro, las perlas nakioquímicas y la oralina, nuevo metal, aleación de oro puro con bronce y aluminio, de excelente resultado. Ni decía, en fin, la

tumba de don Nicomedes Fernández Piña que hubiese sido un alcalde concienzudo y honesto que antes de decidir el asfaltado de la plaza reuniera doce veces el pleno en 1903, y dieciséis en 1904 para dilucidar el asunto del alcantarillado.

Cuando sonó la campana del camposanto, el viejo Eloy levantó la cabeza y dio dos vueltas sobre sí mismo antes de incorporarse a la realidad. Saltando de tumba en tumba, de recuerdo en recuerdo, le había sorprendido la puesta del sol. Los cipreses negreaban sobre el cielo brumoso por encima de su cabeza. Torpemente se desabotonó el abrigo, extrajo el pañuelo y se limpió el extremo de la nariz. Le temblaban las manos azuladas y después de guardar el pañuelo permaneció unos segundos indeciso. Apenas reconocía si era joven o viejo ni el motivo por el que se encontraba allí. De pronto recordó a Isaías y se volvió hacia el campo de cruces que se perdía en la distancia y balbució vagamente:

—Ahí os dejo a Isa, atendedle; es su primera noche.

En la puerta tropezó con el cura del cementerio. Vestía una sotana raída y tenía unos ojos perpetuamente sorprendidos y la boca desdentada. A su lado había una carroza fúnebre y le dijo el auriga:

—Vamos, don Abel, se me hace tarde.

El cura miró compasivamente al viejo Eloy:

—¿Tiene dónde volver?

El viejo denegó con la cabeza.

—Suba entonces, hermano —le dijo el cura.

Y el viejo Eloy, sin darse bien cuenta de lo que hacía, se apoyó en el posapié y se encaramó en la carroza. El cura se arremangó la sotana y subió ágilmente tras él. Volvió un poco la cabeza:

—¡Tira, Pastor!

El auriga fustigó los caballos y el viejo Eloy, sentado en la meseta rectangular donde de ordinario reposaban los ataúdes, le dijo al cura que era la primera vez que montaba en un coche de éstos, y el cura sonrió con las encías y le dijo: «No será la última». Entonces el viejo Eloy le dijo amargamente, señalando con el dedo las tapias del camposanto, que tenía ya más amigos allí que en la ciudad, y el cura respondió que era ley de vida y sin venir a qué añadió que nunca, en toda su carrera, desempeñó una profesión más hermosa que la actual. El carro brincaba en los baches y el viejo se asió a una de las negras columnas en espiral y le dijo que él se pensaba que había de ser triste aquel oficio, pero el cura contestó que pasaportar almas para el otro mundo era la misión más excelsa a que podía aspirar un sacerdote. El viejo Eloy le dijo repentinamente si sabía los días que vivía un hombre que muere a los setenta y cinco años, y el cura respondió que no, y el viejo Eloy le dijo que más o menos, sin quitar las horas de sueño, unos

veinticinco mil y pico, y el cura agregó entonces que la vida era un soplo pero que los hombres se llenaban de codicia como si hubieran de ser eternos.

Terminaba el paseo de cipreses y la carroza, con los famélicos caballejos al trote, accedía a los primeros suburbios. Entre las barracas brillaban luces amarillentas y los chiquillos desarrapados jugaban en los desmontes. El cura observó la indecisión del viejo Eloy. Dos veces se volvió hacia él y dos veces tornó a su estática posición inicial. Se limpió la nariz con el pañuelo nerviosamente. Al cabo, tras un movimiento brusco, le preguntó qué podía ver un hombre sin conocimiento, perdido totalmente el uso de los sentidos y casi sin movilidad, para santiguarse a cada paso, y el cura, después de un carraspeo, respondió que bien podía ser al Señor en su trono aguardándole a juicio, y entonces el viejo se encogió sobre el estómago, como si le hubieran golpeado, y le pidió que le confesara.

La Desi, la muchacha, le veía ahora afanarse con el lapicero y le dijo:

—¿Pero se puede saber qué escribe usted?

—Cuentas, hija.

—¡Déjese de cuentas, concho! Se le van a volver los sesos agua.

Él no hacía caso. Calculaba el número de entierros a que había asistido desde su juventud y le resultaban mil trescientos, aunque el cálculo no dejara de ser convencional. Tomó de nuevo el lapicero y escribió más números. Al concluir, los revisó y levantó los ojos hacia la muchacha y le dijo con un esbozo de sonrisa:

—¿Sabes, hija, los días que te llevo?

—¿Que me lleva dónde?

—Que te llevo yo a ti, por la edad.

La Desi reflexionó un momento. Dijo, al fin:

—¡Déjese de coplas!

—¿Es que no me entiendes, hija?

La chica divisó sus ojos ausentes, desplazados, y se asustó. El viejo había desistido. No obstante, atacó por otro lado:

—¿Sabes, hija, los días que vive un hombre?

—A saber... eso nunca se sabe.

—Aproximadamente.

La chica se encogió de hombros pero le miró interesada. Añadió él:

—Pon quince mil.

La Desi abrió dos ojos como platos y sacudió los dedos sonoramente:

—¡Jolín!

—¿Te parecen muchos, hija?

—¿Y a usted no? Ya tiene una tiempo de aburrirse. ¡Virgen!

La Desi, visto que transcurrían los días sin que al Picaza le cambiara la veta, llegó a pensar que la mili le había metido definitivamente en cintura. La Marce, por contra, no las tenía todas consigo:

—Mientras le laves la ropa, todo irá bien, maja —decía.

A la Desi, la muchacha, no se le alcanzaba dónde quería ir a parar su amiga. El último domingo estuvieron los cuatro bailando en el Paipai y la Marce terminó sentándose, reventada, en el tablado de los músicos y quitándose los zapatos. De regreso le confesó que tenía los zancajos en carne viva. Al día siguiente, la Desi preguntó a la Marce por el siniestro patio de luces cómo seguía de los pies, pero terció la Tasia y le voceó que ya sabía que el amigo del viejo la había palmado y que el día que menos se lo pensase su señorito iría detrás porque, a decir verdad, no estaba para muchos trotes. La Desi, la muchacha, se encorajinó y le gritó pingo y estropeabarrigas y le dijo que no metiese la nariz donde no le importaba, pero la Marce, sin que al parecer reparase en la disputa, le dijo a la Desi que tenía en el pie derecho una mancadura y que el jueves no saldría porque no aguantaba los zapatos.

De este modo, el jueves salió la Desi a solas con el Picaza. Anduvieron en el Paipai hasta el anochecer y el muchacho, que empezó con muchos miramientos poniéndole un pañuelo a la espalda para no sudarle la rebeca, terminó perdiendo la compostura y arrimándose de más. La muchacha le regañaba y, recordando las cosas de su señorito y de su señorita, le decía que no apretase tanto que la cortaba el resuello y que si no aflojaba un poco terminaría por desmayarse. Al salir, el Picaza la empujaba hacia el parque y la Desi le dijo que bueno, pero que a lo oscuro no.

—C... coña, ni que te fuera uno a comer.

—Mira, por si acaso.

Él la pellizcó audazmente:

—No empecemos, Picaza.

—¿N... no somos novios?

—A ver.

—¿N... no nos vamos a casar?

A la chica se le mudó el color:

—Picaza, ¿es eso cierto?

—¿Q... qué te pensabas si no?

La empujaba a lo oscuro y ella no reparaba ya en sus intenciones:

—¿Y para cuándo, Picaza? —preguntó como en éxtasis.

—D... de que pase la mili, mira. M... mi comandante me ha prometido un camión para el día que cumpla.

Se sentaron en un banco en la penumbra. La exploración obstinada y nerviosa de las manos del muchacho la dejaba sin aliento; la chica carecía de fuerzas para oponerse. Dijo ahogadamente:

—¿Viviremos en la capital, Picaza?

La voz del Picaza sonaba como si se tapase la boca con un pañuelo:

—M... mejor que en el pueblo, ¿no?

—¿Y lo de cantar?

—E... eso se acabó.

—¿Es que no piensas volver a cantar?

—N... no digo eso. Si sale una chapuza se aprovecha y a vivir.

Se hizo un silencio. De los bancos próximos brotaban unos delgados, tenues cuchicheos. La chica dio un respingo:

—Eso sí que no; ¡quita esa mano, Picaza!

—E... está bueno eso, ¿no nos vamos a casar?

—Pues para entonces. Me has roto un botón, para que te enteres.

La Desi, la muchacha, estaba ya en sus trece, encampanada en su dignidad:

—A la hija de mi madre no la llevas tú al altar con berretes, Picaza, eso que te se quite de la cabeza.

Aún porfiaron un rato y, finalmente, el muchacho se puso en pie y dijo enfurruñado:

—C... caminando.

La Desi, la muchacha, después de este forcejeo se pensó que el Picaza no volvería, pero el sábado se presentó con el saquillo de la ropa sucia como si tal cosa. Se hallaba allí el señorito y la Desi pasó un sofoco del demonio porque ni el Picaza ni el viejo se arrancaban a hablar. Pero el Picaza se largó enseguida y en la puerta le dijo que el domingo la aguardaría abajo, a las cuatro, como de costumbre.

La Desi le había contado, toda turbada, a la Marce la proposición de matrimonio del Picaza. A la Marce se le cruzaron imperceptiblemente los ojos: «¿Eso te ha dicho? —dijo—. De los hombres no creas una palabra, maja, te lo digo yo». Mas la Desi aclaró que se casarían tan pronto él cumpliera y la Marce respondió que eso no lo había visto ella todavía. «No todos los hombres van a ser iguales, Marce, guapa», decía la Desi. Pero la Marce le apuntaba con su fofo dedo, fruncía los labios, entornaba los párpados y decía: «Fíate».

Por lo que respecta al viejo, a la Desi no la sorprendió su silencio con el Picaza. Durante la última semana, desde la muerte del señorito Isaías, el viejo Eloy apenas pronunció palabra. Por las mañanas se sentaba en el taburete, la espalda encorvada, los brazos cruzados sobre el estómago, buscando instintivamente la postura del feto. Allí, inmóvil, dejaba transcurrir las horas contemplando la casa de enfrente. Si ella le tiraba de la lengua y le preguntaba por el rey, o por

la señorita, o por Goyito, su hijo menor, él apenas respondía con cortados monosílabos. Parecía una estatua y si se movía era para limpiarse la nariz o para hacer cuentas enrevesadas en las márgenes del periódico. En estos casos se animaba un poco y le decía a la chica: «¿Sabes, hija, los minutos que ha vivido el señorito Isaías?». O bien: «¿Sabes, hija, cuánta gente ha desaparecido de la ciudad desde que yo nací?». O bien: «¿Sabes, hija, los segundos que han pasado desde que falleció el pobre Isaías, los segundos que él no ha vivido ya?». La chica no contestaba porque no le comprendía.

Una mañana le dijo el viejo de súbito: «Desi, ¿te confiesas tú, hija?». «Ande, señorito, a ver, por la cuenta que me tiene», respondió la chica. Él agregó, tras una pausa: «Confesado es más fácil esperar». Ella le miro sorprendida: «Esperar, ¿a quién?». Pero aunque la muchacha aguardaba su respuesta con ansiedad evidente él no contestó.

De repente, un día, amaneció su señorito cambiado, alegre y expansivo, como en los buenos tiempos. Le dijo que había decidido marchar a Madrid y que le había puesto cuatro letras al chico. A la Desi, instantáneamente, se le representó la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una anochecida a la entrada del monte, y el Moisés, el mozo que se abrasó la cara en el horno de achicoria y cada noche de ánimas, cuando las campanas repicaban, recorría las calles del pueblo envuelto en una sábana asustando a las mozas, y le preguntó al viejo qué pensaba hacer con ella, y el viejo respondió que pagarle y darle de comer como si trabajara, pero la Desi declaró que lo decía porque era corta de respiración y le daba miedo el quedarse sola, mas a renglón seguido pensó en la Marce y le dijo que, bien mirado, no se preocupase por ella y que ya se apañaría.

El viejo Eloy pasó dos días abstraído en los preparativos, lleno de dudas y vacilaciones: «Ande, señorito, dónde va usted con el cepillo de los zapatos, ¿es que su hijo no va a tener cepillo?», decía la Desi. Y él contestaba: «Por si acaso, hija. Uno nunca sabe». Otras veces él le daba consejos: «Para ti sola no prendas, hija, dentro de cuatro días ya no hará frío». No podía parar quieto, metía y sacaba objetos de la maleta. De repente se interrumpía: «Si vienen los de la Fotográfica me das de baja, hija. Les dices… o mejor no les des explicaciones, me das de baja y se acabó». La chica le seguía a todas partes, como un perrillo faldero: «Está bien, vaya descuidado», decía pacientemente.

El día de la marcha el viejo Eloy se tiró de la cama a las siete y media. La chica se santiguó al verlo:

—¡Virgen! ¿Se puede saber dónde va usted tan de mañana?

El viejo andaba nervioso. Hacía diez años, desde la boda de Leoncito, que no tomaba un tren:

—Déjame, hija, tengo muchas cosas en que pensar.

—¿No sale el tren a las cinco?

Él no contestó. Anduvo toda la mañana dando vueltas de un lado a otro. De cuando en cuando llamaba a la chica: «Digo que para ti sola, hija, no hace falta que prendas estos días. No hace frío ya». «Está bien, vaya descuidado.» Y al cabo de un rato: «Desi, digo que si vienen los de la Fotográfica me das de baja. Les dices que ya sé que todo sube... o mejor, no les des explicaciones, me das de baja y se acabó». «Está bien, vaya descuidado», decía ella.

A las doce se hizo servir la comida y apenas la probó. A cada paso consultaba el reloj.

—Pero, señorito, ¿no sale el tren a las cinco?

—No te pienses que sobra tanto tiempo, hija.

Fue donde la maleta, mas algo recordó de pronto porque a mitad de camino regresó a la cocina:

—Digo, hija, que a lo mejor el chico no me deja regresar. En ese caso, te pondré una tarjeta.

La chica levantó los hombros:

—A decir verdad poco se acordó de usted hasta ahora.

Pero el viejo no la escuchaba. A las tres, dio la orden de partida. La muchacha se vencía de un lado por el peso de la maleta.

—¿Pesa, hija?

—A decir verdad, como un muerto —dijo la chica honradamente, espantándose un mechón de la frente sudorosa con el dorso de la mano.

Ante el rótulo de un establecimiento se detuvo.

Dijo malhumorada:

—¿Qué dice ahí? Daría dos dedos de la mano por leer de corrido, ya ve.

—¡Desi! —dijo el viejo cerrándose la bufanda.

—¿Qué quiere? A mí me saca de las letras gordas del diario y no sé por dónde me ando.

—Dice —dijo el viejo—: «El Palacio de las Camas», y más abajo: «La casa que mejor y más barato vende».

La chica dio un traspiés y depositó la maleta en el suelo. De nuevo se pasó el dorso de la mano por la frente. Le dijo súbitamente al viejo:

—Ahí me mercaré yo el colchón el día que me case, ya lo sabe.

—¿Tienes novio, Desi?

El rostro de la muchacha se congestionó:

—A ver.

—¿El militar ese?

—A ver.

—No parece mal muchacho, hija.

Ella asintió con la cabeza. Observó:

—Lo único, la veta.

—¿La veta?

—Los prontos, ya ve.

El viejo se impacientaba:

—Vamos, hija. Si llegamos a tiempo ya charlaremos en la estación.

El peso de la maleta abultaba las sienes de la muchacha y la piel de su rostro se tornaba levemente violácea. Al subir los bordillos, sus rodillas cedían y había de hacer un esfuerzo para conservar el equilibrio.

—Desi —dijo el viejo.

A la chica, agobiada por el peso de la maleta, apenas le nacía la voz del cuerpo:

—Diga.

—Estoy pensando que si van los de la Fotográfica me das de baja. Mejor no darles explicaciones, hija, me das de baja y se acabó.

La muchacha dejó de golpe la maleta en el suelo. Se limpió el sudor y sonrió cerrilmente:

—La verdad es que no puedo ni con mi alma.

El viejo se encorvó sobre la maleta:

—Trae que te ayudo.

—¿Usted?

—A ver, hija.

—Deje, a ver si se quiebra.

—Se hace tarde, anda.

Ella levantó la maleta de su lado:

—¿No sale el tren a las cinco?

El viejo vacilaba bajo el peso del mamotreto. Pasaron dos reclutas y los cuatro ojos se fueron tras las pantorrillas de la Desi.

—Morena, ¿te echo una mano?

La chica alzó sobre la maleta una mirada descompuesta por la irritación y el esfuerzo:

—¡A tu madre, cacho asqueroso! —gritó.

Dijo el viejo:

—Desi, hija, modera esa lengua.

—Será capaz; de sobra sabe usted lo que ésos van buscando.

No lograban acompasar sus esfuerzos y el viejo Eloy trompicó y soltó la maleta bruscamente cargando el peso del lado de la muchacha:

—¡Avise, concho! —chilló ella irritada—. A poco más beso el suelo.

El reloj de la estación tenía las cuatro menos veinticinco y el viejo le dijo a la Desi que podía marcharse, pero a la muchacha le distraía ahora contemplar aquella desconocida actividad. Permaneció a su

lado en silencio observando atentamente las maniobras de los trenes y los hombres con las gorras de plato y las banderolas rojas y los carritos cargados de bultos. Sin embargo le oprimía el olor de la carbonilla que ella identificaba con los adioses y las separaciones.

Dijo:

—Vamos, que ya hace falta coraje para irse tan lejos.

—No es lejos Madrid, hija.

—También más de cinco leguas.

—Eso sí, hija.

—Será capaz, ¿y aún dice que no es lejos?

El viejo estaba nervioso y ella se puso a deletrear el rótulo en blanco y negro: «Ca-ba-lle-ros». De pronto, el señorito se volvió a ella y le dijo, limpiándose la nariz:

—Si el chico no me dejara volver te pondré una tarjeta, hija —sonrió—. A lo mejor Leoncito no me deja volver; según le dé.

—Está bien, vaya descuidado.

Silbó un tren y la muchacha palideció y, al concluir el silbido, se golpeó la oreja. Dijo el viejo:

—Deja el oído, hija.

—Ese baboso me ha dejado sorda —levantó la mano derecha y su rostro expresó dolor—: ¡Jolín! —dijo—. Tengo el brazo molido; no sé si es mío o del vecino.

El viejo la miró con lejana ternura:

—¿De la maleta, hija?

—A ver.

Vaciló el viejo. Finalmente se desabotonó el gabán y sacó la cartera, y, después de rebuscar entre los papeles, alargó a la muchacha un billete de peseta:

—Toma, hija; te lo has ganado.

—Vamos, deje, sólo faltaría.

Mas el viejo insistió y la muchacha tendió, al fin, una mano rojiza y achaparrada:

—Vaya, pues muchas gracias —dijo ocultando el billete en el seno. Y añadió candorosamente—: Si fuera tan fácil ganar una peseta no habría pobres en el mundo, ¿no es cierto, señorito?

XX

Al verse en Madrid, en las nuevas calles, ante perspectivas no familiares que parecían recién lavadas, el viejo Eloy pensó que aún podía estabilizarse e, incluso, volver a empezar. Particularmente a la hora del desayuno, en el pequeño jardín, bañado por el dulce sol

naciente, el viejo pensaba que no era ingrata la espera y aun que el escozor y la frecuencia en las micciones bien podían constituir un accidente primaveral. La primavera no andaba lejos y Madrid, con su pequeño sol estancado, preservado de los rigores del norte por la muralla de la sierra, parecía que la anticipase. El viejo, entonces, hacía por olvidarse de todo menos de la inmediata proximidad de Leoncito. Aquellas primeras horas del día en las que Suceso les dejaba solos porque padecía alergia al sol mañanero le recordaban tiempos remotos. Sin embargo, al viejo Eloy le había nacido ahora una nueva preocupación: el apagamiento prematuro de Leoncito. Tres mañanas estuvo a punto de contarle los pormenores de su jubilación, con la asistencia del señor alcalde e incluso, al levantarse, se echó al bolsillo la medalla con intención de mostrársela, pero el chico estaba como ensimismado y no le atendía. Cada vez que el viejo lo intentaba decía Leoncito, cortándole:

—Me levanto como con una nube dentro de la cabeza. Es una sensación rara... De inestabilidad, ésa es la palabra... Me parece que en cualquier momento pueda desmayarme. Luego esa cosa que me muerde aquí, en la misma boca del estómago —ponía cara de repugnancia—: No sé.

Desayunaban juntos y el viejo Eloy hacía por distraerle. Ahora se explicaba por qué el chico no salió a esperarlo a la estación. Tampoco Suceso lo hizo con el coche pequeño, pero Suceso, su nuera, era una muchacha muy ocupada. No obstante, Leoncito le había besado al llegar, tal vez porque el viejo se arrojó en sus brazos sin ningún miramiento. Suceso, en cambio, apenas le tendió la mano y le llamó Eloy, por su nombre de pila, en lugar de decirle padre. Él siempre soñó, tal vez porque nunca tuvo una hija, con que una muchacha hermosa le dijera padre.

Ahora se inclinaba sobre Leoncito y le decía que Isaías, su viejo amigo, había muerto. Pero Leoncito arrugó la frente y le dijo desorientado:

—¿Isaías? ¿Qué Isaías?

—El de la gestoría, hijo, lo recordarás, un hombre flamante, siempre con su bastón y sus corbatas llamativas. Me habrás visto a menudo con él.

Leoncito se encogió de hombros:

—Bueno, ya tendría años supongo.

—Acababa de cumplir los setenta y dos.

—A esas edades ya se sabe.

Se le arrugaba la cara de pronto. El viejo decía alarmado:

—¿Te ocurre algo, hijo?

—La nuca, me punza la nuca, soy una calamidad.

Después del desayuno, Leoncito leía los periódicos y, al concluir, trabajaba parsimoniosamente durante una hora en el jardín, hasta el primer sudor, y luego se encerraba en el cuarto de baño hasta la hora de comer.

El viejo Eloy le preguntó una mañana por la notaría:

—No soy hombre de oficina, yo. A veces pienso que uno arrastra toda la vida el esfuerzo de la oposición. La oposición es un degolladero. Un degolladero, ésa es la palabra justa.

Para el viejo Eloy empezaban los apuros con el almuerzo. No estaba hecho a aquellas costumbres. Y cuando el muchacho le aproximaba las bandejas, le decía a Suceso: «Si no te importa, hija, sírveme tú». Y Suceso, su nuera, se encogía cada vez que él le decía «hija» como si la escupiera en la cara. Ella le decía al muchacho «Pepito», y Leoncito afirmaba que la institución del autista-camarero, de origen italiano, era una de las más ventajosas conquistas de la civilización. No obstante, al viejo Eloy, la presencia de aquel hombre le incomodaba y le ponía nervioso. No le gustaba que le observasen cuando forcejeaba con los cubiertos, útiles que nunca llegó a manejar con soltura. Mas Suceso, su nuera, si no hablaba de automóviles con su marido, charlaba con Pepito, el camarero, y hacía guasa de él y se reía porque Pepito decía que nunca en su vida vio un muerto o que le asustaban los hombres mal hablados. El viejo luchaba por aproximarse a Suceso, pero Suceso se movía en otro mundo.

Decía:

—Leo, en la recta de Madrid el coche se ahogaba y quise meter la primera pero arañaba de tal modo que desistí y entonces se caló.

Leoncito le aconsejaba que en esos casos hiciera el doble embrague, es decir, con un acelerón por medio, y Suceso le escuchaba atentamente, como si le leyera el Evangelio. Otras veces la inquietaba alguna anomalía del automóvil pero Leoncito todo lo resolvía. El viejo Eloy le observaba con una mezcla de orgullo y humildad:

—Si el carburador escupe —afirmaba Leoncito— ya se sabe, la junta de la culata o las válvulas.

Su nuera prescindía de él y el viejo llegó a recelar que le estorbaba. Una tarde le oyó decir: «¿Por qué los viejos no se bañan, Leo? Tu padre tiene ese olorcillo característico de la gente humilde». Pero Leo bostezó y no le hizo ningún caso y el viejo Eloy subió de nuevo a su habitación y volvió a bajar para hacer tiempo y que Suceso no sospechara que le había oído. De ordinario, si se hallaba bajo la mirada de Suceso o de Pepito, el viejo se apocaba, se encogía sobre sí mismo y no osaba pronunciar palabra. Algunos días, en la mesa, Suceso le hablaba a Leoncito en francés, y una tarde, después de mucho hablarle en francés, Leoncito le dijo a su padre que aquella noche esperaban gente y que él debía acostarse temprano pues la

reunión seguramente le marearía. Al viejo se le iluminó la mirada:

—¿Una fiesta?

—Bueno, no lo llames así; un *party*, cuatro amigos, ¿comprendes?

El viejo Eloy pensó que el *party* al menos serviría para ahuyentar la melancolía de Leoncito y le dijo que se divirtiera mucho y que él se acostaría temprano como deseaban, pero no se acostó sino que se refugió en su habitación y cuando sintió voces y ruido abajo se asomó con cuidado al vano de la escalera para ver sonreír a Leoncito, pero fue a Pepito a quien primero divisó con una bandeja de plata llena de copas y a los hombres vestidos de oscuro y a Suceso, yendo de grupo en grupo, y oyó la música encendiendo el ambiente y el zumbido de las conversaciones, y cuando la música cesó, se oyó la voz de Suceso sobre las demás voces: «Y yo le dije: "¡Mierda!". Y él me dijo, entonces: "¿Sabes que estás como una chota, hermana?"». Y Suceso reía y un hombre de aquellos, que parecían todos iguales, la tomó por los hombros desnudos y rió con ella y en el rincón opuesto, junto a la biblioteca, una muchacha que no aparentaba más de veinte años preguntó quién le había pellizcado y añadió que deseaba saberlo porque si por casualidad era su marido le iba a propinar un escarmiento. Mientras, Leoncito, en un rincón, charlaba confidencialmente con otra chica, las miradas confundidas y turbias. Mas Leoncito no sonreía sino que se señalaba alternativamente la nuca y el estómago, y entonces el viejo Eloy se encerró en su habitación y se acostó lleno de congoja.

A la mañana siguiente orinó un poco de sangre y a la hora del desayuno le confió su preocupación a Leoncito:

—Tienes suerte —dijo Leoncito—. Yo daría lo que tengo por padecer una enfermedad localizada. Esto de los nervios no lo entiende nadie, nadie.

Se oprimía la frente con la palma de la mano. Dijo el viejo Eloy:

—De todos modos, hijo, a mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

—¿La hoja roja?

—Un aviso, quedan cinco hojas, eso es —dijo resignadamente el viejo.

Leoncito permaneció un momento perplejo. Se diría que contaba las crestas lejanas de la sierra. Después dijo con oscura voz:

—Yo digo que estas cosas se ensañan con los hombres que nos hemos hecho a nosotros mismos. El hacerse uno a sí mismo entraña un esfuerzo psíquico disparatado. Al final viene el relajamiento; después, el desequilibrio, ¡qué sé yo!

El viejo Eloy pensó en la carrera de Leoncito y en su oposición y en sus pequeños ahorros, pero dijo apuradamente, con una punta de voz:

—Estudiaste demasiado, hijo; no terminabas nunca de estudiar. Yo le decía a tu madre: «Este chico, Lucita, si no se trastorna, acabará siendo un sabio».

Sonrió. Leoncito ni le miraba:

—Luego esa tensión insidiosa: «Sé, pero ¿sé que soy el que más sé? Uno nunca sabe si vendrá otro más preparado y le quitará la plaza».

Apuntó el viejo:

—Precisamente, el señor alcalde, la noche de mi despedida…

Mas Leoncito proseguía monótonamente, como en un monólogo:

—La duda, ahí está la fuente del mal. La duda le va royendo los nervios a uno. Domino el cuestionario, tengo seguridad, soy brillante en la exposición, en una palabra, sé, pero ¿sé que soy el que más sé?

Esa tarde el viejo Eloy se quedó solo en la casa. Bajó al salón e intentó poner en marcha el tocadiscos pero algo fallaba. De cuando en cuando miraba con recelo hacia la puerta temeroso de que apareciera Pepito. Deseaba oír música y enloquecerse, pero de repente vio a Fausto, el gigantesco gato siamés, sobre la mesa, observándole obstinadamente con sus pupilas amarillas, arqueando el lomo. El viejo fue reculando y entonces el gato saltó sobre el sillón a un metro de él, erizando los pelos del espinazo y maullando suavemente. El viejo, con las manos abiertas y crispadas contra el tabique, avanzó de lado tímidamente hacia la puerta pero Fausto saltaba de mueble en mueble sin cesar de mirarle, cortándole la retirada. El viejo Eloy pretendió volver a la biblioteca, mas sus movimientos eran cada vez menos serenos y conscientes. El corazón le golpeaba las costillas y un miedo serpenteante se le enroscaba en la garganta. El acoso de Fausto era cada vez más estrecho y obstinado y entonces chilló, voceó «Pepito» muchas veces hasta que el criado apareció y entonces no pudo hablar, se limitó a señalar jadeante al gato en acecho, pero Pepito se echó a reír, recogió al animal y dijo que el pobrecito estaba en celo y sólo deseaba que lo acariciasen.

Esa noche, cuando antes de la cena Leoncito le ofreció un whisky, el viejo Eloy aceptó y luego pidió otro, y, por último, bebió tres copas seguidas de jerez. A poco se sintió locuaz y dijo que le había salido la hoja roja del librillo de papel de fumar y Suceso inquirió qué era eso y él dijo: «Quedan cinco hojas», e inmediatamente relacionó lo rojo y lo blanco con la sangre en la orina y afirmó que era un aviso y le recordó a Leoncito cuando Lucita, su madre, y él le compraron un jamón para que no se debilitase y cada vez que Goyito, el menor, se acercaba al jamón, él se ponía loco. Y Leoncito dijo a Suceso: «Son tonterías, no sabe lo que dice, no le hagas caso». Mas él empezó a contarle a Suceso los pormenores de su vida de entonces y su hijo decía: «Es mejor no recordarlo, padre; resulta demasiado sórdido», pero, por primera vez, el viejo veía reír a Suceso con sus palabras y ella inquiría más y más

detalles y Leoncito le decía: «Está mareado, ha bebido un par de whiskys y no tiene costumbre. No dice más que tonterías; está mareado». Y el viejo sentía que le subía de las entrañas una euforia insolente y le dijo a Suceso que su amigo Isaías acababa de morir y no le quedaba ya ni el recurso de la Corporación —donde le habían jubilado— porque Carrasco, un compañero, andaba todo el tiempo haciéndole muecas recordándole que él ingresó allí por el dedo y no tenía motivo alguno para sentirse orgulloso. Suceso se reía a carcajadas y Leoncito decía que debían acostarlo, pero ella afirmó que nunca le vio tan divertido y que le dejase un ratito más y el viejo Eloy hizo una pausa y le preguntó si sabía los días que vivía un hombre que muere a los 75 años y ella respondió que por supuesto no, y él dijo que 15.695, y si las horas, y ella respondió que no, y el dijo que 376.680, y si los minutos, y ella respondió que no, y él dijo que 22.600.800, y si los segundos, y ella, muerta de risa, respondió que, por supuesto, tampoco, y él dijo, casi sin aliento, que 1.356.048.000.

El viejo Eloy jadeaba y Suceso le dijo a Leoncito que le diera otra copa, que en su vida se había reído tanto y, mientras se la servía, entró Pepito y ella le dijo que atendiese y vería cosa graciosa. Y, entonces, el viejo Eloy dijo que la vida era una sala de espera y que todos andamos aguardando, intentando distraernos, y no atendemos cada vez que dicen: «¡El siguiente!», porque nos asusta pensar que un día el siguiente seremos nosotros, pero Pepito empezó a temblar y dijo que no le agradaba jugar con esas cosas, y Suceso, tendida en el diván, se retorcía de risa en violentos espasmos. De pronto, el rostro del viejo Eloy se llenó de sudor, se tornó lívido y, sin apenas contracción, vomitó copiosamente sobre la alfombra. A continuación se quedó como muerto, recostado en el sillón y mostrando los dientes, y Leoncito se incorporó, le tomó por los sobacos y les dijo a Suceso y a Pepito que le ayudaran.

En la escalera le volvió el conocimiento al viejo Eloy y dijo que el cura del camposanto decía que los hombres se llenan de codicia como si hubieran de ser eternos. Sin embargo, Suceso ya no reía y él pensó que estaba importunando y cuando en la habitación le despojaron de la americana, recordó bruscamente que no se había quitado los pantalones del pijama para no enfriarse y dijo: «Mañana me bañaré, oye, Pepito». Ahora querían sacarle los pantalones y Suceso fruncía la nariz y él dio un respingo y dijo que no, que se encontraba bien y que le dejasen y que si le habían tomado por un niño y ellos, al ver su terquedad, desistieron y el viejo se sacó los zapatos pisándose los contrafuertes y, tambaleándose, se metió en la cama. Oía los latidos de su corazón en las sienes y los sobacos y todo le daba vueltas y más vueltas y para estabilizarse entornó los párpados y Suceso, su nuera, mató la luz del centro y dejó sólo la de la cabecera y entonces el viejo

le pidió a Leoncito que le besase la frente, casi sin rozarle con los labios, como cuando niño, y Leoncito le besó y el viejo Eloy entreabrió los ojos y miró turbiamente a Suceso y le dijo con puerilidad obstinada:

—Ahora tú, ahora tú, hija.

Y ella se inclinó con la naricita arrugada pero le besó en la frente y, a poco, el viejo se quedó plácidamente dormido.

XXI

—¡Mierda! —dijo el Picaza con vehemencia.

—Anda —respondió la Desi—, si tú dices en el pueblo, pues en el pueblo, Picaza, mira; yo no soy como la Marce, que antes se queda soltera que casarse en un pueblo, ya ves tú. Yo no soy de ésas.

Escupían automáticamente las mondas de las pipas sobre las espaldas de los paseantes y la Desi, al sentir el relente, se cruzó las puntas de la rebeca heliotropo sobre el estómago.

Dijo el Picaza, tras un silencio:

—L... la Marce esa está como una chota.

—Eso no, Picaza, cada uno es cada uno y ella tiene sus manías como cualquiera. A mí me das una boda bien en el pueblo y no puedo ni compararla con las de la capital. Y lo que yo digo, la cocina del tío Boti, lo que es si el tío Boti quiere, ni comparar con la de un hotel de postín, Picaza, ya ves.

La chica, para vigorizar sus afirmaciones, las acompañaba de un manoteo exagerado. Hizo una pausa y añadió:

—Si algo siento es lo de la gallina, mira; lo demás me tiene sin cuidado.

El muchacho se detuvo, las piernas arqueadas, la visera sombreándole los ojos, los pulgares ocultos en el negro cinturón, junto a la hebilla.

—¿Qué gallina? —inquirió.

Dijo la Desi:

—Mi madre, que gloria haya, nos prometió una gallina a cada hija el día que nos casáramos. Y parece que no, Picaza, pero mira, una gallina es el avío de una casa; es un huevo diario, que se dice pronto...

El Picaza reanudó la marcha.

—T... tampoco nos vamos a morir sin la gallina, digo yo —dijo malhumorado.

La Desi sonrió. Llevaba unos días viviendo fuera de la realidad. Apenas ayudaba a la Marce por las mañanas en el barrido y, después de las comidas, a despachar la fregadera. El resto del día era suyo y si

no lo destinaba a charlar con la Marce sobre el porvenir, salía de paseo con el Picaza o proyectaba su ajuar. A veces bajaba sola a su piso y desplegaba sobre el catre sus tesoros: dos mudas, dos toallas, tres sábanas y la colcha azul. Los contemplaba extasiada, confrontaba la calidad de los tejidos con los dedos y por último se decía con íntima satisfacción: «Bien mirado no hay ni una sola cosa fea».

A los dos días de marchar el viejo, la Desi, la muchacha, adquirió unas bragas de nylon y un almohadón. Después de la cena le dijo a su compañera:

—Marce, guapa, ¿me enseñas de un momento a hacer la vainica?

A la Marce le descomponían los preparativos de la Desi. El cabo Argimiro no se explicaba y a menudo la chica pensaba que si salía con ella era sólo por pasar el rato:

—No te han entrado a ti pocas prisas, maja.

—A ver, Marce, él cumple dentro de un año y tres meses —decía con el rostro radiante—. El tiempo se va sin sentir, ni te das cuenta.

Una tarde, la Marce le enseñó a hacer vainica y la Desi, la muchacha, pasaba desde entonces las horas muertas sobre la labor. Por la noche, se acostaban en la misma cama y la Desi le hacía confidencias. Una vez, la Desi le preguntó extrañada: «¿Tú no rezas, Marce?». La otra casi se enfadó: «¿Para qué? ¿Para que no me roben? Pierde cuidado, maja, hoy nadie quiere alhajas con dientes». Pero a la Marce le enconaba sobre todas las cosas que el Picaza hubiese hablado de matrimonio a la Desi. A la Tasia le decía: «Las hay que nacen de pie, ¿qué puede ver un hombre en esa facha, como yo digo?». Pero a la Desi le decía: «Desi, maja, que digas que tú eres como eres, pero lo que es yo todavía no he mirado a un raso a la cara». La Desi, la muchacha, se encogía en la cama para hacerle sitio: «No todos van a ser jefes, Marce, guapina, compréndelo; después de todo, una tampoco es una señora».

En otras ocasiones, la Marce se mostraba aún más cruel: «Vete a saber qué ves en él, maja, ¡madre, un hombre que no sabe hacer una O con un canuto!». La Desi no se achicaba: «El Picaza lee de corrido, Marce, para que te enteres», decía. Pero la Marce, que en enaguas era como un queso temblón, añadía moviendo dubitativa la cabeza: «Paja no sé si comerá, pero cebada seguro».

Algunos días bajaban juntas al piso vacío del viejo Eloy y la Marce husmeaba en todos los rincones, se introducía en la habitación del señorito, abría y cerraba muebles y levantaba agrios comentarios: «¿Ésta es la difunta?», preguntaba señalando un retrato. La Desi sonreía: «A ver». La Marce hacía un mohín de desprecio: «Vaya cara de perro, maja; suerte has tenido en no conocerla». La Desi no contestaba. Otras veces la Marce le hacía objeto de un ataque directo y personal: «¡Qué suelos, maja!, para meter el arado». «¿A qué ton

sales con eso ahora, Marce?», inquiría la Desi ingenuamente. La Marce reía: «Por lo limpios, no te amuela». La Desi se avergonzaba y explicaba que el señorito no era exigente y un día por otro iba dejando las cosas por hacer. Entonces la Marce estallaba: «Para lo que te paga, de más, porque, vamos, a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree». La Desi trataba de justificar al señorito, pero la Marce no le daba tregua: «Que te haga ropa, que se rasque el bolso el roñoso de él». La Desi cambiaba de rumbo y sacaba a colación su próxima boda, pero, en esos casos, la Marce se encerraba en un hermético mutismo o, si abría la boca, era solamente para escarnecerla.

De ahí que la Desi, la muchacha, aun de una manera intuitiva, procurara pasar en la calle el mayor tiempo posible. Con el Picaza salía cada tarde y, al anochecer, el muchacho procuraba arrastrarla a lo oscuro aunque ella se resistía. Sin embargo, si el Picaza mentaba la boda, la chica se quedaba como hueca y perdía la voluntad y el dominio de sí misma y aun el sentido del riesgo. Amartelados en un banco en penumbra, con el corazón hinchado por la esperanza, la chica hilvanaba proyecto tras proyecto:

—Hay que armarla sonada, Picaza. El Boliche que no vaya, la orquesta esa no vale dos reales.

—P... por mí, yo no corro por el baile, ya lo sabes.

Se hacía un silencio:

—¿Te casarás con el caqui, Picaza?

—A... ver, me ahorro un corte, ¿no?

—Para quieto, deja las manos.

—D... digo que tampoco estaría mal la fiesta en el soto.

—Para quieto, Picaza.

—Cl... claro que allí baja todo Dios, los críos y todo y te...

La chica se ponía en pie de un brinco:

—¡Se acabó! ¿Es que no vas a aprender nunca a dejar quietas esas condenadas manos?

De ordinario, sus paseos vespertinos concluían así. La chica, que generalmente, si el Picaza mentaba la boda, permanecía sumisa e indefensa, terminaba por sentir un puntazo en la nuca si el muchacho se excedía en sus audacias, talmente como lo sentía en la iglesia de San Pedro los domingos cuando el monaguillo agitaba la campanilla. La chica atribuía este fenómeno a la intervención sobrenatural de la Virgen de la Guía y por las noches le daba gracias arrodillada a los pies de su catre. Al Picaza, no obstante, parecía atraerle ahora la entereza de la muchacha. No le tomaba a mal sus desaires y si ella se plantaba y decía a pasear, él la obedecía dócilmente, y si ella decía al Paipai, pues al Paipai, y si ella le decía a cantar *El relicario*, pues a

cantar *El relicario* y, en cualquier caso, nunca escatimaba el detalle de la peseta de pipas de girasol o de castañas asadas. La Desi vivía en un nebuloso estado de exaltación y únicamente, de tarde en tarde, recordaba al señorito y se decía con secreta ternura: «¿Qué se hará a estas horas? Habrá que verle tan chulo por Madrid». Pero, por lo general, no tenía ojos ni oídos más que para el Picaza.

Una mañana el muchacho la sacó al vermú y la chica regresó transfigurada:

—Marce, no te imaginas cómo estaba la calle y los bares y todo. ¡Madre, el personal! Si parecía fiesta.

La Marce se engalló:

—Ni que acabaras de llegar del pueblo, maja.

La Desi calló para no confesar que era la primera vez en tres años que salía de casa a esas horas.

Otro día hizo una escapada con la Marce para ver regresar al Picaza de la instrucción. Los reclutas andaban cansinamente, levantando una nube de polvo y cantando desafinadamente una marcha militar, mas la voz del Picaza sobresalía de las demás voces y la Desi se estremeció toda y oprimió el brazo de su amiga y balbució: «Mírale, Marce, que requetemajo va». La misma ternura le invadía cada sábado, al restregar en la pila la camiseta y los calzoncillos del muchacho y, en esos casos, se juraba que así se le diera ponerle las piernas derechas al Picaza o alargarle la nariz, ella no lo haría porque en ese caso el Picaza dejaría de ser el Picaza y ella a quien quería era al Picaza con sus defectos y todo.

El domingo, diez días después de marchar el viejo Eloy, la Marce acordó con la Desi bajar al piso vacío el gramófono de su señorita y bailar allí. «Luego daremos un barrido y listo. El viejo tampoco se va a enterar», le dijo la Marce. Pero el cabo Argimiro y el Picaza quedaron a las cuatro y se retrasaban. Por llenar el tiempo, la Marce le dijo a la Desi que para la primavera se haría un traje marengo, pero la Desi desaprobó con un gesto y la Marce dijo suficientemente: «Eso no se pasa, maja». Mas la Desi se obstinó:

—Perdona que te diga, Marce, pero para mí el marengo ni es color ni es nada.

Las fofas carnes de la Marce retemblaron como electrizadas:

—¡Qué sabrás tú! Mi señorita lo lleva y no me irás a decir ahora que mi señorita no viste.

Por disimular su sofoco se levantó y puso el gramófono en marcha.

La Desi, sentada en una silla de la sala, las manos superfluas sobre el regazo, porfió:

—Eso, el color de las señoritas que es, y que lo digas. Las señoritas se han aburrido de todo y, a ver, visten de aburridas.

Entonces la Marce voceó que llevaba el pueblo metido en la sangre y la Desi replicó que sobre gustos no había nada escrito y esto acabó de irritar a la Marce, quien le dijo, levantando la voz por encima de la música, que era más bruta que la pila de un pozo y que, después de todo, nadie le había pedido parecer.

Durante media hora estuvieron oyendo la música sin hablarse. Finalmente la Desi se volvió a su amiga y le dijo, tocándole tímidamente su blanco y esponjoso brazo, que eran más de las cinco y si les habría ocurrido algo. La espera iba haciéndose tensa y a las cinco y media las dos muchachas se asomaron al balcón. La Marce dijo que siempre se le habría ocurrido al Picaza una de las suyas, pero la Desi dijo que lo de la veta era cosa pasada y que nunca en la vida le vio ella tan formal y que lo único un arresto. Cuando dieron las seis en el reloj de San Ildefonso, la Marce insinuó que era preferible lanzarse a la calle y que algún compañero les informaría. Y cuando andaban decidiendo llegó el cabo Argimiro desgreñado, el semblante amarillo, la gorra en la mano y pidió un vaso de agua y se sentó derrumbado en el taburete de la cocina y la Desi, la muchacha, dio la luz porque ya anochecía y porque intuyó que de esta manera hacía menos sombríos los acontecimientos por venir. Y la Marce zarandeó al Argimiro por los hombros y le voceó:

—¡Habla, coña! ¿Qué demontres ha pasado?

Entonces el cabo Argimiro rompió en un chorro de incoherencias, mas, poco a poco, sus palabras se engranaban y cobraban un sentido y dijo que todo había sido donde la Caprichitos, con una de las chicas, pero que si el Picaza no se tropieza con la rata muerta en la calle no hubiera sucedido nada, pero agarró la rata del rabo y cuando llamaron salió la Domi, la tuerta, y entonces el Picaza le arrimó la rata a la cara y la chica se arrancó a llorar y le voceó que eso a la zorra de su madre, y el Picaza, de que ella le mentó a su madre, que retirase esas palabras, pero la chica andaba loca y le voceó otra vez que eso a la zorra de su madre, y él que retirara esas palabras, y la chica que a la zorra de su madre y que a la zorra de su madre, y él que retirara esas palabras y ella dale que le das hasta que el Picaza, que llevaba dos copas de más, se cabreó, abrió la navaja y la degolló allí mismo, en el umbral, en menos de lo que se tarda en decirlo.

Se alzó un lóbrego silencio y, al cabo, se oyó la voz de la Desi, la muchacha, como un siseo:

—¡Virgen!...

Parecía una estatua de sal, el dedo rígido cruzando los labios, los ojos desorbitados. Agregó Argimiro:

—La tía sangraba como un cerdo. ¡Madre, qué espectáculo!

Se cubrió los ojos con las manos y el silencio se prolongó unos minutos. El ronco sollozo de la Desi removió lo más profundo de sus

entrañas. Acto seguido se arrancó a gemir, y a llorar, y a implorar, pero la Marce se acercó a ella y le sacudió por el brazo despiadadamente:

—Con eso no adelantas nada, Desi, ¡calla la boca!

Mas la Desi clamaba que era él lo único que le quedaba en el mundo y que era más bueno que todas las cosas y entonces la Marce le dijo furiosamente, tratando de dominar su histerismo, que eso no, que el Picaza fue siempre un comprometedor, que no hacía más que comprometer y que había pasado lo que tenía que pasar. La Desi, de pronto, se soltó y la miró lejanamente, como a una desconocida, y, luego, sollozó de nuevo y, de pronto, terció el Argimiro y dijo que por lo que respectaba al Picaza se había quedado tranquilo en la Prevención, pero que lo más fijo es que le juzgaran por lo militar y le cayeran una pila de años. A la Desi, la muchacha, le fallaba el mundo y el universo y gritó agudamente, y empezó a decir que era la veta y que ella le diría al señor juez que era la veta, y la Culohueco y hasta el señor cura vendrían del pueblo a certificar que era la veta y ellos mismos podían decir que era la veta pues, cuando no, el Picaza tenía buenas entrañas, pero la Marce la sujetó por los brazos y le dijo crudamente:

—La veta, la veta, siempre andas con la coña de la veta a vueltas, maja; que es un comprometedor, eso es lo que le ha perdido, Desi, métetelo en la cabeza.

La Desi le propinó un empujón y sin conciencia de lo que hacía se lanzó escaleras abajo y, ya en la calle, notó la caricia del último frío del invierno y, según corría, los latigazos acerbos de los escaparates y los parpadeos multicolores de los luminosos, y los ojos atónitos de los transeúntes y las voces y los ladridos y las campanas y el zumbido incesante de la ciudad ociosa le fustigaban el rostro, mas ella no lo advertía, ni advertía la loca carrera en sus músculos, ni en sus pulmones, a pesar de ser corta de respiración como decía la Caya, y cuando accedió al juzgado, la desesperanza, la fatiga y el miedo descendieron simultáneamente sobre ella y apenas acertaba a hablar y cuando, al fin, se explicó, le dijo el policía que suerte que aún el señor juez no le había incomunicado y que lo más probable, tratándose de un militar, era que el asunto pasara a Capitanía pero que podía bajar un momento, y que se despidiera porque la cosa era fea e iba a tardar en verlo.

Ahora la Desi, la muchacha, se ahogaba al descender los húmedos escalones, sintiendo a dos palmos de su cabeza el techo abovedado y, temerosa aún de que le dejaran ver al Picaza, saludó a la pareja de la Policía Armada con una sonrisa reverenciosa y uno de ellos la condujo ante el muchacho, que fumaba, con la nueva boquilla, sentado en una silla, con gesto altanero y desafiante.

El Picaza no se inmutó al verla. Dijo la Desi con voz quebrada:

—Picaza, ¿qué es lo que has hecho, Picaza, di?

Él fumaba sin cesar. Dijo, la mirada hundida, con cierto orgullo:

—Y... ya lo ves.

—Picaza, ¿no ves que te has perdido?

Él callaba. La Desi se ofuscó. Agregó sollozando:

—¿Qué te se había perdido a ti donde esas mujeres, Picaza, di? ¿Qué pintabas tú allí?

El Picaza levantó los ojos, unos ojos todavía revueltos e incisivos:

—L... la marrana mentó a mi madre, y eso no.

La chica insistió:

—¿Qué pintabas allí? ¿Di?

—Y... ya lo ves.

La chica se impacientaba. Miró de reojo a la pareja, bajó la voz y dijo gravemente:

—¿Les has dicho ya lo de la veta, Picaza? —dijo—. ¿Se lo has dicho?

Él dio una profunda chupada al cigarrillo y no contestó. La Desi, entonces, se adelantó, lo agarró crispadamente por los brazos y empezó a zarandearlo:

—¿Qué tenías tú que hacer allí, Picaza, con esas mujeres? ¿Qué pintabas tú allí, di?

Le cayó la lumbre del cigarrillo sobre el pantalón, y el Picaza se desasió de un brazo y se sacudió las ascuas a manotazos.

La Desi lo contemplaba paralizada, con un tierno, desesperado estupor, pero cuando el guardia se aproximó y la tomó por un brazo y le dijo: «Vamos», la muchacha experimentó una sacudida y pretendió arrastrar al Picaza consigo, mas el muchacho tiraba de un lado y el guardia del otro y, al fin, ella le soltó y, en ese instante, creyó enloquecer y volvió la sucia cara y voceó entre las lágrimas:

—Si necesitas algo, Picaza, manda razón, ¿oyes? La ropa o lo que sea, Picaza.

Se le quebró la voz, pero se rehizo y chilló aún con mayor aflicción conforme ascendía las escaleras:

—Picaza, ¿no ves que te has perdido? ¿Qué pintabas tú, Picaza, donde esas mujeres?... ¿Qué pintabas, di?

XXII

Las crestas de granito desfilaban vertiginosamente detrás de la ventanilla y el viejo Eloy las contemplaba desde su asiento, con plebeya fascinación. El asiento era rígido y duro y él se sentó en el

borde para proteger la próstata de su empuje, pero de este modo se le dormían los pies y de vez en cuando había de levantarse para estirar las piernas y facilitar la circulación. A menudo le asaltaba a contrapelo el recuerdo de Madrid y el viejo lo espantaba con un movimiento brusco de cabeza. En cambio, si pensaba en su casa, en la lumbre crepitante y en el taburete junto al fogón, sonreía de manera imperceptible, con esa sonrisa de los viejos más parecida a una mueca que a una sonrisa, y evocaba a la Desi con inefable ternura e imaginaba lo que haría si, al llegar a casa, la chica le había abandonado.

En fuerza de tratar de representársela, los rasgos de la muchacha se debilitaban y el viejo Eloy recreaba una figura ingrávida, dulcemente laboriosa y sumisa, casi angelical. Frente a él, dormitaba un campesino de manos rudas y la niña que le acompañaba pellizcaba, de cuando en cuando, un enorme pedazo de pan.

A Suceso, su nuera, le habló el viejo Eloy de la Desi tres días después de su indisposición y cuando le dijo que cada tarde dedicaba un par de horas a enseñar a la chica a leer y escribir, Suceso se reía a golpes intermitentes, con un ritmo casi mecánico, y le preguntó a Leo que, como de costumbre, recostaba la nuca sobre la oreja del sillón, por qué no le dijo nunca que su padre fuese un hombre tan divertido. Pero, a la larga, Suceso, su nuera, acabó cansándose de él:

—Eloy, no te esfuerces. No lograrás ponerte tan simpático como la otra noche —le decía.

En los días siguientes, Suceso se lo repitió varias veces, aunque el viejo no trataba de ser simpático sino de atraerse a su nuera y que ella le llamase padre. A ratos pensaba que si esto ocurriera podría enseñarse a aquellas costumbres e incluso a vivir en aquella casa. Mas en el fondo sabía que tal cosa no era factible, ya que él constituía un estorbo, soportable precisamente por su carácter provisional.

Aún el viejo Eloy no había decidido regresar. Sufría mucho en las sobremesas porque, habituado a arrodillarse después de las comidas, las digestiones le pesaban más de la cuenta. Pero él lo sobrellevaba todo resignadamente en la esperanza de ver un día sonreír a Leoncito o de que Suceso le llamara padre. Su hijo, sin embargo, se mostraba cada día más reconcentrado y hosco. En ocasiones, la mañana transcurría en el jardín sin que lograran encontrar un solo tema de conversación. El viejo Eloy había desistido de mostrarle la medalla de su homenaje, pues Leoncito casi no hablaba y, si lo hacía, era para comunicarle sus sensaciones indefinidas y desagradables. Él trataba por cualquier medio de estimularlo:

—Tienes una hermosa carrera y una hermosa mujer y una hermosa casa, hijo —le decía—. ¿Qué más puedes pedir?

Leoncito ponía cara de repugnancia:

—Una hermosa carrera, ¡bah!, para lo que me vale. Piensa con la cabeza, padre. Yo agarro una testamentaría de cien millones, bueno ¿y qué? En cuanto a la cara bonita de mi mujer no sirve para atenuar uno solo de mis padecimientos, créeme.

El viejo se inclinaba hacia él:

—¿No será que tienes más de lo que podías desear, hijo?

Leoncito no contestaba, se pellizcaba una y otra vez el bigote nerviosamente con dos dedos y así dejaba pasar el tiempo contemplando pasivamente las crestas nevadas y brillantes de la sierra. Durante la comida, en cambio, platicaba extensamente con Suceso y con frecuencia lo hacían en francés y si, en estos casos, su nuera se reía, el viejo Eloy experimentaba una borrosa sensación de malestar. Pero generalmente hablaban de automóviles y Suceso decía:

—Desde que cambié las bujías, cuesta arriba no me pasa un Rolls, Leo. ¿Cómo es posible que una cosa tan pequeñita tenga tanta importancia?

Leoncito le explicaba y ella seguía sus palabras con atención infantil. Cada mañana salía en el automóvil hasta la hora de almorzar. Un día regresó muy excitada:

—He topado a una tía coja, Leo. Se atravesó sin mirar. ¿Qué hará en la calle una tía coja, Leo, digo yo? ¿No se podía quedar en casita en lugar de salir a entorpecer la circulación?

El disgusto le duró toda la tarde y cada vez que el viejo Eloy trataba de entretenerla ella recordaba a la coja y se enfurecía. Al fin, el viejo determinó callar. Divisaba por el amplio ventanal la nítida nieve de las cumbres y, con la nieve, pensó en Goyito, su hijo menor, y el recuerdo cada vez más vívido afloró, remozado, a la mañana siguiente, y como llegara a desbordarle, se lo comunicó a Leoncito con ánimo de repartir su carga, pero Leoncito la rechazó:

—Gregorio jugó su baza y perdió, padre, no le demos más vueltas —dijo.

El viejo suspiró:

—Era un idealista —apuntó tímidamente.

—¡Idealista, ja! Dejémonos de tonterías, padre. Él quiso hacer a tiros su carrera, como tantos otros, porque era incapaz de agarrar un libro ni de mancharse las manos. Él era su ideal. Eso es, exactamente: él se defendía a sí mismo, luchaba por su propio provecho y se quedó allá, donde nadie lo llamaba. A muchos les sucedió así.

Fue en ese instante cuando el viejo Eloy decidió regresar a casa. Su nuera le acompañó a la estación pero al despedirle le dijo Eloy y no padre como él deseaba, y él entonces pensó en la Desi y se angustió ante la idea de no encontrarla en casa. Ahora, al ver en el tren las bastas manos de la pequeña campesina arañando el pan, el viejo Eloy

volvió a pensar en la Desi y a impacientarse ante la posibilidad de no hallarla. Pero sí la halló, y sus ojos patéticamente vacíos se llenaron, de improviso, con el dolor de la muchacha:

—¿Qué ha ocurrido hija?

Ella se arrancó a llorar:

—Él... ¡ya ve!

Difícilmente se mantenía en pie y por último se arrojó sobre el pecho del viejo sollozando. El viejo Eloy dio un traspiés y apoyó la espalda en el tabique. Apenas conservaba fuerzas para sostenerse solo pero, en este trance, no podía abandonarla. La dejó llorar sobre él y, al cabo, la chica se lo contó todo. Él decía blandamente: «Vamos, vamos». Y ella decía acongojada: «Fue la veta, ¿sabe usted? Él tiene buenas entrañas, pero la veta le perdió». El viejo contemplaba atónito, por encima de la negra cabeza de la chica, su viejo hogar, con las viejas tablas, y los viejos muebles, y las viejas y vivas huellas, y percibía, confusamente, su latido. Se sentía más firme y entero y casi fue feliz cuando dijo:

—Hija, ¿por qué no nos vamos al cine esta tarde tú y yo?

Ella se rehízo en un movimiento brusco. Sonrió cerrilmente entre las lágrimas:

—Sólo faltaría —dijo—. ¿Está mal de la cabeza?

—Vamos, arréglate.

—Será capaz.

—Anda, no me hagas hablar tanto.

La chica, ya en la penumbra de la sala, le dijo: «Vamos, señorito, que cualquiera que nos vea». Dijo el viejo, mientras forcejeaba para sacar el pañuelo: «Deja, hija». Y ella, más tranquila, se extasió ante las imágenes. Unas veces reía alto y otras se asía crispadamente a los brazos de la butaca. Poco a poco, se dejaba arrancar de su obsesión. Había pasado cinco días negros, buscando en vano un asidero que evitase su naufragio. La Marce no le servía ya. La Marce había insultado al Picaza y no deseaba volver a verla. Desde la tarde del crimen la Desi durmió sola en el piso y no sintió miedo de la Adriana, la resinera, ni de Moisés, el mozo que se abrasó la cara en el horno de achicoria. Una tarde pretendió serenarse y extendió las prendas de su ajuar sobre su catre, pero la vista del almohadón con la vainica inacabada le revolvió el sentimiento y estuvo llorando más de cuatro horas seguidas estrujando la tela entre los dedos y sonándose con ella. Al día siguiente oyó a la Marce comunicarse con la Tasia por el patio de luces y la Marce gritó recio para que ella le oyera que el Picaza no sabía hacer una O con un canuto y era un cantamañanas y un comprometedor, que no hacía más que comprometer y que había acabado como tenía que acabar, pero ella, la Desi, se hizo violencia

para no asomarse al patio y lo consiguió. Tras su triunfo, la chica tuvo clara conciencia de que lo suyo con la Marce había terminado.

Fue dos días después de su regreso cuando el señorito le hizo la insólita proposición de ahorrar en las comidas y frecuentar más el cine. A la Desi, la muchacha, se le redondearon los ojos: «Mire, lo que es por mí». Y aquella misma tarde se enfundó de nuevo en la rebeca heliotropo y se perfumó el escote y se fue con el viejo a una sala del centro. Le dijo el señorito aspirando con delectación: «Qué bien hueles, hija». Ella sonrió complacida. Caminaban en silencio y la Desi, al entrar en el cine, se azoró levemente para decirle: «Señorito, el pañuelo». Él se limpió y musitó un «gracias» inaudible. Ya en la butaca, la muchacha perdió la noción de la realidad. Vivía la farsa con sus cinco sentidos y a ratos sollozaba y a ratos reía frenéticamente golpeándose el muslo con la palma de la mano. Le decía el viejo: «Modérate, Desi». Respondía ella sin mirarle: «Vamos, señorito, que el zángano ese del bigote tiene cada cacho golpe». Él le advirtió: «No me llames señorito, hija; eso en casa». La muchacha no respondió. A la salida le dijo: «Ande, señorito, que no hace falta valor para pegarse esos besos delante de la gente». «¿Qué besos, hija?», preguntó él. «¡Otra! Los del cine —añadió la muchacha—: El Picaza decía... el Picaza decía que todas las del cine son toreras, ya ve». El viejo Eloy meneó la cabeza: «No generalices, Desi». Ella abrió mucho los ojos: «No ¿qué?». Aclaró el viejo: «Generalices, hija. No todas van a ser iguales». La chica levantó los hombros. Al cabo se detuvo, la mirada prendida en el muro ciego. Dijo:

—Señorito, ¿qué dice ahí?

El viejo carraspeó banalmente:

—Dice —dijo—: «Prohibido fijar carteles y jugar a la pelota».

—¿Y debajo?

Él entrecerró los ojos. Dijo:

—No me alcanza la vista, hija.

Ya en casa comentaban las incidencias de las películas. La Desi decía «él» y «ella» para referirse a los protagonistas y del traidor decía siempre «el pelado ese». Inquiría el viejo: «¿Qué pelado, hija?». Ella se sofocaba: «¡Ande, no se haga ahora de nuevas!».

Dos días después llegó la primavera y el viejo le dijo a la muchacha que para celebrarlo cenaría con ella en la cocina como el día de Nochebuena. La Desi se ofuscó:

—¿Está usted en sus cabales?

Insistió él:

—Vamos, hija, apura.

Ella le observaba con ojos atónitos, las bastas manos cruzadas sobre el regazo:

—No empiece —dijo.
El viejo no la oía. Hurgó en la cartera y le alargó un billete:
—Llégate a la cantina y sube una botella, anda.
La Desi no se movió.
—¿No oyes? —insistió él, limpiándose la nariz.
La chica tomó el billete.
—Le advierto —dijo— que no tengo el cuerpo para fiestas.
El viejo se alteró todo:
—No se trata de eso ahora, hija —dijo—. Haz lo que te digo.
Y cuando bebieron dos vasos, la chica rompió a reír y le dijo que había pensado días atrás que no volvería a reírse como lo estaba haciendo, pero que estando él en casa no se sentía tan sola. Entonces el viejo le explicó que él ya nació solo, porque a su padre le enterraron cuando su madre le estaba alumbrando y que peor todavía que lo suyo fue lo que le sucedió al rey.
La chica dijo:
—No empiece con sus pitorreos.
Agregó monótonamente el viejo:
—No bromeo, hija. Cuando el rey nació hubieron de envolverlo en pañales negros. Ya ves, hija, un hombre que tenía de todo, en cambio no tenía padre. Así son las cosas.
Levantó la cabeza y advirtió el torpor y la audacia del alcohol operando sobre él y le preguntó a la muchacha si sabía los segundos que vivía un hombre, y sin aguardar respuesta bebió otro trago y, después, otro y entonces pensó que lo importante en la vida era tener calor, pero que el hombre precisa dos calores, pero que, puestos a ver, los dos calores eran un solo calor y por esta simple razón el hombre inventó el fuego y una vez inventado todo iba bien, y los hombres se reunían en torno y apareció una intimidad que provenía de las llamas e iba a las llamas después porque aquello era un doble calor, un extraño calor de ida y vuelta. Quiso explicar aquello a la Desi pero sus palabras surgían enrevesadas y sin sentido.
La chica lo miraba atentamente, sin comprenderle y por un instante pensó en el Apolinar, el primo del Eutropio, su cuñado, que se chaló porque el campo le asfixiaba y en la ciudad no le salía ninguna proporción, mas inmediatamente alargó la mano y separó la botella del alcance del viejo. Dijo autoritaria:
—Usted no prueba una gota más, vaya.
El viejo reposó sus ojos fatigados en la muchacha:
—Desi, hija, eso no viene a qué.
Hubo un silencio durante el cual se oyó, con breves intermitencias, el gotear del grifo en la pila. Al fin el viejo se arrancó y su voz brotaba como un chorro delgado pero firme y empezó a decir que los hombres

creyeron que con meter el calor en un tubo habían resuelto el problema y en realidad no hicieron sino crearlo porque era inconcebible un fuego sin humo y de esta manera la comunidad se había roto.

Su absorbente mirada enloquecida se clavaba pesada y contumaz en la muchacha, pero ella no experimentaba miedo ahora sino una pungente compasión y cuando el viejo le sujetó por el brazo crispadamente y le pidió a gritos que no lo abandonase, ella, la chica, dijo serenamente:

—¡Otra! ¿Habló alguien de marcharse?

Él añadió:

—Hija, ¿por qué no hemos de compartir lo poco que yo tengo?

La frente de la muchacha se plegó en una profunda, solitaria arruga horizontal. Dijo:

—¿Puede saberse con qué se come eso, señorito?

Agregó el viejo como si no la oyera:

—Tendrás estorbo por poco tiempo, hija. A mí me ha salido ya la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

Ella alzó los hombros aturdida:

—Como no se explique más claro...

Aún insistió el viejo:

—El día de mañana estos cuatro trastos serán para ti —y respiró fuerte.

Ella vaciló y, finalmente, tomó un vaso y lo apuró hasta el fondo. Al terminar, sus manos temblaban y en sus ojos obtusos se había hecho repentinamente la luz. Puesta en pie, miró dócilmente al viejo, que también se había levantado, y sus ojos se llenaron de agua. Dijo apenas con un hilo de voz:

—Como usted mande, señorito.

Las ratas

1962

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Bien puedo decir que mi novela «Las ratas» me la puso en bandeja la censura del periódico. Trataré de aclararlo. La campaña de «El Norte» sobre el abandono de Castilla terminó de mala manera: de un portazo ministerial. Sobre este asunto no podíamos volver a hablar; se había acabado. ¿Qué cabía hacer? Afortunadamente los organizadores de la censura eran más inteligentes que los mismos censores. Los cortes, que eran diarios en películas y periódicos, a causa de su fácil difusión, eran menos frecuentes en los ensayos y novelas, y prácticamente inexistentes en los libros de poesía, de tirada muy corta e interpretación difícil, y en los que no cabían —a juicio de la institución— posibilidades de adoctrinamiento. Yo podía ser, pues, condenado diariamente por la censura del periódico, pero esto a los otros censores les traía sin cuidado. El grave problema del abandono rural, que había sido aireado durante mucho tiempo en mi periódico «El Norte de Castilla», ante el cerrojazo definitivo, a mí, como escritor, únicamente me dejaba una carta por jugar: apelar a la novela. Escribir una novela de un pueblo de Castilla ahogado por sus necesidades. El libro venía a ser así la culminación de nuestras denuncias, remataría nuestra campaña dignamente.

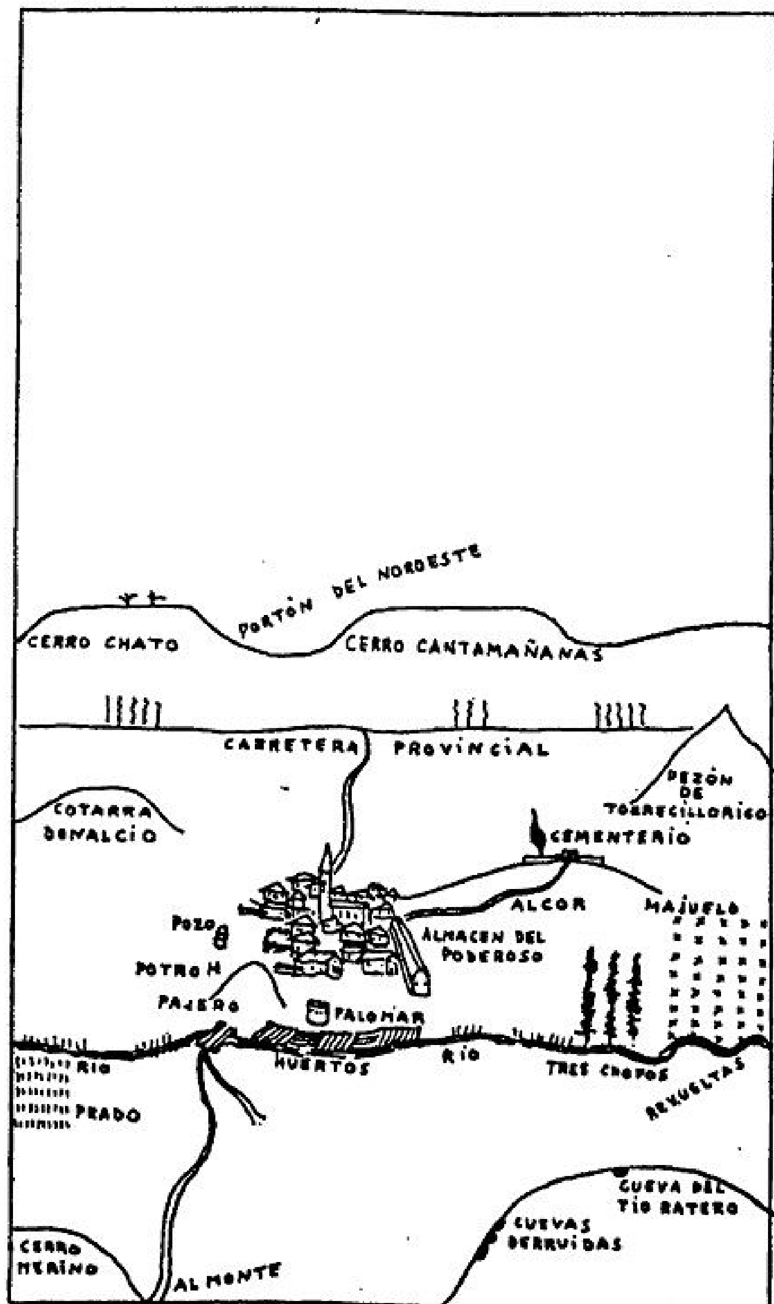
Un niño sabio, al que otorgué el protagonismo, suavizó la aspereza de la exposición pero no la dureza de la denuncia. Una víctima habitual de los censores de prensa, aunque casi inmune a los censores de libros, se tomaba la revancha y ponía los puntos sobre las íes. Aquel pueblecito de barro sin comunicaciones, olvidado, sin el menor atisbo de confortabilidad, resumido en un libro, despertó a la Administración y fui llamado urgentemente a Madrid por los ministros de Agricultura y Obras Públicas. El problema salía al fin de los despachos de la censura de prensa y alcanzaba dimensión más alta. El Gobierno terminó por admitir nuestras denuncias y la necesidad de adoptar medidas urgentes. De esta entrevista arrancó el estudio del Plan Tierra de Campos, que no llegó a buen puerto, pero cuyos preliminares —nuevos precios de los frutos del campo, comunicaciones, primeras máquinas— aliviaron la situación dramática de la vieja Castilla. Una victoria pequeña, incompleta, pero victoria al fin.

M. D.

Octubre de 2007

Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos...

Marcos, 9, 35-38



PORTÓN DEL NORDESTE
CERRO CHATO
CERRO CANTAMAÑANAS
CARRETERA PROVINCIAL
PEZÓN DE TORRECILLORICO
COTARRA DONALCIO
CEMENTERIO
ALCOR
MAJUELO
POZO
ALMACEN DEL PODEROSO
POTRO
PAJERO
PALOMAR
RIO
HUERTOS
RIO
TRES CHOPOS
REVUELTAS
PRADO
CUEVA DEL TÍO RATERO
CUEVAS DERRUIDAS
CERRO MERINO
AL MONTE

I

Poco después de amanecer, el Nini se asomó a la boca de la cueva y contempló la nube de cuervos reunidos en concejo. Los tres chopos desmochados de la ribera, cubiertos de pajarracos, parecían tres paraguas cerrados con las puntas hacia el cielo. Las tierras bajas de don Antero, el Poderoso, negreaban en la distancia como una extensa tizonera.

La perra se enredó en las piernas del niño y él le acarició el lomo a contrapelo, con el sucio pie desnudo, sin mirarla; luego bostezó, estiró los brazos y levantó los ojos al lejano cielo arrasado:

—El tiempo se pone de helada, Fa. El domingo iremos a cazar ratas —dijo.

La perra agitó nerviosamente el rabo cercenado y fijó en el niño sus vivaces pupilas amarillentas. Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llegaban a adultos conservando los ojos; solían dejarlos entre la maleza del arroyo, acribillados por los abrojos, los zaragüelles y la corregüela.

El tío Ratero rebulló dentro, en las pajas, y la perra, al oírlo, ladró dos veces y, entonces, el bando de cuervos se alzó perezosamente del suelo en un vuelo reposado y profundo, acompasado por una algarabía de graznidos siniestros. Únicamente un grajo permaneció inmóvil sobre los pardos terrones y el niño, al divisarlo, corrió hacia él, zigzagueando por los surcos pesados de humedad, esquivando el acoso de la perra que ladraba a su lado. Al levantar la ballesta para liberar el cadáver del pájaro, el Nini observó la espiga de avena intacta y, entonces, la desbarató entre sus pequeños, nerviosos dedos, y los granos se desparramaron sobre la tierra.

Dijo, elevando la voz sobre los graznidos de los cuervos que aleteaban pesadamente muy altos, por encima de su cabeza:

—No llegó a probarla, Fa; no ha comido ni siquiera un grano.

La cueva, a mitad del teso, flanqueada por las cárcavas que socavaban en la ladera las escorrentías de primavera, semejaba una gran boca bostezando. A la vuelta del cerro se hallaban las ruinas de las tres cuevas que Justito, el Alcalde, volara con dinamita dos años atrás. Justo Fadrique, el Alcalde, aspiraba a que todos en el pueblo vivieran en casas, como señores.

Al tío Ratero le atosigaba:

—Te doy una casa por veinte duros y tú que nones. ¿Qué es lo que quieres, entonces?

El Ratero mostraba sus dientes podridos en una sonrisa ambigua, entre estúpida y socarrona:

—Nada —decía.

Justito, el Alcalde, se irritaba y, en esos casos, la roncha morada de la frente se reducía a ojos vistas, como una cosa viva:

—¿Es que no te da la gana entenderme? Quiero acabar con las cuevas. Se lo he prometido así al señor Gobernador.

El Ratero encogía una y otra vez sus hombros fornidos, mas luego, en la taberna, Malvino le decía:

—Ándate al quite con el Justito. El tipo ese es de cuidado, ya ves. Peor que las ratas.

El Ratero, derrumbado sobre la mesa, le enfocaba implacable sus rudos ojos huidizos:

—Las ratas son buenas —decía.

Malvino fue Balbino en tiempos, pero sus convecinos le decían Malvino porque con dos copas en el cuerpo se ponía imposible. Su taberna era angosta, sórdida, con el suelo de cemento y media docena de mesas de tablas, con bancos corridos a los costados. Al regresar del arroyo, el Ratero se recogía allí y se merendaba un par de ratas fritas rociadas de vinagre, con dos vasos de clarete y media hogaza. El resto del morral se lo quedaba el Malvino, a dos pesetas la rata. El tabernero solía sentarse junto a él mientras comía:

—Cuando los hombres no están contentos con lo que tienen arman un trepe, ¿eh, Ratero?

—Eso.

—Y si están contentos con lo que tienen nunca falta un tunante que se empeña en darles más y arma el trepe por ellos. Total, que siempre hay función, ¿eh, Ratero?

—Eso.

—Mira tú que andas a gusto en tu cueva y no te metes con nadie. Bueno, pues el Justito dale con que te vayas a esa casa cuando más de seis y más de siete se matarían por ella.

—Eso.

La señora Clo, la del Estanco, afirmaba que el Malvino era el Ángel Malo del tío Ratero, pero el Malvino replicaba que se limitaba a ser su conciencia.

El tío Ratero, desde la boca de la cueva, vio ascender al Nini por la falda del teso, con el cuervo en una mano y el cepo en la otra. La perra se adelantó al descubrir al hombre y brincó una y otra vez sobre él, tratando de lamerle la tosca mano de dedos todos iguales, como tajados a guillotina. Mas el hombre, cada vez, le oprimía distraídamente el hocico y el animal gruñía entre furioso y retozón.

Dijo el niño mostrándole el grajo:

—El Pruden me lo encargó; los cuervos no le dejan parar los sembrados.

El Pruden siempre madrugaba y anticipándose a la última semana de lluvias hizo la sementera. El Pruden, en puridad, era Acisclo por bautismo, pero se quedó con Pruden, o Prudencio, por lo juicioso y previsor. En mayo araba los barbechos y, de este modo, llegado noviembre, ya tenía dada vuelta a la tierra. Al concluir el verano, poco antes de que la hoja amarilleara, desmochaba los tres chopos escuálidos de la ribera y guardaba la hoja empacada para alimentar las cabras durante el invierno. Al Nini, el chiquillo, le traía de cabeza: «Nini, rapaz, ¿viene agua o no viene agua?», «Nini, rapaz, ¿traerá piedra esa nube o no traerá piedra?», «Nini, rapaz, la noche anda muy queda y el cielo raso, ¿no amagará la helada negra?».

Dos tardes atrás, el Pruden se acercó al niño como de casualidad:

—Nini, hijo —le dijo en tono plañidero—, los cuervos no me dejan quietos los sembrados; escarban la tierra y se llevan la simiente. ¿Cómo me las arreglaré para ahuyentarlos?

El Nini recordó al abuelo Román, que para espantar los pájaros de los sembrados colgaba boca abajo un cuervo muerto. Las aves huían del lúgubre espectáculo; del inmóvil, atrabiliario luto de la tierra por florecer.

—Déjalo de mi mano —le dijo el niño.

Ahora, el Nini, mientras devoraba las sopas de pan a la puerta de la cueva, contempló el grajo despeluzado, las plumas rígidas, aceradas, reposando sobre un tomillo. La perra, agazapada junto a él, le observaba fijamente, y si el niño rehuía su atención, el animal le golpeaba insistentemente el antebrazo con la pezuña delantera. Tras la perra, bajo el teso, se abría el mundo; un mundo que la Columba, la mujer del Justito, juzgaba inhóspito tal vez porque lo ignoraba. Un mundo de surcos pardos, simétricos, alucinantes. Los surcos del otoño, desguarnecidos, formaban un mar de cieno tan sólo quebrado por la escueta línea del arroyo, del otro lado del cual se alzaba el pueblo. El pueblo era también pardo, como una excrecencia de la propia tierra, y de no ser por los huecos de luz y las sombras que tendía el sol naciente, casi las únicas en la desolada perspectiva, hubiera pasado inadvertido.

A cosa de un kilómetro, paralela al riachuelo, blanqueaba la carretera provincial, hollada tan sólo por las caballerías, el Fordson de don Antero, el Poderoso, y el coche de línea que enlazaba la ciudad con los pueblecitos de la cuenca. Una cadena de tesos mondos como calaveras, coronados por media docena de almendros raquíticos, cerraba el horizonte por este lado. Bajo el sol, el yeso cristalizado de las laderas rebrillaba intermitentemente con unos guiños versicolores, como pretendiendo transmitir un mensaje indescifrable a los

habitantes de los bajos.

El otoño avanzado estrangulaba toda manifestación vegetal; apenas el prado y la junquera, junto al cauce, infundían al agónico panorama un rastro de vida. Una gama uniforme de suaves transiciones enlazaba los tonos grises, cárdenos y ocres. Únicamente encima de la cueva, en el páramo, el monte de encina del común prestaba un seguro refugio a los pájaros y las alimañas.

El niño, con el grajo en la mano, corrió cárcava abajo seguido de la perra. En el último tramo de la pendiente, el Nini levantó los brazos como si planeara sobre el camino. Aún no calentaba el sol y las chimeneas alentaban lánguidamente un humo blanquecino, y el áspero aroma de la paja quemada se cernía sobre el pueblo como un incienso pegajoso. El niño y la perra franquearon el rústico puentecillo de tablas y entraron en la Era. Junto al Pajero se alzaba el palomar del Justito, y el niño, al cruzar frente a él, palmeó fuerte dos veces y el bando de palomas se arrancó alborotadamente con un ruido frenético de ropa sacudida. La perra ladró inútil, jubilosamente, mas la irrupción del Moro, el perro del Rabino Grande, el Pastor, la distrajo de inmediato. El bando de palomas describió un amplio semicírculo por detrás del campanario y tornó al palomar.

El Pruden asomó por la trasera abotonándose los pantalones.

—Toma —dijo el Nini alargándole el pájaro.

El Pruden sonrió evasivamente.

—¿Así que lo atrapaste? —dijo. Tomó el grajo de la punta de un ala, como con recelo, y agregó—: Anda, pasa.

Contra la tapia del corral se apoyaban el arado herrumbroso y los aperos y el tosco carromato, y sobre la cuadra se abría la gatera del pajar. El Pruden entró en la cuadra y la mula negra pateó el suelo, con impaciencia. Depositó el pájaro en el suelo, y mientras eliminaba los pajotes de los pesebres le dijo al Nini, sin volverse:

—Vaya un pico. Así es que donde caen estos tunantes hacen más daño que un nublado. ¡La madre que los echó!

Una vez limpios los pesebres, se encaramó ágilmente en el pajar y arrojó al suelo con la horca unas brazadas de paja. Después se descolgó, tomó la criba y cernió el tamo en rápidos movimientos de vaivén. Seguidamente repartió la paja entre los dos pesebres y la cubrió, luego, con un serillo de cebada. El niño le miraba hacer atentamente y cuando acabó de repartir el grano le dijo:

—Cuélgalo patas arriba; si no, en lugar de ahuyentarlos hará de cimbel.

El Pruden se sacudió una mano con otra y agarró de nuevo el pájaro por la punta de un ala y penetró en la casa por la puerta de la cocina. El niño y la perra entraron tras él. La Sabina se revolvió furiosa al ver

el cuervo.

—¿Dónde vas con esa basura? —dijo.

El Pruden no alteró su voz templada y paciente.

—Tú calla la boca —dijo.

Y depositó el pájaro sobre la mesa. Después se arrimó al hogar y dio la vuelta a las mondas de patata que cocían a fuego lento. Al cabo las apartó, se sentó con el balde entre las piernas y espolvoreó el salvado de hoja sobre las mondas y comenzó a envolverlo pacientemente.

El niño agarró la puerta para marcharse y el Pruden, entonces, se incorporó y dijo:

—Aguarda.

Le siguió por el pasillo de rojas baldosas hurgándose en los bolsillos del pantalón y, una vez en la calle, le alargó una moneda de peseta. El Nini lo miraba fijamente, con precoz gravedad, y el Pruden se desconcertó, levantó los ojos al cielo, un cielo blanquecino, tímidamente azul, y dijo:

—No lloverá más, ¿verdad, rapaz?

—Ha arrasado. El tiempo se pone de helada —respondió el niño.

Al regresar a la cocina, el Pruden analizó el grajo con concentrada atención y después continuó envolviendo en silencio el pienso de las gallinas. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo:

—Digo que el Nini ese todo lo sabe. Parece Dios.

La Sabina no respondió. En los momentos de buen humor solía decir que viendo al Nini charlar con los hombres del pueblo le recordaba a Jesús entre los doctores, pero si andaba de mal temple, callaba, y callar, en ella, era una forma de acusación.

II

El Nini siguió avanzando por la calleja solitaria, arrimado a las casas para eludir el lodazal. Restregaba la moneda que portaba en la mano contra los muros de adobe y al llegar a la primera esquina examinó el brillo nacido en el borde con pueril fruición. El barrizal era allí más espeso, pero el niño lo atravesó sin vacilar, sumergiendo sus pies desnudos en el cieno entreverado de estiércol y escíbalos caprinos, en la pestilente agua estancada de los relejes. Cruzó el pueblo y antes de divisar los establos del Poderoso oyó la voz caliente de Rabino Chico charlando con las vacas. El Rabino Chico estaba al servicio del Poderoso y tenía fama de comprender el lenguaje de los animales.

El Rabino Grande, el Pastor, y el Rabino Chico, el Vaquero del Poderoso, eran hijos del Viejo Rabino, el que, al decir de don Eustasio

de la Piedra, el Profesor, era una prueba viva de que el hombre provenía del mono. En efecto, el Viejo Rabino tenía dos vértebras coxígeas de más, a la manera de un rabo truncado, y el cuerpo cubierto de un vello negro y espeso, y cuando se cansaba de andar sobre los pies podía hacerlo fácilmente sobre las manos. Por todo ello, don Eustasio de la Piedra le invitó por San Quinciano, allá por el año 33, a un Congreso Internacional, sin otra mira que demostrar ante sus colegas que el hombre descendía del mono y que aún era posible encontrar ejemplares a mitad de la evolución. Después de aquello, don Eustasio le llamaba a la capital cada vez que recibía una visita de cumplido y le hacía desnudar y dar vueltas sobre las manos, muy despacito, encima de una mesa. Al principio, el Viejo Rabino sentía vergüenza, pero pronto se habituó e incluso permitía que don Eustasio, que era un sabio, le tentara las dos vértebras coxígeas sin inmutarse. A partir de entonces, cada vez que un forastero mostraba interés por su particularidad, el Viejo Rabino se soltaba la pretina y se la enseñaba.

Con estas relaciones, el Viejo Rabino, al decir del Undécimo Mandamiento, se torció y dejó de frecuentar la iglesia. Don Zósimo, el Curón, que por entonces andaba de párroco en el pueblo, le decía: «Rabino, ¿por qué no vienes a misa?». El Viejo Rabino se encampanaba y respondía: «No hay Dios. Mi abuelo era un mono. Don Eustasio lo dice». Y cuando estalló la guerra, cinco muchachos de Torrecillórigo, capitaneados por el Baltasar, el del Quirico, se presentaron con los mosquetones prestos a la puerta de su casa. Era domingo y el Viejo Rabino apareció con su humilde traje de fiesta y sus zapatos apretados, y el Baltasar, el del Quirico, lo empujó con el cañón del mosquetón y le dijo: «Ahora voy a enseñarte yo dónde deben pastar las cabras». El Viejo Rabino parpadeaba y sólo dijo: «¿Qué quieres?». Y el Baltasar, el del Quirico, dijo: «Que te vengas con nosotros». El Baltasar llevaba una cruz en el pecho y la Rabina miraba hacia ella como implorando, y luego miró para el Viejo Rabino, que, a su vez, se miraba a los pies calzados con zapatos, y dijo humildemente: «Aguarda un momento». Al regresar de la alcoba vestía el traje de pastor y calzaba las alpargatas de goma y dijo: «Hasta luego». Después le dijo a Baltasar: «Cuando quieras».

Al día siguiente, el Antoliano encontró el cadáver en las Revueltas y cuando se presentó con él en la casa, al Rabino Chico, que apenas era un muchacho, aunque con dos vértebras coxígeas de más, se le cerró la boca y no había manera de hacerle comer. Don Ursinos, el médico de Torrecillórigo, dijo que el mal era nervioso y que le pasaría. Y cuando le pasó, el Rabino Chico se llegó donde don Zósimo, el Curón, y le dijo: «¿No es la cruz la señal del cristiano, señor cura?». «Así es», respondió el Curón. Y agregó el Rabino Chico: «¿Y no dijo Cristo:

Amaos los unos a los otros?». «Así es», respondió el Curón. El Rabino Chico cabeceó levemente. Dijo: «Entonces, ¿por qué ese hombre de la cruz ha matado a mi padre?». La desbordada humanidad de don Zósimo, el Curón, parecía reducirse ante el problema. Se ajustó automáticamente el bonete antes de hablar: «Escucha —dijo al fin—, mi primo Paco Merino era párroco de Roldana, en el otro lado, hasta anteayer. ¿Y sabes cómo ha dejado de serlo?». «No», dijo el Rabino Chico. «Pues atiende —añadió el Curón—: le amarraron a un poste, le cortaron la parte con una gillete y se la echaron a los gatos delante de él. ¿Qué te parece?» El Rabino Chico cabeceaba, pero dijo: «Los otros no son cristianos, señor Cura». Don Zósimo entrelazó los dedos y dijo pacientemente: «Mira, Chico, cuando a dos hermanos, sean cristianos o no, se les pone una venda en los ojos, pelean entre sí con más encarnizamiento que dos extraños». Y el Rabino Chico dijo por todo comentario: «¡Ah!».

Desde entonces empezó a rehuir a las gentes y a salir a los cuetos con el ganado hasta que don Antero, el Poderoso, lo contrató de vaquero. Por contra, el Rabino gustaba de charlar con las vacas y, según decían, poseía el don de interpretar sus mugidos. Fuera como fuese, él había demostrado ante los más escépticos lugareños que la vaca a quien se le habla tiernamente mientras se la ordeña daba media herrada más de leche que la que era ordeñada en silencio. En otra ocasión descubrió que la vaca que reposaba sobre una colchoneta rendía también más que si reposaba sobre la paja desnuda, y ahora andaba en pintar de verde los muros del establo porque presumía que de este modo aumentaría también el rendimiento.

El Nini divisó al Rabino Chico vuelto de espaldas y voceó:

—Buenos días, Rabino Chico.

El Rabino Chico se movía pesadamente, como un hombre grueso y maduro, y nunca miraba de frente. Una vez el Nini le preguntó por qué hablaba con las vacas y no con los hombres y el Rabino Chico respondió: «Los hombres sólo dicen mentiras». Ahora, el Rabino Chico se volvió al niño y le dijo:

—Nini, ¿es cierto que el Justito os quiere largar de la cueva?

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

El niño se encogió de hombros. Dijo:

—¿Terminaste de pintar el establo?

—Ayer tarde.

—¿Y qué?

—Da tiempo al tiempo.

El Nini dobló el recodo de la iglesia. Los relejes eran allí más profundos y el agua estancada, pese al frío, expandía una fetidez

nauseabunda. En las tapias de la señora Clo, frente a la iglesia, un cartelón de letras de brea decía en caracteres muy gruesos: «Vivan los quintos del 56». La señora Clo barría briosamente los dos peldaños de cemento que daban acceso al Estanco. De pronto levantó la cabeza y vio al niño restregando la moneda contra las piedras del templo.

—¿Dónde vas tan de mañana, Nini?

El niño dio media vuelta y se quedó con las piernas abiertas mirando para la mujer. El cieno había dejado sobre una de sus pantorrillas una sucia huella como un calcetín oscuro. La señora Clo se apoyó en el palo de la escoba, sonrió con toda su ancha cara y dijo:

—El tiempo está de cambio, Nini. ¿Cuándo matamos el chon?

El niño la miró reflexivamente. Dijo:

—Aún es temprano.

—Mira que tu abuela no lo pensaba tanto.

El Nini movió decididamente la cabeza:

—Deje, señora Clo, antes de San Dámaso no es bueno hacerlo. Ya avisaré.

Reanudó su camino y como viera a la perra merodeando la casa de José Luis, el Alguacil, le silbó tenuemente. La Fa acudió a su llamada y se situó dócilmente tras él, mas en la esquina se lanzó sobre el bando de gorriones que picoteaban entre el estiércol. Los pájaros levantaron el vuelo y desde los bajos aleros piaban ahora desaforadamente y la perra los miraba levantando la cabeza y moviendo nerviosamente el rabo cercenado.

La Sierra del Antoliano ya se sentía y el Nini se asomó a la puerta, abierta incluso en los días más crudos del invierno, y desde allí lo vio, oblicuo sobre el banco, su mano poderosa afirmada en el mango de la sierra. El taller era un tabuco mezquino, lleno de virutas y aserrín, y con cuatro listones crudos colocados verticales en un rincón. En la pared, junto a la ventana, un reclamo de perdiz daba vueltas incesantemente sobre sí mismo picoteando los barrotes de la jaula. Hubo un tiempo en que el Antoliano se ganaba la vida fabricando celemines y medias fanegas, pero desde que el Servicio empezó a medir el cereal por kilos, el Antoliano andaba de parado, arrimando el hombro a lo que saliera. Visto de perfil, el rostro del Antoliano mostraba una exuberante irregularidad en la nariz, como si el apéndice hubiera tratado de formarse sobre la ternilla y luego, a medio hacer, hubiera desistido de jugarle esa mala pasada. En todo caso, la nariz del Antoliano parecía la de un boxeador y para él, que se ufanaba de fuerte y arriscado, era aquello una humillación. A menudo, sin que nadie se lo pidiera, se justificaba: «¿Sabes quién tuvo la culpa de que mi nariz sea como un buñuelo? Estas condenadas manos». Las manos del Antoliano, nevadas ahora de aserrín, eran enormes, como

dos palas y, según él, paseando una noche cerrada con ellas en los bolsillos tropezó y se dio de bruces con el brocal del pozo del Justito antes de tener tiempo de sacarlas.

—Hola —le dijo el niño desde la puerta.

La perra penetró en el tabuco y se agachó en el rincón, junto a los listones recién cepillados.

—¡Chita! —dijo el niño.

El Antoliano soltó una breve risa sin levantar los ojos del tablón que aserraba.

—Déjala —dijo—. Eso no hace daño.

El Nini se recostó en el umbral. Un dulce sol de otoño caía sobre la calleja y alcanzaba media puerta de la Sierra. Dijo el niño, entrecerrando perezosamente los ojos al sol:

—¿Qué haces?

—Mira. Un ataúd.

El Nini volvió la cara sorprendido:

—¿Hay un difunto? —dijo.

El Antoliano denegó, sin cesar en su trabajo.

—No es de aquí —dijo—. De Torrecillórigo es. El Ildefonso.

—¿El Ildefonso?

—Ya estaba viejo. Cincuenta y siete años.

El Antoliano dejó la sierra sobre el banco y se limpió el sudor de la frente con el antebrazo. El cabello enmarañado blanqueaba de aserrín y todo él emanaba un suave y reconfortante aroma a madera virgen. Dijo:

—En la capital llevan cada día más caro por esto. Y tú ves lo que son: cuatro tablas.

Su mirada se ensombreció al añadir:

—Claro que nadie necesita más.

Se sentó a la puerta, en el poyo de piedra, junto al niño, y lió pausadamente un cigarrillo:

—Adolfo me trajo ayer la simiente. La bodega ya está lista —dijo, pasando cuidadosamente la punta de la lengua por el filete engomado.

—Ahora has de preparar una cama caliente —dijo el niño.

—¿Caliente?

—Primero una capa de estiércol; luego otra de tierra bien cernida.

El Antoliano prendió el cigarrillo con un chisquero de mecha y agregó con los labios apretados:

—¿Estiércol de vaca o de caballo?

—De caballo si la cama ha de ser caliente; después tendrás que regar.

—Bueno.

El Antoliano dio una larga chupada al cigarrillo, pensativo. Dijo, expeliendo el humo deleitosamente:

—Digo que si el champiñón ese se diera bien en la bodega, he de poner más en las cuevas de arriba.

—¿En la de los abuelos?

—Y en la del Mudo y en la de la Gitana. En las tres.

El chiquillo desaprobó con la mirada:

—No debes hacerlo —dijo—. Esas cuevas se caen cualquier día.

El Antoliano hizo una mueca despectiva:

—Hay que arriesgarse —dijo.

El gallo blanco se encaramó inopinadamente sobre las bardas del corral, rayano a la Sierra, ahuecó sus plumas al sol, estiró el pescuezo y emitió un ronco quiquiriquí. La Fa comenzó a brincar en el barro de la calle ladrándole furiosamente y entonces el gallo inclinó la cabeza y empezó a bufarla como un ganso. Dijo el Nini:

—Ese gallo se tira. Un día te da un disgusto.

El Antoliano se incorporó, arrojó la colilla al barro y la hundió de un pisotón. Dijo:

—Mira, alguien tiene que guardar la casa.

Ya iba a entrar en el taller cuando pareció recordar algo y volvió a salir.

—¿Dices que la capa de tierra sobre la capa de porquería?

—Sí. Y bien cernida —respondió el niño.

El Antoliano ladeó un poco la cabeza y antes de entrar en el taller hizo un amistoso ademán con su mano gigantesca. El Nini silbó a la perra y se perdió calle abajo, camino del río.

III

La señora Clo, la del Estanco, atribuía al Nini la ciencia infusa, pero doña Resu, o como en el pueblo le decían, el Undécimo Mandamiento, afirmaba que la sabiduría del Nini no podía provenir más que del diablo, puesto que si el hijo de primos es tonto, mayor razón habría para que lo fuera el hijo de hermanos. La señora Clo aducía que el hijo de primos es lelo o espabilado, según, y a esto terciaba el Antoliano afirmando: «Pero, doña Resu, ¿qué es un tonto más que un listo que se pasa?». Y decía doña Resu escandalizada: «Ya estás tú con tus teorías». Y decía el Antoliano: «¿Es que acaso está mal dicho?». Y decía doña Resu: «No sé si está mal o bien, pero así te crece a ti el pelo».

Fuera como fuese, el saber lo que sabía se lo debía el Nini únicamente a su espíritu observador. Sin ir más lejos, si los niños y los mozos se arrimaban al tío Rufo, el Centenario, sólo por el capricho de

verle temblar la mano y luego reír, el Nini lo hacía empujado por la curiosidad. El tío Rufo, el Centenario, sabía mucho de todas las cosas. Hablaba siempre por refranes y conocía al dedillo el santo de cada día. Y si bien no recordaba con exactitud los años que contaba, podía, en cambio, hablar lúcidamente de la peste de 1858, de la visita de S. M. la Reina Isabel y aun del arte de Cúchares y El Tato, aunque jamás hubiera presenciado una corrida de toros.

El Nini, sentado junto a él en el poyo de la puerta, no reparaba en sus movimientos nerviosos. A veces ni siquiera decía sí o no, pero al Centenario le estimulaban sus ojos expectantes, su inquisitiva atención y, en su caso, el aplomo maduro de sus preguntas y respuestas.

Generalmente, el viejo se arrancaba por el santoral, el tiempo o el campo, o los tres en uno: «En llegando San Andrés, invierno es», decía.

O si no: «Por San Clemente, alza la tierra y tapa la simiente».

O si no: «Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana».

Una vez roto el silencio, el Centenario tenía cuerda para rato. De este modo aprendió el Nini a relacionar el tiempo con el calendario, el campo con el santoral y a predecir los días de sol, la llegada de las golondrinas y las heladas tardías. Así aprendió el niño a acechar a los erizos y a los lagartos, y a distinguir un rabilargo de un azulejo y una zurita de una torcaz.

Y otro tanto le aconteció al niño, en tiempos, con sus abuelos. El Nini, el chiquillo, en contra de lo que suele ser usual, tuvo tres abuelos por partida doble: dos abuelos y una abuela. Los tres vivieron juntos en la cueva vecina y, a veces, de muy niño, el Nini inquiría del tío Ratero cuál de ellos era el abuelo de verdad. «Todos lo son», decía el tío Ratero entreabriendo tímidamente su sonrisa entre estúpida y socarrona. El tío Ratero rara vez pronunciaba más de cuatro palabras seguidas. Y si lo hacía era mediante un esfuerzo que le dejaba extenuado, más que por el desgaste físico, por la concentración mental que aquello le exigía.

El Nini acompañaba al abuelo Abundio, el Podador, a Torrecillórigo, donde don Virgilio, el Amo, reunía cincuenta hectáreas de viñedo y una hermosa casa con emparrado y un almacén inhóspito, con el tejado de uralita agujereado, que era donde pernoctaban ellos, los perros de los pastores y los extremeños que, por entonces, andaban levantando el monte. La primera noche, el abuelo Abundio no se acostaba; solía pasarla reparando el tejado con chapas y lajas, para evitar el frío y la humedad.

Al Nini le placía Torrecillórigo por cambiar de ambiente, aunque le asustaran los extremeños con las historias que referían junto a la lumbre, mientras guisaban la frugal cena y los perros de los pastores dormitaban, enroscados, a sus pies. También le asustaban jurando por

las mañanas, cuando el abuelo, antes de amanecer, hacía chirriar la bomba del pozo y chapoteaba para lavarse. Los extremeños le amenazaban con partirle el alma, pero llegado el caso nunca se decidían, tal vez porque fuera hacía frío.

Ya en el campo, el Nini veía negrear los sarmientos entre los terrones y cada vez le producían la impresión de algo vivo y doliente. El abuelo Abundio cortaba, empero, sin compasión y, según saltaban las ramas inútiles, por encima de su hombro le aleccionaba:

—Podar no es cortar sarmientos, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Cada cepa tiene su poda, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Un majuelo de verdejo de treinta años llevará dos varas de empalmes, dos nuevas, dos o tres calzadas y dos o tres pulgares, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

—Con el jerez o el tinto no lo harías así. Con el jerez o el tinto dejarías dos varas pulgares, dos yemas y un sacavinos, ¿oyes?

—Sí, abuelo.

Al concluir cada cepa el viejo enterraba cuidadosamente las ramas cortadas al pie del sarmiento para que le sirviera de abono. El niño se complacía en la obra de su abuelo e imaginaba que su obsesión por la higiene le venía del oficio: de tanto aligerar las parras de todo lo sucio, inútil o superfluo.

A pesar de ser hermanos, el abuelo Román era la antítesis del abuelo Abundio. Jamás se arrimaba al agua sino en enero, y esto porque, según decía el tío Rufo, el Centenario, «la liebre, en enero, cerca del agua». Se dejaba crecer las barbas y cada año, allá para mayo, se las rapaba, generalmente el 21, la víspera de Santa Rita. La última vez que se las cortó, a instancias de su hermano, fue en invierno y el hombre no pudo ni contarlo. El abuelo Román le decía al abuelo Abundio cada vez que lo sorprendía lavándose en la herrada: «Aparta, Abundio, hueles a ranas». Si pensaba, o hacía que pensaba, el abuelo Román introducía un dedo bajo la churretosa boinilla y se rascaba áspera, insistentemente, el cráneo. Así, una vez, cuando el Nini cumplió cuatro años, el abuelo Román le dijo:

—Mañana te vienes conmigo al campo.

Y salieron, bajo un sol de membrillo, y ya en los barbechos el abuelo Román se trocó en una especie de animal acechante. Andaba doblado en ángulo recto, aspirando sonoramente el viento por las narices, con una cachaba en cada mano, y hasta sus barbas parecían dotadas de una sensibilidad táctil. De cuando en cuando se detenía y observaba furtivamente en derredor, sin mover apenas la cabeza. Sus

ojos, en esos casos, parecían cobrar vida independiente. En ocasiones, el abuelo Román ladeaba la cabeza para escuchar o se echaba al suelo y examinaba atentamente las piedras, los terrones y las pajas de los rastrojos. En una de sus inspecciones recogió una oscura bolita de sobre una lasca y sonrió golosamente como si fuera una perla y el niño se sobresaltó:

—¿Qué es, abuelo?

—¿No lo ves? La freza, Nini. No andará lejos, está todavía reciente.

—¿Qué es la freza, abuelo?

—¡Ji, ji, ji, la cagada! Pero ¿así andas?

De súbito, el abuelo Román se inmovilizó, con un dedo bajo la boina, los ojos fijos como dos botones, y dijo sin mover los labios:

—Ve, ahí está.

Lentamente se fue incorporando, clavó en el suelo una de las cachabas y colocó la gorra sobre el mango. Después, como sin querer la cosa, fue describiendo un pequeño semicírculo mientras, a media voz, daba instrucciones al niño:

—No te muevas, hijo, se marcharía. ¿Ves esa lasca blanca a dos metros de la cacha? Ve, ahí está aculada la zorra de ella. No te muevas, ¿oyes? ¿No ves qué ojos tiene la indina? Quieto, hijo, quieto.

El Nini no acertaba a ver la liebre, mas conforme el abuelo se aproximaba enarbolando la otra cachaba, la divisó. Los ojos amarillos del animal, clavados en la boina del abuelo, fosforecían entre los terrones. Poco a poco iban definiéndose para el niño los difusos contornos del animal: el hocico, las azuladas orejas pegadas al lomo, el trasero respaldado en la insignificante prominencia. La liebre, como las casas del pueblo, en prodigioso mimetismo, formaba un solo cuerpo con la tierra.

El abuelo se aproximaba a ella de costadillo, sin mirarla apenas, y cuando se halló a tres metros le lanzó violentamente la cayada describiendo molinetes en el aire. La liebre recibió el golpe sobre el lomo, sin moverse, y súbitamente se abrió como una flor y durante unos segundos se estremeció convulsivamente en el surco. El abuelo Román saltó sobre ella y la agarró por las orejas. Sus pupilas relampagueaban.

—Es como un perro de grande, Nini. ¿Qué te parece?

—Bien —dijo el niño.

—Fue todo limpio, ¿no?

—Sí.

Mas al chiquillo no le agradó la faena del abuelo. Por principio le repugnaba la muerte en todas sus formas. Con el tiempo apenas se modificó su actitud; es decir, sólo concebía muertas a las ratas que eran su sustento y a los cuervos y las urracas porque su fúnebre

plumaje le recordaba el entierro del abuelo Román y la abuela Iluminada, los dos ataúdes juntos sobre el carro de la Simeona. Por la misma razón odiaba el niño a Matías Celemín, el Furtivo. El abuelo, al menos, se enfrentaba con las liebres a cuerpo limpio, en tanto el Furtivo las achicharraba en la cama, volándoles el cráneo de una perdigonada, sin darles opción.

A pesar de todo, el Furtivo no perdía la esperanza.

—Nini, bergante, dime dónde anda el tejo. Un duro te doy si aciertas.

Los ojos del Furtivo eran grises y pugnaces como los de un águila. Su piel, quemada por el sol y los vientos de la meseta, se fruncía en mil pliegues cuando reía, que era cada vez que se dirigía al niño, y su boca mostraba, en esos casos, unos atemorizadores dientes carniceros.

Junto al abuelo Román, el Nini aprendió a conocer las liebres; aprendió que la liebre levanta larga o se amona entre los terrones; que en los días de lluvia rehúye las cepas y los pimpollos; que si sopla norte, se acuesta al sur del monte o del majuelo y, si sur, al norte; que en las soleadas mañanas de noviembre busca la amorosa abrigada de las laderas. Aprendió a distinguir la liebre de los bajos, parda como la tierra de la cuenca, de la del monte, roja como la tierra del monte. Aprendió que la liebre ve lo mismo de día que de noche e, incluso, cuando duerme; aprendió a distinguir el sabor de la liebre cazada a escopeta, del de la cazada a golpes y del de la cazada a galgo, un si es no es incisivo y ácido a causa de la carrera. Aprendió, en fin, a descubrirlas en la cama con la misma rotundidad que si se tratara de un cuervo, y a definir, en el espeso silencio de la noche, su llamada áspera y gutural.

Pero también aprendió el niño, junto al abuelo Román, a intuir la vida en torno. En el pueblo, las gentes maldecían de la soledad, y ante los nublados, la sequía o la helada negra, blasfemaban y decían: «No se puede vivir en este desierto». El Nini, el chiquillo, sabía ahora que el pueblo no era un desierto y que en cada obrada de sembrado o de baldío alentaban un centenar de seres vivos. Le bastaba agacharse y observar para descubrirlos. Unas huellas, unos cortes, unos excrementos, una pluma en el suelo le sugerían, sin más, la presencia de los sisones, las comadrejas, el erizo o el alcaraván.

Pero una vez —para Santa Escolástica haría dos años— el abuelo Román se rapó las barbas y enfermó. A la abuela Iluminada, que le velaba cada noche en la cueva, la encontraron tiesa un amanecer, sentada en el tajuelo, sin descomponer el gesto ni la figura, tal como dormida. La abuela Iluminada hacía cada año la matanza para los pudientes de los alrededores y ella se vanagloriaba de que ningún cerdo gruñía más de tres veces después de asestarle el golpe de gracia, y de que nunca, en su larga vida, hizo mierda al sajar la membrana

del animal.

Al llegar a la cueva el carro de la Simeona con el ataúd, el abuelo Román había muerto también y hubo necesidad de bajar por otro. El borrico de la Simeona arrastraba alegremente los dos féretros cárcava abajo, pero al llegar al puentecillo la rueda izquierda se hundió en una de las juntas y cayó al río. El ataúd de la abuela Iluminada se abrió entonces y ella apareció mirándoles tranquilamente, la boca abierta, como sorprendida, y las manos en el regazo. Pero allí, dentro del cajón, flotando en las sucias aguas, parecía una mujer en conserva. La señora Clo, la del Estanco, al comentar la serena pasividad del cadáver, decía que a la Iluminada, hecha a vivir bajo tierra, la muerte no la espantaba.

Cuando el Nini y el tío Ratero regresaron del camposanto, el abuelo Abundio se había largado ya, nadie sabía dónde, con sus navajas y sus tijeras de podador.

IV

El tío Ratero se reclinó, aplastó una oreja contra el suelo y auscultó insistentemente las entrañas de la tierra. Al cabo se incorporó, apuntó con el pincho de hierro la hura junto al cauce y dijo:

—Aquí la hay.

La perra agitó el muñón y olfateó con avidez la boca de la hura. Finalmente se alebró, la pequeña cabeza ladeada, y quedó inmóvil, al acecho.

—Ojo, chita —dijo el Ratero, y de un solo golpe hundió el pincho de hierro a un metro de la ribera.

La rata cruzó rauda junto al hocico del animal, escabulléndose, con un rumor de hojarasca, entre los carrizos resecos de la orilla.

El Nini voceó:

—¡Hala con ella!

La Fa se arrancó como una centella tras la rata. El hombre y el niño corrían por el ribazo, estimulando con sus gritos al animal. Se originó una persecución accidentada entre los despojos de los carrizos y la corregüela. La perra, en su frenesí, quebraba los frágiles tallos de las espadañas y las mazorcas se desplomaban sobre el riachuelo y la corriente las agitaba mansamente en un movimiento de vaivén. La perra, de pronto, se detuvo. El tío Ratero y el Nini conocían su situación exacta por las esbeltas espadañas erectas, allí donde concluía la oquedad abierta entre la maleza.

—Tráela, Fa —dijo el Nini.

Las espadañas se agitaron un momento, se oyó un sordo rumor de

lucha y, al cabo, un breve gruñido, y el tío Ratero dijo:

—Ya la tiene.

La perra regresó junto a ellos, con la rata atravesada en la boca, moviendo el rabo cercenado jubilosamente. El tío Ratero le quitó a la perra la rata de la boca.

—Es un buen macho —dijo.

Los dientes de la rata asomaban bajo el hocico en una demostración de agresividad inútil.

Desde San Zacarías, el hombre y el niño bajaban al cauce cada mañana. Esto fue así desde que el Nini tuvo uso de razón. Había que aprovechar la otoñada y el invierno. En estas estaciones, el arroyo perdía la fronda, y las mimbreras y las berreras, la menta y la corregüela formaban unos resecos despojos entre los cuales la perra rastreaba bien. Tan sólo los carrizos, con airosos plumeros, y las espadañas con sus prietas mazorcas fijaban en el río una muestra de permanencia y continuidad. Las ralas junqueras de las orillas amarilleaban en los extremos, como algo decadente, abocado también a sucumbir. Sin embargo, año tras año, al llegar la primavera, el cauce reverdecía, las junqueras se estiraban de nuevo, los carrizos se revestían de hojas lanceoladas y las mazorcas de las espadañas reventaban inundando los campos con las blancas pelusas de los vilanos. La pegajosa fragancia de la hierbabuena loca y la florecilla apretada de las berreras, taponando las sendas, imposibilitaban a la perra todo intento de persecución. Había llegado el momento de la veda y el tío Ratero, respetando el celo de las ratas, se recogía en su cueva hasta el próximo otoño.

El tío Ratero no pretendía exterminar a las ratas. En ocasiones, si la perra hacía una muestra y él observaba a la entrada de la hura cuatro yerbajos resecos, la disuadía:

—Está anidando, vamos.

La perra se retiraba sin oponer resistencia. Entre ella, el Nini y el tío Ratero existía una tácita comprensión. Los tres sabían que destruyendo las camadas no conseguirían otra cosa que quedarse sin pan. Las ratas se reproducían cada seis semanas y de cada parto echaban cinco o seis crías. En definitiva, una camada suponía, por lo bajo, cuarenta reales, que no eran cosa de desdeñar. Análoga actitud pasiva adoptaba la Fa si la cueva se abría bajo el nivel del agua, a sabiendas de que su participación era inútil. En esos casos, el tío Ratero había de valerse por sí mismo. Colocaba la mano derecha en el cieno del fondo adaptando la concavidad de la palma a las dimensiones de la hura; luego pinchaba con la izquierda y el brusco chapoteo de la rata al huir le advertía su presencia. A poco sentía en la piel un cosquilleo viscoso y entonces cerraba de golpe su mano poderosa e izaba triunfante a la superficie la presa asida por el morro.

Le bastaba un violento tirón del rabo para quebrarle el espinazo.

Por San Sabas le mordió una rata al tío Ratero. Para entonces hacía casi cuatro semanas que en el pueblo había concluido la sementera. El señor Rufo, el Centenario, solía decir: «Después de Todos los Santos, siembra trigo y coge cantos», y los campesinos ponían un cuidado supersticioso en no rebasar esa fecha. Y este año, como si obedecieran una consigna, flameaba en cada parcela, clavado en una estaca, boca abajo, el cadáver de un cuervo. Los grajos merodearon dos días desconcertados por las inmediaciones y finalmente levantaron el vuelo en dirección norte. Virgilín Morante, el de la señora Clo, se reía en la taberna:

—Los de Torrecillórigo nos lo van a agradecer —decía.

Pero se fueron los cuervos y, a cambio, la lluvia empezó a demorar. Y decía el Rosalino, el Encargado de don Antero, el Poderoso:

—Si no llueve para Santa Leocadia habrá que resembrar.

Y el Pruden, a quien las adversidades afinaban la suspicacia, le contestó que el mal era para los pobres, puesto que utilizando la máquina, como hacían ellos, bien poco costaba hacerlo. El señor Rosalino, que alcanzaba con la cabeza y sin empinarse las primeras ramas de los chopos de la ribera, soltó una carcajada:

—A voleo no siembran ya más que los mendigos y los tontos —dijo.

Por la tarde, el Pruden se había presentado en la cueva desolado:

—Nini, no llueve, ¿qué demonios haríamos para llover?

—Esperar —dijo el niño gravemente. Y el Pruden bajó los ojos porque la serena mirada del Nini lo confundía.

Por San Sabas, cuando la rata le mordió un dedo al tío Ratero, flotaba en el cielo quedo de otoño un sol rojo y turgente como un globo. De la parte del pueblo una tibia calina se fundía con el humo rastrero de la paja quemada en los hogares. El alcotán palomero se cernía sobre el campanario agitando frenéticamente las alas, pero sin avanzar ni retroceder.

El niño oteó el cielo en la línea de los cerros y dijo:

—Lo mismo llueve mañana.

—Lo mismo —dijo el Ratero, y se sentó pesadamente en el ribazo.

El tío Ratero abrió la alforja y sacó medio pan con tocino dentro. Lo partió y ofreció la mitad al niño. Luego fue dividiendo el tocino y llevándose los pedazos a la boca pinchados en la punta de la navaja.

—¿Duele eso? —dijo el niño.

El Ratero se miró el dedo encallecido con los tres puntazos sanguinolentos:

—No duele ya —dijo.

Detrás de la telera que abonaba las tierras de Justito, el Alcalde, sonó el cascabeleo del rebaño del Rabino Grande, el Pastor. El Moro,

el perro, se había anticipado y les miraba comer moviendo resignadamente la cola. Al cabo de un rato se aproximó a la perra y la Fa le gruñó mostrándole los colmillos.

El Rabino Grande traía el poncho de piel de oveja sobre un hombro y dijo después de mirar al sol:

—¿Es que no queda ya en el cielo una gota de agua?

Lió un cigarrillo sin aguardar respuesta, lo prendió, dio dos profundas chupadas y se quedó mirando para el chisquero de yesca con resentimiento:

—¿Pues no salen ahora con que hay que pagar por esto? —dijo.

El tío Ratero ni le miró. Agregó el Rabino Grande:

—Antes lo tiro al río, ya ves tú.

Fumaba de pie, apoyado en la cayada, inmóvil, la vista en el infinito, como una estatua. Las esquilas de las ovejas sonaban en derredor. Dijo el Ratero súbitamente:

—¿Viste a ése?

Señalaba con el dedo pulgar en dirección a Torrecillórigo.

—Aún no salió este año —dijo el Pastor sin alterar la postura.

—Malvino le vio —dijo el Ratero.

—No es cierto eso.

—Malvino le vio —insistió el Ratero.

En la taberna, Malvino le había advertido la víspera: «Ojo con ése, Ratero; viene a quitarte el pan. Antes de que él naciera ya andabas tú en el oficio».

El Rabino Grande, el Pastor, lanzó la colilla al río. Dijo, después de mucho pensarlo:

—Ponme un par de ratas, tú, anda. A siete reales, ¿verdad?

—A ocho —dijo el Nini.

—Bien, pero dame aquel macho.

El tío Ratero se incorporó, se estiró perezosamente y oteó a lo largo del cauce, protegiéndose del sol con la mano.

Dijo el Pastor enojado:

—Te digo que no salió, Ratero. ¿No basta con mi palabra?

—Malvino le vio —insistió entre dientes el Ratero.

El Rabino Grande palpó golosamente los lomos de las ratas antes de guardarlas. Dijo al marchar:

—Que pinte bien.

Al caer el sol, el hombre y el niño regresaron al pueblo. La calina se adensaba sobre las casas, y los sembrados y los barbechos endurecidos crujían bajo los pies. La perra, aspeada, caminaba tras ellos cansinamente. Las palomas del Justito ya se habían recogido, y apenas cuatro rapaces animaban con sus juegos las yertas calles del pueblo.

En la taberna, por contra, había cierta animación. Una desnuda bombilla derramaba su luz amarillenta sobre las mesas. Frutos, el Jurado, jugaba en la del fondo su interminable partida de dominó con Virgilín Morante, el marido de la señora Clo, que canturreaba maquinalmente y subrayaba los finales de estrofa golpeando el tablero con las fichas.

Dijo el Pruden apenas les vio:

—Malvino, pon un vaso para el Ratero.

Era un hecho anómalo, pues el Pruden tenía fama de mezquino. Pero el Pruden esta noche parecía soliviantado. Tomó al Nini nerviosamente por el pescuezo y le explicó confusamente algo sobre un plan de regadío de que hablaba el diario y que alcanzaría hasta el pueblo. Dijo impulsivamente al niño, según se sentaba en el banco del fondo:

—Date cuenta, Nini, si llueve como si no. Cuando el Pruden quiera agua no tiene más que levantar la compuerta y ya está. ¿Te das cuenta? Dejaremos de vivir aperreados mirando al cielo todo el día de Dios.

Se hizo una larga pausa. Tan sólo se sentían los golpes de la fichas de dominó y, enlazándolos, el reiterado estribillo de Virgilín Morante. Al cabo, dijo el Centenario con su voz chillona desde la esquina opuesta:

—Si los planes hicieran cundir los trigos, a estas horas no quedaría sitio en las paneras.

Se abrió otra pausa. El Pruden miraba fijamente al Nini, pero el Nini no despegó los labios. Dijo con sorna un hombre con los hombros encogidos, en la mesa inmediata:

—Pon dos vasos. Antes de que llegue el agua vamos a terminar con el vino.

Fuera era ya oscuro y una luna glauca y enfermiza asomó tras el Cerro Colorado y fue elevándose lánguidamente sobre un cielo alto, extrañamente mineralizado.

V

Por San Dámaso, la señora Clo, la del Estanco, mandó razón al Nini y lo condujo hasta la pocilga:

—Tienta, hijo; ya está metido en arrobas, creo yo.

El niño midió el marrano:

—Tiene una cuarta de lomo —dijo.

Pero llovía y nada se podía hacer. Para San Nicasio escampó, mas el Nini oteó el cielo y dijo:

—Deje, señora Clo, todavía hay blandura. Hemos de aguardar a que el cielo arrase.

Desde que tuvo uso de razón, el Nini siempre oyó decir que la señora Clo, la del Estanco, era la tercera rica del pueblo. Delante estaban don Antero, el Poderoso, y doña Resu, el Undécimo Mandamiento. Don Antero, el Poderoso, poseía las tres cuartas partes del término; doña Resu y la señora Clo sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de la cuarta parte restante, y la última cuarta parte se la distribuían, mitad por mitad, el Pruden y el puñado de vecinos del lugar. Esto no impedía a don Antero, el Poderoso, manifestar frívolamente en su tertulia de la ciudad que «por lo que hacía a su pueblo, la tierra andaba muy repartida». Y tal vez porque lo creía así, don Antero, el Poderoso, no se andaba con remilgos a la hora de defender lo suyo y el año anterior le puso pleito al Justito, el Alcalde, por no trancar el palomar en la época de sementera. Bien mirado, no pasaba año sin que don Antero, el Poderoso, armara en el pueblo dos o tres trifulcas, y no por mala fe, al decir del señor Rosalino, el Encargado, sino porque los inviernos en la ciudad eran largos y aburridos y en algo había de entretenerse el amo. De todos modos, por Nuestra Señora de las Viñas, la fiesta del pueblo, don Antero alquilaba una vaca de desecho para que los mozos la corriesen y apalearan a su capricho, y de este modo se desfogasen de los odios y rencores acumulados en sus pechos en los doce meses precedentes.

Tres años atrás, con motivo de esta circunstancia, el Nini estuvo a punto de complicar las cosas. Y a buen seguro algo gordo hubiera ocurrido sin la intervención de don Antero, el Poderoso, que aspiraba a hacer del niño un peón ejemplar. El caso es que el Nini, compadecido de los desgarrados mugidos de la vaca en la alta noche, se llegó a las traseras de don Antero, el Poderoso, y le dio suelta. En definitiva de bien poco sirvió su gesto, ya que cuando el animal tornó al redil, tras una accidentada captura en el descampado, llevaba un cuerno tronzado, el testuz sangrante y el lomo literalmente cubierto de mataduras. Pero aún pudo embrollarse más el asunto cuando Matías Celemín, el Furtivo, apuntó aviesamente: «Esto es cosa del bergante del Nini». Menos mal que don Antero conocía ya sus habilidades y su ciencia infusa y le dijo al señor Rosalino, el Encargado: «¿No es el Nini el hijo del Ratero, el de la cueva, ese que sabe de todo y a todo hace?». «Ése, amo», dijo el señor Rosalino. «Pues déjale trastear y el día que cumpla los catorce lo arrimas por casa.»

Durante el invierno, helaba de firme y don Antero, el Poderoso, asomaba poco por el pueblo. Tampoco la señora Clo ni el Undécimo Mandamiento asomaban por sus tierras en invierno ni en verano, ya que las tenían dadas en arriendo. Pero mientras doña Resu cobraba sus rentas puntualmente en billetes de banco, lloviera o no lloviera,

helara o apedreara, la señora Clo, la del Estanco, cobraba en trigo, en avena o en cebada si las cosas rodaban bien, y en buenas palabras si las cosas rodaban mal o no rodaban. Y en tanto el Undécimo Mandamiento no se apeaba del «Doña», la estanquera era «la señora Clo» a secas; y mientras el Undécimo Mandamiento era enjuta, regañona y acre, la señora Clo, la del Estanco, era gruesa, campechana y efusiva; y mientras doña Resu, el Undécimo Mandamiento, evitaba los contactos populares y su única actividad conocida era la corresponsalía de todas las obras pías y la maledicencia, la señora Clo, la del Estanco, era buena conversadora, atendía personalmente la tienda y el almacén, y se desvivía antaño por la pareja de camachuelos, y hogaño por su marido, el Virgilio, un muchacho rubio, fino e instruido, que se trajo de la ciudad y del que el Malvino, el Tabernero, decía que había colgado el sombrero.

El Nini, el chiquillo, tuvo una intervención directa en el asunto de los camachuelos. Los pájaros se los envió a la señora Clo, todavía pollos, su cuñada, la de Mieres, casada con un empleado de Telégrafos. Ella los encerró en una hermosa jaula dorada, con los comederos pintados de azul, y los alimentaba con cañamones y mijo, y por la noche introducía en la jaula un ladrillo caliente forrado de algodones para que los animalitos no echasen en falta el calor materno. Ya adultos, la señora Clo sujetaba entre los barrotes de la jaula una hoja de lechuga y una piedrecita de toba, aquélla para aligerarles el vientre y ésta para que se afilasen el pico. La señora Clo, en su soledad, charlaba amistosamente con los pájaros y, si se terciaba, los reprendía amorosamente. Los camachuelos llegaron a considerarla una verdadera madre y cada vez que se aproximaba a la jaula el macho ahuecaba el plumón asalmonado de la pechuga como si se dispusiera a abrazarla. Y ella decía melifluamente: «¿A ver quién es el primero que me da un besito?». Y los pájaros se alborotaban, peleándose por ser los primeros en rozar su corto pico con los gruesos labios de la dueña. Aún advertía la señora Clo si regañaban entre sí: «Mimos, no, ¿oís? Mimos, no».

Para San Félix de Cantalicio haría cuatro años, el Nini regaló a la señora Clo un nido vacío de pardillos, advirtiéndola que los camachuelos procreaban en cautividad, y la mujer experimentó un júbilo tan intenso como si le anunciara que iba a ser abuela. Y, en efecto, una mañana, al despertar, la señora Clo observó estupefacta que la hembra yacía sobre el nido y cuando ella se aproximó a la jaula no acudió a darle el beso acostumbrado.

El animalito no cambió de postura mientras duró la incubación y al cabo de unos días aparecieron en el nido cinco pollitos sonrosados y la señora Clo, enternecida, se precipitó a la calle y comenzó a pregonar la novedad a los cuatro vientos. Mas fue la suya una ilusión efímera,

pues a las pocas horas morían dos de las crías y las otras tres comenzaron a abrir y cerrar el pico con tales apremios que se diría que les faltaba aire que respirar. La señora Clo envió razón al Nini y, aunque el niño, en las horas que siguieron, vigiló atentamente a los pájaros y se esforzó por hacerles ingerir bayas silvestres y semillas de todas clases, de madrugada murieron los otros tres pequeños camachuelos y la señora Clo, inconsolable, marchó a la ciudad, donde su hermana, para tratar de olvidar. Doce días más tarde regresó, y el Nini, que estaba junto a la Sabina, que había quedado al encargo de la tienda, observó que los ojos de la señora Clo resplandecían como los de una colegiala. Le dijo a la Sabina con torpe premura: «Para San Amancio estás de boda, Sabina; él se llama Virgilio Morante y es rubio y tiene los ojos azules como un dije».

Y cuando el Virgilio Morante llegó al pueblo, tan joven, tan crudo, tan poca cosa, los labriegos lo miraron con desdén y el Malvino empezó a decir en la taberna que el muchachito era un espabilado que había colgado el sombrero. Pero de que el Virgilio se tomó dos vasos y se arrancó por *Los Campanilleros* e hizo llorar al tío Rufo, el Centenario, de sentimiento, cundió entre todos la admiración y un lejano respeto, y así que le echaban la vista encima le decían:

—Anda, Virgilín, majo, tócate un poco.

Y él los complacía o, si acaso, argumentaba:

—Hoy no, disculpadme. Estoy afónico.

Y durante la matanza, las conversaciones en casa de la señora Clo dejaron de tener sentido. La gente acudía allí sólo por el gusto de oír cantar a Virgilín Morante. Y hasta el Nini, el chiquillo, que desde el fallecimiento de la abuela Iluminada ejercía de matarife, se sentía un poco disminuido.

Por San Albino el cielo arrasó y el Nini bajó al pueblo y paseó el cerdo de la señora Clo durante una hora y le dictaminó una dieta de agua y salvado. Dos días más tarde cayó sobre el pueblo una dura helada. Por entonces los escribanos y los estorninos ya habían mudado la pluma, luego era el invierno y los terrones rebrillaban de escarcha y se tornaron duros como el granito y el río bajaba helado, y cada mañana el pueblo se desperezaba bajo una atmósfera de cristal, donde hasta el más leve ruido restallaba como un latigazo.

Al llegar el Ratero y el Nini con el alba donde la señora Clo, reinaba en la casa un barullo como de fiesta. De la ciudad habían bajado los sobrinos y también estaban allí la Sabina y el Pruden y su chico, el Mamertito, y la señora Librada, y Justito, el Alcalde, y el José Luis, el Alguacil, y el Rosalino, el Encargado, y el Malvino, y el Mamés, el Mudo, y el Antoliano y el señor Rufo, el Centenario, con su hija la Simeona, y al entrar ellos el Virgilio se había arrancado con mucho sentimiento y todos escuchaban boquiabiertos y al concluir le

ovacionaron y el Virgilio, para disimular su azoramiento, distribuyó entre la concurrencia unos muerdos de pan tostado y unas copas de aguardiente. La lumbre chisporroteaba al fondo y sobre la mesa y los vasares la señora Clo había dispuesto, ordenadamente, la cebolla, el pan migado, el arroz y el azúcar para las morcillas. Al pie del fogón, donde se alineaban por tamaños los cuchillos, había un barreñón, tres herradas y una caldera de cobre brillante para derretir la manteca.

En el corral, los hombres se despojaron de las chaquetas de pana y se arremangaron las camisas a pesar de la escarcha y de que el aliento se congelaba en el aire. El Centenario, en el centro del grupo, arrastraba pesadamente los pies y se frotaba una mano con otra mientras salmodiaba: «En martes ni tu hijo cases ni tu cerdo mates». La señora Clo se volvió irritada al oírle: «Déjate de monsergas. Y si no te gusta, te largas». Luego se fue derecha a su marido, que se había arremangado como los demás y mostraba unos bracitos blancos y sin vello, y le dijo: «Tú no, Virgilio. Podrías enfriarte».

El Antoliano abrió la cochiquera y tan pronto el marrano asomó la cabeza le prendió por una oreja con su mano de hierro y le obligó a tumbarse de costado, ayudado por el Malvino, el Pruden y el José Luis. Los chiquillos, al ver derribado el cochino —que bramaba como un condenado y a cada berrido se le formaba en torno al hocico una nube de vapor—, se envalentonaron y comenzaron a tirarle del rabo y a propinarle puntapiés en la barriga. Luego, entre seis hombres, tendieron al animal en el banco y el Nini le auscultó, trazó una cruz con un pedazo de yeso en el corazón y cuando el tío Ratero acuchilló con la misma firmeza con que clavaba la pincha en el cauce, el niño volvió la espalda y fue contando, uno a uno, los gruñidos hasta tres. De pronto, el Pruden voceó:

—¡Ya palmó!

El Nini, entonces, dio media vuelta, se aproximó al cerdo y, con dedos expeditos, introdujo una hoja de berza en el ojal sanguinolento para reprimir la hemorragia y, finalmente, abrió la boca del animal y le puso una piedra dentro.

Los hombres hacían corro en derredor de él y las mujeres cuchicheaban más atrás. Se oyó apagadamente la voz de la Sabina:

—¡Qué condenado crío! Cada vez que lo veo así me recuerda a Jesús entre los doctores.

El Nini procuraba ahuyentar el recuerdo de la abuela Iluminada para no cometer errores. Diestramente forró el cadáver del animal con paja de centeno y le prendió fuego; tomó una brazada ardiendo y fue quemando meticulosamente las oquedades de los sobacos, las pezuñas y las orejas. Se alzó un desagradable olor a chamusquina y, al concluir, el Mamertito, el chico del Pruden, y los sobrinos de la señora Clo descalzaron al bicho y comieron las chitas.

Había llegado el momento de la prueba, no porque el sajar al cerdo fuera tarea difícil, sino porque en esta coyuntura la referencia a la abuela Iluminada era inevitable. Al Nini le tembló ligeramente la mano que empuñaba el cuchillo cuando el Malvino voceó a su espalda:

—¡Ojo, Nini, tu abuela en este trance nunca hizo mierda!

El niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir delicadamente la telilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración. El hedor de los intestinos era fuerte y nauseabundo y él los volcó en herradas distintas y, para terminar, introdujo en la abertura dos estacas haciendo cuña. Al cabo, el Antoliano y el Malvino le ayudaron a colgar el marrano boca abajo. Del hocico escurría un hilillo de sangre fluida que iba formando un pequeño charco rojizo sobre las lajas escarchadas del corral.

La señora Clo se aproximó al Nini, que se lavaba las manos en una herrada, y le dijo cálidamente:

—Trabajas más aprisa y más por lo fino que tu abuela, hijo.

El Nini se secó en los pantalones. Preguntó:

—¿Habrá que bajar al descuartizado, señora Clo?

Ella tomó una herrada de cada mano:

—Deja, para eso ya me apaño —dijo.

Se dirigió hacia la casa donde acababan de entrar los hombres y desde la puerta voceó, ladeando un poco la cabeza:

—Pasa a comer un cacho con los hombres, Nini.

En la cocina los invitados hablaban y reían sin fundamento, excepto el tío Ratero, que miraba a unos y otros estúpidamente, sin comprenderlos. Las narices y las orejas eran de un rojo bermellón, pero ello no impedía que los hombres se pasaran la bota y la bandeja sin descanso. De súbito, el Pruden, sin venir a qué, o tal vez porque por San Dámaso había llovido y ahora lucía el sol, soltó una risotada y después se dirigió al Nini en un empeño obstinado por comunicarle su euforia:

—¿Es que no sabes reír, Nini? —dijo.

—Sí sé.

—Entonces, ¿por qué no ríes? Échate una carcajada, leche.

El niño le miraba fija, serenamente:

—¿A santo de qué? —dijo.

El Pruden tornó a reír, esta vez forzadamente. Luego miró a uno y otro, como esperando apoyo, mas como todos rehuyeran su mirada, bajó los ojos y añadió oscuramente:

—¡Qué sé yo a santo de qué! Nadie necesita un motivo para reír, creo yo.

VI

Pero el Nini reía a menudo, aunque nunca lo hiciera a tontas y a locas como los hombres en las matanzas, o como cuando se emborrachaban en la taberna del Malvino, o como cuando veían caer el agua del cielo después de esperarla ansiosamente durante meses enteros. Tampoco reía como Matías Celemín, el Furtivo, cada vez que se dirigía a él, frunciendo en mil pliegues su piel curtida como la de un elefante y mostrando amenazadoramente sus dientes carniceros.

El Nini no experimentaba por el Furtivo la menor simpatía. El niño aborrecía la muerte, en particular la muerte airada y alevosa, y el Furtivo se jactaba de ser un campeón en este aspecto. En puridad, a Matías Celemín le empujaron las circunstancias. Y si tuvo alguna vez instintos carniceros, los ocultó celosamente hasta después de la guerra. Pero la guerra truncó muchas vocaciones y acorchó muchas sensibilidades y determinó muchos destinos, entre otros el de Matías Celemín, el Furtivo.

Antes de la guerra, Matías Celemín salía a las licitaciones de los pueblos próximos y remataba tranquilamente por un pinar albar cuatro o cinco mil reales. El Furtivo prejuzgaba que no se cogería los dedos porque él sabía barajar en su cabeza hasta cinco mil reales y sumar y restar de ellos la cuenta de los apaleadores y, en definitiva, si sacaría o no de su inversión algún provecho. Pero llegó la guerra y la gente empezó a contar por pesetas y en las licitaciones se pujaba por veinte y hasta por treinta mil y a esas cifras él no alcanzaba porque además había de multiplicarlas por cuatro para reducirlas a reales, que era la unidad que manejaba; en las subastas se le llenaba la cabeza como de humo y no osaba salir. Empezó a amilanarse y a encogerse. No bastaba que le dijeran: «Matías, la vida está diez veces». El Furtivo, pasando de los cinco mil reales, era un ser inútil, y fue entonces cuando se dijo: «Matías, por una perdiz te dan cien reales limpios de polvo y paja y cuatrocientos por un raposo, y no digamos nada por un tejo». Y, de repente, se sintió capaz de pensar tan derecha o tan torcidamente como los raposos y los tejos, y aun de jugársela. Y se sintió capaz, asimismo, de calcular el precio de un cartucho fabricando la pólvora en casa con clorato y azúcar y cargándolo con cabezas de clavos. Y a partir de aquel día se le empezó a afilar la mirada y a curtírsele la piel, y en el pueblo, cuando alguien lo mentaba, decían: «Huy, ése». Y doña Resu, el Undécimo Mandamiento, era aún más contundente y decía que era un vago y un maleante, un perdido como los de las cuevas y como los extremeños.

Matías Celemín, el Furtivo, solía velar de noche y dormir de día. La aurora le sorprendía generalmente en el páramo, en la línea del monte, y para esa hora ya tenía colocados media docena de lazos para

las liebres que regresaban del campo, un cepo para el raposo y un puñado de lanchas y alares en los pasos de la perdiz. A veces aprovechaba el carro de la Simeona o el Fordson del Poderoso para arrimarse a un bando de avutardas y cobrar un par de piezas de postín. El Furtivo no respetaba leyes ni reglamentos y en primavera y verano salía al campo con la escopeta al hombro como si tal cosa, y si acaso tropezaba con Frutos, el Jurado, le decía: «Voy a alimañas, Frutos, ya lo sabes». Y Frutos, el Jurado, se limitaba a decir: «Ya, ya», y le guiñaba un ojo. Para Frutos, el Jurado, la intemperie era insana porque el sol se come la salud de los hombres lo mismo que los colores de los vestidos de las muchachas y, por esta razón, se pasaba las horas muertas donde el Malvino jugando al dominó.

Con frecuencia, la astucia del Furtivo era insuficiente y, entonces, recurría al Nini:

—Nini, bergante, dime dónde anda el tejo. Un duro te doy si aciertas.

O bien:

—Nini, bergante, llevo una semana tras el raposo y no le pongo la vista encima. ¿Lo viste tú?

El niño se encogía de hombros sin rechistar. El Furtivo, entonces, lo zarandeaba brutalmente y le decía:

—¡Demonio de crío! ¿Es que nadie te ha enseñado a reír?

Pero el Nini sí sabía reír, aunque solía hacerlo a solas y tenuemente y, por descontado, a impulso de algún razonable motivo. Llegada la época del apareamiento, el niño subía frecuentemente al monte de noche, y, al amanecer, cuando los trigos verdes recién escardados se peinaban con la primera brisa, imitaba el áspero chillido de las liebres y los animales del campo acudían a su llamada, mientras el Furtivo, del otro lado de la vaguada, renegaba de su espera inútil. El Nini reía arteramente y volvía a reír para sus adentros cuando, de regreso, se hacía el encontradizo con el Furtivo y Matías le decía malhumorado:

—¿De dónde vienes, bergante?

—De coger níscalos. ¿Hiciste algo?

—Nada. Una condenada liebre no hacía más que llamar desde la vaguada y se llevó el campo.

Repentinamente el Furtivo se volvía a él, receloso:

—No sabrás tú por casualidad hacer la chilla, ¿verdad, Nini?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

En otras ocasiones, si el Furtivo salía con la Mita, la galga, el Nini se ocultaba, camino del perdedero, y cuando la perra llegaba jadeante, tras de la liebre, él, desde su escondrijo, la amedrentaba con una vara y la Mita, que era cobarde, como todos los galgos, abandonaba su

presa y reculaba. El Nini, el chiquillo, también reía silenciosamente entonces.

En todo caso, el Nini sabía reír sin necesidad de jugársela al Furtivo. Durante las lunas de primavera, el niño gustaba de salir al campo y agazapado en las junqueras de la ribera veía al raposo descender al prado a purgarse aprovechando el plenilunio que inundaba la cuenca de una irreal, fosforescente claridad lechosa. El zorro se comportaba espontáneamente, sin recelar su presencia. Pastaba cansinamente la rala hierba de la ribera y, de vez en cuando, erguía la hermosa cabeza y escuchaba atentamente durante un rato. Con frecuencia, el destello de la luna hacía relampaguear con un brillo verde claro sus rasgados ojos y, en esos casos, el animal parecía una sobrenatural aparición. Una vez el Nini abandonó gritando su escondrijo cuando el zorro, aculado en el prado, se rascaba confiadamente y el animal, al verse sorprendido, dio un brinco gigantesco y huyó, espolvoreando con el rabo su orina pestilente. El niño reía a carcajadas mientras lo perseguía a través de las junqueras y los sembrados.

Otras noches el Nini, oculto tras una mata de encina, en algún claro del monte, observaba a los conejos, rebozados de luna, corretear entre la maleza levantando sus rabitos blancos. De vez en cuando asomaba el turón o la comadreja y entonces se producía una frenética desbandada. En la época de celo, los machos de las liebres se peleaban sañudamente ante sus ojos, mientras la hembra aguardaba al vencedor, tranquilamente aculada en un extremo del claro. Y una vez concluida la pelea, cuando el macho triunfante se encaminaba hacia ella, el Nini remedaba la chilla y el animal se revolvía, las manos levantadas, en espera de un nuevo adversario. Había noches, a comienzos de primavera, en que se reunían en el claro hasta media docena de machos, y entonces la pelea adquiría caracteres épicos. Una vez presenció el niño cómo un macho arrancaba de cuajo la oreja a otro de un mordisco feroz y el agudo llanto del animal herido ponía en el monte silencioso, bajo la luz plateada de la luna, una nota patética.

Para San Higinio, Matías Celemín, el Furtivo, cobró un hermoso ejemplar de zorro. Por esas fechas habían terminado las matanzas y transcurrido las Pascuas, pero el clima seguía áspero y por las mañanas las tierras amanecían blancas como después de una nevada. Aparte mover el estiércol y desmatar los sembrados, nadie tenía entonces nada que hacer en el campo excepto el Furtivo. Y éste, según descendía del páramo, aquella mañana, se desvió ligeramente sólo por el gusto de pasar junto a la cueva y mostrar al niño su presa:

—¡Nini! —voceó—. ¡Nini! ¡Mira lo que te traigo, bergante!

Era una hermosa raposa de piel rojiza con un insólito lunar blanco en la paletilla derecha. El Furtivo la apretó una mama y brotó un

chorrito de un líquido consistente y blanquecino. Levantó luego el animal en alto para que el niño lo contemplara a su capricho.

—Hembra y criando —dijo—. ¡Una fortuna! Si el Justito no se rasca el bolso en forma, me largo con ella a la ciudad, ya ves.

Las pulgas abandonaban el cuerpo muerto y buscaban el calor de la mano del Furtivo. El Nini persiguió al hombre con la mirada, lo vio atravesar el puentecillo de tablas, con la raposa muerta en la mano, y perderse dando voces tras el Pajero del pueblo.

A la noche, tan pronto sintió dormir al tío Ratero, se levantó y tomó la trocha del monte. La Fa brincaba a su lado y, bajo el desmayado gajo de luna, la escarcha espejeaba en los linderones. La madriguera se abría en la cara norte de la vaguada y el niño se apostó tras una encina, la perra dócilmente enroscada bajo sus piernas. La escarcha le mordía, con minúsculas dentelladas, las yemas de los dedos y las orejas, y los engañapastores aleteaban blandamente por encima de él, muy cerca de su cabeza.

Al poco rato sintió gañir; era un quejido agudo como el de un conejo, pero más prolongado y lastimero. El Nini tragó media lengua y remedó el chillido repetidamente, con gran propiedad. Así se comunicaron hasta tres veces. Al cabo, a la indecisa luz de la luna, se recortó en la boca de la madriguera el rechoncho contorno de un zorrito de tres semanas, andando patosamente como si el airoso plumero del rabo entorpeciese sus movimientos.

En pocos días el zorrito se hizo a vivir con ellos. Las primeras noches lloraba y la Fa le gruñía con una mezcla de rivalidad atávica y celos domésticos, pero terminaron por hacerse buenos amigos. Dormían juntos en el regazo del niño, sobre las pajas, y a la mañana se peleaban amistosamente en la pequeña meseta de tomillos que daba acceso a la cueva. Pronto se corrió la noticia por el pueblo y la gente subía a ver el zorrito, mas, ante los extraños, el animal recobraba su instinto selvático y se recluía en el rincón más oscuro del antro, y miraba de través y mostraba los colmillos.

Decía Matías Celemín, el Furtivo:

—¡Qué negocio, Nini, bergante! A éste me lo zampo yo.

A las dos semanas el zorrito ya comía en la mano del niño, y cuando éste regresaba de cazar ratas el animal le recibía lamiéndole las sucias piernas y agitando efusivamente el rabo. Por la noche, mientras el tío Ratero guisaba una patata con una raspa de bacalao, el niño, el perro y el zorro jugaban a la luz del carburo, hechos un ovillo, y el Nini, en esos casos, reía sin rebozo. Por las mañanas, a pesar de que el zorrito se hizo a comer de todo, el Nini le traía una picaza para agasajarlo, y al verle desplumar el ave con su afilado y húmedo hocico, el niño sonreía complacidamente.

La Simeona le decía a doña Resu, el Undécimo Mandamiento, a la puerta de la iglesia, comentando el suceso de la cueva:

—Es la primera vez que veo a un raposo hacerse a vivir como los hombres.

Pero doña Resu se encrespaba:

—Querrás decir que es la primera vez que ves a un hombre y un niño hacerse a vivir como raposos.

El Nini temía que, al crecer, el zorrito sintiera la llamada del campo y le abandonase, aunque de momento el animal apenas se separaba de la cueva, y el niño, cada vez que salía, le hacía una serie de recomendaciones y el zorrito le miraba inteligentemente con sus rasgadas pupilas, como si le comprendiese.

Una mañana, el chiquillo oyó una detonación mientras cazaba en el cauce. Enloquecido, echó a correr hacia la cueva y antes de llegar divisó al Furtivo que descendía a largas zancadas por la cárcava con una mano oculta en la espalda y riendo a carcajadas:

—Ja, ja, ja, Nini, bergante, ¿a que no sabes qué te traigo hoy? ¿A que no?

El niño miraba espantado la mano que poco a poco se iba descubriendo y, finalmente, Matías Celemín le mostró el cadáver del zorrito todavía caliente. El Nini no pestañeó, pero cuando el Furtivo se lanzó a correr cárcava abajo, se agachó en los cascajos y comenzó a cantearle furiosamente. El Furtivo brincaba, haciendo eses, como un animal herido, sin cesar de reír agitando en el aire, como un trofeo, el cadáver del zorrito. Y cuando se refugió, al fin, tras el Pajero del pueblo, aún se lo mostró una vez más, lamentablemente desmayado, sobre los tubos de la escopeta.

VII

A medida que se adentraba el invierno, el Pajero del común iba mermando. Los hombres y las mujeres del pueblo se llegaban a él con los asnos y acarreaban la paja hasta sus hogares. Una vez allí la mezclaban con grano para el ganado, o la hacían estiércol en las cuadras, o simplemente la quemaban en las glorias o las cocinas para protegerse de la helada. De este modo, al finalizar diciembre, el Nini divisaba desde la cueva, por encima del Pajero, el anticuado potro donde se herraron las caballerías en los distantes tiempos en que las hubo en el pueblo.

Por San Aberico, antes de concluir enero, se desencadenó la cellisca. El Nini la vio venir de frente, entre los cerros Chato y Cantamañanas, avanzando sombría y solemne, desflecándose sobre las colinas. En pocas horas la nube entoldó la cuenca y la asaeteó con un punzante

aguanieve. Los desnudos tesos, recortados sobre el cielo plomizo, semejaban dunas de azúcar, de una claridad deslumbrante. Por la noche, la cellisca, baqueteada por el viento, resaltaba sobre las cuatro agónicas lámparas del pueblo, y parecía provenir ora de la tierra, ora del cielo.

El Nini observaba en silencio el desolado panorama. Tras él, el tío Ratero hurgaba en el hogar. El tío Ratero ante el fuego se relajaba y al avivarlo, o dividirlo, o concentrar o aventar las brasas, movía los labios y sonreía. A veces, excepcionalmente, salía a recorrer los tesos sacudidos por la cellisca y, en esos casos, como cuando soplaba el matacabras, se amarraba la sucia boina capona con un cordel, con la lazada bajo la barbilla, como hacía en tiempos el abuelo Román.

Para poder encender fuego dentro de la cueva, el tío Ratero horadó los cuatro metros de tierra del techo con un tubo herrumbroso que le proporcionó Rosalino, el Encargado. El Rosalino le advirtió entonces: «Ojo, Ratero, no sea la cueva tu tumba». Pero él se las ingenió para perforar la masa de tierra sin producir en el techo más que una ligera resquebrajadura que apeó con un puntal primitivo. Ahora, el tubo herrumbroso humeaba locamente entre la cellisca, y el tío Ratero, dentro de la cueva, observaba las lengüetas agresivas y cambiantes de las llamas, arrullado por los breves estallidos de los brotes húmedos. La perra, alebrada junto a la lumbre, emitía de vez en cuando un apagado ronquido. Llegada la noche, el tío Ratero mataba la llama, pero dejaba la brasa, y al tibio calor del rescoldo dormían los tres sobre las pajas, el niño en el regazo del hombre, la perra en el regazo del niño y, mientras el zorrito fue otro compañero, el zorro en el regazo de la perra. El José Luis, el Alguacil, les presagiaba calamidades sin cuento: «Ratero —decía—, cualquier noche se prende la paja y os achicharráis ahí dentro como conejos». El tío Ratero escuchaba con su sonrisa socarrona, escépticamente, porque sabía, primero, que el fuego era su amigo y no podía jugársela, y, segundo, que el José Luis, el Alguacil, no era más que un mandado de Justito, el Alcalde, y que Justito, el Alcalde, había prometido al Jefe terminar con la vergüenza de las cuevas.

En estas circunstancias, el Nini respetaba el silencio del Ratero. Sabía que todo intento de plática con él resultaría inútil, y no por hosquedad suya, sino porque el hecho de pronunciar más de cuatro palabras seguidas o de enlazar dos ideas en una sola frase le fatigaba el cerebro. El niño bautizó Fa a la perra, aunque prefería otros nombres más sonoros y rimbombantes, por ahorrarle fatiga al Ratero. Tan sólo cuando el Ratero, por desentumecer la lengua, soltaba una frase aislada, el niño correspondía:

—Esta perra está ya vieja.

—Por eso sabe.

—No tiene vientos.

—Deje. Todavía las agarra.

Luego tornaba el silencio, y el quedo pespuntear de la cellisca sobre el teso y el gemido del viento se entreveraban con los chasquidos de la hoguera.

Una mañana, tres después de San Aberico, el Nini se asomó a la cueva y divisó una diminuta figura encorvada atravesando la Era, camino del puentecillo:

—El Antoliano —dijo.

Y se entretuvo viéndole luchar con el viento que concentraba los diminutos copos oblicuos sobre su rostro y le obligaba a inclinar la cabeza contra la ladera. Cuando entró en la cueva se incorporó, hinchó los pulmones y se sacudió la pelliza con sus enormes manazas. Dijo el Ratero, sin moverse de junto al fuego:

—¿Dónde vas con la que cae?

—Vengo —dijo el Antoliano, sentándose junto a la perra, que se incorporó y buscó un rincón oscuro, donde nadie la molestase.

—¿Qué te trae?

El Antoliano extendió sus manos ante las llamas:

—El Justito —dijo—. Va a largarte de la cueva.

—¿Otra vez?

—En cuanto escampe subirá, ya te lo advierto.

El Ratero encogió los hombros:

—La cueva es mía —dijo.

El Justito visitaba con frecuencia a Fito Solórzano, el Gobernador, en la ciudad, y le llamaba Jefe. Y Fito, el Jefe, le decía:

—Justo, el día que liquides el asunto de las cuevas, avisa. Ten en cuenta que no te dice esto Fito Solórzano, ni tu Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil.

Fito Solórzano y Justo Fadrique se hicieron amigos en las trincheras, cuando la guerra, y ahora, cada vez que Fito Solórzano le encarecía que resolviese el enojoso asunto de las cuevas, la roncha de su frente se empequeñecía y se tornaba violácea y se diría que palpitaba, con unos latidos diminutos, como un pequeño corazón:

—Déjalo de mi mano, Jefe.

De regreso, ya en el pueblo, Justito, el Alcalde, le preguntaba expectante a José Luis, el Alguacil:

—¿Qué piensas tú que quiere decirme el Jefe cuando sale con que lo de las cuevas no me lo dice Fito Solórzano, ni el Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil?

El José Luis respondía invariablemente:

—Que te va a recompensar, eso está claro.

Mas en casa, la Columba, su mujer, le apremiaba:

—Justo —le decía—, ¿es que no vamos a salir en toda la vida de este condenado agujero?

La roncha de la frente de Justito se agrandaba y enrojecía como el cinabrio:

—¿Y qué puedo hacerle yo? —decía.

La Columba se ponía de jarras y voceaba:

—¡Desahuciar a ese desgraciado! Para eso eres la autoridad.

Pero Justito Fadrique, por instinto, detestaba la violencia. Intuía que, tarde o temprano, la violencia termina por volverse contra uno.

Por San Lesmes, sin embargo, el José Luis, el Alguacil, le brindó una oportunidad:

—La cueva esa amenaza ruina —dijo—. Si largas al Ratero es por su bien.

Volar las otras tres cuevas fue asunto sencillo. La Iluminada y el Román murieron el mismo día y el Abundio abandonó el pueblo sin dejar señas. La Sagrario, la Gitana, y el Mamés, el Mudo, se consideraron afortunados al poder cambiar su cueva por una de las casitas de la Era Vieja, con tres piezas y soleadas, que rentaba veinte duros al mes. Pero para el tío Ratero cuatrocientos reales seguían siendo una fortuna.

Por San Severo se fue la cellisca y bajaron las nieblas. De ordinario se trataba de una niebla inmóvil, pertinaz y pegajosa, que poblaba la cuenca de extrañas resonancias y que, en la alta noche, hacía especialmente opaco el torturado silencio de la paramera. Mas, otras veces, se la veía caminar entre los tesos como un espectro, aligerándose y adensándose alternativamente, y en esos casos parecía hacerse visible la rotación de la Tierra. Bajo la niebla, las urracas y los cuervos encorpaban, se hacían más huecos y asequibles, y se arrancaban con un graznido destemplado, mezcla de sorpresa e irritación. El pueblo, desde la cueva, componía una decoración huidiza, fantasmal que, en los crepúsculos, desaparecía eclipsada por la niebla.

Para San Andrés Corsino el tiempo despejó y los campos irrumpieron repentinamente con los cereales apuntados; los trigos de un verde ralo, traslúcido, mientras las cebadas formaban una alfombra densa, de un verde profundo. Bajo un sol aún pálido e invernal, las aves se desperezaban sorprendidas y miraban en torno incrédulas, antes de lanzarse al espacio. Y con ellas se desperezaron Justito, el Alcalde, José Luis, el Alguacil, y Frutos, el Jurado, que hacía las veces de Pregonero. Y el Nini, al verlos franquear el puentecito de tablas, tan solemnes y envarados con sus trajes de ceremonia, recordó la vez que otro grupo atrabiliario, presidido por un hombrecillo enlutado,

atravesó el puentecillo para llevarse a su madre al manicomio de la ciudad. El hombrecillo enlutado decía con mucha prosopopeya Instituto Psiquiátrico en lugar de manicomio, pero, de una u otra manera, la Marcela, su madre, no recobró la razón, ni recobró sus tesos, ni recobró jamás la libertad.

El Nini los vio llegar resollando cárcava arriba, mientras el dedo pulgar de su pie derecho acariciaba mecánicamente a contrapelo a la perra enroscada a sus pies. La visera negra de la gorra del Frutos, el Pregonero, rebrillaba como si sudase. Y tan pronto se vieron todos en la meseta de tomillos, el Justito y el José Luis se pusieron como firmes, sin levantar los ojos del suelo, y el Justito le dijo al Frutos, bruscamente:

—Léelo, anda.

El Frutos desenrolló un papel y leyó a trompicones el acuerdo de la Corporación de desalojar la cueva del tío Ratero por razones de seguridad. Al terminar, el Frutos miró para el Alcalde, y el Justito, sin perder la compostura, dijo:

—Ya oíste, Ratero, es la ley.

El tío Ratero escupió y se frotó una mano con otra. Los miraba uno a uno, divertido, como si todo aquello fuera una comedia.

—No me voy —dijo de pronto.

—¿Que no te vas?

—No. La cueva es mía.

La roncha de la frente de Justito, el Alcalde, se encendió súbitamente.

—He hecho público el desahucio —voceó—. Tu cueva amenaza ruina y yo soy el Alcalde y tengo atribuciones.

—¿Ruina? —dijo el Ratero.

Justito señaló el puntal y la resquebrajadura.

—Es la chimenea —agregó el Ratero.

—Ya lo sé que es la chimenea. Pero un día se desprende una tonelada de tierra y te sepulta a ti y al chico, ya ves qué cosas.

El tío Ratero sonrió estúpidamente:

—Más tendremos —dijo.

—¿Más?

—Tierra encima, digo.

El José Luis, el Alguacil, intervino:

—Ratero —dijo—. Por las buenas o por las malas, tendrás que desalojar.

El tío Ratero los miró desdeñosamente:

—¿Tú? —dijo—. ¡Ni con cinco dedos!

Al José Luis le faltaba el dedo índice de la mano derecha. El dedo se

lo cercenó una vez un burro de una tarascada, pero el José Luis, lejos de amilanarse, le devolvió el mordisco y le arrancó al animal una tajada del belfo superior. En ocasiones, cuando salía la conversación donde el Malvino, aseguraba que los labios de burro, al menos en crudo, sabían a níscalos fríos y sin sal. En todo caso, el asno del José Luis se quedó de por vida con los dientes al aire como si continuamente sonriese.

Justito, el Alcalde, se impacientó:

—Mira, Ratero —dijo—. Soy el Alcalde y tengo atribuciones. Por si algo faltara, he hecho público el desahucio. Así que ya lo sabes, dentro de dos semanas te vuelo la cueva como me llamo Justo. Te lo anuncio delante de dos testigos.

Por San Sabino, cuando retornó a la cueva la comisión, batía los tesos un vientecillo racheado y los trigos y las cebadas ondeaban sobre los surcos como un mar. El Frutos, el Jurado, iba en cabeza y portaba en la mano los cartuchos de la dinamita y la mecha enrollada a la cintura. Al iniciar la cárcava, el Nini les enviscó la perra y el Frutos se enredó en el animal y rodó hasta el camino jurando a voz en cuello. Para entonces, el Ratero había hablado ya con el Antoliano, y así que el Justito le conminó a abandonar la cueva, se puso a repetir como un disco rayado: «Por escrito, por escrito». El Justito miró para el José Luis, que entendía algo de leyes, y el José Luis asintió y entonces se retiraron.

Al día siguiente, el Justito le pasó una comunicación al tío Ratero concediéndole otro plazo de quince días. Para San Sergio concluyó el plazo y a media mañana irrumpió de nuevo en la cueva la comisión, pero así que vocearon en la puerta, el Nini respondió desde dentro que aquélla era su casa y si entraban por la fuerza tendrían que vérselas con el señor juez. El Justito miró para el José Luis y el José Luis meneó la cabeza y dijo en un murmullo: «Allanamiento; en efecto es un delito».

Al día siguiente, San Valero, ante Fito Solórzano, el Jefe, Justito casi lloraba. La mancha morada de la frente le latía como un corazón:

—No puedo con ese hombre, Jefe. Mientras él viva tendrás cuevas en la provincia.

Fito Solórzano, con su prematura calva rosada y sus manos regordetas jugueteando con la escribanía, trataba de permanecer sereno. Meditó unos segundos antes de hablar, metiéndose dos dedos en los lagrimales. Al cabo, dijo con ostentosa humildad:

—Si el día de mañana queda algo de mi gestión al frente de la provincia, cosa que no es fácil, será el haber resuelto el problema de las cuevas. Tú volaste tres en tu término, Justo, ya lo sé; pero no se trata de eso ahora. Queda una cueva y mientras yo no pueda decirle al Ministro: «Señor Ministro, no queda una sola cueva en mi provincia»,

es como si no hubieras hecho nada. Me comprendes, ¿no es verdad?

Justito asintió. Parecía un escolar sufriendo la reprimenda del maestro. Fito Solórzano, el Jefe, dijo de pronto:

—Un hombre que vive en una cueva y no dispone de veinte duros para casa viene a ser un vagabundo, ¿no? Tráemelo, y lo encierro en el Refugio de Indigentes sin más contemplaciones.

Justito adelantó tímidamente una mano:

—Aguarda, Jefe. Ese hombre no pordiosea. Tiene su oficio.

—¿Qué hace?

—Caza ratas.

—¿Es eso un oficio? ¿Para qué quiere las ratas?

—Las vende.

—¿Y quién compra ratas en tu pueblo?

—La gente. Se las come.

—¿Coméis ratas en tu pueblo?

—Son buenas, Jefe, por éstas. Fritas con una pinta de vinagre son más finas que codornices.

Fito Solórzano estalló de pronto:

—¡Eso no lo puedo tolerar! ¡Eso es un delito contra la Salubridad Pública!

El Justito trataba de aplacarlo:

—En la cuenca todos las comen, Jefe. Y si te pones a ver, ¿no comemos conejos? —Hizo una pausa. Luego agregó—: Una rata lo mismo, es cuestión de costumbre.

Fito Solórzano golpeó la mesa con el puño cerrado y saltaron las piezas de la escribanía:

—¿Para qué quiero alcaldes y jefes locales si en vez de resolver los problemas vienen todo el tiempo a creármelos? ¡Busca tú una fórmula, Justo! ¡Coloca a ese hombre en alguna parte, haz lo que sea! ¡Pero piensa tú, tú, con tu pobre cabeza, no con la mía!

Justito reculaba hacia la puerta:

—De acuerdo, Jefe. Déjalo de mi mano.

Fito Solórzano cambió repentinamente de tono y añadió cuando Justito, vuelto de espaldas, abría ya la puerta del despacho:

—Y cuando liquides este asunto, avisa. Ten en cuenta que no te dice esto Fito Solórzano ni tu Jefe Provincial, sino el Gobernador Civil.

VIII

Por San Baldomero el Nini descubrió sobre el Pezón de Torrecillórigo el primer bando de avefrías desfilando precipitadamente

hacia el sur. Durante tres días con sus tres noches, los bandos se sucedieron sin interrupción y el vuelo de las aves era cada vez más vivo y agitado. Volaban muy altas, componiendo una gran V sobre el impávido cielo azul, chirriando excitadamente con un estremecido deje de alarma.

Antaño, el Pezón de Torrecillórigo se llamó la Cotarra del Moro, pero la Marcela, la madre del Nini, la rebautizó pocos meses antes de dar con sus huesos en el manicomio. Ya desde el parto, la Marcela no quedó bien y cada vez que el Ratero la sorprendía mirando embobada para los cuetos y le decía: «¿Qué miras, Marcela?», ella ni respondía. Y únicamente si el Ratero la zarandeaba, ella balbucía al fin: «El Pezón de Torrecillórigo». Y señalaba el cono de la Cotarra del Moro, torvo y lóbrego como un volcán. «¿El Pezón?», inquiría el Ratero, y ella agregaba: «Somos muchos a tirar de él. No da leche para tantos». Meses después el tío Ratero sorprendió a su hermana aserrando una pata del taburete. «¿Qué haces, Marcela?», le dijo. Y ella respondió: «El taburete banquea». Dijo él: «¿Banquea?». Y ella no respondió, pero a la noche había aserrado las cuatro patas. Aún aguantó el tío Ratero unos años más. Por aquel tiempo el Nini ya había cumplido los seis y el Furtivo le decía cada vez que lo encontraba: «Explícate, bergante. ¿Cómo es posible que la Marcela sea tu tía y tu madre al mismo tiempo?», y se reía con un ruidoso estallido como si estuviera lleno de aire y, de repente, se deshinchase. Y el día que el tío Ratero se decidió a horadar el techo de la cueva con el tubo que le regalara Rosalino, el Encargado, y le pidió a la Marcela arena para la mezcla, su hermana le aproximó la horca que sostenía a duras penas. «Toma», dijo. «¿Cuál?», dijo el Ratero. «Arena. ¿No pedías arena?», dijo ella. «¿Arena?», dijo el Ratero. Ella añadió: «Apura, que pesa». El Nini la miraba atónito y al cabo dijo: «Madre, ¿cómo va a coger usted arena con una horca?». Una semana después, por Santa Oliva haría cuatro años, se presentó en el pueblo un hombrecillo enlutado y se la llevó al manicomio de la ciudad, pero la Cotarra del Moro no volvió a recobrar su nombre y fue en adelante y para siempre jamás el Pezón de Torrecillórigo.

Ahora las avefrías sobrevolaban el Pezón y el Nini, el chiquillo, bajó al pueblo a informar al Centenario:

—No las veo pero las siento gruir —dijo el viejo—. Eso quiere decir nieve. Antes de siete días estará aquí.

El Centenario, con el trapo negro cubriéndole media cara, era como una reseca momia bajo el sol. Antes de ponerse el trapo, el niño le preguntó una tarde qué era aquello:

—Nada de cuidado; un granito canceroso —dijo el viejo sonriendo.

El Nini, cada vez que le asaltaba alguna duda sobre los hombres, o sobre los animales, o sobre las nubes, o sobre las plantas, o sobre el tiempo, acudía al Centenario. El tío Rufo, por encima de la

experiencia, o tal vez a causa de ella, poseía una aguda perspicacia para matizar los fenómenos naturales, aunque para el Centenario los gorjeos de los gorriones, o el sol en las vidrieras de la iglesia, o las nubes blancas del verano, no eran siempre una misma cosa. En ocasiones, hablaba de su «viento de cuando rapaz», o «del polvo de la era de cuando mozo», o de «su sol de viejo». Es decir, que en las percepciones del Centenario jugaba un papel preferente la edad, la huella que produjeron en él, a determinada edad, las nubes, el sol, el viento o el polvo dorado de la trilla. El Centenario sabía mucho de todo, a pesar de que los mozos y los chiquillos del pueblo no se arrimaban a él más que para reír de sus aspavientos nerviosos o para alzarle el trapo negro en un descuido y «verle la calavera» y hacer, luego, mofa de su enfermedad.

—Son jóvenes, pero eso se pasa —solía decirle al Nini, resignadamente, en esos casos, el Centenario.

La misma Simeona, su hija, no le guardaba al viejo ninguna consideración. Desde que el Centenario empezó a envejecer, la Simeona se hizo cargo de la casa y las labores. Ella atendía al ganado, sembraba, aricaba, escardaba, segaba, trillaba y acarreaba la paja. A causa de ello se hizo irritable, roñosa y suspicaz. El Undécimo Mandamiento afirmaba que todo el mundo se vuelve roñoso y suspicaz tan pronto advierte lo que cuesta ganar una peseta. No obstante, la Simeona se mostraba excesivamente irreductible para con su padre. En las contadas ocasiones en que comadreaba con sus convecinas decía: «Cuanto más viejo más goloso, no puedo con él». La señora Clo la miraba envidiosamente y comentaba: «Suerte la tuya, con lo mal que me come a mí el Virgilín». Para la señora Clo, la del Estanco, todas las preocupaciones se centraban ahora en el Virgilín. Lo cuidaba como a un hijo y, por su gusto, lo hubiera confinado en una jaula y hubiera colgado ésta de la viga de la tienda, como hizo en tiempos con los camachuelos.

La Simeona, en cambio, trataba a su padre desconsideradamente. Su desconfianza aumentaba por días y ahora, cada vez que se ausentaba de casa, trazaba una raya con el lapicero en el reverso de la hogaza y metía el dedo en la cloaca de las gallinas, una por una, para cerciorarse de si el Centenario comía un cacho de pan o se merendaba algún huevo durante su ausencia. Al regreso decía: «Ha de haber tres huevos, padre; a ver dónde los ha puesto».

Y si acaso faltaba alguno, los gritos y los improperios rebasaban las últimas casas del pueblo, y si el tiempo era quedo y, con mayor razón, si soplaba viento favorable, las voces ascendían hasta la cueva y el Nini se compungía y decía para sí: «Ya está la Simeona regañando al viejo».

De todos modos nadie podía decir nada de la Simeona, que a más de

sostener sobre sus huesos un padre centenario, una labranza y una casa, aún sacaba energía para la piadosa tarea de enterrar a los muertos del lugar. Utilizaba para ello un carrito destartalado, arrastrado por un asnillo de muchos años al que la Sime apaleaba sin duelo cada vez que conducía a un difunto al camposanto. En la trasera del carro amarraba al Duque, el perro, con un cordel tan corto que casi lo ahorcaba. El animal gañía, ladeando un poco la cabeza para evitar la tensión, pero si alguien le hacía alguna advertencia a la Simeona, ella replicaba: «Mejor. Así hasta al más desgraciado no le falta un perro que le llore».

La Simeona juraba y maldecía como un hombre y en los últimos tiempos, al referirse a la voracidad de su padre, hacía escarnio del cáncer y decía: «El viejo tiene ahora que comer para dos».

El Centenario, aun trampeando, iba todavía de acá para allá, mas en las horas de sol era fijo encontrarlo sentado en el poyo de la trasera de su casa, los ojos entornados, oxeando incansablemente unos pollos imaginarios. El Nini bajaba con frecuencia a buscar su compañía y a consultarle sus dudas o a oírle las viejas historias en las que inevitablemente volcaba sus nostalgias de «su sol de cuando rapaz», «el polvo de la era de cuando mozo», o «los inviernos de Alfonso XII».

Últimamente al Nini llegó a fascinarle aquel trapo negro que ocultaba parte de la nariz y la mejilla izquierda del tío Rufo, y, cada vez que se sentaba a su lado, experimentaba la tentación casi invencible de levantarlo. Era la suya la misma impaciencia que atosigaba a los rapaces del pueblo cuando, al iniciarse el otoño, aparecían los húngaros con los títeres en la Plaza y llegada la hora gritaban a coro: «¡Que son las cuatro, que se alce el trapo!». No obstante, el Nini dominaba la incitación; veneraba al viejo y de una manera inconsciente agradecía sus enseñanzas.

El Centenario le dijo, por el Santo Ángel, cuando las avefrías sobrevolaban el Pezón de Torrecillórigo, que la nieve estaba próxima, tal vez a menos de una semana, y para San Victoriano, o sea, cinco días más tarde, los copos empezaron a descolgarse con silenciosa parsimonia y, en unas horas, la cuenca quedó convertida en una inmensa mortaja. La blancura lastimaba los ojos y los adobes del pueblo y las bardas que cobijaban las deleznables tapias de los corrales se hacían más ostensibles bajo la nieve. Pero la vida parecía haber huido del mundo y un silencio sobrecogedor, cernido y macizo como el de un camposanto, se desplomó sobre la cuenca.

Las alimañas se aletargaron en sus huras y los pájaros, desconcertados, se acurrucaban en la nieve hasta que el calor de sus cuerpos la fundía y tomaban, de nuevo, contacto con la tibieza de la tierra. Allí, en sus agujeros, permanecían inmóviles, asomando sus cabezas de redondos ojos atónitos, oteando hambrientos en derredor.

A veces, el Nini se distraía merodeando por las proximidades del pueblo y las urracas y los tordos y las alondras tardaban en arrancarse y, en última instancia lo hacían, pero tras un breve vuelo vertical, como un rebote, tornaban apresuradamente a sus yacijas.

Por San Simplicio, el niño y la perra sintieron la engañosa llamada de la nieve y salieron al campo. Sus pisadas crujían tenuemente, mas aquellos crujidos detonaban en el solemne silencio de la cuenca con una sorda opacidad. Ante sus ojos se abría un vasto, solitario y mudo planeta mineral, y el niño lo recorría transido por la emoción del descubrimiento. Dobló el Cerro Merino y, al iniciar el ascenso de la ladera, el Nini atisbó el rastro de una liebre. Sus leves pisadas se definían nítidamente en la nieve intacta y el niño las siguió, la perra en sus talones, el hocico levantado, sin intentar siquiera rastrear. De pronto las huellas desaparecieron y el niño se detuvo y observó en torno y al divisar el matojo de encina doce metros más allá, sonrió tenuemente. Sabía, por su abuelo Román, que las liebres en la nieve ni se evaporan ni vuelan, como dicen algunos cazadores supersticiosos; simplemente, para evitar que las huellas las delaten, dan un gran salto antes de agazaparse en su escondrijo. Por eso intuía que la liebre estaba allí, bajo el carrasco, y al avanzar hacia él con la sonrisa en los labios, gozándose en la sorpresa, brincó la liebre torpemente y el niño corrió tras ella, torpemente también, riendo y cayendo, mientras la perra ladraba a su lado. Al cabo, el niño y la perra se detuvieron, en tanto la liebre se perdía tras una suave ondulación, los amarillos ojos dilatados por el pánico. Jadeante aún, el Nini experimentó una súbita reacción y se puso a orinar y la tierra oscura asomó en un pequeño corro bajo la nieve fundida. Poco más lejos se agachó y erigió en pocos minutos un monigote de nieve, le colocó su tapabocas y azuzó a la perra:

—Fa, mira, el Furtivo, ¡anda con él!

Pero a la perra le asustaba el muñeco y reculaba ladrando, sin cesar de mirarlo esquinadamente, y entonces el niño formó unas bolas y lo destruyó de cuatro pelotazos. Soltó una carcajada estridente y el cristalino eco que despertó su risa en la nieve lo animó a repetir y, luego, a gritar una y otra vez, cada vez más fuerte. Experimentaba, al hacerlo, una grata sensación de plenitud. Ascendió la loma sin dejar de gritar y entonces divisó al Furtivo, en carne y hueso, allá abajo, en la cuenca, recorriendo pesadamente los barbechos de la señora Clo. El Nini enmudeció y sintió recorrerle el cuerpo una oleada de ira. La ley prohibía cazar los días de nieve porque los animales rastreros denunciaban su presencia por las huellas y la perdiz, sin comer, no resistía más allá de un corto vuelo. Sin embargo, el Furtivo andaba allí y, por si la nieve no fuera bastante, portaba la escopeta en guardia baja por si algo se arrancaba. El niño le vio venir hacia él e intentó

rehuirle pero el Furtivo le atajó. Matías Celemín era práctico en andar por la nieve y viéndolo de lejos deslizarse ágilmente contra la centelleante claridad de los tesos parecía el único poblador del mundo. Al llegar a su altura, le dijo el Furtivo mostrándole sus aterradores dientes carniceros:

—¿Eras tú quien chillaba ahí arriba, bergante?

—Sí.

—Bien reías, ¿eh? Tú ríes cuando estás solo, como los locos.

El niño procuraba caminar deprisa porque la compañía del Furtivo le era ingrata. El morral del Furtivo abultaba como dos liebres. Le dijo al Nini:

—¿No viste huellas, rapaz? ¿Dónde diablos se meten los tejos en este pueblo?

—No sé.

—No sé, no sé; apuesto a que sí lo sabes.

El niño se encogió de hombros. Añadió el Furtivo:

—Os larga Justito de la cueva, ¿eh? ¿Dónde os vais a meter, bergante? Si a un conejo le ciegas el bardo, a morir; ya se sabe. Eso te va a pasar a ti por candar el pico.

De la loma descendían las pequeñas huellas de los pies descalzos del Nini junto a las de las enormes botazas claveteadas del Furtivo y las ingrávidas de la perra. La tierra, desolada y lívida, apenas abultada por las formas redondas de los cuetos, era como una superficie láctea en el momento de iniciar la ebullición.

El tío Ratero, acuclillado junto al fuego, levantó los ojos al oír los pasos del niño.

—¿Viste a ése? —dijo con reprimida avidez.

—No —dijo el niño.

—Malvino lo vio.

—No es cierto —añadió el Nini—. No hay un alma en el campo.

La huidiza mirada del Ratero se afiló bajo los párpados y se clavó en las brasas, pero no dijo nada. También el niño guardó silencio. Desde hacía cuatro semanas el tío Ratero no pensaba en otra cosa sino en la competencia. El Nini intentaba a veces disuadirlo, convencerlo de que el arroyo era de todos, pero el Ratero se obcecaba en su testarudez salvaje: «Las ratas son mías; ése me las roba», decía; y resollaba de fatiga y exasperación.

Por San Melitón salió el sol y fundió la nieve y, al caer la tarde, apenas si unos deleznables retazos blancos circuían las faldas de los tesos en su vertiente norte. Esa anochecida se encamó, al fin, el Centenario, y el Nini, al enterarse, bajó un rato a hacerle compañía. Sobre el camastro pendía una lavativa y, a su lado, la pobre lámpara, y sobre la pobre lámpara un cromo de la Virgen. Le dijo el viejo sin

volver la vista, sin mover un solo músculo de la cara:

—Esta tarde, antes de acostarme, quise oír el viento en los plumeros de las espadañas, como cuando mozo. Me tumbé junto al arroyo y aguardé, pero el viento no sonaba igual. Todo se va; nada se repite en la vida, hijo.

El niño comenzó a hablarle de la nieve y del Furtivo y de la liebre encamada bajo el carrasco y, finalmente, quedó en silencio, las pupilas en el trapo negro que ocultaba media cara del viejo. La respiración de éste era entrecortada y anhelante, mas, al concluir el niño, no hizo comentario. A la tarde siguiente el Nini volvió junto a él y, al anochecer, se incorporó y dio la lámpara de la cabecera del lecho. Durante una semana el Nini visitó diariamente al enfermo. Apenas cambiaban unas palabras, pero tan pronto el día agonizaba en la ventana, el Nini, sin que nadie se lo pidiera, encendía la luz. A la séptima noche, tan pronto el niño dio la luz, el Centenario agarró el trapo negro con dos dedos temblones, lo levantó y dijo:

—Ven acá.

El corazón del Nini latía desacompasadamente. La cara del viejo bajo el trapo era un amasijo sanguinolento socavado en la misma carne y en la parte superior de la nariz, junto a la sien, amarilleaba el hueso. El Centenario rió sordamente y dijo al observar la faz descolorida del muchacho:

—¿No viste nunca la calavera de un hombre vivo?

—No —convino el niño.

El Centenario volvió a reír quedamente y dijo:

—A todos cuando muertos nos comen los bichos. Pero es igual, hijo. Yo soy ya tan viejo que los bichos no han tenido paciencia para aguardar.

IX

Hacia San Segundo caían todos los años, desde hacía cuatro, por el pueblo, los extremeños. Componían una abigarrada caravana con la recua de borricos enjaezados y llegaban cantando, como si, en lugar de acabar de hacer quinientos kilómetros en diez días a uña de asno por caminos polvorientos, terminaran de emerger de un baño tibio tras un sueño reparador. La cuadrilla de extremeños se alojaba en los establos del Poderoso, a quien pagaban cinco reales diarios por cabeza, y como permanecían en el pueblo casi seis meses y formaban una partida de doce, don Antero se embolsaba anualmente cerca de once mil reales por este concepto.

Doña Resu, el Undécimo Mandamiento, los sintió llegar y cerró de

golpe la ventana:

—Ya están ésos aquí; Dios nos tenga de su mano —le dijo a la Vito, la sirvienta.

Durante los dos primeros años, el Nini acompañó a los extremeños a talar el monte de la vaguada y desenraizar los matos de encina. Antes hicieron esto en Torrecillórigo, aunque ahora eran empleados del Estado dedicados a la ardua tarea de la repoblación forestal. La repoblación forestal era la obsesión de los hombres nuevos, y cuando la guerra, apenas a las veinticuatro horas de estallar, se organizaron brigadas de voluntarios con el fin de convertir la escueta aridez de Castilla en un bosque frondoso. No había tarea más apremiante y los prohombres decían: «Los árboles regulan el clima, atraen las lluvias y forman el humus, o tierra vegetal. Hay, pues, que plantar árboles. Hay que hacer la revolución. ¡Arriba el campo!». Y todos los hombres de todos los pueblos de la cuenca se desparramaron ilusionados, la azada al hombro, por las inhóspitas laderas. Pero llegó el sol de agosto y abrasó los tiernos brotes y los cerros siguieron mondos como calaveras.

Guadalupe, el capataz de los extremeños, que, pese a su nombre, era un muchacho atezado y musculoso, con bruscos y ágiles ademanes de gitano, les dijo de entrada a los mozos del pueblo en la taberna del Malvino que venían dispuestos a convertir Castilla en un jardín. El Pruden se había sonreído escépticamente y el Guadalupe le dijo: «¿Es que no lo crees?». Y el Pruden respondió melancólicamente: «Sólo Dios hace milagros».

Los extremeños comenzaron el trabajo por la Cotarra Donalcio y en pocos meses la motearon de pimpollos, como la cara de un hombre picado de viruelas. Pero tan pronto concluyeron, un sol implacable derramó su fuego sobre la colina y los incipientes pinabetes comenzaron a amustiarse y a las dos semanas un setenta por ciento de los arbolitos trasplantados estaban resecos y chascaban al pisarlos como leña. Los supervivientes se defendieron unas semanas aún, pero al poco tiempo perecieron también calcinados y la faz de la Cotarra Donalcio volvió a ser tan adusta y hosca como antes de dejar su huella allí los extremeños. El yeso cristalizado brillaba en el borde de las hoyas de greda, y Guadalupe, el Capataz, al divisar los guiños del cerro desde los bajos juraba y decía:

—Todavía se cachondea el marica de él.

Hablaban de los cerros con rencor, pero, pese al estéril resultado, no cejaban en el empeño. A veces aparecía por el pueblo el ingeniero, que era un hombre campechano aunque con esa palidez que contagian las páginas de los libros a quien ha estudiado mucho, y entonces se reunía con los doce extremeños en la taberna del Malvino y les arengaba como el general a los soldados antes del combate:

—Extremeños —decía—, tened presente que, hace cuatro siglos, un mono que entrara en España por Gibraltar podía llegar al Pirineo saltando de rama en rama sin tocar tierra. Con vuestro entusiasmo, el país volverá a ser un inmenso bosque.

El Pruden y el Malvino cambiaban una mirada de inteligencia. Tras la visita del ingeniero, que bebía con ellos como un igual, los extremeños acrecían sus esfuerzos, ahondaban las hoyas de cada pimpollo para que sirviera de recipiente a las aguas pluviales y les protegiera del matacabras, pero las lluvias no se presentaban y, al llegar julio, el pimpollo se asaba en el hoyo como un pollo en su propio jugo.

El Nini frecuentaba a los extremeños porque, aparte de ser maestros en el arte de desarraigar una encina o de plantar un pinabete mediante un cortado movimiento de muñeca, le recordaban los tiempos de Torrecillórigo con el abuelo Abundio, cuando, al anochecer, en el almacén agujereado, narraban turbulentas historias de asesinatos. De vez en cuando, se presentaba en el pueblo algún conocido:

—Nini, chavea, ¿qué fue del abuelo?

—Se fue.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¡Condenado viejo! Con sus lavatorios no nos dejaba pegar ojo en toda la noche. ¿Recuerdas?

Pero en el pueblo no querían a los extremeños porque estimaban su labor inútil, impedían el acceso de las ovejas a las colinas y les atribuían toda clase de vicios. Durante su estancia los nativos disfrutaban de una absoluta impunidad. Ante cualquier desaguisado la gente decía:

—Habrán sido los extremeños.

El Undécimo Mandamiento iba más lejos. Y si aparecía un billete de cinco duros en el cepo de la iglesia, o se tenía conocimiento de cualquier buena acción, decía:

—De seguro, los extremeños no han sido.

Pero el Nini sabía que los extremeños eran buena gente y con su herramienta, un cacho de pan y un cacho de tocino salvaban la jornada y no pedían más. El jornal marchaba íntegro para Extremadura, donde durante seis largos meses les aguardaban pacientemente sus mujeres y sus hijos. Nada de esto modificaba la opinión del Undécimo Mandamiento, para quien los extremeños, en cualquier circunstancia, eran unos individuos indeseables. Y si callaban, le parecían peligrosos; y si cantaban, ineducados. Y si al cruzar frente al almacén oía sus animados coros, llamaba aparte al

Guadalupe y le decía.

—Guadalupe, el undécimo no alborotar.

Guadalupe, el Capataz, se plantaba:

—¡Está bueno eso! Y si no cantan ¿qué van a hacer, señora?

—Rezar.

Guadalupe cruzaba sus atezados brazos sobre el pecho y meneaba la cabeza de arriba abajo, como queriendo demostrar que callaba para no enconar más las cosas.

Por San Braulio, doña Resu se topó en la Plaza con el tío Ratero:

—Me alegro de verte, Ratero —le dijo—. ¿Sabes que el chico anda todo el tiempo entre los perdidos de los extremeños y bebe de la bota y oye palabrotas y cuentos obscenos?

—Déjele estar, doña Resu —respondió el Ratero con su sonrisa indescifrable.

—¿Eso dices tú?

—¡Eso!

—¿Y no andaría mejor en la escuela que aprendiendo lo que no debe?

—Él ya sabe.

—¿Crees tú que sabe?

—Todos lo dicen.

—¿Todos? Y si ellos no saben de la misa la media, ¿cómo saben si saben los demás?

El Ratero metió un dedo bajo la boina y se rascó ásperamente el cogote.

La voz de doña Resu adquirió, de súbito, un tono conciliador:

—Escucha, Ratero —agregó—. El Nini tiene luces naturales, ya lo creo que las tiene, pero necesita una guía. Si el Nini se lo propusiera podría saber más que nadie en el pueblo.

El Undécimo Mandamiento consultó su relojito de pulsera e hizo un ademán de impaciencia:

—Llevo prisa, Ratero —terminó—. Algún día he de hablar contigo despacio sobre el asunto.

No era ninguna novedad la mala opinión que el Nini le merecía a doña Resu, pero antes de llegar este año los extremeños el Undécimo Mandamiento se limitaba a pensar mal de él o a regañarle tibiamente. Esto no impedía que apelara a sus servicios cuando lo necesitaba, como aconteció, para San Ruperto y San Juan haría dos años, con el asunto de los conejos:

—Nini —le dijo entonces—, ¿no crían las conejas todos los meses?

—Así es, doña Resu.

—¿Qué le ocurre entonces a esta mía que lleva seis emparejada y

como si no?

El Nini no respondió, abrió la conejera y examinó reflexivamente a los animales. Después de un rato, los encerró de nuevo, se incorporó y dijo gravemente:

—Son machos los dos, doña Resu.

El Undécimo Mandamiento se sofocó toda y lo expulsó a empellones del corral.

Ya en vida de don Alcio Gago, su marido, doña Resu era inflexible y dominante. Don Alcio, por cosas de la tensión, se negaba a dar un paso, pero, como recelaba de los caballos, doña Resu los adquiría en la ciudad de los desechos de las funerarias. Los caballejos que tiraban de las carrozas eran animales dóciles, incapaces de una mala acción. A pesar de todo, don Alcio les respetaba la correa dorada y el plumero negro de la cabeza por si acaso al prescindir de estos aditamentos extrañaban la anomalía y se alborotaban. Y los campesinos, al cruzarse con él de esta guisa, se santiguaban porque presumían que un animal tan lúgubremente enjaezado no podía acarrear más que desgracias. Al ponerse el sol, don Alcio solía detenerse sobre el cerral y allí, inmóvil, a contraluz, sobre el caballo empenachado, semejaba una aparición fantasmagórica. A partir de entonces, el cerral comenzó a llamarse la Cotarra Donalcio. Mas don Alcio, a pesar de la tensión, enterró cuatro caballerías antes de morir él, y al ocurrir esto doña Resu le llevó un luto riguroso, negándose incluso a participar en la fiesta de la Pascuilla y asistiendo durante dos años a misa los domingos a través de la rejilla del confesonario.

Don Ciro, que era el párroco de Torrecillórigo, que por necesidad binaba en el pueblo, era demasiado joven y tímido para contradecirla: «Si su conciencia queda más tranquila, hágalo así», le decía. Don Ciro se presentaba los domingos sobre las once, en el tractor del Poderoso, y rezaba una misa sencilla y trataba de explicar sencillamente el Evangelio. El Mamertito, el chico del Pruden, que hacía de monaguillo, jamás tocaba segundas mientras no divisara desde el campanario la nube de polvo que levantaba en la carretera el Fordson del Poderoso.

El Mamertito, desde muy niño, empezó a decir que antes de dormirse se le aparecía San Gabriel. A los seis años se le aleló la cara y la Sabina, su madre, decía que era a causa de las apariciones. Pero dos años después el rapaz se cayó del trillo y expulsó de la nariz un piñón con raíces y todo y mucha sangre y pus y, de este modo, se le avivó el semblante de nuevo y la Sabina, decepcionada, le voceó que si volvía a mentarle a San Gabriel le cruzaba la cara de un bofetón. Por San Jonás, doña Resu mandó llamar al Nini:

—Pasa, pequeño —le dijo—. La perra déjala fuera.

El niño la miró serenamente y dijo con aplomo:

—Si ella no entra, yo tampoco, doña Resu, ya lo sabe.

—Está bien. Entonces, hablaremos en el corral.

Pero se quedaron en el zaguán, sentados en una vieja arca de nogal tan alta que los pies del Nini no alcanzaban el suelo. El Undécimo Mandamiento utilizaba esa tarde con él unos modales melifluos y reprimidos:

—Dime, hijo, ¿por qué andas siempre tan solo?

—No ando solo, doña Resu.

—¿Con quién, entonces?

—Con la perra.

—¡Alma de Dios! ¿Es alguien un animal?

El Nini la miró sorprendido y no respondió. Prosiguió doña Resu:

—¿Y la escuela? ¿Por qué no vas a la escuela, Nini?

—¿Para qué?

—Mira qué preguntas. Para aprender.

—¿Se aprende en la escuela?

—¡Qué cosas! En la escuela se educa a los pequeños para que el día de mañana puedan ser unos hombres de provecho.

Sonrió doña Resu al observar el desconcierto del niño y añadió:

—Escúchame. Los ignorantes del pueblo y los perdidos de los extremeños te dirán que sabes muchas cosas, pero tú no hagas caso. Si ellos no saben nada de nada, ¿cómo saben si sabes tú?

Se miraron uno a otro en silencio y doña Resu, para no perder su ventaja inicial, agregó al fin:

—¿Sabes acaso, pequeño, lo que es la longanimidad?

El niño la miraba perplejo, con el mismo estupor con que dos tardes antes mirara al Rosalino cuando le pidió desde lo alto del Fordson que diese un golpecito al carburador porque la máquina rateaba. Como el Nini no se inmutara, Rosalino le preguntó: «¿No sabes, acaso, dónde anda el carburador?». Finalmente el niño se encogió de hombros y dijo: «De eso no sé, señor Rosalino; eso es inventado».

Doña Resu lo contemplaba ahora con un punto de orgullo, una sonrisa apenas esbozada en las comisuras de los labios:

—Di —insistió—. ¿Sabes, por casualidad, qué es la longanimidad?

—No —dijo bruscamente el niño.

La sonrisa de doña Resu floreció como una amapola:

—Si fueras a la escuela —dijo— sabrías esas cosas y más, y el día de mañana serías un hombre de provecho.

Se abrió una pausa. Doña Resu preparaba una nueva ofensiva. La pasividad del niño, la ausencia de toda reacción empezaba a desconcertarla. Dijo de súbito:

—¿Conoces el auto grande de don Antero?

—Sí. El Rabino Grande dice que es macho.

—Jesús, qué disparate. ¿Es que un automóvil puede ser macho o hembra? ¿Eso dice el Pastor?

—Sí.

—Otro ignorante. Si el Rabino Grande hubiera ido a la escuela no diría disparates. —Cambió de tono para proseguir—: ¿Y no te gustaría a ti cuando seas grande tener un auto como el de don Antero?

—No —dijo el niño.

Doña Resu carraspeó:

—Está bien —dijo seguidamente—, pero sí te gustaría saber de plantar pinos más que Guadalupe, el Extremeño.

—Sí.

—O saber cuántos dedos tiene el águila real o dónde anida el cernícalo lagartijero, ¿verdad que sí?

—Eso ya lo sé, doña Resu.

—Está bien —dijo el Undécimo Mandamiento en tono intemperante—, tú quieres que a doña Resu la pille el toro. Eso quieres tú, ¿verdad?

El niño no respondió. La Fa lo contemplaba pacientemente desde la línea dorada de la puerta. Doña Resu se incorporó y puso al Nini una mano en el hombro:

—Mira, Nini —le dijo maternalmente—, tú tienes luces naturales pero al cerebro hay que cultivarlo. Si a un pajarito no le dieras de comer todos los días moriría, ¿verdad que sí? Pues es lo mismo.

Carraspeó bobamente y agregó:

—¿Conoces al ingeniero de los extremeños?

—¿A don Domingo?

—Sí, a don Domingo.

—Sí.

—Pues tú podrías ser como él.

—Yo no quiero ser como don Domingo.

—Bueno, quien dice don Domingo dice otro cualquiera. Quiero decir que tú podrías ser un señor a poco que pusieras de tu parte.

El chiquillo alzó la cabeza de golpe:

—¿Quién le dijo que yo quiera ser un señor, doña Resu?

El Undécimo Mandamiento elevó los ojos al techo. Dijo, reprimiendo su irritación:

—Será mejor que vuelva a hablar con tu padre. Eres muy testarudo, Nini. Pero ten presente una cosa que te dice doña Resu: en este mundo no se puede estar uno mano sobre mano mirando cómo sale el sol y cómo se pone, ¿me entiendes? El undécimo, trabajar.

X

El Rabino Grande se levantaba antes de apuntar la aurora e inmediatamente hacía sonar el cuerno desde el centro de la Plaza y los vecinos, al oír la señal, tiraban, entre sueños, del cordel enganchado al picaporte de la cuadra y las ovejas y las cabras acudían por sí solas a concentrarse en torno al Pastor haciendo sonar jubilosamente sus esquilas. Por su parte, el Rabino Chico, a esas horas, ya regresaba del cauce de abrevar el ganado y ambos hermanos se cruzaban en la Plaza y se saludaban levantando lentamente una mano en ademán amistoso, como si fueran dos desconocidos:

—Buenos días.

—Buenos nos los dé Dios.

Luego, el Rabino Chico se encerraba en el establo, limpiaba los pesebres y preparaba las posturas, en tanto el Rabino Grande ascendía con el rebaño por el camino del alcor y la primera claridad del alba lo sorprendía, de ordinario, faldeando los tesos. Durante el otoño y el invierno, los primeros seres que el Rabino Grande divisaba abajo en la cuenca, entre los hoscos terrones, arrimados a la tira plateada del arroyo, eran el tío Ratero y el Nini. Los distinguía, claramente aunque diminutos, y por sus actitudes adivinaba cuándo escapaba la rata o cuándo la atrapaban.

Sentado en una laja, a medio teso, mientras almorzaba, seguía ahora sus evoluciones con una atención indiferente y fría.

Abajo, en la cuenca, el Ratero se apartó de la hura malhumorado:

—No está sobada —dijo.

El riachuelo, en estiaje prematuro, discurría penosamente entre los carrizos y las espadañas y, a los lados, bajo un sol pugnaz, blanqueaban los barbechos sedientos, en contraste con la engañosa plenitud de los cereales apuntados.

El niño estimuló a la perra:

—¡Tráela, Fa!

El animal, el hocico a ras de tierra, olfateaba las veredas y los pasos de las riberas y al cruzar de una orilla a otra chapoteó en el agua ruidosamente. De pronto se plantó, el muñón erecto, la pequeña cabeza ladeada, fijos los ojos, el cuerpecillo tenso e inmóvil:

—¡Ojo, chita! —dijo el Ratero enarbolando el pincho.

La perra se arrancó ciegamente con un breve ladrido, quebrando, como una exhalación, las berreras y carrizos que se alzaban a su paso. Durante unos segundos corrió en línea recta, pero, de súbito, se detuvo, volvió sobre sus pasos, olisqueó tenazmente en todas direcciones y, al cabo, irguió la cabeza desolada y jadeó ahogadamente.

—La ha perdido —dijo el Nini.

—Es vieja ya; no tiene vientos —dijo el Ratero.

El Nini lo miró dubitativo. Dijo tras una pausa:

—Está preñada. Eso le pasa.

El hombre no respondió. La perra ganó de un salto la ribera, se agachó y, al concluir, escarbó nerviosamente con las manos hasta cubrir de tierra la pequeña mancha de humedad. Cada vez que orinaba en el campo procuraba no dejar rastro. En la cueva bastaba que el niño la señalara la entrada con un gesto para que el animal saliera y se desahogara. De muy joven lo hacía levantando la pata junto a las esquinas, como los perros, pero tras el primer parto, el animal se asentó y adquirió consciencia de su sexo. Antes, el Antoliano la cercenó el rabo de un solo golpe con el formón. Pero, en todo caso, el muñón de la Fa era un muñón alegre y expresivo, como esos hombres sobre quienes se acumulan las desgracias y, sin embargo, sonríen. Por el muñón de la Fa sabía el Nini dónde había ratas y dónde no las había, si estaba alegre o triste, dónde anidaban la abubilla y el alcaraván o si rondaba un peligro.

—Es del perro del Centenario —aclaró el Nini, tras una pausa, sin que el hombre le hubiera pedido explicaciones.

—¿Del Duque?

—Sí. Por la noche la Sime le da suelta.

El Ratero movió la cabeza enojado. Tenía la hirsuta barba a corros sin afeitar, y la sucia boina capona calada hasta las orejas. Sus ojos se enturbiaron al decir:

—No hay ratas ya.

Amagaba la primavera y los morrales eran cada vez más exiguos y laboriosos. Ningún año ocurrió así. Las ratas abundaban en el arroyo —a veces hasta cinco o seis en una hura— y raro era el día que el tío Ratero no conseguía un morral de tres docenas. Ahora, a duras penas lograban la tercera parte. El Ratero decía, apretando las encías deshuesadas: «Ése me las roba». Malvino, en la taberna, le malmetía cada noche: «Las ratas son tuyas, Ratero, mételelo en la cabeza. A ese granuja nadie le dio vela en este entierro». «Eso», decía el Ratero, y los músculos del cuello y de los brazos se le tensaban hasta casi saltar. Aún añadía el Malvino: «Quiere quitarte el pan; no dejes a ese gandul que te pise el terreno». Luego, hasta la tarde siguiente, el Ratero no hacía más que rumiar sus palabras pese a que el Nini se esforzaba en convencerle de que las ratas eran como los trigos, que unos años vienen mejor y otros peor, y culpaba de la escasez a los hurones y las comadrejas. «Algo han de comer —decía—; conejos no hay.» A veces el niño imaginaba que las ratas podían estar afectadas por la peste de los conejos, pero por más que investigó no consiguió dar con una rata

enferma. Conejos, en cambio, se hallaban con facilidad en el páramo, las trochas o los senderos del monte, la cabeza aleonada, los párpados hinchados, el hocico erizado de pústulas. El animal contagiado era un ser indefenso que moría de inanición: ciego y sin olfato era incapaz de encontrar alimento.

El Nini cavó una cueva anidada y llamó la atención del Ratero:

—Mire —dijo.

Entre las pajas se movían dos minúsculos cuerpos sonrosados. Tenían aún los ojos cerrados pero, en cambio, abrían unas bocas desproporcionadas:

—Ya ve, dos crías —añadió el niño—. Nadie tiene la culpa.

De ordinario, las camadas de las ratas eran de cinco a ocho. Dijo el Ratero, luego de observarlas atentamente:

—Son de esta noche.

El niño cubrió el nido, cuidando de no aplastarlas. Insistió:

—Es año bisiesto. Nadie tiene la culpa.

A la mañana siguiente, cuando acechaba a la nutria, en el cauce, el Nini se topó con el ratero de Torrecillórigo. Era un muchacho apuesto, de ojos vivaces y expresión resuelta, que vestía una americana de pana parda y botas claveteadas como las del Furtivo. Su perro olisqueaba sin convicción entre las berreras. El hombre sonrió al niño y dijo, acuclillándose e hincando el pincho de hierro en el suelo:

—¿Qué pasa que no hay ratas este año?

—Qué sé yo —dijo el niño.

—El año pasado había un carro de ellas.

—Éste, no. Las comadrejas las sangran; y los hurones.

—¿Los hurones también?

—A ver. No hay conejos arriba. La peste acabó con ellos. Algo tienen que comer.

Luego permaneció en silencio un rato junto al cauce, observándolo. La Fa también lo miraba hacer y, de vez en cuando, rutaba con encono mal reprimido. El Nini reparó en la bolsa flácida, en la cintura del hombre:

—¿No cogiste ninguna?

El otro sonrió; su sonrisa era muy blanca en contraste con su rostro atezado:

—Ni las vi tampoco —dijo.

El niño hincó los codos en las rodillas y sujetó la cara entre las manos:

—¿Por qué lo haces? —inquirió al fin.

—¿Por qué hago qué?

—Cazar ratas.

—Para entretenerme, mira. A mí me gustan las ratas.

—¿Las vendes?

El otro rompió a reír francamente:

—Está bueno eso. Con sacar para merendar ya me conformo —dijo.

Entonces el niño le sugirió que cazara en el término de Torrecillórigo. El muchacho parecía muy divertido:

—¿Es vedado esto?

El niño continuó mudo. El hombre, entonces, se sentó en el ribazo, lió un cigarrillo, lo prendió y se tumbó bajo el sol. Guiñaba los ojos, no se sabía si por el humo del cigarrillo o por la fuerza del sol y, de pronto, se enderezó y dijo:

—Parece que no quiere llover.

El Pruden, desde San Juan Clímaco, decía cada tarde en la taberna del Malvino: «Si no llueve para San Quinciano, a morir por Dios». El Rosalino y el Virgilio, y el José Luis y el Justito y el Guadalupe y todos los hombres del pueblo no decían nada, pero cada madrugada, al despertar, alzaban los ojos al cielo y al contemplar el azul infinito barbotaban juramentos y maldecían entre dientes. No obstante, se aviaban y salían con el primer sol a aricar los sembrados o a binar los barbechos y, al terminar, se sentaban silenciosamente en la taberna a esperar el agua y, si es caso, trataban de olvidar el riesgo y decían: «Anda, Virgilio, tócate un poco; siquiera tendremos música». Y otro tanto acontecía en septiembre cuando aguardaban pacientemente que lloviera para alzar. Los hombres del pueblo trataban de acorazarse contra la adversidad y jalonaban el curso del año con fiestas y romerías. Pero el agua, o el nublado, o el pulgón, o la helada negra siempre venían a trastornarlo todo. Por las Marzas, que este año cayeron por San Porfirio, el pueblo parecía un funeral. Sin embargo, los mozos se dividieron, como de costumbre, en dos coros, y ambos se peleaban por el Virgilio Morante, pero a poco de prender las hogueras se presentó la señora Clo y dijo que había relente y que el Virgilio andaba constipado y que mejor estaría en casa. Los coros, sin el Virgilio, apenas acertaban a entonar y las mozas se reían desde los balcones de sus esfuerzos disonantes. Luego, en las bodegas, no había ratas para todos y una vez más se cumplió la vieja profecía del Centenario: «Vino con holgura, tajada con mesura». Y el José Luis le dijo brutalmente al tío Ratero: «Ya no sirves; tendrás que pedir plaza en el Asilo». Y dijo el Ratero: «No hay ratas ya; ése me las roba».

Apenas regresó el Nini de acechar a la nutria, le dijo el Ratero maquinalmente:

—¿Viste a ése?

El Nini no respondió. El tío Ratero levantó los ojos del puchero:

—¿Le viste? —insistió.

Aún tardó el niño un rato en responder:

—No sabe —dijo al fin—. Y el perro tampoco.

El Ratero le prendió del pelo y le obligó a levantar la cabeza:

—¿Dónde andaba, di?

El niño crispó la boca en un gesto de dolor:

—En las Revueltas —dijo—. Pero no sabe. En toda la tarde agarró una rata, ya ve.

El tío Ratero le soltó, pero sus dedos seguían crispados y finalmente los entrelazó con los de la otra mano, como si atenazara la garganta de alguien.

—Si lo cojo, lo mato —dijo.

Luego quedó resollando por el esfuerzo.

Por San Andrés Hivernón, perdió un ojo la perra. Ocurrió el mismo día que el Rabino Grande, el Pastor, mató a palos a una culebra de metro y medio que mamaba a la cabra del Pruden después de hipnotizarla. A la Fa la perdió el ansia del tío Ratero, su afán porque husmease entre las junqueras, los carrizos y los zaragüelles. El tío Ratero no se cansaba: «Busca, chita», decía. Y el animal rastreaba dócilmente entre las berreras y la corregüela.

Al salir de la maraña con el ojo herido gañía tenuemente. El tío Ratero dijo: «No sirve ya; está vieja». Y el niño la tomó en sus brazos y pasó la noche aplicándole compresas de áloe y pimienta. A la mañana siguiente, le bañó el ojo con jugo de ciruela, pero todo resultó inútil; la perra quedó tuerta, con una expresión extraña en la cara, entre pícara y taciturna.

Por San Juan de Ante Portam Latinam parió la perra; echó seis cachorrillos moteados y uno de pelaje canela. El Nini bajó donde el Centenario a darle la buena nueva.

—Ya somos parientes, ¿no? —le dijo el viejo.

—¿Parientes, señor Rufo?

—A ver. ¿No son los cachorros del Duque y de tu perra?

—Sí.

—Pues entonces.

El niño no se habituaba ahora a la soledad. Echaba en falta a la perra, a su lado. Cada vez que salía de la cueva el animalito le seguía con la vista dudando entre abandonarle a él o abandonar a sus crías. Una tarde, al regresar de sus correrías, la encontró aullando lastimeramente. Bajo ella, oculto entre las ubres, jugueteaba solitario el cachorro canela. El Ratero le dijo con una sonrisa maliciosa:

—Éste ve bien.

El Nini le miró sin responderle. Agregó el tío Ratero:

—Tiene los ojos bien listos.

El niño vacilaba:

—¿Y los otros? —dijo al fin.

—¿Los otros?

—¿Dónde los puso?

En la cara del tío Ratero se dibujó una mueca entre estúpida y socarrona:

—¿Dónde? Por ahí.

La perra gañía a su lado y el Nini tomó el cachorro en sus brazos y salió de la cueva. La Fa le precedía rastreando en la cárcava, atravesó el camino y por la linde del trigal se llegó al prado, levantó el hocico al viento, y al cabo, sin vacilar, se dirigió al río en línea recta. Una vez allí se alebró, la cabeza gacha, como entregada. Entonces divisó el Nini entre las espadañas el primer cachorro. Uno a uno recuperó los seis cadáveres y allí mismo, en el prado, cavó una hoya profunda y los enterró. Al concluir puso una cruz de palo sobre el montón de tierra y la Fa se ovilló a su lado, mirándolo apagadamente con su único ojo agradecido.

XI

La cigüeña casi siempre inmigraba a destiempo, lo que no impedía que el Nini anunciase su presencia cada año con varios días de antelación. En la cuenca existía desde tiempo el prejuicio de que la cigüeña era heraldo de primavera, aunque en realidad, por San Blas, fecha en que de ordinario se presentaba, apenas iba mediado el duro invierno de la meseta. El Centenario solía decir: «En Castilla ya se sabe, nueve meses de invierno y tres de infierno». Y raro era el año que se equivocaba.

El Nini, el chiquillo, sabía que las cigüeñas que anidaban en la torre eran siempre las mismas y no las crías, porque una vez las anilló y al año siguiente regresaron con su habitual puntualidad y los aros rebrillaban al sol en la punta del campanario como si fueran de oro. Tiempo atrás, el Nini solía subir al campanario cada primavera, por la fiesta de la Pascuilla, y desde lo alto de la torre, bajo los palitroques del nido, contemplaba fascinado la transformación de la tierra. Por estas fechas, el pueblo resurgía de la nada, y al desplegar su vitalidad decadente asumía una falaz apariencia de feracidad. Los trigos componían una alfombra verde que se diluía en el infinito acotada por la cadena de cerros, cuyas crestas agónicas se suavizaban por el verde mate del tomillo y la aliaga, el azul aguado del espliego y el morado profundo de la salvia. No obstante, los tesos seguían mostrando una faz torva que acentuaban las irisaciones cambiantes del yeso cristalizado y la resignada actitud del rebaño de Rabino Grande, el

Pastor, ramoneando obstinadamente, entre las grietas y los guijos, los escuálidos yerbajos.

Bajo el campanario se tendía el pueblo, delimitado por el arroyo, la carretera provincial, el Pajero y los establos de don Antero, el Poderoso. El riachuelo espejeaba y reverberaba la estremecida rigidez de los tres chopos de la ribera con sus muñones reverdecidos. Del otro lado del río divisaba el niño su cueva, diminuta en la distancia, como la hura de un grillo, y según el cueto volvía, las cuevas derruidas de sus abuelos, de Sagrario, la Gitana, y del Mamés, el Mudo. Más atrás se alzaba el monte de encina del común y las águilas y los ratoneros lo sobrevolaban a toda hora acechando su sustento. Era, todo, como una portentosa resurrección, y llegada la Conversión de San Agustín la fronda del arroyo rebrotaba enmarañada y áspera; los linderones se poblaban de amapolas y margaritas, las violetas y los sonidos se arracimaban en las cunetas húmedas y los grillos acuchillaban el silencio de la cuenca con una obstinación irritante.

Sin embargo, este año, el tiempo continuaba áspero por Santa María Cleofé, pese a que el calendario anunciara dos semanas antes la primavera oficial. Unas nubes altas, apenas tiznadas, surcaban velozmente el cielo, pero el viento norte no amainaba y las esperanzas de lluvia se iban desvaneciendo. Junto al arroyo, en las minúsculas parcelas donde alcanzaba el agua, sembraron los hombres del pueblo escarola, acelgas, alcachofas y guisantes enanos. Otros segaron los cereales de las tierras altas para forrajes verdes y dispusieron la siembra de trigos de ciclo corto. Las yeguas quedaron cubiertas y con la leche de las cabras y las ovejas se elaboraron quesos para el mercado de Torrecillórigo. En las colmenas recién instaladas se hizo el oreo para evitar la enjambrazón prematura y el Nini, el chiquillo, no daba abasto para atender las demandas de sus convecinos:

—Nini, chaval, mira que quiero formar nuevas colonias. Si no cojo trigo siquiera que coja miel.

—Nini, ¿es cierto que si no destruyo las celdillas reales el enjambre se me largará? ¿Y cómo demontre voy a conocer yo las celdillas reales?

Y el Nini atendía a unos y a otros con su habitual solicitud.

Por San Lamberto, las nubes se disiparon y el cielo se levantó, y sobre los campos de cereales empezaron a formarse unos corros blanquecinos. El Pruden dio la alarma una noche en la taberna:

—¡Ya están ahí las parásitas! —dijo—. La piedralipe no podrá con ellas.

Le respondió el silencio. Desde hacía dos semanas no se oía en el pueblo sino el siniestro crotorar de la cigüeña en lo alto de la torre, y el melancólico balido de los corderos nuevos tras las bardas de los corrales. Los hombres y las mujeres caminaban por las sórdidas

callejas arrastrando los pies en el polvo, la mirada ensombrecida, como esperando una desgracia. Conocían demasiado bien a las parásitas para no desesperar. El año del hambre el «ojo de gallo» arrasó los sembrados y dos más tarde el «cyclonium» no respetó una espiga. Los hombres del pueblo decían «cyclonium», entrecruzando los dedos mecánicamente, como veían hacer a don Ciro cada vez que soltaba cuatro latines desde el púlpito de la iglesia. A los más religiosos se les antojaba una blasfemia que se llamara «cyclonium» una parásita tan cruel y devastadora. No obstante, fuese su nombre propio o impropio, el «cyclonium» se ensañaba con ellos, o, al menos, amagaba todos los años por el mes de abril. El tío Rufo decía: «Si no fuera por abril no habría año vil». Y en el fondo de sus almas los hombres del pueblo alimentaban un odio concentrado hacia este mes versátil y caprichoso.

Por San Fidel de Sigmaringa, en vista de que la sequía se prolongaba, doña Resu propuso sacar el santo para impetrar la lluvia de lo Alto, siquiera don Ciro, el párroco de Torrecillórigo, con su excesiva juventud y su humildad, y su indecisa timidez, no les pareciera eficaz a los hombres del pueblo para un menester tan transcendente. De don Ciro contaban que el día que el Yayo, el herrador de Torrecillórigo, mató a palos a su madre y, tras enterrarla bajo un montón de estiércol, se presentó a él para descargar sus culpas, don Ciro le absolvió y le dijo suavemente: «Reza tres Avemarías, hijo, con mucho fervor, y no lo vuelvas a hacer».

Con todas estas cosas la nostalgia hacia don Zósimo, el Curón, se avivaba todo el tiempo. Don Zósimo, el antiguo párroco, levantaba dos metros y medio y pesaba 125 kilos. Era un hombre jovial que no paraba nunca de crecer. Al Nini, su madre, la Marcela, lo asustaba con él: «Si no callas —le decía—, te llevo donde el Curón, a que le veas roncar». Y el Nini callaba porque aquel hombre gigantesco, enfundado de negro, con aquel vozarrón de trueno, lo aterraba. Y cuando las rogativas, el Curón no parecía implorar sino exigir y decía: «Señor, concédenos una lluvia saludable y haz correr por la sedienta faz de la tierra las celestiales corrientes» como si se dirigiera a un igual en una conversación confianzuda. Y con aquella su voz atronadora, hasta los cerros parecían temblar y conmoverse. En cambio, don Ciro, ante la Cruz de Piedra, se arrodillaba en el polvo y decía humillando la cabeza y abriendo sus débiles brazos: «Aplaca, Señor, tu ira con los dones que te ofrecemos y envíanos el auxilio necesario de una lluvia abundante». Y su voz era débil como sus brazos, y los vecinos del pueblo desconfiaban de que una petición tan desvaída encontrara correspondencia en lo Alto. Y otro tanto sucedía en las Misiones. Don Zósimo, el Curón, cada vez que subía al púlpito era para hablarles de la fornicación y del fuego del infierno. Y peroraba con voz de

ultratumba y, al concluir el último sermón, los hombres y mujeres abandonaban la parroquia empapados en sudor, lo mismo que si hubieran compartido con los réprobos durante unos días las penas del averno. Por contra, don Ciro hablaba dulcemente, con una reflexiva, cálida ternura, de un Dios próximo y misericordioso, y de la justicia social y de la justicia distributiva y de la justicia conmutativa, pero ellos apenas entendían nada de esto y si aceptaban aquellas pláticas era únicamente porque a la salida de la iglesia, durante el verano, don Antero, el Poderoso, y el Mamel, el hijo mayor de don Antero, se enfurecían contra los curas que hacían política y metían la nariz donde no les importaba.

No obstante, el pueblo acudió en masa a las rogativas. Antes de abrir el alba, tan pronto el gallo blanco del Antoliano lanzaba desde las bardas del corral su ronco quiquiriquí, se formaban torpemente dos filas oscuras que caminaban cansinamente siguiendo las líneas indecisas de los relejes. Paso a paso, los hombres y las mujeres iban rezando el rosario de la Aurora y a cada misterio hacían un alto y entonces llegaba a ellos el dulce campanilleo de las ovejas del Rabino Grande desde las faldas de los tesos. Y como si esto fuera la señal, el pueblo entonaba entonces desafinada, doloridamente, el «Perdón, oh Dios mío». Así hasta alcanzar la Cruz de Piedra del alcor ante la cual se prosternaba humildemente don Ciro y decía: «Aplaca, Señor, tu ira con los dones que te ofrecemos y envíanos el auxilio necesario de una lluvia abundante». Y así un día y otro día.

Por San Celestino y San Anastasio concluyeron las rogativas. El cielo seguía abierto, de un azul cada día un poco más intenso que el anterior. No obstante, al caer el sol, el Nini observó que el humo de la cueva al salir del tubo se echaba para la hondonada y reptaba por la vertiente del teso como una culebra. Sin pensarlo más dio media vuelta y se lanzó corriendo cárcava abajo, los brazos abiertos, como si planeara. En el puentecillo de junto al arroyo divisó al Pruden encorvado sobre la tierra:

—¡Pruden! —voceó agitadamente, y señalaba con un dedo la chimenea, a medio cueto—: El humo al suelo, agua en el cielo; mañana lloverá.

Y el Pruden levantó su rostro sudoroso y lo miró como a un aparecido, primero como con desconcierto pero, de inmediato, hincó la azuela en la tierra y sin replicar palabra se lanzó como un loco por las callejas del pueblo, agitando los brazos en alto y gritando como un poseído:

—¡Va a llover! ¡El Nini lo dijo! ¡Va a llover!

Y los hombres interrumpían sus tareas y sonreían íntimamente y las mujeres se asomaban a los ventanucos y murmuraban: «Que su boca sea un ángel», y los niños y los perros, contagiados, corrían

alborozadamente tras el Pruden y aquéllos gritaban a voz en cuello: «¡Va a llover! ¡Mañana lloverá! ¡El Nini lo dijo!».

En la taberna corrió el vino aquella noche. Los hombres exultaban y hasta Mamés, el Mudo, se obstinaba en comunicar su euforia haciendo constantes aspavientos con sus dedos sobre la boca. Mas la impaciencia no les permitía a los hombres del pueblo traducir su lenguaje y Mamés gesticulaba cada vez más vivamente hasta que el Antoliano le dijo: «Mudo, no vocees así, que no soy sordo». Y todos, hasta el Mamés, rompieron a reír y, a poco, el Virgilín comenzó a cantar *La hija de Juan Simón* y todos callaron, porque el Virgilín ponía todo su sentimiento, y sólo el Pruden le dio con el codo al José Luis y musitó: «Eh, tú, hoy está cantando como los ángeles».

Al día siguiente, la Exaltación de la Santa Cruz, un nubarrón cárdeno y sombrío se asentó sobre la Cotarra Donalcio y fue desplazándose paulatinamente hacia el sudeste.

Y el Nini, apenas se levantó, lo escudriñó atentamente. Al fin se volvió hacia el Ratero y le dijo:

—Ya está ahí el agua.

Y con el agua se desató el viento y, por la noche, ululaba lúgubremente batiendo los tesos. El bramido del huracán desazonaba al niño. Se le antojaba que los muertos del pequeño camposanto, conducidos por la abuela Iluminada y el abuelo Román, y las liebres y los zorros y los tejos y los pájaros abatidos por Matías Celemín, el Furtivo, confluían en manada sobre el pueblo para exigir cuentas. Pero esta vez el viento se limitó a desparramar la gran nube sobre la cuenca y amainó. Era una nube densa, plomiza, como barriga de topo, que durante tres días con tres noches descargó sobre el término. Y los hombres, sentados a las puertas de las casas, se dejaban mojar mientras se frotaban jubilosos sus manos encallecidas y decían mirando al cielo entrecerrando los ojos:

—Ya están aquí las aguarradillas. Este año fueron puntuales.

A la mañana del cuarto día, el silencio despertó al Nini. El niño se asomó a la boca de la cueva y vio que la nube había pasado y un tímido rayo de sol hendía sus últimas guedejas blancas y proyectaba un luminoso arco iris de la Cotarra Donalcio al Cerro Colorado. Al niño le alcanzó el muelle aroma de la tierra embriagada y tan pronto sintió cantar al ruiseñor abajo, entre los sauces, supo que la primavera había llegado.

XII

A partir de San Gregorio Nacianceno, el canto de los grillos se hacía en la cuenca un verdadero clamor. Era como un alarido múltiple y obstinado que imprimía a los sembrados, al leve cauce del arroyo, a las míseras barracas de barro y paja, a los hoscos tesos que festoneaban el horizonte, una suerte de nerviosa vibración que se ensanchaba en ondas crecientes, como una marea, en los crepúsculos, para amainar en las horas centrales del día o de la noche. Mas en todo caso el canto de los grillos tenía un volumen y una densidad, se filtraba por todos los resquicios, ponía un fondo estridente a todas las faenas, pero los hombres y las mujeres del pueblo lo desdeñaban; era un algo, como el aire o el pan, que sostenía su ritmo vital sin que ellos se apercibiesen. Tan sólo la Columba, la del Justito, se llegaba en ocasiones a su marido, las manos abiertas, crispadas sobre el pecho, y sollozaba:

—Esos grillos, Justo. Esos grillos no me dejan respirar.

Por lo demás, la irrupción de los grillos significaba para el pueblo el comienzo de una larga expectativa. Los sembrados, aricados y escardados, verdegueaban en la distancia como una firme promesa y los hombres miraban al cielo insistentemente, pues del cielo bajaban el agua y la sed, la helada y las parásitas y, en definitiva, a estas alturas, únicamente del cielo podía esperarse la granazón de las espigas y el logro de la cosecha.

Con la irrupción de los grillos la Columba, la del Justito, solía avisar al Nini para separar la gallina y confiar los polluelos al pollo capón. De ordinario no le pagaba el servicio, porque, según la Columba, el dinero en el bolsillo de los rapaces sólo servía para maliciarlos; se conformaba con darle de merendar una pastilla de chocolate y un pedazo de pan y, luego, charlaba con él a distancia, junto al arcén del pozo, y así que el niño marchaba la invadía una sensación de desasosiego, como un picor inconcreto que iba extendiéndose por todo el cuerpo. Claro que esto le ocurría cada vez que se arrimaba a cualquiera de sus convecinos, razón por la cual la Columba terminó por no relacionarse con nadie. En puridad, la Columba echaba en falta su infancia en un arrabal de la ciudad y no transigía con el silencio del pueblo, ni con el polvo del pueblo, ni con la suciedad del pueblo, ni con el primitivismo del pueblo. La Columba exigía, al menos, agua corriente, calles asfaltadas y un cine y un mal baile donde matar el rato. Al Justito, su marido, lo traía de cabeza. Le decía:

—Justo, así que me levanto de la cama, sólo de ver el mundo vacío me dan ganas de devolver.

El Justito se desazonaba:

—¿Y dónde vamos a ir que más valgamos?

A la Columba le blanqueaban mucho los ojos:

—¡Al infierno! ¡Donde sea! ¿No se fue el Quinciano?

—Valiente ejemplo, el Quinciano, de peón a Bilbao a morirse de hambre.

—Mejor muerta de hambre en Bilbao que de hartura en este desierto, ya ves.

Para la Columba, el pueblo era un desierto y la arribada de las abubillas, las golondrinas y los vencejos no alteraba para nada su punto de vista. Tampoco lo alteraban la llegada de las codornices, los rabilargos, los abejarucos, o las torcaces volando en nutridos bandos a doscientos metros de altura. Ni lo alteraban el chasquido frenético del chotacabras, el monótono y penetrante concierto de los grillos en los sembrados, ni el seco ladrido del mochuelo.

Con el Nini, la Columba no congeniaba. Se le antojaba un producto más de aquella tierra miserable, y cada vez que se lo encontraba lo miraba con desdén y desconfianza. De ahí que la Columba no recurriera al Nini sino en circunstancias extremas, como en caso de catar la colmena, o capar el marrano, o separar la gallina y confiar la pollada al pollo capón. Mas ella concretaba sobre el Justito su soledad y su desamparo:

—¿Y el Longinos, di? ¿No se marchó el Longinos? ¿Y quién había más desgraciado que él en estos contornos?

—Ése es otro cantar. El Longinos se fue con su hermana a León. Ése fue a mesa puesta.

—Eso, di que sí. Todos tienen sus razones menos nosotros.

Sin embargo, cada vez que Fito Solórzano, el Jefe, le decía lo de las cuevas, Justito, el Alcalde, veía surgir un punto de luz en el horizonte:

—Si el Jefe me ayudara... —decía—. Pero antes he de acabar con las cuevas.

La Columba se excitaba:

—Lo que es yo iba a andarme con contemplaciones.

—Tú, tú..., tú todo lo arreglas de boquilla. ¿Qué harías tú, di?

—Pondría un cartucho y prendería. Verás con qué garbo se arrancaba el Ratero.

—¿Y si no se arranca?

—Tampoco se pierde nada, mira.

Justito, el Alcalde, no obstante, tropezó dos mañanas antes, en la Plaza, con la señora Clo, la del Estanco, y ella y lo llamó a un aparte:

—Justito —le dijo—. ¿Es cierto que queréis largar al Ratero de su cueva? ¿Qué mal hace ahí?

—Ya ve, señora Clo. Un día se hunde y tenemos en el pueblo una desgracia.

Ella dijo:

—Arréglasela; eso es bien fácil.

La roncha de la frente de Justito, el Alcalde, enrojeció a ojos vistas:

—En realidad, no es eso, señora Clo. En realidad, es por los turistas, ¿sabe? Luego vienen los turistas y salen con que vivimos en cuevas los españoles, ¿qué le parece?

—Los turistas, los turistas... ¡déjeles que digan misa! ¿No van ellos por ahí enseñando las pantorras y nadie les dice nada?

Por si esto fuera poco, el José Luis, el Alguacil, le hizo ver un día al Justito la imposibilidad de volar por las bravas la cueva del Ratero. El José Luis, después de un prolongado parlamento con el juez de Torrecillórigo, llegó a la conclusión de que el Ratero, sin soltar una peseta, era el dueño de su cueva.

—¿Dueño? —dijo perplejo el Justito—. ¿Puede saberse a quién ha pagado dos reales por ella?

El José Luis adoptó una actitud de suficiencia:

—¡Dinero! —dijo—. Para la Ley no solamente vale el dinero, Justo, no la fastidiemos. También cuenta el tiempo.

—¿El tiempo?

—A ver. Atiende, tú tienes una cosa un tiempo y un día, sin más que correr el tiempo, te haces el amo de ella. Así como suena.

El Justito frunció el entrecejo y la roncha le palpitó como una cosa viva:

—¿Aunque la hayas robado?

—Aunque la hayas robado.

—Estamos apañados, entonces —dijo el Justito desoladamente.

A partir del pleito de la cueva, la Columba empezó a mirar al Nini torcidamente, como a su más directo, encarnizado enemigo. Así y todo, el Nini, el chiquillo, parecía ignorar tal disposición y jamás se le pasó por las mientes que pudiera llegar un día en que tuviese que adoptar una resolución tan arriesgada como la de verter un bidón de gasolina en el pozo del Justito. Sin embargo, las cosas vinieron rodadas, y cuando por San Bernardino de Sena, la Columba mandó razón al Nini, como cada año, para separar la gallina, el niño acudió sin recelo, desplumó el pecho del pollo capón, le arrimó una mata de ortigas y lo depositó luego en el cajón sobre los pollos inquietos para que se calmase. La gallina, mientras tanto, lo miraba hacer estúpidamente tras los barrotes de la jaula, como si nada de todo aquello fuera con ella. Pero así que el niño terminó, la Columba, en vez de darle el pan y el chocolate, como de costumbre, se le quedó mirando con la misma estúpida expresión que la gallina. La Columba

decía a veces que el Nini tenía cara de frío incluso de Virgen a Virgen, fechas en que más arreciaba la canícula. El Malvino explicaba que eso les pasa a todos los que piensan mucho, porque mientras los sesos trabajan la cabeza se caldea y la cara se queda fría, ya que las calorías del cuerpo están tasadas y si las pones en un sitio, de otro sitio has de quitarlas. El Rabino Grande, cuando estaba presente, apoyaba al tabernero y recordaba que cuando don Eustasio de la Piedra, que era un sabio, le tentaba las vértebras a su padre, tenía también cara de frío. Pero el Nini, ahora, ante la mirada impasible de la Columba, sólo acertó a decir:

—Bueno; esto está listo.

Entonces ella pareció despertar, le puso al niño la mano sobre el hombro y le dijo:

—Nini, ¿por qué no os largáis de la cueva?

—No —dijo hoscamente el niño.

—¿No os largáis o no puede saberse?

—Las dos cosas.

—¡Las dos cosas, las dos cosas! —lo zamarreó la Columba, y su voz airada fue subiendo gradualmente de tono—: Un día el reuma te roerá los huesos por vivir bajo tierra y entonces no podrás abrir la boca ni menear un pie.

El Nini no se inmutó:

—Mira los conejos —dijo serenamente.

La Columba, entonces, perdió los estribos, levantó la mano y le propinó al niño dos solemnes bofetones. Después, como si ella fuera la ofendida, se llevó las dos manos a las mejillas y empezó a llorar con bruscas sacudidas.

Esa misma noche, el Nini robó un bidón de gasolina del sotechado del Poderoso y lo vació en el pozo del Justito. A la mañana, como de costumbre, la Columba se bebió un vaso de agua en ayunas y, al concluir, chascó la lengua:

—Esta agua tiene gusto —dijo.

—Vaya por Dios —dijo pacientemente el Justito.

—Te digo que tiene gusto —insistió la Columba.

Y al arrimar la nariz a la herrada, al Justito le temblaban visiblemente los dedos:

—¿Sabes que tienes razón? El agua esta huele a gasolina.

Prendió un fósforo y el líquido de la herrada ardió furiosamente y el Justito comenzó a golpearse el pecho con los puños y a reír con gruesas carcajadas. Parecía muy alterado al coger la bicicleta y le dijo a la Columba con muchos aspavientos:

—De esto nada, ¿oyes? Hay petróleo aquí abajo. Voy a avisar al Jefe. Esto es más importante que las cuevas. Pero mientras no venga el

Jefe, ni una palabra, ¿oyes?

Por la tarde se presentó el Jefe en el coche pequeño.

El sol aún no se había ocultado, pero a esas horas ya se sentían los agudos silbidos de los alcaravanes en la falda del Cerro Merino y los grillos aturdían con su canto frenético desde las tierras.

El Justito, con manos temblorosas, hizo la demostración y el Jefe, al ver arder la herrada, se sintió recorrido por un frío paralizante que, paradójicamente, le hacía sudar a chorros por la calva:

—Bueno, bueno... —dijo al fin con un nervioso guiño de complicidad—, esto tiene que verlo un técnico. Esto puede ser un hallazgo. Ni yo mismo puedo prever las consecuencias. Mañana volveré. Hasta tanto, mucha discreción.

Ya anochecido, el pueblo entero se estacionó ante la casa del Justito. Rosalino, el Encargado, tomó la palabra y dijo que tenían noticias de que había estado allí de incógnito el señor Gobernador y que el Antoliano y el Rabino Chico habían visto el coche y que algo importante debía de ocurrir en el pueblo y que Justo era su Alcalde y tenía el deber de informarles.

Tras su discurso, el encendido clamor de los grillos descendió de los cerros como un aroma sofocante y lo inundó todo, y Justo, el Alcalde, vaciló y, al fin, dijo:

—Nada, no ocurre nada, os lo digo yo.

Pero la señora Librada, la madre de la Sabina, la del Pruden, chilló con su vocecita estentórea:

—Vamos, Justo, no te hagas de rogar.

Y dijo la Dominica, la del Antoliano:

—Eso está muy feo, Justo.

Y Justo se volvió a ella:

—¿Cuál está feo, Dominica?

Y Dominica dijo:

—Hacerse de rogar.

Entonces el Justito levantó las manos en actitud conciliadora y dijo:

—Está bien.

Y con afectada parsimonia se llegó al pozo, extrajo un acetre de agua y le prendió fuego. Las llamas ascendieron caracoleando hacia el alto cielo oscurecido y el Justito sacó de lo hondo del pecho el vozarrón de Alcalde y dijo:

—¡Amigos! De la Cotarra Donalcio al Pezón de Torrecillórigo hay un mar de petróleo aquí debajo. El Jefe lo ha dicho así. Mañana seremos ricos. Ahora sólo os pido una cosa: calma y discreción.

Un alarido de entusiasmo coreó sus palabras. Los hombres y las mujeres se estrujaban, volaban al aire las sucias boinas caponas y el Pruden se despojó de la raída americana de pana parda y brincaba

sobre ella como enloquecido. De vez en cuando se apartaba y decía: «Pisa, Dominica. Debajo está la fortuna. Hay que abrigarla». Y Mamés, el Mudo, babeando se dirigió al Alcalde, como si fuera a echar un discurso, pero sólo dijo: «Je», y por la comisura de la boca le escurría una espuma amarillenta. Y volvió a repetir: «Je». Entonces la Sabina, como trastornada, voceó: «¡El Mudo ha hablado! ¡El Mudo ha hablado!». Y la señora Librada, negra y fruncida como una uva pasa, dijo: «Es un milagro. El Mudo ha hablado». Y el Virgilio, encaramado en los hombros del Malvino, chilló: «¡Frutos, los cohetes!». El Frutos, el Jurado, regresó del Ayuntamiento en un santiamén y los cohetes rasgaron las tinieblas del cielo con su estela iluminada y detonaban en lo alto con una explosión breve, como abortada. La señora Clo avanzaba hacia la Sabina a trompicones, abriéndose paso entre el gentío, pero al ver al Virgilio en los hombros del Malvino le voceó: «Baja, Virgilio. Te vas a caer». Luego le preguntó a la Sabina: «Sabina, ¿es cierto que habló el Mudo?», y la Sabina dijo: «Ha dicho "olé"; todos lo oyeron». Doña Resu, a sus espaldas, se santiguó. Tan sólo el Guadalupe y sus hombres parecían descentrados en aquella algarabía, cerrados en corro, cabizbajos. El Capataz, al fin, se abrió paso a empellones y se encaró con el Justito. Dijo oscuramente:

—¿Y nosotros, Justo? ¿Qué vamos a sacar nosotros de todo esto?

El Alcalde exultaba. Le dijo:

—Os daremos una parte, claro. Aquí hay petróleo para todos. Os traeréis vuestras mujeres y vuestros hijos y viviréis con nosotros.

Nadie durmió aquella noche en el pueblo y, a la mañana, tan pronto se presentó el señor Gobernador con dos hombres graves y enigmáticos en el coche grande, la multitud excitada y soñolienta hizo corro en derredor de ellos. Mas cuando Justito prendió un fósforo y lo arrimó al acetre y el fósforo se apagó, se difundió en torno un murmullo de decepción. El Justito había empalidecido, pero aún insistió tres veces con el mismo resultado, hasta que, finalmente, el señor Gobernador le invitó a entrar en la casa con la herrada y los dos hombres graves y enigmáticos. Al salir, el gentío le rodeó expectante, y el señor Gobernador, a quien Justito empujaba por las posaderas, se encaramó torpemente al brocal del pozo y dijo con voz engolada:

—Campesinos: habéis sido objeto de una broma cruel. No hay petróleo aquí. Pero no os desaniméis por ello. Tenéis el petróleo en los cascos de vuestras huebras y en las rejas de vuestros arados. Seguid trabajando y con vuestro esfuerzo aumentaréis vuestro nivel de vida y cooperaréis a la grandeza de España. ¡Arriba el campo!

Nadie aplaudió. Al descender del arcén del pozo el señor Gobernador se pasó nerviosamente un pañuelo blanquísimo por la calva reluciente, propinó un golpecito amistoso al Justito y murmuró: «Lo siento». Luego levantó la voz y dijo: «De veras que lo siento». Y

dirigiéndose a los dos señores graves y enigmáticos, dijo, señalándoles el automóvil: «Cuando gusten». Un mecánico uniformado les abrió la portezuela y el coche grande se perdió en el camino tras una nube de polvo.

XIII

Al rebasar la línea de sombra, el tío Ratero entornó los párpados, deslumbrado por los destellos del sol naciente. Desde el interior de la cueva, a contraluz, parecía más rechoncho y macizo de lo que era, y su inmovilidad y la boina capona hundida hasta las orejas le daban la apariencia de una estatua. Los brazos le pendían a lo largo del cuerpo, y las manos, de dedos todos iguales como tajados a guillotina, le alcanzaban holgadamente las rodillas. Al cabo de unos segundos, el hombre abrió los ojos y posó la mirada sobre los vastos campos de cereales incendiados de amapolas. El reiterativo canto de los grillos tenía ahora un ritmo tonificante, como una energía por primera vez desplegada. Los ojos del Ratero se fueron elevando poco a poco hasta los grises tesos lejanos, como barcos con las desnudas quillas al sol y, finalmente, resbalaron por las peladas laderas hasta detenerse en el puentecillo de tablas que enlazaba la cueva con el pueblo:

—Habrá que bajar —dijo entonces con un gruñido casi inaudible.

El Nini se adelantó hasta él, seguido de los perros, y se detuvo a su lado. Sus ojos estaban aún adormilados, pero el dedo pulgar de su pie derecho acariciaba mecánicamente a la perra tuerta a contrapelo y la Fa permanecía inmóvil, complacida, mientras el Loy, el cachorro, jugueteaba alocadamente en torno suyo.

—Será peor —dijo el niño—. Desbarataremos las camadas y no adelantaremos nada.

El hombre se sonó alternativamente las ventanas de la nariz y después se pasó por ella el dorso de la mano. Dijo:

—Algo hay que comer.

Desde que las ratas empezaron a escasear se acentuó el hermetismo del tío Ratero. La sucia boina calada hasta las orejas le dibujaba la forma del cráneo y el niño se preguntaba a menudo qué es lo que se fraguaría allí debajo. Años atrás por estas fechas, tras la merienda de Santa Elena y San Casto, el Ratero había hecho los ahorros suficientes para salvar el verano, pero la temporada última fue mala y ahora, llegada la veda, el hambre se alzaba ante ellos como un negro fantasma.

—Por San Vito se abre el cangrejo. Tal vez venga buen año —insistía el niño.

El tío Ratero suspiró hondo y no dijo nada. Sus pupilas se habían

elevado de nuevo y se clavaban en los mondos cerros grises que cerraban el horizonte. Agregó el Nini:

—Para el verano subiremos al monte a descortezar las encinas; el Marcelino, el de los curtidos, lo paga bien. Será mejor aguardar.

El Ratero no respondió. Silbó tenuemente y el Loy, el cachorro, acudió a su silbido. Entonces el Ratero se acuclilló y dijo sonriendo: «Éste ve bien», y comenzó a hacerle zalemas y el Loy gruñía con simulada cólera y hacía que mordía sus toscas manos. Los días de ocio eran largos y, de ordinario, el Ratero los llenaba adecentando la cueva, o adiestrando al cachorro en el cauce, o charlando parsimoniosamente, al caer el sol, en el poyo de la puerta del Antoliano o en la taberna del Malvino. Algunas noches, antes de retirarse, iban todos juntos al establo a ver ordeñar al Rabino Chico. Y le decían: «Hoy sin hablar, Chico». Y cuando el Rabino Chico concluía se decían entre sí: «Dio menos leche, date cuenta». Y al siguiente día le decían: «Háblale a la vaca mientras la ordeñas, Chico». Y entonces el Rabino Chico iniciaba un monólogo melifluo y conseguía una herrada más y ellos se daban de codo y se decían con ademanes aprobatorios: «¿Qué te parece? Está chusco eso». A veces, mientras fumaban indolentemente en el establo o en el poyo del taller del Antoliano, la conversación recaía en el ratero de Torrecillórigo y el Antoliano decía: «Sacúdele, Ratero. ¿Para qué quieres las manos?». Entonces el tío Ratero se estremecía levemente y farfullaba: «Deja que le ponga la vista encima». Y decía el Rosalino: «Al hijo de mi madre le podían venir con ésas». Y si la tertulia era en la taberna, el Malvino se llegaba al tío Ratero y le decía:

—Ratero, si un pobre se mete en casa de un rico, ya se sabe, es un ladrón, ¿no?

—Un ladrón —asentía el Ratero.

—Pero si un rico se mete en casa de un pobre, ¿qué es?

—¿Qué es? —repetía estúpidamente el tío Ratero.

—¡Una rata!

El Ratero denegaba obstinadamente con la cabeza:

—No —decía al fin—. Las ratas son buenas.

El Malvino porfiaba:

—Y yo digo, Ratero: ¿es que sólo se puede robar el dinero?

Los ojos del tío Ratero se enturbiaban cada vez más:

—Eso —decía.

Por Santa Elena y San Casto no hubo ratas para nadie y la fiesta de despedida de la caza resultó deslucida y triste. El Ratero fue sacando del morral una a una hasta cinco piezas:

—No hay más —dijo, al cabo.

El Pruden se echó a reír displicentemente:

—Para ese viaje no necesitabas alforjas.

El Ratero giró la sombría mirada en derredor y repitió:

—No hay ratas ya. Ése me las roba.

El Malvino se adelantó hasta él y dijo encolerizado:

—Y aún da gracias, porque a la vuelta de un año no te queda una para contarlo.

Los antebrazos del tío Ratero se erizaron de músculos cuando engarfió los dedos y dijo con una voz súbitamente enronquecida:

—Si lo cojo, lo mato.

En esos casos, el Nini procuraba calmar su excitación:

—Si no hay ratas, cangrejos habrá, no haga caso.

El Ratero no respondía, y llegada la noche ascendía a la cueva y el hombre prendía el candil y se sentaba a la puerta silencioso. Los grillos se desgañitaban abajo, en los sembrados, y los mosquitos y las mariposas nocturnas giraban en círculos concéntricos alrededor de la llama. De vez en cuando cruzaba sobre sus cabezas una ráfaga como un crujido de madera reseca. El niño levantaba los ojos y los perros rutaban.

—El chotacabras —decía el Nini a modo de explicación.

Pero el Ratero no lo oía. Al día siguiente, el Nini, como cada mañana, se esforzaba por hallar una solución. Con el alba abandonaba la cueva y pasaba el día cazando lagartos, recolectando manzanilla, o cortando lecherines para los conejos. Algunos días, incluso, alcanzaba las cumbres de los tesos más adustos de la cuenca para recoger almendras silvestres. Mas todo ello, en junto, rendía poco. Los lagartos, aunque de carne delicada y sabrosa, apenas tenían qué comer; la manzanilla la adquiría don Cristino, el farmacéutico de Torrecillórigo, a tres pesetas el kilo, y en cuanto a los lecherines, se los compraban la señora Clo, el Pruden o el Antoliano a real la brazada sólo por hacerle un favor. En alguna ocasión, el Nini trató de ampliar la clientela, pero la gente del pueblo se mostraba demasiado sórdida:

—¿A real la brazada? ¡Pero, hijo, si los lecherines andan tirados por las cunetas!

Una tarde, la víspera de San Restituto, el Nini se encontró de nuevo al muchacho de Torrecillórigo en el cauce. El niño trató de rehuirlo pero el muchacho se le acercó sonriente golpeándose la palma de la mano con el dorso de la pincha de hierro. La Fa olisqueaba el rabo del perro entre los carrizos. Dijo el muchacho:

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Nini.

—¿Sólo Nini?

—Nini, ¿y tú?

—Luis.

—¿Luis? Vaya un nombre más raro.

—¿Te parece Luis un nombre raro?

—En mi pueblo no hay nadie que se llame así.

El muchacho se echó a reír y sus dientes blanquísimos destellaban en la tez oscura:

—¿Y no serán los de tu pueblo los que son raros?

El Nini levantó los hombros y se sentó en el ribazo. El muchacho se aproximó al cauce donde el perro rastreaba entre la maleza y dijo rutinariamente:

—Dale, dale.

Luego volvió donde el niño y se sentó a su lado, sacó la petaca y el librillo y lió un cigarrillo. Al prenderlo con el chisquero de yesca lo miró y, bajo el sol, sus ojos se estriaban como los de los gatos. Le dijo el Nini:

—Ya no deberías cazar.

—¿Y eso?

—Destruyendo las camadas terminarás con las ratas.

El muchacho empinó la pincha de hierro y la sostuvo unos segundos en equilibrio sobre el dedo índice sin sujetarla. Después retiró repentinamente la mano y la atrapó en el aire como quien atrapa una mosca. Se echó a reír:

—Y aunque así fuera, chaval —dijo—, ¿quién va a llorarlas?

El sol caía tras los cerros y los grillos aturdían en derredor. A intervalos se sentía entre los juncos, muy próxima, la llamada de la codorniz en celo.

—¿No te gusta cazar? —inquirió el Nini.

—Mira, es una manera de matar el rato. Pero también me gusta salir al campo con una chavala.

Al ponerse el sol, el Nini regresaba de sus correrías y se reunía con el Ratero en el poyo de la puerta del Antoliano, o en los establos del Poderoso, o en la taberna del Malvino. En cualquier caso, la actitud del Ratero no variaba: mudo, la mirada huidiza, los antebrazos descansando sobre los muslos, inmóviles, como acechantes. Si acaso la tertulia se celebraba en los establos, el Ratero, recostado en un pesebre, observaba al Rabino Chico y cuando éste terminaba de ordeñar movía la cabeza en un vago gesto afirmativo y murmuraba: «Está chusco eso». Y su vecino, fuese el Pruden, el Virgilio, el Rabino Grande o el Antoliano, le daba de codo y le decía: «¿Qué te parece, Ratero?». Y él volvía a repetir: «Está chusco eso».

Por Santa Petronila y Santa Ángela de Mérici, el Undécimo Mandamiento tornó a llamar al tío Ratero:

—¿Has reflexionado, Ratero? —le dijo al verlo.

—El Nini es mío —dijo el Ratero hoscamente.

—Escucha —agregó el Undécimo Mandamiento—. Yo no trato de quitarte al Nini sino de hacerlo un hombre. Doña Resu sólo pretende que el chico se labre un porvenir. Así, el día de mañana tendrá el «don» y ganará mucho dinero y se comprará un automóvil y podrá pasearte a ti por todo el pueblo. ¿No te gustaría, Ratero, pasearte en automóvil por todo el pueblo?

—No —dijo secamente el tío Ratero.

—Está bien. Pero sí te agradaría dejar un día la cueva y levantarte una casa propia con azotea y bodega sobre la Cotarra Donalcio, que gloria haya, ¿verdad que sí?

—No —dijo el Ratero—. La cueva es mía.

Doña Resu se llevó las dos manos a la cabeza y se la sujetó como si temiera que echase a volar.

—Está bien —repitió—. Está visto que lo único que a ti te divierte, Ratero, es que a doña Resu le pille el toro. Pero antes debes saber que con un poco de voluntad el Nini podría aprender muchas cosas, tantas cosas como pueda saber un ingeniero. ¿Te das cuenta?

El Ratero se rascó ásperamente bajo la boina:

—¿Ésos saben? —preguntó.

—¡Qué cosas! Cualquier problema que le sometas a un ingeniero te lo resolverá en cinco minutos.

El Ratero dejó de rascarse y levantó la cabeza de golpe:

—¿Y los pinos? —dijo de pronto.

—¿Los pinos? Mira, Ratero, ningún hombre por inteligente que sea puede nada contra la voluntad del Señor. El Señor ha dispuesto que las cuestas de Castilla sean yermas y contra eso nada valen todos los esfuerzos de los hombres. ¿Te das cuenta?

El Ratero asintió. Doña Resu pareció animarse. Ablandó la voz para seguir:

—Tu chico es inteligente, Ratero, pero es lo mismo que un campo sin sembrar. El chico podría ir a la escuela de Torrecillórigo y el día de mañana ya nos apañaríamos para que estudiara una carrera. Tú, Ratero, únicamente tienes que decirme sí o no. Si tú dices sí, yo me cojo al chico…

—El Nini es mío —dijo el Ratero, enfurruñado.

La voz de doña Resu se destempló:

—Está bien, Ratero, guárdatelo. No quisiese que el día de mañana te arrepintieras de esto.

Al atardecer, cuando en el pueblo se encendieron las primeras luces y los vencejos se recogían, chillando excitadamente, en los aleros del campanario, doña Resu se llegó al Ayuntamiento:

—Esta gente —le dijo al Justito malhumorada— mataría por mejorar de condición, pero si les ofreces regalada una oportunidad, te

matarían porque no les obligasen a aceptarla, ¿te das cuenta, Justo?

El Justito, el Alcalde, se golpeó tres veces la frente con un dedo y dijo:

—Al Ratero le falta de aquí. Si no rebuzna es porque no le enseñaron.

El José Luis terció:

—¿Y por qué no le hacemos un test?

—¿Un test? —dijo doña Resu.

—A ver. Esas cosas que se preguntan. Si hay un médico que dice que está chaveta o que es un retrasado, se le encierra y en paz.

Al Justito se le iluminó la cara:

—¿Como al Peatón? —preguntó.

—Tal cual.

Dos meses atrás, al regresar un domingo de Torrecillórigo, el Agapito, el Peatón, atropelló a un niño con la bicicleta y para dictaminar sobre su responsabilidad se le sometió en la capital a un cuestionario y los doctores llegaron a la conclusión de que la inteligencia del Peatón era pareja a la de una criatura de ocho años. Al Agapito le divirtió mucho la prueba y desde entonces se volvió un poco más locuaz y, a cada paso, utilizaba las preguntas en la cantina como acertijos. «¿Te hago un “test”?», decía. Otras veces se ufanaba de su actuación y decía: «Y el doctor me dijo: “Si en los accidentes de ferrocarril el vagón de cola es el que da más muertos y heridos, ¿qué se le ocurriría a usted para evitarlo?”. Y yo le dije: “Si no es más que eso, doctor, bien sencillo es: quitarlo”. La gente de la capital se piensa que los de los pueblos somos tontos».

—Si el Jefe lo autoriza, un test podría ser la solución —dijo el Justito.

Doña Resu bajó los ojos y dijo:

—Al fin y al cabo, si nos tomamos estas molestias es por su bien. El Ratero tiene el caletre de un niño y no adelantaremos nada tratándole como a un hombre.

XIV

Por la Pascuilla, estuvo a punto de ocurrir en el pueblo una gran desgracia. Poco antes de comenzar la fiesta, el badajo de la campana golpeó la nuca del Antoliano y el Mamertito, el chico del Pruden, se deslizó desde la torre con el cable amarrado alrededor de la cintura.

Felizmente, el Antoliano se rehízo a tiempo, pisó el cable y el Mamertito quedó penduleando en el vacío, con la ajada túnica azul celeste arrebujada en los sobacos y sus alitas blancas de plástico

quebradas por la violencia del tirón.

El Nini, desde la Plaza, contemplaba el incidente sobrecogido, pues hacía tan sólo dos años era él quien desempeñaba el papel del Mamertito, pero Matías Celemín, el Furtivo, pese a que la víspera se le había muerto la galga, soltó una risotada a sus espaldas y dijo: «Parece un sisón alicortado, el bergante». La cosa, sin embargo, no pasó a mayores y doña Resu, el Undécimo Mandamiento, ordenó al Antoliano que izase de nuevo a la criatura, ya que faltaban los extremeños y la fiesta no podía comenzar.

A doña Resu, el Undécimo Mandamiento, le costó transigir con las imposiciones de Guadalupe, el Capataz, pero la decepción causada en los hombres del pueblo por el asunto del petróleo no se había disipado del todo y según le dijo el Rosalino, el Encargado, «este año no tenían humor para hacer el payaso». Sólo tras laboriosas gestiones logró doña Resu reclutar a seis apóstoles, mas Guadalupe, el Capataz, se mostró irreductible en este aspecto:

—Todos o ninguno, doña Resu, ya lo sabe. Los extremeños somos así.

Y antes que permitir que la Pascuilla se desluciese, doña Resu autorizó a los doce extremeños para que vistiesen los remendados sayales de los Apóstoles.

Sobre la Plaza polvorienta se cernía un sol henchido y pegajoso, y muy altos, allá donde el rumor del gentío no alcanzaba, evolucionaban perezosamente dos buitres negros. El Nini, el chiquillo, ignoraba dónde habitaban aquellas aves, pero bastaba el cadáver de un gato o de un cordero en los barbechos para que irrumpiesen por encima de los cuetos. Bajo ellos, las bandadas de vencejos se lanzaban en espasmos inverosímiles contra los vanos de la torre, acompañando sus movimientos de un chirrido ensordecedor.

Finalmente, tras la esquina de la iglesia, aparecieron los extremeños. El Nini los vio aproximarse con sus pesados andares, asomando bajo las túnicas polícromas los bastos pantalones de pana y las botazas embarradas de greda. Las pelucas despeluzadas, torpemente superpuestas, se derramaban sobre sus hombros y, no obstante, el grupo aparentaba una bíblica prestancia que acrecía sobre el fondo de casas de adobe y las sarmentosas bardas de los corrales.

El pueblo les abrió calle y los extremeños desfilaron cabizbajos y silenciosos por ella y, al llegar a las escaleras del templo, se desperdigaron entre la multitud y comenzaron a abrir puertas, y a saltar tapias, y a levantar piedras, en una enfebrecida búsqueda, hasta que doña Resu, ataviada con la túnica azul y el velo blanco de la Virgen, hizo una señal imperceptible al Antoliano y el Mamertito comenzó a descender, pausadamente ahora, desde lo alto de la torre, oscilando sobre el gentío, las alas aún desfasadas, pero lleno de unción

y transcendencia.

Al divisar al Ángel, la Virgen, los apóstoles y el pueblo se prosternaron llenos de estupor y se abrió un silencio espeso y sobre el chillido histérico de los vencejos se alzó la voz del Mamertito:

—No le busquéis —dijo—. Jesús, el llamado Nazareno, ha resucitado.

El Mamertito evolucionó aún sobre la Plaza unos instantes, en tanto los fieles se persignaban y el Antoliano iba, poco a poco, recogiendo cable. Tan pronto desapareció el Ángel tras el vano de la torre, doña Resu se incorporó penosamente y dijo:

—Alabámoste Cristo y bendecímoste.

Y el pueblo devoto coreó:

—Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Acto seguido, todos penetraron en el templo y se postraron de hinojos, mientras arriba, en el coro, Frutos, el Jurado, daba suelta a una paloma del palomar del Justo. El animal, desconcertado, sobrevoló unos minutos la multitud, golpeándose varias veces contra las vidrieras, y, al final, fue a posarse aturdidamente sobre el hombro derecho de la Simeona. Entonces el Undécimo Mandamiento se volvió al pueblo desde las gradas del altar y le dijo a la Sime campanudamente:

—Hija, el Espíritu ha descendido sobre ti.

La Sime meneaba el hombro disimuladamente, tratando de ahuyentar a la paloma, pero en vista de que era inútil se resignó y empezó a tragar saliva con unos ruiditos extraños, como si se ahogara, y por último se dejó conducir por doña Resu hasta el hachero y, una vez allí, el pueblo desfiló ante ella y unos le besaban las manos, y otros hacían una genuflexión y los más tímidos dibujaban subrepticiamente sobre sus rostros requemados un garabato, como una furtiva señal de la cruz. Terminado el homenaje, la Sime, custodiada por los Apóstoles y precedida por la Virgen y el Ángel anunciador, que marcaban el paso a los acordes de la flauta y el tamboril, desfiló por las calles del pueblo, mientras la noche caía blandamente sobre los cerros.

Al iniciarse la procesión, el Nini corrió junto al Centenario, que apenas era ya un revoltijo de huesos bajo la lavativa:

—Señor Rufo —le dijo jadeante—, la paloma se le posó a la Sime esta tarde.

El viejo suspiró, levantó dificultosamente un dedo hacia el techo y dijo:

—Los buitres ya andan arriba. Los sentí esta mañana.

—Yo los vi —dijo el niño—. Volaban sobre la torre. Vienen por la galga del Furtivo.

El Centenario denegó obstinadamente con la cabeza. Al cabo dijo, con un gran esfuerzo, señalándose el hombro izquierdo:

—Ésos vienen a posarse aquí.

Y en efecto, a la tarde siguiente, San Francisco Caracciolo, falleció el Centenario. La Sime acostó el cadáver en el suelo del zaguán, boca arriba, sobre una arpillera, y le quitó el trapo de la cara de forma que el hueso rebrillaba a la luz de los cirios. En derredor se congregó el pueblo enlutado y silencioso y la Sime le dijo al Nini apenas entró:

—Ahí lo tienes. Al fin descansamos los dos.

Mas el tío Rufo no parecía descansar, con su único ojo y la boca patéticamente abiertos. Ni la Sime parecía descansar tampoco, porque tragaba saliva sin cesar, con unos ruiditos ahogados, como la víspera cuando el Espíritu descendió sobre ella. Pero a cada uno que llegaba le endilgaba la misma cosa y cuando el moscón, luego de estar posado diez minutos en las descarnaduras del Centenario, empezó a volar sobre la concurrencia, todos hacían aspavientos para ahuyentarlo excepto la Sime y el niño. Y el moscón retornaba sobre el cadáver, que era, sin duda, el más desapasionado de todos, pero cada vez que reanudaba el vuelo, los hombres y las mujeres abanicaban disimuladamente el aire para que no se les posase, y de este modo producían un siseo como el de las aspas de un ventilador. Media hora más tarde se presentó el Antoliano con el cajón de pino oliendo todavía a resina, y la Sime pidió que le echasen una mano, pero todos ronceaban, hasta que entre ella, el Nini y el Antoliano lograron encerrarlo, y como el Antoliano, por ahorrar material, había tomado las medidas justas, el tío Rufo quedó con la cabeza empotrada entre los hombros como si fuese jorobado o estuviera diciendo que a él ninguna cosa de este mundo le importaba nada.

A media tarde, llegó don Ciro, el Cura, con el Mamertito, roció el cadáver con el hisopo y se postró a sus pies y dijo angustiosamente:

—Inclina, Señor, tu oído a nuestras súplicas con las que imploramos tu misericordia a fin de que pongas en el lugar de la paz y la luz al alma de tu siervo Rufo al cual mandaste salir de este mundo. Por Nuestro Señor Jesucristo…

—Amén —dijo el Mamertito.

Y en ese instante el moscón se arrancó del cadáver y voló derechamente a la punta de la nariz de don Ciro, pero don Ciro, con los ojos bajos, las manos cruzadas mansamente sobre la sotana parecía en éxtasis y no reparó en ello. Y el acompañamiento se daba de codo y murmuraba: «El cáncer le roerá la nariz», pero don Ciro proseguía imperturbable, hasta que, sin amago previo, estornudó ruidosamente y el moscón, asustado, buscó refugio, de nuevo, en el cadáver.

Al concluir las preces, la señora Clo se presentó con el libro

apolillado y la Sime dijo:

—¿Qué? Era del viejo.

En la primera página decía: «Sermones para los misterios más clásicos de las festividades de Jesucristo y de María Santísima. El autor es el licenciado en Sagrados Cánones don Joaquín Antonio de Eguileta, presbítero y capellán mayor de la Iglesia de San Ignacio de Loyola de esta Corte. Tomo III. Madrid MDCCXCVI. Con las licencias necesarias».

La Sime levantó los ojos y repitió:

—¿Qué? Era su libro.

—Mira —dijo la señora Clo.

Y abrió por la mitad y apareció un papel plegado, envolviendo un billete de cinco pesetas. Y en el papel, torpemente garrapateado, decía: *Reserbas para conparme la dentadura*. Y en la página siguiente había otro billete de cinco pesetas, y otro en la otra, y así hasta veinticinco. La señora Clo se ensalivó el pulgar, repasó el dinero expertamente, billete a billete, y se lo entregó a la Simeona.

—Toma —le dijo—, esto que te tienes. La dentadura de nada puede servirle al viejo.

Al día siguiente, San Bonifacio y San Doroteo, cuando los mozos izaron las andas, los comentarios del pueblo giraban en torno al hallazgo de la señora Clo, pero más aún que los billetes sorprendió el hecho de que el Centenario tuviera un libro en su casa. Y decía el Malvino, con evidente escepticismo: «Luego que si sabe o deja de saber. ¿Y quién no sabe teniendo un libro a la mano, digo yo?».

Hasta la iglesia, los mozos hicieron tres posas con el ataúd y, en cada una, don Ciro rezó los oportunos responsos, mientras la Sime se impacientaba sobre el carrillo, junto al Nini, y el Duque, el perro, amarrado a la trasera, con la soga como un dogal, gañía destempladamente. Una vez en la iglesia, apenas los hombres depositaron el féretro en el carro, la Sime azuzó el borrico y éste emprendió veloz carrera entre el estupor de la concurrencia. La Sime llevaba el cabello desgreñado, la mirada brillante y las mandíbulas crispadas, pero hasta alcanzar el alcor no despegó los labios. Le dijo, entonces, al Nini:

—Y tú, qué pintas aquí, ¿di?

El niño la miró gravemente:

—Sólo quiero acompañar al viejo —dijo.

Ya en el camposanto, entre los dos, arrastraron el ataúd a la zanja y la muchacha empezó a echar sobre él paletadas de tierra con mucho brío. La caja sonaba a hueco y los ojos de la Sime se iban humedeciendo a cada paso, hasta que el Nini se encaró con ella:

—Sime, ¿es que te ocurre algo?

Ella se pasó el envés de la mano por la frente. Dijo luego, casi furiosa:

—¿No ves la polvareda que estoy armando?

Al salir, junto a la verja, el Loy olisqueaba el rabo del Duque y sobre los tesos se extendía una indecible paz. La Sime señaló al Loy con la pala:

—Ni se da cuenta que es su padre; ya ves.

De regreso, el borrico sostenía un trotecillo cochinero que se hizo más vivo al descender del alcor. Pero la Sime condujo el carro por la senda de la Cotarra Donalcio y entró en el pueblo por la iglesia en lugar de hacerlo por el almacén del Poderoso. Le dijo el Nini:

—Sime, ¿es que no vas a casa?

—No —dijo la Sime.

Y ante la puerta del Undécimo Mandamiento detuvo el carrillo, se apeó y llamó con dos secos aldabonazos. Doña Resu, al abrir, tenía cara de dolor de estómago:

—Sime, mujer —dijo—, el undécimo no alborotar.

El Nini esperaba que la Sime respondiera desabridamente, pero ante su sorpresa, la muchacha se humilló y dijo en un susurro:

—Disculpe, doña Resu; si no le importa, acompáñeme a la iglesia. Quiero ofrecerme.

El Undécimo Mandamiento se santiguó, luego se apartó de la puerta y dijo:

—Alabado sea Dios. Pasa hija. El Señor te ha llamado.

XV

Por Nuestra Señora de la Luz brotaron las centellas en el prado y el Nini se apresuró a enviar razón al Rabino Grande para que alejara las ovejas, pues, según sabía por el Centenario, la oveja que come centellas cría galápago en el hígado y se inutiliza. Aquella misma tarde, el Pruden informó al niño que los topos le minaban el huerto e impedían medrar las acelgas y las patatas. Al atardecer, el Nini descendió al cauce y durante una hora se afanó en abrir en el suelo pequeñas calicatas para comunicar las galerías. El Nini sabía, por el abuelo Román, que formando corriente en las galerías el topo se constipa y con el alba abandona su guarida para cubrirlas. El Nini trabajaba con parsimonia, como recreándose, y, en su quehacer, se guiaba por los pequeños montones de tierra esponjosa que se alzaban en derredor. La Fa, repentinamente envejecida, lo veía hacer jadeando desde un sombrajo de carrizos, mientras el Loy, el cachorro canela, correteaba en la cascajera persiguiendo a las lagartijas.

Al día siguiente, San Erasmo y Santa Blandina, antes de salir el sol, el niño bajó de nuevo al huerto. La calina difuminaba las formas de los tesos que parecían más distantes, y en las plantas se condensaba el rocío. Junto al ribazo voló ruidosamente una codorniz, en tanto los grillos y las ranas que anunciaban alborozadamente la llegada del nuevo día, iban enmudeciendo a medida que el niño se aproximaba. Ya en el huerto, el Nini se apostó en un esquinazo junto al arroyo y, apenas transcurridos diez minutos, un rumor sordo, semejante al de los conejos embardados, le anunció la salida del topo. El animal se movía torpemente, haciendo frecuentes altos, y, tras una última vacilación, se dirigió a una de las calicatas abiertas por el niño y comenzó a acumular tierra sobre el agujero arrastrándola con el hocico. El Loy, el cachorro, al divisarlo, se agachó sobre las manos y le ladró furiosamente, brincando en extrañas fintas, pero el niño lo apartó, regañándole, tomó el topo con cuidado y lo guardó en la cesta. En menos de una hora capturó tres topos más y apenas el resplandor rojo del sol se anunció sobre los cuetos y tendió las primeras sombras, el Nini se incorporó, estiró perezosamente los bracitos y dijo a los perros: «Andando». Al pie del Cerro Colorado, el José Luis, el Alguacil, abonaba los barbechos y poco más abajo, en la otra ribera del arroyo, el Antoliano ataba pacientemente las escarolas y las lechugas para que blanqueasen. Desde el pueblo llegaba el campanilleo del rebaño y las voces malhumoradas y soñolientas de los extremeños en el patio del Poderoso.

Veinte metros río abajo, al alcanzar los carrizos, se arrancó inopinadamente el águila perdicera. Era un hecho anómalo que el águila pernoctase en los juncos y el Nini no tardó en descubrir el nido burdamente construido sobre una zarza con cuatro palos entrelazados recubiertos con una piel de lebrato. Dos pollos, uno de mayor tamaño que otro, le enfocaban sus redondos ojillos desconfiados, levantando sus corvos picos en actitud amenazadora. El niño sonrió, arrancó un junco y se entretuvo un rato provocándolos, aguijoneándolos hasta hacerlos desesperar. Arriba, en el azul del cielo, el águila madre describía grandes círculos, por encima de su cabeza.

El Nini silenció su descubrimiento, pero cada tarde descendía a la junquera para observar el progreso de los pollos, las evoluciones de la madre, que, de vez en cuando, retornaba al nido apresando entre sus garras rapaces un lagarto, una rata o una perdiz. A cada incursión, el águila, encaramada en lo alto de la zarza, oteaba desafiante y majestuosa los alrededores, antes de desollar la pieza para entregársela a sus crías. El niño, oculto entre los juncos, espiaba sus movimientos, la avidez descompuesta de los aguiluchos devorando la presa, la orgullosa satisfacción del águila madre antes de remontarse de nuevo en la altura. De este modo los aguiluchos iban emplumando

y desarrollándose, hasta que una tarde el Nini descubrió que el más pequeño había desaparecido del nido y el grande había sido amarrado con un alambre al tronco del zarzal. Mientras cortaba la atadura precipitadamente, pensó en Matías Celemín, el Furtivo, y, a poco, ya no pensó en nada porque el águila picaba en vertical sobre él desde una altura de trescientos metros y la Fa y el Loy ladraban mirando a lo alto sin cesar de recular. El águila, en su descenso, apenas rozó el nido, sujetó entre sus garras la cría liberada y se remontó de nuevo con ella en dirección al monte.

Dos días más tarde, el Triunfo de San Pablo, salió el norte y el tiempo refrescó. Los crepúsculos eran más fríos y los grillos y las codornices amortiguaron sus conciertos vespertinos. Al día siguiente, San Medardo, amainó el viento y, al atardecer, el cielo levantó y sobre el pueblo se cernió una atmósfera queda y transparente. Ya noche cerrada, asomó la luna, una luna blanca y lejana, que fue alzándose gradualmente sobre los tesos. Cuando el Ratero y el Nini llegaron a la taberna, el Chuco, el perro del Malvino, ladraba airadamente a la luna desde el corral y sus ladridos tenían una resonancia cristalina. El Malvino se descompuso. Dijo:

—¿Qué le ocurre a este animal esta noche?

Poco a poco, sin acuerdo previo, fueron llegando a la cantina todos los hombres del pueblo. Entraban diseminados, uno a uno, la negra boina capona calada hasta las orejas, y antes de sentarse en los bancos miraban en torno medrosos y desconfiados. Tan sólo, de tiempo en tiempo, se sentía el golpe de un vaso sobre una mesa o una airada palabrota. La atmósfera iba llenándose de humo y, cuando el Pruden apareció en la puerta, veinte rostros curtidos se volvieron a él patéticamente. El Pruden vaciló en el umbral. Parecía muy pálido e inseguro. Dijo:

—Mucho brillan los luceros, ¿no amagará la helada negra?

Le respondió el silencio y, al fondo, el enconado y metódico ladrido del Chuco, en el corral. El Pruden miró en torno antes de sentarse y entonces oyó el juramento del Rosalino, el Encargado, a sus espaldas y, al volverse, el Rosalino le dijo:

—Si yo fuera Dios pondría el tiempo a tu capricho sólo por no oírte.

Tras la oscura voz del Rosalino, el silencio se hizo más espeso y dramático. El José Luis, el Alguacil, rebulló inquieto antes de decir:

—Malvino, ¿no podrías callar ese perro?

Salió el tabernero y desde dentro se oyó el puntapié y el aullar dolorido del animal en fuga. En la estancia pareció aumentar la tensión al regresar el Malvino. Dijo, brumosamente, Guadalupe, el Capataz, al cabo de un rato:

—¿Dónde se ha visto que hiele por San Medardo?

Los cuarenta ojos convergieron ahora sobre él y Guadalupe, para ahuyentar su turbación, apuró el vaso de golpe. Malvino se llegó a él con la frasca y se lo llenó sin que el otro lo pidiera. Dijo luego, con la frasca en la mano, encarándose ya, decididamente, con lo inevitable:

—Eso no. Va para veinte años de la helada de Santa Oliva, ¿os recordáis? El cereal estaba encañado y seco y en menos de cuatro horas todo se lo llevó la trampa.

El hechizo se rompió de pronto:

—No llegarían a diez fanegas lo que cogimos en el término —añadió el Antoliano.

Justito, el Alcalde, desde la mesa del rincón voceó:

—Eso ocurre una vez. Un caso así no volveremos a verlo.

El Antoliano accionaba mucho con sus manazas en la mesa inmediata explicándole al Virgilio, el de la señora Clo, el desastre:

—Las argayas estaban chamuscadas, ¿oyes? Lo mismo que si el fuego hubiera pasado sobre ellas. Lo mismo. Todo carbonizado.

El tabernero llenaba los vasos, y las lenguas, al principio remisas, iban entrando en actividad. Se diría que mediante aquella ardiente comunicación esperaban ahora conjurar el peligro. De pronto, dominando las conversaciones, se oyó de nuevo el lastimero aullido del Chuco en el patio.

Dijo el Nini:

—El perro ese ladra como si hubiera un muerto.

Nadie le respondió y los aullidos del Chuco, cada vez más modulados, recorrieron las mesas como un calambre. El Malvino salió al patio. Su blasfemia se confundió con el llanto quejumbroso del perro y el portazo del Furtivo al entrar. Dijo Matías Celemín, resollando como si terminara de hacer un largo camino:

—Buena está cayendo. Los relejes están tiesos como en enero. En la huerta no queda un mato en pie. ¿A qué viene este castigo?

De todos los rincones se elevó un rumor de juramentos reprimidos. Sobre ellos retumbó la voz del Pruden excitada, vibrante:

—¡Me cago en mi madre! —chilló—. ¿Es esto vivir? Afana once meses como un perro y, luego, en una noche… —Se volvió al Nini. Su mirada febril se concentraba en el niño, expectante y ávida—: Nini, chaval —agregó—, ¿es que ya no hay remedio?

—Según —dijo el chiquillo gravemente.

—Según, según… ¿según qué?

—El viento —respondió el niño.

El silencio era rígido y tenso. Las miradas de los hombres convergieron ahora sobre el Nini como los cuervos en octubre sobre los sembrados. Inquirió el Pruden:

—¿El viento?

—Si con el alba vuelve el norte arrastrará la friura y la espiga salvará. La huerta ya es más difícil —dijo el niño.

El Pruden se puso en pie y dio una vuelta entre las mesas. Andaba como borracho y reía ahora como un estúpido:

—¿Oísteis? —dijo—. Aún hay remedio. ¿Por qué no ha de salir el viento? ¿No es más raro que hiele por San Medardo y, sin embargo, está helando? ¿Por qué no ha de salir el viento?

Cesó repentinamente de reír y observó en torno esperando el asentimiento de alguien, pero repasó todos los rostros, uno a uno, y no vio más que una nube de escepticismo, una torva resignación allá en lo hondo de las pupilas. Entonces volvió a sentarse y ocultó el rostro entre las manos. Tras él, el Antoliano le decía al Ratero a media voz: «No hay ratas, la cosecha se pierde, ¿puede saberse qué coños nos ata a este maldito pueblo?». El Rabino Chico tartamudeó: «La tie... La tierra —dijo—. La tierra es como la mujer de uno». El Rosalino gritó desde el otro extremo: «¡Tal cual, que te la pega con el primero que llega!». Mamés, el Mudo, hacía muecas junto al Furtivo, unas muecas aspaventeras como cada vez que se ponía nervioso. Matías Celemín voceó de pronto: «¡Calla, Mudo, leche, que mareas!». El Frutos, el Jurado, dijo entonces: «¿Y si cantara el Virgilio?». Y, como si aquello fuera una señal, vocearon simultáneamente de todas las mesas: «¡Venga, Virgilio, tócate un poco!». Agapito, el Peatón, empezó a palmear el tablero acompasadamente con las palmas de las manos. El Justito, que desde hacía dos horas bebía sin parar del porrón, levantó su voz sobre los demás: «¡Dale, Virgilio, la que sea sonará!», y el Virgilio carraspeó por dos veces y se arrancó por *El Farolero* y el Agapito y el Rabino Grande batieron palmas y, a poco, el Frutos, el Guadalupe, el Antoliano y el José Luis se unieron a ellos. Minutos más tarde, la taberna hervía y las palmas se mezclaban con las voces enloquecidas entonando desafinadamente viejas y doloridas canciones. El humo llenaba la estancia y Malvino, el tabernero, recorría las mesas y colmaba los vasos y los porrones sin cesar. Fuera, la luna describía sigilosamente su habitual parábola sobre los tesos y los tejados del pueblo y la escarcha iba cuajando en las hortalizas y las argayas.

El tiempo había dejado de existir y al irrumpir en la taberna la Sabina, la del Pruden, los hombres se miraron ojerosos y atónitos, como preguntándose la razón por la que se encontraban allí congregados. El Pruden se frotó los ojos y su mirada se cruzó con la mirada vacía de la Sabina y, entonces, la Sabina gritó:

—¿Puede saberse qué sucede para que arméis este jorco a las cinco de la mañana? ¿Es que todo lo que se os ocurre es alborotar como chicos cuando la escarcha se lleva la cosecha? —Avanzó dos pasos y se encaró con el Pruden—: Tú, Acisclo, no te recuerdas ya de la helada de Santa Oliva, ¿verdad? Pues la de esta noche aún es peor, para que

lo sepas. Las espigas no aguantan la friura y se doblan como si fueran de plomo.

Repentinamente se hizo un silencio patético. Parecía la taberna, ahora, la antesala de un moribundo donde nadie se resolviera a afrontar los hechos, a comprobar si la muerte se había decidido al fin. Una vaca mugió plañideramente abajo, en los establos del Poderoso, y como si esto fuera la señal esperada, el Malvino se llegó al ventanuco y abrió de golpe los postigos. Una luz difusa, hiberniza y fría se adentró por los cristales empañados. Pero nadie se movió aún. Únicamente al alzarse sobre el silencio el ronco quiquiriquí del gallo blanco del Antoliano, el Rosalino se puso en pie y dijo: «Venga, vamos». La Sabina sujetaba al Pruden por un brazo y le decía: «Es la miseria, Acisclo, ¿te das cuenta?». Fuera, entre los tesos, se borraban las últimas estrellas y una cruda luz blanquecina se iba extendiendo sobre la cuenca. Los relejes parecían de piedra y la tierra crepitaba al ser hollada como cáscaras de nueces. Los grillos cantaban tímidamente y desde lo alto de la Cotarra Donalcio llamaba con insistencia un macho de perdiz. Los hombres avanzaban cabizbajos por el camino y el Pruden tomó al Nini por el cuello y a cada paso le decía: «¿Saldrá el norte, Nini? ¿Tú crees que puede salir el norte?». Mas el Nini no respondía. Miraba ahora la verja y la cruz del pequeño camposanto en lo alto del alcor y se le antojaba que aquel grupo de hombres abatidos, adentrándose por los vastos campos de cereales, esperaba el advenimiento de un fantasma. Las espigas se combaban, cabeceando, con las argayas cargadas de escarcha, y algunas empezaban ya a negrear. El Pruden dijo desoladamente, como si todo el peso de la noche se desplomara de pronto sobre él: «El remedio no llegará a tiempo».

Abajo, en la huerta, las hortalizas estaban abatidas, las hojas mustias, chamuscadas. El grupo se detuvo en los sembrados encarando el Pezón de Torrecillórigo y los hombres clavaron sus pupilas en la línea, cada vez más nítida, de los cerros. Tras la Cotarra Donalcio la luz era más viva. De vez en cuando, alguno se inclinaba sobre el Nini y en un murmullo le decía: «Será tarde ya, ¿verdad, chaval?». Y el Nini respondía: «Antes de asomar el sol es tiempo. Es el sol quien abrasa las espigas». Y en los pechos renacía la esperanza. Pero el día iba abriendo sin pausa, aclarando los cuetos, perfilando la miseria de las casas de adobes, y el cielo seguía alto y el tiempo quedo y los ojos de los hombres, muy abiertos, permanecían fijos, con angustiosa avidez, en la divisoria de los tesos.

Todo aconteció de repente. Primero fue un soplo tenue, sutil, que acarició las espigas; después, el viento tomó voz y empezó a descender de los cerros ásperamente, desmelenado, combando las cañas, haciendo ondular como un mar las parcelas de cereales. A poco, fue

un bramido racheado el que sacudió los campos con furia y las espigas empezaron a pendulear, aligerándose de escarcha, irguiéndose progresivamente a la dorada luz del amanecer. Los hombres, cara al viento, sonreían imperceptiblemente, como hipnotizados, sin atreverse a mover un solo músculo por temor a contrarrestar los elementos favorables. Fue el Rosalino, el Encargado, quien primero recuperó la voz y, volviéndose a ellos, dijo:

—¡El viento! ¿Es que no lo oís? ¡Es el viento!

Y el viento tomó sus palabras y las arrastró hasta el pueblo, y entonces, como si fuera un eco, la campana de la parroquia empezó a repicar alegremente y, a sus tañidos, el grupo entero pareció despertar y prorrumpió en exclamaciones incoherentes y Mamés, el Mudo, babeaba e iba de un lado a otro sonriendo y decía: «Je, je». Y el Antoliano y el Virgilio izaron al Nini por encima de sus cabezas y voceaban:

—¡Él lo dijo! ¡El Nini lo dijo!

Y el Pruden, con la Sabina sollozando a su cuello, se arrodilló en el sembrado y se frotó una y otra vez la cara con las espigas, que se desgranaban entre sus dedos, sin cesar de reír alocadamente.

XVI

Los diminutos huertos de junto al arroyo quedaron abrasados por la helada negra. No obstante, los hombres del pueblo descendieron obstinadamente a sus parcelas y sembraron las tierras de acederas, berros picantes, escarolas rizadas, guisantes tiernos, perifollos, puerros y zanahorias tempranas. Rosalino, el Encargado, aligeró el majuelo de raíces y rebrotes en los patrones injertados y el Nini, el chiquillo, se ocupó de eliminar los zánganos de las colmenas y seleccionar los conejos para la reproducción. Un sol, todavía clemente, estabilizó la temperatura, y bajo sus rayos los cereales terminaron de encañar y de granar y se secaron en pocos días. En el pueblo acreció entonces la actividad. A toda hora, los hombres y las mujeres limpiaban las eras y preparaban los aperos para la trilla y, al atardecer, desinfectaban los graneros dispuestos para recibir el cereal. Sobre el cielo, de un azul intenso, volaron un día las cigüeñas nuevas de la torre anticipándose al dicho del difunto señor Rufo: «Por San Juan, las cigüeñas a volar». Así y todo, cada mañana, las miradas de los hombres del pueblo se concentraban en el Portón del Noroeste, que en la primera decena del mes se mantuvo sereno y despejado. El Pruden decía a cada paso: «Lo que hace falta ahora es que no llueva». El difunto Centenario solía apostillar con su proverbial contundencia: «Agua en junio, trae infortunio». Y los hombres de la cuenca aguardaban el sol cada

mañana con la misma vehemencia con que aguardaban la lluvia por Nuestra Señora de Sancho Abarca o por San Saturio. Sin embargo, entre el vecindario cundió un optimismo prematuro por San Basilio el Magno. El hecho de haber salvado el cereal de la helada negra les imbuía una locuacidad desbordada. «Mal que bien, la cosecha va salvando», decían. Pero la señora Librada, más vieja o más precavida, advertía: «Aguarda a tener el trigo en la panera antes de hablar».

Por su parte, el tío Ratero no esperaba nada del tiempo. Su hermetismo era cada vez más hosco e irreductible. Durante el día apenas despegaba los labios y por las noches, al acostarse en las pajas, le decía invariablemente al Nini:

—Mañana habrá que bajar.

El niño le frenaba:

—Aguarde. Por San Vito se abre el cangrejo.

—¿El cangrejo?

—Lo mismo viene buen año. ¿Quién sabe?

Una semana atrás, por Santa Orosia, las cosas estuvieron a punto de resolverse cuando Justo Fadrique, el Alcalde, que se había colocado una corbata verde y roja como en las grandes solemnidades, le dijo al Ratero a bocajarro en la taberna del Malvino:

—Ratero, ¿qué dirías si te ofreciera un jornal de treinta pesetas y mantenido?

El Ratero se pasó la punta de la lengua por los labios agrietados. Después se rascó ásperamente el cogote bajo la boina. Se diría que iba a exponer un largo razonamiento, pero sólo dijo:

—Según.

—¿Según qué?

—Según.

—Mira, basta con que subas a las cuestas a hacer hoyas con los extremeños —señaló al Nini—: Por supuesto, el chaval puede subir también y comer contigo.

El Ratero reflexionó unos instantes:

—Vale —dijo al fin.

Justo Fadrique se pellizcó mecánicamente la barbilla recién afeitada. Lo mismo hizo dos tardes atrás, en la ciudad, cuando el abogado le dijo: «Si ese sujeto no ha cambiado últimamente no hay razón alguna para someterle a un test y privarle de la patria potestad». Ahora el Justito miró al Ratero largamente y dijo con afectada indiferencia:

—Sólo te pongo por condición que dejes la cueva.

El Ratero levantó los ojos:

—La cueva es mía —dijo.

Justo Fadrique se acodó en la mesa y añadió pacientemente:

—Date a razones, Ratero. La casa de la Era Vieja renta veinte duros y tú vas a ganar ciento ochenta y mantenido. ¿Qué te parece?

—La cueva es mía —repitió el Ratero.

Justo Fadrique estiró los antebrazos sobre el tablero y dijo haciendo un esfuerzo por suavizar la voz:

—Está bien, te la compro. ¿Qué quieres por ella?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni mil?

—No.

—Tendrá un precio; algo valdrá, digo yo.

—Algo.

—¿Cuánto? ¡Di!

El Ratero sonrió socarronamente:

—La cueva es mía —dijo.

Justo Fadrique meneó la cabeza de un lado a otro y, al fin, fijó en el Ratero sus pupilas encolerizadas:

—Yo podría conseguir —dijo— que Luisito, el de Torrecillórigo, no te quitara las ratas. ¿Qué te parece?

El rostro del Ratero se transformó en un instante. Las aletillas de la nariz se dilataron y sus labios se apretaron hasta quedar exangües:

—Ya lo haré yo —dijo.

Justito se levantó:

—No tienes agallas —dijo—. En todo caso, piénsatelo. Si tú lo quieres, yo podría ayudarte.

A partir de entonces, el Ratero pasaba las horas vigilando el cauce. Vivía en un estado de exaltación reprimida y por las noches no acertaba a conciliar el sueño. Algunas mañanas ascendía al Pezón de Torrecillórigo y desde la cumbre oteaba incesantemente las márgenes del arroyo. Al anochecer se refugiaba en la taberna, o en los establos, o en el poyo del taller del Antoliano. Y el Antoliano le decía: «Dos manos tienes, Ratero. Nadie necesita más». Y el Rosalino inclinaba la cabeza en dirección a Torrecillórigo y añadía: «Lo que es a mí me podía venir con ésas». El Malvino, en la taberna, le apremiaba: «El río es tuyo, Ratero. Antes de que él echara los dientes ya andabas tú en el oficio».

Mientras tanto, el Nini se desvivía resolviendo las dificultades de sus convecinos, pero rara vez el eliminar los zánganos de una colmena, o el capar un marrano, o el seleccionar los conejos defectuosos de un conejar le proporcionaba más allá de dos reales en junto. El Malvino le decía: «Fija una tarifa, leche. ¿No lo hacen así los médicos y los abogados?». El Nini se encogía de hombros y le miraba con tan grave aplomo que el Malvino se desconcertaba y terminaba por callar.

Por San Vito se abrió la veda del cangrejo y el Nini bajó al río con

las arañas y los reteles. Cebó las arañas con lombrices y los reteles con tasajo, y al caer el sol llevaba embuchadas cinco docenas y los cangrejos seguían acudiendo al engaño con facilidad. Al echarse la noche, el niño prendió el farol y sustituyó el tasajo de los reteles por tripas de gallina. Los grillos cantaban en torno y sobre su cabeza, en el primero de los tres chopos, palmoteaba una lechuza. A medianoche, el Nini recogió los bártulos, despertó a los perros y antes de regresar a la cueva dejó tendida en el arroyo una cuerda para la anguila. Los cangrejos se escurrían dentro del saco y producían un rumor húmedo y untuoso.

El tío Ratero le esperaba, acuclillado en la boca de la cueva, bajo el candil.

—¿Viste a ése? —dijo antes de que el Nini coronase la meseta de tomillos.

—No —dijo el niño.

El Ratero rumió algo entre dientes. Agregó:

—¿Y los cangrejos?

—Once docenas y media —dijo el Nini. Y por primera vez en varias semanas el tío Ratero entreabrió los labios en una sonrisa—. Si la Sime no baja este año todo irá bien —añadió el niño.

La Sime fue en tiempos su más fuerte competidora. La Sime pescaba a mano, remangándose las sayas, dejando al descubierto unos muslos blancos y amorcillados. El dedo índice de su mano derecha tenía la yema encallecida y era éste el que introducía sin recelo en las cuevas o entre las berreras y donde el cangrejo se agarraba con voraz fruición. Con una técnica tan simplista hubo años que la Simeona capturó más de quinientas docenas. Adolfo, el del coche de línea, llevaba luego los cangrejos a la ciudad, clasificados por tamaños, para venderlos en el mercado. Pero este año la Simeona se había espiritualizado. Se soltó el pelo sobre los hombros y se enfundó en una bata negra, larga hasta los pies. Su atuendo era el mismo que usara la Eufrasia cinco años antes, la primera ofrecida que recogió en su casa el Undécimo Mandamiento. La Sime, como la Eufrasia, pasaría tres años con doña Resu, realizando las tareas más arduas y humillantes, preparándose para profesar. El Malvino, en la taberna, solía decir: «Es la manera de tener criada gratis». El cambio repentino de la Simeona despertó, empero, la codicia de los hombres del lugar, que aprovechaban cualquier coyuntura propicia para demandarla: «Sime, ¿qué harás del carro?». «Lo necesito», respondía invariablemente la Simeona. «¿Y del borrico?», agregaban. «Lo necesito también», respondía ella. Ellos se rascaban la cabeza y preguntaban al fin: «¿Y puede saberse para qué necesitas un carro y un borrico para el monjío?». La Sime contestaba sin vacilar: «Para el dote». En los últimos tiempos, el Nini rehuía a la Simeona porque cada vez que la encontraba ella se agachaba y decía:

«Humíllame». El niño denegaba con la cabeza: «Yo no sé de eso», decía al fin. «Escúpeme», añadía ella. El pequeño se negaba. «¿No oyes? —insistía ella—. Te digo que me escupas. Aprende a obedecer a las personas mayores.» El niño se resistía, pero, a veces, terminaba por simular que lanzaba un escupitajo. Ella no se conformaba: «Así no. Más grande y a la cara. ¿Oyes?». Otras veces, la Sime se tumbaba en el suelo y le suplicaba que la pisara. Poco a poco el niño empezó a experimentar un repeluzno supersticioso hacia la Simeona.

Últimamente a la muchacha le dio por presagiar su muerte y decía, retorciéndose las manos, que «la cosa iba a ser tan rápida que ni tiempo tendría para lavarse». Al Nini le hacía depositario de su última voluntad.

—Atiende, Nini —decía—. Si yo muero quiero que el carro y el borrico sean para ti. El carro lo vendes y el importe me lo aplicas en misas. Del borrico, dispón. Lo puedes montar para salir al campo, pero cada vez que lo montes te acordarás de la Sime y me dirás una jaculatoria.

—¿Qué es eso, Sime? —inquiría el niño.

—¡Jesús! ¿Así andas? La jaculatoria es una pequeña oración. Tú dices: «Señor, perdona a la Simeona». Nada más, ¿oyes? Pero cada vez que montes el borrico, ¿me entiendes?

—Sí, Sime, descuida —asentía el niño. Ella se quedaba un momento pensativa. Luego agregaba:

—O mejor todavía. Tú dirás cada vez que montes el burro: «Señor, perdona los pecados que la Sime cometiera con la cabeza, luego con las manos, luego con el pecho, luego con el vientre y así cada vez con una cosa hasta llegar a los pies». ¿Me entiendes, Nini?

El Nini la miraba serenamente. Al cabo dijo:

—Sime, ¿es que con el vientre se pueden cometer pecados?

De pronto la Sime rompió a llorar. Tardó un rato en responderle. Al fin, dijo:

—A ver, Nini, los más graves. El mío se llamaba Paquito y está en el camposanto junto a mi padre. ¿Es que no lo sabías?

—No, Sime —replicó el niño.

Ella se echó el cabello para atrás en un ademán impaciente. Dijo:

—Claro, eras muy crío entonces.

Pero por San Protasio y San Tribuno, la Sime enfermó de verdad y el Nini, al verla hundida en el jergón, recordó al Centenario muerto. Le dijo la muchacha:

—Óyeme, Nini. Si yo muero quiero que el carro y el borrico y el Duque sean para ti, ¿entiendes?

—Pero Sime… —apuntó el niño.

—Nada de Sime —cortó ella—. Si yo muriese el dote no lo voy a

necesitar.

—Tú no vas a morirte, Sime. Ya se murió tu padre.

—Calla la boca. Ningún padre se muere por uno, ¿oyes?

—Bueno, Sime —dijo el niño acobardado.

Ella añadió:

—A cambio sólo te pido que no olvides lo que te dije, ¿recuerdas?

—Sí, Sime. Cada vez que suba al borrico le diré al Señor que perdone tus pecados empezando por la cabeza.

La Sime suspiró, aliviada:

—Está bien —dijo—. Ahora humíllame. No me queda mucho tiempo para lavarme. Tengo prisa.

—¿Qué, Sime?

—¡Escúpeme! —dijo ella.

—No, Sime.

Ella hizo unos rápidos visajes con la cara:

—¿Es que no me oyes? ¡Escúpeme!

El niño reculaba hacia la puerta. En las afiladas facciones de la Simeona veía ahora al Centenario y a la abuela Iluminada muertos:

—Eso sí que no, Sime.

En ese instante se filtró por las rendijas de la ventana un alarido agudo y quejumbroso. La Sime se quedó inmóvil, guiñando levemente los ojos en un nervioso parpadeo y, de pronto, se cubrió el rostro con las manos y se arrancó a llorar histéricamente:

—Nini, ¿oíste? —dijo entre dos sollozos—. Es el diablo.

El niño se aproximó.

—Es el búho, Sime, no te asustes. Caza ratones en el tejado.

Entonces ella se tumbó de espaldas, soltó una risotada y se puso a decir cosas incoherentes.

Por Santa Edeltruda y Santa Agripina, la Simeona se restableció. El Nini, el chiquillo, se la encontró en la Plaza, todavía pálida y vacilante, y por primera vez desde que se ofreció no le encareció que la humillara. El Nini le preguntó:

—¿Estás bien, Sime?

—Bien, ¿por qué?

—Por nada.

Se quedaron un rato frente a frente, como observándose con reticencia.

Al fin, el Nini añadió:

—¿No bajarás este año a cangrejos, Sime?

—¡Huy, hijo! —dijo ella—. Eso se acabó. Yo ya no estoy para fiestas.

A partir de esa noche, los cangrejos empezaron a mostrarse esquivos

con los reteles y las arañas del Nini. Era lo mismo que el tiempo se mantuviese quedo o que soplara el sur o el noroeste. Al atardecer, los cangrejos abandonaban sus cuevas o sus cobijos bajo las berreras y merodeaban en torno a los reteles, pero sin decidirse a salvar el aro. El Nini, por más que se esforzaba, apenas conseguía atrapar más allá de una docena. Al llegar a la cueva le decía al tío Ratero:

—La Sime me echó mal de ojo.

El Ratero se rascaba insistentemente el cráneo bajo la boina:

—¿Nada? —inquiría.

—Nada.

—Habrá que bajar entonces.

Mas el Nini, antes de destruir las camadas de primavera, prefirió volver a los lecherines y los lagartos. Hizo un esfuerzo por ampliar su clientela ofreciendo los lecherines de puerta en puerta. Una tarde se llegó donde el Furtivo, a pesar de que su sonrisa carnicera le aterraba.

—Matías —le dijo—. ¿No necesitarás tú lecherines para los conejos?

—¿Lecherines? ¡Estás tú bueno, bergante! ¿Es que no sabes que largué los conejos de que empezó la peste?

El Nini parpadeaba desconcertado y, de repente, el Furtivo le agarró por el pescuezo y añadió, entornando los ojos como si le molestase la luz:

—A propósito, ¿no sabes tú quién fue el bergante que soltó el aguilucho del nido de la junquera?

—¿Un aguilucho en la junquera? —inquirió el niño—. Las águilas no anidan en la junquera, Matías, tú lo sabes.

—Pues esta vez anidó, ya ves; y un hijo de perra cortó el alambre con que amarré la cría, ¿qué te parece?

El Nini alzó los hombros y sus pupilas resplandecieron de inocencia. Agregó Matías Celemín, soltándole y cruzando solemnemente los brazos sobre el pecho:

—Oye una sola cosa y a ver si aprendes de una vez por todas. Aún no sé quién es ese tal, pero si un día lo agarro le voy a sacudir una mano de guantadas que no le van a quedar más ganas de entrometerse.

XVII

Un despiadado sol de fuego se elevó sobre los tesos por la Preciosa Sangre de Nuestro Señor y abrasó la salvia y el espliego de las laderas. En tan sólo veinticuatro horas, el termómetro rebasó los treinta y cinco grados y la cuenca se sumió en un enervante sopor canicular. Los cerros se resquebrajaron bajo los ardientes rayos y el pueblo, en la

hondonada, quedó como aprisionado por un aura de polvo sofocante. En torno crepitaban los trigos maduros, mientras los corros de cebada ya segados, con las morenas esparcidas por los rastrojos, denotaban un anticipado relajamiento otoñal. Bajo el bochorno, la vida languidecía y el infernal silencio de las horas centrales apenas se rompía por el piar lastimero de los gorriones entre los altos carrizos del arroyo. Al ponerse el sol, una caricia tibia descendía de las colinas y las gentes del pueblo aprovechaban la pausa para congregarse a las puertas de las casas y charlar quedamente en pequeños grupos. De los campos ascendía el seco aroma del bálago envuelto en el fúnebre lenguaje de las aves nocturnas, mientras las polillas golpeaban rítmicamente las lámparas o revoloteaban incansables en torno a ellas en órbitas desiguales. Del Cerro Merino llegaban los silbidos de los alcaravanes y, a su conjuro, los cínifes se desprendían de la maleza del río y bordoneaban por todas partes con agresiva contumacia. Era el fin del ciclo y los hombres, al encontrarse en las calles polvorientas, se sonreían entre sí, y sus sonrisas eran como una arruga más en sus rostros requemados por el sol y los vientos de la meseta.

No obstante, por San Miguel de los Santos, los cuetos amanecieron envueltos en una pegajosa neblina que fue acentuándose a medida que el día ensanchaba. Y el Pruden, al advertirlo, cruzó el puentecillo de troncos y ascendió penosamente la cárcava y, una vez en la meseta de tomillos, llamó al Nini a grandes voces:

—Nini, rapaz —dijo cuando éste apareció en la boca de la cueva, desperezándose—, esa calina no me gusta. ¿No amagará el nublado?

El Loy olisqueaba los talones del hombre y la Fa, alebrada junto al niño, se dejaba acariciar a contrapelo por su sucio pie desnudo. El Nini oteó el horizonte, los cerros ligeramente neblinosos y, finalmente, sus ojos se detuvieron en el azor, aleteando sobre el Pezón de Torrecillórigo. Al cabo de un rato, descendió por la cárcava al cauce sin decir palabra. El Pruden y los perros le seguían con la misma confiada docilidad con que siguen al médico los parientes de un enfermo grave. Una vez en el arroyo, el Pruden desató la lengua y en tono plañidero le dijo al Nini que los trigos secos y raspinegros no aguantarían la piedra. El niño aparentaba no oírle, se ensalivó el dedo corazón y observó atentamente de qué lado se secaba antes. Luego se introdujo entre los carrizos y las espadañas y analizó detenidamente los esbeltos tallos. Las hormigas aladas trepaban incansablemente por ellos y al alcanzar el extremo tornaban a descender. El Pruden lo contemplaba ahora silencioso y expectante y cuando el niño salió de entre los carrizos le consultó con la mirada:

—Hay niebla y la brisa es sur —dijo el niño pausadamente—. Las hormigas de alas andan en danza. Si antes de mediodía no cambia el viento, de aquí a mañana tronará. Harías bien en avisar a la gente.

Mas al Pruden nadie le hizo caso. Le dijo el Rosalino:

—Antes de San Auspicio no empiezo.

—El Nini dice... —apuntó el Pruden.

—Aunque lo diga María Santísima —atajó el Encargado. Sin embargo, un cuarto de hora más tarde, cuando el Frutos dio el pregón desde la Plaza pidiendo agosteros para el Pruden, los hombres reprimieron un estremecimiento. Tan sólo el Rosalino, para desalojar la inquietud de su pecho, comentó:

—Aviva, Pruden, que te se quema el arroz.

Pero a media tarde irrumpió sobre el Cerro Merino una nubecilla blanca y tras ella otras nubes más densas y apelmazadas. Los hombres del pueblo no quitaban ojo al cerro y al oscurecer, Justito, el Alcalde, dio orden al Frutos de preparar los cohetes contra el nublado. A esas horas el cielo se había encapotado totalmente y el Pruden, con la Sabina, el Mamertito, el Rabino Chico y el Críspulo —el chico mayor del Antoliano—, terminaban de amontonar en morenas el trigo de su parcela. Un viento cálido se desató al ponerse el sol e hizo ondear los campos sin segar y provocó violentas tolvaneras en los caminos. El cielo se mostraba cada vez más sombrío y el Nini despachó en un momento el frangollo preparado por el Ratero y se acuclilló a la puerta de la cueva. La noche se había echado de repente y la atmósfera era cada vez más pesada e irrespirable. Empero, no llovía aún, ni tronaba, y el primer resplandor del rayo asustó al chiquillo. La Fa levantó de golpe la cabeza y rutó cuando el estrépito del trueno descendió dando tumbos cárcava abajo. Un hedor a azufre se mezcló con el seco aroma del bálago y de la mies madura. El tío Ratero asomó a la boca de la cueva, miró a lo alto, a lo oscuro, y dijo:

—Buena se prepara.

Al Loy se le erizaron los pelos del espinazo y al elevarse en el cielo el primer cohete, apuntando al gran vientre tenebroso de la nube, ladró airadamente sin saber a qué. El estampido del cohete semejó al agudo grito de un niño en una acalorada discusión de adultos. Tras él, el cielo se abrió en una luz vivísima que hizo destellar la cadena de tesos como si fueran de plata. El trueno siguió a la luz sin transición y fue un trallazo fulminante y quebrado como un latigazo.

—Va a ser peor que la de San Zenón. ¿No recuerda? —dijo el Nini.

Un segundo cohete fue lanzado desde la Plaza y a éste siguieron otro y otro, sin interrupción ni método, a la desesperada. Se diría un cazador disparando chinas con un tiragomas contra una manada de elefantes. Un nuevo relámpago inundó la cuenca de una claridad lívida y al estruendo del trueno siguió el gemido del huracán barriendo los cuetos y los campos, levantando densos remolinos de polvo que se empinaban hacia el cielo, girando en espirales

inverosímiles. Al ceder el viento empezaron a caer las primeras gotas; eran unas gotas prietas, turgentes, como uvas, que restallaban en la tierra reseca y, al fraccionarse en minúsculas partículas, se evaporaban de nuevo sin dejar huella. Dijo el Ratero tras el Nini:

—Más vale así.

—¿Qué vale más?

—El agua.

—¿El agua?

—En seco sería peor.

El niño denegó con la cabeza sin cesar de mirar abajo, a las casas del pueblo:

—Será lo mismo —dijo sentenciosamente—. Tal como están los trigos será lo mismo.

Los relámpagos desgarraban el firmamento por todas partes, encadenándose en una suerte de fantástico duelo. Los truenos horrísonos del noroeste se confundían con las exhalaciones del sudeste y con el repiqueteo del pedrisco que rebotaba sobre la piel tirante del teso como palillos batientes sobre el parche de un tambor. Eran granos del tamaño de huevos de paloma, pero, pese a su volumen, el viento los arrastraba para amontonarlos allí donde un matojo o una quebrada del cueto les prestaba su abrigo.

—Se han juntado dos nublados —dijo el niño.

—Dos —respondió el Ratero.

—Como en el cincuenta y tres por San Zenón, ¿no recuerda?

—Lo mismo.

Poco a poco cedía la canícula y se elevaba de los campos castigados el tonificante vaho de la tierra húmeda. La granizada remitía a intervalos y entonces, a la cruda luz de las exhalaciones, el Nini distinguía a los hombres oscuros, como mudos muñecos, moviéndose alocadamente en la Plaza. Ya no era sólo el Frutos, sino el Justito, y el José Luis, y el Virgilio, y el Antoliano, y el Matías, y el Rabino Grande, y todos los hombres del pueblo quienes rivalizaban en lanzar al aire los cohetes en un desesperado intento por ahuyentar la amenaza. Mas los cohetes, cuando ascendían, eran una efímera estela, sin brillo ni potencia, que estallaba sordamente contra un cielo bajo y opresivo. La cuenca, en derredor, asumía una apariencia fantasmagórica a la cárdena luminosidad de los relámpagos y, a ratos, los ramalazos de granizo formaban una cerrada cortina, tupida e impenetrable. El Nini decía:

—Es aún peor que la del cincuenta y tres.

El Ratero, inmóvil tras él, en las tinieblas replicaba:

—Peor.

La furia del cielo se desató sobre la cuenca y durante cinco horas se

prolongaron las luminarias de las exhalaciones, los sordos retumbos de los truenos, el martilleo contumaz de la piedra sobre los campos. A las cuatro de la madrugada cesó repentinamente de llover y las nubes se concentraron al norte, sobre el Pezón de Torrecillórigo, y una luna alta y húmeda rasgó súbitamente los últimos flecos de la borrasca. La tierra toda que abarcaba la vista parecía cubierta de nieve, y los granizos, al deshacerse en el suelo, producían un rumor viscoso, como el de los cangrejos dentro de la sera. De cuando en cuando, tras el Pezón de Torrecillórigo, aún se abría el cielo en una culebrilla incandescente, pero el retumbo del trueno tardaba ahora en llegar y era algo redondo, uniforme, sin aristas.

El Nini bajó al pueblo tan pronto amaneció. La cárcava estaba húmeda y resbaladiza y el niño se desvió por la ladera para sujetar sus pies en los tomillos. Abajo los campos parecían muertos. La huerta y los tres chopos de la ribera erguían tímidamente su patética desnudez y los graznidos de las chovas en los vanos del campanario hacían más ostensible el gran silencio. Los trigos, arracimados desordenadamente por la violencia cambiante del ciclón, se acostaban mansamente sobre el lodo. A trechos, entre las espigas decapitadas, rebrillaban las charcas. Por los caminos y junto a las linderas yacían los cadáveres de los trigueros y las alondras, rígidos sobre los granos de trigo y los cascabillos desparramados. Los barbechos del Poderoso emanaban unas alacres fumarolas, como las que despedían los sembrados en los días soleados del invierno tras una noche de helada. Un pesado hedor a cieno entremezclado con el del bálago se cernía sobre los campos. Dos urracas, envalentonadas con el desastre, jugueteaban sobre el viejo potro, esponjándose al sol incipiente.

Al entrar en el pueblo, el Nini sintió el llanto resignado de las mujeres a través de los postigos. Al pie de la trasera del Pruden, medio enterrada en el cieno, había una golondrina. En el alero, asomando sus cabecitas blanquinegras por la abertura del nido, piaban incansablemente las crías. Las callejas estaban desiertas y en los relejes había más barro que en pleno invierno. En la Plaza, la señora Clo barría briosamente los dos escalones de acceso al Estanco. En la tapia de adobes, bajo las bardas del corral, un cartelón de letras desiguales decía: «¡Vivan los quintos del 56!». El Loy se detuvo, olisqueando en el zaguán del José Luis, y el Nini le silbó tenuemente. La señora Clo lo vio entonces, se apoyó en la escoba y le dijo moviendo la cabeza de arriba abajo y mordiéndose el labio inferior:

—Nini, hijo. ¿Qué te parece este castigo?

—Ya ve.

—¿Es que somos tan malos, Nini, como para merecer esto?

—Eso será, señora Clo.

Frente a los establos, salpicado de barro, estaba el automóvil del

Poderoso, y en la misma esquina don Antero y varios desconocidos hablaban dramáticamente con los hombres del pueblo. El Justito, y el José Luis, y el Matías Celemín, y el Rabino Chico, y el Antoliano, y el Agapito, y el Rosalino, y el Virgilio se encontraban allí, los ojos patéticamente abiertos, las espaldas vencidas como bajo el peso de un enorme fardo. Y don Antero, el Poderoso, decía:

—El seguro por descontado. Pero no hay que dormirse, Justo. Hoy mismo debe salir un pliego solicitando créditos y moratorias. De otro modo será la ruina, ¿oyes?

El Justito asintió débilmente:

—Por mí no ha de quedar, don Antero, ya lo sabe.

El Nini pasó de largo, los perros pegados a sus pies, pero antes de alcanzar el majuelo, oyó la voz tartajosa del Antoliano:

—Yo... yo no tengo seguro, don Antero.

Y la de Matías Celemín, el Furtivo, extrañamente fúnebre:

—Tampoco yo.

Un rumor de voces arrastradas se unió a la del Furtivo como un coro: «Ni yo», «Ni yo», «Ni yo».

Ya en el camino del majuelo, el Pruden le salió al paso. Pareció brotar de la tierra como un fantasma:

—Nini —dijo—. Tengo el trigo en morenas y no se ha desgranado —hablaba como disculpándose—: Yo...

El niño habló sin detenerse:

—No trilles hasta que seque —dijo—. Pero tampoco lo retrases, no sea que se nazca.

El Pruden le sujetó por un hombro:

—Aguarda —dijo—. Aguarda. ¿Tú crees que puedo yo ponerme a trillar delante de la miseria de los demás?

El Nini se encogió de hombros. Dijo, mirándole serenamente a los ojos:

—Eso es cosa tuya.

El Pruden se frotó las manos sin entusiasmo, tratando de dominar su nerviosidad. Luego hundió la derecha en el bolsillo y le tendió una peseta:

—Toma, Nini, por lo de ayer —dijo—. Más te daría, pero tengo aún que pagar tres jornaleros, hazte cuenta.

Bordeando el majuelo, desnudo por el pedrisco, el Nini se llegó al cauce. Poco más allá, del otro lado de los chopos, se encontró con Luis, el de Torrecillórigo. El muchacho le sonreía con sus dientes blanquísimos sin dejar de azuzar al perro.

—Dale, dale.

—¿Qué haces?

—¡Otra! ¿No lo ves? Cazar. ¿Crees tú que por este año se puede hacer otra cosa en el campo?

Le señalaba los trigos rotos, acostados en el barro: los dilatados campos convertidos en un pajonal.

—¿También en Torrecillórigo?

El hombre flanqueaba el arroyo a compás de la marcha del perro, entre los carrizos quebrados. Dijo:

—La nube no dejó tiesa una espiga.

El niño observó al perro moteado:

—Ese perro no se aplica —dijo.

—¿Lo hacen mejor los tuyos?

El niño señaló la cabeza jadeante de la Fa:

—Ésta es vieja y está tuerta, pero el cachorro ya las conoce y el año que viene se aplicará.

El muchacho de Torrecillórigo se echó a reír y se golpeó varias veces la bota con el extremo de la pincha de hierro:

—También el mío es nuevo —dijo.

—El año ya tiene.

—Por San Máximo lo cumple. ¿En qué lo has conocido?

—En los ojos. Y en la boca. ¿Cómo se llama?

—Lucero, ¿te gusta?

El niño denegó con la cabeza.

—¿Por qué no te gusta el nombre?

—Es largo.

—¿Largo? ¿Cómo se llaman los tuyos?

—La perra Fa.

—¿Y el cachorro?

—Loy.

El hombre volvió a reír.

—Para llamar a un perro cualquier nombre es bueno —agregó displicentemente.

De pronto, el muchacho levantó los ojos y su risa se fue contrayendo en la boca hasta convertirse en una mueca de estupor. El Nini oyó los pasos apresurados y alzó los ojos y vio al tío Ratero, aplastando en largas zancadas las cañas desmayadas del trigal. Llevaba la pincha en alto y gritaba algo inarticulado que no llegaban a ser palabras. Al alcanzar el borde del arroyo no se detuvo. Saltó en el agua, chapoteando como impulsado por una fuerza irracional y se echó sobre el muchacho con el hierro en alto. El Nini apenas tuvo tiempo de incorporarse, asirle de la raída americana y tirar hacia atrás con todas sus fuerzas, mas el muchacho de Torrecillórigo prendía ya la muñeca del Ratero manteniendo su pincho distante, mientras voceaba:

«Date a razones, ¡coño!». Pero el Ratero mascullaba palabrotas y murmuraba obcecadamente: «Las ratas son mías. Las ratas son mías». De súbito, la Fa se arrancó sobre el muchacho, mordiéndole sañudamente las pantorrillas, pero el Lucero, a su vez, se lanzó sobre la perra y ambos animales se enzarzaron, mientras el Loy, el cachorro, ladraba desconcertado, sin saber qué partido tomar. El Nini, persuadido de la imposibilidad de separar a los hombres, los seguía en las evoluciones que provocaba la lucha, los ojos desorbitados, intentando aplacarlos con sus voces, pero el Ratero no le oía. Una fuerza ciega le empujaba y como para darse coraje se repetía una y otra vez: «Las ratas son mías. Las ratas son mías». Los perros peleaban aviesamente, se mordían con enconado ensañamiento mostrando sus colmillos blanquísimos, sin cesar de gruñir. En una ocasión rodaron por el barrizal hechos un ovillo y el Ratero tropezó en ellos y cayó entre los trigos, el cuerpo de su adversario montado sobre él. El muchacho de Torrecillórigo trató de reducirlo hincándole las rodillas en los bíceps y en su tenso esfuerzo murmuraba: «Da-te-a-ra-zo-nes-co-ño», pero el Ratero le ganó la acción, se arqueó sobre el estómago y lo lanzó hacia atrás golpeándole luego con las botas en el vientre. Los dos hombres se incorporaron, observándose de soslayo, jadeando, las pinchas levantadas, mientras los perros seguían ferozmente enlazados. Fue el Ratero quien de nuevo tomó la iniciativa, pero el muchacho atajó su golpe con el hierro y durante unos momentos cruzaron sus pinchos y las chispas saltaron en el aire. El Ratero, la espalda rebozada de barro, observaba ahora a su adversario con los párpados entornados como una alimaña y amagó con el pincho dos veces y le lanzó luego una patada brutal que le alcanzó en el pecho y lo derrumbó sobre las mieses acostadas. El Ratero corrió hacia él, pero el muchacho, en un esguince felino, esquivó el cuerpo y el Ratero cayó de bruces sobre el fango. Al ponerse en pie su jadeo era áspero, acongojado, como un rugido. De vez en cuando repetía como un autómata: «Las ratas son mías, las ratas son mías». Una gruesa costra de barro le cubría el rostro y sus ojos adquirían, entre los párpados ennegrecidos de tierra, una viveza singular. El muchacho de Torrecillórigo, doblado por la cintura, aguardaba serenamente una nueva ofensiva y su mirada penduleaba entre los ojos del Ratero y la pincha que sujetaba entre sus dedos crispados. Otra vez el Ratero se arrojó sobre él, la cabeza gacha, el pincho hacia la garganta, mas el muchacho desvió a tiempo la trayectoria del hierro, que no le produjo más que un rasguño en la mejilla que súbitamente se llenó de sangre. También la Fa sangraba por las orejas y el lomo, pero el animal no cejaba en su empuje. Los cuerpos de los perros desaparecían a veces entre la espesura de las pajas acostadas, para reaparecer siete metros más allá peleando con el mismo encarnizamiento. El Loy, pasado el

desconcierto inicial, se pegó a las piernas del niño, erizados los pelos del espinazo, estremecidos sus miembros por un extraño temblor. Los hombres se habían enzarzado de nuevo, los pinchos en alto, murmurando maldiciones ininteligibles. El muchacho de Torrecillórigo tenía las mejillas cubiertas de sangre y por los agrietados labios entreabiertos se veía la boca reseca, aspirando el aire a bocanadas, como un pez moribundo. En un esfuerzo trató de herir a su contrincante, pero apenas si el filo del pincho pudo rasgar la chaqueta de pana del Ratero quien, al sentir en la piel el cosquilleo del metal y aprovechando el pasajero desmayo del otro, descargó un golpe contundente de abajo arriba y el hierro se hundió en el costado de su adversario hasta la empuñadura. Todo fue instantáneo como un relámpago. Las manos del muchacho se distendieron y el pincho, al caer, quedó oculto en el barro. El Ratero se separó de él resollando y, entonces, el muchacho de Torrecillórigo avanzó hacia el Nini torpemente, dando traspiés, los ojos desorbitados y, al pretender hablar, un borbotón de sangre le cortó la palabra. Permaneció unos segundos inmóvil, tambaleándose y, al cabo, cayó del lado derecho y cerró los ojos como si descansara. Aún se estremecieron sus piernas convulsivamente dos o tres veces. Luego le sobrevino un nuevo vómito y, como si quisiera impedirlo, volvió el rostro lentamente y ocultó sus facciones en el fango.

El Nini levantó los ojos espantados hacia el Ratero, pero éste, resollando aún, se aproximó al cadáver y rescató su pincho de hierro. Después se encaminó a donde los perros se revolcaban, sujetó al Lucero por la piel del cuello y de un tirón lo separó de la Fa. El animal intentó en vano morderle la muñeca, revolviéndose furioso, pero el Ratero le acuchilló tres veces el corazón sin piedad y, finalmente, lanzó su cadáver sobre el del muchacho.

La Fa gañía y se lamía sin cesar las mataduras del lomo cuando el Ratero se acercó al cauce y lavó la sangre del pincho meticulosamente. El Nini se sentó en el ribazo y se acodó en los muslos. La Fa se llegó a él y se alebró a sus pies temblando, en tanto el Loy miraba rutando los dos cadáveres, cuyas heridas se iban llenando paulatinamente de moscas.

Al regresar el tío Ratero junto al Nini, media docena de buitres aparecieron de improviso volando muy altos sobre el Pezón de Torrecillórigo. El niño miró al Ratero, que jadeaba aún, y el Ratero dijo a modo de explicación:

—Las ratas son mías.

El Nini señaló con el dedo al muchacho de Torrecillórigo y dijo:

—Está muerto. Habrá que dejar la cueva.

El Ratero sonrió socarronamente:

—La cueva es mía —dijo.

El niño se levantó y se sacudió las posaderas. Los perros caminaban cansinamente tras él y al doblar la esquina del majuelo volaron ruidosamente dos codornices. El Nini se detuvo:

—No lo entenderán —dijo.

—¿Quién? —dijo el Ratero.

—Ellos —murmuró el niño.

Tras el alcor se veía flotar el campanario de la iglesia y en torno a él fueron surgiendo, poco a poco, las pardas casas del pueblo, difuminadas entre la calina.

El loco

1953

El loco

I

Mi querido Davicito:

¡Oh, mi pobre Davicito, corazón! Ya estoy otra vez contigo. Si tú eres testarudo yo lo soy también, que lo mismo soy hijo de mi madre; pero entre hermanos eso no es correcto, no está bien visto, y si tú no vienes a mí yo voy a ti, que los resultados van a ser los mismos. Cuando se lo dije a Sánchez, él me dijo: «Tonto serás; eso es hincar el pico». Yo respondí: «Somos hermanos». «Aunque así sea», dijo Sánchez. Yo vacilé, Davicito, te lo confieso, y sólo cuando Aurita me dijo: «¿A qué esperar para ponerle cuatro letras a tu hermano?», me decidí del todo, y pensé: «Aurita tiene razón».

Y ya me tienes aquí, Davicito, un poco trastornado por las cosas que últimamente me han ocurrido. Aún no sé dónde llega la verdad o la mentira, ni lo que pudo ser verdad ni lo que pudo ser mentira. Únicamente sé que hubo una gran confusión y de la confusión nacieron las cosas de otra manera.

Siéntate, pues, Davicito, prende un cigarrillo si es que fumas (aunque yo no te lo aconsejo. Por aquí está cada vez más extendida la creencia de que el tabaco es una de las principales causas originarias del cáncer), y léete estas páginas con atención, que yo te iré explicando todo a mi manera.

II

La cosa empezó la tarde del 13 de octubre, al salir yo de la oficina, agobiado por ese bobo decaimiento que desde niño me ha producido el otoño. El centro de la ciudad, a esas horas, era poco adecuado a mi estado interior, deprimido y más bien melancólico, y no sé si por esto o porque estaba de Dios que yo tomase ese rumbo, fui y tiré por la

primera bocacalle a mano izquierda. Yo creo que al tirar por esa calle buscaba mi propia tranquilidad, por más que luego haya pensado que si tiré por esa calle fue en virtud de la misteriosa atracción que en ciertos momentos de la vida se establece entre los hombres y las cosas. Anduve durante un buen rato sin rumbo, hasta que me vi en un rincón solitario y desconocido, y entonces se me metió por los ojos un cartelón, mal iluminado por una bombilla, que decía: «Vinos», y yo pensé: «¿Qué tal un trago?». Y fíjate, Davicito, en la cadena de coincidencias, que a mí no me gusta el vino, ni busco jamás en el alcohol un alivio, ni me parece honrada la bebida a deshora; no vayas a pensar por este dato que tu hermano sea un borracho. Pero el caso es que entré en la taberna, me senté a una mesa alargada y pedí un blanco.

Hasta pasados unos minutos no reparé en el hombre que empinaba el codo en el mostrador y daba conversación al mozo repeinado que le servía. Era un hombre muy corpulento y producía la sensación de algo espeso y mal trabajado. Iba embutido en un abrigo negro que le ajustaba las formas del cuerpo como si fuera una salchicha. El abrigo le quedaba corto y, por debajo, asomaban los pantalones con unas bolsas enormes en las rodillas. A pesar de que al hablar manoteaba alocadamente, y como con cierta impaciencia, daba la impresión de un hombre pesado, de movimientos embarazosos y solemnes como los de un elefante. Pero fue su rostro lo que más me impresionó, Davicito, con un ojo caído y la pupila descentrada. Eran, sus ojos, de un tono gris desvaído, casi blancos y con una blandura dentro que daba grima. Tenía unos labios muy rojos o lo parecía, debido a la palidez de la piel, y el inferior, cuando hacía una pausa, se le descolgaba penosamente como un peso muerto.

III

Fue tan grande mi impresión, que volví el vaso a la mesa sin llegar a probarle. Resulta extraño, Davicito, lo que por mí pasó en aquel momento. Era algo así como si, de repente, mi vida actual se conectase con otra vida anterior mía. Raro, ¿verdad?

El ganglio me duele tratando de aclararte mi estado de ánimo en aquel momento; me resulta penoso y difícil. Bueno, sin ir más lejos, a ti te habrá ocurrido alguna vez, Davicito, que al escuchar una frase o contemplar una escena que consideras la primera de tal género en tu vida, presientes que esa frase o esa escena la has vivido ya o la has contemplado en otra ocasión, aunque por más que te esfuerces no aciertas a concretar cuándo ha sido, ni siquiera si ha sido en sueños. Sólo sabes que es «repetida», y entonces recelas si no habrás

disfrutado de otra vida anterior en la que oirías la misma frase o presenciarías la misma escena que oyes o ves ahora con la conciencia plena de ser la primera de tal clase en tu vida de hoy. Sin embargo, te dices: «Esto no es enteramente nuevo para mí».

Esto te ha ocurrido más de una vez, ¿no es cierto, Davicito? Y por más que te comprimes el cerebro, el cerebro no da chispa y te deja en la duda, lo mismito que estabas. Luego te olvidas y no te vuelves a acordar de ello. La impenetrabilidad del misterio termina por aburrirte y vencerte. Pues bien, Davicito, una impresión así, pero muy acusada y violenta, experimenté yo frente a aquel hombre, y, a pesar de que su físico me repugnaba, yo notaba la necesidad de mirarle, como si sus ojos me atrajeran o, en cierto modo, tirasen de mi voluntad, como dominándola.

IV

El mozo del mostrador miraba de reojo al hombre y sonreía para sí como con malicia y remordimiento. El mozo tenía una chaquetilla blanca, arrugada, con manchas de vino en las bocamangas y un cabello negro y reluciente de brillantina tirado hacia atrás.

Dijo el hombrón obeso, como si reanudara una conversación:

—No hay cosa peor, ¿eh? Ten en cuenta que el pestillo va por fuera, y cuando te despiertas y quieres flexionar las rodillas, chocas con el cajón, y el porrazo produce un sonido opaco que te sorprende. Entonces piensas: «Bueno, me levantaré a pulso», y vas a hacerlo y, ¡pom!, te golpeas la frente con la tapa y te haces un chichón, y en vista del fracaso, piensas que no estás bien despabilado y abres bien los ojos para ver qué cosa extraña ocurre allí, pero los ojos te duelen y empiezas a dudar si los tienes abiertos o cerrados, porque todo está oscuro y el ojo de uno no alcanza a divisar la mano de uno ni la pechera de uno, ni nada…

Hizo una pausa y bebió otro vaso. Se movía pesadamente, más con un fondo de energía, y su voz era poco fluida, como con grumos. Más tarde advertí que tenía un desagradable matiz nasal. El mozo le sonrió con una expresión agridulce de membrillo, y como si ello le espoleara, el hombre corpulento añadió:

—No puede haber cosa peor en la vida, ¿entiendes? No sólo es la oscuridad. Es… ¡todo! Al ver que no puedes levantarte intentas rebullirte, y tampoco puedes, porque tu padre o tu hermano o quienes dicen que bien te quieren, te tomaron las medidas justas, en parte porque siempre gusta presumir de que allí se hace todo a la medida; en parte, porque la madera cuesta cara, y hacer las cosas grandes es un derroche. El caso es que no te puedes ni rebullir, y entonces

piensas que estás encerrado y sobreviene la angustia y haces otro esfuerzo, pero otra vez te topas con las tablas, y, además, el hábito y los ropajes que te han puesto tu mujer o tu hermano son embarazosos y te encadenan aún más. Y, de repente, notas la soledad… Eso es lo peor: la soledad. Oyes el silencio que llega en bandadas como negras aves. Y por entre los resquicios de las tablas entra el silencio, y tú gritas recio, entonces, para matar el silencio o contrarrestarle; pero el grito se enreda entre los tablones y es una cosa desfibrada que apenas trasciende tres metros en torno; y vuelves a gritar una y otra vez hasta que te exasperan tus gritos sordos, porque hacen más espeso el silencio que te rodea. Tú piensas, de pronto: «¡Dios mío, me han enterrado vivo!». Y te muerdes las manos y clavas las uñas en las tablas que te impiden incorporarte y juras y juras hasta que te hartas. Después lloras como un perro y notas que empieza a faltarte el aire y haces otro esfuerzo para romper la tapa; pero tu mujer o tu hermana o quienes dicen que te quieren, han comprado género de castaño o de nogal para que aguante bien y para que los amigos digan: «Vaya, al pobre le han tratado con toda consideración hasta el final». Y te fastidian, ¿eh? Te irrita que no compraran género más blando, pino, por ejemplo, y te irrita aún más el pensar que eso lo hicieron por bien tuyo, para que te conserves mejor y tus restos no se desparramen en cuatro días… Angustioso, ¿eh?

V

Le brillaban ahora al hombre, en la frente, unas minúsculas gotas de sudor. Jadeaba. A la legua se advertía que vivía su relato. El mozo dejó de sonreír. Se limpió las manos en la chaquetilla blanca, y dijo:

—Parece que lo ha vivido usted, caramba.

Yo no me pude reprimir, y dije:

—¡Otro blanco!

El hombre, que bebía, volvió la cabeza hacia mí. Hasta ese instante no había advertido mi presencia. El fondo del vaso desorbitaba su ojo extraño, dándole unas dimensiones exageradas. A través del cristal llegaba a mí la obsesiva fijeza de su pupila dilatada. Permaneció un rato así, como observándome a través de una lente. El desequilibrio entre su ojo normal y el que el cristal agrandaba promovía una impresión desagradable. Se diría, Davicito, que mi persona producía en él algo semejante a lo que produjo en mí la suya. El mozo repeinado volvió tras el mostrador después de servirme, e insistió:

—Lo pinta con tanto detalle que parece que lo haya vivido usted, ¡cuerno!

El hombre dejó de mirarme y se volvió a él, lenta, solemnemente.

—Lo sueño cada noche —dijo—. Eso es peor que haberlo vivido.

Hizo una pausa. Luego agregó:

—¿No conoces la historia de aquel hombre que iban a hacerle santo y no le hicieron por haber perdido a última hora la virtud de la paciencia?

El mozo repeinado denegó con la cabeza. Se abrió un silencio tirante. Me agobiaba la tensión y grité:

—¡Otro blanco!

El hombre se volvió de nuevo a mirarme. Le trastornaba que le interrumpieran. Me sirvió el mozo de mala gana y regresó tras el mostrador. El hombre dijo:

—Querían canonizarle por sus hermosas virtudes, y al exhumar su cuerpo advirtieron que el rostro y las manos y todos sus miembros estaban contraídos, y las uñas se clavaban como garras en las tablas del ataúd. Lo enterraron vivo, y en su impotencia se había desesperado. Eso es todo. Espeluznante, ¿eh?

El mozo quiso sonreír y no consiguió más que una mueca ambigua. El hombre del sobretodo añadió atropelladamente:

—Yo quiero que antes de enterrarme me den dos tiros en la cabeza. O, para mayor seguridad, que me lleven a la Facultad de Medicina y allí me hagan pedacitos para que los estudiantes se entretengan observándolos.

Al mozo parecía que, de repente, le asaltaban las náuseas. Tardó en responder, cuando el hombre, sin la menor transición, se echó mano al bolsillo del chaleco, y dijo:

—¿Qué te debo?

Tan pronto salió el hombrón del establecimiento me incorporé y pregunté al mozo del mostrador:

—¿Quién es?

—¡Qué sé yo! Robinet —dijo.

—¿Francés?

—¿A qué ton francés? O austríaco o ruso. Él vive aquí.

Le eché un duro sobre el mostrador y salí corriendo a la calle. Apenas había un alma, y de Robinet no se veía ni rastro.

VI

Aurita es una buena chica. Si tropezaras en la vida con una chica así no dudes en casarte, Davicito. El hombre sólo da de sí cuanto lleva dentro cuando encuentra en su camino una buena chica. Aurita es una buena chica, o a mí me parece una buena chica. Creo que entre estos dos extremos no hay la menor diferencia. Yo, de mí, sé decirte que estoy contento. Nada significa que ella se alborotase la noche que

conocí a Robinet, en primer lugar porque llegaba tarde, y en segundo, porque, según ella, apestaba a vino. Le quise hacer comprender que tomar una copa no es un pecado, y ella respondió que el mero hecho de decir una cosa así ya era prueba de que yo estaba borracho. Le dije que no fuese tonta y no alborotase; pero ella se encerró en la alcoba, se tumbó en la cama y rompió a llorar.

Claro que imaginarás, Davicito, nuestro comportamiento en su circunstancia, ya que has de saber que antes Aurita no era así, sino todo lo contrario, y cuando yo regresaba del Banco con los pies fríos tenía las babuchas al pie del brasero y, sobre la mesa, un café bien calentito, y al acostarme, nunca me faltó una silla donde colgar la americana para que no se deformen los hombros, que es cosa ésta que me irrita mucho. De otra parte, no creas que me enfurezca su actitud actual, que si algo me produce es compasión, porque Aurita se pasa el día entre vómitos, mareos y extraños pinchazos. Y yo le digo: «¿Sufres, hija?», con todo el buen corazón, y ella se irrita y responde; «Di. ¿Por qué te diriges a mí en tono de broma?».

Yo sé, Davicito, que es una chiquilla y nada más que una chiquilla, y sin que vaya a decirte que Aurita sea una belleza, ni una de esas muchachas que los hombres se vuelven a mirar, sí te aseguro que tiene un atractivo, que no sé qué es ni qué no es, pero que me desarmó desde que la conocí, y esto sí que fue una de las grandes casualidades de la vida.

VII

Figúrate que estando un día en la cola de un cine se me acerca una muchacha y me dice: «¿Le importaría mucho sacarme dos butacas?». Yo me azoré, y dije casi a gritos: «¡Todo lo contrario!». Entonces se me ocurrió una trastada. Pensé que podía pedir mi butaca al lado de las suyas, por más que siempre pensara ir arriba que son algo más baratas. La sola idea ya me puso nervioso, y, luego, aguardé a que apagaran la luz para que ella no advirtiese mi azoramiento, y cuando en la penumbra me senté a su lado, y ella me miró de reojo, noté como si llevara una piedra dentro del vientre.

Y lo que son las casualidades, la película trataba de un empleadillo de Banca que se enamora de una millonaria, y la millonaria aparenta ser otra empleadilla para que el empleadillo la quiera por ella y no por su dinero. No me pude contener, Davicito, y me aproximé a ella, y aunque se me nublaba la voz, dije: «También yo soy empleado de Banca». Ella sonrió, y dijo a media voz: «Desde luego yo no soy millonaria». Yo me sentí audaz, y añadí: «Tanto mejor». Al salir la acompañé a casa, y en los días sucesivos vigilé sus salidas, y una tarde

que estaba ella en la cola de otro cine me hice el encontradizo, y la dije: «Señorita, ¿le importaría sacarme una localidad?». Y, pásmate, que eso le hizo gracia, y a partir de ese momento nos hicimos buenos amigos y nos veíamos con frecuencia, y yo estaba bien harto de la patrona, que andaba liada con un estudiante jovencito, y no le cobraba el pupilaje; y del belga, que se emborrachaba con cerveza y orinaba, cada noche, dentro de la bañera. ¡Figúrate qué cochinada!

Una noche me bebí tres copas y le dije a Aurita que sería feliz casándome con ella y viviendo en un pisito con tres habitaciones y baño. Aurita rompió a reír, y dijo: «Bueno; pues seamos felices entonces». Y empezamos a hacer cálculos, y, en teoría, el presupuesto alcanzaba holgadamente, y Aurita dijo, entonces: «Chico, no olvides que mi pasión es el cine». Tenía los ojos húmedos y los párpados entornados, Davicito, y yo sentí en ese instante unos diabólicos deseos de besarla.

VIII

Por lo demás, si Aurita me muestra ahora algún desabrimiento, sé disculparla, porque no olvido que cuando yo me encontraba en la ciudad solo y desamparado, ella me tendió una mano y fue cariñosa conmigo. Y la noche que se enfurruñó por que llegaba tarde y olía a vino, me conformé y cené solo pensando en Robinet, hasta que me di cuenta que Robinet era una obsesión y Aurita también advirtió algo raro en mí; y, hasta Sánchez, mi compañero en el negociado de Valores, me dijo un día:

—¿Qué te ocurre, Lenoir, que no das pie con bola desde hace un par de semanas?

Por primera vez, al oír a Sánchez, reparé, Davicito, en que mi apellido era francés como Robinet, y me dije: «He ahí otro punto de relación». Mas, a la salida, pensé: «¿Qué tiene de particular mi apellido francés?». Porque yo recordaba perfectamente, Davicito, la historia del abuelito Lenoir, cuando vino a tender el tramo de ferrocarril Reinosa-Santander, y en un pueblecito donde perforaba un túnel, conoció a la abuela, y el bisabuelo, que era violentamente nacionalista, decía: «Mi hija no será para un francés». Pero el abuelito Lenoir, acostumbrado a perforar la roca, no encontró obstáculo serio en el corazón de la abuela. Él le decía, en sus entrevistas secretas: «Ma cherie, mon amour est aussi grand, aussi ferme, et definitif que une de ces hautes montagnes». Más tarde, el bisabuelo cedió porque el abuelito Lenoir le amenazó con pegarse un tiro a la puerta de su casa si al tercer silbido no se asomaba la abuela al balcón. Claro que, dirás tú, Davicito: «¿Qué relación puede tener esta historia con monsieur

Robinet?». Eso mismo me decía yo, y, no obstante, le di mil vueltas, de tal modo, que llegué a configurar al abuelo Lenoir con la misma cara de Robinet y hasta no me hacía raro imaginar a éste diciendo, súbitamente enternecido: «Querida mía, mi amor es tan grande y tan firme y tan definitivo como una de esas altas montañas».

Pero la verdad es que Robinet estaba cada día más lejos de mí, Davicito, y yo empeñado en establecer entre ambos una relación salvadora y teniendo cada día menos apetito, y más insomnios, y más enfebrecimiento, y Aurita denostándome y aconsejándome una aspirina y diciéndome, a cada paso, que lo que ella llevaba dentro era tanto suyo como mío y veníamos obligados a compartir las consecuencias.

IX

Por eso prefería reflexionar sobre mis cosas en el Banco, aprovechando el sitio tan recogidito y agradable que me han asignado. Figúrate, Davicito, que es un rincón, con un bufete ante el ventanal y detrás, justo detrás, hay un radiador cuyo calorcito noto constantemente en los riñones. De este modo estoy aislado, y a no ser que alguien venga ex profeso a buscarme, nadie necesita topar conmigo. Allí me daba las grandes panzadas a pensar en Robinet y tomaba notas para orientarme y urdía conjeturas que luego, por las noches, no me dejaban pegar el ojo, y, en fin, fueron unos días de una actividad cerebral tan intensa y, al propio tiempo, tan sin sentido, que me debilité y me salió un bulto en el cuello. El médico del Seguro dijo que era un ganglio, y me recomendó comer mucho y descansar diez horas; mas Aurita me armó una tremolina y me dijo que si por un bultito así tomaba tales precauciones, qué no tendría que hacer ella con el suyo. La irritaba verme tan preocupado y absorto, hasta que una tarde estalló, se puso a preparar las maletas y dijo que se iba a casa de su madre. Yo traté de contenerla, y ella dijo:

—¿Es que una ha de aguantar hasta que su marido tenga una amante?

—¡Oh!, no digas esas cosas —dije.

—No, ¿verdad? ¿Y en qué piensas a todas horas y qué te desvela y qué te quita el apetito, si puede saberse?

Yo me había prometido no decirle nada, Davicito, porque sé que de un susto puede nacer un monstruo, pero al verla así le conté todo de pe a pa, y ella me dejó hablar, y al fin dijo:

—A mí me ocurre cien veces ver a un hombre en la calle y no saber en qué tienda despacha. Eso son boberías y preocupaciones de chico pequeño.

Intenté hacerle ver que no era lo mismo, y ella insistió en su punto de vista del dependiente que la desorienta en la calle; mas como en los días sucesivos no viera en mi actitud un cambio apreciable, Aurita empezó a decirme a cada paso, llorando e increpándome, que no podía soportar el que prefiriera a Robinet que a ella.

X

Davicito, por favor, ponte en mi lugar. Una corazonada, un presentimiento… Nada más, ésta es la verdad. Y mi mujer en contra, y mi salud en contra, y todo en contra y yo tieso en mis trece. Sánchez, mi compañero de negociado, también advirtió mi desazón, y un día me dijo: «Ojo, Lenoir. No te dejes obsesionar por una idea fija, pues una idea fija en la sesera sin tener el estómago lleno puede acabar contigo en el manicomio». Yo me asusté un poco, Davicito, porque realmente mi excitación era muy grande; pero, al fin, se impuso de nuevo mi obsesión a mis temores y me propuse no descansar hasta encontrar a Robinet.

Y, sin decir nada a Aurita, cada tarde, al salir de la oficina, recorría las callejas próximas a la taberna del joven repeinado. A Aurita le decía que teníamos una diferencia, que es cosa que en verdad ocurre con frecuencia y nos entretiene mucho. Una de esas tardes, cansado de indagar de manera tan cándida y vana, empujé la puerta de la taberna y entré.

—Hola —dije al mozo repeinado.

—Hola —dijo él.

—¿Y Robinet?

—¿Por qué tiene usted ese empeño en ver a Robinet?

Yo, Davicito, estaba dispuesto a pagar sus servicios y le puse un duro en la mano. Me dolió su risa estridente y cortada y su manera de flamear el duro por encima de la cabeza. Chilló, de pronto:

—Si quiere coger a Robinet, búsquelo; a mí no me hizo nada malo.

Y cuando creí que iba a ceder me arrojó el billete a la cara todo humedecido y lamigoso. Yo me armé de paciencia y salí de allí, y al llegar a casa, Aurita me arrancó violentamente de mis cavilaciones:

—De dónde vienes, ¿di? —me dijo.

—De la oficina —dije—. Ha habido una diferencia.

—¡No es cierto! —gritó ella.

Y advertí que en mi hogar existía un equívoco desde la aparición de Robinet. Aurita recelaba de mi fidelidad.

—Te llamé desde la tienda —agregó—. Me dijeron que hacía hora y media que habías salido.

Me azoré, Davicito, como siempre que me pillan en un embuste.

—Bien —dije, al fin—. Busco a Robinet.

—¿Otra vez ese hombre? —dijo Aurita, irritada.

—Son cosas que no se pueden remediar —agregué mientras me quitaba el abrigo.

En ese momento, Davicito, me apeteció mi mujer, y sus hombros, y su garganta, y me senté en el brazo del sillón que ocupaba y la pasé la mano por la cintura y sentí el estremecimiento eléctrico de su cuerpo bajo mi palma. Ella me dejaba hacer pasivamente y ello me enardecía más. Me miró a los ojos de súbito.

—Dime que no volverás a pensar en Robinet —dijo—. ¡Si no, no!

Y se lo prometí como en ese momento la hubiera prometido tirarme de cabeza a un pozo. Pero yo te pregunto: «Davicito: ¿Crees tú válida una promesa hecha en tales circunstancias?».

XI

El practicante venía cada mañana a ponerme unas inyecciones de yodo muy dolorosas. Se me hacía que me atravesaba, y un día se lo dije así. Él era un hombre pequeñito y afilado, como sus agujas, y tenía mal talante. Me respondió: «Pare quieto, no le vaya a enhebrar el ciático». Y desde entonces le dejé hacer.

Así y todo, el bulto del cuello no decrecía; era como una dureza dolorosa. Algo así como un quiste, pero menos concreto y limitado. El practicante decía que no tenía importancia; pero yo le aseguraba que a mí, particularmente por las tardes, me ocasionaba un malestar y un decaimiento grandes. Él dijo que era por las décimas y que debería vigilarme la temperatura.

No te vigiles nunca la temperatura, Davicito. Un día tienes 37’2, y piensas: «A ver si baja mañana». Y al día siguiente tienes 37’1, y piensas: «Vaya, mañana sin fiebre; esto está espabilado». Pero al día siguiente tienes 37’3, y piensas: «Este trasto tiene que estar mal». Y entonces te da por comprobar el termómetro con todos los que te rodean, y sólo tú tienes unas décimas y presientes que esas décimas pueden ser tu ruina, la de tu hogar y la de toda tu dinastía.

A Aurita le molestaba que me vigilase la temperatura y decía que, a la postre, lo que hay que ver es si se tiene buen cuerpo o mal cuerpo. Yo dije que tenía mal cuerpo y por eso me ponía el termómetro, y ella contestó que era la aprensión por las décimas lo que me provocaba el mal cuerpo. No entiendo mucho de estas cosas, Davicito; pero yo no me encontraba bien, no sé si por la aprensión, por las décimas o simplemente porque tenía mal cuerpo; pero entiendo que la diferencia es tan vaga, que tanto da someterse a tratamiento de una aprensión, unas décimas o un mal cuerpo.

De todos modos, el ganglio no me impidió, al principio, seguir yendo a la oficina. Sánchez me dijo un día que su suegro tuvo en una ocasión un bulto igual que el mío que le nació sin darse cuenta; que el tiempo era el mejor médico y que lo que no curaba el tiempo no lo curaba el médico. Yo le dije: «Pero tu suegro no tendría décimas». Él respondió: «No sé si tendría décimas o no; lo que sí tenía era un bulto en el pescuezo igual al tuyo». Yo no le hice caso a Sánchez porque pensaba que el yodo, la buena comida y el buen descanso son cosas de Dios, y las cosas de Dios bien podían ayudarle al tiempo a sacarme del apuro.

XII

Yo creo que con todas estas cosas hubiera olvidado a Robinet y hubiera cumplido la promesa que hice a Aurita si no me tropiezo con él cuando menos lo esperaba. Ocurrió la noche que Fando, un compañero del negociado de C C, nos dio la despedida de soltero. Fando es un muchacho muy poca cosa, con la piel oscura y la cara picada de viruelas. Viste siempre de marrón y es muy ordenado y meticuloso y se coloca unos manguitos negros para trabajar. Nos dio bien de comer y de beber y, a la salida, yo me quedé con Sánchez y Berrigortúa cuando los otros se fueron de picos pardos.

Llevaba la cabeza cargada, y aun cuando la noche era fresca, notaba mucho calor. Me dije: «Anímate; esta cena le ha de ir al pelo a tu ganglio». Y al decirme esto, vi un bulto amorfo que atravesaba la calle, en dirección a una boca del «Metro». Pensé, como entre nieblas: «A ese hombre le conozco». Perdí un tiempo precioso hasta que me dije: «Majadero, ese hombre es Robinet». Y sólo dije a mis compañeros: «Perdonad, ¿eh?», y apreté a correr como un poseído; y el torpón de Robinet corría delante y yo le grité que se detuviera, pero no me hizo el menor caso y desapareció por la boca del «Metro». Mientras corría, yo pensaba: «Ese hombre tiene una cuenta conmigo, por eso huye». En las escaleras frené un poco. El vino de Fando se me bamboleaba en la cabeza y bajé despacito para no romperme la crisma. En la estación no había nadie, sólo una quietud entre agarrotada y misteriosa, y, de repente, casi al tiempo que las voces de Sánchez y Berrigortúa llamándome desde arriba, percibí un ruido de pisadas a mi derecha, dentro del túnel. En un instante me decidí, salté a la vía y apreté a correr endiabladamente en la oscuridad. Le chillaba a Robinet con todas mis fuerzas, pero no obtenía más contestación que el eco del túnel. Al principio seguía los rieles de la vía que rebrillaban en la oscuridad; pero, al poco, las tinieblas se cerraron y entonces empecé a notar en el ganglio las palpitaciones de mi corazón. Pensé:

«Ojo, puede venir un tren». Y decidí mentalmente: «Saltaré a la otra vía». Y el demonio del miedo me dijo entonces: «¿Y si viniera uno por cada vía?». Y yo me dije, para serenarme, aunque el fantasma del miedo me subía hasta la garganta, como una serpiente enroscándose: «No dará esa casualidad, ¡concho! A estas horas casi no circulan trenes». En ese momento silbó un tren y sentí la trepidación de los hierros arrastrándose bajo el túnel. Sonaba el ruido tras de mí y yo vigilé la aparición de la luz con el vientre contraído. Acechaba con todo el cuerpo en tensión por si descubría un ruido semejante en dirección contraria y, al comprobar que no, salté a la otra vía y aproveché el resplandor de las ventanillas para galopar frenético tras Robinet, al que veía desplazarse a lo lejos.

Más tarde volvieron las tinieblas y, al cabo, se descubrió, al fondo, el arco luminoso de la estación inmediata. Oí el crujir de otro tren al tiempo que vi a Robinet encaramándose dificultosamente en el andén. Inmediatamente, el tren llegó con un silbido y se interpuso entre los dos. Di dos gritos instintivos hasta que me dije: «Si las cosas se detuvieran por tus gritos, ¿qué?». Y yo mismo hube de contestarme: «Nada». Y debió ser la conciencia que me insinuó al oído: «¿Por qué gritas, pues, de esta manera?». Me confesé, entonces, que era por el afán de echar el guante a Robinet, aunque no supiera a ciencia cierta la razón por la que quería echarle el guante a Robinet.

XIII

El 3 de mayo de hace dos años murió mamá, Davicito. Se apagó como un pájaro, sin estridencias ni agonías, y puede decirse que de repente, aunque desde hacía una temporada se encontraba un poco pachucha. La enterré sin aparato, con toda sencillez, en primer lugar por falta de recursos, y en segundo, porque estoy seguro que a ella ni muerta le hubiese gustado la ostentación.

En estos dos años he pensado mucho en mamá, Davicito. Ella no fue feliz con papá, y luego tu marcha la hizo muy desgraciada. A última hora sufrió de una ciática pertinaz y, poco antes de morir, consultó a un curandero, quien la recetó sumergir la pierna en un cocido de hierbas, y aunque el tratamiento la mejoraba, la producía frecuentes catarros, porque la pobre se empeñaba en dormir con la pierna dentro del caldero. De otro modo, el dolor la impedía descansar. Yo no creo, Davicito, que me haya portado mal con mamá, aunque a veces, con este tonto temperamento mío, me asalten remordimientos y escrúpulos infundados.

Mamá, en los últimos años, era muy aficionada a charlar, y como tantos otros viejecitos sólo vivía de recuerdos. Cada dos días me

contaba su encuentro con papá, con tal lujo de pormenores, como si no me lo hubiera contado antes. La pobre se enternecía al decir: «Y cuando le quise devolver el cristal ahumado para que él viese el eclipse, me dijo mirándome fijamente a los ojos: "Es inútil; para mí el sol no se nublará esta mañana"». Siempre hacía una larga pausa después de esta confesión. En cambio, si me hablaba de Pau y de nuestra estancia en Francia, lo hacía de prisa, como si deseara acabar pronto. Ella allí fue muy infeliz, Davicito, porque entonces papá ya se había olvidado del eclipse y sólo se preocupaba del casino y de sus modelos. Yo le decía a mamá: «¿Y por qué fue el irnos a Pau?». Ella decía: «Papá me dijo un día: "Aquí un artista no tiene campo. He de colgar mis cuadros en París y Toulouse"». Pero yo me sospecho, Davicito, que papá colgaba algo más que sus cuadros en París y Toulouse. Yo tiraba a mamá de la lengua, porque advertía su laconismo respecto a esta etapa de nuestra vida. Una noche me confesó: «Cuando naciste tú me atendí yo sola hasta que subió madame Louvois, la portera». Y yo, Davicito, sentía avivárseme dentro del pecho un odio cargado y caliente hacia la memoria de papá. Y este odio mío no se extinguió hasta que mamá no me contó el lamentable final de la historia. Ella siempre decía: «Al morir papá…». Yo la pregunté en una ocasión: «¿Y de qué murió papá?». Ella repitió como si no me hubiera oído: «Al morir papá…». Y yo no dije nada hasta mucho tiempo después. Ella volvía a desenlazar la historia de la misma manera: «Al morir papá…». Y yo dije: «¿Y de qué murió papá, mamá?». Ella dijo: «Se suicidó». Yo no me moví porque aquella desgracia hacía mucho tiempo que pugnaba dentro de mí. Mamá emitió un suspiro, y añadió: «Se disparó un tiro en el estudio una mañana, hace veinte años. Davicito no lo pudo soportar. Huyó. No he vuelto a verle desde entonces».

Yo me quedé callado, Davicito; pero me propuse escarbar en aquella circunstancia. Otra tarde, le pregunté: «¿Jugaba mucho papá?» «Más de lo que tenía», dijo mamá. Yo agregué: «¿Por qué no me enteré yo de todo entonces?». «¡Oh, querido! —respondió mamá—. Sólo tenías cuatro años. Jugabas en el descansillo ante la puerta del estudio y llorabas cuando subimos. El ruido del disparo te asustó.» «¿Y Davicito?», dije. Dijo ella: «Se marchó. No lo pudo resistir».

XIV

Cuando lo de Robinet, yo quise recordar, Davicito, algo de aquella Francia que conocí de niño, y me decía: «Es muy posible que ese contacto que presiento date de entonces». Pero no lograba evocar otro recuerdo que el de unos desaliñados jardines y unas ardillas

jugueteando en las copas de unos árboles gigantescos. A veces, si me esforzaba mucho, tenía una lejana conciencia de una ciudad gris, envuelta en un vaho gris, donde el aire era inmóvil y transparente, como de cristal.

Colocado en este trance, me dije: «Es posible que todo me venga de papá». Somos prolongación de otros, Davicito, y nada de cuanto creemos nuestro ha nacido en nosotros por generación espontánea. Todo lo hemos heredado. Por eso empecé a convencerme de que papá pudo transmitirme la sensación de Robinet lo mismo que me comunicó su boca grande y su pelo indómito. No soy supersticioso, Davicito; pero creo que a pesar del radar y la televisión, la Humanidad no se halla aún ni a la mitad de su desarrollo. No te rías, Davicito. Mamá creía que el temperamento impulsivo de papá era debido a la mezcla de sangres, ya que era hijo del abuelito Lenoir y la abuela de la Montaña. Y era tan fuerte su convicción, que un día se lo preguntó al curandero. «He visto en casos semejantes producirse reacciones de este tipo», dijo aquél, y la cobró cinco duros. Mamá se los dio muy a gusto, Davicito, porque nada persiguió con tanto celo en la vida como encontrar una justificación a los excesos de papá.

De otra parte, yo he visto a veces a profesores de hipnotismo realizar experimentos escalofriantes y he comprobado entonces la existencia de una energía misteriosa, algo como un lenguaje inarticulado que pone en comunicación a dos seres a distancia, sin necesidad no ya de hilos, sino de palabras. Yo he pensado en estas ocasiones, Davicito: «El día que se conozcan el origen y las posibilidades de esta comunicación, se revolucionará el mundo». Te confieso que meditaba en todo esto sin demasiada confianza, con un recelo que ni a mí mismo me permitía confesarme; y, por descontado, sin dar cuenta a Aurita de mis razonamientos y desvelos. Sólo a Sánchez le insinué algo una noche que me sentí especialmente comunicativo, y Sánchez me dijo: «Anda con ojo, Lenoir, que otros más asentados que tú acabaron en un manicomio». Al pronto, me molestó la salida de Sánchez, y así se lo dije, ya que tengo con él confianza suficiente; pero al poco rato me dio por pensar que Sánchez era excesivamente bondadoso al decir aquello, porque yo no sólo estaba en el camino, sino loco de remate.

No sé si acertaré a exponerte mi estado de ánimo en aquellos días, Davicito. Supongo que tú te habrás encontrado más de una vez ante un crucigrama del que tienes todo resuelto menos una palabra, y de esa palabra cuentas con varias letras y, además, esa palabra te suena o entrevés en ella algo familiar, algo que te dice que es corriente y que tú, sin ir más lejos, la empleas varias veces todos los días. Y te torturas y le das mil vueltas y pruebas de poner diversas letras en los huecos y las pronuncias en voz alta por si el sonido próximo te da la expresión

exacta de ella. Pero como si nada. La palabra se cierra obstinadamente y parece que te desafía y se riera de ti. Y unas veces se te antoja que estás cerca de ella y otras que se aleja, se aleja, y es como si alguien te insinuara al oído: «Caliente, caliente» o «frío, frío», y en todo caso te irrita bien la proximidad, bien la lejanía, porque ni en un caso ni en otro logras dar con ella.

Esto, exactamente, me ocurría a mí con Robinet, mas no podía desentenderme de la obsesión, Davicito, porque tenía la absoluta convicción de que Robinet había intervenido en mi vida, para bien o para mal, pero era como la palabra del crucigrama que sabes que no te es desconocida, pero no aciertas a dominarla plenamente.

XV

A Aurita, naturalmente, nada le dije de lo ocurrido la noche de la cena de Fando. Mas en los días siguientes yo sentía miedo, porque mis nervios estaban tensos y notaba también los de Aurita a flor de piel, y me dije que si llegaba el contacto iba a armarse allí una buena marimorena. Procuraba, por tanto, dejar pasar las cosas y cumplir mis deberes domésticos con discreción y en silencio. Mas hay cosas, Davicito, que parecen especialmente hechas para saltar los nervios del más templado. Yo deseo saber cómo reaccionaría un hombre equilibrado que cada mañana encontrase el desagüe del lavabo obstruido por un mechón de pelos, el tubo de la pasta dentífrica descubierto o tropezase con el camisón de su mujer en una silla del gabinete. Yo, de ordinario, acepto sumisamente estas contrariedades; pero tres días después de lo de Fando, el lavabo no desaguaba y el tiempo apremiaba porque me levanté tarde, y no sé si te he dicho que en la oficina llevan todo eso de los retrasos a punta de lanza y hay firma, y al que llega tarde le apuntan una mala nota, como en la escuela. Lo desatranqué con una horquilla, y cuando quise lavarme los dientes, encontré el tubo destapado y una costrita oreada en la boca impedía fluir la pasta. Apreté, y como si nada. Volví a apretar, y el tubo se puso tieso en la salida, pero la pasta no fluía. Tenía prisa, Davicito; y apreté de nuevo con toda mi alma y, de pronto, saltó un churrete blanco, largo como una culebra, y se adhirió al espejo, curvándose de una graciosa manera. Me fui a la alcoba y desperté a Aurita malhumorado:

—¿Es que nunca aprenderás a tapar la pasta de dientes? —dije.

—Bueno. ¿Para eso me despiertas, tonto?

—¿Es que no habrá nunca orden en esta casa?

—¿A qué llamas tú orden?

—¡Al orden!

—¡Oh, cariño! Se te hará tarde si no te das prisa —me dijo.

Y eso me desarmó; ya ves, Davicito, y me acerqué a ella y la abracé y la besé y le dije que perdonara, y ella me dijo bajito: «¿Quieres que te haga un sitio?». Y me lo hizo. Y me decía: «¿No es ya bastante desgracia tener tan mala cabeza?», y fui yo y la acaricié y la besé y la abracé. Tenía puesto el camisón de novia, muy bonito y lleno de encajes, y ella me lo recordó. E hicimos honor al camisón de novia.

XVI

Llegué muy tarde a la oficina y habían retirado el pliego de firmas, y me fui al conserje y le dije:

—¿Hasta cuándo va a durar esto de que nos traten como a colegiales?

—Pregúntele al director —dijo él.

—No tengo nada que hablar con el director.

—Bueno.

—¿Qué? —pregunté yo, irritado.

—Nada —dijo.

—¡Ah! —dije yo.

Miré para dentro y ni me reconocí, Davicito. Pensé: «Robinet tiene la culpa de todo». Vi a Sánchez que me miraba sorprendido de mis modales, y me fui a él y le dije:

—¿Necesitabas algo, Enrique?

—No, ¿por qué?

—Como me mirabas sin dejarlo creí que me necesitabas.

—No te necesito para nada, gracias.

Y entonces empecé a notar las palpitaciones de la sangre en el bulto del cuello y que me ardía la cabeza, y dije:

—Me largo; hoy no quiero trabajar.

Debí decirlo en tono muy alto, porque todos levantaron la cabeza y me miraron asombrados. Sánchez acudió solícito:

—Vamos; no hagas tonterías —dijo.

—No son tonterías, Enrique. Hoy no quiero trabajar.

El inspector vino hacia mí y yo me crucé con él, sin detenerme, y dije:

—Hasta luego.

Te juro, Davicito, que nada de esto lo tenía yo pensado, sino que fue saliendo así porque tenía que salir, y ya en la calle, pensé: «¿Sería yo más feliz sin tener que desatrancar el lavabo cada mañana o si el director suprimiera el pliego de firmas?». E inmediatamente pensé en Robinet, y me dije: «Papá, mamá o Davicito me sacarían de dudas respecto a Robinet. Y ninguno está. Esto es una confusión».

Entré en un café y bebí un vaso de vino, y luego anduve merodeando por las callejas inmediatas a la taberna del mozo repeinado. Después, volví al centro y, en otro bar, bebí otro vaso de vino. Más tarde empecé a sentirme culpable y abandonado, y con la cabeza llena de calor y de ideas distintas. Todo ello me mareaba y me ocasionaba una especie de atonía en el vientre. Es curioso, Davicito, que yo siempre acuso las sensaciones en el vientre. Es mi flaco, por lo visto, eso del estreñimiento. Lo cierto es que sin hacer un propósito previo me vi dentro del Banco y advertí en todos los rostros como una vaga expectativa de diversión. Pero yo me fui derecho al despacho del inspector y le hablé de Aurita y de mi ganglio, y de la fiebre, y del hijo que esperaba, y de la exaltación que todo ello me producía y le llevé, forzándole, la mano a mi cuello y él dijo: «Sí, sí, efectivamente, esto está abultado»; y luego se la llevé a la frente y tocó, y dijo, un poco desconcertado: «Bien podría haber unas décimas». Yo advertí: «Seguramente más que décimas, señor inspector», y aludí a mis diez años de servicio, sin una ausencia y con tres solos retrasos, y él se fue ablandando, ablandando, hasta que dijo:

—Está bien, Lenoir; pase por esta vez, pero que no se repita.

Le di las gracias y salí del despacho, y Sánchez me dijo: «¿Qué hay, Lenoir?». Respondí: «Nada hay». Sánchez me observó con cierta compasión, y dijo: «Estás tú bueno».

XVII

Cuando el doctor dijo que oía el corazón del crío noté un pulso de inmortalidad en la sangre. Debía ser la emoción de la inminente paternidad. Después le pregunté a Aurita si el chico pataleaba y Aurita dijo que no. El doctor dijo que no estaba ni mediada la gestación. Aurita le preguntó si vendrían dos, y él dijo que en qué fundaba su sospecha. Aurita se ruborizó y se encogió de hombros. Y a mí me hizo gracia, de súbito, pensar que Robinet y yo habíamos estado alguna vez encerrados en un vientre, y, a poco, noté una extraña trasudación, me puse serio, y pensé: «Es en algún sitio pequeño y cerrado como un vientre donde yo he visto a Robinet». Era una nueva corazonada, Davicito, pero que me agarró también con la fuerza de una positiva certeza. El médico recetó a Aurita vitaminas y unas inyecciones de calcio.

Sánchez me advirtió cuando se lo conté: «No le des vitaminas antes de dar a luz. ¿No es mejor que el chico se haga grande fuera que dentro?». Me convenció su manera de ver las cosas, la verdad, y al llegar a casa se lo dije a Aurita. Ella me preguntó: «¿Es médico Sánchez?». «Ya sabes que no», dije. «Pero tiene la fea manía de

meterse donde no le importa, ¿no es así?» Los nervios empezaron a tirarme y me armé de paciencia, y le dije que hiciera su voluntad, y ella respondió, para irritarme más, que no hacía su capricho, sino el consejo del doctor.

Llevábamos una mala temporada, Davicito, y yo sabía que la causa no era Aurita, ni yo, sino Robinet. La obsesión me llevaba a extremos reprobables y hasta llegué a pensar que Robinet y yo nos habíamos encontrado en una vida anterior, ignoraba en qué forma, de qué manera y en qué lugar, pero bien mirado esto eran boberías mías, porque yo soy cristiano, Davicito, y no creo esas paparruchas de la metempsicosis, la transmigración y demás. Me venían a la cabeza de puro desesperado que estaba, pero no las creía de buena fe. Lo que sí llegué es a dudar de mi propio equilibrio cerebral. A veces me latían las sienes con tal violencia, que los latidos sonaban en la almohada como trallazos, y yo me incorporaba asustado buscando algo sólido donde asirme. Pero lo peor de todo era que el mal fuese progresivo. Ya no podía desentenderme de Robinet. Si entonces hubiera podido olvidarlo, Davicito, te juro que lo hubiera hecho, pero Robinet era para mí lo que el vino para el borracho: una necesidad.

Ocurre con el vino que mientras tomas un par de vasos y te entonas, y te estimula, y te pone alegre, todo va bien y te apetece el vino, porque puedes dejarlo cuando te venga en gana; pero, de pronto, se hace vicio y te agarra bien y te pone enfermo, y ya no es que te apetezca, sino que te es preciso, y aunque quieras dejarlo ya no puedes, porque te has enfangado en él y te atrae con una fuerza que no puedes resistir y, entonces, darías dinero por no sentir esa atracción más fuerte que tú, por no sentirla, digo, porque sabes que si la sientes estás perdido sin remedio. Así andaba yo tras Robinet, Davicito, como el borracho tras el vino. Con frecuencia pensaba que los sesos iban a hacérseme agua de tanto cavilar, pero, a pesar de todo seguía cavilando y, a pesar de todo, no resolvía nada, sino detallarme mi vida al pormenor desde mi primer recuerdo racional hasta el día que tropecé con Robinet en la cantina.

Mi estado era de suma debilidad y el termómetro subía a veces hasta 38 grados, y por las noches notaba como un peso áspero en los párpados y un acentuado escozor en los ojos. Debía ser la fiebre, Davicito, aunque a mí se me hiciera que era la incomprensión de Aurita.

Una noche olvidé comprarle unas cintitas para adornar la ropa del niño y traté de apaciguarla de antemano:

—Perdona —dije—. Lo he olvidado.

—Para qué vales, ¿di? —me dijo llorando.

—Bien, Aurita, no digas disparates. La cosa no tiene mayor importancia. Mañana lo compraré y asunto concluido.

—Sí, ¿verdad? —agregó ella—. Pensarás que es más provechoso andar todo el día haraganeando que dar un solo gusto a tu mujer.

Dije yo, conciliador:

—Calma, Aurita, por favor; desde hace días esta casa es un infierno.

Dijo ella, irritada:

—¿Quién es el demonio aquí?

El ganglio tuvo la culpa, Davicito. La punzada fue fuerte e inoportuna. Me soliviantó la existencia del ganglio y, sobre todo, que el médico me recetase tranquilidad como mejor procedimiento de cura. Me confortó el peso muerto del vaso entre los dedos y me llenó la mano y sentí recorrerme la palma como una comezón, y entonces lo lancé contra la pared de enfrente con gran violencia y gusto. Mi gesto y el chasquido del vidrio, al quebrarse, paralizaron a Aurita. Mas fue algo pasajero, y yo, al momento, me arrepentí de lo hecho y de grado hubiera dado marcha atrás a los acontecimientos, porque me parecía que llevaba mi autoridad demasiado lejos. Y me asaltó como un miedo cosquilleante y se me endureció el vientre al ver correr a Aurita por el pasillo llamándome «bruto, bruto, bruto», con una reiteración automática.

Y es lo que me sucede a mí, Davicito. Quizá si yo arrojo entonces contra la pared el otro vaso de agua y aun la jarra y la sopera, sentara en casa un sólido principio de autoridad. Pero lo cierto es que al minuto de una débil tentativa por asentar este principio, experimento una especie de remusguillo de arrepentimiento y me digo que Aurita tiene razón, y que el sujetarse a vivir con una criatura como yo debe comportar las penas del purgatorio. Y acabo rindiéndome y echando un mal parche a nuestra armonía doméstica y tirándome por los suelos, y así resulta que he perdido terreno en vez de ganarle, y mi autoridad se debilita.

Así, aplaqué a Aurita e hicimos honor al camisón de novia, por más que yo notara esta vez que no me entregaba del todo, ni era del todo sincero al pedirle perdón y que seguía viva en mí la idea de una rebeldía, y que si hacía todo aquello era simplemente por instinto de aborrecimiento a la tensión, los gritos y el desorden.

Todo este proceder desconcertante no dejaba de asombrarme, y yo me decía íntimamente: «No te engañes; éste es el proceso de la locura». Y me asaltaba un pavor hondo y frío, porque nada en el mundo, Davicito, me asusta tanto como un ser privado de razón. Y yo constataba la sensación casi física de que la razón se me iba y me venía a intervalos, y últimamente se me iba más que me venía, ésta es la verdad. Entonces me preguntaba: «¿Es por Robinet?». Me respondía: «A Robinet que le den tila». Pero me traía sin cuidado que le dieran o no tila a Robinet, y yo lo que quería, verdaderamente, era encontrarle.

XVIII

Una mañana tuve una idea, y me presenté en el consulado francés, y a un jovencito rubio le pregunté por el cónsul, y aunque el cónsul me hizo esperar no me importó demasiado, porque me encontraba muy a gusto recostado en el sofá del recibidor. El cónsul era un hombre de gafas fuertes y una frente sin fin, que suavizaba los finales de las palabras como si fueran melodías. Al preguntarle por Robinet, tocó un timbre y acudió un funcionario que, al recibir instrucciones, se marchó y regresó con un libro. Entonces me preguntaron por la edad de Robinet, su fecha de entrada en España, su ocupación, su antigua residencia en Francia, y yo respondía a todo: «Lo ignoro, lo ignoro». El cónsul dijo, al fin: «Ese sujeto no está inscrito en el Consulado».

Experimenté una gran decepción, y por la tarde, después de cobrar en la oficina, me fui a la taberna del mozo repeinado, y al verme ante su sonrisa agridulce, me sentí disminuido. Pero estaba decidido a sonsacarle. Dije, como si viniese a pelo:

—Y de Robinet, ¿qué?

—No está —dijo—. Marchó.

—¿Dónde?

—Bien. No está a su alcance. ¿Es lo que quiere saber?

—¿Volvió a su país?

—Exactamente —dijo.

Cuando salí de allí, Davicito, una sensación nueva me bailaba por dentro e intuía que estaba más cerca de Robinet, aunque él se hubiera alejado, y al llegar a casa y sentarme en mi butaca favorita, ocurrió un fenómeno muy chocante, y fue que, al mirar la vista que papá pintó de Pau, observé en el cuadro algo fuera de lo corriente, algo vivo y vagamente familiar. Me quedé un rato ensimismado y, de pronto, como si alguien me lo insinuara al oído, «vi» que era allí donde estaba Robinet, y era donde Robinet se conectó con mi historia, y Robinet y el cuadro formaban, de improviso, un todo inseparable. Lo vi tan claro, Davicito, como ahora veo los renglones sobre estos pliegos. Mi cerebro entró como en un delirio febril y quería ir más allá de lo que podía y de lo que el cuadro, espontáneamente, me brindaba. Era, sencillamente, como si, de repente, diera con otra letra de la última palabra del crucigrama.

Debí perder el color o cosa por el estilo, porque Aurita se incorporó asustada y vino hacia mí y se arrodilló a mi lado, y chillaba: «¡Por amor de Dios, no bizquees así, no bizquees así, animal, que me asustas!». Yo, la verdad, Davicito, no tenía idea de que bizquease, y para mí fue aquello una revelación, y lo que sí me sentía era como transportado, como si flotara en una atmósfera de nubes o algo semejante. Mas en mi semiinconsciencia seguía identificando a

Robinet con el cuadro, estableciendo entre ambos una relación de parte a todo.

XIX

¡Jesús!, y qué malos días pasé desde entonces, Davicito. Me convertí en un hombre de una idea fija: Robinet. Su rostro blando, amorfo, estaba constantemente delante de mis ojos. Aurita descolgó del gabinete el cuadro de Pau, porque me obsesionaban aquellos trazos. La fiebre me subía por días y sentía en la cabeza como un torpor de vino o de insomnio. En mi rinconcito de la oficina se me escapaban las horas sin dar pie con bola. Menos mal que Sánchez me estimulaba y me ayudaba, y con ello mi apatía pasaba un poco inadvertida.

Una tarde me dio como un vahído y me caí de la banqueta hacia atrás, y estuve a punto de abrirme la cabeza contra el radiador. Sánchez me cogió, y dijo: «¡Por amor de Dios, Lenoir! ¿Estás tonto?». No le respondí, pero algo como tonto sí estaba, Davicito, y al salir por la tarde de la oficina, ya cerquita de casa, vi correr a un hombre corpulento y apreté tras él, y le gritaba: «¡Robinet, eh; Robinet, espera!», y cuando le alcancé vi que no era Robinet, ni se parecía en nada a Robinet, y tenía el rostro tan blanco como el mío, y fue y me dijo: «Mi mujer se muere; está sangrando». Le acompañé a buscar un médico, Davicito, porque hice mía la desgracia de aquel hombre, y luego fuimos todos juntos a su casa. El médico dijo: «Es una placenta previa». Y llevaron a la mujer al hospital en una ambulancia, y yo, al verme solo, pensé que todo el mundo era asco y dolor, y me metí en un bar y pedí vino y más vino, y, de repente, me acordé del niño mío que iba a nacer, y empecé a llorar sobre el mostrador y a decir: «Voy a tener un hijo desgraciado».

La gente se reía de mí y no me hacía caso, a pesar de que yo hablaba con el alma y me desgarraba por dentro. Después me dio por pensar en papá, Davicito, y me sentí culpable por los dos extremos, por mi padre y por mi hijo, y me vino la idea de que yo corrompía cuanto tocaba y que era yo la causa y el origen de todo mal.

A la mañana siguiente vino el médico a casa y me dijo: «Hay que guardar cama, amigo; esto va mal». Me dictó un régimen muy severo, advirtiéndome que si el bulto no tendía a resumirse por sí solo tendría que sustituir el contenido por líquidos transformadores. «¿Cómo?», le dije yo. Él respondió: «Pinchando y sacando, primero, y pinchando y metiendo, después». Yo permanecí callado, y él agregó: «En quince días no se levante».

Fue ésa una difícil temporada, Davicito; y mientras lucía el sol, y llegaba a mí la actividad de la calle, no me costaba dormirme y hacía

sueños tranquilos y reparadores; pero por la noche me desvelaba, obsesionado por una casa en construcción, que se levantaba, frente al balcón abierto, y cuyos tonos pasaban, en lenta transición, del negro opaco al gris, al violáceo y al anaranjado. Una tarde que Sánchez me acompañaba, le dije:

—Ahora esa casa se hará negra, más tarde gris, luego violeta y al fin anaranjada. Entonces ya me puedo dormir.

Sánchez me miró con una suerte de lejana conmiseración.

—Esa casa es siempre naranja, Lenoir —dijo—. Acostúmbrate a esa idea. Si cambia de color es por la luz del día.

Reflexioné un rato y luego le dije:

—Tú piensas que esté loco, ¿no es cierto, Enrique?

—¡Bah! —dijo él—. ¿Qué importa lo que yo piense? —y me dio unas palmaditas amistosas en el hombro.

Si me dormía de noche, a los malos sueños con Robinet se mezclaban las pesadillas de hijos y de ganglios, y soñaba que me nacían bultitos semejantes al del cuello por todo el cuerpo, y cuando me llenaba de bultitos, empezaban a estallar uno a uno, como globos, y de cada globo reventado salía un niño chiquirritín pataleando, y, entonces, le aparecían a Aurita otros tantos bultitos con unos pezoncitos diminutos en la punta, y los niños iban arrastrándose por la cama y se ponían a mamar de Aurita, cada uno de un bultito, y Aurita enflaquecía de tal modo, que el médico tenía que inyectarla a toda prisa líquidos transformadores para compensarla. Los niños eran como gatitos aferrados ávidamente a la madre, y a mí me producían escalofríos y repulsión, y había de moverme con mil precauciones y cuidado para no aplastar ninguno. Me despertaba sudando, con una sensación opresiva en el pecho. Una mañana le dije al médico del Seguro:

—Mi mujer está embarazada. ¿Cree usted que serán dos?

—¿Por qué han de ser dos?

—A veces son dos, ¿no?

Él no me hizo caso. Me manoseó el ganglio, y dijo:

—Esto mejora. Puede usted levantarse; pero nada de trabajar. Si tiene oportunidad, le vendría bien cambiar de aires.

XX

Yo deseaba levantarme, Davicito, más que nada para inspeccionar a fondo los cachivaches que fueron de papá y mamá y que guardamos arriba, en una trastera muy decorosa por la que pago duro y medio de renta. Como no tengo tiempo y llevaba quince años sin caer enfermo, nunca curioseé con detenimiento todos aquellos cachivaches y

recuerdos. Te confieso que los dedos me temblaban al revisar uno a uno los bocetos y cuadros de papá y los libros de cuentas y las anotaciones de mamá.

Al volver un cuadro tuve que sentarme en un cesto viejo, Davicito, para no desplomarme. ¡Allí tenía a Robinet! Sí, era él, Davicito, con sus ojos vacuos y su labio inferior desmayado y sus orejas al aire. ¡No cabía duda! Me agarró una excitación tan grande que durante cinco minutos no hice otra cosa que mirar mis manos temblar y temblar como las hojas de los árboles. Después, atropelladamente, comencé a volver todos los cuadros con avidez, buscando, mecánicamente, una nueva evidencia, pero no conseguí más que excitarme más, llenarme de polvo y ofuscar mi cerebro. Al concluir, volví junto al retrato y le quité cuidadosamente el polvo con el pañuelo. Estaba fechado en Pau y tenía la firma de papá. Al mirarle, yo sonreía como si, al fin, hubiera logrado atrapar a Robinet. Él también me miraba insolentemente con sus pupilas acuosas, y yo volví a pensar que papá me transmitió el conocimiento y la sensación de Robinet, puesto que yo de Pau no recordaba otra cosa que unos jardines desolados y unas ardillas jugueteando en las copas de unos árboles gigantescos.

Tomé el retrato bajo el brazo y descendí a casa, y le dije a Aurita:

—Encontré arriba un retrato de Robinet.

Advertí que le hacía mella el descubrimiento y que le recorría los nervios algo así como un miedo supersticioso.

—Mira —añadí, mostrándoselo—. Es raro todo esto, ¿verdad?

Por primera vez la vi interesada en la cuestión, y se acercó y se alejó del cuadro varias veces y musitaba: «No lo vi en mi vida. En mi vida he visto yo a este hombre». En unos minutos yo había tomado una decisión, y le dije: «Iremos una semana a Francia. El médico dijo que me vendrá bien cambiar de aires». «¿Cómo?», dijo Aurita, entusiasmada. Recordé las palabras del mozo repeinado, y dije: «Robinet está allí». Aurita añadió, cada vez más exaltada: «Mientras preparas los papeles deberíamos estudiar francés». Yo dije: «Sabemos bastante para defendemos».

XXI

Después resultó, Davicito, que Aurita y yo nos encontrábamos entre los franceses como dos palominos atontados, y ya en el tren, yo no sabía decir otra cosa que *Je ne comprends pas, monsieur*, o *Je ne comprends pas, madame*, y nada más pasar la raya, pensé: «Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar». Pero a Aurita se le veía en los ojos un inconsciente entusiasmo y ponía posturas de turista, y, a veces, me decía: «Somos turistas, ¿no es así?». Yo contestaba:

«Naturalmente», y no quería amargarla confesándole que acababa de pedir dos pagas anticipadas.

Al empezar a hablar con los vecinos de compartimiento es cuando yo me di cuenta de que un idioma es música y letra, Davicito, y que aun conociendo la letra, como me ocurría a mí, de poco vale cuando se ignora la música. Por el contrario, Aurita, que sabía menos vocabulario que yo, se defendía mejor, porque se adaptaba al ritmo y al tono, y acertaba a deslindar mentalmente las palabras. Pero a mí, si me decían, por ejemplo: «*Mais on n'y peut rien…*», no sabía a ciencia cierta si era algo relativo a un «pero» o a una «casa» a lo que se referían.

Ello no me impidió, tan pronto divisé desde el tren el viejo castillo de Henri IV y sus frondosos jardines, localizar las ardillas de mis recuerdos, y al hacerlo, un algo como la nostalgia de una infancia bruscamente rota se removía en mi interior. Simultáneamente constaté que Pau era, como imaginaba, una ciudad gris, envuelta en una atmósfera gris y quieta, y reposada como si hubiera sido abandonada de sus habitantes.

Yo llevaba las señas de la pensión, porque previamente había escrito a la tía Cándida y ella me facilitó, igualmente, la dirección de nuestra antigua casa en la ciudad. De aquí que, al subir por el Boulevard des Pyrénées, Davicito, yo tuviera la tranquilidad del destino previo. Aurita y yo andábamos despacito, admirándolo todo y sin importarnos el «qué dirán». Nos deteníamos en los cruces de las calles y deletreábamos los rótulos, y en la esquina de la rue de Cordeliers preguntamos por la rue Duplaa a un viejecito que nos dijo: «*Tout droit jusqu'à Saint Jacques. Une fois là, renseignez vous*». Yo apreté el brazo de Aurita y dije: «No he entendido». Ella se echó a reír y dijo: «Todo derecho hasta San Jacobo. Luego, ya veremos».

Aurita, evidentemente, no advertía sus trastornos habituales, y yo, por mi parte, me encontraba más apaciguado, como si la presentida vecindad de Robinet me infundiese ánimos. La ciudad desconocida nos aproximaba uno al otro y se diría que los últimos nubarrones que amenazaban la paz de nuestra casa se habían disipado.

En la plaza de Albert I había unos jardincitos y unos bancos de madera y, sentados en los bancos, unos novios de carne y hueso que se besaban y se apretujaban como si tuvieran frío. En el centro de los jardines se levantaba la estatua de Albert I, pero sin Albert I, porque los alemanes se llevaron la efigie para fundirla. El pedestal estaba tan desairado con su membrete Albert I, y era todo como una broma de mal gusto, como si quisieran decir que Albert I no fue más que aire, un pobre y triste don nadie. Mas a los novios en torno no les enfriaba esta idea, y viéndoles en su fiebre, yo me preguntaba, Davicito, cómo es posible que de dos años a esta parte venga decreciendo la población

en Francia.

Así llegamos a la pensión, que tenía un inmenso portalón, sin luz, y al final, un destartalado patio con cocheras. Supuse que allí se guarecerían parte de los Citroën, Renault y Peugeot que viera, con sus discretas luces amarillas, recorrer las calles. A mano izquierda arrancaban las oscuras escaleras, y al subirlas, Aurita se apretó a mi brazo, y dijo: «Estoy asustada». Yo reí sin ganas, y dije: «¡Qué tontería!». Pero en el fondo estaba un poco asustado también y acechaba los ángulos oscuros como si temiera, a cada momento, que de ellos surgiera Robinet.

Al tocar una campanita, se hizo la luz y asomó a la puerta una viejecita muy limpia y aseada, y Aurita y yo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, dijimos a coro:

—*Bonne nuit, madame*.

Ella dijo:

—*Oh, bonne nuit! Il y a un ascenseur*.

Pasamos, y Aurita se sentó en una silla de mimbres y la viejecita la miraba con vaguedad y simpatía y me hacía gracia, Davicito, ver a mi mujer luchar con la deficiencia de expresión; pero la viejecita entendió lo que queríamos, y yo, a mi vez, entendía a la viejecita, que preguntaba si éramos españoles, y esto me animó mucho.

La pulcra viejecita nos enseñó la habitación, que tenía dos balcones a la calle y una gigantesca cama de hierro, un armario, dos butaquitas tapizadas, una estufa sin lumbre y un lavabo protegido por un amplio y descolorido biombo. Por los balcones se divisaban las parejas de novios acariciándose bajo el fantasma de Albert I, y yo les contemplaba cuando la viejecita me llamó la atención, y salimos al pasillo en pos de ella, y abrió una puerta, y dijo:

—*Voici la salle de bain.*

Yo pregunté a Aurita por lo bajo: «¿Qué?». Y dijo Aurita: «El cuarto de baño». Entramos, y me llamó la atención el hecho de que la bañera estuviera cubierta por una lona, y me desagradó ver la tabla del retrete rajada por delante, como si se hubiera sentado en ella algún pensionista de peso. La pulcra ancianita se volvió a mí y dijo:

—*Saurez-vous retrouver votre chambre?*

Y yo me azoré todo porque no entendía, y dije:

—*Je ne comprends pas, madame.*

Pero Aurita se apresuró a decir:

—*Oui, oui, madame*.

Salió la viejecita y nos dejó solos, y entonces Aurita miró la bañera, y dijo: «Esta casa me da miedo». En ese instante algo saltó dentro del baño con un ruido metálico, levantando la lona en uno de los costados, y Aurita dio un terrible grito y se refugió en mis brazos llorando, crispada, y yo me comí mi terror, que es esta cosa que

debemos hacer los hombres, y hasta que por el hueco de la lona no apareció la cabeza de un gato no me tranquilicé, ni se me afirmaron debidamente las vísceras. Dije, luego, con voz estremecida:

—¡Tonta!, si es un gato.

Aurita rompió a reír violentamente mientras se limpiaba las lágrimas, y yo pensaba que tales sobresaltos no le vendrían ni medio bien a nuestro hijito.

Luego de lavarnos en la habitación y ordenar en el armario las ropas de la maleta, Aurita me confesó que deseaba ir al teatro, y al preguntarle a la viejecita dónde había un buen espectáculo, dijo que en el Palais d'Hiver actuaba una compañía de cómicos muy graciosa y ocurrente. Le preguntamos por dónde se iba al Palais d'Hiver; y de nuevo, Davicito, nos encontramos recorriendo calles y deletreando los rótulos, y yo notaba una sensación opresiva en el pecho cada vez que miraba un rótulo nuevo, pensando si sería la Rue Serviez, que era mi objetivo en aquella excursión.

Al ascender las escalinatas del Palais d'Hiver, Aurita me susurró al oído: «¡Qué lujo!»; y un mozalbete que estaba allí próximo, se nos acercó y me preguntó en español: «¿Le cuido el coche, señor?». Yo miré hacia los lados, Davicito, y le dije: «¿Qué coche?». «¡Ah!», dijo él, y se retiró muy displicente. Ya dentro del edificio, me sucedió lo mismo que la primera vez que vi a Robinet, o sea que nada de todo aquello, tan suntuoso y brillante, me parecía nuevo, sino correspondiente a una vida anterior mía de la que no guardaba memoria completa. Y miraba las mesas de juego del vestíbulo y las relucientes pistas de baile, y hasta la sala de espectáculos, con una suerte de amistosa condescendencia, como cuando encuentras a un viejo conocido con quien reanudas el trato.

En el escenario había un muchacho vestido de explorador y una jovencita muy atractiva en «*deux pièces*», y una liviana tienda de campaña a mano izquierda, según se mira. La gente se reía mucho con la conversación de los dos actores; pero yo no les entendía, Davicito, y miraba a los palcos buscando la razón de unas carcajadas que se me antojaban absurdas y sin sentido. La jovencita del sostén, particularmente, empleaba adrede un trabalenguas ininteligible, y a medida que el espectáculo avanzaba, se me iba llenando la cabeza como de humo, y amagaba estallarme, y las carcajadas en derredor me mortificaban tanto como si fuera mi presencia lo que las provocaba, y te aseguro, Davicito, que nunca, nunca, he sentido tan viva y mortificante la sensación del ridículo. Yo miraba a Aurita de reojo, y pensé que era, también, como una tonta, y sentí que la sangre me hervía, y la dije: «¿Nos vamos?». Ella se puso en pie sin esperar a que insistiera, de lo que deduje, Davicito, que tampoco le atraía la conversación del explorador con la bonita muchacha del «*deux pièces*».

En el vestíbulo una orquesta hacía música y unas pocas parejas bailaban en la pista. Yo me acerqué a la ruleta y la dije a Aurita: «Voy a probar fortuna». Ella dijo: «Ten cuidado, chico». Pero yo deseaba experimentar la emoción del juego que perdió a papá. Y me acerqué tímidamente a la mesa, y jugué al ocho y a pares y salieron nones, y volví a insistir al ocho y a pares y salieron nones, y arriesgué, por última vez, unos francos a ocho y a pares y salieron nones y un hombre gordezuelo y bien vestido me limpió las fichas con un rastrillo como de juguete, en un santiamén. Aquello me disgustó, Davicito, porque había cambiado en fichas un billete de mil francos, y era imprudente malbaratar así un dinero que le sería preciso a mi hijo. Le insistí a Aurita entonces: «¿Nos vamos?». Y me sorprendió que ella accediera de nuevo: «Vámonos —dijo—, tengo sueño».

XXII

Aurita amaneció pachucha y con mal cuerpo, y no se levantó en toda la mañana, y yo la pasé a su lado leyendo *Le Sud Ouest*. Al concluir de comer la aconsejé que durmiera un rato mientras yo me asomaba a la Rue Serviez. La viejecita me había dicho: «*C'est à côté*». Aurita, por su parte, me había dicho: «Ya no tengo miedo, ¿sabes?». Y yo pensaba: «¿Quién me asegura que encuentre a Robinet?». Mas en el fondo yo confiaba en que algún detalle me aclarase las cosas, y, en último extremo, me decía, Davicito, que este cambio de aire le iría bien a mi ganglio y a los nervios de mi mujer, y que de todas maneras las dos pagas anticipadas no serían dinero perdido.

La Rue Serviez corría casi paralela a la de la pensión, y al avanzar por ella yo notaba una emoción creciente, Davicito, y me esforzaba en revivir hechos pasados y emociones pasadas sin conseguirlo. Yo me decía: «Esto me suena; esto me suena». Pero nada me sonaba, Davicito, ésta es la verdad, y si me lo decía era para estimular mi subconsciente, aunque sin fortuna. Conforme me aproximaba al número de nuestra casa, se me acentuaban la atonía del vientre y la debilidad de las rodillas. Ante un bar me detuve y le contemplé con detenimiento. Pensaba: «Bien, este bar…». Mas como no sacaba nada en limpio, si no era acentuar mi desasosiego, entré en él y pedí un *cognac*. La radio, en un rincón, cantaba *La Seine*. Toda Francia cantaba *La Seine*, Davicito, porque, aunque es una música suave y nostálgica, se mete hasta lo más hondo de uno.

El corazón me palpitaba aceleradamente al entrar en el portal de nuestra antigua casa, Davicito. Pensaba en ti, entonces, en papá y en mamá, y me decía que ciertamente en aquella casa no fuimos felices. En el centro del portal me detuve y lo analicé todo ensimismado,

como si se tratara de una obra de arte. De pronto vi una mujer frente a mí y un raro impulso tiró de mi lengua y grité:

—*Madame Louvois!*

Te juro, Davicito, que no había vuelto a tener idea de madame Louvois, ni de que existiera y, sin embargo, su nombre surgió en mi boca como algo fatal con una familiaridad extraña. Ella, pasmada dijo:

—*Qui êtes-vous?*

Yo respondí:

—¡Lenoir!

La mujer vino hacia mí para abrazarme, y repentinamente se quedó cortada y dijo:

—*Ah, mon petit Lenoir!*

Y nos cogimos las manos y a madame Louvois le brillaban los ojos abesugados, y agregó:

—*Mon fils que tu as grandi.*

Y el contacto de aquellas manos trabajadas y bastas me resucitó sus remotas caricias, y sólo después advertí que estaba mucho más delgada y rendida, y pensé, Davicito, que a madame Louvois, aún no le había llegado vuestro Plan Marshall.

La dije que ya la vería, que iba a subir para recordar, y ella me dijo que: *«C'est bien, mon enfant»,* pero le costaba separarse de mí, y al fin me dijo que «*Pierre était mort*». Entendía sus palabras perfectamente, Davicito, y le di unas palmaditas confortadoras en el hombro, y ella suspiró y sus ojos se remontaron a un lejanísimo pasado y se desasió de mí y sólo a modo de despedida: *«C'était la guerre, mon fils»*.

No sé si acertaré a comunicarte, Davicito, lo que yo sentí subiendo aquellos escalones y cómo sobrevino la curiosa metamorfosis. A mí me ocurrió subiendo aquellas escaleras algo así como un despertar de ideas y sensaciones olvidadas. Y cuando se abrió la puerta del primer piso y salió por ella una voz agria y destemplada, diciendo: «*Madame Louvois, le courrier*!», yo, aunque no sabía francés, supe que la voz era de madame Tourasse y que pedía a madame Louvois las cartas de la tarde. A partir de este momento, las paredes, la balaustrada, las puertas y las placas de las puertas dejaron de ser para mí desconocidas y frías y se tornaron calientes y próximas. Y yo me decía, Davicito: «Señor, es como si no hubiera pasado el tiempo». Y al oír el quejido de un peldaño, el corazón se me paralizó unos segundos, Davicito, porque su voz era un lamento que vibró en mis oídos con un sentimiento casi humano. Volví a pisar ese peldaño con unción y puedo asegurarte que fue ese chasquido lo que acabó de conmocionarme todo por dentro y, desde entonces, me transformé en el niño de veinticinco años antes, trepando, vacilante, escaleras arriba y animado de pensamientos y sentimientos pueriles.

Ante la puerta del tercer piso yo sentí que, tras ella, estaba mamá, y

tras la de enfrente, monsieur Xifreu y evoqué las facciones correctas y la compostura de monsieur Xifreu como si le hubiera visto la tarde anterior, Davicito. Y era tan lúcido el pensamiento de mamá, que experimentaba en el corazón el calor de sus caricias y de su ternura y la reconstruía en mi imaginación, joven, bonita y arrogante, y no con la pierna en el caldero, aunque sí con una sombra de tristeza velando el brillo de sus pupilas. Era, todo, como un portentoso milagro, Davicito, y yo no había de esforzarme para retener en mi imaginación todas estas cosas, sino que brotaban en mí como un caudal fluido cada vez con mayor abundancia de detalles nimios y pormenores. Y cada escalón me decía algo nuevo y revolvía en mí un fondo de recuerdos adormecidos, y si me detenía extasiado ante una grieta de la pared o un nudo de la tarima, en torno a la grieta o al nudo afloraban pasajes enteros de mi primera infancia con su acompañamiento de ingenuidad y quiebros inesperados.

No estaba excitado, entonces. Te doy mi palabra de honor, Davicito. Todo era como un retorno suave, como una sensación de vuelta a empezar, y mi ánimo no era el actual de hombre preocupado y enfermo, sino el buen y sano equilibrio moral y físico de una criatura de cuatro años. Los recuerdos se agolpaban en mi cerebro con una lucidez de antecedente inmediato, de cosa recientemente vivida y, también, justo es reconocerlo, con ese desorden y esa imprecisión y esa falta de correlación y fundamento con que suceden las cosas ante la atónita mirada de un niño.

Seguí subiendo, Davicito, y alcancé, al fin, el último rellano de la escalera. En no sé qué presentía yo el gran acontecimiento de mi vida, y por primera vez desde que comencé la ascensión se entremezclaron en mi cabeza ideas y alucinaciones presentes, y recordé a Robinet y recordé al crucigrama y algo en mi conciencia pueril repetía: «¡Caliente, caliente, caliente!». Entonces distinguí la puerta del estudio de papá y volví a ser neta y enteramente niño, y recordé mis entretenimientos y mis juegos, y que precisamente este rellano constituía mi lugar de esparcimiento. Recordé también que solía ponerme de puntillas y mirar por el ojo de la cerradura cómo papá trabajaba en su estudio. Me aproximé a la puerta, Davicito, con sentimientos de niño y no de hombre, y cuando me agaché a mirar, no vi lo que ahora había en el estudio, sino a papá frente al gran tragaluz y con un pincel en la mano, y, por las paredes, muchos cuadros, bocetos, pequeños modelados de yeso y algunos grabados a plumilla. Entonces sí se me agitó el corazón, Davicito, y supe que era una cabal reconstrucción de un hecho ya vivido, porque, de improviso, se oscureció el tragaluz y asomó el rostro de Robinet, el mismo Robinet del cuadro, con sus ojos desleídos y sus labios gordezuelos, en forma de corazón. Papá no se inmutó con la visita, como si fuera cosa

corriente y habitual que las visitas llegaran por el tragaluz, y sólo dijo: «*Quoi de bon?*». Robinet no respondió. Le miraba fijamente, ansiosamente a papá, y sin previo aviso sacó una mano del bolsillo y sonó un estampido y papá se desplomó, y una nube de humo me nubló la vista y, en ese instante, fue cuando advertí que yo lloraba a gritos, mientras otros gritos de diferentes gargantas subían por la escalera. Uno de los gritos era mamá, mamá joven, Davicito, que me abrazó y dijo llorando y con los ojos enloquecidos: «Ángel mío, ¿qué culpa tienes tú de estas cosas?».

Cuando dejé de mirar por la cerradura noté un intenso puntazo en los riñones, Davicito, y advertí que mamá no estaba y que yo no era yo y mi propio llanto andaba por dentro de mí sin llegar a humedecerme los ojos a pesar de que yo «le había oído», Davicito, porque ya no era un niño, sino un hombre a quien la conciencia se le despierta, y al iniciar el descenso de la escalera noté una extraña debilidad en las rodillas y me senté en el peldaño más alto y, sin embargo, me invadía esa sensación confortadora que suele acompañarnos cuando después de muchos esfuerzos y cavilaciones damos con la última palabra de un crucigrama.

XXIII

Ocurre a veces, Davicito, que impresiones y escenas enterradas dentro de ti durante un determinado tiempo, afloran en virtud de un desconchado de la pared, un olor, o una palabra, o una mirada, o una canción. Entonces, a su conjuro, evocas todo un episodio de tu pasado, sepultado bajo un alud de acontecimientos posteriores. De fijo, Davicito, que un importante caudal de esos recuerdos se irán con nosotros a la tumba, porque ha faltado en el transcurso de la vida esa canción, esa mirada, esa palabra, ese olor que los estimule y despierte; faltó el resorte que les avive en el momento propicio. Son recuerdos que dejaron de ser recuerdos, pero que merced a un estímulo oculto podrían, en su momento, volver a ser recuerdos.

En todo esto pensaba yo, Davicito, al penetrar, de regreso, en el portal de la pensión y estaba ya tan oscurecido y silencioso, que experimenté un brumoso temor al meterme en el ascensor y buscar, a tientas, el botón del segundo. Me quedé de piedra cuando en vez del botón topé con otra mano que se me había anticipado. Retiré la mía pensando que eran figuraciones, y tras unos segundos de vacilación, volví a buscar el botón para desengañarme; pero sí había otra mano allí, Davicito, y era una mano gruesa y extrañamente fría, y tan agarrotado de terror me quedé, que dejé mi mano desmayada sobre la otra mano hasta que alguien dio la luz, de súbito, dentro del ascensor,

y sin necesidad de volverme, vi a Robinet detrás de mí, reflejado en los cristales de las portezuelas, sonriéndome como un viejo camarada.

¡Ay, Davicito! ¿Será preciso que te jure que aquel breve viaje hasta un segundo piso se me hizo tan penosamente largo, que llegué a pensar si no tendría fin? Fue un mal trago, Davicito, la verdad, verme encerrado en un ascensor junto a aquel hombre, a su merced, y pensar luego en la maldita casta de héroes que ha divulgado el cine, que en un segundo se resuelven, agarran al asesino por las muñecas, le aplican cuatro llaves de jiu-jitsu y en un momento le dejan para el arrastre. Todo esto me imbuía una deprimente conciencia de inferioridad, ya que yo pensaba, Davicito, que las cosas en la realidad son distintas e incluso el criminal es, con frecuencia, más fuerte y mañoso y conocedor del jiu-jitsu que el hombre honrado, y si el hombre honrado se pone tonto, además de quitarle la cartera le dan media docena de sopapos, si es que no le dejan tieso. Lo normal es que, mientras el hombre honrado aprende a ganarse la vida honradamente, el criminal está aprendiendo llaves de jiu-jitsu, Davicito, y a la hora de la verdad es más que probable que el hombre honrado se quede sin la cartera y en ridículo.

Todo esto pensaba mientras subíamos, Davicito, y las manos de Robinet en los bolsillos de su gabán me quitaban las pocas ganas que tenía de plantear el problema en el terreno de la violencia. Aguardé, pues, mi oportunidad, y cuando la pulcra ancianita nos abrió la puerta, yo bajé un párpado del lado que Robinet me seguía, indicando el peligro; mas la pulcra ancianita se echó a reír y murmuró: «*Ah, espagnol!*», un poco confundida. Al doblar por el pasillo, Robinet despegó, al fin, los labios para decirme: «Tiene usted los mismos ojos que su padre». Y como me siguiera, camino de mi habitación, yo le advertí que mi mujer estaba enferma, mas lo cierto es que ya se le había pasado todo, y cuando llamé a la puerta del cuarto, Aurita me abrió con su propia mano y me abrazó y me dijo que quería dar un paseo, y, de repente, reparó en Robinet y se quedó cortada, mirándole. Él hizo una burda reverencia, y me dijo:

—La idea de su esposa es magnífica, Lenoir. Iremos juntos a dar un paseo.

Yo dije:

—Es Robinet.

Aurita abrió un palmo de boca, pero no dijo nada.

Y cuando salimos los tres de casa, me pregunté: «¿Dónde demonio nos conduce este hombre?». Robinet caminaba a buen paso y yo, la verdad, Davicito, no me hacía ninguna ilusión sobre mi destino. Contemplaba angustiado los rótulos de las calles y me asía mentalmente a ellos con una frenética ansia de vivir. Se me hacía que cada segundo, al lado de aquel hombre, era un nuevo paso hacia mi

perdición.

,

Al entrar en la plaza Clemenceau divisé a un mozalbete que voceaba *Le Sud Ouest* y le siseé sin consultar a Robinet. Éste se interpuso entre ambos, y dijo: «¿Qué?». Dije yo: «Quiero un periódico». El mozalbete nos observaba sin comprender nuestro idioma y yo miraba, implorante, los ojos del mozalbete, para que no se fuera y no nos dejase solos, y le pisé la punta del pie con disimulo, pero él se apartó para no estorbarme y aun me pidió disculpas y fui yo entonces, Davicito, y le alargué un billete gordo para ponerle en la coyuntura de buscar vuelta y ganar tiempo; pero el condenado chico tenía vuelta y me la dio y se largó sin más demora, voceando *Le Sud Ouest* cada tres pasos.

En la esquina siguiente me detuve, y Robinet me aproximó el bulto del bolsillo a los riñones. Yo dije tercamente: «Quiero orinar». Él dijo: «Siga. Aún no hemos llegado». Yo insistí: «No puedo aguantarlo más tiempo». Él agregó: «Siga, es cosa de poco». Y como siguiera apretándome los riñones con el bulto del bolsillo, yo continué andando, Davicito, que otra cosa hubiera sido temeridad.

Aurita, a todo esto, caminaba a nuestro lado sin darse cabal cuenta del peligro, y yo empecé a sentir compasión por ella y por el niño, y estaba dispuesto a implorar a Robinet, Davicito, cuando éste se detuvo frente a una puerta giratoria, a través de la cual se filtraban las notas melodiosas de *La Seine*. Salían algunos grupos de soldados paracaidistas acompañados de muchachas, y yo me dije, Davicito: «Ahora sí que no paso de aquí». Pero mi pretendida resistencia era una cosa vana, porque Robinet me empujó hacia dentro y dijo: «Entre, Lenoir; vamos a divertimos un poquito».

Dentro me inundó una grata sensación de alivio, porque tanto en el restaurante como en la cervecería había bastante gente y era toda ella gente despreocupada y alegre y las pantallitas que vertían la luz en cada mesa eran, también, despreocupadas y alegres, y alegres eran, no menos, los largos divanes de cuero corinto que se estiraban por los rincones. Y junto a la orquesta, uniformada de *smoking*, había una muchacha cantando *La Seine* y era una real hembra, te lo aseguro, Davicito, muy rubia, bonita y de curvas bien calculadas. Tenía una cintura inverosímil y unas caderas rotundas y poderosas. Y cantaba *La Seine* con gusto, y, viéndola, yo casi me olvidaba de Robinet. Me agradaba también el sencillo traje de terciopelo que vestía, largo hasta los pies y un poco más corto por arriba, pues no la ocultaba más allá de medio pecho, pero tenía los hombros tan armoniosos que podía disculpársele la exhibición, Davicito, y, además, ¡qué diantre!, para eso estaba allí, para despertar calenturas amorosas y para que todos los hombres que cayesen en el cepo de *La Brasserie* la desearan con

todas sus potencias y sentidos.

Yo la miraba con insistencia y me azoró la advertencia de Aurita: «Cuidado, chico»; pero cuando iba a tomarla de la mano sentí la voz conminatoria de Robinet diciendo: «Siéntese ahí, Lenoir; aquí podremos charlar tranquilamente». Luego llamó a un camarero, y sin consultarnos nada, pidió cerveza para todos.

XXIV

Robinet se retrepó en el sofá, y dijo:

—Las cosas ocurrieron aquí y aquí deben aclararse, Lenoir. Ésta es la única razón de que hayamos coincidido.

Me miraba perentoriamente, Davicito, y a pesar de que su mirada era floja, como un vino aguado, yo no podía resistirla.

Carraspeó un momento antes de añadir:

—Yo maté a su padre, Lenoir. Es esto lo más importante de cuanto he de decirle esta noche.

Me quedé mudo con su confesión, Davicito, y Aurita dio un respingo y yo la compadecí y compadecí a mi hijo encerrado en ella, y estos pensamientos me dieron fuerzas, y dije:

—¿No podría marchar ella?

La respuesta de Robinet fue seca como un ladrido:

—Han de escucharme los dos —dijo.

Había un asomo jactancioso en su manera de expresarse, Davicito, y yo deduje de ello que Robinet se vanagloriaba de haber dado muerte a papá y de la perfección de su crimen. Yo no me atrevía a decirle que lo había visto todo, Davicito, por temor de irritarle. Me incliné hacia él y advertí, entonces, que sudaba por todos los poros de su cuerpo. La orquestina y la voz sofocada de la muchacha rubia me comunicaban un poco de confianza. Añadió Robinet:

—Usted pensará, Lenoir, que esto obedece a un capricho, cuando la verdad es que responde a un plan minuciosamente calculado. Fue necesario que su padre muriera, ¿eh? Yo soy el primero en lamentarlo, porque su padre era un artista excepcional. De lo ocurrido yo no tengo la culpa. Las cosas vienen así y así hay que aceptarlas. Dígame, Lenoir, ¿ha pensado alguna vez seriamente en la primera noche de un muerto? No, ¿verdad? Cosa terrible.

Hizo una pausa, y al cabo agregó:

—Escúcheme, Lenoir, usted ha estado, sin estar, todo un día en su casa, en su habitación, tumbado en su propia cama, pero no reconoce ya ni su cama, ni su habitación, ni las ropas de su lecho, ni a los suyos que le rodean. Han llorado sobre usted hasta hartarse; pero usted ni lo ha sentido, y entonces, mientras gritan a pleno pulmón: «¡Pobrecito,

qué bueno fue en vida!», están pensando: «Esto es un trasto inservible. Habrá que sacarlo de aquí antes de que huela mal». E incluso van a pedir la venia de la autoridad para enterrarle a usted sin más demora. Eso, los que le quieren. Lenoir, los que le han asistido abnegadamente durante su enfermedad, pero que ahora, de súbito, al morir usted se sienten liberados, ansiosos de descanso, y dicen: «No tenía remedio; al fin y al cabo ha sido mejor así». Y con gran prisa le ponen a usted una camiseta nueva y un calzoncillo limpio y una camisa almidonada, no sin que alguien advierta mezquinamente: «Mujer, esta ropa podrías arreglársela al chico». Pero, al fin, le ponen el traje, y la corbata, y los zapatos de los domingos y usted se deja hacer, porque no le va ni le viene y es un garrote que se va estirando poco a poco y no se entera de nada.

Y la sesión empieza a prolongarse y usted empieza a molestar sin saber que molesta, ni importarle un ardite tanto preparativo. Bien, finalmente llega la hora del entierro: un coche negro, cuatro amigos con prisa y una mala corona. Poco, Lenoir; pero para usted no es poco ni mucho, porque ya es la nada y la soledad dentro de un cajón negro. Y usted no puede ni decir: «¡Ahí no! Por favor, no me metáis ahí. Por todo lo que me habéis querido, no cerréis la tapa de ese cajón». No puede decirlo, ni los demás saben interpretarlo y le cierran a usted, lo quiera o no lo quiera, y le bajan a hombros la escalera, y su amigo del café piensa: «Cómo pesa el condenado, parece de plomo», pero no lo dice y descansa cuando lo deposita a usted en el coche estufa. A seguido, parten hacia el camposanto, y los enterradores lo tienen todo dispuesto, porque ya están advertidos, y, en un dos por tres, le dejan a usted, le tapan con una losa y cierran los resquicios con cemento. Todos suspiran acongojados, pero todos dan media vuelta y le dejan a usted solito, pensando que por ese trago sólo pasan los robaperas.

Entonces empieza la función. Al poco tiempo se cierra el camposanto y se echa la noche encima. Y usted está allí solo, bajo cuatro cipreses, y hace unas horas estaba entre los suyos, sobre sus ropas y su lecho, tomándose un caldo caliente para entonarse. Todo ha cambiado en brevísimo tiempo. Se levanta viento y sobre su cerebro vertical empiezan a bambolearse los cipreses. Y usted está solo, es decir, tiene vecinos por todas partes, pero cada uno tiene su nada y su soledad. Están incomunicados, y la luna blanca sube por el cielo e ilumina su reducto. Usted, Lenoir, intuye el resplandor de la luna. Sólo lo intuye, porque los pícaros enterradores se han preocupado bien de que no quede ni un mal resquicio de luz.

A unos metros de distancia, la ciudad bulle, y los que le querían y cuidaban hace unas horas, están reunidos y dicen a sus amigos: «La cosa no tenía remedio; mejor ha sido así; él estaba sufriendo». Y la soledad le envuelve a usted por todas partes y hay en torno un frío y

un silencio y un agarrotamiento sobrecogedores. Y el portero del camposanto está durmiendo a pierna suelta en la conserjería, y cerca tiene una estufa de leña que le caldea el ambiente y usted en su nada sintiendo únicamente la soledad del no ser, la angustia de la no participación en la vida, el horrible frío de la tumba.

Robinet hizo una pausa. Yo tenía el susto muy incrustado en el cuerpo, Davicito; pero así y todo la fuerza y la tensión que emanaban del cuerpo de Robinet me atraían y no acertaba a desprenderme de su radio de influencia. La muchacha rubia seguía cantando y los paracaidistas deseándola; pero yo no lo advertía. Me encontraba simplemente sometido, con mi voluntad a su discreción, y ni aun intentándolo hubiera conseguido desligarme. Él resollaba ahora como una vieja locomotora y las manos le temblaban como si fuera un anciano asmático. Se limpió el sudor del rostro con un sucio pañuelo, y agregó:

—Luego, Lenoir, empieza el olvido total; su memoria va desapareciendo de la costra de la tierra. Es un proceso lento, pero incesante. Hoy le recuerdan a usted un poco menos que ayer y un poco más que mañana. Es fatal e irremediable. Al fin, el olvido, la nada absoluta como el vacío de una campana neumática. No hay rastro suyo, ni memoria suya, Lenoir. Sólo una lápida con su nombre y sus fechas. Y uno cualquiera que pasa piensa: «¿Quién será este granuja? ¿A quién daría guerra este granuja? ¿Cuáles serían los problemas, los amores y la forma de este granuja?». Es lo que queda de usted: incógnita tras incógnita. Y usted quietecito, agarrotado en su traje de fiesta y con corbata chillona, siendo cada día menos, cada minuto más nada…

Robinet tiritaba como de frío, Davicito, y yo pensaba: «¿Dónde piensa ir a parar?». Se enjugó el sudor con el pañuelo, observó indiferentemente un momento los redondos hombros de la animadora, y prosiguió:

—No es en sí mala la muerte, Lenoir. Bien mirada, la muerte es piadosa y pone fin a los quebrantos de uno. Por ese lado la muerte no es sólo compasiva, sino deseable. Y, al fin y al cabo, no significaría nada trascendental si la memoria de uno siguiera participando de los afanes y las preocupaciones del siglo. La verdadera tortura es morir ignorado, Lenoir; acabar uno como un Don Juan particular, sin más sentimiento que el de los que te rodean y tienen la obligación de quererte, ni otra constancia que la de la portera que te vio partir con los pies por delante. Son dos cosas distintas, Lenoir. Uno puede morir con la fama a cuestas y uno puede morir como un hijo de perra. Y si uno muere como un hijo de perra se terminó, Lenoir; se terminó tan pronto le echan la loseta sobre los huesos y le cierran las grietas con un poco de cemento. En ese caso, ya puede decir uno: «Bien; a

descansar». Pero, ¿cree usted, Lenoir, que es posible dormir tranquilo en la consciencia de la nada, sabiéndose menos que un triste gusano de la tierra? ¡Bueno! Las cosas son como son y el hombre está hecho para perpetuarse y sólo el hombre que alcanzó la celebridad tiene garantizado un poco de respiro en la tumba y sabe que los demás conocen su paradero, y que no está solo, y que todo es cuestión de esperar y que los vivos aman o aborrecen la memoria de ese muerto, pero le conocen y saben de él, y alivian su soledad con su recuerdo. De esa manera, Lenoir, créame usted, uno no está muerto del todo, ni es la nada absoluta, ni el olvido total y, de este modo, la asfixia no llega a uno, porque uno o su memoria, que tanto da, está involucrado en las cosas del mundo y en la lengua y el cerebro de los vivos y se conserva su personalidad en otros, en otras células vivas y otras vísceras vivas y otros miembros vivos. Y yo digo, Lenoir, que esa celebridad es como un pulmón para el muerto, algo que le hace inmortal y eternamente vigente.

La blanca mirada de Robinet, Davicito, iba encendiéndose de un fuego diabólico. Aurita le miraba con una patética expresión de asombro en los ojos mientras yo seguía atado a él, totalmente ligado a su voluntad, entregado y dócil, con todos mis sentidos despiertos y tensos hacia él.

Y Robinet, enarcando las cejas y serenando las palabras, dijo de súbito:

—Cuando yo conocí a su padre, Lenoir, era el artista con más posibilidades de Francia. Era audaz y vehemente y poseía unos recursos peculiares y expresivos. Yo, por entonces, buscaba un pintor elocuente y con personalidad. Había agotado todos los demás procedimientos. Esto es cierto. Necesito que usted me crea, Lenoir. El que usted me crea es ahora para mí la única cosa importante del mundo. Yo, desde niño, había pensado como pienso, y me decía a menudo: «Robinet, has de hacer algo que asombre a la Humanidad». Pero deseaba hacer algo sin otros medios prácticos que mi ferviente deseo, mi cabeza, mis manos y mis pies. Y luego me decía: «¿Qué vas a hacer, Robinet?». Y yo pensaba que podría hacer muchas cosas, pero que aún no era tiempo. Mas resultó que nunca era tiempo, Lenoir, ni tenía nunca una cosa seria que hacer. Y yo me llenaba de prisas, y me decía: «Has de inmortalizar tu nombre; el tiempo apremia». Y, luego, me preguntaba: «¿Cómo?». Mas no salía de ahí, Lenoir, porque esta vida es injusta y unos nacen dotados y otros nacen indotados, y unos nacen con luces e inteligencia y otros nacen romos y tardos. Y así yo tenía buenos deseos, pero eso no bastaba y mi cabeza y mi corazón no daban para otra cosa que para cobijar estos buenos deseos, y aquella fiebre desordenada de hacer. Y una noche, descorazonado, algo me iluminó por dentro, y me dije: «Tú no vales, Robinet. Busca alguien

que sepa hacer algo grande en ti». Y, entonces, Lenoir, pensé: «Vinci hizo a la *Gioconda,* ¿y quién es más universal de los dos?». De repente yo envidiaba con todo mi fuego, Lenoir, a aquella maldita calamidad que afrontó el olvido sin otro mérito que sonreír bobamente ante un genio. Yo me decía: «¿Merece una sonrisa la inmortalidad?». Y, después, me decía: «Si la merece o no, es cosa que no me incumbe». Y algo se me encendía por dentro al pensar que también por no hacer nada podía uno afrontar la caducidad y que el ser olvidado o famoso era, como todo en la vida, cuestión de dar con la coyuntura propicia y saber o no aprovecharla.

Y fue en aquellos días cuando conocí la obra de su padre, Lenoir, y su vigor y su personalidad me convencieron desde el primer momento, porque yo, aunque a usted le sorprenda, puedo jactarme de tener un finísimo olfato artístico. Y al ver aquello, me dije: «He aquí una obra que enardece por su energía; una obra que perdurará». Y ocurría todo en una exposición, y me acerqué a su padre y le dije: «Admiro la grandiosidad patética de sus paisajes». A él le empavoneó el elogio, y dijo: «Nadie alcanza donde yo alcanzo». Y nos hicimos amigos, y desde entonces nos entrevistamos con alguna frecuencia, y un día le dije: «Lenoir, ha de pintarme usted». Él respondió: «Le falta cromatismo y expresión en el rostro; usted no es cuadro». Yo añadí: «Para los demás tal vez; usted sabrá conseguirle». Dijo él: «Nadie puede captar lo que no existe». Yo dije: «Inténtelo; la gloria será mayor». Y se puso a ello. Le costaba mucho, Lenoir; a ratos le oía jurar entre dientes y ofrecer su alma al diablo. Al fin, una tarde, dijo: «Esto está listo». Yo dije: «Lo veré mañana». Él dijo: «No se necesita mucho tiempo». Yo insistí: «No importa. Ahora estoy fatigado. Lo veré mañana». Y es que yo deseaba prepararme, Lenoir. Para mí era aquello la última razón de mi vida. No podía tragarme el cuadro así, en un dos por tres. Creo que a la pintura la hace el primer vistazo. La insistencia es cosa secundaria y, de ordinario, no enmienda el efecto inicial. Por eso dije: «Lo veré mañana». Y a la mañana llegué al estudio de su padre por el tragaluz. Él sonrió, y dijo: «Un camino nuevo». Yo dije: «Nuestras casas lindan por los tejados». Y el cuadro no me satisfizo sin saber por qué. Le faltaba una rara chispa de inmortalidad. Se lo dije a su padre sin rodeos. Y él se enfadó, juró y me mandó al diablo. Entonces yo le dije: «Hay que empezar de nuevo, Lenoir». Su padre se irritó más. Yo insistí: «No queda otro remedio». Él me insultó y entonces yo, sin descomponerme, di dos profundos cortes al lienzo.

Al día siguiente, su padre empezó a trabajar otra vez en mí. Yo vigilaba atentamente sus manos y sus ojos y sus movimientos, para no dejarle desfallecer. Pero a su padre le faltó voluntad, Lenoir. Le juro que a su padre le faltó voluntad. Yo lo notaba en su proceder. Jamás se me dio del todo. Al segundo día se plantó y dijo: «Está sudando

usted; yo no puedo ver sudar a mis modelos». Y yo me puse serio y dije: «Adelante». Y dentro de mí tenía la lucha de ser o no ser; de acabarme o de pervivir. Y era eso, Lenoir, lo que hacía que yo sudase y me alterase y me descompusiese, porque vivía la emoción de jugármelo todo a una carta. Y al poco rato, su padre se plantó de nuevo; «¡Maldito, quieto!». Yo dije: «Adelante, adelante, adelante». Tenía prisas, Lenoir, prisas y angustias de muerte y, sin embargo, no podía decirle otra cosa que: «Adelante, adelante, adelante». ¡Oh, si yo hubiera tenido en mis manos los resortes de la inspiración! Pero yo no tenía nada de nada, Lenoir, salvo el ansia de inmortalidad, un anhelo ferviente de pervivir. A los cuatro días su padre se plantó definitivamente: «Se acabó —dijo— No puedo». Su padre se había emborrachado ese día y yo le dije: «Hay que seguir, Lenoir». Y él agregó: «He dicho que se acabó» Al día siguiente volví por el tragaluz, y él me dijo: «Es inútil». Yo me marché y me desesperé a solas, hasta que pensé: «Yo puedo matarlo». Y este pensamiento me alivió, Lenoir, y se lo digo como lo siento, y poco a poco me fue llenando, porque yo podía encontrar la inmortalidad en este acto. Y, de paso, dejar definitivamente asentada la fama de su padre. Aquello no era jugar sucio, Lenoir; ni su padre ni yo éramos felices. Y fui y lo maté, Lenoir. Yo pensaba: «Seré famoso por matar a un hombre que no supo hacerme famoso. No me importa que me ahorquen». Luego, reflexioné y me dije: «El asunto hará más ruido si se aclara al cabo de veinticinco años». Y huí por los tejados. Lenoir. No es difícil burlar a la Policía de este país, créame. La gente piensa que a la buhardilla de un sexto piso sólo puede llegarse por la escalera. Se olvidaron del tragaluz ¿comprende? Yo bajé, disparé y huí. La gente dijo: «Un pintor se ha suicidado». Y, en verdad Lenoir, ¿qué otra cosa podían pensar ellos?

XXV

Robinet se recostó en el diván, Davicito, y su rostro sudoroso sonreía con pueril satisfacción. Yo fui cobarde entonces, Davicito, y no le dije que lo vi todo por el ojo de la cerradura, en primer lugar, porque era inútil después de su confesión, y en segundo, porque le hubiera contrariado mucho y yo empezaba a recelar que Robinet deseara aumentar su fama despachándome a mí también. Yo concretaba ahora todo mi esfuerzo en aplacarlo y no te oculto, Davicito, que con mis ademanes procuraba mostrar no sólo comprensión hacia un proceder que él se esforzaba en presentar como lógico, sino hasta admiración por su conducta. La muchacha rubia se desplazaba de una mesa a otra, cantando y sus frases moduladas me animaban a vivir. Dije de pronto:

—¿Por qué huía de mí, allá?

Robinet sonrió y dijo:

—Se cumplen ahora los veinticinco años de lo de su padre, y usted tenía que regresar en virtud del ciclo. Este es el momento de aclarar las cosas. El ciclo se ha cumplido; entonces, cuando yo le reconocí no era tiempo ni lugar. Por eso no quiero que le extrañe, Lenoir, mi falta de delicadeza para con usted, y me disculpará, incluso, la carrerita que le hice dar por el subterráneo. Yo me decía: «No, aquí no; las cosas deben aclararse en su lugar de origen. Lenoir vendrá a Francia detrás de mí».

Yo pensaba, Davicito: «¡Al diablo el ciclo! Yo estoy por una pura casualidad». Me distrajo de pronto el movimiento de Robinet buscando algo en el bolsillo de la cartera. De improviso sacó de allí un papel sucio, descuidadamente plegado y escrito con trazos nerviosos. Lo extendió ante mí, y añadió:

—Ésta es mi confesión, Lenoir, y en la Prefectura van a llevarse un chasco con ella. En los archivos consta el suicidio del pintor Lenoir en la mañana del 25 de noviembre de 1922. Ahora tendrán que volver las cosas del revés, y donde dice X decir Z y alterar el informe y revolverle las tripas al forense. Todo por mi culpa, Lenoir, y de seguro que a ellos la broma no les va a divertir demasiado.

Los ojos de Robinet parecían, de pronto, agobiados de un infinito cansancio. Observó a la animadora con expresión fatigada, y dijo penosamente:

—Sinceramente, Lenoir, ¿qué daría usted por besar la boca de esa muchacha?

Yo carraspeé, violento, porque Aurita me miraba como diciendo: «Habla, ¿cuánto?». Y en éstas, Robinet se puso pesadamente en pie y dijo: «Yo voy a hacerlo. Tengo derecho porque es mi último deseo». Avanzó cuatro pasos por la pista solitaria, se aproximó a la muchacha rubia, la prendió por la cintura y la besó en los labios con una voracidad de sediento. Fue tan audaz su acción, Davicito, que todos nos quedamos pasmados sin movernos de nuestros sitios, cesó la música de la orquestina y se alzó sobre nosotros un impresionante silencio. Nadie reaccionó hasta que la linda muchacha, hurtando sus labios a la obstinada avidez de Robinet, profirió un sofocado grito de espanto. Entonces volvió la vida y el movimiento, y todos nos incorporamos, y en ese instante Robinet dejó libre a la muchacha, se situó en el centro de la pista, se llevó la mano derecha con un objeto negro a la boca y sonó un horroroso estampido. Le vi desplomarse como un fardo, Davicito, y cuando corría hacia él, advertí que Aurita se desplomaba también sobre el diván, y entonces, vacilé indeciso, y volví a ella y la pasé el pañuelo empapado de cerveza por las sienes hasta que la vi reaccionar.

XXVI

Fue mucha confusión después, Davicito, con las aclaraciones y los interrogatorios y los líos de la Prefectura; pero nada de todo esto resucitó a Robinet, y aunque me repugnaba hacerle famoso a costa de su crimen, no tuve más remedio, en primer lugar, por liberar la memoria de papá del sambenito del suicidio, y en segundo, para poder salir Aurita y yo con bien de aquel aprieto. Y como Robinet esperaba, la gente empezó a hablar de él en todas partes y a aumentar las proporciones de su acto, y a mí me daba como asco pensar que sus restos pudieran estar removiéndose de placer en la tumba. Pero luego me decía: «Robinet era un perturbado. La vida eterna no está en el mundo como él creía. Pensar así es ignorancia».

Cuando regresamos a casa yo me encontraba mucho más tranquilo y el ganglio empezó a decrecer hasta convertirse en un bultito casi insignificante y yo reanudé la vida de oficina, y aunque me propuse no decir nada de lo de papá, para no aumentar la triste celebridad de Robinet, luego se me fue la lengua, Davicito, y no ciertamente por limpiar el recuerdo de papá, que aquí todos desconocían su supuesto fin, sino por la necia vanidad de referir mi aventura. Y lo relaté aquí y allá, y yo gozaba con las exclamaciones de sorpresa del auditorio, pero a pesar de todo tenía aquellos días, Davicito, la preocupación de Aurita y de mi hijo, puesto que yo sabía que una impresión fuerte en ese estado es bastante para trastornarlo todo, y la decía a Aurita: «¿Tú estás bien?». «¡Oh, mucho mejor que antes!», respondía ella. Y sí, ciertamente, Aurita volvía a encontrarse a sí misma y taponaba el tubo de la pasta de los dientes y me arrimaba una silla a la cama para que colgara la chaqueta y no se deformaran los hombros. Mas yo insistía: «¿No te duele nada, nada?». Ella decía: «Te digo que estoy bien; no me molestes».

Al aproximarse la fecha, yo temblaba y la observaba constantemente sin que ella lo advirtiera, tratando de descubrir algún movimiento nervioso, o algún síntoma revelador. Pero como si nada, Davicito, Aurita estaba fuerte y equilibrada y el mal trago de Pau no le dejó, en apariencia, ninguna triste reliquia. Así y todo yo me mostraba complaciente con ella y procuraba anticiparme a sus deseos y si me hablaba de Robinet yo desviaba la conversación, por no dejarla evocar aquella crisis, pero ella decía irritada: «Oye, ¿se puede saber por qué me tratas como a una niña?». Luego, la cosa, como siempre ocurre, empezó a retrasarse y ya empecé a dudar de que aquello fuese un niño, y en la oficina estaba nervioso y preocupado, y Sánchez me decía: «No te apures; mi mujer está allí».

Una mañana, el director me llamó a su despacho, y muy afable me hizo sentar en el blando sillón de las visitas y se interesó por mi salud

y me preguntó si me habían abonado mis sueldos como si hubiera prestado servicios, y ya, al fin, me dijo: «Diga, Lenoir, ¿es cierto lo que se cuenta de su viaje a Francia?». Y yo, un poco avergonzado, le referí la aventura y él inquiría cada vez más detalles, y a cada paso decía: «¡Caramba, es increíble!». Y yo decía: «Así es, señor director». Y figúrate qué coincidencia, Davicito, que al salir del despacho del director se me acerca un ordenanza y me dice: «Señor Lenoir, le llaman al teléfono». Y voy al teléfono y oigo la voz de Lola, la mujer de Sánchez, que me dice que Aurita ha alumbrado un niño y una niña. Yo dije: «¿Dos?». Ella hablaba muy nerviosa: «Sí, dos», dijo. Yo notaba la emoción en el vientre, Davicito, y dije: «Pero dos bien, ¿enteros?». «¡Oh!, naturalmente que sí —respondió Lola—. Son muy bonitos.» Yo me aturullé y todo, Davicito, y no hacía más que darle las gracias a Lola, y como pasaba por allí Fando, colgué el teléfono y le dije: «Soy padre, Fando; niño y niña». Él dijo: «¡Bravo, Lenoir!». Y, luego, se volvió a todos y dijo: «Lenoir es padre y madre, ¡viva!». Y me hicieron un corro y me estrujaban y me abrazaban, y yo dije, al fin: «Dejadme, por favor. He de ir a conocerlos».

Al correr por las calles me parecía que era un día de fiesta y todo estaba lleno de luz y de amor y de ternura, y el mundo era bueno y feliz y comprensivo, y yo experimentaba, Davicito, un cálido derramamiento de corazón.

Los raíles

1954

Los raíles
(Apunte para una novela)

Se llamaba Timoteo, le llamaban Tim, y adolecía de una rigidez burocrática que le daba una prematura apariencia provecta. Doce años atrás, Tim peleó en las trincheras con cierto apasionamiento deportivo, pero se llamaba ya Timoteo, siquiera careciese aún de aquel malhadado aire de rigidez burocrática. Su padre, que andaba con los pies abiertos, a las once y cinco, y era jubilado de la Delegación de Hacienda, le dijo, a su regreso, que esperaba que hubiese alternado las armas con las letras.

El padre de Tim era hijo de un servicial camarero que amenazó suicidarse varias veces abriéndose las venas de las muñecas. Nunca se las llegó a abrir, porque le asustaba la sangre; pero amenazaba con hacerlo si su mujer continuaba apretándole para que le entregase el importe íntegro de las propinas. Por lo demás, el abuelo de Tim era un tipo jovial que durante los dos primeros años de matrimonio servía la comida a su esposa, con la blanca servilleta sobre el hombro e inquiriendo humorísticamente:

—¿Qué va a ser?

Al nacer el padre de Tim, que era una criatura dolicocéfala y un poco tardía, el camarero concentró en él toda su capacidad de asombro. «Este crío tiene la cabeza como un pepino», decía. No le importaba, ahora, desprenderse de parte de las propinas con miras a la educación del chico. Pero si su esposa le exigía más, chillaba: «Si me aprietas, me cortaré las venas de las muñecas, y aquí paz y después gloria». Luego, el padre de Tim llegó a ser funcionario de Hacienda, y su displicente seriedad le daba la apariencia de un magistrado. Con su mujer guardaba las distancias, y a sus tres hijos les educó en una puntillosa austeridad. Tim era el primogénito, y su padre solía pensar: «Será algo grande. Él seguirá subiendo». Y mentalmente dibujaba una gráfica progresiva que empezaba en un camarero y concluía en un ministro. El camarero había sido su padre, el ministro sería el hijo del hijo de Tim. Le halagaba pensar que la gente pensase que los Fernández componían una familia batalladora que se había hecho a sí misma. Cuando se encaró con Tim en su despacho, dijo:

—La guerra concluyó. Tu padre es un jubilado, un pobre. Yo no puedo costearte una carrera fuera de la ciudad. Elige.

Tim titubeó entonces, ya que los cadáveres sumergidos en formol le repugnaban y no le divertía hacer comidillas en las probetas y los matraces.

—Me haré abogado —dijo.

—¿Abogado?

—Sí, abogado.

—Mientras no lo ganes, no tendrás sino un duro semanal en el bolsillo.

—Lo ganaré —dijo Tim—. ¿Por qué no?

Y entonces lo creía seriamente.

Seis años atrás enterró a su padre, y ante la tumba hermética repitió:

—Lo ganaré.

Entendía Tim que era la mejor manera de honrar la memoria de su padre. Se puso sobre los libros e insistió:

—Lo ganaré.

El abuelo de Tim se llamaba también Timoteo, pero le llamaban Teo. Antes de camarero fue soldado junto a Prim en la batalla de los Castillejos. Regresó a su ciudad en 1860. Traía una cicatriz junto a la sien derecha, fruto de una historia cruel y nada original. A Teo le chinchaba el furriel, y una mañana que andaba de ranchero le chinchó demasiado y Teo se lo hizo en su madre. «Ponte ahí», le dijo el furriel. Teo se plantó firme donde el furriel le indicaba, porque era un soldado disciplinado. Entonces el furriel apuntó y con toda su mala uva le lanzó un chusco, cuyo pezón le rasgó la sien derecha. Teo nada dijo. Mas al regresar a su ciudad se pavoneaba y contaba:

—Y el general Prim nos dijo: «Cazadores, a la bayoneta. ¡Viva la Reina!».

—¿Y lo de la sien? —inquiría su padre, que era peón de albañil y andaba en paro porque en la ciudad se edificaba poco.

—¡Bah, un rasguño! —decía Teo—. No tiene importancia. Al concluir la batalla, el general me estrechó la mano, padre.

—¿Prim?

—¡Prim!

Dos tardes después de su regreso, su padre le llamó a la cocina:

—La guerra concluyó, Teo. Es hora de tomar oficio. Tu padre está en paro.

—Me haré camarero —dijo Teo resueltamente.

—¿Camarero?

—Sí, camarero. El día de mañana desearía ser *maître,* padre.

—¡Mierda! —dijo el peón—. Tú lo que debes hacer es escribir a Prim. Ahí es nada haberte estrechado la mano.

—¡Oh, el general ni se acordará de mí! —dijo Teo.

—¿No te estrechó la mano?

—Sí.

—Entonces, ¿te olvidas tú de un hombre a quien has estrechado la mano hace un par de semanas?

—Es diferente, padre.

Unos meses más tarde el padre de Teo murió del cólera morbo. Murió precisamente el día que en la catedral de Murcia se celebraba un «Te Deum» para agradecer a Dios la total desaparición de la epidemia. El padre de Teo, el peón, fue siempre un hombre que vivió con retraso. Ante su tumba, Teo se descubrió:

—Seré *maître,* padre, te lo prometo.

Tim desconocía las peripecias de su abuelo Teo. Eran como dos raíles, dos vidas paralelas, pero Tim no lo sabía. A veces pensaba: «Nadie luchó en la vida tanto como yo». Por entonces Tim tenía un brazalete negro sobre la americana raída y dos dientes rotos. Era cuando la muerte de su padre. Lo de los dientes constituía una historia cruel y muy poco original. De niño a Tim le gustaba ver cómo los hombres jugaban a la rana en los merenderos del río. Un día le dijo a su amigo Nico: «Nico, a que no me metes el tostón en la boca». Y se separó tres metros y abrió dócilmente la boca para que Nico probase. El tostón era un disco de plomo de medio kilo de peso. Nico probó y le rompió dos dientes. «Casi», dijo Tim triunfalmente, a pesar de que el dolor le arrancaba lágrimas y sangraba como un cochino por el labio superior. Después Tim adquirió aquella suerte de dignidad burocrática que le caracterizaba. Estudiaba con el libro dispuesto en un atril, mordisqueando el extremo truncado de un lapicero. La mesa se alzaba junto al balcón que se abría sobre el bulevar. En una libreta de cubiertas de hule anotaba las horas de labor diaria. Ello constituía un estímulo. Si sus entusiasmos se apagaban, había dos soluciones inmediatas: sumar las horas de trabajo durante los dos últimos años y decidirse: «Este camino debe conducirme a alguna parte», o bien pensar en el despacho a 21 grados, la alfombra de nudos y el sillón con una mesita barnizada para poner los pies, que era lo que ambicionaba. A Dora, en los entreactos, le decía: «Quiero un despacho a veintiún grados en invierno y en verano, una alfombra que me cubra la suela de los zapatos y una mesita barnizada para poner los pies». Inquiría Dora: «¿Eres friolero?». Él respondía: «Cada hombre necesita una temperatura para vivir».

Ahora había hecho ya diez veces los pectorales dobles, diez flexiones de tronco y diez flexiones de piernas. Se había friccionado también los sobacos con agua fría. Intuía Tim que el día que dejara de restregarse los sobacos con agua fría declinaría su indomable voluntad. Se acercó al brasero y buscó en el diario el número premiado la víspera en el cupón pro ciegos. Leyó: «321», pensó «321. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años… Sí, sí, eso es». Se frotó las manos nerviosamente trascendiendo una vital complacencia. «Estoy en forma», se dijo sin demasiada convicción. Tenía el libro abierto en la Tutela y garrapateó sobre una

cuartilla, con el lapicero que mordía, un cuadro sinóptico. «Órganos de la Tutela» —escribió; abrió una llave y anotó morosamente: «Tutor, protutor y Consejo de familia».

Desde que Salvador le anunciara la convocatoria, vivía en una especie de delirante exaltación. Volvió a frotarse las manos. Salvador le había dicho:

—Estamos en puertas.

Salvador le decía estas cosas con indiferencia, ante una taza de café y con una novela en la mano.

—¿Es que tú no estudias nunca? —preguntó Tim, nerviosamente.

—Los libros, a veces, embrutecen.

—Oye —dijo Tim—. Llevo doce años sobre ellos. Me sé de memoria el Código Civil y el Código de Comercio. Es ésta la séptima vez que intento ser algo en la vida. ¿Qué debo hacer?

—¡Oh! —dijo Salvador—. Cada cual tiene su sistema.

Tim había perdido los estribos.

—¡Órdiga! —exclamó—. A mí siempre me tocó perder.

Salvador le dio un consejo:

—Serenidad —dijo—. Yo puedo esperar aún. Sólo tengo veintidós años.

Pensó Tim: «Veintidós. La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido». Dijo:

—Salvador, muchacho, ¿crees de corazón que los triunfadores están hechos de mi pasta?

Salvador había sentido un untuoso enternecimiento de corazón. Le apenaban las sienes grises, las grandes manos impotentes, la abierta mirada de ansiedad de su compañero. Tim era un buen muchacho y, sin embargo, las puertas se le cerraban.

En el cine, Tim se sintió abrumado junto a Dora aquella tarde. Dora, en la penumbra, era una chica atractiva, pero perdía la tersura de la piel a la luz del sol. Tenía granos. Dora, no obstante, era un contrapeso para su depresión habitual. Se conocieron una tarde que Tim se había dormido torpemente sobre una butaca de la última fila. Dora le iluminó la cara con su lámpara en un solícito movimiento de ternura:

—¿Está enfermo? —le preguntó.

Aún Tim no sabía exactamente dónde se hallaba.

—¡Ah, bueno…! —dijo despertando bruscamente.

Recordó de pronto que estaba en un cine viendo una película de piratas, y antes de dormirse, Roger «el Cojo», había gritado: «¡Al abordaje!». Tim pensó: «Se presumirá perdido por causa de abordaje el buque que habiéndolo sufrido, se fuera a pique en el acto. Artículo 833». Luego se durmió. Ahora, el capitán pirata rugía: «Arribemos a las Galápagos». Y él pensó, antes de volver hacia Dora su cabeza

torturada: «Los gastos de la arribada forzosa serán siempre de cuenta del naviero o fletante. Artículo 821». Dijo a la chica:

—¿La asusté?

—Creí que le ocurría algo. ¿De verdad no le sucede nada malo?

Tim cambió de butaca y dejó libre la del pasillo:

—Siéntese —invitó—. A mí me adormecen los ruidos del cine.

Ella se sentó a su lado. Observó antes en torno para cerciorarse de que no estaba don Juan en el local.

—¿Le aburre el cine? —preguntó.

—¡Oh, no es precisamente eso! —respondió Tim.

—Para mí, el cine es lo mejor de la vida. Podría pasarme sin cualquier cosa menos sin el cine —añadió ella.

La fragata arribaba en ese momento a las Galápagos y Tim dijo:

—Me cansaba de estudiar y vine a matar el rato. Por eso estoy aquí.

Hacía de esto dos años, y Dora le había preguntado:

—¿Estudiar es trabajar?

—Algo parecido a eso —respondió Tim, y agregó—: ¿Cómo se llama?

—Me llamo Teodora y en casa me llaman Teodorina. Prefiero que me llamen Dora; es mi nombre de guerra.

El capitán pirata dijo: «¡Avante con el tesoro!» y Tim se conmovió todo interiormente: «El tesoro oculto —pensó— pertenece al dueño del terreno en que se hallare. Mas si fuera hecho el descubrimiento en propiedad ajena o del Estado y por casualidad, la mitad pertenece al descubridor. Artículo 351». Añadió:

—¿Qué nombre de guerra?

—Es una cosa íntima, ¿comprende? —dijo la muchacha—. Yo quise trabajar en el cine. Tenía pensado un nombre y todo: Dora Zález. Aunque a usted le sorprenda, yo veía ese nombre escrito en letras grandes en los portales de todos los cines. Es bonito el nombre, ¿no es cierto? Cuando fui a Madrid y me presenté, uno me puso en un coche y me pasó la mano por los hombros. Yo me sentí incómoda y dije: «No; eso no, haga usted el favor. Las manos quietas». Y él me dijo entonces: «Para trabajar en el cine hay que tener temperamento». Añadí yo: «¿Sabe si yo tengo o no temperamento?». Respondió él: «Si no aguantas mi mano sobre los hombros da por hecho que no tienes temperamento». Yo le dije: «¡Asqueroso! A reírse de su madre». Me bajé del coche y me volví a casa.

—¿Dónde vive?

—En la calle de la Horca —respondió Dora.

La chica observaba a Tim con el rabillo del ojo. La interesaba el muchacho y la sorprendía. Tal vez la interesara el muchacho por lo que sorprendía. Dijo de pronto:

—Usted es formal con las manos.

—Sí —dijo Tim—. ¿Por qué no?

—Hay pocos hombres formales con las manos en la última fila si se sienta a su lado una acomodadora.

A los cuatro días, Tim volvió por el cine. Encontraba un consuelo al lado de una muchacha que quiso trabajar en el cine y se avenía a trocar la luz de los focos por la de su lamparita de bolsillo sin desgarrarse por dentro. Fue en esa ocasión cuando le dijo que ambicionaba un despacho a 21 grados, una gruesa alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies. Luego la preguntó:

—¿Qué tiempo tienes?

—Veinticuatro años —dijo Dora—. Pero esas cosas no deben preguntársele a una chica.

—Ya puedes ejercer el comercio, hacer testamento y… contraer matrimonio. Casi todo —dijo él bruscamente.

Dora se rebulló en la butaca:

—¿De qué me estás hablando? —preguntó con un hilo de voz.

—Bueno —dijo Tim—. No era eso. De todas maneras, cuando tenga el porvenir resuelto no me importaría casarme contigo.

Se hizo un silencio.

—¿Casarte? —dijo ella, al cabo.

—Eso dije; casarme —respondió él.

—Los otros chicos no hablan como tú —añadió Dora levemente sofocada—: ¿Cómo te llamas?

—Timoteo Fernández, pero llámame Tim.

«Dora Nández» —pensó Dora. Y agregó en voz alta:

—Yo quiero tener una hija.

—Bueno —dijo Tim.

—Le enseñaremos francés y buenos modales —añadió la muchacha en un arrebato.

—Sí —dijo él.

—¿Crees tú que sabiendo francés y buenos modales habrá tío marrano que le ponga la mano encima?

—No es fácil que eso ocurra —dijo Tim, y pensó que los Corredores Intérpretes de Buques deben conocer además del francés otra lengua viva. Luego pensó que a la mañana no se restregó los sobacos con agua fría porque estaba destemplado.

Teo, el abuelo de Tim, se colocó de camarero en el Café Suizo tan pronto murió su padre. El Suizo tenía unos verdes divanes de peluche, redondos veladores de mármol y faroles de gas sobre unas columnas historiadas de color hueso. También tenía una barra dorada a todo lo largo del mostrador. En el Suizo, además de café se hacía repostería. Allí conoció Teo a Damasito. Damasito era un chico de cuna humilde, pero con una predisposición innata al señorío. Era un muchacho con

porvenir, untuoso, educado y correcto. Teo se confió a él. Acababa de morir su madre de una pulmonía que agarró la primera vez que viajó en el ferrocarril. Los coches de tercera clase del ferrocarril carecían de cristales y cortinillas. La madre de Teo no acertó a reprimir sus ansias de probar el ferrocarril hasta la primavera, y lo que pasa. Teo, al verse solo, se refugió en Damasito. Entre chocolate con picatostes y chocolate con picatostes, en invierno, y horchata y horchata, en verano, Teo se confió a Damasito. Damasito le estimulaba.

—Serás *maître*, ¿por qué no? Ahora el ferrocarril hará que se abran nuevas fondas y hoteles en la ciudad. Será una revolución; ya lo has de ver.

Teo desconfiaba de sí mismo:

—Tú tienes educación, modales y posturas, Damasito. Tú serás *maître*. Yo no tengo distinción, ni tengo posturas, ni tengo nada. Sólo la ilusión de ser *maître*.

—El *maître* no nace, se hace —le decía Damasito con gravedad—. No lo olvides.

Teo añadía humildemente:

—Observa cómo sirvo este chocolate y corrígeme los defectos. ¡Regáñame, por favor!

Un día, Teo se casó con Juanita, la muchacha coja que emboquillaba cigarrillos para los socios del Círculo. No era demasiado coja y de cuerpo estaba bien. Tan sólo tuvieron unos meses de relaciones. Teo le decía: «Mira, no soy exigente; pero a mí que no me falte mi braserito en invierno ni mi billete de primera clase cuando viaje en ferrocarril. No quiero que me ocurra lo que a mi madre. Si para conseguirlo he de ser *maître*, seré *maître*, ¡qué concho!». Ella respondía: «¡Amo a los hombres decididos!».

Cuando se casaron, Teo la servía la comida con la blanca servilleta sobre el hombro e inquiriendo obviamente. «¿Qué va a ser?». Teo no desperdiciaba oportunidad de perfeccionarse. Una noche, Juanita le confesó que antes de la desgracia quiso ser artista. Era la primera vez que hablaban de la pierna de ella. Él dijo: «No creo que para cantar hagan falta las dos piernas». Ella no contestó, rompió a llorar y, por último, le dijo que iba a ser madre. «¿Por eso lloras?», preguntó Teo. «Bueno, quiero una niña. Ella será lo que yo no pude ser» —respondió la muchacha.

Tim volvió con frecuencia al cine. Siempre que necesitaba un consuelo iba por el cine y Dora se sentaba a su lado y se lo procuraba. Dora le preguntó un día:

—¿Pondremos una cama o dos?

—Una cama —respondió él—. No sé si te dije alguna vez que yo soy friolero.

—¿Y cuando yo tenga la gripe? —inquirió ella.

—Dormiré en el cuarto de los huéspedes, hijita; no te preocupes —dijo Tim.

Era sesión continua y esa tarde dieron la luz inopinadamente y Tim descubrió que Dora tenía granos. Ella se sofocó. Llevaban tres meses entrevistándose en la penumbra. Dijo ella aturdida:

—Oye. ¿Sabes que eres distinto a como yo te imaginaba?

El traje de Tim estaba deshilachado en las bocamangas y la corbata sucia de tanto anudarla. Se contemplaron con mutua y piadosa reticencia:

—Lo que yo dije es papel firmado —puntualizó Tim.

Ella miró en torno:

—Si don Juan me viera aquí sentada junto a un espectador me espabilaría. Una cosa —añadió, sin transición—. Si tú quieres entrar de balde en el cine no tienes más que decirle al portero que me dé una voz, ¿comprendes?

Tim, sin mayor razón, pensó entonces en su madre y en «El Último Esfuerzo». «Tendrán que pasar por ello» —se dijo. «El Último Esfuerzo» nació después de cumplir su padre los sesenta y tres y era enclenque, enfermizo y extrañamente dócil. Era como una sombra demasiado crecida, como una sombra crepuscular. Cada cumpleaños le hacía a Tim una tarta y Tim se irritaba:

—¿Qué diablos eres tú? —le decía.

—Perdona, Tim. Sólo quise felicitarte.

«El Último Esfuerzo» se echaba a llorar. Antes de casarse Blanca, «El Último Esfuerzo» tenía dos protectoras en la casa. Ahora sólo era su madre. Su madre le decía a Tim: «Deja al chico. ¿Qué ganas mortificándole todo el día de Dios?». «El Último Esfuerzo» no fue a la escuela para no resentirse y su madre y su hermana se probaban las enaguas delante de él. Era un punto neutro. Cuando Blanca se casó con un empleado de Burgos, «El Último Esfuerzo» lloró durante siete días y siete noches consecutivos. Tim pensó en el efecto que a Dora le causaría «El Último Esfuerzo». Dijo:

—Tengo un hermano incapaz.

—¿Qué es incapaz?

Por primera vez la miró Tim directamente a los ojos. Aún persistía el descanso.

—Nada ha variado al darse la luz; te lo juro —insistió Tim enfáticamente.

Ella se cubrió el rostro con las manos en un gesto involuntario. Conservaba una nítida consciencia de sus granos. Agregó, después, sumisamente:

—Yo te encenderé la calefacción y te cepillaré a contrapelo la alfombra de nudos para que se te hundan en ella las suelas de los

zapatos. Tim, por favor, ¿qué es un incapaz?

Al anunciarle la convocatoria veinte días antes, Dora se había retorcido las manos nerviosamente.

—No sé nada, ¿comprendes? —dijo él—. Uno se pasa la vida estudiando y al cabo se da cuenta de que está en blanco lo mismo que el día que empezó. Es un extraño fenómeno que no acierto a comprender.

Tim dobló ahora la página del libro que descansaba en el atril. Era uno de esos días en los que su mirada rebotaba sobre los renglones sin provecho. Le desazonaba la tranquilidad de Salvador, el hecho de que Salvador tomara las oposiciones como una de las incidencias vulgares de la vida. Desde que le anunció la convocatoria, Tim no se encontraba a sí mismo. El hecho de haber pasado siete veces por este trance no le infundía ninguna tranquilidad. «Salvador tiene veintidós años —se dijo—. Puede esperar. Cuando yo oposité por vez primera él no había comenzado el Bachillerato.» La vista se le nublaba. «Sólo quedan siete días» —pensó. Y quiso seguir estudiando, mas la cabeza se le rebelaba. Garrapateó, en una cuartilla, un cuadro sinóptico. Para Tim los cuadros sinópticos constituían un amable refugio. Su cabeza era un océano de cuadros sinópticos. Él decía: «Ellos son la estructura. Teniendo la sinopsis, tengo todo». Miró un instante a través de los cristales. En los plátanos del bulevar comenzaba a brotar la nueva hoja. Doce veces había observado Tim la misma transformación sin moverse de aquella silla. Nada había cambiado y, sin embargo, Tim no tenía ahora veinte años sino treinta y dos. Nada cambiaba sino las voces de los grupos que regresaban del campo los días festivos de primavera. Hoy los grupos optimistas cantaban:

Adiós con el corazón
que con el alma no puedo.

Y mañana, los grupos optimistas, cantaban:

¡Ay, ay, ay, ay,
Cómo se la lleva el río!

Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Luego los grupos cantaban:

Mi abuelito tenía un reloj de pared
que lo compraron cuando nació.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Más tarde los grupos cantaban:

Allá en el Rancho Grande
Allá donde vivíaaaa.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos seguían lo mismo, el libro sobre el atril y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una alfombra de nudos y una mesita barnizada para poner los pies.

Más tarde, aún, los grupos cantaban:

Arriba en la montaña
tengo un nido.

Era otro año. Tim sabía que tenía un año más o, tal vez, un año menos. Mas los plátanos permanecían allí, en el atril el mismo libro y él ambicionando un despacho a veintiún grados, una gruesa alfombra de nudos y una mesita barnizada para colocar los pies. A veces, Tim se confesaba que no era el despacho, ni la alfombra, ni aun la mesita barnizada lo que ambicionaba, sino la libertad de poder cantar despreocupadamente con el cuerpo lleno de sol. Sentía dentro un impreciso desasosiego. Era como una difusa consciencia de incapacidad. Con Santos tenía más confianza que con Salvador porque también él se rompía los codos contra la mesa y pasaba angustias y sobresaltos. Salvador solía decirles despectivamente: «Sois opositores de un solo libro, ¡mecachis!». Tim pensaba: «Le sobra razón. Y aún no lo domino». Salvador picaba de aquí y de allá, consultaba revistas científicas y aún le restaba tiempo para ir con las chicas. Tim nada más veía a Dora la tarde de descanso semanal y, a veces, otra tarde en el cine. Ella le decía: «Dentro de unos días cambiará el mundo para nosotros. Entonces te pediré que me hagas madre». Les unía una extraña confianza, hecha de un mutuo respeto. Tim había enterrado tras los libros su ímpetu sexual. Tim había enterrado tras los libros otras muchas cosas, entre otras, su sentido de la relación y la convivencia. No sabía conversar con una persona que no fuera o hubiera sido estudiante. Su conversación siempre arrancaba de ahí: «¿Estudia usted?». «Oh, caramba! Yo ya no estoy en edad.» Insistía Tim: «¿Pero haría oposiciones alguna vez?». «No, no, la verdad. Nunca tuve ese capricho.» En el pecho de Tim borboteaba un sentimiento de decepción. Para él no existían más hombres grandes que los que edificaron sus vidas sobre una oposición. Si él tuviera el valor de mirar a la gente a los ojos, descubriría en seguida al opositor. Los opositores tenían los ojos como Santos y como él, un poco dados de sí, abultados y dóciles como los de los bueyes.

Con Santos salía una tarde a la semana, carretera de Madrid adelante y uno a otro se recitaban temas con una monotonía agobiadora. Sin embargo, ellos encontraban un secreto placer en desembuchar su ciencia, en hacerse mutuas advertencias, en matizar un concepto deficiente expuesto por el otro. A veces, en los días de

euforia asimiladora, Tim reconocía que no acertaría a vivir sin esta clase de satisfacciones.

Santos era blanco e imberbe y tenía una voz levemente brumosa. Nunca intentó jugar al fútbol ni montar en bicicleta. Tim no tuvo tiempo para ello. Era la diferencia. Tim no gustaba de Santos sino en sus cambios de impresiones intelectuales. En esos casos. Santos se revalorizaba a sus ojos porque, lo mismo que él, tenía sus lagunas y sus limitaciones. No era como Salvador, con su aire deportivo e independiente, que parecía tener la ciencia infusa. Santos llegó a él dos años antes, rebotado de Judicatura. No le veía desde la carrera y entonces, al concluirla, Tim y Santos se retrataron juntos en la orla. Aquel día Tim había pensado: «Ya soy alguien en la vida». Hubieron de pasar diez años para que Tim advirtiese que aún no era nadie en la vida. Santos dijo aquel día: «Este tipo me ha sacado labios de niña». Santos, no obstante, era fotogénico y lo de los labios de niña era a causa del retoque. Cuando se presentó rebotado de Judicatura ya no tenía labios de niña sino una línea breve y apretada; una escueta línea de rebeldía. Le dijo:

—Tal vez no me recuerdes. Estudiamos juntos tres años de carrera. Un dato: Tú me decías: «Tienes garantizada la matrícula en Penal». Me acuerdo como si fuera hoy. Luego el tipo aquel me largó con un cochino aprobado. ¿No recuerdas?

Su rostro sonreía, o dibujaba una mueca de amargura. Hasta puede que las dos cosas.

Dijo Tim:

—¡Santos, hijito! ¿Cómo voy a olvidarte?

Añadió Santos:

—Te chocará verme por aquí al cabo de ocho años, ¿no es cierto? No tiene nada de particular. Aún no salí de estudiante. Otros tienen más suerte. La vida es así. ¿Te acuerdas de Luis Beltrán? Bien, es juez desde hace seis años. «¿Cómo es posible? —te dirás tú— ¿aquel Beltrancete incompetente que no distinguía el testamento cerrado del ológrafo?» Pues así es: juez. Nada tiene que ver que eso se lo deba a un padrino. La influencia es hoy todo en la vida.

Luego Santos se sentó, y se acomodó, y vomitó todo su añejo resentimiento. Tim no se encontraba a gusto y, sin embargo, le atendía. Nada comportaba para Tim mayor consuelo que la voz de un compañero afanado en la lucha. «No estoy solo» —se decía en esos casos. Más tarde, al iniciar sus paseos semanales con Santos, se habituó a sus reticencias.

Una tarde discutieron sobre la naturaleza jurídica del contrato de hospedaje y Santos se acaloró de tal manera como si Tim hubiera injuriado a su madre. Al despedirse, Santos dijo: «No quiero volver a discutir contigo. Eres mi único amigo». Dijo Tim: «En realidad yo no

dije sino que el depósito…». «¡Basta! —le atajó Santos—. ¿Es que quieres que volvamos a las andadas?»

Otra tarde, Tim le confió una de sus reflexiones más profundas. Tim tenía, a veces, ciertas ideas espectaculares y, en cierto modo, lúcidas. «¿Sabes que voy a formular una teoría científica?», dijo. Tim se sintió cohibido después de haberlo dicho. Hubiera deseado reabsorber sus palabras como una baba. Añadió: «Se basa en la ley de Malthus, pero es de otra naturaleza».

—Desembucha —respondió Santos.

Dijo Tim:

—Es ésta, sencillamente: los hombres crecen en proporción geométrica en tanto los cargos remunerados crecen en proporción aritmética. Día llegará en que diez hombres capaces pretendan inútilmente una misma plaza. —Guardó silencio un poco abochornado. Había amasado su teoría —«La Teoría Fernández», la llamaba en su interior— con amor, y ahora al exponerla se le antojaba hueca e insustancial. La réplica de Santos, le humilló un poco: «Esa teoría, en una u otra forma, la hemos hecho todos». Era el segundo fracaso de la teoría de Tim. Al exponérsela a Dora a los pocos meses de conocerla, le dijo la muchacha: «¿Qué es proporción geométrica, Tim? Hablando seriamente, yo quiero tener una hija y enseñarla francés y buenos modales».

Otra tarde, Santos dijo, después de prolongada reflexión: «Dices tú que Luis Beltrán era un vago, pero tenía talento. ¿Puede existir otro ser que en Civil segundo confunda la tutela con la adopción?». Respondió Tim: «Beltrán será un buen juez. Tenía carácter». Santos se irritó y al irritarse Santos se retorcía en un complejo manoteo: «¡Cuerno, carácter! No hay ningún tribunal en el mundo que te exija carácter, digo yo».

Teo, el abuelo de Tim, cuando veía a Damasito desenvolverse con su tenuidad, su gracia y su sonrisa por entre los veladores del Suizo, pensaba: «Me quitará la plaza, me quitará la plaza». Mas no sentía envidia de él sino sólo admiración. Una tarde le dijo: «Si con ocasión del ferrocarril se instalara una fonda aquí, tú serías el *maître*». Damasito rompió a reír: «No desesperes, Teo. Cada cual tiene su sistema». Le preguntó Teo: «¿Es sólo corrección y donosura lo que se exige para ser *maître*?». Contestó Damasito: «Podrías darle unos tientecitos al inglés. El ferrocarril desarrollará el turismo».

Teo adquirió la gramática inglesa de Allan Shearer en una librería de viejo. Antes de acostarse trabajaba un rato todas las noches. Juanita le veía sudar, afanándose en imitar con sus labios los dibujos de la gramática Shearer. Sudaba sobre todo por la sien derecha, donde tenía la cicatriz del chusco del furriel.

Al poco tiempo Juanita dio a luz un niño. Le costó esfuerzos ímprobos, a causa de la pierna inútil. Luego, al ver que era niño y no niña, y que tenía la cabeza apepinada, sufrió una crisis nerviosa. Empezó a pedirle a Teo el importe íntegro de las propinas. Teo solía decir: «Si me aprietas, me abriré las venas de las muñecas, y aquí paz y después gloria».

«La Tortolita» caía cada otoño por el café. Hoy cantaba:

Al son de las vihuelas
y seguidillas,
manolos y manolas
de cuatro en fila.

Teo contaba un año más, o tal vez un año menos, pero los divanes seguían lo mismo, los chocolates con picatostes sobre los veladores de mármol y él soñando con alcanzar una plaza de *maître*.

Mañana, «La Tortolita» cantaba:

¡Ay, mamá!, qué noche aquella
en que el falso me decía:
¡Vida mía, por lo bella,
tú serás la estrella mía!

Teo tenía un año más o, tal vez, un año menos, pero los divanes seguían allí, los chocolates sobre los veladores y él ambicionando, cada vez con mayor vehemencia, una plaza de *maître*.

Más tarde, «La Tortolita» cantaba:

No enseñes en la playa
la pantorrilla,
que hay muchos tiburones
junto a la orilla…

Teo contaba un año más o, tal vez, un año menos, pero nada había cambiado en torno, y Teo seguía suspirando por una plaza de *maître*.

Un día comenzaron a construir una fonda en la calle de la Reina. Teo llegó nervioso a casa. Juanita salió a su encuentro:

—¿No sabes, Teo? ¡Han matado a Prim!

—¡Virgen!

—Unos facinerosos, en la calle del Turco.

—¡Virgen!

Teo se apoyó en la mesa y estuvo llorando un rato rendidamente. «Allá, en Marruecos, él me estrechó la mano… Me estrechó la mano, ¿comprendes?», repetía como un autómata. Al cabo, se limpió las lágrimas y le comunicó a Juanita que en la calle de la Reina estaban levantando una fonda de nueva planta.

Teo pasó unos días inquieto. Cada tarde visitaba las obras, y un día encontró a don Ángel Conde. Teo se acercó a él y le expuso sus deseos de ser *maître* en la nueva fonda.

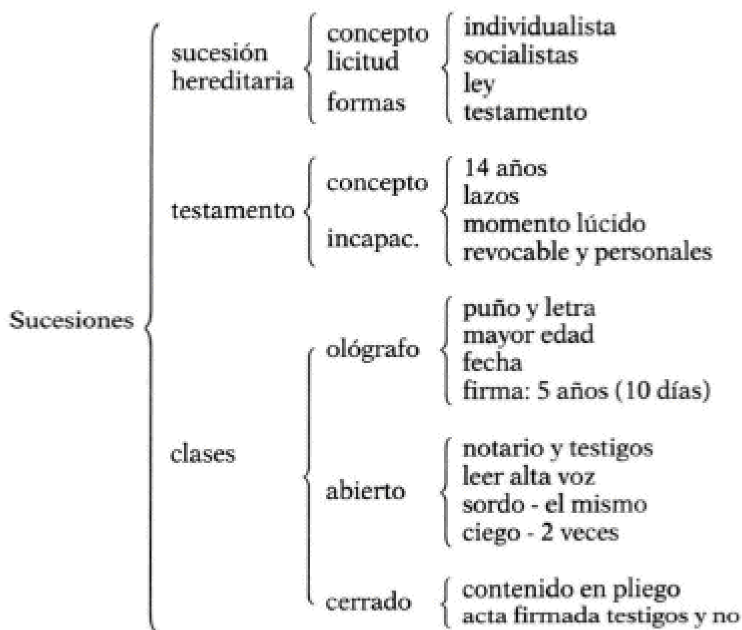
Dijo don Ángel:

—Eso es cosa tuya. Yo levanto el edificio, y cuando lo concluyo hago mutis por el foro.

Esa misma tarde le preguntó Damasito cómo marchaba el inglés. Teo se encontraba deprimido. «¿En qué cabeza cabe —respondió—, que donde dice “potatoes” tenga uno que decir “poteitous”?» Luego, en casa, ante la gramática inglesa de Shearer, le dijo resignado a Juanita: «Uno se pasa la vida estudiando, y al cabo se da cuenta de que está en blanco, lo mismo que el día que empezó».

Eran como dos raíles, dos vidas paralelas, pero Tim no lo sabía. Tampoco Teo, su abuelo, el camarero, lo presintió, ochenta años atrás.

Tim trataba de concentrarse sobre el libro. Se chascaba los huesos de los dedos como si fuesen nueces. De una carpeta manoseada extrajo un cuadro sinóptico:



Lo repasó un momento y, a continuación, cerró los ojos y lo repitió moviendo silenciosamente los labios. No tropezó ni una vez. Llevaba doce años estudiando diez horas diarias. Ahora llevaba diez días estudiando doce años diarios. No se movía de la silla. Su cerebro era una esponja jurídica; pero le faltaba organización. Tim carecía de facultades para asimilar y organizarse. Mordisqueó el lapicero. El sol alcanzaría su cenit, y luego se ocultaría sin que Tim apartase los ojos del atril. Tim ya no pensaba en ello. Sus nervios y sus vísceras estaban

acomodados a la rutina. Enflaquecía a ojos vistas, mas él sólo se daba cuenta de ello de tarde en tarde, cuando al desnudarse, se miraba en el espejo y veía bailar el esternón en el centro de su pecho. No le daba importancia. Las grasas constituían una rémora para el opositor. Tampoco importaba nada la sutilísima sensibilidad de sus nervios. Un opositor sin nervios no resistiría la prueba. Uno había de montar su esfuerzo sobre los nervios. Tim comía poco, y, a veces, en los momentos de depresión o cansancio, ingería excitantes. Salvador le decía: «Yo, si tomo píldoras es para dormir, no para prolongar la vigilia». Salvador lucía un recortado bigotito rubio y, cuando universitario, organizaba la Tuna y tocaba la bandurria. Las chicas le ponían cintas de colores sobre la capa negra porque las gustaba el bigote rubio, la desenvoltura y la manera de tocar la bandurria que tenía Salvador. Tim no tuvo cintas de colores, ni tocó nunca la bandurria, ni ninguna muchacha, salvo Dora, le soportaba. Alguna noche, Tim, dormido, seguía devanando la madeja jurídica, e incluso en sueños le asaltaban ideas lúcidas que aprovechaba al despertar. Le dolía la cabeza, pero él daba por bien empleado este dolor si podía cambiarlo por una idea lúcida. En ocasiones hablaba alto, bien para estimularse, bien para denostarse. Había días en que las cosas rodaban bien y Tim consideraba a sus libros manoseados con una suerte de íntima ternura. Los autores citaban a otros autores, y Tim pensaba en esos casos que, cuando aprobase la oposición y dispusiera de tiempo, leería a los autores que citaban los otros autores solamente por simple placer. Los días baldíos, en cambio, Tim pensaba que no volvería a mirar un libro una vez que triunfase en la oposición. Santos era otra cosa. Santos le dijo la tarde última en la carretera de Madrid:

—¿Conoces la teoría de Cosack sobre la letra de cambio?

—Naturalmente.

—Magnífica, ¿eh?

—Descarta la idea del contrato y la funda en la unilateralidad. ¿Te admira eso?

—Hacen falta talento y valor para adoptar una postura tan radical —dijo Santos con entusiasmo. Y añadió—: Vivimos en un país primario. ¿Por qué las grandes ideas sólo caben en cerebros extranjeros?

Dijo Tim:

—Mira Garrigues.

—Garrigues, Garrigues… —dijo Santos.

—Salvador dice que Garrigues es una cumbre.

—Salvador puede decir misa —dijo Santos, y Tim se sobresaltó—. Salvador es uno de esos hombres que presumen de tener la ciencia infusa y se pasa la noche entera sobre los libros como un mostrenco. Mucha tontería con las niñas y luego cuatro horas de sueño. Eso no es

sano, Tim, te lo digo yo.

Tim experimentó una emoción indefinible:

—¿Quién te dijo eso? —inquirió.

—¿Quién me dijo qué?

—Que Salvador se revienta de noche.

—Estos ojos lo han visto. Eran las cinco y en los balcones de su cuarto tenía luz. Yo volvía de la estación.

—¡Oh!, ¿es cierto eso? —dijo Tim.

Pasó la página con impaciencia, pero no podía olvidarse de Salvador. Había comido maquinalmente, repitiéndose «in mente» el cuadro de las sucesiones. Siempre comía así. Su madre y «El Último Esfuerzo» rara vez rompían el silencio. En aquella casa se había dicho ya cuanto había que decir. Ahora iba cayendo la tarde y Tim dio la luz del flexor. El aro de la lámpara delimitaba el círculo luminoso. La página brillante era una incitación invencible. Tim se volvió sobre el libro. «La posesión» —dijo en voz alta. Cargó un poco la voz y agregó—: «Mecachis». Hacía doce años que Tim aborrecía la Posesión. Era un tema despiadado. La Posesión era algo escurridizo que se escapa de entre los dedos. No era como la Propiedad, el Arrendamiento o el Usufructo, una institución lógica y concreta. Al estudiar el tema de la Posesión, Tim tenía la impresión de caminar por las nubes. Solía decirse: «¿Quién posee, si no es un usufructo, arrendamiento o propiedad?». Se dijo ahora: «Salvador es un cochino empollón». Leyó pronunciando detenidamente para romper la cerrazón hermética de los términos. En ese momento oyó la puerta y se estremeció. Era «El Último Esfuerzo».

—Tim —dijo—, Tim… —Y se echó a llorar.

Era como un murciélago clavado en una puerta, con sus brazos largos y escuálidos y sus gelatinosas orejas de gnomo. Tim se incorporó:

—¿Qué te ocurre ahora? —dijo—. ¡Habla! ¿Qué sucede?

—Me pudro aquí —dijo «El Último Esfuerzo»—. ¿Por qué no tratas de convencer a mamá de que prefiero morirme en la calle a vivir muchos años en este agujero?

Bajaban y subían los párpados de «El Último Esfuerzo» como si fuera un muñeco mecánico.

—¿Qué tiempo tienes ya? —dijo Tim, acariciando la débil nuca de su hermano.

—Diecisiete —dijo «El Último Esfuerzo». Había dejado de llorar esperanzado, pero le apretaba el pecho un sollozo de vez en cuando.

«Diecisiete», pensó Tim: «Son españoles: 1.°, los nacidos en territorio español; 2° los hijos de padre o madre española, aunque hayan nacido fuera de España; 3.° los extranjeros que…»

Dijo:

—Hijito, ¿qué es lo que echas de menos?

«El Último Esfuerzo» se ruborizó. Añadió Tim:

—¿No será las mujeres?

«El Último Esfuerzo» se violentó para decir:

—¡Quiero vivir como los demás!

—¡Oh! —dijo Tim—. Tú estás delicado. De siempre estuviste delicado, hijito, y dos veces a punto de morir. Tú lo sabes mejor que nadie.

Dijo «El Último Esfuerzo»:

—No me importa morir, ya te lo he dicho. Si no le hablas a mamá me escaparé de casa y no volveréis a saber de mí.

Había una exaltada resolución en la voz entrecortada del chiquillo. Un escalofrío cruzó la espalda, levemente encorvada, de Tim.

—¿Con una mujer? —preguntó.

—¡A que ton con una mujer! Me marcharé. No hay más —insistió «El Último Esfuerzo».

Tim hizo chascar los huesos de sus dedos.

—Está bien —dijo pacientemente—. Ya pensaré en ello, hijito. ¿Te importaría, al menos, que lo dejásemos para después de mis oposiciones?

—¡Oh, no, de ninguna manera! Ha de ser mañana —dijo «El Último Esfuerzo».

Al quedarse solo, Tim pensó que deseaba concentrarse en sus libros como no lo deseara en ningún otro momento de su vida. «Dispongo solamente de siete días» —se dijo impaciente. Pero el problema de «El Último Esfuerzo» se interponía entre él y las páginas del libro que descansaba sobre el atril. Comenzó a pronunciar en alta voz. Rara vez le fallaba este recurso, pero hoy le resultaba insuficiente. Se retorció las manos y se aproximó más al círculo luminoso. «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…» «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…» «La Posesión se ejerce en las cosas o en los derechos…», repitió. «¡Oh, “derechos”! —dijo en voz alta—. ¡Qué voz estúpida ésta!» Luego pensó: «Santos estará comiéndose los codos sobre la mesa. Mañana he de exponerle este tema». Tuvo la sensación de pesadilla de que pedaleaba violentamente en una bicicleta de carreras, con cambio y tubulares, pero sin cadena, y Santos y Salvador le adelantaban pedaleando frívolamente en sendas bicicletas de paseo. «No puedes perder un minuto, Tim, hijito. El tiempo es oro, dijo alguien. Tu tiempo es más que oro, Tim, insensato. Date cuenta de ello», se dijo casi a gritos.

Poco después se levantó para cenar. Le hervía el estómago y sentía náuseas. «El Último Esfuerzo» desviaba los ojos y tropezaba con su madre, casi una anciana inflexible. Pensó Tim: «Negar alimentos a la madre es una justa causa de desheredación. Tal vez Salvador no sepa

estas cosas». Dijo su madre de repente:

—Blanca va a tener un bebé.

—¡Oh! —dijo Tim, profundamente dolorido.

—¿No te gusta? —dijo la casi anciana inflexible.

—Nacer, no me parece una cosa interesante —dijo Tim hastiado. Pensó: «Un heredero. Mi cuñado Ángel empezará muy pronto a ejercer la patria potestad. ¿Conocería Ángel sus obligaciones a este respecto?».

Cuando reanudó su tarea se hallaba como enervado. «Tengo que hablar con mamá, de otro modo «El Último Esfuerzo» se escapará de casa. ¡Oh!, apuesto que a Santos no le vienen con estas pejigueras. Dispongo solamente de siete días. La Posesión es un tema endiablado. ¿Cuántas horas llevará Santos hoy?» Consultó en un movimiento instintivo su libretita de cubiertas de hule. «Ocho horas —se dijo en voz alta—. Esto es una ficción. Hoy no he aprovechado más de cuatro.» Pensó aceleradamente: «Las once. Aún podría sacar otras tres. Tres: Las leyes no tendrán efectos retroactivos si no dispusieran lo contrario. ¿Qué diría Salvador, si el Presidente le dijese: "Artículo 3.°, señor opositor". Se le desplumaría el bigotito rubio y las chicas se reirían de él».

El último sábado, Juanita le había hecho una escena porque decía que no podía resistir que los días de descanso los dedicase Teo a los amigos. «Me aburro entre paredes, ¿comprendes?», le dijo. Teo intentó calmarla. «Tienes el chiquito», dijo. Ella se acercó a la ventana e hizo señas con el candil. Luego dijo que el chiquito era asunto de los dos y que le dolía la pierna coja, de estar sentada. Teo no contestó. Tomó una bandeja del vasar, colocó en ella un vaso de agua y la botella de vinagre y se puso a dar vueltas por el pasillo a paso gimnástico. Juanita se irritó:

—¿Qué es lo que haces?

—Me ensayo —respondió él sencillamente.

—Para tonto ya tienes plaza —añadió ella.

Teo continuaba dando vueltas por el pasillo con la bandeja en alto. No dijo nada. Cuando se le cansó el brazo se sentó junto a ella.

—El jueves hay una carrera de camareros en la avenida —explicó—. Los del hotel de la calle de la Reina estarán allí. Es una oportunidad.

Damasito, por la mañana, le había dicho; «Ganará quien pise la meta el primero sin derramar la horchata ni dejar caer la botella». Juanita, dijo:

—Boberías.

La víspera, que era el último día de Carnaval, Juanita se empeñó en asistir con Teo al entierro de la Sardina. Teo transigió. Tuvo que embadurnarse la cara de blanco y embutirse en una camisa de mujer.

Bebió vino y regresó reventado. Cuando se vio, al día siguiente, alineado con sus compañeros, esperando la salida, se dijo: «Tranquilidad, Teo. Nadie consiguió nunca nada sin conservarse sereno». Pero le temblaba el pulso a consecuencia de la fiesta de la víspera y esto estaba por encima de su voluntad. Damasito, a su lado, le dijo: «Aquel gordo de la chistera y el cigarro es el del hotel nuevo». Pero no hubo nada que hacer. Venció Damasito y Teo se derramó la horchata por el uniforme, y, al hacerlo, le asaltó una tan lúcida sensación de inutilidad que se sentó en un banco y, acodado en las rodillas, permaneció llorando durante ochenta minutos, sin hacer caso de los chiquillos de la calle que le embromaban.

Sobre el atril había un grueso tomo maltratado. En la página izquierda decían unos titulares: «Letra de cambio (continuación). El endoso». Tim se fue concentrando. No leía. Reconstruía mentalmente el tema que se iniciaba allí. De vez en cuando, sus labios apuntaban una sonrisa. Todo marchaba bien. Al cabo, pensó otra vez en Salvador. Dora decía: «Tu amigo Salvador valdría para el cine. Es guapo, pero que muy guapo, tu amigo Salvador». Tim pensó: «Estará rompiéndose los codos contra la mesa». «¡No es posible!», dijo, de pronto, con un ademán de fatiga. Luego se llamó a sí mismo al orden: «Tim, hijito, no se puede caminar con tantas cosas encima. Es una sandez». Mas tenía tan encajada en la cabeza la idea de Salvador, que a las dos de la madrugada cerró el libro malhumorado sobre el atril y se puso en pie. Experimentó un extraño mareo. Tim permaneció inmóvil agarrado al respaldo de la silla, hasta que la neblina se disipó. «Estoy flojo —pensó—. Estoy flojo lo mismo que un gorrioncito en un día de nieve. El Presidente del Tribunal estará dormido junto a su mujer y tendrá la boca abierta tres palmos, como un pájaro recién empollado.»

Había en la casa un silencio profundo y las tarimas gemían bajo los pies de Tim. Avanzó obsesionado por la idea de que estaba incurriendo en un acto prohibido. Ya en la calle se sintió más libre. La noche estaba tibia y las calles desiertas. En lo alto brillaban las estrellas. Hacia poniente el cielo era más negro, debido a un anuncio luminoso. Un viejo caminaba hacia la estación a merced de una pesada maleta. Le dijo Tim:

—¿Le ayudo?

—Gracias, muchacho —dijo el viejo, y dejó la maleta en el suelo.

Tim se sentía satisfecho cada vez que disciplinaba su cuerpo. Inquirió:

—¿Lleva libros aquí?

—Son para el chico —respondió el viejo, limpiándose el sudor con un pañuelo mugriento.

—¿Estudia?

—Quiere ser juez.

—Dura vida esa.

—¿Qué es lo que es duro, muchacho?

—La vida de estudiante.

El viejo se detuvo y miró a Tim socarronamente:

—Eso y tocarse la barriga es todo uno —dijo—. Si yo he trabajado es para que mi chico no trabaje más. ¿Pesa?

—¡Bah! —dijo Tim—. Más pesan en la cabeza.

Empezaba a detestar al viejo. Dijo el viejo:

—No sé qué pasa, pero todos los estudiantes tienen la debilidad de pretender que hacen una labor importante.

Tim dejó de golpe la maleta en el suelo. Preguntó:

—¿Ve aquella bombilla roja?

—Sí —dijo el viejo.

—Es la estación.

—Bueno —dijo el viejo—. Gracias por la ayuda.

—Hasta otro rato —dijo Tim.

Había visto luz en la casa de Salvador y las rodillas se le doblaban. «Son las dos y media», pensó. Luego se dijo: «¿No será el padre de Salvador el que trasnocha?». La duda le corroía. «Después de todo —pensó— puedo comprobarlo.» Se sujetó a los barrotes del entresuelo y trepó por la fachada con insospechada agilidad. Oía a lo lejos las pisadas vacilantes del viejo. «Nadie tiene la ciencia infusa, digo yo», se dijo. Y oteó por el balcón entreabierto con expectante ansiedad. No veía sino unos largos brazos depositados sobre una mesa y el nudo aflojado de la corbata. Era mezquino el campo visual. Al aproximar aún más su rostro al cristal, su pie resbaló y golpeó el balcón. Entonces fue cuando vio los ojos de Salvador, absurdamente dilatados, aproximarse hacia él. Tim se descolgó precipitadamente, lastimándose las manos. Sintió el ruido del balcón al abrirse al tiempo que la voz del sereno dándole el alto. Echó a correr hacia el parque y experimentó un vértigo al oír a su lado el tableteo del chuzo rebotando sobre el asfalto. Una desordenada euforia le poseía. El chuzo le adelantó sin lastimarlo y su dueño juraba detrás, estimulado por las voces de Salvador. El pecho de Tim jadeaba, y, sin embargo, Tim se sentía inusitadamente feliz. «Sois opositores de un solo libro», se dijo con sorna, sin cesar en su loca carrera. «Santos tenía razón», pensó. «Santos tenía razón.» El parque le cubría con sus sombras profundas y Tim se sentó en un banco hasta que le asaltó la tos. Se incorporó entonces y paseó lentamente por los húmedos paseos silenciosos. Le alentaba la convicción de que también Salvador, como Santos, como él, como millares de seres, se partía los codos contra una mesa.

Aquella noche, Tim tuvo un sueño inquieto. A veces su boca sonreía

y luego se disparaba en un torrente de palabras ininteligible. De madrugada le asaltó una pesadilla. Soñó que le atropellaba un camión matrícula Za-814. Soñó que antes de arrollarle el camión pensó: «8145: La preterición de algunos o de todos los herederos forzosos en línea recta, sea que vivan al otorgarse el testamento, sea…». No le dio tiempo a pensar más, porque las ruedas del vehículo le pasaron por encima y dividieron su cuerpo en pequeños trozos. Él veía, sin embargo, desde fuera, con perfecta claridad, su cuerpo descuartizado sobre la calzada. De las heridas, en lugar de sangre salían pequeñas esferas numeradas, como las de la lotería. Se acercó un guardia con casco blanco, y era Santos. Luego se apiñó la gente. La gente ayudaba al guardia, que era Santos, a recoger las bolitas. Una bella muchacha ponía especial esmero en la tarea. «Guardia —decía compasivamente, temblándole dos lágrimas en los ojos—, aquí está el artículo 533.» Y Tim, desde fuera, pensaba: «533: Las servidumbres son, además, positivas o negativas. Se llama positiva…». El viejo a quien acompañó a la estación también estaba allí. «Guardia —decía—, mire, el 1032» Y Tim pensaba, desde fuera: «1032: Pagados los acreedores y legatarios, quedará el heredero en el pleno goce del remanente de la herencia». Más tarde todo el mundo le entregaba bolitas numeradas al guardia, que era Santos, y el guardia se descubrió y las introducía cuidadosamente en el casco: «Guardia, el 231». «Guardia, el 1099.» «El 81, guardia.» «Mire, guardia, el 15, ¡la niña bonita!» Tim no daba abasto para recordar todos los artículos. «Señor Presidente…», balbucieron trémulamente sus labios. La agraciada jovencita se aproximó entonces a su cráneo roto y gritó espantada: «¡Ahí va la mar, guardia, si está lleno de cuadros sinópticos!». Y la muchacha, compadecida, empezó a sacar de la cabeza, abierta como un cuenco, centenares y aun millares de pequeños papelitos escritos de puño y letra de Tim. «Guardia, el 1001.» «Guardia, el 1713.» «Guardia, el 2, ¡qué bajito!» Tim daba vueltas sobre su lecho, desasosegado. Allí estaba el Presidente, que era el viejo de la maleta, y le decía: «¿Ve usted aquella lucecita roja…?». Tim pensaba: «¿Por qué no le llevaría la maleta hasta la estación?».

El domingo de Piñata, Teo, el abuelo de Tim, soñó que participaba en una carrera de camareros. Los guardias cubrían la carrera y todas las hermosas de la ciudad se hallaban en las tribunas. Cuando el grueso señor de la chistera y el puro dio la salida, Teo constató con estupor que su cuerpo se elevaba sobre el pavimento sin más que imprimir a sus manos un leve movimiento de aleteo. Teo volaba como las águilas; sin esfuerzo. A principio sintió vértigo y miedo, pensó en su hijo, en su pequeño hijo con la cabeza apepinada; mas, inmediatamente, se confió y se encontró feliz suspendido en la

atmósfera como una nube. Le envolvía el clamor de admiración que se levantaba de las gradas. Al «oooooh» de sorpresa inicial sucedió una ovación cerrada, frenética. Teo pensaba: «No me canso lo más mínimo. Habré de enseñar a Juanita a volar. La pobre apenas se tiene de pie sobre su pierna coja». Sin mayor esfuerzo, Teo rebasó la línea de meta y aterrizó junto a la presidencia. El público ya no aplaudía y en los ojos de las hermosas advirtió una leve reticencia, algo como un reproche; luego, conforme se aproximaba al grueso señor de la chistera y el puro, se fue adensando en torno como un creciente rumor de risas sofocadas. Teo comprobó que al envolverle el humo espeso del cigarro le era difícil mantenerse firme; su cuerpo propendía a elevarse como un globo. Entonces cogió del suelo dos adoquines, como lastre, y las risas de las tribunas formaron un trueno horrísono. El hombre de la chistera miraba por encima de su hombro y tenía una medalla de oro en la mano. Teo infló el pecho y sonrió tímidamente, pero el hombre de la chistera, entonces, le apartó suavemente y dijo con acento despectivo:

—Deje paso, por favor.

Teo volvió la cabeza y vio a Damasito sonriendo, con su sonrisa diminuta de «*maître*» perfecto. Teo le susurró al oído: «¿Qué ocurre aquí?». «Olvidaste la bandeja», respondió Damasito, sin descomponer su sonrisa diminuta. Luego, Damasito se adelantó hasta el estrado mientras sonaba la música y las hermosas aplaudían electrizadas. El hombre de la chistera le prendió la medalla en la solapa, le abrazó y le besó en la mejilla. La música arreció y con ella una inmensa, enloquecedora carcajada; la risa era tan estrepitosa que Teo, el abuelo de Tim, se despertó. Era el domingo de Piñata de 1870.

A la mañana siguiente, Tim, el nieto de Teo, el camarero, se despertó con escalofríos. No obstante, hizo diez pectorales dobles, diez flexiones de tronco y diez flexiones de piernas y se restregó los sobacos con agua fría. Sabía que en ello radicaba el secreto de su voluntad. Abordó a su madre cuando le llevaba el desayuno:

—Ese chico, mamá. Ese chico se nos está apolillando.

—¿Qué dices?

—El pequeño, mamá. Deberías irle metiendo en la vida poquito a poco.

—¿A Ramón?

—Sí, a Ramón.

—Ya estamos otra vez con la de siempre.

—Bueno, no te vayas. Escucha.

Se incorporó y tomó a su madre, casi una anciana inflexible, por un brazo:

—Un muchacho de su edad no puede permanecer encerrado como

un canario. No creo que el buen aire de la primavera le perjudique. Oye, ¿por qué no pruebas? Al chico se le viene el mundo encima.

Tim notó que, a medida que hablaba, su madre se enfurecía. Su madre tenía el temperamento arisco de las amas de casa sin recursos.

—¡Calla! —chilló—. ¡Tú sabes como yo que es un enfermo!

Dijo Tim tenuemente, sumisamente:

—Yo creía hacerle un favor. ¿Has pensado en que un muchacho acosado por un celo excesivo puede cometer un disparate?

Su madre rompió a llorar. A Tim se le representó la pesadilla de la noche última y quiso llorar también. Dijo:

—Dejémoslo, mamá. Estoy nervioso. Salga el sol por donde quiera.

También Teo, el abuelo de Tim el opositor, se despertó con escalofríos la mañana siguiente al Domingo de Piñata. Tenía la boca seca y por el contrario la cicatriz de la sien derecha sudaba hasta inundarle. Los ojos de Teo sobre el embozo eran como los de un conejo asustado:

—¡Juanita! —llamó.

—¿Qué quieres?

—¡¡Juanita!!

Ella se aproximó a la cama renqueando:

—¿Qué pasa?

—Al año que viene búscate quien te acompañe al Entierro de la Sardina, ¿oyes?

—Está bien. No hace falta que vocees.

—Este prójimo no vuelve a colocarse una camisa de mujer. Ya estás advertida.

—Está bien, hombre —dijo ella.

—Si alguien quiere cargar con el mochuelo, que avise.

Juanita miró hacia la ventana.

—Compañía no ha de faltarme, no te preocupes —dijo simplemente.

Cuando Tim esperaba a Santos para el repaso semanal, una mujeruca le entregó una nota: «No me esperes. He caído en cama. La hemos cagado». «¡Jesús!», se dijo Tim, y se encaminó a casa de su amigo. A Santos le habían nacido dos rosetas sobre las blancas mejillas. Parecía fatigado. Tim se sentó en una sillita junto a la cabecera. De vez en cuando le asaltaba una idea en la cabeza: «Un contrincante menos; si a todos les sucediera otro tanto yo tendría plaza». Tim cerraba los párpados violentamente para rechazarla. Le parecía una idea mezquina. Se inclinó solícito sobre su amigo:

—¿Un catarrito?

—Algo más —dijo Santos.

—Bueno, cosa de poco.

—Me temo que sea de aquí.
—¿Del pecho?
—Sí.
—¿Te duele el pecho?
—No duele. Eso es lo malo.
—¿Es malo que no te duela el pecho? A mí no me duele el pecho —dijo Tim.
—Llevo más de un mes con fiebre. Yo me decía: «Mañana pasará». Y ya ves…
—¿Qué?
—Mañana peor que ayer. Esto es una carrera rápida.
—Bueno, hijito; tú siempre ves las cosas negras. Has de sudar y estar preparado. Dentro de seis días nos lo jugamos todo.
—Yo no te haré sombra; ya lo sabes.
—No seas niño, hijito. Arrópate. A veces, para vencer una enfermedad hay que tener deseos de vencer esa enfermedad.
—Escucha, Tim —dijo Santos, y se incorporó levemente.
—¿Qué?
—He de decirte una cosa.
—Sí.
—Yo me temo que Salvador tenga un padrino.
—¿Es cierto eso?
—Escucha, Tim. Yo tenía también un padrino. No quiero engañarte; tú debes buscarte un padrino. Hoy todos los opositores tienen un padrino.
—¿Quién gana entonces?
Santos se dejó caer sobre la almohada y tosió.
—El que tiene dos padrinos —murmuró.
Rompió a toser nuevamente y se tapó la boca con un pañuelo. Al concluir, se lo mostró a Tim.
—Mira —dijo—. Un catarrito.
—¿Desde cuándo echas sangre por la boca?
—Hace cuatro años tuve una hemoptisis seria. Ayer escupí sangre. Yo ya tengo el pasaporte. ¿Sabes que te digo?
—¿Qué?
—Ahora que veo las cosas con más serenidad puedo decirte que ninguna oposición vale tanto como para enfermar por ella.
Tim recordó su esternón bailando en el pecho enjuto:
—¿Qué notabas, di? —dijo.
—Vahídos.
—¿Vahídos?
—Y cansancio.
—¿Cansancio?
—E inapetencia.

—¿Inapetencia?
—Eso.
—Santos, hijo… —dijo Tim.
—¿Decías?
—Creo que más o menos estoy como tú.
—¡Oye! Si te has puesto pálido. ¿Quieres un trago?
—Deja. Vendré otro rato.
Tim vomitó en la primera esquina y como estaba oscuro, mojó el pañuelo y lo analizó después a la luz de un farol. No era sangre. Se dijo: «Necesito tranquilidad. Son casi seis días. No sé nada. Estoy limpio. ¿Por qué seré un tan perfecto adoquín?». Cruzó el automóvil Va-1214. «1214…» —pensó Tim en vano. «Ni eso —se dijo—; ni el código.» Luego pensó: «Estoy enfermo. Siempre llega un momento en que el hombre no puede dar más de sí».
En su casa había gritos y su madre, al abrirle la puerta, se le colgó de las solapas enloquecida:
—Ramón —dijo—. ¡Se ha marchado Ramón!
Tim se sentó en una silla con las manos desmayadas.
—¿Es todo lo que se te ocurre? Tu hermano se ha escapado de casa y tú llegas y ¡pum!, te sientas —dijo su madre, a voces.
—¿Qué esperabas?
—¡Muévete! ¡Haz algo!
—Estoy enfermo —dijo Tim y se incorporó—. Está bien —dijo luego, resignadamente.
Ya en la calle, experimentó un extraño desfondamiento. Como si alguien o algo hubiera roto de súbito el curso natural de las cosas. Marchó a la estación. El andén estaba solitario y se aproximó a un mozo que llevaba un farol en la mano.
—El primer tren —dijo.
—;Para arriba o para abajo?
—Tanto da.
—Para arriba —dijo el mozo y reinició la marcha.
—¡Eh, oiga! —dijo Tim—. Por favor, ¿a qué hora pasa?
—¿Cuál?
—Ese tren.
—¿Qué tren?
—El primero.
—Tres horas en el mejor de los casos —dijo el mozo frunciendo la frente.
Tim se había desconcertado. Abandonó la estación y se llegó al parque. «Bien —pensó—. No puedo perder el tiempo. Todo está encima ya.» Se sentó en un banco, frente a una pareja que se arrullaba. En un periquete reconstruyó cuatro cuadros sinópticos. Luego se le fue la cabeza a Santos y volvió a sentirse enfermo. Hizo

saltar los huesos de sus dedos y se incorporó. La noche estaba fresca. Se acercó al cuartelillo de Policía, miró por la rendija de la puerta y como divisara a tres guardias fumando y bromeando no se decidió a entrar. «Se reirían de mí» —pensó y decidió actuar por propia iniciativa. Le dolía la conciencia del tiempo perdido—. «Necesito tranquilidad de espíritu —se dijo—. No debo dejarme turbar por nada. Venga lo que venga no debo perder la serenidad.» Comenzó a silbar para imbuirse calma. «El 1214» — se dijo, desplazando la cabeza a la matrícula del automóvil. Cesó repentinamente de silbar y se dio un palmetazo en la frente. «¡Claro! —pensó—. Incumbe la prueba de las obligaciones al que reclama su cumplimiento. Esto es. Nada más ni nada menos.» Se sintió de repente más aliviado. Oyó dar las once en una torre lejana. Anduvo a la deriva durante dos horas y después regresó al cuartelillo de Policía. No se oía ningún ruido y pensó que estarían durmiendo. «Si les despierto van a ponerse de mal humor —se dijo—. Es mejor obrar por propia iniciativa.» A continuación reconoció que no tenía iniciativa propia y se encaminó a la estación. Vio pasar el primer tren hacia arriba y pensó que era el mismo que tomaría él transcurridos siete días. No estaba allí «El Último Esfuerzo». Regresó a casa defraudado. «Nada de nervios» —se dijo, después de llamar. Y su madre, que le abrió, le dijo, con voz velada y un dedo sobre los labios:

—Ha regresado. Ha vuelto él solo.

Bajó aún más la voz:

—No le digas nada. ¿Sabes?

—¿Cómo? —dijo Tim.

—Me dijo al verme: «Si me aprietas me cortaré las venas de las muñecas y aquí paz y después gloria. Ya me oyes, mamá».

Tim no sabía nada de su abuelo el camarero. Dijo:

—¿Qué le dijiste tú?

—Fui, y le dije: «No vuelvas a hacer esto a tu madre, Ramón. Todo puede arreglarse». ¿Estuve bien?

—¡Oh, sí! —dijo Tim—. ¿Y Ramón?

—Está acostado, ahora.

Damasito cayó enfermo en los días del invierno de 1871. Teo, el abuelo de Tim, pasaba largos ratos sentado en una silla a su lado. La cama no descomponía a Damasito. Conservaba toda su arrogancia y su equilibrio. Había en su estatismo un punto de marcialidad. Damasito imprimía a las ropas de la cama unos pliegues armoniosos. Teo pensaba: «Este hombre ni muerto se descompondrá». Tan sólo perdía el aplomo Damasito cuando se interesaba por los progresos del nuevo hotel. En esos casos, sus ojos se hacían redondos y sus ojeras se acentuaban. Abría, además, la boca, en una mueca expectante. Teo

procuraba no herirle:

—La cosa marcha.

—¿Cómo marcha?

—Despacio, como siempre. Aún te darán tiempo para reponerte.

—¡Quiá! Ya estoy sentenciado. Yo no te haré sombra.

Teo se inclinaba sobre el enfermo:

—Para curarte has de tener voluntad. El doctor Mínguez dice: «Sólo sana aquel que quiere sanar». La voluntad es la mejor medicina en estos casos.

Decía Damasito:

—Boberías.

En ocasiones, Teo pensaba que él sería el «*maître*» del hotel nuevo si Damasito no estaba en condiciones de competir con él. Pero a Teo no le satisfacía el presentimiento de una victoria sin lucha. Alimentaba un concepto medieval de la nobleza: Armas iguales, condiciones iguales. En el café se encontraba como sin sombra. Vigilaba sus palabras y sus ademanes, pero le faltaba Damasito para decirle: «Cuidado, Teo, exageras las reverencias». O bien: «Nunca levantes la bandeja por encima de la cabeza. Hace mal efecto y rompes el equilibrio». O bien: «A las señoras, particularmente si son hermosas, no debes sonreírles demasiado. Hay hombres que están siempre en guardia y puedes tener un disgusto». A Teo le apesadumbraba la desgracia de su amigo. Damasito, sin este contratiempo, hubiera llegado muy lejos. Ahora Damasito se reducía a un puñado de huesos anhelantes:

—Dime, ¿cómo van las obras? ¿Cómo van las obras?

—La cosa marcha.

—¿Cómo marcha?

—Despacio, como siempre.

Teo desviaba la conversación:

—Dime, Damasito, ¿cómo distingues tú en un grupo numeroso las señoras de las señoritas?

—Las huelo.

—¿Las hueles?

—Es decir. Las conozco por la manera de mirarlas los hombres que están con ellas.

—Explícate.

—Tú no miras lo mismo un paisaje nuevo que otro que te es familiar —explicaba Damasito.

—Evidentemente.

—¿Entonces?

Teo vacilaba. Decía, al fin:

—Contra lo que tú te piensas, un buen camarero nace, no se hace.

—¡Tonterías, Teo! Existe una predisposición; lo demás es oficio.

Una tarde, Teo dijo a Damasito:

—Mañana cubrirán aguas en el edificio de la calle de la Reina.

Damasito apretó los dientes y se le estremecieron las aletillas de la nariz. Tenía la mirada obsesivamente clavada en el techo. Añadió Teo para quitar hierro:

—Aún estoy en el cuarto tema de la gramática de Allan Shearer.

Damasito no respondía. Prosiguió atropelladamente Teo:

—El inglés fue inventado por un loco. Ni la «a» es la «a», ni la «i» es la «i», ni la «u» es la «u». ¿Cómo dirías tú, Damasito, «Ésta es una taza de té, señora»?

Los ojos de Damasito seguían fijos en el techo. Añadió Teo:

—¿Es por casualidad «*This is a tea-cup, woman*»?

Damasito no le escuchaba. De repente cerró los ojos, apretó fuertemente los párpados y dijo:

—¿Qué aspecto tiene el nuevo hotel?

En las cuencas de los ojos se le formaban dos pequeñas lagunas transparentes.

Se abrió una pausa. Finalmente dijo Damasito con un hilo de voz:

—La plaza será tuya, Teo. Lo siento por mí.

Teo regresó a casa agobiado. Juanita había salido y el chiquillo estaba solo. Era la primera vez que esto ocurría. Teo pensó: «Con su pierna no puede haber ido lejos». Pero intuía que la mujer que empieza a aburrirse es un peligro. Se le pasó por la cabeza romperle la otra pierna para tenerla siempre amarrada en una silla. Cuando oyó la llave en la puerta aún no había decidido lo que había de decirle. Y la dijo:

—La próxima vez que no estés en casa a mi regreso te rompo la crisma, pingo.

Juanita rompió a reír.

—¡Calla! —voceó Teo.

Juanita continuaba riéndose. Dijo:

—Cuando me rompí la pierna tampoco lloré. Ni lloré cuando desistí de ser cupletista. A veces pienso que aunque no lo parezca, yo soy una tía de una pieza.

Tres días más tarde falleció Damasito. El féretro le sentaba como un traje a la medida. Era de pino, pero el cuerpo aguerrido de Damasito le ennoblecía. Se diría que era caoba. Teo estuvo un rato rezándole de rodillas. Comprendía que en lo sucesivo su vida marcharía a la deriva. El hombre del ataúd había sido su timonel. Al concluir de rezar, Teo se levantó, le besó dulcemente en la frente y dijo como para sí: «Dios te guarde, maestro».

Al día siguiente, cuando esperaba a Dora, Tim pensó: «Me escuece el sobaco. A veces me los restriego con demasiada violencia».

Dora le dijo camino del parque:

—Llevo unos días soñando disparates. Esta noche soñé que teníamos una niña muy gordita y cuando me puse a desfajarla para darle un baño resultó que estaba tan delgadita como una platusa. ¡Un asco de cría!

—¿Una platusa? —dijo Tim.

—En casa llamamos platusas a las lenguadinas.

Cruzó frente a ellos un guarda del parque:

—¡Ojo! —dijo—, tengo orden del Gobierno Civil de llevar allá a las parejas que se desmanden.

—¡Oiga! —dijo Tim. Pero recordó de pronto las facultades de los gobernadores civiles y guardó silencio.

—¿Dices que esa niña era nuestra? —añadió, volviéndose a Dora.

—Era una platusa, ¿sabes? ¡Una porquería de cría, toda reconsumidita! Yo me decía entre sueños: «Ni francés, ni buenos modales, ni Dora Nández, ni nada». Una desilusión, Tim.

—Escucha —dijo Tim, con un ribete de grandilocuencia—. Tú y yo haremos una buena boda al cabo de seis meses, si lo que ocurra dentro de cinco días fuese favorable. En caso contrario, yo no sé qué decirte.

Se apretó instintivamente los nudillos, que crujieron como nueces rotas.

Dijo Dora:

—¿Qué puede ocurrir si no?

—Puede ocurrir que decida esperar otra oportunidad o meterme en Hacienda.

—¿Qué es Hacienda?

—La Administración del Estado.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿No es «estado» una palabra fea?

—¿Fea?

Dora se fingió confundida:

—Hablemos de otra cosa —dijo—. ¿Sabes que ayer «estrenamos» una película de la Marlene?

—¿La Marlene?

—Si yo fuese actriz nunca enseñaría los muslos y los pechos con el descaro que lo hace ella.

—¿Enseña… eso?

—Y más. Y todo. Es una puerca.

—¿Todo?

—Es el temperamento, digo yo.

Tim se quedó pensativo. Dijo, de pronto:

—¿Qué necesitas para vivir?

—¡Amor! —respondió Dora, con cierto énfasis.

—No es eso; no se trata de eso ahora —agregó Tim contrariado.

—Tres billetes grandes, entonces —arguyó Dora.

Tim caviló un momento. Había una renuncia tácita en sus vacilaciones.

—Tal vez lo de Hacienda nos bastase.

—¿Y tu despacho, hijo?

—¿Qué despacho?

—El tuyo, con la alfombra, y el calor, y la mesita barnizada.

—Bueno —admitió él—. A veces, cuando haces intención de estrecharte, te das cuenta de lo que hay de superfluo en tus aspiraciones.

—¿Verdad, Tim —cortó Dora—, que la niña no enseñará todo como hace la Marlene?

—Otros están peor que yo —prosiguió Tim—. ¿Sabes que mi amigo está enfermo de cuidado?

—¿Salvador, el guapo?

—Santos —dijo Tim—. No sé siquiera si le conoces.

Tim se condolió íntimamente del abandono de Santos. Dos días más tarde se presentó en su casa. Tim había hecho intención por la mañana de no apartar los ojos del atril. Pero los nervios le tiraban. No acertaba a estarse quieto en ninguna parte. Ambicionaba recordar y actuar a una todos sus conocimientos. Ello levantaba en su cabeza un alboroto. A veces pensaba: «Nuestros abuelos entendieron la vida. Entonces había sitio para todos y nadie aspiraba a ser más de lo que era. Mi abuelo paterno fue camarero y, ¡mírale!, se murió tranquilamente de camarero sin ambicionar otra cosa». Santos le dijo:

—Luego, cuando te sientas y extraes las bolitas, cambia todo y te vuelve la lucidez. Concretas tu mente en tres temas, únicamente en tres, y los demás que se los lleve el diablo.

—Llevo doce años acumulando experiencia —dijo Tim desmayadamente.

—¿Y no te ocurre así?

—No —agregó Tim confidencialmente—. La única sensación que experimento al sentarme en la silla con las bolas en la mano es la de que se me hinchan los pies. Los pies no me caben en los zapatos. Es una obsesión, ¿comprendes? No me queda otra solución que aflojar los cordones o retirarme. No puedo olvidarme de mis pies. Toda la sangre de mi cuerpo se acumula en ellos.

—Es raro —dijo Santos—; a otros les ocurre con la cabeza.

Santos se hallaba más postrado que tres tardes antes, y cuando advirtió que la conversación languidecía, alargó a su amigo una libra de tabaco:

—Fuma —dijo—, es de lo bueno.

La libra decía: «La Reina. Habana. Fábrica de tabaco y paquetes de picadura», y tenía el ribete dorado y una soberbia matrona vestida con túnica azul en el centro. A Tim le asaltó la aprensión:

—Deja —dijo—. Ya sabes que fumo poco.

—¡Prueba! —insistió Santos—. Es de lo bueno. Te lo digo yo.

Tim pensaba: «Mi pechito escuálido no conserva muchas defensas. Soy también como una…, sí, como una platusa». Insistió débilmente:

—Deja, hijito.

—¿Es que crees que voy a envenenarte?

Tim lió un pitillo, lo prendió, pero no tragaba el humo. Dijo Santos:

—¡Qué raro!, pensé que tragabas el humo; lo tuyo no es vicio.

—Lo trago —dijo Tim humillado.

Y tragó una bocanada y cerró los ojos, imaginando que tragaba una bandada de microbios.

—Salud no tengo, pero atenciones no me faltan —agregó Santos.

Introdujo la mano bajo la cama y le mostró una botella. La botella decía: «Jerez-Quina: Tónico, reconstituyente, digestivo. Fernando A. Terry».

Descorchó la botella y bebió por ella con avidez.

—Toma —dijo alargándosela a Tim.

—No, deja.

—¡Toma, bebe!

—No acostumbro… Tengo una acidez del demonio.

—Por eso te lo doy —dijo Santos—. Es un buen vino medicinal. ¡Bebe, concho! ¡Oh, perdona! ¿No será que tienes aprensión?

—Ni por pienso —dijo Tim jovialmente—. ¿Cómo imaginas esas cosas, tonto?

Pasó la palma de la mano por el gollete y empinó el codo.

—Es bueno —dijo trémulamente.

Santos guardó la botella bajo la cama. Dijo de súbito:

—Te has puesto blanco, Tim. Siempre te pones blanco a mi lado. ¿No será que estudias con exceso?

Tim vaciló al ponerse en pie. Se le bamboleaba la cabeza. Una vez en la calle corrió hasta la fuente de la plaza y allí se mojó la cabeza y se enjuagó la boca insistentemente. Sentía un franco malestar, siquiera no acertara a localizarle. Él sabía que dentro de pocas horas se hallaría de nuevo frente al tribunal austero e implacable. A Salvador, en los días en que la oposición era un acontecimiento remoto, le decía: «A veces pienso que los jueces no son hombres como los demás. ¿Qué será, hijito, que a la hora de juzgar han dejado siempre el corazón en casa?». Salvador se daba dos tironcitos de su bigote rubio y se reía. «Tú quisieras —decía— que en vez de esos señores hubiera en el estrado cinco damas de Caridad y Beneficencia. ¿No es eso?» «No tanto», contestaba Tim honradamente.

Dos noches más tarde, cuando Tim, con la abollada maleta de cartón en la mano, caminaba hacia la estación, divisó una pareja que se abrazaban junto a la estatua.

Tim se detuvo de golpe:

—¡Caramba! —dijo.

Eran las dos de la madrugada. Ellos se separaron y Tim la reconoció:

—¡Dora! —dijo—. Dora. ¿Eres tú?

—¡Oh! —exclamó Dora.

Dijo el hombre, que tenía un rostro flaco, levemente espantado:

—Cojo el primer tren; Dorita vino a despedirme.

Tim depositó lentamente la maleta de cartón en el suelo. Añadió volviéndose a Dora:

—Tú dijiste: «Me llamo Teodora, pero en casa me llaman Teodorina». Él te llamó Dorita y te besó en la boca. ¿Qué es esto?

El hombre se echó a reír. Dijo:

—No finjamos más. Tú eres poco hombre para ella; eso es lo que pasa. Con leyes y paparruchas no se satisface a una mujer.

Tim recogió la maleta. Le dijo a Dora:

—Tú tienes temperamento, hijita. ¿Quién te dijo lo contrario?

Teo, el abuelo de Tim, anduvo diez días vacilando sobre la manera de presentarse al dueño de la fonda nueva. Juanita le decía:

—Estás más apuesto con el uniforme. Yo te pondré una pinta de almidón en los puños y en el cuello, y de ese modo le conquistarás.

Desde que cubrieron aguas en el edificio de la calle de la Reina, Teo había envejecido. Se encontraba nervioso. Cualquier ruido impensado le producía una sacudida. Comprendía que la espera, su tensa espera de años, había alcanzado el tope. «Ser o no ser», se decía frecuentemente. Dijo:

—No se trata de una mujer.

Juanita hizo un gesto malhumorado:

—¡Burro! —dijo—. ¡Más que burro!

—¿A santo de qué me llamas burro ahora?

Su mujer le aproximó al rorro:

—Lo que tú seas lo será éste. ¡Gandul! ¡Anda, que tampoco tiene cabeza el mozo!

Teo se aferró a la gramática de Shearer. Dijo:

—No quiero que esa cabeza se malogre. Yo he de ser *maître*, siquiera para que mi hijo…

—¿Qué? —dijo ella.

—Eso. No se malogre —añadió él.

Teo bajó los ojos a las páginas del libro, pero no acertaba a concentrarse. Dijo, levantando la vista de nuevo:

—A veces pienso que si hubiera ganado la carrera del Domingo de Piñata la cosa sería distinta. Tú tuviste la culpa por arrastrarme al Entierro de la Sardina. Me echaste a perder el pulso.

Juanita se enojaba. Cada tarde se repetía la misma escena. Cada

noche, al acostarse, Teo decía: «De mañana no pasa. Mañana me presentaré a él». Pero el mañana seguía vigente al siguiente día.

Una noche Juanita le dijo:

—Teo, camarón que se duerme se lo lleva la corriente.

—¿Qué quieres decir? —dijo Teo.

—Quiero decir —añadió Juanita— que un día por otro vas dando largas al asunto y no faltará un vivales que te gane por la mano.

—De mañana no pasa; te lo juro —dijo Teo.

Teo sufría más con los preliminares que con el hecho en sí. De siempre le asustó más el amago que la realidad. Una vez que se iba a sacar un diente le dijo a Juanita: «Ojalá fuese ya la noche». «¿Para qué querrás que fuese ya de noche?», le preguntó Juanita con una mirada prometedora. «De ese modo ya habría pasado el trago de la muela», respondió él.

Ahora pensaba: «Así fuese ya pasado mañana». Pero amaneció y Teo se vio frente a frente con la realidad. El corazón le golpeaba el pecho y sentía en las rodillas una debilidad invencible. «Le diré… —pensaba —. Bien, le diré: Llevo muchos años soñando con este momento y…» Teo denegaba mentalmente: «No es eso; no se trata de mendigar una caridad, sino de solicitar una plaza con todos los merecimientos». Pero recordaba la carrera, cuando se derramó la horchata por el uniforme y se sentía empequeñecido. A la puerta se detuvo y se frotó las manos: «Tranquilidad —se dijo—. Un hombre nervioso es un hombre perdido». Pero cuanto mayor empeño ponía en serenarse, más aumentaba su tensión interior. Llevaba puesto el uniforme de camarero, con el cuello y los puños almidonados. Durante la espera se dijo: «Serenidad, en estos casos la serenidad vale más que la ciencia». Pero íntimamente deseaba que ni su hijo ni los hijos de su hijo se viesen nunca en una situación semejante. «Cuando lo de Castillejos no temblaba así, caramba. Y era peor. Allí se jugaba uno el pellejo», se dijo para animarse.

Luego, cuando el hombre grueso rompió en una risotada sin soltar el puro de entre los dientes, a Teo empezó a parecerle que el cuello de la camisa tenía demasiado almidón. El hombre grueso llevaba la americana desabrochada, y de uno de los bolsillos del chaleco pendía una leontina de oro. Parecía un hombre hecho de excesos, sin medida ni proporción. Pero a Teo le abrumaba precisamente su descomedimiento. Dijo el hombre de la leontina:

—Bien, conoce algo de inglés, ¿y a mí qué me cuenta?

—El ferrocarril desarrollará el turismo, señor —balbució Teo, aniquilado.

—¡Qué gracioso es usted! —rió el hombre grueso sin soltar el puro.

Teo insistió, por más que advirtiera que sus palabras sonaban huecas e inconsistentes:

—Sé desenvolverme con una bandeja en la mano. Tengo retentiva. Sé saludar a una señora y poner el gabán a un caballero. Soy discreto, pulcro y educado. Le ruego…

El hombre de la leontina hizo un amplio ademán con los brazos. Detrás se ocultaba el inicio de la fatiga:

—Es inútil —dijo—. Hace meses que elegí mi personal en Madrid.

Teo dio media vuelta, la cabeza derrumbada sobre el pecho. Le parecía que su cuerpo se había quedado sin sangre. Avanzó lentamente, como un autómata hacia la puerta.

—¡Eh, eh, oiga!

Teo se volvió como electrizado. Vio venir al hombre gordo sonriente, y su corazón sencillo se abrió de nuevo a la esperanza:

—Digo —dijo el hombre de la leontina, mientras le ponía una mano gorda y amistosa en el hombro—, que me ha gustado su tesón y que aún le puedo ofrecer a usted una plaza de «botones».

—¡Oh, gracias! —dijo Teo humildemente. Y pensó humildemente: «Botones, no. Tengo demasiados años». Pero sólo añadió humildemente—: Créame, señor, que si yo pudiera empezar otra vez…

No quiso seguir hablando para no lastimar al hombre de la leontina de oro.

Tim, el opositor, pensaba ahora: «En la vida fallan las cosas que uno considera más sólidas. Pero no te excites, Tim. Tranquilidad. En estos momentos lo que tú necesitas es tranquilidad». Se detuvo un instante frente a la casilla de consumos para tomar aliento. Hizo chasquear los nudillos de los dedos. Luego tomó la maleta y prosiguió la marcha. Se dijo: «¿Cómo estará doña Palmira desde el año pasado?».

Doña Palmira le miró paternalmente a través de los gruesos cristales. A él le pesaba el viaje en la espalda. Ascendía como un vaho el ruido mañanero de la Corredera y se adentraba por el balcón abierto:

—Don Timoteo, ¿otra vez por aquí?

—Ya ve.

—Está desmejorado. Viene más flaco.

—Es el viaje.

—¿Hizo mal viaje?

—Siempre son malos los viajes de noche.

—Pase, pase, don Timoteo —dijo la patrona—. Su habitación tiene ya un huésped que viene a lo mismito que usted.

El huésped se incorporó al entrar ellos.

—Claudio Baraja, para servirte —le dijo a Tim.

—Timoteo Fernández —dijo Tim—. ¿Cómo vienes?

—Flojo —dijo Claudio Baraja—. Esto no hay quien lo abarque.

Tenía abierto un grueso volumen sobre la mesa y Tim miró de reojo:

—¿La Posesión? —inquirió—. ¿Es que también tú luchas a diario con la Posesión?

Dijo Claudio:

—¿Qué quieres? No encuentro quien quiera decirme en cuatro palabras qué es la Posesión. ¿No crees tú que sea una zorra?

Ya no estaba doña Palmira.

—¡Ah, si yo lo supiera! —dijo Tim, mientras alineaba en la repisa los útiles de afeitar.

Estudiaron hasta altas horas de la noche, uno a cada lado de la mesa. A Tim le distraía el ruido de Tim al triturarse los huesos de los dedos. A las tres y media de la madrugada, Claudio Baraja levantó los ojos:

—¿De dónde eres?

—De Palencia. ¿Y tú?

—De Guadalajara.

—¿Qué años llevas sobre esto? —dijo Tim.

—Ocho. ¿Y tú?

—Doce. A todo hay quien gane.

Cuando se acostaron, Claudio Baraja le dijo:

—Estás flaco, amigo.

Tim se avergonzó de su esternón.

—Tú no fumas, ¿verdad? —indagó Tim.

—Lo dejo tres meses antes. El humo ofusca y puede perjudicarte la dicción.

Dijo Tim:

—¿Dónde radica tu voluntad?

—¿Mi voluntad?

—Eso. Si yo cada mañana no hiciese diez pectorales dobles y no me restregara los sobacos con agua fría, sería hombre perdido. Es curioso, ¿verdad?

Pensaba: «Estoy limpio; hace doce años no sabía menos que ahora».

Claudio Baraja se metió en la cama:

—Mi voluntad… ¡Chico, no sé!

A la hora de estar acostados se oyó la voz de Tim en la oscuridad:

—Baraja, ¿quieres dar la luz?

Claudio dio la luz:

—¿Qué te ocurre? —dijo.

—Me he debido enfriar —dijo Tim—. Me duele el vientre.

Salió y regresó. Unos segundos antes se oyó el gorgoteo de la cisterna del W.C.

—Baraja —dijo Tim—. Yo tenía una novia y la he encontrado a las dos de la madrugada besándose con otro. ¿Qué debo hacer?

Claudio Baraja emitió un silbido:

—Más vale así.

—¿Qué es lo que vale más?
—Peor sería que fuese tu mujer. ¡A la mierda con ella!
—Apaga.
Tim se colocó boca abajo. Le dolía enormemente el vientre a intervalos irregulares. Deseaba sofocar el dolor con el jergón.
—Si gano la oposición no me importará lo de Dora —añadió.
—¿Quién es Dora?
—Mi novia.
—No es novia eso; es una fulana.
Antes de dormirse, Tim presintió que en el momento en que el Tribunal pronunciase su nombre volvería a dolerle el vientre. A menudo, sobre todo cuando estaba muy débil, Tim tenía presentimientos que luego se cumplían. A doña Palmira le dijo: «¿Tiene algo fulminante para la colitis?». «Qué sé yo, don Timoteo. A pesar de todos los adelantos, estas cosas requieren su tiempo», dijo la patrona.
Luego, en el aula, los cinco rostros impasibles de los jueces se le reflejaban dolorosamente en el abdomen. Eran cinco rostros herméticos, doctoralmente aburridos. Diez ojos que atacaban a la bayoneta al infeliz opositor que se sentaba en la silla. Y cuando el nombre de Tim sonó extrañamente en la sala, le asaltó un nuevo, punzante retortijón. Tim entrevió a Salvador, que acababa de actuar con exquisita brillantez, sin un solo roce, hacerle un ademán de ánimo desde el segundo banco. «En el fondo —pensó Tim— deseará que tropiece.» Tim avanzó por el pasillo un poco cohibido, encorvado por el dolor. Se le antojaba que los cinco jueces le miraban con animosidad. Las manos le temblaban al extraer las bolas. «¡Suerte!», se dijo.
—Cincuenta y ocho. «La Posesión» —dijo el Presidente.
Cesó el dolor instantáneamente y Tim se sentó, pero no pensaba en la Posesión. Pensaba en que era un requisito previo estar clavado en aquella silla durante una hora, sin cesar de hablar. Se dijo: «Si no aciertas a empezar recurre al Código. Todo menos callarte, Tim». Carraspeó. Volvía a dolerle el vientre. Notaba, simultáneamente, que sus pies, habitualmente del 41, se tomaban en unos pies del 43. Los zapatos le oprimían penosamente. Leyó dos veces los epígrafes del tema en el cuestionario sin aprehender su sentido. Levantó los ojos, y los ojos obsesivos de los jueces le conminaron a recoger de nuevo la mirada. Oprimió los huesos de sus dedos en pleno desconcierto. Los chasquidos restallaron agobiadoramente en el salón. Oyó una voz oscura:
—Cuando el señor opositor desee, puede comenzar.
El dolor de vientre era tan intenso, que Tim sufría de espejismos. Cuando el sudor le chorreaba por las sienes, imaginaba que era en el

wáter libertador de doña Palmira donde estaba sentado, y no en aquella silla cargada de responsabilidad. Balbució:

—Posesión… Posesión natural es la tenencia de una cosa… Sí, eso es… la tenencia de una cosa o el disfrute de un derecho por una persona…

Su voz sonaba extrañamente hueca. Le parecía que no hablaba él, sino una voz opaca desde lo alto de la bóveda.

«¿Qué es lo que sigue?» se preguntó patéticamente. Se mordió los labios para soportar un nuevo retortijón. Fue entonces cuando el techo y las paredes cambiaron incomprensiblemente de sitio. Tim se acarició la frente con la mano y la retiró húmeda de sudor. Le parecía oír, tras las cristaleras, las canciones de los grupos que regresaban del campo los domingos de primavera. «Son doce años, Tim; si te levantas ahora puedes despedirte hasta dentro de quince o veinte meses. ¡Sabe Dios!», se dijo. Añadió trémulamente:

—Según el artículo cuatrocientos treinta y siete —hizo una pausa—. Sí, creo que es el cuatrocientos treinta y siete; sólo pueden ser objeto de posesión las cosas y derechos que sean susceptibles de apropiación.

Le pareció, de pronto, que echaba de menos el atril y el círculo luminoso sobre la mesa. Cerró los ojos. Oyó claramente la voz de su madre: «Tim, Tim, Ramón se ha abierto las venas de las muñecas». Se esforzó en serenarse. «¿Cómo empieza el artículo 438? ¡Oh!, estoy ya condenado. No es posible enderezar esto», se dijo. Vio claramente el rostro flaco del novio de Dora: «Con leyes y paparruchas no se satisface a una mujer». Le punzó el vientre y no pudo reprimir un quejido. Sudaba a chorros. Los zapatos le apretaban tanto que no podía resistir su presión. Eran los ojos de los jueces fijos, obsesivos, los que oprimían sus pies y le lancinaban el vientre. No le parecían a Tim seres humanos.

Dijo sumisamente, inesperadamente:

—En realidad, no sé la Posesión, ni el Fletamento, señores, ni soy partidario de los eclécticos. Pero conozco el Código de memoria y llevo doce años metido en estos aprietos. Miren que mi cabeza no es ya la de un chico… Uno tiene sus lagunas y sus limitaciones, pero no es un ignorante. Las cosas se pusieron contra mí en los últimos días. Un hermanito mío… Bueno… Mi novia… En realidad éstas son cosas íntimas que… Pero, créame, todo me ha ido mal en los últimos días… Por si fuera poco, el vientre… En fin. No trato de implorar benevolencia…

Se detuvo, de pronto, y miró en torno suyo. Topó con la redonda cara asombrada de Claudio Baraja haciéndole señas. El Presidente agitó nerviosamente la campanita. Acudió un ujier, se aproximó a Tim y le tomó delicadamente por las axilas. También Claudio Baraja y Salvador venían hacia él. Tim rompió el silencio:

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —dijo a voces.

—Ssss —dijo el ujier.

En el corredor le dijo Claudio Baraja:

—¿Por qué te obstinaste en empezar por la Posesión? Tenías otros dos temas donde elegir.

Tim se encontraba, de súbito, en el mejor de los mundos. Le confortaba pensar que hasta transcurridos dos años no volvería a pasar por este trance. «Tranquilidad», se dijo. Ya no le dolía el vientre ni le oprimían los zapatos. Sus pies volvían a ser del 41. Dijo:

—Vamos al bar. Os pago un vaso.

Y en el bar bebió cuatro vasos sin respirar. También Claudio Baraja y Salvador bebieron cuatro vasos sin respirar. Dijo Baraja:

—Parece como si tuviésemos que olvidar algo.

Tim bebió otra copa.

—Yo digo —dijo—, ¿qué puede hacer un hombre como yo el día que no tenga que estudiar doce horas diarias?

—Te aburrirías, ¿no es cierto? —dijo Salvador piadosamente.

—Eso —dijo Tim—. Yo no sabría qué hacer; los días serían para mí demasiado largos.

Le asaltó el pensamiento y el sentimiento de Santos, mas como entrara en ese momento en el bar un taxista con chaquetón de cuero, Tim se abrazó fraternalmente a él:

—¡Beba! —dijo—. Acaban de suspenderme y la novia me ha plantado.

—¡Buenas razones! —dijo el taxista. Y bebió de la copa que le tendía Tim.

Los nogales

1957

Los nogales

Aquel año los nogales empezaron a cucar en la primera quincena de agosto. Era un fenómeno prematuro, casi insólito, y a Nilo, el joven, le placía tumbarse a la sombra de los viejos árboles a escuchar los livianos chasquidos, que eran, sencillamente, como una entrañable crepitación. A Nilo, el joven, le adormecían los imperceptibles crujidos del campo. Nilo, el joven, entendía que la obra de Dios es perfecta y que la mano del hombre, al entrometerse, no hace sino estropear las cosas; precipitar y corromper el curso preestablecido. A Nilo, el viejo, la actitud pasiva del hijo le removía los humores.

—Habrá que hacer el apaleo antes de que entren los chicos y nos roben las nueces —decía, y desviaba la mirada, porque los ojos vacuos y como hambrientos de Nilo, el joven, le remordían.

Nilo, el joven, no se inmutaba. Hablaba fatigosamente, dificultosamente, porque tenía rasgado el velo del paladar.

—Eztán cucando ya, padre. Nozotroz no zabríamoz hacerlo mejor que Dioz; ezo decía el maeztro.

Nilo, el viejo, se reclinaba a su lado.

—Los pájaros ratoneros andan todo el tiempo bajo los árboles, para que lo sepas. Y Dios no quiere que los pájaros ratoneros se coman las nueces de Nilo, ¿oyes? A este paso no cogeremos ni tampoco veinte fanegas.

Nilo, el viejo, no ignoraba que la obra de Dios es perfecta y el ciclo completo. Nilo, el viejo, sabía, asimismo, que el concho reseco por el sol terminaría abriendo y la nuez se desprendería del árbol sin el menor esfuerzo de su parte. Nilo, el viejo, sabía igualmente, que la mejor navaja del mundo no escucaba tan limpia, tan concienzudamente como el sol. Mas Nilo, el viejo, sabía, no menos, que de no entrometerse ellos para apalear los árboles, se entrometerían los rapaces del pueblo y los pájaros ratoneros y los cariedones y las ardillas y, en tal circunstancia, los nogales dejarían de rendir.

Acababa de cumplir los ochenta años y en el pueblo le mostraban a los forasteros como un símbolo de la sanidad del lugar. Nilo, el viejo, conservaba unos arrestos de vitalidad sorprendentes; la dentadura, la vista y el oído los tenía completos; sus sentidos eran indiscretamente sensibles como los de una alimaña. Por contra, las piernas apenas le sostenían ya. Cincuenta años atrás soñó con un hijo, pero la Bernarda —Dios sabe por qué— les paría para morir al poco tiempo. Ninguno sazonaba. Ella decía:

—Si no les cambias el nombre no se nos logrará nunca. Es por el

nombre.

Él insistía; le decía al cura, tercamente.

—¡Nilo! ¡He dicho Nilo!

—Nilo, ¿qué?

—Nilo; eso.

—¿Como el otro?

—A ver. Si yo quiero un hijo es para que se llame como yo.

Alimentaba unas ideas confusas sobre la legitimidad ostentosa de la descendencia. Un hijo no se demostraba por exhibirle aferrado al pecho materno, sino por su nombre. Llamarle Juan, Pedro o José, constituía una especie de renuncia tácita a la paternidad. El apellido no contaba en el pueblo.

—No te pongas burro, tú; éste se llamará de otra manera. ¿O es que quieres que se nos muera también?

—¡Nilo! —insistía él, obcecado—. ¡He dicho Nilo!

—¿Y si se muere?

—Lo enterramos y en paz.

Y nació Nilo, el joven, tan esmirriado y deforme que el doctor le depositó, sobre una arpillera, en un rincón, para atender a la madre que se desangraba. Pero Nilo, el joven, comenzó a respirar por su cuenta. Al concluir con la Bernarda, el doctor sacó al crío a la pieza inmediata y anduvo un rato auscultándole. Finalmente, dijo que era mongólico y que no viviría ni tampoco veinticuatro horas.

Llegó el cura y dijo que iba a bautizarle:

—¿Cómo le ponemos?

—¡Nilo!

—Mira que éste no te aguanta ni un par de horas.

—Y si vive, ¿qué?

—Tú eres el amo de la burra, hijo. A mí tanto me da llamarle Pedro como Juan.

Y le pusieron Nilo, y el doctor aconsejó que no se lo mostrasen a la Bernarda, porque podría asustarla su conformación y que le dijeran que había muerto.

Nilo, el viejo, se fue a la taberna. A la hora volvió.

—¿Ha muerto ya?

Braulia, la Simpecho, sostenía al crío con un poco de aprensión.

—Cada vez respira más recio el condenado —dijo.

—¡Vaya! —dijo Nilo, el viejo, y regresó a la taberna. Estuvo bebiendo hasta las doce; al cabo, bajó donde la Braulia:

—¿Qué?

—Ahí le tienes. A ver qué haces con él; yo tengo que acostarme, ya lo sabes.

El crío berreaba.

—Tiene hambre —dijo Nilo—, pero su madre no le puede poner al

pecho; yo le dije que estaba muerto.

Permaneció un rato sentado en un taburete, pasándose insistentemente los dedos por su cabello enmarañado. Dijo, al fin:

—¿Tienes leche de cabra?

—Sí.

—Córtala con agua y dale unos buches.

—¿Y si se muere?

—Ya contamos con eso, ¡anda!

El crío tomó el alimento y se quedó plácidamente dormido. A Nilo, el viejo, en esta circunstancia, le parecía casi hermoso.

—No es feo, ¿verdad?

—Se te parece —dijo la Braulia.

Nilo, el viejo, experimentó por dentro como una ebullición. Dijo al cabo de un rato:

—Quédatelo hasta mañana. Si berrea, le das más leche.

La Bernarda se quejaba cuando él entró en la choza. Le dijo:

—Todo el tiempo se me hace que llora un niño.

—Es la gata de la Simpecho. Cualquier día le voy a pegar un palo que la voy a deslomar.

Ella no se conformaba:

—La gata de la Simpecho no tiene por qué andar en celo ahora —añadió—. No es tiempo.

Dijo él:

—A dormir, mañana será otro día.

Pero Nilo, el viejo, sabía que no podría dormir. También ella daba vueltas y más vueltas sobre el jergón de paja, desazonada:

—¿Cómo era? ¡Di!

—¿Quién?

—El chico.

—Talmente como los otros, sólo que muerto.

—¡Oye!

—¿Qué?

—¿Cuántos Nilos tenemos en el camposanto?

—Cinco, sin contar éste.

—¡Anda! ¿Y a qué ton no vas a contar éste?

La Bernarda se incorporó de golpe:

—¡Escucha! No es la gata de la Simpecho eso; te digo que no lo es.

—No oigo nada.

—Ahora se ha callado, pero te digo que era un niño.

Se sobresaltó de súbito:

—Oye, ¿no le habréis enterrado vivo a la criatura?

—¡Vaya! —dijo Nilo, el viejo—. No pensarás darme la murga toda la noche.

—Oye.

—¿Qué?

—Va a decir el alcalde que ocupamos toda la tierra del camposanto y que esto no es justo. ¿No van a protestar los demás?

—¡Que protesten!

—Qué bien se dice eso. ¿Y si nos suben la contribución?

—¡Que la suban!

—¿Y con qué vas a pagar?

—¡Que la suban!

—Seis nogales no dan ni tampoco para un pedazo de pan; mejor lo sabes tú que nadie.

—Bueno.

—Oye, Nilo. ¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que la gata de la Simpecho no tiene por qué andar en celo ahora. No es tiempo.

—¿Callarás la boca?

—No me estás engañando, ¿verdad?

A la mañana, el doctor se mostró sorprendido. Dijo la Simpecho:

—Cada vez respira más recio el condenado.

Luego se volvió a Nilo, el viejo, y le dijo que podía llevarse el crío donde quisiera porque ella no lo aguantaba más. Entonces, Nilo, el viejo, se quedó mirando para el doctor, esperando que decidiese. El doctor auscultó al niño y dijo que, efectivamente, el corazón parecía fortalecido.

En el pueblo ya se sabía que Nilo, el viejo, había tenido un chico desgraciado y no hacía más que llegar gente donde la Braulia.

—¿A ver?

—¡Mira, que le vais a quitar hasta el nombre de tanto mirarle!

—¡Jesús! ¿Cuántas manos tiene?

—Ocho de cada lado, ¡no te amuela!

—Hija…, ni que fuese tuyo.

La primera noche despertó en la Braulia un esponjoso e intransigente sentimiento maternal. Al fin de cuentas, la leche de su cabra era como su propia leche.

Observó la facha lastimosa de Nilo, el viejo, que enseñaba el trasero por un roto del pantalón. Le dijo:

—Viejo, llégate donde la Bernarda y dile lo que ha pasado. Si el día de mañana ella se enterase no te lo perdonaría.

Nilo, el viejo, vaciló.

—No me atrevo —dijo.

—¿No te atreves?

—No.

—Iré yo —dijo la Braulia.

Al regresar de casa de la Bernarda, la Braulia parecía una difunta:

—Ha muerto —dijo vagamente. Y, de pronto, se puso a reír, y a llorar, y a rechinar los dientes, y a decir voces que la Bernarda estaba tiesa sobre la cama.

Nilo, el viejo, tuvo que vender la última parcela para criar a Nilo, el joven; se quedó sólo con los nogales y las colmenas. La Bernarda descansaba ya en el camposanto junto a los cinco hijos malogrados. En Nilo, el viejo, se desarrolló una solicitud puntillosa. Cada día consideraba los seis hermosos nogales, y luego, volvía hacia el hijo unos ojos luminosamente esperanzados. «Él tiene que vivir para atender esto» —se decía.

Por entonces, Nilo, el viejo, era ya el mejor apaleador de la comarca. Los importantes terratenientes le avisaban para apalear los árboles y escucar las nueces. Sus competidores marrotaban las ramas y dejaban los frutos llenos de broza. Nilo, el viejo, denotaba una habilidad innata para el oficio: buenas piernas y dedos expeditivos. Él pensaba: «Las piernas importan tanto como los brazos. Éstos no rinden más que lo que las piernas sean capaces de aguantar. Eso es el secreto». Era el secreto y él se lo reservaba. Algún día, pasando el tiempo, se lo confiaría a Nilo, el joven. En un rincón de la choza guardaba un juego de varas, de diferentes grosores, para el apaleo. Para ser el mejor escucador de la región le bastaban su navaja roma y mellada y sus prodigiosas manos. Cuando salía lejos, llevaba consigo al pequeño Nilo en una sera y a mediodía y al caer el sol le daba unos buches de leche de cabra mezclados con agua. Después lo depositaba cuidadosamente junto al tronco y la criatura dormía incesantemente.

Cuando el chico tuvo edad de fijarse en las cosas, su padre solía decirle:

—Nilo, hijo, atiende a la faena; has de aprender el oficio. Tu vida es esto.

Mas cuando Nilo, el viejo, desde la copa del árbol descubría al pequeño entre el follaje, éste dormía, totalmente ajeno a sus movimientos.

A los tres años, Nilo, el joven, aún no se andaba; se desplazaba a cuatro patas. Tampoco sabía hablar. Si se le apremiaba mucho decía, mediante un esfuerzo, «ba, ba», pero nada más. Nilo, el viejo, le disculpaba diciendo que no tenía relación con gente y él, para apalear nogales, escucar, comer y dormir, no necesitaba pronunciar palabra, pero que el chico era inteligente y esto ya lo verían todos con el tiempo. Mas en el pueblo aseguraban que Nilo, el joven, además del paladar rasgado tenía poca sangre por la sencilla razón de que no hacía más que comer y dormir.

A los siete años, Nilo, el joven, dijo «pan». A los diez ya empezó con lo de los picores en los pies. Por entonces, los pico-relinchos agujereaban las colmenas de Nilo, el viejo, y le devoraban la miel y los

enjambres. Como el chico no mostraba inclinación al apaleo, el padre pensó que aún era pronto y le enviaba a vigilar las colmenas en la loma de los pinos, mas, al atardecer, cuando se llegaba a recogerle, le encontraba indefectiblemente dormido sobre la tamuja.

Alguna noche, Nilo, el viejo, echado sobre las pajas, con la luz de la luna en el ventano, hablaba con el hijo:

—Apalear nueces es un hermoso oficio, Nilo. Desde lo alto de los árboles ves el mundo como Dios.

En la penumbra, el chico le miraba con sus vacuos y como hambrientos ojillos oblicuos. A veces decía: «No blazfeme, padre», pero ordinariamente, guardaba silencio. El viejo proseguía:

—Hace años yo era rico, ¿sabes? Tenía una casa de verdad y una cama de hierros dorados y dos obradas de huerta además de las nogalas y las colmenas. La piedra vino tres veranos seguidos y tuve que vender. Yo me dije: «Mientras conserve las piernas para trepar a los árboles y las manos para escucar nueces, todo irá bien». Y así lo hice. Entonces me vine a vivir al pie de los árboles y construí esta cabaña. Al principio le puse tejado de carrizos, pero con las lluvias y el sol se pudría y pasaba el agua. Pero fui y me dije: «He de encontrar una paja que no se repase». Y di con la totora. En el pueblo nadie la usaba entonces para techado. Así, mientras las piernas aguanten, podemos tirar, pero para cuando eso ocurra tú, que eres fuerte, debes aprender el oficio. No te vayas a pensar que eso de apalear los árboles lo sabe hacer todo dios.

Permanecía un rato en silencio, con los dedos entrecruzados bajo la nuca, observando el perfil de un nogal recortado sobre la luna. De pronto, sentía crujir la paja bajo sus cuerpos.

—¿Ya te estás hurgando en los pies?

—Pican, padre.

—Déjalos que piquen; si te rascas, estarán picando hasta mañana.

Nilo, el viejo, volvía a la carga. Le asaltaba una difusa previsión de que su hijo y los nogales eran dos mundos inconciliables, pero no se resignaba a admitirlo. Si él intentaba estimularle, el chico se dormía. Luego, cuando Nilo, el joven, fue a la escuela, aprendió a decir:

—El maeztro dice que laz cozaz de Dioz eztán bien hechaz.

Nilo, el viejo, trataba, resignadamente, de inculcarle unos someros conceptos de la pérdida del respeto a la propiedad ajena y de los peligros de la ociosidad, pero Nilo, el joven, no parecía comprenderle.

Una primavera faltó el pan en la cabaña y Nilo, el viejo, le dijo a Nilo, el joven, que era preciso trabajar. Nilo, el joven, consideró las ofertas del padre y se decidió por espantar los pájaros de las tierras del alcalde. A los dos días, el alcalde halló a Nilo, el joven, tendido sobre el ribazo, dormitando. Una picaza se balanceaba confiadamente sobre su hombro. Fue entonces cuando Nilo, el viejo, se convenció de que el

día que fallasen sus piernas todo habría fallado y los seis nogales que él golpeaba metódicamente cada verano constituirían una decoración sin sentido.

En otra ocasión, Nilo, el viejo, sorprendió al hijo poniendo unas tripas en sal. Se quedó sin habla, ilusionado. Al fin, dijo:

—¿Saldrás a cangrejos?

—Ezo pienzo.

—He oído que en las revueltas hay muchos este año.

—Ezo dicen.

Nilo, el joven, tenía la cabeza grande, los ojos oblicuos y rasgado el velo del paladar. Al regresar de la faena, la cabaña expedía un hedor insoportable. Las tripas se pudrían en un rincón y pudrían la malla de los reteles:

—¿Pescaste muchos?

—No zalí, padre; pican loz piez.

—¿Otra vez?

—Pican ziempre.

Cuando Nilo, el viejo, cumplió los setenta, cesó de apalear los árboles ajenos y únicamente, de vez en cuando, le llamaban para escucar nueces.

Sus manos, a pesar de los años, seguían precisas y rápidas. En pocos minutos, docenas de nueces, mondas como pequeños cráneos, se apilaban a su derecha, y un montón de conchos, apenas magullados, a su izquierda. El concho se empleaba luego para abonar las berzas y los espárragos. Mas Nilo, el viejo, continuaba trepando, al caer octubre, a sus seis nogales y los apaleaba con método y pulcritud, procurando vaciarlos sin herirlos. Si alguna rama celaba sus frutos, él la respetaba. Nilo, el viejo, siempre pensó de los árboles que tenían sus sentimientos. Experimentaba hacia ellos un amor entrañable. Del campo ascendía el aroma doméstico de las alholvas y su viejo pecho se esponjaba; mas, inmediatamente se deprimía pensando en el hijo inútil. Después, al caer el sol, escucaba los frutos y, a la amanecida, los tendía amorosamente en la solana y les daba vuelta cada dos horas. Eran nueces mollares, pajariteras, que se cotizaban en el mercado; apenas tenían bizna y los escueznos eran rígidos y sabrosos. Mas, en ocasiones, observando la glotona actividad de los pájaros ratoneros, Nilo, el viejo, hubiera deseado poseer frutos de costra dura, impenetrable. Cada verano trataba de sacudir la inercia del hijo, despertar en su pecho una tibia vocación. Cuando se hallaba en lo alto de los nogales, con ambas piernas esgarfiadas en la rama y la vara enhiesta sobre su cabeza, presentía que un día u otro sus miembros dejarían de responderle, y los rapaces, y las ardillas, y el cariedón, y los pájaros ratoneros, destruirían la cosecha ante su mirada impotente. Era esto una obsesión, y a toda costa anhelaba asegurar el futuro:

—Nilo, hijo, ¿me ayudarás mañana en el apaleo?

Nilo, el joven, enfilaba indolentemente hacia él sus hambrientos ojillos oblicuos:

—Laz nuecez eztán cucando ya, padre; Dioz hace laz cozaz. Ezo decía el maeztro.

Respondía, Nilo, el viejo, desoladamente:

—Dios no quiere que los chicos del pueblo y las ardillas y los pájaros ratoneros dejen a Nilo sin nueces, ¿comprendes? Si las nueces llegan al suelo no cogeremos ni tampoco diez fanegas. Eso no puede quererlo Dios, por más que diga el maestro.

Las nueces de los seis nogales, perdidas ya las colmenas, constituían su subsistencia. En ocasiones Nilo, el viejo, evocaba a la Bernarda con un vago resentimiento: «Me dejó esto y se largó. No quiso ni tampoco conocerle», se decía. Y le dolía pensar que sus piernas iban agarrotándose poco a poco.

Con frecuencia, Nilo, el joven, sorprendía a su padre con el astroso pantalón remangado contemplando atentamente los nudos, cada vez más deformados, de sus rodillas.

Demandaba compasivamente Nilo, el joven:

—¿Ez que le pican a uztez también laz piernaz, padre?

Por un momento los mortecinos ojos de Nilo, el viejo, recobraban la esperanza:

—Pican, pican —decía—. ¡Vaya si pican!

Nilo, el joven, desviaba sus ojillos oblicuos hacia las frondosas copas de los nogales.

—Habrá que vender entoncez, padre —añadía simplemente.

El doctor, cada vez que sorprendía a Nilo, el viejo, encaramado en los árboles, le reconvenía:

—Viejo, ¿no ves que no tienes ya edad de hacer estas cosas?

—¿Y quién si no, doctor? —respondía sumisamente.

—El chico. ¿Para qué lo quieres?

Desde la copa del árbol resbalaba un ahogado suspiro. Nilo, el viejo, sentía como si su rodilla deformada se le hubiera incrustado, de pronto, en lo más alto del pecho. Decía:

—El chico está inútil, doctor. ¿Qué demonios le sucederá en esos condenados pies, que no hacen más que picarle?

—¿Por qué no prueba de calzarse?

De lo alto del nogal, resbalando por las dulces ramas, descendía un nuevo ahogado suspiro:

—Esto no da ni tampoco para malcomer, doctor. Usted debería saberlo.

El doctor se alejaba:

—¡Ojo, viejo! No olvides que ya tuve que autopsiar a dos.

Nilo, el viejo, no lo olvidaba. Quintín jamás supo manejar las

piernas y un día u otro tenía que matarse. Para ser un buen apaleador se precisaba tener las piernas tan fuertes, elásticas y dúctiles como los dedos de las manos. Quintín siempre fue torpe, y sobre torpe confiado. Por lo que se refiere a Chucho, el Malcasado, a nadie podía chocarle lo que ocurrió. Nilo, el viejo, se hartaba de decirle: «Para un apaleador, el vino sobra en octubre, hijo». Pero Chucho como si cantasen; seguía subiendo borracho y golpeaba los árboles con torpe ensañamiento. Y un día, el nogal se encabritó como un potro y volteó al muchacho. Fue la «Nely», la perra de la fonda, la que descubrió el cadáver y aullaba lo mismo que el lobo en los inviernos duros. Cuando Nilo, el viejo, acudió, todavía había savia fresca en el extremo de la vara. Las ramas más altas del viejo árbol estaban dolorosamente descarnadas.

Nilo, el viejo, había pensado mucho en ello durante los últimos veranos, particularmente las noches de luna, cuando su resplandor se adentraba por el ventano de la choza para importunarle el sueño. Nilo, el joven, roncaba a su lado con la boca abierta. Una noche, Nilo, el viejo, prendió un fósforo y aproximó la llama a la boca del hijo. Las colas del paladar roto, rojizas y vibrátiles como alas de un pájaro nuevo, se estremecían a cada inspiración. Nilo, el viejo, permaneció casi una hora contemplándolas, absorto. Cuando se acabaron los fósforos, se tumbó en las pajas y se dijo que ya sabía por qué Nilo, el joven, comía sin saciarse; por qué hasta sus ojos rasgados estaban siempre, inevitablemente, hambrientos.

Al cumplir los setenta y nueve. Nilo, el viejo, sentía aprensión de sus piernas. Así y todo, al vencer el verano, subió a los nogales y los apaleó. No obstante sufrió dos calambres y, después de concluir con un árbol, se tumbaba al pie porque no conservaba energías para regresar a la cabaña. A menudo se dormía y soñaba que Nilo, el joven, en lo alto de los árboles, apaleaba las ramas sin fatigarse. Nilo, el viejo, le veía poderoso y desafiante como un arcángel; tal como él le había deseado. Con el relente de la madrugada, le despertaban las palomas zureando suavemente en los rastrojos. A Nilo, el viejo, le dolían de manera irresistible los muslos y las pantorrillas y los agujeros de los sobacos, pero trepaba de nuevo al árbol y, ya en la copa, permanecía unos instantes inmóvil, observando el primer vuelo de los pájaros. Conforme el día avanzaba, las piernas del viejo, torpemente engarfiadas sobre la rama, iban aflojándose paulatinamente sin que él aún lo advirtiese. Empero, Nilo, el viejo, presentía el fin. Y cuando aquel invierno se retrató al salir de la gripe, sabía que lo hacía por última vez. Y cuando dos días más tarde comprobó que sus piernas, claudicantes, apenas podían conducirle hasta el molino, se dio cuenta de que el fin había llegado. No le dijo nada al hijo, sin embargo, hasta más tarde.

Aquel año los nogales empezaron a cucar en los primeros días de

agosto. Cada mañana Nilo, el viejo, desde la puerta de la cabaña, levantaba bandos de pájaros ratoneros que devoraban los frutos. Eran aves insignificantes, pero de una avidez desproporcionada. Nilo, el viejo, que siempre las había despreciado, aprendió a odiarlas. Comprendía que era llegada la hora del apaleo, mas sus piernas eran una ruina. Nilo, el joven, le sorprendía a veces con los pantalones arremangados hasta la rodilla, tomando el sol. Nilo, el viejo, pensaba que a estas alturas, solamente el sol podía obrar un milagro. Al verle en esta actitud, el hijo solía decirle:

—¿Pican, padre?

—Pican, pican —decía el viejo.

Nilo, el joven, se reclinaba entonces sobre él y le acariciaba amorosamente las piernas hasta quedarse dormido. Entre sueños, Nilo, el joven, sentía crepitar los conchos en lo alto y el levísimo impacto de las nueces al golpear el césped. Le placía en su semiinconsciencia, ser testigo de la obra de Dios. Mas, cada mañana, Nilo, el viejo, apenas recogía dos docenas de frutos, la mitad de ellos minados por el cariedón y los pájaros ratoneros.

Una mañana, Nilo, el viejo, sorprendió a cuatro rapaces sacudiendo los árboles. Se llegó a la puerta, enajenado, enarbolando una vara y los chiquillos huyeron. El hijo dormía en la paja, y Nilo, el viejo, le despertó:

—Hay que subir —dijo—: no queda otro remedio.

—¿Zubir?

—A las nogalas.

—¿A laz nogalaz?

—Sí.

—El maeztro decía que laz cozaz de Dioz eztán bien hechaz, padre. Yo no quiero hacer un pecado.

—Escucha —dijo Nilo, el viejo—. Dios ordena no robar, y cuatro condenados rapaces andaban ahora sacudiendo los árboles. Si no subes hoy no cogeremos ni tampoco diez fanegas.

Nilo, el joven, le miraba estúpidamente, concentrando sobre la nariz del viejo sus pobres ojos rasgados.

—Zubiré —dijo al cabo de un rato—. Pero antez he de decírzelo al zeñor cura.

Al cuarto de hora regresó, tomó las varas y la manta en silencio, y se llegó a la puerta de la choza. Su padre le seguía renqueando. En el umbral se detuvo:

—No pegues por pegar —dijo—; a las nogalas hay que golpearles de tal forma que no sepan nunca si lo que le das es un palo o una caricia. Acuérdate del Malcasado.

—Zí, padre.

—Si no alcanzas alguna rama, déjala. Al árbol, a veces, le da por

defender el fruto y si se lo quitas, la pagas, no lo olvides; es como la gata con las crías.

—Zí, padre.

A Nilo, el viejo, se le atropellaban los consejos en los labios. Nilo, el joven, se alejaba ya cansinamente hacia los árboles. El viejo levantó la voz:

—¡Nilo! —llamó.

Nilo, el joven, volvió la cabeza. Sostenía el juego de varas sobre el hombro derecho torpemente:

—Diga, padre.

—Escucha esto. A un buen apaleador le ayudan las piernas, más que los brazos. Éste es el secreto, ¿comprendes? Los brazos nunca aguantan más de lo que las piernas sean capaces de soportar. ¿Entiendes? Nunca se lo dije a nadie.

—Zí, padre.

Cuando Nilo, el viejo, con su andar claudicante y su gozosa sonrisa, se encaminó minutos más tarde, hacia los árboles, encontró a Nilo, el joven, tendido bajo el primer nogal, dormitando. No dijo nada, pero mientras extraía de bajo la cabeza del hijo el juego de varas, la sonrisa se le fue helando entre los labios hasta concluir en una pétrea mueca de muerto. La brisa esparcía el aroma de las alholvas y balanceaba suavemente las copas de los árboles.

Cuando Nilo, el viejo, comenzó a trepar, Nilo el joven, sintió una vaga impresión de compañía. Más que dormir, sesteaba con una perezosa, invencible indolencia. El clic-clic, de las nueces al abrirse, el iterativo golpeteo de los frutos sobre el césped le arrullaba. No tenía fuerzas para levantar los párpados. Al sentir los crujidos de las ramas violentamente quebradas y el sordo impacto del cuerpo de Nilo, el viejo, tampoco se alteró. Todo encajaba dentro del elemental orden de su mundo. Vagamente intuía que también Nilo, el viejo, terminaría por desprenderse como cualquier fruto maduro. Adelantó su mano derecha hasta topar con el muerto e, instintivamente, acarició una y otra vez la vieja pierna sarmentosa. Dijo, sin abrir los ojos: «¿Pican, padre?». Mas como no recibiera respuesta, pensó: «Se ha dormido».

Nilo, el joven, sonreía estúpidamente con el rostro vuelto hacia el cielo.

La mortaja

1957

La mortaja

El valle, en rigor, no era tal valle sino una polvorienta cuenca delimitada por unos tesos blancos e inhóspitos. El valle, en rigor, no daba sino dos estaciones: invierno y verano y ambas eran extremosas, agrias, casi despiadadas. Al finalizar mayo comenzaba a descender de los cerros de greda un calor denso y enervante, como una lenta invasión de lava, que en pocas semanas absorbía las últimas humedades del invierno. El lecho de la cuenca, entonces, empezaba a cuartearse por falta de agua y el río se encogía sobre sí mismo y su caudal pasaba en pocos días de una opacidad lora y espesa a una verdosidad de botella casi transparente. El trigo, fustigado por el sol, espigaba y maduraba apenas granado y a primeros de junio la cuenca únicamente conservaba dos notas verdes: la enmarañada fronda de las riberas del río y el emparrado que sombreaba la mayor de las tres edificaciones que se levantaban próximas a la corriente. El resto de la cuenca asumía una agónica amarillez de desierto. Era el calor y bajo él se hacía la siembra de los melonares, se segaba el trigo, y la codorniz, que había llegado con los últimos fríos de la Baja Extremadura, abandonaba los nidos y buscaba el frescor en las altas pajas de los ribazos. La cuenca parecía emanar un aliento fumoso, hecho de insignificantes partículas de greda y de polvillo de trigo. Y en invierno y verano, la casa grande, flanqueada por el emparrado, emitía un «bom-bom» acompasado, casi siniestro, que era como el latido de un enorme corazón.

El niño jugaba en el camino, junto a la casa blanca, bajo el sol, y sobre los trigales, a su derecha, el azor aleteaba sin avanzar, como si flotase en el aire, cazando insectos. La tarde cubría la cuenca compasivamente y el hombre que venía de la falda de los cerros, con la vieja chaqueta desmayada sobre los hombros, pasó por su lado, sin mirarle, empujó con el pie la puerta de la casa y casi a ciegas se desnudó y se desplomó en el lecho sin abrirlo. Al momento, casi sin transición, empezó a roncar arrítmicamente.

El Senderines, el niño, le siguió con los ojos hasta perderle en el oscuro agujero de la puerta; al cabo reanudó sus juegos.

Hubo un tiempo en que al niño le descorazonaba que sus amigos dijeran de su padre que tenía nombre de mujer; le humillaba que dijeran eso de su padre, tan fornido y poderoso. Años antes, cuando sus relaciones no se habían enfriado del todo, el Senderines le preguntó si Trinidad era, en efecto, nombre de mujer. Su padre había respondido:

—Las cosas son según las tomes. Trinidad son tres dioses y no tres

diosas, ¿comprendes? De todos modos mis amigos me llaman Trino para evitar confusiones.

El Senderines, el niño, se lo dijo así a Canor. Andaban entonces reparando la carretera y solían sentarse al caer la tarde sobre los bidones de alquitrán amontonados en las cunetas. Más tarde, Canor abandonó la Central y se marchó a vivir al pueblo a casa de unos parientes. Sólo venía por la Central durante las Navidades.

Canor, en aquella ocasión, se las mantuvo tiesas e insistió que Trinidad era nombre de mujer como todos los nombres que terminaban en «dad». El Senderines repasó mentalmente varios nombres y no dio con ninguno que terminara en «dad» y fuera nombre de hombre. No transigió, sin embargo:

—Bueno —dijo, apurando sus razones—. No hay mujer que pese más de cien kilos, me parece a mí. Mi padre pesa más de cien kilos.

Todavía no se bañaban las tardes de verano en la gran balsa que formaba el río, junto a la Central, porque ni uno ni otro sabían sostenerse sobre el agua. Ni osaban pasar sobre el muro de cemento al otro lado del río porque una vez que el Senderines lo intentó sus pies resbalaron en el verdín y sufrió una descalabradura. Tampoco el río encerraba por aquel tiempo alevines de carpa ni lucios porque aún no los habían traído de Aranjuez. El río sólo daba por entonces barbos espinosos y alguna tenca, y Ovi, la mujer de Goyo, aseguraba que tenían un asqueroso gusto a cieno. A pesar de ello, Goyo dejaba pasar las horas sentado sobre la presa, con la caña muerta en los dedos, o buscando pacientemente ovas o gusanos para encarnar el anzuelo. Canor y el Senderines solían sentarse a su lado y le observaban en silencio. A veces el hilo se tensaba, la punta de la caña descendía hacia el río y entonces Goyo perdía el color e iniciaba una serie de movimientos precipitados y torpes. El barbo luchaba por su libertad pero Goyo tenía previstas alevosamente cada una de sus reacciones. Al fin, el pez terminaba por reposar su fatiga sobre el muro y Canor y el Senderines le hurgaban cruelmente en los ojos y la boca con unos juncos hasta que le veían morir.

Más tarde los prohombres de la reproducción piscícola, aportaron al río alevines de carpa y pequeños lucios. Llegaron tres camiones de Aranjuez cargados de perolas con la recría, y allí la arrojaron a la corriente para que se multiplicasen. Ahora Goyo decía que los lucios eran voraces como tiburones y que a una lavandera de su pueblo uno de ellos le arrancó un brazo hasta el codo de una sola dentellada. El Senderines le había oído contar varias veces la misma historia y mentalmente decidió no volver a bañarse sobre la quieta balsa de la represa. Mas una tarde pensó que los camiones de Aranjuez volcaron su carga sobre la parte baja de la represa y bañándose en la balsa no había por qué temer. Se lo dijo así a Goyo y Goyo abrió mucho los

ojos y la boca, como los peces en la agonía, para explicarle que los lucios, durante la noche, daban brincos como títeres y podían salvar alturas hasta más de siete metros. Dijo también que algunos de los lucios de Aranjuez estarían ya a más de veinte kilómetros río arriba porque eran peces muy viajeros. El Senderines pensó, entonces, que la situación era grave. Esa noche soñó que se despertaba y al asomarse a la ventana sobre el río, divisó un ejército de lucios que saltaban la presa contra corriente; sus cuerpos fosforecían con un lúgubre tono cárdeno, como de fuego fatuo, a la luz de la luna. Le dominó un oscuro temor. No le irritaba que mostrase miedo hacia ninguna cosa.

Cuando muy chico solía decirle:

—No vayas a ser como tu madre, que tenía miedo de los truenos y las abejas. Los hombres no sienten miedo de nada.

Su madre acababa de morir entonces. El Senderines tenía una idea confusa de este accidente. Mentalmente le relacionaba con el piar frenético de los gorriones nuevos y el zumbido incesante de los tábanos en la tarde. Aún recordaba que el doctor le había dicho:

—Tienes que comer, muchacho. A los niños flacos les ocurre lo que a tu madre.

El Senderines era flaco. Desde aquel día le poseyó la convicción de que estaba destinado a morir joven; le sucedería lo mismo que a su madre. En ocasiones, Trinidad le remangaba pacientemente las mangas de la blusita y le tanteaba el brazo, por abajo y por arriba:

—¡Bah! ¡Bah! —decía, decepcionado.

Los bracitos del Senderines eran entecos y pálidos. Trino buscaba en ellos, en vano, el nacimiento de la fuerza. Desde entonces su padre empezó a despreciarle. Perdió por él la ardorosa debilidad de los primeros años. Regresaba de la Central malhumorado y apenas si le dirigía la palabra. Al comenzar el verano le dijo:

—¿Es que no piensas bañarte más en la balsa, tú?

El Senderines frunció el ceño; se azoró:

—Baja mucha porquería de la fábrica, padre —dijo.

Trino sonrió; antes que la sonrisa era la suya una mueca displicente:

—Los lucios se comen a los niños crudos, ¿no es eso?

El Senderines humilló los ojos. Cada vez que su padre se dirigía a él y le miraba de frente le agarraba la sensación de que estaba descubriendo hasta sus pensamientos más recónditos.

La C.E.S.A. montó una fábrica río arriba años atrás. El Senderines sólo había ido allá una vez, la última primavera, y cuando observó cómo la máquina aquélla trituraba entre sus feroces mandíbulas troncos de hasta un metro de diámetro con la misma facilidad que si fuesen barquillos, pensó en los lucios y empezó a temblar. Luego, la C.E.S.A. soltaba los residuos de su digestión en la corriente y se formaban en la superficie unos montoncitos de espuma blanquiazul

semejantes a icebergs. A el Senderines no le repugnaban las espumas pero le recordaban la proximidad de los lucios y temía al río. Frecuentemente, el Senderines, atrapaba alguno de aquellos icebergs y hundía en ellos sus bracitos desnudos, desde la orilla. La espuma le producía cosquillas en las caras posteriores de los antebrazos y ello le hacía reír. La última Navidad, Canor y él orinaron sobre una de aquellas pellas y se deshizo como si fuese de nieve.

Pero su padre seguía conminándole con los ojos. A veces el Senderines pensaba que la mirada y la corpulencia de Dios serían semejantes a las de su padre.

—La balsa está muy sucia, padre —repitió sin la menor intención de persuadir a Trinidad, sino para que cesase de mirarle.

—Ya. Los lucios andan por debajo esperando atrapar la tierna piernecita de un niño. ¿A que es eso?

Ahora Trinidad acababa de llegar borracho como la mayor parte de los sábados y roncaba desnudo sobre las mantas. Hacía calor y las moscas se posaban sobre sus brazos, sobre su rostro, sobre su pecho reluciente de sudor, mas él no se inmutaba. En el camino, a pocos pasos de la casa, el Senderines manipulaba la arcilla e imprimía al barro las formas más diversas. Le atraía la plasticidad del barro. A el Senderines le atraía todo aquello cuya forma cambiase al menor accidente. La monotonía, la rigidez de las cosas le abrumaba. Le placían las nubes, la maleable ductilidad de la arcilla húmeda, los desperdicios blancos de la C.E.S.A., el trigo molido entre los dientes. Años atrás, llegaron los Reyes Magos desde el pueblo más próximo, montados en borricos, y le dejaron, por una vez, un juguete en la ventana. El Senderines lo destrozó en cuanto lo tuvo entre las manos; él hubiera deseado cambiarlo. Por eso le placía moldear el barro a su capricho, darle una forma e, inmediatamente, destruirla.

Cuando descubrió el yacimiento junto al chorro del abrevadero, Conrado regresaba al pueblo después de su servicio en la Central:

—A tu padre no va a gustarle ese juego, ¿verdad que no? —dijo.

—No lo sé —dijo el niño cándidamente.

—Los rapaces siempre andáis inventando diabluras. Cualquier cosa antes que cumplir vuestra obligación.

Y se fue, empujando la bicicleta del sillín, camino arriba. Nunca la montaba hasta llegar a la carretera. El Senderines no le hizo caso. Conrado alimentaba unas ideas demasiado estrechas sobre los deberes de cada uno. A su padre le daba de lado que él se distrajese de esta o de otra manera. A Trino lo único que le irritaba era que él fuese débil y que sintiese miedo de lo oscuro, de los lucios y de la Central. Pero el Senderines no podía remediarlo.

Cinco años antes su padre le llevó con él para que viera por dentro la fábrica de luz. Hasta entonces él no había reparado en la mágica

transformación. Consideraba la Central, con su fachada ceñida por la vieja parra, como un elemento imprescindible de su vida. Tan sólo sabía de ella lo que Conrado le dijo en una ocasión:

—El agua entra por esta reja y dentro la hacemos luz; es muy sencillo.

Él pensaba que dentro existirían unas enormes tinas y que Conrado, Goyo y su padre apalearían el agua incansablemente hasta que de ella no quedase más que el brillo. Luego se dedicarían a llenar bombillas con aquel brillo para que, llegada la noche, los hombres tuvieran luz. Por entonces el «bom-bom» de la central le fascinaba. Él creía que aquel fragor sostenido lo producía su padre y sus compañeros al romper el agua para extraerle sus cristalinos brillantes. Pero no era así. Ni su padre, ni Conrado, ni Goyo, amasaban nada dentro de la fábrica. En puridad, ni su padre, ni Goyo, ni Conrado «trabajaban» allí; se limitaban a observar unas agujas, a oprimir unos botones, a mover unas palancas. El «bom-bom» que acompañaba su vida no lo producía, pues, su padre al desentrañar el agua, ni al sacarle lustre; el agua entraba y luego salía tan sucia como entrara. Nadie la tocaba. En lugar de unas tinas rutilantes, el Senderines se encontró con unos torvos cilindros negros adornados de calaveras por todas partes y experimentó un impotente pavor y rompió a llorar. Posteriormente, Conrado le explicó que del agua sólo se aprovechaba la fuerza; que bastaba la fuerza del agua para fabricar la luz. El Senderines no lo comprendía; a él no le parecía que el agua tuviera ninguna fuerza. Si es caso aprovecharía la fuerza de los barbos y de las tencas y de las carpas, que eran los únicos que luchaban desesperadamente cuando Goyo pretendía atraparlos desde la presa. Más adelante, pensó que el negocio de su padre no era un mal negocio porque don Rafael tenía que comprar el trigo para molerlo en su fábrica y el agua del río, en cambio, no costaba dinero. Más adelante aún, se enteró de que el negocio no era de su padre, sino que su padre se limitaba a aprovechar la fuerza del río, mientras el dueño del negocio se limitaba a aprovechar la fuerza de su padre. La organización del mundo se modificaba a los ojos de el Senderines; se le ofrecía como una confusa maraña.

A partir de su visita, el «bom-bom» de la Central cesó de agradarle. Durante la noche pensaba que eran las calaveras grabadas sobre los grandes cilindros negros, las que aullaban. Conrado le había dicho que los cilindros soltaban rayos como las nubes de verano y que las calaveras quería decir que quien tocase allí se moriría en un instante y su cuerpo se volvería negro como el carbón. A el Senderines, la vecindad de la Central comenzó a obsesionarle. Una tarde, el verano anterior, la fábrica se detuvo de pronto y entonces se dio cuenta el niño de que el silencio tenía voz, una voz opaca y misteriosa que no

podía resistirla. Corrió junto a su padre y entonces advirtió que los hombres de la Central se habían habituado a hablar a gritos para entenderse; que Conrado, la Ovi, y su padre, y Goyo, voceaban ya aunque en torno se alzara el silencio y se sintiese incluso el murmullo del agua en los sauces de la ribera.

El sol rozó la línea del horizonte y el Senderines dejó el barro, se puso en pie, y se sacudió formalmente las posaderas. En la base del cerro que hendía al sol se alzaban las blancas casitas de los obreros de la C.E.S.A. y en torno a ellas se elevaba como una niebla de polvillo blanquecino. El niño contempló un instante el agua de la balsa, repentinamente oscurecida en contraste con los tesos de greda, aún deslumbrantes, en la ribera opuesta. Sobre la superficie del río flotaban los residuos de la fábrica como espumas de jabón, y los cínifes empezaban a desperezarse entre las frondas de la orilla. El Senderines permaneció unos segundos inmóvil al sentir el zumbido de uno de ellos junto a sí. De pronto se disparó una palmada en la mejilla y al notar bajo la mano el minúsculo accidente comprendió que había hecho blanco y sonrió. Con los dedos índice y pulgar recogió los restos del insecto y los examinó cumplidamente; no había picado aún; no tenía sangre. La cabecera de la cama del niño constituía un muestrario de minúsculas manchas rojas. Durante el verano su primera manifestación de vida, cada mañana, consistía en ejecutar a los mosquitos que le habían atacado durante el sueño. Los despachurraba uno a uno, de un seco palmetazo y luego se recreaba contemplando la forma y la extensión de la mancha en la pared y su imaginación recreaba figuras de animales. Jamás le traicionó su fantasía. Del palmetazo siempre salía algo y era aquélla para él la más fascinante colección. Las noches húmedas sufría un desencanto. Los mosquitos no abandonaban la fronda del río y en consecuencia, el niño, al despertar paseaba su redonda mirada ávida, inútilmente, por los cuatro lienzos de pared mal encalada.

Se limpió los dedos al pantalón y entró en la casa. Sin una causa aparente, experimentó, de súbito, la misma impresión que el día que los cilindros de la fábrica dejaron repentinamente de funcionar. Presintió que algo fallaba en la penumbra aunque, de momento, no acertara a precisar qué. Hizo un esfuerzo para constatar que la Central seguía en marcha y acto seguido se preguntó qué echaba de menos dentro del habitual orden de su mundo. Trinidad dormía sobre el lecho y a la declinante luz del crepúsculo el niño descubrió, una a una, las cosas y las sombras que le eran familiares. Sin embargo, en la estancia aleteaba una fugitiva sombra nueva que el niño no acertaba a identificar. Le pareció que Trinidad estaba despierto, dada su inmovilidad excesiva, y pensó que aguardaba a reconvenirle por algo y el niño, agobiado por la tensión, decidió afrontar directamente su

mirada:

—Buenas tardes, padre —dijo, aproximándose a la cabecera del lecho.

Permaneció clavado allí, inmóvil, esperando. Mas Trino no se enteró y el niño parpadeaba titubeante, poseído de una sumisa confusión. Apenas divisaba a su padre, de espaldas a la ventana; su rostro era un indescifrable juego de sombras. Precisaba, no obstante, su gran masa afirmando el peso sobre el jergón. Su desnudez no le turbaba. Trino le dijo dos veranos antes: «Todos los hombres somos iguales». Y, por vez primera, se tumbó desnudo sobre el lecho y al Senderines no le deslumbró sino el oscuro misterio del vello. No dijo nada ni preguntó nada porque intuía que todo aquello, como la misma necesidad de trabajar, era una primaria cuestión de tiempo. Ahora esperaba, como entonces, y aún demoró unos instantes el dar la luz; y lo hizo cuando estuvo persuadido de que su padre no tenía nada que decirle. Pulsó el conmutador y al hacerse la claridad en la estancia bajó la noche a la ventana. Entonces se volvió y distinguió la mirada queda y mecánica del padre; sus ojos desorbitados y vidriosos. Estaba inmóvil como una fotografía. De la boca, crispada patéticamente, escurría un hilillo de baba, junto al que reposaban dos moscas. Otra inspeccionaba confiadamente los orificios de su nariz. El Senderines supo que su padre estaba muerto, porque no había estornudado. Torpe, mecánicamente, fue reculando hasta sentir en el trasero el golpe de la puerta. Entonces volvió a la realidad. Permaneció inmóvil, indeciso, mirando sin pestañear el cadáver desnudo. A poco retomó lentamente sobre sus pasos, levantó la mano y espantó las moscas, poniendo cuidado en no tocar a su padre. Una de las moscas tornó sobre el cadáver y el niño la volvió a espantar. Percibía con agobiadora insistencia el latido de la Central y era como una paradoja aquel latido sobre un cuerpo muerto. Al Senderines le suponía un notable esfuerzo pensar; prácticamente se agotaba pensando en la perentoria necesidad de pensar. No quería sentir miedo, ni sorpresa. Permaneció unos minutos agarrado a los pies de hierro de la cama, escuchando su propia respiración. Trino siempre aborreció que él tuviese miedo y aun cuando en la vida jamás se esforzó el Senderines en complacerle, ahora lo deseaba porque era lo último que podía darle. Por primera vez en la vida, el niño se sentía ante una responsabilidad y se esforzaba en ver en aquellos ojos enloquecidos, en la boca pavorosamente inmóvil, los rasgos familiares. De súbito, entre las pajas del borde del camino empezó a cantar un grillo cebollero y el niño se sobresaltó, aunque el canto de los cebolleros de ordinario le agradaba. Descubrió al pie del lecho las ropas del padre y con la visión le asaltó el deseo apremiante de vestirle. Le avergonzaba que la gente del pueblo pudiera descubrirle así a la mañana siguiente. Se

agachó junto a la ropa y su calor le estremeció. Los calcetines estaban húmedos y agujereados, conservaban aún la huella de un pie vivo, pero el niño se aproximó al cadáver, con los ojos levemente espantados, y desmanotadamente se los puso. Ahora sentía en el pecho los duros golpes del corazón, lo mismo que cuando tenía calentura. El Senderines evitaba pasar la mirada por el cuerpo desnudo. Acababa de descubrir que metiéndose de un golpe en el miedo, cerrando los ojos y apretando la boca, el miedo huía como un perro acobardado.

Vaciló entre ponerle o no los calzoncillos, cuya finalidad le parecía inútil, y al fin se decidió por prescindir de ellos porque nadie iba a advertirlo. Tomó los viejos y parcheados pantalones de dril e intentó levantar la pierna derecha de Trinidad, sin conseguirlo. Depositó, entonces, los pantalones al borde de la cama y tiró de la pierna muerta hacia arriba con las dos manos, mas cuando soltó una de ellas para aproximar aquéllos, el peso le venció y la pierna se desplomó sobre el lecho, pesadamente. A la puerta de la casa, dominando el sordo bramido de la Central, cantaba enojosamente el grillo. De los trigales llegaba amortiguado el golpeteo casi mecánico de una codorniz. Eran los ruidos de cada noche y el Senderines, a pesar de su circunstancia, no podía darles una interpretación distinta. El niño empezó a sudar. Había olvidado el significado de sus movimientos y sólo reparaba en la resistencia física que se oponía a su quehacer. Se volvió de espaldas al cadáver, con la pierna del padre prendida por el tobillo y de un solo esfuerzo consiguió montarla sobre su hombro derecho. Entonces, cómodamente, introdujo el pie por la pernera y repitió la operación con la otra pierna. El Senderines sonreía ahora, a pesar de que el sudor empapaba su blusa y los rufos cabellos se le adherían obstinadamente a la frente. Ya no experimentaba temor alguno, si es caso el temor de tropezar con un obstáculo irreductible. Recordó súbitamente, cómo, de muy niño, apremiaba a su padre para que le explicase la razón de llamarle Senderines. Trino aún no había perdido su confianza en él. Le decía:

—Siempre vas buscando las veredas como los conejos; eres lo mismo que un conejo.

Ahora que el Senderines intuía su abandono lamentó no haberle preguntado cuando aún era tiempo su verdadero nombre. Él no podría marchar por el mundo sin un nombre cristiano, aunque en realidad ignorase qué clase de mundo se abría tras el teso pelado que albergaba a los obreros de la C.E.S.A. La carretera se perdía allí y él había oído decir que la carretera conducía a la ciudad. Una vez le preguntó a Conrado qué había detrás del teso y Conrado dijo:

—Mejor es que no lo sepas nunca. Detrás está el pecado.

El Senderines acudió a Canor durante las Navidades. Canor le dijo abriendo desmesuradamente los ojos:

—Están las luces y los automóviles y más hombres que cañas en ese rastrojo.

Senderines no se dio por satisfecho:

—¿Y qué es el pecado? —demandó con impaciencia.

Canor se santiguó. Agregó confidencialmente:

—El maestro dice que el pecado son las mujeres.

El Senderines se imaginó a las mujeres de la ciudad vestidas de luto y con una calavera amarilla prendida sobre cada pecho. A partir de entonces, la proximidad de la Ovi, con sus brazos deformes y sus párpados rojos, le sobrecogía.

Había conseguido levantar los pantalones hasta los muslos velludos de Trino y ahí se detuvo. Jadeaba. Tenía los deditos horizontalmente cruzados de líneas rojas, como los muslos cuando se sentaba demasiado tiempo sobre las costuras del pantalón. Su padre le parecía de pronto un extraño. Su padre se murió el día que le mostró la fábrica y él rompió a llorar al ver las turbinas negras y las calaveras. Pero esto era lo que quedaba de él y había que cubrirlo. Él debía a su padre la libertad, ya que todos los padres que él conocía habían truncado la libertad de sus hijos enviándolos al taller o a la escuela. El suyo no le privó de su libertad y el Senderines no indagaba los motivos; agradecía a su padre el hecho en sí.

Intentó levantar el cadáver por la cintura, en vano. La codorniz cantaba ahora más cerca. El Senderines se limpió el sudor de la frente con la bocamanga. Hizo otro intento. «Cagüen» —murmuró—. De súbito se sentía impotente; presentía que había alcanzado el tope de sus posibilidades. Jamás lograría colocar los pantalones en su sitio. Instintivamente posó la mirada en el rostro del padre y vio en sus ojos todo el espanto de la muerte. El niño, por primera vez en la noche, experimentó unos atropellados deseos de llorar. «Algo le hace daño en alguna parte», pensó. Pero no lloró por no aumentar su daño, aunque le empujaba a hacerlo la conciencia de que no podía aliviarlo. Levantó la cabeza y volvió los ojos atemorizados por la pieza. El Senderines reparó en la noche y en su soledad. Del cauce ascendía un rumor fragoroso de la Central acentuando el silencio y el niño se sintió desconcertado. Instintivamente se separó unos metros de la cama; durante largo tiempo permaneció en pie, impasible, con los escuálidos bracitos desmayados a lo largo del cuerpo. Necesitaba una voz y sin pensarlo más se acercó a la radio y la conectó. Cuando nació en la estancia y se fue agrandando una voz nasal ininteligible, el Senderines clavó sus ojos en los del muerto y todo su cuerpecillo se tensó. Apagó el receptor porque se le hacía que era su padre quien hablaba de esa extraña manera. Intuyó que iba a gritar y paso a paso fue reculando sin cesar de observar el cadáver. Cuando notó en la espalda el contacto de la puerta suspiró y sin volverse buscó a tientas el pomo y

abrió aquélla de par en par.

Salió corriendo a la noche. El cebollero dejó de cantar al sentir las pisadas en el sendero. Del río ascendía una brisa tibia que enfriaba sus ropas húmedas. Al alcanzar el almorrón el niño se detuvo. Del otro lado del campo de trigo veía brillar la luz de la casa de Goyo. Respiró profundamente. Él le ayudaría y jamás descubriría a nadie que vio desnudo el cuerpo de Trino. El grillo reanudó tímidamente el cri-cri a sus espaldas. Según caminaba, el Senderines descubrió una lucecita entre los yerbajos de la vereda. Se detuvo, se arrodilló en el suelo y apartó las pajas. «Oh, una luciérnaga» —se dijo, con una alegría desproporcionada. La tomó delicadamente entre sus dedos y con la otra mano extrajo trabajosamente del bolsillo del pantalón una cajita de betún con la cubierta horadada. Levantó la cubierta con cuidado y la encerró allí. En la linde del trigal tropezó con un montón de piedras. Algunas, las más blancas, casi fosforescían en las tinieblas. Tomó dos y las hizo chocar con fuerza. Las chispas se desprendían con un gozoso y efímero resplandor. La llamada insolente de la codorniz, a sus pies, le sobresaltó. El Senderines continuó durante un rato frotando las piedras hasta que le dolieron los brazos de hacerlo; sólo entonces se llegó a la casa de Goyo y llamó con el pie.

La Ovi se sorprendió de verle.

—¿Qué pintas tú aquí a estas horas? —dijo—. Me has asustado.

El Senderines, en el umbral, con una piedra en cada mano, no sabía qué responder. Vio desplazarse a Goyo al fondo de la habitación, desenmarañando un sedal:

—¿Ocurre algo? —voceó desde dentro.

A el Senderines le volvió inmediatamente la lucidez. Dijo:

—¿Es que vas a pescar lucios mañana?

—Bueno —gruñó Goyo aproximándose—. No te habrá mandado tu padre a estas horas a preguntar si voy a pescar mañana o no, ¿verdad?

A el Senderines se le quebró la sonrisa en los labios. Denegó con la cabeza, obstinadamente. Balbució al fin:

—Mi padre ha muerto.

La Ovi, que sujetaba la puerta, se llevó ambas manos a los labios:

—¡Ave María! ¿Qué dices? —dijo. Había palidecido.

Dijo Goyo:

—Anda, pasa y no digas disparates. ¿Qué esperas ahí a la puerta con una piedra en cada mano? ¿Dónde llevas esas piedras? ¿Estás tonto?

El Senderines se volvió y arrojó los guijarros a lo oscuro, hacia la linde del trigal, donde la codorniz cantaba. Luego franqueó la puerta y contó lo que había pasado. Goyo estalló; hablaba a voces con su mujer, con la misma tranquilidad que si el Senderines no existiese:

—Ha reventado, eso. ¿Para qué crees que tenemos la cabeza sobre los hombros? Bueno, pues a Trino le sobraba. Esta tarde disputó con

Baudilio sobre quién de los dos comía más. Pagó Baudilio, claro. Y ¿sabes qué se comió el Trino? Dos docenas de huevos para empezar; luego se zampó un cochinillo y hasta royó los huesos y todo. Yo le decía: «Para ya». Y ¿sabes qué me contesto? Me dice: «Tú a esconder, marrano». Se había metido ya dos litros de vino y no sabía lo que se hacía. Y es lo que yo me digo, si no saben beber es mejor que no lo hagan. Le está bien empleado, ¡eso es todo lo que se me ocurre!

Goyo tenía los ojos enloquecidos, y según hablaba, su voz adquiría unos trémolos extraños. Era distinto a cuando pescaba. En todo caso tenía cara de pez. De repente se volvió al niño, le tomó de las manos y tiró de él brutalmente hacia dentro de la casa. Luego empujó la puerta de un puntapié. Voceó, como si el Senderines fuera culpable de algo:

—Luego me ha dado dos guantadas, ¿sabes? Y eso no se lo perdono yo ni a mi padre, que gloria haya. Si no sabe beber que no beba. Al fin y al cabo yo no quería jugar y él me obligó a hacerlo. Y si le había ganado la apuesta a Baudilio, otras veces tendremos que perder, digo yo. La vida es así. Unas veces se gana y otras se pierde. Pero él, no. Y va y me dice: «¿Tienes triunfo?». Y yo le digo que sí, porque era cierto y el Baudilio terció entonces que la lengua en el culo y que para eso estaban las señas. Pero yo dije que sí y él echó una brisa y Baudilio sacudió el rey pero yo no tenía para matar al rey aunque tenía triunfo, y ellos se llevaron la baza.

Goyo jadeaba. El sudor le escurría por la piel lo mismo que cuando luchaba con los barbos desde la presa. Le exaltaba una irritación creciente a causa de la conciencia de que Trino estaba muerto y no podía oírle. Por eso voceaba a el Senderines en la confianza de que algo le llegara al otro y el Senderines le miraba atónito, enervado por una dolorosa confusión. La Ovi permanecía muda, con las chatas manos levemente crispadas sobre el respaldo de una silla. Goyo vociferó:

—Bueno, pues Trino, sin venir a cuento, se levanta y me planta dos guantadas. Así, sin más; va y me dice: «Toma y toma, por tu triunfo». Pero yo sí tenía triunfo, lo juro por mi madre, aunque no pudiera montar al rey, y se lo enseñé a Baudilio y se puso a reír a lo bobo y yo le dije a Trino que era un mermado y él se puso a vocear que me iba a pisar los hígados. Y yo me digo que un hombre como él no tiene derecho a golpear a nadie que no pese cien kilos, porque es lo mismo que si pegase a una mujer. Pero estaba cargado y quería seguir golpeándome y entonces yo me despaché a mi gusto y me juré por éstas que no volvería a mirarle a la cara así se muriera. ¿Comprendes ahora?

Goyo montó los pulgares en cruz y se los mostró insistentemente a el Senderines, pero el Senderines no le comprendía.

—Lo he jurado por éstas —agregó— y yo no puedo ir contigo ahora;

¿sabes? Me he jurado no dar un paso por él y esto es sagrado, ¿comprendes? Todo ha sido tal y como te lo digo.

Hubo un silencio. Al cabo, añadió Goyo, variando de tono:

—Quédate con nosotros hasta que le den tierra mañana. Duerme aquí; por la mañana bajas al pueblo y avisas al cura.

El Senderines denegó con la cabeza:

—Hay que vestirle —dijo—. Está desnudo sobre la cama.

La Ovi volvió a llevarse las manos a la boca:

—¡Ave María! —dijo.

Goyo reflexionaba. Dijo al fin, volviendo a poner en aspa los pulgares.

—¡Tienes que comprenderme! He jurado por éstas no volver a mirarle a la cara y no dar un paso por él. Yo le estimaba, pero él me dio esta tarde dos guantadas sin motivo y ello no se lo perdono yo ni a mi padre. Ya está dicho.

Le volvió la espalda al niño y se dirigió al fondo de la habitación. El Senderines vaciló un momento: «Bueno», dijo. La Ovi salió detrás de él a lo oscuro. De pronto, el Senderines sentía frío. Había pasado mucho calor tratando de vestir a Trino y, sin embargo, ahora, le castañeteaban los dientes. La Ovi le agarró por un brazo; hablaba nerviosamente:

—Escucha, hijo. Yo no quería dejarte solo esta noche, pero me asustan los muertos. Ésta es la pura verdad. Me dan miedo las manos y los pies de los muertos. Yo no sirvo para eso.

Miraba a un lado y a otro empavorecida. Agregó:

—Cuando lo de mi madre tampoco estuve y ya ves, era mi madre y era en mí una obligación. Luego me alegré porque mi cuñada me dijo que al vestirla después de muerta todavía se quejaba. ¡Ya ves tú! ¿Tú crees, hijo, que es posible que se queje un muerto? Con mi tía también salieron luego con que si la gata estuvo hablando sola tendida a los pies de la difunta. Cuando hay muertos en las casas suceden cosas muy raras y a mí me da miedo y sólo pienso en que llegue la hora del entierro para descansar.

El resplandor de las estrellas caía sobre su rostro espantado y también ella parecía una difunta. El niño no respondió. Del ribazo llegó el golpeteo de la codorniz dominando el sordo estruendo de la Central.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer, electrizada.

—Una codorniz —respondió el niño.

—¿Hace así todas las noches?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Ella contemplaba sobrecogida el leve oleaje del trigal.

—Sí.

Sacudió la cabeza:

—¡Ave María! Parece como si cantara aquí mismo; debajo de mi saya.

Y quiso reír, pero su garganta emitió un ronquido inarticulado. Luego se marchó.

El Senderines pensó en Conrado porque se le hacía cada vez más arduo regresar solo al lado de Trino. Vagamente temía que se quejase si él volvía a manipular con sus piernas o que el sarnoso gato de la Central, que miraba talmente como una persona, se hubiera acostado a los pies de la cama y estuviese hablando. Conrado trató de tranquilizarle. Le dijo:

Que los muertos, a veces, conservan aire en el cuerpo y al doblarles por la cintura chillan porque el aire se escapa por arriba o por abajo, pero que, bien mirado, no pueden hacer daño.

Que los gatos en determinadas ocasiones parece ciertamente que en lugar de «miau» dicen «mío», pero te vas a ver y no han dicho más que «miau» y eso sin intención.

Que la noticia le había dejado como sin sangre, ésta es la verdad, pero que estaba amarrado al servicio como un perro, puesto que de todo lo que ocurriese en su ausencia era él el único responsable.

Que volviera junto a su padre, se acostara y esperase allí, ya que a las seis de la mañana terminaba su turno y entonces, claro, iría a casa de Trino y le ayudaría.

Cuando el niño se vio de nuevo solo junto a la balsa se arrodilló en la orilla y sumergió sus bracitos desnudos en la corriente. Los residuos de la C.E.S.A. resaltaban en la oscuridad y el Senderines arrancó un junco y trató de atraer el más próximo. No lo consiguió y, entonces, arrojó el junco lejos y se sentó en el suelo contrariado. A su derecha, la reja de la Central absorbía ávidamente el agua, formando unos tumultuosos remolinos. El resto del río era una superficie bruñida, inmóvil, que reflejaba los agujeritos luminosos de las estrellas. Los chopos de las márgenes volcaban una sombra tenue y fantasmal sobre las aguas quietas. El cebollero y la codorniz apenas se oían ahora, eclipsadas sus voces por las gárgaras estruendosas de la Central. El Senderines pensó con pavor en los lucios y, luego, en la necesidad de vestir a su padre, pero los amigos de su padre o habían dejado de serlo, o estaban afanados, o sentían miedo de los muertos. El rostro del niño se iluminó de pronto, extrajo la cajita de betún del bolsillo y la entreabrió. El gusano brillaba con un frío resplandor verdiamarillo que reverberaba en la cubierta plateada. El niño arrancó unas briznas de hierba y las metió en la caja. «Este bicho tiene que comer —pensó —, si no se morirá también.» Luego tomó una pajita y la aproximó a la luz; la retiró inmediatamente y observó el extremo y no estaba chamuscado y él imaginó que aún era pronto y volvió a incrustarla en

la blanda fosforescencia del animal. El gusano se retorcía impotente en su prisión. Súbitamente, el Senderines se incorporó y, a pasos rápidos, se encaminó a la casa. Sin mirar al lecho con el muerto, se deslizó hasta la mesilla de noche y una vez allí colocó la luciérnaga sobre el leve montoncito de yerbas, apagó la luz y se dirigió a la puerta para estudiar el efecto. La puntita del gusano rutilaba en las tinieblas y el niño entreabrió los labios en una semisonrisa. Se sentía más conforme. Luego pensó que debería cazar tres luciérnagas más para disponer una en cada esquina de la cama y se complació previendo el conjunto.

De pronto, oyó cantar abajo, en el río, y olvidó sus proyectos. No tenía noticia de que el Pernales hubiera llegado. El Pernales bajaba cada verano a la Cascajera a fabricar piedras para los trillos. No tenía otros útiles que un martillo rudimentario y un pulso matemático para golpear los guijarros del río. A su golpe éstos se abrían como rajas de sandía y los bordes de los fragmentos eran agudos como hojas de afeitar. Canor y él, antaño, gustaban de verle afanar, sin precipitaciones, con la colilla apagada fija en el labio inferior, el parcheado sombrero sobre los ojos, canturreando perezosamente. Las tórtolas cruzaban de vez en cuando sobre el río como ráfagas; y los peces se arrimaban hasta el borde del agua sin recelos porque sabían que el Pernales era inofensivo.

Durante el invierno, el Pernales desaparecía. Al concluir la recolección, cualquier mañana, el Pernales ascendía del cauce con un hatillo en la mano y se marchaba carretera adelante, hacia los tesos, canturreando. Una vez, Conrado dijo que le había visto vendiendo confituras en la ciudad, a la puerta de un cine. Pero Baudilio, el capataz de la C.E.S.A., afirmaba que el Pernales pasaba los meses fríos mendigando de puerta en puerta. No faltaba quien decía que el Pernales invernaba en África como las golondrinas. Lo cierto es que al anunciarse el verano llegaba puntualmente a la Cascajera y reanudaba el oficio interrumpido ocho meses antes.

El Senderines escuchaba cantar desafinadamente más abajo de la presa, junto al puente; la voz del Pernales ahuyentaba las sombras y los temores y hacía solubles todos los problemas. Cerró la puerta y tomó la vereda del río. Al doblar el recodo divisó la hoguera bajo el puente y al hombre inclinándose sobre el fuego sin cesar de cantar. Ya más próximo distinguió sus facciones rojizas, su barba de ocho días, su desastrada y elemental indumentaria. Sobre el pilar del puente, un cartelón de brea decía: «Se benden pernales para trillos».

El hombre volvió la cara al sentir los pasos del niño:

—Hola —dijo—, entra y siéntate. ¡Vaya cómo has crecido! Ya eres casi un hombre. ¿Quieres un trago?

El niño denegó con la cabeza.

El Pernales empujó el sombrero hacia la nuca y se rascó prolongadamente:

—¿Quieres cantar conmigo? —preguntó—. Yo no canto bien, pero cuando me da la agonía dentro del pecho, me pongo a cantar y sale.

—No —dijo el niño.

—¿Qué quieres entonces? Tu padre el año pasado no necesitaba piedras. ¿Es que del año pasado a éste se ha hecho tu padre un rico terrateniente? Ji, ji, ji.

El niño adoptó una actitud de gravedad.

—Mi padre ha muerto —dijo y permaneció a la expectativa.

El hombre no dijo nada; se quedó unos segundos perplejo, como hipnotizado por el fuego. El niño agregó:

—Está desnudo y hay que vestirle antes de dar aviso.

—¡Ahí va! —dijo, entonces, el hombre y volvió a rascarse obstinadamente la cabeza. Le miraba ahora el niño de refilón. Súbitamente dejó de rascarse y añadió:

—La vida es eso. Unos viven para enterrar a los otros que se mueren. Lo malo será para el que muera el último.

Los brincos de las llamas alteraban a intervalos la expresión de su rostro. El Pernales se agachó para arrimar al fuego una brazada de pinocha. De reojo observaba al niño. Dijo:

—El Pernales es un pobre diablo, ya lo sabemos todos. Pero eso no quita para que a cada paso la gente venga aquí y me diga: «Pernales, por favor, échame una mano», como si Pernales no tuviera más quehacer que echarle una mano al vecino. El negocio del Pernales no le importa a nadie; al Pernales, en cambio, tienen que importarle los negocios de los demás. Así es la vida.

Sobre el fuego humeaba un puchero y junto al pilar del puente se amontonaban las esquirlas blancas, afiladas como cuchillos. A la derecha, había media docena de latas abolladas y una botella. El Senderines observaba todo esto sin demasiada atención y cuando vio al Pernales empinar el codo intuyó que las cosas terminarían por arreglarse.

—¿Vendrás? —preguntó el niño, al cabo de una pausa, con la voz quebrada.

El Pernales se frotó una mano con la otra en lo alto de las llamas. Sus ojillos se avivaron:

—¿Qué piensas hacer con la ropa de tu padre? —preguntó como sin interés—. Eso ya no ha de servirle. La ropa les queda a los muertos demasiado holgada; no sé lo que pasa, pero siempre sucede así.

Dijo el Senderines:

—Te daré el traje nuevo de mi padre si me ayudas.

—Bueno, yo no dije tal —agregó el hombre—. De todas formas si yo abandono mi negocio para ayudarte, justo es que me guardes una

atención, hijo. ¿Y los zapatos? ¿Has pensado que los zapatos de tu padre no te sirven a ti ni para sombrero?

—Sí —dijo el niño—. Te los daré también.

Experimentaba, por primera vez, el raro placer de disponer de un resorte para mover a los hombres. El Pernales podía hablar durante mucho tiempo sin que la colilla se desprendiera de sus labios.

—Está bien —dijo. Tomó la botella y la introdujo en el abandonado bolsillo de su chaqueta. Luego apagó el fuego con el pie:

—Andando —agregó.

Al llegar al sendero, el viejo se volvió al niño:

—Si invitaras a la boda de tu padre no estarías solo —dijo—. Nunca comí yo tanto chocolate como en la boda de mi madre. Había allí más de cuatro docenas de invitados. Bueno, pues, luego se murió ella y allí nadie me conocía. ¿Sabes por qué, hijo? Pues porque no había chocolate.

El niño daba dos pasos por cada zancada del hombre, que andaba bamboleándose como un veterano contramaestre. Carraspeó, hizo como si masticase algo y por último escupió con fuerza. Seguidamente preguntó:

—¿Sabes escupir por el colmillo, hijo?

—No —dijo el niño.

—Has de aprenderlo. Un hombre que sabe escupir por el colmillo ya puede caminar solo por la vida.

El Pernales sonreía siempre. El niño le miraba atónito; se sentía fascinado por los huecos de la boca del otro.

—¿Cómo se escupe por el colmillo? —preguntó interesado. Comprendía que ahora que estaba solo en el mundo le convenía aprender la técnica del dominio y la sugestión.

El hombre se agachó y abrió la boca y el niño metió la nariz por ella, pero no veía nada y olía mal. El Pernales se irguió:

—Está oscuro aquí, en casa te lo diré.

Mas en la casa dominaba la muda presencia de Trino inmóvil, sobre la cama. Sus miembros se iban aplomando y su rostro, en tan breve tiempo, había adquirido una tonalidad cérea. El Pernales, al cruzar ante él, se descubrió e hizo un borroso ademán, como si se santiguara.

—¡Ahí va! —dijo—. No parece él; está como más flaco.

Al niño, su padre muerto le parecía un gigante. El Pernales divisó la mancha que había junto al embozo.

—Ha reventado, ¿eh?

Dijo el Senderines:

—Decía el doctor que sólo se mueren los flacos.

—¡Vaya! —respondió el hombre—. ¿Eso dijo el doctor?

—Sí —prosiguió el niño.

—Mira —agregó el Pernales—. Los hombres se mueren por no

comer o por comer demasiado.

Intentó colocar los pantalones en la cintura del muerto sin conseguirlo. De repente reparó en el montoncito de yerbas con la luciérnaga:

—¿Quién colocó esta porquería ahí? —dijo.

—¡No lo toques!

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Y qué pinta eso aquí?

—¡Nada; no lo toques!

El hombre sonrió.

—¡Echa una mano! —dijo—. Tu padre pesa como un camión.

Concentró toda su fuerza en los brazos y por un instante levantó el cuerpo, pero el niño no acertó a coordinar sus movimientos a los del hombre:

—Si estás pensando en tus juegos no adelantaremos nada —gruñó —. Cuando yo levante, echa la ropa hacia arriba, si no no acabaremos nunca.

De pronto, el Pernales reparó en el despertador de la repisa y se fue a él derechamente.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Ya lo creo que es bonito el despertador! ¿Sabes, hijo, que yo siempre quise tener un despertador igualito a éste?

Le puso a sonar y su sonrisa desdentada se distendía conforme el timbre elevaba su estridencia. Se rascó la cabeza.

—Me gusta —dijo—. Me gusta por vivir.

El niño se impacientaba. La desnudez del cuerpo de Trinidad, su palidez de cera, le provocaban el vómito. Dijo:

—Te daré también el despertador si me ayudas a vestirle.

—No se trata de eso ahora, hijo —se apresuró el Pernales—. Claro que yo no voy a quitarte la voluntad si tienes el capricho de obsequiarme, pero yo no te he pedido nada, porque el Pernales si mueve una mano no extiende la otra para que le recompensen. Cuando el interés mueve a los hombres, el mundo marcha mal; es cosa sabida.

Sus ojillos despedían unas chispitas socarronas. Cantó la codorniz en el trigo y el Pernales se aquietó. Al concluir el ruido y reanudarse el monótono rumor de la Central, guiñó un ojo.

—Éste va a ser un buen año de codornices —dijo—. ¿Sentiste con qué impaciencia llama la tía?

El niño asintió sin palabras y volvió los ojos al cadáver de su padre. Pero el Pernales no se dio por aludido.

—¿Dónde está el traje y los zapatos que me vas a regalar? — preguntó.

El Senderines le llevó al armario.

—Mira —dijo.

El hombre palpaba la superficie de la tela con sensual delectación.

—¡Vaya, si es un terno de una vez! —dijo—. Listado y color chocolate como a mí me gustan. Con él puesto no me va a conocer ni mi madre.

Sonreía. Agregó:

—La Paula, allá arriba, se va a quedar de una pieza cuando me vea. Es estirada como una marquesa, hijo. Yo la digo: «Paula, muchacha, ¿dónde te pondremos que no te cague la mosca?». Y ella se enfada. Ji, ji, ji.

El Pernales se descalzó la vieja sandalia e introdujo su pie descalzo en uno de los zapatos.

—Me bailan, hijo. Tú puedes comprobarlo. —Sus facciones, bajo la barba, adoptaron una actitud entre preocupada y perpleja—: ¿Qué podemos hacer?

El niño reflexionó un momento.

—Ahí tiene que haber unos calcetines de listas amarillas —dijo al cabo—. Con ellos puestos te vendrán los zapatos más justos.

Sacó los calcetines de listas amarillas del fondo de un cajón y se vistió uno. En la punta se le formaba una bolsa vacía.

—Me están que ni pintados, hijo.

Sonreía. Se calzó el zapato y se lo abrochó; luego estiró la pierna y se contempló con una pícara expresión de complacencia. Parecía una estatua con un pedestal desproporcionado.

—¿Crees tú que la Paula querrá bailar conmigo, ahora, hijo?

A sus espaldas, Trino esperaba pacientemente, resignadamente, que cubriera su desnudez. A el Senderines empezaba a pesarle el sueño sobre las cejas. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos y, a cada intento, experimentaba la sensación de que los globos oculares se dilataban y oprimían irresistiblemente los huecos de sus cuencas. La inmovilidad de Trino, el zumbido de la Central, la voz del Pernales, el golpeteo de la codorniz, eran incitaciones casi invencibles al sueño. Mas él sabía que era preciso conservarse despierto, siquiera hasta que el cuerpo de su padre estuviera vestido.

El Pernales se había calzado el otro pie y se movía ahora con el equilibrio inestable de quien por primera vez calza zuecos. De vez en cuando, la confortabilidad inusitada de sus extremidades tiraba de sus pupilas y él entonces cedía, bajaba los ojos, y se recreaba en el milagro, con un asomo de vanidosa complacencia. Advirtió, súbitamente, la impaciencia del pequeño, se rascó la cabeza y dijo:

—¡Vaaaya! A trabajar. No me distraigas, hijo.

Se aproximó al cadáver e introdujo las dos manos bajo la cintura. Advirtió:

—Estáte atento y tira del pantalón hacia arriba cuando yo le levante.

Pero no lo logró hasta el tercer intento. El sudor le chorreaba por las sienes. Luego, cuando abotonaba el pantalón, dijo, como para sí:

—Es la primera vez que hago esto con otro hombre.

El Senderines sonrió hondo. Oyó la voz del Pernales.

—No querrás que le pongamos la camisa nueva, ¿verdad, hijo? Digo yo que de esa camisa te sacan dos para ti y aun te sobra tela para remendarla.

Regresó del armario con la camisa que Trino reservaba para los domingos. Agregó confidencialmente:

—Por más que si te descuidas te cuesta más eso que si te las haces nuevas.

Superpuso la camisa a sus harapos y miró de frente al niño. Le guiñó un ojo y sonrió.

—Eh, ¿qué tal? —dijo.

El niño quería dormir, pero no quería quedarse solo con el muerto.

Añadió el Pernales:

—Salgo yo a la calle con esta camisa y la gente se piensa que soy un ladrón. Sin embargo, me arriesgaría con gusto si supiera que la Paula va a aceptar un baile conmigo por razón de esta camisa. Y yo digo: ¿Para qué vas a malgastar en un muerto una ropa nueva cuando hay un vivo que la puede aprovechar?

—Para ti —dijo el niño, a quien la noche pesaba ya demasiado sobre las cejas.

—Bueno, hijo, no te digo que no, porque este saco de poco te puede servir a ti, si no es para sacarle lustre a los zapatos.

Depositó la camisa flamante sobre una silla, tomó la vieja y sudada de la que Trino acababa de despojarse, introdujo su brazo bajo los sobacos del cadáver y le incorporó:

—Así —dijo—. Métele el brazo por esa manga… eso es.

La falta de flexibilidad de los miembros de Trino exasperaba al niño. Él esperaba algo que no se produjo:

—No ha dicho nada —dijo, al concluir la operación con cierto desencanto.

El Pernales volvió a él sus ojos asombrados:

—¿Quién?

—El padre.

—¿Qué querías que dijese?

—La Ovi dice que los muertos hablan y a veces hablan los gatos que están junto a los muertos.

—¡Ah, ya! —dijo el Pernales.

Cuando concluyó de vestir al muerto, destapó la botella y echó un largo trago. A continuación la guardó en el bolsillo, el despertador en

el otro y colocó cuidadosamente el traje y la camisa en el antebrazo. Permaneció unos segundos a los pies de la cama, observando el cadáver.

—Digo —dijo de pronto— que este hombre tiene los ojos y la boca tan abiertos como si hubiera visto al diablo. ¿No probaste de cerrárselos?

—No —dijo el niño.

El Pernales vaciló y, finalmente, depositó las ropas sobre una silla y se acercó al cadáver. Mantuvo un instante dos dedos sobre los párpados inmóviles y cuando los retiró, Trinidad descansaba. Seguidamente le anudó un pañuelo en la nuca, pasándoselo bajo la barbilla. Dijo, al concluir:

—Mañana, cuando bajes a dar aviso, se lo puedes quitar.

El Senderines se erizó.

—¿Es que te marchas? —inquirió anhelante.

—¡Qué hacer! Mi negocio está allá abajo, hijo, no lo olvides.

El niño se despabiló de pronto:

—¿Qué hora es?

El Pernales extrajo el despertador del bolsillo.

—Esto tiene las dos; puede que vaya adelantado.

—Hasta las seis no subirá Conrado de la Central —exclamó el niño —. ¿Es que no puedes aguantar conmigo hasta esa hora?

—¡Las seis! Hijo, ¿qué piensas entonces que haga de lo mío?

El Senderines se sentía desolado. Recorrió con la mirada toda la pieza. Dijo, de súbito, desbordado:

—Quédate y te daré… te daré —se dirigió al armario— esta corbata y estos calzoncillos y este chaleco y la pelliza, y… y…

Arrojó todo al suelo, en informe amasijo. El miedo le atenazaba. Echó a correr hacia el rincón.

—…Y el aparato de radio —exclamó.

Levantó hacia el Pernales sus pupilas humedecidas.

—Pernales, si te quedas te daré también el aparato de radio —repitió triunfalmente.

El Pernales dio unos pasos ronceros por la habitación.

—El caso es —dijo— que más pierdo yo por hacerte caso.

Mas cuando le vio sentado, el Senderines le dirigió una sonrisa agradecida. Ahora empezaban a marchar bien las cosas. Conrado llegaría a las seis y la luz del sol no se marcharía ya hasta catorce horas más tarde. Se sentó, a su vez, en un taburete, se acodó en el jergón y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. Volvía a ganarle su enervamiento reconfortante. Permaneció unos minutos mirando al Pernales en silencio. El «bom-bom» de la Central ascendía pesadamente del cauce del río.

Dijo el niño, de pronto:

—Pernales, ¿cómo te las arreglas para escupir por el colmillo? Ésa es una cosa que yo quisiera aprender.

El Pernales sacó pausadamente la botella del bolsillo y bebió; bebió de largo como si no oyera al niño; como si el niño no existiese. Al concluir, la cerró con parsimonia y volvió a guardarla. Finalmente, dijo:

—Yo aprendí a escupir por el colmillo, hijo, cuando me di cuenta que en el mundo hay mucha mala gente y que con la mala gente si te lías a trompazos te encierran y si escupes por el colmillo nadie te dice nada. Entonces yo me dije: «Pernales, has de aprender a escupir por el colmillo para poder decir a la mala gente lo que es sin que nadie te ponga la mano encima, ni te encierren». Lo aprendí. Y es bien sencillo, hijo.

La cabecita del niño empezó a oscilar. Por un momento el niño trató de sobreponerse; abrió desmesuradamente los ojos y preguntó:

—¿Cómo lo haces?

El Pernales abrió un palmo de boca y hablaba como si la tuviera llena de pasta. Con la negra uña de su dedo índice se señalaba los labios. Repitió:

—Es bien sencillo, hijo. Combas la lengua y en el hueco colocas el escupitajo…

El Senderines no podía con sus párpados. La codorniz aturdía ahora. El grillo hacía un cuarto de hora que había cesado de cantar.

—…luego no haces sino presionar contra los dientes y…

El Senderines se dejaba arrullar. La conciencia de compañía había serenado sus nervios. Y también el hecho de que ahora su padre estuviera vestido sobre la cama. Todo lo demás quedaba muy lejos de él. Ni siquiera le preocupaba lo que pudiera encontrar mañana por detrás de los tesos.

—…y el escupitajo escapa por el colmillo porque…

Aún intentó el niño imponerse a la descomedida atracción del sueño, pero terminó por reclinar suavemente la frente sobre el jergón, junto a la pierna del muerto y quedarse dormido. Sus labios dibujaban la iniciación de una sonrisa y en su tersa mejilla había aparecido un hoyuelo diminuto.

Despertó, pero no a los pocos minutos, como pensaba, porque la luz del nuevo día se adentraba ya por las ventanas y las alondras cantaban en el camino y el Pernales no estaba allí, sino Conrado. Le descubrió como a través de una niebla, alto y grave, a los pies del lecho. El niño no tuvo que sonreír de nuevo, sino que aprovechó la esbozada sonrisa del sueño para recibir a Conrado.

—Buenos días —dijo.

La luciérnaga ya no brillaba sobre la mesa de noche, ni el cebollero cantaba, ni cantaba la codorniz, pero el duro, incansable pulso de la

Central, continuaba latiendo abajo, junto al río. Conrado se había abotonado la camisa blanca hasta arriba para entrar donde el muerto. El Senderines se incorporó desplazando el taburete con el pie. Al constatar la muda presencia de Trino, pavorosamente blanco, pavorosamente petrificado, comprendió que para él no llegaba ya la nueva luz y cesó repentinamente de sonreír. Dijo:

—Voy a bajar a dar aviso.

Conrado asintió, se sentó en el taburete que el niño acababa de dejar, lo arrimó a la cama, sacó la petaca y se puso a liar un cigarrillo, aunque le temblaban ligeramente las manos.

—No tardes —dijo.

La barbería

1957

La barbería

1957

> La pipa es tan útil a la civilización como la bomba atómica, con tal de que ninguna de las dos se use demasiado.
>
> EINSTEIN

Aparentemente don Floro recibió con entereza la noticia de que Julio Álvarez traspasaba la barbería. No obstante, por dentro, sintió como un impacto en algún lugar sustancial.

Julio Álvarez, el barbero, sostenía el espejito detrás de su nuca, tierno y servicial. Y don Floro empezó a recobrarse. Aún le parecía sentir junto a la oreja el rumor efusivo de las tijeras de Julio Álvarez: «Cuchichi-tatatá, cuchichí-tatatatá». Respiró profundamente, pero carecía aún de fuerzas para incorporarse. Julio Álvarez, con su desproporcionada cabeza y su rostro sonrosado y satisfecho, era un individuo poco caracterizado a pesar de sus setenta años y de sus fluviales mostachos tormentosos.

–El señor está servido –dijo Julio Álvarez.

–¡Ah! –dijo don Floro, y, quieras que no, se levantó. Mientras Julio Álvarez le cepillaba la americana, don Floro dijo:

–No comprendo su decisión, precisamente en una fecha en que el diario anuncia un remedio interesante contra la calvicie.

–El mal viene rodado –dijo Julio Álvarez sin cesar de sonreír–. Me pagan un buen traspaso.

–Dinero, ¿eh? –dijo don Floro.

Don Floro era un tipo pingorotudo, de barba recortada y voz grave y brumosa. Empleaba los ademanes apaciguados propios del hombre acostumbrado a ser servido. Por una cuestión de principios, don Floro aborrecía hablar en tanto el barbero le arreglaba la cabeza. Con frecuencia pensaba: «En la vida existe un arte de cortar el pelo y un arte de dejarse cortar el pelo». Él aprendió esto muchos años atrás. Por eso, cuando Julio Álvarez le dijo con tono reservado (mientras las tijeras suspiraban confidencialmente: «Cuchichí-tatatá, cuchichí-tatatatá»): «¿Sabe, don Floro, que he decidido traspasar el local?», no hizo comentario alguno; simplemente entornó los ojos y se humedeció los labios deleitándose en la delicadeza inefable del instrumento apurándole los pelos del colodrillo.

–El negocio no rinde y yo tengo demasiados años –agregó Julio Álvarez, mientras le tendía la chistera y el bastón con puño de plata.

Don Floro pensaba: «El dinero mancilla las cosas más hermosas de la vida». Oyó a Julio Álvarez, cuando salía, preguntar capciosamente a un parroquiano: «¿Se va a servir, el señor?». Mas sólo al cerrar la puerta advirtió que había dejado dentro una parte fundamental de sí mismo. «Hay otras barberías, Floro», se dijo, tratando de serenarse. Pero llevaba dentro del pecho una opresiva sensación de ahogo.

De cuantos locales reunía la ciudad ninguno tan decisivamente ligado a su existencia como la peluquería de Julio Álvarez. A don Floro no le hubiera agradado que Julio sustituyera la pintura roja del establecimiento por una pintura amarilla, por ejemplo, pero que la barbería desapareciese, y con ella los dedos expeditivos de Julio Álvarez, y sus tijeras musicales y la suave caricia del pulverizador, constituían algo que le colocaba al borde de la desesperación.

Cuando se vio en la calle y pensó: «Dentro de quince días una valla cubrirá la fachada y yo tendré que buscarme otra barbería: ésta es la triste realidad», se dio cuenta de la trascendencia del momento. Entonces se detuvo y, lentamente, como cumplimentando escrupulosamente un doloroso deber, volvió la cabeza. El bastón temblaba en su mano derecha.

La barbería de Julio Álvarez ofrecía un aspecto conmovedor, con su roja pintura descolorida y el mohoso cartelón colgante con la cabeza rubia y rizosa de un niño y una leyenda de caracteres indecisos: «JULIO ÁLVAREZ. PELUQUERO. SERVICIOS ESMERADOS».

Cuarenta años arriba, la barbería ostentaba la misma leyenda y la fachada el mismo color. Entonces Julio Álvarez se iniciaba en el oficio, pero sus tijeras producían ya aquel rumor musical que era como un sedante para la vida de don Floro. Cuando chico, Julio Álvarez lo encaramaba en una silla alta y era a él al único pequeñuelo de la ciudad al que no se hacía necesario advertirle: «Estate quietecito, muñeco». Floro, de niño, ya se sentía aquietado por no se sabe qué inexplicables motivaciones. A Floro le agradaba la vecindad de los inmaculados espejos, el olor enervante de los perfumes y las lociones, el chasquido iterativo de las tijeras recorriendo su cogote como una fría caricia, los pulverizadores, los peines, las bacías, los cepillos, las tenacillas, las barras de blanco jabón, los rizadores, los tarros de crema para después del afeitado, alineados disciplinadamente, casi marcialmente, en las relucientes repisas, y en invierno le placía, sobre todo, el ambiente tibio y recoleto que creaba la estufa de serrín en el centro del local, con la lata de agua burbujeante encima. El tubo de la estufa partía recto y a la altura del techo doblaba bruscamente buscando una discreta salida por un rincón. Junto a la estufa, había una mesita y, encima de la mesita, el diario local, *La Gaceta* y la

revista *Gran Teatro*.

Entonces, Conrado era prácticamente un chicuelo, pero su madre, viuda, estaba necesitada y Julio Álvarez lo adoptó y lo puso al oficio. La música de las tijeras de Conrado era aún balbuciente, de ritmo desigual, y a Floro, que por aquel tiempo no era sino un mocoso, ya le producía aquello un purulento fastidio, como al melómano el violín que desafina. Conrado tenía un color deslucido y unas orejas transparentes y unas manos afiladas, siempre húmedas y frías, y ya en aquella época, la principal preocupación de Conrado era la salud.

–El doctor Chinchilla –decía– ha logrado conservar un frasco de sangre sin alterarse durante nueve meses.

Las tijeras interrumpían su sinfonía: «Cuchichí-tatatá-cuchichí…». Se abría una pausa. Y se oía hervir el agua en la marmita. Luego se arrancaba Amadeo con su proverbial aspereza:

–¡A ti qué se te da! De todas maneras ni tú ni yo saldremos de pobres por eso.

Amadeo sentía pujos de revolucionario. Su boca era una línea apretada sobre la piel oscura. Llevaba el pelo cortado a cepillo y sostenía la teoría de que todo aquel que se preocupa del aseo de la cabeza es un lila. A veces, con la navaja en la mano, ante los pescuezos dóciles de los capitalistas, experimentaba unos turbios deseos de nivelación social. Conrado añadía esperanzadamente:

–El doctor Mínguez despacha sanguijuelas a nueve reales docena. Esto es ponerse en razón. Si la medicina sigue progresando como hasta ahora, pronto el promedio de la vida humana será de cuarenta años.

Las tijeras reanudaban su actividad. Floro permanecía inmóvil sobre la alta banqueta.

–¡Vaya, a este niño le ha comido la lengua el gato! –decía Julio Álvarez, de pronto, en un estallido cordial.

Pero el niño Floro continuaba silencioso, exasperado por la interrupción de Julio Álvarez, mientras por el espejo observaba a la chacha con las botinas arrimadas a la estufa, curioseando los grabados de la revista *Gran Teatro*. Después cerraba los ojos. Empezaba a agarrarle el vicio. Cuando cayeron en sus manos las primeras novelas, Floro pensó que la barbería de Julio Álvarez era para él lo que para un oriental un fumadero de opio. La barbería, con su ambiente íntimo, gratamente familiar, le enervaba, le adormecía en una trasposición placentera. Fue entonces cuando su madre adquirió un gato persa y Floro descubrió que su placer cuando alguien le hurgaba en la cabeza debía de ser semejante al que sentía Zuzú, el gato persa, cuando él le rascaba suavemente, insistentemente, entre las orejas.

Floro era hijo único. Dos hermanitos que nacieron allá por los años 40 y 42 murieron al poco tiempo. Pero él no tenía aún edad de conocer el dolor. Tan sólo pensaba entonces en la barbería de Julio

Álvarez. Julio le igualaba las puntas de las melenitas cada veinte días y él llevaba un calendario para dominar su impaciencia. Las vísperas, desdeñaba sus juguetes y permanecía reconcentrado y silencioso. Al aproximarse su santo, su padre le preguntaba:

–Floro, ¿qué regalo te gustaría?

Floro cavilaba.

–Que me corten el pelo –decía finalmente.

Su padre lo echaba a broma.

–Tienes la cabeza arreglada, Floro. Habla seriamente.

–Ya lo he dicho –repetía el niño, y pensaba: «Cuando yo sea grande me arreglaré la cabeza todos los días».

A los ocho años reunía las propinas para hacerse un corte extra.

–Chiquillo, te juro por mi madre que no hay en la ciudad mejor cliente que tú –le decía Julio Álvarez.

Amadeo le miraba con inquina, pero Floro no hacía caso. Se acomodaba en la silla alta y cerraba los ojos. «¡Ya queda poco, ya queda poco!», se decía, tan pronto Julio Álvarez le anudaba, tras el pescuezo, una toalla como si fuera una servilleta. De aquí que Floro, el chiquillo Floro, gozase más con los preliminares. Sentado frente a la estufa con los sentidos abiertos a la actividad de la barbería, aguardando su turno, Floro se consideraba la criatura más feliz del mundo.

Ya un hombre, Floro experimentaba una sorda envidia del Nano, el rapaz retrasado mental que barría la barbería y despachaba los recados. Nano vestía un blusón blanco y emanaba por todos sus poros el aplanador aroma de la barbería. Era leve el quehacer, y a media mañana cocía un huevo en la lata que hervía sobre la estufa. A través de la ventana, Floro veía deambular a los transeúntes, discurrir cachazudamente al tranvía de mulas con Tinín en el pescante, y, después, cuando los años fueron haciendo sensible el progreso, la rauda salida de los noticieros velocipedistas del periódico local ubicado en la esquina.

En ocasiones, Lope, que siempre andaba ojo avizor, decía:

–Nano, anda de una carrera al periódico. Parece como que hubieran puesto pizarra.

Nano regresaba en un santiamén.

Decía:

–Los aliados han sitiado Sebastopol y los turcos han pedido el armisticio.

O bien:

–El miserable Rodríguez ha disparado un pistoletazo contra la reina.

O bien:

–El señor Méndez Núñez ha bombardeado el Callao.

La vecindad del periódico mantenía bien informada a la barbería de

Julio Álvarez. Fue esta vecindad la que imbuyó a don Floro el convencimiento de que ninguna cosa valía lo que un esmerado corte de pelo.

Cuando Floro creció y se hizo un hombre, pensó en la conveniencia de casarse. Su padre había muerto a consecuencia de una bala perdida en los sucesos de julio de 1853. Su madre se reunió con su padre catorce años más tarde. Floro se negó siempre a estudiar; y al entrar en posesión de su herencia advirtió que había obrado sensatamente. En cinco años liquidó sus bienes raíces y redujo su fortuna a un inmenso montón de papeles. De siempre le gustaron a Floro las cosas concretas. La cuestión de lindes le desazonaba. Un papel no podía confundirse nunca con otro papel. Algunos le decían: «Floro, no seas memo. La tierra es la tierra». Floro se encogía de hombros: «Las tierras no me caben en la mano».

Al encapricharse con Teresita pasó una temporada incómoda aunque él se esforzaba en convencerse de que era un hombre dichoso. «Floro, ¡qué cosa prodigiosa es el amor!, ¿no es cierto?», se decía al engomarse los bigotes cada mañana. Aún no tenía a Walter y Guadalupe era su ama de llaves. Un día oyó a Conrado decir en la barbería: «Lo más hermoso del amor es la seguridad de que otro ser, en el inmenso mundo, piensa en nosotros a toda hora. El amor remedia la soledad del hombre». Conrado exponía a veces ideas lúcidas, casi brillantes. Floro se decía: «Los hombres enfermos tienen una sensibilidad más sutil que los hombres sanos». Por entonces Conrado había visitado ya al médico homeópata que le curó el estómago haciéndole ingerir en ayunas unas gotas de petróleo en dosis crecientes. Mas Conrado debía de alimentar otra tara por dentro porque, a pesar de su bigote pelícano y sus patillas ofensivas, continuaba siendo un hombre carniseco y deleznable.

Floro paseaba a Teresita en la carretela. La «carabina» se sentaba en el pescante junto al auriga, pero era igual porque Teresita y Floro, solos o acompañados, apenas si encontraban motivos de conversación. Es decir, no era igual porque desde que Conrado expuso en la barbería su bella teoría sobre el amor, Floro se despertaba cada mañana bajo la bienhechora sensación de que otro ser, en otro lugar y otro ambiente, tenía su pensamiento en él. Esta idea fue trabajándole por dentro hasta que una tarde no se pudo reprimir y tomó las manos de Teresita entre las suyas con un pretendido apasionamiento. Teresita se sofocó y después de liberar su mano derecha de la amorosa cárcel le pegó a Floro una bofetada. Floro se consoló diciéndose: «¡Qué honesta es!». Y si le demandaban cómo era su novia repetía: «¡Muy honesta, muy honesta!». Aún Floro no tenía a Walter. Al avecinarse el verano, Teresita y él, acompañados por la «carabina», solían sentarse al atardecer en las sillas de la acera, a oír música y ver pasar la gente.

Apenas cambiaban una palabra. Una tarde, Teresita le imploró:

–¡Oh, Floro!, ¿por qué no has de dejarte el cabello largo?

Fue como si a Floro le mentasen la bicha. Teresita tenía una voz viva y perforadora.

–¿El pelo largo? –dijo Floro, desvalidamente.

–Sí, a lo Amadeo. ¿No te gusta el cabello a lo Amadeo?

–No, no me gusta.

Desde entonces, el cabello a lo Amadeo se convirtió para Teresita en una obsesión:

–Mira, Floro, cariño. El cabello a lo Amadeo hace más varonil y más distinguido.

–¿Una horchatita? –desviaba él.

–Oh, ciertamente, de esta manera pareces un mozo de cordel, Floro. ¿Es que no te das cuenta?

Floro empezó a acumular un oscuro resentimiento contra Teresita. Sentado en el sillón de Julio Álvarez cada quincena, llegaba a pensar que la odiaba. Teresita se incomodaba cada vez que Floro se arreglaba la cabeza. La noche del baile de la Prensa le dijo Teresita:

–Lo haces para enojarme, Floro. ¿No es cierto que haces todo esto para enojarme?

Casi lloraba Teresita.

–No digas disparates –respondió Floro.

–¿Es posible que no transijas en esta bagatela aunque yo te lo suplique? –gritó ella, y su voz era un chirrido.

En ese chirrido concluyeron las relaciones de Floro con Teresita. Fue un desenlace inesperado y fulminante.

Cuando quince días después volvió Floro por la barbería de Julio Álvarez, no se vanaglorió de su fidelidad. Además no le hubieran creído. Era al día siguiente al descarrilamiento del expreso en el puente de Viana. Lope decía:

–Desde ese puente me arrojé yo, hace dos temporadas.

Un cliente preguntó:

–¿Tan mal se le pusieron las cosas?

Lope sonreía:

–¡Quiá! Fue por deporte –dijo–. Me place arrojarme al agua desde una altura.

–¡Caramba! –dijo el parroquiano.

Lope amaba el deporte en sus manifestaciones más insólitas. Tenía fama de volatinero y diestro nadador y ahorraba para comprarse uno de los ingeniosos artilugios del doctor Gamonet. En la ciudad se había comentado su hazaña apasionadamente:

–¿Luego es usted –dijo, al cabo de una pausa, el cliente– el que quiso agregarse hace unos meses a la expedición francesa al Polo Norte?

–Para servirle –dijo Lope ruborizándose–. No me gustaría morir sin ascender antes en un aerostato; lo confieso.

Floro se hallaba en trance. La voz de Lope era sólo un rumor. Sus palabras componían un arrullo sin equivalencias. Las tijeras hábiles de Julio Álvarez musitaban a su oído: «Cuchichí-tatatá, cuchichí-tatatatá». Julio Álvarez sonreía pero se abstenía de dirigirle la palabra. Para Julio Álvarez no era un secreto que la labor que ahora comenzaba no podía interrumpirse aunque el mundo se hundiera. Habían pasado los años, pero Julio no olvidaba las escenas del 30 de septiembre de 1868, cuando Nano regresó del periódico diciendo atolondradamente:

–¡Ha estallado la revolución! ¡Ha estallado la revolución!

Los cuatro pares de tijeras se detuvieron y simultáneamente Amadeo se quitó el blusón y salió a la calle, sin pedir permiso al maestro. En las esquinas había corridas y gritos. Nadie osó decirle nada a Amadeo. Años después, Amadeo, cuando se irritaba, se ensuciaba en su nombre porque era nombre de rey. Entonces nadie le dijo nada a Amadeo porque había estallado la revolución y era posible que, de la noche a la mañana, Amadeo estuviera arreglando cabezas por dentro como ahora las arreglaba por fuera. Julio Álvarez tenía en aquel solemne instante la cabeza de Floro entre sus manos. Permaneció un rato inmóvil con las tijeras en alto. Por primera vez la sonrisa había huido de sus labios:

–¿Ha oído, don Floro?– dijo, al cabo–. ¡La revolución!

Floro estalló, segundos después que la revolución. Había hecho esfuerzos inauditos, los mismos esfuerzos del insomne para conciliar el sueño, para no salir de su enervamiento. La trémula voz de Julio Álvarez terminó de romper el hechizo:

–¡Y a mí qué! –replicó–. Usted a lo que está. –Y cerró los ojos y reclinó la cabeza dócilmente.

Los demás parroquianos habían salido a la calle. Junto a la barbería cayeron algunas piedras, y, de pronto, sonaron a distancia dos disparos:

–¡Echa las trampas, Nano. Hoy no se trabaja más!– dijo Julio Álvarez empavorecido.

Mas él acabó el servicio a la luz indecisa de un quinqué. Cada vez que sonaba una detonación, Julio se estremecía y las tijeras perdían su ritmo habitual: «Cuchichichichí-tatá, cuchichichichí-tá». Fue ésta la única vez en la vida que a don Floro no se le hizo breve el aseo de su cabeza.

Julio Álvarez no olvidaba estas cosas porque en estas nimiedades residía su crédito y la eficacia de su negocio. Con otros clientes, Julio gustaba de hablar de política imprimiendo siempre a sus juicios una sana pasión localista:

–¡Eso digo yo! ¡Tampoco Núñez de Arce va a llegar lejos! ¿Ha oído usted eso de: «Soy liberal porque la libertad es la idea generadora del progreso humano y la vida de las sociedades modernas»? ¿Qué le parece? ¿Cree usted que pueden decirse más cosas en menos palabras?

Julio exultaba. Advertía su interlocutor:

–¿Pero dónde está Castelar…? ¿Ha leído su discurso por lo de Manterola?

–¡Al cuerno Castelar! Dele años a Arce y verá de qué somos capaces en esta tierra.

A los quince días de plantar Floro a Teresita, Julio Álvarez no había olvidado que su pasión localista debía ser reprimida en tanto la grave cabeza de don Floro dependiera de sus manos. La grave cabeza de don Floro acababa de decidir que, puesto que ya no podía tener una esposa que se llamase Teresa, tendría un ayuda de cámara que se llamase Walter. En el Círculo le decían a menudo que un hombre de su rango y de su circunstancia personal no guardaba debidamente las apariencias sin un criado inglés.

–Eso será caro, ¿no? –inquiría Floro.

–Los caprichos hay que pagarlos, Floro: eso es indudable. Pero ten en cuenta que un buen criado inglés puede incluso afeitarte cada mañana si así lo deseas –dijo su amigo Justo.

–¡Eso no! –dijo don Floro, porque la sola idea de que alguien le pusiera la mano en la cara le repugnaba.

No había vuelto a pensar en el criado inglés hasta ahora que Julio le acariciaba la cabeza con el pulverizador, a las dos semanas de romper con Teresita. Al recibir la carta de su primo Cástor, desde Londres, se sorprendió. Le escribía su primo: «No es fácil, contra lo que te supones, encontrar un criado albino que atienda por Walter para ir a servir a ésa». Entonces Floro marchó a Madrid. Desde niño –ahora se daba cuenta– había llevado en la cabeza el propósito de que un día dispondría de un criado que se llamase Walter. Visitó una agencia en la capital y analizó uno por uno todos los pretendientes rubios inscriptos. Al fin se decidió por uno, ético, flexible y rígidamente educado:

–¿Cómo se llama?– inquirió.

–Domiciano, para servirle– respondió el joven.

–Ese nombre no me vale.

–¿Cómo le gustaría al señor que fuese mi nombre?

–Walter –dijo Floro con una sinceridad conmovedora–. Necesito un hombre como usted que atienda por Walter y eluda las «erres». Estaría dispuesto a darle una soldada de quinientos reales mensuales.

–Desde este momento soy Walter, señor. En cuanto a lo de eludir las «erres»…

Floro sonrió.

–Eso es más fácil –dijo–. Usted no me dirá «señor», sino «señoo»; no me dirá «todo está en orden», sino «todo está en ooden». Todo ello con un matiz nasal. Parece ser que en inglés la «erre» no suena. Esos sajones son muy caprichosos, ¿entiende usted?

–Entiendo, señoo –dijo Walter, que era un muchacho avispado, imprimiendo a sus palabras una entonación nasal.

Floro se lo llevó a casa. A partir de este momento montó su vida sobre la base del celibato. Su aventura frustrada con Teresita le resultó una lección provechosa. Walter entraba a despertarlo a las nueve de la mañana con una taza de chocolate y unos bizcochos por delante. A las diez, Floro ya estaba en el Círculo leyendo los periódicos. A las dos, comía sin moverse de su sillón del Círculo. A las cuatro de la tarde se acostaba. Walter entraba a despertarlo a las nueve de la noche con otra taza de chocolate con bizcochos. Luego, Floro volvía por el Círculo hasta las cuatro de la madrugada. A las nueve, como un cronómetro, le despertaba Walter:

–Son las nueve, señoo.

Floro abría un ojo levemente espantado y divisaba a su ayuda de cámara firme a su lado con la bandeja en la mano. Demandaba:

–¿Es por la mañana o por la tarde, Walter?

–Por la mañana, señoo.

–Gracias, Walter.

En el Círculo mataba las horas; no buscaba allí una diversión, sino un remedio. Aparte de los periódicos, Floro no leía nada y hablaba poco. Simplemente dejaba transcurrir las horas arrellanado en su sillón, calculando los días que faltaban para visitar la barbería de Julio Álvarez. Su cabello era fuerte y nutrido, y, no obstante, se friccionaba cada mañana la cabeza con el regenerador Royal Windsor. La máxima ambición de Floro consistía en llegar a precisar los servicios del peluquero con intervalos más frecuentes que los actuales de dos semanas. El Círculo no era, pues, en Floro una frivolidad sino un recurso.

Y así, sin que nadie lo advirtiera, sigilosamente, Floro iba creando su propia historia y la barbería de Julio Álvarez la suya, y, sin que nadie lo advirtiera, ambas historias se confundían porque la vida de don Floro corría ligada a la de la barbería de Julio Álvarez. Y cuando Julio le comunicó, el 4 de mayo de 1875, que iban a reformar el local, don Floro sintió que las piernas se le embotaban y temió que aquel duendecillo complaciente que se acercaba a él tan pronto como las tijeras de Julio Álvarez, o de Conrado, o de Lope, o de Amadeo, entraban en funciones, huyese ahora de la barbería remozada para no volver jamás.

–¿Tan necesaria estima una reforma? –preguntó Floro patéticamente.

–Hay que ponerse a tono con el progreso –dijo Julio Álvarez, levantando levemente sus bigotes tormentosos.

–¿Y el carácter? ¿No cree usted que el carácter está por encima de la civilización?

–Pienso adecentar el local sin que pierda su fisonomía –respondió Julio Álvarez, percatado de su responsabilidad.

Floro pasó veinte días viviendo sobre ascuas. Cada mañana visitaba las obras y el día que advirtió que los pintores repintaban de rojo la fachada experimentó un vago movimiento de gratitud. Externamente la barbería no sufrió otro cambio que la sustitución de la bacía por un cartelito con la cabeza rubia y rizosa de un niño y la tradicional leyenda debajo: «JULIO ÁLVAREZ. PELUQUERO. SERVICIOS ESMERADOS». A los veinte días se abatió la valla protectora y Floro entró en la barbería con el corazón encogido.

Poco a poco se fue calmando. La estufa seguía allí y allí seguían las mismas lunas y las mismas repisas y, sobre todo, la música de las tijeras y el aroma pesado y enervante de las lociones. Únicamente las paredes aparecían recién pintadas, los baldosines nuevos y la columna de junto a la estufa totalmente revestida de espejos. Cuando Floro se reclinó en el sillón y cerró los ojos constató que nada había cambiado. El duendecillo trepó por sus rodillas y se le metió dentro del cuerpo tan pronto las tijeras de Julio Álvarez iniciaron su actividad.

Don Floro era el único ciudadano que disfrutaba en la barbería de Julio Álvarez del privilegio de elección de operario. Generalmente era Julio el elegido, supuesto que Julio llenaba las exigencias de un don Floro normal. Pero, a veces, don Floro se sentía nervioso, otras cansado, y, otras, en fin, sombríamente sinuoso. Para estos casos se reservaba a Conrado, Lope o Amadeo. Cada uno tenía su técnica y su estilo. Cada tijera, su rumor. Cada mano, su procedimiento. Seguramente no existía otro hombre en la ciudad que, como don Floro, fuese capaz de adivinar al operario sin otros indicios que el rumor de las tijeras y la disposición del peine y de las manos. Conrado era exageradamente lento y comedido. Un operario concienzudo que se enfrentaba con una cabeza con la misma unción que Berruguete con un pino. Para Conrado, su actividad no constituía un medio de ganarse el sustento sino una actividad artística. Frecuentemente le desagradaban sus obras. En esos casos le invadía un hermético mal humor. En una ocasión, enmienda tras enmienda, guiado por un noble y dignísimo anhelo de superación, dejó a un magistrado rapado al cero. Sus manos eran blandas, torpes y puntillosas. El peine en él, era lo que la sombrilla para el volatinero: un recurso para conservar el equilibrio. Sus dedos dejaban en el cuello una difusa sensación de humedad. La música de sus tijeras comportaba, en su solemne profundidad, en sus pausadas, maduras inflexiones, un lejano acento

de órgano: «Cu-chi-ta-ta-tá, cu-chi-tá-ta-taa».

Lope, por el contrario, era todo vivacidad. Rara vez sus tijeras daban un golpe en el vacío. Para él, todo era sustancia: «Cuchi-cuchi-cuchi-chichi-chichi-tá». Imprimía a sus movimientos una euforia deportiva. Para él una cabeza era un *match*. A veces, comenzaba una cabeza al tiempo que Conrado y se decía: «He de sacarle diez minutos». Con Amadeo se sentía más modesto: «He de terminar antes que él. Si me gana es señal de que, por pitos o por flautas, no me lanzaré este verano al río desde el puente mayor». Sus manos eran resueltas e implacables. Sus silenciosos mandatos no admitían objeción. Jamás vacilaba. Siempre hallaba solución para un movimiento de tijeras precipitado.

Don Floro se ponía en sus tijeras los días que se encontraba fatigado.

Lope comunicaba a la cabeza una sensación refrescante. Uno se levantaba del sillón con deseos de correr los cien metros lisos. Conrado valía, en cambio, como sedante. Se diría que las manos y las tijeras de Conrado se ocupaban de ligar pacientemente nervio con nervio.

Contrariamente, Amadeo, el revolucionario, producía la impresión de una animosidad reprimida. Don Floro, cuando se sentía incomodado con sus semejantes, se sentaba en el sillón de Amadeo y entonces le invadía la sensación de que estaba chinchando a una considerable parte de la Humanidad. Amadeo se mostraba apático con la herramienta. Consciente de la competencia tácita que planteaba Lope, cada vez que iniciaban simultáneamente un servicio, se daba prisa por derrotarlo. Sospechaba que a Lope le sabía esto a cuerno quemado. Si le vencía, sonreía con la comisura izquierda. Sus manos y sus tijeras eran rudas. Jamás dominó las sutilezas del oficio. Los tirones eran frecuentes. Sus tijeras decían: «Tatá-cuchichi, cuchichí-tá». Cada tirón procuraba a don Floro un motivo de complacencia: «Chínchate», se decía, saboreando su amodorramiento. Era como si fuese él quien tirase de los pelos a Amadeo. Abría un ojo como una luna y divisaba a Nano, ya casi un hombre, aburridamente recostado en un rincón. Sonreía, como diciendo: «¿Te fijas en la absurda irritación de este hombre?». Y volvía a cerrar el ojo.

A Nano, a raíz de la reforma, le prohibió Julio Álvarez que cociese huevos en la lata de la estufa. Y Nano, llegadas las once, no sabía qué hacer con sus manos. Padecía de estrabismo y tenía hundida la mandíbula inferior. Era medio tolondro. Su padre decía que a consecuencia de un golpe. Conrado sentenciaba inapelablemente: «Antecedentes sifilíticos».

Pero la historia seguía su curso. La historia del mundo y la historia de la ciudad dejaban su huella y ayudaban a crear la historia de la

barbería y la historia de Julio Álvarez. Y la historia de Conrado, y la de Lope, y la de Amadeo, y la de Nano, y la de don Floro, y, también, la de la lata que durante los prolongados e inhóspitos inviernos de la meseta borboteaba alegremente sobre la estufa de serrín. A veces, la Historia se metía de rondón en la barbería y armaba una barahúnda. Tal aconteció el día 6 de junio de 1869 al promulgarse la Constitución. Las fiestas se armaron delante de la barbería de Julio Álvarez. Las bandas de música discurrían sin pausa ante los ventanales; y lo mismo los regimientos de la guarnición y las dulzainas y comparsas de danzantes; y, por la noche, los fuegos artificiales. Fue, aquélla, la primera vez que la multitud quebró una luna de la barbería de Julio Álvarez.

Antes, también había entrado la Historia en la barbería y se llevó en rehenes a uno de sus miembros. Era el 12 de febrero y Nano aclaró de regreso de la pizarra:

–Piden voluntarios para Cuba.

Lope se quitó el mandil:

–¿Dónde vas? –preguntó Julio Álvarez.

–A alistarme –dijo Lope con resolución.

–¡Ojo! ¡Aquél es un clima insalubre! –terció Conrado.

Y Floro pensó: «¿Qué haré, Dios, el día que me encuentre fatigado?».

Aventuró patéticamente:

–Vas al matadero, hijo. Reflexiona.

La estufa crepitaba en el silencio que siguió.

Lope regresó diez meses después, renqueando de una pierna. Todos esperaban que contase cosas de la manigua, pero Lope no despegó los labios. Al coger las tijeras, le colgaron dos lagrimones. Nadie sabía por qué lloraba.

En el verano, alguien le preguntó:

–Lope, ¿para cuándo lo del puente?

–De eso ya nada –respondió Lope.

Y ponía su pierna por testigo.

Un mes más tarde volvió la Historia a colarse en la barbería. Era curioso que la Historia utilizase la voz tartajeante de Nano para manifestarse.

–¡Ha estallado la guerra! ¡Ha estallado la guerra! –voceó Nano.

–¿Qué guerra, memo? –dijo Amadeo.

Nano le miró con expresión estúpida.

–No lo sé –dijo–. La guerra.

Era la guerra francoprusiana, pero Conrado no pensaba en la guerra porque acababa de pedir a Julio Álvarez, su padre adoptivo, la mano de Manolita, la segunda hija adoptiva de Julio Álvarez. Un enredo. Amadeo esperaba «su momento». Lope organizaba por aquel entonces

competencias de bateles y tampoco pensaba en la guerra. Pero llegó la guerra, y pasó la guerra, y aunque era una guerra grande apenas la sintieron y les parecía una guerra insignificante y, por contra, la nimia guerra que montaron como un espectáculo los Voluntarios de la República, el 3 de enero de 1874, les pareció una guerra inmensa, inacabable y cruenta. Amadeo pensó que «su momento» había llegado. Julio Álvarez dijo:

–Nano, hijo, echa las trampas.

Sonaban los tiros y los cañonazos próximos. Conrado dijo:

–La ciudad está hundiéndose. Estamos perdidos.

Tenían el quinqué encima de la mesa de las revistas y eran ellos, en derredor, tres pares de ojos asustados. Sólo Lope conservaba la serenidad. De pronto, sonó un disparo e, inmediatamente, un quejido. Pesaba un silencio dramático en el interior del local. Todos esperaban y temían que el lamento se repitiera. Y el lamento se repitió.

De súbito, alguien aporreó una de las trampas.

–¡Abran, abran! ¡Hay aquí un hombre desangrándose!

Lope levantó la trampa. Una mujer intentaba arrastrar el cuerpo de un hombre hasta la barbería.

–¡Vamos, ayúdenme! –dijo–. ¿Qué hacen ahí mirando como ratas asustadas? Menudeaban los tiros y las corridas, pero Lope salió y ayudó a la mujer. La mujer daba órdenes concisas y terminantes, con tal imperio que Julio, Conrado, Lope y Nano rivalizaban en cumplirlas. Nano dijo, de pronto:

–Si es el inglés.

–¿Qué importa eso ahora? –dijo la enfermera que friccionaba la herida del hombro del hombre con agua de colonia.

–¿Qué inglés? –preguntó Lope.

–El criado de don Floro –dijo Julio Álvarez.

La enfermera levantó de improviso la cabeza. Añadió Julio Álvarez:

–¿Cómo está usted? Discúlpeme, no la había reconocido, doña Teresita.

A doña Teresita se le llenaron los ojos de lágrimas. Vaciló. Sólo fue un instante, pues inmediatamente reanudó la cura del herido. Cuando el capitán general ordenó el desarme de los Voluntarios de la República y la paz tornó a posarse sobre los tejados, la ciudad entera comentó la abnegación de doña Teresita, que, poniendo en peligro su vida, había salvado la de su «rival».

Pero ni por ésas se conmovió don Floro.

Pero ni por ésas pensó Amadeo que «su momento» hubiera pasado.

Una mañana, aparecieron adheridos a todas las trampas de la barbería unos pasquines insólitos:

«El Consejo local de la Federación Alcoyana de la Asociación Internacional de los Trabajadores reta a controversia a todos los

hombres que lo deseen para discutir principios fundamentales de la Internacional. Al efecto tendrá lugar una asamblea pública el domingo 2 en la plaza de toros. ¡¡Aceptad el reto!!»

Don Floro penetró en la barbería en el momento en que Julio Álvarez decía:

–¿Vas a Alcoy, Amadeo?

–Yo no puse esos pasquines, patrón –respondió el aludido con gesto hosco.

Fuera hacía un frío endiablado.

–¿Qué sucede en Alcoy? –inquirió don Floro, descalzándose los guantes y arrimando las manos a la estufa.

–Amadeo debe de saber lo que ocurre en Alcoy –dijo Julio malhumorado.

Conrado se acercó tímidamente a don Floro:

–Felicíteme, don Floro; mi señora ha tenido familia.

–Enhorabuena –dijo don Floro.

–Le dije antes que yo no pegué los pasquines –añadió Amadeo; y, luego, volviéndose a don Floro–. Una controversia.

Aún pensaba Amadeo que era llegado «su momento» y no andaba errado, porque la desmedida turbulencia del mundo llegaba, con frecuencia, hasta la barbería. Se acusaba la desordenada vitalidad del mundo en la desordenada vitalidad del periódico local, cuya sede se levantaba calle por medio. La guerra, la peste, el malestar, provocaban a menudo un movimiento de excitación y de alarma. A veces, si la tensión era grande, Julio no se conformaba con las noticias de la pizarra y enviaba a Nano a la redacción.

–Si estuviera don Amado le pides los telegramas. Dile que vas de parte de Julio. Él ya sabe.

Julio era amigo de don Amado desde que le facilitó una entrevista con don Claudio Moyano en la barbería. Los reporteros sabían agradecer esta clase de favores. Así, pues, si don Amado estaba arriba, Nano bajaba los telegramas. En otro caso, habían de resignarse con lo que la pizarra anticipaba. El mundo vivía aquellos días atrozmente, casi ferozmente. Los clientes decían: «Nunca hubo época como ésta». Mas la ciudad –como la barbería– continuaba existiendo, engranada a una rutina, con los unos viviendo a costa de los otros, tal vez de los que más odiaban. Era una cadena donde cada eslabón le era indispensable al siguiente. Don Floro veía discurrir a través del ventanal el tranvía de mulas del viejo Tinín, que se enojaba cada vez que el viejo animal soltaba en plena avenida un collar de cagajones. Tinín ignoraba que gracias a los cagajones vivía Santi, el basurero municipal, y gracias a la indolencia de Santi vivía don Amado, el redactor, puesto que ello le proporcionaba temas para sus campañas contra el desaseo urbano, y gracias a las campañas de don Amado,

vivía Merinito, el escobero de la calle la Sortija, proveedor de la Casa Consistorial... Era una larga, elemental e infinita cadena que no interrumpían la guerra, la peste ni las calamidades y que se tejía allí, delante de las barbas de la barbería de Julio Álvarez.

Un buen día salió el sol, se posó el mundo y empezó a florecer el progreso. Y empezó a florecer la ciudad y la barbería de Julio Álvarez, y se decía que «el momento» de Amadeo había pasado a la historia. Llegaron las primeras máquinas de coser, bien de mano –desde doscientos reales hasta quinientos veinte–, bien de hacer bieses, bien para sastres, con aparato para hacer ojales, bien para bordar. Llegaron los primeros velocípedos, las campanillas eléctricas y los tubos acústicos para establecimientos y carruajes; llegó el teléfono del doctor Bell para transmitir la voz humana a largas distancias; llegaron las ostras de Ostende para satisfacer a la parroquia del bar Imperial. Llegó el Bálsamo Anticólico, remedio heroico para combatir toda clase de cólicos en las caballerías; llegó el fonógrafo, admirable invento de míster Edison; llegó el ozón, agua compuesta de electro-oxígeno para bebidas e inhalaciones. Llegaron los sombreros de castor, última novedad de bonitos colores y escogidas clases. Llegó la segadora-guadañadora de W.A. Wood, muy superior en perfección, ligereza y solidez a todas las de su dase. Llegó el enolaturo de acónito y canchalagua, precioso medicamento para todos aquellos casos en que fuese de necesidad la evacuación sanguínea. Llegaron la Patti y Gayarre, Frascuelo y Lagartijo, Sarasate y la Albani. Llegaron las transfusiones de sangre de cabra para combatir la tuberculosis, y la vacuna antirrábica de Pasteur. Llegaron, en fin, la lámpara, la máquina voladora del señor Holmes y la silla eléctrica. Llegaba, con todo ello, «el momento» de Conrado y Lope; y Conrado decía: «Dentro de pocos años la gente se morirá de vieja. Habrá un remedio para cada enfermedad».

Lo decía con su saludable optimismo, lo único saludable que Conrado poseía. Y Lope, deportista en la reserva, se metió a organizador: carreras de velocípedos, carreras pedestres, concursos de natación. Una vez, por la feria de San Juan, Lope organizó una carrera de cintas. Cayó en campo abonado la idea y durante dos semanas no se habló en la barbería de Julio Álvarez, ni en la ciudad, de otra cosa. Lope explicaba:

–La dificultad consiste en ensartar las cintas con una aguja sin caer del velocípedo. Es una prueba de sangre fría y habilidad.

–¿Y quién gana?

–El que más cintas enhebra.

Al fin se celebró la prueba con éxito ruidoso, hasta tal punto que el Ayuntamiento acordó en sesión ordinaria que la carrera de cintas figurase en lo sucesivo en los programas de feria. Lope se hizo un

personaje. Se volvía a recordar su intrépida juventud. El periódico hablaba de su hazaña al arrojarse al río desde el puente de Viana. Algún ciudadano de esos que siempre viven con retraso le preguntaba:

–Y eso de las carreras de cintas, ¿lo inventó usted?

Lope sonreía, no decía que sí ni que no. Su amor propio le impulsaba a dejar una puerta abierta a la creencia de que él era efectivamente el inventor. Don Floro le dijo un día:

–Eso lo aprendería usted en Cuba.

–Ciertamente, allí reflexioné mucho.

Pero Lope no decía que sí ni que no, porque su felicidad dependía precisamente de no decir que sí ni que no. Había llegado «su momento».

Era una etapa suave y benévola aquélla. Pero nadie reconocía que vivía una era feliz. Un mal día, el mundo arrugó el ceño y tornó a cambiar de postura. El mundo es como el hombre que no consigue conciliar el sueño. Y vino la filoxera, y se fue Gayarre, y se fue la Patti, no sin dejar dispuesto que se diese sepultura a su cuerpo en el magnífico castillo de Craij-Nosy y que sobre su tumba se colocara una jaula de ruiseñores. Y retornó el cólera, y con él, la difteria y la peste bubónica. Y se inició la torva actividad de la Mano Negra, y cayó el zar asesinado, y cayó el presidente Garfield asesinado, y el socialismo devenía en anarquismo porque los pobres ricos no se resignaban a satisfacer las aspiraciones de los pobres pobres...

Amadeo pensó que era ahora cuando llegaba «su momento». Bordeaba los sesenta y toda su madurada ideología se transformó en viento. Hablaba de las Trade Unions, el nihilismo y la libertad, pero había perdido su empuje ofensivo.

Una tarde de enero de 1890, como marchara el último parroquiano antes de la hora del cierre, Julio Álvarez, Conrado, Lope y Amadeo se encontraron, casi sin saber cómo, sentados en círculo alrededor de la estufa. Todos se dieron cuenta, de pronto, de que todos eran viejos; de que habían envejecido inconscientemente. Traspasaba los cristales la luz cenicienta del crepúsculo. Entonces entró don Floro. Dijo a media voz:

–Buenas tardes; nadie se mueva.

Y tomó una silla y sin añadir palabra se sentó entre ellos. También don Floro les vio de repente viejos a todos. Les unía un silencio cordial. Dijo, de súbito, una voz:

–¿Qué tiempo hace que murió Nano?

–En marzo hará cuatro años —respondió otra voz.

Volvió el silencio. Un silencio que hubiera podido dividirse en dos con una navaja. Nano, el tonto, palpitaba en ese silencio. Al cabo, la voz de Amadeo:

–Patrón, ¿recuerda aquellos pasquines sobre una controversia en la

plaza de toros de Alcoy que aparecieron una mañana pegados en las trampas de la barbería?

–Qué hacer sino recordarlos –dijo una voz.

–Los pegué yo.

Silencio. Los cristales se ennegrecían y las detonantes blusas blancas, entre las sombras, semejaban fantasmas. El agua hervía en la lata, sobre la estufa. En la punta de la pausa la voz de don Floro:

–Nunca quise preguntarles si es cierto que doña Teresita arriesgó su vida ahí, en la esquina, cuando los sucesos del 73, para salvar la de mi criado Walter.

–Es cierto –respondieron a una cuatro voces impersonales.

Y don Floro no apeteció en este momento el rumor de las tijeras. Solamente explicó:

–Tal vez me equivoqué una sola vez en la vida. Eso nunca puede saberse.

Pero en la pausa siguiente temblaba ya la música de las tijeras. Y el aroma enervante de los perfumes y los ungüentos. Y la Historia. Julio se incorporó y dio la luz –luz de llave de la compañía eléctrica– y rompió el hechizo.

–¿Se va a servir usted, don Floro?

Don Floro se sirvió.

Quince días más tarde Julio Álvarez decidió el traspaso. Justo el día que Manolita, la señora de Conrado, se marchaba al otro mundo.

Al retirarse del Círculo, don Floro no se encontraba bien. Es decir, no sólo no se encontraba bien, sino que se encontraba mal. «La impresión –pensó–. Es la impresión». Tras la evocación se sentía fatigado. Walter advirtió que don Floro tenía unas bolsas cárdenas bajo los ojos. Eso fue al llevarle el chocolate. Ahora, don Floro, al acostarse, pareció recordar algo, se volvió y levantó una punta de la cortina. «Qué bobo –se dijo– No sabía si era de día o de noche». Luego estuvo escribiendo un rato, ya en la cama. Al concluir dobló el pliego y lo introdujo en un sobre junto a un pequeño envoltorio. Dificultosamente escribió en la cubierta: «Este sobre contiene mi testamento». Luego reclinó la aseada cabeza en la almohada, cerró los ojos y se murió.

–Son las nueve, señoo –dijo, más tarde Walter.

Descorrió las cortinas.

–Señoo, son ya las nueve –repitió.

Pero como el señor no se moviese, Walter se acercó a él y vio que estaba muerto. Le cerró los ojos, colocó la bandeja con el chocolate y los bizcochos sobre una mesita, se sentó cómodamente y se desayunó. Al concluir se levantó con toda calma, recogió el sobre de la mesilla de noche, se puso el abrigo y se fue a casa del abogado.

El testamento de don Floro era muy simple:

En X, a veinte de febrero de mil ochocientos noventa y dos.

Yo, Floro Domínguez Vaquero, soltero, propietario, vecino de esta ciudad, con el pleno uso de mis facultades intelectuales y capacidad legal para otorgar el presente testamento ológrafo, expreso mi última voluntad en la siguiente forma:

Primero: Declaro ser natural de X, hijo de los difuntos Floro Domínguez y Enriqueta Vaquero, y que estoy soltero por lo que carezco de herederos forzosos.

Segundo: declaro profesar la religión católica, apostólica y romana, en cuya fe quiero vivir y morir.

Tercero: lego en pleno dominio a mi fiel sirviente Domiciano Esteban, alias Walter, en pago de sus generosos servicios, mil duros.

Cuarto: lego en pleno dominio a la señorita Teresita Rosa Doménech, el envoltorio que se encuentra sobre la mesilla de noche a la cabecera de mi lecho en la casa que habito.

Quinto: en el remanente de mi patrimonio instituyo por mi único, universal heredero en pleno dominio, a don Julio Álvarez, barbero, con la condición de que mientras viva no traspase ni reforme el local donde actualmente desarrolla sus actividades profesionales.

Así otorgo este testamento ológrafo, escrito todo él de mi puño y letra y salvadas las palabras equivocadas, que firmo y rubrico en la ciudad y fecha arriba indicadas.

Floro Domínguez Vaquero

El envoltorio para la señorita Teresita contenía un minúsculo guardapelo de plata.

PM
PALABRAS
MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas III
El novelista





Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa

www.leer-e.es

ISBN: 978-84-90712-19-1

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Cinco horas con Mario

1966

A José Jiménez Lozano

NOTA DEL AUTOR PARA LA PRESENTE EDICIÓN

Escrita esta novela hace más de cuatro décadas, una lectura actual me ha llevado a revisar mi juicio inicial: creo que Mario se pasó de rosca, se mostró un marido radical ante un problema baladí. Menchu, como era frecuente en la época, no era más que una burguesita con un lenguaje mecánico, lleno de tópicos y unas ideas heredadas, pero sin ninguna tacha profunda. Entre ambos cónyuges no había desacuerdos fundamentales. Previamente hubo un noviazgo en el que Mario debió conocer la deformación de Menchu. Pero no descubrió nada. Le divertía, creo yo, la manera de ser de su novia pero, evidentemente, no le dio mayor importancia. ¿Por qué luego muestra tanto calor en enderezarla? A mi juicio, Mario debió actuar con más tiento. Ella lo admiraba y él debió aprovechar su estima para tratar de recuperarla y no lo hizo. Nunca, que sepamos, trató Mario de convencerla, sino que de entrada la orilló como si le estorbara. No hubo, pues, en mi intención, plantear, en un nivel religioso, ni político, el viejísimo problema de las dos Españas. Esto ya se había hecho unos años antes, con el desastroso resultado de una guerra civil. Aquí no había para tanto. La postura de Menchu, su lenguaje automático, mechado de tópicos, resulta más cómico que agresivo. Habla sobre sabido, sin pensar en lo que dice, a fondo perdido, pero Mario, con escaso sentido del humor, lo toma por donde quema y en lugar de una posible compañera de ideas se crea una adversaria. Una equivocación de mi protagonista. Mas fueron suficientes unos años para que las cosas empezaran a cambiar. Los lectores ya no se mostraban unánimes en sus juicios: Mario no era el bueno ni Menchu la mala. ¿Por qué iba a ser bueno Mario? ¿Por qué mala Menchu? ¿Por haber recibido una educación trasnochada? Pero Mario, tan entregado a su causa, no entendió a su esposa, que, con muy poco esfuerzo, se hubiera puesto de su lado. El grupo progre no gana con la arrogancia de Mario; al revés, pierde fuerza. De todo esto me doy cuenta ahora. En su momento estaban muy próximos y pesaban mucho los papados de Juan XXIII y Pablo VI. Ante la torpeza ajena, los partidarios de aquéllos se irritaban antes que disculparla, aunque la ingenuidad no merecía este castigo. Mas una evidencia se impone: si Mario y Menchu hubieran estado en la misma línea de pensamiento no hubiera habido novela.

La adaptación teatral que José Sámano y yo hicimos del libro resultó muy fiel y sobria, y el público la aplaudió. Lola Herrera demostró en la interpretación de Menchu un talento de actriz poco común. Su ductilidad bordó el personaje. Dio tres vueltas a España en pocos años a teatro lleno,

e hizo del personaje una Menchu rediviva. «Era» la Menchu que yo había creado. Con su hacer inteligente y firme contribuyó a sostener el mito (¿o no había tal mito?) de las dos Españas.

M.D.
Abril de 2008



ROGAD A DIOS EN CARIDAD
POR EL ALMA DE

D. Mario Díez Collado

que descansó en el Señor, confortado
con los Auxilios Espirituales,
el 24 de marzo de 1966,
a los 49 años de edad

– R. I. P. –

Su desconsolada esposa, doña María del Carmen Sotillo; hijos, Mario, María del Carmen, Álvaro, Borja y María Aránzazu; padre político, Ilmo. Sr. D. Ramón Sotillo; hermana, María del Rosario; hermanas políticas, doña Julia Sotillo y doña Encarnación Gómez Gómez; tíos, primos y resto de la familia doliente, participan tan sensible pérdida y suplican una oración por el eterno descanso del finado.

Misa de alma: Mañana, a las 8, en la Parroquia de San Diego.

Conducción del cadáver: A las 10.

Las misas Gregorianas se avisarán oportunamente.

Casa mortuoria: Alfareros, 16, pral. dcha.

Gráficas Pío Tello.

Después de cerrar la puerta, tras la última visita, Carmen recuesta levemente la nuca en la pared hasta notar el contacto frío de su superficie y parpadea varias veces como deslumbrada. Siente la mano derecha dolorida y los labios tumefactos de tanto besar.

Y como no encuentra mejor cosa que decir, repite lo mismo que lleva diciendo desde la mañana: «Aún me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea». Valen la toma delicadamente de la mano y la arrastra, precediéndola, sin que la otra oponga resistencia, pasillo adelante, hasta su habitación:

–Debes dormir un poco, Menchu. Me encanta verte tan entera y así, pero no te engañes, bobina, esto es completamente artificial. Pasa siempre. Los nervios no te dejan parar. Verás mañana.

Carmen se sienta en el borde de la gran cama y se descalza dócilmente, empujando el zapato del pie derecho con la punta del pie izquierdo y a la inversa. Valentina le ayuda a tenderse y, luego, dobla un triángulo de colcha de manera que le cubra medio cuerpo, de la cintura a los pies. Dice Carmen antes de cerrar los ojos, súbitamente recelosa:

–Dormir, no, Valen, no quiero dormir; tengo que estar con él. Es la última noche. Tú lo sabes.

Valentina se muestra complaciente. Tanto su voz –el contenido y el volumen de su voz– como sus movimientos recatan una eficacia inefable:

–No duermas si no quieres, pero relájate. Debes relajarte. Debes intentarlo por lo menos –mira el reloj–. Vicente no puede tardar.

Carmen se estira bajo la blanca colcha, cierra los ojos y, por si fuera insuficiente, se los protege con el antebrazo derecho desnudo, muy blanco, en contraste con la negra manga del jersey que la cubre hasta el codo. Dice:

–Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana. ¡Dios mío, qué de cosas han pasado! Y todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.

Aun con los ojos cerrados y preservados por el antebrazo, Carmen sigue viendo desfilar rostros inexpresivos como palos, cuando no deliberadamente contristados: «Lo dicho»; «Mucha resignación»; «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan»; «¿A qué hora es mañana la conducción?». Y ella: «Gracias, Fulano», o «Gracias, Mengana», y ante las visitas eminentes: «¡Cuánto le hubiera alegrado al pobre Mario verle por aquí!». La gente nunca era la misma pero la densidad no decrecía. Era como el caudal de un río. Al principio, todo

resultó burdamente convencional. Caras largas y silencios insidiosos. Fue Armando quien quebró la tirantez con su chiste: el de las monjitas. Él había creído que ella no le oía, pero Carmen le oyó, e independientemente de ella, Moyano, desde su palidez lechosa, con el rostro enmarcado por una negra y sedosa barba rabínica, le censuró con una acre mirada muda. Pero ya nada volvió a ser tan tenso como antes. Las barbas de Moyano y su palidez de muerto hacían bien en el velatorio. En cambio el mechón albino de Valen detonaba. «Cuando me lo dijeron no podía creerlo. Si le vi ayer.» Carmen se inclinaba y la besaba en las dos mejillas. En realidad, no se besaban, cruzaban estudiadamente las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del derecho, y besaban al aire, tal vez a algún cabello desmandado, de forma que una y otra sintieran los chasquidos de los besos pero no su efusión. «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. Y esta mañana, ya ves. ¿Cómo me iba a imaginar una cosa así?» Las barbas de Moyano cuadraban perfectamente con el ambiente. Y su tez cerúlea, demacrada, de hombre estudioso. Era lo único que Carmen podía agradecerle. «¿Te importa que pase a verlo?» «Al contrario, mujer.» «Lo dicho, Carmen.» Y las dos mujeres cruzaban las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y besaban al aire, al vacío, tal vez a algún cabello suelto, de manera que ambas sintieran el efluvio de los besos pero no su calor. «Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo. No ha perdido siquiera el color.» Y Carmen experimentaba una oronda vanidad de muerto, como si lo hubiese fabricado con las propias manos. Como Mario, ninguno; era su muerto; ella misma lo había manufacturado. Pero Valen se resistía: «Prefiero recordarle vivo, ya ves». «Te advierto que no impone lo más mínimo.» «Aunque así sea.» Y lo mismo Menchu, pero ella era su hija y no tenía otro remedio. Al regresar del colegio, ayudada por la Doro, la había obligado a entrar y le había forzado a abrir los párpados que ella se obstinaba en cerrar. «Mujer, déjala, si es aún una niña.» «Es su hija y va ahora mismo porque se lo mando yo.» Una histérica. Menchu se había comportado como una histérica.

–Cría cuervos.

–Déjalo, Menchu; relájate, anda; haz lo posible por relajarte. No pienses en nada ahora.

La mayor parte eran bultos oscuros con unos ojos abultados, miméticos. Les unía una difusa responsabilidad, un sentimentalismo acomodaticio y un goloso afán por apresarla –a ella, a Carmen– con los dedos o con los labios. Llegaban perplejos con ganas de despachar pronto. «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer.» «Pobre Mario, ¡tan joven!» El mechón albino de Valentina detonaba como un trallazo. También detonaban los libros, tras el féretro, con sus lomos brillantes, rojos, verdes, amarillos. Cuando los muchachos de Carón se

fueron, ella los estuvo volviendo uno a uno, pacientemente, todos los de cubiertas chillonas que sobresalían del crespón negro. Al concluir, se sintió extrañamente complacida y con los dedos llenos de polvo.

«Lo dicho.» «Salud para encomendarle a Dios.» Después de todo hizo bien en mandar a Bertrán a la cocina. Un bedel no debe estar nunca donde estén los catedráticos. Y luego, la escena. Antonio había pasado un mal trago por su culpa. ¿Por qué asistirían los sordos a estas cosas? Antonio tan sólo dijo: «Se mueren los buenos y quedamos los malos», y, en realidad, no lo dijo; lo musitó, pero Bertrán dijo: «¿Cómo dice?», y Antonio lo repitió otra vez, quedamente, mirando antes, suspicazmente, a los lados, y Bertrán levantó los hombros y la voz y dijo: «Si no le entiendo», y ponía por testigos a la concurrencia, y Antonio miraba al cadáver y, luego, al acompañamiento, pero lo dijo otra vez y otra, alzando progresivamente la voz, mientras en los grupos se iba haciendo el silencio, de tal forma que cuando chilló: «¡Que quedamos los malos y se mueren los buenos!», y Bertrán respondió: «¡Ah, no le entendía, perdone!», todo el mundo se dio por enterado.

Unos grupos llegaban y otros marchaban. Los unía un difuso sentimiento de responsabilidad o unas pupilas hipócritas, estudiadamente atormentadas. Fue Bene, la mujer de Antonio, quien dijo, aprovechando un afectado silencio y tras un suspiro tan prolongado que pareció que se deshinchaba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». Y fue como una liberación. Los ojos fueron perdiendo su expresión atormentada y, poco a poco, los rostros se fueron redondeando. Se había hallado un culpable. Pero ella solamente le dijo a Bertrán: «Bertrán, pase usted a la cocina; aquí no podemos ni rebullirnos».

–No puedes hacerte idea de cómo estaba la cocina, Valen. Un jubileo. Mario tenía entre la gente un poco así mucho cartel, desde luego.

–Sí, mona; ahora calla. No pienses en nada. Procura relajarte, te lo pido por favor.

–Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana, Valen.

La llamó a poco de descubrirlo. Y Valen acudió enseguida. Fue la primera. Carmen se había desahogado con ella durante hora y media. *Era tarde para su costumbre, pero al abrir las contraventanas aún pensé que pudiera estar dormido. Me chocó su postura, sinceramente, porque Mario solía dormir de lado y con las piernas encogidas, que le sobraba la mitad de la cama, de larga, claro, que de ancha, a mí cohibida, imagina, pero él se hacía un ovillo, dice que de siempre, desde chiquitín, desde que tenía uso de razón, ya ves, pero esta mañana estaba boca arriba, normal, desde luego, sin inmutarse, que Luis dice que, cuando da el ataque,*

instintivamente notan que se ahogan y se vuelven, por lo visto buscando aire, que yo me lo figuro como los peces cuando los sacas del agua, una cosa así, esas boqueadas, ¿comprendes?, pero de color y eso, como si nada, enteramente normal, ni de rígido, igualito que dormido... Pero cuando le tocó en el hombro y dijo: «Vamos, Mario, se te va a hacer tarde», Carmen retiró la mano como si se hubiese quemado. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «¿A qué hora es mañana la conducción?» «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas... Y esta mañana, ya ves, ¿quién me iba a decir a mí una cosa así?» Y se lo preguntó a Valen (que con Valen tenía confianza): «¿Tú sabes, Valen, si Mario tiene el ilustrísimo señor? No es por vanidad mal entendida, entiéndeme, figúrate en estos momentos, pero por la esquela, ¿comprendes?, que una esquela así, sin tratamiento, a palo seco, parece como desairada». Valentina no respondía. «¿Me oyes?» Se hizo la ilusión de que Valen lloraba. «Pues no lo sé, fíjate –respondió Valen de repente–, me dejas pegada. Espera un segundo que le pregunto a Vicente.» Carmen oyó el golpe del auricular y los pasitos rítmicos de Valen, cada vez más imprecisos y fugaces, por el pasillo. Y al cabo: «Vicente dice que no, que el ilustrísimo es sólo para los directores. Lo siento, mona».

Eran bultos obstinados, lamigosos, que se aferraban a su mano como ventosas o la forzaban a inclinarse, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho. «No sabes qué impresión me ha hecho; no he podido comer. Ángel me decía: "Come, mujer, con eso no arreglas nada".» *Pero los hijos no dan más que disgustos desde que se abren paso, desgarrándola a una, vientre abajo; cría cuervos. Ya ves Mario, ni una lágrima. Ni luto por su padre, ¿quieres más?* «Déjame, mamá, por favor, a mí eso no me consuela. Eso son convencionalismos estúpidos, conmigo no cuentes.» Media hora en el servicio llorando. *Es como el suéter este, Valen, no me digas, es de cuando el luto de la pobre mamá que en paz descanse. Pero estoy hecha una facha, me ha quedado chico y lo peor es que, de momento, no tengo otro*. El suéter negro de Carmen clareaba en las puntas de los senos debido a la turgencia. En puridad, los pechos de Carmen, aun revestidos de negro, eran excesivamente pugnaces para ser luto. En el subconsciente de Carmen aleteaba la sospecha de que todo lo estridente, coloreado o agresivo resultaba inadecuado para la circunstancia. *Yo le hubiera hecho con gusto el boca a boca, no hubiera tenido el menor reparo, que otras dicen que qué asco, yo no, que todo menos dejarle irse así, fíjate, pero si te digo mi verdad no lo he visto más que una vez en el NO-DO y no me atreví, porque son de esas cosas, ya sabes, que ni prestas atención, como quien ve a los bomberos, a mí plin, eso conmigo no reza, no sé cómo decirte, lo último que se te ocurre*. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «No es porque yo lo diga pero en la vida había estado enfermo.» «No me

choca nada lo de Mario, Menchu; eran uña y carne.» Valentina se echó a reír: «¿Has probado de ponerte una combi y un sujetador negros?». Así era otra cosa. El suéter seguía siendo chico y los senos grandes, pero el entramado de la lana no transparentaba. *La poitrine ha sido mi gran defecto. Siempre tuve un poco de más, para mi gusto*. Valentina y Esther no se separaban de su lado. Esther no despegaba los labios, pero acechaba sus momentos de flaqueza. Valentina, de cuando en cuando, le besaba la mejilla izquierda: «Menchu, mona, no sabes el gusto que me da verte tan entera». Para acabar de arreglarlo, Borja volvió del colegio dando voces: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!». Le había golpeado despiadadamente, hasta que la mano empezó a dolerle. «Deje, señorita, la criatura ni se da cuenta; le va a lastimar.» Pero ella golpeaba sin duelo, a ciegas. Luego los bultos que llegaban, con dos ojos redondos, atónitos, la oprimían la misma mano hinchada y dolorida, o cruzaban con ella sus cabezas, primero del lado izquierdo y, luego del derecho, y decían: «Me he enterado de verdadero milagro»; «Cuando me lo dijeron no podía creerlo»; «Ángel me decía: "Come; con no comer no arreglas nada"». Pero a Mario no le besaban ni le estrujaban la mano. Sus amigos ocultaban el rostro turbadamente contra su hombro y le golpeaban frenéticamente la espalda con la mano derecha como si pretendieran sacudirle el polvo a su suéter azul. «No me choca nada; eran uña y carne. ¡Pobre Mario!» «¿El padre o el hijo?» No sabía ya lo que decía. «Los dos. Bien pensado, los dos.» Era su muerto; ella lo había manufacturado. Lo rasuró con la maquinilla eléctrica y lo peinó antes de que los muchachos de Carón lo encerraran en el estuche. «No está descolorido ni nada. No parece un muerto. Nunca vi cosa semejante, ¿verdad, tú? Y mire que nosotros tenemos costumbre.» «Lo dicho.» Inclinaba la cabeza, primero del lado izquierdo y, luego del lado derecho, y succionaba al aire, al vacío, de forma que la otra sintiera el estallido del beso pero no su efusión. «No me diga que a nuestro señor lo va usted a dejar de calle, como un día cualquiera.» «¿Por qué no, Doro?» La Doro se santiguó: «No me diga, y con zapatos de color. Eso ni el pobre más pobre». Carmen la envió a la cocina. No tenía por qué darle explicaciones a una criada. A Bertrán le dijo: «Pase usted a la cocina, Bertrán; aquí no podemos ni rebullirnos». Bertrán, al llegar, con sus miopes, lacrimosos ojos planos le había dicho: «No era bueno; era un hombre cabal, que es distinto. Don Mario era un hombre cabal y hombres cabales entran pocos en kilo ¿Usted me comprende, señora?». Le rechazó enérgicamente porque trataba de besarla o poco menos. Carmen rasuró a Mario con la maquinilla eléctrica, lo lavó, lo peinó y le vistió el traje gris oscuro, el mismo con el que había dado la conferencia el Día de la Caridad, abriéndolo un poco por los costados, pues aunque el cadáver flexionaba bien, pesaba

demasiado para ella sola. Luego le colocó la corbata listada, en negro y marrón, con la rayita roja, pero no quedó a gusto porque el nudo resultaba demasiado blando. Finalmente los chicos de Carón lo encerraron en el féretro y lo condujeron al despacho que ya no era el despacho de Mario sino su cámara mortuoria. Y Mario dijo: «¿Por qué ahora?». Pero cuando llegó precipitadamente de la Universidad ya se lo imaginaba todo. Tal vez Bertrán. Las cejas casi le cubrían los ojos y le daban una apariencia cavilosa y sombría, como si el peso del cerebro supusiera una carga insufrible y aplastase los arcos de las cejas sobre sus facciones, achatándolas. *Pero él ya se lo tenía bien tragado, imagina, en la vida le habíamos mandado llamar, que yo sólo le dije: «Papá», y él quieto, callado, que a veces me asusta Mario, Valen, que es un chico que se controla de más para la edad que tiene, y no es decir que yo no admire la entereza, qué va, pero a los sentimientos también hay que darles su parte, que luego eso sale y es peor, pero él como si nada, como una estatua, igual, que yo le dije: «De repente. Ni se ha despertado. Luis dice que un infarto», y no me pude contener y me eché a llorar y le abracé, pero no te puedes imaginar qué sufrimiento, Valen, porque durante varios minutos era como si abrazase a un árbol o a una roca, ídem de lienzo, que él sólo decía, ya ves qué salida: «¿Por qué ahora?», pero de lágrimas, nada, cero al cociente, ya ves, un padre, cosa más natural, pues nada, como lo estás oyendo*.

–Cría cuervos.

–Calla; ahora descansa.

Pío Tello se había conmovido. *Mario, desde luego, tenía un gran cartel entre la gente baja. La pena fue lo del ilustrísimo señor. Parece que no, pero un encabezamiento así, total dos palabras, viste a una esquela, Valen, no digas*. «Lo dicho.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, te lo prometo.» «Pero si yo misma...» Encarna la desbancó. La irrupción de Encarna fue un acto bárbaro y sin sentido. «Lo dicho.» «Gracias, mona.» Carmen se inclinaba y ambas cruzaban sus cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y una y otra notaban los leves estallidos de los besos convencionales pero no su calor. Instintivamente ella aborrecía las esquelas funerarias, *que yo no pensaba ponerla en el portal, entiéndeme, que me horrorizan, que me parece de un gusto pésimo, pero ya ves, a la hora que ha sido, a la fuerza ahorcan, el caso es que la gente se entere, porque por él, ya lo sé, qué me vas a decir a mí, como un perro, bueno era, pero hay que guardar las apariencias, Valen, porque con que mañana salga* El Correo*, con que el entierro es a las diez, no vas a adelantar nada, que muchos que van deprisa y corriendo a la oficina, ni enterarse, tenlo por seguro, total que le encargué media docena, una para aquí, otra en el Instituto, en* El Correo *y algún otro sitio, eso sin perjuicio de que lo anuncie la emisora después del diario hablado*.

Carmen sabía positivamente que el rescate de las últimas horas de Mario dependía de ella. El libro yacía allí, sobre la mesilla de noche y, bajo sus tapas, los últimos pensamientos de Mario, como enlatados. Cuando lograse liberarse de aquellos bultos pegajosos, Carmen se reuniría con él. Encarna constituía el obstáculo principal, pero Charo se la había llevado. Charo no aportó por allí hasta que los pequeños regresaron del colegio. Había ido a buscarles. Borja llegó gritando: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!». Le dolía la mano. Carmen no sabía si por la paliza o por los insistentes apretones de los bultos despiadados. Tenía los labios tumefactos de tanto besar. «Lo dicho.» «¿Quién iba a figurarse una cosa así?» «¿A qué hora es mañana la conducción?» Pero Encarna, no. Encarna no había cambiado. Penetró como un torbellino, braceando entre los asistentes. Y voceaba: «Dios mío, que éste también se me ha ido. ¡Éste también!». Y los grupos oscuros se aplastaban y miraban y cuchicheaban y Encarna ponía a todos por testigos de su soledad. Como una loca. «Una mirada demencial», había dicho Antonio. Y luego, cuando se arrodilló, exclamó: «¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?». Y los grupos se abrían y se cerraban, se plegaban y se desplegaban. Cuchicheaban: «¿Quién es?». Y el sentimentalismo acomodaticio de las pupilas se trocaba ahora en avidez, se empinaban para verlo mejor, les fascinaba el espectáculo. Pero de nada valieron las razones. «Para don Mario, ni hablar.» Carmen insistía: «¿Cómo no voy a pagarle las esquelas?». «No porfíe, señora, don Mario defendió a los pobres sin hacerse rico, y esto, desengáñese, tiene un valor.» Ella cedió, aunque sabía que a Pío Tello no le iban bien las cosas, en el húmedo sótano, con el viejo chivalete de *El Correo*, componiendo a mano esquelas y pasquines. «No lo hubo más bueno que nuestro señor y ¡mírele ahí...!» Carmen la había cortado en seco: «No quiero escenas, Doro, ¡guárdese las lágrimas para mejor ocasión!». Resultaba inmoral que le llorasen las criadas y los cajistas y no le llorasen sus hijos: «¡No quiero escenas, Doro! ¿Es que no me oye?». Y la Doro se retiró a la cocina sonándose ruidosamente y secándose los ojos. El rumor crecía como el del mar cuando se embravece. Las conversaciones se entrecruzaban y el humo de los cigarros les sumergía en un ambiente viciado. «Hace calor.» «¿Les parece que abramos un poco?» «La atmósfera está muy cargada.» «No le había mejor.» «Abra.» «Así, que no se forme corriente.» «Es muy mala la corriente.» «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «Yo le tengo miedo a la corriente.» «Pues a mi padre, ya ve, una corriente, no hubo más, que no es porque yo lo diga pero en la vida había estado enfermo.» «Lo dicho.» «Salud para encomendar su alma, doña Carmen.» Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho, fruncía los labios y dejaba volar el beso, de manera que la otra sintiera su breve estallido pero no

su efusión. *Yo pienso que la hice daño, pero no lo siento, ¿tú crees, Valen, con la mano en el corazón, que una hija puede dejar marchar así a su padre, sin despedirse siquiera? Porque ella no hacía más que chillar, como una histérica, lo mismo, «¡por favor, que me horroriza, dejadme!», pero la Doro y yo, con todas nuestras fuerzas, que la hicimos abrir los ojos y todo, estaría bueno, que algún día me lo agradecerá*.

Carmen no sabía si rezaba o qué. Permanecía inmóvil, levemente encorvado, al pie de la caja, y miraba a su padre con un implorante gesto de conmiseración. Fue Aróstegui quien dijo: «Era un hombre bueno», y entonces don Nicolás se volvió súbitamente hacia él: «Bueno ¿para quién?». Y Moyano, entre sus sucias barbas, murmuró: «No es un muerto; es un ahogado». Don Nicolás reparó en ella: «Disculpe, Carmen, ¿estaba usted ahí?». Pero ella no dijo nada porque aquellos hombres hablaban en clave y no les comprendía, ni Mario, en vida, se tomó la molestia de explicarle su lenguaje. «¿Le importa volver un poco la ventana?» «Así, gracias.» «Ya se conoce el relente.» «Ayer hacía frío.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «La atmósfera está muy cargada.» «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer.» «Pero si yo misma...» A Pío Tello le dijo: «Tome nota. ¿Ya? Rogad a Dios en caridad...». Por un momento Carmen tuvo la debilidad de sentirse protagonista y pensó: «por doña Carmen Sotillo», pero se rehízo a tiempo: «¿Sigo?». Pío dijo: «¿Es que no tenía don Mario tratamiento?». «No, ya ve. Sólo los directores.» La voz del auricular sonaba irritada: «Otros con menos merecimientos los tienen». «Ya ve, las cosas, ¿qué quiere que yo le haga?» Pío Tello anotaba lentamente. Al terminar, Carmen insistió: «Una orla bien negra, Pío, por favor». «Descuide.» Tan sólo el sentimiento fanático del luto y el libro sobre la mesilla de noche la ligaban ahora a Mario. ¡Ah! y su cadáver. «No está descolorido. Si usted no lo dice, no me creo que esté muerto, se lo juro por mi madre.» «¿Le importa volver un poco más la ventana?» «Hace verdadero frío.» «Así, gracias.»

–¿Está ahí el libro, Valen?

–¡Chist! Aquí está. No te preocupes, bobina. Ahora relájate, anda, te lo pido por lo que más quieras. Nadie te lo va a quitar.

Valentina se incorpora, le pone una mano en la nuca y le ayuda a tenderse de nuevo; luego, la cubre con la colcha blanca suavemente. Permanece de pie, Valentina, y observa en derredor los lacios grabados de flores, el crucifijo sobre la cama y, a sus pies, la raída alfombra llena de huellas del tiempo, cubriendo un rectángulo de entarimado. Avanza despacio, silenciosamente por ella y se analiza, a la media luz de la habitación, en la luna del armario, primero de frente, luego de perfil, palpándose por tres veces el vientre levísimamente combado. Sus labios dibujan un gesto de desagrado. Al volverse, sus ojos tropiezan de nuevo con el libro, el tubo de Nasopit,

el frasco de Sedanil, el pequeño manojo de llaves, el monedero y el viejo despertador. Suspira imperceptiblemente. Carmen ha vuelto a cubrirse los ojos con el antebrazo blanquísimo. Se sienta de nuevo.

–¿Estás ahí, Valen?

–Sí, mona, descuida, no me moveré de tu lado, te lo prometo, pero ahora relájate. Haz un esfuerzo, anda.

La Doro, con los párpados y la nariz enrojecidos, denegaba obstinadamente: «¿Ni plástico ni nada le va a poner usted a nuestro señor?». «¡Huy madre, así parece cualquier cosa! En mi pueblo ni el más pobre, como lo oye. Y, ya ve, a don Porfirio, el amo, le disfrazaron de franciscano.» Carmen se enfureció con ella. Tenía por principio no aceptar lecciones de las criadas. *Todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea*. «Me da gusto, Menchu, verte tan entera.» Lo de Mario era excesivo. ¿Cómo casar la orla negra de seis cíceros de Pío Tello con su suéter azul? Los amigos se escondían en su hombro y le palmeaban la espalda sin miramientos, como si quisieran sacarle el polvo a su suéter azul. «Cierre del todo. Es mejor que cierre del todo.» «Hace frío.» «Es muy mala la corriente.» «Así, gracias.» «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «Lo dicho.» «Una orla bien negra, Pío, por favor.» Y no es que le agradasen las esquelas, pero de perdidos, al río. *Y se me quedó plantado, delante, como haciéndome cara, te lo juro, que me asustó, «¿Quién ha vuelto los libros?», «Pues yo», le dije, y él dijo: «Los libros eran él», ya ves qué salida, que así, tan llamativos, con esas pastas, no son luto ni cosa parecida, porque tú ya sabes, Valen, cómo hacen ahora los libros, que parecen cualquier cosa, cajas de bombones o algo así, que dan más ganas de comerlos que de leerlos, ésta es la verdad, que vivimos la época de los envases, hija, no me digas, que en todas las cosas vale más lo de fuera que lo de dentro, que es una engañifa y una vergüenza, figúrate en un caso así, tú dirás, con un muerto en casa y todo rodeado de colorines, al demonio se le ocurre, que yo, ya me conoces, tuve la santa paciencia de volver libro por libro, menos mal que los paños negros tapaban la mayoría, que si no, la mañana entera, como lo oyes, menuda trabajina, si no se ve no se cree. Y hay que ver las manos que me puse, la porquería que almacenan, para eso es para lo que sirven los libros, como yo digo, que lo que siento es no haberme dado cuenta a tiempo, que si me ayudan los chicos de la funeraria, figúrate, en un santiamén, claro que qué vas a pedir a esa gente, ni enterarse, a ver, natural, de detalles, cero, ellos atienden su oficio y adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo*. «En la vida he visto un muerto así, se lo aseguro. ¡Pero si ni siquiera ha perdido el color!» «¿No quieres pasar a verlo, Valen? Te advierto que no impone nada.» «De veras que no, bobina. Prefiero guardar un recuerdo de Mario vivo.»

Los bultos llegaban y salían. El desagüe era permanente; una

renovación higiénica. «No se puede parar del humo.» «Podían guardar un poco más de respeto.» «Lo dicho.» Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho, y besuqueaba sin el menor fervor, rutinariamente. «Gracias, mona, te lo agradezco en el alma.» Los bultos traían unos ojos desorbitados, enloquecidos, pero cuando algún otro bulto, sentado, suspiraba ruidosamente y murmuraba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe», los bultos recién llegados y sus ojos se serenaban y se uniformaban con los bultos y los ojos que rodeaban el cadáver. Pero a pesar del buen color –«Mario es el muerto más saludable que fabricaron manos humanas»–, Mario no era Mario. Carmen lo había advertido después de asearlo. No se parecía. Ella vacilaba. El muerto era un muerto notable, conforme, incluso más grueso, pero no era Mario. Repentinamente, como si alguien, compadecido, la hubiera depositado en su cabeza, le había asaltado la idea: ¡Las gafas! Carmen fue a por ellas y se las puso. Entonces advirtió la rígida palidez de las orejas. Complacida aún por la lucidez de su idea, se alejó cuatro pasos buscando una perspectiva favorable. Pero no. La Doro caminaba tras ella como un perro humillado: «O le abre los ojos o le quita las gafas a nuestro señor. ¿Quiere decirme para qué van a servirle con los ojos cerrados?». Los bultos se empinaban y erguían los pescuezos: «¡Mírame, Mario! ¡Estoy sola! ¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Te das cuenta? ¿Qué es lo que he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?». Y los grupos bullían y cuchicheaban: «¿Quién es?»; «Menuda»; «Lo mismo es la querindonga»; «Por lo visto es su cuñada»; «No sé, no sé». Encarna estaba arrodillada y, a cada frase, vaciaba de aire sus pulmones. «Cierre del todo, casi es preferible.» «¡Madre, qué voces!» Carmen no sabía qué hacer. «Así, gracias.» Vacilaba: «¡Qué humareda!». Le quitó las gafas. «Tal vez tengas razón, hija. No se parece.» Mario ya no estaba allí. Estaba en el libro y en el suéter negro que reventaban sus pechos agresivos, *no me digas, Valen, estos pechos míos son un descaro, no son pechos de viuda, ¿a que no?*, y en la orla negra de la esquela de Pío Tello y quizá en la iglesia, *ni tiempo de confesarse tuvo, ¡fíjate qué horror!* Antonio, el director, se adelantó del grupo y tomó a Encarna por las axilas. Ella se retorcía. Forcejearon. «Ayúdenme. Hay que sacarla de aquí. Esta mujer está muy afectada.» *Figúrate, ¡qué bochorno! ¡Ni que fuera ella la viuda! Que Encarna desde que murió Elviro andaba tras él, eso no hay quien me lo saque de la cabeza*. Al fin se la llevaron. Luis marchó con ella y Esther le ayudó a ponerle una inyección. Luego pidieron un taxi por teléfono y se fueron a casa de Charo. Vicente marchó con ellos. Poco a poco, Carmen volvía a sentirse viuda. «Lo dicho.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «Abra siquiera una rendijita; aquí no se puede ni respirar.» Los bultos entraban y salían. Carmen estrechaba manos fofas y manos

nerviosas. Se inclinaba primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho y besaba al aire, al vacío, al buen tuntún. «Gracias, querida, no sabes cuantísimo te lo agradezco.»

–¿No han llamado?

Valentina posa una mano sobre las manos de Carmen, que están frías y cruzadas sobre el regazo, agitadas de movimientos nerviosos:

–No te preocupes, bobina. Yo te avisaré. Ahora descansa. Relájate. Procura relajarte. Vicente aún no ha vuelto.

Luis permaneció cerca de un cuarto de hora encerrado con él. *Yo como si le estuviera confesando, y para mí que le estuvo haciendo el boca a boca, tú me dirás, tanto tiempo, que inclusive llegué a tener ciertas esperanzas, que me decía: «Lo mismo no está muerto», bobadas, figúrate*. «No me parece un muerto. Talmente está como dormido. Ni siquiera le ha bajado el color.» Pero, al cabo, salió Luis y dijo: «Un infarto. Debe de haber ocurrido sobre las cinco de la madrugada. Es raro en un temperamento asténico como el de Mario», *me parece que dijo asténico, ¿eh?, no me hagas mucho caso, que ya sabes que yo para eso de las palabras soy un desastre, pero, hija, Luis con los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es de agradecer una cosa así, que los médicos, por regla general, ni sienten ni padecen, como suele decirse, están acostumbrados*. «¿Le importa volver un poco la ventana?» «Salud para encomendar su alma, doña Carmen.» «Ya se nota el relente.» «Así, gracias.» «Lo dicho.» «Señora, un telegrama.» Carmen notó afluir el agua a la ternilla de la nariz. Rasgó nerviosamente con el dedo uno de los dobleces y, al leer el texto, sollozó. Valentina le besó en la mejilla, directa, efusivamente, de forma que ella sintiera el estallido del beso y también su calor: «Sé valiente. No te vayas a derrumbar ahora». Carmen le tendió el papel azul: «Es de papá. ¡Pobre, qué rato estará pasando! No lo quiero ni pensar». Los bultos, con los ojos ya más sosegados, iban marchando, pero aún quedaban algunos aferrados al ataúd como las moscas al papel matamoscas. «Lo dicho.» «¿A qué hora es mañana la conducción?» «Salud para encomendarle.» «¿Le importa abrir un poco la ventana? Aquí no se puede parar.» Humo y murmullos. «¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Qué es lo que he hecho yo para merecer este castigo?» «Eso son convencionalismos, mamá; conmigo no cuentes.» «Tome nota: "Rogad a Dios en caridad...".» ¿Por Carmen Sotillo? *Todavía me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea*. «Lo dicho.» Carmen se inclinaba, primero al lado izquierdo, luego al lado derecho. Le dolían los labios y las mejillas de tanto besar. También le dolían los cantos de la mano derecha. Casi no podía reprimir un estremecimiento cada vez que se la estrechaban. Aunque siempre le repugnaron las manos fofas, ahora las agradecía, se entregaba a ellas con envilecedora fruición, como en adulterio. «¿Le importa volver un poco la ventana?» *Para mí*

que le estuvo haciendo el boca a boca, tú dirás. «Así, gracias. Me he agarrado un catarro que para qué.» «Se mueren los buenos y quedamos los malos.» «Bueno ¿para quién?» «No es un muerto; es un ahogado.» *Con los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es de agradecer una cosa así*. «A don Porfirio, el amo, lo disfrazaron de franciscano, ya ve.» *Instintivamente notan que se ahogan y se vuelven…* «Lo dicho.» «Menchu, mona, qué gusto me da verte tan entera.» «Te prometo que no impone nada.» *Ni luto por su padre, ¿quieres más*? «Salud para encomendar su alma…» *Los libros en definitiva no sirven más que para almacenar polvo*. «Está muy cargada la atmósfera aquí.» «¿Le importa…?» *Digo que los médicos, por regla general, ni sienten ni padecen, como suele decirse…* «Lo dicho…» *«Que yo me figuro como los peces cuando los sacan del agua…»* «Salud para encomendar su alma…»

Carmen se incorpora de golpe, tan violentamente que Valentina se asusta:

–Ahora sí que han llamado, no digas que no, Valen, lo he oído perfectamente.

–Bueno, mujer, ten calma. Será Vicente. Enseguida te vamos a dejar sola. No te alteres.

Carmen baja las piernas de la cama y al hacerlo se le recogen las faldas y muestra unas rodillas demasiado redondas y acolchadas. Tantea con los pies sin agacharse y se calza los zapatos. Luego se atusa la cabeza, introduciendo los dedos de ambas manos abiertos entre los cabellos, ahuecándolos. Al concluir, se estira el suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo, luego del derecho. Menea la cabeza enérgicamente, denegando:

–No tengo pechos de viuda, ¿verdad que no, Valen? –dice desalentada–. No me engañes.

Del recibidor llega un murmullo amortiguado de voces varoniles. Valentina se pone de pie:

–Mujer, no seas pesada –se vuelve hacia la mesilla de noche, hacia el libro y el tubo de Nasopit y el frasco de Sedanil, y añade–: ¿Puedes decirme qué significa esta farmacia?

Carmen sonríe evasivamente:

–Mario. Ya le conocías –dice–. Muy bueno pero lleno de complejos. Si no se tomaba una píldora y se embadurnaba las narices, como yo digo, una y otra vez, no se dormía. Manías. Con decirte, que no te lo querrás creer, que una noche se levantó a las tres de la madrugada a buscar una farmacia de guardia, está dicho todo.

Valentina alza de golpe la cabeza, con lo que la ráfaga albina de su cabello destella un momento como una estrella fugaz. Sonríe a su vez:

–Pobre –dice–. Mario era un hombre de lo más original.

Carmen se ha incorporado y se observa en el espejo. Se tira por dos veces, con rabia, del suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo, luego del derecho:

–Estoy hecha una facha –murmura–. Con sujetador negro o con sujetador blanco estos pechos míos no son luto ni cosa que se le parezca.

Valentina no la escucha. Ha tomado el libro de la mesilla de noche y lo está hojeando:

–La Biblia –dice–. No me digas que también Mario leía la Biblia –reinicia su sonrisa y lee en voz alta–: «Marchad con paso firme por el recto camino: a fin de que alguno por andar claudicando en la fe no se descamine de ella, sino antes bien se corrija».

Carmen la observa con la cabeza gacha, como si asistiese a una inspección humillante. De vez en cuando, en un movimiento mecánico, se estira con los dedos el jersey negro por debajo de los pechos. Cuando habla, lo hace como excusándose:

–Él decía que la Biblia le fecundaba y le serenaba.

Valentina lanza una risita:

–¿Eso decía? ¡Qué divertido! Fecundarle, nunca oí una cosa tan graciosa, Menchu, te lo prometo. ¿Y los subrayados?

Carmen carraspea; se siente cada vez más empequeñecida. Agrega:

–Manías. Mario leía sobre leído, sólo lo señalado, ¿comprendes? Yo ahora –se le ablandan los ojos pero, paradójicamente, su voz se va afirmando– cogeré el libro y será como volver a estar con él. Son sus últimas horas, ¿te das cuenta?

Valentina cierra el libro de golpe y se lo entrega a Carmen. El murmullo de voces crece en el vestíbulo. De improviso, cesa y, tras unos segundos de silencio, se oyen unos discretos golpecitos en la puerta de la habitación.

–Ya va –dice Carmen. E, instintivamente, se estira el suéter bajo los sobacos.

Se oye la voz de Mario:

–Es Vicente.

–Voy –dice Valentina–. Ya voy. –Se aproxima a Carmen y la toma por la cintura–: ¿De veras, bobina, que no quieres que me quede contigo?

–De veras, Valen, prefiero estar sola, si no te lo diría igual, ya me conoces.

Valentina se inclina y ambas cruzan las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y besan con indolencia al aire, a la nada, de forma que una y otra sientan los estallidos de los besos pero no su calor.

En el pequeño vestíbulo, Vicente espera con el gabán puesto. Mario

está a su lado, enfundado en un suéter azul. Carmen ayuda a Valentina a ponerse el abrigo y, luego, entre las dos, buscan la cartera a juego. Vuelven a cruzar las cabezas y a besar al aire, al vacío.

–Adiós, mona, mañana a primera hora estaré aquí. ¿De veras que no quieres que me quede contigo?

–De veras, Valen, gracias por todo –se vuelve a Vicente–: ¿Y Encarna?

Vicente carraspea. Los duelos no son su elemento. Se encuentra desplazado:

–Se durmió –dice–. Al fin terminó por dormirse. Luis dice que no despertará hasta mañana. Estaba imposible. Nunca he visto una cosa igual.

Mario mira a uno y a otra como si hablaran un idioma extraño y la traducción le resultase demasiado penosa. Al darle la mano, Valentina dice:

–Tienes cara de cansancio, Mario. Debes acostarte.

Mario no responde. Lo hace Carmen por él:

–Ahora se acostará –dice–. Ya están todos acostados.

–¿Y papá?

–Yo voy a quedarme con él.

Al fin marchan Valentina y Vicente y durante un buen rato se oyen los cautos tacones de Valentina descendiendo las escaleras y el adormecedor murmullo de la voz de Vicente. Carmen se encara con su hijo y le muestra el libro:

–Mario –dice–, acuéstate, te lo suplico. Quiero quedarme a solas con tu padre. Es la última vez.

Mario vacila.

–Como quieras –dice–, pero si necesitas algo, avísame; yo no podré dormirme.

Espontáneamente se inclina y besa francamente la mejilla derecha de Carmen. Ella siente una tibia, súbita humedad en los vértices de los ojos. Levanta los brazos y durante unos segundos le oprime contra sí. Al cabo dice:

–Hasta mañana, Mario.

Mario se va pasillo adelante. Tiene unos andares extraños, entre cansinos y atléticos, como si le costase dominar su propia fuerza. Carmen se vuelve y entra en el despacho. Vacía los ceniceros en la papelera y la saca al pasillo. Con todo, huele a colillas allí, pero no le importa. Cierra la puerta y se sienta en la descalzadora. Ha apagado todas las luces menos la lámpara de pie que inunda de luz el libro que ella acaba de abrir sobre su regazo y cuyo radio alcanza hasta los pies del cadáver.

I

Casa y hacienda, herencia son de los padres, pero una mujer prudente es don de Yavé y en lo que a ti concierne, cariño, supongo que estarás satisfecho, que motivos no te faltan, que aquí, para inter nos, la vida no te ha tratado tan mal, tú dirás, una mujer sólo para ti, de no mal ver, que con cuatro pesetas ha hecho milagros, no se encuentra a la vuelta de la esquina, desengáñate. Y ahora que empiezan las complicaciones, zas, adiós muy buenas, como la primera noche, ¿recuerdas?, te vas y me dejas sola tirando del carro. Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras, mira Transi, imagínate con tres criaturas, pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos; sin una palabra de agradecimiento, como si todo esto fuese normal y corriente. Los hombres, una vez que os echan las bendiciones a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo, claro que eso para vosotros no rige, os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó, que las mujeres, de sobras lo sabes, somos unas románticas y unas tontas. Y no es que yo vaya a decir ahora que tú hayas sido una cabeza loca, cariño, sólo faltaría, que no quiero ser injusta, pero tampoco pondría una mano en el fuego, ya ves. ¿Desconfianza? Llámalo como quieras, pero lo cierto es que los que presumís de justos sois de cuidado, que el año de la playa bien se te iban las vistillas, querido, que yo recuerdo la pobre mamá que en paz descanse, con aquel ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual, el mejor hombre debería estar atado, a ver. Mira Encarna, tu cuñada es, ya lo sé, pero desde que murió Elviro ella andaba tras de ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Encarna tiene unas ideas muy particulares sobre los deberes de los demás, cariño, y ella se piensa que el hermano menor está obligado a ocupar el puesto del hermano mayor y cosas por el estilo, que aquí, sin que salga de entre nosotros, te diré que, de novios, cada vez que íbamos al cine y la oía cuchichear contigo en la penumbra me llevaban los demonios. Y tú, dale, que era tu cuñada, valiente novedad, a ver quién lo niega, que tú siempre sales por peteneras con tal de justificar lo injustificable, que para todos encontrabas disculpas menos para mí, ésta es la derecha. Y no es que yo diga o deje de decir, cariño, pero unas veces por fas y otras por nefás, todavía estás por contarme lo que ocurrió entre Encarna y tú el día que ganaste las oposiciones, que a saber qué pito tocaba ella en ese pleito, que en tu carta, bien sobrio, hijo, «Encarna asistió a la votación y luego celebramos juntos el éxito». Pero hay muchas maneras de celebrar, me parece a mí, y tú, que en Fuima,

tomando unas cervezas y unas gambas, ya, como si una fuese tonta, como si no conociera a Encarna, menudo torbellino, hijo. ¿Pero es que crees que se me ha olvidado, adoquín, cómo se te arrimaba en el cine estando yo delante? Sí, ya lo sé, éramos solteros entonces, estaría bueno, pero, si mal no recuerdo, llevábamos hablando más de dos años y unas relaciones así son respetables para cualquier mujer, Mario, menos para ella, que, te digo mi verdad, me sacaba de quicio con sus zalemas y sus pamplinas. ¿Crees tú que, conociéndola, estando tú y ella mano a mano, me voy a tragar que Encarna se conformase con una cerveza y unas gambas? Y no es eso lo que peor llevo, fíjate, que al fin y al cabo de barro somos, lo que más me duele es tu reserva, «No desconfíes», «Encarna es una buena chica que está aturdida por su desgracia», ya ves, como si una se chupase el dedo, que a lo mejor a otra menos avisada se la das, pero lo que es a mí... Tú viste la escenita de ayer, cariño, ¡qué bochorno!, no irás a decirme que es la reacción normal de una cuñada, que llamó la atención, y yo achicada, a ver, que hasta parecía una mujer sin sentimientos, yo qué sé, y Vicente Rojo: «Sacadla de aquí, está muy afectada», que me puso frita, te lo confieso. Con la mano en el corazón, Mario, ¿es que venía eso a cuento? ¡Si parecía ella la viuda! Me apuesto lo que quieras a que cuando lo de Elviro no llegó a esos extremos, que a saber qué hubiera tenido que hacer yo. Es lo mismo que cuando murió tu padre, Mario, que de siempre lo dije, el caso es ponerme en evidencia, que me dejó en mal lugar, no lo discutas. Para serte sincera, nunca me gustó Encarna, Mario, ni Encarna ni las mujeres de su pelaje, claro que para ti hasta las mujeres de la vida merecen compasión, que yo no sé dónde vamos a llegar, «Nadie lo es por gusto; víctimas de la sociedad», me río yo, que los hombres puestos a disculpar resultáis imposibles, porque lo que yo digo, ¿por qué no trabajan? ¿Por qué no se ponen a servir como Dios manda? Que el servicio desaparece no es ninguna novedad, Mario, cariño, y aunque tú salgas con que es buena señal, que buen pelo hemos echado con tus teorías, lo cierto es que cada vez hay más vicio y, hoy en día, hasta las criadas quieren ser señoritas, para que te enteres, que la que no fuma se pinta las uñas o se pone pantalones, yo qué sé. ¿Crees tú que esto es formalidad? Estas mujeres están destrozando la vida de familia, Mario, así como suena, que yo recuerdo en casa, dos criadas y una señorita para cuatro gatos, que aquello era vivir, que cobrarían dos reales, no lo niego, pero, comidas y vestidas, ¿quieres decirme para qué necesitaban más? Pues bueno era papá para eso: «Julia, ya está bien; deja un poco para que lo prueben en la cocina». Entonces existía vida de familia, daba tiempo para todo y, cada uno en su clase, todos contentos. Ahora, tú me ves, aperreada todo el día de Dios, si no estoy entre pucheros, lavando bragas, ya se sabe; que una no puede dividirse y, por mucha

disposición que tenga, con una criada para siete de familia a duras penas se puede ser señora. Pero de estas cosas los hombres no os dais cuenta, cariño, que el día que os casáis, compráis una esclava, hacéis vuestro negocio, como yo digo, que los hombres, ya se sabe, no tienen vuelta de hoja, siempre los negocios. ¿Que la mujer trabaja como una burra y no saca un minuto ni para respirar? ¡Allá se las componga! Es su obligación, qué bonito, y no es que te reproche nada, querido, pero me duele que en más de veinte años no hayas tenido una palabra de comprensión. Ya lo sé, tampoco has sido lo que se dice un marido exigente, es cierto, pero con no exigir no basta a veces, ya ves tu hermano Elviro, y no es que yo diga que Elviro fuese un ideal de hombre, ni hablar, pero tu hermano era de otra pasta, dónde va, tenía detalles. ¿Recuerdas el portamonedas que me regaló la tarde que merendamos juntos en junio del 36? Aún lo conservo, fíjate, en la cómoda creo que está, con un montón de trastos, me parece. ¡Y cómo se puso Encarna! Menuda, creí que le tragaba, palabra, que luego a los tres meses, cuando Elviro murió, bien que le pesaría. Tu hermano era delicado, Mario, y cualquier otro hombre con más arranques, simplemente con que fuera como tenía que ser, hubiera atado a su mujer más corto. Dios me perdone pero, desde que los conocí, tengo entre ceja y ceja que Encarna se la pegaba, fíjate, no sé por qué, era mucho temperamento para él. Y conste que no me gusta hacer juicios temerarios, de sobra lo sabes, aunque luego sí, al enviudar, ella iba por ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza, pero con el mayor descaro, ¿eh? Y así me lo jures en cruz, nunca me llegaré a creer que el día de Fuima se conformase con una cerveza y unas gambas, y no por nada, que ya me conoces, que otra cosa no, pero me horroriza dramatizar. Pero, ¿lo quieres más claro? ¿Tú sabes que Valentina ayer, cuando me llevó a un aparte, me dijo, pero como te lo cuento, me dijo: «Tu cuñada ni muerto le deja en paz»? ¿Qué te parece? ¿Es que todavía me vas a decir que son figuraciones mías? Porque por mucho que digas de Valen no me vayas a negar que inteligente lo es un rato largo, que no es hablar por hablar, pues ya lo oyes, «ni muerto le deja en paz». Claro que, bien mirado, la tonta fui yo, o no tonta, vete a saber, el caso es que una tiene principios y los principios son sagrados, ya se sabe, que te pones a ver y nada como los principios. ¡Anda que si yo hubiera querido! Con cualquiera, Mario, fíjate bien, con cualquiera. Mira Eliseo San Juan, el de la tintorería, sin ir más lejos, no hay vez, sobre todo si salgo con el suéter azul, que no se meta conmigo: «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena». Ni a sol ni a sombra, hijo, que es ceguera la de este hombre, que ya lleva años, que no es de hoy, y, como ése, otros que me callo, tonto del higo, que aún estoy para gustar, que no soy ningún vejestorio, qué te has creído. Los hombres todavía me miran por la calle, para que lo sepas, Mario, que

vives en la luna, «Un tipo vulgar ese San Juan», me río yo, cuántas no le harían ascos. Lo que pasa es que una tiene principios aunque hoy en día los principios no sirvan más que de estorbo, en particular cuando los demás no los respetan, que ésa es otra. «Un tipo vulgar ese San Juan», ¿qué te parece? Y luego, a la noche, ni caso, que no he visto hombre más apático, hijo mío, y no es que a mí eso me interese especialmente, que ni frío ni calor, ya me conoces, pero al menos contar conmigo, que los días buenos los desaprovechabas y luego, de repente, zas, el antojo, en los peores días, fíjate, «No seamos mezquinos con Dios», «No mezclemos las matemáticas en esto», qué fácil se dice, que luego la que andaba reventada nueve meses, desmayándose por los rincones, era yo, que lo que es tú, con tus clases y tus tertulias tenías bastante, a ver, que así cualquiera. ¿Y quieres más? ¿Es que crees que una es de cartón-piedra, que ni siente ni padece? ¿Es que no te dabas cuenta de mi humillación cada vez que estaba gorda y me negabas? Armando hizo muy requetebién, para que te enteres, nada de que es un bárbaro, lo que pasa es que canta las verdades al lucero del alba, qué es eso de ponerte tú al lado de Esther, por muy intelectual que sea, que Armando estuvo aquel día como las propias rosas, ya ves, «Que cada cual cargue con sus responsabilidades». Pero figúrate para mí qué bochorno, todo por puro capricho, porque los días buenos no querías y en los malos, zas, se te antojaba, que eso sí, luego te molestaba hasta mi vientre. ¿Qué culpa tiene una de abultarse así, me lo quieres decir? No, Mario, querido, nada de involuntario, ahora me sales con ésas, te pusiste junto a Esther a ciencia y conciencia, no le demos más vueltas. Es como lo de dormir con los niños, eso, ¿cuántas veces me lo echaste en cara, di? ¿Y qué de particular tiene? ¿No es natural que, teniendo tú la primera clase a las once y estando yo bregando desde las nueve, te hicieras cargo del pequeñín? Sí, ya sé que son latosos, qué me vas a decir a mí, imagínate, un trago, pero es una cosa por la que hay que pasar, que los hombres a nada, unos mártires, que me gustaría a mí verte dando a luz, una y no más, Santo Tomás, en cuanto lo probases, a ver, como tu cuñada, que tampoco sabía lo que es eso, ella dice que Elviro, adivina. Pero como no lo sabe tiene que inventarlo y soltar la lengua y malmeterte conque si yo abuso de tu paciencia, mira quién fue a hablar, y que si no sé el marido que tengo, como si yo te llevara a la tumba o poco menos. Encarna tiene más conchas que un galápago, Mario, para qué te voy a decir otra cosa, aunque con vosotros, ya se sabe, cuanto más buena se es, peor, que los hombres sois todos unos egoístas y el día que os echan las bendiciones, un seguro de fidelidad, ya podéis dormir tranquilos. Me gustaría veros con una mujer sin principios, un poco ligera de cascos, ya te digo desde aquí que andaríais con más ojo, lógico, por la cuenta que os tiene, a ver.

II

En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y por eso mismo me será muy difícil perdonarte, cariño, por mil años que viva, el que me quitases el capricho de un coche. Comprendo que a poco de casarnos eso era un lujo, pero hoy un Seiscientos lo tiene todo el mundo, Mario, hasta las porteras si me apuras, que a la vista está. Nunca lo entenderás, pero a una mujer, no sé cómo decirte, le humilla que todas sus amigas vayan en coche y ella a patita, que, te digo mi verdad, pero cada vez que Esther o Valentina o el mismo Crescente, el ultramarinero, me hablaban de su excursión del domingo me enfermaba, palabra. Aunque me esté mal el decirlo, tú has tenido la suerte de dar con una mujer de su casa, una mujer que de dos saca cuatro, y te has dejado querer, Mario, que así qué cómodo, que te crees que con un broche de dos reales o un detallito por mi santo ya estás cumplido, y ni hablar, borrico, que me he hartado de decirte que no vivías en el mundo pero tú, que si quieres. Y eso, ¿sabes lo que es, Mario? Egoísmo puro, para que te enteres, que ya sé que un catedrático de instituto no es un millonario, ojalá, pero hay otras cosas, creo yo, que hoy en día nadie se conforma con un empleo. Ya, vas a decirme que tú tenías tus libros y *El Correo*, pero si yo te digo que tus libros y tu periodicucho no nos han dado más que disgustos, a ver si miento, no me vengas ahora, hijo, líos con la censura, líos con la gente y, en sustancia, dos pesetas. Y no es que me pille de sorpresa, Mario, porque lo que yo digo, ¿quién iba a leer esas cosas tristes de gentes muertas de hambre que se revuelcan en el barro como puercos? Vamos a ver, tú piensa con la cabeza, ¿quién iba a leer ese rollo de *El castillo de arena* donde no hablas más que de filosofías? Tú mucho con que si la tesis y el impacto y todas esas historias, pero ¿quieres decirme con qué se come eso? A la gente le importan un comino las tesis y los impactos, créeme, que a ti, querido, te echaron a perder los de la tertulia, el Aróstegui y el Moyano, ese de las barbas, que son unos inadaptados. Y no sería porque papá no te lo advirtiera, bueno es, que leyó tu libro con lupa, Mario, a conciencia, ya lo oyes, y dijo que no, que si escribías para divertirte, bien, pero que si pretendías la gloria o el dinero lo buscases por otro camino, ¿te acuerdas?, bueno, pues tú erre que erre. Y me explico que a otro cualquiera no le hicieras caso, pero lo que es a papá, un hombre bien objetivo que es,

no me digas, que colabora en las páginas gráficas de *ABC* yo creo que desde que se fundó, hace muchísimo, y en otra cosa puede que no, pero en eso de escribir, sabía la tecla que tocaba, ¡vaya si lo sabía! Y yo misma, Mario, ¿no te dije yo misma mil veces que buscases un buen argumento, sin ir más lejos el de Maximino Conde, el que se casó con la viuda aquella y luego se enamoró de la hijastra? Pues esos argumentos son los que interesan a la gente, Mario, desengáñate, que ya sé que era un poco así, un poquitín verde, vamos, pero cabría hacerle reaccionar al protagonista en decente cuando ella, la hija, se le entrega, y de ese modo la novela quedaría inclusive aleccionadora. Bueno, pues tú a tu cuento, por un oído me entra y por otro me sale, a los dos años publicaste aquello de *El patrimonio*, que era irresistible, te lo digo de corazón, que es que no hay por dónde cogerlo, porque ¿tú crees, Mario, que le puede interesar a alguien un libro que pasa en un país que no existe y cuyo protagonista es un sorche al que le duelen los pies? Valentina se tronchaba comentándolo en el té de los jueves; todas, lógico, que sólo Esther te echó una mano, por la costumbre, a ver, por darse pote, que a la legua se veía que tampoco lo había entendido. Y es que esos soldados eran rarísimos, Mario, compréndelo. ¿Cómo pueden los soldados de dos ejércitos enemigos saltar de las trincheras y abrazarse y decirse que no volverían a dejarse empujar por AQUELLA FUERZA? Tú ponías siempre en los libros palabras con mayúsculas o con bastardillas, no sé por qué, que Armando dice que porque hace bien, vete a saber, pero el caso es que no se entendía una jota del libro, porque si los generales ven a sus soldados abrazarse con los otros los hubieran fusilado en el acto y con toda razón, además, fíjate. De entrada, eso ya era raro, querido, pero era todavía más raro que el sorche dijera, de repente, sin venir a cuento: «¿Dónde está ESA FUERZA? ELLA no tiene cabeza, ni forma, ni sabe nadie dónde se esconde» y, sin más explicación, todos los soldados se asustan, vuelven a sus trincheras y empiezan a dispararse tiros otra vez. Sinceramente, cariño, ¿tú crees que esto tiene pies ni cabeza? La sandia de Esther, en su afán de echarte un capote, que eran símbolos, ya ves tú, como si ella supiera con qué se come eso. Más razón tenía Higinio Oyarzun cuando dijo una noche en el Círculo, que bien que le oí, que me dejó helada, que el libro era la obra de un pacifista y de un traidor, que don Nicolás no tardó en venirte con el cuento, que lo sé todo, dichoso don Nicolás, que ni sé cómo le dejan dirigir un periódico, un hombre que estuvo preso, casi un año, cuando la guerra. Por mucho que te rías, Mario, don Nicolás es un hombre de la cáscara amarga, no sé si de Lerroux o de Alcalá Zamora pero significado y, desde luego, muy rojo, de los peores, de los que no acaban de dar la cara. Y buena está la gente bien con él, natural, siempre tirando puntaditas y molestando, que debería estar más corrido que una mona, ya ves tú, que aunque no

se debe odiar, yo le tengo una manía a ese hombre que no le puedo ver, el daño que te ha hecho. Entre él, el Aróstegui, el Moyano y toda la camarilla, te han puesto la cabeza del revés, cariño, que tú al principio no eras así, no me vengas ahora. Y, luego, aquella humareda, ¡Santo Dios! ¿Puede saberse qué es lo que hacíais allí, fumando tanto rato? Arreglar el mundo, fijo, que os quitabais la palabra de la boca, madre qué voces, y total para nada, cuatro tonterías, que si el dinero era astuto, que si el dinero era egoísta, ya ves tú, que lo único que no decíais del dinero era la pura verdad, Mario, que es necesario, y mejor nos hubiera ido si en vez de hablar tanto del dinero os hubierais puesto a ganarlo, como yo digo. Porque tú sabes escribir, querido, te lo digo y te lo repito, lo único los argumentos, que yo no sé qué maña te dabas, que ni escogidos con candil, eso cuando se te entendía, que cuando te ponías a hablar de estructuras y cosas de ésas me quedaba *in albis*, te lo prometo. ¡Con lo que a mí me hubiera gustado que escribieras libros de amor! Ahí tienes un tema que llega, Mario, que el amor es un tema eterno, pues porque sí, porque es muy humano, porque está al alcance de todas las mentalidades. ¡Si me hubieras hecho caso! La historia de Maximino Conde, imagínate, un hombre maduro, casado en segundas con la madre y enamorado de la hija, era un argumento de película, bueno, pues ni ese gusto, que el caso es llevar siempre la contraria. No quiero llorar, Mario, pero si echo la vista atrás y reparo en las pocas veces que me has hecho caso en la vida, no puedo remediarlo. ¿Es que tanto esfuerzo te hubiera costado ganar para un Seiscientos, di, pedazo de holgazán? Porque yo no digo hace años, pero lo que es ahora, si parece que los regalan, Mario, lo que se dice todo el mundo, que el mismo Paco el otro día, ya ves, «¿Sabes conducir?», y yo, «Muy poco, casi nada», a ver qué iba a decirle, «No tenemos coche», y él venga de darse coscorrones. «¡No, no, no!», que no se lo creía, fíjate. Los niños se hubieran vuelto locos con un Seiscientos, Mario, y en lo tocante a mí, imagina, de cambiarme la vida. Pero no, un coche es un lujo, figúrate a estas alturas, cualquiera que te oiga, lo mismo que la cubertería. Veintitrés años, Mario, tras los cubiertos de plata, que se dice pronto, veintitrés años esperando corresponder con los amigos, que cada vez que les invitaba, a ver, una cena fría, todo a base de canapés, tú dirás, una no puede hacer milagros. ¡Qué vergüenza, santo Dios! A mí que siempre me horrorizó hacer el gorrón, que yo recuerdo mamá, que en paz descanse, todo lo contrario, «Antes pecar por largueza», claro que en casa era distinto, otro plan, sobre todo antes de lo de Julia con Galli Constantino. Pero a ti siempre te trajo sin cuidado que mi familia fuese así o asá, Mario, seamos francos, que yo estaba enseñada a otra clase de vida, que a veces pienso en la cara que pondría la pobre mamá si levantara la cabeza y mejor muerta, como te lo digo. Habría

que oírla: ¡Una criada con cinco criaturas! «La vida evoluciona, son otros tiempos», ya, me río yo, son otros tiempos para nosotras, desgraciadas, por aquello de los buenos principios, que vosotros, mientras, a hablar y fumar, ya se sabe, o a escribir un rollo de esos que no hay quien los digiera, como si escribir fuese trabajar, Mario, porque no me digas a mí… Bien mirado, la tonta fui yo, que de novios ya pude ver de qué pie cojeabas. «Un duro a la semana; mientras no lo gane no tendré más», ya ves, qué bonito, que tu padre, no es que yo lo diga, cariño, que toda la ciudad andaba en lenguas, tenía fama de roñoso, y Dios me libre de pensar que lo fueras tú, pero si tú, por tu formación o por lo que sea, no sentías necesidades, eso no quiere decir que no las sintiésemos los demás, que yo, hablando en plata, estaba acostumbrada a otra cosa, que no es que yo lo diga, que cualquiera que me conozca un poco te lo puede decir. Créeme, Mario, todavía me duelen las plantas de los pies de patear calles, y si llovía, a los soportales, y si helaba, al calorcillo de los respiraderos de los cafés. Sinceramente, ¿tú crees que ése era plan para una chica de clase media más bien alta? No nos engañemos, Mario, las cosas salen de dentro y tú, desde que te conocí, tuviste gustos proletarios, porque no me digas que al demonio se le ocurre ir al Instituto en bicicleta. Dime la verdad, ¿te correspondía eso a ti? Desengáñate, Mario, cariño, la bici no es para los de tu clase, que cada vez que te veía se me abrían las carnes, créeme, y no te digo nada cuando pusiste la sillita en la barra para el niño, te hubiese matado, que me hiciste llorar y todo. ¡Qué sofocón, cielo santo! Valen llegó un día con mucho retintín: «He visto a Mario con el niño», que yo no sabía dónde meterme, te lo prometo, «Ahora le ha dado por ahí, ya ves, manías», a ver qué otra cosa podía decirle. No quiero pensar que hicieras esto por humillarme, Mario, pero me duele que nunca lo consultases conmigo, se te antojaba y, zas, lo mismo que lo del método, que uno no se puede poner el mundo por montera, cada cual ha de vivir en sociedad como le corresponde. La categoría obliga, tonto de capirote, y un catedrático, no te digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo, que el mismo Antonio, cuando le hicieron director, aunque con mucha vaselina ya te lo vino a decir, que a buen entendedor, que la bici sobraba, pero tú erre que erre, que para ti no hay Antonio ni Antonias, como yo digo. Y aún te diré más, a mí no hay quien me quite de la cabeza que cuando Antonio te formó expediente, aparte otras razones, que yo no me meto, es porque te tomó un poco de manía, ya ves. Es lo mismo que con Bertrán, ¿tú crees que está ni medio bien que un catedrático se deje ver en público con un bedel? Pues naturalmente que no, botarate, que no parece sino que una fuese una rara, lo mismo que lo de poneros de palique, pues no señor, a lo sumo «buenos días» o «buenas tardes», no por nada, sencillamente porque son dos mundos,

dos idiomas distintos. Bueno, pues tú venga de tirarle de la lengua, conque si ganaba mucho o poco, calentándole la cabeza, nada más que eso, que si en vez de preocuparte tanto por saber lo que ganaban los demás te hubieras preocupado un poco más de ganarlo tú, otro gallo nos cantara, que, en resumidas cuentas, si Bertrán ganaba poco, ¿cómo vas a comparar? Él, en su clase, puede ir en zapatillas, de cualquier manera, mientras que tú tienes que guardar las apariencias, a ver, a tono con tu categoría, por más que con eso de la ropa también me hayas hecho desesperar más que otro poco.

III

Prendiste mi corazón, hermana, esposa, prendiste mi corazón en una de tus miradas, en una de las perlas de tu collar, y sí, todo eso estará muy bien, Mario, que no lo discuto, pero dime una cosa, anda, por favor, por qué no me leíste nunca tus versos ni me dijiste tan siquiera que los hacías. De no ser por Elviro, yo en la inopia, fíjate, pero es que ni idea, y luego resulta que hacías versos y Elviro me dijo que una vez dedicaste uno a mis ojos, ¡qué ilusión! Me lo dijo Elviro, ya ves, un día, sin venir a cuento, me dijo: «¿Te lee Mario sus versos?», y yo en la luna, «¿Qué versos?», y él, entonces, me dijo, me lo dijo, te lo juro, «Conociéndote no me choca que haya dedicado uno a tus ojos», que yo me puse colorada y todo, pero por la noche, cuando te los pedí, tú que nones, «Debilidades, son blandos y sentimentales», que no sé a qué ton tenéis ahora tanta ojeriza a los sentimientos, hijo, que me sentó como un tiro tu desconfianza, para que lo sepas, y por más que insistí, que esos versos no eran para los demás, mira tú que salida, como si se pudiera escribir para nadie. Tienes muchas cabezonadas de esas, cariño, que es lo que yo digo, si las palabras no se las dices a alguien no son nada, botarate, como ruidos, a ver, o como garabatos, tú dirás. ¡Benditas palabras, la guerra que te han dado a ti las palabras, que no es decir de hoy, desde que te conozco! No lo creerás, Mario, que bien calladito me lo tenía, pero si yo entraba a veces donde la tertulia, que menuda humareda, hijo, era por oír lo que decíais, que a mí no me la dais, que podéis decir misa, pero a mí no hay quien me saque de la cabeza que hablabais de mujeres y cada vez que yo aparecía cambiabais de conversación, que los hombres sois así, todos iguales. Y no sé si sería casualidad o la contraseña, adivina, pero tú, cada vez que asomaba la nariz, ya se sabe, del dinero, que si era astuto o si era egoísta, y si no era del dinero, de las palabras, fijo, y mal, por supuesto, cosas raras, que si a los hombres Dios no les hizo malos pero las palabras los confundían, que yo no saltaba de milagro, que ahí tienes al hijo de la señora Felipa, sordomudo de nacimiento, y todavía «que ¿qué?», pues ya ves, con un hacha a su hermano, ¿te parece poco?, y tú «Deja en paz esas cosas», que siempre me ha dolido tu pobre concepto de mí, Mario, como si yo fuera una ignorante o cosa parecida. Pero todo te lo perdono menos que no me leyeras tus versos, que aquí, para inter nos, te diré que a veces pienso que los escribías para Encarna y pierdo la cabeza, lo reconozco, porque una palabra que no se dice a nadie es como salir a la calle dando voces al buen tuntún, a ver, a lo loco, y tú entonces estabas bien, que lo otro fue

mucho más tarde, y no es que yo diga que lo otro fuese nada importante, que va, ni muchísimo menos, una pataleta de niño consentido, porque tú me dirás, si no te dolía nada, ni tenías fiebre, ¿qué clase de enfermedad era ésa? Te digo mi verdad, si de algo me arrepiento es de haber estado veintitrés años pendiente de ti, como una mártir, que si yo hubiese sido más dura, otro gallo me cantara. Ya lo decía Transi, «¿Qué es lo que ves en ese sietemesino?», ¿y sabes lo que veía, Mario, quieres saberlo?, pues un chico muy flaco, como hambriento de cariño, ya ves tú, con los ojos tristes y los tacones roídos, que destrozas el calzado, hijo, que contigo no hay zapato que resista, y luego, a cada vuelta, unas miradas que partías el corazón, ¿eh?, y todavía más pena cuando el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía si íbamos con Paco Álvarez o con cualquier otro. Y Transi, «No me digas, hija, si parece un espantapájaros», que tú venga de mirar como un pobrecillo, que tienes unos ojos que engañan, Mario, te lo prometo, y yo con diecisiete años, tú me dirás, dos menos que Menchu, lo que se dice una niña, que a esa edad, ya se sabe, lo que más puede enorgullecer a una mujer es sentirse imprescindible, que recuerdo que yo me decía: «Ese chico me necesita, podría matarse, si no», una tontería, desde luego, romanticismos. Luego sí, lo reconozco, me colé de medio a medio, como una tonta, que para sabido, que tú con tu cátedra y tus amigos tenías bastante, porque ¿para qué me necesitabas a mí, vamos a ver? Para lo que hacíamos cada semana, no, desde luego, para eso cualquiera, inclusive mejor otra que yo; que yo, de sobras, los días malos, impasible, y los buenos, para inter nos, eras como un monstruo, que hay que ver cómo os ponéis, hala, a lo bruto, las cosas que decís, eso si no estabas pensando en otra, una obsesión, Mario, no lo puedo remediar. Porque en la tertulia hablabais de otras, Mario, no me lo niegues, que bien que le oí al Aróstegui ese, y parece un muchacho educado, ya ves, que «la libertad era como una puta en manos del dinero», mira qué palabritas, y ni disculparse cuando me vio, por supuesto, claro que qué se le va a pedir, hechuras de don Nicolás, eso, que se creen que por ser jóvenes ya tienen derecho a todo, avasallando, y tú que «un joven rebelde», rebelde ¿de qué?, porque a ver de qué se van a quejar, tú dirás, se les ha dado todo hecho, viven en orden y en paz, cada día más regalados, que todo el mundo lo dice, y tú chitón, o en clave, para no perder la costumbre, «quieren voz» o «quieren responsabilidades» o «probarse; saber si saben convivir», frases, porque ¿puedes decirme, cariño, que es lo que quieres decir con eso? Querer no sé lo que querrán, lo que sí te puedo decir es que deberían tener más respeto y un poquito más de consideración, que hasta el mismo Mario, tú lo estás viendo, y de sobras sé que es muy joven, pero una vez que se tuerza, ¿puedes

decirme quién lo endereza? Los malos ejemplos, cariño, que no me canso de repetírtelo, y no es que vaya a decir ahora que Mario sea un caso perdido, ni mucho menos, que a su manera es cariñoso, pero no me digas cómo se pone cada vez que habla, si se le salen los ojos de las órbitas, con las «patrioterías» y los «fariseísmos», que el día que le oí defender el Estado laico casi me desmayo, Mario, palabra, que hasta ahí podíamos llegar. Desde luego, la Universidad no les prueba a estos chicos, desengáñate, les meten muchas ideas raras allí, por mucho que digáis, que mamá, que en paz descanse, ponía el dedo en la llaga, «La instrucción, en el colegio; la educación, en casa», que a mamá, no es porque yo lo diga, no se le iba una. Pero tú les das demasiadas alas a los niños, Mario, y con los niños hay que ser inflexibles, que aunque de momento les duela, a la larga lo agradecen. Mira Mario, veintidós años y todo el día de Dios leyendo o pensando, y leer y pensar es malo, cariño, convéncete, y sus amigos ídem de lienzo, que me dan miedo, la verdad. No nos engañemos, Mario, pero la mayor parte de los chicos son hoy medio rojos, que yo no sé lo que les pasa, tienen la cabeza loca, llena de ideas estrambóticas sobre la libertad y el diálogo y esas cosas de que hablan ellos. ¡Dios mío, hace unos años, acuérdate! Ahora no le hables a un muchacho de la guerra, Mario, y ya sé que la guerra es horrible, cariño, pero al fin y al cabo es oficio de valientes, que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá, «Máquinas, no; pero valores espirituales y decencia, para exportar». Y tocante a valores religiosos, tres cuartos de lo mismo, Mario, que somos los más católicos del mundo y los más buenos, que hasta el Papa lo dijo, mira en otros lados, divorcios y adulterios, que no conocen la vergüenza ni por el forro. Aquí, gracias a Dios, de eso, fuera de cuatro pelanduscas, nada, tú lo sabes, mírame a mí, es que ni se me pasa por la imaginación, ¿eh?, no hace falta que te lo diga, porque ocasiones, ya ves Eliseo San Juan, qué persecución la de este hombre, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», es una cosa mala, pero él lo dice por decir, a ver, de sobras sabe que pierde el tiempo, a buena parte va, ¡menuda! Y Eliseo no está nada mal, mira Valen, «Como animal no tiene desperdicio», que es un tipazo, ya ves qué cosas, pero yo ni caso, como si no fuese conmigo, ni por Eliseo ni por San Eliseo, te lo juro. Los principios son los principios y Valen, por mucho que diga, más honesta que nadie, hablar por hablar, ya ves la otra noche tú, en su fiesta, no la dejaste ni a sol ni a sombra, que a saber dónde os fuisteis cuando salisteis del salón. No deberías beber así, cariño, que bebiste de más, y no sería porque no te lo advirtiese, «Déjalo ya, déjalo ya», pero estabas imposible, y Valentina «ji, ji, ji», «ja, ja, ja», que es un cielo, Valen, cómo se adapta, y que te dejase,

que estabas muy divertido, ¡ya!, pero cuando empezaste a disparar corchos de champán, desde el balcón, contra las farolas, te hubiese matado, fíjate, que no son formas, que yo cualquier cosa antes que perder los modales, es cuestión de educación, en casa me lo grabaron a fuego y ya ves. Pero el propio Antonio andaba desazonado, se lo dijo a Vicente, que ni se dio cuenta de que estaba yo, «Me parece que Mario se está propasando», ya lo oyes, y ya sé que Antonio no es santo de tu devoción, por lo del expediente, a ver, no digas que no, eso está claro, pero di tú qué podía hacer él, que es un chico bien bueno, digas lo que digas, de derechas de toda la vida, mamá siempre lo decía, que mamá, no es porque yo lo diga, tenía unos puntos de vista muy originales y muy modernos, no sé cómo explicarte, por ejemplo, yo le decía «Ese chico me necesita», por ti, lógico, y ella, «Nena, no confundas el amor con la compasión», figúrate la pobre, después de lo de Julia con Galli, cualquier cosa, que, bien pensado, lo de Julia fue una campanada de las gordas, sólo de recordarlo me muero de vergüenza, ya ves. Claro que tú, enseguida, con tu comprensión, que no sé por qué tanta con unos y tan poca con otros, mira Antonio y Oyarzun, y todavía Antonio, pase, pero con Higinio, tú dirás, un muchacho que en la guerra se portó estupendamente, abierto y simpático, como no hay dos, bueno, pues «un tiralevitas y un correveidile», que en eso os entretendréis en la tertulia, que no tendréis mejor cosa que hacer, como yo digo, que a los hombres lo que os molesta es que llegue uno de fuera y os coma la partida, que en definitiva es eso, un hombre que llega con lo puesto y a los cuatro días un Doscaballos, seamos sinceros, que eso es lo que no le perdonáis, porque te pones a ver y Oyarzun trabaja como un burro, que si no tiene cinco cargos tiene seis y por lo menos tres de responsabilidad. ¿Qué importancia tiene que llegara aquí sin dos reales? Higinio, vale, y si, de entrada, le cayó en gracia a Fito, miel sobre hojuelas, que en la mano lo tuviste tú, tonto del higo, no lo olvides, y por testarudez lo echaste todo a rodar, que él bien que te tendió un cable y tú, haciéndote el loco, como si nada, ni más ni menos, que, por si fuera poco, luego te enconaste con él y acabaste de arreglarlo, que si tú, entonces, te pones a buenas y le llevas con un poquito de mano izquierda, nada más que eso, sabe Dios dónde hubieras podido llegar. Pero ¿por qué ponerte gallito? ¿No era un favor, en definitiva, lo que Fito quería hacerte? Pues tú, no señor, «Conmigo no se juega», «Yo no apuesto donde no puedo ganar», frases, que como testarudo no tienes precio, hijo, que nunca te diste arte para ganar amigos, reconócelo, y luego que estás solo, a ver qué quieres, los cuatro indocumentados de la tertulia y para de contar. Y los amigos, ya lo decía la pobre mamá, que en paz descanse, pueden valer más que una carrera, y tiene más razón que un santo, Mario, a las pruebas me remito, tú me dirás.

IV

Si hubiera en medio de ti un necesitado de entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yavé, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades. Transi fue la que me lo dijo, Mario, figúrate, antes de hacernos novios, que ya ha llovido, que tu padre prestaba dinero a interés, claro que yo en esto ni entro ni salgo, que también lo prestan los bancos y es una cosa legal. Y a mí no me pareció mala persona tu padre cuando le conocí, te lo juro, que, sinceramente, iba dispuesta a lo peor y luego un infeliz, un poco chiflado, quizá, a lo mejor por lo de Elviro y José María, vete a saber, ¿recuerdas?, «Fui yo quien no le dejó ir a la oficina. Salir el lunes a la calle era una temeridad», y así todo el tiempo, que tu madre, muy entera, «¡A callar! ¿No me oyes, Elviro? ¡a callar!», pero él, dale que te pego, pesadísimo, como una cotorra, igual. A poco llegaste tú y, pisándote los talones, Gaudencio Moral, hecho una pena, todo rasgado y así, que acababa de pasarse de los rojos por el monte, ¿recuerdas?, y fue quien nos dijo lo de Elviro, vaya una tardecita, madre mía, duelo sobre duelo, que yo pensaba «¿Qué hará Mario al verme?», en medio de todo me hacía ilusiones, pánfila de mí, total para nada, entraste y ni mirarme, sólo a tu madre, «Dios lo ha querido así; es como una catástrofe y nos ha tocado la china, tienes que sobreponerte», vaya una manera de consolarla, y yo, a todo esto, encogida en un rincón, como una pasmada, a ver. Después de mucho te volviste, que yo pensé «Ahora», pero ya, ya, «Hola» y ya está, siempre lo mismo, que a seco y despegado no te gana nadie, cariño. Y no es que yo pretendiera que me besases, que eso no te lo hubiera consentido ni a ti ni a nadie, estaría bueno, pero un poquirritín más efusivo, sí, que inclusive pensaba, por qué te voy a decir lo contrario, «Me cogerá las dos manos y me las apretará. Al fin y al cabo es una desgracia tremenda», pero, sí, sí, «Hola» y gracias. Es lo mismo que cuando acabó la guerra, al principio mucho mirarme en el cine, que yo extrañada, «¿Tendré monos en la cara?», pero un buen día te pusiste gafas, que a buena hora si te veo antes, y ni eso. Y en el parque, por las mañanas, ídem de lienzo, no me digas, dale con el «amor mío» y el «cariño» como un disco rayado, cursiladas, que no se te podía ocurrir nada más original, hijo de mi vida, muchas poesías, pero para la novia la copla de siempre, que yo a veces me decía, te lo prometo, «No le gusto; no le gusto ni pizca», toda preocupada, lógico. ¡Buena diferencia con los Viejos!, si te contara. Gabriel y Evaristo no es que fueran muy viejos,

pero en comparación, y desde luego eran unos frescos, que la tarde que nos llevaron al estudio, a la buhardilla aquella, no podía parar, el corazón paf, paf, paf y Transi tan tranquila, no te creas, quién la iba a decir a ella, se bebió dos copas de pipermint, como si nada, y cuando nos enseñaban los cuadros con las mujeres desnudas, venga de comentar, «Éste está muy bien resuelto» o «Éste es una maravilla de luz», la muy carota, que yo, como te lo digo, ni despegar los labios, que me parecía todo una sinvergonzada. Y cuando pusieron de pie todos los cuadros con las mujeres desnudas, la que más con un collar o un clavel en el pelo, imagina, yo no sabía dónde mirar, y, de repente, Gabriel me plantó una manaza toda peluda en la pierna y «¿Tú qué dices, nena?», que yo rígida, palabra, me quedé sin respiración, lo que se dice ni pío, ni mover un dedo siquiera, que Gabriel «¿Otra copita?», ya ves, que, mientras, Evaristo le pasó el brazo por los hombros a Transi y que le gustaría hacerle un retrato, y Transi, como si tal cosa, «¿Como el de la chica del clavel en el pelo?», y Evaristo para qué quería más, «Ése», dijo, que Transi se moría de risa, «Pero un poco más vestida, ¿no?», y Evaristo venga de reír también, «¿Y eso por qué, nena? Esto es arte, ¿no te das cuenta?» Pero Gabriel no retiraba la mano ni por cuanto hay, que a mí me daba rabia sentir que me iba poniendo colorada, date cuenta, y cuando dijo, mirándome la poitrine con todo descaro, «A ésta, uno de busto», menudo sinvergüenza, creí que iba a estallar, que ya se lo dije a Transi en la escalera: «Ni loca vuelvo a salir con los Viejos, te lo juro; son un par de aprovechados». Pero Transi entusiasmada, pásmate, como borracha, «Evaristo tiene talento y es muy simpático», la muy pava, que a Evaristo la que le gustaba era yo, se notaba a la legua, que cada vez que nos paraban en la calle y nos decían «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el verano pasado erais unas crías», me miraba a mí y no a Transi, pero con un desahogo que no veas cosa igual. Ahora, que ella crea lo que quiera, a mí plin, que al fin y al cabo eran dos viejos, figúrate que su quinta no la llamaron hasta final de la guerra en febrero del 39, me parece, y entonces se enchufaron en oficinas militares, que ni fueron al frente ni nada, que eso, para mí, definitivo, ni les volví a mirar a la cara, palabra, que luego cuando tú y yo nos hicimos novios, Transi todo el día con ellos, que yo creo que ya andaba colada, fíjate, y una tarde se presentó en casa como loca, «Evaristo me está pintando un retrato», y yo horrorizada, «¿Desnuda?», y ella «No, mujer, ligerita, aunque a él le gustaría más del todo porque dice que tengo una figura muy bonita». Transi siempre fue un poco así, no te digo fresca, pero no sé, como impulsiva, que yo recuerdo sus besos cada vez que estaba algo pachucha, en la boca, ya ves, y como apretados, como de hombre, raros desde luego, «Menchu, tienes fiebre», decía, pero de cariño, ¿eh?, que los hombres sois muy mal pensados. Sin que salga de

entre nosotros, te diré que a mí me hubiera gustado que me besaras más a menudo, calamidad, de casados, claro, se sobreentiende, pero ya desde novios fuiste frío conmigo, cariño, y eso que cada vez que te veía en pleno verano con el periódico, antes de decirte que «sí», en el banco de enfrente de casa, como si nada, te imaginaba mucho más fogoso, palabra. Pero un buen día te dije que «sí» y se acabó, mano de santo, como yo digo. Es cierto que todavía quedaba lo del cine, cuando me mirabas todo el tiempo, que yo pensaba: «¿Tendré monos en la cara?», pero de repente te pusiste gafas, que menuda desilusión, y si te he visto, no me acuerdo. Yo creo que en eso te parecías a Elviro, de siempre lo he dicho, que a Elviro, por mucho que quiera, me es imposible imaginármelo haciendo el tonto con Encarna, con aquel aire tan superferolítico, tan flaco, que parecía como que un golpe de viento le fuera a tronchar, y luego, tan encorvado, tan miope... Físicamente, tu hermano Elviro valía bien poquito, la verdad, infinitamente menos que José María, dónde va, que, como hombre, José María no estaba nada mal, el mejor de los tres, con mucho, y si contamos a las chicas, de los cuatro, porque no me digas, que Charo, la pobre, es un ser bien desapercibido, salta a la vista, para qué engañarnos, y mucho es por dejadez, como lo oyes, que a Charo la pones derecha, con un sujetador como Dios manda y le quitas unos filetes de las pantorrillas, que hoy día la cirugía estética hace milagros, mira Bene, y otra. Más difícil es lo de la voz, ya lo sé, tan delgadita, como un hilo, y pronunciando tanto, que parece como que hablara siempre con sordomudos, y mucho peor hoy, imagina, que se lleva ronca, como de hombre... Tu hermana no tiene mucho atractivo, Mario, las cosas claras, y además es roñosa, como tu padre, que otros defectos, pasen, pero el roñoso me abre las carnes, te lo prometo, es que no puedo. Desde luego, José María era el mejor, buena diferencia, me río sólo de acordarme cómo huía de él cada vez que me lo tropezaba en la calle, que le conocía de Correos, ya ves, cosas de chicas, tú dirás, de ir a verle empaquetar, que Transi decía: «Está bárbaro; tiene una manera de mirar que marea». Y llevaba razón, Mario, no lo querrás creer, que yo no sé si eran sus movimientos, o sus ojos, o su manera de fruncir los labios, como una raya, pero tu hermano, sin ser lo que se dice guapo, era resultón, no sé cómo explicarte, que a veces pienso que no es posible que Elviro, José María y tú fueseis hijos del mismo padre y de la misma madre, menuda malicia se gastaba el pollo, era un algo especial, que ni Elviro ni tú habéis tenido nunca, qué sé yo, como si las pestañas suavizaran la mirada, como si acariciase sin tocar, yo me entiendo. Desde luego, tenía unos ojos bonitos José María, y no es que fueran muy claros, entiéndeme, pero el borde como amarillento de las pupilas le daba una expresión felina, que Transi decía, lo recuerdo como si fuera hoy,

veinticinco años, fíjate, «Traspasa como si fueran rayos X», y era verdad, que yo, mirarme y ponerme encarnada era todo uno, ¡qué poder!, hasta el día que se plantó y me dijo de sopetón: «¿No eres tú, pequeña, la chica que le gusta a mi hermano Mario?», que yo, no quieras saber, ni contestar, salí despepitada y no paré de correr hasta la plaza, que Transi, sin dejarlo, «¿Estás tonta?», pero yo ni sabía lo que hacía, como atontada, otro estilín que Gabriel y Evaristo, desde luego, pero mirarme José María y perder la cabeza era todo uno. Desde entonces, cada vez que me le encontraba en la calle, pescaba a correr y me metía en un portal, que él ni se daba cuenta, que si no, menuda, hubiera sido peor, y Transi, la muy tonta, me viene una noche, «¿Sabes lo que pienso? Que a ti el que te gusta es José María y no Mario», ya ves qué majadería. Una es muy complicada, desde luego, y como hombre, puede, una atracción, pero lo tuyo era otra cosa, no sé cómo explicarte, físicamente eras del montón, ya lo sabes, pero tenías algo, qué sé yo, tampoco para ponerse como Transi, una pesada, «Échale, anda, ¿no le ves?, parece un espantapájaros», ni tanto ni tan calvo, que lo que ella quería era que se acercasen Gabriel y Evaristo, o el mismo Paco, que era un guasón, que estaba siempre de broma y era una juerga con él porque trabucaba las palabras, que me gustaría que le vieses ahora, otro hombre. A mí, Paco, para pasar el rato, pero nada más, que él sería divertido, no lo niego, pero su familia era un poco así, de medio pelo, ya me entiendes, y de que le escarbabas un poco enseguida asomaba el bruto. Y yo, otra cosa no, pero cada cual con los de su clase, buena era mamá, desde chiquitina, fíjate, al tiempo que a rezar, «Casarse con un primo hermano o con un hombre de clase inferior es hacer oposiciones a la desgracia», date cuenta, y yo no estaba por la labor, que no es que vaya a decir que tú fueses un marqués, clase media, eso, más bien baja si quieres, pero gente educada, de carrera, que te confieso que con mamá anduve frita, menos mal que todavía estaba asustada con lo de Julia y Galli Constantino, y no me extraña, que lo de Julia fue una campanada de las gordas, menudo escándalo, pero mamá provenía de una familia muy acomodada de Santander, y hecha a lo mejor. Mamá era una verdadera señora, Mario, tú la conociste y, antes, ¡para qué te voy a decir!, que me gustaría que la hubieras visto recibir antes de la guerra, qué fiestas, qué trajes, un empaque que no veas cosa igual, no hay más que ver cómo murió, yo se lo decía a papá, «Ha muerto como se duermen las actrices en el cine», pero igualito, ¿eh?, ni un mal gesto, ni un ronquido, fíjate, que eso del estertor parece de cajón, pues ni eso, como te lo digo, que yo temblaba cuando fue a conocer a tus padres y nada, «Parecen buena gente», que yo respiré y aproveché para decirle lo de tu padre, Mario, lo de prestamista y eso, que no te debe molestar, creo yo, porque entre madre e hija ya se sabe, y yo con

mamá más todavía, y ella arrugó un poco la nariz, un gesto muy suyo, Mario, que la hacía muy graciosa, «¿Prestamista?», pero enseguida, al minuto, se rehízo, «Con ese chico, ya todo un catedrático, puedes ser feliz, hija», como lo oyes, Mario, que yo me puse como loca, natural. Tú mirabas a mamá con prevención, Mario, a ver si no, pero eres un desagradecido porque ella siempre estuvo de tu parte, y el mismo papá si me apuras, que a papá sólo le preocupaban las ideas políticas de tu familia, y me lo explico muy bien, menudo nido, hijo, para sabido. Ya estaba bien con lo de prestamista, creo yo, y con lo de José María, que mi bochorno pasé, las cosas como son, que cuando se presentó Gaudencio con la noticia de Elviro casi me alegré, fíjate, bueno, alegrarme, no, por supuesto, qué tontería, pero me compensó, te lo aseguro, porque estaba harta, en la calle, «A tu cuñado lo han paseado por rojo», con segundas, a ver, pero yo tan terne, «Y al mayor le han matado en Madrid, en la Cuesta de las Perdices, con dos días de diferencia, figúrate qué espanto». Y todas se quedaban heladas, Mario, te lo prometo, que yo casi disfrutaba, te doy mi palabra de honor.

V

Venid y ver las obras de Yavé, los prodigios que ha ejecutado él sobre la Tierra. Él es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la Tierra. Él rompe el arco, tronza la lanza y hace arder los escudos en el fuego, aunque yo, por mucho que digáis, lo pasé bien bien en la guerra, oye, no sé si seré demasiado ligera o qué, pero pasé unos años estupendos, los mejores de mi vida, no me digas, todo el mundo como de vacaciones, la calle llena de chicos, y aquel barullo. Ni los bombardeos me importaban, ya ves, ni me daban miedo ni nada, que las había que chillaban como locas cada vez que sonaban las sirenas. Yo no, palabra, todo me divertía, aunque contigo ni entonces ni después se podía hablar, que cada vez que empezaba con esto, tú, «Calla, por favor», punto en boca, que te pones a ver, Mario, querido, y conversaciones serias, lo que se dice conversaciones serias, bien pocas hemos tenido. La ropa te traía sin cuidado, el coche no digamos, las fiestas otro tanto, la guerra, que fue una Cruzada, que todo el mundo lo dice, te parecía una tragedia, total que como no hablásemos del dinero astuto o de las estructuras y esas historias, tú a callar. Y con los niños, tres cuartos de lo mismo, que había que verte, si yo te contaba una ocurrencia de Borja o de Aránzazu, al principio, bien, pero al minuto salías con que te preocupaba ese chico o que qué iba a ser de esa chica, siempre la misma copla, que me aburrías, cariño, con tus tribulaciones. Don Presagios, como dice Valen con mucha razón. ¡Si hubieras oído a Borja ayer! «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio.» ¿Qué te parece? Pero así, como te lo estoy diciendo, delante de todo el mundo, que me dejó parada, la verdad. Le pegué una paliza de muerte, créeme, porque si hay algo que me pueda es un niño sin sentimientos, que son seis añitos, ya lo sé, no lo discuto, pero si a los seis años no los corriges, ¿quieres decirme dónde pueden llegar? Bueno, pues tú con tus blanduras, déjale, la vida ya le enseñará lo que es sufrir, estamos buenos, consintiéndoles todo, riéndoles las gracias, que así pasa luego lo que pasa. Porque no me vengas ahora con Álvaro, que lo de Álvaro y lo de la misma Menchu no son más que niñerías, a ver qué de particular tiene que un niño te pregunte si es verdad que tú y yo y Mario y Menchu y Borja y Aran y la tía Encarna y la tía Charo y la Doro y todos nos vamos a morir, que tú, había que verte, un mundo, cosa más natural en una criatura, «Bueno, dentro de muchísimos, muchísimos años», a ver a qué ton, que al fin y al cabo un buen cristiano, por más que ahora esté todo revuelto con eso del Concilio, debe meditar en la muerte a toda hora y vivir pensando que

ha de morir, pues estaríamos arreglados. No me vengas con filigranas y métetelo en la cabeza, Mario, únicamente el miedo a la perdición eterna es lo que nos frena, que así ha sido siempre y así será, cariño, que ahora parece como que os disgustase que se predique sobre el infierno, que no tendréis la conciencia muy tranquila, creo yo, dichoso Concilio que todo lo está poniendo patas arriba, ya ves, la Iglesia de los pobres, que buenos están los pobres, como yo digo, y los que no somos pobres, ¿qué? Bueno, pues tú, dale con que era anormal que un niño tan chico pensase esas cosas, ya ves, como lo de llamar sotas a los soldados o marcharse al campo solo a hacer una hoguera, ¿qué de particular tiene? «Hay que llevarle al médico», qué ocurrencia, imagínate si a cada niño que le dé la idea de hacer una hoguera hubiese que llevarle al médico, lo mismo que lo de Menchu con los estudios, a la niña no la tiran los libros y yo la alabo el gusto, porque en definitiva, ¿para qué va a estudiar una mujer, Mario, si puede saberse? ¿Qué saca en limpio con ello, dime? Hacerse un marimacho, ni más ni menos, que una chica universitaria es una chica sin femineidad, no le des más vueltas, que para mí una chica que estudia es una chica sin sexy, no es lo suyo, vaya, convéncete. ¿Estudié yo, además? Pues mira, tú no me hiciste ascos, que a la hora de la verdad, con todo vuestro golpe de intelectuales, lo que buscáis es una mujer de su casa, eso, y no me digas que no, que menudos ojos de carnero degollado me ponías, hijo, que dabas lástima, y, en el fondo, si me conoces en la Universidad hubieras hecho fu, como el gato, a ver, que a los hombres se os ve venir de lejos, y si hay algo que lastime vuestro amor propio es tropezar con una chica que os dé ciento y raya en eso de los libros. Mira Paquito Álvarez sin ir más lejos, cada vez que empleaba mal una palabra y yo le corregía se ponía loco, aunque aparentase echarlo a broma, ya, ya, bromas, claro que Paco procedía de un medio artesano y encajaba mal los golpes, eso también es verdad. ¿Sabes lo que decía mamá a este respecto? Decía, verás, decía, «A una muchacha bien, le sobra con saber pisar, saber mirar y saber sonreír, y estas cosas no las enseña el mejor catedrático». ¿Qué te parece? A Julia y a mí nos hacía andar todas las mañanas diez minutos por el pasillo con un librote en la cabeza y decía con mucha guasa: «¿Veis cómo los libros también pueden servir para algo?». Pues, lo que oyes, saber pisar, saber mirar y saber sonreír: no cabe, me parece a mí, resumir el ideal de femineidad en menos palabras, por más que tú a mamá nunca la tomaste en serio, que es una de las cosas que más me duelen, porque mamá, aparte inteligente, que era excepcional, papá mismo lo dice, que no es cosa mía, tenía unos modales y un señorío que no se improvisan. A mí me maravillaba, te lo confieso, su facilidad para hacerse cargo de una situación y su tino para catalogar a un individuo, y todo pura intuición, que de estudios,

nada, ya lo sabes, es decir, se educó en las Damas Negras, y estuvo un año en Francia, en Dublín creo, no me hagas caso, pero sabía el francés a la perfección, lo leía de corrido, pásmate, igualito que el castellano. Y es lo que yo me pregunto, Mario, ¿por qué Menchu no puede salir a mamá? Pero contigo no hay razones, Mario, cada suspenso una catástrofe, «Y eso que me tiene a mí en el masculino», dale, cuando de sobra sabes que hoy no es como ayer, que se está perdiendo hasta el compañerismo, que hoy el que aprueba tiene que saber más que el profesor, y si Menchu saca la reválida de cuarto la próxima convocatoria, ya está bien, que hay muchas que a los dieciocho años todavía no han empezado el grado, para que te enteres, ahí tienes a Mercedes Villar, y no es tonta. Y cuando acabe, si Dios me da medios, que ésa es otra, la lanzaré, en cuanto se quite el luto, fíjate, que no es cosa de desperdiciar los mejores años, pero nada de trabajar, otra manía, que Dios te haya perdonado, Mario, porque, ¿desde cuándo trabajan las señoritas? Si en tu mano estuviera, la gente bien iríamos de tumbo en tumbo hasta confundirnos con los artesanos, que la niña no tendrá necesidad de eso, cariño, viviremos modestamente, eso sí, pero con una modestia digna, que más vale una modestia digna que un confort alcanzado a cualquier precio. El franchute ese, el Perret, o como se llame, os metió unas ideas estrambóticas en la cabeza, Mario, que tú y el Aróstegui y el Moyano y el propio don Nicolás siempre miráis con la boca abierta todo lo que viene de fuera, que sois unos papanatas, y ya sé que en el extranjero trabajan las chicas, pero aquello es una confusión, ni principios ni nada, que debemos defender lo nuestro hasta con las uñas si fuera preciso. Los extranjerotes esos, con todos sus adelantos, nada tienen que enseñarnos, que si vienen aquí, como dice papá, es a comer caliente y nada más que a eso, que es una vergüenza las playas, y el Perret, si pudiera, ya daría marcha atrás en su país, y resucitaría el señorío, que a la legua se ve que viene de gente bien, pero como no puede, que se fastidien todos, que es el camino mas fácil. Recuerda el artículo de papá, que lo tengo recortado, una maravilla, cada vez que lo leo se me pone la carne de gallina, fíjate, y ese final, «Máquinas, quizás no; pero valores espirituales y decencia, para exportar», que es la pura verdad, y tocante a valores religiosos, no digamos, Mario, cariño, lo que pasa es que ahora os ha dado la monomanía de la cultura y andáis revolviendo cielo y tierra para que los pobres estudien, otra equivocación, que a los pobres les sacas de su centro y no te sirven ni para finos ni para bastos, les echáis a perder, convéncete, enseguida quieren ser señores y eso no puede ser, cada uno debe arreglárselas dentro de su clase, como se hizo siempre, que me hacéis gracia con esa campaña de *El Correo*, que yo no sé como no lo cierran de una vez, la verdad, para que todos los chicos, ricos y

pobres, puedan ir a la Universidad, menudo lío, que eso es una sandez, y perdona mi franqueza, algún día me darás la razón, que el don Nicolás ese, que Dios confunda, os está enredando a todos y, a la chita callando, está haciendo su juego, porque, por si lo quieres saber, él es de una extracción humildísima, su madre lavandera o algo peor, imagina, y aunque en el periódico, por la cuenta que le trae, dé una de cal y otra de arena, don Nicolás es un tipo torcido, de la cáscara amarga, te lo digo yo, no te importe que vaya a misa, para disimular, a ver, pero cuando la guerra, por si lo quieres saber, estuvo preso, y si no lo fusilaron fue por misericordia, que él, en lugar de agradecerlo, que es lo que debía hacer, anda a lo suyo, malmetiendo a unos y a otros con su periodicucho, y por si fuera poco Oyarzun dice ahora que es librepensador, lo que le faltaba, ya ves tú, que todas estas cosas las traman los librepensadores, Mario, desengáñate. Desde luego, cuando le destituyeron fue por librepensador, eso seguro, aunque luego el Moyano, en vez de afeitarse esas barbas asquerosas, saliera con una de sus gracias, que a mí no me hacen ninguna, de que cómo iba a ser librepensador un hombre que mea agua bendita, ya ves qué ordinariez. Precisamente los librepensadores se distinguen por eso, porque no lo parecen, se van metiendo sin darte cuenta y te dan el pego, que si fueran por ahí chillando a voz en cuello «Yo soy librepensador» les cerrarían todas las puertas, lógico, como los comunistas, a lo suyo, ellos se meten, se meten y cuando te quieres dar cuenta te han comido la partida. Por eso y nada más que por eso, me dolía, cariño, que escribieses en *El Correo* en ese tono, porque a lo bobo, a lo bobo, estabas haciendo el caldo gordo a las fuerzas del mal, que todavía si te pagasen, pero, ya ves, veinte duros por artículo, una miseria, que no compensa, que, luego, cada vez que te veía comulgar me aterraba pensando que pudieras estar cometiendo un sacrilegio, fíjate, que nunca te lo dije, porque hay cosas que no pueden conciliarse, Mario, por ejemplo Dios y *El Correo*, que eso es como ponerle una vela a Dios y otra al diablo. Y ten por seguro que don Nicolás, cada vez que comulga lo hace en pecado mortal, porque don Nicolás es una mala persona, y si te entró por el ojo derecho es sencillamente porque te defendió cuando lo del guardia la noche aquella, que aunque te pegase, ya ves tú, que yo no me lo creo, la ley es la ley, y si está prohibido atravesar el parque en bicicleta, pues ya se sabe, que, lo mires por donde lo mires, el guardia cumplía con su deber, y si te hubiera matado, pues en acto de servicio, fíjate, pues qué quieres que te diga, porque sí, porque así son las cosas, porque las han establecido de esa manera, y no será grave si quieres, pero has infringido la ley, y el otro, con el uniforme, pues, a ver, tiene que defenderla, para eso le pagan, que vosotros creéis que una vez que se deja de ser niño se tiene derecho a todo, y qué va, estáis pero que muy

equivocados, de mayor hay que seguir obedeciendo como de pequeño, claro que no al padre o a la madre, pero a la autoridad sí, la autoridad hace las veces, ¡arreglados estaríamos si no! Y digas lo que digas, Ramón Filgueira estuvo hecho un caballero cuando te recibió, que le sobraba la razón, anda, hijo, que si un alcalde no cree en sus guardias, ¿quién les va a creer? Y lo que te dijo, un guardia a las dos de la madrugada, y más con la helada que estaba cayendo, es lo mismo que el ministro de la Gobernación, a ver, si no, ¿quién? Y lo del Cuartelillo y la Comisaría, lógico, a ver si te van a recibir todavía con pétalos de rosas, qué cosas tienes, piensa en lo que harías tú si un alumno viniera a importunarte a esas horas, ¡echarle por la escalera abajo!, natural, somos humanos, y, sobre todo, si no te pusieras a corregir ejercicios a esas horas, ni te diera por andar en bicicleta, que tampoco te corresponde a ti, no hubiéramos tenido nada que lamentar. Dichosa bici, que cada vez que te veía en ella se me caía la cara de vergüenza, y no te digo nada cuando pusiste la sillita para el niño, te hubiera matado, que me hiciste llorar y todo, botarate, que nunca has tenido la menor consideración por mí, a ver si no. Claro que las cosas salen de dentro y tú de siempre tuviste gustos proletarios, que no es ninguna novedad, pero me da rabia que terciase el don Nicolás ese, que no le trago, a ver quién le había llamado, y que si abuso de autoridad y que si atentado contra la dignidad humana, sabrá él, que la multa le sentó como por la mano, y si de mí dependiera, un correctivo más fuerte. Aceite de ricino, como en la guerra, te lo digo de verdad, a ver si escarmentaba de una vez, o el chisme ese de siete colas, como se llame, yo me entiendo, ese que utilizan los extranjeros para meter en cintura a los alborotadores.

VI

En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio su vida por nosotros y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviera bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?... Si alguno dijere: «Amo a Dios» pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, no ama a Dios a quien no ve, que es precisamente lo que siempre he sostenido, cariño, que tus ideas sobre la caridad son como para recogerlas en un libro, y no te enfades, que todavía me acuerdo de tu conferencia, ¡vaya un trago!, hijo mío, que te pones a mirar, y no hay quien te entienda, que te metías conmigo cada vez que iba a los suburbios a repartir naranjas y chocolate como si a los críos de los suburbios les sobrasen, válgame Dios, y no digamos la tarde que se me ocurrió ir con Valen al Ropero. ¿Puede saberse qué es lo que te pasa? Siempre hubo pobres y ricos, Mario, y obligación de los que, a Dios gracias, tenemos suficiente, es socorrer a los que no lo tienen, pero tú enseguida a enmendar la plana, que encuentras defectos hasta en el Evangelio, hijo, que a saber si tus teorías son tuyas o del Perret ese de mis pecados, o de don Nicolás, o de cualquiera otro de la cuadrilla, que son todos a cuál más retorcido, no me vengas ahora «Aceptar eso es aceptar que la distribución de la riqueza es justa», habráse visto, que cada vez me dabas un mitin, cariño, con que si la caridad solamente debe llenar las grietas de la justicia pero no los abismos de la injusticia, que lo que decía Armando, «Buena frase para un diputado comunista», a ver, que a los pobres les estáis revolviendo de más, y el día que os hagan caso y todos estudien y sean ingenieros de caminos, tú dirás dónde ejercitamos la caridad, querido, que ésa es otra, y sin caridad, ¡adiós el Evangelio!, ¿no lo comprendes?, todo se vendrá abajo, es de sentido común. Quien más, quien menos, estáis todos envenenados, como yo digo, que me dan escalofríos cada vez que pienso que te has ido sin reconciliarte, y no porque piense que tú seas malo, que no, pero eres crédulo, eso, crédulo y un poco bobo, Mario, por qué no decirlo, porque, en cambio, lo que hace Cáritas te parecía muy bien, que no lo entiendo, la verdad, porque si algo ha hecho Cáritas en este sentido es impedirnos el trato directo con el pobre y suprimir la oración antes del óbolo, o sea, malmeter a los verdaderamente pobres, para que lo entiendas, y, por si fuera poco, restar oraciones, que yo recuerdo antaño, con mamá, deshechos, ¡Dios mío, qué espectáculos tan hermosos!, rezaban con toda devoción y besaban la mano que los

socorría. ¡Vete ahora a intentarlo, anda, según están! ¿Y sabes quién ha tenido tanta culpa como vosotros? ¡Cáritas, para que te enteres!, que tira las cosas a voleo, sin mirar antes quién lo merece, que lo mismo te ponen la mano los vagos que los protestantes, lo mismo, un desbarajuste, que eso es lo que no puede ser, estoy cansada de decírtelo. Y así les luce, que nunca he visto a los pobres más maleados, y no quiero pensar en el día que dé la vuelta la tortilla, cuatro tiros de agradecimiento, eso, mal por bien, que por mí puedes seguir con tus mítines, hijo, ya verás el pelo que echas, que si Cáritas es necesaria mientras no se modifiquen las estructuras, que a saber qué queréis decir, todo el día de Dios a vueltas con las estructuras y ni vosotros mismos sabéis con qué se come eso. Y mientras, don Nicolás, frotándose las manos, que es lo que más rabia me da, que le estáis haciendo el juego sin daros cuenta. Otras cosas sabrás, no lo discuto, pero tú, de caridad, cero, Mario, convéncete, es lo mismo que cuando te pasabas las tardes con los presos, escuchando sus historias, tú dirás qué provecho podías sacar de esa gentuza, que si la sociedad les hace el vacío por algo será, eso por descontado. Lo que pasa es que ahora todo el mundo quiere empezar la casa por el tejado, todos de capitán general, como yo digo, pero Mario, si no hay sorches, ¿quieres decirme para qué necesitamos los capitanes generales? Y no me vengas con que hablando y escuchando se puede hacer caridad y que la caridad no consiste en dar sino en darse, que tú por una frase eres capaz de vender tu alma al diablo, como yo digo, dichosa petulancia, como eso de poner en los libros frases con bastardilla o con mayúsculas sin ser nombres propios ni nada, que no tiene sentido por más que Armando diga que siempre hace bien, que él lo dice por guasa, por chufla, a ver, que siempre está de broma, ya le conoces. Es lo mismo que lo del lechazo de Hernando de Miguel, cosa más natural, una atención, a ver, si el chico no estaba preparado, y encima se viene desde Trascastro con él a cuestas, y tú le recibes a voces, que tampoco son maneras, me parece a mí, para terminar tirándole el lechazo por el hueco de la escalera, que le diste en mitad de la espalda, para haberlo matado, que era un animal de cuatro kilos lo menos, una pena. ¿A qué ton esas salidas, Mario, cariño? La caridad empieza por uno mismo, y los niños, tú lo sabes, no andan sobrados de carne, que con tanto subir los salarios hay que ver el precio que tiene, que cuando escribís no os dais cuenta de lo que hacéis, cabeza dura, mira Armando en la fábrica, las bases, y lo que él dice, «Yo no voy a ser más papista que el Papa», bueno, pues cuatro kilos por el hueco de la escalera, porque sí, a ver qué daño hacíamos a nadie cogiendo ese lechazo. Es como lo de las botellas y las tartas, que si la gente quiere tener detalles ¡deja a la gente!, no hagas caso de la pánfila de Esther, que con eso de que lee libros se cree alguien, vaya un oráculo que te has echado, hijo, «Los

hombres como Mario son hoy la conciencia del mundo», me río yo, que me gustaría a mí que hubiera visto a la conciencia del mundo hecha un lío con que si no aceptar el lechazo era ofender al prójimo y aceptarlo admitir la corrupción, que, a decir verdad, yo no sé para qué pensáis tanto si las cosas son tan sencillas, y si pensabas así y los niños necesitaban vitaminas, ¿a qué le tiraste el lechazo a Hernando de Miguel si puede saberse? Luego, cuando te vino eso, la distonía o la depresión o como se llame, llorabas por cualquier pamplina, acuérdate, hijo, ¡vaya sesiones!, y que si la angustia te venía de no saber cuál es el camino, ni con qué haces daño o dejas de hacerlo, cuando hasta el niño más niño sabe que un golpe en las costillas con un lechazo de cuatro kilos puede ser mortal, que le pudiste matar, Mario, desengáñate, y que me envidiabas a mí y a todos los que como yo estábamos seguros de todo y sabemos a dónde vamos, que si eso fuese cierto, bendito sea Dios, ¿por qué no has seguido mi ejemplo y has dejado en paz a don Nicolás y a toda su corte de charlatanes? Pero qué va, en el fondo esa humildad es orgullo, Mario, y vengan píldoras, píldoras para la *soberbia*, como yo las llamo, que, en definitiva no son más que drogas, que te quitan inclusive las voluntades. Y Luis me oyó, pues no me iba a oír, que los médicos se creen que pueden jugar a capricho con los enfermos y, por primera providencia, lo de la depresión lo dijo con retintín, que fue cuando yo salté, qué otra cosa iba a hacer, «Mario no tiene motivos para estar deprimido; come bien y me ocupo de él más de lo que puedo», se lo solté, claro que se lo solté, como le solté lo de las píldoras, que me despaché a mi gusto, Mario, y no me pesa, te lo juro. Pero, las cosas como son, cuando estuviste así, créeme, es cuando la casa anduvo mejor, que tú no te metías en nada, y ya se sabe que los hombres, en estos asuntos, estorbáis más que otra cosa. Lo único, las llantinas, me desgarrabas el corazón, ¿eh?, llorabas como si te mataran, madre, ¡qué hipo!, imponías, Mario, y como no habías llorado nunca, ni cuando murieron tus padres ni nada, que luego eso salió, a ver, pues yo me asusté, la verdad, y se lo dije a Luis, y Luis me dio la razón, Mario padece «exceso de control emotivo e insatisfacción», que me acuerdo como si fuera hoy que yo le dije, «¿Qué?», y él, muy amable, me lo explicó, que es apasionante eso de la psiquiatría, fíjate, por más que a mí nadie me saque de la cabeza que cuando os ponéis así, sin fiebre y sin doleros nada, eso son mimos y tonterías. A ver si no, Mario, que tú siempre has sido como un niño chico, aunque luego estudiaras tanto y escribieras esas cosas que, no sé, a lo mejor estarían bien, no lo discuto, pero desde luego eran una tabarra, francamente, a ver por qué te voy a engañar y decirte una cosa que no siento. De ordinario, las personas que piensan mucho, Mario, son infantiles, ¿no te has fijado?, ya ves don Lucas Sarmiento, gustos sencillos y unas teorías

absurdas sobre la vida, como filosóficas o qué sé yo. Y eso te ocurría a ti, cariño, y le ocurrirá a Mario si Dios no lo remedia, que ese chico con tanto librote y esa seriedad que se gasta no puede ir a buena parte. Yo ya se lo advierto, pero como tú no me apoyas, «Déjale, tiene que formarse», lo mismo que si hablase con las paredes, ni enterarse, ya ves la otra tarde sin ir más lejos, le pongo un batido a Álvaro, con huevo y todo, y va el otro, alarga la mano y se lo bebe, pero sin dejar de mirar al libro, que me puso de mal humor, la verdad, que la vida está por las nubes y Mario ya está suficientemente alimentado, anda que por gusto todos tomaríamos batidos a cualquier hora, imagina. Pero Álvaro es otra cosa, entiéndeme, no es que yo diga que por irse a los montes a prender hogueras haya que sobrealimentarle, pero está tan flaco, no tiene más que la piel y los huesos, Mario, que me preocupa ese chico, la verdad, que le viene cualquier cosa, le coge sin defensas y sanseacabó. Mamá decía: «Más vale prevenir que curar», ¿te das cuenta Mario? Y no es que yo tenga predilección por Alvarito, que sois muy maliciosos, me cae en gracia, pero nada más, a lo mejor por el nombre, vete a saber, ¿recuerdas que ya de novios te decía «Me encantará tener un hijo para llamarle Álvaro»? Ha sido una manía de siempre, yo creo que desde que nací, fíjate, que es un nombre Álvaro que me chifla, que no es decir que Mario me disguste, al contrario, me parece un nombre muy masculino y así, pero lo otro es debilidad, yo misma lo comprendo. Me río sólo de pensar lo que hubiera sido esta casa si te dejo a ti elegir los nombres, no quieras saber, un Salustiano, un Eufemiano y una Gabina, cualquier cosa, con tus aficiones proletarias no quieras saber, como lo de poner a los chicos los nombres de la familia, habráse visto costumbre menos civilizada. ¿Quieres decirme qué hubiese hecho yo en casa con un Elviro y un José María, cosa más vulgar, por mucho que les hubieran matado? Pasé por Mario y Menchu, que, al fin y al cabo, eran los nuestros, pero ¿a qué más? Habiendo nombres tan bonitos como Álvaro, Borja o Aránzazu, lo otro no tiene sentido; reconócelo, lo que pasa es que vivís en la Edad Media, hijo, y perdona mi franqueza, mira la gente bien, y es natural, Mario, cariño, que un nombre imprime carácter, que es para toda la vida, que se dice pronto. Mira, ahí tienes una cosa de la que deberían ocuparse en el Concilio, que todos serán nombres de santos, no digo que no, pero en vez de salir a gresca diaria y con esas colaciones de que los judíos y los protestantes son buenos, que sólo nos faltaba eso, pues revisar el santoral, pero a fondo, sin contemplaciones, este nombre vale y éste no vale, que la gente sepa a qué atenerse en este punto. Bien mirado, todo está ahora patas arriba, Mario, que a este paso cualquier día nos salen con que los malos somos nosotros, visto lo visto, cualquier cosa... Y así nos crece el pelo, que te pones a ver y hasta los negros de África quieren ya darnos

lecciones cuando no son más que caníbales; por más que tú vengas con que no les enseñamos otra cosa, que mira papá qué bien enfocó el problema por la tele la otra noche, había que oír a Valen. Una cosa, Mario, aquí, para inter nos, que no me he atrevido a decirte antes, escucha: yo no daré un paso por informarme si es cierto lo que dice Higinio Oyarzun de que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero si sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase, aun sintiéndolo mucho, hazte a la idea de que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oírme una palabra sobre ti, antes prefiero, fíjate bien, que piensen que son hijos naturales, que con gusto tragaré ese cáliz, que decirles que su padre era un renegado. Sí, Mario, sí, estoy llorando, pero bueno está lo bueno, que yo paso por todo, ya lo sabes, que a comprensiva y a generosa pocas me ganarán, pero antes la muerte, fíjate bien, la muerte, que rozarme con un judío o un protestante. Pero ¿es que vamos a olvidarnos, cariño, de que los judíos crucificaron a Nuestro Señor? ¿Adónde vamos a parar por este camino, si me lo puedes decir? Y, por favor, no me vengas con historias de que a Cristo le crucificamos todos, todos los días, cuentos chinos, que si Cristo levantara la cabeza, ten por seguro que no vendría a rezar con los protestantes, ni a decir que los pobres vayan a la Universidad, ni a comprar *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, ni a ceder la vez en las tiendas, ni, eso fijo, a tirar lechazos a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera. Tenéis un concepto muy pobre de Cristo, a lo que veo, querido. Yo no soy blanda, Mario, ni mucho menos, y si Cristo volviera, ten el convencimiento de que yo sacaría la cara por Él aunque el mundo entero se me pusiese enfrente, no haría la de San Pedro, eso ya te lo aseguro, que, aunque mujer, no soy blanda, mira cuando acabó la guerra, el año del hambre, no creas que me eché atrás, qué va, por los pueblos más cochambrosos en el coche del tío Eduardo, con gasógeno y todo, a ver, buscando de comer para mis padres. Yo doy el pego, Mario, te lo he dicho muchas veces, pero tengo más fibra de la que aparento.

VII

Han sido echados al fuego y devorados por las llamas los zapatos jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. Porque nos ha nacido un hijo que tiene sobre su hombro la soberanía y que se llamará Príncipe de la Paz y, no sé si diré una barbaridad, porque con vosotros, hijos, nunca se sabe, pero yo lo pasé divinamente en la guerra, por qué voy a decir otra cosa, con las manifestaciones y los chicos y todo manga por hombro, ni me daban miedo las sirenas ni nada, que otras, no veas, como locas en los refugios en cuanto empezaban a sonar, que yo la gozaba. Recuerdo que mamá nos hacía ponernos medias y peinarnos a Julia y a mí para bajar al sótano de doña Casilda, imagina, que a veces nos cogían los bombazos y las ametralladoras en plena escalera y era una risa, los tropezones. Luego, en el refugio, era divertidísimo, figúrate lo que es todos los vecinos reunidos, que había una tal Espe, la del sotabanco, viuda de un ferroviario, que era una rojaza de espanto, con decirte que los primeros días la pelaron al cero, que todo se la volvía decir «Esto es el fin» y se santiguaba, date cuenta, pero con los ojos en blanco, que recuerdo que papá la decía con mucha sorna: «¿De qué se asusta, Esperanza? Son los suyos que la traen recuerdos». Tendrías que haberla visto, Mario, ¡qué juerga!, con un pañolón negro horrible por la cabeza, retorciéndose de miedo, «¡Ay, calle usted, por Dios, don Ramón, es una cosa horrible esta guerra!», que papá, con segundas, lógico, «Mucho se acuerda usted de Dios esta temporada, Esperanza», figúrate, en tiempos normales ni a misa, qué va, socialista, pero de las más significadas, que papá, con lo que es, venga a hablarle de las guerras defensivas, todo un tratado, que la pobre Espe, al final, «Ay, don Ramón, si usted que tiene tantos conocimientos lo dice, será así». Y a todo esto, los niños de Teresita Abril, que entonces eran unos mocosos y hoy, figúrate, unos hombrones, todos casados, ¡cómo pasa el tiempo!, Miguel, el más chico, siete hijos, que hay que ver, parece mentira, entonces, tú los verías, armando un barullo infernal entre las botellas y los envases, que al bueno de Timoteo Setién, el marido de doña Casilda, todo se le volvía ir y venir, con el delantalón gris y las manos en la cabeza, «Cuidado, mucho cuidado, hay materias inflamables aquí», y ¡qué va!, para que parasen quietos, ya te puedes figurar, jabón, chocolate, castañas pilongas y para de contar. Pero el bueno de Timoteo era de los del puño en rostro, madre mía qué hombre tan tacaño, que recuerdo que cada vez que mamá pagaba la cuenta, que era un renglón, y Julia y yo éramos aún niñas, doña Casilda nos daba un

caramelo a escondidas, «Guárdalo, que no lo vea él», verdadero terror, que a mí no hay cosa que más me repela que un hombre roñoso, me espantan, te lo prometo, que cuando Transi me dijo lo de tu padre, lo de prestamista y así, me eché a temblar, Mario, como te lo digo. Y, después, la verdad sea dicha, apenas se le notaba, no sé si por lo de Elviro y José María, pero de dinero, nada, sólo aquello de que él tuvo la culpa, que fue él quien no le dejó ir a la oficina, que era una locura salir a la calle aquel día, obsesionado, una tontería, ya ves, que tu hermano estaba fichado desde mucho antes, Mario, reconócelo. Oyarzun, que está enterado de todo, yo no sé de dónde saca el tiempo, me ha dicho que lo de la oficina era lo de menos, que había testigos que vieron a José María en el mitin de Azaña en la plaza de toros, en abril del 31, dar vivas a la República, agitando la bandera tricolor como un loco, Mario, que eso es todavía peor. Las cosas de la vida, como yo digo, que en casa el 14 de abril, como un funeral, que a papá sólo le faltó llorar, y todavía no estoy muy segura de que no lo hiciera, todo el día de acá para allá, de la butaca al despacho, del despacho a la butaca, como alelado. El pobre papá se echó diez años encima ese día, que para él el rey era el no va más, más que cualquiera de nosotros, fíjate, más que toda la familia junta, que es veneración lo de papá por la monarquía, un culto. Y en cuanto se confirmó lo de la República, se levantó, muy pálido, muy solemne, no sé cómo explicarte, se fue al cuarto de baño y volvió con una corbata negra: «No me quitaré esta corbata mientras el rey no vuelva a Madrid», dijo, que todas calladas como si se hubiera muerto alguien. Luego tú, qué gracia, te creías que lo de la corbata era por mamá que en paz descanse; qué va, Mario, por el rey, que a mí me emocionan los hombres fieles a una idea limpia, porque la monarquía es bonita, Mario, por más que digas, que no es que yo sea tan apasionada como papá, pero date cuenta, un rey en un palacio y una reina guapa y unos príncipes rubios y las carrozas y la etiqueta y el protocolo y todo eso. Tú decías que monarquía y república, por sí mismas, no significaban gran cosa, que lo importante es lo que hubiera debajo, que a saber qué quieres decir, pero lo que desde luego te anticipo es que no se pueden comparar. Una monarquía es otra cosa, la república, qué sé yo, es como más ordinaria, no lo niegues, que yo recuerdo cuando se implantó, desarrapados y borrachos por todas partes, un asquito, hijo, que yo cada día comprendo más a papá, te lo aseguro, Mario, su ceguera por el rey. Lo que me parece absurdo es que regañara con el tío Eduardo, tan monárquico también, pero bueno, regañar como dos furias, no te creas, que una vez le dio una lipotimia a papá y todo y tuvimos que llamar al médico a toda prisa, que cuando volvió en sí, a voces, «¡Por supuesto que si viene el rey de Eduardo no me quitaré la corbata!», que no son modales, me parece a mí, ya ves tú, dos reyes,

como si también los reyes pudieran ser mellizos o trillizos, que no me lo explico. Y la otra tarde, Higinio Oyarzun, en la fiesta de Valentina, me descubrió un mundo, te lo aseguro, que no había acabado de contárselo y ya estaba con que papá podía quitarse la corbata negra puesto que España era de hecho una monarquía, fíjate qué cosa tan rara, y yo en la luna, palabra, que con tanto chico, ni tiempo de leer el periódico, tú lo sabes, y es lo que le dije, que pensé poner cuatro letras a papá, pero no, papá dijo bien claro que cuando esté el rey en Madrid, que es otra cosa. ¡Me encantaría ver a papá, fíjate, de repente, con corbata de color! No se parecerá, seguro, son tantos años. Eso es fidelidad a una idea, no me digas, y lo demás son bobadas, mira tú, con tu padre, ¿recuerdas?, buena prisa para quitarte el luto, es que te faltó tiempo, ¿eh?, y siquiera con tu padre, un amago, que con tu madre ni eso, que me avergüenza pensar que yo, que al fin y al cabo no era nada de ellos, año y medio, y tú ni mención. Eres un caso, que contigo una no sabe si reír o llorar, al principio todo muy bien, pero en cuanto montaste una pierna sobre otra y te viste los calcetines y los zapatos, ¡válgame Dios!, «Me entristece ver negras mis pantorrillas, y ya tengo bastante tristeza dentro». Y dicho y hecho, se acabó el luto. Los hombres sois un caso, Mario, pues no te va a apenar ver negra tu pantorrilla, natural, pues para eso es el luto, adoquín, para recordarte que tienes que estar triste y si vas a cantar, callarte, y si vas a aplaudir, quedarte quieto y aguantarte las ganas. Para eso y para que te vean los demás, a ver qué te has creído, que los demás sepan que te ha caído una desgracia muy grande en la familia, ¿comprendes?, que yo, ahora, inclusive gasa, cariño, faltaría más, que no es que me favorezca, entiéndelo, que negro sobre negro va fatal, pero hay que guardar las apariencias y, después de todo, mi marido eres, ¿no? Pues naturalmente que sí, por más que tu hijo tampoco parezca comprenderlo, que ahora te toca recoger lo que sembraste, buena agarrada tuvimos, que me saca de quicio ese chico con sus intemperancias, ya ves, su padre de cuerpo presente y él con su suéter de mezclilla, como si nada. Y cuando le dije lo de la corbata negra hay que ver cómo se puso, «Eso son convencionalismos, mamá; conmigo no cuentes», así como suena, pero de malos modos, ¿eh?, que no lo querrás creer en Mario, hazte idea, esa mosquita muerta, que me pasé un cuarto de hora en el baño con un sofocón que no puedes hacerte idea. ¡Ten hijos para esto! Pues ya lo oyes, que le deje tranquilo, como lo del funeral de primera, ¡qué menos por un padre!, «Vanidades», ¿qué te parece? Tranquilo, date cuenta, qué más quisiéramos todos que estar tranquilos, ¡qué disgusto, Dios mío!, que ese chico es tu vivo retrato, desde pequeñín, desde que le llevabas en la sillita en la bici, Mario, que hasta emplea palabras raras, «convencionalismos», date cuenta, para desconcertarme. No quiero entristecerme más de lo que

estoy, Mario, cariño, pero la juventud está perdida, unos por el *twist* y otros por los libros, ninguno tiene arreglo, que yo recuerdo antes, ¿cómo vas a comparar?, hoy no les hables a estos chicos de la guerra, te llamarían loco, y sí, la guerra será todo lo horrible que tú quieras, pero, al fin y al cabo, es oficio de valientes, después de todo no es para tanto, que yo, por mucho que digáis, lo pasé bien bien en la guerra, de acuerdo, a lo mejor por insensatez, pero no me digas, si aquello era como una fiesta sin fin, cada día algo distinto, que si los legionarios, que si los italianos, que si se tomaba esto o aquello, y todo el mundo, hasta los viejos, cantando *Los voluntarios*, que tiene una letra bien bonita, o *El novio de la muerte*, que ésta sí que es el no va más. Y entonces ni me importaban los bombardeos, ni el Día del Plato Único, que mamá, con ese arte especial que tenía, juntaba todo en un plato y ni pasábamos hambre, Transi y yo comprábamos caramelos y ni notarlo. Los que sí eran un poco así, como frescos, ahora me doy cuenta, eran los de los pueblos, a ver, gente sin trato, que yo recuerdo que cuando les clavábamos el *detente*, pero en la carne, ¿eh?, todo el tiempo tocándonos y «dadnos suerte», que Transi y yo sin rechistar, a ver, eran tan valientes. ¿Sabías que yo, aunque ya era novia tuya, fui madrina de uno? Pablo, Pablo Haza creo que se llamaba, me escribía unas cartas tronchantes, llenas de faltas de ortografía, un patán de la cabeza a los pies, pero no te den celos, porque algo había que hacer por esa pobre gente y yo le contestaba, que una vez se presentó con permiso y empeñado en salir conmigo, figúrate, ya le dije que de eso ni hablar, y entonces que al cine, y yo que no, menos, imagínate, con toda la gente, y él empezó a dramatizar que lo mismo le mataban al día siguiente, y yo que qué le iba a hacer, que lo sentiría en el alma y él, entonces, se metió un dedo con toda la uña negra en la boca y me puso en la mano una muela de oro, que yo horrorizada, «¿Para qué hace usted eso?», porque eso sí, Mario, muy de usted, no te vayas a creer, buena era mamá: «Está bien ayudarles, pero guardando las distancias: los soldados son gente baja», y él que los moros cascaban las cabezas de los muertos, figúrate qué espanto, para quitarles los dientes de oro, y que se lo guardara hasta el final de la guerra, que debió de ser un presentimiento, porque del bueno de Pablo Haza nunca más se supo, que tuvimos que ir mamá y yo un día a entregar la muela al Tesoro. De esto hubo mucho en la guerra, desgraciadamente, mira Juan Ignacio Cuevas sin ir más lejos, me parece que ya te lo conté, el hermano de Transi, que era así como retrasado, medio anormal, pero le movilizaron y le llevaron a un cuartel, para servicios auxiliares y así, pero lo que pasa en las guerras, debió de hacer falta gente o qué sé yo, el caso es que una mañana los padres de Transi se encontraron un papelito todo lleno de faltas por debajo de la puerta: *Me yeban*, figúrate, con i griega, *a la gerra*, sin u. *Tengo muchísimo*

miedo, a Dios, separado, *Juanito*. Bueno, pues ésta es la hora, y ya ha llovido, que revolvieron Roma con Santiago, no te vayas a creer, buenos son, pues lo que se dice ni rastro. Claro que, lo que yo digo, conforme estaba, preferible que Dios se lo llevase, una carga, imagina qué porvenir, de peón de albañil o algo parecido, mejor muerto, pero a Transi, hijo, le dio sentimental, «Ay, no, guapina, un hermano es un hermano», que eso según desde donde lo mires, pero si piensa así, es absurdo que pusiera cara a Evaristo, un emboscado, que hasta se dejó pintar desnuda por él o a saber cómo, que en otra cosa, no, Mario, cariño, pero en este punto bien tranquilo puedes estar, que yo de eso ni hablar, ya lo sabes, y no por falta de ocasiones, Mario, que los hombres, por si no estás enterado, todavía me miran por la calle, y hay miradas y miradas, que Eliseo San Juan, cada vez que me echa la vista encima, hay que oírle, un torbellino, que no se para en barras, «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena», que si le diera pie no sé lo que sería, que ni le miro, sigo y como si nada, hasta que se cansa, te lo prometo, como si no fuera conmigo, anda que si le diera pie…

VIII

No entregarás a su amo un esclavo huido que se haya refugiado en tu casa. Tenlo contigo en medio de tu tierra, en el lugar que él elija, en una de tus ciudades, donde bien le viniera, sin causarle molestias, como la simple de la Doro, «Al señorito se le puede servir de balde», hablar por hablar, tú lo sabes, Mario, que al señorito le sirvo yo, que ella ni se entera, así es la vida, mira, lo que se dice ni un vaso de agua, que no deja de tener gracia, luego por Navidades o por mi santo unas propinazas absurdas, la verdad, sobre todo cuando me estás viendo a mí descalza, arañando el céntimo, pero tú eres así, hijo, ya se sabe, para algunas cosas, a lo grande. Tenías que oír a Valen, Mario, se troncha, fíjate, de la devoción de la Doro por ti, con el cuento ese de «nuestro señor», como si mentara a Jesucristo o poco menos, que aquí, para inter nos, es muy cortita la pobre Doro, fiel y cariñosa a su modo, pero muy cortita, que yo no me explico cómo en el extranjero admiten a esta clase de gente, Mario, que se van a cientos, fíjate, cada vez más, a saber qué harán allí, según Valen los trabajos más rudos, los que hacen aquí, pongamos por caso, los animales, ya ves, tirar de los carros, y así, que cuesta trabajo creerlo, desde luego, aunque yo de esos extranjerotes cualquier cosa. Engañados es lo que van, que a esta gente zafia, que ni se han molestado en aprender a leer ni nada, les dices el extranjero y los ojos en blanco, fíjate, que hay mucho papanatismo todavía, Mario, y con tal de cambiar, cualquier cosa, que no es oro todo lo que reluce, que luego están rabiando y deseando regresar, ¡a ver!, que como en España en ninguna parte. Porque, después de todo, ¿qué se les ha perdido en el extranjero, como yo digo? El caso es cambiar y hacer el tonto, aprender lo que no deben, eso, que buenos están los tiempos, y aunque te rías, Mario, algún día España salvará al mundo, que no sería la primera vez. Yo me río con Valen, es un sol de chica, el otro día me para y me dice: «Me voy a Alemania; es la única manera de tener cocinera, señorita y doncella», ya ves qué ocurrencia, que tú mismo reconoces que tiene sentido del humor, y a juzgar por la otra noche debe de tener mucho, que me pusisteis nerviosa con tanto cuchicheo y tanto ji, ji, ji y ja, ja, ja, y eso todavía pase, pero cuando empezaste a disparar los corchos del champán contra las farolas, te hubiese matado, ¡qué espectáculo!, y que no es decir que fuese una reunión de tres al cuarto, Mario, que estaba allí la mejor gente. Bebiste de más, querido, que a mí eso me horroriza, y no sería porque no te lo advirtiese, que me pasé la noche, «No bebas más, no bebas más», pero tú ni caso, que una vez que te

embalas no hay quien te pare, menos mal que Valen es de fiar. A mí, desde luego, me chifla Valen, ¿no te gusta a ti, cariño? Gastará mucho en potingues, yo no lo niego, que Bene la tira a matar, pero la luce, no es como otras, que Valen se da mucho arte para arreglarse, sobre todo los ojos. ¿Sabías tú que a Valen la limpian el cutis en Madrid una vez por semana? Date cuenta, Mario, con las ganas que yo tengo, y la dejan estupenda, ésta es la verdad, que parece mentira que una cosa como el cutis sea tan agradecida. Luego el reflejo la cae muy bien, que hay a quien no le va, a mí por ejemplo, fatal, acuérdate, y luego, con esa estatura que se gasta, no me choca nada que la gente se vuelva a mirarla, que llama la atención en la calle, a mí me gusta ir con ella por eso. Convéncete, Mario, de las compañeras del Instituto, es la única, que hay que ver en las reunioncitas de fin de curso. Y debe de estar podrida de dinero, porque vas por la calle con ella y lo que la apetece, cualquier cosa, como te lo digo, ni mirar los precios, que es de generosa... Es un cielo, Valen, ¡yo la quiero! Y Bene dice que la del dinero es ella, que yo no me explico la suerte de Vicente, ¡qué bodaza!, que no es que él esté mal, entiéndeme, pero una chica del atractivo de Valen y encima con dinero, es una lotería. Bene, la directora, dice que su trabajo le costó a Vicente, y no me extraña, que cuando se conocieron en Madrid Valen salía con un italiano, que también a los italianos hay que echarles de comer aparte, madre qué éxito, que yo no lo comprendo, la verdad, más o menos como nosotros, latinos al fin y al cabo, y, si me apuras un poco, menos varoniles. ¿Te acuerdas cuando llegaron aquí durante la guerra? ¡Qué emoción, cielo santo, no lo quiero ni pensar! Todas las chicas despepitadas, a ver, la novedad, y te daban el pego, que mira luego en Guadalajara, que Valen dice que Mussolini eligió a los más altos y así, los de mejor facha, para propaganda, no sé. Desde luego, el batallón, o lo que fuera, que llegó aquí armó la revolución, qué tipazos, que todo el mundo era a tirarles flores cuando desfilaban, vaya acogida, no se quejarán, que después, cuando lo de Guadalajara, cambió la decoración, menudo pitorreo, todo para que ahora salga ese bebé de Aróstegui, que no ha visto la guerra ni en pintura, con todo lo joven rebelde que sea, que eso de Guadalajara demuestra que los italianos son civilizados porque no son guerreros por más que Mussolini les disfrazara de soldados. Y el tonto de Moyano, que adelantaría más rapándose esas barbas asquerosas, que los italianos son el no va más, que allí donde van ponen el mingo, que hasta han conquistado París con sus suéters y sus zapatos, que así conquista cualquiera, ya ves, qué bobada. Es lo mismo que con la belleza de las italianas, que habrá de todo, supongo, como en todas partes, ahora que es natural que en el cine saquen lo mejorcito, no van a ser tontos, pero el gancho de las películas italianas, que a mí no me la dan, es lo que enseñan ellas,

Mario, que son unas guarras, no me digas que de otro modo, mira las peliculitas aquellas de después de la guerra, qué horror, niños piojosos y muertos de hambre, todas iguales, que a mí, francamente, el cine para divertirme, que bastantes preocupaciones tiene ya la vida. Y te lo digo y te lo demuestro, Mario, que a sinvergonzonería pocos les ganarán, que en este aspecto todos estamos al cabo de la calle, que a saber qué arte se darán, pero aquí, en la guerra, estragos, las cosas como son, claro que los alojaron en casas particulares y eso es peligroso si una no tiene unos principios bien sólidos. Ve ahí el caso de Galli Constantino y, como ése, a cientos, y no te exagero. Galli llegó a casa como a terreno conquistado, sonriendo, muy tostado, con su bigotito como un hilo y los ojos tan claros... Como guapo era muy guapo, que una cosa no quita a la otra, una medalla, y, luego, tan simpático, «bambina» por aquí, «bambina» por allá, que yo era muy joven entonces, ya ves, el 37, una cría, pero me encantaba oírselo. Galli fumaba todo el tiempo y, como entonces las chicas ni idea, eso a Julia y a mí nos parecía muy varonil, una niñería, tú dirás, pero entre eso y el uniforme y las medallas que había ganado en Abisinia, imagina, contra los negros, que ésa sí que tuvo que ser una guerra horrible, pues deslumbradas, a ver, lógico. Me acuerdo que muchas tardes me quedaba yo sola en casa con Galli, porque papá y mamá se iban a dar una vuelta y Julia tenía clase de violín, y me encantaba, y él me cogía las manos, sin mala intención, por supuesto, no te den celos, pero a mí se me ponía el corazón a cien, y me contaba cosas de Pisa y de Abisinia, y de sus hijos, Romano y Ana María, como «los figlios» del Duce, y me decía «bambina» y yo loca, que Transi, para qué te voy a contar, muerta de envidia, «Preséntamele, hija, no seas egoísta». Lo único que me disgustaba de Galli, ya ves, antes de pasar lo que pasó, eran las cremas y los tarros del cuarto de baño, que mamá, pesadísima, la pobre, «¿Adónde se ha visto un hombre con tantos potingues?», que Julia, chitón, y a papá, figúrate, le daba de lado, que a papá lo que le sacaba de quicio era que Galli le hiciera saludar a la romana después del parte, cuando sonaban los himnos, imagínate papá, lo menos marcial del mundo, y, al acabar, Galli, «¡Viva la España!» y «¡Viva la Italia!», que todos viva, pero muy bajito, muertos de vergüenza, que era una juerga. Y una noche que Galli no estaba, que muchas noches ni venía a cenar, a saber dónde iría, buen pájaro estaba hecho, papá, que le resultaba «un poco teatral», que allí verías a Julia, yo no sé si estaría enfadada por otra cosa, cómo se puso, qué teatral, ¿por qué?, que «se es o no se es», que yo no sé bien lo que quería decir pero a papá le dejó parado, la verdad, pero es que ni abrir la boca. El caso es que Julia y yo salíamos con Galli casi todas las tardes en el Fiat descapotable y luego Transi me daba la lata, «Qué majo es; ¡ay hija! no seas así, preséntamele; no seas egoísta», pero yo

ni caso, figúrate, conforme las gastaba Transi. Y Galli nos compraba helados y pasteles, y una tarde nos metió en una librería y compró una gramática italiana para las dos, yo qué sé el dinero, que Galli, aparte de generoso, tenía una buena cualidad, rara en un hombre, fíjate, nunca le vi enfadado, que inclusive cuando yo me reía porque él pronunciaba mal, él, tan terne, «¿per ché ride, bambina? ¿per ché?», y entrecerraba los ojos de unas formas que me volvía loca, no te enfades, Mario, que lo digo en buen plan. Fue una temporada regia, la verdad, a todas partes con el Fiat descapotable, toda la gente sudando, que fue cuando pensé, cuando me case, lo primero, un coche, ya ves si viene de atrás, porque papá era muy refractario y, aunque podía, nunca le dio por ahí, a saber, una manía como otra cualquiera, pero yo me dije, «cuando me case, lo primero un coche», ya ves qué ilusa, la que me esperaba, para que luego venga Encarna con que si te llevo o te traigo, para un capricho que he tenido en la vida, que te pones a ver y en esta casa no se ha hecho más que tu santísima voluntad, ni más ni menos. Fuera de los nombres de los chicos, la administración, los colegios y cosas así, yo un cero a la izquierda, no me vengas ahora, que lo que más me duele, Mario, es que por unos cochinos miles de pesetas me quitaras el mayor gusto de mi vida, que yo no te digo un Mercedes, que de sobra sé que no estamos para eso, con tanto gasto, pero qué menos que un Seiscientos, Mario, si un Seiscientos lo tienen hoy hasta las porteras, pero si los llaman ombligos, cariño, ¿no lo sabías?, porque dicen que los tiene todo el mundo. ¡Cómo hubiera sido, Mario!, de cambiarme la vida, fíjate; no quiero ni pensarlo. Pero ya, ya, un automóvil es un lujo, una cátedra no da para tanto, me río yo, como si no supiera que los que te frenaban eran los de la tertulia, pero mira don Nicolás, consejos vendo y para mí no tengo, un Milquinientos, que es lo que yo digo, una cosa es predicar y otra dar trigo, que mucha igualdad y todas esas historias pero ya le ves a él, el cuento de siempre, que si tú te lo propones, un Gordini, a ver, y no quito ni tanto así, que oportunidades no te han faltado, mira Fito, en mejor plan no cabe, y aun sin recurrir a eso, Mario, porque tú escribes bien, todo el mundo lo dice, pero de unas cosas que no entiende nadie, y cuando se entiende, peor, de una gentuza que hasta huele, desarrapados y muertos de hambre. Y eso a la gente, no, Mario, que la gente es muy avisada y no le gusta que le vayan con problemas, que bastantes tienen ya, que me he hartado de decírtelo. ¡Si vieses con qué ilusión te propuse lo de Maximino Conde! Contármelo Oyarzun y salir pitando fue todo uno, que llegué sin aliento, tú lo viste, total para nada, aunque no me negarás que era un argumento formidable, muy humano y así, quizá un poquitín verde, pero tampoco había necesidad de llevarlo al extremo, creo yo, nada de líos gordos, bastaba con enamorarle de la hijastra, ¿me comprendes?, y una vez que ella cede

y, por así decir, se le entrega, a Maximino, o como se fuera a llamar en la novela, le haces reaccionar en decente y de este modo quedaba un libro inclusive aleccionador. Pero contigo, cariño, sobran razones, igualito que hablarle a una pared, «sí», «no», «está bien», ni notas, ni interés, ni escucharme siquiera, que esto es lo que peor llevo, que los hombres no sois más que unos soberbios, os creéis en posesión de la verdad y a nosotras ni caso. Y mal que os pese, de la vida entendemos las mujeres un rato largo, Mario, si sabré yo los libros que leen mis amigas, que tú siempre: «Pocos serán», con ese desprecio, que no es que yo vaya a decir que sean muchos, que ni tiempo tenemos para leer el periódico, pero si quitas a Esther, los que leen no son de guerras, desde luego, ni sociales o eso, sino de pasiones y de amor, no falla. Y además es lógico, querido, que el amor es un tema eterno, métetelo en la cabeza, mira Don Juan Tenorio, eso no se pasa, no son modas de un día, que me dirás sin amor qué sería del mundo, ni existiría, a ver, natural, se le habría llevado la trampa.

IX

El reino de los cielos es semejante a un rey... qué rey ni qué niño muerto, una cosa que me he preguntado mil veces, Mario, cariño, si a ti la monarquía no te daba frío ni calor, ¿a santo de qué armaste el trepe que armaste con Josechu Prados? Porque no me digas a mí, que a Josechu, a bueno, no le gana nadie, de una familia de aquí, de toda la vida, figúrate los Prados, conocidísimos, que hizo la guerra en primera línea, honrado a carta cabal, ¿a qué ton dar la nota? ¿Por qué buscarle las vueltas? Al fin y al cabo, si él era el jefe de mesa o como se llame, a ti qué te iba ni te venía, con su pan se lo coma, él era el responsable, ¿no? Bueno, pues tú que nones, que a contar, uno por uno y a contar, que ni sé cómo tuviste valor después de la prueba de confianza, tú dirás, que si te eligieron fue como persona representativa, pero tú ya fuiste a regañadientes, Mario, y con ganas de alborotar, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Y si a Josechu le da por decir que el noventa por ciento de «síes», el cuatro de «noes» y el seis de abstenciones, en blanco o como se diga, pues bueno, él era el jefe, ¿no?, que diga misa si quiere, ¿qué te importaba a ti, al fin y al cabo? Pero no, es lo mismo que el lechazo de Hernando de Miguel, o la gresca con Fito, el espíritu de la contradicción, cariño, es tu sino, porque si, en definitiva, aquello no te gustaba, que tampoco había para tanto me parece a mí, pudiste decirlo de buenas maneras, con educación, pero nunca pasar a mayores, haciéndoles cara, que si tú dices «No me gusta pero acepto la decisión de la mayoría», pues todos contentos, fijo, que después de todo eso es la democracia, si no te he entendido mal. «No puedo prestarme a eso», así, a boca llena, con mayúsculas, hijo, como en tus libros, para que se oyera bien, que se entere hasta el apuntador, que si no dices las cosas a voces revientas, como yo digo, y dale con que a contar y a contar, y si no contamos, no hay acta, el chantaje, qué bonito, que siempre has sido un hombre disparatado, Mario, y a ti lo que te gusta por vivir es meter bulla, desafiar a la ciudad, aquí estoy yo, y aunque todos digáis blanco, yo digo negro, pues porque sí, porque se me antoja, que te tengo muy calado. Y no es eso, Mario, calamidad, que para vivir en el mundo hay que ser más flexible, tener un poquito de correa, que mucho predicar tolerancia y después hacéis lo que os da la realísima gana, porque, después de todo, si tú hubieras sido un republicano de toda la vida, un republicano cien por cien, vaya, me lo explico, pero si te has pasado la vida diciendo que república y monarquía no son más que palabras, y que tanto daba la una como la otra, y que lo

importante es lo que hubiera debajo, ¿a qué ton dar la campanada de no firmar el acta? ¿Por qué hacerle un feo semejante a Josechu Prados, que nunca tuvo con nosotros más que atenciones? No tiene sentido, convéncete, que aquello fue garrafal, que dice Vicente Rojo que el pobre Josechu llegó al Círculo descompuesto, blanco como la pared, y que tartamudeaba al hablar y todo, para haberle dado algo, qué horror, acuérdate de su padre, una hemiplejía, que se pasó media vida en un sillón de ruedas, pobre señor, todo porque una criada le soltó cuatro frescas. Hay que andarse con más cuidado, Mario, tonto del higo, que por las bravas no se va a ninguna parte, convéncete, y hay que vivir en el mundo, que Josechu, muy buena persona, pero también tiene su orgullo, a ver, somos humanos, y te la guardó, acuérdate de lo de la casa, por las buenas un alma de Dios, pero que no se te ocurra llevarle a contrapelo, si es de cajón. ¿Sabes lo que dijo la otra noche Higinio Oyarzun, y mira que ya ha llovido? Pues dice que dijo, Josechu, ¿comprendes?, que eras un puritano, pero que aquel día no te partió la cara, como te lo digo, en atención a la amistad que sus padres tuvieron con los míos, date cuenta, el bochorno, que no sé cómo te las arreglas, pero, por fas o por nefás, te has cargado a la ciudad entera, cariño, que ésa es la herencia que me dejas, tú dirás, ahora, si no fuera por papá, una pensión, a ver, la viudedad ni para el piso, que ésa es otra cosa que está mal, yo misma lo comprendo. Me haces gracia con eso de que con la verdad por delante se va a todas partes, me río yo, que contigo no hay razones, porque ¿quieres decirme dónde has ido tú, cariño?, coche todo el mundo y tu mujer, a patita, eso, que no tienes ni dónde caerte muerto, ¡válgame Dios!, una cubertería de alpaca a todo tirar, que hasta vergüenza me da el decirlo. ¿Crees tú que eso es vida? Con la mano en el corazón, Mario, ¿crees tú que habrá muchas mujeres que hubieran aguantado este calvario? Te digo mi verdad, pero el que no lo reconozcas es lo que peor llevo, que en veintitrés años de matrimonio, que se dice pronto, no hayas tenido una sola palabra de gratitud, porque había otros hombres, Mario, y tú lo sabes, que no me faltó dónde elegir, y aún los hay, si me apuras, que después de casada no me hubieran faltado proposiciones, y si yo te contase, que éste es el chiste, pero como una es una mujer de su casa, una mujer como debe ser, vosotros a descansar, que eso es lo que explotáis los hombres; la bendición, un seguro de fidelidad, como yo digo, habéis comprado una fregona, una mujer que de dos os saca cuatro, ¿qué más vais a pedir? Así es muy cómodo, que, mientras, vosotros, ¡hala!, todo el monte es orégano, lo que os da la gana. Como eso de que llegaste al matrimonio tan virgen como yo, mira, guapín, eso se lo cuentas a un guardia, una bola así, y venga, «No me lo agradezcas, fue ante todo por timidez», ¡qué timidez ni qué ocho cuartos!, como si no os

conociéramos, los hombres, todos iguales, ya se sabe, que tú, dale, con que tus torpezas eran la mejor demostración, ¡música celestial!, que lo que pasa es que entre una perdida y una decente todavía hay distancia, y, en el fondo, todavía queda algo digno en vosotros y es lo que sale a flote cuando os casáis, ni más ni menos, ni menos ni más. ¡Virgen tú! Pero ¿es que crees que me chupo el dedo, Mario, cariño? Y no es que yo vaya a decir que tú seas un vicioso, que eso tampoco, pero, vamos, algún desahogo de vez en cuando... Luego lo de Madrid, el viaje de novios, que me hiciste pasar una humillación que no veas, un desprecio así, que empiezo por reconocer que yo estaba asustada, que sabía que tenía que pasar algo raro, por lo de los hijos, a ver, pero creí que era una vez sólo, palabra de honor, y estaba resignada, te lo juro, sea lo que sea, pero tú te acostaste y «Buenas noches», como si te hubieras metido en la cama con un carabinero, figúrate, tanto control, tanto control, que ni a Valen se lo he contado, y yo a Valen, te lo puedes imaginar, que no es lo mismo que Esther, que Esther aunque amiga de toda la vida, es otra cosa, mucho menos comprensiva, dónde va, y hay temas de ésos, un poco picantes, que con ella son tabú, mucho presumir de moderna y de leída y no es más que una rancia, que con ella, ya ves, lo pienso muchísimas veces, a lo mejor habríais congeniado, que sois tal para cual, hijo, como fabricados con el mismo molde. Por de pronto a Esther le pareces inteligente y lee libros de esos raros, tostonazos que no se traga nadie, que me acuerdo cuando *El patrimonio*, Valen se tronchaba y Esther, la sabihonda, que era un libro simbólico, date cuenta, qué sabrá ella, y cuando te dio la depresión o eso, ídem de lienzo, que tú, pesadísimo, con la frivolidad y la violencia, que lo que Valen decía, «Mujer, ¡qué manera tan pesimista de ver las cosas!», pues Esther, hijo, que te comprendía muy bien, cómo no, y que abriésemos una revista a ver de qué otras cosas hablaba que no fuese de princesas de vacaciones o de matanzas en el Congo. Un pico de oro, cariño, que ella no hablará mucho pero cada vez que abre la boca es para poner punto final, madre, ¡qué ínfulas!, parece un predicador. «Mario tiene cosas dentro, pero entre todas le quitáis las voluntades», lo dijo Blas, punto redondo, anda que por mí, mira, buena prisa me di en contarte la historia de Maximino Conde y como si no, que si yo hubiera sabido escribir, Mario, ¡qué novela! Lo que le pasa a Esther es que no te ha visto en zapatillas, que es como hay que veros a los hombres, que al poneros las zapatillas os quitáis la careta, como yo digo. Cada vez que sale este tema, me acuerdo de mamá, que en paz descanse, Mario, que ella decía que, antes de casarse, la mujer debería ver unos meses a su novio en zapatillas y así se evitarían muchos desengaños. Date cuenta, no es porque yo lo diga, Mario, pero mamá estaba en todo, lo que es la experiencia, que una a los diecisiete se cree que está de vuelta y todo eso le parecen

chocheces y luego pasa lo que pasa, todas tropezamos en la misma piedra, que no es que yo me queje, a ver si nos entendemos, pero cuando, la primera vez, te diste media vuelta y me dijiste buenas noches, me quedé fría, que nunca me hizo nadie un feo así, que yo no seré una Sofía Loren, lo reconozco, pero tampoco para un desprecio semejante. Paquito Álvarez, ya te lo digo desde aquí, nunca hubiera hecho eso conmigo, y no digamos Eliseo San Juan, o el mismo Evaristo sin ir más lejos, que será todo lo degenerado que tú quieras, que hasta dicen que tiene una maleta con plumas de gallina y pone espejos y cosas raras, pero precisamente por eso. Y no es que me cogiera de nuevas ni mucho menos, que siempre he oído decir que la noche esa es de campeonato, que no se disfruta, que es un trago, pero no sé de nadie, ni de uno, fíjate, que se diese media vuelta y buenas noches. Y no me vengas con que por respeto y que hay ocasiones en que hay que dominar al bruto, porque, nos duela o no, animales somos, Mario, y, lo que es peor, animales de costumbres, que una mujer, por muy sanos principios que tenga, en una situación así, acepta antes una brutalidad que un desprecio, y a mí ya me conoces. Lo de la noche de bodas, Mario, te pongas como te pongas, es algo que no olvidaré por mil años que viva, vamos, hacerme eso a mí, que todavía el padre Fando que una delicadeza, ya me ha visto a mí el pelo, que buenos se están poniendo estos curitas jóvenes, que no dan importancia a nada, sólo a si los obreros ganan mucho o poco, que me apuesto la cabeza a que les parece peor que un patrono niegue una paga extraordinaria a que abrace a una mujer que no es la suya, que a esto hemos llegado, Mario, aunque sea triste reconocerlo, que estamos perdiendo el sentido de la moral y así nos crece el pelo, dichoso Concilio, con lo tranquilos que estábamos. ¿Pues no salen ahora con que los protestantes van a abrir una capilla aquí, en la esquina? Pero ¿es que estamos bien de la cabeza, imagínate, con cinco criaturas? ¿Con qué tranquilidad les va una a dejar salir de casa? Es que no quiero ni pensarlo, Mario, que esto nos pasa porque no sois como debierais, la gente no medita ya en el Más Allá ni tiene principios ni nada que se le parezca. Pero si lo teníamos en casa, Mario, recuerda, «Cuéntame tus aventurillas de soltero, aunque me duelan. Te perdono de antemano», yo creo que en mejor plan, porque estaba dispuesta a tragarme el cáliz hasta las heces, te lo prometo, que quizá sea una tonta, pero no lo puedo remediar, las gasto así y de repente, un buen día, me entran ganas de perdonar a todo el mundo, y lo iba a hacer, te lo juro, dejarte hablar y, luego, un beso y lo pasado, pasado, pero tú, chitón, reservado hasta con tu mujercita, que es lo que peor llevo, y cuando insistí, con mayúsculas, hijo, como en tus libros: «ERA TAN VIRGEN COMO TÚ, PERO NO ME LO AGRADEZCAS; FUE ANTE TODO POR TIMIDEZ». ¿Qué te parece? Si hay una cosa que me saca de mis casillas, Mario, es

tu desconfianza, entérate de una vez, porque si aquella noche me dices la verdad, te hubiera perdonado igual, aunque me costase, te lo juro por lo que más quieras. Lo mismo que con lo de Encarna en Madrid, que no hace falta ser mal pensada, y no te digo ahora, pero fíjate hace veinticinco años, con la euforia, una cerveza y unas gambas, que no, Mario, cambia de disco, ni que fuera tonta, ¿crees que no conozco a Encarna? Y luego con el éxito y todo eso, para qué querías más, donde te llevase, a ver, si me hago cargo, pero, lo mires por donde lo mires, es una indecentada, entre cuñados, aunque sólo fuese por respeto a la sagrada memoria de Elviro, que con la viuda de José María, si hubiera estado casado, parecería lo mismo pero no es lo mismo, es otra cosa, ya ves, un hombre sin creencias. Por más que callemos la boca, todo acaba sabiéndose, Mario, que el mundo es un pañuelo, como decía la pobre mamá, y con Encarna, hasta hace cosa de quince años, ha habido cosas que no están claras, cariño, que según tú todo es caridad, pero a saber, que yo no digo que la sobre ni que vaya a ponerse a trabajar, Dios me libre, pero sé que la dabas dinero y ella lo cogía, que te puedo indicar hasta el lugar y la fecha si es que lo quieres más claro, que una, a la chita callando, se acaba enterando de todo.

X

En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis. Escucha una cosa, Mario, ¿sabes que me gustaba cada vez que me decías «eres una pequeña reaccionaria»? Supongo que lo dirías por mis prontos, a ver, ¿por qué otra cosa si no?, pero con todo. Recuerdo que de chicos, Paco, cuando me perseguía, siempre con «pequeña» a vueltas, como un estribillo, que hubo una época que me gustó Paco, como lo oyes, yo era una niña, desde luego, que entonces apenas si reparaba en que ni hablar sabía, porque la familia de Paco era un poco así, ¿cómo te diría?, bueno, un poco, lo que se dice una familia artesana, y en cuanto le rascabas asomaba el bruto, pero como andaba siempre de broma se pasaba el rato con él, que en la vida he visto un hombre más colado, te digo mi verdad. Recuerdo que cuando nos cruzábamos con vuestra pandilla y el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía, Paco decía: «Si sueltan otro Mihura, me echo al ruedo, pequeña, sólo para que veas lo que es valor», y Transi se mondaba, que yo no sé qué le daría Paco pero siempre le prefería, y de no ser él, los Viejos, que lo que es a ti, ni regalado, las cosas como son, que tampoco venía a cuento esa manía, «Échale, fíjate qué nuez, parece un espantapájaros», tú dirás, que los primeros días, en cuanto te marchabas, me daba un beso en la boca, bastante apretados, desde luego, raros, como de tornillo, «Menchu, tienes fiebre, no deberías salir mañana», que yo no sé si serían celos o qué, ¿me comprendes? Transi, francamente, no ha tenido suerte, que tendría sus cosillas, y quién no, pero también reúne muy buenas cualidades, ya ves tú, lo de la fiebre, a esa edad, atenciones así no se pagan con dinero. No sé por qué ni por qué no, pero Paco Álvarez le tenía sorbido el seso, es que se moría de risa con él, ¿eh?, corrigiéndole, que Paco decía «relación» por «reacción» y «preceptiva» por «perspectiva», todo se trabucaba, que Transi le decía el Obrero, entre nosotras, claro, sin darle beligerancia, que es lo que más me extraña, aunque, bien mirado, eso era lo de menos, lo peor es que se le veía un hombre sin pulir, pues no sé en qué, en todo, ni se preocupaba de si me llevaba a la izquierda, y decía siempre «mi mamá», imagina, a sus años. Porque le quitas eso y Paco, como hombre, estaba pero que muy bien, y no te digo ahora, curtido, con sus canitas, que parece un actor, que mi sino siempre parece haber sido atraer a la gente basta, Eliseo, Evaristo, Paco y así. Valen dice que eso pasa cuando se está llenita, pero yo, quitando la poitrine, que siempre tuve un poco de más, nunca fui gorda, ¿no te parece? Y no

digo ahora, naturalmente, que hay que ver a Eliseo San Juan, bisojo se pone, oye, y si voy con el suéter azul el acabóse, «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena», una cosa mala, Mario, lo que se dice ni a sol ni a sombra, una obsesión. Y, luego, con esa mandíbula, ese vozarrón y esas espaldas que se gasta, aturde, la verdad, que, lo que yo digo, Paquito Álvarez siempre fue otra cosa, no voy a decir más fino, pero, ¡qué sé yo!, menos avasallador, como más comedido, otra cosa, los mismos ojos, yo no he visto cosa igual, te doy mi palabra, que es un verde raro para ojos, reconócelo, como los de los gatos o el agua de las piscinas. Y tenía detalles, que bien que me fijé, que Paco sería burdo y así pero siempre luchó entre su extracción humilde y un natural educado. Ya le ves ahora, un señor, un verdadero señor, que yo recuerdo, de chicos, al subir o bajar la acera, siempre me cogía un brazo, como por descuido, ya sabes, al desgaire, pero para una mujer es agradable notar que el hombre repara en su debilidad. Y una cosa que no te he dicho, Mario, que el otro día, hará cosa de dos semanas, el dos del pasado, para ser exactos, Paco me llevó al centro en su Tiburón, un cochazo de aquí hasta allá, no veas cosa igual, que yo estaba parada en la cola del autobús y, de repente, ¡plaf!, un frenazo, pero de película, ¿eh?, como te lo digo, que hacía mil años que no veía a Paquito, no te vayas a creer, que me puse encarnada y todo, fíjate qué rabia, que si hay algo que me haga perder los estribos es notar que la sangre me sube a la cara y no poder remediarlo. Y él, como si no se enterase, que hay que ver qué voz, qué aplomo, qué modales, otro Paco, Mario, como lo oyes, «¿Vas al centro?», «Pues, sí», a ver qué podía contestarle, pero sin moverme, que allí mismito, pegando a mí, estaba Crescente, con el motocarro, fisgando, natural, para no perder la costumbre, pero Paco sin vacilar, «Te llevo», que yo me colé sin pensar siquiera lo que hacía. ¡Y qué coche, Mario, de sueño, vamos! Con decirte que se me iba la cabeza, pero es que ni notar los baches, que luego Paco conduce con una seguridad como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, y yo, como parezco tonta, el corazón paf, paf, paf, todo el tiempo, no por nada, sólo de verme encerrada en un coche con otro hombre que no fueras tú, que, eso sí, Paco no es el que era, qué manera de expresarse, Mario, pocas palabras pero las justas, en un medio tono, sin descomponer la cara por nada, como la gente bien. Los hombres es una suerte, como yo digo, con los años ganáis, y el que no está bien a los veinte no tiene más que esperar otros veinte, ahí tienes a Paco, hablando como un libro, como muy varonil, que de chico, tan rubito, resultaba un poco Niño Jesús para mi gusto, como un poco blando, no sé, que ahora a la legua se ve que tiene mundo, «Por ti no pasa el tiempo, pequeña; estás igual que cuando paseábamos por la Acera», ya ves, que yo «Qué bobo», a ver qué otra cosa podía decirle, si no

hablábamos desde hacía veinticinco años, unas bodas de plata, imagina, exactamente desde que yo era una cría, que yo, por desviar la conversación, «Qué coche más estupendo», y él que conmigo dentro lucía más, una galantería, tú dirás, más de trapillo no podía ir, que me cogió de sorpresa y luego lo sentí, las cosas como son, pero eso no quita, que una atención siempre gusta. Y en cuanto nos callábamos, él venga de mirarme de reojo, un poco así, no te digo en plan conquistador, pero vamos, que dio un rodeo para llevarme a la plaza, pero yo ni pío, como si no me diera cuenta, que de sobra sé que está casado y con un montón de hijos, y yo también, claro, pues a hacerme la boba, que luego, al despedirnos, venga a mirarme a los ojos, y me retuvo un buen rato la mano, que yo creí que iba a estallar, porque le ves a Paco ahora y como si fuera otro hombre, Mario, un dominio, una seguridad, parece mentira un cambiazo así. Por lo visto, después de la guerra, estuvo unos años en Madrid, relacionándose, ¿sabes?, él me lo dijo, y ahora con eso del Polo le interesa esto, representaciones y no sé qué negocios de solares o como se llame. Desde luego, él siempre fue trabajador, y en la guerra se portó estupendamente, menudo historial, un hermano caído y él un metrallazo en el pecho y un montón de heridas más, que méritos de sobra, quién se lo iba a decir a él, aquel chiquilicuatro, las vueltas que da el mundo, ya ves si yo me hubiera casado con él, a estas horas lo que quisiera. Porque tú te reirás, Mario, pero hoy la gente bien de dinero que gasta, que es lo que más rabia me da, que tú de tonto ni un pelo pero ya ves, y yo no digo un Tiburón, pero un Seiscientos... Un Seiscientos hoy hasta las porteras, cariño, que no es que exagere, ya ves los domingos en la calle, cuatro muertos de hambre y nosotros. No es por nada, Mario, pero lo de Paco me ha hecho reflexionar y es inclusive pecaminoso desaprovechar los talentos que Dios nos ha dado, así, que con escribir esas cosas que escribes en *El Correo* no adelantas nada ni haces bien a nadie, perder el tiempo, como yo digo, mira Paco. Yo misma reconozco que el encuentro me dejó un poco atontada, lógico, después de tanto tiempo, que no es que para mí pueda haber más hombres que tú, entiéndeme, pero para una mujer siempre es halagador saber que gusta. ¿Tú sabes cómo me miraba, Mario? Al marcharme no sabía cómo ponerme, te lo juro, que él no arrancaba y de seguro que estaba fisgándome, que me dio coraje haber salido con esas fachas, porque si no tuviera otra cosa, pero precisamente ahora, claro que para sabido. Menos mal que los hombres ni os fijáis, que yo cuando me cogió la mano pensaba todo el tiempo, «Que no me mire los botones, que no se dé cuenta de que he vuelto el abrigo», pero ya no suda ni nada, que yo recuerdo de joven, claro que ahora hay preparados para todo, pero de chico, cada vez que me agarraba el brazo para subir a la acera, yo le decía bajito a Transi, «Ya me caló», que ella tronchada, y el infeliz de Paco, «¿De qué te ríes,

pequeña, si no es mala pregunta?», que me lo dejaba todo húmedo, como te lo estoy diciendo. Y no es que yo vaya a decir ahora que me transfiguró que Paco me retuviese la mano, pero no dejarás de reconocer que es un detalle, cosa que tú nunca tuviste conmigo, cariño, que siempre fuiste más frío que otro poco, y no digo besarme, que eso ni a ti ni al lucero del alba se lo hubiera consentido, estaría bueno, pero sí un poquito más de pasión, calamidad, que siempre fuiste un apático, mucho «amor mío», mucho «mi vida» y, luego, nada entre dos platos. ¡Mira que la noche de bodas! Delicadezas, me río yo, que me pones en cada compromiso, ya ves Valen, que ella sangró, pues yo tengo que decirla que también, por vergüenza, a ver, ¿con qué cara le digo que diste media vuelta y si te he visto no me acuerdo? ¿Quieres más? Pues ahí tienes a Armando y a Esther, hijo, y ella bien intelectual que es, no me digas, bueno, pues se hicieron novios, por si quieres saberlo, reteniéndole él la mano, ni más ni menos, ni se le declaró ni nada, que éste es el chiste, que ella lo notó porque no la soltaba, sólo por eso, y así empezaron, ya ves tú. Que yo no hubiera admitido ese sistema, eso es aparte, que a mí las cosas bien hechas, Mario, y la declaración para ser novios es como la bendición para ser marido y mujer, la misma cosa, que recuerdo la pobre mamá, «Principio quieren las cosas», repara, más razón que un santo. El noviazgo es una baza muy importante, Mario, un paso para toda la vida, que muchos ni se dan cuenta, me gustas, te gusto, pues ¡tira!, que inclusive lo toman a broma, y no es eso, que así ocurre lo que ocurre. Ahora, un poquito de pasión, por mucho que digas, fundamental. Mira Armando, quince años casado, de vuelta de muchas cosas, pero a él que no le miren a su mujer, recuerdo la otra noche en el Atrio, el bar, menudo trepe, y no creo que Esther, la pobre, tenga mucho que mirar, bueno, eso es aparte, para él no rige, a pescozón limpio, muy en hombre, como hay que ser, que buena tunda llevaron, total por guiñarla el ojo, verás cómo no les quedan ganas, lógico. ¿Y en el Quevedo, de novios? Yo lo vi y le estuvo bien empleado, menudo escándalo, le pegó un puñetazo al tipo aquel que hasta partió las carteleras y todo, sólo por echarla el humo al pasar, sólo por eso, date cuenta, que es por lo que me chifla a mí Armando, que será todo lo brutote que queráis, pero es sano, como muy chapado a la antigua, con unos principios, ya me comprendes. A las mujeres nos gustan los hombres con unos pocos más de arrestos, querido, que defendáis lo que es vuestro, que os matéis por nosotras, si es preciso. ¿No se hace por la patria? Pues ídem de lienzo, Mario, para que te enteres, que la mujer o la novia deben ser sagradas, como yo digo, ni tocarlas ni que las toquen, aunque contigo esto y mirar al cielo es todo uno, «Tengo confianza en ti», «Tú ya sabes lo que debes hacer», ¡qué cómodo!, ¿y si se me olvida? ¿Y si un día no me da la real gana de hacer lo que debo

hacer? Es muy bonito eso, los hombres, una vez que os echan las bendiciones a dormir tranquilos, un seguro de fidelidad, como yo digo, el cuento de siempre, pero métete esto en la cabeza, Mario, hay ocasiones en que uno ha de ganarse esa fidelidad a pulso, y con los puños si hace falta, ahí tienes a Armando, toma ejemplo, a él que no le miren a su mujercita porque es capaz de todo. Y como Armando, la mayoría, convéncete, que no sé Paco, que hace mucho tiempo que le perdí la pista, pero lo más seguro, no hay más que verle, por de pronto en la guerra ya lo demostró, que hay que ver cómo tiene el cuerpo, como una criba, la de metrallazos. Ya sé que me pongo pesada pero no me cansaré de repetirte, borrico, que hay que poner ardor en las cosas que de verdad merecen la pena en lugar de gastar el tiempo escribiendo patochadas que ni te dan dinero, ni le interesan a nadie, que ya oíste a papá, y papá en otra cosa no, pero en eso de escribir no es un cualquiera, de sobra lo sabes, que me saca de mis cabales que te hagas el tonto.

XI

¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Tus ojos son palomas, y perdóname que insista, Mario, que a lo mejor me pongo inclusive pesada, pero no es una bagatela eso, que para mí, la declaración de amor, fundamental, imprescindible, fíjate, por más que tú vengas con que son tonterías. Pues no lo son, no son tonterías, ya ves tú, que, te pones a ver, y el noviazgo es el paso más importante en la vida de un hombre y de una mujer, que no es hablar por hablar, y, lógicamente, ese paso debe ser solemne, inclusive, si me apuras, ajustado a unas palabras rituales, acuérdate de lo que decía la pobre mamá, que en paz descanse. Por eso, por mucho que él la defienda y por voces que dé, no me seduce la fórmula de Armando de salir cuatro tardes juntos y retenerle un buen rato la mano para considerarse comprometidos. Eso será un compromiso tácito si quieres, pero si me preguntaran a mí, no me mordería la lengua, te lo aseguro, que yo me mantendría en mis trece, Esther y Armando se han casado prácticamente sin ser novios antes, de golpe y porrazo, tal como suena, cosa que, bien mirado, ni moral me parece. Es lo mismo que si un hombre pretendiera ser marido de una mujer por ponerle la mano encima, equilicual, que el matrimonio será un sacramento y todo lo que tú quieras, pero el noviazgo, cariño, es la puerta de ese sacramento, que no es una nadería, y hay también que formalizarlo, que ya sé que fórmulas hay muchísimas, montones, qué me vas a decir a mí, desde el «te quiero» al «me gustaría que fueses la madre de mis hijos» con todo lo cursi que sea, figúrate, de sorche y de criada, pero, a pesar de todo es una fórmula y, como tal, me vale. Por eso porfié tanto, Mario, cariño, compréndelo, a mí me gusta hacer las cosas bien y tú siempre fuiste un poco parado, desde que te conozco, inclusive ahora, si no te tomas dos copas y entonces te propasas, un revientafiestas, a ver, te quedas solo, empiezas a mirar torcido, sin decir oste ni moste y a morir por Dios. Ya ves la otra noche en casa de Valentina, que estuviste insufrible, te lo digo como lo siento, Mario, por qué te voy a decir otra cosa, todo el tiempo disparando los corchos de champán contra las farolas, que a saber qué diría el servicio, porque perder los modales es algo admisible sólo en la gente baja, Mario, que afortunadamente todavía hay clases, botarate, que a ti siempre te ha salido todo esto de la educación por una friolera, y no. Como eso de saludar en la calle sin ton ni son, que me ponías enferma, y tú que ibas pensando en tus cosas, bueno está lo bueno, Mario, cariño, que lo que decía la pobre mamá, «Cada hora tiene su afán»,

porque la gente no tiene obligación de adivinar si eres despistado, maleducado o antipático. ¡Hay que ver las enemistades que te has ganado por eso, y qué a lo tonto! Entre esto, tus libros y tu afán de ir contra corriente, te has cargado a la ciudad entera, cariño, y eso no se puede hacer, para que lo sepas, que vivimos entre gente civilizada y entre gente civilizada hay que comportarse como un ser civilizado, que si a un conocido no le dices adiós, a santo de qué, si me lo puedes decir, vas a decírselo a un desconocido, que recuerdo el sofocón que me hiciste pasar junto a la botica de Arronde con aquel desarrapado impertinente, «Perdone», «¿Me quiere decir de qué nos conocemos usted y yo?», que tú cortado, lógico, que si le habías confundido y que si tal y que si cual, palabras, y el frescales de él, «No se preocupe, desde hoy ya nos conocemos», en pleno paseo, que yo no sabía dónde meterme, y, encima, venga palmaditas en el hombro, qué te parece, un barrendero o vete a saber, que qué diría la gente que nos viese. Eso no se puede hacer, Mario, por propia estimación aunque sólo sea, y por si fuera poco, «Tan amigos y a su disposición», a un descamisado desconocido, date cuenta, que también son ganas de llamar la atención, cuando más sabiendo que me molesta, que no es que sea por orgullo, pero cada oveja con su pareja, calamidad, que tú en esto de guardar las formas, cero. Por eso estoy cada día más contenta de haberte hecho pasar por el aro, sólo faltaría, que lo que es por tu gusto, «Yo quiero salir contigo, pero solos», mírale, que yo haciéndome la tonta, «¿A santo de qué?», «Pues como novios», «Pero si no lo somos, ¿no te das cuenta?», y tú a escurrirte, pero ni hablar. Estas cosas, Mario, cariño, requieren una solemnidad, que no es cosa mía, el mundo es muy sabio, y cuando siempre lo ha hecho así, así tendrá que ser, convéncete, si no sería todo un lío y, por así decirlo, si tú un buen día te largas con viento fresco a ver qué podía yo reprocharte, nada, ¿te das cuenta?, mientras de la otra manera, no te digo por lo legal, pero siempre quedarías como un cochero, desde el punto de vista social, quiero decir. Y así un día y otro, aguantando, que bien que me lo has echado en cara, pero tuviste que pasar por el aro, tunante, sólo faltaría, y aquí, para inter nos, te advierto que no me faltó donde elegir, ya ves Paquito... proposiciones de sobra, cada jueves y cada domingo, y yo que nones, a ver, que Transi, loca, «No me irás a decir que te gusta un poco ese sietemesino», que yo no diría tanto, pero físicamente, cariño, tenías bien poquito que gustar, francamente, y yo como una romántica, que no soy más que una romántica y una tonta, «Ese chico me necesita», ya ves a esa edad, me emocionaba sentirme imprescindible, gajes, que mamá, con ese ojo clínico que no he visto cosa igual, «Nena, no confundas el amor con la compasión», date cuenta, los puntos que calzaba. Pero yo, ciega, lo reconozco, que a esa edad, porque no te digo que no, pero, a lo mejor,

si el bárbaro de Armando no se pone los dedos en las sienes y pega aquellos mugidos, que menuda vergüenza, ni me fijo, que hay veces que el porvenir depende de cualquier tontería, figúrate, una pequeñez así, las cosas. El caso es que me dabas una pena horrible, yo no sé, porque aquel traje marrón me horrorizaba, te lo confieso, y los tacones de los zapatos como roídos, así, tan triste, pero nunca se sabe, y, de repente, un día noté que empezabas a hacerme tilín, a lo tonto, que no veas a Transi, «Échale, ¿se puede saber en qué estás pensando?», un calvario, cariño no te puedes figurar, a contrapelo de todo el mundo, que a buena hora mamá, da gracias a lo de Galli, de rebote, a ver. Mamá, aunque me esté mal el decirlo, era la mujer más ecuánime que he conocido, siempre sonriente, tan pulcra, ni una voz más alta que otra, una de esas personas que te sedan, Mario, que hay que ver cómo murió, ni perder la compostura, no me digas, que lo pienso muchísimas veces, que mamá, antes de llegar donde tu padre se hubiera muerto de hambre, me apuesto la cabeza, buena era, la pulcritud en persona, antes de hacérselo en la cama cualquier cosa, estoy segurísima, que eso de «De la cuna a la sepultura» es una verdad como un templo, la gente muere como vive, el discreto en discreto y el abandonado en abandonado, ahí tienes a tu madre, sin ir más lejos, «Cuídale; vale mucho Mario, hija», siempre satisfecha de lo suyo, es que no fallaba, reconócelo, que otras virtudes tendría, no digo que no, pero sus hijos, hasta el mismo José María, ya ves, menudo elemento, santos, y Charo, para qué te voy a decir, perfecta, y los muebles de su casa, que entre todos no valían un perro chico, el que no era de nogal, caoba. Tu madre era graciosa, Mario, la persona más gloriosa del mundo, qué felicidad ser así, quién pudiera, recuerdo el día que me enseñó la fresquera en el ventanillo del baño, que yo náuseas, te lo juro, ganas de devolver, «Ni el mejor frigorífico me haría la leche que esta fresquera, hija. Ni en agosto se me corta la leche aquí», imagina, luego, ya en estado, cada vez que iba por tu casa, ni pasar bocado, es que imposible, un asco, que yo creo, lo pienso muchas veces, que si tú nunca tuviste ambición, entiéndeme, en el buen sentido, es por haberte criado en un ambiente tan mezquino. ¡Si hasta para declararte fuiste roñoso, querido! Buena trabajina me diste pero me lo había prometido, «¿Quieres ser mi novia?», ya ves qué formas, «¿A qué ton?», «Pues porque sí», la cabezonada, «¿De modo que porque sí se hacen novios dos personas?», que tú, como un niño maleducado, mira que eres, «Me gusta estar contigo», que yo tenía que contener la risa, te doy mi palabra, «Si te gusta estar conmigo será por algo, ¿no?», que acabaste por pasar por el aro, zascandil, ¿o es que ya no lo recuerdas?, «Porque te quiero», que yo te dije, me acuerdo como si lo estuviera viendo, en la Fuente del Ángel, en el segundo banco, según se entra por la Pajarera a la derecha, «Eso ya es otra cosa». Pero visto y no

visto, hijo, en qué hora, desde entonces venga de pasear por calles raras, sin gente, que yo al principio un poco escamada, a ver, nunca se sabe, y como hablas tan poco, que yo no me explico cómo os podéis pasar sin hablar, yo, como un hongo, palabra, que el día que Armando me dijo «Mario es enemigo de las multitudes», respiré, pero yo no sé, si eres enemigo de las multitudes, a qué tanto con los obreros, que hay que ver los que son, millones de millones, y con los paletos, que Valen se troncha con tu manía de los paletos, que lo que ella dice, «Hambre ni pun, hija, que matan unos cerdos que para mí los quisiera». Una de dos, Mario, que no hay quien te entienda, o eres enemigo o eres amigo, pero si eres amigo, júntate con tus iguales, zascandil, que es lo que te corresponde, y deja en paz a los obreros y a los paletos, que ya saben tenerse solos, ya le oyes a Paco, buenos están, y las criadas mismas, que hoy todo el mundo pide la luna. Lo he comentado con Valen muchísimas veces, que parece que jugáis a los despropósitos, cariño, mucho Dios, mucho prójimo, pero si los pobres estudian y dejan de ser pobres, ¿quieres decirme con quiénes vamos a ejercitar la caridad? ¡Anda, dime, que tenéis cada salida! Y es que no os dais cuenta, porque si esto solamente lo pensaras, vaya, mal estaría pero pase, pero es que no, hay que escribirlo y escribirlo con mayúsculas, hale, bien grande, que nadie se quede sin verlo, como a ti te gusta. Si un día se quemase *El Correo*, qué felicidad Mario, créeme, que lo que estáis haciendo en el periodicucho ese es labor del demonio, confundiendo a los infelices y llenándoles la cabeza de pájaros, convéncete, testarudo, que tienes la cabeza muy dura y nunca te has dado a razones, que la soberbia es lo que te repudre, cariño, siempre el yo por delante, y no digas que no, que la soberbia te enfrentó con Solórzano, ahí es nada, que el hombre te tiende la mano y tú «No señor, yo no tengo por qué agachar la cabeza», amor propio y nada más que amor propio, mira Higinio Oyarzun, no le ha ido tan mal me parece a mí, y después del barullo del acta con Josechu, el que Fito Solórzano te propusiera para concejal era izar bandera blanca, ¿no?, lo pasado, pasado, borrón y cuenta nueva, bien claro lo decía papá en su carta, pues tú, no señor, que lo tienes a gala, «Me quieren mezclar», «El precio del silencio», el disparate, cuando lo que te vienen a ofrecer es una tribuna, adoquín, un cargo de responsabilidad, ya oíste a Antonio, «Entrar en el Ayuntamiento por el tercio cultural es hacerlo por la puerta grande», que no es que lo diga yo, que lo dice Antonio, entérate de una vez, cabeza dura. Bueno, pues tú como quien oye llover, «Mi nombre está para sonar, no para salir», hijo, que siempre estás con esas cosas, que eres más raro que otro poco, complejos es lo que tenéis vosotros, que estáis llenos de complejos, tú dirás, siempre en clave, «para sonar, no para salir», que no hay quien os entienda, pesado, más que pesado, y lo peor es que tu hijo viene con las mismas

mañas, ya le oíste ayer, «Mamá, esos son convencionalismos estúpidos», date cuenta, pero de malos modos, ¿eh?, menudo sofocón, media hora llorando en el baño, te lo prometo, sin poder salir. Luego dices, prefiero yo mil veces a Menchu, con toda su vagancia, que a estos jovencitos, que no sé si la Universidad o qué pero salen todos medio rojos, sin la menor consideración, que Menchu, estudie o no, por lo menos, es dócil, y mal que bien aprobará la reválida de cuarto, tenlo por seguro, y ya está bien, que una chica no debe saber más, Mario, hay que darla tiempo de ser mujer, que a fin de cuentas es lo suyo. Después de todo, el bachillerato elemental es hoy más que el bachillerato de nuestro tiempo, Mario, dónde va, y, de que pase el luto, la niña se lucirá y, como es monilla y tiene mano izquierda, no le faltará un enjambre alrededor, y si no, al tiempo, que de algo ha de servirme la experiencia y ya me preocuparé yo de que acierte a elegir, ella es dócil y desde chiquitina no se compra un alfiler sin consultarme. Tú dirás, ya lo sé, que estrangulo su personalidad, que me pones mala, grandísimo alcornoque, porque si personalidad es negarse a llevar luto por un padre o faltar el respeto a una madre, yo no quiero hijos con personalidad, ya lo sabes, con la tuya he tenido bastante, que mis ideas no son tan malas, después de todo, y, o poco valgo, o mis ideas han de ser las de mis hijos, que hasta al insolente de Mario pienso meterlo en cintura, óyelo bien, y si quiere pensar por su cuenta que lo gane y se vaya a pensar a otra parte, que, mientras viva bajo mi techo, los que de mí dependan han de pensar como yo mande. No te rías, Mario, pero una autoridad fuerte es la garantía del orden, acuérdate de la República, no es que yo me lo invente, aquí y en todas partes, y el orden hay que mantenerlo por las buenas o por las malas. O se es, o no se es, que diría la pobre mamá.

XII

Es un orgulloso que nada sabe, que desvaría en disputas y vanidades, de donde nacen envidias, contiendas, blasfemias, suspicacias, porfías de hombres de inteligencia corrompida y privados de la verdad, que tienen la piedad por materia de lucro, y a mí no me la dais, Mario, a vosotros lo que os fastidia de Higinio Oyarzun es el Dos Caballos, hablemos francamente, y que a los quince años de estar aquí haya entrado en sociedad, cosa que ni tú ni los de tu camarilla habéis conseguido, ni conseguiréis, por la sencilla razón de que sois unos hurones, para qué vamos a engañarnos, que ni tenéis trato ni sabéis poneros derecha la corbata. Sí, ya lo sé, vas a decirme que no interesa, lo de la zorra, no están maduras, la de siempre, mira que eres, pero con Valen la otra noche, tú dirás, como un enano, ¡cómo lo pasaste!, y no olvides que los Rojo son de la mejor gente de aquí, para que te hagas una idea, lo que sucede es que como él es catedrático del Instituto, tienen que hacer a los dos paños, a ver. Pero si Vicente no fuera catedrático, ya te lo digo desde aquí, ¡de qué pisábamos nosotros su casa!, por mucho que a Valen la vistan los escritores y así, que lo que hace ella es reírse de vosotros, como lo estás oyendo, que Valen, aunque no lo parezca, es tremenda, se ríe hasta de su sombra, no te hagas ilusiones. Y qué cena nos dio, de sueño, que sobró de todo, hasta langosta y caviar, y cómo estaba la langosta, Mario, y qué bien servido todo, ni las bodas de Canaán, como yo digo, que si tú no te propasas, una de las noches más felices de mi vida, fíjate, menuda cena, que como ella te dice «Veniros a tomar una copa el sábado», le quita importancia, te piensas que va a ser otra cosa. Pero tú estuviste en un tris de armarla, querido, mira que eres, y te advierto que lo presentí, que no te lo creerás, te lo juro, nada más llegar, en cuanto entramos y vi a Solórzano y a Higinio, pensé, como te lo digo: «Mario se apoquina en un rincón o da el espectáculo», si te conoceré, en cuanto eché la vista encima a Oyarzun, que no sé de dónde esa manía, que a mí me parece un muchacho correcto, y no es hablar a lo bobo, que ya me viste, y un rato bien agradable que pasé con él, que no es que vaya a decir que tenga una gran facha, porque no, porque no la tiene, no es un Adonis si es lo que quieres saber, pero dentro de lo menudito, con ese olor a tabaco de pipa y esas corbatas que son la preciosidad, acaba por hacerse atractivo, mira lo que son las cosas. Higinio es uno de esos hombres que te dan el pego, porque de entrada no resulta, de acuerdo, pero a medida que le tratas te vas dando cuenta de que tiene algo, que me preguntas y ni idea, que empiezo por decirte que no sé si es que

viste bien o que sabe llevar la ropa, que son dos cosas muy distintas, aunque esto para ti sea chino. Pero para que vayas aprendiendo, cariño, y no lo digo con segundas, hay gentes que cuando se visten para una fiesta parecen endomingadas, dan un poco de grima, así como si se hubieran quitado la pana para ir de boda, ya me comprendes, y otras que no, que es el caso de Higinio, una soltura, una gracia especial, que este muchacho, con todo lo menudo que es, le pones un chaqué y como el pez en el agua, me juego la cabeza. Se le ve a la legua que es hombre de sociedad, nada de advenedizo, y al que te diga que es un chismoso, ni hablar, todo lo contrario, para todo el mundo tiene una palabra amable, mira que motivos le sobran para estar engreído, pues como si nada, tan sencillo, date cuenta, a mí, de vernos por la calle y adiós y adiós, pues, enseguida, con tus libros, que qué preparabas y que si saldría algo nuevo este año, realmente interesado. Y no digas, que tú con él, mejor es no hablar, con que si es un correveydile y un confidente, que tú dirás, cualquier otro, después de las campañas de *El Correo* y de lo de Fito Solórzano, ignorarte era poco, pues él, no, como te lo digo, como si fueras el mejor escritor de España, que yo no digo que escribas mal, entiéndeme, lo único los argumentos, pues él todo elogios, lo único que a veces se te iba un poco la mano, ya ves tú, un poco, un buenazo, eso es lo que es, que a otra cosa no, pero a ojo clínico pocas me ganan. Y lo mismo con lo de papá, no te creas, con lo de la corbata, «Puede quitársela mañana, niña; España es, de hecho, una monarquía», que yo en la luna, oye, te lo confieso, pero a él no le pareció raro, «Es cosa hecha; esto está hecho desde el año catapún, pero las señoras jóvenes, entonces, no habíais nacido», una galantería, figúrate, que yo, los aparente o no, ya tengo mis añitos, por más que Paco el otro día, que estaba igual que cuando paseábamos por la Acera, qué más quisiera. Porque no sé si te he dicho, Paco me ha llevado dos veces en su coche, Mario, con siete días de diferencia, a la misma hora y en la misma parada del autobús, que también es casualidad. Pasé mi bochorno, no te creas, que menuda cola, y yo que me veo venir un Tiburón rojo y, ¡plaf!, frenazo, pero como en las películas, «¿Vas al centro?», que yo violenta, si es Paco, imagina, un siglo sin verle, y Crescente fisgando todo el tiempo desde el motocarro, y yo acomplejada, lógico, «Pues, sí», a ver qué iba a decirle, que ni me dio tiempo de pensarlo, abrió la portezuela y me colé. ¡Qué cambiazo el de Paco, querido, es que por mucho que te diga no te lo puedes imaginar! Otro hombre, eso, lo que se dice otro hombre. Los ojos sigue teniéndolos ideales para mi gusto, más bonitos, si cabe, de un azul verdoso, entre de gato y de agua de piscina, y, con los años, no sé cómo explicarte, ha cogido aplomo, que yo recuerdo de chico, un chisgarabís, y ahora representa, parece alguien, y habla correctamente, que antes era una juerga. Pues ahí le tienes, con su

Tiburón, apaleando millones, que yo no sé bien dónde me dijo que trabajaba, desde luego tiene algo que ver con lo del Polo, no me hagas mucho caso, aunque buen ojo abrí cuando habló de las casas. A Higinio, en cambio, no me atreví a decirle una palabra, que fui boba, yo misma lo comprendo, que al fin y al cabo él era del Patronato, pero, fíjate, con el tiempo que ha pasado, que entonces, lo reconozco, me llevé un berrinche espantoso, pero no le iba a ir ahora con el cuento, estaba fuera de lugar me parece a mí y, además, iban cargados de razón, que algún día te convencerás, calamidad, de que en esta vida cuentan más los amigos que los títulos. Pero si tú vas y te plantas haciéndoles cara, criticándoles a todas horas, no queriendo ser concejal, negándote a firmar sus actas, ¿es que te van a dar una casa, encima? Estarían locos, Mario, desengáñate, y soy la primera en reconocer que tú no tienes la culpa, que si a ese don Nicolás que Dios confunda le hubiesen dado su merecido a su hora, otro gallo nos cantara, porque el don Nicolás y el Aróstegui y el Moyano, que más adelantaría rapándose esas barbas asquerosas, como yo digo, y toda la camarilla, el padre Fando incluido, que antes yo me pensé que era de otra pasta, te han hecho mucho daño, la verdad. Que ya me conozco la teoría de don Nicolás, «En el mundo actual, un escritor o es crítico o no es nada», palabras y nada más que palabras, que el caso es embaucar a la gente joven, carne de cañón ni más ni menos, que yo no sé a santo de qué andan ahora los chicos tan alborotados. No le trago, fíjate, al don Nicolás ese de mis pecados, que será todo lo inteligente que tú quieras pero a mala persona no le gana nadie y además se le ve venir, que ésa es otra. Quitas a su pandilla y no sé de una sola persona de la que hable bien, ¡madre, qué lengua!, mira que los versos que le sacó al pobre Canido. Claro que Canido era lo de menos, que a mí no me la da, y además, no me avergüenzo de decirlo, a mí me gustan horrores las poesías de Canido, digáis lo que digáis, que será todo lo anticuado que quieras pero pegan divinamente y se entienden de maravilla, no es como las de ahora, que hay que ver los poetas también, hijo, en clave, no los resisto, y él corriendo por ahí que «ni los versos de Canido son versos sino versículos, ni los textos de Solórzano son textos sino testículos», que a Moyano, bien que se lo oí, que «Fito era de los de a puro huevo», ya ves tú, ¡qué educado!, que ni él sabe lo que quiere decir con eso. Y yo no voy a salir ahora con que Solórzano hable bien, que sería una bobada, pero tampoco mal, habla corriente, eso ni de llamar la atención por una cosa ni por la otra y, en definitiva, si a él le apetecía editar sus discursos en la Casa de la Cultura, si tenía ese capricho, pues bueno, otros tienen otros, no hace mal a nadie me parece a mí, si costeaba la edición, el pie de imprenta era lo de menos, que hay que ver cómo os pusisteis, ni que os quisiera fusilar, que no sólo le decís que no y que antes dar cerrojazo a las

ediciones, que tampoco era para tanto, sino que, encima, andáis corriendo por ahí que con un discurso era suficiente, que en los otros bastaba sustituir «abrevadero», por «teléfono» o por «fuente» o por «cementerio», que no he visto peor intención en mi vida, como lo oyes. Aunque digáis misa, eso son ganas de molestar, cariño, que os pasáis de rosca, todo el día de Dios pinchando e incordiando, y luego, a ver, nadie os puede ver ni en pintura, lógico, ya ves la gente que vino ayer por casa, fuera de media docena de personas que merezcan la pena, mozalbetes y desarrapados, que así nos crece el pelo. Si te digo mi verdad, no me explico cómo todavía no te han metido en cintura, créeme, porque después de lo de José María tú debías haber andado con más ojo, cuanto más a la vista de los antecedentes de tu padre, de los de a mí no me metan en líos, pero rojo también, no sé si de Lerroux o de Alcalá Zamora, pero desde luego rojo, que menudo nido tu casita, hijo, ni buscada con candil. Menos mal que estaba lo de Elviro en Madrid y la guerra, que, mal o bien, al fin y al cabo la hiciste, eso es cierto, pero lo de José María era gordísimo, no me digas, un hombre significado, como para poner a toda la familia en cuarentena, fíjate, que me hacía reír tu padre, qué pesado, con que si fue él quien no le dejó ir a la oficina, que eso era lo de menos, date cuenta, que cuando se proclamó la República salió con la bandera y estuvo en el mitin de Azaña en la plaza de toros, que hay testigos, que no es una invención mía. Tú te cubres con Elviro, Mario, pero eso no basta, que Elviro será un caído y todo lo que quieras, pero también está lo del otro, que yo no sé cómo te atreves a hablar de tolerancia y comprensión y que si no podemos estar toda la eternidad como Caín y Abel, que eso a ellos, a José María y a los de su cuerda, caínes, más que caínes, que te pones en ridículo cada vez que dices en público que tus dos hermanos pensaban lo mismo, habráse visto, que José María aquí se pasaba y Elviro, allí, no llegaba, siempre con tus crucigramas, calamidad, que la pones a una la cabeza loca, en vez de hablar claro. Lo mismo que con los héroes de los dos lados, o que sin un acto de expiación colectivo sería muy difícil arrancar, o que si muchachos con los ojos limpios que querían una España distinta, unos y otros, pero que la política y el dinero lo echaron todo a perder. Cómo vas a comparar, ¿estás tonto?, pero si ni a misa iban, hijo de mi alma, que la has cogido modorra con el dinero, que el dinero lo tienes o no lo tienes pero no puede pensar, ni que fuera una persona, que vosotros con tal de hacer una frase sois capaces de vender el alma al diablo. Es como lo de José María, cuando sale Charo con que dijo antes de matarle que no era la primera vez que un justo moría por los demás, ganas de hablar, que a saber qué dijo José María si es que dijo algo, que estaría muerto de miedo y rezando el Señormíojesucristo, como todos en ese trance, natural. La gente de la cáscara amarga, por la

cuenta que le tiene, es muy aficionada a sacar frases y a pulirlas como a los dorados, que hay quien se alimenta de frases, como yo digo, qué aburrimiento. Hay que ver la guerra que te dan a ti las palabras, cariño, que lo que dice Valen, a fuerza de darlas vueltas en la cabeza ya no sabes dónde pones los pies, que luego queréis arreglar el mundo y no sabéis de la misa, la media, que éste es el chiste, y os creéis que lo sabéis todo. Escucha, Mario, aquí, para inter nos, cada vez que Borja se dormía arrullado por la quinta sinfonía y tú decías, «Éste es el intelectual de la familia», yo perdía la cabeza, te lo confieso, porque por nada del mundo quisiera tener un hijo intelectual, una desgracia así, antes que Dios se lo lleve, fíjate. Convéncete de una vez, Mario, los intelectuales, con sus ideas estrambóticas, son los que lo enredan todo, que están todos medio chiflados, porque creen que saben pero lo único que saben es incordiar, lo único, fíjate bien, y sacar a los pobres de sus casillas, que el que no acaba de rojo, acaba de protestante o algo peor. Daría media vida por meterte esto en la cabeza, querido, que yo no sé en qué tono decírtelo, que hay personas que me paran en plena calle, y no es una ni dos, siempre los mismos, que si te has hecho rojo, imagina qué situación, con qué cara voy a contestarlos, que, luego, cada vez que te veía comulgar, me entraba un escalofrío por la espalda que no quieras saber, porque por mucho que en mi fuero interno pretenda disculparte, hay cosas que no pueden conciliarse, cariño, por ejemplo, Dios y *El Correo*, pero así, sin contemplaciones, que es algo que sale de ojo. El Señor no gusta de las medias tintas, cariño, y Él me perdone pero yo creo que ese Juan XXIII, que gloria haya, ha metido a la Iglesia en un callejón sin salida, que no es que diga que fuese malo, Dios me libre, pero para mí que lo de Papa le venía un poco grande, o, a lo mejor, le pilló demasiado viejo, que todo puede suceder. Yo no soy una mojigata ni una intransigente, Mario, ya me conoces, pero este buen señor ha hecho y ha dicho cosas que asustan a cualquiera, no me digas, porque si a estas alturas, también va a resultar que los protestantes son buenos, acabaremos por no saber dónde tenemos la mano derecha.

XIII

Don de Yavé son los hijos: es merced suya el fruto del vientre. Lo que las saetas en la mano del guerrero, eso son los hijos de la flor de los años. ¡Bienaventurados los que de ellos tienen llena su aljaba! ¡Qué bonito! Pero luego la que andaba todo el día de Dios como un zarandillo era yo. No es por nada, Mario, pero algún día te darás cuenta de lo poco que me has ayudado en la educación de los niños, que Antonio, que es un gran pedagogo, lo dice, ya ves, que cuando el padre se inhibe, los hijos lo notan, qué cosa, que pueden ser como cojos pero por dentro, ¿comprendes?, tarados o eso. Claro que en este punto, no es ninguna novedad, los malos ratos para la madre; que los hombres sois todos unos egoístas, ya se sabe, que ni cortados por el mismo patrón, pero si hay uno que se lleve la palma a este respecto, ése eres tú, Mario, cariño, y perdona mi franqueza. ¡Hay que ver!, se te metió entre ceja y ceja que las niñas estudiaran y ahí las tienes, contra viento y marea, la pobre Menchu, y no te hagas el tonto que sabes de sobra que las niñas que estudian, a la larga, unos marimachos. En cambio, con los niños, muy bonito, otra medida, mira tú que bien, y si no quieren estudiar que trabajen con las manos. Pero ¿es que estás en tus cabales, Mario? ¿Te imaginas a un Sotillo en mono? Que me aspen si te entiendo, hijo, pero la verdad es que tienes unos gustos que merecen palos, que la vocación es muy respetable, de acuerdo, pero hay vocaciones para pobres y vocaciones para gente bien, cada uno en su clase, creo yo, que a este paso, a la vuelta de un par de años, el mundo al revés, los pobres de ingenieros y la gente pudiente arreglando los plomos de la luz, fíjate qué gracia. Pero para las niñas no hay vocación que valga, la ley del embudo, como yo digo, eso no rige, y si tienen vocación de madres, lo más noble que puede haber, que se aguanten y al Instituto, por la sencilla razón de que las niñas no pueden ser ignorantes, qué menos que el bachiller, que me herías en lo más vivo, Mario, por si te interesa saberlo, que yo no soy bachiller y a ti te consta, pero el caso era quitarme la autoridad delante de mis hijos, que ésa es una cosa que no podré perdonarte, cariño, por mil años que viva, porque si hay algo aborrecible en este mundo es eso, echar a los hijos contra la madre, tarea de diablos, así como suena, y eso es lo que has estado haciendo tú día tras día y año tras año, con una constancia digna de mejor causa. Y, luego, en vez de apoyarme cuando les decía que se limpiaran los zapatos al entrar en casa y que aprendieran a manejar los cubiertos de pescado, me salías por peteneras de que lo que debían hacer era leer y que Alvarito era muy raro y que marcharse solo al

campo a prender una hoguera era un desvarío y otro desvarío su obsesión con la muerte y con las estrellas, tonterías, que lo que le pasa a Álvaro es que tiene vocación de boyescut, o como se diga eso, que yo de idiomas ni pun, ya lo sabes, pero ¿a qué ton al médico? Álvaro es un chico corriente, Mario, cualquiera que te oiga, y te pones a ver y más me preocupan a mí otras cosas, mira Borja, vaya salida, ¿sabes lo que me dijo ayer y le salió del alma, que no es que sea broma? Pues va y me dice, pero con todas las de la ley, ¿eh?, «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio», ¿qué te parece?, le pegué una paliza de muerte, créeme, que son seis añitos, ya lo comprendo, pero yo a esa edad sentía veneración por papá, ya ves tú, que me dicen que le ha pasado algo y me muero, que lo primero, en cuanto aprendí a leer, era buscar su firma en el *ABC*, pero todos los días, ¿eh?, como costumbre, que cada vez que la encontraba, de ciento en viento, natural, mamá: «Papá es un gran escritor, nena», que yo, para qué quería más, toda orgullosa, pero un orgullo sano, nada de pecaminoso, no te pienses lo que no es, y llegar al colegio y plantárselo a mis amigas era todo uno, que ellas rabiaban porque sus padres no escribían en los periódicos y yo, figúrate, feliz. Respeto y admiración por los padres es lo primero que hay que inculcar en los hijos, Mario, y esto no se consigue sino con autoridad, que siendo blando con ellos te crees que les haces un favor y, a la larga, todo lo contrario, ahí tienes el caso de Borja, con eso de que no se arrancaba y se ponía tieso al llorar, que ya se destiesará, que se te caía la baba con él, cuánta pamplina, que a la misma Doro la chocó, ya ves, «Su papá es ciego por ese chico», nada más entrar, que con los hijos no se pueden hacer diferencias, todos iguales, ya me ves a mí, ni uno ni otro, ¡sólo faltaría!, que lo de Aran es distinto, no crece esa cría, ya sé que es la chiquitina, pero está muy baja para la edad que tiene, Mario, que sale a la tía Charo, y me horroriza, te lo digo como lo siento, que tu hermana es como un botijito, de atractivos, nada, que como buena, un pan bendito, eso ya lo sé, pero si una muchacha desangelada no es buena, ¿quieres decirme qué le queda? «Las santas feas no tienen ningún mérito y, por tanto, no son tales santas», solía decir mamá con mucha gracia, y es cierto, Mario, tú dirás, que a mamá a ingeniosa no la ganaba nadie, yo recuerdo de chica, las visitas con la boca abierta, siempre ella la voz cantante, que a mí me recuerda a Valen, que se tiran un aire, fíjate, aunque mamá, si quieres, un poco más llenita, que eran otros tiempos. Se me saltan las lágrimas sólo de pensar lo mal que lo pasó con lo de Julia, que si hay alguien a quien no le pegara una cosa así, era a mamá, te lo digo en serio, tan recta, tan ponderada, tuvo que sufrir horrores, ¡con decirte que no volvió a probar los dulces! No es porque yo lo diga, pero señoras-señoras como mamá van quedando cada día menos, que ya comprendo que antes el servicio era

más fácil, dónde va a parar, con veinte duros, y peco de larga, estabas arreglada, pero con todo, que ésa es otra conquista de *El Correo* de la que os sentiréis orgullosos, dichoso *Correo* que no sabe más que calentar la cabeza de los pobres y ya estás viendo los resultados, mil quinientas pesetas una criada, que yo no sé dónde vamos a llegar, Mario, que estas mujeronas están destrozando la vida de familia, que ya no las hay y las que quedan, ¡válgame Dios!, tú dirás en qué se diferencian de las señoritas, los bares, los pantalones, y si van al cine, a butaca, hijo, como señoras, que a veces me da por pensar que éstas son las señales del fin del mundo y me dan escalofríos, te lo prometo, que todo está ahora patas arriba, Mario, y a las señoras nos toca arrimar el hombro que es el no parar. Y tú, todavía, que me quejo; demasiado poco, zascandil, que no os dais cuenta, que los hombres me hacéis gracia, «Hay que simplificar», y agarráis un día la escoba o sacáis de paseo a los niños y os creéis que habéis hecho algo, unos héroes, ya ves, que yo recuerdo tú, cuando la depresión o eso, cuando lo del expediente y lo de Solórzano, aquellos líos, venga de llorar, a cada paso, pero por nada, y qué hipo, madre, «¿Te duele algo? ¿Tienes fiebre?», preocupada, a ver, que tú «Sólo siento asco y miedo», que también es salida, «¿Y de qué tienes miedo, cariño?», «No lo sé, eso es lo malo», ¿qué te parece?, en cambio yo me quejaba de vicio, mis ascos no contaban, unos egoístas, que eso es lo que sois los hombres, y encima el Moyano dándote alas, que si te metías la chaqueta del pijama por el pantalón, una patochada, tú me dirás, y tú que sí, y él a reír, y qué neurótico entonces. Para mí que lo que buscabas era que yo no te armara una polca por lo del expediente, que el caso era darte importancia, que ya llovía sobre mojado, hijo, que cuando te metiste con la Inquisición ya te llamaron al orden y el propio Antonio en su despacho te dijo cuatro verdades, porque lo que no se puede, Mario, es querer enmendar la plana al Todopoderoso, que tú si no estás despellejando a alguien o a algo parece como que no estuvieras a gusto, qué manía la tuya, que me sacas de quicio. ¿Es que también era mala la Inquisición, botarate? Con la mano en el corazón, ¿es que crees que una poquita de Inquisición no nos vendría al pelo en las presentes circunstancias? Desengáñate de una vez, Mario, el mundo necesita autoridad y mano dura, que algunos hombres os creéis que sólo por eso, sólo por el mero hecho de ser hombres, ya se terminó la disciplina de la escuela y estáis pero que muy equivocados, es preciso callar y obedecer, siempre, toda la vida, a ojos cerrados, que buena perra habéis cogido ahora con el diálogo. ¡Virgen santa!, que no habláis de otra cosa, parece que no hubiera problema más apremiante en el mundo, conque si antes no podías preguntar y ahora preguntas pero no te responden, que para el caso es lo mismo, que el diálogo se va a paseo. Como el otro, el bebé ese del Aróstegui, que mejor andaría

jugando con el aro, como yo digo, que libertad de expresión, ¿puede saberse para qué la quiere? ¿Quieres decirme qué pasaría si a todos nos dejaran chillar y cada cual chillara lo que le viniera en gana? Que no, Mario, que pedís imposibles, un gallinero, eso, una casa de locos, que por muchas vueltas que le des, la Inquisición era bien buena porque nos obligaba a todos a pensar en bueno, o sea en cristiano, ya lo ves en España, todos católicos y católicos a machamartillo, que hay que ver qué devoción, no como esos extranjerotes que ni se arrodillan para comulgar ni nada, que yo sacerdote, y no hablo por hablar, pediría al gobierno que los expulsase de España, date cuenta, que no vienen aquí más que a enseñar las pantorras y a escandalizar. Todo esto de las playas y el turismo, por mucho que tú digas, está organizado por la masonería y el comunismo, Mario, para debilitar nuestras reservas morales y, ¡zas!, deshacernos de un zarpazo, y tú, metiéndote con la Inquisición y todas las cosas buenas, que me haces gracia, que con esas historias de que los métodos de la Inquisición no eran cristianos les estás haciendo el caldo gordo, y no digo por mala fe, que no llego a tanto, pero sí por simpleza, Mario, que es muy discutible eso de que matar a un hombre por no querer traicionar su conciencia no es cristiano, porque, en resumidas cuentas, ¿puedes decirme si cogeríamos un solo grano de trigo si previamente no eliminásemos la cizaña? Anda, contesta, que es muy fácil hablar, querido, pero vamos a lo práctico, que a la cizaña, convéncete, hay que cortarla de raíz, hasta el exterminio, pues aviados estaríamos si no. Amor, amor, dale con el amor, qué sabrá de amor un hombre que la noche de bodas se da media vuelta y si te he visto no me acuerdo, que una humillación así no la olvidaré por mil años que viva, cariño, y perdona mi franqueza, que ahora lo que vais a pretender es que por amor a la cizaña dejemos perder el trigo, cuando lo que hay que amar es el trigo, botarate, y por amor a él arrancar la cizaña y quemarla luego, aunque nos duela. Una poquita de Inquisición nos está haciendo buena falta, créeme, yo lo pienso muchísimas veces, que si la bomba atómica esa la perfeccionasen de tal modo que pudiera distinguir, que ya sé que es una bobada, pero bueno, y matase sólo a los que no tienen principios, el mundo quedaría como una balsa de aceite, ni más ni menos, ni menos ni más. Pero ya sé que por un oído te entra y por otro te sale, figúrate si te conoceré, si nunca me has hecho caso, Mario, cariño, jamás de los jamases, ni siquiera cuando te advertía que eran días malos, tú a lo tuyo, «No mezclemos las matemáticas en esto», «No seamos mezquinos con Dios», dale, claro que yo como un palo, a ver qué esperabas, encima, y que digas que Dios nos ha tenido de su mano, que no soy de tener muchos hijos, por lo que sea, que si yo soy una de esas artesanas conejas que los echan a pares, para qué te voy a contar. Siempre fuiste muy tuyo, calamidad,

tú y sólo tú, ya lo ves, ni a Antonio le hiciste caso cuando te llamó al orden, que no es decir que hay esta razón o la otra, nada, cabezonadas, que el expediente te lo ganaste a pulso, hijo, y si no te dejaron en la calle fue por verdadero milagro, que aún me duelen las rodillas de rezar, no creas que es mentira, que se me deformaron y todo. Y no me vengas con que Antonio, que Antonio, lo mires por donde lo mires, no podía hacer otra cosa, Mario, que él, mal que te pese, te había llamado al orden anteriormente, no lo negarás, y si un alumno fue a quejarse, cosa que aquí, para inter nos, no me choca nada, a él no le quedaba otro remedio que dar cuenta a Madrid. En sustancia, lo que te he dicho mil veces, que vosotros os creéis que esto es un circo donde cada cual puede hacer lo que le dé la gana y estáis muy equivocados, aquí igual que en casa, la misma cosa, con la salvedad de que en lugar de los padres es la autoridad, pero siempre debe haber uno que diga esto se hace y esto no se hace y ahora todo el mundo a callar y a obedecer, únicamente así pueden marchar las cosas. Ya le oyes a papá, cuando la República un guirigay, no había quien se entendiese, ¿que por qué?, hijo mío, no seas cerril, pues porque no había autoridad, que para que te hagas una idea, es lo mismo que si un día les decimos a Mario, Menchu, Álvaro, Borja y Aran, hala, comer lo que queráis, chillar a vuestro antojo, acostaros a la hora que os dé la gana, sois los amos de la casa, mandáis lo mismo que papá y mamá, ¿imaginas el desbarajuste? Si es de sentido común, Mario, no hacen falta unas luces especiales para comprenderlo, ya ves Higinio Oyarzun el otro día, «Para que un país marche, disciplina cuartelera», que ya sé que Oyarzun no es santo de tu devoción, pero el mismo Antonio, tanto que dices, que tú te piensas que él disfrutó, ni hablar, pasó unos días malísimos, me consta, por Valen, si lo quieres saber, si hasta vino a verme, «Me duele más que hacérmelo a mí mismo, Carmen», me decía, dime si no es de agradecer una cosa así, que, por otra parte, te pones a ver, y más razón que un santo, que lo que dijiste no era para menos, al demonio se le ocurre, que si no es un sacrilegio poco le faltará, ya ves tú, que se os calienta la boca y ya no sabéis lo que decís. Y todavía da gracias a Vicente, que a Valen la dices que ruede por nosotros y rueda, ya la conoces, que si te ponen otro instructor o como se diga, vas arreglado, pero Valen es un encanto, ¡yo la quiero…! Y que es una mujer que está en todo, no me digas, hasta de álgebra entiende, que no la va, fíjate, eso sí, una vez por semana a Madrid a que la limpien el cutis, que así tiene ella el cutis que tiene, ¡una maravilla!, yo la quiero horrores, dices tú, ¡claro que se la nota!, nadie sabe la porquería que puede almacenar el cutis hasta que no se limpia una vez, ¡de no creerlo!

XIV

Cuando dos hermanos habitan el uno junto al otro y uno de los dos muere sin dejar hijos, la mujer del muerto no se casará con un extraño; su cuñado irá a ella y la tomará por mujer. ¡Ya decía yo! Desde el mismo día que mataron a Elviro, Encarna andaba tras de ti, Mario, eso no hay quien me lo saque de la cabeza, que tu cuñada será lo que quiera, que en eso no me meto, pero tiene unas ideas muy particulares, que a saber qué se pensaba, porque qué asedio, hijo de mi alma, no hay derecho, que aquí, para inter nos, te confieso que, ya de novios, cada vez que la oía cuchichear contigo en el cine, me llevaban los demonios, y tú todavía disculpándola, que era tu cuñada, que había sufrido mucho, sentimentalismos, ya ves luego, Encarna hasta en la sopa, vaya temporaditas, y, por si no fuera bastante, dándola dinero en Madrid, que todo se sabe, Mario, que el diablo sabe más por viejo que por diablo, y no voy a decirte que se pusiera a trabajar, que eso lo último, pero padres tiene me parece a mí. Ahí tienes a Julia, con mi padre vive y no la ha pasado nada por eso, que no es que haya puesto una pensión, ni mucho menos, pero lo de alquilar habitaciones a estudiantes norteamericanos es de buen tono, ya ves, que ahora está de moda, yo sé de familias estupendas que lo hacen, y no me vengas con que el padre de Encarna está paralítico, que ésa es una razón más para atenderle. Porque no tiene sentido, Mario, que si cuando tu padre estuvo tan mal, que se hacía todo en la cama, ¿recuerdas?, que era un verdadero asquito, Encarna le atendía, ahora para cuidar del suyo se ande con tanto remilgo. Lo mires por donde lo mires, es un contrasentido, y no me vale eso de que su madre sea una rara y le disguste que otra intervenga, que ésas son chocheces de vieja, ya se sabe, que lo que es si Encarna se planta allí, sin preguntar a nadie, y se arremanga, ya te digo desde aquí que no rechista ni el gato, pues buena es. Pero no, como allí no hay testigos, no interesa, ¡a ver!, que con tu padre lo que ella quería era que tú la vieras y darme una lección, así como suena, Mario, darme una lección, que es una bobada, fíjate, que a mí apenas si me dejaba meter baza y a tu madre no digamos, pero todos estábamos al cabo de la calle de que tenía más fuerzas que las dos juntas. Es como ahora, cada vez que viene, con los dorados y las ropitas de los pequeños, que es una pesada, con que si los trastos esos, por la lavadora, fíjate, no hacen lo que unas manos pero que a la fuerza ahorcan, que tu cuñada se pirra por dar lecciones, y si no la alabas cinco veces cada cosa que hace te has caído, hijo, dichosa Encarna, que no veo el día en que le pueda perder de vista. Lo

que la pasa a tu cuñada, cariño, es que es un marimacho, que de femineidad, cero, como yo digo, date cuenta Elviro, a su lado, ni se le veía, tan escuchimizado, el sexo débil, me río yo, que no me gusta pensar mal, Dios me perdone, pero para mí que Encarna se la jugaba, ya ves tú, que Elviro era demasiado poco hombre para ella. ¡Había que verla zarandeando a tu padre! Como un niño chico, Mario, no digas, lo traía y lo llevaba y, luego, como él no notaba la necesidad, qué olores, hijo mío, no salían ni con ozonopino, que estaba aquella casa como una cochiquera, en mi vida lo he pasado peor, que tu madre nada, en el mejor de los mundos, yo no sé si en los casos así es que se pierde el olfato o qué, y todavía tú que iba poco, ¿y a qué iba yo a ir si puede saberse? Con Encarna bastaba y sobraba, Mario, que yo con cinco críos en casa tenía bastante y además, por si te interesa, entre el embarazo de Álvaro y la fresquera del baño, que no sé en qué hora se la ocurrió a tu madre, no podía parar, te lo juro, ni pasar un pedazo de pan, que ya es decir. Pero iba, Mario, iba por lo que iba, que no era un plato de gusto, desde luego, que este tipo de enfermos que no se contienen me dan náuseas, no lo puedo remediar, que me encantaría sentir compasión, pero no puedo, es algo superior a mis fuerzas, qué más quisiera yo, y luego, tu padre, tan pesadito, que lo de prestamista no se le notaría, las cosas como son, pero tenía la cabeza perdida, hijo, no me digas, vaya lata, todas las noches lo mismo, «Que se vaya esa señora; es la hora de cenar», por tu madre, tú dirás, en la vida he visto cosa igual, como cuando empezaba, «¿Te has enterado, hija?», «¿De qué?», por llevarle la corriente, a ver, y él, «Ésta no lo sabe, si es muy divertido, hija; no se habla de otra cosa», todos los días la misma canción, «Pues no sé una palabra», «Oíd», y se moría de risa, medio tosiendo, «Ésta no sabe nada», que yo pienso que tu padre hubiera estado mil veces mejor internado, y, de repente, se ponía muy serio, como triste, «Pues ya no me acuerdo. Lo he olvidado, hija, pero era una cosa muy divertida», ¿qué te parece?, gagá perdido, pero para encerrar, Mario, por fuerte que sea, que habría pasado mucho con lo de tus hermanos, que eso no lo discuto, pero el último año de tu padre fue de abrigo, y después de todo, a saber, que muchas veces estas cosas son reliquias de juventud, de excesos, ¿comprendes?, enfermedades raras, tú pregúntale a Luis. Y por si fuera poco, tan largo, un año, Mario, que ni mejoraba ni se moría, una pesadez, figúrate a qué iba a ir yo allí, a molestar, nada más que a eso, porque atendido estaba. ¡Buena diferencia con mamá! ¿Te acuerdas, Mario? Y eso que en una clínica es más difícil, pero no fallaba, todos los días camisón limpio, y las flores, que en esa situación parece que no está una para nada, pues ya ves, daba gusto estar allí, y es lo que yo digo, si mamá, que en paz descanse, hubiera llegado a los extremos de tu padre, hubiese dejado de comer, me apuesto lo que quieras, antes

moriría de hambre que hacérselo en la cama. De acuerdo, el señorío no se improvisa, se nace o no se nace, es una de esas cosas que da la cuna, aunque bien mirado, la educación, el trato, también puede hacer milagros, que ahí tienes, sin ir más lejos, el caso de Paquito Álvarez, un artesano cabal, no vamos a decir ahora, que de chico trabucaba las palabras que era una juerga, bueno, pues le ves hoy y otro hombre, qué aplomo, qué modales, yo no sé qué maña se ha dado, pero los hombres es una suerte, como yo digo, si a los veinte años no estáis bien, no tenéis más que esperar otros veinte. Y, luego, esos ojos. Hay que reconocer que Paco siempre los tuvo ideales, de un azul verdoso, entre de gato y agua de piscina, pero ahora como ha encorpado y tiene más representación, mira de otra manera, como con más intención, no sé si me explico y, además, como no se apura al hablar, que habla sólo lo justo y a medio tono, con ese olor a tabaco rubio que es un olor que a mí me chifla, resulta, es uno de esos hombres que te azaran, fíjate, quién se lo iba a decir a él. Yo daría lo que fuese porque tú fumases de rubio, Mario, que te parecerá una tontería, o por lo menos emboquillado, hace otra cosa, y no ese tabaco tuyo, hijo, que ya no se ve por el mundo, nunca he podido con él, que cada vez que en una reunión te pones a liar uno, me enfermo, como lo oyes, que luego ese olor, a pajas o qué sé yo, a saber qué gusto puedes sacarle a esa bazofia, que si siquiera fuese elegante o así, vaya, pero liar un cigarro, lo que se dice liarlo, ya no se ve más que a los patanes, ni los hijos de las porteras, si me apuras, que te quemas la ropa y te pones hecho un asco, como yo digo. Claro que dirás tú que a ti la ropa qué, que ésa es otra, que nunca te dio por ahí, que me has hecho pasar unos apuros que ni te imaginas, hijo, siempre hecho un adán, que yo no sé qué arte te das que a los dos días de estrenar un traje ya está para la basura, que ni sé cómo me enamoré de ti, francamente, que el traje marrón aquel, el de las rayitas, me horrorizaba, que yo me hacía ilusiones de cambiarte, pero ya, ya, genio y figura, a esa edad ya se sabe, romanticismos, pero ni tanto ni tan calvo, Mario, calamidad, que bien poca suerte he tenido contigo en este aspecto, que me has hecho sufrir más que otro poco. Y que no es tener más o menos, qué va, que yo recuerdo a Evaristo, el viejo, quita y pon, nada más, pero eso sí, planchado y requeteplanchado, como un pincel, había que verle, y no creas que se avergonzaba de decirlo, «Me subo a una silla para ponerme o quitarme los pantalones; es la única manera», que era cuidadoso y nada más, que luego, a la noche, bien dobladitos, bajo el colchón, y una raya, Mario, que no es hablar por hablar, que no te la saca una plancha, ¡de qué! Claro que para ti tiene más valor lo que te diga don Nicolás, o el puerco ese de las barbas, que lo que te diga tu mujercita, ya lo sé, que yo no pinto nada, pero él tampoco es quién para decirme si a los sinvergüenzas se les conoce o no por la raya de

los pantalones, que tú, en lugar de reírte, le debiste parar los pies, Mario, que yo no sé dónde vamos a llegar, como el otro, con que si la libertad es como una puta en manos del dinero, ya ves qué bonito, a voces, delante de mí, que no es decir que no me viese, que me había saludado y todo, valiente zascandil, que es lo que yo digo, Mario, que no son formas, que si habláis en casa de esas mujeres, que no es que yo diga que esté bien, al menos deberíais andar con más cuidado, que el niño ese si quiere ser rebelde que se vaya a su casita, que lo menos que puede hacer en la ajena es guardar consideraciones a una señora. ¡Buena cosecha ha sembrado el don Nicolás ese de mis pecados! Te digo mi verdad, Mario, y no lo comentes, pero yo prefiero a Gabriel y Evaristo, con todo lo sinvergüenzas que han sido toda su vida, que a esta camarilla de intelectuales o como quieras llamarles. Al fin y al cabo, Gabriel y Evaristo iban a lo suyo, y es muy humano, Dios puso en el hombre y en la mujer ese instinto y uno se explica muchas debilidades, que no es que vaya a decirte que esté bien, entiéndeme, que ya sé que al instinto hay que encauzarlo y todas esas cosas, pero disculpo mejor esas extralimitaciones que las vuestras, así. Porque, en definitiva, la mujer que caiga con Gabriel y Evaristo es porque es tan sinvergüenza como ellos, que a mí bien que me llevaron a su estudio, todo lleno de cuadros con mujeres desnudas, y ya me ves, Mario, ni se me pasó por la imaginación, ya lo sabes, pues porque no, porque soy como hay que ser, ésa es la razón, que lo puedo decir muy alto, que si virgen fui al altar, fiel he seguido dentro del matrimonio, por más que tú, cariño, bien poco hayas puesto de tu parte, que a indiferente y a frío no hay quien te gane, lo mismo que para comer, ganas de esmerarse, «Lo mismo da», ni lo mirabas siquiera, la cuestión era matar el hambre, eso. No me hagas caso, me río pensando en Valen, pero cada vez que me dice que siempre es distinto, que siempre hay algo nuevo, yo la digo que sí para que se calle, a ver, no la voy a decir que mi marido es un rutinario, que es la pura verdad, Mario, que enseguida te pasa y a una la dejas con la miel en los labios, ni disfrutar, que no es que diga que eso para mí sea fundamental, ni mucho menos, pero vamos, que en el fondo, quien más quien menos, a nadie le amarga un dulce. Sí, no digo que no, a lo mejor es frivolidad... frivolidad, ¿recuerdas?, «Todo en el mundo es frivolidad o violencia», me lo sé de memoria, qué perra cogiste, cariño, ni leer el periódico, «Es que no puedo, me suben las aguas», «Tómate una digestina», «No se trata de eso», que yo de sobra lo sabía, «Todo me da asco y miedo», ya ves qué gracioso, en cambio a mí no me podía dar asco la fresquera de tu casa, eso era tabú, que así sois los hombres. ¡Me río yo de tu enfermedad! Nervios, nervios... cuando no saben qué decir los médicos todo lo arreglan con los nervios, porque tú me dirás, si no te duele nada, ni tienes fiebre, ¿de qué se va uno a quejar?

Bueno, pues tú venga de llorar, que parecía que te mataban, madre, qué aspavientos, y que si no dormías y cada vez que lo intentabas se te hundía el jergón, menuda novedad, que eso me pasa a mí desde chiquitina, desde que era así, fíjate, como lo de soñar que te persiguen y no puedes correr, o que vuelas moviendo muy deprisa los brazos y cosas por el estilo. ¡Qué enfermedad ni qué niño muerto, Mario, querido! Los hombres os quejáis de vicio y la culpa es nuestra, que somos unas tontas, todo el día de Dios pendientes de vosotros, que si la comida, que si la ropa, porque si tuvierais miedo de que os la pegáramos con otro, entonces, ya te digo yo, ni os acordaríais de los nervios, lo que pasa es que si no os falta nada, algo tenéis que inventar para parecer importantes. Soberbios, unos soberbios, eso es lo que sois vosotros, que a ti te querría yo ver con uno de mis jaquecones, cariño, que eso es sufrir y lo demás son cuentos, que parece como que se me fuera a partir la cabeza en pedazos, te lo prometo, y tú «Acuéstate, con un par de optalidones, mañana como nueva», qué facilito, ¿verdad?, y qué seguridad, hijo, ni que fueras médico. Pero para ti de nada valían mis recetas, venga de atiborrarte de píldoras, y las más caras, que yo no quiero pensar en el dineral que hemos gastado en botica con tus dichosos nervios. Te apuesto lo que quieras a que si me devolvieran ese dinero, peseta a peseta, mañana un Seiscientos, como te lo digo, ¡pero si parecía que si las medicinas no eran caras no te surtían efecto, borrico, que así sois de tontos los hombres! Con uno de mis jaquecones me gustaría haberte visto, no por nada, Mario, sólo una vez, por el gusto de que supieras lo que es sufrir.

XV

Encontráronme los guardias que rondan la ciudad, me golpearon, me hirieron, pero antes de nada, quiero advertirte una cosa, cariño, aunque te enfades, que ya sé que éste no es plato de tu gusto, pero, sin que salga de entre nosotros, te diré que yo nunca me tragué que el guardia aquel te pegase, que, según respirabas, ni me atreví a decírtelo entonces, pero yo estaba totalmente de acuerdo con Ramón Filgueira, ¿a santo de qué te va a pegar un guardia por atravesar el parque en bicicleta? No te excites, por favor, reflexiona, ¿no comprendes que es absurdo? Dime la verdad, tú te caíste, el guardia lo dijo y un guardia no miente por mentir, que, bien mirado, un guardia a las tres de la mañana es como el ministro de la Gobernación, te daría el alto y tú te asustaste y te caíste, lógico, por eso te salió aquel moratón en la cara. Lo que pasa es que tú tienes la debilidad de la bicicleta, de siempre, que menudos sofocones me has hecho pasar, y antes que reconocer que te habías caído, después de tanto presumir con los chicos que si el Águila de Toledo y esas bobadas, pues, a ver, te inventaste lo del puñetazo y todo aquel lío de la pistola, cuando te revolviste; cuentos chinos, mira tú, que digas que venías cansado de corregir ejercicios, que eso sí debe de ser muy latoso, lo comprendo, todos iguales y así, pero ¿por qué pagarla con el pobre guardia que, al fin y al cabo, no hacía más que cumplir con su deber? Tampoco debe de ser muy agradable, que digamos, plantarse en una esquina a las tres de la mañana, y así toda una noche, Mario, que se dice pronto, y más con la helada que caía. Y sobre todo, querido, que ya no tienes edad de andar en bicicleta, que no eres un niño, que aunque te obstines en agarrarte a la infancia los años no pasan en balde, a ver, es ley de vida, contra eso no hay quien luche, acuérdate de mamá, que en paz descanse, «Todo tiene remedio menos la muerte», que todavía en una mujer... Si quieres que te diga la verdad, no me entra en la cabeza ese tonto afán tuyo por conservarte en forma, correrte cincuenta kilómetros en bicicleta a lo bobo, sin ir a ninguna parte ni nada, que hay gustos que merecen palos, no me digas, que ese esfuerzo bien orientado, que es lo que yo digo, ¿cómo ibas a engordar? Otra cosa sería si fueses un atleta, pero físicamente tenías bien poco que perder, cariño, no valías dos reales, larguirucho, que yo recuerdo en la playa, tan blanquito, que es algo que por vueltas que le dé nunca llegaré a comprenderlo, porque, si no tenías nada, ¿qué es lo que querías conservar, si me lo puedes decir? Escribir bien no sé si escribirás, que en eso no me meto, pero lo que es de deportista ni pun,

las cosas claras, ni la facha, la antítesis, fíjate, a cada cual lo suyo. Y si Ramón Filgueira te recibió en su despacho como un padre, que tú mismo lo reconoces, ¿a qué ton echar los pies por alto y poner al guardia de vuelta y media, si tú nunca has sido embustero? Me duele que, por la tonta vanidad de no querer admitir que te caíste de la bicicleta, mintieras de ese modo, a sangre fría, mira que eres, que es algo que me choca en ti, ya ves, que por un amor propio malentendido pusieras en dificultades a un pobre diablo, que no es tu estilo ése. Pero tú parece que lo tienes a gala, hijo, porque si de entrada te vas derecho a Filgueira y le dices sin más, «Pues tiene usted razón, me he obcecado», todo hubiera cambiado, seguro, y ni él ni Josechu Prados, ni Oyarzun, nos hubieran negado el piso, me juego la cabeza, lo que ocurre es que tú siempre has querido las cosas por las bravas, que confundes la educación con el servilismo. ¡Anda y que tampoco te ha dado guerra ni nada el dichoso servilismo! Servilismo y estructuras son dos palabras que no se te han caído de la boca desde que te conozco, y, lo mires por donde lo mires, es una manía como otra cualquiera, que para ti el estar amable con una autoridad ya te parece una claudicación o algo por el estilo, ¿es verdad o no?, que oyéndote, hijo, parece que una fuese una estrambótica, que eso es lo que peor llevo, que por el mero hecho de tener sentido común ya la dejan a una en mal lugar, madre, qué aburrimiento. Pero, escucha, aún te digo más, dando por bueno que el guardia aquel te pegara un coscorrón, que lo dudo mucho, ¿no vale un coscorrón por un piso de seis habitaciones, ascensor, agua caliente central y setecientas de renta? Dejémonos de romanticismos y piensa con la cabeza, cariño, que tú tienes a gala nadar contra corriente, que vivimos una época práctica y eso es hacer el tonto, por no decir otra cosa, porque no digo darle la razón, simplemente con mostrarte tolerante, sin avasallar, lo mismo con el alcalde que con Oyarzun y Josechu Prados, que al demonio se le ocurre decirle que a contar, ¿crees tú que ni uno ni otro nos niegan el voto para lo de la casa? Desengáñate, Mario, mal se puede recoger sin sembrar, que ya lo decía mamá, que en paz descanse, «en la vida vale más una buena amistad que una carrera», que a las pruebas me remito, mira tú, y nunca me cansaré de repetírtelo, hijo, que tú has pretendido ser bueno y sólo has conseguido ser tonto, así como suena. «Con la verdad por delante se va a todas partes», ¿qué te parece?, pero ya ves cómo nos ha crecido el pelo con tus teorías, que, por muchas vueltas que le des, en la vida no se puede estar a bien con todos, y si te pones a favor de unos, fastidias a los otros, esto no tiene vuelta de hoja, pero si las cosas tienen que ser así porque así han sido siempre, ¿por qué no ponerte al lado de los que pueden corresponderte? Pues, no señor, dale con los desarrapados y los paletos, como si los desarrapados y los paletos fueran siquiera a agradecértelo, que te has

pasado de listo, cariño, que cada vez que pienso que por culpa de un guardia, o de un acta o de una historia de ésas, seguimos en este tugurio, me descompongo, créeme, que para tanto como eso no merecía la pena vivir. Además, ¡qué perra con los pobres guardias!, la cogisteis modorra, como yo digo, que habría que ver la cara de Solórzano cuando firmasteis el papel aquel porque un guardia pegó con la porra a uno que saltó en el fútbol, ya ves tú qué cosa, que no le gustaría un pelo, eso fijo, si yo misma no podía creerlo, te lo prometo, cuando llamaron de Comisaría, que yo me hartaba de decir «Si mi marido no va al fútbol», que luego llegaste y hay que ver cómo te pusiste conmigo, que después de todo no era para tanto, me parece a mí, vamos, que a cualquiera que se lo digas, «¿Quién te manda hablar a ti, di?», bueno, hijo, ¡no te pongas así!, me preguntan y contesto, ni más ni menos, que enseguida me di cuenta, por si lo quieres saber, que detrás andaban los de siempre, el don Nicolás y la cuadrilla, a ver, una no se chupa el dedo, que el tipo ese otros defectos tendrá, pero siquiera se le ve venir, que es lo que yo digo, que si a su tiempo le dan el pasaporte en vez de andar con tantos miramientos, bien de malos ratos que nos hubiéramos ahorrado. Por menos despacharon a otros, al fin y al cabo, y no me vengas con José María porque el de tu hermano es un caso de justicia, y mira que a mí qué me va ni qué me viene, que lo de no ir a la oficina era lo de menos, ya ves tú, por más que tu padre se pusiera tan pesado, que había testigos de que estuvo en la plaza de toros en el mitin de Azaña, y el día de la República anduvo por la Acera gritando como un energúmeno, con una bandera tricolor al hombro, que no es el caso de Elviro, que José María se pensaba que su simpatía, pero ya, ya, con las mujeres, puede, pero eso no le vale de nada con los hombres. Además, ¿qué tendrá que ver toda esta historia con los guardias? Lo vuestro de los guardias es una fobia absurda, querido, que hasta la propia Valen, cada vez que ve una pareja, me aprieta el brazo, palabra, y se ríe, «Si viniera Mario», dice, ya ves, pero lo que yo digo, en el fondo lo que a vosotros os molesta es la autoridad, que os creéis que por haber salido de la escuela ya tenéis derecho a todo y eso no, Mario, aviados estaríamos, en la vida hay que obedecer y someterse a una disciplina desde que se nace, primero con los padres y, luego, la autoridad, en definitiva la misma cosa. Y, más todavía, si de pascuas a ramos se escapa un mojicón, en lugar de sulfurarnos, debemos aceptarlo humildemente, porque el que lo propina ten la seguridad de que no lo hace por gusto, sino por nuestro propio bien, para que no nos descarriemos. Tú decías que deseabas las cosas limpias y que por enderezar un mal paso ya valía la pena de vivir, orgullo puro, no nos engañemos, Mario, porque ¿puedes decirme qué has enderezado tú, para qué has vivido, di, si no has podido comprar a tu mujer ni un triste Seiscientos? Amor y comprensión, no

me hagas reír, que yo soy muy clara, ya lo sabes y tú no eres más que un lleva-contrarias, siempre lo fuiste, que sacabas el genio por una futesa y, luego, dejabas pasar a los coches en los cruces cebrados, o comprabas *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, o cedías la vez en las tiendas, que si hay algo en el mundo que me enerve es eso precisamente, para que lo sepas, que el que quiera comprar pronto que madrugue, Mario, que para eso están las colas, pues no faltaba más. No hay quien te entienda, Mario, es la pura verdad, que te pones a ver y ni tú mismo te entiendes, ya ves lo del lechazo de Hernando de Miguel, se lo tiras por el hueco de la escalera, que casi lo matas, y luego te pasas la tarde mano sobre mano, que «estos conflictos entre la caridad y la corrupción no hay quien los resuelva», vaya un problema, que no me dieran a mí más que eso, que te pones imposible, hijo de mi alma, porque una cosa es que escribas esos rollos para el que los quiera leer y otra que me los sueltes a mí, mano a mano, que me ponías la cabeza loca, te lo prometo, y si yo aprovechaba para hablarte de dinero o del Seiscientos o de cualquier cosa importante, tú, «Calla», como si no fuera contigo, que no hay cosa que más me subleve que el que hables de lo que te gusta y calles la boca cuando te conviene. Tu norma es ésa, Mario, tenértelas tiesas con los que mandan y ceder con los desarrapados, ya ves qué bonito, porque lo que yo digo, o cedes con todos o no cedes con ninguno, o sacas el genio o no lo sacas, pero querer quedar siempre de pie, unas veces llevando la contraria y otras tirándote por el suelo, me parece muy requetemal, para que lo sepas. Valen se ríe, todas se ríen porque no tienen que soportarte, que me gustaría verlas en mi lugar, cariño, ni dos semanas, fíjate lo que te digo, que Valen dice que no tragas ni a las corbatas ni a los viejos, y en eso no va descaminada, las cosas como son, porque ¿a santo de qué, si no, esa manía tuya con los hombres de menos de cuarenta años, con que no se les deja hablar y a lo mejor se entendían? ¿Puedes decirme quién no les deja hablar, hijo de mi alma, si son los que más alborotan, que hoy día no se puede andar por la calle de las voces y las motos esas, que no hay ya respeto, ni consideración, ni nada? El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres, todo a destiempo, ya ves con lo de tus padres, ni mojar la pestaña, como se suele decir, y después, por un capricho, todo el día de Dios con las lágrimas colgando, madre mía, que parecías un lloraduelos. Los nervios, me río yo, que sentías angustia por el miedo de no acertar con el camino honrado, y que me envidiabas a mí, a mí, date cuenta, lo que me quedaba por oír, y a los que como yo estábamos seguros de todo. A ver, hijo, ¿pues qué te habías creído? Cuando una tiene la conciencia tranquila, déjalos que rabien, que eso es lo que debías hacer tú, zascandil, si tanta envidia te doy, mirarte en mi espejo, y dejar en paz al Aróstegui y al Moyano y a toda la

camarilla, menudos ejemplares, que a veces me da por pensar que la única temporada que has estado bien fue cuando enfermaste, date cuenta, que te parecerá un chiste, que a ti lo que siempre te ha mortificado es obedecer y callar, lo mismo que a los jovencitos esos que tanto defiendes, que, te pones a ver, y son el desecho, así, la basura, aunque tú salgas con la patochada de que «víctimas sin culpa», frases, Mario, te lo digo y te lo repito, porque puestos en este plan, ¿puede saberse qué culpa tengo yo de no tener un coche cuando todas mis amigas lo tienen? ¿Y mamá? ¿Qué culpa tenía mamá que en paz descanse?, y, sin embargo, sufrió la guerra, y la guerra le costó más que a otros aunque no lo pregonase, porque lo de Julia es peor que la misma muerte, Mario, entérate de una vez, que tú siempre sacas a relucir a tus padres y a tus hermanos, que eres un egoistón y nada más que un egoistón, pero nunca se te ocurrió pensar en los míos. No le des más vueltas, cariño, obedecer es lo que te recome, obedecer y callar, al fin y al cabo, de casta le viene al galgo, mira Charo, ¿por qué crees que tu hermana se salió de monja?, pues por lo mismo, querido, ídem de lienzo, porque no sabe obedecer ni sabe callar, por alzar el gallo, porque ni tú ni ella, ni ella ni tú, os resignáis a someteros a una regla, y lo que pasa, ahora descentrada, a ver, ni dentro ni fuera, cada día más rara, que yo te aseguro que si los domingos la sigo mandando los niños es por caridad, caramba con la casita, Mario, ni un panteón, ya le oyes a Álvaro, «Prefiero no comer que comer en casa de la tía Charo», lógico, me lo explico perfectamente, que ella, tu hermana, a lo mosquita muerta, que me puede, fíjate, venga de sacar a los abuelos y a los tíos a relucir, ya ves qué ocurrencia, hablarles de muertos a los niños, que lo hago por lo que lo hago. Y Charo no es una excepción, qué va, tu vivo retrato, nunca estará a gusto en ningún sitio, igual que José María, todos cortados por el mismo patrón, por más que tú digas que tu hermana es eficiente, pero eso lo dices por chincharme, ya te conozco, porque no tiene servicio, pero ha llegado un momento en que no la resisto, te lo puedo jurar, con esa sosería, si parece que se va a desmayar, y luego la cara tan lavada, que ésa es otra, que a los diecisiete años, vaya, pero a su edad no está ni medio bien, Mario, siquiera por respeto a los demás, que es hasta desagradable de mirar una piel tan terrosa y tan seca. Si lo dices por fastidiarme estás listo, Mario, por mí puedes decir misa, ya te lo advierto, que no vas a hacerme de menos por eso, pero, por si quieres saberlo, no soy una señora inútil ni de las que vuelven la cara, que el año del hambre, cuando hizo falta, bien que me arremangué y me fui con el tío Eduardo por los pueblos más asquerosos a buscar garbanzos y lentejas para que mis padres comieran. Y no creas que los coches de antes eran como los coches de ahora, con gasógeno, hijo, ¿qué te habías creído?, pero no me importaba, y si volviera a hacer falta, volvería a hacer lo

mismo, porque otra cosa no, pero a sufrida nadie me gana, ya lo sabes, que lo puedo decir bien alto.

XVI

Ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con alegre corazón, pues que se agrada Dios en tus buenas obras. Vístete en todo tiempo de blancas vestiduras y no falte el ungüento sobre tu cabeza. Goza de la vida con tu amada compañera todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el sol. Pero el caso es que me pongo a pensar y divertido, lo que se dice divertido, no te he visto en la vida, Mario, ni en el viaje de novios siquiera, que ya es decir. Según Valen, la noche esa es un trago y yo la doy la razón, lógico, no voy a decirla que diste media vuelta, pero, en cambio, de día, todo el mundo lo pasa en grande menos nosotros, que yo recuerdo en Madrid, «¿Nos sentamos en este café?», «Como quieras», «¿Nos vamos al teatro?», «Como quieras», pero ¿es que no sabías decir otra cosa, tonto del higo? Una mujer es un ser indefenso, Mario, necesita que la dirijan, calamidad, por eso me hubiera horrorizado casarme con un hombre bajito, que la autoridad debe manifestarse inclusive en la estatura, fíjate, que te parecerá una bobada. Pero a ti todo te daba de lado; los escaparates, ni mirarlos; la animación, ni caso; el cine, ¡bah!; los toros no te gustaban. Sinceramente, Mario, ¿crees que eso es un viaje de novios? ¡Y si sólo fuera eso!, pero, por si no bastara, siempre con cara de ciprés, como pensando en otra cosa, que es lo mismo que cuando regresaste de la guerra, hijo, no se me olvidará mientras viva, mira que todo el mundo andaba loco por aquellos entonces, pues tú, no señor, y eso que la habías ganado, que si la llegas a perder... No hay quien te entienda, Mario, cariño, y me hace sufrir lo que nadie sabe ver que no eres normal, que la vida no te digo que no tenga contrariedades, ojalá, pero hay que sobreponerse, hay que disfrutarla, creo yo, ya ves mamá, a todas horas: «Nena, sólo se vive una vez», que lo oyes así y parece que no, que es una tontería, pero te paras a pensar y en esa frase hay mucha filosofía, tiene mucha miga, Mario, más de lo que parece, bueno, pues tú, no señor, lo primero, los defectos. Y no es que yo vaya a decir que no haya injusticias, ni corrupción, ni cosas de esas que tú dices, pero siempre las ha habido, ¿no?, como siempre hubo pobres y ricos, Mario, que es ley de vida, desengáñate. Yo me troncho contigo, cariño, «Nuestra obligación es denunciarlas», lo dijo Blas, punto redondo, pero, ¿quién te ha encomendado a ti esa obligación, si puede saberse? Tu obligación es enseñar, Mario, que para eso te hiciste catedrático, que para denunciar la injusticia ya están los jueces y para remediar las penas, la beneficencia, que os ponéis insoportables con tantas ínfulas, dichoso don Nicolás, que yo no sé cómo la gente lee *El*

Correo, si se cae de las manos, hijo, no trae más que miserias y calamidades, que si miles de niños sin escuelas, que si hace frío en las cárceles, que si los peones se mueren de hambre, que si los paletos viven en condiciones infrahumanas, pero, ¿puede saberse qué es lo que pretendéis? ¡Si hablarais claro de una vez! Porque si a los paletos les ponen ascensor y calefacción, dejarían de ser paletos, ¿no?, vamos, me parece a mí, que yo de eso no entiendo, pero es como lo de los pobres, pues siempre tendrá que haberlos, digo yo, porque así es la vida, y si la vida es así no hay por qué poner cara de palo, que ocurrente, lo que se dice ocurrente, no te he visto más que cuando te bebes dos copas, que hay que ver el sofocón que me hiciste pasar la otra noche en casa de Valentina disparando los corchos del champán contra las farolas. Y te advierto que me lo olí, ¿eh?, te lo juro, nada más entrar, en cuanto vi a Fito Solórzano y a Oyarzun, me dije: «Mario se apoquina en un rincón o da el espectáculo». Si te conoceré, querido, no en balde llevo más de veinte años a tu lado. Lo mismo que con Encarna en Madrid, cuando ganaste las oposiciones, seguro que bebiste, ¡a que sí!; me apuesto lo que quieras a que la celebración no se terminó con la cerveza y las gambas. ¿Dónde fuisteis después? Lo que yo daría por saberlo, Mario, no te puedes ni imaginar, que seguro que por aquellos entonces te reirías más que ahora, fijo, que eso es lo que más rabia me da, que para los de fuera tengas una cara y otra distinta para tu mujer. Dime tú, a ver si no es para mosquearse, que eso no se te ha pegado de don Nicolás, ya ves, sólo lo malo, que torcido será un rato largo pero se le ve venir, ésta es la ventaja. Él se ríe de su sombra, pero se le ve venir, anda que si se le ve venir, por más que a mí, te lo prometo, con sus chismes no me hace maldita la gracia, ya ves la otra noche, con lo de cuando estuvo preso, durante la guerra. ¿Te crees tú una palabra de la historia esa del tipo aquel que les puso en filas y le dijo al cabo: «Respondo de 367, cuenta, si hay 366 sal a la calle y agarra al primero que pase, y si hay 368 coge el último de esta fila y fusílale». Cuentos chinos. Naturalmente, el último de la fila era él, si no la cosa no tendría chiste, pero ¿te crees tú una palabra de todo eso? A mucho conceder, el tipo aquel lo diría en broma, por guasearse, para pasar el rato, a ver, que tampoco debe ser plato de gusto estarse las horas muertas, mano sobre mano, encerrado con más de trescientos rojos, sin poder hablar con nadie, ni nada. Yo no puedo con él, créeme, es algo superior a mis fuerzas, que tendrá facilidad de palabra y escribirá todo lo bien que quieras, que no lo discuto, pero es un embrollón y una mala persona, que ya no sabe lo que inventar para ponerlo en el periódico y dar guerra. Ahora te lo puedo decir, Mario, nunca he tenido mayor alegría que el día que puso aquella nota *El Correo* diciendo que se marchaba, cuando nombraron subdirector a su hermano, a Benjamín, ¿recuerdas?, y le

dijeron, «Si su hermano Nicolás se desmanda, usted se va a su casa», que me parece muy requetebién, a ver, legítima defensa, que don Nicolás, por él, nada, natural, para eso tiene el riñón cubierto, pero por su hermano ya pondría un poquito más de cuidado. Y en resumidas cuentas, nada entre dos platos, que ahí sigue el muy ladino, bajo cuerda lo mismo que antes, un poco de prudencia al principio y, luego, ídem de lienzo, la de siempre. Es curioso los humos que ha echado el bueno de don Nicolás, papá lo recuerda, un hombre de origen humildísimo, que no te lo creerás, su madre lavandera o algo peor, que lo que me extraña es que la gente bien le haga caso, porque por listo que sea, ¿qué puede dar de sí el hijo de una lavandera, intelectualmente me refiero, Mario, me lo quieres decir? Papá, siempre lo está diciendo, cada vez que ve a un tipo de éstos que suben como la espuma, dice, «Para lograr una cabeza discreta se necesitan al menos cuatro generaciones». Y no me vengas ahora, Mario, que papá podrá caerte mejor o peor, pero no es un cualquiera, tú lo sabes, en el *ABC* desde el año catapum, que no es de hoy. Y tú mismo viste qué Memoria pedagógica te hizo cuando las oposiciones, de primor, vamos, que, luego, bien poco te acordaste de él, que al pobre se le veía dolido, aunque, bueno es, no dijera una palabra. ¡Pobre! No puedes hacerte idea de las horas que echó en tu Memoria, hijo, si hasta habló dos veces con don Lucas Sarmiento, el decano, que estuvo en casa, yo no podía parar, me acuerdo como si fuera hoy, como el rabo de una lagartija, que todo el tiempo «¿sabrán hacérsela?», imagina lo que nos iba en ello. Y te pones a ver y papá no tenía ninguna obligación, que, al fin y al cabo, fue un despiste tuyo, como de costumbre, que parece que vives en la luna. ¡Mira que después de tanto tiempo presentarte sin la Memoria, que era un requisito indispensable! Es que no cabe en cabeza humana, vamos, y todavía, dale, que creías que era un trabajo de investigación, y para eso seis meses de archivo en archivo, una pérdida de tiempo, tú me dirás, que eres un caso, hijo, lo mismo que cuando dijiste adiós al desarrapado aquel, junto a la botica de Arronde, que de buena gana te hubiera dado un cachete, que la pones a una en evidencia. Pues el pobre papá te sacó del apuro, pero una vez que pasó, si te he visto no me acuerdo, una cartita de cumplido y para de contar. ¡Pobre papá! Yo creo que en ocho días no durmió, palabra, que recuerdo que decía, «No soy un historiador, pero lo intentaré, lo intentaré», ni levantar cabeza, te lo juro, en una semana sin levantar cabeza. Claro que el hombre que vale, vale, y, no es porque yo lo diga, pero te hizo un trabajo de libro, Mario, que la mínima atención que debiste tener con él, y no me digas que no te lo advertí, fue editárselo en la Casa de la Cultura, que a él le hubiese hecho feliz, fíjate, que el pobrecillo, no es porque sea su hija, con bien poco se conforma. Pero tú nunca tuviste detalles, ésta es la verdad, Mario, la cartita de

cumplido y sanseacabó. Y no es que yo vaya a decir ahora que la Memoria de papá fuera una cosa extensa ni complicada, que eso no, de acuerdo, pero estaba muy bien escrita, no me digas, que yo, aunque no me da por ahí, como era cosa tuya, me la leí, ¡tres veces, date cuenta!, y me encantó, que no te lo creerás, todo eso del método regresivo, o como se llame, eso de estudiar la Historia para atrás, como los cangrejos, porque las guerras y esas cosas no suceden en balde, son por algo, y como decía papá, que en la cómoda tengo todavía un ejemplar, ya ves, con esa facilidad que él tiene para escribir, «te remontas de las consecuencias a las causas». Yo estoy segurísima, ya ves, de que si aprobaste fue por papá, que nunca se sabe pero en este caso concreto fue una suerte que te despistaras, porque tú serás muy minucioso y todo lo que quieras, pero nunca hubieras hecho un trabajo tan bonito como el de papá, porque papá es buenísimo, Mario, que me estoy diciendo bueno hasta mañana y todavía no he empezado a decir todo lo bueno que es, y ten por seguro que hubiera venido ayer de no estar tan viejecito, que el pobre ya no está para nada, ésa es la pura verdad, que Julia dice que ni sale de casa, figúrate en Madrid con tanto tráfico, natural, pero menudo telegrama ha puesto, Mario, el más sentido, y luego tan bien redactado, me hizo llorar, yo que me estaba haciendo la valiente, no me pude contener, fíjate, que menudo disgusto tendrá el pobre. En cuanto a Constantino, mejor que se quede en casa, que, te pones a ver, y ni te conocía. Y, por otra parte, no me gusta un pelo que se roce con Mario, que será una suspicacia si quieres, pero yo no puedo mirar a ese chico como a un sobrino corriente, no lo puedo remediar, me parece como que llevara escrito en la cara que es hijo del pecado, ya ves. ¡Qué vergüenza, Mario, cómo los encontré, si vieras! Fue el mismo día que se tomó Santander, no se me olvidará en la vida, abrazados, revolcándose en la alfombra, ¡qué espanto, no lo quiero ni pensar! Y el carota de él, todavía, que «jugábamos, bambina», sinvergüenza, que casi me da un patatús, es que no faltó ni el canto de un duro. Y el caso es que yo hubiera jurado que a Galli le gustaba yo, pero si Julia le dio pie, él, a ver, no es tonto, sabía adónde iba, conmigo podía haberlo intentado, que me dio una rabia espantosa, pero no dije ni pío, por vergüenza, a ver, que mamá ni se enteró hasta que Julia empezó a abultarse y entonces la llevó a Burgos y luego a Madrid. Pero imagina lo que fue aquello para mamá, que en paz descanse, un golpe de muerte, ella tan correcta, tan bien relacionada, porque lo de Julia fue la comidilla, que tú en la luna, hijo, que no me explico, que se enteraron hasta las ratas, que esas cosas por mucho que se quiera no se pueden ocultar. ¡Pobrecita mamá, lo que ella pasó! Con decirte que hasta escribió a Roma está dicho todo, que ella pretendía deshacer el primer matrimonio de Galli, ¿comprendes?, pero

él, por lo visto, tenía dos hijos con la otra y eso es lo malo, los hijos para estas cosas, según dicen, fatal, es dificilísimo. Y en medio de todo, papá se ponía gracioso: «Y que este tipejo me haya hecho a mí saludar con el brazo en alto», imagina, con lo monárquico que es, estaba furioso, bueno, furioso es poco, que se comprende, si coge a Galli en aquellos momentos yo creo que le estrangula. Yo, te lo confieso, estaba deseando casarme para contarte todo, ¿te acuerdas que tú me preguntabas de novios por Julia y yo te decía bien, en Madrid, en Bellas Artes? ¿Te acuerdas? Pues era por eso, que en cuanto acabó la guerra, ella se fue allí con el niño y ya no volvió, y cuando mamá, que en paz descanse, murió, papá se fue con ella, la perdonó, te advierto, porque llevaba siete años lo menos sin hablarla. Y mamá, casi peor, con lo golosa que era, dejó de comer dulces, fíjate, pero para siempre, que menudo sacrificio. Pero yo, antes de casarnos, pensaba en la cara que pondrías cuando te lo dijera, que no veía el momento de las ganas, y en el tren, te lo planté, ¿recuerdas?, que no quieras saber el coraje que me dio, tú tan terne, que debes de tener sangre de horchata, hijo mío, «Dios es misericordioso; las guerras trastornan muchas cosas», que qué tendrán que ver las guerras con la vergüenza, que te hubiera matado, porque si por algo me compensaba lo de Julia, bueno, compensarme no, ya me entiendes, era por contártelo, que yo me decía «Se va a quedar helado», y, luego, ni caso, lo mismo que cuando me vine a todo correr a decirte lo de Maximino Conde para una novela, es que ni mirarme, «Bastante desgracia tiene», ya ves qué salida. Y lo que me indigna es que, si eso para ti no tiene importancia, no me hayas agradecido el que yo sea de otra manera, porque, por si lo quieres saber, yo con Evaristo, o con Paco, o con mi ahijado el legionario, o con el mismo Galli, o con el lucero del alba, pude hacer lo propio, cuando me hubiera dado la gana, fíjate, y si no lo hice fue por respeto a unos principios, pero hoy parece como si eso de los principios fuese una ridiculez, que yo no sé dónde vamos a parar, y que si una es buena y honesta es por pura casualidad. Porque dime una cosa, Mario, ¿te hubiera gustado a ti casarte conmigo después de acostarme con Galli Constantino? No, ¿verdad? Pues, entonces, botarate, ¿a qué con tanta indulgencia con mi hermana? Hay que ser imparciales, cariño, y Julia, hablando en plata, fue una sinvergüenza, ¡qué guerra ni qué ocho cuartos!, que vosotros por meteros con la guerra sois capaces hasta de negar la luz del día, ni más ni menos, que lo de Galli lo disculpas y luego tú, cuando podías, que ésa es otra, que ya estábamos con la bendición y todo, media vuelta y hasta mañana, que eso es algo, fíjate bien, que no podré olvidar por mil años que viva, excuso decirte, un desprecio así, que ni a Valen me atrevo a contárselo, date cuenta, con la confianza que yo tengo con Valen.

XVII

La mujer insensata es alborotadora, es ignorante, no sabe nada. Se sienta a la puerta de su casa o en una silla en lo más alto de la ciudad, para invitar a los que pasan y van de camino, pero él no me llevó derecha al centro, la segunda vez quiero decir, que le dije, «Me chifla tu coche, ni suena ni nada», y él, entonces, dio media vuelta y salió como un cohete por la carretera del Pinar. Yo le decía, «Vuelve, Paco, ¿estás loco?, ¿qué va a decir la gente?» y él se reía y decía, ¿sabes lo que decía?, decía, «Déjales que digan misa», que no le preocupan las habladurías ni tanto así. ¡Qué cambiazo ha pegado Paco, Mario, es que por mucho que te diga no te lo puedes ni imaginar! Los ojos, para mi gusto, siempre los tuvo ideales, de un verde raro, entre de gato y de agua de piscina, pero es que ahora ha cogido un qué sé yo, como un aplomo, un señorío que no tenía antes, que yo me acuerdo de chico, un verdadero chisgarabís, y le ves ahora y habla despacio, con pausa, sin trabucar una palabra, que antiguamente era una juerga. Pues ahí le tienes, cariño, con su Tiburón, apaleando millones, que ya no recuerdo bien dónde me dijo que trabaja pero desde luego algo de representaciones que tiene que ver con todo este lío del Polo, no me hagas mucho caso. ¡Y cómo conduce, Mario!, si da gloria verle, no hace un solo movimiento de más, que parece que ha nacido con el volante entre las manos. Eso sí, no te vayas a creer, de reojo me miraba todo el tiempo, que al pasar por El Merendero me dijo, «Estás igual, pequeña», y yo, «¡Qué bobada!, date cuenta los años que han pasado», y él, muy fino, «El tiempo no pasa lo mismo para todos», ya ves tú, una galantería, pero que se agradece, Mario, que una por muy mujer hecha y derecha que sea no es de cartón-piedra, que a ti parece como que te costara decirme una palabra amable. Luego, se paró y me dijo, de repente, que yo lo que menos me esperaba, que si sabía conducir, date cuenta, y yo que muy poco, casi nada, y él, que siempre me veía en la cola del autobús, entre gentuza, imagina qué trago, que te aseguro que pasé más vergüenza que en toda mi vida junta, pero a ver qué podía decirle, pues la verdad, que no teníamos coche, que me gustaría que le hubieras visto, «¡No! ¡no! ¡¡no!!» a voces, dándose manotazos en la cabeza, como no creyéndolo, a ver, que en estos tiempos es absurdo que una señora tenga que esperar el autobús, Mario, que a todo el mundo le choca menos a ti que ni sientes ni padeces. Desengáñate, querido, hoy un coche es un artículo de primera necesidad, ahí tienes al propio don Nicolás, un Milquinientos, y si tanto caso le haces para unas cosas, a ver por qué no le imitas en

todas, que me da rabia, la verdad, que para lo malo sea San Nicolás y, para lo bueno, un cero a la izquierda. El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres, que me pongo a pensar y ni un solo gusto me has dado en la vida, borrico, acuérdate del traje de novia, claro que eso ya me lo podía figurar, pero yo creí, al principio, que era por lo de tus hermanos, o por la enfermedad de tu padre, o vete a saber. Y yo, bien sabe Dios, que no lo quería por presumir, que, al fin y al cabo, con traje blanco o sin él, una no deja de ser lo que es, pero después de lo de Julia, tú dirás, la gente, con la recámara que se gasta, que habría que oírla, y tú, todavía, «Que ¿qué?», a ver si crees que te lo van a decir a ti. Lo blanco, Mario, por si no lo sabes, es símbolo de virginidad, para que te enteres, que hoy por hoy, llevar al altar a una mujer vestida de calle es como pregonar a los cuatro vientos «Aquí me desposo en segundas, o con una cualquiera», que no quiero ni pensarlo. Pero sobre todo por mamá, Mario, que yo al fin y al cabo, pues mira, no soy ni más ni menos por eso, pero, después de lo pasado, a mamá la hubiese gustado que la gente pensase: «Ahí viene una virgencita», pues porque sí, Mario, porque somos humanos, por todo, porque para una mujer la pureza es la prenda más preciada y nunca está de más proclamarlo, que, te guste o no, eso siempre será un ejemplo para la gente baja, que, no es porque yo lo diga, pero en este punto anda cada vez más relajada. Y así, de calle, como un día cualquiera, que a saber qué se pensarían, y además sin motivo, que es lo que más rabia me da, que yo no sé si tú tendrías algo que ocultar, hijo, pero lo que es yo podía entrar en la iglesia con la cabeza bien alta, por si te interesa saberlo. Te digo mi verdad, pero yo que los del Concilio, en vez de andar todo el día de Dios revolviendo con que si las píldoras esas, ya ves, a buena hora, cuando una está toda deformada cargada de hijos, que tampoco es justo, me parece a mí, porque o todas o ninguna, que ahora va a resultar que la parejita, como esas extranjerotas, es lo decente, pues en lugar de eso, Mario, definirse, el traje, así como suena, pero radical, como un uniforme, para todas, y la que no sea digna de llevarlo tampoco es digna de contraer matrimonio, al arroyo, que si antes anduvo en él no sé por qué luego le va a hacer ascos. Un poquito de intransigencia, eso, eso es lo que nos está haciendo falta, convéncete, que si no va a llegar el día en que la mujer honesta no se diferencie de la perdida, ya la oyes a Valen, ahora, en Madrid, todas las mujeres de la calle arregladas como nosotras, nada de exageraciones, tú dirás, que yo que el gobierno, un decreto, así, como te lo digo, que no sé a santo de qué ahora todo se vuelve a proteger a los patanes, los protestantes y las fulanas, y mientras, las mujeres honradas que nos muramos. Claro que si me lo dices a tiempo, hijo, ¡a buena hora! Pero no, tres meses antes, después de la pedida, por si acaso, cuando una no puede dar marcha

atrás. «La boda es un sacramento, no una fiesta.» ¡Bendito sea Dios!, y te quedaste tan fresco, como de costumbre, a ver, te saliste con la tuya, que me gustaría que hubieras visto a mamá, la pobre, venga pucheros, que, después de lo de Julia, esto, para ella, la puntilla. Pero ¿qué sabes tú de caridad? Prefiero no acordarme de tu conferencia, Mario, y todavía, venga, «Eso son pataletas lógicas, no te preocupes; ya se la pasará», ¿habráse visto egoísmo? ¡Cínico, más que cínico!, perdona, Mario, cariño, que no sé lo que me digo, que me pongo como loca cada vez que pienso en el traje que tenía pensado, con el talle un poco alto, de corte princesa, que hubiese dado el golpe, seguro, fíjate, que los hombres no tenéis ni idea de lo que eso significa para una mujer. Pero es igual, tú tieso en tus trece, que a buena hora si me lo dices al hacernos novios, da gracias a que después de la pedida yo no podía dar la campanada, que si no... En definitiva, la tonta fui yo, ya ves Transi, te caló de entrada, que ella sería un poco así, eso no admite duda, que hasta se dejó pintar por Evaristo medio en cueros, que lo que yo la dije, «No debiste hacerlo», pero como si cantara, que luego hasta se casó con él y pasó lo que tenía que pasar, bueno, pues ella, desde que te puso la vista encima, te caló, que no es que lo diga por decir. Y a Paquito, en otro estilo, ídem de lienzo, que Transi otra cosa no, pero ojo para los chicos un rato largo, que le ves ahora a Paco y un hombre de mundo, y no es decir el coche, es todo él, su persona, no sé cómo explicarte. Los hombres es una suerte, como yo digo, si no estáis bien a los veinte no tenéis más que esperar otros veinte, menuda, quién pudiera. Pero a mí me la diste con queso, Mario, que quién lo iba a decir, sentado con un periódico al solazo de agosto, las horas muertas, frente al mirador, mirando, y no es decir un día ni dos, que yo pensaba, «Este chico me necesita; se mataría si no», que siempre fui una romántica y una tonta, nada de maliciada, bien lo sabes tú. ¡Pero mira para lo que me ha servido! Y no es que me queje de vicio, Mario, que tú lo puedes ver, veinticuatro años de matrimonio, que se dice pronto, y ni una triste cubertería, que cada vez que invito, que ya se aburre una, una cena fría, a base de canapés, qué remedio, siempre lo mismo para no variar, el caso es no utilizar más que cuchillos y tenedorcitos de postre, que muchísimas veces me pregunto, Mario, si mereceré yo este castigo. ¡Si una naciera dos veces! Desde aquí te digo que tendría más vista, que las tontas somos nosotras por vivir pendientes de los maridos y de los hijos, que a Valen la sobra razón, que se adelanta más no mostrando excesivo interés, lógico, que, si no, cogéis y ¡hala!, a exigir, tráeme esto y lo otro y lo de más allá, que os lo creéis todo debido los hombres, todos cortados por el mismo patrón, Mario, por más que lo tuyo pase ya de castaño oscuro, que con los extraños venga zalemas y atenciones y en casa, punto en boca, que eso es lo que peor llevo, fíjate. Es como lo de

Madrid. Mira que a mí me gusta Madrid, Mario, que es locura por Madrid, que me chifla, todo lo que te diga es poco, bueno, pues prefiero no ir, que a eso hemos llegado, porque para pasar malos ratos mejor me quedo en casa, que para pieles y cuatro caprichos no habrá dinero, pero para porquerías de ésas de hacer pompas, o para retratarnos del brazo por la Gran Vía, que menudas vergüenzas me has hecho pasar, rico, o para *Carlitos* y bobadas de ésas, todo era poco. «Todo el mundo tiene que vivir», ¡qué bonito!, eso, todo el mundo tiene que vivir menos una, una es aparte, una se encapricha por un Seiscientos y como si cantara, como si pidiera la luna, que ya lo sé, Mario, que a poco de casarnos eso era un lujo, ya lo sé, pero hoy es un artículo de primerísima necesidad, te lo digo y te lo repito, que hoy un Seiscientos hasta las porteras, y no me desdigo, pero si los llaman ombligos, hombre de Dios, porque todo el mundo los tiene, con eso está dicho todo. Pues tú que nones, y al muerto de hambre del fotógrafo que bien, que de acuerdo, que tirara una placa, una inconsecuencia, tú dirás, a ver cómo llamas tú a eso, que luego, si te he visto no me acuerdo, que sabe Dios la de retratos que nos habrán sacado en las bodas y así y tú me dirás dónde andan. Y tú, dale que le das, que todo el mundo tiene que vivir, que si tú eras más que ellos, ya ves, más que ese charlatán de los *Carlitos*, que hace falta cuajo, no era por tener más talento sino porque se te han dado más oportunidades, jeroglíficos y ganas de enredar. Vagos, eso es lo que son ésos, una cuadrilla de vagos, que en lo que te enseñan los monigotes si te pueden quitar la cartera no te creas que se lo piensan dos veces. El mejor de ellos, date cuenta, debería estar tras una reja, que luego decís de los que mandan, que para mí, si de algo pecan, es de demasiada blandura, fíjate, que ya no es el gasto sino las vergüenzas que me has hecho pasar en la Gran Vía, mirando las cabriolas del *Carlitos* ese, o del tipo de las pompas de jabón, que parecíamos dos paletos haciendo tiempo para el coche de línea, ¡qué horror! Y, todavía, ésos eran inofensivos, pero ¿y los presos? Hijo de mi alma, si hubo meses, con las amnistías o eso, que parecía nuestra casa la sucursal de la cárcel, que me gustaría saber a mí quién te dio vela para este entierro, qué olores, y el olor, pase, pero por ayudar a un preso, por si no lo sabías, te pueden detener, como lo oyes, por cómplice o como se llame, que Armando, cada vez que se lo decía, se hacía de cruces y con razón. Y tú que no eran delincuentes comunes, vaya salida, pues mucho peor todavía, botarate. Al fin y al cabo, cariño, el criminal lo es en un arrebato, se ofusca, a ver, pero lo que es los otros, a ciencia y conciencia, fíjate, a sangre fría, que no es decir me obcequé, ni mucho menos, que son malos por naturaleza y nada más. Bueno, pues como quien oye llover, que estaban en la calle, lógico, a ver dónde iban a estar, y suerte para ellos, hijo, que deberían

pudrirse en la cárcel, que si les sacan, hazte a la idea, es por pura caridad, por caridad mal entendida, desde luego, con eso de las amnistías, que den gracias que viven en el país que viven, si no, ¡de qué! Y eso es lo que no queréis entender vosotros, zascandiles, que confundís la generosidad con la debilidad, y menudos añitos me has hecho pasar pensando a cada rato que te iban a llevar con esa gentuza, botarate, que bastante pasé ya cuando lo del tren, al demonio se le ocurre, toda la noche en vela, lo que se dice ni pegar ojo, todo por irte de la lengua, dichosas palabras, que Antonio dice que estar veinticuatro horas en la Prevención son ya antecedentes, imagínate si eso es verdad, que no quiero ni pensarlo, vaya un legado que les dejas a los niños, pobrecitos, el día que se den cuenta.

XVIII

Hijo de hombre, voy a quitarte de repente lo que hace tus delicias, pero no te lamentes ni llores, no derrames una lágrima. Suspira en silencio, sin llevar luto por el muerto; ponte el turbante en la cabeza y calza tus pies, no te cubras el rostro ni comas el pan del duelo, y no es por dármelas de adivina, Mario, pero cuando murió tu madre y te vi tan campante, como si nada, me di cuenta del orgullo que te recome. Y la pánfila de Esther, todavía, «Tu marido tiene una gran dignidad en el dolor», ya ves, puntos de vista, que me dan a elegir entre Esther y Encarna, Encarna y Esther, y me quedo con la del medio, fíjate, que, cada una en su estilo, en su vida han hecho otra cosa que malmeterte. Dignidad en el dolor, ¿qué te parece? También son ganas de trabucarlo todo. Y cuando llorabas por leer el periódico ¿qué? Entonces estabas enfermo, qué bonito, que me apuesto lo que quieras a que si tú te pones a cantar el día que se murió tu madre a Esther la hubiera parecido muy bien, a escape hubiera encontrado una razón para justificarte, me apuesto lo que quieras. Es como Luis: «Exceso de control emotivo. Depresión nerviosa», me río yo, que los médicos, cuando no saben qué decir, todo lo achacan a los nervios, que es muy cómodo eso. Es lo mismo que cuando te quitaste el luto a los dos días porque te entristecían tus pantorrillas, habráse visto, y, encima, Esther que te comprendía, que el luto es una rutina estúpida que hay que desterrar. Anda que estaría bueno que no te entristecieran tus pantorrillas, ¡pues para eso es el luto, zascandil!, ¿qué te habías creído? El luto es para recordarte que tienes que estar triste y si vas a cantar, callarte, y si vas a aplaudir, quedarte quieto y aguantarte las ganas, que yo recuerdo el tío Eduardo, cuando lo de mamá, en el fútbol, como una piedra, igual, ni en los goles, fíjate, que llamaba la atención, y si alguno le decía, «¿Pero tú no aplaudes, Eduardo?», él enseñaba la corbata negra y sus amigos lo comprendían muy bien, ¿qué te crees?, «Eduardo no puede aplaudir porque está de luto», decían, y todos conformes, a ver, para eso es el luto, botarate, para eso y para que lo vean los demás, que los demás sepan, con sólo mirarte, que has tenido una desgracia muy grande en la familia, ¿comprendes?, que yo ahora, inclusive gasa, que no es que me vaya, entiéndeme, que negro sobre negro cae fatal, pero hay que guardar las apariencias. Claro que estas leyes para ti no rigen, ni por supuesto para el zángano de tu hijo, que ahora te toca recoger lo que has sembrado, natural, los niños ya se sabe, lo que oyen en casa, a ver, menudo sofocón me hizo pasar ayer. Pero yo tengo la conciencia muy tranquila a este respecto, Mario, que cuando murió tu

madre, me acuerdo como si fuera hoy, ni a sol ni a sombra, no te dejaba en paz, «Llora, llora, que luego eso sale y es peor; anda, llora» y tú callado, como si no fuera contigo, hasta que saltaste, «¿Por la costumbre?», que tampoco son formas, me parece a mí, que me dejaste parada, la verdad, que yo iba con la mejor intención del mundo, te lo juro, y si te decía que llorases era por la misma razón que no dejo bañarse a los niños después de comer, que parece como que una fuese una estrambótica y una rara. Lo lógico, cuando a uno se le muere la madre, es llorar, que ya me viste a mí, que no es hablar por hablar, no me consolaba con nada, ¡qué temporadita, cielo santo!, y tú ni caso, palmaditas en la espalda, y besitos sin ton ni son, eso, lo menos comprometido, ni siquiera hacerme el amor, que dice Valen que en las desgracias eso consuela, que yo en la inopia, que a inocentona y a ingenua no me gana nadie, lo comprendo, que parezco tonta. Verdaderamente tú tienes el don de la inoportunidad, cariño, ya ves ahora, que me desnude, imagínate, a la vejez viruelas, con los músculos del vientre tronzados, la espalda llena de mollas y hecha una calamidad. Pues, no señor, no me da la realísima gana, si eso te gustaba habérmelo pedido a tiempo, que yo, aunque me esté mal el decirlo, tuve una gran figura, un poco de más de poitrine, quizá, que no es que ahora me queje, entiéndelo bien, que si me fío de Eliseo San Juan, una Venus, ya ves, pero una no tiene ya edad para exhibiciones y, sobre todo, no está de humor. Las cosas a su tiempo, Mario, y en vez de dar media vuelta y hasta mañana, que pasé una humillación que no te imaginas, habérmelo pedido entonces y todos contentos. Es como lo de los presos, que llevas el espíritu de la contradicción en la sangre, hijo mío, porque lo que yo digo, si quieres hacer algo por los demás, pobres hay montones y a Cáritas, con un poquito de habilidad, se la torea, como yo hago, porque Cáritas, por mucho que tú la defiendas, lo que ha hecho es impedirnos el trato directo con el pobre y la oración antes del óbolo, que yo recuerdo con mamá, antiguamente, rezaban con toda devoción y besaban la mano que los socorría. ¡Buenos están los pobres ahora, anda, míralos, todos revueltos! Pero ¿quieres más? ¿No andabas ahora a vueltas con los locos del manicomio, que lo que no se te ocurra a ti, hijo, no se le ocurre a nadie, conque si era una pena cómo vivían y un bochorno para la ciudad, que hasta vergüenza me daba coger *El Correo* los domingos? Pero ¿es que estás bien de la cabeza, Mario? No debería decírtelo, pero Josechu Prados, por si lo quieres saber, se tronchaba el otro día en el Círculo y decía que tú lo que querías era «hacerte la cama», como diciendo que no estás en tus cabales, ¿te das cuenta? Pero Josechu anda despistado, que para vosotros el caso es pinchar, aunque sea en hueso, porque emplear un dineral en un manicomio nuevo es una sandez, Mario, convéncete, ¿es que no te das cuenta del

derroche, de que es tirar el dinero?, ¿qué saben esos desgraciados, borrico, si el edificio es nuevo o viejo, si hace frío o si hace calor? Si están en el manicomio es porque están locos y si están locos es porque no se enteran de nada, ni sienten ni padecen, se creen que son Napoleón o el mismo Dios en persona y tan felices, a ver. Y aunque no te des a razones, es lo que yo digo, Mario, ¿para qué más?, ¿para qué tirar el dinero en unos pobres diablos que ni te lo van a agradecer? Sí, ya sé que Esther estaba de tu parte, y los de la tertulia esa de mis pecados, ídem de lienzo, y que nada más hermoso que dar a los que no piden, pero ¿para qué malgastar en unos seres que lo tienen todo?, porque si ellos se lo creen, Mario, es como si lo tuvieran, desengáñate, y si les pones una bañera nueva y una sala de juegos y un jardín, pues a lo mejor les haces polvo, vete a saber, porque con ellos no hay forma de entenderse… Y no te pienses que a mí no me apena su desgracia, pero, por fortuna, todavía tengo la cabeza en su sitio y estoy de acuerdo con Armando en que pretender cargar con todo el dolor del mundo no es más que un acto de vanidad. Que te pones a mirar, cariño, y la vanidad es lo que te ha echado a perder, que tú mismo reconocías bien de veces que, escribiendo esas cosas y comprando *Carlitos* y dejando que nos retrataran en la Gran Vía y ayudando a los presos, no aliviabas a los demás tanto como te aliviabas a ti, y entonces empezabas a darle vueltas a si lo tuyo, en el fondo, no sería más que egoísmo, que, en definitiva, es lo que siempre he sostenido. Porque si te agradaba complacer a los demás, ¿por qué no a Solórzano cuando te quiso nombrar concejal? ¿Por qué, di? Después de tu choque con Josechu Prados, y de tus artículos en *El Correo*, que llevaban dinamita, hijo, y del expediente, y de los antecedentes de tu padre y de tu hermano, que ésa es otra, la actitud de Fito Solórzano no podía ser más elegante, me parece a mí, era un cable que te echaba, «Tenga, agárrese, borrón y cuenta nueva». Y, por si fuera poco, ya oíste a Valentina, «Entrar en el Ayuntamiento por el tercio cultural es hacerlo por la puerta grande». Bueno, pues aunque así sea, borrico, tú, no señor, «El precio del silencio», la copla de siempre. Porque aun admitiendo que Fito Solórzano no te invitara a sentarte, que lo dudo, o que se pusiera a fumar sin ofrecerte, ¿qué importancia tiene eso? Él venía dispuesto a hacer las paces, eso está claro, que no sé a cuento de qué te pusiste así al ver tu nombre en los pasquines, que a mí, ni me atrevía a decírtelo, me hizo hasta ilusión, lo reconozco, así, de sopetón, con letras tan grandonas. ¡Alabado sea Dios!, Mario, que el propio Vicente lo dijo, «En la vida he visto a Mario tan alterado, estaba como si le hubieran prendido un par de banderillas», que no es para tanto, vamos, y duro «Que contaran antes conmigo», pero alma de Dios, ¿es que también va haber que contar con la gente para hacerla un favor? Porque si fuera para pedirte, pase, pero, vamos, una

cosa así, que lo mires por donde lo mires, es un honor, pues te faltó tiempo, ¿eh?, que a saber qué saldría por esa boca, menudas ínfulas llevabas, que no me choca que ni te mandara sentar ni te ofreciera un pitillo, bueno es, lo raro es que no te diera un puntapié, que méritos hiciste para ello, hijo, las cosas como son. Y todavía que estuviste firme pero correcto, a saber, que según saliste de casa lo dudo mucho, no te sulfures, y, después de todo, lo que él te dijo, que no tenía por qué contar con nadie y que si no podías desempeñar el cargo, tiempo habría una vez que salieses elegido, que antes no había por qué, que mayores miramientos no caben, me parece a mí. Y si a ti te parece correcto decirle lo que le dijiste, que a saber cómo se lo dirías, que no te gustaban los juegos donde no se podía ganar, yo, la verdad, no sé lo que es la corrección. Y tú que ni te tendió la mano siquiera, pues ¡sólo faltaría! Yo, en su pellejo, te meto en la cárcel sin más preámbulos, como lo oyes, hay que ver, un desacato semejante y, encima, en el antedespacho, te desahogaste a gusto con el delegado y Oyarzun, que tuvo que oírte, fíjate, que si tu nombre era para sonar, no para salir y sabe Dios qué disparates, que ni sé cómo ninguno de los dos te ha vuelto a mirar a la cara, que lo peor es que les vocearas que era del dominio público que el propio Oyarzun, Arronde, el boticario, y Agustín Vega saldrían por unanimidad y que diera la casualidad de que acertases, que a mí lo que más me chocó, francamente, que me disgusté y todo, es que no tuvieras ningún voto, me extraña pero que muchísimo, fíjate, que el propio Filgueira, que era concejal entonces, me lo dijo la víspera, como lo estás oyendo, palabra, «Mañana voto a su marido», que luego no sé si se volvería atrás o qué, una cosa rara. Pero tú no tenías por qué molestarte por eso porque ni lo sabías, que buen cuidado tuve en callármelo, de forma que no venía a cuento que te pusieras como te pusiste, madre, que en un mes ni se te podía dirigir la palabra, ¡qué cosas!, que tú las gastas así, ya ves con Encarna. Si te repugna verla comer y ni la hablas casi ni nada, que no me extraña, porque tu cuñada activa será lo que quieras pero de conversación, cero, ¿a santo de qué la invitas a pasar temporadas? Porque hay que ver, tu cuñada será, y sufrir habrá sufrido, no digo que no, pero en qué hora, hijo, que hemos tenido Encarna hasta en la sopa. Y que no vamos a decir que Encarna sea un huésped barato, Mario, que tu cuñada come por tres, no se sacia, que hay que verla cómo se pone de fruta, como un Pepe, hijo, al precio que está, y no digamos el pescado, que es la ruina, figúrate el besugo con la caída que tiene, y que luego ande con disimulos echando los huesos en los platos de los niños, es algo que no resisto, me saca de mis casillas, te lo prometo. Y luego, esas rarezas de encerrarse a leer en el baño y que si los niños la marean, y que se callen, pues los niños son niños, ya se sabe, y si no la gustan bien cerca tiene la puerta, que nadie la ha

llamado, como yo digo. Y no es que yo tenga celos, Mario, ya me conoces y de sobra sabes que nunca me dio por ahí, pero aunque ahora esté más asentada, siempre es desagradable convivir con una mujerona que te ha querido birlar el marido, cariño, porque después de lo de Elviro, a mí no hay quien me saque de la cabeza que Encarna estaba por ti. Y cuando terminaste las oposiciones, la faltó tiempo, a la votación, ya ves qué sabrá ella de esas cosas, que la gusta meter la nariz en todo, y, después, a celebrarlo, que mejor es correr un tupido velo, que a saber qué haríais esa noche, y por mí, bien lo sabe Dios, poco importa, pero figúrate si los niños llegaran a saberlo, y por la memoria de Elviro, Mario, que al fin y al cabo, feo o guapo, tu hermano era. A poco que me hubieras estimado, Mario, nunca hubieras metido en casa a esa mujer, con esas despachaderas que se gasta, que no sé si será de buena familia o no, pero la traza es de verdulera, hijo, así como suena, un marimacho, había que verla con tu padre en brazos, de acá para allá, como un zarandillo, y aquel olor, que yo estaba de tres meses y lo recuerdo como una pesadilla. Y no te vayas a pensar que Encarna lo hiciera por caridad, sí, sí, por caridad, ¡para que la vieses, hijo!, ¡para deslumbrarte!, y, de paso, restregarme a mí por las narices que era una inútil. No, Mario, no, a tu cuñada la tengo aquí, y si lo hago es por lo que lo hago, que lo que es gustarme, ni un pelo, si es que lo quieres saber, y no me vengas con que la cocina porque eso bien poco significa, peor si me apuras, que hay que ver qué fregaderas me arma, a lo grande, y, luego, con esa cabeza que tiene, hay que estar siempre encima, que si la sal, que si el perejil, total que terminaba antes haciéndomelo sola. Eso por un lado, que si pones peseta a peseta, una detrás de otra, lo que Encarna representa, mañana un Seiscientos, Mario, ¡qué digo!, un Milquinientos y puede que me quede corta.

XIX

Lleno de angustia oraba con más instancia; y sudó como gruesas gotas de sangre que caían hasta la tierra. «¡Dios mío, me siento solo; estoy como acosado!», una obsesión, ¿eh?, ¡qué manía! Pero, ¿quién te acosa, hombre de Dios, que no son más que ganas de darte importancia? Si precisamente eras tú quien tenía a gala encararte con el mundo, decir a la gente que era mala, que Cristo no era como nos le querían hacer ver nuestros intereses. Estás tú bueno, cariño. ¿Es que crees que únicamente tú sabías cómo era Cristo? Eso es una vanidad diabólica, Mario, desengáñate, pues aviados estaríamos si Cristo iba a volver al mundo para comprar *Carlitos* y canutos de hacer pompas a todos los vagos de Madrid y dejarse retratar en la Gran Vía, para que coma el fotógrafo, qué ideas. ¿Es que tú te crees, Mario, pedazo de alcornoque, que si Cristo volviera a la Tierra se iba a preocupar de los locos, de si tienen frío o calor, cuando todo el mundo está harto de saber que los locos ya no pueden ser ni buenos ni malos? ¿Crees tú, por casualidad, que Cristo iba a tirarle un lechazo a Hernando de Miguel por el hueco de la escalera, o a preocuparse de si un guardia le pega un porrazo a un gamberro, o a insolentarse con un gobernador, ya ves Poncio Pilatos, o a decirle a Josechu Prados que contase cuando se trataba de un fin bien bueno, que el mismo papá lo dice, que la monarquía en este país es la única garantía de orden? ¿Te imaginas a Cristo escribiendo los artículos que escribes sobre los paletos, una gente que no hace más que blasfemar, o atacando a la Inquisición o renegando del luto por los muertos? Pobre idea tienes tú de Nuestro Señor, cariño, «Le hemos desfigurado; le hemos desfigurado», ¿y no eres tú el primero? Por si te interesa saberlo, Mario, Cristo no hubiese tenido nunca un hermano rojo, ni un padre prestamista, y, de tenerlos, ten la seguridad de que no se hubiera quedado tan fresco, ni hubiese alzado el gallo, ni, por descontado, hubiera hablado de la caridad como tú hablaste, que hay que ver la pobre Bene la ilusión que tenía, que se pasó semanas enteras rondándome, «Mario es el más indicado; si él quisiera», que a mí me sorprendió, palabra, lo pronto que me dijiste que sí. Porque no hay derecho, Mario, abusar así de la confianza de las del Ropero, menudo sofocón, un feo semejante, porque si aceptas es para hablar de la caridad como Dios manda, que tenías un auditorio de lo más selecto, palabra, y te lo cargaste a las primeras de cambio, con lo de los festivales benéficos, que lo que Valen decía, «¿Qué mal hacemos jugando bridge por los pobres?». Pues ninguno, naturalmente, zascandil, que si jugando bridge

remedias una necesidad, bendito sea el bridge. Pecar y así es lo que no se puede, pero juegos y fiestas ¿por qué no? ¿Qué mal hay en ello? Y, luego, la bomba, que me dejaste sin sangre, que yo decía, «Se arma, hoy se arma, ¿dónde va este hombre?», y tú dale con que «Hoy la caridad reside en secundar las demandas de justicia de los desheredados y que taparles la boca con una tableta de chocolate y una bufanda puede incluso ser un ardid», que entonces empezó el rumor y yo pensaba: «Le linchan, le linchan y con toda la razón». La cogiste modorra, como yo digo, con que si la caridad sólo debe llegar donde no alcance la justicia, que la gente, y yo la primera, en el limbo, toda la conferencia sobre ascuas, hijo, que creí que me enfermaba del corazón, Dios mío, qué palpitaciones, y cuando empezaron a patear, deseé con toda mi alma que me tragase la tierra, como te lo digo, ni se te oía, y a la pobre Bene saltándosele las lágrimas, y tú accionando, todo sofocado, ¡qué horror!, que en medio del barullo la de Arronde, a voces, «A ver mañana qué dice la prensa, ¡qué vergüenza!», y, a la salida, no quieras saber, de rojo para arriba, que yo, callada como una muerta. Y no te digo nada, al día siguiente, en el Centro, con *El Correíto* que Dios confunda, dándote alas, que muy valiente, que el lenguaje que hay que emplear en este siglo, que en la línea conciliar, que te advierto que quemaron más de una docena de ejemplares y dieron «mueras», menos mal que Bene, que es medio santa, las aplacó, que buenas estaban. Y gracias a que *El Noticiero* se metía contigo, que demagógico y eso, que para mí fue la puntilla, Mario, te lo juro, que *El Noticiero* es de fiar, fíjate, un periódico católico a machamartillo, de derechas de toda la vida. Y luego que estás solo, botarate, pues, ¡no vas a estarlo!, la pobre Bene, con la ilusión que tenía, «Mario es un cielo, dale las gracias», me decía todo el tiempo, menudo jarro de agua fría, que después tú mismo lo sentiste, no digas que no, como con lo del lechazo, que si hablar de caridad en ese lenguaje a personas que no entendían la caridad era faltar a la caridad, un galimatías, hijo, crucigramas, que tiras la piedra y luego te duele la descalabradura, como yo digo, y que dudabas y la duda te hacía sufrir, y que si callas, la conciencia te reprocha, y si hablas, te reprocha también, ya ves qué problema, pues habla con educación, hijo, que con Bene lo que procedía era todo lo contrario de lo que hiciste, estimular a la gente a dar y a ir a las fiestas benéficas y, al final, hubiera sido un detalle simpático que subastases tu pitillera o algo así, un objeto personal. Pero cualquiera te aconseja, Mario, con los humos que te gastas, si yo ya no me atrevo ni a decirte que te cambies de traje para planchártelo, y, luego, que estás solo, pues no vas a estarlo, adoquín, ¿no era eso lo que andabas buscando, di? ¿No te lo advertí ya cuando lo de la casa, que a este paso nadie nos va a poder ver ni en pintura, tanto criticar, tanto criticar, que parece como

que le sacarais un gusto a revolcaros en el cieno? Es como lo de tus libros, cuando no eran de cosas raras que nadie entiende, eran de muertos de hambre o de paletos de esos que no saben ni la A. Y si los paletos no saben leer, Mario, y a la gente bien le traen sin cuidado los paletos, ¿puede saberse para quién escribías? Y no me salgas con que se pueden escribir cosas para nadie, porque eso no, Mario, que si las palabras no se las dices a alguien no son nada, ruidos o garabatos, vamos, creo yo, no sé. Pero a ti no hay quien te apee de la burra, cariño, ni una sugerencia, hay que ver, con la carrera que me di para contarte lo de Maximino Conde y la hijastra, un argumento de película, fíjate, que toda la ciudad pendiente, total para nada, y sí que era un poco así, lo reconozco, tirando a verde, pero en la novela, al final, haciéndole reaccionar a él en decente, quedaba inclusive aleccionadora. Pues no señor, mejor los paletos y los muertos de hambre, ¡con tu pan te lo comas, querido!, pero luego no te quejes si estás solo, que quitas a Esther, Encarna y los de la tertulia, y para de contar. Y si afinamos un poco ni los de la tertulia, fíjate, que había que oír al Moyano ese, el de las barbas, hace cosa de un mes, con el articulito aquel, «Los redentores», o como se llamase, que yo no lo entendí del todo, te lo confieso, pero a fuerza de leerlo creo que saqué el sentido, pero lo que sí te aseguro es que aquello de que «todos los redentores aman al prójimo, unos para redimirlo de veras y otros para utilizarlo de pedestal» cayó como una bomba, pero entre todo el mundo, ¿eh? Oyarzun creo que bramaba, y el Moyano ese no digamos, hijo, que se le oía desde el portal. ¡Jesús, cómo se puso!, que luego tú, «Dejadme; un hombre no puede abrir la boca sin ofender», la frasecita de rigor, cómo no, literatura, zascandil, mírate en mi espejo, ¿ofendo yo?, dime la verdad, ¿ofendo yo?, no ¿verdad?, pues mira, bien de ello que hablo, que no paro, una tarabilla, tú me dirás, que a veces, si no tengo con quien, pues yo sola, fíjate qué risa, cualquiera que me viera, pero me importa un bledo. Tú, en cambio, ya se sabe, si abres la boca es para fastidiar, hoy, ayer y todos los días. Acuérdate del expediente, ¿qué podía hacer Antonio? Cumplir con su deber, ni más ni menos, y todavía da gracias que fue él, que no te dejaron en la calle de verdadero milagro, que aún me duelen las rodillas de rezar, que se me deformaron y todo. Y si un alumno va y se queja, Antonio, a ver, a Madrid, no tenía otra alternativa, pero sobre todo, si tú no sueltas la lengua, no tenía por qué haber habido Antonio ni Antonia. Porque Antonio te aprecia, Mario, me consta, que hasta vino a verme, «Me duele tanto como hacérmelo a mí mismo, Carmen, créeme», ¿quieres más?, que yo, «No tienes por qué darme explicaciones, Antonio, sólo faltaría», a ver, y ayer, ya le viste, de los primeros, y para hoy ha suspendido las clases y todo, que cómo se ha portado. Tú te lo guisas y tú te lo comes, Mario, no le demos más vueltas, que al demonio se le

ocurre decir una cosa así. ¿Tú crees que un cristiano puede decir a boca llena, en plena clase, que era una lástima que la Iglesia no apoyase la Revolución francesa? ¿Te das cuenta de lo que dices? Y la pánfila de Esther que ciertamente fue una lástima, ¡Dios de los cielos!, ¿es que estás en tus cabales, Mario, una blasfemia así? ¿Pues no era la Revolución Francesa aquella de las tiorras desgreñadas que cortan la cabeza al rey y a las monjitas y a toda la gente buena, la de Pimpinela Escarlata o eso? Vamos, que se necesita cuajo para decir una cosa así, qué principios ni qué niño muerto. ¡Válgame Dios!, cómo van a ser cristianos unos principios que consisten en cortar la cabeza a la gente de bien, y en cuanto al fin, ya lo estás viendo, que a sinvergonzonería y a descreimiento a Francia no le gana nadie, ya ves Valen, el verano pasado, y no es que sea una ñoña, escandalizadita volvió, para que te enteres. Pero a ti que lo mismo te da, que tienes una conciencia como un saco, hijo, ¡qué tragaderas!, al domingo siguiente a comulgar, tan tranquilo, como si nada, que a Bene, que te vio, la faltó tiempo, «Se habrá confesado, ¿verdad?» y yo, «Me imagino», tú dirás qué podía contestarla. Dios te habrá perdonado, Mario, que mala voluntad no tenías, eso creo, vamos, pero a veces me daba por pensar que hacías comuniones sacrílegas y tardaba un cuarto de hora en dormirme, te lo prometo, de la incomodidad, que eso es algo que me aterra. Y lo que más me duele es pensar que tú al principio no eras así, que han sido el don Nicolás ese y su cuadrilla los que te han llenado la cabeza de pájaros, y eso para verlo desde fuera, pase, pero que el hombre que piensa y hace esas cosas sea tu marido, es un martirio, te doy mi palabra de honor, que Valen se ríe, a ella la quisiera yo ver. Claro, como Vicente es el hombre más equilibrado que existe, lo de los demás, por mucho que les quieras, que a mí Valen me lo ha demostrado, se ve como en el teatro. Ella me decía, Valen quiero decir, date cuenta, me decía: «A tu marido y esa gente les falta un tornillo, hija. Pero te confieso que a mí me divierten, me hace gracia verles empeñados en que el mundo gire del revés. Son unos tipos, pero ándate con ojo, éstos son los que se suicidan o se mueren del corazón». Así, Mario, como lo estás oyendo, te lo juro, como si lo hubiera presentido, y yo, la verdad, que se mueran del corazón los hombres de negocios, que de un telefonazo pueden ganar o perder millones, lo comprendo, pero que te mueras del corazón tú, un hombre que jamás se ha preocupado del dinero, que tiene una mujer que de dos saca cuatro, un hombre al que no le ha faltado nada, que no es que vayas a decir esto o lo otro, no hay derecho, la verdad, no hay derecho y no hay derecho. Ya te digo, me lo explico en los hombres importantes, pero que tú, Mario, un don nadie, para qué nos vamos a engañar, te vayas a morir porque los locos vivan en un manicomio feo, o porque te dé una torta un guardia, o porque Josechu

no cuenta los votos, o porque Solórzano te quiere hacer concejal, o porque los paletos no gasten ascensor, es algo que no me cabe en la cabeza, las cosas como son. Claro que la tonta fui yo, que nadie tuvo la culpa, que tu misma madre ya me lo advirtió que eras un chico muy retraído y eso, y en cuanto llegabas del colegio, lo primero las alpargatas y al brasero, a leer. Ya ves qué plan para un niño, que luego saldrá Encarna con que si hago o dejo de hacer, qué sabrá ella, que si de niño hacías eso, de mayor ídem de lienzo, ya se sabe, genio y figura. «Estoy solo, Carmen», me decías hace tres días, ¿te acuerdas?, aquí mismo, que yo como si no te oyera, que si hablo es para ponerlo peor, pero ¿qué querías, encima? ¿Que Solórzano o Josechu te vinieran a dar explicaciones? Mamá, que en paz descanse, que no se la escapaba una, solía decir, «Recogemos lo que sembramos», ¿qué te parece?, que así, a primera vista, parecerá una bobada, pero el dicho tiene mucha miga, Mario, vaya si la tiene. Y no es que mamá hablara por hablar, que a sacrificada pocos la ganarían, ya ves, que con lo de Julia ofreció no probar los dulces, que la pirraban, si no venían mellizos, que tú dirás, otra tontuna, pero no era ninguna tontuna, Mario, que tiene su fundamento, que mamá, que en paz descanse, sabía dónde la apretaba el zapato, y a papá se lo dijo, que luego me enteré, y si viene uno solo, cabe el desliz, pero si vienen dos, eso demuestra que se hizo con pasión, date cuenta, que en las circunstancias de Julia hubiera sido imperdonable. Aunque, bien pensado, mi hermana en el pecado ha llevado la penitencia, que el pobre Constantino será todo lo infeliz que quieras, pero es un chico bien raro, que creo que hace yoga o eso y duerme con la cabeza en el suelo y, por las noches, pasea por toda la casa, que es noctámbulo o sonámbulo, o como se diga, imagínate qué espanto. Todo por un momento de placer, Mario, ni eso, que es nada, que yo, las más de las veces, ni me entero, te digo mi verdad. Es muy raro ese chico, Mario, que Julia quería encasquetármelo con Mario los veranos, que ni te lo dije, pero yo ni hablar, no estaba por la labor, que se las arregle ella, ella hizo el mal pues que busque el remedio. En general esos hijos extranjeros suelen dar malos resultados, que Armando dice que son una incógnita y yo le doy la razón, no sé si por la mezcla de sangre o qué, pero todos tiran un poquito al monte.

XX

Cuanto a la fornicación y a cualquier género de impureza o avaricia, que ni siquiera pueda decirse que lo hay entre nosotros, como conviene a santos; ni palabras torpes, ni groserías, ni truhanerías, en cambio él, a la chita callando era tremendo, Mario, ¿querrás creer que una tarde que estábamos solos en casa, abrió *Il Mondo* por un anuncio de sujetadores y me dijo, con una sonrisita muy suya, apuntando, «Seno, ¿eh, bambina?». ¡Figúrate qué caso! Con Galli, te digo mi verdad, fácil, lo que hubiera querido, que yo no sé qué tendrán mis pechos, la verdad, pero Eliseo San Juan, cada vez que me echa la vista encima, se pone como loco, sobre todo si voy con el suéter azul, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», que me aburre, palabra, porque si yo le diera pie, vaya, pero como quien oye llover, ni caso, yo a lo mío, ¡madre, qué hombre! Y de chica, para qué te voy a contar, que aunque me esté mal el decirlo, hacía furor, que un buen día subí con Transi al estudio de los Viejos, bueno, al estudio, una buhardilla cochambrosa, y los muy sinvergüenzas nos querían pintar desnudas, y Evaristo decía, «A ti, nena, un retrato de busto es lo que te va», que yo estaba muerta de azaro, Mario, te lo juro, qué sofocón, todos los retratos de mujeres desnudas por las paredes, pero Transi tan terne, no te creas, «Éste es una maravilla de luz», «La calidad de carne está aquí muy conseguida», que a saber de dónde sacó ella esas cosas tan técnicas, que nunca me lo dijo, no se decidió, fíjate, con la confianza que teníamos. Y luego, Evaristo, el muy frescales, me planta una manaza toda peluda en la pierna y venga de decir, «¿Y tú qué dices, nena?», que me dejó sin respiración, Mario, como lo oyes, aunque no dije ni pío, ni mover un dedo, cualquiera. A Evaristo le gustaba yo por vivir, que si se casó con Transi, ya entradita, y él, no digamos, más viejo que viejo, fue por recurso y nada más que por recurso, que una mujer nota a la legua cuándo le hace tilín a un hombre, no me preguntes en qué, qué sé yo, intuición, es como una corazonada. Había que verle a Evaristo cada vez que nos paraba, «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el verano pasado erais unas crías», y no me quitaba el ojo de la poitrine, el muy descarado, que yo no sé qué tendrá mi pecho, Mario, pero a este paso hasta los sesenta, qué asco de hombres, todos iguales, como cortados por el mismo patrón. Y Galli Constantino señalaba la puntita, no te vayas a creer, que esos italianos son el mismísimo demonio, aunque conmigo tropezó en hueso, que puestos en este plan, lo que hubiera querido, siempre lo dije, que a Galli le gustaba yo cien mil veces más que Julia, pero a los

hombres nunca os falta un remiendo para un descosido y, como diría la pobre mamá, a falta de pan, buenas son tortas, y si mi hermana le dio pie, tonto sería, que para un desahogo, cualquiera, que eso es lo que más rabia me da, una humillación así, que después, a saber, no pondría yo una mano en el fuego, imagínate Julia, siete años sola en Madrid, y con un niño tan chico, la libertad que eso supone. Pero mira, Mario, a mí plin, papá y mamá no la hablaban y yo no iba a ser menos, «sí», «no», «bien», «mal», de ahí no pasaba, que tampoco era cosa de hacer la vista gorda. ¡Pobre mamá, el calvario que pasó! ¿Sabes que hasta quiso deshacer el primer matrimonio de Galli? Revolvió Roma con Santiago, buena era, pero, por lo visto, habiendo hijos de por medio, es fatal, dificilísimo. Y, de repente, ¡pum!, se lo tragó la tierra, nadie daba razón de Galli y ésta es la hora en que no se sabe si lo mataron aquí, o cuando la guerra mundial, o si sigue vivo y coleando haciendo de las suyas por su tierra, que los hombres sois insaciables, Valen dice que ni la vejez, ya ves tú. Y otra cosa no, pero desde luego Galli Constantino era un tipazo, no veas, nos traía locas a todas, que cuando nos llevaba a Julia y a mí en el Fiat descapotable, todo el mundo era a mirarnos. ¡Qué tiempos! Yo lo pasé bien en la guerra, digáis lo que digáis, si era como una fiesta, hijo, yo me acuerdo en el refugio, menuda juerga, con la Espe, una rojaza de espanto, no quieras saber, y papá, con esa sorna que se gasta, que ya le conoces, que canta las verdades al lucero del alba, «Son los saludos de sus amigos, Espe, no se asuste», figúrate, por las bombas, y ella, la pobrecilla, «¡Ay, calle usted, don Ramón, es una cosa horrible esta guerra!». Yo lo pasé de fábula, Mario, para qué te voy a contar, toda la ciudad llena de gente, menudo barullo, que todavía no sé, te lo digo sinceramente, cómo no te planté entonces, recién novios, que cada vez que venías del frente, con lo de tus hermanos y eso, en plan de revientafiestas, como pensativo, o amargado, ¡qué sé yo! Pero un buen día, sin venir a cuento, ¡pum!, al bueno de Galli se lo tragó la tierra, claro que eso era muy frecuente, ya ves Nacho Cuevas, el hermano de Transi, la misma historia, le movilizaron a la mitad de la guerra y como era algo retrasado mental, o meningítico o eso, le pusieron en servicios auxiliares, y un buen día, yo no sé si necesitaron gente o qué, pero los padres de Transi se encontraron un billetito por debajo de la puerta, todo lleno de faltas de ortografía, que decía: «*Me yeban*, date cuenta, con y griega, *a la gerra*, sin u; *tengo muchísimo miedo. A Dios*, separado, *Juanito*». Bueno, pues ésta es la hora, y mira que han revuelto cielo y tierra, con lo que son los Cuevas, pues nada. Desde luego, conforme estaba ese chico es preferible que Dios se lo llevase, que era una carga, no te puedes imaginar, incapacitado, y ¡qué porvenir!, tú dirás, que eso era lo peor, de peón de albañil o cosa parecida. «Mejor muerto», como yo le dije a Transi, pero a ella, hijo,

la dio sentimental, y como si hubiera dicho algo malo, «¡Ay, Menchu, no, guapina, un hermano es un hermano!». Transi, a su manera, es cariñosona, toda corazón, que había que ver los besos que me daba, raros para una chica, desde luego, pero sin malicia, que mira luego con quién fue a dar, el viejo de Evaristo, que estaba más visto que el *TBO*, un hombre que la llevaba quince años, sin oficio ni beneficio, y un sinvergüenza redomado, además, que si yo fui a la ceremonia fue por Transi, como te lo digo, por no hacerla un feo, y ya él con unas guasas y unas cosas que me dieron muy mala espina, recordarás. Pues ella empeñada en que tenía talento, ya ves tú, talento para agarrarse un avión y marcharse a América, a Guinea o qué sé yo, y dejarla plantada con tres criaturas, que ni sé cómo se las puede arreglar, fíjate, que los Cuevas una familia estupenda de toda la vida pero muy venida a menos, que de dinero, ni pum. Para eso sí tenía talento Evaristo, no lo dudo, para eso y para poner las manazas donde no debía, que me dejó helada, «¿Y tú qué dices, nena?», que si yo esa tarde le doy carrete y le llevo un poco la corriente, Transi ya se puede despedir, que no es hablar a lo tonto. ¡Si se le salían los ojos de las órbitas cada vez que nos decía «Ahora, ahora sois los verdaderos guayabitos; el año pasado erais unas crías»!, pero lo que él miraba era mi poitrine, que no le quitaba ojo, que aquí, para inter nos, Mario, yo no sé qué tendrán mis pechos pero no hay hombre que se resista, mira el otro día, sin ir más lejos, un patán que estaba abriendo una zanja en la calle la Victoria, pero a voces, «¡Guapa, con esa delantera, ni Ricardo Zamora!». Sí, ya lo sé, una grosería, desde luego, pero qué le vas a pedir a esa gente y, francamente, por eso me duele más lo tuyo, fíjate, que si los demás no repararan, vaya, pero gustando como gusto, me sabe mal tu indiferencia, para que te enteres. Y todavía ahora, pase, pero ¡mira que de novios!, la manita y ya era mucho, claro que no te digo besarme, que eso ni por ti ni por nadie, pero un poquito más de ardor, calamidad, aunque te contuvieras, que sólo faltaría, pero a las chicas, por si lo quieres saber, nos gusta sentiros impacientes cuando estáis con nosotras, no lo mismo que si estuvierais al lado de un bombero. Pero tú, ya, ya, mucho «mi vida», mucho «cariño», pero tan terne, como si nada, como un avefría, que acaba una por no saber lo que es control y lo que es indiferencia, porque no me digas, hijo, que a un hombre a quien le cuentas lo de Evaristo, con su manaza toda peluda, y no reacciona, es que es de cartónpiedra, vamos, me parece a mí. Y no es que yo pida imposibles, entiéndeme, que a veces pienso si en este aspecto seré una ansiosa, pero procuro ser objetiva, y ahí tienes a Valen, y Vicente es el equilibrio en persona, no me digas, bueno, pues Valen está harta de decirme que los últimos meses, sobre todo después de la pedida, son de abrigo, que yo la doy la razón, a ver, no es cosa de decirla que tú ni caso, menudo

bochorno. Te doy mi palabra, Mario, pero cada vez que te veía al solazo en el banco de enfrente de casa, con un periódico, que entonces me empezaste a gustar, ya ves, yo creo que por eso, pensaba, «Ese chico me necesita y debe de ser muy apasionado», que me hacía ilusiones, fíjate, sin fundamento, de acuerdo, pero a mí, y te hablo con el corazón en la mano, me hubiera gustado tener que pararte alguna vez los pies, no te digo como a Evaristo o a Galli, que entonces ni me hubiera casado, seguro, pero sí un poquito de pasión, ya ves Maximino Conde con la hijastra, y a su edad, completamente trastornado, hasta el punto de que ella, Gertrudis, se tuvo que largar al extranjero sin hacer ni el equipaje, que a saber allí, porque después de todo Maximino era su padrastro y alguna delicadeza hubiera tenido y, entiéndeme, no es que le disculpe ni muchísimo menos. Lo que quiero hacerte ver, Mario, es que entre hombre y mujer hay un instinto, y las chicas con principios, las honradas, las que somos como se debe ser, gozamos excitándolo en los hombres pero sin llegar a mayores, mientras que las fulanas se van a la cama con el primero que pillan. Ésa es la diferencia, botarate, pero si vemos que vosotros no reaccionáis, pues a ver, acomplejaditas, que pensamos tonterías, inclusive que no servimos, porque aunque vosotros no lo creáis, las mujeres somos muy complicadas. Y luego, al cabo de veinte años, de repente, ¡hala!, el capricho, desnúdate, ya ves tú qué ocurrencia, a la vejez viruelas, pues no me da la realísima gana, para que lo sepas, ya ves tú, ahora con el vientre remendado y la espalda llena de mollas, pues, no señor, haberlo pedido a su tiempo. Y todavía el padre Fando con tonterías, que delicadezas, me río yo, que no sé cómo te las arreglas pero, hagas lo que hagas, encubridores no te faltan, madre, qué piña. Siempre fuiste un poco maniático, querido, reconoce las cosas, por más que diga Esther que para un intelectual, la carne, un apetito como otro cualquiera, lo satisface y sanseacabó, no le desazona, que me hace gracia, que el año que fuimos a la playa bien se te iban las vistillas, hijo, que me diste el verano, fíjate, de no volver, que ni amarrada vuelvo yo a la playa contigo con la desvergüenza que hay hoy en todo. Tanto si te duele como si no, te diré que tú tienes el don de la inoportunidad, Mario, porque no me vengas ahora, que los días buenos ni mirarme a la cara, y los malos ya se sabe, el asedio, «No seamos mezquinos con Dios», «No mezclemos las matemáticas en esto», qué fácil se dice, y que si dejábamos un hijo por nacer, ¡valiente novedad!, figúrate, si cada hombre con cada mujer y en cada momento tiene hijos distintos, date cuenta la de niños que quedan por nacer a cada minuto en el mundo, ¡millones de millones!, una barbaridad, como para perder la cabeza por una cosa así, tonterías. El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres, que desde que te conozco no has hecho más que aguardar a que yo diga

blanco para tú decir negro, que parece como que con eso ya te quedabas más tranquilo.

XXI

Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado. Tu mujer será como fructífera parra en el interior de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivo en derredor de tu mesa. Eso no impide que, de repente, se me ocurran disparates, Mario, cosas tan horribles que a media tarde, me cojo el portante y me marcho a confesar, que se me ocurre, por ejemplo, que si mamá me viese todo el día de Dios lavando bragas, sólo con una criada para cinco criaturas, se llevaría un berrinche tal que llego a preferir que se haya muerto, fíjate, que mamá, que en paz descanse, que a ti no te debe pillar de nuevas, era para mí mucho más que una madre, ya lo sabes, que era mi consejera, mi confidente, mi amiga y todo lo que se pueda ser. Y es que esto del servicio, Mario, se ha puesto imposible aunque los hombres, por la cuenta que os tiene, cerréis los ojos, y encima venga de dar alas a los pobres, como si la cosa no fuese con vosotros, tontos, más que tontos, que sois tontos de capirote, que si los salarios, que si Alemania, venga, que a este paso me parece a mí vamos a acabar como el rosario de la aurora, porque no es decir que hoy una criada valga más de mil pesetas, que eso es lo de menos, que luego está lo que te come, pero con eso y con todo, lo peor es que no las hay, que no se pueden pintar, Mario, métetelo en la cabeza, que me haces gracia, un día te da la ventolera y «vamos a arrimar todos el hombro», que no se trata de eso, que una casa es muy entretenida, que no es cosa de juego, cariño, que te pones a ver y es el no parar, porque ¿quieres decirme qué adelanto yo con que durante las vacaciones los niños se hagan sus camas y tú te agarres la escoba y barras una habitación? ¿Qué me resuelve eso a mí, di? ¿Es que es, acaso, misión de un hombre? Una casa es una casa, Mario, y detrás he de ir yo estirando colchas y quitándote los rincones, que me dobláis la tarea, fíjate, en lugar de aliviarme. Y todavía tú, que ninguna satisfacción mayor que valerse uno por sí mismo, que me río yo de vuestras ayudas y de vuestras satisfacciones, que vivís en la higuera. Como eso de poner a Menchu a fregar los cacharros, ¿de cuándo acá una chica bien ha de hacer de fregona, dime? Mal está que lo haga yo, pero al fin y al cabo, soy su madre, y si no supe elegir mejor, justo es que en el pecado lleve la penitencia. Pero ¿puedes decirme qué culpa tiene la niña? No, Mario, no, desengáñate, hay que aguantar lo que se pueda y en último extremo, acuérdate de mamá, si hemos de morir, hacerlo con dignidad, que hay que ver el bochorno que pasé el día que Valen te pilló con la malla haciendo la compra, de desear que me tragase la

tierra, fíjate. Menos mal que nada de lo que tú hagas sorprende ya a mis amigas, pero ten por seguro que a Vicente, que es un hombre como se debe ser, no se le ocurren esas payasadas, ni se le pasa por la imaginación, vamos, me apuesto lo que quieras. Lo que te sucede a ti, Mario, que a mí no me la das, es que en el fondo, fondo, sientes remordimientos, que el caso es hacer lo que sea menos ganar dinero, que es tu obligación. No es de hoy, cariño, que siempre fuiste un culillo de mal asiento, ya lo dice la Doro, que no sabes parar quieto, yo recuerdo en la playa, venga de tomar notas y mirar papeles debajo del toldo, o, si no, hacerles una barca a los niños, cualquier cosa menos tumbarte al sol y broncearte, Mario, que estabas tan blanquito, y luego con el meyba hasta las rodillas y las gafas, daba grima verte, la verdad, que yo, algunas veces, como si no fueras conmigo, como si no te conociera, que no debería decírtelo pero hasta vergüenza me daba. Después de todo, razón le sobra a Valen, que a los intelectuales deberían prohibirles ir a la playa, que así, tan flacos y tan cruditos, resultan antiestéticos, más inmorales que los mismos bikinis. Pero lo que más me encrespa, te lo confieso, es que en la playa, si no mirabas a las niñas, por supuesto, fueras tan intelectual y, luego, en casa, agarraras el escobón y te pusieras a barrer, porque una de dos, lo eres o no lo eres, pero si lo eres, con todas las consecuencias, hijo, que a mí las medias tintas no me van. Sí, ya lo sé, que tú no eres un intelectual, me lo sé dé requetesobra, de carrerilla, fíjate, que los intelectuales piensan y ayudan a pensar, pero si tú no puedes pensar porque tu cabeza es un caos, mal puedes hacer pensar a los demás. Excusas, frases, como yo digo, porque si no lo eres, ¿por qué andas entre libros y papeles todo el día de Dios? ¿Por qué regla de tres estabas tan blanco en la playa, di, que no te agarraba el sol ni por cuanto hay? Y luego, para mayor inri, haciéndote el deportista, que también es humor, que no puedes con los zapatos y corriendo cincuenta kilómetros en bicicleta cada domingo, no me digas, todo para aparentar más joven, que no sé a santo de qué, que todavía en una mujer… Tú desconciertas a cualquiera, Mario, convéncete, que muchísimas veces pienso que tus gustos proletarios vienen de la estrechez en que te criaste, que a mí, ya ves tú, a poco de hacernos novios, cuando me dijiste que con un duro a la semana tendríamos que arreglarnos, me dejaste fría, palabra. Porque ¿me puedes decir qué hacíamos dos personas con un duro por mucho que haya subido la vida, que yo misma lo reconozco, que está veinte veces? Si te digo que todavía me duelen las plantas de los pies de patear calles no te exagero, y ¡qué frío, santo Dios!, que volvía a casa ateridita, que tenía que taparme con la falda de la camilla cabeza y todo para reaccionar, que mamá, «¿Puede saberse dónde has andado?», que a ella se lo iba yo a decir, pobrecilla, bastante tenía encima. Y un buen día te daba

rumbosa y al café, hale, como los paletos, que el camarero aquel del pelo blanco, no me digas, cada vez que le pedías una caña, con una sorna, «¿Una caña para los dos?», que era absurdo, a ver, que me hacías pasar las penas del purgatorio. ¡Qué horror, cariño! No quiero ni pensarlo porque me sublevo, no lo puedo remediar, es superior a mis fuerzas, que me doy cuenta de lo poco que siempre he significado para ti, porque si sólo disponías de un duro, ¿a qué comprometerte con una chica? ¿Es que hay derecho a eso? Un hombre enamorado, en esa circunstancia, roba, mata o hace algo, Mario, todo menos tener a una chica bien en ese plan, que me da coraje, fíjate, inclusive a estas alturas, haber sido tan sandia, que hasta se me saltan las lágrimas de pensar en el desprecio, que tiempo tuve para ver de qué pie cojeabas, y ni por ésas. ¿Qué te parece? «¿Una caña para los dos?» Porque lo decía con retintín el tipo aquel del pelo blanco, Mario, no digas que no, burlándose de mí, tan recompuesta, con mi sombrerito inclusive, una cursi, un quiero y no puedo, a ver, que es lo que me saca de quicio, que a saber qué me darías para no mandarte a paseo. Un hombre como debe ser, roba o mata antes de tener tres años a una mujer en este plan, y tú, todavía, con contemplaciones, «Para la señorita, yo no quiero nada», no vas a querer, ¡deseando!, como que te crees que él no lo notaba, ni que fuera tonto, y sobre todo no sé a santo de qué darle tantas explicaciones a un camarero, ya ves tú, un don nadie, que eso es lo que más asco me da de ti, que con la gente baja te achicaras con lo sencillo que es darles cuatro voces, y, en cambio, con la gente bien, inclusive con las autoridades, se te soltase la lengua y a desbarrar. ¿Qué se puede esperar de un hombre así, puedes decírmelo? Y no acababa ahí la cosa, sin una peseta y todavía que eras un privilegiado, que tenías pan y calor, ¡qué cosas hay que oír!, un hombre que no tiene donde caerse muerto, que ésa es otra, que tú dirás ahora si no fuera por papá, Mario, que sólo Dios sabe lo que a mí me ha costado aparentar, que vosotros, mucho presumir de estar de vuelta, y enseguida os tragáis esas historias de que más de media humanidad pasa hambre, imagínate, que el que pase hambre hoy es porque le da la real gana, Mario, como lo oyes, porque, lo que yo digo, si tienen hambre, ¿por qué no trabajan? ¿Por qué las chicas no se ponen a servir como Dios manda, di?, ¿por qué?, lo que pasa es que hay mucho vicio, Mario, que hoy todas quieren ser señoritas, y la que no fuma, se pinta las uñas o se pone pantalones, y eso no puede ser, que estas mujeronas están destrozando la vida de familia, así como suena, que yo recuerdo en casa, dos criadas y la señorita para cuatro gatos, y cobrarían dos reales, que no lo discuto, pero ¿para qué necesitaban más? Las criadas entonces eran como de la familia, bueno era papá para eso: «Julia, modérate; deja un poco para que lo prueben también en la cocina». Entonces había solidaridad, daba tiempo para

todo y, cada uno en su clase, todos contentos, que no era como ahora que todo el mundo quiere empezar de capitán general, que en la vida he visto, hijo, más ambición ni más prisas. Pero no, todavía teníais que venir vosotros a enmendar la plana, una plaga, Mario, como la langosta, venga, hay que tirarlo todo, esto es injusto, hay que cortar de arriba y añadir de abajo, que ya se sabe, vosotros con tal de hacer una frase sois capaces de vender a vuestra madre, dichoso don Nicolás, que este hombre me va a hacer a mí ganar el cielo, date cuenta, que antes *El Correo*, yo me acuerdo, daba gusto, con aquel director que nombraron de Madrid, tan leal, y no es porque yo lo diga, que todo el mundo está de acuerdo, que desde que se marchó empezaron los disgustos. Porque lo que yo digo, Mario, si a costa de tantas peplas sacaras algo en limpio, lo comprendo, pero lo cierto es que vienen a palo seco, que no me explico para qué trabajas tanto, porque no me digas que veinte duros al precio que están las cosas son hoy dinero, una irrisión, Mario, un escarnio, eso es lo que es, que para tanto como eso mejor de balde. En cambio, la colaboración de Madrid, hala, a la calle, por una cabezonada, que si te pusieron Cruzada en vez de guerra civil, o una pamplina de ésas, que hay que ver las voces por teléfono, que a saber qué pensaría el pobre José Mari Recondo, que ése era el pago, total por una palabra, que hay que ver los quebraderos de cabeza que os dan a vosotros las palabras, cielo santo, que qué lo mismo dará una cosa que otra, mira tú, Cruzada o guerra civil, que no lo entiendo, palabra, no es que me haga la tonta, te lo juro, que si tú dices Cruzada, todos sabemos que te refieres a la guerra civil, y si dices guerra civil, todos estamos al cabo de la calle de que quieres decir Cruzada, ¿no es eso?, porque ni siquiera el sentido. Pues, entonces, alcornoque, que das más guerra que un hijo tonto, ¿a qué viene ese trepe y tirar por la borda seiscientas pesetas, que dos al mes, eran mil doscientas, y te pones a ver y mil doscientas pesetas pueden ser el arreglo de una casa? Pues no, señor, fuera, a mí que me registren, que lo que Valen dice y ella se ríe, que a mí, te lo prometo, maldita la gracia que me hace, que tú prefieres que te quiten la cartera antes de que quiten una palabra, que es cierto, Mario, dichosas palabras. ¿Y sabes lo que es eso? ¡Complejos!, para que te enteres, que estáis todos llenos de complejos, cariño, con lo que a mí me gusta la gente corriente y moliente, normal, no sé cómo decirte, que no dé tanta importancia a las bobadas, ya ves Paco, de chico le traían sin cuidado las palabras, lo mismo le daba una que otra, que confundía «perspectiva» con «preceptiva», todo lo trabucaba, que era una juerga, pues mírale ahora, se ríe del mundo, con un Tiburón de aquí hasta allá y apaleando millones. Y para eso no se necesita una carrera, ni muchísimo menos, que ése fue mi error, bastan unas relaciones y un poquito de mano izquierda. Ya la oyes a Menchu, «Nosotras, chicos

con carrera, ni hablar; son unos rollos», que las nuevas generaciones van despabilando, Mario, convéncete, no son tan pavas como nosotras, ellas van derechas a lo práctico y saben que junto a un licenciado, a más de pasar hambre, van a aburrirse como unos hongos. ¡Figúrate yo ahora con Paquito sin ir más lejos! Una vida de cine, vamos, viajes a Madrid, al extranjero, y a los mejores hoteles, por supuesto, que él me lo decía el otro día, que por bien que marche el Tiburón, hay veces que no basta, y a cada dos por tres, el avión, a París, Londres o Barcelona, ya se sabe, lo que son los negocios, donde sea. Después, en el Pinar, cuando se paró, me puso el brazo por detrás, en buen plan, desde luego, que ni él se lo pensaba, me dejaría cortar la cabeza, y me miraba todo el tiempo, «Estás igual», dijo, y yo, «¡Qué bobada, fíjate los años que hace!», y él «El tiempo no pasa igual para todos, pequeña», una galantería, tú dirás, pero que se agradece, que yo estaba ya un poco atontolinada, te lo juro, y cuando me sujetó por los hombros, el corazón como loco, paf, paf, que yo creo firmemente que me hipnotizó, Mario, te doy mi palabra, que ni podía moverme ni nada, sólo el runrún de sus palabras cada vez más cerca, que ni los pinos, date cuenta, con los que había, y cuando me besó, ni eso, todo se me borró, como sin conocimiento, te lo juro, que sólo podía oler, que olía a esa mezcla tan varonil de tabaco rubio y colonia de fricción que es un olor, Valen te lo puede decir, que trastorna, que no es invención mía, te lo podría jurar, que no tuve arte ni parte, que estaba medio hipnotizada, palabra.

XXII

Di a la sabiduría: «Tú eres mi hermana» y llama a la inteligencia tu pariente. Para que te preserven de la mujer ajena, de la extraña de lúbricas palabras... No dejes ir tu corazón por sus caminos, no yerres por sus sendas, por más que, conociendo como conozco a los hombres, Mario, estoy segurísima de que me la has pegado más de una vez y de dos, me juego la cabeza. No hay más que ver cómo se presentó Encarna ayer, menuda escenita, yo no sabía ni dónde meterme, que Valen decía: «Si parece ella la viuda, mujer», y es cierto, chico, que me puso en ridículo, ¡qué alaridos! Es como lo de Madrid, que el caso es meterse donde nadie la llama, como yo digo, porque ¿puedes decirme qué tecla tocaba ella en la votación? Y, luego, a celebrarlo, hala, jarana, y tú que una cerveza y unas gambas en el Fuima, y que nada más, ya, ni que una se chupase el dedo. A medida que pasan los años, Mario, fíjate, más me convenzo de que el hombre no es un animal monógamo, de que la monogamia es para vosotros una antigualla. Nos veis tan pánfilas que abusáis de nuestra sumisión, os echan las bendiciones y a descansar, un seguro de fidelidad, claro que eso para vosotros no rige, la ley del embudo, os largáis de parranda cuando os apetece y aquí paz y después gloria. Y no es que yo vaya a decir que tú hayas sido un Don Juan, cariño, ni muchísimo menos, pero tampoco pondría una mano en el fuego, la verdad, que por mucho que digas que fuiste al matrimonio tan virgen como yo, ésa no me la trago, fíjate, que boba sería y una tiene ya muchas conchas, a ver, por fuerza. «No me lo agradezcas, fue ante todo por timidez», me río yo, ¡qué timidez ni qué ocho cuartos!, pues buenos sois los hombres, en la primera ocasión, zas, si te he visto, no me acuerdo, la mujer y los hijos, un cero a la izquierda. Eso si no sois vosotros los que buscáis la ocasión, que bueno está Madrid, hijo, una vergüenza, que a partir de las ocho hay más fulanas por las calles que personas decentes, que ha sido un error, ya ves tú, cerrar las casas, que yo, todo lo contrario, las hubiera pintado de colores bien chillones para que nadie se llamase a engaño, y a las pelanduscas las hubiese encerrado allí, pero a cal y canto, ¿eh?, que no pudieran ver ni la luz del sol, que no merecen otra cosa, por mucho que tú vengas con que nadie lo es por gusto, que los hombres puestos a disculpar resultáis imposibles. Ya ves tu caso, y en mejor plan no me pude poner, «Cuéntame tus aventurillas de soltero; te perdono de antemano», pero ya, ya, y te doy mi palabra, Mario, de que yo estaba dispuesta a tragarme el cáliz hasta las heces, te lo juro, y una vez que acabaras, darte un beso, como una absolución,

¿comprendes?, y decirte «Lo pasado, pasado». Pero tú erre que erre, con la de siempre, que eres más terco que una mula manchega, hijo, y con mayúscula, por si acaso, como en tus libros, que no viene a cuento poner mayúsculas, vosotros que presumís de saber, cuando no son nombres propios ni hay punto ni nada, que eso lo sabe un tonto. «ERA TAN VIRGEN COMO TÚ; PERO NO ME LO AGRADEZCAS, FUE ANTE TODO POR TIMIDEZ.» ¿Qué te parece? Me da rabia, Mario, pero una rabia espantosa, que seas tan desconfiado, porque si me dices tu verdad, te hubiese perdonado igual, te lo juro, como me llamo Carmen, aunque me costase un calvario, fíjate. Y no quieras saber de casado, tus infidelidades de pensamiento, que es adulterio, lo mismo, a ver, acuérdate del veranito de la playa, que hay que ver lo que pasé, que ni amarrada me vuelves a llevar allí. Y si me da rabia no te pienses que es por mí, adoquín, que ya me conoces, y otros defectos tendré, pero celosa no soy, pero los niños, date cuenta los niños, qué baldón, que Mario y la misma Menchu ya entienden el beso, querido, que el tiempo pasa, que son dos personas mayores, Mario, aunque tú, con tu bicicleta y tus tonterías, quieras agarrarte a la juventud como un desesperado. Es ley de vida, cariño, y contra eso no hay quien luche, que la pobre mamá, que en paz descanse, ya lo decía: «Todo tiene remedio menos la muerte», date cuenta, que parecerá una vulgaridad, pero anda que no tiene miga ni nada la frasecita esa. Muchas veces pienso, un poco a lo tonto, Mario, que si tú en lugar de ser hijo de tu madre, tan pagada de sus cosas, hubieras sido hijo de la mía, serías otra persona. Todo hubiera ido entonces mucho mejor, estoy segura, y no es que me queje, entiéndeme, que ya sé que es una tontería pensar estas cosas, porque si tú hubieras sido hijo de mamá, por lo menos seríamos medio hermanos, a ver, y no hubiéramos podido casarnos, que todo eso de las sangres iguales y el factor RH me aterra, fíjate, de siempre, no es que lo diga ahora, que con Álvaro no quieras saber lo que pasé, que ahora te lo puedo decir, pero con eso de que sangré antes, me imaginé que pudiera ser algo raro, que las sangres no congeniaran o así, y casi me vuelvo histérica, que ofrecí no tomar helados en un mes, hazte cuenta, con lo que a mí me pirran los helados. Claro que tú ni enterarte y, luego, de cualquier nadería, un mundo, ya ves, con el mismo Alvarito, que si era muy raro que quisiera irse solo al campo a hacer una hoguera, o que llamase sotas a los soldados, y que si patatín y que si patatán, ¡cosas de chicos, Mario!, que a Álvaro lo que le ocurre es que tiene vocación de boyescut, o como se diga eso, que te pones a ver, y malo, lo que se dice malo, no ha estado en su vida, el sarampión y para de contar, y para eso bien benigno, que acuérdate que dudábamos. Más me preocupan a mí otras cosas, Mario, problemas de fondo y no esas pamplinas, mira Borja, ayer, que no es que lo dijera por decir, que le

salió del alma, «Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio», ¿qué te parece? Le di una zurra de muerte, bueno, tú lo viste, y son seis añitos, ya lo sé, pero yo a los seis años, me acuerdo como si fuera hoy, sentía veneración por papá, auténtica veneración, que me dicen que le ha pasado algo y me muero, fíjate. Es como el luto del otro zángano, que no, que eso son convencionalismos estúpidos, ya ves tú, «convencionalismos», no podía buscar otra palabra más enrevesada, que ese chico va a ser como tú, Mario, de enredador, tu vivo retrato, que me preocupa seriamente, ya ves el domingo, ni pedirme la propina, que a su edad no se lo consiento, que, le guste o no le guste, debe empezar a alternar y dejar un poco los libros, que se le van a volver los sesos agua, que yo no sé para qué necesitáis tanto librote si no son más que almacenes de polvo, como yo digo. Eso sí, para libros siempre había dinero, en cambio un Seiscientos, ya ves qué cosa más tonta, un lujo; tú con tu cátedra, tus papeles y tus amigotes tenías bastante, y los demás que se las apañen. Ya ves lo de Aran, y mira que llevo tiempo detrás de ti, hijo, una vida, bueno, pues ya crecerá, que son tres años, pues claro que son tres años, borrico, pero a los tres años hay niñas altas y niñas bajas, y Aran es una niña bajita, y si no hubiera precedentes, vaya, pero mira tu hermana, Mario, que dejando aparte lo insustancial, Charo físicamente no vale un perro chico, es como un botijito, no me digas, que ni sabe por dónde la da el aire, ya lo estás viendo, primero que Esclava, ocho meses y fuera, y la ves ahora y a disgusto en todas partes, que no en balde sois hermanos, cariño, dos culillos de mal asiento, inadaptados o eso, que por algo están ahora tan de moda. Pero ya te anticipo que yo no quiero que mi hija sea así y, llores o rías, pienso llevarla a Luis, que la mire a fondo y la recete unos choques de vitaminas, que la hagan crecer y espabilar. En lo que esté en mi mano, no me pienso dormir, cariño, déjate de que estrangulo su personalidad, ahí tienes al otro, charlando con el portero a todas horas, ya ves qué personalidad, que si la personalidad consiste en negarse a llevar luto por un padre, mejor que no la tengan. Después de todo, mis ideas no son tan malas y o poco valgo o mis ideas han de ser las de mis hijos, querido, y si Mario quiere pensar por su cuenta y razón, que lo gane y se vaya a pensar donde una patrona, que, mientras viva bajo mi techo, los que de mí dependan han de pensar como yo mande. Bueno está lo bueno, o se es o no se es, que diría la pobre mamá, porque tú me dirás qué provecho puede sacar mi hijo de dar palique al señor Abundio, en la garita además, para mayor inri, que es verte a ti, Mario, que es tu vivo retrato, hijo, acuérdate del viejo chocho de Bertrán, cada vez que venía con la paga, tú venga de darle carrete, que si ganaba mucho o ganaba poco, tú dirás, con un bedel, que de unas cosas pasabais a otras, que se lo oí, no te creas que no, bien claro lo dijo, que si todavía

estaba útil, sobre todo cambiando de jaca, imagínate esa momia, sordo además, que vosotros por presumir de hombres cualquier cosa. Estoy cansada de decírtelo, Mario, que a esta gente le das confianzas y no sabe hasta dónde puede llegar, que les das la mano y se toman el pie, que te estuvo bien empleado, aunque te fastidiara, porque si te sonaste mal y tú le tratas de igual a igual, está en su perfectísimo derecho de decirte que «se ha dejado un forraje», lógico, que yo me reía para mis adentros, pero pensaba: «Le está bien empleado por tonto, le está bien empleado. A ver si así escarmienta», y tú ni sabías dónde limpiarte y él, «Más arriba, más abajo, ahí», y tú «Gracias, Bertrán», pero con una cara que bendito sea Dios. Eso sí, las cosas como son, ayer muy afectado, se presentó de los primeros y derecho al comedor, a ver qué te crees, que le dejé un ratito, pero ya le dije, «Bertrán, pase a la cocina si no le importa, aquí no podemos ni rebullirnos», faltaría más, ¿de cuándo acá va a estar un bedel entre los catedráticos? Y no te digo al entierro, que eso obligado, pero subir a la casa no le corresponde, que luego dio la nota con la sordera, que el pobre Antonio acabó voceando, y el otro, «No sé qué dice», un espectáculo, como te lo digo, y don Nicolás riéndose, ya ves tú, no encontraría momento más oportuno, que no le eché escaleras abajo de verdadero milagro, que inteligente será, yo no lo niego, pero el don de la oportunidad no lo tiene, acuérdate con lo de la condecoración, ya ves qué pito tocaría él, «No lo haga, conozco a Mario y es capaz de tirarla al estanque», a él qué le iba ni qué le venía, que tú para qué querías más, «Quieren hacer de mí una tumba coronada por una gran cruz», que ni por las buenas ni por las malas se puede contigo, hijo, qué carácter. Y lo cierto es que si no te dicen «basta», a saber, que estabas ya como un caballo desbocado, qué articulitos, que a ti se te calienta la boca y ni sabes ya lo que dices ni adónde vas, como lo de prohibírtelos por teléfono, a ver cómo querías que te lo dijeran, y tú «por escrito, por escrito», ¿es que hay que hacer una instancia para dirigirse a ti? Siempre en vilo contigo, querido, como si fueras un niño pequeño, recuerda lo del tren, con el Moyano ese tenía que ser, que lo mejor que podía hacer es afeitarse esas barbas, que qué sé yo lo que parece, y todavía tú que el régimen severo de que hablaba era el de su estómago, ya, ya, a mí me la vais a dar, que os pudisteis buscar un lío de los gordos, que el tipo aquel era de influencia, ya ves, con un historial político que para mí lo quisiera, Mario, que hizo muy requetebién en avisar a la policía, nunca se sabe, todo por iros de la lengua, y yo sin pegar ojo en toda la noche, qué remedio, sobre todo después de oír a Antonio, que yo, imagina, telefonazos a todo el mundo, y él insistía, «No estoy muy seguro, pero creo que veinticuatro horas en la Prevención son ya antecedentes penales», menuda, como para tomarlo a broma, una friolera, ¡pobres hijos míos!, que tú el caso

es hablar cuando no debes que luego, en las fiestas, si no te tomas dos copas, un ciprés, ¡madre, qué caras! ¿Por qué te callabas, di? Claro que a la fuerza ahorcan, porque, bien mirado, si no sabes cantar, contar chistes picantes, tocar la guitarra o bailar lo moderno, un estorbo, a ver. Pero no sería porque no te lo advirtiese, Mario, desde que nos casamos, no digas que no, que yo misma reconozco que me puse hasta pesada, «Aprende una gracia de salón; sin una gracia de salón eres hombre perdido», pero tú, como de costumbre, como quien oye llover, que no conozco mujer, fíjate, que haya influido menos en su marido que yo, palabra, y eso es falta de cariño, cariño, por muchas vueltas que le des. Me ponías mala, ¿eh?, en un rincón, aburrido, liando un cigarro de esos que apestan, me consumía, te lo juro, que no sé qué prefiero, porque tú no tienes más que extremos, o como un muerto o a lo loco, mira la otra noche en casa de Valen, y me lo olí, ¿eh?, palabra de honor que me lo olí, en cuanto vi a Solórzano y a Higinio, nada más entrar, y dale con los corchos del champán contra las farolas, que Valen la gozaría y todo lo que quieras porque es una chica muy abierta, que es un encanto, Valen, pero yo, llegó un momento, te lo prometo, que no sabía dónde mirar, que decirte abochornada es poco.

XXIII

Porque escudo es la ciencia y escudo es la riqueza, pero excede la sabiduría, que da la vida al que la tiene, aunque reconoce, Mario, que, si en vez de emplear tanto tiempo en esos librotes absurdos, te hubieras dedicado a algo más provechoso, un Banco por ejemplo, cualquier cosa, otro gallo nos cantara. Porque se dice pronto, hijo mío, las horas muertas que te has pasado en este despacho, dale que te pego, es que ni a hacer pis, y total, ¿para qué? Muy sencillo, para hacernos ver que los paletos viven sin ascensor, que hay que hacer a los locos un manicomio nuevo, que todos los hombres deben partir de cero, que tú sabrás lo que quieres decir con eso, y que hay que cortar de arriba y añadir de abajo. Bueno, ya está, ¿y para eso tantos años, como yo digo? Se necesita ser tonto de capirote, hijo mío, no me digas, que una cosa que llevo muy a mal es que me vieses a mí reventada todo el santo día y tú sentadote en tu despacho, o charlando y fumando con tus amigos, que hay que ver qué humaredas, Santo Dios, que, en cuanto os ibais, dos horas ventilando. Te digo que cuando caíste malo, los nervios o lo que fuera, descansé, alabado sea Dios, cada uno a su casa y todos tranquilos, ¡qué a gusto me quedé! Y otro tanto con las comidas, cariño, que ni agradecido ni pagado, porque ¿me puedes decir, zascandil, de qué me servía contigo pasarme toda la santa mañana en la cocina? Para ti el caso es engullir, como los pavos, que nunca miraste lo que comías, calamidad, que no sé si por gula o qué, pero bien poco te lucía, la verdad, que yo recuerdo en la playa, el espíritu de la golosina, hijo, y luego, tan blanco y con las gafas, dabas grima, de avergonzar a cualquiera, que yo, fuera de broma, prohibiría a los intelectuales arrimarse al mar, ¡qué cosa más antiestética! Porque con una vez que me hubieras dicho «Qué rico está», bastaba, buena soy yo, con cualquier cosa, a ver, pero no, lo único si había un pelo o una mosca, ya ves tú qué barbaridad, la apartas y se terminó, pues, no señor, un drama, que la boba soy yo en tomarme tantas molestias, que la misma Encarna, que es debilidad por ti, ya la oíste, «A Mario tanto le da un cocido como un pato a la naranja», que es verdad, que con tu manera de ser desanimas a cualquiera, qué aburrimiento, hijo. Dichosos libros, que te tenían sorbido el seso, que no pensabas en otra cosa, ¡madre, qué obsesión!, que estabas comiendo o en una reunión y con la cabeza en otro sitio, y en la calle, ni saludar, que hay que ver la fama de antipático que tienes en todas partes, que nadie te puede ver ni en pintura, no es que yo lo diga. Y luego los títulos de los libros, ¡Jesús, María, que desazón!, para después salirte por peteneras, que *El*

castillo de arena o una pamplina así, que no sé si será bonito o feo, pero no pega ni con cola, cariño, que te pones a ver y en el libro no hay castillos por ninguna parte, así es muy fácil, el caso es que pegue el título con lo que va dentro, mira tú qué risa, lo otro lo sabe hacer cualquiera. Y vengan mayúsculas: «AUNQUE DIFÍCIL, AÚN ES POSIBLE AMAR EN EL SIGLO XX», mira quién fue a hablar, consejos vendo, tres años aguardando y, al cabo, «buenas noches, hasta mañana», y todavía el otro que delicadezas, menos guasitas, un desprecio, eso es lo que es, un desprecio como una casa, que una mujer, y sé muy bien lo que me digo, soporta mil veces mejor un atropello que una humillación así, que eso lo último, Mario. Y yo sí que estaba un poco asustada, lo reconozco, por qué voy a decir lo contrario, que sabía que tenía que pasar algo, Transi y todas lo decían, pero cualquier cosa menos eso. ¡Delicadezas! Me río yo, un egoistón, eso es lo que tú eres, y dale con que los hombres no se aman, que las máquinas les secan el corazón, será la bicicleta, zascandil, ya ves tú los tipos esos, en la isla o donde sea, que una no sabe ni dónde están, que ésa es otra, que parece que no saben hablar de otra cosa, pues sí que se iban a divertir, qué pesados, yo me tronchaba con Valen, «Todos, absolutamente todos los personajes de Mario son unos revientafiestas», que Esther para qué te voy a contar, por las nubes, como una furia, «Son símbolos», sabrá ella lo que son símbolos, date cuenta, pero con un aplomo, hijo, que no admite vuelta de hoja. Amar en el siglo XX, mira quién fue a hablar, un hombre que la noche de bodas, media vuelta y hasta mañana, que hasta se te debía caer la cara de vergüenza, vamos, un feo así, y luego que te subían las aguas, que todo era frivolidad y violencia, no lo dirás por ti, dichosos nervios, que los hombres con tal de parecer importantes ya no sabéis qué inventar. ¡Anda, pregúntale a Galli Constantino si sabía amar en el siglo XX! Y antes de lo que debiera, que a los hombres no hay quién os entienda, unos por mucho y otros por poco, que a saber Julia en Madrid, sabe Dios, sola, siete años, figúrate, con estudiantes americanos en casa, no iba a vivir del aire, pero que es un peligro, francamente, porque lo que Valen dice, que una vez que se le coge el gustillo, natural, entre hombre y mujer hay un instinto y lo que hay que hacer es evitar la ocasión. Bueno, pues tú, dale, que no se ama, que estamos perdiendo el hábito de amar, que la cogiste modorra como yo digo, y luego, para desengrasar, el articulito aquel de la revista americana, «Ausencia de sentimientos en la literatura moderna», cien dólares, Mario, que se dice pronto, seis mil pesetillas, pero una y no más, Santo Tomás, a ver, menuda oportunidad, un filón, pero ¿quién se iba a tragar un rollo así? Y, además, lo que yo digo, hijo, si la literatura moderna no tiene sentimientos, no te espantes las pulgas, que literatura moderna es lo que hacéis vosotros, y en tu mano está, pónselos, ya ves qué gracia, y si la novela debe ser reflejo de la

vida, como tú dices, ahí tienes a Maximino Conde, un sentimiento bien fuerte, tú dirás, con la hijastra, si eso no es de la vida, pues tú ni caso, pero que ni escucharme, ¿eh?, que menuda carrera me di. Os quejáis de vicio, Mario, reconócelo, como no sea que llames sentimientos a lo de los guardias con los presos, o a comprar *Carlitos* a todos los vagos de Madrid, o a compadecerse de los locos, que, entonces, me callo, pero eso es tomar el rábano por las hojas, monigote, que amor, amor, lo que se dice amor es lo que hay entre hombre y mujer, no le des más vueltas, que esto es así desde que el mundo es mundo. Lo que te ocurre a ti, haragán, es que respiras por la herida, que eres un rencoroso, que, a la chita callando, eres de los que las guardas, que todavía no has olvidado lo del guardia, que ahí está el busilis, y eso de que te pegase no me lo creo, ni aunque me lo jures en cruz, fíjate, que no soy yo sola, ya ves Ramón Filgueira lo que te dijo, lógico, y además en esos sitios y a la hora que era no se van a andar con miramientos, que aviados estarían en el Cuartelillo y en la Comisaría si fuesen a guardar consideraciones con cada granuja que se presenta. Y tú que «A callar; ya llegará la hora de hablar», pensabas, pero ni en el Cuartelillo ni en la Prevención te dejaron, natural, ellos son la ley y tú chitón, en esos momentos un delincuente, aunque te escueza, ni más ni menos, que yo me acuerdo que lo de la bici en el parque, desde que era niña, no se podía, que no es que se lo inventaran ellos para fastidiarte. A ti te dio rabia caerte de la bicicleta, ¡a que sí!, que, yo comisario, hubiera hecho lo propio, «No hay contradenuncia mientras un médico no certifique», que a cualquier otro le hubiera bastado, pero tú no, duro, a la Casa de Socorro, ¡hala!, a molestar a las cuatro de la madrugada, que tampoco son horas, y que digas que te tropezaste con un tipo a medida, que el medicucho aquel fue el que te metió en cantares que si «hematoma producido por los nudillos de una mano», que también hace falta cuajo, vamos, que lo que Filgueira decía, «el propio pedal», a saber, eso no puede averiguarse, pero tú, venga, la contradenuncia, abuso de autoridad, una monomanía, «Aquí está el certificado», que si tú vas derecho a Filgueira y le dices, «Pues lleva usted razón, Filgueira, me he obcecado», mejor nos hubiera ido, a poco, y ni él, ni Josechu Prados, ni Oyarzun, ni nadie nos hubiera negado el piso, que también tú eres como Dios te ha hecho, reuniendo todos los requisitos además, que era cosa decidida. Y sobre todo lo que Filgueira decía, «Yo tengo que creer a mis guardias, un guardia a esas horas es como el ministro de la Gobernación», naturalmente, Mario, cariño, en esas circunstancias la máxima autoridad, que tú me dirás, sin ellos, el caos. Pero aun dando por supuesto que te pegase y que fuesen ciertos esos cuentos chinos de la pistola, tú debiste callar, Mario, que si un guardia en un arrebato te da un mojicón no creas que lo hace por divertirse, qué va, sino por tu

bien, lo mismo que hacemos con los niños. Hay una cosa evidente, Mario, que nos guste o no tenemos que aceptar, y es que un país es como una familia, lo mismito, quitas la autoridad y ¡catapum!, la catástrofe. Nunca daré bastantes gracias a Dios de que a tu pariente Luisito Bolado se le ocurriera llamarte para que retiraras la denuncia, que hay que ver cómo se portó, que otro falla contra ti y tan tranquilo, menudo favor, que tú, en lugar de agradecérselo, venga con que si una confabulación, que no verías palabra más fácil, y que todos contra ti, la copla de siempre, que no ves más que enemigos por todas partes, fantasmas, hijo, que el que algo teme, algo debe, como decía la pobre mamá. ¡Qué testarudez! Como un niño chico, Mario, que en el fondo eso es lo que tú eres; menos el médico, todos de acuerdo, la ley del silencio, y de nada valía intentar convencerte, que tú te haces una idea y no hay quién te apee del burro, hale, caiga quien caiga. Y después de todo, estas cosas te ocurren por ser un adán, porque si tú vienes vestido como Dios manda, con los pantalones planchados y los zapatos limpios, y dejas la bicicleta en casita que es donde debe estar, ¿tú crees que hay un guardia que te ponga la mano encima? Que no, Mario, que no son manías mías, que cada cual debe vestir según su clase, y un señor es siempre un señor, y es otro respeto y otra consideración, no le des más vueltas, y es natural además, pero si vas por la calle de cualquier manera, con las solapas subidas y una boina en la cabeza, ¿quieres decirme en qué te diferencias de un peón y con mayor razón si es de noche? Y no voy a decir que te estuviera bien empleado porque eso no, que lo mismo podías haberte caído yendo arreglado, pero es que si un guardia o media docena de guardias te ven con tu sombrero, con una ropa decente, bien presentado, ni se les ocurre, fíjate, ni te dan el alto, estoy segurísima, que a la legua verían que eras una persona influyente y un hombre de bien. Pero con esas trazas que vas, que ni aposta, Mario, ¿qué de particular tiene que te tomen por un don nadie e inclusive que te den un sopapo? No, Mario, eso es algo que no te podré perdonar por mil años que viva, un desaseo así, de que haces gala, y luego fumando ese tabaco que ya no se ve por el mundo, que apesta, hijo, porque en el supuesto de que te den el alto, si tú hueles a tabaco rubio, que te parecerá una bobada, ¿te crees tú que el guardia no te pide disculpas? «Perdone, le he tomado por lo que no es», seguro, si es de cajón, que el hábito no hará al monje pero impone, vaya que sí, estoy cansada de verlo, si inclusive entre la buena sociedad, tonto del higo, que tú vas con un traje de Cutuli y eres alguien, y la mejor gente, «¿Quién es ésa?», a ver, se interesa, «Esa chica no es de aquí», y si te bajas de un Mercedes, más todavía, que estaremos hechos del mismo barro, yo no lo discuto, pero al fin y al cabo humanos somos.

XXIV

Pero ellos, así que le vieron andar sobre el mar, creyendo que era un fantasma, comenzaron a dar gritos, porque todos le veían y estaban espantados, pero yo nunca me cansaré de repetírtelo, Mario, sentir miedo sin saber de qué es de tontos, pero de tontos de baba, hijo mío, así como suena, y tú, venga, que como cuando de chico te ibas a examinar, que una cosa así, en el estómago, pues ¡hazte cuenta de que ya te has examinado, tonto del higo! Pues no señor, dale, «Es el plexo, no puedo...», que no sé a santo de qué, Luis, conociéndote, lo aprensivo y así, te da explicaciones, que desde que aprendiste lo del plexo, igual que con las estructuras, hijo, ídem de lienzo, que no se te caía de la boca, ¡madre, qué hombre! y todavía, el Moyanito ese, el otro día, que bien que le oí, que me hice la desentendida, tú dirás, que una sensibilidad acosada, o qué sé yo qué historias, que vosotros, en vez de hablar para que os entiendan, parece que hablarais en clave, hijo, como los del contraespionaje, que lo que decía Armando, «No me explico para qué piensan tanto. Piensan como si hubiera algo que arreglar, pero yo no sé de nada que esté estropeado», natural. Y eso que no te veía por las noches, Mario, que entonces empezaba la función, «¿Vienen?», y, tieso, lo mismo que un palo, a escuchar, sentado en la cama, que yo, en vilo, te lo prometo, «¿Quién tiene que venir?», y tú, «No sé, subían las escaleras», decías, que yo ni me atrevía a mover un dedo, el corazón paf, paf, paf, te lo juro, «No oigo nada, Mario», y tú, «Ya no, fue antes», ya ves, que no te lo creerás, pero luego tardaba más de un cuarto de hora en volver a agarrar el sueño, que aquello era el no vivir, una pesadilla. Como cuando salías con la patochada de que tenías miedo de que se te ocurriera suicidarte, habráse visto cosa igual, tener miedo de uno mismo, pues que no se te ocurra, botarate, que en tu mano está, que ya es afinar tener miedo de una ocurrencia. Y luego, que perdías pie, y que sentías vértigos sólo de pensar que estabas sobre una bola suspendida en el infinito, que yo se lo decía a Valen, «Qué cosas dice, Valen; está para encerrar», y, en vista de eso, a tumbarte en la cama, que menuda vida te pegaste a costa de los nervios, hijo, que lo que Antonio decía, a ver, por su gusto, pero él no es más que una pequeña pieza de una gran máquina, se debe al Ministerio, y lo único, permiso por enfermedad, con la mitad del sueldo, lo que nos faltaba, que tampoco te hubiera matado, creo yo, un par de horas en el Instituto a decir lo mismo de siempre. Pues, no señor, «No lo resistiría», «Es superior a mis fuerzas», ¿te parece bonito?, que si a ti te entrechocaban las ideas, hazte cuenta

de lo que habré pasado yo con mis jaquecones, algo horrible, cariño, lo mismo que si me machacasen la cabeza con un martillo, pero no, naturalmente, eso no tenía importancia, «Con un par de optalidones, mañana como nueva», que así da gusto. Y no sería porque Luis no te lo advirtiera, «El mejor remedio, un poco de voluntad», claro que como tú nunca la has tenido, que no has conocido la voluntad ni por el forro, pues eso, a la cama, a descansar, de no hacer nada, como yo digo. Y todavía si la cama te hubiera acercado a mí, vaya, pero ni ese consuelo, lo mismo que si te acostases con un carabinero, que eso es lo que peor llevo, fíjate, y no por el hecho en sí, que de sobra sabes que a mí esas porquerías ni frío ni calor, sino por lo que significa, que ya llovía sobre mojado, Mario, que después de lo de Madrid, esto, que no creas que todas lo hubieran aguantado, un desprecio así, que ni a Valen se lo he contado, ya ves tú, del apuro que me da, y Valen para mí, ya lo sabes, como una hermana. Eso sí, por falta de lágrimas no quedaría, que éste es el día que todavía no he averiguado por qué llorabas, que me ponías el camisón perdido, hijo, de tenerme que mudar, y dale con tu estribillo, que mejor que te cortaran las piernas y los brazos pero que el trozo que viviera, viviera a gusto, todo menos vivir así, ya ves qué disparate, quién va a vivir a gusto sin brazos y sin piernas, en qué cabeza cabe, que las primeras noches yo pensaba: «¿Estará borracho?», pero qué va, si no probabas una gota. Pero para ti no había ya días buenos, ni malos, que hay que ver la noche que empecé a hacerte cosquillas con el pie, ¿te acuerdas?, una insinuación, a ver, que menudo respingo, hijo de mi alma, y, luego, sin venir a cuento, venga de hipar, como si te mataran, vamos, déjame en paz, que me dejaste fría, que, al fin y al cabo, si yo hacía eso era por tu bien, que lo que es a mí... Y te advierto que se me notaba, ¿eh?, que yo no sé qué tendría esos meses, pero Eliseo San Juan loco, «Qué buena estás, qué buena estás, cada día estás más buena», pero fuera de sí, mucho más que otras veces, que al principio me asustaba, te lo prometo, qué persecución, pero lo que Valen dice, al fin y al cabo, un homenaje, hija. ¿Y lo de la pobre Valen? No me digas, Mario, dos veces plantada con la comida en la mesa, dos veces, Mario, que se dice pronto, que ella había echado el resto, ya sabemos lo que es, y tú que si las náuseas o las historias, que menos mal que con Valen tengo confianza y Vicente es comprensivo, que si no, para matarte, que, a fin de cuentas, ella lo hacía por distraerte, pero eso contigo no reza, «¿Para qué? ¿para qué? ¿para qué?», ¡cuántos paraqués, adoquín!, pues para lo que se hacen esas cosas, pedazo de alcornoque, para matar el tiempo, a ver, para que se pase sin sentirlo, de eso se trata, vamos, creo yo. Te ponías insoportable, Mario, como un niño caprichoso, «Otro día igual, no lo resisto; lo mismo que ayer. Dios mío, dame serenidad», ya ves lo que ibas a pedir a Dios, tonto de

capirote, con la falta que nos hacen otras cosas, que tú no estás bien de la cabeza. Los nervios, valiente excusa; los médicos, cuando ya no saben qué inventar enseguida lo achacan a los nervios, porque lo que yo digo, Mario, si no te duele nada ni tienes fiebre, ¿de qué te quejas? Claro que te pones a mirar y la culpa es nuestra y nada más que nuestra por andar todo el día de Dios pendientes de vosotros, que somos unas tontas, porque si tuvierais miedo de que os la pegásemos, a buena hora os ibais a acordar de los nervios. Eso o trabajar, que estas cosas de los nervios, no hay quien me lo saque de la cabeza, son enfermedad de holgazanes, que si tuvierais una oficina o un Banco, donde trabajar ocho horas seguidas como Dios manda, otro gallo nos cantara, en todos los sentidos, fíjate. Es como lo de dormir, botarate, si te pasabas todo el santo día, como quien dice, tirado en la cama. Si trajinaras un poquito, ya verías lo que es bueno, pero no se puede comer sin hacer antes apetito, como diría la pobre mamá. Los hombres me hacéis gracia, Mario, os enfermáis cuando queréis y os sanáis cuando os da la gana, porque no me digas, si al sentir vértigo le das importancia, fíjate dónde tendría que estar yo que no puedo ni subirme a una silla. Pero si en el mismo autobús, date cuenta, ¿qué me vas a decir a mí?, que me gustaría verte en el Tiburón de Paco, Mario, eso, sólo un minuto, ya ves, por puro capricho, para que supieras lo que es vértigo, ¡Santo Dios!, si parece que ni tocas el suelo. En realidad, yo no quería, te lo puedo jurar, no por nada pero la gente es muy mal pensada, y Crescente fisgando todo el tiempo desde el motocarro, pero Paco me abrió la portezuela y yo no tuve valor. Y lo que son las casualidades, a los pocos días la misma operación, un frenazo de película, Mario, «¿Vas al centro?», y en la misma parada del autobús, lo que son las cosas, que luego, cuando le confesé que no sabía conducir, que no teníamos coche, no te puedes imaginar qué coscorrones, pero fuerte, ¿eh?, «¡No, no, no!», de no creérselo, ya ves tú, que él se pensaba que era guasa, y yo ni sabía qué cara poner, Mario, más achicada que otro poco. Con el talento de Paco, no te hubiera asustado la rutina, Mario, ya te lo digo desde aquí, que si desayunar, trabajar, comer, amar, dormir, todos los días lo mismo, «como mulas uncidas a una noria», a ver qué te crees, qué otra cosa vas a hacer, zoquete, lo único en sitios diferentes, mira Paco, pero, por lo demás, animales de costumbres somos, valiente novedad, ¿es que también puede dar miedo el hacer todos los días lo mismo? No te enfades, Mario, pero para mí lo que a ti te asustaba era trabajar, porque no me vengas ahora con que escribir es trabajar, menudo momio, que tú con tal de justificarte eres capaz de negar la luz del día, que escribir y tocar el violón es todo uno. Y, sobre todo, si tanto miedo te daba, no haberlo hecho, que por mi gusto, ya lo sabes, cualquier cosa mejor, unas representaciones, o un negocio, o la

construcción, ya ves ahora con eso del Polo, inclusive, cualquier cosa, que tú mismo dices que sentías náuseas de leer el periódico, y quién no, si en *El Correo* ese de mis pecados no contáis más que lástimas, hay que ver, y dale con que si la frivolidad y la violencia, cobardica, que eres un cobardica, y que si los hombres no se entienden, y a ti ¿qué?, aviados estaríamos si cada vez que riñen los chinos o los negros fuésemos a perder el apetito. ¡Que cada cual se las componga como pueda, cariño! Al fin y al cabo nadie tiene la culpa de que tengan la cabeza cuadrada. Pero de eso a escribir en el plan que escribías, media un abismo, que asco me daba a mí también *El Correo* y no creo que ande mal de los nervios por eso, cabeza dura, que muchísimas veces pienso que tú estabas bien cuando estabas mal, y mal cuando estabas bien, aunque parezca un despropósito. Los nervios, los nervios... los nervios salen a relucir cuando se está demasiado bien, eso, cuando uno tiene todo resuelto y vive tranquilamente y sin preocupaciones. Entonces salen los nervios y todo lo que tiene que salir, que no sé a santo de qué esa perra, «¿Vienen?», que me metías el corazón en un puño, hijo, y a despertarme, sin la menor consideración, que a saber a quién esperabas, que no había manera de sacártelo ni con sacacorchos, y no es que yo apruebe el trasnochar por sistema, entiéndeme, ni muchísimo menos, pero cada vecino es muy dueño de acostarse a la hora que le venga en gana. Es como lo de llorar, las primeras veces me desgarrabas el corazón, ¿eh? ¡Dios mío, qué hipo! Y «¿Por qué lloras, querido?», y tú, «Ni lo sé, por todo y por nada», ¿tú crees que ésas son formas? Y todavía Luis dándote por el gusto, que no es más que un Don Concedo, «Emotividad incontrolada. Depresión», que lo primero, vaya, lo admito, pero lo que yo le dije, y no me arrepiento, Mario, que me tuvo que oír, «Deprimido no te lo consiento», tú dirás si tenías motivos, mira que eres, la comida a su hora, las camisas siempre a punto, una mujer pendiente de ti, ¿qué más puede pedirse? Ahora, que me diga que te estaba saliendo todo lo que no salió a su tiempo, ése es otro cantar, pero que hable claro, sin tanto rodeo, al pan, pan y al vino, vino, que los médicos hablan como escriben, no me digas, que sólo les entienden los farmacéuticos, y para eso, algunos, que no son más que ganas de darse importancia. Porque, lo que yo digo, quien más quien menos, todo el mundo tiene un montón de lágrimas por derramar en la vida, es como una fábrica, lógico, y si no las echas a tiempo, las echas a destiempo, la cosa no tiene vuelta de hoja. Y no sería porque no te lo advirtiera, cariño, acuérdate cuando lo de tu madre, detrás de ti a todas partes, «Llora, Mario, llora; luego eso sale y es peor», como una sombra, y tú, de repente, «¿Por la costumbre?», que me dejaste helada, la verdad, que no son modales me parece a mí, que si yo te lo aconsejaba era por tu bien, con la mejor intención del mundo, te lo juro. Y con lo de Elviro y

José María, ídem de lienzo, la cara de palo y ya está, de llorar ni pum, que yo no sé si todo esto no te habrá creado un complejo, lo más seguro, pero tú, punto en boca y a callar, que bien cerquita me tenías para desahogarte, y otra cosa no, pero a comprensiva nadie me gana, y lo que debiste hacer es hablarme de ellos, que yo a Elviro, y no es de ahora, le estimaba, ya lo sabes, y José María, ideas aparte, me caía bien simpático, palabra, me imponía, fíjate, y desde que me preguntó si era yo la chica que te gustaba, le huía, ya ves, me escondía en los portales, que Transi, «¿Estás tonta? ¿Es que crees que te va a comer?», pero yo no sé, no lo podía remediar, era como si me adivinara lo que pensaba, me ponía toda colorada, cosas de chicas, pero no acertaba ni a rechistar. Pensándolo bien, eso tuyo fue un complejo, nada de nervios, seguro, un complejo como una casa, todo por no desahogarte a tiempo, que a mí me hablas de tus hermanos y, figúrate, encantada, qué más quisiera, lo que no podía admitir, compréndelo, eso es ridículo, es que me salieras con el cuento de que tus hermanos pensaban lo mismo y que si José María, aquí, se pasaba, Elviro, allí, no llegaba, ya ves tú qué ocurrencia, que Elviro era una bellísima persona, y José María, lo mires por donde lo mires, un tipo de cuidado. Es como lo de que dijo, cuando le iban a fusilar, figúrate, que no era la primera vez que un justo moría por los demás, historias, muerto de miedo es lo que estaría y rezando el Señormíojesucristo, natural, que no es que se lo censure, entiéndeme, que me parece lógico, pero vosotros, con tal de hacer una frase, sois capaces de poner en evidencia hasta a los muertos.

XXV

Yo te fortaleceré y vendré en tu ayuda, sí, contigo, una ayuda, yo misma lo comprendo, pero si a la niña no la da por ahí, por mi parte no pienso reprochárselo, que hay que respetar la personalidad, Mario, y cada uno es cada uno, y te pones a ver y hoy la reválida de cuarto es más que el bachiller de antiguamente, que todo va a la par, y ya ves el dinero, una peseta de aquellos entonces, como ciento de ahora, y puede que me quede corta, que parece que no pero la vida está veinte veces. Hoy se exige mucho, Mario, desengáñate, y únicamente los superdotados, ahí tienes a los García Casero, cerdos, y como ellos, casi toda la gente bien, granjas y representaciones, a ver, de mejor tono, no me digas, si hasta las mismas chicas, ya oyes a la pandilla de Menchu, «Chicos con carrera, ni hablar; son unos rollos», y no les falta razón, cariño, porque dime tú a ver qué universitario hace hoy las delicias de un guateque; ninguno, es que no falla, si, por no saber, no saben ni sostener una copa en la mano, lógico, o una cosa o la otra, déjate de preocupaciones nobles, testarudo, que eres muy testarudo, que la niña, lo que tiene que hacer, que a Dios gracias no la ha de faltar dónde elegir, es echarse un novio como Dios manda, que para privaciones bastantes ha pasado ya su madre. Mira Julia, con su noble preocupación por la música el pelo que ha echado, ahí la tienes, una casa de huéspedes, a ver, tú me dirás, todo los norteamericanos que quieras, estudiantes y eso, sí, de acuerdo, de mejor pelaje, puede, pero hasta cierto punto, mira lo del negro, que no sé por qué regla de tres te pusiste así con papá, no hay derecho, Mario, que en la encuesta de la tele ya lo oíste, bien claro lo dijo, y bien que estuvo, fíjate, que hasta le felicitó el vicepresidente de Comercio, «Todos somos hijos de Dios; el problema racial es un problema de almas y no de cuerpos», date cuenta, no creo que se pueda decir más en menos palabras, que Valen estaba entusiasmada, y yo, lógico, pero de eso a meterlo en casa… Y no hay motivo para ponerte en ese plan, Mario, ninguno, ya ves, que aparte la repugnancia natural, hay que ver el quehacer que debe de dar un negro, imagina, sólo en lavado de ropa, que yo, francamente, le comprendo a papá, «Un suplemento de treinta dólares o no me hago cargo», como todo hijo de vecino, natural, pero eso no cambia los sentimientos de papá, Mario, que bien claro lo dijo en la tele, «Todos somos hijos de Dios», más claro agua, hijo mío, que en la calle, todo el mundo que qué estupendo, a ver, y que si los extranjerotes esos pensaran en cristiano, como papá, en el mundo no habría problemas raciales o eso. Yo estoy con papá, Mario,

completamente de acuerdo, todos iguales, para Dios no hay diferencias, negros y blancos por un mismo rasero, ahora bien, los negros con los negros y los blancos con los blancos, cada uno en su casita y todos contentos, y si la Universidad esa, como se llame, que nunca acabaré de aprenderlo, me quiere colocar un negro, que pague doble, a ver, que también los perros son criaturas de Dios y al demonio se le ocurre meterlos en casa. Hay que ser razonables, querido, y mirar las cosas con una poquita de objetividad, que papá bien claro lo dijo, «Todos somos hijos de Dios», pero eso en cuanto a las almas, en orden a la salvación eterna, ¿comprendes?, pero no hay ley divina que te obligue a aceptar un huésped de otro color, pues sólo faltaría. Y déjate de puntaditas y de que si del dicho al hecho va un trecho, enredador, que siempre disfrutaste buscando las vueltas al prójimo, porque lo que yo digo, si en Madrid no hay negros, que no venga, que te pones a ver y nadie le ha llamado, que estudien en su pueblo, no me vayas a decir ahora que en América no hay universidades, que ya le oyes a Vicente, que bien buenas que son. No te sulfures, Mario, pero para mí que a don Nicolás le mandan cocos los negros o algo; si no, no me lo explico, hay que ver cómo los defiende, yo no sé si tendría un abuelo o así, pero diga lo que diga, los negros, no hay más que fijarse un poco, están hechos de otro barro, para otra clase de oficios, la caña de azúcar y así, que lo más, boxeadores, cualquier cosa, el caso es a lo bruto, no digas que no, todos. Por eso me indignaste, Mario, para qué te lo voy a ocultar, cuando le escribiste aquella carta a papá, que una cosa es predicar y otra dar trigo, y que del dicho al hecho va un trecho, que él no se merecía esto, que eres un desagradecido, que ya sé que son veinticuatro años, pero si no es por el pobre papá, que menuda Memoria te hizo, de qué sacas tú las oposiciones, claro que eso para ti no tiene importancia, gajes, en cambio que suba la pensión a un negro, ya ves, qué significarán treinta dólares para esa gente, un sacrilegio, que a saber quién te dio a ti vela para ese entierro, que lo que tú no le perdonas a papá es que no le gustasen tus libros, que fuese sincero, que hay que ver lo mal que te sentó que te dijera que lo social o eso es el recurso de los que no saben escribir, que, además, dejémonos de rodeos, es una verdad como un templo. Sólo te he visto igual cuando Recondo te puso Cruzada en vez de guerra civil, que qué lo mismo dará, como digo yo, o cuando lo del guardia, o cuando lo de la casa, que a saber qué te pensabas, que eres más infeliz que un cubo, y todavía dale con que si los pisos eran para funcionarios, preferibles casados y preferibles familias numerosas, legalmente no tenían salida, me río yo, que vosotros sólo acatáis las leyes cuando os conviene, y, a fin de cuentas, si Canido no tiene hijos, ya ves tú qué hijos va a tener un viudo de sesenta y no sé cuantos años, o Agustín Vega está soltero, y todos así, por lo menos son gente

adicta, no lo discutas, que lo que no se puede, zascandil, métetelo en la cabeza, por muy funcionario y muy familia numerosa que seas, es exigir las cosas por las bravas, por aquello del aquí estoy yo, que para eso existe un Consejo, o como se llame, y éste sí, éste no, selecciona, por sus antecedentes sobre todo, a ver, que eso, aunque no lo diga la ley, es de cajón, se sobreentiende, que toda esa historia de recurrir son tonterías, tú dirás, meterte en pleitos con las autoridades, te quedas sin piso y, si me apuras un poco, tienes que vender hasta la alcoba. Tontunas, Mario, que eres muy ingenuo, que hablas por hablar, «Es de justicia; llegaré hasta donde haga falta», que te temo, fíjate, te temo más que a un nublado, a voces, «Es de justicia», por todas partes, y menos mal que Luisito Bolado te disuadió, que después de lo del guardia, en cuanto le vi, me dije, «Le manda a paseo, bueno es Mario», palabra, que todavía no sé cómo tuvo valor, que yo estaba aterrada, y lo que él dijo, al fin y al cabo, te han asignado un ático con tres habitaciones, no han infringido la ley, eres tú el que renuncias, que, a ver, eso sí, dónde íbamos con tres habitaciones, de acuerdo, pero antes de reunirse el Consejo, cuando cubrieron aguas, yo pude hacer algo, Mario, y tú te plantaste, la cabezonada, ya ves Josechu, sus padres visita de los míos de toda la vida, que yo me las hubiera agenciado para quitar hierro a todo aquel asunto del acta, y con Oyarzun y Solórzano, equilicual, recomendaciones no habían de faltarnos, que no sé a qué viene esa testarudez tuya, «Si das un paso, retiro la solicitud», que te hubiera matado, un mes llorando, que se me retiraron mis cosas y todo, te lo juro, porque el delegado dio la cara y a poco que Josechu, Oyarzun, Solórzano o el propio Filgueira le hubiesen apoyado, el piso era nuestro, tenlo por seguro, imagínate, seis habitaciones, calefacción y agua caliente central, de cambiarme la vida. Pero te estuvo bien empleado, Mario, al fin y al cabo recogiste lo que sembraste, ni más ni menos, que si tú no te pones tan pesado con que si a contar, ni le llevas la contraria a Solórzano, que, en definitiva, te dio lo mismo, y si no te pones como te pusiste contra el guardia y, en lugar de eso, como suele decirse, te llegas donde Filgueira y le dices: «Tiene usted razón, Filgueira, me he obcecado», no hubiera habido fuerza en el mundo capaz de quitarnos el piso, ya te lo digo desde aquí. Y aun con eso y con todo, Mario, para qué nos vamos a engañar, si tú me dejas las manos libres, ¡de qué!; una mujer dispone de muchos recursos, hijo, sin necesidad de rebajarse, para mover a compasión, que por probar nada se pierde, que yo no sé que os creéis vosotros con un título universitario, ya ves tú, un universitario, que se os llena la boca, y, en resumidas cuentas, un universitario ¿qué?, un muerto de hambre, eso, mira Paco, no ha necesitado títulos para ser una personalidad, que os creéis que con los libros se va a alguna parte y los libros para lo único que sirven es para poneros la cabeza como

un bombo, que yo no sé la cantidad de gente de ésa que ha renegado de Dios, tú, sin ir más lejos, ya ves, que fue una pena que la Revolución francesa no la apoyase la Iglesia, una blasfemia así, que cuando al día siguiente te vi acercarte a comulgar, me quedé de nieve, te lo prometo, que la misma Bene, para que lo sepas, «Se habrá confesado, ¿no?», que yo, «Mujer, imagino», a ver qué la iba a contestar, que me pones en cada compromiso, como cuando la conferencia, tú me dirás qué tienen de malo los festivales benéficos, que bien de dinero se recauda y para fines bien buenos que son. Es que me hacéis gracia, Mario, bueno, gracia, ya me entiendes, que hay veces que una se ríe por no llorar, que no sabéis más que poner pegas y luego, acuérdate de lo del cordero de Hernando de Miguel, ni tú mismo sabes si has obrado bien o mal, y te entra el escrúpulo, natural, que si no puedes mover un dedo sin ofender, monsergas, mírate en mi espejo, ¿ofendo yo?, dime la verdad, ¿ofendo yo?, no, ¿verdad?, pues claro que no y, mira, bien de ello que hablo, que no paro, tú me dirás, una tarabilla, que muchas veces, si no tengo con quién, pues yo sola, fíjate qué risa, cualquiera que me viese, pero me importa un pito, que a mí las habladurías, teniendo la conciencia tranquila, me tienen sin cuidado. Complejos, eso es lo que tenéis vosotros, que estáis llenos de complejos, Mario, es como lo de los servilleteros, ya que tenemos poco que hacer, otras cosas deberías enseñarles a los niños, que a Dios gracias ninguno tenemos una enfermedad contagiosa. Pues, no señor, cada niño su servilletero, siempre ha de ser lo que tú digas, una manía, porque todavía en casa, que éramos cuatro gatos, y con un servicio como Dios manda, pase, pero lo que es aquí, ¿me quieres decir lo que adelantamos con eso? Sembrar la desconfianza, ni más ni menos, que a la misma Doro, y ya ves que es ciega por ti, había que oírla, «A ver qué se cree nuestro señor; todavía si alguno estuviese del pecho», que es lo que yo digo, si, a Dios gracias, todos estamos sanos, ¿para qué tanta etiqueta? No te haces cargo, que es lo que más rabia me da, que luego, un buen día, el capricho, «Hay que arrimar el hombro», pues ponte en la realidad desde un principio, alcornoque, y si no se puede, no se puede, que son muchos hijos y muchas teclas, que una casa no marcha sola, y si a mí me vieses cruzada de brazos, todavía, pero tú dirás, si no paro ni de día ni de noche, que no tengo un minuto ni para respirar, que hay que darse a razones, Mario, y, por no tener, ni sitio donde guardar la ropa, que tú mismo lo puedes ver cómo andamos, mira ayer, ni rebullirnos, y tú, encima, «Si das un paso retiro la solicitud», ya ves qué bonito, que en nuestra mano lo tuvimos, y con un piso de ésos me hubiese cambiado la vida, así como suena, menuda, y después de todo, nada iba a pasar por recordarle a Josechu que sus padres eran visita de casa, cualquier cosa antes que confiarte en que eres funcionario y familia numerosa, que eso de los

requisitos ya se sabe, Mario, que no es de hoy, que los requisitos se saltan a la torera cuando conviene, yo recuerdo la pobre mamá que en paz descanse, «El que no llora, no mama», date cuenta, pero me da rabia contigo, Mario, la verdad, que parece como que se fueran a hundir las esferas por pedir una recomendación, cuando en la vida todo son recomendaciones, unos por otros, de siempre, para eso estamos, que estoy harta de oírla a mamá, «El que tiene padrinos se bautiza», pero contigo no hay normas, ya se sabe, los requisitos, «Soy funcionario y familia numerosa; no tienen salida», como para fiarse de ti, hijo, que vosotros os agarráis a la ley cuando os conviene, que no queréis daros cuenta de que la ley la aplican unos hombres y no es la ley, que ni siente ni padece, sino a esos hombres a los que hay que cultivar y bailarles un poquito el agua, que eso no deshonra a nadie, adoquín, que te pasas la vida tirando pullas y, luego, porque la ley lo dice ya te piensas que todos de rodillas, y si te niegan el piso, un pleito, recurrir, ya ves qué bonito, contra las autoridades, lo que nos faltaba, que yo no sé en qué mundo vives, hijo de mi alma, que parece como que hubieras caído de la luna.

XXVI

Toda revelación es para vosotros como libro sellado; se le da a leer a quien sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No puedo, el libro está sellado. O se da el libro a quien no sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No sé leer. Es lo mismo que tú, Mario, que me hiciste reír, palabra, la seriedad con que dijiste en la entrevista aquella que hoy en España no se lee, que te crees que porque no te lean a ti a los demás les va a suceder lo mismo, que estoy cansada de decirte que tú, escribir, sabes escribir, que escribes con soltura y eso, pero, hijo mío, de unas cosas tan aburridas y de unos tipos tan poco apetecibles que tus libros se caen de las manos, la verdad. Y no es que lo diga yo, recuerda a papá, y papá en estas cosas es alguien, vamos, me parece a mí, pues ya le oíste, que no es que vacilase, «Si escribe para distraerse, pase, pero si busca la gloria o el dinero que tire por otro camino», más rotundo no cabe, y papá, ya lo sabes, una autoridad, que en el *ABC* no saben dónde ponerle, que no es precisamente un indocumentado, que menuda Memoria te hizo, de libro, hijo, que a mí, que nunca me dio por ahí, me la tragué sin respirar, tres veces, no te creas, que recuerdo que me encantó todo aquello del método regresivo, eso de estudiar la Historia para atrás, como los cangrejos, porque todas las cosas tienen su porqué, como suele decirse, no pasan en balde. Prescindiendo de que fuera mi padre, debisteis editarle la Memoria en la Casa de la Cultura, fíjate, hubiera sido un exitazo, me juego la cabeza, porque aunque corta y así, que eso se arregla con una letra un poco más gorda, tenía mucha miga, que hoy la gente es lo que quiere, desengáñate, libros de amor o libros con sustancia, una de dos, pero para aburrirse o para perder el tiempo ten por seguro que nadie compra un libro, que es a lo que voy, borrico, ¿me quieres decir quién iba a leer tus cosas, y perdona mi franqueza, si tus protagonistas cuando no son pobres son tontos? Fíjate en *El castillo de arena*, sin ir más lejos, que digo éste como podía decir el otro, un paleto al que le van robando sus tierras, una a una, hasta quedarse con lo puesto, un patán sucio que para acabar de arreglarlo tiene una mujer desdentada que no hace más que insultarle. Y todavía ése, vaya, que lo de *El patrimonio* es todavía peor, hijo, figúrate a estas alturas a quién va a interesarle la historia de un sorche que va a la guerra en un país que no existe y no quiere matar a nadie, ni que le maten, y por si fuese poco le duelen los pies. Te digo, Mario, cariño, que ni buscados con candil, ni aposta encuentras unos protagonistas más estrafalarios, y precisamente ahora, ya ves, que sorches no son más que los patanes,

figúrate, que los chicos de familia un poco así, con eso de las milicias, son todos oficiales, que te prometo que al empezar *El brazo derecho*, el día que me dijiste que el protagonista no era pobre, me llevé una alegría, te lo juro, que por un momento pensé, que parezco tonta, que ibas a escribir lo de Maximino Conde para darme una sorpresa, que, te guste o no, era un argumento de película, ya ves, pero ya, ya... El Ciro Pérez ese, que tampoco podías encontrar un nombre más vulgar, hijo, es una especie de retrasado mental que lo poco que piensa lo piensa en chino, un tipo absurdo que ni sabe lo que quiere ni adónde va, que aquello era de tal manera enrevesado, cariño, que no entendía ni jota, pero tuve la fuerza de voluntad de aprenderme trozos de memoria, pero largos, ¿eh?, y de carrerilla, como un papagayo, para comentarlos luego con mis amigas, que uno era como aquél del labrador de Villaloma, el que escribió a Valen, sí, hombre, que la conoció en una cacería, ya casada y todo, una carta tronchante que nos la aprendimos todas de memoria, que empezaba, «Si el interés lo tiene por defecto, tal es así que no quiere contestarme, le suplico Valentina que me escuche aunque no sea más que por amistad», ¿te acuerdas?, graciosísima, bueno, pues hice igual, Mario, me eché al coleto una parrafada, una que decía, decía, verás, «En hacer el bien, Ciro encontraba una complacencia, una inconfesada satisfacción, con lo que automáticamente quedaba excluida toda interpretación meritoria de sus acciones y abierta la posibilidad de una reparación ulterior. De ahí, su tortura...», ¿qué te parece?, ¿no te recuerda horrores a las cartas del tipo aquel de Villaloma? Dime tu verdad, Mario, vaya parrafito, no me digas, ni aposta, que Valen se mondaba, pero, hijo, Esther, sin venir a cuento, se enfurruñó, ya ves tú qué salida de tono, qué la iría a ella, y venga de explicar, pero de malos modos, ¿eh?, llamándonos de todo, que lo que quiere decir Ciro Pérez, que yo, oír Ciro Pérez y caerme de risa era todo uno, y Valen para qué te voy a contar, y Esther cada vez más furiosa, que si éramos unas analfabetas, bueno, pues que lo que quería decir Ciro Pérez, según Esther, es que cada vez que cedía la acera, o el asiento en el autobús, que hay que ver, aquí, para inter nos, lo pesadito que se pone, Mario, siente una satisfacción y piensa «Soy bueno», como con un poco de orgullo, ¿comprendes lo que quería decir Esther?, pues desde el momento que se envanece, ceder la acera deja de ser una acción meritoria y puede ser inclusive pecaminosa, ya ves qué líos, que a ti ni se te habrá ocurrido eso, lo más seguro, que Valen empezó a voces: «¡Pero ese hombre es tonto, hija!», y a mí me entró la risa, un ataque, Mario, como lo oyes, y Esther para qué te voy a contar, cada vez más excitada, hasta que de repente, toda roja, empezó a chillarme, «¡No te rías así, Carmen, no te rías así, que ese hombre puede ser tu marido!», ya ves qué sandez, por mortificarme, a ver, que yo, «Oye, mona, por lo

que más quieras», muerta de risa, que no me podía contener, Mario, me era imposible, ¡qué juerga, Dios mío!, y ella, que era inútil tratar de hacernos comprender a nosotras esas tensiones, me parece que dijo tensiones, que está en un plan redicho que no hay quien la aguante, y que en lugar de ceder el asiento pudiera negarse a firmar un acta o comprar un *Carlitos* en Madrid, como decía yo que tú hacías, que Valen saltó entonces: «Mario lo hará, pero no se plantea luego problemas idiotas», y Esther que qué sabíamos nadie de los conflictos íntimos de cada hombre, tú me dirás, vaya un conflicto, que lo que yo le dije, «Esther, mona, no desbarres, conozco a mi marido mejor que tú», pero Valen seguía riéndose y, entonces, Esther cogió el portante y se marchó chillando que no teníamos ni pizca de sensibilidad, ya ves tú, que me molestó, qué sabrá ella, y otra cosa a lo mejor no, pero sensibilidad, Dios mío, si es una de mis peplas, tú lo sabes, cariño, pero si cuando estoy indispuesta ni mayonesa puedo hacer, toda se me corta, que bastante desgracia tengo, que Esther será muy buena amiga y todo lo que tú quieras, pero con eso de haber estudiado adopta unos aires que no hay quien la aguante, que yo me hago de cruces pensando cómo congeniará con Armando, más opuestos no cabe, él con esa vitalidad, si sólo piensa en comer, pero lo cierto es que le tiene loco, a él que no le toquen a su mujercita, que hay que ver el trepe que armó la otra noche en El Atrio, total por nada, que si la miraron o la dejaron de mirar. Yo no sé, a veces me da por pensar que tú hubieses encajado con Esther, y otras que no, yo creo que demasiado parecidos tampoco resulta, no sé, es un lío, pero lo cierto, Mario, no nos engañemos, es que tú no eres un tipo de hombre de gustar a las mujeres, que físicamente vales bien poquito, seamos francos, pero algo debes de tener, alguna gracia oculta, que a la que gustas la trastornas, ¿eh?, las cosas como son, ahí tienes a Esther y a tu cuñada Encarna, que digas que yo no soy celosa, que si no... Me gustaría que oyeses a Esther en los tes de los jueves, si tus libros salen a colación, ya se sabe, el Evangelio, símbolos, tesis, lo que quieras, menudo abogado, hijo, que no sé cómo los jueves no te zumbaban los oídos hasta quedarte sordo, vaya sermones, hasta donde no la importaba, válgame Dios, tú dirás, que no te animara a buscar otro empleo, ya ves, que eso sería destruir tus posibilidades, imagina, que yo no sé, la verdad, dónde te encontraba tales talentos, que lo que yo dije un día, que ella furiosa, claro, como con la fábrica de Armando tiene el riñón cubierto, que lo que yo la dije, «Si el talento no sirve para ganar dinero ya no es talento, guapina», porque es la pura verdad, Mario, no me digas, tanto incienso, tanto incienso, que me tiene harta. La pánfila de Esther presume de conocerte mejor que nadie pero no sabe de la misa la media, que me gustaría verla en mi caso, ni dos semanas, ya te lo aseguro yo, que una cosa son los libros y

otra muy distinta la persona, que a testarudo no hay quien te gane, y no es que lo diga yo, que ya lo dijo, y bien claro, Gardenia, ¿recuerdas?, la grafóloga que hubo en *El Correo* antes de venir don Nicolás, cuando *El Correo* se podía leer, que daba gusto; pues la mandé una cuartilla tuya sin que lo supieras, y te retrató, hijo, en mi vida he visto una cosa igual, que yo pensaba «Ésta le conoce, seguro», que no puede decirse más en menos palabras, la misma Valen, ya ves, «Hija, es que le retrata», tronchada, y venga a leerlo, «Perseverante, idealista y poco práctico; alimenta ilusiones desproporcionadas», ¿qué te parece?, tú pon testarudo donde dice «perseverante», iluso donde dice «idealista», y holgazán donde dice «poco práctico», y tendrás tu ficha completa, que nadie diría, cariño, que de la letra de uno se puedan sacar tantas cosas. Pues todavía, la pánfila de Esther que me faltaba sensibilidad para apreciarte, ya ves qué sabrá ella, precisamente sensibilidad, si hubiera dicho otra cosa, que yo recuerdo a mamá, que en paz descanse, «Hija mía eres como un barómetro», que me ponía a hacer mayonesa estando mala y ya se sabía, a arreglarla, y no me digas, Mario, que tú estabas a un paso, cuando se me cayó el diente a la piscina, temblaba y todo, ¿eh?, tú lo viste, una temblorina como en pleno invierno, ¿eh?, que luego una semana en cama devolviendo, que me alteré toda, menudo disgusto, que al Chucho Prada dichoso le hubiera matado, «Antes se te caen los tuyos que el que te he puesto», como para fiarse. Si eso no es sensibilidad, Esther dirá lo que es sensibilidad, que la muy sandia se cree que la sensibilidad es leer, atiborrarse de libros, cuanto más rollos, mejor, que no es que yo vaya a decir que una sea muy cultivada, Mario, que ni tiempo, tú lo sabes, pero tampoco una analfabeta, Mario, ya ves, que tu Memoria, bueno, la de papá tres veces, y no era precisamente un libro divertido, y los de Canido, que digáis lo que digáis a mí me encantan, y los tuyos, Mario, no digas, todos, uno detrás de otro, y aprendiéndome párrafos de carrerilla, de pe a pa, y antes de casarme, *La Pimpinela Escarlata* y por lo menos diez veces *Vendrá por el mar*, que me chiflaba, nunca he disfrutado tanto con un libro, palabra, que tenía un encanto especial, que la pánfila de Esther se da unos aires como si sólo hubiera leído ella. Y ahora que me acuerdo, Mario, también me leí de cabo a rabo el libro de versos de aquel amigo tuyo, Barcés o Bornés, ¿te acuerdas?, el que encontramos en Madrid durante el viaje de novios, de Granada, me parece, que hablaba todo el tiempo de García Lorca, él un poco pelirrojo y ella llenita, muy morena, que le conocías, creo, de cuando la guerra, no me hagas mucho caso, él como muy cohibidín, bueno, es igual, pues me leí el libro de un tirón, que eran unos versos rarísimos, unos cortos cortos y otros largos largos, que no pegaban ni con cola, al buen tuntún, que al acabar me dio una jaqueca horrible, ¿recuerdas?, distinta de otras veces, como en mitad de la cabeza. ¿Cómo se llamaba

aquel amigo tuyo, hombre, si lo tengo en la punta de la lengua, que él hablaba muy bajito, como si se estuviera confesando, con un poco de acento, y os pasasteis la tarde diciéndoos versos uno al otro, sí, hombre, en un café de la Gran Vía que hacía esquina, ¡qué cabeza!, todo lleno de espejos, que ibas a entrar y te dabas, que era como un laberinto? ¡Qué tardecita, Dios santo!, lo único, que recitaras el de mis ojos, que recuerdo que cada vez que empezabas un verso, yo pensaba: «Va a decir el de mis ojos», pero ya, ya, ilusiones, con lo que yo hubiera dado, que si Elviro no me lo dice, yo en la inopia, fíjate, «¿Te lee Mario sus versos?», que yo, pasmada, «¿Hace Mario versos?, es la primera noticia», y él, «Desde que era así», que luego me dijo que habías dedicado uno a mis ojos y yo muerta de curiosidad, figúrate, el sueño de toda mujer, pero cuando te lo pedí, «Debilidades, son blandos y sentimentales», que no había quien te sacara de ahí, y eso es algo que me pone enferma, Mario, porque escribir versos para nadie no tiene sentido, es como salir a la calle y empezar a dar voces al buen tuntún, cosa de locos. ¡Borrés!, no, no era Borrés, pero algo parecido, desde luego empezaba por B, ¿no sabes quién digo, Mario? Él, como muy desaseado, muy a la pata la llana, de tu escuela, y ella andaluza, morena, con el pelo recogido, que nos llamaba todo el tiempo de ustedes, «porque ustedes», «porque viniendo de ustedes», que contó aquello tan divertido de la feria de Sevilla, lo de la jaca, eso, una de las veces que te he visto reír con más ganas, ¿no te acuerdas?, sí hombre, ¡qué rabia!, estábamos sentados según se entra, así a mano derecha, en un diván rojo, todo corrido, él y tú, enfrente, que él se subía mucho el pantalón y luego, al salir, comentamos lo peludo, más bien soso... ¡Barnés! Eso es, Barnés, Joaquín Barnés, me parece que era Joaquín, Mario, seguro, ¡qué gusto, ay qué peso me he quitado de encima!

XXVII

Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error, renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, lo que se dice otro hombre, que me encantaría que le vieras, Mario, sólo por gusto, que ha echado un empaque que no veas, con una americana inglesa de sport, sacando el codo por la ventanilla, como muy curtido y, luego, esos ojos... ¡de sueño, vamos!, no parece el mismo, que los hombres es una suerte, como yo digo, si no valéis a los veinte años no tenéis más que esperar otros veinte, yo no sé qué pasa. Y me di cuenta enseguida, no te creas, un Tiburón rojo aquí, imagina, inconfundible, no podía ser otro, y aunque intenté hacerme la tonta, él, ¡plaf!, en seco, un frenazo de cine, ¿eh?, que se quedó un rato el coche como temblando y Paco venga de sonreír, «¿Vas al centro?», y yo, toda acomplejada, a ver, que Crescente no hacía más que fisgar desde el motocarro, «Sí», «Pues, arriba», y ya con la portezuela abierta, a ver qué podía hacer, me colé, y más cómoda que en el sofá del cuarto de estar, Mario, te lo prometo, que lo que yo le dije, «Me chifla tu coche», que es verdad, que parece que ni tocas el suelo ni nada. Y él, entonces, dio media vuelta y salió como un cohete por la carretera de El Pinar, que yo le decía, «Vuelve, ¿estás loco?, ¿qué va a decir la gente?», pero él, ni caso, cada vez pisaba más y decía, ¿sabes lo que decía?, decía, «Déjales que digan misa», y los dos a reír, figúrate qué locura, en un Tiburón, mano a mano, a ciento diez, que hasta se me iba la cabeza, te lo juro, que hay cosas que no se explican, date cuenta, aquel chiquilicuatro que hasta trabucaba las palabras, pues no veas ahora, un aplomo, una serenidad, hablando a media voz, sin vocear, pero sólo lo justo, como la gente de mundo, si no se ve no se cree, que hay que ver, en un dos por tres, lo que ha corrido este hombre, si es el no parar, ¡Dios mío, aquel chisgarabís! En realidad, Transi ya me lo había advertido, la tarde que la encontré, date cuenta, al mes escaso de largarse Evaristo, y como si nada, pero a ésa no la matan penas, claro que siempre fue un poco así, no sé cómo decirte, nunca tomó las cosas demasiado en serio, imagínate qué papeleta, con tres criaturas, pues ella, igual, «¿Has visto a Paco? Chica, está majísimo». Y es verdad, Mario, qué cambiazo, por mucho que te diga no te lo puedes ni imaginar, unos modales, una delicadeza, lo que se dice otro hombre, eso, que yo recuerdo por aquellos entonces, «diócesis» por «dosis», y cosas por el estilo, que era una perfecta calamidad, que yo no sé sus padres, él maestro de obras, si es que llegaba, gente artesana desde luego, de medio pelo, aunque, las

cosas como son, Paco siempre fue inteligente y en la guerra se portó de maravilla, que tiene el cuerpo como una criba, la de metrallazos, no puedes hacerte idea. Bueno, pues le ves conducir ahora y te caes de espalda, ¡qué soltura!, es que no hace ni un solo movimiento de más, que parece que hubiera nacido con el volante entre las manos. Y luego ese olor que se gasta, como a tabaco rubio mezclado con colonia de fricción, que a la legua se ve que hace deporte, tenis y así, y cuando fuma ni se quita el pitillo de los labios, a ver, a ciento diez, loco sería, y guiña los ojos como en el cine, que yo le decía, te lo juro, «Da la vuelta, Paco, tengo un montón de cosas que hacer», pero él venga de reírse, que tiene toda la dentadura completa, figúrate qué envidia, «Demos tiempo al tiempo; la vida es breve», y, ¡hala!, como un loco, a ciento veinte, que, en estas, nos cruzamos con el Dos Caballos de Higinio Oyarzun, que a saber de dónde vendría a esas horas por esa carretera, y yo quise agacharme pero estoy casi segura de que me vio, date cuenta qué apuro, y Paco, «¿Te ocurre algo, pequeña?» y, luego, «Es que estás igual», y yo, «¡Qué bobada! fíjate la de años que han pasado», y él, muy fino, «El tiempo no pasa igual para todos», una galantería, tú dirás, pero que se agradece, por qué voy a decir lo contrario. Y cuando paró no me quitaba ojo y me preguntó, de repente, que menudo sofoco, si sabía conducir, y yo que muy poco, casi nada, y él, dale, que todos los días me encontraba en la cola del autobús, entre gentuza, que yo ni sabía dónde meterme, que pasé más vergüenza que en toda mi vida junta, te lo prometo, pero a ver qué le iba a contestar, la verdad, Mario, que quien dice la verdad ni peca ni miente, que no teníamos coche, que a ti eso de los modernismos no acababa de entrarte, y no quieras saber cómo se puso, que me gustaría que le hubieras visto, «¡No, no, no!», como un loco, palabra, dándose coscorrones en la cabeza, natural, que es lo que yo digo, cariño, que hace años tal vez, pero hoy en día, un coche no es un lujo, es un instrumento de trabajo. Y Paco venga de encender pitillos, uno tras otro, que si no fumó veinte no fumó ninguno, y «¿Qué es de Transi»?, y lo que yo le dije, que no había tenido suerte, y que si se acordaba de los Viejos, bueno, pues Evaristo, el alto, se casó con ella, ya de mayor, y a los cinco años la había abandonado con tres criaturas y él se había largado a América, a Guinea, me parece, que Paco, entonces, «Todos nos equivocamos, no es fácil acertar», que me dejó de una pieza, que le brillaban los ojos y todo, Mario, te lo puedo jurar, que a mí me dio lástima, un hombrón así, que no pude por menos, «¿No eres feliz?» y él, «Dejemos eso. Vivo y no es poco», pero me miraba cada vez más de cerca y yo estaba toda aturdida, a ver, pensando en la mejor manera de ayudarle, que entonces se me ocurrió recordarle cuando paseábamos por la Acera, de nuestros tiempos, Mario, cuando el bárbaro de Armando se ponía los dedos en las sienes y mugía, ¿te

acuerdas?, antes de hacernos novios, pues eso, y él, «¡Qué tiempos!», como suele decirse, y, de repente, «Tal vez entonces perdí mi oportunidad. Luego, ya ves, la guerra», como con pena, que lo que yo le dije: «Pues tú te portaste bien bien en la guerra, Paco, no digas», que él, sin venir a cuento, se desabotonó la camisa, que no lleva suéter ni nada, en pleno invierno, y me enseñó las cicatrices del pecho, un horror, no te puedes ni imaginar, entre los pelos, que quién lo hubiera dicho, tan varonil, que de chico era un poco Niño Jesús, que me dejó helada, te lo prometo, que eso es lo último que me esperaba, y le dije: «Pobre», sólo eso, nada más, te lo juro, pero él me puso el brazo por detrás, que yo pensé que en buen plan, te lo juro, y cuando me quise dar cuenta ya me estaba besando, visto y no visto, y sí, desde luego, muy fuerte, que yo ni sabía lo que hacía, como de tornillo, sí, apretadísimo y muy largo, ésta es la verdad, pero yo no puse nada de mi parte, como lo estás oyendo, que estaba como hipnotizada, te lo juro, que me había estado mirando sin dejarlo yo que sé el tiempo, y luego aquel olor entre de colonia y de tabaco rubio, que trastorna a cualquiera, Valen te lo puede decir, que me lo ha comentado un montón de veces, que yo sólo te quiero a ti, no hace falta que te lo diga, pero estaba como atontada, a lo mejor de la misma velocidad, la falta de costumbre, vete a saber, cualquier cosa, como un fardo, lo mismito, y el corazón paf, paf, paf, como desbocado, no puedes hacerte idea, eso instintivamente, los principios, lógico, y no podía ni menear un dedo, igual que anestesiada, lo mismito, que ni los árboles, imagínate, con los que había, sólo el runrún de sus palabras, cerquísima, desde luego, prácticamente encima, que era como estar en las nubes, una desorientación, y él me abrió la puerta y, muy suave, «Baja» y yo como una sonámbula bajé, pero como te lo digo, ni voluntad ni nada, que era una especie de flojera, a buena hora si no, obedecí sin darme cuenta, y nos sentamos detrás de una mata, al sol, más bien grande, sí, muy grande, nos tapaba desde luego, y figúrate a esas horas, en día de labor, ni un alma, lo que se dice nadie, que si yo estoy en mis cabales de qué, y Paco insistiendo, «Aquí donde me ves, que parece que tengo todo, estoy solo, Menchu», que yo «Pobre», otra vez, pero conmovida de veras, Mario, que esto es lo curioso, como si no supiera decir otra cosa, claro que no era yo ni Dios que lo fundó, hipnotizada o lo que quieras, segurísimo, imagínate, buena soy, y él, como enloquecido, empezó a abrazarme y a estrujarme por el suelo, y me decía, me decía, ¿sabes qué me decía?, después de todo, Mario, no es ninguna novedad, que al fin y al cabo, fue sincero, que otros lo piensan y no lo dicen, me decía, mira Eliseo San Juan, de siempre, y el mismo Evaristo, que a saber qué tienen mis pechos, yo qué le voy a hacer, y Paco cada vez más frenético, me decía, ¿sabes lo que me decía?, me decía, «Veinticinco años soñando con estos pechos,

pequeña», figúrate, que yo, como tonta, «Pobre», esto te dará idea, que él como fuera de sí, que hasta me rompió la ropa y todo, Mario, pero yo no era yo, no hace falta que te lo diga, perdóname, nada de culpa, que le rechacé, te lo juro, le recordé a nuestros hijos, que ni sé de dónde me vinieron las fuerzas porque estaba completamente sin voluntad, hipnotizada, palabra, pero le mandé a paseo, que se debió de quedar de un aire, te lo prometo, que me caiga muerta, que a saber tú con Encarna, en Madrid, perdona, Mario, perdóname, no quise decir eso, pero no pasó nada de nada, puedes estar tranquilo, te lo juro, que le recordé a nuestros hijos, o a lo mejor fue él, vete a saber, ya ni me acuerdo, pero para el caso es lo mismo, Mario, que me quitó la palabra de la boca, que ni hablar podía, estaba desquiciada, cariño, tienes que hacerte cargo, sólo quiero que me comprendas, ¿oyes?, porque aunque hubiese hecho algo malo no era yo, puedes estar seguro, que la persona que estaba allí no tenía nada que ver conmigo, sólo faltaría, pero no pasó nada, nada de nada, en absoluto, te lo juro por lo que más quieras, Mario, creéme, y si Paco no hubiera reaccionado hubiese reaccionado yo, ya me conoces, aunque estuviera convertida en una piltrafa, pero él, después de todo, tenía la culpa, a él le correspondía, que cuando se separó tenía unos ojos que daban miedo, echaban chispas, Mario, de loco, pero dijo, «Somos dos locos, pequeña, discúlpame, no quiero perjudicarte», y se levantó, que yo avengonzada, sí, así fue, bien mirado, fue él, pero que fuera uno u otro es indiferente, cariño, lo importante es que no pasó nada, te lo prometo, sólo hubiera faltado, el respeto que te debo y nuestros hijos, pero, por favor, no te quedes ahí parado, ¿es que no me crees?, te lo he contado todo, Mario, cariño, de pe a pa, tal como fue, te lo juro, no me guardo nada, como si me estuviera confesando, palabra, Paco me besó y me abrazó, lo reconozco, pero de ahí no pasó, estaría bueno, te lo juro, y tienes que creerme, es mi última oportunidad, Mario, ¿no lo comprendes?, y si tú no me crees yo me vuelvo loca, te lo prometo, y si te quedas ahí parado es que no me crees, ¡Mario!, ¿es que no me estás escuchando?, atiende, por favor, nunca he sido más franca, te lo podría jurar, con nadie, figúrate, que te estoy hablando con el corazón en la mano, escucha, para mí el que me perdones es cuestión de vida o muerte, ¿te das cuenta?, no se trata de un capricho, Mario, mírame, anda, aunque sólo sea un momentín, por favor, no me vayas a confundir con mi hermana, me aterro sólo de pensarlo, te lo prometo, ya ves Julia, una cualquiera, no me digas, con un italiano, que no tiene perdón, en plena guerra, tú me dirás, como quien dice en frío, que al fin y al cabo, Galli, un desconocido, buena diferencia con Paco, que perdería la cabeza y todo lo que quieras, pero en resumidas cuentas, un caballero, Mario, «Somos unos locos, pequeña; discúlpame», un detalle, que me quitó la palabra de la boca, te lo juro,

Mario, te lo juro por lo que más quieras, que yo se lo iba a decir y eso que estaba como tonta, completamente hipnotizada, ni voluntad ni nada, un fardo, pero se lo iba a decir, palabra, y él, zas, se me adelantó, claro que lo importante, fuese uno u otro, es que no pasara nada, a ver si no, Mario, pero mírame un poco, di algo, no te quedes ahí parado, que parece como que no me creyeras, que te estuviera engañando o así, y no, Mario, cariño, que en la vida he sido más franca, te estoy diciendo toda la verdad, toda, enterita, te lo juro, no ocurrió nada más, pero mírame, di algo, anda; por favor, mira que eres, me estoy tirando por los suelos, más no puedo hacer, Mario, cariño, que al fin y al cabo, si a su tiempo me compras un Seiscientos, ni Tiburones ni Tiburonas, segurísimo que con estas restricciones lo que hacéis es ponernos en el disparadero, a ver si no, que cualquiera te lo puede decir, pero perdóname, Mario, anda, te lo pido de rodillas, no hubo más, te doy mi palabra, yo sólo he sido para ti, te lo juro, te lo juro y te lo juro, por lo más sagrado, Mario, por lo que más quieras, por mamá, fíjate, que más no puedo hacer, pero mírame, un segundo aunque sólo sea, anda, hazme ese favor, ¡mírame!, ¿es que no me oyes? ¿cómo quieres que te lo diga? ¡Mario, que me muera si no es verdad!, no pasó nada, que Paco, a fin de cuentas, un caballero, claro que fue a dar conmigo, pero si yo tengo un Seiscientos, ni Paco ni Paca, te lo juro, Mario, te lo juro por Elviro y por José María, ¿qué más quieres?, en mejor plan no me puedo poner, Mario, que yo puedo llevar la cabeza bien alta, para que lo sepas, pero ¡escúchame, que te estoy hablando!, ¡no te hagas el desentendido, Mario!, anda, por favor, mírame, un momento, sólo un segundo, una décima de segundo aunque sólo sea, te lo suplico, ¡mírame!, que yo no he hecho nada malo, palabra, por amor de Dios, mírame un momentín, aunque sólo sea un momentín, ¡anda!, dame ese gusto, qué te cuesta, te lo pido de rodillas si quieres, no tengo nada de qué avergonzarme, ¡te lo juro, Mario, te lo juro!, ¡¡te lo juro, mírame!!, ¡¡que me muera si no es verdad!!, pero no te encojas de hombros, por favor, mírame, de rodillas te lo pido, anda, que no lo puedo resistir, no puedo, Mario, te lo juro, ¡mírame o me vuelvo loca! ¡¡Anda, por favor...!!

Carmen se sobresalta al oír el gemido de la puerta. Gira la cabeza, se sienta sobre los pies y hace como que buscara algo por el suelo. Sus ojos y sus manos expresan un nerviosismo límite. Aunque la luz del nuevo día entra ya por la ventana, la lámpara continúa encendida, proyectando su mortecino cerco luminoso sobre la descalzadora y los pies del cadáver:

–¿Qué pasa, mamá? ¡Levántate! ¿Qué haces ahí de rodillas?

Carmen se incorpora sonriendo tontamente. Se siente indefensa, blanda y maleable. Sus párpados han adquirido un color rosa fuerte, casi violeta, y cuando mira, mira de soslayo, como amedrentada. «Rezaba», murmura, pero lo dice sin convicción, para que no la crean, «Sólo rezaba», añade, y el muchacho se adelanta hacia ella, le arropa los hombros con su brazo joven y nota que se estremece:

–¿Estás bien? –dice.

–Bien, hijo, ¿por qué?

En una noche, las mejillas de Carmen se han desplomado y a los lados de la barbilla y por debajo de ella se le forman unos papos blandos, gelatinosos, como bolsas donde se acumulase alguna secreción. También bajo los ojos tiene Carmen unas fofas y arrugadas inflamaciones cárdenas. Mario insiste:

–¿Tienes frío? Me pareció que hablabas sola.

La empuja blandamente hacia la puerta, pero Carmen se resiste a abandonar la habitación. Se opone sin decirlo y sin saberlo, pero con una persistencia sorda, tenaz, que induce a Mario a aflojar su presión. Entonces ella mira hacia todos los lados como si en lugar de haber pasado la noche allí viese aquel despacho, doblado en cámara mortuoria, por primera vez. Por la ventana se divisa ya nítidamente la casa de enfrente, con sus balcones verdes, de gresite, y sus cerradas persianas pintadas de blanco. Y cuando, de pronto, se abre una –una persiana– con un ruido de matraca, seco, de tablillas que se juntan, parece como que la casa bostezara y se desperezase. Antes de terminar de abrirse la persiana, petardea, abajo, en la calle estrecha, el primer motocarro. Y cuando el estrépito cesa, se perciben rumores de conversaciones y crujidos de pisadas de las gentes madrugadoras, que marchan al trabajo. Un gorrión cruza el poyete de la ventana, a saltitos rápidos, como si botase, gorjeando alborozadamente, como en primavera. Tal vez le llama a engaño el fragmento de cielo que cierra como un telón de fondo el taller de Acisclo del Peral y que ha pasado del negro al blanco y del blanco al azul en unos minutos, apenas sin transición. Carmen repara en los crespones enlutados, los libros del

revés, los geométricos grabados de biciclos –circunferencias, triángulos, líneas punteadas–, la bola del mundo azul sobre la mesa, la lámpara, la butaca de Mario con el asiento de cuero desgastado en el borde y, finalmente, y con lentitud, como si acabara de hacerse cargo de la situación, posa los ojos sobre el cadáver, sobre el rostro del cadáver de Mario. Suspira, mira a su hijo, le cierra maquinalmente el cuello de la camisa con trémulos dedos y dice con voz apagada, imperceptiblemente inflamada de presunción, sonriendo:

–No está alterado, ¿te das cuenta? No ha perdido siquiera el color.

Mario oprime sus hombros:

–Déjalo –dice, y tira de ella, pero Carmen está como clavada al suelo.

–Sin gafas no se parece –añade–. De joven no gastaba gafas y me miraba en el cine todo el tiempo ¿sabes?; de esto hace muchísimos años, ¡qué sé yo el tiempo!, que tú yo no sé si habías nacido, te estoy hablando del año catapún, pero era bonito, te lo confieso, aunque yo no sé qué pasa que todo en la vida acaba por estropearse.

Ha ido tomando fuerza como un avión que despegara y cuando Mario dice solamente «No debiste quedarte sola. Estás muy excitada. ¿Has dormido algo siquiera?», Carmen, sin un gesto previo que lo delate, rompe en sollozos, oculta los ojos en el suéter azul, de mezclilla, de su hijo, se aprieta contra su pecho y murmura un repertorio de incoherencias, de las que Mario apenas entresaca algunas frases o fragmentos de frases («...es inútil...», «...su yo por delante...», «...siquiera una mirada...»), pero la tensión de Carmen ha remitido y se deja conducir a la cocina dócilmente, se sienta en el taburete blanco y observa cómo Mario llena de agua la cafetera italiana, atasca el filtro de café, y pone al tres el hornillo rápido. Al calentarse el hornillo, la base húmeda de la cafetera sisea insistentemente. La cocina está en penumbra, Mario se acomoda en el otro taburete, a su lado. En el patio de luces retumban los primeros ruidos, las voces primeras de la mañana.

Carmen está doblada por la cintura, como entregada, como si los pechos que empujan tercamente el entramado de lana negra, y que siempre ha soportado gallardamente, le pesasen ahora demasiado. Se ahueca las axilas con disimulo. Dice:

–Parece mentira que para los demás sea hoy un día corriente; un día como otro cualquiera, fíjate. Yo no puedo hacerme a la idea, Mario; me es imposible.

Mario vacila. Teme romper de nuevo su equilibrio. Finalmente dice:

–A todo el mundo le pasa. Todo el mundo pasa por este trance alguna vez, mamá... No sé cómo decirte.

La escasa luz que entra por la ventana llena de sombras el rostro de

Carmen. Cuando habla, se le abre, casi en el centro, un hueco aún más oscuro:

–Las cosas no son como antes.

Mario se agarra las rodillas con sus manos morenas, jóvenes y vitales:

–El mundo cambia, mamá, es natural.

–A peor, hijo, siempre a peor.

–¿Por qué a peor? Sencillamente nos hemos dado cuenta de que lo que uno viene pensando desde hace siglos, las ideas heredadas, no son necesariamente las mejores. Es más, a veces no son ni tan siquiera buenas, mamá.

Ella le observa frunciendo el ceño:

–No sé qué quieres decir.

Hablan a media voz. Del tono de Mario transciende un anhelo de aproximación:

–Hay que escuchar a los demás, mamá, eso quiero decir. ¿No te parece significativo, por ejemplo, que el concepto de lo justo coincidiera siempre sospechosamente con nuestros intereses?

La mirada de Carmen es, por momentos, más roma y desconcertada. Por contra, a medida que habla se ensancha la ingenua petulancia de Mario:

–Sencillamente tratamos de abrir las ventanas. En este desdichado país nuestro no se abrían las ventanas desde el día primero de su historia, convéncete.

A Mario le ha subido el color. Está un poco azorado. Para disimularlo, se levanta y vuelve con la cafetera. Gira el botón para apagar el hornillo, que en unos segundos se torna color ceniza. Coge dos tazas y el azucarero del vasar. Sirve a su madre, que está inmóvil, los ojos entrecerrados, como si contemplase algo muy distante.

–No os entiendo –murmura, al fin–. Todos habláis en clave como si pretendierais volverme loca. Leéis demasiados libros.

Mario le aproxima la taza:

–Tómatelo –dice autoritariamente–. Tómatelo antes de que se quede frío.

Carmen mueve lentamente el azúcar con la cucharilla y bebe. Al principio sin querer beber, cerrando los labios, como con temor de quemarse, pero cuando comprueba la temperatura, bebe ya francamente. Al concluir, se queda mirando para su hijo, tratando de explicárselo, no ya intelectualmente, sino como simple fenómeno biológico, como una consecuencia de ella:

–No es posible –dice, al cabo–. No es posible que tú seas aquel pequeñín que, cuando empezó a ir al colegio y yo le decía al verle las notas: «¡Este niño es un sabio!», él me decía: «Mamá, yo no soy un

sabio; soy un filósofo».

Mario, para vencer su azoramiento, bebe, pero inclina demasiado repentinamente la taza y el café se le derrama por los bordes de la boca. Deja la taza sobre el mármol blanco de la mesa y se limpia precipitadamente con el envés de la mano:

–Déjalo ya –murmura–. Parece como que te complacieras avergonzándonos con nuestras ridículas salidas de niños-prodigio.

Carmen abre los ojos sorprendida; sinceramente sorprendida:

–Otra cosa que no comprendo, palabra –dice–, es que reneguéis de los años en que erais más buenos. Tu mismo padre...

Mario se lleva las manos a la cabeza:

–¡Oh! –dice enfáticamente–. ¡Más buenos! ¡Por Dios, mamá! Ya salió nuestro feroz maniqueísmo: buenos y malos –el aroma del café y la atención del auditorio le traslada al bar Floro, en cuyas mesas platican a diario los del curso y redactan el boletín *Ágora*. Se va creciendo. Se inflama. Prende un cigarrillo–, ¡los buenos a la derecha y los malos a la izquierda! Eso os enseñaron, ¿verdad que sí? Pero vosotros preferís aceptarlo sin más, antes que tomaros la molestia de miraros por dentro. Todos somos buenos y malos, mamá. Las dos cosas a un tiempo. Lo que hay que desterrar es la hipocresía, ¿comprendes? Es preferible reconocerlo así que pasarnos la vida inventándonos argumentos. En este país, desde los Comuneros venimos esforzándonos en taparnos los oídos y al que grita demasiado para vencer nuestra sordera y despertarnos, le eliminamos y ¡santas pascuas! «¡La voz del mal!», nos decimos para sosegarnos. Y, por supuesto, nos quedamos tan a gusto.

Carmen le mira asustada. Sus ojos son planos. Toda su cara es plana ahora. Le explora. Mario comprende que es inútil, que es como pretender que la pared de un frontón succione la pelota y ésta quede adherida a su lisa superficie. El rostro de Carmen es plano como un frontón. Y como un frontón devuelve la pelota en rebotes cada vez más fuertes. Se abre una pausa. Pese a todo, Carmen no se enfurece. Se siente inclinada a la benevolencia. La Doro empieza a rebullir en el cuarto de al lado. El patio de luces se ha llenado de ruidos: rumores de conversaciones somnolientas, arrastrar de latas de basura, entrechocar de loza. Dice Carmen, después de mover obstinadamente la cabeza como tratando de espantar una idea:

–Y tú, hijo, ¿has dormido?

Mario apura su café. Cada vez que da una chupada al cigarrillo pone tal avidez que se diría que quiere absorberlo entero:

–No –dice–. Me ha sido imposible. Una cosa rara. Cada vez que lo intentaba parecía que se me hundía el jergón, ¿comprendes? Un vértigo. Aquí –se señala con la mano derecha la parte alta del

estómago–, es algo así como cuando vas a examinarte y estás esperando que te llamen.

El rostro de Carmen se pone tenso. La flacidez de sus bolsas –papos y ojeras– desaparece.

–¡¡No!! –chilla.

Pero la Doro sale en ese momento de su dormitorio. «Buenos días», dice apagadamente. Al fondo del pasillo suena un portazo. Luego, otro. De inmediato se oye el timbre. Es Valentina. Sus facciones relajadas y, ante todo, el descaro de su mechón albino le hacen daño a Carmen. Valentina se acerca y ambas cruzan sus cabezas, primero del lado izquierdo, luego del derecho, y besan formulariamente al aire, al vacío, de forma que una y otra sienten los apagados estallidos de los besos pero no su calor:

–Estarás muerta, Menchu, ¿no es verdad? ¿No es cierto que ahora lo notas? ¿No has dormido nada, nada?

Carmen no responde. Valentina le apremia. Falta un cuarto de hora para las ocho. Mientras se arregla, llegan Bene y Esther. Parece un té de los jueves. Entre todas la arrastran a la misa de alma. Cuando regresan, la casa es un jubileo. La mente de Carmen conecta con otra etapa anterior que ahora se le antoja remotísima. «No sabes qué impresión me ha hecho.» «Tan joven, mujer.» «Me he enterado por el periódico; de pura casualidad.» Los cantos de su mano derecha se resienten a los primeros apretones. Se inclina, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho. Siente los labios como dormidos, emperezados para besar. Así y todo, besa y besa sin tregua. Esther le lee la necrología de *El Correo*. «Descanse en paz el hombre bueno que antepuso...» «Bueno ¿para quién?» «En una época materializada como la nuestra, Mario Díez Collado dio con sus escritos y con su ejemplo...» «Le retrata, ¿eh?» «Muy sentida.» «Lo dicho. Yo espero abajo.» «Salud para encomendar su alma.» «Tú no tienes la culpa, Carmen. He venido por ti.» «Gracias, Josechu, no sabes cuantísimo te lo agradezco.» Los bultos tienen hoy los ojos mates y hundidos, como atornillados, pero responden a unos mismos estímulos y son locuaces o lacónicos a rachas. «¿La importa que pase un momento?» «Después debes acostarte, Menchu. Del cuerpo no se debe abusar.» «Al contrario.» «No está descompuesto; no ha perdido siquiera el color.» «Yo espero abajo.» Silencio. Mario, con su suéter de mezclilla, Menchu y Álvaro merodean como perdidos entre los grupos. Van y vienen sin encontrar un sitio. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» Suspiros. «A Charo que no la esperes. Se ha quedado con Encarna.» «No irás al cementerio ¿verdad? No te lo aconsejo, mona, hazme caso, fíjate que a mí...» «¿Sabes si han dormido bien los niños?» Cada vez suben más bultos y el desagüe parece atascado. «Bertrán, ¿le importa esperar en la calle? Aquí no podemos ni rebullirnos.» «De un tirón, hija, felices

ellos.» «Por favor, Doro, diga a la portera y a toda esa gente que pasen a la cocina.» Carmen se inclina, primero del lado izquierdo, luego del derecho y besa al aire, a la nada, tal vez a algún cabello suelto. «Me imagino cómo estarás, ¡pobre! Todavía no puedo creerlo.» «Salud para encomendar su alma.» «Pero si yo misma… Anoche… anteanoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. ¿Cómo iba a imaginar una cosa así?» Los bultos ya no caben, ni aun apretándose, en el despacho y el comedor. Van aglomerándose en el pequeño vestíbulo. «No somos nadie.» «A mí estas muertes repentinas me descomponen.» «¿Quiere correrse un poquito?»

Cuando llegan los muchachos de Carón, acrece el dinamismo. Carmen, Mario, Valentina y Esther, van y vienen, abren y cierran, pero algún bulto rezagado aún retiene a Carmen inoportunamente: «Me he enterado por el periódico; de pura casualidad.» «Gracias, Higinio. No sabes cuantísimo te lo agradezco.» Higinio Oyarzun se queda en el vestíbulo, junto a Arronde, el boticario. No trae gabán aunque es temprano y todavía hace fresco. Del despacho, cuya puerta está abierta, llegan suspiros y sollozos. «No le había más bueno.» «Quién lo iba a decir.» «No somos nadie.» Higinio Oyarzun observa a Moyano dentro de su barba rabínica. También Arronde le mira de refilón y, luego, se agacha y le dice a Oyarzun tenuemente: «Un revolucionario». «Ja», Oyarzun se ríe o hace que se ríe. Después susurra. «Esas revoluciones me las conozco. Ése quiere quitarme a mí para ponerse él. Revoluciones positivas para uno pero de eficacia general muy limitada. Somos todos unos sinvergüenzas.» «El corazón es muy traicionero.» «Ni tiempo de confesarse tuvo.» «¡Pobrecito!» Moyano ladea un poco la cabeza. Tiene los ojos húmedos y la nuez, sobre el suéter oscuro, sin camisa, le sube y le baja cada vez más deprisa. «Ha muerto un hombre íntegro», le dice a Aróstegui, pero apenas ha terminado de decirlo cuando Oyarzun, aunque no va con él, le replica ásperamente desde atrás, empinando su corta estatura sobre el hombro de Arronde: «¿Íntegro? ¡Ja! Ese señor no era íntegro por serlo sino para gozarse echándonos en cara a los demás que no lo éramos. Era un Tartufo».

Moyano se vuelve fuera de sí: «Nazi asqueroso», dice. Y Oyarzun aparta a Arronde, que intenta sujetarlo, y vocea ya sin circunloquios: «¡Suelta! ¡A ese tipo le rompo yo la cara! ¡A ese…!».

La cabeza de Vicente asoma por la puerta del despacho:

–¡Chist! –sisea–. Por favor, que sacan el cadáver.

Se hace el silencio. Los muchachos de Carón con el féretro a hombros se abren calle entre los asistentes y detrás, enmarcada por el dintel, se ve un momento a Carmen. No llora. Se estira el suéter de los sobacos y mansamente deja que Valentina le pase un brazo por los hombros y la atraiga hacia sí.

Parábola del náufrago

1969

A Jacinto San José.
A Giacint Sviatoi Iósif.

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Con Parábola del náufrago *traté de construir una narración contra el absolutismo desenfrenado, contra el poder omnímodo en cualquier forma que se manifestase. Y como entendí que nada más indicado que la factura del relato constituyese una pesadilla onírica, eliminé los signos de puntuación. Destruyendo éstos, pensaba, sacrificaba la lógica sintáctica y narrativa aunque la sustituyera por una puntuación literaria igualmente indicativa pero absolutamente artificial. Difícil prueba para el lector. Tan dura se me hizo que dejé el invento a medio camino y lo apliqué solamente a una parte de la novela, aquella que recoge la degradación infrahumana del personaje Genaro. El recurso, como esperaba, fue aplaudido por unos y rechazado por otros. Por ejemplo, Entrambasaguas sentenció que* Parábola del náufrago *había sido «la novela más aburrida que había leído en los últimos tiempos», mientras, más joven y audaz, Vintila Horia juzgaba el libro como «la novela cumbre del escritor castellano y una de las novelas más significativas de la novelística española moderna». Esto ocurría en 1970 y, como casi siempre que el escritor confía en el fallo de los críticos, con estos juicios no salió de dudas. Surgió la polémica que cuarenta años después continúa viva y sin resolverse. Unos aplauden la audacia, otros la censuran.*

Hay que tener en cuenta que a lo largo del siglo XX *los despotismos han florecido en Europa como los hongos, tiranías de todo signo y pelaje, incluso los despotismos ilustrados que, además de arrogarse la paternidad sobre los súbditos, pretendían «liberar al hombre» de su «triste» (?) condición de esclavo. El don Abdón de mi novela, capicúa y hermafrodita, que reúne todos los defectos típicos del tirano, ha sido una obsesión en mi vida, y haciendo buena la opinión de quienes consideran al novelista un ser de una sola idea con diversas variantes, pienso que yo podría ser uno de esos novelistas, ya que los protagonistas de mis relatos son inevitablemente perdedores, aplastados por la sociedad, la ignorancia, la política, la organización o el dinero, es decir, aquellos recursos de que se vale el dictador para imponer su dominio.*

M. D.
Abril de 2008

«Mi sentimiento principal es el miedo.»

MAX HORKHEIMER

Primero estaba la calzada con el paso cebrado de peatones, luego la acera de grises losetas hexagonales, luego la verja de barras rematadas en punta de flecha, después el jardín (unos jardincitos enanos, de bojes, arriates y rosales trepadores, con senderos de ceniza zigzagueando entre el peinado *green grass*), y, por último, en el promontorio verde, el macizo edificio de mármol blanco con amplios ventanales rectangulares sobre el jardín y, en lo alto, presidiéndolo todo, el luminoso parpadeante: DON ABDÓN, S.L.

igual igual a =
punto = a .
coma = a ,
punto y coma = a ;
dos puntos = a :
comillas = a « »
abrir paréntesis = a
(cerrar paréntesis = a)
abrir admiración = a ¡
cerrar admiración = a !
abrir interrogación = a ¿
cerrar interrogación = a ?

Tras la verja coma a la derecha de la cancela coma junto al alerce coma se hallaba la caseta de Genaro abrir paréntesis al que ahora llamaban Gen dos puntos ¡Toma, Gen; ven, Gen! cerrar paréntesis coma como de muñecas coma blanca también coma el tejado de pizarra gris y cuando llovía o Baudelio Villamayor el jardinero abrir paréntesis en cuyo invernadero inició Jacinto su movimiento Por la Mudez a la Paz cerrar paréntesis regaba coma el tejado de pizarra gris tornábase negro y reluciente como recién barnizado punto Y cada mañana coma al llegar a la oficina coma Jacinto oía rebullir a Gen aun antes de trasponer la verja coma la cadena rascando las tablas de la garita coma su ruidoso y cálido bostezo y finalmente coma desde la esquina coma veía asomar la cabeza de Gen por la gatera coma las largas orejas como de trapo desmayadas sobre las mejillas coma la frente fruncida y cerril coma la humildad doliente de sus ojos avellana clavada en él y coma ciñendo su cuello coma la gruesa correa con la argolla de acero donde se sujetaba el clip de la cadena punto El animoso trasero de Gen coma que iba poco a poco criando vello coma se movía alegremente mientras Jacinto tabaleaba tap-tap-tararap con

dos dedos en la cubierta de pizarra y murmuraba hola Gen, buenos días, y Gen se desperezaba entonces afianzando las manos en el suelo y estirando los brazos cuanto podía y luego coma antes de saltar sobre el pecho de Jacinto coma se arrimaba precavidamente al tronco del alerce coma levantaba una pierna y orinaba punto Al concluir coma Genaro abría las piernas coma escarbaba con las manos hasta cubrir de ceniza la pequeña mancha de humedad y brincaba sobre él coma haciéndole zalemas y manchándole de tierra las solapas de su traje gris coma mientras Jacinto decía hola Gen, quieto Gen, ya está bien Gen ¿no te parece? pero Gen no respondía sino que con sus brincos aparentaba realizar un ensayo preliminar para alcanzar con su lengua la punta de la nariz de Jacinto y Jacinto le reprendía ¡basta Gen; a echar! hasta que Gen se reprimía coma adelantaba los brazos coma escondía la cabeza entre ellos coma cerraba los ojos coma fruncía la frente coma tensaba sus miembros y emitía un bostezo tan disparatado que se diría que sus quijadas iban a descoyuntársele punto A partir del gran bostezo Genaro se apaciguaba y durante breves minutos permitía que Jacinto le rascase entre los ojos coma en el somero surco que se le había formado entre los ojos coma justo encima de la nariz coma entrecerrando los párpados coma cepos quedos coma como en tránsito coma y entonces Jacinto le hablaba melosamente Gen, zalamero, ya sabes que no te olvido coma mas coma en cuanto Jacinto cesaba de rascarle coma Gen se aprestaba nuevamente a brincar sobre él y Jacinto había de reconvenirle ya está bien Gen, ¡abajo! y Gen tornaba a mover el trasero coma agachaba la cabeza y la sacudía violentamente de un lado a otro y sus largas orejas de trapo batían sus mejillas con un estrépito como de aplausos lejanos o de zurridos de ropa zarandeada por el viento punto Después coma a medida que le daba de una en una las castañas pilongas o las galletas marías o los recortes de carne coma Genaro engullía el obsequio sin saborearlo coma sin masticarlo siquiera coma con tal avidez que a menudo los dientes de arriba chocaban con los de abajo cuando ya había tragado el bocado coma pese a las recomendaciones de Jacinto coma despacio Gen, nadie va a quitártelo, así no te puede aprovechar coma pero ya Gen estaba espiando su mano y coma a veces coma demasiado impaciente para aguardar coma saltaba hacia ella coma hacia la mano coma hasta que Jacinto abría la pinza de los dedos y soltaba la galleta o la castaña pilonga o el recorte de carne y la boca alargada y desproporcionada de Gen lo atrapaba vorazmente en el aire punto y aparte

Genaro había cambiado mucho y sin embargo aquella transformación no parecía afectarle punto y coma se diría que aceptaba satisfecho la nueva situación e incluso si Darío Esteban le pegaba un puntapié coma jamás chistaba coma al contrario coma

encajaba el castigo como merecido coma doblaba los codos y las rodillas humildemente y con la barriga pegada al suelo se refugiaba en la garita y coma una vez dentro coma se ovillaba y miraba a su agresor desde el borde de la gatera con los ojos enramados coma implorantes punto y aparte

En un principio coma Genaro dormía estirado coma pero coma a las pocas semanas de la degradación coma fue paulatinamente encorvándose por la cintura y dos meses más tarde ya se enroscaba como un caracol punto Jacinto lo prefería así porque de esta manera disimulaba sus vergüenzas y entre esto y el suave y tupido vello moteado que iba extendiéndosele por la espalda abrir paréntesis incluso sobre y entre las leves prominencias de las vértebras cerrar paréntesis resultaba más soportable su desnudez coma por más que ésta tampoco pareciera turbar a Genaro demasiado coma antes bien durante los primeros días coma Jacinto hubiera jurado que Gen se complacía en la exhibición de su cuerpo ya que coma cada vez que le venía en gana coma se estiraba voluptuosamente al sol cuan largo era o se tendía de costado a la solisombra del alerce cuando aquél picaba en exceso coma sin reservas coma mostrando impúdicamente sus partes y coma si se terciaba coma no tenía a menoscabo el quedarse dormido de esta guisa punto Genaro se había plegado al nuevo empleo sin aspavientos y coma consciente de que lo primero que se le exigía era discreción coma guardaba silencio coma un silencio ominoso que a menudo resolvía Darío Esteban arreándole sin otro motivo que su silencio un puntapié punto Al principio coma si hacía al caso coma Genaro pedía pan y agua pero luego amansó el trote y resistía tiempo y tiempo sin comer ni beber o coma a lo sumo coma los días de canícula solicitaba agua con voz desfibrada y coma al fin coma persuadido de que valía lo mismo coma terminó por decir sólo guá coma probablemente para no desgastarse coma pero como insistía y levantaba progresivamente la voz ¡guá-guá-guá! coma su petición coma en particular escuchada de lejos coma producía el efecto de ladridos punto Por lo demás coma Gen no decía nada coma callaba coma y se le veía satisfecho y reconocido coma actitud manifiesta tanto en las untuosas zalemas con que a diario recibía a sus compañeros coma como en el desproporcionado júbilo con que acogía coma después de vocear ¡guá-guá-guá! dos docenas de veces coma la lata enmohecida que Jacinto le arrimaba llena de agua desde el surtidor del jardín punto En tales casos coma Jacinto se maravillaba de la habilidad de Genaro coma de su nueva y sorprendente forma de beber coma sin levantar la lata del suelo ni rozarla con la mano coma sino coma simplemente coma humillando la cabeza y azotando la superficie del agua con la lengua abrir paréntesis que al igual que las orejas y los caninos se le había desarrollado mucho cerrar paréntesis

con fruición y delicadeza al mismo tiempo coma de tal suerte que era capaz de vaciarla sin derramar una sola gota punto A veces coma los días de bochorno coma Gen coma después de beber coma se le quedaba mirando encarecidamente coma la boca entreabierta coma la larga y sonrosada lengua colgante coma jadeando coma y entonces Jacinto volvía al surtidor coma llenaba de nuevo la lata y la depositaba en el suelo coma al alcance de Gen punto Entre Jacinto y Genaro existía ya un lenguaje inexpresado que hacía ociosas las palabras punto y aparte

Luego, en el servicio (caballeros), Jacinto se frotaba las manos con polvos de jabón y se hablaba en el espejo según su costumbre, *que Genaro es más feliz que antes, te lo digo yo, Jacinto, dónde va a parar, no me digas, que si la mujer, que si los hijos, cada día una tecla, un lloraduelos... Y ahora, ya lo ves, le llevas un hueso y bien, tan contento, y no se lo llevas y también bien, que no te creas que lo echa en falta, ni se preocupa, ni se indispone, ni nada de nada. Y es que, ¿sabes tú cuál es lo malo de nuestra condición, Jacinto, eh? Pues eso: pararte y pensar, que todavía me acuerdo del día que Genaro vomitó aquel estofado porque vio una mosca en la salsa al acabar de comer, ¿qué te parece? Anda, mírale ahora. Y es que la mosca no es lo malo, Jacinto, convéncete, sino pensar la mosca, eso, que si no piensas la mosca es como si la mosca no existiera. ¿Te das cuenta? Lo que pasa es que cada día nos hacemos más remilgados y así nos luce el pelo. Por eso te prevengo que si a lo que aspira don Abdón es a evitarnos pensar la mosca, bendito sea don Abdón, don Abdón es un hombre honrado porque quiere que no pensemos la mosca por la sencilla razón de que sabe que pensar la mosca es sufrir la mosca, y si no, ahí tienes a Genaro, más claro, agua, tú le ves ahora, ¿verdad?, bien, pues acuérdate de antaño, menuda, Jacinto, anda, haz el favor, que si la mujer, que si los hijos, que si el sueldo, un tipo que aburría, no me digas. En cambio ahora da gusto verle, la verdad, Jacinto, para qué enredar las cosas, su mujer agarra la correíta y de paseo, hale, a correr, más tranquilo que nadie, husmeando en el hueco de los árboles, levantando la pierna en las esquinas, donde le urge, a ver, casi siempre por niñez, no te vayas a creer, que el noventa por ciento de las veces, y me quedo corto, nada, cuatro gotas, como te lo estoy diciendo, pero si no molesta a nadie, que es lo que yo digo, y a él le apetece, hace muy requetebién... Ella, en cambio, ¡buf!, para qué te voy a contar, Jacinto, a la legua se ve que lo pasa mal y ¿sabes por qué? Pues por la sencilla razón de que piensa la mosca, sólo por eso, que vete a saber, a ella seguro que le da vergüenza llevar al marido de esas trazas, o que le vean las amigas a cuatro patas, o desnudo, las amigas, cosas de ésas, prejuicios, que a saber qué, lo mismo dará una cosa que otra, ¿no?, y si a Genaro le gusta ir por ahí como Dios le echó al mundo, pegando brincos o arrimándose a las esquinas, tú dirás qué importancia tienen, Jacinto, cuatro patas o dos, ¿dejará de ser lo mismo?,*

y si él es feliz así, pues déjale, hala, que todos los males vengan por ahí, que, después de todo, si pensar es lo que nos hace padecer, Jacinto, ¿para qué demontres pensamos?

Jacinto así, a primera vista, viene a ser un hombre del montón: ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni atildado ni sanfasón; un hombre en serie de ojos azules (grises pálidos junto al mar, que Jacinto añora, o las tardes brumosas), difuminados y aguanosos como el sol que empieza a perforar la niebla los días de invierno. Jacinto da la impresión de ser miope y a lo mejor lo es. Bien mirado no es fácil adivinar si es miope o no es miope porque en la oficina, aunque trabaja junto al ventanal (desde el que divisa la caseta de Gen), arrima mucho los papeles a la nariz y, por otro lado, nadie, lo que se dice nadie, ni en el cine, aunque den películas en idioma original con subtítulos, le ha visto jamás usar gafas.

La caligrafía de Jacinto es minuciosa, lo mismo la inglesa que la redondilla que, en casos excepcionales (por ejemplo cuando realiza un pergamino de encargo), la gótica o la carolina, cuyos tipos garrapatea con una precisión y una pulcritud impecables. Al escribir, bizquea ligeramente del ojo izquierdo mientras con la mano del mismo lado da vueltas incansablemente a la medallita de oro que, desde que tiene uso de razón (y, por tanto, antes), pende de su cuello. Nada de esto resta firmeza a sus trazos (a los trazos de su caligrafía), que resuelve sin vacilaciones, de un solo golpe, de manera que entre los finos y los gruesos no existe solución de continuidad, es decir, uno se adentra en los gruesos de los caracteres fluidamente, insensiblemente, como en el remanso de un río inmediato a un rápido o una torrentera. Para sus labores utiliza tres tonos de tinta: azul, verde y rojo, azul para los enunciados (cuando existen, que rara vez existen) y rojo y verde para los guarismos, y tres tipos de plumines: corona, cigüeña y cervantina, plumines que cambia, cada vez que lo precisa, sin pérdida de tiempo aunque también sin apremios, y que humedece levemente con la puntita de la lengua (al estrenarlos) para que la tinta se adhiera.

Parece más bien un hombre meticuloso (Jacinto) y anhela la seguridad personal. Hace unos meses pasó por un período de zozobra al observar los progresos de las calculadoras en la oficina, imaginando que los peritos calígrafos constituían un gremio a extinguir, pero don Abdón, que es un padre para todos, le tranquilizó con su discurso de fin de año, cuando dijo que el más perfecto cerebro electrónico no valía ni para descalzar a un discreto artesano. Eso dijo don Abdón, que es un padre para todos, lo que sosegó a Jacinto, quien a menudo, ante las conquistas de la técnica, piensa que está de sobra y vive de la caridad. Sorprende la palidez de Jacinto; es, la suya, una palidez translúcida, como de porcelana fina, que apenas sombrea, en el rostro, la levísima huella de la barba, rubia intensa lo mismo que el cabello.

La clorosis de Jacinto tiene una propiedad: acentúa los colores de los objetos a los que se arrima (Jacinto), oscurece el papel más inmaculado, y el negro, junto a él, alcanza la calidad funeraria del azabache. Debido a la blanca transparencia de su piel, las venas de Jacinto tiñen de azul algunas zonas de su cuerpo, especialmente las sienes y las muñecas, es decir, que lleva las muñecas y las sienes a juego con los ojos.

Jacinto no es obcecado ni indiferente. Con sus jefes se muestra respetuoso, quizá por un sentimiento innato de sumisión, quizá porque el contexto histórico-social (como dice César Fuentes con su vocecita de castrado) no se presta a otra cosa, quizá porque la insumisión (piensa Jacinto) es generadora de discordias, quizá, en fin, porque es tímido (Jacinto) y su sola presencia (la del jefe) le amedrenta. En cualquier caso es un funcionario respetuoso y responsable y cuando Darío Esteban, el celador, acodado en el balaustre de su minarete de palo campeche, en el centro de la gran sala circular, enfoca los prismáticos hacia sus subordinados, rara vez se detiene en él (Jacinto) porque sabe, sin duda (Darío Esteban), que Jacinto es un funcionario escrupuloso que no ha venido a poner la mano ni discute el postulado («Orden es libertad») que rige el establecimiento. Don Abdón no enuncia estos postulados a humo de pajas, antes bien los razona, y en la última Navidad apuntaló su aserto en un proceso dialéctico irrebatible, vertebrado en cinco fases causalmenteencadenadas(orden-trabajo,trabajo-eficacia, eficacia-rendimiento, rendimiento-poder adquisitivo y poder adquisitivo-libertad), para concluir patéticamente con lágrimas en los ojos:

—¿Podéis concebir, hijos míos, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo?

Así dijo don Abdón la última Navidad y todos, empezando por Amando García, asintieron y aplaudieron a la alemana, esto es, dejando caer una y otra vez violentamente las tapas de sus pupitres sobre las cajoneras hasta hacer saltar la tinta de los tinteros.

Con la voluntad de cumplir por delante, a Jacinto no le incomoda el minarete de palo campeche, ni los prismáticos, ni que le vigilen, cosas que enojan, por ejemplo (aunque lo disimule), a su compañero Ginés Gil. Por supuesto tampoco le enoja a Jacinto ponerse disciplinadamente en pie al unísono con sus compañeros, cuando llega don Abdón, ni sincronizar su voz con las demás voces, obediente a la batuta de Darío Esteban desde su minarete: SU-MAR-ES-LA-MÁS-NO-BLEAC-TI-VI-DAD-DEL-HOM-BRE-SO-BRE-LA-TIE-RRA, O BIEN: HA-BLAR-DE-DE-POR-TES-ES-AÚN-MÁS-SA-LU-DA-BLEQUE-PRAC-TI-CAR-LOS, o bien: E-LU-DIR-LA-RES-PON-SABI-LI-DAD-ES-EL-PRI-MER-PA-SO-PA-RA-SER-FE-LI-CES, una u otra cosa, puesto que los eslóganes varían de acuerdo con la estación y las circunstancias.

De pronto tronaba la voz de Darío Esteban, el celador, por los

altavoces

—¡Sentarse, ar!

Para decir «¡Sentarse, ar!», Darío Esteban arranca de lo más profundo de su pecho la voz de barítono, lo mismo que para reconvenir persuasivamente a los funcionarios, cuando se tercia, saca la voz de bajo. Darío Esteban dispone de una variedad infinita de registros de voz. La cara de Darío Esteban es ancha y llena pero inescrutable, y sus movimientos y ademanes, cautos (con la cautela propia del hombre versátil) y morosos (con la morosidad propia del hombre cauto). Sus manos, aunque mochas, son grandes y cuidadas, y el anillo que ciñe el dedo corazón de la diestra infunde entre sus subordinados un respeto pastoral.

Así es que ordenaba Darío Esteban: ¡Sentarse, ar!, con voz de barítono, y ante su orden, todos se sentaban y reanudaban la tarea interrumpida y, a partir de ese momento y a lo largo de la jornada, no se oía en la gran sala otra cosa que el tictacraaak metálico de las calculadoras y el rasgueo, guegueeé, de las plumas de los peritos calígrafos sobre el papel. Darío Esteban, en tanto, oteaba en derredor suyo con los prismáticos, acodado en el balaustre del minarete como un marino en el puente, y, de cuando en cuando, se dirigía por el dictáfono a alguna mesa para reprender paternalmente a su ocupante o castigarle de rodillas de cara a la pared o a escribir mil veces «Debo ser aplicado» a la hora del recreo. También de Pascuas a Ramos (dos o tres veces por año) Darío Esteban interrumpía la tarea colectiva con un golpe de gong, ¡boooong!, y, una vez apagada la última vibración, explicaba:

—Daniel Gómez, un billón. Congratulémonos de la cifra alcanzada por este compañero.

Doscientos rostros con la cerúlea palidez del papel se alzaban del papel simultáneamente y un hervor de admiración, como de mar encrespada, emergía del ejército de escribanos, en tanto Darío Esteban, con su ancha sonrisa de sandía, descendía solemnemente de su minarete y, de puntillas sobre la muelle alfombra de nudos, se encaminaba hacia la puerta de caoba del fondo, se estiraba la americana azul marino, se centraba la corbata, pulsaba el botón del timbre protegido por una placa de oro, aguardaba unos segundos a que se iluminara el piloto verde, emitía un comprometido carraspeo y se introducía, al fin, en aquel despacho donde nadie fuera de él tenía acceso. Ahora sí, y por eso Jacinto tiembla como un azogado y experimenta flojera en las articulaciones (las rodillas principalmente) y como calambres en la boca del estómago, hasta que se ve sentado en el tajuelo y don Abdón rompe el silencio, y lo primero que le dice don Abdón es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Hay otros temas tal vez más importantes de que tratar, como los salarios, la disciplina o la organización de la Casa, sin duda los hay (temas de que tratar), pero esto es lo primero que le dice don Abdón, encampanando la voz y pellizcándose insistentemente las puntitas de los pezones, «Usted es tímido, ¿no es cierto?». Y Jacinto, sentado en el tajuelo, le contempla (a don Abdón) en alto, enmarcado por el baldaquino de oro, inaccesible, sobre el basamento de mármol de Carrara, un coro de rubios niños alados decorando la alta cúpula. Pero para verle (a don Abdón), Jacinto ha de echar la cabeza hacia atrás violentamente y tirar del pescuezo todo lo que éste (el pescuezo) dé de sí, de manera que la nuez le oprime y siente un dolor agudo (debido al peso de la cabeza) en la apófisis de la primera vértebra cervical. Y al preguntarle don Abdón si es tímido, él (Jacinto) asiente medio desmayado desde el tajuelo, simplemente baja dos veces la cabeza, tanto para asentir como para aliviar temporalmente la doble tensión.

Jacinto está perplejo en aquella inmensa estancia desierta, llena de concavidades resonantes (testero, hornacinas, cúpula), enlosetada de mármol blanco, con el graderío y el basamento y el baldaquino (de retorcidas columnas salomónicas) de oro y los niños trompeteros arriba, y los escribas, copistas e impresores en los frescos laterales, cada uno (escribas, copistas e impresores) de una época y todos (escribas, copistas e impresores) realizando, indefectiblemente, cabalísticas operaciones aritméticas. Y para rematar el insólito cuadro, don Abdón, encuclillado sobre el ara, los brazos cruzados sobre las maternales tetitas desnudas, negros los pezones, como un buda. Los pechos henchidos de don Abdón producen en Jacinto un complejo sentimiento, mezcla de atracción, confusión y arrobo. En la piscina, don Abdón suele cubrirlos (los pechos) con un sujetador de lunares rojos, pero ahora los exhibe desnudos, turgentes y picudos como dos melones. Y a él (a Jacinto) le obsesiona la negrura de los pezones y confusamente intuye la razón de Darío Esteban cuando proclama: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y allí, en las abrigadas y acogedoras turgencias pectorales de don Abdón, barrunta (Jacinto) que se esconde la seguridad perdida. Pero, ¿cómo acceder a ella? No puede reflexionar (Jacinto). Se siente identificado con aquellos niños rubios, de ojos azules, que decoran la cúpula y sostienen, como al desgaire (sin interrumpir sus juegos), una cartela dorada de caracteres rojos que caracolea en los extremos y reza: orden es libertad. Mas Jacinto se desconcierta porque, junto a los pechos, están los bíceps tensos, trabados como nudos, de don Abdón, en paradójico contraste con sus negros pezones nutricios, y aquellos músculos junto a las turgencias bamboleantes le cohíben (a Jacinto) como si sorprendiera a una mujer y un hombre desnudos, pegados el uno al otro. «Regazo materno y brazo fuerte», suele decir Darío

Esteban para expresar simbólicamente la autoridad deseable: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Eso es. Y allí se alza, dominante y mudo, en cuclillas, recuadrado por el dosel y el baldaquino de oro, bajo los niños mofletudos que soplan las trompetas. Y lo primero que le dice (don Abdón) a Jacinto es:

—Usted es tímido, ¿no es cierto?

Y Jacinto asiente, humilla la cabeza por dos veces, sin palabras, porque la voz se le ha estrangulado en la garganta y, también, porque la tensión de la nuez y el dolor de la nuca van haciéndosele insoportables. Así que asiente (Jacinto), sentado en el borde del tajuelo, y don Abdón, entonces, ahueca su voz híbrida para sentenciar:

—Para el hombre tímido, la solución un seto.

—¿Un seto? —surge su voz (la de Jacinto) como un quejido, quebrada y rasposa, y sonríe perplejo (Jacinto) porque doña Palmira acostumbra a decirle, cada vez que le sorprende regando la begonia, la sansivieras y el ficus, acostumbra a decirle, «Ésta es tarea de señoritas, señorito Jacinto». Por eso sonríe (Jacinto) al preguntar a don Abdón: «¿Un seto?».

Mas todo esto aconteció unos días después de que Jacinto se marease en la oficina al hacer ceros. Cada trimestre y al cabo del año, don Abdón entregaba personalmente los Premios del Sumador, consistentes en un Diploma y una cantidad en metálico, y no era infrecuente que, al final de la ceremonia, se emocionase y, con lágrimas en los ojos, les dijera que la Casa era suya y que, por tanto, engrandeciendo la Casa se engrandecerían a sí mismos. Bien mirado, don Abdón había revolucionado el lugar y toda actividad y todo comentario giraban ahora en torno suyo, y la gente decía: «No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa», y la propia doña Palmira reconocía a menudo ante Jacinto, «Gracias a don Abdón somos lo que somos». El mero hecho de pronunciarse en la calle el nombre de don Abdón ya era motivo para que los hombres se descubriesen y las mujeres musitasen reverentemente «Es un padre y una madre para todos» e incluso, cuando Genaro fue degradado, la gente apostillaba «Si es otro, le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», eso decían, y así, cuando desfilaba por las calles (don Abdón) en su coche color guinda, provocaba ovaciones espontáneas y manifestaciones de afecto y las jóvenes madres, obstinadas, arrimaban sus bebés a las ventanillas del coche color guinda para que don Abdón acariciase sus rubias cabezas.

Algunas tardes de invierno, don Abdón acudía al cine o al teatro, y en esos casos, las taquilleras dejaban sin despachar la localidad de delante, para que nadie le estorbase la visibilidad, y las de los costados, para que don Abdón pudiera recostarse ora de un lado, ora del otro, sin impedimentos. Mayor conmoción producía aún en verano

su llegada a la piscina, coreada por los altavoces con el pasodoble *El único*, a cuyos compases la gente iba saliendo del agua y arracimándose en los bordes de la piscina en espera de que él (don Abdón) apareciese con su bikini blanco de lunares rojos y el flotador verde ciñendo su cintura. No era alto don Abdón, pero su aspecto restallante y macizo infundía confianza a sus conciudadanos, quienes solían decir: «Tenemos hombre para rato». De las caderas al cogote, la figura de don Abdón se afilaba como un tronco de cono y su cuello sólido y poderoso, salpicado de pecas (si tomaba el sol las muchachas le cubrían peca a peca con confetis, previniendo que alguna de aquellas manchas, con el tiempo, pudiera degenerar en algo maligno), se remataba en un cogote recto, de cepa aria, con el pelo entrecano cortado a cepillo. Y así que don Abdón, agarrado a la escalerilla blanca, se rociaba la nuca y el estómago, los asistentes sonreían y se daban de codo y se decían: «Trata de prevenir la congestión; no es tonto, no». Y cuando, al fin, se zambullía, se abría en torno un devoto silencio y, tras unas brazadas preliminares, inútiles, aguardaba la voz, «¡Sin flotador, don Abdón!», y él (don Abdón), complaciente, se sacaba el flotador por la cabeza, erguía el pestorejo y se chapuzaba braceando y pateando, sin coordinar sus movimientos, de tal modo que los de sus pies neutralizaban los de sus manos, aquietándole, como un cernícalo cernido en el aire. Los bañistas asentían, «¡Cómo progresa! Mentira parece en tan pocos años», y alguno, más audaz: «¡Bucee un poco, don Abdón!», y él, don Abdón, sin hacerse de rogar, sumergía su cabeza cuadrada durante unos segundos y pateaba el agua rabiosamente, mas jamás conseguía que su amplio trasero pintojo desapareciese bajo la superficie del agua. No obstante, la admiración de los bañistas se traducía en exigencias: «¡Don Abdón, la plancha!», «¡Don Abdón, a braza!», «¡Ahora donde le cubre, don Abdón!», y don Abdón a todos complacía, y «¡Qué atento es!», comentaban los bañistas, y una vez satisfecha la concurrencia, don Abdón afloraba y, mientras se embutía en el albornoz rojo que Honesto le tendía, la gente le ovacionaba cariñosamente hasta que se eclipsaba en la tienda de rayas blancas y azules (diez veces más espaciosa que la de Gen).

Don Abdón despertaba en todas partes oleadas de afecto y, si acaso arribaba a la ciudad algún forastero, la gente se apresuraba a informarle: «Antes de llegar él, muerto y bien muerto estaba esto y ahora ya ve». Y si acaso actuaba en la localidad una orquesta afamada y don Abdón irrumpía en el concierto de improviso, el auditorio, enardecido, exigía del director que le encomendase algún instrumento, bien la flauta, bien el clavicordio, bien el trombón y, al final, ineluctablemente, la audición se remataba con un solo de don Abdón al bombo. Los aplausos atronaban y las gentes intercambiaban

miradas y signos de aprobación y comentaban «¡Qué facilidad!, cualquiera diría que en toda su vida no ha hecho otra cosa».

Hacia don Abdón siente Jacinto una admiración o un temor reverentes (en cualquier caso circunspectos). Instintivamente parece agradecerle que, disponiendo del poder, no lo use contra él. En los meses pasados, ante la invasión de calculadoras, Jacinto temió quedar cesante, pero el discurso de fin de año de don Abdón le dejó más sosegado. Don Abdón dijo entonces, para todo el que quiso oírle, que el mejor cerebro electrónico no servía para descalzar a un discreto artesano, así dijo don Abdón con motivo de las fiestas de fin de año, y como quiera que Jacinto tiene conciencia de ser un perito calígrafo más que discreto, quedó tranquilo. Tal vez, en el fondo, Jacinto intuye que don Abdón vela por él y cuando Amando García o Ginés Gil, otro que tal, hablan a la salida o en el refectorio del Capicúa o la Otis Encelada, él (Jacinto) se desentiende y hace como que no los oye, porque si por un lado es respetuoso con sus jefes (o lo parece), por otro le desagrada erigirse en delator (o lo teme). Por eso suele hacerse el distraído aunque para las malas lenguas, que nunca faltan, don Abdón sea el Capicúa y la Otis Encelada. Lo de Capicúa, aunque no exacto, resulta claro (don Abdón), y lo de Otis Encelada, aunque más rebuscado, tiene su razón de ser, la que formula Ginés Gil, experto cazador, según el cual, a la avutarda (cuyo nombre latino es otis), cuando le llega el celo primaveral, se le hincha el cuello de una manera disforme y, habida cuenta de que el cuello de don Abdón es una pieza apoplética, robusta y rojiza que compone un todo con el cogote, lo de Otis Encelada encierra, aplicado a él, cierto sentido. Sin embargo, Jacinto, que es de natural probo y respetuoso con sus jefes, jamás emplea motes, ni con los de arriba ni con los de abajo, y designa a cada cual por su nombre cristiano. Únicamente a Genaro Martín le llama Gen por la fuerza de la costumbre desde que fue degradado, quizá porque el hecho de moverse a cuatro patas y de levantar las de atrás en las esquinas y en los huecos de los árboles, le impone el monosílabo, pero en todo caso no es el suyo un monosílabo despectivo, puesto que a Gen le aprecia e intercedió por él (por Gen) a su tiempo, y cada vez que le ve le rasca entre los ojos o le palmea afectuosamente los costillares.

A más de probo, Jacinto es pacífico y bondadoso o a lo mejor es pusilánime (Jacinto), pero prefiere pasar por no-violento antes que por cobarde; el caso es que rehúye los enfrentamientos, aunque por otro lado no es amigo de reticencias (Jacinto) y si una solicitud le parece justa no se retrae en apoyarla. Por lo general (Jacinto) procura defender al débil, aunque eso sí, sin poner demasiado ardor en el empeño, quizá por temor de que la cólera, la insolencia o la crueldad de los fuertes puedan volverse contra él. Así sucede, por ejemplo, con

las novatadas que organiza Amando García o con las bromas que gasta en la calle (Amando García también) cuando se finge borracho o cojo o ciego y hace dar frenazos coléricos a los coches o pide a las chicas guapas que le ayuden a cruzar la calzada y, una vez en la otra orilla, desorbita los ojos, mueve las orejas en un gesto muy peculiar, les estampa (a las muchachas) un beso en la mejilla y les dice: «Gracias, guapa; en la vida vi unos ojos más hermosos». César Fuentes dice de él (de Amando García) que tiene castrado el corazón, como todos los asténicos. César Fuentes respira por la herida y para él todo el mundo anda castrado de un sitio o de otro, aunque Ginés Gil puntualiza que lo que le ocurre a César Fuentes es que es un resentido que no sabe encajar bromas.

Desde su ingreso en la Casa, César Fuentes se arrimó a Jacinto, quizá porque el día de su llegada fue Jacinto el único que intercedió por él e intentó disuadir a los compañeros de su actitud, haciéndoles ver que acababa de llegar del pueblo (César Fuentes), mas Amando García dijo: «Un paleto, miel sobre hojuelas», y le hizo subir a la terraza con todos detrás y le amarró una cuerda al escroto y en el otro cabo un ladrillo (pasando el cordel por el agujero del centro) y todos reían y Amando García le dijo a César Fuentes, moviendo cómicamente las orejas, «Ahora tira el ladrillo por encima de la balaustrada, anda», y César Fuentes le replicó (a Amando García) «Ay, no, me puedo lastimar», y Jacinto le hizo un guiño de complicidad a César Fuentes previniéndole que Ginés Gil cortaría el cordel a tiempo y la sangre no llegaría al río, o sea que era una broma, pero Ginés Gil, fuese por la mella de la navaja (como afirmaba después, adoptando un socarrón aire compungido y analizando la hoja), fuese por el afán de apurar la novatada hasta el fin, falló esta vez, por lo que fuese no cortó el cordel, y, tras muchas vacilaciones (de César Fuentes), el ladrillo saltó violentamente el antepecho arrastrando en pos de sí los testículos de César Fuentes, quien, al sentir el pungente desgarrón y observar las carcajadas en torno, se puso lívido y se desmayó, y Amando García, entre la hilaridad general, se asomó al pretil y dijo: «¡Anda coño, pues no se ha comido Gen las partes del paleto!» y, ante este desenlace inesperado, las risotadas subieron de tono, pero como César Fuentes no llevaba camino de volver en sí, pese a que Jacinto iba y venía del lavabo y le ponía en la frente algodones empapados en agua fría, los compañeros dieron la broma por concluida y fueron bajando de la azotea, en grupos de tres o cuatro, comentando las incidencias de la novatada (la cara de César Fuentes antes y después, la glotonería de Gen, el ingenio de Amando García) y el escaso juego que había dado el nuevo, mientras Jacinto iba y venía del servicio (caballeros) y le aplicaba mercromina en el escroto desgarrado. Al recobrar el conocimiento, las primeras palabras de César Fuentes

fueron:

—¿Me caparon al fin esos maricas? —dijo, y Jacinto asintió y, como sorprendiera en el rostro de César Fuentes una mueca de rebeldía, intentó tranquilizarle:

—No te preocupes —dijo—, hoy día con eso de los trasplantes se hacen milagros.

César Fuentes vociferaba, las manos aprisionadas entre las piernas, y, a cada grito, sangraba más y, en vista de ello, Jacinto envió razón a Darío Esteban, quien, al ver el cuadro, no pudo reprimir la risa y reprendió a César Fuentes y le dijo, con su grave voz de bajo, que si es que en su pueblo no se gastaban bromas, que enfadarse por una broma era prueba de incivilidad, que las novatadas curtían a los hombres, y, por último, que no se inquietara por tan poco, que los atributos masculinos no servían para sumar y que la Casa contaba con Refugios de Recuperación suficientes como para internar en ellos simultáneamente a todos sus empleados y que precisamente ésa era su gloria, pero, cuando César Fuentes regresó del Refugio de Recuperación, Jacinto pudo comprobar que la novatada, lejos de curtirle, le había debilitado: con la robustez de los músculos, César Fuentes había perdido la barba y el vello y la voz se le había aflautado.

A partir de entonces, Jacinto procuró solidarizarse con César Fuentes, estimularle, pero César Fuentes se hizo un maniático depresivo, los compañeros le llamaban Cesárea y él (César Fuentes) se obstinaba en que el hombre no era más que una fábrica de heces y si, en un noble afán de recuperarlo, Jacinto aludía torpemente a las mujeres, César Fuentes replicaba que la mujer era otra fábrica de heces generalmente más chica.

La tablilla, a la puerta de la cabaña, reza: «Refugio de Recuperación n.° 13». Y antes de entrar en él (en el refugio), Jacinto protege los ojos con la mano derecha a modo de visera, y aún puede vislumbrar el coche de Darío Esteban, envuelto en una nube de polvo rojizo, perdiéndose en lo alto de la vaguada. El polvo se cierne unos minutos sobre el valle y va disipándose gradualmente en la atmósfera queda y transparente. Se siente débil (Jacinto) pero inusualmente tranquilo y, al volverse, examina el refugio, revestido de troncos de pino, con tejado (de vertientes muy pronunciadas) de lascas de pizarra gris. En la trasera se halla el pozo, con el tinglado del depósito del agua en alto, el conmutador del motorcito y, debajo, el chamizo para aperos y herramientas. Darío Esteban le advierte al despedirse: «En la bodega hay de todo, Jacinto San José, víveres y combustible suficientes para medio año». El doctor le ha recomendado, sin embargo, dos meses de reposo ininterrumpido, y el propio Darío Esteban se lo repite en el coche, tan pronto Serafín pone el contacto: «Con dos meses, Jacinto

San José, se repondrá. Esto suyo es una neurosis del sumador corriente y moliente». Luego, al doblar la esquina, Darío Esteban le enrolla un tapabocas de lana hasta los ojos, le hace recostar la cabeza en su hombro, y le dice suavemente: «No se preocupe por nada, Jacinto San José; la Casa lo ha previsto todo», solamente esto dice, y Jacinto se apoya confiadamente en su hombro y cierra los ojos porque el roce de los pelos de la bufanda se los irrita (los ojos). De vez en cuando, Darío Esteban le interroga: «¿Duerme, Jacinto San José?». El «No, Darío Esteban» de Jacinto sale como sofocado por entre la trama del tejido, pero se deja conducir (Jacinto) y, al cabo de media hora, oye la voz grave de Darío Esteban que repite monótonamente: «Dos cosas quiero que se le graben a usted en la cabeza, Jacinto San José, sólo dos cosas, pero por favor no las olvide. Primera: Darío Esteban jamás dijo "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción"; eso son habladurías a las que usted no debe prestar oídos, y, segunda, ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni lingotes, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, ¿me comprende? Ustedes suman sumandos, ¿me oye?, creo que la cosa está clara». Jacinto intenta responder que sí, pero el tapabocas le amordaza y, por ello, se limita a asentir con la cabeza y Darío Esteban, que le ha pasado un brazo por los hombros, al observar sus esfuerzos, le oprime contra sí de forma que Jacinto advierta en su carne la huella del anillo pastoral, y le aconseja: «No se esfuerce, Jacinto San José, yo sé que me comprende». Después se abre el silencio y Jacinto, a pesar de la bufanda y a pesar de los párpados cerrados, siente los trazos verticales de los árboles y los livianos baches de la carretera y el rumor y el olor a paja quemada de los pueblos que atraviesan, y cada cierto tiempo Darío Esteban le pregunta: «¿Qué sumamos en la Casa, Jacinto San José?». Y él responde brumosamente, como desde las profundidades de un pozo: «Sumandos, Darío Esteban».

Al asomarse al arcén, divisa (Jacinto) dos bandas brillantes en la superficie del agua y vocea «¡Jacintooo!» y las entrañas del pozo responden «¡Intooo!» y la vaguada dice también «¡Tooo!» y, tras el último eco, Jacinto sonríe y sale al sol, a la parte delantera del refugio, sobre la ladera que desciende suavemente hasta lo hondo del valle donde zigzaguea un arroyo de viva corriente cristalina, flanqueado de madreselvas, salces y zarzamoras. Más allá (del arroyo) la pendiente se empina de nuevo y la tierra rojiza, arcillosa, se abriga de pequeños robles, color café con leche, que se dispersan a medida que la ladera asciende. Casi en la cumbre, se divisa una franja de farallones rezumantes por el deshielo, y el gris de las rocas se torna amarillo y negro en las grutas y concavidades a causa de la humedad. En los calveros crece, a corros, la grama, de un verde violento en contraste con el rojo de la arcilla. Los robles de la ladera rematan la

perspectiva a la izquierda, en la gran curva del valle, en tanto a la derecha ralean (los robles) entre una vegetación baja de brezos, espinos y aliagas florecidos. Junto al río, las ruinas de un viejo molino con dos muelas abandonadas, montadas una sobre la otra y, poco más abajo, un colmenar con seis dujos empotrados en la piedra parda ponen (molino y colmenar), en la corta y abrupta perspectiva, los únicos indicios, muy vagos, de compañía. Sobre este último (sobre el colmenar), en un claro como de una hectárea, donde el declive es menos acentuado, la tierra ha sido subsolada hace tiempo y el sol dibuja, entre los cavones rojos, brochazos profundos de sombras negras. Su mundo (el de Jacinto) concluye poco más allá entre una espesa cortina de pimpollos repoblados quizá diez años antes. (También los pimpollos se alzan tras la cabaña, acotando la perspectiva por este lado.)

Jacinto inspira el aire, lenta, dosificadamente, y va expulsándolo en siseos entrecortados, pssssstpssssst, haciendo consciente el mero hecho de respirar, concentrando sus cinco sentidos en el empeño. Pero Darío Esteban cree que se ahoga y le dice sobresaltado: «¿Tiene calor, Jacinto San José?». Y Jacinto asiente con la cabeza, que es su sino, y, ante su ademán, Darío Esteban desenrolla el tapabocas y le dice: «¿Por qué no lo dijo antes?». Y en el momento de abrir sus ojos deslumbrados (Jacinto), Serafín abandona la amplia carretera gris y toma otra carretera gris más estrecha y, un cuarto de hora más tarde, otra carretera, blanca, más ancha y, poco después, otra carretera de tierra rojiza aún más estrecha que la estrecha gris, y, por último, el camino, casi borrado por los tomillos y la galloga, y una vez más le dice Darío Esteban: «No lo olvide, Jacinto San José, Darío Esteban jamás dijo "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción" y "En la Casa no sumamos francos suizos, ni dólares, ni kilovatios-hora, ni señoritas en camisón sino única y exclusivamente sumandos", grábeselo en la cabeza». De pronto adelanta el busto (Darío Esteban) y anuncia: «Ya estamos llegando», y el coche vira entre cárcavas y matos de roble y, en ocasiones, abandona el camino para sortear una piedra y, en tales trances, Darío Esteban murmura «¡Cuidado!», y, al coronar la vaguada, aparece el tejado gris de pizarra y los dos frondosos olmos y el tinglado para el depósito y la caseta del motorcito detonando entre el verde de los pinos y el rojo de la tierra. Y una vez que Serafín detiene el automóvil, y Jacinto y Darío Esteban se apean, éste pretende inspirar hondo al tiempo que dice: «Cómo le envidio a usted, Jacinto San José», pero se le atraganta la brisa incontaminada del páramo y se le enreda entre los bronquios y le hace toser (él pretende conjurar la tos llevándose a la boca la mano del anillo) y enrojecer y doblarse por la cintura, entre ahogos y broncos carraspeos, y Jacinto le propina respetuosas palmaditas en la espalda (los primeros auxilios)

hasta que el ataque cesa y Darío Esteban se yergue entonces y le entrega el enorme bolsón de plástico con las semillas y le indica la línea tirada a cordel alrededor del refugio, donde la tierra aparece cuidadosamente rastrillada, y le dice: «Ahí debe usted poner el seto, Jacinto San José. La cama ya está hecha; no tiene usted más que sembrar y regar».

Pero todo esto ocurría después de que Jacinto se mareara en la oficina al hacer ceros. Jacinto, a primera vista, con sus ojos azules aguanosos, produce la impresión de ser miope (además de probo) y a lo mejor lo es, pero esto no puede saberse a ciencia cierta porque, aunque nunca usa gafas, en la oficina arrima los papeles hasta casi rozarlos con la punta de la nariz, y las tardes de los domingos, que suele dedicar a jugar al parchís con doña Palmira, doña Presenta, la cuñada de su patrona, y la señorita Josefita, la huérfana del piso de abajo, ruega a aquélla (doña Palmira) que baje la lámpara de flecos granates sobre el tablero de modo que hasta el más cegato pueda distinguir los números.

En vida de don Cristóbal, el marido de doña Presenta, la cuñada de doña Palmira, asilado en los Hermanitos de don Abdón porque se hacía todo en la cama, no jugaban al parchís ya que a don Cristóbal le aburrían los juegos intelectuales y «Yo si juego —decía— es para no pensar, ji-ji-ji», porque siempre hacía ji-ji-ji don Cristóbal después de hablar, aunque no dijera más que dos palabras, y, en vista de su actitud, jugaban a las carreras de caballos y a los entierros, porque a don Cristóbal le entusiasmaba hacer de jockey o de muerto, en particular lo primero, y cada vez que se ponía una escoba entre las piernas y correteaba atolondradamente por el pasillo, gozaba como un niño. De ordinario, estas reuniones terminaban antes de tiempo porque se conoce que, con las emociones, se le aflojaban a don Cristóbal los esfínteres y se hacía caca y pis en los pantalones y doña Presenta había de llevarle a toda prisa de la mano a los Hermanitos para que le mudasen. Y, tan enseñados estaban a él (a don Cristóbal ji, ji, ji), que el día que murió pareció morir con él toda iniciativa, hasta que pasadas unas semanas de desconcierto, doña Palmira, muy aficionada a las cartas, propuso jugar a la mona y al que perdiera darle el repelús.

Doña Presenta dirigía el repelús, naturalmente si no era ella la perdedora, y, a cada correctivo que imponía, le agradaba deletrear sádicamente la sentencia: «¡Sota!», exclamaba, y luego, mientras golpeaba la mano de la víctima, añadía: «Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña». O: «¡Cuatro, sopapo!», y lo propinaba. O: «¡Tres, revés!», y lo propinaba.

O: «¡Rey!, rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña», y propinaba cachetadas progresivas en el dorso de la mano del

vencido, generalmente sin ensañamiento, excepto si salía «¡Cinco!, pellizco», puesto que, en este caso, doña Presenta estrujaba sin piedad las carnes de su víctima en un pellizco de monja, retorcido, ceñidísimo, hasta que aquélla (la víctima) gritaba: «¡Si empiezas así no juego!», gritaba, pero era algo superior a sus fuerzas (a las de doña Presenta) y Jacinto lo sabía y como Jacinto es un ser incapaz de evitarse un dolor a costa de quitar un gusto al prójimo, solía concluir el repelús, cuando perdía, con la mano en carne viva.

Meses después, al quedar huérfana la señorita Josefita, la invitaron a subir las tardes de los domingos y, aprovechando que eran cuatro, echar unas partiditas de parchís. La señorita Josefita era ya talluda, aunque se conservaba delgada, y acababa de empezar a jugar con las fichas amarillas después de tres años de luto riguroso porque doña Presenta le aseguró que el amarillo era alivio. Jacinto, hombre servicial a más de probo, así que la señorita Josefita planteó el problema a raíz de su orfandad, recorrió todos los bazares de la ciudad buscando fichas negras y, como no las encontró del tamaño adecuado, adquirió unas de damas, pero resultaron grandes para los recuadros del parchís y, como Jacinto es capaz de hacerse los sesos agua antes que dejar a un prójimo en la estacada, resolvió la cuestión ahumando con una cerilla las fichas rojas antes de comenzar la partida. Mas con el uso y el manoseo, el humo se desprendía y cuando más abstraídos estaban en el juego, la señorita Josefita decía histéricamente cubriéndose los ojos con sus deditos de alambre: «Lo rojo, Jacinto, se ve lo rojo, me da reparo», decía, y Jacinto, pacientemente, extraía del bolsillo del chaleco la caja de fósforos y ahumaba la ficha de nuevo, y la señorita Josefita le sonreía y, al sonreír la señorita Josefita, se acentuaban las patas de gallo en los vértices de sus ojos, mas Jacinto, que a más de probo es un hombre bienpensante, no infería de ello que fuese vieja sino que su cutis era suave y delicado como el papel de fumar.

Con frecuencia, doña Palmira, ante estas manifestaciones de bondad, exclamaba: «¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?». Jacinto habrá escuchado esta exclamación posiblemente tres o cuatro millares de veces, pero no reparó en su alcance hasta que César Fuentes (Cesárea por mal nombre) le dijo una tarde junto al río, con la misma vocecita atiplada de doña Palmira, cuando él (Jacinto), una vez más, intentaba rescatarle de su frustración: «¿Se puede saber de qué nido te has caído tú?», le preguntó César Fuentes, y, a partir de ese momento, Jacinto empezó a considerar la posibilidad de haberse caído de un nido y aun se interrogaba en el espejo sobre los lugares de donde podía haber caído. Doña Palmira coincidía con César Fuentes o, mejor dicho, César Fuentes coincidía con doña Palmira, quien cada vez que Jacinto

regaba los tiestos o migaba pan en el balcón a los gorriones, le decía: «¡Ay, señorito Jacinto, a buen mundo ha venido usted a parar!», o bien, «Es usted demasiado de bueno para estos tiempos». Y Jacinto, aunque generalmente atribuía las expresiones de doña Palmira al sentimiento de la maternidad truncada propio de las sesentonas cálidas y célibes, empezó a dudar e incluso a admitir que bien pudiera haber caído en el mundo como un meteorito sin que nadie le llamara y, lo que era peor, sin que nadie le esperase.

Mas, a pesar de tener la convicción de no ser un niño de la piedra, puesto que en el registro figuraban los nombres de su padre y de su madre, Jacinto no podía recordarlos y los paréntesis con el «fallecido» o «fallecida» se le antojaban unos segundos o terceros apellidos, como un refuerzo en la matización. De su primera infancia, apenas conservaba Jacinto la huidiza imagen de una frondosidad humana tibia y protectora, un ancho muslo galopante que en ciertos raptos de exaltación afectiva le estrujaba vigorosamente contra sus senos opulentos y le decía «corona» y «sol de mediodía» (desde entonces estas expresiones encierran para Jacinto, junto a la añorada sensación de seguridad, la quintaesencia del cariño desinteresado). Doña Palmira puntualizaba que en punto a abnegación, dejando de lado su riqueza en leche, nada como las amas gallegas, y el caso es que ella, la opulencia tibia y protectora, le dio su leche y años más tarde la noticia: «Tus papás, corona, murieron juntos electrocutados en una bañera».

¡Qué prisas!, ¿no es cierto, Jacinto? Tendrían que ir al teatro o algo parecido. (Jacinto abre mucho los ojos, pliega la frente, se palpa las mejillas y el espejo le devuelve su insulsa imagen. Su rostro crudo le apena. Se analiza minuciosamente.) *Eres un bicho raro, Jacinto, no digas que no, que a saber de qué nido te habrás caído tú, ya ves otros hombres a tu edad: casados y con un hogar que mantener. Sí, ya lo sé, a ver si crees que me chupo el dedo, Jacinto, figúrate si te conozco, menuda, lo que tienes es miedo, no disimules, miedo y nada más que miedo, y con tus reservas lo que quieres evitar es tener un hijo como tú, tan desconcertado y pusilánime, o como Gen sin ir más lejos, que por mucho que digas que Gen es feliz porque ha superado el complejo racional de pensar la mosca, a ti no te agradaría un hijo como Genaro, ¿verdad que no?, porque Genaro tendrá todo resuelto, no ha de preocuparse de la comida ni del qué dirán y, por añadidura, no está en condiciones de pensar la mosca ni está responsabilizado, una bicoca, todo lo que tú quieras, Jacinto, pero con eso y con todo no te engañes, a ti no te gustaría un hijo como Gen, reconócelo, un individuo tumbado todo el día de Dios a la solisombra del alerce, un abúlico, que por muchas vueltas que le des, no hace otra cosa que orinar y mendigar un cacho de pan y una caricia del primero que pasa. En eso, de acuerdo, te dan a elegir entre Genaro y Amando García y te quedas con el*

del medio, lógico, menudo punto Amando, castrador de oficio o como quieras llamarlo, que te pones a escoger entre el castrador y el castrado y te buscan otra empatadera, Jacinto, que tampoco sería un plato de gusto un hijo como César Fuentes, ahí le tienes, desgraciado para los restos, ni carne ni pescado, que no es que sea un hermafrodita, qué más quisiera, ésos están por encima del bien y del mal, ahí tienes a don Abdón... Pero lo que es a ti se te ve venir de lejos, Jacinto, ya ves qué cosas, que lo que tienes es miedo, puro miedo, pero por mucho miedo que tengas, el mundo no va a cambiar por tu miedo; te guste o no te guste el mundo es así, Jacinto, eso por descontado, y si te asustan las novatadas de Amando García, o el Rey de Bastos o el Blanco de la Feria, no es porque sean bromas pesadas sino porque a ti, hijo, se te ha parado el reloj, como suele decirse, no has evolucionado, vaya, te vas afeminando, Jacinto, convéncete, que hay que echar esos escrúpulos por la borda, que si la ley espera a que las niñas se hagan mujeres para autorizar el matrimonio y que puedan procrear, tú nada vas a adelantar aguardando a que las mujeres dejen de serlo para constituir un hogar sin hijos, Jacinto, testarudo, que eso va contra natura, ¿oyes?, y por otro lado, la señorita Josefita, con todo lo cabal que es, tampoco va a servirte, Jacinto, que tú lo que deseas son unos pechos de seguridad, y ella de eso nada; ¡anda éste!, unos pechos de seguridad, qué más quisiéramos todos, menuda, unos pechos salvamiedos, como cuando niños, igual, te quedas solo pidiendo, Jacinto, que eso se acabó con el destete, ya no queda, que el mundo ha dado muchas vueltas desde entonces y, después de todo, criaturas nacen todos los días, a ver por qué regla de tres tú no vas a engendrarlas, que es un pánico loco el tuyo, Jacinto, y eso no conduce a ninguna parte, te lo digo yo, que todas las cosas tienen sus riesgos y los hijos más, evidente, qué me vas a decir a mí, de siempre, ahí tienes la estatua del pasaje Laoconte y sus hijos devorados por las serpientes, menuda, como para echarlo a barato, si me hago cargo, pero te guste o no te guste, la vida es así, Jacinto, la vida es eso, devoras o te devoran, y si tú enseñas a tus hijos a no devorar les estás enseñando a ser víctimas, ya ves qué gracia, y si les enseñas a devorar les estás educando para ser verdugos, que tampoco es un momio que digamos, Jacinto, yo mismo lo comprendo.

Todo lo vivo movía a Jacinto a compasión. Los sábados, que en la oficina hacían semana inglesa, guardaba en el bolsillo de la gabardina la tapa de su bocadillo y a mediodía se llegaba al lago del parque en cuyas orillas se concentraban cisnes, pavos reales, patos, palomas y gorriones y, una vez entre ellos, Jacinto emitía un silbido especial, bic-biiiiiiiibic, y, en pocos segundos, se veía rodeado por toda la fauna de los alrededores. Su figura desmedrada resultaba tan inocua que palomas y gorriones se encaramaban sin recelo en su cabeza y sus hombros reclamando su ración y él sonreía, extraía del bolsillo el trozo de pan, sonreía, y murmuraba «Vamos, vamos, poquito a poco,

hay para todos», sonreía y lo iba migando en el suelo pero, al acabar, le conmovían las implorantes miradas de las aves tímidas que no lograron atrapar ni una miga. Ello le indujo (a Jacinto) a dedicar a los pájaros los últimos miércoles de mes, y así, esos días, al salir de la oficina, compraba una hogaza de dos kilos y la migaba en la explanada del estanque. Los gorriones, con su agilidad diminuta, chipchissis, agarraban las migajas casi en el aire, mientras los patos y los pavos reales, poseídos de su corpulencia, espantaban con su aleteo, zás-zás, a las palomas, cuyo zureo tristísimo, zurrur, acongojaba a Jacinto, quien (Jacinto), para evitarlo, se volvía y revolvía, daba una carrerita y súbitamente regresaba, brincaba, se subía a un banco, intentando por todos los medios ahuyentar a las aves más poderosas, dar esquinazo a las más hábiles, pero, hiciera lo que hiciese, las cándidas palomas, zurruuur, quedaban ayunas y Jacinto pensaba que nada conseguiría aumentando el tamaño de la hogaza para repartir más entre los mismos, sino que la cuestión estribaba en poner coto a la avidez insaciable de los fuertes y los arteros, ya que sin detener a los fuertes y los arteros, los débiles no comerían nunca, se decía, y esto le ponía melancólico y como apesadumbrado y reflexionaba sobre ello en su habitación, mientras regaba la begonia, la sansivieras y el ficus. Entre las plantas no existía competencia porque todas y cada una disponían de un pedazo de tierra, de un cepellón donde arraigar (pensaba) y él (Jacinto) las regaba diariamente, al caer la tarde, y, después, se extasiaba ante la nervadura difusa de la begonia, las recias hojas de bordes amarillos, erectas como espadas, de la sansivieras, y la caprichosa arquitectura troceada del ficus. Y si accidentalmente asomaba doña Palmira y le sorprendía en trance, le reconvenía maternalmente: «Regar tiestos es tarea de señoritas, señorito Jacinto. ¿Puede saberse de qué nido se ha caído usted?».

La tierra embebe el agua con un siseo ávido y sedante, fsssssst, como de combustión, y al formarse los primeros charcos Jacinto cierra el grifo, enrosca la goma y la cuelga de la horquilla que forma con el tronco la rama truncada del olmo. El sol se acuesta ya y empieza a notarse el relente, mas, antes de recogerse, Jacinto inspira el aire dos o tres veces, a pequeños sorbos, y lo deja escapar con intermitencias, en ondulantes silbidos, buuuuibuuuibuuuuic. A la luz crepuscular, cruzan sobre su cabeza, como dos ráfagas azuladas, dos tórtolas en dirección a la pimpollada. Ya en la cabaña, Jacinto enciende la lámpara de queroseno, toma un libro de la estantería y se repantiga en un sillón arrimando los pies a la chimenea. «Estás flojo, Jacinto», se dice (Jacinto). Está persuadido de que el ejercicio ha sido moderado y sin embargo se encuentra cansado. Por la mañana ha bajado al molino y en el cauce de agua helada se ha bañado los pies, ante el susto de las truchas fugitivas entre las piedras del fondo o las salcinas de las

riberas. Por la tarde, Jacinto siembra el seto en torno al refugio, mezclando la semilla con tierra seca, a dosis parejas, tal cual le han aconsejado, rastrillando suavemente, al final, la superficie de tierra removida. Luego, atornilla la manga al grifo de la pila, junto al pozo, y riega pausadamente la banda sembrada. El silencio y la soledad durante toda la jornada le han confortado. Apenas los buitres despegando silenciosamente de los farallones de enfrente, la baribañuela atisbando la pimpollada desde la altura o los traseritos blancos de los conejos arrancándose de los robles a su paso, le han dejado (a Jacinto) una vaga sensación de vida en torno. Fuera de esto y del chapaleo del arroyo, chuap-chuac, del graznido de las grajetas, quiiiá, y de los conciertos esporádicos de mirlos, chinc-chinc-chinc, y ruiseñores, choquipiupiupiupiú, el silencio es total. Ahora se halla bien así, un libro a la mano que no piensa leer (un libro en la recámara), la nuca reposando en el respaldo del sillón y, en el hogar, la lumbre crepitante, clep-clip, que él (Jacinto) alimenta arrojando de cuando en cuando a las llamas un leño de roble. Desde su butaca domina el interior de la cabaña, de una sola pieza, que los estantes de la librería parten convencionalmente en dos: el living, amplio y confortablemente amueblado, y el dormitorio, de dos camas gemelas, frente a las cuales dos puertas dan acceso al servicio (caballeros) y a la diminuta cocina de gas donde Jacinto se ha preparado la primera comida (sopa y albóndigas) y cuya ventana se abre sobre los olmos y el pozo de la trasera. El revestimiento de tarima de embero abriga la soledad lo mismo que los grabados, los libros, los visillos, las cortinas y la cabeza del egocero negro de ojos brillantes y afilada cornamenta (doble) pendiente de la campana de la chimenea. Antes, Jacinto ha recorrido las dependencias de las provisiones, despensa y bodega, y, al hacerlo, las lágrimas afloran a sus ojos y sus labios musitan como una plegaria: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres». No falta nada allí y la abundancia le infunde una garantía de supervivencia. Y cada vez que descubre una nueva clase de sopa, ignoradas filas de latas de conservas en un rincón de la bodega, cajas enormes de pan de molde protegido en bolsas de plástico o los bidones de gas para la cocina, la estufa o el frigorífico, Jacinto frota una mano con otra y experimenta un repentino deseo de orinar (el sosiego y la independencia resultan muy diuréticos para Jacinto). Sin embargo, algo ha empañado su tranquilidad cuando disponía la comida sobre el fogón de la cocina: al dar forma a las albóndigas se ha mareado.

Al rematar el octavo cero, Jacinto advirtió los primeros síntomas: una niebla insondable ante los ojos, una súbita compresión en el estómago e, inmediatamente, la náusea. Levantó la pluma del papel (Jacinto) y probó de cerrar los ceros más despacio, pero el resultado, si paulatino y más retardado, fue idéntico. Ensayó, entonces, con los

seises, los ochos y los nueves y con cierta perplejidad comprobó que las curvas ceñidas de estas cifras no le ocasionaban ningún trastorno, mas, al repetir una vez más con el cero, el mareo se reprodujo, sintió (Jacinto) como una lagartija en la médula («Esto podría ser el fin», se dijo), el sudor escurriéndole de las axilas mientras su cabeza se llenaba de desconcierto. Ahora el mero hecho de mirar los ceros le causaba pavor, hasta tal extremo que cerró los ojos y se abanicó disimuladamente con un rimero de impresos, pero el mal progresaba y la sensación de inestabilidad despertó en él una indiferencia hacia todo. Torpemente se levantó y, dando traspiés y apoyándose en las mesas de sus compañeros, se trasladó al servicio (caballeros), llenó el lavabo hasta los bordes y sumergió en el agua cara y cabeza, mas, al sacarlas, tiritaba y le castañeteaban los dientes, nenennnnn. Desde el espejo le contemplaba un rostro céreo y desdibujado, y Jacinto le imploró, *Jacinto, anda, no seas tonto, que te coja ella, estás enfermo, vaya una cara, si pareces un desenterrado, ¡Dios mío!, pobrecito, pero pídeselo por favor, ¿eh?, que te coja y te apriete hasta que te saque todo ese frío que llevas dentro. No te preocupes de Darío Esteban, no dirá nada, qué va a decir, si estás malo, menuda, figúrate que te inutilizaras para sumar, a ver qué ibas a hacer, el propio Darío Esteban lo ha dicho mil veces: todas las grandes empresas de la Historia se han hecho sumando. Todo a fuerza de sumar, sumar lo que sea, no importa qué, pero si no puedes sumar, te convertirás en un inútil, Jacinto, convéncete, a ver por qué registro ibas a salir, dime, y si te quedas parado te devorarán las serpientes, eso fijo, mira Laoconte. Haz un esfuerzo, anda, no seas bobo, y pídeselo, que te coja y te apriete, como cuando chiquitín, ¿recuerdas?, «Duérmete, corona», como un edredón, ¡qué seguridad!, toma, toma, tú y cualquiera, hijo, pues no pides tú nada, menuda, que a lo mejor doña Palmira lleva razón, que era gallega y las gallegas hacen mucha leche, Jacinto, sin más que beber cerveza. Sí, ya te comprendo, que volver a pedirle que te coja es mucho pedir, porque a fin de cuentas, Jacinto, las amas gallegas dejaban a sus hijos pobres allí para que les devorasen las serpientes y ellas venían aquí para que las devorasen los niños de las serpientes, ¿comprendes? Por eso debes pedírselo humildemente, por favor, y una vez te estruje bien, del todo, y te saque del cuerpo todo el frío, debes decirle «Gracias, señora, y perdone por lo pasado».*

Se humedeció los labios con la punta de la lengua y se atusó los párpados, y así que la náusea cedió, Jacinto se inclinó sobre el grifo y bebió dos buches de agua, apoyó la frente en el espejo y permaneció un rato inmóvil, aliviado por la frescura de la superficie, intentando refrenar su respiración desbocada. De regreso al pupitre, junto al ventanal (desde el que divisaba cada mañana a don Abdón haciendo el aliguí a Gen:

Aliguí, aliguí
con la mano, no
con la boca, sí

con los bordes de una loncha de jamón o el esqueleto de una codorniz), se encontró más repuesto, cambió el plumín corona por un plumín cervantina y lamió éste levemente antes de introducirlo en el tintero. Con la mano izquierda bajo la camisa desabotonada, arrimó la nariz hasta casi tocar el papel (Jacinto), buscando la estabilidad de sus vísceras en lo consuetudinario, y, de este modo, redondeó los ceros sin entorpecimiento, pero, en el tercero del segundo sumando, el mareo se reprodujo acentuado (el vértigo fue tan violento que Jacinto apretó los párpados con todas sus fuerzas e instintivamente se asió al vuelo del pupitre, mientras su estómago se fruncía como una esponja oprimida y la boca se le llenaba de agua). Al cabo de unos segundos, se incorporó y se presentó como un sonámbulo ante el minarete de palo campeche de Darío Esteban y «¿Qué le ocurre, Jacinto San José? —dijo Darío Esteban al verle—, tiene mala cara», y, al intentar explicarse, Jacinto notó la lengua empastada y el sudor frío de la frente congelando sus ideas, pero dijo, solamente dijo, «Me mareo al hacer ceros, Darío Esteban; es una cosa extraña», eso dijo Jacinto San José y el otro, Darío Esteban, le contemplaba con un trasfondo de socarronería en los ojos, en su pigre rostro de luna llena, e inquirió «¿No será la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José?», y Jacinto, sumisamente, «Eso está olvidado, Darío Esteban, se lo aseguro», y añadió mediante un esfuerzo «Con los seises y los nueves me defiendo, incluso con los ochos, Darío Esteban, dése cuenta, con lo sinuosos que son, pues nada, sólo con los ceros», y, a todo esto, Darío Esteban le observaba asintiendo y luego dijo «Ya, ya. ¿Y hasta hoy no advirtió nada, Jacinto San José?» y, «Nada, Darío Esteban», respondió Jacinto, pero ya Darío Esteban le había interrumpido diciendo: «Disculpe», y enfocaba sus prismáticos hacia el ala oeste de la oficina, los graduó, pulsó el botón 83 del interminable teclado, bajó la palanquita del dictáfono y con voz aterciopelada pero autoritaria dijo por el micro: «El 83, de rodillas de cara a la pared; aquí no se viene a hablar, ¿ha oído el 83?» y, al instante, el 83, Ernesto Blanco, el 83, se arrodilló dócilmente al recibir el mensaje por los auriculares, mientras Darío Esteban cumplimentaba sobre su pupitre de palo campeche el impreso con su impecable caligrafía carolina y, al terminar de rellenarlo, se lo alargó a Jacinto y le dijo: «Jacinto San José, preséntese con esto en el Dispensario Don Abdón, ya sabe, en la esquina de la Avenida Don Abdón; allí le atenderán».

El doctor ordena a Jacinto descubrirse el torso, tenderse en la mesa, le examina el ojo derecho con una lupa, le explora el pecho, le hace

sentarse en la mesa con las piernas colgando, le introduce algo como una brújula en la articulación del codo (después de enrollarle una goma en el brazo) y, finalmente, le golpea por tres veces la choquezuela con un martillito como de juguete y la pierna de Jacinto, indefensa y sin apoyo, tira tres puntapiés al aire, al vacío, y Jacinto, acobardado de su descontrol, sonríe y murmura confundido:

—Discúlpeme, doctor; no lo hago aposta.

El doctor prosigue su minuciosa exploración en silencio, imperturbable e inescrutable, parsimoniosamente, y al fin, sin mirarle, le pregunta con voz impersonal:

—¿Síntomas?

—¿Cómo? —inquiere Jacinto.

—Dígame qué nota.

—Bueno —aclara Jacinto—. Al hacer ceros me mareo; eso es todo.

El doctor utiliza el interrogatorio como antes el mazo de juguete, en golpes cortados y secos:

—¿Cuántos ceros?

Jacinto levanta los hombros

—Depende —dice.

—Depende. ¿De qué depende?

—Qué sé yo, de las circunstancias —dice Jacinto.

—¿Hay circunstancias en que usted precisa hacer más ceros que otras para marearse?

—Así es.

—¿Cuántos mareos le han dado haciendo ceros? —dice el doctor, impaciente.

—En rigor, la primera vez llevaba media hora trabajando y calculo…

—Concrete, por favor.

—La primera vez en el octavo cero, y la segunda, en el quinto.

—Veamos —musita el doctor, y le tiende una receta virgen y un bolígrafo y añade—: Escriba ceros hasta que se canse.

Al iniciar la retahíla de ceros, Jacinto sonríe tontamente pero, conforme progresa, siente sobre la nuca la abrasadora mirada del doctor y le va naciendo en el vientre una gélida angustia y la mano le tiembla y no ha rematado aún el sexto cero cuando el doctor, al advertir el creciente temblor de su mano, pregunta:

—¿Ya?

—No, no —dice Jacinto—. Sucede lo que en el dentista, basta que esté usted ahí…

—Continúe —conmina el doctor, quien sigue las evoluciones del bolígrafo sobre el papel con atención concentrada. Al cabo de un rato,

el doctor se endereza resoplando—: Es chocante —dice—. Usted no escribe ceros sino oes, ¿nunca había reparado en ello?

Jacinto alza la cabeza desorientado y este simple gesto (alzar la cabeza) parece irritar al doctor:

—Sí —agrega—. ¿Es que no me explico? Lo mire por donde lo mire, eso —señala el doctor con el índice uno de los ceros del papel—, lo mire por donde lo mire, no es un cero, es una O.

Jacinto parpadea como una liebre sorprendida en la cama y, a cada parpadeo, sus cándidos ojos azules aparecen más desconcertados. Apunta con un hilo de voz:

—¿Y eso puede ser grave, doctor?

El doctor no responde, toma una ficha de encima de la mesa y dice a su vez:

—¿Edad?

—Cuarenta y cuatro —dice Jacinto y, para hacerse grato al doctor, sonríe y añade en tono humorístico—: Capicúa.

Pero el doctor machaca ahora implacablemente con el martillito de juguete:

—¿Casado?

—No.

—¿Viudo?

—No.

—¿Divorciado?

—No.

—¿Soltero, entonces?

—Sí.

El doctor anota en la ficha nerviosamente:

—¿Vida sexual ordenada?

—¿Cómo?

—¿Vida sexual? —insiste el doctor.

Jacinto emite una risita contenida y se encoge de hombros:

—No gasto —confiesa.

—Ajajá —dice el doctor—, así que no gasta, ¿eh? —y ahonda en sus ojos (los de Jacinto) y agrega—: ¿Ha reparado usted en que su nombre concluye en una O?

—Es cierto, ni me había dado cuenta —conviene Jacinto intrigado.

—Veamos —prosigue el doctor, y le alarga nuevamente la receta y el bolígrafo—. Escriba ahí su nombre.

Jacinto escribe *Jacinto* y levanta los ojos.

—Observe, observe —dice el doctor—. ¿En qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba?

Jacinto esboza una sonrisa amedrentada mientras compara y, luego,

sin cesar de mirar al papel ni de sonreír, dice:

—¿Sabe que tiene usted razón, doctor? Son exactamente iguales.

—Yo soy quien debe decir si son iguales o diferentes —voceó Darío Esteban—; su obligación es sumar, de lo demás no tiene por qué preocuparse.

Estaba visiblemente alterado, Darío Esteban, y sus gestos y movimientos, perdido el autodominio, delataban su indignación. Jacinto jamás le había visto así salvo cuando el incidente de Genaro, meses antes de la degradación, puesto que, de ordinario, las reprimendas de Darío Esteban (y sus castigos) venían envueltas en mesura y dignidad, y su disposición (la de Darío Esteban) solía ser reflejo de la de don Abdón, que Amando García comunicaba a media voz tan pronto don Abdón franqueaba la puerta: «La Otis trae hoy los bigotes hacia arriba» (indicio de tolerancia) o: «La Otis trae hoy los bigotes hacia abajo» (indicio de intransigencia), y él (Darío Esteban), desde su minarete de palo campeche y con los prismáticos en los ojos, estaba aun en mejores condiciones que Amando García para sorprender la posición de los bigotes de don Abdón, pero ahora Darío Esteban, sin darse a razones, vociferaba, sin darse a razones, pese a que a Jacinto le constaba que don Abdón había llegado con los bigotes hacia arriba y, tal vez por ello, tal vez porque lo estimó un deber, Jacinto intentó hacer ver a Darío Esteban la conveniencia de informar al personal sobre las cifras que sumaban, ya que aunque él (Darío Esteban) asegurase que todas las cifras eran iguales, resultaba evidente que había cifras que iban en tinta roja y otras en verde, luego no eran iguales, y que —añadió Jacinto—, por si no lo sabía, días antes, en el Refectorio, estuvo a pique de producirse un motín por esta causa, cuando un compañero (no importa quién) apuntó que sumar sin saber qué desanimaba al personal y fomentaba la difusión de bulos, ya que había quien afirmaba que eran dólares y quien que francos suizos y quien que kilovatios-hora (lo que sumaban) y no faltaba quien sugiriese que podía tratarse de drogas, negros o señoritas en camisón (trata de blancas), puesto que existían quienes traficaban con drogas, negros y señoritas en camisón, y que lo más congruente —añadió Jacinto— para terminar con las habladurías sería informar al personal, puesto que nadie disminuiría su rendimiento por identificar las cifras que sumaba y, por otro lado, subsanando esta omisión se evitaría que algunos padeciesen escrúpulos de conciencia pensando que sumaban algo feo y, a todo esto, Darío Esteban escuchaba hierático desde lo alto del minarete de palo campeche y Jacinto pensaba: «Se diría que me han dado cuerda», y la cara de Darío Esteban, a lo largo de su discurso (del de Jacinto), se puso primero amarilla, luego verde y, por último, encarnada y, cuando parecía que estaba a punto de estallar, abrió la portezuela del púlpito, se deslizó a caballo por el pasamanos

y, al aterrizar sobre la alfombra de nudos, dijo:

—Sígame, Jacinto San José.

Ya en la Sala, la mejilla derecha de Darío Esteban empezó a hervir (se le formaban burbujas de carne que subían y bajaban como si el carrillo entrara en ebullición) y a trompicones pronunció un discurso patético, de mímica histriónica, el tono alternativo entre la iracundia más desbridada y la abyección impetrante (y en estos trances sus ojos se anegaban de lágrimas), circunstancia que Darío Esteban aprovechaba para esgrimir argumentos incontestables: a) Deuda perpetua hacia don Abdón. b) Nadie debe recibir en el mundo otro dinero que el necesario para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y el plazo de amortización periódica del televisor. Dar menos, sería inhumano; dar más, inducir al vicio y, por tanto, inhumano igualmente, y c) En don Abdón, S.L., preguntar equivale a robar, supuesto que don Abdón pagaba por sumar y no por preguntar.

La mención de don Abdón, la lógica irrebatible del salario mínimo-máximo (que demostraba cumplidamente que don Abdón no era un hombre de presión), el hervor de la mejilla de Darío Esteban, hacían titubear a Jacinto, *pero tú, Jacinto, dale que te pego, y no por terquedad, si lo sabré yo, sino porque nunca te ha gustado dejar las cosas a medias, que lo que empiezas lo acabas, desde chiquitín, desde que eras así, y entonces fue cuando le soltaste lo de la confusión, y lo de los rumores, y lo de los bulos, y él (Darío Esteban) venga de mirarte a lo alto de los ojos, como si te contara las pestañas, pero te dejaba hablar, y cuando te desahogaste, ¿recuerdas?, tiró de bloc y bolígrafo y «nombres, nombres», que quiénes eran los que decían que sumaban kilovatios-hora y quiénes eran los que decían que sumaban dólares y quiénes eran los que decían que sumaban negros y quiénes eran los que decían que sumaban señoritas en camisón, mecachis, que no sabía decir otra cosa, pero tú, Jacinto, chitón, bueno eres, que otros defectos tendrás pero de confidente, nada, punto en boca, que, cuando te arrancaste, bien creí que le daba la congestión (a Darío Esteban), Jacinto, se necesita valor, que yo creo que ni te diste cuenta de lo que decías, «Todos tenemos debilidades, Darío Esteban; recuerde que usted mismo antes de ascender a celador nos dijo un día en el Refectorio: "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción"»; madre de Dios, Jacinto, cómo pudo ocurrírsete, que tienes unas cosas, si le pinchan en ese momento (a Darío Esteban) apuesto doble contra sencillo que no le sale una gota de sangre, fíjate, pero disimuló, a ver qué remedio, por la cuenta que le tiene, menuda, venga de dar vueltas con la punta del bolígrafo, «nombres, nombres», la cara azul, casi negra, ¡Virgen!, y dale, «nombres, nombres», y tú tan tranquilo, Jacinto, como si no fuera contigo, igual que un sentenciado que antes de morir aspirase a decir todo lo que piensa, «Yo pregunto, Darío Esteban, pero si usted no puede responderme, tan amigos, por eso no hemos de regañar, faltaría*

más, franqueza por franqueza, que otros defectos tendré pero a celoso y trabajador pocos me ganarán», y él (Darío Esteban) nadando y guardando la ropa, lógico, deseando desviar la conversación, a ver, si un color se le iba (el azul) y otro se le venía (el rojo), y que si la memoria no le era infiel contabas con tres Premios del Sumador, diciembre del 49, marzo del 62 y junio del 67, menuda retentiva, Jacinto, las cosas como son, con el personal que somos, y si quieres más pide por esa boca, te doró la píldora, que de tu conducta no tenía queja, pero te volvió la tortilla, a ver, aplicación máxima, caligrafía carolina sobresaliente, pero, como quien no quiere la cosa, la preguntita sobre lo que sumabais era improcedente y hasta con sus ribetes de subversiva, que te dejó de piedra, Jacinto, pegado, como vulgarmente se dice, no digas que no, buena prisa te diste a recoger velas, que parecías otro, como si se te hubiera acabado el gas, que disculpara (a ti), que si preguntaste fue de buena fe (tú), que no pretendías sino mirar por la prosperidad de la Casa, Darío Esteban, con el exclusivo objeto de estimularos, y él (Darío Esteban) venga de escribir de corrido y, al concluir, le recordó (a Jacinto), le recordó que por menos habían degradado a Genaro Martín, correctivo que, como cabía esperar del buen corazón de don Abdón, se trocaba en premio ya que despojar a un hombre de prejuicios y responsabilidades equivalía a abrirle las puertas del paraíso.

Jacinto asentía (sí, sí, sí) abrumado, decidido a volver su argumentación y, sin venir a qué, Darío Esteban le preguntó a bocajarro si conocía la teoría de la evolución de las especies del señor Darwin, y Jacinto, que sumariamente, sólo sumariamente, y Darío Esteban, que observara que don Abdón no era evolucionista sino revolucionista, esto es, pensaba que el mono provenía del hombre y el hombre del mono, las dos cosas, esto es, que el hombre, tras progresar hasta la madurez tope, regresaba al punto de partida, y que el momento de la regresión parecía llegado y, de este modo, al degradar a Genaro Martín no hacía sino facilitarle el retorno a formas humanas más elementales, o sea, al origen, o sea, al estado de naturaleza, o sea, a la obviedad instintiva, o sea, por decirlo en una palabra, al estado de felicidad.

Sobre las doce del mediodía coma al salir de la escuela coma los dos mellizos de Genaro coma Pedro Juan y Juan Pedro coma llegaban galopando por la acera de losetas hexagonales coma doblaban como centellas abrir paréntesis aferrándose con la mano derecha a los barrotes cerrar paréntesis la puerta de hierro y decían de pasada buenos días papá y coma galopando por los senderillos de ceniza entre los bojes y los arriates coma confluían en la escalinata de mármol coma se asomaban a la Conserjería coma y decían con el aliento entrecortado al señor Artemio coma el Conserje coma el permiso para mi papá y coma en tanto coma Gen coma que les había olfateado

coma abandonaba la caseta arrastrando la cadena coma sacudía frenéticamente la cabeza de un lado a otro y se quedaba mirando para la Conserjería con sus ojos avellana momentáneamente vivaces coma huecas las orejas como trapos almidonados coma cimbreando impacientemente el peludo trasero y coma al divisar a los mellizos corriendo alocadamente hacia él coma flameando el papel del permiso coma se excitaba todo y empezaba a dar tirones de la cadena hasta deshollarse el cuello y entonces se encogía coma apocado coma aguardando a que sus hijos cambiaran el clip de la pesada cadena por el clip de la flexible correíta que su mujer le regalara por Reyes para salir de paseo punto Gen se sentía feliz entonces con los mellizos cabrioleando en torno suyo coma turnándose para llevar la correíta y coma si a él le daba por agacharse sobre las losetas hexagonales o arrimarse a un árbol o a una farola y alzar la pierna izquierda coma ellos aguardaban a que desaguase y reían alborozados y se decían dos puntos ¿Te has fijado cuánto pis hace ahora papá?

Las manos y los pies de Gen habían criado unas callosidades protectoras al tiempo que sus dedos se resumían coma y las uñas se curvaban robustecidas sobre ellos coma afilándose en los extremos como garras punto Era la suya una transformación general y progresiva ya que coma aparte el tupido vello que le cubría tronco y miembros abrir paréntesis un vello marrón y blanco coma pintojo coma caprichosamente veteado coma tan espeso que impedía ver la carne cerrar paréntesis coma el pecho se le abombaba en tanto las caderas magras y escurridas se recogían en las gráciles curvas de los muslos y coma por otra parte coma los brazos y las piernas se estilizaban coma aunque no se debilitaran coma y en aquéllas los juegos de las rótulas se invertían coma esto es coma se articulaban hacia atrás en lugar de hacia adelante punto Pero los mellizos no reparaban en fruslerías coma decían dos puntos ¡Corre, papá! coma decían coma y Gen se lanzaba a un galope desenfrenado arrastrando al muchacho que portaba la correa y el muchacho que portaba la correa gritaba entrecortadamente coma con el viento en la cara coma voceaba dos puntos ¡Para, papá, por favor, que me caigo! y coma al detenerse Gen coma resollaban los tres coma Gen a un ritmo más agitado abrir paréntesis dos o tres resuellos por cada uno de sus hijos cerrar paréntesis entornando los ojos legañosos y mostrando un palmo de lengua sonrosada punto y aparte

Una vez en el cinturón de verdura de los arrabales coma los mellizos coma extenuados coma se sentaban en un ribazo o se encaramaban a una arqueta y charlaban coma pero Gen coma ajeno a sus conversaciones coma deambulaba aburridamente entre ellos coma les ponía las manos enlodadas sobre el jersey o les lamía repetidamente la cara y ellos le apartaban riendo coma papá ¡anda a

echar! coma le decían y Gen coma dócilmente coma después de describir una docena de círculos en torno suyo coma examinando el terreno coma se enroscaba a sus pies punto y aparte

Abrir paréntesis Una tarde que los hijos de Gen le chillaban según corría a su padre ¡para, papá, por favor, que me caigo! y Gen no se detuvo coma Pedro Juan hubo de soltar la correa y cuando Gen coma a sus voces coma regresó coma Pedro Juan le flageló ásperamente con el extremo de aquélla y Gen aceptaba el castigo sumisamente coma encuclillado coma mirándole desde el borde de los párpados coma la esclerótica enrojecida coma sin rechistar punto Juan Pedro le reprochó a su hermano su conducta coma has pegado a papá, Pedro Juan, le dijo y Pedro Juan en principio se compungió coma mas al instante coma reventó en una risotada y es verdad, oye, le pego y no me regaña coma dijo y a partir de entonces cada vez que Gen desobedecía coma sus hijos le azotaban con la correa y la actitud doliente y resignada de Gen durante la flagelación producía en ellos una incontenible hilaridad cerrar paréntesis punto y aparte

Tan pronto alcanzaban el descampado coma los mellizos soltaban el clip para que su padre se desfogase corriendo a cuatro patas sin ton ni son por los sembrados y los pinares y coma desde lo alto del ribazo coma los muchachos seguían sus evoluciones coma le veían ir y venir coma gazapear coma rascarse tenazmente el lomo con el pie coma rastrear entre los surcos y si ocasionalmente coma guiándose por el olfato coma Gen descubría un basurero o los restos de alguna merienda campestre coma se detenía escarbando hasta hallar algo que le apeteciera y coma en esos casos coma se azorraba y engullía lo que fuere vorazmente coma mirando de través y si los niños en tal trance le molestaban coma Gen les rutaba mostrándoles los colmillos y ellos reían y comentaban dos puntos Vaya un hambre que tiene ahora papá, se come hasta los huesos coma comentaban punto y aparte

Las mañanas soleadas de los domingos Jacinto les acompañaba pero coma incapaz de parear su marcha a la de Gen y los pequeños coma se rezagaba meditando y coma a veces coma conectaba el transistor punto Al principio trató de platicar con Gen seriamente pero nunca recibió otra respuesta que un aullido o un lengüetazo en la cara y coma ante estos fracasos coma Jacinto decidió comprar el transistor ya que le deprimía ver a Gen corriendo de la ceca a la meca durante horas por los sembrados e imaginó que el programa dominical matutino de la EAV 83 coma La Voz de Don Abdón coma la emisora local coma le retendría supuesto que la zarzuela desde niño le había entusiasmado punto Y en efecto coma la primera vez que Gen oyó el Coro de Segadoras de *El rey que rabió* coma se ovilló a sus pies y permaneció inmóvil junto al aparato coma los párpados entornados coma hasta que el programa concluyó coma pero al domingo siguiente

coma la música apenas retuvo a Gen más allá de un cuarto de hora y coma a partir de entonces coma rara fue la ocasión en que Jacinto logró que Gen permaneciese echado un minuto seguido coma ya que bastaba el paso de un rebaño coma una caballería o una motocicleta por la cañada para que se arrancase furiosamente reclamando agua coma guá-guá-guá coma a grandes voces punto A Jacinto le alarmaba el creciente desapego de Gen hacia manifestaciones que hasta entonces le habían cautivado y su alarma aumentó la mañana que descubrió en el extremo inferior de la espina dorsal de Gen coma sobre el ano coma una protuberancia pilosa punto y aparte

Éste fue el inicio de la profunda transformación psíquica de Gen coma puesto que al llegar la primavera comenzaron los éxtasis acompañados de parálisis y arrebatos extemporáneos punto Ya no eran sólo los rebaños coma las motocicletas y las caballerías coma sino los niños y las aves de corral quienes ponían a Gen fuera de sí coma particularmente las gallinas le exaltaban de tal manera que coma pese a que Jacinto le llamaba y le amenazaba coma Gen no obedecía mientras no viera a las gallinas huyendo en alborotado revuelo por encima de las bardas de los corrales punto Mas todo esto era nada comparado con los trances coma los enajenamientos y los temblores convulsos coma provocados por motivos baladíes coma que Gen empezó a sufrir en los primeros días de mayo punto El primer ataque le sobrevino cuando Gen correteaba alegremente por un patatal coma la nariz pegada al suelo como era su costumbre y coma de pronto coma sin saber por qué ni por qué no coma se detuvo coma quedó en suspenso coma rígido como un palo coma el trémulo cuerpo levemente arqueado coma patitieso coma los ojos avellana clavados en una planta coma la boca babeante entreabierta coma como si sonriese coma y Jacinto coma al verle en tal estado coma corrió hacia él y trató de volverle en sí atusándole el lomo y hablándole tiernamente coma Gen no hagas tonterías ¿es que te sientes indispuesto? coma pero Gen coma enajenado coma no oía sus palabras ni sentía sus caricias punto y coma únicamente miraba y temblaba y así permaneció varios minutos hasta que de improviso saltó coma las manos juntas coma como pretendiendo atrapar algo coma nerviosamente coma y de entre sus dedos coma junto a la nariz coma voló con un breve silbido biiiiiiir una codorniz punto Jacinto suspiró ¿estás tonto, Gen? no es más que un pájaro coma repetía coma pero Gen corría desalado a contrapelo de los surcos hasta que la codorniz se ocultó tras un almendro coma mas a partir de aquí coma las visiones de Gen menudearon y a cada una coma su arrobo iba en aumento coma con la particularidad de que era suficiente una musaraña coma una calandria o una comadreja para provocarlas coma y su extraño comportamiento se agudizó con la presencia de una perrita cocker que su dueño coma el director de la

Banca Don Abdón coma sacaba cada domingo a pasear por los pinares punto La perra impresionó tanto a Gen que no se separaba de ella coma la cercaba coma brincaba en su derredor coma se ensimismaba contemplándola coma los ojos engolosinados coma huecas las orejas coma atento al menor movimiento punto Y el director de la Banca Don Abdón decía dos puntos ¡Ojo! más vale que lo sujeten; está alta la perra coma pero Gen se aproximó a ella coma la olisqueó por detrás y la perra le olisqueó a él por detrás y los niños corearon con gran regocijo coma ¡se han hecho amigos, se han hecho amigos! coma gritaron coma y Jacinto ¡Gen, toma aquí! coma mas Gen y la perra continuaban olisqueándose mutuamente hasta que el director de la Banca Don Abdón propinó un puntapié a la perra y la perra emprendió una loca carrera por las huertas y Gen corría tras la perra y Jacinto corría tras Gen y los mellizos corrían tras Jacinto y coma en éstas coma se asomó el hortelano y chilló dos puntos ¡Es que no ven que me están escoñando el sembrado! coma pero ya la perra se había detenido en la linde y Gen junto a ella olfateándola y Jacinto junto a Gen y los mellizos junto a Jacinto coma mientras el director de la Banca Don Abdón silbaba bii-biii desde el otro lado de las coles y Jacinto coma vistas las dificultades coma amarró a Gen y tiró de la correa con todas sus fuerzas y Gen y la perrita se miraban todo el tiempo y ya en el almorrón coma Gen se puso bruto y no quiso beber coma ni siquiera hizo intención por complacer a Jacinto coma y Jacinto coma cautamente coma advirtió a los mellizos coma de esto ni una palabra a mamá ¿me habéis oído? coma luego amarró a Gen coma se quitó la chaqueta y se tumbó coma las manos en la nuca coma a la solisombra de los álamos coma profundamente contrariado punto y aparte

Al sol hace excesivo calor y a la sombra, batida por una fina brisa serrana, demasiado frío, y ante esta alternativa Jacinto coloca la tumbona a la solisombra del olmo, junto al pozo, dos metros detrás de la caseta del motorcito y del chamizo de los aperos. Hay un silencio que los gorjeos de los gorriones, chiip-chissis, y los silbidos de los mirlos, chincchincchinc, y el zureo de las tórtolas en la pinada, currurrr, hacen aún más espeso. Y en los intervalos, cada vez que las aves enmudecen, llega a él (a Jacinto) el murmullo de los rápidos del río erosionando las piedras, chuap-chuac, meciendo las salcinas de las riberas. Jacinto tiene el transistor a mano pero no hace ademán de conectarlo. Está cansado a pesar de haber dormido y el vago recuerdo de la duermevela revive dentro de él, sin proponérselo, el canto nocturno del ruiseñor velando la eclosión de la pollada, piu-piu-piú-choqui-choqui. Alza los ojos buscando el nido entre la fronda de los olmos pero únicamente descubre, casi en la copa, el elemental tejido de palitroques de un viejo nido de urraca. De pronto, en la base del

árbol, divisa (Jacinto) al agateador trepando en espiral por la corteza con sus patitas de fideo y, apenas alcanza (el agateador), tiit-tiit, el nivel de las ramas más bajas, vuela y va a posarse sobre la caseta del motor, observa a un lado y otro dubitativo (el agateador) y finalmente se introduce por el ensanche de una grieta entre dos tablas. Jacinto sonríe tenuemente. El pájaro permanece unos segundos oculto tras los troncos de la garita y, al cabo, reaparece para volar (en un vuelo irregular, de largos tumbos), tii-teroi-titt, hacia los pimpollos de la ladera. «Está anidando», se dice (Jacinto), y tiende la mirada vertiente abajo, sobre brezos y aliagas, hasta topar con el molino derruido, sobre cuyos escombros se solean una pareja de perdices, inmóviles como piedras y, después, trepa (su mirada, la de Jacinto) por la vertiente opuesta, entre los robles y los calveros de grama, por el festón gris rocoso, de concavidades negro-amarillas, que sobrevuelan los buitres. Al alcanzar la cima, su mirada (la de Jacinto) regresa, se recoge hacia la cabecera del valle, más al norte, acaricia la espesura del robledal aún con hoja de invierno, toma el camino y llega a la cabaña: «Refugio de Recuperación n.° 13». Evidentemente el refugio es de construcción reciente. Allí mismo, a sus pies, en torno al pozo, la costra de cemento, salpicada de esquirlas de piedra y ladrillo, de astillas y pedazos de troncos recién aserrados, se resiste a la maleza. Conforme su mirada se resume, topa Jacinto con la portilla de troncos de pino, totalmente superflua puesto que el acceso a la cabaña es franco por los cuatro costados. «La habrán hecho pensando en el seto», se dice (Jacinto) en voz alta, y antes de acabar de decirlo advierte que el seto existe ya y su estómago (el de Jacinto) se contrae, y su corazón (el de Jacinto) se acelera, tac-tac-tac, como ante un prodigio, y se pone en pie y entonces comprueba que el rectángulo verdeguea en torno al refugio aunque apenas han transcurrido catorce horas desde que sembró el seto y doce desde que lo regó. «No es posible», se dice, e inmediatamente se agacha y verifica que aquí y allá la tierra roja se cuartea, y por las minúsculas grietas asoman los tiernos tallos blanquiverdes, y su pasmo acrece al concentrar su atención en uno de ellos (de los tallos) y verle dar un estirón, breve pero perceptible, como puede verse andar a saltos intermitentes, si se mira con insistencia, a las manillas de los viejos relojes de torre. «Si lo estoy viendo crecer», se dice a sí mismo (Jacinto) asustado, casi a gritos, y la vaguada responde «Ecer» y Jacinto, como si la montaña mostrase alguna reticencia, repite desafiante: «¡¡Sí, crecer!!» y la vaguada repite más fuerte: «¡Ecer!», mas Jacinto enmudece, observando la ebullición de la tierra (como si un centenar de topos la removieran simultáneamente por dentro), las cricas que van abriéndose en la banda planchada la víspera por el agua, los tallos blanquecinos que, como pequeños animalejos, asoman por ellas, los prietos capullos,

verdes y ásperos, en los extremos, a punto de estallar.

La pierna derecha, semioculta entre las tres patas del tajuelo, se le duerme y Jacinto la va estirando subrepticiamente, por tiempos, para no distraer a don Abdón, a quien sin duda le complace que asienta cada vez que hace una pausa y así, al preguntarle si es tímido, Jacinto agacha la cabeza como reconocimiento de su timidez y, de paso, alivia la tirantez del pescuezo y libera a la primera vértebra cervical del peso de su cabeza. Nunca recuerda Jacinto una ofuscación semejante. Don Abdón, sentado sobre sus piernas flexionadas, los turgentes pechos al aire, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, se muestra a sus ojos absortos como un dios ante el cual no cabe sino la aquiescencia. Los niños mofletudos y alados de la cúpula, mudos testigos de la entrevista, parecen insuflar sabiduría a don Abdón, quien formula la sentencia, «El seto es la defensa de los tímidos», con una voz total que le penetra a Jacinto por los oídos, por las narices, por los ojos, por la boca y por cada uno de sus poros, con lo cual Jacinto, apabullado, torna a asentir y cuando don Abdón reanuda su discurso, tras otra breve pausa, don Abdón es ya una presencia absoluta cuya voz se desgrana desde la cúpula, desde los anchos muros, rodeándole, penetrándole, empapándole (a Jacinto) como niebla o una lluvia pertinaz: «En un ayer próximo su enfermedad hubiera significado una catástrofe, pero hoy la Casa prevé estas contingencias ya que el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento», así dice don Abdón y Jacinto humilla la cabeza, los ojos imantados por los negros pezones nutricios, aplastado por los mudos habitantes de la cúpula, por las legiones de escribas, copistas y escribanos que en los muros se afanan en complicadas operaciones aritméticas. Desde abajo, desde el humilde tajuelo, don Abdón, encuclillado como un buda, los agresivos pechos desnudos, se le antoja a Jacinto más padre, más madre, más importante, más dominante, más transcendente que en cualquiera otra circunstancia de su vida. Y al tomar don Abdón en sus manos la blanca cartulina y decirle:

—Preservado por el seto podrá usted reflexionar.

Jacinto sabe sin más a qué se refiere. La fotocopia que Amando García le entregara dos meses atrás reza textualmente así:

> Jacinto San José Niño, nacido el 17 de octubre de 1924. Ingresó el 23 de junio de 1942. Funcionario laborioso, sumiso y disciplinado. Premios del Sumador cuarto trimestre de 1949, primer trimestre de 1962 y segundo trimestre de 1967. Calígrafo de primera. Cristiano desconcertado. Aficiones: libros de mar, parchís, plantas y pájaros. Resistente al fútbol, la televisión y los festejos patronales. Sentimental y con prejuicios humanitarios. Intercedió por Genaro Martín en 1953. En mayo de 1966 ha mostrado una curiosidad malsana por las razones últimas de su tarea. Encubre a varios

compañeros que se formulan preguntas improcedentes. Desconfía de la palabra. En 1956 fundó el movimiento «Por la Mudez a la Paz», de tibia acogida entre sus compañeros. Confía aún en el hombre y en la buena conciencia. En observación.

Jacinto puede leer esto (o adivinarlo) sin más que ver el envés de la ficha en manos de don Abdón. Y cuando la voz absoluta de don Abdón puebla de ecos la estancia, Jacinto se estremece, hecho en pocos segundos al gran silencio, se recoge fervorosamente y, ante las manos tendidas con el bolsón de plástico prieto de semillas, se pone en pie, va ascendiendo grada a grada, mientras la alta cúpula, el ábside, la hornacina y los anchos muros le repiten en cavernosos ecos encontrados: «No se olvide del seto. Aquí tiene las semillas. Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Jamás la biología había alcanzado tales prodigios». Jacinto toma el saco torpemente, abrumado por la proximidad de los blancos pechos nutricios, de las refulgentes columnas del baldaquino, de los niños trompeteros, del vacío de la inmensa sala que zumba en sus oídos como un caracol marino, pero recoge la bolsa y musita «Gracias, don Abdón», musita, va reculando lentamente y, al topar con el tajuelo, lo tantea con el pie derecho para no tropezar y continúa reculando, la gran bolsa abrazada contra el esternón y haciendo reverencias, y don Abdón y sus pechos acogedores van distanciándose gradualmente, hasta que el trasero de Jacinto topa con la puerta de caoba y, entonces, con el antebrazo izquierdo, oprime el saco contra la barbilla y echa la otra mano atrás, busca a tientas el picaporte, abre y sale después de hacer una última y rendida inclinación.

Al regresar del molino, Jacinto observa que varios capullos han florecido. «¡Oh, Dios! ¿Dónde vamos a parar?», se dice (Jacinto). Deposita a la puerta la cesta con los restos de la comida y se sienta en el suelo, junto a la portilla. Está sobrecogido (Jacinto). Las plantas más precoces sobresalen ya cinco centímetros del suelo y unas se yerguen y otras se alabean y otras reptan por las losetas del pavimento. Su atención está tan requerida que no sabe adónde mirar. Las plantas son aún frágiles y, en la mayor parte de ellas, los capullos permanecen cerrados o entreabiertos, pero en algunas la eclosión es rotunda, el pétalo único desmayado en dos harapos, cuatro dedos de un lado y uno, más ancho, del otro, como una mano vegetal. En las florecillas apuntan tímidamente, como en miniatura, los seis estambres de filamentos sutilísimos y anteras notorias, revestidos de un untuoso polvillo amarillo. Jacinto se inclina, mete la nariz entre los brotes, no se cansa de mirar. El amarillo encendido de las anteras se difumina en los filamentos para desvanecerse en la corola que, a su vez, enlaza con el tallo verde en una transición cromática imperceptible. Bajo la flor, brotan las primeras hojas, minúsculas pero

completas en su conformación. Mirar aquellas hojas le produce a Jacinto la misma perpleja emoción que mirar las uñitas de los dedos meñiques de los niños recién nacidos. Los limbos, de un verde vivo y detonante, contrastan con el envés, mate y como empolvado. A Jacinto le recuerdan las hojas de la encina, enterizas, consistentes, de una nervadura difusa. Está embelesado, poseído de un agitado temblor (Jacinto). Fija su atención en un capullo maduro, fino y alargado como un fósforo, y observa cómo su extremo se oxida en unos segundos, adquiere un tono tabaco y, seguidamente, se entreabre (a Jacinto se le antoja que tras un breve crujido, cric) y deja asomar las pequeñas lombrices de los estambres y simultáneamente los pétalos decaen, pierden la erección, se fruncen y se desmayan. La lozanía de la flor nueva eclipsa la marchitez de los pétalos. «¡Dios mío, Dios mío!», se dice Jacinto, quien al notar el frío de las lajas en el trasero se ha incorporado. Tiende ahora la mirada por la banda lateral (que sigue la línea de la portilla de troncos) y pausadamente recorre los cuatro costados del seto. En todos ellos la tierra roja se resquebraja en torno a los tallos verticales y en las fisuras apuntan nuevos brotes. Es una irrupción general y uniforme de incontenible pujanza. El asombro de Jacinto se trasluce en sus exclamaciones súbitas, en la temblorosa delicadeza con que acaricia los frágiles tallos, en la unción con que examina los filamentos de las flores amarillas. Al rematar el recorrido, da otras dos vueltas alrededor de la cabaña antes de decidirse a tomar la azada y cavar una nueva banda de medio metro junto a la ya sembrada. «He de conseguir un seto robusto», se dice. «Don Abdón se quedará sorprendido; es aún más prolífico de lo que él puede imaginar», se dice, mientras su camisa se empapa de sudor y él (Jacinto) cava y cava ardientemente, sin tregua, por una vez sin notar el cuerpo, y cuando el sol se recuesta en el monte, Jacinto ha removido y rastrillado todo. «Mañana sembraré», se dice con secreta complacencia antes de entrar en la cabaña. Repentinamente siente frío, cierra la puerta y prende la chimenea, la lámpara, la estufa y la cocina. Advierte un remoto gemido, güiiii, en la tráquea al expirar el aire y se pregunta: «¿Qué es eso?», se pregunta, contemplándose en el espejo del servicio (caballeros), *no empieces con tontunas, Jacinto, que aquí, por no tener, no tienes ni de quién echar mano y después de todo no es para tanto, que, bien mirado, no has hecho otra cosa que alumbrar un seto, y eso es lo tuyo, y si doña Palmira y toda la gente creen que no hay motivo para dar allí donde no te pueden corresponder, déjales que digan misa, y si llevan razón con su pan se lo coman, ¿a ti qué te va lo que digan doña Palmira y toda la gente?, tú tranquilo, Jacinto, que si tú con leer un libro de mar o regar una flor quedas a gusto, a los demás que les den tila, mira. Sí, ya lo sé, de acuerdo, qué me vas a decir a mí, con eso lo que haces es afinar tu sensibilidad y la sensibilidad no es sino un amplificador*

de la angustia, tanto si te decides por ser víctima como por ser verdugo, que en realidad no hay otra disyuntiva, o devoras o te devoran, no tiene vuelta de hoja, de acuerdo, pero si a ti esto te satisface no hay por qué dar tres cuartos al pregonero y si doña Palmira y toda la gente piensan lo contrario, pues muy bien, que lo piensen, tú tranquilo, Jacinto. Y, por amor de Dios, no me mientes otra vez a Genaro, Jacinto, caramba, que yo no sé qué te habrá dado el dichoso Genaro ese pero no se te cae de la boca, y todo lo que me puedas decir de él me lo sé de memoria, todo, que si levanta cien veces al día la pierna junto al alerce y le quitas el alerce y le pones en su lugar el palo de una escoba, seguirá levantando la pierna junto al palo de la escoba cien veces al día sin advertir la sustitución, vaya novedad; pero aunque así sea, ¿qué puedes hacerle tú, dime, Jacinto? Dejar de sentir, muy bonito, menuda, y eso, ¿con qué se come? ¿Eh? ¿Quieres darme la receta? ¿Dónde hay que cortar para dejar de sentir? Es muy fácil hablar, Jacinto, pero las cosas son como son y no basta saber que el hombre que siente es el hazmerreír de los que no sienten y, además, un motivo de confusión; no basta con saber todo eso del hazmerreír y la confusión para dejar de sentir, Jacinto, desengáñate, ni te vale siquiera el recurso de las palabras; las palabras, ya ves, ¿quieres mayor motivo de confusión? Bien mirado el doctor tiene más razón que un santo, que si tú no diferencias un cero de una O, que ni te habías dado cuenta, Jacinto, reconócelo, ¿qué de particular tiene que las palabras confundan y que cada uno dé a la misma palabra significados distintos? Si la imaginación del hombre es tan débil que no acierta a inventar un garabato que diferencie claramente el cero de la O, Jacinto, todo ha de ser confusión, convéncete, porque hay mucha gente interesada en armarla (la confusión) porque de ella (de la confusión) sacan tajada los vivos, ¿te das cuenta?, y la única oportunidad de convivencia que se nos dio a los humanos, la Torre de Babel, la desperdiciamos bien tontamente.

Jacinto, siempre que piensa, se manosea la cabeza; trata de conformar las ideas con las manos. Le cuesta mucho elaborarlas (las ideas) y más aún ordenarlas (las ideas) y mucho más aún evacuarlas (las ideas) ya que con frecuencia se adhieren al cerebro como tenias y afloran solamente anillos dejando dentro la cabeza. Quizá todo ello sea fruto de la timidez, puesto que Jacinto es profunda, inmaculadamente tímido y si, pongamos por caso, al entrar en la iglesia toma agua bendita para persignarse, su movimiento inicial (llevarse el pulgar a la frente) es correcto pero, inevitablemente, lo resuelve en un garabato apresurado porque sospecha que el resto de los fieles lo vigilan. Otro tanto le acontece con las genuflexiones ante el altar mayor: su rodilla derecha jamás roza el suelo, y aunque siempre se lo propone (hincar en el suelo la rodilla), se lo impide un deseo acuciante de abreviar. Nada digamos con los cánticos (en la iglesia), particularmente si hay alguna muchacha próxima, en cuyo caso Jacinto abre la boca, frunce los labios o los dilata, de acuerdo con el volumen del coro, esto es, brinda la imagen del que canta pero se cuida de no emitir sonido alguno. Su timidez no le consiente permanecer con la boca cerrada cuando los demás la abren, pero tampoco le permite unirse al coro.

Algo semejante le sucede si presta dinero o lo pide prestado, ya que en ambos casos Jacinto lleva las de perder, puesto que si presta le acobarda pedir lo que le deben, y si pide prestado le sofoca que se lo reclamen. En ambos casos, mientras la deuda no se salde, Jacinto procura soslayar a la parte contraria (prestamista o prestatario), pues si se topa con ella (la parte contraria) y es él (Jacinto) quien ha prestado, le azora pensar que el otro está pensando que él (Jacinto) piensa en pedirle lo que le adeuda, y si es el caso contrario, es decir, si le prestan (a Jacinto), su aturdimiento proviene de pensar que el otro esté pensando que ya es hora de que él (Jacinto) se rasque el bolsillo. Esto le conduce, debido a su complejo nato de incapacidad, a desconfiar de sí mismo y, en principio, a aceptar como buenas, sin proceso analítico previo, las proposiciones ajenas.

De aquí que la idea de Genaro le pareciera razonable, ya que, merced a un idioma universal, los hombres del mundo entero podrían, al fin, cambiar impresiones, perfeccionarse mutuamente y, a la postre, quizá, entenderse a despecho de los prohombres. El Grupo esperantista se reunía todos los jueves a las ocho de la tarde en la Academia Don Abdón y entre el «Karaj Kunuloj» con que Genaro abría las sesiones y el «Gis morgau, amikoj» con que despedía a sus miembros, las asambleas discurrían en un ambiente dialogante y armonioso, aunque Genaro se esforzase en orientarlas hacia un clima

realista: «Konsideru Ke tie ci Kunestas Kuindek persónoj, Kaj la mondo hayas pli ol du mil milionoj da logantoju». Esto y la lectura del periódico cada mañana fue despertando en Jacinto el escepticismo y, con el tiempo, motivó su deserción. Jacinto observaba que cuanto más hablaban los prohombres entre sí más se alborotaba la humanidad, de lo que dedujo que el día que mil quinientos millones de hombres estuvieran en condiciones de dialogar con otros mil quinientos millones, el mundo se convertiría en una olla de grillos. «Éste no es el camino», se dijo Jacinto un día, pero aún guardó discreción durante unas semanas porque le dolía lastimar a su amigo. Una tarde, sin embargo, en que Genaro lamentaba su escaso entusiasmo (el de Jacinto) por la causa, Jacinto respondió: «La palabra no sólo es voluble sino un instrumento de agresión», y entonces Genaro Martín pretendió echar a barato la tesis de Jacinto y, como máximo exponente de desdén, se llevó un dedo a la frente y giró la uña simulando que apretaba un tornillo, mas una semana más tarde, en el Refectorio, en medio del estupor general, Genaro se encaró con Darío Esteban y le dijo: «Digo, Darío Esteban, que por qué en lugar de tantos hospitales y refugios de recuperación no nos suben el sueldo para que nos alimentemos mejor y de esta forma enfermemos menos», le dijo, y la interpelación fue tan brusca que, de momento, Darío Esteban no respondió, se limitó a mirar a Genaro como si le midiera de pies a cabeza, y, al cabo, levantó la mano del anillo apuntando vagamente y dijo: «Pásese inmediatamente por la Sala de Visitas, Genaro Martín» y, una vez allí, en la Sala de Visitas, estalló Darío Esteban, «Me cisco en la lógica, Genaro Martín, si es que su pregunta pretende ser lógica; el hombre reflexivo antes que en comer debe pensar en una cama donde morir noblemente. No puedo ocultarle, Genaro Martín, que su falta en el Refectorio hace unos minutos es de las que el reglamento de esta Casa califica de gravísimas. Usted viene a poner en duda, Genaro Martín, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres». Y, ante sus palabras, Genaro Martín se atufó, en la Sala de Visitas, y eso sí que no, Darío Esteban, dijo, eso es un principio, no una afirmación cuestionable, dijo, y los ojos de Darío Esteban cortaban, echaban chiribitas, y su mejilla derecha (la de Darío Esteban) empezó a borbotear como una marmita de agua hirviendo y, así que cedió el hervor, dijo, en la Sala de Visitas, «Dígame entonces, Genaro Martín, ¿quién es la Casa?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, «¿Y quién es el Reglamento de la Casa, Genaro Martín?», y Genaro Martín, sin vacilar, «Don Abdón, Darío Esteban», y Darío Esteban, en la Sala de Visitas, «Entonces ¿es usted capaz de poner en tela de juicio que el orden sea libertad?», y Genaro Martín, a estas alturas, vaciló, carraspeó, y «En modo alguno, Darío Esteban», dijo al fin y, a medida que decrecía el hervor de la mejilla

derecha de Darío Esteban, sus argumentos (los de Darío Esteban) se impregnaban de cierta cordura y «Con su mentalidad lógica, Genaro Martín, usted debe comprender», decía, «que discutir el Reglamento de la Casa, que es don Abdón, comporta un desorden, y todo desorden, consecuentemente, una vez admitida aquella premisa, comporta un atentado contra la libertad», así dijo, de un tirón, Darío Esteban, y su pecho (el de Darío Esteban) se infló al rematar sus palabras, mientras Genaro Martín respondía, con voz coagulada, sacudiéndose un polvo invisible de la solapa de la americana, «Si usted lo entiende así, Darío Esteban, le pido excusas», pero ya era tarde y la cara de luna llena de Darío Esteban se movió de un lado a otro y Darío Esteban adoptó la voz de barítono para sentenciar «El mal es irreparable, Genaro Martín, y a mí, como celador, no me resta otro recurso que despedirle».

Durante semanas Genaro Martín vagó por la ciudad como un apestado, mendigando de puerta en puerta, pero las puertas, sin excepción, se le cerraban y el Grupo le expulsó de su seno y sus compañeros de oficina se cruzaban de acera para evitar saludarlo y las gentes decían: «Es un revolucionario, pregunta cuando las respuestas ya están dadas», y otras gentes decían: «Si es otro (distinto de don Abdón), le hubiera molido a palos y le hubiera expulsado a patadas de la ciudad», y otras gentes decían: «Es una hiena; ha mordido la mano que le daba de comer». Tan sólo en aquellas semanas de prueba, Genaro Martín recibía las visitas de Jacinto, pese a que Genaro Martín le advertía «Vete, Jacinto San José, pueden considerarte cómplice y eso te costaría caro», pero Jacinto, no obstante, volvía por la casa una y otra vez, siempre con algún comestible, y, tan pronto franqueaba la puerta, los pequeños le arrebataban el paquete de las manos y se lo disputaban en el suelo como fieras, arañándose y mordiéndose, y Jacinto depositaba conmiserativamente su mano azulada sobre el hombro cubierto de andrajos de Genaro Martín y trataba de persuadirle, decía: «Ya ves para lo que sirven las palabras, Genaro Martín, para embrollarte y hacerte decir lo que no has dicho, ¿puedes imaginar lo que sucederá el día que cada ciudadano pueda interpelar a tres mil millones de conciudadanos? Oye una cosa, Genaro Martín, el día que los genaromartines dispongan de un idioma inteligible para interpelar a los DARIOESTÉBANES, los genaromartines sucumbirán porque nada solivianta tanto a los DARIOESTÉBANES como que los genaromartines les interpelen».

Días después, Jacinto San José firmó un Recurso de Intercesión ante don Abdón y, transcurridos seis meses, el recurso fue estimado y la expulsión de genaromartín, merced a una concesión de retrogracia, se convirtió en degradación: genaromartín perdía su puesto en el escalafón burocrático e ingresaba en el sub-subalterno. Y las buenas

gentes decían: «¡Qué gran corazón, el de este hombre!», o bien: «Don Abdón es el padre más madre de todos los padres», o bien: «Si en lugar de don Abdón da conmigo, otro gallo le cantara», así decían las buenas gentes.

Y las buenas gentes aprovechaban la festividad de la ciudad, San Abdón mártir, para agasajar y desagraviar a don Abdón a lo largo de una semana y, a lo largo de una semana, la ciudad se encendía en fiestas y, durante ellas, todos aquellos que en el curso del año hubieran dado muestras de resistencia o reticencia, sufrían inocentes vejaciones, candorosos escarmientos que oscilaban entre La Invitación al Ayuntamiento y El Rey de Bastos, pasando por El Blanco de la Feria. En realidad, cada año se inventaban nuevos correctivos, a cual más eficaz e ingenioso, pero eran aquellos tres los que provocaban especialmente el regocijo popular. El primero, La Invitación al Ayuntamiento, consistía en convidar al balcón principal de la Casa Consistorial al resistente o reticente para que contemplara desde allí las tracas de iniciación o remate de fiestas y, una vez comenzados los fuegos artificiales, el alcalde y los miembros de la Corporación, preservados con trajes y manoplas y caretas de amianto, bloqueaban al invitado contra la balaustrada para que encajara en el rostro la rociada de cohetes que la multitud disparaba, bien a mano, bien valiéndose de arcos y cerbatanas, sobre él. Se trataba de un juego pueril, de mera pirotecnia, supuesto que las quemaduras muy rara vez alcanzaban el tercer grado.

El Rey de Bastos constituía un pasatiempo que, por su contundencia y por los equívocos que originaba, ofrecía mayor atractivo para el pueblo primario. Entre los Gigantes y Cabezudos que recorrían las calles animados por la charanga municipal y que simbólicamente agredían al respetable con globos y vejigas hinchadas, se ocultaba uno, El Rey de Bastos, cuyo garrote era auténtico y que se limitaba a efectuar fintas y simulacros hasta topar con el reticente o resistente (quien asistía al desfile desde el bordillo de la acera), en cuyo caso el Rey de Bastos descerrajaba el golpe sobre su cabeza tras unos amagos amistosos, de forma tal que el agredido encajaba el cachiporrazo con la sonrisa en los labios imaginando que se trataba de una vejiga o un globo y, del equívoco, nacía la hilaridad de chicos y grandes que se apiñaban para ver desplomarse a la víctima. Si cruento en ocasiones, el juego, al que los flamencos denominaban La Trepanación, se resolvía en el peor de los casos en el Hospital Don Abdón con una docena de grapas.

Por último, en El Blanco de la Feria, el busilis radicaba en que cualquier ciudadano con buen pulso, fuese hombre o mujer, podía ser el ejecutor del escarmiento y ganar, de paso, una caja de tofes. La técnica del pasatiempo era rudimentaria. Tras los blancos de las

barracas de tiro con las dianas horadadas se colocaba el ojo derecho del resistente o reticente debidamente sujeto por sus convecinos, de tal manera que la presunta víctima pudiera contemplar cómo los aspirantes al premio apuntaban sobre su pupila. Hacer blanco no era fácil ya que para este menester se utilizaban viejas y herrumbrosas carabinas de aire comprimido, de presión muy discutible, pero la nerviosidad del encartado constituía ya de por sí un espectáculo de comicidad arrolladora y, por otra parte, no cabía descartar el acierto (la mayor parte de las veces por casualidad) del tirador, en cuyo caso al alarido del reticente o resistente, acompañado de ordinario por un desmayo aparatoso, seguía el grito publicitario del dueño de la barraca: «¡Premio para el señor!», o «¡Premio para la señorita!», y, ante esto, el gentío se arremolinaba en torno y comentaba regocijado: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto!», o bien «Ése ya no vuelve a mirar derecho». En las barracas donde se ejercitaba esta modalidad de tiro, las condiciones eran las mismas: una caja de tofes de la mejor calidad al que acertara en la pupila y un estuche amarillo con cuatro tabletas de chiclé al que alojara el perdigón en la esclerótica. Por razones obvias, los tuertos del ojo derecho, los quemados en el rostro y los que tuvieran una cicatriz en la frente no estaban bien mirados en la ciudad.

Pero la apoteosis festiva tenía lugar el último día de feria, la festividad del mártir. Al caer la tarde, don Abdón, ataviado con una túnica blanca que dejaba un pecho al descubierto y que, fruncida en mil pliegues, caía hasta los pies (calzados con sandalias de oro), se embarcaba, después de incensado, ungido y coronado de laurel, en la Barca del Destino. Previamente la Electra Don Abdón había dejado la ciudad en tinieblas y el lago del bosque reverberaba las mil luces de las antorchas y las bengalas y los farolillos multicolores. A la luz cambiante de las llamas, arropado por el pueblo que se apretujaba silencioso en las orillas, don Abdón daba las tres vueltas simbólicas a la isleta en compañía de un perro y un gato encerrados en una cesta, y tan pronto se cerraba el círculo de la tercera estela, el pueblo estallaba en vítores y ovaciones al tiempo que la barca atracaba en el desembarcadero y seis ancianitas de las Hermanas de Don Abdón, ataviadas de negro y tocadas con pañolones también negros, se aproximaban a la barca y Susanita Rey Expósito, jefa de la comunidad, con sus ciento veintitrés años a cuestas, se dirigía a las gradas del muelle y, tras una ceremoniosa reverencia, decía:

—Descienda de su carruaje
y reciba nuestro homenaje

y don Abdón, desprendiéndose de los ramos de rosas y claveles que

cubrían la embarcación, se apeaba de su trono flotante entre las aclamaciones de la multitud y se sentaba, empingorotado y afable, sobre las manos entrelazadas de las seis ancianitas del asilo, quienes, al recibir sobre sí la dulce carga, estimuladas por los aplausos atronadores del gentío, corrían y corrían como cucarachitas negras por los caminos del parque, con don Abdón en volandas, entre un fantástico juego de luces contrapuestas, cantando a voz en cuello:

—¡A la silla la reina,
que nunca se peina,
si se peinara
piojos no criara!

Bajo el resplandor deformante de las bengalas y las antorchas, las ancianas corrían encorvaditas y ligeras y don Abdón reía y reía, se bamboleaba, y su túnica blanca se escurría dejando al aire sus sólidas y maternales mamas y, con objeto de mantener su prestancia, de exhibir una digna actitud, se aferraba crispadamente a los huesudos hombros de las centenarias, quienes, al terminar la canción, se detenían en el centro de la Fuente de Don Abdón y, sacando fuerzas de flaqueza, se agachaban y, sacando fuerzas de flaqueza, voceaban:

—Una, dos y tres
¡Aúpa, lela!

Y, simultáneamente, tensaban sus bracitos entecos y lanzaban al aire a don Abdón para volver a recogerlo, al caer, sobre sus manos trémulas entrelazadas, y don Abdón se atragantaba de la risa que le daba, y sus carcajadas se contagiaban a la multitud sublimada por el espectáculo, y las carcajadas de la multitud sublimada por el espectáculo se le contagiaban a don Abdón, que hacía gorgoritos como los niños de pecho cuando ríen y decía, siempre decía, «Otra vez, otra vez; me gusta más que el año pasado», y las ancianitas, cada vez más fatigadas, tornaban a mantearlo, catapultándolo hasta las primeras hojas de los castaños de la Plaza, y el gentío enardecido exigía «¡Más alto, más alto!», y las ancianitas, sacando fuerzas de flaqueza, le impulsaban aún más alto y los espectadores avisados se miraban entre sí y comentaban «Están dopadas, de otra manera no se explica», comentaban, y así hasta que las centenarias caían exhaustas sobre la arena de la Plaza y el público ovacionaba la proeza y decía «¡Bravo!», y don Abdón, tan pronto advertía que las ancianitas eran incapaces de enderezarse, se ponía en pie a regañadientes, se sujetaba la túnica en el hombro izquierdo, pedía el portamonedas y les daba una moneda reluciente a cada una: «Para pipas», decía paternalmente, y las

ancianitas agradecían la dádiva con tenues voces entrecortadas, «Dios le bendiga», «Salud para que se repita otro año», le decían, y conforme don Abdón se acomodaba en la carroza y la multitud iba despejando, la Electra Don Abdón daba la luz y ellas, las ancianitas, se congregaban bajo una farola, miraban y remiraban las monedas de cerca, las mordían por turno con su par de dientes careados, y la Rosa San José Expósito decía: «Voy a encargar a la Hermana Emérita el método Sansón para poder tirarle más alto al año que viene; él todo lo merece». Y la Susanita Rey Expósito se remangaba lentamente el negro vestido, doblaba su escuálido bracito y decía pavoneándose: «Mirad qué bola», y la Encarna Expósito Don Abdón se asombraba: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!».

El bíceps derecho le duele terriblemente al despertar; siente el brazo descuajeringado, como con un muelle roto, y si lo estira, a duras penas puede volver a flexionarlo. Nota como si, de la noche a la mañana, entre las articulaciones se le hubiera criado moho. Pero no es el dolor lo que le despierta (cree) sino la algarabía, piu-piu-trui-trui-chec-chec, de gorgeos, trinos y graznidos que penetran a través de los cristales de las ventanas, Jacinto da media vuelta y se tiende del lado derecho, luego del izquierdo y, al cabo, de nuevo sobre el derecho. Es lo mismo. No puede reconciliar el sueño y, en vista de ello, se tira de la cama, se embute en la bata, se calza las zapatillas y sale al campo.

El primer sol funde la escarcha de la ladera y paulatinamente, tras el despertar de los pájaros, va renaciendo el silencio. Toma la goma e instintivamente la enrosca en el grifo de la pila y, al enfocar la boca hacia el seto, advierte los progresos de éste. Ya no es una banda tímidamente apuntada sino un volumen vegetal donde la consistencia blanquiverde de la víspera ha sido sustituida por la entereza de la planta adulta y la floración consiguiente. El seto ha crecido un palmo al menos y las hojas (unas hojas aceradas, rígidas, de dientes incisivos) cortejan a las flores amarillas, de débiles estambres, en plena eclosión. «Esto es algo inimaginable», se dice Jacinto, mas la irrupción repentina del agateador en su campo visual, le distrae y, al verlo (al agateador) posarse sobre las tablas de la caseta, tiit-tiit, sonríe (Jacinto) y le dice: «Temí que te hubieses marchado», le dice, pero el agateador le observa curiosamente y, sin mostrar la menor difidencia, se desliza, tiit-tiit, tabla abajo y se escabulle por el ensanche de la ranura. Jacinto riega la banda del seto y la banda aneja (la que ha sembrado la víspera) todavía sin rastro vegetal pero ya cuarteada. Riega meticulosamente (con la misma concentración con que escribía en la oficina) repartiendo el agua con equidad, volviendo sobre lo ya regado una vez que la tierra embebe los pequeños charcos que se forman. La temperatura es baja, fría, pero el sol, en un cielo sin nubes, deja ya sentir su fuerza primaveral. Jacinto interpone su dedo índice

en el pitorro y promueve un abanico de agua que cae pulverizada, sin dañarlas, sobre las plantas. A veces, debido a la disposición del agua y a la inflexión de los rayos del sol, en el centro del surtidor reverbera un rutilante arco iris. Jacinto sonríe mansamente y se olvida de su debilidad. Después de dar vuelta a la casa, se dirige a la portilla de troncos y la abre y la cierra una docena de veces. En apenas cuarenta y ocho horas, la portilla ha adquirido un sentido: el seto delimita ya una superficie, acota un campo cerrado. Se sienta (Jacinto) en el tronco superior de la portilla y se mece suavemente en un movimiento de vaivén. Mira largo, sin objeto, y de pronto vislumbra una liebre gazapeando por la ladera opuesta; avanza sin temor (la liebre) y, a trechos, se acula en los calveros, las orejas pinas, como acechando. Jacinto vuelve a sonreír, pero, súbitamente, siente frío y punzadas en el bíceps derecho. Se incorpora y, antes de entrar en la cabaña, observa el seto en una mirada de conjunto y dice en voz alta: «En una semana estará hecho. Nunca vi una cosa igual». Al meterse en la cama tirita (Jacinto). Se enfunda en un jersey, tiende la bata sobre las mantas, se acurruca y ajusta el embozo por la espalda. Empieza a reaccionar. Allí, en la cama, se siente mejor, quieto y sin hablar. Desde que dijo adiós a Darío Esteban no ha echado en falta la compañía, ni siquiera ha llegado a conectar el transistor. «Para mí, las palabras están de más», se dice (Jacinto). De entrada, al sugerirle Genaro lo del Grupo, Jacinto pensó que, en efecto, el mundo necesitaba palabras universales y sin desgastar y, por tanto, el esperanto podía ser un remedio y se enroló en él ilusionado, pero al poco tiempo renegó por entender que si se habla, se discute; si se discute, se odia; y si se odia, se mata. Entonces fue cuando se dijo (Jacinto): «Menos palabras y más nuevas». Genaro le vio en trance (frecuentemente le sorprendía sentado en una silla, manoseándose la cabeza, o meditando solitario en las cumbres de los cerros rayanos a la ciudad) y unas semanas después Jacinto enunció por vez primera el objetivo de su movimiento por la mudez a la paz. Era algo incipiente todavía, sin conformar, pero con una apariencia sugestiva y una innegable fuerza interior. Decía Jacinto: «Desaprovechamos la Torre de Babel pero, aunque tarde, aún es tiempo». En rigor, eran muy pocos los que le escuchaban (a Jacinto) y la mayor parte de esa minoría se mofaban de él; el mismo Darío Esteban, que le oyó una mañana en el Refectorio, le dijo: «No diga majaderías, Jacinto San José; mejor es que hable del 3-3-4. ¿Cree usted que el 3-3-4 es una táctica ofensiva adecuada o, por el contrario, una discreta estrategia defensiva?» y Jacinto frunció la nariz en un conato de sonrisa y dijo: «Lo siento, no gasto», a lo que Darío Esteban replicó, ladeando el pestorejo como una gallina alertada, «¿Está usted poniendo en duda, Jacinto San José, que hablar de deportes sea aún más saludable que practicarlos?».

A partir de esta observación reticente Jacinto se propuso hablar con las palabras justas. Las conversaciones en el Refectorio y a la entrada y salida de la oficina, se le antojaban una dilapidación sin sentido, y únicamente si platicaba con el espejo se toleraba algunas licencias puesto que él (Jacinto), a lo sumo, podría destruir su imagen (el espejo), pero tal agresión no era grave en sí ni acarrearía consecuencias funestas para nadie. Persuadido de la congruencia de su idea se dedicó durante unos días a buscar discípulos. El primer epígono fue César Fuentes (Cesárea por mal nombre), quien, apenas Jacinto abrió la boca, formuló su intransigencia radical: era preciso cortar la lengua a todos los seres racionales (César Fuentes decía, con su vocecita aflautada, castrarles la boca) para sofocar en embrión las agresiones verbales. Jacinto trató de hablarle al corazón y le dijo «Ten cuidado, César Fuentes, un ideario nacido del resentimiento difícilmente puede prosperar y si prosperase no generaría sino resentimiento; si intentar comprendernos es una utopía, solamente cabe una posibilidad de comprensión: no intentarlo».

Aparte César Fuentes, dos hombres atrajeron a Jacinto desde el primer momento por razones obvias: Baudelio Villamayor, el jardinero, por su laconismo, y el escribano de primera Eutilio Crespo, por su instinto de ocultación. Baudelio Villamayor, desde su ingreso en la Casa, se hacía entender con medias frases o medias palabras, de tal manera que cuando decía «días» se sobreentendía que quería decir «buenos días» y si decía «buenas» se sobreentendía que quería decir «buenas tardes», y, en lo atañedero a Eutilio Crespo, Jacinto advirtió que era tan celoso de su personalidad de escribano que ordinariamente ocultaba su tarea tras un paipai para evitar ser plagiado. Tanto Baudelio Villamayor como Eutilio Crespo aceptaron las directrices del movimiento POR LA MUDEZ A LA PAZ y, salvo ellos, las palabras de Jacinto cayeron en el vacío. Ello no impidió que Jacinto progresara en la maduración de su ideario, buscando los puntales de su doctrina, y una tarde que formuló su lema «Ni retórica ni dialéctica; frase corta, palabra corta, pensamiento largo», Baudelio Villamayor le objetó que la frase y la palabra cortas sí estaban en su mano pero que cómo coños se las iba a arreglar él para conseguir un pensamiento largo. La objeción deparó a Jacinto nuevos motivos de reflexión y finalmente resumió su pensamiento en estas conclusiones:

> a) No es racional que al hombre se le vaya toda la fuerza por la boca. b) La palabra, hasta el día, apenas ha servido sino como instrumento de agresión o exponente de necedad. c) Con las palabras se construyen paraísos inaccesibles para las piernas, y d) y última, cuantas menos palabras pronunciemos y más breves sean éstas, menos y más breves serán la agresividad y la estupidez flotante del mundo.

Lo del pensamiento largo quedaba, pues, de momento relegado. Así, sin que Jacinto se lo propusiera de un modo inmediato, nació el contracto. Las palabras apocopadas, especialmente las esdrújulas, ganaban en eufonía y, en el contexto de la frase, resultaban perfectamente inteligibles; ahorraban tiempo no sólo al que hablaba y escribía sino al que escuchaba o leía; al replantear el diccionario, las palabras renovadas recuperaban la fuerza y la pureza iniciales que el uso y el abuso (la erosión, decía Jacinto) les habían hecho perder; se eludía el riesgo del automatismo verbal, causa directa de la estupidez flotante, y, por último, se enervaban las probabilidades de discordia puesto que si el que mucho habla, mucho yerra, el que poco habla, yerra poco. César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo sonreían al dar la palmada aquiescente (la ovación tradicional se reducía en contracto a una sola palmada, ya que así se expresaba igualmente asentimiento y complacencia, sin perder tiempo ni quemar energías inútilmente). Jacinto realizó la primera demostración con su eslogan ya famoso «Ni retórica ni dialéctica; todo intento de comprensión por la palabra es una utopía», que, en contracto, quedaba reducido a esto: «Ni retora ni diala; todo into de compra por la pala es una uta». César Fuentes, Baudelio Villamayor y Eutilio Crespo dieron otra palmada y César Fuentes dijo «¡formido!» y Eutilio Crespo dijo «¡estupo!» y Baudo Villamo, el jardo, miraba a un lado y a otro consciente de que participaba en la iniciación de algo importante pero sin asumir íntegramente su trascendencia. (Andando el tiempo, Jacinto reconocería la influencia que en la génesis del contracto tuvo su innata aversión a las palabras esdrújulas. Su timidez le impedía pronunciar una palabra esdrújula sin que un incipiente balbuceo, rayano en la tartamudez, delatara su azoramiento. Transformadas en graves merced al contracto, las palabras esdrújulas resultaban digestivas sin ser abrumadoras.)

Horas y horas dedicó Jacinto a perfeccionar y pulir el nuevo idioma. A menudo se decía con secreta complacencia: «El contracto soy yo», y tal frase, al tiempo que aplacaba su diminuta vanidad, le imbuía un sentido de inquietud responsable. Tenía fe en su aceptación universal; menos palabras y más cortas podría constituir el elemento ordenador que la Humanidad requería y, persuadido de ello, Jacinto convocó la víspera de San José (quizá un poco precipitadamente) el Primo Congro de Contro.

La reunión se celebró en el invernadero de Baudelio Villamayor entre macetas, palas y rastrillos, en torno a un brasero de picón de encina y unos vasos de vino tinto. El discurso de Jacinto, modelo de economía verbal, fue recogido íntegro por Eutilio Crespo en el Libro de Actas, donde, después de la reunión inicial, no volvería a consignarse ni una sola palabra. Decía así:

Texto into del disco constituto del Movo Por la Mudez a la Paz prono por D. Jazo San José Niño

Queros amos: dos palas para daros la bienvena y deciros que estamos en el buen camo. La Humana tiene neza de economizar sonos. Es un pelo hablar más de lo que se piensa. Por otro lado, el exzo de palas comporta confusa. Es un erro pensar que un idia universo facilitaría la conviva. La retora, la grandilocua perturban el entendo humo. Seamos latos y procuremos que un humo hable lo menos poso con otro humo puesto que si un humo habla poco con otro humo, la discrepa es imposa y por tanto abocaremos a una eta pacifa defina. Daos cuenta de la trascenda de este momo histo. Nada más. Nombremos ahora un Preso, un Vicepreso, un Secro, un Vicesecro y un Teso para que rijan nuestra asocia.

Sonó una palmada seca y unánime como un taponazo, mas a la hora de nombrar junta directiva fue necesario dejar vacante el cargo de Vicesecro por falta de número. Tras su elección de Preso, Jacinto hubo de multiplicarse para atender consultas, eludir roces y solventar situaciones difíciles, pero, pese a su celo, el conflicto se presentó en el apartado Ruegos y Pregas. «Los finales en ción y zón, contractan en za por simple eufa —decía Jacinto—. Ejo, precaución hace precauza y corazón, coraza.» «Los tiempos verbos, salvo el parto paso, no contractan. Ejo, dormo por dormido, entero por enterado.» «Los bisilos, de ordino, no contractan. Excepcias: nombres propios y los acabos en consona. Ejo, Ceso Fuenta y erro por error.» Eutilio Crespo, con su desconfianza proverbial, interrumpía a Jacinto a cada rato, le exigía explicaciones como si tratara (Jacinto) de defraudarlos y, a última hora, empezó a acusarle de absorbente, de tan malos modos que insensiblemente el diálogo amistoso degeneró en una agria polémica. Primero dijo Eutilio Crespo: «Si los tiempos verbos no contran a excepza del parto paso, nos quedos a mita del camo, Jazo». Segundo, Jacinto replicó: «Ten en cuenta, Euto, que se trata de hacer un idia difo pero comprensa». Tercero, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos y con objeto de evitar una crisis de autoridad, terció César Fuentes: «Un momo, voy a leeros la prima traduza al contro de un sono de Anto Macho», mas Eutilio Crespo (cuarto) tomó la intervención de César Fuentes como una provocación y se encolerizó y gritó: «¡Deja de pamplas ahora! El probla es más serio que todo eso», y, como Jacinto, pese a intentar apaciguarlos, gesticulando con sus manos azules, no diera su brazo a torcer (quinto), Eutilio Crespo perdió la cabeza (sexto) y le voceó: «¡Eres un dicto y un gilipas!», le dijo, y aunque Jacinto apeló débilmente a su condición de Preso de la asociación recién constituida, Eutilio Crespo, fuera de sí (séptimo), arrastró la banqueta hacia atrás, se puso en pie y cerró a voces toda posibilidad de acuerdo: «¡Pues el Preso me toca a mí los cojos!», chilló, y se armó una trapatiesta y, mientras Jacinto decía «Un

momo, por favor», César Fuentes se obstinaba en leer el sono de Anto Macho y Baudelio Villamayor, el jardinero, prendía a Eutilio Crespo por las solapas y le zamarreaba y le llamaba «cabra» y «cantamañas» y Eutilio Crespo, después de desasirse (octavo y último), agarró el picaporte y le dijo: «Vete a freír puñas, fardo de mierda», le dijo, y salió dando un portazo.

Se abrió un silencio que Jacinto quebró diciendo doloridamente: «Ha sido un fraco, lo siento. Los homos no tenemos remo». Y Baudelio Villamayor, con los ojos bajos, les oseaba hacia la puerta, venga, ahuecar, no vaya a venir el Jefe; y salieron, y, según caminaban a la luz de las estrellas por los senderillos de ceniza, César Fuentes tomó por el brazo a Jacinto San José y le dijo contristado: «Ese jodo de Euto siempre quiere tener raza y lo peor es que no sabe hacer una O con un cano».

El doctor saca del cajón de su escritorio una pelotita de celuloide y un huevo del mismo material, los dos blancos, pestañea y alza uno en cada mano:

—Un momento —dice—. Coja usted sin demora el huevo.

Al instante Jacinto alarga la mano y coge el huevo.

—Ahora —añade el doctor— tome el otro huevo.

Jacinto torna a sonreír mansamente, como sintiéndose cómplice de una broma y, mansamente, dice:

—Lo siento, doctor, no hay más huevos. Lo que queda no es un huevo, es una pelota.

El doctor no le da tregua:

—Dígame, y su cabeza, ¿es un huevo o una pelota?

Jacinto carraspea.

—No es un huevo ni una pelota —responde con firmeza—, es una cabeza, pero puestos a buscar parecidos, su forma tira más a la del huevo que a la de la pelota.

El doctor frunce la frente y su mirada penetrante se ensombrece. Levanta ahora la esferita blanca por encima de su hombro e inquiere:

—Y si yo le dijese que esto es un cero, ¿qué respondería usted?

Jacinto bizquea sensiblemente del ojo izquierdo y para infundirse serenidad introduce una mano entre dos botones de la camisa y se agarra a la medallita de oro. Dice:

—Le diría que no es un cero, que es una pelota.

—Es curioso. ¿Y en qué los diferencia?

—Bueno —dice Jacinto—, para entendernos le diré que el cero es algo que no se puede coger; no existe, es pintado.

Los ojos y la frente del doctor se ensombrecen cada vez más. Ahora murmura insistentemente por lo bajo: «Caramba, caramba, caramba», y escribe sin pausa en el anverso de la ficha pero, de pronto, se

interrumpe y le dice (a Jacinto) sin mirarle:

—Confío en que esto suyo no pase de ser una vulgar neurosis del sumador. Mañana pasaré a Oficina diagnóstico y tratamiento.

Jacinto espera pacientemente en su lugar, en posición de descanso, y así que el doctor abre la puerta y le dice «Pase», pasa, mas de inmediato, ya en el dintel, la mano del doctor le atenaza el brazo y Jacinto vuelve la cabeza y divisa el huevo blanco entre los dedos morenos del doctor y oye su voz:

—Disculpe; esto que tengo en la mano ¿es un cero o una O?

Jacinto deja escapar una risita cazurra, de campesino:

—Ni una cosa, ni otra —dice—. Es un huevo.

Sin nada que aparentemente lo justifique, el doctor empieza a dispararle preguntas a quemarropa, sin darle tiempo (a Jacinto) a reponerse de la anterior (pregunta). Señala (el doctor) con el bolígrafo el cero del 10 de abril del calendario que pende de una alcayata en el pasillo:

—¿Y esto? —añade (el doctor)—. ¿Es una bola o un huevo?

—Un cero —responde Jacinto.

—¿Y aquí? ¿Le importaría decirme qué dice aquí? —señala la O de la palabra calendario. Jacinto titubea un instante:

—Dice O —dice al fin.

—¿No es un cero? ¡Fíjese bien! Esto es decisivo.

—No, doctor; es una O, estoy seguro.

—¿Y por qué regla de tres está tan seguro de que es una O y no un cero?

Jacinto ya no ríe; se nota empapado en sudor y advierte ante los ojos como una película que deforma los objetos.

—¿Eh? ¡Responda!

—De otra manera —dice Jacinto sumisamente— diría «Calendari». Un cero ahí no tendría sentido, doctor, compréndalo.

—No, ¿verdad?, pero advierta una cosa, ésta no es una cuestión de sentido sino de tipografía. Tome usted eso que llama una O y colóquelo aquí detrás (señala el cero del 10 de abril): ¿qué ocurriría entonces?

Jacinto ladea la cabeza aturdido:

—Ocurriría —dice tartamudeando con un hilo de voz— que sería 100 en lugar de 10.

—Pero ¿no quedamos en que esto era una O?

—A ver si me explico, doctor; es una O entre letras; entre números sería un cero.

—¡Qué disparate! ¿Insinúa usted que en su grafía ni el cero ni la O ofrecen caracteres que les individualicen? ¿Le importa decirme qué

dice aquí? (continúa señalando el 10 de abril):

—Diez —dice Jacinto.

—Concéntrese, por favor; no responda a tontas y a locas. ¿Está usted seguro de que no dice LO?

—Segurísimo, doctor.

—Está bueno eso. ¿Y por qué regla de tres?

—Eso son números, doctor. Sería absurdo que dijera ocho, nueve, LO, once... ¿no lo comprende? Discúlpeme, pero no sé explicarme de otra manera.

Antes de que Jacinto concluya de hablar, el doctor coloca el bolígrafo vertical junto a la pelotita de celuloide.

—¿Y aquí? ¿Qué dice aquí? ¿Diez o LO?

Jacinto se pasa el dorso de la mano por la frente inundada de sudor. Trata de sobreponerse para responder:

—Ahí no dice nada, doctor. Es un bolígrafo junto a una pelota.

—¿Una pelota, dice? ¿Seguro? ¿No será, por casualidad, un huevo? ¡Concéntrese!

Al abrir los ojos, lo primero que divisa (Jacinto) entre la niebla son los ojos escrutadores y preocupados del doctor, pero son blancos y abultados (sus ojos) como si le hubieran incrustado en las cuencas las dos bolas de celuloide. Y con los labios hace visajes y ruiditos (el doctor) como si hablase (o jurase) para sus adentros:

—¿Se siente mejor? —la voz del doctor tiene los trémolos y tumbos del trueno lejano.

Jacinto hace ademán de incorporarse.

—Aguarde, no hay prisa —añade el doctor con voz más humanizada —. Presumo que le debo una explicación. Nuestro oficio es duro, créame, pero esta prueba era ineludible. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad aunque ésta no exista, no sea más que una entelequia. El enfermo, sin embargo, se resiste a admitirlo porque es por definición un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo. Me entiende usted, ¿verdad?

Jacinto sigue tendido boca arriba, sin fuerzas para moverse. El mero hecho de abrir los ojos le fatiga y le produce un torpor doloroso en los senos (los pechos turgentes de don Abdón podrían devolverle, tal vez, la vieja sensación de seguridad perdida) frontales. Pero los abre (los ojos) y, al hacerlo (abrir los ojos), divisa, paralelas a su cuerpo, las tablas de embero del revestimiento del cielo raso y una a una empieza a contarlas, fijándose en la disposición de las ranuras que las separan y en las vetas y nudos para no equivocarse. Cuando termina, vuelve a empezar. Del muro a la librería que separa el dormitorio del living,

hay treinta y tres tarimas coloreadas de nogalina. Pero le sucede algo insólito (a Jacinto): al transitar (mentalmente) por las decenas (10, 20, 30) le sobreviene la náusea, espasmódica y aparatosa. «Ya no puedo ni pensar el cero», se dice (Jacinto) estremecido. Se le adentra como un puñal el graznido de una grajeta próxima, ¡quiiá!, y para conjurar sus miedos y su ansiedad manosea mecánicamente la medallita del pecho (los pechos henchidos de don Abdón podrían facilitar un refugio a su pusilanimidad). Jacinto empieza a rezar; reza bajo pero con gran unción hasta que le distrae el frío en los pies, un frío mineral, profundo, resistente al abrigo y la fricción. Intenta levantarse pero la sola idea de hacerlo (de intentarlo, no de levantarse) le deja extenuado. Saca la mano del embozo y, sin mover el resto del cuerpo, tira de golpe de la cinta de la persiana, bla-ta-blá, y la luz se hace repentinamente tras el dislocado tableteo. La claridad le reanima (a Jacinto), se diría que respira mejor, como si fuese aire en lugar de luz lo que penetra por los cristales. Sin advertirlo, está sumando otra vez las tarimas del revestimiento y, súbitamente, se le desorbitan los ojos y chilla «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», grita, y, al decir esto, su mirada se desliza de tarima en tarima, resbala por el hueco de la librería y se posa finalmente en la melancólica cabeza del egocero, en la chimenea, y ante su vacía mirada de cristal, las manos azuladas de Jacinto se crispan sobre la colcha.

Jacinto no es tonto ni listo pero sí lo suficientemente (listo) como para aspirar a defender su restringida inteligencia. Para ello (defenderla) sabe que debe recurrir a la selección personal y no delegarla. Y si don Abdón le paga para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y un plazo del televisor, y Darío Esteban afirma que dar menos es explotación y, más, una modalidad sutil de corrupción, bueno, aunque le digan eso (don Abdón y Darío Esteban), él (Jacinto) va y selecciona y se dice: «Ni televisor, ni fútbol; dos libros al mes, una hogaza para los pájaros del parque y una begonia, una sansivieras y un ficus en mi habitación». Y todavía le restaba un remanente para comprarle a doña Palmira, si agarraba la gripe, media docena de claveles rojos que animaran su convalecencia. Esto hacía Jacinto y aunque no estaba descontento de sí, a veces sentía temor porque las palabras de sus compañeros y las de los periódicos se le hacían por días más crípticas, a pesar de que ellos (sus compañeros) parecían apasionarse y aun ufanarse de sus conversaciones y él (Jacinto) sería feliz si lograra incorporarse a esta pasión siquiera una sola vez en la vida, pero no le era viable (incorporarse a esta pasión) porque el fervor de sus camaradas provenía de fuentes que a él le estaban cegadas: cerrojo, Perry Mason, centrocampista, los Invasores y puntos negativos. Así, poco a poco, Jacinto iba sintiéndose ajeno al mundo circundante, aislado como en un desierto, y se decía «La Torre

de Babel fue nuestra única oportunidad», se decía Jacinto convencido, y pensaba que una mirada o una mueca comportaban mayores posibilidades expresivas y constituían un vehículo de comunicación más sincero que un torrente de palabras, puesto que las palabras se habían vuelto herméticas, ambiguas o vacías al perder su virginidad.

Jacinto le teme a la incomunicación porque (Jacinto), como todo hombre que piensa, es medroso y la tarde que inesperadamente se le revolvió Eutilio Crespo y le dijo «Pues el Preso me toca a mí los cojos», intuyó (Jacinto) que se le había cerrado la última puerta del laberinto y, esa noche, al llegar a casa, lloró sobre la begonia, la sansivieras y el ficus imaginando que al regarlas con sus lágrimas eran ya definitivamente suyas y le comprenderían mejor. (O sea, lo que Jacinto busca y no encuentra es un asidero estable, un pecho henchido o una planta, donde agarrarse para poder sobrevivir.)

Otro de los temores de Jacinto es su limitación. Un día se examina y llega a la amarga conclusión de que sólo sabe hacer cuatro cosas: leer libros de mar, sumar, migar pan y regar plantas. Funciones fisiológicas al margen, Jacinto no sabe más. No sabe, por ejemplo, restar, multiplicar, ni dividir, ni sabe, por ejemplo, juntar frases cuyas palabras finales peguen para hacer un verso. Intuye, por supuesto, que «pequeño» y «risueño» pegan pero ignora cuántas y qué palabras debe anteponer a esas dos para obtener un pareado. Don Abdón, en sus discursos anuales, les recuerda que la educación unilateral, la especialización, libera al hombre de servidumbres emocionales. Jacinto no entiende bien esto, no lo comprende en absoluto, pero lo acepta (acepta su especialización) porque, aunque parezca paradójico, someterse a ella (a la especialización) es la única oportunidad de aproximarse a la servidumbre emocional de las ubres sofocantes de don Abdón (aunque esta enfermiza proclividad abrume a Jacinto), en las que vagamente barrunta la seguridad de antaño.

Los razonamientos de don Abdón son lógicos o lo parecen, pero lo tremendo es que la lógica empieza también a aterrorizar a Jacinto, porque el día que don Abdón dijo «El progreso estriba en lo práctico y la ciencia en saber sumar», se mostró consecuente con sus palabras y mandó talar los cedros, altos y frondosos como catedrales, que desde medio siglo atrás sombreaban el edificio, y suplirlos con setos (el seto es la defensa de los tímidos) de boj, rosales trepadores, arriates de geranios y senderos de ceniza y, al propio tiempo, ordenó sustituir los cuadros que enmarcaban paisajes, escenas bucólicas y costumbristas y grabados de época, por diagramas, histogramas y símbolos matemáticos. Aquel mismo día, compró Jacinto la begonia, la sanseviera y el ficus para consolar la mirada y relajarse en una armonía vegetal al regresar de la oficina.

Jacinto teme también a los redentores que redimen con la misma

vara que combaten, a los que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio, a las aglomeraciones y a los juegos multitudinarios. De aquí que aunque Amando García le inste para que le acompañe como espectador a una Invitación del Ayuntamiento, a un Rey de Bastos o a un Blanco de la Feria, aun admitiendo que se trata de diversiones decadentes y un poco cursis, él (Jacinto) se resiste porque ver un rostro achicharrado, una cabeza abierta de un cachiporrazo o un ojo saltado por un perdigón son escenas que todavía le desagradan y aunque los demás se rían y él (Jacinto) trate de sobreponerse a su morbosa hipersensibilidad, no lo puede remediar: sufre. Acepta que unos tiempos traen otros tiempos e incluso admite la regresión, puesto que si nada hay nuevo bajo el sol, los hombres forzosamente han de regresar y dar vueltas a la noria como pollinos haciéndose la ilusión de que avanzan y negándose a reconocer que han llegado. Incluso acepta (Jacinto) el revolucionismo (por más que a él le repugnaría un hijo como Genaro), pero le deprime y, entonces, resulta que si él (Jacinto) no cree en las palabras como comunicación, ignora el idioma de sus compañeros, teme a los redentores, le duele la regresión, le deprime el revolucionismo, se marea al hacer ceros, le asusta que Eutilio Crespo le diga «Pues el Preso me toca a mí los cojos» y carece de un par de pechos opulentos donde acogerse, entonces resulta que es la vida lo que le asusta (a Jacinto), pero como también le asusta la muerte, él (Jacinto) se ve en un callejón sin salida y cuando grita, mirando fijamente a los atormentados ojos de cristal del egocero, «¡También sería que me muriese aquí como un perro!», cuando grita eso, en el fondo de su desesperanza, confía en que alguien le oiga, se apiade de él, le tome entre sus brazos, le acune, le oprima contra su seno y saque de su cuerpo, primero a chorros y después gota a gota (como una sábana mojada cuando se estruja), todo el miedo que guarda dentro. Pero no le oye nadie, ni se apiada nadie, ni le coge nadie porque en la vaguada y, según parece, en el páramo, en cien kilómetros a la redonda, no hay nadie. Y a ratos (tal vez horas), Jacinto se queda traspuesto y, al despertar, suma mecánicamente las tablas del techo y, entre sueño y sueño, oye el zureo de una tórtola, zurrur, o el graznido de una grajeta, quiiá, o el silbido de un mirlo, tsii, o el galleo de una pega, chac-chac, o (una vez que las rayas luminosas de la persiana se oscurecen) el concierto iterativo del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, o la llamada un poco lúgubre del mochuelo desde la copa del olmo, quiú, o el cloqueo del papavientos, guu-ec, que, como de costumbre, caza mosquitos en el camino.

A pesar de su desgana, de su extenuación, en una ráfaga de lucidez comprende (Jacinto) que sin comer no se puede vivir, y de una manera instintiva se arroja de la cama, corre de puntillas hasta la cocina y regresa (de puntillas asimismo) a la cama con el jamón de

York, medio queso, una rodaja de pan y una botella de vino tinto, e introduce todo ello bajo las mantas (mientras resuella), lo arrima a su cuerpo para calentarlo con su fiebre porque, según doña Palmira, los alimentos fríos son los que dañan el estómago y abren las úlceras, y, transcurridos unos minutos, se sienta y come (mordiendo del jamón y del queso, sin cortarlos) y bebe de la botella a gollete y siente por la espalda, como lumiacos, los escalofríos. Al terminar, hace un nuevo esfuerzo, salta de la cama y se encierra en el servicio (caballeros) pero, como está solo en el mundo, no echa el pestillo («prejuicios de una época pequeño-burguesa», dice Amando García) y orina tranquilamente, sin sobresaltos, recreándose en la parábola líquida, transparente pese a bajar recargada (la orina) por la fiebre. Sin pretenderlo, se ve en el espejo (Jacinto) y se saluda y se dice, *Jacinto, hombre de Dios, ¿qué haces tú aquí?, buena te ha caído, que no vales dos reales, hijito, ¿a quién se le ocurre enfermar ahora?, claro que a lo mejor es de la misma neurosis, que da fiebre, vete a saber, que el doctor no pudo ser menos explícito, comer bien, dormir bien, tomar el aire y estas pildoritas, muy sencillo, pero el apetito y el sueño, ¿en qué botica se compran? Eso es lo que yo digo, Jacinto, aunque, después de todo, otros están peor, que no es que yo me queje, entiéndeme, lo único no tener de quién echar mano, lo único, date cuenta, por lo demás, paciencia, ahora bien, en cuanto se pase, Jacinto, a delegar, ¿oyes?, no te me vuelvas atrás, delegas y se acabó, como los demás, natural, lo que no se puede no se puede, que es mucho lujo ese de querer vivir contra corriente, menuda, no es nada lo del ojo, delegas y se terminó. ¡Je!, eso, ríete ahora, lo que faltaba, Jacinto, pero ¿estás en tus cabales?, pues sí que la cosa tiene gracia, más solo que la una, hijo, como un leproso, a ver qué otra cosa, que lo primero aprender la lengua de tus compañeros, ¿oyes?, no te me salgas luego por la tangente, cerrojo, centrocampista, los Invasores y todo eso, que tampoco es tan difícil me parece a mí, basta con unos poquitos de arrestos y dejarse de tonterías, que al fin y al cabo porque tú hables su idioma tampoco la estupidez flotante va a aumentar tanto en el mundo, Jacinto, y si aumenta, mira, que aumente, que lo que no se puede es tener a tu edad esa cabeza, hijo mío, más blanca que la de tu abuelita, que a cualquiera que le digas los años que tienes no se lo cree, ¡válgame Dios!, y si es cierto que a cada idea un pelo blanco, pues no tengas ideas, hijo, que nadie te manda, acuérdate de Genaro, Jacinto, no me digas, como un mendigo, de puerta en puerta, pero ni un mendrugo, lo que se dice ni un mendrugo, natural, que después de todo si un hombre se está matando para pensar por ti y evitarte responsabilidades y llegas tú, con tu cara bonita, y le pagas preguntando, pues un desagradecido, eso, o comes las berzas o las dejas comer, no le des más vueltas*, pero le daban más vueltas y «¡Otra, otra!» exigían enardecidos Ginés Gil y Eutilio Crespo y Ernesto Blanco (y todos), y Amando García, que les miraba con ojos

burlones y moviendo las orejas, agarró de nuevo a Jacinto por los hombros y le hizo girar sobre sí mismo, a toda velocidad, como una peonza, a contrapelo de la rotación de la Tierra, mientras los demás le hacían corro y se descoyuntaban de risa y Amando García, como ebrio, repetía «Oíd, este pelele se marea al hacer ceros. ¿Oísteis alguna vez cosa semejante?». Y cada vez acudían más compañeros y venga de reír y de jalear a Jacinto, «¡Más deprisa, más deprisa, más deprisa!», y luego, palmas, como si bailara por su gusto, hasta que Jacinto trompicó y cayó sentado, babeando, sobre la ceniza del paseo y Amando García forzó el temblor de sus orejas para incrementar la comicidad del trance y preguntó «¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora, Jacinto San José?», y Jacinto parpadeaba y sus inocuos, candorosos ojos azules aparecían extrañadamente empañados, pero los cerró y aun trató de sonreír al responder «También me he mareado, lo reconozco», y Amando García, entonces, le asió por las solapas, le obligó a incorporarse y volvió a girarle y girarle entre las risotadas de los compañeros, y a Jacinto se le ponían los ojos en blanco, se le extraviaban, y veía el cielo en la tierra y la tierra en el cielo, y notaba que algo se le comprimía abajo, en las vísceras del vientre, o tal vez en el estómago, lo notaba, y de pronto, sin saber cómo ni por qué, cayó de bruces sobre el césped y le sobrevino una arcada y vomitó y le sobrevino otra arcada y volvió a vomitar y así se estuvo vomitando tiempo y tiempo y, aunque notaba la humedad de la secreción en la mejilla, era incapaz de moverse y además le dolía el costado (a consecuencia de los espasmos) y, fugazmente, pensó que estaba devolviendo las tripas (exactamente el cuajo) porque la náusea no cesaba y ya no le restaba nada por devolver, pero la náusea persistía, se prolongó tanto tiempo que los compañeros terminaron por marcharse defraudados, «Esto ya está visto», decían, de forma que Jacinto quedó solo en el jardín y, al cabo de un tiempo, se incorporó y divisó a Gen coma a dos metros de distancia coma dando lametazos a la papilla que él acababa de devolver y coma asqueado coma dijo ¡Eso sí que no, Gen, cochino! coma pero Gen coma indiferente a su amonestación coma continuaba atiborrándose y él coma como impotente coma ¡Gen, Gen, ven aquí! coma impotente coma porque las remolachas le agarraban los pies como manos coma pero Gen ni le escuchaba coma saltó la empalizada corriendo tras el niño que zigzagueaba entre los surcos para eludir la persecución coma aterrorizado coma y el hortelano dijo coléricamente desde la ventana del primer piso ¡Chito, fuera, me cago en la madre que te parió! coma pero Gen coma enloquecido coma no hacía caso y Jacinto y los dos mellizos de Genaro corrían ahora por el alfalfar coma cayéndose y levantándose coma ¡toma aquí! coma chillaban coma y al llegar a la higuera que crecía junto a la granja coma el niño se agarró a un camal

y dio un ágil quiebro pero Gen coma que parecía engolosinado con su trasero coma frenó apoyando simultáneamente las dos manos en tierra coma giró la cabeza y lo atajó a la salida del árbol y aunque falló al primer intento coma del segundo le aprisionó el glúteo derecho entre los dientes coma en tanto Jacinto y los gemelos corrían ahora dificultosamente por los cavones del barbecho y el niño berreaba y el hortelano apareció en la puerta con una vieja escopeta de dos cañones y por más que Jacinto quería decirle que no coma que alto coma que no cometiera disparates coma que él salía responsable coma el jadeo acongojado jjaajaá se lo impedía y se limitó a hacerle gestos apremiantes con la mano coma pero el hortelano dijo Ahora te voy a dar yo a ti y sin aculatar la escopeta ni nada coma a sobaquillo coma disparó dos tiros a quemarropa coma el segundo de los cuales casi levantó en vilo a Gen coma pero en el aire coma y antes de que Gen se desplomara bajo la higuera coma Jacinto ya vio borbotear la sangre en su costado y el hortelano cargó de nuevo la escopeta y se volvió hacia Jacinto que llegaba desalado coma mientras el arrapiezo se refugiaba en los brazos de su madre que había salido del establo al ruido de las detonaciones con una errada en cada mano punto Jacinto coma sin hacer caso del arma coma se arrodilló junto a Gen coma colocó su mano derecha en el costillar y friccionó enérgicamente coma mas al advertir el estertor y las convulsiones coma levantó la cabeza de Gen y unió su boca a la suya y sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss coma sopló fssss y aspiró afssss pero el aire se escapaba por las rendijas laterales de la boca de Gen fissss coma tan larga que Jacinto era incapaz de abarcarla toda con sus labios coma y se desesperaba porque le daba la sensación de una bomba que no ajustase a la válvula y en una de sus inspiraciones afssss su boca se llenó de sangre coma espesa y dulce coma tanta sangre que pensó que había vaciado a Gen coma y los mellizos que llegaban sofocados en ese momento coma se reclinaron sobre el cuerpo yacente llorando y diciendo ¡Papá, papá! y Jacinto se incorporó escupiendo y limpiándose la boca con el pañuelo y dijo Usted le ha matado y el hortelano asintió y dijo coma Así es ¿y quién lo va a sentir? y coma seguidamente coma dijo señalando a los niños coma lo que no admito son pitorreos. ¿Tiene usted la chapa de identidad? y Jacinto arrugó la frente coma El carnet querrá decir coma dijo coma y el hortelano aculató la escopeta en el suelo y se recostó en los tubos y dijo Quiero decir lo que dije, la chapa coma dijo coma y Jacinto abrió la cartera coma rebuscó entre los papeles y tendió al fin al hortelano el carnet de genaromartín y el hortelano lo miró por un lado y por el otro coma por un lado y por el otro coma varias veces y luego dijo Bueno, supongo que este tipo será el dueño coma no, es él coma dijo Jacinto coma pero antes de que concluyera de hablar coma el hortelano le

agarró por las solapas y le levantó de tal forma que apenas rozaba el suelo con las puntas de los zapatos y le decía coma el hortelano coma Oiga usted coma le decía el hortelano coma si después de desgraciarme al crío aún cree que puede reírse de mí en mis barbas, está muy equivocado. A ver, certificado de vacunación punto Jacinto al verse libre se arrodilló junto a Gen y trataba de hallar la cicatriz de la vacuna en lo alto del brazo entreabriéndole el vello moteado coma pero no lo encontraba y murmuraba nerviosamente justificándose coma Tenía que estar aquí, pero ha criado tanto pelo... y coma tras su infructuosa exploración coma alzó su pálida mirada y dijo humildemente dos puntos En todo caso yo puedo responder por él; es compañero mío coma pero coma inesperadamente coma el hortelano perdió la paciencia coma agarró la escopeta y la encañonó hacia Jacinto coma y Jacinto y los mellizos reculaban aterrados y el hortelano dijo dos puntos ¿Así que su compañero, eh? ¡Largo! Y si quieren volver a ver a esta basura ya lo saben, mañana en el Instituto Don Abdón.

Jacinto abre los ojos y por primera vez en varios días no siente los latidos en las sienes, los lumiacos en la espalda, ni las punzadas en la nuca. Al sentarse en la cama oye reiteradamente el modulado canto de un ruiseñor, choqui-piu-piupiú, muy próximo a la ventana. Jacinto sonríe para sí mismo: «Ya estoy bien; ya pasó todo», se dice. Y mientras se viste intenta silbar, bbb, pero sus labios, tanto tiempo inactivos, carecen de elasticidad y están secos y rígidos como cartones. Entre los listones de la persiana se filtra una tenue claridad que le permite descubrir las sombras de los muebles. Al calzarse los calcetines de lana le asalta la disnea (a Jacinto) y en vista de ello se pone los zapatos pisando los contrafuertes y sin abrochárselos. Al comenzar a andar, lo primero que se le ocurre (a Jacinto) es que cada uno de sus zapatones de lluvia pesa una tonelada. Mas todo su cansancio y su debilidad se disipan al abrir la puerta de la cabaña y toparse con el muro vegetal que le cierra la visibilidad por todas partes. Súbitamente los rayos de sol inciden en sus ojos y su centelleo le obliga a detenerse y a proteger aquéllos (los ojos) con la mano. Poco a poco va entreabriendo los dedos (paulatinamente, como los listones de la persiana al tirar de la cinta) para que sus pupilas se habitúen a la claridad. En ese compás de espera, llega hasta él el chapaleo sostenido del riachuelo, chuap-chuac, entreverado por la llamada de un macho de perdiz, chac-chac-ar, y la estridencia melodiosa del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, en la trasera de la choza, probablemente en los olmos. Pero al abrir los ojos no puede ver el riachuelo, ni el macho de perdiz, ni el molino con las muelas abandonadas porque el seto, que alcanza ya la altura de su frente (de la de Jacinto), se lo impide. Su primera reacción es infantil: «Habrá

que recortarlo», se dice (Jacinto), pero él es consciente de que lo que pretende con estas tres palabras es aventar el asomo de inquietud que empieza a roerle, esto es, engañarse. Se aproxima al seto con las manos en los bolsillos y piensa «Esto es demasiado», pero dice en voz alta: «¡Qué hermosura! El día que a la tierra se le haga producir así desaparecerá el hambre del mundo». Jacinto se resiste a encararse con la realidad, pero observa que los lábiles tallos primitivos se han bifurcado dos, cuatro, ocho, dieciséis veces, se juntan, se enzarzan, se enmarañan unos con otros y no dejan penetrar un rayo de luz. Por otra parte, su desarrollo es tan vigoroso que los tallos, en la base, tienen ya el espesor de su antebrazo (del de Jacinto). En general, los vástagos del seto se disparan hacia lo alto, en una verticalidad gótica, pero los progresos de los álabes y los serpollos son asimismo notorios. En este aspecto su propagación es muy laboriosa. Toda la afición botánica de Jacinto, que es mucha, se concentra ahora en las tenues ramas reptantes. Las rosetas foliares alumbran docenas de propágulos a manera de estolones cuyas yemas espaciadas enraízan sólidamente entre las grietas de las losas. De ellas (de las yemas) brotan otras rosetas foliares que, a su vez, se prolongan en estolones, de tal manera que puede decirse que el seto camina, esto es, anda. Y lo más inquietante es que el tegumento que reviste tallos y ramas se eriza de minúsculas uñitas, insólitamente tenaces, que a falta de postes o paredes adonde agarrarse se abrazan entre sí en una madeja inextricable. Y entre las hojas, tiesas y dentadas, se abren las flores amarillas, de vida efímera, ya que a la fragancia altiva de unas se opone el desmadejamiento de otras y la muerte harapienta de las menos. Jacinto continúa observando; parece mineralizado en su inmovilidad. De pronto, gira sobre sus talones y avanza lentamente, paso a paso, por el pasillo que se abre entre la fronda y la cabaña. Su sombra, proyectada sobre las losetas, le precede y, conforme camina, revolotean, pr-prrrrrr, entre la tupida maraña, mirlos, verderones, petirrojos, chochines y malvises. Jacinto no hace caso de los pájaros; su sombra le hipnotiza y, al observar que la de sus hombros (la sombra) apenas cabe ya en la anchura del pasillo, se sobresalta, saca las manos de los bolsillos y a paso rápido se encamina a la portilla de troncos de pino, mas como llega a la esquina sin encontrarla, vuelve sobre sus pasos y murmura «Si estaba aquí; aquí mismo estaba». Su nerviosidad (la de Jacinto) se delata en la impaciencia de sus movimientos. Abre el seto separando las ramas con las dos manos y en su apresuramiento se araña la frente y se hiere el ojo izquierdo. «Serenidad, Jacinto», se dice, oprimiendo el pañuelo contra el ojo lastimado, pero sus ademanes no responden a sus deseos. Prosigue indagando y, al fin, entre la espesura, divisa la portilla a medio metro de distancia, pero imagina (Jacinto) que es el ojo cubierto con el

pañuelo (que no cesa de lagrimearle) el que produce esta engañosa sensación de profundidad y lo destapa pero, entonces, comprueba que no es medio sino un metro lo que le separa de la portilla. «¡Virgen Santa!», se dice. Por detrás de aquélla (la portilla) tampoco ve luz, de lo que deduce que la banda sembrada posteriormente también ha prendido. «Esto tiene al menos cuatro metros de espesor», se dice con lucidez lógica y abriendo mucho los ojos (el izquierdo aún enramado y lagrimeante) y apretando los puños hasta hincarse las uñas en las palmas. Oye el ruido de su corazón, tiqui-taca, tiqui-taca, encabritado dentro del pecho al incorporarse, y entonces hace lo que suelen hacer las aves al estrenar jaula: dar vueltas alrededor de su encierro para confirmar que no hay un solo espacio desguarnecido y, además, en lo que a Jacinto atañe, que la uniformidad de crecimiento es otra de las características del híbrido americano. La maleza le empuja hacia dentro en su progreso insidioso y, ante esta perspectiva, Jacinto se dice «Calma, calma», inspira el aire profundamente por la nariz y lo expira por la boca en golpes intermitentes, psssst-pssssst, mientras se encamina hacia la caseta de los aperos, contrapuesta a la del motorcito del agua. En todo caso, sus invocaciones a la calma y a la serenidad le sirven de bien poco (a Jacinto), pues al abrir la portezuela se pilla el dedo índice derecho, pero el dolor (que trata de contrarrestar metiéndose el dedo en la boca) cesa al contemplar los útiles allí alineados: una azada, una azuela, una hoz, un hocino, un hacha, una pala, un rastrillo, un serrucho y unas tijeras de podar. Sonríe ampliamente Jacinto, como un general sitiado que oyera el cornetín de los refuerzos y, sin sacar el dedo índice de la boca, toma con la otra mano las tijeras, el serrucho, el hacha y la azuela (que sujeta debajo del sobaco) y regresa al lugar de la portilla. Al cortar los tallos que sobresalen, crik-crak, experimenta una triunfal sensación de poder. Las tijeras son sólidas y están bien afiladas. Introduce (Jacinto) las ramitas entre sus fuertes mandíbulas (las de las tijeras), ejerce una leve presión, suena un leve chasquido (crak) y el leve tallo salta al suelo desconectado, totalmente inofensivo. El sol ha adquirido fuerza y Jacinto, acariciado por sus rayos, empieza a recuperar la serenidad. En su trabajo carece de visibilidad e incluso, aunque se empine, no puede ver el molino derruido, ni el colmenar, ni la roja tierra subsolada; aparte del seto, apenas divisa (Jacinto) la pimpollada tras el refugio y, frente a éste, la parte superior del tamojal de robles y la cenefa de la roca (con sus grutas y concavidades negro-amarillentas) en la ladera opuesta. El ansia por redescubrir el mundo imprime una aceleración a su quehacer, aunque de vez en cuando lo interrumpe para apilar las ramas cortadas al pie. El trabajo le cunde y, al diluirse su ansiedad, se pregunta cosas como, por ejemplo, los días que habrá estado enfermo, y así que descubre al agateador y le ve, tiittiit,

introducirse por la hendidura de la caseta, concluye que la fiebre no ha durado ni diez días, ya que la avecilla no porta comida en el pico y, consecuentemente, todavía no ha empollado los huevos. (Es, la de Jacinto, una deducción arbitraria puesto que desconoce no sólo el día de la puesta sino el plazo de eclosión de los agateadores.) A intervalos, Jacinto se aleja un par de metros reculando para recrearse en los efectos de la poda. Sonríe. En la tupida superficie se ha abierto una oquedad que pone de manifiesto la portilla, aunque inmovilizada por tallos y camales. Sin embargo, Jacinto, adentrándose de perfil en la socarrena, puede llegar a ella (a la portilla) y aun moverla dentro del limitado vaivén que los tocones permiten a sus goznes.

Cuando Jacinto termina con los flecos (del seto), afronta los camales y, en esta fase, sucede con frecuencia que aquéllos resisten a la presión incisiva de las tijeras y, aunque Jacinto apela a la ayuda de la otra mano, se niegan a saltar. En tales momentos se recrudece su desconcierto (el de Jacinto) y la sensación de ansiedad en el diafragma, y para acallarlos se hace el distraído (Jacinto), se desvía de su objetivo y se entretiene cortando los flecos de los alrededores, crik-crak, no esenciales para acceder a su objetivo, haciéndose la ilusión de que hace algo, aunque en su cabeza (la de Jacinto) bulle esta idea: «Te estás yendo por las ramas», terca y rigurosamente exacta, pero él (Jacinto) la desecha moviendo la cabeza de un lado a otro como suele hacer cuando le asalta un pensamiento pecaminoso. De este modo llega a un punto muerto en que no profundiza puesto que todas las ramas que se interponen entre él y la portilla no ceden a los mordiscos repetidos de las tijeras. Se arma de valor (Jacinto) y arremete contra ellas, colocando las cuchillas en las muescas que dibujaron sus tentativas anteriores y, tras ímprobos esfuerzos, que dejan en sus manos una impronta dolorosa, hace saltar a dos, lo que le induce a exclamar «¡Esto marcha!». La conciencia de que aún posee en reserva instrumentos más expeditivos que las tijeras le imbuye una sensación de seguridad pero demora utilizarlos (los instrumentos en reserva) para no destruir este sentimiento confortador, pero finalmente, ante la recalcitrante resistencia de los cinco camales y el tocón (que impensadamente ha derivado hacia la derecha y bloquea la portilla) deposita las tijeras (ya inútiles) en el suelo, coge el serrucho, lo aplica a la horquilla de una de las ramas y lo mueve de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, de aquí, ris, para allá, ras, y, al detenerse, advierte que los dientes (del serrucho) no penetran en la madera, apenas dibujan un rasguño en el tegumento. Cambia de rama entonces (Jacinto) y concentra su esfuerzo en otra más baja que le permite cargar el peso de su cuerpo y acentuar así su poder de penetración (el del serrucho). Éste (el serrucho) no está estrenado y aun se advierten en los flancos de la hoja blanca, brillante, restos de

grasa sólida para su mejor conservación, mas a pesar de su calidad y del denodado ardor de Jacinto, ris-ras, ris-ras, el camal, tal vez por demasiado tierno y muy rico en savia, repele el serrucho, se muestra tan enterizo que los dientes apenas perforan la superficie de la piel. Aún insiste Jacinto un par de veces y, por último, convencido de que es inútil, idea amarrar el serrucho a la suela de su zapato, pues en su afán de buscar justificación a su impotencia, concluye que carece de músculos en los brazos ya que un perito calígrafo precisa sensibilidad en la mano pero no fuerza y, por otra parte, el rasgueo de la pluma sobre el papel, gué-gueeé, aun siendo un ejercicio continuado (de días, y de horas, y de semanas y aun de años), no es precisamente una gimnasia como para desarrollar los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!). De forma que agarra una cuerda y se ata el serrucho de canto a la suela del zapato, pero, apenas coloca los dientes de aquél en la horqueta y oprime, la hoja pierde la verticalidad y se aplasta, plat, contra la suela de su zapato y él (Jacinto) la endereza con violencia, desmanotadamente, y aprieta otra vez pero de nuevo se aplasta, plat, y, al tercer intento, la cuerda se rompe y aunque a Jacinto le repugna hablar mal, exclama mecánicamente, fuera de sí, «¡Me cago en la madre que te parió!», exclama, aunque le consta que los serruchos no son frutos de vientre ni, consecuentemente, hijos de madre, pero le dice «¡Me cago en la madre que te parió!», y aunque de momento se queda más a gusto, al poco rato se siente apesadumbrado.

Ante el fracaso, Jacinto agarra el serrucho y vuelve a la carga, ris-ras, acumulando en las manos todas sus energías (que van siendo cada vez menos), pero el camal está demasiado irrigado y apenas se deshilacha ligeramente en el recodo de la horquilla. A partir de esta nueva intentona, Jacinto se desespera, reniega de los empeños sistematizados, se introduce en la oquedad y empieza a patear, taf-taf, rabiosamente la rama más baja hasta que ésta se dobla, chasca, cleep, pero el tegumento es terriblemente resistente y ha de bascularla (la rama) más de cincuenta veces para que se desprenda. Acto seguido, persuadido de la eficacia de la fuerza bruta, trata de hacer lo mismo con otro camal, pero éste es tan largo que, al intentar girarlo para ahuecar el tegumento, el extremo tropieza con las ramas de encima y con las ramas de debajo y, para evitar esto, la desmocha (la rama que pretende arrancar) con las tijeras, crik-crak, pero aún carece de juego, no es posible voltearla, y ha de ayudarse con el serrucho, ris-ras, para cortarla. Jacinto suda, resuella, pero no se amilana. Aspira a dejar abierto el acceso a la portilla antes de acostarse, pero el sol camina excesivamente deprisa o él (Jacinto) demasiado despacio, el caso es que cuando el enorme disco rojo declina sobre el monte, Jacinto todavía no ha conseguido desgajar la tercera de las cinco ramas que le

estorban y, convencido de la necesidad de hacerlo, la retuerce enfurecido, la hace bascular de un lado a otro, tira de ella, la muerde con las tijeras, la mella con el serrucho, aprieta los dientes, reza jaculatorias, dice de nuevo, en un rapto de locura, con voz perfectamente audible, «Me cago en la madre que os parió a todas» (las ramas), y cuando, tras una hora de ímprobos esfuerzos, la arranca, analiza el macerado muñón y le habla (al muñón) como si se tratara de una persona: «¡Cómo os agarráis, desgraciadas!», dice, y, al cabo, arroja la rama sobre el montón de desperdicios, se endereza poco a poco para aliviar el dolor de los riñones entumecidos y seguidamente reemprende la tarea.

En el instante en que el sol traspone la montaña se produce un fenómeno chocante: los pétalos de las flores amarillas se pliegan como protegiendo los estambres y, simultáneamente, empiezan a exhalar un aroma dulzón, concentrado y mareante, en el que se entremezclan matices de la madreselva y de la rosa, pero más acentuado, tanto que eclipsa el olor a tomillo y espliego dominante en la vaguada. Desde el páramo desciende el llanto crepuscular de los alcaravanes, currlií-currliií, y en la fronda espesa del seto, los serines, los mirlos, los petirrojos, los verderones, los chochines, los gorriones, los ruiseñores revolotean y cantan, trui-chinc-tiit-orrr-sib-sab, en una algarabía ensordecedora. A Jacinto le sofoca la intensidad del aroma, le excita el clamor de los pájaros, y, comprobada la inutilidad de las tijeras y del serrucho, y comprobados asimismo los progresos de la noche, toma el hacha y, fuera de sí, empieza a descargarla sobre el camal, tac-tac, mas el camal parece de goma y rechaza la hoja como si se tratara de una pelota, sin que la más insignificante muesca se acuse en ella, y ya Jacinto, enloquecido, empieza a golpear el seto sin buscar el punto vulnerable, a diestro y siniestro, sin mirar dónde, hiriéndose las manos y los antebrazos, mas el noventa por ciento de los golpes resultan fallidos, mueren inútilmente entre el follaje, con un impacto muelle y blando, plaf, que contrasta con el golpe seco, tac, que produce la hoja cada vez que tropieza con la madera. Jacinto, poseído de un sombrío furor, no se detiene a comprobar los progresos de su obra. En lo alto se anuncia el brillo rutilante de la estrella Arturo y los pájaros enmudecen y, a cambio, los murciélagos empiezan a merodear, en fintas audaces, en torno a Jacinto, quien, extenuado, hace un alto, jadea, jjaá-jjaá, agarra la rama, trata de retorcerla, y la rama se comba elásticamente sobre la muesca más profunda pero no se disloca, incluso llega un momento en que Jacinto, acumulando sus últimas energías, consigue unir el extremo superior de aquélla con la horquilla donde nace, mas en vista de que es inútil, la suelta (Jacinto), tan desafortunadamente que la rama, al recuperar la posición inicial, le golpea en la barbilla con violencia y Jacinto se tambalea, está a punto

de caer y, agachado como está, se cubre los ojos con las manos y rompe a llorar acongojadamente mientras murmura: «¡Estoy encerrado; esto es una barrera inexpugnable!».

—Barrera —dijo (Jacinto), y colocó las dos fichas rojas en el seguro, una junto a la otra, cuidando de igualarlas, mientras doña Palmira palmoteaba, pla-pla-pla, y decía «Ahora van a ver ustedes quién soy yo», y doña Presenta, después de examinar la posición de las cuatro fichas azules, dictaminaba «No hay derecho, Jacinto, a mí no hay quien me saque de la cabeza que usted tiene algo contra mí», y la señorita Josefita sonreía y, al sonreír, se acentuaban las patitas de gallo en los vértices de sus ojos, pero Jacinto no pensó por esto que fuera vieja (la señorita Josefita) sino que su cutis era fino y delicado como el papel de fumar.

Doña Palmira, doña Presenta, la señorita Josefita y Jacinto se cobijaban bajo la pantalla de flecos granates, tan baja que el haz luminoso se concentraba sobre el tablero polícromo dejando los respaldos de las sillas, el aparador y la vitrina en una apacible penumbra. Tras dos años de luto riguroso, era la primera vez que la señorita Josefita jugaba con las fichas amarillas, pues, al decir de doña Presenta, el amarillo era alivio, y la señorita Josefita decía «Si vieran que no me acierto», y doña Palmira corroboraba, «Señorita Josefita, se ve que el amarillo no le pinta». A pesar de ello, la señorita Josefita proseguía avanzando con su ficha de vanguardia y aproximándose a la ficha azul de doña Presenta, inmovilizada por la barrera roja de Jacinto, y, una vez que la tuvo a su alcance, doña Presenta asió crispadamente el antebrazo de Jacinto y le dijo «Por amor de Dios, Jacinto, ¡abra, abra!, no ve que ya están ahí», pero Jacinto observaba de reojo a la señorita Josefita y le conmovía su magra figurita de cuarentona indefensa, su vocecita atiplada apenas audible, sus párpados rojizos que producían la impresión de haberse pasado una vida llorando y «Cinco», dijo Jacinto, «a salir, ya tengo todas en juego», y se frotó obstinadamente una mano con otra, y doña Presenta cerró los ojos apretando mucho los párpados y dijo «Estas barreras me descomponen, Jacinto, créame», y la señorita Josefita agitó el cubilete, amarillo, rol-toltol, con su manita huesuda, mientras doña Presenta, volcada sobre el tablero, trataba de conjurar el peligro «¡Dos, dos, dos!», repetía, y el dado amarillo alumbró un dos y doña Presenta palmoteó, pla-pla-pla, y «No hay como tener confianza», dijo, pero la señorita Josefita le advirtió «No cante victoria, doña Presenta» y doña Presenta se volvió a Jacinto, le sujetó por el antebrazo, puso los ojos en blanco y le imploró, como si realmente se sintiese perseguida por seres de carne y hueso: «¡Abra, Jacinto, por la Virgen Santísima se lo pido!», mas Jacinto parecía de hielo, levantó el cubilete y lo volcó, blok, «Tres», dijo, y adelantó la ficha que acababa de sacar de casa, en

tanto doña Presenta le reconvenía, «Ya veo que no piensa quitar nunca de ahí ese muro de la vergüenza», una obsesión, hasta que doña Palmira se irritó y dijo «O callas la boca o lo dejamos, Presenta; el juego es el juego, ya se sabe» y, en ese instante, la señorita Josefita rodó su dado ruidosamente, trenterenten, sobre el cristal, y exclamó triunfalmente «¡Uno!» y, triunfalmente, desplazó la ficha azul de doña Presenta hasta su rincón y doña Presenta le decía a Jacinto por lo bajo, «Si esto me lo estaba temiendo yo; es usted tan testarudo que tenía que acabar mal», y, afanosa de desquite, doña Presenta corría ahora con su segunda ficha, los ojos brillantes de ansiedad, tras la ficha amarilla de la señorita Josefita, que acababa de comerla y decía, «Ahora me las va a pagar usted todas juntas, Josefita», mas, a renglón seguido, Jacinto sacó un cuatro y abrió la barrera e inmediatamente trató de justificarse ante doña Presenta, «Si muevo la otra, doña Palmira me la va a echar el guante», dijo con una risita de conejo, pero doña Presenta se encampanó y «Si empezamos con favoritismos no vale», dijo desencantada, «mira que ir a abrir la barrera ahora; y lo que yo digo, si jugamos aliados hay que advertirlo desde el principio», y dale, y la señorita Josefita, toda arrebolada, asistía impasible al pugilato dialéctico, los ojos bajos, humillada, mortificada por la luminosidad de la lámpara de flecos granates, las manitas de alambre desmayadas sobre el regazo, y así que doña Palmira intervino con su vozarrón de trueno, «¡Ya está bien, Presenta, el juego es el juego!» y, suavizando la voz, «le toca a usted, señorita Josefita», así que dijo esto, la señorita Josefita tomó el cubilete amarillo, lo agitó, tol-tol-tol, lo volcó, blok, e hizo rodar el dado por el cristal, trenterenten, satisfecha de poder desplazar la atención sobre el dado triscador y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y doña Presenta, decepcionada, «Ande, échela usted un galgo», y la señorita Josefita volcó de nuevo el cubilete, blok, y volvió a salir un seis y «¡Seis!», dijeron los cuatro a coro, y la expresión de desencanto de doña Presenta se trocó en una mueca esperanzada y la señorita Josefita, según movía el cubilete amarillo, tol-tol-tol, por tercera vez consecutiva, dijo «También sería mala suerte», y los cuatro pares de ojos se fueron tras el dado saltarín y cuando éste se detuvo doña Presenta, puesta en pie, tronó: «¡Seis, a casa! ¡La trampa de Dios siempre canta!», *pero tú sabes que no es así, Jacinto, menuda, tú lo sabes, hijito, que unas veces canta y otras no canta, que por esa regla de tres, mira, sería justo lo de las ordalías y los juicios de Dios, y no lo es, qué va, la trampa canta cuando quiere, Jacinto, de sobra lo sabes, que la trampa es igualito que un canario enjaulado, canta o no canta, que otra cosa es la condición humana, Jacinto, ésa es harina de otro costal, menuda, eso sí que no tiene remedio, ahí lo que uno gana es a costa de otro, fijo, que es lo que yo digo, Jacinto, ¿qué demontres puedo hacer yo para que después de jugar al parchís con doña Presenta y la*

señorita Josefita, las dos se vayan contentas a casa? Nada, Jacinto, no te molestes, no le des vueltas («¡Otra, otra!», chillaban los compañeros), haces un favor a uno y enojas al otro, la vida es así, no tiene vuelta («¡Otra, otra!») de hoja, que si tú intercedes por genaromartín perjudicas a Darío Esteban y, si no lo haces, beneficias a Darío Esteban y perjudicas a genaromartín, pero tú intercediste, ya lo sé, menuda, qué me vas a decir a mí, ¿y todo por qué? Seamos francos, Jacinto, porque te pareció justo y razonable, pero anda, ve por ahí, hijito, y pregunta: ¿qué es lo justo?, ¿qué es lo razonable?, anda, sólo por curiosidad, pregunta, Jacinto, una encuesta o eso, hazlo sólo por el gusto de ver si coinciden dos, sólo dos, que ya te aseguro desde aquí que no, porque lo justo y lo razonable ha de acomodarse a lo mío, y si no se acomoda a lo mío, ni es justo ni es razonable, que eso es como la historia y como las palabras, Jacinto, que cada cual maneja su historia y sus palabras, y, como son suyas, puede hacer filigranas con ellas si quiere para acomodarlas a lo que le conviene, Jacinto, convéncete, porque el defecto de la historia ¿sabes cuál es?, pues sólo uno, mira, que la escriban los vivos, Jacinto, eso, que la historia deberían escribirla los muertos, pero hay una dificultad, Jacinto, ¿sabes?, como tienen las manos tan frías no pueden ni agarrar el palillero, no saben, pero es lo que yo digo, Jacinto, ¿por qué no les alfabetizamos? Haríamos una buena obra, te lo aseguro, que ya sé que al principio sería una lata, que habría que llevarles la mano y todo eso, como a los moribundos que quieren retirar los dineros del banco, lo comprendo, una lata, pero con un poco de paciencia quizá consiguiéramos algo, ¿por qué no?; y a fin de cuentas, por intentarlo no perderíamos nada, ya ves, porque si no, vienen los vivos y te dicen «Todos los hombres somos iguales, Cristo lo dijo», eso dicen, pero eso no quita para que unos hombres echen a otros a las fieras, o a las mazmorras, o al gas y además, que esto es lo chusco, te demostrarán que eso es lo justo y lo razonable, Jacinto, y a lo mejor lo es, vete a saber, o a lo mejor es que los hombres no somos iguales, ¡qué sé yo!, o que tenemos dos caras, o tres, o cuatro, una de verano y otra de invierno, a saber, ahí tienes los discursos de don Abdón, aplausos, bravos y muy bien, todo plácemes, y luego Amando García, por detrás, la Otis Encelada esto o el Capicúa lo otro, ¿en qué quedamos? Es como lo de la piscina y el bombo, Jacinto, aquí entre nosotros, hablando en plata, ¿tú crees que don Abdón sabe nadar? Entiéndeme y no cojas las cosas por donde queman, Jacinto, que yo no trato de insinuar que don Abdón no merezca nuestro aprecio, que don Abdón es el padre más madre de todos los padres, eso por descontado, y que lo de descargarte de responsabilidades es algo que no se paga con dinero, menuda, qué se va a pagar, Jacinto, pero esto al margen, hablando en plata, nadar no sabe, y de tocar el bombo, Jacinto, ni pum, para qué engañarnos, y aun en el supuesto, que ya es suponer, de que supiera, Jacinto, incluso aceptando que fuera un virtuoso, que ya es aceptar, ¿es que tú crees que un bombo a

palo seco puede dar música? Dime la verdad, Jacinto, honradamente, ¿puede dar música un bombo? Entonces, ¿a qué tantos aplausos y tantos aspavientos, Jacinto, me lo quieres explicar? Y si la gente tiene dos caras o tres, o cuatro, ¿cuál es la buena? ¿La de verano o la de invierno? Menudo lío, Jacinto, y es que hay que desengañarse, los hombres no son iguales, ni de lejos, y tú dirás «No son cristianos», pero ellos enseguida te alzan el gallo: «Soy cristiano por la gracia de Dios», y el que lo dice se repantiga en el diván del coche, vocea «¡arre!» y fustazo que te arreo, y su igual, el que tira del coche, cierra el pico y adelante y tú te piensas «Mañana cambiarán; se repantigará el que tira y tirará el que hoy se repantiga», pero mañana ya es hoy y el que se repantiga es el mismo de ayer, Jacinto, y vuelve a vocear «¡arre!» al otro, y fustazo que te arreo, y aunque son iguales nunca cambian, Jacinto, que éste es el chiste, porque al del diván que te dice «Soy cristiano por la gracia de Dios», le parece justo y razonable que su igual tire del coche mientras él va repantigado, y el que tira, vete a saber, Jacinto, a lo mejor piensa otra cosa pero carece de voz, o, si la tiene, sus palabras son pobres, no se cotizan, o a lo mejor son ricas pero, en este caso, no significan, a buen seguro, lo mismo que las palabras del que va repantigado y, por tanto, el que va repantigado no le entiende, no le puede entender y además tiene la fusta, que esto es lo grave, y, en consecuencia, es inútil que el otro hable y, por tanto, es preferible callar, y hace un esfuerzo (Jacinto), cambia de postura y calla, aunque le arden las palmas de las manos, se le han levantado las ampollas y asoma a corros la carne viva y él (Jacinto) despega con cuidado los circulitos de piel encallecida y, con cuidado, mete la punta de la lengua bajo ellos y las lame (las llagas) insistentemente. Nota también (Jacinto) un cansancio doloroso en medio muslo; y, sobre el trasero, donde le han dicho que están los riñones, siente como si los hachazos los hubieran descargado sobre él, allí, en lugar de haberlos descargado él (Jacinto) sobre el seto y es como si tuviera una honda muesca a cada lado, como esos árboles que los leñadores dejan pendientes de un hilo, para que la cuadrilla taladora los derribe, amarrándoles con una maroma, uno a uno, al día siguiente (la división del trabajo). El caso es que Jacinto está despierto, los ojos como platos, la lámpara portátil sobre la mesilla de noche y sus pensamientos brincan caprichosamente de dolor en dolor: manos, muslos, riñones, bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!), riñones y, a cada pensamiento, altera su postura, mas si se tumba boca abajo alivia los riñones pero agrava los dolores de los muslos y las palmas, y si se tumba boca arriba, reduce el escozor de las llagas y el dolor de los muslos pero se acentúa el de los riñones, y si se coloca del lado derecho, descansa el dolor del riñón izquierdo y el del bíceps izquierdo y el del muslo del mismo lado y aun, con suerte, el de las llagas, pero se recrudecen, en cambio, los dolores del riñón, del muslo y del bíceps derechos, pero si se acuesta

del costado izquierdo, disminuyen los dolores del muslo, del riñón y del bíceps del lado derecho, pero acrecen proporcionalmente las molestias del muslo, del riñón y del bíceps del lado izquierdo. Y cada vez que se mueve, Jacinto se acompaña de un «aaaaay» más o menos quejumbroso y prolongado de acuerdo con el tiempo que invierte en cambiar de postura, mas, tras el «aaaaay» ya automático, puramente rutinario, piensa que, por mucho que se las ingenie, de los ocho dolores que padece (dos manos, dos riñones, dos muslos y dos bíceps) no podrá eliminar más que cinco, y el resto, los otros tres, prevalecerán quiera o no quiera. Y cuanto más se mueve, más consciente es (Jacinto) de sus dolores y dice: «Estás desazonado, Jacinto. Más que dolor, lo tuyo es desazón». Y como actúa por impulsos, estira un brazo, abre el cajoncito de la mesilla de noche, saca de él un frasco, desenrosca la tapa con una mano, extrae una gragea de color rosa, vuelve a taparlo (el frasco), cierra el cajoncito, pone la píldora en la parte posterior de la lengua (bajo la campanilla), coge el vaso, sorbe un buche de agua y la traga, glú (la gragea). Inmediatamente percibe un ruido en el tejado, un ruido espaciado y rítmico, taptap-tap, como si unos dedos tabalearan sobre las lascas de pizarra. En un principio el tabaleo es diferenciado, tap-tap, pero se va acelerando hasta convertirse, en pocos segundos, en un rumor pertinaz e indistinto, tuuuuuuuf, que no proviene ya solamente del tejado sino del jardín, de los olmos, del seto, de la vaguada y del páramo. «Está lloviendo», se dice Jacinto repentinamente iluminado y, por el momento, ignora si el hecho de que llueva es algo conveniente o inconveniente, difusamente advierte que la lluvia constituye una novedad y que aquel rumor uniforme y tonificante (Jacinto ha olvidado ya la gragea) le serena, espesa sus párpados y le incita, invenciblemente, al sueño.

Al despertar, oye cantar a los mirlos, chinc-chincchinc, o, al oír cantar a los mirlos, chinc-chinc-chinc, se despierta (Jacinto) y, por la claridad que tamizan las tablillas de la persiana, deduce (Jacinto) que ha salido el sol. Saca la mano del embozo y tira de la cinta (de la persiana), bla-ta-blá, y, al hacerlo, con la luz, despiertan en él el ardor de la mano derecha, el dolor del bíceps derecho, las punzadas de los riñones derecho e izquierdo y las contracciones pugnaces de los muslos (derecho e izquierdo). No obstante, se arroja de la cama, embute los pies desnudos en los zapatos, se pone la bata y sale afuera abrochándose el cinturón. Le envuelve una vaharada de tierra húmeda y en el azul del cielo, sobre los buitres planeadores, ve correr las nubes blancas, últimos despojos de la borrasca. Al bajar la vista, se olvida de todo (Jacinto) y únicamente ve el seto, un seto exuberante que rebasa su cabeza (la de Jacinto) y cuyas hojas ofrecen unos limbos limpios, brillantes, en contraposición con el amarillo empolvado de las

flores. El corazón bate el pecho de Jacinto, tac-tactac, al dirigirse a la oquedad abierta la víspera junto a la portilla, y se acelera, hasta producirle dolor, al comprobar que la oquedad apenas existe. Las ramas altas del seto gotean, tiptop, sobre las inferiores y en la penumbra de los bajos apunta el sotobosque: los incipientes abanicos de los helechos, las espirales de los zarcillos, la aspereza de las ortigas... El lecho ofrece la porosidad hormigueante de lombrices y lumiacos característica de los bosques seculares. En los tallos del seto castigado por el hacha, brotan raíces adventicias que se desflecan en espera de un asidero, en tanto los tallos intactos alumbran raicillas caulógenas junto a los serpollos frondosos que ocultan totalmente la portilla de troncos. Jacinto está aturdido. Observa, atónito, la marcha apresurada de las ramas reptantes apuntaladas en los estolones, la expansión insólita de las rosetas foliares, la turgencia de los bulbos prestos a estallar. Gira sobre sí mismo (Jacinto) y verifica que, en todo su campo visual, la altura del seto es sorprendentemente uniforme. Parece tranquilo pero, inopinadamente, grita: «¡Es una barrera infranqueable! ¡Estoy prisionero!», grita, y la vaguada responde: «ero» y Jacinto aprieta a correr sin ningún objeto, va y vuelve, circunda la cabaña, los ojos azules desorbitados, brinca, agita los brazos, mientras musita: «Prisionero; estoy prisionero» y, cuando al fin se detiene, la cabeza le arde, sus facciones se contraen en visajes espasmódicos y, tras unos titubeos, se encamina a la trasera y regresa con el hacha, la azuela y la azada, se escupe en las palmas de las manos erizadas de ampollas, agarra la azada y comienza a golpear alocadamente en la fronda reciente que le separa de la portilla. Sus golpes (los de Jacinto), blandos e inútiles, plaf, plaf, apenas sirven para espantar docenas de pájaros y descabezar algunas flores y, al advertirlo, Jacinto arroja la azada contra el costado de la cabaña, trok, compensa su movimiento de ira con una jaculatoria, corre como un autómata a la parte posterior del refugio, se encarama sobre la caseta del motorcito, agarra firmemente el alero del tejado, flexiona sus brazos, se apoya en el vientre, iza una rodilla, luego la otra y gatea por las lanchas de pizarra, asiéndose crispadamente a los empalmes para contrarrestar la pendiente. Al alcanzar la chimenea, se agarra a ella y se endereza y mira en derredor y, al avistar de nuevo el arroyo, el robledal, las ruinas del molino, los islotes de grama, el colmenar, la roja tierra subsolada, sus ojos se llenan de lágrimas. El seto que le aísla de ese mundo tiene un espesor de más de seis metros y desde lo alto Jacinto puede observar su consistencia cespitosa e invulnerable. En un impulso brusco, movido por la conciencia de que a cada minuto que demore esta decisión la huida será más difícil, Jacinto toma carrerilla desde el vértice del tejado, da dos trancos por la pronunciada vertiente y, al alcanzar el alero, brinca con todas sus fuerzas, salta al

vacío, intenta hacer la doble tijera en el aire como dicen que hacen los atletas en las pruebas de longitud, y cae, ¡plaf!, sobre la maraña del seto que, en unos segundos, le absorbe como una ciénaga. Jacinto patea y bracea entre la maleza, nada, grita «¡socorro!» y la vaguada se burla «¡orro!», y vuelve a gritar «¡socorro!» y la vaguada repite «¡orro!» y él (Jacinto) sigue braceando, pretendiendo desembarazarse de los tallos y camales que le amarran, que le inmovilizan las piernas o se le incrustan en el pecho y en el vientre dificultándole la respiración. Jacinto está tumbado, se siente prendido por la cintura y piensa en un mosquito apresado en la tela de araña, pero, poco a poco, pateando furiosamente, va recuperando la posición vertical, afirma el pie en un codillo resistente, impulsa su cuerpo hacia arriba y su cabeza emerge, al fin, del follaje y al tender la vista en torno se desmoraliza, ya que, pese a su titánico esfuerzo, apenas ha logrado rebasar metro y medio de seto y su situación, incluso para regresar a la cabaña, es seriamente comprometida. Trata (Jacinto) de zafarse de las ramitas superiores ejecutando los movimientos de la braza, pero la maleza se muestra tan adhesiva que tiene la impresión de estar clavado en el sitio. Entonces, poseído de una crisis nerviosa, pone todo su cuerpo en actividad, se apoya en los pies, las manos, los codos, el trasero y las rodillas para vencer la pegajosidad de la fronda, pero el seto le frena con sus mil tentáculos, le sujeta con firmeza y él (Jacinto) chilla y llora y si, a veces, demora mover unos segundos uno de sus miembros (un brazo por ejemplo), las uñitas de los tallos, ávidas de encontrar una apoyatura, se le enroscan, se le ensortijan, clavan en el entramado de la bata sus minúsculos aguijones y empiezan a trepar por él como si quisieran devorarlo y, en esos casos, Jacinto los arranca con ostensible repugnancia, con dedos recelosos como si se quitara víboras de encima, y grita y el eco grita también, y experimenta de nuevo la sensación de ser un mosquito atrapado en una tela de araña y nota los lumiacos recorriendo su columna vertebral persuadido de la antropofagia del híbrido. Sus esfuerzos, empero, no responden a un plan, son desmanotados y nerviosos, patea y bracea (¡Don Abdón, ahora donde le cubre!) sin método alguno, crispadamente, y su misma tensión le inutiliza y le fatiga y hay momentos en que, consciente de su impotencia, es tentado de abandonar la lucha y dejarse morir allí. En tales casos queda inmóvil, resollando acongojadamente, jjaá-jaá, pero basta el roce viscoso de un estambre o una hoja en el cuello o la mejilla para que Jacinto se erice de nuevo, se rebele, y entonces se rebulle con energía y hostilidad crecientes, tronza tallos a patadas, cabalga sobre el seto unos centímetros (a pique de desgraciarse), se desembaraza de los camales que entorpecen los movimientos de sus rodillas, abofetea las flores próximas cuyos pétalos y corolas se esparcen por la maciza superficie del seto y sus labios (los de Jacinto),

virginales de ordinario, mezclan las plegarias con alguna palabrota que involuntariamente se le viene a la boca.

A veces, pierde pie, le falla el codillo o la horqueta y nuevamente se sumerge en aquel mar vegetal y nota que se asfixia y bracea y gime hasta que torna a salir a flote y entonces suspira profundamente, pero al echarse la noche, conforme los pétalos amarillos se recogen sobre los estambres y empieza a expandirse el aroma enervante de las flores, Jacinto piensa que ha llegado el fin, pero se resiste a ceder, rechaza el perfume embriagador y chilla «¡Malditos!» con toda su alma y, con el grito, descubre que su voz le alienta y repite «¡Malditos!» y la vaguada responde «¡itos!», y entonces grita «¡Abrid!» y la vaguada replica «¡brid!», y entonces grita «¡Yo no quise preguntar nada!» y la vaguada responde «¡ada!», y entonces grita «¡no lo hice con mala intención!», y la vaguada repite «¡ión!», y entonces grita (Jacinto) «¡Lo juro!» y la vaguada replica «¡uro!». Y según chilla, Jacinto pedalea sobre los codillos y los camales, se hiere los dedos, se rasguña los muslos, se desuella los codos y los antebrazos, se daña los testículos y una luna blanca, impávida, le observa burlonamente desde la cabecera del valle, pero él (Jacinto) no ceja, contorsiona el cuerpo y cada vez que sus pies topan con un sólido punto de apoyo, empuja con todas sus fuerzas hacia adelante sin notar los arañazos del pecho y del vientre, y en uno de estos esfuerzos cede inopinadamente la resistencia del seto y Jacinto cae violentamente, de bruces, sobre las losetas del pavimento, riendo y llorando, descalzo, la bata y el pijama desgarrados, el cuerpo sangrante, pero ríe y ríe cada vez más fuerte, sin ánimo para incorporarse, mira a la luna y su plenitud reposada y satisfecha le recuerda la cara reposada y satisfecha de Darío Esteban y, tumbado sobre las lajas como está, hace bocina con las manos y chilla desesperadamente: «¡Darío Esteban, abrid!», e, instantáneamente, la vaguada repite: «¡brid!», y Jacinto vocea: «¡No lo puedo resistir!», y la vaguada repite: «¡stir!» y, de pronto, Jacinto se arrodilla, gime, abre la boca y empieza a reírse por lo bajo, demencialmente, a golpes, babeando, se frota una mano con otra sin advertir el escozor de las llagas y las ampollas, tiembla, se pone en pie y dice íntimamente: «¡Un verso! Jacinto, has hecho un verso!», se dice con infinita complacencia y vuelve a reír con la garganta, como gorjeando, «un verso», repite, «Darío Esteban, abrid / No lo puedo resistir», murmura cuando se adentra, con la inestabilidad de un borracho, en la cabaña y prende la lámpara de queroseno y se derrumba en un sillón (Jacinto) y rompe a sollozar acongojadamente y, en las breves pausas entre sus sollozos, repite «Un verso, ya sé hacer versos» y se limpia las lágrimas con los dorsos de las manos y, al levantar la vista, se asombra del orden y del silencio que imperan en la cabaña, y el egocero, desde la campana de la chimenea, le contempla con sus impasibles ojos de cristal y Jacinto

le mira, a su vez, y le dice: «Ya sé hacer versos», y estalla en una carcajada burbujeante.

Tenía el morro chato y negro y coma en la punta coma los orificios bien dibujados coma como notas musicales coma y la mirada de sus ojos avellana avizorante y despierta como si aún estuviese vivo punto El pelo corto y duro de la cabeza se adensaba en las orejas coma donde nacía la grácil curva del cuello coma brutalmente yugulado por la cuchilla allí donde se iniciaba la mancha marrón del tórax que se extendía por el lomo hasta el trasero punto El techo de la sala era alto y las paredes blancas y desguarnecidas con góticos ventanales coma sin postigos ni cortinas coma abiertos a la oscuridad de la noche coma y sobre la alargada mesa de mármol blanco flotaban cinco globos de luz coma cuya estudiada disposición eliminaba las sombras punto Olía intensamente a fenol y tras los ruidos secos y acompasados de las pisadas por el largo y desnudo corredor coma chás-chás-chás coma el silencio de la sala se hacía especialmente opaco punto La cabeza descansaba sobre la limpia sección de la cuchilla y por el mármol se extendía un leve reguero de sangre coagulada casi negra punto y aparte

La mujer coma hasta entonces inmóvil y silenciosa coma se llevó el pañuelo a los ojos coma luego a la boca y gritó medio sofocando el grito con el pañuelo ¡Genaro, Genaro mío! y el doctor de más edad la tomó delicadamente de un brazo y le dijo repórtese, hay que ser fuertes coma e inmediatamente coma volvió la cabeza hacia el doctor más joven coma embutido como él en una bata blanca coma y añadió en un susurro acompañado de un ademán admirativo coma un hermoso pointer ¿no es cierto?

Jacinto cesa de mirar los orificios nasales del egocero, se pone en pie, entra en la cocina y mientras bate los huevos para prepararse una tortilla, le da por pensar que la palabra, con todas sus imperfecciones, aún puede ser redimida, que lo urgente es hallar palabras vírgenes que sugieran las mismas ideas en todos los cerebros, mas, de improviso, reacciona, deja de batir, deposita el pocillo con los huevos en el fogón y se dice: «Estoy acorralado; no puedo perder tiempo». Simultáneamente repara en que está descalzo, cubierto de harapos y el cuerpo lleno de mataduras. Se mete bajo la ducha y grita, ¡aaaah!, incapaz de soportar el escozor en silencio, luego se embadurna de mercromina y se viste apresuradamente y sale a la noche, en la mano la lámpara de keroseno cuya llama blanca se ve de inmediato rodeada de polillas y mosquitos. Trata de inspirar (Jacinto) el aire frío de la noche profundamente y expelerlo en rachas intermitentes, pssstpsssst, con objeto de sosegar su corazón que le golpea frenéticamente el pecho. Repite cuatro o cinco veces el ejercicio y, después, deja el farol en el suelo y mide la distancia que media entre los dos costados del

seto: cuatro pasos largos. Empero, el pasillo entre el seto y la cabaña no llega al metro. «No puedo dormirme sin resolver esto», se dice. Presiente que dormir en estas circunstancias puede significar la muerte y, por el contrario, la actividad aliviará su tensión. Entra entonces (Jacinto) en una fase de agitación delirante, su cerebro sometido a presión alumbra ideas encontradas, va y viene (Jacinto), interrumpe acciones ya iniciadas, comienza otras, hasta que al fin parece decidirse, entra en la cabaña, desciende a la bodega y retorna con un bidón de gasolina y dos botellas de alcohol. Deposita todo en las lajas, junto a la puerta, y se dirige a la trasera, a la caseta de los aperos. Allí el perfume de las flores es tan meloso y turbador que a Jacinto le intimida, por lo que se apresura a regresar al sector delantero y, con el rastrillo, apila los despojos del seto junto a la portilla, rocía las ramas taladas con gasolina y alcohol, prende fuego y se retira. El instantáneo resplandor le deslumbra y le apacigua, le devuelve la confianza en las propias fuerzas. Las llamas ascienden caracoleando, crepitando, creep-creep, chascando, clip-clip, hasta alcanzar doble altura que el seto, con tal voracidad que en el cielo se borran las estrellas y Jacinto sonríe tenuemente, fascinado por el espectáculo. «No podrá aguantar», piensa, mas su ilusión se desvanece en pocos minutos, porque lejos de incrementarse, como esperaba, el fuego empieza a languidecer, las llamas se resumen sobre sí mismas (como si se las alimentara artificialmente) y paulatinamente se desvanecen, se extinguen, y en la socarra no resta sino un rescoldo mortecino. Jacinto se aproxima y el humo le obliga a toser. Observa en torno. En realidad, el seto apenas acusa el efecto de las llamas. En un amplio sector las hojas están ennegrecidas y parte de las ramas (las más superficiales) chamuscadas (de forma que ceden fácilmente a la presión) pero los camales y tallos más profundos permanecen intactos. «Está demasiado húmedo», se dice (Jacinto), y su corazón reinicia un repique alborotado. Pero le posee una inquietud febricitante, los fracasos son fuente de nuevas iniciativas y las ideas de agresividad (en Jacinto) se encadenan en eslabones crecientes. Vivo aún el rescoldo, Jacinto vuelve a la bodega y sube, una a una, tres bombonas de gas que deposita dentro del seto, abriendo hueco con el hacha y las tijeras de podar. Luego tiende un cordel empapado en gasolina cuyo extremo introduce en el pitorro de la bombona que ha dejado abierta, rocía todo (bombonas y seto) con la gasolina y el alcohol que aún queda en los recipientes respectivos, prende la mecha y echa a correr (la lámpara en la mano) hasta la trasera de la cabaña. Una vez allí, se acurruca entre la casa y el pozo, boca abajo, literalmente aplastado contra el suelo, las manos crispadas protegiendo la nuca, la boca abierta, todo el cuerpo en tensión… La explosión es tan violenta, ¡boooooom!, que siente abrirse por encima de él (en un segundo

estampido más sordo, boooof, como abortado) la ventana de la cocina y se derraman sobre su cuerpo cascotes y cristales pulverizados, trin-tin-tin. El impulso subsiguiente es ponerse de pie, pero vacila (Jacinto), le asalta la sospecha (a Jacinto) de que la explosión de las bombonas no haya sido simultánea y entonces permanece inmóvil, sin cambiar de postura, expectante. Pero a medida que transcurren los minutos, Jacinto se va confiando, retira, primero, las manos de la nuca, cierra la boca, distiende sus miembros, ladea la cabeza, se arrodilla, escucha atentamente (no se oye nada), se levanta, se llega a la esquina de la cabaña y asoma un ojo furtivamente, por entre los troncos, como los niños cuando juegan a civiles y ladrones. A la luz del líquido inflamado, en los postreros estertores, observa (Jacinto) que las bombonas han desaparecido pero el seto permanece allí, inalterable y, en cambio, diseminados por el suelo hay fragmentos de cristales, esquirlas de pizarra y un canalón retorcido. Al avanzar hacia la hoguera, ve las ventanas violentadas, abiertas por la explosión, y en la esquina del refugio más próxima a la portilla, los troncos del revestimiento han sido arrancados y las lastras del tejado han saltado al suelo en añicos. Por contra, el seto se muestra incólume, macizo y mudo, ofensivo en su pasividad, y Jacinto, tras inventariar mentalmente los destrozos de la explosión, se pone a medir los pasos entre las bandas laterales del seto y, bien porque sus zancadas sean ahora más abiertas, bien porque los progresos del follaje se aceleren, por más vueltas que le da, no le salen más que tres y medio.

Entra (Jacinto) en la casa desconcertado y el desorden le abruma. Coge el escobón y barre concienzudamente. Al acabar, cierra las ventanas sin cristales, baja las persianas, entorna los postigos, se arrellana en un sillón, descorcha una botella y bebe un trago interminable. En realidad, no sabe lo que bebe, ni le importa, pero el líquido le produce un optimismo cálido en el estómago, tan grato que le induce a repetir hasta que su optimismo se trueca en euforia y la euforia en sueño. En el silencio oye el grito astillado, guu-ec, del engañapastor en el camino y el breve gemido del mochuelo, quiu, en la copa del olmo. Antes de cerrar los ojos, Jacinto mira de nuevo al egocero, sus ojos brillantes, de vidrio, y suelta una risotada.

—La Casa no trata de perjudicarles y está dispuesta a considerar que su marido de usted haya fallecido en acto de servicio. Esto está bien lejos de ser cierto, querida señora, y usted no lo ignora, pero repito que la Casa no desea perjudicarles y está dispuesta a considerar un nuevo planteamiento del problema a cambio de que usted, querida señora, renuncie a enterrar a su marido por lo sagrado y evite de esta manera un conflicto de jurisdicciones. Al fin y al cabo, querida señora, la tierra es igual en todas partes y su marido desgraciadamente no puede ya enojarse por ello.

La mujer mordió el pañuelo coma después de restregárselo repetidamente por los ojos y dijo compréndame, después de dejarle morir como un perro no me resigno a darle tierra como a un perro; él no merecía esto coma dijo coma y Darío Esteban coma al oírla coma se echó hacia adelante coma trenzó los dedos de ambas manos plácidamente y se sentó en el borde del sillón dos puntos

—Por supuesto me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y en cierto modo los comparto, pero entiendo que no es hora de dejar hablar al corazón sino a la cabeza. Su marido de usted, por si usted lo ignora, no cobraba últimamente por nómina sino, como suele decirse, por bajo cuerda. El puesto, dentro del escalafón de subsubalternos, se creó para él, entiéndame, nos lo sacamos de la manga, lo inventamos para que usted y los suyos no quedaran desamparados. Luego, si no está en nómina, no ha liquidado, y si no ha liquidado, el montepío y la seguridad no le alcanzan, y si el montepío y la seguridad no le alcanzan porque su marido de usted está en descubierto, el problema es una cuestión de caridad y se reduce a esto: o usted se obstina en presionar a la jerarquía eclesiástica para que le entierren por lo sagrado, cosa en todo caso problemática y en virtud de la cual la Casa se desentiende del asunto, o usted acepta de antemano nuestras condiciones, en cuyo caso la Casa está dispuesta a admitir que su marido de usted haya muerto en acto de servicio (y si la agresión se hubiera perpetrado detrás de la verja lo hubiera sido, entiéndame), y la indemnizará a usted con arreglo a las liquidaciones de su marido de usted previas a la degradación e incluso se hará cargo de sus hijos el día de mañana. Para que me entienda, la Casa lo que trata de evitar es un cruce de competencias.

Jacinto miraba a la mujer con el rabillo del ojo y en vista de que no hacía más que hipar y sollozar y no respondía coma dijo disculpe la intromisión, Darío Esteban. La cabeza, ¿nos la darán también? y Darío Esteban coma antes de que él coma Jacinto coma acabara de hablar coma metió la mano derecha en el bolsillo interior de la americana y extrajo unos papeles dos puntos

—Discúlpeme —añadió—. Del Instituto Don Abdón pasaron ayer tarde estos certificados. Su marido de usted, querida señora, no padecía de hidrofobia. Le felicito, ha sido todo una falsa alarma. Gozaba de buena salud y su agresión responde a un enrevesado proceso de resentimiento emocional y a la presión del medio que no hace al caso discutir ahora. Quiero decirle que la agresión de su marido de usted no traerá cola. Por otra parte, y habida cuenta de las circunstancias, al hortelano no puede imputársele responsabilidad alguna: actuó en legítima defensa de su persona y de los suyos; es la ley. En lo que a la cabeza de su marido de usted atañe, querida señora, pueden ustedes hacer dos cosas: pasar a recogerla por el Instituto Don

Abdón contra entrega de este boleto, o autorizar por escrito al doctor Mateu a disecarla. Los hombres somos unos seres insondables y al parecer el doctor se ha encaprichado y está dispuesto a abonarle una suma considerable por ella.

Hizo una pausa Darío Esteban y la mujer se impacientó punto Por dos veces Jacinto pareció querer hablar pero se arrepintió y en ambas abrió la boca y la cerró sin llegar a pronunciar una palabra punto y aparte

—A mi entender —prosiguió Darío Esteban—, la opción no se presta a dudas, querida señora. Usted tiene oportunidad de hacerse con un pellizco respetable a condición de renunciar al camposanto, por un lado, y a la cabeza de su marido de usted, por otro. Tenga usted en cuenta una cosa: la cabeza de su marido de usted de nada les va a servir ni a su marido ni a usted, y me consta, en cambio, que el doctor la gratificará generosamente y, además, y esto es importante, le autorizará en tanto el sentimiento de la pérdida permanezca vivo, le autorizará a usted a visitarla en su despacho las tardes de los jueves y los domingos, una vez concluida la consulta. A usted le corresponde decidir.

—¡No! —grita Jacinto exasperado.

Está de pie, desgreñado, los músculos faciales contraídos, las pupilas ausentes, toma la silla por el respaldo, la levanta con increíble facilidad y la estrella furiosamente contra las piedras de la chimenea, allí donde pende la hermosa cabeza del egocero que cae al suelo destrozada, mientras uno de los ojos, acaramelado y vidrioso, rueda y rueda hasta ocultarse bajo el último estante de la librería. «¡Cinco!», chilla doña Presenta: «La trampa de Dios siempre canta», pero él, Jacinto, no canta, en particular si hay alguna muchacha próxima, sino que aparenta cantar; esto es, adopta con los labios la disposición del que canta pero no emite sonido alguno, simplemente se limita a asentir con la cabeza, no sólo para asumir las razones de don Abdón, sentado como un buda, los pechos bamboleantes, de negros pezones nutricios, enmarcado por las columnas salomónicas del baldaquino de oro, sino para aliviar a la nuez de aquella tirantez insoportable y del peso de su cabeza a la primera vértebra cervical, así que asiente (Jacinto) sin palabras, mudo, porque el tapabocas sella sus labios y se lo impide y Darío Esteban, con voz impersonal, persuasivamente matizada, le dice: «Dos cosas quiero que tenga presentes: Primera: Darío Esteban jamás ha dicho "Respirar por don Abdón o no respirar, he ahí la opción", y, segunda: ustedes no suman dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón (trata de blancas) sino SUMANDOS. Creo que la cosa está clara», pero a Jacinto no se le hace claro sino al contrario, de una consistencia tan espesa que, si bracea enérgicamente, el aire le sirve de sustentación y llega a despegar del suelo y, una vez flotando en el aire, le es más fácil elevarse y aun planear, y, entonces, al ver a la insignificante muchedumbre allá abajo, inquieta y rutinaria como las hormigas de un hormiguero, dice con acento de convicción: «Ni retora, ni diala; todo into de comprensa por la pala es una uta». Darío Esteban, en el centro del hormiguero, levanta la cabeza y le amenaza (a Jacinto) con el puño y brama como un energúmeno: «¿Pretende usted insinuar, Jacinto San José, que don Abdón no es el padre más madre de todos los padres?», mas el hortelano no despega los labios, ni responde (a Darío Esteban), ni le impreca (a Jacinto), sino que se limita a encañonarle (a Jacinto), a seguir sus evoluciones por los puntos de la escopeta, calculando grosso modo la distancia y la velocidad y, apenas sin transición, dispara los dos tiros, apenas sin transición, y así que Jacinto se desploma, doña Palmira, siempre solícita, le sostiene maternalmente la cabeza por la nuca y le dice echándole el aliento en la nariz: «¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto?»; en cambio, el mozo de la barraca de tiro, en cuanto oye las detonaciones, vocea: «¡Premio para la señorita!» y la multitud se aglomera en torno

a ellos y la señorita Josefita brinca como un gurriato sobre las puntitas de los pies y palmotea, pla-pla-pla, y cuando le muestran el ojo tronzado del reticente dentro de un vaso de agua, pierde los buenos modales, se abraza a su cuello (el de Jacinto), ríe y chilla: «¡Los tofes, Jacinto! ¡He ganado una caja de tofes!». Y un hombrón hercúleo, con una tartera en la mano, murmura: «¡Coño, vaya un ojo que le han puesto; ése ya no vuelve a mirar derecho!». Y las miradas del gentío se le clavan (a Jacinto) como alfileres y, como cada vez acuden más, le aplastan contra el mostrador y Jacinto, medio asfixiado, no ve otra salida que encaramarse a éste (el mostrador) y desde allí brinca sobre la multitud, y trata de abrirse paso a patadas y codazos, pero los húmeros, y los fémures y las clavículas y las rótulas y las falanges y los astrágalos de los espectadores se le clavan en todas partes, contrarrestan sus movimientos y, al verse perdido (Jacinto), grita «¡Socorro!», y la vaguada repite «¡orro!», mas el doctor lo apacigua: «Estamos haciendo todo lo humanamente posible», le dice poniéndole una mano tibia en la frente, y añade: «Presumo que le debo una explicación pero esta prueba me es imprescindible, compréndalo. El enfermo, por instinto, se parapeta en lo que considera su personalidad pero ésta no existe, es una pura entelequia. El enfermo, sin embargo, no lo admite porque es un ente vanidoso, testarudo y hermético. Para relajarlo y obtener de él una reacción espontánea hemos de vaciarlo previamente, despersonalizarlo, me entiende, ¿verdad?». Jacinto se incorpora: «Me cisco en la lógica, doctor, si es que su pregunta pretende ser lógica», dice, mas Darío Esteban, siempre al quite, le ataja: «¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable usted del cerrojo; sinceramente, ¿cree usted que el cerrojo puede llegar a destruir el fútbol espectáculo?». Jacinto huye; bracea de nuevo enérgicamente para contrarrestar la atracción de la gravedad y se va elevando sobre los macizos y los arriates del parque hasta que roza con la cabeza las primeras ramas de los castaños, pero al sobrevenirle el agudo dolor de los bíceps y el agarrotamiento subsiguiente, no puede evitar la caída y cierra los ojos, pero las ancianitas le recogen en sus trémulas manos entrelazadas y corren con él a cuestas como locas, entre las luces cambiantes de las bengalas y las antorchas, cantando desafinadamente:

¡A la silla la reina
que nunca se peina,
si se peinara,
piojos no criara!

y la gente aplaude y lanza bravos y dice: «¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!», y, de repente, se detienen (las centenarias

enlutadas), se acuclillan, se levantan, tensan los brazos enjutos, gritan a coro: «¡¡Aúpa-lela!!» y le lanzan al aire (a Jacinto) y Jacinto divisa el estanque bajo él e intenta por todos los medios, adoptar una actitud gallarda (airosa, al menos) para caer, pero no lo consigue y se desploma de mala manera (un panzazo) sobre la superficie del agua en cómico chapuzón. Y en contra de las risas que esperaba, oye la ovación cálida, amparadora, desde las márgenes del lago y, al concluir de aplaudir, el gentío reclama: «¡Sin-flo-ta-dor-sin-flo-ta-dor!», pero don Abdón interrumpe tajante: «Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos», le dice, y Jacinto asiente con la cabeza, cohibido por sus mamas (de cónicos pezones nutricios) henchidas, y cuando añade (don Abdón): «Usted es tímido, Jacinto San José, ¿no es cierto?», Jacinto (San José) lo reconoce, vuelve a asentir y de este modo alivia la tensión del pescuezo y a la apófisis de la primera vértebra cervical del peso muerto de la cabeza, que estaba allí, erguida (la cabeza) inmóvil sobre la albura inmaculada del mármol, bajo los cinco globos incandescentes, las pupilas avizorantes como si aún estuviera vivo, y el doctor de más edad se vuelve al doctor más joven, enfundado también en una bata blanca, y le dice en un cuchicheo discreto: «Un hermoso pointer ¿no es cierto?». Jacinto torna a asentir con la cabeza, sin palabras, y don Abdón aprovecha su aquiescencia para decirle: «El seto es la defensa de los tímidos».

Jacinto se humilla. Jacinto es humilde a más de probo (su probidad está al margen de toda duda). Es quizá, hoy por hoy, el único hombre en el mundo que no tiene más que una palabra que decir, *entendámonos*, y, por tanto, piensa (Jacinto) que la Torre de Babel podría ser la solución porque *entendámonos* es una palabra que puede decirse incluso sin pronunciarse, por señas, y ésta es la razón para que funde su movimiento «Por la Mudez a la Paz», mas, al hacerlo (al fundar el movimiento), comprueba que no es lo mismo callar que hablar sin que a uno le comprendan, que parecerá lo mismo pero no es lo mismo, ya que el hombre no es un animal racional, o si lo es («Vamos a admitirlo», piensa Jacinto), sobre esta cualidad predomina la condición de animal parlante, esto es, necesita (el hombre) decir cosas aunque no las razone, precisa (el hombre) descongestionarse, simular que razona (el hombre) aunque sea partiendo de premisas falaces, y cuanto mejor lo simule (que razona) más satisfecho queda (el hombre) de sí mismo, aunque sea a costa de desportillar, difamar o engañar al prójimo, que esto es secundario, puesto que lo esencial es descongestionarse (la caridad bien entendida empieza por uno mismo), y por ello Jacinto es una lastimosa excepción, un hombre (entre miles de millones de hombres) sin nada que decir (excepto, como dicho queda, «entendámonos») y por eso (porque no tiene nada que decir) calla, y si en el Refectorio los compañeros hablan de

deportes y discuten apasionadamente sobre si el cerrojo ha matado o no al fútbol espectáculo, él (Jacinto) enmudece y, únicamente si la discrepancia sube de temperatura, finge que mete baza por no desairarles (a los compañeros), para no mostrar indiferencia ante las preocupaciones ajenas, pero es lo mismo que cuando simula cantar (si es que mete baza) y sólo dice y repite hasta la exasperación: «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», hasta la exasperación, como un autómata, eso sí, a voces, aparentando un ardor que anda muy lejos de sentir, pero como el tumulto es grande, nadie le oye, únicamente es patente su combatividad, y Jacinto, una y otra vez, trata de fingir que dice algo, pero en rigor no dice nada (como todos) más que «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», por no parecer mudo o tonto, ni desentonar, ni evidenciar que desconoce el idioma de sus compañeros, pero una mañana que él (Jacinto) terció en una discusión donde media docena de compañeros hablaban a la vez, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», súbitamente se hizo el silencio y tan sólo se oyó su voz, bueno, pues esa mañana Ginés Gil se volvió a él, le puso la mano en el hombro y le dijo «Qué dices tú del cerrojo, Jacinto San José», él, Jacinto, dijo con voz entrecortada, «Que me parece una práctica pequeño-burguesa» y fue como si hubiera prendido la mecha de una bomba, los seis reanudaron a voces su porfía y, por sus aspavientos y los reiterados golpes en la espalda que le propinaba Ginés Gil, Jacinto intuyó que algo aprovechable había dicho sin saber lo que decía, y entre el maremágnum de palabras y exclamaciones mal entendió a Ginés Gil, «Eso, una actitud viciosamente conservadora», y sonrió, mas como quiera que Ginés Gil continuara sacudiéndole la espalda como animándole a apoyarle, Jacinto volvió a tomar la palabra para decir sobre el nudo inextricable de la discrepancia de sus compañeros, «Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo», como un disco rayado, y al sonar el timbrazo y quebrarse repentinamente todas las conversaciones, Ginés Gil rubricó su admiración propinándole un último espaldarazo y diciendo «Nada, lo dicho, aquí Jacinto lleva razón».

Trasladada su idiosincracia (la de Jacinto) al terreno sentimental, tampoco resulta favorecido, puesto que todas las muchachas que ha conocido (incluida la señorita Josefita con su cutis de seda y sus patitas de gallo) se le antojan (a Jacinto) más desenvueltas e inteligentes que él, o, al menos, lo que dicen o tratan de expresar le parece ingenioso e intencionado y, si callan, le produce la sensación (siempre favorable) de que están pensando, o sea que inevitablemente sale perjudicado Jacinto, puesto que si las muchachas son decidoras, él (Jacinto) calla por temor a competir en ingenio, agresividad o

talento, y si callan, él (Jacinto) habla visceralmente (aunque sea poco, que siempre es poco), pero todo cuanto dice es insulso y sin alcance (pura y monda palabrería) y piensa que ella (la chica que calla) está pensando que él (Jacinto), que habla, es tonto de remate, y si, por el contrario, la que parla es ella (por supuesto, de carrerilla) piensa (Jacinto) que ella pensará (la muchacha) que él (Jacinto) no tiene nada que decir porque es bobo de nacimiento. Total, que por muchas vueltas que le dé a la cuestión (Jacinto), jamás podrá formularse una respuesta satisfactoria.

Despierta sobresaltado (Jacinto), con tortícolis debido a la postura, y tan aceleradamente se pone en pie que piensa que se ha dormido así (de pie) y antes de discernir este extremo se ve en el campo recién amanecido, húmedo de escarcha, flanqueado por dos muros vegetales (de más de dos metros de altura), y su irrupción es tan rápida que el gazapo sorprendido en el rincón apenas tiene tiempo de abandonar la madriguera que trataba de excavar, para escabullirse vertiginosamente en el sotobosque. A pesar del entumecimiento cerebral motivado por la cabezada, para Jacinto es aquello como una revelación. «Naturalmente», se dice (Jacinto). «Es el huevo de Colón» (¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto!). Así, el primer golpe de azada, chás, no hace sino ahondar en el conato de hura del conejo y, al descargarlo (el golpe de azada), Jacinto piensa que con doscientos o trescientos (quizá mil) golpes semejantes podrá hallar el camino de la libertad. Ante estas perspectivas (sumar los posibles esfuerzos representa para Jacinto, habituado al cálculo, menos esfuerzo que realizar los esfuerzos) Jacinto se afana con ahínco, sin pensar en su debilidad, sin advertir el avance reptante de los álabes, sólidamente afirmados en los estolones, haciendo caso omiso de la inclinación de las guías del seto, mutuamente atraídas, que amenazan con formar una bóveda vegetal por encima de su cabeza. De tiempo en tiempo, Jacinto se escupe en las palmas de las manos, deja la azada, toma la pala, y extrae de la hoya la roja tierra húmeda y desmenuzada, cuya resistencia a la hoja de acero es cada vez más leve. «Medio metro en cuadro será suficiente», piensa Jacinto, «aunque de momento debo ensanchar más para poder moverme con desenvoltura.» Y cava con ahínco y se dice «Es el huevo de Colón» y cava con ahínco y suda y dice «Es el huevo de Colón» y, de cuando en cuando, extrae la tierra con la pala y se recrea, pasándose el dorso de su mano azulada por la frente, en los montones de tierra roja, cada vez más altos, que rodean el hoyo por los cuatro costados.

Súbitamente abre los ojos y ve el rectángulo de cielo, el cirro blanquecino truncado por el bisel de la hoya, un buitre planeando bajo él (bajo el cirro), y nota frío y humedad en el trasero y el canto de la pala hincado en los riñones, lastimándole; y ve también la

superposición de las capas, de consistencia y color variables, debido a la humedad y a la calidad de la tierra, y alcanza su nariz el aroma de la tierra profunda, recién movida, y divisa en los estratos superiores las raicillas colgantes de la maleza y los extremos de las lombrices retorciéndose, tratando de ocultarse, y los agujeros de las toperas y las piedras blancas incrustadas entre los estratos. Jacinto ve y huele todas las cosas, tiene plena conciencia de ellas, pero no acierta a conjugar los resortes musculares precisos para incorporarse (que es lo que desea) y mueve los codos y las piernas pero inevitablemente topa con las paredes verticales y, entonces, pese a que divisa el cielo azul esplendente enmarcado (como un cuadro) por el primer estrato, y los últimos flecos del cirro fugitivo, y las pasadas silenciosas del buitre bajo ellos (bajo los flecos), pese a todo eso, Jacinto piensa bobamente: «Me han enterrado vivo». Y ante esta convicción reacciona violentamente, se rebulle, consigue arrodillarse dentro del hoyo (la tierra acumulada le impide aún ver el refugio) y, acodándose en los bordes de la zanja, se pone en pie y en esta posición (de pie y acodado en la tierra amontonada) permanece unos minutos, tratando de reconstruir (sin conseguirlo) el inmediato pasado y, al cabo, poco a poco, levantando primero una rodilla y luego la otra y gateando por los montones de tierra y grava, centímetro a centímetro, se ve fuera y respira hondo y observa atentamente los destrozos causados por la explosión de las bombonas (¿ayer, anteayer, hace unas semanas?) y así que llega a la cabaña, se agarra (como si fueran peldaños) a los troncos supervivientes y, aunque los brazos le tiemblan, logra incorporarse y entra en la casa arrastrando los zapatos, levanta la persiana y se mira en el espejo del aseo (caballeros) y así que Jacinto distingue entre la bruma aquel rostro de cera, ribeteado por una descuidada barba amarilla, los sucios cabellos desgreñados, los ojos atónitos sobre las abultadas bolsas cárdenas de las ojeras, se dice, *Jacinto, quién te ha a visto y quién te ve, pobrecito, si pareces un náufrago, madre mía, ándate con ojo y no pierdas la serenidad porque si pierdes la serenidad estás arreglado y, después de todo, otros están peor, Jacinto, que al fin y al cabo, las plantas son tus amigas, de siempre, qué me vas a decir a mí, estar cercado por las plantas es casi un sueño, menuda, y te pones a ver y morir así, abrazado por las flores, es casi una muerte poética, que piensa lo que sería un acoso mineral o un acoso animal, de hombres, por ejemplo. Tú, sereno, Jacinto, a ver qué interés voy a tener en engañarte, y en estas circunstancias, date cuenta, imagínate que en lugar del seto fuesen dos planchas de acero, ¿qué te parece?, que a fin de cuentas eso, más o menos, es lo que sucede en un crucero si llega un torpedo enemigo y, ¡boooom!, lo hunde, ¿te das cuenta? ¿Que qué pasa entonces? Aguarda un momento, Jacinto, que te lo voy a contar, tú tranquilo, verás, en el crucero hay mucha gente, unos arriba y otros abajo, unos en la cubierta, en las*

torres y los antiaéreos de babor y de estribor y en las ametralladoras y en el puente y en los puestos de dirección de tiro, bueno, ésos están arriba, como te digo, pero otros están abajo, en los pañoles y los sollados, bien entrampillados por las puertas estancas, cerradas a presión, ¿comprendes?, como la soda en la botella, a cal y canto, y ellos nada pueden hacer mientras los compañeros del sollado inmediato no levanten las palancas, pero los compañeros del sollado inmediato no levantarán las palancas porque, una de dos, o han muerto o se lo impide la disciplina, Jacinto, porque la disciplina de un crucero es una cosa muy seria, ¿te das cuenta?, menuda, ellos no tienen otra misión que controlar la inundación, fíjate bien, y si abren las puertas estancas, la inundación se extiende, de modo que no pueden abrir las puertas estancas porque se lo impide la disciplina o están muertos, una de dos, y el marinero del sollado, entonces, está a la que resulte y lo que resulta, Jacinto, es que el crucero se hunde, se va a pique sin remedio porque el torpedo le ha agarrado bien, debajo de la línea de flotación, ¿comprendes?, y el crucero empieza a oscilar, que me caigo que no me caigo, y los marineros que estaban arriba cuando el zafarrancho, bien en la cubierta, bien en las ametralladoras, bien en la dirección de tiro, así que ven que el crucero empieza a vacilar, que me caigo que no me caigo, agarran y al agua, date cuenta, menuda barahúnda, unos en los botes, otros con un salvavidas a la cintura, a puñetazo limpio, y el que no tiene para más, en cueros vivos, en pelotas, Jacinto, como suele decirse, pero avivando porque lo que hay que hacer es nadar de firme (seamos sinceros, Jacinto, y de ti para mí, don Abdón no sabe nadar), porque si no nadas de firme, Jacinto, corres el riesgo de que el remolino del crucero al hundirse te arrastre, ¿te das cuenta?, te absorba como una pelusa en el sumidero de la bañera, y te vayas al fondo como una piedra... Calma, Jacinto, no te impacientes, que tienes los nervios a flor de piel, caramba contigo, que no hay cristiano que te sujete, esto sucede con los de fuera y unos se salvan y otros se ahogan, natural, de Perogrullo, a ver, pero los otros, los que andan en los pañoles y los sollados, no ven el cielo ni el agua, Jacinto, sólo ven las puertas estancas y las portillas y los firmes remaches de las planchas de acero, ¿te das cuenta?, y entonces no tienen otra cosa que hacer que ponerse a escuchar, y, como es natural, aguzan el oído y así que oyen el cañoneo, ¡pompom-pom!, y la explosión del torpedo, ¡booooom!, y las carreras arriba, chás-chás-chás, piensan: «Esto se pone feo». Eso pensarán, seguramente, Jacinto, que vete a saber, que a lo mejor piensan en su mujer o en sus hijos, para bien, naturalmente, a ver qué te has creído, pero piensen lo que piensen, tan pronto empieza el balanceo y luego la escora y luego el apagón (porque todo va dejando de funcionar aunque hace unos minutos, Jacinto, el crucero era un mecanismo tan exacto como un reloj) y el barco se sumerge de popa y la proa se levanta, fíjate bien, y ellos ruedan por el suelo hasta topar con la batayola o las taquillas metálicas o el mamparo, depende,

Jacinto, entonces, como te digo, dejan hasta de escuchar, se quedan allí acurrucados, rezando lo que saben, Señor mío Jesucristo, todo el tiempo que dura el hundimiento del crucero, que puede ser mucho o puede ser poco, lógico, depende de la profundidad, pero tengo entendido, Jacinto, date cuenta, que en Taltal hay abismos de agua de seis mil metros, que se dice pronto, seis kilómetros, Jacinto, que ya está bien, pero como el barco se hunde despacito, lo mismo te tiras diez minutos columpiándote, mano sobre mano y reza que te reza, aguardando, pero bien mirado no aguardas a nada, Jacinto, sino a que el barco se pose en el fondo y después de una sacudida se quede tranquilo entre las rocas, las algas y los corales. Y una vez que esto sucede, va el marinero y se pone de pie y aunque no ve ni gota, se toca, se pellizca y sabe que está vivo, aunque hay un silencio de tumba alrededor, a lo mejor con seis kilómetros de agua salada por encima de su cabeza, a lo mejor, pero sabe que está vivito y coleando (aunque presiente que por poco tiempo), ¿te haces cargo?, pero a él todavía no le falta el oxígeno porque el sollado es amplio y puede respirar y pensar (lo malo no es la mosca, Jacinto, sino pensar la mosca) e incluso prender una cerilla y organizarse. Y, figúrate, a la luz de la cerilla, el pobre marinero ve los objetos que hace muy pocos minutos eran los soportes de su vida cotidiana, de la rutina que maldecía, que ésa es otra, Jacinto, es decir, ve el banco y la mesa, donde él colocó la gaveta y comió hace apenas una hora, amarrados por dos barras al techo, y ve los garfios donde enganchaba cada noche las bolinas de su coy para dormir hasta que le despertaba el relevo para la guardia, y ve, asimismo, el tibio rincón bajo la pálida bombilla enrejada donde se sentaba (en el linóleo del suelo) cada tarde a leer una novela del Oeste, o sea, Jacinto, para que te enteres, lo ve todo intacto (el torpedo abrió el boquete en la popa) y aunque todo es igual, todo es diferente, ¿te das cuenta?, y, por un momento, el marinero pierde el dominio de sí mismo, Jacinto, que es lo menos que puede perder en su circunstancia, y grita y aúlla y se arranca los cabellos y se lanza contra el costado del barco (de planchas de acero minuciosamente remachadas en el arsenal) y lo golpea (el costado del barco) con los puños crispados y, ante su resistencia imperturbable, el marinero se hace toda la necesidad, Jacinto, o sea, se caga y se mea, hasta que el dolor (de los puños) le vuelve a la realidad, ¿comprendes?, y en ese punto el marinero va y se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», ¿te das cuenta?, la referencia, que el que no se consuela es porque no quiere, Jacinto, hijo mío, que ésa es una verdad como un templo, porque el marinero, entonces, se pone a pensar en los condenados sin culpa a las cámaras de gas, ¿vas viendo?, «A la ducha, a la ducha», dicen, y los carceleros ponen orden y leen la lista porque todos quieren ir a la ducha, y los cien elegidos chillan «¡A la ducha, a la ducha!» y corren hacia el barracón, tropezando unos con otros, porque no ven el momento de poner su cuerpo martirizado por la mugre y los piojos bajo el agua y así que llegan abren la llave de paso y

se colocan en cueros vivos bajo las cebollas, a ver, menuda, pero como las cebollas no gotean giran otra vez las llaves de paso, impacientes, y ya uno, contrariado, chilla «¡Esto no funciona!» y el de al lado le vocea «La mía tampoco» y todos, «Ni la mía, ni la mía», ¿te das cuenta, Dick?, y así hasta que uno de ellos, de olfato más fino, quizá porque nunca padeció de catarros, ni de pólipos, ni de sinusitis, grita: «¡El gas; esto es una encerrona!», grita, ¿comprendes?, y entonces se arma un zurriburri de mil diablos, Dick, y, de entrada, todos corren hacia la puerta, pero ésta está herméticamente cerrada, y en cuanto se dan cuenta empiezan a trompazos entre ellos porque intuyen que los muertos no respiran y los que no respiran no consumen oxígeno, y se sacuden de lo lindo, Dick, no te vayas a creer, pero con toda su alma, ¿eh?, y los más débiles caen, y los más fuertes, Dick, les patean los cráneos, y los hígados y los intestinos y, conforme va faltando el aire, los supervivientes (al principio unos diez) se vuelcan sobre los caídos (unos noventa), date cuenta de la astucia, Dick, y arriman sus labios vivos a los labios muertos y aprietan, talmente como cuando se besa a una mujer, como los besos del cine, para ser exactos, y hacen el boca a boca absorbentemente (no para dar sino para quitar) y succionan el aire de los bofes sin vida, de tal forma, Dick, que el postrer superviviente va recorriendo muertos (hasta noventa y nueve) uno a uno, robándoles avaramente el último aliento que ha quedado enredado entre sus alvéolos y bronquios y, finalmente, se dice con un fugaz atisbo de razón: «Paciencia, Heinrich, otros están peor», ¿te vas dando cuenta, Jacinto?, y en esos segundos de tránsito, Heinrich busca también la referencia, lógico, el asidero, y se pone a pensar en el hombre que es emparedado vivo, vete a saber, en un nicho o en una hornacina, bien amarrado, eso por supuesto, Heinrich, que una vez que se pierden los pechos salvavidas uno está amenazado por todas partes, bueno, pues se pone a pensar en el hombre emparedado, dos inmensos ojos espantados abiertos a la vida por encima de la mordaza (también está amordazado, Heinrich, naturalmente), y con los dos ojos espantados contempla el afanoso quehacer de los dos albañiles y el peón, date cuenta, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, ¡la niña bonita!, a ver, como es costumbre entre albañiles, ladrillo a ladrillo (juntándolos con cemento y alisando las rebabas con la llana), y la pared que le incomunicará del mundo sube y sube, pero él (el hombre de los ojos espantados) no puede impedirlo, Heinrich, porque como te digo está bien amarrado, ni siquiera puede llamarlos hijos de perra porque, como te digo, está amordazado, Heinrich, y así la pared sigue progresando y el hueco abierto a la luz es cada vez más reducido, ¿comprendes, Heinrich?, y el hombre de los ojos espantados se va diciendo: «Ya sólo faltan tres filas», «Ya sólo faltan dos filas», «Ya sólo falta una fila», «Ya sólo faltan tres ladrillos», «Ya sólo faltan dos ladrillos», «Ya sólo falta un ladrillo» y, al llegar a este punto, el hombre se empina, a ver, quiere llenar

de vida sus ojos espantados, se empina para ver por el hueco que es como una mirilla abierta al ancho mundo y, al cabo, una vez que la mirilla se ciega y se queda solo y a oscuras, se dice: «Paciencia, Pepe (o «paciencia, Iván»), otros están peor». ¿Comprendes lo que te digo, Jacinto? ¿Te das cuenta? Esto piensa el hombre que es emparedado, y el hombre que es gaseado piensa en el hombre que es emparedado, y el marinero que se hunde en el sollado de un crucero piensa en el hombre que es gaseado, y así, porque una vez que el hombre pierde los pechos de seguridad, ha de buscar un sucedáneo, natural, que el que no se consuela es porque no quiere, te lo digo yo, Jacinto, que no tengo interés ninguno en engañarte, y, después de todo, tu situación no es desesperada ni mucho menos, mira el marinero sin ir más lejos, los dedos desollados, una pura matadura, los calzones sucios, y los seis mil metros de agua, o los que sean, presionando los ojos de buey, y las planchas, y los mamparos y los remaches, y él (el marinero) preguntándose: «¿Por dónde saltará?», porque que ha de saltar es fijo, puede tardar más o menos pero terminará saltando, Jacinto, mas, en tanto salta, el marinero sigue temblando, y, si es flojo y la entereza le traiciona, desaferrará un coy y con el rebenque se colgará sin más de las barras de las mesas o del gancho donde amarraba (el marinero) las bolinas cada noche, date cuenta, que ya tiene que ser duro, un trago, mas de ordinario el hombre apura la vida hasta las heces, Jacinto, que eso es el pan de cada día, no digas que no que a la vista está, y si una muela le duele (al hombre), que la quiten, y si un riñón falla, que lo saquen, y si una pierna estorba, que la sierren, y si es el corazón lo que no funciona, pues que lo cambien, que se lo arranquen a otro, y si no está muerto el otro todavía, pues mira, mejor que mejor, mayor garantía, que con el antiguo o con el nuevo, lo que yo quiero es ver amanecer mañana, que así somos, Jacinto, que nos agarramos a la vida como lapas, madre, cualquiera diría que en el mundo reparten almendras garrapiñadas, ya, ya, pero nada, eso no tiene remedio, de barro somos, y el marinero, quieto, parado, aguardando a que reviente la portilla, que por sabido termina por reventar, ya sea la segunda de babor o la quinta de estribor, para el caso es lo mismo, el chorro entra como un torrente en el sollado, imagina, con la presión de seis kilómetros de agua, lo nunca visto, entra ruidosamente, como en una central eléctrica, avasallándolo todo, y el marinero, aunque el sollado es espacioso, va notando el agua, casi sin transición, en las siguientes partes de su cuerpo: los zancajos, las corvas, las rodillas, los muslos, el aparato genital, el vientre, el ombligo, el estómago, las tetillas, las clavículas, la garganta, la barbilla y la boca. Y una vez, Jacinto, que el sabor salobre alcanza sus labios, el marinero pega un respingo y se pone a nadar, con toda calma, lógico, porque de sobra sabe que no puede ir lejos, tan sólo sostenerse, pero el plano del agua asciende rápidamente, mientras el plano del techo (de planchas de acero escrupulosamente remachadas en el arsenal) permanece inalterable, en su sitio, ponte en su lugar, la

angustia, la del pobre marinero digo, Jacinto, consciente de que las disponibilidades de oxígeno y el espacio habitable se reducen por momentos, pero aunque él lo sabe continúa nadando, Jacinto, que ya es obstinación y apego a la vida, no digas que no, pero continúa nadando, y como está a oscuras no distingue la aproximación paulatina del plano del agua al plano del techo hasta que, top, su cogote golpea, top, en un remache y en ese instante, aunque pueda parecerte, Jacinto, que nada hay más terrible en el mundo, el marinero se dice: «Paciencia, Dick, otros están peor», y piensa en los gaseados o en el emparedado vivo, pero el agua, por mucho que piense, no se detiene, sigue subiendo, ¿comprendes?, y una vez que le llega a la nariz (el agua) continúa nadando (el marinero), ladeando un poco la cabeza para que no le entre agua por los orificios y, aunque puede decirse que todo ha terminado, él (el marinero) aguanta, pega la oreja derecha contra la plancha, la aplasta y, aunque el espacio oxigenado es reducidísimo, la aplasta cada vez más, y, a seguido, Jacinto, se vuelve, de manera que sea la nariz lo único que sobresale del agua, mas como el nivel de ésta continúa ascendiendo, el marinero oprime las narices contra las planchas del techo, aprieta más, cada vez con mayor fuerza, hasta que los huesecillos nasales crujen y la ternilla se tronza y empieza a sangrar (lo nota, claro está, en que el líquido en torno a las fosas nasales es ahora templado), pero él sigue apretando, Jacinto, ¿oyes?, aprieta con toda su alma y tal vez reza, tal vez jura, tal vez se caga en la madre que parió a las guerras, tal vez piensa en su mujer o en su hijo y, de pronto, al tiempo que oye el crujido de una puerta estanca que salta, los dos planos (el del agua y el del techo) se funden, figúrate qué horror, que te vuelves loco sólo de pensarlo, y el marinero se da de cabezadas contra las planchas (como si fuera posible desmontar con la cabeza los remaches tan concienzudamente asegurados en el arsenal) hasta que al fin, medio asfixiado, cede y aunque las tinieblas son espesísimas, siente (el marinero), o ve, unas burbujas cada vez más espaciadas por encima de él, se le borran las siluetas de su mujer o de su hijo y nota como si le hubieran puesto encima del pecho una piedra de quinientas toneladas y él (el marinero, por supuesto) trata en vano de apearla y, al hacerlo, se arranca los botones, desgarra su faena gris de dril, se le crispan los dedos (con las yemas arrugaditas como las de la señorita Josefita, Jacinto), se le abre la boca, se le desorbitan los ojos, estira y encoge espasmódicamente la pierna derecha cuatro o cinco veces y, al cabo, queda inmóvil y su cuerpo va descendiendo suavemente (como anteriormente el crucero) hasta posarse (en decúbito prono) en el linóleo del suelo, sobre las ranuras donde a diario armaba las mesas. Repara, Jacinto, ¿cómo vas a comparar tu suerte con la de ese muchacho, di, manojo de nervios? Luego, vete a saber, a lo mejor, cualquier día, un buzo descubre el barco hundido y le da por buscar en él tesoros inimaginables y aquel esqueleto (el del marinero), donde los peces no han dejado ni una triste tira de piel, no le dice nada, Jacinto, o a lo sumo pensará «Otro

muerto en la guerra», pero lo piensa con la boca (o la cabeza) pequeña, Jacinto, sin sentirlo, porque para un hombre que busca un tesoro, guerra no significa guerra, eso por descontado, Jacinto, que yo no sé si me explico o no me explico, porque para él (el buzo), que anda detrás de un tesoro, los muertos no cuentan. Así es la vida, Jacinto, desengáñate, y si reflexionas un poquito te darás cuenta de que tu situación no es como para desesperarse, que peores cosas hay, dónde va, lo que ocurre es que tú eres un tipo así más bien nervioso, cuando, en realidad, lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza, Jacinto, los nervios sobran, convéncete, que más vale maña que fuerza, que ponerte a cavar un túnel de diez metros es empresa de locos, menuda, diez metros palmo a palmo, tú no estás en tus cabales, Jacinto, buenas manos tienes, y los bíceps (¡Joer, vaya una bola que ha echado la Susanita!) agarrotados, a ver, cómo los quieres tener, si llevas qué sé yo el tiempo que no paras, Jacinto, ni comes ni reposas, que en estas condiciones te viene cualquier cosa, una gripe, por ejemplo, te coge sin defensas y antes de que lo pienses te lleva pateta.

Se contempla, mudo, intensamente en el espejo (Jacinto) y mentalmente deplora su aspecto; el rictus fatigado y amargo de las comisuras de los labios; la barba irregular, a corros; los relieves morados de las ojeras; las pupilas dilatadas e inexpresivas; la cabeza blanca; la cerúlea palidez de la tez; las manos temblorosas... Deniega con la cabeza y musita: «Serenidad, Jacinto. Otros están peor».

Al salir del servicio (caballeros) tropieza con el calendario: mayo. «¿Qué día de mayo?», se pregunta. Y examina las cifras negras y rojas y se dice, a modo de orientación: «El 5 nos pusimos en viaje». Se esfuerza por atrapar un indicio (Jacinto), rememorar acontecimientos, ordenarlos cronológicamente, apela al seto, al nido del agateador, al sol, a la luna y, súbitamente iluminado, corre hacia el transistor, lo conecta, tip, pero, tras la conexión, el silencio se espesa. «Las pilas», se dice (Jacinto). «Se han humedecido las pilas.» Desconecta y conecta el transistor una docena de veces, tip-tap, tip-tap, tip-tap, lo zarandea (al transistor) pero el transistor es como una boca abierta pero muda, como las bocas de los noventa y nueve gaseados después de haber succionado sus pulmones el postrer superviviente. Jacinto siente la comezón en su mano, un ardiente deseo de estrellarlo (el transistor) contra la pared, pero finalmente se reprime y se recomienda sosiego: «Lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza», se dice.

Ante el calendario de nuevo, pasando revista a los números, del 6 al 31, espera (Jacinto) que una lucecita o cualquiera otra prodigiosa señal le revele, inesperadamente, el día en que vive. Y así, al transitar por el 10, nota en el estómago como una desazón, pero desecha este rastro y se dice: «No es posible. Llevo más de cuatro días aquí. Esto no es la señal», se dice, pero la desazón acrece al detenerse en el 20, y, al acceder al 30, la basca es tan apremiante que le fuerza a buscar el aire

libre para reprimir el vómito. Allí, sudando frío, doblado por la cintura junto al seto, piensa (Jacinto): «Es el maldito cero» y aunque le asaltan tres arcadas aparatosas, apenas expulsa unos escupitajos amarillentos.

Al incorporarse, lo primero que avista Jacinto es la hoya rectangular, los montones de tierra porosa recogidos en los bordes. Y el tipo de la pala coma con los largos y espesos mostachos salpicados de tierra coma preguntó ¿Y la cabeza, es que lo van a enterrar sin cabeza? coma preguntó coma y la mujer miró de soslayo a Darío Esteban coma se llevó el pañolito al vértice del ojo derecho y dijo coma Hágalo así, de la cabeza no se preocupe punto Darío Esteban se mantenía digno y distante coma junto a la mujer coma embutido en el abrigo negro de ceremonia coma destocado coma el sombrero de fieltro en sus gordezuelas manos enguantadas coma fláccidamente desmayadas sobre el vientre coma las puntas de los zapatos separadas coma la cabeza respetuosamente inclinada hacia el hoyo abrir paréntesis como cuando pretende demostrarse un interés funerario superior al que se siente cerrar paréntesis coma y el tipo de los mostachos cargaba la pala a conciencia y al caer la tierra sobre la tierra producía un rumor afín coma riiiiiá coma incluso armonioso coma pero al caer sobre el cuerpo degollado retumbaba coma booom coma sonaba a hueco y el tipo de la pala explicó coma Tiene más aire que un tambor el condenado coma y la mujer del pañuelo suspiró y Jacinto veía la tierra incrustada en la hermosa pelambrera del lomo coma que con tres paladas quedó cubierto coma de tan macabra manera que el cuerpo decapitado emergía de la tierra por sus dos extremos dos puntos de uno el cuello coma la limpia sección del cuello con las tuberías del esófago y la tráquea y del otro coma los cuartos traseros coma las últimas salpicaduras marrones sobre el vello blancuzco coma la prominencia pilosa del coxis sobre el ano coma y las articulaciones invertidas y agarrotadas de las piernas punto En pocos minutos coma la hoya quedó llena y el tipo de los mostachos coma con delicadeza exquisita coma fue rascando coma raaaac-raaaac coma con la punta de la pala los restos de tierra removida y componiendo artísticamente sobre la tumba una especie de mastaba o túmulo punto Cuando concluyó coma Darío Esteban carraspeó y la mujer suspiró de nuevo y Jacinto San José coma para romper la tirantez coma se inclinó hacia la mujer y le dijo coma Siempre que se abre un hoyo, al taparlo sobra tierra y la mujer suspiró y se limpió los ojos enramados con el pañuelo y Darío Esteban dijo dos puntos Es cierto lo que dice Jacinto San José; ignoro a qué será debido pero siempre que se abre un hoyo sobra tierra punto Y Jacinto se encogió de hombros y la mujer suspiró y Darío Esteban carraspeó banalmente coma mientras su mano enguantada se escondía momentáneamente

bajo el abrigo marengo para reaparecer con un papel doblado que tendió a la mujer y la mujer coma antes de tomarlo coma se sujetó los bajos del abrigo con ambas manos y esbozó una venia y coma después coma cogió el papel coma lo ocultó en el seno y dijo coma tras envolver en una recelosa ojeada a la tumba coma Dios se lo pague, Darío Esteban coma y Darío Esteban volvió a carraspear banalmente y dijo Medio millón, observará que don Abdón ha considerado su muerte en acto de servicio y liquida como si su marido de usted hubiera devengado cuotas desde su degradación. Entiendo que la Casa no ha podido mostrarse más generosa. Querida señora, le acompaño en el sentimiento punto y aparte

El tipo de la pala coma apoyado en el mango coma contemplaba todo aquello coma y los ojos azules coma inmaculados coma de Jacinto contemplaban todo aquello y de pronto coma la mujer se arrodilló coma tomó entre las suyas la mano de Darío Esteban y se la besó varias veces con besos restallantes y coma aunque Darío Esteban se esforzaba por zafarse de la mujer coma ella no cejaba coma incluso se limpiaba los ojos y las narices con ella coma y decía todo el tiempo benditos sean usted y don Abdón, que así se compadecen de los pobres y coma en cuanto pudo coma Darío Esteban se escabulló y se refugió en el coche color guinda y Serafín lo puso en marcha abrir paréntesis el coche cerrar paréntesis coma pero la mujer seguía gritando que Dios se lo premie Darío Esteban y aquí dejan una servidora para lo que ustedes gusten mandar coma y Darío Esteban sonreía y decía adiós con dos dedos enguantados y sonreía cabeceando tras los cristales traseros del coche punto y aparte

Levanta la cabeza (Jacinto) y ve la tierra roja y húmeda amontonada en los bordes de la fosa. Se le ha pasado (a Jacinto) la náusea aunque todavía le escarba el estómago. «Serenidad», se dice; «lo que haya de hacerse aquí ha de ser con la cabeza». «Cabeza», repite automáticamente y, sin pensarlo más, entra en la choza, se agacha, rebusca bajo la librería, coge el ojo de cristal y la cabeza destrozada del egocero, sale, arroja la cabeza destrozada del egocero y el ojo de cristal en la hoya y empuja con los pies los montones de tierra roja hasta que aquéllos, blap-blap, quedan sepultados. Inspira hondo y expele la carga de aire en silbiditos, biiiii-dbiiiiiid, intermitentes, regodeándose en ellos, como si hiciera música. Repite (Jacinto) esta respiración regulada varias veces y, al cabo, abre los brazos en cruz y ejecuta el ejercicio de pectorales dobles, aunque sus bíceps y los agujeros de las axilas se resienten a cada movimiento. Lo deja (el ejercicio gimnástico) y se dice: «La cuestión estriba en abrir un paso», y vuelve a pensar en el fuego como elemento más activo y congruente pero se hace (Jacinto) la siguiente advertencia «Hay que jugarse todo a una carta. Con muchos pocos no vamos a ningún sitio»,

se dice, y, a renglón seguido, toma el hacha y empieza a despedazar los muebles (mesas, banco, sillas, sofá, butacones, tajuelo, banquetas, mesilla, cómoda, cama) y los adornos (cuadros, cortinones, visillos, libros, galerías, postigos y los medios troncos y las tablas de embero del revestimiento interior y exterior). Al acabar, apila los fragmentos del mobiliario en el seto, introduciéndolos en él y, lanzando algunos por encima, los rocía con la gasolina del último bidón y les prende fuego. Bajo el sol resplandeciente, las llamas resultan casi invisibles, pero los chasquidos de los brotes verdes, clip-clip, la frenética crepitación, crep-crep, le permiten imaginar (a Jacinto) la violencia del fuego y, por otro lado, al observar cómo las hojas metálicas, y los bulbos, y los capullos, y los tallos se arrugan y truecan su color verde por el marrón y se retuercen y se comban, finalmente, muertos, se persuade de su eficacia. Los minutos transcurren sin que ceda (ni se debilite) la combustión y Jacinto contempla sonriente el avance devastador de la hoguera, la oquedad carbonizada (cada vez más amplia), las guías y camales, incandescentes primero, luego chamuscados, desplomándose como si fueran cañas, y sonríe, pero, con su pesimismo habitual, se dice que esta medida desesperada debería haberla adoptado varios días antes. Si sopla el viento (del oeste), el humo baja y se adensa de tal manera que Jacinto apenas puede respirar y se cubre la nariz con un pañuelo mientras los pájaros de enfrente y de los costados del seto se remontan con un pitido de alarma, pi-piiiic. Se trata de mirlos, tordos, malvises, gorriones, agateadores, serines, currucas, verderones, jilgueros, ruiseñores, petirrojos y, en general, aves de maleza, y todos alborotan (a cual más) con sus aleteos, fás-fásfás, y sus silbidos, bic-piiiiiic-bic, y Jacinto se contrista imaginando los nidos destruidos o aborrecidos y este pensamiento le deprime y una vez más se dice: «Uno no gana si otro no pierde» (mercantilismo puro) y, sin embargo, Jacinto (que se da cuenta de que la perversidad empieza a poseerle, y se constata egoísta, ciego y culpable) sonríe al fuego y a la destrucción porque únicamente el fuego y la destrucción pueden liberarle, así que sonríe al fuego y a la destrucción, aunque los pájaros y las plantas sucumban, mas al pensar que el seto pudiera ser su begonia, su sansivieras y su ficus (regar plantas es tarea de señoritas, señorito Jacinto) ha de cerrar los ojos aunque sus labios continúan sonriendo y su sonrisa únicamente se interrumpe cuando el chisporroteo decrece, y entonces abre los ojos y comprueba que la deflagración se reduce, se espacían los chasquidos y, al poco tiempo, entre la humareda, sus ojos irritados (los de Jacinto) perciben un gran rescoldo aún llameante, pero aguarda unos minutos hasta que las llamas se extinguen y no quedan allí, en la concavidad carbonizada, más que unas brasas sobre una tizonera humeante. Le falta paciencia (a Jacinto) para esperar a que el

rescoldo se convierta en pavesas y decide regarlo, mas, al dirigirse a la trasera, advierte con estupor que el seto se lo impide, le cierra el paso, compone un cuerpo con la casa; serpollos, álabes y vástagos se sujetan con sus aguijoncitos insignificantes a la fachada (de la base al tejado) y asientan sus estolones entre las grietas de los troncos y de las piedras, trepan por ellos y se desparraman en todas direcciones, unos hacia arriba, desbordando el alero y serpenteando por el tejado de pizarra, y otros hacia los costados, enroscándose en los medios troncos del revestimiento, saltando de uno a otro, progresando sin cesar. Ante el obstáculo, Jacinto atraviesa la casa y sale a la parte posterior por la ventana de la cocina, enchufa la goma en el grifo y regresa otra vez, cruzando la cabaña, taponando con el dedo índice (contrarrestando la creciente presión del agua) la boca de la manguera y, ya en el umbral, enfoca ésta hacia las ascuas y escucha con arrobo el siseo, sssssst, que ocasiona el agua fría sobre las brasas incandescentes y contempla, con un asomo de esperanza, la espesa humareda gris que se desprende de la combustión interrumpida, pero a medida que el humo se desvanece se va desvaneciendo también su esperanza (la de Jacinto). Lo quemado alcanza tal vez un radio de tres metros, mas del suelo sobresalen recios tocones chamuscados que aun en el caso de permitir acceder a la portilla impedirían girar a ésta. Se adentra en la socarrina Jacinto, aunque sus zapatos exhalan un sofocante hedor a goma quemada, y entre las ramas carbonizadas y las hojas mustias, color tabaco, descubre los restos de la portilla.

El fuego la ha devorado también (a la portilla), y, no obstante, los camales y tocones obstaculizan el paso al lugar donde estuvo enclavada. Instantáneamente Jacinto se arrepiente de lo hecho, deplora haber eliminado las tablas de los bancos y la cama, las tarimas y los troncos del revestimiento que, debidamente enlazados, a manera de balsa, podrían, tal vez, haberle servido para tender un puente sobre el seto y recobrar la libertad. El corazón le voltea en el pecho (a Jacinto), tic-tac, tic-tac, a un ritmo acelerado. Vuelve a atravesar la cabaña y se encarama al tejado por el arcén del pozo. El espectáculo, desde el tejado, resulta descorazonador y el mero hecho de contemplar el fondo del valle surcado por el arroyo de aguas transparentes, el barbecho subsolado, los cavones rojos junto a las muelas abandonadas, los dujos del colmenar, las laderas moteadas de matos de roble (en los que apunta ya la hoja de verano) y los buitres despegando solemnemente (seguramente a causa de él) de los farallones de enfrente, le ocasiona (a Jacinto) un vacío opresivo en la boca del estómago, vacío que se trueca en angustia al observar la insignificancia de lo quemado en el volumen total del seto: «El agujero de un clavo en un muro», piensa, gráficamente, Jacinto y, de improviso, le absorbe la presencia móvil de los tallos más audaces

reptando por las losas de pizarra y experimenta ante ellos un pavor frío, que le mineraliza, como si se viese cercado de serpientes venenosas y, con cuidado de no resbalar, retorna a la choza por el pozo, repitiéndose mecánicamente «Eres un náufrago, eres un náufrago, eres un náufrago», y, bajo esta idea obsesiva, entra en la cabaña (Jacinto), toma unas cuartillas y un bolígrafo y, apoyándose en el hogar de la chimenea, escribe hasta docena y media de veces: ESTOY PRISIONERO DEL SETO. AVISEN URGENTEMENTE A DON ABDÓN, S.L. GRACIAS. JACINTO SAN JOSÉ. Luego, enrolla las cuartillas una por una y, una por una, va encerrándolas en las botellas de alcohol y de vino vacías y cuando éstas se terminan desciende a la bodega, coge nueve (botellas), vierte su contenido, las escurre bien y sepulta en ellas los mensajes que le restan. Sale después al minúsculo rectángulo despejado y va lanzando botella tras botella por encima del seto, pero a pesar de que Jacinto las impulsa convenientemente, esto es, asiéndolas por el cuello para imprimirlas mayor fuerza, oye descorazonado los impactos vegetales, blaaaf-blaaaaf, los golpes fofos, almohadillados que produce la fronda al acoger las botellas y devorarlas. Ante este nuevo contratiempo, Jacinto determina subirse al tejado para arrojarlas desde lo alto, incluso eligiendo de antemano el lugar de aterrizaje, pero la primera botella que rebasa el seto se estrella contra una piedra y revienta en mil añicos, ¡clips! Tras diversos intentos, Jacinto acierta con una mancha de galloga que atenúa el golpe y la botella rueda ladera abajo hasta que la pierde de vista (Jacinto). «Es inútil, se dice de pronto, si alguien descubriera las botellas, descubriría también este seto descomunal y oiría mis voces», se dice Jacinto.

El cristal soleado de la cabaña en penumbra le devuelve su alicaída imagen y Jacinto aprovecha para sincerarse, *porque estás sumido en la más total y absoluta impotencia, desengáñate, hijito, seamos realistas, que nada vamos a adelantar no llamando a las cosas por su nombre, y si gritas va a ser lo mismo que si silbas, un ruido más, porque si el mundo está sordo de nada vale dar voces, y si el mundo está ciego nadie podrá leer tus mensajes, Jacinto, que es preferible que te hagas a la idea desde un principio y te pongas en la realidad. El mundo ni ve, ni oye, ni entiende, porque los ciegos no ven y los sordos no oyen y nadie puede entender lo que no ve ni oye, Jacinto, de cajón, que estás abandonado y tu situa, ya ves que te hablo con franca, es desespa y el uno conso en estas circunstas es el convenzo de que un abro vegeto es más llevo y acepto que un abro minero o animo. Otros están peor, Jazo, mira el maro de un cruzo hundo por un torpo enemo, sólo, en un sollo, el agua sala entrando a raudos por la porta, ¿te das cuenta?, y el nivo (del agua) subiendo y subiendo: primo, los zancos, luego las pantorras, las rodas, los muslos, los testos, la barra, el omblo, el estomo, las tetas (los pechos turgentes, de negros pezones nutricios, de don Abdón, podrían tal vez ser el refugio para su desventura),*

las clavicas, la barba, las mejas, la boca... Eso es peor, mil veces peor, por donde quiera que lo mires, no me vengas con cuentos, Jazo, como es peor la situa de un gaseo o de un emparedo, mena, como para perder la caba, pero perder la cabeza es un lujo que sólo Gen puede permitirse, Jacinto, ya lo sabes, perderla y disecarla, pero, tú, tú, en estas circunstancias, debes conservarla sobre los hombros, ¿oyes?, y bien firme, porque los problemas se resuelven pero no con nervios, ni histerismos, para que te enteres, sino reflexionando, y si no puedes salir por la puerta, como entraste, o por debajo, abriendo un túnel, como los conejos, pues, mira, no te queda más solución que salir por arriba, ¿oyes?, como los pájaros.

«Los pájaros», repite (Jacinto) y su mirada va resbalando cristal arriba, maderos arriba, alero arriba, hasta el azul del firmamento, donde los buitres evolucionan pausadamente (y debajo de ellos un alimoche) sobrevolando la vaguada. «Como el roc de *Las mil y una noches*», se dice (Jacinto) y evoca el regazo acolchado de sus años infantiles, los pechos salvavidas, las invulnerables tetas de seguridad, contra las que su cuerpecillo era prensado suave, progresiva, dulcemente hasta que escapaba de él (de su cuerpecillo) la última gota de suspicacia o de miedo. Las pupilas de Jacinto se sumergen en la nostalgia. «Ya no queda de eso», se dice e, inmediatamente, se reincorpora a la realidad y repite «los pájaros», e, inmediatamente, su imaginación se desboca, e, inmediatamente, entra en acción (Jacinto), saca de la cabaña una madeja de cuerda de guita (cáñamo, lo más resistente del mercado) y corta diez trozos de dos metros cada uno, anuda en los extremos sendos lazos corredizos, se tumba en el suelo con dos de ellos en cada mano y se finge muerto. En esta posición, el sol calienta más y a Jacinto le agrada relajarse, sintiendo sobre su cuerpo extenuado los rayos verticales. Con suma precaución, entreabre de vez en cuando los párpados y una y otra vez comprueba con desaliento que los buitres no se inmutan, prosiguen en sus perezosas evoluciones, muy altos, planeando como si volaran sin esfuerzo. «Esto es un cuento», se dice al fin (Jacinto). «Los buitres no bajan a los muertos por estar tumbados sino porque hieden», se dice, y se sienta sobre las lajas, aparta de sí las guitas y otea la tira de cielo azul, cada vez más angosta, que se abre entre las dos bandas laterales del seto. Las guías más desarrolladas, cuya altura es la de dos hombres (uno en los hombros de otro), se arquean visiblemente unas hacia otras, buscándose, como si mutuamente se atrajeran, de tal modo que es previsible que en dos o tres días se enzarcen y formen un túnel por encima de él y, con ello, las posibilidades de evasión se esfumen. Oye un aleteo convulso sobre su cabeza, zaastzaast-zaast, y ve atravesar raudamente el pasillo una paloma torcaz. «Una paloma», se dice cándidamente. «Creí que era un buitre.» Se pone en pie de un salto sin dejar de mirar las tupidas ramas del seto: «Dentro de tres días me

habrán asfixiado», piensa. Cruza fugazmente sobre él otra paloma y, a seguido, piensa: «Palomas, palomas mensajeras, palas mensajeras, palas mensajas». «¡Eso es!», chilla de pronto. «¡Una paloma mensajera!» Todo su cuerpo tiembla de excitación. «El problema es atraparlas», se dice. «¿Cómo cazar un pájaro?» Recuerda sus paseos vespertinos por la explanada del lago, el lento migar de la hogaza, con las palomas, zurrur, y los gorriones, chipchissis, encaramados en su cabeza, sus antebrazos y sus hombros. «Son mis amigos», sonríe (Jacinto), y apresuradamente coge una lata de pan, rasga el plástico que le preserva de la humedad y lo miga en un montón. Después se rocía con las migas la cabeza, los hombros y el brazo izquierdo, se encuclilla con sumo cuidado para que las migas no resbalen, toma un puñado de éstas (migas) con la mano derecha y, con sumo cuidado, se sitúa en la parte más visible del rectángulo todavía no invadido por la maleza, abre los brazos en cruz, los talones juntos y se aquieta, aguardando pacientemente a que los pájaros bajen. Con el rabillo del ojo observa a dos gorriones, chip-chissis, regalándose con las migas sobrantes del suelo a dos metros de distancia y Jacinto sonríe para sus adentros. «Ya bajan», piensa esperanzado y, en efecto, a los cinco minutos son cuatro los gorriones y, luego, seis y, a poco, doce (los gorriones), pero después de despachar las migas esparcidas por las lajas retornan al follaje o al alero del tejado y gorjean. Ante su difidencia, Jacinto frunce los labios y empieza a silbar tenue, biic-biiiiiiic-biic, moduladamente, sin mover más músculos que los imprescindibles para emitir el silbido, biic-biiiiiiic-biic, pero los pájaros desdeñan el señuelo y los brazos empiezan a pesarle, pero él (Jacinto) continúa silbando, biic-biiiiiic-biic, sin variar el ritmo ni el acento, hasta que sus brazos se le hacen de plomo y, sin advertirlo, va bajándolos (los brazos) poco a poco, de manera que algunas migas ruedan por el declive y caen al suelo y apenas rozan el suelo, los gorriones (a la expectativa en el follaje y el alero) se lanzan apresuradamente sobre ellas pero ni uno solo hace mención de subir a sus brazos o sus hombros y Jacinto ya no puede silbar más porque los labios se le han entumecido, pero como los músculos faciales carecen de fuerzas para distenderse, Jacinto queda con la boca fruncida, como en actitud de besar, hasta que, al fin, se da por vencido, deja caer los brazos con desánimo y las migas se deslizan al suelo y, al instante, una bandada de gorriones, chip-chissischip, le cerca (a Jacinto) y acaba con ellas (las migas) en un santiamén.

En tanto esperaba, Jacinto ha rememorado alguna de sus conversaciones con César Fuentes (Cesárea por mal nombre) en la ribera del río, las tardes soleadas de primavera en que él (Jacinto) trataba de arrancarle al otro (César Fuentes) de su postración. César Fuentes, como todos los niños pueblerinos, conocía las triquiñuelas del

experto pajarero: la red, los cepos, la liga a orillas de las charcas, las trampas a base de una nuez y una palangana y, por último, el procedimiento, con nocturnidad y alevosía, de deslumbrarlos con una linterna mientras duermen. Jacinto desecha mentalmente las tres primeras añagazas (red, cepo y liga), recapacita y recuerda que en la despensa, entre las provisiones de boca, existe un gran bolsón de nueces, baja, agarra un puñado y las agujerea con tiento (el secreto de este ardid radica en que el pájaro picotee precisamente en el hueco previsto) y en sustitución de la palangana (que no encuentra) Jacinto decide utilizar las cazuelas y recipientes más capaces. Ahora Jacinto recuerda la estratagema con todos sus pormenores. Una a una va sosteniendo en equilibrio las vasijas sobre las nueces, el hueco de éstas (de las nueces) hacia el interior de las vasijas, para que el pájaro precise esconderse bajo aquélla (la vasija) si quiere picotear los escueznos, de manera que a cada picotazo en los escueznos se inestabilice el equilibrio de la vasija y, finalmente, el borde de la vasija resbale sobre la concavidad del fruto y atrape al pájaro dentro de ella (de la vasija). Monta, pues, las trampas (Jacinto) dejando entre ellas un metro de distancia, se mete en la cabaña y se aposta en la ventana frontal. Oculto tras los listones de la persiana, Jacinto domina perfectamente los seis artilugios. Tan pronto entra en la casa Jacinto, los gorriones retornan a las losas y se pasean por ellas a saltitos, buscando migas de pan entre las juntas y las briznas de hierba que crecen en ellas, y cada vez que alguno de los pájaros se aproxima a una cazuela o un puchero, o simplemente mira con su ojito marrón desconfiado a una cazuela o un puchero, a Jacinto se le estrangula la respiración. No piensa en el éxito posterior sino que de momento ha hecho del juego (atrapar un pájaro) una cuestión de vida o muerte. Mas los gorriones no parecen interesados por las nueces y sin embargo, cuando menos lo espera (Jacinto), la cazuela más próxima al seto se derrumba, plum-buum-bún, sobre las losetas y él (Jacinto) aplasta su ojo contra los listones de la persiana y divisa junto al borde de la cazuela la puntita de un vástago reptante. A Jacinto se le seca la boca y se le contrae el estómago: «¡Dios mío!», se dice. «¡Dentro de dos días me devorarán!», pero el pájaro ratonero que acaba de posarse en las lajas después de describir un airoso semicírculo, le distrae (a Jacinto) requiriendo toda su atención. El ratonero, apenas toma conciencia de la situación, se dirige a brincos regulares hacia la segunda nuez de la izquierda. Jacinto tiembla o instintivamente mueve una mano (invisible para el pájaro) como oseándole (al ratonero) hacia la cazuela, mientras con la otra (mano) se desabotona la camisa. La emoción le ahoga, mas el pájaro recela del recipiente y, una vez junto a la nuez, le tira a ésta tres picotazos a la costra (es decir, de fuera a dentro), tan feroces que la nuez rueda y la vasija cae,

plum-buuum-bún, y atrapa la nuez mientras el ratonero vuela asustado y se posa en un álabe desde donde analiza los hechos con mirada vivaz. Mueve su cabecita de un lado a otro, como queriendo convencerse de que no hay nadie, de que toda aquella batería de cazuelas y pucheros no es una añagaza, y, al cabo de un rato, vuelve a la carga y, ahora, su objetivo es la tercera nuez de la derecha. De primera intención no la pica, sino que describe un semicírculo, se detiene, mira a la nuez desconfiadamente, luego mira a la puerta de la cabaña, vacila, describe otro semicírculo en sentido contrario (contrario también al de las agujas de un reloj), titubea de nuevo y, finalmente, da tres saltos y se introduce debajo del puchero. Jacinto contiene el aliento, la nariz chafada contra los listones. No pestañea (Jacinto) y por dos veces hace ademán de desabrocharse el botón superior de la camisa que ya tiene desabotonado. La cola del ratonero, que sobresale del borde de la vasija, se agita arriba y abajo, desaparece, y su cabeza irrumpe por el otro lado, esto es, vuelve a salir. Jacinto se impacienta, se echa en cara su inhabilidad, mas, en éstas, el pájaro da cuatro saltitos y torna a ocultarse bajo el puchero. Su picotazo ha debido ser tan fiero que la vasija se tambalea sobre la nuez y la nuez gira cuarenta y cinco grados y, del segundo picotazo, gira otros cuarenta y cinco grados (la nuez), con lo que el hueco abierto sobre los escueznos queda al descubierto. El ratonero lanza el tercer picotazo fuera ya de la trampa y cuando la nuez rueda y el puchero se abate, pluum-bum-bún, el pájaro se espanta y huye definitivamente por encima del seto. Jacinto se aparta de la persiana hablando entre dientes, abre la puerta, coge una piedra, se sienta en el poyo exterior, y empieza a cascar nueces, crac-crac-crac, y a comérselas mientras musita: «No queda otro remedio que aguardar a la noche».

Antes de oscurecer del todo, tan pronto se oculta el sol tras la montaña y las flores empiezan a exhalar su aroma dulzón y pegajoso, Jacinto se refugia en la cabaña y adopta las siguientes precauciones: baja las persianas (desenrollando previamente la cinta al llegar a la mitad para que caigan los listones de golpe, ra-ta-blá, y no dejen fisuras); asegura las ventanas de guillotina; colma el depósito de la lámpara portátil y se viste con zapatos negros, pantalón negro, y jersey y camisa azul marinos. «Es la última oportunidad», piensa. «No puedo cometer errores.» Desde hace rato los pájaros han enmudecido tras su guirigay (trui-trui, checchec, sib-sab, tiiit-tiiit) crepuscular. No se oye nada. Jacinto deposita la lámpara en el fogón y pasea a nerviosas zancadas de la puerta a la cama, de la cama a la puerta. Su sombra, quebrada en el zócalo, es también negra y siniestra. Hace un efecto extraño, Jacinto, enlutado paseando por aquella habitación vacía (a excepción de su cama) y desmantelada. No sabe exactamente

lo que espera (Jacinto) mas, tan pronto se oye el grito leñoso del papavientos, rm-rm-cloc, en el camino, Jacinto coge la lámpara y abandona la choza. El aroma del seto es tan intenso que casi no puede resistirlo, pero persuadido de la necesidad de ejecutar el proyecto se aproxima a aquél (al seto), la lámpara por delante, y entreabre con la otra mano (con la que no porta la lámpara) la espesura. Blanquean en el aire, como dos chiribitas, las pechugas de dos chochines en fuga, tit-tit-tit. Jacinto procura operar con el mayor sigilo posible y, a primera vista, se le antoja que el seto está vacío (a pesar de su convicción de que hay en él centenares de pobladores) pero, al fijar su atención, descubre entre la maraña la pechuguita palpitante de un petirrojo, sus ojillos redondos, somnolientos, hipnotizados por la luz, de manera que Jacinto no tiene más que alargar la mano y prenderlo. Al sentir en su mano el revuelo, los latidos agitados de la avecilla, sus tsissips angustiados, los ojos de Jacinto se reblandecen y está a punto de chillar de gozo. «No te haré daño», murmura. Le conmueve aquella tibieza menuda, la sensación de un cuerpo vivo en contacto con su piel huérfana. «No te haré daño», repite en un susurro, y deposita la avecilla delicadamente en el bolsillo de su pantalón. Los movimientos mínimos e inquietos del petirrojo junto a su vientre (el de Jacinto) le enternecen. Sin moverse del sitio, y en pocos segundos, los ojos (ya avezados a la oscuridad) de Jacinto avistan dos agateadores (en el nido) y una curruca capirotada. Jacinto vacila ante los agateadores, pero la llama de malignidad que ya ha aflorado en otros momentos de su reclusión, domina en él, extiende la mano y los atrapa (a los agateadores) sin precaución alguna. En el nido, todavía caliente, blanquean cuatro huevecillos moteados, cuya imagen le persigue aún durante varios minutos. A poco se olvida de ellos (Jacinto), se metamorfosea en una alimaña acechante, con su ojo luminoso y sus zarpas insaciables. Ahora divisa pájaros adormilados, desorientados, por todas partes. Y los coge y los guarda, los coge y los guarda, con la avidez de un rapaz que robase avellanas. Los bultos de sus bolsillos se estremecen y comunican a su vientre atónito (el de Jacinto) una ambigua y maternal palpitación. De tarde en tarde, una rana croa abajo, roac-roac, en alguna charca del río. Jacinto sonríe feliz. A períodos más o menos largos, entra en la cabaña y, después de cerrar la puerta, se vacía los bolsillos de pájaros que, aturdidos, revolotean en torno a él y a la lámpara, describen círculos y parábolas de murciélago, gorjeando y piando desaforadamente, para terminar guareciéndose en los rincones oscuros o reposando en el esqueleto metálico de la librería. Al terminar el registro del seto delantero, Jacinto calcula que ha apresado aproximadamente un centenar de pájaros (los ha ido contando pero al escabullirse alguno de los bolsillos ha perdido la cuenta). A pesar de ello, sigue buscando, de

forma que cuando, al cabo de cinco horas, se refugia en la cabaña, la algarabía de pío-píos, bick-bicks, chec-checs, es realmente ensordecedora, mas a Jacinto aquel concierto intempestivo, el revuelo atolondrado que le rodea, le estimula y hace sonreír a sus labios exangües; y sus ojos azules, tanto tiempo ensombrecidos y reconcentrados, también sonríen, y sonríen, asimismo, los pelos de sus barbas y sus orejas y las aletillas de su nariz, todo sonríe en él (en Jacinto) al sentarse en el suelo y ponerse a escribir en el hogar de la chimenea, en pequeños pedacitos de papel, con su caligrafía minuciosa, el dramático mensaje: «¡socorro! estoy prisionero del seto en el refugio de recuperación n.° 13. avisen a don abdón, s.l. jacinto san josé».

Dispuestos los cincuenta primeros mensajes, Jacinto deja la pluma, toma un carrete de esparadrapo y, uno a uno, va recogiendo pájaros (a cada movimiento suyo las docenas de pájaros enclaustrados enloquecen y algunos se estrellan contra las paredes o los cristales y caen al suelo agonizantes), pero él (Jacinto) no repara en las víctimas, no le conmueve ahora hallar montones de cadáveres si a costa de ello recupera su libertad; es como el último superviviente de los gaseados (mueve la cabeza violentamente para aventar esta imagen) y, uno a uno, va enrollando en los delgados tarsos de las avecillas su llamada de socorro y ajustándola luego, con un pedacito de cinta adhesiva. La operación es lenta, ya que a cada pájaro mensajero que prepara ha de abrir la puerta y soltarlo por una rendija a la oscuridad de la noche. Pero Jacinto no se cansa, no siente la menor fatiga, quizá porque con cada pájaro que libera le parece que libera una parte de sí mismo. Y así que las persianas tamizan la cruda luz del alba, Jacinto concluye de enrollar los últimos mensajes, suelta al último prisionero (un malvís), suspira profundamente, se dirige al catre arrastrando los pies y, sin quitarse los zapatos negros ni las ropas de luto, se desploma en él (el catre), gime una vez, heeey, gime otra vez, heeey, y se queda profundamente dormido.

Al despertar, le invade la sensación de que ha dormido cuarenta y ocho horas o, tal vez, cuarenta y ocho días. No le es posible precisar (a Jacinto) pero ha sido éste el primer sueño reparador en mucho tiempo y de mucho tiempo, es decir, prolongado. En su cabeza abotagada bulle vagamente la idea de que hay razones para estar contento, pero aún tarda unos minutos (Jacinto) en recordar a los pájaros emisarios. Intenta abrir la persiana de la cabecera, pero los listones no obedecen esta vez al tirón de la correa y el extremo de ésta queda muerto en su mano. Jacinto levanta la vista, desconcertado, y observa que entre las juntas de aquéllos (los listones) asoman unos tallos sutilísimos, como zarcillos, que se ensortijan una vez salvado el obstáculo. Otros, en cambio, florecen en el mínimo espacio que separa la persiana del cristal (de los pocos cristales intactos que aún restan). «La han

bloqueado ya (la persiana)», piensa Jacinto, y corre a la puerta que logra abrir tras de vencer una obstinada resistencia. El seto enmarca la puerta como una enredadera y las guías de las dos bandas se han unido ya, formando sobre el pasillo de un metro de ancho una bóveda que apenas filtra la luz del día. Únicamente desde el umbral puede divisar aún un fragmento de cielo despejado por donde sobrevuelan media docena de buitres. No ve el sol, pero por la disposición y la longitud de las sombras adivina que es una hora avanzada de la tarde (¿de qué día?), «Quizá las seis o las siete de la tarde» (piensa Jacinto). Frota nerviosamente una mano con otra y al ruido, yás-yás-yás, levanta el vuelo una curruca, tec-tectec, y Jacinto sonríe hacia sus adentros: porta una vendita blanca en el tarso derecho. Jacinto arroja una piedra al seto y vuelan más pájaros: mirlos, verderones, agateadores, mosquiteros... Las especies de siempre. Asombrado (Jacinto), hace una comprobación, mitad confortadora, mitad decepcionante: dos de cada tres pájaros llevan el tarso derecho vendado de blanco. Nervioso (Jacinto), se adentra en el túnel vegetal dando palmadas, palm-palm-palm (retumbantes como detonaciones), que espantan pájaros por doquier, pájaros aturullados, que revolotean en el reducido espacio y vuelven a posarse sobre las ramas más visibles: tres de cada cuatro avecillas llevan la pata derecha vendada de blanco. Jacinto regresa por el túnel sin cesar de aplaudir (encuentra en esta manifestación una tonificante vía de desfogamiento) y, al acceder al espacio descubierto, ve el alero y los flecos del seto y la enredadera cubiertos materialmente de pájaros (cuenta veintitrés), todos con el tarso derecho vendado de blanco. Ante este espectáculo pierde la cabeza (Jacinto), se desespera, se vuelve dando palmadas cada vez más sonoras, ¡palm-palm-palm!, patea los bajos del seto, blaf-blaf, y los pájaros (los tarsos derechos blancos) revuelan y tornan a posarse y Jacinto grita: «¡Vaya pájaros mensajeros!» y «¡Grandísimos gandules!», eso grita Jacinto, y la vaguada dice, respectivamente, «eros» y «ules», y Jacinto, al escuchar las respuestas de la vaguada, se va encalabrinando, se resquema y chilla: «¡Cumplid con vuestro deber, tunantes!», y la vaguada repite «antes», y Jacinto, despechado, vocea: «¡Llevad por ahí mi mensaje!», y la vaguada contesta «aje», y a Jacinto le agarra la corajina y cada vez que ve un pájaro (que es constantemente) con el tarso blanco, se subleva, le llena de tiernos exabruptos, le amenaza con el puño crispado, hasta que, en una de estas expansiones, tropieza con el seto, mudo y amenazador, y se da media vuelta y se topa con el otro muro vegetal incólume, y entonces su furor se vuelve contra él (contra el seto) y le desafía a gritos: «¡No podrás conmigo!», le dice, y la vaguada replica «igo» y, a continuación, le dice: «¡No!», y la vaguada responde «no», y añade (Jacinto): «¡Aunque tenga que encerrarme tres

meses en la cabaña!», y la vaguada repite «aña».

Tiembla como un azogado (Jacinto), no puede parar quieto, el pelo encrespado, la barba amarilla reluciente de sudor, los ojos azules extraviados; se revuelve (Jacinto), gira tres veces sobre sí mismo y por todas partes se topa con el seto sombrío alargando sus tentáculos y, cuando alza la vista, lo ve (al seto) trepando (literalmente reptando) por el tejado de la choza, enroscándose en los canecillos, los canalones y la chimenea, envolviendo todo lo que es susceptible de ser envuelto. Las flores amarillas, con sus estambres empolvados, se abren con breves estallidos en todas partes, flop-flop-flop, y los camales y serpollos se bifurcan ante sus ojos atónitos (los de Jacinto) y las ramas nuevas paren bulbos nuevos (prietos y turgentes) y, si Jacinto los observa con algún detenimiento, es testigo de su muda eclosión. La proliferación del seto es fabulosa y progresiva, esto es, a mayores dimensiones, su propagación es más rápida, y, con la propagación, acrece su agresividad rapaz.

Jacinto está tan aterrado que no sabe qué hacer. Su cabeza no coordina pero es consciente de una realidad: al día siguiente no podrá abrir la puerta. Ante esta contingencia, se crispa, aprieta los puños y chilla «¡no!» y «¡malditos!» y la vaguada le responde «¡no!» e «itos», y cuando oye el eco, se encara con la vaguada (Jacinto exige un responsable) y, desquiciado, sostiene a voces con ella (la vaguada imperturbable) el siguiente diálogo:

—¡Desgraciada!

—¡Ada!

—¡Eso tu madre!

—¡Adre!

—¡No me la mientes!

—¡Entes!

—¡Me cago en la madre que te parió!

—¡Arió!

Y así se está (temblando de sus propias palabras), chilla que chilla, insulta que insulta, hasta que en una crisis nerviosa cae al suelo (Jacinto), se revuelve sobre las lanchas (como un pollino cuando retoza en un prado), babeando, soltando palabras inconexas, hasta que, poco a poco, se serena y empieza a decir jaculatorias en voz alta y, cuando está en éstas, divisa por la boquera que aún permite ver el cielo una pareja de buitres, describiendo amplios círculos, volando mucho más bajos que hace un par de horas. Jacinto los mira aviesamente. «No os daréis ese gusto», les dice, pero la voz apenas le sale ahora del cuerpo, está afónico y empapado en sudor y, cuando se levanta y entra en la choza, las piernas le flaquean por las rodillas y avanza irregularmente, bandazo va, bandazo viene, como un marino

inexperto. Aún hay luz fuera, pero como las persianas están trabadas, Jacinto deja la puerta entreabierta y enciende la lámpara de keroseno con la que echa un vistazo a la despensa y desciende a la bodega para hacer un recuento de víveres. «Por este lado puedo aguantar un asedio de dos meses; antes vendrán a buscarme», se dice, y sube de nuevo y tranca la puerta.

Le tiemblan las manos y su temblor se comunica a la lámpara, que emite un nervioso tintineo, tin-tin-tin. Ya en el servicio (caballeros), mientras orina, se mira al espejo y no se reconoce, el pelo y las barbas blancos y ensortijados, de una densidad pilosa desconcertante, como vedijas. Jacinto se acaricia las barbas (al terminar de orinar), se encara consigo mismo y se dice con voz descompuesta, *es inútil dar voces, Jacinto, convéncete, porque el mundo está sordo y ciego, Jacinto, nadie te escucha, ¿oyes?, nadie desea enterarse de lo que ocurre aquí dentro, porque lo que no se conoce es como si no sucediera. Pero yo me pregunto, Jacinto, ¿dónde están los pobres de espíritu, los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia, si es que queda alguno? ¿Dónde están, Jacinto? Anda, dímelo, por favor te lo pido, tú lo sabes, Jacinto, no seas así, yo necesito encontrar uno, te lo juro, no es un capricho, tú mismo puedes verlo, que si de aquí a dos días no aparece un manso de corazón, un misericordioso, un pacífico, un hombre con hambre y sed de justicia, Jacinto, despídete, tú me dirás, ¿o es que no te das cuenta? Tú lo estás viendo lo mismo que yo, no es que sea una invención mía, que las cosas, lo mires por donde lo mires, no pueden haberse puesto peor… ¡Anda, Jacinto!, por favor, dime dónde están, aunque sólo sea uno, habla, por lo que más quieras, no te quedes así, por duro que sea, Jacinto, ¿o es que se han acabado los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Es eso, Jacinto? Habla, por favor, por fuerte que sea, ¿es que son los fieros de corazón, los despiadados, los guerreros, los torturadores, los injustos quienes han dominado el mundo*?

Jacinto jadea. Suda (Jacinto). Jacinto tiembla. Llora (Jacinto). Jacinto se ase crispadamente a los bordes del lavabo. Se estremece (Jacinto) cuando chasca el primer crujido, creep, y, entonces, sale del servicio y desde el umbral ve, en el gozne de la ventana, sobre su cama, ve la punta de un tallo verdeamarillo, flanqueado por dos hojas, como dos alas; parece una libélula (el tallo). Fascinado, va hacia él y lo arranca de un tirón. Pero apenas ha acabado de cortarlo, se repite el crujido, creep, arriba, en el revestimiento de tarimas del techo (el único que ha respetado), y eleva los ojos (Jacinto) y, entre dos tablas de embero, ve asomar tímidamente el extremo de otro tallo blanquiverde. A partir de este momento, los crujidos, creep-creep-creep, y los leves golpes de los yesones, top-top-top, sobre el

pavimento, se repiten a intervalos muy breves. Son chasquidos, creep-creep, y golpecitos, top-top, casi imperceptibles, pero a Jacinto le estremecen como si fueran descargas de fusilería. La nerviosidad va dominando a Jacinto. A partir del tercer crujido, creep, Jacinto va y viene, cambiando constantemente la dirección de sus pasos (ve negruras por todas partes), guiándose por los crujidos, creep-creep, de las tarimas y por los golpes, top-top, de los yesones en el suelo. La voraz infiltración del seto le hace pensar en un acoso animal y su labor de poda (allí donde la infiltración se produce) se le antoja una réplica pueril (algo así como si recortara las puntas de las uñas a un monstruo fabuloso). A pesar de ello (de su conciencia de inutilidad), Jacinto no se da reposo, va y vuelve, examina el techo y las paredes, el entarimado, los marcos de las ventanas y las juntas de la puerta. Sabe que está cercado y paulatinamente decrece su confianza en la resistencia de la cabaña. La prodigiosa exuberancia del seto no se detendrá ante nada; únicamente manteniéndose en constante vigilia podrá resistir un tiempo. De aquí que Jacinto, así que oye un ruido, investiga concienzudamente el sector de donde proviene hasta que halla el motivo o un nuevo crujido, creep, más seco e hiriente que el anterior, desplaza su atención y le hace desistir de la primitiva búsqueda. En unas horas ha arrancado ya tantos tallos (Jacinto) que los dedos le duelen y decide que, en lo sucesivo, utilizará las tijeras de podar. Un detalle le sobrecoge: el rebrote del tallo amputado es doblemente vigoroso que el anterior, con lo que concluye (Jacinto) que en poco tiempo serán (los tallos) resistentes a las tijeras. Esta idea le obsesiona y le aturde y, con frecuencia, nota en las vísceras un desfondamiento como cuando en el tránsito entre la vigilia y el sueño, el jergón se le desploma (o se lo parece), generalmente si trasnocha o incurre en algún exceso. Top-top, creep, top, creep, creep, creep, llega un momento en que Jacinto no puede dar abasto. Los tallos incisivos, perseverantes, le acosan y el seto trata de violentar el tejado, los muros, las ventanas, en una crepitación enloquecedora. Él (Jacinto) corre de acá para allá, se multiplica, arrastra la cama (único mueble donde puede encaramarse) del living al dormitorio, de un rincón a otro, para alcanzar el techo. Es como un médico (Jacinto) que en los instantes subsiguientes a una catástrofe, reclamado por los ayes de los heridos, quisiera atender simultáneamente todas las solicitudes pero, incapaz de desdoblarse, no atiende ninguna. Desconcertado, su cerebro (el de Jacinto) se extravía en un laberinto de circunloquios estériles. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Me mareo al hacer ceros. Es chocante, usted no hace ceros sino oes, ¿no lo había advertido? Eso son habladurías malignas, doctor, a las que usted no debe prestar oídos. ¿No será por la curiosidad de saber lo que suma? Rey reinando, por las montañas, tirando cohetes con una caña. ¿Por

qué dice tonterías, Jacinto San José? Hable del cerrojo. ¿Cree usted que el cerrojo está destruyendo el fútbol espectáculo? La mosca no es lo malo, Darío Esteban, sino pensar la mosca, si no se piensa la mosca es como si la mosca no existiera, ¿comprende? La única oportunidad que tuvimos los humanos, la Torre de Babel, la desaprovechamos inútilmente. Pero ¿es que puede usted concebir, hijo mío, un hombre libre sin cinco duros en el bolsillo? Don Abdón, es usted el padre más madre de todos los padres. Entonces, ¿insinúa usted, Jacinto San José, que el orden no es libertad? ¡Sota, sotiña, debajo la cama tienes la tiña! ¿Es cierto que hay ocasiones en que usted necesita hacer más ceros que otras para marearse? El seto es la defensa de los tímidos. Pero ¿es que no ven que me están escoñando el sembrado? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo; jamás la biología había alcanzado tales prodigios. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. En un ayer próximo, su enfermedad hubiera supuesto el fin, pero hoy la Casa prevé estas contingencias porque el hombre en el nuevo orden ha dejado de ser un instrumento. ¿No dirá esto por la curiosidad de saber lo que suma, Jacinto San José? Para, papá, por favor, que me caigo. Preservado por el seto podrá usted reflexionar. Entonces, ¿en qué diferencia usted la O de Jacinto de los ceros que ha trazado más arriba? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. ¿Y hasta hoy no advirtió nada? No éramos nadie hasta que él llegó; todo se lo debemos a su iniciativa. ¡Anda, coño, pues no se ha comido Gen las cosas del paleto! La Casa es vuestra y engrandeciendo la Casa os engrandecéis a vosotros mismos. ¡Bucee un poco, don Abdón! Parece mentira en tan pocos años. ¡Premio para la señorita! Hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos. Usted es tímido, ¿no es cierto? Eludir la responsabilidad es el primer paso para ser felices. Usted es tímido, ¿no es cierto? ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. La Casa no trata en modo alguno de perjudicarle y está dispuesta a considerar que su marido haya fallecido en acto de servicio. Compréndame, después de dejarle morir como un perro, me da grima enterrarle como a un perro. Usted es tímido, ¿no es cierto? Se trata de un híbrido americano que prolifera en muy poco tiempo. Me hago cargo de sus sentimientos, querida señora, y, en cierto modo, los comparto. Una pregunta, Darío Esteban, la cabeza ¿nos la darán también? Yo sólo digo una cosa: si jugamos aliados hay que decirlo desde el principio; a mi entender la opción no se presta a dudas. No son dólares, ni francos suizos, ni kilovatios-hora, ni negros, ni señoritas en camisón, sino sumandos. Ni retora ni diala, Daro Esta, todo into de comprensa por la pala es una uta. ¿De qué nido se ha caído usted, señorito Jacinto? Disculpe, presumo que le debo una explicación; el enfermo, por instinto, se parapeta en lo que él considera su personalidad, pero ésta

no existe, es una entelequia. ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. Para relajarse y obtener de él... ¿Por qué dice tonterías, Jacinto San José?... Una reacción espontánea, hemos de vaciarlo previamente. ¡Joer! Vaya una bola que ha echado la Susanita. ¡Qué hermoso pointer! ¿No es cierto? Pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo, pues yo digo que el cerrojo... ¿Qué le ocurre, Jacinto San José? Tiene mala cara. No es más que una práctica pequeño-burguesa. No lo olvide: el seto es la defensa de los tímidos.

«Tímidos», dice Jacinto al apearse de la cama. Su mirada está ausente, y su cabeza zozobra en un mar de confusiones. Esto aparte, Jacinto ofrece en estos momentos un síndrome muy complejo: frío intenso en cabeza y extremidades; temblor de manos; apremios sin objeto y absoluta incapacidad de espera; confusión mental; ansiedad. Jacinto intuye el fin, se agacha, desenrosca el frasquito de grageas color de rosa e ingiere tres de un golpe. Seguidamente se sienta en la cama (Jacinto). A los pocos minutos su piel se vuelve transparente, como de cristal, de tal modo que puede observar sus vísceras, sus venas y arterias, sus huesos, como en un detallado grabado de anatomía. Simultáneamente los tallos (nueve), desprovistos de yemas y de hojas, tenues y finos como zarcillos, se ponen en movimiento, buscando los orificios de su cuerpo. Jacinto nada puede hacer: únicamente observa, como si fuese algo ajeno a su persona. El primer tallo, engrasado y dúctil como una sonda, le penetra por el ano. Jacinto percibe su cabecita blanquiverde, tierna y voraz al mismo tiempo, progresando por el recto. El segundo tallo se adentra (sin dolor) por el pene, por la uretra. Los otros siete (tallos), después de escalar su cuerpo transparente (el de Jacinto), coronan la cabeza y se introducen por los orificios siguientes: uno por la boca, dos por los oídos, dos por las fosas nasales y otros dos (los últimos) por los ojos. Jacinto no siente molestias físicas pero sí el reptar frío, el cosquilleo de los zarcillos en orificios y conductos. Una vez dentro de su cuerpo (del de Jacinto), los tallos invasores avanzan por estos itinerarios:

El que penetra por el ano, franquea el recto (los conductos son también transparentes como tubitos de plástico), zigzaguea por el intestino grueso, el intestino delgado, franquea el duodeno y accede al estómago, donde se une con la cabeza del tallo que entró por la boca y que ha arribado allí (al estómago) a través de la faringe y el esófago. Sin embargo, este último tallo, tan pronto atraviesa la boca, se bifurca y, mientras uno marcha hacia el esófago (como queda dicho), otro camina por la laringe y la tráquea y, una vez allí, se divide en un haz de tallos como hilos que se adentran en los bronquios y los alvéolos, alojándose en los pulmones. El (tallo) que se adentró por el pene sube por la uretra, da la vuelta a la vejiga, se bifurca a su vez, y cada cabo aboca a un uréter, trepan por ellos, afrontan los cálices renales y

acceden a los riñones. Los tallos que penetraron por los oídos, afilados como agujas, perforan los tímpanos, recorren los huesecillos martillo, yunque, lenticular y estribo y se enquistan en los oídos internos. Los que accedieron por las fosas nasales, se desdoblan de inmediato y en tanto un cabo se incorpora al que desciende por la faringe, el otro trepa hasta el ojo por el canal lacrimal. Finalmente, los que penetraron por los ojos, reforzados por los que irrumpen por los canales lacrimales, asedian la lámina cribosa, se ahílan, se introducen por sus minúsculos conductos y, una vez desbordada aquélla (la lámina cribosa), se desflecan en haces que recorren las circunvoluciones del cerebro: hipocampo, cisura de Silvio, cisura de Rolando, tálamo, hipotálamo, etcétera. Y así que los centros vitales del cuerpo y del cerebro han sido ocupados (en una operación incruenta y sigilosa), se produce el golpe de savia, súbitamente los tallitos refuerzan su verdor, se hinchan, se aprietan de bulbos y de yemas y Jacinto experimenta un dolor progresivo, cada vez más agudo y perforante, hasta que los brotes estallan en una eclosión brutal y, simultáneamente, revientan los uréteres, el esófago, los intestinos, los alvéolos, los riñones, los canales lacrimales, la lámina cribosa, los pulmones, la uretra, el recto, la tráquea y la cavidad craneana, y, con el desgarrón de los conductos vitales, el cuerpo de Jacinto pierde transparencia, se hace opaco y va cobrando un tono pardo-grisáceo, ceniciento, se abomba descomunalmente el vientre y, de súbito, como por arte de prestidigitación, brota del ombligo una gigantesca flor amarilla.

El alarido de Jacinto, ¡¡aaaaaah!!, es desgarrador, escalofriante; gira la cabeza y abre los ojos abotagados; por la humedad de la mejilla, deduce que durante la duermevela ha babeado. Se sienta en la cama (Jacinto), atenazada la cabeza por un torpor doloroso. No comprende cómo está allí (en la cama) con sus ropas de luto y sus zapatos negros. No entiende nada. A la escasísima luz que se adentra a través de las persianas comprueba la invasión: las estalactitas vegetales, los álabes trepadores, los vástagos florecidos irrumpen por todas partes. Las tijeras de podar están allí (tampoco sabe por qué), en el hueco que su trasero forma en el colchón, las toma (las tijeras) y como si, tras detenida reflexión, hubiera decidido deshacerse de alguien, se pone en pie con ellas (las tijeras) en alto, y ataca furiosamente a las ramitas que se introducen por las grietas de la puerta y de las ventanas, que penden del techo, que reptan por los muros y por el suelo, crik-crak, denodadamente. El chasquido de las tijeras, crikcrak, le aplaca momentáneamente (a Jacinto). Procura cortar a rape, a nivel de la superficie, bien sea de las paredes, del suelo o del techo, pero sus movimientos son desproporcionados, de una indecisa nerviosidad. Al cabo de dos horas, considera rematada su tarea (Jacinto) y se sienta

de nuevo en la esquina del catre. Repentinamente nota calor y picores, se desabotona la camisa y se rasca ásperamente. Advierte algo raro, suelta otro botón, agacha la cabeza y mira. Jacinto nunca fue hombre de pelo en pecho y, sin embargo, ahora, sobre el esternón, le brotan unos vellones tupidos, color beige, que le abrigan y, al propio tiempo, le producen prurito. El color del vello no le sorprende (a Jacinto) puesto que Jacinto es extremadamente rubio, casi albino, pero sí le extraña este súbito brote capilar, ya que por su edad (cuarenta y cuatro años) le corresponde más bien ir perdiendo el escaso vello de sus pantorrillas. Levanta una pierna, recoge el pantalón, baja el calcetín y examina ésta (la pantorrilla) y Jacinto se queda perplejo porque sus canillas son delgadas y uniformes (sin corvas), apenas un hueso recubierto por una pilosa piel blanca. Alza la otra pantorrilla (Jacinto) y comprueba que su conformación y su aspecto son idénticos a los de la primera. «Llevo sin comer de fundamento una semana; quizá más», se dice. Y, súbitamente, oye el motor, run-ruuuumrun, un zumbido racheado, imperceptiblemente creciente, que abre un surco inesperado en el letal silencio (salvo las crepitaciones de los tallos) que le envuelve. Jacinto se incorpora de un brinco. «¡Un avión!», se vocea a sí mismo. Permanece inmóvil, ya de pie (Jacinto), las piernas abiertas, levemente flexionadas, todo su cuerpo en tensión, la cabeza ladeada, expectante, hasta que sus oídos (los de Jacinto) captan nuevamente la onda, rum-ruuuuuum-run, y entonces vuelve a saltar y a chillar «¡¡un avión!!» y corre hacia la puerta, pero la puerta no se abre, parece clavada, atornillada, y, en tanto, el zumbido del motor va haciéndose más perceptible y matizado, se aproxima, y Jacinto concentra sus energías en el hombro derecho y se arroja contra la puerta, pero la puerta no cede y Jacinto se lastima el hombro, rezonga, se denuesta, clava los pies en el suelo, arquea su cuerpo como un arbotante y presiona la puerta con las manos, poniendo el alma en el empeño, mas la puerta se mantiene incólume, no se mueve ni un milímetro, mientras el zurrido del motor aumenta de volumen, acrece hasta ensordecerle (a Jacinto), cruza como una exhalación a pocos metros del tejado, ruuuuuuuuuum, vibran ruidosamente los cristales y las lajas de pizarra, brrrrrrrrn, y, luego, decrece, se afila, se diluye hasta casi perderse en la distancia. Tras unos segundos de paralización, Jacinto se planta en cuatro trancos junto a la ventana de la cocina, levanta el cristal, se sube al poyete y empuja los postigos hacia fuera. La maleza los sujeta (a los postigos) mas permite un leve movimiento de vaivén, no están agarrotados, y como Jacinto vuelve a escuchar, aunque lejanamente, el petardeo del motor, se impacienta, oprime con las manos y las rodillas inútilmente, se vuelve y da unos empellones con las nalgas, pierde el equilibrio y se cae por dos veces del poyo al suelo (de pie), torna a encaramarse al poyo y, al fin, crujen

algunas ramas y se abre una ranura que, aunque no permite el paso de su cuerpo (el de Jacinto), sí le brinda una perspectiva vegetal abrumadora: las guías del seto alcanzan alturas de cuatro metros y la maleza cubre totalmente el pozo, el cuchitril del motorcito y el cuchitril de los aperos. Jacinto continúa empujando los postigos y ante su resistencia (la de los postigos) se desespera y dice varias veces «me cago en la mar», y a cada «me cago en la mar» los postigos ceden unos milímetros, mas cuando el avión, zumbando y silbando, pasa por segunda vez en vuelo raso sobre el tejado, ruuuuuuuuum, a pocos metros, Jacinto se descorazona, «No va a volver», se dice, y se apea del poyete y, a hachazos, desmonta la cama donde duerme, coge un larguero, lo introduce por un extremo entre los postigos y apalanca por el otro con toda su alma. El seto se aplasta, el postigo derecho se astilla y Jacinto da gritos de júbilo. La maraña dificulta sus movimientos pero, al propio tiempo, los camales y horquetas facilitan su ascensión hacia el alero y, una vez allí, se sujeta a éste (el alero), se dobla por el vientre, y se encarama al tejado, invadido por los álabes, las rosetas foliares y los estolones que le permiten corretear por él (por el tejado) sin temor a resbalarse. La luz del sol le ciega al principio (a Jacinto), le invade una extraña sensación, como si fuera un feto alumbrado después de cuarenta y cuatro años en el seno materno, cierra los ojos y aguarda. El ronquido del motor, ruuuuuuum, se aleja ahora y él (Jacinto) abre los ojos, y aunque las guías del seto sobrepasan la cabaña, divisa, desde el ángulo del tejado, el tamojal de robles (en buena parte con hoja nueva), los farallones, con sus concavidades negro-amarillentas, el rectángulo de tierra roja subsolada y los dujos superiores del colmenar. La mancha del seto se extiende diabólicamente en torno a la cabaña como una selva virgen. El sol está en la vertical y Jacinto hace visera con la mano para otear el horizonte hacia donde oye (o cree oír), muy remoto, el ronquido del motor, rum-ruuuuum-rum, fuerza la vista entornando los párpados y, bajo un pequeño cúmulo, atisba una manchita negra que emite destellos, y sin poderse contener, con la misma unción que si se dirigiera a alguien más angustiado que él, grita: «¡Allí está!», y brinca sobre las pizarras como un niño. Mas, enseguida, experimenta el recelo de que el avión no vuelva, de que haya sobrevolado la cabaña sin verla, y aun cabe la posibilidad (piensa Jacinto) de que, si vuelve, el piloto no le distinga a él (Jacinto) entre el mohedal. Con ese automatismo para la acción que ha adquirido en los últimos días, Jacinto no vacila, se coloca a horcajadas sobre el alero y se descuelga, buscando a tientas, con los pies, horquillas y nudos donde apoyarse, entra en la choza, se ata una sábana a la cintura y retorna al tejado por el mismo camino. El ronroneo del avión, rum-ruuuuuumrum, es claramente perceptible ahora, llega en ondas concéntricas, agudas y

graves, produciendo una leve conmoción vibratoria. Jacinto lo ve, muy distante, a mano izquierda del cúmulo, como un mosquito vertiginoso. Parece una avioneta deportiva biplaza y algo en la carlinga reverbera los rayos del sol en un centelleo intermitente como el centelleo de un heliógrafo. Sujeta la sábana por dos de sus puntas (Jacinto) y la flamea (la sábana), la agita arriba y abajo nerviosamente, mientras sus ojos reblandecidos (los de Jacinto) se humedecen de lágrimas.

La avioneta vuela alto ahora, sin intención (a simple vista) de cambiar de rumbo, monótonamente, y aunque las ondas concéntricas de su zumbido le envuelven decididamente a Jacinto, éste (Jacinto) recela y agita la sábana con mayor presteza, al tiempo que chilla «¡Aquí; estoy aquí!», pero la avioneta prosigue su rumbo imperturbable sobre la cabecera de la vaguada, hacia el norte, y cuando apenas es algo más que el escorzo de un cínife, vira bruscamente a babor y pica profundamente y Jacinto flamea la sábana como un poseso y chilla «¡Aquí, aquí, estoy aquí!» y la avioneta le aproa y desciende aún más, va aumentando de tamaño y ahora es su hélice la que destella, pero Jacinto ya no ve nada (se lo impiden las lágrimas) y así que oye el ¡ruuuuuuuuum! atronador encima de su cabeza, se arranca en sollozos y sigue agitando la sábana formulariamente y se dice: «Me han descubierto; estoy salvado», se dice (Jacinto), y se limpia los ojos y ve que el aparato se aleja de nuevo y, aunque tiene la seguridad de que ha sobrevolado (la avioneta) la cabaña a menos de veinte metros, empieza a roerle la incertidumbre, trepa por la chimenea y se planta allí de pie (en esta posición distingue las tres filas de dujos, y las ruinas del molino con las dos muelas abandonadas, y el extenso campo de grama, como un oasis, en el robledal), la sábana en las manos, y torna a flamearla (la sábana) y, nuevamente, la avioneta vira a babor, entra en picado, rumbea, le aproa (a él, Jacinto), se aproxima vertiginosamente, crece por segundos (como una libélula papavientos que se hinchara con el aire) apuntando a su cabeza, con un ruido atronador, ruá-ruá-ruaaaaaaá-ruaaaaaaá, en una pasada suicida tan ceñida que Jacinto suelta la sábana y apenas tiene tiempo de arrojarse de bruces sobre el tejado para evitar que le decapite. Ha sido una costalada dolorosa, pero Jacinto sonríe y se dice «Caray, a poco me coge», pero sonríe, y sentado como está (su emoción es tan fuerte que las piernas no le sostienen) saca el pañuelo del bolsillo y lo agita.

La avioneta pasa otras cuatro veces rozando el tejado, tan baja que, cada vez que la ve venir, Jacinto, se tumba cuan largo es contra el tejado, buscando protección en la chimenea. En la primera (de las cuatro últimas pasadas), Jacinto avista las dos cabezas de los tripulantes en la carlinga y, en la tercera, pese a las gafas y al casco de

cuero, identifica a Darío Esteban en el tripulante del asiento posterior y, así que el aeroplano vuela sobre él (sobre Jacinto) en la última y definitiva pasada, no hace ademán de mover un dedo y, por contra, Darío Esteban le sonríe enfocándole los prismáticos, levanta su mano derecha con el gran anillo pastoral y le dice adiós, en tanto Jacinto, desmoronado, se arrodilla sobre las lajas de pizarra, forma bocina (en torno a sus labios) con las dos manos y vocea con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por favor, Darío Esteban, ábrame!

Después se siente atribulado y vacío (Jacinto). Ve alejarse la avioneta, abandona la sábana y el pañuelo en el tejado y se desliza del alero a la ventana, cierra ésta (solamente el cristal porque uno de los postigos está destrozado, y trabado por los serpollos el otro) y aunque no se dice nada piensa «Todo está perdido», eso piensa (Jacinto), y ante el espejo del servicio (caballeros) se pregunta tontamente si lo suyo (su situación) es un homicidio, un suicidio o un asesinato vegetal (su imaginación, en el último trance, se desboca en un delirio febril). «Don Abdón me dio la semilla, Darío Esteban me ordenó sembrarla y yo la regué; ahora el seto me estrangula. Ningún juez hallará responsabilidades», se dice. Da vueltas y vueltas a la medalla mientras trata de encontrar, intuitivamente, entre vaporosidades y nieblas, una figura jurídicopenal a la que ajustar su caso. Es su postrer consuelo. Va aproximándose al espejo (Jacinto) y observa de cerca sus ojos estupidizados (todo pupilas), su frente oblicua y cerril, las orejas como soplillos (llenas de vello), la nariz prominente, ennegrecida en la punta, formando cuerpo con la línea escueta y absurdamente risueña de la boca que se abre debajo. Inopinadamente descarga el puño sobre el cristal, que se quiebra en mil pedazos:

—¡Te han suicidado, jacinto! —chilla.

Repentinamente le invade (a jacinto) un plácido sosiego, una dulce conformidad. Al regresar al dormitorio ve las estalactitas y estalagmitas vegetales, las hojas enterizas, las fláccidas flores amarillas del seto, pero no le angustian ya; jacinto ha prescindido del pasado y del futuro y no ve sino el presente inmediato, y el presente inmediato no le desagrada: en la choza no hace frío ni calor, no huele mal, hay un jergón confortable y provisiones suficientes. Sin embargo, jacinto experimenta un invencible deseo de encorvarse, de echarse al suelo y piensa fugazmente (y con absoluta serenidad) que tal vez es la llamada de la tierra. Finalmente se agacha, pone sus manos y sus rodillas sobre las baldosas y camina hacia delante con asombrosa agilidad. Y le place andar así, a cuatro patas, y mira engolosinado las tentadoras hojas verdes que se descuelgan del techo o se adentran por las grietas de los muros y las juntas de las ventanas. Se aproxima (jacinto) a las más bajas (las hojas), abre la boca, las siega con sus

incisivos herbívoros, y las engulle en un santiamén. Su consistencia (la de las hojas) es un poco áspera, mas al triturarlas desprenden un zumo levemente agrio que a jacinto le resulta agradable y tonificante. Vuelve a morder y a comer, sin prisas, y, luego, repite y repite, hasta que en el living no resta una sola hoja y jacinto se tumba de costado, pero el jersey azul le tira de sisa y los pantalones negros le molestan en las ingles y, en vista de ello, y en vista de que está solo, y en vista de que nadie puede venir a importunarle, se los quita (jersey y pantalones) y se quita también la camisa, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines y los zapatos y queda desnudo sin otro aditamento que la medallita al cuello. Observa (jacinto), un poco sorprendido pero sin perplejidad, las densas vedijas que le cuelgan del pecho y del vientre y aun de la parte superior de los muslos. También se mira sus partes, bien preservadas y notoriamente disminuidas. Pero todo ello lo ve desde fuera, como si fuese otro; no lo analiza, no le interesa (a jacinto). Siente picores en la barriga y, contrariamente a sus hábitos usuales, se rasca insistentemente con el pie, ras-ras-ras, cuyo tamaño (el del pie) es ridículamente pequeño pero fuerte y resistente. Después, levanta la cabeza y ve la rama pendiente sobre el jergón, tentadoramente revestida y, a cuatro patas como está, brinca sobre el colchón y en unos segundos la deshoja (la rama), a mordiscos menudos pero calculados. Al concluir, jacinto, deliberadamente, en lugar de bajar del jergón, según humana costumbre, poniendo primero un pie en el suelo y luego el otro, se arroja de costado como una pelota, pero el vello que recubre su cuerpo es tan tupido que a jacinto se le hace que el pavimento muellea, le rebota (a él) y, entonces, vuelve al colchón y repite la caída y ríe (jacinto), más bien gorjea, y el juego le divierte tanto que durante una hora no hace otra cosa que darse de costaladas contra las baldosas sólo por gozar de la gustosa sensación almohadillada de los golpes. Transcurrida la hora, jacinto siente fatiga y se tumba. Pero, cosa curiosa, no busca el jergón para hacerlo (jacinto), como era en él tradicional, sino que se aloja en el rincón más oscuro de la cabaña, junto a la puerta (después de restregarse contra ella), y no se echa sobre el costado izquierdo, las piernas encogidas y las manos en el pecho como venía haciendo desde niño, sino que se acuesta boca abajo, los brazos hacia delante y las piernas recogidas bajo el vientre. Y aunque los crujidos, creep-creep, y los golpes, top-top, de las tarimas y de los yesones desprendidos son cada vez más frecuentes, jacinto no se inmuta, ramonea con desgana los tallos tiernos que van brotando entre los mosaicos, en las inmediaciones, o se entretiene viendo pendulear la medalla de oro de su cuello. Haga lo que haga, le place tener la cabeza gacha (a jacinto), humillada, postura que le facilita una perspectiva especial, no precisamente aérea, sino todo lo contrario, de abajo arriba, rastrera,

para designarla con un nombre concreto, de tal manera que todo lo poco que le rodea (a jacinto), cama, chimenea, lámparas, esqueleto metálico de la librería, ventanas, etcétera, todo, se le hace más excelso y eminente que él mismo.

A ratos, jacinto se levanta y vuelve a tumbarse (de golpe, para recrearse en sus caídas acolchadas), siempre en los rincones más oscuros, y, en ocasiones, se adormece, queda traspuesto y entonces le asaltan sueños muy rápidos y variados, con frecuencia ingratos, como cuando sueña que Gen corre tras él pidiendo agua, guá-guá-guá, a voces y mordiéndole el trasero y, otras veces, sumamente placenteros, como cuando se ve perdido en el inmenso campo de remolachas y alfalfas que rodea su ciudad, sin que nadie le impida comer lo que quiera. Tan pronto despierta de uno de estos sueños (particularmente de los agradables), jacinto siente hambre y como los tallos que apuntan por las hendiduras son apetitosos y tiernos, él (jacinto) puede saciarla (su hambre) sin necesidad de moverse del sitio. Y así que concluye de comer, vuelve a dormir; y así que concluye de dormir (de descabezar una siesta), vuelve a comer (jacinto). Y si entre comida y sueño le aprieta una urgencia, jacinto no se toma la molestia de acudir al servicio (caballeros), sino que comprime los músculos del vientre allí donde se halle y los escíbalos caprinos ruedan por el suelo sin ruido ni mal olor.

En tanto, la presión del seto ha hecho saltar las contraventanas del living. El estampido ha sido seco y violento, ¡blooooom!, como un cañonazo, tanto que ha despertado a jacinto, que dormía con la cabeza incrustada en los vellones del pecho, pero (jacinto) se ha limitado a levantar la cabeza (cuya frente se hace por momentos más oblicua y angosta), observa con ojos mustios la ventana donde el seto ha irrumpido y, seguidamente, vuelve a ocultar la cabeza entre las vedijas del pecho como si nada de cuanto acontece en derredor le afectase a él (jacinto) directamente. De esta manera, llega un momento en que las hojas, los zarcillos, los serpollos y las flores del seto (más apagadas de tono que las que crecen fuera) rodean a jacinto y éste (jacinto) no precisa incorporarse para comer, así es que come y duerme, duerme y come (que es lo único que por el momento le apetece hacer) sin cambiar de postura, simplemente moviendo la cabeza de un lado a otro; pero acaece una contrariedad: cuando, al cabo de unas horas, jacinto pretende levantarse para estirar las piernas, advierte con sorpresa indiferente que tiene amarrados los dos tobillos por la trepadora y, al advertirlo, su indolencia es tal que, en lugar de ramonear los tallos que le sujetan para liberar sus pies, torna a acostarse tranquilamente y cierra los ojos.

El pinchazo le galvaniza (a jacinto), le hace revolverse sin ningún afán de revancha, y pretende ponerse en pie, pero la voz grave,

conciliadora, de Darío Esteban a su lado, le aplaca:

—Quieto, jacintosanjosé, es un momento —le dice poniéndole blandamente la mano del anillo sobre los vellones—. Todo irá bien, no se preocupe.

Jacinto abre los ojos. Está tumbado (jacinto) en una mesa de campaña niquelada, junto al larguero derecho los dos doctores (el que adquirió la cabeza de Gen y su compañero más joven) y, al otro lado de la mesa, Darío Esteban. Más allá, en la ladera, Serafín pasea al sol con un cigarrillo en la mano entre el coche color guinda y la máquina acuchilladora pintada de rojo, con un nombre extranjero bajo el motor. Sobre otra mesa más chica, también niquelada, los doctores han improvisado un botiquín de urgencia: instrumental plateado, rollos de algodón, gasas, frascos, jeringas y un montón de medicamentos. Jacinto se deja hacer dócilmente. El doctor de más edad le busca ahora el corazón entre las vedijas, en tanto el de menos edad le fuerza a abrir el ojo derecho. Después le miran la boca, sujetando la lengua con una paleta de madera, le enrollan una goma en un brazo y le flexionan repetidamente las dos piernas, que ahora se articulan en sentido inverso al habitual. Darío Esteban, que observa el reconocimiento con ojos profesionales, repite suavemente:

—Quieto, jacintosanjosé, no se mueva. Es un reconocimiento formulario; enseguida terminarán. Afortunadamente hemos llegado a tiempo. ¿Quién iba a imaginar en el híbrido americano esta capacidad de desarrollo?

Jacinto trata de responder, pero nota como si le hubieran incrustado dos removibles en la boca, uno arriba y otro abajo, de manera que ni la conformación de la lengua ni la del paladar son aptas para pronunciar palabras y, en vista de ello, desiste. Los doctores le abren las piernas ahora y le tocan en sus partes, pero jacinto no siente el menor pudor, se deja hacer y el doctor de más edad se vuelve hacia Darío Esteban con una mueca admirativa y le dice:

—¡Caramba! Es un espléndido semental para ovejas de vientre —dice. Luego propina a jacinto una palmada amistosa en el trasero, y añade—: ¡Listo!

Jacinto salta de la mesa al suelo a cuatro patas, corre sin sorprenderse por el ancho pasillo que divide el seto como un cortafuegos y sale a la luz. En el camino está detenido el coche color guinda, y poco más lejos, entre los tomillos y las gallogas, la cuchilladora pintada de rojo con el nombre extranjero bajo el motor. Al pie, Serafín fumando. Cruza junto a él (junto a Serafín) jacinto, sin saludarle. Jacinto ya ha olvidado el reconocimiento médico. Únicamente advierte el sol sobre él, la brisa serrana, el perfume del tomillo y del romero, una grata sensación al pisar las alfombras de galloga, los silbidos de los pájaros, tiit-chip-piú-piú, y el murmullo del

riachuelo al rozar las salcinas, chuap-chuac, los objetos en torno (molino derruido, colmenar, matos, robles) sin objeto. Pero nada de todo ello le deja huella, le despierta un anhelo o le estimula. Simplemente le imbuye la idea de que está vivo; de que es. De pronto atisba en la vertiente opuesta el oasis de grama y, sin reflexionar, echa a correr ladera abajo. Según corre, oye un tintineo próximo, tin-tin-tin, y se detiene para verificar su procedencia, ante la sospecha de que le siguen, y, al comprobar que no (que no le siguen), continúa triscando, cada vez más impaciente, y, a medida que corre, se da cuenta de que lo que pende de su cuello no es una medalla sino una esquila y que no la sujeta (a la esquila) una cadena sino un rígido collar de cuero, y a cada brinco, entre los cavones y los guijos, vibra el armonioso tintineo (el de la esquila), tin-tin-tin, y este acompañamiento musical le anima y le serena, y jacinto se siente feliz de saber provocar aquel sonido, y acuciado por él (y por el oasis de grama) brinca ágilmente sobre las aguas del riachuelo (tomando impulso con las piernas y aferrándose a la orilla opuesta con las manos, que se le han achicado y endurecido como dos muñones callosos) y advierte ahora que, trepando ladera arriba, por entre matos de roble, espinos y riscos, tampoco se fatiga, ni resbala, ni se daña las extremidades desnudas, sino que es su medio, y así que accede al islote de grama, se detiene, baja la cabeza al suelo, pero súbitamente recuerda a Darío Esteban y aunque babea (porque la boca se le hace agua) se reprime, trepa a un peñasco inmediato y desde lo alto le divisa (a Darío Esteban) en la ladera opuesta, agrupado con los doctores junto al coche color guinda, delante de Serafín y de la acuchilladora roja, y quiere gritarle: «¡Eh! ¡Estoy aquí, Darío Esteban, no se preocupe, bajo enseguida!», quiere gritarle, y trata de adaptar la lengua a esta pretensión y abre la boca (jacinto), pero sólo grita:

—¡Beeeeeeeeeé!

Y la vaguada repite al instante:

—¡Beeeeeeeeeé!

El príncipe destronado

1973

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Los escritores, como los niños, nos entretenemos con muchas cosas. Un día, les pregunté a dos amigos escritores que a qué edad les parecía a ellos que un ser humano podía ser protagonista de una novela. El primero fue rápido en contestar: «Desde que nace —dijo—. Un niño recién nacido ya puede ser protagonista. No se necesita más que nacer». El segundo, empero, se mostró más cauto: «Un recién nacido es un bulto —dijo—. No está en condiciones de ser nada, prácticamente no existe». Luego mis dos contertulios parecieron ponerse de acuerdo y me preguntaron a dúo qué pensaba yo sobre el particular. Fui sincero y les respondí que había meditado sobre ello y había llegado a la conclusión de que un ser humano podía centrar un relato una vez supiera expresar de alguna manera sus sentimientos. (No sólo con su actitud, sino con sus palabras, aunque fueran pocas.) Hablando en plata, un niño de tres años podría ser personaje central de un libro. Se echaron a reír pero yo, que me había criado entre niños y era padre de siete e incluso abuelo, les hice ver que un niño de tres años no sólo se enfada, ríe y llora, sino que además dispone ya de un código expresivo según el cual no sólo le vemos vivir sino disfrutar o lamentarse. «A mí —me dijo el segundo de mis interlocutores—, lo único que se me ocurriría hacer con una novela protagonizada por un niño de esa edad sería tirarla al cesto de los papeles.» Nos enredamos en una discusión tonta que en algún momento llegó a ser apasionada. Aproveché la circunstancia para decir a mis amigos que si la sola idea de que un niño de tres años soportara el peso de un relato ya les acaloraba, imaginaran lo que ese niño podía ser para nosotros haciéndole vivir una nimia aventura. Pasamos la tarde hablando del tema. A ratos hasta hablando a voces. El desacuerdo era evidente, y yo, aunque no se lo dije entonces, me propuse escribir ese mismo libro que sugería como única vía para convencerlos.

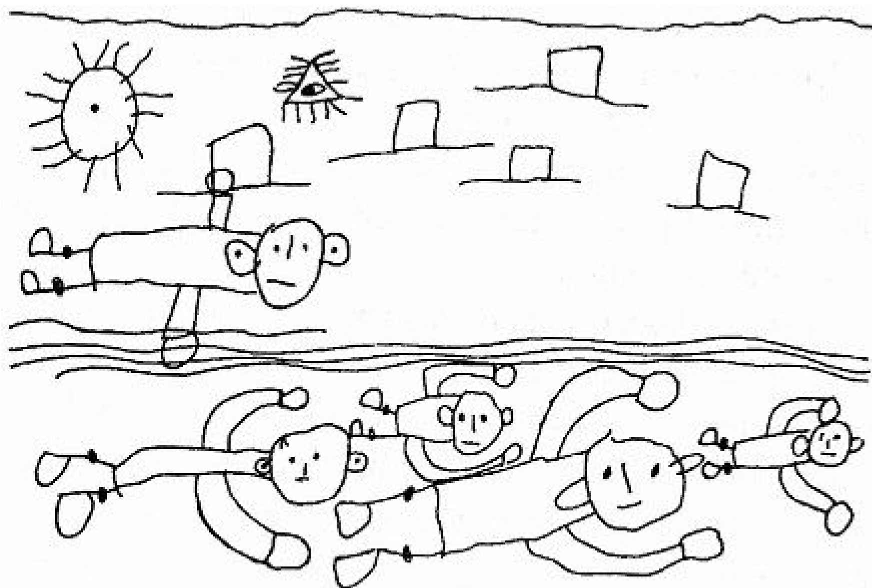
Así nació El príncipe destronado. *Se trataba, pues, de un desafío, un reto de amor propio sobre un problema de forma y no de fondo. Creé a Quico, de tres años, y le hice vivir una situación conflictiva en el seno familiar, en la que verdaderamente llegamos a interesarnos. La novela salió bien, se vendieron enseguida varias ediciones, y la película sobre ella —muy afortunada— de Antonio Mercero, estuvo varios años en cartel. Fue un éxito. Las mamás llevaban a sus hijos a verla, pero ellas mismas vivían la peripecia con ardor. Yo había ganado la apuesta, aunque mis amigos no lo reconocieran. «Lo que interesa a los adultos de esa novela es el distanciamiento ideológico entre Papá y Mamá —me dijeron—, y la*

actitud cainita del primero, no el niño ni la parte que juega en el conflicto.»

La polémica continuó y aún sigue viva. Aunque los lectores y espectadores del relato y de la película eran muchos, y volvían al cine una y otra vez, mis colegas no se mostraron dispuestos a entrar en razón. Yo, por mi parte, había quedado satisfecho y les hablaba desde mi posición de privilegio. Aquí está el relato en cuestión, que venía a responder a nuestra disputa en un café de Valladolid, una tarde en que, por lo visto, teníamos poco que hacer.

M. D.
Abril de 2008

Martes, 3 de diciembre de 1963



Las diez

Entreabrió los ojos y, al instante, percibió el resplandor que se filtraba por la rendija del cuarterón mal ajustado de la ventana. Contra la luz se dibujaba la lámpara de sube y baja, de amplias alas —el Ángel de la Guarda—, la butaca tapizada de plástico rameado y las escalerillas metálicas de la librería de sus hermanos mayores. La luz, al resbalar sobre los lomos de los libros, arrancaba vivos destellos rojos, azules, verdes y amarillos. Era un hermoso muestrario y en vacaciones, cuando se despertaba a la misma hora de sus hermanos, Pablo le decía: «Mira, Quico, el Arco Iris». Y él respondía, encandilado: «Sí, el Arco Iris; es bonito, ¿verdad?».

A sus oídos llegaba ahora el zumbido de la aspiradora sacando lustre a las habitaciones entarimadas, y el piar desaforado de un gorrión desde el poyete de la ventana. Giró la cabeza rubia sin levantar la nuca de la almohada y, en la penumbra, divisó la cama, ordenadamente vacía, de Pablo y, a la izquierda, el lecho vacío, las ropas revueltas, el pijama hecho un gurruño, al pie, de su hermano

Marcos, el segundo. «No es domingo», se dijo con tenue voz adormilada, y estiró los brazos y entreabrió los dedos de la mano contra el haz de luz y los contrajo y los estiró varias veces y sonrió y canturreó maquinalmente: «Están riquitas por dentro, están bonitas por fuera». De repente, cesó el ruido de la aspiradora allá lejos y, de repente, se impacientó y voceó:

—¡Ya me he despertaooooo!

Su vocecita se trascoló por los resquicios de la puerta, recorrió el largo pasillo, dobló a la izquierda, se adentró por la puerta entreabierta de la cocina y Mamá, que enchufaba la lavadora en ese instante, enderezó la cabeza y dijo:

—Me parece que llama el niño.

La Vítora entró en la habitación en penumbra como un torbellino y abrió los cuarterones de las ventanas.

—A ver quién es —dijo— ese niño que chilla de esa manera.

Pero Quico se había cubierto cabeza y todo con las sábanas y aguardaba acurrucado, sonriente, la sorpresa de la Vítora. Y la Vítora dijo mirando a la cuna:

—Pues el niño no está, ¿quién lo habrá robado?

Y él aguardó a que diera varias vueltas por la habitación y a que dijera varias veces: «Dios, Dios, ¿dónde andará ese crío?», para descubrirse, y entonces la Vítora se vino a él, como asombrada, y le dijo:

—Malo, ¿dónde estabas?

Y le besaba a lo loco y él sonreía vivamente, más con los ojos que con los labios, y dijo:

—Vito, ¿quién te creías que me había robado?

—El hombre del saco —respondió ella.

Y echó las ropas hacia atrás y tanteó las sábanas y exclamó:

—¿Es posible?, ¿no te has meado en la cama?

—No, Vito.

—Pero nada, nada.

El niño se pasó las manos, una detrás de la otra, por el pijama:

—Toca —dijo—. Ni gota.

Ella le envolvió en la bata, de forma que sólo asomaban por debajo los pies descalzos, y le tomó en brazos.

—Espera, Vito —dijo el niño—. Déjame coger eso.

—¿Cuál?

—Eso.

Alargó la pequeña mano hasta la estantería de los libros y cogió un tubo estrujado de pasta dentífrica y accionó torpemente el tapón rojo a rosca y dijo, mostrando los dos paletos en un atisbo de sonrisa:

—Es un camión.

La Vítora entró en la cocina con él a cuestas.

—Señora —dijo—, el Quico ya es un mozo; no se ha meado la cama.

—¿Es verdad eso? —dijo Mamá.

Quico sonreía, el largo flequillo rubio medio cubriéndole los ojos, erguido y desafiante, se desembarazó con desmanotados movimientos de la bata que le envolvía y dijo tras pasarse insistentemente las manos por el pijama:

—Toca; ni gota.

La Vítora lo sentó en la silla blanca y abrió el grifo del baño blanco y la lavadora mecánica zumbaba a su lado y el niño, mientras el agua caía, enroscaba y desenroscaba el tapón rojo del tubo con atención concentrada, mientras intuía los suaves movimientos de la bata de flores rosas y verdes, y, de pronto, la bata se aproximó hasta él y sintió un beso húmedo, aplastado, en las mejillas y oyó la voz de Mamá:

—¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es ésa?

Quico levantó de golpe la cabeza.

—No es porquería —dijo—. Es un camión.

La Vítora lo izó en el aire mientras Mamá le desprendía de los pantalones y, al contacto con el agua, el niño encogió los dedos del pie y le dijo la Vítora:

—¿Quema?

Y él:

—Sí, quema, Vito.

La misma Vítora, con el codo, soltó el grifo frío y, al cabo, lo dejó en la bañera y él se miró desnudo y rió al divisar el diminuto apéndice.

—Mira, el pito —dijo.

—Ahí no se toca, ¿oyes?

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.

—¿Qué tonterías dice ese niño? —dijo Mamá.

Quico deslizaba el tubo sobre la superficie del agua y hacía «booon-boooon», y dijo:

—Es un barco.

Dijo la Vítora:

—¡Qué sé yo! Ahora le ha dado por eso, ya ve.

—Alguien se lo enseñará —dijo Mamá reticente, mientras ponía en la lavadora el pijama del pequeño.

La Vítora se sofocó toda:

—Ande, lo que es una… Digo yo que será al rezar. La criatura oye lo

del Espíritu Santo y ya ve, ni distingue.

Colocó al niño de pie y le enjabonó las piernas y el trasero. Luego le dijo:

—Siéntate. Si no lloras al lavarte la cara, te bajo conmigo a por la leche donde el señor Avelino.

El niño apretó fuertemente los labios y los párpados, en tanto la Vítora le restregaba la cara con la esponja. Resistió varios segundos sin respirar y, al cabo, chilló:

—¡Ya basta, Vito!

La Vítora tomó al niño por las axilas, lo envolvió en una gran toalla fresa y pasó con él a la cocina y, entonces, la Loren, la de doña Paulina, la divisó desde el descansillo del montacargas a través de la puerta encristalada y le hizo señas y le gritó:

—¡Quico, dormilón! ¿Ahora te levantas?

La Vítora le frotaba con la toalla y le dijo por lo bajo: «Dila, buenos días, Loren». Y el niño, bajo la toalla fresa, voceó:

—Buenos días, Loren.

Y dijo la Loren:

—Buenos días, hijo. ¿Sabes que se murió el gato? ¡Mira!

Levantó en el aire un pingajo negro y el niño lo distinguió, como preso, a través del enrejado del montacargas y dijo:

—¿Por qué se ha muerto, Loren?

La Loren le respondía con una voz aguda y chillona que franqueaba los cristales como un rayo de sol:

—¿Sabes tú por qué pasan esas cosas? Le llegó su hora y nada más.

El niño no soltaba el tubo de la mano. Dijo a la Vítora a media voz:

—¿Qué dice la Loren?

La Vítora no le hizo caso. Le dijo a la Loren:

—Buena estará tu señora.

—Calcula.

La Loren arrojó el cadáver del gato al cubo de desperdicios.

—¿No le entierras, Loren? —chilló Quico.

—¿También quieres que enterremos esa basura?

—Claro —dijo el niño.

Mamá entraba y salía de la cocina. El niño estiró el bracito con el tubo de dentífrico en la mano y se lamentó:

—¿Ves? Me se ha mojado el cañón. Sécamele.

La Vítora le pasó la toalla dos veces. Le dijo:

—¿No era un camión?

—No —dijo Quico, destapándolo y mostrando la boca del tubo—, es un cañón, ¿no lo ves?

—¿Y para qué demontres quieres tú un cañón?

—Para ir a la guerra de Papá —dijo.

Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—Este niño se ha constipado.

Salió después y el vuelo de la bata de flores rojas y verdes dejó flotando en el aire como una estela confortadora. La Vítora le dijo al niño, mientras le ponía la elástica:

—Si toses, llamamos al Longinos.

—¡No!

—¿No quieres que venga el Longinos?

—¡No!

—Pues a mí me pinchó una vez y no me hizo daño, ve ahí.

Le embutió en una blusita azulona y le puso encima un jersey rojo vivo. Después le puso un pantalón de pana blanda. Quico frunció levemente el ceño y permanecía inmóvil, como pensativo. Dijo finalmente:

—Yo no quiero que venga Longinos.

—Pues no tosas.

Quico protestó:

—Yo no sé cuándo toso.

La Vítora concluyó de vestirlo y lo dejó en el suelo, dobló la toalla fresa y la depositó sobre el respaldo de la silla blanca, pasó al baño y tiró del tapón para que desaguara. Miró al niño, desamparado, y le dijo:

—El Longinos es bueno. Viene cuando estás malo y te pincha para que te pongas bueno.

Hablaba alto para dominar el zumbido de la lavadora eléctrica. El niño levantó la cabeza para ampliar las perspectivas de los bajos de la bata listada de azul de la Vítora.

—¿Y dónde te pincha, Vito? —dijo—. ¿En el culo?

—Anda, a ver. Pero no digas eso; es pecado.

—¿Culo es pecado?

—Eso; y si lo dices te llevan los demonios al infierno.

El niño enroscaba y desenroscaba maquinalmente el tubo estrujado de dentífrico. Sus ojos azules parecían ausentes. Dijo:

—Juan dice que los demonios tienen alas, Vito. ¿Es verdad que los demonios tienen alas?

—A ver.

—¿Como los ángeles?

—A ver.

—¿Y se llevarán al Moro al infierno?

La Vítora lo consideró con una suerte de lejana compasión. Dijo como para sí: «Qué cosas tiene esta criatura». Y alzó la voz para

decirle:

—Los gatos no van al cielo ni al infierno, para que lo sepas.

—Pero si es negro —dijo el niño, obstinadamente.

—Aunque sea negro. Los gatos van a la basura y sanseacabó.

Quico se arrodilló de improviso en las baldosas rojas, incrustadas de pequeños baldosines blancos, y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo «buuuuuuum» y, de vez en cuando, «piii-piii», hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó aquél en el suelo, tomó el botón, lo examinó detenidamente por los dos lados, sonrió y se dijo: «Un disco; es un disco». Y, torpemente, lo introdujo en el bolso de su pantaloncillo de pana; tomó después el tubo de dentífrico y lo guardó también. De repente se puso en pie y agarró el vuelo de la bata listada de azul:

—Vamos a por la leche, Vito.

—Aguarda.

—Dijiste que si no lloraba, me bajabas.

—¡Huy, madre, qué chico este!

Atravesó el breve pasillo que la separaba del cuarto de plancha y regresó con un abrigo a cuadros y una bufanda y una caperuza rojos y se los colocó al niño rápidamente, sin que la notoria gafedad de sus manos dificultase sus movimientos.

—Anda, vamos —dijo.

—¿En zapatillas? —advirtió el niño.

Ella tomó la cesta:

—Mira, como vamos tan lejos.

El niño bajaba la escalera primero con el pie izquierdo y, seguidamente, juntaba el izquierdo con el derecho en el mismo escalón, pero lo hacía rápido, casi automáticamente, a fin de no retrasar el apresurado descenso de la Vítora. La tienda estaba tres casas más allá y el niño, de la mano de la chica, recorrió la distancia, restregando su dedo anular por la línea de edificios. En la tienda olía a chocolate, a jabón y a la tierra de las patatas. Avelino distribuía el género en rejillas de aluminio y Quico recorrió con los ojos los casilleros coloreados con alcachofas, zanahorias, cebollas, patatas, lechugas y, por encima, los paquetes sugestivos de chocolates, galletas, cubanitos, macarrones y, más arriba aún, las botellas de vino negro y las de vino rojo y las de vino blanco y, a mano derecha, los tarros con los caramelos. El señor Avelino divisó su caperuza roja por encima del mostrador:

—Mucho has madrugado tú hoy, ¿eh, Quico?

—Sí —dijo el niño.

La señora Delia salió de la rebotica y, al verlo, dijo:

—¿Qué dice el mozo? Mucho has madrugado.

Pero Quico, encuclillado, se metía entre las piernas de la parroquia, y bajo el mostrador, y bajo los tarros de caramelos, y no oía a nadie. Absorto buscaba las chapas de las botellas de Coca-Cola y de Pepsi-Cola y de Kas y las iba guardando en el bolsillo del pantalón, junto al botón negro y el tubo de dentífrico, y la Vítora le dijo al señor Avelino:

—¿Dónde anda el Santines?

El señor Avelino echó una mirada fugaz al reloj enmarcado de azul pálido. Dijo:

—No creo que tarde, ya hace rato que salió.

La Vítora se impacientó:

—Tengo mucha tela que cortar; déme la leche y luego el Santines que me suba esto. —Le tendió un papel al señor Avelino.

En el extremo del mostrador, una muchachita con abrigo marrón levantó una vocecita destemplada:

—¡Qué frescura! —dijo—. Todas tenemos tela que cortar, señor Avelino. Y llevo aquí de plantón más de un cuarto de hora, para que se entere. Y si cada una que llega se salta la vez...

La Vítora se volvió a ella, desencajada:

—¿Y para qué quieres la boca, hija?

Quico apareció por entre las piernas de la parroquia, mirando atemorizado a la Vítora que voceaba. El señor Avelino dijo:

—Calma, hay para todas. —Guiñó un ojo a la Vítora—: Cómo se nota que te han dejado viudita, ¿eh?

La Vítora sonrió tristemente.

—Mañana —dijo—. No me lo recuerde, señor Avelino, no sea usted malo.

El Quico ya estaba junto a ella. Dijo tomando la mano de la Vítora y bajando la voz:

—Es malo el señor Avelino, ¿verdad, Vito?

—¡Calla tú la boca!

El señor Avelino se dirigió a los tarros de caramelos y le alargó uno a Quico:

—Toma, pequeño, un chupa-chups.

La Vítora llevaba en la cesta las botellas de leche y le dijo al señor Avelino desde la puerta:

—A ver si aviva el Santines.

—Descuida.

Quico miraba ahora el redondo caramelo amarillo y lo hacía girar y girar por el palito incrustado, y cuando le tomaron por la barbilla y le obligaron a levantar la cabeza experimentó una viva irritación contra el mundo. La Señora le sonreía desde su altura, entre las pieles,

dulcemente, estúpidamente, y, al cabo, le dijo a la Vito:

—¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

—Sí, señorita, pero es nene.

La Señora acentuó su sonrisa:

—Claro —dijo—, a esta edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos...

Quico se había puesto serio, casi furioso:

—Soy un machote —dijo.

Ella rió, ya en alta voz, divertida:

—¿Así que eres un machote? —preguntó.

A Quico le dolía la nuca y la estatura de ella y su condescendencia, y experimentó uno de sus súbitos arrebatos. Chilló:

—¡Mierda, cagao, culo...!

La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente, mecánicamente, como un esfínter.

Le regañó:

—Eso está muy feo. Los niños buenos no dicen esas cosas.

La Vítora se puso seria y lo zarandeó:

—No le haga usted caso —le dijo a la Señora—. Desde que ha venido la hermanita tiene unos prontos que qué sé yo.

Dijo el abrigo de pieles:

—¿Qué número hace?

—¿Éste? El quinto. Y dicen que no hay quinto malo, ya ve.

Luego, en el montacargas, la Vítora rezongaba:

—Se lo voy a decir a tu mamá, para que lo sepas. ¿Tú crees que son ésas maneras de contestar a una señora? La Vito es demasiado de buena, pero un día se va a cansar y no te va a querer.

El niño tenía ahora, al mirarla, los ojos lánguidos, como con mucho blanco por debajo de las pupilas.

—¿Es pecado, Vito? —dijo.

—¿Pecado? ¡Y de los gordos! Si te agarran ahora los demonios no paran hasta dejarte en los infiernos.

Al apearse en el descansillo del montacargas, Quico tenía una expresión sombría. De reojo miró al otro lado de la rejilla y divisó la madeja desmayada del Moro negreando lastimosamente entre las basuras. La Vítora dio dos golpes en el cristal. Le dijo:

—Mira, ya está tu mamá bañando a la Cristina.

Él entró sonriente, triunfal, levantando el chupa-chups por encima de su cabeza. Reparó, de pronto, en el vientre abombado, liso, de su hermana y dijo:

—Cris no tiene pito, ¿verdad, mamá?

—No —respondió Mamá evasivamente.

—¿Y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?
—Tampoco; eso sólo lo tienen los niños.
A Quico se le redondearon los ojos azules y exclamó:
—Entonces, papá ¿tampoco tiene pito?

Las once

—Mira, Juan, un avión —dijo Quico.
Giraba sobre sí mismo sosteniendo el tubo de dentífrico entre dos dedos e imitando con la boca el zumbido de un motor y, al cabo de un rato, cesó de dar vueltas, arrastró el tubo por el fogón rojo de sintasol durante un trecho y lo detuvo.
—Mira, Juan —dijo—, ha aterrizado.
La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido, sus ojos concentrados, profundos y negros ribeteados de ojeras:
—Ha adelgazado este chico —dijo—. Se le conoce.
Voceó Quico:
—¡Mira, Juan, ha aterrizado!
Mamá envolvió a la niña en la toalla fresa y dijo:
—Mañana irá al colegio. Ayer ya no tuvo fiebre.
Quico tomó el tubo y giró de nuevo sobre sí remedando el zumbido de un motor.
—Mira, Juan —dijo—; ¡qué alto vuela!
—Déjame —dijo Juan.
Los ojos negros de Juan recorrían ávidamente los carteles de la historieta y sus labios se movían imperceptiblemente: «Nuestro héroe recibe un golpe en la nuca al entrar en una de las celdas y cae de bruces al suelo». Quico guardó el tubo de dentífrico en el bolso del pantalón y se aproximó reverentemente a su hermano:
—¿Es bonito? —dijo.
—Sí —respondió Juan, maquinalmente.
Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:
—¿Quién es ése? —preguntó.
—El Cosaco Verde —respondió Juan.
—¿Es malo?
—No; es bueno.
—¿Y ése?
—Ése es Tang; ése sí que es malo. Es el jefe de los piratas.
Quico extrajo del bolsillo el tubo de dentífrico, lo destapó y dijo:
—Le voy a matar con mi cañón.

—Quita —dijo Juan sin alzar los ojos del tebeo, apartando a Quico ásperamente con la pierna.

—¿Por qué no quieres que lo mate con mi cañón, si es malo?

Juan no le oía. Leía ávidamente: «Si intentas alguna traición dispararé contra ti. ¡Haz que tus hombres arrojen las armas!».

La Vítora vertía la leche en una cazuela y, al hacerlo, derramó unas gotas en la superficie de sintasol. Depositó la cazuela sobre el hornillo y suspiró hondo.

Dijo Mamá:

—Y de Seve, ¿no se sabe nada?

—Digo yo que su madre seguirá igual, cuando no viene —respondió la Vítora, y suspiró más hondo aún.

—Ya —dijo Mamá.

—Mañana, ya ve. Para el caso...

Quico se encaramó en la butaquita de mimbre y, con el dedo, extendió sobre el sintasol las blancas gotas de leche. Ladeaba la cabeza como buscando una perspectiva y, una vez que consiguió una madeja inextricable, voceó gozosamente:

—¡Vito, Juan, San Sebas!

Juan arrojó el tebeo al suelo y se acercó a él desganado. Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:

—¿Es la playa eso?

Quico había enrojecido de entusiasmo al tiempo que exclamó:

—¡Mira, unos señores que van nadando y otro señor que toma el sol y...!

Juan encogió los hombros y de su rostro irradió un profundo desencanto.

—No se parece nada —dijo.

La Vítora se dirigía ahora a Mamá:

—Cinco de cada ciento van al África y le va a tocar a él. ¿Qué le parece?

—Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.

—¡Concho!, eso digo yo, pero ¿por qué todo lo malo tiene que tocarla a una? ¿No hay más gente en el mundo?

—¿Y el de la Paqui?

—¿Quién, el Abelardo? ¡Huy, madre! Ése ha nacido de pie, como yo digo. Yo no sé cómo se las arregla esa chica que todo le sale a derechas. El sábado va y la toca el cupón y, el lunes, sortean y el novio aquí, ¿qué la parece?

La niña palmoteaba y decía:

—Atata, atata.

Quico se llegó a ella, le tomó las manos y la hizo palmotear con más

fuerza y la niña reía a carcajadas y el niño rompió a reír también y la niña volvió a decir:

—Atata.

Quico tiró de la bata de flores rojas y verdes:

—¡Dice patata! ¡Mamá, Cris ha dicho patata!

Y Mamá decía:

—... y, después de todo, eso no es ninguna desgracia.

La Vítora se enfurruñó:

—Según se mire. La Paqui, ya ve, me sale ahora con que lo mismo el Femio se lía allá con una negra.

—Tonterías —dijo Mamá.

—A saber. Y el Abelardo lo mismo, que tal como están ahora los negros, cualquier cosa.

Quico volvió a tirar de la bata de flores rojas y verdes:

—Mamá, Cris ha dicho patata.

Mamá lo apartó sin miramientos:

—Hijo, por Dios, déjame, qué pesado, me tienes aburrida.

La Vítora echó leche en un tazón y el resto de la cazuela lo distribuyó entre dos platos, abrió un bote con la efigie de un bebé sonriente y sirvió en cada plato una gran cucharada con copete de polvos amarillos.

—Hala, a desayunar —dijo revolviendo, alternativamente, los dos platos.

Sentó a Quico en una silla blanca, arrimó otra a la mesa para Juan y ella acomodó a la niña en su regazo. La niña ingería la papilla sin rechistar y, a cada cucharada, se le formaba en torno a los húmedos labios un ribete amarillento. Juan colocó *El Capitán Trueno* ante sus ojos, utilizando el azucarero por atril, y, al tiempo que migaba un bollo en el Colacao, devoraba la historieta: «Pagaréis cara vuestra osadía». «¡Aaaag!» «Adelante, compañeros, que ya son nuestros.» «¡Toma, canalla; ahora te toca a ti!» En tanto, Quico golpeaba rítmicamente el mármol blanco con la cuchara y la Vítora le dijo:

—Vamos, Quico, come. ¡Ay, qué criatura, madre!

Quico introdujo torpemente la cuchara en la papilla y la revolvió y los surcos se marcaron profundos en el plato. Miró y tornó a revolver.

—Te se va a quedar fría, come.

Quico canturreó: «Están riquitas por dentro; están bonitas por fuera». La niña concluía ya su desayuno y la Vítora se alborotó toda:

—¡Mira que llamo a tu mamá, Quico!

Quico se llevó desganadamente a la boca una cucharada de papilla y la paladeó con repugnancia:

—¡Qué asco! —dijo.

Juan leyó con los ojos abiertos como platos: «Pero basta ya de charla; ¡vas a morir!». La Vítora dejó a la niña en el suelo y quitó la cucharilla de la mano de Quico:

—Trae acá; pareces un niño pequeño.

—¡No soy un niño pequeño!

—Sí, un pequeñajo; eso eres tú.

—¡No soy un pequeñajo!

—¡Pues come! Así te harás grande como tu papá, que si no...

Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó; parecía un pavo:

—Ya no más, Vito —dijo con los ojos anegados, implorante.

La Vítora le pasó dos veces el babero por los labios, cogió el plato con los restos de la papilla, arrojó éstos al cubo de la basura y, luego, tomó cuidadosamente unas mondas de patatas y los cubrió. Juan le dijo a Quico:

—Quita.

Dijo Quico:

—No me he hecho pis en la cama, Juan. ¿Verdad, Vito, que no me he hecho pis en la cama?

—No; ya eres un mozo.

—Atito —dijo Cris.

—¡Dice bonito! ¡La niña ha dicho bonito, Vito!

La Vítora tomó la aspiradora, el escobón, la bayeta y el recogedor y abrió la puerta:

—¡Ojo! —dijo asomando la cabeza despeinada por el hueco—. No hagáis barrabasadas.

Quico dio una vuelta completa sobre sí, gozándose en su independencia. Al cabo se dirigió a la rinconera, junto al fogón, y la abrió de un tirón. El resbalón hacía «clip» al abrirse el portillo, y «clap» al cerrarse, y Quico abrió y cerró dos docenas de veces escuchando atentamente y sonriendo. Cuando se cansó miró dentro y divisó los paños de cuadros blancos y rojos, amarillos y blancos, blancos y azules y, arriba, en el estante, los frascos y botes de abrillantadores y detergentes. Cerró, se arrodilló y abrió la pequeña portilla, bajo el fogón:

—El garaje —dijo.

Cristina, sentada bajo la mesa, cogía minúsculas migas de pan y se las llevaba a la boca. Juan, inmóvil, pasaba las hojas sin pestañear.

—¡El garaje, Juan! —voceó Quico.

—Sí —dijo Juan mecánicamente.

Arriba estaba el gigantesco termo blanco —la bomba atómica— y, a

la izquierda, la cocina eléctrica y, a su lado, el fogón de sintasol rojo y, más a la izquierda, la puerta encristalada del montacargas y, junto a la puerta, la fregadera empotrada y, sobre ella, el escurreplatos y, poco más allá, la pila, que hacía esquina con el corto pasillo, donde se abrían las puertas de la despensa y el aseo de servicio, y comunicaba con el cuarto de plancha. Y el grifo frío de la pila siempre goteaba y hacía «tip» y, al cabo de diez segundos, volvía a hacer «tip», pero eso era cuando todos, niños y grandes callaban, y, alguna vez, Quico arrastraba junto a la pila su butaquita blanca de mimbre, se sentaba y jugaba a decir «tip» al mismo tiempo que la pila y cada vez que su «tip» coincidía con el «tip» del grifo frío, de modo que hiciera «tiip», él palmoteaba y reía a carcajadas y llamaba a Cris para que fuese testigo.

Frente a la puerta del montacargas estaba la mesa blanca, con el tablero de mármol blanco y un armario blanco colgado donde la Vítora guardaba el frutero con las naranjas, las manzanas y los plátanos, el azucarero, el salero y la tila y el boldo que Papá tomaba por las noches, después de cenar. Y luego, a la derecha de la puerta, que comunicaba con el resto de la casa, se alzaba la caldera de la calefacción, brillante de purpurina, y una barrita de cristal encima llena de rayas minúsculas y de números y, atravesándola, un filamento rojo bermellón, que se estiraba y se encogía como la tripa de Jorge.

Quico accionó el picaporte poniéndose de puntillas y salió. Andaba mirando al suelo y, de repente, se agachó, tomó una chincheta con la punta oxidada y la cabeza verde y corrió hacia su cuarto:

—¡Mamá! —chilló—. Mira lo que me he encontrado.

Mamá, aturdida por el motor de la aspiradora, recorría los rincones sin oírle. Le vio de pronto, en la puerta, en la corriente, y gritó:

—¡Vete de ahí! ¿No ves que te vas a enfriar?

Quico agitó el brazo con la chincheta verde en la punta de los dedos:

—Toma —dijo.

Mamá paró la aspiradora y se acercó a él. Tenía un cigarrillo en la mano derecha.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Mira lo que me he encontrado.

Mamá miró la chincheta herrumbrosa.

—Muy bien —dijo—. Has sido muy bueno. ¡Hala, ahora vete!

—Si no, se la traga Cris, ¿verdad, mamá? —dijo Quico sin moverse.

Mamá se llevó el pitillo a los labios y tomó de nuevo el mango de la aspiradora con las dos manos.

—Claro —dijo suavemente—. Ahora vete.

—Y se muere, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí, claro —levantó la voz.

—Como el Moro, ¿verdad, mamá?

Mamá saltó como cuando se oprime un resorte. Retiró el cigarrillo de la boca para chillar:

—¡Vamos! ¿Quieres marchar de una vez?

Quico penetró en la cocina con la cabeza gacha, el ceño fruncido y la niña le miró desde debajo de la mesa y dijo: «Ataatata», pero Quico no reparó en ella, cruzó hasta el retrete de servicio, se levantó dificultosamente una pernera del pantalón y lanzó un chorrito transparente y minúsculo. Luego se llegó al cuarto de plancha, hurgó unos segundos en la estantería del rincón y sacó de una caja de hojalata el chupa-chups amarillo. Sonrió. Regresó a la cocina, quitó el papel al caramelo y le dijo a Juan:

—Anda, mira lo que tengo.

Juan, abstraído, leía: «Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito».

—¡Juan! —repitió Quico flameando el chupachups y haciéndolo girar sobre el palillo—. ¡Mira!

Juan levantó sus profundos ojos negros, que se iluminaron de súbito en un relámpago:

—¿De quién es? —dijo.

—Mío —dijo Quico.

—Dame un cacho.

—No.

La niña salió de debajo de la mesa como un perro que captara los vientos de una pieza y se puso dificultosamente en pie. Sujetó a Quico del jersey y tironeó de él hacia abajo:

—Atito —dijo.

—No —dijo Quico—. Un poquito, no.

—Dame un cacho, anda —repitió Juan.

—Es mío —dijo Quico.

Juan introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una sucia petaquilla de plástico, la abrió y le mostró el pequeño cabo de un lapicero de mina roja, un sucio pedacito de goma de borrar y dos monedas de diez céntimos.

—Te doy el lápiz si me das un cacho —dijo.

Pero Quico paladeaba ya el caramelo y, de vez en cuando, lo sacaba de la boca para desprender de él un pedacito de papel transparente. Cris, la niña, cansada de tirar de él, empezó a llorar.

—Te doy también la goma —dijo Juan.

Quico sonreía triunfalmente y, de nuevo, izó el chupa-chups como una bandera y sonrió sacando la lengua y arrebañando con ella los restos de golosina que se pegaban a sus labios:

—Es mío —dijo—. Me lo dio el de la tienda.

De pronto, Juan, cuya garganta se movía lentamente, a intervalos, como si tragase algo, se llegó a él, le quitó el chupa-chups de la mano, le propinó un mordisco y se lo devolvió. La esferita quedó truncada en unas estrías blanquecinas, como de hielo, y Quico, al verlo, se enfureció, arremetió contra su hermano a patadas, al tiempo que lloraba con rabia. La niña berreaba también, junto a él, levantando sus rollizos bracitos hacia el caramelo y, súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas y verdes y una voz dijo, desde lo alto de la bata:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Puede saberse qué pasa aquí?

Cris continuaba con las manitas en alto, mientras Quico y Juan se quitaban la palabra de la boca, se acusaban mutuamente y, por fin, una mano que emergió de la bata de flores, atrapó el chupa-chups y dijo:

—Hala, para nadie; así todos contentos.

Al cerrarse la puerta hubo un silencio expectante, como una pausa, que Juan quebró, frotándose los nudillos de una mano con los de la otra y diciéndole a Quico:

—Anda, chínchate.

Súbitamente, Quico arrancó hacia el cuarto de plancha y voceó:

—¡Pues ahora me muero!

—Ta-ta-ta-ta —dijo Juan, simulando apuntarle con una metralleta mientras su hermano corría, y Cristina le miró a Juan y remedó con extraño entusiasmo:

—Ata-ata-ata.

Y luego sonrió y, al sonreír, se le formaban en la carne prieta de las mejillas unos hoyuelos como los que tenía en los codos.

Las doce

Sintió detenerse el montacargas y salió de su rincón entre los dos armarios rojos y, justo en el momento que abría la puerta encristalada, Santines arrastraba el cajón con el pedido hasta el descansillo. Pero el cajón topó impensadamente con una baldosa desnivelada, coleó y atrapó dos dedos de Santines contra el enrejado. El chico se llevó instintivamente la mano dañada a la boca y dijo con rabia:

—¡Leche, me pillé!

Quico lo miraba atentamente, poniendo el mismo gesto de dolor que veía en la cara del otro, y cuando Santines se frotó los dedos lesionados contra el delantalón gris, él lo hizo también contra las blandas estrías de su pantalón de pana, aunque en forma apenas

perceptible.

—Hola —dijo al cabo.

El otro preguntó:

—¿Está tu mamá en casa?

Quico asintió sin palabras. Juan le oyó desde dentro, abrió la puerta del pasillo y voceó:

—¡Mamá, el de la tienda!

Pero vino la Vítora y le dijo a Santines, malhumorada:

—Podías haber subido más tarde, espabilado. Mira la hora que es.

—No uso —respondió descaradamente el chico, mostrando su desnuda muñeca.

Y dijo la Vítora con segundas:

—No, ¿eh? Pues ya le diré a tu jefe que te merque uno, ¡no te amuela!

El chaval se puso en jarras.

—Oye —dijo—. Por si no lo sabes te diré que yo no he mandado a nadie al África.

Por un instante pareció que los ojos de la Vítora iban a escapar de las cuencas. Se llegó a él, levantó el antebrazo y dijo mordiendo las palabras:

—¡Calla la boca o te meto una así que te vas a acordar de la Vítora mientras vivas!

El chico, que instintivamente había alzado un brazo para protegerse, lo bajó al ver que la otra lo bajaba. Silbó.

—Bueno está el patio —dijo.

Cris, sentada en el suelo, hurgaba en el cajón, alineaba las cebollas y las naranjas en las baldosas, mientras Quico y Juan seguían el duelo dialéctico, moviendo alternativamente la cabeza, como en una partida de tenis. La Vítora fue tomando las mercancías del cajón y amontonándolas sobre el fogón de sintasol rojo. Santines la miraba hacer, observaba sus manos torcidas, notoriamente agarrotadas, y, sin embargo, de movimientos ágiles.

—Vaya manos —murmuró—. ¿Dónde vas con esas manos?

La Vítora volvió a mirarlo encolerizada:

—¿Qué se te da a ti de mis manos?, ¿eh? Di.

El otro se encogió de hombros:

—Eres gafa; sólo eso.

—Bueno, y a ti, ¿qué?

—Nada.

—Por eso.

Quico se fue acercando tímidamente a Santines y terminó por agarrarle del blusón gris y tirar de él hacia abajo:

—Oye —le dijo—. Hoy no me he hecho pis en la cama.

—¡Vaya!

—¿Verdad, Vito, que hoy no me he hecho pis en la cama?

—No, majo.

Quico, en vista de que no lograba hacer descender la atención de Santines, volvió a tirarle del mandil y, cuando el chico lo miró, le dijo:

—¿Tú no vas al colegio?

Santines rió en corto, con un deje como de aspereza, y dijo:

—No, chaval; yo no voy al colegio.

—¿Porque estás malo?

Santines se golpeó el pecho con los dedos apiñados:

—¿Yo, malo? Yo estoy más bueno que Dios —dijo.

La Vítora le tendió el cajón:

—Toma, anda, lárgate y así revientes.

Santines hizo un gesto burlón:

—¿Tan mal me quieres?

La Vítora cerró de golpe la puerta de cristales. Gritó:

—Yo no te quiero ni bien ni mal, para que te enteres.

Santines, con el cajón a la espalda, le hacía muecas tras los cristales con la mano izquierda remedando su gafedad y reía descaradamente. Dijo la Vito:

—Un día le voy a romper los morros a ése o no sé lo que voy a hacer.

Luego abrió la trampilla de bajo el fogón, arrimó un cubo y lo llenó de carbón con el cogedor.

—¿Vas a encender la calefacción, Vito? —preguntó Quico.

Los movimientos de la Vítora eran bruscos, de un malhumor reprimido. La bata de flores rojas y verdes entró, de repente, en la cocina.

—¿No vino Domi todavía? —dijo.

—Ya ve.

—¿No son las doce?

—Ya hace rato que dieron.

Quico se acercó a la caldera de la calefacción e intentó abrirla. No lo consiguió y, entonces, sujetó el tirador con ambas manos e impulsó hacia arriba con fuerza. El portillo saltó y le cogió un dedo contra la silla. Instintivamente el niño se llevó la mano a la boca. Chilló:

—¡Leche, me pillé!

La bata de flores rojas y verdes se inclinó implacable sobre él:

—¿Qué has dicho? —dijo—; ¿no sabes que eso no se dice, que es un pecado muy gordo?

La Vítora, acuclillada junto a la caldera, le miró entre compasiva y

socarrona. Dijo:

—¡Qué chico este! ¿Dónde aprenderá esas perrerías?

La bata de flores se había enderezado, mientras Quico se aplastaba contra la mesa, junto a Juan. Dijo la bata:

—Eso digo yo. ¿Quién le enseñará esas cosas?

La Vítora alzó su mirada sumisa, unos ojos garzos levemente irritados.

—Si va por mí —dijo—, se equivoca.

Juan se agachó un poco y le dijo a Quico al oído: «Ji, leche», y Quico le miró en cómplice y rió también y tomó la mano de su hermana, que hacía corro con ellos en torno a la caldera. La Vítora estrujó el periódico de la víspera, colocó unos palitos encima y, finalmente, procurando no aplastar el papel, introdujo unas astillas, rascó un fósforo y le prendió fuego. Las llamas ascendieron, zumbando y caracoleando, y Juan dijo:

—El infierno.

Quico lo miró, escéptico.

—¿Es eso el infierno? —preguntó.

Salió la bata de flores rojas y verdes y la Vítora le dijo:

—Así, sólo que más grande. Ahí vas a ir tú si te repasas o dices esas cosas.

Quico frunció las cejas.

—¿Voy al infierno —preguntó— si digo leche?

—Eso.

—¿Y si me repaso, Vito?

—También.

Agachó la cabeza y se miró los pantalones, entre las piernas, y se pasó primero una mano y luego la otra.

—Toca, Vito —dijo—. Ni gota.

—A ver lo que dura —dijo la Vito.

El fuego se incrementaba, silbaba; era como si la Vítora tratara de enlatar un huracán.

—¡El demonio! —chilló Juan de pronto—. ¿No viste saltar al demonio, Quico?

—No —dijo Quico decepcionado.

Los tres niños miraban el fuego como hipnotizados. Las pupilas de Quico estaban empañadas por una sombra de terror. Dijo la Vítora compadecida:

—No era el demonio; era humo.

Quico vaciló.

—¿No era el Moro? —dijo.

—¿A qué ton el Moro?

—Como es negro.

La Vítora cargó la paleta de carbón y lo arrojó sobre las llamas, que empezaron a palidecer y a desparramarse y, poco a poco, con el rojo resplandor, decreció la expectación de los niños. La Vítora concluyó de cargar la caldera y cerró el portillo. Dijo Quico a Juan:

—¿Tiene alas el demonio, Juan?

—Claro.

—¿Y vuela muy deprisa, muy deprisa?

—Claro.

—Y si soy malo, ¿viene el demonio volando y me lleva al infierno?

—Claro.

—¿Y el demonio tiene cuernos?

—Sí.

—¿Y mocha?

Juan levantó los hombros, sorprendido.

—Eso no sé —confesó.

La Vítora manipulaba en la cocina y el fogón y había sobre un hornillo una cazuela de aluminio que humeaba y ella colocó, sobre el hornillo grande, otra cazuela, y en éstas llamaron a la puerta. La Vítora ladeó ligeramente la cabeza.

—Abre, Quico —dijo—. Es Domi.

Juan se abalanzó a la puerta. Voceó Quico:

—¡Me ha dicho a mí!

Añadió la Vítora:

—Dila «buenos días, Domi».

Los dos niños se peleaban por abrir la puerta y cuando la Domi apareció en el umbral, con el cuello del abrigo subido, dijo Quico:

—Buenos días, Domi.

Rutó la vieja:

—¿No vino la Seve?

—Nada, ya ve —respondió la Vítora.

—Buenas vacaciones —gruñó la vieja, contrariada, y agregó—: ¡Madre, qué día más perro!

Traía la nariz y la parte superior de las mejillas arreboladas. Se desembarazó del abrigo. Quico tiraba de ella y le decía:

—¿Un perro? ¿Qué perro, Domi?

—Vamos, quita —dijo la Domi de mal talante—. ¡Qué chico este! No la deja a una ni a sol ni a sombra.

Se llegó al cuarto de plancha, guardó el abrigo en uno de los armarios rojos y regresó a la cocina. Hizo un gesto con el dedo pulgar hacia la puerta de comunicación. Preguntó a la Vítora:

—¿Está mosca?

—A ver.

Quico terció, mirando a los altos, girando la cabecita rubia hacia todas partes:

—¿Dónde está la mosca, Domi?

—¡Vamos, calla la boca tú!

Entró súbitamente la bata de flores rojas y verdes. La Domi adoptó una actitud compungida; apretó fuertemente los párpados hasta que en uno de los ángulos de los ojos surgió una lágrima. La bata se aplacó:

—¿Ocurre algo, Domi?

Ella suspiró:

—¿Qué va a ser, señora? Lo de siempre.

—¿Le han recluido?

—Eso quisieran, pero ya ve, ni sitio.

—¿No hay sitio?

—Lo que dice mi Pepe, ahora hasta para entrar en el manicomio hace falta recomendación.

Suspiró hondo y, al fin, la lágrima resbaló mejilla abajo y, ya en la comisura de los labios, la atajó con el envés de la mano. Dijo Quico, a sus pies, alzando la cabeza:

—Domi, hoy no me he hecho pis en la cama.

La Domi le acarició la rubia cabeza.

—Madre, ¡qué mozo! —dijo.

La Vítora corroboró:

—No se crea que es broma, señora Domi; el Quico no se ha meado hoy en la cama; ni se ha repasado tampoco.

La niña levantaba los bracitos hacia la Domi y la vieja se inclinó y la cogió y roció su carita de ruidosos, frenéticos besos. Dijo la bata:

—Yo le hablaré al señor; a lo mejor él puede hacer algo.

La Domi dijo muy bajo, como si rezase: «Dios se lo pague», y, después, tan pronto la bata salió, le dijo a la Vítora, cambiando la expresión de su cara:

—Arrima un poco de leche a la lumbre, tú.

La Vito suspiró. Le asaltó repentinamente una idea, se volvió al armario blanco, abrió una de las puertas, tomó un transistor, envuelto en una desgastada funda color tabaco, y lo conectó. La voz salió un poco áspera, un poco gangosa, un poco rutinaria: «A Genuino Álvarez —dijo—, por haberle tocado a África, de quien él sabe, oirán ustedes *Cuando salí de mi tierra*». Saltó la canción un poco áspera, un poco empastada, un poco agria, pero Vítora se llevó las manos al pecho y dijo:

—¡Ay, madre, me se pone un hueco así!

Quico se acercó a ella:

—¿Es Femio, Vito?

—¿Quién, hijo?

—El que canta.

—No, majo, pero como si lo fuera.

La Domi se levantó y tomó un plátano del frutero. Vestía toda de negro, vestido, medias y zapatos negros y, en casa, se ataba a la cintura un delantal blanco. Volvió a sentarse y cogió a la niña en el regazo. Dijo con la boca llena:

—Peor estoy yo, mira. El mío ya no vuelve.

La Vítora se excitó toda:

—Ande, señora Domi, para eso es usted vieja.

—¿Vieja yo?

—Ande, a ver.

Se llegó Quico a ella. Juan había vuelto a enfrascarse en la lectura de *El Cosaco Verde*. Dijo Quico:

—¿Eres vieja y te vas a morir pronto, Domi?

—Anda, quita de ahí. ¡Qué criatura más apestosa, madre! ¿No quieres hacer pis?

—No, Domi.

—Como te hagas una gota te corto el pito, ya lo sabes.

—Sí, Domi.

De pronto se le aclaró la mirada a Quico.

—¿Sabes que se ha muerto el Moro, Domi? —dijo.

—¿El Moro? ¿El gato?

—Sí.

La Domi se dirigió ahora a la Vítora:

—¡Madre, cómo estará la bruja!

—Mire.

Dijo Quico:

—¿Qué bruja, Domi? ¿Dónde hay una bruja?

—Vamos, quita de ahí. Es que no la deja a una ni respirar, ¿eh? —Volvió a dirigirse a la Vítora—: Habrá que oírla.

Cristina empezó a lloriquear y la Domi movió acompasadamente las piernas y canturreó: «Arre, borriquito, vamos a Belén...», y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos. Dijo:

—Esta criatura está muerta de sueño.

La radio dijo:

«A Ezequielín Gutiérrez, de sus papás, al cumplir los dos añitos, con cariño. Oirán ustedes *La Violetera*».

La Vítora iba del fogón a la cocina, de la cocina al escurreplatos, del escurreplatos al armario, del armario a la despensa, de la despensa a

la caldera y de la caldera al fogón de sintasol rojo otra vez. De cuando en cuando suspiraba y decía: «Ay, madre». Y desde que empezó la música los suspiros eran más profundos y frecuentes. Quico la miraba cada vez y, una de ellas, le dijo:

—¿Sabes, Vito, que la tía Cuqui va a traerme una pistola?

—¿Una pistola?

El niño asintió sonriendo y mordiéndose el labio inferior. Añadió la Vítora:

—¿Y para qué quieres tú una pistola?

—Para matar a todos —dijo el niño.

—¡Jesús! ¿Y a la Vito también?

Quico asintió de nuevo con la cabeza, sin cesar de morderse el labio. Intervino la Domi:

—Si le das palique a éste vas arreglada.

Cristina lloriqueó y forcejeó luego por zafarse de los brazos de Domi y escurrirse hasta el suelo. La vieja se incorporó rutando: «Coña de cría, ¿qué demonios querrá ahora?». Quico se dirigió de nuevo a ella:

—Domi, ¿sabes que hemos visto al demonio?

—Sí, ¿verdad?

—Sí, en la calefacción, ¿verdad, Vito?

Dijo el transistor:

—A Julio Argos, al marchar a África, de sus amigos de la peña. Oirán ustedes *El pájaro chogüí*.

La Vítora tomó el receptor y amplió el volumen.

—Me pirro por esta copla —explicó—. ¡Y anda que el Femio!

La Domi se disponía a contestarle cuando Quico interpuso su rubia cabeza y dijo:

—Sí, Domi; era el demonio y era negro y tenía alas y cuernos y...

La vieja se irritó:

—¡Anda, quita del medio que te doy un...!

Se abrió la puerta y penetró la bata de flores rojas y verdes y la Domi sonrió y le acarició al niño la rubia cabeza con la mano, que ya tenía levantada y dijo:

—Ya ve qué cosas tiene el Quico. Ahora sale con que ha visto al demonio. Pues no, majo; el demonio está en los infiernos y no viene a llevarse a los niños buenos como tú.

La una

La habitación se hallaba limpia, ordenada, el suelo brillante, como si nunca hubiera sido utilizada. La librería de escalerillas metálicas

dividía la estancia en dos y cabe la ventana se tendía una mesa alargada, con la pantalla de sube y baja encima —el Ángel de la Guarda— donde los chicos hacían sus deberes al regresar del colegio. En los rincones del fondo estaban las camas de Pablo y Marcos, cubiertas de colchas de cretona y, entre ellas, la amplia cuna de Quico con los costados de barrotes, como una cárcel. Al penetrar en la habitación, Mamá le advirtió:

—Cuando quieras pis, dilo.

Quico abrió las piernas y se miró los bajos de los pantalones y, como si aquel examen no le convenciera, se pasó por ellos primero la mano izquierda, luego la derecha y, al concluir, dijo:

—Toca; ni gota.

Domi se retrasaba y entonces dijo Juan:

—¿Quieres que veamos el Arco Iris?

—Sí, el Arco Iris —respondió Quico.

Juan entrecerró los cuarterones, tomó de la mano a Quico y con precaución, en la penumbra, se desplazaron hasta los pies de la cuna. Los dos niños levantaron simultáneamente la cabeza hasta el tercer estante. Un rayo de luz resbalaba por los lomos de los libros y arrancaba destellos versicolores y Quico dijo:

—Es bonito, ¿eh, Juan?

Juan meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es más bonito cuando hace sol —dijo.

Quico se lanzó, de pronto.

—¿Por qué no haces el Ángel de la Guarda, Juan? —preguntó.

—Espera —dijo Juan.

Quico sonreía anhelante mientras Juan se encaramó en la silla, levantó la pantalla de amplias alas cuanto le dio de sí el brazo y la soltó de repente. La pantalla empezó a pendulear en amplios arcos y Juan se arrojó de la silla de un salto y se colocó al lado de su hermano y Quico le miró sonriente y volvió a mirar a la lámpara y dijo:

—El ángel es bonito, ¿eh, Juan?

Juan entornó los párpados para reforzar la imaginación:

—¡Dios! —dijo de pronto—, si no es un ángel; es un demonio, ¿no lo ves?

Quico se apretó contra él:

—No es un demonio, Juan —dijo.

—Sí —agregó Juan—. ¿No le ves las alas y los cuernos y que vuela muy deprisa?

Quico le agarró por el jersey:

—No es un demonio, ¿verdad, Juan?

Juan fruncía la cara para subrayar sus palabras.

—¿No le ves —dijo— qué furioso está?

Quico se pegó a él.

—Abre, Juan —dijo con voz trémula—. Es un demonio. Y hay una bruja también. Domi lo dijo.

Pero Juan no abría la ventana y decía, por el contrario:

—Es el demonio que viene a por ti para llevarte de los pelos a los infiernos, ¡mírale!

Quico temblaba. Gimió agarrando a su hermano por la cintura:

—¡Abre, Juan, anda!

—¡Y mira la bruja! —chilló Juan señalando la sombra de la pantalla en la pared.

Quico pateó el suelo nerviosamente y comenzó a llorar.

—¡Abre! —gritó—. ¡Juan, abre!

Entró la Domi con la niña de la mano.

—¿Se puede saber por qué demontres cerráis las ventanas para jugar? —inquirió.

Quico se precipitó hacia ella:

—Hay un demonio y una bruja, Domi. Y el demonio quería llevarme de los pelos al infierno.

La Domi abrió los cuarterones con la mano libre.

—No empieces con tus pamplinas —advirtió—. Que tú eres muy pamplinero.

Juan se había sentado junto a los bajos de la librería, impulsó la corredera y sus ojos profundos se abismaron en aquella barahúnda polícroma y desconcertante. Sacó primero el pelotón de colores y lo hizo botar un rato sin levantarse. Después tomó la caja de pinturas, con la tapa rota, y la cambió de sitio. En el fondo había un fuerte, quebrado en una esquina de la empalizada, y Juan lo consideró un momento y, al cabo de un instante, se volvió a Quico:

—¿No hay indios, Quico? —dijo.

—No.

Quico se fue aproximando lentamente a su hermano y, al llegar a su lado, propinó un puntapié al pelotón de colores:

—¡Gol! —dijo.

Juan se incorporó de un salto.

—¡Venga! —dijo—. Yo soy Diestéfano.

Se cambiaba el balón de pie y Quico le cerraba el paso, torpe, inútilmente. Correteaba tras él sin esperanza y, a duras penas, lograba, de tarde en tarde, tocar el pelotón. En su forcejeo tropezaban en las sillas, se enredaban en el triciclo rojo, chillaban. La Domi levantaba a la niña a la altura de los cristales y le decía: «Mira cómo corren los coches. ¡Huy, cuántos coches!». Y Cris replicaba con sus labios

gordezuelos, siempre húmedos: «A-ta-ta».

El grito los dejó paralizados y aguardaron a que la puerta se abriera en posición de firmes. Mamá ya no era una bata de flores rojas y verdes, sino un jersey a rayas blancas y azules y una falda gris y unas zapatillas de cuero en chancletas y un cigarrillo, con una hebra de humo azul, entre los dedos delgados y largos. Mas la voz era igual a la de la bata.

Les reprendió:

—Os he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota. —Se volvió a la Domi—: Y usted, ¿para qué está ahí?

Dijo la Domi:

—Mire, señora, ¿usted cree que hacen caso?

Mamá se agachó y adoptó una actitud de extrema energía.

—No os lo digo más veces, ¿me oís? —dijo—. A la próxima os quedáis sin propina.

Quico merodeó durante cinco minutos por la habitación sin saber qué hacer. Juan se sentó en una silla después de tomar un gran álbum de la librería. En la portada decía: *La Conquista del Oeste*. Lo abrió y sus ojos, atentos, se concentraron en el primer cromo y sorbió el texto como un licor estimulante: «Hace unos ciento treinta años, el oeste era una misteriosa palabra en boca de los hombres blancos...».

Quico se encaramó en el triciclo rojo e hizo con la boca: «Ferren-ferren-ferren» y pedaleó hacia atrás con gran agilidad y, luego, salió disparado pasillo adelante. Frente a la puerta de la cocina dio vuelta al manillar y así, con él del revés, desanduvo el camino andado. De nuevo en el cuarto, tomó el fuerte astillado, buscó un cordel, lo amarró al asiento, se subió al sillín y pedaleó briosamente por el pasillo. El fuerte, al trompicar en el suelo, hacía «boom, booombooom, booooom», mientras la rueda delantera, al girar sobre el eje reseco, hacía «güi-güiiiii-güi», y Quico dijo para sí: «La música». Volvía la rubia cara sonriente para admirar los saltos del fuerte amarrado y los retumbos y voceó con fuerza:

—¡Juan, un camión con remolque!

Súbitamente descubrió la aspiradora tras las cortinas del vestíbulo y se apeó, tomó el tubo de goma y subió de nuevo al triciclo. En su habitación desató el fuerte y se dijo: «Ahora hay que echar gasolina»; se encaramó una vez más y con el tubo en la mano entró en el cuarto de baño rosa. Se apeó, forcejeó un rato tratando de meter el tubo por el grifo y, como no lo consiguiera, abrió el grifo y apretó el tubo contra la boca. Parte del agua salía despedida en abanico y le mojaba el jersey rojo y la cara y la cabeza, pero Quico no lo advertía porque sus ojos se concentraban en el otro extremo del tubo por donde escurría un hilillo de agua que caía sobre la parte trasera del triciclo:

—La gasolinera —se dijo Quico con una sonrisa radiante.

Dio otras tres vueltas al grifo hasta el tope, pero al irradiar el abanico con fuerza creciente, le hacía guiñar los ojos y reía al sentir las cosquillas del agua. De pronto, sin saber cómo ni por qué, apareció en el marco de la puerta la maligna cara de la Domi.

—Pero ¿puede saberse qué estás haciendo aquí tan callado?

Quico se apresuró, desmanotadamente, a cerrar el grifo y dijo:

—Sólo estoy echando gasolina al camión, Domi.

La Domi se llevó las manos a la cabeza:

—¡Huy, madre! Verás de que lo vea tu mamá. Ya verás si te da ella gasolina a ti —ladeó la cabeza para gritar—: ¡Señora!

Quico, con el flequillo adherido a la frente, palmeando una mano con otra, como para limpiarse, los ojos infinitamente tristes, esperaba impaciente, en medio del charco, la aparición de Mamá. Oyó la puerta de la cocina, luego sus pasos apresurados y la voz de la Domi cada vez más encendida:

—Venga, señora. No hay quien pueda con él. ¡Mire cómo se ha puesto! Y cómo lo ha puesto todo...

A Quico le iba entrando una extraña debilidad en las piernas, pero continuaba frotándose las manos, los ojos implorantes, inmóvil en medio del charco, mas, al ver los ojos de Mamá, comprendió que había pecado y se agachó y Mamá voceó: «¡Estoy aburrida de niños! ¡No puedo más!». Y mientras con el brazo izquierdo lo sujetaba, con la mano derecha le palmeó el trasero hasta hacerse daño. Bajo su brazo, Quico miraba a Juan, que acababa de aparecer en la puerta y le hacía muecas, como si le apuntara con algo y, finalmente, dijo: «ta-ta-tata». Al fin, Mamá lo soltó y Quico corrió a refugiarse en el hueco que formaba la cama de Marcos con el armario, y cuando llegó Merche del colegio y le vio allí, se acercó, le revolvió el pelo y le dijo:

—¿Qué dice este mico?

Él la miraba esquinadamente. Voceó de pronto:

—¡Mierda, cagao, culo!

—Vaya, el niño está enfadado —dijo su hermana displicentemente. Y le volvió la espalda.

—Mamá me ha pegado —dijo Quico, al fin.

Merche colocó la cartera de los libros sobre uno de los estantes. Luego se desprendió del abrigo y de la boina del uniforme y los arrojó sobre la cama de Marcos. Tenía unos ademanes de incipiente coquetería, vagamente estudiados. Juan se llegó hasta ella y le dijo, exagerando el gesto:

—¡Jobar, cómo le han calentado!

—¿Por repasarse? —preguntó ella.

—¡Qué va! —dijo Juan.

Quico abandonó el rincón. Dijo:

—No me he hecho pis en la cama, andaaa.

Merche sonreía, incrédula:

—Sí, es verdad —aclaró Juan—. No se ha hecho pis en la cama.

Del pasillo llegaba un leve, estimulante olor a cocina. Entró Marcos lanzando la cartera al alto y blocándola, al caer, como un guardameta.

—¡Marcos! —chilló Quico—. ¡Se ha muerto el gato de doña Paulina!

—¿Ah, sí?

—Sí, y la Loren lo tiró a la basura y el demonio lo llevó al infierno y lo vio Juan y luego vino una bruja…

—¿No ha venido Pablo? —preguntó Merche.

—No —respondió Marcos.

Merche salió al pasillo y se topó con Pablo, que regresaba del colegio en ese instante, y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, ¿puedes explicarme esto? No entiendo una palabra.

Pablo tenía ya la voz grave de un hombre:

—¡Caray, hija! No le dejáis a uno ni entrar en casa.

Quico se desplazaba de uno a otro y cuando creyó encontrar un eco en Marcos, éste cogió el álbum de *La Conquista del Oeste* y le dijo a Juan:

—¿Tienes más cromos?

—¡Tres! —dijo Juan—. Mira, éstos.

Quico avanzó por el pasillo y entró en la cocina donde el transistor se desgañitaba. El retorno de sus hermanos siempre provocaba un relajamiento de la disciplina doméstica. Divisó a Cristina frente a la puerta de la despensa, levemente inquieta, levemente despatarrada y, al acercarse a ella, percibió el olor y la miró y lo vio y voceó, hasta hinchársele la vena de la frente:

—¡Mamá, Domi, Vito, venir! ¡Cris se ha hecho caca en las bragas!

La niña le observaba atónita, sus redondos ojos posados en el rostro de su hermano, y cuando concluyó de gritar, murmuró:

—A-ta-tá.

—Sí, caca, caca, marrana —dijo Quico.

Acudió la Domi y Quico señaló a Cristina.

—¡Se ha hecho caca! —dijo.

—¡Bueno! —dijo la Domi hoscamente—. Y tú te haces pis y eres un zángano y en cambio nadie te dice nada.

Quico levantaba el dedo índice y reconvenía a su hermana:

—Por qué no lo pides, ¿di?

—Vamos, calla tú la boca, que tienes por qué callar —dijo la Domi.

El niño salió corriendo hasta el cuarto de plancha, donde la Vítora

se vestía, y abrió poniéndose de puntillas y le dijo:

—Vito, Cris se ha hecho caca en las bragas.

La Vítora sujetaba el puño blanco con un automático.

—Ya ves qué marrana —dijo.

Pero el niño ya corría por el pasillo y, al llegar al extremo, intentó abrir el cuarto de baño rosa.

—¿Quién es? —dijo Mamá desde dentro.

Quico se dobló por la cintura para imprimir mayor énfasis a su voz:

—¡Mamá, Cris se ha hecho caca en las bragas!

La pregunta de Mamá lo desconcertó:

—¿Suelta? —dijo dulcemente.

—¡No sé! —voceó.

—Bueno, díselo a Domi.

Quico permaneció unos instantes, inmóvil, a la puerta del aseo y, al cabo, se encaminó al despacho, y Merche y Pablo hablaban de ángulos y de bisectrices y él dijo desde la puerta, disminuido por una vaga conciencia de que estorbaba:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Dijo Merche:

—Bueno, anda, vete, acusica.

Dio media vuelta.

—¡Y cierra! —chilló Pablo.

Se puso de puntillas, agarró el picaporte y dio un portazo. Entonces oyó, por encima de la voz de Lola Beltrán que entonaba *Ay, Jalisco, no te rajes,* un agudo silbido, un silbido creciente que lo llenaba todo. Se detuvo y voceó:

—¡La olla!

Y al entrar en la cocina vio a la Vítora que la apartaba asiéndola con un trapo de cuadros y la olla, poco a poco, se amansaba e iba dejando de silbar. En un rincón, la Domi embutía a Cristina en unas bragas limpias. Sonó el timbre dos veces, una timbrada corta y otra larga. Dijo la Vítora:

—Tu papá; abre por la otra puerta. Y dile: «Buenos días, papá».

Pero Papá no le dio tiempo, le levantó por las axilas y le dijo:

—¿Qué dice el hombre?

Lo besó. Traía la cara fría y la barba pinchaba. Al quitarse el abrigo, Quico le dijo:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Papá fingió interesarse en el asunto:

—Ah, sí, ¿eh?

—Sí, y yo no me he hecho pis en la cama, ni me he repasado, y el Moro se ha muerto y está en la basura y los demonios le han llevado

al infierno y tenían cuernos y…

—Bueno, bueno —dijo Papá al entrar en el salón—. Son tantas noticias juntas que no me das tiempo de digerirlas.

Se arrellanó en un sillón y montó una pierna sobre la otra y bailó reiteradamente el pie que colgaba. Entonces apareció Mamá con los párpados azules y los labios rojos y los dientes blanquísimos, y Papá miró a Mamá y Mamá a Papá y Papá dijo:

—¿Habrá un cacho güisqui para un sediento?

Mamá abrió el bar y lo preparó todo en un periquete y se lo dejó a Papá en la mesita enana, y Papá le dijo suavemente:

—Un *glace*, esposa; ya, haz el favor completo.

Las dos

Papá entró en el cuarto de baño amarillo y entornó la puerta con el pie. Apenas había comenzado cuando sintió a Quico detrás que pugnaba por asomarse:

—¡Quita! —le dijo.

Pero el niño insistía en meter la cabeza y Papá culeaba de un lado a otro para impedirlo. Quico se agarraba a la trasera de sus pantalones y decía:

—¿Tienes pito, papá?

—Vamos, ¿quieres marchar de ahí? —voceó Papá.

Pero Quico porfiaba en su inspección y los movimientos de cintura de Papá eran cada vez más rápidos y dislocados a fin de impedir el acceso del pequeño y su voz, en un principio reservadamente autoritaria, era ahora dura y contundente como la de un general:

—¡Vamos, aparta! ¿No me oyes? ¡Lárgate!

Quico, ante el fracaso de sus propósitos, intentó asomarse por entre las piernas de Papá y entonces Papá las cerró de las rodillas a los muslos y quedó en una actitud ridícula como de querer bailar el charlestón sin bailarlo, mientras chillaba: «¡Marcha!, ¿no me has oído?» y, al cabo, volvió a culear sin separar las piernas, cada vez más frenéticamente, porque Quico, ante el nuevo obstáculo, trataba ahora de quebrantar su resistencia atacando por los flancos. Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico:

—Eso no se mira, ¿sabes?

Quico levantó sus ojos azules, empañados por la decepción.

—¿No tienes pito? —inquirió.

—Eso no les importa a los niños —dijo Papá.

—Mamá dice que tú no tienes pito —añadió Quico.

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices?

Mamá atravesaba el pasillo llamando a comer. Papá levantó la voz:

—¿Qué tonterías le dices al niño de si yo tengo pito o no tengo pito?

Mamá se detuvo un momento. Dijo:

—Si cerraras la puerta del baño no te ocurrirían estas cosas.

Papá caminaba tras ella a lo largo del pasillo rezongando:

—Mira qué cosas se le va a ocurrir decirle al niño. Habráse visto disparate semejante.

Y Quico, que penetró en el comedor tras él, divisó la mesa puesta con el mantel azul bordado y los siete platos, y los siete vasos, y las siete cucharas, y los siete tenedores, y los siete cuchillos, y los siete pedazos de pan, y palmoteó jubilosamente y dijo:

—La mesa de los enanitos.

—Anda, trae el cojín —le dijo Mamá.

Y Papá, al sentarse y desdoblar la servilleta sobre los muslos, aún murmuró, haciendo un gesto de asombro con los labios:

—No me cabe en la cabeza; no lo comprendo, la verdad.

Marcos, con el flequillo sobre el ojo izquierdo, se sentó a la mesa levantando la pierna, sin separar la silla, y entonces dijo lo del avión derribado, y Juan hizo «ta-ta-tá» y preguntó si iba a tirar una bomba atómica, y Pablo afirmó que el fraile decía que las víctimas de la bomba atómica quedaban como si fueran de corcho, y Marcos adujo que no, que como de esponja, y buscó la corroboración de Papá, y Papá dijo que tenía entendido que más bien como de piedra pómez y, en éstas, Mamá, que servía a Quico canalones de la fuente que sostenía la Vítora, les dijo muy seriamente que si no podían cambiar de conversación, y para cooperar a ello le comunicó a Papá que Dora Diosdado se casaba, y Papá dijo: «¿Con ese pelagatos?», y Mamá que «Por qué pelagatos», y Papá «No tiene oficio ni beneficio», y Mamá, «Se quieren y ya es bastante». Papá permaneció unos segundos como expectante y al cabo dijo:

—Ya sabes lo que decía mi pobre padre.

—¿Qué? —dijo Mamá.

—Mi pobre padre decía que las mujeres son como las gallinas, que les echas maíz y se van a picar a la mierda.

Los niños rieron y Mamá frunció la frente y se le vio muy bien lo azul de los párpados entre los limones y las hojas verdes, rizadas, de escarola, y las escamas plateadas, primorosamente pintadas una por una, y Mamá se volvió a él y le dijo:

—¡Come!

—No me gusta —dijo Quico.

Mamá le arrebató violentamente el tenedor de la mano, cortó un pedacito de canalón y se lo metió en la boca. Quico mordisqueó sin

ningún entusiasmo. Dijo Mamá:

—Este chico me tiene aburrida.

—¿Qué pasa? —preguntó Papá.

Y Marcos le dijo a Pablo:

—Tengo que hacer una composición sobre el Congo y la ONU.

Mamá dijo:

—¿No lo ves? No hay manera de hacerle comer.

Dijo Merche:

—¡Vaya fácil!

—Sí, fácil —dijo Marcos.

Papá le dijo a Mamá:

—Déjale, qué manía de forzarle, cuando sienta hambre ya lo pedirá.

Pablo aclaró:

—Lo del Congo es como papá y mamá; si nos peleamos nosotros, nos separan, pero si se pelean ellos, hay que dejarles.

Mamá se irritó con Papá:

—Y si no la siente, que se muera, ¿verdad? Es muy cómodo eso. Los hombres todo lo veis fácil. —Se volvió a Quico—: ¡Vamos, traga de una vez!

Quico tragó estirando el cuello, como los pavos. Dijo mirando a Pablo:

—¿Se pegan papá y mamá?

Merche y Marcos rieron. De pronto se abrió un silencio. Quico recorrió una por una las caras inclinadas sobre los platos, indiferentes. Sonrió y exclamó súbitamente:

—¡Mierda!

Mamá cortó las risas de sus hermanos.

—Eso no se dice, ¿oyes? —dijo enfadada.

Quico consideró las risas retenidas de Merche y Marcos, sonriendo a su vez, mordiéndose el labio inferior, y repitió con más fuerza, desafiante, implacable:

—¡¡Mierda!!

Mamá levantó la mano, pero no llegó a descargarla; se contuvo ante la nuca encogida de Quico y dijo:

—¿No me has oído? ¡Calla o te doy un coscorrón!

La Vítora, conforme pasaba de uno en uno la fuente con los filetes, le dirigía cálidas miradas de complicidad. Después, mientras Mamá le cortaba el filete en fragmentos minúsculos, Quico sacó del bolsillo del pantalón el tubo de dentífrico y comenzó a girar el tapón rojo con rapidez. Sonrió prolongadamente:

—Es la tele —dijo.

—Déjate de teles y come —replicó Mamá.

Entonces Pablo mentó a Guillermito Botín y dijo que las chicas se volvían locas por él, y Merche dejó el tenedor en el plato de golpe, se llevó las dos manos al rostro y dijo:

—Qué horror, tan colocadito, me ataca.

—¡Atacan los indios! —dijo Juan. Puso una mano tras otra y enfiló el canto la mirada de su ojo derecho. Hizo: «ta-ta-ta».

Quico lo imitó, llevándose el tubo hasta el borde del ojo, e hizo también «ta-ta-ta», y Mamá le dijo «Come» y él masticó, cambiando de sitio el pedacito de carne, cada vez más estrujado, cada vez más reseco, bajo la atenta y desesperada fiscalización de Mamá que, al cabo de unos segundos, le dijo:

—Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de este niño son una calamidad.

Quico lo escupió. Era una bolita estoposa, de carne sin jugo, triturada, apisonada entre sus mandíbulas. Mamá le metió en la boca un nuevo pedazo de carne. Quico la miró. Desenroscó el tapón rojo:

—Es la tele, ¿verdad, mamá?

—Sí, es la tele; anda, come.

—No quieres que me se haga bola, ¿verdad, mamá?

—No, no quiero. Come.

—Si como, me hago grande y voy al cole como Juan, ¿verdad, mamá?

Mamá suspiró, pacientemente:

—No veo el día —dijo.

—Y cuando vaya al cole no me se hace la bola, ¿verdad, mamá?

—¿Verdad, mamá?, ¿verdad, mamá? —dijo Mamá irritada, sacudiéndole por un brazo—: ¡Come de una vez!

Quico le enfocó sus ojos implorantes con una vaga sombra de tristeza en su limpia mirada azul:

—¿Verdad, mamá, que no te gusta que diga «verdad, mamá»; verdad, mamá? —dijo.

Mamá tenía los ojos brillantes, como si fuera a llorar. Musitó: «Yo no sé qué va a ser de esta criatura». Depositó el pequeño tenedor en el plato de Quico y le dijo:

—Anda, come tú solo.

Quico cogió el tenedor con la mano izquierda.

—Con la otra mano —dijo Mamá, vigilante. Papá sonrió:

—Le asfixias la personalidad —dijo.

Mamá estaba nerviosa:

—Sí, ¿verdad? ¿Por qué no vienes a dárselo tú?

Dijo Papá:

—¿Sabes lo que decía mi pobre padre sobre los zurdos?

—Ni lo sé, ni me importa —dijo Mamá.

Papá parecía no oír a Mamá y prosiguió:

—Mi pobre padre decía que el zurdo lo es porque tiene más corazón que el diestro, pero los diestros les corrigen porque no toleran que otros tengan más corazón que ellos, ya lo sabes.

—Muy interesante —dijo Mamá.

—El fraile dice —dijo Juan— que escribir con la izquierda es pecado.

Quico abrió mucho los ojos:

—¿Y me llevan los demonios al infierno con la bruja y el gato de doña Paulina?

Papá mondaba delicadamente una naranja auxiliándose del tenedor y del cuchillo, sin tocarla con un dedo. Dijo Marcos:

—¿Está en los infiernos el Moro o en la basura?

Quico se quedó pensativo. Dijo, tras una pausa:

—La Loren lo tiró a la basura, pero Juan vio salir un demonio de los infiernos a por él, ¿verdad, Juan?

Entró la Domi en el comedor con la niña en brazos. La sostuvo un rato en alto:

—Di adiós a papá y a mamá, hija. Diles adiós.

Cris movió torpemente los deditos de la mano derecha. Dijo Quico:

—Hace con la mano como la Vito, ¿verdad, mamá?

Mamá le aplastó la cabeza contra el plato:

—Vamos, come y calla. ¡Dios mío, qué niño!

La Vito rió limpiamente. Dijo a media voz:

—¡Qué crío este, con todo da!

La gafedad de sus manos se acentuaba ahora, con el azoramiento, al mudar los platos, y cuando la Domi salió con la niña en brazos, Mamá dijo levantando levemente la voz:

—Domi, no le quite la fajita al acostarla. Está un poco suelta la niña.

Papá miró, de repente, con insistencia, como escrutándole, a Pablo:

—El domingo te imponen las insignias —dijo—. A las once en el estadio, no lo olvides. Va a ser un acto magnífico.

Pablo se sofocó todo y se encogió de hombros.

Añadió Papá:

—Parece como que te contrariara.

Pablo tornó a levantar los hombros, resignado. Intervino Mamá:

—¿No se te ha ocurrido preguntarle si quiere hacerlo? ¿Si sus ideas coinciden con las tuyas? Pablo ha cumplido ya dieciséis años.

Pablo tenía el rostro arrebatado. Los ojos de Papá revelaban un creciente desconcierto.

—¿Ideas? —dijo—; sus ideas serán las mías, creo yo. Además, esto no es tanto cuestión de ideas como de intereses.

No quitaba la mirada de su primogénito, pero Pablo no despegaba los labios. Encareció Marcos extemporáneamente:

—Cuéntanos cosas de la guerra, papá.

—¿Ves? —dijo Papá—, éstos son otra cosa. ¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa. —Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y agregó—: ¿O no?

—Tú sabrás —respondió Mamá—. Esas cosas suelen ser lo que nosotros queramos que sean.

—La guerra —dijo Quico, y destapó el tubo de dentífrico—: Éste era un cañón. ¡Boooom!

Los ojos de Juan se habían hecho redondos:

—¿Tú ibas con los buenos? —apuntó.

—Naturalmente. ¿Es que yo soy malo acaso?

Juan sonrió, como relamiéndose. Dijo:

—Yo quiero ir a la guerra.

—Tú no sabes —dijo Quico.

Papá sonrió:

—Eso es bien fácil —añadió—. En la guerra sólo existen dos preocupaciones: matar y que no te maten.

—Muy aleccionador —dijo Mamá, y se volvió a la Vítora—: Haga un zumo de dos naranjas para el niño.

Papá prosiguió, adoptando un gesto de hastío:

—Lo malo es la paz: el teléfono, la Bolsa, los líos laborales, las visitas, la responsabilidad del mando... —Su mirada, flotante, se concretó súbitamente, implacablemente, sobre Pablo—: ¿Tú qué piensas de todo esto?

Pablo volvió a sofocarse y a levantar los hombros. Se inclinó aún más sobre el plato de postre.

Papá se sulfuró:

—¿Es que no tienes lengua? ¿Es que no sabes decir sí o no, esto me gusta o esto no me gusta?

Juan no colegía las desviaciones de Papá. Su cerebro seguía una línea recta. Demandó:

—¿Tú mataste muchos malos, papá?

Papá dijo a Mamá, señalando a Pablo con un movimiento de cabeza:

—Ya le has malmetido tú, ¿verdad?

Dijo Juan:

—Di.

—Muchos —dijo Papá, sin mirarle.

Agregó Mamá:

—De sobra sabes que yo no intervengo en esto. Pero se me ocurre que a lo mejor Pablo piensa que es más hermoso no prolongar por más tiempo el estado de guerra.

—¿Más de ciento? —inquirió Juan.

—Más —dijo Papá. Pero miraba a Mamá y agregó—: ¿No será eso lo que tú piensas?

—Quizá —dijo Mamá.

Quico rió y dijo «quizá» y miró a Juan y repitió: «quizá» y volvió a reír, pero el plato que arrojó Papá por encima de su cabeza planeaba ya hacia el salón y se quebró de pronto, estrepitosamente, en mil pedazos al chocar contra el suelo. El vozarrón de Papá prolongó el estruendo durante un rato:

—¡Coño, con la pava esta! —voceó—. Esto no ocurriría si a tu padre le hubiéramos cerrado la boca a tiempo, en lugar de andar con tantas contemplaciones.

Las tres

Mamá se sentó en la butaca, frente a Papá, separados por la mesita enana con los *Paris-Match* y el cenicero verde, de Murano, a través del cual se veía el invierno. La Vítora barría con el escobón los fragmentos del plato roto y el siseo de las cerdas sobre la cera de la tarima producía un murmullo sedante. Uno a uno fueron entrando en el salón, con el abrigo puesto y la cartera en la mano, Merche, Pablo y Marcos.Lostres besaron,primero a Mamá —«Adiós, hijo»— y, luego, a Papá —«Que os vaya bien»— y Pablo, antes de salir de la habitación, se puso como firme y azorado: «Iré el domingo», y Papá respondió: «Conforme», pero sin mirarle y Pablo se marchó y en la habitación se hizo, nuevamente, el silencio. La Vítora ya había recogido los pedazos de loza y entraba ahora con la bandeja de plata y dos tacitas humeantes, y en medio el azucarero, de plata también, con dos serpientes enroscadas como asas. «La Selva», se dijo Quico casi sin voz. Observaba a la Vítora cómo se agachaba y depositaba la bandeja en la mesita enana y a Papá, luego, con los ojos perdidos, mirando algo que él no veía por encima de la cabeza de Mamá. Al concluir, la Vítora se acercó al sillón de Mamá, las manos, de dedos engarfiados, caídas sobre las caderas:

—Señora —dijo tímidamente—, ¿le traigo un poco de leche?

—No, gracias, Vítora —dijo Mamá.

Quico arrugó el ceño, miró a la Vítora, después a Mamá y, por último, a Papá, que revolvía indiferente el azúcar con una minúscula cucharita de plata.

Denegó algo con la cabeza y se aproximó a su madre:

—Mamá —dijo.

—¿Qué quieres?

—La Vito ha dicho leche —añadió con una vocecita apenas perceptible.

—En esta casa —respondió Mamá— son muchos los que dicen cosas inconvenientes. Luego nos extrañamos de que los niños hablen lo que no deben.

Quico se mordió el labio inferior y miró a Papá, sus ojos un poco extraviados por encima de la taza que se llevaba a los labios. Se llegó hasta él.

—Papá —dijo—. ¿Me pones un disco?

Papá dejó la tacita sobre el plato. Se pasó la lengua, muy vivaz, por los labios en un movimiento mecánico. Cerró los puños:

—¿Más discos? —dijo—. ¿Te parecen pocos discos todavía? Mira, Quico, en este mundo cada cual tiene su disco y si no lo toca revienta, ¿comprendes? Pero eso no es lo malo, hijo. Lo malo es cuando uno no tiene disco que tocar y se conforma con repetir como un papagayo el disco que estuvo oyendo toda su vida. Eso es lo malo, ¿comprendes? No tener personalidad. Tú eres Quico y yo soy yo, y si Quico quiere ser yo, Quico no es nada; un don nadie, un pobre diablo sin nombre y sin apellidos.

Quico abría mucho los ojos. Papá sacó una pitillera de oro, golpeó el pitillo tres veces contra la superficie de la mesita enana, lo encendió y recostó la nuca sobre el respaldo del sillón succionando golosamente. Al cabo, Quico miró a su madre. Mamá le dijo con rara suavidad:

—Quico, hijo mío, si en esta vida ves antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, serás un desgraciado. Lo primero que has de aprender en este mundo es a ser imparcial. Y lo segundo, a ser comprensivo. Hay hombres que creen representar la virtud y todo lo que se aparta de su juego de ideas supone un atentado contra unos principios sagrados. Lo de los demás es circunstancial y tornadizo; lo de ellos, intocable y permanente. Si te enrolas en su juego de ideas, tendrás personalidad, de otro modo serás un botarate, ¿me comprendes?

Mamá bebió de su tacita lentamente y se le movía mucho la nuez al tragar. Cuando depositó la taza en la mesa enana le brillaban los ojos. Del cuarto de plancha llegó un alarido de Juan y, seguidamente, el «ta-ta-tá» de su metralleta. Mamá pulsó el timbre con el pie y a los pocos segundos entró la Domi y Mamá dijo mientras prendía un cigarrillo con el encendedor de mesa: «Dígale a Juan que no chille así, va a despertar a la niña». Y cuando la Domi salió, Quico se acercó a

Papá:

—¿Estás enfadado? —preguntó.

Papá trató de reír, pero le salió de la boca un ruido raro, como una gárgara. No obstante, accionaba mucho con las manos y dilataba las aletillas de la nariz, simulando naturalidad:

—¿Enfadado? —dijo—. ¿A santo de qué? Lo que a mí me duele... —se interrumpió—: ¿Qué edad tienes tú, Quico?

Quico abatió los dedos anular y meñique de su mano derecha y dejó los otros tres enhiestos:

—Tres —respondió—. Pero voy a hacer cuatro.

Su rostro se hizo todo sonrisa. Añadió:

—¿Me regalarás un tanque el día de mi santo?

—Sí, claro, naturalmente, pero ahora escucha, Quico, esto es importante, aunque a tu edad no acabes de entenderlo. Lo que a mí me molesta es que siendo uno un hombre positivamente honrado, alguien venga a poner en duda la honradez de sus ideas. Si yo soy honrado, mis ideas serán honradas, ¿no es así, Quico? Por el contrario, si yo soy un tipo torcido, mis ideas serán torcidas, ¿de acuerdo? —Quico asentía maquinalmente y le miraba sin pestañear con sus ojos azules, infinitamente tristes. Papá prosiguió—: Bueno, esto es así y no hay quien lo mueva, ¿verdad? Entonces tú estás en la verdad, pero llega un pazguato o una pazguata, que para el caso es lo mismo, y trata de desmontar tu verdad con cuatro vulgaridades que le han grabado a fuego cuando niño. Y ahí está lo grave; a ese pazguato o a esa pazguata difícilmente podrás convencerles de que no tienen ideas, de que lo único que tienen es aserrín dentro de la cabeza, ¿me has comprendido?

Quico sonrió:

—Sí —dijo—. ¿Me comprarás un tanque el día de mi santo?

—Claro que sí. Lo malo es si alguien piensa que al regalarte un tanque te estoy inculcando sentimientos belicosos. Hay personas que prefieren hacer de sus hijos unos entes afeminados antes que verles agarrados a una metralleta como hombres.

Mamá carraspeó:

—Quico —dijo—. A palabras necias, oídos sordos.

Papá se inclinó hacia delante. Las aletillas de su nariz temblaban como un pájaro sin plumas; sin embargo, no miraba a Mamá, sino al niño:

—El día que te cases, Quico, lo único que has de mirar es que tu mujer no tenga la pretensión de que piensa.

—En el mundo —le dijo Mamá, y el cigarrillo se movía a compás de sus labios como si fuera un apéndice propio— hay personas absorbentes, que creen que sólo lo suyo merece respeto. Huye de ellas,

Quico, como de la peste.

Quico asentía, mirando ora al uno ora a la otra. Papá estalló:

—La mujer en la cocina, Quico.

Dijo Mamá, aureolada de humo, levantando levemente la cabeza:

—Nunca creas que tú eres la verdad, hijo.

Dijo Papá cada vez más exasperado:

—La mejor de todas las mujeres que creen que piensan, debería estar ahorcada, ¿oyes, Quico?

Las manos de Mamá temblaban ahora como las aletillas de la nariz de Papá. Dijo Mamá:

—Quico, hijo, las bestias no deberían vivir en el asfalto.

Quico levantó los ojos, cada vez más redondos, para mirar a Papá que se incorporaba. Le vio tomar el abrigo y el sombrero del armario ropero y corrió hacia él. Se detuvo al verle abrir la puerta. Papá se agachó. Su rostro parecía demudado:

—Oye, Quico —dijo—, ve y di a tu madre que se vaya a freír puñetas. Hazme este favor, hijito.

Sonó el portazo como el estampido de un cañón. Al volverse, Quico divisó a Mamá que lloraba; se doblaba por la cintura y se estremecía en vivas convulsiones. Se acercó a ella y Mamá le cogió en brazos y lo estrechó y Quico sintió la húmeda tibieza de sus lágrimas en la mejilla, la misma tibieza que sentía en las posaderas cada vez que se repasaba. Decía: «Hijos, hijos», y le apretaba firme contra su pecho. Quico le acariciaba mecánicamente y cuando vio a su madre más serena le dijo:

—Mamá, ¿vas a freír puñetas?

Y Mamá se sonó ruidosamente con un liviano pañuelito color de rosa y le dijo:

—No digas eso, hijo. Es un pecado.

Se levantó del sillón y en el espejo del vestíbulo se empolvó las mejillas y se arregló los ojos y los labios. Quico la miraba hacer, fascinado; luego, Mamá entró en la cocina y la Vítora, que fregaba los cacharros en la pila, le dijo con repentina decisión:

—Digo, señora, que si no la importa bajo yo o sube él. A despedirse, ¿sabe?

El transistor entonaba música de ayer y de hoy a un volumen destemplado. Mamá levantó el tono para acceder:

—Está bien, hija. Mejor que suba, ¿no? Andamos tan agobiados. Esa Seve yo no sé qué estará pensando.

A través de los cristales y de la rejilla del montacargas, Quico divisó a la Loren:

—¡Loren! —gritó—. ¡Loren! ¿Verdad que al Moro le han llevado los demonios al infierno?

La Loren se llevó las manos a la cabeza. Dijo a voces:

—¡Jesús, qué cosas se le ocurren a esta criatura! ¿Tan malo le hacías al Moro?

Chilló Quico:

—¡Juan le vio!

—¿Ah, sí, eh? Ya le voy a dar yo a Juan. El Moro se ha ido al cielo porque era bueno y mataba a los ratones, para que lo sepas.

—Ta-ta-tá —hizo Juan detrás de él.

Quico se volvió y sonrió:

—¿Matas a los ratones, Juan?

—Mato a los indios. ¡La conquista del Oeste! —dijo Juan.

Quico echó a correr por el pasillo, precediendo a su hermano y, de cuando en cuando, se volvía y decía: «ta-ta-tá» y Juan lo perseguía haciendo, a su vez, «ta-ta-tá», y al entrar en la habitación Quico se detuvo en seco, mirando con aprensión la lámpara de amplias alas:

—¿Qué pasa? —inquirió su hermano.

—Es el Ángel de la Guarda, ¿verdad, Juan?

—No, es el demonio que...

—¡No! —voceó Quico—. ¡No es el demonio, Juan!

—Que no, tonto, ¿no ves que es el Ángel?

Quico sonrió, mordiéndose el labio inferior:

—¡Ah! —dijo.

Advirtió, de repente, el bulto del pantalón, introdujo la mano en el bolsillo y desparramó por el suelo las chapas de Coca-Cola y Kas y el botón negro. Recogió éste con dos dedos y le dijo a su hermano:

—Anda, Juan, mira lo que tengo.

—¡Bah!, un botón.

—No es un botón; es un disco.

—Sí, un disco.

—Claro que sí.

Juan se dirigió a la librería y empujó con una mano la corredera de los bajos. Hurgaba entre la infinidad de cachivaches y sus profundos ojos negros se iluminaron al topar con la escopeta de corcho sin gatillo ni protector. La aculató en el hombro, enfiló su mirada por el cañón, guiñando un ojo, e hizo, moviéndola de un lado a otro: «tatatá», «ta-ta-tá». Quico se acercó por detrás. Había vuelto a guardar el botón en el bolsillo y sus cejas se enarcaban en una muda interrogante:

—Juan —dijo.

—¿Qué?

—¿Qué es puñeta?

—¿Puñeta?

—Sí.

Juan adelantó mucho el labio inferior y metió la cabeza entre los hombros:

—No sé —confesó.

—Mamá dice que es un pecado.

Juan meditó unos segundos:

—Será el pito, a lo mejor —dijo al cabo.

—¿El pito? ¿Es pecado el pito, Juan?

—Sí, tocarlo.

—¿Y si te escuece? A mí me escuece si me repaso.

—Eso no sé —dijo Juan. Y aculató, de nuevo, la escopeta, la volvió contra su hermano y le envió una ráfaga.

—¿Soy un indio? —preguntó Quico.

—No.

—¿No es la conquista del Oeste?

—No. Es la guerra de Papá.

Quico corrió a esconderse tras la butaca de plástico:

—Tú eras los malos —dijo Juan.

Se cruzaron unas docenas de disparos y finalmente Juan se impacientó:

—Te tienes que morir —dijo—. Yo tengo que matar más de cien malos, como papá. ¡Anda, muérete!

Quico se tendió en el suelo, inmóvil, el tubo de dentífrico en la mano derecha, los ojos entreabiertos observando a Juan. Juan se aproximó:

—No tienes sangre —dijo desalentado.

—¿Sangre?

—Sí, sangre.

—El Moro se ha muerto y no tenía sangre.

—Pero no era la guerra —dijo Juan.

De improviso se dirigió al primer cajón de la librería, tiró de él y sus ojos se posaron en la colección de frasquitos de tinta china. Repasó, rápidamente, uno por uno:

—No hay rojo —dijo.

Mas antes de acabar de decirlo ya se había incorporado, corrió al aseo y regresó con el tubo de mercurocromo:

—Túmbate —dijo con la mirada radiante.

Con el cuentagotas fue manchando de rojo la frente de Quico y las manos de Quico y las rodillas de Quico y, para concluir, vertió unas gotas sobre las baldosas y se alejó para contemplar su obra con perspectiva. Sonrió ampliamente:

—Ahora sí pareces un muerto de la guerra —reconoció.

Pero Quico se cansaba y se incorporó y, al moverse, barrió las gotas

frescas con el trasero. Se puso en pie de un brinco:

—Quiero pis —dijo.

—Anda, corre, no te repases —dijo Juan espantado.

Quico entró en el cuarto de baño rosa, forcejeó un rato, se levantó una pernera y orinó. Reía a la nada al hacerlo y canturreaba: «Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro». Al concluir regresó junto a su hermano. Juan le gritó apuntándole con la escopeta:

—¡Alto! Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito.

Quico sonreía sin entenderle. Añadió Juan:

—Tú tienes que levantar las manos, Quico.

Quico levantó las manos.

—Ahora —prosiguió Juan— tú sacabas la pistola y me matabas a mí.

Quico hurgó desmanotadamente en el bolsillo y al fin extrajo el tubo dentífrico, lo inclinó hacia su hermano y dijo:

—¡Pum!

—No —dijo Juan—. Di antes: «Toma, canalla».

—Toma, canalla —dijo Quico.

—No —agregó Juan—, luego dices: «¡Pum!».

—¡Pum! —dijo Quico.

—No —dijo Juan—. Antes tienes que decir: «Toma, canalla».

—Toma, canalla —dijo Quico.

—¡No! —dijo Juan enfadado—. Di: «Toma canalla, ¡pum!».

—Toma, canalla, ¡pum! —repitió Quico.

Juan se desplomó aparatosamente sobre las baldosas con la escopeta en la mano.

—Ya está —sonrió Quico—. Te he matado.

Juan se encontraba a gusto allí, soltó la escopeta y cruzó las manos sobre el vientre. Dijo Quico:

—Ya está, Juan, levántate.

Pero Juan no se movía. Puso los ojos en blanco y musitó como una letanía:

—He fallecido en el día de ayer confortado con los Santos Sacramentos y la bendición de...

—No, Juan —dijo Quico—. ¡Levántate!

Juan prosiguió:

—Mi padre, mi madre y mis hermanos participan tan sensible pérdida y ruegan una oración por el eterno descanso de mi alma.

—Levántate, Juan —repitió Quico.

Juan entreabrió los ojos, miró hacia la pantalla de amplias alas y dijo con voz de ultratumba:

—Y el demonio con el rabo tieso y los cuernos afilados…

—¡No, Juan, levántate! —voceó Quico.

Entonces se oyó el llanto de la niña. Juan se incorporó de un salto:

—¡Cris! —dijo—, se ha despertado.

Los dos juntos penetraron en el cuarto de la pequeña que hacía: «A-ta-ta» y Juan abrió la ventana y la niña sonreía con los mofletes arrebolados y Quico la destapó y tocó sus posaderas y salió desalado pasillo adelante, voceando:

—¡Domi, Cris se ha hecho pis en la cama!

Luego, se llegó al salón y antes de entrar ya dio el parte a grandes voces y Mamá estaba con la tía Cuqui que se echó a reír al verlo y dijo: «Huy», y Mamá se excitó toda:

—¡Ave María! —dijo—. ¿Quién te ha puesto así?

Quico se detuvo en medio de la habitación:

—¿Cuál? —dijo.

—Cuál, cuál —dijo Mamá levantándose y tomándole por un brazo y zarandeándole—. Pero ¿es posible? El pantalón nuevo —le dio dos azotes—. ¡Vítora, Domi!

Vino la Vítora y al verle los manchones rojos en la frente y las manos y las rodillas y las posaderas se asustó:

—¡Jesús! —dijo—. Le han puesto como a un Santo Cristo.

Las cuatro

Después de lavarle la cara, las manos y las rodillas y mudarle el pantalón, Quico descansaba en el regazo de tía Cuqui, que era suave y confortable como un edredón de plumas, y, entre sus brazos, se sentía increíblemente pequeño y protegido:

—Eres muy bonito, chiquitín, pero que muy bonito. —Tía Cuqui hablaba bajo y como con música y sus besos no restallaban junto al oído, como los de la Vítora, hasta casi ensordecerle.

En el salón reinaba un orden pulcro y un silencio estimulante y, para no desentonar, o tal vez porque acababan de lavarle la cara, las manos y las rodillas, Quico charlaba en un tono de voz casi confidencial:

—Hoy no me hecho pis en la cama —dijo.

—Mi chiquitín es muy limpito, ¿verdad?

—Sí, y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—¿También caca?

—Sí, es una marrana, no lo pide.

—Es pequeñita, ¿oyes? Cris es pequeñita y no sabe pedirlo. Tú vas a

enseñarla a pedir caquita, ¿verdad, mi chiquitín?

—Sí.

Tía Cuqui sabía tenerle en brazos sin que él se impacientase, sin que notara en los muslos las costuras del pantalón, sin asfixiarle. La voz de tía Cuqui le amansaba, le arrullaba, predisponiéndole al sueño y a ser infinitamente bueno y por los siglos de los siglos. Entró Mamá con su habitual gesto de gravedad un poco acentuado:

—No lo quieras, tía —dijo—. Ha sido malo.

Ella lo estrechó instintivamente:

—Él no es malito; ha sido sin darse cuenta.

—Y no me he hecho pis en la cama —dijo Quico.

—Claro. El chiquitín no se ha hecho pis en la cama.

—Y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—Ya ves —dijo tía Cuqui.

Quico acomodó la cabeza entre los frondosos, mollares pechos de tía Cuqui. Entornó los ojos:

—Se ha muerto el Moro —dijo de pronto.

—¿El Moro?

—El gato de Paulina, mujer —dijo Mamá, sentándose. Y añadió, después de encender un cigarrillo y lanzar una bocanada de humo—: Estoy horriblemente fatigada. Continúo en crisis parcial, ¿sabes? Esto del servicio se pone cada día más difícil.

—¿La asistenta? —dijo tía Cuqui.

—Hija, la asistenta y la Seve. Hace una semana que marchó al pueblo. Dice que su madre no anda bien. Vete a saber.

La voz de la tía Cuqui era como un hilito rojo, de tan fino y agudo:

—Yo no sé qué pasa —dijo riendo— que las madres de las criadas casi siempre están muriéndose, ¿no te has fijado?

—El Moro se ha muerto —terció Quico incorporándose.

Tía Cuqui le estrechó contra sí:

—¿De modo que se ha muerto el gatito? ¿Se ha muerto tu amiguito? ¡Pobre tesoro! ¡Pobre corazón tierno!

Mamá tejía una lana gris con ágiles movimientos de muñeca y, de cuando en cuando, las agujas metálicas, al entrechocar, hacían el mismo ruido que las tijeras de Fabián al cortarle el pelo. Sus ojos seguían el curso de la labor y, al concluir una vuelta, empujó maquinalmente los puntos contra la cabeza de la aguja y miró a tía Cuqui. Dijo:

—Le contemplas demasiado.

—¡Oh, no, no digas eso! Este niño necesita un cariño especial, Merche. No olvides que hasta hace un año era el rey de la casa. Es el príncipe destronado, ¿oyes? Ayer todo para él; hoy, nada. Es muy

duro, mujer.

La voz de Mamá era suave pero implacable:

—Tonterías —dijo—. Yo he destronado ya cuatro príncipes sin tantos paños calientes y me ha ido muy bien.

—Has tenido suerte, eso es todo. Pero mira lo que dicen los psiquiatras.

—¿Qué?

—Los complejos y eso. Todo eso viene de cuando niños, ya ves. Una cosa a la que no le das importancia y, a lo mejor, de mayor, un complejo. Son cosas muy enrevesadas ésas, pero Pepa Cruz, ya lo oyes, antes una enfermedad que un complejo. Es muy serio, hija, eso de los complejos.

La voz de Mamá sonaba entreverada con el chasquido de las agujas:

—Tontunas —dijo. Y repitió—: Tontunas. Si te fueras a fiar de los psiquiatras no podrías dar un paso.

Tía Cuqui bajó la voz:

—Mira el chico de la Peláez, bien cerca lo tienes.

Cesó el chasquido de las agujas:

—¿Qué?

—¿Qué? Pues que Luisa probándose delante de él hasta los quince años y que ahora se ha casado y que su mujer no le dice nada. Han pedido la anulación a Roma.

La voz de Mamá sonó un tanto alarmada:

—¿Es cierto eso?

—Mira.

Volvió a oírse el tintineo metálico de las agujas. En el regazo de Mamá había un cilindro de plástico con una cremallera donde encerraba la labor cuando terminaba. Al hablar tía Cuqui su pecho subía y bajaba, como si tuviera amortiguadores, y daba una resonancia especial que adormecía a Quico:

—Son muy chiquitines —dijo—. Pobrecitos, todo cuidado es poco. A mí me dan mucha lástima los niños chicos; sufren. Nosotras no lo vemos pero sufren. Hay que ir con mucho tiento. Mira este pobre. Hasta ayer dueño de la casa; hoy, nadie. Poco a poco. Las cosas hay que hacerlas poco a poco, sobre todo si andan por medio los complejos. Ponte en su lugar, Merche, ayer el benjamín, todos alrededor de él; hoy, nada, el quinto de seis hermanos; lo último.

La voz de Mamá sonaba ahora rutinaria y fría:

—Me parece que exageras, Cuqui.

Se abrió un silencio. Mamá y tía Cuqui hablaron, seguidamente, de los partos y, más tarde, pasaron revista a los ecos de sociedad. Por último se enzarzaron en animada conversación sobre cocina. Y se decían: «Tienes que darme la receta, mujer», o «¿Y dices que queda

bueno?», o «Sale más económico de lo que parece, ya ves».

Y Quico escuchaba la resonancia de la voz de tía Cuqui en su pecho —el de tía Cuqui— y, cuando tía Cuqui le dijo a Mamá «fríes una cabeza de ajo en un dedo de aceite», el niño se incorporó:

—¿Es una cabeza de ajo una puñeta, tía Cuqui?

—¡Qué disparate! —dijo tía Cuqui, y Mamá se encendió hasta la raíz del pelo. Quico prosiguió:

—Papá quiere que mamá fría puñetas.

—¡Qué disparate! —repitió tía Cuqui.

Terció Mamá ofuscada:

—No le hagas caso, cosas de chicos.

—Papá lo dijo —agregó Quico tímidamente.

Mamá, tras una pequeña vacilación, recuperó su tradicional energía:

—Papá no dice esas cosas; no mientas —se volvió hacia la tía Cuqui—: Quisiera saber dónde aprende este chico esas palabrotas.

Quico la miraba con sus atónitos ojos azules, el rubio flequillo hasta las cejas, anonadado. En ese instante se oyó ruido de cristales y las voces de la Domi y la Vítora. Mamá salió como un relámpago y Quico forcejeó hasta que su tía lo dejó libre, resbaló por sus faldas hasta el suelo y corrió tras de su madre por el pasillo. Al entrar en la cocina, Mamá golpeaba ya a Juan en el pestorejo y le decía una y otra vez: «Te he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota, ¡sin propina!». El cristal más alto de la puerta del montacargas aparecía quebrado. Domi, en un rincón, le hacía «tortitastortitas» a Cris y cuando Mamá le dijo «Y usted, ¿para qué está aquí?», la Domi respondió: «Pero ¿usted cree que me hacen caso, señora?», y la Vítora, que se apoyaba en la fregona, sonrió imperceptiblemente. Entonces, Mamá dijo que la cocina no era lugar para los niños y que al cuarto de jugar. Y cuando la Domi, con la niña en brazos y Juan y Quico detrás, se encaminaban hacia el cuarto de jugar, Mamá les oseaba, moviendo las dos manos, y le dijo a la Domi que a ver si era capaz de entretenerlos al menos media hora y que si podía pasar media hora tranquila sin oír a los niños y sin que hicieran alguna se daría por satisfecha, porque estaba aburrida de niños y de seguir así terminaría en el manicomio. Y al decir esto, empujaba a Juan y a Quico, y Juan y Quico apresuraban el paso y cuando, finalmente, se vieron a solas en la habitación, Quico miró para la lámpara recelosamente y Juan se sentó en la butaca con gesto adusto, sosteniendo en las piernas *La Conquista del Oeste*. La Domi estaba irritada y le dijo a Quico:

—Anda, vete a orinar. Ahora sólo falta que te mees tú las bragas, marrano.

Quico abrió las piernas, se pasó las dos manos por los bajos del pantalón y le dijo:

—No, Domi, toca; ni gota.

—Anda.

Quico salió y volvió al poco rato.

—No me sale —dijo.

—Bueno, a ver si te va a salir cuando menos falta haga.

La Domi apretujó a Cris y le dijo: «¡Hija!» y, después, tomó su mano regordeta, que tenía hoyos donde los adultos tienen huesos, y la golpeó simbólicamente con ella la cabeza mientras decía: «Date-en-la-mochita, date-date-date». Quico la observaba, mas, de inmediato, se cansó de aquel juego y se acercó a Juan y Juan dejó de leer y le dijo confidencialmente:

—Me voy a escapar de esta casa.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Dónde, Juan?

—Donde no me peguen.

—¿Cuándo, Juan?

—Esta noche.

—¿Te vas a escapar esta noche de casa, Juan?

—Sí.

—¿Con otra mamá?

—Claro.

Quico se quedó sin habla. Añadió Juan acentuando el tono confidencial y señalando las camas de Pablo y Marcos:

—Haré cuerdas con las sábanas y las ataré y me marcharé por el balcón.

—¿Como los Reyes, Juan?

—Como los Reyes.

Quico pestañeó varias veces y, al cabo, dijo abriendo una amplia sonrisa:

—Yo quiero que los Reyes me traigan un tanque. ¿Tú, Juan?

—¡Bah! —dijo Juan.

La Domi se volvió a ellos:

—¿Qué estáis tramando ahí?

—Nada —respondió Juan.

Quico sacó del bolsillo el tubo de dentífrico y divagó un rato por la habitación arrastrándolo por el suelo remedando el zumbido de un motor y haciendo «piii-piii», como un claxon, de cuando en cuando. Bajo la cama de Pablo vio brillar algo y se acercó. Era una punta. La cogió, miró a la Domi y la guardó en el bolsillo. Se puso en pie y guardó también el tubo de dentífrico. Finalmente se arrimó a Juan:

—Me aburro —dijo.

Juan leía *La Conquista del Oeste*. Quico divisó un cromo con mucho azul y agarró a la Domi de la bata negra y la obligó a mirar y dijo:

—Mira, Domi, San Sebas.

—Sí —dijo Domi.

—¿Te acuerdas de Mariloli?

—Y de Bea.

—¿También de Bea?

—A ver. Bea también es de Dios, ¿no?

—Yo quiero ir a San Sebas, Domi.

—Cuando haga calor. Ahora hace frío.

—En San Sebas hay vacas, ¿verdad, Domi?

—Claro.

Quico permaneció unos momentos meditabundo. Dijo:

—Domi, cántanos lo del niño que comía con las vacas, anda.

Juan cerró el álbum.

—Sí, Domi —dijo—, cántalo.

La Domi sostenía a la niña sobre la mesa-camilla y la niña gateaba y hacía «a-ta-ta» o se volvía y hurgaba a la Domi en la nariz, y en los ojos, y en las orejas.

—Calla, Cris —dijo Quico—. La Domi va a cantar.

—Siéntate en tu silla —dijo la Domi imperativamente.

Quico arrastró la butaquita de mimbre a los pies de la mujer y se sentó. Juan y Quico levantaban sus caritas expectantes. La Domi carraspeó; entonó al fin:

> Prestad mucha atención
> al hecho criminal
> de un padre ingrato, degenerado,
> hombre sin corazón,
> sin ninguna piedad,
> que en Valdepeñas ha secuestrado
> a un hijo suyo,
> este hombre infame,
> en un establo y sin comer,

La Domi imprimía a la copla unas inflexiones, unos trémolos que subrayaban el patetismo de la letra. Quico le miraba el hueco negro en la fila de dientes de abajo, aquel vano oscuro que acentuaba la gustosa sensación de terror que le recorría la espalda como un escalofrío:

> cuando las vacas toman el pienso,
> alfalfa fresca come él también,
> pues los mendrugos no son constantes,

no suficientes para comer.
El padre que cuenta se da
y la madrastra por igual,
palos le daban al inocente,
su cuerpo es pura llaga
por este padre tan cruel
la bestia humana del siglo veinte.

La Domi los miró un instante y, por un momento, se ablandaron sus pupilas, aceradas e inmóviles como las de un halcón. Suavizó la voz para rematar:

Llorad, madres, llorad,
porque hijos tienes tú,
que es una pena ver la criatura
sin pan, agua, ni luz,
cargar con esta cruz
medio enterrado entre la basura.

Quico y Juan escuchaban con la boca abierta. Tardaron unos segundos en reaccionar. Quico miró a Juan y sonrió. Juan dijo a la Domi:

—¿Ya está?

—Ya. Por una perra gorda no dan más.

Quico se agarraba al borde del asiento de su butaquita de mimbre y la arrastraba sin cesar de sonreír. Dijo:

—¡Qué bonito! ¿Verdad, Juan?

Él mismo asentía a sus palabras con la cabeza. Súbitamente se puso en pie, agarró a la Domi los bajos de la bata negra y exigió:

—Lo de Rosita Encarnada, Domi, anda.

El rostro de Juan irradió:

—Sí, Domi, lo del puñal de dos filos.

Cris dijo «a-ti-ta» y Quico dijo, feliz:

—Ha dicho Rosita, Juan, ¿la has oído? —Y rió mientras volvía a sentarse, y repitió—: Cris ha dicho Rosita. —Miró a Domi—: Cris ya sabe hablar, ¿verdad, Domi?

La Domi cortó:

—Bueno, ¿canto o no canto?

—Sí, Domi —dijeron los dos niños a coro.

La Domi se aclaró la voz que salió, no obstante, de sus labios un poco gangosa, un poco arrastrada, como la de los ciegos:

Ya venimos de la guerra de África

y todo esto lo trae la pasión.
Ya venimos del África todos
a encontrarnos con el viejo amor.

La Domi obscureció la voz. Siempre que hablaba el Soldado bajaba la voz tanto que parecía que cantaba dentro de una caja de muerto:

Me juraste, Rosita Encarnada,
que con otro hombre no te casabas
ahora vengo a casarme contigo
y me encuentro que ya estás casada.

La Domi hizo un alto estudiado y miró a los dos pequeños, inmóviles, como hipnotizados. Su voz se aflautó, se hizo implorante y desgarrada, de pronto:

¡No me mates, por Dios, no me mates!
No me mates, tenme compasión;
ese beso que tú a mí me pides,
ahora y siempre te lo he de dar yo.

Juan denegó con la cabeza. Sabía que el Soldado no la besaría. Siempre temía, sin embargo, que cediera y terminara besándola. Quico le miró con el rabillo del ojo y denegó también sin saber bien a qué. La voz de la Domi se tensó y, aunque brumosa, se hizo más vivaz y dramática:

Yo no quiero besos de tus labios,
lo que quiero es lograr mi intención,
y sacando un puñal de dos filos,
en su pecho se lo atravesó.

Los rostros de los dos niños resplandecían. Dijo Juan arrugando la cara:

—Dos filos. ¡Dios, Domi, cuánta sangre echaría!

—Calcula —dijo la Domi—. Una mujer joven, bien criada y en sazón, pues ya ves, hijo, como un choto.

Quico miraba a la mujer, concentrado, obstinadamente.

—Un choto —dijo—. Cántanos otra vez lo del niño que comía con las vacas, anda, Domi.

—No —respondió la vieja—. Ya no canto más. Luego se me irritan las anginas y no me puedo dormir.

Quico se hallaba tan transportado, tan absorto, que no notó las ganas hasta que sintió el calor y la humedad, de forma que cuando

echó a correr y levantó la tapa de la taza rosa ya se había repasado.

Las cinco

Andaba huido entre las camas y los armarios y cada vez que la Domi lo miraba cruzaba una pierna con la otra para ocultar la huella delatora. La Domi jugaba con Cristina y le mostraba los automóviles que desfilaban por la avenida, y le daba en la mochita y tan sólo, de rato en rato, preguntaba por pura fórmula:

—¿Qué haces, Quico?

—Nada —respondía Quico, y evitaba andar despatarrado, aunque el pantalón le tiraba y le raspaba la cara interna de los muslos.

Juan leía de nuevo *La Conquista del Oeste* y la mayor preocupación de Quico, ahora, era detectar los ruidos que se producían más allá de la puerta. Sintió tres veces el teléfono blanco y por tres veces descansó pensando que Mamá respondería. Mas intuía que la hora de merendar estaba próxima e intuía que a Mamá le bastarían diez segundos para advertir que se había repasado. Permaneció en un rincón abanicándose con un libro y luego quieto, un rato, en la mesa-camilla, pero nada era suficiente para borrar aquella mancha de humedad, cada vez más enojosa y humillante. Y cuando la Domi le preguntaba: «¿Qué haces, Quico?», él se sobresaltaba y respondía: «Nada». Y una vez le dijo: «¿No tienes gana de orinar, Quico?». Y él respondió con un tono de voz tan opaco como el del novio de Rosita Encarnada: «No». Y la Domi porfió: «No vengas con el no y luego vaya a resultar que sí». «Que no, Domi», repitió Quico. «Bueno —añadió la Domi—, tú verás, pero como te repases, te corto el pito.» «Bueno», dijo Quico, oculto en el rincón que formaba la cama de Marcos con el armario.

Pero Mamá era tan fina de olfato como un sabueso y, tan pronto entró en la habitación con las meriendas —elogiando su comportamiento— y divisó a Quico arrinconado, dijo a media voz: «Qué mala espina me da», y añadió severamente:

—¡Quico!

—¿Qué?

—Ven.

—No.

—Que vengas.

—No.

—¿No me has oído?

—No.

—Mira que es rebelde este niño. ¡Ven aquí ahora mismo!

Quico se desplazó unos centímetros del rincón, dando saltitos para no abrir las piernas y apretando los labios, en una actitud como de desafío:

—Ya estoy —dijo.

—¡Aquí! —dijo autoritariamente Mamá.

Quico dio otro par de saltitos. Juan le miró y dijo:

—Eso es que se ha repasado, seguro.

—No —dijo la Domi—. No hace dos minutos que el niño salió al retrete, a orinar, ¿verdad, hijo?

—Pues me temo que sí —dijo Mamá enojada—. ¡Vamos, Quico, no lo digo más veces!

Mas como Quico ronceara fue Mamá la que se acercó a él, le palpó la entrepierna y le sacudió tres sonoros azotes, mientras decía: «¡Cochino, más que cochino, no ganamos para pantalones!». Luego dijo, por la fuerza de la costumbre, «Sin propina» y, por último, le preguntó malhumorada a la Domi para qué estaba ella allí y la Domi respondió que «qué iba a hacerle ella, que como no le pusiera una pinza de la ropa» y, en éstas, Mamá se enfureció y dijo que bastaba con tener un poco de cuidado y que si la pagaba era para que respondiera no sólo de Cristina sino de los dos pequeños. Se enzarzaron en una viva discusión y Quico se deslizó furtivamente hasta el pasillo y, en una carrera, llegó a la cocina. La Vítora fregaba con una esponja el sintasol rojo y le dijo al verlo:

—¿Qué pasa, Quico?

—Nada.

Cruzó hasta el cuarto de plancha y se escondió tras la cortina de la cama-armario. La Vítora lo seguía:

—Ven acá, Quico —dijo.

A Quico se le hinchó la vena de la frente:

—¡Mierda, cagao, culo! —voceó.

La Vítora se puso en jarras. Descorrió la cortina y se agachó:

—Vamos, a la Vito le sales ahora con ésas. ¿Qué te ha hecho la pobre Vito?

Quico no respondía. La Vítora añadió:

—Si no te quiere la Vito, ¿quién te va a querer? ¿No es buena la Vito? Vamos, habla.

Quico apretaba los labios sin responder. Prosiguió la Vítora:

—Te has repasado, ¿verdad? Cuándo vas a aprender a orinar como un hombre, ¿di?

—No sé —dijo, al fin, Quico, consternado.

La Vítora se secó con el trapo de secar los vasos. Sus manos hacían ángulo obtuso con los antebrazos. Abrió el armario rojo, cogió unos pantalones y se sentó en la silla baja.

—Ven acá —dijo.

Quico se acercó sumisamente. Ella le desabotonó los tirantes:

—Te ha calentado la mamá, ¿verdad?
—Sí.
—¿En el culo?
—Sí.
—¿Te vas a volver a repasar?
—No.
—A ver si es verdad.
Lo sacó a la cocina. Le dijo:
—Aguarda aquí; la Vito se va a arreglar.
—¿Vas a salir de paseo, Vito?
—No. Va a subir el Femio.
—Ah.
La oía desvestirse al otro lado de la puerta y súbitamente exclamó:
—¡Vito!
—¿Qué?
—Me voy a cortar el pito.
La Vítora apareció en la cocina en combinación, los ojos dilatados de espanto.
—Ni se te ocurra —dijo.
—Sí —dijo Quico—. Con una cuchilla de papá.
—Mira —respondió la Vítora—, si haces eso, te mueres, de modo que ya lo sabes.
Tornó al cuarto de plancha, pero no cerró la puerta. De cuando en cuando se asomaba y veía al niño inmóvil, bajo el tubo de neón, de espaldas a ella. Entró Mamá y le alargó un bollo suizo con jamón dentro.
—Ten —dijo con el ceño fruncido. Volvió el rostro a la puerta entreabierta—: Vítora, cuide de que lo coma.
—Descuide —dijo la Vítora.
Mamá salió. Quico mordisqueó el bocadillo. Cuando apareció la Vítora con los labios rojos y el borde de las pestañas azul, embutida en su traje de fiesta, Quico dijo:
—Qué bien hueles, Vito.
—Ya ves.
—¿Es para que te huela el Femio?
—A ver.
Y cuando la Vítora concluía de darle pacientemente el bocadillo, sonó una tímida llamada: «Riiim».
—Es él —dijo la Vito, excitada.
—¿Femio?
—Femio. Corre a abrir. —Se sacudió las migas de la falda.
Quico quedó extrañado ante el uniforme. Lo miró de arriba abajo. El

recluta se sentía acobardado:

—¿Vive aquí...? —comenzó.

—¡Pasa, Femio! —gritó la Vítora desde dentro.

Quico lo seguía, observándole las botas, la gorra que portaba en la mano, el fuelle de la guerrera. Dijo al cabo:

—¿Vas a matar a Rosita Encarnada?

—Mírala —dijo Femio—. Ya es espabilada la chavala, ya.

La Vítora parecía enfadada:

—Es niño, cacho patoso —dijo—. Además, ¿qué sabe la criatura?, siéntate.

Femio se sentó en una de las sillas blancas; se justificó:

—Estos chavales de casa fina, ya se sabe; ni carne ni pescado.

Quico lo miraba según hablaba y las palabras de Femio salían de su boca monótonamente, como empastadas. Atacó la Vítora:

—Oye, majo, ¿es que quieres que a los cuatro años la criatura tenga bigote?

El soldado levantó los hombros tres veces seguidas, como si fuese a caballo sin controlar la cabalgadura:

—Yo no digo nada —dijo—. A mí que me registren.

Quico continuaba examinándolo maravillado. Le dolió que Femio no le prestase una atención más próxima y se plantó delante de él:

—Me voy a cortar el pito —dijo, abriendo las piernas.

Femio le señaló con el pulgar.

—¡Vaya un prójimo! Apunta clase el chavea —hizo un cómico visaje—: No creas —añadió—, a lo mejor no es mala solución.

—Con una cuchilla de papá —añadió Quico.

—¿Estás tonto? Y te mueres —dijo la Vítora, sofocada.

—Déjale —dijo Femio—. No quiere problemas.

La Vítora se puso en jarras:

—Si vienes a malmeter a la criatura —dijo—, ya te estás largando.

Femio adelantó las dos manos:

—Calma —dijo—, calma. Ante todo quiero que sepas que si yo me voy allá no es por voluntario. Y otra cosa: que si tú tienes hoy mala leche, yo la tengo peor.

La Vítora se dobló hacia él. Le hablaba a gritos:

—No enseñes esas cosas a la criatura, ¿oyes? ¡No hables así, que no estás en la cantina!

Femio calló. La Vítora fue dejándose resbalar poco a poco hasta quedar sentada en la otra silla, muy rígida. Quico observaba al soldado con atención creciente. Dijo de pronto:

—¿No tienes puñal?

—No, majo.

—¿Y vas a África?

—¡Qué remedio!

—Y cuando vuelvas, ¿matarás a la Vito?

Femio se revolvió en la silla.

—¡Qué jodío chico! —dijo—. No piensa más que en matar, parece un general.

La Vítora seguía en silencio. Femio tarareó una canción tamborileando acompasadamente en un botón con los dedos y procuró un armisticio:

—¿Y es el más chico éste?

—El quinto es —dijo la Vítora.

—¡Mira, como yo!

Terció Quico:

—¿Soy como tú?

—A ver.

—Pero yo no tengo vestido.

—¿Vestido? ¿Qué vestido?

El niño acercó reverentemente un dedo hasta rozar el caqui.

—Más te vale —dijo el Femio. Volvió los ojos hacia la Vítora—: Parla como una persona mayor. Vaya pico que se gasta. ¿Y es el más chico?

—La niña está —dijo la Vítora.

—Seis —añadió el Femio, y ladeó la cabeza—. No está mal.

—Y lo que venga —dijo la Vítora.

—¡Madre! Claro que mejor puede él con dos docenas que yo con uno.

—¿Y qué sabes tú?

Con el pulgar, Femio señaló la puerta de comunicación:

—¿El andoba? —dijo—. No se ahorca por cien millones, ya ves tú.

—Muchos millones son ésos.

Femio echó los brazos por alto:

—A ver —dijo—. Ahora, que tú estés aquí a gusto por siete reales, ése es otro cantar.

Quico no se movía, pero cuando Femio acabó de hablar dijo:

—¿Tampoco tienes pistola?

—Tampoco.

—A mí me va a traer una la tía Cuqui.

—Mira, pues ya tienes más que yo.

La Vítora parecía decepcionada. Apoyó un codo en la mesa y recostó la cabeza sobre la mano:

—Y el Abelardo, ¿qué?

—Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.

—¿No la habréis liado?

—Tanto como eso, pero vamos. De que salimos de la Caja va y me dice: «Tú eres un desgraciado». Y lo que yo le dije: «Oye, oye, padre y madre tengo, cinco dedos en cada mano y lo otro, así que de eso nada». El gicho quitó hierro y va y me dice: «Yo... no iba por ahí. Tú todo te lo tomas por donde quema». Y lo que yo le dije: «Mira, Abelardo, antes de hablar, avisa la dirección para evitar equívocos». ¡Qué te parece!

Femio levantó la cabeza y curioseó la pieza. Luego se puso en pie. Iba afianzándose. Quico lo consideraba en toda su estatura. Femio se desabotonó un bolso de la guerrera y sacó un «Celta». Al prenderlo, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Dijo, tras una fumada profunda:

—Ya está curioso esto, ya.

Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y esto?

—Para fregar con agua caliente —dijo la Vítora.

Sonrió el Femio.

—Hay que ver —dijo—. A todo lujo.

Quico le tiró tímidamente del vuelo del pantalón:

—Femio —preguntó—, ¿vas a matar muchos malos?

—No, majo —se encorvó hacia el niño—. Yo no gasto.

—Mi papá mató cien.

—Tu papá apunta por lo fino.

De pronto, sin que nadie lo sospechara, la Vítora rompió a llorar, con los ojos aplastados contra el antebrazo.

El Femio se aproximó a ella.

—Tampoco te lo tomes así —dijo.

La Vítora hipaba, sollozaba, murmuraba palabras ininteligibles. El niño le abrazó las piernas.

—No llores, Vito —dijo.

Añadió el Femio:

—¿Puede saberse qué mala idea te ha dado? Allá, por no haber, ni mujeres, de modo que ya lo sabes.

La Vítora alzó la cara anegada en lágrimas:

—¿Y las negras? —preguntó.

El Femio hizo una mueca displicente:

—¿Son mujeres las negras?

A la Vítora se le cortó el llanto de repente.

—Mira —dijo—. Para lo que vosotros andáis buscando, sobran.

El Femio le pasó el brazo por la espalda y deslizó la mano por el

escote:

—A mí me gusta lo blanco, ya lo sabes; cuanto más blanco, mejor.

La Vítora le apartó la mano.

—Vamos, quita —dijo. Sonrió entre las lágrimas—. No veo el momento —agregó— de verme otra vez contigo en el guateque del señor Macario, fíjate.

—¿Ahí? —dijo el Femio—. Ni amarrado, después de lo del domingo.

—¡Anda! ¿Y qué va a hacerle él?

—Ponerse en regla, que es lo que debe. ¿Tú crees que es plan aflojar ocho barbos para pasarse la tarde saltando por la ventana cada vez que asoma la poli?

—Vamos, no digas, que yo me meé de risa.

Quico se acercó a ella:

—¿Te has repasado, Vito? —dijo.

La Vítora se puso en pie de un salto:

—¡Quita esa mano, vamos!

El Femio lanzó la colilla al suelo:

—Mira si se gasta picardía el chaval.

La Vítora se ofuscó.

—No te pienses que lo hace con malicia —dijo.

Estaban de pie el uno junto al otro.

—Yo no creo nada —la sujetó por la cintura.

Quico tironeó de nuevo del vuelo de sus pantalones:

—¿Por qué no duermes aquí, Femio?

La Vítora se separó del soldado.

—No hay cama, majo.

—Sí —dijo Quico.

—¿Dónde, a ver?

El niño señaló el cuarto de plancha:

—Ahí, en la de Seve, contigo.

La Vítora se llevó las manos al rostro.

—¡Válgame Dios! —dijo—. ¿Quieres callar la boca?

—Como papá y mamá —dijo Quico.

El Femio reía, levemente acobardado:

—¿Sabes que aquí, para ser tan joven, no tiene malas ideas?

Miraba al chico socarronamente, sacó otro «Celta» y lo encendió entornando los ojos y haciendo pantalla con las manos. Dijo Quico:

—¿Está lejos África, Femio?

—Lejos.

—¿Más que el estanque de los patos?

—Más.

—¿Más que la Feria?

—Más.

Quico meditó unos segundos:

—¿Y más que la Otra Casa de Papá?

—Más.

Quico agitó los dedos de la mano derecha:

—¡Jobar! —dijo.

La Vítora estaba todavía trastornada. Dijo:

—El crío este tiene cada cacho salida.

—No es tonto, no —el Femio se acercó a la Vítora—: Así que tan amigos.

Ella le miró tiernamente:

—A ver, qué remedio.

—¿Y no vuelves a llorar?

La Vítora denegó con la cabeza. Estaban frente a frente, sin obstáculos por medio y él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca. La mano de la Vítora se engarabitaba sobre la espalda del muchacho, junto al fuelle de la guerrera. Y, como no ofreciera resistencia, el Femio la volvió a besar ahincadamente, con los labios entreabiertos, ocultando los de la muchacha entre los suyos, un poco atornillados. Quico los miraba, los ojos atónitos, y, como aquello se prolongara, empezó a golpear la pierna del Femio y a gritar:

—¡No la muerdas, tú!

Pero ni la Vítora ni el Femio le oían y él le golpeó de nuevo y de nuevo voceó:

—¡No la muerdas, tú!

Mas, como el Femio no le hiciera caso, se puso de puntillas, abrió la puerta y salió corriendo por el pasillo, diciendo a voces:

—¡Mamá, Domi, Juan, venir! ¡Femio está mordiendo a la Vito!

Las seis

Al entrar Mamá, con la Domi detrás, el Femio estaba como cuadrado, los tacones juntos, las punteras de las botas separadas, pero agachaba la cabeza como si le interesaran mucho las vueltas que daba a la gorra entre sus fuertes manazas. La Vítora, a tres metros de él, se recostaba en el mármol de la mesa, con una sonrisa violenta entre los labios, a los que rodeaba un salpullido tan rojo como los labios mismos. Quico precedía a Mamá cogida de la mano, como conduciéndola, y al ver a la Vítora y al Femio cada uno por su lado, se desmoronó:

—Ya no —dijo.

Dijo Mamá:

—Me asusté. Pensé que regañaban.

La Vítora fingía naturalidad, pero cada gesto suyo, cada movimiento, era una autoacusación:

—Cosas del Quico —dijo riendo forzadamente.

La Domi, con la niña en brazos, le guiñó un ojo y reforzó:

—Este chico, lo que no ve, lo inventa.

Mamá estaba como un espantapájaros, inmóvil, en el centro de la cocina.

—Perdonen —repitió.

La Vítora se adelantó de golpe:

—Bueno —dijo—, que no he hecho las presentaciones. Aquí, mi señora. Aquí, él.

Mamá tendió la mano al Femio:

—Mucho gusto —dijo.

—A la señora Domi ya la conoces.

—¿Qué tal, señora Domi? —preguntó el Femio.

—Ya ves, hijo —dijo la Domi—. Aquí andamos.

El Femio continuaba girando la gorra cuando Mamá le dijo:

—¿Así que se va usted?

—Mañana, ya ve.

Mamá movió lentamente la cabeza.

—Antes de que lo piense estará de vuelta —dijo—. El tiempo se va volando. —Volvió a tenderle la mano—: Vaya, pues, mucho gusto y que tenga suerte.

Al llegar a la puerta se volvió, tomó a Quico de la mano y lo sacó de la cocina. Le dijo en voz baja, pero enérgica:

—¡Vamos! Tú siempre metiendo la nariz en lo que no te importa. —Se dirigió a la Domi—: Llévelos al cuarto.

Por las tardes las pisadas de Mamá sonaban más que por las mañanas. La Vítora decía: «Lo que más me gusta de tu mamá es cómo pisa». Su taconeo era firme y rápido cuando se dirigió al salón. Quico pareó su paso al de Juan y se encaminó al cuarto de jugar:

—¡Los soldados! —dijo alegremente cuando logró acompasar su paso al de su hermano.

La Domi cerró cuidadosamente la puerta después de pasar los niños e hizo sentar a Quico junto a ella. Afiló mucho los ojos para preguntarle:

—Di, hijo, ¿dónde le mordía el Femio?

—Aquí.

—¿En la boca?

—Sí.

—¡Huy, madre! ¿Y fuerte?

—Muy fuerte y más tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—¡Muchísimo! —dijo Quico.

Juan se acercó a la mesa-camilla. Terció:

—¿Le hizo sangre?

—Vamos, calla tú la boca, ¿no ves que estoy hablando yo? —Se volvió a Quico—: Di, hijo, y ¿qué decía la Vito, qué decía?

Intervino Juan:

—¿Cómo va a hablar, Domi, si el Femio le mordía la boca?

—¡Te quieres callar!

Quico se echó al suelo y amontonó las chapas de Coca-Cola y de Kas y dijo:

—Yo vendía ruedas.

Dijo la Domi:

—Ven acá, majo.

Quico obedeció:

—¿Qué quieres?

Tenía una chapa en cada mano y se le veía impaciente. La Domi inquirió:

—Dime, hijo, dime: ¿qué dijo la Vito antes de be..., antes de morderla el Femio?

—Ya no me acuerdo —dijo Quico.

—¿No te acuerdas? ¿No habrían regañado?

—¡Qué va!

—Oye, majo, ¿y estaban en la cocina o en... en el cuarto cuando la mordió?

—¡Ya no sé más cosas, Domi, déjame! —chilló, de pronto, Quico.

La Domi levantó la mano:

—Te metía un testarazo así —dijo—. Anda, que cuando quieres, buen pico te gastas.

Quico se agachó junto a las chapas. Repitió:

—Claro, si ya te he dicho todas las cosas, Domi.

La mirada de la Domi encerraba ahora un brillo maligno:

—¿No quieres orinar?

—No.

—Si te repasas otra vez te corto el pito, ya estás enterado.

Movió la pierna en que se sentaba la niña y dijo: «Arre, caballito, vamos a Belén, a ver a la Virgen y al Niño también». Cris palmoteaba.

Quico colocaba una chapa sobre otra y cada vez que colocaba la

séptima, la torre se le venía abajo. Empezó a desesperarse: «Ayyy», decía, pero sus manos eran cada vez más torpes e ineficaces. De pronto, bajo la butaca de plástico rameada, distinguió un lápiz. Abandonó las chapas, agarró el lapicero, se incorporó y revolvió en la librería de sus hermanos. No encontraba un papel y, entonces, tomó un libro del estante y arrancó, sin más, la primera hoja. Se tumbó en el suelo y empezó a pintar. Cada vez que trazaba un borratajo sus labios se entreabrían en una complacida sonrisa. Sonorizaba el grabado conforme nacía de su mano:

—Y aquí había un señor y aquí iba un tren con muchas ruedas, fafafafafafa-puiiiiiiiii, y le pillaba y el señor iba a su casa y luego un coche que estaba estropeado y el otro señor...

Al concluir se puso rápidamente en pie. Se aproximó a Juan:

—Mira, Juan —sonreía.

Juan examinó el papel atentamente.

—No lo entiendo —dijo.

—¿No lo entiendes?

—No, ¿qué es esto?

—Un señor del tren.

—¿Y esto?

—El sol, y eso, otro señor del coche.

Observaba a su hermano esperando su adhesión entusiasta, pero Juan repitió una vez más: «No lo entiendo».

La Domi se levantó dos veces de la silla, entreabrió la puerta y escuchó. No se oía nada. Al cabo de diez minutos le dijo a Juan:

—Juanito, hijo, llégate a la cocina y mira a ver qué hacen la Vito y el Femio.

—Hijaaa —dijo Juan.

—Anda, majo.

Juan agarró el picaporte.

—Oye —le advirtió la Domi sobre la marcha—. Di que vas a beber agua, no te se ocurra decirles que te lo he dicho yo, ¿oyes?

—Bueno.

Mientras duró la ausencia de Juan, la Domi paseó a la niña de la mano por la habitación. Cris se detenía ante cada objeto que encontraba y decía inclinándose hacia él: «A-ta-ta». Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: «Caca, caca. Eso no se toca, ¿verdad, hija?». Al reaparecer Juan, la Domi inquirió con avidez:

—¿Qué?

—Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—¿Quién va a ser? El Femio.

—¿Se ha ido el muy sinvergüenza sin decirme una palabra? Eso no se lo perdono. Vamos, que irse así. Pues no me dijo veces: «Para mí, señora Domi, usted como una madre». ¡Ya ves qué madre! —Se inclinó hacia Juan—: Y la Vito, ¿qué hace, hijo?

—Llorar.

—A ver qué quieres que haga.

—Si yo no digo nada, Domi —aclaró Juan.

La Domi le entregó a Cristina.

—Mira un poco por la niña —dijo. Y salió después de dar la luz.

Juan reparó en la mesa haciendo ángulo con la butaca de plástico rameado, cogió las dos sillitas de mimbre y las colocó encima.

—Mira, Quico —dijo—. ¡La cabaña!

—Sí —dijo Quico, enardecido.

Juan condujo a la niña debajo:

—Nosotros éramos los guardias y Cris estaba en la cárcel.

Quico colocó una silla grande, tumbada, a modo de puerta. Después se escurrió hacia el interior por entre los palos. Dijo:

—Por aquí entran otros malos, Juan.

—No —dijo Juan—. No le enseñes eso que se va a escapar.

Cris le sonreía desde su encierro y decía todo el tiempo: «A-ta-ta, a-ta-ta».

Juan se arrodilló junto a la prisionera, en tanto Quico daba vueltas y más vueltas en torno a ella. Tropezó con una silla:

—¡Ay! —dijo Cris.

—¿Ves? Ya la has pillado.

Se agachó Quico y divisó a la niña a través de la rejilla del asiento.

—¡Cris! —llamó—. Te veo.

—A-ta-ta.

—¿Estás presa, Cris?

—A-ta-ta.

La niña enredaba con un pájaro de baquelita que había encontrado en su prisión. Dijo Quico:

—Ese pájaro es mío. Me lo trajeron a mí los Reyes, ¿verdad, Juan?

Juan despojó de las faldas a la mesa-camilla y las depositó sobre la cabaña.

—Una casa con techo —dijo.

—Sí, ¡una casa con techo!

—No hay que mover la silla, si no, se cae.

Cristina empezó a gatear entre la silla y la butaca.

Chilló Quico enfáticamente:

—¡Que se escapa el ladrón!

—Ya no es un ladrón —dijo Juan.

Quico le miró desconcertado, se puso en cuclillas y se metió dentro. Se sentó junto a Cris y se acodó en la silla tumbada:

—Mira, Cris, la ventana.

—A-ta-ta.

—Yo era un papá y tú una mamá.

—A-ta-ta.

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro —canturreó Quico sacando la cabeza por entre los palitroques—. ¡Mira, Juan, que me escapo!

Juan se había sentado en la butaca de plástico y sostenía el álbum de *La Conquista del Oeste* sobre los muslos.

—Yo ya no juego —dijo sin levantar los ojos.

Quico retiró la silla y salió. Tendió una mano a Cristina. Una vez la niña a su lado le dijo:

—Cuando quieras pis lo pides, ¿eh?

Cris lo miró sin comprenderle.

—Si te repasas te pego. —Se agachó y le tocó las bragas. Añadió—: ¡Huy, qué guapa es la niña! Juan, Cris no está hecha pis.

—Bueno, quita.

Quico tendió la vista en derredor suyo y como no hallara nada de interés se acercó a la puerta y salió. Cristina correteaba torpemente tras él. El montante de la puerta del office quebraba, al fondo, la oscuridad del pasillo. La casa estaba en silencio y apenas llegaba hasta ellos el murmullo de la conversación de la Domi con la Vítora a través del tabique. Dijo Quico, ahuecando la voz:

—Cris, el Coco.

—A-ta-ta —hizo la niña, atemorizada.

Quico dio la luz del cuarto de baño rosa y abrió las puertas del armarito barnizado.

—Te voy a afeitar —dijo—. ¿Quieres que te afeite, Cris? —se arrodilló.

Buscó entre los trastos allí guardados. Su rostro resplandecía de felicidad. Tomó el tubo de dentífrico:

—Otro cañón —dijo como para sí—. Está cargado.

Había allí unas tijeras con las puntas arqueadas, un curlas, tres barras de labios, dos polveras, un desinfectante de la boca, un rollo de algodón, la botella de alcohol, seis cepillos de dientes —blanco, transparente, amarillo, azul, rojo y caramelo—, un cartón de horquillas, una jeringa, un cuentagotas, una caja de microsupos sedantes, una lima de uñas, un frasco de gotas para la nariz, un pulverizador, dos peras de goma, un jabón, dos rollos de vendas, una docena de rulos de plástico blando para el pelo, un cepillo de uñas, otro de cabeza, un espejo redondo; tubos de maquillaje, endurecedor

de uñas, crema limpiadora y crema nutritiva; frascos de colonia, mercurocromo y sales de fruta; rímel, dos peines —negro y blanco—, laca, tres lápices —negro, verde y azul— para los ojos, un termómetro en su estuche metálico, una cajita plateada de chinchetas y un tubo azul claro de pomada antihemorroidal.

A Quico se le hizo la boca agua:

—Cuántas cosas, ¿eh, Cris?

La niña se situó junto a él. Cogió un rulo de plástico y lo arrojó al retrete.

—A-ta-ta —dijo.

Quico rió. Se sentía feliz en aquel paraíso.

—No, Cris —le reprendió—. Eso es para hacer caca.

—Ca-ca —dijo Cris.

—¿Quieres caca? —dijo Quico, distraídamente.

Abrió el estuche del termómetro.

—Ven que te lo pongo —dijo.

Sentó a Cris en el suelo y le sujetó el termómetro en la ingle. Inmediatamente se lo quitó y lo miró al trasluz.

—Estás mala —dijo.

—A-ta-ta.

—¿Te pongo un supositorio?

Se sentó en la banquetita blanca, bajó las bragas a su hermana y cogió un microsupo sedante. Se lo introdujo en el trasero, pero el supositorio volvía a asomar como si estuviese vivo. Quico decía:

—No, Cris, no lo cagues.

A horcajadas sobre las piernas de Quico, Cris agitaba la caja de chinchetas. Finalmente admitió el supositorio:

—Así, la nena es buena —dijo Quico, subiéndole las bragas.

Volvió a encuclillarse frente al armario mágico y apenas oyó rodar la caja plateada de chinchetas por el inodoro. Denegó con la cabeza:

—Lo de afeitarse no está —dijo.

Cristina decía «no, no» con la cabeza y él añadió:

—Lo tiene papá guardado, ¿verdad?

La niña observaba seriamente cada uno de sus movimientos. Quico tomó los lápices de los ojos y dijo:

—¿Te pinto como a mamá?

La niña no decía ni sí ni no.

—Cierra los ojos.

Cristina los cerró y Quico trazó varios garabatos sobre sus párpados, con pulso tan inestable que los rayones se le extendían por las sienes y el caballete de la nariz.

—Ahora la boca —dijo.

Cogió una barra y le echó el aliento y la aplicó insistentemente a los labios húmedos y gordezuelos de la niña. Cristina sacaba la lengua y la chupaba. Quico reía con toda su alma:

—No, Cris, si no es de comer.

Los berretes rojos le alcanzaban hasta las orejas y Quico dijo, después de mirarla:

—Pareces un indio de la tele.

Súbitamente sonaron los tacones de Mamá, allá lejos, en el entarimado, y Quico se asustó, quiso guardar todo al mismo tiempo, pero su antebrazo topó contra el armario. Mamá decía: «Domi, Domi, ¿cómo están tan callados los niños?». La Domi salió a su encuentro, desde la cocina, y decía: «Ahí están, señora, tan entretenidos». Y Mamá: «Hay luz en el baño, Domi». Y Domi: «No sé», pero los pasos avanzaban inexorables por el pasillo y Quico tomó de la mano a Cristina y dijo en voz alta:

—Eso no se hace, Cris; mamá da azotes a la nena.

Y Cris, con la cara tiznada, le miraba indiferente. Añadió Quico, agachándose, al oído de la niña:

—A ti no te pegan, Cris.

Pero antes de concluir, Mamá ya estaba chillando horrorizada y Quico decía con ojos de inocencia:

—Se escapó.

Y Mamá aupó a la niña y se encaró con la Domi y le decía: «Dígame, ¿con qué confianza voy a dejarle los niños?». Juan apareció en la puerta del cuarto de jugar.

—¡Ahí va! —dijo—. Parece un piel roja.

Y dijo la Domi:

—Pues ya ve, en un momento que he ido a la cocina.

Mamá perdió la cabeza y le dijo que qué pintaba ella en la cocina y que parecía que lo hacía aposta y que un día los niños se iban a envenenar y que con qué confianza iba ella a dejarle a los niños y que qué pintaba en la cocina y que parecía que lo hacía aposta, hasta que, al fin, la Domi se cansó y dijo:

—Mire, señora, pues si no está contenta, ya sabe.

Mamá se encaró con ella.

—Pues, no, Domi —dijo—. No estoy contenta. Así que decida.

Mamá, con Cris en brazos, taconeó pasillo adelante y Quico corría tras ellas y le decía a Mamá:

—¿No le pegas a Cris?

Mamá le respondió en el mismo tono con que hablaba a la Domi minutos antes:

—No, es chiquitina. Ella no tiene la culpa. De pegar a alguien,

tendría que pegar a otras que tienen la culpa. Ella es chiquitina y no sabe lo que hace.

Las siete

La Domi tenía los ojos enramados, un pañuelito blanco en la mano y parecía mucho más vieja. La Vítora conectó el transistor para matar el silencio. Sus ojos estaban también hinchados y se desenvolvía en la cocina con apática desgana. Dijo la Domi:

—Encima lo del Femio. ¿Crees que yo merezco que se porte así conmigo, él que decía «Para mí, usted como una madre, señora Domi»? ¡Ya ves qué madre! ¡Y que no es para un día ni para dos!

La Vítora se cuadró ante ella:

—Ya está bien, señora Domi, ¿no? No me dé más la murga. Si no me lo ha dicho usted veinte veces, no me lo ha dicho ninguna. ¿Y qué quiere que yo le haga?

—No te pongas así; tampoco es para que te pongas así, creo yo.

Una voz grave, henchida, dijo por el transistor: «La niña abandonada es ya una mujercita, María Piedad, y una mañana de crudo invierno llega a pedir colocación en casa de la señora Marquesa».

Añadió la Vítora, moviendo la cabeza hacia el aparato:

—Ya verá cómo va a resultar que es su hija.

Quico trajinaba sobre los baldosines y cuando volvió el silencio, de forma que sólo se sentía la voz meliflua, levemente nasal, de María Piedad, se incorporó y le dijo a la Domi:

—No te marches, Domi; yo no quiero que te marches.

La Domi le apartó bruscamente:

—Tú tienes la culpa. Si me marcho es por ti, de manera que ya lo sabes.

—No, Domi.

—No, Domi; no, Domi, ¿y quién ha pintado a la Cris?

—Ella.

—Ella, ella; ¿te crees tú que la Domi se chupa el dedo?

—Yo no me chupo el dedo, Domi.

—Bueno —dijo la vieja—. No contestes encima.

Los ojos de Quico se entristecieron:

—Domi —dijo—, eso no es contestar, eso es hablar.

El transistor decía: «La señora Marquesa llegó a considerar a la joven María Piedad como una pieza insustituible en palacio. Una tarde de primavera le dijo: “María Piedad, eres hermosa y discreta...”».

Quico salió de la cocina cariacontecido y, cuando cerró la puerta, la señora Marquesa cerró la boca. El cuarto, a mano derecha, permanecía en tinieblas y él dobló a la izquierda y penetró en el salón.

Mamá tejía un ovillo gris bajo la lámpara y tras ella, tendida en la alfombra verde claro, jugaba Cristina con el gigantesco encendedor de plata.

Juan se sentaba —*La Conquista del Oeste* entre sus manos— frente a Mamá, que parecía muy agitada, pero era como si su nerviosismo escapase por las puntas de las agujas cada vez que entrechocaban. Quico se aproximó a ella. Dijo Mamá sin mirarlo:

—No pongas las manos ahí.

Quico retiró las manos de los brazos del sillón y quedó con ellas en el aire, sin osar moverse, temeroso de provocar un nuevo conflicto. Dijo en voz baja:

—Mamá, yo no quiero que se marche Domi.

—Que lo diga —dijo Mamá.

Quico aguardó un rato antes de hablar:

—Si se va Domi —dijo—. ¿Ya no vuelve nunca, nunca?

—Otra vendrá —dijo Mamá.

—Yo no quiero que venga otra.

Se sentó en el borde del sillón y sacó del bolsillo la punta y el tubo de dentífrico. Tomó aquélla entre dos dedos, sujetándola por los extremos, y la hizo girar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mamá.

—Un clavo —se lo alargó—; toma, para que no se pinche Cris.

Pero Mamá contaba los puntos y murmuró: «Un momento», y mientras Mamá producía un bisbiseo como el de las viejas al rezar, Quico sintió las ganas y cruzó las piernas y se sofocó todo y cuando Mamá le dijo: «Trae», él respondió: «¿Cuál?», y Mamá levantó los ojos y dijo: «La punta, ¿dónde la has puesto?». Y entonces le vio congestionado y levantó la voz: «¿Dónde has puesto la punta? ¿Te la has tragado?». Quico asintió, sin valor para contradecirla. Mamá se levantó y le cogió la cabeza con las dos manos:

—Vamos, habla, ¿te has tragado la punta?

—Sí —dijo Quico tímidamente.

—Levanta, ¡anda, levanta! —chilló Mamá, y Juan dejó el álbum sobre la mesita enana y miró envidiosamente para su hermano, mientras Mamá buscaba por la mesa y por el sillón y por el suelo y decía: «¡Dios mío, Dios mío, qué chico! Es de la piel de Barrabás». Y levantaba la alfombra y le dijo a Juan: «Ayúdame», y los dos se pusieron a revolver todo. «No está, no está en ninguna parte —dijo Mamá—, ¿será posible?» —Lo incorporó y lo cogió por la cintura, agachándose—: ¿Te la has tragado, verdad que sí?

Quico asintió. Añadió Mamá toda alborotada:

—¡Dios santo, qué disgusto! —Volvía a mirar bajo el sillón, en la mesita enana—: Si hace un momento la tenía en la mano; el niño la tenía en la mano y me la quiso dar.

Mamá estaba a punto de llorar. Quico marchó a la cocina y al empinarse y abrir la puerta oyó la voz sollozante de la señora Marquesa:

—¡Hija, hija mía!

La Vítora se sonó:

—¿Qué le dije?

La Domi se llevó el pañuelo a los ojos. Quico se plantó en el centro de la cocina y dijo:

—¡Me he tragado una punta!

Mamá entró tras él, descompuesta, de forma que todo lo que no era de ella —el rímel, el colorete, el rojo de los labios, la laca rosada de las uñas— resaltaba sobre su palidez de cera. La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y lo zarandeó:

—Esto es más malo que un dolor. ¿Es cierto eso, señora?

Mamá apenas tenía voz:

—Déjele —dijo—. Yo he tenido la culpa.

—¡Virgen! —dijo la Vítora.

Pero Mamá iba de un sitio a otro, desconcertada, se puso un zapato y corrió al teléfono. Colgó antes de hablar. Juan la seguía. La Vítora, inclinada sobre Quico, le decía:

—¿Te pincha?

—Sí.

—¿Dónde te pincha, hijo?

—Aquí. —Quico se señalaba la boca.

Mamá dejó el teléfono. Le puso cuidadosamente la mano en el estómago.

—¿Aquí o aquí? —preguntó desfondada.

Quico apuntó el estómago, sobre la mano de Mamá:

—Aquí —dijo.

—Dios mío, Dios mío —dijo Mamá. Volvió a agarrar el auricular. Le dijo a la Domi—: Tráigame los zapatos bajos.

Y luego, «Sí... sí... ya... una punta... ahora mismo... Quico... grande más bien... no, roñosa, no... un descuido... ya... sí, sí... dice que le pincha... estoy aterrada, Emilio... no, no, él no sabe nada... ¿ahora?... dos minutos... Gracias, Emilio... sí, sí... ya... ahora mismo... bueno... bueno... gracias, Emilio». Colgó el auricular. Quico la miraba con una sonrisa radiante. Juan le miraba a él y Quico se le encaró y le dijo:

—Me he tragado una punta, Juan.

—Ya —dijo Juan.

Y Mamá corría desatinadamente y decía: «El abrigo de piel». Y más tarde: «Vítora, llama al señor, que me mande el coche». Y más tarde: «Lávale al niño las manos y las rodillas». Y más tarde: «¿Te pincha mucho, hijo?». E iba de su dormitorio al cuarto de baño, del cuarto de baño a la cocina, de la cocina al dormitorio, del dormitorio al teléfono. La Vítora dijo:

—Trae el coche Uvescenlao, señora; el señor no puede venir, tiene una junta.

La Domi portaba a Cristina en brazos después de lavarle las manos y las rodillas a Quico y de ponerle el abrigo a cuadros y la caperuza roja. El transistor, en la cocina, decía: «Madre ¿y pensar que hemos vivido dos años una junto a la otra sin conocernos?». Pero no encontraba eco. Las manos de la Vítora tenían los dedos agarrotados, corvos como garras. Le dijo Quico, sonriendo:

—Anda, Vito, me he tragado una punta.

Ella se pasó el revés de la mano por la nariz enrojecida. Dijo:

—Dios quiera que no tengamos algo que lamentar. —Volvió la cabeza hacia el dormitorio—: ¿Le voy bajando, señora?

—Sí.

El «sí» de Mamá era algo patético, casi inaudible. Ya en la puerta de la calle, Quico se entretuvo viendo el desfile de motocicletas y automóviles. Cada vez que se detenían le decía a la Vítora:

—Está rojo, ¿verdad, Vito?

—Sí, majo; está rojo.

La gente marchaba con las solapas subidas, las manos en los bolsillos, a paso rápido. Pasó una mujer con un niño como de cinco años que berreaba. La mujer se detuvo junto a la puerta:

—Mira, Angelín —le dijo—, mira qué niña más mala.

La Vítora se sulfuró:

—¡Es niño, para que lo sepa!

La mujer se alejó murmurando y la Vítora dijo de pronto:

—Ve, ahí está el Uvenceslao.

Condujo al niño hasta el automóvil. Mamá llegaba en ese momento.

—Al médico —dijo—. Deprisa.

Cerró la portezuela.

—Me he tragado una punta —dijo Quico.

Uvenceslao volvió ligeramente la cabeza:

—¿Que te has tragado una punta?

Mamá se impacientó:

—¿Por qué se detiene?

—Está rojo, señora.

En la esquina estaba la castañera y, en la otra esquina, Julianillo, en su kiosco forrado de revistas y de tebeos, donde Quico compraba sus juguetes de plástico cada domingo y, más allá, el Cacharro, en su carrito, pordioseando y, ya en la calle Mayor, la gente se apiñaba ante las taquillas del Teatro Quevedo, donde un gigantesco cartelón decía: «LA VERBENA DE LA PALOMA». Toda la gente parecía que fumaba y el coche tan pronto se llenaba de luz como se apagaba.

El médico les esperaba ya con la bata puesta. Mamá se echó a llorar:

—Estoy aterrada, Emilio —dijo—. Toda la culpa es mía.

El médico tomó a Mamá delicadamente por el brazo:

—Ten serenidad, bobita —dijo—. No será nada. Pasa.

—¿Tú crees?

—Ahora veremos.

Se encerraron los tres en un minúsculo cuarto, con una lucecita roja en un rincón y un gran aparato de hierro y cristal en el centro. Quico dijo:

—Me he tragado una punta.

—¿Estás seguro? —dijo el médico.

—Sí.

Mamá intervino:

—Es seguro, Emilio; la tenía en la mano cuando miré y, al segundo, cuando le volví a mirar, ya no la tenía y estaba rojo como la grana. He revuelto la habitación de arriba abajo y allí no había punta ni Dios que lo fundó.

—Calma —dijo el médico—. Tranquilízate. ¿Te importa que fume?

—¡Oh, no, por Dios! —Mamá revolvió en la cartera. Sacó un cigarrillo y se inclinó hacia el médico—: Dame lumbre a mí también, ¿quieres?

El médico aproximó el mechero:

—¡Oh, perdona! —dijo—. Enseguida le veo. En unos minutos me acomodo.

Quico reparó en el fantasma blanco bajo la luz roja, alzó los ojos y todo lo vio bajo un resplandor espectral. Inquirió:

—¿Es el infierno?

Agarró la mano de Mamá, de pie a su lado.

—No, hijo.

—¿No estarán los demonios detrás de eso? —y apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal.

—Aquí no hay demonios —respondió Mamá.

El Fantasma observaba al niño atentamente. Dio una chupada al cigarrillo y, conforme expulsaba el humo, dijo:

—Este niño es imaginativo, ¿verdad?

Mamá rió en corto, indecisa:

—No sé... —dijo—. No sé qué decirte. Yo creo que, más o menos, como todos.

El Fantasma blanquirrojo se agitó un momento:

—Como todos, no —dijo—. Piensa demasiado y habla demasiado claro para su edad, ¿qué tiempo tiene?

—Tres años —dijo Mamá—. En abril hará cuatro.

—Ya ves —dijo el Fantasma.

Quico oprimía la mano de Mamá, que pateaba el suelo rítmicamente.

El Fantasma fumó de nuevo y preguntó:

—¿Estás nerviosa?

Mamá rió otra vez en corto:

—Si he de decirte la verdad, se me ahoga con un pelo.

—¿Cómo era la punta: cinco centímetros, cuatro, tres, menos?

Mamá elevó una mano en la penumbra rojiza:

—Una cosa así; aproximadamente dos centímetros y medio, creo yo.

El Fantasma arrojó la colilla a un cenicero de rincón.

—Vamos a ver —dijo—, quítale la ropita. Eso no hace falta; levántaselo. Así —le empujó tras el cristal, conectó y surgió el zumbido—: Vamos a ver —repitió.

Quico dijo a Mamá:

—Dame la mano.

La respiración de Mamá era muy agitada. El Fantasma murmuraba, con leves intermitencias:

—Aquí no hay nada... nada... nada... ¿te hago daño, pequeño?... bueno... nada —le oprimía el estómago y el vientre—: Bueno... aquí tampoco... nada... no se ve nada... a ver... date la vuelta... ¿te hago daño?... tampoco... sí que es raro esto; un cuerpo extraño se acusa enseguida. —Lo volvió de nuevo y, finalmente, dio la luz. Clavó en Quico sus gafas de montura negra y le dijo a Mamá—: Salvo que el clavo haya quedado horizontal, la punta hacia mí, no hay explicación posible. No se ve nada.

—Dios mío —musitó Mamá.

—No, bobita, no te preocupes. Estas cosas suelen resolverse solas. Que no se mueva mucho, en particular evita movimientos violentos, fútbol, saltos —jugueteaba con un bolígrafo azul—. Y, luego, que coma espárragos, puerros, pero enteros...

—¿Las hebras también? —preguntó Mamá

—Eso es precisamente lo que quiero decir. La estopa envuelve la punta y protege el estómago y las paredes abdominales.

Mamá denegaba con la cabeza, cada vez más descorazonada:

—Lo intentaré, Emilio —dijo con desánimo—. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad.

—Es necesario —dijo el Fantasma.

Mamá continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el Fantasma añadió:

—Y con esas malas tragaderas que dices que tiene, ¿no tosió, ni se atragantó, ni le sobrevino una arcada cuando...?

—Nada —corroboró Mamá—. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas y eso, nada.

El Fantasma golpeó varias veces el hule verde de la mesa con la punta del bolígrafo.

—Es extraño —dijo, y miró fija, obstinadamente a Quico—: Este chico es el anteúltimo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué edad tiene el pequeño?

—Es niña, Cristina.

—Es igual, ¿qué edad tiene?

—Un año.

El Fantasma hacía dibujitos caprichosos en un secante y sus labios se entreabrieron en una sonrisa. Quico dijo:

—¿Pintas un tren?

—Eso —dijo él—, un tren. —Y añadió—: De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?

—Más o menos.

Sobre la cabeza del Fantasma había un cuadro con muchas cabecitas guillotinadas y, en un ángulo, decía: «Facultad de Medicina, 1939-1945». A la izquierda había un calendario con una cunita, un niño dentro y a su lado un viejo barbudo y, al otro lado, un perro manchado, color canela, meditabundo. El Fantasma seguía sonriendo y Mamá dijo:

—¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?

—No es eso, pero a todos nos duele dejar de ser protagonistas, no te quepa la menor duda.

—¿El príncipe destronado?

—Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. Eso no es una invención. Esa teoría no es una formulación caprichosa. El niño que durante años ha sido eje, al dejar de serlo se defiende; no se resigna; trata de llamar la atención sobre sí.

Mamá pestañeó escépticamente:

—¿Y se traga una punta para eso?

—O lo inventa.

Mamá se impacientaba:

—Mira, Emilio, el niño estaba a mi lado y estoy por decirte que soy testigo de cómo se ha tragado la punta. Le he visto materialmente cómo se la tragaba.

El Fantasma sonrió:

—Bobita —dijo, y tomó una mano de Mamá entre las suyas—. La experiencia me dice que hay príncipes destronados que se fingen cojos, se escapan de casa o se sueltan de la mano de la niñera para cruzar la calzada. El caso es atraer sobre ellos una atención que meses antes conseguían sin esfuerzo de su parte. No te diré que sea una enfermedad psíquica, pero se le parece. En estos casos hay que actuar con sumo tacto, de manera que la transición sea insensible. No quiero afirmar que éste sea el caso, pero es muy raro que esa punta no se acuse a rayos, la verdad.

Mamá retiró la mano y se levantó como enfadada con el Fantasma:

—Escucha, Emilio. Desde que me casé me he pasado la vida destronando príncipes y ésta es la primera vez que uno se traga un clavo en represalia.

El Fantasma se levantó también y sonreía con un colmillo de oro, reluciente, y dijo:

—Estás nerviosa, bobita, y lo comprendo. Toma las precauciones que te he dicho, vigila las deposiciones y tenme al corriente.

Mamá taconeaba firmemente en la escalera de mármol. Quico descendía de su mano, pareando los pies a cada escalón. En el primer rellano se detuvo y levantó su rubia cabeza:

—¿Me ha sacado la punta el médico de la barriga? —preguntó.

—Claro —respondió Mamá—. Ahora tendrás que comer espárragos para curarte del todo.

Quico arrugó las cejas.

—¿Espárragos? —dijo—; ¡qué asco!

Uvenceslao se quitó la gorra para abrirles la portezuela. Mamá se arrellanó en el asiento trasero y cogió al niño en brazos. Por un momento su rostro se ensombreció. Le palpó una y otra vez las posaderas:

—Te has repasado, Quico —dijo con la mirada encendida.

—Un poco —admitió el niño, atemorizado.

Pero Mamá, tras la reacción inicial de destemplanza, sonrió generosamente:

—A casa —le dijo a Uvenceslao.

Y, después, estrujó a Quico contra las pieles:

—Ha sido del susto, ¿verdad, chiquitín? Pero ya no lo vuelves a hacer. Ahora te quedas quietecito con Mamá y mañana ya estás curado.

Quico recostó la rubia cabeza en el pecho de Mamá y sonrió:

—Claro —repitió—, ahora me quedo quieto y mañana ya estoy curado, ¿verdad, mamá?

Las ocho

Mamá se desprendió del abrigo con majestuosa displicencia y lo entregó a la Vítora y la Vítora le dijo:

—¿Qué dijo el médico, señora?

—Que no lo ve.

—Que no lo ve, ¿cuál?

—¡Cuál va a ser, hija, que preguntáis cada bobada...! La punta.

—¡Ande! ¿Y cómo la va a ver si el niño se la ha tragado?

—Con los rayos X, mujer.

La Vítora redondeó los ojos y la boca, pero no dijo nada. Colgó el abrigo en el ropero y se volvió hacia el niño. Mientras le quitaba el abrigo y la capucha le decía:

—Ven aquí, Barrabás; que eres más malo que Barrabás. De la piel del diablo eres tú; ¡madre, qué crío este! No gana una para sustos con él.

Pero Quico oyó la música en el cuarto del fondo y echó a correr por el pasillo y, desde la puerta, divisó a Merche y a Teté braceando, culeando, siguiendo el compás del tocadiscos a toda potencia, y a Marcos y Juan, recostados en la mesa, mirando, y Merche canturreaba:

Lo bailan las muchachas y la gente mayor,
pues es el nuevo ritmo
que ha nacido del rock,
la rubia, la morena, pelirroja, da igual.
Tan sólo es necesario
no perder el compás.
Twist, twist, baila el twist, mi amor.
Twist, twist, baila sin cesar
y sentirás el ritmo en ti
con una fuerza que te hará feliz...

De pronto, Merche lo descubrió y corrió hacia él y lo levantó en brazos y le dijo:

—¿Qué dice el rubito? ¿Es verdad que te has tragado una punta, hijo?

Quico asentía. Le rodearon todos, Teté, Marcos y Juan. Juan dijo,

abriendo los dedos pulgar e índice como una pinza:

—¡Jobar! Una punta así de larga.

—Me la ha sacado el médico, anda —dijo Quico.

El disco sonaba a todo volumen cuando se presentó la Domi con Cris en brazos. La puso en el suelo:

—Anda, bonita, échate un tui con el Quico —dijo.

La niña culeó desganadamente mientras Quico braceaba con todo entusiasmo, se encuclillaba, se incorporaba, procurando obedecer el compás. La Domi rezongaba:

—Me se duerme en los brazos. No se entretiene con nada, yo no sé qué le pasa.

La irrupción de Mamá los dejó paralizados:

—¿Están todos locos? ¿Es que no saben que el niño no se puede mover? ¡Quico, déjate de bailes y vente a sentar conmigo al salón!, ¿has oído?

Quico salió sumisamente tras ella seguido de Juan. Al llegar al salón, Mamá le entregó un montón de postales y lo sentó en una silla, bajo la lámpara.

—Anda, míralas —dijo—.Y a ver si puedes parar quieto hasta que te acuesten.

Dijo Juan:

—¿Son las que pintan los pobres con los pies?

—Los pobres y los ricos —dijo Mamá—. Las pintan con los pies los que no tienen manos —los dejó solos.

Quico le miró de refilón:

—Con los pies, Juan —rió.

Las pasó una tras otra. Juan las contemplaba también por encima de su hombro. Al concluir de verlas Quico las barajó. Quedó en primera posición una vista de un riachuelo con un rústico puentecillo de madera. La cara de Quico se iluminó:

—¿Te acuerdas, Juan —inquirió—, cuando me caí a un río y no me picó nada? ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió Juan.

Del cuarto de atrás llegaban ritmos de *twist* y de *madisson* y de *rock*. Juan agarró una postal y la volvió:

—Voy a escribir a Mariloli —dijo.

Quico volvió otra, como hiciera su hermano:

—Y yo —dijo.

—Tú no sabes.

—Sí sé.

—A que no.

—Sí sé.

—No sabes porque eres un pequeñajo.
—¡No soy un pequeñajo!
—Sí.
—¡No! —gimió Quico.
—Un pequeñajo que ni va al cole ni nada.
—¡¡No!!
—Quico prorrumpió en un llanto rabioso. Instantáneamente apareció Mamá alarmada:
—¿Qué es lo que pasa?
Quico se explicó entre sollozos:
—Juan dice que soy un pequeñajo y que no sé escribir a Mariloli y que...
Impulsivamente Mamá propinó dos cachetes a Juan. Tras el segundo se quedó con la mano en alto y musitó: «Otro príncipe destronado»; agitó la cabeza de un lado a otro y añadió como para sí, malhumorada: «Yo no sé si esta casa acabará siendo el palacio real o un manicomio». Le tendió un bolígrafo a Quico:
—Ten. ¡Escribe! —dijo.
La mejilla sonrosada de Quico casi rozaba la postal. Dibujaba con pulso inseguro, sonriente, palitos y aros bajo la inquisitiva, despectiva, mirada de Juan:
—Ésta es la O —dijo.
—¿Y la A? —inquirió Juan.
—Ésa no sé.
—Lo ves, pues es la O con un rabito; mira, así —le devolvió el bolígrafo.
—¿Así, Juan?
—Sí.
Trazó torpemente un palo vertical y lo coronó con un punto:
—Ésta es la I —añadió.
Dibujó unos garabatos entre las letras y, al entrar de nuevo Mamá, le mostró la postal orgulloso:
—Es para Mariloli —dijo.
—¡Qué bien! —dijo Mamá—. Escribes ya muy bien. —Retiró las tarjetas. Agregó con voz temblona depositando un plato en la mesita enana—: Ahora el niño es bueno y va a comerse unos espárragos, ¿verdad, mi vida?
Le subió a Quico hasta la garganta una irritación sorda:
—¡Pues que se callen!
—¿Que se calle quién? —preguntó Mamá pacientemente.
—¡Pues que no bailen!
—Anda, Juan —dijo Mamá—, dile a Merche y a sus amigas que

dejen el tocadiscos.

—¡Pues que venga la Vito! —añadió el niño.

—Y dile a la Vito que venga —voceó Mamá a Juan que ya alcanzaba la puerta.

—¡Pues... pues...!

Mamá le metió un espárrago en la boca. Quico mordisqueó la punta. Dijo entonces Mamá suavemente:

—Eso son mañas de niño chico, Quico. Anda, come.

Tardó en tragar. Apareció la Vítora. La música había cesado ya:

—A ver, majo; a ver cómo te comes todo el plato como un hombre —dijo la Vítora.

La Domi llegó detrás, con Cristina recostada sobre su pecho, seguida de Juan:

—Señora —dijo—, yo no sé qué hacer con esta cría; me se duerme toda, no hago vida de ella.

Cris cerraba pesadamente los párpados y no conseguía enderezar su negra cabecita. Tan pronto la Domi lo intentaba, la niña se recostaba en ella. Dijo Mamá:

—Déle un vaso de leche y acuéstela. Durmió poca siesta, ¿verdad?

La Domi señaló para el Quico con encono:

—Éstos la despertaron, como siempre.

Mamá animaba incansablemente a Quico, pero Quico cambiaba las hebras estoposas de un lado a otro de la boca y cada vez que intentaba tragar aquella bola áspera, se le amorataba el bigote, le lloraban los ojos y le sobrevenía una arcada:

—No me gusta —dijo tras un esfuerzo.

—Pues lo tienes que comer, tanto si te gusta como si no —replicó Mamá impaciente.

Intervino Juan:

—Los hilos, ¿son para atar el clavo?

—Eso —dijo Mamá—. ¡Vamos, traga!

Quico amenazaba volverse del revés cada vez que dejaba resbalar la bola hasta la glotis y de un golpe de tos la devolvía a la boca y continuaba masticándola, triturándola incansablemente. Y Mamá musitaba: «Dios mío, qué castigo», y más tarde, «Vamos, traga», y más tarde, «Te doy una peseta por cada bola que tragues, Quico». Mas Quico no lo conseguía y al sonar el timbre y entrar la tía Cuqui se sintió liberado, se tiró de la silla y corrió hacia ella:

—Tía Cuqui —dijo—, ¿me traes la pistola?

La tía Cuqui abrió los brazos para recibirlo en ellos y se lamentó:

—Pobre Quico, a la tía Cuqui se le ha olvidado la pistola; la tía Cuqui tiene muy mala cabeza. —Lo dejó en el suelo y besó a Mamá—.

Hola, guapa. —Y luego a Juan—. ¿Ya estás bueno? —y, mientras, Quico hurgaba en el bolsillo y decía:

—No importa, como ya tengo otra pistola, ¿verdad, tía?

—¿Tienes otra pistola?

—Sí, mira.

Extrajo el tubo de dentífrico del bolsillo y, al volver el forro, la punta cayó sobre la alfombra verde claro y Mamá chilló:

—¡La punta!

Y Quico miraba el clavo brillante sin pestañear, la bola de estopa inflándole un moflete, paralizado, como un pointer ante la pieza. Mamá insistió:

—¡La punta, es la punta! —se agachó y la examinó—: Claro que es la punta —repitió.

Y la tía Cuqui dijo:

—¿Qué ocurre con la punta, mujer?

Y terció Juan:

—Decía que se la había tragado y le han llevado al médico y es mentira.

Mamá hacía extraños visajes con los ojos y sonreía y apretaba los labios alternativamente y, como colofón, zamarreó a Quico con violencia al tiempo que le decía:

—Era para matarte. ¿No te das cuenta de que has dado a Mamá un susto de muerte?

La tía Cuqui sonreía con una expresión piadosa:

—Es pequeño —dijo—. No se da cuenta.

Juan salió corriendo del salón y a los pocos segundos regresó seguido de Merche, Teté, Marcos y la Vítora. Dijo Merche:

—¿Es verdad que es mentira que Quico se había tragado el clavo?

—Mira —dijo Mamá mostrándoselo.

Quico continuaba impasible en el centro del círculo acusador y tan sólo los párpados, subiendo y bajando, denotaban vida en su rostro.

—¡Jobar, vaya cara! —dijo Marcos.

La Vítora se arrodilló junto a Quico y le miró a los ojos. Sus palabras eran medio caricias, medio reconvención:

—¡Huy, qué chico! —dijo—. ¿Por qué dices que te has tragado la punta, di, si la tienes en el bolsillo?

Quico levantó los hombros y adelantó el labio inferior en señal de protesta. Se sentía acosado. Respondió débilmente:

—El médico me la ha sacado, Vito.

Tía Cuqui rió. Merche rió y dijo riendo:

—¡Qué mentiroso es!

También la Vítora rió nerviosamente:

—Para todo encuentra salida este crío —añadió.

Quico daba vueltas y más vueltas al tubo de dentífrico con los ojos bajos. Intervino la tía Cuqui y le tendió una mano:

—Déjale —dijo—; el niño ya va a ser bueno. ¿Verdad que ya eres bueno, Quico?

A Mamá le estallaba dentro la alegría, pero se fingía contrariada. Le dijo a la tía Cuqui:

—Me ha dado un susto de muerte, mujer; no puedes imaginarte qué tarde he pasado; y lo peor es qué le digo yo ahora a Emilio después de asegurarle que he visto cómo se la tragaba —volvió los ojos a Merche —: Llama a tu padre y dile que ha aparecido la punta, que todo ha sido una falsa alarma—. Se sentó en el sillón frente a la tía Cuqui y añadió—: Vítora, llévese esos espárragos.

Quico la miró implorante:

—¿Puedo escupir la bola? —preguntó.

Mamá le puso bajo la barbilla el cenicero de plata:

—Sí, anda, échala.

Quico la echó. Entonces la tía Cuqui preguntó a Mamá si Papá aún no había regresado y Mamá aclaró: «Tiene una junta», pero se la veía incómoda, como si también ella necesitase escupir la bola, y finalmente dijo:

—Nos hemos peleado.

—¿Otra vez? —inquirió la tía Cuqui.

A Mamá empezaron a brillarle los ojos:

—Es insufrible, te lo aseguro.

La tía Cuqui meneó la cabeza varias veces, de un lado a otro:

—Yo con mi hermano no hubiera podido vivir ni dos días —confesó —. Es un carácter el de Pablo que me puede, me saca de quicio, lo reconozco.

Habían marchado todos y Quico miraba las manos pequeñas, nerviosas, limpias de todo adorno, de la tía; Merche se asomó a la puerta seguida de Teté y de Marcos:

—Que bueno —dijo—. Dice papá que bueno, ¿podemos poner el tocadiscos?

—Sí —respondió Mamá y, cuando salieron corriendo, añadió bajando la voz—: Siempre apunta donde sabe que hace daño. Si sólo fuera discutir, no me importaría, pero Pablo tira golpes bajos a sabiendas, con el mayor encono.

—Siempre ha sido así —admitió la tía Cuqui—. Yo con Pablo no hubiera podido vivir ni dos días.

Mamá carraspeó. Parecía que encerraba más bolas dentro. Dijo con un hilo de voz:

—Lo nuestro hace años que ha terminado —señaló a Quico con la barbilla—. Pero están éstos y hay que fingir. Mi vida es una comedia.

La tía Cuqui se encampanó:

—Eso no —dijo—. El matrimonio se hace y se deshace entre dos. Tuvisteis unas relaciones lo suficientemente prolongadas para conoceros. El matrimonio no se rompe si uno no quiere. Y puesta a hacer comedia, ¿por qué no lo tomas más arriba y finges con tu marido?

Llegaba, muy acolchada, la voz de Hayley Mills, cantando *America the beautiful*, y Quico, al oírlo, salió disparado hacia el cuarto de jugar. Marcos, Teté, Merche y Juan rodeaban al tocadiscos. Teté marcaba el compás con el pie, mientras Juan se hurgaba en la nariz. Había varias fundas desparramadas sobre la mesa, bajo el Ángel de la Guarda, y Quico las curioseó una por una. Ante la efigie de Gelu se detuvo y señaló con la uña negra el pequeño recuadro de La Voz de su Amo:

—¡Merche! —chilló—. ¿Por qué se pone ahí el perro? Le va a matar.

Respondió Merche:

—¡Ay!, Quiquín, cada día que pasa eres más pequeñajo y entiendes menos las cosas; eso no es una escopeta, ¿sabes?, es la trompa de un gramófono del tiempo de Maricastaña.

Teté sacó de su funda el *Speedy Gonzales*, de Ennio Sangiusto, y se lo alargó a Merche:

—*Speedy*, Merche —dijo—; es que me chifla.

Juan se puso en pie súbitamente:

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho y media.

—Quico, ¡el Conejo! —voceó Juan.

Salieron los dos, pero Mamá hablaba por teléfono y decía: «Ya... ya... ya... el príncipe destronado... ya... vais a tener razón... sí... claro... no había forma... gracias a Dios...». Quico la interrumpió:

—Mamá, ¿nos dejas subir a ver el Conejo a la tele de la tía Cuqui?

—¡Calla! —le conminó Mamá, y sonrió al auricular—: Perdona... es el niño que no me deja oír... precisamente... lo siento... tú dirás... ya... se lo diré... a buena parte vas...

Quico y Juan esperaban anhelantes el fin de la conversación. Mamá reía ahora nerviosamente, como suelen reír las colegialas de dieciséis años la primera vez que se les acerca un muchacho:

—Sí... ya hablaremos... no me atrevo... cualquier otro sitio... sí... ya... claro... sí... de acuerdo... de acuerdo... están aquí... no puedo ahora... también yo tengo ganas... sí, ya lo sabes... lo sabes de requetesobra... bueno... eres tonto... de acuerdo... adiós.

Colgó sin cesar de sonreír y Quico se precipitó:

—¿Nos dejas subir a ver el Conejo?

Mamá no le dejó terminar:

—Andad —dijo, y añadió apresuradamente, porque Quico se escapaba tan rápido como se lo permitían sus pequeñas piernas—: ¡Dice el médico que a ver si no le damos más sustos!

Sonó el estampido de la puerta de la calle. Juan y Quico trepaban por la escalera aceleradamente.

Juan chillaba:

—¡Deliciooooso! ¡Refrescaaaante!

Y Quico salmodiaba:

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro.

Les abrió la Valen:

—¿Ya estáis aquí? —dijo malhumorada—. La tía ha salido, de modo que ya os estáis largando los dos.

Juan levantó sus ojos oscuros, ribeteados de ojeras, implorantes:

—Valen —dijo—, ¿nos dejas ver el Conejo?

—Sí, ¿verdad?, y luego me ponéis unos suelos que dan miedo. ¿Y quién tiene que limpiarlos? ¡La Valen!

—Nos quitamos las zapatillas, anda.

Vaciló la Valen. Al cabo dijo:

—Pasar, pero quitaros las calzas, ¿eh? No os lo digo dos veces.

Los dos niños se descalzaron. Los muebles de la tía Cuqui brillaban como si tuvieran cristal. En la caldera de cobre deslumbraba la luz del vestíbulo. El orden, la pulcritud reinaban en la casa. En el cuarto de la tele la tarima resplandecía como el diente de oro del Fantasma. Los dos niños se sentaron en el suelo tímidamente y la Valen conectó el receptor.

El cuadro se adelantó hasta enmarcar el Conejo.

—Ya ha empezado —dijo Juan.

El rostro de Quico se abrió en una sonrisa:

—Mira Porky, Juan.

Y el Conejo le dijo a Porky: «Estos gandules siempre se nos adelantan».

—Calla —dijo Juan.

El Conejo y Porky entraban en el despacho del Jefe y el Jefe les decía: «Hay una entrega para la calle de Quincalleros».

Quico pestañeó:

—¿Qué es entrega, Juan?

—Calla.

El Conejo y Porky salieron a la calle con el paquete.

—¡Jobar, cómo corre el Conejo, Juan!

Dijo Juan:

—Es que si lo lleva antes de diez minutos le dan cinco dólares.

—¿Qué es dólares, Juan?

—Pesetas.

—¡Ah!

El Conejo había cogido una patineta y se deslizaba por la calzada, el paquete atado al manillar. Porky le seguía pedaleando en un triciclo. De repente, el Conejo se estrelló contra una farola y el paquete se abrió y rodó por la calzada una bola con un cordel encendido.

«¡Una bomba, Porky!», gritó el Conejo.

Juan y Quico sonreían.

—Les va a matar —musitó Juan morbosamente.

Y la bola reventó —¡¡boooooom!!— y el Conejo y Porky volaron por los aires y aterrizaron en un alero y al mirarse el uno al otro vieron que Porky tenía la piel del Conejo y el Conejo la piel del cerdo y Quico y Juan se reían con toda su alma y antes de que se desahogaran, la Valen, que permanecía erguida en la puerta, tras ellos, como un gendarme, indiferente a los riesgos del Conejo y de Porky, les dijo:

—Ale, ahora os ponéis las calzas y a vuestra casa otra vez; ya es hora de acostaros.

Las nueve

Pablo encendió la lámpara, abrió el libro, se acodó en la mesa y se sujetó la cabeza entre las manos. Leía apresuradamente, afanosamente, sin mover los labios y, al pasar las páginas, producía un ruido exagerado, como si arrebujase un periódico. Quico lo miraba silenciosamente, bajo el marco de la puerta y, al entrar Mamá, corrió hacia ella y se empinó para ver a Pablo por encima de la mesa:

—Ya has venido del cole, ¿verdad, Pablo?

—¿No me ves? —respondió Pablo.

Quico sonrió, pero al observar el ceño de su hermano se calló. Mamá le revolvió el pelo a Pablo.

—¿Estás disgustado? —preguntó.

—Pché —dijo Pablo.

—Ya sabes que conmigo no necesitas disimular —añadió Mamá.

—¿A qué ton voy a estar disgustado? —preguntó Pablo—. Tú siempre quieres saber lo que pasa dentro de uno.

Mamá hacía como que no le oía. No respondía a Pablo sino a sí misma. Dijo:

—Ten valor y dile que no.

Pablo la miró de frente, con firmeza, y Mamá humilló los ojos. Dijo Pablo:

—He dicho a papá que iré e iré, aunque sólo sea por él.

Los ojos de Quico despedían chiribitas.

—¿Vas a ir a la guerra de Papá? —inquirió con entusiasmo.

Le miró Pablo, sorprendido.

—Eso —dijo con aplomada gravedad—, a la guerra de Papá; exactamente es lo que voy a hacer, ¿cómo lo has adivinado?

Mamá examinaba el rostro de Pablo con minuciosa atención:

—No te agrada, ¿verdad?

Pablo se echó repentinamente hacia atrás.

—No lo comprendo, que es otra cosa —respondió, y pareció que iba a continuar, pero se reprimió y, por último, tras una prolongada pausa, añadió—: El padre Llanes dice que asociaciones de veteranos hay en todas partes, pero, en nuestro caso, sólo serán eficaces si vamos unidos los de un lado con los del otro. Juntos, ¿comprendes? Es la única manera de olvidar viejos rencores.

Mamá asintió con la cabeza.

—¿Eso dice un cura? —inquirió.

—Eso, pero Llanes es de los jóvenes.

Mamá hablaba ahora como entristecida, como si tuviera mil años. Aclaró:

—Si los viejos no les confunden, los jóvenes suelen ver claro; seguramente el padre Llanes tiene razón.

Pablo entornó los ojos para preguntarle a Mamá:

—Tú no estás segura de nada, ¿verdad, mamá?

Mamá no respondió al pronto; tomó a Quico de la mano y anduvo dos pasos y, entonces, se volvió y le dijo a Pablo:

—De pocas cosas, hijo. Cada día de menos cosas. —Y antes de cerrar la puerta agregó—: Haz lo que creas más conveniente.

Mamá condujo a Quico a la cocina. El transistor de la Vítora facilitaba el parte meteorológico y hablaba de un anticiclón en las Azores y Quico dijo:

—¿Es un bicho muy grande, muy grande?, di, Vito.

—¿Cuál, hijo?

—Lo que ha dicho la radio.

Mamá intervino:

—El anticiclón es el sol; es... cuando hace bueno.

—Entonces —dijo Quico—, nos vamos ya a San Sebas con Mariloli...

—Todavía no —añadió Mamá y, después, a la Vito—: Déle de cenar, pero no le fuerce. El calcio, sí, lo olvidé a mediodía.

Salió Mamá y entró Juan, y Quico dijo:

—Juan, Pablo se va ir a la guerra de Papá.

—¿Sí?

—Sí, lo ha dicho.

—¡Dios! —Se abrió su profunda mirada entoldada—: Yo, cuando sea mayor también quiero ir a la guerra de Papá y matar más de cien malos. ¿Tú, Quico?

Los ojos de Quico se iban empequeñeciendo a medida que se ensanchaba la noche. Replicó:

—Yo… yo cuando sea mayor quiero ser guardia.

—Sí —dijo Juan—, ¿y si te pilla un coche?

—Pues mato al señor del coche.

Juan sonrió con suficiencia de adulto:

—Pero si estás muerto…

—Pues le mato yo antes.

La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó éste sobre el mármol blanco. Arrimó una silla:

—Ven acá —acomodó a Quico en sus piernas.

Quico engullía la tortilla con relativa rapidez.

—Esto te gusta, ¿eh, granuja? —dijo la Vítora.

—Como no me se hace bola…

El transistor cantaba ahora *Doña Francisquita*.

—¡Madre, qué perra han cogido!

Quico cesó de masticar:

—¿Quién ha cogido una perra, Vito?

—Anda, come y calla.

Entró la Domi y, a poco, Mamá:

—¿Qué tal come?

—Bien, ya ve, el huevo.

Quico la miró:

—¿Verdad, mamá, que Pablo se va a la guerra de Papá, verdad, mamá?

—Mañana —dijo Mamá.

Quico miró a Juan.

—¿Ves? —dijo triunfalmente.

La Domi iba y venía del cuarto de plancha. Una de las veces se encaró con Mamá y dijo con resolución:

—Digo, señora, que la cuenta.

—¿La cuenta? ¿Qué cuenta, Domi?

—Ande, señora, ¿cuál va a ser?, la mía.

Abría y cerraba los párpados como el muñeco de Cris, como si fuera a llorar. Y como quiera que Mamá la mirase desconcertada agregó:

—Me marcho.

—¿Se marcha?

—Ande, a ver, ¿no me ha despedido?

Se aclaró la mirada de Mamá. Dijo:

—Domi, no trabuque las cosas a su gusto, yo no la he despedido, la he regañado, que es distinto, porque creí que debía regañarla, pero los niños la quieren y yo estoy contenta con usted, de modo que piénselo.

La Domi se reducía, se arrugaba como una ciruelita pasa. Sacó del pecho la vocecita de Rosita Encarnada para decir:

—Ande, por mí.

—Pues no hablemos más —añadió Mamá contundente—. ¿Acostó a la niña?

—Como un angelito, si usted la viera. Estaba muerta de sueño.

Mamá entornó la puerta para salir. Miró a la Domi:

—En cuanto a lo de su hijo, recuérdemelo. Se lo diré al señor; a ver si él puede hacer algo.

Salió. La Domi hizo un gesto con el pulgar.

—Ya la has oído —dijo—, ahora se vuelve atrás.

La Vítora se sofocó:

—¡Y usted! —dijo furiosa—, sólo le faltó ponerse de rodillas. Claro que a su edad, ¿dónde va a ir que más valga?

—Vamos, calla la boca, tú —respondió la Domi, enfadada.

La Vítora llenó una cuchara sopera del gran frasco blanco y se la dio a Quico. Quico cerró los ojos y tragó. Después se pasó con fuerza, reiteradamente, el antebrazo por los labios.

—¡Qué asco! —dijo.

La Domi abrió el portillo de bajo el fogón y sacó un cantero de jabón. Miró a Quico.

—No vi nunca criatura más asquerosa para comer —dijo, y se dirigió al cuarto de plancha.

La Vítora dejó la cuchara en el fregadero y se puso en jarras:

—Ya está usted con el jabón; mire que la ha cogido modorra.

Los ojos de Quico se tornaban pequeñitos y apagados. Metió la mano en el bolsillo y extrajo el tubo vacío de dentífrico. Lo destapó y sonrió, con una sonrisa lejana y corta:

—Mira, Vito, una pistola.

—Sí, majo.

Regresó la Domi:

—Anda que el Femio, ni un perro se marcha así.

—No me lo miente —dijo la Vítora. Levantó la voz—: ¡No me lo vuelva a mentar!

Juan salió de la cocina y Quico tras él. Quico avanzaba por el pasillo cansinamente. En el cuarto no había nadie. Estaba recién ventilado y olía al frío húmedo, neblinoso, de la calle. Quico miró con aprensión al Ángel de la Guarda, luego sus ojos toparon con las tijeras

de uñas, sobre la mesa. Guardó el tubo de dentífrico y las cogió.

—Yo era Blas —dijo.

Juan lo miraba desganadamente, pero su interés fue creciendo a medida que Quico se acercaba al enchufe del zócalo y abría las puntas de las tijeras:

—¿Qué vas a hacer?

—Arreglar la luz —respondió Quico—; yo era Blas.

Fue aproximando lentamente las puntas de las tijeras a los agujeros del enchufe y cuando se produjo el contacto saltó una llamarada azul y Quico dijo «¡ay!», y se oyó el tintineo de las tijeras contra los baldosines y, simultáneamente, se hicieron las tinieblas.

—Me he quemado, Juan —dijo Quico en la oscuridad, y se le oía frotar la mano contra la ropa—; me hace como cosquillas.

Sonó lejana la voz de Mamá:

—¿Qué pasa?

Y, al cabo, la voz de la Vítora:

—Nada, señora, el chivato.

Pero Juan voceó:

—¡Ha sido Quico que ha metido las tijeras en el enchufe!

Al tiempo que se hizo la luz, Mamá apareció por el extremo del pasillo, taconeando firmemente y, detrás, Pablo, Marcos, Merche, la Domi y la Vítora. Quico permanecía sentado, mirando el enchufe chamuscado y las tijeras diabólicas en el suelo, restregando la manita contra el jersey rojo. La voz de Mamá era tonante e implacable como la de un general:

—¿Cómo está este niño levantado? —Lo tomó por un brazo y Quico cerró los ojos y encogió el trasero, esperando el azote, pero el azote no se produjo y Mamá sólo lo zarandeó mientras chillaba—: ¡Un día te vas a morir! ¿A quién se le ocurre meter las tijeras en el enchufe? Te ha dado la corriente, ¿verdad?

Quico no respondió. Observaba los rostros expectantes de sus hermanos y su consuelo fue grande al ver que Merche le guiñaba un ojo y le sonreía. Luego, uno a uno, fueron desfilando todos hacia el salón, decepcionados. La Vítora le agarró de la mano:

—Vamos, hijo —dijo—; vámonos a la cama.

Entró con él en el cuarto de baño amarillo, levantó la tapa y le puso de pie sobre la taza.

—Haz un pis bien grande —añadió sosteniéndole por la cintura.

Quico, la barbilla incrustada en el pecho, observaba el arco delgado y transparente que, misteriosamente, proyectaba su cuerpo. Al concluir, escurrieron cuatro gotitas y el breve apéndice se desmayó. Se despabiló de repente.

—¡Huy! —dijo—, me se dobla el pito.

La Vítora lo tomó por las axilas.

—A ver —respondió. Apagó la luz del aseo al salir.

—¿Por qué me se dobla el pito, Vito?

—Como es de carne. Si fuera de madera o de hierro...

La Vítora lo puso de pie sobre la cuna. Dijo Quico:

—De carne cocida, ¿verdad, Vito?; el pito es de carne cocida.

—A ver; de carne cocida.

Las manos agarrotadas de la Vito iban desembarazándole del jersey rojo, los pantalones, la blusa azul y los calzoncillos y ella depositaba las prendas, cuidadosamente dobladas, sobre la butaca forrada de plástico. Quico bostezó aparatosamente.

—Estás que te caes de sueño, ¿eh?

El niño asintió. Miraba al Ángel de la Guarda, y al sillón rameado, y a las escalerillas metálicas, y a las camas vacías de sus hermanos flanqueando su cuna, y al Arco Iris. La Vítora se sentó en la cama de Marcos, sentó a Quico sobre sí y le quitó las zapatillas y los calcetines. Tomó el pijama amarillo:

—Anda, mete...; no, la otra mano, así.

Le abotonó la chaqueta hasta el cuello y dijo:

—A ver si no te meas la cama como ayer, que ya eres un mozo.

Abrió la cuna y depositó al niño entre las sábanas blancas. Dijo Quico:

—Y si no me hago pis voy al cole con Juan.

—A ver.

—¿Mañana?

—No hay día más cerca. A ver: Jesusitooo....

Quico bostezó de nuevo y, al concluir, paladeó el bostezo y prosiguió:

—... de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

Dijo la Vito:

—Tuyo es.

—Mío no —respondió el niño.

La Vítora le arropó maternalmente. Dijo de súbito:

—No hemos rezado por el Femio. ¿Quieres que recemos un poco por el Femio, Quico?

—Sí, Vito —respondió Quico, medio dormido—. ¿Se va el Femio a la guerra de Papá?

La Vítora suspiró hondo:

—Para el caso. A ver, junta las manos, así. Jesusitooo...

—... de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

—Tuyo es…

—Mío no.

—Que el Femio haga buen viaje, amén —concluyó la Vítora.

Lo arropó de nuevo de forma que únicamente asomaran por el embozo los ojos y el gran flequillo rubio y, finalmente, le besó en la frente ruidosamente:

—Hasta mañana, y a ver si no te meas la cama.

Apagó la luz y cerró la puerta. Quico permaneció unos segundos inmóvil, traspuesto, pero al oír el chasquido abrió unos ojos terriblemente dilatados y, girándolos en las órbitas, sin moverse, divisó el resplandor que se adentraba por el montante y, en la penumbra, la inmovilidad amenazadora del Ángel de la Guarda y sus ojos y sus alas y, de improviso, los cuernos y el rabo y, entonces, gritó con todos sus pulmones:

—¡Vito!

Pero nadie acudió y el Demonio empezaba a rebullir y, a su lado, al pie de la cuna divisó al Moro muerto y tornó a vocear:

—¡¡Vito!!

Fue Domi la que entró:

—¿A santo de qué armas este escándalo? ¿Qué es lo que quieres, di?

—Agua —dijo Quico, repentinamente apaciguado y, bajo la luz, al amparo de la Domi, el Demonio volvía a ser el Ángel de la Guarda, sin cuernos ni rabo, y el Moro, el orinal verde de plástico, y cuando retornó la Domi y le dijo: «Toma, agua», él bebió un buche y dijo: «Sí, Domi», y la Domi gruñó: «Y no me pidas agua ni vino porque no vuelvo a venir, ya lo sabes», y él respondió: «Sí, Domi» y se tumbó y apretó los párpados para no advertir el advenimiento de las tinieblas, mas al sentir el ruido de la puerta, abrió un ojo, y, en la penumbra, divisó a Longinos levantando la mano con una enorme jeringa y, detrás, al Soldado, acurrucado, con un puñal, en actitud de clavarle, y sin acertar a dominarse voceó otra vez:

—¡Vito!

Mas, a su grito, Longinos se puso en marcha y el Soldado se incorporó y Quico, aterrado, se cubrió cabeza y todo llorando a gritos y repitiendo histéricamente: «Vito, Vito, ven», pero, nuevamente, acudió la Domi y dio la luz y se plantó a los pies de la cuna, los brazos cruzados sobre el pecho:

—¿Puede saberse qué tripa se te ha roto ahora? —preguntó acremente.

Longinos no era ya Longinos, ni remotamente, sino el costado de la librería con el jarrón encima, y el Soldado tampoco era el Soldado, sino la butaca de plástico, con su ropita minuciosamente doblada, y Quico dijo:

—Quiero pis.

—¿No te ha puesto la Vito?

—No.

Lo incorporó y le arrimó el orinal de plástico verde. Aguardó pacientemente:

—Ya ves —dijo, al cabo— cuánto pis, cuatro gotas. Lo que hace falta es que no te mees la cama, marrano.

Quico volvió a tenderse y se tapó los ojos cerrados con el embozo, pero, apenas lo había hecho, cuando sintió sobre sí un frenético aleteo y chilló de nuevo:

—¡Domi!

La Domi abrió la puerta:

—Buena nos ha caído —rutó—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

La voz de Quico era agresiva:

—¡Pues que no cierres!

La Domi dejó la puerta entornada, mas al sentir los pasos que se alejaban, Quico volvió a gritar:

—¡Domi!

—¿Qué?

—¡Pues que se acueste Pablo!

—Pablo tiene que cenar, de modo que ya lo sabes.

—¡Pues... pues... pues que venga Mamá!

—Tu mamá está ocupada.

—¡Pues quiero que venga!

—A dormir —cerró la puerta.

—¡¡¡Mamá!!!

Oyó los tacones de Mamá a lo lejos, en el entarimado, y la Domi abrió la puerta. Su voz se hizo meliflua, extrañamente acariciadora:

—Quico, hijo, ¿no ves que tu mamá tiene que cenar?

Los tacones de Mamá repicaban ahora en los baldosines del pasillo. Oyó su voz:

—¿Qué pasa?

—Ya ve, que no se quiere dormir —respondió la Domi.

Pero Mamá ya estaba junto a él y se sentó en la cama de Marcos y le decía suavemente:

—¿Qué pasa, Quico? ¿Tienes miedo?

—Sí —musitó Quico.

—¿Y a qué tiene miedo mi niño?

Quico sacó la mano por el embozo y, a tientas, buscó la de Mamá. Mamá se la oprimió entre las suyas y él notó enseguida el calor protector:

—Venía el Demonio cuando tú no estabas y me llevaba de los pelos

al infierno, con el Moro, y luego Longinos me pinchaba y el Soldado iba con el puñal de dos filos, y el Fantasma...

—Huy, cuántas historias; ¿quién te cuenta esas historias, Quico?

La voz de Mamá amansaba sus nervios y, en la penumbra, todo tenía ahora su perfil normal. Dijo Quico:

—La Domi.

—Esa Domi... —dijo Mamá.

Descendía sobre él el sueño, un sueño pesado, irresistible, pero aún oprimió dos veces la mano de Mamá antes de que sus deditos se aflojaran y su respiración se acompasase. Mamá permaneció unos minutos a su lado y, luego, se incorporó quedamente, introdujo la mano de Quico bajo las ropas y abandonó la habitación andando de puntillas. Al llegar frente a la puerta de la cocina, la Domi le salió al paso:

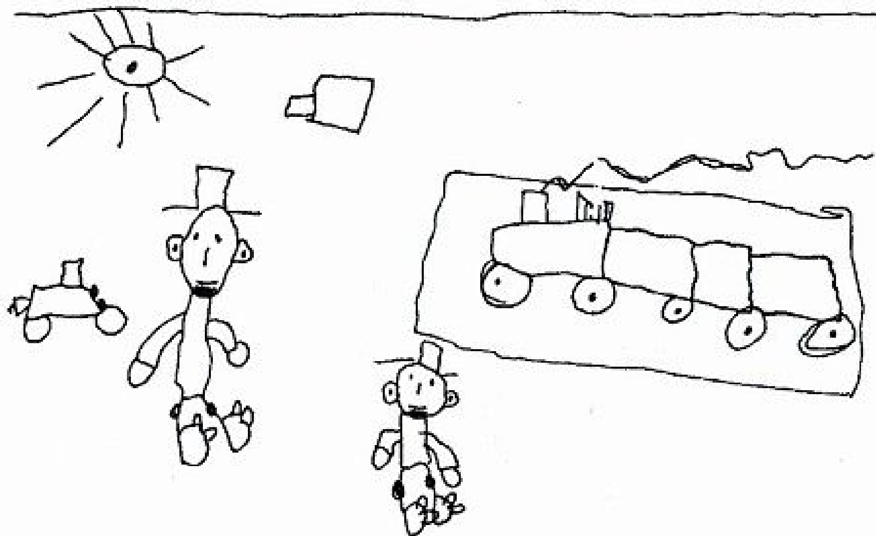
—¿Qué quería el niño, señora?

—Mi mano —dijo Mamá.

—¿Su mano?

—Tenía miedo.

—¡Ah!



La Domi relajó su expresión y en sus ojos brilló una chispa de ternura:

—A saber qué tendrá la mano de una madre —dijo.

Mamá adoptó un gesto duro para replicar:

—Lo malo es luego —dijo—, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es

que eso ya no tiene remedio.

Las guerras de nuestros antepasados

1975

DOCTOR.– Anda, Pacífico, siéntate. Ponte cómodo, no te dé apuro. ¿Quieres otra copita? Sin reparos, hijo. Relájate y vamos a charlar tranquilamente. Nadie nos oye y podemos conversar hasta que te canses. Y cuando te canses, me lo dices y nos vamos a acostar. No tenemos prisa. Ya seguiremos mañana y, si mañana no podemos, otro día. Hay tiempo por delante. Lo único que te pido es que seas sincero, conmigo y contigo mismo. Eso y que hagas un esfuerzo por recordar cosas, incluso pequeños detalles que a ti te parezcan insignificantes. Es decir, detalles que se refieran a personas y hechos de tu vida, empezando por la infancia. En lo que de mí dependa, yo procuraré ayudarte. Bien, para empezar, si no me equivoco, tú eres de un pueblecito de Castilla, Humán del Otero, ¿no es así?

PACÍFICO PÉREZ.– Sí señor, nacido y criado.

DR.– Está bien, ¿y cuál es tu primer recuerdo del pueblo?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, me pongo a pensar y, por un ejemplo, yo me recuerdo por un igual del Bisa y de la abuela Benetilde y de Madre y de la casa y de todo. ¡Ande que si no me fuera a recordar!

DR.– Bien, la casa. Has dicho la casa. ¿Cómo era tu casa, Pacífico? ¿Dónde estaba situada? ¿Quiénes vivíais en ella? Todo me interesa.

P.P.– Bueno, vamos, o sea, en realidad no lo sé, doctor. Mi casa era como todas, o sea, distinta.

DR.– ¿Y por qué razón era distinta tu casa, Pacífico?

P.P.– ¡Qué cosas, oiga! Pues porque la casa de cada quien es siempre la casa de cada quien, ¿no?

DR.– Pero ¿qué tenía de particular?

P.P.– Mire, por un ejemplo, doctor, mi casa era de piedra de toba, ¿se da cuenta? O sea, como todas las del pueblo, las del Humán y las del Otero. Pero tenía una galería de cristales, tal que así, corrida, que no tenían las demás.

DR.– ¿Y qué más cosas había en tu casa?

P.P.– ¿En la trasera?

DR.– En la trasera o donde fuese.

P.P.– Pues, mire, de la parte de atrás, quedaba el ruejo, y el pilón, donde cada año, por San Pedro, bañábamos al Bisa. Y orilla del ruejo estaba la higuera, donde dicen que llovieron hostias cuando la abuela Benetilde entró en trance al alcanzar la mayoría.

DR.– Perdona, Pacífico, antes hablaste del Humán y del Otero, ¿es que eran caseríos distintos?

P.P.– A ver, doctor, natural. El Otero quedaba arriba, en el cerro, frente por frente del Crestón, ¿comprende? Allí andaban, por un ejemplo, el camposanto y la parroquia. Abajo, orilla el Embustes, o sea, el río, estaba el Humán.

DR.– ¿Cuál era la economía del pueblo? ¿De qué vivía la gente?

P.P.– Ande, según.

DR.– Según ¿qué?

P.P.– Mire, en el vallejo, por mayor, frutales, manzanos en su mayor parte.

DR.– ¿Y qué más?

P.P.– Como haber también había algún ciruelo y algún peral, ¿se da cuenta? Y unas nogalas hermosas, oiga. Pero raro era el año que sazonaban.

DR.– ¿Por qué razón, Pacífico?

P.P.– Las heladas, mire. Si la primavera se metía en hielos, se encajonaba el zarzagán entre Las Puertas y cosa perdida; en una noche todo abrasado. La nuez es fruto delicado, oiga.

DR.– ¿Y arriba? ¿Qué había arriba?

P.P.– ¿En los altos?

DR.– Sí, en los altos.

P.P.– Aulagas y moheda para el jabalí, ya ve.

DR.– ¿No se cultivaba nada?

P.P.– Aguarde, de primeras, nada, no señor. Al cabo, Padre metió el tractor en los perdidos y puso en siembra también más de tres mil hectáreas, trigo y cebada, ¿sabe?, cereal. ¡Ande que los del Otero todavía no se lo han perdonado! A Padre, digo.

DR.– ¿Y qué les iba a los del Otero que tu padre sembrase en los perdidos o no?

P.P.– Ande, por los pastos, ¿se da cuenta? Los roturos dejaban al pueblo sin pastos. Para que las cabras comieran, digo.

DR.– ¿No había en tu pueblo alguna industria, alguna destilería, de sidra, por ejemplo, algo que os ayudase a sobrevivir?

P.P.– De eso, nada, no señor. Digo, por todo haber, la miel. O sea, en las vaguadas de la cerviguera y en las breñas, se criaba bien el brezo. Y allí, al amparo de la humedad, pusieron los del pueblo las colmenas, ¿sabe?: hornillos y movilistas.

DR.– Dime, Pacífico, cuando tú saliste del pueblo, ¿quedaba mucha gente allí?

P.P.– Si le digo que cien vecinos, tenga por seguro que exagero. La juventud estaba cansada, oiga; el campo es muy esclavo.

DR.– ¿Y hubo algún momento en que Humán del Otero, por el motivo que fuese, provocase una afluencia extraordinaria de gente?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Quiero decir, Pacífico, si tu pueblo tuvo alguna vez más vecinos que cuando tú te fuiste.

P.P.– Ande, eso a poco.

DR.– ¿Cuándo?

P.P.– Mire, desde chaval hasta que me hice mozo, o sea, hasta que me largué, aquello se quedó en la mitad.

DR.– ¿Y antes? ¿Hubo más gente alguna vez?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, al decir del Bisa, cuando él era chaval, con lo de las pepitas del arroyo Alija, arriba, en Prádanos, o sea, la Peña Aquilina, vino personal de toda la provincia.

DR.– ¿Pepitas de oro?

P.P.– De oro, sí, señor, tal cual; vamos, eso decían. Lo cierto es que arriba, en Prádanos, todavía andan los cobertizos y los lavaderos orilla el regato. Precisamente allí, doctor, fue donde la Candi me la pegó muchos años después. Pero ése es otro cantar.

DR.– Más adelante hablaremos de eso, Pacífico. No me gustaría que se nos olvidase. Pero dime, esa fiebre del oro a que te refieres ¿duró mucho tiempo?

P.P.– Ya sabe usted lo que son esas cosas, doctor. A mayores, lo que las cuatro pepitas que había. Ni más ni menos.

DR.– Desde entonces, Humán del Otero ¿no volvió a tener fama por nada?

P.P.– Aguarde, oiga, que más todavía que lo del oro fue lo de la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? O sea, los trances, que al decir del Abue aquello sí que le dio fama al pueblo, que venían forasteros inclusive de Portugal. Pero lo que pasa, los del Otero empezaron con que la Mística, la abuela Benetilde, digo, era una embaucadora y aquello se acabó como lo del oro.

DR.– Y en vida tuya ¿no recuerdas nada extraordinario que ocurriera en tu pueblo?

P.P.– Nada, no señor. Aquello estaba muerto. De no ser lo del Hibernizo, ya ve. Un capricho de la naturaleza. O sea, un camueso que florecía en noviembre y perdía la hoja en abril; un llevacontrarias, que decía Madre. Por mayor, la cosa sí era chocante, no digo que no, pero fuera de don Patricio y un grupo, gente de estudios, ¿sabe?, nadie se preocupó por el árbol.

DR.– Una cosa, Pacífico ¿por qué molestaba a los del Otero que tu abuela tuviera visiones y vinieran gentes de fuera? Algo dejarían, ¿no?

P.P.– Bueno, usted no les conoce, oiga. A los del Otero, digo. Los del Humán y los del Otero nunca se llevaron bien, de siempre. O sea, como el perro y el gato, ¿comprende? Que por menos de nada se ponían a la greña y armaban una cantea. Al decir del Bisa, eso venía

de atrás, las rencillas, digo, de cuando los moros, échele.

DR.– Todo esto es muy interesante, Pacífico, pero me agradaría llevar un orden, empezar por el principio, ¿me entiendes? Vamos a ver si nos centramos un poco. Cuando tú saliste del Humán, ¿quién era en tu casa el jefe de familia?

P.P.– ¿El amo la casa quiere decir?

DR.– Eso quería decir, Pacífico.

P.P.– El Bisa, natural.

DR.– ¿El Bisa?

P.P.– O sea, mi bisabuelo.

DR.– Ya. ¿Crees tú que tu bisabuelo dejó alguna huella en ti?

P.P.– A saber, doctor. Eso nunca se sabe.

DR.– Dime, ¿y cómo era tu bisabuelo? ¿Cómo lo recuerdas?

P.P.– Bueno, yo me recuerdo del Bisa en la silla de ruedas de acá para allá, que no lo dejaba, oiga. Y, por San Pedro, en el pilón, chapoteando que hay que ver cómo la gozaba el hombre.

D.R– De las personas que te rodeaban, ¿es el del Bisa el recuerdo más fuerte que guardas?

P.P.– Según, oiga. O sea, también me recuerdo del Abue, con la cara plana, bebiendo del porrón y mirando de lado, como los peces.

DR.– ¿Quién se ocupaba más de ti? ¿El Bisa o el Abue?

P.P.– Parigual, mire. Los dos me contaban historias de cuando sus guerras, ¿sabe? Pero eran tan largas que las más de las veces me quedaba dormido. Que me recuerdo que el Bisa todo se renegaba y le decía al Abue... O sea, le decía una cosa que no está bien que yo se la repita, doctor.

DR.– ¿Qué le decía? Estamos entre hombres, Pacífico; yo no voy a asustarme.

P.P.– Pues decía, verá, decía, a ver si vamos a joderla, Vitálico; este chico no tiene nada entre las piernas.

DR.– ¿Eso decía?

P.P.– Cabalmente.

DR.– ¿Y no te humillaba que tu bisabuelo dijera eso de ti?

P.P.– A decir verdad, no señor. O sea, yo le oía como quien oye llover, oiga. El Bisa hablaba de su guerra y yo, a mayores, nunca me interesé por esos asuntos.

DR.– Pero ¿a qué guerra se refería, hijo?

P.P.– A saber, oiga. Lo cierto es que en casa, empezando por el Bisa y terminando por Padre, todos tenían su guerra, una guerra de qué hablar, ¿comprende? Que luego andaba el tío Teodoro, que al decir del Bisa, así que acabaron las guerras aquí, se largó a las Américas a buscar otra. Pero al tío Teodoro nunca llegué a conocerlo.

DR.– Pero digo yo que tus abuelos, al hablar de sus guerras, mencionarían algún nombre, algún general, alguna batalla, ¿no es así?

P.P.– A ver, doctor, natural. Por ejemplo, al Bisa, el general Moriones y el Duque de la Torre no se le caían de la boca. Por lo que respecta al Abue, ya se sabe, el Abd-el-Krim, y el fuerte de Igueriben, siempre la misma copla. Si le digo mi verdad, doctor, en casa, el único que hablaba de la guerra de verdad, o sea de Brunete, Teruel y esas cosas, era Padre.

DR.– Está bien. Esto ya es entrar en razón, Pacífico. Y el viejo, ¿qué historias te contaba el viejo?, tu bisabuelo quiero decir.

P.P.– ¿Historias? El Bisa sólo contaba una, oiga, siempre la misma, desde que nací. Ya ve, me recuerdo que Madre, al verle con la silla atrás y adelante, haciendo el ruido de los disparos y la corneta, siempre decía: conforme se pone, el mejor día nos va a dar que sentir, dichosa guerra.

DR.– ¿Y recuerdas tú esa historia, Pacífico?

P.P.– Ande que si no la fuera a recordar. En veinte años no le he oído otra cosa, hágase cuenta.

DR.– ¿Podrías repetírmela?

P.P.– Por poder, pero le participo que es muy larga.

DR.– No te preocupes por eso, Pacífico. Nadie nos persigue.

P.P.– Bueno, en realidad, la historia empezaba con el capitán Estévez, la noche que el capitán Estévez le dijo al Bisa que había que meter en cintura a las posiciones del ferrocarril, ¿se da cuenta? O sea, para que me entienda, el enemigo se había atrincherado al abrigaño del monte y como el tren subía y bajaba sin nadie que le hostigase, pues eso, no les faltaba de aquí, o sea, de comer, ¿se da cuenta?

DR.– Está claro, Pacífico. Sigue.

P.P.– Entonces, el remedio era cortar la vía, ¿entiende? Y una noche, el Duque de la Torre, que debía ser el jefe, le leyó la cartilla al general Moriones, que el Bisa estaba orilla suya, y dice que le dijo: Morioncitos, tienes que demostrar que los tienes bien puestos, ¿qué necesitas para desalojar a esos piojos de sus posiciones? Entonces, el general le pidió refuerzos. O sea, le dijo: dame 5.000 infantes, dos baterías y un escuadrón de a caballo y el jueves que viene estaré en Bilbao, ¿comprende? Conque el Duque cumplió, oiga, que al decir del Bisa, al día siguiente ya andaban en danza los refuerzos, monte abajo, camino del río.

DR.– Está bien, ¿qué ocurrió entonces?

P.P.– Aguarde. Esa misma tarde, al decir del Bisa, se puso a diluviar, ¿sabe?, de forma que él, el sargento Beitia y una partida de soldados, subieron a Ciérgola para alojar al general. Que dice, el Bisa, digo, que allí no quedaba un alma, fuera de una tipa así, más fuerte que la

señora Dictrinia, y fue él, el Bisa, digo, y la pidió alojamiento para el general, pero ella quieta parada, como si no fuese con ella, ¿entiende? Y, entonces, fue el Bisa y se lo repitió, pero ella, la mujer, digo, la misma, o sea, chitón. Y en estas, el Bisa se cabreó, la puso la punta del machete en la barriga y que una habitación para el general, y ella, entonces, que bien, que la segunda puerta a la derecha. ¿Y qué se piensa usted, doctor, que había en la segunda puerta a la derecha?

DR.– ¡Qué sé yo, Pacífico!

P.P.– Pues el váter, para que se entere. Que yo me digo, oiga, que también hace falta sangre fría para una respuesta así.

DR.– Verdaderamente, hijo. ¿Y qué hizo tu bisabuelo?

P.P.–Ya ve, qué iba a hacer el hombre. Sacudirla un moquete y buscar él la habitación. Pero tampoco se piense que escarmentó ella, la tipa, digo, que, a poco, el sargento Beitia la pidió velas y la misma copla, que en la iglesia había. Y, a ver qué remedio, a la iglesia se fueron ellos, que, al decir del Bisa, el sargento quería pegar fuego al pueblo, dese cuenta, que menos mal que el general, muy prudente, le dijo que parase quieto, que no quería excesos, ¿sabe?

DR.– ¿Cuándo sucedió esto, Pacífico?

P.P.– Pues esto ocurría, doctor, si el Bisa no mentía, allá por el año 74, para abril, que ya ha llovido.

DR.– Está bien, continúa.

P.P.– Bueno, pues se llegaron a la ermita, agarraron los cirios y el Bisa apandó además los cepos de las limosnas, que, a su decir, Bilbao andaba al caer y él estaba sin blanca.

DR.– ¿Cogió el dinero de la iglesia el Bisa?

P.P.– Bueno, oiga, no le choque. El Bisa era de los de la uña larga, para que usted se entere. Que, para mí, que la había tomado con las iglesias. Ya ve, era yo todavía un chaval, cuando me habló de subir a Prádanos, ya sabe, donde las pepitas, a coger la estatua de la Virgen Negra que, a su decir, tenía mucho misterio.

DR.– Perdona, Pacífico, no nos dispersemos. Estábamos en Ciérgola, cuando el sargento Beitia y el Bisa cogieron las velas. ¿Qué hicieron luego?

P.P.– Por mayor, dárselas al general, a ver. Y ellos se acostaron arriba, en el sobrado, entre la yerba, que, al decir del Bisa, por aquellas tierras hay un heno bien rico. Conque casi se habían acomodado, cuando empezó el rum-rum, como de ratas, que el Bisa, ¿eres tú, Beitia?, y Beitia, ¿yo?, y, entonces, fue el Bisa, prendió una cerilla y le vio, que, a su decir, no asomaba más que los ojos asustados y la punta de la nariz, todo lo demás cubierto por el heno, ¿se da cuenta? Conque el Bisa no se lo pensó dos veces, oiga, agarró el machete y le espetó sin preguntarle ni cómo se llamaba, que el otro

dice que decía, ¡madre, madre!, sin fuerzas, ya ve, hasta que calló la boca. Y, a la mañana, conforme amaneció Dios, el Bisa abrió los postigos y así que vio al muerto que era lampiño, un chaval, le dijo al sargento, pero Beitia, si es un mocoso. Y Beitia, que al decir del Bisa, tenía unos despertares muy atravesados, ni caso, o sea: Déjale estar, Vendiano. La cizaña hay que cortarla a tiempo, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y dices que lo mató a machetazos?

P.P.– A machetazos, tal cual. Pero esto no se lo tome en cuenta al Bisa, o sea, era lo suyo. Ya lo decía él: lo mío es la bayoneta. De forma que ya lo sabe.

DR.– ¿Decía él eso?

P.P.– Así decía, sí señor. Y que era muy sencillo, ¿sabe? O sea, tres dedos debajo del ombligo, ¡cuaj!, bayoneta adentro, media vuelta a la derecha y listo. Que yo, que era chaval entonces, le decía: ¿Y qué, Bisa? Y él explicaba que las tripas escapaban por el ojal a borbotones, tal como el agua de la Toba cuando se abre la compuerta, ¿se da cuenta?

DR.– Ya lo creo, hijo; continúa.

P.P.– Conque el Bisa bajó del pajar con el alba, que, a su decir, las calles ya estaban llenas de soldados chapoteando en el barro, o sea, seguía diluviando. Y conforme descendían a las posiciones, las botas chuac-chuac en los charcos, a ver. Y los cascos del caballo del general, parigual, que dice que iba envuelto en un capotón, el general, digo, sin abrir el pico. Pero así que llegó orilla los parapetos, se empinó en los estribos, y voceó: ¡Soldados! Peleamos por la libertad, peleamos por la Patria y morir por la libertad y por la Patria es la más hermosa muerte. Soldados: ¡Viva la Reina! La arenga, esas cosas, ya sabe. Pero, al decir del Bisa, no pasarían cinco minutos y empezó el jorco, doctor, los cañones y la fusilería, que los caseríos volaban despanzurrados por los obuses a izquierda y derecha, oiga, que era el no parar. Pero como lo del Bisa era el cuchillo, el hombre, a ver, como un chivo en un garaje, tal cual, que, a su decir, tiraba tiros por tirar, o sea, por hacer ruido, sin atinar ni nada. Que dice que no hacía más que pensar, a ver si este maricón de turuta toca a armar bayonetas de una vez, pero que nada. Y, con unas cosas y otras, se le calentó la sangre, al Bisa, digo, se volvió donde el turuta y le voceó: ¡Eh, tú, sietemesino! ¿Es que no piensas tocar a armar bayonetas en toda la mañana? Pero el turuta como si tal cosa; lógico, ¿no?, él esperaba órdenes de arriba.

DR.– ¿Y qué hizo el Bisa?

P.P.– Aguarde. Al decir suyo, el cañoneo arreciaba y el capitán Estévez, con la espada en la mano, no se determinaba. Y, en éstas, el sargento Beitia voceó: ¡Van a acribillarnos vivos! Que oír esto el Bisa y perder la paciencia fue todo uno. Así que se volvió donde el turuta y dio la orden, o sea, le puso la bayoneta en el estómago y le dijo: Toca

a armar bayonetas, cacho maricón, o te saco las tripas aquí mismo, ¿se da cuenta? Que la bayoneta era lo suyo, así que el otro, el turuta, digo, agarró el cornetín y dale que te pego.

DR.– ¿Tocó a armar bayonetas?

P.P.– Ande, a ver, por la cuenta que le tenía. Que el Bisa más contento que unas pascuas, natural. Saltó de la trinchera y si te he visto no me acuerdo.

DR.– ¿Saltó él solo?

P.P.– Eso no lo sé, oiga. Digo yo que los demás irían luego. Pero, a su decir, corría sin mirar atrás, regateando, como las lagartijas, para sortear las balas, ¿se da cuenta? Y conforme alcanzó la posición enemiga, ¡cuaj!, bayoneta adentro, tres dedos debajo del ombligo, media vuelta a la derecha y listo, ¿comprende? Así veces y veces, que, a su decir, unos, los enemigos, digo, levantaban los brazos al pincharles, y otros, reviraban los ojos, y aún les había, hágase cuenta, que agarraban el caño del fusil, y hacían por sacarla, la bayoneta, digo, boberías, ya ve usted, que siempre hará más fuerza el que empuja de la parte de fuera, ¿no? De forma que cuando el capitán Estévez se personó en la posición, el Bisa ya se había despachado una docena de ellos. Y los que no, se arrancaban a correr cerviguera arriba y el Bisa tras ellos, al correquetepillo, a ver, que a su decir, entonces tenía buenas piernas, ya ve, conforme se le ve ahora de postrado, y les acuchillaba las espaldas, pero con su ciencia, no crea, o sea, buscándoles el riñón, bien el derecho, bien el izquierdo, que lo prudente, a su decir, en esos casos, es orillar el espinazo, no sea que se te vuelva el arma y te desgracie.

DR.– Continúa, Pacífico.

P.P.– Bien mirado, poco más hubo, doctor. Lo único, que los desgraciados que espetaba se ponían a rodar ladera abajo y, de no enredarse en una carrasca, no paraban hasta el río, natural, conque el agua se iba poniendo roja, y la que escurría por la cárcava, el agua, digo, la de las escorrentías, tal cual. Que, al decir del Bisa, aquello era una bendición. Conque, pinchazo va, pinchazo viene, el Bisa no paró hasta que puso pie en la vía, ¿comprende?, orilla del túnel. Y una vez allí, trepó a un cotarro y voceó: ¡Victoria!, y levantaba el fusil ensangrentado y lleno de mierda, ¿entiende?

DR.– ¿Y así acabó la historia?

P.P.– Bueno, la cosa tuvo su fin de fiesta, no crea. O sea, a la tarde, así que la tropa entró en Galdamés, el general Moriones mandó formar en la plaza, y él mismo, subido al abrevadero, lo dijo, o sea, que la ejemplaridad del soldado Vendiano Pérez, y su valor temerario y su pundonor le hacían acreedor a una medalla, ¿entiende? Y según andaban en éstas, fue, se bajó, y le prendió una cruz en el pecho al Bisa. Luego, el general se puso orilla, y la tropa desfiló delante suyo,

que al decir del Bisa, así que el capitán Estévez mandó romper filas, todos vinieron donde él, que todo dios tenía algo que decirle.

DR.– ¿Eso es todo?

P.P.– La historia, sí señor, ahí acaba.

DR.– ¿Es que hay algo más?

P.P.– Bueno, o sea, cuando chaval, el Bisa, así que terminaba, siempre me decía lo mismo.

DR.– ¿Y qué te decía, Pacífico? ¿Qué te decía?

P.P.– Pues, decía, verá usted, decía: y mi abuela tenía un gato con las orejas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

DR.– ¿Y qué respondías tú, Pacífico?

P.P.– Pues la verdad, ya ve. O sea, así que aprendí a hablar, que no, que me hacía miedo.

DR.– ¿Quieres decir que antes de aprender a hablar, el Bisa ya te contaba esas historias?

P.P.– Qué hacer, oiga, desde que nací. Y no paró hasta que la Corina, mi hermana, se puso los pantalones.

DR.– ¿Y con qué objeto contaba esas cosas a un niño recién nacido?

P.P.– En realidad, doctor, tanto el Bisa, como el Abue y el Padre lo que querían era que yo fuese un buen soldado así que llegara mi guerra.

DR.– Pero ¿es que a la fuerza tenías tú que hacer otra guerra?

P.P.– Por lo visto, sí señor, eso decían, que yo me recuerdo al Abue: todos tenemos una guerra como todos tenemos una mujer, ¿se da cuenta? O sea, para que usted se entere, cada vez que pasábamos por Telégrafos, donde el Isauro, el Bisa la misma copla: ¡Qué, Isauro! ¿No llegó la guerra de éste? Que el Isauro, a ver, aún no hay noticias, señor Vendiano; ya le avisaré.

DR.– ¡Qué cosas!

P.P.– Pero ¿quiere usted más? Si no había acabado yo de nacer y ya andaban el Bisa y el Abue hurgándome entre las piernas, con que si era mucho o si era poco.

DR.– ¿Y quién te ha contado a ti esas cosas?

P.P.– ¿Contarme? No señor. De eso me recuerdo yo. Como me recuerdo del día que nací o de la tarde que la abuela Benetilde me sacó de pila, lo mismo.

DR.– Escucha, Pacífico, yo quisiera creerte, pero no es posible que te acuerdes del día que naciste. Nadie se acuerda del día que nació. Eso son figuraciones.

P.P.– Ya está usted como la señora Dictrinia.

DR.– ¿Quién era esa señora, Pacífico?

P.P.– ¡Ande, quién iba a ser! La que me cogió, la ministrante.

DR.– ¿Y qué te decía la señora Dictrinia?

P.P.– Mire, lo que usted, tal cual. O sea, que ningún niño al nacer tiene conocimiento.

DR.– ¿Te das cuenta, Pacífico?

P.P.– Pues yo sí tuve conocimiento, doctor, para que lo sepa. Yo me recuerdo, como si lo estuviera viendo, del Bisa y del Abue jugando a los soldados orilla mi cuna, que me traían loco con tanto rumrum, no lo voy a recordar. Y no tendría yo arriba de dos semanas. Ya ve que no hablo por hablar.

DR.– ¿Aceptaba eso la señora Dictrinia?

P.P.– Pues no señor, que éste es el chiste, que figuraciones. Hasta que un día Madre se renegó: ¡Qué porfiada eres, Dictrinia!, ¿a qué ton figuraciones?, que la señora Dictrinia, dale, que había cogido todos los niños del pueblo y que ninguno, o sea, que, al nacer, la imaginación no rige, ¿se da cuenta? Y así todo el tiempo, que, entonces, yo porfié que me recordaba, y la señora Dictrinia lo echó a broma, ¡qué mono este!, y ¿qué había, vamos a ver, qué había?, que yo, ya ve, pues, cosas, señora Dictrinia, y ella, cosas, cosas, ¿qué cosas había, vamos a ver? Que yo, pues ropa blanca y agua y un resplandor... y bichos. Conque, en éstas, la señora Dictrinia se arrancó a reír, pegó un metido a Madre, ¿oyes, Delgadina? ¡Jesús qué criatura!, y ¿no te dio miedo, majo?, que yo, la verdad, doctor, tanto miedo que me quise meter dentro otra vez, y ella, la señora Dictrinia, digo, y ¿por qué no te metiste, embustero?, que yo, ya me rebullía, pero no pude, me arrastraba la corriente.

DR.– La corriente, ¡es curioso!

P.P.– Después de todo, doctor, son cosas que pasan, ¿no? ¿No nacen terneros con dos cabezas? Y, sin ir más lejos, ve ahí tiene usted al Hibernizo, en el Humán, en la finca de mi tío Paco. ¿Quiere usted más? Pues ve ahí está, un manzano como todos ¿no?, y sin embargo, en llegando la primavera se arruga y se pone yerto. O sea, lo contrario de lo que hacen los demás.

DR.– ¿Y daba fruto regularmente el árbol ese?

P.P.– Pues no había de darlo, sí señor, cada año. O sea, para que me entienda, la manzana del Hibernizo es más chica, tal que así, pero conserva el aroma durante años y nunca pudre.

DR.– ¿Y de dónde vino ese árbol?

P.P.– De dónde va a venir, oiga, de la capital, a ver, como todos los renuevos. El caso es que el tío Paco los plantó, los abonó y uno de ellos, o sea, el Hibernizo, empezó a florecer a contrapelo, ¿se da cuenta?, en noviembre, cuando los demás perdían la hoja.

DR.– ¿Y los frutos?

P.P.– Pues en invierno, en enero o febrero, por más señas, con las

heladas y las nieves, a ver. Que no vea competencia por la fruta aquella. O sea, en el pueblo decían que las camuesas del Hibernizo tenían propiedades contra la reúma y los cálculos porque no tenían coco, ¿se da cuenta? Y no vea qué colas en la huerta, a mí tres kilos, a mí cuatro, un jubileo, oiga. Así, hasta que un día apareció un coche negro en la fonda.

DR.– ¿De dónde venía el coche?

P.P.– De Madrid, sí señor, negro, muy capaz. Don Patricio era, al decir de todos, un sabio, ya ve, de la Universidad o eso. Por lo regular venía solo, pero otras veces le acompañaban tres o cuatro, gente joven, ¿sabe?, estudiantes.

DR.– ¿Y qué hacía don Patricio en el pueblo?

P.P.– No paraba, oiga. Usted no lo conoce. ¡Hay que ver las placas que tiró al árbol ese! En invierno y en verano, oiga, que no se cansaba. Que lo mismo le hacía un corto para sacarle los jugos que le arrancaba una yema. O so cogía un puño de tierra de alrededor, a su decir, para analizarlo. ¡Ya le dio que hacer el Hibernizo a don Patricio, ya! ¡Si hasta quería escribir un libro!

DR.– Verdaderamente es un caso insólito.

P.P.– Y aún queda lo más chocante, doctor.

DR.– ¿Qué era lo más chocante?

P.P.– Mis tiritonas, mire.

DR.– ¿Qué tiritonas?

P.P.– ¡Cuáles han de ser! Las mías a cuenta del árbol.

DR.– ¿Te daban tiritonas a ti?

P.P.– Escuche, de que di en pensar en el frío que pasaría el camueso, o sea, entiéndame, desde que me vino la idea, cada año, así que empezaban las heladas fuertes, me entraba una temblequera que para qué. Que usted no lo creerá, doctor, pero Madre y la abuela Benetilde no daban abasto a ponerme mantas y edredones que hasta un tumbillo me metían en la cama, hágase cuenta. Pero en dos días no paraba de tiritar y, al cabo, me levantaba, oiga, me llegaba al huerto de mi tío Paco y las yemas del Hibernizo habían brotado, ¿entiende? Conque un año y otro la misma historia, de forma que conforme me venía la tiritona, yo le decía a Madre: Madre, el Hibernizo está para echar las yemas. Y a la mañana siguiente, me arrimaba al camueso y ¡tate!

DR.– Un momento, Pacífico: ¿quieres insinuar que tú sentías por el árbol? ¿Que tú experimentabas los fríos del árbol?

P.P.– Bueno, oiga, yo no dije tal. Yo sólo quiero explicarle lo que me sucedía, ¿entiende? Que en la vida ocurren cosas raras, que a todos nos pasa, ¿no? Y como, al parecer, usted se ha interesado por mí, o sea, por las mías, pues ve ahí, se las cuento.

DR.– De acuerdo, Pacífico, no te enfades. ¿Y don Patricio? ¿Nunca le

comunicaste a don Patricio lo que te ocurría en relación con el árbol?

P.P.– Nunca, no señor, ¿qué iba a adelantar? Fuera de Madre y la abuela Benetilde nunca supo nadie lo de mis tiritonas; o sea, es ésta la primera vez que lo cuento.

DR.– Está bien, Pacífico. Pero hablas de que te sucedían cosas raras y lo del Hibernizo, con ser verdaderamente notable, es solamente una cosa rara. ¿Es que habían más cosas?

P.P.– Qué hacer sino haberlas, doctor.

DR.– ¿Te importa contármelas?

P.P.– ¡Anda, lo que es por mí! Pero no se las va usted a creer.

DR.– ¿Y eso qué importa, Pacífico? Yo estoy aquí para escucharte. Habla y no te inquietes por lo que yo piense.

P.P.– Bueno, o sea, también estaba lo de las truchas.

DR.– ¿Qué es eso de las truchas, hijo?

P.P.– El Abue, oiga. Las pescaba a cucharilla, las truchas, digo, porque desde que fue soldado tenía mucho tino. Lo del Abue era el tino, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y era pescador de truchas?

P.P.– Y por lo fino, oiga, que lo mismo metía el engaño entre dos piedras, orilla un tronco seco, o bajo las salcinas. Donde le petara.

DR.– ¿Y qué ocurrió?

P.P.– Bueno, un día, siendo chaval, me llevó con él, ¿se da cuenta? Que yo sólo de verle trastear y caminar entre los helechos y los lirios de agua ya la gozaba, ¿no? Bueno, pues de repente, el Abue volvió así la cara, ¡ya está!, me dijo, y yo vi blanquear la trucha bajo el agua, retorciéndose, que me tuve que morder los labios porque me dolían, ¿sabe? Y así que el Abue la sacó y le rasgó la boca para quitarle los anzuelos y dijo, es maja ¿no?, yo, doctor, ni mirar podía si era maja o no, la verdad, que no aguantaba el dolor de los morros. Así que fui y le dije: ¿y no le duele, Abue?, que él, ¡qué ocurrencias! A los peces no les duelen los anzuelos porque tienen la sangre fría, ¿se da cuenta?

DR.– No te hizo caso, vamos.

P.P.– Como si nada, oiga. Pero yo, cada vez que agarraba una, y la veía sangrar y retorcerse, me tenía que morder los labios, ¿comprende?, de los dolores. Así que aquella noche me acosté con calentura y, a la mañana, tenía unos morros disformes, no vea, de la hinchazón. Y la señora Dictrinia embromándome: Mírale, si parece un negrito, que Madre, a toda prisa, a don Alfaro, o sea, al doctor, y que un poquito de alergia, ¿se da cuenta? Conque la abuela Benetilde me dio de beber el zumo de dos camuesas del Hibernizo y, al día siguiente, tan terne, ya ve qué cosas.

DR.– Disculpa, Pacífico, y no te alborotes por lo que te voy a decir. Tú y yo estamos charlando aquí mientras la gente duerme. Te estás

sincerando conmigo y yo te lo agradezco. Pero sería sensible que por las circunstancias en que nos hallamos, la soledad, el silencio, mi atención concentrada, tú dieras en fantasear y tu buena intención y tu sinceridad se las llevara la trampa. ¿Me comprendes? Escúchame y no te alteres, te lo ruego: ¿es cierto lo que me cuentas o lo estás adobando con tu imaginación?

P.P.– Es que si se pone usted así, mejor me callo.

DR.– No se trata de eso, Pacífico. El que tú te calles no va a resolvernos nada.

P.P.– A ver, doctor, ¿qué quiere usted que haga?

DR.– Muy sencillo, Pacífico. Reflexionar sobre lo que me has contado y decirme si has exagerado un poco o, por el contrario, es rigurosamente cierto.

P.P.– Lo que le he contado, oiga, es tan verdad como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.– Bien, Pacífico: yo no desconfío de ti. Lo único que temo es que tu imaginación te juegue una mala pasada, ¿entiendes?

P.P.– Es que si no me cree eso, ¿quiere usted decirme qué adelanto contándole lo de la bombilla?

DR.– ¿Qué es eso de la bombilla?

P.P.– Boberías, mire.

DR.– No seas niño, Pacífico. Habla.

P.P.– Pues eso, oiga, o sea, que de chaval, allí en el pueblo, había días que me levantaba de la cama como si tuviera, tal que así, arriba del pecho, una bombilla.

DR.– Pero una bombilla, ¿una lámpara de cristal, quieres decir?

P.P.– Tal cual, oiga, una bombilla en lugar de corazón.

DR.– ¿Por qué tenías esa impresión?

P.P.– ¡Ah!, no me pregunte el porqué, mire. Pero el día que tenía la bombilla dentro todo me acobardaba, que ni a moverme me atrevía por miedo a quebrarla.

DR.– ¿La bombilla?

P.P.– La bombilla, a ver.

DR.– ¿Y qué sucedió con la bombilla?

P.P.– Con ella, o sea, nada. Pero un día que la tenía dentro, la bombilla, vamos, el Bisa me llevó al ruejo, orilla la higuera, y me contó la historia de Galdamés.

DR.– ¿No te la había contado nunca?

P.P.– ¿Contármela? ¡Cantidad!, pero con la bombilla dentro, no señor, que ahí está el chiste. De forma que cada vez que decía lo del cuchillo, o sea, la bayoneta, yo pegaba un respingo, ¿comprende? Con lo de la bombilla, oiga, era una pepla, créame, o sea todo se me venía

a mí, como un pararrayos, ¿se da cuenta? Que me recuerdo que un día que andaba con ella, la bombilla, digo, pillé al señor Bebel podando los árboles y así que llegué a casa, ya ve, a meter las manos en agua hirviendo, oiga, tal como si me hubieran cortado los dedos, no podía con el dolor.

DR.– ¿Y ahora, Pacífico? ¿Sientes ahora la bombilla en el pecho alguna vez?

P.P.– De qué, no señor. Le estoy hablando de cuando chaval, hace qué sé yo el tiempo.

DR.– Bueno, sigue, te he interrumpido. Tu bisabuelo te contaba la historia de su guerra y tú sentías los pinchazos, ¿no es eso?

P.P.– Pero de qué formas, oiga. Así que cada vez que la mentaba, la bayoneta, digo, yo, un respingo. Conque el Bisa se renegó todo, ¿qué te pasa?, me dijo, que yo, nada, Bisa, a ver, que yo nunca le retrucaba y él, el Bisa, digo, entonces ¿por qué coños respingas así?, que yo, no lo sé, Bisa, será una pulga, ¿se da cuenta? Pero a la noche, o sea, según me iba a acostar, sentí un escozor en la parte, me llegué al váter y oriné sangre, ¿qué le parece?

DR.– ¿No le contaste esto al doctor?

P.P.– Al doctor, no señor. Por mayor a don Prócoro, el cura.

DR.– ¿Al cura? ¿De tu pueblo?

P.P.– De mi pueblo, sí señor.

DR.– ¿Era joven o viejo el cura de tu pueblo?

P.P.– Ni joven, ni viejo. De su tiempo digo yo que sería don Prócoro.

DR.– ¿Y era hombre comprensivo?

P.P.– A saber. Yo me pienso que sí. Lo único, los ojos.

DR.– ¿Qué tenía en los ojos?

P.P.– ¡Qué sé yo, oiga! Como los nervios rotos o qué sé yo, el caso es que se le caían los párpados como si fueran persianas. O sea, para mirarle a uno, don Prócoro, digo, había de echar la cabeza atrás hasta casi desnucarse o sujetárselos con los dedos, o sea, una de dos, que, dicha sea la verdad, eso daba confianza, ya ve, el que no mirara, digo, que en las misiones de los pueblos no vea las colas que se armaban, donde don Prócoro, para confesarse.

DR.– ¿Era un hombre culto don Prócoro?

P.P.– Muy leído y muy prudente, sí señor, sí lo era.

DR.– ¿Y qué te dijo?

P.P.– De primeras, él, don Prócoro, digo, me escuchaba con la boca abierta, ¿comprende? Que yo me digo, doctor, que así como los ciegos dicen que ven con los dedos, no vería él con la boca y por eso la tendría abierta, vamos, digo yo, que no son más que suposiciones. Pero así que acabé, oiga, me dejó cortado, o sea, va y me dice, eso tuyo, Pacífico, parece un caso claro de simpatía, ya ve qué salida.

DR.– El diagnóstico no me parece descabellado, Pacífico. Todo parece indicar que se trata de un caso límite de hipersensibilidad. ¿No volvió a sucederte que después de los relatos del Bisa orinases sangre?

P.P.– Nunca, no señor. Pero, que yo me recuerde, el Bisa no volvió a contarme el sucedido de Galdamés teniendo yo la bombilla dentro.

DR.— Cambiando de conversación, Pacífico, si tu bisabuelo peleó en la guerra carlista, tendría un montón de años, ¿no?

P.P.– Mire, sobre eso no soy quién. En casa, fuera de la Corina de mí, y yo de la Corina, nadie sabía el tiempo de nadie, ¿entiende? Eso sí, a mi tío Paco le oí decir que el Bisa era contemporáneo de Prim. Que yo no sé quién sería ese señor, pero sí le puedo asegurar que en la vida vi una cara tan arrugada, o sea, tan pellejuda, como la del Bisa. Y no le digo cada vez que le bañábamos en el pilón, por San Pedro, oiga, o sea, aunque me esté mal el decirlo, tenía arrugas hasta en el culo. Que yo me pienso, doctor, que algunos viejos empiezan a descomponerse en vida, que allá vería la cara del Bisa, como sin sangre, talmente del color del cemento, que de no ser por el tajo rojo de la boca, una momia, oiga, como se lo digo.

DR.– Pero su genio, Pacífico, no era precisamente el de una momia.

P.P.– Qué ha de ser, qué va, no señor, ni de lejos. Para reír o regañar, el Bisa parecía un mozo, que me gustaría que lo viera, oiga. O sea, así, en la parte de abajo de la boca, tenía un diente largo y amarillo, ¿se da cuenta?, uno solo, y de que se arrancaba a reír, le asomaba, el diente, digo, y hacía cuej, cuej, cuej, como las gaviotas reidoras de la Charca. Y no le digo cuando se renegaba, oiga, se ponía a desbarrar hasta que se le trababa la lengua al cielo de la boca, ¡hinojoquieterovoyqueaseas!, y disparates así, no quiera saber, que yo me pienso, doctor, o sea, que en sus prisas por decirlo todo, el cerebro se le trascordaba y no había cristiano que le entendiera.

DR.– Por lo que dices, tu bisabuelo debía de ser un tipo.

P.P.– ¡Y que lo diga! Si yo le contara. Mire, ahora me recuerdo cuando le salió la hernia, al Bisa, digo, orilla del ombligo, que don Alfaro, o sea, el doctor, que natural, que a esas edades ya se sabe, de toser y vocear, inclusive de dar de vientre, los tejidos no aguantan, ¿comprende? Bueno, pues al Bisa todo se le volvía echar mano a la faja y soplar contra la mano, o sea sin dejar salir el aire, ¿se da cuenta? Y, en éstas, a reír, como una criatura, cuej, cuej, cuej, ¡es como un globo!, voceaba. Y si me cogía orilla suya, me obligaba a tentar y no vea cosa más disforme, que Madre, no juegue con esas cosas, abuelo, no le vaya a dar qué sentir, que él, el Bisa, digo, tú calla, Delgadina. Y si andaba por allí la señora Dictrinia, tal cual, toca, Dictrinia, que la otra, anda y qué verdad es eso de que cuanto más viejos más pellejos, y, oiga, que empezaban a embromarse, o sea, el uno al otro, hasta que el Bisa la sentaba con él en la silla y se ponía a

magrearla, que estás más buena que el pan, Dictrinia, y ella, la señora Dictrinia, digo, a reír y dar voces, ¡suelte, señor Vendiano!, ¿todavía usted con ésas? Una juerga, oiga.

DR.– ¡Vaya con el viejo! Y dime, Pacífico, esa señora Dictrinia, de la que tanto hablas, ¿era de la familia?

P.P.– No señor, la ministrante era, ya se lo dije.

DR.– ¿Y qué hacía en tu casa?

P.P.– Un poco de todo, mire. Por las tardes empujaba la silla del Bisa hasta la fonda, para echar la partida, ¿sabe? O si había que poner una lavativa, una cataplasma o una inyección, pues la señora Dictrinia, ya se sabía. Y si no, pues lo mismo, o sea, a hacer la tertulia a Madre y a la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? Para que me entienda, una amistad pero como de la familia.

DR.– ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos?

P.P.– No señor, o sea, sí.

DR.– ¿En qué quedamos, Pacífico?

P.P.– Atienda, la señora Dictrinia tuvo familia, dos hijos, pero cuando moza. Que lo que ella decía, no fue por vicio sino por afán de aprender.

DR.– Aprender ¿qué?

P.P.– Ella hacía de matrona, o sea, cogía niños.

DR.– ¡Ah!

P.P.– La señora Dictrinia decía que ésa era la universidad de los pobres, ¿entiende?

DR.– Una cosa, Pacífico, ¿no es posible que el padre de esas criaturas fuese tu bisabuelo?

P.P.– ¡Ande, por poder! Enredar ya enredaban, ya. Que me recuerdo una vez, conforme era de fuerte la señora Dictrinia, que el Bisa la sentó en la silla, y en éstas se soltó el calzo y no pararon hasta el río. ¡Allí les vería! ¡Como sopas, oiga!

DR.– Ese río que pasa por tu casa ¿era el mismo donde pescaba tu abuelo?

P.P.– Tal cual, sí señor, el Embustes. Y el mismo donde me topé con el Teotista cuando hablaba con su hermana, ¿entiende? Pero este río, para que usted lo comprenda, se forma en el mismo pueblo, o sea, orilla el Molino del Humán.

DR.– Y más arriba ¿no hay río?

P.P.– No lo hay, no señor, o sea, son tres arroyos, lo que hay arriba, digo: el Matayeguas, el Lirón y la Salud.

DR.– ¿Y por qué le decís la Salud?

P.P.– Es hembra, ya ve. Pero da un agua bien rica, allí donde nace. Que no hay estómago en mi pueblo que no haya remediado el agua esa del manantial.

DR.– ¿Los tres arroyos proceden de manantiales?

P.P.– No señor, por mayor el Matayeguas es de escorrentía, de los deshielos, ¿sabe? Pero los tres son serranos, o sea, bajan de la montaña, cada quien por su vallejo y, orilla el Molino del Humán, se juntan. Por eso, sobre el pueblo se alzan dos riscos que les dicen el Crestón y la Peña. Y arriba, orilla el Crestón, está el Otero y, de la parte de abajo, el Humán. Que del Humán, del mismo molino, arranca el Embustes, que da una trucha muy fina, chica pero de buen paladar.

DR.– El Embustes será caudaloso.

P.P.– Tiene fuerza, sí señor. Y, conforme el río corre, el valle abre, natural. Y a un lado y otro están las ringleras de manzanos, y orilla los cárcavos, en las breñas de las cervigueras, es donde pusieron los del pueblo las movilistas y los hornillos. O sea, las dos riquezas del pueblo: la fruta y la miel. ¿Me comprende usted ahora?

DR.– Está claro, Pacífico. Y tu casa ¿dónde quedaba?

P.P.– Pues mi casa, más o menos, doscientos metros aguas abajo, del Molino, digo, o sea, en el Humán.

DR.– ¿Y quién tiene mayor vecindario? ¿El Humán o el Otero?

P.P.– Allá se andan, mire usted. Que si el Humán tiene cincuenta, por un ejemplo, el Otero, cuarenta. Por eso a mi pueblo le dicen Humán del Otero, pero, en realidad, mi pueblo son dos.

DR.– En definitiva, que sois pocos y mal avenidos, ¿no es así?

P.P.– Así es, sí señor, que, por un decir, cuando los del Humán mientan a los del Otero, siempre dicen, esos cabrones, y Dios Padre me perdone. Pero si los del Otero mientan a los del Humán, dicen, esos hijos de perra, ¿entiende? O sea, en la vida se han visto dos pueblos más juntos. ni más descuadrillados.

DR.– Y tu familia, Pacífico, ¿de dónde procedía? ¿Del Humán o del Otero?

P.P.– Para todos los efectos, los Pérez éramos del Humán, nacidos y criados. Pero, la verdad sea dicha, el Bisa era oriundo de Prádanos, el pueblo abandonado, el de las pepitas, ¿se va dando cuenta?

DR.– Al despoblarse, ¿bajó la gente de Prádanos al Humán?

P.P.– Por mayor, no señor. Por mayor, marchaban a la capital. Ahora siempre había alguno, ve ahí tiene usted al Bisa o al señor Escolino, el carpintero.

DR.– Y ése que tú dices, el Abue, el pescador, era tu abuelo, por supuesto, pero ¿era hijo del Bisa o era por parte de madre?

P.P.– Aguarde, doctor, a ver si nos entendemos. Mire, para empezar por el principio, el primero de todos, o sea, como quien dice, el amo la casa, era el Bisa. Detrás venían tres hijos, varones ellos, ¿se da cuenta?, o sea, el tío Teodoro, que se marchó a las Américas, a la guerra del Chaco, y ya no volvió porque decía que de la parte de allá

había más campo; el tío Paco, el amo del Hibernizo, con el que yo me entendía, y el Abue, o sea, el abuelo, el marido de la abuela Benetilde, la Mística, que vivía con nosotros y coleccionaba culebras.

DR.– ¿Disecaba culebras tu abuela?

P.P.– Aguarde, que me he expresado mal. No era la abuela, el Abue era el que coleccionaba culebras. Y no eran disecadas sino vivas, que es otra cosa.

DR.– ¿Guardaba tu abuelo culebras vivas?

P.P.– Qué hacer, doctor. El Abue, al decir de los del Humán, fue muy culebrero desde chaval. Que las agarraba con la mano, hágase cuenta, y las metía en los bolsillos y distinguía, con sólo mirarlas, las víboras de las otras. Y a las víboras, las sacaba sin lastimarlas la bolsa de la ponzoña. Y a las de agua, tontos que dicen, las soltaba en el pilón, entre el verdín, donde por San Pedro bañábamos al Bisa. Y si eran de tierra adentro, a la salona, que allí vería, hubo que poner burletes y todo para que no se escabulleran bajo las puertas.

DR.– Pero ¿para qué quería tu abuelo tantas culebras?

P.P.– Nada, oiga, la afición que dicen, un capricho, como don Prócoro coleccionaba sellos, ¿comprende?, por enredar. Pero no vea los miramientos que se gastaba con ellas, que hasta saltamontes las llevaba para comer, ¿sabe? Y pitas, pitas, pitas, tal cual si fueran gallinas. Que las había tamañas, no crea, a poco de metro y medio. Y los animales agradecidos, natural, se empinaban sobre la cola, o se le enroscaban en las piernas, según, o sea para agarrar los bichos de su mano. Que yo digo, doctor, que de tanto coger truchas y culebras, al Abue se le puso como cara de pez, ¿sabe?, toda aplastada, con los ojos amarillos a los lados, que ni mirar de frente podía.

DR.– Y este abuelo es el que te hablaba de la guerra de África, ¿verdad, Pacífico?

P.P.– ¿De África?

DR.– ¿No era él el que te contaba de Abd-el-Krim y del fuerte de Igueriben?

P.P.– ¡Ah!, eso sí, señor.

DR.– Pues entonces.

P.P.– Perdone, ni me daba cuenta.

DR.– ¿Y cuál era la historia de tu abuelo?

P.P.– ¿La del fuerte de Igueriben?, pues ande que menuda odisea.

DR.– ¿Qué historia es ésa, Pacífico? ¿Me la quieres contar?

P.P.– Le advierto, oiga, que si me meto con ella la echamos hasta las tantas.

DR.– ¿Es que estás cansado?

P.P.– ¿Cansado? No señor, de qué.

DR.– ¿Entonces?

P.P.– Mire usted, lo que debió pasar allí, y le estoy hablando de sabe Dios cuándo, es que las cosas andaban mal planeadas desde el principio.

DR.– Eso no ofrece duda, Pacífico.

P.P.– Quiero decirle, que, al decir del Abue, lo que renegó al Abd-el-Krim es que, dos años antes, el general Silvestre lo mandara a hacer puñetas. O sea, eso decían entre ellos, radio macuto, ¿se da cuenta?

DR.– Es posible.

P.P.– Lo cierto es que el Abd-el-Krim llegó a Gorgues y lo primero que dijo fue, hay que acabar con ellos, o sea, con el Abue y el resto de la tropa, ¿usted me comprende?

DR.– Ya. Continúa.

P.P.– Pero las cosas debían andar escachadas de atrás, oiga. Para que se haga usted idea, al comandante Pino le habían quemado vivo en Chentafa. Que, al decir del Abue, lo que a ellos, o sea, a los moros, les enconaba, era que se arrimasen a sus mujeres, ¿entiende? Que lo que decía Flores, o sea, el amigo del Abue: si ellas vienen a guarrearnos, ¿qué vamos a hacer nosotros? Tampoco los cristianos somos de piedra. Y, bien mirado, no le faltaba razón, ¿no le parece a usted? O sea, doctor, que al Abd-el-Krim se le atragantó el desprecio, del general Silvestre, digo, y para acabar de arreglarlo estaba lo de las mujeres, o sea, lo de arrimarse. Y dice, el Abue, digo, que una noche, estando tal que así, vivaqueando en el monte, se le arrimó el teniente Garrido y le dijo: andamos como Lyautey en el 14, en la misma situación. Que el Abue, a ver: Sí, mi teniente. Y, a la mañana, a la hora del rancho, el Abue se llegó donde Flores y el resto de la tropa, y la misma, como cosa suya, ¿se da cuenta?, estamos como Lyautey en el 14. Que, a su decir, del Abue, digo, un tal Rodrigues, que era así como medio moro y un poco sarasa, va y se vuelve y le dice: ¿Y cómo coños estaba Lyautey en el 14? Y el Abue, que otra cosa no, pero pico un rato largo, pues a ver, jodido, ya se sabe, ¿comprende? Y a la noche, ese mismo día, poco antes de que amaneciera Dios, a formar, la corneta, ¿se da cuenta?, que el general... pero yo no sé si lo estoy trabucando todo, doctor...

DR.– Al contrario, Pacífico. Está clarísimo.

P.P.– Bueno, usted disculpe si me expreso mal. El caso es, como le decía, que el general, conforme estaba formada la tropa, va y la parte por mitad, tal que así, y de aquí para allá, a Igueriben, al fuerte, ¿comprende? Los demás, conmigo. Y el Abue y Flores en el grupo de Igueriben, a ver, que, al decir de radio macuto, el Abd-el-Krim rondaba el monte con una partida de guerrilleros. De forma que un-dos, un-dos, hasta Igueriben, oiga, al fuerte.

DR.– ¿Y llegaron sin novedad?

P.P.– Qué hacer, allí se instalaron. Pero, al decir del Abue, hacía un calor de mil puñetas, en el fuerte, digo, que ni respirar, lo que se dice ni una brizna, ¿se da cuenta? Así que todo el día de Dios tumbado, ni mover un dedo, que aunque magro, el Abue es de mucho traspirar, que en casa, ni calzado, ya ve, todo lo malrotaba con el sudor, o sea, lo quemaba, lo único, llantas. Pero una anochecida, que Dios sabe los días que llevarían encerrados, le dio la idea, o sea, se puso de pies, ¿comprende?, agarró una lente y uno, dos, tres, una nube de ellos, o sea, de moros, monte abajo, ¿se da cuenta? Conque, imagine, a ver, las voces, ¡rifeños, sargento, que vienen!, y el comandante Benítez, ¿son muchos?, que el Abue, también cientos de ellos, o sea, miles, y el otro, el comandante, digo, ¡corneta! Calcule el bochinche, oiga, todos a la carrera, a ver, cada quien a su puesto, que, al decir del Abue, en las vísperas, antes de empezar el zafarrancho, se le ponía una cosa así, sobre la parte, como deseo de orinar, que no es que fuera miedo, entiéndame, sino los nervios, o prisas por determinarse, vaya usted a saber.

DR.– ¿Y atacaron enseguida los rifeños?

P.P.– No señor, de qué, ellos por sus pasos. Que, al decir del Abue, en el cielo apuntaban ya las estrellas, pero era tal el sereno del desierto que se les veía bajar, a los moros, digo, talmente como si fuera día, los unos a pie, los otros a caballo. Conque el comandante Benítez, orilla la ametralladora, no les quitaba ojo, todo se le volvía decir: No tiren mientras yo no dé la orden. Y abajo, en las troneras, digo, los oficiales, la misma copla, natural, nadie haga fuego mientras el comandante no dé la orden, a la espera, ¿se da cuenta? Y los moros calcule, un-dos, un-dos, hacia el fuerte, como garduños, a ver, a la sorpresa, tapándose con las dunas, que, al decir del Abue, él ya estaba enseñado a las tretas del desierto, cómo las gasta, que no hay nadie y, a lo mejor, miles, oiga, o sea, cercados, y ni se entera uno, ¿comprende?

DR.– La situación debió de ser muy delicada, verdaderamente.

P.P.– Y que lo diga, oiga, no me hubiera gustado a mí estar en su pellejo.

DR.– ¿Y atacaron los moros esa noche?

P.P.– Qué hacer sino atacar, doctor. Al decir del Abue, una vez que cercaron el fuerte, se arrancaron con su chau-chau, que más parecía aquello un corro de locos, oiga. Y él quieto parado, o sea, a verlas venir, con un postillón sobre la parte, que ni respirar le dejaba.

DR.– ¿Y es que el comandante no daba la voz de fuego?

P.P.– Aguarde, no corra tanto. O sea, les dejó arrimar, ¿entiende?, y, a poco, ¡fuego a discreción, viva España!, que allí vería el jorco, doctor, ta-ca-tá, la ametralladora y la fusilería, que dice, el Abue, digo, que hombres y caballos rodando por la arena, una matanza, oiga. Y el Abue en su elemento, a ver, ¡leña al moro que es de caucho!, por dar

ánimos, ¿comprende? Que dice que los disparos hacían luz, que se sacudían a la luz de los disparos, dese cuenta, que aquello era el no parar, que de continuo, como los fuegos artificiales. Y así se tiraron arriba de tres horas, que se dice pronto. Y, según el Abue, él les tumbaba a docenas, los moros, digo, como muñecos, como el pim-pam-pum ese, como de guasa. Y, de repente, dice que le venía la escama y se decía para entre él, ¿no se estarán haciendo los muertos para arrimarse a la puerta a la rastra, como culebras? ¿Se da cuenta? Y entonces, dice que les tomaba la mira, a los que andaban por los suelos, digo, y ta-ca-tá, ta-ca-tá, otra rociada, por si las moscas, por un por si acaso, ¿entiende?, o sea, los remataba. Con que dice que a las dos horas y media, el tubo hervía, que ni agarrarle podía, y todo se le volvía vocear, ¡Rodrigues, cacho marica, ven aquí y refrigera! De los disparos, ¿sabe?, que la refrigeración de la máquina, o sea, la suya propia, ya no bastaba. Imagine, tres horas sin dejarlo, que al decir del Abue, así que el enemigo se retiró, ampollas en las manos, como vejigas, abrasaditas, doctor.

DR.– De modo que los rechazaron.

P.P.– Los rechazaron, sí señor.

DR.– ¿Qué hicieron, entonces?

P.P.– Mire, al decir del Abue, el comandante Benítez, que era más listo que el hambre, dobló la guardia, los piquetes, vamos, por lo que pudiera tronar. Y los que quedaban de francos, hale, a hacer peleles, o sea, muñecos de paja y trapo, ¿se da cuenta?, una treta que se gastaban para empatar al Abd-el-Krim. Que los peleles daban el pego, con los uniformes de los muertos, el gorro y todo, empinados en las troneras, pues, a ver, tan curiosos, como si no hubiera bajas.

DR.– Una estratagema ingeniosa.

P.P.– No digo que no, oiga. Pero lo malo, allí, en el fuerte, digo, eran los víveres, o sea, que no había. Ya ve, agua para cuarenta y ocho horas, tres sacos de harina, un ramo de dátiles, veinte kilos de carne salada y pare usted de contar. Total, lo único en cantidad era el azúcar, ¡cuarenta sacos! Pero lo que yo me digo, doctor, ¿adónde iban con tanto azúcar si luego no podían beber?

DR.– Verdaderamente, hijo.

P.P.– Así que al Abue, según decía, sólo de pensarlo, se le ponían las tripas del revés, ¿entiende? Menos mal que los otros, los moros, digo, ni tiempo les dieron, ¿sabe? O sea, no habían acabado de pinar los peleles y ya andaba el Abd-el-Krim de vuelta, hostigando, que hasta había cavado trincheras y empujado un mortero a la cotarra. Así que el Abue, que andaba al quite, agarró la ametralladora y le barrió el servicio antes de que disparara el primer obús, que otra cosa no, pero a tino pocos le echarían la pata al Abue, oiga, que me gustaría que le hubiera visto en el río con la cucharilla. Bueno, así que calcule usted

la que se armó: pim-pam, pim-pam, dos días enteros a tiro limpio, doctor, ni tiempo para echar un trago, que los heridos, ellos solos, se vaciaron el bidón, natural, ¿no?, por las pérdidas, que según tengo entendido, doctor, una herida de sangre da mucha sed. Pero a la noche, imagine, a ver, quien más, quien menos, todos tronzados. Que el comandante Benítez, dale, es preciso resistir, que mañana o, a todo tirar, pasado, Navarro o Silvestre habrán roto el cerco, ¿se da cuenta de la situación?

DR.– Pero el agua se había terminado, ¿no?

P.P.– ¡No se lo digo! A ver, los heridos, que es cuando el comandante Benítez se puso de pies y les dijo: Los que estamos tiesos beberemos orina con azúcar, dese cuenta, la repugnancia, oiga, aparte, como yo digo, que el remedio no daba para largo, doctor, que ya es sabido que el organismo siempre retiene parte, o sea, del agua, o sea, de la orina, así que llegaría un momento en que no daría más y sanseacabó.

DR.– Un razonamiento pertinente, hijo.

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Que así es; que te sobra razón, Pacífico.

P.P.– Bueno, pues, con eso y con todo, oiga, el comandante Benítez que objeciones y sugerencias, o sea, consultó a la tropa, que el Abue, el primero, que si cada uno la suya, la orina, digo, que al decir del Abue, como siempre anduvo con mal de mea, o sea cada media hora, se pensaba, mejor me irá. Pero el comandante Benítez que no, a ver, que allí todo era de todos y que todos a orinar en el bidón grande y a cada meada, un vaso de azúcar para añadir poder nutritivo y desbaratar el amoníaco, ¿se da cuenta? Que al decir del Abue, el comandante era muy estricto, y así que acabaron las preguntas, le dijo al sargento Blecua que organizara piquetes para cazar ratas y montase vigilancia orilla el bidón. Y a la mañana, a ver, ya andaban todos comiendo ratas y bebiendo orines, doctor, hágase cuenta.

DR.– Terrible, hijo. Pero dime, ¿cómo salió tu abuelo de ésa?

P.P.– Pues verá. Dice que, al caer la tarde, se empezó a sentir como paqueo lejos, o sea, tiros, ¿me entiende? De primeras, un tiro, luego dos tiros, luego una ráfaga. Conque, al sentirlos, el comandante Benítez dice que les formó en el patio y les dijo: Soldados, el general Silvestre viene por nosotros, estamos salvados, ¡viva España!, ¿entiende? Que al decir del Abue, el personal lloraba, oiga, o sea, la tropa. Y otros a dar brincos y vivas, natural, que el sargento Blecua inclusive les hizo brindar con la orina, ¡agárrese!, de la alegría, ¿entiende? Pero cuando estaban más así, el paqueo se fue demorando, ahora un poco menos, luego otro poco, hasta que dejó de sentirse y allí no aparecía un alma, ¿entiende? Y, al decir del Abue, entonces empezó lo malo: el hedor, o sea, los muertos. Que a su decir, trascendían y no se podía parar en una legua a la redonda, y, por si

fuera poco, las moscas, esas verdes, de la porquería, ¿sabe?, ésas. Y como carroña había por todas partes, tanto daba que soplase el regañón como el levante, lo mismo, y, si no soplaba, peor, mire, apestaba. Que dice que el Abue con un pañuelo en las narices y el Rodrigues, ese que le digo, medio sarasa, estás buena, morita, estás buena, a pellizcarle, bromas, natural, en esos casos lo último perder el humor ¿no le parece? Con que en éstas apareció el telegrafista con lo de rendirse, imagine. Que dice que el comandante Benítez, como si le hubieran mentado a la madre, eso jamás, ¿oyes?, telegrafía, anota, los soldados de Igueriben mueren, pero no se rinden, ¿se da cuenta? Y lo que son las cosas de la vida, oiga, que al decir del Abue, debió de ser un pálpito, que no había amanecido y ya andaba él patas arriba, con una bala en la cabeza, el comandante Benítez, digo, los sesos al aire, y las moscas enseguida, a ver. De forma que el teniente Canseco tomó el mando, ¿sabe? Que al decir del Abue, el teniente Canseco era un tipo de voz catarrosa, muy chistoso él, y de que se hizo cargo, lo primero, que abandonar el fuerte, o sea, salir, ¿entiende?, que el fuerte no guardaba nada y ni sabían siquiera si Annual aguantaba y que cualquier cosa antes que rendirse. O sea, doctor, hablando en plata, a la desesperada, ¿se da cuenta?

DR.– Pero tengo entendido que aquello acabó como el rosario de la aurora, Pacífico. ¿Cómo demonios escapó el abuelo de esa carnicería?

P.P.– Verá. Al decir del Abue, según caía la noche, el teniente Canseco, con veinte hombres, abandonó el fuerte por la puerta principal, ¿entiende?, mientras el sargento Blecua, con el Abue y otra partida se descolgaban por una soga, por la trasera, tal cual nosotros en Góyar, ¿se da cuenta? Y eso les salvó, ya ve, que a los del teniente Canseco, pim-pam, pim-pam, los moros los cazaron como a ratas, una celada, ¿comprende?, y en lo que los moros se cebaban en ellos, creyendo que eran todos, el sargento Blecua y su cuadrilla andaban ya en las lomas de Kert, camino de Annual, donde el general Silvestre.

DR.– Pero ¿no había mucha distancia?

P.P.– Pues, mire, a punto fijo no se lo puedo decir, pero sí debía de haberla, porque tiempo ya les llevó. Pero, al decir del Abue, hacían el camino de noche y de día encamaban como las liebres, escarbando un hoyo orilla una duna, oiga, de forma que no asomaran más que las narices. Como ve, de tretas, aquella gente sabía un rato largo, más que los moros, si me apura.

DR.– ¿Invirtieron muchos días?

P.P.– Por los cinco o seis andarían, pero, al decir del Abue, la caminata, una fiesta al lado de lo que les esperaba. ¡Menudo desbarajuste!

DR.– ¿Cómo fue aquello?

P.P.– Mire, dice que no hicieron más que poner pie en Annual,

aspeados como iban, y ni tiempo de presentarse. O sea, los moros adictos, como les decían, se revuelven y a tiro limpio con ellos, a traición, a ver, que dice el Abue que se le astilló el hombro de tanto moro como mató allí. Pero que no tenía remedio, mire, faltaban cabezas. O sea, un guirigay, los cañonazos, digo, y los tiros y los muertos y los heridos, que no había quien se entendiese, vamos, la desbandada. Que visto cómo se ponían las cosas, cada cual a hacer por él, ¿se da cuenta?, a ver, lógico. Que entonces fue cuando el Abue echó un duro al aire y le dijo a Flores, si sale cara, mando yo, si sale culo, mandas tú. Y dice que salió cara y antes de recoger el duro, ya andaba dando órdenes: Flores, vivo, al interior, a los de la costa los van a cazar como a conejos. Y así fue, oiga, que no quedó uno solo para contarlo. En cambio, el Abue y Flores, después de una semana de penalidades, o sea durmiendo de día y caminando de noche, dieron vista a Melilla. Que dice que allí, en Melilla, más miedo que siete viejas, ¡Silvestre ha muerto! ¡Que viene Abd-el-Krim!, imagine, las voces y las carreras.

DR.– Pero en Melilla no entraron los moros, hijo.

P.P.– Claro que no, doctor, pero eso fue al día siguiente. Que dice que iban calle abajo y una vieja gritó desde una azotea: ¡Barcos, vienen barcos!, ¿se da cuenta? Y era cierto, oiga, venían barcos, o sea, los legionarios, que usted calcule, besos, refrescos, cigarros puros, todo era poco para ellos, a ver, natural, en un caso así. Y de esta manera, el Abue salvó el pellejo.

DR.– Dime una cosa, Pacífico, al Bisa, como tú dices, ¿no le encelaban o le hacían sentirse de menos las hazañas del abuelo?

P.P.– ¿Encelarle? A santo de qué, no señor, al contrario. Lo del Bisa era la bayoneta, ya lo decía él; lo del Abue la puntería. Eran cosas distintas. O sea, cada cual lo suyo.

DR.– ¿Y no discutían sobre sus actuaciones respectivas? Quiero decir que si no había entre ellos un prurito de eficacia, sobre cuál de las dos maneras de hacer la guerra resultaba más meritoria.

P.P.– Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.– Escucha, ¿no despreciaba el Bisa al Abue por andar a tiros pudiendo resolver las cosas a la bayoneta?

P.P.– Por mayor, no señor.

DR.– ¿No discutían?

P.P.– Ahora que usted lo dice sí me recuerdo que una tarde porfiaron, o sea, se acaloraron, por si valía más un muerto a bala o un muerto a cuchillo.

DR.– ¿Qué se decían?

P.P.– Pues mire, el Bisa, que sí, o sea que seguramente el Abue con su ametralladora habría matado más personal que él con su bayoneta,

que no lo discutía, ¿entiende? Pero, que puestos a ver, los muertos a cuchillo eran otra cosa, y que bien valía un muerto a cuchillo por ciento de los otros.

DR.– ¿Llegaron a un acuerdo?

P.P.– No señor, de qué. Tanto porfiaron que nos bajamos todos al cuartelillo, donde el sargento Metodio.

DR.– ¿Para que actuase de árbitro?

P.P.– Tal cual, sí señor.

DR.– ¿Y cómo falló el sargento?

P.P.– Pues eso, oiga, que en las guerras, aunque estén mal las comparaciones, el muerto a cuchillo representa más, sobre todo por cosa de la moral ¿entiende? O sea, el hombre se dio a razones, que un muerto a cuchillo puede valer una cruz y un muerto a bala no hace al caso en una guerra, ni se lo mira, que se comprende, ¿no es cierto?

DR.– Sin duda. ¿Y qué dijo tu abuelo, Pacífico?

P.P.– Mire, él no dio su brazo a torcer, el Abue, digo. O sea, que cuántos muertos a bala podían valer por un muerto a la bayoneta, ¿comprende? Que lo que decía el sargento Metodio, que así, a ojo, era muy difícil, que había que hacer números, estudiar la situación y echarle tiempo al asunto.

DR.– Bien, Pacífico, me parece que estás cansado.

P.P.– No señor, cansado no. Lo único, el sueño, ya ve. Me va entrando.

DR.– Está bien. ¿Te parece que nos vayamos a dormir y continuemos mañana por la noche?

P.P.– Ande, por mí.

DR.– Entonces mañana te espero a la misma hora, ¿de acuerdo?

P.P.– Lo que usted mande, doctor. Para eso estamos.

DOCTOR.— Anoche me aclaraste algunos extremos, Pacífico. Pero yo quisiera saber más, llegar al fondo de algunas cuestiones. Una cosa es indudable: tu bisabuelo y tu abuelo fueron unos soldados natos. Creo que sobre este punto no vale la pena insistir. Uno y otro y, por lo que dices, tu tío Teodoro, nacieron para la guerra. Su agresividad ofrece unas manifestaciones primarias, pero concluyentes. Ahora yo quisiera saber si tu padre entraba o no en este coro jupiterino. Es decir, ¿era también tu padre un soldado nato o dominaban en él otras preocupaciones? ¿Encontraba tu padre una liberación en la violencia? ¿Qué dices a esto, Pacífico?

P.P.– Hombre, Padre también tuvo su guerra si es eso lo que quiere saber. Lo que pasa es que luego se metió en labores y se preocupaba más de intereses que de otra cosa.

DR.– ¿Y te contaba también historias de su guerra?

P.P.– Qué hacer, cuando chaval.

DR.– Luego ¿no?

P.P.– A mayores, luego no señor.

DR.– ¿Y por qué razón?

P.P.– Por los intereses que le digo; o sea, los negocios.

DR.– ¿En qué clase de negocios se metió tu padre?

P.P.– Tractores y cosechadoras, amortizarlas, ¿entiende? A Padre le gustaba amortizar más que comer con los dedos, oiga, que me recuerdo que el Agatángelo me decía a cada paso, ten por seguro que tu padre va por el don.

DR.– ¿Quién era el Agatángelo?

P.P.– El hijo del señor Escolino, el carpintero.

DR.– ¿Era del Humán?

P.P.– Del Humán, natural, menuda. Mentarle al Agatángelo a los del Otero era mentarle la bicha.

DR.– ¿Recuerdas alguna historia de la guerra de tu padre?

P.P.– Por mayor, Padre era de pocas palabras. Entiéndame, no contaba las historias como el Bisa y el Abue.

DR.– ¿Cómo las contaba entonces?

P.P.– Bueno, no sé, oiga, a su manera, como a cachos. Hoy un poco y mañana otro poco, ¿entiende?

DR.– De quién se sentía más cerca, ¿del abuelo o del bisabuelo?

P.P.– ¿El qué?

DR.– Tu padre, quiero decir. ¿Prefería la bayoneta o la ametralladora?

P.P.– ¿Padre? Ninguna de las dos cosas, mire. Lo de Padre eran las Laffite, las bombas de mano, digo. O sea, Padre cazaba tanques. Al decir suyo, él cavaba unas trincheras someras, en zig-zag, ¿comprende? Y así que el enemigo se arrimaba, el tanque, digo, ¡zas!, una botella de gasolina, al morro, ¿se da cuenta?, y, a seguido, la Laffite. Dice que no fallaba, que el tanque se prendía en un santiamén.

DR.– ¿Y no le disparaban los de dentro?

P.P.– Ande, pues ahí estaba el chiste. Padre aguantaba, o sea, les dejaba arrimar tanto que la ametralladora no podía bajar, no daba, ¿entiende? Estaba bien discurrido, no crea.

DR.– ¿Y cuál es la historia de tu padre?

P.P.– No había historia, oiga, ¿no se lo digo? Padre sólo contaba eso, o sea, cachos. Lo único que una vez, en Brunete, cazó cuatro tanques él solo y le dieron una medalla.

DR.– ¿Los cazó todos por el procedimiento de la botella?

P.P.– Todos, a ver. La botella y la Laffite, no sabía otro. Pero ese día, a poco le apiolan.

DR.– ¿Qué ocurrió?

P.P.– Mire, le reventó un obús entre las piernas cuando aguardaba otro. Ahí donde le ve, Padre tiene en la corva derecha más de veinticinco esquirlas de metralla, que se dice pronto. Algunas de ellas, oiga, metidas en la caña del hueso, dentro, que ahí empezó el calvario, no vea, cinco años de hospital en hospital. Ya ve, sólo para soldarle este hueso, ve aquí, el de la pantorra, seis meses en Bilbao, con una pesa de cinco kilos colgando. Y, luego, la herida, de la parte de fuera, que no cerraba, que hasta dijeron de cortársela, la pierna, digo, para acabar de una vez. Y en éstas andaban, cuando se vino al pueblo un día, con permiso, y una tarde que iba así paseando por el borde del arroyo la Salud, resbaló, y se cayó dentro con muletas y todo. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que esa misma noche, ya ve, la herida tenía mejor encarnadura, de forma que, a la mañana siguiente, Padre se aculó de propósito en el río, ¿oye?, en una rasera, y allí anduvo más de una hora dejando que el agua le empapara el vendaje. Con que al día siguiente, tal cual, y al otro, y al otro, y, al cabo de dos semanas, la herida había cicatrizado. ¿Qué le parece?

DR.– Es muy posible, hijo. No se puede dudar de las propiedades curativas de algunas aguas. Pero dime una cosa, ¿pensaba también tu padre que tu guerra no podía tardar?

P.P.– De principio, también, sí señor.

DR.– ¿Y no les dijiste nunca a ninguno que a lo mejor no había más guerras?

P.P.– Por mayor, una vez, doctor. Se lo dije al Bisa, y no quiera saber cómo se puso, oiga, que la guerra estaba en nuestros huevos, y que mientras los hombres tuviésemos huevos, y Dios Padre me perdone, pues eso, habría guerras, ya ve qué formas.

DR.– ¿Y qué clase de guerra esperaban para ti? ¿Una guerra civil o una guerra universal? ¿Por dónde y cómo demonios ellos pensaban que pudiera llegar tu guerra?

P.P.– A saber, eso tanto daba. Ellos aguardaban mi guerra, por donde fuese, ¿entiende?, que ellos de políticas, nada, ni leer el periódico, que no es que fueran analfabetos, entiéndame, pero que no les daba por ahí, ya ve.

DR.– ¿Entonces?

P.P.– Mire, para que me entienda, el Bisa, así que llegaba la primavera, se ponía a mirar para los cerros de poniente, que, a su decir, las guerras eran fruto de verano, y se quedaba tal que así, como si la guerra hubiera de venir por la cerviguera abajo, ¿comprende? Y, entonces, me decía: Tu guerra ya no puede demorar, Pacífico. Nunca se estuvo tanto tiempo sin guerras. Y así que le dije que no veía el motivo, el Bisa se arrancó a reír, y que, apañados estaríamos si las guerras necesitasen motivos, ¿entiende? Bueno, pues de ahí no le sacaba usted.

DR.– No lo comprendo bien, hijo.

P.P.– Pues sí señor, está más claro que el agua, ¿no? Por un ejemplo, yo le preguntaba: ¿Cómo son las guerras, Bisa? Y él, no vea, manoteaba arriba y abajo y se arrancaba con el vaivén de la silla, y que las guerras no son, suceden, ¿se da cuenta? Que yo, pero ¿quién las organiza, Bisa?, y él, tampoco se organizan las guerras, Pacífico; las guerras se lían. Total, hablando en plata, doctor, la guerra se armaba como se puede armar un nublado, porque sí, sin saberse dónde ni por qué. ¿Se da usted cuenta ahora?

DR.– A medias, hijo. Según tú, tus abuelos se limitaban a mirar los cerros de poniente y a preguntar al telegrafista si había llegado tu guerra, nada más, ¿no es eso?

P.P.– Sí y no, doctor, aguarde. El Bisa, el Abue y Padre esperaban mi guerra, o sea, tenían puesta su ilusión en eso, ¿se da cuenta? Por lo demás, hacían lo que podían, para armarla, digo. Ve ahí tiene usted a Padre cuando se llegó a Algeciras, y se asomó al Peñón sólo para llamarles cabrones a los ingleses.

DR.– ¿Hizo eso tu padre?

P.P.– Ande, cómo se lo diría yo.

DR.– ¿Cómo fue eso? Cuéntamelo con un poco de detalle.

P.P.– Pues tal cual, doctor, o sea, a Padre le picó la codicia un día, se llegó a la Sindical, puso las medallas en la mesa y que un crédito

agrícola, ¿entiende? Con que a las dos semanas, como éstas, se lo dieron, y fue él y se mercó una cosechadora roja. Entonces dijo: Me largo a la punta de abajo para subir segando toda España, ¿entiende? Y como lo dijo, lo hizo, doctor, que hasta el cabo de tres meses no volvimos a verle el pelo en el pueblo. Y a su decir, en ese tiempo anduvo ofreciéndose al mejor postor, durmiendo en una cuneta y merendando un mendrugo de pan, el hambre, oiga. Y ya se le conocía, no crea, que estaba escurrido y enjuto, que si Padre no perdió diez kilos en esa romería, no perdió ninguno. Conque el Bisa, así que le echó el ojo, bueno, y en sustancia, ¿qué?, y, entonces, fue Padre y volcó la saca en el ruejo toda llena de billetes verdes, y a la abuela Benetilde todo se la volvía a decir, o sea, señalando para el dinero, eso es malo, ¿se da cuenta? Que, bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas de plata del trance, no sabía decir otra cosa. Pero Padre sólo dijo, lo único, ya tengo para amortizar el artefacto, y, para mí, doctor, que ahí le cogió el gusto a eso de amortizar. Pero a lo que iba, oiga, el Bisa, el Abue y Padre empezaron a rondar el porrón, trago va, trago viene, y a Padre se le soltó la lengua y dice que al llegar a Algeciras se le alcanzó, ¿y por qué no me llego al Peñón a provocar a los ingleses? Que dicho y hecho, oiga, agarró el artefacto, se arrimó al agua y ¡cabrones, cabrones, más que cabrones!, ¿se da cuenta? No vea, doctor, conforme lo contaba, el ojo amarillo del Abue brillaba como el cristal y el Bisa porfiaba, ¿es cierto que les dijiste cabrones a los ingleses?, que Padre, a cada rato más implado, natural, y mirando para la peña, no se crea. Que el Bisa, doctor, empezó con el vaivén de la silla, que yo me pensé que le daba algo, ¿y no se armará la guerra por eso?, y Padre, eso no es cuenta mía, yo sólo sé decirle que puse de mi parte lo que pude. Y el Abue, ¿y aguantaste mucho allí diciéndoles cabrones a los ingleses?, que se le hacía la boca agua, oiga, como lo oye, y Padre, hasta que se armó un corro grande y se me arrimó un agente y que circulase, que si me había vuelto loco, ¿se da cuenta?

DR.– Pero bueno, Pacífico, eso significa que los tuyos excluían de la guerra todo sentido patriótico o heroico, ¿no? Según te expresas, lo único que anhelaban era la guerra por la guerra; la satisfacción de un instinto de agresividad elemental. Así, tu padre, baja a Gibraltar y llama cabrones a los ingleses. Tu tío Teodoro escapa a América porque allí hay más oportunidades. Pero igual podía haberse ido a Oceanía, ¿no?

P.P.– Bien mirado, lo mismo, pienso yo.

DR.– ¿Y cuál era tu reacción ante la gratuidad de sus pretensiones? Supongo que les decepcionarías por completo.

P.P.– No se me alcanza bien lo que quiere decir, oiga.

DR.– Digo que tu pasividad... bueno, el hecho de que tú no te entusiasmaras con sus hazañas y sus proyectos les desilusionaría, ¿no?

P.P.– A ver, doctor. Por más que yo me sabía desde niño diferente de ellos.

DR.– Tú no eras de natural agresivo.

P.P.– No se trata de eso, doctor.

DR.– ¿De qué, entonces?

P.P.– Verá, el Bisa, el Abue y Padre, eran zurdos, mientras yo era diestro, como mi tío Paco.

DR.– ¿Eran zurdos tus abuelos?

P.P.– Y Padre también.

DR.– ¿Y qué tenía eso que ver?

P.P.– Pues no va tener que ver, también tiene usted cada cacho salida. Si ellos eran zurdos y yo diestro es que yo era diferente de ellos, ¿no? Y si a ellos les gustaba una cosa, lo natural es que a mí me gustase la contraria, ¿o no? Cada quien es cada quien, doctor. Todos nacemos marcados, contra eso no hay quien luche.

DR.– Pero vamos a concretar, Pacífico. Cuando tú les decías de niño que sus guerras te asustaban, y, de adolescente, que no veías motivo para tu guerra, ellos, tus abuelos, ¿se resignaban o seguían en sus trece de hacerte un buen soldado?

P.P.– Bueno, a decir verdad, doctor, yo pasé en casa muchas calamidades a cuenta de eso.

DR.– ¿Por no gustarte sus guerras?

P.P.– Eso era lo de menos, para que me entienda. Lo que llevaban peor es que yo penase por ver podar los árboles, o me enojase si robaban la miel a las abejas.

DR.– Les parecías afeminado, ¿no es así?

P.P.– ¡Qué afeminado, oiga! Marica, maricón, y que Dios Padre me perdone, de lo peor, ¿entiende? Mire, ahora me recuerdo la noche que sentí llorar a la higuera las primeras vacaciones que pasé en casa.

DR.– Así que lloraba la higuera, ¿eh, Pacífico?

P.P.– Qué hacer, doctor, como un niño. El Abue la había podado por la mañana y ni la vendó siquiera.

DR.– Y tú ¿qué hiciste?

P.P.– Bajar, a ver, a escondidas, natural. Conque según la estaba vendando los muñones, tal que así, apareció Madre, en chambra, y que qué pintaba allí, ¿comprende? Y lo que ya le dije, curando a la higuera que lloraba, y ella, ¿que lloraba la higuera, criatura? Bueno, ya sabe usted cómo las gastan las mujeres, doctor. Madre me llevó a la cama y no dijo más. O sea, en lo tocante a ella, a Madre, digo, podía andar tranquilo.

DR.– Lo peor sería los abuelos.

P.P.– Calcule, a la mañana me armaron un tribunal orilla el ruejo que ni la audiencia, oiga, que el Bisa, lo más flojo, una blasfemia. Y el

Abue: ¡Ay, chaval!, ¿puede saberse qué va a ser de ti el día que llegue tu guerra? Que a Padre se le alcanzó decir entonces, será el primero de casa que la pierda. Y no quiera saber, oír esto el Bisa y trascordársele la cabeza fue todo uno. Me agarró por un brazo, me zarandeó y eunreshidejopudestagraciado, un rompecabezas, ¿sabe?

DR.– Eso significa que no aceptaban tu sensibilidad.

P.P.– ¡A santo de qué iban a aceptarla, oiga! Ellos eran peleones de natural, o sea, no cejaban, a ver, lo suyo. Pero ¿quiere usted más? Si aún me ensuciaba yo las bragas, que no tendría arriba de dos años, y ya andaba el Bisa malmetiendo al Abue con que si me hiciera hacer gimnasia, que yo siempre fui un poco fifiriche, de constitución, ¿sabe? O que disparase la escopeta orilla la cuna para que me fuera haciendo, o que me arrimara una culebra por ver cómo reaccionaba. Perrerías, como yo digo, que no sabían hacer otra cosa.

DR.– ¿Y cómo reaccionabas, Pacífico?

P.P.– Se va usted a reír, pero la primera vez que el Abue me arrimó una culebra, me entró la temblequera, se me desbarataron los ojos, me puse tieso y Madre tuvo que mandar razón a la señora Dictrinia para que me volviese. A la muerte, oiga. Y lo que son las cosas, doctor, la Corina, hija de un mismo padre y una misma madre, las atusaba el lomo a todo lo largo, a las culebras, digo, como si nada. O sea, desde chavala. Y por San Pedro, cuando el baño del Bisa, la faltaba tiempo para agarrar la cándara y sacar los tontos del pilón. Que me recuerdo que el Bisa siempre decía: Si ella fuese él, otro gallo nos cantara, y el Abue le retrucaba: Paciencia, padre, todo se andará.

DR.– Por lo que veo, tu abuelo era más comprensivo, más optimista, respecto a ti me refiero, claro.

P.P.– Dónde va, sí señor. El Abue no perdía la esperanza. Se agarraba a un clavo ardiendo.

DR.– ¿Qué quieres decir?

P.P.– Ni más ni menos que lo que oye. O sea, el Abue, por conservar la moral, cualquier cosa. ¡Hombre más inquieto! Me gustaría que le conociese, oiga. ¿Querrá usted creer que desde el día que nací no le vi una sola vez sentado en una silla o un tajuelo como Dios manda? Él, no señor, siempre en el palo de arriba o en el camal de la higuera si andábamos en el ruejo. Con decirle que la rama tenía, tal que así, el hueco de las cachas del Abue, o sea, la forma, está dicho todo; una manía.

DR.– Y probablemente no sería tan tozudo como el Bisa.

P.P.– Pues es verdad, sí señor, no era tan testarrón, eso es cierto.

DR.– Pero el Bisa era el que cortaba el bacalao, ¿no?

P.P.– A ver, doctor, el Bisa era el amo de la casa, no lo olvide. Que así que dijo, por un ejemplo, de llevarme donde el médico, todo el

mundo a callar la boca.

DR.– Al médico, ¿por qué razón al médico?

P.P.– ¡Ande! ¿Y todavía lo pregunta? Pues por lo de la higuera, lo de las abejas y todo lo demás. Que me recuerdo que don Alfaro, conforme nos vio entrar, con toda la sorna, oiga, ¿dónde va el batallón de los Pérez? Que en el pueblo teníamos fama, a ver.

DR.– Pero ¿qué es lo que le dijeron a don Alfaro?

P.P.– Mire usted, de primeras, el Bisa le planteó la cuestión sin miramientos, ¿se da cuenta? O sea, le dijo: Hablando en plata, doctor, ¿cree usted que se puede ser hombre sin nada entre las piernas? Así. Y don Alfaro, a ver, me bajó los pantalones, me tumbó en la mesa, me anduvo mirando y que bien, ¿comprende?, que respecto a ese punto podían dormir tranquilos.

DR.– ¿Qué dijo el Bisa?

P.P.– Miró para el Abue, ¿entiende?, que para mí que se lo traían preparado. Y el Abue, mire usted doctor, que este chico es blando, y don Alfaro, fuerte no es, pero eso no es ninguna enfermedad. Y el Abue, más que nada, lo que tiene este chico son rarezas, don Alfaro; tiembla si nos ve podar un árbol o se reniega si catamos las colmenas, ¿usted cree que eso es normal? Que allí vería a don Alfaro, el hombre no sabía por dónde salir, por qué registro, y, finalmente, que eso era sensibilidad y por eso no se moría nadie.

DR.– ¿Y el Bisa?

P.P.– Imagine. Se puso bravo y que qué coños podía esperarse de una criatura así el día que llegase su guerra, ¿comprende? Que ellos habían cumplido en las suyas, aunque le estuviera mal el decirlo, pero que le dijera él, don Alfaro, digo, qué iba a hacer en una guerra una criatura que se pasaba el día mirando el humo de los tejados o penaba por las truchas ensartadas.

DR.– ¿Cómo lo encajó don Alfaro?

P.P.– Mal. Ya se lo puede usted imaginar. O sea, que si lo que querían era un hombre de empuje, escuelas y oportunidades no habían de faltarme, que bueno estaba el mundo.

DR.– Un hombre razonable ese don Alfaro.

P.P.– Un médico rural, ya ve.

DR.– ¿Y tus abuelos? ¿Salieron satisfechos?

P.P.– A mayores, no señor, de qué. Pero yo tengo para mí, doctor, que de lo del Krim, o sea, del fusilamiento, tuvo la culpa don Alfaro.

DR.– Perdona, Pacífico. Luego hablaremos de eso. Antes de que se me vaya la idea, ¿qué era eso de que te pasabas el día mirando el humo de los tejados? ¿Es cierto o era una invención del viejo?

P.P.– Bueno, en realidad, a mí me gustaba mirar el humo de las chimeneas en los días calmos, doctor, eso es cierto. ¿Es que hay algo

de malo en ello?

DR.– No se trata de eso, Pacífico. Pero dime, ¿por qué razón lo mirabas?

P.P.– Ande, por mirar. ¡Qué cosas!, o sea, por gusto. No se vaya a pensar que llevaba segundas en eso.

DR.– Pero ¿es que salías de propósito a mirar el humo?

P.P.– A ver. Mi tío Paco, desde chaval, me subía al Crestón en los serenos sólo por el gusto de ver alentar las chimeneas, ¿comprende? Y me recuerdo que algunas tardes el tío Paco apuntaba con la cachava para el humo y me decía, decía: La vida es eso, Pacífico. No esperes otra cosa.

DR.– ¿Y subías siempre al Crestón? ¿Qué era eso del Crestón?

P.P.– ¿Otra vez? Una peña grande, disforme, veinte veces el Ayuntamiento, que queda tal que así, orilla la plaza y parece como que fuera a caerse pero que no. Allí, orilla el Crestón, se juntan los tres arroyos, el Matayeguas, el Lirón y la Salud, ¿entiende? Y talmente de esa peña, el Crestón, digo, es desde donde se suicidó el jabalí el año 1957, la víspera de lo de la abuela Benetilde.

DR.– ¡Qué cosas, hijo! ¿De veras se suicidó un jabalí?

P.P.– Ande, cómo se lo diría yo, que no fuimos dos ni tres los que lo vimos. O sea, era el tiempo de la fruta y todo el Humán andaba en la Plaza. Y, en éstas, ¡plaf!, ni gruñidos ni nada, lo único ¡plaf!, al estrellarse el animal contra el cemento, ¿comprende? Que allí vería cómo nos puso a todos de sangre y de mierda.

DR.– ¿Y qué hicisteis? Porque supongo que tampoco en tu pueblo será ése un número habitual.

P.P.– No quiera saber el jorco que se preparó a cuenta del jabalí ese. De primeras, el Agatángelo quería subir donde el Otero, ¿comprende?, o sea que era una broma de ellos, del mocerío de arriba, y las iban a pagar. Pero el Abue que a santo de qué iban a regalarnos esos hijos de perra un animal tan hermoso. Y en éstas andaban cuando llegó el señor Escolino, que era muy montuno él, que se tiraba las horas muertas en el sardón de Cieza, y que nones, que era cosa sabida que las reses, cuando viejas, si no da en dolerles las muelas, rabian o algo peor, ¿entiende? Y como quiera que el bicho aquel, el jabalí, digo, tenía la pelambre entrecana y los remolones careados, todos dimos por buena la explicación, ¿se da cuenta?

DR.– Está bien. Vamos a otra cosa, Pacífico. En varios momentos has mencionado el nombre de tu tío Paco, ¿no? Según tengo entendido, un hombre reflexivo, un poco el paradigma del sentido común. Bien. Dices que tu tío Paco era hermano de tu abuelo, pero que mientras el abuelo era zurdo, el tío Paco era diestro y, en definitiva, no se entendían, ¿es así o no es así?

P.P.– Tal cual, doctor. Allí donde el Abue decía negro, el tío Paco decía blanco. O sea, como el perro y el gato, ¿sabe? Pero, para usted y para mí, lo peor de todo es que entre ellos faltaba de aquí.

DR.– ¿Corazón?

P.P.– Llámelo como quiera. Lo que no había es cariño, y sin cariño, ya se sabe, dos hermanos peor que dos extraños.

DR.– Pero tú sentías preferencia por tu tío Paco, ¿no? Yo pienso que te llevabas mejor con él que con ningún otro miembro de la familia, exceptuando tal vez a tu madre.

P.P.– Y a la abuela Benetilde, mire.

DR.– ¿También querías mucho a tu abuela, Pacífico?

P.P.– Pues no la había de querer, doctor, si no la había más buena. La abuela Benetilde, hilar y callar, ya se sabía. Que desde las bodas de plata del trance ni volvió a abrir el pico, doctor. Lo único, ése es bueno y ése es malo, según la cayera, talmente como en el Juicio Final. Y, por si fuera poco, la abuela Benetilde tenía corona.

DR.– ¿Cómo que tenía corona?

P.P.– Pues eso, lo que oye, oiga, que tenía corona. O sea, como los santos en las estampas.

DR.– ¿Quieres decir que tu abuela andaba por el pueblo con la corona puesta como los hombres con la boina?

P.P.– Aguarde, que tampoco es eso, oiga, no la involucre. La abuela Benetilde tenía corona por días y en algunos sitios, ¿comprende? Por un ejemplo, en la cuadra, a la atardecida, conforme echaba el pienso al ganado.

DR.– Escucha, Pacífico, ¿no habría por casualidad en la cuadra de tu casa un ventano orientado a poniente, donde diera el sol al ocultarse?

P.P.– Sí señor, tal cual, ¿por qué lo sabe?

DR.– Ya ves, Pacífico, pero dejemos eso ahora. Sígueme hablando de la abuela. ¿Cómo empezaron sus trances? ¿En qué consistían?

P.P.– Mire, en punto a eso, doctor, yo sólo puedo hablarle de oídas, ¿entiende? Que los trances de la abuela Benetilde empezaron con la mayoría, ya ve, que por entonces, ni casada, ni nada, o sea, Padre ni había nacido. Pero, al decir del señor Isauro, aquello fue cosa chocante, ya ve, que él jura y perjura que vio la lluvia de hostias alrededor de la higuera y que con las hostias que caían, don Salvador, el que andaba de párroco entonces, que, a su decir, estaba muy encariñado con la causa, dio la comunión a todo el personal, imagine. O sea, al decir del señor Isauro, una muchedumbre, que lo mismo se juntaron mil almas aquella mañana, ¿se da cuenta? Y eso fue una vez, que otros días, a su decir, salían hostias hasta de las flores o de los mismos bolsos de la Mística, siempre en lugares raros, para que me entienda.

DR.– La Mística era tu abuela, ¿verdad?

P.P.– Sí, señor, ella era, que la Mística le decían por su devoción, que ni cansancio sentía, ni dolor, ni nada. O sea, por un ejemplo, ella caía en trance de madrugada y lo mismo se tiraba de rodillas el día entero, entre guijos, sin lastimarse, ¿comprende?, eso sí, sin dejar de mirar a la higuera, donde la Virgen. Y al decir del señor Isauro, durante el trance, a cada quien le hablaba en su lengua, por un ejemplo, a los franceses en francés y a los portugueses en portugués. Que dice que un día, ya ve, por probar, don Salvador la hizo una consulta en griego y la abuela Benetilde no se piense que se achicó, o sea, le contestó.

DR.– ¿Respondió en griego tu abuela?

P.P.– Talmente, sí señor, vamos, eso dicen, que yo en eso no me meto. Pero, al decir de los del Humán, así que la abuela entraba en trance, hablaba todas las lenguas.

DR.– Y al caer en éxtasis, ¿qué veía?

P.P.– Según, mire. O sea, unas veces, a la Virgen; otras a Nuestro Señor. Pero siempre en la copa la higuera, ¿comprende?, que eso no fallaba. Y, al decir del señor Isauro, si salía Nuestro Señor, los ojos de la abuela Benetilde, que eran negros, se volvían verdes, y si salía María Santísima, azules como el cielo, ¿se da cuenta?

DR.– Y la higuera ¿siempre era la misma?

P.P.– Natural, oiga, la higuera de junto al ruejo, la única que hay en el pueblo. Y allí anda, que no es de ayer, imagine, que va para sesenta años del sucedido.

DR.– ¿Eran muy frecuentes las apariciones?

P.P.– Por mayor, según tengo entendido, la Mística sólo recibía los sábados, pero esos días, una peregrinación, oiga, un jubileo, cantidad de personal de todas partes, no vea. Y, al decir del señor Isauro, el día de recibo, a la mañana, con el rocío, ya sabían quién había de ser el aparecido, por el olor. O sea, si era María Santísima, pues eso, trascendía a rosas, y si Nuestro Señor, a jazmín, ¿entiende? Pero por todo el vallejo, ¿eh? Y, conforme se acercaba la hora, pues más fuerte, que hubo día, según dicen, que el olor llegó a la capital.

DR.– ¿Y dónde se metía tanta gente?

P.P.– Ahí está el chiste, doctor, que ni sitio para comer, a ver; cuanto menos para alojarse. O sea, dormían en las cunetas, al raso, o en los pajares, donde cuadrase, el caso era no perder el mensaje.

DR.– ¿Y hubo mensaje?

P.P.– Pues qué hacer sino haberle, doctor. Una tarde la Virgen Santísima le dijo a la abuela Benetilde: Hija, di a los hombres que no se destruyan, que no se dejen llevar de la codicia, que no me olviden.

DR.– ¿Sólo eso?

P.P.– Que yo sepa… Pero tampoco crea que sirvió de mucho, oiga,

que a los cuatro días a poco la matan a ella.

DR.– ¿A la abuela? ¿Quiénes?

P.P.– ¡Quiénes habían de ser!, los malos quereres, los del Otero, los de siempre. Que, al decir del señor Isauro, ¿sabe?, la andaban buscando las vueltas desde que empezó. O sea, ellos, los del Otero, digo, no tragaban que el personal viniera para el Humán, ¿se da cuenta?, por más que de los cuartos que entraban en el pueblo algo les tocaba a ellos. Pues con eso y con todo, no señor, oiga, que la Mística, o sea, la abuela, era una embaucadora y una bruja. Y una noche la quemaron la casa, la descalabraron y la dejaron por muerta. Y menos mal que, a la mañana, el señor Obispo mandó un coche y se llevó a la abuela Benetilde a la capital, la puso en un convento de monjas y allí la tuvo encerrada un año. Y tan pronto regresó al pueblo, el Abue se fijó en ella y a los pocos meses la llevó al altar.

DR.– ¿Y nunca más volvió a sentir tu abuela esas experiencias?

P.P.— A mayores, no señor. Lo único que, al cabo de los veinticinco años del trance, la abuela Benetilde perdió el habla. Ése es bueno, o ése es malo, no había quien la sacase de ahí, ¿entiende? Que lo que yo digo, algo tuvo que pasar por esa cabeza, oiga, para trascordarse así.

DR.– Es curioso.

P.P.– Cosas, ya ve.

DR.– De tu tío Paco, la abuela decía que era bueno, ¿verdad?

P.P.– Sí señor, eso decía, pero no crea que los demás estaban conformes.

DR.– ¿Los demás? ¿Qué decían de tu tío los demás?

P.P.– A saber, mire, para todos los gustos, que según el Abue era un vago, mientras don Prócoro porfiaba que era un poeta. Que me recuerdo que un día le dije, si nunca en la vida hizo un verso el tío, y él, ¿qué importa eso? Ya ve usted qué salida.

DR.– Me interesa tu tío Paco, Pacífico. Háblame un poco de él, por favor.

P.P.– ¿Y qué quiere que le cuente de mi tío Paco, doctor? En realidad, yo me recuerdo de mi tío Paco caminando carretera adelante, con la visera a cuadros, que yo me pienso que ni para dormir se la sacaba, oiga, muy tieso él, con la cachava en la mano, ¿entiende? Bien mirado, nunca tuvo prisas mi tío Paco, doctor, ni tampoco muchas cosas por hacer, ésta es la verdad.

DR.– ¿Vivió alguna vez con el Bisa?

P.P.– ¿Con el Bisa? Ni por pienso, oiga. Bueno, entiéndame, de chaval digo yo que viviría, que por algo era su hijo, pero desde que yo nací, o sea, desde que me recuerdo, no señor. Que mi tío Paco paraba en su casa, él solo, ¿sabe?, a cosa de medio kilómetro del pueblo, orilla el Embustes, entre las ringleras de manzanos. Y allí vivía, con un

par de cabras, media docena de gallinas y dos docenas de pichones blancos. Y, al decir de la gente, le mandaba mensajes con ellos, con los pichones, digo, a una mujer de Córdoba, o sea, que era su novia. Pero, a decir verdad, él nunca hablaba de todo eso.

DR.– ¿Qué edad tenía tu tío cuando dejaste el pueblo?

P.P.– Mire, doctor, esto del tiempo, en mi familia, es muy difícil determinar. Pero mi tío Paco, los setenta y cinco ya no los cumple, eso fijo.

DR.– No es fácil que se case ya.

P.P.– Por eso no, oiga, que en mi pueblo son tardíos, como suele decirse, para bodas y mortajas. Ve ahí tiene usted al Bisa.

DR.– ¿A qué se dedicaba tu tío? ¿Era también labrador?

P.P.– Bueno, mire, en mi pueblo, fuera del señor Del, del señor Edito, del señor Isauro y del señor Escolino, todos son labradores si se pone usted a mirar. O sea, mi tío Paco tenía una hacienda pequeña orilla el Embustes y con ella se apañaba, ¿entiende? Eso sí, arrancar la fruta no se lo pidiera usted a él, no podía, que era como quitarle a un animal sus crías, que no le sacaba usted de ahí, ¿se da cuenta? O sea, cada año apalabraba un par de braceros. Y, en lo tocante al Hibernizo, yo me prestaba, doctor, a ver, que ponía más cuidado. Con todo, fíjese, yo tengo para mí que mi tío Paco era un poco raro, oiga. Por un ejemplo, nunca comía carne; todo lo más legumbres, manzanas y miel. Luego, cada mañana, con la fresca, cogía la trocha la Peña y a beber un buche de agua en ayunas en la fuente la Salud, pero todos los días, oiga, así cayeran chuzos de punta, una rutina. Con que, al cabo, el tío se daba un paseo por las huertas y las hornilleras de Cieza y a cosa de mediodía solía caer por casa con algún menester: mira Vitálico, al Abue, ¿se da cuenta?, que de la parte de Fuentefierro hay dos manzanos que necesitan apeo. O, por un ejemplo, en la cerviguera, orilla Las Puertas, he visto un jabardo rubio que parece de las movilistas de casa, ¿entiende?, el Abue, natural, que las colmenas de casa eran proindiviso, ¿entiende?, o sea todas de todos, no estaban repartidas. Que el Abue, imagine, de que le oía, a ver, pues agarra una escriña, Paco, y atrápalo, decía, que mi tío Paco, tú sabes que yo no sé poner preso a nadie, por las abejas, natural, que el Abue, entonces, le llamaba holgazán, le regañaba, pero el tío Paco tan terne, no crea, mira Vitálico, si todos nos azacaneamos, ¿quién va a reparar en las labores por hacer?

DR.– Tu devoción por él, Pacífico, ¿puedes decirme de cuándo provenía? ¿Por qué ese cariño?

P.P.– Qué se yo, qué quiere que le diga. Él, o sea mi tío Paco, era diferente, eso sí. Que los demás jugaban a las guerras orilla mi cuna, o me contaban historias que me hacían miedo, pero él, no, o sea, nunca, ¿entiende? Que le estoy hablando de cuando chaval, cuando mi tío

Paco aparecía con unos guijos blancos o un fósil, que de la parte de la Torca hay cientos de ellos, caracoles y conchas, ¿sabe?, fósiles, una infinidad. Bueno, pues qué será el instinto, doctor, que yo, sólo de verle, ya me arrancaba a dar pataletas y a hacer gorgoritos, ¿comprende?, que Madre, al verme de esas trazas: ¡Virgen! ¿Puede saberse, tío, qué le da usted a la criatura?

DR.– Y a medida que crecías ¿no disminuían tu admiración y tu simpatía por él?

P.P.– Al contrario, oiga; si me apura iban a más. Que, por un ejemplo, en los serenos de invierno, me agarraba de la mano y al Crestón, a ver humear las chimeneas. Y así que florecía el Hibernizo, tate, orilla suya, oiga, a ver trajinar a don Patricio en el árbol. Y de que barruntaba la primavera, los días de vacación, ya se sabía, a la Torca Palomera, a rodar fósiles hasta la sima, que no vea, doctor, la profundidad, o sea, el tiempo que tardaban en llegar al agua. A mí me gustaba salir con él, con mi tío Paco, digo, aunque fuera callado, que las más de las veces el hombre iba callado, o sea, sin decir nada. Pero me gustaba verle con la visera y la cachava negra, que lo mismo le servía para espantar un tábano que para aplastar un mato de ortigas, ¿comprende? Y así que fui creciendo, oiga, me pensaba para entre mí que una vara en la mano da autoridad, que, de otro modo, uno no se explica que el tío Paco pudiera acordar a los del Humán con los del Otero, ni en lo del señor Nestorio ni en nada, pues buenos eran. O sea, yo me pienso, oiga, que contra lo que el Bisa pudiera decir, mi tío Paco sabía echarle valor a las cosas y mucho conocimiento, sí señor, que gracias a él me enteré yo de que los árboles sufren, y los ríos hablan y que el humo de las chimeneas era como la vida, que así es ciertamente. Por un ejemplo, doctor, algunas tardes, o sea, camino de la Torca, mi tío Paco iba y se sentaba en los farallones de Peñacarrubia y me enseñaba a distinguir las voces de los tres ríos, ¿entiende?, el Matayeguas, el Lirón y la Salud. Y me decía, decía, el Matayeguas vocea, ¿te fijas?, da como tumbos, que yo, sí, tío, y él, el Lirón es más somero, su voz es más cristalina, ¿oyes?, que yo, sí, tío, y él, el otro, la Salud, es más sentado, no vocea, sólo murmura en las salcinas, que yo, sí, tío. Y usted no lo creerá, doctor, pero así que callábamos la boca, sentía vocear al Matayeguas, o cantar al Lirón o rutar a la Salud, oiga, que eran talmente como personas platicando.

DR.– ¿Qué más cosas te contaba tu tío, Pacífico?

P.P.– Mire, allí mismo, en los farallones de Peñacarrubia, me enseñó mi tío Paco que los ríos escachan los nublados, o sea, los parten, ya ve qué cosas, que eso es tan cierto como la luz bendita, oiga, o sea, que asomaba uno, un nublado, digo, por el valle del Embustes, de la parte del noroeste, y al llegar donde el Crestón, ya se sabía, oiga, tres nublados más chicos, uno Matayeguas arriba, otro por el vallejo del

Lirón y por el de la Salud el otro, tres nublados.

DR.– Es decir, que con tu tío Paco aprendiste más que en la escuela, ¿no es así, Pacífico?

P.P.– Aguarde, oiga, son saberes distintos, que una cosa son los libros y otra la vida, ¿no? Por un ejemplo, uno en la escuela no aprende a mirar, ¿es cierto eso o no es cierto? Bueno, oiga, pues mi tío Paco me enseñó a mirar, que hay cosas que uno tiene delante de las narices y, por lo que sea, no las ve, ¿entiende? Pues a lo que voy, doctor, mi tío Paco me enseñó a mirar. Que por él supe que nuestro pueblo era hermoso, que desde lo alto del Crestón veía los tejados del Humán y, alrededor, las ringleras de manzanos. Y, abajo, en la cuenca, el Embustes, espejeando, ¿entiende? Y las dos cervigueras de robles empinándose a los lados. Y, por cima de todo, las atalayas de las nogalas. Que luego, tal que así, a mano derecha, en la cresta del cerro, andaba el caserío del Otero, de piedra de toba, ¿sabe? Y a un lado, la parroquia, ciega, oiga, como un castillo, y, orilla suya, las tapias del camposanto, ¿se da cuenta?, las que desmontó el Teotista el día de la cantea grande. Y dentro, o sea, asomando, cuatro cipreses negros, que si soplaba el norte se cimbreaban como juncos. O sea, doctor, para que me entienda, yo aprendí a ver eso, y usted lo creerá o no, que es muy libre, pero sólo de verlo yo me sentía como otro, que a días, a saber por qué, hasta me venían las ganas de llorar y todo.

DR.– Está bien, Pacífico, continúa. ¿Qué más aprendiste junto a tu tío Paco?

P.P.– De lo que aprendí orilla suya, de mi tío, digo, le estaría contando una vida y todavía no habría empezado, ya ve.

DR.– ¿Era hombre sensible tu tío?

P.P.– Ande, a la vista está, doctor, por más que él, mi tío Paco, digo, cuando penaba por algo, lo que hacía era callar, ¿entiende? Callar la boca y agarrarse al mango de la cachava con las dos manos como si sintiese vértigos, que eso es lo que hizo la tarde que me contó que el hoyo de la Torca Palomera estaba lleno de muertos.

DR.– ¿Y era cierto eso?

P.P.– Mire, doctor, otra cosa no, pero a mentir mi tío Paco no estaba enseñado. O sea, si lo dijo, así sería. Que me recuerdo que yo andaba rodando lajas orilla la hoya, y escuchando los botes que daban hasta llegar al agua, y, en éstas, le pregunté: ¿quién hizo la Torca, tío?, que él, Dios la hizo, que yo, ¿para bajar al infierno?, y él, y aún más abajo. Pero créame, doctor, que aquel agujero negro imponía, que hasta miedo daba, oiga, y así se lo dije. Que él, entonces, mi tío Paco, digo, salió con que las tierras de mi pueblo eran muy cavernosas y que un día, así me hiciera grande, me subiría a la Peña Aquilina, a ver la gruta Cangueta, toda llena de estalactitas y estalagmitas, porque el agua llevaba chorreando allí medio millón de años, hágase cuenta.

DR.– Ibas a contarme lo de los muertos de la sima, ¿recuerdas, Pacífico?

P.P.– Aguarde, sí señor, es cierto, que de unas cosas me voy a otras, sin darme cuenta. O sea, que a mí aquel hoyo, la Torca, digo, me traía a mal traer, ¿entiende? Así que le dije a mi tío: tío, mida con el reloj lo que tarda esta laja en llegar al agua. Que él lo midió, ¿se da cuenta?, y que cincuenta segundos, que yo, ¿es mucho o poco, tío?, y él, depende de lo que tú llames mucho, o sea, si pesamos la piedra, considerando la acción de la gravedad, o sea, lo que tira la tierra, podríamos saber la profundidad. Así me dijo, ¿comprende? Que yo, por mayor, ya ve, de chaval, ni se me alcanzaba, y no sé a cuento de qué me vino la idea, y le dije, ¿y si tiran a un hombre? Que no vea, doctor, se puso blanco como el papel, mi tío, digo, se agarró fuerte al mango de la cachava y calló la boca. Y yo, a ver, ya sabe usted lo que son los chavales, porfié, ¿y si tiran a un hombre, tío?, que a él, entonces, se le anubló la voz, como si se le pusiera un gargajo así, en la garganta, ¿entiende?, y, ya los tiraron, dijo, que no vea, oiga, tuve que sentarme orilla la olma para no caerme, o sea, de la impresión. Pero al cabo de un rato, dale, que aquello me gustaba y me hacía miedo, que no sé cómo explicarle, o sea, al mismo tiempo, ¿entiende?, y tío, ¿cuándo fue eso?, que él, en la guerra fue, y yo, ¿en la del Bisa?, que él, en la de Padre, en la grande, y yo, ¿tiraron muchos, tío?, que él, también más de un ciento de ellos, y yo, ¿qué hacían, tío?, que él, mi tío Paco, carraspeó, ¿se da cuenta?, o sea, como para quitarse el gargajo de la garganta, y tardó un rato en contestar, no crea, que se quedó mirando fijo para la Peña Aquilina, y, al cabo dijo, ¿y qué querías que hicieran?, llorar, temblar, patalear como si los echaran de bruces al infierno. Y los dos, oiga, candamos el pico con un susto en el cuerpo que no vea, pero ya no le pregunté más hasta que al cabo de dos años, Madre me subió una noche a la Torca a ver volar las ánimas del purgatorio.

DR.– ¿Volaban las ánimas del agujero, Pacífico?

P.P.– Ande, cada año el dos de noviembre, no fallaba. Allá nos vería a todos en procesión, que para eso no se distinguían los del Humán de los del Otero.

DR.– ¿Y qué viste, Pacífico? Cuenta.

P.P.– Fue como raro todo, oiga. Que me recuerdo que aquella noche caían asperezas, tempranas, a ver, pero era tan grande el silencio, oiga, que hasta se las oía enredarse entre las ramas secas de la olma, las asperezas, digo. Conque allá estuvimos todo el vecindario aguardando orilla el agujero hasta la medianoche, doctor, que dar las doce y empezar el chapoteo y el arrastrar de cadenas fue todo uno. Y, en éstas, oiga, sin saber por dónde ni por qué, apareció el polvo de luz en la boca del hoyo, imagine, talmente como si abajo hicieran fuego,

doctor, tal cual, que las mujeres a persignarse y a rezar a voces, ¿se da cuenta? Y en poco tiempo, el polvo de luz fue subiendo, subiendo por encima de la olma, una cosa disforme, que todavía me recuerdo, ya ve, que el señor Edito, el carnicero, decía orilla mía, ¿qué saldrá este año? Y así que escapó todo el resplandor, oiga, empezó a ahormarse, ¿entiende?, o sea, a afilarse por arriba y a ensanchar por los bajos, pero cada vez más vivo, ¿comprende?, que Madre temblaba y el señor Edito, es una catedral, decía. Y luego, todos, otra vez, a callar la boca, mirando alelados a lo alto, hasta que el polvo de luz desapareció. Pero no se piense que se metió en el hoyo ni nada, entiéndame, se marchó, que para dónde no lo sé, o sea, para que usted me comprenda, talmente como la niebla cuando levanta.

DR.– Resulta increíble, Pacífico. ¿Y siempre salía una catedral?

P.P.– Ca, no señor. Salían figuras, eso sí. Cada año, una, ¿comprende? O sea, una vez un castillo, otra una Virgen, otra una nogala, que yo me recuerdo la última vez que subí a la Torca, salió un ángel grandísimo, disforme, tocando una trompeta.

DR.– Esto sucedía la noche de ánimas, ¿verdad?

P.P.– Talmente, sí señor. El dos de noviembre por más señas.

DR.– ¿Y no viste salir el polvo de luz del agujero en otras ocasiones?

P.P.– A mí no me diga, oiga. Fuera de la fecha esa, yo no subí de noche a la Torca. Ni creo que en el pueblo subiera nadie.

DR.– ¿Por miedo?

P.P.– Bueno, llámelo como quiera.

DR.– ¿Y el cura, Pacífico? ¿Qué decía el cura?

P.P.– ¿Don Prócoro? ¿Qué quiere que dijese? Que natural, que a cuento de qué tantos aspavientos, que era el fuego de los muertos.

DR.– ¿Los fuegos fatuos?

P.P.– Sí señor, talmente, eso mismo dijo, los fuegos fatuos.

DR.– Después de esa experiencia, ¿volviste alguna vez por la Torca Palomera con tu tío Paco?

P.P.– Qué hacer, cantidad, pero ya no rodaba piedras, oiga. Me daba repeluzno escachar las cabezas de los muertos.

DR.– Otra cosa, Pacífico, ¿comentaste alguna vez con tu tío el espectáculo de la noche de ánimas?

P.P.– Nunca, no señor. Yo sabía que le imponía y callaba la boca. Que en lo tocante a él, mi tío Paco, digo, también callaba la boca cuando algo le acuitaba. Por un ejemplo, si el Bisa o el Abue mentaban sus guerras, él, mi tío Paco, digo, se agarraba al bastón y se les quedaba mirando fijo, pero no decía palabra.

DR.– Y a tus abuelos, Pacífico, ¿les agradaba que te juntases con él, con tu tío Paco quiero decir?

P.P.– Ni por pienso, oiga. Y tenga por seguro que si a mí me

mandaron a la ciudad, a estudiar, a él se lo debo.

DR.– Dime. Y antes de ir a la ciudad, ¿no habías estudiado nunca?

P.P.– Qué hacer, sí señor. Cinco años con don Ángel, en la escuela.

DR.– ¿Qué años tenías cuando marchaste?

P.P.– Trece para catorce, o sea, recién cumplidos.

DR.– ¿Y cómo se decidió tu marcha?

P.P.– Ésa es otra, doctor. Que yo tengo para mí que lo determinaron los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, en el concilio de por las noches, ¿sabe?, cuando yo me acostaba. Que muchas veces, la Corina me decía: ya están los viejos de concilio, ¿se da cuenta? Y yo sentía el rum-rum de la parla por entre las tarimas hasta que me quedaba dormido. Bueno, pues una mañana, doctor, luego de una noche de concilio, así que me levanté, Madre me dijo que para el lunes me largaría al colegio en el coche del Sinclético, ¿entiende? Así que ni tiempo de pensarlo tuve.

DR.– ¿Te agradó la perspectiva?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– ¿Te atraía la idea de ir a estudiar?

P.P.– Bueno, qué quiere que le diga, oiga, tanto me daba. Lo único avisar al tío Paco. Pero, como andábamos tendiendo las manzanas en las manzaneras, tampoco se piense que fue una cosa del otro mundo.

DR.– ¿Le encontraste allí?

P.P.– A ver, nunca faltaba, oiga. Arrancar la fruta, no la arrancaba, eso no, pero para colocarla era muy estricto, ¿entiende?, que no vea el orden que se gastaba. O sea, de chaval, él me decía, alinéalas en los vasares sin golpearlas, Pacífico, de otro modo se dañan y la manzana hasta que pudre, sufre, ¿entiende? Que yo, natural, ponía todo el cuidado. Y él, dale, las de la broza en la piel son las reinetas; las verde-doncellas son más brillantes, y éstas amarillas con el culo en forma de corazón son las camuesas, hijo. A las manzanas has de aprender a conocerlas por la cara y por el culo, tal que a las personas, me decía. Y así se iban las tardes, doctor, colocando manzanas en los vasares y platicando, que no vea el aroma tan rico que había allí, en las manzaneras. Parece como que alimentase, oiga. Que lo crea o no, para mí, mi pueblo, así, de lejos, es ese olor, o sea, el olor de las manzanas. Que, por un ejemplo, el día que ando así, como acuitado, cierro los ojos, doy en pensar en aquel olor y entonces parece como que me volviera el ánimo, ¿se da cuenta?

DR.– Bien, Pacífico, ¿y cómo le dijiste a tu tío que marchabas a la ciudad?

P.P.– Mire. Así que me dijo Madre que el Bisa y el Abue habían determinado, vamos, esa tarde, yo me llegué donde él, donde mi tío Paco, digo, y se lo dije: Tío, el lunes marcho al colegio con el

Sinclético, ¿entiende? Que él se sorprendió, natural, ¿a la ciudad?, que yo, a la ciudad, tío, los abuelos lo han determinado para que no me junte con usted. Y él, de primeras, calló la boca, o sea, mayormente no dijo nada, pero así que me despedí, oiga, la maldita manía, o sea, me puso la cachava entre los pies y cogí una liebre, que yo, ¡tío, jolín!, ¿entiende?, o sea, me renegué todo, que él, el tío, digo, con el registro de siempre: de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente.

DR.– Pero ¿es que tu tío te ponía la cachava entre los pies a menudo?

P.P.– A ver, o sea, no, doctor, algunas veces. Que así que yo me renegaba, él la misma copla, de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente. Que yo, doctor, para qué le voy a decir otra cosa, ni le comprendía ni nada, o sea, no lo entendí hasta la tarde que ocurrió lo del Teotista.

DR.– Y, una vez en el colegio, ¿no volviste a frecuentar al tío Paco? ¿No le veías durante las vacaciones?

P.P.– Qué hacer, eso sí, doctor, a escondidas de los abuelos, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la primera vez que regresé al pueblo para la Navidad. ¡Menuda expectación, oiga! El Bisa con el vaivén de la silla y el Abue en el palo del taburete, que ninguno me quitaba ojo, oiga. Que el Bisa, así que entré, ni tiempo de besar a Madre, doctor, ¿qué? Y yo quieto parado, ¿sabe?, sin rechistar, y todos aguardando, que ya, por salir del paso, o sea por disimular, les dije, ¿es cierto lo que dice el Sinclético, que la Elio ha tenido cachorros? Que Padre, dos tuvo, la Miaja y el Krim, que ellos les ponían a los perros nombres de cuando sus guerras, ¿se da cuenta? Y en éstas, otra vez a callar la boca y a mirarme fijo, digo yo que por ver si allá, en la ciudad, digo, había hecho algún progreso, ¿entiende? Pero ni por cuanto hay se me alcanzaba por dónde arrancar, oiga, hasta que de repente me vino así la idea, que ni sé cómo, y yo, ¿sabe usted, Bisa, que una vez hubo en el mundo una guerra que duró cien años?, le dije. Que allá vería, el Bisa tosió, que medio se ahogaba, se atragantó todo, eso no es posible, que yo, Bisa, se lo juro, viene en los libros, y él entonces se volvió al Abue, ¿oíste, Vitálico?, y el Abue dobló la cabeza para mirarme, que se relamía, oiga, ¡cien años a tiro limpio!, y yo, bueno, no había tiros entonces, Abue, y el Bisa a voces, ¿entiende?, ¡a machetazos, eso es lo mío! Y a todo esto, Madre y la abuela Benetilde se persignaban, ¡válgame Dios!, y el Bisa chillaba moviendo la silla, ¡me gusta ese colegio!, un corro de locos, ¿se da cuenta?

DR.– Con seguridad, ninguna noticia hubiese halagado más a tus abuelos, ¿no es cierto, Pacífico?

P.P.– Eso me pienso yo, doctor, que ellos me miraban como si acabara de regresar de la guerra esa, ¿entiende? Pero el caso es que también a mí me gustó darles el pego, oiga, las cosas como son. Que no habían acabado de salir para echar la partida y yo andaba ya

camino de la casa de mi tío Paco.

DR.– ¿Para sorprenderle también?

P.P.– Tal cual, ésa era mi intención.

DR.– ¿Y se sorprendió?

P.P.– Quia, no señor, se conoce que tenía noticia. O sea, así que le dije, ¿sabe usted, tío, que una vez hubo una guerra que duró cien años?, él me dijo: Hace muchísimo tiempo de eso, Pacífico; entonces las armas mataban menos y había que estar más rato para hacer el cupo, ¿entiende? Y yo fui entonces el que me quedé parado, oiga, ¿el cupo, tío?, y él, a ver, hijo, las guerras donde no se mata el cupo ni siquiera vienen en la Historia. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.– Y en ese primer encuentro, después de tu experiencia ciudadana, ¿ya no pudiste hablar nada más con tu tío Paco?

P.P.– Qué hacer, faltaría más; o sea, él me preguntó si no había aprendido más que eso, que fui yo, entonces, y le conté lo de la pelota china y los zancos y las guerras de preguntas que armábamos en la clase, o sea, unos contra otros, para hacernos caer, ¿entiende? Y él decía que sí con la cabeza, y así que acabé, me dijo, ya veo que no perdiste el tiempo, ¿comprende? Y, en éstas, le solté lo otro, o sea, una ocurrencia que de tiempo tenía yo entre ceja y ceja, doctor, así que le dije: Tío, ¿es que en la vida hay que ir siempre contra alguien? Pero no crea que el tío Paco retrucó enseguida, no señor, que al tío le gustaba reflexionar antes de hablar, así que dio unos golpecitos con la cachava, y al cabo me dijo, eso se llama competir, y se quedó mirando al fuego, ¿entiende? Y usted no lo creerá, doctor, pero ni por ésas me aclaraba, pero como soy muy testarrón, o sea, de natural, le dije, ¿y es que no se puede vivir sin competir, tío?, ¿no podemos ir todos juntos a alguna parte?, y él se acuitó, se agarró a la cachava y dijo, eso todavía no se ha inventado, ¿comprende? Y usted no lo creerá, pero esa misma tarde, así que me arranqué a andar, volvió a ponerme la cachava entre los pies, mi tío Paco, digo, y yo volví a agarrar una liebre que a poco me eslomo.

DR.– Ciertamente tu tío utilizaba una pedagogía singular. Dime una cosa, ¿permaneciste mucho tiempo en el colegio?

P.P.– Sí, bueno, no, o sea, tres años para cuatro. Pero con poco provecho, ¿sabe?, las cosas como son. De primeras con lo de los lentes y luego con lo de la raíz cuadrada, la verdad es que no me pintó aquello.

DR.– ¿Qué fue lo de los lentes?

P.P.– Pues eso, oiga, ponérmelos. O sea, yo no veía el encerado, para que se entere, y entonces fue don Alfaro y me dijo, este chico necesita gafas.

DR.– Eso es frecuente. Yo también uso gafas desde niño y eso no ha

supuesto para mí ninguna dificultad.

P.P.– No digo que no, doctor, pero no quiera saber la que se armó en casa a cuenta de los lentes. Que al Bisa todo se le volvía decir: ¿Visteis en vuestras guerras algún soldado con lentes?, y el Abue y Padre, que no, natural, que sólo en la Sanidad y la Intendencia, calcule.

DR.– ¿Te pusieron al fin las gafas?

P.P.– Qué hacer, doctor, a ver qué remedio. Pero con seis meses de retraso, ¿entiende?, que para entonces no veía yo a un cura en un montón de nieve, como suele decirse. Y en la escuela ya andaban a vueltas con lo de la raíz cuadrada, que es una cosa esa, doctor, que a mí siempre se me atragantó.

DR.– ¿Es que no te entraban las Matemáticas?

P.P.– Aguarde, de la Historia y la Gramática no tengo queja, la verdad. Y si me apura, tampoco de la Aritmética, doctor, lo de sumar, restar, multiplicar y dividir. Que yo me echaba las cuentas por las manzanas y, mal que bien, me arreglaba. Pero con eso de la raíz cuadrada, las manzanas no casan, ¿entiende? Porque, ¿dónde las pone usted? Y hoy por una cosa y mañana por otra, empecé a dejarme y me rezagué, y así que murió Madre, a poco de suicidarse la abuela Benetilde, yo tenía los diecisiete cumplidos y andaba en el tercer curso, o sea, retrasado. Pero esto entre usted y yo, ¿entiende?, que a la Candi, la chica con la que hablaba, la hice creer que tenía el grado.

DR.– ¿No le decías la verdad a tu novia?

P.P.– Sobre este particular, no señor, cualquiera, pues buena era. La Candi, para que usted se entere, quería arreglar el mundo y eso de los saberes de cada quien lo llevaba muy en cuenta. Ya ve, todavía me recuerdo que, a poco de conocernos, ella me dijo que todos los pardillos tenían los ojos atónitos y que los míos eran distintos, ¿comprende? Que yo, que sí, ya ve qué iba a decirla, pero para entre mí pensaba que sería por lo de los lentes.

DR.– Otro asunto, Pacífico. Una vez que te pusiste gafas, ¿renunciaron tus abuelos a sus planes de hacerte un guerrero? ¿Admitían que, llegada tu guerra, pudieras hacerla de sanitario o intendente?

P.P.– A mayores no se lo pregunté, doctor, pero me malicio que no. Ellos, los abuelos, digo, pensarían: Será el primer guerrero con lentes, ¿comprende? Vamos, digo yo, todo son figuraciones, usted ya sabe cómo las gastaban.

DR.– Pero podrías deducirlo de su actitud, de sus conversaciones, de su comportamiento contigo.

P.P.– No me recuerdo, oiga, la verdad. Lo único, la cantea.

DR.– ¿Qué cantea?

P.P.– Cuál va a ser, doctor, la grande, la cantea con los del Otero,

cuando lo de la traída de aguas.

DR.– ¿Qué ocurrió?

P.P.– Bueno, pues eso, oiga, o sea los del Otero, con eso de que el agua no podía correr monte arriba, se quedaron a verlas venir, ¿entiende? Que ellos no tragaban que a ellos no les tocara y a nosotros sí, y que una cantea, ya ve usted, como si eso pudiera resolver algo. Conque el Teotista, arriba, y el Agatángelo, abajo, no vea usted lo a pecho que se lo tomaron. Y el señor Del, muerto de miedo, natural, poniendo tableros en los cristales y dándome la murga, Pacífico, ¿no podrías llevar razón a tu tío? No está bien que paguemos justos por pecadores, ¿comprende?

DR.– Pero ¿es que tu tío Paco solía mediar en las pedreas?

P.P.– No es eso, oiga. No puedo contarle todo al mismo tiempo, compréndalo. O sea, lo del señor Del, lo del señor Nestorio, para que lo entienda, es cuenta aparte. Él, el señor Nestorio, digo, tenía el negocio a mitad de la trocha, entre el Humán y el Otero, o sea, promediado. Y los del Otero y los del Humán, dale, cada uno de un lado, usted es de los nuestros, señor Nestorio, ¿entiende?, porfiaban, los dos. Pero él no se podía dividir, a ver, que lo que el señor Nestorio hacía era mirar por lo suyo, natural, que lo que él decía: Yo soy de todos, zagales, el comercio no pelea, ¿comprende? Pero a buena parte iba, ni el Teotista ni el Agatángelo se daban a razones, y venga, defínase, coño, aquí nadie puede jugar a dos palos, o sea, le apretaban, ¿se da cuenta? Que el otro, ni a retrucar se determinaba, natural, que a cada cantea no vea el quebranto de tejas y cristales, un terremoto, oiga. Por más que luego, también las paces se firmaban allí, las cosas como son, y él se resarcía con las consumiciones, o sea, el gasto.

DR.– Es decir, que el señor Nestorio era neutral.

P.P.– Mire, talmente, eso mismo decía el Bisa, con esas palabras. Pero luego, al enterarse de que no le habían dejado un cristal sano, se arrancaba a reír y que las bofetadas siempre fueron para los neutrales y que la culpa era suya por no definirse. Pero el señor Nestorio, que si quieres, oiga, no daba su brazo a torcer.

DR.– ¿Y se resolvió el pleito?

P.P.– A eso iba, doctor. O sea, una tarde que el Agatángelo y el Teotista andaban a la greña, que si tú estás conmigo, que si estás contra mí, se presentó mi tío Paco. Y el Teotista, en buena hora llega, señor Paco, y mi tío, ¿qué es lo que ocurre aquí? Resumiendo, oiga, el Teotista y el Agatángelo le informaron y mi tío Paco, de primeras, calló la boca, y, al rato, levantó la cachava y señaló, primero para el Crestón y luego para el vallejo, o sea, donde el Humán y, a cabo, dijo: El Nestorio no tiene por qué enredarse con unos ni con otros; ni es del Humán, ni es del Otero. Que el Teotista, oiga, con mucha sorna, ésta sí

que es buena, pues ¿de dónde es entonces?, y mi tío Paco, tan terne, oiga, de Del, que está en el medio. Pero con todo el temple, oiga.

DR.– Una solución salomónica la de tu tío.

P.P.– Perdone, ¿cómo dice?

DR.– No me hagas caso, Pacífico. ¿Y valió de algo la sentencia de tu tío Paco?

P.P.– Pues no va a valer, natural. Que a mi tío, allá en el pueblo, le respetaban, oiga, aunque luego anduvieran por detrás diciendo perrerías.

DR.– Pero ¿quedaron conformes o no quedaron conformes el Teotista y el Agatángelo?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, de primeras, a ver, razón no le falta, por mi tío Paco, ¿comprende? Y, desde entonces, el señor Nestorio se quedó para los restos con el señor Del y la taberna como zona neutral, tierra de nadie, que dicen, ¿entiende? Por más que luego, en las canteas, siempre le tocaba algo.

DR.– Le quedaría agradecido a tu tío, ¿no es así?

P.P.– Imagine. Tenga en cuenta que la taberna del señor Del es el lugar de alterne de mi pueblo, o sea, no hay boda ni bautizo que no se celebre allí. Y cosa chusca, oiga, la plaza aparte, era allí, donde el señor Del, el único sitio del pueblo donde las mozas del Otero se avenían a bailar con los del Humán y viceversa. Y casualmente fue allí donde yo empecé a hablar con la Candi, o sea, en la boda del difunto Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.– Me temo que nos estamos yendo por las ramas, Pacífico. Entiéndeme, no es que no me interese lo que me cuentas, pero, en lo posible, me gustaría llevar un orden. Si no me equivoco, estábamos en la pedrea con los del Otero, con motivo de la traída de aguas, y, sin darnos cuenta, nos hemos ido a hablar del señor Nestorio, que será un personaje curioso, no lo dudo, pero de momento no hace al caso. ¿Me comprendes?

P.P.– Qué hacer sino comprenderle, doctor, pero ¿qué quiere que yo le haga? Si me arranco a hablar de una cosa y usted me sale con otra, o sea, me interrumpe, me desvío, a ver, lógico, ¿no?

DR.– Me parece que te estás poniendo nervioso, Pacífico.

P.P.– ¿Nervioso yo?

DR.– Bueno, te impacientas, que para el caso es lo mismo. ¿Por qué no dejamos la conversación para mañana?

P.P.– Mire, por mí...

DR.– ¿No te importa?

P.P.– Ande, ¿a santo de qué había de importarme?

DR.– Entonces, de acuerdo, Pacífico. Mañana volveremos a reunirnos aquí después de la cena. Pero no me olvides lo de la pedrea. Y ten en

cuenta que si hablamos de la pedrea es en relación con los abuelos y el pleito de las gafas. ¿Entendido?

P.P.– Qué hacer, doctor, si no entenderlo.

DR.– Pues, entonces, hasta mañana, Pacífico; que descanses.

P.P.– Hasta mañana. Buenas noches, doctor.

DOCTOR.– Bien, Pacífico, si no recuerdo mal anoche interrumpimos la conversación en el asunto de la traída de aguas. Es decir, el hecho de que el agua no subiera al Otero originó una pedrea con los del Humán, ¿no es así?

P.P.– Cabal, sí señor.

DR.– Bueno, háblame de ello.

P.P.– ¿De la cantea?

DR.– Exactamente, de la cantea.

P.P.– Bueno, o sea, yo me enteré por el señor Del.

DR.– ¿Te informó el señor Del de la pedrea?

P.P.– Tal cual, doctor. Yo pasaba casualmente por allí, por la taberna, digo, y me lo dijo. O sea, me dijo que mandara razón a mi tío Paco, que la cantea de aquella tarde iba a dejar memoria.

DR.– ¿Y bajaste?

P.P.– Bajé, a ver, pero no fui donde mi tío Paco, sino a casa.

DR.– ¿Por qué razón no fuiste donde tu tío?

P.P.– Mire, liadas las cosas como estaban, era bobería, ¿no comprende?

DR.– Tú sabrás; y en casa, ¿qué hiciste?

P.P.– Lo de siempre, ya ve. Me llegué donde el ruejo, que allí andaban el Abue y el Bisa bajo la higuera.

DR.– ¿Les dijiste algo?

P.P.– ¿Yo?, no señor. Ellos a mí.

DR.– ¿Y qué te dijeron, Pacífico?

P.P.– Pues mire, por mayor, que si iba a ir a la tarde a la cantea. Que yo me hice de nuevas, oiga, ¿es que hay cantea?, y el Abue, ¡puñeta, pues no ha de haberla! ¿Ahora te desayunas?

DR.– ¿Por qué te ríes, Pacífico?

P.P.– Nada, ya ve, las cosas. O sea, por el gusto de porfiar, yo fui y les dije que no me petaban las canteas. Que allá vería al Abue, si a tu edad no te petan las canteas, ¿quieres decirme qué harás el día que seas soldado? Y yo echándolo a barato, oiga, es por los lentes, Abue, me los pueden escachar. Y, entonces, el Bisa empezó con el vaivén de la silla y me voceó: ¡Peor es que te escachen la cabeza, gandul!; has de ir a la cantea si no quieres que se nos caiga la cara de vergüenza.

D.R– Es decir, que por primera vez manifestaste en casa tu espíritu pacifista, ¿no es así?

P.P.– A saber. Llámelo como quiera.

DR.– ¿Y qué le respondiste al Bisa?

P.P.– Verá, le dije, está bien, Bisa, iré a la cantea sólo por no hacerles de menos. O sea, para que usted lo entienda, doctor, yo prefería la cantea en la cerviguera a la guerra en casa.

DR.– Lo comprendo perfectamente, Pacífico. ¿Y cómo se desarrolló la pedrea?

P.P.– Mire, por lo común, las canteas terminaban mal para nosotros, para los del Humán, quiero decir. Ésa es la derecha.

DR.– ¿Erais menos peleones, quizá?

P.P.– No se trata de eso, oiga, que a peleones allá nos andaríamos. Lo que pasa es que ellos, los del Otero, digo, andaban arriba, ¿entiende?, y los del Humán, abajo. Luego, por si fuera poco, los hielos cuarteaban el Crestón, la roca, ¿sabe?, de forma, que ellos, los del Otero, tenían munición en abundancia, mientras nosotros, si quita usted la cascajera del Matayeguas, allá abajo, a desmano, no teníamos de qué. Además, ellos, tenían los contrafuertes de la parroquia y las tapias del camposanto para aguantar, ¿comprende? Y si se echaban para adelante, la pimpollada y el talud de la casa de don Alfaro. Y en el peor de los casos, oiga, o sea, si las cosas les venían mal dadas, ellos, los del Otero, digo, lo mismo desmontaban las rocas del alto y las echaban a rodar monte abajo, que no vea, no paraban hasta la plaza, arrollándolo todo.

DR.– La topografía les favorecía, vamos.

P.P.– Y de qué modo, oiga. Pero aquel día, el Agatángelo se había aprendido la lección, ¿entiende? O sea, de mañana, ordenó apilar guijos todo lo largo de la cerviguera, montones de guijos, ¿se da cuenta? Así que, conforme empezamos, canto va, canto viene, el Teotista y su cuadrilla, los del Otero, vamos, se fueron arrugando y no pararon hasta ponerse al abrigo del camposanto.

DR.– Y tú, Pacífico, ¿intervenías de una manera activa?

P.P.– Aguarde, doctor. Nosotros, como le digo, dale que le das, que había que verle al Agatángelo despacharse con la honda, oiga, cantos como huevos de gallina y ni vérseles en el aire. Que yo a su lado, del Agatángelo, digo, pues a ver, hacía lo que podía, ¿entiende?, que la verdad es que nunca me dio por ahí. Pero el Agatángelo, así que me vio desenvolverme, me dijo, tú no tiraste muchos cantos en tu vida, ¿verdad, Pacífico?, que yo, doctor, a ver, es la primera vez que tiro cantos, y él, el Agatángelo, digo, ya se conoce, ¿por qué no me los alargas a mí que aguantaríamos más?

DR.– Y dejaste de tirar piedras para buscárselas al Agatángelo, ¿no es eso?

P.P.– Tal cual, sí señor. O sea, yo le alargaba guijos bien pulidos para

la honda y me tapaba con los pimpollos. Que él, allá le vería, ¡rendíos, cacho cabrones!, a voces, oiga. Y los otros, los del Otero, tal cual, ¡subid si os atrevéis, hijos de perra!, el Teotista, ¿se da cuenta? Pero trepábamos tan aprisa que yo brincaba de pino en pino para no rezagarme, oiga. Así que ellos, los del Otero, digo, ni tiempo de levantar las peñas. Que entonces es cuando empezaron con las tapias del camposanto, a desarmarlas, digo, que el Agatángelo, loco, ¿seréis capaces de dejar los muertos al relente? Pero ellos ni caso, o sea, agarraban las piedras más gruesas, ¿comprende?, y las echaban a rodar, que había que andar con ojo, oiga, que allá se iban ladera abajo, dando tumbos, arrancando de cuajo los pimpollos tiernos. Y así las cosas, doctor, era bobería avanzar, o sea, imposible, ¿entiende? Que por el aquel del prurito todavía seguimos canteándonos una hora larga, hasta que el Teotista y el Agatángelo se cansaron, sacaron pañuelos blancos y que las paces. Y conforme ellos se iban a firmarlas, las paces, digo, yo agarré la trocha y me bajé para casa. Que me recuerdo que iba pensando, así para entre mí, ¿y para esto tres descalabrados y tantos destrozos?

DR.– El Bisa te estaría esperando, ¿no es así, Pacífico?

P.P.– Allí mismo, oiga, a la puerta.

DR.– Se sentiría orgulloso.

P.P.– ¿Orgulloso? ¡Me río yo! O sea, así que me vio, de primeras, que si anduve en la cantea, que yo, que sí, a ver, natural, pero él salió entonces con lo de las tapias del cementerio, con que si no habían respetado ni a los muertos, que yo, es cierto eso, Bisa, y él, ¿tiraste muchos cantos, Pacífico?, que yo, la verdad, oiga, alguno tiré, Bisa, pero no acertaba. Y el Bisa se iba renegando, ¿comprende usted?, y así que le dije que había ayudado más que otros, que le alargaba al Agatángelo guijos del tamaño de reinetas, para que los tirase con la honda, se puso como loco, que allí le vería.

DR.– ¿No le agradó tu comportamiento?

P.P.– ¿Agradarle dice? ¡No quiera usted saber la que preparó, oiga! ¡Vitálico, Felicísimo!, voceaba, y no paraba con la silla, que el Abue y Padre acobardados, a ver, y él, el Bisa, digo, blanco como la pared, me señalaba con el dedo, ése, decía, por mí, ¿se da cuenta?, ¡ése ha ido a la cantea con los suministros! Y, en éstas, oiga, se le torció la boca, y empezó a desbarrar: esestocoirmoaguelarrasinhersamagarneelsilfu, o sea, la copla de siempre.

DR.– Su decepción significa que, pese a los lentes, aún pensaba en ti como un futuro héroe.

P.P.– A saber lo que pensaba. Lo único cierto es que me la guardó, oiga, y, a las primeras de cambio, se tomó la revancha. ¿Qué dirá que se le alcanzó al viejo, doctor?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– Pues arrimarme un cigarro a un mazo de cohetes el día de la fiesta.

DR.– ¿Y te reventó en las manos?

P.P.– ¡Mire!

DR.– ¡Qué barbaridad!

P.P.– Eso digo yo, oiga, qué barbaridad. Y don Alfaro preocupado, a ver, que eso de las quemaduras no es el qué, es el cuánto, decía, y el chico está de cuidado. Y allí, en la cama, me tiré casi un mes, que se dice pronto, que de principio no parecía, pero luego las bubas se me enconaron y la eché larga.

DR.– ¿Y qué hacía el Bisa mientras tanto?

P.P.– Incordiar, ya ve, que no salía de allí, de la alcoba, digo. A veces pienso para entre mí que si armó esta avería fue por tenerme una temporada orilla suya y darme la murga con sus guerras.

DR.– ¿Volvió a hablarte de sus guerras?

P.P.– Ande, todo el tiempo, oiga, sin dejarlo.

DR.– ¿Y qué te decía?

P.P.– Nada nuevo, mire, lo de siempre, que esta vez le dio por las cicatrices, ¿sabe? O sea, me decía, esto tuyo no es nada, Pacífico, ¿se da cuenta? Y, entonces, se arremangaba el pantalón y me enseñaba la herida de la corva, mira, decía, una cuchillada en Murrieta; luego se abría la camisa y un balazo de Sodupe, ¿entiende?, y así todo el tiempo. Que yo desganado, oiga, que las bubas me escocían y me sabía las cicatrices del Bisa de memoria, ya ve, de bañarle cada año en el pilón.

DR.– ¿Y no volvió a aludir a la pedrea?

P.P.– A mayores, no señor, no la mentaba; o sea, directamente.

DR.– Indirectamente ¿sí?

P.P.– Bueno, oiga, entiéndame. Él buscaba quitarme el miedo, ¿comprende? Que yo, al Bisa, le veía venir de lejos y lo que quería ahora era quitarle importancia a la bayoneta.

DR.– ¿Cómo importancia? ¿No querrás decir crueldad?

P.P.– Para el caso tanto da, doctor, vamos, creo yo. El Bisa iba a sacarme el susto del cuerpo, para que me entienda. Que él decía, por un ejemplo, tú no debes pensarte, Pacífico, que la bayoneta sea carnicera. O sea, talmente lo contrario de lo que me había dicho antaño, ¿comprende?

DR.– Un cambio de táctica, vamos.

P.P.– Llámelo como quiera. El caso es que el Bisa lo echaba ahora a barato. O sea, él me decía, decía, la bayoneta es poco más que una inyección de la señora Dictrinia, Pacífico, ¿oyes?, un ojalito. Ahora, si otra cosa es tu gusto, tú puedes hacer que salte la mierda.

¿Comprende usted lo que le quiero decir?

DR.– A gusto del consumidor, vamos.

P.P.– Más o menos, doctor.

DR.– ¿Y tú? ¿Qué le respondías tú?

P.P.– Pues se lo puede usted imaginar, doctor, sí, Bisa, que no salía de ahí, a ver, para que callase la boca, que con las calenturas ya tenía bastante. Pero una tarde, según parlaba, se me fijó un dolor tal que así, o sea, sobre la parte, que luego me volvió, y Madre fue entonces y me puso faja, que no vea las bromas cuando la mili, a cuenta de ella.

DR.– Y ese dolor que te dio ¿tenía alguna relación con las alusiones del Bisa a la bayoneta, es decir, por simpatía, como te dijo el cura una vez, o era cosa aparte?

P.P.– No señor. Yo me pienso que fuera un aire, pero a saber. Lo único cierto es que desde entonces, cada vez que agarro frío, me vuelve, ¿oye? Que no quiera saber lo que pené a cuenta de eso, cuando la chica con la que hablaba me subía a Prádanos, a quitarme los prejuicios.

DR.– ¿Es que tu novia trataba de quitarte los prejuicios, Pacífico?

P.P.– Ande, puede decirse que no hacía otra cosa. Bueno, para que me entienda, ella, la Candi, decía que habíamos heredado una sociedad hipócrita y que había que cambiarla de arriba abajo. Eso decía. Pero eso fue después, que para entonces la abuela Benetilde ya se había colgado y la Corina, o sea, mi hermana, era el ama de la casa.

DR.– Ahí quería yo ir a parar, Pacífico. ¿Cómo fue para colgarse tu abuela? ¿No era una mujer muy religiosa que incluso había vivido una experiencia mística?

P.P.– ¿Qué quiere? Las cosas, ya ve. Pero algo debió de trascordarle la cabeza, oiga. Vamos, eso pienso yo, que ni don Prócoro, el cura, le negó tierra sagrada, ni nada.

DR.– Pero, dime, Pacífico, algo diría la abuela para justificar su determinación, ¿no?

P.P.– Bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas del trance, no decía ni pío, doctor. Si es caso, de Pascuas a Ramos, ése es bueno o ése es malo, y pare usted de contar. Los que decían pestes de ella eran los del Otero, que ni uno solo, fíjese usted bien, ni uno solo, o sea, ni por casualidad, asistió al entierro.

DR.– ¿Y puede saberse qué es lo que decían de ella?

P.P.– Pues mire, para que se entere, lo más flojo, que era una bruja y que había que joderse con la mística esa, y que Dios Padre me perdone.

DR.– ¿Y el cura? ¿No salió el cura al paso de esas infamias?

P.P.– Qué hacer, sí señor. A don Prócoro no se le puede culpar. Allí le vería en el funeral, oiga, que la carne era débil y que a la hermana

Benetilde la habíamos ido suicidando todos un poco cada día durante cincuenta años. Y que si eso era fraternidad cristiana que bajase Dios y lo viese.

DR.– ¿Eso dijo?

P.P.– Tal cual, oiga.

DR.– Y ella, la abuela, quiero decir, ¿no dejó tampoco una nota explicando su decisión?

P.P.– No, o sea, sí, doctor, pero a su manera, entiéndame. Que, para mí, que la abuela Benetilde lo hizo aposta, con retraso para que no pudiéramos impedirlo, ¿se da cuenta? Que a mí no hay quien me saque de la cabeza, oiga, que a la abuela la dio la idea el jabalí, ya ve, que el propio don Alfaro lo dijo, que el suicidio era por demás contagioso.

DR.– Pero ¿de qué jabalí hablas, Pacífico?

P.P.– Ande, de cuál ha de ser, doctor, del que se echó del Crestón abajo porque le dolían las muelas, de ése. Si el propio Abue lo decía, ya ve, que a la abuela ni se la hubiera alcanzado la idea de no ser por el jabalí.

DR.– Pero la abuela no andaba bien de la cabeza, por lo que dices.

P.P.– Mire, eso no, doctor, o sea, la abuela Benetilde andaba bien o andaba mal, según. Por un decir, ella, la abuela Benetilde, digo, desde las bodas del trance, entraba y salía y hacía sus labores como si tal cosa. Lo único, ve ahí, que callaba la boca, que yo, sólo de verla, me pensaba, ya está la abuela Benetilde reflexionando.

DR.– ¿Quieres decir que la abuela daba la impresión de que pensaba?

P.P.– Ande, de que pensaba, bien seguro puede estar, doctor.

DR.– ¿Por qué no me cuentas este episodio con un poco de coherencia, Pacífico? Tal vez pueda servirnos.

P.P.– ¿Cuál? ¿Lo de la abuela?

DR.– Sí, lo de la abuela. El suicidio.

P.P.– Mire, doctor, para que lo entienda, tal noche como hoy se echó el jabalí del Crestón abajo, ¿verdad? Bueno, pues tal día como mañana desaparecía de casa la abuela Benetilde. Usted me dirá si una cosa no va a tener relación con la otra.

DR.– ¿No discutió con su marido, o con el Bisa, o con alguien?

P.P.– Nada, oiga, a ese respecto bien tranquilo puede estar. Lo único, fíjese, que ese día el Krim se comió los huevos crudos por primera vez.

DR.– El Krim era un perro, ¿verdad?

P.P.– El del Abue, por aquel entonces, sí señor. El hijo de la Elio, hermano de la Miaja por más señas.

DR.– Está bien, sigue, Pacífico.

P.P.– Pues eso, oiga, que se hicieron unas cuatro de la tarde y la abuela sin aparecer. Y la Corina, mi hermana, dale, hace un rato

andaba ahí, orilla el ruejo, mirando pasar el agua. Conque registramos la huerta y nada. Que ya Padre envió razón, y Martín, el cartero, lo pregonó en el Otero y en el Humán, la desaparición, ¿sabe? En cuanto al sargento Metodio, imagine, un hombre de su experiencia, raro, muy raro, decía. Que Padre, le advierto sargento que mi madre, desde las bodas del trance, andaba como trascordada. Y al sargento Metodio todo se le volvía decir, raro, muy raro. Pero a la hora ya estaba con las instrucciones, no crea. O sea, que armar tres grupos, uno con el señor Escolino, que era muy montuno él, miraría los sardones de la Peña Aquilina para abajo, o sea, toda la parte de Peñacarrubia, Las Puertas y Fuentefierro, inclusive Prádanos y los lavaderos, ¿se da cuenta?; el otro, con el Agatángelo, rastrearía los cuatro ríos, o sea el Matayeguas, el Lirón, la Salud y el Embustes, a más de la charca del Páramo, donde las gaviotas reidoras; y el último, o sea, el del sargento Metodio, miraría toda la parte de los desfiladeros y los farallones de la Peña, ¿entiende?

DR.– ¿Y lo hicieron así?

P.P.– Tal cual, oiga, que no quedó mato por registrar. Pero pasó una semana y nadie daba razón, que, en éstas, fue cuando los del Otero empezaron con lo de hay que joderse con la mística esa, ya sabe. Conque, el mismo día que concluyó la octava, el sargento Metodio se llegó donde el Abue, se le cuadró y le dijo: Le acompaño en el sentimiento, señor Vitálico, dela por muerta.

DR.– ¿Y cómo se aclaró lo del suicidio?

P.P.– Por una carta, sí señor, una carta de las Américas. O sea, la carta la mandaba el tío Teodoro y dentro del sobre venía otro sobre más chico y un papel, ¿se da cuenta? Y allí, en el papel, decía el tío Teodoro, ve ahí os mando la carta que me envía la Benetilde para que os la haga llegar, que no decía más.

DR.– Y la abuela, ¿qué decía en su carta?

P.P.– Lo explicaba, ¿entiende? O sea, decía: «Os escribo estas cuatro letras para deciros que me cuelgo de la olma de la Torca porque sois malos. Y me cuelgo por los pies porque por el pescuezo me da miedo el ahogarme». Eso decía.

DR.– ¿Y a quién iba dirigido el sobre, Pacífico?

P.P.– Ande, al Abue, su marido, natural.

DR.– ¿Y cómo reaccionasteis vosotros?

P.P.– Por mayor, cada uno a su manera. Que a Madre, por un ejemplo, la dio el telele y la Corina tuvo que arrearle un par de moquetes para volverla. En cuanto al Abue, pues mire, habrá que subir, decía, que Padre, ¿sin dar parte?, y el Bisa se cabreó y que a quién coños íbamos a dar parte. Así que a la tarde, armamos la procesión y andando.

DR.– ¿También subiste tú?

P.P.– Yo el primero, mire. O sea, el Bisa me dijo: venga, tú, holgazán, empuja. Y yo agarré la silla y adelante. Pero en la varga la Cantera ya iba echando los bofes, oiga, que el Bisa pesaba como un muerto, que ya es sabido que la edad pesa. Y en la trocha la Puntilla no podía ni con mi alma, que las ruedas tropezaban en los guijos, y menos mal que se arrimó Padre y me echó una mano. Y todavía me recuerdo, dese cuenta, que de la parte de poniente relampagueaba vivo y, conforme coronamos la varga, ya vi el colgajo sobre la hoya, oiga, o sea, el cadáver, que los alimoches, las baribañuelas que dicen, danzando alrededor, que ni levantar podían, de ahótas, ¿entiende?, que menuda tragantona.

DR.– ¿Recuperaríais el cadáver?

P.P.– Qué hacer, doctor, pero eso del cadáver es un decir, que de la abuela Benetilde no quedaba más que el esqueleto y unos pocos pelos, ¿entiende? Y no vea el hedor, oiga, atufaba. Que me recuerdo que el Abue se anudó un pañuelo por la cara y dijo, ¿sabe qué dijo?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– Pues que llevaba razón Flores, ya sabe, el de su guerra, cuando decía que la mujer tenía peor pudrir que el hombre. Ya ve qué cosas.

DR.– ¿Y cómo regresasteis?

P.P.– Ya ve. El Abue y Padre armaron unas angarillas con dos ramas de la olma y allí colocaron a la difunta. Pero con unas cosas y otras se nos hicieron las tantas, oiga, que me recuerdo que en la trocha la Puntilla se nos echó la noche encima y caminábamos a la luz de los relámpagos. Luego, en casa, dejamos a la abuela Benetilde en el ruejo, al sereno, y el Bisa pidió un porrón, lo levantó y dijo: Por la difunta, la única mujer que he conocido con algo entre las piernas. Y lo vació de un trago, oiga, sin respirar.

DR.– ¿Así que brindó por la muerta tu abuelo?

P.P.– El Bisa, oiga, no trabuque las cosas.

DR.– Disculpa, Pacífico, yo me entiendo. Dime, ¿qué edad tendrías tú cuando ocurrieron estas cosas?

P.P.– Mire, eso se lo puedo decir fijo, o sea, diecisiete para dieciocho. Pero con toda seguridad, oiga, que Madre no se llevó ni cuatro meses con la abuela y el día que murió Madre, o sea, de víspera, cumplí yo los dieciocho y ya no volví por la capital hasta lo de la mili.

DR.– ¿Y de qué murió tu madre, Pacífico?

P.P.– No me lo pregunte, pero para mí que algo malo debió ser, doctor. Que don Alfaro ni lo mentaba pero a cada rato andaba de cuchicheos con la señora Dictrinia por lo de las inyecciones, ¿entiende? Yo tengo para entre mí que Madre andaba escachada por dentro.

DR– ¿Qué síntomas tenía?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR– ¿Qué cuadro presentaba? ¿Qué le dolía?

P.P.– De primeras, la mujer empezó con algo de flato y molestias de vientre, ¿sabe? O sea, los vómitos vinieron luego. Y como estaba tan descarnada que ni se le sentía andar, pues tuvo que encamarse, lógico. Que a todo esto no hacía ni la cuarentena de lo de la abuela Benetilde, hágase cuenta, que al decir de la señora Dictrinia fue la desgracia la que despertó al bicho.

DR– ¿Qué os decía don Alfaro?

P.P– Como decir, nada, ¿comprende usted? Pero el primer día yo salí tras él y le vi darle las inyecciones a la señora Dictrinia, que ella las guardó aprisa y corriendo en el pecho, ¿oye?, y que si la venían dolores fuertes le pusiera «eso», que mejor evitar una carnicería, ¿entiende? Así le dijo.

DR– ¿Sufrió grandes dolores tu madre?

P.P.– Pues no señor, que ahí está el detalle. O sea, usted ya conoce esta jodida manera de ser mía, y que Dios Padre me perdone, ¿no? Bueno, pues desde que le oí a don Alfaro mentar el dolor, yo ya andaba aguardándolo. Pero que lo aguardaba por la puerta, doctor, como a una persona humana, una cosa rara. El caso es que me había hecho a la idea de que Madre no podía morir sin dolor y, a cada paso, le decía: Madre, ¿la duele?, y ella siempre la misma: Estoy bien, Pacífico, mañana me levantaré.

DR– ¿Duró mucho la agonía de tu madre?

P.P.– Encamada sí la echó larga, la verdad. Pero no quedó privada ni nada, con todo el conocimiento, ¿sabe? Y la Corina, por entretenerla, cada noche le daba el parte. Por un ejemplo, la decía, el Krim volvió a merendarse los huevos, Madre, ¿comprende? Y cosas así.

DR.– Ya veo que el Krim os traía de cabeza.

P.P.– Es que no era para menos, doctor, que era un caso chusco el de ese animal, que si no se ve no se cree. Que no se piense que él iba por los huevos por lo derecho, no señor. O sea, de que oía el cocorocó de la gallina ya ponía las orejas tiesas, pero disimulaba, ¿entiende?, que yo no le quitaba ojo y, de primeras, levantaba la pata orilla la higuera y haraganeaba de aquí para allá, como si no fuese con él. Y cuando creía que nadie le veía, entraba en la cuadra, brincaba al pesebre y comía los huevos cascándoles uno por uno, que hasta mentira parece. Luego, conforme los despachaba, se llegaba al pilón y hacía que bebía, ¿se da cuenta?, pero, en realidad, lo que hacía era restregarse el pringue, lavarse los berretes, para que lo entienda.

DR– Y tu madre se desazonaba, naturalmente.

P.P.– No lo crea, oiga. Madre estaba ya para poco. La mujer sí decía,

¿cómo se habrá enviciado así?, pero lo decía por decir, o sea, por rutina. Bien mirado, el que el Krim se merendase los huevos poco podía hacerla penar ya, compréndalo.

DR– Y a todo esto, ¿qué hacían tus abuelos?

P.P.– Ya ve usted qué van a hacer, doctor. El mal no tenía remedio, ¿no?, así que cada vez que Madre me decía mañana me levantaré, el Bisa decía que nones con la cabeza. En cuanto al Abue, se lo puede usted figurar, todo el día de Dios aculado en el palo del taburete, como un mico. Y luego le decía al Bisa por las noches: ¿Por qué será, padre, que las mujeres se mueren todas sin quedar una? Ya ve usted qué salida.

DR– ¿Así que la acompañaron durante la enfermedad?

P.P.– Sí, señor, en ese sentido todo lo que se diga es poco. Que me recuerdo que el día que falleció mi difunta madre, o sea, la víspera, ella perdió la vista y dijo: Un día más, señor Vendiano, ya se hace noche. Y al Bisa le dio una risa tan apretada que casi se le salta el diente: ¿Estás en tus cabales, Delgadina? No es que se haga noche, mujer, es que las estás doblando. Pero con todo el cariño, oiga, no crea usted que por faltarle. Y lo que son las cosas, doctor, esa misma noche, o sea, con el alba, murió Madre, que sólo dijo: Estoy cansada. Me voy con la Benetilde, ¿oye? Y la diñó.

DR.– ¿Cómo reaccionaste tú, Pacífico?

P.P.– A decir verdad, doctor, a mí aquello me incomodó, o sea, que muriera sin que la vinieran antes los dolores, ¿entiende? Así que me llegué donde la señora Dictrinia y se lo planté. Y me indispuse con ella y con don Alfaro, porque mal que le pese, ellos me habían engañado.

DR.– No hay tal, Pacífico. El médico cumplió con su deber. No te dijo, esto va a ser así. En realidad, a ti no te dijo nada. Simplemente previno una posibilidad.

P.P.– Don Alfaro, para que se entere, le dio a la señora Dictrinia unas inyecciones para los dolores y ella las guardó en el seno, ¿se da cuenta? Pero luego los dolores no vinieron y Madre se murió sin avisar.

DR.– Entiéndeme, Pacífico. Ante un tumor, como seguramente padecía tu madre, los dolores pueden presentarse o no. La Medicina no es una ciencia matemática, hijo. Y el diagnóstico no puede determinar con certeza si va a haber dolores o no va a haberlos. El médico recetó un calmante con mucho sentido. Si luego no hizo falta, mejor para todos.

P.P.– Según se mire, doctor. O sea, yo no lo veo así.

DR.– En fin, Pacífico, es preferible que dejemos eso. Dime otra cosa: yo supongo que las muertes consecutivas de tu abuela y de tu madre te dejarían muy postrado. Dada tu sensibilidad enfermiza te sumirían

en una gran amargura, ¿no fue así?

P.P.– Pues no lo crea, doctor. Puede decirse que yo ya estaba enseñado.

DR.– ¿Pretendes hacerme creer que no sentiste dolor con la muerte de tu madre?

P.P.– Bueno, entiéndame, dolor, sí, natural, no iba a sentirlo, o sea, tanto a una como a otra las echaba en falta.

DR.– Pero un dolor grande, como un vacío en el mundo, ¿no llegaste a experimentar?

P.P.– Pues a mayores, no señor, ya ve. O sea, sí pené por ellas, natural, pero tampoco una pena del otro jueves, no se crea.

DR.– Pero ¿más o menos que cuando veías podar los árboles?

P.P.– Aguarde, oiga, eran cosas distintas. Lo de los árboles fue de chaval, que me escocían los dedos y todo, ¿entiende?, talmente como si me los hubieran cortado.

DR.– ¿Quieres decir que a los dieciocho años te habías curtido? ¿No sentías ya la bombilla dentro del pecho?

P.P.– No señor. Para entonces ni me recordaba de la bombilla.

DR.– ¿Tampoco sentías frío cuando el Hibernizo echaba las yemas?

P.P.– Tampoco, no señor. Ya le digo que todo eso fue cuando chaval.

DR.– ¿Y en qué momento crees tú que sobrevino el cambio?

P.P.– Digo yo que sería al hacerme hombre, pero a punto fijo no lo sé.

DR.– Pero ¿tú crees, Pacífico, que hacerse hombre consiste en no sentir dolor a la muerte de la madre?

P.P.– Bueno, oiga, que tampoco es eso, no la líe. O sea, yo sí sentí la muerte de Madre, sólo faltaría. Pero más que su muerte, ya ve, me renegaba que don Alfaro y la señora Dictrinia me hubiesen engañado.

DR.– Está bien, Pacífico, vamos a otro asunto. La desaparición, prácticamente simultánea, de las mujeres de la casa, produciría una transformación profunda en la vida de la familia, ¿no es así? ¿Puedes decirme qué ocurrió en tu casa las primeras semanas a raíz de la muerte de tu madre?

P.P.– ¡Huy, Virgen!, la guerra.

DR.– ¿Cómo la guerra?

P.P.– Algo parecido a eso, oiga. Hágase cuenta que todavía estaba Madre de cuerpo presente y ya andaba el Bisa dando órdenes. O sea, tú, Corina, te ocuparás de la casa, ya tienes edad; tú, Pacífico, a trabajar, que de escuela ya tienes bastante, ¿se da cuenta? Que luego nos mandó aviar a todos para ir a enterrar a Madre, pero él no crea que subió, que siempre decía, yo, al Otero, si no me suben, no subo.

DR.– ¿Cómo es posible que tu bisabuelo llevara las cosas hasta ese extremo? ¿Es que en toda la vida no subió al Otero ni una sola vez?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, que yo sepa, doctor, si quita la noche que fusilamos al Krim, nunca jamás he visto al Bisa en el Otero, ¿entiende? Pero tampoco se piense que fuera sólo cosa de él.

DR.– ¿Es que los demás hacían lo mismo?

P.P.– Mire, doctor, para que me entienda, los del Otero y los del Humán, los del Humán y los del Otero, no se podían ver ni en pintura. O sea, parecía que se habían jurado la vida. Pero ¿quiere usted más? ¡Si hasta don Prócoro tuvo que binar para que unos y otros no se quedaran los domingos sin misa, hágase cuenta! Y lo mismo con los sermones, oiga, que tanto daba que el cura dijera que debíamos amarnos los unos a los otros, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la vez que a don Prócoro se le ocurrió decir desde el púlpito que todos éramos hermanos de todos porque todos éramos hijos de un mismo Padre, allá vería, o sea, el Teotista, desde el coro, a voces, ¡menos de los del Humán!, ¿comprende? Y a la salida, dese cuenta, le zamarreó y todo al cura, el Teotista, digo, y le dijo, ¿sabe usted lo que le dijo?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– Pues le dijo, oiga, que si volvía a mentar a los de abajo como hermanos suyos le arrimaba un par de hostias que le iba a recordar de por vida. ¿Cree usted que ésas son maneras, con un religioso además?

DR.– ¿Y no consiguió don Prócoro suavizar esa tensión?

P.P.– ¡De qué, doctor, impedido además como estaba! Ya ve usted qué podía hacer el hombre.

DR.– Pero ¿es que estaba impedido?

P.P.– Pues natural, oiga, no se haga de nuevas. Tenía lo de los ojos. O sea, si miraba, paraba las manos porque tenía que sujetarlos. Y si movía las manos, no miraba, una de dos. Y para convencer a la gente de mi pueblo, desengáñese, se necesitan los ojos y las manos, y aun así.

DR.– Volviendo a lo de antes, Pacífico, ¿se las tuvieron tiesas tus abuelos? ¿No subieron al Otero a dar tierra a tu madre?

P.P.– Por mayor, el Abue, sí, oiga, pero el Bisa no subió, no señor. Ya le digo que al Bisa sólo le he visto arriba cuando lo del Krim. Y para eso de madrugada, que no había un alma en el barrio.

DR.– ¿Y qué sucedió después?

P.P.– ¿Después? ¿Cuándo?

DR.– Después del entierro.

P.P.– Pues eso, oiga, la guerra. De que bajamos del Castro, o sea, del camposanto, nos encontramos al Bisa en la trasera, con la guerrera puesta, tocando la corneta sin dejarlo.

DR.– Pero ¿qué guerrera y qué corneta eran esas que llevaba, Pacífico?

P.P.– ¡Ande! ¿Cuáles iban a ser?, las de sus guerras. O sea, en lo que

faltamos de casa, él, el Bisa, digo, lo alborotó todo, ¿entiende?, lo puso todo patas arriba.

DR.– ¿Y qué es lo que pretendía?

P.P.– A saber. Él decía, nos hemos quedado solos y hay que hacer vida de hombres.

DR.– ¿Y en qué consistía esa vida?

P.P.– Mire, por mayor, en hacer la instrucción por las mañanas en la huerta, ¿entiende? Que conforme amanecía Dios, ya andaba él tocando la diana, y todos aprisa y corriendo a ponernos los cuatro trapos viejos de cuando sus guerras. Que a mí, su casaca azul, me venía holgada, ¿entiende?, la suya de Galdamés, la del Bisa, digo, que yo siempre fui tirando a fifiriche, se conoce que desde chaval andaba del pecho. Pero me la ponía, qué remedio, y allí nos vería usted al Abue, a Padre y a mí, cada uno de unas trazas, con la escopeta al hombro. Y él, orilla el ruejo, dando órdenes y tocando la corneta, oiga, que se ponía morado, que me recuerdo que Padre le decía, la hernia, abuelo, y él, deja la hernia quieta, ¡a la bayoneta! Y cada quien amagaba con la escopeta a los manzanos, ¿se da cuenta? Y el Bisa se calentaba, y, sobre el hombro ¡arm!, media vuelta a la derecha ¡arm!, presenten ¡arm!, no vea qué energía. Conque así pasábamos el tiempo, oiga, que yo, a decir verdad, me caía de sueño. Y al cabo de una hora, el Bisa voceaba, ¡rompan filas!, ¿entiende?, que, entonces, el Abue y Padre se iban para casa, pero yo había de sentarme con él en el ruejo para la Teórica.

DR.– ¡Qué tipo tan original! ¿Y duró mucho esa situación?

P.P.– Ande, por él hubiera durado una vida, ya ve, menudo era. Menos mal que la Corina se encampanó y le puso un día las peras a cuarto.

DR.– ¿Se le enfrentó tu hermana al viejo?

P.P.– Cómo se lo diría yo, doctor, pero tampoco le choque, que la Corina desde chavala tuvo mucho carácter. Lo que pasa es que se lo guardó mientras la abuela Benetilde y Madre estuvieron en casa, ¿entiende? Pero un día le picó el genio, que yo me pienso que se hartaría de tanto pitido, natural, y fue y se asomó a la ventana y le voceó: ¡Bisa, o deja usted tranquila la corneta o tendré que tomar una determinación!

DR.– Pero ¿se lo dijo así?

P.P.– Así se lo dijo, con todo el aplomo, como lo está usted oyendo.

DR.– ¿Y qué contestó él?

P.P.– Calcule, al viejo aquello no le entraba en la cabeza, imagine una vida sin que nadie le retrucase. Conque, ¿qué dices tú, gandula?, a mi hermana, ¿entiende? Que ella, la Corina, ya lo ha oído, que deje quieta la corneta que esto no es la guerra y todos vamos a dar en

locos. Conque al Bisa se le reviraron los ojos, agarró la corneta y pegó tres pitidos, ¡arrestadla!, voceaba, pero el Abue y Padre quietos parados, oiga, ni ademán, achicaditos, que, en éstas, al Bisa se le trascordó la cabeza, se le enredó la lengua y empezó a disparatar, ¡megocaenpusutadrema!

DR.– Y ahí se acabó el patriarcado.

P.P.– ¿Eh?

DR.– Digo que a partir de ese momento cambiaría la situación. El Bisa dejó de ser el amo de la casa y tu hermana tomó las riendas, ¿no es así?

P.P.– Bueno, sí, o sea, no, doctor, no se piense que el viejo cedió enseguida. A decir verdad, se pusieron a la greña, a ver quién podía más, ¿entiende? Y a la mañana siguiente, conforme el Bisa empezó a tocar diana, la Corina agarró la silla y la puso en el terraplén, orilla el pilón, de cara al río, le metió un palo entre las ruedas y le dijo: si se mueve, la paga, así que escoja, que no vea los sapos y culebras que echó por aquella boca, el Bisa, digo. Pero de que aprendió a sacar el palo sin irse al río, que a todo se enseña uno, volvió a la corneta y a los malos modos. Y entonces fue cuando la Corina montó una polea en el camal de la higuera y allí colgaba la silla con el viejo dentro todo el tiempo que hiciera falta. Y mano de santo, oiga.

DR.– Ya tenía agallas tu hermana, ya.

P.P.– No lo sabe usted bien, menuda era.

DR.– Puede decirse entonces que la pelea con tu hermana y ese retorno nostálgico a la instrucción militar fue la última manifestación castrense de tu bisabuelo, ¿no es así, Pacífico?

P.P.– Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.– Quiero decir que el viejo, después de la muerte de tu madre, no volvió a levantar la voz, ¿o sí?

P.P.– Bueno, o sea, a mi hermana la cogió miedo, ¿entiende?, a la Corina. Pero él seguía siendo el mismo. Ve ahí cómo mandó fusilar al Krim.

DR.– Pero ¿eso fue antes de morir tu madre o después de que tu hermana colgase al viejo de la higuera?

P.P.– Entremedias, doctor.

DR.– Cuéntame eso, anda.

P.P.– En realidad, o sea, bien mirado, poco tiene que contar, oiga. Que yo me pienso que con eso de la corneta y los uniformes, al Bisa, al Abue y a Padre se les calentó la sangre y así pasó lo que pasó.

DR.–Puede que tengas razón. Pero dime, ¿cómo fue lo del perro?

P.P.– Lo de siempre, por no variar. O sea, una mañana, la Corina se llegó al ruejo y que no podía con ese perro, que otra vez se había comido los huevos y que había que tomar una determinación. Que

entonces fue cuando al Bisa se le alcanzó, pero al momento, oiga, que allá en su batallón, a todo el que cogía lo que no era suyo, se le ejecutaba en el acto, ¿comprende?, que a mí enseguida se me vino a las mientes el asunto de la ermita de Galdamés, lo de los cepos, ¿oye?, pero callé la boca, por tener la fiesta en paz. Pero el Abue, imagine, según estaba el horno, la agarró al vuelo, ¿por qué no le fusilamos?, preguntó, y Padre, de seguida, yo estoy a la orden, dijo. Y de esta manera, tan a lo bobo, como suele decirse, sentenciamos al animal.

DR.– ¿Y le fusilasteis pronto?

P.P.– Esa madrugada, ya ve, que no había día más cerca.

DR.– ¿Cómo hicisteis?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, el Bisa, el Abue y Padre se aviaron con las ropas de cuando sus guerras, con medallas y todo, ¿entiende? Y yo les miraba hacer, pero en éstas, el Bisa se vino orilla mía y me dijo: Venga, Pacífico, llama al perro y vamos para arriba. Que yo le llamé, a ver, y allí vería al animalito, tan dócilmente, cómo iba a imaginarse él. Y el Bisa, andando, que yo, ¿al Otero, Bisa?, y él, al Otero; para lo único que sirve el Otero es para matar a un perro. Y para arriba tiramos, oiga, los cuatro, o sea, los cinco, que había una luna grande como un ruejo, y me recuerdo que el Krim, amarrado a la silla del Bisa, sólo hacía que gañir, y el Abue y Padre, ya ve, a los lados, escoltándole, como si se tratase de una persona humana. Y conforme llegamos al camposanto, el Abue dijo que amarrara al perro a la cancela, y allí vería al animalito, gañía como un alma en pena, oiga, qué será el instinto. Pero cuando fui a vendarle los ojos, que si quieres, por más que lo intenté él se arrancaba el trapo con la pezuña, que ya le dije al Bisa, Bisa, no para quieto, y el Bisa a reír, cuej, cuej, cuej, déjale estar, eso es que los tiene bien puestos, ¿entiende?

DR.– Una escena terrible, hijo.

P.P.– Tenía usted que haberla visto: la luna arriba, el animal orilla la tapia, los cuatro cipreses detrás, y de la parte de acá, a cosa de diez pasos, tal que así, los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, con las escopetas, apuntando. Conque, conforme me aparté yo, el animal a llorar, a ver, tiraba de la soga, o sea, para que usted me entienda, hacía por arrimarse. Y entonces fue cuando el Abue le dijo al Bisa que tenía el mando, y el Bisa que él no daba la orden porque quería disparar, y ellos, o sea, los otros, que también querían disparar, y, de repente, al Bisa se le alcanzó, pues que dé la orden el mozo, por mí, ¿se da cuenta?, que, bien mirado, yo estaba de más allí, doctor.

DR.– ¿Y no te resististe?

P.P.– Qué hacer si no resistirme, natural, pero él, es fácil, mira, primero dices «apunten», luego «disparen» y, al cabo de un rato, «¡fuego!», ¿oyes? Pero yo porfiaba, oiga, que lo iba a hacer mal y que por qué no habían de arreglarse solos, pero que nones, el Bisa, dale, y

¿por qué has de hacerlo mal? Mira que es desconfiada esta criatura. Así es que, quieras que no, me pusieron orilla de ellos, el Bisa me hizo una seña y yo, «apunten», que ni me salía la voz del cuerpo, oiga, y los tres la escopeta al hombro, o sea, aculataron. Y el Bisa, entonces, «¡vivo!», que yo, «disparen», y el Bisa, «venga», que yo, a ver, «¡fuego!», que cerré los ojos y me tapé los oídos, pero con eso y con todo, oiga, menudo estampido.

DR.– ¿Y murió el perro?

P.P.– Aguarde. Así que los abrí, los ojos, digo, me vi al animal, caído de lado, todo lleno de sangre pero con la cabeza tiesa, ¿se da cuenta?, babeando, y unos ojos, que no vea usted aquellos ojos, doctor, como si dijera para entre él, ¿a qué ton este castigo? Pero el Bisa ni me dejó parar, me dio la escopeta y ¡pégale el tiro de gracia, anda!, que yo, ¿yo?, y el Bisa, tú, a ver, te corresponde, que yo temblaba como una hoja, oiga, y el Abue, sé hombre, y Padre, túmbale de una condenada vez, me achuchaban, ¿entiende?, que yo arrocinado, la verdad, que el animalito miraba de unas formas que quitaba las voluntades. Pero no se piense que ellos cejaban, doctor, dale, acaba con él, cumple, ¿se da cuenta? Que la luna los ponía amarillos y talmente parecían fantasmas, que hasta sentí miedo de ellos, se lo juro, así que agarré la escopeta, se la fijé al Krim en el pecho, cerré los ojos y disparé, los dos caños a un tiempo, ¿comprende?, que el culatazo fue tan grandísimo que me sentó en las lajas, como lo oye, y ellos, ¡bien, Pacífico!, ¡ya eres un hombre! Pero yo, a decir verdad, apenas si les oía, oiga, que andaba ya vomitando orilla las tapias del camposanto.

DR.– ¿Y qué hicisteis con el Krim?

P.P.– Le enterramos, a ver. Pero luego, según bajábamos la trocha, en el recodo, nos salió la pareja y nos dio el alto, que el Bisa, somos gentes de paz. Metodio, el sargento, ¿es el señor Vendiano?, y el Bisa, que a ver. Conque el sargento: ¿Qué clase de alboroto armaban ahí arriba, si ha habido tiros y todo?, y el Bisa, no era más que un perro, sargento, un jodío perro que no hacíamos vida de él. Y el sargento, muy atento, para otra vez, váyanse a un kilómetro del pueblo; yo no quito ni pongo, es la ley, que el Bisa, a la orden, mi sargento, por eso no vamos a regañar.

DR.– ¿Y no le sancionaron?

P.P.– Quia, no señor, que lo que el Abue decía a Padre, desengáñate, Felicísimo, el dinero es muy amable.

DR.– ¿Es que tu padre tenía ya dinero por entonces?

P.P.– Bueno, entiéndame, él decía que un buen pasar, pero ya tenía cuartos, ya.

DR.– ¿Muchos?

P.P.– Mire, para que se haga una idea, Padre iba para cinco años que

no bajaba a Algeciras. Que, a su decir, la última vez que les dijo cabrones, y Dios Padre me perdone, a los ingleses, le tuvieron tres días en un calabozo a pan y agua. Pero para aquellas fechas Padre tenía ya la cosechadora roja, la amarilla y el Fordson, o sea, el tractor, había roturado los páramos de Cieza y andaba en amortizar la cosechadora azul.

DR.– Las tierras de los altos, ¿eran suyas?

P.P.– Comunales eran, para que lo entienda, pero llegó a un concierto con el Ayuntamiento.

DR.– ¿Y no le pusieron trabas los del Patrimonio por lo de las cabras?

P.P.– Mire usted, los del Patrimonio eran partidarios de que en los altos, preferible pastos, ¿entiende? Pero Padre porfió que para pastos sobraba con las laderas, y que arriba nada como patata y cereal. Y, a decir verdad, no sé cómo se las ingenió pero se salió con la suya, ya ve.

DR.– Los páramos no habían sido labrados nunca, ¿verdad?

P.P.– Nunca, no señor. Pero él los labró, ¿comprende? Que hay que ver la cantidad de horas que Padre le echó, entre despedregar, desenraizar los enhebros y, luego, con los roturos.

DR.– Y, en confianza, ¿qué crees tú que perseguía tu padre, Pacífico?

P.P.– Ande, eso mismo quisiera saber yo. Porque para vivir teníamos, ¿se da cuenta? Pero Padre, por mayor, no hablaba de eso. En realidad, hablaba poco de todo, Padre, que con eso de amortizar, se olvidó hasta de su guerra, oiga. Que no sé si me explico, doctor, pero lo de amortizar era como un vicio para él, o sea, si no tenía de qué, parece como que no anduviera a gusto. Y ya ve, primero, la cosechadora roja, luego el Fordson, luego la cosechadora amarilla, y así siempre, no crea, que Padre trabajaba como un yunque. Y cuanto más tenía, más quería, oiga, que ésta es la derecha.

DR.– Pero ¿tú qué piensas al respecto, Pacífico? ¿Le movía a tu padre la vanidad de medrar socialmente, o buscaba la fortuna o, simplemente, le tentaba la avaricia?

P.P.– A saber, doctor, eso nunca se sabe, pero yo tengo para mí que a Padre le gustaba amortizar como a otros el vino o el tabaco, o séase por vicio.

DR.– Una cosa, Pacífico, al morir tu madre, tú empezaste a trabajar ¿no es cierto? ¿Te pusiste con tu padre o te orientaste por otros derroteros?

P.P.– Bueno, depende. Pero, por si quiere saberlo, yo, lo primero de todo, fui catador.

DR.– ¿Catador?

P.P.– Catador de colmenas, sí señor, ¿es que no lo había oído usted

nunca?

DR.– ¿Y cómo es que te hiciste catador?

P.P.– Por afición, ya ve usted. O sea, a mí desde chaval me llevaban los demonios que los del pueblo robasen a las abejas.

DR.– ¿Es que en tu pueblo robaban a las abejas?

P.P.– En mi pueblo y en lo que no es mi pueblo, ande, no se haga ahora de nuevas. ¿O es que se piensa usted que en alguna parte las abejas trabajan para el vecindario? Pues no señor, las abejas trabajan para ellas. Pero llega el personal, las quita la miel y las pone al hambre, ¿se da cuenta? Y luego, que si les muerden. Pues no les han de morder, como yo digo, los animalitos defienden lo que es suyo, natural.

DR.– Ahora te entiendo, Pacífico. Lo que no comprendo es cómo podías ser catador sin robar a las abejas.

P.P.– Aguarde, oiga, que hay maneras y maneras. Que entre entrar a saco en la colmena y tener sus miramientos, hay una distancia, vamos, me parece a mí. Hay que distinguir, o sea, respetar.

DR.– De acuerdo, Pacífico. ¿Y cómo fue para dedicarte a ese quehacer?

P.P.– Hablando en plata, doctor, la cosa vino rodada. Mire usted, el año que murió mi difunta madre, llegó el tiempo de catar las colmenas y allí no aparecían las carillas ni el humeón, vivos ni muertos. Que el Abue, dale: se nos va a pasar el tiempo, ¿entiende?, que es cosa sabida, oiga, si quieres miel, por San Andrés, si quieres cera, por las Candelas. O sea, cada día tiene su afán. Y el caso es que, por aquellos entonces, a mí ya me gustaban las abejas, que mi tío Paco, desde chaval, me tenía enseñado, ¿comprende?, que si los jabardos, que si la enjambrazón, que si las tetas de maestra, o sea, a mayores, aquello no era nuevo para mí. Y luego, doctor, me renegaba que el vecindario asaltara las colmenas, ¿sabe?, que eso es lo que hacían, asaltarlas, pero con antifaz y todo, oiga, que es lo que yo me digo, doctor, que el que obra por derecho no tiene por qué taparse la cara. Conque, con estas cosas, a mí me daba por pensar para entre mí, si yo lo hiciera, lo haría de otra manera. Así es que el año que falleció mi difunta madre, según vi a la Corina con ese sofoco, que ni las carillas ni el humeón aparecían, me llegué donde el Abue y se lo dije, o sea, le dije, deje tranquilos los trebejos, yo subiré, que él, ¿a pelo?, y yo, a pelo, tampoco van a comerme, ¿se da cuenta? Con que a pelo subí, oiga, que me llegué a las escorrentías de Cieza, donde los dujos y las movilistas de casa y, sin más, me arremangué, que el Abue, ¿será capaz?, a distancia, ¿entiende?, y antes de destapar la primera, las colmenas, digo, ya estaba platicando con ellas, o sea, con las abejas.

DR.– ¿Que hablabas tú con las abejas?

P.P.– Qué hacer, doctor.

DR.– ¿Y qué les decías, Pacífico? ¿Qué les decías?

P.P.– Según, mire, que eso era lo de menos, cosas. O sea talmente como le hablaría a un perro. Que, en esos casos, lo que uno diga, doctor, no tiene importancia, ¿sabe? Lo que importa es el tono, que ellas comprendan por el tono que uno es de casa y no está allí para saquearlas.

DR.– ¿Y te salió bien la cosa?

P.P.– Pues no me había de salir, natural. Y allí vería usted al Bisa desde el camino, ¡te van a poner la cara como a un Santo Cristo!, ¿comprende? Pero qué habían de poner. Yo a lo mío, esto para ti, esto para mí, y si había tres panales, pues arramblaba con uno, pero nada más con uno, ¿entiende? Y como estaba buena tarde, que el otoño siempre fue quedo y soleado en mi pueblo, y corrió la voz, o sea, que andaba catando sin humeón ni carilla, no vea, empezó a juntarse personal, que si la señora Dictrinia, que si don Alfaro, que si el señor Escolino, que si don Prócoro, que si el Teotista, que si mi tío Paco, ¡sabe Dios el gentío que se juntó allí, oiga! Y todos la misma: ¿a pelo?, ¿sin carilla ni guantes?, y el Bisa, doctor, más ancho que largo, que tengo para mí que es la primera vez en la vida que le di un gusto, ya ve, cosa más fácil. Pero todos, abajo, se hacían de cruces y, al cabo de qué sé yo el tiempo, oiga, bajé donde ellos con las gamellas a rebosar. Y el Bisa no hacía más que mirarme los ojos, y las manos, y el pescuezo, y ni se le hincha ni nada, decía, que yo, no me mordieron, Bisa, y el Abue, no te lo creo, la abeja es el animal más traicionero, que yo, no hay tal, Abue, a la vista está. Y en éstas, mi tío Paco levantó el bastón y dijo: La abeja respeta a quien la respeta, ¿entiende?, que todos se encogieron de hombros, a ver, como si dijeran, ya está éste con sus filosofías.

DR.– ¿Y así fue como te dedicaste a catar colmenas?

P.P.– Aguarde, doctor, no vaya tan aprisa, así es como empecé. Pero ya sabe usted cómo las gastan en los pueblos. Así que corrió la voz de que yo cataba a pelo, para qué le voy a contar, eso no es posible, eso sí es posible, la discordia, el cuento de siempre, y cada vez más personal detrás mío. Y los unos que si tenía diabetes y las abejas no me mordían porque la sangre daba mal gusto, y los otros a olerme los brazos, que si me había untado de dedeté, y los del Humán, que nones, o sea, ni una cosa ni otra, y los del Otero que sí, la porfía, ¿entiende? Que yo tengo para mí, doctor, que si don Prócoro no tercia con sus buenos oficios terminamos en otra cantea. Ya se sabe, las envidias de los pueblos.

DR.– Pero al fin se convencieron, ¿no?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, una tarde, antes de subir, tuve que restregarme en el río con estropajo y jabón porque entre unos y otros,

los del Humán y los del Otero, se habían cruzado apuestas.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– ¿Qué?, pues que ganaron los del Humán, natural. Que entonces el Teotista agarró un cabreo del demonio y que eso también lo hago yo, ¿comprende?

DR.– ¿Y lo hizo?

P.P.– ¡Quite usted de ahí! Si nos hizo subir a todo el vecindario orilla la Hornillera la Peña, sudando la gota gorda, total para nada. Que el Teotista tuvo la mala ocurrencia de llevar la burra y no quiera saber cómo la pusieron.

DR.– ¿Las abejas?

P.P.– Ande, ¿quién había de ser?

DR.– Y a él, ¿no?

P.P.– Algo le tocó también, lógico. Pero la burra, oiga, que era nueva, no vea, una cosa mala, toda se tortoleaba, que, como suele decirse, el animal no podía con una libra de humo.

DR.– Y el Teotista te la guardó, ¿no es así?

P.P.– Hombre, mire usted, renegado sí estaba, pero por la cuenta que le tenía calló la boca.

DR.– Entonces advertirían que lo tuyo era un don especial.

P.P.– Pues, a ver, no digo que no. Pero a raíz de la discordia no paré quieto un día hasta que llegaron las nieves, oiga. ¡Madre, qué otoño me dieron!: Pacífico, majo, ¿no te importa echar un vistazo a la hornillera de Punta Puntilla? Pacífico, majo, va para dos años que no cato los dujos de Peñacarrubia, arrímate una mañana por allí, haz el favor. Los del Humán y los del Otero, los unos y los otros, que era el no parar.

DR.– Y tú ¿les atendías?

P.P.– Mire, si podía hacer por ellos y por las abejas, a mí poco me costaba, ¿no? Pero así, con unas cosas y otras, hasta de fuera del pueblo me llamaban. Que en el Humán hay uno que cata a pelo, se decían. Y bajaban a buscarme, inclusive de Pozuelo y Quintana Ortega. Y usted no lo creerá, pero cada vez más personal detrás mío. ¡Huy la leche!, ya hace falta valor, ¡anda y que si un día las da por morder a todas de golpe!, esas cosas, ¿entiende? Y yo de acá para allá, que como un dominguillo me traían.

DR.– ¿Y no trataron otros de imitarte?

P.P.– Alguno salía, a ver, eso siempre. Ahí tiene al Emigdio, el veterinario de Quintana, que empezaba a hablar con la Corina, o sea, mi hermana. Bueno, pues ése, se me arrima un día y va y me dice: ¿Es cierto que hablas a las abejas?, que yo, a ver, es cierto. Y él, ¿qué les dices, si no es mala pregunta?, que yo, la verdad, oiga, eso no cuenta, pero háblales con cariño. Conque al domingo siguiente, que bajó

donde mi hermana, se puso a hacer la prueba con las movilistas del señor Del, ¿entiende?, y no le miento, casi se había arrimado a la primera y ya le habían puesto la cara como un mapa. ¡Madre, qué cara!

DR.– Así que te quedaste solo, ¿eh, Pacífico? ¡Menudo negocio!

P.P.– Ya está usted como Padre, ¡menudo negocio! Pero ¿es que no pueden ustedes pensar en otra cosa que en el dinero?

DR.– Me he expresado mal, Pacífico, disculpa. Me refería a la falta de competencia y a la ventaja que supone el que la miel fuese una actividad de temporada, del otoño si no te he entendido mal.

P.P.– Eso se cree usted. Desde fuera todo se ve muy bonito. Pero el negocio de la miel, si quiere llevarse como Dios manda, es muy esclavo. O sea, para el verano, por San Pedro ya tiene uno que andar con la escriña detrás de los enjambres nuevos. Y luego, en el invierno, poner cuidado, para que el tasugo y el picorrelincho no se las coman, ¿se da cuenta?

DR.– ¿El picorrelincho?

P.P.– A ver, el picorrelincho, el pájaro ese que horada los árboles. ¿Es que no le ha visto usted nunca?

DR.– ¿El pico-carpintero?

P.P.– Ése, vamos, digo yo que será el mismo. Bueno, pues el pájaro ése no lo hay más goloso, ya ve usted. Que así que llega el invierno y la abeja se aletarga, horada los hornillos y se la come, a ella y a la miel. Son listos esos pájaros, no crea. ¿A que no ve usted un agujero en un hornillo de medio abajo?

DR.– ¿Es que está arriba la miel?

P.P.– Y las abejas, a ver, natural, y él lo sabe.

DR.– Dime, Pacífico. Y para coger los enjambres nuevos, ¿también te avisaban a ti?

P.P.– Por mayor, mire usted, a raíz de la discordia, y aunque me esté mal el decirlo, no se daba un paso en las colmenas del término sin contar conmigo. O sea, que las vea el Pacífico, lo que diga el Pacífico, ¿entiende? No salíamos de ahí. Que las más de las veces por rutina, no crea. Ve ahí tiene usted lo de los jabardos. La abeja nueva ya es sabido que no pica, bueno...

DR.– ¿No pica, Pacífico? ¿Y por qué razón?

P.P.– Por qué razón, dice. Ande, y ¿a cuento de qué va a picar si no está maliciada? Lo que ocurre, para que usted me entienda, es que a unos y a otros les acobarda eso de volcar la escriña en el trapo, ¿no?, con los bichos en montón, que mosconean y se alborotan, que es una cosa que impone, no lo niego. Pero ya ve qué ciencia va a tener eso, oiga, si no es más que apilarlas, las abejas, digo, a un palmo de los aviaderos y ellas mismas se meten dentro.

DR.– Cambiando de conversación, Pacífico, antes, cuando yo hablé del negocio, me dijiste que ya estaba como tu padre, ¿es que tu padre trató de explotar profesionalmente tus dotes de catador?

P.P.– Tal cual, doctor.

DR.– ¿Y cómo lo orientaba? ¿Qué te decía?

P.P.– Bueno, o sea, a mayores, él, Padre, digo, me dijo un día: ¿A cómo llevas por dujo? ¿Y por hornillo? Porque ya es sabido que el dujo da poco y malo y el hornillo, mucho y bueno. Pero a mí me pilló de nuevas, la verdad y, ¿desde cuándo se cobran en el Humán los favores?, le dije, y él, ¿es que trabajas de balde con la exposición que tiene? La porfía, ¿se da cuenta? Conque Padre, va y me dice: Nadie en el mundo echa hoy una mano de gratis, Pacífico, has de poner precio, que yo todavía le retruqué, no me haga reír, Padre, que se le quite de la cabeza, y él, entonces, oiga, fue y me soltó la fresca, menuda, que me dejó parado.

DR.– Pero ¿qué es lo que te dijo, Pacífico?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, de primeras va y me dice: Sangra o te sangrarán, Pacífico, no hay otra alternativa, ¿entiende? Que yo, pero Padre, si esto es por pasar el rato, que él entonces se amoscó y me lo soltó, o sea, me dijo: ¡Qué bonito!, el padre todo el día de Dios aperreado y tú a manteles puestos a comer la sopa boba. ¿Qué le parece?

DR.– Muy duro, en efecto, Pacífico. ¿Y fue ésta la primera vez que tu padre te reprochó el que no aportaras dinero a casa?

P.P.– Si no me recuerdo mal, la primera, sí señor... Aguarde... sí, bien digo, la primera.

DR.– ¿Te indujo esto a poner precio como catador o buscarte otro quehacer?

P.P.– Pues mire, para no mentir, le diré que las dos cosas, doctor.

DR.– ¿Y cuál fue tu segundo trabajo?

P.P.– Como quien dice, granjero, ya ve. O sea, le dije a Padre que me montara un gallinero moderno, ¿entiende?, con ponederos automáticos y todo.

DR.– ¿Es que sentías afición por las gallinas?

P.P.– Afición, lo que se dice afición, no señor. Pero me interesaban los bichos esos.

DR.– ¿Y en qué sentido te interesaban? Porque dada tu manera de ser, el aspecto económico hay que descartarlo, ¿no?

P.P.– Me llamaban la atención, ¡qué sé yo! ¿No ha reparado usted que en el mundo no hay animales más tristes y aburridos que las gallinas?

DR.– Pues no, la verdad, nunca me había fijado en ello, Pacífico, pero bien pensado, no te falta razón. ¿Y te puso tu padre el gallinero?

P.P.– Dicho y hecho, oiga. A los tres meses justos, Quinidio, el barruco de Quintana, cubría aguas.

DR.– Y el gallinero ¿era grande, quiero decir, concebido como negocio o un simple entretenimiento?

P.P.– Grande, oiga, muy capaz, ya ve, para dos mil gallinas. Allí le vería, todo encalado, puertas y ventanas verdes, orilla el Matayeguas. Muy curioso quedó, sí señor. Que el Emigdio quería empezar sin más, ¿entiende?, pero lo que yo le dije a Padre, o sea, como yo ya entraba en Caja, que dejarlo para después de la mili.

DR– El Emigdio era el novio de tu hermana, ¿verdad? ¿Y qué tenía él que ver con el gallinero?

P.P.– Bueno, el Emigdio era veterinario, ¿no? Y un día me dijo: Oye ¿me dejarás meter mano ahí, verdad?, las gallinas son mi vocación. Que yo, oiga, por conocer sus intenciones, o sea, por saber cómo las gastaba, le pregunté si es que se pensaba casar con mi hermana. Y él, entonces, tuvo una salida que así, de pronto, me dejó cortado, oiga, que va y me dice, tu hermana está buena y tu padre tiene cuartos, ¿qué más va uno a pedir? Ya ve qué formas.

DR.– Es decir que te confesó paladinamente que se proponía colgar el sombrero, ¿no es así?

P.P.– Así es, sí señor, pero después de todo fue con la verdad por delante; no como otros.

DR.– Y tu hermana, ¿le ponía cara?

P.P.– ¿Cara dice? La Corina, mi hermana, estaba como alelada, oiga. Tal como lo oye, alelada. O sea, cada vez que él, el Emigdio, digo, bajaba de Quintana, ella volvía a casa como traspuesta. Así que un día la dije: ¿Tanto te gusta?, y allí la vería, puso los ojos en blanco, y me dijo: Tanto que si un día me pide que sea madre no acertaré a negarme.

DR.– ¡Vaya con tu hermana, Pacífico! Pero a lo que íbamos, ¿empezaste enseguida con el gallinero?

P.P.– Ese invierno, nada, o sea, lo dejamos secar, que a mí, como le digo, me tocaba entrar en Caja.

DR.– ¿Así que te fuiste a la mili, entonces?

P.P.– A ver, mire, me presenté.

DR.– Los abuelos estarían satisfechos, ¿no?

P.P.– Calcule, como unas castañuelas, que en casa no se hablaba de otra cosa.

DR.– ¿Y tu padre, Pacífico? ¿Participaba también de su entusiasmo?

P.P.– Pues, no señor, ésta es la verdad. Padre ya andaba por aquellos entonces como raro, ¿entiende? Como con prisas. No le preocupaba su guerra, no señor, ni, si me apura, la mía. Él andaba a lo suyo, con las amortizaciones y los roturos. Y luego lo del gallinero, oiga, que todo

se le juntaba. Así que me decía, no demorarás mucho, ¿verdad Pacífico?, que yo, doctor, calcule, Padre, si por mí fuera, ya andaba de vuelta, y él, el caso es que te vendrá bien pero ahora me hace mal tercio que te largues. Pero esto me lo decía cuando Bisa y el Abue no podían oírnos, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y no te fue bien allá?

P.P.– Bueno, en realidad, mire, ni me pintó bien ni me pintó mal, ésta es la derecha. Que aquello sí que fue llegar y besar el santo.

DR.– Pues ¿qué ocurrió, Pacífico?

P.P.– Qué va a ocurrir, que me dieron inútil, eso ocurrió. Pero de que me echaron la vista encima, oiga, que no tardaron ni tampoco cinco minutos.

DR.– Nunca me hablaste de esto, Pacífico. ¿Y cómo fue para darte inútil?

P.P.– Fácil, doctor, no vea cosa más fácil. O sea, yo, conforme me vi en aquel barullo, que había mocerío hasta de Bilbao, dese cuenta, no sabía ni qué hacer. Pero llegó el sargento y nos puso en filas y a reconocimiento, ¿entiende?, que no vea usted la juerga que se armó a cuenta de mi faja. Conque fui pasando uno por uno, que digo yo que serían doctores, oiga, y todos, sin dejar uno, así que llegaba yo, a mover la cabeza, que yo me decía para entre mí, debo andar podrido por dentro, ¿comprende? Y así de una cola a la otra, doctor. Y, en éstas, el sargento nos formó en el patio para lo de la ropa, vamos, eso decían. Conque se llegó orilla mía, el sargento, digo, y, ¡Pacífico Pérez!, que yo, a ver, ¡servidor!, y él, muchacho, tú ya estás cumplido, que yo, ¿tan pronto?, y él, tienes tres vías de agua: cegato, estrecho de pecho y los pulmones agujereados, que yo, ¿es cierto eso?, y él, el sargento, digo, puso una cara así, como de guasa, y va y me dice: ¿Sabes para lo que estás tú? Para cogerte con unas pinzas y tirarte con cuidado a la basura. Que no vea, oiga, la juerga que se armó a cuenta mía, que yo, ya ve qué pintaba allí, agarré la cartilla y a la calle. Y esa misma tarde, Padre y yo nos volvimos al pueblo en el coche del Sinclético.

DR.– ¡Caramba! Para los tuyos sería aquello una decepción tremenda.

P.P.– Tampoco se crea que tanto, doctor. O sea, yo había quedado con Padre donde el Ciromarino, en el bar, ¿sabe?, donde se juntan todos los del pueblo. Y según me presenté y le dije que me habían dado inútil, que tenía tres vías de agua, así, de primeras, sí le picó el amor propio, que eso no puede ser, ¿comprende?, pero a seguido se me quedó mirando fijo y me dijo, dice: ¿Sabes lo que te digo, Pacífico?, que peores cosas hay y el día que llegue tu guerra nadie te quita de ir de voluntario. Eso me dijo.

DR.– Pero ¿y los abuelos?

P.P.– Eso me pensaba yo, oiga, pero Padre les toreó bien, no crea, que el Bisa andaba aguardando, y ¿qué?, que Padre, tan terne, oiga, nada, abuelo, el general dijo que el chico ya estaba enseñado. Y el Bisa, allá vería, más orondo que un pavo real.

DR.– Aprovecharías para ponerte en cura entonces, ¿no, Pacífico?

P.P.– ¿En cura? ¿En cura de qué, doctor?

DR.– Del pecho, digo yo.

P.P.– ¡A santo de qué, oiga! O sea, Padre, en jamás de los jamases me preguntó cuáles eran las vías de agua.

DR.– Está bien, Pacífico. Así es que empezaste sin más a trabajar. Iniciaste tus actividades de avicultor, ¿no es eso?

P.P.– Tal cual, sí señor.

DR.– ¿Y cómo te fue?

P.P.– Hombre, las gallinas eran majas, ¿no?, todas blancas, muy ponedoras, eso sí. A mayores, no estaba de queja.

DR.– ¿Y tu cuñado?

P.P.– ¿El Emigdio, dice? Pues ya se lo puede usted imaginar, enseguida se metió por medio. Pero no se piense usted que se conformaba con echarlas el pienso y recoger los huevos, no señor. El Emigdio era hombre de estudios, ¿entiende? Y así que le dije un día que las gallinas eran unos bichos muy tristes, se le alcanzó lo del vino, o sea, ponerles vino en el pienso.

DR.– Pero ¿vino? ¿Vino de mesa?

P.P.– Vino, sí señor, vino de granel, de a cinco pesetas litro, de donde el señor Del. Que al Emigdio todo se le volvía decir, el que está contento, trabaja más a gusto, ¿comprende?

DR.– ¿Y las echasteis vino?

P.P.– Qué hacer, sí señor, pero, de primeras, sólo a las del primero. Y así que hicimos cuentas, un veinte por ciento de aumento en las puestas, ¿qué le parece? Que había que oír a mi futuro cuñado, doctor, ¡esto es la revolución avícola!, ¿comprende? Y luego, la risa, oiga, que andaban las gallinas todo el día de Dios cacareando y haciendo eses, alegres, ¿eh?, pero no jumas, doctor, que rara era la que agarraba una cogorza como Dios manda.

DR.– En vista del éxito, le pondríais vino a las demás, ¿no?

P.P.– Natural, doctor. Vino y otras cosas, que el Emigdio andaba siempre tramando algo, no vea cabeza inquieta. Y un día me dijo, ¿sabes lo que pienso, Pacífico?, que yo, ¿qué?, porque él tenía estudios de la especialidad, ¿sabe?, el Emigdio, digo. Y él, pues que poniendo salvados en lugar de pienso y añadiendo enzimas para la digestión, ahorraríamos dinero.

DR.– ¿Y llegó a ensayarlo?

P.P.– ¡Cómo se lo diría yo! Y con éxito, oiga. Que tenía cabeza el Emigdio, no crea. Un poco alocada, pero tenía cabeza. Porque no me niegue que la cosa estaba bien traída, doctor: por un lado, buscaba la economía y, por otro, aumentaba el rendimiento. O sea, sustancia por las dos partes.

DR.– Y a todo esto, ¿qué decía tu padre?

P.P.– Padre andaba a lo suyo, doctor. Él recogía las liquidaciones a fin de mes y ni chistaba. ¿Qué iba a decir? Yo a veces me pienso que el Emigdio y yo hubiéramos llegado lejos si no le planto, ¿comprende?, que el Emigdio, ideas, como para parar un tren, que era un hervidero, oiga, lo único frenarle. O sea, luego de lo de las enzimas, va una tarde y me dice: Has de convencer a tu padre para que ponga una tenada con borregos orilla el gallinero. ¿Y qué dirá usted que se pensaba? ¡Criarlos con gallinaza!, dese cuenta, que lo que él decía, que en el extranjero había un tipo que criaba vacas con urea y que como la gallinaza era rica en nitrógeno, pues podía ser la misma cosa, ¿qué le parece?

DR.– Que no comprendo cómo le dejaste solo, Pacífico.

P.P.– Mire, eso no. A la fuerza ahorcan.

DR.– ¿Qué te forzó a dejarle?

P.P.– La Candi, oiga. Ella se presentó ese verano en el pueblo. Y yo no sé lo que me dio la chavala esa que desde el primer día me llevó en el pico.

DR.– Este episodio de tu vida me parece muy significativo, Pacífico.

P.P.– Ande, claro, bien seguro puede estar.

DR.– Por eso me gustaría que me hablaras de él con algún detenimiento.

P.P.– Mire, si es por eso, mejor lo dejamos para mañana. El asunto ese está pero que muy liado, oiga.

DR.– Creo que es una decisión sensata, Pacífico. Así que, si no hay contraorden, mañana aquí a la hora de siempre, ¿de acuerdo?

P.P.–De acuerdo, sí señor.

DOCTOR.– Buenas noches, Pacífico. Ponte cómodo, anda. Ahí tienes el anís, ya te lo he servido. Si no recuerdo mal, anoche interrumpimos tu historia con la llegada al pueblo de la Candi, ¿no es así? Yo sé muy poco de esta chica, Pacífico. En realidad, aparte de que durante cuatro meses sostuvisteis relaciones íntimas y que, aunque indirectamente, fue la causa de tu infortunio, yo ignoro todo de ella. Para empezar, desconozco la razón por la que se presentó de repente en tu pueblo. ¿Me lo quieres explicar?

P.P.– Muy sencillo, doctor. Ella, la Candi, era hija del señor Bebel, el del Otero, o sea hermana del Teotista.

DR.– Que era hermana del Teotista ya lo sabía, Pacífico. Pero ésa es una razón más para que viviera en el pueblo, no para que apareciera de pronto en él. ¿Dónde anduvo metida la Candi hasta que tú la conociste?

P.P.– En la capital; paraba donde unas tías.

DR.– Pero su padre… mejor dicho, la muchacha, no iba nunca por el pueblo a ver al señor… ¿cómo has dicho que se llama?

P.P.– Bebel.

DR.– Pues eso, al señor Bebel.

P.P.– Atienda, doctor, el señor Bebel, o sea, su padre, se desentendió de ella, de la Candi, digo, al enviudar, ¿comprende? Entonces se hicieron cargo unas tías por parte de madre. Pero el señor Bebel sí iba por la capital a ver a la chica, qué hacer, o sea, de cuando en cuando.

DR.– Está bien. Entonces tú conoces a la Candi a los veintiún años cuando ella llega al pueblo por primera vez, ¿no es esto?

P.P.– Pues sí, o sea, no, doctor, que yo conocía a la Candi cuando era así, de chavala, en la escuela. Pero a esas edades ya se sabe, las chavalas, una raza aparte, que ni las mirábamos a la cara.

DR.– ¿A qué edad se ausentó entonces?

P.P.– Pues mire usted, ella marchó del pueblo para empezar el grado, de forma que a los diez.

DR.– ¿Y no fue entonces cuando tú te fuiste también a la ciudad?

P.P.– A mayores, no señor. Tenga usted en cuenta que yo me largué a los trece y que la Candi es más vieja que yo.

DR.– ¿Es mayor que tú la Candi?

P.P.– Ande, claro, dos años y tres meses. Por un ejemplo, ella nació en enero y yo en abril.

DR.– Es decir, que cuando ella regresa al pueblo tiene veintitrés años

y tú veintiuno.

P.P.– Así es, sí señor.

DR.– Y en la capital, ¿qué había hecho ella en la capital?

P.P.– Estudiar, oiga. La Candi tenía estudios.

DR.– ¿De qué especialidad?

P.P.– Eso sí que no puedo decírselo. O sea, no lo sé. Ahora, se ponía a hablar y un libro abierto, oiga, las cosas como son.

DR.– ¿Y cómo fue para intimar con ella?

P.P.– En realidad, doctor, darme de ojo así que llegó al pueblo.

DR.– ¿Tan guapa era?

P.P.– Bueno, más que eso, oiga. O sea, era, ¿cómo le diría yo?, como llamativa, ¿entiende? Calcule, con pantalones, el pelo a lo chico y una bufanda que la colgaba hasta las corvas, pues a ver, en el pueblo, un alboroto. Y luego, no soltaba el cigarro ni por cuanto hay.

DR.– Y allí, en el pueblo, ¿a qué se dedicaba?

P.P.– A pasear, oiga, no hay cosa más cierta. Todo el día pindongueando, de acá para allá, que lo mismo se la tropezaba uno en el poyo de la fonda, aguardando al coche de línea, que a la sombra de una nogala leyendo un libro. Para ella no había reglas.

DR.– Y al encontraros, ¿qué os decíais?

P.P.– De primeras, nada, ya ve, o sea, adiós y adiós. Pero ella, doctor, la Candi, digo, tenía unas formas de mirar que no vea, descarada ella, ¿entiende? O sea, como yo digo, la contraria que don Prócoro, que no bajaba la pestaña ni por cuanto hay.

DR.– Sostenía la mirada, vamos.

P.P.– Y de qué modo, doctor, que me recuerdo que yo pensaba para entre mí, ésta se deja. ¡Y vaya si se dejaba, oiga! Si sigo con ella, seguro que me empieza, fijo.

DR.– ¿Advertiste enseguida que era una mujer fácil?

P.P.– Mire, doctor, a decir verdad, de que la puse la vista encima.

DR.– Y a hablar, lo que se dice a hablar, ¿cuándo empezasteis?

P.P.– Por mayor no alcanzaría a las dos semanas. Eche cuentas, si ella llegó al pueblo un veintiocho de mayo, para el nueve de junio ya andábamos liados. Talmente en la boda del Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.– ¿Cómo fue, Pacífico?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, usted ya sabe cómo las gastan en los pueblos, las bodas, digo, las juergas que se traen, ¿no? Pues eso, andábamos en el refresco y todo el que bailaba con ella, la Candi, digo, tenía algo que decir. Ya sabe, que si se arrimaba, que si debajo la blusa no llevaba nada, o sea, hablando en plata, iba suelta, esas cosas. Pero como la Candi estaba rica, oiga, que eso no hay quien lo niegue,

pues, a ver, tenía cola, por más que luego nadie quedaba conforme, ¿entiende?, que ésa es otra, que era muy testarrona, que mandaba ella, que no se dejaba llevar, ya sabe.

DR.– Total, que echaste un baile con ella.

P.P.– ¡Quia, no señor!, no es por ahí, que yo siempre he sido muy retraído para estas cosas del baile.

DR.– ¿Entonces?

P.P.– Pues, nada, yo estaba tal que así, sentado orilla del Agatángelo, en la trasera del señor Del, tomándome un vermú tan ricamente, y, en éstas, se me arrima ella, me agarra por un brazo y va y me dice: Llévame a dar un garbeo, tú; estoy de sudor y de música hasta los cojones.

DR.– ¿Dijo cojones, Pacífico? ¿Estás seguro?

P.P.– Como lo está oyendo, doctor, tal cual. Que a mí así, de primeras, también me chocó, la verdad, ¿había oído bien? Pero luego, en fuerza de escuchárselo, acabé enseñado a ello, natural.

DR.– Pero ¿es que decía eso habitualmente?

P.P.– Qué hacer, a cada rato, doctor, continuamente. Y otras cosas peores, no crea. ¡Anda, y que menudo pico se gastaba! Ya ve usted, para decir el Agatángelo que el Teotista, a su lado, un oblato misionero, ¡cómo sería, digo yo!

DR.– ¿Significa eso que tenía mal carácter?

P.P.– No señor, que va, que ella era así, o sea, que tenía la boca caliente, no hay más. Que inclusive cuando la daba cariñosa, la misma copla, de cada dos palabras, una por lo menos, un disparate, eso fijo.

DR.– Está bien, hijo, continúa.

P.P.– Pues eso, doctor. Me dijo, llévame a dar un garbeo, y lo otro, ya sabe. Que yo, acobardado, oiga, que ni sabía por dónde me andaba. Que me dice en ese momento que a tirarnos del Crestón abajo, y de cabeza. O sea, yo no sé qué tenía aquella chavala que imponía, ya ve, que le cachifollaba a uno con sólo mirarle, no tenía remedio. Conque, a mayores, agarramos la carretera y nos llegamos al pretil de la Salud, que ya era noche ciega…

DR.– ¿De qué fue de lo primero que hablasteis, Pacífico?

P.P.– Bueno, querrá decir ella, doctor, que, bien mirado, sólo hablaba ella, ¿entiende?

DR.– ¿Y qué decía? ¿Cómo entrasteis en conversación? Esto me parece interesante.

P.P.– Pues mire, a decir verdad, me habló de los del pueblo, ¿comprende? Que me recuerdo que ella me dijo que el personal de los pueblos tenía el mirar plano, que si me había fijado en ello, ¿se da cuenta? Y yo, que natural, de no ver más que campo, y ella, que mis ojos eran distintos, que digo yo que sería por los lentes, que otra cosa,

no, doctor, ¿no le parece?

DR.– Y eso te halagó, naturalmente.

P.P.– Pues me gustó oírlo, oiga, a qué voy a decir lo contrario. Y el caso es que ella seguía, dale que le das, ¿comprende?, que a mí no se me alcanzaba nada, doctor, o sea, iba como alelado, ni abrir el pico, y para que no se pensara que era medio inocente, la solté eso, o sea, que tenía el grado, ¿entiende?, que la Candi, oiga, que eso no necesitaba aclararlo.

DR.– Ya veo que te entró con habilidad. Continúa, Pacífico, por favor.

P.P.– Ande, ya una vez así, platicamos, a ver. Que ella, que a qué me dedicaba, y yo, la verdad, doctor, que a catador y granjero, que ella, que estaría orgulloso de figurar entre las fuerzas productivas, algo así, ¿comprende?, pero con retintín, oiga. Y con unas cosas y otras, nos llegamos orilla la Salud, y la Candi que a sentarnos, ¿se da cuenta? Conque nos recostamos en el pretil, oiga, y ella calló la boca, y entonces yo, por salir del paso, la dije que si había reparado que los ríos hablaban como las personas, que el Matayeguas voceaba y la Salud rutaba y el Lirón cantaba como una mujer, ¿se da cuenta? Que ella, que muy poético, y yo, doctor, por hacerme de valer, que don Prócoro decía de mi tío Paco que era un poeta, que ella, que qué cosas, que don Prócoro y todos los curas no decían más que sandeces y que después de inventarse el psiquiatra, los curas a esconder. Ya ve usted qué tendrá que ver una cosa con la otra.

DR.– ¿Y cómo terminó aquello?

P.P.– Terminar, pues no corre usted poco, doctor.

DR.– Quiero decir esa tarde.

P.P.– Aguarde, verá. Llevábamos así un rato, uno orilla del otro, y en éstas, la Candi, sin más, sin decir por qué ni por qué no, me pasó el brazo por detrás, o sea por los hombros, y me pegó un beso de película.

DR.– ¿Te besó ella?

P.P.– Tal cual, oiga, no me lo invento, pero con todo el desparpajo, no crea, que no me soltaba, no vea usted beso ansioso. Que yo, no sé si andaba constipado o me cogió de sorpresa o qué, que por las narices no respiraba y por la boca no me dejaba ella, o sea, que me ahogaba, oiga, que lo pasé mal, que me decía para entre mí, aquí la palmas, Pacífico. Y para más, los lentes ¿se da cuenta?, menuda, se me hincaban tal que así, arriba de la nariz, que no vea qué dolor. Así que yo quería apartarla, oiga, a la Candi, digo, pero como si nos hubieran encolado, tal cual, no había de qué. Que cuando ella lo dejó, si no estaba privado poco me faltaba, se lo juro. Y todavía la Candi que si me había gustado.

DR.– Le dirías la verdad.

P.P.– Pues, no señor, ya ve, no la dije la verdad, que éste es el chiste. O sea, conforme reaccioné un poco que sí, que me había gustado, dese cuenta. Que yo me pienso, doctor, que ahí me perdí.

DR.– ¿Por qué razón crees eso?

P.P.– ¡Qué cosas, oiga! Por todo lo que vino luego. O sea, si yo le digo entonces que no, que no me había gustado, aquí paz y después gloria, ¿entiende?, cruz y raya, sanseacabó.

DR.– ¿Qué más, Pacífico?

P.P.– Mire, ya en este plan, en la confianza, digo, la Candi me preguntó si era la primera vez que una mujer me besaba así.

DR.– ¿Y mentiste también?

P.P.– No señor, esta vez la dije la pura verdad, que la primera.

DR.– ¿Qué más te preguntó?

P.P.– Bueno, ella me preguntó, o sea, me dijo, que qué pensaba yo de que una mujer tomara la iniciativa, ¿comprende? Si me pensaba por eso que fuese una puta, y Dios Padre me perdone.

DR.– ¿Qué le dijiste tú?

P.P.– Ande, la verdad, doctor, que eso va en caracteres, ¿entiende? Pero ella, la Candi, digo, puso el disco, doctor, que se arrancó y no lo dejaba, menudo pico, oiga.

DR.– ¿Y qué es lo que decía, Pacífico?

P.P.– De todo, oiga, que yo en la luna, mire. Sólo me recuerdo, lo único, del complejo de Edipo, se dice así, ¿no es cierto? Pues eso, oiga, con el complejo de Edipo a vueltas, que si el complejo de Edipo, como había demostrado no sé qué señor, ¿entiende?, era cosa de las sociedades patriarcales, que yo me pensé en Moisés, oiga, para recordarme, ¿entiende? Y que, por tanto, había que echarlas abajo cuanto antes, esas sociedades, digo.

DR.– ¿No sería Freud el que lo demostró?

P.P.– ¡Tal cual! Ese mismo dijo, sí señor, ¿cómo lo imaginó?

DR.– ¿Sabes que tienes una memoria envidiable, Pacífico?

P.P.– Bueno, oiga, de retentiva no me quejo, ya lo decía don Ángel. Lo malo mío son las entendederas.

DR.– ¿Y por qué no has de acabar el grado ahora que tienes tiempo?

P.P.– Ve ahí, doctor. Eso es para hablarlo despacio, ¿no le parece? Ahora vamos a dejarlo.

DR.– Como quieras, Pacífico. Volvamos a lo nuestro. De modo que la primera vez que estuvisteis juntos, la Candi te habló de Freud y del complejo de Edipo, ¿no es así?

P.P.– Talmente, sí señor, de eso me habló. De primeras, ¿se da cuenta? O sea, luego me habló más veces. Bien mirado, doctor, no

paraba de hablar de ellos y de otros que no me recuerdo ahora. Que yo, de principio, por aquello de no pasar por ignorante, candé el pico, ¿entiende? Pero de que me informé, o sea, en la enciclopedia del Ayuntamiento, se lo dije, la dije, que yo sepa, aquí, en el Humán, no hay de eso, ¿entiende? Que ella, la Candi, a reír, doctor, que se partía el pecho a reír, oiga, que decía, eres conmovedor, Pacífico, para ti lo que no existe en tu pueblo no existe en el mundo.

DR.– ¿Eso te decía?

P.P.– Eso, sí señor, y otras cosas de las que no me recuerdo. La Candi era una chavala instruida, ya se lo he dicho.

DR.– Pero a ti, Pacífico, ¿te interesaban esas conversaciones?

P.P.– A mayores, doctor, yo no la comprendía, ésa es la derecha. O sea, lo que me aprovechaba era lo otro ¿entiende?, lo que sacaba en limpio. Que a mí, salir con la Candi me petaba y me acobardaba, no sé si me explico, las dos cosas, ¿se da cuenta? O sea, si me petaba es porque estaba rica, y por verla fumar de negro, y por las uñas pintadas de azul que llevaba, que era una cosa chocante ésa, ¿entiende? Pero luego, me acobardaba lo que decía, las cosas de los libros, ¿sabe?, o sea, que se burlara de mí. Total, cuatro días, como quien dice, que, al cabo, nos enredamos y ni me fijaba en eso.

DR.– ¿Que os enredasteis? ¿Quieres decir que entablasteis relaciones carnales?

P.P.–Eso es, sí señor.

DR.– ¿Allí en el pueblo?

P.P.– Bueno, como quien dice.

DR.– Pero ¿os veíais en el pueblo o no os veíais en el pueblo?

P.P.– Sí, doctor, o sea, no.

DR.– ¿En qué quedamos, Pacífico? ¿Os citabais tal vez en el gallinero?

P.P.– Ni por pienso, oiga, eso de ninguna manera.

DR.– ¿Dónde entonces?

P.P.– En Prádanos, para que lo sepa. De primeras, en Prádanos.

DR.– ¿En el pueblo abandonado?

P.P.– Tal cual, sí señor, donde los lavaderos, en el pueblo del Bisa. O sea, a raíz de la boda del Parmenio Marrero, yo la hablé a la Candi de Prádanos, ¿comprende? Que la dije la verdad, que era un pueblo en ruinas pero que debió de vivir gente de fuste allí, en tiempos, claro. O sea, que tenía palacios con escudos y arcos en las puertas y una ermita de mucho mérito.

DR.– ¿Hay una iglesia interesante en Prádanos?

P.P.– Qué hacer, doctor, monumento nacional. Lo malo es que no haya una mala trocha para subir donde ella, ¿entiende? Que el obispo y los americanos esos anduvieron de picadillo, a ver quién se la

llevaba, pero, al cabo, allí se quedó. Ya ve usted por dónde iban a bajarla.

DR.– Bueno, dime, ¿le agradó a la Candi la idea de veros en Prádanos?

P.P.– Natural, oiga. Que, a su decir, de chavala anduvo en subir a Prádanos docenas de veces y, por lo que fuera, nunca se le logró. Así que, a la tarde, agarramos la trocha de Fuentefierro, atravesamos el monte y a las dos horas andábamos en el pueblo.

DR.– ¿Qué impresión la hizo?

P.P.– ¿A la Candi? Buena, oiga. De primeras, se quedó como sin habla, que todo la chocaba, las casas vacías, con los escudos, las camberas recubiertas de madreselvas, la ermita y el cementerio, oiga, que de las ortigas, ni se veía una cruz. Pero, por mayor, doctor, el silencio, ya ve, que si quita los tábanos y las ruciniegas, que zumbaban, y un mirlo de cuando en cuando, no se sentía un ruido allí. Ya le digo, doctor, que caminar por las camberas aquellas, entre las ruinas, era totalmente como entrar en una iglesia, del respeto, ¿sabe?

DR.– Bueno, dime, una vez allí ¿qué hicisteis?

P.P.– Aguarde, doctor, o sea, luego de mirar arriba y abajo, nos llegamos a la plaza del pilón, un abrevadero, ¿sabe?, que allí nos sentamos, a la sombra de una acacia, frente por frente del Palacio, que la Candi no le quitaba ojo, ¿entiende?, o sea, miraba los tres escudos y las balconadas de hierro, y lo que son las cosas, oiga, un chusco había metido dos hornillos en la ventana, ve qué idea, que hoy día parece que lo que no es provechoso, no cuenta. Bueno, conque allí sentados, orilla el abrevadero, que hacía un sol de justicia, dejamos pasar el tiempo, y un grillo dale, tal que así, doctor, al pie nuestro, que gracias a él se conocía el silencio, ya ve qué cosas, que para mí un pueblo sin gritos de chavales ni ladridos de perros, ni es pueblo ni cosa que se le parezca.

DR.– Está bien visto, Pacífico.

P.P.– Pues eso, oiga, nada, sólo el grillo, que ni al mirlo se le sentía ya. Y la Candi venga de mirar, que la cogió modorra con el Palacio, que así, en un esquinazo, las piedras se habían venido abajo, ¿entiende?, o sea, asomaba una escalera angosta, de caracol que dicen, y ella empezó a restregarse los ojos, oiga, como si soñara, ¿sabe? Con que se puso de pies, se arrimó allí y, luego, volvió orilla mía, y va y me dice: ¡joder, qué maravilla, chico!

DR.– ¿También decía eso, Pacífico?

P.P.– Qué hacer, doctor. Ella decía de todo, que hablaba peor que un carretero, se lo digo yo, que me pongo a mirar y no hay mala palabra que no se la ocurriera. Y como las soltaba así, ¿comprende?, con el cigarro en la boca y entrecerrando los ojos, imponía, la verdad. Que

dice usted de enfadarse. De eso nada, ya ve. ¡Pero si, inclusive cuando se ponía cariñosa, no sabía orillarlas!

DR.– ¿Cuáles, Pacífico?

P.P.– Cuáles van a ser, doctor, las malas palabras.

DR.– ¿Por qué te ríes, Pacífico? ¿Puede saberse en qué estás pensando?

P.P.– Boberías, doctor, no me haga caso.

DR.– Pero en algo pensabas, ¿no?

P.P.– Bueno, o sea, me recordaba, que ella, conforme andábamos así, por un decir, engolosinados, me decía putito, gilipollas y mi inmaduro cabroncete, ya ve que retahíla.

DR.– ¡Válgame Dios! Y tú ¿qué hacías?

P.P.– En esos momentos, nada, ya ve, reír y darme el lote. O sea, si lo que quiere usted saber es si la regañaba, de eso, nada, doctor. Yo iba tras lo que iba, ¿no? Y después de todo, ella jugaba con las cartas boca arriba, ¿entiende?, que, por un ejemplo, conforme a sus planes, todo el que tuviera que ver con ella, ya sabía que iba para cabrón, y que Dios Padre me perdone.

DR.– Pues ¿cuáles eran sus planes, Pacífico, si no es indiscreción?

P.P.– Ande, ¿por qué ha de serlo? La Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina y fundar una escuela, ¿se da cuenta? Que la comunidad, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?, o sea, sin escrúpulos. De forma que cada chavala pudiera estar con todos los hombres y viceversa, oiga, todas las combinaciones, sin que nadie tuviera derecho a cabrearse. Por lo demás, lo que ella decía, todos arrimarían el hombro y comerían de los frutos de la tierra. No sé si me explico, oiga.

DR.– Está claro, Pacífico. ¿Y dónde pretendía establecer esa comunidad?

P.P.– Eso sí que no lo sé, oiga, que nunca lo dijo. Pero a lo que iba, doctor, si la Candi pensaba así, todo el que tuviera que ver con ella, más pronto o más tarde terminaría con los cuernos, ¿no? De forma que la comunidad esa, o como se llame, era una fábrica de cabritos, que ella no engañaba a nadie o engañaba a todos, según. Pero por lo que a mí respecta, oiga, tampoco llevaba razón en ofenderme si me decía cabroncete, ¿no me comprende?

DR.– Comprendo tu razonamiento, Pacífico. Pero oye una cosa: antes me dijiste que la Candi «en principio» pensaba eso, ¿quieres decir que luego cambió de opinión?

P.P.– Bueno, ella era un poco veleta en este punto, doctor. Y si hoy decía blanco, mañana decía negro, no podía uno fiarse. Que, por un ejemplo, algunos días, así que andábamos más encendidos, ella me

decía: tú y yo, putito, nos iremos juntos muy lejos en busca de una sociedad más pura. O sea, ella tenía la pichicharra de que al mundo lo escachaba el progreso, ¿entiende?

DR.– ¿Y nunca te dijo la Candi adónde pensaba llevarte?

P.P.– Tampoco determinaba, no señor. O sea, era un poco veleta la Candi, ya le digo, que lo mismo mentaba al Asia que al África, según la viniera a pelo. Pero lo que se dice determinar, nunca determinaba.

DR.– Está bien. Perdona, Pacífico. Estábamos en Prádanos mirando la escalera de caracol, ¿recuerdas?, y la Candi se acercó a ti y te dijo: ¡Joder, qué maravilla! ¿Qué sucedió después?

P.P.– Lo dijo más veces, oiga.

DR.– ¿Dijo más veces ¡joder, qué maravilla!?

P.P.– Muchas veces, doctor, todo el tiempo. Que miraba los huertecitos malrotados por las zarzamoras y las salgueras, y lo decía. O metía las muñecas en el agua del abrevadero, y lo decía. O miraba la placa donde decía «Calle Mayor» y volvía a decirlo. O se quedaba un rato callada, escuchando el silencio, y la misma, doctor, ¡joder, qué maravilla! Que todo era maravilla para ella, como yo digo, oiga, por demás.

DR.– Pero, por lo que dices, parecía una muchacha sensible, Pacífico, a pesar de sus expresiones.

P.P.– Ande, ¿le he dicho yo lo contrario?

DR.– No, por supuesto, discúlpame. Continúa.

P.P.– Bueno, doctor, el caso es que hacía bochorno allí aquella tarde, en Prádanos, ¿sabe?, y el sol picaba lo suyo. Y, en éstas, luego de andar de acá para allá como dominguillos, fue ella y, sin saber por qué ni por qué no, se sacó la blusa por la cabeza, luego se quitó los pantalones, y se quedó en cueros vivos, oiga, lo único, los playeros, que no vea carnes más ricas, prietas y blancas, como las de las reinetas. Que a mí, a ver, la cabeza se me trascordó, lógico, allí la vería, de puntillas entre las ruinas, los brazos en cruz, como si tal cosa, oiga, que va y me dice: así hemos de volver a vivir, Pacífico, como Adán y Eva en el Paraíso, ¡desnúdate!

DR.– ¡Qué fogosidad! ¿Sin más preámbulos?

P.P.– Nada, oiga. Y con todo el imperio, ¿entiende?, que ella las gastaba así. Y de que yo me arrimé a una zarza, por vergüenza, a ver, ella, a voces, riendo, ¡un esclavo de las convenciones sociales, putito, eso es lo que tú eres!, ¿se da cuenta?

DR.– Pero obedeciste.

P.P.– ¡Cómo se lo diría yo! Pero no vea las calamidades con la faja, oiga, que si no me daba diez vueltas no me daba ninguna. ¡Dichosa faja! Y, luego, para esconderla en el zarzal.

DR.– ¿Y te quedaste desnudo?

P.P.– Aguarde, oiga, me saqué los pantalones y la camisa. Que un servidor, ya usted lo habrá advertido, siempre ha sido un poco pechiliebre, o sea, la espina me arma tal que así, entre las tetillas, como una punta, ¿no?, de forma que me dejé la elástica y los calzoncillos. Que no vea la Candi, oiga, así que me vio, nunca podrás liberarte de tus estrechas estructuras mentales, grandísimo gilipollas. A guasearse, ¿entiende? Pero yo ya andaba encendido, doctor, y me arranqué tras ella y conforme llegamos al pilón, ella se metió dentro, ¿comprende?, y me salpicaba, y a reír, que el agua la escurría por la canal de los pechos, ¿sabe?, y yo me ponía loco, natural, pero así que intenté arrimarme, ella brincó una tapia, y yo detrás, ¿entiende?, que yo creo que ni las manos puse, oiga. Conque ella brincó la tapia del otro lado, de la parte del huerto, y la emprendió a correr cambera abajo, ¿se da cuenta?, y reía, que no paraba de reír, que el eco del monte repetía su risa y era aún peor, doctor, que yo, ¡aguarda, Candi!, y ella a reír, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, me voceaba, y reía, no vea usted qué risas, que me descomponía, oiga, que yo ni la veía ya, que iba ciego, al bulto, como suele decirse, ¿entiende? Pero que si quieres, oiga, así anduvimos, brincando tapias y corriendo entre las ruinas, qué sé yo el tiempo, que yo, ¡aguarda, Candi!, que ni la voz me parecía mía, ya ve usted, de lo ronca, y ella, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, y la risa, y el eco, ¿se da cuenta? Aquello era para volverse loco, doctor, como un mal sueño, o sea, bueno, de los de lo verás pero no lo catarás, para que me entienda. Que, en éstas, apareció encima una tapia, la Candi, digo, con una vara de fresno en la mano, toda desnuda, imagine, tan viva, o sea, entre las cosas muertas, oiga, que yo, ¡aguarda, Candi!, a voces, casi lloraba. Y otra vez a la carrera, oiga, por las callejas de guijos, o en la plaza, dando vuelta a las acacias, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, ¿se da cuenta?, como quien dice, jugando al escondite. Pero ella resollaba ya, doctor, y yo, para qué voy a decirle, ni podía con mi alma, que ésa es otra. Y, en éstas, la Candi brincó sobre las ruinas del Palacio y la emprendió escalera de caracol arriba y yo detrás, doctor, ciego, natural, y, conforme alcanzamos la salona, donde el balcón de los hornillos, allá vería, toda desvencijada, se arrancó una torcaz con un aleteo del demonio, y ella se asustó, o sea, se volvió, y entonces la atrapé, ¿entiende?, que ella reía, y resollaba, que ni hablar podía, y allí mismo, doctor, entre la palomina y las telarañas... pues eso.

DR.– ¡Vaya, hijo! Sí que fue una conquista laboriosa.

P.P.– Calcule.

DR.– ¿Y cambiaron algo las cosas con la posesión?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Quiero decir que si después de lo de la salona continuaron las cosas como estaban.

P.P.– Más o menos, doctor. La Candi era así. Ella siempre decía, hay que volver a los placeres sencillos, ¿se da cuenta?

DR.– ¡Caramba, no tan sencillos, Pacífico!

P.P.– Bueno, oiga, eso según se mire, ¿no?

DR.– Eso creo yo, hijo. Y dime, después de apagar tu fiebre, ¿no consideraste el problema con mayor serenidad?

P.P.– Pues mire, por mayor, así que acabamos, nos acodamos los dos, uno orilla del otro, en el balcón, cara al cerro Las Lástimas, al pie de la peña Aquilina, ¿se da cuenta? Y ella miraba los montes azules, o los vencejos alrededor de la torre la iglesia, o las hazas amarillas entre las hayas, o las ruinas al pie y, al cabo, me daba de codo y me decía: Esto es paz, putito, y lo demás son leches.

DR.– Cada vez me sorprende más, hijo, la sensibilidad de la Candi para la belleza y su grosera manera de expresarla. ¿No crees tú que la Candi se falseaba, quiero decir, que se esforzaba por aparentar algo distinto de lo que era?

P.P.– A saber, doctor.

DR.– Está bien, Pacífico. ¿Qué le dijiste tú?

P.P.– A decir verdad, yo no estaba para mirar la paz ni para mirar nada ¿entiende? O sea, que entre la ventana y el hueco la escalera se armaba una corriente del demonio y yo notaba el vientre y echaba en falta la faja ¿sabe? Pero candé el pico, a ver, cualquiera. De forma que allá anduvimos, al relente, hasta que cayó el sol. Que luego, cuando bajamos, yo no podía con los pinchazos, oiga, pero ni andar, como se lo digo. Y, en éstas, según íbamos por la cambera, entre dos luces, fue ella y me dijo, un momento, y sin más, doctor, o sea, orilla mía, se acuclilló y se puso a orinar, que yo, ni palabra, natural, pero debí arrugar el morro, el caso es que ella, conforme se levantaba, me dijo: Esconderse para satisfacer una necesidad natural es un repugnante prejuicio pequeño-burgués. Y con esta historia, oiga, así que la apretaba una necesidad, se acuclillaba y hala, como si nada, como si yo no estuviera presente, ¿comprende?

DR.– Y a ti te desagradaba, claro.

P.P.– Hombre, mire, uno no está enseñado a esas cosas.

DR.– Está bien, Pacífico. Supongo que después de la experiencia inicial, volveríais por Prádanos a menudo.

P.P.– A decir verdad, cada tarde, doctor. O sea, apenas comidos, arriba, ¿entiende? Y allí nos quedábamos hasta las tantas.

DR.– ¿Y repetía cada tarde el juego del primer día?

P.P.– ¡Quia, no señor!, cambiaba. Con la Candi siempre salía algún quehacer, ¿entiende? Que lo mismo tomábamos el sol, que registrábamos la escuela o los arcones de Palacio, según. Y, por un ejemplo, si nos metíamos en la escuela, la echábamos larga, que ella a

curiosear los cuadernos de los chavales, o sea, las cartas que escribían a sus padres, de hace qué sé yo el tiempo, ¿comprende?, que lo mismo se habían largado a la capital que a Bilbao o a Alemania, ¿se da cuenta? Y si en Palacio, tal cual, oiga, que ella con todo daba, que no dejaba títere en su sitio, como suele decirse.

DR.– Pero ¿forzabais las puertas?

P.P.– No señor, allí, de diez años a esta parte, todo está abierto. En Prádanos no hay ladrones, oiga. Ya ve la misma iglesia, pues de par en par. Que me recuerdo una tarde, debajo la torre de las campanas, donde el reloj, ¿sabe usted con lo que fuimos a dar?

DR.– ¿Con qué, Pacífico?

P.P.– Con las andas, ya ve.

DR.– ¿Qué andas?

P.P.– Pues ¿qué andas han de ser?, las del ataúd, mire. Donde entierran en los pueblos a los muertos.

DR.– Pero ¿es que a todos los entierran en el mismo ataúd?

P.P.– Aguarde, oiga, los llevan al camposanto en ese ataúd, ¿comprende? Una vez en el camposanto, los sacan, los echan en la hoya y a otra cosa.

DR.– Pero ¿quieres decir que a los muertos los enterraban sin caja?

P.P.– Ande, a ver, pues ¿qué se ha creído usted que es la vida de los pueblos?

DR.– Bueno, sigue, hijo, sigue.

P.P.– Con que dimos con las andas en una habitación llena de telarañas y nidos de golondrina, ¿sabe? Y allí vería a la Candi, oiga, ¿no habrá un muerto dentro?, que yo, ¿de qué?, mira, y quité la tapa, ¿entiende? Y de un lado, decía, verá, decía: «Y aquí acaba el placer de los injustos». Y la Candi a reír, por no variar, y de los justos, mira tú, que yo la dije, ¿es que no crees en la otra vida?, y ella venga de reír, putito, yo no creo más que en lo que veo, ¿se da cuenta?

DR.– Es perfectamente consecuente con su manera de ser, Pacífico.

P.P.– Lo será, doctor, yo en eso no me meto.

DR.– Pero dime, ¿es que después del primer día, vuestras visitas a Prádanos no tenían más que una finalidad, digamos, arqueológica?

P.P.– A saber con qué se come eso, doctor.

DR.– Entiéndeme, Pacífico, te pregunto si os pasabais las tardes descubriendo reliquias o hacíais algo más.

P.P.– ¡Qué cosas tiene, doctor! Claro que lo hacíamos, todo, natural, pues a eso subíamos. Lo que pasa es que la Candi, en este sentido, siempre andaba tramando algo.

DR.– Pero tramando, ¿qué?

P.P.– Ande, según, doctor. Ella era caprichosa para estas cosas, oiga, o sea, lo mismo agarraba un sombrero de segador o unas albarcas y

aparecía, de repente, en pelotas en un balcón con ellos puestos, ¿entiende? Que, por un ejemplo, no se me olvidará la tarde que sacó de Palacio una capa, negra de un lado y roja del otro, toda apolillada, y arrancó a correr cambera abajo, con ella en los hombros, la capa, digo, ¿comprende? Que, conforme corría, enseñaba las cachas, primero la una y luego la otra, ¿se da cuenta? Y a mí estas cosas, doctor, no sé si porque era nuevo o qué, me ponían loco, la verdad.

DR.– ¿Y os reuníais siempre en la salona del Palacio?

P.P.– Ni por pienso, oiga, ¡buena era ella! O sea, cada día en un sitio. La Candi era muy libertina, doctor, que siempre andaba con la pichicharra de que había que buscar sensaciones nuevas.

DR.– ¿Eso decía? ¿Y las buscaba?

P.P.– ¡Cómo se lo diría yo! ¿A que no adivina lo que se la alcanzó una tarde que se conoce que me vio más encendido que de costumbre?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– Tumbarse en un mato de ortigas, tal como lo oye, doctor. Que se retorcía como una culebra, natural, de los picores. Y, vamos, putito, no me desaires, decía, que yo, calcule, ciego, a ver, al mismo infierno hubiera bajado.

DR.– ¡Qué barbaridad!

P.P.– Pero siempre, oiga, no crea que una vez ni dos. Que otro día, me recuerdo, en una zarzamora, hágase cargo, que salimos hechos unos harneros. Y yo, todavía, con la elástica, pero imagine ella, en cueros, con las carnes tan tiernas que tenía.

DR.– Pero esa mujer era una masoquista, Pacífico.

P.P.– ¡Qué sé yo lo que sería, doctor! Ansiosa, desde luego, sobre este particular, un rato largo. Pero ella decía que tenía la obligación moral de liberarme.

DR.– ¿Es posible que hablara de obligaciones morales?

P.P.– ¡Ande! ¿Pues qué se figura? Ella, a su decir, hacía estas cosas para liberarme, ¿entiende? Pero a mí no me la daba, que la gustaba eso más que comer con los dedos. Y el caso es que yo pensaba para entre mí: ya se cansará de inventar, pero ¡que se lo ha creído usted! O sea, después de las ortigas, y la zarzamora, y las gallogas de la cerviguera y todo lo habido y por haber, ¿qué dirá que se la alcanzó?

DR.– Tú dirás, Pacífico.

P.P.– Acostarnos en el ataúd de las andas, imagine.

DR.– ¿Es posible?

P.P.– ¿Que si es posible, dice? Eso es tan cierto, doctor, como la luz bendita. Que no vea las calamidades que pasamos. Una penitencia, oiga, tan angosto. Y la Candi, putito, gocemos del placer de los injustos, ¿se da cuenta? Y, mal que bien, nos arreglamos.

DR.– Pero me resulta inadmisible, Pacífico, que tú te avinieras a

complacerla en todos sus caprichos, por irreverentes que fueran.

P.P.– ¡Ande y qué remedio! Aquella mujer me tenía encoñado, doctor. Ésa es la derecha.

DR.– Y tú ¿no sentías miedo o remordimientos de tamaño desorden?

P.P.– A ratos, sí, doctor, luego, cuando bajábamos.

DR.– Es decir, que tenías conciencia del exceso.

P.P.– Sí señor, aquello era por demás.

DR.– ¿Experimentabas hastío tal vez?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, según bajaba me sentía como quebrantado, ¿entiende?, como con mugre. Que siempre la misma, o sea, me decía para entre mí, no vuelvo con ella. Inclusive una noche, me llegué donde don Prócoro a confesarme, ¿se da cuenta? Y allí mismo, en la rectoría, le empecé a contar. Y no lo querrá usted creer, pero conforme me desahogaba, me sentía mejor. Y él, don Prócoro, digo, tan asustado estaba, que en una de ésas se llevó los dedos a los ojos para mirarme, y lo que yo le dije, si abre usted los ojos, cando yo el pico. Que él, muy prudente, se quedó con los ojos cerrados hasta el final.

DR.– ¿Y dejaste, a partir de ahí, a la Candi?

P.P.– No pude, oiga. Fue verla al día siguiente, y a Prádanos otra vez. Pero ciego, ¿entiende?

DR.– ¿No volviste a ver a don Prócoro?

P.P.– Tres días más tarde, doctor, o sea, a la noche.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– Pues me recuerdo que me dijo que mi arrepentimiento sin propósito de enmienda no tenía ningún valor, ya sabe.

DR.– ¿Y es que tú no lo tenías?

P.P.– ¿Propósito de enmienda, dice? ¡Claro que lo tenía, doctor, cada noche! Pero, a la mañana, ver a la Candi y perderlo era todo uno.

DR.– Y después de estar con ella, volvías a experimentar conciencia de pecado, ¿no es así?

P.P.– Así es, talmente, como usted dice.

DR.– Y la Candi, ¿le dijiste algo a la Candi de tus entrevistas con don Prócoro?

P.P.– Ni palabra, oiga, buena era. Dese cuenta la que hubiera preparado si voy y la digo: Don Prócoro me libera más que tú, ¿se da cuenta? Yo no podía decirla una cosa así, compréndalo. Lo mismo me saca los ojos.

DR.– Me hago cargo, hijo, pero volvamos al asunto. Aparte de registrar arcones y de quereros, ¿qué hacíais en Prádanos, un pueblo abandonado, un día tras otro?

P.P.– Ande, cosas, nunca faltaba qué hacer, no crea. Ella estaba por

los placeres sencillos, ¿entiende? Y mirábamos nidos tardíos o cogíamos flores o espliego, que me recuerdo que ella se ponía una ramita en el pelo, de espliego, digo. Y, si andábamos en trance, otras dos en los sobacos y otra, tal que así, en la canal de los pechos, ¿sabe? ¡Qué sé yo! No faltaban entretenimientos, ya ve, que algunas tardes la Candi subía una pelota y jugábamos al tepeté en el ábside de la iglesia.

DR.– ¿Qué es eso del tepeté, Pacífico?

P.P.– Tontunas, doctor, un juego de chavales.

DR.– ¿En qué consiste?

P.P.– Pues, mire, en realidad, nada, doctor. O sea, coge usted la pelota y la tira contra la pared, ¿se da cuenta? Conque, así que bota, la vuelve usted a coger y va diciendo:

A la una,
sin hablar,
sin reír,
sin mover,
con un pie,
con otro pie,
con una mano,
con la otra mano.
Al tepeté,
atrás y adelante,
a la redondita,
¡y mi abuelita!

Tontunas, ya ve, para pasar el rato, que conforme bota la pelota en la pared, digo, uno calla la boca si es sin hablar, o se pone serio, si es sin reír, o a pipiricojo, si es con un pie, y si no obedece pierde, ¿entiende? Ya sabe, tontunas.

DR.– ¿Y siempre jugabais a lo mismo?

P.P.– ¡Quia!, no señor. Otros días jugábamos a la tanga, o saltábamos a la comba. Pero, mayormente, comíamos piñones tostados, tumbados al sol, en la pradera, mientras platicábamos, o sea, abriéndoles con una navaja.

DR.– ¿De qué platicabais, Pacífico?

P.P.– Ande, pues de las cosas; de la vida y así.

DR.– Pero, concretamente, ¿cuáles solían ser vuestros temas de conversación?

P.P.– Pues no sé, oiga. De los prejuicios sí me recuerdo que hablábamos a menudo. Que los prejuicios la traían a ella a mal traer, esto es cierto. Que me recuerdo que me decía todo el tiempo: No hay tipos con más prejuicios a cuestas que mi padre y mi hermano

Teotista.

DR.– Así es que acusaba a su familia de retrógrada.

P.P.– Bueno, yo no he dicho tal, doctor. Si es caso al Teotista sí le tenía entre ceja y ceja.

DR.– ¿Qué decía del Teotista?

P.P.– Decía, verá, decía: fíjate si será bestia el Teotista que si un día nos pillara así, sería capaz de matarte.

DR.– A ver, a ver, esto es importante, Pacífico, ¿te anunció la Candi que su hermano sería capaz de matarte si te sorprendía con ella?

P.P.– ¿Anunciarlo, dice?, tampoco se ponga usted así. Ella dijo eso, como decía otras cosas, como decía, por un ejemplo, que el mejor hombre de más de cuarenta debería estar ahorcado.

DR.– No confiaba en la madurez, vamos.

P.P.– Bueno, eso era para ella lo peor de lo peor, para que me entienda. O sea, la Candi decía que mientras no desaparecieran los viejos hijos de puta, y Dios Padre me perdone, el mundo no tendría arreglo.

DR.– Y los viejos hijos de puta, ¿eran los de cuarenta?

P.P.– De ahí para arriba, doctor.

DR.– Estamos apañados. ¿Y en qué sentido quería arreglar el mundo la Candi, Pacífico? ¿Qué piensas tú de ello?

P.P.– En todos, oiga; por mayor, en todos, así como suena. O sea, empezando por el asunto de la jodienda, eso lo primero, ¿entiende? Mire, a ella, a la Candi, digo, la renegaba ser mujer. A ver si me explico, no es que la renegase ser mujer, sino que las mujeres, como ella decía, fueran un cero a la izquierda, ¿entiende?

DR.– Perfectamente, Pacífico.

P.P.– Bueno, pues eso. Entonces ella decía que, durante miles y millones de años, las mujeres, ni contar con ellas, ¿sabe?, o sea, de esclavas del hombre. Que el hombre, firmando un papel, tate, ya tenía una esclava, ¿se da cuenta? Y el hombre, para que me entienda, se aprovechaba de ella, pero no en el sentido de meterla mano, entiéndame, que no era ése el caso, al contrario, o sea que el hombre, a cambio de darla de comer, tenía madre, querida y criada, todo en una pieza, ¿comprende?

DR.– Eso pensaba, ¿eh? ¿Y a quién atribuía esa situación?

P.P.– Ande, pues a los mayores de cuarenta, y a los curas, y a la sociedad. A todos.

DR.– La Candi, con toda seguridad, aludiría a la mujer-objeto, ¿no?

P.P.– Talmente, sí señor, así decía, la mujer-objeto y... aguarde, su función cofisi... cofisi... si lo diré.

DR.– ¿Cosificadora?

P.P.– Eso es, cosificadora, tal cual, doctor.

DR.– Está bien, Pacífico. Y tú ¿argumentabas algo tú? ¿La hacías alguna observación?

P.P.– A mayores, no señor, ya ve qué le iba a decir un pelado como yo. Lo único, oiga, cuando decía eso, o sea, lo de la mujer-objeto, yo la miraba para las uñas pintadas de azul, y pensaba para entre mí, pues ella se pinta como los objetos, ¿entiende? Pero no decía nada, no señor, menuda, ella era gustosa de ser diferente de los demás.

DR.– ¿Por lo que pensaba?

P.P.– Por lo que pensaba y por lo que decía, oiga. Que me recuerdo, una mañana, paseando orilla del Embustes, se quedó tal que así, mirando para el Hibernizo, agarrotado, ya ve, entre todos los manzanos cargados de fruto, y va y me dice: Yo quiero hacer lo que ese árbol; lo contrario de lo que hacen los demás. O sea, más claro, agua, doctor.

DR.– Hay un punto que me interesa especialmente, Pacífico. A lo largo de tus relaciones con la Candi, salvo en el aspecto sexual, observo en ti una actividad receptiva, de pura sumisión. No la regañas, no la contrarías, no muestras iniciativas, callas. ¿Es que nunca aspiraste a liberarte de su tutela, Pacífico? ¿Te agradaba sentirte dominado, o, por el contrario, intentaste alguna vez establecer tus relaciones con la Candi en un plano de igualdad?

P.P.– A qué ton, doctor. Ella me tenía encoñado, ya se lo he dicho.

DR.– Está bien, Pacífico, eso ya lo sé; eso es evidente. Pero me refiero a un terreno teórico, o dialéctico, o como lo quieras llamar. Pongo por caso, ¿nunca se te ocurrió a ti, a la vista de su mala lengua, soltar una palabrota más gruesa que las suyas, sencillamente para tomarle la delantera o, digamos, para achicarla?

P.P.– Hablando en plata, doctor, más gordas no creo que las hubiera en el diccionario, eso para empezar. Pero ahora que lo dice, sí me recuerdo una vez, a poco de conocernos, solté un pecado, ¿sabe?, uno por mayor pero me salió con poco brío, ¿sabe?, la falta de costumbre, como sin ganas, y no acabé de decirlo, oiga, y ya estaba ella riendo, que es mejor que no digas esas cosas, putito, que no sabes, que te caen lo mismo que a un Cristo un par de pistolas, ¿comprende? Y una y no más, doctor, que a raíz de aquello candé el pico, a ver, por la cuenta que me tenía.

DR.– Y, palabras aparte, ¿no montaste nunca un número de fuerza o de destreza, con ánimo de deslumbrarla, de afirmar tu personalidad, de decir «aquí estoy yo»?

P.P.– Por mayor, no me recuerdo, doctor, como no fuera lo de los hornillos de Palacio.

DR.– ¿Qué fue eso?

P.P.– Nada de particular, mire, que un día me dio por ahí, agarré una

escalera, y medio en cueros como estaba, caté uno, un hornillo, digo. Pero no fue por envalentonarme, oiga, fue por curiosidad, que haría a poco diez años que no se miraban aquellos hornillos, hágase cuenta.

DR.– ¿Y cómo reaccionó la Candi?

P.P.– Pues ahora que lo pienso, oiga, sí la picó el amor propio, tiene usted razón. O sea, conforme bajé con el panal, ella me dijo, ¿es que no muerden esos bichos, tú?, que yo, la verdad, doctor, a lo que estaba enseñado, a ver, cuanto más desamparado vayas, mejor, Candi, ¿entiende? Y fue ella, entonces, y se subió donde el otro hornillo, pero en pelotas, oiga, por mayor con unas ligas verdes que había agarrado donde la maestra, orilla la escuela. Y yo no sé qué maña se dio, doctor, que no había arrimado la mano al aviadero y ya la habían mordido dos, una en cada pezón, que también es casualidad, que ni de encargo, como yo digo.

DR.– Pero eso la imbuiría un respeto, una cierta admiración hacia ti, ¿no?

P.P.– ¡Que se ha creído usted eso, doctor!, menuda. No quiera saber cómo se puso, la de blasfemias y palabrotas, que a mí, a ver, de hijoputa para arriba; que no había por dónde cogerme, oiga. O sea, lo de ponerme moños, nada. Al contrario, si me apura. Que yo empecé con remedios y contemplaciones y fue peor.

DR.– No comprendo tu actitud, sinceramente, Pacífico.

P.P.– Pues, compréndala, oiga. Yo lo que no quería era que la Candi se cabrease, pero por nada del mundo, ¿sabe? Que a mí aquella mujer, por las artes que fuese, que yo en eso no me meto, me tenía encoñado, doctor, y yo, sin ella, no era nada, un trapo, como quien dice. Y ya es sabido que si uno necesita de otro, el otro abusa, natural, es ley de vida, o sea, se aprovecha. Y a la Candi, a ver, oiga, no había quién la sacara de la cabeza que me había liberado y que yo la pagaba de esas maneras, o sea, con las abejas.

DR.– ¿Pero ella decía siempre que te había liberado por el sexo?

P.P.– Por el sexo, tal cual, sí señor, eso decía. Que yo, agradecido, natural.

DR.– Y tú ¿crees de verdad que ella te liberó?

P.P.– Ése es otro cantar, mire. Porque yo, qué quiere que le diga, desde la boda del Parmenio Marrero, ni una a derechas, que no pensaba más que en la hora de juntarnos, ésa es la verdad, o sea, en hacerlo, que ni me recordaba de las colmenas, ni del gallinero, ni de nada de nada.

DR.– Es cierto, Pacífico, ¿quién atendía el gallinero en esa época?

P.P.– El Emigdio, mire, quién iba a ser, mi futuro cuñado. Por aquellos entonces, la Corina y él habían formalizado y él bajaba de Quintana cada tarde. Un buen rapaz el Emigdio ese, ya ve, que

conforme era la Corina de calentona, de no ser por él, la cosa hubiera acabado en una barriga, eso fijo. Pero él, el Emigdio, digo, la respetaba, y ¿sabe usted por qué?

DR.– ¿Por qué, Pacífico?

P.P.– Pues, mire, en primer lugar porque era una persona decente y, en segundo, porque tenía la cabeza en otra cosa.

DR.– ¿Rendía cuentas directamente a tu padre?

P.P.– Quia, no señor, me las rendía a mí. Y luego iba yo y se las rendía a Padre. Pero como Padre andaba afanado con los roturos de los altos, ni se enteraba, o sea, sólo las cuentas. Y como las cuentas marchaban, pues ve ahí, Padre como unas pascuas. Lo único, la avaricia, ya ve, que a cada rato me decía: Pacífico, aviva, esto del gallinero puede ser una mina, ¿comprende?

DR.– Le vencía la codicia, vamos.

P.P.– Como a cada quien, doctor, ni más ni menos, que yo me pienso que tocante a este punto todos somos parejos. Ve, ahí tiene usted a la Candi, distinta de los demás, me río yo, ¿qué pasó la tarde que subimos a los lavaderos?

DR.– ¿Qué pasó, Pacífico?

P.P.– Los lavaderos de oro, digo, orilla la Peña Aquilina.

DR.– Sí, ya sé, hijo. Pero ¿qué es lo que pasó?

P.P.– Lo de siempre, por no variar, mire. Yo le hablé a la Candi una tarde de los lavaderos, ¿entiende?, de que los cárcavos de la Peña Aquilina arrastraban el agua de los deshielos y en la Mesa del Brezo armaban el arroyo Alija, ¿no? Bueno, pues la dije eso y que en el arroyo, de la parte la Mesa, aparecieron pepitas de oro hace qué sé yo el tiempo, cuando el Bisa era chaval, y que todavía andaban en pie los lavaderos y las artesas, ¿se da cuenta? Bien, pues a la Candi la faltó tiempo, que a subir. Y allí nos vería monte arriba, un julio, a unas cinco de la tarde, que se le hacían a uno los sesos agua, doctor. Conque, así que la Candi se puso a mirar las artesas y los cendales, para cribar el mineral, que hágase usted cuenta cómo estarían, de la herrumbre, digo, yo metí los pies en el arroyo y me puse a levantar cantos, ¿entiende?, o sea, por ver si agarraba algún cangrejo. Y, andaba en éstas, oiga, y una cosa que brilla, muy chica, que no abultaría lo que una lenteja, doctor, no era mayor, y ¡una pepita!, voceé. Conque allí vería a la Candi, el brinco que pegó, ¡es mía!, que yo no dije lo contrario, oiga, pero se vino a mí como una furia y me zamarreó, que yo pensé para entre mí que era cosa de juego, a ver, y la apuñé, la pepita, digo, y no te la doy, que ella, ¡es mía, es mía!, ni hablar me dejaba. Oiga, y qué a pechos no se lo tomaría, que serían los nervios, de otro modo no se explica, que ¡dámela o te pego una hostia!, así, por dos veces, que yo, toma, guárdatela, a ver, ya ve qué

me iba ni qué me venía, natural, se la di. Pero que no me esperaba yo una cosa así de la Candi, se lo digo como lo siento. ¿Y querrá usted creer, doctor, que a raíz de la pepita ni una sola tarde dejamos de subir a los lavaderos?

DR.– ¿A buscar oro?

P.P.– ¡De qué, doctor, si allí no había más que guijos!

DR.– ¿Qué hacíais entonces?

P.P.– Ella sí, doctor. Ella removió la cascajera de arriba abajo, no vea qué afán. Que de la punta la Peña Aquilina a los lavaderos no dejó un canto en su sitio, como lo oye, que yo, ya ve qué plan, me tumbaba orilla un cobertizo, y a aguardar a que se cansara.

DR.– ¿Y encontró algo?

P.P.– Pero qué iba a encontrar, oiga, si no las había.

DR.– ¿Se disgustó la Candi por su fracaso?

P.P.– Mire usted, la Candi, para esas fechas, ya no estaba a lo que estaba, ¿entiende? O sea, andaba como rara, que las yerbas esas no podían hacerla bien.

DR.– ¿Qué yerbas?

P.P.– Las que fumaba, mire.

DR.– Pero ¿es que fumaba yerbas la Candi?

P.P.– Mediado el verano la dio por ahí, ya ve.

DR.– Pero ¿qué yerbas eran ésas?

P.P.– Pues unas yerbas silvestres, que se criaban donde los farallones de la Peña, ¿sabe?, entre las grietas, en el mismo mantillo. Pero no se piense que las descubrió ella. Esas yerbas, para que lo sepa, se usaban en mi pueblo desde tiempo, desde que yo era chaval, como remedio para el dolor de muelas, ¿entiende? Que la señora Dictrinia preparaba una cocción y nos hacía enjuagar la boca con ella, pero siempre nos advertía lo mismo: no lo tragues, majo, que te puede hacer mal, escupe. ¿Se da cuenta?

DR.– ¿Y cómo le dio a la Candi por fumarlas?

P.P.– Mire usted, la Candi, por mayor, ya conocía las propiedades de las yerbas esas. Pero, un día, subiendo a los farallones, agarró una brazada y allí en Prádanos, en la ventana la escuela, las puso a secar. Conque, una semana después, la vi que tiraba de papel y liaba un pito que no vea soltura, oiga, y yo, ¿qué fumas ahí?, que ella, de costumbre fumaba de negro, liado, ¿sabe?, que a días no la bastaba con dos paquetes. Bueno, conque me mira tal que así, y son las yerbas de la Peña, por probar, que yo, a ver si te hacen mal, y ella, a reír, no mires tanto por la vida, Pacífico, ¿se da cuenta? Y así empezó, a lo bobo, que a raíz de aquello, raro el día que no echaba un pito de ésos, en Prádanos, luego de enredar un rato.

DR.– ¿Y qué efectos le causaba? ¿Notaste en ella alguna alteración

mientras fumaba las yerbas o al acabar el cigarrillo?

P.P.– Sí, claro, entiéndame, no es que brincase de alegría, ni que bailase en una pata, eso no. O sea, de primeras, se quedaba como amurriada, ¿entiende?, así como traspuesta. Pero, luego, se la ponían los ojos blancos y sonreía a tirones, ¿sabe?, tal cual los críos al soltar la teta, que inclusive se me hacía a mí que babeaba un poco. Y, en éstas, oiga, se tumbaba en la pradera y a restregarse las espaldas, y a reír, que yo, ¿qué es lo que ves, Candi?, y ella volvía los ojos, blancos, oiga, como emperezados, ¿entiende?, y no es por ver sino por dejar de ver por lo que lo hago, ya ve qué salida, que yo, ¿es que te ciegan las yerbas, Candi?, a ver, y ella volvía a sonreír a tirones, oiga, como amagos, ¿sabe?, y al cabo de un rato, no es que me cieguen, putito, dejo de ver lo que no me gusta ver, el sucio mundo, la basura, los carcamales, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y no llegó a decirte lo que veía?

P.P.– Por mayor no acababa de explicarse, no señor.

DR.– ¿Fumaba esas yerbas con frecuencia?

P.P.– Mire, ya le digo, a raíz de eso, hasta que rompimos, yo no sé si lo dejaría algún día.

DR.– ¿No trató de iniciarte a ti en el vicio?

P.P.– Eso no, ya ve, no porfiaba. Tan sólo un día, por mayor, di dos chupadas a un pito. No se me olvida, oiga, fue la tarde que volvieron ellos.

DR.– ¿Quiénes volvieron, Pacífico?

P.P.– ¿No le digo? Ellos, los del pueblo, el vecindario.

DR.– ¿Que volvieron a Prádanos, a sus casas?

P.P.– Talmente, sí señor.

DR.– ¿Quieres decir que volvieron todos?

P.P.– Todos no sé, oiga, pero personal ya había. No vea las risas y chirigotas que se gastaban. ¡Menudas voces!

DR.– No entiendo nada, Pacífico, te lo aseguro.

P.P.– Pues no tiene mucho que entender, doctor. O sea, yo andaba tras la Candi, enredando, como de costumbre. Y orilla la plaza la atrapé, o sea, la cogí. Conque empezamos a arrullarnos y, en éstas, las ventanas, y las callejas, y las puertas, se llenaron de gente, ¿no? Y todos venga de parlotear y de reír, ¿se da cuenta ahora?

DR.– Pero ¿de dónde salieron? ¿No estaba el pueblo desierto cuando llegasteis?

P.P.– Cuando llegamos, sí señor, a ver, vacío, como siempre. Pero luego, no, que para mí que estaban aviándose, o sea, dentro de las casas.

DR.– ¿Aviándose?

P.P.– Qué hacer, doctor. Ellas, las mujeres, con las sayas negras y el

pañuelo a la cabeza. Y ellos, o sea, los hombres, con las boinas y los trajes de pana y las camisas blancas, como de fiesta. Y luego los chavales, no vea, nos hicieron corro y nos tiraban buscapiés, menuda juerga se traían.

DR.– ¿A cuenta vuestra?

P.P.– A cuenta nuestra, natural, ya ve, la Candi en pelotas y un servidor en paños menores, ¿para qué querían más?

DR.– Pero ¿no verías visiones, Pacífico? ¿No sería todo efecto de las fumadas?

P.P.– Anda y qué tendrá que ver una cosa con la otra. A mí las fumadas me dejaron mal gusto de boca, para que lo sepa, pero ése es otro cantar. Y si quiere que le diga más, en el balcón de Palacio, acodado en la baranda, estaba un señor de edad, bien presentado él, con la capa roja y negra apolillada, y perilla y bigote.

DR.– ¿Y qué hacía allí, qué decía?

P.P.– Mayormente bajaba y subía la cabeza, como diciendo, para entre él, lo que hay que aguantar. Y en la misma esquina, ¿sabe?, tal que así, donde la escalera de caracol, andaban los civiles, oiga, la pareja. Pero que ni hicieron por nosotros, ni nada. Lo único, se daban de codo y a reír, talmente como los demás.

DR.– En fin, Pacífico, si tú lo dices habrá que creerte. ¿Cuál fue tu reacción ante una cosa así? ¿Qué hiciste?

P.P.– Ya ve qué iba a hacer. La emprendí a correr y no paré hasta la fuente Peralta.

DR.– ¿Y la Candi?

P.P.– La Candi apareció luego, con la ropa, o sea, al cabo de media hora. Pero tan terne, no crea. Que lo que yo la dije, doctor, ni amarrado vuelvo a subir a este pueblo. Y ella a reír, ¿es que nos van a comer?

DR.– Y ella, la Candi, ¿había visto lo mismo que tú?

P.P.– Al detalle no lo sé, doctor, ni tampoco se lo pregunté. Pero si ella decía que no nos iban a comer, es porque había visto a alguien, ¿no?

DR.– No lo sé, Pacífico. No me parece una argumentación convincente. ¿Y es cierto que no volviste a subir a Prádanos?

P.P.– Desde esa tarde, no he vuelto a pisar el pueblo aquel, doctor.

DR.– ¿Qué hicisteis? ¿Dónde os veíais?

P.P.– Ya ve, dábamos paseos. Unas tardes a la Torca, otras a la Charca del páramo, según. Pero, por mayor, a la pobeda del Embustes, a la vera del río.

DR.– Estaba ya avanzado el verano, ¿no es cierto?

P.P.– A ver, oiga, como quien dice andábamos en septiembre. O sea, los árboles estaban cuajados de manzanas, que no vea aroma más rico.

Daba gloria andar por el campo aquellos días, doctor.

DR.– ¿Y no se alteraron vuestras costumbres?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Que si hacíais la misma vida que antes.

P.P.– La misma, sí señor, por no variar.

DR.– Pero el río, las riberas del río, ¿no estaban más frecuentadas que Prádanos?

P.P.– Ande, eso a poco.

DR.– ¿Y no temíais que os sorprendieran?

P.P.– Mire, la Candi era muy determinada, ¿sabe? Y allí, en la pobeda, entre las mimbreras, al abrigaño se estaba tan ricamente.

DR.– Pero ¿no podía presentarse de improviso algún pescador, tu abuelo, por ejemplo?

P.P.– No señor, eso no. La veda de la trucha, para que lo sepa, empieza en mi pueblo por la Virgen de agosto. Y luego, el Embustes trae un agua muy recia y muy fría, así que, por mayor, tampoco es cangrejero. De modo que de eso, nada.

DR.– Y la Candi, ¿no hablaba de que había que marchar del pueblo?

P.P.– Ella siempre dijo que para octubre.

DR.– ¿Y seguía en la idea de irse contigo?

P.P.– Pues no sé qué le diga. Ella, por aquellos entonces, hablaba otra vez de la comunidad.

DR.– ¿Y no contaba contigo para eso?

P.P.– No señor, para la comunidad no contaba conmigo.

DR.– ¿No proyectabais un futuro común, un futuro para los dos?

P.P.– Mayormente, no señor. O sea, mientras la Candi no quedó preñada ni lo mentó.

DR.– ¿Y cuándo se enteró la Candi de que estaba encinta?

P.P.– Si no me recuerdo mal, doctor, una semana antes de ocurrir lo del Teotista. El tres de septiembre por más señas.

DR.– Y entonces, ¿qué dijo?

P.P.– De primeras quería estropear la criatura, el fruto, ¿entiende? O sea, que un hijo jodía todos sus planes y que si la señora Dictrinia sabía de eso.

DR.– ¿De prácticas abortivas?

P.P.– Eso, talmente, sí señor. O sea, de don Alfaro no se fiaba, que ella, la Candi, digo, decía de él que era un meapilas.

DR.– Luego cambió de parecer, ¿no es así?

P.P.– Al día siguiente, mire.

DR.– ¿Qué pensó entonces?

P.P.– Según me dijo, casarse conmigo y alumbrar la criatura.

DR.– Y tú, ¿qué respondiste?

P.P.– Que calma, a ver. Que me lo pensaría.

DR.– ¿Cómo lo encajó ella?

P.P.– Mal. ¡Como una loba, oiga! Me soltó dos moquetes y me puso la cara de arañones que no vea. Hecho un harnero me dejó.

DR.– Esto, según dices, era poco antes de ocurrir lo del Teotista, ¿verdad?

P.P.– Seis días antes, sí señor.

DR.– Puede saberse, Pacífico, por qué no aceptaste su proposición. ¿Es que te abrumaba la responsabilidad del hijo?

P.P.– Por la criatura, no señor, de qué. Pero estaba lo otro, oiga, o sea, lo de cabrón, compréndalo, que no era cosa de broma, que ella misma lo advertía.

DR.– Ya.

P.P.– Por lo demás, yo me pienso que cada quién ha de cargar con sus responsabilidades. Es de ley.

DR.– Está bien, Pacífico. Y dime, ¿no hay ningún otro aspecto de la Candi que te parezca relevante y que hayas omitido?

P.P.– Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.– Digo que si hay algo más sobre la Candi que no hayas contado.

P.P.– Bueno, así, cosa de monta, yo me pienso que no, doctor. O sea, luego está lo de la visita, ¿no?, pero para entonces ya andaba yo en Góyar, que ya había ocurrido todo.

DR.– De eso hablaremos más tarde, Pacífico. Ahora únicamente quisiera saber si en esos días, en los últimos días sobre todo, una vez que la Candi decidió respetar a la criatura, no sucedió nada que autorice a pensar que ella quería presionarte para que aceptases la solución del matrimonio, ¿me comprendes?

P.P.– De sobras, oiga.

DR.– ¿Y no recuerdas nada?

P.P.– Al respecto, nada, no señor.

DR.– Está bien. Continúa.

P.P.– Bueno, vamos, o sea, una tarde, estando así, tal que usted y yo ahora, apareció el Teotista, eso ya lo sabe.

DR.– No te fíes de lo que sé, Pacífico. Ahora lo que deseo es que me cuentes todo, hasta lo que sé, con el mayor número de pormenores.

P.P.– Pues, eso, doctor, apareció el Teotista.

DR.– ¿Y dónde estabais vosotros?

P.P.– En la braña, tal que así, sentados en la hierba, como de costumbre.

DR.– ¿Desnudos?

P.P.– Bueno, ella, la Candi, digo, sí señor, desnuda andaba. En lo que a un servidor respecta, tenía la elástica y los calzoncillos puestos.

DR.– Perdona la indiscreción, ¿qué hacíais en ese momento, Pacífico?

P.P.– Nada, oiga, como lo oye, o sea, estábamos sentados al sol tranquilamente, mondando piñones.

DR.– Piñones tostados, ¿no es así?

P.P.– Tostados, sí señor, de esos que tienen una raja por medio; que se abren con una navaja.

DR.– Es decir, que tú tenías la navaja en la mano.

P.P.– Sí señor, en la mano. Y la Candi, tal cual.

DR.– Una cosa, Pacífico, ¿te fijaste si la Candi se sorprendió al ver aparecer a su hermano?

P.P.– Natural, oiga, o sea, ella se tapó las tetas con un brazo, tal que así, y con la otra mano, bueno, ya sabe.

DR.– ¿Y no dijo nada? Por favor, Pacífico, trata de recordar exactamente sus palabras.

P.P.– Sí, señor. Ella fue y dijo, dice: ¿Qué pintas tú aquí, Teo? Eso dijo.

DR.– ¿Nada más?

P.P.– Que yo me recuerde, nada más, no señor.

DR.– ¿Y tú crees que su actitud de asombro era sincera, quiero decir que se sorprendió de verdad?

P.P.– A ver, doctor.

DR.– ¿Por qué sabes que no era todo una comedia?

P.P.– Ella, la Candi, digo, se tapó, oiga. ¡Ah, ya! Usted se malicia que la Candi y el Teotista, el Teotista y la Candi, andaban a la uva, ¿no es eso, doctor?

DR.– Mira, Pacífico. Lo que yo piense ahora carece de importancia. Lo fundamental es esclarecer la verdad. ¿Crees que la sorpresa de la Candi fue sincera?

P.P.– Yo me pienso que sí, doctor.

DR.– A otra cosa. Háblame ahora del Teotista. ¿Qué cara tenía cuando llegó?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, alterado sí parecía.

DR.– Pero ¿verdaderamente furioso?

P.P.– Yo me pienso que sí, doctor, no era para menos.

DR.– Tú prescinde de la situación, Pacífico, y del carácter habitual del Teotista, te lo ruego, ¿estaba verdaderamente fuera de sí esa tarde?

P.P.– A saber, doctor, yo le diría que sí, pero se pone usted de unas formas.

DR.– ¿Y cómo apareció? ¿No sentisteis ruido?

P.P.– Ruido, no señor. Él entró en la braña a lo zorro, o sea,

apartando con el palo unas salgueras. Y, entonces, le vimos.

DR.– ¿Así que llevaba un palo en la mano?

P.P.– Una garrocha, sí señor, o sea, tal que así, en la mano derecha.

DR.–¿Y qué dijo?

P.P.– De primeras, nada.

DR.– Es decir, que habló antes la Candi.

P.P.– Así es, sí señor, primero dijo la Candi: ¿Qué pintas tú aquí, Teo?

DR.– Y él, ¿qué respondió él? Pon mucho cuidado en recordarlo, Pacífico.

P.P.– Bueno, él dijo, el Teotista, digo, esto ya me lo tenía yo mamado, cacho zorra, liada con el sietemesino este del Humán. Eso dijo, ni más ni menos.

DR.– ¿Seguro que nada más?

P.P.– Nada más, no señor.

DR.– ¿No enarboló entonces la garrocha?

P.P.– No señor, a mayores nos miraba, primero a ella y luego a mí. Pero calló la boca.

DR.– ¿Y tú, qué hacías mientras?

P.P.– Ya ve, mondar piñones.

DR.– ¿Sin mirarle?

P.P.– Sí señor; le miraba y dejaba de mirarle. A ratos.

DR.– ¿Sentado en el suelo?

P.P.– A ver, tal como estaba, doctor.

DR.– ¿Y cuándo te incorporaste?

P.P.– Una vez que él, el Teotista, digo, se arrimó.

DR.– ¿A ti o a su hermana?

P.P.– A mí, o sea, a los dos, doctor, estábamos el uno orilla del otro.

DR.– Y una vez que tú te pusiste de pie, Pacífico, ¿no levantó el palo el Teotista con ánimo de golpearte?

P.P.– Ya está usted como el abogado, oiga.

DR.– Contesta, por favor, ¿lo levantó o no lo levantó?

P.P.– No señor, de qué. Él, el Teotista, digo, se quedó quieto parado, mirándome.

DR.– Y tú, ¿qué sentías tú en ese momento, Pacífico?

P.P.– Frío, ya ve. Con unas cosas y otras se había levantado el relente y yo había escondido la faja debajo de las mimbreras.

DR.– Está bien, dejemos eso aparte, Pacífico. En tu fuero interno ¿qué sentías? ¿Odio, cólera, confusión, vergüenza...? ¿Qué?

P.P.– Vergüenza, no señor, imagine. Después de cuatro meses yo estaba enseñado a andar en calzoncillos por el campo.

DR.– ¿Qué sentiste, entonces?

P.P.– Que yo sepa, nada, doctor.

DR.– Pero estarías ofuscado, digo yo.

P.P.– No señor, le digo a usted que no estaba ofuscado. Lo único, que echaba en falta la faja.

DR.– Está bien, de acuerdo. ¿Qué hiciste entonces?

P.P.– Pues conforme me puse de pies, tenía tal que así la navajilla en la mano derecha y le tiré un viaje, ¿se da cuenta?, al Teotista, digo.

DR.– ¿Qué hizo el Teotista ante tu agresión?

P.P.– No hizo nada, oiga, ni tiempo le dio. O sea, soltó la garrocha y se llevó las manos al vientre, natural, donde le había pinchado, y dijo: Me ha matado. Luego se cayó al suelo, hecho un gurruño, meneó un poco las piernas y se quedó quieto.

DR.– Atiende, Pacífico, ¿no era tu navaja un juguete, quiero decir un instrumento apropiado para abrir piñones y poco más?

P.P.– Ande, a ver, si no tendría ni cuatro dedos de hoja. Todo eran cachas.

DR.– ¿Y cómo te explicas entonces que bastase un solo golpe para matar a un muchacho fornido como era el Teotista?

P.P.– Mire, doctor, en estas cosas nunca se sabe. Es lo que yo digo, cuestión de suerte.

DR.– Pero al agredirle con una arma tan inocente, es evidente que tú no pretendías matarle. Esto es, el hecho de que muriese fue pura fatalidad. Es desproporcionado el daño con los medios puestos en juego, ¿no lo crees tú así?

P.P.– Puede que fuera así, doctor, si usted lo dice. Ahora, cuando yo le espeté, al Teotista, digo, yo iba a por él, doctor, las cosas como son.

DR.– ¿Y no sería el afán de deslumbrar a la Candi, de desquitarte de anteriores humillaciones, lo que te empujó al homicidio?

P.P.– Eso no, doctor. De la Candi yo sacaba lo que quería. No necesitaba más.

DR.– Pero, en cualquier caso, Pacífico, supongo que, tras tu pronto, te apresurarías a auxiliar al Teotista, ¿no?

P.P.– Está usted muy equivocado, doctor. Lo mío no fue un pronto, ya se lo dije así al abogado.

DR.– Como quieras llamarlo, Pacífico. ¿Auxiliaste o no auxiliaste al Teotista después de apuñalarle?

P.P.– ¿Yo?, no señor.

DR.– ¿Qué hiciste, entonces?

P.P.– Pues, mire, me recuerdo que aparté a la Candi, que me andaba zarandeando, voceando que le había matado, ¿se da cuenta?, cogí, me llegué donde las mimbreras y me puse tranquilamente la faja. Luego me vestí y me llegué al cuartelillo, donde el sargento Metodio, y se lo dije, o sea, le dije, sargento, he matado al Teotista, me doy preso,

¿comprende?

DR.– Comprendo, Pacífico, pero ¿es posible que te marcharas de allí sin mirar siquiera el cuerpo de tu víctima?

P.P.– Eso no, doctor, mirarle sí le miré, al Teotista, digo. La Candi le había aflojado el pantalón, ¿se da cuenta?, y en el vientre, conforme se mira a mano derecha, tenía un ojalito negro. Pero que ni sangraba ni nada, oiga.

DR.– ¿Y no hiciste entonces ademán de ayudar a la Candi?

P.P.– No, señor.

DR.– ¿Y ella qué hacía?

P.P.– Lloraba, doctor.

DR.– Lloraba, ¿eh?, ¿y no te acusaba?

P.P.– Sí y no, oiga, o sea, ella, la Candi, digo, decía, le has matado, Pacífico, ¿se da cuenta?

DR.– ¿No te dijo entonces putito, cabroncete, ni ninguno de esos apelativos que solía aplicarte?

P.P.– Entonces, no señor. Me dijo Pacífico a secas.

DR.– ¿A qué lo atribuyes?

P.P.– Yo tengo para mí, doctor, que lo de la barriga la cambió a la Candi de arriba abajo, ya ve.

DR.– ¿Quieres decir que hasta se olvidó de arreglar el mundo?

P.P.– Más o menos, doctor. ¡Si quería casarse!, ya se lo he dicho.

DR.– Está bien, Pacífico. Creo que hemos llegado a un punto en que necesitas más que nunca serenidad y claridad de juicio. Pienso, incluso, que este interrogatorio final ha sido apresurado y, en consecuencia, tus respuestas hay que ponerlas en tela de juicio. En fin, no se pueden hacer así las cosas. Vete a descansar y mañana continuaremos charlando. Hasta mañana, hijo.

DOCTOR.– Hola, Pacífico. Acomódate por ahí, anda. ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes que en todo el día no he hecho otra cosa que darle vueltas a lo que me contaste anoche? No puedo remediarlo. Se me antoja todo muy extraño, hijo, la verdad. Yo quiero pensar que a última hora estabas fatigado, porque, por más que me esfuerzo, no me casan las piezas del rompecabezas. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que tú, aquella vez que el Bisa te contó tan a lo vivo la historia de Galdamés, orinases sangre, y luego puedas matar a un hombre en frío, sin sentir un estremecimiento? No es admisible, Pacífico, compréndelo. El hecho de que orinases sangre revela un fuerte shock, y este shock responde a un temperamento hipersensible. Sin embargo, tú insistes en que mataste al Teotista porque sí, sin otra razón. Es decir, él no te provocó, no te amenazó, incluso después de apuñalarlo, no le prestaste auxilio. Yo no puedo digerir esto, hijo. Quiero pensar que anoche estabas cansado, respondías sin reflexionar o, por las razones que fueran, me ocultaste parte de la verdad. Vamos a ver, Pacífico, y, por favor, no contestes a la ligera, ¿es cierto que cuando tú agrediste al Teotista, él no te había provocado?

P.P.– Es cierto, sí señor.

DR.– ¿Estarías dispuesto a jurarlo?

P.P.– Como la luz bendita, oiga, que no le engaño.

DR.– Escúchame, Pacífico y ten en cuenta que esta pregunta es sumamente delicada: tu novia te había dicho en Prádanos una vez que si el Teotista os encontraba en la forma que os encontró, sería capaz de matarte. Esto es cierto, ¿verdad? Bueno, ¿puedes tú afirmar categóricamente que en el momento de agredirle, no operó en ti, aunque fuera en el subconsciente, el temor de esta amenaza?

P.P.– Si quiere que le diga la verdad, doctor, para entonces ni me recordaba que el Teotista me hubiese jurado la vida.

DR.– Bien, pero al margen de tu cerebro, ¿no pudo operar ahí un automatismo de defensa?

P.P.– Qué sé yo. No entiendo de eso, oiga.

DR.– Pero ¿qué sentiste al pinchar al Teotista?

P.P.– Que era fácil, mire.

DR.– ¿Nada más?

P.P.– Bueno y que era blando. Más blando de lo que yo me imaginaba, doctor.

DR.– Ya estamos en las mismas, Pacífico. ¿Cómo voy yo a creer que

al matar a un hombre todo lo que se te ocurre pensar es que es fácil y blando?

P.P.– Ande, yo no le obligo. Puede usted pensar lo que guste, mire. Yo sólo le digo cómo fue.

DR.– Pero, entiéndeme. Yo quisiera saber cómo te entró en la cabeza la idea de matarle.

P.P.– Bueno, oiga, bien mirado, yo tampoco dije que me entrara en la cabeza. O sea, yo lo hice, eso sí, sin que me costara trabajo, ¿entiende?

DR.– Pues, no, no lo entiendo, Pacífico. No entiendo que porque sí se hiera a un semejante. No entiendo que después de herirle no se le preste ayuda. Y lo entiendo menos en tu caso, un ser enfermizamente sensible, que vomita porque dispara contra un perro o le duelen los dedos cuando ve podar un árbol.

P.P.– Eso no, oiga. Para entonces, el que olivasen los árboles o no me traía sin cuidado. Lo otro fue de chaval.

DR.– Una cosa, Pacífico. Aunque no le echases una mano, algún arrepentimiento sí sentirías luego, ¿verdad?

P.P.– A mayores, ninguno, no señor.

DR.– ¿Tan rematadamente malo te parecía el Teotista?

P.P.– Hombre, como dañino sí era dañino el Teotista, a qué vamos a negarlo. Pero eso no hace al caso, oiga. O sea, talmente me hubiera pasado con otro.

DR.– Y, al presentarte en el cuartel y confesar tu crimen al sargento Metodio, ¿tampoco lamentaste el hecho?

P.P.– Tampoco, no señor.

DR.– ¿Supone eso que en ningún momento sentiste conciencia de pecado?

P.P.– Pues, no señor. No la sentí, ésta es la pura verdad.

DR.– Pero, ¿cómo te explicas que unas semanas antes la sintieras por tus excesos carnales y no la experimentaras después de matar a un hombre?

P.P.– Ve ahí, doctor. Las cosas.

DR.– Escucha, Pacífico, ¿no es el «no matarás» un precepto del Decálogo lo mismo que el «no fornicarás»?

P.P.– A decir verdad, sí señor, lleva usted razón.

DR.– Pues entonces.

P.P.– Son dos cosas aparte, mire.

DR.– ¿Cómo aparte?

P.P.– Se pone usted como el abogado, oiga, igual de testarrón. A mayores, uno tiene que decir que se asustó, que le ayudó y que se arrepintió, aunque no sea cierto.

DR.– No es eso, Pacífico. No me enredes. En tu conducta hay hechos que no concuerdan. Mejor dicho, que se dan de cachetes. Esto es lo que me gustaría aclarar. Por eso quiero que me digas la verdad.

P.P.– Eso hago, oiga, pero usted se sube a la parra.

DR.– Discúlpame, Pacífico, si me excito. A veces me obstino en que mis deseos se ajusten a la realidad y si no es así me desazono, ¿comprendes? Pero no hay mala intención en ello. Me crees, ¿verdad?

P.P.– Si usted lo dice.

DR.– Bien, vamos a concretar: tú te presentaste al sargento y le confesaste tu crimen. ¿Qué sucedió después?

P.P.– Bueno, de primeras, el sargento Metodio lo echó a barato, o sea, no se lo creía.

DR.– ¿Tenía buen concepto de ti?

P.P.– Eso por un lado, oiga. Luego estaba lo de Padre y los abuelos, amigaba bien con ellos.

DR.– ¿Y cómo se convenció de que era cierto?

P.P.– De que yo porfié, ¿se da cuenta? Así que porfié mandó una pareja al río y encontraron el cadáver. Y a la tarde, o sea, esa misma noche, subió don Lucio, el forense de Quintana, y le autopsió. Al Teotista, digo.

DR.– ¿Qué dijo el forense?

P.P.– Pues que sí, que había muerto de la navajada, o sea que yo le había matado. ¡Ya ve usted qué novedad!

DR.– ¿Y te encerraron entonces?

P.P.– Por mayor, el sargento Metodio demoró unas horas. O sea, hasta la madrugada no me puso a disposición judicial. Que el caso era que el Bisa, el Abue, Padre y todos los de casa pudieran despedirse, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Allí, en el cuartelillo?

P.P.– A ver, oiga, en el cuartelillo.

DR.– ¿Y fueron?

P.P.– Qué hacer, no van a ir. Pero de uno en uno, ¿entiende?, que eso lo puso el sargento por condición.

DR.– ¿Y quién llegó primero?

P.P.– El Bisa, ya ve.

DR.– ¿Iba afectado el Bisa?

P.P.– ¿Afectado dice? Quia, no señor. El Bisa parecía contento.

DR.– ¿Contento?

P.P.– Contento iba, sí señor.

DR.– ¿Y por qué razón?

P.P.– Mire, la razón pregúntesela a él.

DR.– Pero ¿qué te dijo?

P.P.– Pues mire, de primeras, me dijo que así aprenderían los del Otero, ¿entiende? Luego que, por los síntomas, lo mío iba a ser también la bayoneta. Que según decía esto se puso a reír y a bailar la silla, que allí le vería, oiga. ¡Como un niño!

DR.– ¿Y el Abue? Cuenta, ¿qué te dijo el Abue?

P.P.– Que mal, bueno, o sea, que bien, ¿entiende? Pero que debía haber aguardado a que abriesen la veda.

DR.– ¿La veda?

P.P.– La veda, sí señor. O sea, que el matar hombres como el matar jabalíes había que hacerlo a su tiempo. Que uno mata un jabalí en enero y le dan un premio, pero le mata en julio y lo mismo pena por ello, ¿comprende? Pues con los hombres, parejo. Uno los mata en la guerra y una medalla, pero los mata en la paz y una temporada a la sombra.

DR.– ¿Quién más fue a verte?

P.P.– Todos, doctor, o sea, los de casa. El sargento sólo permitía familia, ¿sabe?

DR.– ¿La Candi, no?

P.P.– Ella, no señor.

DR.– ¿Ni te mandó una carta ni nada?

P.P.– Nada, oiga. En lo que no me trasladaron a Góyar, no supe de ella. De la Candi, digo.

DR.– ¿Y tu padre? ¿Cuál fue la reacción de tu padre?

P.P.– Padre, por mayor, andaba cachifollado. Por el gallinero más que otra cosa, ¿entiende? O sea, él, Padre, digo, me dijo que volviera pronto, que el negocio quedaba desamparado y que estas cosas necesitan el ojo del amo.

DR.– ¿No te habló del Emigdio?

P.P.– Qué hacer, sí señor. Inclusive me dijo que andaba metido en unos cruces de perdigones con gallinas de Guinea, ¿sabe? Pero no crea usted que Padre era de los que se entusiasmaba mucho con esas cosas, o sea, con los inventos.

DR.– ¿No te habló de pagarte un abogado?

P.P.– No señor, eso ni lo mentó.

DR.– ¿No aludió para nada a tu defensa?

P.P.– Para nada, doctor. El único que miró por mí sobre ese particular fue mi tío Paco.

DR.– ¿Qué es lo que te dijo tu tío?

P.P.– Pues eso, oiga, que contara con él para lo del abogado.

DR.– ¿Aceptaste tú?

P.P.– Mire, yo ya le anticipé que no se molestara, pero él que no era molestia eso, que era de ley, ¿entiende? Luego fue cuando me salió

con lo otro.

DR.– ¿Qué era lo otro?

P.P.– Pues lo de siempre, oiga, que no me preocupase, que de ahí no podía pasar. Que según me lo dijo se me vino a las mientes lo de la cachava, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Qué cachava, Pacífico?

P.P.– ¡Otra!, ¿qué cachava va a ser? Pues la suya, la de mi tío Paco, ¿no? La que me enredaba entre las piernas cuando yo era chaval. ¿Es que no se recuerda?

DR.– No sé, hijo. No veo la relación entre una cosa y otra.

P.P.– ¿Que no la ve? Está más claro que el agua, oiga. Que de ahí no podía pasar, o sea, que eso era lo último. El colmo, como quien dice.

DR.– Pero ¿la cárcel?

P.P.– La cárcel, a ver.

DR.– ¿Sugería tu tío que ya no podías caer más bajo?

P.P.– Tal cual, doctor.

DR.– ¿Y estaba contento por ello? ¿Crees tú que sufría al verte en situación semejante?

P.P.– Bueno, o sea, cara de viernes sí tenía el hombre.

DR.– Pero vamos a cuentas, Pacífico; si tu tío decía que habías llegado a lo más bajo, querría decir, imagino yo, que habías caído en la abyección, en lo peor, ¿no es cierto?

P.P.– Pues, no señor. Yo me pienso que no iba por ahí. Ya ve lo que son las cosas.

DR.– ¿Y en qué te fundas?

P.P.– Mire, conforme mi tío Paco me dijo en el cuartelillo, de ahí no puedes pasar, yo la cogí al vuelo, ¿entiende? O sea, me fui a lo de la cachava, lo que me hacía de chaval.

DR.– ¿Y cómo lo interpretabas? ¿Qué es lo que entendías tú?

P.P.– Pues eso, oiga, que ya no podía hacerme más daño.

DR.– ¿Qué quieres decir con eso de que ya no podías hacerte más daño?

P.P.– A ver si me explico, oiga. O sea, la talegada, como quien dice, ya no había quien me la quitase, ¿entiende? Ya me la había pegado. Bueno, pues, entonces, a vivir, ya estaba.

DR.– Lo siento. Mi interpretación me parece más correcta.

P.P.– Mire que es usted testarrón, oiga. Lo que es no querer entender las cosas. Mi tío Paco, para que se entere, quería decir que ya podía quedarme tranquilo.

DR.– ¿En la cárcel?

P.P.– En la cárcel, talmente, eso mismo, de ahí no podía pasar.

DR.– Pero, bueno, esto no dejan de ser suposiciones tuyas, Pacífico.

P.P.– Que no señor, que lo dijo bien claro. O sea, así que me dijo, mi tío Paco, digo, de ahí no puedes pasar, yo le pregunté: ¿Aunque el Bisa disponga otra cosa? y él, aunque el Bisa disponga otra cosa. Que yo, ¿aunque la Candi vaya tras mío?, y él, aunque la Candi vaya tras tuyo. Que yo, ¿aunque haya una cantea con los del Otero?, y él, aunque haya una cantea con los del Otero. Que yo, ¿aunque llegue mi guerra, tío?, y él, con toda la flema: Así llegue tu guerra, Pacífico, de ahí no puedes pasar. Ya ve, más claro, agua.

DR.– Pero era una filosofía extraña la de tu tío, ¿no?

P.P.– Extraña, ¿a santo de qué?

DR.– Tú me dirás, Pacífico. Por esa regla de tres, la cárcel era la libertad.

P.P.– Más o menos, eso es lo que él me vino a decir, oiga.

DR.– ¿Te dijo él que la cárcel era la libertad?

P.P.– Pues algo parecido a eso.

DR.– Concreta. ¿Qué es lo que te dijo, Pacífico?

P.P.– A mayores no me recuerdo bien, doctor.

DR.– Pero, según esa teoría, ¿para qué te pagaba un abogado?

P.P.– Para que me hicieran justicia, oiga.

DR.– De acuerdo con sus ideas tanto daba que te hicieran justicia como que no, ¿no?

P.P.– No señor. Para él la justicia era lo primero, doctor. Lo que pasa es que él no creía en la justicia.

DR.– ¿No creía en la justicia y te pagaba un abogado?

P.P.– No me líe, doctor. Él me dijo una vez en la Torca, mi tío Paco, digo, que prefería morir antes que juzgar a un hombre; así me lo dijo.

DR.– Pero alguien tiene que hacerlo, hijo, ¿no lo comprendes?

P.P.– Por eso el tío me pagaba un abogado, oiga.

DR.– Está bien, Pacífico, tú ganas. Tampoco creo que estos bizantinismos vayan a llevarnos a ninguna parte. Vamos a dejarlo. Al concluir las despedidas, ¿qué hizo contigo el sargento Metodio?

P.P.– Me empaquetó, mire. Y a la mañana me mandó con dos números a la ciudad, donde el señor juez de instrucción. Y de ahí me pasaron a la Provincial.

DR.– ¿Qué impresión te hizo ver caer el rastrillo detrás de ti?

P.P.– Bien, oiga, o sea, me dije para entre mí: ya puedes vivir tranquilo, Pacífico.

DR.– ¿Te dio sensación de seguridad el rastrillo?

P.P.– Talmente, sí señor.

DR.– ¿No pensaste en los tuyos? Hay penados que dicen que entrar en la cárcel es lo mismo que ahogarse, es decir, en un minuto pasa por la cabeza todo lo que uno ha vivido. ¿No te sucedió algo parecido?

P.P.– A mayores, no señor. Recordarme de ellos, de los míos, digo, eso sí. Pero lo otro, no señor.

DR.– ¿Los recordabas con pena?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, yo me recuerdo que me dije para entre mí, ahí os quedáis, ¿comprende? Nada más.

DR.– Pero ¿dijiste «ahí os quedáis» contento de no quedarte tú?

P.P.– Tal cual, sí señor, así fue.

DR.– Si en ese momento te hubieran dicho: Pacífico, hala, puedes regresar al pueblo, ¿hubieras vuelto con gusto?

P.P.– No, señor.

DR.– ¿Por miedo, quizás?

P.P.– Por miedo, talmente, sí señor.

DR.– Pero ¿no eran más peligrosos los tipos que encontraste dentro, en la prisión quiero decir, que los que había fuera?

P.P.– Ni por pienso, doctor. A mayores, un poco ignorantes, pero malos no eran, de ninguna manera, los del penal, digo.

DR.– Bien. Cuéntame de tu primera experiencia carcelaria.

P.P.– Ande, ¿y qué le voy a contar?

DR.– Pues eso, lo que hacías, con quién te relacionabas, cómo se desarrolló el juicio, esas cosas.

P.P.– Mire, de primeras me metieron en una celda. O sea, según se va, tal que así, a mano izquierda, orilla el centro de vigilancia. Allí me tiré dos semanas.

DR.– ¿Solo?

P.P.– De primeras, solo, sí señor, aunque podía haber otro, que luego vino.

DR.– ¿Metieron otro recluso en tu celda?

P.P.– Qué hacer, a los tres días. Un chico rubio, fino él, ¿sabe? Me recuerdo que se llamaba Bernardo, pero los otros, los del patio, le decían Pocholo. Y, a ver, tantas horas juntos, acabamos platicando.

DR.– ¿Y de qué hablabais, Pacífico?

P.P.– El Bernardo me enseñaba, ¿entiende? O sea, por un ejemplo, los mandos que los sacaba por los rombos del uniforme. Tres rombos, el director; dos, el subdirector, y uno, el jefe de servicio, ¿se da cuenta? Y con los oficiales, tal cual, sólo que en ángulos. Y luego, la corneta, los toques, digo, que si diana, que si fagina, que si paseo, que si retreta. Esas cosas, ya sabe. O sea me enseñaba, que bien mirado, yo andaba allí como un chivo en un garaje.

DR.– Te fue útil la amistad con Bernardo, vamos.

P.P.– Qué hacer, sí señor. O sea, el Bernardo fue el que me dijo al salir de jueces la primera vez: No gastes fuelle con los abogados, tanto da. El fiscal te pedirá diez, el abogado, uno y, a fin de cuentas, el juez

te pondrá cinco. Así son las cosas. Da lo mismo que hables o que no hables.

DR.– ¿Y resultó así?

P.P.– Más o menos, doctor.

DR.– ¿Y por qué penaba el Bernardo ese?

P.P.– Eso sí que no lo sé, oiga. A su decir, le habían enchiquerado por error.

DR.– Ya. ¿Y estuvisteis mucho tiempo juntos?

P.P.– Por mayor, ocho o diez días, ya ve. Pero a última hora terminamos regañando.

DR.– ¿Por qué razón regañasteis?

P.P.– ¿Y qué quiere usted que le diga, doctor? El Bernardo ese me resultó de los de la acera de enfrente, un marimarica, ¿entiende? O sea, una noche me salió con que tenía frío, que me metiera con él en la cama, y en vista de que no, él brincó a la mía. Total, que como yo no quería chivarme al boqueras, terminé echándome del petate abajo, ¿oye?, y allí de pies, de espaldas a la pared, me pasé la noche, hasta que sonó la diana, que, al final, no podía ni con mi alma. Esto era lo peor de la trena, oiga, la mariconería, que se comprende, a ver, hombres solos. Pero, mire, lo que yo le digo, si el Pocholo ese da con el Patita, en lugar de conmigo, otro gallo le cantara, eso fijo.

DR.– ¿Quién era el Patita?

P.P.– Uno de Góyar; un compañero de sala.

DR.– Bueno, no corras tanto, Pacífico. Vayamos por partes. Háblame del abogado. ¿Cómo enfocó tu caso? ¿Cuándo se presentó a verte?

P.P.– Día más, día menos, a la semana de mi ingreso. Que me recuerdo la primera vez, oiga, el boqueras, ¡Pacífico Pérez, a jueces!, que yo de nuevas, a ver, que ni sabía de qué iba, natural. Conque el boqueras me abrió la puerta y me acompañó al locutorio. Y allí, del otro lado de la reja, andaba el abogado, no vea qué cacho ejemplar, alto como un varal, un poco así, cargado de espaldas, y unos lentes como los míos. Y tan pronto me vio, oiga, me hizo sentar, muy atento, eso sí, pero, luego, no vea, lo que él decía iba a misa y no se le ocurriera a usted contrariarle.

DR.– ¿Qué quieres decir?

P.P.– Pues eso, oiga, que él armó las cosas a su gusto, así tenían que ser. O sea, el Teotista era un criminal que me había provocado porque no quería que hablase con su hermana, ¿comprende? De modo que andaba tras mío con una garrocha por todas partes. Y conforme dio conmigo, yo anduve más listo y le gané por la mano, que en lo que él, el Teotista digo, levantaba la garrocha yo le rajé con la navaja de los piñones, o sea, me adelanté...

DR.– ¿Y no hiciste constar...?

P.P.– Aguarde, claro que quería hacer constar, pero no se piense usted que me dejaba. Que era abrir la boca y «escucha, tú», ¿entiende?, siempre el mismo registro, que parecía que era él y no yo el que había espetado al Teotista. Para que se entere, él ya la había urdido, la historia, digo, y quería que yo me la aprendiese de memoria para soltarla tal cual en la Audiencia, delante de los jueces.

DR.– ¿Y en qué basó tu defensa?

P.P.– ¿No le digo? El Teotista no era gustoso de que hablase con la Candi. De forma que me había jurado la vida y andaba buscándome para darme con un palo detrás de las orejas. Así que, a su decir, la Candi y yo teníamos que vernos a escondidas por causa suya. Pero una tarde nos pilló amartelados orilla del río y me faltó delante de ella, ¿entiende?, me dijo sietemesino. Y yo, entonces, le rogué que se diera a razones, pero él, el Teotista, la emprendió con ella y la puso de puta para arriba y que Dios Padre me perdone. O sea, que, al decir del abogado, yo intenté apaciguar al Teotista, pero de que enarboló la estaca, yo vi que iba por mí, ¿se da cuenta?, y entonces me ofusqué, perdí la cabeza y le rajé. O sea, legítima defensa mía y de mi novia, ¿entiende?, y que a la misma vista del arma, la Sala, que así le decía él, el abogado, digo, a los jueces, podía comprobar que yo no había tratado de hacer un daño tan grandísimo como el que hice. O sea, que si le maté, al Teotista, digo, fue por casualidad, ¿comprende? Que yo le quería decir que no, que no era así, pero él ni caso, oiga, el abogado, digo, «escucha tú», no había manera, sólo lo suyo.

DR.– ¿Qué ocurrió en el juicio, Pacífico?

P.P.– Mire, de primeras, o sea, de mañana, el boqueras ya me advirtió que me pusiera buena ropa, ¿comprende? Y a las nueve menos cinco en punto me recogió una pareja y me llevó allá, me sentaron en un tajuelo y a aguardar. Y conforme aparecieron los jueces y el presidente voceó: ¡Audiencia pública!, empezó a entrar personal y se puso aquello de bote en bote, que no cabía un alfiler, oiga, que sólo los del pueblo llenaban cantidad.

DR.– ¿Cómo te sentías en ese momento, Pacífico? ¿Estabas tranquilo?

P.P.– Tranquilo, sí señor, mire.

DR.– ¿Y cómo se desarrollaron las cosas?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, de principio, el Presidente muy atento, que cuál era mi nombre, y cuáles mis apellidos, y si había estado procesado alguna vez, ya sabe.

DR.– ¿Y el ministerio fiscal?

P.P.– ¡Ande, que ésa es otra! O sea, el señor ése que usted dice empezó a hacerme preguntas, ¿entiende?, pero de que le vi la intención, candé el pico. ¡Ya ve usted qué hubiera adelantado llevándole la contraria!

DR.– Pero ¿cuál era la posición del ministerio fiscal?

P.P.– Mire usted, entre lo que dijo y lo que dejó de decir, lo que se pensaba aquel señor es que yo al Teotista le había jurado la vida, ¿entiende?, y que lo de los piñones me lo inventé para tener la navaja siempre a mano y poder montarme la coartada. Que yo era un zascandil, un vago sin oficio ni beneficio y que había actuado con abuso de confianza y alevosía.

DR.– ¿Te lo dijo así?

P.P.– Más o menos, así lo dijo, sí señor.

DR.– Te pondrías nervioso.

P.P.– ¿Nervioso? ¿A cuento de qué iba a ponerme nervioso?

DR.– Dime, ¿y el abogado? ¿Cuál fue la intervención del abogado?

P.P.– Ya ve usted. La misma pero a su cuento.

DR.– ¿Qué quieres decir con eso de «a su cuento»?

P.P.– Bueno, o sea, me preguntaba para que yo dijera sí o no, ¿comprende?, tal como a él le convenía.

DR.– ¿Y qué hiciste tú?

P.P.– La contraria, a ver. Decir «no» donde él quería que dijera «sí» y viceversa.

DR.– Pero de ese modo le desbaratarías la defensa, ¿no?

P.P.– A ver, eso dijo él, el abogado, digo.

DR.– ¿Y el Presidente?

P.P.– Mire, de que el abogado se renegó y empezó a alborotar los papeles, parece como que le picó la curiosidad al hombre, y que me dejase hablar, que hasta se llevó una mano a la oreja y todo para oírme mejor.

DR.– ¿Y qué dijiste tú?

P.P.– La verdad, oiga. O sea, que ni el señor cojo que había hablado de principio, ni el otro, el alto, el de los lentes, o sea, el abogado, llevaban razón. Bueno, pues no quiera saber el alboroto que se armó por tan poco, que el Presidente no daba abasto a sonar la esquila.

DR.– Y una vez que se restableció el orden, lo echaste todo rodar, ¿no es eso?

P.P.– ¿A rodar? De qué, no señor. Lo que pasa es que ellos enzarzaron, el abogado y el cojo, quiero decir, que el uno voceaba que si yo había confesado no había nada que oponer, y el otro, que nones, que se suspendiera el juicio y que examen pericial médico, que lo que yo había hecho oponiéndome a la defensa demostraba de sobras que yo estaba de la chaveta.

DR.– ¿Accedió la Sala a interrumpir el juicio?

P.P.– Qué hacer, sí señor, muy atentos, que sí.

DR.– ¿Y al examen médico?

P.P.– También, sí señor.

DR.– ¿Y cómo te fue?

P.P.– Mire, no me puedo quejar. O sea, nombraron dos peritos, ¿comprende?, el doctor Raimundo Peñuelas y don Luis María Cárdenas, pero al doctor Peñuelas casi no lo vi el pelo, andaba muy escachado el hombre.

DR.– ¿Enfermo?

P.P.– Bueno, delicado, ya me entiende.

DR.– ¿Y el doctor Cárdenas?

P.P.– Ése, no señor. Don Luis María lo tomó muy a pecho, que ni a sol ni a sombra me dejaba. Él a toda costa quería demostrar que yo estaba chalado. Por mi bien, ¿comprende?, no es que le culpe, que su intención era buena, pero hasta cuando yo me reía o me quitaba un rato los lentes, él untaba. Que, a su decir, por una cosa de ésas se puede saber, ya ve.

DR.– ¿Si estás perturbado?

P.P.– Eso decía él.

DR.– Bueno, ése es un dato; el examen fisonómico es un dato. Pero las conclusiones se sacan del conjunto de todos datos. Te harían muchas preguntas, ¿no es cierto?

P.P.– Mire, por preguntar no quedaría. Don Luis María me preguntó hasta por la madre que me parió.

DR.– La herencia es un factor considerable, Pacífico. ¿No te hicieron también contar tu vida?

P.P.– Eso lo primero, oiga.

DR.– ¿Y fuiste sincero?

P.P.– A ver.

DR.– ¿Le contaste al perito que te acordabas del día que naciste?

P.P.– Eso, no señor.

DR.– ¿Por qué lo omitiste?

P.P.– No se lo hubiera creído, oiga. Nadie se lo cree. ¿Para qué iba a perder el tiempo?

DR.– Muy mal, Pacífico. ¿Le dijiste que cuando veías podar un árbol te dolían, hasta no poderlo resistir, los dedos de la mano?

P.P.– No señor. Eso tampoco.

DR.– ¿Y que a veces sentías llorar a la higuera en el corral?

P.P.– De eso, nada, doctor. O sea, yo me maliciaba que si mentaba esas cosas, don Luis María acabaría diciendo que estaba chalado.

DR.– ¡Pues de eso se trataba, Pacífico! ¿Qué clase de sinceridad es la tuya que omites todo lo que pueda dar sentido al informe?

P.P.– No se altere, oiga. Yo sabía que no estaba chalado y...

DR.– Tú no puedes saber si estás loco o no estás loco.

P.P.– ¿Es cierto eso, doctor? ¿Puedo yo estar chalado sin saberlo?

DR.– Escucha, Pacífico. Desde el momento en que el Tribunal decide someterte a dictamen médico, tú, moralmente, no puedes decidir esto cuento y esto callo. Debes contar todo lo que recuerdes a fin de facilitar un diagnóstico preciso, ¿me comprendes?

P.P.– A eso voy, oiga. Si yo a don Luis María no le dije ciertas cosas, fue al objeto de no dar lugar a un equívoco.

DR.– Pero, entiéndeme, Pacífico. Es él, el propio don Luis María, quien a la vista de los datos que le suministres debe determinar tu estado, no tú. Pero para eso necesita tener a mano los resultados de todas sus pesquisas. Ahora, si tú le niegas tu concurso, u omites algo, le desorientas y las conclusiones no son válidas, ¿me comprendes? ¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa?

P.P.– Mire usted, si algo siento es el haber hablado de más ahora.

DR.– No es eso, Pacífico. No tiene por qué pesarte. Yo te he dicho que sin tu consentimiento no diré una palabra y lo cumpliré. Puedes estar tranquilo. Yo no te engaño.

P.P.– Pero ¿de veras se piensa usted, doctor, que yo esté chalado?

DR.– Escucha, Pacífico: una inestabilidad emocional, provocada por lo que sea, no significa que estés chalado. En el mundo hay millones de desequilibrados psíquicos adaptados a la vida diaria.

P.P.– Pero yo no estoy chalado, doctor, se lo juro por mi madre.

DR.– Naturalmente que no, Pacífico. ¿Digo yo lo contrario?

P.P.– Se lo piensa y basta.

DR.– ¿Quién te dice que yo piense que estás perturbado?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, usted se piensa que si yo le cuento a don Luis María lo que le he contado a usted, él hubiera dicho que yo estaba chalado.

DR.– Yo no he dicho tal cosa, Pacífico. Únicamente digo que en un peritaje médico no debe haber reticencias.

P.P.– Mire, doctor, si yo suelto el mirlo entonces, me hubieran dicho que estaba chalado. Y usted sabe como yo que eso no es cierto.

DR.– ¿Y quién me dice a mí, Pacífico, que, siendo como eres, un hombre aparentemente controlado, no padeces anomalías de la personalidad, o alucinaciones, o ideas delirantes, o cualquier otro padecimiento que atenúe o anule tu responsabilidad?

P.P.– Se lo digo yo y basta.

DR.– En tal caso no hay más que hablar, Pacífico. Eres muy testarudo. Esas anomalías frecuentemente se presentan embozadas, de forma que el paciente es el último en enterarse. Pongo por caso, ¿no te preguntó el doctor si oías voces de personas extrañas o desconocidas?

P.P.– Qué hacer, sí señor. Claro que me lo preguntó.

DR.– ¿Te das cuenta?

P.P.– Ahora que me recuerdo, me preguntaba cosas chuscas don Luis María, oiga. ¿Qué dirá que me dijo un día?

DR.– ¿Qué?

P.P.– Que si me costaba orinar delante de gente, ya ve.

DR.– ¿De qué te ríes, Pacífico? ¿Qué le dijiste?

P.P.– Ya ve qué le voy a decir. Que si estaban muy orilla mía, o sea, mirando, que sí, a ver, que no salía. ¡Ande, que buena juerga nos trajimos a cuenta de eso!

DR.– ¿Y puedes decirme, Pacífico, qué es lo que más le interesó de todo lo que le contaste?

P.P.– Lo de la abuela Benetilde, oiga. O sea, él quería saber si en la familia había más casos.

DR.– ¿De suicidas?

P.P.– De suicidas, sí señor.

DR.– ¿Le dijiste lo de la corona?

P.P.– No señor. Por mayor, la corona ni la menté.

DR.– ¿Y que tu bisabuelo os hizo fusilar a un perro y dirigía la instrucción todas las mañanas?

P.P.– Eso, sí señor.

DR.– ¿Y no le chocó?

P.P.– De primeras, según se lo dije, ya lo creo. Pero de que le conté que en el Humán decían que el Bisa ya no cumplía los cien, lo echó a barato.

DR.– ¿Lo echó a barato?

P.P.– Bueno, ya me entiende. Que debilidad senil.

DR.– Ya.

P.P.– Los viejos, más o menos, por un ejemplo, están todos trascordados. Eso vino a decir, ¿sabe?

DR.– Ya. En resumidas cuentas que el informe fue negativo: No estabas perturbado.

P.P.– No lo estaba; no señor.

DR.– ¿Y cómo te enteraste?

P.P.– Por un propio, ¿entiende? O sea, una mañana me llamaron a jueces, y un mandado me dijo que no, que la Sala no se había tragado lo de loco. Y que, por tanto, volverían a juzgarme.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– Bien, ya ve. Todo fue como la primera vez, lo único con menos personal, que de todo se cansa uno, oiga.

DR.– ¿Apoyaste esta vez al abogado?

P.P.– ¿A cuento de qué había de apoyarle? Yo dije mí verdad, ¿entiende? Pero no se piense que él porfió mucho. O sea, luego del desengaño, tampoco crea que puso empeño.

DR.– Y te cayeron doce años y un día, ¿no es eso?

P.P.– Talmente, sí señor. Doce años y un día.

DR.– ¿No se te vino el mundo abajo al oírlo?

P.P.– ¡A santo de qué! No señor.

DR.– Está bien. ¿Dónde empezaste a cumplir?

P.P.– Allí mismo, en la Provincial, pero la idea era llevarme a un penal luego, ¿comprende?

DR.– Y al penal, ¿llegaron a trasladarte?

P.P.– No llegaron, no señor. Antes vino lo del vómito.

DR.– ¿Cómo fue?

P.P.– La cosa más tonta, oiga. O sea, una noche, según me metí en el petate, que ni náuseas ni nada, me vino así, la arcada, digo, y luego otra, y lo puse todo perdido. Pero en un momento, oiga.

DR.– Y era sangre, ¿verdad?

P.P.– Sangre era, sí señor, que menudo brinco pegó el boqueras al verlo.

DR.– ¿Y otra vez al médico?

P.P.– Natural, ya ve. De primeras al de la cárcel, pero que no. Y a la mañana, agarramos un coche y al hospital.

DR.– ¿Un coche? Te gustaría ir en coche, ¿eh, Pacífico?

P.P.– Pues no lo crea, oiga; se me iba la cabeza.

DR.– ¿Y quién te acompañaba? ¿No sentiste deseos de escapar?

P.P.– ¡Qué cosas tiene! ¿Dónde iba a ir que más valiera?

DR.– ¡Qué sé yo! Al pueblo.

P.P.– Ande, pues sí que pintaba yo mucho en el pueblo.

DR.– Quien dice al pueblo dice a otro sitio, Pacífico, caramba. Lo que quiero saber es si sentiste deseos de largarte, de recuperar la libertad.

P.P.– Pero, ¿qué libertad, doctor?

DR.– ¡Qué libertad va a ser, hombre! La de las personas que veías por la calle; la de los seres normales.

P.P.– ¿Y de veras se cree usted, oiga, que ésos tenían más libertad que yo?

DR.– Está bien, Pacífico, tú ganas. Así que fuiste al hospital, ¿qué te dijo el médico?

P.P.– Bueno, me tomó la calentura, me miró el pecho, me echó los rayos, de todo. Conque, al acabar, cogió y me mandó donde otro.

DR.– ¿Para hacerte análisis?

P.P.– Tal cual, sí señor. Que me sacaron sangre y me hicieron escupir y orinar en un tubo. Que no salía, oiga, que no se lo creerá pero tuvieron que soltar el grifo y dejarme solo.

DR.– Resumiendo, Pacífico, después de estas exploraciones te declararon enfermo, ¿no es así?

P.P.– A ver, del pecho. Dijeron que estaba del pecho. O sea, el médico mandó razón al director y el boqueras me lo dijo, o sea me dijo que me llevarían a un Sanatorio Penitenciario. Y así es cómo fui a dar en Góyar.

DR.– Desde tu ingreso en la Provincial hasta tu traslado al Sanatorio, ¿qué tiempo transcurrió?

P.P.– Mire, eso no tiene pierde, doctor. Yo maté al Teotista un nueve de septiembre, ¿no? Pues el diez por la noche, andaba ya en la Provincial. Y tal día como el diecisiete de agosto del año siguiente salía para Góyar. Así que eche cuentas.

DR.– Y durante todo ese tiempo, ¿sostuviste correspondencia con los tuyos? ¿Recibiste cartas de tu pueblo?

P.P.– Por mayor, una de don Prócoro y otra de la señora Dictrinia. Por ellos me enteré de que la Corina y el Emigdio se habían leído y de que yo había sido padre, ya ve.

DR.– ¿Es que de tu casa no te escribían?

P.P.– Mire usted, es más fácil que se venga abajo el pueblo entero que el Bisa o Padre, por un ejemplo, agarren una pluma. Y no es que sean analfabetos, no señor, que no les da por ahí.

DR.– ¿Tampoco fueron a verte?

P.P.– Tampoco, no señor. Fuera aparte de mi tío Paco, que estuvo una vez.

DR.– ¿Te gustaría, no es verdad?

P.P.– Hombre, siempre se agradece.

DR.– ¿Y qué te contó?

P.P.– Pues mire, me recuerdo que me dijo que mi futuro cuñado, o sea, el Emigdio, había dado en ponerles lentes a las gallinas.

DR.– ¿Lentes?

P.P.– Como lo oye, así me dijo. Y que le pintaba bien y que Padre estaba contento. Y también me dijo, que esto ya lo sabía yo por la señora Dictrinia, que la Candi había dado a luz un chaval y le había puesto Pacífico, ya ve.

DR.– ¿Qué impresión te hizo saberte padre?

P.P.– Bien, ¿se da cuenta?, natural. Que como hacía nueve meses que lo estaba aguardando, tampoco se piense que fue una cosa del otro jueves.

DR.– ¿Y la Candi? ¿Es que no fue a verte la Candi?

P.P.– Mientras no pasé a Góyar, no señor. Una vez en Góyar, sí, una tarde me llamaron al locutorio y era ella, la Candi, digo, con la criatura, como debe ser.

DR.– ¿Qué edad tendría tu hijo entonces?

P.P.– Cabalmente cinco meses para seis, doctor. Pero ya decía papá, no crea, y se mamaba el fole.

DR.– ¿Hablaba tu hijo a los cinco meses, Pacífico?

P.P.– Aguarde, oiga, no vaya tan aprisa. El chaval no decía más que papá; eso sí, todo el tiempo, que no paraba.

DR.– Le habría enseñado ella.

P.P.– Se conoce.

DR.– Hablando con sinceridad, Pacífico, ¿no te emocionaste?

P.P.– A mayores, no señor. A mí, doctor, la verdad por delante, no se me quitaba del pensamiento lo de cabrón. Que yo llevaba lo de cabrón, y que Dios Padre me perdone, clavado así, en la sesera, ¿me comprende?

DR.– Pero ¿cómo estaba ella? ¿No la encontraste cambiada?

P.P.– Cambiada, ya lo creo, como más fuerte. Que en viéndola con el chaval colgado de la teta no parecía ella, la de Prádanos, digo.

DR.– Me refería más bien al interior, Pacífico. ¿Qué te decía? ¿De qué hablaba?

P.P.– Bueno, se puede usted imaginar, con la criatura a vueltas, de las mamadas, de que hacía esto y lo otro, ya sabe. Que el señor Bebel, el padre de ella, que a raíz de lo del Teotista la quiso moler los huesos, ahora, con la criatura en casa, andaba que no sabía dónde ponerla.

DR.– ¿Y de sus planes? ¿No te habló de sus planes?

P.P.– ¿Del casorio, dice? Qué hacer, oiga. Me dijo de casarnos en la misma cárcel, que lo que yo la dije: La criatura no merece un padre preso.

DR.– ¿Qué te contestó ella?

P.P.– Que más valía tener un padre preso que no tenerlo. Y puede que llevara razón, no digo que no. Pero, oiga, es que lo de cabrón no podía sacármelo de la cabeza, se lo digo como lo siento.

DR.– La dijiste que no, entonces.

P.P.– Más o menos, oiga. O sea, que aguardara, que me lo pensaría.

DR.– ¿Y qué dijo ella?

P.P.– Pues eso, ya ve qué iba a decir, que si doce años y un día. Que lo que yo le dije, que hay mil maneras de atar la burra y dejarla suelta.

DR.– ¿Aceptó la Candi?

P.P.– A decir verdad, acabó con las lágrimas.

DR.– ¿Lloró?

P.P.– Y de qué maneras, oiga, menudo hipo.

DR.– ¿Y no te enterneciste?

P.P.– Si se refiere a que la dijera que bueno, a la boda, digo, no señor.

DR.– ¿Ni la criatura te ablandó? ¿Qué sentías cuando el niño decía papá?

P.P.– Por mayor, pena, ya ve.

DR.– ¿Y por qué razón sentías pena?

P.P.– De siempre me dieron pena los niños de pecho, doctor, a saber por qué. Cuánto más el mío, ya ve, en la situación que yo andaba.

DR.– ¿Qué más te dijo la Candi?

P.P.– Pues no me recuerdo bien, doctor. Lo único que me llevó unos chorizos y unos bollos de los de casa.

DR.– Y del Bisa y del Abue, ¿no te dijo nada?

P.P.– Que estaban buenos y que el Emigdio vivía ahora con ellos, o sea, en la casa. ¡Ah, sí! Ahora que me recuerdo, también me dijo que se le habían muerto las gallinas a mi cuñado, que yo la dije: ¿las de los lentes?, y ella, ¿a qué ton las de los lentes?, todas, se conoce que ha sido la peste.

DR.– ¿Así que no llegaste a ninguna conclusión con ella?

P.P.– Que aguardaríamos, nada más.

DR.– Está bien. Andábamos con lo de tu traslado a Góyar. ¿Quién te condujo allá?

P.P.– Una pareja.

DR.– ¿Por carretera?

P.P.– No señor, por ferrocarril.

DR.– ¿Qué impresión te produjo el nuevo domicilio?

P.P.– Bien, mire. O sea, con eso de que andábamos del pecho, parece como que había otra consideración. Que a mí, de primeras, me pusieron en una sala con otros cuatro, todos bacilíferos, ¿sabe? Y como el penal, o sea, el sanatorio, era un castillo, la sala era como redonda, de la forma del cubo, y los petates, todo alrededor. Conque desde allí, casi veíamos el cielo, ¿entiende?, que no había más que un ventano enrejado a dos metros del suelo. Pero por las tardes, desde la galería, podíamos mirar el pueblo a capricho, y la sierra, que, al decir de los compañeros, detrás quedaba Madrid. O sea, que, por mayor, no andábamos de queja.

DR.– ¿Te gustó más que la Provincial?

P.P.– Eso a poco, doctor. Por lo menos estábamos en el campo, mire, que a días, si salía el norte, inclusive se sentían las esquilas del ganado.

DR.– ¿Te acomodaste pronto?

P.P.– Pronto, qué hacer, era una vida tranquila, ¿comprende? Que la tarde que ingresé, con lo del plante de los retretes, pensé para entre mí, menudo avispero, pero no.

DR.– ¿Qué fue eso del plante de los retretes, Pacífico?

P.P.– La casualidad, ya ve. O sea, el día de mi ingreso andaban cabreados, los reclusos, digo, con las comidas, ¿sabe? Y empezaron arriba y abajo con las tapas de los váteres, que menudo estruendo,

oiga, que más parecía aquello una chatarrería. Y el oficial y los boqueras de un lado a otro, que ni sabían dónde acudir. Y allá vería a don Avelino, calma, muchachos, calma, pero que nada, oiga, tal como si les hablara a las mismísimas piedras.

DR.– ¿Les decía «muchachos» el oficial a los reclusos?

P.P.– Talmente, oiga. No vea hombre más considerado ni más prudente que el don Avelino ese. Y no piense que fuese un canene, que era un hombrón como un castillo, pero las gastaba así.

DR.– ¿Y eran frecuentes esas algaradas?

P.P.– Que no señor. La casualidad, ya ve. Ingresar y tropezar con él, el plante, digo. La casualidad.

DR.– ¿Y te llevaron inmediatamente a la celda?

P.P.– Bueno, bien mirado, allí contaban por salas, doctor. La mía era la de San José.

DR.– ¿Te metieron en la Sala de San José, entonces?

P.P.– Talmente, sí señor. El mismo don Avelino me llevó allí. Y una vez en la sala hizo las presentaciones, con don Santiago, ¿se da cuenta?, que en el penal le decían todos don Santiago, el único que llevaba don, que los otros eran Patita, el Capullo y el Buque. Y a un servidor le decían Seminarista, que todavía no sé quién me bautizó, ya ve. Pero desde el primer día, ¿eh?

DR.– ¿Y qué te dijo don Santiago?

P.P.– Pues mire usted, así, de primeras, me dio los parabienes y, al cabo, se puso de plática con don Avelino. Por lo del plante, ¿entiende? O sea, don Avelino le pidió que terciase, o sea, que les hablara a los reclusos. Y que si lo hacía, él, don Avelino, digo, se interesaría por el rancho, y que era mejor así, porque si las cosas iban más arriba, se les caería el pelo a todos empezando por los reclusos. Y viéndoles así, platicar, cualquiera diría que don Santiago era el jefe, oiga, que no vea qué aplomo. Que a la legua se veía que era de gente bien, doctor, no vea qué presencia, que yo, la verdad, verle y recordarme de mi tío Paco fue todo uno.

DR.– ¿Por la autoridad?

P.P.– Tal cual, oiga, por el aplomo, que don Avelino le pedía que terciase como a un igual, o sea, un superior. Y don Santiago no se achicaba, no señor, que luego de mucho porfiar, que sí, que bueno, que les hablaría, pero que las comidas eran una vergüenza y aquello tenía que cambiar. Conque don Avelino que conforme, que lo dejase de su mano, que él respondía, ¿entiende?, pero que por mantener el principio de autoridad encerraría unos días en la celda de castigo al Capullo y a un tal Morris, de la Sala de San Vicente, o sea, los más alborotadores, que yo pensaba, para entre mí, don Santiago va a decirle que nones, pero sólo dijo, Capullo, ve con él, ¿se da cuenta?,

sin más, que el otro, el Capullo, digo, ni rechistó, agarró el portante y se largó con el boqueras.

DR.– Y al marchar don Avelino, ¿te habló don Santiago?

P.P.– No señor. Se tumbó en el petate y se puso a leer un libro, lo mismo que si estuviera solo.

DR.– Tú ¿qué hiciste?

P.P.– Ya ve qué podía hacer. Me quedé allí quieto parado, sentado en el petate, hasta que se me arrimó el Buque.

DR.– ¿Quién era el Buque?

P.P.– Otro de la sala; uno que tenía un ojo tal que así, un poco revirado y a ratos se le quedaba blanco.

DR.– ¿Qué te dijo?

P.P.– Me preguntó si había visto una carroza a la puerta.

DR.– ¿Una carroza?

P.P.– Ya ve, manías. Pero yo, de primeras, que no, que no había ninguna carroza a la puerta, ¿entiende? Y él, que allí tenía que andar. Que no quiera saber, la echamos larga. Hasta que me enteré que el Buque decía carrozas a los entierros. O sea, para que se entere, en el patio, orilla la enfermería, estaba el depósito, y como allí, en el penal, digo, andábamos todos del pecho, raro era el día sin defunciones. Que, por las tardes, según estábamos así en la galería, llegaba a lo mejor el carro negro y pasábamos el rato viendo sacar al muerto y con los ayes de los familiares, ¿se da cuenta? Pero el Buque, dale, que era su carroza y que le aguardaba a él, todas las tardes la misma copla, que ya, en fuerza de oírselo, nadie se molestaba en llevarle la contraria. Por eso a mí, de que llegué, que si había una carroza a la puerta, imagine, que yo, de nuevas, a ver, ¿de qué?, y él dale, toda la santa tarde, oiga, que era muy testarrón y muy ignorante el Buque ese, el más ignorante de la sala, dónde va, que ¿qué dirá usted que se le alcanzó una noche?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– Que quién era San José, por la sala, dese cuenta. Que yo: El padre de Cristo fue, para que callase la boca, natural. Pero él la cogió modorra: ¿Es Dios San José? Y así todo el rato, oiga, que en la vida he visto un tipo más ignorante que el Buque, se lo juro.

DR.– Y ese Buque ¿tenía alguna relación con don Santiago?

P.P.– Ande, quien más, quien menos, todos los de la sala teníamos relación con don Santiago.

DR.– ¿En qué sentido?

P.P.– Bueno, le servíamos.

DR.– ¿Y qué clase de servicios le prestabais?

P.P.– Pues hoy una cosa y mañana otra, de todo, doctor. Por un decir, desde cepillarle el tabardo y lavarle la ropa hasta hacerle de

taxi.

DR.– ¿De taxi?

P.P.– De taxi, sí señor. Para bajarle al patio o sacarle a la galería, natural. O sea, a esa hora, uno, el que fuese, cualquiera, se llegaba donde él y le decía: Hay taxi, don Santiago. Y él lo cogía o no lo cogía, conforme le cuadrara.

DR.– Pero ¿cómo lo cogía? ¿Qué taxi podía coger en el penal?

P.P.– Aguarde, doctor, allí le decíamos taxi a las costillas, para que lo sepa. O sea, bajábamos a don Santiago a cuestas, como a los chicos. Él decía, don Santiago, digo, que estaba muy enfermo y no podía fatigarse, ¿comprende? Y unas veces nos daba un duro por el servicio y otras no nos daba nada, según.

DR.– Pero ¿hacíais eso por miedo?

P.P.– Que no señor, gustosos de servirle.

DR.– ¿Puede saberse qué clase de ser era ese don Santiago?

P.P.– Ya le digo que don Santiago era un hombre con autoridad. Que el mismo Vegas, el boqueras, reconocía que era un hombre competente, ya ve.

DR.– Háblame de él, Pacífico.

P.P.– ¿Del Vegas?

DR.– De don Santiago, hombre. ¿Por qué estaba allí?

P.P.– Andaba también del pecho.

DR.– Digo preso. ¿Por qué delito estaba encerrado?

P.P.– Mire, don Santiago tenía cuartos, o sea más de treinta millones en Inglaterra. Que al decir de radio petate, don Santiago hizo una estafa y se largó al extranjero a darse la vida padre. Pero un día van y le dicen que iban a condenar a otro por esa estafa, o sea, a un inocente, justos por pecadores como suele decirse. Y entonces don Santiago, de que se enteró, agarró un avión y a Madrid: El autor de esa estafa soy yo, dicen que dijo. Y el juez, de primeras, los cuartos, vengan, que él, don Santiago, digo, eso sí que no, ¿se da cuenta? O sea, él dejó bien guardados los cuartos y si vino es para que no penase por él un inocente.

DR.– Esa historia no se la cree un niño, Pacífico.

P.P.– Mire, por mí... yo no digo nada, pero de aquí ya tenía, desde luego.

DR.– ¿Y en qué notabais que tenía «de aquí»? ¿En que pagaba un duro por el taxi?

P.P.– No señor, eso es lo de menos. Pero a don Santiago, para empezar, le servían las comidas de un bar del pueblo, un camarero vestido de blanco, un día sí y otro también. ¿Cree usted que eso no cuesta?

DR.– ¿Pues no organizó él el plante de los retretes? ¿Qué le iba a don

Santiago que dieran buen rancho o mal rancho?

P.P.– ¡Qué ideas tiene usted, doctor! Por humanidad, a ver, ni más ni menos. Por humanidad.

DR.– ¿Y cabalgaba también por humanidad a lomos de sus compañeros enfermos?

P.P.– Mire, doctor, no trabuque las cosas. Él, don Santiago, digo, andaba muy cogido, pero que muy. O sea, tosía todo el tiempo. Que el día que se encontraba mejor, bien que despachaba el taxi, no hacía falta decírselo. Don Santiago tenía corazón, se lo digo yo. O sea, miraba por los demás. Y en la galería y en el patio, no vea, don Santiago por aquí, don Santiago por allá. El no parar, oiga. Todo dios a pedirle consejo. Que era ingeniero, no se piense que fuese un cualquiera.

DR.– Y con el director y los mandos, ¿se llevaba bien?

P.P.– Qué hacer, alternaba.

DR.– ¿Qué quieres decir con eso de que alternaba?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, le guardaban consideración, ¿entiende? Que para bajar a tomar un café donde el director o la jefatura de servicios, no crea que necesitaba de recomendaciones. Ya se sabe, doctor, el dinero es muy amable.

DR.– ¿Recibía don Santiago muchas visitas?

P.P.– Sí señor, a menudo, de una mujer.

DR.– ¿Por qué sabes que era una mujer?

P.P.– Ande, algunos la vieron. Por ejemplo, el Capullo. Además, no hacía falta verla, que conforme volvía a la sala, olía a perfume que tiraba para atrás. Don Santiago, digo.

DR.– ¿Y se veían en el locutorio?

P.P.– No señor, no. En el taller, orilla del economato, de la parte de atrás, a solas.

DR.– Está bien, Pacífico. Y en el trato ordinario ¿había alguna diferencia entre el que recibía don Santiago y el que recibíais los demás?

P.P.– A mayores, no señor. La disciplina era la disciplina, ¿comprende? O sea, un horario igual para todos. Lo único, el tapiz, la luz, ya sabe, esas cosillas.

DR.– ¿A qué cosillas te refieres, Pacífico?

P.P.– Bueno, ya me entiende, alguna ventaja había de tener. O sea, por un ejemplo, el petate de don Santiago no era un petate, ¿entiende?; era una cama completa, con su cabecera y sus pieceras. Y por cima de ella tenía un tapiz rojo, con flores y pájaros, que, al decir de Patita, se lo trajo la mujer. Y luego, orilla el petate, el pie de cama, la mesita de noche y una luz para leer. No le faltaba detalle, no señor, o sea, se puede decir que a todo confort.

DR.– Y vosotros, ¿no teníais tapices?

P.P.– ¿De qué, doctor? Las piedras y las escurriduras de la humedad, eso teníamos.

DR.– Pero estaríais todos juntos, ¿no?

P.P.– Natural, oiga. Pero como la cama de don Santiago quedaba promediada, o sea, en el medio, con los tapices y eso parecíamos Dios y todos los santos.

DR.– ¿Y qué clase de libros leía don Santiago?

P.P.– Mire, de todo. Mayormente tampoco se piense que reparé en ello.

DR.– ¿De dónde los sacaba?

P.P.– Ande, unos de la biblioteca y otros, la mujer. Luego don Santiago los donaba para la prisión. Y el maestro decía, éste vale y éste no vale, según. O sea, él decía sí o no, lo que podíamos leer, digo.

DR.– Otra cosa. ¿Cómo caíste entre tus compañeros, Pacífico?

P.P.– Bien, ya sabe usted lo que son estas cosas. O sea, la primera noche, el Buque me puso una rata en la cama, la quintada, natural, que bichos de esos había allí cantidad. Y a la otra noche, me metió para dentro las patas del petate y, conforme me tumbé, me caí de morros. La costumbre, ¿entiende? Pero mayormente yo no tenía queja de los compañeros.

DR.– Cuenta, ¿qué vida hacías allí?

P.P.– ¿Qué quiere que le diga? Ordenada, ya ve. O sea, los bacilíferos llevábamos trato especial. Que, por un ejemplo, si a usted no le petaba, inclusive no se levantaba para comer. Rebajados de servicio, ¿comprende? En cuanto a lo de formar, lo único a la retreta, a la noche, para el recuento por salas. Por lo demás, entrábamos y salíamos, y por las tardes, a la galería, al sol, la gloria bendita.

DR.– ¿Quieres decir que no os cerraban la sala?

P.P.– Por las noches, sí señor, qué hacer, trancaban, natural. Pero por el día, ya ve, con aquellos cacho muros, ¿dónde íbamos a ir? Que es lo que yo me digo, oiga, que los antiguos, o sea, los que hicieron aquel castillo ya podían dormir tranquilos, ya. Que las paredes aquellas si no medían tres metros, de gruesas, digo, no medían ninguno. Así que a ver, entrar y salir a capricho. Y si llovía, pues por los corredores, ya se sabía. Y si levantaba, al patio, a echar un partido.

DR.– Pero a ti lo que más te agradaba era el reposo de la galería, según dices.

P.P.– Por sabido, ande. A mí y a todos.

DR.– ¿Y qué es lo que hacíais allí?

P.P.– Por mayor, mirar y platicar.

DR.– Pero, mirar ¿qué?, Pacífico.

P.P.– Ande, pues a los del pueblo, afanando. ¡Menudo mirador

teníamos! O sea, la tarde que no había defunción, pues a la plaza, a los rebaños, o las pinadas, o las cervigueras. No crea usted que faltaban sitios donde mirar, no.

DR.– ¿Y nunca sentiste envidia, Pacífico, de ver a la gente trajinando por las calles del pueblo?

P.P.– A decir verdad, no señor, al contrario. Cada vez que les echaba la vista encima, me decía para entre mí: De buena te has librado, Pacífico.

DR.– ¿Pensabas en tu bisabuelo cuando decías eso?

P.P.– Bueno, oiga, en el Bisa, y en el Abue, y en mi guerra, y en los del Otero, y en la Candi, y en Padre, y en todo Cristo pensaba, ¿no comprende?

DR.– Fuera del penal ¿te sentías amenazado, entonces?

P.P.– Pues no había de sentirme, natural.

DR.– ¿Te encontrabas más seguro dentro?

P.P.– Qué hacer, doctor, ni comparar.

DR.– ¿Es que no te parecían más peligrosos el Buque, el Capullo y toda esa ralea que te rodeaba?

P.P.– ¡Quia, no señor, ni por asomo!

DR.– ¿Piensas, tal vez, que eran unas víctimas?

P.P.– Talmente, sí señor, eso pienso.

DR.– ¿Don Santiago, incluso?

P.P.– Bueno, ése era harina de otro costal.

DR.– ¿Qué idea tienes acerca de don Santiago?

P.P.– Bueno, don Santiago jugó con la baraja que le enseñaron, doctor. No tenía otra, ¿entiende?

DR.– Y cuando veías los pinos, y las laderas y la gente yendo y viniendo, ¿no te acordabas de tu pueblo?

P.P.– Qué hacer si no recordarme, sí señor. Me recordaba del Crestón, y del Hibernizo, y de la Torca y del Embustes. Que me quedaba, es un decir, mirando para los robles de la cerviguera y me pensaba que andaba en mi pueblo y era talmente como si estuviera allá, ¿comprende?, pero talmente. Y otra tarde me decía, por un ejemplo, hoy voy a subir donde aquella peña. Y con la imaginación, pues eso, subía. Que me agarraba una trocha y dale que le das hasta llegar arriba. Sin nadie que me incomodase, ¿entiende? O sea, yo me paraba aquí o allá, con la imaginación, claro, a echar un trago, o a descabezar una siesta, o a escuchar las esquilas de las vacas, o a lo que fuera gustoso, tanto daba. Conque entre subir y bajar, doctor, demoraba dos o tres horas, que algunas tardes se me hacían las tantas. Y, al cabo, a la noche, a ver, tan despernado como si hubiera hecho el viaje de verdad, ¿se da cuenta? Que me tumbaba en el petate, me arrebujaba en la manta y a dormir tan ricamente. Y es lo que yo digo,

doctor, lo que uno imagine es, mayormente, como si lo viviera. O sea, que es tontuna afanarse.

DR.– ¿Así que en el penal dormías a gusto?

P.P.– Como un leño, oiga.

DR.– ¿No extrañabas la presencia de tus compañeros?

P.P.– Pues, no señor. Pero nada de nada, ¿eh? Que dicen que el Buque roncaba y don Santiago tosía sin dejarlo. Pues yo, ni enterarme. Lo único, Patita.

DR.– ¿Qué le ocurría al Patita?

P.P.– La murga que si se dormía o dejaba de dormirse.

DR.– Pero ¿qué era eso?

P.P.– Manías, ya ve. Cosas de la edad. Que lo mismo daba en decir que quería saber cuándo se hacía noche, que cuándo se quedaba dormido.

DR.– ¿Es que no distinguía el día de la noche?

P.P.– No es por ahí, no señor. O sea, para que me entienda, conforme se ponía el sol, Patita ya empezaba: de día, de día, de día... En la galería, ¿se da cuenta? Y, de golpe, o sea, en un momento, decía, de noche, ya es de noche, ¿cuándo se ha hecho de noche? Todas las tardes la misma copla.

DR.– ¿Quieres decir que Patita quería separar el instante en que el día da paso a las tinieblas?

P.P.– Talmente, así era, sí señor.

DR.– Pero eso no es posible.

P.P.– Eso me pensaba yo, doctor. Pero una tarde, va y me dice: Seminarista, ya sé cuándo el día se hace noche. Que yo: ¿Sí?, por seguirle la corriente, a ver. Y él, sí, que yo, ¿cuándo?, y él, así que prenden las luces de la enfermería, ¿se da cuenta? O sea, para que me comprenda, según prendían abajo, el patio se ponía más negro, ¿no?, natural. Bueno, pues él para qué quería más, Patita, digo, don Santiago, ya sé cuándo se hace noche, ya sólo me falta saber cuándo me quedo dormido, voceaba.

DR.– ¿Es decir, que el Patita quería separar también la vigilia del sueño?

P.P.– Bueno, él quería darse cuenta del momento en que se dormía. No sé si me explico.

DR.– En una palabra, darse cuenta de que ya no se daba cuenta.

P.P.– Más o menos, doctor.

DR.– ¡Menudo problema!

P.P.– Calcule.

DR.– ¿Y qué hacía?

P.P.– Ya ve, despertarnos a todos, que, por un ejemplo, a la media

noche, voceaba: ¡Por un poco! Que don Santiago, ¿ocurre algo, Patita? Y Patita, ya estaba casi, don Santiago, pero me he despertado. Y allí vería al Capullo, ¿no puedes callar la boca, tú?, que era muy nervioso el Capullo, oiga, que en todo el día hacía otra cosa que chascarse los huesos de los dedos, ¿sabe? Y, al decir de Patita, de la celda volvió peor.

DR.– ¿De la celda de castigo?

P.P.– De la celda, sí señor. Cuando aquello de lo del plante.

DR.– ¿Tan mala era?

P.P.– No es eso, oiga. Lo que pasa es que se tiró trece días encerrado con un muerto.

DR.– ¿Con un muerto?

P.P.– Un muerto, a ver, el Morris, de la Sala de San Vicente. O sea, al decir del propio Capullo, el Morris las dobló a los dos días de encerrarle, que le vino el pujo y se quedó. Pero el Capullo candó el pico.

DR.– ¿Quieres decir que estuvo dos semanas en la celda junto al cadáver sin decir nada?

P.P.– Así es, sí señor.

DR.– Pero ¿con qué objeto hizo eso?

P.P.– Ande, para comer ración doble.

DR.– ¿Era escasa la comida, Pacífico?

P.P.– Mire, sobre ese particular yo no soy voto, doctor. Yo me conformo con lo que me echen. Desde chaval fui de poco comer, la verdad, que hay que ver el calvario que pasó mi difunta madre a cuenta de eso.

DR.– Pero ¿y los otros?

P.P.– Por lo que respecta a don Santiago no había problema, ya lo sabe. O sea, le subían la comida del pueblo. Pero el Capullo sí era muy hambrón, doctor. A cada rato andaba en la parada para ver lo que caía. Muy goloso era, sí señor.

DR.– ¿En la parada?

P.P.– De taxi, quiero decir.

DR.– ¡Ah, ya!

P.P.– Y cada vez que caía una propina, a él le faltaba tiempo para ir donde el economato a mercarse un paquete de galletas o una libra de chocolate. El caso era llenar la andorga, como yo digo.

DR.– ¿Y qué pensaba el Capullo? ¿Hablabais alguna vez de vuestro pasado?

P.P.– Ande, natural, muchas veces. Allí encerrados ya ve de qué íbamos a hablar.

DR.– ¿Y por qué condenaron al Capullo, Pacífico?

P.P.– Por asesinato, ya ve.

DR.– ¿Te importa contarme el caso?

P.P.– No señor, ¿por qué había de importarme? Pero le participo que la culpa fue de la Isabelita.

DR.– ¿Qué Isabelita?

P.P.– La novia de él, o sea, la querida; del Capullo, digo.

DR.– ¿Es que tenía una novia?

P.P.– Aguarde. Él estaba liado con una viuda que le decían la Isabelita, ¿entiende?

DR.– Ya.

P.P.– Bueno, pues, en éstas, el Capullo se puso de aquí, del pecho, ¿comprende?, y le mandaron a un sanatorio de pobres. Nueve meses, no se piense que dos ni tres. Así que cuando regresó, se la encontró con otro, casada por la Iglesia, la Isabelita, digo, un peón caminero de la parte de Lugo.

DR.– ¿Y no se conformó?

P.P.– Natural, doctor, menudo era. Él quería a la Isabelita, que sólo de mentarla se le caían las lágrimas, que no es aquello de hablar por hablar.

DR.– Está bien. Sigue.

P.P.– Pues eso, volvió y se la encontró casada con el caminero. Que lo que él decía, el Capullo, digo, que él no tenía nada contra el caminero, lo único que le había birlado a la Isabelita. Conque, conforme regresó, se fue donde ella y se lo propuso. Pero ella, la Isabelita, que nones, que ella era una mujer honrada y que lo pasado, pasado. Entonces, el Capullo porfió, y ella, la Isabelita, que se largase, que él, el caminero, o sea, su marido, ¿entiende?, era muy celoso y andaría al caer. Que era mejor que no les encontrara juntos porque, de lo contrario, no respondía, ¿se da cuenta?

DR.– Y no se fue.

P.P.– Un momento. Se fue, qué hacer, el Capullo, digo. Pero entonces dio en pensar en la manera de conquistar a la Isabelita, o sea la llevaba bollos y golosinas, que dice que por aquellos años se pasaba mucha hambre, pero que nada, la Isabelita, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, ya no estaba por él. Y lo que pasa, doctor, el Capullo se puso medio loco, a ver, con los desdenes, que, bien mirado, oiga, tenía derecho, que él había sido primero, pero el caminero andaba por medio, y no había nada que hacer.

DR.– Y entonces decidió suprimirlo.

P.P.– Tal cual, doctor, le juró la vida. O sea, dio en imaginar la mejor manera de despacharle, ¿entiende? Que dice que por aquellos entonces, el Miguel, o sea, el caminero, andaba en la ribera cavando hoyas para una plantación. Así que, de vísperas, el Capullo se llegó a

la ribera con el alba, sólo por ver si las hoyas estaban hechas, que él, de primeras, ya se pensó en enterrarle en una de ellas. O sea, que, como suele decirse, había cavado su sepultura, el caminero, digo. Así que, ese mismo día, según cayó el sol, el Capullo agarró la bici, un saco, dos cuerdas, una horca y un pañolón de esos de liar ropa y le aguardó orilla un molino abandonado, ¿sabe?, en el camino de regreso. Que dice que cuando le sintió venir cantando, tan ajeno, al caminero, digo, se le puso como un postillón arriba del pecho, que ni respirar le dejaba. Y un comezón por las manos que no vea. Así que el Capullo salió al camino con la horca y, conforme pasaba el otro, le voceó, ¡para! Que el caminero, a ver, paró, por no atropellarle, ¿sabe? Y según tenía agarrado así el manillar y un pie en el suelo, fue el Capullo y le arrimó una mano de palos detrás de las orejas hasta que le dejó privado. Que, entonces, a su decir, le arrastró tras el molino, ¿se da cuenta? y luego quitó de allí la bici por si venía alguien, natural. Pero como vio que el otro, o sea, el caminero, todavía rebullía, agarró la horca y se la hincó en el pescuezo lo menos diez veces, como si fuera un acerico, oiga. Todo por la Isabelita, hágase cuenta.

DR.– Sigue, hijo, sigue.

P.P.– Bueno, conque, a su decir, como todavía había luz, el Capullo fue y escondió al muerto en una pila de leña, orilla el molino, mientras él descabezaba una siesta en el granero, ¿entiende? Luego, así que cerró la noche, volvió orilla la leña, sacó al muerto, le amarró las rodillas contra el vientre y lo metió en el saco. Que así y todo, al decir del Capullo, no podía con él, con una mano sólo en el manillar, dese cuenta, y hubo de aferrar el saco por fuera, echárselo a las espaldas y atárselo a la frente con el pañolón, que dice que aquel hombre pesaba como un tonel. Conque de estas trazas fue y se montó en la bicicleta, ¿sabe?, que todo se tortoleaba, como un toro en la plaza, natural, de un lado a otro. Y así se llegó a la ribera, donde las hoyas, que ya era noche ciega, y en una de ellas metió el saco, el pañuelo y todo y lo enterró, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y cómo le descubrieron?

P.P.– Ella, ya ve. O sea, después de eso, él se fue donde ella, la Isabelita, digo. Y ya te estás largando que el Miguel andará al caer, dice que le dijo. Pero el Capullo, a ver, descuida, ése ya no viene, y ella, lárgate o voceo. Que, en éstas, al Capullo se le puso la cabeza como volada, que dice que ni regía, agarró a la Isabelita y la forzó. Pero ella, conforme el Capullo se largó, en vista de que el otro no venía, se llegó donde la guardia y dio cuenta. Y al día siguiente, las pesquisas, natural, ¿dónde andaba el Miguel?, pues en la ribera. Y a la ribera se fueron todos y esa hoya está cubierta, ¿se da cuenta? Total, que en cinco minutos levantaron la tierra y dieron con él.

DR.– ¿Qué condena le salió al Capullo?

P.P.– Ésa es otra, doctor. Veinticinco años por lo del caminero, artículo 406, ¿se da cuenta?, como el mío. Seis por lo de la Isabelita. Y por si fuera poco, otra pena por enterramiento ilegal. ¿No le parece que esto ya es ensañarse?

DR.– La ley es la ley, Pacífico.

P.P.– Y que lo diga, doctor, pero yo me pienso que esto de enterrar a un muerto debería ser una atenuante.

DR.– Con los muertos también rige la ley, hijo. Para enterrar a un muerto hacen falta una serie de requisitos.

P.P.– Mire, a mí siempre me enseñaron que enterrar a los muertos era una obra de misericordia, ¿sabe? Pues ve ahí, para el Capullo eso no rige: otro delito. O sea, las cosas son según se las mire.

DR.– Como quieras, Pacífico. Esta discusión no tiene objeto. El Capullo enterró al caminero no por piedad sino por borrar las huellas de su crimen. Su propósito no era hacer una obra de misericordia sino burlar la ley. Como verás, hay una notable diferencia. Pero vamos a dejar esto. ¿Dónde sosteníais estas conversaciones?

P.P.– Donde se terciase, mire. En la galería, o en el patio, o en la misma sala el día que nos daba la vagancia y nos quedábamos en el petate. Según.

DR.– Y el Patita y el Buque, ¿contaban también lo suyo?

P.P.– Qué hacer, sí señor, todos.

DR.– ¿Don Santiago inclusive?

P.P.– Por mayor, don Santiago no hablaba de sus cosas, no señor. O sea, lo suyo lo conocíamos por fuera aparte. Pero él escuchaba y daba consejos, ¿entiende?, que se sabía el Código de memoria. De usted para mí, a don Santiago le decíamos el Cerebro, pero a él, don Santiago por aquí, don Santiago por allá, no lo sabía.

DR.– ¿Y por qué esas diferencias?

P.P.– Por respeto, ya ve. A don Santiago nadie quería faltarle.

DR.– ¿Y tú, Pacífico? ¿Contabas tú lo del Teotista?

P.P.– A ver qué remedio.

DR.– ¿Y qué decían tus compañeros?

P.P.– ¿Quiere la verdad?

DR.– Naturalmente, Pacífico.

P.P.– Pues que dejara quieto al Teotista y contase lo de la Candi.

DR.– ¿Es que contaste también tus relaciones con la Candi?

P.P.– Una tarde solté el mirlo, ya ve, que ni cuenta me di, y conté lo de Prádanos, cuando ella corría desnuda por las camberas. Y luego, cuando quise dar marcha atrás, ya no era el caso.

DR.– ¿Por qué?

P.P.– Aquello les gustaba más que comer con los dedos, doctor, no quiera saber, que había días que Patita me hacía referir tres veces la misma historia.

DR.– ¿Era el Patita ese el más mujeriego de todos?

P.P.– Mire, sobre este particular, yo me pienso que por un igual. O sea, a todos les gustaban, las mujeres, digo. Que el Buque, hasta ponía el ojo en blanco y rebuznaba cuando yo contaba lo de Prádanos, hágase cuenta. Pero las cosas como son, doctor, Patita, si estaba allí, entre rejas, digo, era por hombre, ya ve, eso sí, por demasiado hombre, como él decía.

DR.– ¿Abusó de alguna mujer?

P.P.– ¡Quia, no señor! Un hombre intentó abusar de él, que es distinto.

DR.– ¿Un hombre?

P.P.– Un hombre, sí señor; el Juan José Viñat, por más señas.

DR.– ¿Te importa que dejemos esto para mañana, Pacífico? Ando un poco resfriado y voy a meterme en cama.

P.P.– ¿Es que está usted enfermo?

DR.– No es eso, Pacífico. Unas décimas, cosa de poco.

P.P.– Haberlo dicho, oiga, y lo dejamos antes.

DR.– No te preocupes, hijo. Con una copa de coñac y una aspirina, mañana como nuevo.

PACÍFICO PÉREZ.– Buenas noches, doctor. ¿Está usted bien?

DR.– Bien, Pacífico.

P.P.– ¿Se le pasó?

DR.– Ya se pasó, gracias.

P.P.– Mire que, si no, lo dejamos para mañana.

DR.– No es necesario, hijo. Estoy perfectamente. Anda, siéntate... ¿Recuerdas lo que hablamos ayer?

P.P.– Ande que si no lo fuera a recordar.

DR.– Empezabas a contarme del Patita, de su hombría.

P.P.– Así es, sí señor.

DR.– Que un hombre intentó abusar de él, ¿recuerdas, Pacífico?

P.P.– Sí, señor, el Juan José Viñat.

DR.– ¿Quién era ese sujeto?

P.P.– Un compañero. De Patita, digo.

DR.– Compañero ¿de qué?

P.P.– De tajo, mire. Andaban en una dehesa. En Extremadura.

DR.– ¿En qué trabajaban?

P.P.– Pues eso, oiga, en una dehesa; de gañanes.

DR.– Pero ¿llevaban tiempo allí los dos?

P.P.– Mire, si llevaban tiempo o no, eso sí que no puedo decírselo. Lo único que una noche una vaca se puso de parto y se acostaron en el establo, uno orilla del otro, el Patita y el Juan José Viñat. Así empieza la historia que yo me sé.

DR.– ¿Para asistirla?

P.P.– Digo yo que sería para asistirla, doctor. Ya ve para qué, si no.

DR.– ¿Y qué ocurrió?

P.P.– Bueno, al decir del Patita, él se quedó traspuesto conforme se acomodó en la paja.

DR.– Ya.

P.P.– O sea, que dice que al rato despertó porque el otro, el Juan José Viñat, digo, le estaba tentando tal que así, en las partes, ¿entiende?

DR.– Ya.

P.P.– Conque Patita, de que despertó, dice que le dijo, para quieto, tú, ¿entiende? Pero el Juan José Viñat dice que se pegó a él y fue Patita, entonces, y se puso de pies de un brinco.

DR.– Sigue.

P.P.– Pues, según parece, oiga, el Juan José Viñat ese tenía unos lentes tamaños, tres veces los míos, de gruesos, digo, que, al decir de Patita, como culos de vaso ¿sabe? O sea, el Juan José Viñat era cegato.

DR.– Ése es un detalle insignificante, sigue.

P.P.– ¿Insignificante, dice? ¡Que se lo ha creído usted! Si a Patita le cayeron veinte años fue por los lentes.

DR.– ¿Por los lentes le condenaron a veinte años?

P.P.– Tal como lo oye, sí señor, que eso fue lo que le perdió. Que si se los puso, que si se los dejó de poner, ya sabe. Que, al decir de los jueces, el Juan José Viñat sin los lentes era un hombre perdido, o sea, no podía valerse, ¿se da cuenta?

DR.– Está bien. El Patita se incorporó. Continúa.

P.P.– Pues eso, que se iba a echar un buche de agua. O sea, salió a la cocina, que estaba orilla la cuadra, ¿comprende? Que dice que serían sobre las tres de la madrugada.

DR.– Ya.

P.P.– Conque el Juan José Viñat se quedó en la cuadra aguardando. Y, en éstas, fue Patita, agarró una reja de arado y volvió donde el otro, como si nada.

DR.– ¿A la cuadra?

P.P.– A ver, a la cuadra, sí señor. Que el Juan José Viñat fue verle y a sacarle el faldón de la camisa, que, al decir de Patita, andaba encendido. Pero lo que es la vida, oiga. Con unas cosas y otras, el Juan José Viñat se había quitado los lentes y los había puesto orilla un pesebre, ¿entiende? Que esto fue lo que perdió a Patita.

DR.– Le atacó sin las gafas, ¿no es eso?

P.P.– Tal cual, doctor. Le arreó con la reja en la cabeza. Y así que cayó, le siguió sacudiendo con ella sin duelo. Que al decir de los jueces murió, el Juan José Viñat, digo, de hemorragia cerebral traumática.

DR.– ¡Vaya por Dios!

P.P.– Conque una vez que le despachó, salió al zaguán, orilla la escalera, y llamó al amo, ¿sabe?, le voceó: ¡Don Félix, baje! Y conforme bajó don Félix, se llegaron a la cuadra, le mostró el cadáver y se lo dijo, le dijo: Don Félix, he matado al Juan José Viñat por maricón; avise a la guardia civil, ¿se da cuenta?

DR.– ¿No intentó huir?

P.P.– ¡De qué, doctor! ¿No le estoy diciendo que él mismo pidió al amo que mandara razón al cuartelillo?

DR.– Y así y todo ¿le salieron veinte años?

P.P.– Veinte, oiga. Artículo 406, o sea, homicidio con alevosía, por lo de los lentes, natural. Que lo que yo digo, doctor, ¿qué lo mismo le

hubiera dado a Patita atizarle con la reja con los lentes puestos? Pues, no señor, alevosía, ya ve. Así son las cosas. Que lo que don Santiago decía, oiga: Tú no eres un criminal, Patita. Tú eres un justiciero.

DR.– ¿Decía eso don Santiago?

P.P.– Qué hacer, doctor. Al decir de don Santiago, un hombre que mata a otro por defender su hombría no debiera ser culpado. O séase, oiga, que las leyes hacen a los maricones.

DR.– ¿De veras crees tú eso, Pacífico?

P.P.– Mire, yo no entro ni salgo, don Santiago lo decía. Y en el caso del Buque, parejo, doctor. Que el Buque no era un criminal, era un justiciero, ¿se da cuenta?

DR.– Pero, hijo, ¿también el Buque estuvo a punto de ser violado?

P.P.– No es eso, no señor, no es por ahí. Lo del Buque es otro cuento, a ver si me explico. O sea, lo que decía don Santiago es que ni el Buque ni Patita eran culpables, ¿sabe? Pero eso no quita para que lo del uno y lo del otro fueran cosas distintas.

DR.– ¿Y qué fue lo del Buque, Pacífico?

P.P.– De primeras, nada, doctor, cosas de chicos, o sea, travesuras.

DR.– Pero ¿qué es lo que hizo?

P.P.– Mire, a mí no hay quien me saque de la cabeza, doctor, que el Buque padecía eso que en mi pueblo le dicen «mal de muertos», ¿sabe? Si no, ¿a qué ton lo de la carroza que le aguardaba, por los entierros? Una manía.

DR.– ¿Quieres decir que sufría necrofilia?

P.P.– Algo así me pienso yo que sería, sí señor.

DR.– Pero cuenta, ¿qué es lo que hizo el Buque?

P.P.– Pues eso, doctor. De principio, se juntó con una partida de mangantes, y por las noches saltaban las tapias del camposanto y robaban las cruces y las cadena de las tumbas, para venderlas como chatarra. Cosas de chicos.

DR.– ¿Tú crees?

P.P.– Ande, como lo otro, oiga. Que de unas cosas pasaron a otras. O sea, una vez que arramblaron con todo, se le alcanzó al Buque mandar uno de la pandilla a los duelos para ver a los muertos. O sea, las cosas con las que les metían en el ataúd, ¿no? Que ya se puede usted imaginar, unas veces era una sortija, otras unos pendientes, o los mismos zapatos o el traje del difunto, a saber. Y, a la noche, tal cual, saltaban las tapias y apandaban con ello. Que el Buque no tiene mucho de aquí, oiga, que para mí el más ignorante de todos, dónde va. Conque así un día y otro día, conforme es de testarrón, hasta que una noche les aguardaron, ¿no?, o sea, les pusieron de cebo un collar de perlas falsas, y ellos, ciegos, a ver, que les agarraron con las manos en la masa, como suele decirse.

DR.– ¿Era muy joven el Buque cuando le prendieron?

P.P.– Cuando empezó con éstas, dieciocho años, usted dirá, un chaval, que luego, no, o sea, cuando el collar, veintitrés, que ya estaba casado y todo. Que al Buque, le ve usted así, y lo que menos, un tísico. ¡Menuda envergadura, oiga! Yo, a su lado, un canene.

DR.– ¿Le pusieron a la sombra?

P.P.– Quince años le cayeron.

DR.– ¿Y cómo te explicas que un profanador de tumbas le pareciera a don Santiago un justiciero?

P.P.– Un momento, oiga, que no es por ahí. O sea, el Buque, con redención, amnistías y esas cosas, a los seis andaba en la calle. Que luego vino lo de la otra, lo gordo, como yo digo, lo de la Catalina.

DR.– ¿Qué fue?

P.P.– Pues eso, la mujer. A los cinco años de andar enchiquerado fue a verle al penal, ella, ¿entiende?, y le dijo, con toda la cara, que estaba preñada.

DR.– ¿Le confesó que estaba encinta de otro?

P.P.– Que no señor, ahí está el chiste. Le dijo que aguardaba un hijo suyo, o sea, del Buque, de antes de enchiquerarle. Que el Buque, si será ignorante, se lo creyó.

DR.– ¿Que se creyó el Buque que al cabo de cinco años su mujer estaba encinta de él?

P.P.– ¡Que sí señor, que usted no le conoce! Que el Buque ese ni estaba maliciado ni nada. Un ignorante, eso es lo que era. Que, aunque me esté mal el decirlo, ni quitarse los mocos sabía.

DR.– Me parece demasiado, Pacífico.

P.P.– Como quiera, mire. Yo le juro por la luz bendita que en Góyar todavía se pensaba que el hijo que aguardaba la Catalina, o sea, la barriga, era suyo.

DR.– Está bien. Continúa.

P.P.– Conque así que salió del penal, se llegó donde ella. Y la Catalina con muchas zalemas que qué bien que hubiera llegado a tiempo, o sea, le engatusó. Y al cabo, que el hombre que estaba en la cocina con ella, el Francisco Rincón, digo, paraba allí, de huésped, en lo que él estuviera encerrado. Que el Buque, oiga, ni sospechar, que no vea hombre más infeliz. Y a la noche, según se llegó donde su hermana, que si había visto a la zorra de su mujer, ¿comprende?, a las claras. Que el otro, así, de primeras, se la quiso espetar, el Buque, digo, pero de que la otra, o sea, su hermana, porfió, él se volvió para casa. Y dice que en la puerta la alcoba había, tal que así, un montante de cristal y él se empinó en un taburete, y los vio amartelados en la cama, a la Catalina y su huésped, ¿entiende? O sea, entonces se dio cuenta el Buque que su hermana llevaba razón, agarró un cañivete,

arreó una patada a la puerta y adentro. Que dice que el Francisco Rincón se tembló al verle oiga, natural, y salió a la calle dando voces, en calzoncillos, hágase cuenta. Pero que ella, la Catalina, se le echó a los pies todo lo larga que era, oiga, que para mí no hay más hombre que tú, dice que le decía, ya ve, a buena hora. Pero el Buque esta vez no tragó, ¿de qué?, que dice que ni reparó en la barriga ni nada, natural, con el sofoco, y conforme es de corpulento, oiga, agarró a la Catalina por los pelos, la levantó en vilo y la arrimó una mano de puñaladas con el canivete que la dejó tiesa.

DR.– ¿Y la criatura?

P.P.– A eso voy, que a la Catalina la autopsiaron, a ver. Y llevaba dentro una criatura de ocho meses ya, imagine, muerta también. Pero lo que el Buque decía, oiga, que qué más quisiera él que haber salvado a la criatura.

DR.– Ese tipo de delitos, Pacífico, están previstos y penados por el Código.

P.P.– ¡Qué me va usted a decir! Parricidio y aborto. Veintitrés años y ocho meses, más accesorias, dese cuenta.

DR.– En resumidas cuentas, que en la Sala de San José, la pena más leve era la tuya.

P.P.– Así era, sí señor. Pero ésa no era cuenta. O sea, Patita cumplía para el verano.

DR.– Al empezar a hablar de vuestros respectivos delitos, ¿qué tiempo llevabas en Góyar?

P.P.– ¡Qué cosas tiene, doctor! Desde que entré, todos los días, ¿entiende? Puede decirse que no hablábamos de otra cosa.

DR.– Y la visita de la Candi, ¿fue al poco tiempo?

P.P.– Mire, eche cuentas. Yo ingresé allí, en Góyar, un diecisiete de agosto. Y la Candi vino con el chaval, si no me equivoco, para octubre. Que me recuerdo que en la galería ya se conocía el relente.

DR.– Por supuesto, para entonces tú ya tenías noticia de las hazañas de tus compañeros.

P.P.– Qué hacer.

DR.– Y a pesar de todas esas atrocidades que te contaban, ¿no sentiste deseos de irte tranquilamente al pueblo con tu hijo?

P.P.– ¿Tranquilamente, dice? Pues, no señor. Si me apura, menos.

DR.– ¿Por qué razón menos?

P.P.– Ande, por eso. ¿Quién me decía a mí, oiga, que si salía, no iba a tropezarme con un Juan José Viñat, o un caminero, o una Catalina, que me hicieran la santísima?

DR.– Pero, Pacífico, pienso yo que peor sería encontrarte con un Capullo que te enterrase en una hoya, o con un Patita que te rompiera la crisma con la reja de un arado o con un Buque que te cosiera a

puñaladas, ¿no? Vamos, creo yo.

P.P.– Por eso, oiga. Lo de salir, mayormente, no crea usted que me tentaba.

DR.– Pero si pensabas de esta manera, ¿puedes aclararme por qué participaste en la evasión de Góyar?

P.P.– Mire, doctor, de eso más vale no hablar.

DR.– ¿Por qué, Pacífico? Yo no voy a decir una palabra, ya lo sabes.

P.P.– No es eso, doctor.

DR.– ¿Qué es, entonces?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, mi tío Paco me recordaba siempre en sus cartas que de ahí no podía pasar.

DR.– ¿Te escribía entonces tu tío Paco?

P.P.– Qué hacer, doctor. A menudo. De que ingresé en Góyar, todos los meses. No fallaba.

DR.– Bien. Habla.

P.P.– ¿Qué quiere que le diga, oiga? Pues que me llevé un desengaño de órdago. Ni más, ni menos.

DR.– ¿Con tu tío Paco?

P.P.– A qué ton, doctor. Conforme me habló don Santiago.

DR.– A ver si nos entendemos, Pacífico. ¿Qué quieres decir con eso de que te habló don Santiago?

P.P.– Mire, yo lo que no quiero es perjudicar a nadie.

DR.– Pacífico, aquí estamos conversando entre dos amigos. Es decir, nadie va a saber por mí nada que tú no quieras que sepan.

P.P.– Si usted lo dice…

DR.– Ése ha sido nuestro acuerdo, ¿no?

P.P.– Sí señor, talmente así me dijo.

DR.– ¿Entonces?

P.P.– Mire, la verdad por delante, doctor. Yo lo último que pensaba era largarme del penal. O sea, no entraba en mis cálculos, para que lo sepa.

DR.– ¿Por qué cambiaste de parecer?

P.P.– La mala suerte, ya ve.

DR.– ¿En qué consistió la mala suerte?

P.P.– Bueno, o sea, la tarde que estuvo en Góyar la Candi, los otros andaban en la galería, para que se entere. Que yo pensaba para entre mí, qué sol más rico me estoy perdiendo. Conque la Candi me dejó unos chorizos y unos bollos de los de casa y yo me llegué a la sala y los puse en la taquilla, para la noche, ¿se da cuenta? Bueno, pues luego de la retreta, así que el boqueras nos trancó la puerta, yo me arrimé al petate del Capullo, que era el más hambrón de todos, y le dije: Levanta, ha llegado la intendencia. Para darle un chorizo y unos

bollos, ¿se da cuenta?, o sea, no iba con segundas, que ésa era mi intención. Y fui y tiré de la manta, o sea, le destapé, pero el Capullo no estaba allí, oiga.

DR.– ¿Qué quieres decir?

P.P.– Lo que oye, doctor, no estaba. Que había allí un rebujo de ropas y una caja, sólo eso, pero el Capullo, no. Que todos a mirarme como si me hubiera ciscado en su madre, no vea. Que todavía me recuerdo del ojo blanco del Buque, oiga, que no lo creerá, doctor, pero yo me las temblaba.

DR.– ¿Y con qué finalidad dejaron allí el rebujo de ropas y la caja?

P.P.– Para hacer bulto, mire. O sea, que si el boqueras asomaba por la mirilla, se pensara que dormíamos.

DR.– ¿Y tú qué hiciste?

P.P.– Me quedé quieto parado, doctor, ya ve qué iba a hacer. Y entonces Patita y el Buque se volvieron para don Santiago, que andaba leyendo un libro como de costumbre. Y, en éstas, don Santiago levantó los ojos y dio en mirarme que no paraba, oiga, que yo, la verdad, mientras él me miraba, don Santiago, digo, ni mover un dedo me atrevía.

DR.– ¿Y no te dijo nada?

P.P.– Al cabo de qué sé yo el tiempo.

DR.– ¿Qué te dijo?

P.P.– Pues me dijo, va y me dice: Acuéstate y cierra el pico, Seminarista. El Capullo está topeando. Mañana hablaremos. Sólo eso, ¿entiende?

DR.– ¿No te dio más explicaciones?

P.P.– Por el momento, no señor. Que yo tapé el petate del Capullo aprisa y corriendo y me metí en el mío, más acobardado que otro poco. Que no pude pegar ojo en toda la noche, como lo oye.

DR.– ¿Y cuándo te habló, al fin, don Santiago?

P.P.– A la mañana. O sea, me llevó así a un aparte y me dijo que preparaban una evasión y que si yo quería sustituir al Honorable, que el Honorable ya se había fugado, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Quién era el Honorable?

P.P.– El otro, el de antes de mí, ¿sabe?, el que yo sustituí en la sala.

DR.– ¿Se había fugado realmente?

P.P.– No señor, era una manera de decir. El Honorable la había palmado.

DR.– Ya. ¿Qué le respondiste a don Santiago?

P.P.– Imagine, que a mí me pilló de nuevas, o sea, que no, que yo estaba a gusto allí, que no lo tomase a desprecio.

DR.– ¿Y él?

P.P.– ¡Huy, don Santiago, menudo pico se gastaba!, que nadie iba a obligarme si ése era mi deseo, ¿comprende? Pero que si en la vida había pensado en hacer algo por los demás, y yo, entonces, me recordé de mi tío Paco y que ése no era el caso, que si había que echar una mano, pues gustoso. Que entonces, don Santiago, me tomó por la palabra; nadie va a pedirte más, me dijo. Y ya ve, en ésas quedamos.

DR.– Es decir, te pusiste de acuerdo con ellos.

P.P.– Aguarde, para arrimar el hombro, sí señor. Pero que yo me quedaría allí, en el penal. Ése fue el trato. Que entonces don Santiago me dijo, ¿cuándo quieres empezar a topear?, que yo, cuando usted mande, don Santiago. Total, que a la tarde ya andaba yo metido en el agujero.

DR.– ¿Un agujero? ¿En el suelo?

P.P.– En el suelo, no señor. ¡Qué cosas tiene usted! Hubiéramos ido a parar al economato. El agujero le hacíamos en el muro, ¿se da cuenta? Todo a lo largo, de la parte adentro del torreón. O sea, tal que así, a la derecha, quedaban los váteres. Y del otro lado, conforme se sale al corredor, entre nuestra sala y la de San Vicente, quedaba el despacho del boqueras, para vigilar las escaleras que llevaban al patio del castillo, ¿entiende ahora?

DR.– Más o menos, Pacífico.

P.P.– Quiero decirle que entre medias del agujero y del boqueras, quedaba la sala, la nuestra digo, la de San José, de forma que malamente podía oírnos.

DR.– ¿Y cómo horadabais el túnel? ¿A lo ancho del muro?

P.P.– ¿Cómo a lo ancho? No le digo, todo a lo largo. O sea, entre medias de nuestra sala y los váteres había un muro disforme, de lo menos tres metros, de grueso, digo, que de largo ya tendría ocho o diez. Bueno, pues la idea de don Santiago era horadar esos ocho o diez metros, quitar una piedra del torreón y largarse por ahí. ¿Me comprende?

DR.– No muy bien, hijo.

P.P.– Es fácil, ¿tiene usted un lápiz a mano?

DR.– Toma.

P.P.– Yo no sé dibujar, ¿sabe? Pero esto iba así y el torreón, ve ahí. O sea, éstos eran los váteres. Y entre medias, tal que así, corría el muro. Bueno, pues en este muro, talmente en la dirección que va, hacíamos el agujero. Que lo que don Santiago quería era llegar al rincón este y quitar la piedra. Talmente donde el torreón se separa de los váteres.

DR.– Ahora me hago una idea, Pacífico. Pero ¿cómo demonios os las arreglabais para perforar la piedra?

P.P.– La piedra no la perforábamos, no señor. La quitábamos.

DR.– Pero ¿el muro?

P.P.– El muro no era todo piedra, aviados estaríamos. O sea, entre piedra y piedra llevaba un macizo de hormigón, mazacote, ¿comprende? Y ahí es donde rascábamos.

DR.– ¿Y cómo empezasteis el túnel? ¿Cómo es que no se veía la boca desde la sala?

P.P.– No señor, de qué. Ellos, de principio, Patita y los otros, levantaron una piedra orilla el petate de don Santiago, debajo del tapiz. Y así que hubo hueco dentro, la empujábamos, la piedra, digo, y, luego, conforme entraba el topo, la volvíamos a poner, ¿se da cuenta? Que ni aun quitando el tapiz se reparaba en ella, no se veía.

DR.– Así y todo, el hormigón es duro de pelar.

P.P.– ¡Y que lo diga! Pero ¿qué echa usted que llevaban el día que don Santiago me habló?

DR.– ¿Que llevaban dónde, hijo?

P.P.– Afanando en el túnel, digo.

DR.– ¡Qué sé yo! Meses.

P.P.– Y más de un año también. Que empezaron por San Pedro, de forma que, día más, día menos, un año y dos meses cuando yo ingresé.

DR.– ¿Y qué utensilios empleabais?

P.P.– Mire, por mayor, los rabos de las cucharas y dos cuchillos. Allí no había otra herramienta.

DR.– ¿Nada más?

P.P.– Bueno, teníamos también una barra de hierro, ¿sabe? Pero de noche, en la completa, no se utilizaba. Lo único, de día, cuando armaban barullo en el patio.

DR.– ¿De dónde sacaron una barra de hierro?

P.P.– Eso no me lo pregunte porque no lo sé, doctor.

DR.– Así que cuando tú te incorporaste, el túnel iba ya muy avanzado.

P.P.– Qué hacer, más de seis metros. Y don Santiago calculaba siete y medio, con piedra y todo. O sea, de perforar, poco más del metro, que don Santiago siempre decía: Para año nuevo con la música a otra parte. Y mire si lo cumplió.

DR.– Lo que no me entra en la cabeza, Pacífico, es cómo pudiste convivir durante dos meses con tus compañeros sin sospechar que preparaban una fuga. ¿O es que en ese tiempo dejaron de trabajar?

P.P.– Dejaron, sí señor, a ver, que luego me lo dijo don Santiago. O sea, únicamente topeaban de día. A la noche, paraban. Que ellos no querían comprometerse mientras no supieran que yo no era un chivato, ¿entiende? Ya ve usted, la noche que me tropecé con la ropa y la caja en el petate del Capullo era la segunda que topeaban desde que yo llegué.

DR.– ¿Cómo organizabais el trabajo? ¿Por turnos?

P.P.– Por turnos, sí señor. Don Santiago lo tenía todo pensado. O sea, a las ocho, después del desayuno, entraba el primero. A la una, luego del almuerzo, el segundo. Y a las ocho, después de la retreta, el tercero. Que el que entraba el último, luego de la retreta, digo, se tiraba doce horas metido en el agujero, que se dice pronto, doctor.

DR.– ¿Y por qué no hacíais un turno más?

P.P.– Por precaución, mire. El boqueras andaba pared por medio y podía habernos pillado. Que les había, boqueras, digo, que se asomaban por la mirilla a cada rato, que no nos dejaban ni orinar.

DR.– ¿Poníais siempre en la cama el rebujo y la caja para disimular?

P.P.– Siempre, a ver, sí señor.

DR.– Entonces, desde el momento que te uniste a ellos, ¿pasabas una noche de cada cinco en vigilia?

P.P.– A decir verdad, de cada cuatro, oiga.

DR.– ¿Es que no erais cinco en la Sala?

P.P.– Cinco, sí señor, pero don Santiago no topeaba. Él, don Santiago, digo, llevaba la dirección.

DR.– ¿Decía él eso, que llevaba la dirección?

P.P.– A ver, doctor, no se guasee, que así era. Don Santiago guardaba un plano y una hoja con los horarios, y decía cuándo había que parar y llamaba para los relevos, ¿se da cuenta? O sea, él llevaba la responsabilidad, que entre nosotros le decíamos el Cerebro.

DR.– ¿Cómo avisaba para el relevo?

P.P.– Con tres golpes. Daba tres golpes espaciados en la piedra. Dentro se sentían bien. Digo yo que sería por el eco.

DR.– No tendría agujetas don Santiago, ¿eh, Pacífico?

P.P.– ¡Qué cosas tiene, doctor! Don Santiago era el responsable, es lo que le quiero decir. Que, por un ejemplo, el boqueras andaba cerca, pues cuatro golpes rápidos en la piedra. Y el topo sobre aviso, a ver, no se impacientaba.

DR.– ¿Y de día? ¿Tampoco topeaba de día don Santiago?

P.P.– Tampoco, no señor. Él sólo decía lo que habíamos de hacer, ¿entiende?, si rascar de arriba, de abajo o de los lados. Lo que es una dirección.

DR.– Ya. Dime, Pacífico: ¿no había riesgo de que durante el día echasen en falta al que trabajaba en el túnel?

P.P.– Por mayor, era difícil, oiga. Los bacilíferos no formábamos más que en la retreta, de día no había recuento. Y como cada quien andaba por su lado, que si en el pilón, que si en el patio, que si en la biblioteca, pues no había de qué. Lo único, las comidas y la retreta. Lo único. Y para eso don Santiago andaba al quite. O sea, era muy difícil.

DR.– Te impresionaría entrar en el túnel la primera vez.

P.P.– Calcule. Creí que me ahogaba.

DR.– ¿Tan angosto era?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, de primeras, no, doctor, que había un hueco grande para la piedra. Pero, luego, oiga, habíamos de andar como las culebras, a la rastra. Y conforme volvían a poner la piedra en su sitio, no vea las fatigas. Talmente como si a uno le hubieran enterrado vivo; una agonía.

DR.– ¿Y trabajabais a oscuras?

P.P.– Natural, oiga.

DR.– Pero, no sabríais lo que hacíais.

P.P.– A santo de qué, doctor. Para eso teníamos manos.

DR.– ¿Os guiabais por el tacto?

P.P.– A ver.

DR.– La primera vez que entraste, ¿fue de día o noche?

P.P.– De noche, ya ve. La completa.

DR.– ¿La llamabais la completa?

P.P.– Así la decíamos, sí señor. Calcule, doce horas sin parar.

DR.– ¿Y lo aguantaste bien?

P.P.– ¿Bien? Mire, lo aguanté que no es poco. Que así, de principio, conforme puse la piedra, pensé para entre mí que iba a vocear, oiga, que inclusive me tapé la boca con las manos y todo. Un postillón en lo alto del pecho que no vea.

DR.– ¿Te habituaste pronto?

P.P.– Al encierro, a ver. Lo peor, luego, eran el polvo y el frío.

DR.– ¿Es que trabajabais sin tabardo?

P.P.– ¿Tabardo, dice? ¡En elástica y gracias! Para eso don Santiago era muy estricto. Por una mota de polvo podemos echarlo todo a perder, nos decía. Que el Buque y Patita, en cueros vivos, hágase cuenta. Que yo, le digo, mi verdad, había días que salía del agujero esmorecido, temblando como una hoja.

DR.– ¿Y no podíais usar otra ropa de abrigo distinta del uniforme?

P.P.– Sí, o sea, no, doctor. El sábado, en la revista de taquillas, lo hubieran notado. Don Santiago era muy estricto, ya le digo, que estaba en todo, don Santiago. Ya ve, los días de completa, yo salía entumido, pero allí estaba él para darme unas friegas antes de bajar al patio. Estaba en todo, ya le digo. Sin él malamente se hubieran podido hacer las cosas como se hicieron.

DR.– ¿Y dónde metíais la tierra que rascabais?

P.P.– La sacábamos fuera, mire.

DR.– ¿Cómo?

P.P.– En las bolsas de plástico de los caramelos y los cacahuetes. Que según las que sacábamos, sabía don Santiago si trabajábamos o nos tumbábamos a la bartola.

DR.– ¿Qué promedio de bolsas sacabais?

P.P.– Por mayor, cuatro en el turno de la mañana, cuatro en el de tarde y seis en la completa.

DR.– ¿Qué hacíais con ellas?

P.P.– Las repartíamos, ¿se da cuenta? O sea, nos las atábamos a la cintura, bajo el tabardo, y luego, en el patio, las vaciábamos. Vamos, la desparramábamos, la tierra, digo.

DR.– Pero el patio se llenaría de tierra, Pacífico,

P.P.– Mire, allí era todo tierra, de forma que un poco más tampoco crea que llamaba la atención.

DR.– ¿No estaba el patio enlosetado?

P.P.– Aguarde, doctor, no trabuque las cosas. El patio del castillo, el de la parte de adentro, sí estaba enlosetado, qué hacer. Pero ése no era el nuestro. Los bacilíferos andábamos de la parte de fuera, ¿entiende?, o sea, en el patio que quedaba bajo la galería de reposo, junto al depósito, orilla la enfermería.

DR.– Ya.

P.P.– O sea, una vez que salíamos al patio, dábamos vuelta a las bolsas y desparramábamos la tierra.

DR.– ¿No había riesgo de que os descubrieran?

P.P.– Qué hacer, eso siempre. Pero para eso poníamos cuidado, oiga. Que, por un ejemplo, el Buque, nunca bajaba bolsas.

DR.– ¿No vaciaba bolsas el Buque?

P.P.– NO señor, nunca. Don Santiago le decía que era el que mejor topeaba y por eso quedaba rebajado de servicio. Por no hacerle de menos delante de los demás, ¿entiende? No era cosa de decirle que era por ignorante.

DR.– ¿No perjudicaría a tu salud el trabajo en el túnel?

P.P.– Eso fijo, doctor, natural. Que allí dentro el polvo del mazacote se metía hasta las mismísimas entrañas. Que yo me colocaba un pañuelo tal que así, ¿comprende?, por la nariz y la boca. Pero, créame, con eso y con todo me venía la tos que era el no parar. Y que había que aguantarla, además, ¿se da cuenta?, que por las noches, en la completa, podían sentirse las toses desde los váteres. Fíjese usted si el oficio aquel sería perro que el médico me lo conoció un día. O sea, un día debió de ver algo raro en los pulmones, ¿comprende?, y me dijo: Tú has fumado. Que yo, no señor, se lo juro por mi madre. Pero él porfiaba, tú has fumado, y a la noche, a la hora de la retreta, se presentaron en la sala don Avelino y el Vegas con el médico de guardia. A hacer una inspección, ¿entiende?

DR.– ¿No encontraron nada?

P.P.– Del túnel, no señor.

DR.– ¿Y todos los planos y los papeles que guardaba don Santiago?

P.P.– ¿De qué, oiga? Eso quedaba en el almacén, o sea, detrás de la piedra. Lo peor, oiga, fue cuando don Avelino tentó el tapiz. Se me cortó el habla, se lo juro, ya ve usted qué me iba a mí y qué me venía.

DR.– ¿Se fueron sin más?

P.P.– Bueno, o sea, todavía echaron un párrafo sobre un libro que leía don Santiago. Don Alberto, el médico, era muy aficionado a esas cosas.

DR.– ¿No volvieron a encontrarte nada sospechoso en los pulmones?

P.P.– Mayormente, no señor. Don Santiago tomó sus medidas.

DR.– ¿Qué medidas tomó?

P.P.– Mire, el veintisiete de cada mes, o sea, tres días antes del reconocimiento, dejábamos de topear.

DR.– ¿Todos?

P.P.– Todos, sí señor. Fue una medida general. Que don Santiago hacía eso para que Patita, el Capullo y el Buque no se pensaran que yo llevaba trato de favor, ¿me entiende? Don Santiago veía crecer la hierba, menudo era.

DR.– ¿No le preocupaban los retrasos?

P.P.– No, ve ahí. Nunca le vi preocupado por las prisas. Es más, él siempre decía, don Santiago, digo, si queremos llegar a tiempo hay que ir despacio. Y no le faltaba razón, oiga, que el caso era hacerlo bien, o sea, no levantar sospechas.

DR.– ¿Os hablaba de lo que pensaba hacer una vez que llegaseis a la piedra de fuera, a la del torreón?

P.P.– A mayores, no se piense que don Santiago se fuese del pico, no señor. O sea, iba diciendo las cosas por sus pasos, ¿entiende? Que yo me malicio que él andaba con la escama por el Buque, que hablase de más o que interpretara mal las órdenes, que no vea hombre más ignorante.

DR.– Así que no decía nada.

P.P.– Aguarde, nos iba informando poco a poco. Por un decir, allá, promediado el mes de diciembre, estuvo la mujer a verle y le llevó la lía.

DR.– ¿La mujer del perfume?

P.P.– A ver, la de siempre, que cuando volvió a la sala, oiga, echaba un tufo que tiraba para atrás, don Santiago, digo. Bueno, o sea, conforme subió, nos dijo: ya tenemos una cuerda. Que el Capullo, ¿dónde, don Santiago? Conque él entonces se fue al rincón, a cubierto de la mirilla, ¿entiende?, y se quedó en cueros vivos. ¡Qué cosas, oiga! Tal que así, enrollada en el cuerpo, traía una cuerda no muy gruesa, ¿sabe?, pero fuerte, de guita, vamos, buena para aguantar a un hombre. Que Patita, ¿con eso basta?, y don Santiago, para fin de mes tendremos el resto, ¿se da cuenta? O sea, hablar por hablar no le

gustaba a don Santiago, es cierto, pero según iban saliendo las cosas, nos iba informando.

DR.– ¿Y es que quedaba muy alto el hueco por donde pensabais descolgaros?

P.P.– Entiéndame, era un piso, el segundo, pero usted ya sabe, de las alturas disformes de los castillos esos. Por mayor, abajo, estaba el talud, casi cortado a pico, sobre la roca viva, que el penal quedaba tal que así, en un alto, arriba un otero. Total, con unas cosas y otras, don Santiago echaba, por lo bajo, veinte metros. De cuerda, digo.

DR.– ¿Y cuántos le llevó la mujer?

P.P.– Por mayor, diez o doce. Más, no.

DR.– ¿Qué hicisteis con ella?

P.P.– Mire, enrollarla con cuidado y ponerla en el almacén.

DR.– ¿Qué almacén?

P.P.– Bueno, en el hueco de la piedra. Yo me entiendo.

DR.– Imagino yo, Pacífico, que según avanzaban los preparativos de la evasión, tus compañeros dejarían de hablar del pasado y se ocuparían del futuro, de lo que pensaban hacer una vez en libertad, ¿no es así?

P.P.– Ande, entre ellos debían hablarlo de atrás.

DR.– ¿Cómo de atrás?

P.P.– En realidad, oiga, desde que yo empecé a topear, ya hablaban menos de lo que habían hecho y más de lo que pensaban hacer, pero mucho antes de lo de la lía, dónde va.

DR.– ¿Qué proyectaban? Concretamente el Buque, ¿qué pensaba hacer el Buque si la evasión tenía éxito?

P.P.– ¡Madre, el Buque! Buscar al Francisco Rincón. Para ése no había duda.

DR.– ¿El que le quitó la mujer?

P.P.– El mismo. Le había jurado la vida, ¿comprende? Él decía que por culpa del Francisco Rincón había espetado a su hijo y que mientras no le viera bajo tierra no dormiría tranquilo. Era muy testarrón el Buque ese, doctor, se lo digo yo.

DR.– ¿Y después? ¿Qué pensaba hacer después?

P.P.– Ande, qué cosas tiene. Para el Buque no había después. Ése no podía pensar dos cosas al mismo tiempo. Él con despachar al Francisco Rincón se daba por conforme.

DR.– ¿Y el Patita?

P.P.– Bueno, Patita seguía con la manía del dormido y del despierto. Para él lo más importante era sentir en qué momento se quedaba dormido, que rara era la noche que no nos daba la murga.

DR.– Pero ¿cuáles eran sus planes para el futuro?

P.P.– A saber, doctor. Patita siempre andaba pensando en la tierra, ¿comprende?, que no entendía la vida sin trabajar la tierra. Para él, arar, sembrar y recoger era vivir. De manera que eso, él hablaba de irse a algún lugar donde no hubiera un alma, ¿se da cuenta?, y vivir a solas con la tierra. Imaginaciones, ya ve, que hoy los hombres llegan a todas partes, no sé cómo se las arreglan.

DR.– Eso no, Pacífico, mira Prádanos.

P.P.– Pues sí que ha ido usted a mentar buen sitio, Prádanos. Solos y, de repente, todo el vecindario en las ventanas.

DR.– Con la mano en el corazón, Pacífico, ¿sigues creyendo que los vecinos de Prádanos volvieron para reírse de ti? ¿Piensas seriamente que estaban allí, asomados a las ventanas, con sus trajes de fiesta, sólo para veros?

P.P.– No empecemos, doctor. ¿A santo de qué cree usted que iba yo a inventarme una historia así?

DR.– Está bien, Pacífico. Sigamos con el Patita.

P.P.– ¿Qué más quiere usted saber?

DR.– Pues eso, todo ¿dónde esperaba encontrar, en estos tiempos, una tierra solitaria?

P.P.– Digo yo que en Extremadura. Pero no haga caso.

DR.– Pero anoche, o tal vez anteanoche, tú me dijiste que el Patita ese estaba para cumplir.

P.P.– Cierto, sí señor. En verano cumplía. Si no me informó mal, para finales de julio.

DR.– ¿Qué tiempo llevaba allí?

P.P.– ¿Patita? ¿Enchiquerado, dice? Para la Virgen, doce años, imagine. Doce años por matar a un maricón. Ya es condena, ¿no le parece?

DR.– No lo entiendo, Pacífico.

P.P.– ¿Qué es lo que no entiende?

DR.– Eso, lo que cuentas, hijo. Si el Patita llevaba doce años encerrado y le faltaban unos meses para cumplir, ¿cómo se embarcó en la aventura del túnel con los riesgos que eso implicaba?

P.P.– Bueno, doctor, Patita no era el Buque, pero tampoco inventó la pólvora, no se crea.

DR.– ¿Era distraído también el Patita?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, por lo general, allá, en el penal, o sea, aparte don Santiago, no se piense usted que fueran ingenieros. Patita, prudente sí era, pero no quita.

DR.– ¿No sería don Santiago el que le embaucó?

P.P.– La ha cogido usted modorra con don Santiago.

DR.– No es eso, Pacífico. Pero por ésta y por otras razones, tengo la

impresión de que don Santiago utilizaba su inteligencia en beneficio propio.

P.P.– ¿A qué ton? Él proponía una cosa y nosotros la aceptábamos o no la aceptábamos, según. O sea, por mayoría.

DR.– Mucha democracia, pero mira a ti cómo te enredó.

P.P.– No señor. Está usted pero que muy equivocado. Si yo empecé a topear, es porque se me puso, o sea, gustoso. Yo quería hacer algo por los demás.

DR.– Pero si tú no pensabas evadirte, ¿por qué razón ibas a reventar tus pulmones un día y otro dentro de un túnel?

P.P.– Ellos querían largarse, doctor, y yo, ve ahí, pues arrimé el hombro de voluntario. Por mayor, talmente como cuando cataba colmenas en el pueblo, ¿entiende?, que si no es por Padre, yo ni una peseta, ya lo sabe. ¡Ande que si en la vida se fueran a cobrar también los favores, aviados estaríamos!

DR.– Bien, como quieras. ¿Y el Capullo? ¿Cuáles eran los planes del Capullo?

P.P.– Arrimarse a la Isabelita, mire.

DR.– ¿Después de matar a su marido?

P.P.– Ande, pues para eso le mató, ¿no? ¡También tiene usted cada cacho salida!

DR.– ¿Tan enamorado estaba?

P.P.– No se puede usted ni imaginar. El Capullo llevaba tal que así, en la faena, una foto de la Isabelita, y no se separaba de ella ni a sol ni a sombra. Y un día le dijo al Buque que le tatuara en lo alto del pecho la cara de ella, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y se la tatuó?

P.P.– Qué hacer. Vamos, o sea, le pintó una mujer allí.

DR.– ¿Cómo hacía los tatuajes el Buque?

P.P.– Fácil, oiga. Con un alfiler y un bote de tinta, mire. O sea, metía con la punta la tinta bajo la piel y ya no se marchaba, no, que no salía ni con jabón y estropajo. Se daba maña el Buque para eso, ya ve.

DR.– Dime. ¿Y don Santiago? ¿Hablaba don Santiago de sus proyectos para después de la fuga?

P.P.– Pues, no señor. A este respecto don Santiago no abría la boca.

DR.– ¿No mencionaba los treinta millones de Londres?

P.P.– Bueno, por mayor, ésas eran cosas de radio petate.

DR.– ¿Él no aludió jamás a ese dinero?

P.P.– No señor. Ni a ése ni a ninguno.

DR.– ¿Le preguntabais vosotros?

P.P.– De qué, oiga. Nadie le preguntaba nada a don Santiago. ¡Sólo faltaría!

DR.– ¿Y tú, Pacífico? ¿Qué decías tú cuando los demás hablaban de sus planes?

P.P.– Ande, mire, candar el pico y alargar la oreja.

DR.– ¿No les extrañaba a ellos tu silencio?

P.P.– A mayores, una vez, Patita. O sea, un día, según se explicaron todos, Patita va y me dice: ¿Qué piensas hacer tú, Seminarista? Que yo, la verdad, doctor, yo estoy a gusto aquí, le dije. Y Patita, ¿habéis oído? Y los otros, no vea, oiga, locos, natural, el Capullo y el Buque, digo, hasta que don Santiago terció: ¡Basta! Aquí no se le dice a nadie lo que tiene que hacer.

DR.– Pero luego te lo dijeron, ¿no es así?

P.P.– Cuando las cosas se enredaron, mire.

DR.– Ya.

P.P.– ¡Qué manía, oiga! Usted, si no le busca las vueltas a don Santiago, parece como que no quedara conforme.

DR.– Tú no quieres entenderme, Pacífico, pero confío en que algún día abrirás los ojos. Don Santiago jugó con vosotros como el gato con el ratón.

P.P.– Como quiera, mire, por mí...

DR.– Disculpa, Pacífico. A ratos pongo en esta charla excesiva pasión, yo mismo lo comprendo. Continúa: ¿cuándo os expuso don Santiago los pormenores de la fuga?

P.P.– Luego de alcanzar la piedra, o sea, el torreón.

DR.– ¿Quién llegó a ella?

P.P.– Un servidor. En una completa.

DR.– Te daría mucha emoción, ¿no?

P.P.– Calcule, tanto afanar. Pero, de primeras, no me lo creía, oiga, y seguí rascando, pero que nada. Que pensé para entre mí: ¿a ver si es la piedra ya? Y a la mañana, se lo conté a don Santiago. Pero ni por ésas perdió la flema, menuda. O sea, se llegó donde Patita y le dijo: Parece que el Seminarista ha alcanzado la piedra. Procura ensanchar el hueco y encontrar las juntas.

DR.– ¿Y lo hizo?

P.P.– ¡Calle usted! Si ese día no se escachó todo fue porque Dios nos tuvo de su mano.

DR.– ¿Qué sucedió?

P.P.– Patita, oiga. Se quedó privado dentro.

DR.– ¿Sin conocimiento?

P.P.– A ver. Como un tarugo.

DR.– Una lipotimia, ¿o qué?

P.P.– Eso él sabrá. Lo cierto es que se quedó privado y el corneta para tocar a fagina, imagine, el apuro. Que don Santiago pegaba tres

golpes y el otro, nada, ni contestar, que, por lo general, respondíamos con el pie, a ver, por la postura. Pero Patita, nada, que don Santiago, asustado, algo ha pasado ahí dentro.

DR.– ¿Qué hicisteis?

P.P.– Allí vería a don Santiago, oiga, tomando disposiciones, como un general: Tú, Seminarista, al corredor y si llega el boqueras, entretenle, aunque sea echándole de cabeza al patio. Tú, Capullo, quédate a la puerta y que nadie se arrime, como en los relevos. O sea, el Buque, que era el más fuerte de todos y él, don Santiago, iban a hacer por sacarle, ¿comprende? A Patita, digo.

DR.– ¿Y lo sacaron?

P.P.– Al decir de don Santiago, no salía ni a la de tres, oiga. Que estaba como encasquillado y ni para atrás ni para adelante. O sea, como tampoco se podía hacer fuerza, ¿entiende?, porque el hueco era angosto, pues que nada, que no se meneaba. Que dice don Santiago que en la vida las ha pasado más putas, y que Dios Padre me perdone. Y el Buque, oiga, con medio cuerpo dentro, del agujero, digo, agarrando a Patita por los pies y tirando, a la desesperada. Que a mí, no vea, se me hacía una eternidad. Y, en estas, el boqueras Vegas que sube, oiga, calcule, que yo pensé para entre mí, hay que pararle como sea, ¿se da cuenta? Conque con el plato como estaba, me arranqué escaleras abajo para tropezármele en la vuelta, ¿entiende la intención? Que le pegué un metido que le aculé en el rellano, oiga. Y allí vería cómo se puso. De todo me llamó. Que yo, usted disculpe, es la hora de fagina. Y fui y le ayudé a ponerse de pies. Y hasta le sacudí las perneras de los pantalones y todo. Pero él porfiaba que lo había hecho aposta y, quieras que no, donde el oficial de guardia. Y allí, la misma copla, yo que corría por la fagina, y él, el Vegas, digo, que había ido por él por lo derecho, o sea, lo había hecho aposta. Y dale. Y duro. Que yo, de propósito, lo alargaba, ¿se da cuenta?, a ver, pensando en Patita. Y, al cabo de qué sé yo el tiempo, que tres días a la celda, a la de castigo, vamos. O sea, que eso fue todo. A los tres días volví donde ellos y don Santiago, muy atento, me felicitó, ya ve, que si no es por mí todo se hubiera escachado, que, a su decir, el Buque demoró más de un cuarto de hora en sacar a Patita del agujero, hágase cuenta.

DR.– ¿Y qué me dices de tu nueva experiencia?

P.P.– ¿Cuál nueva?

DR.– La de la celda.

P.P.– ¿La de castigo, dice?

DR.– Claro.

P.P.– Bueno, o sea, bien. Angosta sí era. Y oscura, oiga. Pero, mire, hecho al túnel aquello se me hacía jauja.

DR.– ¿No te angustiaba la soledad?

P.P.– ¿De qué, oiga? Mejor.

DR.– ¿Te agradaba estar solo?

P.P.– Ande, ¿a quién no? O sea, yo me tumbaba en el petate y a imaginar, ¿se da cuenta? Que lo mismo daba en imaginar al Hibernizo florecido entre la nieve, o que miraba alentar las chimeneas del Humán desde el Crestón. Lo que fuera gustoso. Por lo demás, tranquilo, mire, que así descansé tres días de topear.

DR.– ¿Y una vez que volviste?

P.P.– Lo celebramos, mire.

DR.– ¿Tu regreso?

P.P.– ¡A qué ton mi regreso!, lo de la piedra, que el Capullo confirmó que era la piedra, o sea, que habíamos acabado el túnel, dese cuenta. Y don Santiago me felicitó por lo del Vegas, el haberle sentado, digo. Y luego mandó al Buque por chocolate, magdalenas y refrescos y lo celebramos.

DR.– ¿Recuerdas, Pacífico, qué día llegasteis a la piedra?

P.P.– Un veintiuno de noviembre, no se me olvida. O sea, ponga el veintidós porque fue de madrugada.

DR.– ¿No les entraron a tus compañeros prisas por escapar?

P.P.– Don Santiago nunca tenía prisas, doctor, ya se lo he dicho. Él quería hacer las cosas como es de ley, atar todos los cabos, como suele decirse. Ya ve, un veintidós de noviembre dimos con la piedra, y la fuga no fue hasta el seis de enero del año siguiente. Conque, eche cuentas. Casi dos meses aguardó todavía don Santiago. Pero esto, entre usted y yo.

DR.– Descuida, Pacífico.

P.P.– Además, todavía quedaba la piedra.

DR.– Pero eso sería cosa de poco.

P.P.– ¡Que se lo ha creído usted! Despegar la piedra nos llevó también más de dos semanas.

DR.– ¿Quitarla?

P.P.– Oiga, hágase usted cuenta que eso no podía hacerse de cualquier manera, que tampoco era cosa de echarla a rodar por el talud abajo, ¿entiende? O sea, había que despegarla y meterla para adentro con cuidado, talmente como la otra, girándola, como si fuera una puerta, ¿comprende?

DR.– ¿Y cómo lo conseguisteis?

P.P.– Con paciencia, mire, ésta es la derecha. De primeras, con la hoja de un cuchillo y, luego, con un alambre, royendo, como los ratones.

DR.– ¿Con un alambre?

P.P.– Un alambre, sí señor, que la hoja no pasaba del mango, natural, que la piedra era doble de gruesa, que la hoja del cuchillo, digo. O

sea, meter la punta del alambre por la grieta y rascar, eso era todo. Pero que no vea, con el alambre ese se aguantaba poco. No se piense usted que sacábamos más de una bolsa cada turno; de tierra, digo. Y para remate, Patita, después de la avería, se puso de baja.

DR.– ¿Quedó lastimado?

P.P.– Eso no, no señor, como quedar, quedó bien, como usted y como yo. Lo único, la tirria, que dio en aborrecer de ello, ya ve.

DR.– Aborrecer, ¿de qué?

P.P.– Del túnel, mire, del agujero. Que era arrimarle al tapiz y ya se ponía loco. No hacíamos vida de él, créame.

DR.– Quedasteis tres, entonces.

P.P.– Mire, el Buque, el Capullo y yo.

DR.– ¿Y proseguíais al mismo ritmo?

P.P.– Sí señor, o sea, no. Una noche de cada cuatro, librábamos. La que correspondía a Patita.

DR.– Se me ocurre, Pacífico, que si en la celda había una ventana con una reja, ¿no hubiera sido más corto limar los barrotes? La amiga de don Santiago, o lo que fuera, podía haberos proporcionado todas las limas que hubieran hecho falta, ¿no?

P.P.– La ventana de la sala, querrá usted decir.

DR.– Bueno, como tú quieras, de la celda o de la sala, me es igual.

P.P.– Pero hágase usted cargo que el boqueras quedaba a un paso, pared por medio.

DR.– Podíais haberlo hecho de día.

P.P.– ¡Que se cree usted eso! Mañana y tarde el boqueras echaba una ojeada a la reja, a ver qué se cree. A la de nuestra sala y a la de todas. Y, luego, los barrotes, oiga. Si no tenían el grueso de mi brazo no tenían ninguno. Don Santiago ya estaba enseñado, no se piense que no, y si él dijo el túnel es porque no había otra proporción.

DR.– Está bien, hijo. De modo que tardasteis dos semanas en despegar la piedra, ¿no es eso?

P.P.– Día más, día menos. Lo que sí puedo decirle es que el Capullo vio luz por primera vez metidos ya en diciembre, la víspera de la Virgen.

DR.– Sería para él un acontecimiento.

P.P.– Calcule, que dice que al verla, la luz, digo, apretó los puños y se arrancó a llorar como un niño. Y así se estuvo hasta la hora del relevo.

DR.– ¿Fuiste tú detrás?

P.P.– A mí me tocó, sí señor.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– ¿Que qué? Pues que daba gloria arrimar las narices a la rendija

y respirar, oiga.

DR.– ¿Respirar el aire de la libertad?

P.P.– ¡A qué ton de la libertad! Respirar el aire, oiga. Que llevaba qué sé yo el tiempo encerrado en aquel agujero. O sea, uno afanaba con más brío viendo aquella raya de luz, ¿entiende? Pero ya había que poner más cuidado. No vea los últimos días.

DR.– ¿Qué pasó los últimos días, Pacífico?

P.P.– Como pasar, nada de particular, doctor. Pero eso, que había que poner más cuidado. O sea, don Santiago dijo: Que no caiga fuera un cascote más grande que una uña, ¿se da cuenta? A ver, todos los miramientos eran pocos.

DR.– ¿Y por qué razón tantas precauciones?

P.P.– Los centinelas, mire.

DR.– ¿Es que podían veros los centinelas? ¿No estaban los centinelas en las almenas y los cubos del castillo?

P.P.– En Góyar, ni hablar. Andaban todos de la parte de fuera.

DR.– Pues será un caso único.

P.P.– Lo será, no digo que no. Pero allá en Góyar las garitas de los centinelas quedaban por la parte de fuera, o sea, rodeando el penal, dándole cara, ¿entiende? Una cada sesenta o setenta metros. Que muchas tardes, desde la galería de reposo, a falta de mejor cosa que hacer, mirábamos el relevo, el cabo guardia iba con uno y se llevaba al otro, ¿sabe? Así, de garita en garita. Se pasaba el rato.

DR.– ¿Es decir que las garitas estaban enfrente del castillo, todo alrededor?

P.P.– Dándole cara, ya le digo. Arriba, en la torre, sólo había el proyector y la ametralladora.

DR.– La fuga así sería más difícil, ¿no?

P.P.– Usted dirá. Por eso don Santiago decía que lo mejor era aguardar a un día de niebla, escurrirse entre dos centinelas aprovechando la niebla.

DR.– Pero de esa forma podían darse de bruces con uno de ellos. La niebla es muy engañosa, Pacífico.

P.P.– Muy falsa es la niebla, sí señor, muy traicionera, eso es cierto. Digo yo que por eso cambiaría de parecer don Santiago.

DR.– ¿Cambió de parecer?

P.P.– A ver qué vida. O sea, como venía la Navidad, se pensó que lo más prudente sería aprovecharse de ella.

DR.– Y escapar un día de fiesta, claro.

P.P.– No señor, todo lo contrario. O sea, don Santiago decía que todos los presos aguardan a la Nochebuena o la Navidad para largarse, con el barullo, ¿entiende? Conque los guardianes andaban sobre aviso en esas fechas, que inclusive recibían instrucciones especiales. Así que

don Santiago dijo que nos iríamos cuando menos lo esperasen. Por un ejemplo, luego de una fiesta, así que los centinelas anduvieran con la cabeza trascordada de comer y beber.

DR.– ¿De modo que una vez que despegasteis la piedra, don Santiago expuso sus planes?

P.P.– Aguarde. Luego de despegar la piedra, el Buque, el Capullo y yo nos tiramos otras dos semanas, que se dice pronto, ensanchando la salida del túnel, haciendo el «livin», ¿entiende?

DR.– ¿Al final del túnel?

P.P.– Talmente, sí señor, orilla la piedra del torreón.

DR.– ¿Con qué objeto?

P.P.– Mire, lo que don Santiago quería es que los cuatro cogieran en el «livin» el día de la fuga, y, a mayores, se salió con la suya. Pero no vea cómo trajinamos esos días. ¡Como yunques trabajamos, oiga!

DR.– Pero entraría ya algo de luz y de aire por las rendijas.

P.P.– Algo, dice. Mire usted, Góyar, para estas fechas, es peor que el Polo Norte, como yo digo. Menudas heladas, oiga. Así que yo, allí dentro, con la elástica por todo abrigo, esmorecido, natural. Era entrar allí y ya empezaba el vientre a darme guerra, que no lo dejaba. Y al día siguiente, tate, que ni tiempo de recobrarme tenía.

DR.– ¿Y el Patita? ¿Seguía sin poder ayudaros en nada el Patita?

P.P.– Patita ya le digo que dio en aborrecer de ello. O sea, Patita no volvió a entrar en el túnel hasta la noche de la fuga. Y para eso porque le empujamos. El que sí entró una vez fue don Santiago.

DR.– ¿Entró en el túnel don Santiago? ¿A trabajar?

P.P.– De inspección, no señor. Pero quedó complacido, ya ve. Y entonces mandó colocar allí las lías, las alpargatas, la ropa y todo lo que pudiera servirles, ¿se da cuenta? A raíz de eso, fuera del Capullo una mañana, nadie volvió a meterse dentro.

DR.– ¿Y para qué entró el Capullo?

P.P.– Para montar la piedra sobre un palo, de forma que pudieran girarla sin esfuerzo. El Capullo había hecho de barruco en su pueblo y conocía el oficio.

DR.– Y el resto de la cuerda, ¿no lo trajo la mujer de don Santiago?

P.P.– Ande, para esas fechas ya llevaba dos semanas en el «livin». La mujer de don Santiago, para que lo sepa, conforme se acercaban las fiestas, se vino un día con la lía y un ropero completo, oiga. No vea: tabardos, mantas, abrigos, alpargatas. De todo; no lo lloró, no señor.

DR.– ¿Qué queríais hacer con toda esa ropa?

P.P.– Pues los bultos de los petates, ¿no comprende? O sea, el plan era largarse después del toque de silencio. Y si el boqueras asomaba la gaita, lo prudente era que viese los petates ocupados, ¿no?

DR.– ¿No se escamó la guardia al ver ese ropero?

P.P.– ¿A cuento de qué, oiga? Por esas fechas, ya se sabe, el que más y el que menos, un paquete, ¿entiende?, el que no era de casa, de caridad, natural. Conque los mandos ya sabían que el Buque y los otros no tenían posibles, ¿no?, mientras que don Santiago y su señora, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, eran gente de posición. O sea que ella dejó dicho que las ropas para los compañeros de don Santiago, que el boqueras, con cachearla, registrar la ropa, digo, se dio por conforme.

DR.– ¿Cuándo os comunicó don Santiago sus planes?

P.P.– Mire, tal día como hoy, el Capullo colocó el gozne, ¿no? Bueno, pues tal día como mañana don Santiago empezó con las instrucciones.

DR.– ¿Qué instrucciones os dio?

P.P.– Bueno, oiga, cada noche hablaba de ello. Una vez que el Capullo puso el gozne, no se hablaba de otra cosa en la sala. Y don Santiago, una vez y otra, repetía las cosas y miraba para el Buque, ¿entiende? Que, para mí, que no se fiaba de él, o sea, se las temblaba. Y con razón, oiga, no vea hombre más ignorante.

DR.– Concretando, Pacífico, ¿qué fecha fijó don Santiago para la evasión?

P.P.– De primeras, el dos de enero.

DR.– ¿Es que cambió luego?

P.P.– Cambió, sí señor. La definitiva la marcó para el seis, o sea, la noche de Reyes.

DR.– ¿No era fiesta esa noche?

P.P.– Por mayor, para los reclusos, no señor. Pero para los mandos y los boqueras, sí. O sea, ese día no era día de barullo en el penal, aunque los boqueras y la guardia sí lo celebraran por su cuenta, ¿entiende? Que, inclusive, al decir de don Santiago, ese día se reducía el servicio, que el que más y el que menos tenía familia en casa, a ver. Conque esa noche, con la resaca de las fiestas, el personal andaría abotargado y, además, no había luna. O sea, la cosa era bien sencilla, ¿no? Bueno, pues el Buque, dale, doctor, ¿hay niebla esa noche, don Santiago?, que don Santiago, no vea hombre más paciente, olvídate de la niebla, Buque, ya no importa la niebla, ¿se da cuenta?

DR.– Ya.

P.P.– Bueno, pues lo primero, al decir de don Santiago, conforme tocasen silencio, era armar los bultos en los petates, ¿entiende?, que, la piedra de abajo, la de la sala, digo, ya estaría corrida, o sea, luego de la retreta, la correría el Capullo, y el hueco quedaría tal que así, cubierto por el tapiz, ¿comprende? Conque, en un momento, todos adentro, del túnel, digo.

DR.– ¿Y el vigilante? ¿No quedaba el vigilante pared por medio?

P.P.– Aguarde. El boqueras, luego de tocar silencio, daba la ronda

por la galería, todo alrededor del patio, que iba de una sala a otra llamando la atención del personal para que callaran la boca. Y había salas, como la de San Vicente pongo por caso, con más de veinte, donde nunca faltaba un patoso que alborotara, natural. Conque, entre unas cosas y otras, el boqueras demoraba un cuarto de hora o veinte minutos en llegar a nuestra sala, a la mirilla, digo, o sea, en hacer la ronda. Para entonces, al decir de don Santiago, todos andarían ya dentro del túnel. Pero, por un por si acaso, irían descalzos, que en el «livin» habían puesto las alpargatas, y don Santiago se arrancaría a toser y no lo dejaría mientras no acabaran, ¿se da cuenta?

DR.– ¿No te asignó a ti don Santiago algún papel especial?

P.P.– Ande, a ver; yo andaría en la mirilla mientras ellos armaban los muñecos en los petates. Para vigilar al boqueras, ¿comprende? Luego, así que el boqueras asomase, yo estaría de pies, aposta, en medio la sala, que por los bultos de los petates él se pensaría que los otros andaban ya acostados. Entonces él, el boqueras, digo, me reprendería, como de costumbre, a ver, venga, aviva, Seminarista, ya es hora, ¿se da cuenta? Conque, en éstas, yo, sin prisas, me metería en el petate delante suyo, y el boqueras se iría tranquilamente a descabezar una siesta.

DR.– Y los del túnel, ¿qué?

P.P.– Bueno, ellos aguardarían en el «livin» hasta la hora del relevo.

DR.– ¿El relevo de la guardia?

P.P.– De la guardia, talmente, sí señor. La guardia relevaba a las horas pares, de forma que si el toque de silencio, por un ejemplo, era a las nueve, ellos aguardarían en el «livin» hasta las diez.

DR.– Y a esa hora, ¿qué harían?

P.P.– Correr la piedra, pinarla, para que no pasara por el hueco, amarrar la soga y a correr.

DR.– ¿Quién bajaría primero?

P.P.– Don Santiago, a ver.

DR.– ¿Y por qué don Santiago?

P.P.– Él dirigía, ¿no? A ver si me explico. Don Santiago bajaría primero y, una vez en el foso, pegaría tres tirones de la soga. Entonces Patita, que iba detrás, al sentirlos, los tirones, digo, bajaría. Y así que llegara al foso, don Santiago pegaría otros tres tirones y bajaría el Buque. Y detrás, pues, el Capullo.

DR.– Y tú, ¿mientras tanto?

P.P.– Tranquilo, mire, en el petate.

DR.– ¿No temía don Santiago que te hicieran cantar al día siguiente?

P.P.– Le traía sin cuidado. Vamos, eso me dijo. O sea, que cantara o no cantara, a cosa pasada, no le daba frío ni calor.

DR.– ¿Estás seguro?

P.P.– Ande, ¿y por qué había de engañarme?

DR.– Entonces, ¿por qué crees que luego hizo lo contrario de lo que pensaba o de lo que te había dicho?

P.P.– ¡Qué cosas, oiga! Porque todo se enredó. Que si el boqueras no asoma la gaita no hubiera pasado nada, ¡de qué! Pero no sé qué mala idea le dio que, contra costumbre, se vino primero donde nosotros y todo se escachó.

DR.– Está bien, Pacífico. Una vez los cuatro en el foso, abajo, ¿qué pensaban hacer?

P.P.– Emprenderla a correr por él, por el foso, digo. Allí abajo malamente podían verlos, ¿no? Así que darían vuelta al torreón y seguirían corriendo hasta llegar donde la enfermería, de la parte afuera. Don Santiago calculaba, así, a ojo, que a las diez y media podrían andar los cuatro allí, ¿sabe? De forma que todavía tenían hora y media por delante hasta el siguiente relevo.

DR.– ¿Y cómo pensaban franquear la línea de centinelas?

P.P.– Pues ahí estaba el chiste, oiga. O sea, desde la galería de reposo, ¿se da cuenta?, se veía la enfermería. Y, de la parte afuera, un arroyo seco, una escombrera y cuatro chaparros, que lo mismo podían ser pimpollos que enebros, que a esa distancia ni se podían distinguir. Bueno, pues para que se haga una idea, los árboles esos quedaban entre medias de dos garitas, que si había treinta metros de un lado, treinta había del otro. Promediados, a ver si me entiende. Bueno, pues don Santiago se agarraba al Buque y lo mismo se tiraba cuatro horas enseñándole, primero, el arroyo, luego la escombrera y, después, los pimpollos, ¿comprende? Y a la noche menuda juerga, oiga, le examinaba pero que no acertaba, el Buque, digo, que no era capaz de repetir las palabras por orden, hombre más ignorante.

DR.– ¿Y los demás?

P.P.– De carrerilla, imagine.

DR.– ¿Se enfadaba don Santiago?

P.P.– Ni por asomo, oiga. Como quien enseña a un niño. Papel y lápiz y a dibujárselo. Y así horas y horas, que no vea la paciencia que se gastaba.

DR.– Pero el arroyo y la escombrera quedarían a la vista de los centinelas, ¿no es así?

P.P.– Así es, sí señor. Por eso tenían que alcanzar los pimpollos andando con los codos y las rodillas, sin ponerse de pies. A la rastra, talmente como las culebras.

DR.– ¿Y eso sí lo entendía el Buque?

P.P.– Qué hacer, eso sí. Inclusive por las noches, sin meter ruido, yo me ponía a la mirilla y ellos se enseñaban a andar así. ¡Y no vea el Buque qué maña se daba! El que más aguantaba, oiga, pero con

mucho.

DR.– ¿Es decir, que del foso a los pimpollos habían de ir reptando de uno en uno?

P.P.– De uno en uno, sí señor, tal como usted dice.

DR.– ¿Y pensaban reunirse de nuevo allí, en los pimpollos?

P.P.– Eso, no señor. O sea, de que salieran del foso, cada uno había de hacer por él, arrastrarse hasta la cerviguera, los primeros robles, para que me entienda. Una vez allí, a cosa de trescientos metros del penal, ya podían alzarse, subir la cuesta, cruzar la vaguada, trepar la otra cerviguera, atravesar el camino y un bosquecillo de hayas hasta tropezar con la vía, ¿comprende? Que ya en la vía, no tenía pierde, que, al decir de don Santiago, bastaba echar a mano derecha, orilla de ella, hasta el túnel. Y allí, en la boca del túnel, es donde debían juntarse todos otra vez, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Cómo era posible meter todo eso en la cabeza del Buque?

P.P.– Bueno, don Santiago lo dejaba un poco a su caer, ¿me entiende? Don Santiago se conformaba con que el Buque orillara a los centinelas. Por eso le decía todo el tiempo: el arroyo, la escombrera y los pimpollos, Buque, ¿te enteras? Y el Buque que sí, que se enteraba, pero hasta el día la víspera no fue capaz de repetirlo.

DR.– Esto significa que, una vez burlados los centinelas, don Santiago se desentendía del Buque.

P.P.– No señor, no la líe. El Capullo iba a su cuido. Que el Capullo iba cerrando marcha, de cabo chuletas como suele decirse. Y una vez en la cerviguera, orilla los robles, el Capullo se haría cargo. O sea, así que pudieran ponerse de pies, el Capullo y el Buque la emprenderían a correr juntos por el sardón hasta alcanzar el túnel.

DR.– ¿Cómo conocía don Santiago los accidentes que había en los alrededores del penal?

P.P.– Por el mapa, mire.

DR.– ¿Tenía un mapa?

P.P.– Ande, a ver, eso siempre, desde que yo ingresé. Un mapa de esos que usan los ingenieros, ¿sabe?

DR.– ¿Un plano cartográfico?

P.P.– Así creo que les dicen, sí señor.

DR.– Pero por un plano cartográfico difícilmente podía saber si en las laderas había roble o encina, o si detrás había un bosque de hayas, ¿no?

P.P.– Mire, la cerviguera bien claro la veíamos nosotros; desde la galería, digo. En cuanto a las hayas y esas cosas, digo yo que se lo explicaría ella.

DR.– ¿La mujer?

P.P.– Ya ve quién va a ser.

DR.– Dime, Pacífico. Y una vez en el túnel, ¿qué pensaban hacer?

P.P.– Agarrar el mixto de la una y cinco.

DR.– ¿Había un tren a esa hora?

P.P.– Atienda. Al decir de don Santiago, era un mixto de cercanías. O sea, cada noche, a la una y cinco, minuto más, minuto menos, le sentíamos resollar, ¿entiende? Que el mixto ese entraba en el túnel al paso, y ellos, don Santiago y toda la tropa, digo, treparían a un vagón de mercancías y allí, tan ricamente, hasta Madrid. ¿Se da cuenta?

DR.– ¿No temía don Santiago que descubrieran la evasión antes de esa hora?

P.P.– De qué, no señor, imposible. Hasta la diana no tenían por qué descubrirla.

DR.– Pero los vigilantes...

P.P.– Por mayor, el boqueras relevaba a la una. A esa hora, y luego a las cuatro, daba una vuelta por la galería, ¿entiende? Pero por rutina, no se piense, que muchas noches ni se molestaba.

DR.– ¿No entraba en las salas?

P.P.– De eso puede usted estar seguro. De no ser que alguno se pusiera enfermo, entiéndame. O sea, ellos hacían la ronda por rutina, como suele decirse. Entonces, don Santiago me encargó que, para la ronda de la una, yo cambiase de petate, metiera un rebujo de ropa en el mío y rebullera, ¿comprende? Que lo que don Santiago quería es que los boqueras no encontrasen siempre despierto al mismo, o sea, no recelaran.

DR.– Ya.

P.P.– La cosa estaba bien traída, no crea que no. Que estoy por apostar que don Santiago no se olvidó ni de la yerba donde debían poner los pies. Todo se lo tenía aquí, en la cabeza, que no había cosa que no se le alcanzase, oiga. Con decirle que cada noche, conforme daba la una, les zarandeaba a los tres, para que escucharan el pito del tren, está dicho todo.

DR.– ¿El del mixto?

P.P.– A ver. El que tenían que coger.

DR.– Y a ti ¿no te despertaba?

P.P.– A mí, no señor. Ya ve qué pintaba yo en eso.

DR.– ¿Cómo lo sabes, entonces? ¿Es que, para esas fechas ya no dormías bien?

P.P.– Pues, no señor, la verdad. Desde que me metieron en estos trajines yo no dormía como antes, dónde va, no paraba tranquilo, qué sé yo, los nervios, o lo que fuera, pero como un dominguillo. Y luego, con las fiestas, las Navidades, digo, no vea. Allí vería a don Santiago, hay que meter más bulla que nadie. Y para qué querían más, calcule, de la mañana a la noche voceando, con las panderetas. Que el Capullo

no paraba, que estaba en todas las salsas, como el ajo y el perejil. Y tenía buena voz, el condenado. O sea, los boqueras, que a dirigir el coro, ¿entiende? Pero ellos estaban a lo que estaban, los boqueras, digo, que no nos quitaban ojo, oiga, con disimulo, eso sí. Y don Santiago detrás del Buque, ni a sol ni a sombra, Buque, tenlo presente, el arroyo, la escombrera y los pimpollos, ¿entiendes? Que el otro, sí señor, pero ni cuenta se daba de lo que decía. Y para remate, de vísperas, se cae y se tronza un hueso. Lo que faltaba para el duro, vamos.

DR.– ¿Se cayó el Buque la víspera?

P.P.– Bueno, la víspera es un decir. Se cayó cinco días antes, el treinta y uno de diciembre, el cabo de año, ya ve qué ocurrencia. Y no vea cosa más tonta, escaleras abajo, como un fardo. Que para mí que andaba con dos copas, si no, no se explica. Ya ve, le tuvieron que agarrar entre cuatro y a la enfermería, que no vea las penalidades que pasamos.

DR.– ¿Por tener que aplazar la evasión?

P.P.– Eso era lo de menos, doctor. Don Santiago nunca tenía prisa. Lo que recelaba don Santiago, y con razón, era que el Buque soltara el mirlo, ¿entiende? Que era muy charlatán el Buque, oiga.

DR.– ¿Y tardó mucho en regresar?

P.P.– ¿El Buque a la sala?

DR.– Claro.

P.P.– A los tres días, ya ve. Pero que se nos hicieron como tres años. Que don Santiago no sabía qué inventar. Para tenernos entretenidos, digo. Imagine, los nervios. Que entonces fue cuando se le alcanzó hacer una baraja con una caja de zapatos, ¿se da cuenta? Que no vea qué arte se dio. Que al Capullo todo se le volvía decir: al caballo de oros le ha sacado usted talmente, con la misma cara de gilipollas. Por él, ¿entiende?, o sea, por el que va montado, que ya lo creo que estaba propio. Menuda juerga nos trajimos a cuenta de eso.

DR.– ¿Y jugabais a las cartas?

P.P.– ¡Ande, qué remedio! Menos a la tarde, que andábamos en la galería, al abrigaño, todo el día de Dios dándole a las cartas. Que don Santiago decía: Al primero que haga cien tutes, le pagan una comida los demás, ¿se da cuenta? Para cuando se largaran, a ver.

DR.– Es decir, don Santiago ya contaba contigo.

P.P.– No señor, eso lo dice usted. Don Santiago quería entretener a Patita y al Capullo. De mí se fiaba más.

DR.– ¿Quién ganó los cien tutes?

P.P.– Ni nos dio tiempo de terminar, oiga. Antes llegó el Buque.

DR.– ¿Qué le había ocurrido?

P.P.– Lo peor, mire. El peroné tronzado, el derecho.

DR.– ¿No andaba?

P.P.– Qué hacer. O sea, tal que así, de rodilla abajo, le pusieron un yeso duro como una piedra. Que lo mismo pesaba cinco kilos el yeso ese, oiga, no vea. Pero a los dos días, como si nada, con dos bastones corría por el patio como una liebre. Dios Padre me perdone, doctor, pero el Buque ese era más bruto que la pila un pozo.

DR.– ¿Así que se desenvolvía bien?

P.P.– Como usted y como yo, mire.

DR.– ¿Qué dijo don Santiago?

P.P.– Así, de primeras, le anduvo sonsacando. Por ver si se había ido del pico, ¿comprende?

DR.– ¿No había hablado?

P.P.– Al decir de él, del Buque, digo, en tres días no abrió la boca más que para comer. Que entonces don Santiago le propuso aplazar la fuga si no estaba en condiciones.

DR.– ¿Qué respondió el Buque?

P.P.– Que si ellos, o sea, los otros, no iban, él se largaba solo. Ya ve usted qué salida.

DR.– ¿Y don Santiago?

P.P.– Calcule, ni le dejaba parar quieto. O sea, desde que dijo eso, a cada rato detrás suyo, que lo que quería era enseñarle a valerse, ¿entiende? Y por las noches, en la sala, a andar a la rastra. Que usted no lo creerá, doctor, pero con el hueso tronzado y el yeso, aguantaba más que todos ellos.

DR.– ¿Confirmó entonces don Santiago la fecha del seis de enero?

P.P.– Qué hacer sino confirmarla.

DR.– Y a medida que se aproximaba el día, ¿no tomó alguna nueva disposición?

P.P.– Mayormente, que yo sepa, no señor. Lo único que como todos daban en pintarle en el yeso al Buque, él, don Santiago, digo, le dibujó allí el arroyo, la escombrera y la pimpollada, ¿entiende?, para que se lo estudiara. Por lo demás, al decir de don Santiago, él bajaría uno de los bastones del Buque y el Capullo el otro. Fuera de eso, harían las cosas tal y como lo habían planeado.

DR.– Las vísperas serían muy inquietas, ¿no es así, Pacífico?

P.P.– No se piense, doctor. O sea, la noche antes, don Santiago les tuvo a todos despiertos hasta la una y, de que se oyó el pito del tren, les dijo: Mañana tomaremos ese tren, ¿habéis oído? Y no dijo más, oiga, aunque yo me sé que se las temblaba con el Buque.

DR.– ¿Y al día siguiente?

P.P.– Al día siguiente, como si tal cosa, oiga, como uno más. Lo único que don Santiago no se movió del petate. Pero esto no era raro en él, ¿entiende?

DR.– Está bien, Pacífico. Vamos con la fuga.

P.P.– Me parece que le llaman, doctor.

DR.– ¿A mí? ¿Que me llaman a mí? ¿Ahora?

P.P.– En la puerta, digo, sí señor. Han pegado con los nudillos.

DR.– ¿Qué hora es?

P.P.– A saber.

DR.– Pero si son más de las tres, Pacífico. ¿Te importa que dejemos la charla para mañana?

P.P.– Mire, por mí... Yo no tengo prisa.

PACÍFICO PÉREZ.– ¿Era algo grave lo de ayer, doctor?

DR.– Lo de siempre, Pacífico. Gajes. ¿Qué tal has dormido?

P.P.– Así, así, ya ve. Como de costumbre.

DR.– ¿Tuviste pesadillas?

P.P.– No señor. ¿A cuento de qué?

DR.– De lo que hablamos, ¿no?

P.P.– Eso ya pasó, mire.

DR.– ¿Recuerdas dónde dejamos nuestra conversación?

P.P.– Qué hacer no recordarme.

DR.– Empezabas a hablarme de la fuga cuando nos interrumpieron, ¿no es eso?

P.P.– Así es, sí señor.

DR.– Está bien. Cuenta.

P.P.– ¿Y qué quiere que le cuente?

DR.– Todo, Pacífico. Desde el principio. Si no me equivoco habíais convenido poneros en movimiento con el toque de silencio, tan pronto el vigilante iniciara la ronda, ¿no es así?

P.P.– Así es, sí señor.

DR.– ¿Y lo hicisteis?

P.P.– Natural.

DR.– ¿Como lo habíais pensado?

P.P.– Tal cual, doctor.

DR.– Pero dime. Tu misión consistía en asomarte a la mirilla y vigilar al vigilante, ¿lo cumpliste?

P.P.– A ver, sí señor.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– Pues eso, les avisé, doctor.

DR.– Pero les avisaste, ¿de qué?

P.P.– Pues eso, oiga, de que el boqueras empezaba la ronda.

DR.– ¿Cómo les avisaste?

P.P.– Levantando la mano derecha, tal como habíamos acordado.

DR.– ¿Había corrido la piedra ya el Capullo?

P.P.– Iba para rato, cuando la retreta.

DR.– Bueno, habla. Tú levantaste la mano. ¿Qué hicieron ellos?

P.P.– Descalzarse, eso lo primero.

DR.– ¿Y luego?

P.P.– Pusieron los zapatos en el petate y se fueron donde las taquillas.

DR.– ¿Para coger la ropa?

P.P.– Para eso, sí señor.

DR.– No estás muy explícito esta noche, Pacífico. ¿Te sucede algo?

P.P.– ¿A mí? No señor.

DR.– Bien, sigue. Metieron la ropa bajo las mantas simulando que dormían, ¿verdad?

P.P.– Eso hicieron, tal cual. Pero antes don Santiago decidió otra cosa. O sea, escaparse en camisa y calzoncillos.

DR.– ¿Sin ropa de abrigo?

P.P.– Ya ve, medio en pelotas.

DR.– Pero ¿por qué razón?

P.P.– Mire, a la atardecida del día cuatro se puso la nevisca y no lo dejó en dos días. Así que al amanecer del seis, estaba el campo más blanco que la pared.

DR.– Y don Santiago temería que resaltaran mucho sobre la nieve, ¿no es así?

P.P.– Talmente, sí señor.

DR.– ¿Y nadie objetó nada?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Quiero decir que si ninguno protestó,

P.P.– Lo que él mandaba, don Santiago, digo, iba a misa. Así que nadie rechistó.

DR.– Bien, continúa. Se pusieron a hacer los rebujos, ¿qué más?

P.P.– De más, nada, ya ve. Que ni tiempo de terminar tuvieron.

DR– ¿Qué ocurrió?

P.P.– Eso quisiera saber yo, mire. O sea, el boqueras, yo no sé qué idea le dio que se volvió. Y en lugar de caminar galería arriba como cada noche, pegó media vuelta y se vino donde nosotros. El porqué no lo sé.

DR.– Pero ¿es que hicisteis ruido o algo que pudiera llamarle la atención?

P.P.– ¡Qué va, que no señor! De ruido, nada. Qué se yo, esas cosas, la corazonada.

DR.– Menuda situación. ¿Qué hiciste tú?

P.P.– Imagine, ¡que viene!, ¿comprende? Les chistaba, ¡ojo, que viene! Que inclusive levanté la voz y todo.

DR.– ¿Y ellos?

P.P.– Bueno, ellos. De cabeza al petate, a ver. Por la cuenta que les tenía.

DR.– ¿Todos?

P.P.– Esto ¿va a quedar entre usted y yo, doctor?

DR.– Por supuesto, Pacífico,

P.P.– ¿Seguro?

DR.– ¿No crees en mi palabra?

P.P.– Bueno, pues don Santiago, no señor, no se metió en el petate.

DR.– ¿Qué hizo don Santiago?

P.P.– Don Santiago agarró la barra y se puso arrimado a la pared, orilla la puerta.

DR.– ¿Quién era el vigilante?

P.P.– ¿Quién iba a ser? El Vegas.

DR.– ¿Por qué tenía que ser el Vegas?

P.P.– ¡Qué sé yo! Este hombre tenía la negra con nosotros, oiga. El día del plante de los retretes, él de servicio. El día que se atascó Patita en el túnel, tal cual. Y lo chusco es que no era mal prójimo el Vegas ese, oiga, pero por pitos o por flautas siempre le tocaba la china.

DR.– Dime, Pacífico, la barra que enarbolaba don Santiago, ¿de dónde procedía?

P.P.– ¡Ah, no me diga! La barra esa estaba en la sala desde siempre, o sea, desde que yo ingresé. Pero me recuerdo que la noche esa, don Santiago le amarró un tapabocas en la punta.

DR.– ¿Para que no se oyeran los golpes?

P.P.– Eso me pienso yo, pero no me haga mucho caso.

DR.– Bien. ¿Qué hizo el vigilante?

P.P.– Se arrimó orilla la puerta y, de primeras, miró dos veces por la mirilla. Luego metió la llave y conforme la metió, don Santiago amagó con la barra, ¿entiende? Pero esto, entre usted y yo, doctor.

DR.– Descuida, Pacífico. ¿Y por qué crees tú que el vigilante se decidió a entrar? ¿Es que en el petate de don Santiago no hacía bulto la ropa?

P.P.– Dejaría de hacer, oiga. Pero digo yo que estaría mal hecho, o que el Buque con la ropa dentro abultaría de más. ¿Quién puede saberlo, doctor? Lo único que al boqueras le dio la escama, por lo que fuese, eso le perdió.

DR.– Cuenta.

P.P.– Pues eso, mire, fue él y dio vuelta a la llave, ¿entiende? Que no vea el postillón que se me armó arriba del pecho. O sea, en lo que demoró el entrar, el Vegas digo, ni respirar podía. Conque no había puesto el pie en la sala y don Santiago le atizó un porrazo que lo tumbó, así. Todo visto y no visto, oiga, en menos tiempo de lo que tardo en decirlo.

DR.– ¿Murió en el acto el vigilante?

P.P.– A saber, oiga. Yo, cuando le agarré del brazo para esconderle

en mi petate, todavía le latían los pulsos, eso fijo. O sea, en lo que le movimos y le tapamos con las mantas debió de morir el hombre.

DR.– Cuando os metisteis en el túnel ya estaba muerto, ¿verdad?

P.P.– Sí señor, eso fijo, con toda seguridad. Que don Santiago le miró el ojo y le escuchó el corazón y dijo que nada, que las había doblado.

DR.– ¿Y me puedes decir, Pacífico, por qué razón le metisteis en tu petate y no en otro?

P.P.– Fácil, mire. Era el único libre, los demás tenían ropa.

DR.– ¿Y no podíais haberla cambiado?

P.P.– Qué hacer, por poder... Pero usted me dirá, en el alboroto que se armó, qué lo mismo daba un petate que otro.

DR.– ¿Es que don Santiago perdió la serenidad?

P.P.– No señor, él no. Don Santiago, tan terne. Usted no le conoce. Pero todo cambió, natural. Que el que más y el que menos se las temblaba en ese momento, a ver.

DR.– ¿Hizo mucho ruido el vigilante al caer?

P.P.– Ruido no, de qué. Ya ve usted qué ruido puede hacer un hombre al caer en unas losas, menudo como era, además, el Vegas. En cuanto al golpe, menos, mire, que don Santiago tuvo buen cuidado de atizarle con la parte del tapabocas. O sea, de eso que se piensa, nada, lo que pasa, para que usted me entienda, es que la cosa empezaba mal, que no contábamos con ello, vaya.

DR.– ¿Y dónde pensaba don Santiago que tú te metieras si habíais puesto el cadáver del vigilante en tu cama?

P.P.– Ya me lo dijo, oiga. Don Santiago, digo. O sea, conforme cargamos con el muerto, me dijo, dice: Apura, Seminarista, tú te vienes con nosotros.

DR.– Es decir, que automáticamente te incorporó a la fuga.

P.P.– A ver, sí señor.

DR.– ¿Y tú?

P.P.– Yo le dije que nones.

DR.– ¿Le dijiste que no ibas?

P.P.– Así se lo dije, sí señor. Que yo estaba a gusto allí y que no.

DR.– ¿Qué te respondió?

P.P.– ¿Don Santiago?

DR.– Naturalmente, hombre, don Santiago.

P.P.– Bueno, me dijo, dice: Lo siento, Seminarista, no hay opción. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.– Pero tú insististe, ¿no es eso?

P.P.– Así es, sí señor, yo porfié que me quedaba.

DR.– ¿Se enfureció él, don Santiago?

P.P.– ¿Enfurecerse? No señor, tranquilo, con todo aplomo. Lo único

que agarró la barra y me dijo: Rápido, Seminarista, decide. Si no vienes, tendré que golpearte.

DR.– ¿Con la barra? ¿Te amenazó con darte con la barra?

P.P.– Con la barra, natural.

DR.– ¿Es decir que te fugabas o te mataba?

P.P.– Él nunca habló de matarme, no la líe.

DR.– Tú me dirás.

P.P.– Bueno, oiga, ésas son cosas suyas. Él sólo dijo, don Santiago, digo, que me largaba o tendría que sacudirme.

DR.– ¿Y no te explicó? ¿No te dio una razón?

P.P.– La dio, sí señor.

DR.– ¿Qué te dijo?

P.P.– Pues eso, que ahora no le interesaba que cantase y si me quedaba me harían cantar.

DR.– ¿Qué decidiste, entonces?

P.P.– Por mayor, todavía porfié un poco, poca cosa, no crea, pero de que él amagó con la barra, don Santiago, digo, enseguida me determiné.

DR.– ¿Qué le dijiste?

P.P.– Que de acuerdo, que me largaba con ellos.

DR.– Y os fuisteis todos al túnel.

P.P.– Bueno, vamos, o sea, de primeras, don Santiago trancó la puerta de la sala y se colgó las llaves. Luego, sí, levantó el tapiz y se metió dentro. Del agujero, digo.

DR.– ¿Y tú? ¿En qué lugar ibas tú?

P.P.– Don Santiago ordenó que en el medio. Desconfiaba, a ver. O sea, yo debía entrar después de Patita y primero que el Buque.

DR.– ¿Dejabais la sala en orden?

P.P.– En orden, sí señor, curiosa, que el Vegas ni sangró ni nada. Lo malo fue al tocarle el turno a Patita, ya ve, que ninguno había pensado en ello.

DR.– ¿Qué ocurrió?

P.P.– Que gritó, ¿le parece poco?

DR.– ¿Gritó? Pero ¿gritó fuerte?

P.P.– Con toda su alma, mire.

DR.– ¿Para avisar a los vigilantes?

P.P.– De qué, no señor. Lo que pasa es que Patita, desde que se quedó privado, dio en aborrecer de ello, del túnel, digo. Que estas cosas son así, oiga. Que yo me recuerdo del Krim, el perro de casa, de que el Abue le construyó una perrera nueva, él que no, el Krim, digo, que dio en aborrecer de ella, por lo que sea, y que no entraba ni por cuanto hay. Y se pasaba las noches orilla de ella, aullando como un

poseído, ¿entiende? Pues a Patita, tal cual.

DR.– ¿Le obligasteis?

P.P.– ¡Mire! O sea, el Capullo se llegó donde él y le sacudió dos moquetes. Pero bien dados, no crea usted que por broma. Luego, quieras que no, le agarró la cabeza y se la metió dentro, del túnel, digo. Total, que con unas cosas y otras demoramos más de la cuenta, que yo pensaba para entre mí, nos agarran antes de bajar.

DR.– ¿Es que subió alguien a la sala?

P.P.– Según parece, no señor, nadie.

DR.– ¿Cómo es posible, Pacífico, si el Patita dio el alarido que dices, que no cundiera la alarma?

P.P.– Por mayor, andaban acostumbrados, oiga, que allí el que no soñaba alto, roncaba o voceaba, ¿entiende? Ya ve usted Patita. Pues así todos. O sea, si el boqueras no daba razón, en el centro de vigilancia, ni caso, natural. Por un decir, ellos confiaban en el boqueras de cada galería, y mientras el boqueras no chistara, pues como si no.

DR.– Ya. Así que os encerrasteis y a aguardar.

P.P.– A ver, mire. Pero como el «livin» estaba hecho para cuatro, el último, o sea, el Capullo, se quedó dentro del túnel, que sólo asomaba la gaita, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Qué os dijo don Santiago una vez reunidos?

P.P.– Que serenidad. Que las cosas se habían complicado un poco, pero que serenidad. Que con los nervios sueltos no íbamos a ninguna parte, ¿entiende? Y allí vería, como sardinas en banasta, a oscuras, las rodillas del uno contra las rodillas del otro, no cogíamos, oiga. Y luego, el yeso del Buque.

DR.– ¿No aludió don Santiago a tu incorporación?

P.P.– Qué hacer. Me preguntó si tenía alguna duda.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– Pues que no, a ver. Después de repetírselo al Buque más de mil veces, ya ve usted qué duda iba a tener.

DR.– ¿Nada más?

P.P.– Por mayor, no señor, o sea, sí. Habló de la nieve, que la nieve es muy traicionera, ¿se da cuenta?, y que ojo con el arroyo, la escombrera y los pimpollos, que siguiéramos la huella que él dejaría. Y allí, en la oscuridad, yo ni veía al Buque, ¿entiende? Sólo le sentía gruñir. Conque, al cabo, don Santiago, así que nos sintió más tranquilos, que la novedad más importante era la muerte del boqueras. Que con el boqueras muerto, lo más tarde que descubrirían la fuga sería cuando el relevo, o sea, a la una. Y que a esa hora andaríamos en la vía cogiendo el tren, ¿se da cuenta? Así que don Santiago dijo que había que cambiar los planes, que lo mismo

registraban el tren en cualquier estación o al llegar a Madrid. Así que debíamos dividirnos, cada quién hacer por él. Por un ejemplo, uno podía apearse en un pueblo, otro agarrar otro tren en cualquier apeadero, pero el que determinase llegar a la capital, debería tirarse en marcha antes de que el tren entrase en la estación. Que a mí el Buque no se me quitaba del pensamiento, oiga, cómo se las iba a apañar, pero allí todos que bien, que de acuerdo, que habían entendido, ¿se da cuenta?

DR.– Y el Patita, ¿no estaba nervioso?

P.P.– Una vez que se acomodó, no señor. El único el Buque, rutaba todo el tiempo. No podía parar quieto, no le dejaba el genio.

DR.– ¿Le tranquilizabais?

P.P.– Natural, ¿no?, por la cuenta que nos tenía. Allí vería a don Santiago, quieto, Buque; aguarda, Buque; calma, Buque. Como puede hablársele a un perro, tal cual. Pero a él, al Buque, digo, se le ponía blanco el ojo, el revirado, que le brillaba en lo oscuro como los de los gatos.

DR.– Ya.

P.P.– Pero lo peor, oiga, es cuando al Buque le dio por preguntar: ¿Qué es un pimpollo? Ya ve qué salida, un mes enseñándole para esto.

DR.– ¿Qué le dijo don Santiago?

P.P.– Que se olvidara de los pimpollos y se fuera a la rastra por la huella que dejáramos en la nieve él, Patita y un servidor.

DR.– ¿Y tú? ¿Qué pensabas tú en ese trance, Pacífico?

P.P.– Como pensar, nada. ¿Qué quiere usted que pensase?

DR.– Pero ¿cómo te sentías?

P.P.– Contrariado, ya ve.

DR.– ¿Por la fuga?

P.P.– A ver. Yo estaba asentado allí, ¿comprende? Y, de repente, ¡hala!, con la música a otra parte.

DR.– Te molestaba que te forzaran contra tu voluntad.

P.P.– Algo parecido a eso digo yo que sería.

DR.– Pero ¿estabas sereno?

P.P.– Ande, eso sí, doctor, ¿por qué no había de estarlo? Lo único el frío, ya ve. Que pasados los nervios de la sala, con lo del boqueras Vegas y todo eso, allí, en el «livin» ese, se quedaba uno esmorecido. Y el vientre, hágase cuenta, no hacía vida de él.

DR.– ¿Te habías quitado la faja?

P.P.– No señor, la faja estaba en su sitio, pero con todo. Era muy frío y muy húmedo aquello.

DR.– Pero duraría poco la espera, ¿no?

P.P.– Mire, como cosa de media hora. Al cabo de ella, don Santiago

mandó volver la piedra y que calláramos la boca. Que entonces fue cuando le dio al Capullo por chascarse los huesos de los dedos. ¡Ya ve qué ocurrencia! Cosas de los nervios, ya se puede usted imaginar. Conque, al rato, sentimos al cabo con el relevo para la garita orilla la olma, frente por frente del torreón, o sea, que eran las diez. Así que don Santiago mandó pinar la piedra y amarrar la lía. Luego dijo que nos pusiéramos las alpargatas, ¿entiende?, que entonces me di yo cuenta de que para mí no había alpargatas, que el Buque se las puso inclusive en el pie lastimado. O sea, que tenía que largarme descalzo, hágase cuenta, con la nieve que caía, unas cimarras como platos. Conque aún aguardamos hasta que pasó el cabo con el relevo de la pimpollada, o sea, el último. Que volver el cabo y saltar fuera don Santiago fue todo uno. Y que «suerte», ¿se da cuenta? Que él se bajó un bastón del Buque, don Santiago, digo, y que aguardáramos a los tirones.

DR.– ¿No se le oía bajar a don Santiago?

P.P.– No señor, ni a él ni a nadie. Con las alpargatas, mire. Cuánto más a un servidor, descalzo.

DR.– ¿Esperasteis a los tirones?

P.P.– Natural. Desde que bajó. Pero demoraban más de la cuenta y el Buque se ponía de malas, que era muy morugo el Buque, que todos, quieto, Buque, aguarda, Buque, y él, dale, rutando, que ni sé cómo le pudimos sujetar, que era un hombre que aburría a las ovejas, oiga, menos mal que, a poco, Patita sintió los tirones y se fue para abajo y yo me puse en el hueco y agarré la lía. Así hasta que sentí los tirones. Que no vea las calamidades, que el hueco era angosto, tal que así, ¿comprende?, y había que salir de culo, sin soltar la soga. Que una vez que uno fijaba los pies en la piedra ya era otra cosa. Conque me bajé el torreón y, luego, el talud y, de repente, se me acabó la soga y me quedé como un pelele, con los pies colgando, que ni sabía dónde me andaba. Entonces sentí la voz de don Santiago, muy bajito, ¿se da cuenta? ¡Salta, Seminarista! Y salté, ¿comprende? O sea, dentro del foso, que tenía medio metro de nieve y, nada, pero yo pensaba para entre mí, el Buque se desgracia, fijo. Imagine ese salto, oiga, un hombre de su envergadura, para más con un hueso tronzado.

DR.– ¿Y cómo lo resolvisteis?

P.P.– Verá, de primeras, don Santiago se quitó la camiseta y nos pidió las nuestras, las de Patita y un servidor, digo, ¿entiende? Luego trepó por el talud, aguantándole nosotros por el culo. Así que amarró las camisetas a la soga, para que el Buque pudiera bajar un metro más, ¿se da cuenta? Luego nos hizo apilar nieve, bajo la lía, de forma que cuando el Buque brincó ni medio metro, así que ni lastimarse ni nada.

DR.– ¿Dejasteis colgadas las camisetas?

P.P.– Ni hablar, oiga. Y no por el frío, que si las cogimos fue por la

nieve, por el centinela, para que no reparase, ¿comprende?

DR.– ¿Seguías con frío, Pacífico?

P.P.– Esmorecido, calcule, que los pies ni los sentía.

DR.– Continúa. ¿Qué hicisteis luego?

P.P.– Una vez juntos, en el foso, digo, don Santiago dijo que le siguiéramos sin decir nada, o sea, ni una palabra, que yo me las temblaba por el Buque, oiga, pero no. Conque agarramos foso adelante, rodeamos el torreón y nos llegamos orilla la enfermería, ¿entiende?, de la parte de fuera.

DR.– Ahí es donde debíais abandonar el foso y burlar a los centinelas, ¿no es cierto?

P.P.– Cierto, doctor.

DR.– ¿No dio nuevas instrucciones don Santiago?

P.P.– Por mayor, no señor. Aguarde, sólo repitió que yo iría detrás de Patita. Y que el Buque no tenía más que seguir la huella que nosotros dejáramos en la nieve. Eso dijo.

DR.– ¿Nada más?

P.P.– Nada más. Bueno, vamos, nos saludó. O sea, nos dio la mano a todos, uno detrás de otro. Era muy atento el tal don Santiago.

DR.– Sigue.

P.P.– De manera que él salió del foso y, antes de asomar la gaita, ya se tumbó todo lo largo que era. Al cabo, dejamos de verle. Entonces subió Patita y tal cual, o sea, a la rastra.

DR.– ¿Qué tiempo dejabais entre uno y otro?

P.P.–¿Para salir del foso?

DR.– Sí.

P.P.– Se hacía largo, ¿sabe? Pero ponga cinco minutos. Más, no.

DR.– Está bien. Subiste tú. ¿Cómo te las arreglaste?

P.P.– Aguarde, antes vino el perro.

DR.– ¿Un perro de la guardia?

P.P.– ¡A qué ton de la guardia!, no señor. Del pueblo digo yo que sería, que no acababa de largarse Patita y sentimos ruido arriba y un perro, ¿entiende? Un perro buscón, de esos que siempre andan a las basuras, ¿se da cuenta? Conque el Capullo, ¡largo, chito! Y el Buque no vea, empeñado en darle con la muleta en los hocicos, que el bicho, natural, a gruñir. Ya ve qué rato.

DR.– ¿Qué hiciste tú?

P.P.– Mire, lo que había aprendido de mi tío Paco. O sea, hacer como si me desatornillaba la cabeza y se la tiraba.

DR.– ¿Se la tirabas al perro?

P.P.– Qué hacer, al perro, sí señor.

DR.– Pero ¿la cabeza?

P.P.– Entiéndame, uno amaga, no hace más que amagar, pero no falla, oiga; el perro da la espantada y no vuelve; se acobarda.

DR.– ¿Y se marchó?

P.P.– Se fue, sí señor. Faltaría más.

DR.– ¿Sin ladrar?

P.P.– Un aullido sí dio, pero cosa de poco.

DR.– ¿Saliste del foso después?

P.P.– Natural, sin demorarme. Ya me había retrasado bastante.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– ¿Que qué? Calcule. De que puse el vientre en la nieve bien creí que las palmaba. Y luego la torva. ¡Qué manera de nevar! Se congelaba uno, oiga. Y, por si fuera poco, la nieve desbarataba la huella de los otros. Que yo me las temblaba por el Buque, doctor, qué iba a ser de él. Pero, a ver, me eché al suelo, y hasta que di con los carrizos del arroyo.

DR.– ¿No se oía nada?

P.P.– Ni se oía, ni se veía, oiga, como un camposanto. Un silencio que imponía, la verdad.

DR.– ¿Encontraste pronto el arroyo?

P.P.– De seguida, al minuto, sí señor, allí estaba. Y entre los carrizos, al abrigaño, se notaba mejor la huella de don Santiago y Patita; o sea, su paso.

DR.– ¿La seguiste?

P.P.– Seguí por ella lo que duró el arroyo. Luego anduve un rato buscando la escombrera. ¿Y qué dirá usted que me dio por pensar para entre mí todo el tiempo, desde que me eché por la cuerda abajo?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– En el Abue, ya ve, que no le mentaba hacía qué sé yo los meses. Pues en él, oiga, en lo de Igueriben, en el fuerte, cuando se echaron por una cuerda abajo para engañar al Abd-el-Krim. No se me quitaba del pensamiento, ya ve qué cosas.

DR.– En realidad era una situación semejante.

P.P.– Tal cual, doctor. Lo único nieve en lugar de arena.

DR.– Bueno, ¿y encontraste la escombrera?

P.P.– ¡Faltaría más! Allí andaba. Pero para no llevarme el pego metí la mano en los montones y saqué dos cascotes, ¿entiende?

DR.– Pero ¿es que no se advertían allí las huellas de don Santiago y el Patita?

P.P.– Mire usted, malamente. Así que pensé para entre mí que, una vez que alcanzase la pimpollada, aguardaría al Buque.

DR.– Pero eso no entraba en los planes.

P.P.– No entraba, no señor. Pero tampoco entraba la cellisca, ni

entraba yo, ¿no?, lo de escaparme. Pero así, de repente, sentí lástima de él, ¿me comprende?

DR.– Perfectamente. Sigue, Pacífico.

P.P.– Pues mire usted, desde la escombrera, forzando un poco la vista, hasta veía los pimpollos, ¿sabe?, que la ventisca venía del norte y, como yo andaba de la parte de poniente, pues eso, los veía negrear. Que si me apura, le diría que inclusive veía la garita del centinela, calcule. Y yo no hacía más que decirme para entre mí: Ojo, Pacífico, no vayas a escachar la operación, ¿se da cuenta? O sea, que me hablaba a mí mismo, como los viejos, ¿entiende?, para tener prudencia.

DR.– Y del que te precedía y del que te seguía, es decir, del Patita y del Buque, ¿no sabías nada?

P.P.– Ni palabra, no señor. Ni se les veía, ni se les sentía. Talmente como si se los hubiera tragado la tierra. Pero así que alcancé la escombrera sí pensé que don Santiago se habría arrancado ya cerviguera arriba, y que el Buque andaría en la nieve y el Capullo se habría quedado solo en el foso. Me hacía mis componendas, pero verlos, lo que se dice verlos, no señor, no se los veía.

DR.– ¿Llegaste a la pimpollada sin dificultades?

P.P.– ¿Dificultades, dice? Todas las que quiera y más, que las manos y los pies los tenía congelados, un comezón por ellos que me abrasaba, oiga. Y el vientre no quiera saber. Lo que no sé es ni cómo tuve fuerzas para seguir.

DR.– Pero seguiste.

P.P.– A ver qué remedio, sí señor. Pero no había alcanzado la pimpollada cuando empezaron las voces. Que así, de primeras, me quedé quieto parado, oiga, que imponían.

DR.– Pero ¿qué voces?

P.P.– ¡Cuáles habían de ser! Las de los centinelas.

DR.– ¿Es que descubrieron a alguno?

P.P.– Qué van a descubrir, no señor. Hablo de las voces que se daban entre ellos, ¿entiende?, de ordinario, para no quedarse traspuestos. El de la garita de la olma voceaba, por un ejemplo, ¡centinela, alerta!, y el otro, el del camino, respondía: ¡alerta está! Que luego, el del camino, la misma copla y así hasta que daban vuelta al penal, ¿me comprende? Pero que así, de noche, en el silencio, entre la nieve, qué sé yo qué parecía aquello.

DR.– Ya.

P.P.– Así que me amoné como un conejo hasta que las voces se alejaron, o sea, dieron vuelta al torreón. Entonces me llegué a los pimpollos, que no eran tales pimpollos.

DR.– Pues ¿qué eran, Pacífico?

P.P.– Enebros, lo que yo había sostenido.

DR.– ¿Y no podía eso desorientar al Buque?

P.P.– ¡Ya ve usted que lo mismo le daba al Buque un pimpollo que un enebro! Un hombre que en el «livin», luego de un mes de andar mentándoselo, nos sale conque qué era un pimpollo. El Buque era un ignorante, para que lo sepa, que yo creo que ni quitarse los mocos sabía.

DR.– Está bien, Pacífico. Si no me equivoco, la pimpollada, perdona, quiero decir los enebros esos, estaban en línea con las garitas de los centinelas, ¿no es así como iba la cosa?

P.P.– Talmente, doctor, así era. De forma que, tirando por derecho, contra la cerviguera, estaba uno del otro lado.

DR.– Y tú ¿qué hiciste?

P.P.– Aguardé un rato para tomar resuello.

DR.– ¿Esperando al Buque?

P.P.– No señor, todavía no. Aguardaba por el comezón, que me ardía. Y, para más, el postillón arriba del pecho, dese cuenta, con el centinela orilla mía. ¡Si inclusive le sentía rebullir!

DR.– ¿Sentías rebullir al centinela?

P.P.– A ver. Y frotarse las manos y canturrear, que se conoce que tenía frío.

DR.– Pasarías un mal trago.

P.P.– Calcule. Así que, de que me recuperé un poco, tiré para adelante, que digo yo que andaría a la rastra cosa de cuarenta metros, más no. O sea, más o menos a mitad de camino entre los enebros y la cerviguera. Promediado, ¿entiende? Allí tropecé con una carrasca y me puse al abrigo de ella, que la torva arreciaba.

DR.– ¿Llegó el Buque?

P.P.– A eso aguardaba yo.

DR.– ¿Y no?

P.P.– Ni por pienso, oiga. Ni sombra de él, que yo pensaba para entre mí: este bruto es capaz de pasarse la noche dándole vueltas al penal. O sea, desconfiaba.

DR.– ¿Y qué es lo que había pasado?

P.P.– Lo que me temía, oiga. Que a saber dónde se trabucaría el Buque, lo cierto es que al rato sentí ruido orilla la garita.

DR.– ¿Ruido? ¿Qué clase de ruido?

P.P.– Como bufidos y trompazos, ¡qué sé yo! Pero orilla la garita, ¿se da cuenta?

DR.– ¿Y luchaban efectivamente?

P.P.– Aguarde. Para mí que el Buque equivocó la garita con los pimpollos. O sea, él salió de la escombrera y se fue a topar con el

centinela, ¿comprende? Que yo sentía los ahogos y los golpes, inclusive lo que se decían el uno al otro.

DR.– Pero ¿es que se hablaban?

P.P.– Entiéndame, oiga; cabrón, y Dios Padre me perdone, me cago en la leche que has mamado, esas cosas, ¿no? Hablar, lo que se dice hablar, ya ve usted qué iban a decirse el uno al otro.

DR.– Pon atención, Pacífico. Te agradecería que te esforzaras para darme una versión exacta de los hechos a partir de este momento. Y tanto como la exactitud, me interesa el orden como se desencadenaron los sucesos, ¿me comprendes?

P.P.– Qué hacer, doctor.

DR.– Entonces, dime: lo primero que oíste fue el rumor de la lucha, el forcejeo y cómo se insultaban entre sí el Buque y el centinela; ¿qué se oyó luego, quiero decir, inmediatamente después?

P.P.– El tiro.

DR.– ¿Qué tiro?

P.P.– ¡Ande, cuál ha de ser! El del centinela.

DR.– ¿Disparó el centinela que luchaba con el Buque?

P.P.– A ver, no podía ser otro, el fogonazo vino de ahí, orilla mía, que no vea la luz y el eco. ¡Menudo estampido!

DR.– Entraría en conmoción todo el penal.

P.P.– Calcule, el belén que se preparó en un momento. ¡Voces, timbres, la órdiga! Y mientras, el Buque dándose leña con el centinela, o sea, no le debió acertar, el tiro, digo. Y, al rato, sentí un crujido como si cascasen algo, ¿entiende? Que para mí que fue entonces cuando el Buque le quebró la cabeza al guardia con el yeso.

DR.– Perdona que te interrumpa, Pacífico. Este momento es crucial y te agradecería que te pronunciases con el mayor rigor. Cuéntame, punto por punto, la sucesión de los acontecimientos. Después del disparo del centinela, ¿qué fue lo primero que oíste?

P.P.– Cómo el Buque le tronzaba la cabeza con el yeso.

DR.– ¿Y luego?

P.P.– Esto quedará entre usted y yo, ¿no es cierto, doctor?

DR.– Por supuesto, Pacífico, no tengas reparo. Mientras no me autorices, lo que tú digas no saldrá de aquí.

P.P.– ¿No lo parlará el chisme ese?

DR.– Descuida, hijo. El chisme, como tú dices, no dirá una palabra mientras yo no lo ordene. Dime, ¿qué oíste después del golpe del Buque?

P.P.– La sirena en la torre y, al poco rato, un motor.

DR.– ¿Oíste poner en marcha un motor?

P.P.– Sí señor, arriba, en la cerviguera, o sea, del otro lado.

DR.– ¿Estás seguro?

P.P.– Ande, como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.– ¿Y después?

P.P.– Bueno, vamos, o sea, el desbarajuste, ¿me entiende? Las voces, la alarma, los tiros. No vea la que se preparó en un momento.

DR.– Pero antes de toda esa conmoción, oíste el motor, ¿no es cierto?

P.P.– Cierto, sí señor, arriba, en la cerviguera.

DR.– ¿Y qué te pensaste que era?

P.P.– Una patrulla, mire. Yo pensé para entre mí que estábamos rodeados; vamos, que no había escape, ¿entiende? Que a mí, la verdad, no se me había alcanzado.

DR.– ¿Qué es lo que no se te había alcanzado, Pacífico?

P.P.– Que hubiera un coche arriba, ya ve. Que detrás de la línea de los centinelas, hubiera otra patrulla vigilando.

DR.– ¿Y no se te ocurrió por un momento que pudiera ser don Santiago?

P.P.– ¿Quién?

DR.– El del coche.

P.P.– ¿Don Santiago?

DR.– Naturalmente, Pacífico. La mujer le esperaba en el camino del alto con ropa y un automóvil para escapar. Está claro. Don Santiago nunca pensó coger el tren con vosotros.

P.P.– ¿Quién le ha dicho a usted eso?

DR.– Como decírmelo, nadie, Pacífico. Pero es algo que sale de ojo, es de sentido común.

P.P.– Pues eso no me lo creo yo ni loco, fíjese.

DR.– Como quieras, Pacífico. Pero ¿por qué no pruebas de pensar con la cabeza? ¿Dónde ibais a ir los cinco en paños menores? ¿Tú crees que es posible pasear por la Gran Vía en calzoncillos sin llamar la atención de nadie?

P.P.– Eso no, doctor. Por un ejemplo, para eso están los espantapájaros.

DR.– ¿Espantapájaros en enero?

P.P.– En enero, sí señor. En mi pueblo los poníamos orilla las colmenas por los pico-relinchos, para que lo sepa.

DR.– Está bien, Pacífico. Sigamos. ¿Qué hiciste tú al oír los primeros disparos?

P.P.– ¡Ya ve qué iba a hacer! Agavillarme en la carrasca y aguardar. Y, al cabo de un rato, empecé a chistar al Buque, pero que no contestaba. Entonces le llamé.

DR.– ¿Qué dijiste?

P.P.– Buque. O sea, le llamé por su nombre.

DR.– ¿Y nada?

P.P.– Nada, como una tumba, oiga, que yo pensaba para mí: ¿dónde se habrá metido este zoquete?

DR.– ¿No insististe?

P.P.– No señor, si hubiera estado allí me hubiera oído. ¿A santo de qué iba a volver a llamarle?

DR.– ¿Te fuiste al monte, entonces?

P.P.– Atienda. Al rato, pararon los tiros pero prendieron el proyector arriba la torre, ¿comprende? Y empezó de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, que no quedaba mato por registrar. Y allí vería, en la luz del foco, digo, ¡qué formas de nevar! Parecía que en la vida hubiera hecho otra cosa, ¡madre!

DR.– ¿Te quedaste quieto, entonces?

P.P.– A ver. En lo que vi lo que demoraba pasar por la carrasca.

DR.– ¿La luz del foco?

P.P.– Natural; la luz del foco. Que no paraba quieta, ¿sabe?, la luz, digo. Que iba de un lado a otro sin dejarlo. Y si tropezaba con algo sospechoso, un bulto o así, más, a ver, en lo que tiraba la ametralladora.

DR.– ¿Tiró también la ametralladora?

P.P.– Ande, claro, todo el tiempo.

DR.– Está bien, Pacífico. Y una vez que cogiste el ritmo del proyector, ¿te decidiste a abandonar la carrasca?

P.P.– Talmente, sí señor. Me levantaba y corría. Me volvía a tumbar y vuelta a correr. ¿Se da cuenta?

DR.– ¿Hacia dónde corrías?

P.P.– Hacia la cerviguera, mire, a escabullirme entre los robles.

DR.– ¿Qué idea tenías en esos momentos?

P.P.– ¿Ideas? Yo corría por correr, doctor, parigual a los conejos, o sea, para que no me cazaran.

DR.– ¿No pensabas ya en coger el tren?

P.P.– ¡Dale! Si le digo que no pensaba nada es porque no pensaba nada, oiga. Lo único que no me arrearan un tiro. Lo natural, digo yo, en esas circunstancias.

DR.– De modo que te movías a compás de la luz, ¿no es eso?

P.P.– Talmente, según venía la luz, yo, ¡pum!, al suelo, ¿se da cuenta? Pero sin duelo, oiga, que metía cabeza y todo bajo la nieve.

DR.– ¿Qué distancia calculas que había entre la carrasca y los robles?

P.P.– Ponga usted cincuenta metros. Más no.

DR.– ¿Y cuántas carreras te llevó?

P.P.– Cuatro creo que fueron, pero no me haga mucho caso, que en la última me descubrieron, la guardia, digo, y menudo tiroteo. ¡No

quiera usted saber!

DR.– ¿Qué hiciste?

P.P.– Ya ve qué iba a hacer, correr todo lo que me daban las piernas. Pero no por derecho, no se crea, o sea, haciendo eses, regateando, ¿entiende? El caso es que no hicieron puntería, de forma que en cuanto alcancé el primer roble, allí me ovillé.

DR.– ¿Y seguían tirando?

P.P.– Y de qué formas, oiga, por demás. Y yo detrás del tronco, aguantando, talmente como cuando la cantea en el Humán, ¿se recuerda?

DR.– Ya recuerdo, Pacífico. ¿Y permaneciste mucho tiempo allí?

P.P.– Un rato largo, que el ruido que hacían las astillas al saltar me tenía acobardado, oiga, que no era para menos. Pero, al cabo, pegué un brinco y me arranqué hasta el roble de delante, y así, saltando de uno a otro, me metí para dentro. Entonces los de la torre dejaron de tirar, y otra vez las voces, que yo, en lugar de subir, tal que así, al camino, tiré a mano izquierda, sin salir de los robles.

DR.– ¿Es que volviste a oír el motor en el camino?

P.P.– No señor, de qué, no volví a sentir ningún motor.

DR.– ¿Y por qué no saliste al camino, entonces?

P.P.– Por miedo, a ver. ¿Quién me decía a mí que no estaban los de la patrulla agazapados allí, aguardando a que yo asomara?

DR.– Es decir, que temías que los coches estuvieran estacionados en la carretera del alto.

P.P.– Talmente, sí señor, eso temía.

DR.– ¿Hacia dónde caminabas entonces?

P.P.– Como caminar, contra el pueblo, pero, entiéndame, no por derecho. O sea, dando un rodeo, sin salirme de la cerviguera.

DR.– ¿Habías desistido de escapar?

P.P.– ¿Escapar? Usted se sabe de sobras que yo nunca quise escapar.

DR.– ¿Ni cuando don Santiago te dijo que tendría que golpearte?

P.P.– Bueno, entonces sí, pero no por voluntario, sino para que no me lastimara don Santiago con la barra. Pero, ya ve, tal y como se habían puesto las cosas, la derecha era volver a casa.

DR.– ¿Al penal?

P.P.– Al penal quiero decir, sí señor. Lo que pasa es que si yo asomaba a destiempo lo mismo me espetaban de un balazo.

DR.– Está claro, Pacífico. Tú querías entregarte, ¿no es eso?

P.P.– Qué hacer, oiga. Una vez que se había escachado todo, ya me dirá usted qué pintaba yo allí en pelotas, entre la nieve.

DR.– ¿Corrías?

P.P.– Bueno, corría y me paraba, a ratos, ¿no? ¿Usted ha visto correr

a las liebres una vez que se las levanta de la cama? Pues, tal cual.

DR.– ¿Temías que algún centinela pudiera estar emboscado en el monte, acechando?

P.P.– Ande, a ver. Yo veía a la guardia por todas partes. O sea, yo caminaba con tiento, y unas veces corría y otras me quedaba quieto parado, escuchando.

DR.– Y al detenerte, ¿oías alguna cosa?

P.P.– Usted no lo creerá, doctor, pero lo que mejor sentía era mi corazón.

DR.– ¿Con ruido?

P.P.– Ande, como un bombo hacía, oiga, como un tambor con repique y todo. Que yo me pienso que sería por el postillón, que ni respirar me dejaba.

DR.– ¿Y voces? ¿No oías voces?

P.P.– Ande, cantidad, como órdenes, a gritos. Si parecía aquello el fin del mundo.

DR.– ¿Y llegaste al pueblo por el robledal?

P.P.– Aguarde, antes me tropecé con el calvero, dese cuenta. Y allí me paré porque no acababa de determinarme. O sea, una de dos, o me volvía por donde había venido, o me arrancaba por la monda, ¿comprende?, que si malo era lo uno, yo creo que lo otro era peor.

DR.– ¿Qué decidiste?

P.P.– ¿Qué quiere? A mayores, me eché al suelo y lo atravesé a la rastra, talmente como al salir del foso para alcanzar los enebros.

DR.– Sigue.

P.P.– Bueno, o sea, una vez que alcancé la otra punta del sardón ya veía las luces del pueblo orilla mía, ¿sabe? El penal, no. El penal quedaba a trasmano, de la otra parte. Pero esto era lo de menos, que lo que yo quería ahora era entregarme antes de que me sacudieran un tiro.

DR.– ¿Y qué hiciste?

P.P.– De momento, aguardar, cerciorarme de que no había centinelas allí. Pero conforme estaba así, aguardando, al abrigaño de un roble, ¿qué dirá usted que sentí?

DR.– ¿Qué, Pacífico?

P.P.– El pito del tren, ya ve.

DR.– ¿El del mixto?

P.P.– Talmente, doctor, el del mixto, nuestro tren.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– Calcule. Di en pensar en los compañeros y me olvidé hasta de mi nombre.

DR.– ¿Te imaginabas dónde podían andar?

P.P.– Mire, por lo que respecta a don Santiago, inclusive a Patita, o sea, por tiempo, no pasaba cuidado, que bien podían andar cogiendo el tren. Lo malo eran el Buque y el Capullo, que venían detrás.

DR.– ¿Te temías lo peor?

P.P.– Mire, a decir verdad, por el Buque no daba ni dos reales.

DR.– ¿Y por qué ese temor, Pacífico?

P.P.– Usted dirá, a un individuo que le llama usted por su nombre, como quien dice a voces, después de los tiros, y no responde, ya me dirá dónde podía andar.

DR.– Eso no, Pacífico. Podía haber escapado en dirección contraria a la tuya.

P.P.– ¿Sin sentirle? ¿Cree usted que el Buque podía arrancarse a correr con los bastones, orilla la garita como estaba, sin que yo le sintiera?

DR.– Puede que tengas razón, Pacífico. Continúa.

P.P.– Poco queda por contar, mire. Así que sentí el pito del tren, como le digo, me quedé un momento reflexionando. Luego salí de detrás del roble, agarré un lindazo y me llegué a un palomar. Del palomar pasé al transformador y, después, por un callejón sin luz, como quien dice a tientas, entré en el pueblo.

DR.– ¿Y te entregaste?

P.P.– Bueno, oiga, me entregué. Eso se dice fácil.

DR.– ¿Qué ocurrió?

P.P.– Vamos, mi voluntad era ésa, ya usted lo sabe, que entre el cansancio y el frío no podía ni con mi alma. De modo que me saqué la elástica, por eso que dicen de la bandera blanca, y me asomé a la calle Mayor, moviéndola arriba y abajo, para que me vieran, ¿se da cuenta? Pero, ya, ya. ¡Mírale!, voceó uno, y no había terminado de decirlo y, ¡pum!, un tiro, pero a veinte pasos, ¿eh?, que sentí silbar la bala y todo, oiga, que ni a un dedo de la cabeza me pasó. Conque, visto lo visto, agarré otra vez por el callejón y a galope, oiga, que ni debían vérseme las piernas, de la velocidad, digo, menuda. Y conforme doblé el callejón, eché a la derecha, luego a la izquierda, luego, otra vez a la derecha, un laberinto, que ni sabía dónde me andaba, ésta es la pura verdad.

DR.– ¿Dónde fuiste a parar?

P.P.– Eso quisiera saber yo, mire. El caso es que donde andaba, orilla la calle Mayor otra vez, había un cobertizo con un carro dentro. Conque, me metí entre las varas y, tal que así, de la parte atrás, había un montón de basura, ¿sabe? y ¿qué dirá que se me alcanzó?

DR.– ¿Qué?

P.P.– Meterme dentro, mire. Pero hasta las orejas, oiga.

DR.– ¿Del estiércol?

P.P.– Del estiércol, ya ve, con lo que siempre me ha repugnado a mí el olor ese. Pues hasta las orejas, oiga, como se lo digo.

DR.– ¿Y qué sentías?

P.P.– Alivio, oiga, que fue meterme dentro y un calorcito piernas arriba, que no vea. ¡La gloria bendita! Que si no es por eso, por la ocurrencia, lo mismo quedo tieso en una esquina.

DR.– De frío, claro.

P.P.– Usted dirá de qué, si no.

DR.– Y el cobertizo ese, ¿estaba a oscuras?

P.P.– Bueno, vamos, en la esquina había un farol, ¿entiende?, que es donde yo veía trapear. Pero, por mayor, el carro quedaba a la sombra. O sea, yo veía un cacho calle, la esquina por más señas, pero a mí era difícil, cuando más cubierto por la basura como estaba.

DR.– ¿Cuánto tiempo permaneciste allí?

P.P.– Ande, bien mirado, yo ya no tenía prisas. O sea yo pensé para entre mí, mientras no se pasen los nervios, tú quieto, Pacífico, ¿entiende?

DR.– ¿En qué notabas tú los nervios?

P.P.– ¡Concho!, ¿y todavía lo pregunta? Después del tiro, que le sentí silbar así a un dedo de la cabeza, y las carreras y las voces, todavía pregunta que en qué conocía los nervios. ¡Si aquello parecía la guerra, oiga!

DR.– ¿Les oías?

P.P.– ¡Pues no les iba a oír! Tal que así, orilla mía el oficial, o lo que fuese, daba órdenes, ¿no? Que debía de haber un ejército allí, el barullo. Y luego, al vecindario, ¡cierren las ventanas!, ¿se da cuenta?, la curiosidad, natural. Conque, el oficial, mandó una patrulla a la cerviguera, que yo le oí, y otra donde el transformador de la parte de los corrales y los cobertizos, donde yo asomé, ¿entiende? Ya ve, allí iba yo a andar, aguardándoles.

DR.– El tuyo ¿no lo registraron?

P.P.– ¿El qué?

DR.– El cobertizo.

P.P.– El mío, no señor, pero el oficial puso un número en cada esquina. Lo que mandó registrar, lo único, fue el callejón donde asomé, o sea, la manzana, para que me entienda. Pero yo andaba ya a una legua de allí.

DR.– ¿Quedó alguien en la esquina que tú veías?

P.P.– Qué hacer, un número.

DR.– ¿No se movía?

P.P.– Iba y venía, ¿no? De la luz a la sombra y de la sombra a la luz. Que entonces es cuando me daban a mí los brillos del tricornio.

DR.– ¿No le dijiste nada?

P.P.– De primeras, no señor, ni mus. Parecía muy joven el guardia ese, que yo pensaba, para entre mí, lo mismo es la primera vez que se ve en un lío de éstos, se acobarda y tenemos un disgusto. Total, que no me determiné.

DR.– Entonces, ¿no te moviste?

P.P.– No señor, por la cuenta que me tenía. Además, ¿quiere usted decirme adónde iba a ir? A mayores, yo estaba a gusto allí, ¿no? Que al cabo de media hora ni sentir el olor ni nada, o sea, tan ricamente. Con estas cosas de las repugnancias pasa lo mismo que con los miedos, oiga, que se mete uno dentro y, al rato, ya ni los siente.

DR.– ¿Qué hiciste en todo ese tiempo?

P.P.– Abrir el ojo y alargar la oreja, ya ve qué iba a hacer.

DR.– ¿Y qué?

P.P.– ¿Qué? Pues que a ratos se sentían carreras y tiros y a ratos, nada. Que en una de ésas, un guardia le voceó al mío: ¡otro!, ¿se da cuenta? O sea, que le habían cazado, que yo me pensaba, ¿quién será?

DR.– ¿No respondió nada tu guardia, el de tu esquina?

P.P.– Qué hacer, sí respondió.

DR.– ¿Qué dijo?

P.P.– Dijo, dice: Ya sólo faltan dos.

DR.– ¿Quiénes imaginaste que serían?

P.P.– ¡Qué cosas tiene usted!, uno, yo.

DR.– ¿Y el otro?

P.P.– Don Santiago, mire.

DR.– ¿Por lo del coche?

P.P.– ¡La ha cogido usted modorra con lo del coche!

DR.– ¿Pues por qué razón pensaste que el otro pudiera ser don Santiago?

P.P.– Natural, ¿no? Él salió primero y, a poco, tenía más cabeza que los demás, dónde va.

DR.– ¿Continuó el guardia en la esquina una vez que prendieron al que buscaban?

P.P.– Allí siguió, sí señor, aguantando la nieve.

DR.– ¿Más tranquilo?

P.P.– Eso de tranquilo vamos a dejarlo.

DR.– ¿De qué te ríes, Pacífico?

P.P.– Las cosas, oiga. Que ni en los peores tragos falta un detalle que le haga a uno reír.

DR.– ¿Qué sucedió?

P.P.– Un gato, ya ve.

DR.– ¿Un gato?

P.P.– Tal cual, un gato negro, grandote, oiga, que se le enredó entre las piernas, al guardia, digo, y a poco le esmorra. ¡Allí le vería usted! Se echó el mosquetón al hombro y no le fusiló de puro milagro, que todo se le volvía decir: ¡Cacho cabrón, qué susto me has dado! Se tiró un cuarto de hora con la misma copla.

DR.– Está bien, Pacífico. ¿Cómo terminó aquello?

P.P.– Pues como tenía que terminar, doctor. Ni más ni menos.

DR.– ¿Cómo fue?

P.P.– Pues eso, conforme empezó a amanecer, yo levanté los brazos y le chisté.

DR.– ¿Al guardia?

P.P.– Al guardia, natural.

DR.– ¿Qué hizo él?

P.P.– ¡Allí le vería!, se volvió, me apuntó y dale: ¡Quieto no te muevas o te acribillo!, pero a voces, oiga. Que yo: Pare, soy gente de paz. Y él: ¡No te muevas o te acribillo! Que yo: Ojo, guardia, no se le dispare el chisme ese y tengamos algo que lamentar, ¿se da cuenta? Pero que si quieres, él me apuntaba, que no me quitaba el caño de la barriga, y, de cuando en cuando, voceaba: ¡Sargento!

DR.– ¿No saliste del estiércol?

P.P.– ¿De qué, doctor? Como estaba cuando le chisté, tal que así, así me quedé; ni a respirar me atrevía.

DR.– ¿Y el guardia seguía apuntándote a pesar de tener los brazos en alto?

P.P.– Todo el tiempo, oiga. O sea, de vez en cuando voceaba al sargento y, a poco, vuelta: Quieto, no te muevas o te acribillo, ¿entiende? Ni por cuanto hay desviaba el mosquetón, que a saber quién se pensaba que era yo.

DR.– ¿Llegó el sargento?

P.P.– Llegó, a ver qué vida. Lo de pronto vamos a dejarlo.

DR.– ¿Qué dijo?

P.P.– Dijo, verá: Mírale dónde andaba el pájaro, sólo eso. Que entonces salí de entre la basura y me agarró una tiritona que para qué.

DR.– ¿Del miedo?

P.P.– Del miedo y del frío, todo junto.

DR.– ¿Y qué hicieron contigo?

P.P.– Pues ya ve, en cueros vivos, tal como estaba, me pusieron entre cuatro guardias y al penal, en procesión. Que ya era día y estaban los balcones y las calles del pueblo que no cabía un alfiler, parecía fiesta.

DR.– ¿Te miraban pasar?

P.P.– A ver, natural.

DR.– ¿Con compasión?

P.P.– ¿Compasión? De qué, no señor.

DR.– ¿Hostilmente, entonces?

P.P.– ¡Qué sé yo cómo me miraban, oiga! Pues como a un bicho raro, ¿se da cuenta? Como si no fuera uno de ellos.

DR.– ¿Te mortificaba que te mirasen así?

P.P.– ¡Ande! ¿Y cómo quería usted que me mirasen? Pero yo no penaba por ello, no se crea. De sobras sabía que en Góyar andaban de uñas con el penal.

DR.– ¿No les agradaba tenerlo allí?

P.P.– ¡Quia, no señor! Al decir de don Santiago, las autoridades llevaban años intentando que se lo llevaran. O sea, que por gusto suyo nos hubieran fusilado a todos, ¿se da cuenta? Bien mirado, a nadie le peta que le quiten la tranquilidad, doctor.

DR.– Bueno, vayamos al asunto. ¿Volviste a tu celda?

P.P.– ¿A la sala, quiere decir?

DR.– A la sala, claro, perdona.

P.P.– ¿Y cómo iban a meterme allí sin tapar antes el agujero?

DR.– Tienes razón, Pacífico. No sé lo que me digo. ¿Qué hicieron contigo, entonces?

P.P.– De primeras me encerraron en una celda de castigo.

DR.– ¿Solo?

P.P.– Solo, natural.

DR.– ¿No te interrogaron?

P.P.– Eso después. O sea, al salir del depósito.

DR.– ¿Para qué te llevaron al depósito?

P.P.– Para que reconociera los cadáveres, mire.

DR.– ¿Quiénes estaban allí?

P.P.– El centinela y el Vegas, claro.

DR.– ¿Y de los tuyos?

P.P.– El Buque y el Capullo, ya ve. Que éste me cogió de sorpresa, le digo mi verdad, que no me lo imaginaba.

DR.– ¿Qué impresión sentiste al verlos allí?

P.P.– Nada, bien. O sea, me recordé de la Catalina y del Francisco Rincón, eso sí. Y que todo para nada, ¿se da cuenta? En lo que respecta al Capullo, pues eso, me recordé de la Isabelita y de sus proyectos, los del Capullo, digo. Y de los meses que se había tirado cavando el túnel con el mango una cuchara para terminar en éstas.

DR.– ¿Sentiste lástima de ellos?

P.P.– A mayores no pené por ellos, no señor. Me hice a la idea de que era ley de vida y en paz.

DR.– ¿Te parece ley de vida, Pacífico, morir achicharrado a balazos en un descampado?

P.P.– Entiéndame. Vivir para morir, ésa es la ley, doctor, el modo poco importa.

DR.– Dime, hijo, ¿y estaban muy desfigurados?

P.P.– No lo crea, doctor. El Buque tenía dos agujeros tal que así, orilla la tetilla izquierda. En cuanto al Capullo, sólo uno en el vientre, pero que le formaba un moratón sobre la parte que no vea. ¡De miedo!

DR.– ¿Y los guardianes?

P.P.– El Vegas, por mayor, como dormido, oiga, tal cual le dejamos en el petate, sólo que tieso. El otro, sí, el otro tenía la cabeza escachada, que se conoce que el Buque le arreó con el yeso en forma.

DR.– ¿Qué dijiste? ¿Que les reconocías?

P.P.– A ver. Ya ve qué iba a decir.

DR.– ¿Allí mismo?

P.P.– Bueno, de primeras, allí. Y, luego, en la dirección, o sea, lo repetí. Pero se conoce que a don Santiago no le habían pescado y todo se les volvía preguntarme por él.

DR.– Y tú, ¿qué decías?

P.P.– La verdad, mire. Que sabía lo mismo que ellos.

DR.– ¿Lo aceptaron?

P.P.– Eso pregúnteselo a ellos, pero por las formas de abanicarme, yo me pienso que no.

DR.– ¿Qué más te preguntaron?

P.P.– Ande, de todo. De quién fue la idea, cómo escapamos, qué pensábamos hacer, quién mató al Vegas...

DR.– ¿Qué respondías tú?

P.P.– Mire, la verdad. Con la verdad se va a todas partes.

DR.– ¿Les dijiste que don Santiago pensaba coger el tren?

P.P.– Eso, no señor. Pero tampoco les dije otra cosa. O sea, yo no mentí. En lo que pudiera comprometerle, a don Santiago, digo, yo callaba la boca.

DR.– ¿Tampoco les contaste que fue don Santiago el que mató al vigilante de un porrazo?

P.P.– ¿Lo del Vegas? No señor, eso tampoco.

DR.– Y ellos, ¿qué decían?

P.P.– Hacerme más preguntas y abanicarme.

DR.– ¿Dijeron algo por el hecho de que el cadáver del vigilante estuviera en tu cama?

P.P.– Eso lo primero, natural.

DR.– Y tú ¿qué alegaste?

P.P.– ¿Cómo dice?

DR.– Que qué les contestaste tú.

P.P.– Ya ve, la verdad. Que le pusimos ahí como pudimos ponerle en

otra parte. O sea, lo más a mano.

DR.– ¿Y qué razón diste para justificar que tú no viste quien mató al vigilante?

P.P.– Ande, pues eso, que yo andaba en el petate con la ropa hasta los ojos y no me enteré de más.

DR.– ¿Aceptaron esa explicación?

P.P.– No señor, no les gustó, eso fijo.

DR.– ¿Insistieron?

P.P.– Bueno, porfiaron un rato, sí señor, pero como no sacaban nada en limpio volvieron a abanicarme.

DR.– ¿Y tú qué?

P.P.– Chitón, a ver.

DR.– ¿Y por qué estando el Buque y el Capullo muertos no les echaste las culpas?

P.P.– Ande, porque no era cierto.

DR.– ¿Y qué lo mismo daba ya?

P.P.– No le entiendo, doctor.

DR.– Digo que, puesto que al Capullo y al Buque nada podían hacerles, ¿cómo no les achacaste la muerte del vigilante y los demás quedabais a cubierto?

P.P.– ¡Está bueno eso! O sea, que para usted eso de mentir con los muertos no rige, ¿no?

DR.– Entiéndeme, Pacífico, era una salida.

P.P.– Pero no era cierto, oiga.

DR.– Puestos a ver tampoco era cierto, Pacífico, que tú estuvieras en la cama cuando don Santiago mató al vigilante... ¿eh? ¿Por qué callas?

P.P.– ¿Sabe que tiene usted razón, oiga? Ni me había dado cuenta.

DR.– ¿Entonces?

P.P.– Bien mirado, doctor, yo no perjudicaba a nadie con eso. Al contrario, si me apura. O sea, si yo digo que lo había visto pero que no quería decirlo, me hubieran puesto la cara como un pan, ¿entiende?

DR.– Es decir, que para ti el mentir o no mentir depende de las consecuencias que eso pueda tener.

P.P.– No señor, eso tampoco. O sea, ahora, en el juicio, diré la verdad entera, como me llamo Pacífico.

DR.– Supongo que no serás tan insensato.

P.P.– ¿De qué, oiga?

DR.– Escucha, Pacífico. Tu asunto está ya lo suficientemente embrollado como para que ahora lo compliques más. Desde que mataste al Teotista, no has hecho otra cosa que echarte tierra encima. Luego hablaremos de esto, si no te importa. Ahora dime cómo concluyó aquello. La muerte del centinela, ¿te creó también

complicaciones?

P.P.– Eso, no señor. Desde un principio le cargaron las culpas al Buque. O sea, los cadáveres estaban uno orilla del otro, ¿entiende? Y, a mayores, entre los pelos del guardia había cachos de yeso, de la pierna del Buque, quiero decir. O sea, más claro, agua.

DR.– Dime, Pacífico, ¿cómo terminó el interrogatorio?

P.P.– Bueno, así que solté todo, va el director y me dice: Pues el otro no opina como tú, ¿se da cuenta? Que por eso se me alcanzó que a Patita no le habían apiolado, o sea, le habían agarrado vivo.

DR.– ¿Y qué dijeron que decía el Patita?

P.P.– Pues que al Vegas le había cascado yo, dese cuenta.

DR.– ¿Te lo creíste?

P.P.– No señor, de qué. Yo les veía venir de lejos. Que luego él, Patita, digo, me lo confirmó.

DR.– ¿Es que volviste a ver al Patita?

P.P.– Sí señor, la noche que nos trasladaron, en lo que aguardábamos a la furgoneta, cosa de un momento.

DR.– ¿Qué te dijo?

P.P.– Imagine, que también había sido mala suerte.

DR.– ¿Dónde le agarraron a él?

P.P.– En el hayedo, orilla la vía.

DR.– ¿Cambiasteis impresiones de lo que debíais de decir en el juicio?

P.P.– No señor, ni tiempo nos dio. Sólo me dijo si era cierto que yo había dicho que él había matado al Vegas, ¿se da cuenta la malicia que se gastaban? Unos contra otros, o sea, nos enviscaban. Patita andaba muy postrado, el hombre.

DR.– ¿Sabías ya dónde te mandaban?

P.P.– Sí señor, a Navafría, el boqueras me lo dijo. Me dijo: Ya verás, un sanatorio de postín.

DR.– Por broma, ¿no?

P.P.– Digo yo que sería por broma, a ver. Y ya ve usted, aquí estoy porque he venido.

DR.– Está bien, Pacífico. Ahora lo importante es el juicio. ¿Has hablado claro con el abogado?

P.P.– Qué hacer, él habla, sí señor; menudo pico se gasta.

DR.– Y tú, ¿qué dices?

P.P.– Por mayor, poca cosa, oiga. Él parla por los dos.

DR.– Escucha, Pacífico, yo no sé si te has dado cuenta de que tu situación es muy grave.

P.P.– Más o menos, doctor.

DR.– ¿Se te ha ocurrido pensar que de ésta puedes ir al patíbulo?

¿Sabes que te pueden dar garrote?

P.P.– Tampoco creo yo que sea para tanto, doctor, que se pone usted de unas formas.

DR.– Mira, Pacífico, tú por mucho que digas no te has percatado de la gravedad del caso. Pero estoy por asegurarte que si te atribuyen la muerte del vigilante, nadie te salva de la última pena. ¿Y sabes tú, por casualidad, lo que es la muerte en garrote?

P.P.– Le ahorcan a uno, ¿no?

DR.– Peor que eso, Pacífico. Te trincan la garganta con un cepo de hierro y te aprietan un tornillo hasta que te ahoga; te asfixia, vamos. Pero esperar con plena lucidez, día tras día, que eso ocurra, es todavía mayor tormento, ¿me comprendes?

P.P.– ¡Concho, doctor, qué hacer sino comprenderle! Si me he arrancado a sudar y todo.

DR.– Pues esto es lo que hay que evitar, Pacífico. Y para evitarlo, lo único que se me ocurre es que declares que don Santiago mató al vigilante con la barra.

P.P.– Yo no quiero perjudicar a nadie, mire. Ni a don Santiago ni a nadie.

DR.– Pero de esta manera te perjudicas a ti, Pacífico, ¿no te das cuenta? A estas alturas, don Santiago llevará cinco meses en el extranjero tocándose la barriga. ¿Qué crees que puede importarle a él que tú digas aquí una cosa u otra?

P.P.– Eso tampoco, doctor. El mundo da muchas vueltas. Y si un día, por una de esas cosas que pasan, le echaran mano, tampoco iba a llevar frío.

DR.– Y por una probabilidad tan remota, digamos, una entre un millón, ¿vas a correr el riesgo de que te agarroten?

P.P.– En tal caso, ya se ocuparía don Santiago de que no paguen justos por pecadores.

DR.– ¿Crees de verdad lo que dices?

P.P.– Ande, doctor, no sería la primera. Ya lo hizo una vez.

DR.– Honradamente, Pacífico: ¿te crees tú todo ese cuento de que don Santiago se presentó para evitar que condenaran a un inocente?

P.P.– Mire, doctor, otra cosa no, pero radio petate andaba bien informada. O sea, usted puede decirme cualquier otra cosa, pero que no es cierto que don Santiago se presentó de voluntario, eso sí que no.

DR.– En el mejor de los casos, Pacífico, treinta años no te los quita nadie.

P.P.– ¿Y es malo eso, doctor?

DR.– Hombre, tú me dirás. Pasarte una vida a la sombra no parece un porvenir muy lisonjero.

P.P.– Tampoco es tan malo, oiga. Yo estoy bien aquí, o sea,

tranquilo.

DR.– ¿No te importa nada de lo que pueda ocurrir fuera?

P.P.– Lo que ocurre fuera ya me lo sé, mire, los unos contra los otros.

DR.– ¿Lo dices por «tu guerra»?

P.P.– Ande, ¡qué cosas tiene! Y por los del Otero, y por la Candi, y por el Bisa y por todos. ¿Es que ya no se recuerda de lo que me dijo Padre una vez?

DR.– ¿Qué vez? ¿Qué te dijo?

P.P.– Cuándo va a ser, oiga, cuando cataba las colmenas sin interés, ¿se recuerda? Pues va y me dice: Pacífico, sangra o te sangrarán. En la vida no hay otra alternativa. ¿Qué le parece?

DR.– ¿Y piensas que aquí estás libre de eso? ¿Qué hizo don Santiago con vosotros más que sangraros hasta dejaros exangües?

P.P.– Usted si no deja tranquilo a don Santiago parece como que no quedara conforme, oiga.

DR.– Escucha, Pacífico, mientras no nos metan de nuevo en el vientre de nuestras madres para que nos paran distintos, allí donde alcance el hombre, el hombre estará amenazado.

P.P.– Eso es muy cierto, sí señor.

DR.– Entonces, hijo, si algo en la vida no nos gusta, lo que procede no es achicarse sino tratar de cambiarlo.

P.P.– ¿Como don Prócoro y mi tío Paco? Pues aviados andaríamos. Ya ve usted el pelo que han echado en el empeño. Por ahí fuera, para que usted se entere, no saben más que competir, y yo, de eso, nada, doctor.

DR.– Atiende, Pacífico, si no es por tu bien, hazlo al menos para que por una vez resplandezca la verdad. Y la verdad es que tú no querías evadirte, pero don Santiago mató al vigilante y entonces te obligó a ello. Incluso te amenazó con matarte a ti si no le secundabas.

P.P.– Eso no cuenta, doctor. Yo no quería pero me largué, ésa es la derecha.

DR.– No seas obstinado, Pacífico. Te largaste porque te amenazaron. Y la verdad es que tú no mataste al vigilante. De momento, esto es lo que mayor importancia tiene.

P.P.– Bien mirado, no lo hice, no señor. Pero en su pellejo, en el de don Santiago, digo, hubiera hecho otro tanto. Todos somos culpables, ¿no cree?

DR.– Nadie te pregunta eso.

P.P.– Pero yo lo sé, oiga. ¿Es que va a decirme qué no llevo la falta dentro?

DR.– Eres muy testarudo, Pacífico. El tribunal te juzga y te condena por lo que has hecho, no por lo que podrías haber hecho de estar en el lugar de otro.

P.P.– Mire, doctor, mejor es dejar las cosas quietas.

DR.– ¿Es que no quieres entenderme? La intención no es punible. En moral cristiana tal vez sea así, pero no es éste el caso.

P.P.– Yo sé lo que me digo, doctor.

DR.– Mira, Pacífico, sólo voy a pedirte un favor...

P.P.– Usted dirá.

DR.– Que tu abogado me señale para declarar ante el tribunal. Tu caso es un caso de médico.

P.P.– ¿También se va a salir usted ahora con lo de que estoy chalado? Pues no estoy chalado, para que lo sepa.

DR.– De acuerdo, hijo, pero te advierto una cosa: esto de la chaladura no es lo que tú te crees, hay matices. El hombre es una máquina muy complicada.

P.P.– Vaya una novedad que me saca usted ahora.

DR.– En ese caso, Pacífico, todo lo que hagamos para interpretar correctamente tu comportamiento será lícito, ¿no?

P.P.– No lo sé, oiga. Pero usted lo que busca es enredarme.

DR.– Escucha, Pacífico, y no te alteres, por favor. Tú te niegas a que yo intervenga. Bien, lo acepto. Pero ¿por qué no hablar con el abogado para que exija un examen pericial médico?

P.P.– ¿Otro? ¿Como el de antaño?

DR.– Exactamente. Como el de antaño.

P.P.– Y usted lo hace, ¿no es eso?

DR.– No, Pacífico. Yo quedo al margen, te lo prometo. Pero aparte los análisis y las pruebas directas, tú me autorizas a que ponga en manos de los peritos estas cintas con el magnetófono. ¿Entiendes?

P.P.– ¿El chisme este?

DR.– Eso es, hijo.

P.P.– ¡Me cago en diez! Antes lo escacho, fíjese.

DR.– ¡Quieto, Pacífico! ¡Suelta esa silla!

P.P.– Usted me prometió...

DR.– Calma, Pacífico, serénate. Yo te prometí que sin tu autorización no haría público nada de lo que hemos hablado. Y lo prometido es deuda, ¿me comprendes? Por eso te pedía autorización. Pero si tú no me la das, yo no moveré un dedo. ¿Qué te pasa? ¿Te pones malo?

P.P.– Deje, no es nada, doctor.

DR.– Siéntate un rato, anda. ¿Quieres un vaso de agua?

P.P.– Mejor me acuesto, oiga.

DR.– Espera un poco. ¿Estás mejor?

P.P.– Sí señor, ya se me pasa.

DR.– Antes de marcharte, Pacífico, yo quisiera hacerte una última pregunta, ¿te importa?

P.P.– De qué, no señor.

DR.– ¿Qué puedo hacer yo por ti en esta difícil situación en que me has colocado?

P.P.– Tenerse quieto, oiga. O sea, que me deje tranquilo, ¿entiende? Se lo agradezco igual.

El recluso Pacífico Pérez falleció en el Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde cumplía condena, el 13 de septiembre de 1969. Ocho años antes fue condenado a muerte en garrote por el Tribunal que le juzgó, pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado.

El día 11 de septiembre del mencionado año, el recluso Pacífico Pérez sufrió, con brevísimas intermitencias, tres hemoptisis, por lo que fue internado en la enfermería del penal y sometido a tratamiento de urgencia. A requerimiento suyo, fueron avisados su padre, don Felicísimo Pérez, y su tío, don Francisco Pérez, entrevistas a las que asistió el que suscribe por voluntad expresa del finado. En presencia de sus familiares, el susodicho Pacífico Pérez manifestó al que suscribe que, dado el tiempo transcurrido, y si éste era su deseo, podía dar a la estampa las conversaciones sostenidas entre ambos ocho años atrás, actitud que ratificó rubricando la correspondiente autorización. Seguidamente, el finado se dirigió con voz muy débil a su tío, don Francisco Pérez, y le dijo con un leve matiz de reproche: «Estaba usted equivocado, tío; del suelo sí se puede pasar», a lo que el aludido asintió, asentimiento que el recluso Pacífico Pérez acogió con una lejana sonrisa. A continuación, se dirigió a su padre, don Felicísimo Pérez, expresando su deseo de contraer matrimonio con la señorita Cándida Morcillo, palabras que irritaron a don Felicísimo, quien manifestó textualmente que «si casarse con esa zorra», a lo que el recluso Pacífico Pérez replicó que «nada importaba ya lo de cabrón puesto que iba a morirse y que lo único dar padre a su hijo». Acto seguido, a petición propia, el finado confesó y recibió la Comunión con plena lucidez, entrando una hora más tarde en estado de coma, pese a lo cual, don Anastasio Gómez, capellán de la prisión, tan pronto compareció la señorita Cándida Morcillo, les bendijo «in articulo mortis», asistiendo a la ceremonia como testigos, ante la negativa reiterada de don Felicísimo Pérez, el tío del finado don Francisco Pérez y el que estas líneas suscribe.

FRANCISCO DE ASÍS BURGUEÑO

Doctor en medicina

El disputado voto del señor Cayo

1978

A Marysia y Narciso Yepes, tan próximos.

I

Subió las escaleras de tres en tres, el tronco adelantado, los brazos inertes a lo largo del cuerpo, la boca entreabierta, pero al llegar al segundo piso su respiración empezó a agitarse y se detuvo en el rellano a tomar aliento, la mano izquierda asida al pasamanos. En el techo, una lámpara enrejada, de escasa potencia, iluminaba los desconchones de las paredes, los nobles escalones de madera, desgastados en los bordes, los balaustres torneados del antepecho, cubiertos de polvo, las puertas de los dos pisos —izquierda y derecha— encaradas, como observándose, con sus desorbitadas mirillas de bronce, sus orlas y molduras relevantes, de un recargamiento barroco. En una de ellas, la que Víctor tenía junto a sí, una placa blanca, desportillada, decía: «Dimas Reglero. Médico. Garganta, nariz y oídos».

Víctor respiró hondo y se acarició pausadamente las barbas: «No soy el que era, coño. Se notan los años de inactividad», se dijo en voz apenas audible, en un murmullo. Oyó el portazo en el cuarto piso y, de inmediato, los pasos mesurados, uniformes, de alguien que descendía las escaleras. Aguardó. Arturo, con su traje claro de entretiempo, su corbata a listas marrones y blancas, sujeta con un alfiler de oro con el emblema del Partido, apareció en el recodo. Se sorprendió al verlo:

—¿Qué haces aquí? ¡Pareces un desenterrado!

Se miraron mutuamente, Arturo con cierta altanería. En el hueco de la escalera se confundían las voces de los compañeros, arriba, en la sede del Partido, con la del locutor de televisión y la de Leonard Cohen en *Canciones desde una habitación*.

—¿Está Dani arriba?

—Ha preguntado por ti.

Arturo se mordía el labio inferior y adelantaba el mentón, de cuando en cuando, como si pretendiera estirar la piel del cuello que quedaba oculta bajo la camisa. Víctor sonrió. Sacó del bolsillo de la cazadora un folleto plegado y lo desdobló:

—¿Y esta propaganda a la americana que te gastas? —dijo.

Arturo carraspeó, visiblemente turbado. Le azoraba contemplar su propia imagen en una fotografía de estudio, la pipa entre los dientes, sonriendo con fingida campechanía. Estiró la barbilla. Dijo con voz sofocada:

—No te lo vas a creer, pero esta propaganda a lo Kennedy funciona.

Víctor movió la cabeza dubitativo:

—Quizá —dijo—. Pero ¿no te habrás pasado un pelín?

—No irás a sentir escrúpulos ahora...

Víctor no respondió. Abrió el folleto y en la plana de la izquierda apareció un Arturo juvenil, en calzones cortos, corriendo por una pradera tras una pelota inalcanzable. Una leyenda decía debajo: «Por un deporte popular». En el grabado de la derecha, Arturo, retrepado en los cojines de un diván, el brazo sobre los hombros frágiles de Laly, su mujer, miraba tiernamente a dos niñas rubias jugando a sus pies con unos muñecos de trapo. Debajo rezaba la leyenda: «Por una educación sin privilegios». Víctor cerró el folleto sin dejar de sonreír. Levantó sus ojos grises, un poco fatigados:

—¿Y esto? —dijo, mostrando la contracubierta.

En la fotografía, Arturo aparecía en mangas de camisa, despechugado, sentado en un poyo, protegido por una pared de adobes, entre los ancianos de la solana de un pueblo. El pie decía: «Por una tercera edad digna». Y más abajo aún, cubriendo el último blanco del papel, con caracteres tipográficos más gruesos: SI DESEAS UNA ESPAÑA MÁS JUSTA, VOTA A ARTURO GONZÁLEZ TORRES, UN HOMBRE PARA EL SENADO. En los ojos de Víctor apareció una chispa de ironía. Arturo tornó a contraer los labios y a adelantar la barbilla:

—Te guste o no, esto vende —dijo—, da la imagen, macho. No confundas el Senado con el Congreso. El Senado es una opción personal.

—Quizá —dijo Víctor. Y como Arturo no replicara, añadió—: Bueno, me subo.

—Hale, hasta luego.

Víctor ascendió lentamente los tramos que le separaban del cuarto piso y empujó la puerta, donde un cartón mal recortado decía: «Pase sin llamar».

El vestíbulo, alto de techo, decorado con banderas, posters y emblemas del Partido y gigantescas hacinas de impresos adosados a las paredes, estaba en plena ebullición. Había humo de cigarrillos y voces y risas y apremios y octavillas y folletos desprendidos de los rimeros, desparramados por el suelo entarimado, fregado precipitadamente dos semanas antes, y un trasiego incesante de muchachas y muchachos con grandes insignias en el pecho y vistosas pegatinas publicitarias en las culeras de los pantalones vaqueros. A ratos, cuando el rumor de las risas y conversaciones decrecía, se oía una música rítmica, de una radio o un magnetófono, procedente de las piezas posteriores de la casa, entremezclada con la voz monocorde del locutor de televisión en una habitación más próxima. En primer término dos muchachos, uno espigado y rubio, de cabellos ensortijados y mirada dulce, y otro bajo, macizo, de brazos

increíblemente cortos, vertían cola en unos cubos azules de plástico. De frente, bajo un lienzo de pared ilustrado por la ancha sonrisa del líder, un pequeño grupo charlaba apasionadamente con Juanjo Merino, embutido, como de costumbre, en su jersey rojo, tan holgado y dado de sí que le cubría hasta los muslos.

Víctor se detuvo en el dintel, ante los cubos de plástico. El muchacho de cabello ensortijado enrollaba ahora unos carteles y contaba a su compañero que la noche anterior le habían pedido cola los de Alianza Popular:

—¿Y se la diste?

—Joder, era demasié, ¿no?

—Tampoco es eso, tío.

Por la esquina del pasillo apareció la almidonada calva de Carmelo sobre las gafas de gruesa montura, del brazo de Laly, a la que hablaba confidencialmente, como dándole instrucciones. Laly caminaba con el largo cuello erguido, el pelo descuidadamente recogido en cola de caballo por detrás de la cabeza, ingrávida y fragante como si acabara de salir del baño. En aquel ambiente denso, ruidoso y destartalado, su grácil figura era como una aparición. Posó sus ojos un instante en Víctor y sonrió imperceptible, remotamente. También Carmelo, con su frondosa humanidad, su brillante calva desolada, lo divisó y le hizo una seña con la mano. Soltó el brazo de Laly y dijo:

—Perdona. —Se dirigió a él—: ¿Has cenado?

—Bueno, tomé unos pinchos abajo —dijo Víctor.

—Vale. Dani ha preguntado por ti.

—Voy enseguida.

Salió Andrés de la habitación central y se encaminó hacia la puerta de la calle. Vestía una camisa blanca, demasiado amplia, sin cuello, y el pelo, muy largo y fosco, le desbordaba las orejas. Al pasar, propinó a Víctor unas palmaditas en la espalda:

—¿Cómo fue eso, Diputado?

—Así, así... —respondió Víctor.

Carmelo se ajustó las gafas, con un dedo, en el caballete de la nariz y le observó con desdibujada mirada bovina:

—¿Es que no fue bien?

—Lo de siempre —dijo Víctor—. El alcalde empezó con las coñas habituales y terminamos en el teleclub.

—¿Y eso?

—Dicen que hace dos días anduvo allí ese tal Agustín y montó el número de tapar el Cristo con la bandera. Ya les conoces, esos tíos creen que seguimos en el treinta y seis.

La reluciente calva de Carmelo osciló de un lado a otro:

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con Agustín?

—Nada, por supuesto, pero el alcalde anda como encabronado. Dice que no cede el salón de sesiones ni a San Pedro bendito que baje del cielo, que nos arreglemos en el teleclub y que si queremos concentración de masas, a la plaza. Chorradas, tú verás.

Carmelo soltó una risita entrecortada, como si bisbisease:

—¿Una concentración de masas en Vadillos?

—Tampoco es tan chico, tú. Nos juntamos más de cien personas.

—¿Y qué?

—Bueno, salimos del paso.

—¿Hablasteis?

—Formalmente, no. Hoy, el campesino es más pragmático, no aguanta el rollo.

Carmelo volvió a encajar las gafas con un dedo en el montante de la nariz:

—¿Una mesa redonda?

—Una rueda informativa, diría yo. Llámalo como quieras.

El muchacho del pelo ensortijado rozó con un cubo de engrudo la pierna de Carmelo. Éste se apartó:

—Cuidado, tú.

—¡Joder, cuidado! ¿Qué tal si os quitarais del medio?

Carmelo dio un paso atrás. Tomó a Víctor por un brazo y abrió la primera puerta a su izquierda:

—Pasa aquí —dijo.

Cerró tras sí. Félix Barco y Ayuso, que escribían afanosamente sobre una mesa de cocina, levantaron los ojos al entrar ellos. Sobre el tablero se veían varios folios garrapateados y llenos de tachaduras. Aparte de la mesa y cuatro sillas, y los carteles, pasquines, banderas, pegatinas y emblemas que cubrían las paredes, la amplia habitación estaba vacía. En ella se hacía más perceptible la voz mecánica del locutor de televisión. Ayuso sonrió con media boca. En el pómulo derecho tenía un aparatoso hematoma y el labio superior inflamado y tumefacto:

—Oye, Diputado, majo, échanos una mano —dijo.

—¿Qué es?

Carmelo flexionó su copiosa humanidad sobre la mesa y tomó un folio. Pasó la vista distraídamente por él:

—Cosas de Dani —aclaró—: Quiere acompañar las candidaturas con una carta al elector.

—¿Más rollo?

—Dice que hay que contrarrestar la estrategia de Suárez.

Ayuso pestañeó como un muñeco mecánico.

Vestía un extravagante chaleco de lona parda, sin mangas ni

solapas, con grandes bolsos a los costados y un fuelle, como un acordeón, en la cintura. Dijo entre dientes, sin mover apenas los labios:

—Dani es así, como un poco maximalista.

Víctor recogió el folio de manos de Carmelo y le echó un vistazo mientras éste le observaba por encima de los cristales de sus gafas:

—¿Qué dice aquí?

—Ominosa.

Víctor concluyó de leer, arrugó la nariz y denegó con la cabeza:

—No me gusta —dijo.

Félix Barco agitó su mano pequeña y morena, con las uñas negras, descuidadas, en ademán de protesta:

—Jo, tío, eres la pera —volvió los ojos a Ayuso—. Dos horas rompiéndonos la crisma y ahora el Diputado que no le gusta.

—Entiéndeme —dijo Víctor—: A mi juicio os enrolláis demasiado.

—¿Y puedes decirme cómo le comes el coco tú al personal sin darle el coñazo?

Víctor frunció la frente, pensativo:

—Muy sencillo —dijo al cabo—: Con ideas concretas. A estas alturas de la campaña nadie se traga un rollo de éstos así le den veinte duros.

Terció Carmelo:

—Creo que Víctor lleva razón, estamos ahogando al pueblo en literatura; en mala literatura.

Víctor prosiguió imperturbable, como si nadie le hubiese interrumpido:

—Al elector sólo hay que decirle tres cosas, así de fácil: primera, que vote. Segunda, que no tenga miedo. Y tercera, que lo haga en conciencia.

La voz de Félix Barco salió tonante pero tamizada entre sus lacios y frondosos bigotes:

—¡Joder, estoy harto de vaselina! ¡Estoy de conciencia hasta los mismísimos huevos! ¿Y si la conciencia no coincide con nuestro programa? —preguntó.

—Mala suerte.

Carmelo se inclinó nuevamente sobre la mesa, ordenó los folios con calma, golpeando el canto contra el tablero y, finalmente, los ojeó sin leerlos:

—Es demasiado —insistió—: A Dani tampoco va a gustarle esto.

—¡Ostras, que lo haga él! —voceó Félix Barco.

—Tampoco es eso, coño.

Inopinadamente, a través de las rendijas del balcón, penetró en la estancia una voz lejana, metálica, que fue progresivamente

aumentando, hasta llegar a la estridencia, sofocando todo otro rumor. En las pausas, entre frase y frase, se oía el zumbido de un motor. Paulatinamente, de la misma manera que surgió, el vocerío se fue alejando, apagándose, y la casa fue recobrando sus ruidos de fondo habituales.

—Joder, esos macarras no dejan al pueblo ni descansar —dijo Ayuso entreabriendo penosamente su labio tumefacto.

Víctor asintió, pero no parecía asentir a las palabras de Ayuso sino a su propio razonamiento interior:

—¿Conocéis el sondeo del Instituto Consulta? —preguntó.

—Lo he leído —dijo Félix Barco con suficiencia, como advirtiendo que a él era difícil sorprenderle en un renuncio.

—Habrás visto que hay mucho vacile; que todavía quedan un cuarenta por ciento de indecisos en el país, ¿no? Bueno, pues lo que interesa es decidirlos, ganárnoslos. ¿Con triunfalismos? Al contrario, con pocas palabras, con palabras sencillas, exponiendo nuestra verdad.

Ayuso puso una mano encima del brazo de Félix Barco:

—Vamos a dejarlo, tío, demos de lado a Suárez y hagamos como dice el Diputado.

Víctor sonrió tenuemente:

—Tampoco creáis que gobernar ahora vaya a ser una pera en dulce.

Carmelo asintió, moviendo de arriba abajo su impúdica calva almidonada. Félix Barco accionó vivamente con sus pequeñas manos morenas y expresivas:

—También eres tú de los que piensan que ganar ahora sería la leche, ¿no?, una especie de catástrofe.

—Tampoco es eso —respondió Víctor—, pero procuro ser realista.

—Vale —dijo Ayuso. Y, sin consultar con Félix Barco, cogió la media docena de folios y los rasgó en dos mitades arrojando los fragmentos al suelo. Miró a Víctor con ojos apagados—: Lo enfocaremos como tú dices y punto.

Carmelo, visiblemente complacido, se ajustó las gafas, dio media vuelta y entreabrió las puertas correderas que comunicaban con la pieza inmediata, una habitación espaciosa, con una potente lámpara, sin pantalla, en lo alto, pendiente de una moldura circular de escayola, y una gigantesca mesa ovalada debajo, alrededor de la cual se sentaban, en sillas desiguales, una veintena de muchachos y muchachas cuyos rostros se difuminaban entre el humo del tabaco. Hablaban todos al tiempo y sus voces se confundían con la voz del televisor sobre una banqueta minúscula, en el rincón que formaba la pared con la puerta de acceso al vestíbulo. Olía a posos de café, a alcohol y a tabaco revenido, mal apagado en los ceniceros. En los espacios libres que dejaban las tazas vacías, las botellas, los paquetes

de cigarrillos y los ceniceros, se apilaban los impresos rectangulares de las candidaturas y montones de sobres blancos y amarillos. Como en otras habitaciones de la casa, también aquí detonaba el chafarrinón de los posters y banderas y la sonrisa triunfal del líder, sujetos con chinchetas a las paredes. La irrupción de Víctor provocó un relajamiento general:

—¡Coño, el Diputado! —dijo Darío con su habitual tono reticente.

Rafa, a la derecha de Laly, que ocupaba una de las cabeceras, frunció cómicamente su rostro infantil:

—¡Joder! —voceó—. ¿Podéis decirme qué sería de nosotros, pobres provincianos, sin los fichajes madrileños?

Ante cada asiento había unas largas relaciones de nombres y direcciones meticulosamente punteadas. Ángel Abad alargó a Víctor una de las papeletas.

Dijo:

—Di que no queda fardona la candidatura con tu nombre en cabeza, tío.

Víctor sonreía y asentía. Intercambiaba frases con unos y otros:

—Ya veo que esto funciona —dijo.

Parecía intimidarle el hecho de que aquella concentración humana se hubiera puesto en movimiento en homenaje a su persona. Tras los cuarterones del mirador, dos chicas extremadamente jóvenes continuaban embutiendo papeletas en los sobres, ajenas a su presencia. A pesar de los pocos años de todos ellos, del conjunto trascendía un cierto clima de enervamiento. Apenas Laly, altiva y segura de sí misma, se erguía en su silla en contraste con el cansancio general. Víctor la miró y Laly señaló con el mentón, un mentón bien conformado pero enérgico, levemente masculino, las puertas de comunicación que Carmelo acababa de cerrar:

—¿Han terminado ésos?

Víctor enarcó las cejas:

—Están con ello.

Rafa se alteró todo:

—¡Joder, están con ello! Llevan con ello toda la tarde, los tíos no saben ni de qué va.

—¿Tanta prisa corre?

—Toda, joder. Mientras ellos no terminen, esto no funciona, y son más de cien mil sobres los que hay que despachar.

Adosados a las paredes, salvando los vanos, se apilaban más candidaturas, millares de sobres blancos y amarillos. En un silencio, se escuchó la voz del locutor de televisión: «No lo olvide, Suma, el toque de seguridad».

Rafa cruzó los brazos sobre el pecho y se rascó cómicamente los

sobacos como un mono:

—El toque de seguridad, ¿no te jode? Lo que es como el tiempo no cambie ya van a hacer negocio los desodorantes este año.

Una muchacha menuda, morena, poco agraciada, con una insignia en la solapa de su blusa rosa y a la que Víctor veía por primera vez en el Centro, le dijo a Rafa, autoritariamente:

—Menos cachondeo, tío, y a lo que estamos. Esta hoja está terminada, ¿no?

Rafa hizo una ceremoniosa reverencia:

—Está terminada, señoría.

—Pues táchala y retírala, no la liemos.

Se iba reanudando la actividad interrumpida. Pedrito, el Perplejo, con sus diecisiete años mal cumplidos, se dirigió sumisamente a Laly:

—¿Dónde pongo estos sobres?

Laly señaló otro montón:

—Con ésos, encima, pero sin mezclarlos. Del norte de la provincia no tenemos aún las direcciones.

Carmelo se asomó al mirador y contempló, en silencio, la calle desierta, sembrada de panfletos. Al cabo de un rato, se agachó y abrió una de las hojas de la parte baja. Dijo:

—¿Os molesta? Hay una atmósfera irrespirable aquí.

Ángel Abad denegó con la cabeza. Rafa hizo un cilindro con la mano izquierda, tapó la salida con la derecha y echó el aliento en el hueco:

—Si no fuera por la campaña… —dijo—: ¡Joder, machos, vaya un junio!

La muchacha morena, de la blusa rosa, inquirió:

—¿A qué hora necesita Arsenio el texto de la carta?

—A las ocho —dijo Darío—. Si se la entregamos a esa hora, a las doce tendrá hecha la tirada.

Rafa indicó con un ademán de cabeza las puertas correderas. Dijo burlonamente:

—A lo mejor les da tiempo.

Se abrió una pausa. A compás de las monótonas voces del receptor de televisión, las manos se movían diligentemente, con un automatismo y una eficacia que únicamente podían provenir de incontables horas de ejercicio. Ángel Abad hizo un alto. Preguntó a Víctor:

—¿Viste esta tarde a los del Pecé en la tele?

—Me han dicho que han estado hábiles.

Rafa hizo un gesto despectivo:

—De cagarse, macho.

—A mí no me ha parecido mal.

—Lo siento, pero a mí ese tipo de propaganda no me mola.

—Pero bueno, ¿qué han dicho?

—Lo justo, mira.

—¡Ostras!, si es lo justo sacar al Camacho, al Rabal, la Ana Belén y la tira diciendo que van a votar comunista porque sí, porque les sale de los huevos, que baje Dios y lo vea.

—Tú estás encabronado por lo de anoche.

—No, macho. Yo parto de un hecho: el pueblo está alienado después de cuarenta años sin abrir el pico, de acuerdo. Entonces, si queremos mentalizarlo, lo que hay que darle no son latiguillos sino argumentos, así de fácil.

—Me estás dando la razón, macho. Si el pueblo ni sabe de qué va y sale el divo de turno y le dice: «Yo voy a votar esto», el personal detrás, a ver, lógico, ni se preguntan por qué.

Carmelo levantó sus manos regordetas en actitud apaciguadora, un tanto clerical. Después, cogió a Víctor por un brazo y le enfocó sus ojos miopes, implorantes:

—Oye, ya está bien, Dani te está esperando.

Rafa guiñó un ojo:

—No me jodas, tú, no seas clasista. ¿Es que no vas a dejar al Diputado que tome un cafetito con la base? A ver, ¿quién se apunta?

Recorrió la mesa, señalando uno a uno con el dedo:

—Doce solos, tres cortados y dos Veteranos —dijo cuando terminó el recuento. Levantó la voz para llamar—: ¡Primo!

—Deja, ya voy yo; no te va a oír —dijo Laly.

Arrastró la silla hacia atrás y se incorporó. Caminó hasta la puerta marcando inconscientemente la ondulación de sus caderas. Los ojos de Rafa, bizqueando, se fueron tras sus pantalones vaqueros:

—Esta niña —dijo cuando salió— cada día está más buena. ¿En qué estará pensando Arturo?

—¿Qué Arturo? —preguntó tímidamente Pedrito, el Perplejo.

—¡Ostras! ¿Qué Arturo va a ser? ¡Su marido!

—El Senador —aclaró Ángel Abad.

Añadió Rafa como para sí:

—En dos años la hace dos hijos y, luego, si te he visto no me acuerdo.

La muchacha morena, de la blusa rosa, intervino:

—Tampoco te pienses que es oro todo lo que reluce, tío.

—¡Ostras! ¿A qué te refieres?

—Yo sé lo que me digo.

Se abrió la puerta y reapareció Laly:

—Ahora lo traen —dijo. Se dirigió a Víctor—: Dani te reclama. Está muy excitado. Yo te pasaré el café.

—Vale, gracias —dijo Víctor.

II

En la habitación trasera, ante la doble puerta de cristales que daba acceso a la galería, armada de tres teléfonos —negro, blanco y crema —, una vieja máquina de escribir, una carpeta roja de plástico, dos ceniceros, un bote con lápices, bolígrafos y rotuladores, un flexo, una caja de cigarros y una botella de güisqui, había instalado Dani su mesa de trabajo. Alrededor, gran profusión de carteles, pasquines y banderas alusivas al Partido y el mismo aire de provisionalidad que caracterizaba al resto de la casa. Al entrar Víctor, Dani, embutido en un jersey azul marino de cuello alto, el teléfono blanco pegado a la oreja, tiraba pataditas al aire con una pierna montada sobre la otra, levantaba intermitentemente la ceja derecha y tabaleaba con los dedos de la mano izquierda el brazo plano del sillón frailero en que se sentaba. Tras él, los cristales oscuros de la galería y, detrás de los cristales oscuros de la galería, del otro lado del gran patio, los cristales de las galerías de las casas de enfrente, algunos de los cuales estaban aún iluminados. Al aparecer Víctor, Dani le hizo un gesto de resignación indicando el teléfono y le señaló la butaca tapizada de plástico rojo del otro lado de la mesa para que se sentara. Le dijo al auricular irónicamente:

—Yo paso de eso, majo, ya lo sabes...

Frunció su rostro, enjuto y vivaz, con impaciencia. En su ceja derecha levantada, las pataditas que tiraba al aire por debajo de la mesa y el tabaleo de sus dedos, se manifestaba una tensión reprimida. Víctor se recostó en el brazo de la butaca roja, junto a Carmelo, en esa actitud de violencia propia de quien sorprende una conversación que no deseaba escuchar. Miró mecánicamente a un lado y a otro de la habitación y, al advertir que Carmelo le susurraba algo al oído, inclinó su cabeza hacia él:

—Es de Madrid —dijo Carmelo señalando el teléfono.

—Ya —dijo Víctor.

Volvió la cabeza hacia la alcoba italiana y descubrió nuevas hacinas de impresos, folletos y octavillas y tres grandes cajas de ceniceros, insignias y encendedores del Partido que no estaban allí la víspera. Dijo al oído de Carmelo: «¿Cuándo vamos a distribuir ese arsenal?». Carmelo se ajustó las gafas con un dedo y encogió los hombros. Dani adelantó la palma de la mano para que callasen:

—Precisamente el personaje está aquí en este momento —dijo al

auricular—: Un montón... Cantidad... ¿Sin visitar? No más de una docena... Medio vacíos... En la montaña, claro...

Guardó un silencio atento y prolongado. De pronto, se ladeó en el sillón, desmontó la pierna derecha, se inclinó sobre la mesa y dijo con irritación:

—¿Yo?... ¿Nosotros?... ¡Joder, yo no me puedo dividir!... Llevo cuatro noches sin acostarme...

Conforme se acaloraba se hacía más hondo el silencio de las pausas:

—Sí... No... Tampoco es eso... Sí, me hago cargo... Bueno... lo otro es demencial... Leoncio o San Leoncio, me la trae floja... El que os parezca más majo...

Movía ostensiblemente la cabeza de un lado a otro para que Carmelo y Víctor fueran testigos de que se las tenía tiesas con los cuadros:

—¡Joder, yo no puedo estar en todas partes, Silvino, majo, cómo te lo voy a decir!... No... no... Tampoco es eso... A Víctor le necesitamos aquí... Mañana tiene viaje...

Sonó el teléfono negro y, cuando Carmelo adelantó la mano para cogerlo, las timbradas se interrumpieron. Dos muchachos entraron en la alcoba por el falsete, vacilaron unos segundos ante las pilas de papel y, finalmente, hicieron dos grandes rollos con unos carteles, los ataron burdamente con cuerdas y se marcharon. La voz de Dani volvió a sonar contundente, notoriamente alterada:

—De vacilón, nada, macho... Él tiene que dar la cara... Literalmente tiene que mostrar la cara... Desde ya... Ten en cuenta que aquí no le conoce ni dios...

Se interrumpió unos instantes. Agregó:

—¡Joder, claro que me importa!... ¡Me importa todo, coño!... Eso es otra cuestión... Descuida... Vale... Vale... Vale... Lo haremos como dices... ¡Hale!... Otro para ti...

Colgó el auricular, infló los carrillos enjutos y expulsó el aire de golpe, como si con ello se liberara de su contrariedad. Se encaró con Víctor:

—Tus paisanos son la pera, macho. No saben andar solos por el mundo. ¿Pues no querían ahora que fuésemos mañana a Madrid a grabar el programa de la tele?

—¿Tú?

—Yo y tú. Tanto monta. ¿Para qué quieren allí la plana mayor? —preguntó—. Dicen que están liados. ¡Creerán que aquí estamos tocándonos los cojones!

Entró Laly con el café de Víctor:

—Perdonad —dijo.

Lo dejó en una esquina, sobre la mesa. Dani se agarró el centro de la

boca con dos dedos y sopló hasta formar un ocho con los labios. Luego la soltó y le dijo a Laly con voz apagada:

—Oye, Laly, maja, ¿te importa decirle a Primo que suba otro para mí?

A Dani se le mudó la expresión mirando el trasero de la chica cuando salía:

—¿Te has fijado cómo está esta criatura? Tiene unas nalgas que son un reto para el futuro.

Una música insistente llegaba de alguna parte. Víctor comentó:

—Su marido no parece estar de acuerdo.

—¿Quién? ¿Arturo?

—Arturo, claro. Me lo encontré en la escalera, iba más bonito que un San Luis.

Dani sonrió. El juego reiterado de su ceja derecha imprimía a sus palabras una malicia muchas veces inexistente:

—El tío no se ha quitado la corbata desde que hizo la comunión.

Víctor sacó del bolsillo de la cazadora el folleto publicitario:

—Te equivocas —dijo.

Dobló el papel por la mitad y señaló la fotografía de Arturo equipado de futbolista. Volvió a plegarla y mostró el grabado de la solana. Añadió:

—Él dice que da la imagen, lo que no dice es qué imagen da. La única foto que se agradece es ésta que está con Laly, y, para eso, todo el mundo sabe que lo suyo con la chica ya no funciona.

La mirada de Dani se ensombreció. Señaló el folleto:

—Lo conozco. Tenemos cantidad ahí —indicó con un gesto la alcoba italiana—: Me lió. Él dice que para el Senado eso vende y no me atreví a contradecirle. La verdad es que después de cuarenta años de silencio no hay dios que sepa lo que va a funcionar en el país en este momento. Personalmente sí, tengo que reconocer que toda esa publicidad a la americana, con la sonrisa estereotipada de la bonita mujer colaboradora, los rubios niñitos inocentes y los ositos de trapo, me da por el mismísimo culo. Pero ¿qué vas a hacer? No puedes hacer nada…

Se abrió la puerta principal y entraron Julia y Miguel. Julia, con su abigarrada ruana salvadoreña y su pelo corto, dijo «¿Qué hay?», al grupo, mientras Miguel se aproximó hasta la mesa de Dani, con movimientos envarados, rígidos, de muñeco mecánico, en la sumisa actitud del contable que se dirige al jefe para rendir cuentas:

—¿Qué tal por Algera? —preguntó Dani.

—Bueno, Algera, Tubillos, Casares… ¡La tira, macho! Hemos visitado cinco pueblos.

La música que llegaba de alguna parte elevó el tono. Dani apeló a

Carmelo:

—Diles que bajen eso, joder. Aquí no hay dios que se entienda.

Salió Carmelo. Dani se acodó en el borde de la mesa:

—¿Y qué? —preguntó.

—Bueno, cuatro paletos. Tenemos los alcaldes a la contra. Me da la impresión de que Alianza los tiene bien trabajados.

El tono de la música descendió tanto que casi se hizo inaudible. Carmelo regresó discretamente por la puerta del falsete. Dani se esforzaba por conservar la moral:

—Pero Algera farda, agrícolamente digo.

—Jo, farda. Quinientos veinte vecinos.

—¿Soltasteis el rollo?

—Tratamos de comerles el coco, pero no es fácil, macho. En el llano el personal es más receloso que la leche. El minifundio es conservador.

La ceja derecha de Dani subía y bajaba a intervalos rapidísimos. Dijo:

—Eso no es nuevo, majo. El problema está en mentalizarlos. No se trata de quitarles nada.

—Ya se lo dije. Les hablé de la necesidad de una nueva política agraria, de una racionalización de cultivos, la hostia...

—¿Y nada?

—No reaccionan, macho, están *out*, parecen estatuas. No saben hacer una O con un canuto pero les jode que alguien trate de enseñarles algo.

Dani sacudió la cabeza:

—Eso precisamente es lo que hay que arreglar —dijo.

—¿Cuál?

—Pues, eso. Enseñarles a hacer una O con un canuto. Volverles un poco más permeables. En una palabra, lo de siempre: escuelas, escuelas y escuelas.

Sonó el teléfono negro y Dani lo descolgó:

—Sí... —dijo.

Miguel cuchicheaba con Carmelo. Julia cogió distraídamente el folleto que Víctor acababa de dejar sobre la mesa y sonrió:

—¿Es que Arturo ha jugado al fútbol alguna vez? —le preguntó.

Dani hizo un contundente ademán para que callasen:

—¿Otra vez? —dijo al auricular—: ¡Joder, estoy de broncas hasta los cojones, Paco...! Por supuesto... Yo no digo que tengáis la culpa pero Madrid no quiere violencias. Ya... ya... Pues, antes de liarla, agarráis los carteles y os vais con la música a otra parte... En ningún caso... En último extremo, como si fuerais de Ruiz Giménez: calláis la boca y ponéis la otra mejilla... ¡Hale!... Hasta luego.

Colgó el teléfono. Parpadeó tres veces antes de hablar:

—El pleito de cada noche —dijo—. Este Paco es la repera. ¡Que le tapan los carteles! ¡Joder, qué novedad! Nosotros se los tapamos a ellos. Es la guerra de los carteles, ya se sabe.

Julia aprovechó la pausa para mostrar el folleto que había estado examinando y preguntó de nuevo:

—¿Es que Arturo ha jugado al fútbol alguna vez?

Todos rieron. Dani se puso serio:

—Vamos a dejar tranquilo al Senador —dijo gravemente. Sonó una voz ronca desde el falsete:

—¿Se puede?

Sin aguardar respuesta, entró Primo, el ordenanza, con el café de Dani. Primo, escorado del lado izquierdo, tenía un rostro inexpresivo y un algo agarrotado en las cortas piernas, que le hacía detenerse cada dos pasos. Depositó el café sobre la mesa. Dani cogió la taza con la mano izquierda y bebió un sorbo. Lo paladeó con delectación. Dijo:

—Tenían que hacer un monumento al tío que inventó el café.

Al ver que Primo se marchaba, separó la taza de los labios y voceó:

—Primo, por favor. Dile a Ayuso que qué pasa con esa carta, que es para hoy.

Bebió el café hasta los posos, cerró los ojos, se pasó los dedos por los párpados, oprimiéndolos, volvió a abrirlos y miró a Miguel:

—Si no os importa —dijo—, vosotros esperad fuera. Hay otra salida mañana.

—¿Otra?

—Sí, joder. ¿Qué quieres que yo le haga? No hay gente, no hay tiempo. Todo este tinglado está montado sobre cuatro tíos. El pueblo nos votará o no nos votará, eso está por ver, pero se resiste a la militancia.

—Vale, coño, tampoco te pongas así.

Pasó el brazo por los hombros de Julia y salieron. Dani se encaró decididamente con Víctor:

—También vosotros tendréis que mover las tabas mañana —dijo—. Aquí no se salva ni dios...

—De acuerdo —dijo Víctor.

—Es cosa de Madrid —se disculpó—. Más que nada, cuestión de amor propio.

—Tú dirás.

—Silvino quiere que llevemos nuestra voz hasta el último rincón, que no dejemos una aldea, por pequeña que sea, sin visitar. En realidad, eso ya está hecho, pero si miramos el mapa encontraremos una docena de pueblos en blanco. Pasa un momento, majo.

Separó el sillón de la mesa y se incorporó. Dani, de pie, era más pequeño y escurrido de lo que parecía sentado, más ligero:

—Mira —repitió pulsando el interruptor de la galería que, tras unos breves parpadeos, se iluminó con tres grandes tubos de neón, una luz blanca, cruda, en contraste con la amarillenta del flexo, que, momentáneamente, los deslumbró. Un mapa de la provincia de más de tres metros de largo, adosado al muro, encaraba la cristalera. Todo él se hallaba sembrado de chinchetas rojas y azules. Dani tomó un pequeño puntero y, brincando de un lugar a otro, le fue exponiendo a Víctor la situación. Carmelo, con su mirada cansada, observaba todo desde un segundo plano. Los cristales de las galerías de enfrente, a excepción de uno, se habían apagado ya. Dijo Víctor:

—Esto parece un cuartel general.

Dani asintió:

—En realidad no es otra cosa.

Con el extremo del puntero señaló la zona sur de la provincia, allí donde los nombres de los pueblos se amontonaban:

—Observa. Esto está copado. Las chinchetas rojas indican los lugares que hemos recorrido dos veces. Corresponden, por lo general, a las cabeceras de comarca, lo que antes decíamos partidos judiciales. Hay también algún pueblo grande, como La Sala, que cuenta con modestas industrias. Curiosamente La Sala es el único pueblo de la provincia que demográficamente ha ido a más desde la guerra. Bien, todos estos pueblos han sido trabajados a fondo. No es necesario volver. Si acaso, en Montejos, con sus quince mil habitantes, tiraremos unas octavillas el día trece y punto.

—¿Y Bocigas? —apuntó Víctor.

—En Bocigas estuvo Ayuso con su equipo y luego Miguel o no sé qué otro. Es igual. Además anda allí de veterinario Chucho Medina y no lo deja de la mano. —Levantó el puntero y dibujó un círculo imaginario en la zona oeste—: Esta comarca —añadió— quizá sea la más descuidada. Únicamente hay chinchetas azules, lo que quiere decir que nuestra gente no ha visitado estos pueblos más que una vez. En realidad, son pueblos de una emigración tan fuerte que apenas quedan en ellos niños y viejos.

—Pero los viejos también votan —interrumpió Víctor.

—Tranquilo —prosiguió Dani, a quien el café parecía haber insuflado una verbosidad desacostumbrada—: Aquí estuvo Juanjo hace tres días y encontró un ambiente bastante mollar. Está sembrado de propaganda mural, cantidad. Tan sólo este rincón, la zona de Corcuenda, está por ver. Mañana irán allí Miguel y Julia a dar un repaso. La familia de Julia procede de allí. El abuelo fue cacique en su tiempo, no creo que haya problema.

Dani hizo un alto. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón y prendió uno con un encendedor del Partido:

—Por último —agregó, guardando el tabaco y el encendedor y llevando el puntero a la zona más alta del mapa— nos quedan estos tres pueblecitos entre Refico y Palacios de Silos. ¿Los ves? Como de todo el norte, tenemos los datos de los colegios, pero andamos a falta de direcciones. Tal vez no valgan la pena, pero en fin...

—Eso es ya la montaña, ¿no? —preguntó Víctor.

—Exacto, majo, son pueblos serranos, pueblos pobres, de costumbres ancestrales, que malviven de pequeñas hazas de cereal, frutales y miel. No sé si merecerán el viaje, pero por nosotros que no quede.

Bajó el puntero hasta el empeine de sus zapatos y dio una larga chupada al cigarrillo. Enarcó la ceja derecha para preguntar:

—¿Tienes algo que hacer mañana por la mañana?

Víctor consultó una pequeña agenda que sacó del bolsillo interior de la cazadora:

—Por la mañana, imposible —dijo.

—¿Ni siquiera a mediodía?

—Imposible —insistió Víctor—: A las diez tengo la entrevista de la radio, ya sabes. A las once y media, la encuesta esa de la *Gaceta*: «Si sale usted diputado, ¿qué piensa hacer por la provincia?». Una chorrada, de acuerdo, pero no puedes decir que no —guiñó un ojo—: Con los medios de comunicación hay que estar a bien.

Dani bajó la cabeza y quedó unos momentos pensativo. Al callar se diría que sus facciones se serenasen. Finalmente dijo mirando al vacío:

—En todo caso, si salís a la una podéis comer en Refico. Por la tarde despacháis holgadamente los tres pueblos, hay luz hasta las tantas. Yo no sé la carretera, son cincuenta kilómetros, pero de seguro enrevesados y de mal piso. Échale dos horas. Con otra que dediquéis a cada pueblo es suficiente.

Víctor asintió:

—Vale —dijo.

Repentinamente, Dani alzó la cabeza hacia el techo y continuó hablando en esta postura:

—Paco y Ángel Abad pueden salir a las once en el Dos Caballos y anunciar los actos. A las cinco en Cureña, a las seis y media en Quintanabad y a las ocho en Martos. Todavía os da tiempo de cenar aquí, llegáis con luz.

—Vale —repitió Víctor.

Dani volvió a poner la cabeza en posición normal:

—Queda la compañía —dijo—. Yo había pensado en Rafa. Es un chaval simpático y charlatán, un poco ligero pero majo. Ya le conoces,

para una tarde, vale; conduce bien, además. Luego está Laly, conviene que vaya una mujer. Laly es una tía muy maja, ya la conoces, lo más decorativo de que disponemos, y muy inteligente; lo único que tiene que hacer es dejar, por una vez, su feminismo a un lado. Hablar de movimientos de liberación en la montaña resultaría grotesco, debes disuadirla, hay que ir por partes.

Víctor tornó a asentir:

—De acuerdo —dijo.

Dani se volvió a Carmelo:

—¿Quieres avisarles?

Carmelo salió silenciosamente. Dani encogió los hombros y, súbitamente, levantó la cabeza de nuevo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Víctor.

—No, nada, un punto doloroso. Cuando estoy fatigado se me fija en la primera vértebra y me hace la puñeta.

Al regresar Carmelo con Laly y Rafa, Dani había recobrado su posición normal. Rápidamente, con una gesticulación muy viva, les expuso el programa. Cuando concluyó de hablar, Rafa se aproximó al mapa y fue recorriendo con el dedo el trayecto Refico-Palacios de Silos:

—¿Aquí? —dijo—. ¡Joder, si esto es las Hurdes!

—¿Has estado alguna vez?

—No, joder, ni tú, ni éste, ni nadie. Por eso digo que es las Hurdes. O sea, con las Hurdes pasa como con *El Capital*, que todo el mundo habla de ellos pero nadie los conoce.

—Habrá que intentarlo —dijo Dani.

—Desde aquí te aseguro que ahí no quedan ni las ovejas. Cincuenta vecinos entre los tres a todo tirar.

—Mira, si están casados pueden ser cien votos.

—Menos votos, macho.

Sonó el teléfono en la mesa de Dani:

—¿Quieres cogerlo? —dijo éste.

Carmelo tomó el auricular:

—Sí... Sí, estuvo aquí... Con los carteles, claro... Varios grupos... No puedo decirte... No... no... no... Nunca ha pasado nada... No tienes por qué preocuparte...

Rafa continuaba estudiando el mapa con concentrada atención. Víctor le aclaró:

—El plan es comer en Refico y, por la tarde, subir a Cureña, Quintanabad y Martos. A la hora de la cena podemos estar de vuelta.

Rafa se llevó las dos manos a la cabeza:

—¡Ostras! —dijo—: ¿Os habéis fijado que es carretera blanca? ¡De

cagarse, machos! —sonrió—: La única compensación son las truchas de Refico.

Regresó Carmelo a la galería:

—Matilde —dijo suavemente—: Que si estaba aquí Manu. A saber dónde andará el pollo ese ahora.

Víctor al oír el nombre de Matilde se desentendió del asunto. Cerró corro con Dani, Laly y Rafa. Se dirigió a estos últimos:

—A la una aquí abajo, en la cafetería, ¿vale?

—Vale, Diputado.

Intervino Dani:

—Una cosa —dijo—: A Miguel ya sabéis que no hay quien le apee del ciento treinta y uno, una manía. ¿Os importa llevar el ciento veinticuatro?

—Mejor —dijo Laly—. El ciento treinta y uno queda como burgués.

Rafa se apresuró:

—Cojonudo —dijo—. El ciento veinticuatro tiene casete —miró a Laly, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí—. Además, es más chico e iremos más juntos.

III

Grupos bulliciosos de jóvenes se arracimaban, charlando y fumando, ante la barra de la cafetería, en un hervor humano, confuso y excitante. Por el suelo se entremezclaban desperdicios de marisco, huesos de aceituna, puntas de cigarrillos, envolturas de azúcar y servilletas de papel arrugadas. Víctor se situó en un pequeño hueco, en el extremo de la barra, junto a la caja. La muchacha más vistosa —una rubia, de brazos pecosos y sonrosados— de las cuatro que atendían al mostrador, se dirigió sonriente a Víctor al divisarlo:

—¿Un vinito? —preguntó.

—Un vinito, vale —dijo Víctor.

Puso un vaso en la barra, cogió una botella de la estantería y le sirvió:

—¿De viaje otra vez?

—¡Qué remedio!

—Siempre de viaje. ¿Cómo marchan las cosas?

—Marchan, que no es poco.

Por la puerta de cristales abierta entraba un vaho de humedad, pues apenas habían transcurrido cinco minutos desde el último chaparrón. En las aceras, húmedas, se veían centenares de octavillas de colores, embarradas, pegadas al suelo. Por la calzada pasó un coche con un altavoz estridente, pero iba tan rápido que apenas pudo escucharse el

comienzo de la alocución antes de que sus voces fueran sofocadas por el rumor del resto de los automóviles que circulaban por la amplia avenida:

—Coño, qué cargantes son estos tíos —dijo un muchacho imberbe, a su lado.

Apareció Laly, con su escotado suéter azul, que ceñía sus pequeños pechos, y unos pantalones vaqueros:

—¡Hola! —dijo—: ¿Qué tal has dormido?

—Poco y mal —confesó Víctor.

La sonrisa de Laly era jugosa y elástica, sin ese acartonamiento que suele acompañar a las sonrisas tras varias horas de sueño.

—¿Qué tomas?

—Nada; no me apetece —dijo la muchacha.

Víctor se peinó las barbas frondosas con los dedos de la mano derecha. Agregó Laly:

—¿Qué tal fueron las entrevistas?

—Un purete.

—¿Y eso?

—Ya sabes. —Víctor engoló la voz con cómica solemnidad—: «¿Qué va usted a hacer en las Cortes si es elegido diputado?». ¡Coño, pues qué voy a hacer en las Cortes! Seguir la corriente de las Cortes e intervenir cuando me parezca oportuno.

—No les dirías eso, queda como desairado.

—Más o menos. Templando gaitas, naturalmente.

Se hallaban de espaldas a la puerta y cuando Rafa entró y les puso los brazos por los hombros, Laly no acertó a evitar un estremecimiento:

—¿Qué dicen los diputados? —dijo Rafa. Aproximó su rostro al de Laly—: Un besito, amor. —Laly le besó mecánicamente en la mejilla —. Si le echaras un poquito más de entusiasmo a la cosa tampoco creas que iba a pasar nada, tía —se dirigió a la camarera rubia—: ¡Un tinto, tú, rápido!

—¿Dónde has dejado el coche? —preguntó Víctor.

—En la esquina. Está mal aparcado.

Bebió el vaso de un trago y dejó unas monedas sobre la barra. Desde la puerta divisaron la avioneta que sobrevolaba la ciudad. Atravesaba un retazo azul de cielo y la cinta blanca, amarrada a la cola, ondeaba como una serpentina.

—Joder, machos, anda y que tampoco se están poniendo pesados con el avión ese.

Laly corroboró:

—Suárez se está pasando un pelín.

Víctor miró a un lado y a otro:

—¿Dónde anda el coche, tú?

—Sigue, macho, a la vuelta.

Era un 124 amarillo claro y en el costado derecho figuraba la sonriente efigie del líder y un gran emblema del Partido en el costado izquierdo. Rafa abrió la portezuela posterior, invitó a Víctor:

—Tú detrás —al ver que remoloneaba añadió—: ¡Joder, no seas vacile, para eso eres cabeza de candidatura!, ¿no?

Víctor obedeció. Dijo Laly:

—¿Quieres que lo lleve yo?

Rafa daba vueltas al llavero entre los dedos:

—¿Qué dices? —se sentó al volante—: Tú observa las normas de tráfico y ciñe tu hermoso busto con el cinturón de seguridad.

Puso el coche en marcha. La calle parecía un hervidero. Los automóviles circulaban en ambas direcciones y los peatones, muy numerosos, descendían a la calzada al menor entorpecimiento. Rafa sorteaba a unos y a otros con frívola desenvoltura y deslizaba el automóvil por espacios inverosímiles, con objeto de ganar puestos en los semáforos:

—Tranquilo, tú. No me gustaría llegar al mitin con los nervios descompuestos —dijo Víctor.

La calle estaba alfombrada de folletos y octavillas y los coches imprimían en ellas las huellas de sus neumáticos. En las fachadas de las casas, en las tapias de las obras, en los mármoles de los bancos, abigarrados cartelones invitaban a votar a un partido o a otro. De vez en cuando, algún letrero indeleble trazado con spray:

—Mira ése —dijo Laly riendo.

Entre las lunas de un gran establecimiento de tejidos, una mano anónima había escrito: «Vota o no votes. Haz lo que te salga de los cojones».

Rafa soltó una carcajada:

—Es bueno —dijo—: ¡Mira ese otro!

Poco más allá, la misma mano había escrito con caracteres análogos: «Curiel, autonomía». Víctor preguntó:

—¿No es Curiel el pueblecito ese de las salchichas? ¿El de la iglesia mozárabe?

—Ése —dijo Laly.

Bajaban raudos hacia los puentes y la circulación iba remitiendo, haciéndose paulatinamente más fluida. Víctor se ladeó, sacó del bolsillo una casete y se la entregó a Laly por encima del hombro:

—¿Te importa poner eso? Vamos a amenizar un poco el viaje.

Laly miró la cinta por los dos lados y volvió la cara hacia Víctor con

una sonrisita de conmiseración:

—Pero Víctor… —dijo.

—¡Ostras!, ¿qué es? —inquirió Rafa, mirando la cinta con el rabillo del ojo.

—*La del manojo de rosas* —dijo Laly.

—Jo, Diputado, no seas quedón.

Laly introdujo la cinta en la ranura. Su sonrisa era ahora tierna y condescendiente, la sonrisa que se dibuja en el rostro de un adulto cuando se dirige a un niño. Las últimas casas de la ciudad iban quedando atrás y, en unos segundos, accedieron a campo abierto. Sonaron los primeros compases:

—Es demasiado, tío —dijo Rafa.

Laly añadió, sin cesar de sonreír:

—Víctor está como *out,* sigue en la zarzuela y la zarzuela no encaja con nosotros.

Víctor flexionó el tronco. Agarró a Laly por el pelo y dio un tironcito hacia él:

—¿Crees de veras que cada opción política tiene su música?

—Tampoco es eso —dijo Laly—, pero tú me dirás cómo casas el género chico con una alternativa progresista.

El coche verde que les precedía disminuyó repentinamente la velocidad y Rafa dio un frenazo y lo sorteó airosamente por el lado izquierdo:

—¡Cuidado, tú!

—¡Joder, cuidado! Ni siquiera ha dado al intermitente, el tío.

Laly miró hacia atrás:

—Tía —dijo.

El altavoz cantaba melifluamente: «Qué tiempos aquéllos, qué tiempo querido, qué tiempo perdido, ¡qué pronto se fue…!».

—¡Escuchad! —dijo Víctor—: ¿No es bonito? —seguía el compás con la cabeza—: Yo creo que si me gusta esto es porque me ayuda a recordar mis diecisiete años, cuando empecé en la Universidad y me enamoré por primera vez.

—¡Coño, Diputado! ¿Es que tú te has enamorado alguna vez? —preguntó Rafa.

—Muchas —respondió Víctor—. ¿Por quién me has tomado?

—Y has cumplido treinta y siete y nada. ¡También manda cojones!

Intervino Laly, imperceptiblemente molesta:

—Por si no te has enterado, Víctor ha pasado encerrado siete de los últimos quince años. No es que sea un récord, pero no está mal.

Rafa soltó el volante un momento y estiró los dedos:

—Vale —dijo—, pero, aparte empollarse en la Edad Media, ¿puede

saberse qué hizo este hombre en los ocho que estuvo libre?

El motor zumbaba alegre, regularmente. Los chopos de las cunetas desfilaban a gran velocidad. Desde las ventanillas se divisaba el campo abierto, de un verde tierno, con diferentes matices, las perspectivas acotadas por suaves ondulaciones, moteadas, en sus lomos, por pequeñas matas de aulagas. Entre las siembras, aquí y allá, se abrían esponjosos barbechos de tierra rojiza, profundamente subsolados y, de pronto, a mano izquierda, en un perdido poblado de amarillas y amapolas, apareció, muy apiñado, un rebaño de ovejas. Rafa señaló con el dedo un extenso barbecho:

—Y eso, machos, ¿por qué no lo siembran? ¿Es que en España sobra trigo?

—¿Eh? —dijo Víctor inclinándose hacia adelante—: Baja un poco ese chisme, Laly, haz el favor.

Laly giró el botón y ladeó la cabeza para que Víctor la oyese:

—Los barbechos —dijo—: A Rafita le chocan los barbechos, no sabe de qué van. Todavía no se ha enterado de que la tierra, como todo el que trabaja, tiene que descansar.

Víctor se interesó en el tema:

—A esa rotación le llaman aquí de alguna manera.

—De año y vez —dijo Laly.

—¡Joder, tía! —terció Rafa—: Sabes de campo cantidad, sabes de campo más que el que lo inventó.

—De año y vez —repitió Víctor—. Es hermoso, ¿no?

Rafa escoró la cabeza:

—Un besito, campesina, aunque esté fuera de programa. Con el tatachín este de los cojones me estoy quedando traspuesto.

Laly adelantó los labios y le besó en la mejilla. Rafa soltó la mano derecha y se la pasó a la muchacha por la espalda:

—Con más ardor, compañera. No seas estrecha.

La atrajo hacia sí. Laly movió los hombros incómoda:

—Agarra el volante y no hagas chorradas, cacho puto.

Víctor miraba por la ventanilla ensimismado. Aquel campo verde, recién lavado, con las rojas amapolas enhiestas, le fascinaba:

—Hay muchas amapolas.

—Las amapolas son malas, ¿no, macho?

—Eso dicen —dijo Laly.

Los agudos pitidos del magnetófono anunciaron el final de la cinta. Laly pulsó el botón:

—¿Le doy la vuelta?

—¡No jodas! —exclamó Rafa.

Laly se quedó con la cinta en la mano:

—¿Qué pongo?

—Por ahí andan el *Te recuerdo Amanda* y el *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd. Cualquiera.

La carretera empezaba a retorcerse y cada vez eran menos frecuentes los tramos rectos. Los árboles de los flancos eran ahora castaños de Indias y la topografía más accidentada. Rafa metió la tercera velocidad, aceleró súbitamente y adelantó a un camión entre dos curvas:

—¡Cuidado, tú! Has hecho un adelantamiento antirreglamentario.

—Tranquilo, macho, no había raya.

—¿Y eso qué? Con raya o sin ella, si viene otro de frente nos pegamos la leche.

—¡Ostras!, con la razón por delante —apuntó Rafa—: A mí no me importaría darme una leche con la razón por delante.

Por el interior del automóvil se desbordaron, como el aroma de un perfume, el tic-tac doméstico, el timbre del despertador, las notas inconexas de la nueva cinta. Víctor hizo una mueca de desagrado:

—Pero, ¿te gusta eso?

—¿Pink Floyd? ¡Mola cantidad!

Víctor se recostó en el asiento, resignado. Laly giró la cabeza y apoyó la barbilla en el respaldo del sillón:

—Y a todo esto, ¿de qué va a ir hoy el rollo?

—Más o menos de lo de siempre.

—Oye, macho, ¿y a qué llamas tú lo de siempre? —preguntó Rafa.

Víctor pareció reflexionar:

—Tú, por de pronto —dijo, tras una breve pausa—, de pensiones y seguridad social. Dani dice que ésta es tierra de emigración fuerte, que no quedan en los pueblos más que niños y viejos.

—Vale —dijo Rafa—: El tema es fardón.

Víctor continuó hablando monótonamente como para sí:

—Por mi parte soltaré la parida de costumbre: abandono secular, estructuras medievales y justiprecio de los productos agrícolas.

La cinta de Pink Floyd producía unos sonidos áridos, remotamente melódicos:

—¿Y yo? —preguntó Laly.

Víctor carraspeó:

—Habrá que pensar un tema adecuado.

—¿Por qué no de la equiparación de la mujer?

Víctor no respondió.

—¿No te gusta? —agregó Laly.

—No es eso, Laly, pero estas gentes de la montaña desconocen esos movimientos, no saben ni de qué van.

Laly levantó la cabeza del respaldo, dijo, encrespada:

—Pues en 1977 ya es hora de que se enteren.

Víctor se adelantó hasta quedar sentado en el borde del asiento. Sus labios casi rozaban la oreja izquierda de Laly:

—No te cabrees —dijo—: Ya sabes que en este punto estoy de acuerdo contigo, pero no debemos precipitarnos, hay que dar tiempo al tiempo.

—¿Lo dejamos para las Cortes? —preguntó Laly irónicamente—: ¿También tú eres de los ingenuos que creen que es éste un problema de Cortes?

—Bueno, tampoco es eso —dijo Víctor sin convicción.

Laly se iba exasperando y su rostro en tensión, vibrante, levemente congestionado, se tornaba más atractivo:

—Desengáñate —añadió—, el planteamiento social del problema es machista. La batalla, sobre el papel, está tirada, no ofrece dudas. O sea, la cuestión estriba en cambiar la mentalidad de una sociedad patriarcal; pero si hay un reducto del viejo patriarcado, ése está aquí, Víctor, en estos pueblos. ¿Y cómo coños vas a llegar a ellos desde las Cortes, di? Ten por seguro que los derechos fundamentales no se van a legislar.

—¡Toma castaña! —exclamó burlonamente Rafa.

Víctor se rebulló inquieto:

—Te pones muy bonita hablando de estas cosas —dijo finalmente con una sonrisa, buscando la conciliación.

—¡Chorradas! —dijo Laly sarcástica—: Ése es el viejo truco del macho ibérico. Lo que sucede es que tú, y tú, y la totalidad de los hombres y el noventa y nueve por ciento de las mujeres, en el fondo, sois machistas y punto.

Rafa la miró de reojo:

—Tampoco faltes, tía. Yo paso de eso.

La voz de Víctor se tornó implorante:

—No te enojes, Laly. Sabes de sobra que el Partido os apoya.

Laly se encolerizó aún más:

—¡No me toques ese punto, por favor! —voceó—. El Partido me dirá que sí, que muy bien, que todo eso de la reivindicación de la mujer es positivo, el rollo de costumbre. Pero, a la hora de la verdad, ¿qué? Encogimiento de hombros y sonrisitas condescendientes, eso es lo que nos da el Partido. No te engañes, Víctor, nuestra lucha se acepta como un coñazo social; no nos la tomamos en serio más que cuatro docenas de mujeres.

Tímidamente, la mano de Víctor se posó sobre la cabeza de Laly y la empujó suavemente hacia sí hasta que sus frentes se rozaron:

—Por favor —dijo—, no me tomes a mal lo de bonita. Es cierto que

me pareces bonita y especialmente cuando te enfadas.

—¿Y qué arregla eso? —dijo Laly con dureza.

—Nada, ciertamente, pero no deja de ser importante. ¿Quieres decirme qué será del mundo el día que alcancéis vuestros derechos si las mujeres habéis dejado de atraernos?

La voz de Laly acusó un imperceptible desfallecimiento:

—Son cosas compatibles —dijo.

Rafa emitió un prolongado silbido:

—¡Es demasiado!, ¿no?

Se ciñó a una curva y metió la tercera velocidad para aliviar al motor. Laly agachó la cabeza, prendió un cigarrillo y dijo en tono reticente:

—Resumiendo, hoy me toca callar.

—¿Por qué callar? Temas sobran, la cultura, por ejemplo, el derecho a la cultura; ya lo has hecho otras veces.

—Vale, la cultura. Ante todo disciplina.

Rafa ladeó ligeramente la cabeza:

—¿Me pones fumando?

Laly le colocó un cigarrillo entre los labios y le dio fuego.

Rafa aspiró una fumada profunda:

—¡Camaradas! —dijo enfáticamente mientras expulsaba el humo—: Me parece que os estáis pasando. A estos paletos con decirles que les vas a subir las pensiones y doblarles el precio del trigo, te los metes en el bolsillo.

Volvieron a sonar los intermitentes pitidos del magnetófono:

—Dale la vuelta —dijo Rafa.

Laly sacó la cinta, la volvió y la hundió malhumorada en la ranura:

—Miguel dice que andan recelosos y no le falta razón —arguyó Víctor.

—¿Desde cuándo? —preguntó Rafa.

—¿Tú qué crees?

—En cierto modo —dijo Rafa—, ganarte el voto de un paleto es fácil. Lo difícil es mentalizar a un paleto.

El coche subió una empinada rampa, giró bruscamente a la izquierda, en una curva muy pronunciada, y alcanzó el páramo. A lo lejos se dibujaba, azulada y escueta, la línea dentada de la montaña con las cumbres espolvoreadas de blanco:

—¡Joder, pero si hay nieve! —exclamó Rafa.

Las siembras habían desaparecido y, salvo los castaños de Indias que flanqueaban la carretera, el campo no ofrecía otro ornamento que media docena de enebros raquíticos y las matas rastreras de brezos y espliegos sin florecer aún. Rafa se inclinó repentinamente sobre el

volante:

—¡Adiós! —exclamó—: Mirad quién anda ahí.

A ambos lados de la carretera se agrupaban varios jóvenes embutidos en jerseys chillones y otros deambulaban alrededor de tres coches aparcados en las cunetas, entre los árboles. Dos muchachos ataban a un tronco una gran cartela pero, al divisarlos, interrumpieron su actividad y se unieron a los otros abriendo calle. Rafa bajó rápidamente el cristal de la ventanilla y aceleró. El primer muchacho de la izquierda lanzó una piedra que rebotó ruidosamente en el capó, mientras otro, con barba y pelo afro, disparado, les hizo un corte de mangas. Los demás agitaron los puños y vocearon:

—¡Fascistas, maricones!

Rafa los rebasó a ciento veinte, sacó la mano izquierda por la ventanilla, el dedo corazón erecto entre los otros cuatro abatidos, y voceó:

—¡A tomar por el culo, machos!

Subió el cristal y soltó la carcajada, el ojo en el espejo retrovisor:

—Lo que faltaba —dijo—, el macarra de Agustín.

—¿Qué Agustín? —preguntó Víctor.

—¡Joder! ¿Qué Agustín va a ser? El que las urde en todas partes, el que se metió una mañana en Kansas a tirar pasquines y quiso salir tan aprisa que se aplastó contra la vidriera como un sello.

Víctor sonrió:

—He oído contar esa historia.

Añadió Rafa:

—Pues si el Viejo no la dobla, todavía andaría a la sombra. ¡Tres años, jo, qué tío!

—Pero ¿qué hacían ahí? —preguntó Laly.

—A saber, pegaban carteles. Estarán preparando en la carretera una fiesta de carnaval. Tú no conoces a Agustín.

Concluyó la recta e iniciaron las revueltas del descenso. Tras una de ellas, apareció, abajo, un vallejo angosto y, entre el follaje nuevo de los frutales, media docena de casas con las tejas ennegrecidas.

—Berrueco —dijo Rafa—: Pago un vinito.

—¿Qué hora es? —preguntó Víctor.

—Y diez. Sobra tiempo.

Víctor se inclinó hacia delante:

—¿Qué queda para Refico?

—Once kilómetros. Está hecho, macho.

Se deslizaban entre dos hileras de casas de piedra amarilla, con tiestos en las ventanas y blancas galerías colgantes. Las calles estaban desiertas y en la plaza, sin pavimentar, con una olma en el centro,

brillaban los charcos. Rafa buscó el vado y aparcó a orillas del árbol, frente a la cantina. Se apearon. Desde el ábside de la iglesia, el líder les sonreía, entre cuatro carteles desgarrados. Rafa se aproximó al póster y lo palpó por dos veces:

—Está húmedo aún —dijo—: Ángel acaba de pasar.

—¿Qué Ángel? —preguntó Laly.

—Joder, el Cojo, ¿qué Ángel va a ser?

—¡Ah, Ángel Abad! Habla, hijo, por Ángel no le conoce nadie.

En la cantina en penumbra, con un ventano enrejado orientado a mediodía, dos hombres de edad, las boinas caladas hasta los ojos, fumaban parsimoniosamente ante dos vasos de tinto, junto al mostrador. En el momento de entrar, el más viejo, un octogenario con las encías deshuesadas, decía con voz chillona:

—Y también más tardío que el sesenta y cinco.

—Natural —dijo el tabernero—: Si no ha calentado, si no ha habido primavera.

No alteró la expresión para dirigirse a ellos:

—¿Qué va a ser?

—Tres vinitos —dijo Rafa.

Les sirvió lentamente, en silencio, la atención concentrada en los vasos que iba llenando. Detrás de él, en la estantería, se amontonaban latas de conserva, chicles, cajetillas de tabaco, cajas de galletas y botellines de cerveza y coca-cola. A lo largo de los puntales pendían botijos, cazuelas, lías de cuerda y ristras de ajos. Laly preguntó:

—¿Sabe si ha pasado por aquí un muchacho cojo con una bufanda a rayas?

El hombre se le quedó mirando largamente, sin decir palabra, como si aquello que preguntaba resultase difícilmente inteligible:

—¿Iba con otro? —preguntó al fin.

—Sí —miró a Víctor—, Paco.

El hombre hizo otra pausa:

—¿Iban por eso de las elecciones?

—Sí —dijo Laly.

Tornó a quedar en suspenso el tabernero:

—Por aquí pasaron, sí señora. Hace ya rato —dijo, al cabo.

—¿Como cuánto?

Los ojos del hombre revelaban un absoluto desconcierto:

—¿Cuánto, qué?

—Tiempo —dijo Laly un poco irritada—: ¿Cuánto tiempo hace que pasaron por aquí?

Vocalizaba y elevaba la voz como cuando se le habla a un sordo. Desde el rincón, los dos viejos la observaban, fumando, con socarrona

curiosidad. El tabernero se rascó prolongadamente la nuca:

—A punto fijo no le puedo decir. El correo ya había bajado —se dirigió a los dos parroquianos como buscando ayuda—: ¿O no?

—El correo bajó hace un par de horas —dijo el de la voz chillona.

El otro negó reiteradamente con la cabeza:

—Un par de horas de ninguna manera. Hace un par de horas saqué yo la cabra y el correo no había bajado aún.

—Está bien —terció Víctor—: ¿Qué le debemos?

—Doce pesetas.

Víctor le alargó un billete de cien. El hombre movió la cabeza de un lado a otro:

—No tengo vueltas.

Rafa depositó tres monedas de cinco pesetas sobre el mostrador de madera:

—Hale —dijo—: Hasta luego.

Ya en el coche, Laly estalló:

—¡Joder, qué tíos! Yo no sé si están carrozas o se quedan con nosotros.

Víctor sonreía. Rafa metió la marcha atrás y giró el volante a tope.

Aguardó. Un gitano renegrido con un niño de la mano cruzaba bajo la olma. Cuando se apartaron, arrancó, salió a la carretera y rompió a reír:

—¿Sabéis el de los gitanos?

—¿Eh? —dijo Víctor.

—Un chiste de gitanos —aclaró Laly.

Rafa fue cambiando las velocidades y, cuando metió la directa, se retrepó en la butaca. Dijo:

—Van los del Pecé a las chabolas de Almedina y preguntan por el jefe de los gitanos. ¿El jefe, el jefe? Todo dios buscando al jefe. Al fin aparece el jefe y uno del Pecé empieza con la de siempre, que el Partido va a redimirles, que el Pecé es el partido de los marginados y que si tal y que si cual. A todo esto, el jefe de los gitanos no le quita ojo a la hoz y el martillo de la bandera. Y el del Pecé, dale, que es una injusticia más de la sociedad capitalista, joder, y que la solución está en que se afilien todos al Partido. Cuando acaba, el jefe de los gitanos les dice que bien, que está muy bien, pero que con esto de la democracia él no puede tomar una determinación sin consultar a la tribu y que, si no les molesta, vuelvan al día siguiente. Los del Pecé se van jodidos, pero vuelven a la mañana siguiente y preguntan por el jefe. ¿El jefe, el jefe? Todo dios a buscar al jefe. Al fin sale el jefe y se queda mirando la hoz y el martillo todo el tiempo. «Bueno —le dice el del Pecé—, supongo que ya os habréis decidido, camaradas.» «Pues sí señor —contesta el jefe de los gitanos—: Hemos determinado por

unanimidad afiliarnos al Partido.» Al del Pecé, joder, se le hace la boca agua. «Dile a tu pueblo, camarada, que agradecemos su confianza y…» En éstas, el jefe de los gitanos levanta una mano: «Un momento, tú. Todos estamos de acuerdo en afiliarnos al Partido, pero con una condición». El del Pecé sonríe y pregunta en tono conciliador: «¿Qué es ello?». Entonces, el jefe de los gitanos se adelanta, apunta con un dedo a la hoz y el martillo y dice muy serio: «Que quitéis la herramienta de la bandera».

Víctor rió con ganas. Laly movió la cabeza sonriendo:

—¡Qué chorrada! —dijo.

—¡Joder, es bueno!, ¿no?

Ante el «stop» de la general, Rafa detuvo el coche, miró a un lado y a otro y reanudó la marcha. Al doblar la primera curva, surgió un chalé en la falda de la montaña:

—Refico, parada y fonda —dijo Rafa.

Y continuó en tercera velocidad hasta alcanzar las primeras casas del pueblo.

IV

En el espacioso aparcamiento, bajo la blasonada casa de la torre, reposaban media docena de camiones, cuatro turismos y una furgoneta azul, ocupada por dos hombres, que arrancaba en ese momento. Cincuenta metros más allá, flanqueada por la carretera, se abría la plaza, rectangular, de casas de piedra, de dos pisos, montadas sobre los arcos de los soportales, con largas galerías abiertas, animadas de geranios y petunias. En el centro de la plaza, regada de asfalto, una gran cruz de piedra y, a los costados, cuatro bancos metálicos, pintados de colores distintos —rojo, amarillo, verde y azul — en cuyos respaldos se leía: «Caja de Ahorros Municipal». Encarada a la carretera estaba la fonda, con un mirador colgante, a cuya puerta conversaban tres hombres, uno de ellos muy alto, vencido de espaldas, con aspecto de ilustrado, que vino hacia ellos sonriente tan pronto se bajaron del coche.

Rafa advirtió en voz baja:

—Ojo, es el alcalde. Candad el pico si no queréis que nos mande la competencia detrás.

Se encontraron en el centro de la plaza:

—Buenas —dijo el hombre—: ¿Otra vez por aquí?

—Vamos de paso —dijo Víctor.

El alcalde tenía el pelo engomado, los cabellos partidos al medio por una raya y unos ademanes ceremoniosos, como de jesuita preconciliar:

—Hace un rato pasaron también los de Falange —dijo.

—¿Auténtica? —indagó Laly.

Los ojos del alcalde se redondearon de inocencia:

—No me pregunte —dijo—: Los de Fernández Cuesta eran. Supongo que para ellos la auténtica será la suya, ¿no?

Nadie respondió. Rafa tiró del grupo, encaminándose lentamente hacia la fonda y los demás le siguieron. El alcalde miró al cielo:

—Mal tiempo traen.

—¿Lloverá?

El hombre estiró los labios:

—De momento, no. Contra la tarde es posible que truene.

A la puerta del bar, Rafa se volvió hacia el alcalde en actitud de despedida:

—¿Si quiere comer con nosotros?

—Gracias, yo ya lo hice…

El local, alargado y bajo de techo, tenía las vigas de roble descubiertas y, en el centro, una vieja estufa de hierro, pintada de purpurina, cuyo tubo de salida de humos se acodaba al alcanzar la viga maestra y seguía la linea de ésta hasta desaparecer por el tabique del fondo. A la derecha, en el rincón, sobre una repisa de pino apuntalada por dos listones, el televisor iniciaba el noticiario de las tres, sin que los hombres que jugaban a las cartas o al dominó le prestasen atención alguna:

—¡Arrastro!

—¡Pito doble!

Al descubrir el naipe o colocar la ficha golpeaban rudamente el mármol y alzaban la voz como tratando de imponerla a la de sus compañeros. Varios hombres, tocados de boina, levantaron la cabeza al pasar ellos y sus ojos se fueron instintivamente, sin perder su impasibilidad, tras las caderas de Laly.

En el extremo del mostrador arrancaba una escalera, y un rótulo decía: «Comedor». En el primer rellano Rafa empujó la puerta de cristales granulados y una bocanada de humo y conversaciones entrecruzadas los acogió. Las ocho mesas del local se hallaban ocupadas y dos muchachas muy jóvenes se multiplicaban por atenderlas. Una de ellas se aproximó a Rafa con una servilleta sucia en la mano:

—Si no quieren aguardar —dijo— la galería está libre.

Rafa miró a Víctor:

—Vale, ¿no? —dijo éste.

En la galería cubierta —un mirador desahogado— había dos mesas, con migas de pan y restos de comida, que la muchacha se apresuró a echar al suelo con la servilleta. A través de la cristalera se divisaba la

cinta gris topo de la carretera punteada de amarillo y, del otro lado, el emparrado de un merendero con mesas de madera carcomida por las lluvias y la intemperie. Más allá, corría el río, torrencial y cristalino y, en la ribera opuesta, se iniciaba la ladera, muy pina, abrigada de robles con hoja nueva y coronada por abruptos tolmos, en torno a los cuales planeaban pausadamente los buitres. La muchacha recitó la lección cotidiana:

—Tienen judías verdes y potaje; la paella se ha terminado.

De segundo, truchas, pichones y huevos.

Rafa se frotó las manos:

—Truchas, truchas —dijo con entusiasmo.

—¿Y de primero?

Laly sonrió a la muchacha:

—¿Son frescas las judías?

—No señora, el campo viene muy tardío este año.

Víctor les consultó con la mirada:

—¿Un potajito? —preguntó. Y sin esperar respuesta agregó—: Venga, potaje para tres.

Se retrepó en la silla y tendió la mirada por el panorama que tenía ante los ojos:

—Es increíble —dijo—. En ochenta kilómetros el paisaje da un vuelco total. No parece Castilla.

Rafa se ofendió:

—¡Joder! ¿Qué idea tienes tú de Castilla? Los viejos maestros os malmetieron, macho. —Ahuecó la voz y añadió en tono campanudo—: «Señora, en Castilla no hay curvas». Anda que si las llega a haber. ¡Tócate los cojones!

La muchacha les sirvió:

—¿Qué vino quieren?

—Del país, una jarra.

Los camioneros iban saliendo de dos en dos. Pagaban de pie, con las farias o un pitillo entre los dientes, y mientras les daban las vueltas requebraban a las chicas, que se reían con ellos y hacían gestos escandalizados. Víctor miró fijamente a Laly y le preguntó:

—Tus oposiciones son en diciembre, ¿no es eso?

—En teoría —dijo ella—: Somos más de quinientos para cuarenta plazas.

—¿Tenéis tribunal?

—No, ése es el problema.

Rafa terció con la boca llena:

—¡Es alucinante! —dijo—: Una chica como tú, licenciada en Exactas. Eres una virguera, escandalizas al personal.

Laly se volvió bruscamente hacia él:

—¿Qué querías? ¿Qué opositara a Miss Universo?

—Tampoco es eso, joder, pero hay otras opciones, me parece a mí.

Laly añadió maliciosamente:

—O seguir tus pasos, veintitrés años y segundo de Derecho. Es una manera como otra cualquiera de realizarse.

—¡Ostras! —dijo Rafa—. ¿Por qué no terminas el melodrama? Hijo de viuda y cuatro hermanitos a su cargo.

Víctor se pasó por los labios la servilleta de papel. Bebió un sorbo de vino y puso la mano sobre el antebrazo desnudo, blanco, sin apenas vello, de Rafa. Dijo:

—Pues me temo que en esta convocatoria te vas a lucir.

—¡Joder! Antes es el Partido, ¿no?

—Pero con la mano en el corazón, ¿has mirado un libro en los últimos seis meses?

Rafa soltó la cuchara, levantó exageradamente las manos por encima de la cabeza y trenzó los dedos en ademán solidario:

—Tengo fe en la democracia —dijo—: Éstos van a ser los primeros exámenes democráticos en cuarenta años, no lo olvides.

—Y confías en el aprobado general.

—Tampoco es eso, macho.

—¿Entonces?

—Mira. A mí los exámenes no me molan, son pruebas absurdas, memorísticas, puro anacronismo.

—¿Y por qué los sustituimos?

—¡Ah! Ése es otro cantar. Yo sólo te digo una cosa, si el Partido quiere ganarse a la juventud tendrá que acabar con los exámenes. O sea, el primero que levante esa bandera se los lleva de calle, tenlo presente, macho.

Laly descarnaba la trucha manejando delicadamente los cubiertos. Levantó la cabeza:

—No te enrolles, cacho puto —dijo—: Con lo que el Partido tiene que acabar es con los señoritos y los parásitos.

Víctor soltó una risotada:

—¡Vaya corte!

—¿Va por mí? —inquirió Rafa.

—¿A qué ton por ti? Va por los señoritos y los parásitos —dijo Laly.

—Eres la pera, tía —dijo Rafa inclinándose sobre el plato. Hizo una pausa—: La trucha está cojonuda, ¿eh?

Laly le miró con ojos compasivos:

—Reúnes todos los vicios del pequeño burgués, las tres Pes, como dice Ayuso: pereza, pito y paladar.

La cara aniñada de Rafa expresó auténtico estupor:

—¡Manda cojones! —dijo—: Yo no oculto que me gusta vivir bien. Soy un tío a quien le mola comer y ligar tías. ¿Por qué no? O sea, si las tengo a punta de pala, ¿qué le voy a hacer? Te juro que no soy un frustrado por eso.

Víctor intervino gravemente:

—Ten en cuenta que nosotros predicamos austeridad.

—Austeridad, los cojones. ¿Dónde está la austeridad de los cuadros? En el Eurobuilding, con sopa de tortuga y pato a la naranja. ¡No te jode! Así también soy austero yo.

—¿Se puede saber, entonces, qué es lo que pretendes?

Rafa se impacientó:

—¡Ostras! Vivir. ¿Te parece poco? Yo no soy un pasota, macho, si me he enrolado aquí es para que todo dios pueda vivir a gusto.

—Pero sin pasarse.

—¡Joder, pasarse! Yo no me estoy escornando de la mañana a la noche para que la gente se muera de hambre, te lo prometo, para eso se basta la oligarquía. Pero tampoco soy un empollón, ¿qué quieres? Lo que me mola es esto, un día aquí y otro allá. Comer una trucha cojonuda con dos diputados cojonudos y merendarme luego un pedazo de queso y un vaso de vino con un paleto infumable. O sea, yo no soy un clasista, macho. Me molan tanto los unos como los otros.

Laly mondaba la naranja, que la chica acababa de servirle, con el cuchillo y el tenedor. Clavó, de pronto, los ojos en Rafa con cierta dureza:

—Mira, monigote —dijo—, si no quieres encabronar la fiesta, no vuelvas a repetir eso de los dos diputados.

Rafa quedó un momento desconcertado; luego, rió francamente, se inclinó hacia Laly y la besó en la mejilla:

—Eres cojonuda —dijo—: Si no quieres ser diputado, ¿a qué te presentas? Había más de veinte esperando su oportunidad.

—Obedecí —dijo Laly—: Nunca pensé que hubiera ni la más remota posibilidad.

Víctor la miró paternalmente:

—¿Tanto te importa?

—Todo —respondió Laly.

—¿Y eso?

—¡Qué sé yo! Me pone a mil, no lo puedo remediar.

—¿Desde cuándo?

—Desde ya —dijo Laly terminante.

Se aproximó la chica. En el comedor no quedaban más que dos mesas ocupadas. Dijo Víctor:

—Tres cortados, por favor —y cuando la chica daba media vuelta añadió—: Y la cuenta.

Dijo Rafa:

—Laly me está resultando una mujer de su casa.

—No seas quedón, tú.

—Hablo en serio. Tú estás construida para el matrimonio. A mí, en cambio, el matrimonio me da por el culo. Ésa es una piedra en la que nunca tropezaré.

Víctor se quedó boquiabierto:

—¡Anda! —dijo—: ¿pues no querías casarme a mí?

—Es distinto, joder. Tú estás carroza, macho, eres un espécimen de otra generación.

—¿Y qué pensáis vosotros?

—Por de pronto que los niños son un coñazo. La gente nueva está por la píldora, el aborto, el amor libre y punto.

Víctor miró a lo lejos, a la ladera de los viejos robles, con su mirada ausente, ensoñadora. Dijo:

—Yo no tengo una familia, pero creo en la familia. —Bajó la voz para añadir—: Tal vez porque el matrimonio de mis padres funcionó.

Rafa insistió:

—¿Cómo puedes defender a la familia cuando la crisis ha llegado hasta sus cimientos?

Víctor se peinó con los dedos su frondosa barba:

—Y eso ¿qué? —dijo gravemente—. El cine también está en crisis y, sin embargo, creo en el cine.

Rafa miró a Laly:

—Amor, ya sabes de qué va el rollo —dijo, como invitándola.

Laly sacudió la cabeza:

—Lo mío no quiere decir nada, cacho puto —respondió cortante—. El hecho de que yo haya tropezado con un gilipollas únicamente demuestra que no se puede tomar una decisión seria, como yo la tomé, a los diecinueve años.

Rafa le cogió una mano:

—En estas circunstancias, lo mejor que podrías hacer es no ser tan estrecha y venirte unos meses conmigo.

Sonrió Laly teatralmente:

—Exactamente en eso estaba pensando.

Se acercó la chica con la nota en un plato. Víctor la retiró, le echó una ojeada y alargó un arrugado billete de mil:

—Es barato, tú —dijo cuando la chica se alejó—: No llega a trescientas por barba.

Se levantó, hizo un gurruño con la servilleta de papel y añadió:

—No debemos dormirnos, Cureña queda cerca, pero a saber cómo estará la carretera.

En el comedor permanecían dos camioneros, con aspecto fatigado, fumando y charlando a media voz. Abajo, en la cantina, proseguían las partidas de cartas y dominó y el televisor exhibía, en ese instante, una cartela anunciando que se cerraba el espacio político:

—¿No era hoy Cantarero? —preguntó Laly.

—Es verdad —dijo Víctor—: Nos lo hemos perdido.

—No me digas que os interesaba Cantarero —dijo Rafa.

Víctor asintió:

—Me parece un tío aprovechable.

—¡Joder, aprovechable! Un fascistón de tomo y lomo.

El cielo seguía nublado pero se sostenía sin llover.

Al entrar en el coche, Rafa advirtió:

—Tenemos que coger gasolina.

Llenó el depósito ante la primera casa del pueblo, en un viejo surtidor de manivela, luego atravesó el puente y dobló a la izquierda, por una carretera angosta, sin pavimentar, de un tono rosa-violáceo, salpicada de charcos:

—¡Joder, la que nos espera!

—Tranquilo, tú.

El motor renqueaba y Rafa metió la segunda velocidad. El desnivel era muy acusado y las curvas se sucedían sin pausa. El coche botaba en los baches:

—Con un poco de suerte llegamos a la nieve —dijo Rafa.

A medida que ascendían, el río se convertía en una cinta verde, reverberante, que se ensombrecía en los tozos profundos y, a trechos, blanqueaba en cachones espumeantes. En la ribera opuesta, los tejados de Refico detonaban entre el verde uniforme de la fronda, y alguna viejecita, menuda y negra como un insecto, atravesaba una de las callejas enlodadas. Dijo Rafa, que, inclinado sobre el volante, concentraba su atención en la carretera, procurando inútilmente eludir los baches:

—A este paso no sacamos una media de veinte.

—Vamos bien —dijo Víctor—: El acto de Cureña está anunciado a las cinco.

Sacó una cinta magnetofónica de la cazadora y se la entregó a Laly. Se arrellanó en el asiento:

—Pon esto; va bien con el paisaje —dijo.

Rafa echó una ojeada a la cinta:

—¡Joder, macho, no empecemos!

—¿Tampoco te gusta Cuco Sánchez?

—¡Un montón! —bromeó Rafa.

Dijo Víctor en tono profesoral:

—A las nuevas generaciones os jode la melodía, eso es lo que os pasa. Os alucinan los ruidos descoyuntados, lo único que os interesa es romper.

Rafa sonreía piadosamente:

—Tampoco es eso, macho, pero esa música es de la época del Diluvio. Es la que le gusta a mi madre y punto.

—No es tan vieja tu madre —apuntó Víctor.

—¡Joder, cuarenta y cinco! ¿Te parecen pocos?

Cuco Sánchez cantaba *Guitarras, lloren guitarras*. Rafa acompañaba ahora su sonrisa con reiterados balanceos de cabeza:

—Huy, la leche —dijo—: Apuesto a que también te mola la María Dolores Pradera.

—Claro —dijo Víctor—: Y la Baez y Machín, y la Piquer, y Atahualpa, y la Tuna.

—¡No sigas, macho! Estás definitivamente kitsch.

—¿Es malo? A mí me estimula la música popular. Me concentra. ¿Soy un reaccionario por eso?

Laly, que llevaba un largo rato en silencio, dijo conmiseratívamente:

—Más bien un sentimental.

Víctor alzó los hombros:

—A lo mejor —dijo.

Agregó Laly:

—Afortunadamente tienes algo aquí —se señaló la frente con un dedo— y eso te salva.

Rafa aproximó la cabeza al parabrisas y alzó los ojos:

—Parece que quiere abrir —dijo.

La carretera se rizaba como un tirabuzón. A la izquierda, en la falda de la ladera, crecían las escobas florecidas de un amarillo ardiente, luminoso, y, más arriba, una ancha franja de robles parecía sostener la masa de farallones grisientos que remataba la perspectiva por ese lado. A la derecha, el terreno, encendido asimismo por las flores de las escobas, se desplomaba sobre el río, flanqueado de saúcos y madreselvas y, una vez salvado, volvía a remontarse en un pliegue casi vertical, exornado, en las cumbres, por extrañas siluetas de piedra erosionada que resaltaban contra la creciente luminosidad del día:

—¡Joder! El Cañón del Colorado —exclamó Rafa.

La hoz se hacía por momentos más angosta y tortuosa. En la desembocadura de las escorrentías, las lluvias habían arrastrado tierra a la carretera y las ruedas traseras del coche derrapaban en las curvas. Víctor miró alternativamente por ambas ventanillas:

—Es increíble —dijo.

Laly apuntó a una piedra enhiesta, exenta, entre el bosque apretado de robles:

—¿Te fijas? Las rocas hacen figuras raras. ¡Mira ésa! Parece una Virgen con el Niño.

Rafa rió:

—Y detrás, San José con la borriquilla. ¡No te jode! Os pierde la imaginación.

Al coronar el puerto, la topografía se hizo aún más adusta e inextricable. Detrás de los farallones aparecieron, de pronto, las oscuras siluetas de las montañas con las crestas blancas de nieve. Al pie, en un nuevo y angosto valle, se adensaba la vegetación, dividida en dos por el río. Víctor dio a Rafa unos golpecitos en la espalda:

—Para, tú. Nunca vi una cosa igual.

—Vale, Diputado.

Rafa detuvo el coche en el borde de la carretera:

—¿No te orillas más?

—Tranquilo. Por aquí no pasa un alma desde el treinta y seis.

Víctor se asomó cautelosamente al borde del abismo. De pronto, el sol, que desde hacía rato pugnaba con las nubes, asomó entre ellas y el paisaje, adormecido hasta entonces, adquirió relieve, animado por una insólita riqueza de matices. La mirada ensoñadora de Víctor ascendió desde el cauce del río hasta la flor amarilla, estridente, de las escobas, a las hojas coriáceas, espejeantes ahora, del bosque de robles y, finalmente, se detuvo en lo alto, en los dentados tolmos, agrupados en volúmenes arbitrarios pero con una cierta armonía de conjunto. De lo más profundo del valle llegaba el retumbo solemne, constantemente renovado, de las torrenteras del río. Permaneció un rato en silencio. Al cabo, repitió en voz baja, como un murmullo:

—Es increíble.

Dijo Rafa, frívolamente:

—Alucinante, macho, pero si un día me pierdo no me busques aquí. Esto está bien para las ovejas.

La mirada de Víctor siguió ahora el curso del río y se detuvo en una poza verde, transparente, a la vera de un frondoso nogal. Dijo:

—Pues a mí no me importaría instalarme aquí para los restos con la mujer que me quisiera.

Rafa hizo un cómico visaje con los ojos:

—Vale —dijo—, pero a ver dónde encuentras esa mujer.

Terció Laly:

—¿Puede saberse por qué tienes ese concepto tan particular de las mujeres?

Rafa no respondió. En el silencio se hacían más perceptibles los golpes del agua contra las rocas, allá abajo, en lo más profundo de la hoz.

—Esto me recuerda —dijo Víctor, de pronto, adoptando una actitud de gravedad— el pleito que plantea Zanussi en *La estructura del cristal*. ¿Os acordáis?

—Cojonuda película —dijo Rafa.

Laly observó a Rafa con curiosidad:

—Tú, ¿con quién te identificas? —preguntó.

—Identificarme, ¿de qué?

—Con el tío que se integra en el pueblo y asume serena y responsablemente la vida rural o con el becario, ávido de subir.

Rafa se apresuró a responder:

—Con éste, joder. El otro es un alienado.

Intervino Víctor:

—No seas maximalista.

—¡Ostras! —voceó Rafa—: Un pueblo, una tía buena, tus libritos, tus discos… Muy bien, cojonudo. Y los demás que se jodan. Muy cómodo pero socialmente inútil.

Víctor se acarició la barba, acuclilló las piernas, tomó una hierbecilla de la cuneta y se la puso entre los dientes. Dijo suavemente:

—¿Por qué inútil?

—Egoísta, me es igual.

—¡Coño, egoísta! Según lo mires —dijo Laly—: Más egoísta es la postura del tío que sólo piensa en medrar para alcanzar la fama y el dinero. Puro arribismo.

—Pero es un servicio, tía. ¿No hemos quedado en que si estamos aquí es para servir? ¿No te presentas tú a diputada por espíritu de servicio?

Víctor mordisqueaba la hierbecilla. Se incorporó y dijo apaciguador:

—Simplificas demasiado. El meteorólogo tampoco está en el pueblo tocándose los huevos, simplemente no es ambicioso, opta por servir desde un puesto modesto. Que en las horas de ocio se entretenga con un libro o agarre la caña y se vaya al río a coger un pez no es ninguna deserción.

Rafa se agachó, cogió una piedra del borde de la carretera y la lanzó con todas sus fuerzas intentando, en vano, alcanzar el río. Víctor sonrió e hizo lo propio. Su piedra se sumergió con un glup seco en la tablada más próxima:

—Los chicos de ahora no sabéis ni tirar piedras —dijo con indulgente menosprecio.

El rostro de Rafa cambió de expresión. Observaba insistentemente el abismo, el rotundo tajo del sol dividiendo en dos el angosto valle. Dijo con una seriedad impropia de él:

—Luces y sombras. Ahí lo tenéis en vivo, coño. ¿No era ése el invento de los Lumiére?

La mirada gris de Víctor se tornó, de nuevo, ensoñadora y remota:

—Luces y sombras —repitió como para sí—: Tenebrismo puro. ¿Y en qué ha ido a parar todo? Mera experimentación para encubrir la mediocridad.

Rafa recuperó en un instante su despreocupación habitual:

—Joder, macho, tampoco te pongas así.

Laly asintió:

—Estoy de acuerdo —dijo—: El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión.

Víctor la miró profundamente a los ojos:

—¿Realismo crítico? —apuntó.

Laly denegó con firmeza:

—No —dijo—, no quería decir eso ahora. Pensaba en el neorealismo italiano, *Cuatro pasos por las nubes*, *Milagro en Milán*, ya sabes.

—Cochambre, joder —dijo Rafa—. Antonioni enterró eso y bien muerto está.

Laly levantó de pronto su brazo, mostrando el reloj, escandalizada:

—Pero ¿sabéis qué hora es?

—Joder, las cinco, tú —dijo Rafa—: Somos la pera. Los paletos llevarán media hora en la plaza aguardando a sus ilustres visitantes.

V

A la derecha del camino, el pueblo se apiñaba al abrigaño de la roca, entre la fronda de las hayas, emergiendo del soto-bosque de zarzamoras, hierbabuena y ortigas. La vaguada se remataba allí, en una abrupta escarpadura cuyas crestas hendían el cielo anubarrado y en torno a las cuales revoloteaban las chovas, graznando destempladamente.

De la piedra donde se asentaba el caserío brotaba un chorro de agua, desflecado en espuma, que se precipitaba desde una altura de veinte metros para perderse bajo el puentecillo, que ahora atravesaban, y encontrarse con el río en lo hondo del valle.

Víctor golpeó con dos dedos el hombro de Rafa:

—Métete por ahí, tú.

—¿Por ahí? ¡Joder, si no cabemos!

Rafa, empero, dobló el volante y el automóvil abocó a una calleja estrecha y pina, flanqueada por casas de piedra de toba, con puertas de doble hoja y galerías de balaústres de madera, deslucidos, en los pisos superiores. Los tejados vencidos, los cristales rotos, los postigos desencajados, la mala hierba obstruyendo los vanos, producían una impresión de sordidez y ruina. Laly sacó la cabeza por la ventanilla. Miró a un lado y a otro. Dijo:

—Esto está completamente abandonado.

—Sigue un poco —dijo Víctor.

La calleja serpeaba y, a los lados, se abrían oscuros angostillos de heniles colgantes, apuntalados por firmes troncos de roble, costanillas cenagosas generalmente sin salida, cegadas por un pajar o una hornillera. Frente a una casa de piedra labrada, con arco de dovelas, Rafa detuvo el coche. Salvo el ligero zumbido del motor y los gritos lúgubres de las chovas en la escarpa, el silencio era absoluto:

—¿Y esto? —señaló el arco—: ¿Qué pinta esto aquí?

Víctor examinó la casa con ojos expertos:

—Ya vi otras en Refico —dijo—. Incluso dos con portadas blasonadas. Esta zona tuvo su importancia en el siglo diecisiete.

Rafa meneó la cabeza dubitativo y reanudó la marcha. La calle se estrechaba aún más:

—Joder, macho, da como miedo —dijo.

Dobló la esquina de un pajar desventrado, con las piedras al pie, y, al fondo de la calle, se hizo la luz. El coche accedió a una amplia explanada por medio de la cual corría un riachuelo cristalino —que parecía provenir de una gruta, excavada en la base de la escarpa— sobre un lecho de guijos blancos.

Entre las hayas, en torno al arroyo, picoteaban unas gallinas rojas y, del otro lado de aquél, junto a un nogal, donde había amarrado un borrico ceniciento, se alzaba una casa con emparrado sobre la puerta y una galería con tiestos y ropa blanca tendida en un alambre.

Laly suspiró y se apeó del coche:

—Alguien ya hay —dijo aliviada.

En el muro ciego de un pajar, Ángel había pegado dos cartelones del líder y una leyenda debajo convocando al vecindario para un mitin a las cinco:

—Un mitin aquí, ¡no te jode! —dijo Rafa—: Este Dani es un quedón.

—¿Y qué sabía Dani?

—Tampoco era tan difícil averiguarlo, macho.

Víctor guardó silencio. Contempló la doble fila de edificaciones paralelas al arroyo y luego levantó la cabeza hacia las concavidades de las rocas en lo alto, donde las chovas armaban su loca algarabía. Respiró hondo y, finalmente, sonrió:

—¿Sabes qué te digo? Que sólo por ver esto, ya valía la pena el viaje.

—Joder, si es por eso, me callo.

Una voz levemente empañada, comedidamente cordial, les alcanzó desde el otro lado del riachuelo:

—Buenas...

Los tres se sobresaltaron. Un hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parcheados de pana parda, les miraba taimadamente desde la puerta, bajo el emparrado de la casa. Víctor, al verlo, franqueó la lancha que salvaba el arroyo y se dirigió resueltamente hacia él:

—Buenas tardes —dijo al llegar a su altura—: Dígame: ¿podríamos hablar un momento con el señor alcalde?

El hombre le miraba con sus azules ojos desguarnecidos en los que aparecía y desaparecía una remota chispa de perplejidad:

—Yo soy el alcalde —dijo jactanciosamente.

Portaba una escriña en la mano derecha y una escalera en la izquierda. Víctor se aturdió:

—¡Oh!, perdone —dijo—: Venimos por lo de las elecciones, ¿sabe?

—Ya —dijo el hombre.

—Sabrá usted que el día quince hay elecciones, ¿verdad?

—Algo oí decir en Refico la otra tarde, sí señor.

Víctor observaba los bordes pardos, deslucidos por el viento y las lluvias, de la boina del hombre, su hablar mesurado y parsimonioso. Vaciló. Al fin se volvió atropelladamente hacia Laly y Rafa:

—Éstos son mis compañeros —dijo.

En el rostro del hombre, de ordinario impasible, se dibujó una mueca ambigua. Adelantó hacia ellos, a modo de justificación, la escriña y la escalera:

—Tanto gusto —dijo—: Disculpen que no les pueda ni dar la mano.

En la puerta de la casa apareció un perro descastado, la oreja derecha erguida, la izquierda gacha, el rabo recogido entre las patas, y se dirigió a Víctor rutando imperceptiblemente.

—¡Quita, chito! —dijo el hombre, moviendo enérgicamente la cabeza hacia un lado.

El perro cambió de dirección y se parapetó tras él.

El viejo apoyó los pies de la escalera en el suelo y penduleó la escriña. Dijo Víctor:

—Diga usted, ¿no habrá por aquí un local donde reunir a los vecinos?

—¿Qué vecinos? —preguntó el hombre.

—Los del pueblo.

—¡Huy! —dijo el viejo sonriendo con represada malicia—: Para eso tendrían ustedes que llegarse a Bilbao.

—¿Es que sólo queda usted aquí?

—Como quedar —dijo el viejo indicando con la escriña la calleja— también queda *ése*, pero háganse cuenta de que si hablan con *ése* no hablan conmigo. De modo que elijan.

Rafa, tras Víctor, le dijo a Laly a media voz: «Ahora sí que la hemos cagado». Sacó del bolsillo del pantalón un paquete de tabaco y ofreció al hombre un cigarrillo:

—Gracias, no gasto.

Víctor insistió:

—¿De modo que sólo quedan ustedes dos?

—Ya ve, y todavía sobramos uno. Aquí contra menos somos, peor avenidos estamos.

Víctor puso el pie derecho en el poyo de la puerta y se acodó en el muslo. Dijo forzadamente, con notoria incomodidad:

—En realidad nosotros sólo pretendíamos charlar un rato con ustedes, informarles.

Brilló de nuevo el asombro en las pupilas del viejo:

—¡To!, lo que es por mí, ya puede usted informarme.

La cabeza de Víctor osciló de un lado a otro:

—Bueno —dijo, al cabo—, así, en frío, mano a mano, no es fácil, compréndalo… Pero en fin, lo primero que debemos decirle es que estas elecciones, las elecciones del día quince, son fundamentales para el país.

—Ya —dijo lacónicamente el viejo.

—O sea, que es una oportunidad, casi le diría la oportunidad, y si la desaprovechamos nos hundiremos sin remedio, esta vez para siempre.

El rostro del viejo se ensombreció. Parpadeó por dos veces. Se tomó un poco de tiempo antes de preguntar:

—¿Y dónde vamos a hundirnos, si no es mala pregunta?

Víctor se acarició las barbas:

—Bueno —respondió—, eso es largo de explicar. Nos llevaría mucho tiempo.

Bajó el pie al suelo y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, desalentado. Laly se llegó al riachuelo y metió la mano en el agua. La sacó al instante, como si se hubiese quemado:

—Está helada —dijo.

El hombre miró a la gruta:

—A ver, es agua de manantial.

Laly se aproximó a él:

—¿Es éste el arroyo que arma la cascada ahí abajo, a la entrada del

pueblo?

—¿Las Crines?

—No sé, digo yo que serán las Crines.

—Esta agua es —sentenció el hombre.

En el hueco negro de la puerta, bajo la parra, apareció una mujer vieja, de espaldas vencidas, enlutada, con un pañolón atado bajo la barbilla y una lata entre las manos temblorosas. El hombre ladeó la cabeza y dijo a modo de presentación:

—Aquí, ella; es muda.

Laly y Víctor sonrieron:

—Buenas tardes.

La vieja correspondió con una inclinación de cabeza, se adelantó hasta el borrico, bajo el nogal, y comenzó a emitir unos ásperos sonidos guturales, como carraspeos, al tiempo que desparramaba, a puñados, el grano de la lata. Las gallinas rojas de la cascajera acudieron presurosas a la llamada y comenzaron a picotear en torno a ella. Rafa miró a lo alto, a las chovas de los cantiles:

—¿Y no les hacen nada los bichos esos a las gallinas?

En la boca del viejo se dibujó una mueca despectiva:

—¿La chova? —inquirió burlonamente—: La chova, por lo regular, no es carnicera.

Al concluir el grano, la mujer dio la vuelta a la lata y sus dedos descarnados tamborilearon insistentemente en el envés, y dos gallinas rezagadas corrieron hacia ella desde la gruta. Víctor se sacudió una mano con otra. Le dijo al viejo:

—Bueno, creo que estamos importunándole.

—Por eso, no —replicó el hombre. Y añadió como justificándose—: Iba a coger un enjambre, si ustedes quieren venir…

A Víctor se le iluminó la mirada:

—¿De veras no le importa que le acompañemos?

—¡To! ¿Y por qué había de importarme?

—En realidad —prosiguió Víctor, intentando de nuevo una aproximación—, todavía no nos hemos presentado. Yo me llamo Víctor; mi amiga, Laly, y mi amigo, Rafael. ¿Cuál es su nombre?

—Cayo, Cayo Fernández, para servirles.

—Pues nada, señor Cayo, si me permite, le echo una mano —asió la escalera por un larguero.

El señor Cayo sonrió. La mirada perspicaz ennoblecía su media sonrisa desdentada, entre condescendiente e irónica. Le cedió la escalera:

—Si ése es su gusto.

Víctor la tomó. Exclamó sorprendido:

—Si no pesa, parece corcho, ¿de qué madera es esto?

—Chopo. El chopo es ligero y aguanta.

Precedidos por el señor Cayo, doblaron la esquina de la casa y abocaron a un sendero entre la grama salpicada de chiribitas. A mano izquierda, en la greñura, se sentía correr el agua. Laly se acercó a la maleza y arrancó una flor silvestre, formada por la conjunción de muchos botones, blanca y grácil, abierta como una breve sombrilla:

—¿Qué flor es ésta? —preguntó, y la hacía girar por el tallo, entre dos dedos.

El señor Cayo la miró fugazmente:

—El saúco, es la flor del saúco. Con el agua de cocer esas flores, sanan las pupas de los ojos.

Laly se la mostró a Víctor:

—¿Te das cuenta?

El señor Cayo, penduleando la escriña, ascendió por la senda, bordeada ahora de cerezos silvestres, y, al alcanzar el teso, se detuvo ante la cancilla que daba acceso a un corral sobre cuyas tapias de piedra asomaban dos viejos robles. En un rincón, al costado, se levantaba un cobertizo para los aperos y, al fondo, en lugar de tapia, la hornillera con una docena de dujos. Dentro de la cerca, las abejas bordoneaban por todas partes. El señor Cayo se aproximó al primer roble, levantó el brazo y señaló a la copa con un dedo:

—Miren —dijo, y sonreía complacido—: Hace más de quince años que no agarro un tetón así.

Laly, Víctor y Rafa miraron hacia la copa del roble. De una de las ramas altas pendía un gran saco negruzco, en torno al cual revoloteaban las abejas en vuelos espasmódicos, de ida y vuelta.

Fue Rafa el primero en advertir:

—¡Joder, si son todo abejas!

—¿Cuál es todo abejas? —preguntó Laly.

—¡Joder, cuál! El saco ese que cuelga de la rama. ¿Es que no las ves?

Víctor exultó:

—¡Es cierto, tú! Están unas encima de otras. ¿No las ves moverse?

El viejo los contemplaba con pueril satisfacción. Las abejas caminaban unas sobre otras, avanzaban, retrocedían, sin levantar el vuelo. El señor Cayo se empinó, cortó un carraspo de la rama más baja y lo introdujo en la escriña, sacando el rabo por el agujero. Se llegó al chamizo, cogió el humeón y rellenó de paja el depósito. Parsimoniosamente raspó un fósforo y le prendió fuego. La paja ardía sin llama, como un pequeño brasero de picón de encina. Depositó el humeón en el suelo, tomó con un dedo una pella de miel y untó las hojas exteriores del carraspo. Reunió todo y regresó junto al árbol.

Laly, Víctor y Rafa continuaban embobados, observando las evoluciones de las abejas del tetón:

—¿Qué?

Dijo Víctor sin dejar de mirar a lo alto:

—Oiga usted, ¿y por qué se posan todas juntas?

—La abeja posa donde posa la reina.

—¿Y si la reina se larga?

—Todas detrás, es la regla.

Las preguntas se encadenaban en los labios de Víctor:

—Y si usted no las coge ahora, ¿se quedarían ahí de por vida?

Bajo el añoso roble, la voz calmosa del señor Cayo cobraba un noble acento profesoral:

—¡Quia, no señor! Las emisarias andarán ya por ahí, desde hace rato, buscando casa.

—¿Y si no la encuentran?

—Raro será. Pero, mire, si no la encuentran o en la casa que han escogido se las hostiga, los animalitos vuelven a la madre.

—¿A la madre?

—Al dujo de donde salieron.

Víctor se cruzó de brazos, sonriente. Miró a Laly:

—Es increíble.

El señor Cayo afianzó la escalera en el primer camal:

—Lo que va a hacer ahora el señor Cayo —dijo— es darles la casa que buscan. ¿Me aguanta usted la escalera?

Víctor puso el pie en el primer peldaño. El señor Cayo cogió la escriña con una mano y el humeón con la otra y comenzó a trepar, sujetándose a los largueros con las muñecas, ágilmente, sin vacilaciones. Una vez arriba, comenzó a hablar en un murmullo apenas audible, en un tono monocorde, entre amistoso y de reconvención, persuasivo:

—Ahora, en diez minutos, todas adentro. Así, a ver, con calma. Un poquito de humo y arriba.

Colocó la escriña boca abajo de forma que las hojas del carraspo untadas de miel rozasen la rama de la que pendía el tetón y accionó el fuelle del humeón lentamente, con las dos manos:

—Vamos, poco a poco, así. Otro poquito de humo y todas adentro.

Paulatinamente, la gran bolsa oscura se iba disolviendo. El tetón ya no tenía vértice, se había convertido en un fondo de saco romo, distendido, y las abejas seguían trepando unas sobre otras, hacia la boca de la escriña, sin levantar el vuelo. Cuando todas estuvieron dentro, el señor Cayo dejó caer al suelo el humeón y comenzó a descender por la escalera con la misma resolución que ascendiera

antes. Víctor lo observaba atenta, admirativamente.

—¿Qué edad tiene usted, señor Cayo?

—¿Yo? Para San Juan Capistrano los ochenta y tres.

Rafa agitó ruidosamente el dedo índice contra los otros tres:

—¡Ostras, ochenta y tres años y subiéndose a los árboles!

Laly estaba pendiente de la escriña que se balanceaba en la mano del viejo mientras descendía la escalera. Dijo asombrada:

—Pero no se cae ninguna, oiga.

—¡To! ¿y por qué habían de caerse? Ya saben agarrarse, ya —dijo el señor Cayo.

Cuando llegó al suelo, metió la mano en el bolsillo del remendado pantalón y sacó de él un trapo blanco. Se acuclilló junto a la hornillera y extendió aquél en el suelo, haciendo coincidir el extremo con la hendidura de un dujo. El señor Cayo se movía lenta, aplicadamente, sin un solo movimiento superfluo. Víctor no le quitaba ojo. Dijo de pronto:

—Diga usted, ¿y esos troncos metidos en la tapia?

El señor Cayo señaló a la hornillera, los troncos grises, hendidos, empotrados entre las piedras amarillas:

—¿Esto? —dijo—. Los dujos son, a ver, las colmenas.

Las abejas entraban y salían por las hendiduras, entraban lentamente, mediante un esfuerzo, y salían ligeras, dispuestas nuevamente al vuelo. Añadió el señor Cayo:

—Mire, mire, cómo se afanan.

Cogió la escriña y la sacudió golpeando el suelo reiteradamente con uno de los bordes. Del cesto se desprendió el enjambre que quedó amontonado, burbujeante y negro, sobre el trapo. Algunas abejas aisladas, levantaban el vuelo y zumbaban, insistentes, en torno suyo. Rafa comenzó a hacer nerviosos aspavientos con ambos brazos. Dijo el señor Cayo:

—Déjelas quietas, no las hostigue.

—¡Joder, no las hostigue!, ¿y si me pican?

—Qué han de picar, la abeja enjambrada no pica.

Víctor contemplaba arrobado el montón de insectos, que, poco a poco, pero de manera ostensible, como minutos antes en el árbol, se iba reduciendo. Las primeras avanzadillas, caminando ligeras sobre el trapo, se adentraban ya por la ranura del dujo:

—Ya entran —dijo Víctor—. Es alucinante.

El señor Cayo, que vigilaba de cerca el comportamiento de los insectos, frunció sus cejas canosas con reprimido enojo:

—Entran, entran, pero no muy voluntarias.

Agarró delicadamente las puntas exteriores del trapo y levantó éste

lentamente, formando un plano inclinado, empujando con suavidad al enjambre hacia la colmena. Varias abejas treparon por sus dedos, a paso vivo, por sus brazos, y se le apiñaban luego en la espalda y la culera de los pantalones. Otras mosconeaban alrededor del grupo, encolerizadas. Rafa se excitó:

—¡Tiene usted más de una docena posadas en el culo, señor Cayo!

El señor Cayo, arqueado sobre el trapo, le miró de soslayo:

—¿Y qué mal hacen ahí? —preguntó—: Déjelas estar, una vez que entre la reina, todas detrás.

Se inclinó sobre el enjambre y prosiguió, como hablando consigo mismo:

—No entran muy voluntarias, no señor. Yo no sé qué las pasa hoy.

Eran cada vez más las abejas que levantaban el vuelo y zumbaban alrededor de los robles. El señor Cayo se volvió hacia Víctor:

—¿Me alcanza el humeón?

—¿El fuelle ese?

—El fuelle, sí señor.

Víctor alargó el humeón al señor Cayo. Dijo éste:

—No, usted, haga el favor.

—¿Yo? —dijo Víctor, intimidado.

—Usted, sí señor, es fácil. Arrime la boca al enjambre y dé tres soplidos, sólo tres, ¿oye?

Víctor, poseído de una alegría infantil, accionó torpemente el fuelle por tres veces. Rafa rompió a reír y se golpeó los muslos con las palmas de las manos:

—¡Joder, qué foto tienes, Diputado!

Dijo el señor Cayo:

—Ya basta.

Acosadas por el humo, las abejas que aún yacían en el trapo comenzaron a desplazarse apresuradamente hacia el gárgol. Añadió el señor Cayo:

—Cuando yo le diga, dé usted otros tres, haga el favor.

Al cabo de unos minutos, el montón de abejas había desaparecido por la hendidura y apenas quedaban unas cuantas revoloteando alocadamente alrededor. El señor Cayo se enderezó, las manos en los riñones, plegó el trapo y volvió a guardarlo en el bolsillo. Luego volcó la paja del humeón en el suelo y aplastó la lumbre con el pie. Se sujetó la boina:

—Ya vale —dijo.

Se encaminó lentamente hacia el chamizo de los aperos. Laly, Víctor y Rafa le seguían, comentando. Inopinadamente, el señor Cayo se detuvo, la cabeza ladeada, las pupilas en los vértices de los ojos,

inmóvil como un perro de muestra:

—Quietos —dijo con energía. Se dirigió indistintamente al grupo, sin moverse:

—¿Me alarga usted un palo?

Víctor se adelantó hasta unas leñas amontonadas al costado del chamizo y le entregó una:

—¿Vale?

—Qué hacer.

Con insospechada rapidez, el señor Cayo levantó el palo por encima de su cabeza y lo descargó contundentemente contra el suelo, junto a un tomillo. Arrojó el palo lejos de sí y rompió a reír al tiempo que se agachaba e izaba, prendido con dos dedos por la pata trasera, un lagarto verde con la cabeza destrozada. Dio media vuelta y se lo mostró:

—¿Se dan cuenta? Este bicho, para las abejas, peor que el picorrelincho. ¡Peor, dónde va! El lagarto, cuando se envicia, se hace muy lamerón.

VI

El señor Cayo puso la escalera en posición horizontal y la colgó de dos clavos de pie, herrumbrosos, encima de las baldas, y la escriña, en el inmediato. Sobre los vasares, alabeados, se alineaban los frutos arrugados del último otoño. Olía intensamente a manzanas viejas y a alholvas. Al fondo de la manzanera se abría un cuchitril ahumado, sin cielo raso, difusamente iluminado por un ventano cuyos cristales rajados estaban cubiertos de mugre y telarañas. Dijo el señor Cayo, con cierta solemnidad, tal que si presentase a una persona:

—La hornera. Ella y yo cocemos el pan aquí.

Dijo Víctor sorprendido:

—¿El pan? ¿Es que también hace usted con sus manos el pan que come?

—Qué hacer, ¿qué ciencia tiene eso?

Los ojos iban habituándose a la penumbra y Víctor descubrió, sobre las piedras desnudas y amarillentas del muro, junto a los clavos herrumbrosos donde el señor Cayo acababa de colgar la escriña y la escalera, varios útiles y aperos de labranza. Víctor los examinó superficialmente y ante un cepillo de madera con cerdas metálicas preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

—Una cardancha.

—¿Y para qué sirve?

—¡To, para cardar lino! Antaño estos vallejos no daban otra cosa.

A Víctor le espoleaba una curiosidad insaciable:

—¿Qué años hará de eso?

El señor Cayo se rascó ruidosamente la barba:

—Ponga setenta años, menos no. Era yo un chiquito entonces.

—¿Y por qué dejaron el lino?

—Era muy esclavo, mire. Y cuando el Cipriano volvió de la mili y se trajo los primeros manzanos, lo dejamos. ¡Qué sé yo qué año sería! Eche cuentas. El Cipriano murió en el setenta y uno y para la víspera de la Virgen hubiera cumplido los noventa y tres.

—¡Ostras! —terció Rafa—, aquí todo dios llega a viejo.

El señor Cayo hizo una mueca de suficiencia:

—Otra cosa no —dijo—, pero sano sí es esto.

Apuntó irónicamente Víctor:

—Será la miel, la jalea real esa.

—Será, mire, no digo que no.

En las baldas más bajas se hallaban esparcidas las nueces desconchadas. Rafa cogió una, la echó al suelo y la cascó de un

taconazo. Víctor preguntó:

—¿También trajo las nueces el Cipriano?

—¡Quia, no señor! Los nogales llevan aquí desde siempre, como las piedras. ¡Qué sé yo! Lo mismo dos mil años.

Entró el perro subrepticiamente y se puso a olisquear entre los estantes. El señor Cayo le tiró un puntapié:

—¡Quita, chito!

El animal aulló, recogió el rabo y salió a la explanada trompicando en el banzo de la puerta. Víctor daba vueltas entre las manos a un extraño artilugio de alambre con dos correas:

—¿Y esto que parece un bozal?

—Un bozal es.

—Pues menudos perros se gastan ustedes.

—No es de perro, es de burro.

—¿Es que también muerden los burros en este pueblo?

—No es que muerdan, no señor, pero se pone usted a acarrear mieses con un burro sin bozal y no llega una espiga a casa.

Víctor asintió:

—Ya entiendo.

Laly, a su lado, alargó el brazo y tomó una manzana de la tabla más próxima:

—¿Puedo comérmela?

—Coma, cómala, aproveche, este año ni las vamos a catar.

—¿Tan malo viene? —inquirió Víctor.

—Malo es algo. Las heladas de abril quemaron la flor, lo malrotaron todo.

Tras ellos, en lo negro, sonó un gemido lastimero. El señor Cayo sonrió y se rascó insistentemente una mejilla:

—¿Lo sintieron?

—¿Qué es?

—El cárabo es. Hace dos años que le ha dado por anidar aquí, ya ve.

—¿Es que antes anidaba fuera?

—De siempre, pero parece como que ahora se sintieran solos.

Ciñó el puntal con el brazo izquierdo, agachó la cabeza para esquivar la zapata y les invitó:

—Pasen, pasen.

Él avanzaba despreocupadamente y ellos le seguían medio a tientas, titubeando, en la penumbra, entre las tablas desiguales. En el rincón más oscuro, el señor Cayo se detuvo y prendió un fósforo. Dos animales gemelos, como dos pelotitas de plumón ingrávido, les miraban desde el suelo, junto al montón de heno, con sus redondos ojos negros. El señor Cayo tomó una paja y anduvo un rato

hostigándoles y los cárabos bufaban y mostraban las garras, unas uñas largas, corvas, afiladas como navajas. Sin cambiar de postura, el señor Cayo cogió dos bolas grises, resecas, de color de estaño, junto a los pájaros y sacudió la mano con el fósforo. Prendió otro, se incorporó y mostró las bolas sobre la palma de la mano. Amusgó los ojos:

—¿A que no saben qué es esto?

—¡Coño, dos cagadas! —dijo Rafa sin vacilar.

El señor Cayo rió:

—Pues, no señor, no son cagadas, ya ve lo que son las cosas. Esto lo echa el cárabo por la boca. Todo lo que no es momio lo escupe, para que me entienda, huesecillos y pellejos por lo regular.

Deshizo las pellas entre los dedos para que comprobasen su afirmación, arrojó los restos con la cerilla al suelo, pisó ésta y volvió a acuclillarse para sortear la viga. Contra la claridad de la puerta era más fácil caminar. El señor Cayo se detuvo ante los trebejos del muro. Escogió cuidadosamente una azada:

—Ahora he de bajar a la huerta —dijo como excusándose.

Víctor se sacudió las manos:

—¿Podemos bajar con usted? —preguntó.

—Mire, por mí, como si quieren quedarse. Y, si ése es su gusto, luego les enseño el pueblo.

—¿Es que hay algo que valga la pena?

—¡To!, dejará de haber. Arriba, en el cerral, orilla del cementerio, tiene usted una ermita de mucho mérito, de cuando los moros, sí señor. Luego tiene la gruta de las Crines, no la hay más capaz en toda la provincia; cuando la guerra nos encerrábamos allí todo el vecindario, hágase cuenta.

Víctor escuchaba atentamente las palabras del viejo mientras avanzaba junto a él hasta la puerta de la manzanera. De la parte de la calleja, las sombras empezaban a estirarse sobre la explanada, en tanto el sol reverberaba en el riachuelo y doraba la escarpa. En los silencios intermitentes de las chovas, se sentía el arrullo del agua entre los guijos y el estruendo lejano de la cascada sobre el camino. Rafa se acercó a Víctor:

—¿Sabes qué hora es, Diputado?

Víctor le consideró displicentemente:

—¿Qué importa eso ahora? —dijo—. Estamos bien aquí, ¿no? —Y, como para acallar su conciencia, preguntó al señor Cayo—: ¿Qué vecinos quedan en Quintanabad?

—En Quintana, por mayor, ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno, no señor.

—¿Y en Martos?

—En Martos, cinco. Aguarde, digo mal, cuatro, el Baudilio falleció el mes pasado.

Víctor se encaró con Rafa:

—Tú dirás.

—¡Joder, tampoco es eso! A Dani le importan tres cojones los vecinos, ya lo sabes, él lo que quiere es poner en el mapa la última chincheta y punto.

Víctor levantó los hombros:

—Lo siento —dijo—. Yo no juego a eso.

La mujer enlutada volvió a salir de la casa con el perro detrás y Víctor la siguió con los ojos hasta el nogal. Una vez allí, desató al borrico, lo tomó de la soga y desapareció tras la esquina de la casa, seguida del perro. El señor Cayo, que desde hacía un rato golpeaba la azada contra el suelo, la levantó finalmente, la inspeccionó y dijo como para sí:

—A esta azada hay que mangarla.

—Mangar, ¿es poner mango?

—Natural.

—En la ciudad, mangar es robar.

El viejo no se dio por aludido:

—Para mangarla, ¿sabe usted?, no vale un palo, ha de ser un enterizo.

—¿Un enterizo?

—El palo con su raíz. Solo, no sujeta.

A Víctor le brillaban los ojos de entusiasmo. Dijo a Laly:

—¿Te das cuenta?

Laly insinuó a media voz, débilmente:

—Aunque en Martos no hablemos, deberíamos al menos hacer acto de presencia, Víctor. Tal vez Dani se cabree.

—Dani, Dani, Dani, no se os cae Dani de la boca, coño. ¿No podéis dejar a Dani de una puñetera vez?

—Como quieras.

Víctor dio media vuelta, malhumorado:

—Vamos a la huerta, señor Cayo.

El viejo flanqueó el arroyo por su margen derecha y, al alcanzar el talud, tomó un senderillo sinuoso, entre los helechos, dejando a su izquierda un pilón con entrada y salida de agua. En el primer bancal, formado por tierras de aluvión, estaba el huerto, parcelado en cuadrículas simétricas, primorosamente cuidadas en contraste con los eríos circundantes, asfixiados por la mala hierba. Apenas llegados, Rafa se agachó y observó la disposición de las habas, la vaina erecta sobre el tallo, contrariamente a los guisantes, de vaina desmayada:

—¿Qué planta es ésta? —preguntó.

—Habas —respondió el señor Cayo.

Rafa rió. Le dijo a Laly en voz baja:

—¿Te fijas? Un símbolo fálico perfecto. ¡Si lo coge Freud! Ahora queda claro eso de «tócame el haba».

Laly puso su mano ligera en el hombro del muchacho:

—Rafita —dijo—, mucho me temo que no tengas remedio. Eres un obseso sexual.

Víctor miraba en torno, los bancales escalonados hasta el río, los manzanos puntisecos, y, en la ladera opuesta, los pastos tiernos del monte sofocados por las aulagas:

—¿Qué? —preguntó el señor Cayo tendiendo la vista hacia la montaña.

—Esto parece pobre, es cierto, pero tal vez en régimen de cooperativa podría funcionar.

El señor Cayo, instalado en su parcela, apoyado en el mango de la azada, replicó:

—Ya hubo de eso, no crea.

—¿Cooperativas?

—Eso, sí señor. Más de trescientas ovejas llegaron a juntar Misael y los otros el año sesenta y cuatro. Pero, ¿me quiere usted decir qué hacían con ellas si ninguno quería ser pastor?

Víctor parecía reflexionar:

—En realidad, no pensaba en eso ahora —dijo—, me refería a los frutales. En pocos años, el campo ha experimentado una verdadera revolución en Lérida. ¿Y sabe usted con qué? Con los frutales enanos y una comercialización eficiente, así de fácil.

Sonrió socarronamente el señor Cayo:

—¿Hiela en mayo en el pueblo ese que usted dice?

Víctor se llevó una mano a las barbas:

—Tal vez no le falte a usted razón.

El viejo escupió en la palma de una mano y la frotó enérgicamente con la otra, cogió la azada y comenzó a cavar pequeños hoyos en las crestas de los cerros. Trabajaba a un ritmo sosegado, pero activo y regular. Víctor le observaba atentamente:

—Usted nunca tuvo prisa, ¿no es cierto, señor Cayo?

—¡To! ¿Y a cuento de qué iba a tener prisa?

El sol se abrió de nuevo paso entre dos nubes e inundó de luz el vallejo. Laly se adelantó hasta Víctor, regateando entre las patatas, en tanto Rafa caminaba cansinamente hasta el límite del huerto y se sentaba en el ribazo, a la sombra de un nogal. Al verle, el señor Cayo interrumpió su labor, echó la boina hacia atrás y se pasó el antebrazo

por la frente sudorosa:

—Ahí no debería sentarse —dijo.

—¿Yo? —inquirió Rafa, alarmado.

—La sombra de la nogala es muy traicionera.

—¡Ostras!, ¿y qué lo mismo da una sombra que otra?

—Pues, no señor, no da lo mismo, hay sombras y sombras. Y, si no, vaya usted a preguntárselo al señor Benito.

—¿Qué le ocurrió al señor Benito?

—Pues eso, se sentó un jueves a la tarde, tal que usted ahí, y el domingo, a la mañana, ya le habíamos dado tierra. Eso le ocurrió.

Rafa se puso en pie de un salto y se palmeó ardorosamente el trasero con ambas manos. Rió forzadamente:

—¡No joda! —dijo—, no sea usted quedón.

El señor Cayo movió levemente la cabeza como diciendo: «Más vale así», luego se inclinó de nuevo sobre la tierra y reanudó su tarea lenta, aplicadamente. Al cabo de unos minutos, dejó la azada en el suelo, se aproximó al cuadro sembrado de remolachas, agarró la hoja más larga y rizada de la primera planta y se la mostró. Dijo despectivamente:

—Ve ahí, de que se las deja, se espigan —fue extrayendo de la tierra húmeda pequeñas remolachas rojas, apenas formadas, y amontonándolas a un lado—. Si se las junta, no crecen para abajo, como debe ser, sino para arriba; se espigan. Hay que entresacarlas y ponerlas cama aparte.

Hablaba monótonamente, en tono menor, mientras trasladaba los frutos extraídos hasta la cuadrícula virgen. Una vez allí, las fue colocando con meticuloso recreo, una a una, en las hoyas que acababa de abrir. Al acabar, comenzó a enterrarlas mediante tres hábiles golpes de azada. Laly contemplaba sombríamente el perfil afanoso del hombre, sus manos grandes, sarmentosas, engarfiadas en el mango de la azada. Inesperadamente estalló:

—¡Esto es lo que no se puede consentir!

El señor Cayo dejó de mover la tierra y levantó los ojos humildemente, como si hubiera sido sorprendido en falta:

—¿El qué? —preguntó.

Laly le señalaba acusadoramente:

—Esto —dijo—, que un anciano, a los ochenta y tres años, tenga que seguir trabajando de sol a sol para ganarse la vida.

El señor Cayo parpadeaba sin salir de su asombro. Volvió a pasarse el antebrazo por la frente y se rascó la mejilla en un movimiento mecánico:

—Ande —dijo al fin, en tono de soterrada protesta—, ¿es que también va usted ahora a quitarme de trabajar?

A Laly le había nacido en la frente la vena del mitin, una leve

protuberancia azulada que denotaba un ardoroso apasionamiento. Añadió resueltamente, en tono conminatorio, con voz firme pero impersonal:

—Una sociedad que tolera una cosa así, no es una sociedad justa.

El señor Cayo la miraba estupefacto, parecía un niño enfurruñado. Dijo:

—¡To! ¿Y si me quita usted de trabajar el huerto, en qué quiere que me entretenga?

Las cabezas de Víctor y Rafa penduleaban de uno a otro, a compás del diálogo. Los labios de Víctor esbozaban una expresión irónica. Agregó Laly visiblemente acalorada:

—¿Y qué pasa si usted enferma mañana?

—¡To! Ella me cuidará.

—¿Y si es ella la que enferma?

—Mire, para eso están los hijos.

Laly separó los brazos del cuerpo y abrió sus dedos crispados en ademán patético. Su silueta, recortada sobre las rocas doradas del despeñadero, tenía algo de teatral:

—¡Ya salió! —dijo—. Eso es lo que esperaba oírle decir.

El señor Cayo se mostraba cada vez más desconcertado:

—¿Es de ley, no? —apuntó tímidamente—. Si uno miró por ellos cuando no podían valerse, justo es que miren por uno cuando uno se queda de más.

Laly pareció renunciar a su empeño dialéctico. Murmuró algo relativo a las dificultades de desmontar una sociedad patriarcal, mas como el señor Cayo permaneciese expectante, sin comprenderla, Víctor intervino tratando de aliviar la tensión:

—¿Tiene usted muchos hijos?

—Dos tengo, la pareja —respondió el señor Cayo mirando de reojo a Laly, sin salir aún de su asombro, como esperando una nueva invectiva—: El hijo anda en Baracaldo, en una fábrica de cojinetes, y la otra en Palacios, está casada allí, ¿sabe?, lleva la tienda y el bar —sonrió tenuemente y aclaró—: Los dos tienen coche.

Intervino Rafa:

—¿Y por qué se fueron del pueblo?

El señor Cayo dibujó con ambas manos un ademán ambiguo:

—La juventud —dijo—, se aburrían.

—¡Joder, se aburrían! ¿Quiere usted decirme qué horizontes les ofrecía esto?

Las chovas aleteaban alrededor de los tolmos, graznando lúgubremente.

—Necesidad no pasaban —puntualizó tercamente el señor Cayo.

—¡Ostras, necesidad! Según a lo que usted llame necesidad.

El señor Cayo ladeó levemente la cabeza y le examinó un rato con remota indiferencia. Finalmente agarró la azada y siguió cubriendo las remolachas espigadas con cachazuda eficacia. Murmuró:

—Me parece a mí que no vamos a entendernos.

El sol descendía lentamente a la izquierda de los cantiles, sobre el río. Las nubes, cada vez más densas y oscuras, cruzaban raudas en dirección sudeste. A intervalos dejaban en sombra un sector del valle y, de inmediato, volvían a levantar y el sol expandía una dulce luminosidad anaranjada. Víctor, las manos en los bolsillos de los pantalones, se dirigió conciliador al señor Cayo:

—Dígame, señor Cayo, ¿cuándo empezó aquí el éxodo?

El señor Cayo le enfocó sus ojos romos. Aclaró Víctor:

—¿Qué año comenzó a marchar la gente del pueblo?

—¿La emigración, dice?

—Eso, la emigración.

—A ciencia cierta no sé decirle, pero de la guerra acá ya empezó el personal a inquietarse.

—¿De la guerra? ¿Tan pronto?

—Qué hacer, sí señor. Por aquellos entonces, más de uno y más de dos marcharon a la mili y no regresaron. Luego, la cosa fue a mayores.

—¿Cuándo?

—Ponga de quince años a esta parte.

—Pero este pueblo, ¿ha sido grande algún día?

Los ojos acuosos del señor Cayo se iluminaron:

—¿Grande dice? Aquí, donde lo ve, hemos llegado a juntarnos más de cuarenta y siete vecinos, que se dice pronto. Y no ha habido en la montaña pueblo más jaranero, que, no es porque yo lo diga, pero en la fiesta de la Pascuilla hasta de Refico subían. ¡No vea!

Rafa arrojó una colilla al suelo, la tapó con el pie, bajó la cabeza y murmuró con sorna: «¡Joder, Nueva York!». El señor Cayo concluyó de cubrir las hoyas, se arrimó a la acequia y, mediante dos golpes de azada, abrió la camella y el agua corrió alegremente por la reguera hasta la cuadrícula donde acababa de replantar las remolachas. Sonreía. Dijo, haciéndose destinatario de su propia voz:

—Si el agua no aprieta, la remolacha no fija. —Alzó imperceptiblemente los ojos hacia el cielo y añadió—: Y en menguante, como debe ser.

Rafa deambulaba por los eríos inmediatos, los viejos huertos abandonados y, de pronto, descubrió la cruz entre la greñura y se detuvo:

—¡Eh, señor Cayo! —voceó—: ¡Aquí hay una cruz!

El señor Cayo entrecerró los ojos:

—Natural —dijo pausadamente—: Yo la puse.

—¿Es que hay un muerto aquí debajo?

—Tal cual, sí señor, mi compadre Martín. El cementerio está arriba, hágase cuenta, yo no podía subirle solo.

Cansinamente, con la azada al hombro, se llegó hasta la cruz. Laly y Víctor le seguían. Aclaró:

—Por mejor decir, el compadre no era él, sino ella, la Andrea, la madre de la difunta Eloísa, pero él, el Martín, se casó en segundas con la madre de su primera y todavía tuvo un hijo con ella.

—¡Leche! —dijo Rafa—: ¿Es que va usted a decirme que después de enviudar le hizo un hijo a su suegra?

—Tal cual, sí señor, ¿es que le choca?

—¡Joder, vaya un serial!

—Tampoco se piense lo que no es. Para entonces apenas si quedaba personal en el pueblo, o sea, era difícil emparejar.

Rafa miró a Víctor divertido:

—Es increíble, macho.

El señor Cayo empezó a caminar por el borde del almorrón, la azada al hombro y la cabeza gacha:

—Son cosas que pasan —dijo filosóficamente.

Descendió unos peldaños socavados en el mismo sendero y ladeó la cabeza para decirles:

—Ahora pasaremos un momento por el río y, luego, si tienen tiempo, les enseño el pueblo.

—De acuerdo —dijo Víctor tratando de parear su paso al del viejo.

Descendían por la trocha de uno en uno, entre ringleras de manzanos chamosos, el caserío arriba, en el cantil, y abajo, en la hondonada, el río, las torrenteras rugientes, con un rumor sordo y cambiante como el del mar. Ya en la orilla, el señor Cayo caminó a paso rápido por la sirga hasta alcanzar un restaño:

—Cada día tiendo la red aquí —aclaró.

Víctor vigilaba sus movimientos con concentrada curiosidad. Le vio buscar una horquilla entre los zarzales, coger un cordel enredado en la salguera, pasarlo por aquélla y extraer del remanso un gran retel de tela metálica donde bullían dos docenas de cangrejos. Rafa se excitó todo:

—¡Joder! —exclamó—: Luego vas a un bar y te clavan una pasta por uno.

El señor Cayo sonreía vagamente. Sacó un fardillo listado de bajo las mimbreras y volcó los cangrejos en él. Chascó la lengua:

—Para dar gusto al arroz, valen —dijo. Y añadió—: Cuando gusten.

Se abrió paso por la sirga, entre los espinos, hasta abocar a la parte baja de la hoz, donde el estero se ensanchaba. Junto a la playita de guijos se abría una braña insignificante cubierta de malvas:

—¡Qué maravilla! —dijo Laly.

El viejo se volvió:

—¿Las malvas, dice?

—¿Son malvas?

—Malvas son, claro. Con las humedades de este año criaron bien. La flor esta es buena para aligerar el vientre.

Dijo Rafa burlonamente:

—¡Joder! En este pueblo todo sirve para algo.

—Natural —replicó el señor Cayo reanudando la marcha—: Todo lo que está, sirve. Para eso está, ¿no?

VII

El recial rompía contra la roca, deshaciéndose en espuma, y se precipitaba luego en el vacío desde una altura de veinte metros. Bajo la cola blanca de la cascada, zigzagueaba el camino y, bajo éste, encajonado, corría el río en ejarbe, arrastrando troncos y maleza, regateando entre los arbustos. Un suave viento del sur humedecía sus rostros con finísimas partículas de agua espolvoreada. El señor Cayo apoyó su mano en la roca y alzó la voz para dominar el fragor de la catarata:

—A la cascada esta le decimos aquí las Crines. De siempre. Pasen —afianzó el pie derecho en una leve cornisa cubierta de verdín y añadió—: Ojo no resbalen.

Se ciñó a la roca, giró ágilmente el cuerpo y, en un segundo, desapareció tras el abanico de espuma. Víctor le imitó y detrás entraron Laly y Rafa. Rebasada la angostura de la boca, el antro se ensanchaba en una caverna espaciosa, suelo y techo de roca viva, rezumante de humedad. El estruendo de la catarata se hacía más sordo allí. Al fondo, se divisaban las sombras torturadas de las estalactitas y, en las oquedades del suelo, huellas de fuego y, en torno a ellas, diseminados, troncos de roble a medio quemar, pucheros desportillados, latas vacías y unas trébedes herrumbrosas. Rafa paseó su mirada en derredor y sus ojos terminaron posándose en la hendidura de acceso, tras la cortina de agua, a través de la cual se filtraba, tamizada, la claridad de la tarde. Le dijo al señor Cayo:

—Vaya un escondrijo más cojonudo, oiga. Aquí no hay dios que le encuentre a uno.

El señor Cayo, en la penumbra, parecía más corpulento. Asentía

mecánicamente con la cabeza. Dijo:

—Cuando la guerra, ¿sabe usted?, de que asomaban los unos o los otros, el vecindario se refugiaba aquí. Al decir de los entendidos, que yo en esto no me meto, no es fácil fijar la línea de trincheras en estas quebradas, ¿entiende? De forma que hoy estaban aquí los unos y mañana los otros. El cuento de nunca acabar.

—Y se metían con ustedes, claro —apuntó Víctor.

—Mire, tal día como el dieciocho de julio, al Gabino, que hacía las veces de alcalde, le pegaron cuatro tiros arriba, orilla del camposanto. A la semana, día más día menos, se presentaron los otros y le pegaron cuatro tiros al Severo, que había sido alcalde hasta el año treinta y uno. ¿Quiere usted más?

—O sea, que no sabían a qué carta quedarse.

—¡A ver! De esta forma, una tarde, don Mauro nos juntó a todos en la iglesia y nos lo dijo, o sea, nos dijo: «Hay que poner centinelas en los tolmos y, tan pronto asome un miliciano, todos a la cueva de las Crines». Y dicho y hecho, oiga. Metimos avío aquí y de que se veía bajar o subir un soldado, ¡todos adentro!

—¿Niños y todo? —dijo Víctor, antes que por afán de puntualizar por tirarle al viejo de la lengua.

—Todos, no le digo, hasta los perros, si es caso el ganado —sonrió —: Algo había que dejarles, ¿no?

—Pero, ¿no lloraban los niños? ¿No alborotaban?

—Dejarían de alborotar. Las criaturas son criaturas, ya se sabe. Pero lo que es aquí ya puede usted tirar un cañonazo que arriba ni se siente.

Laly se cogió los hombros, cruzando los brazos sobre el pecho, como si sintiese frío. Rafa, con un fósforo en la mano, curioseaba entre las estalactitas. Dijo Laly:

—¿Y cuánto tiempo llegaron a estar encerrados?

—Según —respondió al fin—; la vez que le echamos más larga, un par de semanas.

—Dos semanas aquí dentro, ¿y qué hacían?

—Pues, ya ve, los vasos y la partida, como una fiesta. Y ahí, orilla esa laja, donde está el señor, el Rosauro no hacía más que tocar la flauta, que buena murga nos daba.

—¿Y cuándo salían?

—Aguardábamos a que el Modesto diera razón. El pastor, ¿sabe? ¡Buen espabila era ése! Por las noches, salía de descubierta y luego volvía y decía, pues están en casa del uno o están en casa del otro, según, lo que fuera. Hasta que un día llegaba y decía: «Venga, arriba, ya se largaron», y, entonces, todos a casa, ¿comprende? Y así hasta que otro día don Mauro volvía a dar tres repiques cortos y uno largo,

que era la señal, y otra vez a la cueva. Esto duró, si no me engaño, hasta bien metido setiembre que se armó el frente definitivamente ahí arriba, en los Arcos, y entonces montaron un hospital de urgencia en la parroquia, que me recuerdo que fue un enfermero de ese hospital el que despatarró a la Casi, para que me entienda, la hija del Paulino, que eso no lo olvidó el hombre.

—Ese don Mauro de que tanto habla sería el cura, ¿no?

—El párroco era, tal cual, sí señor. Alto y seco como un varal, con las gafas así de gordas, allí le vería —el señor Cayo posó sus ojos nostálgicos en los de Víctor—: Por aquellos entonces, en el pueblo había cura fijo, ¿sabe?, y a falta de alcalde, él hacía las veces, natural.

Se fijó en Laly que tiritaba:

—Pero vamos arriba —dijo—. Aquí tiene frío.

Salieron. Las nubes, unas nubes cárdenas de ribetes blancos, cubrían enteramente el cielo. El señor Cayo las observó un momento:

—Lo mismo se pone a tronar ahora —dijo.

Víctor se había quitado la cazadora y se la colocó a Laly sobre los hombros. Subían por una calleja enfangada, flanqueada de casas y pajares despanzurrados, casi obstruida por las piedras y la maleza. Dentro de los edificios, bajo los dinteles sin puertas o tras los postigos desencuadernados, se veían arcones de nogal, viejos arados, ganchos, escañiles y yugos llenos de polvo y telarañas. De cuando en cuando, el señor Cayo se detenía para mostrarles alguna peculiaridad del pueblo o contarles anécdotas nimias, en cuyo relato ponía un énfasis desproporcionado:

—Ve ahí, en esa casa, vivió la señora Laureana, la Saludadora. Nos quitaba las lombrices a los chiquitos partiendo una por la mitad y haciéndonosla comer frita, media antes del almuerzo y otra media a la hora de la cena.

Rafa frunció la nariz en un gesto de repugnancia:

—¡Joder! —dijo—. ¿Se comían ustedes las lombrices?

—¡To, natural! Ya sabe usted lo que dicen: No hay peor cuña que la de la misma madera.

En la esquina se detuvo muy ufano el señor Cayo. Señalaba una vieja inscripción, en una piedra, sobre las dovelas del portón:

—Vean —dijo con orgullo.

Víctor deletreaba con dificultad:

—JESÚS-MARÍA, ÉSTA ES CASA DE PLACER Y LA GENTE DE ALEGRÍA, ABE MARÍA AÑO 1692.

Rafa se escandalizó:

—¡No jodas! —dijo—, ¿es posible que haya habido aquí alguna vez una casa de putas?

Víctor objetó:

—Tampoco es eso, macho. Una casa de placer en el campo, en el siglo diecisiete, era una casa de reposo. La urbanización de la época, para que lo entiendas.

El señor Cayo contemplaba la larga balconada de hierro con una sonrisa evocadora:

—A esta casa venía cada verano el doctor Sanz Cagiga, que era hijo de Cureña.

—Muy conocido en su casa a las horas de comer —dijo Rafa.

—¡To! —saltó el señor Cayo ofendido—. ¿Es que nunca oyeron mentar al doctor Cagiga? Hasta de Palacio lo llamaron una vez para atender al rey.

—¡Joder, un tío virguero! —dijo Rafa. Propinó unos golpecitos amistosos en el hombro al señor Cayo y añadió conmiserativamente—: Que nos está usted hablando de la época del Diluvio, señor Cayo, hágase cuenta, que se nos ha quedado usted un poquito kitsch.

Al concluir, Rafa puso los brazos en cruz, como si fueran alas, y trató de salvar un pequeño fangal saltando de piedra en piedra, pero resbaló y se precipitó contra una gran mata de ortigas. Arrugó su rostro infantil y agitó repetidamente su mano lastimada:

—¡Joder, me ortigué!

Laly y Víctor rieron. Dijo cachazudamente el señor Cayo:

—Deje, no se toque, si se rasca es cuando se irrita.

Rafa se acariciaba el dorso de la mano y la muñeca, repentinamente enrojecidas:

—¡Leche, no se toque! ¡Qué fácil se dice!

De lo alto de los riscos descendían los gritos destemplados de las chovas y, a intervalos, todas ellas parecían hallar acomodo y callaban y, entonces, se abría en derredor un gran silencio, acentuado por el rumor cristalino del riachuelo al atravesar el pueblo y el eco lejano, solemne, de la cascada, abajo, a sus pies.

Laly y Víctor, que caminaban delante, se habían detenido a la entrada de un angostillo, cerrado por una casa con los marcos de los vanos recientemente encalados, puertas y postigos pintados de verde y grandes latas de geranios a lo largo del balaustre de madera de la galería. Víctor señaló con el dedo:

—En esa casa vive alguien —dijo.

El señor Cayo pasó de largo frente al angostillo, sin mirar. Dijo, al cabo:

—Ahí vive *ése*. Ya se lo dije.

Víctor pareó su paso al del señor Cayo:

—¿Es que no se tratan?

El señor Cayo no respondió:

—¿Están regañados? —insistió Víctor.

El señor Cayo se detuvo. Se aclaró la voz con un carraspeo:

—Ése —dijo—, por si lo quiere saber, levanta la pata para mear, como los perros.

—¿Y qué quiere decir con eso?

El señor Cayo perdió su habitual aplomo:

—Que es un animal —dijo.

—¿Es que le ha hecho a usted algo?

—¿Hacerme? El jueves pasado, sin ir más lejos, me ahorcó la gata en la nogala de casa, ¿le parece poco?

—¡Manda cojones! —dijo Rafa tras él—: Son ustedes dos y no se hablan, ¡pues sí que están divertidos!

El señor Cayo reanudó la marcha sin responder. Al final de la calleja se abría una minúscula plaza, la fuente y el abrevadero en el centro, un costado de soportales y, frente a él, el muro ciego de una iglesia de traza reciente, cuya torre cobijaba un reloj con una sola manecilla. Víctor se fijó en él:

—Ese reloj anda —dijo sorprendido.

—A ver, yo le doy cuerda.

—¿Para qué?

El señor Cayo se encogió de hombros. Sonrió:

—Llena —dijo.

En los soportales, entre dos pilares de roble, una viga gris, vencida, a duras penas soportaba el peso de una casa a punto de derrumbarse. Un cartelón ladeado, casi ilegible, decía: bar. El señor Cayo dio un rodeo para orillar los escombros y empujó la puerta entornada. En el local, entre cuatro paredes desconchadas, se amontonaban cajas con cascos de vidrio, envases de madera y, sobre el mostrador apolillado, una vieja balanza de pesas cubierta de telarañas. Al señor Cayo se le ensombreció la mirada. Dijo:

—Ande, que buenas las hemos formado aquí.

—¿En las fiestas?

—¡To! Y los domingos, y en el sorteo de los quintos y a cada paso —se volvió de espaldas al mostrador y añadió—: Tal que aquí se sentaba el Paulino.

Víctor, desde la puerta, contemplaba la espadaña de la iglesia, con el reloj bajo la campana. Dijo:

—No será ésta la ermita que usted decía.

El señor Cayo se llegó a la puerta:

—¡Quia, no señor! La que yo le digo está arriba, orilla del camposanto. Ésa sí que tiene misterio.

Salieron de los soportales. Agregó Víctor:

—Y para cuarenta vecinos, ¿necesitaban ustedes dos iglesias?

El señor Cayo se pasó la lengua por los labios agrietados:

—Mire usted, al decir de don Senén, ésta debieron levantarla más tarde. En los inviernos, con las nevadas tan grandísimas que caían, ni se podía uno arrimar a la ermita.

—Don Senén, ¿fue otro párroco?

—Tal cual, sí señor, el último. Él fue el que inventó lo de bajar a la Virgen la noche del Viernes Santo para que no se quedase sola. Luego, para Pascua, la subíamos en andas y armábamos una romería arriba, en la pradera del Hacha —movió la cabeza de un lado a otro, los ojos enternecidos—: Aquí, donde lo ve, éste ha sido un pueblo muy jaranero.

Hizo una pausa. Al cabo añadió:

—También fue don Senén quien, de primeras, le negó tierra sagrada al Paulino por lo de la apuesta.

Inquirió Víctor:

—¿Qué historia es ésa?

—Las cosas —dijo el señor Cayo, que hablaba ahora fluida, ininterrumpidamente, como si le hubieran dado cuerda—: El Paulino se las daba de brujo, ¿entienden? Y algo raro debía de tener aquel hombre cuando sólo con ver un huevo ya sabía a ciencia cierta si lo que había dentro era pollo o polla.

—Sexador —dijo Víctor—: Eso lo hacen bien los japoneses, pero con pollitos ya nacidos.

El señor Cayo sonrió, desdeñoso:

—Pues el Paulino, no señor, antes de romper el cascarón ya lo sabía; recién puestos.

—¿Y cómo se las arreglaba?

Frunció las cejas blancas el señor Cayo y se ajustó la boina en el cogote:

—Eso no me pregunte, él los miraba al trasluz y lo sabía. Había quien decía que era por la sombra de la galladura. No me diga. El Paulino no daba explicaciones.

—¿Y acertaba siempre?

—En sesenta años no le cogimos en un renuncio.

Los paulatinos desvelamientos del señor Cayo avivaban la curiosidad de Víctor:

—Y antes de morir, ¿no reveló el secreto?

El señor Cayo ladeó la cabeza y denegó después obstinadamente:

—Ya ve, conforme fue a morir el hombre, ¿qué podía haber dicho?

—Pues, ¿cómo murió?

—¡To, ése es el chiste! Que acertó el día de su muerte, que lo adivinó, oiga.

Ante los tres pares de ojos expectantes, el señor Cayo se iba creciendo:

—Aguarden —dijo, y adelantó la mano derecha abierta como implorándoles calma—: El Paulino echaba también las cartas, ¿entienden? Y una tarde, en el bar, estábamos tal que así y va y dice: «Ya que estamos todos reunidos os voy a decir en qué año y en qué día me voy a morir», que el Bernardo le dijo: «Eso no puede ser, Paulino, eso sólo Dios lo sabe». «Pues yo también lo voy a saber», le contestó el Paulino. Esto sucedía, si no me engaño, allá por el año cincuenta y siete. Conque el Paulino puso una carta sobre la mesa, el seis de bastos. «Mira, ya sabemos el día —dijo—: un seis.» Y, ya ven, ante una cosa así, todos armamos corro alrededor de la mesa, que me recuerdo que don Senén le advirtió: «No juegues con esas cosas, Paulino, no tientes a Dios». Pero el Paulino estaba ciego, oiga, volvió otra carta y el cinco de oros. Contó con los dedos y dijo: «Mayo», miró al corro y dijo: «Un seis de mayo. Ahora vamos a ver qué año», que don Senén le advirtió: «No sigas, Paulino, no tientes a Dios». Pero el Paulino cuando la cogía, la cogía modorra, oiga, que era muy testarrón el Paulino. Así que sacó otra carta, y el seis de copas, y, antes de que don Senén pudiera evitarlo, mostró otra y era el cuatro de oros. «¡El 64! —voceó —: ¡Yo me voy a morir el seis de mayo de 1964!» Que el Bernardo, que era muy llevacontrarias el hombre, le dijo: «Te juego un billete a que no». Y el Paulino: «Va». Que, entonces, tercié yo y le dije al Bernardo: «¿Y cómo le vas a pagar el billete si las dobla?». Y el Bernardo se rascó la cabeza y dijo: «Pago la caja, las copas y el funeral, ¿vale?». «Hecho», dijo el Paulino. Y, en éstas, don Senén se marchó de la cantina y le dijo al Paulino: «Los demonios te están inspirando ese juego, yo no quiero ser testigo».

Laly, Víctor y Rafa miraban al señor Cayo sin pestañear. A Rafa se le consumía el cigarrillo entre los labios inútilmente. Al concluir de hablar aquél, se lo quitó de la boca para decir:

—No me joda, señor Cayo, no me vaya a salir ahora con que el Paulino se murió ese día. Se está usted quedando con nosotros.

El señor Cayo volvió a adelantar la mano:

—Aguarde —dijo—. Tal día como el cinco de mayo del sesenta y cuatro, o sea, la víspera, el Bernardo, que se gastaba muy mala leche, dijo a la hora de la partida: «Mañana le toca morirse a ése, ¿os recordáis?», que entonces, todos, «Es cierto». Y el Paulino, que estaba ese día más bueno que Dios, nos miró uno por uno con unos ojos que echaban chispas, oiga, no vean qué ojos, y dijo: «Así es, mañana las doblo. Y no te olvides de pagar la caja, las copas y el funeral», que lo dijo de tales formas, oiga, que todos nos quedamos mohínos, como acobardados, pero amaneció el día siguiente y el Paulino seguía tan terne, así que pensamos, una broma, echamos la partida como si tal y

al marchar dijo: «Que lo paséis bien». Sólo eso dijo, pero a la mañana, cuando salió don Senén a tocar la misa, le encontramos colgado de la galería de su casa, con el traje de fiesta y la gorra puesta, ¿qué les parece?

—¡Increíble! —exclamó Rafa.

El señor Cayo asintió repetidamente con la cabeza:

—Era muy testarrón el Paulino, pero que muy testarrón, ustedes no le han conocido —dijo.

—¿Y le pagó la caja el Bernardo?

—A ver, sí señor, la caja, las copas y el funeral, tal como había prometido.

Las chovas, al recogerse, armaban una inextricable algarabía arriba, en los tolmos. También los vencejos planeaban ahora chirriando agudamente entre las hayas, rasando los viejos tejados. En la esquina de la iglesia, un gorrión se bañaba en el polvo, bajo el alero, ahuecando las plumas. Dijo Víctor, de pronto:

—¿Y le negó el cura tierra sagrada por suicida?

El señor Cayo parpadeó:

—De primeras, así fue, sí señor. Pero de que don Senén consultó a la capital, le dijeron que nones, que eso era lo antiguo, pero que ahora se tenía entendido que el que se quitaba la vida tenía la cabeza trastocada. O sea, le dieron tierra en el camposanto como es de ley.

Se abrió un profundo silencio. Al cabo de unos segundos, el señor Cayo añadió, como respondiendo a un oculto proceso mental:

—A la Casi, la hija del Paulino, la despatarró un enfermero del hospital, cuando la guerra. La dejó colgada con una barriga y el hombre no lo olvidó nunca.

Las chovas, cada vez más inquietas, graznaban desde las concavidades y cornisas de los farallones. Sobre los tolmos planeaba ahora, describiendo círculos incesantes, una baribañuela. Dijo Víctor, de pronto:

—Vamos a la ermita, ¿le parece? Se nos va a ir la luz.

El señor Cayo pareció volver de otro mundo:

—Es cierto —dijo—, lo había olvidado.

Se dirigió hacia una trocha bajo las hayas, en la trasera del templo, pero en el momento de iniciar la subida sonó la llamada doméstica, casi humana, del cuco por encima de su cabeza. El señor Cayo se volvió hacia ellos, una sonrisa maliciosa en sus labios:

—¿Le sintieron cómo reclama?

—¿Quién reclama?

—El cuclillo, ¿no le sintió?

Bajó la voz para añadir en tono confidencial:

—Es pájaro de mala ralea ése.

El cuco repitió la llamada —cu-cú— mientras Laly trataba inútilmente de localizarlo entre la fronda de las hayas.

Preguntó:

—¿Y por qué es pájaro de mala ralea el cuco?

Las pupilas del señor Cayo se avivaron:

—¿Ése? Ese pone los huevos en nido ajeno, donde los pájaros más chicos que él, para que le saquen los pollos adelante.

Víctor rió:

—Como algunos hombres.

—Eso.

—Los amos y los jefes.

—Eso.

La mirada fluctuante del señor Cayo quedó prendida de repente de las barbas oscuras, severas, de Víctor. Dudó un momento. Apuntó, al fin, tímidamente:

—Pero usted es jefe, ¿no?

—¿Yo? De ninguna manera, señor Cayo.

—Pero va para jefe, ¿no?

Víctor se turbó:

—No… no es exactamente eso.

Laly le miraba divertida. Añadió Víctor:

—En realidad yo voy para diputado.

El señor Cayo se rascó el cogote:

—Y ésos, ¿no son jefes?

Víctor bajó la voz, como si intentara hurtar sus palabras a los oídos de sus compañeros. Dijo:

—En cierto modo, entiéndame, un diputado es un hombre elegido por el pueblo para representar al pueblo.

—Ya —dijo el señor Cayo.

Rafa rió burlonamente:

—No has estado como muy convincente, macho —dijo.

Víctor levantó los hombros:

—¿Qué hubieras dicho tú?

—Yo paso de eso —respondió Rafa sin cesar de reír.

Terció el señor Cayo desde el arranque de la trocha:

—¿Quieren ustedes ver la ermita o no?

—Claro, la ermita —dijo Víctor.

Subieron en fila india por el sendero, entre los brezos florecidos. El señor Cayo trepaba ligero, sin esfuerzo aparente, flexionando la cintura, la cabeza entre los hombros. Rafa lo hacía penosamente, en último lugar, aferrándose a cada paso los muslos con las manos, como

si quisiera apuntalarlos. En el tozal, sobre el precipicio, se alzaba la tapia del pequeño camposanto, de la que sobresalían cuatro negros y esbeltos cipreses, y, contigua, en la explanada, estaba la ermita. Víctor se aproximó a ella pausadamente, como deslumbrado:

—Coño, coño, coño... —murmuró.

—Románico —dijo Laly, tras él.

—O pre —sugirió Víctor.

El señor Cayo se llegó a ellos. Dijo con orgullo:

—Ahí donde la ven, mil años tiene esta ermita.

—O quizá más —dijo Víctor.

Dio media vuelta el señor Cayo y oteó el cielo, hacia el oeste, un negro nubarrón asentado sobre las lejanas cumbres nevadas:

—Apuren —dijo—. Miren la que se está preparando.

Laly y Víctor contemplaban arrobados la portada, el juego caprichoso de las grecas de las arquivoltas sostenidas por unas ligeras columnas de capiteles primorosamente trabajados. Víctor señaló con el índice el Pantocrátor, sobre el dintel:

—¿Te fijas?

—Ya —dijo Laly.

Él se aproximó al pórtico y observó atentamente la larga serie de relieves bíblicos de las arquivoltas:

—Atiende —dijo—: Mira qué Degollación.

A Laly se le iluminaron los ojos:

—Es la repera —dijo reverentemente.

—¡Coño, qué sentido de la composición tenían los tíos!

El señor Cayo, inmóvil tras ellos, seguía escrutando el horizonte, de donde llegó ahora un ligero, sordo retumbo, apenas audible:

—Ya está rutando la nube —dijo.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —preguntó Rafa.

—Agua —dijo lacónicamente el señor Cayo.

A Rafa le entró el apremio. Se adelantó hasta Laly y Víctor:

—¿Oís? Va a llover.

Pero no le oían. Rafa agarró por un brazo a Laly y la zarandeó:

—¡Joder, estás alucinada, tía! ¿Tanto te gustan las piedras?

—Todo —dijo Laly.

—Pues abrevia, coño, va a caer agua a punta de pala.

Víctor forcejeó con el portón en vano. Alzó la voz:

—¿Tiene usted la llave, señor Cayo?

—Natural —se acercó a la puerta—: Aquí no hay más portero que yo.

La ermita, apenas iluminada por dos sórdidas rendijas en los costados, producía una impresión de frío y humedad. Laly y Víctor

avanzaban despacio por el pasillo central, entre los escañiles negros, desvencijados. Cada poco tiempo se detenían y miraban fascinados a lo alto, al frente, a los costados. Ante el ábside, Víctor levantó la cabeza:

—Arquerías ciegas —dijo—: Me lo imaginaba.

Laly asintió, contemplaba las aristas de la bóveda cuando les alcanzó la voz perentoria, impaciente, de Rafa, desde la puerta:

—No seáis coñazos, joder. Está tronando ya.

Regresaron sobre sus pasos sin apresurarse y ante la portada se detuvieron de nuevo. Laly miró a lo alto, a los canecillos del tejado:

—Mira, el tercero de la izquierda —dijo—: están en plena cópula.

—Bueno —dijo Víctor señalando con el mentón el cementerio—: Eros y Tánatos. Eso es frecuente en la época.

De súbito vibró un relámpago en el aire y, casi simultáneamente, tableteó el trueno sobre ellos y comenzaron a caer las primeras gotas, unas gotas espaciadas pero gruesas, prietas, que reventaban sordamente contra el suelo:

—Vámonos, tú —dijo Laly.

Oscurecía. La luz era tan difusa que, por un momento, pareció que iba a hacerse de noche. Antes de llegar a la cambera, la lluvia se formalizó. Rafa les precedía a buen paso y, al alcanzar la revuelta, voló alborotadamente un pájaro negro entre el follaje de un avellano. Rafa dio un respingo:

—¡Joder, me ha asustado la chova esa de los cojones! —dijo.

El señor Cayo, tras él, sentenció circunspecto:

—No era una chova, eso; era un mirlo.

La lluvia arreciaba y, progresiva, insensiblemente, se convirtió en un violento aguacero, mezclado con granizos. El grupo descendía apresuradamente por la cambera, mientras el cielo se rasgaba a intervalos en relámpagos vivísimos y los truenos rebotaban ensordecedoramente contra las anfractuosidades de los cantiles. El señor Cayo se ajustó la boina, ocultó las manos en los bolsillos de los pantalones, apresuró el paso y dijo:

—Me parece que nos vamos a mojar.

VIII

La viga, ennegrecida por el humo, delimitaba el hogar y, sobre ella, se veían cazos de cobre, jarras, candiles y una negra chocolatera de hierro con mango de madera. Tras la viga se abría la gran campana de la cocina y, flanqueándola, un arca de nogal y un escañil con las patas aserradas. El fuego, que acababa de encender el señor Cayo, crepitaba

sobre el hogar de piedra, revestido de mosaicos con figuras azules desdibujadas por el tiempo. Del lar colgaba el perol ahumado y, al fondo, empotrado en el muro, el trashoguero de hierro con un relieve indescifrable. De la gran viga, sujetos por los candiles y la chocolatera, pendían la camisa y la cazadora de Víctor y el jersey de Rafa, puestos a secar. En las poyatas, a los lados de la chimenea, se apilaban cazuelas, sartenes, pucheros, platos y, colgados de alcayatas, cacillos, espumaderas y un gran tenedor de latón. Sobre la cabeza de Víctor, sentado en el escañil, sujeta al muro por una taravilla, estaba una perezosa que medio ocultaba un calendario policromo.

Laly deambulaba de un lado para otro, curioseando, por el pequeño tabuco. Frente al lar, el señor Cayo hurgaba en una alacena y Rafa, que había permanecido unos minutos inmóvil, sentado en el arcón de nogal, acodado en los muslos, se incorporó de improviso y se sacó el niqui por la cabeza, dejando al descubierto un torso enteco y pálido:

—Esto está también calado —dijo.

Víctor sonrió indulgentemente, contemplándolo:

—Pareces un Tarzán.

Rafa sujetó la manga del niqui con un almirez de la poyata. Miró a Víctor, su ancho pecho velludo y musculado, con cierta inquina. Dijo:

—Pues lo que tengo más desarrollado no se me ve.

Laly, que curioseaba unas fotografías que había sobre una cómoda, dijo sin mirarle:

—Ya salió el macho ibérico.

El señor Cayo se acercó a Víctor. Sostenía en las manos una camisa blanca cuidadosamente planchada y, en el antebrazo, un traje negro que olía a naftalina:

—¿Por qué no se pone esto? —dijo—. Las mojaduras de nublado son malas.

—Deje —dijo Víctor.

El señor Cayo miró a Rafa:

—Gracias —dijo éste—, yo todavía soy joven.

El señor Cayo hizo un gesto de resignación y colocó las ropas en el respaldo de un taburete. En ese momento, Laly se dirigió a él con una fotografía en la mano:

—¿Es usted? —preguntó.

—Yo soy, qué hacer. Es de cuando la boda.

Laly aproximó la fotografía a los ojos:

—Su mujer era muy guapa —dijo.

Tendió la fotografía a Víctor y se sentó junto a él en el escañil. El señor Cayo se apoyó en la viga, sosteniendo el peso del cuerpo en su mano poderosa. Aclaró la voz, tal vez empañada por el recuerdo, mediante un carraspeo:

—En realidad —dijo—, no es porque yo lo diga, pero no había en el pueblo una cara más bonita. Y las hermanas, tal cual. Pero, lo que son las cosas, ninguna de las tres hablaba —se cogió con dos dedos la garganta a modo de explicación y, tras una pausa, añadió—: Claro que para lo que hay que hablar con una mujer.

Rafa miró a Laly, Laly miró a Víctor y Víctor sonrió. La sonrisa de Víctor pareció estimular al señor Cayo:

—El Bernardo decía que lo más práctico con una mujer era taparle la boca con la almohada.

Rió brevemente y añadió:

—Pero ya ven, ella se casó conmigo y también se casaron las hermanas, la una en Refico y en Quintana la otra. A ninguna le faltó proporción.

El señor Cayo se irguió de repente, como si recordara algo, y salió de la cocina ladeando la cabeza para no tropezar en el dintel. Apenas desapareció, dijo Rafa indicando la puerta con el pulgar:

—Laly, amor, ¿por qué no le hablas a la muda de la emancipación de la mujer?

Laly se agachó, furiosa, sobre el hogar, cogió un leño a medio quemar y se lo arrojó a Rafa a la cabeza:

—¡Vete a la mierda, maricón! —dijo.

Rafa lo esquivó sin cesar de reír:

—Tampoco es eso, coño. No vamos a hacer la guerra por tan poco, tía.

Regresó el señor Cayo con su mujer. Ella traía un plato de barro con rajas de chorizo y trozos de queso y, en la otra mano, apretadas contra el pecho, media docena de rosquillas de palo. El señor Cayo llevaba una jarra de vino que depositó en la mesa antes de soltar la taravilla y bajar la perezosa, que calzó, entre Laly y Víctor. Laly le miraba hacer, sorprendida:

—¡Qué mesa tan divertida! —exclamó—: ¿De dónde la ha sacado usted?

—¿Esto? —replicó el señor Cayo—: La perezosa. Va agarrada al muro para que no estorbe, por eso no la ha visto usted. Así se puede comer al abrigo de la lumbre sin necesidad de levantarse.

Trasladó a la perezosa los platos y la jarra, vertió vino en las tazas y se lo ofreció. Víctor cogió un pedazo de queso y bebió un trago de vino. Dijo luego:

—Apuesto a que este queso lo ha hecho usted.

—Natural, ahí tiene el entremijo —señalaba una mesita, en el rincón, junto a la cómoda.

—Y el chorizo, también.

—A ver, ya ve. ¿Qué misterio tiene eso? Y los roscos, ella.

La vieja, que se había sentado en una sillita de paja, un poco apartada, orilla de la alacena, los observaba, inmóvil, con sus ojillos afilados, cercados de patas de gallo. Aclaró el viejo:

—Los roscos son de la fiesta del domingo.

—¿Hicieron fiesta?

—La Octava, de siempre, desde chiquito la recuerdo.

—Octava, ¿de qué?

—De Pentecostés, claro. O sea, por mayor, bajamos todos a Refico en carros o en borricos, donde se tercie. Y a la puerta de la iglesia se subastan los roscos y los mojicones. Y lo que se saca para la Virgen. No crea que tiene más ciencia.

Hizo un alto el señor Cayo, que se había sentado en un tajuelo, cerrando el corro, y se quedó mirando fijamente para las llamas. Al cabo de una larga pausa, añadió:

—De regreso de una de estas romerías, el año que llevé el pendón, o sea, el veintitrés, que ya ha llovido, nos comprometimos. Yo la aupé a ella al borrico y la dije: «Sube». Y ya se sabía, que así era la costumbre, si ella subía era que sí y si ella no subía era que no. Pero ella subió y para diciembre nos casamos.

—Estaba por usted, vamos —dijo Rafa, prendiendo un cigarrillo con una ascua de la chimenea.

—Mire.

Volvió a llenar las tazas el señor Cayo. Luego se levantó, salió y volvió con una brazada de leña que depositó sobre las brasas, en el hogar:

—¿Todavía tienen frío? —preguntó.

Víctor se palpó los bajos de los pantalones, que humeaban:

—Ya están casi secos —dijo.

La llama rompió ruidosamente entre los sarmientos. Rafa apartó la cara. Laly miró en derredor y dijo:

—¿No tienen ustedes televisión?

El señor Cayo, acuclillado en el tajuelo, la miró de abajo arriba:

—¿Televisión? ¿Para qué queremos nosotros televisión?

Laly trató de sonreír:

—¡Qué sé yo! ¡Para entretenerse un rato!

Dijo Rafa, después de mirar en torno:

—¿Y radio? ¿Tampoco tienen radio?

—Tampoco, no señor. ¿Para qué?

Rafa se alteró todo:

—¡Joder, para qué! Para saber en qué mundo viven.

Sonrió socarronamente el señor Cayo:

—¿Es que se piensa usted que el señor Cayo no sabe en qué mundo

vive?

Víctor seguía el diálogo con interés. Intervino, conciliador:

—Entonces, señor Cayo, ¿pueden pasar meses sin que oiga usted una voz humana?

—¡Quia, no señor! Los días quince de cada mes baja Manolo.

—¿Qué Manolo?

—El de la Coca-Cola. Baja de Palacios a Refico, en Martos todavía hay cantina.

—¿Y entra en el pueblo?

—Entrar, no señor, bajo yo al cruce y echamos un párrafo.

Víctor se mordió el labio inferior. Dijo:

—Pero vamos a ver, usted, aquí, en invierno, a diario, ¿qué hace? ¿Lee?

—A mí no me da por ahí, no señor. Eso ella.

Rafa cogió el cabo de un palo sin quemar y lo colocó con las tenazas sobre las ascuas. Luego, sopló obstinadamente con el fuelle de cuero ennegrecido hasta que hizo saltar la llama. La vieja, junto a la alacena, ladeaba mecánicamente la cabeza, como para escuchar o para dormitar, pero en el instante de cerrársele los párpados, la enderezaba de golpe. Víctor bebió otra taza de vino y se la alargó, luego, al señor Cayo para que la llenara de nuevo. Añadió al cabo de un rato:

—Pero si usted no lee, ni oye la radio, ni ve la televisión, ¿qué hace aquí en invierno?

—Mire, labores no faltan.

Insistió Víctor:

—¿Y si se pone a nevar?

—Ya ve, miro caer la nieve.

—¿Y si se está quince días nevando?

—¡To, como si la echa un mes! Agarro una carga y me siento a aguardar a que escampe.

Víctor movió la cabeza de un lado a otro, desalentado. Laly tomó el relevo:

—Pero, mientras aguarda, algo pensará usted —dijo.

—¿Pensar? ¿Y qué quiere usted que piense?

—Qué sé yo, en el huerto, en las abejas... ¡Algo!

El señor Cayo se pasó su mano grande, áspera, por la frente. Dijo:

—Si es caso, de uvas a brevas, que si me da un mal me muero aquí como un perro.

—¿No tienen médico?

—Qué hacer, sí señora, en Refico.

Saltó Rafa:

—¡Joder, en Refico, a un paso! ¿Y si la cosa viene derecha?

El señor Cayo sonrió resignadamente:

—Si la cosa viene por derecho, mejor dar razón al cura —dijo.

A Rafa se le habían formado dos vivos rosetones en las mejillas que acentuaban su apariencia infantil. Hizo un cómico gesto de complicidad a Laly:

—Alucinante —dijo.

El señor Cayo aproximó un rosco a la muchacha:

—Pruebe, están buenos.

Laly partió un pedazo con dos dedos y lo llevó a la boca. Masticó con fruición, en silencio:

—Tienen gusto a anís —dijo.

La vieja asintió. Emitió unos sonidos guturales, acompañados de un desacompasado manoteo, y sus manos, arrugadas y pálidas, con la toquilla negra por fondo, eran como dos mariposas blancas persiguiéndose. Al fin, de una forma repentina, se posaron sobre el halda. El señor Cayo, que no perdía detalle, dijo cuando la mujer cesó en sus aspavientos:

—Ella dice que lo tienen. Y también huevos, harina, manteca y azúcar.

—Ya —dijo Laly.

Víctor volvió a la carga:

—Díganos, señor Cayo, ¿cómo baja usted a Refico?

—En la burra.

—¿Siempre bajó en la burra?

—No señor, hasta el cincuenta y tres, mientras hubo aquí personal, los martes bajaba una furgoneta de Palacios. Y, antes, hace qué sé yo los años, estuvo la posta —sonrió tenuemente—, donde Tirso cambiaba los caballos.

Víctor apartó los pies de la lumbre:

—Y ahora, ¿quién le trae el correo?

—¿Qué correo?

—Las cartas.

El hombre rompió a reír:

—¡Qué cosas! —dijo—. ¿Y quién cree usted que le va a escribir al señor Cayo?

—Los hijos, ¿no?

Hizo un ademán despectivo:

—Ésos no escriben —dijo—. Tienen coche.

—¿Y vienen a verle?

—Qué hacer. El mes que viene vendrá él, con los dos nietos, ¿se da cuenta? A ella no le pinta esto. Dice que qué va a hacer ella en un pueblo donde no se puede ni tomar el aperitivo, ya ve. ¡Cosas de la

juventud!

Víctor y Rafa bebían sin cesar. Dijo Víctor:

—Este vino entra bien.

—Es de la tierra.

—¿De aquí?

—Como quien dice, de la parte de Palacios.

A Víctor le ganaba por momentos una locuacidad expansiva:

—Pero tal como se explica, señor Cayo, usted aquí ni pun. Así se hunda el mundo, usted ni se entera.

—¡To! ¿Y qué quiere que le haga yo si el mundo se hunde?

—Bueno, es una manera de decir.

Rafa se inclinó hacia el tajuelo. Tenía los ojos turbios. Dijo con voz vacilante, un poco empastada:

—Un ejemplo, señor Cayo, la noche que murió Franco usted dormiría tan tranquilo...

—Ande, ¿y por qué no?

—No se enteró de nada.

—Qué hacer si enterarme, Manolo me lo dijo.

—¡Jo, Manolo! ¿No dice usted que Manolo baja con la furgoneta a mediados de mes?

—Así es, sí señor, los días quince, salvo si cae en domingo.

—Pues usted me dirá, Franco murió el veinte de noviembre, de forma que se tiró usted cuatro semanas en la inopia.

—¿Y qué prisa corría?

—¡Joder, qué prisa corría!

Laly alzó su voz apaciguadora:

—¿Qué pensó usted, señor Cayo?

—Pensar, ¿de qué?

—De Franco, de que se hubiera muerto.

El señor Cayo dibujó con sus grandes manos un ademán ambiguo:

—Mire, para decir verdad, a mí ese señor me cogía un poco a trasmano.

—Pero la noticia era importante, ¿no? Nada menos que pasar de la dictadura a la democracia.

—Eso dicen en Refico.

—Y usted, ¿qué dice?

—Que bueno.

Laly lo miraba comprensiva, amistosamente. Añadió:

—De todos modos, al comunicárselo Manolo, algo pensaría usted.

—¿De lo de Franco?

—Claro.

—Mire, como pensar, que le habrían dado tierra. Ahí sí que somos todos iguales.

Rafa bebió otra taza de vino. Tenía las orejas y las mejillas congestionadas. Dijo excitado:

—Pues ahora tendrá usted que participar, señor Cayo, no queda otro remedio. ¿Ha oído el discurso del Rey? La soberanía ha vuelto al pueblo.

—Eso dicen.

—¿Va a votar el día quince?

—Mire, si no está malo el tiempo, lo mismo me llego a Refico con Manolo.

—¿Votan ustedes en Refico?

—De siempre, sí señor. Nosotros y todo el personal de la parte de aquí, de la montaña.

—¿Y ha pensado usted qué va a votar?

El señor Cayo introdujo un dedo bajo la boina y se rascó ásperamente la cabeza. Luego, se miró sus grandes manos, como extrañándolas. Murmuró al fin:

—Lo más seguro es que vote que sí, a ver, si todavía vamos a andar con rencores...

Rafa se echó a reír. Levantó la voz:

—Que eso era antes, joder, señor Cayo. Ésos eran los inventos de Franco, ahora es diferente, que no sabe usted ni de qué va la fiesta.

—Eso —dijo humildemente el señor Cayo.

La voz de Rafa se fue haciendo, progresivamente, más cálida, hasta alcanzar un tono mitinesco:

—Ahora es un problema de opciones, ¿me entiende? Hay partidos para todos y usted debe votar la opción que más le convenza. Nosotros, por ejemplo. Nosotros aspiramos a redimir al proletariado, al campesino. Mis amigos son los candidatos de una opción, la opción del pueblo, la opción de los pobres, así de fácil.

El señor Cayo le observaba con concentrada atención, como si asistiera a un espectáculo, con una chispita de perplejidad en la mirada. Dijo tímidamente:

—Pero yo no soy pobre.

Rafa se desconcertó:

—¡Ah! —dijo—, entonces usted, ¿no necesita nada?

—¡Hombre!, como necesitar, mire, que pare de llover y apriete la calor.

Víctor se incorporó a medias, presionado su estómago por el tablero de la perezosa. Se dirigió a Rafa:

—No te enrolles, macho, déjalo ya.

Rafa se levantó a su vez:

—Ya lo oye, señor Cayo. Mi amigo quiere que me calle. Mi amigo es muy modesto y quiere que me calle, pero si yo he llegado hasta aquí no es para callar la boca.

Le subían y le bajaban los puntos sonrosados de las tetillas sobre su pecho escuálido, blanco, sin vello. Agregó:

—El país ahora es libre. Por primera vez en cuarenta años, vamos a hacer con él lo que nos parezca razonable, ¿entiende?, pero algo que funcione. Su mujer, usted, yo, todos vamos a decidir cómo queremos gobernarnos, si dejamos los resortes del poder en manos de los de siempre o se los entregamos al pueblo…

Víctor soslayó la perezosa y puso un pie en el hogar. Repitió:

—Déjalo, Rafa, coño, es suficiente.

Pero Rafa no le escuchaba. Metió la mano en el bolsillo posterior del pantalón y sacó media docena de candidaturas del Partido arrugadas, dobladas en las esquinas, las alisó burdamente con el dorso de la mano y se las entregó al señor Cayo:

—Vea —dijo—: Ahí van los nombres de mis amigos, éste es él y ésta es ella. Si usted cree que mis amigos son personas decentes, coge y los vota. Y si cree que son unos sinvergüenzas, las parte por la mitad y punto.

Sin darle tiempo a echarles una ojeada, Víctor arrebató las candidaturas de manos del señor Cayo:

—Tampoco es eso —dijo. Rasgó los papeles y los arrojó al fuego, unas soflamas mortecinas. En unos segundos, los impresos fueron arrugándose, asurándose, hasta que brotó la llama y los consumió—: Usted vote la opción o la persona que le merezca confianza, señor Cayo, ¿me comprende? Y si no hay ninguna que le merezca confianza, vote en blanco o no vote.

Laly se puso en pie también:

—Son las diez menos diez —dijo—. Es hora de marchar.

Las pupilas desguarnecidas del señor Cayo brincaban inquietas de uno a otro. Víctor descolgó la camisa de la viga y se embutió en ella. Rafa, a su vez, se vestía en su rincón. La vieja empezó a manotear y a emitir unos ronquidos inconexos. El señor Cayo la miraba atentamente. Al final se volvió a ellos:

—Dice —aclaró— que se lleven ustedes los roscos.

Laly puso una mano sobre el hombro de la mujer:

—Muchas gracias —dijo.

Víctor estrechaba efusivamente la mano del señor Cayo. Dijo éste:

—Deje, salgo con ustedes hasta el coche.

En la explanada, con los pájaros guarecidos, no se oía ahora más que el rumor cristalino del arroyo en la cascajera y el apagado

retumbo de la cascada, abajo, en las Crines. Una brisa muy fina había barrido el nubazo que ahora relampagueaba vivo sobre las crestas de poniente. De súbito, sobre el murmullo del agua y el remoto fragor de la catarata, se alzó un ronroneo uniforme, mecánico. El señor Cayo ladeó la cabeza:

—¡Un coche! —dijo sorprendido.

Ante la lancha que franqueaba el riachuelo se detuvieron en silencio. El señor Cayo miraba fijamente la sombra oscura de la vaguada. Se pasó la lengua por los labios antes de hablar:

—Baja de Quintana —aclaró.

Durante largo rato permanecieron inmóviles, escuchando la intensidad intermitente del zumbido del motor, de acuerdo con la orientación de las curvas. De repente, el ronroneo acreció, como si el coche avanzara a una velocidad más corta. Dijo el señor Cayo:

—Ha cogido el camino. Viene al pueblo.

Rafa frunció el rostro, contrariado:

—¿Quién puede ser?

El señor Cayo rió sofocadamente:

—A saber —dijo—, lo cierto es que el señor Cayo nunca en la vida recibió tantas visitas.

IX

Desde la roca de las Crines, Rafa oteaba la curva baja de la vaguada, el rojo camino serpenteado junto al río, entre ringleras de manzanos abandonados, y, aunque el sol estaba vencido, hizo pantalla con su mano derecha y amusgó los ojos para concentrar su mirada. Dijo, de pronto:

—Un R-12 blanco.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Víctor inquieto. Rafa se incorporó al grupo y los cuatro aguardaron expectantes a que el coche apareciera y, cuando lo hizo, fue aquél el único que reconoció al conductor:

—Mauricio —dijo a media voz—, la cagamos.

—¿Quién es Mauricio? —preguntó Víctor.

Rafa no respondió. El coche se detuvo junto al otro, en la desembocadura de la calleja. Tres jóvenes, dos delante y uno detrás, miraban a través de los cristales con retadora altanería. El primero en apearse, el conductor, apenas un muchacho, vestía un niqui verde y unos pantalones vaqueros. Se dirigió al señor Cayo sin saludar:

—Qué, ya le habrán liado éstos, ¿verdad? —sonrió. Se volvió hacia Rafa, que era el más próximo, y agregó sin cesar de sonreír—: ¿Qué

hacéis aquí? En la plaza de Quintanabad tenéis gente a manta. Hace más de dos horas que os esperan.

Rafa hizo ademán de chuparse el dedo:

—¿Y qué más? —dijo.

—¿Es que no te lo crees?

—Sí, hombre, con banderas y estandartes. Y la charanga estará recorriendo las calles, entonando alegres pasacalles, ¡no te jode!

Los otros dos jóvenes bajaron del coche. Uno de ellos, bajo, fornido, con el pelo a cepillo, iba envuelto en un chubasquero amarillo tan holgado que apenas dejaba asomar por las bocamangas las yemas de sus dedos. El otro era alto, descarnado, con un mentón pugnaz y unos dedos largos, expeditivos. Sin mediar palabra, automáticamente, como cumpliendo un rito, lanzó al aire dos puñados de octavillas de colores. Los impresos revolaron unos momentos y cayeron al suelo o al arroyo blandamente sin que nadie se tomara la molestia de mirarlos. El muchacho del niqui verde se encaró de nuevo con el señor Cayo:

—¿El alcalde? —preguntó.

—Yo soy el alcalde —dijo el señor Cayo golpeándose el pecho con los cinco dedos apiñados.

—Dígame. ¿Dónde podríamos reunir a los vecinos? Es cosa de un momento.

El señor Cayo meneó la cabeza ladinamente:

—¡Huy! —dijo—. Para eso tendría que llegarse a Bilbao.

—¿Tan lejos?

—¡Qué remedio!

Víctor se adelantó hasta el señor Cayo y le tendió la mano:

—Bueno, señor Cayo, se nos hace tarde. Nosotros nos vamos.

El muchacho del niqui verde se interpuso:

—No se fíe de éstos —dijo—. Vienen a quitarle sus tierras.

La frente del señor Cayo se llenó de pliegues horizontales:

—Por eso no —dijo—. Tierra hay aquí para todos. ¿Ha visto cómo están los bajos? Pues el páramo, tal cual. Doce años que no se mete el arado allí.

El muchacho del niqui verde siguió con la suya la mirada del viejo hasta los huertos cubiertos de mala hierba, erizados de caducos manzanos. Dijo con convicción:

—Confíe en nosotros. Arreglaremos esto.

El señor Cayo advirtió:

—Roto no está.

El muchacho del niqui verde se dirigió al del chubasquero amarillo:

—¿Le oyes, Goyo? Es un quedón, el tío.

Intervino Laly:

—Nosotros nos vamos.

El muchacho del niqui verde se impacientó:

—¡Coño, niña, que no mordemos!

Se cruzó de brazos ostentosamente y alzó la cabeza hacia el señor Cayo:

—Éstos le han malmetido, ¿verdad, tío?

Intervino Rafa, conciliador:

—Mira, Mauricio, tengamos la fiesta en paz.

—¡Paz! —dijo Mauricio con guasa—. ¿Oíste, Goyo? También le han hablado de paz al viejo. Eso queda siempre de lo más fardón.

Se encaró con el señor Cayo:

—Le han hablado de paz, tío, ¿no es cierto?

Víctor se colocó entre los dos. Le dijo a Mauricio:

—¿Por qué no dejas tranquilo a este hombre?

—¿Tranquilo? ¡Joder, tranquilo! Eso quisieras tú. Pero el país, este pueblo, este tío, son de todos. Eso es la democracia, ¿o no?

Víctor asintió:

—De acuerdo —dijo—. No me molesta que le hables, me molesta que lo hagas en ese tono.

Mauricio se dirigió de nuevo al del chubasquero amarillo:

—¿Oíste, Goyo? Al candidato le desagradan nuestros modales, va por el voto del viejo —se encaró con Víctor y su voz fue subiendo de tono—. Pero para conseguir el voto del viejo debes decirle toda la verdad. O sea, que al día siguiente de ganar las elecciones le prenderéis fuego a la iglesia del pueblo y le pegaréis cuatro tiros junto a la tapia del cementerio. Eso es lo primero que debes decirle al viejo.

Se agachó, tomó una de las octavillas que acababa de arrojar su compañero y la puso entre las manos pasivas del señor Cayo:

—Mire, tío —añadió—, si quiere usted orden y justicia, vote a esta candidatura.

El señor Cayo lanzó una ojeada convencional al papel arrugado y, al cabo, posó sus ojos mansos, desguarnecidos, en Mauricio y esbozó una sonrisa:

—¿Orden dice? Eso aquí de más. Ya ve.

Goyo adelantó un paso hacia él y Mauricio le sujetó por un brazo. Víctor observaba sin dejarlo las largas mangas del chubasquero amarillo. Dijo Mauricio:

—¿Oíste? Lo han trabajado a fondo, le han lavado el cerebro, me está encabronando el tío —bajó la cabeza y, de pronto, como si renunciase a algo, cambió de tono y le dijo al muchacho alto que permanecía impasible, recostado en la portezuela del coche—: Tú, Pepe, pega por ahí cuatro pasquines y vámonos. Ya son más de las

diez y aquí no hay nada que hacer.

El muchacho alto se dirigió a la parte trasera del automóvil, abrió la maleta y sacó de ella un rollo de papel, un bidón de cola y una bruza. Mauricio le quitó el impreso de las manos al señor Cayo, lo hizo un gurruño y se lo puso en la boca, entre los labios, como un puro. Rió:

—Te guste o no te guste, tío, esto te lo tendrás que tragar.

Víctor le asió por la muñeca:

—¿No crees que te estás pasando?

El chico alto y desgarbado engomaba el cartel y cuando concluyó se encaminó al muro ciego del pajar y lo superpuso a la imagen sonriente del líder. Víctor soltó la muñeca de Mauricio y avanzó hacia él:

—Ahí, no —dijo—. ¿No tienes el pueblo entero para pegar tus carteles?

Agarró el pasquín de una punta y lo arrancó. El muchacho alto se volvió a Víctor con el otro engomado y se lo restregó repetidamente por la cara al tiempo que le propinaba un rodillazo en los testículos. Todo fue como un relámpago. En la mano, casi invisible, de Goyo, apareció una cadena, la levantó y fustigó por dos veces, duramente, el cuerpo caído de Víctor. Simultáneamente, Mauricio saltó al volante, conectó el motor y abrió las portezuelas del coche. Goyo se acomodó a su lado y el muchacho alto en el asiento posterior:

—¡Venga, tira! —dijo éste.

El automóvil reculó unos metros y embocó, petardeando, la calleja. Laly y Rafa se acuclillaron junto a Víctor, que se retorcía en el suelo:

—Cabrones —dijo Rafa entre dientes—. ¿Te han hecho daño?

Le empujó por los hombros, pretendiendo incorporarlo:

—Déjame —dijo Víctor.

Le temblaban las manos, y los muslos se plegaban sobre el bajo vientre, como protegiéndolo. Su rostro estaba lívido, con pegotes de engrudo en el pelo, la barba y las mejillas. Laly intentó desabotonarle la camisa:

—Deja —repitió Víctor—. Eso no importa.

El señor Cayo, de pie, inmóvil como una estatua, contemplaba la escena. Víctor se retorcía, apretando los labios y, al ver que Rafa trataba nuevamente de incorporarlo, dijo:

—No me toques, por favor.

Rafa se irguió, las manos en los riñones. Le preguntó a Laly:

—¿De dónde salieron ésos?

—Vete a saber, tuvieron la misma idea que nosotros.

Paulatinamente, Víctor se relajaba, aunque, de cuando en cuando, fruncía el rostro en un gesto de dolor. Agregó Rafa, quien, tras la agresión, se había convertido en un niño desvalido y perplejo:

—Mauricio y los suyos son una pandilla de matones.

Desde la nogala negra, les alcanzó el quiú-quiú lastimero del cárabo y, como si aquello fuera una señal, Laly consultó el reloj y dijo:

—Vamos a acomodarlo atrás. Dani estará impaciente.

—Vale —dijo Rafa.

Se dirigió hacia Víctor:

—Un momento —dijo Laly.

Se aproximó al riachuelo y mojó un pañuelo de papel. Luego, se llegó a Víctor y le lavó las pellas de engrudo de la cara y le pasó un pequeño peine de bolsillo por el pelo y las barbas:

—Cuando quieras —dijo.

Rafa tomó a Víctor bajo las axilas y le ayudó a incorporarse, mientras Laly sostenía abierta la portezuela del coche. Víctor se introdujo en él y se tumbó de costado, hecho un ovillo, en el asiento trasero. El señor Cayo le miraba a través del cristal y Víctor trató de sonreírle pero en su boca se dibujó una mueca indescifrable.

—Volveré a verle —dijo.

El señor Cayo asintió. Laly se acomodó al volante, en silencio, y se abrochó el cinturón. Rafa, fumando, se sentó sumisamente a su lado. Giró el cuello:

—¿Qué tal, tío?

—Ya va mejor.

El señor Cayo metió la cabeza por la ventanilla abierta de Laly:

—Vaya despacio —dijo—, la carretera esta es muy traicionera.

Laly arrancó y agitó por tres veces la mano fuera de la ventanilla. El señor Cayo iba quedando atrás, solo en la explanada, junto al riachuelo que rebrillaba a la mortecina luz crepuscular. Atravesaron el pueblo sin cambiar palabra y, una vez en el camino, Rafa aplastó el cigarrillo en el cenicero lleno de colillas, se abrochó el cinturón y dijo:

—Vaya numerito que nos han montado los pijos esos.

Laly miraba fijamente más allá del parabrisas, procurando sortear los baches y las piedras del camino. A la derecha, en lo más profundo del tajo, corría el río y, a su izquierda, sobre los bancales de manzanos, formando un semicírculo, se alzaban las siluetas dentadas, abrumadoras, de las rocas erosionadas, resaltando sobre el cielo rojizo del crepúsculo. Al llegar al cruce, Laly se distendió. Dijo sin mover la cabeza, los ojos en el espejo retrovisor:

—¿Duele?

—Ya se va pasando, no te preocupes.

El coche ascendía penosamente un repecho en tercera velocidad y, al afrontar una curva cerrada, Laly metió la segunda y dio la luz de cruce. Un conejo atravesó fugazmente la carretera. Rafa cogió mecánicamente una cinta y la introdujo en la ranura del magnetófono.

Dijo burlonamente mientras encendía otro cigarrillo:

—*Hotel California*, de Eagles. Se la dedico a mi jefe, Dani, que me estará escuchando.

Sonó estridente la orquesta.

—¿Por qué no pruebas de ponerlo más bajo? —preguntó Laly—. Marea.

Rafa lo desconectó:

—Tranquila —dijo.

Volvió el silencio. Laly tomaba las curvas sin frenar, ciñéndose al monte, con resolución. Rafa entrecerró los ojos para chupar del cigarrillo. Dijo luego, expulsando el humo voluptuosamente:

—Mauricio está encabronado. Sabe que el día quince no tiene nada que hacer y está encabronado.

Nadie le respondió. La noche les iba envolviendo y Rafa se dobló por la cintura para mirar a Víctor de frente:

—¿Cómo vamos, macho?

Repentinamente rompió a reír:

—¡Joder! —añadió—. Tienes unos ojos como si acabara de aparecérsete el apóstol Santiago.

La voz de Víctor sonó apagada pero firme:

—Ese tío, coño, es como Dios, de la nada saca cosas.

—¿El señor Cayo? —preguntó Laly.

—Claro.

Rafa volvió a reír:

—Estás traumatizado, macho. No es para tanto, joder. ¿Es que es la primera vez que ves a un paleto de cerca?

—Sí —reconoció Víctor—. La primera.

Rafa accionó cómicamente con las manos:

—Es que los tíos de Madrid sois la pera. Os creéis que Madrid es el ombligo del mundo, joder, y estáis pero que muy equivocados. Hay que asomarse a los pueblos, macho. Ahí, ahí es donde está la verdad de la vida —añadió con sorna.

Víctor se incorporó:

—No te lo tomes a cachondeo —dijo.

El cono de luz de los faros enfocó, entre la fronda, las primeras casas derrumbadas de una aldea sin vida:

—Quintanabad —dijo Laly.

Víctor inspiró por la nariz con precaución, pero cada vez con mayor profundidad, lentamente, la mano derecha en el pecho, como si esperase la aparición de un dolor. Al no producirse éste, repitió la operación otras dos veces, más relajado. Miró por la ventanilla, a la última luz, los tejados vencidos, los pajares desventrados, la yedra

agrietando los muros, las pilas de piedras en las callejas enlodadas:

—No hay derecho —murmuró. Y recostó la nuca en el respaldo del asiento.

—¿A qué no hay derecho, macho?

—A esto —dijo Víctor, apuntando a los últimos edificios del pueblo —. A que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.

Rafa volvió la cabeza y le miró con unos ojos redondos, como platos.

—Tampoco es eso, joder, no te pases. El señor Cayo será un casta y todo lo que tú quieras, pero no es Einstein.

Víctor recostó de nuevo la nuca en el borde del respaldo. Habló monótonamente, sin inflexiones, sin pretender encontrar interlocutor:

—Yo veo una cosa aleteando en el cielo y sé que es un pájaro. Veo una cosa verde agarrada a la tierra y sé que es un árbol. Pero no me preguntéis sus nombres —bajó la cabeza de golpe y ocultó el rostro entre las manos—: Yo no sé una puñetera palabra de nada.

Rafa miró el perfil de Laly como buscando apoyo y dijo:

—Ni falta que te hace, macho.

Víctor adelantó el busto:

—¿Cómo que no me hace falta?

—¿Para qué?

—Eso es la cultura, ¿no?

Rafa rompió a reír:

—No digas chorradas —dijo—, eso es el escenario, pura exterioridad que diría el maestro —puso la yema del dedo índice en medio de la frente y añadió—: La cultura va aquí dentro.

Víctor balbució:

—La vida es la cultura.

La carretera, angosta y agujereada, llaneaba ahora sobre el teso y, por los costados, en las tinieblas, desfilaban las sombras difusas, amedrentadoras, de los robles. De pronto, al iniciar el descenso, brillaron tres lucecitas abajo, en el valle.

—Martos —anunció Laly—. El próximo, Palacios de Silos, allí empalmaremos con la general.

Víctor aproximó sus labios a la nuca de Laly:

—El señor Cayo dijo que en Martos había cantina. ¿Por qué no paras un momento? Necesito un trago.

Laly arrugó la frente. Consultó el reloj luminoso del salpicadero

—Son más de las once —dijo—. A Dani no le va a gustar este retraso.

—¿No puedes dejar de pensar en Dani siquiera cinco minutos?

—Como quieras.

Levantó el pie del acelerador al adentrarse en el pueblo, entre las casas dormidas, y en una esquina, bajo una lámpara mortecina sin protección, detuvo el automóvil. Por la puerta entreabierta de la casa inmediata se divisaba un elemental mostrador y cuatro estanterías abarrotadas de botellines y latas de conservas:

—¡Coño, a la primera, eres la leche! —dijo Rafa apeándose.

La cantina estaba vacía, tan sólo una mujer enjuta, renegrida, de media edad, de ojos inexpresivos y boca hermética, enjuagaba unos vasos en una fregadera de cinc. Los miró recelosa, sin decir palabra:

—Un Veterano —dijo Víctor.

Rafa se acodó en el mostrador:

—Que sean dos.

La mujer les sirvió lentamente, en silencio, como con desgana. Rafa la señaló con el pulgar, por detrás del mostrador:

—¿Te fijas? Parece de piedra.

Ambos bebieron y tendieron de nuevo los vasos vacíos hacia la mujer. Laly, impaciente, preguntó:

—¿Qué kilómetros hay a Palacios?

Los labios de aquélla apenas se movieron:

—Nueve —dijo.

Rafa reía bobamente a la nada y, por cuarta vez en cinco minutos, tendió su vaso a la mujer. Laly se encaró resueltamente con él:

—¿Qué os proponéis? Porque os advierto que a mí el coñazo no me lo dais.

Víctor puso delicadamente su mano sobre el antebrazo de Laly:

—Tr… tranquila —dijo—. El señor Cayo nunca tiene prisa —levantó su vaso—. ¡Por el señor Cayo!

—¡Por el señor Cayo, macho! —respondió Rafa con entusiasmo.

Bebieron. La mujer les servía sumisamente. Víctor, después de observarla, aproximó los labios al oído de Rafa y le dijo a media voz:

—El viejo Juan Jacobo tenía razón.

Rafa levantó los brazos eufóricos para abrazarle, pero sus ojos toparon con la figura muda de la mujer y quedó inmóvil, paralizado, a medio camino. Dijo decepcionado:

—Son como muertos vivos, coño, ¿te das cuenta?

Víctor apuró el vaso, lo levantó vacío y dijo en tono grandilocuente:

—Yo vengo a hablar por vuestras bocas muertas.

Rafa exultó:

—Eso —voceó—: Neruda. ¡No nos moverán!

Pasó el brazo sobre los hombros de Víctor y éste sobre los suyos, trenzándolos por detrás de las cabezas. Se recostaban uno contra el otro, como una yunta, y sin haberse puesto de acuerdo, ambos

empezaron a cantar estentóreamente en el silencio de la noche:

No, no, no nos moverán
no, no, no nos moverán
igual que el pino junto a la ribera
no nos moverán.

Al concluir, se desuncieron y se miraron el uno al otro, como dos desconocidos, y Rafa vio un rebrillo en los ojos de Víctor y rió en corto y dijo:

—No irás a llorar ahora, ¿verdad, Diputado?

Víctor dio un paso atrás, trastabilleó y se pasó dos dedos por los vértices de los ojos. Parecía ensimismado:

—Los años de lucha... la Universidad —dijo.

Presentó su vaso vacío a la tabernera. Ésta apuró la botella y salió a la trastienda en busca de otra. A Laly le había nacido de nuevo en la frente la vena del mitin. Se enfrentó con ellos, zamarreó a Rafa; dijo furiosa:

—¿A qué viene esto? —fulminó a Víctor con la mirada y añadió con desprecio—: ¿Y eres tú el tipo que pretende representar a la provincia dentro de dos semanas? ¡Un diputado de libro! ¿Por qué no tratas de guardar las formas al menos por el Partido?

Regresó la mujer desempolvando la botella con un trapo. Rafa se encaminó hacia ella pero trompicó en una banqueta caída y se sujetó torpemente a los hombros de Laly y, al ver tan próximo el rostro de la muchacha, olvidó su propósito, se inclinó hacia ella y la besó ruidosa, teatralmente, en la mejilla:

—No te cabrees, Laly, amor —dijo.

Ella le apartó, tirando de sus cabellos, con una mueca de repugnancia:

—No te acerques a mí, cacho puto, ¿me oyes?

La mujer, indiferente, después de descorchar la botella, completó el vaso de Víctor, quien se bebió el contenido de un trago:

—Por el Partido —dijo al acabar de beber, en un gruñido casi ininteligible—. Yo le tengo ley al Partido, Laly, aunque tú pienses otra cosa.

La muchacha le volvió la espalda y puso sobre el mostrador un billete de quinientas pesetas.

—Cobre —le dijo a la mujer.

Recogió la vuelta y agregó dirigiéndose a la puerta:

—Yo me voy. Vosotros podéis hacer lo que os dé la gana.

Salió a la noche y Rafa, doblado por la cintura, la seguía como un perrillo faldero, babeando, y Víctor seguía a Rafa, mas, al llegar al

banzo de la puerta, tropezó y cayó arrodillado en un charco, junto a la carretera, y Rafa, doblado por la cintura, reía espasmódicamente, hasta que Víctor levantó sus ojos graves hacia él, y Rafa cesó repentinamente de reír y preguntó:

—¿Qué pasa ahora, Diputado?

—Pasa —dijo Víctor con una expresión extrañamente reflexiva— que hemos ido a redimir al redentor.

Rafa estalló en una risotada estruendosa:

—¡Eso! —dijo—: Hemos ido a redimir al redentor —y, sin cesar de reír, como obedeciendo a una exigencia imperiosa, ladeó ligeramente el cuerpo y se puso a orinar.

Laly abrió las portezuelas del automóvil y cuando Víctor, tras dos tentativas fallidas, logró incorporarse, lo introdujo en él a empellones. Ella se acomodó al volante y se ajustó el cinturón:

—Nosotros nos vamos —le dijo a Rafa por la ventanilla.

Rafa se acercó balanceándose, subiéndose la cremallera de la bragueta, se sentó junto a Laly y volvió a reír, apagadamente ahora, mientras repetía: «Está bueno eso; redimir al redentor». Cabeceó. Laly pasó el brazo por delante de él y cerró de golpe la portezuela. Arrancó. Dio la luz larga y metió la segunda velocidad. Conducía deprisa, en silencio, enfurruñada, y antes de entrar en las curvas hacía parpadear los faros sin reducir la marcha. Rafa seguía cabeceando rítmicamente, arrullado por el traqueteo del coche y, en pocos minutos, se quedó dormido, la cabeza recostada en el vidrio, el mentón caído, la boca abierta. Laly le miró de reojo y suspiró aliviada. Aceleraba en la recta cuando oyó a Víctor rebullir detrás, su voz quejumbrosa:

—Para, Laly, por favor, me mareo.

Dobló el volante para meter la rueda derecha en la hierba de la cuneta, y, cuando se apeó, Víctor vomitaba violentamente en medio de la carretera. Le sujetó la frente y la nuca con ambas manos. Sudaba frío y se convulsionaba a cada arcada. Dijo Laly con un hilo de voz:

—Tranquilo, ya se te pasa.

Él alzó la cabeza y se limpió la boca con un pañuelo. Tenía un algo extraviado en los ojos. Suspiró profundamente y la miró:

—P… perdona —dijo.

En las brañas, en las dos orillas del camino, cantaban los grillos. Levantó los ojos al cielo estrellado:

—Qué… qué hermosa noche —añadió—, ¿por qué no damos un paseo? Estoy muy borracho, Laly.

Comenzaron a caminar carretera adelante, Laly los brazos cruzados sobre el pecho, Víctor tambaleándose a su lado. Dijo ella:

—Os habéis comportado como dos gilipollas.

Víctor se detuvo. Sus pupilas parecían ausentes. Dijo patéticamente:

—Ese hombre no nos necesita.

Laly reanudó la marcha. Dijo:

—¿Por qué no pruebas de olvidarte del señor Cayo? En definitiva no pasa de ser un ser prehistórico.

Víctor manoteó apasionadamente:

—¿Pr… prehistórico? ¿P… puedes decirme, Laly, por qué es más cultura nuestra cultura?

Laly se manifestaba en tono condescendiente, procurando no soliviantar a Víctor:

—Víctor, por favor —dijo—, la cultura del señor Cayo es de la época del Diluvio.

Víctor hizo dos eses y, por un momento, pareció que iba a caer, pero, en última instancia, conservó la estabilidad y se puso frente a Laly, cerrándole el paso:

—¿De… de veras te parece más importante recitar Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?

Miraba a la muchacha fija, insidiosa, perentoriamente, esperando una respuesta. Laly bajó los ojos:

—Vamos a dar la vuelta —dijo.

Al final de la recta se divisaban las luces de posición del coche. Desde las cunetas de la carretera, los grillos aturdían ahora. Víctor titubeó. Dijo:

—¿C… con qué derecho pretendemos arrancarle de su medio para meterlo en el engranaje?

Laly lo consideró profesoralmente. Dijo:

—¿Sabes, Diputado, que tienes una lúcida borrachera?

Víctor se volvió hacia ella y, en un impulso, agarró ávidamente su pequeña, nerviosa mano, como buscando protección:

—No me dejes —casi gritó.

Laly sonrió tenuemente:

—Tranquilo —dijo.

Caminaban a pasos vacilantes, desiguales, juntándose y separándose alternativamente, sin soltarse de la mano. Al llegar al coche, se detuvieron:

—¿Sabes qué te digo? —dijo Víctor, de pronto, y su voz se iba caldeando a medida que hablaba—: Que nosotros, los listillos de la ciudad, hemos apeado a estos tíos del burro con el pretexto de que era un anacronismo y… y los hemos dejado a pie. ¿Y qué va a ocurrir aquí, Laly, me lo puedes decir, el día en que en todo este podrido mundo no quede un solo tío que sepa para qué sirve la flor del saúco?

La excitación de Víctor iba en aumento y Laly agitó su mano

apresada con una mueca de dolor:

—¡Suelta! —dijo—. Me haces daño.

—¡Oh, perdona! —dijo Víctor—. Perdona, ni me daba cuenta.

Laly se cogió los dedos de la mano lastimada con la otra, luego abrió la puerta trasera del coche y ayudó a Víctor a acomodarse:

—Así —dijo, como si hablara a un niño—. Ahora podemos seguir charlando pero sin levantar la voz, no me despiertes a éste.

X

La Avenida, como el resto de la ciudad, salvo espaciados grupos que entraban y salían de las discotecas y cafeterías, estaba desierta. El pavimento negro, mate de humedad, hacía aún más mezquina la luz, lo que contrastaba con el aire festivo de los pasquines en las fachadas y los millares de octavillas multicolores desparramadas por el suelo. Laly dio vuelta a la glorieta para cambiar de dirección y, mientras aguardaba en el semáforo, se soltó el cinturón y le dijo a Víctor:

—No me montes números ahora, Diputado.

Víctor, adormilado en un rincón, pareció despertar al sentirse aludido, se incorporó y, al hacerlo, se llevó una mano al pecho como para conjurar un dolor y miró por la ventanilla desorientado:

—¿Dónde estamos?

Laly puso el coche en marcha:

—En casa —dijo.

Se desvió por el andén lateral y en un pequeño hueco, a diez metros de la cafetería, reculó y aparcó diestramente. Antes de que llegara a quitar el contacto, Víctor agarró a Rafa por el cuello:

—¡Eh, tú, espabila! ¡Ya hemos llegado!

Rafa abrió desmesuradamente los ojos y cerró la boca de golpe. Paladeó la lengua durante un rato y, al cabo, automáticamente, cogió el paquete de cigarrillos de la guantera y se puso uno entre los labios. A la puerta de la cafetería se estacionaba un grupo de gente. Laly torció el gesto al tiempo que agachaba la cabeza junto al volante para verificar si en el cuarto piso había luz. Sin venir a cuento, Rafa rompió a reír:

—¡Ji, ji, ji!

Se volvió a Víctor y dijo, como si continuara con una broma recién interrumpida:

—Hemos ido a redimir al redentor.

Víctor entreabrió la portezuela.

—No bajes ahora —dijo autoritariamente Laly.

—¿Por qué?

—Es mejor, luego te explicaré.

Reparó Víctor en el grupo de hombres, a la puerta de la cafetería. Hizo un nuevo ademán de apearse.

—Voy a decir a ésos cuatro cosas.

—Espera —dijo Laly.

—Yo también quiero bajar —dijo Rafa, forcejeando con la manija.

Laly lo cogió del brazo y lo retuvo:

—Tú te quedas aquí hasta que yo diga —dijo.

—Joder, Laly.

—Nada de joder, monigote.

Víctor hablaba laboriosamente, como si tuviese la lengua de estopa, pero pretendiendo aparentar naturalidad.

—El jefe dice... —dijo—. El jefe dice que un buen militante debe hacer proselitismo a toda hora: cuando trabaja, cuando pasea, cuando come, incluso cuando duerme...

Sin que Laly pudiera impedirlo empujó de golpe la portezuela y se apeó, pero su pie izquierdo se hundió en el alcorque de la acacia inmediata, trastabilleó y quedó sentado en la acera, los ojos cómicamente abiertos, como asombrado de su propia impericia. Rafa reía a carcajadas detrás del vidrio.

De pronto, cesó de reír, accionó rápidamente la manija del cristal y voceó por el hueco:

—¡Viva el señor Cayo, macho!

Los hombres que se estacionaban ante la cafetería interrumpieron la conversación y miraron hacia ellos. Víctor intentaba incorporarse, aferrado al tronco de la acacia con las dos manos. Laly saltó del coche y le ayudó, empujándole, de nuevo, hacia el interior, mientras Víctor repetía: «Yo estoy bien, Laly, déjame». Cuando ya casi le tenía dentro, Rafa se apeó a su vez y empezó a caminar por la ancha acera, describiendo eses y voceando:

—¡Laly, joder, dile al suelo que se pare!

Laly abandonó a Víctor y corrió hacia Rafa desolada, le cogió del brazo y le arrastró violentamente hacia el automóvil, pero, antes de llegar, vio a Víctor nuevamente de pie, recostado en el capó del coche, y dejó a Rafa agarrado al árbol y se llegó a Víctor y, cuando forcejeaba con éste, vio salir del portal la abigarrada ruana de Julia y la llamó a voces, y, tras Julia, apareció el jersey rojo de Juanjo, y, por último, Ángel Abad, arrastrando su pie derecho por el pavimento.

Julia se acercó a Laly:

—Laly, guapa, tenéis unos huevos como el caballo del Cid —divisó a Víctor y Rafa tortoleándose—: ¿Qué les pasa a ésos?

Dijo Laly sofocada:

—Ayúdame a subirlos.

Los hombres del grupo no les quitaban los ojos de encima. Víctor y Rafa se desmandaban y daban voces incoherentes, cada uno por su lado. Juanjo sujetó firmemente a Víctor por un brazo:

—Vaya mierda de puta madre que te has agarrado, Diputado —murmuró—. ¿Cómo ha sido eso?

Laly y Julia conducían a Rafa cada una por un brazo, como a un preso, simulando naturalidad, pero Rafa se resistía, intentando zafarse, y repetía obstinadamente: «¡Joder, sois la pera!; el Partido es libertad». Al pasar junto al grupo, uno de los hombres dijo: «¡Qué vergüenza!», y Rafa respondió: «A tomar por el saco», y Julia le propinó un empellón y lo introdujo en el portal.

En el piso se advertía la misma excitación de jornadas anteriores. Ayuso, que salía de la primera habitación, se detuvo al ver la comitiva que atravesaba el vestíbulo en ese momento y a cuyo paso se habían interrumpido todas las actividades y conversaciones. Darío miró a Víctor con la boca abierta:

—Joder, el Diputado —dijo— trae una mierda como un paralís.

La reluciente calva de Carmelo se empinó sobre el hombro de Ayuso. Manoteó nerviosamente, se acomodó las gafas con un dedo y preguntó:

—¿Son ellos?

Ayuso encogió los hombros. El moratón de la tarde anterior se le había acentuado, se le extendía ahora hasta el labio tumefacto. Dijo oscuramente, con media boca:

—El Diputado viene colocado, macho.

Carmelo dijo: «Déjame pasar», lo apartó bruscamente y se puso al frente del grupo, que avanzaba pasillo adelante, hacia los cuarteles de Dani. Abrió la puerta. Dani, sentado en el sillón frailero, cetrino y flaco, con cierto aire de inquisidor, hablaba por el teléfono negro. Del otro lado de la mesa, Miguel, sentado en el brazo del sillón rojo, fumaba. Carmelo entró triunfalmente:

—Ya están aquí.

Dani agitó la mano reclamando silencio:

—Sí —dijo—, así lo haremos... vale, majo... Te dejo —miraba, con creciente asombro, los visajes, los rostros sucios, las cabezas desgreñadas de Víctor y Rafa—: Sí... aquí están... de acuerdo... Hale... Un abrazo.

Colgó el teléfono, se acodó en la mesa y se quedó mirando al grupo triste, como penitencial, que formaban Laly, Julia, Juanjo, Víctor, Carmelo, Rafa y Ángel Abad. Dijo enarcando sus cejas espesas:

—Un espectáculo edificante.

Rafa se adelantó torpemente, riendo, hasta la mesa:

—¡Vaya corte, Dani! Hemos ido a redimir al redentor.

Dani no se dignó mirarle. Daba ahora golpecitos con la alianza de oro en el borde de la mesa y sus cejas se movían arriba y abajo espasmódicamente. Víctor se había desplomado pesadamente en el butacón rojo, la mano derecha en el pecho, y los demás mostraban una actitud sumisa y expectante.

Dani interrogó a Laly con la mirada:

—Supongo que todo esto tendrá una explicación —dijo.

Laly no se alteró:

—¿Qué quieres que yo le haga?

Reventó la tensión de Dani:

—¡Cojones, qué quiero que tú le hagas! Que los sujetes, ¡joder! Que te líes a leches con ellos si hace falta. ¿Sabes lo que puede representar esto a cuatro días de las elecciones?

—Lo comprendo —dijo serenamente Laly—, pero, ¿cómo crees tú que puedo sujetarlos?

Dani dio un manotazo en la mesa y se levantó:

—¡Coño! ¿No vales tú lo que un hombre?

—No desbarres, Dani, no empieces a decir tonterías, estás nervioso.

Rafa hizo un cómico aspaviento. Repitió:

—¿Sabes, Dani? Hemos ido a redimir al redentor.

Dani se llevó las manos a la cabeza:

—¡Quieres callar la boca de una puta vez! —se encaró con Miguel y Juanjo—: Tú y tú, vosotros, quitadme a este gilipollas de delante, metedle donde se os ocurra. Que Primo le suba un café y llevadlo a su casa a que la duerma.

Dijo Rafa con su voz tartajeante:

—Tampoco es eso, macho.

Miguel tomó a Rafa por los hombros:

—Vamos, liberado.

Salieron con Juanjo por la puerta del falsete. Víctor, sin levantarse del sillón, adelantó el busto y dijo con voz pastosa, pero con inesperada energía:

—Un momento, Dani, tú no le has visto, tú no puedes juzgar.

Dani arrugó la nariz:

—¿De quién está hablando? —preguntó a Laly.

—Del señor Cayo, un viejo campesino de Cureña.

Víctor bajó la cabeza:

—Increíble, Dani. Él es como Dios, sabe hacerlo todo, así de fácil. ¿Y qué le hemos ido a ofrecer nosotros? —preguntó—. Palabras, palabras y palabras… Es… es lo único que sabemos producir.

Dani volvió a sentarse. Su mano derecha tabaleaba impaciente sobre el tablero de la mesa:

—Siempre tendrá que haber dirigentes, supongo —apuntó.

Víctor alzó la cabeza:

—¿Dirigentes?, ¿y para qué quiere el señor Cayo que le dirijan? Desengáñate, Dani, él no nos necesita.

Los nerviosos ojos de Dani recorrieron los rostros de los presentes. Se advertía en ellos como un desfondamiento, un desencanto, una conciencia enervante de inutilidad. Dijo Ángel Abad tras una pausa:

—El Diputado tiene una extraña borrachera, Dani.

Laly puntualizó:

—Una lúcida borrachera, diría yo.

Dani la miró:

—¿Es que estás con él?

—Bueno, le comprendo.

Dijo Ángel Abad:

—Esos pueblos de la montaña están vacíos, Dani, ya te lo advertí.

Dani tiraba pataditas al aire por debajo de la mesa:

—¿Y por qué no disteis media vuelta al ver que estaban vacíos?

Dijo Laly:

—Debimos informarnos antes, Dani. Ése ha sido el error.

Dani se encolerizó de nuevo:

—¿Quieres decir que yo tengo la culpa de que esos pueblos estén vacíos? ¿Quieres decir, joder, que yo tengo la culpa de que, en vista de que esos pueblos están vacíos, los dos primeros hombres de nuestra lista se vayan por ahí de farra, armando...?

Víctor propinó un rotundo puñetazo en la mesa y los teléfonos, los ceniceros, los libros y las botellas retemblaron. Dani calló. Víctor asía ahora el borde del tablero y las yemas y las uñas de sus dedos se le pusieron blancas:

—Escucha, Dani —dijo desgarradamente—: tú no quieres entenderme. Ese tío sabe darse de comer, es su amo, no hay dependencia, ¿comprendes? Ésa es la vida, Dani, la vida de verdad y no la nuestra —le señaló admonitoriamente con el dedo índice y prosiguió—: Tú estás sofisticado, yo estoy sofisticado, éste está sofisticado, todos estamos sofisticados. No hemos sabido entenderles a tiempo y ahora ya no es posible. Hablamos dos lenguas distintas.

Calló y miró al vacío, detrás de Dani, a las apagadas cristaleras de las casas de enfrente. Sus ojos no tenían el brillo del alcohol sino la patética perplejidad del vidente. Al cabo de unos segundos, Carmelo carraspeó, intimidado. El ojo derecho de Dani parpadeó repetidamente:

—Digo, Laly... —balbució.

—Un momento —añadió Víctor—, aún no he terminado —levantó

las dos manos, pausadamente, sobre la mesa—: Una hipótesis, Dani, todo lo absurda que tú quieras, pero es una hipótesis. Imagina, por un momento, que un día los dichosos americanos aciertan con una bomba como ésa de neutrones que mata pero no destruye, ¿no? Bueno, es una hipótesis, una bomba que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? Es una hipótesis absurda, ya lo sé, pero funciona, Dani. Pues bien, si eso ocurriera, yo tendría que ir corriendo a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? —casi sollozaba—: El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así, Dani, me lo quieres decir?

Los ojos de Víctor seguían brillando de una manera especial. Al concluir su discurso se desplomó en el sillón, la mano derecha abierta sobre el pecho, como si se sintiera agotado por el esfuerzo.

Ángel Abad sonrió conmiserativamente:

—Es alucinante —dijo—. Más que una mierda, lo que tiene el Diputado es un mal rollo.

Dani se puso en pie. Le dijo a Víctor:

—Está bien, ahora debes descansar, tal vez mañana veas las cosas de otra manera.

Se dirigió a Laly bajando la voz:

—Y en los otros pueblos, ¿qué?

—No había otros pueblos, Dani. Quintanabad está deshabitado y en Martos no quedan más que cuatro gatos.

Sonó el timbre del teléfono blanco:

—Contesta tú —le dijo imperativamente Dani a Carmelo.

—¿Sí? —dijo Carmelo al auricular y miró a Dani. Dani dijo que no con un dedo:

—Salió —dijo Carmelo empujando las gafas con el dedo índice—; ni idea... Supongo yo que sí, no lo sé... si no es urgente, mejor mañana... Vale... bien... de acuerdo... Hale, otro para ti.

Colgó. Dijo suavemente:

—Félix.

Dani recorría ahora la habitación a largas zancadas, en silencio, el mentón en el pecho, meditabundo. Llegaba hasta los rimeros de impresos de la alcoba italiana y regresaba a la mesa. A la segunda vuelta se detuvo ante Laly. Dijo colérico:

—Resumiendo, que habéis hecho un pan como unas hostias.

—Tampoco es eso, Dani.

—Tú dirás.

—No tenía otra alternativa, creo yo.

—Creo yo, creo yo... ¿También crees tú que era necesario agarrarse

una cogorza y…?

Laly movió la cabeza de un lado a otro con resolución:

—No empecemos, Dani, te lo suplico.

Dani se cruzó de brazos. Víctor parecía dormitar en el sillón rojo. Ángel Abad encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la mesa:

—Está bien, vamos a dejar eso —dijo Dani—. El problema, ahora, es este hombre. No podemos dejarle suelto. ¿Le ha visto alguien en este estado?

—Unos cuantos abajo, en la cafetería.

Apretó los labios Dani:

—¿Eran muchos?

—Cuatro o cinco.

—¿Lo habrán reconocido?

—¡Yo qué sé, Dani!

La ceja derecha de Dani se arqueaba hasta casi rozar el nacimiento del pelo. Su mano vacilante se posó en la máquina de escribir y pulsó nerviosamente, sin objeto, varias teclas. Dijo, como respondiendo a un tortuoso razonamiento interior:

—¿No habría entre ellos algún periodista…?

—Imagino que no.

Dejó la máquina y reanudó sus paseos a lo largo de la habitación, mientras decía:

—No quiero pensar que este *affaire* llegue a oídos de la prensa. ¿Os imagináis? «El candidato Víctor Velasco, más conocido por V.V., encogorzado hasta los cojones, recorre la provincia en viaje electoral» —cerró los puños—: ¡Joder, lo que nos faltaba!

Paró en seco y se encaró nuevamente con Laly:

—¿Y en los pueblos? —preguntó inquisitivamente—: Dilo ya, acaba. Imagino que en los pueblos habréis dado también el mitin.

—En Martos —admitió Laly—, pero sólo estaba la cantinera.

—¿Y el coche? Con los emblemas y toda la hostia habéis ido dejando por todas partes la tarjeta de identidad.

Laly suspiró hondo. Trataba de dominarse. Dijo:

—Tranquilo, Dani, el coche no lo vio nadie. La mujer no salió de la cantina y en las calles no había un alma. De Martos a aquí no hemos parado.

Dani volvió a cruzarse de brazos. Suavizó el tono de voz, como tratando de serenarse:

—En realidad esto no es más que una chiquillada, lo comprendo, pero el momento ha sido demencial, Laly, reconócelo. Si la prensa se entera y saca punta ya podemos ir haciendo las maletas.

Laly se aproximó a él. Le miró decididamente a los ojos:

—No le des más vueltas, Dani —dijo—: Lo ocurrido ya no tiene remedio, no podemos dar marcha atrás. Lo discreto es tomar medidas a partir de ahora.

—Exactamente —respondió Dani—, medidas. ¿Dónde coños metemos a este hombre esta noche? Aquí no puede dormir, llevarle al hotel en estas condiciones es impensable.

Sonó el picaporte del falsete y entró Pedrito, el Perplejo:

—¿Qué buscas tú aquí? —dijo Dani, intemperante.

—Unos posters —dijo Pedrito tímidamente.

—Está bien, cógelos y lárgate.

El muchacho se agachó, acobardado, y tomó unos rollos. Cuando salía, Dani le voceó:

—¡Eh, tú, dile a Primo que suba un café doble y bien cargado, haz el favor!

Se volvió a Laly:

—Yo creo que esto es lo procedente —miró hacia el sillón donde Víctor dormitaba—: En todo caso no creo que esta diarrea oratoria se le pase antes de un par de horas. ¡Imagina que le diera por soltar el rollo en el vestíbulo del hotel!

Laly inquirió suavemente:

—¿Por qué no lo llevamos a mi casa?

—¿A tu casa? ¿Y las niñas?

—Las niñas están con mi madre, no son problema.

—¿Y Arturo?

Laly alzó la cabeza arrogantemente:

—¿Quieres decirme qué pinta Arturo en mi casa a estas alturas?

Sonrió Dani. Le dio una palmadita en el antebrazo:

—Bueno, Laly, no te cabrees, maja, me gusta tu plan, pero, entonces, quizá sea mejor no espabilar a éste con el café.

—Es lo mismo —dijo Laly—, en casa le atizamos dos Valium diez y punto.

—¿Valium? ¿No está contraindicado con el alcohol?

—Chorradas —respondió Laly—. Dímelo a mí.

Ángel Abad hizo un contundente ademán con la mano:

—No seas vacile, Dani, vamos a acabar de una puta vez con este asunto.

Entró Primo, escorado, deteniéndose cada dos pasos, la taza de café temblándole en la mano. La dejó sobre la mesa y salió. Dani tomó la taza y se acercó al sillón rojo:

—Bebe, Diputado.

Víctor abrió los ojos, unos ojos atónitos, muy lejanos, los miró a todos, uno por uno, y bebió dócilmente. Ángel Abad se inclinó hacia

Laly:

—¿Te fijas? Está como alienado.

Mediada la taza, Dani le dijo a Ángel Abad:

—Vete bajando, nosotros iremos detrás. Abre el coche y si hubiera alguien en la calle nos haces una seña antes de salir del portal.

Se dirigió a Carmelo:

—Procura que la salida esté expedita, que no se concentre gente en la puerta. Cuanto menos barullo armemos, mejor.

Laly entregó a Ángel Abad las llaves del coche y éste y Carmelo salieron. Dani pasó un brazo por la cintura de Víctor, Laly le cogió por el brazo del otro lado y lo incorporaron:

—Andando, Diputado.

—¿Adónde vamos ahora?

—A dormir. Es muy tarde.

—Yo… no quiero dormir.

—Bueno, no te preocupes.

Caminaba tambaleándose y la pobre humanidad de Dani y la fragilidad de Laly apenas bastaban para sostenerlo en pie. Carmelo había amontonado tras de la puerta los cubos, las bruzas y los posters. En el descansillo del primer piso Víctor se detuvo.

—Yo no quiero dormir —repitió.

—Está bien, pero hay que descansar, Víctor. Mañana, a las diez, tienes que hablar por la radio.

Lo miró como si no lo conociese:

—¿Del señor Cayo?

—Del señor Cayo, de lo que quieras. Ya lo pensaremos despacio, ahora baja.

Tardaron cinco minutos en llegar al portal. Carmelo había sustituido a Laly y ésta se adelantó. Vio a Ángel Abad junto al coche, apremiándoles. En la cafetería no había más que un hombre joven, de espaldas, los codos en la barra. Volvió al portal:

—Vamos, deprisa —dijo.

Ya en el coche, Laly suspiró. Dani y Carmelo, con Víctor entre ellos, se acomodaron en el asiento posterior. Dani sacó un gran pañuelo blanco y se lo pasó varias veces por la frente, luego se inclinó de medio lado para guardárselo en el bolsillo del pantalón:

—Vaya un coñazo —dijo.

Laly puso el motor en marcha. Añadió Dani:

—Lo peor de estas cosas es la prensa, los periodistas son la pera. De una cosa pueril como es agarrarse una mierda, a lo mejor mañana, una montaña.

El coche atravesaba velozmente las calles sin tráfico y las ruedas

siseaban suavemente sobre el asfalto húmedo, empapelado de octavillas. Víctor rebulló detrás, se medio incorporó. Le dijo a Dani, mirándole fijamente:

—¿Sabes, Dani, para qué sirve la flor del saúco?

Dani le pasó el brazo por los hombros:

—Déjalo ya, majo, ¿te importa?

Víctor se volvió a Carmelo:

—¿Y tú?

Dijo Laly doblando el volante:

—Aunque es prohibida, voy a entrar por aquí, si no tenemos que dar la vuelta por Tirso de Molina.

—Ten cuidado, tú, no la caguemos.

Laly detuvo el automóvil frente a un moderno edificio de ladrillo de diez pisos, de puertas encristaladas y carpintería de aluminio. Se apeó y abrió la portezuela del lado de Carmelo. Ayudaron a bajar a Víctor, que miraba desorientado en todas direcciones. Laly cruzó la acera, metió la llave en la cerradura y, en ese instante, se iluminó el portal. Sacó la llave sin hacer intención de abrir:

—Pronto, al coche —dijo—, alguien baja.

Ángel Abad, Dani y Carmelo forcejearon con Víctor, que se movía torpemente. Le empujaron sin miramientos dentro del coche. Laly se puso al volante y dio al contacto en el momento en que dos hombres y dos mujeres salían del ascensor. Laly miró de refilón:

—Es Caviedes —dijo.

—¿El abogado?

—Sí.

—Mejor hemos hecho largándonos. Da la vuelta a la manzana.

Las dos parejas se despedían amistosamente en la esquina:

—A ver si se enrollan ahora.

—Ese Caviedes es un vacile, no se casa con nadie. Ahora dicen que anda con Areilza —explicó Ángel Abad.

Al regresar, la calle estaba de nuevo vacía y Laly aparcó frente al portal de su casa. Dani le dijo a Carmelo:

—Tú quédate en el coche, sobramos gente.

El piso de Laly tenía una acogedora gracia intelectual. Libros, bocetos, grabados, posters por las paredes, un minúsculo receptor de televisión rojo, entre los libros, y en el estante inferior, protegido por una cubierta de plástico transparente, un tocadiscos con los bafles en la parte alta, junto al techo. Bajo la librería, un diván y, ante él, una mesita enana con revistas, un cenicero de Murano y una rosa roja en un vaso. Víctor se tambaleaba entre Dani y Ángel Abad:

—¿Dónde lo acostamos?

—Aquí, pasad.

Laly los precedía encendiendo luces, abriendo puertas, hasta llegar al fondo del breve pasillo, una pieza con dos camas gemelas con cabeceros de bambú y dos mesillas de noche, llenas de libros de colecciones de bolsillo, a los costados. Dio la luz de dos quinqués con pantallas verdes y tiró de una punta de la colcha:

—Metedlo aquí —dijo—: Yo dormiré donde las niñas.

Entró en el cuarto de baño contiguo y durante un rato se oyó el repiqueteo de frascos medicinales sobre una repisa de vidrio, mientras Dani y Ángel Abad despojaban a Víctor de la cazadora y los pantalones y lo metían en la cama. Regresó Laly con un frasquito diminuto y un vaso de agua en la mano:

—A ver —dijo—, abre la boca.

Le puso a Víctor dos comprimidos azules en la lengua:

—Bebe —añadió.

Víctor se ladeó dificultosamente y bebió dos buches de agua. Laly depositó el vaso sobre el cristal de la mesilla de bambú y ayudó a Víctor a acomodar la cabeza en la almohada. Dani inspiró profundamente y Laly le sonrió:

—¿Tranquilo?

—Una cosa —dijo Dani—, mañana, sobre las diez, vendré a buscarlo. Es mejor que no os vean salir juntos.

Laly estiró su largo cuello y se echo a reír:

—Así queda como más decente, ¿no?

Dani enarcó las cejas espesas:

—Hay que guardar las apariencias —dijo.

—¡Dani!

Les alcanzó la voz de Víctor, una voz imperiosa y sombría. Laly y Dani se volvieron hacia la cama.

Víctor, recostado contra la almohada, se asía el cuello de la camisa por ambas puntas:

—Una cosa, Dani —dijo—, una cosa que todavía no te he dicho acerca de él.

—¿Del señor Cayo?

—Del señor Cayo.

Dani enarcó las cejas espesas y ladeó ligeramente la cabeza. El tono de voz de Víctor era excitado y dolorido:

—Él también odia, ¿sabes? —dijo pausadamente—: Odia como nosotros... A última hora estuvieron allí, en el pueblo, ésos, Mauricio, o como se llame. ¡Mira!

Tiró violentamente de las puntas de la camisa, saltaron dos botones y dejó al descubierto su pecho cruzado por dos costurones

sanguinolentos. Alzó sus ojos melancólicos y añadió:

—Esto no tiene remedio, Dani, es como una maldición.

Dani miró a Laly con un fondo de reconvención antes de inclinarse sobre la cama:

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

Laly se llevó instintivamente las manos a la boca.

—¡Qué horror! —dijo—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

NOTA DEL AUTOR PARA LA PRESENTE EDICIÓN

Si con Parábola del náufrago *experimenté con el lenguaje, con* Las guerras de nuestros antepasados *abordé una segunda experiencia: la de una novela larga totalmente dialogada. El diálogo se establece entre un condenado a muerte, Pacífico Pérez, y el doctor Burgueño, médico del Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde aquél convalece. En principio da la impresión de que una novela dialogada ha de ser pesada; una novela, casi diríamos, agarrotada y aburrida. A mí, por lo menos, la expresión «novela dialogada» me despierta esa sensación. Por eso lo primero que quiero decir es que* Las guerras de nuestros antepasados *es la novela más dinámica, movida y ágil que ha salido de mi pluma, un relato rural, de paisaje cambiante, en el que muevo cuarenta o cincuenta personajes, que si de algo pecan es de exceso de movimiento. Lo del diálogo vino casi obligado en cuanto me consideré maduro para poner voces; experto, por así decirlo, en castellano rural, que practicaba a menudo en mis excursiones al campo. Las declaraciones de Pacífico no sólo son interesantes sino expuestas en una jerga simple, convincente y atractiva.*

Soy un escritor que escribe tanto con la vista como con el oído, cosa esta última que facilita mi tarea. Estimo que éste es el dato que mejor define a mis personajes, ya que la manera de hablar dice más de un ser humano que su rostro. Ésta es la razón de que yo use –y tal vez abuse– del tono y del habla de los distintos estamentos sociales, especialmente de los campesinos, cuya riqueza de vocabulario es superior a la de otros sectores. Soy consciente de que este último es un rasgo propiciado por siglos de aislamiento, por lo que no es arriesgado aventurar que no perdurará demasiado tiempo, dado que campo y ciudad conviven hoy, viven unidos y confundidos.

El diálogo de Las guerras de nuestros antepasados*, antes que el tema de la novela, me animó a realizar una adaptación teatral. A Ramón García Domínguez y a mí nos llevó tiempo el empeño pero quedamos satisfechos. Estrenada en Madrid en 1989, y paseada por toda España, la adaptación resultó un éxito franco y puso de relieve el encanto del lenguaje rural. El papel de Pacífico Pérez, a lo largo de unas cuantas temporadas teatrales, lo desempeñaron indistintamente José Sacristán y Manuel Galiana, tan buenos actores como diferentes. Una cosa curiosa: siendo modélicas ambas interpretaciones, y relatando los dos actores un mismo texto, Galiana necesitó un cuarto de hora más que Sacristán para exponerlo. ¿Qué quiere decir esto? Es complejo, pero en lo principal viene a decir que el idioma rural tiene dos velocidades y que, ya se emplee la corta o la larga, ello no afecta para nada a su calidad. Es un hecho demostrado.*

M.D.

Abril de 2008

La violencia es simple;
las alternativas
a la violencia son
complejas.

FRIEDRICH
HACKER

El enfermo Pacífico Pérez ingresó en el Sanatorio de Navafría en la mañana del 25 de marzo de 1961. Durante el reconocimiento se mostró tímido y reservado, respondiendo a mis preguntas con cortados monosílabos. Tras detenida exploración, descubrí en sus pulmones una fibrosis bilateral, con cavernas tuberculosas ya viejas y, en consecuencia, una propensión obvia a un fallo cardiorrespiratorio. Sentí piedad por él, tanto por su disposición resignada, como por la gravedad de su dolencia. Con los días, este sentimiento inicial derivó hacia la curiosidad al observar su actitud ante los compañeros, taciturna y como distante sin dejar de ser afable. A la legua se advertía que eran mundos opuestos y a la chabacanería y mal gusto de las provocaciones de aquéllos, el muchacho respondía con una sonrisa abierta, sin doblez ni reticencia. También en los interminables coloquios que tenían lugar por las mañanas en el patio y, por las tardes, en la galería de reposo, y que indefectiblemente giraban sobre el pasado o el porvenir de los enfermos, Pacífico Pérez guardaba discreto silencio. Era evidente que para él no existía más que el presente y en este terreno manifestaba su conformidad o su discrepancia, asintiendo o denegando con la cabeza o con expresiones escuetas, eso sí, procurando dulcificar su laconismo con ademanes desproporcionadamente cordiales y una generosa expresión en el semblante. No quería compartir su propio mundo pero tampoco rehuía la convivencia obligada. El muchacho producía la impresión de que todo cuanto le rodeaba le resultaba ajeno y él no era sino una presencia flotante cuya irrupción en este mundo se debía a la pura casualidad.

Pacífico Pérez, de rasgos fisonómicos nobles, era alto y extremadamente flaco. Debido a su timidez, y tal vez a su enfermedad, caminaba ligeramente encorvado. Esto, unido a las entradas prematuras de su cabello y a las gafas de gruesos cristales que, como buen tímido, trataba de acomodar constantemente agarrándolas por la patilla derecha, le imprimían un aire intelectual que desmentían sus ademanes y, en particular, su tono de voz y sus expresiones, decididamente rurales.

A las dos semanas de entrar en el Sanatorio, Pacífico Pérez comenzó la construcción de un pequeño jardín en el ángulo noroeste del patio, resguardado del cierzo por una alta tapia. Apenas disponía de semillas y herramientas, pero merced a su arte y más que nada a su paciencia benedictina, logró convertir aquello en un remanso vegetal que en los atardeceres regaba acarreando agua desde el pilón —en el extremo opuesto del patio— con su plato de aluminio. Los obstáculos parecían estimularle y

cada mañana se pasaba largos ratos contemplando los progresos de su obra, arrancando las malas hierbas o explicando a sus compañeros los pormenores de alguna flor o las exigencias del minúsculo semillero. En rigor, era ésta su única distracción, puesto que Pacífico no recibía visitas regularmente. Tan sólo a mediados de abril se presentó en el locutorio una muchacha bastante agraciada acompañada de un niño de poco tiempo. Al salir, el rostro de Pacífico no expresaba la menor emoción, y el muchacho portaba bajo el brazo, sin ningún entusiasmo, media docena de tabletas de chocolate y en la mano derecha una ristra de chorizos.

A través de estos indicios, llegué a la conclusión de que Pacífico era un desplazado, un ser desamparado y fuera de sitio, con lo que mi curiosidad inicial se convirtió en una verdadera obsesión por ayudarle, puesto que su situación no era envidiable en ningún aspecto. Con este propósito y como primera medida, relegué su reconocimiento semanal al último enfermo de la jornada. De este modo podía retenerle un tiempo en mi despacho, ofrecerle una copita de anís —único licor de que gustaba— y tratar de departir con él en la intimidad. El proceso hasta conseguir una conexión confidencial fue lento y dificultoso. Pacífico observaba una actitud defensiva, basada antes que en la hosquedad en la ambigüedad y los circunloquios. Hablaba del campo como si se refiriese a todo el campo del mundo y cuando decía «mi pueblo», lo decía de una manera impersonal, como si nadie lo habitara. Un día afronté la situación directamente y le pregunté si no tenía familia. Su respuesta fue lacónica: «Qué hacer», dijo, pero no hubo manera de arrancarle una palabra más. En otra ocasión, tal vez más inspirado, le conté la anécdota de mi abuela que sembró calabazas y calabacines en el huerto, en cuadros rayanos, y cuando las plantas florecieron, las abejas fecundaron indistintamente unos y otros y las calabazas nacieron con forma de calabacines y los calabacines con forma de calabazas. Ante mi asombro, la historia desató su entusiasmo y durante largo rato habló de las abejas y sus particularidades y terminó diciendo que él era capaz de catar desnudo una colmena. Aquello me demostró que Pacífico Pérez era naturalmente locuaz pero seguramente la experiencia le había sugerido la reserva como actitud aconsejable para caminar por la vida. Yo aproveché, sin embargo, este resquicio para abrir brecha y por primera vez y durante media hora platicamos sobre temas campesinos. Al día siguiente bajé al pueblo y compré unas semillas de claveles de poeta, alhelíes y margaritas reales, flores, todas ellas, propias de la época. Al entregárselas a Pacífico una semana después para su jardín, advertí que el impacto había sido directo. Mi gesto aventó buena parte de su desconfianza. Comprendió sin duda que mi intención era recta y bienintencionada y, a partir de entonces, nuestras conversaciones, aunque siempre sobre temas banales o genéricos, eran fluidas y llenaban sin violencias el tiempo de que disponíamos. Su primera referencia a un personaje concreto recuerdo que se produjo durante el primer

reconocimiento de mayo. La tarde anterior, Sopero, uno de los perdonavidas del grupo, pisoteó hasta cansarse uno de los macizos que Pacífico cultivaba con más amor. El muchacho no le recriminó, ni hizo intención de detenerlo; se limitó a observarlo como si su acción fuese algo natural y hasta esperado. Cuando a la tarde siguiente yo afeé el proceder de Sopero, Pacífico sonrió remotamente y dijo: «Él no tiene la culpa; es peleón como el Bisa». De inmediato le pregunté quién era el Bisa y él respondió: «Ande ¿quién iba a ser? Mi bisabuelo». La mención del Bisa fue como la llave que franqueó definitivamente nuestras relaciones. A partir de ese día, Pacífico no evitaba la referencia a personas particulares, ajenas o de su familia, que en una u otra forma hubieran influido sobre él. Hablaba, como de seres inconciliables, de «los del Otero» y «los del Humán», del Abue, de la Corina, la abuela Benetilde, la señora Dictrinia y, con una unción y una frecuencia fácilmente advertibles, de «mi tío Paco». Por mi parte yo le contaba igualmente de mis años infantiles en el pueblo y él gustaba de confrontar mis observaciones con sus personales experiencias. De este modo, nuestras pláticas discurrían en un clima de naturalidad y confianza que me llevaron un día a sugerirle la posibilidad de charlar abiertamente de su pasado ante el magnetófono que Agustín Parra, el boticario de Veguillas y antiguo compañero de colegio, acababa de traerme de Canarias. Pacífico me hizo accionar el aparato varias veces y su comentario fue por demás expresivo: «Está bien traído el chisme ese —dijo —; todo lo parla». Sin embargo, no se decidió a acceder inmediatamente a mis pretensiones, pese a asegurarle yo que mientras él no me autorizase «él chisme ese» no diría una palabra. Ante mi encarecimiento, Pacífico se avino a consultar con su tío Paco y una semana más tarde, apenas llegó a reconocimiento, me dijo sin más preámbulos: «Que bueno». «Que bueno ¿qué?», inquirí yo. «Lo de hablar —respondió—, que dice mi tío que bueno.» Así es como pude llevar a cabo las grabaciones que a continuación transcribo. Los textos son fieles, prácticamente literales. Apenas he suprimido de ellos algunas reiteraciones —pocas— y ciertos enrevesados circunloquios que perjudicaban a la claridad del relato. Asimismo he aligerado la palabrería banal de nuestras despedidas y reencuentros por entender que nada significativo añaden a las confidencias de Pacífico Pérez. Fuera de lo apuntado, la transcripción es textual: he respetado incluso los balbuceos y torpezas de expresión que, aun dentro de la locuacidad que Pacífico Pérez llegó a adquirir a lo largo de nuestros coloquios nocturnos, no son ciertamente infrecuentes en su conversación. Los «o sea», «a ver», «qué hacer», «tal cual», «por mayor», «aguarde» y otras locuciones semejantes están ahí no sólo por razones de fidelidad sino como exponente de una manera de ser, de una manifestación del léxico campesino de Castilla que, desgraciadamente, por mor del mimetismo urbano y de la televisión, van desapareciendo. Las charlas se iniciaron el 21 de mayo de 1961 y concluyeron el 27 del mismo mes. Fueron, pues,

siete noches consecutivas de diálogo, cuya traducción brindo al lector seguidamente, pidiendo de antemano perdón por los errores a que una deficiente grabación pueda haberme inducido.

DR. BURGUEÑO LÓPEZ

Viejas historias de Castilla la Vieja

1964

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

A menudo he dicho en las entrevistas que nunca escribí ni una línea al dictado. Esencialmente esto es cierto. Personalmente nunca escribí lo que me dictaban; todo lo más, a veces, «traduje» en los periódicos las consignas que la censura imperante ordenaba publicar íntegras. Sin embargo, al llegar a este título, sin llegar a decir que me traicioné, sí debo decir que hubo otra persona que me facilitó una idea: Jaume Pla, grabador catalán que había trabajado unos meses en la zona de Tordesillas. Allí realizó una serie de grabados al buril para un libro que iba a titular Castilla*, y me rogó que le echara un vistazo y, si me parecía bien, escribiera unos textos para acompañar a los grabados. Los trabajos eran una maravilla. Me cautivaron por su finura y expresividad. Y desde este pedestal, levanté una bonita serie de historias en mi mejor castellano. A lomos del idioma y de los grabados de Pla recogí en cincuenta páginas la Castilla que me gustaba de la mitad del siglo XX, una Castilla estática, que no cambiaba, siquiera los propios castellanos tampoco parecieran desearlo. Simplemente vivían: trabajaban, se enamoraban, celebraban pequeñas fiestas y no aspiraban a más. Tan pronto terminé aquellas historias —en apenas una semana— advertí una cosa: aquel medio centenar de páginas decían más que ningún otro libro mío sobre lo que era Castilla y lo que eran los castellanos. El paisaje árido, sus habitantes, las costumbres, los secretos del campo, las siembras de año y vez... cabían en cuatro líneas y no necesitaban mayor explicación. Entonces concluí que* Viejas historias de Castilla la Vieja *era mi obra preferida por su limpio perfil de Castilla, y tan sólo cuando nacieron más tarde* Los santos inocentes *y* El hereje *apelé al viejo truco de dividir mis obras en breves, medianas y largas. De las primeras,* Viejas historias de Castilla la Vieja *era la más representativa;* Los santos inocentes *lo era de las segundas y, finalmente, lo era* El hereje *de las novelas largas. Una manera de no dejar nada en el tintero y todos contentos.*

M.D.
Abril de 2008

Viejas historias de Castilla la Vieja

El pueblo en la cara

Cuando yo salí del pueblo, hace la friolera de cuarenta y ocho años, me topé con el Aniano, «el Cosario», bajo el chopo del Elicio, frente al palomar de la tía Zenona, ya en el camino de Pozal de la Culebra. Y el Aniano se vino a mí y me dijo: «¿Dónde va el Estudiante?». Y yo le dije: «¡Qué sé yo! Lejos». «¿Por tiempo?», dijo él. Y yo le dije: «Ni lo sé». Y él me dijo con su servicial docilidad: «Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?». Y yo le dije: «Nada, gracias, Aniano».

Ya en el año cinco, al marchar a la ciudad para lo del bachillerato, me avergonzaba ser de pueblo y que los profesores me preguntasen (sin indagar antes si yo era de pueblo o de ciudad): «Isidoro, ¿de qué pueblo eres tú?». Y también me mortificaba que los externos se dieran de codo y cuchichearan entre sí: «¿Te has fijado qué cara de pueblo tiene el Isidoro?». o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: «Ése no; ése es de pueblo». Y yo ponía buen cuidado por entonces en evitar decir: «Allá en mi pueblo…» o «El día que regrese a mi pueblo», pero a pesar de ello, el Topo, el profesor de Aritmética y Geometría, me dijo una tarde en que yo no acertaba a demostrar que los ángulos de un triángulo valieran dos rectos: «Siéntate, llevas el pueblo escrito en la cara». Y a partir de entonces, el hecho de ser de pueblo se me hizo una desgracia, y yo no podía explicar cómo se cazan gorriones con cepos o colorines con liga, ni que los espárragos, junto al arroyo, brotaran más recio echándoles porquería de caballo, porque mis compañeros me menospreciaban y se reían de mí. Y toda mi ilusión, por aquel tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad y carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno, como a las reses, hasta la muerte. Y cada vez que en vacaciones visitaba el pueblo, me ilusionaba que mis viejos amigos, que seguían matando tordas con el tirachinas y cazando ranas en la charca con un alfiler y un trapo rojo, dijeran con desprecio: «Mira el Isi; va cogiendo andares de señoritingo». Así, en cuanto pude, me largué de allí, a Bilbao, donde decían que embarcaban mozos gratis para el Canal de Panamá y que luego le descontaban a uno el pasaje de la soldada. Pero aquello no me gustó, porque ya por entonces padecía yo del espinazo y me doblaba mal y se me antojaba que no estaba hecho para trabajos tan rudos y, así de que llegué, me puse primero de guardagujas y después de portero en la

Escuela Normal y más tarde empecé a trabajar las radios Philips que dejaban una punta de pesos sin ensuciarse uno las manos. Pero lo curioso es que allá no me mortificaba tener un pueblo y hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: «Allá, en mi pueblo, el cerdo lo matan así, o asao». O bien: «Allá en mi pueblo, los hombres visten traje de pana rayada y las mujeres sayas negras, largas hasta los pies». O bien: «Allá, en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón». O bien: «Allá, en mi pueblo, si el enjambre se larga, basta arrimarle una escriña agujereada con una rama de carrasco para reintegrarlo a la colmena». Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero, y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro.

Aniano, «el Cosario»

El día que me largué, las Mellizas dormían juntas en la vieja cama de hierro y, al besarlas en la frente, la Clara, que sólo dormía con un ojo y me miraba con el otro, azul, patéticamente inmóvil, rebulló y los muelles chirriaron, como si también quisieran despedirme. A Padre no le dije nada, ni hice por verle, porque me había advertido: «Si te marchas hazte a la idea de que no me has conocido». Y yo me hice a la idea desde el principio y amén. Y después de toparme con el Aniano, bajo el chopo del Elicio, tomé el camino de Pozal de la Culebra, con el hato al hombro y charlando con el Cosario de cosas insustanciales, porque en mi pueblo no se da demasiada importancia a las cosas y si uno se va, ya volverá; y si uno enferma, ya sanará; y si no sana, que se muera y que le entierren. Después de todo, el pueblo permanece y algo queda de uno agarrado a los cuetos, los chopos y los rastrojos. En las ciudades se muere uno del todo; en los pueblos, no; y la carne y los huesos de uno se hacen tierra, y si los trigos y las cebadas, los cuervos y las urracas medran y se reproducen es porque uno les dio su sangre y su calor y nada más.

El Aniano y yo íbamos por el camino, y yo le dije al Aniano: «¿Tienes buena hora?». Y él miró para el sol, entrecerrando los ojos, y me dijo: «Aún no dio la media». Yo me irrité un poco: «Para llegar al coche no te fíes del sol», dije. Y él me dijo: «Si es por eso no te preocupes. Orestes sabe que voy y el coche no arranca sin el Aniano». Algo me pesaba dentro y dejé de hablar. Las alondras apeonaban entre los montones de estiércol, en la tierra del tío Tadeo, buscando los terrones más gruesos para encaramarse a ellos, y en el recodo volaron muy juntas dos codornices. El Aniano dijo: «Si las agarra el Antonio»; mas el Antonio no podía agarrarlas sino con red, en primavera, porque por una codorniz no malgastaba un cartucho, pero no dije nada porque algo me pesaba dentro y ya empezaba a comprender que ser de pueblo en Castilla era una cosa importante. Y así que llegamos al atajo de la Viuda, me volví y vi el llano y el camino polvoriento zigzagueando por él y, a la izquierda, los tres almendros del Ponciano y, a la derecha, los tres almendros del Olimpio y, detrás de los rastrojos amarillos, el pueblo, con la chata torre de la iglesia en medio y las casitas de adobe, como polluelos, en derredor. Eran cuatro casas mal contadas pero era un pueblo, y a mano derecha, según se mira, aún divisaba el chopo del Elicio y el palomar de la tía Zenona y el

bando de palomas, muy nutrido, sobrevolando la última curva del camino. Tras el pueblo se iniciaban los tesos como moles de ceniza, y al pie del Cerro Fortuna, como protegiéndole del matacabras, se alzaba el soto de los Encapuchados donde por San Vito, cuando era niño y Madre vivía, merendábamos los cangrejos que Padre sacaba del arroyo y una tortilla de escabeche. Recuerdo que Padre en aquellas meriendas empinaba la bota más de la cuenta y Madre decía: «Deja la bota, Isidoro; te puede hacer mal». Y él se enfadaba. Padre siempre se enfadaba con Madre, menos el día que murió y la vio tendida en el suelo entre cuatro hachones. Aquel día se arrancó a llorar y decía: «No hubo mujer más buena que ella». Luego se abrazó a las Mellizas y las dijo: «Sólo pido al Señor que os parezcáis a la difunta». Y las Mellizas, que eran muy niñas, se reían por lo bajo como dos tontas y se decían: «Fíjate cuánta gente viene hoy por casa».

Sobre la piedra caliza del recodo se balanceaba una picaza y es lo último que vi del pueblo, porque Aniano, el Cosario, me voceó desde lo alto del teso: «¿Vienes o no vienes? Orestes aguarda, pero se cabrea si le retraso».

Las nueces, el autillo y el abejaruco

El tendido de luz desciende del páramo al llano y, antes de entrar en el pueblo, pasa por cima de la nogala de la tía Bibiana. De chico, si los cables traían mucha carga, zumbaban como abejorros, y en estos casos la tía Marcelina afirmaba que la descarga podía matar a un hombre y cuánto más a un mocoso como yo. Con la llegada de la electricidad, hubo en el pueblo sus más y sus menos y a la Macaría, la primera vez que le dio un calambre, tuvo que asistirla don Lino, el médico de Pozal de la Culebra, de un acceso de histerismo. Más tarde el Emiliano, que sabía un poco de electricidad, se quedó de encargado de la compañía y lo primero que hizo fue fijar en los postes unas placas de hojalata con una calavera y dos huesos cruzados para avisar del peligro. Pero lo más curioso es que la tía Bibiana, desde que trazaron el tendido, no volvió a probar una nuez de su nogala porque decía que daban corriente. Y era una pena, porque la nogala de la tía Bibiana era la única del pueblo y rara vez se lograban sus frutos debido al clima. Al decir de don Benjamín, que siempre salía al campo sobre su Hunter inglés seguido de su lebrel de Arabia, semicorbato, con el tarangallo en el collar si era tiempo de veda, las nueces no se lograban en mi pueblo a causa de las heladas tardías. Y era bien cierto. En mi pueblo las estaciones no tienen ninguna formalidad y la primavera y el verano y el otoño y el invierno se cruzan y entrecruzan sin la menor consideración. Y lo mismo puede arreciar el bochorno en febrero que nevar en mayo. Y si la helada viene después de San Ciriaco, cuando ya los árboles tienen yemas, entonces se ponen como chamuscados y al que le coge ya no le queda sino aguardar al año que viene. Pero la tía Bibiana era tan terca que aseguraba que la flor de la nogala se chamuscaba por la corriente, pese a que cuando en el pueblo aún nos alumbrábamos con candiles ya existía la helada negra. En todo caso, durante el verano, el autillo se asentaba sobre la nogala y pasaba las noches ladrando lúgubremente a la luna. Volaba blandamente y solía posarse en las ramas más altas y si la luna era grande sus largas orejas se dibujaban a contraluz. Algunas noches los chicos nos apostábamos bajo el árbol y cuando él llegaba lo canteábamos y él entonces se despegaba de la nogala como una sombra, sin ruido, pero apenas remontaba lanzaba su «quiú, quiú», penetrante y dolorido como un lamento. Pese a todo nunca supimos en el pueblo dónde anidaba el autillo, siquiera don Benjamín afirmara que solía hacerlo en los nidos

que abandonaban las tórtolas y las urracas, seguramente en el soto, o donde las chovas, en las oquedades del campanario.

Con el tendido de luz, aparecieron también en el pueblo los abejarucos. Solían llegar en primavera volando en bandos diseminados y emitiendo un gargarismo cadencioso y dulce. Con frecuencia yo me tumbaba boca arriba junto al almorrón, sólo por el placer de ver sus colores brillantes y su vuelo airoso, como de golondrina. Resistían mucho y cuando se posaban lo hacían en los alambres de la luz y entonces cesaban de cantar, pero a cambio, el color castaño de su dorso, el verde iridiscente de su cola y el amarillo chillón de la pechuga fosforecían bajo el sol con una fuerza que cegaba. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, solía decir desde el púlpito que los abejarucos eran hermosos como los arcángeles, o que los arcángeles eran hermosos como los abejarucos, según le viniera a pelo una cosa o la otra, lo que no quita para que el Antonio, por distraer la inercia de la veda, abatiese uno un día con la carabina de diez milímetros. Luego se lo dio a disecar a Valentín, el secretario, y se lo envió por Navidades, cuidadosamente envuelto, a la tía Marcelina, a quien, por lo visto, debía algún favor.

La Pimpollada del páramo

Todo eso es de la parte de poniente, camino de Pozal de la Culebra. De la parte del naciente, una vez que se sube por las trochas al Cerro Fortuna, se encuentra uno en el páramo. El páramo es una inmensidad desolada, y el día que en el cielo hay nubes, la tierra parece el cielo y el cielo la tierra, tan desamueblado e inhóspito es. Cuando yo era chaval, el páramo no tenía principio ni fin, ni había hitos en él, ni jalones de referencia. Era una cosa tan ardua y abierta que sólo de mirarlo se fatigaban los ojos. Luego, cuando trajeron la luz de Navalejos, se alzaron en él los postes como gigantes escuálidos y, en invierno, los chicos, si no teníamos mejor cosa que hacer, subíamos a romper las jarrillas con los tiragomas. Pero, al parecer, cuando la guerra, los hombres de la ciudad dijeron que había que repoblar, que si en Castilla no llovía era por falta de árboles, y que si los trigos no medraban era por falta de lluvia, y todos, chicos y grandes, se pusieron a la tarea, pero, pese a sus esfuerzos, el sol de agosto calcinaba los brotes y, al cabo de los años, apenas arraigaron allí media docena de pinabetes y tres cipreses raquíticos. Mas en mi pueblo están tan hechos a la escasez que ahora llaman a aquello, un poco fatuamente, la Pimpollada. Mas, antes de ser aquello la Pimpollada y antes de traer la luz de Navalejos, Padre solía subir a aquel desierto siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. Don Justo del Espíritu Santo, el señor cura, que era compañero de seminario de mi tío Remigio, el de Arrabal de Alamillo, decía de Padre que hacía la del otro, y, al preguntarle quién era el otro, él respondía invariablemente que Mahoma. Y en el pueblo le decían Mahoma a Padre aunque nadie, fuera de mí y quizá don Benjamín que tenía un Hunter inglés para correr las liebres, sabía allí quién era Mahoma. Yo me sé que Padre subió varias veces al páramo por causa mía, aunque en verdad yo no fuera culpable de sus disgustos, pues el hecho de que no quisiera estudiar ni trabajar en el campo no significaba que yo fuera un holgazán. Yo notaba en mi interior, desde chico, un anhelo exclusivamente contemplativo y tal vez por ello nunca me interesó el colegio, ni me interesó la petulancia del profesor, ni el tablero donde dibujaba con tizas de colores las letras y los números. Y un domingo que Padre se llegó a la capital para sacarme de paseo, se tropezó en el patio con el Topo, mi profesor, y fue y le dijo: «¿Qué?». Y el maestro respondió: «Malo. De

ahí no sacaremos nada; lleva el pueblo escrito en la cara». Para Padre aquello fue un mazazo y se diría por sus muecas y aspavientos y el temblorcillo que le agarraba el labio inferior, que le había proporcionado la mayor contrariedad de su vida.

Por el verano él trataba de despertar en mí el interés y la afición por el campo. Yo miraba a los hombres hacer y deshacer en las faenas y Padre me decía: «Vamos, ven aquí y echa una mano». Y yo echaba, por obediencia, una mano torpe e ineficaz. Y él me decía: «No es eso, memo. ¿Es que no ves cómo lo hacen los demás?». Yo sí lo veía y hasta lo admiraba porque había en los movimientos de los hombres del campo un ritmo casi artístico y una eficacia palmaria, pero me aburría. Al principio pensaba que a mí me movía el orgullo y un mal calculado sentimiento de dignidad, pero cuando me fui conociendo mejor me di cuenta de que no había tal sino una vocación diferente. Y al cumplir los catorce, Padre me subió al páramo y me dijo: «Aquí no hay testigos. Reflexiona: ¿quieres estudiar?». Yo le dije: «No». Me dijo: «¿Te gusta el campo?». Yo le dije: «Sí». Él dijo: «¿Y trabajar en el campo?». Yo le dije: «No». Él entonces me sacudió el polvo en forma y, ya en casa, soltó al *Coqui* y me tuvo cuarenta y ocho horas amarrado a la cadena del perro sin comer ni beber.

Los hermanos Hernando

El páramo de Lahoces desciende suavemente hacia Villalube del Pan y desde mi pueblo tiene dos accesos —uno por delante del cerro y otro por detrás— por los que sólo puede subirse a uña de caballo. De la parte de mi pueblo el cueto queda flotando sobre los rastrojos y cuando le da la luz de cierta manera se pone turbio y agrisado como una ballena. Y a pesar de que el páramo queda más próximo de Villalube del Pan que de mi pueblo, las tierras son nuestras y pertenecían cuando yo era chico a los hermanos Hernando. Hernando Hernando, el mayor de los tres, regentaba además la cantina del pueblo y despachaba un clarete casi incoloro que engañaba la vista porque bastaban tres vasos para apañar una borrachera. El vino ese lo pisaban en los lagares de Marchamalo, a tres leguas de mi pueblo, y, al decir de los entendidos, no era recio tan sólo por las uvas de sus bacillares, un verdejo sin pretensiones, sino porque los mozos trituraban la uva sin lavarse, con la acritud del sudor y del polvo aún agarrada a los pies. Bueno, pues los hermanos Hernando limpiaron el páramo de cascajo y luego sembraron el trigo en cerros, como es de ley, pero a los pocos años lo sembraron a manta y recogieron una cosecha soberana. Y todos en el pueblo querían conocer el secreto porque el trigo sembrado a manta cunde más, como es sabido, y nadie podía imaginar cómo con una huebra y un arado romano corriente y moliente se podía conseguir aquel prodigio. Mas los hermanos Hernando eran taciturnos y reservones y no despegaban los labios. Y al llegar el otoño ascendían con sus aperos por la vereda sur y, como eran tres, según subían por el sendero, parecían los Reyes Magos. Una vez allí, daban la vuelta a la tierra para que la paja pudriera y se orease la tierra. Luego binaban en primavera como si tal cosa, pero lo que nadie se explicaba es cómo se arreglaban para cubrir la semilla sin cachear los surcos. Y si alguno pretendía seguirles, Norberto, el menor de los tres, disparaba su escopeta desde el arado y, según decían, tiraba a dar.

En todo caso, la ladera del cerro es desnuda e inhóspita y apenas si con las lluvias de primavera se suaviza un tanto su adustez debido a la salvia y el espliego. Por la ladera aquella, que ignoro por qué la llaman en el pueblo la Lanzadera, se veían descender en el mes de agosto las polladas de perdiz a los rastrojos. Los perdigones andaban tan agudos que se diría que rodaban. Caminaban en fila india, la

perdiz grande en cabeza, acechando cualquier imprevisto, mientras los perdigones descendían confiados, trompicando de vez en cuando en algún guijarro, piando torpemente, incipientemente, como gorriones. Luego, al ponerse el sol, regresaban al páramo con los buches llenos, de nuevo en rigurosa fila india, y allí en lo alto, en las tierras de los hermanos Hernando, pernoctaban.

Silos, el pastor, era más perjudicial para la caza que el mismo raposo, según decía el Antonio. Silos, el pastor, buscaba los nidos de perdiz con afán, y por las noches se llegaba con los huevos a la cantina de Hernando Hernando y se merendaba una tortilla. Una vez descubrió en la cárcava un nido con doce huevos y ese día bajó al pueblo más locuaz que de costumbre. El Antonio se enteró y se llegó a la cantina y, sin más, agarró la tortilla y la tiró al aire y le voceó al pastor: «Anda, cázala al vuelo. Así es como hay que cazar las perdices, granuja». El Silos se quedó, al pronto, como paralizado, pero enseguida se rehízo y le dijo al Antonio: «Lo que te cabrea es que te gane por la mano, pero el día que mates tú una hembra te la vas a comer con plumas». Después se puso a cuatro patas y engulló la tortilla sin tocarla con la mano siquiera, como los perros. Cuando el Antonio se fue, el Silos se echó al coleto tres tragos de clarete de Marchamalo y sentó cátedra sobre lo justo y lo injusto y decía: «Si él mata una hembra de perdiz, yo no puedo protestar aunque me deja sin huevos, pero si yo me como los huevos, él protesta porque le dejo sin perdices. ¿Qué clase de justicia es ésta?».

El teso macho de Fuentetoba

La tía Marcelina no es de mi pueblo, sino de Fuentetoba, una aldea a cuatro leguas. Tanto da, creo yo, porque Fuentetoba se asemeja a mi pueblo como un huevo a otro huevo. Fuentetoba tiene cereales, alcores, cardos, avena loca, cuervos, chopos y arroyo cangrejero como cualquier pueblo que se precie. No obstante, Fuentetoba ofrece dos particularidades: los chopos están flacos como esqueletos y sobre el pueblo hay un teso que no es redondo, sino arisco y con la cresta erguida como si fuera un teso macho, un teso de pelea. A este teso, que está siempre de vigilia sobre la aldea medio escondida entre los chopos y la tierra, le dicen allí la Toba. Y la Toba, en contra de lo que es frecuente en la región, no es de tierra calcárea, sino de piedra, una piedra mollar e ingrávida que se divide con el serrucho como el queso y que se utiliza en la comarca para que los pájaros enjaulados se afilen bien el pico frotándose con ella.

Con la tía Marcelina ocurrió en casa algo muy chocante. En realidad, la tía Marcelina era tía nuestra por parte de madre y yo pensaba que siempre había sido tan viejecita y desmedrada como la conocí, aunque Padre aseguraba otra cosa. Mas, así y todo, tenía una sonrisa infantil y bondadosa y era ella la única vieja soltera del pueblo que tenía el valor de sonreír así. Yo la apreciaba y ella me quería a mí también. En su casa todo era orden y pulcritud y frescura y silencio. Y Padre decía que su casa era como una tumba, pero si las tumbas son así no debe ser cosa mala estar muerto. La tía Marcelina coleccionaba hojas, mariposas, piedrecitas y las conservaba con los colores tan vivos y llameantes que hacía el efecto de que las había empezado a reunir ayer.

A mí, de chico, lo que me encantaba era el abejaruco disecado que le regalara el Antonio, allá por la Navidad del año ocho, cuyo plumaje exhibía todos los colores del arcoiris y más. La tía Marcelina lo tenía en la cómoda de su alcoba junto a una culebra de muelles dorados que al agarrarla tras la cabeza movía nerviosamente la cola como si estuviera viva y furiosa. Muchas veces yo me extasiaba ante el abejaruco disecado o prendía a la culebra tras la cabeza para hacerla colear. En esos casos la tía Marcelina me miraba complacida y decía: «¿Te gusta?». Yo contestaba: «Más que comer con los dedos, tía». Y ella decía: «Tuyo será». O bien: «Tuya será». Padre me advertía: «Antes tendrá que morir ella». Y esta condición me ponía triste y como

pesaroso de desear aquello con toda el alma.

También Padre apreciaba mucho a la tía Marcelina y siempre que recogíamos los frutos tempranos hacía un apartadijo y me decía: «Esto se lo llevas a tu tía». Y en septiembre, las primeras perdices que se mataban en las laderas vecinas eran para la tía, y para la tía eran las brevas de mayo y las sandías tempranas de agosto. Y una vez que fuimos a la capital, Padre me compró una postal de colores con dos enamorados bajo una parra y me dijo que se la enviase a la tía, a pesar de que nosotros llegábamos en el coche de Pozal de la Culebra al mismo tiempo.

Pero mi pueblo es tierra muy sana y, por lo que dicen, hay más longevos en él que en ninguna parte, y el año once la tía Marcelina cumplió noventa y dos. Padre dijo en el jorco que se armó tras el refresco: «Está más agarrada que una encina». Y Madre dijo enfadada: «¿Es que te estorba?». Pero a las pocas semanas a la tía Marcelina le dio un temblor, empezó a consumirse y se marchó en ocho días. En el testamento dejaba todos sus bienes a las monjas del Pino y Padre, al enterarse, se subía por las paredes y llamaba a la difunta cosas atroces, incluso hablaba de reclamar judicialmente contra las monjas y exigirlas, al menos, el importe de tantas perdices y de tantos frutos tempranos y de la postal de los novios bajo la parra que yo le envié desde la ciudad. Pero como no tenía papeles se aguantó y yo, al pensar en lo que habría sido del hermoso abejaruco, sentía que me temblaban los párpados y había de esforzarme para no llorar.

Las cangrejadas de San Vito

El arroyo Moradillo nace en la Fuente de la Salud, discurre por la chopera, que en mi pueblo llamamos los Encapuchados, y se lanza luego perezosamente entre dos murallas de carrizos y espadañas camino de Malpartida. Poco más allá tengo entendido que vierte en el arroyo Aceitero; las aguas de éste van a desembocar en las del Sequillo, cerca de Belver de los Montes; las del Sequillo engrosan después las del Valderaduey, y las del Valderaduey, por último, se juntan con las del Duero justamente en la capital. Como es sabido, las aguas del Duero vierten en el Atlántico, junto a Oporto, lo que quiere decir que en mi pueblo, de natural sedentario, hay alguien que viaja y éstas son las aguas de la Fuente de la Salud que, según dicen, tienen excelentes propiedades contra los eczemas, los forúnculos, la psoriasis y otras afecciones de la piel, aunque lo cierto es que la vez que a Padre le brotó un salpullido en la espalda y se bañó en las aguas del Moradillo lo único que sacó en limpio fue una pulmonía. Sea de ello lo que quiera, mi pueblo es un foco de peregrinaje por este motivo, peregrinaje que se incrementó cuando la joven Sisinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, fue ultrajada por un bárbaro, allá por el año nueve, y murió por defender su doncellez. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y en ésas andan metidos en el pueblo todavía. Pero ése es otro cantar.

Tengan o no tengan eficacia las aguas del Moradillo contra las afecciones de la piel, lo que está fuera de duda es que es un regato cangrejero y que, allá por el comienzo del siglo, con un esparavel y cuatro apaleadores llenaba uno, en una tarde que saliera el norte, tres o cuatro sacos con poco esfuerzo. Por entonces las cosas no estaban reglamentadas con rigor y uno podía pescar cangrejos con reteles, como es de ley, o con araña, esparavel o sencillamente a mano, mojándose el culo, como dice el refrán que debe hacer el que quiera comer peces. Lo cierto es que por San Vito, según es tradición, las familias del pueblo nos desperdigábamos por el arroyo a pescar cangrejos y al atardecer nos reuníamos en los Encapuchados a merendar. Cada cual tenía su sector designado en las riberas, y Madre, Padre, las Mellizas, la tía Marcelina y yo nos instalábamos junto a los siete chopos rayanos al soto que en el pueblo les dicen, no sé por qué, los Siete Sacramentos. Una vez allí, Padre depositaba cuidadosamente

los reteles en los remansos más profundos, apartando los carrizos con la horquilla. Padre solía cebar con tasajo, pero si las cosas venían mal me entregaba la azuela y me hacía cavar en la tierra húmeda para buscar lombrices. Los cangrejos rara vez desdeñan este cebo. En cambio, el Ponciano cebaba los reteles con patatas fritas, y Valentías, el secretario, con bazo de caballo, y aún había quien lo hacía, como don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, con corteza de pan de centeno. Los más vivos, sin duda, eran los hermanos Hernando, los de la tierra del páramo de Lahoces, que colocaban el esparavel y después apaleaban las aguas de su sector hasta que la red se llenaba de cangrejos. Al anochecer, en el soto, cada cual los cocinaba en hogueras a su modo y los chicos hacíamos silbatos con las patas más gruesas debidamente ahuecadas. Recuerdo que Madre poseía una receta que venía de mi bisabuela y que consistía en poner los cangrejos a la lumbre vivos con un dedo de aceite y un puño de sal gorda y cuando los animales entraban en la agonía les echaba un ajo triturado con el puño. La fórmula no tenía otro secreto que acertar con la rociada de vinagre justo en el momento en que los cangrejos comenzaban a enrojecer. Pero la fiesta en el soto terminaba mal por causa de Padre, que siempre empinaba la bota más de la cuenta, y ya es sabido que el clarete de Marchamalo es traicionero y enseguida se sube a la cabeza.

La Sisinia, mártir de la pureza

Mi pueblo, visto de perfil, desde el camino que conduce a Molacegos del Trigo, flanqueado por los postes de la luz que bajan del páramo, queda casi oculto por la Cotarra de las Maricas. La Cotarra de las Maricas es una lomilla de suave ondulación que, sin embargo, no parece tan suave a los agosteros que durante el verano acarrean los haces de trigo hasta las eras. Pues bien, a la espalda de la Cotarra de las Maricas, a cien metros escasos del camino de Molacegos del Trigo, fue apuñalada la joven Sisinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, una noche de julio allá por el año nueve. El asesino era un forastero que se trajo don Benjamín de tierras de Ávila para hacer el agosto y que, según dijeron luego, no andaba bien de la cabeza. Lo cierto es que, ya noche cerrada, el muchacho atajó a la Sisinia y se lo pidió, y, como la chica se lo negara, él trató de forzarla, y, como la chica se resistiera, él tiró de navaja y la cosió a puñaladas. Al día siguiente, en el lugar donde la tierra calcárea estaba empapada de sangre, don Justo del Espíritu Santo levantó una cruz de palo e improvisó una ceremonia en la que se congregó todo el pueblo con trajes domingueros y los niños y las niñas vestidos de Primera Comunión. Don Justo del Espíritu Santo asistió revestido y, con voz tomada por la emoción, habló de la mártir Sisinia y de lo grato que era al Altísimo el sacrificio de la pureza. Al final, le brillaban los ojos y dijo que no descansaría hasta ver a la mártir Sisinia en las listas sagradas del Santoral.

Un mes más tarde brotaron en torno de la cruz de palo unas florecitas amarillas y don Justo del Espíritu Santo atribuyó el hecho a inspiración divina, y cuando el Antonio le hizo ver que eran las quitameriendas que aparecen en las eras cuando finaliza el verano, se irritó con él y le llamó ateo y renegado. Y con estas cosas, el lugar empezó a atraer a las gentes y todo el que necesitaba algo se llegaba a la cruz de palo y se lo pedía a la Sisinia, llamándola de tú y con la mayor confianza. En el pueblo se consideraba un don especial esto de contar en lo alto con una intercesora natural de Rolliza del Arroyo, hija del Telesforo y de la Herculana. Y por el día los vecinos le llevaban flores y por las noches le encendían candelitas de aceite metidas en fanales para que el matacabras no apagase la llama. Y lo cierto es que cada primavera las florecillas del campo familiares en la región —las margaritas, las malvas, las campanillas, los sonidos, las

amapolas— se apretaban en torno a la cruz como buscando amparo y don Justo del Espíritu Santo se obstinaba en buscar un significado a cada una, y así decía que las margaritas, que eran blancas, simbolizaban la pureza de la Sisinia, las amapolas, que eran rojas, simbolizaban el sacrificio cruento de la Sisinia, las malvas, que eran malvas, simbolizaban la muerte de la Sisinia, pero al llegar a los sonidos, que eran amarillos, el cura siempre se atascaba, hasta que una vez, sin duda inspirado por la mártir, don Justo del Espíritu Santo afirmó que los sonidos, que eran amarillos, simbolizaban el oro a que la Sisinia renunció antes que permitir ser mancillada. En el pueblo dudábamos mucho que el gañán abulense le ofreciese oro a la Sisinia e incluso estábamos persuadidos de que el muchacho era un pobre perturbado que no tenía donde caerse muerto, pero don Justo del Espíritu Santo puso tanta unción en sus palabras, un ardor tan violento y tan desusado, que la cosa se admitió sin la menor objeción. Aquel mismo año, aprovechando las solemnidades de la Cuaresma, don Justo del Espíritu Santo creó una junta pro beatificación de la mártir Sisinia, a la que se adhirió todo el pueblo a excepción de don Armando y el tío Tadeo, y empezó a editar una hojita en la que se especificaban los milagros y las gracias dispensadas por la muchacha a sus favorecedores.

Las murallas de Ávila

Don Justo del Espíritu Santo publicaba trimestralmente la hojita en loor de la mártir Sisinia y en ella dejaba constancia de los favores recibidos. Y un buen día, la tía Zenona afirmaba en ella que, careciendo de dinero para retejar el palomar, acudió a la mártir Sisinia y al día siguiente cobró tres años de atrasos de la renta de una tierra, que aunque menguada —un queso de oveja y seis celemines de trigo— le bastaron para adquirir la docena de tejas que el palomar requería. Otro día era el Ponciano quien, necesitando un tornillo para el arado, halló uno en el pajero, que aunque herrumbroso y torcido pudo ser dispuesto por el herrero para cumplir su misión. Dicha gracia la alcanzó igualmente el Ponciano después de encomendar el caso a la mártir Sisinia. En otra ocasión fue la tía Marcelina quien, después de pasar una noche con molestias gástricas, imploró a la mártir Sisinia su restablecimiento, y de madrugada vomitó verde y con el vómito desapareció el mal. Aún recuerdo que, en la hojita del último trimestre del año once, el Antonio agradecía a la mártir Sisinia su intercesión para encontrar una perdiz alicorta que se le amonó entre las jaras, arriba en Lahoces, una mañana que salió al campo sin el Chinda, un perdiguero de Burgos que por entonces andaba con el moquillo. Todas estas gracias significaban que la joven Sisinia, mártir de la pureza, velaba desde arriba por sus convecinos, y ellos correspondían enviando al párroco un donativo de diez céntimos y, en casos especiales, de un real, para cooperar a su beatificación. Mas don Justo del Espíritu Santo suplicaba al Señor que mostrase su predilección por la mártir Sisinia, autorizándola a hacer un milagro grande, un milagro sonado, que trascendiera de la esfera local.

Y un día de diciembre, allá por el año doce, don Justo del Espíritu Santo recibió desde Ávila un donativo de veinticinco pesetas de una señora desconocida para cooperar a la exaltación a los altares de la mártir Sisinia, a quien debía una gracia muy especial. Como quiera que el asesino de la Sisinia fuera también abulense, don Justo del Espíritu Santo estableció entre ambos hechos una correlación y, en la confianza de que se tratase del tan esperado milagro, el cura marchó a Ávila y regresó tres días más tarde un tanto perplejo. Los feligreses le asediaban a preguntas, y, al fin, don Justo del Espíritu Santo explicó que doña María Garrido tenía un loro de Guinea que enmudeció tres meses atrás, y después de ser desahuciado por los veterinarios y

otorrinolaringólogos de la ciudad, el animal recobró el habla tras encomendarle doña María a la mártir Sisinia. No obstante fracasar en su objetivo esencial, el viaje de don Justo del Espíritu Santo le enriqueció interiormente, ya que a partir de entonces raro fue el sermón en que el párroco no apelara a la imagen de las murallas de Ávila para dar plasticidad a una idea. Así, unas murallas como las de Ávila debían preservar las almas de sus feligreses contra los embates de la lujuria. El paraíso estaba cercado por unas murallas tan sólidas como las de Ávila, y con cada buena obra los hombres añadían un peldaño a la escala que les serviría para expugnar un día la fortaleza. La pureza, al igual que las demás virtudes, debía celarse como Ávila cela sus tesoros, tras una muralla de piedra, de forma que su brillo no trascienda al exterior. Fue a partir de entonces cuando, en mi pueblo, para aludir a algo alto, algo grande, algo fuerte o algo importante empezó a decirse: «Más alto que las murallas de Ávila», o «Más importante que las murallas de Ávila», aunque por supuesto ninguno, fuera del párroco y del gañán que asesinara a la Sisinia, estuvimos nunca en aquella capital.

Los nublados de Virgen a Virgen

Cada verano, los nublados se cernían sobre la llanura y, mientras el cielo y los campos se apagaban lo mismo que si llegara la noche, los cerros resplandecían a lo lejos como si fueran de plata. Aún recuerdo el ulular del viento en el soto, su rumor solemne y desolado como un mal presagio que inducía a las viejas a persignarse y exclamar: «Jesús, alguien se ha ahorcado». Pero antes de estancarse la nube sobre el pueblo, cuando más arreciaba el vendaval, los vencejos se elevaban en el firmamento hasta casi diluirse y después picaban chirriando sobre la torre de la iglesia como demonios negros.

El año de la Gran Guerra, cuando yo partí, se contaron en mi pueblo, de Virgen a Virgen, hasta veintiséis tormentas. En esos casos el alto cielo se poblaba de nubes cárdenas, aceradas en los bordes y, al chocar unas con otras, ocasionaban horrísonas descargas sobre la vieja iglesia o sobre los chopos cercanos.

Tan pronto sonaba el primer retumbo del trueno, la tía Marcelina iniciaba el rezo del trisagio, pero antes encendía a Santa Bárbara la vela del Monumento en cuyo extremo inferior constaba su nombre en rojo —Marcelina Yáñez—, que ella grababa con un alfiler de cabeza negra pasando después cuidadosamente por las muescas un pellizco de pimentón. Y al comenzar el trisagio, la tía Marcelina, tal vez para acrecentar su recogimiento, ponía los ojos en blanco y decía: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal». Y nosotros repetíamos: «Líbranos Señor de todo mal». En los cristales repiqueteaba la piedra y por las juntas de las puertas penetraba el vaho de la greda húmeda. De vez en cuando sonaba algún trueno más potente y al *Coqui*, el perro, se le erizaban los pelos del espinazo y la tía Marcelina interrumpía el trisagio, se volvía a la estampa de santa Bárbara e imploraba: «Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita, con jabón y agua bendita», y acto seguido reanudaba el trisagio: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal», y nosotros respondíamos al unísono: «Líbranos Señor de todo mal».

Una vez, el nublado sorprendió a Padre de regreso de Pozal de la Culebra, donde había ido, en la mula ciega, por pernalas para el trillo. Y como dice que la piel de los animales atrae las exhalaciones, todos en casa, empezando por Madre, andábamos intranquilos. Únicamente la tía Marcelina parecía conservar la serenidad y así, como si la cosa no fuese con ella, prendió la vela a santa Bárbara e inicio el trisagio

sin otras explicaciones. Pero, de pronto, chascó, muy próximo, el trallazo del rayo, y, no sé si por la trepidación o qué, la vela cayó de la repisa y se apagó. La tía Marcelina se llevó las manos a los ojos, después se santiguó y dijo, pálida como una difunta: «Al Isidoro le ha matado el rayo en el alcor; acabo de verlo». El Isidoro era mi padre, y Madre se puso loca, y como en esos casos, según es sabido, lo mejor son los golpes, entre las Mellizas y yo empezamos a propinarle sopapos sin duelo. De repente, en medio del barullo, se presentó Padre, el pelo chamuscado, los ojos atónitos, el collarón de la mula en una mano y el saco de pernalas en la otra. Las piernas le temblaban como ramas verdes y sólo dijo: «Ni sé si estoy muerto o vivo», y se sentó pesadamente sobre el banco del zaguán.

Una vez que la nube pasó y sobre los tesos de poniente se tendió el arcoiris, me llegué con los mozos del pueblo a los chopos que dicen los Enamorados y allí, al pie, estaba muerta la mula, con el pelo renegrido y mate, como mojado. Y el Olimpio, que todo lo sabía, dijo: «La silla le ha salvado». Pero la tía Marcelina porfió que no era la silla sino la vela, y aunque era un cabo muy pequeño, donde apenas se leía ya en las letras de pimentón: «elina Yáñez», la colocó como una reliquia sobre la cómoda, entre el abejaruco disecado y la culebra de muelles.

A la sombra de los Enamorados

Al pie del cerro que decimos el Pintao —único en mi pueblo que admite cultivos y que ofrece junto a yermos y perdidos redondas parcelas de cereal y los pocos majuelos que perviven en el término— se alzan los chopos que desde remotos tiempos se conocen con el nombre de los Enamorados. Y no cabe duda, digan lo que quieran los botánicos, que los árboles en cuestión son macho y hembra. Y están siempre juntos, como enlazados, ella —el chopo hembra— más llena, de formas redondeadas, recostándose dulcemente en el hombro de él —el chopo macho—, desafiante y viril. Allí, al pie de esos chopos, fue donde la exhalación fulminó a la mula ciega de Padre el año de los nublados. Y allí, al pie de esos chopos, es donde se han forjado las bodas de mi pueblo en las cinco últimas generaciones. En mi pueblo, cuando un mozo se dirige a una moza con intención de matrimonio, basta con que la siente a la sombra de los chopos para que ella diga «sí» o «no». Esta tradición ha terminado con las declaraciones amorosas, que en mi pueblo, que es pueblo de tímidos, constituían un arduo problema. Bien es verdad que, a veces, de la sombra de los Enamorados sale una criatura, pero ello no entorpece la marcha de las cosas, pues don Justo del Espíritu Santo nunca se negó a celebrar un bautizo y una boda al mismo tiempo. En mi pueblo, digan lo que digan las malas lenguas, se conserva un concepto serio de la dignidad, y el sentido de la responsabilidad está muy aguzado. Según decía mi tía Marcelina, en sus noventa y dos años de vida no conoció un mozo que, a sabiendas, dejara en mi pueblo colgada una barriga. Pocos pueblos, creo yo, podrán competir con esta estadística.

Cuando yo hablé —y es un decir— con la Rosa Mari, la muchacha que desde niña me recomendaba la tía Marcelina, visité con frecuencia los Enamorados. Fue una tontería, porque la Rosa Mari jamás me gustó del todo. Pero la Rosa Mari era una chiquilla limpia y hacendosa que a la tía Marcelina le llenaba el ojo. La tía Marcelina me decía: «Has de buscar una mujer de su casa». Y luego, como quien no quiere la cosa, añadía: «Ve, ahí tienes a la Rosa Mari. El día que seas mozo debes casarte con ella». De este modo, desde chico me sentí comprometido y al empezar a pollear me sentí en la obligación de pasear a la Rosa Mari.

Y como nunca tuve demasiada imaginación, el primer día que salimos la llevé a los Enamorados. Para mi fortuna la sombra de los

chopos estaba aquel día ocupada por el Corpus y la Lucía, y la Rosa Mari no tuvo oportunidad de decirme «sí» o «no». Al otro día que lo intenté, el Agapito me ganó también por la mano y en vista de ello seguimos hasta el majuelo del tío Saturio, donde al decir del Antonio solía encamar el matacán. Esto del matacán tiene también su importancia, pues en el pueblo llegaron a decir que en él se encarnaba el demonio, aunque yo siempre lo puse en duda. Sea como quiera, cada vez que conducía a la Rosa Mari a la sombra de los Enamorados alguien se me había anticipado, de forma que, pese a mis propósitos, nunca llegué a adquirir con ella un verdadero compromiso. Ahora pienso si no sería la mártir Sisinia la que velaba por mí desde las alturas porque, aunque la Rosa Mari era una buena chica, y hacendosa y hogareña como la tía Marcelina deseaba, apenas sabía despegar los labios, y entre eso y que yo no soy hablador nos pasábamos la tarde dándonos palmetazos para ahuyentar los tábanos y los mosquitos. Por eso, cuando decidí marchar del pueblo, el recuerdo de la Rosa Mari no me frenó, siquiera pienso algunas veces que si yo no me casé allá, cuando amasé una punta de pesos, se debiera antes que nada al recuerdo de la Rosa Mari. Por más que tampoco esto sea cierto, que si yo no me casé allá es porque desde que salí del pueblo tan sólo me preocupé de afanar y amontonar plata para que, a la postre, el diablo se la lleve.

El matacán del majuelo

El matacán del majuelo del tío Saturio llegó a ser una obsesión en el pueblo. El matacán, como es sabido, es una liebre que se resabia y a fuerza de carreras y de años enmagrece, se la desarrollan las patas traseras, se la aquilla el pecho y corta el viento como un dalle. Por otra parte, la carne del matacán no es codiciada, ya que el ejercicio la endurece, el sabor a bravío se acentúa y por lo común no hay olla que pueda con ella. Esto quiere decir que el afán por cazar el matacán no lo inspiraba la apetencia de la presa sino que era una simple cuestión de amor propio. La liebre aquella se diría que tenía inteligencia y, sabedora de que en el pueblo había buenos galgos, encamaba siempre en el majuelo del tío Saturio. De esta forma, cuando el galguero la arrancaba, sus fintas y quiebros entre las cepas le daban una ventaja inicial que luego incrementaba en el Otero del Cristo, ya que las liebres, como es sabido, corren mejor cuesta arriba que cuesta abajo. El matacán regateaba muy por lo fino, y así que alcanzaba las pajas de la vaguada podía darse por salvado, ya que las laderas del Otero del Cristo la conducían al perdedero y, en fin de cuentas, a la libertad. De otro lado, si el Antonio o el Norberto lo acechaban con la escopeta, el matacán se reprimía si el majuelo tenía hoja, o se arrancaba largo si no la tenía, y, en uno u otro caso, tanto el Antonio como el Norberto siempre erraban el disparo. Yo asistí a varios duelos entre los galgos del pueblo y el matacán y en todos, a excepción del último, salió vencedor el matacán. Al Sultán, el galgo del Ponciano, que era blando de pies, le dejaba para el arrastre después de cada carrera, mientras el Quin, el galgo de los hermanos Hernando, que agarraba la sarna cada primavera y andaban todo el tiempo untándole de pomada del Perú, rara vez se acercó al matacán más de tres cuerpos. En vista de ello, don Benjamín se creyó en el deber de poner su lebrel de Arabia y su caballo Hunter inglés al servicio del pueblo, pues ya empezaba a rumorearse por todas partes que el matacán era el mismísimo diablo, pese a que don Justo del Espíritu Santo nos instaba domingo tras domingo a acorazarnos contra la superstición lo mismo que se acorazaba Ávila tras sus murallas. Así, el día que el Silos, el pastor, cantó la presencia del matacán en el majuelo y don Benjamín con su Hunter inglés y su lebrel de Arabia se puso en movimiento, todo el pueblo marchó tras él. El duelo entre el matacán y el lebrel fue violento. El matacán, de salida, hizo uno de sus típicos esguinces tras

la primera cepa, pero el lebrel, intuyéndolo, lo atajó y llegó a tener por un momento el rabo de la liebre entre sus fauces. Luego, en las parras siguientes, el matacán regateó con tanta sabiduría que le sacó dos cuerpos al lebrel. Don Benjamín galopaba en el Hunter inglés voceando: «¡Hala, hala!», y así llegaron a las pajas del Otero del Cristo y, una vez que comenzó la pendiente, el matacán fue sacándole ventaja al perro hasta que se perdió de vista. Al cabo de un tiempo el lebrel regresó derrotado. Era un perro que desbarraba mucho y como el terreno estaba duro se le pusieron los pies calientes. Durante una semana, don Benjamín le tuvo amarrado con unos botines de algodón empapados en aceite de enebro, y cuando lo dio por curado se reunió con el Ponciano, el Antonio y los hermanos Hernando para estudiar la estrategia a seguir en su lucha contra el matacán. La encerrona que le prepararon fue tan alevosa que el Antonio lo derribó, al fin, de dos disparos desde su puesto, camino del perdedero, cuando el matacán se había zafado ya del Sultán, del Quin, del lebrel de Arabia y de la escopeta del Norberto. Al cabo lo guisaron en la cantina de Hernando Hernando, pero nadie pudo probar bocado porque el animal tenía un gusto que tiraba para atrás.

Un chusco para cada castellano

Conforme lo dicho, las tierras de mi pueblo quedan circunscritas por las de Pozal de la Culebra, Navalejos, Villalube del Pan, Fuentetoba, Malpartida y Molacegos del Trigo. Pozal de la Culebra es la cabeza y allí están el Juzgado, el Registro, la notaría y la farmacia. Pero sus tierras no por ello son mejores que las nuestras, y el trigo y la cebada hay que sudarlos al igual que por aquí. Los tesos, sin embargo, nada tienen que ver con la división administrativa, porque los tesos, como los forúnculos, brotan donde les place y no queda otro remedio que aceptarlos donde están y como son. Y de eso —de tesos— no andamos mal en mi pueblo, pues, aparte el páramo de Lahoces, tenemos el Cerro Fortuna, el Otero del Cristo, la Lanzadera, el Cueto Pintao y la Mesa de los Muertos. Éste de la Mesa de los Muertos también tiene sus particularidades y su leyenda. Pero iba a hablar de las tierras de mi pueblo que se dominan, como desde un mirador, desde el Cerro Fortuna. Bien mirado, la vista desde allí es como el mar, un mar gris y violáceo en invierno, un mar verde en primavera, un mar amarillo en verano, y un mar ocre en otoño, pero siempre un mar. Y de ese mar, mal que bien, comíamos todos en mi pueblo. Padre decía a menudo: «Castilla no da un chusco para cada castellano», pero en casa comíamos más de un chusco y yo, la verdad por delante, jamás me pregunté, hasta que no me vi allá, quién quedaría sin chusco en mi pueblo. Y no es que Padre fuese rico, pero ya se sabe que el tuerto es el rey en el país de los ciegos, y Padre tenía voto de compromisario por aquello de la contribución. Y, a propósito de tuertos, debo aclarar que las argayas de los trigos de mi pueblo son tan fuertes y aguzadas que a partir de mayo se prohíbe a las criaturas salir al campo por temor a que se cieguen. Y esto no es un capricho, supuesto que el Felisín, el chico del Domiciano, perdió un ojo por esta causa, y otro tanto le sucedió a la cabra del tío Bolívar. Fuera de esto, mi pueblo no encerraba más peligros que los comunes, pero el más temido por todos era el cielo. El cielo a veces enrasaba y no aparecía una nube en cuatro meses, y cuando la nube llegaba, al fin, traía piedra en su vientre y acostaba las mieses. Otras veces, el cielo traía hielo en mayo y los cereales, de no soplar el norte con la aurora que arrastrara la friura, se quemaban sin remedio. Otras veces, el agua era excesiva y los campos se anegaban arrastrando las semillas. Otras, era el sol quien calentaba a destiempo, mucho en marzo, poco en mayo, y las

espigas encañaban mal y granaban peor. Incluso una vez, el año de los nublados, el trigo se perdió en la era, ya recogido, porque no hubo día sin agua y la cosecha no secó y no se pudo trillar. Total, que en mi pueblo, en tanto el trigo no estuviera triturado, no se fiaban, y se pasaban el día mirando al cielo y haciendo cábalas, y recordaban la cosecha del noventa y ocho como una buena cosecha, y desde entonces era su referencia y decían: «Este año no cosechamos ni el cincuenta por cien que el noventa y ocho». O bien: «Este año la cosecha viene bien, pero no alcanzará ni con mucho a la del noventa y ocho». O bien: «Con coger dos partes de la del noventa y ocho ya podemos darnos por contentos». En suma, en mi pueblo los hombres miran al cielo más que a la tierra, porque aunque a ésta la mimen, la surquen, la levanten, la peinen, la ariquen y la escarden, en definitiva lo que haya de venir vendrá del cielo. Lo que ocurre es que los hombres de mi pueblo afanan para que un buen orden en los elementos atmosféricos no les coja un día desprevenidos; es decir, por un por si acaso.

Y allí, en la enorme extensión de tierras que se abarca desde el Cerro Fortuna, silban los alcaravanes en los crepúsculos de junio, celebran sus juicios los cuervos durante el invierno y se asientan en el otoño los bandos nuevos de avutardas, porque en un campo así, tan pelado y desguarnecido, no es cosa fácil sorprenderlas.

Grajos y avutardas

En la gran planicie que forman las tierras de mi pueblo, de la parte de Molacegos del Trigo, hay una guerrilla de chopos y olmos enanos, donde al decir del Olimpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olimpio aseguraba haberlos visto por dos veces, según salía con la huebra al campo de madrugada. Al decir del Olimpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo que queda un poco rezagado según se mira a la izquierda. Al parecer, en tanto duraba el juicio, los cuervos se mantenían en silencio, a excepción de uno que graznaba patéticamente ante el jurado. La escena, según el Olimpio, era tan solemne e inusual que ponía la carne de gallina. Luego, así que el informador concluía, los jueces intercambiaban unos graznidos y, por último, salían de entre las filas de espectadores tres verdugos que ejecutaban al reo a picotazos sin que la víctima ofreciera resistencia. En tanto duraba la ejecución, la algarabía del bando se hacía tan estridente y siniestra que el Olimpio, la primera vez, no pudo resistirlo y regresó con la huebra al pueblo. Cuando el Olimpio contó esta historia, Hernando Hernando dijo que había visto visiones, pero entonces el Olimpio dijo que le acompañáramos y allá fuimos todo el pueblo en procesión hasta el lugar y, en verdad, los grajos andaban entre los terrones, pero así que nos vieron levantaron el vuelo y no quedó uno. Hernando Hernando se echó a reír y le preguntó al Olimpio dónde andaba el muerto y el Olimpio, con toda su sangre fría, dijo que lo habrían enterrado. Lo cierto es que dos años después regresó al pueblo con el mismo cuento y nadie le creyó. Yo era uno de los escépticos, pero, años más tarde, cuando andaba allá afanando, cayó en mis manos un libro de Hyatt Verrill y vi que contaba un caso semejante al del Olimpio y lo registraba con toda seriedad. Sea de ello lo que quiera, los cuervos constituyen una plaga en mi pueblo y de nada vale trancar los palomares durante la sementera una vez que los grajos andan sueltos, porque ya es sabido que allá donde caen estos pajarracos remueven los sembrados y acaban con la simiente.

De la misma llanada que se extiende ante los árboles eran querenciosas, en el otoño, las avutardas una vez los pollos llegaban a igualones. Eran pájaros tan majestuosos y prietos de carnes que tentaban a todos, incluso a los no cazadores, como Padre. Sin

embargo, su desconfianza era tan grande que bastaba que uno abandonara el pueblo por el camino de Molacegos del Trigo para que ellas remontasen el vuelo sin aguardar a ver si era hombre o mujer, o si iba armado o desarmado. En cambio, de las caballerías no se espantaban, de forma que en el pueblo empezaron a cazarlas desde una mula, el cazador a horcajadas cubierto con una manta. El sistema dio buenos resultados e incluso Padre, que no disparaba más que la bota durante las cangrejadas de San Vito, cobró una vez un pollo de seis kilos que estaba cebado y tierno como una pava. Pero el pollo ese no fue nada al lado del macho que bajó el Valentín, el secretario, que dio en la báscula trece kilos con cuatrocientos gramos. El Valentín andaba jactancioso de su proeza, hablando con unos y con otros, y decía: «El caso es que no sé si disecarlo o hincarle el diente». Don Justo del Espíritu Santo le aconsejaba que lo disecara, pero el Ponciano abogaba por una merienda en la bodega de la señora Blandina. Así pasaron los días y cuando el Valentín se decidió y, finalmente, reunió a los amigos en la bodega de la señora Blandina y tenía todo dispuesto para asarla, vino un mal olor y el Emiliano dijo: «Alguien se ha ido». Pero nadie se había ido sino que la avutarda estaba podrida y empezaba a oler. Pero al animal no le quedaban más plumas que las del pescuezo y el obispillo, y tampoco era cosa de disecarla así.

Las Piedras Negras

Próximo a la Pimpollada, sin salirse del páramo, según se camina hacia Navalejos, en la misma línea del tendido, se observa en mi pueblo un fenómeno chocante: lo que llamamos de siempre las Piedras Negras. En realidad, no son negras las piedras, pero comparadas con las calizas, albas y deleznables, que, por lo regular, abundan en la comarca, son negras como la pez. A mí siempre me intrigó el fenómeno de que hubiera allí una veta aislada de piedras de granito que, vista en la distancia —que es como hay que mirar las cosas de mi pueblo—, parece un extraño lunar. Allí fue donde me subió mi tío Remigio, el cura, el que fue compañero de seminario de don Justo del Espíritu Santo, en Valladolid, la vez que vino por el pueblo a casar a mi prima Emérita con el veterinario de Malpartida. Yo le dije entonces a bocajarro: «Tío, ¿qué es la vocación?». Y él me respondió: «Una llamada». Y yo le dije: «¿Cómo siente uno esa llamada?». Y él me dijo: «Eso depende». Y yo le dije: «Tengo dieciséis años y nada. ¿Es cosa de desesperar, tío?». Y él me dijo: «Nada de eso; confía en la misericordia de Dios».

Mi tío Remigio era muy nervioso y movía siempre una pierna porque sentía como corrientes y en ocasiones, cuando estaba confesando, tenía que abrir la puerta del confesonario para sacar la pierna y estirarla dos o tres veces. Mi tío Remigio era flaco y anguloso y nada había redondo en su cuerpo fuera de la coronilla, y cuando yo le pregunté si se sabía cura desde chico, tardó un rato en contestar y al fin me dijo: «Yo oí la voz del Señor cazando perdices con reclamo, para que lo sepas». Yo me quedé parado, pero, al día siguiente, el tío Remigio me dijo: «Vente conmigo a dar un paseo». Y pian pianito nos llegamos a las Piedras Negras. Él se sentó en una de ellas y yo me quedé de pie, mirándole a la cara fijamente, que era la manera de hacerle hablar. Entonces él, como si prosiguiera una conversación, me dijo: «Yo nunca había cazado perdices con reclamo y una primavera le dije a Patrocinio, el guarda: “Patro, tengo ganas de cazar perdices con reclamo”. Y él me dijo: “Aguarda a mayo y salimos con la hembra”. Y yo le dije: “¿La hembra?”. Y él me dijo: “Es el celo, entonces, y los machos acuden a la hembra y se pelean por ella”. Y de que llegó mayo subimos y en un periquete, sobre estas mismas piedras, hizo él un tollo con cuatro jaras y nos encerramos los dos en él, yo con la escopeta, vigilando. Y, a poco, él me dijo: “¿No puedes poner quieta la

pierna?”. Y yo le dije: “Son los nervios”. Y él me dijo: “Aguántalos, si te sienten no entran”. Y la hembra, enjaulada a veinte pasos de la mirilla, hacía a cada paso: “Core-ché, co-re-ché”. Entonces me gustaban mucho las mujeres y a veces me decía: “¿Qué puede hacer uno para librarse de las mujeres?”. Y cuando la hembra ahuecó la voz, Patrocinio me susurró al oído: “Ojo, ya recibe… ¿No puedes poner quieta la pierna?”. De frente, a la derecha de mi campo visual, apareció el macho majestuoso. Patrocinio me susurró al oído: “¡Tira!”. Pero yo apunté y bajé luego la escopeta. Y me dijo Patrocinio: “¡Tira! ¿A qué demonios aguardas?”. Volví a armarme y apunté cuidadosamente a la pechuga del macho de perdiz. “¡Tira!” volvió a decirme Patrocinio, pero yo bajé de nuevo la escopeta. “No puedo; sería como si disparase contra mí mismo”. Él entonces me arrebató el arma de las manos, apuntó y disparó, todo en un segundo. Yo había cerrado los ojos y cuando los abrí el macho aleteaba impotente a dos pasos de la jaula. Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: “Esa pierna adelantarías más cortándola”. Pero yo sentí náuseas y pensaba: “Ya sé lo que he de hacer para que las mujeres no me dominen”. Y así es como me hice religioso».

Yo tenía la boca seca y escuchaba embobado, y al cabo de un rato le dije a mi tío Remigio: «Pero en la jaula era la hembra la que estaba encerrada, tío». A mi tío Remigio le brillaban mucho los ojos, dio dos pataditas al aire y me dijo: «¿Qué más da, hijo? Lo importante es poner pared por medio».

La Mesa de los Muertos

A mí, como ya he dicho, siempre me intrigaron las deformidades geológicas y recuerdo que la vez que le pregunté al profesor Bedate por el fenómeno de las Piedras Negras, se puso a hablarme de la época glacial, del ternario y del cuaternario y me dejó como estaba. Es lo mismo que cuando yo le pregunté al Topo, el profesor de Matemáticas, qué era *pi* y él me contestó que «tres, catorce, dieciséis», como si eso fuera una respuesta. Cuando yo acudí al Topo o al profesor Bedate, lo que quería es que me respondieran en cristiano, pero está visto que los que saben mucho son pozos cerrados y se mueven siempre entre abstracciones. Por eso me libré muy mucho de consultar a nadie por el fenómeno de la Mesa de los Muertos, el extraño teso que se alzaba a medio camino entre mi pueblo y Villalube del Pan. Era una pequeña meseta sin acceso viable, pues sus vertientes, aunque no más altas de seis metros, son sumamente escarpadas. Arriba, la tierra, fuerte y arcillosa, era lisa como la palma de la mano y tan sólo en su lado norte se alzaba, como una pirámide truncada, una especie de hito funerario de tierra apelmazada. En mi pueblo existía una tradición supersticiosa según la cual el que arara aquella tierra cogería cantos en lugar de mies y moriría tan pronto empezara a granar el trigo de los bajos. No obstante, allá por el año seis, cuando yo era aún muy chico, el tío Tadeo le dijo a don Armando, que era librepensador y hacía las veces de alcalde, que si le autorizaba a labrar la Mesa de los Muertos. Don Armando se echó a reír y dijo que ya era hora de que en el pueblo surgiera un hombre y que no sólo podía labrar la Mesa sino que la Mesa era suya. El tío Tadeo hizo una exploración y al concluir el verano se puso a trabajar en una especie de pluma para izar las caballerías a la meseta. Para octubre concluyó su ingenio y tan pronto se presentó el tempero, armó la pluma en el morro y subió las caballerías entre el asombro de todos. La mujer del tío Tadeo, la señora Esperanza, se pasaba los días llorando y, a medida que transcurría el tiempo, se acentuaban sus temores y no podía dormir ni con la tila de Fuentetoba, que, al decir de la tía Marcelina, era tan eficaz contra el insomnio que el Gasparín, cuando anduvo en la mili, le tuvieron una semana en el calabozo sólo porque tomó media taza de aquella tila y se quedó dormido en la garita, cuando hacía de centinela. El caso es que, al comenzar la granazón, todos en el pueblo, antes de salir al campo a escardar, se

pasaban por la casa del tío Tadeo y le preguntaban a la Esperanza: «¿Cómo anda el Tadeo?». Y ella respondía de malos modos, porque por aquellas fechas estaba ya fuera de sí. Sin embargo, una cosa chocaba en el pueblo, a saber, que don Justo del Espíritu Santo no se pronunciase ni a favor ni en contra de la decisión del tío Tadeo, y tan sólo una vez dijo desde el púlpito que no por rodear nuestras tierras de unas murallas tan inexpugnables como las de Ávila sería mayor la cosecha, ya que el grano lo enviaba Dios.

El Olimpio y la Macaria creyeron entender que don Justo del Espíritu Santo aludía con ello veladamente a las escarpaduras de la Mesa de los Muertos, pero don Justo del Espíritu Santo no dio nunca más explicaciones. No obstante, el trigo creció, verdegueó, encañó, granó y se secó sin que el tío Tadeo se resintiera de su buena salud, y cuando llegó la hora de segar y el tío Tadeo cargó la pluma con los haces, no faltaba al pie de la Mesa de los Muertos ni el Pechines, el sacristán. Y resultó que las espigas del tío Tadeo eran dobles que las de las tierras bajas, y al año siguiente volvió a sembrar y volvió a recoger espigas como puños, y al siguiente, y al otro, y al otro, y esto, que puede ser normal en otro país, es cosa rara en nuestra comarca, que es tierra de año y vez, y al sembrado, como ya es sabido, sucede el barbecho por aquello de que la tierra tiene también sus exigencias y de cuando en cuando tiene que descansar.

El regreso

De allá yo regresé a Madrid en un avión de la SAS, de Madrid a la capital en el Taf, y ya en la capital me advirtieron que desde hacía veinte años había coche de línea a Molacegos y, por lo tanto, no tenía necesidad de llegarme, como antaño, a Pozal de la Culebra. Y parece que no, pero de este modo se ahorra uno dos kilómetros en el coche de San Fernando. Y así que me vi en Molacegos del Trigo, me topé de manos a boca con el Aniano, el Cosario, y de que el Aniano me puso la vista encima me dijo: «¿Dónde va el Estudiante?». Y yo le dije: «De regreso. Al pueblo». Y él me dijo: «¿Por tiempo?». Y yo le dije: «Ni lo sé». Y él me dijo entonces: «Ya la echaste larga». Y yo le dije: «Pchs, cuarenta y ocho años». Y él añadió con su servicial docilidad: «Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?». Y yo le dije: «Gracias, Aniano». Y luego, tan pronto cogí el camino, me entró un raro temblor, porque el camino de Molacegos, aunque angosto, estaba regado de asfalto y por un momento me temí que todo por lo que yo había afanado allá se lo hubiera llevado el viento. Y así que pareé mi paso al de un mozo que iba en mi misma dirección, le dije casi sin voz: «¿Qué? ¿Llegaron las máquinas?». Él me miró con desconfianza y me dijo: «¿Qué máquinas?». Yo me ofusqué un tanto y le dije: «¡Qué sé yo! La cosechadora, el tractor, el arado de discos...». El mozo rió secamente y me dijo: «Para mercarse un trasto de ésos habría que vender todo el término». Y así que doblamos el recodo vi ascender por la trocha sur del páramo de Lahoces un hombre con una huebra y todo tenía el mismo carácter bíblico de entonces y fui y le dije: «¿No será aquél que sube Hernando Hernando, el de la cantina?». Y él me dijo: «Su nieto es, el Norberto». Y cuando llegué al pueblo advertí que sólo los hombres habían mudado, pero lo esencial permanecía, y si Ponciano era el hijo del Ponciano, y Tadeo el hijo del tío Tadeo, y el Antonio el nieto del Antonio, el arroyo Moradillo continuaba discurriendo por el mismo cauce entre carrizos y espadañas, y en el atajo de la Viuda no eché en falta ni una sola revuelta, y también estaban allí, firmes contra el tiempo, los tres almendros del Ponciano, y los tres almendros del Olimpio, y el chopo del Elicio, y el palomar de la tía Zenona, y el Cerro Fortuna, y el soto de los Encapuchados, y la Pimpollada, y las Piedras Negras, y la Lanzadera por donde bajaban en agosto los perdigones a los rastrojos, y la nogala de la tía Bibiana, y los Enamorados, y la Fuente de la Salud, y el Cerro Pintao, y los Siete

Sacramentos, y el Otero del Cristo, y la Cruz de la Sisinia, y el majuelo del tío Saturio, donde encamaba el matacán, y la Mesa de los Muertos. Todo estaba tal y como lo dejé, con el polvillo de la última trilla agarrado aún a los muros de adobe de las casas y a las bardas de los corrales.

Y ya, en casa, las Mellizas dormían juntas en la vieja cama de hierro, y ambas tenían ya el cabello blanco, pero la Clara, que sólo dormía con un ojo, seguía mirándome con el otro, inexpresivo, patéticamente azul. Y al besarlas en la frente se le despertó a la Clara el otro ojo y se cubrió instintivamente el escote con el embozo y me dijo: «¿Quién es usted?». Y yo le sonreí y le dije: «¿Es que no me conoces? El Isidoro». Ella me midió de arriba abajo y, al fin, me dijo: «Estás más viejo». Y yo le dije: «Tú estás más crecida». Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, los dos rompimos a reír.

La caza de la perdiz roja

—¿Roja, jefe? ¿A qué ton le dice usted roja a la perdiz?

—Se dice roja, ¿no?

En el rostro del Juan Gualberto, el Barbas, se dibuja un gesto socarrón, displicente. Alza los hombros:

—¡Hombre, por decir!

—La perdiz tiene el pico rojo, ¿no?

—A ver.

—Y las patas rojas, ¿no?

—A ver.

—Entonces…

El Juan Gualberto es taimado y sentencioso. Lo era ya veinte años arriba, a raíz de cumplir los cincuenta. El buen perdicero, el perdicero en solitario, reserva la premura para una necesidad. Verbigracia: cuando el bando apeona hacia la ladera y es preciso sorprenderlo a la asomada. Por lo demás, el Juan Gualberto, el Barbas, es cauto y cogitabundo; gusta de llamar al pan, pan, y al vino, vino:

—Por esa regla de tres lo mismo podía decirle usted roja a la chova de campanario.

—Lo mismo.

Pero el Cazador, que conoce la perdiz pardilla, la perdiz andina y la perdiz nórdica, sabe que ninguna como la patirroja:

—Mire usted, Barbas, para bajar una pardilla o una perdiz cordillerana basta con reportarse.

El Barbas, para aculatar mejor la escopeta, saca el brazo derecho fuera de la americana.

Su hombro izquierdo está tazado, deshilachado por el tirón del morral. El Juan Gualberto, el Barbas, lleva más de cincuenta años en el oficio y conoce el ganado y sus trochas y sus querencias. Cuando echa un cacho en el campo se coloca en el cruce de dos caminos, al amparo de un carrasco, porque la liebre, como es sabido, busca el perdedero por las veredas.

—La caza no avisa.

—No avisa; no, señor.

—Ya conoce usted el refrán: al cazador, leña; al leñador, caza.

—Así es.

El Juan Gualberto utiliza una escopeta de gatillos exteriores, mohosa y desajustada, que no vio la grasa desde la guerra de Marruecos. Cuando tira, para extraer el cartucho vacío, introduce por la boca del cañón una ramita seca de fresno a modo de baqueta y

empuja hasta que sale. El Juan Gualberto, el Barbas, fuma sin echar humo; fuma una vieja colilla que es en su boca como la lengua, un apéndice inseparable. A veces la prende con un chisquero de mecha, de fuego sin llama, y, en esos casos, en torno al Barbas se forma una atmósfera irrespirable, de paja quemada. Pero el Barbas prende su colilla para dejarla apagar otra vez:

—Es la manera de sacarle el gusto al tabaco, jefe.

El perro del Juan Gualberto, el Barbas, atiende por Sultán, y está viejo y sordo y desdentado como el amo. Es un perrote carniseco y zambo, fruto de un cruce pecaminoso de loba y pastor. Pero aún rastrea y se pica y, si la pieza aguarda, hasta hace una muestra tosca y desangelada; las muestras del Sultán son inevitablemente toscas y desangeladas, pero advierten; sirven, al menos, para que uno se ponga en guardia. Y si la liebre se arranca, ladra y alborota como un podenco.

—¿Qué tiene usted que decir de este perro?

—Nada.

—Por eso —el Barbas mira tiernamente para el bicho—. Al animal sólo le falta hablar.

El Juan Gualberto, el Barbas, para todo encuentra salida, y si el Cazador le dice que su perro es viejo, ya se sabe, replicará que los años dan experiencia. Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como esos señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. Y si el Cazador le dice que su perro ha perdido los vientos, le saldrá con que los vientos únicamente sirven para enloquecer a los perros y levantar las perdices en el quinto pino.

A menudo, el Juan Gualberto se queda como pensativo, la colilla perdida entre los pelos de la cara, la frente fruncida noblemente bajo la boina pringosa, la misma boina que dejó en el pueblo, allá por el año nueve, para sentar plaza.

—Digo yo que qué tendrá esto de la caza que, cuando le agarra a uno, uno acaba siendo esclavo de ella.

—Así es.

—Digo yo, jefe, que esto de la caza tira de uno más fuerte que las mujeres.

—Más fuerte.

—Y más fuerte que el vino.

—Más.

Al Barbas es punto menos que inútil andarle con altas filosofías. La caza tira de uno porque sí, porque se nace con este sino, como otros nacen para borrachos o para mujeriegos. Para Juan Gualberto, el

Barbas, la caza tira de uno y sanseacabó. Al Barbas es punto menos que inútil mentarle a don José Ortega y Gasset.

—¿Era ese señor una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Don José Ortega entendía que mediante la caza todavía el hombre civilizado «puede darse el gusto durante unas horas o unos días de ser paleolítico», es decir, de retornar a un estado provisional de primitivismo. No es una mala razón. Mas aún cabe preguntarse si un ejercicio que requiere tamaño sacrificio queda compensado por el hecho de sentirse paleolítico durante una jornada. El Cazador presume que don José Ortega omitió volver la medalla, es decir, recapacitar en las ventajas del retorno, o sea en la revalorización de las pequeñas cosas, en las satisfacciones que ordinariamente desdeñamos: unas zapatillas, unas alubias calientes, un baño tibio o un brasero de picón de encina. De este modo, la caza se convierte en un doble placer, en un placer de ida y vuelta. Durante seis días de la semana el Cazador se carga de razones para olvidar durante unas horas los convencionalismos de la civilización, la rutina cotidiana, lo previsible. Al séptimo, sale al campo, se satura de oxígeno y libertad, se enfrenta con lo imprevisto, siente la ilusión de crear su propia suerte… pero, al propio tiempo, se fatiga, sufre de sed, padece calor o frío. En una palabra, en una sola jornada el Cazador se carga de razones para abandonar su experiencia paleolítica y retornar a su estado de domesticidad confortable.

—Desengáñese, jefe, el torero torea porque tiene sangre torera y el cazador caza porque tiene sangre cazadora. Esto de la caza nace con uno; se mama. Todo lo demás son cuentos.

El Juan Gualberto mira de frente y al mirar ahonda, le desnuda a uno por dentro, y el Cazador titubea. En la frente, bajo la boina, se le dibujan al Juan Gualberto unos surcos profundos, paralelos, como los de la nava, abajo, en derredor del Castillo.

—Madrugar —añade, y escupe, y el escupitajo tiembla unos segundos en la púa de un cardo reseco—. Para el cazador no es sacrificio madrugar. El sacrificio es acostarse la noche del sábado. ¿Es cierto eso, jefe, o no es cierto?

Al Cazador le basta el presentimiento de una perdiz para que en su interior se desate una revulsión psíquica. El Cazador puede asegurar

que ni un solo día de caza oyó el despertador. Es él —el Cazador— quien a las seis y media de la mañana —hora que durante el resto de la semana salta sobre él en la total inconsciencia— despierta al despertador oprimiéndole el ombligo para que no alborote. Antes, de doce a seis, el Cazador se ha despertado media docena de veces. Contra esto no hay quien luche.

—Tanto le digo del hambre, el frío o el dolor de pies. ¿Es que le duelen a usted los pies, jefe, cuando se le arranca una perdiz bien recia de entre unas escobas?

—No, señor; no duelen.

—¿Y siente frío entonces?

—No, Barbas.

—¿Y siente hambre?

—Tampoco.

El Barbas levanta el dedo índice a la altura de su boina:

—Por eso —dice.

El Juan Gualberto, el Barbas, tiende la noble, profunda mirada sobre la nava apuntada de cereales. Del otro lado, se encadenan los tesos, blancos y desguarnecidos, como una muralla.

En puridad, el Cazador no siente la fatiga o el hambre o el frío sino cuando la ausencia de caza es total; cuando tras horas y horas de patear el monte no salta pieza, ni se observa rastro de ella, como si ese trozo de mundo hubiese sido previamente arrasado para su propio escarnio. Basta, sin embargo, que una perdiz se arranque en ese instante para que toda molestia se disipe; para que surja, de nuevo, el hombre íntegro y ávido que era el Cazador al iniciarse la jornada. Ante una perdiz que apeona surco arriba o en raudo vuelo hacia el monte, el Cazador se electriza, en fulminante metamorfosis se convierte en hombre primitivo, se estimulan sus facultades de acecho, mimetismo y simulación. En suma, ante una perdiz que escapa, el Cazador se siente desafiado. Toda una ardua jornada de fatigas e incomodidades no logrará sino enconar el reto. El Cazador no cejará mientras no procure a «su rival» un escarmiento.

—¿Sabe usted, Barbas, lo que decía don José Ortega sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?

El Juan Gualberto se atusa las barbas complacidamente.

—Ese don José —dice— ¿era una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Don José Ortega y Gasset afirmaba que al cazador, en el momento de disparar, le invade una suerte de vacilación compasiva, «como un fondo inquieto de conciencia ante la muerte que va a dar al encantador animal». Empero, el Cazador vacila ante este noble gesto de vacilación que tan generosamente le atribuye don José Ortega en el trance culminante de la caza.

—Déjese de monsergas. Se ve que ese don José no sudó nunca una perdiz por una ladera.

Al subir de precio la munición, el Juan Gualberto empezó a fabricar los cartuchos en casa. Hacía la pólvora con clorato y azúcar y en vez de perdigón metía pedazos de clavos. El pistón lo recargaba con dos cabezas de cerillas, de forma que, al oprimir el gatillo, la explosión demoraba cuatro o cinco segundos. Primero hacía *psssssss* y cuatro o cinco segundos después retumbaba el disparo. El Juan Gualberto, el Barbas, había de seguir todo ese tiempo la pieza por los puntos de la escopeta si aspiraba a derribarla.

—Aviado iría uno si se le ocurriera vacilar, ¿eh, jefe?

El Cazador confiesa, con un poco de rubor, que nunca vaciló ante una perdiz, entre otras razones porque unos instantes de vacilación ante una perdiz en Castilla bastan para desperdiciar la oportunidad de cobrarla. El Cazador es de natural pacífico y le repugna, por ejemplo, el sacrificio a sangre fría de las aves de corral. El fenómeno natural de la muerte le trastorna. Pero con la caza es distinto. El Cazador jamás caza a sangre fría. Las perdices se la calientan de inmediato; le basta el primer vuelo, el desafío inicial. Todos los esfuerzos que seguidamente realiza el Cazador van encaminados a abatirla. La persecución, ladera arriba, en agotadora caminata, va avivando en él un instinto de crueldad que llegado el momento decisivo no le permite vacilar sino, si es caso, precipitarse y pensar: «Paga tú por todas». Las perdices no tuvieron compasión del Cazador, le han traído y llevado, le han hecho subir y bajar, literalmente le han extenuado... Sería inconsecuente que en el instante de apretar el gatillo el Cazador vacilase. La caza origina en el cazador una segunda naturaleza. Esa hipersensibilidad que muchos seres sentimos ante la agonía de una bestia se esfuma en el monte. Es más, el cazador menos amigo de las escenas cruentas se siente muy capaz, en plena, ardorosa faena, de

cortar el último resuello del animal herido con las propias manos. Horas después, enrolado nuevamente en la vida doméstica, es muy posible que el cazador vacile en el momento de propinar un palmetazo a una mosca.

—¿Sabe usted lo que me dice la Celsa cada vez que mata el capón allá para Navidad?

—¿Qué le dice?

—Que sujete y no me acobarde, que con las perdices no me ando con tantos miramientos.

—¿Y usted qué hace?

—Ya ve, sujetar, pero, cada vez que salta la sangre, créame que me da una vuelta así el estómago; se me hace que voy a devolver.

El Sultán merodea en torno al Barbas. El Juan Gualberto no necesita hablarle al Sultán. Le basta con mirarle. A veces el animal olfatea ansiosamente las tres perdices que penden de la cintura del Barbas y una pluma dorada y gris se alza en el aire transparente del páramo.

El sol declina y la sombra maciza del Castillo se proyecta, como un oscuro monstruo, sobre la nava. El Juan Gualberto chupetea la colilla ávidamente, como si, de pronto, le hubieran asaltado las prisas.

—Atienda; cuando la perdiz valía dos reales nadie se tomaba el trabajo de salir al campo por ella. Pero ahora que la perdiz da la peseta, ocurre lo que con el cangrejo: se acaban el primer día.

Hay otras dos razones que ayudarán a explicar el porqué del placer de la caza de la perdiz: la primera, el hecho de que las piezas cuya captura se busca sean, en cierto modo, animales preciados, y, segunda, el que la perdiz esté dotada por la naturaleza de unos instintos sutiles y unas dotes físicas que se traducen en una estrategia defensiva verdaderamente admirable. A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como ésta: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». Esto es posible, mas también es indudable que el que esto afirme no tiene nada de cazador; será, a lo sumo, un consumado pirotécnico. El Cazador se goza en perseguir a un animal que, sobre saber defenderse, encierra un valor en sí. Esto quiere decir que abatir una perdiz no es lo mismo que abatir un alcaraván; no depara el mismo placer cinegético pese al éxito de ambos disparos. Quedamos, pues, en que únicamente la caza de animales que «sirven para algo» justifica el ejercicio venatorio. Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «ése va a por carne», cuando, en realidad, todos, en mayor o menor medida, vamos a por carne. De lo contrario, organizaríamos cacerías de grajos, más

abundantes y que por su carácter esquivo sirven también para ejercitar la puntería. Para el Cazador, carece de gracia abatir un animal cinegética y gastronómicamente inútil.

Ahora bien, no basta que la presa sea apetitosa para despertar la satisfacción cinegética; es preciso, además, que el animal sepa defenderse y que no debilitemos esas posibilidades defensivas mediante una estrategia alevosa. La satisfacción que procura derribar desde un jeep una perdiz a peón es muy modesta al lado de la satisfacción que depara derribarla tras la accidentada persecución por una ladera. El Cazador no ha cazado nunca urogallos durante el celo del macho, pero imagina que la sigilosa aproximación por el bosque, al ritmo del canto amoroso y confiado del animal, buscando el ángulo de tiro más adecuado, podrá ciertamente levantar en un alma cazadora furtivas emociones, pero nunca la pura y decantada emoción venatoria cuya última manifestación, y no por cierto la más importante, es el disparo. A este respecto convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería; la caza es un proceso muy complejo en el que se conjugan factores más decisivos que el de la simple destreza. De otro modo el tiro al blanco llenaría más cómodamente nuestras exigencias de este orden.

—Parece como que hablara usted del año veinte, coño.

—No es eso, Barbas. No hablo de lo que es, sino de lo que debería ser.

—Por eso.

Allá por el año veinte, el Juan Gualberto era un hombre libre, tras un animal libre, sobre una tierra libre. Aún no había subido la munición y el Juan Gualberto compraba cartuchos de pólvora con humo, que eran más económicos. Por entonces, el Juan Gualberto no había oído hablar del ojeo. Por entonces, para comer peces todavía era necesario mojarse el culo. Pero aquellos tiempos quedan muy lejos.

—Antaño las perdices se cazaban con las piernas, ¿es cierto esto, jefe, o no es cierto?

—Cierto, Barbas.

—Hoy basta con aguardar.

—Así es.

—¿Y sabe quién tuvo la culpa de todo?

—¿Quién, Barbas?

—Las máquinas.

—¿Las máquinas?

—Atienda, jefe, las máquinas nos han acostumbrado a tener lo que queremos en el momento en que lo queremos. Los hombres ya no

sabemos aguardar.

—Puede ser.

—¿Puede ser? El hombre de hoy ni espera ni suda. No sabe aguardar ni sabe sudar. ¿Por qué cree usted que va hoy tanta gente al fútbol ese?

El Cazador se encoge de hombros.

—Porque en la pradera hay veintidós muchachos que sudan por ellos. El que los ve, con el cigarro en la boca, se piensa que también él hace un ejercicio saludable. ¿Es cierto esto o no es cierto?

—No lo sé, Barbas.

El Juan Gualberto consiguió su primera escopeta cuando era aún un rapaz. Se la cambió al Cirilo, el Sacristán, por un reloj de bolsillo que se paraba cada dos horas. A los veinte minutos del trueque, el Juan Gualberto, que era aún un rapaz, se llegó donde el Cirilo y le dijo para cubrirse: «Cirilo, para que no me viera mi madre con la escopeta la tiré por encima de las bardas del corral y con el golpe se ha marrotado toda». El Cirilo, el Sacristán, rompió a reír. «Peor para ti —le dijo—. Nadie te mandó ser tan bruto.» Pero, al día siguiente, el Cirilo buscó al Juan Gualberto y le dijo: «Oye, ¿tú sabes que tu reloj se para cada dos horas?». El Juan Gualberto puso cara de inocente. «Bueno —dijo—. Al fin y al cabo ahora estamos iguales.»

El Juan Gualberto se enmaraña las barbas con sus dedos nerviosos. Añade:

—Los hombres de hoy ni saben aguardar ni saben sudar, se lo digo yo. Por eso se inventaron el ojeo. Antes la perdiz se cazaba con las narices del perro y las piernas del cazador. Sólo ahora se matan con escopeta. Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer una cosa, es que esa cosa que hace no está bien hecha.

La nava se incendia con el último sol de noviembre y la sombra negra del Castillo gatea por el sembrado y alcanza ya casi las faldas peladas de los cerros de enfrente. El sol muerde la línea de las colinas y parece ensancharse e inflamarse. El Barbas apunta el inmenso globo incandescente con su dedo grande y áspero:

—Se hincha cuando se acuesta, como las gallinas.

—Sí.

El Juan Gualberto se pasa los dedos por las barbas y se rasca con un ruido como de rastrojos hollados:

—Desengáñese —dice—, los hombres de hoy ya no tienen paciencia. Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada

charlando de esto y de lo otro? Y no es aquello de que lo hagan los señoritos. Los señoritos empezaron con ello pero el mal ejemplo cunde y hoy, como yo digo, todo cristo caza al ojeo.

En principio el ojeo requería para sus practicantes una holgura económica que hoy no es necesaria, al menos para su sucedáneo, el ganchito. Sin duda, el ojeo mediante una dilatada cuadrilla de ojeadores, con banderolas, cuerno de avisos, pantallas, secretarios y caballerías en los costados, continúa siendo un deporte aristocrático. Pero, de hecho, el ojeo, en su versión popular, el ganchito, puede practicarse hoy con cuatro perras gordas; son suficientes cinco chavales —los primogénitos de las escopetas— para que el acoso de los pájaros hacia la línea de fuego se produzca. El caso es alterar la esencia misma de la caza y que en lugar de buscar la pieza con un gasto personal de energías, sea la pieza la que se desgaste buscándonos a nosotros, sus matadores. De este modo la caza se convierte en un deporte pasivo; en un ejercicio de tiro aséptico y sin sorpresa.

—Luego le vendrán a usted con que no se matan más perdices al ojeo que cazando a rabo. ¡Mentira podrida! Precisamente anteanoche me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de esos señorones de postín, que se ufanaba de haber cobrado quinientas perdices en una sola cacería. ¿Cree usted que ese señor, moviendo las pantorrillas y con el perro al lado, puede hacer una carnicería semejante en una ladera que yo me sé?

—No es fácil, Barbas.

—Bueno, pues don Ctesifonte dale con que a esos señores que nos visitan, políticos o lo que sean, hay que entretenerlos de alguna manera. Pero lo que yo me digo, si lo que esos señores quieren es matar el rato, que les suelten cuatro pichones en una pradera y todos contentos.

El morral del Juan Gualberto, deshinchado como un globo deshinchado, ofrece un aspecto desolador.

—Y lo que pasa. Liebres no quedan, ¿de qué? Y de las perdices no se fíe usted mucho. Ya ve, sin ir más lejos, en Villagina, el año pasado. De que se abre la veda, se planta allí un autobús con treinta escopetas: veinte adelante y diez de retranca. Bien. Van y contratan veinte mozos del pueblo. Ojeo va, ojeo viene, las que no mataban los unos, las mataban los otros. ¿Qué cree usted que quedó allí al cabo de tres días? Si levanto los cinco dedos de la mano tenga usted por seguro que exagero. Y luego los extranjeros esos. ¿Sabía usted, jefe, que ahora a los extranjeros les da por venir a divertirse a España matando nuestras perdices?

—Necesitamos divisas, Barbas.

La frente del Juan Gualberto se pliega como el fuelle de un acordeón, como su morral, como la nava abajo ya medio adormecida.

—Déjese de coplas. Por lo que dice don Ctesifonte, la vida en España para los únicos que está cara es para los españoles. ¿No es hora de que la pongamos también cara para los extranjeros esos que vienen por nuestras perdices? Y si no, vea usted mismo lo que pasó con los toros.

—¿Qué pasó con los toros, Barbas?

—No se haga de nuevas. Los extranjeros esos se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. Sólo por eso. Pero todo les chocaba tanto que a los españoles que aún iban a los toros les divertía más que la fiesta ver las caras que ponían los turistas esos. Y como ellos venían con la bolsa bien repleta, pues nada, que los toros empezaron a subir de precio y se pusieron por las nubes. Y un día los extranjeros esos dijeron: «Bueno, ya está; ya sabemos cómo se divierten los españoles». Y dejaron de ir a la plaza. ¿Y qué cree usted que pasó entonces?

—¿Qué, Barbas?

—Pues pasó que los precios ya no bajaron. Pero los españoles no podíamos subir a los precios. Y las plazas, pues eso, se quedan, desde entonces, medio vacías.

El Juan Gualberto hace una pausa. Mecánicamente se acaricia la barba y tiende la mirada por la nava oscurecida. En el páramo reina el silencio. De pronto, sobre el montículo de tomillos, un macho da el *co-re-ché*. El Barbas ladea la cabeza:

—Mire donde anda la zorra de ella.

El caso es que la perdiz roja se ha puesto de moda en el mundo. El hecho tendría una importancia relativa si esta especie se diera en todas partes. Pero si concluimos que la patirroja común apenas pervive —malvive— en limitadas zonas de Francia y en la península ibérica, es muy comprensible que los españoles pongamos un apasionado fervor en conservarla. El Cazador no llega a aquello de decir que lo que haya en España deba ser de los españoles —entre otras razones porque la gran tirana del siglo xx, la divisa, también reclama sus fueros—, pero sí que los españoles debemos ser los privilegiados en su disfrute, de forma que las trabas que el extranjero encuentre para hacerse con una perdiz española sean al menos parejas con las que encuentre un español, digamos, para hacerse con un Volkswagen.

—Don José Ortega decía que la caza se justifica en razón de su escasez, Barbas. ¿Qué le parece?

El Juan Gualberto mira al Cazador esquinadamente, casi torvamente.

—A saber con qué se come eso.

—Barbas, don José Ortega quería decir que si las perdices se nos metieran en casa por la ventana, no nos molestaríamos en cazarlas.

Los pardos ojos del Juan Gualberto se han vuelto escépticos.

—Ese don José —dice— ¿era por un casual una buena escopeta?

—Era una buena pluma.

—¡Bah!

Según Ortega, la suprema razón que explica el hecho de que en el mundo se cace es que hay y ha habido siempre poca caza. En efecto, la superabundancia de piezas ocasionaría, enseguida, saciedad y hastío. El confitero no come caramelos ni paladea el farmacéutico pastillas para la tos. No obstante, el Cazador debe aclarar que no caza por el hecho de que haya pocas piezas, sino instigado por la esperanza, repetida cada jornada, de que por una vez se quiebre la racha de escasez. No hay cazador que al salir al campo no piense en hacer una buena percha. Luego viene el tío Paco con la rebaja y, un día tras otro, el Cazador ha de regresar con las orejas gachas. Porque con la caza sucede como con todo, que el forastero jamás encuentra lo que busca en su fase de mayor abundancia o plenitud. Si el Cazador interroga a un pastor o a un campesino, le dirá que «para perdices, el año pasado» y «para liebres, cuando la guerra». Es presumible, sin embargo, que si el Cazador hubiese subido al mismo páramo «el año pasado» o «cuando la guerra» no hubiera encontrado allí mayor abundancia de perdices o de liebres. Pero, pese a todo, el Cazador no abdica porque cada vez espera que se repita la eventualidad de «el año pasado» o de «cuando la guerra». En toda cacería hay un momento propicio, a veces unos minutos, que hay que aprovechar para poblar la percha y llenar el zurrón. Éste es un fenómeno no sometido a una causalidad definida pero que habrá comprobado todo el que sea cazador. Mas luego acontece que, como con la guerra, el Cazador, en su tertulia, hace tabla rasa de las horas amargas que pasó en el monte sin ver pieza y, por contra, reconstruye, amorosa y morosamente, los instantes más gloriosos de cada cacería. El Cazador no quiere recordar los malos tragos; es un desmemoriado consciente. Al igual que el hombre enamorado, se oculta los defectos del objeto de su pasión y sobrestima sus virtudes. De aquí que, para el Cazador, el momento más feliz de toda cacería esté fuera de la cacería, es decir en ese momento en que, concluidos los preparativos, se dispone a partir y presiente ante sí una jornada afortunada, diáfana e inacabable.

—Mire, y perdone si le ofendo, jefe, pero a ustedes, los que escriben, siempre les gustó enredar las cosas. En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es eso lo que usted quiere decir?

—Algo parecido a eso, Barbas.

—Pues podía ahorrarse tanto rodeo. En cuanto al señor Ortega ese, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. A la vuelta de diez años no van a quedar aquí tampoco media docena de perdices resabiadas. Se lo dice el Juan Gualberto.

—¿Por el ojeo, Barbas?

—Por el ojeo y por lo que no es ojeo.

El Juan Gualberto se acoda enfurruñado en las rodillas y sus pupilas se ensombrecen. Tras las colinas, allí donde se ha puesto el sol, el cielo toma un color encendido, rojo escarlata. Del tomillar llega otra vez la llamada del macho de perdiz. Por el cielo cruza, muy alto y bullicioso, un bando de calandrias que suben a acostarse entre los rastrojos del páramo.

El tono de voz del Juan Gualberto se hace confidencial.

—¿Quiere usted saber las perdices que se apiolan en este término con el reclamo de marzo a junio?

—¿Cuántas?

—Si le digo que un ciento de parejas seguramente me quede corto.

—¡Qué barbaridad!

—Qué barbaridad, eso digo yo, qué barbaridad. Y lo que yo me digo, eso del reclamo es como si a usted el día de la boda le aguarda el antiguo novio de su mujer con un trabuco detrás de la cortina. ¿Es eso caza, jefe?

Las barbas del Juan Gualberto, veinte años atrás, eran unas barbas macizas y negras, rígidas como las púas del erizo. Hoy, las barbas del Juan Gualberto son ralas y blancas, aceitadas como el pelo del castor. Él las acaricia con fruición, sin advertir la metamorfosis. Chupa, ahora, de la colilla como si en ello le fuera la vida. Luego mueve la cabeza de un lado a otro como con desesperanza:

—Mal camino, créame. Hágase cuenta además de que las licencias, que ayer eran diez, son hoy mil, y que con los automóviles y las motos y los «jepes» esos no queda mato por registrar. ¿Dónde se va a meter la perdiz?

El Cazador piensa que, si las actuales condiciones se prolongan, la perdiz española va a pasarlo muy mal. El campo se domestica, la destrucción de nidos queda impune, la caza de polladas a caballo en agosto y septiembre es un ejercicio normalmente aceptado, la matanza

de perdices en la temporada de codorniz es un episodio cinegético sin importancia, los alaristas y lancheros actúan con la venia oficial...

—¿Tenía usted noticia, jefe, de que en Belver de los Montes agarraron quinientas parejas vivas para los americanos esos? Bueno, pues por si fuera poco, el lacero estaba autorizado a quedarse con las estranguladas. Imagine; en todo el término no se ha vuelto a ver un pájaro. Y va para cinco años.

El Juan Gualberto se incorpora y se echa las manos a los riñones. Las tres perdices muertas se balancean en su cintura. El Sultán da dos vueltas en torno suyo observando sus movimientos. El Juan Gualberto se estira poco a poco pero no llega a hacerlo del todo. Sus setenta años le pesan en las paletillas. El crepúsculo es quedo y transparente. Abajo, en la nava, las chimeneas de las casitas de adobe alientan ya en torno al Castillo.

—Se nota el relente. Vamos bajando.

El Juan Gualberto y el Cazador toman un camino de herradura. La escarcha empieza a rebrillar en las rodadas. De vez en cuando, el Barbas se detiene:

—Si lo que quiere su amigo, el señor Ortega ese, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. Para entonces todo escoñado. Y si no, al tiempo.

El Juan Gualberto, el Barbas, camina un poco encorvado, la escopeta colgada de un raído portafusil, pero sus zancadas son firmes, de una decadente pero bien llevada dignidad. La escarcha desciende mansa, calladamente sobre el páramo, y de vez en cuando crepita levemente el rastrojo. En la punta de la nariz del Juan Gualberto empieza a formarse una gotita minúscula, transparente, que, al cobrar volumen, rueda entre sus bigotes, como una gota de rocío.

—Digo, Barbas, que aún los cotos pueden salvar la perdiz.

El Juan Gualberto escupe recio, sin detenerse. El Juan Gualberto escupe por el hueco que le queda junto al colmillo izquierdo, en el maxilar superior. El Cazador no sabe aún lo que el escupitajo del Juan Gualberto entre los relejes helados quiere decir. El Sultán, sin embargo, olfatea obstinadamente en el barro, allí donde el escupitajo del amo ha hecho blanco.

—Los cotos, ¿sabe lo que piensa un servidor de los cotos?

—¿Qué, Barbas?

—Que me gustarían si el Juan Gualberto pudiera entrar en ellos.

El camino alcanza el borde de la vaguada y abajo parpadean tímidamente las cuatro bombillas del pueblo.

—Mire usted, jefe, en los cotos cría tan ricamente la perdiz, cierto. Pero las cuatro que crían fuera también se meten en ellos de que suenan cuatro tiros. ¿Puede decirme qué saca en limpio, con los cotos

esos, el Juan Gualberto?

El ideal cinegético es incontestablemente el ejercicio de la caza en libertad: hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre. Y así fue como la caza se ejercitó en los primeros tiempos de la historia. Pero aquella época era otra época. El hombre cazaba para alimentarse pero también para defenderse. El hombre, centrado en una naturaleza hostil, estaba en condiciones de inferioridad con sus armas rudimentarias. Mas las circunstancias fueron cambiando. Los hombres se extendieron, progresaron, dominaron la tierra. Al arco sucedió el fusil, y a la naturaleza abrupta y hosca sucedió el campo productivo, la tierra domesticada. Al propio tiempo que el hombre se multiplicaba, la caza disminuía y, ante tal contingencia, fueron surgiendo las trabas y cortapisas. La caza empezó a dejar de ser un hecho natural y pasó a ser un hecho reglamentado. El hombre perdía su libertad, es decir debía someter su impulso cinegético a un control personal y a un límite de tiempo. La naturaleza dejaba de ser libre y aparecieron los cotos y los vedados. El animal dejaba, asimismo, de ser libre desde el momento en que su acoso se sujetaba a un límite de tiempo y lugar y su multiplicación se activaba artificialmente. En una palabra, surgió la ley con sus papeles para evitar que en este duelo hombre-animal, tan viejo como el mundo, el segundo terminara por extinguirse, y, con ello, el hombre-cazador pasara a ser un recuerdo histórico.

—Pues yo digo, Barbas, que de no ser por los cotos, a la perdiz ya podíamos cantarle un réquiem. Y de la liebre, mejor es no hablar.

Las perdices que cuelgan de la cintura del Barbas se bambolean y, a cada paso, sacuden su trasero enjuto. La gota que se desbordó por sus bigotes se ha fraccionado en minúsculas partículas y sus pelos brillan ahora como los tallos truncados de los rastrojos.

—Ése es otro cantar, jefe. Pero yo digo, el terreno libre nunca debe ser más chico que los vedados. Y al paso que vamos el Juan Gualberto tendrá que cazar en el tejado de su casa. ¿Es cierto esto o no es cierto?

El proceso de la caza ha culminado en nuestro tiempo con la democratización de este deporte. En las edades pasadas se reservaba la caza para el señor. El señor —o lo que se entendía por tal— dedicaba sus ocios a la caza para conservarse en forma para la guerra. El plebeyo, entonces, no era sino un morralero. Hoy la caza se ha popularizado. Esto no quita para que continúe habiendo cacerías más o menos aristocráticas, pero el derecho de cazar debe ser defendido y protegido no sólo pensando en aquéllos sino en el último peón de la

jerarquía social. La hora de los privilegios está agonizando y todos debemos esforzarnos para que sea lo más breve posible.

El Cazador debe anticipar que al hablar de abolir privilegios no aboga por una proscripción sistemática de cotos y vedados, sino por que la extensión de éstos sea suficiente para facilitar la procreación de las especies, pero no tan dilatados que conviertan el derecho del pueblo para ejercitar la caza en una quimera.

—¿Quiere saber usted qué haría yo si fuera Franco algún día?

—¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto se pasa por los bigotes el envés de la mano y con un rápido ademán apaga las puntitas incandescentes de sus pelos.

—Pues mire usted, si yo fuera Franco algún día, pondría un coto aquí y otro allá. Pero cotos de verdad, ¿comprende? Unos cotos cerrados para todos, con una guardería fina, donde no se diera entrada ni al Espíritu Santo. Así la caza criaría desahogada y todos contentos; los pobres y los ricos.

Tras la pelada muralla de los tesos, asoma un cuerno de luna. Es una luna anaranjada, friolenta, que imprime forma y consistencia a la bruma que sube del arroyo.

El goce más completo para el Cazador estriba en derribar una perdiz en terreno de nadie. Los cotos, dígase lo que se quiera, dejan siempre un poso de amargura. Aquellas piezas, tal vez cobradas en abundancia, «son de alguien», «tienen un dueño», no son enteramente silvestres. Quiérase o no, el coto emana un tufo de privilegio y lo que uno haga dentro de él es fruto de una concesión. Por otra parte, y como consecuencia de esto, la pieza de coto trasciende domesticidad, se le antoja al Cazador enervada y vacilante; carece, en resumen, de la estupenda bravura, pongo por caso, de la perdiz de ladera, rodeada de mil peligros, ágil y nerviosa, siempre al acecho.

—Además…

—¿Es que hay más, Barbas?

—Aguarde. Luego traería a los extranjeros esos para exterminar las alimañas. Ellos lo pasarían en grande y nosotros agradecidos. ¿Sabe usted que un águila con crías necesita por lo bajo tres perdices diarias o liebre y media para alimentarlas? No le digo nada del turón, la urraca o el raposo. Ésos no se sacian nunca de comer.

—Pero, Barbas…

—Aguarde, jefe, aún no he concluido. Luego diría, los furtivos a la cárcel; el que mate una perdiz en veda, fuera la escopeta y fuera la licencia. Y si quiere seguir cazando que las corra a pie. ¿Cree usted que si la guardería empezase a retirar licencias estas cosas se iban a repetir? Ya ve usted, sin ir más lejos, este año en Villagina, los cazadores del pueblo, de que se abrió la codorniz, dale con la perdiz hasta que acabaron con ella. Y yo le decía al Mamerto: «¿Es que estáis locos, Mamerto?». Y el Mamerto decía: «Más vale así que no que nos las maten los de fuera». A ver, ellos se recordaban de lo del autobús ese y se comprende.

El Juan Gualberto parte un dedo con otro dedo y concluye:

—Perdices así se cogieron en agosto en Villagina. Ni lo que un gurriato abultaban, que hasta mentira parece.

La noche se ha echado del todo y, cuando el Barbas calla, se sienten las pisadas sobre los relejes helados. La luna levanta con prisas, como si quisiera terminar cuanto antes su recorrido. El Cazador olfatea ya el aroma a paja quemada y el Sultán inicia un trotecillo camino adelante hasta que se pierde en la oscuridad.

—Déjese estar, Barbas, la perdiz es dura.

—¡Coño, jefe, duro es el hierro y se mella! Y, si no, mire los caños de mi escopeta.

Las callejas del pueblo, con los relejes hinchados, bordeados de estiércol, están desiertas y silenciosas. En la esquina, la taberna de la señora Elisea bulle de animación y, cada vez que se abre la puerta, las palabras calientes forman un vaho dulce y confortador en la noche. A mano derecha, pegando a la iglesia, está la casa del Barbas. Es una casita molinera, de adobe, con dos pequeñas ventanas y la boquera de la cuadra al lado. El Juan Gualberto, el Barbas, se recuesta en el dintel antes de entrar.

—Aún nos queda un consuelo, Barbas. ¿Sabe usted que en algunas granjas están criando perdices como quien cría gallinas?

El Juan Gualberto escupe con fuerza, con despecho, con una mal reprimida irritación.

—¡Perdices de gallinero! ¡Lo que nos faltaba! ¿Es que cree usted que la perdiz de una ladera que yo me sé puede fabricarse en casa?

—Dicen que se aclimatan bien, Barbas.

—Se aclimatan, se aclimatan... Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡Eso es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio!

Del baile —una cuadra encalada— frente a la taberna de la señora Elisea, llega una musiquita un sí es no es triste y como abortada. Por encima de ella retumba, de pronto, la voz de la Celsa, una voz áspera, gastada, que se amplifica en el desnudo zaguán y rebota en la calleja

oscura.

—¡Juan Gualberto! ¿Es que te has dormido, di?

El Juan Gualberto mueve la cabeza de un lado a otro parsimoniosamente. Mira de frente al Cazador y señala la puerta con el pulgar:

—Ellas no se acostumbran. Tienen celos siempre.

—Ya.

El Juan Gualberto, el Barbas, se descuelga la escopeta y la toma del guardamanos. Se queda unos instantes quieto, como pensativo:

—¿Sabe usted qué me decía ella, la Celsa, allá por el año diez, a poco de casarnos?

—¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto sonríe resignadamente; levanta la mano izquierda y toca con ella el hombro del Cazador.

—Oiga, jefe, no lo va usted a creer, pero de que ella, la Celsa, me veía así, con la canana a la cintura y el morral a las espaldas, se me ponía blanca como la cera y me decía: «¿Otra vez? ¿Pero puede saberse qué tienen las perdices que no tenga yo?».

El Barbas cabecea de nuevo sin dejar de sonreír. Se inclina sobre la hoja inferior de la puerta y descorre el cerrojo. Al cabo, se vuelve.

—Y bien pensado —dice— no le faltaba razón. ¿Quiere usted decirme, jefe, qué tienen las perdices que no tengan ellas?

—Hombre, Barbas...

El Juan Gualberto empuja la media hoja de la puerta y ya en el oscuro zaguán se toca con un dedo el vuelo de la boina y dice formulariamente:

—Con Dios.

Tres pájaros de cuenta

1982

A mis nietos, que desde que nacen
ya se interesan por los pájaros.

A MIS LECTORES

Habréis observado que los pájaros, bestezuelas por las que siento una especial predilección, se erigen a menudo en personajes de mis libros. *Diario de un cazador* está lleno de perdices, codornices, patos, tórtolas y palomas. *Viejas historias de Castilla la Vieja,* de avutardas, grajos y abejarucos. El gran duque es pieza esencial en *El camino,* como la picaza lo es de *La hoja roja.* Las águilas, los cernícalos y los camachuelos forman el entorno del pequeño Nini en *Las ratas...* Finalmente, en *El disputado voto del señor Cayo* y *Los santos inocentes,* intervienen tres pájaros que juegan papeles fundamentales: el cuco y las grajillas en la primera, y éstas y el cárabo en la segunda. De los tres me he servido para componer el libro que ahora tenéis entre manos, no un libro de cuentos ni de historias inventadas, sino un libro de historias auténticas, vividas por mí y de las cuales son aquellos pájaros verdaderos protagonistas.

La grajilla

Al llamar a la grajilla, al cuco y al cárabo pájaros de cuenta no quiero decir que sean malos. No hay pájaros buenos ni malos. Las aves actúan por instinto, obedecen a las leyes naturales, aunque, a los ojos de los hombres, algunas de sus acciones puedan parecer buenas y otras reprobables. Por ejemplo, el comportamiento de los tres protagonistas de este libro ofrece aspectos positivos y negativos. La grajilla, pongo por caso, roba la fruta de los árboles, especialmente de ciruelos y cerezos, pero, al mismo tiempo, nos libra de insectos perjudiciales y de carroña. El cuco, en la época de cría, deposita sus huevos en los nidos de otros pájaros más pequeños que él para que se los empollen, pero, en compensación, destruye orugas y arañas peligrosas para el hombre. Finalmente, el cárabo puede eliminar algún pinzón que otro, o cualquier otro pajarito que le molesta o le apetece, pero, a cambio, limpia el campo de ratas, ratones, topillos y otros roedores perjudiciales.

A los tres los conocí siendo niño –aunque al cuco, que es un pájaro encubridizo, sólo de oídas–, cuando mi padre, que era un hombre maduro, serio y circunspecto, se volvía niño también, en contacto con la Naturaleza, y nos enseñaba a distinguir el cuervo de la urraca, la perdiz de la codorniz, la alondra de la calandria y la paloma de la tórtola. Mi padre, ferviente enamorado del campo, conocía sus pequeños secretos, y el más remoto recuerdo que guardo de él es cazando grillos en una cuneta, haciéndoles cosquillas con una pajita larga y fina que introducía en la hura y movía con paciente tenacidad. A veces cazaba media docena y los guardaba bajo el sombrero, de forma que al regresar a casa, entre dos luces, armaban un alegre concierto sobre su calva, sin que a él, que en casa anteponía el silencio a todas las demás cosas, parecieran molestarle.

Un día, en el Castillo de la Mota, hace ya muchos años, vi por primera vez una colonia de grajillas. Revoloteaban en torno a las almenas y con sus «quiá-quiá-quiá», reiterativos y desacompasados, organizaban una algarabía considerable. De lejos parecían negras y brillantes como los grajos, pero, cuando las vi de cerca, observé que eran más chicas que aquéllos –más o menos del tamaño de una paloma– y no totalmente negras, sino que el plumaje de la nuca y los lados del cuello era gris oscuro, y sus ojillos, vivaces y aguanosos, tenían el iris transparente.

Viviendo en Castilla, la grajilla se me ha hecho luego familiar, porque está en todas partes. Es un pájaro muy sociable, que divaga en grandes bandadas, a veces de cientos de individuos que, mientras vuelan alrededor de las torres o los acantilados, sostienen entre ellos interminables conversaciones. No son racistas, y a menudo se las ve asociadas con pájaros más grandes o más chicos que ellas, cuervos y estorninos preferentemente, no siempre de la misma familia pero inevitablemente de plumaje negro. Al parecer no les une una razón de parentesco sino el uniforme.

De ordinario, estas aves asientan en lugares próximos a cortadas rocosas y en torres antiguas o abandonadas, incluso dentro de las grandes ciudades. De la familia de los córvidos es el único pájaro que he visto con aficiones urbanas. La corneja, el cuervo, la graja no sólo rehúyen la ciudad sino que ante el hombre se muestran hoscos y desconfiados. En viejos edificios de altas torres, con agujeros y oquedades, la grajilla es huésped casi obligado, aunque luego, para comer, y, en ocasiones, para dormir –como sucede en Sedano–, hayan de desplazarse varios kilómetros al caer la tarde, buscando acomodo.

La grajilla es sedentaria, vive, generalmente, en el mismo lugar que nace durante las cuatro estaciones del año. Sin embargo, he advertido que el bando que merodea por los frutales de Sedano no crece, no es hoy más nutrido que hace seis lustros, de lo que deduzco que, como sucede con las abejas, hay grupos que se escinden cuando la puesta es abundante. Géroudet nos recuerda que una grajilla anillada en Suiza fue hallada en los Pirineos, y en Normandía otra anillada en Bélgica, lo que quiere decir que hay grajillas que viajan, que efectúan desplazamientos, aunque nunca tan largos y regulares como los que llevan a cabo anualmente cigüeñas y gansos.

La vida sedentaria obliga a las grajillas a comer de todo, adaptando su dieta a los alimentos que les facilita cada estación. Las bayas y frutos de pequeño tamaño les entusiasman, pero se avienen a sustituirlos por caracoles y patatas cuando aquéllos escasean. La grajilla es buscona, ratera; como la urraca, roba de todo, desde fruta del granjero hasta los huevos de los nidos de pequeñas aves, que se come en primavera. Por robar, roban a veces hasta la casa, nidos de otros pájaros, que ocupan tranquilamente aunque luego los acondicionen y decoren a su gusto. El nido de una grajilla evidencia las aficiones coleccionistas de la especie.

En las escarpas rocosas que flanquean el río Rudrón entre Covanera y Valdelateja, en la carretera general de Burgos a Santander, es fácil tropezar con nidos de grajilla. Precisamente al pie de uno de estos cantiles fue donde encontramos a Morris, un simpático pájaro que amaestraron mis hijos y del que luego hablaré. Estos nidos constituyen un verdadero muestrario de los más diversos objetos y materiales que

puedan imaginarse. Sobre la simple estructura de un viejo nido de corneja, pájaro que gusta de renovar sus habitaciones y construye su casa cada año, encontré un día un nido de grajilla revestido con los siguientes ingredientes: papel, trapos, boñiga seca, plumas, pedazos de saco, crines de animales, lana, plástico, barro… La grajilla había conseguido un hogar confortable aprovechando los restos de otros anteriores, lo que significa que este pájaro no desaprovecha ocasión de ahorrarse un esfuerzo.

La puesta de la grajilla oscila entre tres y seis huevos, aunque hay ocasiones excepcionales en las que se ha observado una puesta de ocho. La eclosión es lenta, alrededor de cinco semanas, y los primeros desplazamientos de los pollos, tímidos y cortos, cosa sorprendente siendo la grajilla uno de los pájaros que mejor vuelan, que pica o se repina en pocos metros, airosamente, con una gracia y una agilidad singulares.

Pese a frecuentar como hemos dicho las viejas torres de las ciudades –siempre a los niveles más altos–, la grajilla se muestra recelosa con el hombre, y sin embargo es una de las aves que se domestican con mayor facilidad y hasta, según aseguran ciertos autores, es posible hacerles pronunciar algunas palabras sencillas, de una o dos sílabas.

A lo largo de tres meses, yo conviví en Sedano con Morris, una grajilla que encontró mi hijo Miguel, aún en carnutas y medio muerta de inanición, en los acantilados de San Felices. El animalito se había caído del nido y, al verla tan débil y depauperada, no di un real por su existencia. No obstante, mis hijos Juan y Adolfo, muy chicos por aquel entonces, le habilitaron un nido en una caja de zapatos y empezaron a alimentarla con pienso humedecido que Morris devoraba glotonamente. En pocos días, la grajilla se repuso, empezaron a asomarle los primeros cañones y, cuatro semanas más tarde, estaba completamente emplumada.

Pero lo más sorprendente de Morris era la naturalidad con que aceptaba la vecindad de las personas, especialmente la de Juan y Adolfo, que la habían criado. Únicamente, en su trato con el hombre, le repugnaba una cosa: que le pusieran la mano encima. Es decir, Morris reposaba erguida y tranquila sobre el antebrazo o el hombro de cualquiera de nosotros, pero si el mismo porteador u otra persona, incluidos Juan y Adolfo, intentaban agarrarla, el pájaro se escabullía, revoloteaba y terminaba por caer al suelo. Esta repulsión instintiva a ser apresada le duró hasta que la perdimos. Morris hacía causa común con la familia, le divertía vernos comer alrededor de la rueda de molino, participaba a su manera de nuestras tertulias, no extrañaba las visitas, pero rechazaba terminantemente la caricia y cualquier tipo de

contacto. Yo creo que la situación de mi refugio a media ladera, en alto, sobre el valle de frutales, facilitó la adaptación de la grajilla. Ella no podía disfrutar, ciertamente, de la compañía de sus congéneres, pero la visión del mundo era la que le correspondía en su condición de ave, desde arriba, «a vista de pájaro».

Una mañana, cuando Adolfo, en traje de baño, se dirigía hacia la piscina con ella al hombro, Morris empezó a aletear con cierta torpeza, se afirmó gradualmente en el aire, tomó altura y se posó en la copa del olmo que sombrea la mesa de piedra. La reacción de la familia fue semejante a la que suscitan los primeros pasos de un niño: alegría y estupor. Pero, enseguida, se presentó el dilema: ¿había elegido Morris la libertad y escaparía, o simplemente era aquello la prueba de la culminación de su desarrollo? Confieso que me incliné por lo primero. La abierta curiosidad con que contemplaba el valle desde una nueva perspectiva, el notorio placer que le deparaba su balanceo en la ramita del olmo, su indiferencia ante nuestras voces al pie del árbol, parecían indicar que Morris ya no nos necesitaba y que, en lo sucesivo, podría prescindir de nosotros.

El hecho de que la grajilla permaneciera durante largo rato en la punta del olmo, despiojándose, realizando su aseo cotidiano, desinteresada de cuanto sucedía a su alrededor, me reafirmó en mi opinión. No obstante, al cabo de una hora, Juan, que solía imitar, al darle de comer, la voz peculiar de estas aves, remedando los arrumacos maternos, apareció con el cacharrito donde mezclaba el pienso con agua y moduló un «quiá-quiá-quiá» aterciopelado, dulce, digno de enternecer a la grajeta más esquiva. Morris acusó el golpe. Empezó a inquietarse, a mover la cabeza de un lado a otro, y, por primera vez desde que se encaramó en el árbol, prestó atención a lo que ocurría bajo ella y fijó en Juan sus ojillos transparentes como abalorios. Mi hijo repitió entonces la llamada con mayor unción, y, al instante, Morris se lanzó al vacío, desplegó sus amplias alas negras, describió un pequeño círculo alrededor de nuestras cabezas y fue a posarse blandamente sobre su hombro, al tiempo que reclamaba el alimento con un «quiá-quiá-quiá» perentorio.

Así inició Morris una nueva era. Mis hijos la trasladaron de la caja de zapatos a una cesta de mimbre, destapada, y al llegar la noche la cobijaban en una cueva-despensa, junto a la casa, dejando la puerta entreabierta. De este modo, los más madrugadores podían sorprender cada mañana al pájaro en el alero del tejado, la copa del olmo o el bosquecillo de pinos de la trasera del refugio, esperando que le sirvieran el desayuno. En principio, Morris rehusaba ser alimentada por desconocidos, sólo admitía las pellas de pienso cuando le eran

ofrecidas por sus padres adoptivos, pero, con el tiempo, cambió de actitud y, a medida que se hacía adulta, fue aceptando las golosinas cualquiera que fuera el oferente.

El mundo de Morris se iba ampliando poco a poco. Desde que aprendió a volar, se dejaba bajar gustosamente hasta la carretera, aunque le desagradaba que la alejasen demasiado de casa. Y, cuando esto ocurría, se alborotaba, protestaba y terminaba regresando sola, por sus propios medios. Pero una mañana, ante nuestro asombro, aceptó que la condujeran hasta la plaza, a trescientos metros de distancia. Morris empezó así a relacionarse con otras personas ajenas a la familia, a conocer la vida del pueblo, a convivir. Su sociabilidad progresó en poco tiempo, hasta el punto que, con frecuencia, se lanzaba en picado desde lo alto del olmo sobre un pequeño grupo de desconocidos que charlaba en la carretera y se posaba, indiscriminadamente, sobre el hombro de cualquier contertulio. Estas espontáneas efusiones de Morris no siempre eran bien interpretadas, sobre todo por las mujeres, que chillaban y manoteaban, al verla llegar, como si se aproximara el diablo. Pero, en general, la domesticidad de la grajilla despertó primero curiosidad y más tarde simpatía entre los vecinos. La gente la conocía por su nombre y Morris saltaba de grupo en grupo, de hombro en hombro, con una confianza absoluta. Tan sólo tenía en el pueblo dos solapados enemigos a quienes su presencia molestaba: los perros y los gatos. Pero Morris se zafaba de sus asechanzas en rápidas fintas, con suaves pero enérgicos aletazos, recurso que utilizaba también cuando alguien, cualquiera que fuera, trataba de apresarla. Su repugnancia a ser prendida por una mano humana continuaba tan viva en ella como el primer día.

En este momento de su evolución fue cuando intenté enseñarle a pronunciar alguna palabra, palabras sueltas, sencillas, como «hola» y «adiós», pero, pese a que la grajeta fijaba en mis labios sus grises ojos aguanosos y ladeaba atentamente su cabeza, como si escuchara, nunca conseguí una respuesta aceptable. Morris callaba o, a lo sumo, formulaba su «quiá-quiá» monótono y displicente.

A medida que la grajeta ensanchaba las fronteras de su libertad, empezó a hacérsele aburrida la larga espera matinal. Morris, como buen pájaro, era madrugadora, y desde las seis y media que amanecía hasta las nueve y media o diez que amanecían mis hijos era demasiado tiempo sin compañía. Mas a las siete de la mañana todo el pueblo descansaba excepto los panaderos, Vicente y Abelardo, a los que Morris, con una sagacidad maravillosa, descubrió un día, amasando pan en el horno. A partir de entonces, su primera visita matinal era para los panaderos, con los que pasaba agradablemente el rato:

–Mucho madrugaste hoy, Morris.

–Quiá.

–Te aburres en casa, ¿eh?

–Quiá.

–¿Tan mal te tratan los del chalé?

–Quiá.

Abelardo la obsequiaba con una bolita de masa que Morris engullía con satisfacción. Y a las nueve de la mañana en punto, tan pronto Vicente y Abelardo comenzaban a cargar la furgoneta, Morris levantaba el vuelo y regresaba a casa, a esperar en la copa del olmo la aparición de mis hijos.

Paulatinamente el pueblo se le iba quedando pequeño a la grajilla que, en su avidez descubridora, empezó a acompañar a mis hijos en sus excursiones, fatigosas caminatas de veinte o treinta kilómetros. Al atardecer, regresaba feliz, sobrevolando al bullanguero grupo adolescente, sus claras pupilas impresionadas por otros bosques, otros páramos, otros vallejos, otros horizontes. Juan, amigo de ensayar cada día nuevas experiencias, decidió una tarde pasearla en bicicleta. Morris soportó un poco intimidada los primeros metros de carrera, pero, conforme la máquina fue adquiriendo velocidad, levantó el vuelo aterrada, emitiendo gritos de alarma. Mas la tenacidad de mi hijo era superior al miedo de la grajilla, y, dos días más tarde, Morris no se espantaba ya de la bicicleta, la aceptaba de buen grado y resultaban divertidas sus periódicas escapadas a los tilos y castaños de la carretera y sus retornos apresurados al hombro del ciclista lanzado a toda máquina.

El verano avanzaba de manera insensible y a primeros de septiembre alguien planteó el problema del traslado de la grajilla a Valladolid. ¿Se avendría a vivir en el balcón de una casa de vecinos? ¿No la acobardaría la gran ciudad? ¿Era honesto por nuestra parte desarraigarla, arrancarla de su medio natural e insertarla, sin más, en un medio hostil? Así surgió la idea de la gran prueba. Antes de conducirla a Valladolid era preciso ponerla en contacto con sus hermanas, en los riscos de San Felices, de donde procedía, para que ella misma decidiera si prefería quedarse o marchar. Los preparativos fueron meticulosos. Morris viajaría en automóvil, encerrada en una cesta, hasta la ribera del río Rudrón, justo en el lugar donde la encontramos. Una vez allí, Juan, mi hijo, se ocultaría entre las mimbreras de la orilla, mientras yo, con la cesta cubierta, remontaría el río hasta la piscifactoría y soltaría el pájaro tan pronto oyera el pitido del cornetín que Juan portaba al efecto. No puedo ocultar que cuando me desplazaba río arriba con la cesta en la mano me

embargaba una cierta emoción. La colonia de grajillas alborotaba en los farallones inmediatos, y yo temía que Morris, al verse libre, volara sin vacilar a reunirse con sus congéneres. Al alcanzar la piscifactoría, me detuve. El corazón se me aceleró cuando oí el pitido del cornetín, destapé la cesta y empujé con ella al pájaro hacia lo alto. En los primeros momentos, Morris vaciló, pero enseguida se repulló, rebasó las copas de los árboles del soto y continuó subiendo en vertical, como buscando una perspectiva. Los «quiá-quiá» fervorosos de mi hijo Juan se confundían ahora con los «quiá-quiá» de las grajillas del acantilado, más vivos y apremiantes, y yo miraba impaciente hacia lo alto, esperando la decisión de Morris. Y mi entusiasmo se desbordó cuando la grajilla, haciendo oídos sordos a las incitaciones de la colonia, se lanzó en picado sobre la margen del río y no paró hasta reposar en el hombro de mi hijo.

Al día siguiente, de manera inesperada, murió Morris. Su cadáver medio desplumado apareció en el sobrado del Bienvenido, a cuatro pasos de la panadería. Su gata, la Maula, que siempre había mostrado una abierta inquina hacia el pájaro, unos celos injustificados, lo atacó cuando confiadamente se despiojaba en el alféizar de la ventana. La Rosa Mari, la niña, que fue testigo de la cobarde acción, asegura que el zarpazo de la Maula fue rápido como un relámpago y la muerte de Morris instantánea e indolora. Más vale así.

El cuco

El cuco anuncia la primavera en Sedano con mayor puntualidad que la cigüeña en otras partes. A veces, cuando llego al pueblo en la segunda quincena de marzo, y, con toda seguridad, a primeros de abril, le oigo reclamar desde la pinada de Ciella, sobre mi casa, con su «cu-cu» disciplinado y doméstico. Aunque los especialistas aseguran que este pájaro, en ocasiones, hace trisílabo su reclamo –«cu-cu-cu»– y hasta tetrasílabo –«cu-cu-cu-cu»–, yo, la verdad sea dicha, únicamente le he oído bisar el número. Eso sí, un «cu-cu» penetrante, con una resonancia especial, que se difunde por todas partes, como si las montañas que circundan el valle se peloteasen con él.

Esta llamada suele ser indicio de apareamiento, pero el cuco, aunque con menos frecuencia, sigue cantando hasta junio, e incluso julio si la puesta es tardía. Luego, terminada ésta, el cuco adulto, que carece de sentimientos familiares y, como los antiguos nobles con sus bastardos, encomienda la crianza de sus hijos a aves subalternas, se va, emigra, navegaciones largas, más allá del Sahara, a Kenia y países

del África del Sur, hasta el año siguiente, que vuelve para anunciar la primavera en Sedano.

El cuco es pájaro de alrededor de sesenta centímetros de envergadura y hasta ciento cincuenta gramos de peso, gris en las partes altas, y castaño, listado de blanco, en pecho y vientre. En vuelo guarda semejanzas con el gavilán, del que se diferencia por su pico fino, sus alas puntiagudas y su cola, larga y moteada. A pesar de sus dimensiones y de su canto, audible a kilómetros de distancia, este pájaro no se deja ver con facilidad. De niño, mi padre me llevaba a oírlo cantar a los bosques de San Martín de Quevedo y Doña Jimena, en Molledo-Portolín, pero nunca tuve oportunidad de verlo. Necesité muchos años y mucha astucia para tomar contacto con él. En Sedano, el prieto bosque de roble de las laderas se diluye, prácticamente desaparece, en las inmediaciones del pueblo, y surgen, a cambio, dispersas arboledas de olmos, castaños y pinos, aparte arbustos y arbolillos de menor entidad, como cerezos, endrinos y avellanos, donde suelen anidar los pequeños insectívoros (mosquiteros, petirrojos, herrerillos) en cuyos nidos, minuciosamente construidos, gusta el cuco de depositar sus huevos. Pues bien, el canto del cuco, aunque desorientador en lo que se refiere a la distancia, es muy indicativo en lo que atañe a su dirección. No hay, pues, más que seguir ésta para encontrarlo, si no en el primer bosquecillo, en el segundo, pues, como estas arboledas son reducidas y poco densas, es fácil divisarlo en los calveros, cuando se desplaza de una a otra, como una flecha, nuca, dorso y cola en línea recta, las alas en anzuelo, las cortas patas recogidas, como el tren de aterrizaje de un diminuto avión. Yo lo vi por primera vez hace más de treinta años y, después, he vuelto a verlo, con relativa frecuencia, cada vez que me lo he propuesto, turbando su soledad, ya que este pájaro, contrariamente a la grajilla, es un auténtico anacoreta.

Pero lo verdaderamente característico del cuco es su incapacidad para incubar y nutrir a sus crías, quizá porque su puesta es tan numerosa –ocho a doce huevos– y el apetito de la prole tan voraz que una pareja por sí sola no bastaría para alimentarla. El cuco no se toma, pues, el trabajo ni de construir su casa. Llegado el momento de la postura, observa en derredor a los pajaritos que se afanan en hacer sus nidos y, una vez concluida la obra, y aovados éstos, el cuco empieza a repartir sus huevos entre ellos, mezclándolos con los otros, aprovechando la ausencia de los padres. Son muchos los pájaros a los que el cuco elige para su invitado forzoso, principalmente, como he dicho, a las avecillas más chicas, pero como su huevo desentonaría por su tamaño y color en casa de los anfitriones, la naturaleza –¡prodigio increíble!– ha dotado al cuco de una rara facultad, que permite a la hembra colorear los cascarones de sus huevos del tono de los de la

especie elegida para sus depósitos: rojizos donde los otros huevos son rojizos y moteados donde son moteados. Este mimetismo no basta naturalmente para igualar el huevo del cuco a los de sus padres adoptivos, ya que su volumen no puede disimularse, pero los pajaritos, ciegos con su maternidad, lo incuban con el mismo celo que a los propios. Únicamente algunas aves advierten el engaño y rechazan al entrometido. La alondra, por ejemplo, empolla al huevo gigante pero, llegada la eclosión, tan pronto advierte la presencia del parásito, le niega el alimento y lo deja morir de inanición. Los insectívoros, en cambio, en su candorosa inocencia, los nutren solícitamente hasta el fin, hasta que el intruso puede valerse por sí mismo. Con una particularidad: el cuco, cuya dieta alimenticia de adulto es muy definida, a base de gusanos, lombrices, bayas, etc., cuando está hospedado en nido ajeno come lo que le echan, lo que sea costumbre en la casa, incluso hace gala de un formidable apetito; en una palabra, se conduce como un pupilo bien educado.

Desde mi refugio de Sedano, un observatorio insuperable de la naturaleza, he tenido oportunidad de asistir varias veces al desarrollo de un cuco parásito, las últimas que recuerdo en 1979 y en el verano de 1981. Uno y otro pájaro tuvieron suertes distintas, pero trataré de resumir ambas experiencias.

La primera fue un acontecimiento previsto. Durante varios días advertí cómo un pequeño petirrojo tejía su nido en el hueco de una tapia de piedra que delimita mi huerto, en la ribera del río Moradillo. Simultáneamente, un cuco no cesaba de cantar desde la fronda del soto. Junto a la tapia se alza una higuera silvestre, de grandes hojas, que me permitió hacer un escondedero desde donde poder observar el nido sin ser visto. Una mañana, ya en trance, la hembra del petirrojo puso un huevo en él y otros tres en los tres días siguientes. Al caer la tarde del cuarto día, cuando me dirigía a mi observatorio, advertí que en el nido del petirrojo había un huevo más y de doble tamaño que los anteriores. El cuco había iniciado la distribución de su prole. Antes de las dos semanas, el huevo del cuco hizo eclosión y surgió un feo; pájaro rosado, de huesudos alones, ojos ciegos y abultados y boca desproporcionada. A partir de aquí comenzó el calvario del infeliz petirrojo, un afanar incesante, sin pausa, apremiado por la glotonería de su huésped, que no se saciaba nunca. Lo mismo daba que el petirrojo le ofreciese una lombriz, una semilla o una miga de pan. El gran gorrón todo lo ingería. Pero no contento con tener siempre en jaque a la pajarita, empezó a deshacerse de sus huevos, a eliminar, uno a uno, a los verdaderos hijos de su patrona. El procedimiento, aunque yo no tuve oportunidad de verlo porque me faltó paciencia, es conocido por los libros de los naturalistas. El joven cuco apoya la

cabeza en el fondo del nido, toma el huevo con la punta de las alas, lo hace resbalar hacia arriba por su espalda, luego por sus riñones y termina lanzándolo por el borde del nido, estrellándolo contra el suelo. A los tres días de nacer, el cuco había logrado desembarazarse de estorbos y, al pie del nidal, quedaron los huevecillos rotos del petirrojo, que, a pesar de todo, continuaba alimentando al intruso con una ternura y un celo verdaderamente conmovedores.

El cuco, desde que nace, propende a la soledad, rehúye la compañía, aspira a ser único. Intuye tal vez que, de tener que compartir la comida acarreada por su tutora, su ración sería insuficiente. El egoísmo de este pájaro es muy cerrado. A veces, cuando los cucos en disposición de puesta son varios y los hogares donde hospedar a sus hijos limitados, hay dos que ponen su huevo en el mismo nido y en el mismo día. La eclosión de los pájaros es, pues, simultánea. Entonces se desencadena un duelo a muerte entre los dos polluelos, que luchan por adueñarse del espacio vital. Ambos quieren para sí el nido entero y los halagos en exclusiva de la nodriza de quien dependen. De esta lucha sale un vencedor, el más vigoroso, que acaba imponiéndose y matando a su rival. Como se ve, en cualquier circunstancia, los pollos de cuco recién nacidos son exclusivistas, no están dispuestos a compartir la pensión con nadie. Seguramente se atienen a una ley natural que vela por la conservación de la especie, ya que ninguno de los minúsculos insectívoros de quienes dependen tendría energías para alimentar dos pollos al mismo tiempo.

Desde mi escondite de la higuera asistí, como digo, al crecimiento del cuco a costa de los desvelos del petirrojo. El pollo pelechaba deprisa, encorpaba a ojos vistas y, en pocos días, llegó a ser de triple tamaño que su tutor, y resultaba un espectáculo entre cómico y repugnante ver a éste, encaramado en el hombro de su pupilo, ofreciéndole pico a pico el bocado que había logrado conquistar.

En esta fase, el cuco, con un plumón aparente y los ojos vivos y sagaces, observaba cuanto ocurría a su alrededor. En ocasiones, cansado de las idas y venidas del petirrojo, yo salía de entre el follaje de la higuera y hostigaba al pájaro con una paja. El joven cuco se irritaba conmigo y me bufaba como un gato. Para mí, su enojo comportaba una satisfacción, pues no puedo ocultar que veía con verdadera antipatía este acto de parasitismo.

A las tres semanas de su nacimiento, el cuco, completamente emplumado, aparentaba estar ya en condiciones de volar. Una tarde, Pancho, mi yerno, en su visita vespertina, encontró el nido vacío, pero, cuando se retiraba por la huerta hacia la carretera, vio revolotear algo en la cuadrícula de cebollas: era el cuco. Después de

muchos intentos logró dejarlo de nuevo en el nido, pero a la mañana siguiente el pájaro había volado definitivamente.

Los cucos suelen permanecer en el territorio donde nacen hasta septiembre, época de emigración de muchas otras aves como la tórtola y la codorniz. Lo sorprendente es que los cucos, al alcanzar los tres o cuatro meses de edad, levanten sus reales y, sin guiones expertos que les dirijan, orientados únicamente por el instinto, emigren a los países africanos de donde procedían sus padres, para regresar a la tierra en que vieron la luz medio año después. He aquí un prodigio de orientación difícilmente comprensible para el limitado entendimiento humano.

Mi segunda experiencia con el cuco, la del verano de 1981, no por su final dramático deja de ser interesante y, sobre todo, reveladora de los duelos y tensiones que a diario tienen lugar en la naturaleza. En líneas generales, los preliminares en nada se diferenciaron de los de mi experiencia anterior: canto insistente del cuco madre, silencio posterior y emigración tras colocar sus huevos en otros tantos nidos ajenos. Uno de ellos –de verderón, con dos huevos– lo descubrimos sobre el camal de un avellano, cerca del palomar de la Tobaza, casona rayana a la mía. Y fuese porque el cuco se retrasó, incurrió en un error de cálculo o no halló a tiempo mejor acomodo para su vástago, el caso es que uno de los verderones y el cuco nacieron al mismo tiempo. Aquello representaba para mí una novedad. ¿Qué haría el joven cuco con su pequeño hermanastro? ¿Lo respetaría una vez nacido y conviviría con él? ¿Recurriría al fratricidio? La respuesta fue inmediata. El afán exclusivista del cuco se puso otra vez de manifiesto. A los dos días de la eclosión, sacrificó al verderoncillo y, al día siguiente, arrojó por la borda al huevo que le incomodaba, de tal forma que quedó solo al cuidado de la madre verderona, envanecida por haber empollado un hijo tan hermoso.

El pelechado y desarrollo del cuco del avellano fue normal. La madre adoptiva se desvivía por atenderlo y el pollo crecía visiblemente. Pero una noche, a las tres semanas de nacido, una serie de acontecimientos inesperados pusieron al proceso un colofón dramático. Mi hijo Adolfo, al descender a oscuras por el sendero que conduce de mi casa a la Tobaza, pisó el rabo de un joven e inexperto garduño, quien, después de soltar una presa que portaba en la boca, logró desasirse y, empujado por el pánico, se escabulló entre la maleza hasta la carretera. A la mañana siguiente encontramos vacío el nido del verderón; el cuco había desaparecido. Horas más tarde, cuando mi hijo Adolfo buscaba cagarrutas de garduño en el sendero de la Tobaza, donde tropezó con él, halló el cadáver del cuco entre la hojarasca, al

pie de una zarzamora. El pájaro había ido a morir de la misma muerte que él proporcionó al tierno verderoncillo: violentamente. El viejo dicho de que el que a hierro mata a hierro muere suele tener en el mundo animal una aplicación rigurosa.

El cárabo

De las aves que conozco, el cárabo es –aparte la gaviota reidora– la única que tiene la propiedad de reírse: una carcajada descarada, sarcástica, un poco lúgubre, un «juuuj-ju-juuuuuj» agudo y siniestro que le pone a uno los pelos de punta. Parece ser que estas risotadas del cárabo están relacionadas, en cierto modo, con el celo y la procreación, ya que, después de la puesta, su canto se dulcifica y, aunque se siguen produciendo, no es tan fácil escuchar aquellas carcajadas.

El cárabo es rapaz de noche, hábil cazador, cabezón, ligero y, a diferencia de otras aves nocturnas, como el búho o el autillo, desorejado, con un cráneo redondeado y liso. Color castaño moteado, pico curvo amarilloverdoso, y con unos discos grises o rojizos alrededor de los ojos que le dan la apariencia de una viejecita con gafas, escéptica y cogitabunda, el cárabo no tiene las pupilas amarillas como el resto de las rapaces nocturnas, sino marrones oscuras o negras. Semejante a un pequeño tronco de árbol debido a su plumaje mimético, al cárabo, cuando se inmoviliza de día en el interior del bosque, es difícil distinguirlo, parece una rama más. Pero, en ocasiones, las pequeñas avecillas lo descubren y entonces se arma en torno suyo una algarabía de mil demonios, con pitidos y silbidos de todos los matices, atemorizados intentos de agresión, etc., pero el cárabo suele permanecer impasible, indiferente, como si la cosa no fuera con él. La tropa menuda del bosque siente hacia este pájaro una suerte de fascinación, mezcla de odio y pánico, fascinación semejante a la que experimentan águilas y córvidos hacia el búho gigante o gran duque, de la que se vale arteramente el hombre para cazarlos.

Y no es que el cárabo sea exclusivamente pajarero. El cárabo come básicamente ratones pero también cualquier clase de animal que le salga al paso: gusanos, babosas, caracoles. Su afición a establecerse en la proximidad de ríos o arroyos le lleva a ingerir también, como he comprobado varias veces, ranas y cangrejos. El cárabo suele cazar en ataques silenciosos y súbitos. Yo lo he visto matar a un ratoncillo de un solo picotazo en la cabeza antes de que el minúsculo roedor pudiese pensar en defenderse. Con los pajarillos, su método de caza es más astuto. En el corazón de la arboleda, el cárabo aletea blandamente entre el follaje, golpeando las frágiles ramas con las alas

y espantando a las avecillas que duermen en ellas, para capturarlas antes de que se repongan de su desconcierto.

Una noche, mientras leía en mi refugio de Sedano, me sorprendió un golpeteo reiterado en los cristales de la puerta vidriera. Levanté la cabeza y, ante mi asombro, divisé a un chochín diminuto que pugnaba por penetrar en la habitación. Detrás de él, a la luz del farol, divisé por dos veces la sombra del cárabo. Apenas abrí la puerta, el pajarito se introdujo en la casa y se posó en el respaldo de una silla. Nunca en la vida he visto un ave tan agitada como aquel chochín (al que puse a salvo sacándolo por la puerta trasera, bajo los olmos), lo que prueba que, una vez desaparecido o a punto de extinguirse el gran duque, el cárabo ha pasado a convertirse en el rey de la noche, en el fanfarrón de la grey ornitológica.

Los jóvenes cárabos nos visitan puntualmente todos los estíos en mi refugio de Sedano. Deben de anidar en las concavidades de las rocas o entre las ramas de los altos pinos, sus querencias predilectas, aunque a veces lo hagan en torres o casas derruidas o en los pajares de casas habitadas. En la primavera del año 1977, la pareja de cárabos anidó en la manzanera de la Tobaza, lugar que sirve de trastero y es frecuentado por la familia Fisac Gallo. Ello prueba que el cárabo es proclive a la convivencia con el hombre y que su proximidad no sólo no le desazona, sino que la busca.

La historia que refiero a continuación da idea de la sociabilidad del cárabo. Antonio Nogales y Pilar Fisac –de la familia antes citada– atraparon un día un pollo al pie de un alcornoque, en su finca de El Gamo, próxima a Mérida. Lo acogieron con mucho afecto, lo alimentaron durante dos semanas y, en tan poco tiempo, el pájaro se avino, gustosamente, a vivir con ellos. Ya volandero, pasaba el día oculto en la sierra próxima y, al caer el sol, regresaba a casa y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, penetraba como un rayo por una ventana, se colgaba de una lámpara de pesas en el salón y durante horas se dedicaba a subir y bajar como en un tiovivo. Era un huésped simpático pero poco deseable: enredaba con todo, rompía cristales y porcelanas, se ensuciaba sobre los muebles. Total, que el matrimonio Nogales, ante la imposibilidad de corregirlo, decidió un día, como en el cuento de Pulgarcito, abandonarlo en el bosque. Lo trasladaron en coche a diez kilómetros de la finca y lo dejaron allí. Pero, ante su sorpresa, al retornar a casa se lo encontraron columpiándose en la lámpara del salón, como si nada hubiera ocurrido. La segunda vez, el matrimonio lo llevó aún más lejos, a veinte kilómetros, pero los resultados fueron los mismos: el cárabo regresó. Un tercer intento, hasta más allá de Mérida, a treinta y cinco kilómetros de la finca, tampoco sirvió de nada. La querencia del animalito y su sentido de

orientación eran capaces de vencer cualquier obstáculo. El matrimonio Nogales, en el fondo un poco conmovido por la afectuosidad del bicho, no tuvo más remedio que resignarse a su compañía; renunciaron a deshacerse de él y juntos convivieron dos años, hasta la muerte accidental del pájaro, guillotinado por una ventana.

Con leves variaciones, estos casos de domesticación, fidelidad y mansedumbre son relativamente frecuentes, lo que significa que, si esta rapaz recibiera por parte de granjeros y campesinos una acogida amistosa, como la recibe la cigüeña, por ejemplo, sería sin duda una compañía habitual del hombre en los pequeños caseríos. Pero en los pueblos suele existir una prevención supersticiosa contra las aves nocturnas –verdadera animosidad en el caso de la lechuza–, que se agudiza con el cárabo debido, seguramente, a sus carcajadas siniestras.

Pero estábamos con la pareja de cárabos que anidó en la manzanera de la Tobaza. Aquello representó para mí una oportunidad de observar las diversas fases de la cría, desde el momento en que la hembra depositó dos huevecitos blancos y casi esféricos en las pajas, en un nido elemental, hasta que los pollos emplumaron y estuvieron en condiciones de volar. Después de la postura, la hembra permaneció echada alrededor de dos semanas, período durante el cual el macho se ocupó de su sustento con puntualidad y diligencia.

En torno al nido, se amontonaban las pelotitas grises de las egagrópilas, formadas por los residuos de las presas –pelos, huesos, plumas– que el cárabo, como otras rapaces, devuelve por la boca ante la imposibilidad de digerirlas. El análisis de estas pelotitas nos permite conocer la alimentación de este pájaro, y, merced a ellas, pude averiguar yo que las parejas de cárabos que habitan en los farallones que festonean el río Moradillo, cerca del barrio de Lagos, comen –o comían, puesto que estoy hablando de antes de la epidemia de afanomicosis– cangrejos en cantidad.

Las egagrópilas, por otra parte, delatan, cuando son muchas, la presencia del cárabo. De ahí el cuidado que pone el macho en no deglutir los alimentos en las proximidades del nido o en cambiar de comedero para evitar su localización. No deja de ser curioso que el cárabo aproveche al máximo las noches de caza favorables, puesto que, en esos casos, caza no sólo lo que necesita sino lo que puede, y si las piezas exceden de su capacidad de ingestión y de la de sus polluelos, oculta las sobras en algún escondrijo para comerlas al día siguiente. En las comarcas donde el alimento escasea y la familia es numerosa, el cárabo madre, convencido de la imposibilidad de sacar adelante a toda la prole, abandona a los más débiles y alimenta únicamente a los fuertes. Incluso se da el caso de que la madre

sacrifique a los polluelos más endebles para reforzar la alimentación de los más vigorosos, caso de canibalismo no exclusivo de esta especie.

Pero esto es infrecuente. De ordinario, el cárabo –como sucede en Sedano– asienta en lugares boscosos, de bosque no excesivamente denso, y con una corriente de agua próxima, con lo que la arboleda y el río, donde suele bañarse con fruición, le suministran víveres frescos y abundantes para abastecer su despensa. También son raras las polladas numerosas. De ordinario, las crías de cárabo no exceden de cuatro, aunque, según afirman los ornitólogos, se han observado casos de hasta ocho y nueve huevos en un nido.

A mi refugio de Sedano, en el mes de julio, llegan los cárabos nuevos, nuestros vecinos, los nacidos en algún nido próximo, y se establecen en los árboles de los alrededores. Nunca se presentan más de tres y, alegres y locuaces, se pasan las noches en amistosos coloquios, con su «ti-juic» agudo y estridente, que intercambian entre los hermanos desde árboles diversos, nunca demasiado separados entre sí, y a veces desde lo alto de un poste de la luz, observatorio del que son muy querenciosos. En un territorio reducido, en los frutales de las huertas del valle o entre los pinos de la ladera, permanecen más de dos semanas, tan charlatanes a veces y tan inmediatos a la casa, que perturban nuestro sueño. Es la etapa del aprendizaje, cuando los padres les enseñan los distintos procedimientos de caza y los lugares más favorables para ejercitarla. Sin embargo, dado que las presas de estas rapaces son, salvo las orugas y, en cierto modo, los cangrejos, escurridizas y ágiles, su captura ofrece dificultades, por lo que, si los padres no muestran constancia en sus lecciones, puede ocurrir que los pollos, prematuramente abandonados, mueran de inanición antes de haber aprendido a cazar. Un año, creo que fue el de 1967, encontramos un cárabo joven muerto junto al transformador de la luz, a doscientos metros de la casa. Durante noches enteras, el pollito reclamó en vano; sus padres, considerándolo maduro, lo habían abandonado ya. Según los naturalistas, los pollos que mueren por esta razón sobrepasan en algunas comarcas el cincuenta por ciento. En ciertas zonas poco pródigas en alimento, el cárabo adulto caza también de día y sus reflejos y volatines no desmerecen a la luz del sol.

Mi hijo Adolfo, que cada verano observa pacientemente a los cárabos nuevos y los atrae con su «ti-juic» remedado a la perfección, ha llegado a intimar con ellos de tal modo que los pájaros permanecen inmóviles a metro y medio de su linterna y de su persona. Hubo un pollito, encantadoramente sociable, en el año 1978 que a las once en

punto de la noche llegaba al pino más próximo a la casa a exigir nuestra presencia y, hasta que no comparecíamos en el jardín, su llamada no cesaba. Mi yerno Pancho y yo salíamos con Adolfo y, ¡durante horas!, coloquiábamos con él, le enfocábamos con la linterna y le retratábamos sin que el animal se espantase de los fogonazos del flash. Su carita de viejecita escéptica llegó a hacérsenos tan familiar como el frágil petirrojo que baja cada tarde a picotear las migas de pan bajo la mesa de piedra donde comemos. A veces, un ruidito sospechoso le hacía volver la cabeza, y nos causaba asombro la elasticidad, la capacidad de giro de su ancho cuello, con un plumón todavía sedoso. Nuestro amigo el cárabo era capaz de retorcer el gaznate como se retuerce una camiseta lavada para extraerle la última gota de agua, sin resentirse. La conversación y el clic del disparador de la cámara, en cambio, no le sobresaltaban. Todos nosotros conocíamos el rapto de agresividad de un cárabo que saltó sobre el fotógrafo Hosking cuando pretendía retratarlo y le sacó un ojo, pero este hecho, sin duda, ocurrió en la fase en que el cárabo hembra acompaña a sus polluelos aún no volanderos a la salida del nido y está dispuesta a defenderlos hasta la muerte. El objetivo de nuestra cámara era distinto: un cárabo nuevo, confiado y sin resabiar. Cabía, claro está, la posibilidad de que la madre acechara entre el follaje y nos atacara de improviso, pero la verdad es que no tuvimos conciencia de este riesgo. Otorgamos nuestra confianza al carabito y él nos correspondió. Y la noche que, por una causa o por otra, tardábamos en aparecer para la consabida tertulia, él requería nuestra presencia a voz en cuello. Ciertamente se trataba de un cárabo excepcionalmente simpático, bien dotado para la convivencia.

Mas al cabo de veinte días, más o menos, ocurrió algo chocante: el cárabo se fue. Oíamos su «ti-juic» insistente desde el castaño de indias de la carretera, pero no se acercaba a la casa, a pesar de las reiteradas llamadas de Adolfo. Su decisión de abandonarnos parecía inconmovible, definitiva. A la noche siguiente, nuestro amigo reclamaba desde el tilo de Valdemoro, doscientos metros más abajo. Y así continuó su huida, alejándose gradualmente cada noche, de cien a ciento cincuenta metros, carretera adelante. Las primeras noches lo acompañamos, incluso trabamos diálogo con él, pero ya no era el coloquio confianzudo de antaño. Cubierto por el follaje, el cárabo se mostraba desabrido y adusto, y la posibilidad de acercarnos y fotografiarlo había desaparecido.

Adolfo, valiéndose de la bicicleta, siguió al joven cárabo en su éxodo y cada mañana nos daba el parte: el pájaro había avanzado otros doscientos metros, estaba ya en las Revueltas, a tres kilómetros de Sedano. Noche a noche, con tenacidad y constancia, mi hijo visitaba al cárabo en su progresiva huida, charlaba con él

estacionándose bajo el árbol que delimitaba cada nueva etapa. De esta forma, a mediados de septiembre, el cárabo llegó a Covanera, el pueblecito inmediato, a cinco kilómetros de Sedano, y allí, definitivamente, se perdió. ¿Subiría por la carretera de Santander? ¿Cogería la de Burgos hacia Tubilla del Agua? ¿Cortaría monte a través? ¿Adónde se dirigía en esta espantada lenta pero inexorable? Los merodeos de Adolfo por una carretera y otra, sus llamadas estridentes y melosas, «ti-juic», no tuvieron el menor éxito, no recibieron respuesta. El joven cárabo había roto sus lazos familiares, no sólo con sus padres y hermanos, sino también con nosotros, sus amigos.

Meses más tarde, mi hijo Miguel, biólogo en Doñana, vino a visitarnos y nos aclaró el misterio. Los cárabos, como muchas otras aves y no pocos mamíferos, delimitan un terreno, su cuartel, donde viven como dueños y señores. No admiten intrusos. De ahí que al llegar a su pleno desarrollo hayan de abandonar el lugar donde nacieron, su patria chica y cuartel de sus progenitores, para buscar otro sin titular, tarea a veces tan aleatoria como encontrar una plaza vacante de médico rural. Los jóvenes cárabos inician así su peregrinaje, que nadie sabe dónde puede terminar. En ocasiones bastan unos kilómetros, pocos; otras, necesitan cientos de ellos para encontrar un territorio libre. Su llamada nocturna, acogida por el «juuuj-jujuuuuuj» sarcástico o furibundo de un adulto, les indica que es preciso proseguir viaje, que aquella parcela está ocupada. Así, hasta que un buen día, o, por mejor decir, una buena noche, su llamada no halla respuesta. Al fin ha encontrado el cárabo adolescente un lugar donde establecerse, un lugar a la luna donde poder vivir y procrear, fundar una familia para que, a su vez, los pollos nuevos reincidan al otoño siguiente en la aventura del exilio.

A veces, en la soledad de nuestro refugio de Sedano, cuando el grito o la risotada del cárabo quiebran el silencio de la noche, nos preguntamos qué habrá sido de nuestro amigo, aquel pájaro afable, confiado y charlatán, con cara de viejecita escéptica, que sostenía nuestra mirada y soportaba los destellos de los flashes con la gracia y la naturalidad de una empingorotada estrella de Hollywood.

PM
PALABRAS
MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas IV
El novelista





Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa

www.leer-e.es

ISBN: 978-84-90712-20-7

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Los santos inocentes

1981

A la memoria de mi amigo
Félix Rodríguez de la Fuente

Azarías

A su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías, y le regañaba y él, entonces, regresaba a la Jara, donde el señorito, que a su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías porque ella aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, cosa que a su hermano se le antojaba un error, que,

luego no te sirven ni para finos ni para bastos,

pontificaba con su tono de voz brumoso, levemente nasal, y, por contra, en la Jara, donde el señorito, nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer o escribir, de si eran letrados o iletrados, o de si el Azarías vagaba de un lado a otro, los remendados pantalones de pana por las corvas, la bragueta sin botones, rutando y con los pies descalzos e, incluso, si, repentinamente, marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le respondían,

anda donde su hermana, señorito,

el señorito tan terne, no se alteraba, si es caso levantaba imperceptiblemente un hombro, el izquierdo, pero no indagaba más, ni comentaba la nueva, y, cuando regresaba, tal cual,

el Azarías ya está de vuelta, señorito,

y el señorito esbozaba una media sonrisa y en paz, que al señorito sólo le exasperaba que el Azarías afirmase que tenía un año más que el señorito, porque, en realidad, el Azarías ya era mozo cuando el señorito nació, pero el Azarías ni se recordaba de esto, y si, en ocasiones, afirmaba que tenía un año más que el señorito era porque Dacio, el Porquero, se lo dijo así una Nochevieja que andaba un poco bebido y a él, al Azarías, se le quedó grabado en la sesera, y tantas veces le preguntaban,

¿qué tiempo te tienes tú, Azarías?,

otras tantas respondía,

cabalmente un año más que el señorito,

pero no era por mala voluntad, ni por el gusto de mentir, sino por pura niñez, que el señorito hacía mal en renegarse por eso y llamarle zascandil, ni era justo tampoco, ya que el Azarías, a cambio de andar por el cortijo todo el día de Dios rutando y como masticando la nada, mirándose atentamente las uñas de la mano derecha, lustraba el automóvil del señorito con una bayeta amarilla, y desenroscaba los tapones de las válvulas a los automóviles de los amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal

dadas y escaseasen y, por si eso no fuera suficiente, el Azarías se cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter, y de los tres zorreros, y si, en la alta noche, aullaba en el encinar el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aplacaba con buenas palabras, les rascaba insistentemente entre los ojos hasta que se apaciguaban y a dormir y, con la primera luz, salía al patio estirándose, abría el portón y soltaba a los pavos en el encinar, tras de las bardas, protegidos por la cerca de tela metálica y, luego, rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a regar los geranios y el sauce y a adecentar el tabuco del búho y a acariciarle entre las orejas y, conforme caía la noche, ya se sabía, Azarías, aculado en el tajuelo, junto a la lumbre, en el desolado zaguán, desplumaba las perdices, o las pitorras, o las tórtolas, o las gangas, cobradas por el señorito durante la jornada y, con frecuencia, si las piezas abundaban, el Azarías reservaba una para la milana, de forma que el búho, cada vez que le veía aparecer, le envolvía en su redonda mirada amarilla, y castañeteaba con el pico, como si retozara, todo por espontáneo afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas, mientras que a él le distinguía, pues rara era la noche que no le obsequiaba, a falta de bocado más exquisito, con una picaza, o una ratera, o media docena de gorriones atrapados con liga en la charca, donde las carpas, o vaya usted a saber, pero, en cualquier caso, Azarías le decía al gran duque, cada vez que se arrimaba a él, aterciopelando la voz,

milana bonita, milana bonita,

y le rascaba el entrecejo, y le sonreía con las encías deshuesadas y, si era el caso de amarrarle en lo alto del cancho para que el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita se entretuviesen, disparando a las águilas o a las cornejas por la tronera, ocultos en el tollo, Azarías le enrollaba en la pata derecha un pedazo de franela roja para que la cadena no le lastimase y, en tanto el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita permanecían dentro del tollo, él aguardaba, acuclillado en la greñura, bajo la copa de la atalaya, vigilándolo, temblando como un tallo verde, y, aunque estaba un poco duro de oído, oía los estampidos secos de las detonaciones y, a cada una, se estremecía y cerraba los ojos y, al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verlo indemne, erguido y desafiante, haciendo el escudo, sobre la piedra, se sentía orgulloso de él y se decía conmovido para entre sí,

milana bonita,

y experimentaba unos vehementes deseos de rascarle entre las orejas y, así que el señorito o la señorita o las amigas del señorito o los amigos de la señorita se cansaban de matar rateras y cornejas y salían del tollo estirándose y desentumeciéndose como si abandonaran la

bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas arriba y abajo, como si masticase algo, al gran duque, y el búho, entonces, se implaba de satisfacción, se esponjaba como un pavo real y el Azarías le sonreía,

no estuviste cobarde, milana,

le decía, y le rascaba el entrecejo para premiarle y, al cabo, recogía del suelo, una tras otra, las águilas abatidas, las prendía en la percha, desencadenaba al búho con cuidado, le introducía en la gran jaula de barrotes de madera, que se echaba al hombro, y pin, pianito, se encaminaba hacia el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita que caminaban, lenta, cansinamente, por la vereda, tras él, charlando de sus cosas y riendo sin ton ni son y, así que llegaba a la casa, el Azarías colgaba la percha de la gruesa viga del zaguán y, tan pronto anochecía, acuclillado en los guijos del patio, a la blanca luz del aladino, desplumaba un ratonero y se llegaba con él a la ventana del tabuco, y,

uuuuuh,

hacía, ahuecando la voz, buscando el registro más tenebroso, y, al minuto, el búho se alzaba hasta la reja sin meter bulla, en un revuelo pausado y blando, como de algodón, y hacía a su vez,

uuuuuh,

como un eco del uuuuuh de Azarías, un eco de ultratumba, y, acto seguido, prendía la ratera con sus enormes garras y la devoraba silenciosamente en un santiamén, y el Azarías le miraba comer con su sonrisa babeante y musitaba,

milana bonita, milana bonita,

y, una vez que el gran duque concluía su festín, el Azarías se encaminaba al cobertizo, donde las amigas del señorito y los amigos de la señorita estacionaban sus coches, y, pacientemente, iba desenroscando los tapones de las válvulas de las ruedas, mediante torpes movimientos de dedos y, al terminar, los juntaba con los que guardaba en la caja de zapatos, en la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contarlos,

uno, dos, tres, cuatro, cinco...,

y al llegar a once, decía invariablemente,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...,

luego salía al corral, ya oscurecido, y en un rincón se orinaba las manos para que no se le agrietasen y abanicaba un rato el aire para que se orearan y así un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida, pero, a pesar de este régimen metódico, algunas amanecidas el Azarías se despertaba flojo y como desfibrado, como si durante la noche alguien le hubiera sacado el esqueleto, y

esos días no rascaba los aseladeros, ni disponía la comida para los perros, ni aseaba el tabuco del búho, sino que salía al campo y se acostaba a la abrigada de los zahurdones o entre la torvisca y, si acaso picaba el sol, pues a la sombra del madroño, y cuando Dacio le preguntaba,

¿qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

él,

ando con la perezosa, que yo digo,

y, de esta forma, dejaba pasar las horas muertas, y si el señorito se tropezaba con él y le preguntaba,

¿qué te ocurre, hombre de Dios?,

Azarías la misma,

ando con la perezosa, que yo digo, señorito,

sin inmutarse, encamado en la torvisca o al amparo del madroño, inmóvil, replegado sobre sí mismo, los muslos en el vientre, los codos en el pecho, mascando salivilla o rutando suavemente, como un cachorro ávido de mamar, mirando fijamente la línea azul-verdosa de la sierra recortada contra el cielo, y los chozos redondos de los pastores, y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal), y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas camino del pantano, y las merinas merodeando con sus crías y, si acaso se presentaba Dámaso, el Pastor, y le decía,

¿ocurre algo, Azarías?,

él,

ando con la perezosa, que yo digo,

y de este modo transcurría el tiempo hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre orilla del madroño o en la oscura grieta de algún canchal y, según se desahogaba, iban volviéndole paulatinamente las energías y, una vez recuperado, su primera reacción era llegarse donde el búho y decirle dulcemente a través de la reja,

milana bonita,

y el búho venga de esponjarse y castañetear con el corvo pico, hasta que Azarías le obsequiaba con un aguilucho o un picazo desplumados y, mientras lo devoraba, el Azarías, a fin de ganar tiempo, se acercaba a la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contar los tapones de las válvulas de la caja,

uno, dos, tres, cuatro, cinco…,

hasta llegar a once, y entonces decía,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco,

y, al concluir, cubría la caja con la tapa, se quedaba un largo rato observando las chatas uñas de su mano derecha, moviendo arriba y

abajo las mandíbulas y mascullando palabras ininteligibles y, de repente, resolvía,

me voy donde mi hermana,

y, en el porche, se encaraba con el señorito, emperezado en la tumbona, adormilado,

me voy donde mi hermana, señorito,

y el señorito levantaba imperceptiblemente el hombro izquierdo y,

vete con Dios, Azarías,

y él marchaba al otro cortijo, donde su hermana, y ella, la Régula, nada más abrirle el portón,

¿qué se te ha perdido aquí, si puede saberse?,

y Azarías,

¿y los muchachos?,

y ella,

ae, en la escuela están, ¿dónde quieres que anden?,

y él, el Azarías, mostraba un momento la punta de la lengua, gruesa y rosada, volvía a esconderla, la paladeaba un rato y decía al fin,

> el mal es para ti, luego no te van a servir ni para finos ni para bastos,

y la Régula,

ae, ¿te pedí yo opinión?,

pero, tan pronto caía el sol, el Azarías se azorraba mirando las brasas, masticando la nada y, al cabo de un rato, erguía la cabeza y, súbitamente, decía,

mañana me vuelvo donde el señorito,

y antes de amanecer, así que surgía una raya anaranjada en el firmamento delimitando el contorno de la sierra, el Azarías ya andaba en la trocha y, cuatro horas más tarde, sudoroso y hambriento, en cuanto oía a la Lupe descorrer el gran cerrojo del portón, ya empezaba,

milana bonita, milana bonita,

una y otra vez, sin dejarlo, y a la Lupe, la Porquera, ni los buenos días, y el señorito tal vez andaba en la cama, descansando, pero así que aparecía a mediodía en el zaguán, la Lupe le daba el parte,

el Azarías nos entró de mañana, señorito,

y el señorito amusgaba los ojos somnolientos,

de acuerdo,

decía, y alzaba el hombro izquierdo, como resignado, o sorprendido, aunque ya se sentía al Azarías rascando los aseladeros o baldeando el tabuco del gran duque y arrastrando la herrada por el patio de guijos, y, de este modo, iban transcurriendo las semanas hasta que un buen día, al apuntar la primavera, el Azarías se transformaba, le subía a los

labios como una sonrisa tarda, inefable, y, al ponerse el sol, en lugar de contar los tapones de las válvulas, agarraba al búho y salía con él al encinar y el enorme pájaro, inmóvil, erguido sobre su antebrazo, oteaba los alrededores y, conforme oscurecía, levantaba un vuelo blando y silencioso y volvía, al poco rato, con una rata entre las uñas o un pinzón y allí mismo, junto al Azarías, devoraba su presa, mientras él le rascaba entre las orejas, y escuchaba los latidos de la sierra, el ladrido áspero y triste de la zorra en celo o el bramido de los venados del Coto de Santa Ángela, apareándose también, y, de cuando en cuando, le decía,

la zorra anda alta, milana, ¿oyes?,

y el búho le enfocaba sus redondas pupilas amarillas que fosforecían en las tinieblas, enderezaba lentamente las orejas y tornaba a comer y, ahora ya no, pero en tiempos se oía también el fúnebre ulular de los lobos en el piornal las noches de primavera, pero desde que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico a lo largo de la ladera, no se volvieron a oír, y, a cambio, se sentía gritar al cárabo, a pausas periódicas, y el gran duque, en tales casos, erguía la enorme cabezota y empinaba las orejas y el Azarías venga de reír sordamente, sin ruido, sólo con las encías, y musitaba con voz empañada,

¿estás cobarde, milana?, mañana salgo a correr el cárabo,

y, dicho y hecho, al día siguiente, con el crepúsculo, salía solo sierra adelante, abriéndose paso entre la jara florecida y los tamujos y la montera, porque el cárabo ejercía sobre el Azarías la extraña fascinación del abismo, una suerte de atracción enervada por el pánico, de tal manera que, al detenerse en plena moheda, oía claramente los rudos golpes de su corazón y, entonces, esperaba un rato para tomar aliento y serenar su espíritu y, al cabo, voceaba,

¡eh!, ¡eh!,

citándole, citando al cárabo, y, seguidamente, aguzaba el oído aguardando respuesta, mientras la luna asomaba tras un celaje e inundaba el paisaje de una irreal fosforescencia poblada de sombras, y él, un tanto amilanado, hacía bocina con sus manos y repetía desafiante,

¡eh!, ¡eh!,

hasta que, súbitamente, veinte metros más abajo, desde una encina corpulenta, le llegaba el anhelado y espeluznante aullido,

¡buhú, buhú!,

y, al oírlo, el Azarías perdía la noción del tiempo, la conciencia de sí mismo, y rompía a correr enloquecido, arruando, hollando los piornos, arañándose el rostro con las ramas más bajas de los madroños y los alcornoques y, tras él, implacable, saltando blandamente de árbol en

árbol, el cárabo, aullando y carcajeándose y, cada vez que reía, al Azarías se le dilataban las pupilas y se le erizaba la piel y recordaba a la milana en la cuadra, y apremiaba aún más el paso y el cárabo a sus espaldas tornaba a aullar y a reír y el Azarías corría y corría, tropezaba, caía y se levantaba, sin volver jamás la cabeza y, al llegar, jadeante, a la dehesa, la Lupe, la Porquera, se santiguaba,

¿de dónde te vienes, di?,

y el Azarías sonreía tenuemente, como un chiquillo cogido en falta, y,

de correr el cárabo, que yo digo,

decía, y ella comentaba,

¡Jesús qué juegos!, te has puesto la cara como un Santo Cristo,

pero él ya andaba en la cuadra, restañándose la sangre de los rasguños con la bayeta, quieto, escuchando los dolorosos golpes de su corazón, la boca entreabierta, sonriendo al vacío, babeando, y, al cabo de un rato, ya más sereno, se llegaba al tabuco de la milana, agachado, sin meter ruido, y, súbitamente, se asomaba al ventano y hacía,

¡uuuuuh!,

y el búho revolaba hasta la peana y le miraba a los ojos, ladeando la cabeza, y entonces el Azarías le decía muy ufano,

anduve corriendo el cárabo,

y el animal enderezaba las orejas y tableteaba con el pico, como si lo celebrara, y él,

buena carrera le di,

y empezaba a reír por lo bajo, siseando, sintiéndose protegido por las bardas del cortijo, y así una vez tras otra, una primavera tras otra, hasta que una noche, vencido mayo, se arrimó a los barrotes del tabuco y dijo como de costumbre,

¡uuuuuh!,

pero el gran duque no acudió a la llamada, y, entonces, el Azarías se sorprendió e hizo de nuevo,

¡uuuuuh!,

pero el gran duque no acudió a la llamada, y el Azarías,

¡uuuuuh!,

terco, por tercera vez, pero, dentro del tabuco, ni un ruido, con lo que el Azarías empujó la puerta, prendió el aladino y se encontró al búho engurruñido en un rincón y, al mostrarle la picaza desplumada, el búho ni ademán y, entonces, el Azarías dejó la pega en el suelo y se sentó junto a él, lo tomó delicadamente por las alas y lo arrimó a su calor, rascándole insistentemente en el entrecejo y diciéndole con ternura,

milana bonita,

mas el pájaro no reaccionaba a los habituales estímulos, con lo cual el Azarías lo depositó sobre la paja, salió y preguntó por el señorito,

la milana está enferma, señorito, te tiene calentura,

le informó, y el señorito,

¡qué le vamos a hacer, Azarías! Está vieja ya, habrá que buscar un pollo nuevo,

y el Azarías, desolado,

pero es la milana, señorito,

y el señorito, los ojos adormilados,

¿y dime tú, qué lo mismo da un pájaro que otro?,

y el Azarías, implorante,

¿autoriza el señorito que dé razón al Mago del Almendral?,

y el señorito adelantó indolentemente su hombro izquierdo,

¿al Mago?, muy gastoso te sales tú, Azarías, si por un pájaro tuviéramos que llamar al Mago, ¿adonde iríamos a parar?,

y, tras su reproche, una carcajada, como el cárabo, que al Azarías se le puso la carne de gallina y,

señorito, no se ría así, por sus muertos se lo pido,

y el señorito,

¿es que tampoco me puedo reír en mi casa?,

y otra carcajada, como el cárabo, cada vez más recias, y, a sus risas estentóreas, acudieron la señorita, la Lupe, Dacio, el Porquero, Dámaso y las muchachas de los pastores, y todos en el zaguán reían a coro, como cárabos, y la Lupe,

pues no está llorando el zascandil de él por ese pájaro apestoso,

y el Azarías,

la milana te tiene calentura y el señorito no autoriza a que dé razón al Mago del Almendral,

y, venga, otra carcajada, y otra, hasta que, finalmente, el Azarías, desconcertado, echó a correr, salió al patio y se orinó las manos y, después, entró en la cuadra, se sentó en el suelo y se puso a contar en voz alta los tapones de las válvulas tratando de serenarse,

una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

hasta que se sintió más relajado, se puso un saco por cabezal y durmió una siesta y, así que amaneció Dios, se arrimó quedamente a la reja del tabuco e hizo,

¡uuuuuh!,

pero nadie respondió, y, entonces, el Azarías empujó la puerta y divisó al búho en el rincón donde lo dejara la víspera, pero caído y rígido, y el Azarías se llegó a él con pasitos cortos, lo cogió por el extremo de un ala, se abrió la chaqueta, la cruzó sobre el pájaro y dijo

con voz quebrada,

milana bonita,

pero el gran duque ni abría los ojos, ni castañeteaba con el pico, ni nada, ante lo cual el Azarías atravesó el patio, se llegó al portón y descorrió el cerrojo, y a sus chirridos salió la Lupe, la de Dacio,

¿qué es lo que te se ha puesto ahora en la cabeza, Azarías?

y el Azarías,

me marcho donde mi hermana,

y, sin más, salió y, a paso rápido, sin sentir los guijos ni las gatuñas en las plantas de los pies, franqueó el encinar, el piornal y la vaguada, oprimiendo dulcemente el cadáver del pájaro contra su pecho y, así que le puso la vista encima, la Régula,

¿otra vez por aquí?,

y el Azarías,

¿y los muchachos?,

y ella,

en la escuela están,

y el Azarías,

¿es que no hay nadie en la casa?,

y ella,

ae, la Niña Chica está,

y en ese momento, la Régula reparó en el bulto que arropaba el Azarías contra el pecho, le abrió las puntas de la chaqueta y el cadáver del pajarraco cayó sobre los baldosines rojos y ella, la Régula, dio un grito histérico y,

ya estás sacando de casa esa carroña, ¿me oyes?,

dijo, y el Azarías, sumisamente, recogió el pájaro y lo dejó fuera, en el poyo, volvió a entrar en la casa y salió con la Niña Chica, acunándola en el brazo derecho, y la Niña Chica volvía sus ojos extraviados sin fijarlos en nada, y él, el Azarías, cogió a la milana por una pata y una azuela con la mano izquierda, y la Régula,

¿dónde vas con esas trazas?,

y el Azarías,

a hacer el entierro, que yo digo,

y, en el trayecto, la Niña Chica emitió uno de aquellos interminables berridos lastimeros que helaban la sangre de cualquiera, pero el Azarías no se inmutó, alcanzó el rodapié de la ladera, depositó a la criatura a la fresca, entre unas jaras, se quitó la chaqueta y en un periquete cavó una hoya profunda en la base de un alcornoque, depositó en ella al pájaro y, acto seguido, empujando la tierra con la azuela, cegó el agujero y se quedó mirando para el túmulo, los pies descalzos, el remendado pantalón en las corvas, la boca entreabierta,

y, al cabo de un rato, sus pupilas se volvieron hacia la Niña Chica, cuya cabeza se ladeaba, como desarticulada, y sus ojos desleídos se entrecruzaban y miraban al vacío sin fijarse en nada, y el Azarías se agachó, la tomó en sus brazos, se sentó al borde del talud, junto a la tierra removida, la oprimió contra sí y musitó,

milana bonita,

y empezó a rascarla insistentemente con el índice de la mano derecha los pelos del colodrillo, mientras la Niña Chica, indiferente, se dejaba hacer.

LIBRO SEGUNDO

Paco, el Bajo

Si hubieran vivido siempre en el Cortijo quizá las cosas se hubieran producido de otra manera, pero a Crespo, el Guarda Mayor, le gustaba adelantar a uno en la Raya de lo de Abendújar por si las moscas y a Paco, el Bajo, como quien dice, le tocó la china, y no es que le incomodase por él, que a él, al fin y al cabo, lo mismo le daba un sitio que otro, pero sí por los muchachos, a ver, por la escuela, que con la Charito, la Niña Chica, tenían bastante y le decían la Niña Chica a la Charito aunque, en puridad, fuese la niña mayor, por los chiquilines, natural,

madre, ¿por qué no habla la Charito?,

¿por qué no se anda la Charito, madre?,

¿por qué la Charito se ensucia las bragas?,

preguntaban a cada paso, y ella, la Régula, o él, o los dos a coro,

pues porque es muy chica la Charito,

a ver, por contestar algo, ¿qué otra cosa podían decirles?, pero Paco, el Bajo, aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, que el Hachemita aseguraba en Cordovilla que los muchachos podían salir de pobres con una pizca de conocimientos, e incluso la propia señora Marquesa, con objeto de erradicar el analfabetismo del cortijo, hizo venir durante tres veranos consecutivos a dos señoritos de la ciudad para que, al terminar las faenas cotidianas, les juntasen a todos en el porche de la corralada, a los pastores, a los porqueros, a los apaleadores, a los muleros, a los gañanes y a los guardas, y allí, a la cruda luz del aladino, con los moscones y las polillas bordoneando alrededor, les enseñasen las letras y sus mil misteriosas combinaciones, y los pastores, y los porqueros, y los apaleadores, y los gañanes y los muleros, cuando les preguntaban, decían,

la B con la A hace BA, y la C con la A hace ZA,

y, entonces, los señoritos de la ciudad, el señorito Gabriel y el señorito Lucas, les corregían y les desvelaban las trampas, y les decían,

> pues no, la C con la A, hace KA, y la C con la I hace CI y la C con la E hace CE y la C con la O hace KO,

y los porqueros, y los pastores, y los muleros, y los gañanes y los guardas se decían entre sí desconcertados,

> también te tienen unas cosas, parece como que a los señoritos les gustase embromarnos,

pero no osaban levantar la voz, hasta que una noche, Paco, el Bajo, se tomó dos copas, se encaró con el señorito alto, el de las entradas, el de su grupo, y, ahuecando los orificios de su chata nariz (por donde, al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos), preguntó,

señorito Lucas, y ¿a cuento de qué esos caprichos?,

y el señorito Lucas rompió a reír y a reír con unas carcajadas rojas, incontroladas, y, al fin, cuando se calmó un poco, se limpió los ojos con el pañuelo y dijo,

es la gramática, oye, el porqué pregúntaselo a los académicos,

y no aclaró más, pero, bien mirado, eso no era más que el comienzo, que una tarde llegó la G y el señorito Lucas les dijo,

la G con la A hace GA, pero la G con I hace JI, como la risa,

y Paco, el Bajo, se enojó, que eso ya era por demás, coño, que ellos eran ignorantes pero no tontos, y a cuento de qué la E y la I habían de llevar siempre trato de favor, y el señorito Lucas venga de reír, que se desternillaba el hombre de la risa que le daba, una risa espasmódica y nerviosa, y, como de costumbre, que él era un don nadie y que ésas eran reglas de la gramática y que él nada podía contra las reglas de la gramática, pero que, en última instancia, si se sentían defraudados, escribiesen a los académicos, puesto que él se limitaba a exponerles las cosas tal como eran, sin el menor espíritu analítico, pero a Paco, el Bajo, estos despropósitos le desazonaban y su indignación llegó al colmo cuando, una noche, el señorito Lucas les dibujó con primor una H mayúscula en el encerado y, después de dar fuertes palmadas para recabar su atención e imponer silencio, advirtió,

mucho cuidado con esta letra; esta letra es un caso insólito, no tiene precedentes, amigos; esta letra es muda,

y Paco, el Bajo, pensó para sus adentros, mira, como la Charito, que la Charito, la Niña Chica, nunca decía esta boca es mía, que no se hablaba la Charito, que únicamente, de vez en cuando, emitía un gemido lastimero que conmovía la casa hasta sus cimientos, pero ante la manifestación del señorito Lucas, Facundo, el Porquero, cruzó sus manazas sobre su estómago prominente y dijo,

¿qué se quiere decir con eso de que es muda?, te pones a ver y tampoco las otras hablan si nosotros no las prestamos la voz,

y el señorito Lucas, el alto, el de las entradas,

que no suena, vaya, que es como si no estuviera, no pinta nada,

y Facundo, el Porquero, sin alterar su postura abacial,

ésta sí que es buena, y ¿para qué se pone entonces?,

y el señorito Lucas,

cuestión de estética,

reconoció,

únicamente para adornar las palabras, para evitar que la vocal que la sigue quede desamparada, pero eso sí, aquel que no acierte a colocarla en su sitio incurrirá en falta de lesa gramática,

y Paco, el Bajo, hecho un lío, cada vez más confundido, mas, a la mañana, ensillaba la yegua y a vigilar la linde, que era lo suyo, aunque desde que el señorito Lucas empezó con aquello de las letras se transformó, que andaba como ensimismado el hombre, sin acertar a pensar en otra cosa, y en cuanto se alejaba una galopada del cortijo, descabalgaba, se sentaba al sombrajo de un madroño y a cavilar, y cuando las ideas se le enredaban en la cabeza unas con otras como las cerezas, recurría a los guijos, y los guijos blancos eran la E y la I, y los grises eran la A, la O y la U, y, entonces, se liaba a hacer combinaciones para ver cómo tenían que sonar las unas y las otras, pero no se aclaraba y, a la noche, confiaba sus dudas a la Régula, en el jergón e, insensiblemente, de unas cosas pasaba a otras, y la Régula,

para quieto, Paco, el Rogelio anda desvelado,

y si Paco, el Bajo, insistía, ella,

ae, para quieto, ya no estamos para juegos,

y, de súbito, sonaba el desgarrado berrido de la Niña Chica y Paco se inutilizaba, pensando que algún mal oculto debía de tener él en los bajos para haber engendrado una muchacha inútil y muda como la hache, que menos mal que la Nieves era espabilada, que a la Nieves él se había resistido a bautizarla con este nombre tan blanco, no le pegaba, vaya, siendo él tan cetrino y albazano, y hubiera preferido llamarla Herminia, como la abuela, o por otro nombre cualquiera, pero el verano aquel picaba un sol de justicia y don Pedro, el Périto, porfiaba que las temperaturas ni de noche bajaban de treinta y cinco grados, y que qué veranito, madre, que no se recordaba otro semejante, que se achicharraban hasta los pájaros, y la Régula, de por sí fogosa, plañía,

¡ay Virgen, qué calentura!, y que no corre una miaja de brisa ni de día ni de noche,

y después de abanicarse un rato cansinamente con un paipai, moviendo únicamente la falange del pulgar derecho, plano y aplastado como una espátula, añadía,

esto es un castigo, Paco, y yo le voy a pedir a la Virgen de las Nieves que termine este castigo,

pero la canícula no cedía y un domingo, sin comunicárselo a nadie, se llegó al Almendral, donde el Mago, y, a la vuelta, le dijo a Paco,

Paco, el Mago me ha dicho que si esta barriga es hembra le diga Nieves, no vaya a ser que, por contrariar mi deseo, me salga la cría con un antojo,

y Paco recordó a la Niña Chica y se avino,

pues bueno, que sea Nieves,

pero la Nieves, que desde mocosa limpiaba la porquería de la impedida y le lavaba las bragas, no llegó a asistir a la escuela del Patronato porque por aquel entonces andaban ya en la Raya de lo de Abendújar y Paco, el Bajo, cada mañana, antes de ensillar, enseñaba a la muchacha cómo hacía la B con la A y la C con la A y la C con la I, y la muchacha, que era muy avispada, así que llegó la Z y le dijo,

la Z con la I hace CI,

respondió sin vacilar,

esa letra está de más, padre, para eso está la C,

y Paco, el Bajo, reía y procuraba inflar la risa, solemnizarla, remedando las carcajadas del señorito Lucas,

eso cuéntaselo a los académicos,

y, por las noches, implado de satisfacción, le decía a la Régula,

la muchacha esta ve crecer la hierba,

y la Régula, que ya por aquellos entonces se le había puesto pechugona, comentaba,

a ver, saca el talento suyo y el de la otra,

y Paco,

¿qué otra?,

y la Régula, sin perder su flema habitual,

ae, la Niña Chica, ¿en qué estás pensando, Paco?,

y Paco,

tu talento saca,

y empezaba a salirse del tiesto, y ella,

ae, ponte quieto, Paco, los talentos no están ahí, y Paco, el Bajo, dale, engolosinado, hasta que, inopinadamente, el bramido de la Niña Chica rasgaba el silencio de la noche y Paco se quedaba inmóvil, desarmado, y, finalmente, decía,

Dios te guarde, Régula, y que descanses,

y, con los años, se le iba tomando ley a la Raya de lo de Abendújar, y al chamizo blanco con el emparrado, y al somero cobertizo, y al pozo, y al gigantesco alcornoque sombreándolo, y al rebaño de canchos grises desparramados por las primeras estribaciones, y al arroyo de aguas tibias con los galápagos emperezados en las orillas, pero una mañana de octubre, Paco, el Bajo, salió a la puerta, como todas las mañanas, y, nada más salir, levantó la cabeza, distendió las aletillas de la nariz y,

se acerca un caballo,

dijo, y la Régula, a su lado, se protegió los ojos con la mano derecha a modo de visera y miró hacia el carril,

ae, no se ve alma, Paco,

mas Paco, el Bajo, continuaba olfateando, como un sabueso,

el Crespo es, si no me equivoco,

agregó, porque Paco, el Bajo, al decir del señorito Iván, tenía la nariz más fina que un pointer, que venteaba de largo, y, en efecto, no había transcurrido un cuarto de hora cuando se presentó en la Raya Crespo, el Guarda Mayor,

Paco, lía el petate que te vuelves al Cortijo,

le dijo sin más preámbulos, y Paco,

y ¿eso?,

que Crespo,

don Pedro, el Périto, lo ordenó, a mediodía bajará el Lucio, tú ya cumpliste,

y, con la fresca, Paco y la Régula amontonaron los enseres en el carromato y emprendieron el regreso y, en lo alto, acomodados entre los jergones de borra, iban los muchachos y, en la trasera, la Régula con la Niña Chica, que no cesaba de gritar y se le caía la cabeza, ora de un lado, ora del otro, y sus flacas piernecitas inertes asomaban bajo la bata, y Paco, el Bajo, montado en su yegua pía, les daba escolta, velando orgullosamente la retaguardia, y le decía a la Régula, elevando mucho el tono de voz para dominar el tantarantán de las ruedas en los relejes, entre bramido y bramido de la Niña Chica,

ahora la Nieves nos entrará en la escuela y Dios sabe dónde puede llegar con lo espabilada que es,

y la Régula,

ae, ya veremos,

y, desde su altura majestuosa, añadía Paco, el Bajo,

los muchachos ya te tienen edad de trabajar, serán una ayuda para la casa,

y la Régula,

ae, ya veremos,

y continuaba Paco, el Bajo, exaltado con el traqueteo y la novedad,

lo mismo la casa nueva te tiene una pieza más y podemos volver a ser jóvenes,

y la Régula suspiraba, acunaba a la Niña Chica y le espantaba los mosquitos a manotazos, mientras, por encima del carril, sobre los negros encinares, se encendían una a una las estrellas y la Régula miraba a lo alto, tornaba a suspirar y decía,

ae, para volver a ser jóvenes tendría que callar ésta,

y una vez que llegaron al Cortijo, Crespo, el Guarda Mayor, les aguardaba al pie de la vieja casa, la misma que abandonaron cinco años atrás, con el poyo junto a la puerta, todo a lo largo de la fachada, y los escuálidos arriates de geranios y, en medio, el sauce de sombra caliente, y Paco lo miró todo apesadumbrado y meneó la cabeza de un

lado a otro y, al cabo, bajó los ojos,

¡qué le vamos a hacer!,

dijo resignadamente,

estaría de Dios,

y, poco más allá, dando órdenes, andaba don Pedro, el Périto, y,

buenas noches, don Pedro, aquí estamos de nuevo para lo que guste mandar,

buenas noches nos dé Dios, Paco, ¿sin novedad en la Raya?

y Paco,

sin novedad, don Pedro,

y, conforme descargaban, don Pedro les iba siguiendo del carro a la puerta y de la puerta al carro,

digo, Régula, que tú habrás de atender al portón, como antaño, y quitar la tranca así que sientas el coche, que ya te sabes que ni la señora ni el señorito Iván avisan y no les gusta esperar,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro,

de amanecida soltarás los pavos y rascarás los aseladeros, que si no no hay Dios que aguante con este olor, qué peste, y ya te sabes que la señora es buena pero le gustan las cosas en su sitio,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro, el Périto, continuó dándole instrucciones, que no paraba de darle instrucciones y, al concluir, ladeó la cabeza, se mordió la mejilla izquierda y quedó como atorado, como si omitiera algún extremo importante, y la Régula, sumisamente,

¿alguna cosa más, don Pedro?,

y don Pedro, el Périto, se mordisqueaba nerviosamente la mejilla y volvía los ojos para la Nieves pero no decía nada y, al fin, cuando parecía que iba a marcharse sin despegar los labios, se volvió bruscamente hacia la Régula,

esto es cosa aparte, Régula,

balbuceó,

en realidad éstas son cosas para tratar entre mujeres, pero...,

y la pausa se hizo más profunda, hasta que la Régula, sumisamente,

usted dirá, don Pedro,

y don Pedro,

me refiero a la niña, Régula, que la niña bien podría ponerle una manita en casa a mi señora, que, bien mirado, ella está cobarde para las cosas del hogar,

sonrió acremente,

no le petan sus labores, vaya, y la niña ya está crecida, que hay que ver cómo ha empollinado la niña esta en poco tiempo,

y, según hablaba don Pedro, el Périto, Paco, el Bajo, se iba desinflando como un globo, como su virilidad cuando gritaba en la alta noche la Niña Chica, y miró para la Régula, y la Régula miró para Paco, el Bajo, y al cabo, Paco, el Bajo, ahuecó los orificios de la nariz, encogió los hombros y dijo,

lo que usted mande, don Pedro, para eso estamos,

y, súbitamente, sin venir a cuento, a don Pedro, el Périto, se le dilataron las pupilas y empezó a desbarrar, como si quisiera ocultarse bajo el alud de sus propias palabras, que no paraba, que,

ahora todos te quieren ser señoritos, Paco, ya lo sabes, que ya no es como antes, que hoy nadie quiere mancharse las manos, y unos a la capital y otros al extranjero, donde sea, el caso es no parar, la moda, ya ves tú, que se piensan que con eso han resuelto el problema, imagina, que luego resulta que, a lo mejor, van a pasar hambre o a morirse de aburrimiento, vete a saber, que otra cosa, no, pero a la niña, en casa, no le ha de faltar nada, no es porque yo lo diga...,

y la Régula y Paco, el Bajo, asentían con la cabeza, e intercambiaban furtivas miradas cómplices, pero don Pedro, el Périto, no reparaba en ello, que estaba muy excitado don Pedro, el Périto,

y siendo de vuestra conformidad, mañana a la mañana aguardamos a la niña en casa, y para que no la echéis en falta y ella no se imple, que ya sabemos todos cómo se las gastan los muchachos ahora, por las noches puede dormir aquí,

y, después de muchas gesticulaciones y aspavientos, don Pedro se marchó y la Régula y Paco, el Bajo, empezaron a instalar sus enseres en silencio, y después cenaron y, al concluir la cena, se sentaron junto al fuego y, en ese momento, irrumpió Facundo, el Porquero,

también te tienes coraje, Paco, en la Casa de Arriba no te para ni Dios, que ya conoces a doña Purita, que parece como que la pincharan con alfileres, lo histérica, que ni él la aguanta,

dijo, mas, como ni la Régula ni Paco, el Bajo, replicaran, Facundo se apresuró a añadir,

no la conoces, Paco, si no me crees pregúntale a la Pepa, que anduvo allí,

pero la Régula y Paco continuaban mudos y, en vista de ello, Facundo, el Porquero, dio media vuelta y se marchó, y, a la mañana, la Nieves se presentó puntualmente en la Casa de Arriba, y al otro día lo mismo, hasta que esto se hizo una costumbre y empezaron a transcurrir insensiblemente los días, y, así que llegó mayo, se presentó un día el Carlos Alberto, el mayor del señorito Iván, a hacer la

Comunión en la capilla del Cortijo y dos días después, tras muchos preparativos, la señora Marquesa con el Obispo en el coche grande, y la Régula, así que abrió el portón, se quedó deslumbrada ante la púrpura, sin saber qué partido tomar, a ver, que, en principio, en pleno desconcierto, dio dos cabezadas, hizo una genuflexión y se santiguó, pero la señora Marquesa le apuntó desde su altura inabordable,

el anillo, Régula, el anillo,

y fue ella, entonces, la Régula, y se comió a besos el anillo pastoral, mientras el Obispo sonreía y apartaba la mano discretamente, y, azorado, atravesaba los arriates restallantes de flores y penetraba en la Casa Grande, entre las reverencias de los porqueros y los gañanes y, al día siguiente, se celebró la fiesta por todo lo alto, y, después de la ceremonia religiosa en la pequeña capilla, el personal se reunió en la corralada, a comer chocolate con migas y,

¡que viva el señorito Carlos Alberto!,

y,

¡que viva la señora!,

exultaban, pero la Nieves no pudo asistir porque andaba sirviendo a los invitados en la Casa Grande, y lo hacía con gran propiedad, que retiraba los platos sucios con la mano izquierda y los renovaba con la derecha, y a la hora de ofrecer las fuentes se inclinaba levemente sobre el hombro izquierdo del comensal, el antebrazo derecho a la espalda, esbozando una sonrisa, todo con tal garbo y discreción que la señora se fijó en ella y le preguntó a don Pedro, el Périto, de dónde había sacado aquella alhaja, y don Pedro, el Périto, sorprendido,

> la de Paco, el Bajo, es, el guarda, el secretario de Iván, el que anduvo hasta hace unos meses en la Raya de lo de Abendújar, la menor, que se ha empollinado de repente,

y la señora,

¿la de Régula?,

y don Pedro, el Périto,

> exactamente, la de Régula, Purita la desasnó en cuatro semanas, la niña es espabilada,

y la señora no le quitaba ojo a la Nieves, observaba cada uno de sus movimientos, y, en una de éstas, le dijo a su hija,

> Miriam, ¿te has fijado en esa muchacha?, ¡qué planta, qué modales!, puliéndola un poco haría una buena primera doncella,

y la señorita Miriam miraba a la Nieves con disimulo,

verdaderamente, la chica no está mal,

dijo,

si es caso, para mi gusto, una pizca de más de aquí,

y se señalaba el pecho, pero la Nieves, sofocada, ajena a todo, se

sentía transfigurada por la presencia del niño, el Carlos Alberto, tan rubio, tan majo, con su traje blanco de marinero, y su rosario blanco y su misalito blanco, de manera que, al servirle, le sonreía extasiada, como si sonriera a un arcángel, y, a la noche, tan pronto llegó a casa, aunque se encontraba tronzada por el ajetreo del día, le dijo a Paco, el Bajo,

padre, yo quiero hacer la Comunión,

pero imperativamente, que Paco, el Bajo, se sobresaltó,

¿qué dices?,

y ella, obstinada,

que quiero hacer la Comunión, padre,

y Paco, el Bajo, se llevó las dos manos a la gorra como si pretendiera sujetarse la cabeza,

habrá que hablar con don Pedro, niña,

y don Pedro, el Périto, al oír en boca de Paco, el Bajo, la pretensión de la chica, rompió a reír, enfrentó la palma de una mano con la de la otra y le miró fijamente a los ojos,

> ¿con qué base, Paco?, vamos a ver, habla, ¿qué base tiene la niña para hacer la Comunión?; la Comunión no es un capricho, Paco, es un asunto demasiado serio como para tomarlo a broma,

y Paco, el Bajo, humilló la cerviz,

si usted lo dice,

pero la Nieves se mostraba terca, no se resignaba y, en vista de la actitud pasiva de don Pedro, el Périto, apeló a doña Purita,

> señorita, he cumplido catorce años y siento por aquí dentro como unas ansias,

y, de primeras, doña Purita, la observó con estupor, y, luego, abrió una boca muy roja, muy recortada, levemente dentuna,

> ¡qué ocurrencias, niña!, ¿no será un zagal lo que tú te estás necesitando?,

y estalló en una risotada y repitió,

¡qué ocurrencias!,

y, desde entonces, el deseo de la Nieves se tomó en la Casa de Arriba y la Casa Grande como un despropósito, y se utilizaba como un recurso, y cada vez que llegaban invitados del señorito Iván y la conversación, por pitos o por flautas, languidecía o se atirantaba, doña Purita señalaba para la Nieves con su dedo índice, sonrosado, pulcrísimo, y exclamaba,

> pues ahí tienen a la niña, ahora le ha dado con que quiere hacer la Comunión,

y, en torno a la gran mesa, una exclamación de asombro y miradas divertidas y un sostenido murmullo, como un revuelo, y, en la esquina, una risa sofocada, y, tan pronto salía la niña, el señorito Iván,

la culpa de todo la tiene este dichoso Concilio,

y algún invitado cesaba de comer y lo miraba fijo, como interrogándole, y, entonces, el señorito Iván se consideraba en el deber de explicar,

> las ideas de esta gente, se obstinan en que se les trate como a personas y eso no puede ser, vosotros lo estáis viendo, pero la culpa no la tienen ellos, la culpa la tiene ese dichoso Concilio, que les malmete,

y en estos casos, y en otros semejantes, doña Purita entornaba lánguidamente sus ojos negros de rímel, se volvía hacia el señorito Iván y le rozaba con la punta de su nariz respingona el lóbulo de la oreja, y el señorito Iván se inclinaba sobre ella y se asomaba descaradamente al hermoso abismo de su escote y añadía por decir algo, por justificar de alguna manera su actitud,

¿qué opinas tú, Pura, tú los conoces?,

mas don Pedro, el Périto, casi enfrente, les observaba sin pestañear, se mordía la delgada mejilla, se descomponía y, una vez que se retiraban los invitados, y doña Purita y él se encontraban a solas en la Casa de Arriba, perdía el control,

> te pones el sujetador de medio cuenco y te abres el escote únicamente cuando viene él, para provocarle, ¿o es que crees que me chupo el dedo?

balbucía, y, cada vez que regresaban de la ciudad, del cine o del teatro, la misma copla, antes de bajar del coche ya se sentían sus voces,

¡zorra, más que zorra!,

mas doña Purita canturreaba sin hacerle caso, se apeaba del coche y se ponía a hacer mohines y pasos de baile en la escalinata, contoneándose, y decía mirando sus pies diminutos,

> si Dios me ha dado estas gracias, no soy quién para avergonzarme de ellas,

y don Pedro, el Périto, la perseguía, los pómulos rojos, blancos los lóbulos de las orejas,

> no se trata de lo que tienes, sino de lo que enseñas, que eres tú más espectáculo que el espectáculo,

y venga, y dale, y ella, doña Purita, jamás perdía la compostura, entraba en el gran vestíbulo, las manos en la cintura, balanceando exageradamente las caderas, sin cesar de canturrear, y él, entonces, cerraba de un portazo, se arrimaba a la panoplia y agarraba la fusta,

¡te voy a enseñar modales a ti!,

voceaba, y ella se detenía frente a él, cesaba de cantar y le miraba a los ojos firme, desafiante,

> yo sé que no te atreverás, gallina, pero si un día me tocases con ese

chisme ya puedes echarme un galgo,

decía, y tornaba a contonearse después de volverle la espalda y se encaminaba hacia sus habitaciones y él, detrás, gritaba y volvía a gritar, agitaba los brazos, pero más que gritos eran los suyos aullidos entrecortados, y, en el momento más agudo de la crisis, se le quebraba la voz, arrojaba la fusta sobre un mueble y rompía a sollozar y, entre hipo e hipo, gimoteaba,

gozas haciéndome sufrir, Pura, si hago lo que hago es por lo que te quiero,

pero doña Purita tornaba a sus mohines y contoneos,

ya tenemos escenita,

decía, y, para distraerse, se encaraba con la gran luna del armario y se contemplaba en diversas posturas, ladeando la cabeza, agitando el cabello y sonriéndose cada vez con mayor generosidad hasta forzar las comisuras de los labios, mientras don Pedro, el Périto, se desplomaba de bruces sobre la colcha de la cama, ocultaba el rostro entre las manos y se arrancaba a llorar como una criatura, y la Nieves, que en más o en menos había sido testigo de la escena, recogía sus cosas y regresaba a casa pasito a paso, y si, por un azar, encontraba despierto a Paco, el Bajo, le decía,

buena la armaron esta noche, padre, la ha puesto pingando,

¿don Pedro?,

apuntaba, incrédulo, Paco, el Bajo,

don Pedro,

y Paco, el Bajo, se echaba ambas manos a la cabeza, como para sujetarla, como si se le fuera a volar, guiñaba los ojos y decía templando la voz,

niña, a ti estos pleitos de la Casa de Arriba ni te van ni te vienen, tú, allí, oír, ver y callar,

pero al día siguiente de una de estas trifulcas se celebró en el Cortijo la batida de los Santos, la más sonada, y don Pedro, el Périto, que era un tirador discreto, no acertaba una perdiz ni por cuanto hay, y el señorito Iván, en la pantalla contigua, que acababa de derribar cuatro pájaros de la misma barra, dos por delante y dos por detrás, comentaba sardónicamente con Paco, el Bajo,

si no lo veo, no lo creo; ¿cuándo acabará de aprender este marica?, le están entrando a huevo y no corta pluma, ¿te das cuenta, Paco?,

y Paco, el Bajo,

cómo no me voy a dar cuenta, señorito Iván, lo ve un ciego,

y el señorito Iván,

nunca fue un gran matador, pero yerra demasiado para ser normal, algo le sucede a este zoquete,

y Paco, el Bajo,

eso no, esto de la caza es una lotería, hoy bien y mañana mal, ya se sabe,

y el señorito Iván tomaba una y otra vez los puntos con prontitud, con sorprendente rapidez de reflejos, y entre pim-pam y pim-pam comentaba con la boca torcida, pegada a la culata de la escopeta,

una lotería hasta cierto punto, Paco, no nos engañemos, que los pájaros que le están entrando a ese marica los baja uno con la gorra,

y, a la tarde, en el almuerzo de la Casa Grande, doña Purita volvió a presentarse con el sujetador de medio cuenco y el generoso escote y venga de hacerle arrumacos al señorito Iván, sonrisa va, guiñito viene, mientras don Pedro, el Périto, se consumía en la esquina de la mesa sin saber qué partido tomar, y se mordía las flacas mejillas por dentro y, tan temblón andaba, que ni acertaba a manejar los cubiertos, y cuando ella, doña Purita, reclinó la cabeza sobre el hombro del señorito Iván y le hizo una carantoña y ambos empezaron a amartelarse, don Pedro, el Périto, el hombre, se medio incorporó, levantó el brazo, apuntó con el dedo y voceó tratando de concentrar la atención de todos,

¡pues ahí tienen a la niña, que ahora le ha dado con que quiere hacer la Comunión!,

y a la Nieves, que retiraba el servicio en ese momento, le dio una vuelta así el estómago y le subió el sofoco y vaciló, pero sonrió con una mueca complaciente, a pesar de que don Pedro, el Périto, continuaba señalándola implacable con su dedo acusador y voceando como un loco, fuera de sí, mientras los demás reían,

¡que no se te suba el pavo, niña, no vayas a hacer cacharros!,

hasta que la señorita Miriam, compadecida, terció,

y ¿qué mal hay en ello?,

y don Pedro, el Périto, más aplacado, bajó la cabeza y dijo, en un murmullo, moviendo apenas un lado del bigote,

por favor, Miriam, esta chiquita no sabe nada de nada y en cuanto a su padre, no tiene más alcances que un guarro, ¿qué clase de Comunión puede hacer?,

y la señorita Miriam estiró el cuello, levantó la cabeza y dijo como sorprendida,

y entre tanta gente, ¿es posible que no haya una persona capaz de prepararla?,

y miraba fijamente a doña Purita, del otro lado de la mesa, pero fue don Pedro, el Périto, el que se quedó cortado y, a la noche, ya en la Casa de Arriba, le dijo, como de pasada, a la Nieves,

no te habrás enojado conmigo por lo de esta tarde, ¿verdad, niña?, no fue más que una broma,

pero no pensaba en lo que decía, porque hablaba a la Nieves pero se iba derecho a doña Purita y, al llegar a su altura, se le achicaron los ojos, se le atirantaron las mejillas, le puso las manos temblorosas en los frágiles hombros desnudos y dijo,

¿puede saberse qué te propones?,

pero doña Purita se desasió con un movimiento desdeñoso, dio media vuelta y empezó con sus mohines y sus canturreos y don Pedro, el Périto, fuera de sí, agarró una vez más la fusta de la panoplia y se fue tras ella,

¡esto sí que no te lo perdono, cacho zorra!,

voceó, y su furor era tanto que se le atragantaban las palabras, pero, a los pocos minutos de entrar en la alcoba, la Nieves, como de costumbre, le sintió derrumbarse en la cama y sollozar sofocadamente contra la almohada.

LIBRO TERCERO

La milana

Y, en éstas, se presentó en el Cortijo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,

¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo?,

y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,

ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices, ¿verdad, Azarías?,

y tras mucho porfiar, el Azarías,

el señorito me ha despedido,

y la Régula,

¿el señorito?,

y el Azarías,

dice que ya estoy viejo,

y la Régula,

ae, eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido,

y el Azarías,

yo tengo un año más que el señorito,

y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña Chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana,

arrímame a la Niña Chica, anda,

y la Régula,

ae, estará sucia,

y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica,

y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito, cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el

entrecejo mientras musitaba,

milana bonita, milana bonita...,

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro,

ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes quién te vino?

y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo,

tu hermano vino,

y ella,

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse,

y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarías, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero,

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado,

y Paco, el Bajo, asentía, pero,

eso no es nuevo, Lupe,

y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa,

con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito,

y se descubrió y empezó a darle vueltas y vueltas a la gorra entre las manos, como si le estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le despidió, ya ve qué cosas, después de los años,

que el señorito,

vamos a ver si nos entendemos, ¿quién eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este entierro?,

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el del Pilón, donde la señora Marquesa, un mandado de Crespo, el Guarda Mayor, para que me entienda,

y el señorito del Azarías,

¡ah, ya!,

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los ojos cerrados, como

pensativo, y, al fin, admitió,

pues el Azarías no miente, que es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitorra que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochinada y, dime tú, si no me pela las pitorras ¿qué servicio me hace en el cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?,

y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos en las puntas de sus botas, continuaba girando la gorra entre las manos, así, sobre la parte, y, al fin, juntó valor y,

razón, bien mirado, no le falta, señorito, pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dientes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un años, que se dice pronto, de chiquilín, como quien dice...,

pero el señorito agitó una mano y le interrumpió,

todo lo que quieras, tú, menos levantarme la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le aguanté sesenta y un años lo que merezco es un premio, ¿oyes?, que buenos están los tiempos para acoger de caridad a un anormal que se hace todo por los rincones, y, por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es,

y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la gorra, asentía, cada vez más tenuemente,

si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí, en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni rebullirnos...,

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es un asilo y para situaciones así está la familia, ¿o no?,

y Paco, el Bajo,

si usted lo dice,

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones,

que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese anormal...

e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

... le deje los neumáticos en el suelo... ¡comprenderás...!, pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos inocentes, eso es lo que son, pero siquiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y

si se poma a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida, que asomaba a la corralada, mascando salivilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pesca?,

y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros, y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,

y franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se lo topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarrutas recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salivilla empastada en las comisuras, y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera,

ya vino el Azarías con el abono de los geranios,

y el Azarías sonreía, e iba bordeando los arriates y los macizos distribuyendo equitativamente los escíbalos entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo,

mete más mierda en el Cortijo que la que saca,

y la Régula, en paciente ademán,

ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido, pero el Facundo, o la Remedios, o la Pepa, o el mismo Crespo, torcían el gesto,

tú te verás cuando venga la señora,

pero el Azarías era diligente y aplicado y, mañana tras mañana, volvía de los encinares con dos cubos cargados de cagarrutas, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriates emergían de unos cónicos montículos de escíbalos, negros como pequeños volcanes, y la Régula hubo de imponerse,

ae, más abono, no, Azarías, ahora paséame un rato a la Niña Chica,

le dijo, y, a la noche, rogó a Paco, el Bajo, que buscase algún quehacer para el Azarías, pues los jardines tenían abono de más, y si se le dejaba inactivo, enseguida le entraba la perezosa y daba en acostarse entre los madroños y nadie podía hacer vida de él, mas, por aquellos días, el Rogelio, el muchacho, ya se manejaba solo, y andaba de aquí para allá con el tractor, un tractor rojo, recién importado, y sabía armarlo y desarmarlo, y cada vez que veía a la Régula preocupada por el Azarías, le decía,

yo me llevo al tío, madre,

porque el Rogelio era efusivo y locuaz, todo lo contrario que el Quirce, cada día más taciturno y zahareño, que la Régula,

¿qué puede ocurrirle al Quirce de un tiempo a esta parte?,

se preguntaba, pero el Quirce no daba explicaciones y, cada vez que disponía de dos horas libres, desaparecía del Cortijo y regresaba a la noche, un poco embriagado y grave, que nunca sonreía, nunca, salvo cuando su hermano Rogelio encarecía del Azarías,

tío ¿por qué no cuenta usted las mazorcas?,

y el Azarías, dócilmente, ganado por la fiebre de ser útil, se arrimaba al enorme montón de panochas, orilla del silo, y,

una, dos, tres, cuatro, cinco...,

contaba pacientemente, y, siempre, al llegar a once, decía,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

y, entonces, sí, entonces el Quirce sonreía, con una sonrisa un poco tirante, un poco forzada, pero para una vez que sonreía, su madre, la Régula, se encampanaba y le regañaba, las piernas abiertas, los brazos en jarras, fustigándole con los ojos,

ae, bonito está eso, reírse de un viejo inocente es ofender a Dios,

y, enojada, se iba en busca de la Niña Chica, la tomaba en sus brazos y se la entregaba al Azarías,

toma, duérmetela, ella es la única que te comprende,

y el Azarías recogía amorosamente a la Niña Chica y, sentado en el poyo de la puerta, la arrullaba y le decía a cada paso, con voz brumosa, ablandada por la falta de dientes,

milana bonita, milana bonita,

hasta que los dos, casi simultáneamente, se quedaban dormidos a la solisombra del emparrado, sonriendo como dos ángeles, pero una mañana, la Régula, según peinaba a la Niña Chica, encontró un piojo entre las púas del peine y se encorajinó y se llegó donde el Azarías,

Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas?,

y el Azarías,

eso los señoritos,

y ella, la Régula,

ae, los señoritos, el agua no cuesta dinero, cacho marrano,

y el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente, dijo humildemente, a modo de explicación,

me las orino cada mañana para que no me se agrieten, y la Régula, fuera de sí,

ae, semejante puerco, ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?,

pero el Azarías la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas

implorantes, la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salivilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana,

> haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como si fueras otra criatura,

y, a la tarde siguiente, se encaramó al remolque, junto al Rogelio, y se fue a Cordovilla, donde el Hachemita, y compró tres camisetas y, de vuelta a casa, se encaró con el Azarías,

te pones una cada semana, ¿me has entendido?,

y el Azarías asentía y hacía muecas, pero transcurrido un mes, la Régula volvió a buscarle, orilla del sauce,

> ae, ¿puede saberse dónde pusiste las camisetas que te merqué?, va para cuatro semanas y aún no te lavé ninguna,

y el Azarías humilló los amarillentos ojos sanguinolentos y rutó imperceptiblemente, hasta que su hermana perdió la paciencia y le zamarreó y, según le sacudía por las solapas levantadas, descubrió las camisetas, una encima de la otra, sobrepuestas, las tres, y,

> marrano, más que marrano, que eres aún peor que los guarros, quítate eso, ¿oyes?, quítate eso,

y el Azarías, sumisamente, se sacó la parcheada chaqueta de pana parda y, luego, las camisetas, una tras otra, las tres, y dejó al descubierto un torso hercúleo, arropado por un vello canoso, y la Régula,

> ae, cuando te quites una te pones la otra, la limpia, quita y pon, ésa es toda la ciencia,

y el Rogelio a reír, que se cubría la boca con su mano grande y morena para sofocar la risa y no irritar a su madre, y Paco, el Bajo, sentado en el poyo, contemplaba la escena apesadumbrado y, al fin, bajaba la cabeza,

es aún peor que la Niña Chica,

musitaba, y así fue corriendo el tiempo y, con la llegada de la primavera, el Azarías dio en sufrir alucinaciones, y a toda hora se le representaba su hermano, el Ireneo, de noche en blanco y negro, como enmarcado en un escapulario, y de día, si se tendía entre la torvisca, policromado, grande y todopoderoso, sobre el fondo azul del cielo, como vio un día a Dios-Padre en un grabado, y, en esos casos, el Azarías, se levantaba y se iba donde la Régula,

hoy volvió el Ireneo, Régula,

decía, y ella,

ae, otra vez, deja al pobre Ireneo en paz,

y el Azarías,

en el cielo está,

y ella,

a ver, ¿qué mal hizo a nadie?,

pero las cosas del Azarías enseguida trascendían al Cortijo y los porqueros, y los pastores y los gañanes se hacían los encontradizos y le preguntaban,

¿qué fue del Ireneo, Azarías?,

y el Azarías alzaba los hombros,

se murió, Franco lo mandó al cielo,

y ellos, como si fuera la primera vez que se lo preguntaban,

¿y cuándo fue eso, Azarías, cuándo fue eso?,

y el Azarías movía repetidamente los labios antes de responder,

hace mucho tiempo, cuando los moros,

y ellos se daban de codo y reprimían la risa y reiteraban,

¿y estás seguro de que Franco le mandó al cielo, no le mandaría al infierno?,

y el Azarías negaba resueltamente con la cabeza, sonreía, babeaba y señalaba a lo alto, a lo azul,

yo lo veo ahí arriba cada vez que me acuesto entre la torvisca,

aclaraba, pero lo más grave para Paco, el Bajo, eran los desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla de la tapia, o en los arriates, o en el cenador, o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acuclillaba y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas y, luego, volvía a la Régula y se lamentaba,

este hombre debe tener las canillas flojas, de otro modo no se explica,

y cada lunes y cada martes, aparecía en el Cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cubrirlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahuecaba los agujeros de la nariz –por donde, al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos– le venía la peste y se desesperaba,

¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!,

y la Régula, desolada,

ae, y ¿qué quieres que yo le haga?, no es mala cruz la que nos ha caído encima,

mas, por aquellos días, el Azarías empezó a echar en falta las carreras del cárabo y cada vez que sorprendía a su cuñado quieto, parado, se llegaba a él, zalamero,

arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco,

le decía, y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, y el

Azarías,

arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, hasta que una tarde, sin saber cómo ni por qué, le vino la idea, que se abrió paso en su pequeño cerebro como una luz, y, entonces, se volvió aquiescente a su cuñado,

y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo, ¿lo harás en el monte?, ¿no volverás a ensuciarte en la corralada?,

y el Azarías,

si tú lo dices,

y, a partir de aquella fecha, Paco, el Bajo, cada anochecida, aupaba al Azarías a la grupa de la yegua y le llevaba con él de descubierta y, ya noche cerrada, se apeaban en la falda de la sierra, y, mientras Paco, el Bajo, se acomodaba en el canchal, a aguardar, orilla del alcornoque mocho, el Azarías se perdía en lo espeso, entre las jaras y la montera, encorvado, acechante como una alimaña, abriéndose paso entre la greñura y, al cabo de una larga pausa, Paco, el Bajo, oía su cita,

¡eh, eh!,

y, acto seguido, el silencio, y, al cabo, la voz levemente nasal del Azarías de nuevo,

¡eh, eh!,

y, tras citarle tres o cuatro veces en vano, el cárabo respondía,

¡buhú, buhú!,

y, entonces, el Azarías arrancaba a correr arruando, como un macareno, y el cárabo aullaba detrás y, de cuando en cuando, soltaba su lúgubre carcajada y Paco, el Bajo, desde el Canchal del Alcornoque, sentía los chasquidos de la maleza al quebrarse y, poco después, el aullido del cárabo, y, después, su carcajada estremecedora y, más después, nada y, transcurrido un cuarto de hora, aparecía el Azarías, el rostro y las manos cubiertas de mataduras, con su sonrisa babeante, feliz,

buena carrera le di, Paco,

y Paco, el Bajo, a lo suyo,

¿diste de vientre?,

y el Azarías,

todavía no, Paco, no tuve tiempo,

y Paco, el Bajo,

pues, venga, aviva,

y el Azarías, sin dejar de sonreír, lamiéndose los rasguños de las manos, se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamujo y descargaba, y así día tras día, hasta que una tarde, al concluir mayo, se presentó el Rogelio con una grajeta en carnutas entre las manos,

¡tío, mire lo que le traigo!,

y todos salieron de la casa y al Azarías, al ver el pájaro indefenso, se le enternecieron los ojos, lo tomó delicadamente en sus manos y musitó,

milana bonita, milana bonita,

y, sin cesar de adularla, entró en la casa, la depositó en una cesta y salió en busca de materiales para construirle un nido y, a la noche, le pidió al Quirce un saco de pienso y, en una lata herrumbrosa, lo mezcló con agua y arrimó una pella al pico del animal y dijo, afelpando la voz,

quia, quia, quia,

y la grajilla rilaba en las pajas,

¡quia, quia, quia!,

y él, el Azarías, cada vez que la grajilla abría el pico, embutía en su boca inmensa, con su sucio dedo corazón, un grumo de pienso compuesto, y el pájaro lo tragaba, y, después, otra pella y otra pella, hasta que el ave se saciaba, quedaba quieta, ahíta, pero a la media hora, una vez pasado el empacho circunstancial, volvía a reclamar y el Azarías repetía la operación mientras murmuraba tiernamente,

milana bonita,

murmullos apenas inteligibles, mas la Régula le miraba hacer y le decía confidencialmente al Rogelio,

ae, más vale así, buena idea tuviste,

y el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche, y en cuanto le apuntaron los primeros cañones, corrió feliz por la corralada, de puerta en puerta, una sonrisa bobalicona bailándole entre los labios, las amarillas pupilas dilatadas,

la milana ya está emplumando,

repetía, y todos le daban los parabienes o le preguntaban por el Ireneo, menos su sobrino, el Quirce, quien le enfocó su mirada aviesa y le dijo,

¿y para qué quiere en casa semejante peste, tío?,

y el Azarías volvió a él sus ojos atónitos, asombrados,

no es peste, es la milana,

mas el Quirce movió obstinadamente la cabeza y, después, escupió,

¡qué joder!, es un pájaro negro y nada bueno puede traer a casa un pájaro negro,

y el Azarías lo miró un momento desorientado y, finalmente, posó sus tiernos ojos sobre el cajón y se olvidó del Quirce,

mañana le buscaré una lombriz,

dijo, y, a la mañana siguiente, empezó a cavar afanosamente en el macizo central hasta que encontró una lombriz, la cogió con dos dedos

y se la dio a la grajeta, y la grajeta la engulló con tal deleite que el Azarías babeaba de satisfacción,

¿la viste, Charito?, ya es una moza, mañana la buscaré otra lombriz,

le dijo a la Niña Chica, y, paso a paso, la grajilla iba encorpando y emplumando dentro del nido, con lo que, ahora, cada vez que Paco, el Bajo, sacaba al Azarías a correr el cárabo, éste se recomía de impaciencia,

apura, Paco, la milana me está aguardando,

y Paco, el Bajo,

¿diste de vientre?,

y el Azarías,

la milana me está aguardando, Paco,

y Paco, el Bajo, inconmovible,

si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre,

y el Azarías se aflojaba los calzones,

no debes hacer eso,

rutaba, al tiempo que se acuclillaba orilla un chaparro y deyectaba, pero antes de concluir ya estaba en pie,

venga, Paco, vivo,

se subía apresuradamente los pantalones,

la milana me está aguardando,

y distendía los labios en una húmeda, extraviada, sonrisa y mascaba salivilla con placentera delectación y este episodio se repetía cada día hasta que una mañana, tres semanas más tarde, según paseaba a la grajeta por la corralada sobre su antebrazo, ésta inició un tímido aleteo y comenzó a volar, en un vuelo corto, blando y primerizo, hasta alcanzar la copa del sauce, donde se posó, y, al verla allí, por primera vez lejos de su alcance, el Azarías gimoteaba,

la milana me se ha escapado, Régula,

y asomó la Régula,

ae, déjala que vuele, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?,

pero el Azarías,

yo no quiero que me se escape la milana, Régula,

y miraba ansiosa, angustiadamente, para la copa del sauce y la grajilla volvía sus ojos aguanosos a los lados, descubriendo nuevas perspectivas, y, después, giraba la cabeza y se picoteaba el lomo, despiojándose, y el Azarías, poniendo en sus palabras toda la unción, todo el amor de que era capaz, decía,

milana bonita, milana bonita,

encarecidamente, pero el pájaro como si nada, y tan pronto la Régula arrimó al árbol la escalera de mano con intención de prenderlo y subió los dos primeros peldaños, la grajilla ahuecó las alas, las agitó un rato en el vacío, y, finalmente, se desasió de la rama, y, en vuelo torpe e indeciso, coronó el tejado de la capilla y se encaramó en la veleta de la torre, allá en lo alto, y el Azarías la miraba con los lagrimones colgados de los ojos, como reconviniéndola por su actitud,

no estaba a gusto conmigo,

decía, y, en éstas, se presentó el Críspulo y, luego, el Rogelio, y la Pepa, y el Facundo, y el Crespo, y toda la tropa, los ojos en alto, en la veleta de la torre, y la grajilla, indecisa, se balanceaba, y el Rogelio reía,

cría cuervos, tío,

y el Facundo,

a ver, de que cogen gusto a la libertad,

y porfiaba la Régula,

ae, Dios dio alas a los pájaros para volar,

y al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas y él trataba de espantarlos a manotazos y tornaba a su cantinela,

milana bonita, milana bonita,

y, según hablaba, se iba apartando del grupo, apretujado a la sombra caliente del sauce, los ojos en la veleta, hasta que quedó, mínimo y solo, en el centro de la amplia corralada, bajo el sol despiadado de julio, su propia sombra como una pelota negra, a los pies, haciendo muecas y aspavientos, hasta que, de pronto, alzó la cabeza, afelpó la voz y voceó,

¡quia!

y, arriba, en la veleta, la grajilla acentuó sus balanceos, oteó la corralada, se rebulló inquieta, y volvió a quedar inmóvil y el Azarías, que la observaba, repitió entonces,

¡quia!

y la grajilla estiró el cuello, mirándole, volvió a recogerlo, tornó a estirarlo y, en ese momento, el Azarías, repitió fervorosamente,

¡quia!,

y, de pronto, sucedió lo imprevisto, y como si entre el Azarías y la grajilla se hubiera establecido un fluido, el pájaro se encaramó en la flecha de la veleta y comenzó a graznar alborozadamente,

¡quia, quia, quia!,

y en la sombra del sauce se hizo un silencio expectante y, de improviso, el pájaro se lanzó hacia adelante, picó, y ante la mirada atónita del grupo, describió tres amplios círculos sobre la corralada, ciñéndose a las tapias y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías y empezó a picotearle insistentemente el cogote blanco

como si le despiojara, y el Azarías sonreía, sin moverse, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella y musitando como una plegaria,

milana bonita, milana bonita.

LIBRO CUARTO

El secretario

Mediado junio, el Quirce comenzó a sacar el rebaño de merinas cada tarde y, al ponerse el sol, se le oía tocar la armónica delicadamente de la parte de la sierra, mientras su hermano Rogelio no paraba, el hombre, con el jeep arriba, con el tractor abajo, siempre de acá para allá,

este carburador ratea,

no vuelve el pedal del embrague,

esas cosas, y el señorito Iván, como sin darle importancia, cada vez que visitaba el Cortijo, observaba a los dos, al Quirce y al Rogelio, llamaba al Crespo a un aparte y le decía confidencialmente,

Crespo, no me dejes de la mano a esos muchachos, Paco, el Bajo, ya va para viejo y yo no puedo quedarme sin secretario,

pero ni el Quirce ni el Rogelio sacaban el prodigioso olfato de su padre, que su padre, el Paco, era un caso de estudio, ¡Dios mío!, desde chiquilín, que no es un decir, le soltaban una perdiz aliquebrada en el monte y él se ponía a cuatro patas y seguía el rastro con su chata nariz pegada al suelo sin una vacilación, como un braco, y andando el tiempo, llegó a distinguir las pistas viejas de las recientes, el rastro del macho del de la hembra, que el señorito Iván se hacía de cruces, entrecerraba sus ojos verdes y le preguntaba,

pero ¿a qué diablos huele la caza, Paco, maricón?,

y Paco, el Bajo,

¿de veras no la huele usted, señorito?,

y el señorito Iván,

si la oliera no te lo preguntaría,

y Paco, el Bajo,

¡qué cosas se tiene el señorito Iván!,

y en la época en que el señorito Iván era el Ivancito, que, de niño, Paco le decía el Ivancito al señorito Iván, la misma copla,

¿a qué huele la caza, Paco?,

y Paco, el Bajo, solícito,

¿es cierto que tú no la hueles, majo?,

y el Ivancito,

pues no, te lo juro por mis muertos, a mí la caza no me huele a nada,

y Paco,

ya te acostumbrarás, majo, ya verás cuando tengas más años,

porque Paco, el Bajo, no apreció sus cualidades hasta que comprobó que los demás no eran capaces de hacer lo que él hacía, y de ahí sus conversaciones con el Ivancito, que el niño empezó bien tierno con la caza, una chaladura, gangas en julio, en la charca o los revolcaderos, codorniz en agosto, en los rastrojos, tórtolas en setiembre, de retirada, en los pasos de los encinares, perdices en octubre, en las labores y el monte bajo, azulones en febrero, en el Lucio del Teatino y, entre medias, la caza mayor, el rebeco y el venado, siempre con el rifle o la escopeta en la mano, siempre, pim-pam, pim-pam, pim-pam, que,

es chifladura la de este chico,

decía la señora,

y de día y de noche, en invierno o en verano, al rececho, al salto o en batida, pim-pam, pim-pam, pim-pam, el Ivancito con el rifle o la escopeta, en el monte o los labajos, y el año 43, en el ojeo inaugural del Día de la Raza, ante el pasmo general, con trece años mal cumplidos, el Ivancito entre los tres primeros, a ocho pájaros de Teba, lo nunca visto, que había momentos en que tenía cuatro pájaros muertos en el aire, algo increíble, que era cosa de verse, un chiquilín de chupeta codeándose con las mejores escopetas de Madrid, y ya desde ese día, el Ivancito se acostumbró a la compañía de Paco, el Bajo, y a sacar partido de su olfato y su afición, y resolvió pulirlo, pues Paco, el Bajo, flaqueaba en la carga, y el Ivancito le entregó un día dos cartuchos y una escopeta vieja y le dijo,

cada noche, antes de acostarte, mete y saca los cartuchos de los cañones hasta cien veces, Paco, hasta que te canses,

y agregó tras una pausa,

si logras ser el más rápido de todos, entre esto, los vientos que Dios te ha dado y tu retentiva, no habrá en el mundo quien te eche la pata como secretario, te lo digo yo,

y Paco, el Bajo, que era servicial por naturaleza, cada noche, antes de acostarse, ris-ras, abrir y cerrar la escopeta, ris-ras, meter y sacar los cartuchos en los caños, que la Régula,

ae, ¿estás tonto, Paco?,

y Paco, el Bajo,

el Ivancito dice que te puedo ser el mejor,

y, al cabo de un mes,

Ivancito, majo, en un amén te meto y te saco los cartuchos de la escopeta,

y el Ivancito,

eso hay que verlo, Paco, no seas farol,

y Paco exhibió su destreza ante el muchacho y,

esto marcha, Paco, no lo dejes, sigue así,

dijo el Ivancito tras la demostración, y de este modo, Ivancito por aquí, Ivancito por allá, ni advertía Paco que pasaba el tiempo, hasta que una mañana, en el puesto, ocurrió lo que tenía que ocurrir, o sea Paco, el Bajo, le dijo con la mejor voluntad,

Ivancito, ojo, la barra por la derecha,

y el Ivancito se armó en silencio, tomó los puntos y, en un decir Jesús, descolgó dos perdices por delante y dos por detrás, y no había llegado la primera al suelo, cuando volvió los ojos hacia Paco y le dijo con gesto arrogante,

> de hoy en adelante, Paco, de usted y señorito Iván, ya no soy un muchacho,

que para entonces ya había cumplido el Ivancito dieciséis años y fue Paco, el Bajo, y le pidió excusas y, en lo sucesivo, Señorito Iván por aquí, señorito Iván por allá, porque, bien mirado, ya iba para mozo y era de razón, mas, con el tiempo, el prurito cinegético le fue creciendo en el pecho al señorito Iván y era cosa sabida que en cada batida no sólo era el que más mataba, sino también quien derribaba la perdiz más alta, la más larga y la más recia, que en este terreno no admitía competencia, e infaliblemente le ponía a Paco por testigo,

> larga, dice el Ministro, Paco, oye, ¿a qué distancia tiré yo, por aproximación, al pájaro aquel de la primera batida, el del canchal, el que se repulió a las nubes, aquel que fue a dar el pelotazo en la Charca de los Galápagos, te recuerdas?,

y Paco, el Bajo, abría unos ojos desmesurados, levantaba jactanciosamente la barbilla y sentenciaba,

> no le voy a recordar, el pájaro perdiz aquel no volaba a menos de noventa metros,

o, si se trataba de perdices recias, la misma copla,

> no me dejes de farol, Paco, habla, ¿cómo venía la perdiz aquella, la de la vaguada, la que me sorprendió bebiendo un trago de la bota...?,

y Paco ladeaba ligeramente la cabeza, el índice en la mejilla, reflexionando,

sí, hombre,

insistía el señorito Iván,

> la que traía el viento de culo, la del madroño, hombre, que tú dijiste, que tú dijiste...,

y Paco, de pronto, entornaba los ojos, ponía los labios como para silbar aunque no silbaba, y,

también más recia que un aeroplano,

concluía, y aunque, en rigor, el señorito Iván desconocía la distancia a que el otro había tirado a su perdiz, y cómo venía de recia la que tiró el de más allá, ineluctablemente las suyas eran más largas y recias

y, para demostrarlo, apelaba al testimonio de Paco, el Bajo, y esto, a Paco, el Bajo, le envanecía, se jactaba del peso de su juicio, y se vanagloriaba, asimismo, de que lo que más envidiaran al señorito Iván los amigos del señorito Iván fueran sus facultades y su disposición para la cobra,

ni el perro más fino te haría el servicio de este hombre, Iván, fíjate lo que te digo, que no sabes lo que tienes,

le decían, y, con frecuencia, los amigos del señorito Iván requerían a Paco, el Bajo, para cobrar algún pájaro perdiz alicorto y, en tales casos, se desentendían de las tertulias posbatida y de las disputas con los secretarios vecinos, y se iban tras él, para verle desenvolverse, y, una vez que Paco se veía rodeado de la flor y nata de las escopetas, decía, ufanándose de su papel,

¿dónde pegó el pelotazo, vamos a ver?,

y ellos, el Subsecretario, o el Embajador, o el Ministro,

aquí tienes las plumas, Paco,

y Paco, el Bajo,

¿qué dirección llevaba, vamos a ver?,

y el que fuera,

la del jaral, Paco, tal que así, sirgada contra el jaral,

y Paco,

¿venía sola, apareada o en barra, vamos a ver?,

y el que fuera,

dos entraban, Paco, ahora que lo dices, la pareja,

y el señorito Iván miraba a sus invitados con sorna y señalaba con la barbilla a Paco, el Bajo, como diciendo, ¿qué os decía yo?, y, acto seguido, Paco, el Bajo, se acuclillaba, olfateaba con insistencia el terreno, dos metros alrededor del pelotazo, y murmuraba,

por aquí se arrancó,

y seguía el rastro durante varios metros y, al cabo, se incorporaba,

esta dirección llevaba, luego estará en aquel chaparro y, si no, amonada en el mato, orilla del alcornoque, no puede haber ido más lejos,

y allá se iba el grupo tras Paco y, si el pájaro no andaba en el chaparro, amonado estaba en el mato, orilla del alcornoque, no fallaba, y el Subsecretario, o el Embajador, o el Ministro, el que fuera, decía asombrado,

¿y por qué regla de tres no podía estar en otro sitio, Paco, me lo quieres explicar?,

y Paco, el Bajo, lo consideraba unos segundos con arrogancia y, finalmente, decía con mal reprimido desprecio,

el pájaro perdiz no abandona el surco cuando apeona a ocultarse,

y ellos se miraban entre sí y asentían y el señorito Iván, los pulgares en los sobacos de su chaleco-canana, sonreía abiertamente,

¿eh, qué os decía yo?,

muy orondo, lo mismo que cuando mostraba la repetidora americana o la Guita, la cachorra grifona, y, de vuelta a los puestos, de nuevo a solas con Paco, comentaba,

¿te fijas?, el maricón del francés no distingue un arrendajo de una perdiz,

o bien,

el maricón del Embajador no corre la mano izquierda, ¿te das cuenta?, grave defecto para un diplomático,

porque, fatalmente, para el señorito Iván, todo el que agarraba una escopeta era un maricón, que la palabra esa no se le caía de los labios, qué manía, y, en ocasiones, en el ardor de la batida, cuando las voces de los ojeadores se confundían en la distancia y los cornetines rumbaban en los extremos, entrizando a los pájaros, y las perdices se arrancaban desorientadas, brrrr, brrrr, brrrr, por todas partes, y la barra entraba velozmente a la línea de escopetas, y el señorito Iván derribaba dos juntas aquí y otras dos allá, bien de doblete, bien de carambola, y sonaban disparos a izquierda y derecha, que era la guerra, y Paco, el Bajo, iba contando para sus adentros, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, y trocando la escopeta vacía por otra gemela cargada, hasta cinco, que los caños se ponían al rojo, y anotando en la cabeza el lugar donde cada pieza caía, bueno, en esos casos, Paco, el Bajo, se ponía caliente como un perdiguero, que no podía aquietarse, que era superior a sus fuerzas, se asomaba acuclillado al borde de la pantalla y decía, mascando las palabras para no espantar el campo,

¡suélteme, señorito, suélteme!

y el señorito Iván, secamente,

¡para quieto, Paco!,

y él, Paco, el Bajo,

¡suélteme, por su madre se lo pido, señorito!,

cada vez más excitado, y el señorito Iván, sin cesar de disparar,

mira, Paco, no me hagas agarrar un cabreo, aguarda a que termine la batida,

mas a Paco, el Bajo, el ver desplomarse las perdices muertas ante sus chatas narices le descomponía,

¡suélteme, señorito, por Dios bendito se lo pido!,

hasta que el señorito Iván se irritaba, le propinaba un puntapié en el trasero y le decía,

si sales del puesto antes de tiempo, te pego un tiro, Paco, tú ya te sabes cómo las gasto,

pero era el suyo un encono pasajero, puramente artificial, porque cuando, minutos después, Paco, el Bajo, empezaba a acarrearle el botín y se presentaba con sesenta y cuatro de los sesenta y cinco pájaros abatidos y le decía nerviosamente,

el pájaro perdiz que falta, señorito Iván, el que bajó usted orilla de la retama, me lo ha afanado el Facundo, dice que es de su señorito,

la furia del señorito Iván se desplazaba a Facundo,

¡Facundo!,

voceaba con voz tonante, y acudía Facundo,

¡eh, tú, listo, tengamos la fiesta en paz!, el pájaro perdiz ese de la retama es mío y muy mío, de modo que venga,

extendía la mano abierta, pero el Facundo se encogía de hombros y ponía los ojos planos, inexpresivos,

otro bajó mi señorito orilla de la retama, eso no es ley,

mas el señorito Iván alargaba aún más la mano y empezaba a notar el prurito en las yemas de los dedos,

mira, no me calientes la sangre, Facundo, no me calientes la sangre, ya sabes que no hay cosa que más me joda que que me birlen los pájaros que yo mato, así que venga esa perdiz,

y, llegados a este extremo, Facundo le entregaba la perdiz, sin rechistar, la historia de siempre, que René, el francés, que era un asiduo de las batidas hasta que pasó lo que pasó, se hacía de cruces la primera vez,

¿cómo ser posible matar sesenta y cinco perdices Iván y coger sesenta y cinco perdices Paco?, mí no comprender,

repetía, y Paco, el Bajo, complacido, se sonreía a lo zorro y se señalaba la cabeza,

las apunto aquí,

decía, y el francés abría desmesuradamente los ojos,

¡ah, ah, las apunta en la teta!,

exclamaba, y Paco, el Bajo, de nuevo en el puesto, junto al señorito Iván,

la teta dijo, señorito Iván, se lo juro por mis muertos, digo

yo que será cosa del habla de su país,

y el señorito Iván,

mira, por una vez has acertado,

y a partir de aquel día, entre bromas y veras, el señorito Iván y sus invitados, cada vez que se reunían sin señoras delante, tal cual en los sorteos de los puestos o en el taco, a la solana, a mediodía, decían teta por cabeza,

este cartucho es muy fuerte, me ha levantado dolor de teta, o bien,

el Subse es muy testarudo, si se le mete una cosa en la teta no hay

quien se la saque,

e, invariablemente, así lo dijeran ochenta veces, todos a reír, pero a reír fuerte, a carcajada limpia, que se ponían enfermos de la risa que les daba, y así hasta que reanudaban la cacería, y, al concluir el quinto ojeo, ya entre dos luces, el señorito Iván metía dos dedos en el bolsillo alto del chaleco-canana y le entregaba ostentosamente a Paco un billete de veinte duros,

toma, Paco, y que no sirva para vicios, que me estás saliendo muy gastoso tú, y la vida anda muy achuchada,

y Paco, el Bajo, agarraba furtivamente el billete y al bolsillo,

pues, por muchas veces, señorito Iván,

y, a la mañana siguiente, la Régula marchaba con Rogelio, en el remolque, a Cordovilla, donde el Hachemita, a mercarse un percal o unas rastrojeras para los muchachos, que nunca faltaba en casa una necesidad, y así siempre, cada vez que había batida o palomazo, y todo iba bien hasta que la última vez que asistió el francés se armó una trifulca en la Casa Grande, durante el almuerzo, al decir de la Nieves, por el aquel de la cultura, que el señorito René dijo que en Centroeuropa era otro nivel, una inconveniencia, a ver, que el señorito Iván,

eso te piensas tú, René, pero aquí ya no hay analfabetos,

que tú te crees que estamos en el año treinta y seis,

y de unas cosas pasaron a otras y empezaron a vocearse el uno al otro, hasta que perdieron los modales y se faltaron al respeto y, como último recurso, el señorito Iván, muy soliviantado, ordenó llamar a Paco, el Bajo, a la Régula y al Ceferino y,

es bobería discutir, René, vas a verlo con tus propios ojos,

voceaba, y al personarse Paco con los demás, el señorito Iván adoptó el tono didáctico del señorito Lucas para decirle al francés,

mira, René, a decir verdad, esta gente era analfabeta en tiempos, pero ahora vas a ver, tú, Paco, agarra el bolígrafo y escribe tu nombre, haz el favor, pero bien escrito, esmérate,

se abría en sus labios una sonrisa tirante,

que nada menos está en juego la dignidad nacional,

y toda la mesa pendiente de Paco, el hombre, y don Pedro, el Perito, se mordisqueó la mejilla y colocó su mano sobre el antebrazo de René,

lo creas o no, René, desde hace años en este país se está haciendo todo lo humanamente posible para redimir a esta gente,

y el señorito Iván,

¡chist!, no le distraigáis ahora,

y Paco, el Bajo, coaccionado por el silencio expectante, trazó un garabato en el reverso de la factura amarilla que el señorito Iván le tendía sobre el mantel, comprometiendo sus cinco sentidos,

ahuecando las aletillas de su chata nariz, una firma tembloteante e ilegible y, cuando concluyó, se enderezó y devolvió el bolígrafo al señorito Iván, y el señorito Iván se lo entregó al Ceferino y,

ahora tú, Ceferino,

ordenó, y fue el Ceferino, muy azorado, se reclinó sobre los manteles y estampó su firma y, por último, el señorito Iván se dirigió a la Régula,

ahora te toca a ti, Régula,

y volviéndose al francés,

> aquí no hacemos distingos, René, aquí no hay discriminación entre varones y hembras, como podrás comprobar,

y la Régula, con pulso indeciso, porque el bolígrafo le resbalaba en el pulgar achatado, plano, sin huellas dactilares, dibujó penosamente su nombre, pero el señorito Iván, que estaba hablando con el francés, no reparó en las dificultades de la Régula y, así que ésta terminó, le cogió la mano derecha y la agitó reiteradamente como una bandera,

esto,

dijo,

> para que lo cuentes en París, René, que los franceses os gastáis muy mal yogur al juzgarnos, que esta mujer, por si lo quieres saber, hasta hace cuatro días firmaba con el pulgar, ¡mira!,

y, al decir esto, separó el dedo deforme de la Régula, chato como una espátula, y la Régula, la mujer, confundida, se sofocó toda, como si el señorito Iván la mostrase en cueros encima de la mesa, pero René no atendía a las palabras del señorito Iván sino que miraba perplejo el dedo aplanado de la Régula, y el señorito Iván, al advertir su asombro, aclaró,

> ¡ah, bien!, ésta es otra historia, los pulgares de las empleiteras son así, René, gajes del oficio, los dedos se deforman de trenzar esparto, ¿comprendes?, es inevitable,

y sonreía y carraspeaba y, para acabar con la tensa situación, se encaró con los tres y les dijo,

hala, podéis largaros, lo hicisteis bien,

y, conforme desfilaban hacia la puerta, la Régula rezongaba desconcertada,

ae, también el señorito Iván se tiene cada cacho cosa,

y, en la mesa, todos a reír indulgentemente, paternalmente, menos René, a quien se le había aborrascado la mirada, y no dijo esta boca es mía, un silencio mineral, hostil, pero, en verdad, hechos de esta naturaleza eran raros en el Cortijo, pues, de ordinario, la vida discurría plácidamente, con la única novedad de las visitas periódicas de la señora que obligaban a la Régula a estar ojo avizor para que el coche no aguardase, que si le hacía aguardar unos minutos, ya estaba

el Maxi refunfuñando,

¿dónde coños te metes?, llevamos media hora de plantón,

de malos modos, así que ella, aunque la sorprendieran cambiando las bragas a la Niña Chica, acudía presurosa a la llamada del claxon, a descorrer el cerrojo del portón, sin lavarse las manos siquiera y, en esos casos, la señora Marquesa, tan pronto descendía del coche, fruncía la nariz, que era casi tan sensible de olfato como Paco, el Bajo, y decía,

esos aseladeros, Régula, pon cuidado, es muy desagradable este olor,

o algo por el estilo, pero de buenas maneras, sin faltar, y ella, la Régula, avergonzada, escondía las manos bajo el mandil y,

sí, señora, a mandar, para eso estamos,

y la señora recorría lentamente el pequeño jardín, los rincones de la corralada con mirada inquisitiva y, al terminar, subía a la Casa Grande e iba llamando a todos a la sala del espejo, uno por uno, empezando por don Pedro, el Périto, y terminando por Ceferino, el Porquero, todos, y a cada cual le preguntaba por su quehacer y por la familia y por sus problemas y, al despedirse, les sonreía con una sonrisa amarilla, distante, y les entregaba en mano una reluciente moneda de diez duros,

toma, para que celebréis en casa mi visita,

menos a don Pedro, el Périto, naturalmente, que don Pedro, el Périto, era como de la familia, y ellos salían más contentos que unas pascuas,

la señora es buena para los pobres,

decían contemplando la moneda en la palma de la mano, y, al atardecer, juntaban los aladinos en la corralada y asaban un cabrito y lo regaban con vino y enseguida cundían la excitación y el entusiasmo, y que

¡viva la señora Marquesa! y ¡que viva por muchos años!, y, como es de rigor, todos terminaban un poco templados, pero contentos y la señora, desde la ventana iluminada de sus habitaciones, a contraluz, levantaba los dos brazos, les daba las buenas noches y a dormir, y esto era así desde siempre, pero, en su última visita, la señora, al apearse del automóvil acompañada por la señorita Miriam, se topó con el Azarías junto a la fuente y frunció el entrecejo y echó la cabeza hacia atrás,

a ti no te conozco, ¿de quién eres tú?,

preguntó, y la Régula, que andaba al quite,

mi hermano es, señora,

acobardada, a ver, y la señora,

¿de dónde lo sacaste?, está descalzo,

y la Régula,

andaba en la Jara, ya ve, sesenta y un años y le han despedido,

y la señora,

edad ya tiene para dejar de trabajar, ¿no estaría mejor recogido en un Centro Benéfico?,

y la Régula humilló la cabeza pero dijo con resolución,

ae, mientras yo viva, un hijo de mi madre no morirá en un asilo,

y, en éstas, terció la señorita Miriam,

después de todo, mamá, ¿qué mal hace aquí?, en el Cortijo hay sitio para todos,

y el Azarías, el remendado pantalón por las corvas, se observó atentamente las uñas de su mano derecha, sonrió a la señorita Miriam y a la nada, y masticó por dos veces con las encías antes de hablar y,

le abono los geranios todas las mañanas,

dijo brumosamente, justificándose, y la señora,

eso está bien,

y el Azarías que, paso a paso, se iba creciendo,

y de anochecida salgo a la sierra a correr el cárabo para que no se meta en el Cortijo,

y la señora plegó la frente, alta y despejada, en un supremo esfuerzo de concentración, y se inclinó hacia la Régula,

¿correr el cárabo?, ¿puedes decirme de qué está hablando tu hermano?,

y la Régula, encogida,

ae, sus cosas, el Azarías no es malo, señora, sólo una miaja inocente,

pero el Azarías proseguía,

y ahora ando criando una milana,

sonrió, babeante, y la señorita Miriam, de nuevo,

yo creo que hace bastantes cosas, mamá, ¿no te parece?

y la señora no le quitaba los ojos de encima, mas el Azarías, súbitamente, en un impulso amistoso, tomó a la señorita Miriam de la mano, mostró las encías en un gesto de reconocimiento y murmuró,

venga a ver la milana, señorita,

y la señorita Miriam, arrastrada por la fuerza hercúlea del hombre, le seguía, trastabillando, y dobló un momento la cabeza para decir,

voy a ver la milana, mamá, no me esperes, subo enseguida,

y el Azarías la condujo bajo el sauce y, una vez allí, se detuvo, sonrió, levantó la cabeza y dijo firme pero dulcemente,

¡quia!

y, de improviso, ante los ojos atónitos de la señorita Miriam, un pájaro negro y blando se descolgó desde las ramas más altas y se posó

suavemente sobre el hombro del Azarías, quien volvió a tomarla de la mano y,

atienda,

dijo, y la condujo junto al poyo de la ventana, tras la maceta, tomó una pella del bote de pienso y se lo ofreció al pájaro, y el pájaro engullía las pellas, una tras otra, y nunca parecía saciarse y, en tanto comía, el Azarías ablandaba la voz, le rascaba entre los ojos y repetía,

milana bonita, milana bonita,

y el pájaro,

¡quia, quia, quia!

pedía más, y la señorita Miriam, recelosa,

¡qué hambre tiene!,

y el Azarías metía una y otra vez los grumos en su garganta y empujaba luego con la yema del dedo y, cuando andaba más abstraído con el pájaro, se oyó el escalofriante berrido de la Niña Chica, dentro de la casa, y la señorita Miriam, impresionada,

y eso, ¿qué es?,

preguntó, y el Azarías, nervioso,

la Niña Chica es,

y depositó el bote sobre el poyo y lo volvió a coger y lo volvió a dejar e iba de un lado a otro, desasosegado, la grajilla sobre el hombro, moviendo arriba y abajo las mandíbulas, rezongando,

yo no puedo atender todas las cosas al mismo tiempo,

pero, al cabo de pocos segundos, volvió a sonar el berrido de la Niña Chica y la señorita Miriam, espeluznada,

¿es cierto que es una niña la que hace eso?,

y él, Azarías, cada vez más agitado, con la grajeta mirando inquieta en derredor, se volvió hacia ella, la tomó nuevamente de la mano y,

venga,

dijo, y entraron juntos en la casa, y la señorita Miriam avanzaba desconfiada, como sobrecogida por un negro presentimiento, y al descubrir a la niña en la penumbra, con sus piernecitas de alambre y la gran cabeza desplomada sobre el cojín, sintió que se le ablandaban los ojos y se llevó ambas manos a la boca,

¡Dios mío!,

exclamó, y el Azarías la miraba, sonriéndola con sus encías sonrosadas, pero la señorita Miriam no podía apartar los ojos del cajoncito, que parecía que se hubiera convertido en una estatua de sal la señorita Miriam, tan rígida estaba, tan blanca, y espantada,

¡Dios mío!,

repitió, moviendo rápidamente la cabeza de un lado a otro como para ahuyentar un mal pensamiento, pero el Azarías ya había tomado

entre sus brazos a la criatura y, mascullando palabras ininteligibles, se sentó en el taburete, afianzó la cabecita de la niña en su axila y agarrando la grajilla con la mano izquierda y el dedo índice de la Niña Chica con la derecha, lo fue aproximando lentamente al entrecejo del animal, y una vez que le rozó, apartó el dedo de repente, rió, oprimió a la niña contra sí y dijo suavemente, con su voz acentuadamente nasal,

¿no es cierto que es bonita la milana, niña?

LIBRO QUINTO

El accidente

Al llegar la pasa de palomas, el señorito Iván se instalaba en el Cortijo por dos semanas y, para esas fechas, Paco, el Bajo, ya tenía dispuestos los palomos y los arreos y engrasado el balancín, de modo que, tan pronto se personaba el señorito, deambulaban en el Land Rover de un sitio a otro, de carril en carril, buscando las querencias de los bandos de acuerdo con la sazón de la bellota, mas, a medida que transcurrían los años, a Paco, el Bajo, se le iba haciendo más arduo encaramarse a las encinas y el señorito Iván, al verle abrazado torpemente a los troncos, reía,

la edad no perdona, Paco, el culo empieza a pesarte, es ley de vida,

pero Paco, el Bajo, por amor propio, por no dar su brazo a torcer, trepaba al alcornoque o a la encina, ayudándose de una soga, aun a costa de desollarse las manos, y amarraba el cimbel en la parte más visible del árbol, a ser posible en la copa, y, desde arriba, enfocaba altivamente hacia el señorito Iván los grandes orificios de su nariz, como si mirara con ellos,

todavía sirvo, señorito, ¿no le parece?,

voceaba eufórico, y, a caballo de un camal, bien asentado, tironeaba del cordel amarrado al balancín para que el palomo, al fallarle la sustentación y perder el equilibrio, aletease, mientras el señorito Iván, oculto en el aguardadero, escudriñaba atentamente el cielo, los desplazamientos de los bandos, y le advertía,

dos docenas de zuritas, templa, Paco,

o bien,

una junta de torcaces, ponte quieto, Paco,

o bien,

las bravías andan en danza, ojo, Paco,

y Paco, el Bajo, pues a templar, o a parar, o a poner el ojo en las bravías, pero el señorito Iván rara vez quedaba conforme,

más suave, maricón, ¿no ves que con esos respingos espantas el campo?,

y Paco, el Bajo, pues más suave, con más tiento, hasta que, de pronto, media docena de palomas se desgajaban del bando y el señorito Iván aprestaba la escopeta y dulcificaba la voz,

ojo, ya doblan,

y, en tales casos, los tironcitos de Paco, el Bajo, se hacían cortados y secos, comedidos, con objeto de que el palomo se moviese sin

desplegar del todo las alas y, conforme se aproximaban planeando los pájaros, el señorito Iván se armaba, tomaba los puntos y ¡pim-pam!,

¡dos, la pareja!,

exultaba Paco entre el follaje, y el señorito Iván,

calla la boca, tú,

y ¡pim-pam!,

¡otras dos!,

chillaba Paco en lo alto sin poderse reprimir, y el señorito Iván,

canda el pico, tú,

y ¡pim-pam!,

¡una se le fue a criar!,

lamentaba Paco, y el señorito Iván,

¿no puedes poner quieta la lengua, cacho maricón?,

pero, entre pim-pam y pim-pam, a Paco, el Bajo, se le entumían las piernas engarfiadas sobre la rama y, al descender del árbol, había de hacerlo a pulso porque muchas veces no sentía los pies y, si los sentía, eran mullidos y cosquilleantes, como de gaseosa, absolutamente irresponsables, pero el señorito Iván no reparaba en ello y le apremiaba para buscar una nueva atalaya, pues gustaba de cambiar de cazadero cuatro o cinco veces por día, de forma que, al concluir la jornada, a Paco, el Bajo, le dolían los hombros, y le dolían las manos, y le dolían los muslos y le dolía todo el cuerpo, de las agujetas, a ver, que sentía los miembros como descoyuntados, fuera de sitio, mas, a la mañana siguiente, vuelta a empezar, que el señorito Iván era insaciable con el palomo, una cosa mala, que le apetecía este tipo de caza tanto o más que la de perdices en batida, o la de gangas al aguardo, en el aguazal, o la de pitorras con la Guita y el cascabel, que no se saciaba el hombre y, a la mañana, entre dos luces, ya estaba en danza,

¿estás cansado, Paco?,

sonreía maliciosamente, y añadía,

la edad no perdona, Paco, quién te lo iba a decir a ti, con lo que tú eras,

y a Paco, el Bajo, le picaba el puntillo y trepaba a los árboles si cabe con mayor presteza que la víspera, aun a riesgo de desnucarse, y amarraba el cimbel en la copa de la encina o el alcornoque, en lo más alto, pero si los bandos se mostraban renuentes o desconfiados, pues abajo, a otra querencia, y de este modo, de árbol en árbol, Paco, el Bajo, iba agotando sus energías, pero ante el señorito Iván, que comenzaba a recelar de él, había que fingir entereza y trepaba de nuevo con prontitud, y cuando ya estaba casi arriba, el señorito Iván,

ahí no, Paco, coño, esa encina es muy chica, ¿es que no lo ves?, busca la atalaya como siempre has hecho, no me seas holgazán,

y Paco, el Bajo, descendía, buscaba la atalaya y otra vez arriba, hasta la copa, el cimbel en la mano, pero una mañana,

ahora sí que la jodimos, señorito Iván, olvidé los capirotes en casa,

y el señorito Iván, que andaba ese día engolosinado, que el cielo negreaba de palomas sobre el encinar de las Planas, dijo imperiosamente,

pues ciega al palomo y no perdamos más tiempo,

y Paco, el Bajo,

¿le ciego, señorito Iván, o le armo un capirote con el pañuelo?

y el señorito Iván,

¿no me oíste?,

y Paco, el Bajo, sin hacerse de rogar, se afianzó en la rama, abrió la navaja y en un dos por tres vació los ojos del cimbel y el pájaro, repentinamente ciego, hacía unos movimientos torpes y atolondrados, pero eficaces, pues doblaban más pájaros que de costumbre y el señorito Iván no se paraba en barras,

Paco, has de cegar a todos los palomos, ¿oyes?, con los dichosos capirotes entra la luz y los animales no cumplen,

y así un día y otro, hasta que una tarde, al cabo de semana y media de salir al campo, según descendía Paco, el Bajo, de una gigantesca encina, le falló la pierna dormida y cayó, despatarrado, como un fardo, dos metros delante del señorito Iván, y el señorito Iván, alarmado, pegó un respingo,

¡serás maricón, a poco me aplastas!,

pero Paco se retorcía en el suelo, y el señorito Iván se aproximó a él y le sujetó la cabeza,

¿te lastimaste, Paco?,

pero Paco, el Bajo, ni podía responder, que el golpe en el pecho le dejó como sin resuello y, tan sólo, se señalaba la pierna derecha con insistencia,

¡ah, bueno, si no es más que eso…!,

decía el señorito Iván, y trataba de ayudar a Paco, el Bajo, a ponerse de pie, pero Paco, el Bajo, cuando al fin pudo articular palabra, dijo, recostado en el tronco de la encina,

la pierna esta no me tiene, señorito Iván, está como tonta,

y el señorito Iván,

¿que no te tiene?, ¡anda!, no me seas aprensivo, Paco, si la dejas enfriar va a ser peor,

mas Paco, el Bajo, intentó dar un paso y cayó,

no puedo, señorito, está mancada, yo mismo sentí cómo tronzaba el hueso,

y el señorito Iván,

también es mariconada, coño, y ¿quién va a amarrarme el cimbel ahora con la junta de torcaces que hay en las Planas?

y Paco, el Bajo, desde el suelo, sintiéndose íntimamente culpable, sugirió para aplacarle,

tal vez el Quirce, mi muchacho, él es habilidoso, señorito Iván, un poco morugo pero puede servirle,

y fruncía la cara porque le dolía la pierna, y el señorito Iván dio unos pasos con la cabeza gacha, dubitativo, pero finalmente, se arrimó al bocacerral, hizo bocina con las manos y voceó hacia el Cortijo, una, dos, tres veces, cada vez más recio, más impaciente, más repudrido, y, como no acudiera nadie a las voces, se le soltó la lengua y se puso a jurar y, al cabo, se volvió a Paco, el Bajo,

¿seguro que no te puedes valer, Paco?,

y Paco, el Bajo, recostado en el tronco de la encina,

mal lo veo, señorito Iván,

y, de repente, asomó el muchacho mayor de Facundo por el portón de la corralada y el señorito Iván sacó del bolsillo un pañuelo blanco y lo agitó repetidamente y el muchacho de Facundo respondió moviendo los brazos como aspas y, al cabo de un cuarto de hora, ya estaba jadeando junto a ellos, que cuando el señorito Iván llamaba, había que apresurarse, ya se sabía, sobre todo si andaba con la escopeta, y el señorito Iván le puso las manos en los hombros y se los oprimió para que advirtiese la importancia de su misión y le dijo,

que suban dos, ¿oyes?, los que sean, para ayudar a Paco, que se ha lastimado, y el Quirce para acompañarme a mí ¿has entendido?,

y según hablaba, el muchacho, de ojos vivaces y tez renegrida, asentía, y el señorito Iván indicó con la barbilla para Paco, el Bajo, y dijo a modo de aclaración,

el maricón de él se ha dado una costalada, ya ves qué oportuno,

y, al rato, vinieron dos del Cortijo y se llevaron a Paco tendido en unas angarillas y el señorito Iván se internó en el encinar con el Quirce, tratando de conectar con él, mas el Quirce, chitón, sí, no, puede, a lo mejor, hosco, reconcentrado, hermético, que más parecía mudo pero, a cambio, el jodido se daba maña con el cimbel, que era un virtuoso, menuda, que bastaba decirle, recio, suave, templa, seco, para que acatara rigurosamente la orden, y sus movimientos eran tan precisos, que las torcaces doblaban sin desconfianza sobre el reclamo y el señorito Iván, ¡pim-pam!, ¡pim-pam!, traqueaba sin pausa, que no daba abasto, pero erraba una y otra vez y, a cada yerro, echaba sapos y culebras por la boca, pero lo más enojoso era que, en justicia, no podía desplazarlas culpas sobre otro y, al margen de esto, le mortificaba que el Quirce fuese testigo de sus yerros y le decía,

el percance de tu padre me ha puesto temblón, muchacho, en la

vida erré tantos palomos como hoy,

y el Quirce, camuflado entre las hojas, respondía indiferente,

puede,

y el señorito Iván se descomponía,

no es que pueda o deje de poder, coño, es una verdad como un templo, lo que te estoy diciendo va a misa,

y ¡pim-pam!, ¡pim-pam!, ¡pim-pam!,

¡otro maricón a criar!,

vociferaba el señorito Iván, y el Quirce, arriba, en silencio, quieto parado, como si no fuera con él y, tan pronto regresaron al Cortijo, el señorito Iván pasó por casa de Paco,

¿cómo vamos, Paco? ¿cómo te encuentras?,

y Paco, el Bajo,

tirando, señorito Iván,

tenía la pierna extendida sobre un taburete y el tobillo grueso, hinchado como un neumático,

es una mancadura mala, ¿no le sintió chascar al hueso?
pero el señorito Iván iba a lo suyo,

en la vida erré más palomos que esta mañana, Paco, ¡qué cosas!, parecía un principiante, ¿qué habrá pensado tu muchacho?,

y Paco, el Bajo,

a ver, los nervios, natural,

y el señorito Iván,

natural, natural, no busques excusas, ¿de veras te parece natural, Paco, con las horas de vuelo que yo tengo, errar una zurita atravesada, de aquí al geranio?, ¿eh?, habla, Paco, ¿es que me has visto errar alguna vez un palomo atravesado de aquí al geranio?,

y el Quirce tras él, ausente, aburrido, el ramo de palomos en una mano y la escopeta enfundada en la otra, taciturno, silencioso, y, en éstas, apareció en la puerta de la casa, bajo el emparrado, el Azarías, descalzo, los pies mugrientos, el pantalón en las corvas, sonriendo con las encías, rutando como un cachorro, y Paco, levemente azorado, le señaló con un dedo formulariamente,

aquí, mi cuñado,

dijo, y el señorito Iván analizó atentamente al Azarías,

sí que tienes una familia apañada,

comentó, pero el Azarías, como atraído por una fuerza magnética, se iba aproximando a la percha y miraba engolosinado hacia los palomos muertos y, de pronto, les echó mano, y los examinaba uno por uno, les hurgaba en las patas y en el pico, para comprobar si eran nuevos o viejos, machos o hembras, y, al cabo de un rato, levantó sus ojos adormilados y los posó en los del señorito Iván,

¿se los desplumo?,

inquirió expectante, y el señorito Iván,

¿es que sabes desplumar palomos?

y terció Paco, el Bajo,

anda, que si no fuera a saber, en la vida hizo otra cosa,

y, sin más explicaciones, el señorito Iván tomó la percha de manos del Quirce y se la entregó al Azarías,

ten,

dijo,

y cuando los desplumes, se los llevas a doña Purita, de mi parte, ¿te recordarás?, en cuanto a ti, Paco, avíate, nos vamos a Cordovilla, donde el médico, no me gusta esa pierna, y el 22 tenemos batida,

y entre el señorito Iván, el Quirce y la Régula, acomodaron a Paco, el Bajo, en el Land Rover y, una vez en Cordovilla, don Manuel, el doctor, le palpó el tobillo, intentó moverlo, le hizo dos radiografías y, al acabar, enarcó las cejas,

ni necesito verlas, el peroné,

dijo, y el señorito Iván,

¿qué?,

está tronzado,

pero el señorito Iván se resistía a admitir las palabras del doctor,

no me jodas, Manolo, el 22 tenemos batida en la finca, yo no puedo prescindir de él,

y don Manuel, que tenía los ojos muy negros, muy juntos y muy penetrantes, como los de un inquisidor, y el cogote recto, como si lo hubieran alisado con una llana, levantó los hombros,

yo te digo lo que hay, Iván, luego tú haces lo que te dé la gana, tú eres el amo de la burra,

y el señorito Iván torció la boca, contrariado,

no es eso, Manolo,

y el doctor,

de momento no puedo hacer otra cosa que ponerle una férula, esto está muy inflamado y escayolando no adelantaríamos nada, dentro de una semana le vuelves a traer por aquí,

y Paco, el Bajo, callaba y miraba ladinamente a uno y a otro,

estas fracturas de maléolo no son graves, pero dan guerra, lo siento, Vancito, pero tendrás que agenciarte otro secretario,

y el señorito Iván, tras unos instantes de perplejidad,

menuda mariconada, oye, y el caso es que todavía estoy de suerte, cayó tal que ahí,

indicaba el borde de la alfombra,

el maricón no me ha desnucado de milagro,

y, al cabo de unos minutos de conversación, regresaron al Cortijo y, transcurrida una semana, el señorito Iván pasó a recoger a Paco, el Bajo, en el Land Rover y volvieron a Cordovilla, y antes de que el doctor le quitase la férula, el señorito Iván le encareció,

¿no podrías ingeniártelas, Manolo, para que el 22 pudiera valerse?,

pero el doctor movía enérgicamente su aplanado cogote, denegando,

pero si el 22 es pasado mañana como quien dice, Iván, y este hombre debe estar cuarenta y cinco días con el yeso, eso sí, puedes mercarle un par de bastones para que dentro de una semana empiece a moverse dentro de casa,

y una vez concluyó de enyesarle, Paco, el Bajo, y el señorito Iván iniciaron el regreso al Cortijo e iban en silencio, distanciados, como si algún lazo fundamental acabara de romperse entre ellos, y de cuando en cuando, Paco, el Bajo, suspiraba, sintiéndose responsable de aquella quiebra, e intentaba diluir la tensión,

créame que más lo siento yo, señorito Iván,

pero el señorito Iván, los ojos fijos más allá del cristal del parabrisas, conducía con el ceño fruncido, sin decir palabra, y Paco, el Bajo, sonreía, y hacía un esfuerzo por mover la pierna,

ya pesa este chisme, ya,

añadía, mas el señorito Iván seguía inmóvil, pensativo, sorteando los baches, hasta que a la cuarta tentativa de Paco, el Bajo, se disparó,

mira, Paco, los médicos pueden decir misa, pero lo que tú tienes que hacer es no dejarte, esforzarte, andar; mi abuela, que gloria haya, se dejó, y tú lo sabes, coja para los restos; en estos casos, con bastones o sin bastones, hay que moverse, salir al campo, aunque duela, si te dejas ya estás sentenciado, te lo digo yo,

y, al franquear el portón del Cortijo, se toparon en el patio con el Azarías, la grajeta al hombro, y el Azarías, al sentir el motor, se volvió hacia ellos y se aproximó a la ventanilla delantera del Land Rover y reía mostrando las encías, babeando,

no quiso irse con las milanas, ¿verdad, Quirce?,

decía, acariciando a la grajeta, pero el Quirce callaba, mirando al señorito Iván con sus pupilas oscuras, redondas y taciturnas, como las de una pitorra, y el señorito Iván se apeó del coche fascinado por el pájaro negro posado sobre el hombro del Azarías,

¿es que también sabes amaestrar pájaros?,

preguntó, y extendió el brazo con el propósito de atrapar a la grajilla, pero el ave emitió un «quia» atemorizado y voló hasta el alero de la capilla y el Azarías reía, moviendo hacia los lados la mandíbula,

se acobarda,

dijo, y el señorito Iván,

natural, me extraña, no me conoce,

y elevaba los ojos hasta el pájaro,

¿y ya no baja de ahí?,

inquirió, y el Azarías,

qué hacer no bajar, atienda,

y su garganta moduló un «quia» aterciopelado, untuoso, y la grajeta penduleó unos instantes, inquieta, sobre sus patas, oteó la corralada ladeando la cabeza y, finalmente, se lanzó al vacío, las alas abiertas, planeando, describió dos círculos en torno al automóvil, se posó sobre el hombro del Azarías, y se puso a escarbar en su cogote, metiendo el pico entre su pelo cano, como si le despiojase, y el señorito Iván, asombrado,

está chusco eso, vuela y no se larga,

y Paco, el Bajo, se aproximó lentamente al grupo, descansando en las cachabas el peso de su cuerpo, y dijo, dirigiéndose al señorito Iván,

a ver, la ha criado él y está enseñada, usted verá,

y el señorito Iván, cada vez más interesado,

¿y qué hace este bicho durante el día?

y Paco, el Bajo,

mire, lo de todos, descorteza alcornoques, busca cristales, se afila el pico en la piedra del abrevadero, echa una siesta en el sauce, el animal pasa el tiempo como puede,

y, conforme hablaba Paco, el señorito Iván observaba detenidamente al Azarías, y, al cabo de un rato, miró a Paco, el Bajo, y dijo a media voz, dejando resbalar las palabras por el hombro, como si hablara consigo mismo,

digo, Paco, que con estas mañas que se gasta, ¿no haría tu cuñado un buen secretario?,

pero Paco, el Bajo, negó con la cabeza, descansó el cuerpo sobre el pie izquierdo para señalarse la frente con la mano derecha y dijo,

con el palomo, puede, para la perdiz es corto de entendederas,

y, a partir de ese día, el señorito Iván visitaba cada mañana a Paco, el Bajo, y le incitaba,

Paco, muévete, coño, no te dejes, que más pareces un paralítico, no olvides lo que te dije,

pero Paco, el Bajo, le miraba con sus melancólicos ojos de perdiguero enfermo,

qué fácil se dice, señorito Iván,

y el señorito Iván,

mira que el 22 está encima,

y Paco, el Bajo,

¿y qué vamos a hacerle?, más lo siento yo, señorito Iván,

y el señorito Iván,

> más lo siento yo, más lo siento yo, mentira podrida, el hombre es voluntad, Paco, coño, que no quieres entenderlo y, donde no hay voluntad, no hay hombre, Paco, desengáñate, que has de esforzarte aunque te duela, si no no harás nunca vida de ti, te quedarás inútil para los restos, ¿oyes?,

y le instaba, le apremiaba, le urgía el señorito Iván, hasta que Paco, el Bajo, farfullaba entre sollozos,

> de que poso el pie es como si me lo rebanaran por el empeine con un serrucho, no vea el dolor, señorito Iván,

y el señorito Iván,

> aprensiones, Paco, aprensiones, ¿es que no puedes ayudarte con las muletas?,

y Paco, el Bajo,

ya ve, a paso tardo y por lo llano,

pero amaneció el día 22 y el señorito Iván, erre que erre, se presentó con el alba a la puerta de Paco, el Bajo, en el Land Rover marrón,

> venga, arriba, Paco, ya andaremos con cuidado, tú no te preocupes,

y Paco, el Bajo, que se acercó a él con cierta reticencia, en cuanto olió el sebo de las botas y el tomillo y el espliego de los bajos de los pantalones del señorito, se olvidó de su pierna y se subió al coche mientras la Régula lloriqueaba,

a ver si esto nos va a dar que sentir, señorito Iván,

y el señorito Iván,

tranquila, Régula, te lo devolveré entero,

y en la Casa Grande exultaban los señoritos de Madrid con los preparativos, y el señor Ministro, y el señor Conde, y la señorita Miriam, que también gustaba del tiro en batida, y todos fumaban y levantaban la voz mientras desayunaban café con migas y, conforme entró Paco en el comedor, acreció la euforia, que Paco, el Bajo, parecía polarizar el interés de la batida, y cada uno por su lado,

¡hombre, Paco!,

> ¿cómo fue para caerte, Paco, coño?, claro que peor hubiera sido romperte las narices,

y el Embajador trataba de exponer a media voz al señor Ministro las virtudes cinegéticas de Paco, el Bajo, y Paco procuraba atender a unos y a otros y subrayaba adelantando las muletas, como poniéndolas por testigos,

disculpen que no me descubra,

y ellos,

faltaría más, Paco,

y la señorita Miriam, sonriendo, con aquella su sonrisa abierta y luminosa,

¿tendremos buen día, Paco?,

y ante la inminencia del vaticinio, se abrió un silencio entre los invitados y Paco, el Bajo, sentenció, dirigiéndose a todos,

> la mañana está rasa, si las cosas no se tuercen yo me pienso que entrará ganado,

y, en éstas, el señorito Iván sacó de un cajoncito de la arqueta florentina el estuche de cuero, ennegrecido por el manoseo y el tiempo, con las laminillas de nácar, como si fuera una pitillera, y alguien dijo,

ha sonado la hora de la verdad,

y, uno a uno, ceremoniosamente, como cumpliendo un viejo rito, cogieron una laminilla con el número oculto en el extremo,

rotaremos de dos en dos,

advirtió el señorito Iván, y el señor Conde fue el primero en consultar su laminilla y exclamó a voz en cuello,

¡el nueve!,

y, sin dar explicaciones, tontamente, empezó a palmotear, y con tanto entusiasmo se aplaudía y tanta satisfacción irradiaba su rostro, que el señor Ministro se llegó a él,

¿tan bueno es el nueve, Conde?,

y el señor Conde,

> ¿bueno?, tú me dirás, Ministro, un canchal, a la caída de un cerro, en la vaguada, se descuelgan como tontas y cuando te quieren ver ni tiempo las da de repullarse; cuarenta y tres colgué el año pasado en ese puesto,

y, mientras tanto, el señorito Iván iba anotando en una agenda los nombres de las escopetas con los números correspondientes, y una vez que apuntó el último, guardó la agenda en el bolsillo alto del chaleco-canana,

andando, que se hace tarde,

apremió, y cada cual se encaramó en su Land Rover con los secretarios y el juego de escopetas gemelas y los zurrones de los cartuchos, mientras Crespo, el Guarda Mayor, acomodaba a los batidores, los cornetines y los abanderados en los remolques de los tractores y, al fin, todos se pusieron en marcha, y el señorito Iván mostraba con Paco, el Bajo, toda serie de miramientos, que no es un decir, que le arrimaba a la pantalla en el jeep aunque no hubiera carril, a campo través, incluso, si fuera preciso, vadeando los arroyos en estiaje, con todo cuidado,

> tú, Paco, aguarda aquí, no te muevas, voy a esconder el coche tras

esas carrascas,

o sea, que todo iba bien, lo único la cobra, pues Paco se desenvolvía torpemente con los bastones, se demoraba, y los secretarios de los puestos vecinos, aprovechándose de su lentitud, le trincaban los pájaros muertos,

señorito Iván, el Ceferino se lleva dos pájaros perdices que no son suyos,

se lamentaba, y el señorito Iván, enfurecido,

Ceferino, vengan esos dos pájaros, me cago en la madre que te parió, a ver si el pie de Paco va a servir para que os burléis de un pobre inútil,

voceaba, pero, otras veces, era Facundo y, otras, Ezequiel, el Porquero, y el señorito Iván no podía contra todos, imposible luchar con eficacia en todos los frentes, y cada vez más harto, de peor humor,

¿no puedes moverte un poquito más vivo, Paco, coño?, pareces una apisonadora, si te descuidas te van a robar hasta los calzones,

y Paco, el Bajo, procuraba hacer un esfuerzo, pero los cerros de los rastrojos dificultaban sus movimientos, no le permitían poner plano el pie, y, en una de éstas, ¡zas!, Paco, el Bajo, al suelo, como un sapo,

¡ay señorito Iván, que me se ha vuelto a tronzar el hueso, que le he sentido!,

y el señorito Iván, que por primera vez en la historia del Cortijo llevaba en la tercera batida cinco pájaros menos que el señor Conde, se llegó a él fuera de sí, echando pestes por la boca,

¿qué te pasa ahora, Paco, coño?, ya es mucha mariconería esto, ¿no te parece?,

pero Paco, el Bajo, insistía desde el suelo,

la pierna, señorito, se ha vuelto a tronzar el hueso,

y los juramentos del señorito Iván se oían en Cordovilla,

¿es que no puedes menearte?, intenta, al menos, ponerte en pie, hombre,

pero Paco, el Bajo, ni lo intentaba, reclinado en el cembo, se sujetaba la pierna enferma con ambas manos, ajeno a los juramentos del señorito Iván, por lo que, al fin, el señorito Iván claudicó,

de acuerdo, Paco, ahora te arrima Crespo a casa, te acuestas y, a la tarde, cuando terminemos, te llevaré donde don Manuel,

y, horas más tarde, don Manuel, el médico, se incomodó al verlo,

podría usted poner más cuidado,

y Paco, el Bajo, intentó justificarse,

yo...,

pero el señorito Iván tenía prisa, lo interrumpió,

aviva Manolo, tengo solo al Ministro,

y el doctor, enojado,

ha vuelto a fracturar, lógico, una soldadura de tallo verde, inmovilidad absoluta,

y el señorito Iván,

¿y mañana?, ¿qué voy a hacer mañana, Manolo?, no es un capricho, te lo juro,

y el doctor, mientras se quitaba la bata,

haz lo que quieras, Vancito, si quieres desgraciar a este hombre para los restos, allá tú,

y ya en el Land Rover marrón, el señorito Iván, taciturno y silencioso, encendía cigarrillos todo el tiempo, sin mirarlo, tal que si Paco, el Bajo, lo hubiera hecho a posta,

también es mariconada,

repetía solamente, entre dientes, de cuando en cuando, y Paco, el Bajo, callaba, y notaba la humedad de la nueva escayola en la pantorrilla, y, al cruzar lo de las Tapas, salieron aullando los mastines detrás del coche y, con los ladridos, el señorito Iván pareció salir de su ensimismamiento, sacudió la cabeza como si quisiera expulsar un fantasma y le preguntó a Paco, el Bajo, de sopetón,

¿cuál de tus dos chicos es más espabilado?,

y Paco,

allá se andan,

y el señorito Iván,

el que me acompañó con el palomo, ¿cómo se llama?,

el Quirce, señorito Iván, es más campero,

y el señorito Iván, tras una pausa,

tampoco se puede decir que sea muy hablador,

y Paco,

pues, no señor, así las gasta, cosas de la juventud,

y el señorito Iván, mientras prendía un nuevo cigarrillo,

¿puedes decirme, Paco, qué quiere la juventud actual que no está a gusto en ninguna parte?,

y, a la mañana siguiente, el señorito Iván, en la pantalla, se sentía incómodo ante el tenso hermetismo del Quirce, ante su olímpica indiferencia,

¿es que te aburres?,

le preguntaba, y el Quirce,

mire, ni me aburro ni me dejo de aburrir,

y tornaba a guardar silencio, ajeno a la batida, pero cargaba con presteza y seguridad las escopetas gemelas y localizaba sabiamente, sin un error, las perdices derribadas, mas, a la hora de la cobra, se mostraba débil, condescendiente ante la avidez insaciable de los

secretarios vecinos, y el señorito Iván bramaba,

Ceferino, maricón, no te aproveches de que el chico es nuevo, ¡venga, dale ese pájaro!,

y, arropados por la pantalla, que era una situación casi doméstica que invitaba a la confidencia, el señorito Iván intentaba ganarse al Quirce, insuflarle un poquito de entusiasmo, pero el muchacho, sí, no, puede, a lo mejor, mire, cada vez más lejano y renuente, y el señorito Iván iba cargándose como de electricidad, y así que concluyó el cacerío, en el amplio comedor de la Casa Grande, se desahogó,

> los jóvenes, digo, Ministro, no saben ni lo que quieren, que en esta bendita paz que disfrutamos les ha resultado todo demasiado fácil, una guerra les daba yo, tú me dirás, que nunca han vivido como viven hoy, que a nadie le faltan cinco duros en el bolsillo, que es lo que yo pienso, que el tener les hace orgullosos, que ¿qué diréis que me hizo el muchacho de Paco esta tarde?,

y el Ministro le miraba con el rabillo del ojo, mientras devoraba con apetito el solomillo y se pasaba cuidadosamente la servilleta blanca por los labios,

tú dirás,

y el señorito Iván,

> muy sencillo, al acabar el cacerío, le largo un billete de cien, veinte duritos, ¿no?, y él, deje, no se moleste, que yo, te tomas unas copas, hombre, y él, gracias, le he dicho que no, bueno, pues no hubo manera, ¿qué te parece?, que yo recuerdo antes, bueno, hace cuatro días, su mismo padre, Paco, digo, gracias, señorito Iván, o por muchas veces, señorito Iván, otro respeto, que se diría que hoy a los jóvenes les molesta aceptar una jerarquía, pero es lo que yo digo, Ministro, que a lo mejor estoy equivocado, pero el que más y el que menos todos tenemos que acatar una jerarquía, unos debajo y otros arriba, es ley de vida, ¿no?,

y la concurrencia quedó unos minutos en suspenso, mientras el Ministro asentía y masticaba, sin poder hablar, y, una vez que tragó el bocado, se pasó delicadamente la servilleta blanca por los labios y sentenció,

la crisis de autoridad afecta hoy a todos los niveles,

y los comensales aprobaron las palabras del Ministro con cabezadas adulatorias y frases de asentimiento, mientras la Nieves cambiaba los platos, retiraba el sucio con la mano izquierda y ponía el limpio con la derecha, la mirada recogida, los labios inmóviles, y el señorito Iván seguía las evoluciones de la chica con atención, y, al llegar junto a él, la miró de plano, descaradamente, y la muchacha se encendió toda y dijo, entonces, el señorito Iván,

> tu hermano, digo, niña, el Quirce, ¿puedes decirme por qué es tan

morugo?,

y la Nieves, cada vez más sofocada, levantó los hombros y sonrió remotamente, y, finalmente, le puso el plato limpio por el lado derecho con mano temblorosa, y así anduvo sin dar pie con bola toda la cena y, a la noche, a la hora de acostarse, el señorito Iván volvió a llamarla,

niña, tira de este boto, ¿quieres?, ahora le ha dado por decir que no y no hay forma de ponerlo fuera,

y la niña tiró del boto, primero de la punta y, luego, del talón, punta-talón, punta-talón, basculando, hasta que el boto salió y, entonces, el señorito Iván levantó perezosamente la otra pierna hasta la descalzadora,

ahora el otro, niña, ya haz el favor completo,

y cuando la Nieves sacó el otro boto, el señorito Iván descansó los pies sobre la alfombra, sonrió imperceptiblemente y dijo, mirando a la muchacha,

¿sabes, niña, que has empollinado de repente y se te ha puesto una bonita figura?,

y la Nieves turbada, con un hilo de voz,

si el señorito no necesita otra cosa...,

pero el señorito Iván rompió a reír, con su risa franca, resplandeciente,

ninguno salís a tu padre, a Paco, digo, niña, ¿es que también te molesta que elogie tu figura?,

y la Nieves,

no es eso, señorito Iván,

y, entonces, el señorito Iván sacó la pitillera del bolsillo, golpeó un cigarrillo contra ella y lo encendió,

¿qué tiempo te tienes tú, niña?,

y la Nieves,

voy para quince, señorito Iván,

y el señorito Iván recostó la nuca en el respaldo de la butaca y expulsó el humo en tenues volutas, despacio, recreándose,

verdaderamente no son muchos, puedes retirarte,

admitió, mas cuando la Nieves alcanzaba la puerta voceó,

¡ah! y dile a tu hermano que para la próxima no sea tan desabrido, niña,

y salió la Nieves, pero en la cocina, fregando los cacharros, no podía parar, descabalaba los platos, hizo añicos una fuente, que la Leticia, la de Cordovilla, que subía al Cortijo con ocasión de las batidas, le preguntaba,

¿puede saberse qué te pasa esta noche, niña?,

pero la Nieves callada, que no salía de su desconcierto, y cuando concluyó, dadas ya las doce, al atravesar el jardín, camino de su casa, descubrió al señorito Iván y a doña Purita besándose ferozmente a la luz de la luna bajo la pérgola del cenador.

LIBRO SEXTO

El crimen

Don Pedro, el Périto, se presentó en la casa de Paco, el Bajo, vacilante, inseguro, pero con estudiada prosopopeya, aunque la comisura de la boca tiraba de la mejilla hacia la oreja derecha, demostrando su inestabilidad,

así que no viste salir a la señora, a doña Purita, digo, Régula,

y la Régula,

ae, no señor, don Pedro, por el portón no salió, ya se lo digo, anoche no quitamos la tranca más que para que pasara el coche del señorito Iván,

y don Pedro, el Périto,

¿estás segura de lo que dices, Régula?,

y la Régula,

ae, como que a estos ojos se los ha de comer la tierra, don Pedro,

y, a su lado, Paco, el Bajo, apoyado en los bastones, refrendaba las palabras de la Régula, y Azarías sonreía bobamente con la grajeta sobre el hombro, y, en vista de que no sacaba nada en limpio, don Pedro, el Périto, desistió, se separó del grupo y se alejó corralada adelante, hacia la Casa Grande, la cabeza humillada, replegados los hombros, golpeándose alternativamente los bolsillos del tabardo como si, en lugar de la mujer, hubiera perdido la cartera, y, cuando desapareció de su vista, la Nieves salió a la puerta con la Charito en los brazos y dijo de sopetón,

padre, doña Purita andaba anoche abrazándose en el cenador con el señorito Iván, ¡madre qué besos!,

humilló la cabeza como excusándose y Paco, el Bajo, adelantó los bastones y, apoyándose en ellos, se llegó a la Nieves,

tú calla la boca, niña,

alarmado,

¿sabe alguien que los viste juntos?,

y la Nieves,

¿quién lo iba a saber?, eran ya más de las doce y en la Casa Grande no quedaba alma,

y Paco, el Bajo, cuya inquietud se desbordaba por los ojos, por los sensitivos agujeros de su chata nariz, bajó aún más la voz,

de esto ni una palabra, ¿oyes?, en estos asuntos de los señoritos, tú, oír, ver y callar,

mas no habían concluido la conversación, cuando regresó don

Pedro, el Périto, el chaquetón desabotonado, sin corbata, lívido, las grandes manos peludas caídas a lo largo del cuerpo y con la mandíbula inferior como desarticulada,

decididamente doña Purita no está en la Casa,

dijo, tras breve vacilación,

no está en ninguna parte doña Purita, den razón al personal del Cortijo, a lo mejor han raptado a doña Purita y estamos aquí, cruzados de brazos, perdiendo el tiempo,

pero él no estaba cruzado de brazos, sino que se frotaba una mano con otra y levantaba hacia ellos sus ojos enloquecidos y Paco, el Bajo, fue dando razón, casa por casa, alrededor de la corralada, y, una vez que todos estuvieron reunidos, don Pedro, el Périto, se encaramó al abrevadero y comunicó la desaparición de doña Purita,

quedó en la Casa Grande dirigiendo la recogida cuando yo me acosté, después no la he vuelto a ver, ¿alguno de vosotros ha visto a doña Purita pasada la medianoche?

y los hombres se miraban entre sí, con expresión indescifrable, y alguno montaba el labio inferior sobre el superior para hacer más ostensible su ignorancia, o negaban categóricamente con la cabeza, y Paco, el Bajo, miraba fijo para la Nieves, pero la Nieves se dejaba mirar y mecía acompasadamente a la Charito, sin decir que sí ni que no, impasible, pero, de pronto, don Pedro, el Périto, se encaró con ella y la Nieves se arreboló toda, sobresaltada,

niña,

dijo,

tú estabas en la Casa Grande cuando nos retiramos y doña Purita andaba por allí, trasteando, ¿es que no la viste luego?,

y la Nieves, aturdida, denegaba, acompasaba con la cabeza el vaivén de sus brazos acunando a la Niña Chica, y, ante su negativa, don Pedro, el Périto, volvió a palparse repetidamente, desoladamente, los grandes bolsillos de fuelle de su chaquetón y a mover nerviosamente la comisura derecha de la boca, mordiéndose la mejilla por dentro,

está bien,

dijo,

podéis marcharos,

se volvió a la Régula,

tú, Régula, aguarda un momento,

y, al quedar mano a mano con la Régula, el hombre se desarmó, que,

doña Purita ha tenido que salir con él, con el señorito Iván, digo, Régula, simplemente por embromarme, no te pienses otra cosa, que eso no, pero forzosamente ha tenido que salir por el portón, no cabe

otra explicación,

y la Régula,

ae, pues con el señorito Iván bien fijo que no iba, don Pedro, que el señorito Iván iba solo, tal que así, y nada más me dijo, me dijo, Régula, cuídame a ese hombre, por el Paco, ¿sabe?, que antes de fin de mes he de volver por el palomo y me hace falta, eso me dijo, y yo le quité la tranca y él se marchó,

pero don Pedro, el Périto, se impacientaba,

el señorito Iván llevaba el Mercedes, ¿no es cierto Régula?,

y a la Régula se le aplanó la mirada,

ae, don Pedro, ya sabe que yo de eso no entiendo, el coche azul traía, ¿le basta?,

el Mercedes,

ratificó don Pedro, e hizo unos visajes en cadena tan rápidos y pronunciados que la Régula pensó que jamás de los jamases se le volvería a poner derecha la cara,

una cosa, Régula, ¿te fijaste… te fijaste si en el asiento trasero llevaba, por casualidad, el señorito Iván la gabardina, ropa alguna, o la maleta?,

y la Régula,

ae, ni reparé en ello, don Pedro, si quiere que le diga mi verdad,

y don Pedro trató de sonreír para restar importancia al asunto, pero le salió una mueca helada y, con ese gesto de dolor de estómago en los labios, se inclinó confidencial sobre el oído de la Régula y puntualizó,

Régula, piénsatelo dos veces antes de contestar, ¿no iría… no iría doña Purita dentro del coche, tumbada, pongo por caso, en el asiento posterior, cubierta con un abrigo u otra prenda cualquiera?, entiéndeme, yo no es que desconfíe, tú ya me comprendes, sino que tal vez andaba de broma y se me ha largado a Madrid para darme achares,

y la Régula, cuya mirada se afilaba por momentos, insistió en su negativa,

ae, yo no vi más que al señorito Iván, don Pedro, que el señorito Iván, cuando yo me arrimé, me dijo, Régula, cuídame a ese hombre, por el Paco, ¿sabe?…,

ya, ya, ya…,

interrumpió don Pedro, colérico,

ese cuento ya me lo has contado, Régula,

y bruscamente dio media vuelta y se alejó, y, a partir de ese momento, se le vio por el Cortijo vagando de un sitio a otro, sin meta determinada, la barbilla en el pecho, la espalda encorvada, los hombros encogidos, como si quisiera hacerse invisible, batiendo, de cuando en cuando, con las palmas de sus manos en los bolsones del

chaquetón, desalentado, y así transcurrió una semana, y el sábado siguiente, cuando sonó ante el portón del Cortijo el claxon del Mercedes, don Pedro, el Périto, se puso temblón y se sujetaba una mano con otra para que no se le notase, pero acudió presuroso a la puerta y, en tanto la Régula retiraba la tranca, él, don Pedro, trataba de serenarse, y una vez que el coche se puso en marcha y se deslizó suavemente hasta los arriates de geranios, todos pudieron comprobar que el señorito Iván venía solo, con su cazadora de ante llena de cremalleras, y su *foulard* al cuello y la visera de pana fina sombreándole el ojo derecho, y, más abajo, resaltando sobre la piel dorada, su amplia sonrisa blanquísima, y don Pedro, el Périto, no pudo contener su ansiedad y allí mismo, en el patio, ante la Régula y Paco, el Bajo, que había salido hasta la puerta, le preguntó,

una cosa, Iván, ¿no viste por casualidad a Purita la otra noche después de la comida? No sé qué ha podido sucederle, en el Cortijo no está y…,

y, a medida que hablaba, la sonrisa del señorito Iván se hatía más ancha y su dentadura destellaba y, con estudiada frivolidad, dio un papirotazo a la gorra con un dedo y ésta se levantó dejando al descubierto la frente y el nacimiento de su pelo negrísimo, y,

no me digas que has perdido a tu mujer, Pedro, está bueno eso, ¿no habréis regañado como de costumbre y andará en casa de su madre esperando tu santo advenimiento?,

y don Pedro movía arriba y abajo sus hombros huesudos, que en una semana se había dado este hombre lo que otros en veinte años, virgen, que tenía las mejillas estiradas y azules de puro pálidas y hacía constantes aspavientos con la boca y, finalmente, reconoció,

regañar, sí regañamos, Iván, las cosas como son, como tantas noches, pero dime, ¿por dónde ha salido del Cortijo esta mujer, si la Régula jura y perjura que no retiró la tranca más que para ti, eh?, hazte cuenta que de haber escapado a campo través, por los encinares, los mastines la hubieran destrozado, tú sabes cómo las gastan esos perros, Iván, que son peores que las fieras,

y el señorito Iván se ensortijaba un mechón de pelo en su índice derecho y parecía reflexionar y, al cabo de un rato, dijo,

si habíais regañado, ella pudo meterse en la maleta de mi coche, Pedro, o en el hueco del asiento trasero, el Mercedes es muy capaz, ¿comprendes?, meterse en cualquier sitio, digo, Pedro, sin que yo me enterase y luego apearse en Cordovilla, o en Fresno, que tomé gasolina, o, si me apuras, en el mismo Madrid, ¿no?, yo soy distraído, ni me hubiera dado cuenta…,

y los ojos de don Pedro, el Périto, se iban llenando de luz y de lágrimas,

claro, Iván, naturalmente que pudo ser así,

dijo, y el señorito Iván se ajustó la visera, abrió de nuevo su generosa sonrisa y le propinó un amistoso golpe en el hombro a don Pedro, el Périto, a través de la ventanilla,

otra cosa no te pienses, Pedro, que eres muy aficionado al melodrama, la Purita te quiere, tú lo sabes, y además,

rió,

tu frente está lisa como la palma de la mano, puedes dormir tranquilo,

y tornó a reír, inclinado sobre el parabrisas, puso el coche en marcha y se dirigió a la Casa Grande, pero, antes de la hora de la cena, estaba de nuevo en casa de Paco, el Bajo,

¿cómo va esa pierna, Paco?, que antes con el dichoso sofoco de don Pedro, ni siquiera te pregunté,

y Paco, el Bajo,

ya ve, señorito Iván, poquito a poco,

y el señorito Iván se agachó, le miró fijamente a los ojos y le dijo en tono de reto,

a que no tienes huevos, Paco, para salir mañana con el palomo,

y Paco, el Bajo, escrutó la cara del señorito Iván con estupor, tratando de adivinar si hablaba en serio o bromeaba, pero ante la imposibilidad de resolverlo, preguntó,

¿lo dice en serio o en broma, señorito Iván?,

y el señorito Iván cruzó el dedo pulgar sobre el índice, lo besó, y puso cara de circunstancias,

hablo en serio, Paco, te lo juro, tú me conoces y sabes que con estas cosas de la caza yo no bromeo, y con tu chico, el Quirce, no me gusta, vaya, te voy a ser franco, Paco, que parece como si le hiciese a uno un favor, ¿comprendes?, y no es eso, Paco, tú me conoces, que de no estar a gusto en el campo prefiero quedarme en casa,

mas Paco, el Bajo, señaló con un dedo la pierna escayolada,

pero, señorito Iván, ¿dónde quiere que vaya con este engorro?,

y el señorito Iván bajó la cabeza,

verdaderamente,

admitió, pero, tras unos segundos de vacilación, levantó los ojos de golpe,

¿y qué me dices de tu cuñado, Paco, ese retrasado, el de la graja?, tú me dijiste una vez que con el palomo podía dar juego,

y Paco, el Bajo, ladeó la cabeza,

el Azarías es inocente, pero pruebe, mire, por probar nada se pierde,

volvió los ojos hacia la fila de casitas molineras, todas gemelas, con el emparrado sobre cada una de las puertas, y voceó,

¡Azarías!,

y, al cabo de un rato, se personó el Azarías, el pantalón por las corvas, la sonrisa babeante, masticando la nada,

Azarías,

dijo Paco, el Bajo,

el señorito Iván te quiere llevar mañana al campo con el

reclamo…,

¿con la milana?,

atajó Azarías, transfigurado, y Paco, el Bajo,

aguarda, Azarías, no se trata de la milana ahora, sino del cimbel, de los palomos ciegos, ¿entiendes?, hay que amarrarlos a la copa de una encina, moverles con un cordel y aguardar…,

el Azarías asentía,

¿como en la Jara, con el señorito?,

inquirió,

talmente como en la Jara, Azarías,

respondió Paco, el Bajo, y, al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba el señorito Iván a la puerta con el Land Rover marrón,

¡Azarías!,

¡Señorito!,

se movían silenciosamente en la penumbra, como sombras, que sólo se oía el húmedo entrechocar de las encías del Azarías, mientras en la línea más profunda de la sierra apuntaba ya la aurora,

pon ahí detrás los trebejos y la jaula con los palomos, ¿llevas la soga para trepar?, ¿vas a subir descalzo a los árboles?, ¿no te lastimarás los pies?,

pero el Azarías atendía los preparativos sin escucharle y, antes de arrancar, sin pedir permiso al señorito Iván, se llegó al cobertizo, cogió el bote de pienso compuesto, salió a la corralada, levantó la cabeza, entreabrió los labios y,

¡quia!,

reclamó con la voz afelpada, acusadamente nasal, y, desde la punta de la veleta, la grajilla respondió a su llamada,

¡quia!,

y el pájaro miró hacia abajo, hacia las sombras que se movían en torno al coche, y aunque la corralada estaba aún entre dos luces, se inclinó hacia adelante y se lanzó al vacío, describiendo círculos alrededor del grupo y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías, entreabriendo las alas para equilibrarse y, luego, saltó al antebrazo y abrió el pico, y el Azarías, con la mano izquierda, iba embutiendo en él pellas de pienso humedecido, mientras babeaba y musitaba con ternura,

milana bonita, milana bonita,

y el señorito Iván,

es cojonudo, come más que vale el pájaro ese, ¿es que todavía no sabe comer solo?,

y el Azarías sonreía maliciosamente con las encías,

¡qué hacer si no saber!,

y una vez que se sació, como el señorito Iván se aproximara, la grajeta se arrancó a volar y, al topar con la portada de la capilla, se repinó airosamente, la sobrevoló y se posó en el alero, mirando hacia abajo, y, entonces, el Azarías le sonrió e hizo un ademán de despedida con la mano y, ya dentro del coche, repitió el ademán por el cristal trasero, mientras el señorito Iván enfilaba el carril de la sierra y trepaba hacia el encinar del Moro y, una vez allí, se apearon, el Azarías se orinó las manos al amparo de un carrasco y, al concluir, se encaramó a pulso a la encina más corpulenta, engarfiando las manos en el camal y pasando las piernas flexionadas por el hueco entre los brazos, como los monos, y el señorito Iván,

¿para qué te quieres la soga, Azarías?,

y el Azarías,

¿qué falta hace, señorito?, me alarga el chisme ese,

y el señorito Iván levantó el balancín con el palomo ciego amarrado y le preguntó,

¿qué años te tienes tú, Azarías?

y el Azarías, en lo alto, con el balancín en la mano izquierda, papaba el viento,

un año más que el señorito,

respondió, y el señorito Iván, perplejo,

¿de qué señorito me estás hablando, Azarías?

y el Azarías, mientras amarraba el balancín,

del señorito,

y el señorito Iván,

¿el de la Jara?,

y el Azarías, asentado en el camal, recostado en el tronco, sonreía bobamente al azul sin responder, en tanto el señorito Iván pinaba unas ramas secas para perfilar el tollo, bajo la encina, y, una vez rematado, atisbó el cielo hacia el sur, un cielo azul tenue, levemente empañado por la calima, y frunció el ceño,

no se ve rastro de vida, ¿no andaremos pasados de fecha?,

pero el Azarías andaba enredando con el balancín, un-dos, un-dos, un-dos, tal que si fuera un juguete, y el palomo ciego, amarrado al eje, aleteaba frenéticamente para no caerse, y el Azarías sonreía con las encías rosadas y el señorito Iván,

para quieto, Azarías, no me lo malees, mientras no haya pájaros arriba es bobería amagar,

mas el Azarías continuaba tironeando, un-dos, un-dos, un-dos, a ver, por niñez, por enredar, y el señorito Iván, entre que no se veía un palomo en el cielo y barruntaba una mañana aciaga, se le iba agriando el carácter,

¡quieto he dicho, Azarías, coño!, ¿es que no me oyes?,

y, ante su arrebato, el Azarías se acobardó y quedó inmóvil, aculado en el camal, sonriendo a los ángeles, con su sonrisa desdentada, como un niño de pecho, hasta que, transcurridos unos minutos, surgieron cinco zuritas, como cinco puntos negros sobre el azul pálido del firmamento, y el señorito Iván, dentro del escondedero, aprestó la escopeta y musitó con media boca,

ahí vienen, templa ahora, Azarías,

y el Azarías agarró el extremo del cordel y templó,

así, dale, dale,

pero las zuritas ignoraron el reclamo, giraron a la derecha y se perdieron en el horizonte lo mismo que habían venido, mas, un cuarto de hora después, apareció al suroeste un bando más denso y la escena se repitió, las palomas desdeñaron el cimbel y doblaron hacia los encinares del Alcorque, con la consiguiente desesperación del señorito Iván,

no lo quieren, ¡las hijas de la gran puta!, tira para abajo, Azarías, vámonos al Alisón, las pocas que hay parece que se echan hoy a esa querencia,

y el Azarías descendió con el balancín a cuestas, tomaron el Land Rover y, sorteando canchales, se dirigieron al Alisón, y una vez en el mogote, el Azarías se orinó las manos, trepó raudo a un alcornoque gigante, amarró el cimbel y a aguardar, pero tampoco parecía que allí hubiera movimiento, aunque era pronto para determinarlo, pero el señorito Iván enseguida perdía la paciencia,

abajo, Azarías, esto parece un cementerio, no me gusta, ¿sabes?, la cosa se está poniendo fea,

y nuevamente cambiaron de puesto, pero las palomas, muy escasas y desperdigadas, se mostraban difidentes, no doblaban al engaño y ya, a media mañana, el señorito Iván, aburrido de tanto aguardo inútil, empezó a disparar a diestro y siniestro, a los estorninos, y a los zorzales, y a los rabilargos, y a las urracas, que más parecía loco, y entre tiro y tiro, voceaba como un enajenado,

¡si las zorras estas dicen que no, es que no!,

y cuando se cansó de hacer barrabasadas y de decir incoherencias, regresó junto al árbol y le dijo al Azarías,

desarma el balancín y baja, Azarías, esta mañana no hay nada que

hacer, veremos si a la tarde cambia la suerte,

y el Azarías recogió los bártulos y bajó y, conforme franqueaban la ladera soleada, camino del Land Rover, apareció muy alto, por encima de sus cabezas, un nutrido bando de grajetas y el Azarías levantó los ojos, hizo visera con la mano, sonrió, masculló unas palabras ininteligibles, y, finalmente, dio un golpecito en el antebrazo al señorito Iván,

aguarde,

dijo,

y el señorito Iván, malhumorado,

¿qué es lo que quieres que aguarde, zascandil?

y el Azarías babeaba y señalaba a lo alto, hacia los graznidos, dulcificados por la distancia, de los pájaros,

muchas milanas, ¿no las ve?,

y, sin aguardar respuesta, elevó al cielo su rostro transfigurado y gritó haciendo bocina con las manos,

¡¡quia!!,

y, repentinamente, ante el asombro del señorito Iván, una grajeta se desgajó del enorme bando y picó en vertical sobre ellos, en vuelo tan vertiginoso y tentador, que el señorito Iván se armó, aculató la escopeta y le tomó los puntos, de arriba abajo como era lo procedente, y al Azarías, al verlo, se le deformó la sonrisa, se le crispó el rostro, el pánico asomó a sus ojos y voceó fuera de sí,

¡no tire, señorito, es la milana!,

pero el señorito Iván notaba en la mejilla derecha la dura caricia de la culata, y notaba, aguijoneándole, la represión de la mañana, y notaba, asimismo, estimulándole, la dificultad del tiro de arriba abajo, en vertical y, aunque oyó claramente la voz implorante del Azarías,

¡señorito, por sus muertos, no tire!,

no pudo reportarse, cubrió al pájaro con el punto de mira, lo adelantó y oprimió el gatillo y, simultáneamente a la detonación, la grajilla dejó en el aire una estela de plumas negras y azules, encogió las patas sobre sí misma, dobló la cabeza, se hizo un gurruño, y se desplomó, dando volteretas, y, antes de llegar al suelo, ya corría el Azarías ladera abajo, los ojos desorbitados, regateando entre las jaras y la montera, la jaula de los palomos ciegos bamboleándose ruidosamente en su costado, chillando,

¡es la milana, señorito!, ¡me ha matado a la milana!,

y el señorito Iván tras él, a largas zancadas, la escopeta abierta, humeante, reía,

será imbécil, el pobre,

como para sí, y luego, elevando el tono de voz,

¡no te preocupes, Azarías, yo te regalaré otra milana!,

pero el Azarías, sentado orilla una jara, en el rodapié, sostenía el pájaro agonizante entre sus chatas manos, la sangre caliente y espesa escurriéndole entre los dedos, sintiendo, al fondo de aquel cuerpecillo roto, los postreros, espaciados, latidos de su corazón, e, inclinado sobre él, sollozaba mansamente,

milana bonita, milana bonita,

y el señorito Iván, a su lado,

debes disculparme, Azarías, no acerté a reportarme, ¡te lo juro!, estaba quemado con la abstinencia de esta mañana, compréndelo,

mas el Azarías no le escuchaba, estrechó aún más el cuenco de sus manos sobre la grajeta agonizante, como si intentara retener su calor, y alzó hacia el señorito Iván una mirada vacía,

¡se ha muerto!, ¡la milana se ha muerto, señorito!,

dijo, y, de esta guisa, con la grajilla entre las manos, se apeó minutos después en la corralada y salió Paco, el Bajo, apoyado en sus bastones, y el señorito Iván,

a ver si aciertas a consolar a tu cuñado, Paco, le he matado el pájaro y está hecho un lloraduelos,

reía, y, a renglón seguido, trataba de justificarse,

tú, Paco, que me conoces, sabes lo que es una mañana de espera sin ver pájaro, ¿no? bueno, pues eso, cinco horas de plantón, y, en éstas, esa jodida graja pica de arriba abajo, ¿te das cuenta?, ¿quién es el guapo que sujeta el dedo en estas circunstancias, Paco?, explícaselo a tu cuñado y que no se disguste, coño, que no sea maricón, que yo le regalaré otra grajilla, carroña de ésa es lo que sobra en el Cortijo,

y Paco, el Bajo, miraba, alternativamente, al señorito Iván y al Azarías, aquél con los pulgares en las axilas del chaleco-canana, sonriendo con su sonrisa luminosa, éste, engurruñado, encogido sobre sí mismo, abrigando al pájaro muerto con sus manos achatadas, hasta que el señorito Iván subió de nuevo al Land Rover, lo puso en marcha y dijo desde la ventanilla,

no te lo tomes así, Azarías, carroña de ésa es lo que sobra, a las cuatro volveré a por ti, a ver si pinta mejor a la tarde,

pero al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas,

milana bonita, milana bonita,

repetía, mientras el pájaro se le iba quedando rígido entre los dedos y, cuando notó que aquello ya no era un cuerpo sino un objeto inanimado, el Azarías se levantó del tajuelo y se acercó al cajón de la Niña Chica y, en ese momento, la Charito emitió uno de sus alaridos lastimeros y el Azarías le dijo a la Régula, frotándose mecánicamente la nariz con el antebrazo,

¿oyes, Régula?, la Niña Chica llora porque el señorito me ha matado la milana

mas, a la tarde, cuando el señorito Iván pasó a recogerle, el Azarías parecía otro, más entero, que ni moquiteaba ni nada, y cargó la jaula con los palomos ciegos, el hacha y el balancín y una soga doble grueso que la de la mañana en la trasera del Land Rover, tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, que el señorito Iván reía,

¿no será esa maroma para mover el balancín, verdad, Azarías?,

y el Azarías,

para trepar la atalaya es,

y el señorito Iván,

andando, a ver si quiere cambiar la suerte,

y metió el coche en el carril, las ruedas en los relejes profundos, y aceleró mientras silbaba alegremente,

el Ceferino asegura por sus muertos que en la linde de lo del Pollo se movían anteayer unos bandos disformes,

pero el Azarías parecía ausente, la mirada perdida más allá del parabrisas, las chatas manos inmóviles sobre la bragueta sin un botón, y el señorito Iván, en vista de su pasividad, comenzó a silbar una tonadilla más viva, pero así que se apearon y divisó el bando, se puso loco,

apura, Azarías, coño, ¿es que no las ves?, hay allí una junta de más de tres mil zuritas, ¡la madre que las parió!, ¿no ves cómo negrea el cielo sobre el encinar?,

y sacaba atropelladamente las escopetas, y el maletín de los cartuchos, y se ceñía a la cintura las bolsas de cuero y completaba los huecos del chaleco-canana,

aviva, Azarías, coño,

repetía, pero el Azarías, tranquilo, apiló los trebejos junto al Land Rover, depositó la jaula de los palomos ciegos al pie del árbol y trepó tronco arriba, el hacha y la soga a la cintura, y una vez en el primer camal, se inclinó hacia abajo, hacia el señorito Iván,

¿me alarga la jaula, señorito?,

y el señorito Iván alzó el brazo, con la jaula de los palomos en la mano, y, simultáneamente, levantó la cabeza y, al hacerlo, el Azarías le echó al cuello la soga con el nudo corredizo, a manera de corbata, y tiró del otro extremo, ajustándola, y el señorito Iván, para evitar soltar la jaula y lastimar a los palomos, trató de zafarse de la cuerda con la mano izquierda, porque aún no comprendía,

¿pero qué demonios pretendes, Azarías?, ¿es que no has visto la nube de zuritas sobre los encinares del Pollo, cacho maricón?,

y así que el Azarías pasó el cabo de la soga por el camal de encima de su cabeza y tiró de él con todas sus fuerzas, gruñendo y babeando, el señorito Iván perdió pie, se sintió repentinamente izado, soltó la jaula de los palomos y,

¡Dios!... estás loco... tú,

dijo ronca, entrecortadamente, de tal modo que apenas si se le oyó y, en cambio, fue claramente perceptible el áspero estertor que le siguió, como un prolongado ronquido y, casi inmediatamente, el señorito Iván sacó la lengua, una lengua larga, gruesa y cárdena, pero el Azarías ni le miraba, tan sólo sostenía la cuerda, cuyo cabo amarró ahora al camal en que se sentaba, y se frotó una mano con otra y sus labios esbozaron una bobalicona sonrisa, pero todavía el señorito Iván, o las piernas del señorito Iván, experimentaron unas convulsiones extrañas, unos espasmos electrizados, como si se arrancaran a bailar por su cuenta, y su cuerpo penduleó un rato en el vacío hasta que, al cabo, quedó inmóvil, la barbilla en lo alto del pecho, los ojos desorbitados, los brazos desmayados a lo largo del cuerpo, mientras el Azarías, arriba, mascaba salivilla y reía bobamente al cielo, a la nada,

milana bonita, milana bonita,

repetía mecánicamente, y, en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba.

Cartas de Amor de un Sexagenario Voluptuoso

1983

«A la mala costumbre de hablar de sí mismo y de los propios defectos hay que añadir, como formando bloque con ella, ese otro hábito de denunciar en los caracteres de los demás defectos análogos a los nuestros.»

MARCEL PROUST

25 de abril de 1979

Muy señora mía:

Por puro azar tropecé ayer con su mensaje en *La Correspondencia Sentimental* cuando aguardaba turno en la antesala del doctor. Yo solamente hojeaba la revista por encima pero, al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, cobraron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada. La leí. Leí su minuta varias veces como si aquellas sencillas palabras recataran una segunda, profunda, arcana intención. Y ahora, de regreso a casa, sin prisas, antes de encender el televisor, me he decidido a escribirle estas letras.

Ante mí tengo su mensaje, lacónico pero expresivo. He incurrido en una pequeña fechoría que nunca me creí capaz de cometer: he arrancado la página de la revista que lo insertaba. Han sido unos instantes tensos, durante los cuales me he sentido tan innoble como si estuviese cometiendo un crimen. Y, bien mirado, algo de crimen hay en este acto mío de mutilar una publicación y reducir así el eco de su llamada, restarle la parte de resonancia que cabía esperar del ejemplar del que yo, mediante malas artes, me he incautado. Dejando al margen esta indignidad, el efecto de su mensaje fue instantáneo; yo no dudé un segundo de que aquellas palabras me estuvieran destinadas. ¿Por qué?

No es sencillo explicarle esto. Su nota (referencia n.° 921) que tengo aquí, ante mis ojos, dice así: «Señora viuda, de Sevilla, cincuenta y seis años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y un metro sesenta de estatura. Aficionada a música y viajes. Discreta cocinera. Con caballeros de hasta sesenta y cinco años, similares características». Bien mirado, nada de particular pero, como le digo, aquella nota, entre tantas, reclamó mi atención, me hechizó, hasta el extremo de no leer ninguna más. De modo que allí me quedé, inmóvil, sentado en la silla, junto a la puerta, la mirada fija en aquellos renglones, cuya tipografía, en cursivas del 8, en nada se diferenciaba de la de los demás; tampoco, en rigor, los conceptos, que, más o menos, con variaciones de edad, sexo, estatura o residencia, eran los mismos y, sin embargo, algo había en ellos que tiraba de mí, que me inducía a sentirme su destinatario. ¿La alusión al atractivo aire juvenil de usted? ¿La proporcionada figura que se deduce de su estatura y peso? ¿Su buena salud? ¿La seguridad en sí misma que se

desprende de la redacción de la minuta o, tal vez, el orden en que usted enumera sus dotes personales elevándose de lo más trivial a lo más noble, para terminar subrayando su don culinario como dando a entender que la música, cuando proceda, no le impide volar más a ras de tierra y encerrarse en la cocina a freír unas patatas?

Soy un convencido de que uno de los síntomas más obvios de la decadencia de Occidente reside en el progresivo desdén por la cocina. A las muchachas de hoy no es infrecuente escucharlas que ellas no pierden el tiempo cocinando. ¿Cree usted, señora, que el tiempo que se emplea en la cocina es tiempo perdido? La cocina, hasta hace poco, ha sido uno de los pilares culturales que aún respetábamos, pero de unos años a esta parte ¡qué degradación, señora mía! La sustitución de la cocina económica por el gas y la electricidad, las parrillas de alcohol, la olla a presión, ¡qué nefastos inventos! Y, por si fuera poco, la ceba artificial del ganado, el enlatado, la congelación... Pero lo grave del caso es que todo esto se nos presenta como un avance, como una conquista, cuando, en realidad, la salazón de carnes y pescados es un recurso tan viejo como el mundo. ¿Dónde estriba la novedad?, pregunto yo, ¿dónde el progreso?

Mi difunta hermana Eloína, que gloria haya, veinte años mayor que yo, guisaba primorosamente, pero a la antigua. Nunca utilizó otro procedimiento que la cocina económica. Mediante la leña y el carbón y una sabia manipulación del tiro, conseguía el punto de los alimentos. Ése era todo su secreto. Y no se piense usted, señora, que en nuestra casa se condimentaran selectos manjares, porque lo que hace de la cocina un arte es precisamente lo contrario, halagar el paladar con lo sencillo, darle un punto requerido a lo cotidiano: un cocido castellano, unas sopas o unas lentejas. ¡Qué cocidos preparaba mi difunta hermana Eloína!

El jueves pasado, en casa de mi fiel amigo Baldomero Cerviño, compañero del periódico, me obsequiaron con un cocido, y no voy a decirle a usted que estuviera malo, pero allí faltaba algo esencial y ¿sabe usted qué era?: el relleno. ¿Concibe usted, señora, un cocido castellano sin relleno? A mi entender, el relleno es la quintaesencia del cocido, el cocido mismo. Un relleno esponjoso, tierno, sabroso, empapado de la sustancia del guiso, es lo que nos da la medida de este plato. Otro error, muy frecuente en este punto: sustituir el repollo por coliflor. Costumbres, dirá usted, pero eso no es un argumento; yo creo que hay que resistir contra estos atentados, los sucedáneos no deben prevalecer, no podemos permitirlo. En la cocina, no es lícito saltarse a la torera la tradición, como no es lícito prescindir del punto. Ambos son indispensables; sin ellos no hay cocina. ¿Admitiría usted, señora, una paella del interior sin chorizo ni pimientos morrones?

Pensará usted, a la vista de lo escrito, que su corresponsal es un

glotón insaciable, un ser que solamente piensa en comer, cuando a mí la comida me agrada con mesura y discreción. Aborrezco a los tragones, quizá por despecho, porque desde joven tuve un estómago delicado, tal vez porque mi profesión no haya sido la más indicada para gozar de los placeres gastronómicos. Desde niño fui sobrio para comer, pero como hombre de paladar me gustan los alimentos sazonados y en su punto.

A pesar de todo, rechazo que fuese su alusión a la cocina lo que me sedujo de su nota en *La Correspondencia Sentimental*. Posiblemente lo que me sedujo no estaba escrito allí, era, digamos, un valor entendido. Entre líneas, vacilando entre la seguridad y la indecisión, usted venía a proclamar que necesitaba una voz amiga. Seguramente fue esto lo que me conmovió. El hecho es que me hallaba solo en la antesala del doctor y resolví arrancar la página de *La Correspondencia*. ¡Qué momento tan peliagudo! Nunca he tomado nada ajeno y mutilar una publicación, aunque se trate de un diario, me produce al mismo tiempo repugnancia y rubor. Cabía haber anotado en mi agenda su número de referencia y la dirección de la revista, pero no se me ocurrió. ¿Digo verdad? ¿Es cierto que no se me ocurrió o tal vez imaginé que llevándome aquella página hacía mío algo de usted, me apropiaba de aquel SOS lanzado al azar? Imposible responderle. No puedo afirmar ni negar con certeza ninguno de los dos extremos. Soy hombre irresoluto y, a veces, pienso con amargura que me moriré sin conocerme. ¿Sabe usted en todo momento a qué obedecen sus decisiones? ¿Nunca se dejó arrastrar por las circunstancias? ¿Jamás actúa por intuición, indignación o temor?

Yo estaba sentado, como le digo, junto a la puerta, oyendo el runrún de la voz del doctor del otro lado del tabique, y, en el momento de arrancar la página, me asaltó el temor de que pudiese presentarse la enfermera de improviso. Había cogido la hoja por la parte superior, abarquillada bajo la palma de la mano, sintiendo el suave tacto de su superficie, y no me faltaba más que tirar, rasgarla por la línea de grapas, plegarla y guardarla en el bolsillo. La cosa era bien simple. No obstante me sentí incapaz. Mis dedos se paralizaron, quedaron fláccidos, como sin fuerza, mientras mis ojos se volvían hacia el picaporte. ¿Qué hubiese pensado la enfermera si me sorprende en este trance? ¿No estaban aquellas publicaciones sobre la mesa para solaz de los pacientes, y yo, con mi actitud incivil, estaba truncando su objetivo? Escuché. Aparte del runrún de la voz del doctor del otro lado del tabique, no se oía nada, el silencio, y, entonces, me decidí, tiré de la hoja y la arranqué, con tal premura y turbación que desgarré parte de la hoja opuesta. ¡Qué amargos momentos, amiga mía! Allí me vería usted doblarla apresuradamente y ocultarla, con un movimiento desmanotado, en el bolsillo de la

cartera. Durante cinco minutos estuve sintiendo los rudos golpes de mi corazón hasta que me calmé, pero cuando, al poco rato, se presentó la enfermera, los golpes se reanudaron, en tanto yo miraba la revista que acababa de mutilar con aprensión, como si la portada fuera transparente, y aquella muchacha pudiera darse cuenta del desaguisado de un vistazo.

Ahí tiene usted, señora mía, de qué azarosa manera he establecido contacto con su mensaje de *La Correspondencia Sentimental*. Confío no haberla importunado con los renglones que anteceden. Mi nombre completo es Eugenio Sanz Vecilla y, si lo tiene a bien, puede usted contestarme a Cánovas, 16, 3.°, derecha.

Con respeto y amistad,

E. S.

2 de mayo

Muy señora mía:

No le falta a usted razón. Por mi oficio y talante imaginativo soy proclive a andarme por las ramas, rara vez me centro, poso los pies en el suelo. Trataré, pues, de ir al grano: el pasado diciembre cumplí sesenta y cinco años, soy periodista jubilado —recién jubilado, en febrero—, soltero, y mido, como usted, un metro sesenta, siquiera mi peso, ochenta y cinco kilos, no esté proporcionado a mi estatura, denote una inequívoca propensión a la obesidad. Un viejo amigo, Onésimo Navas, habla de la curva de la felicidad, refiriéndose a mi vientre voluminoso, pero felicidad, lo que se dice felicidad, no la he conocido fuera de los años de infancia. Eso sí, en mi profesión he trabajado con denuedo y entusiasmo, he conocido algunos éxitos, he sufrido no pocos descalabros y he llegado al retiro en paz con Dios y con mi conciencia.

¿Enfermo dice usted? No es exactamente el caso. El hecho de que hiciera antesala en casa del doctor obedecía a otro médico. El doctor Hidalgo es mi médico del Seguro, un amigo que se aviene a refrendar las recetas que me prescribe otro amigo y contertulio, el doctor Romero. Es decir, esa tarde acudí a casa de aquél a recoger las recetas extendidas por el otro. Quizá el procedimiento no sea ortodoxo, pero gracias a él me ahorro unas pesetillas, nada despreciables al precio que se están poniendo las boticas con esto de los laboratorios multinacionales.

En la tertulia de los domingos, en el único café superviviente del barrio antiguo, a la que concurren varios doctores, he oído comentar que el más reciente descubrimiento de la medicina social es el médico de familia, aquel médico, hoy olvidado, que lo mismo se sentaba un

rato de cháchara con el enfermo que le ponía una cataplasma o le trataba unas paratíficas; esta figura es la que se pretende resucitar ahora con objeto de establecer un tamiz al ingreso en residencias y hospitales, hoy abarrotados. ¿Y sabe usted lo que cuesta diariamente una cama de hospital en nuestra ciudad? ¡Diez mil pesetas! Imagine usted las cosas que pueden hacerse con diez mil pesetas.

En las afueras del pueblecito donde nací, en la comarca de Villarcayo, adquirí hace tiempo una vieja casa de piedra de dos plantas donde he pasado siempre las vacaciones y, ahora, ya retirado, proyecto refugiarme parte del año. Pues bien, en la titular de ese término, como en tantas otras, el médico ha quedado relegado a la condición de un expendedor de volantes para la Residencia de la capital. Como es lógico, el doctor se siente disminuido pero no se atreve a nadar contra corriente y arrogarse una responsabilidad que nadie le reclama. Si dispone de una ambulancia, ¿para qué correr el riesgo de que el enfermo se agrave y se le muera entre las manos? ¿Qué explicación podría dar, en este caso, a la familia del difunto? La actual organización de la medicina social en nuestro país es mala por varias razones pero fundamentalmente por una: al médico se le priva del derecho de curar.

Yo recuerdo antiguamente, en mi pueblo, a mi difunto tío Fermín Baruque, ¡qué ductilidad! Aquel hombre hacía de todo, atendía a partos, remendaba cabezas descalabradas, aplicaba sanguijuelas... Cierto que su responsabilidad era muy crecida, pero quedaba compensada por la posibilidad de devolver la salud, de sentirse médico en toda la extensión de la palabra. Y había que verle, que le estoy hablando de cuando yo era chiquito, y el tío Baruque, como un dios omnipotente, recorría el término en su caballo alazán, nevase o apedrease. Ésta es, según rumores, la gran revolución que se cuece ahora en Madrid para resolver los problemas de la Seguridad Social: inventar a mi tío Fermín Baruque.

Pero a lo que iba, señora. Yo soy un enfermo saludable o, si lo prefiere, un enfermo que nunca se muere ni acaba de sanar del todo. En la tertulia me tienen por un maniático. Mis hermanas, que gloria hayan, también me tenían por un maniático, pero yo creo que lo mío, antes que manías, son alifafes, las goteras propias de la edad, si bien la edad de las goteras se ha manifestado temprano en mi caso. Como contrapartida puedo asegurarle que no recuerdo haber guardado cama por causa de enfermedad desde que era chiquito, allá en el pueblo, cuando mi difunta hermana Eloína me llevaba un ponche a la cama y una aspirina para combatir las fiebres. ¡Cómo recuerdo aquella vieja cama de hierro, con laterales de finos barrotes negros, y un colchón de muelles, que chirriaba cada vez que yo me daba media vuelta! Junto a la cabecera había una mesita de noche de nogal veteado y, encima, un

vaso de agua cubierto con un pañito y la palmatoria y, en el compartimiento bajo, un orinal blanco, de loza, con los bordes desportillados.

Las visiones de infancia, señora, no se esfuman, perduran a través del tiempo. Yo no olvido las misas dominicales en la ermita de abajo, durante el verano, cuando mi difunta hermana Eloína me enrollaba al cuello una gruesa bufanda de lana, aun en los días más cálidos, para preservar mi garganta de los cambios bruscos de temperatura. Desde niño he sido muy sensible al frío, o, por mejor decir, al frío y al calor. Aunque de constitución pícnica, soy hipotenso y las temperaturas extremas me afectan mucho. A partir de octubre los pies se me enfrían y no reaccionan ya hasta bien entrado mayo. ¿Y qué decirle del calor? La canícula me muele, literalmente me hace polvo y, por las noches, en la cama, no puedo soportar la ropa. La alternativa es irresoluble: el calor de la colcha me impide conciliar el sueño, pero si prescindo de ella me enfrío. En todo caso, mi difunta hermana Eloína se equivocaba al arrebujarme la bufanda, porque mi garganta, aunque pagase las consecuencias, no era la puerta de acceso al frío. En un principio pensé que el frío entraba en mi cuerpo por los pies, fue cuando resolví ponerme calcetines altos de lana, pantorrilleras de las que usaban los pastores de mi pueblo. Más tarde, que por la cabeza, y aunque conservo un cabello fuerte y abundante, sí que entrecano, me aficioné a la gorra de visera y con ella sigo. Éste es otro de mis muchos defectos. Remedio que adopto ya no sé dejarlo, se incorpora a mi modo de ser con carácter vitalicio, aunque los hechos evidencien su ineficacia.

Pero a lo que iba, con los años descubrí que por donde yo me enfriaba, ¡pásmese usted!, era por los muslos, por la cara anterior de los muslos. Me enfriaba, por supuesto, sin sentir frío, lo que me obligó a ser prevenido y llevar en el bolsillo del gabán un chal con el que me arropaba los muslos cada vez que me sentaba. Esto originó no sólo una servidumbre sino un nuevo riesgo, ya que si en alguna ocasión, por fas o por nefás, no podía apelar al chal, inevitablemente cogía un resfriado, lo que, a su vez, me indujo a improvisar sobre la marcha nuevos procedimientos de abrigo, cosa que me ponía, con frecuencia, en situaciones embarazosas. Ahora recuerdo que, almorzando en una ocasión en un restaurante de lujo con don José Miguel Ostos, presidente del Consejo, en los días que me escamotearon la dirección del periódico, sentí un cierto repeluzno, y aprovechando que don José Miguel estaba en los lavabos, me puse las dos servilletas, la suya y la mía, sobre los muslos. Cuando empezamos a comer, el *maître* se disculpó y trajo otras, pero yo pasé la comida más pendiente de ocultar las tres servilletas que de las palabras del presidente. ¡Y tantas situaciones semejantes como podría referirle!

Mi difunta hermana Rafaela, la menor, que era maestra de escuela y una mujer excepcionalmente bonita, siempre que venía por casa me aconsejaba lo mismo: «Uge, eso lo resolvías de una vez con unos calzoncillos largos, de felpa, como los que usaban padre y el abuelo». Pero todos tenemos prejuicios, señora, y uno de los míos es el de declinar una senectud prematura y los hábitos lamentables que ello comporta. Y no por presunción, como pudiera pensarse, sino por un principio estético elemental. Incluso ahora que estoy en el umbral de eso que llaman tercera edad, que yo sospecho que es la misma vejez de antes, me resisto a ello. Si claudico en estas cosas a los sesenta, ¿quiere decirme, señora, qué dejo para los ochenta? Esta actitud mía, dilatoria, abriendo perspectivas al tiempo, me infunde cierta seguridad. De modo que rehusé el consejo de mi hermana, lo cual no quiere decir, y usted perdone, señora, si desciendo a estas intimidades, que yo gaste esos calzoncillos esquemáticos, como braguitas, que ahora se llevan, sino calzoncillos de perniles, blancos, holgados, a medio muslo, de los que se usaban antes de la guerra.

Una de mis fijaciones es, pues, la de cerrarle puertas al frío. El frío es alevoso y yo me sublevo cada vez que oigo decir al ministro del ramo, con esto de la crisis de energía, que es preciso ahorrar calefacción, que la temperatura en centros oficiales no debe sobrepasar los dieciocho grados, que, por añadidura, es más saludable. Y yo pregunto, ¿saludable para quién? Hay quien genera calor dentro de sí y lo expande y quienes precisan recibirlo de fuera. Yo soy de estos últimos, hasta tal extremo que, si al acabar de comer, no coloco la palma de la mano durante media hora sobre mi estómago, éste se paraliza, no inicia la digestión. Una vez comenzada, el mismo proceso digestivo genera la temperatura necesaria para concluirla. Mas la puesta en marcha hay que aplicarla desde fuera, lo tengo comprobado.

Otro día le hablaré de otros achaques de este su buen amigo que la saluda con afecto,

E. S.

9 de mayo

Distinguida amiga:

Dice usted que el campo, por sí solo, no le procura felicidad, que únicamente le resulta alegre si trae usted la alegría dentro y que, en resumidas cuentas, el campo no le parece un sitio para estar sino simplemente para pasar. Tal vez tenga razón, aunque sospecho que usted no ama al campo porque no lo conoce, porque se le ha hurtado la oportunidad, pongo por caso, de escuchar el rumor de una nogala mecida por el viento en tanto el ruiseñor le pone el debido

contrapunto desde la fronda del arroyo. En el campo no debe usted buscar la alegría tanto como la serenidad, esto es, la posibilidad de ordenarse por dentro. Para ello, lo único que el campo nos exige es acomodar la vida a su ritmo. Si cada cual tira por su lado no hay nada que hacer, la armonía quiebra. Usted es probable que haya pasado en el campo uno o dos días y en ese plazo es imposible el acoplamiento. Uno arrastra el apremio urbano y la pausa del campo, en principio, le irrita, el tiempo le cuelga y no acierta a sustituir una actividad por otra, ni a sacar provecho del silencio y la soledad. Esto se va aprendiendo gradualmente, sin más que dejarse estar. Lo que me resisto a admitir es que usted, que ama la música, que en sus cartas demuestra una fina sensibilidad, no comprenda al campo, no haya llegado nunca a una identificación con él.

Mi pueblo, contra lo que usted supone, no es Villarcayo, sino Cremanes, quince kilómetros arriba, hacia la montaña, un acceso fácil y cómodo, pues la carretera, aunque angosta y sinuosa, está recién pavimentada. En este pueblo nací y en él me crié. A los quince años, por exigencias de la vida, hube de abandonarlo y me instalé en la capital con mis hermanas, que gloria hayan. Con los años, cuando mis medios de fortuna mejoraron, adquirí una casa arruinada a media ladera y la fui reconstruyendo con amor, piedra a piedra, con la ayuda de Ramón Nonato, el barruco del pueblo, un muchacho repolludo, silencioso y tardo, pero sumamente eficaz. Cabe la casa, a mano derecha, se yerguen dos olmas gigantescas, a cuya sombra construí una mesa con un ruejo que me vendió el Aquilino Fernández, el molinero, un tipo avispado que hizo dinero con la maquila en la postguerra, cuando los años del hambre. Ahí, en esa mesa, paso las horas muertas, como, leo, hago crucigramas, escucho el transistor, incluso en los días serenos escribo alguna cosilla, pero, sobre todo, observo. Cada verano el petirrojo saca sus pollos del nido del cerezo silvestre y, torpes aún para cazar insectos, bajan a picotear las migas de pan a mis pies. No tienen todavía el pecho pintado y mediante sus frágiles patitas de alambre se desplazan a saltos con increíble rapidez. Las tardes sofocantes, infrecuentes en mi pueblo, suben a sestear a los olmos desde los pobos del soto las tórtolas y los arrendajos. Y muy rara vez, cuando me quedo traspuesto en la hamaca, siento gallear insolentemente a la picaza en la copa.

Al atardecer (en Cremanes el crepúsculo es temprano debido al Pico Altuna, a poniente, con sus buenos mil quinientos metros de altitud) suelo bajar a la huerta o me doy un paseo por la carretera, empujando el carrito de Ángel Damián, con quien siempre es grato recordar los años de infancia. En los últimos veranos he relegado un tanto los paseos. La edad pesa y si a la ida, cuesta abajo o por el llano, uno camina desahogado, el regreso, con la varga de la Penilla por

medio, se hace agitado y fatigoso. Tal vez se deba a un exceso de kilos; lo más probable.

La labor de huerta es más reposada, o se gradúa mejor, y, como por juego, uno trabaja la cintura, flexionándola. Conseguir con las propias manos lo que uno precisa para sobrevivir resulta, por otro lado, gratificador. Lo mismo que comprobar el progreso de las plantas. Mi huerto es chico, media obrada a todo tirar, pero siembro en él un poco de todo: arvejos, habas, zanahorias, vainas, calabacines, cebollas, ajos, remolacha de mesa y, sobre todo, patatas. Esta zona da buena patata, es famosa por ello.

La finca colindante, en erío desde hace qué sé yo el tiempo, es propiedad de Ángel Damián. Ángel y yo, siendo chiquitos, nos enamoramos simultáneamente de la señorita Paz, la nueva maestra, allá por el año 26, pero la coincidencia, en lugar de enfrentarnos, nos hermanó. ¡Figúrese usted el contrasentido, enamorarse uno a los doce años y a los sesenta y cinco seguir soltero! Evidentemente el destino nos juega malas pasadas.

Los padres, los abuelos y los bisabuelos de Ángel Damián proceden del valle, pero sus hijos, el Ángel y el Julito, emigraron por la década de los sesenta. El uno, Ángel, marchó a Alemania, y el otro, el Julito, a Villarcayo, y de aquí a Bilbao. Ahora el Julito vuelve cada verano en su coche rojo (varía de marca y de modelo pero no de color) con la Petrita, su mujer, y los chicos a casa de su padre, que lleva tres años impedido en una silla de ruedas a causa de una hemiplejía. Julito llama a las niñas Begoña y Aránzazu y al niño le dice Iñaqui. En la luneta trasera del coche lleva una pegatina con una ikurriña y una leyenda en vascuence. El hombre está muy integrado. No llevará en Bilbao arriba de nueve años, pero cuando llega aquí y se junta con los de su tiempo, todo se le vuelve decir: «Porque a nosotros los vascos...», o «si no fuera por nosotros, los vascos...». Incluso en el 76 tuvo un altercado con el alcalde, cuando la Virgen de agosto, porque se obstinó en colocar una ikurriña junto a la bandera nacional en el balcón del Ayuntamiento.

En fin, señora, bueno o malo éste es mi pueblo, el pueblo donde he nacido, que espero pueda usted conocer un día. Reciba el respeto y el afecto de s.s.s.,

E. S.

17 de mayo

Distinguida señora:

Sus intuiciones son certeras. Yo me crié con mis hermanas, concretamente con mi difunta hermana Eloína y, de chiquito, con mi

difunto hermano Teodoro, el mayor y, por un tiempo, jefe de la familia. Soy el benjamín de los cuatro y cuando falleció nuestra madre apenas contaba tres años. No conservo recuerdo definido de ella sino algo así como una vaga luminosa presencia, pero cuando me esfuerzo en apresarla se superpone la de mi hermana Eloína, de tal modo que ambas imágenes se confunden. Mi difunto padre falleció dos años más tarde, al decir de la gente del pueblo de pura pena, pues el tío Baruque no le diagnosticó enfermedad.

Muerto el padre, mi hermano Teodoro se hizo cargo de la hacienda, más bien mermada, pero con su esfuerzo se las ingenió para sacarnos adelante. Yo era eso que en los pueblos dicen un tardío, pues nací después de que mi difunta madre cumpliera los cuarenta y siete, caso raro de fertilidad en el mundo rural de aquellos tiempos. Las cosas fueron adelante mientras los hermanos vivimos juntos y en armonía, pero un buen día mi difunto hermano Teodoro, que era el puntal de la familia, se echó novia en Cornejo y entonces empezaron los recelos y, más tarde, al contraer matrimonio, las desavenencias. Total, que repartimos, vendimos las hijuelas y yo, con quince años mal cumplidos, me vine a la capital con mi difunta hermana Eloína. Para entonces Rafaela, la maestra, tenía ya una escuela en propiedad en Alcullín, un pueblecito próximo, a media hora de autobús, y solía pasar con nosotros los fines de semana. En realidad, estábamos mejor separados, pues Rafaela, de carácter firme y más cultivada, no congeniaba con Eloína y la menospreciaba. Mi difunta hermana Eloína cosía para fuera y se ocupaba de las faenas domésticas y, dentro de su gran corazón, era un ser elemental, y la reconcomía que su hermana se presentara cada sábado en casa como una señorita, a mesa puesta. Los roces por este motivo menudeaban y a veces pienso que si mis hermanas no se distanciaron entonces fue por mi causa. Una y otra aspiraban a ganar mi preferencia no enalteciendo sus cualidades personales sino empequeñeciendo las de su propia antagonista. En el fondo, en las relaciones entre ambas, había mayor dosis de puerilidad que de mala fe y, mal que bien, al quedar las dos solteras, se vieron forzadas a conllevarse hasta que a la difunta Rafaela le llegó su hora, cinco años después de su jubilación. La pobre Eloína, aunque pagó un fuerte tributo a la artrosis y últimamente tenía unos andares lentos, como envarados, fue más longeva y falleció el año pasado, de puro vieja y con la cabeza perdida.

Por unas cartas que encontré un día en la cómoda de la sala, supe que mi difunto tío Baruque, el médico, la había pretendido e incluso iniciaron unas relaciones que por razones no del todo claras nunca llegaron a formalizarse. Mi tío Baruque era ya entonces un viejo solterón, pero viéndole erguido, a horcajadas de su caballo alazán, daba el pego, tenía un algo, como una prestancia aristocrática, que

fascinaba. Y se conoce que a Eloína le hizo mella su apostura y a pique anduvo de perder la cabeza y, si no lo hizo, según las viejas comadres del pueblo, fue porque le repugnaba la idea de darme un padre postizo y, con mayor motivo, borrachín y descreído como el tío Baruque era. Por otra parte, mi difunta hermana Eloína ni muerta me hubiera confiado a Rafaela, «sabidilla —decía— como todas las maestras». Total, que se mostró inflexible y probablemente no sólo por mí sino también por una proclividad al celibato que se viene dando en mi familia desde la generación de los abuelos.

En lo tocante a la difunta Rafaela, siguió su camino. Cinco años en Alcullín, tres en Pedrosillo el Ralo, provincia de Salamanca, seis en Medina del Campo y, finalmente, en Motril hasta la jubilación. Durante el Movimiento Nacional, a punto de cumplir los cuarenta, Rafaela tuvo una buena proposición. Sergio, un capitán de Regulares, que empezó siendo su ahijado de guerra, terminó declarándosela. Tenía doce años menos que ella, pero mi hermana, hasta que falleció, conservó un cutis terso, unos ojos vivaces, una figurita proporcionada y una atractiva gracia juvenil. Nunca aparentó, ni de lejos, los años que tenía. Sergio, el capitán de que le hablo, al marchar al frente, la dejó en prenda un cachorro de pastor alemán por el que sentía gran estima, pero el perro, que quedó en casa, se hacía todo por los rincones y mi hermana Eloína, harta, lo envenenó una noche y me hizo escribir a Rafaela a Pedrosilla diciéndole que había muerto del moquillo. Entre ellas, estas mezquindades eran frecuentes. Recuerdo que cada vez que mi difunta hermana Rafaela venía de vacaciones, Eloína, que se negaba «a hacerle de criada», se encamaba alegando una indisposición, y la otra, que no sabía ni freír un huevo, no tenía otro remedio que bajar a comer durante dos o tres días al bar de la esquina.

Pero es el caso que a las dos semanas de muerto el perro, el 31 de marzo de 1939, la víspera del fin oficial de la guerra, al bueno de Sergio lo mató en Igualada una bala perdida. Observará que en mi familia existe una manifiesta propensión a la soltería: por una razón o por otra, tampoco hubo suerte con las oportunidades que se presentaron. Quiero decir que si mi hermana Eloína se muestra un poco menos renuente con el tío Baruque o la tonta bala de Igualada no se hubiera disparado, es más que probable que en algún sentido mi vida hubiera cambiado de signo.

En lo que me concierne, al verme en la capital sin oficio ni beneficio, ni otros estudios que la primaria, me coloqué de repartidor en una tienda de ultramarinos. Era una actividad libre, aunque dura, pues en aquel entonces se llevaban los pedidos en cajones de madera, al hombro, como si la rueda no se hubiera inventado todavía. Mis hermanas consideraron mi decisión un despropósito, pero Eloína cosía

poco y nada podía hacer para evitarlo, y en cuanto a Rafaela, su deseo de costearme una carrera carecía de sentido, puesto que su sueldo apenas le alcanzaba a ella para sobrevivir.

Con el señor Urbano, el dueño de la tienda, permanecí catorce meses, al cabo de los cuales gané una oposición para botones del Círculo Mercantil, una oposición sencilla, a base de un dictado y cuatro operaciones aritméticas, pero que me infundió confianza en mí mismo. El trabajo, menos penoso que el de la tienda, se reducía a llevar flores o esquelas a alguna señorita, ya que al Círculo únicamente tenían acceso los hombres, o comprar cigarrillos o alguna botica para los socios. Como entonces aún no conocía a nadie en la ciudad, el uniforme, gris, con doble botonadura y el gorrito cilíndrico con barbuquejo negro no me afectaban.

En aquel tiempo yo ya escribía algunos poemas, los poemas que aprendí a componer con Ángel Damián en la escuela del pueblo y que secretamente dedicábamos a la señorita Paz, la maestra. Aleluyas fáciles, de rima sonora y naturaleza ripiosa, pero que me proporcionaban un desahogo y un inefable placer. También había tomado gusto a leer los diarios y así fue como una mañana pude enterarme de que *El Correo de Castilla*, el periódico local, necesitaba un ordenanza. Me presenté a don Juan Guereña, el gerente, un hombre de complexión fuerte, mirada gris, acerada, y un cierto aire germánico, pero de trato agradable, incluso paternal, quien, tras un breve diálogo, me concedió la plaza. Pero ésta es otra historia que le contaré a usted con calma más adelante.

Me sorprende que a su edad tenga ya cinco nietecitos. Las madres americanas, cuando llegan a esta situación, inician una carrera universitaria o rematan la que tenían inacabada. Claro que bastante tiene usted con el piano, según me dice. ¿Nunca pensó dar a su *hobby* una proyección pública?

Con sincero afecto,

E. S.

23 de mayo

Estimada amiga:

Admito que mis cartas le produzcan a usted una impresión de serenidad, aunque, como diría el otro, la procesión anda por dentro. A pesar de mi apariencia flemática y controlada, soy hombre de temperamento nervioso; no duermo o duermo mal. Desde muchacho tengo problemas con el sueño. Esto y la acidez de estómago son dos de mis peplas. Al principio combatía la hiperclorhidria con almendras secas. El bicarbonato no lo tolero y tomaba almendras. Las almendras

absorbían los ácidos y me aliviaban pero me producían sequedad de estómago y tardaba horas en digerirlas. El día que comía almendras perdía el apetito y mi difunta hermana Eloína me regañaba. Siempre he andado a vueltas con el estómago. Nunca lo tuve fuerte aunque tampoco me ha deparado graves padecimientos salvo la gastritis, prácticamente crónica, que padezco. Mi amigo y contertulio, el doctor Romero, niega que la gastritis sea una enfermedad, aunque acepta que existen inflamaciones pasajeras de las mucosas que desaparecen en cuanto eliminamos las causas. Yo le respondo que, entonces, se puede admitir la existencia de gastritis circunstanciales, pero él dice que eso es como cuando la piel se ortiga, un accidente, nunca una enfermedad. No nos ponemos de acuerdo, pero lo cierto es que mi hiperclorhidria, siempre latente, se declara a temporadas, aunque me someta a una rigurosa dieta de leche, y otras, en cambio, no la siento aunque almuerce una fabada con todos los aditamentos. Con una particularidad: mi acidez cede si me tiendo en la cama del lado izquierdo y se exacerba si me vuelvo del lado derecho. Esto me llevó a pensar en una úlcera, pero, tras una serie de exploraciones, los médicos la han descartado. Más vale así.

Durante años relacioné mi estómago delicado con mi mal sueño, y puse en práctica una serie de experiencias, pero al comprobar que incluso las noches que no cenaba sufría pesadillas, deseché esta idea. Pensé, entonces, en la influencia del hígado y, a lo largo de medio año, me sometí a un régimen vegetariano, muy rígido a la hora de la cena, pero las cosas no variaron. En vista de mis fracasos, inicié un tratamiento con tranquilizantes y, después, con somníferos, pero todo continuó igual. En realidad, insomnios, lo que se dice insomnios, no padezco, luego el tratamiento con somníferos no procedía. Yo suelo coger el sueño sobre las dos de la madrugada, después de leer un rato, pero se trata de un falso sueño, un sueño superficial, una larga pesadilla. Tampoco es exacto hablar de pesadillas en sentido lato, es decir, por ponerle a usted un ejemplo, las que me asaltaban de chico: pretender huir y no poder mover las piernas, encontrarme prisionero en una angostura que me impide rebullir y casi respirar, etc. Mi pesadilla actual es muy distinta: sueño que estoy despierto, o bien, estoy despierto y pienso que estoy dormido. No lo sé, todavía no he acertado a dilucidarlo. Lo incontestable es que yo puedo retornar a la vigilia tan pronto me lo proponga. En ocasiones, desazonado en mi duermevela, cuento corderos imaginarios o sigo mentalmente el itinerario de un tendón desde un dedo del pie hasta la ingle, pero no me duermo, o, si lo hago, sueño que cuento corderos o que sigo el itinerario de un tendón hasta la ingle. ¿He estado, en realidad, contando corderos o siguiendo tendones sin conciliar el sueño, o he soñado que contaba corderos y seguía tendones durante toda la

noche? Lo ignoro y de ahí mi drama.

Llegado a este punto, comienza la pugna por conseguir la inconsciencia plena, un sueño profundo, la desconexión total de las neuronas. Empeño vano. Cuanto mayor es la voluntad de dormir más fácilmente se impone la vigilia. Y ya, en esta tesitura, uno aboca, como último recurso, a los remedios neuróticos: gotas en la nariz, tapones para los oídos, el antifaz... Entre todos ellos, hay uno verdaderamente ingenioso: los tapones. ¡Qué manera tan simple de eludir el mundo! Con los tapones le da usted al sentido del oído, tan maltratado el pobre, unas prudentes vacaciones. El aislamiento que procuran angustia un poco al principio pero, tan pronto uno se habitúa, encuentra la paz: no existen motores, televisión en el piso vecino, transistores, ni frenazos... Si siente usted la tentación de probarlos, rehúse los tapones de goma y ensaye los de cera, cera blanda, maleable, que se adaptan perfectamente a los orificios de los oídos (apenas escrito esto me asalta la sospecha de que los tapones puedan ser la causa de mis pesadillas al dejar prisioneras las ideas dentro de la cabeza, bordoneando dentro del cráneo, como moscas en un fanal; habré de someterme a nuevas experiencias).

Naturalmente, señora, he leído a Freud. Juzgo sus libros estimables como teoría pero nada más. No creo en el psicoanálisis como terapéutica ni en los sueños como realización de deseos o liberación de represiones. Si esto fuera así, mis sueños, creo yo, tendrían otro carácter. Pero soñar una y otra vez que estoy en vela, ¿qué significado tiene dentro del mundo onírico freudiano de la libido y la represión?

Mi amigo y contertulio el doctor Romero me recomendó un día permanecer menos tiempo en cama. Su razonamiento era discreto: sueño más breve, sueño más profundo. A partir de los cuarenta, me dijo, carece de sentido el viejo esquema de los tres ochos. Ensayé, pero el remedio fue aún peor que la enfermedad. De noche, la pesadilla subsistía y por el día vagaba de un sitio a otro como una sombra, tronzado, incapaz de concentrarme, de lo que deduje que permanecer ocho horas en cama, despierto o soñando que lo estaba, me era imprescindible.

Después de largas reflexiones he concluido que esto mío es una enfermedad profesional. El periodismo, que nos hace trabajar de noche y dormir de día, invierte el orden natural para el que el hombre ha sido construido. Se produce así una desacomodación. El sueño de día no repara, y el trabajo de noche se consigue a base de excitantes y estímulos artificiales (la misma profesión lo es). Durante los casi cuarenta años que permanecí en activo rara vez me acosté antes de las cuatro de la madrugada y, con frecuencia, me retiraba a descansar estando el sol en el cielo. Argüirá usted que hay muchos periodistas

que duermen como lirones, pero esto no es argumento. La silicosis es mal de mineros y son muchos los mineros que no la padecen. En suma, yo, así viva mil años, nunca podré adaptarme al horario de los trabajadores normales. Soy un enfermo incurable.

Pero me temo, amiga mía, que en estas cartas primeras le hablo demasiado de mí, aunque, bien mirado, nuestra correspondencia se inició con la finalidad de conocernos y, en buena lógica, no sería honrado silenciar los aspectos de mi persona que me parecen fundamentales. Mis líneas de hoy responden a su afirmación de que mis cartas le comunican una apacible sensación de serenidad. Tratar de aparentarla ante sus ojos sería una hipocresía. No soy hombre sereno, ni mucho menos imperturbable, aunque haya logrado un cierto dominio sobre mí mismo. En lo que atañe a las suyas, a sus cartas quiero decir, responden a una lógica cartesiana. No hay gratuidad en ellas, unas cosas se apoyan en otras, están machihembradas como una primorosa obra de carpintería.

Creo que se equivocó usted al abandonar sus estudios de Letras tras aprobar los Comunes. Admito los celos de su marido, entonces su novio, ya que hace ocho lustros las muchachas no hacían número en la universidad y las relaciones hombre-mujer se entendían de otra manera. Pero nunca es tarde. Le hablaba en días pasados de las madres maduras americanas, de su vuelta a los estudios una vez que sus hijos adquieren vuelo propio, no las necesitan. ¿Por qué no se matricula usted? El estudiante ideal sería aquel que dispusiera de las facultades de los veinte años y la experiencia de los cincuenta. A nuestros universitarios les falta lo segundo; a usted, lo primero. El problema estriba en descifrar cuál es más importante.

Con afecto y respeto,

E. S.

26 de mayo

Estimada amiga:

Me llega la suya en el momento de salir para el pueblo. Ando metido en obras allí, independizando el desagüe del baño del de la cocina, que resultaba insuficiente. Tengo la casa patas arriba. Como el Ramón Nonato está enfermo, con un lumbago que lo tiene paralizado, he contratado a un albañil de aquí, de la ciudad. ¿Sabe lo que me lleva por jornada? Cuatro mil pesetas y mantenido. ¿Sabe lo que cuesta un kilo de filetes de novilla en Cremanes? Setecientas pesetas. Más que aquí, en la capital, cuando la capital se abastece de reses de allá. ¿Hay quien entienda esto? ¿Le parece a usted serio que el gobierno nos diga que la vida subió un 0,8 por ciento el pasado abril?

Una consulta, señora: el enlosetado de cocina y baño. ¿Baldosas o gres? Los amigos me recomiendan esto último. ¿No cree usted que pueda resultar un poco fúnebre? Le escribiré con calma. Saludos afectuosos,

E. S.

28 de mayo

Estimada amiga:

Se interesa usted en su última por la forma en que llegué al periodismo, cómo, sin estudios previos, pude alcanzar el grado de redactor. Bien mirado, aquello fue fruto de una serie de circunstancias que ni aún hoy, al cabo de los años, resulta fácil explicar. Le hablé en su día de mi presentación a don Juan Guereña, el gerente, la buena impresión que me produjo. A partir de entonces empecé a trabajar en el periódico, en principio un poco de comodín, pues lo mismo echaba una mano en la sección de fotograbado que atendía a la centralita que desempeñaba el papel de ordenanza de redacción. Esto último, que venía a ser un enlace entre la redacción y el taller, era lo que más me agradaba. Aquello era ya periodismo, puesto que manejaba informaciones que, clasificadas en secciones y en letras de molde, aparecerían en el diario a la mañana siguiente. Al cabo de pocos meses quedé fijo en esta sección. Por aquel tiempo, los redactores, aparte la información local, se dedicaban a hinchar los escuetos telegramas que se recibían de Madrid, noticias políticas, principalmente, si que también sucesos y acontecimientos internacionales. Una verdadera labor de creación. El redactor no disponía sino del núcleo argumental, que aderezaba, mediante pocos libros y mucha imaginación, con circunstancias de lugar y de tiempo. En el trayecto hasta las linotipias, en las escaleras y, sobre todo, en el túnel, yo leía apasionadamente las informaciones de que era portador ya que siempre sentí una viva curiosidad hacia los papeles impresos. De esta manera inicié mi formación periodística. Hoy puedo afirmar sin jactancia que el trayecto de la redacción al taller (el largo pasillo, el tramo de escalera de hierro y el húmedo túnel de acceso) fue mi universidad.

Al cabo de dos años se produjo en el diario una importante novedad: la instalación del primer teletipo. ¿Puede usted imaginar, amiga mía, lo que supondría la incorporación de un ingenio que por sí solo reproducía en caracteres tipográficos lo que otra persona tecleaba en Madrid? ¡Una máquina que escribía sola! ¡Una auténtica revolución! Con su advenimiento cesaron los telegramas pero también, ¡ay!, se acabó la imaginación. El volumen de noticias era ahora

excesivo, algunas noches abrumador. Se hacía indispensable seleccionar. El redactor ya no precisaba hinchar, sino, al contrario, desembarazarse de ganga, extractar, ya que en aquellos años se tiraba un periódico de cuatro páginas y la información del teletipo rebasaba lo que cabía en ellas. La esencia del oficio se invirtió, pues. El quehacer, sin embargo, continuaba siendo fascinante y yo acechaba a toda hora el rodillo del teletipo, donde iba surgiendo, letra a letra, la historia de cada día. A intervalos, cortaba en tiras el rollo sin fin, troceaba cada tira y pegaba las noticias en cuartillas antes de pasarlas a redacción. Después, en el túnel, observaba lo suprimido y lo realzado en los titulares y de este modo iba aprendiendo a separar el grano de la paja, a apreciar la síntesis como ejercicio intelectual.

Redactores y linotipistas me habían acogido bien y todos, incluso Hilario Diego, el regente, que después moriría absurdamente de una caída, desnucado en plena calle, y era hombre de carácter difícil, me estimaban. Al poco tiempo, don Juan Guereña, a petición mía, me asignó la plaza de ordenanza de noche, lo que me permitía asistir a la consumación de un proceso que desde el primer momento me había deslumbrado. Fui conociendo así el ajuste, la estereotipia, la confección de tejas y cartones, y, finalmente, ya de madrugada, el momento culminante, la tirada del periódico. Noche tras noche asistía, literalmente transportado, a aquella ceremonia y los domingos, que descansábamos, se diría que me faltaba algo. Yo necesitaba, como del aire, del olor a tinta fresca, del rodar de las bobinas, del bum-bum de la rotativa, de las timbradas intermitentes, de la excitación, en fin, que acompaña cada noche al alumbramiento. Hacia las cuatro de la madrugada me retiraba a casa con el periódico del día, la tinta aún fresca y olorosa, entre las manos. Pero, pese a las altas horas, mi difunta hermana Eloína me aguardaba levantada y, aunque ya no era yo ningún chiquito, me tomaba en brazos, me acunaba y me hacía contarle con pelos y señales las novedades del día.

A estas alturas me había ganado la confianza de los compañeros y raro era el día en que don Fernando Macías, el director, el señor Hernández o Baldomero Cerviño (tan cabal amigo mío, luego; tan fiel) no me encomendaban la redacción de alguna gacetilla. Una noche, el director elogió una breve glosa mía y aquello fue para mí como el espaldarazo, me envaneció, empecé a creerme alguien, de tal modo que, a partir de entonces, yo mismo, en cuanto disponía de un rato libre, solicitaba algún quehacer. Así me familiaricé con el «cajón de los tópicos», como decía agudamente el señor Hernández, y, en poco tiempo, asimilé cosas sustanciales, como, por ejemplo, que las muertes acaecidas antes de los cuarenta años eran «prematuras» y el difunto «malogrado»; las mujeres, «virtuosas» a partir de los cincuenta; «bizarros», en cualquier caso, los militares y «probos» los jueces. La

relación no era larga ni difícil y, como usted imaginará, a las pocas semanas distribuía aquellos adjetivos con propiedad y desenvoltura, como un auténtico profesional. Y por ahí vino mi primer tropiezo, experiencia que aún no he olvidado, a cuenta de la necrología de la dueña de una casa de trato a la que yo, ingenuamente, por aquello de rebasar la cincuentena, califiqué de «virtuosa», lo que me valió una acerba reprimenda de don Fernando.

Este régimen de vida duró, más o menos, tres años, hasta 1936, que se produjo el Alzamiento Nacional y yo, como tantos otros, fui movilizado. A mi regreso, encontré la redacción de *El Correo* un tanto alterada. Durante la etapa republicana el diario se había manifestado no sólo acorde con su tradición liberal sino, yo diría, un poco de la cáscara amarga, y la empresa temía, con cierto fundamento, su incautación. Sin embargo, a estas alturas, Madrid ya no necesitaba incautarse de *El Correo*, puesto que este periódico, como toda la prensa nacional, quedaba sometido a las consignas del Ministerio, convertido, de grado o por fuerza, en portavoz de los principios del Movimiento. Por lo demás, salvo mi anhelo por ingresar en la redacción, cada día más vivo y apremiante, las cosas no habían variado. Una noche, Baldomero Cerviño me animó a matricularme en un cursillo intensivo convocado en Madrid para profesionales que, trabajando en una redacción, carecieran aún de carné. Le respondí que el proyecto era inviable puesto que no tenía el grado, ni estaba en redacción, pero Baldomero, que no se arredra ante nada, recomendó el caso a un viejo conmilitón, Manuel López Artigas, hombre activo y muñidor, políticamente situado, quien hizo la vista gorda de mi condición subalterna, me dispensó de la asistencia al cursillo (que para mí suponía un desembolso económico considerable) y cuatro meses más tarde me remitía el carné, con el número de inscripción en el registro, por correo certificado. La jugada fue redonda y, sobre todo, oportuna, pues, según manifestó el propio Artigas, en lo sucesivo, para ser periodista no sólo se exigiría el grado sino una carrera de cinco años en una escuela especial, medida cauta y prudente para acceder a una profesión de tan alta responsabilidad.

Casualmente, en los meses que mediaron entre mi solicitud y la obtención del carné, y acaso relacionado con ello, don Fernando Macías, el director, y tres redactores de *El Correo* fueron depurados por el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo, ignoro si por comunistas o por masones. Total, que la redacción se quedó en cuadro y la Dirección General de Prensa, para evitar posibles desviaciones, impuso como nuevo director a un conocido botarate, Bernabé del Moral, personaje que se había distinguido mucho en la guerra pero cuyas dotes periodísticas eran nulas. Bernabé, consciente de sus limitaciones, me citó un día a tomar café y me propuso

secundarle, ayudarle a enveredar ideológicamente el periódico, cometido que acepté de mil amores puesto que la línea reticente y solapada de *El Correo* no iba con mi carácter. Y así fue, amiga mía, como de golpe y porrazo me vi convertido en redactor del periódico, mi sueño de tantos años, objetivo por el que tanto había suspirado.

Pero advierto que me estoy extendiendo demasiado. Es posible que mis cartas le infundan a usted una sensación de serenidad, pero tampoco debo abusar de su paciencia. Y el caso es que aquí, en esta atmósfera apacible, con el vallejo de frutales a mis pies, podría seguir escribiéndole durante horas sin fatiga.

Mañana, con harto sentimiento, regresaré a la capital. Contésteme pronto, no se emperece. Besa sus pies,

E. S.

2 de junio

Apreciada amiga:

¿Dice usted que cómo me las apaño? Muy sencillo. Dispongo de una criada que me limpia el piso y me prepara las comidas. A la muerte de mi difunta hermana Eloína, pasé unas semanas desalentado, pues aunque al anuncio del periódico acudieron aspirantes como moscas, ninguna era de recibo. Yo necesitaba una mujer de peso, con experiencia, cosa, por lo visto, nada fácil en estos tiempos. Al fin, la esposa de Arsenio, el tendero, me habló de una extremeña de media edad, responsable y de fiar, que precisamente buscaba una casa tranquila. Conecté así con la buena de Querubina, una mujer que frisará los cincuenta, fondona y trasojada, que todo lo que tiene de testaruda lo tiene de laboriosa. Para que me entienda usted, es una especie de ama de cura sin cura, que era propiamente lo que yo necesitaba.

No le oculto que el cambio de mi difunta hermana Eloína por esta mujer ha significado para mí un calvario. El celo, la intuición doméstica de Eloína no se pueden improvisar. Diríase que en vida de mi difunta hermana las cosas se hacían solas, no se advertía que anduviera nadie tras ellas. A las siete, en invierno y en verano, ya andaba en danza, ventilando las habitaciones delanteras, cuidando de no despertarme, cosa harto sencilla pues, desde hace qué sé yo los años, duermo con los oídos tapados, como creo le dije ya. A pesar de ello, en mi duermevela, percibía los discretos ecos de su actividad, pero eran tan tenues que, lejos de desasosegarme, me relajaban. A las once y media en punto entraba de puntillas en mi habitación, abría las contraventanas y me acercaba a la cama un té con limón y unas rebanadas de pan tostado con mermelada y mantequilla. Un desayuno

frugal. Tras mi viaje a Estados Unidos, que realicé con otros periodistas, invitados por el Departamento de Estado, intenté adoptar el horario americano, más acorde con mi trabajo, pero pronto hube de desistir. A primera hora de la mañana, mi estómago está aún remiso y por mucho que lo estimule es incapaz de digerir una palomita de maíz y no digamos un huevo frito. Un té y una pequeña tostada es lo único que acepta sin rechistar. No obstante, allí, en América, tal vez por la novedad, el cambio de horario, o la vida ociosa, me desayunaba un par de huevos con jamón, cereales y café con leche, sin acusar problemas de digestión. Con este remiendo, y sin emparedado por medio, podía tirar desahogadamente hasta las seis y media de la tarde, hora de la comida formal. Pues bien, esto que allí era norma, resulta impracticable aquí. ¿Por qué? No lo sé. Pero si a poco de levantarme ingiero un refrigerio de esta naturaleza es como si tabicara mi estómago con cemento; no hago vida de él.

Mientras me aseaba, mi difunta hermana hacía mi habitación. No vea usted el amor que ponía en ello. De siempre dormí en una gran cama de matrimonio, la vieja cama de mis difuntos padres que nos trajimos del pueblo, y Eloína, como desde un costado no alcanzaba el otro, alisaba la sábana bajera con una vara. Después remetía cuidadosamente la ropa de los pies procurando abolsarla a fin de que no tirara, ya que a mí no me molesta tanto el peso de las mantas como su presión. La misma meticulosa ternura ponía en el mullido del almohadón, cargando los extremos de miraguano y dejando el centro, donde reposo la cabeza, más ligero y mollar. Eran, yo lo comprendo, concesiones al sibaritismo, detalles puntillosos que, por la fuerza de la costumbre, terminaron por parecerme naturales, pero que ahora, ante la impericia de mi bien intencionada pero ruda ama de cura, he de realizar yo personalmente cada noche antes de acostarme.

Mi piso no es grande ni pequeño, ni antiguo ni moderno. Fue la primera casa que se construyó en el Ensanche, allá por los años cincuenta y, aunque entonces hablaron de una superficie habitable de ciento sesenta metros cuadrados, yo creo que en esas medidas incluyeron balcón, terraza y hasta el descansillo del montacargas. Aparte el despacho y el living-comedor, cuenta con tres dormitorios, más que suficientes para mis necesidades actuales, pero lo justo en vida de mis difuntas hermanas, puesto que ellas, dado su carácter y habituadas a la casona del pueblo, nunca quisieron compartir la habitación.

El edificio, por supuesto, no es tan sólido como los de principio de siglo, ni tan liviano como los actuales, pero con los años le ha salido un serio inconveniente, las goteras. En la época en que se construyó no existían los detergentes actuales que, a lo que se ve, corroen las viejas tuberías de plomo, con lo que, cada sábado y cada domingo,

andamos a vueltas con los fontaneros. La deficiencia es de tal monta que pensé seriamente en la posibilidad de mudarme, ya que hoy me bastaría un apartamento con los servicios centralizados (en mi casa caliento el agua con termo y he electrificado la calefacción, con el precio que eso tiene). Con este fin miré algunos pisos por el Barrio Nuevo, pisitos coquetones de cincuenta a cien metros cuadrados, salón desahogado y un par de dormitorios, pero ¿imagina usted a qué precio? Tres millones y medio los más baratos, que, naturalmente, son los más chicos y, en renta, no encuentra usted uno ni por casualidad.

En otros barrios sí hay pisos de alquiler que no rentan menos de treinta mil pesetas mensuales, esto es, sobre poco más o menos, el sueldo medio de un español con automóvil. Y el caso es que este problema ya no es específico de las ciudades. En mi pueblo, en Cremanes, la hermana de mi difunto tío Baruque cedió gratis una era a un pintor hace lo menos veinte años, únicamente por el capricho de que se edificara una casa nueva en el pueblo, cosa que no recordaban ni los más viejos de la localidad. Bien, pues ahora se pagan trescientas, cuatrocientas y hasta medio millón de pesetas por un huertecito de media obrada para levantar en él un chalé. Y aún le diré más, en una explanada que se extiende delante de la casa de mi difunta prima Casilda, la más antigua del pueblo, blasonada y con arco de dovelas en el zaguán, han construido un burdo edificio de cinco plantas, con pisos que no llegan a los ochenta metros cuadrados y se venden a dos millones de pesetas. ¿Para aproximar la ciudad al campo? Quia, no lo crea usted, la gente de la ciudad acaba de descubrir los pueblos y en un impulso gregario, como son hoy todos los impulsos, se vuelca en ellos pero no para adaptar su vida al ritmo rural sino para transferir a ellos el espíritu hedonista y decadente de la gran ciudad.

Mi régimen de vida, desde la jubilación, no puede ser más metódico. Me levanto sobre las diez de la mañana, dedico una hora a mi aseo personal, desayuno y me encierro en el despacho, leo el diario y escribo, bien cartas, bien algún artículo para *El Correo* o para la Agencia Tres, donde colaboro desde 1961. A la una me doy un largo paseo hasta la hora de comer. El itinerario varía de acuerdo con el clima y la estación, aunque siempre procuro buscar aire puro. Tras el almuerzo, ojeo los periódicos de Madrid, veo un ratito la televisión, resuelvo un par de crucigramas y me lanzo a la calle, pues rara es la tarde que no hay una conferencia, una exposición o un acto de interés. Al regreso, Querubina me lleva la cena a la sala en una bandeja y, bien arrellanado en un sillón, veo la televisión hasta el cierre. A las doce y pico me acuesto y leo un par de horas, no novelas españolas, de ordinario llenas de sexo y demagogia, sino novelas extranjeras de alcance mundial. A propósito, ¿ha leído usted *Holocausto*? ¿Vio la versión de la novela en televisión? ¿No será un exutorio del

capitalismo judío? Me gustaría conocer su opinión.

Con todo afecto,

E. S.

8 de junio

Querida amiga:

No, en contra de lo que usted cree, no soy un televidente empedernido. Entiéndame, suelo ver la televisión un ratito por las tardes, el final del telediario, *La Hora 15* y el espacio que sigue. Y no todos los días, por supuesto. De noche, sí. El tiempo que dedico por las noches a la televisión, rara vez baja de un par de horas. ¿Qué quiere usted? Es la manera de disponer de un interlocutor al que puede usted callar la boca si le resulta inoportuno. Y aún le diré más: a mí no me parece la televisión tan mala como dicen. La televisión no es buena en ninguna parte, si lo fuera, si fuera objetivamente buena, sería mala, es decir, el noventa por ciento de los espectadores que carecen de finura, de rigor intelectual, la reprobarían. El quid radica en no dejarse engatusar por la televisión, evitar pasarse ante el aparato las horas muertas.

¿Cómo? La receta es sencilla: seleccionando espacios. ¿Ha probado usted de seleccionar espacios, amiga mía? Hágalo, se lo recomiendo; es muy saludable. La caja, entonces, deja de ser tonta y pasa a ser entretenida, en ocasiones incluso enriquecedora.

Yo no vi la televisión con asiduidad hasta hace cosa de ocho años, que me fracturé el peroné de la pierna izquierda, y estuve inmovilizado casi dos meses. Una mala pisada en el taller, sin la menor violencia. Según dicen, hay ocasiones en que la disposición de las piernas en relación con el peso del cuerpo posibilita estas fracturas; accidentes tontos pero de enfadosas consecuencias.

Mi difunta hermana Rafaela sí era una televidente contumaz. En vacaciones y durante los últimos años, a raíz de su jubilación, permanecía horas y horas ante el televisor como hipnotizada. Consciente de su afición, y a pesar de que no los regalan, adquirí un receptor en color para sorprenderla. ¿Qué será esto del color que a todos nos encandila? Los hombres llevamos dentro algo del niño que fuimos o del ser primario que se oculta tras el barniz de seres civilizados, de tal modo que anteponemos la imagen cromática al blanco y negro. Sin duda el color no le añade nada a la imagen como expresión artística, pero convierte cualquier transmisión baladí en un pequeño espectáculo.

Mi difunta hermana Rafaela continuaba atractiva a sus setenta años. A veces, cuando estaba abstraída ante el televisor, yo la

observaba complacido, sin que ella se diera cuenta: su frente recta, que ella cuidaba de no despejar del todo; su nariz pequeña, de aletillas vibrátiles, sensuales; sus labios carnosos; sus pómulos prominentes y, ante todo, su piel, fresca y estirada, incluso en el cuello, sin pliegues. De chiquito miraba a mi hermana como a una diosa, su cuello altivo, sus pugnaces pechitos insolentes, su cintura flexible, inverosímil, realzada por las curvas rotundas, ondulantes, de sus caderas. Era una belleza singular Rafaela, que acrecía con su actitud displicente, levemente desdeñosa hacia todo, en especial hacia los hombres. Con Sergio, el capitán de Regulares, del que le hablé en otra carta, su actitud no cambió, al menos en apariencia. Jamás vi a mi hermana ensimismada, afligida o exultante por este motivo. Se dominaba o era una mujer fría que no experimentaba los sentimientos o las pasiones que mueven al resto de los mortales. No obstante, en principio envidié a Sergio, luego, incluso, llegué a odiarle y, aunque esto no debiera decírselo, cuando cayó en Igualada simulé cierta contrariedad pero, en el fondo, me sentí liberado de un peso. Me resultaba insoportable la idea de que Rafaela me abandonara y tuviera otra casa con él. Necesitaba su presencia periódica, la certeza, cada vez que se ausentaba, de que volvería, y, también, aunque le parezca extraño, su virginidad.

La señorita Paz, la maestra de quien me enamoré a los diez años, guarda cierta semejanza con mi hermana. Aparte de ser maestra como ella, tenía la misma malicia relampagueante en sus pupilas oscuras, la misma calidad de carne. Ahora pienso que por eso me enamoré de ella y le dedicaba versos, algunos, Dios me perdone, rayando en lo erótico. Entre mi difunta hermana Rafaela y la señorita Paz había otra cosa en común: sus movimientos lentos, como emperezados y, al mismo tiempo, con algo felino, sinuoso, inquietante, cargado de sensualidad. El atractivo de Rafaela era de tal naturaleza que ni a mí, que era su hermano, me dejaba indiferente.

Voy a sincerarme con usted: creo que lo que en última instancia me decidió a tomar la pluma y escribirle después de leer su nota fue una curiosa coincidencia: mi difunta hermana Rafaela pesaba un kilo menos que usted, medía lo mismo que usted, uno sesenta, y por lo que usted dice, tenía su mismo aire juvenil. Al leer su mensaje, me la imaginé talmente como ella era, grácil, insinuante, la tez oscura, las extremidades largas y flexibles, la mirada caliente... ¿Me equivoco? Si no lo considera impertinente, me agradaría recibir una fotografía suya, una fotografía actual, a ser posible no de estudio. Aborrezco el artificio del estudio, la sonrisa estereotipada, el escorzo previsto, el retoque... En todo me gusta la espontaneidad, lo directo e improvisado. En las contadas ocasiones en que he acudido al estudio de un fotógrafo me he sentido cohibido, amedrentado como en la

antesala del dentista. Luego, los preliminares: levante usted la barbilla, la mirada por encima de la cámara, las manos en el regazo, no se mueva... ¡Atroz! Finalmente el objetivo de la máquina apuntándonos. Realmente irresistible. Prefiero sentir enfocado hacia mí el cañón de un revólver que una máquina de retratar, créame.

Este modo de supervivencia, la fotografía, no me tienta lo más mínimo. Antaño, en mi pueblo, la gente se retrataba al salir de la gripe, cada dos o tres años. Nunca me he explicado esa costumbre. Como es previsible, las cartulinas reflejan unos rostros ajados, macilentos, todavía con la tristeza de la enfermedad en los ojos. Digo yo que la finalidad estribaría en poderse mirar luego al espejo y comparar. «Cuánto he mejorado; cada vez me alejo más de la muerte.» En todo caso se trataba de una excéntrica tradición que no creo perdure hoy ni entre los viejos. Los jóvenes, desde luego, son ya de otra manera.

Tal como la imagino, no merece usted tener una nieta de diez años, la mayor según me dice. Cierto que se casó joven y su hija no menos, pero así y todo. En cualquier caso, el hecho de convivir con su hija, su yerno, dos nietecitas y un hijo soltero le facilita a usted unas posibilidades de comunicación de que yo carezco, lo que tal vez explique su desdén por el televisor. ¿Qué falta le hace a usted? Mi caso es diferente. Y, desde esta altura de la vida, pienso a veces si no habría adelantado más casándome a tiempo. El matrimonio, como el suicidio, es contagioso. En mi familia han abundado los célibes. De cuatro hermanos vivos (nacidos fuimos ocho) únicamente se casó el mayor, Teodoro, y de la familia de mi difunta madre, sólo ella; sus hermanos Onofre, Bernardo, Sixto y Leoncio quedaron solteros y resultaron flojos, no alcanzó ninguno los setenta años y, a excepción de mi difunto tío Leoncio, que emigró a la Argentina y reposa en La Chacarita, todos están enterrados en Cremanes.

Como podrá comprobar, los antecedentes familiares influyen en el hombre tanto como los genes y el medio, a no ser que sean los genes y el medio los que determinan aquellos antecedentes. Pero probablemente, si mi difunto tío Onofre, el patriarca, que gloria haya, se hubiera casado en su día, todos hubiéramos ido cayendo detrás como los bolos. Los hombres, incluso las familias y las comunidades, nos regimos por rutinas.

Disculpe tanto pormenor familiar y reciba un saludo afectuoso de s.s.s.q.b.s.p.

E. S.

18 de junio

Querida amiga:

¡Oh, no, por favor! No recuerdo bien los términos de mi última pero creo que ni por broma debe usted considerarme un sátiro incestuoso. Con mi difunta hermana Rafaela, salvo los últimos años, a raíz de su jubilación, conviví poco, de ahí que, en cierto modo, la considerase una forastera. Y de ahí, acaso, también la deslumbrante fascinación que siempre ejerció sobre mí. ¿Enamorado yo de Rafaela? ¡Qué disparate! No debe usted concluir esto de mi ferviente admiración por ella. La asiduidad desmitifica y, posiblemente, si Rafaela, como Eloína, no se hubiera separado de mi lado, nunca hubiera reparado en su altivo esplendor. Pero mi difunta hermana Rafaela venía para ausentarse y, cada vez que se presentaba, yo descubría en ella algo nuevo, un mohín, un gesto, un ademán que hasta aquel momento me había pasado inadvertido. Y, admito, incluso que, al abrazarla, me estremecía, como si estrechara entre mis brazos a una hermosa mujer ajena a la familia. Pero ¿cabe deducir de esto que estuviera enamorado de ella?

Anoche, ya acostado, le escribí a usted mentalmente esta carta media docena de veces y, a cada redacción, agregaba un matiz que consideraba concluyente. Ahora, en cambio, a pesar de tanto ensayo, me encuentro seco, el hilo conductor se ha roto y el venero de ideas que anoche fluía de mi cerebro se ha agotado. Me siento corto, torpe, sin recursos. Esta sequedad no es infrecuente en mí. Se diría que por las noches renazco de mis cenizas y mi cerebro entra en una fase de lucidez que no conoce durante el día. ¿Reminiscencias profesionales? No le digo que no. Lo cierto es que anoche, in mente, mi carta era razonada y persuasiva y hoy está muy lejos de serlo. Diríase que alguien ha pasado por mi cabeza un trapo húmedo como si fuera un encerado. ¿Cómo disuadirla a usted acerca de mis sentimientos hacia mi hermana? No acierto, mi cerebro es incapaz de organizarse. En ocasiones, ya en la cama, cuando algo por trivial que sea me desazona, tengo la fuerza de voluntad de levantarme y esbozar un guión en una cuartilla con objeto de apresar la coherencia, la estructura del discurso, lo que pretendo decir y en qué orden debo decirlo. Únicamente así, sabiendo hilvanado mi razonamiento, puedo acostarme tranquilo. ¿Y qué resuelvo con ello? Apenas nada. A la mañana siguiente ese guión no me orienta, no florece, es como un tronco sin savia, nada me sugiere. La víspera hubiera rellenado ese esqueleto con carne enjundiosa pero, tras una noche en vela, apenas soy capaz de arrimarle un poco de carroña para disimular su monda blancura. Lo que ayer era un esquema apretado y vivo, puesta en marcha de toda una serie, bien engarzada, de especulaciones, es hoy una relación de palabras inertes, sin proyección posible, como escritas por otra mano.

Pero volvamos al objeto de mi carta, ya que si hoy tomé la pluma fue para tratar de demostrarle a usted que en mi relación con Rafaela no existió nada turbio, ninguna inclinación indigna y, pese a mi cerebro atorado, de alguna manera he de cumplir mi propósito. Ya sé que usted bromea al llamarme sátiro incestuoso, pero tampoco me absuelve del todo. Entre líneas subyace una reticencia socarrona, una deliberada voluntad de dejar las cosas en el aire, porque, en el fondo, usted está convencida de que con Rafaela yo pequé, al menos de pensamiento. Y llegados a este punto, yo me pregunto: ¿cómo sujetar, controlar, dirigir nuestro propio pensamiento? ¿No vuela el pensamiento, en ocasiones, con alas propias, ajeno a nuestro propósito, a nuestra voluntad?

De chiquito, allá en el pueblo, cuando anduve enamoriscado de la señorita Paz, la maestra, cada vez que me confesaba con don Pedro Celestino, el cura, le decía lo mismo: «Creo que he tenido malos deseos, señor cura». Y él, invariablemente, me respondía: «¿Cómo que crees? Y si no lo sabes tú, ¿quién va a saberlo?». Pues aquí donde me ve aún no he resuelto el problema. Aunque uno se diga con la boca o con la cabeza que no desea, tal vez desee. ¿Cómo impedirlo? ¿Basta con no plegarse a ese deseo, las más de las veces porque su satisfacción no está a nuestro alcance, para no quebrantar la ley moral? Otro tanto le digo de la envidia. ¿No lleva el envidioso el infierno en su pecado? ¿No daría media vida por no serlo, por no arrastrar a cuestas tan pesada carga?

Pero dejémonos de disquisiciones morales. Hay otro extremo en la suya que no quisiera dejar sin comentario. ¿A santo de qué voy a tener reservas hacia los andaluces? Entiendo que el andaluz es un pueblo vital, al estilo napolitano en Italia, que si en su patria chica no da lo que tiene dentro es porque no se le facilita oportunidad. Me hacen gracia los andaluces y de manera especial las andaluzas, siempre que no sienten plaza de graciosos oficiales. No sé si me explico. Hay andaluces que por el simple hecho de serlo se consideran en el deber de ser graciosos y andan todo el día de Dios de cuentos y chascarrillos. A mí, estos graciosos oficiales, no me divierten. Todo lo forzado, lo que exhibe ostentosamente una marca de fábrica, me encocora. Me gusta, en cambio, el andaluz espontáneo, con su ceceo y su chanza innatos, que no intenta hacer de su salero un espectáculo. Como verá, mi opinión sobre los andaluces es positiva y el hecho de que usted sea sevillana, lejos de una tacha, es para mí un incentivo. Por si fuera poco, mi mejor amigo, casi diría mi único amigo, Baldomero Cerviño, aunque oriundo de Galicia, es andaluz, de Cádiz.

Querubina me avisa para comer. Otro día seguiremos charlando. La fotografía que esperaba no llegó. ¿Cuándo? Escríbame. No podría prescindir ya de sus cartas. Con afecto,

E. S.

24 de junio

Mi querida amiga:

Gracias, muchas gracias, infinitas gracias. Al fin he recibido esta mañana su fotografía y puedo asegurarle que desde que Querubina me la entregó no he dado pie con bola. Parece mentira que una cosa tan insignificante pueda provocar en un hombre hecho y derecho tamaña conmoción.

Como de costumbre, hoy me había levantado un poco obnubilado, y ni el baño tibio, ni un aseo meticuloso, consiguieron aventar mi malhumor. He leído varios libros sobre yoga y control de la mente y todos ellos coinciden en un punto: la importancia de la respiración como elemento relajador. Inspiraciones lentas, profundas y sostenidas y espiraciones súbitas, ruidosas y residuales como si nuestro cuerpo fuera un neumático al que pretendiéramos desinflar de un solo golpe. Según la filosofía oriental, del uso que hagamos de los pulmones depende, en buena medida, la insatisfacción o la plenitud. Y algún fundamento debe de tener esto cuando yo en el campo me siento más equilibrado y resistente por el mero hecho de respirar aire puro. Otra norma aconseja hacer lo que traigamos entre manos, aunque sea una tarea intrascendente, enfrascándonos en ella como si en su resolución nos fuera la vida. El simple hecho de asearnos, pongo por caso, realizado con pausa, reflexivamente, puede convertir nuestro organismo tenso en un cuerpo laxo y relajado. Movido por esta esperanza, yo he hecho del aseo cotidiano un verdadero rito: baño tibio, recreándome en la contemplación de mi vientre redondeado, emergiendo de las aguas espumosas como una isla, fricción, rasurado minucioso con hoja, a la antigua usanza, masaje del cabello, etc. Por regla general, inicio estas medidas higiénicas, mecánicas, apresuradamente, pero, poco a poco, voy frenando, serenándome, buscando una fruición en ellas, de tal modo que, cuando concluyo, suelo ser una persona controlada, dueña de sí misma. Naturalmente hay excepciones. Hay veces en que la misma pretendida delectación, la voluntad de imponerme un ritmo sosegado, acrecen mi nerviosismo. Tal me sucedió esta mañana, ignoro la razón, aunque sospecho que, al menos en parte, usted tuvo la culpa.

Desde su anteúltima carta me siento avergonzado y perplejo. Entre bromas y veras, usted ha venido a plantear la relación con mi difunta hermana Rafaela en unos términos ambiguos, inimaginables para mí. Con la mejor disposición me examino, analizo mis sentimientos de entonces, los detalles contradictorios de mi trato con

ella, pero no llego a conclusiones definitivas, en rigor no llego a ninguna conclusión. Este afán por alcanzar la luz y el convencimiento de no poder llegar nunca a la luz me desazonan y confunden.

Esta mañana no hallé sosiego en el baño. Fallaron los viejos trucos orientales; todo falló. Y cuando salí del aseo y sorprendí a Querubina, mi ama de cura, barriendo la sala con el escobón de la cocina, perdí los estribos y le armé un trepe desproporcionado. Ella me miró aquiescente, con su sumisa mirada perruna, sin decir palabra, y esto me sublevó aún más. A la espiral de la ira, cuando nos asalta, hay que ponerle un tope para evitar la histeria. Los desahogos verbales no conducen a nada, a lo sumo a que nuestra cólera, que no nos impide reparar en la irrisoriedad de nuestras explosiones, se desborde y nos lleve a la ofuscación absoluta y completa. A veces pienso que muchos crímenes pasionales no se originan en el odio a la víctima sino en el odio a nosotros mismos, al desprecio que nos merece nuestra conducta arbitraria y, objetivamente considerada, grotesca.

En esta tesitura me encontraba esta mañana cuando llegó su carta con la fotografía. ¿Puede usted creer que todo cambió en un instante? Mi arrebato fue como uno de esos pequeños incendios abortados por el extintor de nieve carbónica. Cedió enseguida. Sonreí a Querubina que me entregaba el correo y me encerré en el despacho para que nadie me importunase. Y aquí me tiene usted, ante su vera efigie. De la edad de su nietecita (porque no dudo que será su nietecita la niña a la que usted hace cosquillas) deduzco que la fotografía debe de tener cinco o seis años. ¿Me equivoco? Y de su inactualidad colijo que tampoco es usted amiga de fotografías.

Del retrato me agrada, en particular, su sonrisa, una sonrisa franca, expansiva, frutal. No es la sonrisa de mi difunta hermana Rafaela. La suya, la de usted, es una sonrisa rubia, genuina, incondicional. La de ella, larvada y, en cierto modo, enigmática. Pero ¿qué importancia tiene eso? Hay muchas sonrisas bellas o, mejor, hay belleza dentro de muchas sonrisas. Sus ojos son azules, ¿no es cierto? Los ojos claros son proclives a la miopía. ¿Usa usted gafas? ¿Lentillas tal vez? El riesgo de las lentillas estriba en su desprendimiento inesperado. Si estamos solos nos vemos disminuidos para encontrarlas y, si en compañía, no nos queda otro remedio que declarar la pérdida, esto es, hacer manifiesta nuestra deficiencia, si aspiramos a granjearnos una ayuda.

Yo soy miope desde chiquito, aunque mi difunto hermano Teodoro se negó a comprarme gafas alegando que ningún niño en el pueblo las usaba. Y, en verdad, no le faltaba razón. Las gafas, en aquel tiempo, eran adminículos propios de viejos o de gentes urbanas, signo de inferioridad en todo caso. La compensación de la miopía precoz es que nos vacuna contra la presbicia. ¿Utiliza usted lentes para leer? Yo

leo fácilmente sin ellos, bien que aproximando el libro a los ojos, pero no experimento la menor fatiga, es decir, la fatiga, cuando se produce, es una fatiga psíquica, un cansancio mental, nunca de los ojos.

Del conjunto de su fotografía, me atrae especialmente su vivacidad, perceptible en sus facciones y ademanes, su candorosa apariencia juvenil. Creo que su afirmación en *La Correspondencia* a este respecto era exacta. Usted es lo que por aquí decimos una viuda de buen ver. De sus brazos desnudos y, especialmente, de su cuello, infiero su buena calidad de carne. Yo antepongo a todo la calidad de carne. La calidad de carne es esencial en una mujer y, especialmente, en una mujer madura. Y no me refiero a la celulitis ahora. Me repelen lo mismo unas carnes fofas, fláccidas, blancas, que unas carnes secas, grasientas o musculadas. Odio el vello excesivo, pero no menos esas piernas depiladas, desguarnecidas, frías, como la piel de un reptil. Carnes prietas, densas, contenidas por una piel dorada, sedosa, de vello corto, suave y rubio como el de los melocotones, eso es. No se trata de estar más o menos llena, más o menos flaca, entiéndame, sino simplemente de que la carne, mucha o poca, que recubre el hueso, sea de buena calidad.

Mi difunta hermana Rafaela, durante los veranos en el pueblo, se tendía todos los días medio desnuda, a mi lado, en la galería. Era una de esas mujeres heliófagas, devoradoras de sol; nunca se saciaba. Y a mí me asombraba comprobar que el tiempo resbalaba por ella, que sustancialmente su cuerpo no varió de los treinta a los setenta años: los mismos muslos corridos, tersos, elásticos; los mismos pechitos erguidos, desafiantes; la misma cintura frágil, sin grasas, quebradiza. El cuerpo de mi difunta hermana Rafaela, de una carne de alta calidad, era un cuerpo que retaba a los años, sobrevivía sin acusar estragos, únicamente la muerte pudo con él.

Y ahora una súplica: ¿no podría usted enviarme una fotografía de cuerpo entero, un primer plano? En ésta, en el revoltijo que compone con su nietecita que ríe y se retuerce mientras usted le hace cosquillas, apenas se perciben, con su rostro, los antebrazos y una pantorrilla bien torneada. Pero a mí me agradaría contemplarla entera, sola, en un retrato de personaje, sin argumento. ¿Se avendrá a complacer a este viejo admirador? Entiéndame, la presencia de la niña, que con su risa inocente refresca el cuadro, no me incomoda en absoluto pero dispersa mi atención, y es usted, sólo usted, lo que verdaderamente me interesa ahora.

El día 28 me trasladaré a Cremanes, a pasar el verano. Según mi amigo Protto Andretti, que aunque nacido en Villarcayo le apodamos El Italiano porque es oriundo de allá, los albañiles terminarán mañana. Dejaré pasar unos días para que la casa se oree y Nerea, una muchacha medio anormal que se gana la vida como puede, la limpie

por encima, le quite a Querubina, mi ama de cura, lo más gordo. Esta muchacha, Nerea, ha bajado con sus padres, ya de edad, de una aldea de la sierra. Son, pues, los primeros inmigrantes de Cremanes desde el siglo XIX. De ordinario, los jóvenes se van pero nadie los reemplaza.

Otro día le enviaré mi retrato. Me impone un poco este paso. Usted lo ha afrontado con éxito, pero ¿tendré yo la misma suerte? Y concluyo ésta, ya demasiado extensa, pero su fotografía, su presencia en esta casa sin mujer, bien merecía de mi parte este modesto homenaje.

Sabe la estima y admira s.s.s.

E. S.

29 de junio

Querida amiga:

¿Es cierto que a través de mis cartas se trasluce una punta de escepticismo? Yo creo que el escepticismo, como las canas, llega con la vejez, se desarrolla con la edad simultáneamente a la comprensión. Se conoce que los años mellan nuestros resortes emocionales, nos hacen más incrédulos pero a la par más humanos. Quizá si me analizo por dentro acabaré dándole la razón. Desde chiquito he sido introvertido y, en consecuencia, poco proclive a la franqueza, apartadizo y desconfiado. Es posible que esta actitud defensiva sea común a todos aquellos que, por arriba o por abajo, excedemos la norma, quiero decir a los que somos demasiado altos o demasiado bajos, demasiado gordos o demasiado flacos, en una palabra, a los que, en mayor o menor medida, padecemos un complejo. ¿Tengo yo complejo de bajo? ¿De gordo, acaso? ¿Lo tuve ya de chiquilín? En cualquier caso, mi desconfianza está justificada; puede decirse que desde que nací me he encontrado a la intemperie. A mis padres no los conocí. Los quince primeros años de mi vida estuve desasistido como miembro de una comunidad. Mi pueblo no contaba, no existía en el mapa; si un mal viento lo hubiera arrasado un día, nada se hubiera alterado por ello. Más tarde, ya en la capital, tropecé con un sórdido individuo que, a pesar de mis pocos años, no vaciló en cargarme como un burro para repartir artículos entre la vecindad. Posteriormente, sin comerlo ni beberlo, me veo envuelto en una guerra de tres años. Y, finalmente, cuando logro enderezar mi vida, acierto con mi vocación y estoy a punto de tocar el cielo con la mano, alguien me quita la tierra bajo los pies y me caigo para no volver a levantarme. ¿Qué le parece mi historia? Mi camino no ha sido ciertamente de rosas. Quizá este repertorio de calamidades no difiera, en sustancia, del de la mayoría de los mortales, pero a mí, por propia culpa o a pesar mío, que esto

aún no he llegado a dilucidarlo, me faltó lo que otros tienen para poder afrontarlo con serenidad: compañía. Yo, por sino familiar o porque no la busqué, no hallé una persona que compartiera mi vida. ¿Fue mi hurañía causa o consecuencia de esta situación? ¿No encontré mujer porque soy huraño o soy huraño porque no encontré mujer? No me sería fácil determinarlo, ni adelantaría gran cosa con ello. Fue así y basta. En esto soy un poco fatalista. Achacar responsabilidades, a cosa pasada, no va conmigo, pero ello explica que, fuera del ámbito familiar, apenas dos personas se ganaran mi confianza a lo largo de mi vida: Ángel Damián, hoy imposibilitado, durante la infancia, y, ya de adulto, mi compañero en el diario, Baldomero Cerviño.

Ángel fue un amigo cabal, imaginativo y generoso. A su lado pasé los mejores años de mi vida. Encontrar un eco en la infancia es importante y él me lo deparó. Luego, con los años, los sinsabores y la enfermedad, se ha vuelto taciturno y quisquilloso y ha habido tardes que, empujando su silla de ruedas, nos hemos llegado hasta Cornejo sin cambiar más allá de dos palabras. En la vida, las cosas y las personas tienen su momento y es obvio que el de Ángel Damián ha pasado ya.

Mi amistad con Baldomero Cerviño, como amistad de adultos, ha sido más consecuente. Baldomero no es de aquí, nació en Cádiz y rodó luego por las delegaciones del Ministerio de Información de Lérida, Albacete y Segovia. Aquí encontró lo que buscaba, armonizar el periodismo con su cargo en el Ministerio, una mujer y una familia. Cuando ingresé de redactor en *El Correo*, aparte Bernabé del Moral, fue el único en tenderme una mano. Congeniamos bien. Almorzábamos juntos en una taberna una vez por semana y, luego, cuando se casó, en su casa, los jueves, rodeado de chiquitos que me llamaban tío. Baldomero es una persona equilibrada. Brillante y bien humorado, de todo saca partido. Y, luego, su físico, su noble testa patricia, de sedoso cabello blanco, que él sabe llevar airosamente sobre los hombros, con una altivez arrogante e inofensiva. Hace dos años, cuando falleció Esperanza, su mujer, pensé que se derrumbaría, pero no. Baldomero puede con todo. La desgracia tal vez nos hermanó más. Y si siempre hubo confianza entre nosotros, ésta ha aumentado en los últimos meses. Pero debo hablarle a usted con toda franqueza. Mi intimidad con Baldomero Cerviño no me releva de mi condición subordinada. Yo soy a Baldomero lo que Sancho a don Quijote, o lo que Ciutti a don Juan Tenorio. Los hombres apuestos, inteligentes o intrépidos precisan para brillar, para agotar sus posibilidades de proyección social, de un segundón, de un contrapunto. Yo soy ese contrapunto, señora. Entiéndame, esto es así a pesar suyo, a pesar de Baldomero, quiero decir, de su bondad innata, de su generosidad sin medida. Él no hubiera podido evitarlo, como no puede evitar un

imperceptible tono de condescendencia cuando trata conmigo.

Baldomero, la tertulia de los domingos, los amigos de Cremanes, he ahí los núcleos de mi vida de relación. ¿Poco para sesenta y cinco años? Seguramente, pero ello demuestra que no soy lo que se dice un hombre extravertido, sino al contrario, reservado y misántropo. Usted ahora ha abierto una vía de comunicación con la que no contaba y me he encarrilado gustosamente por ella. Escríbame. Hábleme de sus cosas. No olvide la fotografía. Ignoraba que Silvia, su hija mayor, la casada con el diplomático, residiera en Ginebra. Yo pasé por Ginebra hace un montón de años. Una ciudad aséptica, de grandes espacios abiertos, opuesta en su concepción a nuestras apiñadas e invivibles colmenas. ¿No va a ir usted a visitarla? ¿Es Silvia la madre de las tres niñas o es la de Sevilla? ¿No desea usted un nieto, un varoncito?

Piensa en usted su devoto amigo,

E. S.

4 de julio

Querida amiga:

Moisés Huidobro, el cartero, que accidentalmente hace las veces de alguacil, me entrega su carta, reexpedida desde la capital, con tres fechas de retraso. Con las prisas de última hora, olvidé decirle que me escribiera directamente aquí. No es preciso poner señas; Cremanes es un pueblo chico y todos nos conocemos. De esta manera ganaremos una fecha o tal vez dos.

Las cartas reexpedidas me decepcionan, son como cosas de segunda mano, revenidas, como si hubieran pasado una aduana o hubieran sido violadas previamente. En este punto soy un tanto susceptible. Antaño, durante las vacaciones, no permitía que mi difunta hermana Rafaela leyera el periódico antes que yo. Su anticipación me privaba del placer del descubrimiento y, por otro lado, se me antojaba que un periódico leído antes por otro había dejado de ser virgen, había perdido automáticamente todo su interés.

Le escribo a usted desde la galería encristalada de mi casa, donde mi difunta hermana Rafaela solía tomar el sol sobre una manta con unas sucintas braguitas y un sujetador. ¡Qué tiempos, Señor! La galería está ahora en sombras mientras que la ladera de enfrente y el Pico Altuna reverberan con el sol. Las cuestas, guarnecidas de roble en las cumbres y de pinadas de repoblación en los bajos, empujan la tierra al valle, surcado por el río Adarme, un aprendiz de río, en cuyas riberas, delimitando los huertos, donde ayer apenas crecían unas zarzamoras pugnaces, se alza hoy un soto de castaños, olmos y pobos de cierta entidad que cuando, como ahora, son mecidos por la brisa,

componen una sinfonía vegetal inquieta y grave muy difícil de describir.

Me duele la torcida interpretación que hace su hijo de usted de mi ingreso en *El Correo*. Yo no entré, como él sugiere, por la puerta falsa sino por la única que encontré a mano. Los jóvenes de hoy todo lo simplifican, propenden a la iconoclastia y al maximalismo. En la vida, no hay puertas falsas ni puertas verdaderas, señora. Cualquier puerta es válida cuando es la Historia quien nos la abre. Puede estar seguro su hijo de usted que yo no organicé el Alzamiento Nacional. Soy apolítico, desde la infancia lo he sido, y de siempre he considerado la política como un mal necesario. Quiere decir esto, señora, que tanto me da que la moneda caiga de un lado como del otro, que salga cara o que salga cruz. Únicamente desde esta posición neutral puede emitirse un juicio objetivo. Y ni el de su hijo de usted lo es —es objetivo— ni lo era el de don José Miguel Ostos, presidente del Consejo, cuando, en desdichada ocasión, le oí decir que la Dirección General de Prensa, no atreviéndose a incautarse de *El Correo*, había optado por ocuparlo. Con la mano en el corazón, señora, ¿puede considerárseme a mí, un hombre honesto, uno de los redactores más laboriosos y leales de la plantilla, como un ocupador? Admisible en el caso de Bernabé del Moral, un advenedizo, enemigo declarado de *El Correo*, director por méritos de guerra, pero ¿por qué en el mío, un ser refractario a toda ideología, un simple trabajador? Modestia aparte, señora, mi ingreso en el periódico no reportó a éste más que beneficios, el primero, y esencial, el de controlar de cerca a Bernabé del Moral, lo que no quiere decir que participase de la idea del señor Hernández de considerarle «un polizón con la única misión de hundir el barco». Yo nunca fui un peón del Ministerio, señora, un testaferro, como apunta su hijo. Es cierto que no compartía la ideología del diario, pero tampoco la de su timonel. Y aún puedo decirle más, mi labor durante aquellos años fue polifacética y abnegada aunque nadie, hasta la fecha, haya tenido la elemental cortesía de reconocerlo así.

Pero mejor que mis palabras, le convencerá de lo que digo el hecho de que el año cincuenta, enfermo de gravedad don Próspero Mediavilla, nadie puso objeción a que yo accediera al cargo de redactor-jefe. Antes, a lo largo de diez años, había hecho calle, sucesos, cine y, por último, redacción de mesa, una tarea que en principio había menospreciado pero que se me hizo, con la práctica, atractiva y capital. Como en ningún caso mi trabajo, aunque prolongado, ocupaba todas mis horas, dediqué aquellos años a leer primero a los grandes articulistas de la preguerra —Maeztu, Ortega, Unamuno— y después, en la Biblioteca Municipal, a los clásicos españoles, franceses y rusos. Total, lo crea usted o no, entre la redacción, la hemeroteca y la biblioteca del Ayuntamiento, consumí

diez años de mi vida ajeno a todo lo que significase frivolidad. Mi afición por el periodismo era desmesurada, absorbente y, aunque sin una mira determinada, me preparaba para más altos destinos.

Las cosas parecieron encauzarse, como le digo, en el otoño del cincuenta, con el fallecimiento de don Próspero Mediavilla. Descartados dos compañeros por demasiado viejos, otros tres por demasiado jóvenes y mi inseparable Baldomero Cerviño por pluriempleado, Bernabé me nombró redactor-jefe con el visto bueno de la empresa (oiga esto bien, señora, y transmítaselo a su hijo: la empresa dio su conformidad a mi nombramiento). El cargo era engorroso puesto que, a falta de un director responsable, yo debía ordenar y distribuir el trabajo sin que Bernabé, cuyos prontos eran temibles, se considerase preterido y, al propio tiempo, conseguir la aquiescencia de la redacción como si legalmente los resortes del poder estuvieran en mi mano. Un delicado equilibrio del que, a Dios gracias, salí airoso puesto que no sólo evité roces y enfrentamientos sino que, en poco más de dos años, erradiqué el viejo vicio de la pérdida de los correos, aumenté la tirada en un veinte por ciento y conseguí doblar la publicidad. ¿Qué le parece mi hoja de servicios?

Con el tiempo, la posición del director se fue haciendo insostenible hasta que, al iniciarse la década de los sesenta, se produjo un cierto reblandecimiento en el control de la prensa, con lo que bastó un leve empujón de la empresa para desembarazarse de Bernabé, un hombre de paja y que, forzoso es reconocerlo, había entrado allí de cuña. Mi ascenso a la dirección parecía inevitable ya que no había a la vista ningún otro candidato idóneo. Cualquier observador desapasionado lo hubiera reconocido así. Y, sin embargo, amiga mía, prevaleció la política, prevaleció la ingratitud, y mi relación superficial, meramente amistosa, con Bernabé del Moral, se antepuso a mis méritos, con lo que mi sueño de tantos años quedó truncado. Pero desmenuzar este doloroso episodio me llevaría demasiado tiempo. Dejémoslo para otro día.

Llevo un par de horas junto a usted, escribiéndole a usted, charlando con usted, y créame que ni mi cabeza ni mi pulso acusan el menor cansancio. La galería ya no está en sombras. El sol, próximo a su cenit, penetra ahora por el lateral de cristales e ilumina, en parte, el entarimado de enebro. La brisa ha amainado y el verde vallejo se adormece en un sopor canicular. No será difícil que a la tarde truene. Sobre el corral vuelan las palomas que instalé hace dos años en la vieja panera de casa, apenas dos docenas pero animan la vista y, de cuando en cuando, me proporcionan unos palominos para la mesa, el manjar que más aprecio. ¿Los ha probado usted? El palomino es un bocado de príncipes, más fino si me apura que la perdiz y el faisán, de pechuga más tierna y esponjosa. Mi difunta hermana Eloína utilizaba

una receta infalible. Anótela usted y pruébelos en la primera ocasión. Una profusa cama de cebolla con una cucharada de aceite por unidad, un diente de ajo y una ramita de perejil. Deposítelos en ella, rehóguelos y póngalos a hervir a fuego lento, preferible de leña y carbón, en cocina económica. Pínchelos de cuando en cuando con un tenedor hasta que las púas alcancen el hueso sin resistencia. Sírvalos en caliente, sin destapar la cazuela. Una recomendación: no añada nunca agua. Es ésta una costumbre muy extendida ante el temor de que el pichón quede enterizo. A lo sumo, vierta en el guiso, antes de iniciarse el hervor, un chorrito de vinagre. Nada más. Usted me dirá, una vez que lo pruebe, si hay manjar más delicado en la tierra.

Disculpe tan larga epístola y reciba la amistad y el afecto sincero de este s.s.s.

E. S.

P.D.: Acompaño una fotografía del invierno pasado. Es la última que me han hecho y no encuentro nada mejor.

10 de julio

Querida Rocío:

Nunca hasta hoy me decidí a escribir su nombre, se me antojaba excesiva confianza, una osadía, estamparlo sobre el papel; me limitaba a musitarlo cuando paseaba sin rumbo por la carretera, empujando el carricoche de Ángel Damián o cuando, a la noche, me recogía en casa a mirar su fotografía (¿para cuándo la próxima de cuerpo entero?) o a pensar en usted. Nobleza obliga y debo confesarle que su nombre, en abstracto, antes de colocarlo en su persona, no me agradaba, se me antojaba un nombre *typical*, con aire de castañuela, de feria andaluza y yo, usted debe saberlo todo, no soy hombre fiestero. Me asfixian las muchedumbres. Tal vez ame al hombre pero, desde luego, aborrezco a las multitudes. Usted puede encontrarme, si me pierdo, en cualquier parte, pero no me busque en un mitin ni en un partido de fútbol. Toda aglomeración se me hace hostil. La conciencia colectiva es homicida. ¿Nunca asistió al espectáculo de un árbitro acosado, triturado, por los improperios de millares de energúmenos? Deprimente. La indefensión humana ante la sociedad se patentiza ahí. Pues bien, su nombre, en abstracto, encerraba para mí, desde siempre, resonancias multitudinarias, festivas. Ahora, en cambio, al escribirlo, me he estremecido. ¡Qué dulce es! Es un nombre fresco, silvestre, reconfortante, alegre, sin connotaciones verbeneras. Rocío es usted, únicamente usted, y aunque en su tierra existan cientos de Rocíos, para mí, desde hace tres meses, no hay más que una.

Le sobra a usted razón, exijo mucho del físico de una mujer, tal vez demasiado. Instintivamente lo antepongo a otros valores y cuando prejuzgo que una fémina «vale poco» me estoy refiriendo exclusivamente a sus cualidades externas, a su físico, o sea que, antes que el ser pensante, habla en nosotros el animal. ¿Qué quiere? De barro somos. Y aún voy más lejos (aquí sobra toda hipocresía): prefiero, ya se lo dije, una noble calidad de carne a una cara bonita.

Se muestra usted, en cambio, poco indulgente cuando dice que pido mucho y doy poco a cambio, que consejos vendo y para mí no tengo. Soy bajo y rechoncho, no lo oculto, no soy ningún adonis, pero en los varones, pienso yo, eso no tiene importancia. El músculo sólo significa algo en los tarzanes de cine, en los supermanes. Un hombre sano nada tiene que envidiar de un hombre musculoso. En mi caso, además, las grasas están repartidas con equidad, bajo una piel tersa, sin asomo de celulitis. No es una gordura fofa la mía. Es una gordura, para que usted me entienda, que todavía tiene remedio. Un poco de ejercicio, una dieta moderada y echaré fuera quince kilos tan pronto me lo proponga. Pero ¿puede usted decirme a quién ofende mi obesidad? El hombre no debe estar solo entre otras razones para no abandonarse. Mi difunta hermana Eloína se mostraba muy rígida en este punto, pero su debilidad por mí la inducía a verme alto, incluso espigado. El juicio de usted es más válido, no ya por exigente sino por objetivo. Mas yo pienso que lo que hay que mirar en un hombre es lo que hay dentro de su cabeza, lo demás es secundario. De ahí que me conforte que lo que más le agrade a usted de mi persona sea mi aire intelectual, acentuado, sin duda, por la nueva montura de mis gafas. En cualquier caso, no va usted descaminada, ya que, al margen de mi etapa de recadero, en mi vida he hecho otra cosa que leer y escribir. Mis manos son inútiles para cualquier menester que no sea sujetar una pluma. De ahí que mi primera aspiración, a raíz de jubilarme, haya sido aprender a hacer algo con las manos, sembrar y recolectar, pongo por caso, ya que para imponerme en otras industrias es seguramente demasiado tarde.

Ignoraba que su hijo de usted estudiara en la Facultad de Ciencias de la Información y, con mayor motivo, que se interesase, para su tesina, por la etapa de censura previa de los primeros años de posguerra. La realidad no es tan luctuosa y flébil como él imagina, pero, si así lo desea, le hablaré de la imposición de directores, la destitución como medida precautoria, la reducción de cupos de papel, las consignas de obligado cumplimiento y otras zarandajas, aunque yo le aconsejaría que dejase dormir al pasado y proyectase su mirada sobre el porvenir. ¿Ha pensado su hijo de usted, por ejemplo, en el futuro del periodista español? No me choca que la juventud se sienta atraída por esta profesión, por lo que encierra de audaz, influyente y

arriesgada, pero la verdad es que no es oro todo lo que reluce. ¿Conoce su hijo de usted la estadística de *Le Figaro*, según la cual con los periodistas españoles actualmente titulados podrían cubrirse las vacantes que se vayan produciendo, ¡en Europa!, hasta el año dos mil? Sombrío panorama. Y para acabar de arreglarlo, ahora salen con que la libertad de expresión es incompatible con la exigencia de un título, en una palabra, que para ejercer de periodista no se va a necesitar más que un bolígrafo y caradura. ¿Qué le parece? ¿Qué sentido tiene entonces nuestro esfuerzo, el esfuerzo de mi generación? Esto es, a mi juicio, y no las presiones, ni la censura, ya superadas, lo que merece un estudio a fondo. A los jóvenes de hoy les gusta ganar tiempo perdiéndolo; entiéndame, haciendo cosas inútiles, estudios que no sirven para nada. El pasado jueves se instalaron en Cornejo, en la Casa del Museo, cuatro biólogos de nueva hornada que dedican el día entero a cazar ratones. Cuando charlo con ellos me sorprende su falta de pragmatismo. Hacen las cosas porque sí, para autojustificarse, por hacer que hacen. Al atardecer instalan sus cepos y por las mañanas los desmontan. Ésa es su tarea. ¿A qué conclusiones han llegado? ¡Pásmese usted! A que la peluda rata norteña, en contra de lo que afirman los manuales científicos, no es privativa del Pirineo sino que también se da en estos montes. Ellos se envanecen de su descubrimiento pero, a mi ver, señora, esto es tan superfluo como tratar de determinar el sexo de los ángeles. ¿De qué nos va a servir a los españoles de a pie que los manuales amplíen el área de dispersión de la peluda rata norteña? ¿Es que la presencia de la dichosa rata va a fertilizar nuestros campos? ¿Va a aumentar, acaso, la productividad o el nivel de vida de los españoles? ¿Qué lo mismo nos da, en una palabra, que la rata esté un poco más arriba o un poco más abajo? Nuestro país es un país especulativo. Ahí tiene usted cuatro mozancones, en la flor de la edad, perdiendo el tiempo con los ratones y en setiembre nos faltarán brazos para recoger la fruta, habrá que dejarla en los árboles como otros años. ¿Adónde vamos a parar por este camino?

La dejo a usted. Pasado mañana me iré con Protto Andretti y los Aspiazu, un matrimonio navarro que veranea aquí desde hace años, a la garganta del Cares, una apretada excursión de dos días. Enseguida estaré de vuelta. De esta manera distraigo la espera de su carta, cada día más anhelada.

Suyo de corazón,

E. S.

13 de julio

Querida:

Escribo en Niserias, orilla del Cares, desde un mirador sobre el río. Diríase que uno ha descendido a cielo abierto hasta el mismo corazón de la Tierra, tal es la majestad de estas formas colosales. La cordillera se derrumba aquí y, entre monte y monte, aparecen nuevas estribaciones escalonadas, las últimas difuminadas entre el velo de la bruma. La Peña Mellera preside el concierto de este desconcierto orográfico, donde las horas de sol son contadas, apenas tres, según dicen, en los días más cortos del invierno. Tras el paisaje bucólico de Puente Nansa, al que las crestas atribuladas de los Picos de Europa, al fondo, imprimen severidad, accede uno a este cañón de abrumadora grandeza, donde las laderas y farallones, pese a su verticalidad, se revisten de una vegetación espontánea y variada: hayas, robles, castaños, alisos, fresnos, avellanos. ¡Qué promiscuidad botánica increíble! Y, abajo, en el hondón de la quebrada, el río. Un Cares que se me antoja ha perdido transparencia, aquel verdor azulado que le caracterizaba, único entre los ríos de la vieja Europa. ¿Habrá llegado también aquí, querida amiga, la contaminación?

La recuerda con cariño entre montañas,

E. S.

20 de julio

Querida Rocío:

Me parece plausible el tuteo que me propones y las razones que aduces para ello: «Somos dos personas maduras, no dos viejos». Exacto. Así es, en efecto. Y ya, en el umbral de la franqueza, te confesaré que tus primeros «tus» me han producido una emoción inefable, entre rejuvenecedora y erótica. El «tu Rocío», con que cierras tu carta, denota intimismo, una noción de pertenencia que, en mis especiales circunstancias, resulta altamente confortadora.

Desde mis primeras cartas estuve tentado de sugerirte lo que tú me propones ahora, pero, en última instancia, desistí. Siempre he sido corto e indeciso, especialmente con las mujeres. No tengo madera de protagonista. A mis sesenta y cinco años aún no he aprendido a pasar el primero por una puerta. Nací con un sentido de la subordinación que todavía persiste. Yo creo que en Castilla esto nos ocurre a todos los que procedemos del campo. Arribar a la capital y que a uno le acepten en ella ya te coloca, de entrada, en una situación de dependencia, y hasta casi diría de sumisión.

En mi caso, pasar del «usted» al «tú» es algo así como invitarme a quitarme la corbata y a conversar contigo en pijama (y no veas la menor malicia en esto) y zapatillas, al margen de todo protocolo. Y,

una vez aliviada nuestra relación de este atamiento, desaparecen automáticamente la timidez y la desconfianza. El tímido es, por principio, un desconfiado. Desconfía de sí mismo, de su físico, de cuanto le rodea. ¿No tuviste nunca conciencia de estorbar? Al tropezarte con una persona, al irrumpir en un grupo, al entrar en una oficina, ¿no experimentaste alguna vez la impresión de ser mal recibida? El apocamiento nos torna suspicaces, anula nuestra espontaneidad y, en consecuencia, reduce nuestras posibilidades de integración. Somos conscientes de ello pero nos agarrota un miedo insuperable, no podemos vencerlo. ¡Ah, si pudiéramos! En tal caso dejaríamos de ser tímidos. Esto nos coloca en una situación de preteridos, lo que, a su vez, origina una tensión propicia al arrebato. La agresividad del tímido es proverbial, gratuita e incoherente. ¡Dios nos libre, querida, de la agresividad del tímido!

Pero estoy filosofando, amiga mía, cuando lo que procede es agradecerte esta nueva prueba de confianza que me das. Después de leer tu carta, te siento más mía o, por mejor decir, por primera vez me considero con algún derecho sobre ti. Es obvio que el tuteo aproxima y en este momento, mientras garabateo estos renglones, tengo la impresión placentera de que camino a tu lado por el Parque de María Luisa, ahí en Sevilla, charlando despreocupadamente de esto y de lo otro. ¿Cuándo podrá ser realidad?

Las cosas ruedan normalmente por aquí. Durante el día, el tiempo es caluroso, sin excesos, pero cuando cae el sol empieza a soplar el norte, un vientecillo insolente, extremadamente fino, que aconseja ponerse el chaleco. Anoche coincidí en la bolera con Ángel Damián, Aspiazu y Protto Andretti. Éste, como de costumbre, se llamó andana a la hora de abonar los gastos de la excursión, que, con el precio de los restaurantes y la subida de la gasolina, se ha puesto en un pico. Las cosas están por las nubes, querida, y en estas circunstancias resulta prohibitivo moverse de casa. La comida más económica, en un hostal de carretera, sin postre y con vino a granel, alrededor de quinientas pesetas. ¿Qué te parece? Hicimos cinco comidas, sin contar desayunos, de modo que echa la cuenta. Y, total, para una excursión de un par de días. Claro que para Protto lo mismo daría dos que media docena, él es un invitado perpetuo. Y lo curioso del caso es que este hombre no sabe hablar más que de dinero, pero no saca la cartera ni por cuanto hay. A mí, hablar de dinero me deprime, aparte de que gastar el dinero y comentarlo luego duele dos veces, cuando se suelta y cuando se recuerda. Pero, sobre todas las cosas, ¿para qué se ha inventado el dinero más que para gastarlo?

Te preguntarás qué pinta aquí un tipo con este nombre. Te diré. El abuelo de Protto llegó con los franceses el siglo pasado para tender el ferrocarril Alar del Rey-Santander. Mediada la obra conoció a una

muchacha en Reinosa, con la que luego se casó, y se vino a vivir a Espinosa, donde montó una serrería que al cabo quebró por causa de la deforestación. Protto, su único nieto varón, ya crecido, se resistió a emigrar, se casó en la capital y, convencido de que ésta era una zona rica, puso en explotación la mina de Sedeña, a cuatro pasos de aquí, una vieja mina de cobre, abandonada hace qué sé yo el tiempo. El yacimiento es muy hermoso. En los cortes de la montaña, junto al camino, se ven las franjas azules y verdes de la azurita y la malaquita pero, al decir de los entendidos, no es rentable. Quizá lo fuera a base de invertir dinero, pero no mediante el procedimiento artesanal que Protto utiliza, subiendo cada mañana en la furgoneta a media docena de peones. Rentable o no rentable, él mata el rato. Lo malo fue la mujer, que, harta del pueblo, marchó a Espinosa y, de Espinosa, a la capital buscando ambiente. Le asfixiaba el campo y, con objeto de entretenerse, echaba al mundo un hijo cada año. Al séptimo se plantó y, una mañana, desapareció de casa dejando una nota para Protto en la que le anunciaba que estaba cansada de criaturas y se largaba a Venezuela con el delegado de Sindicatos. Puedes imaginar el estupor que causó la noticia en la capital y en toda esta comarca. Un hombre en plena juventud, abandonado con siete hijos, el mayor de nueve años. ¡Ni una loba se comportaría así! A partir de ese momento, Protto empezó a explotar la conmiseración de las gentes como antes había explotado la malaquita y la azurita de la mina de Sedeña, pero con mayor provecho. La cartera se le cerró y ésta es la hora, y va para veinte años, que todavía no ha pagado una ronda en el bar. Los niños ya son talludos y no les falta apoyo para colocarse en un sitio o en otro. La gente de este país, que es dura de natural, se enternece con el melodrama. Como verás, la historia del Italiano no tiene desperdicio. Pero una cosa es la compasión y otra el abuso, y si Protto no dispone de numerario lo mejor que puede hacer es dejarse de excursiones y quedarse en casa. A fin de cuentas, una visita a la garganta del Cares tampoco es una cuestión de vida o muerte.

Espero impaciente tus noticias y la nueva fotografía. Tú mandas, tú reinas en este pobre corazón solitario.

E. S.

26 de julio

¡Dios mío!, querida, ¿eres tú? ¿Es posible que seas tú esa muchacha vivaz, libre, despreocupada, que alza los brazos al cielo, arrodillada en la arena? Ante tu cuerpo semidesnudo (apenas dos minúsculas piezas cubriendo tus partes pudendas), concluyo que es posible vencer al tiempo. ¿Te ofenderás si te digo que no aparentas la mitad de la edad

que tienes? Me siento turbado, querida, como un adolescente ante la primera imagen erótica, aunque también viejo y desbordado, no lo puedo remediar. Desde que Moisés me trajo ayer tu carta con la fotografía, estoy en pleno arrobamiento. Pensé escribirte enseguida, pero mis manos, todo mi ser, ha quedado paralizado ante tu belleza. Pocas mujeres, a tu edad, afrontarían la prueba de fotografiarse en dos piezas. Perdona la indiscreción: ¿qué años hace que te tomaron esta fotografía? Acabas de salir del agua, ¿no es cierto? Tus cabellos, sin perder el tono rubio, están mojados, lacios, adheridos a la frente y por tus antebrazos resbalan dos gotas de agua que brillan al sol donde tú miras. Tu nuca queda en la penumbra, despejada, pero ¡qué acabada unión la de tu cabeza con el tronco, qué curva tan grácil y armoniosa! Cuando se dice que la mujer es en esencia una línea curva nadie repara en ese arco, aparentemente trivial y, sin embargo, tan importante. Es frecuente que la cabeza no concuerde con el tronco, que cada uno tire por su lado. En ti sucede lo contrario, la cabeza es una prolongación del cuerpo y en tus movimientos, ¡esos brazos gloriosamente levantados!, hay una euritmia, un equilibrio adolescente, si que también un deseo inmoderado de vivir. Luego, el color. Ese tono avellana de tus hombros, tímidamente difuminado en los costados y las caderas, imprime relieve a tu cuerpo. ¡Qué bien te ha tomado el sol! La facilidad para captarlo es una prueba más de tu noble calidad de carne. Hay personas a las que no toma el sol, pieles que repelen el sol, donde el astro rey rebota impotente día tras día. Suelen ser seres de epidermis cerúlea, fría, viscosa. Tú, en cambio, asumes el sol, lo acoges y sus rayos doran tus miembros, tus hombros de efebo, todo.

¿Qué más? ¿Es que hay más?, te preguntarás. Y lo hay, querida; hay ese vientre terso, tirante, donde uno se resiste a admitir que hayas albergado tres hijos; hay esos muslos largos, torneados, potentes, acogedores, propios de una atleta de veinte años. Hay, en fin, la gracia indescriptible de tus senos, mínimos y prietos como dos piñas, semejantes a los de mi difunta hermana Rafaela cuando hace años se soleaba en esta misma galería donde ahora escribo. ¿Diste el pecho a tus hijos, amor? Sencillamente increíble.

En una mujer es un error analizar detalle por detalle, los ojos por un lado, la cintura por otro. Lo que hay que mirar es la adecuación, si esta nariz concuerda con este cabello y este cabello con estas caderas. ¿Que no tiene nada que ver una cosa con la otra? Falso, querida, eso es un prejuicio falso. Todo se relaciona con todo. A priori nadie puede afirmar que un ombligo redondo, pongo por caso, sea más hermoso o menos hermoso que un ombligo rasgado. El ombligo rasgado suele delatar un vientre abultado, voluminoso, decadente, pero no necesariamente es así. A veces el ombligo rasgado encubre una cierta

malicia oriental. En tu caso, el ombligo redondo no sólo armoniza con la forma de tus ojos sino, especialmente, con tus senos y la ondulación de tus caderas.

Ante tu efigie, algún exaltado afirmaría, en pleno paroxismo admirativo, que tu cuerpo tiene las proporciones de una estatua griega. Y se quedaría tan fresco, cuando sobre las proporciones griegas hay tanto que decir. Atribuir a una mujer las proporciones de la Venus de Milo, por ejemplo, está lejos, a mi juicio, de ser un piropo. Para mí, la Venus es demasiada mujer, su cintura es enteriza y sus pechos de matrona. No es mi tipo, vaya. ¿Dónde está, pregunto yo, la elasticidad de la Venus de Milo? ¿Y puede haber belleza en un cuerpo femenino sin elasticidad? No. No es esto, no es esto, que diría el maestro, aunque refiriéndose, bien es cierto, a otra muy distinta circunstancia.

Creo que ya es hora de decirte que, pese a mis sesenta y cinco años, no he conocido mujer en sentido bíblico. No soy bien apersonado, no puede decirse que mi apostura seduzca a las mujeres, pero, además, lo mejor de mi juventud lo pasé entre libros y papeles, sin tiempo para otra cosa. Quedaba el viejo recurso del comercio carnal, recurso del que, me creas o no, nunca eché mano y no por virtud sino porque esta infame trata, lejos de excitarme, me deprime. Esto no significa que no tenga ojos en la cara y en mis visitas a piscinas y playas haya examinado a muchas mujeres de las más diversas edades, por lo que estoy en condiciones de comparar. Te diría más, mi exigencia a este respecto, como reconocías en una de tus cartas, es tan puntillosa que, sin otra experiencia que la de ser un incorregible mirón, haría un impagable jurado en un concurso de belleza.

Queda algo por aclarar, algo que la fotografía no muestra, tu espalda. ¿Está tu espalda dividida en dos? Esto es fundamental, querida. Hay espaldas uniformes, huesudas, asimétricas; otras, con dos prominencias, los omóplatos picudos, como dos senos bizqueando; otras, en suma, mollares, grasas, otoñales, donde nada permite adivinar que debajo se oculte un esqueleto. Ninguna de estas espaldas vale. La espalda hermosa, la espalda ideal, es la espalda dividida en dos por un tajo profundo. La espalda que va estrechándose hacia la cintura por los flancos y, al propio tiempo, se ondula suavemente hacia dentro para ir conformando la curva prominente del trasero. Tu fotografía, en semiescorzo, no permite apreciar esto, siquiera, a través de lo que es notorio, no es admisible que Dios te haya regateado esta última gracia.

Otra pregunta: ¿quiénes son las personas que te acompañan? Tu nietecita no está. Veo a un niño con un pelotón de colores junto a una muchacha muy joven con bañador azul entero. ¿Es, tal vez, tu hija? Detrás hay dos personas rebozándose en la arena, que miran hacia ti,

un muchacho en primer plano (¿es Federico, el periodista?) y otro u otra, no se puede precisar el sexo debido a la sombra de tu cuerpo, que parece de más edad. Me agradaría ir conociéndolos a todos. Otra pregunta y ya termino: ¿en qué playa está tomada la fotografía?

Mi excitación es tal que en este momento envidio a la arena donde te arrodillas.

Tuyo, encendido admirador,

E. S.

2 de agosto

Queridísima:

Hemos llegado a un punto en que este retiro mío, por el que tanto suspiré antaño, se me hace arduo, insoportable a veces. Da lo mismo que me encierre en casa, que pasee, que juegue una rana o una partida de bolos o que baje un rato al huerto a regar. No encuentro sosiego en ninguna parte. Ante este sentimiento creciente de orfandad me refugio en tu fotografía, naturalmente la última, y la repaso con morosa delectación, una complacencia que rara vez puse en ningún otro acto de mi vida. Hoy he permanecido largo rato admirando los dulces cuencos de tus axilas, escrupulosamente depiladas, húmedas, sombrías, en abierto contraste con la blancura inmaculada de tu sintético bañador. Me agrada que la mujer sea coqueta. La coquetería es esencialmente femenina y detesto las nuevas y juveniles tendencias al unisexo. Dejar el vello en las axilas en una playa es un descuido parejo a llevar las uñas sucias. Por cierto, ¿de qué color es la laca que utilizas? La policromía de las fotografías suele ser especiosa, por lo que sospecho que ese tono azulado que se observa en las uñas de tu mano derecha (de la izquierda únicamente muestras la palma) es defecto del carrete (también el azul del cielo da demasiado intenso, casi añil) o causado por el frío del agua de donde, evidentemente, acabas de salir. No olvides puntualizar este extremo. A mí me agrada la laca rosa, color carne, en cambio los tonos imaginativos como el azul se me antojan demasiado sofisticados.

En mi carta anterior aludía a tu piel, a la asombrosa capacidad de tu tez para captar los rayos solares. A medida que analizo la fotografía, esta cualidad tuya me admira más. Tu piel luce justamente el punto de dorado rojizo que me place. El tostado mate, cetrino, negroide, es propio del hortera de playa que tanto abunda. Es ese suave, delicado matiz rojizo que tú muestras el que imprime distinción a un cuerpo desnudo. Pero hay algo más. ¿Nunca has reparado en cómo se acentúa la gracia femenina en un cuerpo dorado por el sol? Hay hombres que prefieren las carnes blancas, lechosas, sin curtir. Yo

no, desde luego. El sol, al difuminar los tonos, resalta las curvas de la mujer, las tornea, enalteciéndolas. Observa tu pecho en la fotografía. El surco en sombra, que separa ambos senos, va iluminándose gradualmente, con un diferente tono de pigmentación, hasta alcanzar el punto máximo de luz, para decrecer de nuevo en una penumbra dosificada. Si el cuerpo de la mujer es relieve, pura orografía, el sol viene a subrayarlo; es el mejor colaborador del encanto femenino, su complemento.

Pero es el caso, Rocío, que el recreo que me procura tu imagen va acompañado de una punzante desazón. La tele hablaba anoche de los cuarenta grados de Sevilla, de lo abierto y caluroso que está resultando el verano allí. Y, al oírlo, experimenté celos del sol, de ese sol inclemente que a diario acaricia y dora tu piel. ¿Por qué ese privilegio? ¿Por qué él sí y yo no?

Querida, llevamos tres meses largos de correspondencia y el deseo de conocerte, de oír tu voz, de sentirme a tu lado, crece de día en día y cada vez me cuesta más reprimirlo. Y me pregunto, ¿por qué razón ha de ser esto así? Ya no somos niños, Rocío. Poco importa que la atracción que tú dices sentir por mí sea de índole intelectual y no física, ni que la mía hacia ti, en particular después de recibir la última fotografía, sea antes física que intelectual; lo importante es que esa atracción exista. A los diecinueve años, el tiempo no cuenta, es ilimitado, pero a los sesenta y cinco, sí. ¿Por qué no vamos madurando un encuentro para las próximas semanas? En principio, me es indiferente el lugar (¿Madrid? ¿Sevilla?) y, como época, quizá el mes próximo, setiembre, en que la canícula declina, fuese el más apropiado. De todos modos, mis sugerencias no tienen sino un valor indicativo, puesto que yo, en cualquier momento, estoy dispuesto a atenerme a lo que tú dispongas. Espero tu decisión sobre el particular, pero, por favor, no la demores.

Supongo que bromeas al hablar como lo haces de Protto Andretti, aunque en tus palabras subyace un matiz de reproche que no me ha pasado inadvertido. La actitud del Italiano nada tiene que ver con la Historia (con mayúscula). La Historia no le ha abierto a Protto ninguna puerta, ni falsa ni verdadera. Lo que hace Protto es aprovecharse de su circunstancia, de su pequeña historia (con minúscula) doméstica, de su melodrama personal. Tu sentido del humor está, evidentemente, muy desarrollado, pero comparar, aunque sea en tono de guasa, mi ingreso en *El Correo* con la gorronería del Italiano no me hace mucho favor. Yo, te repito, no organicé el Alzamiento Nacional ni creé el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo, pero ello no fue obstáculo para que acatara las normas entonces vigentes como hubiera acatado otras. Era la Historia (con mayúscula) la que abría nuevas perspectivas. Alguno, más

puritano o con un sentimiento político definido, tal vez hubiera rehusado aceptarlas, pero ¿por qué yo si, como te he dicho, soy un ser visceralmente escéptico y apolítico? A mí me importa un bledo, cariño, quién es el portero que abre o cierra las puertas de la Historia. En cambio, para la gorronería de Protto Andretti, que tan de cerca me toca, no hay portero que valga. Protto comercializó su dolor, pasó factura a la sociedad causante indirecta de su infortunio, pero si su mujer no le hubiera puesto los cuernos (y perdona, querida, mi rudeza), ten por seguro que hubiera encontrado otra disculpa para tender la mano, un instinto congénito. La Historia, en cualquier caso, no tiene por qué pagar la excursión del Italiano a la garganta del Cares.

Y cerramos ya esta epístola interminable. Reflexiona, querida, sobre lo que más arriba te expongo. Entiendo que nuestra relación epistolar, suficientemente prolongada, debe dar paso a un trato directo, asiduo y personal. ¿Qué opinión te merece mi sugerencia?

Fervorosamente tuyo,

E. S.

6 de agosto

Amor mío:

Me dejas anonadado. ¿Solamente dos años de tu fotografía en la playa? ¿Quieres decir que a los cincuenta y seis puede una mujer aparentar treinta? ¿Es posible conservar la lozanía juvenil hasta la sexta década de la vida? ¿Tengo derecho a pensar que un pobre desventurado como yo, apocado y mollejón, pueda acceder a ti, diosa adolescente de cincuenta y seis años, por la que el tiempo resbala sin dejar huella? Querida, tu caso deja chico al de mi difunta hermana Rafaela. Yo pensé que tu fotografía se remontaría, como poco, dos lustros atrás, siquiera en aquella época no fuese frecuente que una madre de familia se exhibiera en dos minúsculas piezas. Entiéndeme, no es que esto me escandalice, para estas licencias soy abierto y liberal, pero al no ser corriente entonces un dos piezas tan sucinto, lo juicioso era imaginar que tu fotografía fuese más reciente. ¡Una fotografía! ¿Quién me iba a decir a mí que una imagen, una cartulina insignificante, llegaría algún día a trastornarme el juicio? Y, sin embargo, ya me ves. Apenas dejo transcurrir una hora, esté donde esté, sin darme una vuelta por el despacho para abstraerme en su contemplación. Y, tras un examen tan reiterado y minucioso, estoy en condiciones de decirte que no sólo es la armonía y flexibilidad de tu cuerpo lo que me sorprende sino la fragante tersura de tu rostro. No hay arrugas en él, ni siquiera las obligadas (?) patas de gallo, ni los pliegues de las comisuras de la boca, inevitables a los cincuenta y, con

mayor razón, en una criatura que, según propia confesión, «ha reído mucho». Reír y llorar marcan, querida, únicamente los dioses se libran de esta dura servidumbre. ¿Y qué decir de tus ojos, esos ojos azules como el mar, brillantes, incisivos? ¿Dónde se esconde la opacidad de la madurez? El ojo más vivo se torna traslúcido, primero, y, finalmente, mate con los años. Es como la boca. El rictus de la boca, generalmente grave, es el precio de la experiencia. Al parecer, cariño, tú careces de experiencia y esto me conmueve pues te veo inocente e ingenua como una criatura.

¿Dices que la fotografía está tomada en Punta Umbría? Una vez estuve en Punta Umbría, con ocasión de un congreso de periodistas celebrado en La Rábida. Una tarde fuimos en autocar, de excursión, a Punta Umbría. Hace años de esto, un montón de años, tal vez veinte, pero me ha quedado una vaga imagen tropical de este pueblo, unas casitas de madera montadas al aire, sobre puntales, en la arena y un calor tórrido, aplastante, con una invasión de mosquitos voraces al atardecer. ¿Se aproxima mi idea a la realidad? Desearía una evocación más inmediata para poder localizarte en un determinado lugar de la playa.

Esta mañana me encuentro indispuesto. He dudado si hablarte de estos temas prosaicos, pero al fin me he decidido, pues no me parece noble iniciar nuestro trato con ocultaciones y reservas mentales. Padezco de estreñimiento, un estreñimiento pertinaz, inconmovible, ciclópeo, que me martiriza desde niño. Con los años mi padecimiento se ha acentuado, hasta el extremo de que si me abandono a mi aire, pueden transcurrir semanas sin experimentar esta necesidad. Mi vientre perezoso es, según el doctor Romero, otra manifestación de la distonía neurovegetativa que tantos trastornos me causa. A estas alturas, si no ingiero laxantes no deyecto, y si los ingiero a diario irrito el colon. ¡Terrible alternativa! El cuerpo humano es un delicado mecanismo y encontrar su puesta a punto, una tarea sin fin. Últimamente he optado por tomar cada dos noches, al acostarme, una cucharadita de Vaciol, más o menos veinticinco gotas. El doctor Romero me recetó esto con la pretensión de que comprobara qué número de gotas me hacían efecto para ir rebajando la dosis poco a poco, hasta regularme. Pero ocurre que hay días que con ocho gotas me disparo y otros que ni con cincuenta se conmueve mi intestino. En estos casos he de recurrir al supositorio como complemento. Ante este panorama, el doctor ha desistido de educar mi vientre, tan díscolo, medida a la que aspiraba en principio, por más que me cansé de decirle que la mala educación de mi intestino era congénita y, consecuentemente, irremediable.

Con estas perturbaciones de origen nervioso no hay reglas que valgan. Un viaje, un apremio, una mínima preocupación, bastan para

que la acción del medicamento se vaya al traste, no obedezca, precisamente lo que me sucede ahora. Ante oclusión tan pertinaz no me queda otro remedio que ir aumentando progresivamente la dosis, hasta que un buen día, sin avisar, sobreviene el apretón y me voy de vareta, me descompongo. Mas, hasta que esto ocurre, experimento molestias constantes: cólicos de aire, carreras, gemidos intestinales (atiplados a veces, sordos, graves y prolongados como una tronada lejana, otras) que me avergüenzan y humillan. Tan grosera función ha llegado a obsesionarme, pero cuanto mayor es mi obsesión más se agrava el estreñimiento, más me cierro. El único consuelo es el de los tontos: la generalidad del mal. Según Amador Plaza, mi farmacéutico, la estiptiquez es mal de cabeza y no de vientre y más de la mitad de los hombres la padecen. La proporción no debe de ser exagerada, ya que cada vez que en una reunión salta la conversación sobre el tema surge inevitablemente un cofrade dispuesto a brindarte un remedio.

Disculpa, querida, estas confidencias, desagradables sin duda, pero peor sería caer en la aberración de Manolo Puras, redactor deportivo del periódico, quien durante su noviazgo con la que luego fue su mujer (y fueron seis años) no se atrevió a separarse de ella para ir al urinario. Había noches, como es natural, que llegaba a casa reventado, pero prefería esto antes que poner de manifiesto tan ruin necesidad. ¿Qué pretendía este hombre? Evidentemente que ella pensara de él que era un espíritu puro, lo que me parece especioso por no decir deshonesto. ¿Qué diría aquella mujer el día que descubriera al hombre en zapatillas en toda su miseria física, y la ilusión se desvaneciera?

Hace días que me atormenta la hiperclorhidria. En mi caso, las molestias de estómago y vientre suelen ir unidas.

Te piensa a toda hora,

E. S.

11 de agosto

Querida:

Dos letras para recordarte que vivo y que vivo pensando en ti. Anoche, en la verbena, mientras los músicos actuaban, no saliste de mi cabeza. ¿Te gusta bailar? ¡Qué pregunta! ¿Cómo no va a gustarle bailar a una sevillana de pura cepa? Yo adolezco del sentido del ritmo y nunca me lancé a una pista. Miento, una noche, recuerdo, hace muchos años, mi difunta hermana Rafaela me sacó para marcarnos un pasodoble. Aquello me resultó fácil: andar con música. En cualquier caso, si tú lo deseas aprenderé a bailar. Nunca se es demasiado viejo para aprender una cosa nueva.

Hoy, a mediodía, terminamos el campeonato de rana que se organiza en el pueblo con motivo de la Virgen de agosto. ¿Conoces el juego de la rana? Es muy simple, apenas cuentan el pulso y la destreza. El quid consiste en introducir el tostón (un pequeño disco de plomo) por la boca de una rana de metal. La boca no es grande y, como se lanza desde una distancia de cuatro o cinco metros, el blanco es meritorio. Yo, desde chiquito, mostré cierta habilidad y este año me clasifiqué en segundo lugar, detrás del Rogaciano, un tipo pintoresco que siempre anda de broma y hace las veces de secretario. Este Rogaciano finge radiar la final como si se tratara de un partido de fútbol, empleando un lenguaje figurado, hiperbólico, sumamente ingenioso. Dice, por ejemplo, con un énfasis típico de confrontación deportiva: «El plomo golpea el labio del batracio, señores, cuando ya la afición cantaba rana, pero los labios también juegan». Su jerga es tan divertida que es difícil no reír con él y, a menudo, he de suplicarle que calle para no perder el pulso con las carcajadas. Algún día, espero que no tardando, podrás conocer a estos amigos, estos pueblos y sus costumbres, tan distintos en todo de lo andaluz.

Fervorosamente tuyo,

E. S.

15 de agosto

Amor:

De acuerdo. De acuerdo en todo, querida. También yo creo que en nuestro primer encuentro debemos eludir Sevilla. Preferible un terreno neutral. No soy esclavo del qué dirán, pero me fastidian, como a ti, las habladurías y el comadreo. Tal vez Madrid fuera el lugar adecuado. Madrid es una ciudad grande, donde uno se disuelve entre los cuatro

millones de habitantes como una gota de agua en el mar. Uno pasa allí inadvertido, lo que, por un lado, es una ventaja, aunque, por otro, que ahora no es del caso, sobrecoja el anonimato, este no ser entre tantos, la soledad de la colmena. Estamos, pues, de acuerdo en principio, pero precisamos fecha. ¿Cómo te va setiembre, el día 10 por ejemplo? Digo el 10 por más redondo, pero lo mismo daría el 9 que el 11. En esta época, Madrid, viniendo un otoño normal, está hermoso y, por la tarde, después de almorzar juntos, podríamos dar un paseo por el Retiro o la Casa de Campo.

Lo que estropea un poco el plan es tu intención de ir con tu hijo. Lo comprendo si no sabes conducir, pero ¿por qué no el avión? El avión es un vehículo eficaz y aséptico, aunque yo lo utilice poco a causa de la claustrofobia. En una ocasión, regresando de Roma con un grupo de periodistas, en el momento de cerrar la puerta, pensé que me ahogaba y me dije: «Puedo ponerme enfermo». Y poco después: «Y si me pongo enfermo no dispongo de un catre donde tumbarme ni de un doctor que me atienda». Y, naturalmente, me puse enfermo. Menos mal que el trayecto es corto y todo pudo superarse, pero el número lo monté.

Si te sucede algo así, podrías utilizar el tren. Hay cómodos trenes a Andalucía y con esto de la electrificación van rápidos. ¿Seis, ocho horas? A mí me place viajar en tren, en especial en trenes tranvías o mixtos, de esos que caminan sin prisas y se detienen en todas las estaciones. El departamento de un tren crea un clima de comunicación difícil de hallar en otra parte. Hace unos meses, al regreso de un viaje a Madrid, tropecé en el mismo compartimiento con un viejo ferroviario, un muchacho que iba a Oviedo, a casarse, y una mocita liberada, muy lenguaraz, que pretendía sacar de la cabeza del muchacho la idea del matrimonio. En buenas palabras, le vino a decir que esa noche se acostaría con él (y perdona la expresión) sin la necesidad de bendiciones si renunciaba a la boda. El muchacho no se mordía la lengua, argumentaba inteligentemente y, al cabo, el ferroviario y yo, a instancias de los chicos, terminamos por exponer nuestras opiniones respectivas: el ferroviario estaba casado y lo lamentaba y yo estaba soltero y lo lamentaba también, con lo que se vino a demostrar lo que el muchacho decía, que al elegir un rumbo en la vida y renunciar a los demás, uno piensa que en cualquiera de los excluidos hubiera encontrado lo que no encontró en aquél, lo que no deja de ser una quimera.

Pero estábamos con tu desplazamiento a Madrid. ¿Avión o tren? ¿Por qué con tu hijo? La compañía del chico en este encuentro inicial no deja de ser un engorro, Rocío, convéncete; nos ata, nos condiciona, nos priva de libertad. No te oculto que yo siempre soñé con un «tú y yo» sin testigos en ese desierto superpoblado que es Madrid. La

presencia de tu hijo cambia las cosas, no nos engañemos, es otra persona de la que preocuparse, a la que atender, a la que informar de cada uno de nuestros pasos. No trato de coartarte sino de presentarte los hechos tal como son. Reflexiona sobre ello y dame una respuesta rápida. ¿Qué te parece la fecha indicada del 10 de setiembre?

Me dejas de un aire. ¿Es posible que no te hayan gustado los palominos? ¿Va a resultar ahora que esta suma de perfecciones no tiene paladar? Carne oscura y sabor fuerte. ¿Crees que ésos son argumentos? ¿Qué importa el color de la carne y qué su sabor fuerte si éste es bueno? Oscura es la liebre y de gusto bravío y, sin embargo, es un plato suculento. ¿Dispusiste la cama de cebolla tal como te indiqué? ¿Hirvieron a fuego lento? Me resisto a admitir que, acatando mis instrucciones, los palominos no te hayan gustado. ¿Es que, por casualidad, eres escrupulosa para comer y el simple color de los guisos ya te previene? Yo sí lo soy, quiero decir que soy escrupuloso, y basta una mosca en la sopera para que no coma, ni sopa ni nada. ¿Quieres más? Con mi difunta hermana Eloína tenía las grandes zambras por su manía de picar las uvas sin desgajar el tallo, dejando vivo el pequeño muñón pulposo, oxidándose poco a poco. Esto, antes que repugnancia, me contrariaba por una simple cuestión de estética. ¿No padeces tú fobias y manías semejantes? El hecho de que no te agraden los palominos por su color oscuro me hace sospechar que sí. De otro modo, querida, habrá que pensar que, en una democracia gastronómica, tu voto es un voto nulo, un voto sin calidad.

Espero tus noticias, espero tu respuesta, te espero a ti; no hagas esta espera demasiado prolongada. Tuyo en cuerpo y alma,

E. S.

21 de agosto

Muy querida mía:

Tu carta de hoy es una carta extraña: distante, fría, burocrática, casi diría de intermediaria. Las dos primeras lecturas me han dejado estupefacto. ¿Sucede algo? ¿No habrá tomado tu hijo Federico las riendas de tu correspondencia? Tus reacciones ante problemas que no te conciernen me lo hacen temer así. ¿No verá tu hijo con aversión el progreso de nuestras relaciones, la posibilidad más o menos próxima de un padre postizo? Pero descendamos a los hechos y admitamos, en principio, que las apariencias me acusan. Es cierto que si Bernabé del Moral, el director impuesto en los años cuarenta, entró de clavo en *El Correo* y me llevó a mí de la mano, yo, en cierto modo, entré de clavo también. Esto que, a primera vista, parece irrefutable deja de serlo si consideramos que yo obré así por un noble deseo de salvarlo todo,

persuadido de que, en aquel momento, la única persona capaz de tender un puente y evitar agrias tensiones entre dirección y empresa era yo. Si lo logré o no es cuestión distinta. Lo innegable es que conseguí de Bernabé una espontánea delegación de atribuciones y con ello libré a la empresa de sufrir las consecuencias de su impericia y, de paso, salvé al diario. Si ésta no es una causa digna que baje Dios y lo vea.

Por esta razón, cuando, al correr de los años, Bernabé fue depuesto, yo, te soy sincero, consideré llegada mi hora; no dudé que sería confirmado en un cargo que, de hecho, venía desempeñando desde tres lustros atrás. Naturalmente existían otros candidatos —todos lo eran— pero, al margen de Baldomero Cerviño, que no deseaba asumir la dedicación plena, ninguno de ellos, modestia aparte, me llegaba a la suela de los zapatos. De ahí mi nerviosismo durante aquellas semanas y mi decepción final ante la decisión del Consejo: el nombramiento de don Juan Manuel López Aldama como director de *El Correo*, un petimetre madrileño, autor de media docena de novelas mediocres, sobrino, por más señas, de don Julio Vidal, un viejo consejero del periódico. ¿Precisas más explicaciones, querida? ¿Las necesitará, tal vez, tu hijo Federico?

Siempre he sido disciplinado y acepté la nueva situación sin un mal gesto, hasta tal punto que únicamente Baldomero Cerviño, mi fiel y leal amigo, advirtió mi desencanto. ¿Razones para esta postergación? Según rumores oficiosos, yo era un buen peón, un hábil técnico, un artesano, pero me faltaban pluma, presencia física y talento organizador, cuando, en realidad, lo que no se decía pero no me perdonaban era el patrocinio de Bernabé del Moral. De mejor o peor grado encajé el golpe, pero desde el primer día vi claro que la inexperiencia del señor Aldama, don Juan Manuel (siempre he desconfiado, querida, de la gente que necesita nombre doble para afirmar su personalidad), no nos llevaría a buena parte. En efecto, este sujeto, voluntarioso pero falto de mano izquierda, desconocedor de las triquiñuelas del oficio y nuevo en la ciudad, orientó su esfuerzo por unos derroteros absurdos, reveladores de su inmadurez: la lucha política. Había que levantar el listón de lo permitido, ampliar, a costa de lo que fuese, nuestro espacio de libertad. ¡Objetivo extemporáneo! Si en aquel momento se estaba abriendo la mano de grado, ¿por qué exigir por la fuerza más de lo que nos daban? En una palabra, el señor Aldama, sin preparación para hacer un periodismo en profundidad, ensayó un periodismo de escándalo, infame y malintencionado, de puro sobresalto, una especie de guerra política particular cuyas consecuencias no se hicieron esperar: una docena de amonestaciones, dos recortes en el cupo de papel prensa y multa de veinte mil duros. ¡Una friolera! Mas, por una de esas misteriosas razones que no acierto

a comprender, el nuevo director y sus muchachos contaron desde el principio con la aquiescencia del Consejo.

Éste es, querida, a grandes rasgos, el último capítulo de mi vida profesional; el referente a mi frustración. Si te lo expongo no es mendigando elogios ni condolencias, sino comprensión. La actitud de Federico, tu hijo, es cuenta aparte. Él tiene el deber de ser joven y la juventud de hoy es maniquea y propende a la simplificación. ¿Cómo inocularle experiencia?

Pero dejemos dormir al pasado, Rocío, y hablemos del porvenir. ¿Qué piensas hoy de la fecha prevista? Si no te conviene, rectifica, estamos a tiempo. Antes de cerrar esta carta debo confesarte una cosa: anoche tuve sueños eróticos. A mí, un misógino sesentón, no me ocurría una cosa así desde los lejanos años de la adolescencia. No pretendo entrar en detalles, pero en mi duermevela te veía envuelta en velos vaporosos, tendida en la galería de casa, en el rincón donde solía solearse mi difunta hermana Rafaela. A ratos era ella y a ratos eras tú. Había un desconcertante intercambio de personalidades. El síntoma es revelador: te necesito con urgencia. A propósito, ¿sueñas tú en color o en blanco y negro? Esta noche me he dado cuenta de que yo sueño en color. El tono rojizo de tu piel, tu cabello y los tules azules que envolvían tu cuerpo no dejan lugar a dudas.

Vive pensando en ti,

E. S.

28 de agosto

Mi pequeña Rocío, mi gran amor:

¡Oh, qué extraña cadencia, qué nota desafinada! ¿En qué recóndito lugar ocultabas este temperamento colérico? Bien mirado es así mejor, saber de antemano que mi amada es capaz de estos arrebatos. Pero ¿no crees que descentras un poco el problema? No ignoro que tu hijo es tu hijo, querida. Nunca pretendí entrometerme y admito que, aunque tú y yo formemos un día una familia, tus hijos continuarán siendo tus hijos y, si me lo permites, y ellos no me rechazan, añadiré que también míos. Esto es algo con lo que cuento de antemano. ¿A santo de qué, pues, este bufido, mi fiera gatita?

Mi pretensión no iba tan lejos, cariño. Se refería únicamente a nuestro primer encuentro en Madrid, pero si tú opinas que tu hijo irá donde tú vayas y que a ti tu hijo no te estorba en ninguna circunstancia, bienvenido sea tu hijo. Yo no voy a oponerme a ello. Como verás, el sátiro (es la segunda vez en pocos meses que me calificas así) no trata de cogerte sola, desprevenida e indefensa en la gran ciudad. Admito que a veces me encelo mirando tu fotografía,

pero a mi edad, querida, termina por imponerse la cordura. Esto quiere decir que no hay sátiro que valga, amor, que el pretendido sátiro es un hombre de bien, esencialmente doméstico y tranquilo.

Tampoco es justo afirmar que sea una cocinera lo que busco. Comprendo que de algún modo las apariencias engañan. En vida de mi difunta hermana Eloína nunca reparé en los consultorios sentimentales de los periódicos, es cierto, pero tampoco lo he hecho después de muerta. Yo no leía *La Correspondencia Sentimental* en casa del doctor, bien lo sabes, sencillamente, tomé la revista de la mesita, para hojearla, a falta de mejor cosa que hacer. Entonces saltó tu minuta ante mis ojos como si estuviera viva, iluminada, tipografiada en otros caracteres. ¿Por qué ahora estas insinuaciones malévolas? Oportunidades de casarme no me han faltado, Rocío. Te diré algo más: a los veinticuatro años tuve una novia formal, Petri, una muchacha morena, vivaz, un poco dentona pero con un físico sumamente atractivo. El padre tenía una modesta confitería en el barrio viejo de la ciudad y mantuvimos relaciones casi un año. Mi difunta hermana Eloína, que gustaba de los melones a cala (que literalmente veía crecer la hierba), la invitaba con frecuencia a casa, a merendar. Y gracias a ello pude evitar un error. Eloína me hizo ver que Petri era una jovencita que se dejaba servir y que una mujer que se deja servir por otra mujer sin avergonzarse de ello nunca haría una buena esposa. A partir de entonces comencé a observarla fríamente y advertí que Petri era una de esas personas que no hablan más que de sí mismas, que ya se podía iniciar la conversación sobre cualquier tema, que ella, sin saber cómo, le daba la vuelta para terminar hablando de sus cosas. Así aumentaron mis recelos, y lo que, en principio, me parecía espontaneidad empezó a parecerme artificio, y lo que antes juzgaba anhelo de comunicación, charlatanería insulsa. Total, que nuestras relaciones empezaron a deteriorarse hasta que finalmente lo dejamos. Ésta es, en pocas palabras, la historia de mi infortunado amor.

Pero se ve que en mi anteúltima no estuve inspirado. Afirmas en la tuya que tu paladar es tan fino como el mío y tu voto gastronómico tan válido como otro cualquiera, todo a cuento de los dichosos palominos. Bien mirado, no te falta razón, querida. Los paladares no tienen por qué dar siempre la misma respuesta como no la dan las narices. Hay sabores y olores que a unos agradan y a otros repelen, la gasolina por ejemplo, porque sobre gustos no hay nada escrito. De acuerdo, por eso no vamos a regañar, aunque convendrás conmigo en que las pechugas de palomino son tiernas y regaladas, y su sabor a bravío, un gusto misceláneo de todos los aromas del campo: alolva, tomillo, espliego, hierbabuena... La carne del palomino aúna la variedad de la naturaleza. Puede suceder que la aversión al campo motive tu repulsa por este manjar o que, pese a mis instrucciones, algo

haya fallado en su condimentación. El día que nos reunamos aquí, en mi casita de Cremanes, me arremangaré y te guisaré unos palominos como es de ley. Después de esta experiencia, ya estarás en condiciones de decir «esto me gusta o esto no me gusta» y yo consideraré tu voto como un voto de calidad.

Otra cosa es tu ruego de que evite en mis cartas ciertos vocablos y giros pueblerinos como cuando me refiero a mis muertos con el «difunto» por delante, o digo «la capital» por «la ciudad» o «mover el vientre» por «c...» (lo lamento, querida, me resisto a transcribir este vocablo abyecto. Tú lo haces sin rebozo en la tuya, lo que prueba tu modernidad, tu juventud, tu adaptación a los nuevos tiempos). No vas descaminada en esto. La vida aldeana, sobre todo en los primeros años, imprime carácter, se adhiere al cuerpo de uno como una segunda piel. Esto es muy cierto, pero no me avergüenza. Yo encuentro en el lenguaje rústico un punto de sazón y propiedad del que carece el lenguaje urbano. En una palabra: me deslumbra. Cosa distinta es que tú consideres rústicas ciertas expresiones, aunque para mí, rústico, en lo concerniente al lenguaje, no es sinónimo de primario o elemental, sino, al contrario, de precisión y rigor. Esto no obsta para que, en lo sucesivo, trate de evitarlas si a ti te disgustan. A estas alturas yo no tengo más que una misión en la vida: complacerte.

A pesar de tu rapapolvo, sigo en mis trece: el día 10 de setiembre en Madrid. ¿Qué te parece un restaurante italiano, el Milano, en el primer tramo de Ferraz entrando por la plaza de España? Se come bien, está limpio y no es caro. Si no dices otra cosa, ahí a las dos de la tarde. Resuelve tú lo de Federico. A mí no me importa que tu hijo almuerce con nosotros. En otro caso, le saludaré más tarde, en el hotel. ¿Has reparado que apenas faltan doce días para nuestro encuentro? Me cohíbe tanto como lo deseo. Yo iré también en automóvil, aunque al precio que se ha puesto la gasolina, el viaje en coche para un solo pasajero resulta antieconómico.

Hasta pronto, cariño mío. Recibe la veneración de tu incondicional,

E. S.

5 de setiembre

Amor:

Sí, en fondo y forma, me considero un hombre religioso, no un meapilas pero sí un hombre con unas convicciones sinceras. Aquí, en estos viejos pueblos de Castilla, uno nace religioso por dentro como nace cetrino por fuera, lo da el medio. Y aún te diría más, prescindiendo de mi difunto tío Fermín Baruque, no he conocido en

Cremanes un solo agnóstico. Incluso los emigrantes, que regresan circunstancialmente en verano, pese al ambiente secularizado de las ciudades donde habitan, frecuentan la iglesia. A estos hombres y mujeres no te diré que les empuje la fe tanto como la costumbre, pero algo es algo. A nuestro pueblo iletrado no le puedes pedir más. ¿Partidario de la eutanasia? ¿El suicidio como solución? Ni una cosa ni otra, siquiera en lo relativo a la eutanasia existe hoy un punto oscuro: el aparato. Enchufarlo o desenchufarlo, he ahí la cuestión. Yo no creo, querida, en los milagros de la técnica y, por tanto, no soy partidario de prolongar una agonía irreversible por procedimientos artificiales. Eso es todo. Respecto al suicidio, habituado como estoy a la ingratitud, no es fácil que ninguna adversidad me impulsara a quitarme la vida. Creo que aun en los suicidios aparentemente más reflexivos se da un elemento de obcecación, de descontrol, que atenúa o anula la responsabilidad. No hay suicidios en frío, cerebrales. Detrás está, ineluctablemente, una mente trascordada. Pero ¿quieres decirme, cariño, a qué viene todo esto? ¿Adónde quieres ir a parar?

Personalmente no me planteo problemas religiosos. Desde chiquito acepté la trascendencia y me ufano de no transgredir la ley moral. Me tengo por un hombre honesto. Mentiría si te dijese lo contrario. ¿Dudas? ¿A quién no le asaltan dudas en materia religiosa? ¿Tú crees, por ejemplo, que Dios es justo al encararnos con el misterio? ¿Se me han dado a mí, pongo por caso, las mismas oportunidades de fe que a Tomás o a los discípulos de Emaús? Ellos vieron a Cristo resucitado, triunfando sobre la muerte, querida; incluso aquél metió el dedo en las llagas de sus manos y el puño en su costado. ¿Cómo iban a dudar de su divinidad? Otro tanto diría de la muchedumbre que asistió a la multiplicación de los panes y los peces o a la resurrección de Lázaro. ¿Cómo valorar la actitud de aquellos seres testigos del prodigio lo mismo que la nuestra? ¿Es equitativo premiarnos a todos de la misma manera? Ante la evidencia, la fe carece de valor. Si la fe es creer lo que no vimos, la única fe meritoria, mejor diría auténtica, es la nuestra, cariño, no la de ellos (la de los que vieron, quiero decir). ¿No lo crees así? Y, como esto, tantas y tantas cosas.

Respecto a lo que me cuentas de tu amiga, no me sorprende. También yo conozco algún caso en que lo religioso y lo patológico se dan la mano, sin ir más lejos el de Rosario Cerviño, la hermana de Baldomero, en Granada. Esta mujer, a poco de casarse, empezó con la obsesión de que ella era el Anticristo y andaba como huida, evitando hasta la comunicación con su marido. Baldomero me lo contó una noche y yo recurrí a Onésimo Navas, un amigo versado en teología, pues el médico, ante la obstinación de la enferma, se desentendió del caso. Pero a Onésimo, que, aparte de sus conocimientos, es un

psicólogo de primera, le bastó una carta informándole de que eso no era posible, puesto que el Anticristo había de ser varón, para que los temores de Rosario Cerviño se desvanecieran. Durante doce o quince años aquella mujer hizo vida normal, hasta que un día apareció en la prensa el primer caso de transformismo sexual, quizá fuera el de la famosa Coccinelle, no recuerdo exactamente; la cuestión es que, de pronto, el equilibrio de Rosario Cerviño se derrumbó, empezó a decir que era un hombre y además el Anticristo, y que el mismo hecho de aparentar ser mujer, de ser un hombre embozado, lo confirmaba. No hubo manera de sacárselo de la cabeza. Empezó a eludir a los amigos, luego a la familia y, por último, al marido, hasta que no hubo otro remedio que recluirla en una casa de salud. Y allí sigue la infeliz hace más de ocho años.

Pero vayamos a lo nuestro. Yo marcharé a Madrid la víspera, es decir, el día 9. Madrid, y con mayor motivo llegando del campo, me aturde, necesito habituarme al humo, al tráfago de coches y peatones, a los parpadeos de los semáforos... ¡Ahí es nada, los semáforos! ¿No has advertido, querida, que desde que se instalaron estas luces han aumentado los accidentes cardíacos? Hay estadísticas. A mí, personalmente, no me sorprende. El semáforo desafía, azuza, y cualquier hombre, ante él, se impacienta, estudia la mejor manera de burlarlo sin aguardar. Aunque no tengamos prisa, el semáforo nos la mete en el cuerpo. Yo mismo, un hombre jubilado, tan pronto intuyo que la luz verde va a dar paso a la anaranjada, no lo puedo remediar, echo una carrerita. ¿Por qué? ¿Quién me requiere? ¿Quién me espera del otro lado de la luz? Nadie, por supuesto. Minuto más, minuto menos, me da lo mismo, pero, de pronto, me asalta la fiebre competitiva y no puedo por menos de apresurarme. El semáforo, créeme, es el peor enemigo del hombre moderno, el gran verdugo de nuestro tiempo.

Por si alguna duda surgiera, yo me alojaré en el Hotel Imperio, en la calle del Carmen. Me gusta el nombre. Hace muchos años que paro allí, más de treinta. Es un hotel sin pretensiones pero, en cierta medida, confortable.

El conserje, a quien conozco y me llama don Eugenio, es eficiente y transmite los recados con puntualidad y exactitud. Como, por otro lado, su precio es relativamente económico (¡hay que ver cómo se están poniendo los hoteles ahora!) y su situación céntrica, no veo motivos para cambiar. De modo que ya lo sabes, si antes de acudir al almuerzo se te ocurriera alguna cosa no tienes más que darme un telefonazo.

Me conmueven tus puntualizaciones de última hora, con objeto de que nada me pille de sorpresa. Me agrada la voz ronca en una mujer. Detesto la voz aguda, voz de pito decimos aquí. La voz aguda resulta

fastidiosa en las mujeres charlatanas y sorprendente y afectada en las lacónicas cada vez que rompen a hablar. La voz ronca es más cálida y prometedora, más incitante, siquiera un conocido mío asegura que al hombre que le gusta la voz ronca en una mujer es un homosexual en potencia. ¿Te das cuenta de la enormidad? Vivimos una época en que todo lo relativo al sexo se cuestiona, se analiza por arriba y por abajo y de una futesa se deducen conclusiones casi científicas, cuando la única verdad es que el sexo es el instinto primario gracias al cual la humanidad pervive.

Éstas son las últimas líneas que te dirijo antes de conocernos. Dentro de una semana, para bien o para mal, todo habrá cambiado. Esta carta, por el momento en que está escrita, que no por otra cosa, es, pues, una carta histórica. Estoy inquieto y por las noches no pego ojo. Mi habitual duermevela se ha hecho vigilia permanente.

Tuyo en cuerpo y alma,

E. S.

8 de setiembre (Telegrama urgente)

Alarmado tu súbita indisposición aplazo viaje · stop · impaciente dame noticias curso enfermedad · stop · escribo · stop · cariñosos saludos Eugenio.

8 de setiembre

Querida:

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué los hados maléficos se encarnizan con nosotros de este modo? No sé qué hacer ni qué pensar. ¿Qué te ocurre, amor? ¿Cuáles son los síntomas de esa indisposición? ¿Todavía no hay diagnóstico? Esta mañana, para aplacar mi ansiedad, me acerqué a la plaza a esperar el coche de línea. Me sorprendió el sobre inconfundible del telegrama. Aquí en Cremanes no hay telégrafo y envían aquéllos desde la capital por correo, como una carta cualquiera. No tuve paciencia para regresar a casa y lo abrí en la misma plaza. ¿Me creerás si te digo que por unos instantes se me paralizó el corazón? Aquello escapaba a mis previsiones. A veces me sobresalto augurando accidentes pero nunca presagio enfermedades, no me preguntes por qué. De ahí mi desconcierto y mi consternación.

El aplazamiento de nuestra entrevista es lo que menos importa. Lo esencial, ahora, es que tu enfermedad no sea de cuidado. Esta dichosa distancia, que siempre he soportado mal, se me antoja, de pronto, una tortura indecible. ¿A santo de qué esa tozuda fobia de tu

hijo político hacia el teléfono? Yo quisiera saber de ti a cada hora, a cada instante, pero ¿dónde llamar? ¿Cómo conectar contigo? Los niños de hoy, con el teléfono y la calculadora a mano, nunca sabrán escribir una carta ni sumar dos y dos, no le falta razón a tu hijo político. Mas, a la larga, ¿no será peor el remedio que la enfermedad? ¿No será más radical y traumático desconectar a los niños de un tiempo que, bueno o malo, es el suyo? Mi situación es la de un pájaro aliquebrado, amor mío. ¿Qué cabe hacer? De alguna manera, yo quisiera aproximarme a ti, tratar de aliviarte. Me gustaría poder contarte largas historias y, cuando te fatigaras, velaría tu sueño, tu mano en la mía, sin separarme un momento de tu lado. Al despertar, te leería versos y jugaríamos a las cartas. ¿Te gusta jugar a las cartas, cariño? A mí no me divierte. Prefiero el ajedrez y, especialmente, las damas. ¿Sabes jugar a las damas? He aquí un juego desprestigiado que apenas cultiva la juventud actual. Desconociéndolo, lo estiman pasatiempo infantil, cuando, en rigor, es uno de los juegos más intelectuales que conozco. Abrir brecha en las líneas enemigas hasta coronar una dama requiere denuedo y un derroche de masa gris parejo al que exige el jaque mate en ajedrez. No, no es precisamente un pasatiempo de chicos el juego de damas. La única objeción que cabría hacerle es la tenebrosidad del tablero. El blanco sobre negro o el negro sobre blanco, que tanto monta, es exactamente el símbolo del luto, del acabamiento. Lo mismo ocurre con el ajedrez. Un juego, por riguroso que sea, no debe inspirar ideas fúnebres, soy demasiado vitalista para admitirlo. Con el fin de evitarlo, de joven ideé un tablero en rojo y verde, con fichas de los mismos colores, que pensé patentar y luego, por una razón o por otra, lo fui demorando. Quizá te parezca una tontería, pero el aspecto lúdico se potencia ante un tablero abigarrado que, por su solo aspecto, aventa conceptos mortuorios. Pero me estoy enredando en disquisiciones inoportunas, querida mía, dada tu enfermedad. Yo me iría andando a Sevilla, con mi tablero rojo y verde bajo el brazo, si supiese que a mi llegada podría disputar una partida contigo.

Como te iba diciendo, algo se me paralizó dentro al leer tu telegrama en la plaza. Y mi aspecto no debía de ser bueno cuando Ramón Nonato, el barruco, que subía en ese momento unos sacos de cemento a la ermita en la carretilla, se detuvo al verme y me preguntó: «¿Qué, malas noticias, Eugenio?». Le respondí con una evasiva y me metí en el bar a tomar un café, decisión insólita en mí. Me entusiasma el café pero me produce una excitación exagerada. Mi hipersensibilidad hacia ciertas drogas se contrapone a mi insensibilidad hacia otras, el tabaco, por ejemplo. Diariamente fumo tres cigarros, no de marca, que sería un presupuesto, sino humildes farias que saboreo con la misma delectación que si fueran

montecristos. A veces, el placer que me deparan es de tal monta que no acepto el fin y ensarto la colilla en un mondadientes o un alfiler para prolongar unos segundos mi deleite. El cigarro promueve en mi cabeza imágenes optimistas y el picorcillo del humo en las glándulas gustativas es casi, casi un orgasmo. El tabaco me satisface sin dejar secuelas. Al poco rato de haber fumado es como si no lo hubiera hecho. Naturalmente no trago el humo. Tragar el humo es una grosería, una prueba de insensibilidad, pura glotonería. Los que tragan el humo presumen de expertos fumadores pero, en realidad, no lo son, no saben fumar. A falta de paladar habilitan otro órgano para degustar el tabaco, los bronquios, cuya misión es diferente. Sin embargo son incontables los fumadores que consideran que no tragar el humo es como no fumar, un triste remedo, una masturbación.

Yo aprendí a fumar aquí, en el pueblo, y el pueblo es sabio a la hora de proporcionar goces al cuerpo, esto no tiene duda. Después de comer, arrellanado en una butaca frente al televisor, con un chal sobre los muslos y un cigarro blando, discretamente aromado en anís, entre los dientes, soy una persona plena. El tabaco, si de alguna manera influye sobre mis nervios, es como sedante. Me amodorra, induce al sueño. Algunas tardes, mientras aspiro fumada tras fumada, las imágenes del televisor empiezan a desvanecerse, los diálogos pierden sentido e, inesperadamente, me sumerjo en un profundo y agradable sopor. La cabezada dura poco, minutos, pero duermo profundamente y con un regodeo tal que al despertar me doy cuenta de que he babeado. Babear durante el sueño es indicio de placidez y, si hago caso de Onésimo Navas, de felicidad, ya que, según él, solamente babean dormidos los niños de pecho, únicos seres capaces de alcanzar la beatitud.

Lo cierto es que a mí el tabaco me proporciona un disfrute momentáneo, en tanto el café me hace el efecto de una droga estimulante, muy activa y prolongada. Esto me ha llevado, contra mi gusto, a sustituirlo por el té, que, ignoro por qué razones, no produce en mi organismo tan viva excitación. Pero el día que necesito resistir, ver claro o abarcar mucho, me echo al coleto un café. Lo hago en contadas ocasiones, cada vez menos, pero cuanto más reduzco su ingestión más crecidos son sus efectos. De modo que esta mañana, después del desfallecimiento de la plaza, entré en el bar y me tomé un cortado. Al momento se puso en orden mi cabeza y tomé una resolución, responder a tu telegrama con otro telegrama, pero como aquí no hay telégrafos, me llegué donde Cándido, telefoneé a Baldomero y, aunque él estaba ausente, se lo dicté a uno de los chicos para que lo cursara inmediatamente a Sevilla.

Sí, piensas bien, querida, Baldomero Cerviño está enterado de lo nuestro; yo no podía ocultárselo después de una amistad fraternal de

más de cuarenta años. Baldomero, no te preocupes, es un hombre discreto y de buen sentido, la antítesis de un fantoche correveidile. Únicamente le he ocultado lo de *La Correspondencia Sentimental*, esto es, que establecimos contacto a través de esa revista, entre otras razones porque no es cierto, ya que yo, como bien sabes, tropecé con tu mensaje en *La Correspondencia* por puro azar, como podía haber tropezado en una piedra. Tú me entiendes y yo me entiendo, pero ¿cabría esperar lo mismo del guasón de Baldomero? Créeme, mejor es así. Por otra parte, ¿a santo de qué tenemos que dar explicaciones a nadie de nuestros actos?

Y ahora, después de desahogarme contigo, queda lo más grave: esperar. ¿Cómo entretener la espera? He aquí el drama.

Que tu indisposición no sea nada, querida mía, te desea con toda el alma,

E. S.

10 de setiembre

Amor, mi dulce amor:

Esta mañana llegó tu carta. No es un repique a gloria pero, al menos, hemos eliminado la incertidumbre. He pasado dos días amargos imaginando disparates. La sintomatología es típica: náuseas, febrícula, ligero tono amarillento en la piel... Los comienzos suelen ser desconcertantes. Mi difunta hermana Rafaela padeció esta enfermedad por los años cincuenta. Los médicos hablaron primero de fiebres de Malta, luego de tifoideas, hasta que, finalmente, emitieron el diagnóstico acertado. Hoy es más sencillo diagnosticar una hepatitis, pero no tanto determinar el cauce de penetración. ¿Te pusieron alguna inyección en las dos últimas semanas? Las inyecciones y las transfusiones de sangre son, con frecuencia, vehículo de contagio. Pero ya nada adelantaríamos averiguándolo.

Para combatir esta enfermedad, antes que medicamentos, has de armarte de paciencia. Reposo y una dieta adecuada curan la hepatitis, amor. Nada de guisos, nada de picantes, nada de grasas y, por contra, mucho arroz blanco, muchas carnes planchadas, mucho azúcar, mucha leche y derivados. La dieta no es muy apetitosa que digamos. Concretamente yo, que gusto de halagar al estómago, haría un deficiente enfermo de hepatitis. Tú, por el contrario, que, según me dices, no reparas en lo que comes, podrás sobrellevarlo dignamente. Más temo por el reposo. De tus fotografías, jugando con tu nietecita la primera y exultante en la playa la otra, así como de tus cartas, deduzco que eres una mujer dinámica. Comprendo que es una contrariedad, querida, pero ahora tendrás que dominar tu vitalidad.

No es cuestión de vida o muerte, pero sí de que, en lugar de pasar un mes en cama, requieras tres o cuatro. La cosa es seria. Con reposo escrupulosamente observado y un régimen de comidas adecuado, las transaminasas irán decreciendo gradualmente hasta volver a la normalidad.

¿Te importa someterte a periódicos análisis de sangre? Yo no podría soportarlo. No puedo siquiera pensar que mi cuerpo vive gracias a que en toda su infraestructura existe una red de irrigación sanguínea que alcanza hasta la punta de los cabellos. Que las válvulas del sistema funcionen sin contratiempos, que los vasos (algunos delgados como hilos) no se obturen, me parece ya algo prodigioso. Pero que alguien, un extraño, se inmiscuya en el proceso, abulte mi vena, estrangulándola con una goma, pinche en ella y absorba mi sangre como un insecto es algo que literalmente me descompone.

En lo concerniente a mis relaciones con Petri, debo aclararte que si yo no me casé con ella no fue porque mi difunta hermana Eloína se erigiera en gendarme inflexible de mi soltería. Tampoco por no pagar en mala moneda su abnegación (la de Eloína). Lo de la pequeña Petri fue un devaneo juvenil, frívolo e ingenuo, que si no llegó más lejos fue gracias a la experiencia de mi hermana. Matrimonio y celibato son hábitos, Rocío, ni más ni menos. De ahí que, para mí, la única boda con garantías sea la del soltero recalcitrante. ¿Que por qué? Muy sencillo. Las razones para romper una inveterada costumbre han de ser muy poderosas. Si el célibe impenitente ha organizado su vida sobre las bases de la independencia y el egoísmo, el hecho de abandonarlas de pronto, de abandonar estas bases, demuestra que ha puesto a otro ser por delante de todas las cosas, incluso de sí mismo. ¿Comprendes ahora las razones que me asisten para hablarte de la intensidad de mi amor? Petri, aquella muñeca dentona y vivaracha, jamás despertó en mí los sentimientos que hoy me embargan, lo que equivale a reconocer que nunca hasta hoy estuve realmente enamorado.

Querida, mientras tu reposo dure procuraré escribirte con mayor asiduidad, si posible fuera todos los días, aunque sean misivas breves e insustanciales. Lo importante es que mi recuerdo te acompañe, te ayude a sobrellevar la enfermedad. Y, en tanto, mucha calma, vigila las transaminasas y tenme al corriente de tu estado. No hagas caso de vaticinios. Nadie puede prever la duración de una hepatitis. Conozco casos que se han resuelto en quince días, aunque esto no sea lo corriente, y otros que han demorado meses. Confiemos, amor. De momento, yo me siento a tu lado y espero pacientemente contigo,

E. S.

12 de setiembre

Queridísima:

¿Escuchas música? ¿Qué mejor cosa podías hacer? Me describes tu habitación con tal lujo de pormenores que te sitúo sin esfuerzo en ella. Verdaderamente, Federico, tu hijo, es muy cariñoso y solícito contigo. Mozart, Haydn, Bach... ¡Un menú musical selecto! Yo nunca te hablo de música. Difícilmente nos entenderíamos. La música y las matemáticas son para mí dos áreas remotas, desconocidas. Soy devoto de la música popular; a la alta música no llego. Muertos Machín y Gardel, el sentimiento desapareció de la música, murió con ellos. Nada extraño. En literatura, pintura, incluso en la vida, está sucediendo otro tanto. El sentimiento ya no es estético. Pero yo, terco de mí, sigo exigiendo al arte sentimiento. Y concretamente en la música, al tiempo que una emoción, busco en mi pasado, la evocación del tiempo que se fue. Soy un nostálgico contumaz. Para mí, Machín viene a representar lo que la famosa magdalena para Proust. Escuchar *Angelitos negros* equivale a remover toda mi juventud. Los grandes músicos, en cambio, me dicen poco. A los maestros me acerco tímidamente, con respeto, sí, pero también con recelo. Y a veces encuentro algo, como en la *Novena*, de Beethoven, o en *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, pero no creo que sea porque yo me eleve sino porque ellos hicieron concesiones.

Lo de los jóvenes me da miedo. Cada vez que voy a casa de los Cerviño y oigo la música desacompasada, el volumen infernal a que la escuchan los chicos, salgo asustado. Aquí, en Cremanes, sucede igual con los jóvenes Aspiazu. ¿Por qué esta pasión juvenil común por la música violenta? ¿Por qué la ponen tan alto? ¿Qué es lo que no quieren oír?

Confío que un día, cuando estemos juntos, aciertes a educar mi oído. La conciencia de que pasamos por la vida sin sacar partido de muchas cosas bellas me entristece. Tú sabrás ponerme un día en disposición de comprender a Chopin. Sueña con ese día tu devoto,

E. S.

13 de setiembre

¿Cómo te encuentras, amor? Me gustaría poder contarte una historia que te absorbiera, una historia apasionante y minuciosa, como las que me contaba mi difunta hermana Eloína cuando niño, cada vez que caía enfermo con anginas. Las anginas fueron la enfermedad de mi infancia. Casi te diría que de los tres a los quince años, durante los crudos inviernos del pueblo, apenas abandoné la cama. Recuerdo que,

estando con fiebre, la cama me desazonaba, no encontraba lugar para la cabeza y tanteaba con los pies entre las sábanas buscando un rincón inédito, no recalentado. Al atardecer, cuando mayor era mi desasosiego, entraba de puntillas en la habitación, con su calceta, mi difunta hermana Eloína, se sentaba orilla mi vieja cama de hierro y empezaba a relatarme una historia interminable, llena de incidencias y sorpresas. No recuerdo cuánto tiempo duraban sus relatos pero, inevitablemente, al concluir, yo estaba tranquilo, relajado bajo las mantas. ¡Que sensación tan placentera! Así me gustaría atenderte a ti. ¿Te pone tu hijo música todos los días? ¿Vigilas las transaminasas? Cuídate, amor; hay alguien en el mundo que te necesita.

Te quiere un poco más cada día,

E. S.

15 de setiembre

Queridísima:

Tu imagen me persigue las veinticuatro horas del día. Me levanto con tu fotografía entre los dedos y me duermo (es un decir) contemplándola. Ahora me obsesionan las zonas difusas de tu cuerpo: el hoyuelo donde tu garganta concluye, las axilas, el tibio triángulo que divide tus pechos. A veces te acaricio con los ojos con tal insistencia que llego a percibir una sensación táctil. Entonces se hacen notorios los más insignificantes accidentes de tu piel: los poros, el breve y brillante vello rubio, partículas infinitesimales de salitre. A la noche, claro está, me asaltan sueños libidinosos. ¡Ese tirante mínimo que rodea tu cuello! Anoche, en mi duermevela, lo desataba morosa y amorosamente en un juego erótico elemental. ¡Qué turbación, mi amor! ¿Es posible, criatura, que uno pueda despertar al erotismo a los sesenta y cinco años? ¿Qué extraño bebedizo me has dado para encender en mi pecho estos deseos adolescentes?

Te propongo un plan, contando de antemano con tu aquiescencia. El día 25 hay luna llena. ¿Por qué no nos encontramos mirándola, a las doce de la noche, mientras escuchamos ambos la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart? Sería excitante vivir unos minutos pensándonos mutuamente. Para evitar errores de horarios convendría guiarnos por el informativo de Radio Nacional. ¿Estás de acuerdo? Habla.

Tuyo,

E. S.

17 de setiembre

Querida:

Acabo de recibir una tuya enfurruñada. ¿Qué arte me doy para sacarte de quicio? ¿Soy yo impertinente o eres tú suspicaz? ¿Las dos cosas, tal vez? Mi amigo Onésimo Navas sostiene que en el matrimonio no es aconsejable una excesiva semejanza entre las partes ni una disparidad radical. Esto es, el matrimonio funciona cuando existen puntos de acuerdo y puntos de discrepancia. Los primeros engrasan la convivencia, los segundos suministran temas dialécticos gracias a los cuales la comunicación perdura. Es una teoría inteligente que Baldomero Cerviño suscribe poniendo su caso como ejemplo. En efecto, Esperanza, su mujer, era una persona delicada pero introvertida y melancólica. Él, Baldomero, como buen andaluz, todo lo contrario: exultante, arrebatador, festivo. Esperanza se insertó en sociedad gracias a Baldomero y Baldomero no se desbordó, se mantuvo en el comedimiento, gracias a su mujer. De la amistad podría decirse otro tanto. Baldomero y yo intimamos antes que por nuestras afinidades, que son muchas, por nuestras desemejanzas. El antagonista, lejos de ser un enemigo, viene a darnos fe de que existimos.

Eres injusta al afirmar que me avergüenzo de *La Correspondencia Sentimental* y si tú escribes en una revista de la que yo me avergüenzo nuestra discrepancia es esencial. En primer lugar, yo no puedo avergonzarme de lo que no conozco, no me fijo en este tipo de revistas, ya lo sabes, para mí como si no existiesen. Y, en segundo, si ese papel me puso en contacto contigo, la razón de mi vida, aunque fuese por azar, sin propósito deliberado, ¡bendito sea ese papel!

Olvídate de mis consideraciones mal medidas o improcedentes. Ahora me arrepiento de la mía última donde te hablaba de la excitación erótica que en mí promueve tu fotografía. Tenla por no escrita, no es de recibo.

Tuyo de corazón,

E. S.

19 de setiembre

Muy querida mía:

¿Se te pasó ya el berrinche? ¿Estás más animada? La admonición no te sienta, cariño, no concuerda con la mujer alegre, despreocupada, de las fotografías. Toda mujer, al sentirse amada, propende al autoritarismo, y con mayor razón cuando su enamorado se muestra dócil, proclive a la lisonja. Entregarse con demasiada premura, sin condiciones, tiene estas quiebras.

Ayer tarde, después de pasear un rato a Ángel Damián por la

carretera, encontré en el bar a Aquilino, el molinero. Andaba un poco cargado y este hombre, con vino, es inmisericorde. Habla y habla imprudentemente, siempre alrededor de él, en perpetua quejumbre. Se queja de la cabeza, del hígado, de los pies. Nada le funciona, de todo se adolece. Los pies, en efecto, recalentados y llenos de durezas, los tiene hechos una lástima, pero ¿qué menos se puede tener a los sesenta años? Aquilino es un hombre que, metido en confianza (y el vino se la da), no te hablará más que de sus alifafes. Estos hombres que se quejan de todo, que todo les duele, no tienen razón de existir. No se puede triturar a un semejante a cuenta de nuestros padecimientos, creo yo.

El año no viene tan flojo de fruta como parecía en principio. Excepto la ciruela claudia, que, en ayunas, me regula el vientre y que este año no hemos probado, la cosecha será media, y la de nuez, excepcional, quizá la mejor en los últimos veinte años. Pero falta gente joven para el apaleo y la nuez hay que cogerla antes de que cuque, pues, si no, entre los chicos y los pájaros no queda una en su sitio. La nuez de estos pagos es mollar, aquí le dicen pajaritera, y casca fácilmente mediante una leve presión. Más adelante veré de enviarte un fardillo para que las pruebes.

Tuyo de corazón,

E. S.

20 de setiembre

Amor mío:

Aunque expresamente no lo digas, es obvia tu predilección por tu hijo Federico. A tu hija, a tu yerno, a tus nietecitas, apenas si los mientas. Tan sólo hablas de él, de Federico, debilidad muy comprensible, puesto que en la época que vivimos resulta insólito un muchacho consagrado a su madre enferma, haciéndole un té, poniéndole música en el tocadiscos, acompañándole. ¡Edificante! Tu pasión por Federico es tan notoria que en tu última apenas me hablas de otra cosa, insistencia justificada ya que yo, en la mía, olvidé responder a su consulta, obsesionado como estaba con el tonto pleito de *La Correspondencia Sentimental*. Una pregunta previa: ¿va a mencionar tu hijo mi nombre en su tesis? Tal cosa no me agradaría. Tu hijo no comprende, o no quiere comprender, mi trayectoria en *El Correo*, mi desinteresado sacrificio de mediador y mi subsiguiente holocausto. Federico, tu hijo, es mi más severo juez, querida. Tu hijo transfiere al cauce profesional sus traumas sentimentales. Perdona que vaya con estos cuentos hasta tu lecho del dolor, pero a la altura de nuestra relación sería pueril ocultarlo: Federico está celoso de mí. Tu

hijo, único varón en la familia al fallecer tu marido, te quiere en exclusiva, para él solo; yo sobro. Pero seguramente, a su edad, considera bochornoso reconocerlo así y prefiere destruir mi imagen, desprestigiarme, quitarme el aura (si es que alguna tuve), cualquier cosa con tal de minimizarme ante tus ojos. A su edad esto es disculpable, pero me preocupa su tesis y, si no es mucho pedirte, me gustaría echarle un vistazo antes de que la presente. Insístele en un extremo: a *El Correo* más daño que Madrid y que la propia censura le hizo el encasillamiento de sus dirigentes, empezando por el nuevo director y terminando por el Consejo. Siento curiosidad por ver la interpretación que don Juan Manuel Aldama hace de unos hechos que únicamente conoció de referencias. Le temo a su pluma ácida, a su lengua pugnaz. ¿Qué opinará el joven Aldama sobre mi caso? ¡Vaya usted a saber! De todos modos sería necio oponerme a que Federico le entrevistase. Está en su derecho y me hago cargo de su curiosidad (que, en el fondo, también es la mía). Ya veremos por qué registro sale. Pero salga por donde salga, ten la seguridad de que ni estos contactos, ni su desapego, ni las ideas socialistas de que tu hijo alardea, empalidecen mi afecto hacia su persona, mi gratitud por las atenciones que te dispensa. Bastaría esto, aunque no le adornaran otras cualidades, para que en lo más profundo de mi corazón le haya adoptado, desde hace tiempo, como hijo.

¿Cómo van, querida, esas transaminasas? Nada me dices al respecto en tu última. Vigílalas. No dejes de someterte a análisis periódicos, a ser posible semanales.

Ayer tarde se desencadenó sobre el valle una tormenta tardía que, por tardía, resultó aún más aparatosa. Cuando cesó la tronada, la gente salió a coger caracoles en tapias y senderos. Hoy continúa nublado. La tormenta, como viene siendo frecuente en los últimos años, degenera en temporal.

Bajo el sol o bajo la lluvia te recuerda apasionadamente,

E. S.

23 de setiembre

Amor:

Exulto como un colegial ante la idea de nuestra cita en la luna, arrullados por Mozart. Tengo fe en la comunicación telepática, la transmisión de pensamiento y, en general, en las fuerzas ocultas. A veces me ha ocurrido ir por la calle pensando en una persona y encontrarme con esa persona al doblar la esquina. Tampoco es infrecuente soñar con alguien que hace años no ves y tropezártela a la mañana siguiente al salir del portal. Son situaciones hadadas sobre las

que la mente no se pronuncia aunque se produzcan precisamente por el poder de la mente. Quizá no me creas, pero el otro día, al recibir tu anteúltima carta, supe que estabas enojada antes de abrirla. Con estos antecedentes, he puesto una desproporcionada ilusión en nuestro encuentro de pasado mañana. ¿Te veré, descubriré tu sonrisa en la faz de la luna? ¿Me transmitirás un mensaje? En cualquier caso será una especie de conocimiento previo que simplificará nuestro conocimiento real, aplazado por tu inoportuna hepatitis. No lo olvides. Día 25, a las doce de la noche, tan pronto Radio Nacional interrumpa su programa para emitir el informativo.

Ayer trabajé duro en el huerto. Los arbejos se han secado, pero, secos y todo, los cosecharé, mitad para consumo (mezclados con alubias pintas y una punta de tocino están exquisitos), mitad para siembra. La patata, que vino temprana este año, ni abunda ni ha medrado. La temporada pasada, cada planta no dio arriba de dos o tres pero eran patatas tamañas, ¡alguna de medio kilo!, de muy fino paladar. Dicen que la patata degenera y, cada dos años, es conveniente variar la siembra, pero lo cierto es que la patata cultivada por propia mano, con basura y sin pesticidas, tiene el mismo gusto que la patata de antes de la guerra. También salen mezquinas este año las remolachas de mesa, pero su sabor es más dulce y aromático que cuando engordan demasiado. A mí me entusiasma la remolacha roja (empezando por su color) hervida, con aceite y vinagre y un pellizco de sal. ¿La has probado? ¿Qué opinas de ella?

Lo que me desborda, en cambio, es la alubia verde, vaina decimos aquí. He sembrado ocho calles de veinte cepas cada una y con tan corto número podría alimentar a un regimiento. Mi equivocación fue ponerles rodrigones de chopo viejo, podridos, que en su mayor parte han tronzado con el viento y aquello es como la selva, hay tramos impenetrables. Pero nacen vainas en todas partes, las cojo a puñados, diríase que crecen ante los ojos, en cuestión de segundos. Como a mí me sobran y aquí tiene huerto todo el mundo, ayer mandé un saco a Baldomero en el coche de línea, él aprecia esta hortaliza y todavía tiene en casa muchas bocas que alimentar.

¡Cuánto daría, querida, por que vieses mis rosales! Rosas y caléndulas son las únicas flores que cultivo, pues las florecillas silvestres me bastan para alegrar la vista. Pero la eclosión de los rosales rojos es un espectáculo. Brotan a borbotones, en auténticos racimos, hasta el punto de que llega un momento que hay más flores que hojas. Desgraciadamente es ornato efímero, mas, como a lo largo del verano se producen al menos dos floraciones, siempre, salvo un paréntesis de dos semanas, hay alguna. Ayer corté dos bellísimas y las puse en un vaso, sobre la cómoda, ante tu fotografía (entiéndeme, la que estás haciendo cosquillas a tu nietecita, pues la otra, la del tanga,

podría dar que hablar a Querubina, mi ama de cura, cosa que prefiero evitar), pequeño homenaje de mi corazón apasionado.

Adiós, amor, vigila las transaminasas. Yo estoy otra vez con la acidez. Hasta pasado mañana, besa tus manos,

E. S.

26 de setiembre

Querida mía:

Tras las emociones de anoche, imposible conciliar el sueño. Y aquí me tienes, amor, a las siete de la mañana, intentando reanudar la comunicación contigo. Porque anoche, cuando Radio Nacional anunció su informativo y encarado con la luna, puse el disco de Mozart, experimenté un auténtico transporte. ¿Cómo transmitirte mis sensaciones? Previamente, en los minutos iniciales, pasé una auténtica agonía. El corazón me escapaba del pecho, sus latidos eran tan apresurados y rotundos que temí pudiera ocurrirme algo. Enseguida te sentí a mi lado y, simultáneamente, nos vi a los dos recortados en silueta contra la luz de la luna, escuchando, enfebrecidos, los compases de Mozart. ¿Cómo pude decirte un día que yo no llegaba a los clásicos? Nadie puede afirmar eso. Llegar a ellos o que ellos lleguen a ti es un problema de recogimiento. Y Mozart, anoche, era no sólo un maestro sino un cómplice. Yo te pensaba y sabía que me pensabas y Mozart, con su profunda melodía, estaba por medio, era nuestra celestina. Hubo un momento, querida, en que el éxtasis fue total. Olvidé dónde estaba, mejor dicho, no estaba donde estaba, sino junto a ti, bebiéndome tu aliento. Y, al propio tiempo, conforme te digo, me hallaba fuera de mí, podía contemplarme y contemplarte, es decir, se produjo en mi interior como un desdoblamiento. Era a la par protagonista y testigo y, así que la música cesó, me quedé tan hechizado que debí permanecer inmóvil varios minutos antes de reaccionar.

Aguardo tu carta con impaciencia. La embriaguez de tu presencia y mi insomnio de esta noche te explicarán la incoherencia de esta mía. Lo único coherente y cierto de este instante, en que el sol empieza a dorar las copas de los pinos, es mi amor por ti, más profundo, más cálido, más arrebatado cada día. Tuyo,

E. S.

28 de setiembre

Amor:

Tu carta de hoy ha sido para mí como un mazazo. Mi fe ciega en la comunicación telepática he de ponerla en entredicho. ¿Cómo pudiste olvidar una cosa así? Comprendo que el ajetreo de una gran ciudad, tu núcleo familiar, poco tienen que ver con el retiro de anacoreta en que mi vida se desenvuelve. Pero, con todo, la razón que aduces no es convincente: el espacio *Grandes Relatos* se prolongó hasta más allá de las doce y, cuando quisiste darte cuenta, la hora de nuestra cita había pasado. Rocío, ¿tan poco significaba ésta para ti? Me hago cargo que, en tu situación de reposo absoluto, la música, los libros y la televisión constituyan tus pasatiempos habituales pero, precisamente por su carácter inhabitual, nunca debiste olvidar nuestra romántica cita. Discúlpame, hablo por mí, a impulso de mi egoísmo, de mi amor desbordado, y no tengo derecho a exigir correspondencia al mismo nivel. Desde hace semanas, tú estás presente en todas las actividades de mi vida, te pienso a toda hora, me obsesionas, por eso, cuando el trance se produjo, experimenté un verdadero arrobamiento. De repente, hoy, con tus líneas de excusa, de puro trámite, ¡zas!, todo se viene abajo. Nuestra cita fue un fraude, una desoladora impostura. Sencillamente no fue, porque tú... te olvidaste. ¿No encontraste forma más piadosa de decírmelo? Sí, de acuerdo, en amor lo que no es sinceridad es hipocresía, no sólo lo que se falsea sino lo que se silencia, pero pienso que a veces el daño que causan las palabras justificaría un caritativo encubrimiento. Desearía exculparte pero desde mi posición emocional es difícil hacerlo. Es más, el hecho de que fuera el televisor, trasto que habitualmente menosprecias, el causante de tu olvido, aumenta mi decepción. Hay en mí algo de masoquista, lo reconozco, pero si uno no se reserva el placer de autocompadecerse, de sentirse víctima, ¿quieres decirme qué le queda?

Estoy acongojado, Rocío. Cuando algo no te estimula por dentro, las puestas de sol en Cremanes resultan fúnebres. La gente habla frívolamente de la caída del sol pero nadie, en realidad, le ha visto nunca caer. Yo sí, querida, lo veo caer literalmente cada tarde por detrás del Pico Altuna, las crestas del monte empiezan a roerlo por la base y en pocos segundos lo devoran, dejándome sumido en una desolación crepuscular. Desde la melancolía, un espectáculo así resulta luctuoso, por no decirte insufrible. Y, para rematar la fiesta, la hiperclorhidria me corroe el estómago de manera despiadada.

Te quiere tu desventurado amigo,

E. S.

30 de setiembre

Querida:

Disculpa mi última. Nadie tiene derecho a mendigar amor. El amor se siente o no se siente, no se finge ni se improvisa. La escena del amante dando a lamer sus llagas a la amada (sus llagas de incomprendido) es un espectáculo deprimente. Dejemos, pues, las cosas como están.

Para contrarrestar mi abatimiento, dedico estos días al ejercicio físico. Ayer me fui paseando hasta Cornejo, empujando el cochecito de Ángel Damián, y, esta noche, antes de cenar, hemos estado limpiando de estorninos el palomar de Protto. Estos pájaros, que, hace quince años, no se conocían aquí, constituyen ahora una plaga. Antaño, en el páramo, el alcotán establecía una frontera, los mantenía a raya. Hoy no hay frontera porque falta el aduanero. ¿Qué ha sido de la colonia de alcotanes que anidaban arriba, en los tilos y castaños de la carretera? Nadie lo sabe. Un día de éstos, avisaré a Ramón Nonato para limpiar también de estorninos la panera de casa.

¿Cómo sigue esa hepatitis, cariño? ¿Vigilas las transaminasas? ¿Estás en buenas manos? Te recuerda a toda hora,

E. S.

3 de octubre

¿Qué nos sucede, amor, de un tiempo a esta parte? ¿Cómo puedo ser tan torpe y chapucero que en cada carta te suministre un motivo de enojo? ¿Tantas veces te he repetido lo de las transaminasas que he llegado a irritarte? La insistencia en este caso, querida, no es sino prueba de interés. No soy médico, claro, ni siquiera aficionado, pero interpretar el análisis de una hepatitis es muy simple, está al alcance de cualquiera, máxime si tenemos el anterior a la vista para compararlos. Pero no te tomes un berrinche por tan poco, amor. Yo me conformo con saber que vas mejor aunque lógicamente me intranquilizo cuando transcurren semanas sin información concreta sobre el asunto.

Lamento haberte ofendido con lo de la fotografía, pero debes hacerte cargo. Querubina, mi ama de cura, es mujer honorable y, en cierto modo, juiciosa, pero, como buena viuda fondona, proclive a la chismorrería, de tal modo, que si yo adornase con flores tu fotografía en bañador, a la media hora andaríamos en lenguas por todo el pueblo. No, no se trata de que yo sea esclavo de las convenciones sociales, entiéndeme, sino que aquí, en Cremanes, como en todas estas aldeas de Castilla, un acto semejante no sería bien interpretado. Los indígenas aceptan el bikini en las playas, inclusive aquí, en las piscinas de los veraneantes, de los forasteros, pero que el Eugenio

(como aquí me dicen), un hijo del pueblo, se enamore de una mujer que se baña medio en cueros, y, para mayor escarnio, exhiba su retrato como un reto, constituiría motivo de escándalo. La gente rústica es así, querida, y yo no puedo cambiarla. Por sabido, no comparto su reacción, no me merece aprecio, pero ¿quieres decirme qué adelantaría provocándola? No te alteres, Rocío, por favor, date a razones: no me avergüenzo de ti, pero si, con el tiempo, vas a ser una asidua de este pueblo, ¿qué gano enrareciéndote el ambiente?

Por días me vuelvo susceptible e irritable. Necesito comprensión. A ciertas horas me invade el desaliento. ¿Por qué? El mundo me deprime, Rocío, me asusta. Preciso de alguien en quien confiar, en quien apoyarme cuando las aguas se agitan y el naufragio amenaza.

No quiero afligirte más. Piensa en ti, cree en ti, sueña contigo,

E. S.

5 de octubre

Amor:

Hoy luce un día azul, esplendente, atemperado por una dulce brisa del norte. La madura luz de la mañana, con un toque macilento en la arboleda del soto, es ya decididamente otoñal. De pronto, como convocado a corneta, el pueblo entero se ha puesto en movimiento y ha comenzado la recolección de la fruta. Diríase que el vecindario aguardaba a que se fuera el último veraneante, Julio Aspiazu, el navarro, que marchó ayer. En el vallejo todo es fragor de motores, voces, actividad... También yo bajé temprano a la huerta. Además de los ciruelos, un moral y dos perales, tengo veintitrés manzanos (cinco reinetos y docena y media de camuesos), una propiedad pequeña pero que da para entretenerse. Los reinetos, por más tardíos, pueden aguardar hasta la segunda quincena, pero el camueso ya está en sazón. La manzana suelta bien este año, demasiado bien, ya que hay frutos que se desprenden al vencer la rama y ya se sabe que manzana golpeada es manzana perdida.

La recolección suele ser faena familiar, compartida, de ahí que esta mañana, al verme solo, encaramado en un camueso, me diera por soñar, te imaginara a ti al pie, sonriéndome y charlando, haciendo bolsa con el vuelo de tu falda, mientras yo, desde lo alto, te iba arrojando frutos. Una visión relajada, entrañable, sentimental. Y así, como por juego, sin tomármelo muy a pecho, llené cinco canastas que, a un promedio de veinte kilos, hacen un total de cien. Si estuvieras más cerca te facturaría una caja, pero la manzana es fruto perecedero, aguanta mal el porte, y hasta Sevilla es más que probable que no llegara una sana. Más adelante las probarás.

Para mí esta manzana, tan tiesa y aromática, es la de mejor paladar que hay en España, y si carece de fama es porque a los castellanos nos faltan dos cualidades esenciales para vender: sentido cooperativo y espíritu de comercialización.

Releo tu última. Nadie adivinaría que escribes desde la cama. Tu letra, aplicada, firme, de trazo grueso, no se ha alterado con la enfermedad, sigue siendo la misma de siempre. ¿Cómo te las arreglas? ¿No te levantarás a hurtadillas para escribirme? Ten cuidado. Antes que la caligrafía está tu salud... ¿Te has fijado en los rasgos duros de la *P* y de la *Q*? Te confiaré un secreto: soy un poco grafólogo. Aprendí las primeras nociones de don Próspero Mediavilla, mi antecesor en la jefatura de redacción, un versado maestro. ¿Te enojarás si te digo cómo eres? No, no te rías, la grafología es una cosa seria, una ciencia, aunque la mayor parte de los seres ignoren que cuando rellenan una cuartilla se están desnudando (psíquicamente, se sobreentiende), expresando sin ambages su carácter. Pues bien, querida, de tus rasgos caligráficos deduzco que eres una mujer presumida, sensible, resuelta y de carácter fuerte. El inolvidable don Próspero hubiera matizado más, pero yo, simple aficionado, soy incapaz de pasar de ahí. Los calificativos, aunque troquelados, poco flexibles, en conjunto son halagüeños. Me agradan las mujeres presumidas, sensibles y resueltas. En cuanto al carácter fuerte, depende del grado. Los caracteres débiles, como hojas en el viento, me resultan despreciables, si que también me enfaden los excesivamente autoritarios. Mi difunta hermana Eloína era un tanto dominante, sin duda las responsabilidades, en cambio Rafaela, la maestra, representaba el equilibrio, un carácter entero pero dúctil y condescendiente.

Adiós, cariño, espero tus noticias con avidez. Mi estómago sigue manando fuego pero es mayor aún el que inflama mi corazón. Tuyo,

E. S.

8 de octubre

Amor:

¿No bromeas? ¿Es cierto lo que me dices? ¿Es verdad que te han dado de alta? ¿Cómo va a ser posible que en apenas tres semanas hayas superado la hepatitis, una enfermedad tan larga y pertinaz? ¡Bendito sea Dios! Esto quiere decir que las transaminasas están en orden, ya que las transaminasas marcan el índice, hablan con mayor rigor que el doctor. Aceptémoslo con júbilo, querida, pero con prudencia; no nos precipitemos. No tomes la autorización del doctor al pie de la letra; come de todo pero con método. Vigila las grasas; no te atiborres de platos indigestos. ¿Has adelgazado? En esta enfermedad

es frecuente adelgazar, el reposo no llega a compensar la dieta sin condimento. Mi difunta hermana Rafaela, si mal no recuerdo, perdió cuatro kilos en el trance. Claro que su enfermedad fue más prolongada.

Me sorprende el tono de tu carta, inane, sin vibración. Hablas de tu restablecimiento como de un vulgar incidente cotidiano. Posiblemente la hepatitis te ha dejado desmadejada. El paquete muscular de las extremidades inferiores suele quedar enerve, flojo, pero su recuperación es rápida, cuestión de días. A pesar de todo, tu decisión de encontrarnos en Madrid el día 15 me parece un poco precipitada. ¿Estarás en condiciones de viajar para esas fechas? Yo ardo en deseos de conocerte, de charlar contigo, pero ¿no sería más sensato dejar transcurrir otro par de semanas? No guía mi juicio afán dilatorio alguno, bien lo sabes, sino cuidado por tu salud. Dices que quieres hablarme. Eso mismo anhelo yo desde hace meses, mi amor. Tras medio año de relación epistolar, estimo que el contacto personal se impone, se hace por días más apremiante. Pero vayamos con calma. ¿Qué ganamos, después de tantas cautelas, apresurando las cosas si con ello provocamos una recaída? La hepatitis no suele volver, es cierto, pero ¿y si volviera? Seamos prudentes, mi vida; recapacitemos. Si, a pesar de todo, persistes en tu idea (nadie mejor que tú para medir tus fuerzas), lo procedente es poner en ejecución nuestro viejo plan: día 15, dos de la tarde, restaurante Milano. Pero reflexiona antes de decidir, por favor. Precisamente el día 15 pensaba yo recoger las reinetas, pero la manzana puede aguardar. ¿Sabes lo que me dieron este año los camuesos? Seiscientos cincuenta kilos. No es un récord, ni siquiera una cosecha media, pero si han de pagarlas a diez pesetas, que es lo que están ofreciendo los intermediarios, hubiera ganado más dejándolas en el árbol, tal como hacen Ángel Damián y otros amigos.

Pero volvamos a lo nuestro. Lamento sinceramente que Federico, tu hijo, no pueda acompañarte. ¿Es éste su último curso? Otra cosa: tras la delicada prueba de Madrid, si todo saliera bien y tú no mandas otra cosa, me apetecería visitarte en tu ambiente, ¡en Sevilla!, pasar unas semanas contigo allí. Esta hermosa ciudad, que siempre encerró para mí una magia especial, se ha convertido de pronto, por mor de tu residencia en ella, en el ombligo del mundo. De todos modos, querida, reprime tu impaciencia, reflexiona, aún estamos a tiempo, no te fíes de los dictados de tu corazón.

Sufro un terrible ataque de hiperclorhidria. Mi estómago es un volcán.

Tuyo sin reservas,

E. S.

12 de octubre

Amor mío:

De acuerdo. Me faltan arrestos y voluntad para imponerte otro aplazamiento. Sea, pues, el día 15.

Creo te indiqué ya que paro en el Hotel Imperio, nada del otro jueves pero está limpio, cuidan la temperatura y el conserje, Marcelo, me llama por mi nombre, detalle de agradecer en una urbe donde el anonimato es la norma. Por añadidura, el precio es arreglado. Hasta la hora convenida permaneceré allí, haré que me suban los diarios de la mañana y así entretendré la espera. Si algo necesitaras, llámame por teléfono.

Trato de controlarme, de aparentar serenidad, amor mío, pero estoy lejos de sentirla. Este paso es tan definitivo que los nervios del plexo se contraen y a duras penas me dejan respirar. ¡Difíciles vísperas! Confío que no tomes a mal lo que voy a decirte. Desde chiquito dormí en una desproporcionada cama de hierro, la vieja cama de mis padres que nos trajimos del pueblo. Me hice así a la holgura, a los grandes espacios, a la libertad. Aquella libertad es hoy mi esclavitud; la cama es amplia pero fría, excesiva, mi más ferviente deseo es compartirla.

¿Qué sucederá dentro de tres días? ¡Tremenda incertidumbre! Hasta el día 15, querida, a las dos, en el Restaurante Milano, primer tramo de Ferraz subiendo desde plaza de España.

Te idolatra,

E. S.

20 de octubre

Muy señora mía:

Su carta de esta mañana no me ha sorprendido, más bien la esperaba después de nuestro desafortunado encuentro del pasado día 15. Tampoco me ha sorprendido su tono, ceremonioso y protocolario, aunque sí, lo confieso, los agravios gratuitos de su segunda mitad. Aquello, lo de Madrid, no discurrió por los cauces previstos; descarriló. ¿Cómo fue posible una frustración semejante? No lo sé, pero al decirnos adiós había entre nosotros mayor distancia que en el momento de saludarnos. Su actitud evasiva, reservada, se fue acentuando a medida que avanzaba el almuerzo. Pese a mis esfuerzos, usted rehuyó una y otra vez mis miradas y, en el momento crucial en que, jugándome el todo por el todo, extendí disimuladamente el brazo sobre el mantel y traté de tomarle una mano, usted la retiró de golpe como si se le arrimara una víbora.

Pero todo esto sería pura anécdota, señora, si la conversación hubiera fluido entre nosotros. Desgraciadamente, tampoco fue así. Cada vez que lo intenté usted me respondió con un sofión o permaneció encastillada, como ausente. Empleando un símil impropio, me fue imposible cuadrarla. Sus ojos vagaban inquietos por el comedor, entre las caricaturas de las paredes y los comensales que entraban o salían, fingiendo un interés que justificase su desvío. Y en las dos únicas ocasiones en que el ambiente se serenó, invitando a la confidencia, usted apeló al camarero por una fruslería impidiendo que el clima propicio se produjese.

Achaca usted en la suya el fracaso a la decepción física. ¿Por qué no? Nunca he sido un adonis y a lo largo de nuestra correspondencia no lo oculté, es más, creo recordar que cada vez que me referí a mi físico lo hice con cierta severidad, no exenta de humor. Le hablé, me parece, de un hombre rechoncho con sobra de grasas pero con posibilidades de redención. Pero una cosa es imaginarlo y otra distinta comprobarlo, dirá usted. De acuerdo. Mas yo tengo entre ceja y ceja que usted entró ya en el restaurante decepcionada. La desdeñosa frialdad con que pronunció mi nombre al acercarse a la mesa en que me sentaba es ya un indicio. Otro, la manera de estrecharme la mano, tan displicente, remota e impersonal. ¿Era necesario más? En realidad, con un asomo de determinación, ahí debimos dar por concluido nuestro encuentro. Pero nos faltó valor, cosa explicable en cierto modo. Uno siempre se aferra a la esperanza, piensa que lo que juzga desapego bien pudiera ser pasajero azoramiento y que, a la postre, con un poco de paciencia, las cosas pueden tomar otro sesgo. Vanas ilusiones. Lo nuestro estaba sentenciado desde el principio; aun antes del principio su rechazo era evidente y, me temo, irreversible. Después, la distancia física que deliberadamente puso usted entre los dos en el taxi, su negativa a dar un paseo por el Retiro alegando dolor de cabeza, su determinación de regresar a Sevilla en el primer tren de la noche... ¿Para qué seguir?

No tengo derecho a lamentarme, señora. Cosas así suceden en el mundo cada día. Una comunicación epistolar asidua, afectuosa, de casi medio año, se rompe de improviso al establecer contacto. Normal. Pero hay algo que no lo es, que no es normal, quiero decir, y que me reconcome: el convencimiento de que hubiera sido lo mismo si en lugar de encontrarse conmigo se hubiera usted encontrado con el hombre más apuesto de la Tierra. En una palabra, lo nuestro, por razones que no se me alcanzan, estaba muerto antes de nacer. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? He aquí las interrogantes que me planteo y que me martirizan, aparte de que, si era así, si, infortunadamente, es así, ¿qué sentido tiene ensañarse ahora inelegantemente en la ruptura? ¿A santo de qué sus sarcasmos, su acre refinamiento? ¿No subyacerá en el

fondo de todo esto una conciencia culpable, la pretensión de justificarse ante sí misma? No doy la talla, ¿qué talla, física o moral? Soy un taponcito pretencioso; ¿de qué me he jactado yo, señora mía, qué pretensiones, fuera de hacerla mi esposa, he albergado a lo largo de nuestra correspondencia? Soy hipócrita y mendaz; ¿puede calificárseme con este rigor por el hecho de medir un metro cincuenta y ocho en lugar de uno sesenta o por la pueril estratagema de encaramarme a un ladrillo para retratarme y aparentar unos centímetros más de estatura? No mantengamos por más tiempo la ficción; olvidemos ambos nuestros sueños adolescentes y seamos francos por una vez, señora. ¿No debimos uno y otro empezar por ahí, por abrir de par en par nuestros corazones adultos y eludir actitudes improcedentes? Porque, sinceridad por sinceridad, señora, tampoco usted mide uno sesenta, ni, con todos los respetos, su aspecto es tan juvenil como proclamaba en *La Correspondencia Sentimental*. Más aún: su físico no guarda la menor relación con la deportiva señorita de la fotografía. Ignoro con qué fines usted me envió la primera fotografía que encontró a mano de una atractiva señorita en bañador. Pero, con la mano en el corazón, ¿qué tiene que ver ese cuerpo armonioso, elástico, vital, de la foto, con la mujer madura, de antebrazos fláccidos, ojos enramados y cintura enteriza que se sentó frente a mí en la mesa del Milano? Entiéndame, señora, no formulo esta constatación por resentimiento, en tono de censura, pero si usted confiesa abiertamente, en una publicación, cincuenta y seis años, ¿por qué no asumirlos? Durante meses, embaucado por su fotografía, viví en la inopia, imaginando el milagro, pero cuando la otra tarde en Madrid observé atentamente su rostro y percibí, por debajo de afeites y cosméticos, las tenues, disimuladas, arrugas, las oscuras bolsas bajo los ojos azules, la traidora sotabarba, en una palabra, las patentes huellas de la edad, comprendí que tal milagro no existía, que usted era lo que tenía que ser, lo que yo era, lo que todos somos (a excepción de aquel prodigio insenescente que se llamó Rafaela) una vez que abocamos a la decadencia, a la decrepitud. ¿Voy a tacharla de embustera por eso? ¿Voy a censurarle que sustituyera su verdadero retrato por el de una encandiladora señorita en bañador? Al contrario, comprobar su ingenua argucia me conmovió, despertó en mí una intensa ternura. No vi en su juego una falacia, sino al revés, un deseo de ser más para darme más, un anhelo de ser perfecta para ofrecerme la perfección. Y aquello, aunque otra cosa pueda pensar usted, me reenamoró, con un sentimiento más sosegado que el que desató en mi pecho la chiquilla del bikini, por supuesto, pero más puro, más respetuoso, más profundo también.

Esto es todo, señora. Entiendo que ésta es la única manera honesta de plantear nuestro fracaso: desde la sinceridad. Y tal vez

desde esta base, con los pies en el suelo, cabría la posibilidad de reanudar nuestro epistolario a no ser que mi físico le cause a usted verdadera repulsión. Yo debo reconocer que me he acostumbrado a usted, que necesito de usted, de sus desplantes, sus ironías, sus lamentaciones, y que prescindir de golpe de todo ello me supondría un hondo desgarramiento. Lo importante en la vida es disponer de un interlocutor. Se vive para contarlo, en función de un destinatario. ¿Qué hacer si éste, de pronto, desaparece? Recomencemos, pues, desde la realidad, si le es servido. Yo, por mi parte, doy por no escritas las dos últimas cuartillas de su carta. No son de recibo.

Besa sus pies,

E. S.

20 de octubre

Señora:

Apenas mi carta en el buzón, recibo otra, inesperada, de Baldomero Cerviño, llena de circunloquios, medios términos y promesas de fidelidad, misiva que no podía tener otra procedencia. Su ambigüedad, la atildada caligrafía, la pulcra sinuosidad de sus argumentos llevan el sello inconfundible de Baldomero. No en balde Baldomero ha sido cocinero antes que fraile. Tras su lectura, se ha hecho la luz, se han definido los contornos de las cosas. ¿Cómo he estado tan ciego, Dios mío? De modo que usted y Baldomero, Baldomero y usted... ¿Es posible? ¿Desde cuándo? ¿Cómo iba a volar tan alto mi pobre imaginación? Ahora ya me salen las cuentas, todo está perfilado y en su sitio: la hepatitis, el tono de sus últimas, su comportamiento en Madrid... Las piezas del puzzle casan. Usted acudió a la cita con el propósito de informarme pero, en el último momento, le faltó valor. Lógico. La papeleta era tan abyecta e indecorosa que no se atrevió a presentarla. La carta de Baldomero, ahora, untuosa y precaria, viene a subsanar su omisión. Todo claro como la luz del día, señora, pero ¡tan nefando! ¿Por qué razón solicitó usted informes míos a Baldomero? ¿No los recibía usted directos, sinceros y puntuales? ¿Por qué, Señor, la palabra de Baldomero (otro desconocido, al fin y al cabo, para usted) iba a ser más de fiar, de mejor condición que la mía? ¡Preguntas, preguntas, preguntas! Pero ¿para qué respuestas? Las cosas caen por su peso. Baldomero, como cada año por estas fechas, viajaba a Cádiz y se detuvo en Sevilla para entrevistarse con usted. Preferible hablar que escribir; la palabra no deja huella, se la lleva el viento. El informe escrito es más delicado y Baldomero no lo ignora. ¡Sólo Dios sabe qué le diría desde su pedestal! Pero, después de todo, ¿qué importancia tiene eso? Apenas se vieron

se sintieron atraídos mutuamente. Cupido disparó sus dardos desde la torre de la Giralda. ¡El flechazo de la tercera edad! Automáticamente, yo quedé pospuesto, dejé de existir para usted. ¿Cómo competir con el donaire, la galanura, la noble testa patricia de Baldomero? El atractivo físico de este hombre, incluso en su avanzada madurez, es, por lo visto, irresistible. A lo largo de treinta y cinco años nunca le vi perder una batalla en el terreno sentimental. ¿Cuál es su secreto? ¿Dónde radica la razón de su éxito? ¿Únicamente en su arrogancia, su apostura, su desenfado, su don de gentes? No lo crea usted. A las prendas físicas de Baldomero hay que añadir una diabólica facultad, adquirida, sin duda, a lo largo de los años que ejerció como censor: la de adueñarse de la mente ajena socavando previamente los resortes defensivos de su víctima. Porque Baldomero, señora, digámoslo de una vez, fue censor de oficio, profesional, de plantilla, y esta tenebrosa actividad crea hábito; mediante el solape y la falacia nos ayuda a poseer otros cerebros, a suplantarlos, a pensar por ellos. Durante lustros fue éste un país de posesos y uno de los poseyentes más cualificados fue Baldomero. ¡Federico, su hijo de usted, saldrá ganando en el cambio! ¿Comprende ahora por qué le digo que no existe quien pueda sustraerse a sus artes embaucadoras? Su turno ha llegado, señora; usted es la nueva víctima, la última posesa. ¿Quién la exorcizará? Ante Baldomero en su podio, en su pedestal —¡San Baldomero el Estilita!— usted habrá de vivir de rodillas, en perpetua adoración. Y no piense que le hablo así por despecho. Si tiene la paciencia de repasar nuestra correspondencia hallará alusiones al especial carácter de mi amistad con Baldomero. ¿He dicho amistad? Admitámoslo, amistad, pero él señor y yo villano, él arriba y yo abajo. Esta especie de derecho de pernada que acaba de ejercitar ahora disipa la última duda que pudiera caber al respecto. En fin, señora, disculpe estas líneas desengañadas y que sean ustedes felices.

Atentamente,

E. S.

El tesoro

1985

A mi hijo Germán
y a cuantos dedican su vida
a investigar nuestras raíces.

I

Se hallaba tan enfrascado en la lectura que el timbre agudo del teléfono le sobresaltó. Desmanotadamente, como si acabara de despertarse, tomó el auricular y, al hacerlo, sus ojos azules, de por sí tristes y ensoñadores, adquirieron una expresión ausente.

—Sí —dijo frunciendo maquinalmente los hombros.

Aparte su incoherencia, la voz del Subdirector General sonaba rota, aguda, quebrada por la membrana del aparato, y Jero, mientras jugueteaba con los rotuladores y lapiceros del bote, se esforzaba en dar cohesión a aquel discurso deshilvanado.

—¿Un tesoro? —preguntó escéptico.

Su displicencia enfurecía al Subdirector General, de tal modo que su voz, apenas inteligible, se hacía, con la irritación, más turbia y chillona. Jero cabeceó impaciente, cogió del bote un rotulador rojo y mordisqueó la contera.

—Sí, sí, te entiendo perfectamente; pero ten en cuenta que a las once tengo clase... ¿No te sería igual a la una?

Jero parecía malhumorado. Volvió a depositar el rotulador en el bote y golpeó reiteradamente el fondo con él; dijo dominando su irritación:

—He vuelto anoche de Almería, Paco... Ponte en mi caso... Es que no paro... Ni siquiera he visto a Gaga... Imagina... Ya la conoces...

Las palabras casi ininteligibles del auricular se hicieron más autoritarias y apremiantes.

—Está bien, está bien —respondió Jero—. Dentro de una hora me tienes ahí... ¿Antes?, como no me crezcan alas... Alguien tiene que dar mi clase, Paco; debo recoger mis cosas, avisar a Narciso, dame tiempo... De acuerdo, llevaré mi coche.

Colgó el teléfono, se cubrió el rostro con las manos y permaneció unos instantes así, oprimiendo con dos dedos los doloridos globos de los ojos. A continuación tomó de nuevo el teléfono y marcó un número. Su voz se hizo meliflua, acariciadora:

—¿Gaga? Sí, soy yo, Jero... Todo bien, sí... Es decir, todo, todo, no; hay una novedad... Exactamente; otra salida imprevista... Lo siento, pequeña, no es culpa mía... No digas disparates... Importante, sí, inaplazable... Un tesoro, por lo visto... Me es imposible concretarte más; ni yo mismo lo sé... Cosas de Paco, por supuesto, pero no olvides que él manda... Dos o tres días supongo... ¿Y qué quieres que yo le haga?... La dedicación exclusiva es esto, Gaga, no nos engañemos... Lo

siento… A la vuelta hablaremos con calma… Está bien, está bien; te llamaré en cuanto regrese… Un beso.

Dejó el teléfono y se puso en pie; apiló las revistas que consultaba en un ángulo de la mesa y guardó en un bolsillo de la cazadora de ante una bolsita de caramelos refrescantes. Cuando abrió la puerta del despacho contiguo, un hombre joven, cargado de hombros, el pálido rostro enmarcado por una barba fluvial, levantó hacia él sus negros ojos absortos.

—Bueno. ¿Qué tripita se te ha roto ahora?

—La de siempre por no variar —dijo Jero—. Otra encomienda. Por lo visto ha aparecido un tesoro en el castro de Gamones. Ya sabes, ¿no? En las Segundas Cogotas, que diría el bueno del Coronel. Me largo con Paco dentro de una hora.

El muchacho de las barbas fluviales apoyó la mejilla derecha en el puño cerrado.

—Pero ese castro, ¿no estaba excavado ya?

Jero denegó con la cabeza:

—Una prospección de chicha y nabo; nada —se adelantó hasta la puerta del corredor y añadió—: Una cosa, Narciso, Paco me espera y ya sabes cómo las gasta. ¿Te importa decirle a Manolo que me dé la clase? El megalitismo, díselo así, él ya sabe.

En la calle, vaciló. Rara vez recordaba el lugar donde había aparcado el coche. Finalmente, atravesó la Avenida, avanzó doscientos metros y se detuvo junto a un enlodado Ritmo gris. Todavía juraba entre dientes cuando abrió la portezuela. Arrancó, tomó la lateral de la Facultad, giró en redondo en la explanada y se dirigió a su apartamento. El maletín, aún sin deshacer, estaba sobre la mesa, tal como lo había dejado la víspera. Lo recogió y, al llegar al portal, sacó dos cartas y unos impresos del casillero y dio una carrerita hasta el coche.

Paco le esperaba en la escalinata de la Dirección General, la ajada cartera negra en el rellano. Agitó innecesariamente la mano para llamar su atención y, apenas se detuvo el coche, cogió la cartera, abrió la portezuela y se metió dentro:

—¿Qué hay? —dijo formulariamente.

—Eso digo yo —dijo Jero.

El Subdirector General arrojó la cartera al asiento posterior, se acomodó y ajustó el cinturón de seguridad. Sus movimientos pretendían ser naturales pero resultaban apurados, descontrolados, nerviosos:

—Andando —dijo—. Pablito nos espera. Ha depositado las cosas en el banco, oye. Imagina, siete kilos de plata y kilo y medio de oro en un pueblecito de apenas cien vecinos. ¡Como para perder la cabeza, oye!

Jero conducía con resolución hacia la autopista. A intervalos, el Subdirector General levantaba el gordo trasero del asiento y se aflojaba con el dedo pulgar el cinturón de seguridad. Tras los gruesos cristales de las gafas, sus ojos eran diminutos e inexpresivos.

—Pablito me llamó anoche desde Valladolid —prosiguió—. El asunto no está claro, pero parece fuera de duda que habrá que indemnizar. Un tipo descubrió el tesoro en un cortafuegos. Según él, tropezó con la tinaja por casualidad, pero yo no me creo esa historia ni loco, oye. Ese tipo ha ido con un detector a por ello. Pero ¿cómo se lo demuestras?

Se afianzó las gafas y miró de reojo a Jero. Añadió:

—El asunto parece importante, oye. Nunca he visto a Pablito tan aturdido. Habla de docenas de torques, brazaletes y broches del siglo I antes de Cristo. ¡Vete a saber! Tiene al tipo con él, claro. Un tal don Lino, un abogado doblado de agricultor, de Pobladura de Anta. ¡Buena pieza! —rió—. El tipo lo descubrió el miércoles pasado, échale, pero ha estado callado, a lo zorro, hasta ayer, que no se sabe por qué se acoquinó y telefoneó a Pablito. Al parecer, Pablito y él se conocen de atrás. El tal don Lino pretendía callarse, pero a última hora lo pensó mejor y se arrugó. Pablito, naturalmente, porfía que el hallazgo fue casual pero yo no me lo trago ni loco. Ese tipo fue con el detector, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Está demasiado pateado ese castro como para admitir una tinaja en superficie sin que nadie lo haya advertido antes.

Jero aceleraba por el pasillo de la izquierda. Sacó maquinalmente un caramelo del bolsillo y lo metió en la boca. El tráfico era rápido y fluido. Los ojos azules, melancólicos, de Jero no se apartaban del parabrisas. Sus labios esbozaron una sonrisa tenue como si, de pronto, recordara algo.

—¡Pobre don Virgilio! —dijo chupeteando el caramelo—. Le hubiera alegrado el descubrimiento. Hay que tener en cuenta que las Segundas Cogotas, como él decía, fue su *hobby* durante cincuenta años. E, ingenuidades aparte, hay que reconocer que la nota que publicó sobre el castro era un trabajo serio, hecho a conciencia.

Hizo una pausa, pero el esbozo de sonrisa no había desaparecido aún de sus labios cuando prosiguió:

—¡Gran tipo el Coronel! Celoso de lo suyo, reticente como buen erudito local, pero sabía dónde le apretaba el zapato. Recuerdo que cuando lo conocí, y ya ha llovido, me mostraba los cinturones de las murallas y las piedras hincadas del castro con mayor orgullo aún que los establos de su finca.

Jero trató de rebasar al Citroën amarillo que le precedía, justo en el momento que éste lo hacía sobre un viejo y desvencijado Seiscientos. Frenó bruscamente y retornó a la fila de la derecha.

—¡Cuidado, oye!

—El tipo ese no ha dado al intermitente.

El Subdirector General se soltó el cinturón de seguridad, se dobló penosamente sobre el salpicadero y conectó la radio. Al sonar la música, volvió a desconectarla.

—Ya han dado las noticias —dijo. Consultó su reloj—: Las doce y diez. Si no hay novedad a las dos y media podemos estar con Pablito —rió—. Está como un flan, oye. En la vida le he visto así. Repite una y otra vez que el tesoro es prerromano, seguramente orfebrería celtibérica. ¿Qué demonios esperaría encontrar en ese castro?

Miraba a Jero con sus indagadores ojos miopes, hundidos en lo más profundo de los cristales.

—A mí, personalmente, estos ajuares prerromanos de la Meseta no me emocionan ya, no me producen frío ni calor —dijo Jero—. Repiten casi siempre las mismas joyas y, después de Raddatz, no me parece fácil sacarles más información. Lo único verificar si, en esa zona de nadie, la orfebrería es celtibérica o de los castros gallegos. Es lo único que nos queda por ver.

El Subdirector General asintió sin palabras, luego levantó el poderoso trasero, volvió a asentarlo y se aflojó el cinturón de seguridad, aliviando su presión con el pulgar. El coche avanzaba raudo por el túnel y, al salir de él, entrecerró sus pequeños ojos deslumbrados.

—Estos hallazgos son más espectaculares que eficaces, de acuerdo —dijo llevándose una mano a la frente a modo de visera—. Pero hay que reconocer, oye, que volcar una tinaja y encontrarte con diez kilos de joyas delante de las narices, es como para que se te encoja el ombligo.

Jero frunció por dos veces los hombros, aparentemente frágiles, pero nervudos y vigorosos:

—¿Espectacular?, bueno, de acuerdo, pero ¿qué problemas nos resuelve? Si es caso confirmar que el castro de Aradas es el punto de encuentro de la cultura celtibérica y la castreña, pero, a fin de cuentas, tampoco eso es ninguna novedad, Paco; todos lo sabíamos; hasta el propio Coronel lo sospechaba.

El Subdirector General rebulló en el asiento. Aflojó aún más el cinturón de seguridad. Dijo desasosegado:

—Este sistema es una mierda, oye, oprime el estómago, prefiero los fijos, ¿por qué no los cambias? Pon, al menos, una pinza de la ropa para que haga tope —se volvió hacia Jero, esbozó una sonrisa y dulcificó la voz para cambiar de tema—: ¿No crees que estás sacando conclusiones prematuras? Por de pronto, Pablito me ha hablado de una fíbula zoomorfa de arco aplanado, con resorte de charnela, única en la cuenca del Duero. Ni en Padilla, ni en Jaramillo hay nada que se

le parezca, oye.

Jero tornó a fruncir los hombros en un movimiento convulso:

—¿Y qué? Entre la orfebrería de la Segunda Edad del Hierro hay diversidad, sólo faltaría —en sus ojos claros, levemente soñadores, brilló un matiz de reproche al desviarlos hacia el Subdirector General —. Hay otra cosa, además, Paco. Estoy cabreado. ¿Lo quieres más claro?

El Subdirector General rió con una risa entrecortada, espasmódica, casi como un hipo.

—¿Gaga? —apuntó.

—Gaga, claro, ¿quién va a ser? Le digo que me voy tres días a Almería y me tiro dos semanas allí. Al cabo de las dos semanas, le anuncio el regreso y, antes de vernos, vuelta a marchar. ¿Tú crees que esto es serio? Con el corazón en la mano, Paco, ¿tú crees que habría muchas chicas que aguantasen semejantes frivolidades?

Volvió a reír el Subdirector General con su risita seca, cacareadora:

—¿Todavía no te ha planteado la alternativa de que la piqueta o ella?

—Mira, cada tarde.

Los miopes ojos del Subdirector General, al fondo de los cristales, se achinaban al reír:

—Pila me planteaba este dilema diez veces al día. Y, sin embargo, ya la ves ahora. Con los tres becerretes tiene bastante.

Jero soltó unos instantes las manos del volante y accionó nerviosa, apasionadamente:

—Tampoco es eso, Paco, no simplifiques. Para empezar, Gaga y yo no pensamos tener hijos. A lo mejor ni siquiera nos casamos.

El Subdirector General ahuecaba el cinturón con el dedo pulgar. Montó el labio inferior sobre el superior en un gesto meditabundo y preocupado:

—No te lo tomes al pie de la letra, oye. Pero, puestos a buscar paralelos, tampoco Pila quería tener hijos. Sólo pensarlo, la asustaba. Era demasiado frágil, estrecha de pelvis, qué sé yo cuántas cosas... Y ahí la tienes, tú. Tres hijos en cinco años. La maternidad es un instinto y como tal funciona.

Jero meneó la cabeza de un lado a otro.

—No quieres comprenderme, Paco. Gaga no es frágil, ni estrecha de pelvis. Simplemente se niega a tener familia; pasa de instinto maternal. Dice que con la arqueología tiene bastante y, visto lo visto, no le falta razón.

Concluía la autopista y la cinta gris de la carretera, con los bordes desportillados, sin árboles, se perdía ahora en la línea del horizonte. A mano izquierda un pueblecito de barro, señoreado por una iglesia, se

recortaba sobre el cielo azul y, frente a él, entre el verde tierno de las siembras, tras un islote negro de pinos agrupados, una línea discontinua de mondas colinas cerraba la perspectiva. El Subdirector General levantó otra vez el voluminoso trasero del asiento.

—¿Tienes calor? —preguntó Jero adelantando la mano hasta la palanquita de la calefacción.

—Deja. Voy bien; si es caso, sueño. Esa condenada Tuta se despierta cada noche berreando como si la mataran. Apenas nos deja descansar, oye. Pedro porfía que con esto de la televisión los terrores nocturnos en los niños han aumentado un quinientos por ciento. ¡Vete a saber!

El Subdirector General ladeó el cuerpo y recostó la cabeza en lo alto del respaldo.

—¿Sabes que no me parece una mala idea descabezar una siestecita? —añadió.

Sus ojos diminutos quedaron reducidos a dos ojales al cerrarse. Jero se inclinó sobre el salpicadero, cogió otro caramelo y conectó la radio. Sonó la música.

—¿Te molesta?

—Al contrario, oye. Me arrulla. ¿No te entrará sueño?

—Descuida. Ya estoy acostumbrado.

II

Aunque el local apenas reunía docena y media de mesas, el rumor de voces, el hiriente estrépito de la loza, impedían conversar en un tono de voz normal. Jero, sosteniendo con el codo la puerta de vaivén, paseó sus claros ojos asombrados por entre los comensales. Divisó a Pablito, en la plataforma, su pelo planchado, su sonrisa fruitiva y, a su lado, un hombre mullido, calvo, carirredondo, se arranaba en el borde de la silla, como si pretendiera escamotear su humanidad tras los manteles de la mesa.

—Ahí están —dijo Jero levantando la voz.

Salvaron los tres peldaños que les separaban de la grada y se acercaron a la mesa. Pablito, radiante, se levantó y puso una mano blanca, afilada, como de marfil, sobre el hombro oscuro de su acompañante. Sonreía:

—Lino —dijo—, aquí te presento al señor Subdirector General, Paco para los amigos, y Jerónimo, mi compañero en Madrid.

El hombre calvo forcejeó inútilmente con la silla, emparedada entre la mesa y el tabique, tratando de incorporarse. Engurruñido, tendió su mano, una mano grande, pesada, de campesino, al Subdirector General y, luego, a Jero. Pablito agregó:

—Y éste es don Lino Cuesta Baeza, el descubridor del tesoro.

Se sentaron. Don Lino miraba a los recién llegados con aprensión, como si vinieran a pedirle cuentas. El rostro exangüe, de pelo negro, engomado, tirado hacia atrás, de Pablito irradiaba, en cambio, satisfacción. Dijo, demorando deliberadamente entrar de golpe en el tema:

—He pedido ancas de rana y lechazo asado para todos. Si alguno quiere cambiar, aún estamos a tiempo.

El Subdirector General observaba el rostro de don Lino con sus ojitos punzantes, con cierta insolencia, y don Lino, inquieto, se rebulló en el asiento y, aunque no había empezado a comer ni a beber, se pasó mecánicamente la servilleta por los labios. Dijo Jero, mientras escanciaba vino en los vasos, dirigiéndose a él:

—¿Conoció usted a don Virgilio, el Coronel?

La sonrisa de don Lino era corta, cuitada, como si pidiera disculpas:

—¿Quién no iba a conocer a don Virgilio en estos contornos? Era un hombre la mar de popular.

Jero bebió un sorbo de vino.

—El Coronel, como usted sabe, dedicó media vida al castro de Aradas. Con toda seguridad, en los últimos veinte años pasó más tiempo en él que en su propia casa. Conocía cada grieta, cada piedra, cada accidente del terreno. No era más que un aficionado pero diligente y, pese a su independencia, nunca quiso desconectarse de la Universidad.

Don Lino, cohibido, asentía, mientras el Subdirector General sonreía maliciosamente y Pablito, cuya inicial jovialidad iba trocándose paulatinamente en desasosiego, parecía preguntarse adónde quería ir a parar Jero con su interrogatorio. Prosiguió éste:

—Por eso me sorprendió esta mañana el Subdirector General con la noticia de un tesoro en el monte de Gamones, precisamente en el castro del Coronel. Yo...

Pablito terció, con su sonrisa pudibunda, en una tentativa por desviar la conversación:

—¡Y qué tesoro, Jero! Dentro de unos minutos podrás verlo. A las tres y media he quedado con el Director del banco. —Mostró una llave con tres dientes desiguales en el paletón y guiñó un ojo—: No os preocupéis que está a buen recaudo.

Don Lino se revolvió en la silla, arrugando la frente, como si pretendiera apagar un inoportuno gemido intestinal. La voz salía de sus labios empastada y ruda, poco convincente:

—En realidad, el tesoro no apareció en el monte sino en el cortafuegos, en el tozal, o sea arriba del castro —aclaró—. Yo subí allí con el tractor porque, según mi encargado, el cortafuegos se había

llenado de aulaga y mala hierba. Y un cortafuegos con broza es peor que si no existiese; si se prende es como yesca, ¿comprende usted?

Jero le miraba fijamente, ajeno a la comida que acababan de servirle. Cuando don Lino concluyó, adelantó hacia él su barbilla pugnaz y acusadora:

—Pero, según mis referencias, el monte ese es comunal. ¿Pretendía usted desbrozar el cortafuegos por amor al prójimo, únicamente por hacer un servicio a la comunidad?

Un conato de sonrisa abortó entre los labios de don Lino. Desvió los ojos hacia Pablito como buscando apoyo:

—No me quiere usted entender —dijo, al fin, frunciendo los labios—: Ciertamente el monte ese es comunal, pero, en la vertiente sur, hay una pinada de mi propiedad que se vería afectada en caso de incendio. Por eso subí. Para limpiar de broza el cortafuegos y evitar riesgos.

Jero comía ahora apresuradamente, observando de reojo a su interlocutor. Cuando terminó, apartó el plato a un lado, se limpió los labios con el borde del mantel, después de buscar inútilmente una servilleta, y dijo, como si la conversación no se hubiera interrumpido:

—Y según franqueaba el cortafuegos, zas, se da de bruces con la tinaja, así de fácil. ¿No le parece raro que el Coronel, que al fin y al cabo era un experto, pasase media vida sobre el castro sin ningún resultado práctico, y llegue usted una tarde a dar una vueltecita con el tractor y se tropiece con el tesoro?

Don Lino ahuecó los orificios de la nariz como si fuera a estornudar y, después, sonrió evasivamente:

—Son cosas que pasan, sí señor. Hay que dar un margen al azar. El azar juega en la vida un importante papel. Y, además, ¿quién puede asegurarnos que desde la muerte de don Virgilio no se haya producido en el castro alguna falla o algún corrimiento de tierras?

Pablito se acariciaba la barbilla sin pausa, como si pretendiera afilarla. Se diría que había adelgazado desde la llegada de Jero y el Subdirector General. Contrariamente, don Lino, aunque continuaba a la defensiva, se iba afirmando, adquiriendo seguridad, conforme hablaba. Se aproximó el camarero y el Subdirector General, después de consultarles, uno a uno, con la mirada, levantó hasta él sus ojitos prisioneros:

—Un helado y cuatro cafés, por favor.

Jero reanudó su acoso sistemático.

—¿Y limpió usted, por fin, el cortafuegos?

—Eso pretendía, sí señor, pero ni tiempo tuve de hacerlo. Apenas había empezado, cuando me llamó la atención el borde redondo de la tinaja que sobresalía de la tierra entre la broza. Me apeé del tractor, arañé un poco con la azada y apareció una pulsera de oro. Fue lo

primero que salió y me puse muy nervioso, lo reconozco. No sabía qué hacer. Y allí me quedé media hora dándole vueltas a la cabeza, hasta que, finalmente, volví a cubrirlo, bajé al pueblo y subí con uno de mis hombres, dos picos y dos palas.

Jero sonreía con sorna escarnecedora.

—Y usted, un hombre sin ninguna experiencia arqueológica, ¿fue capaz de divisar desde lo alto de un tractor el borde de una tinaja negra, sobre la tierra negra, entre la maleza que cubría el cortafuegos?

—Qué hacer. Un servidor no tendrá esa experiencia que usted dice, no señor, pero lleva casi cincuenta años trabajando la tierra. Sabe mirarla.

El Subdirector General sonreía divertido con el debate, en tanto Pablito, perdida definitivamente la euforia inicial, miraba a uno y a otro con expresión desolada. Jero, no obstante, se mantenía implacable.

—¿Y por qué razón el borde de una vieja tinaja le llamó la atención hasta el punto de apearse del tractor? Los restos de cerámica, de todas las edades, son accidentes habituales en los campos de Castilla. Un lego en la materia no tiene por qué sorprenderse por una cosa tan simple.

Don Lino adelantó el busto contra la mesa y guiñó picarescamente un ojo.

—Si don Virgilio se pasó media vida en el castro, como usted dice, por algo sería. Algo andaría buscando, digo yo.

Jero se inflamó en un repentino acceso de cólera:

—¡Nos está usted insultando! —dijo—. Ni don Virgilio ni nosotros somos buscadores de oro. Si cavamos la tierra es por otras razones, razones científicas exclusivamente. ¿Me comprende?

Don Lino parpadeó. No obstante, se mostraba tranquilo. Bebió un sorbo de café y se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Yo no sabía eso —dijo—. Ahora ya estoy informado.

—¿Y por qué motivo demoró usted cuatro días la denuncia del hallazgo?

—Ya empecé por decirle que me puse nervioso.

—Un motivo más para dar parte, ¿no?

Don Lino apuró el café hasta la última gota, echando hacia atrás la cabeza. Depositó la taza en el plato y soltó una risita áspera, un poco forzada:

—Parece como que me estuviera juzgando usted, coño. Eso que usted me echa en cara es exactamente lo que hice. Avisar a Pablo y darle razón del hallazgo. Pero Pablo no hizo lo de usted. Al contrario, me dio las gracias y me prometió una parte del tesoro. —Se agarró las solapas de su chaqueta de pana y bajó la voz—: Yo creo que hay una diferencia.

Jero miró a Pablito, su rostro oliváceo, los ojos evasivos, suplicantes, y recogió velas:

—De acuerdo —dijo—. El Subdirector General hablará con usted sobre ese particular. En realidad, yo aquí no soy nadie. No tengo por qué meterme donde no me llaman.

Los ojos de don Lino y Pablito se volvieron hacia el Subdirector General, quien, antes de hablar, afianzó las gafas con un dedo, se acodó en la mesa, dejando entre sus brazos la taza de café:

—Usted sabe que el hallazgo de ciertos bienes, concretamente los de valor cultural, no puede silenciarse —dijo en un tono de voz distante, vagamente didáctico—. Cuando el hallazgo se produzca hay que informar inmediatamente al Estado porque el Estado, en principio, es su dueño o, hablando con más propiedad, tiene prioridad para su adquisición.

Don Lino asintió. El Subdirector General amusgó los ojos, frunció la frente y esperó a que los bulliciosos comensales de la mesa de al lado abandonaran el comedor para proseguir:

—En el caso que nos ocupa no hay problema. Todo está previsto por la ley. El tesoro lo ha descubierto usted pero el Estado lo reivindica por tratarse de bienes de interés general. ¿Me explico?

Don Lino aprobaba con la cabeza, los ojos codiciosos. Confirmó roncamente:

—Pablo me anticipó algo de esto.

Los ojitos del Subdirector General se posaban en él fríamente. Los de Pablito miraban al Subdirector General con cierta calidez agradecida. La voz del Subdirector General se desgranaba ahora con el neutro acento razonador de un jurista:

—Lo procedente es una tasación pericial. Un experto que dictamine: «Esto vale diez o vale veinte». Lo que sea. Y una vez determinado el justiprecio, a usted se le asignará la mitad en calidad de descubridor, en el supuesto de que el hallazgo se haya producido por casualidad.

Don Lino se humedeció los labios con la punta de la lengua:

—Sí, señor —dijo, con voz apenas audible.

—Ahora bien —añadió el Subdirector General—, si, como creo haber entendido, el hallazgo se ha producido en su propia finca, usted tiene derecho al total de la tasación, ya que el otro cincuenta por ciento corresponde, según ley, al dueño del terreno.

La voz de don Lino se hizo aún más opaca:

—Eso no —advirtió—. El tozal donde apareció el tesoro pertenece al término de Gamones; lo mío está enclavado en Pobladura de Anta. La raya está orilla del cortafuegos, pocos metros más arriba.

El Subdirector General entornó pausadamente sus ojitos. Sonrió remotamente.

—En ese caso el Estado decidirá.

Don Lino casi le cortó:

—En realidad, el terreno ese no es de nadie, o sea, son bienes comunales.

El Subdirector General cesó de sonreír y levantó la redonda barbilla en actitud reprobadora:

—¿Desde cuándo lo comunal no es de nadie? En este país todo tiene un dueño, señor mío. El hecho de que no sea un particular no modifica las cosas. Ayuntamientos, diputaciones, autonomías, el mismo Estado, son personas jurídicas y, como tales, capaces de derechos y obligaciones.

Pablito consultó el reloj. Estaba cada vez más descolorido y ojeroso y su mano marfileña temblaba ligeramente al interrumpir al Subdirector General.

—Perdona, Paco —dijo—. Son las tres y veinte y a la media he quedado con el Director del banco. Por otro lado, y disculpa que me meta en esto, este asunto de la indemnización está suficientemente claro. Lino no exige nada; no reclama nada. Acepta lo que se le dé y ¡santas pascuas!

—Está bien, está bien —dijo el Subdirector General arrastrando la silla hacia atrás e incorporándose.

Jero pagó la cuenta, dobló la factura y la guardó en el bolsillo interior de la cazadora. Ya en la calle, don Lino, que se abrigaba con un sucio tabardo gris y una gorra de visera, cedió la acera al Subdirector General. Detrás, emparejados, caminaban Pablito y Jero. Dijo aquél a media voz:

—Creo que has estado demasiado duro. ¿A santo de qué ese acoso? ¿Quién es el guapo que va a demostrar que Lino ha utilizado un detector?

Jero cerró de golpe la cremallera de la cazadora, metió las manos en los bolsillos del pantalón y encogió los hombros.

—Yo no he pretendido, ni pretendo, demostrar nada. Únicamente que tu amigo se entere de que no me chupo el dedo.

—¿Quién te ha dicho que Lino sea amigo mío?

—Es igual, Pablo, amigo, conocido, como quieras llamarlo. ¡Que lo mismo da!

Repentinamente Pablito le tocó el antebrazo.

—Disculpa, el Director está esperando. —Aligeró el paso y adelantó a don Lino y al Subdirector General.

Al pie del gran rótulo, ante la puerta encristalada del ostentoso edificio de mármol rojo, un hombre maduro, enfundado en un abrigo azul marino, les sonreía. Al llegar a su altura, Pablito hizo las presentaciones y, seguidamente, el Director miró desconfiadamente a un lado y a otro y abrió la puerta del establecimiento. Una vez dentro,

volvió a cerrarla. Al fondo del amplio patio desierto, una escalera, también de mármol rojo veteado, conducía a los sótanos. El Director recogió a un lado el grueso cordón granate que impedía el acceso y pulsó un interruptor.

—Perdonen que baje delante —dijo.

Ya en el sótano, miró con el mismo recelo de antes a lo alto de la escalera, manipuló la clave de la caja y abrió la puerta blindada, empeñando en ello todas sus fuerzas. El interior de la cámara, de tres metros por tres, con taquillas numeradas en los cuatro costados, tenía un rígido aspecto funerario. El Director se introdujo en ella, escogió una llave y sonrió a Pablito.

—Usted tiene la otra, ¿verdad?

El Subdirector General, Jero y don Lino esperaban expectantes a la puerta de la cámara y, cuando Pablito reapareció con la bolsa de fieltro rojo en la mano, el Director les invitó a pasar al despacho anejo, dio la luz sobre la gran mesa ovalada y salió de la habitación musitando una excusa. Volvía a exultar Pablito al volcar cuidadosamente el contenido de la bolsa sobre el tablero bruñido:

—Aquí está el tesoro de Alí Babá —bromeó.

Torques, brazaletes, anillos, fíbulas, colgantes, arracadas, pendientes de oro y plata, enredados unos con otros, se desparramaron sobre la mesa vacía. Al verlos, el Subdirector General emitió un prolongado silbido y don Lino, un poco retirado, esbozó una cauta sonrisa. Jero fue el primero en sobreponerse al embelesamiento general y decidirse a desenredar las joyas. Le bastó un vistazo para emitir un diagnóstico:

—Elementos de adorno personal. Finales de la segunda Edad del Hierro —dijo con laconismo de experto.

Y como si sus palabras fueran una invitación, las manos impacientes de Pablito y el Subdirector General se adelantaron hasta las joyas, primero tímidamente y, después, perdido el respeto inicial, revolviéndolas, separándolas, examinándolas, mientras don Lino les observaba desde una prudente distancia, con la misma expresión inefable con que se observa a un grupo de niños enfrascados en sus juegos. Los tres arqueólogos se comunicaban entre sí mediante frases escuetas, valiéndose de sobreentendidos, subrayándose unos a otros, con entusiasmo, las peculiaridades de cada pieza. Pablito extrajo del montón un brazalete de oro y reclamó la atención del Subdirector General:

—Atiende, Paco. De estos brazaletes acintados, espiraliformes, no creo que haya precedentes en la Península —dijo orgullosamente, jugando una baza en favor de don Lino.

El Subdirector General asentía complacido, sus ojitos diminutos conmovidos al fondo de los cristales. Cogió con dedos reverentes un

broche de oro y lo manipuló, dándole vueltas sin cesar, con extremada delicadeza, aproximándolo a las gafas. Daba la impresión, tal era su ensimismamiento, de que en cualquier momento podría caérsele la baba. Sonrió. Dijo, finalmente, con emoción reprimida:

—¿Es ésta la fíbula de que me hablaste?

Pablito sonreía también, arrobado:

—Ésa —dijo—. Fíjate en los prótomos. No conozco otro caso en la joyería prerromana hispánica, con prótomos de animales.

El Subdirector General la curioseó durante largo rato, y por último se la pasó a Jero.

—¿Te das cuenta? —preguntó—. Parecen dos leones. Esto sí que es insólito en la orfebrería de la Meseta.

Jero encogió los hombros, consideró la fíbula con desgana y, luego, la juntó con las otras joyas, sin comentario. El Subdirector General le constriñó con la mirada.

—Bueno —dijo Jero a regañadientes—. Podría ser una importación. En ciertas fíbulas ibéricas del sur se dan representaciones similares.

El Subdirector General y Pablito continuaban hurgando entre las joyas, cambiando impresiones ocasionales ante la plácida mirada de don Lino. Jero sacó del bolsillo delantero del pantalón su viejo reloj:

—Os advierto que son casi las cinco —dijo— y a las siete y media apenas se ve.

—Tienes razón; vamos, vamos... —dijo el Subdirector General empujando a Pablito, pero sus ojos quedaron imantados por un torques de plata y, sin poder reportarse, regresó hasta la mesa—. Perdonad —añadió, tomándolo escrupulosamente con dos dedos y levantándolo ligeramente para que lo observaran sus compañeros—: Este engrosamiento progresivo hacia el centro es semejante a los de los de Santisteban y Torre de Juan Abad y, sin embargo, el cierre, en gancho, es absolutamente nuevo —lo unió al resto de las joyas y repitió—: Bueno, vámonos. Si nos entretenemos con esto ahora, no saldríamos de aquí hasta que la rana críe pelos. En Madrid lo veremos con más detenimiento. Desde luego, el descubrimiento es importante —levantó sus ojitos hacia Jero—. ¿Qué kilómetros hay a Gamones?

—Con suerte y sin tráfico, cuarenta minutos —respondió Jero, metiéndose en la boca un caramelo.

—Pues vamos allá —dijo el Subdirector General dirigiéndose hacia la puerta.

III

A medida que el automóvil ascendía por la empinada pendiente del

castro, se diría que el vallejo reverdecía, se hacía más recoleto y profundo, y el pueblecito en el fondo, a ambos lados del riachuelo, con las chimeneas fumosas y las viejas tejas renegridas, se reducía a las proporciones de una tarjeta postal. Jero conducía diestramente, salvando los pedruscos, orillando los relejes, y cuando don Lino repitió por tercera vez, inclinándose sobre su nuca, con el mismo acento de suficiencia que las dos anteriores: «Más hubiéramos adelantado trayendo el Land Rover», no pudo evitar un estremecimiento. El Subdirector General, a su lado, disimuló una sonrisa y desvió la mirada hacia el castro: una masa ciclópea ingente, en la que resaltaban los riscos de cuarcita y los paramentos de la muralla. Jero metió la primera velocidad y señaló insistentemente con un dedo a través del parabrisas:

—¿Te das cuenta? —dijo al Subdirector General—. Esa extraña configuración de recintos geminados fue lo que indujo al bueno de don Virgilio a bautizar el castro con el nombre de Segundas Cogotas. Tal vez parezca un poco pretencioso pero no es descabellado. En cierto modo algo se asemeja a la estación abulense.

Saltó una piedra que produjo un ruido sordo en los bajos del automóvil. Jero apretó los labios.

—Ojo con el cárter —dijo don Lino.

A la izquierda del camino, tras un recodo pronunciado, surgió un nogal, cuyas ramas, mecidas por el viento, se abatían y erguían alternativamente. Unos cirros sobrevolaban el castro, y bajo ellos planeaban dos buitres. Dijo Jero mirando al nogal solevantado:

—Como de costumbre hace viento aquí. Don Virgilio solía decir que si lográramos entubar el viento de Aradas podríamos barrer de contaminación el cielo de Europa. Las ideas del Coronel eran divertidas; con frecuencia tenía intuiciones geniales.

La rampa se acentuaba y don Lino, en el asiento trasero, adelantó el busto hasta casi rozar con sus labios el cogote de Jero:

—Orille ahí, junto a la peña; no siga. El camino está mal arriba y podría atollarse el coche. Además no vale la pena; el cortafuegos queda a dos pasos.

El viento batía los faldones de los abrigos y hacía lagrimear los ojos. En lo alto del teso, las rachas eran aún más violentas y don Lino se sujetó la visera con la mano. El cordal se bifurcaba, subía y bajaba a diferentes niveles, para terminar conformando la pequeña cordillera que circuía el valle. Don Lino avanzó resueltamente por el cortafuegos, una calle invadida de aulagas, apenas diferenciada del monte de roble que dividía en dos mitades y, al llegar al borde del tozal, se detuvo. Un hoyo profundo se abría a sus pies.

—Aquí lo tienen —dijo, volviéndose al grupo.

Jero, junto a él, meneó la cabeza disgustado:

—Si ahonda usted un poco más llega a Australia. Creo que para sacar una tinaja no hacía falta tanto.

Don Lino, la mano en la visera, sonrió con sonrisa de hombre avisado.

—¿Y si hubiera habido dos? Donde hay una bien puede haber dos, ¿no cree?

El Subdirector General se colocó entre Jero y Pablito. Inspeccionaba el lugar con mirada profesional. Pateó el suelo:

—Digo que este rellano bien pudo servir de caserío a la población protohistórica —se dirigió a Jero—: Habrá que mirarlo, oye.

Jero, que al apearse del coche se había alzado el cuello de la cazadora, ocultó ahora las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Tú crees que es necesario?

—Bueno, unas calicatas; una pequeña prospección. Hay que contrastar el ambiente del hallazgo.

Dio una vuelta alrededor del hoyo sin dejar de mirar y señaló el montón de tierra removida:

—Hay que cribar todo esto, oye. No es que espere grandes sorpresas, pero hay que hacerlo. No queda otro remedio.

El rostro de Pablito era de una palidez cerúlea. Le brillaba la moquita en la punta de la nariz. Preguntó ingenuamente:

—¿Insinúas que puede haber otra olla?

—No se trata de eso ahora. Busco el origen de ese tesoro. Dónde, cuándo y por qué. ¿Fue escondido en el subsuelo de una vivienda o, por el contrario, constituye el ajuar de una tumba excepcional? Nuestra misión es averiguarlo, oye. Para eso estamos.

Jero se frotaba vigorosamente una mano con otra, tanto para defenderse del frío como para sujetar su impaciencia.

—Lo que considero primordial —dijo— es datar la ocultación. Determinar la fecha en que se produjo; es decir, si se corresponde con la época de las joyas o ha sido posterior. Acuérdate del tesoro de Drieves.

—A eso iba —dijo el Subdirector General.

—Pero eso no corre tanta prisa, Paco, creo yo.

El Subdirector General le tomó del brazo y bajó la voz tratando de hurtarla al oído avezado de don Lino:

—Convengamos que el descubrimiento es como para quitarse el sombrero, Jero, no nos engañemos. Interesa presentar el informe completo en este ejercicio, oye. Esto hay que hacerlo sin demora. Mañana.

Jero arrugó la nariz como si fuera a estornudar.

—¿Mañana? ¿Estás loco?

El Subdirector General rompió a reír, con su risita cortada, seca, espasmódica:

—Olvídate de Gaga por un momento, oye. Tenemos entre manos algo excepcional. A Gaga le llamaré esta noche, te lo prometo. Y mañana la sacaremos Pila y yo a cenar. Es una chica sensata; lo comprenderá enseguida.

El rostro deportivo de Jero se ensombreció. Sus claros ojos soñadores se amusgaron para decir:

—No es Gaga, Paco. O, mejor dicho, no es sólo Gaga. Es todo: las clases, el catálogo de Almenara, la clasificación de lo de Almería... ¡La Biblia en verso!

Los ojitos del Subdirector General sonreían oblicuamente.

—Tranquilo, oye. Lo primero es lo primero. Total, la Semana Santa está encima, pocas clases vas a perder por esto. Lo demás, déjalo de mi mano.

Pablito, encogido en su abrigo de mezclilla, apuntó tímidamente.

—¿Y el dinero?

El Subdirector General se volvió hacia él y le palmeó la espalda:

—Ni eso, oye, pásmate. Por una vez no hay problemas de dinero. Disponemos de la subvención para excavaciones de urgencia. Y tenemos la suerte de que en esta provincia está intacta.

Se reunieron con don Lino, quien, sin apartarse de la hoya, les había vuelto la espalda y oteaba atentamente el panorama a sus pies. El viento silbaba entre los riscos y, abajo, en el pueblo, sacudía las ramas de los árboles y aventaba el humo de las chimeneas. Las casas de piedra, con angostos ventanos al norte, se abrían a poniente en amplias galerías de madera, con botes de flores colgados de las barandillas pintadas de verde. El caserío, diseminado en tres barrios, enlazados entre sí por dos caminos que faldeaban la montaña, conformaba, en el del centro, una plaza rectangular, en uno de cuyos costados se alzaba la iglesia de grises sillares, sin apenas vanos, como una fortaleza. En las traseras de las casas, se apretaban los huertos y corrales, demarcados por tapias revestidas de hiedra. Y, en el ensanchamiento de una cambera, junto a un pequeño molino, bajo cuyos arcos espumeaba el agua, reposaba una máquina esquemática, roja y amarilla, para hilerar alfalfa. El pueblo, desde lo alto, producía la impresión de abandonado. Tan sólo un hombre, diminuto como una hormiga, negreaba en el camino, empujando una carretilla hacia uno de los barrios extremos, precedido por un perro. Una impetuosa ráfaga desequilibró a Pablito, que trastabilleó entre las rocas.

—¡Cuidado, tú!, no te vayas a despeñar ahora —dijo Jero.

El Subdirector General abordó a don Lino:

—¿Qué vecinos tiene esto?

—¿Vecinos? Pocos. No sé si llegarán a ciento.

—¿Cuatrocientos habitantes entonces?

—No creo que alcancen —rió—, pero le advierto que son muy

brutos. Una vez, por una apuesta, subieron un buey al campanario.

El Subdirector General no se alteró.

—¿Y la linde del término?

Don Lino sacó su manaza del bolsillo del tabardo y señaló la entrada del cortafuegos:

—Ve ahí, por donde hemos subido, en el bocacerral, va la raya con Pobladura. Por menos de cien metros no le ha caído el gordo a mi pueblo.

Jero, ajeno a la conversación, contemplaba la cuenca, la escarpada ladera de enfrente, donde, entre pequeñas hazas de cereal, pastaba un rebaño de cabras. En los bajos, a un lado y otro del riachuelo, se alineaban marcialmente los manzanos hasta diluirse en la penumbra del recodo. El Subdirector General volvió la espalda al viento. Le dijo a Jero:

—Esto está visto, tú. Cuando quieras.

Una vez dentro del coche, Pablito se frotó sus débiles manos hinchadas por el frío.

—La verdad es que está cayendo una helada de película.

El coche se resistía a arrancar.

—Se ha quedado frío —murmuró Jero.

Tiró del botón del aire y el motor ronroneó. Aceleró, en vacío, dos o tres veces.

—Vale —se dijo a sí mismo.

Descendían lentamente y, al abocar a la carretera, detuvo el automóvil y, con la bocamanga, limpió el vaho del cristal de su ventanilla.

—No se ve ni papa —dijo.

Volvió a sentir en el cogote el húmedo aliento de don Lino.

—Tire sin miedo —le dijo—. Es más difícil topar aquí con otro coche que acertar una quiniela de catorce.

La plaza se encontraba desierta, pero al irrumpir el Ritmo, un hombre corpulento, sucio, con una pata de palo y una muleta en la axila, se asomó a la puerta del bar, se apoyó en el quicio, sonrió burlonamente y les hizo un ostentoso corte de mangas. El Subdirector General volvió incrédulo la cabeza para mirar por la ventanilla trasera:

—Pero ¿habéis visto? ¿A qué viene eso ahora?

Pablito rió apagadamente.

—Será costumbre aquí —dijo.

Don Lino carraspeó para aclararse la voz:

—A ése le dicen el Papo —dijo— y es el más bruto de todos. En el cincuenta y cinco estuvo de alcalde y quiso fusilar al alguacil porque enamoró a su hermana. Pero lo que no perdona ahora es que yo haya dado con el tesoro.

El Subdirector General se acodó en el respaldo del asiento y le miró a los ojos:

—¿Es que saben ya en Gamones lo del hallazgo?

—Dejarán. El cabrero corrió la voz.

El Subdirector General se enderezó y habló nerviosamente a Jero:

—¿Oyes? Hay que empezar inmediatamente. Mañana sin falta. Ahora buscas alojamiento en Covillas y mañana, a primera hora, tienes aquí el equipo completo: Ángel, Cristino y el Fíbula. ¿O prefieres a Sinfo?

Se esfumaba la última luz de la tarde y Jero encendió los faros de cruce, tomó un caramelo de la bandeja del salpicadero y se lo metió en la boca. Frunció la frente y chupeteó un rato antes de hablar:

—Mejor el Fíbula —dijo—. Tiene más instinto.

Jero se ceñía de tal manera a las curvas que el costado del coche rozaba los arbustos de la carretera, pero las revueltas eran tantas que durante varios minutos hubo de caminar a cubierto del camión cisterna que le precedía, sin posibilidad de adelantarlo. En Covillas estacionó el coche en el aparcamiento de la plaza. Pablito consultó su reloj.

—¿Una cervecita? —apuntó el Subdirector General.

Pablito rehusó. Tartamudeaba al justificarse:

—Si... si no me necesitas, Subdirector, yo... yo me vuelvo. Se me hace tarde. Tengo un compromiso para cenar —se dirigió a don Lino, un poco rezagado—: ¿Vienes o te quedas?

Don Lino miró un momento al Subdirector General como pidiéndole la venia, se abotonó el tabardo y dijo:

—Me voy contigo. En realidad yo ya no pinto nada aquí.

Al estrechar la manaza de don Lino el Subdirector General se consideró en el deber de aclarar:

—Bellas Artes se pondrá en contacto con usted. Déjele a Pablo su dirección y teléfono.

Mientras don Lino y Pablito se alejaban hacia el automóvil de aquél, el Subdirector General tomó del brazo a Jero y lo arrastró hacia el luminoso parpadeante que decía: «Cafetería Alaska». Dijo Jero:

—Me duele que este cacho cabrón se embolse mañana cuatro o cinco millones por su cara bonita. No hay derecho, la verdad. Estamos premiando la mala fe y la bellaquería, Paco.

Los ojitos del Subdirector General, enjaulados al fondo de los cristales, se entornaron en un guiñito de burla:

—¿Qué quieres, oye? Con detector o sin él, ese ciudadano nos ha prestado un servicio. Hay que pagarlo.

Dentro de la cafetería el bullicio era ensordecedor. Unos jóvenes voceaban a una muchacha que respondía desde el otro extremo de la barra, mientras otros dos, detrás del Subdirector General, jugaban sin

parar en una máquina tragaperras y, tres metros más allá, una chica gruesa, de inexpresivos ojos vacunos, hacía sonar una cinta a todo volumen y se contoneaba, siguiendo el compás con el trasero. El Subdirector General tomó el vaso de cerveza en la mano y, recostado en el taburete giratorio, puntualizó:

—Me llevo tu coche y mañana a primera hora lo tienes de vuelta con Cristino y el resto de la cuadrilla. Ahora busca alojamiento, oye. Podéis comer en Gamones para aprovechar el tiempo. Y no os durmáis, por favor —bebió un buche de cerveza inflando los carrillos, como si quisiera calentarlo antes de tragarlo y, después, agregó—: Creo que ya me he explicado, ¿no? Nada de excavación extensiva, sino un sondeo en profundidad. Yo creo que un cuadro de cuatro por cuatro sería suficiente.

El estrépito no cedía y la mirada de Jero se perdía entre las botellas de las estanterías.

—¿Me has oído? —insistió el Subdirector General.

—Sí, sí, de acuerdo.

El Subdirector General añadió, contemplándole el perfil, como si desconfiase:

—De momento, con facilitar un marco histórico al hallazgo podemos darnos por satisfechos.

Jero asintió. El Subdirector General metió dos dedos en uno de los bolsillos bajos del chaleco, sacó unas monedas y pagó.

—Ahora me largo, oye. Tengo tres horas de carretera por delante y ya sabes que conducir de noche no es precisamente mi deporte favorito.

En la plaza, el viento era menos recio y frío que arriba, en la montaña. Jero le acompañó hasta el coche y recogió su maletín; parecía contrariado. Antes de arrancar, el Subdirector General bajó el cristal de la portezuela y precisó:

—Entonces mañana, a las ocho y media, aquí; en esa misma cafetería. ¿Vale?

—Vale.

Arrancó, agitó dos veces la mano fuera de la ventanilla, metió la segunda velocidad y desapareció por la primera calle a la derecha. Jero, al verse solo, suspiró, sacudió dos veces los hombros y se dirigió a la cabina telefónica en el centro de la plaza. Depositó unas monedas en la ranura y marcó un número. Esperó un rato, volvió a colgar y repitió la maniobra otras dos veces, en vano. Finalmente, colgó de golpe el auricular, malhumorado, abandonó la cabina y se encaminó de nuevo a la cafetería con el neceser en una mano y la otra en el bolsillo.

A través de los cristales empañados, Jero vio llegar su coche con Ángel al volante. Los muchachos, después de asegurar las portezuelas, sacaron de la maleta sus bolsas de viaje y se encaminaron en grupo hacia la cafetería, Cristino, según un viejo hábito, en último lugar, la cabeza ladeada, como uno de esos perros de muestra escorados en fuerza de buscar el viento. Se reunieron con Jero en la barra.

—¿Qué tal el viaje? ¿Qué queréis tomar?

Cristino titubeó, adelantó los labios en un mohín de indiferencia.

—Café con leche, ¿no? —consultó a sus compañeros con la mirada y confirmó—: Tres cafés con leche.

Los muchachos eran muy jóvenes, rondando la veintena. No obstante, la forzada postura de Cristino, su cabeza humillada (actitud adoptada desde meses atrás con la intención de disimular la mancha de vitíligo que se le extendía por el cuello y la mejilla derecha) le hacían aparentar más edad. Jero había amanecido esta mañana diligente y animado.

—¿Cansados? —preguntó.

El Fíbula estiró los brazos, cerró los ojos y bostezó largamente.

—Cansados de coche, macho. De eso estamos cansados.

—Me alegro, porque os anticipo que aquí hay que dar el callo.

—Vale.

El Fíbula era alto y descarnado y su buida nariz, unida a la acentuada curva de la frente y a sus ojos redondos y escrutadores, le daban una cómica apariencia de pájaro.

—¿Buscaste alojamiento?

—Eso está arreglado. Ahora, antes de marchar, dejaremos allí los equipajes. ¿Hablasteis con Paco?

—Anoche —precisó Cristino— me tuvo al teléfono más de media hora. Ya le conoces. Parece que está todo claro, ¿no? Lo único inexplicable es que el lince de don Virgilio se dejara pisar este hallazgo.

Jero protestó:

—Eso no; don Virgilio nunca quiso saber nada de detectores ni de otros artilugios más o menos sofisticados. Al Coronel le gustaba jugar limpio.

Ángel, que se dejaba crecer un débil bigotito lampiño que acentuaba su aspecto infantil, pareció sorprendido.

—¿Es que tú crees que el tipo ese echó mano del detector?

—¡Cómo te lo diría yo!, pero vete a probarlo. No queda otro remedio que aceptar que el descubrimiento ha sido casual.

—El Subdirector me dijo algo del asunto —dijo oblicuamente Cristino—. Me habló también de abrir una sola cata —miró a Jero en

una postura difícil—: ¿Cuáles son tus planes?

Jero aprovechó las dos gotas de agua que habían escurrido de su vaso para dibujar con un dedo, sobre la bruñida superficie del mostrador, la pequeña meseta del tozal, dividida en dos por el cortafuegos:

—El tesoro ha sido descubierto tal que aquí, en este extremo del cortafuegos. Ahí, alrededor del hoyo donde estaba la tinaja, vamos a trazar la cuadrícula; luego bajaremos levantando capas artificiales de unos cinco centímetros de espesor. No se trata de excavar en área, sino simplemente de conocer la realidad estratigráfica. Es decir, lo que interesa, de momento, es encajar el tesoro en un determinado horizonte arqueológico.

Cristino, Ángel y el Fíbula, agrupados en torno a él, asintieron. Escuchaban a Jero con el mismo respeto deferente, el mismo fervor ilusionado, con que escucharon su primera lección cuatro años atrás, el día que ingresaron en la Facultad.

Jero prosiguió:

—Hay que cribar, además, el montón de tierra que ha sacado ese listo. Aunque no es fácil, puede quedar algo. El tipo ha removido Roma con Santiago sin técnica ni método alguno. Pero aquí, entre nosotros, el descubrimiento es de órdago. Si acertamos a fecharlo, tened la seguridad de que será la noticia arqueológica más sonada de los cinco últimos lustros.

Su encendido entusiasmo se contagió inmediatamente a sus ayudantes. Ángel, sin más demora, recogió del suelo su bolsón de viaje.

—Andando, machos, no perdamos más tiempo.

Cristino se detuvo en la puerta.

—¿Llevamos el coche?

—Luego; ahora no hace falta. La pensión queda a dos pasos, en la primera bocacalle.

La señora Nieves, la patrona, una mujer corpulenta, tuerta, con un ojo blanco, extrañamente abultado, después de mostrarles las habitaciones, les aseguró que a las ocho tendrían agua caliente para ducharse:

—Vayan con Dios —les dijo al despedirse.

En la carretera apenas había tráfico. Los tilos tendían sus ramas desnudas sobre las cunetas y una picaza, afanada en picotear los restos de un conejo atropellado en el asfalto, levantó el vuelo a su paso. El viento había amainado y unas nubes, desgarradas y sucias, como de niebla alta, ocultaban el sol. En la Plaza de Gamones, las mujeres, con platos y fuentes de loza en las manos, hacían cola ante la furgoneta del pescado que acababa de llegar y anunciaba a bocinazos su presencia. Del otro lado, en un edificio de dos plantas, apuntalado

sobre los soportales en arco, un cartel descolorido por el tiempo decía: «Casa Consistorial». Dentro no había nadie. Únicamente dos albañiles, en el segundo piso, recibían con cal los muros de una amplia sala desnuda y les facilitaron la dirección del Alcalde. En la salita donde éste los recibió minutos más tarde, embaldosada con losetas rojas y adornada con fotografías familiares, había una mesa barnizada, media docena de sillas y un aparador de dos cuerpos con puertas de cristales. El Alcalde, hombre menudo y aspaventero, no se levantó al verlos. Apartó a un lado el periódico que leía y, al oír sus pretensiones, ladeó la cabeza y se hurgó obstinadamente con un dedo en el oído derecho, como si lo atornillase:

—¿Escarbar en Aradas? —preguntó con la misma reticencia que si le pidieran dinero—: Me temo que eso no va a ser posible.

—Hemos venido de Madrid exclusivamente para eso.

—De Madrid —repitió con una mueca burlona el Alcalde—: En Madrid sólo se acuerdan de Gamones cuando aparece oro en el término.

Jero abrió desmesuradamente los ojos:

—A mí eso no me incumbe —dijo—. Quiero decirle que, personalmente, me trae sin cuidado si en Madrid se acuerdan o no de Gamones. Yo soy un profesional, tengo mi oficio y voy a trabajar donde me mandan.

—¿Y quién le manda a usted, si no es mala pregunta?

Jero sacó parsimoniosamente del bolsillo interior de la cazadora el papel plegado que Cristino acababa de entregarle en el coche, lo desdobló, le dio media vuelta y lo puso ante los ojos del Alcalde. Éste miró y remiró el papel con desconfianza. Preguntó al cabo:

—¿Quién firma esto?

—Ahí lo tiene. —Jero puso la uña sobre la rúbrica—. El Director General de Bellas Artes.

El hombrecillo carraspeó, volvió a hurgarse en el oído, rebulló inquieto en la silla y, finalmente, admitió:

—El castro ese es propiedad municipal, así que problemas para escarbar no tienen. O sea, que yo, al menos, como autoridad, no puedo prohibírselo.

En la plaza, una vieja rezagada junto a la furgoneta les informó que la señora Olimpia, en una casa de la trasera de la iglesia, preparaba comidas para forasteros. La señora Olimpia, sesentona, fornida, con unos pelos lacios en la barbilla, les atendía sin dejar de entrar y salir del corral, acarreando brazadas de lecherines para los conejos:

—Descuiden —dijo, al fin—. A las dos tendrán la comida.

De vuelta al coche, Jero sacó su reloj de bolsillo.

—Las diez y veinte —dijo contrariado—. El morugo del alcalde

nos ha hecho perder más de una hora.

Las ruedas botaban en las piedras y los baches del camino y el Fíbula se echó las manos a la cabeza:

—¡Joder, vaya autopista!

Ángel y Cristino observaban con curiosidad la gran cresta rocosa, las concavidades amarillentas de la cornisa, que Jero les mostraba a través de los cristales. Al doblar la primera curva, clavado en el tronco de la nogala, descubrieron un cartel garrapateado sobre una tabla.

—¡Aguarda, macho! —dijo el Fíbula. Y una vez que Jero detuvo el automóvil, añadió silabeando—: «Pro-hi-bi-do-ha-cer-es-car-ba-cio-nes». —Golpeó con el puño cerrado la palma de la otra mano—. ¿Os dais cuenta? Estos paletos son la hostia. Esto es amor al patrimonio cultural y lo demás son cuentos.

Jero se metió un caramelo en la boca y reanudó la marcha:

—No diría yo tanto.

—¿Qué insinúas?

—¡Qué sé yo! El sietemesino del Alcalde ha estado reticente, poco claro. No me da buena espina el tío. Por si fuera poco, anoche, de regreso, al cruzar el pueblo, un maldito tullido nos hizo un corte de mangas sin venir a cuento. No sé, intuyo cierta animosidad contra nosotros. Odian cordialmente a don Lino, que es del pueblo de al lado, y a nosotros, sin más ni más, nos consideran sus compinches. Tengo la impresión de que nos meten a todos en un mismo saco.

—¿Es que don Lino no es de Gamones? —preguntó Cristino.

—Naturalmente. Es de Pobladura, el pueblo inmediato. Ése es el problema. Ya conoces el dicho: «Pueblos vecinos, mal avenidos».

Apenas habían reanudado la marcha, cuando el Fíbula se enderezó en el asiento posterior y miró por el parabrisas, entre las cabezas de Jero y Cristino:

—¡Otra cartela, tú! —rió y leyó en voz alta—: «Pro-hi-bi-do-ha-cer-es-car-ba-cio-nes». —Tornó a reír ruidosamente—: ¡Coño, hay que reconocer que imaginación no les falta!

Jero estacionó el coche junto al peñasco, en cuya base, burdamente garabateado con pintura negra, figuraba por tercera vez la misma advertencia. Mientras sacaban de la maleta del coche los carretes de cuerda, las azadas, las palas y las piquetas, Cristino se dirigió a Jero, mirándole de soslayo:

—¿Tú crees que los carteles esos van por nosotros?

Jero levantó los hombros, malhumorado.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Irán por don Lino, por nosotros, por María Santísima. Irán por todos y por ninguno, supongo. Es un aviso.

El cielo seguía encapotado pero algo así como una claridad lechosa, un débil resplandor, pugnaba con la masa de nubes grises.

Cristino levantó los ojos:

—Es niebla —dijo—. A la tarde levantará.

—Cómo se conoce que eres de pueblo, macho —rió Ángel.

Ante el hoyo, el grupo adoptó una actitud ensimismada, la misma que acompañaba, indefectiblemente, el inicio de cada una de sus prospecciones. El Fíbula, después de pasarse la punta de la lengua por el labio superior, fue el primero en romper el silencio:

—Y pensar que aquí ha habido enterrados diez millones de pelas durante miles de años, es para cagarse, machos.

El rostro aniñado de Ángel se iluminó con una sonrisa.

—¿Y qué hubieras hecho tú si lo descubres?

—¿Yo? Callar la boca, fundirlo, abrir un plazo fijo y a vivir. Te lo juro por Dios.

—No digas disparates —terció Jero.

—¿Disparates? ¿Crees de veras que eso es un disparate? ¿Piensas que esto que hacemos nosotros va a proporcionarnos diez millones algún día?

Jero alzó maquinalmente los hombros por dos veces:

—Aviados estaríamos si en esta vida sólo contasen los millones —dijo despectivamente—. ¿No se te ha ocurrido pensar que llegar al fondo de nuestras propias raíces es algo hermoso, que no puede comprarse con dinero?

El Fíbula hizo un gesto de duda:

—No lo sé, macho. Si tú lo dices.

Ángel se asomó al acantilado. Un atajo de vacas, vigilado por un niño, descendía hacia el río por la cambera del molino y el esquileo armonioso de sus cencerros llegaba nítidamente hasta lo alto del castro. Por el camino que faldeaba la ladera pedaleaba un ciclista y, entre medias, por la carretera de Covillas, avanzaba perezosamente un coche de línea color amarillo. Inopinadamente, Ángel asió de un brazo a Cristino y tiró de él hacia la escarpadura, riendo, mientras el otro se resistía:

—¡Suelta, tú, cacho marica! —Cristino se desasió y quedó a tres metros del abismo—. ¿Es que no sabes que no puedo reprimir el vértigo?

Ángel y el Fíbula reían. Jero agarró un rollo de cuerda.

—Venga, a trabajar —dijo—. Van a dar las once y esto corre prisa —entregó el carrete a Cristino y marcó el punto cero—. Ya sabéis, triangulación 3-4-5; dos ejes ortogonales.

Los muchachos trabajaban en silencio. Ángel, como cada vez que se concentraba en un quehacer, se mordía suavemente la punta de la lengua. Aleccionados por Jero, delimitaron con cuerdas y media docena de estacas el cuadro convenido, dos de cuyos laterales se ajustaban a la anchura del cortafuegos:

—Un poco a la derecha —dijo Jero a Cristino—. Es preciso encarar el norte magnético. De otro modo, nunca nos orientaremos.

Como si previamente hubieran establecido un plan de distribución del trabajo, sin un solo movimiento superfluo, el recinto quedó acordonado en pocos minutos. Desde el centro del cuadro, el hoyo abierto por don Lino realzaba el montículo de tierra removida a su lado. Jero tomó una azuela y rascó minuciosamente uno de los bordes del agujero, mientras Ángel y el Fíbula, junto a él, cavaban briosamente con las piquetas. En la mitad sur del cuadro, toparon enseguida con las primeras lajas. Jero advirtió:

—¡Ojo!, no las toquéis. Su sola disposición puede significar mucho para nosotros.

Una hora más tarde, la denodada labor de los cuatro muchachos dejó al descubierto las cepas de un muro de piedra en seco formando esquina. Jero pasó la brocha por la estructura y examinó detenidamente la negra tierra alrededor. Sus ayudantes, los brazos en jarras, le veían hacer, expectantes. Apuntó intrigado el Fíbula:

—¿Qué te parece?

Jero se limpió con la bocamanga la frente húmeda de sudor. Dijo contrariado:

—De que es una vivienda no cabe duda, pero el cabrón de don Lino ha profundizado de más.

—¿De más?

—Ha horadado el suelo, quiero decir. De momento habrá que vaciar el habitáculo y, luego, ya veremos lo que procede.

Gradualmente, fueron apareciendo cenizas, huesos y restos de cerámica a torno, que Jero separaba con cuidado.

—¡Venga! —les animaba—. Esto entra en una fase interesante.

Ángel se enderezó, las manos en los riñones; al cabo de un rato, absorbió la punta de la lengua y entregó a Jero un fragmento de cerámica, de líneas pintadas.

—¿Y esto? —inquirió.

Jero mostraba una satisfacción cautelosa:

—Decididamente no es el ajuar de una tumba, como, en principio, habíamos pensado —observaba minuciosamente el fragmento en la cuenca de su mano—. Estas cerámicas, en viviendas rectangulares, pueden revelar algo importante: el impacto de la celtiberización en el noroeste de la Meseta.

Depositó los restos recogidos en un zurrón de cuero, sacudió una mano con otra para desprenderse de la tierra y consultó el viejo reloj que había sacado del bolsillo delantero del pantalón:

—Las dos y cuarto —dijo sorprendido—. Hay que bajar a comer. Con un poquitín de suerte, mañana saldremos de dudas.

—¿Y por qué no esta tarde? —apremió Cristino.

Jero señaló con el dedo el ingente montón de tierra extraído por don Lino:

—Hay que cribar eso; antes hay que cribar eso. Ya sabes que no me gusta dejar flecos. Aunque improbable, también podemos sacar de ahí algún indicio. Además, hay que levantar el plano del muro.

Jero salió del hoyo y se situó en el costado norte de la cata, mirándola atentamente. Al cabo, agregó:

—Tendremos que ampliar la excavación por ese lado. Otra cuadrícula, digamos la A2. Lo haremos mañana, al tiempo que profundizamos en A1. Es indispensable documentar la planta. De momento vámonos a comer que ya es hora.

Recogió la cazadora del chaparro donde descansaba, se la puso sobre los hombros y dijo enfatizando la voz:

—Si no me equivoco, mañana habremos resuelto nuestro problema y el castro de Aradas nos revelará una parte de su secreto. ¡Lástima que el difunto don Virgilio no pueda acompañarnos!

V

La señora Olimpia, acuclillada ante el fuego, de espaldas a la mesa, se irguió lentamente y dio media vuelta. Sus mejillas congestionadas reflejaban el ardor del hogar, donde las brasas de roble iban apagándose poco a poco, transformándose en rescoldo. Tomó del fogón una fuente de patatas fritas y la puso en el centro de la mesa camilla donde ellos comían con apetito, sujetando el hueso con los dedos, unas chuletas de cordero. Sobre la cabeza del Fíbula se abría un ventano a través del cual se adentraban tenues cacareos de gallinas y el metálico quiquiriquí de un gallo. Frente a él, entre una compleja teoría de anaqueles y vasares, con platos y cacharros, sonreía abiertamente, desde un atrasado calendario, una muchacha en bañador. La señora Olimpia quedó un rato plantada ante ellos, gruesa, cachazuda, los brazos en jarras, observando las necesidades de la mesa y, durante el tiempo que permaneció así, Cristino mantuvo vuelta la cabeza, mordisqueando distraídamente el hueso que sostenía entre los dedos. Jero se enfureció:

—¿Es que no puedes olvidarte un minuto de tu cara, coño? ¿Es que no sabes relajarte? ¡Mira de frente por una vez, leche!

La señora Olimpia, acuclillada de nuevo, avivaba las brasas con el soplillo antes de poner sobre ellas el puchero del café.

Cristino se mostraba afligido y sumiso:

—¿Qué quieres? —dijo—. Esto empezó siendo un tic pero ha acabado siendo un complejo. No puedo remediarlo.

Jero pretendió razonar:

—Ya sabes lo que dice Pedro. Antes que pomadas y potingues, lo primero que tienes que hacer es aprender a convivir con el vitíligo. Te guste o no, es tu compañero inseparable.

El Fíbula redondeó los ojos y bebió de un trago medio vaso de vino.

—¿Es que pica eso? —preguntó.

Cristino, abrumado, denegó con la cabeza.

—Pues, entonces, déjalo estar —añadió el Fíbula en tono festivo —. A mí no me importaría nada tener una cara bicolor, te lo juro por Dios. Una cara como una bandera. ¡Anda y que no debe de fardar eso!

Cristino sonrió apagadamente. Jero insistió. Se hacía evidente que no era la primera vez que aludía al tema. Indicó con una mirada a la señora Olimpia, inclinada sobre el fuego:

—Mira la vieja —dijo a media voz—. Tiene más barbas que un patriarca, pero da la cara, coño, no se acoquina. Y hace bien. Al que no le guste que no mire.

Ángel rió, señalando maliciosamente a Cristino.

—Pues mientras eso no se le quite, la Lourdes puede aguardar.

—¿Lourdes Pérez Lerma? —preguntó espontáneamente Jero, a quien las listas de sus alumnos se le grababan prodigiosamente en la cabeza desde el primer día de clase.

—Está por ella —añadió el Fíbula—, pero como si no. Todos andamos al cabo la calle menos la interesada.

Jero miró a Cristino:

—¿Es eso cierto?

—Bueno, vamos a dejarlo; son asuntos personales.

Ángel alzó la cabeza:

—Mira, compañero, con la mano en el corazón, prefiero tu cara antes que el lío que yo tengo formado, ¡palabra!

—¿Tan mal te va? —inquirió Jero.

—No es que me vaya bien ni mal, jefe, pero amarrarse a los diecinueve años no creo que sea un plato de gusto para nadie.

El Fíbula llenó los vasos de un vino negro, espeso, con una orla espumosa en la superficie.

—Después de todo, nadie te obligó a hacerlo.

—¡Joder, nadie me obligó...! ¿Serías tú capaz de dejar un hijo en la calle, sin nombre, como un hospiciano?

La señora Olimpia, que se acercaba a la mesa bamboleándose, con una nueva botella de vino en la mano, se detuvo, miró desconcertada a Ángel y exclamó:

—No me dirá que está usted casado.

Ángel infló el pecho cuanto pudo y lo golpeó rudamente con los dos puños cerrados como si fuera un tambor:

—Sí, señora. Casado y con un heredero para lo que usted guste

mandar.

—¡Jesús!, si parece una criatura. Tiene usted más cara de hijo que de padre, ya ve lo que son las cosas.

Jero aprovechó la inesperada apertura de la señora Olimpia para meter cuña:

—Dígame, señora, ¿conoció usted a don Virgilio?

La mujer le miró y estiró el cuello como un pavo:

—¿Y quién no va a conocer al difunto Coronel en estos contornos?

Jero, los ojos en el plato, mondaba una naranja.

—Andaba mucho por el castro, ¿no es cierto?

—Mejor diría que no bajaba de él. Para mí que fue el difunto Coronel y no don Lino quien descubrió la mina esa, ya ve usted.

Jero se atragantó. Tosió repetidamente antes de recuperar la voz.

—¿Es que hay una mina arriba?

La señora Olimpia hizo un gesto socarrón:

—Ande, no se haga ahora de nuevas. Si no fuese por la mina, ¿qué pintaban ustedes aquí?

Cristino, Ángel y el Fíbula la miraban sin pestañear. Jero, por el contrario, no osaba levantar los ojos del plato, por temor de interrumpir sus confidencias. Sin que nadie le preguntase nada, la vieja prosiguió:

—Yo tengo para mí que el difunto Coronel lo sabía, o sea, sabía lo de la mina y le fue con el cuento a la Pelaya. Porque la Pelaya andaba, por aquel entonces, en su casa, de cocinera, aunque hay quien dice, que yo en eso no me meto, que también andaba liado con ella. Pero lo que sí puedo decirles es que la Pelaya y su marido, el Gedeón, andan ahora con don Lino en la finca. ¿Creen ustedes que una cosa no va a tener nada que ver con otra?

Los muchachos se miraron entre sí. La voz de Jero se hizo aún más premiosa. Se producía con tanta prudencia como si temiera espantar un pájaro.

—Y si es cierto que don Virgilio lo sabía, ¿por qué no la explotó él?

—Explotar, ¿qué?

—La mina.

La señora Olimpia empezó a amontonar los platos sucios.

—Ésas son cosas de ellos —agregó vaga, ambiguamente, como arrepentida de su expansión anterior—. A saber los planes que tendría. El Coronel no sabía que iba a morir así, como murió, en un repente, sin decir oste ni moste.

Trasladó la torre de platos hasta la fregadera y se diría que, al volverles la espalda, quedó roto el hechizo. En vano trató Jero de reanudar la conversación. La señora Olimpia, acorazada en su

hermetismo habitual, se desplazaba por la habitación como una sombra, arrastrando por las baldosas enceradas sus zapatillas negras de fieltro. Ante su mutismo, Jero se metió en la boca un caramelo y se incorporó.

—Las cuatro menos veinte —dijo—. Debemos aprovechar el tiempo. Apenas quedan tres horas y media de luz.

Conforme con el pronóstico de Cristino, la niebla se había disipado y el sol, un sol clemente, de primeros de abril, iluminaba tenuemente el valle y las laderas de enfrente, que empezaban a verdear. En su costado norte, la cuadrícula mostraba, como una gigantesca dentadura, la estructura pétrea descubierta por la mañana. La tierra removida había sido sacada del recinto y el suelo, de lecho desigual, quedaba ahora limpio y apisonado. Jero distribuyó las cribas entre sus ayudantes y el Fíbula aposentó su enjuto trasero sobre el mojón de monte público y canturreó:

Porque tenía una mujer,
¡qué dolor, qué dolor!

Súbitamente cesó de cantar, sonrió, aflautó la voz y dijo sin dejar de cribar:

—Señores, de la tierra venimos y a la tierra vamos, pero, entretanto, la tierra puede hablarnos con la misma claridad que un palimpsesto o una aljamía.

Ángel, que cribaba con afán unos puñados de tierra, la punta de la lengua entre los dientes, soltó una carcajada:

—¡Díaz Reina! —dijo triunfalmente, como si resolviese una adivinanza.

—Dejad tranquilo al bueno de don Lucio. Olvidémonos de él —dijo Cristino.

—¿Por qué olvidarlo? Es un gran profesor —dijo Jero.

Ángel le miró incrédulo:

—¿Hablas en serio?

Terció el Fíbula:

—Es un paliza, macho. Parece un predicador.

—Con su oratoria no me meto, pero es un hombre que sabe por dónde se anda —añadió Jero.

La oscilación de los cedazos no cesaba y el montón de tierra cribada iba aumentando paulatinamente. De la cuenca ascendía el campanilleo de un rebaño y la trepidación uniforme de un tractor. Desde la altura, el valle era como una gran caja de resonancia. Ángel, arrodillado con el tamiz entre las manos, interrumpió, de repente, su vaivén y dijo humorísticamente:

—¡La sorpresa! Me tocó. ¡Eureka!

Agitaba, en alto, como si fuera un trofeo, un pequeño fragmento de vaso rojizo. Jero lo miró complacido. Dijo profesoralmente:

—A ver, identifícalo.

Ángel sopló con fuerza el fragmento, sacó un pañuelo del bolsillo y limpió cuidadosamente los últimos restos de tierra.

—A saber —dijo caviloso, dándole media vuelta.

—Hazte a la idea de que estás en un examen.

Ángel titubeaba, se mordía la punta de la lengua y le daba vueltas y más vueltas entre los dedos.

—Puesto entre la espada y la pared —dijo, al fin—, yo diría que celtibérico.

Jero encogió los hombros defraudado:

—Después de lo de esta mañana, eso es como no decir nada.

—Pásamelo, macho —dijo resignadamente el Fíbula, alargando la mano y ladeando su cara de pájaro.

Ángel se lo entregó. El Fíbula, mientras analizaba el fragmento, frunció repetidamente los labios. Al cabo, rompió a reír:

—Verdaderamente este cascote no es muy explícito —dijo—. No dudo que hablará como un palimpsesto, pero yo no le entiendo una palabra.

Se lo pasó a Cristino, quien lo examinó morosamente, con su mirada tranquila y profunda. Dijo, al cabo de unos segundos, con laconismo profesional:

—Cerámica cocida a fuego oxidante. Influencias celtibéricas. Posiblemente el pie de una copa.

—Correcto —dijo Jero tomando el fragmento e introduciéndolo en su pequeño zurrón. Agregó—: Bien mirado, esto no añade nada a lo descubierto esta mañana.

Sobre sus cabezas, a diferentes alturas, planeaban una docena de buitres. El Fíbula los descubrió:

—No vendrán por nosotros esos cabrones.

—Son buitres —aclaró Cristino.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que no muerden, hombre. Que no son rapaces sino carroñeros. Sólo comen carne muerta, de modo que hasta que no estires la pata puedes estar tranquilo.

El Fíbula bajó los ojos y reanudó su cancioncilla a compás del vaivén de la criba:

> Porque tenía una mujer,
> ¡qué dolor, qué dolor!
> dentro de un armario,
> ¡qué dolor, qué dolor!

Ángel le interrumpió. Su rostro lampiño resplandecía.

—¡Hoy estoy de suerte! —voceó, y alargaba a Jero un minúsculo objeto, rebozado de tierra, que éste limpió meticulosamente con los dedos antes de examinarlo.

—El extremo de un brazalete —dijo, enarcando las cejas. Aguardó a que los muchachos se agrupasen en torno suyo antes de proseguir—: Fijaos en la decoración troquelada. Como en tantas otras joyas celtibéricas trata de representar la cabeza de un ofidio.

El montón de tierra cribada era ya mayor que el de tierra sin cribar y los muchachos, como infatigables buscadores de oro, proseguían tenazmente su labor. De vez en cuando se detenían para coger alguna broza o pedazo de cerámica, atrapados en los cedazos, y mostrárselo a Jero. El sol declinaba y los turgentes caballones de la ladera de enfrente resaltaban con la última luz, mientras las faldas de los farallones iban sumiéndose en la penumbra, una penumbra dramática, húmeda y fría. En las cumbres, los robles, graves e hirsutos, se recortaban a contraluz como una cenefa negra. De súbito, una voz carrasposa, próxima, colérica, les sobresaltó. Los cuatro muchachos levantaron simultáneamente sus cabezas. A treinta metros de distancia, sobre un pedestal de roca que emergía del robledal, un hombre atezado, tocado de boina, un morral en bandolera, agitaba una cayada en el aire y voceaba:

—¿Es que no visteis los letreros?, ¡me cago en sos!

—¡Y a ti qué coños te importa! —replicó rápido el Fíbula.

El hombre de la cayada se encrespó. Pateó la roca rabiosamente, como un poseso, enarboló la garrota de nuevo, con aire conminador, y bramó:

—¡Las vais a pagar todas juntas, cacho cabrones, por venir a robar la mina!

El Fíbula miró a Jero.

—¿Le damos de leches, jefe?

Jero le disuadió:

—Quieto, hombre. Seguid cribando como si tal cosa. Ni le miréis siquiera. Es un pobre lunático.

Los cuatro simularon abstraerse en su quehacer, pero cuanto mayor era su desatención, más acrecía la irritación del hombre. De manera imprevista, una cabra apareció en el cortafuegos, a veinte metros de la cata, y, casi al instante, una piedra silbó entre los chaparros y fue a golpear en el suelo, junto a las patas del animal. La cabra dio un brinco y desapareció en la espesura, en dirección al hombre. Ángel musitó:

—Joder, machos. A ver si nos descalabra este tipo.

—¡Quietos, ni le miréis! —repitió Jero entre dientes, con reprimida energía.

El cabrero voceaba incoherencias e improperios y, finalmente, aburrido por la falta de réplica, hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Mañana colgaremos de la nogala a don Lino y a la Pelaya! ¿Me habéis oído? ¡Y si no dejáis quieta la mina, detrás iréis vosotros! ¡Ya estáis avisados!

El Fíbula miró hacia él, de soslayo, y le vio apearse del pedestal; durante un rato, le oyó silbar al ganado y mascullar palabrotas entre la greñura y, finalmente, tornó el silencio. El sol se ocultaba tras el cordal y una brisa fría empezó a batir del norte. Jero decidió aplazar la tarea:

—Recogedlo todo —advirtió—. Tal como se están poniendo las cosas lo prudente es no dejar nada. Mañana sin falta haremos la planimetría.

Mientras caminaban hacia el coche, cargados con los trebejos, el Fíbula, rezongando, continuaba mirando, por encima de los chaparros, el lugar donde desapareciera el cabrero. Ya en el coche, Cristino, que hasta ese momento había permanecido en silencio, preguntó a Jero:

—¿De dónde habrá salido ese psicópata?

Jero se dobló sobre el volante, chascó la lengua:

—Si no me equivoco —dijo— ése es el cabrero que informó al pueblo del hallazgo de don Lino. Su actitud es comprensible. No parece hombre de muchos alcances y entre todos le habrán levantado los cascos.

La noche había caído casi de repente y en las casas de la plaza empezaban a encenderse las primeras luces. Rebasado el pueblo, Jero, a pesar de la angostura y sinuosidad de la carretera, aceleró el coche y, en poco más de un cuarto de hora, recorrió el trayecto que los separaba de Covillas. Aparcó frente a la cabina telefónica:

—Iros duchando y que la señora Nieves prepare la cena —dijo a sus ayudantes—. Yo voy a hacer antes una llamada.

Ángel y el Fíbula cambiaron una mirada de entendimiento, mientras Jero, a través de los cristales de la cabina, les veía alejarse cansinamente. Alguien descolgó al otro extremo del hilo. Suavizó la voz:

—¿Gaga?... Jero, claro... Aquí me tienes, como de costumbre... Con el equipo de costumbre, sí... Por supuesto, es algo nuevo en mi vida profesional... Con un poco de suerte puede armar ruido... Sí que es raro que la arqueología sea protagonista, pero por una vez me parece que va a serlo. Ya, ya me di cuenta de que habías salido... Me alegro de que lo pasaras bien... ¿Con Pila? ¡Estupendo! No, claro, no puedo prometértelo... Es mi vida, Gaga, métetelo en la cabeza... Te guste o no te guste tendrás que compartirla, a no ser... Bueno, eso que me ofreces no es una alternativa, Gaga, es ni más ni menos un suicidio profesional... ¿Dejarlo? ¿Qué dices?... Pero ¿lo has pensado seriamente

o es una pataleta?... Oye, ¿por qué no cambiamos de tema? No es asunto para tratarlo por teléfono. Ya hablaremos de ello cuando regrese... Pero ¿qué mosca te ha picado...? Ya sé que todas las cosas tienen un límite, pero nunca pude imaginar que salieras ahora por este registro... Desde luego, yo no voy a oponerme... No tengo derecho, ya lo sé... Pero, por favor, no me vocees, ya sabes que me molesta que me voceen... Si vuelves a decir otra tontería te cuelgo el teléfono... Está bien, Gaga, haz lo que te dé la gana... ¡Vete a paseo!

Jero, despechado, colgó el auricular y se quedó un momento pensativo, acariciándose la barbilla y mirando al suelo de la cabina. Luego, descorrió distraídamente la puerta, salió, metió las manos en los bolsillos, encogió dos veces los hombros y atravesó la plaza camino de la pensión.

VI

Enmarcada por el hueco de la puerta del corral, la señora Olimpia achinó los ojos y lo miró fija, obstinadamente, como si se esforzase en identificar a un desconocido:

—¿Como ayer? —repitió incrédula.

—Claro —dijo Jero—, lo mismo, ¿por qué le extraña? Naturalmente, puede usted cambiar el menú si le apetece; lo que quiero decirle es que bajaremos a comer a la misma hora.

La señora Olimpia empujó con la cadera la puerta del corral, por donde se trascolaban cálidas tufaradas de gallinaza y estiércol y negó mansamente con la cabeza:

—Me parece a mí que hoy no van ustedes a trabajar en el castro —dijo.

Jero parpadeó dos o tres veces, como si se resistiera a creer lo que oía. Tras él, como buscando protección, se apiñaban Cristino, Ángel y el Fíbula:

—¿Quién ha dicho eso?

—Los hombres.

—Pero ¿qué hombres?

—¿Qué hombres habían de ser? Los del pueblo. Mire, yo en este negocio no entro ni salgo, pero ellos porfían que la mina es suya y que ustedes aquí no pintan nada, de modo que ya lo saben.

Jero se esforzó en sonreír:

—¿Cuándo dijeron eso?

—Anoche, en el bar, todos a una. Así que lo mejor que pueden hacer ustedes es marcharse. El vecindario anda muy revuelto y podría ocurrir una desgracia.

Jero adelantó su mano derecha y posó dos dedos suavemente

sobre el hombro de la señora Olimpia:

—Usted tranquila, señora. Nosotros hemos venido aquí a trabajar. No pretendemos quitarle nada a nadie.

La señora Olimpia unió las manos en actitud implorante:

—Váyanse; háganme caso. El Papo ha jurado por sus muertos que, sin permiso del pueblo, la mina no la toca nadie. Y el Papo es muy testarrón, ustedes no lo conocen.

—¿Es el Papo el cojo ese de la muleta?

—El cojo es, talmente, sí señor.

—¿El gordo? ¿El de la pata de palo?

—Ése.

Jero depositó dos billetes sobre la mesa camilla:

—Gracias por la información —dijo—, pero, de todos modos, disponga la comida para las dos; igual que ayer. Ya arreglaremos nosotros este pleito.

Tras los visillos de las ventanas se advertían furtivas miradas inamistosas y, en los soportales de la plaza, tres viejos sentados en el poyete, recostados en las cachavas, los observaban con sorna. El último de la fila escupió ostentosamente al paso de Ángel. Dijo Cristino, abriendo la portezuela:

—Esto va a acabar como el rosario de la aurora.

Jero conectó el motor, volvió el volante y reculó:

—Ya será menos —dijo—. El Alcalde se encargará de meterlos en razón. Él sabe que venimos con todas las bendiciones. No se atreverá a enfrentarse con Madrid.

En la rampa del castro, el automóvil se apuraba, ronroneaba y antes de doblar el recodo se caló y los muchachos hubieron de apearse para sujetarlo. Salvada la curva, apareció el nogal; del camal más bajo pendían unos bultos oscuros, y Cristino, aterrado, se inclinó sobre el parabrisas.

—¡Santo Dios! —dijo estremecido—. Los han colgado.

Jero detuvo el automóvil.

—Pero si son muñecos —rió.

Bajo las ramas desnudas del árbol, dos rígidos peleles, revestidos de andrajos, se mecían con la brisa, como espantapájaros. Ángel saltó del coche y dio vuelta al primero:

—Mirad —dijo.

Entre los jirones de la chaqueta, en un papel prendido con un alfiler, decía: «Don Lino» y, en el otro muñeco, sobre el harapiento albornoz granate que lo cubría, habían escrito con torpes caracteres: «La Pelaya».

Ángel miró a Jero amedrentado:

—Oye, ¿no sería mejor dejarlo? El personal anda como muy encabronado.

El Fíbula le señaló con el pulgar:

—Al Angelito no le cabe un piñón en el culo.

Jero se encogió de hombros y se metió de nuevo en el coche.

—Hala, vamos para arriba. Éstas son ideas del cabrero. Y aviados estaríamos si fuéramos a hacer caso de las amenazas de ese chalado.

El cielo continuaba despejado. Una luz frutal, madura, como de comienzos de otoño, doraba suavemente las cumbres del cordal. En el fondo de la cuenca el riachuelo se estiraba, espejeando entre las salgueras sin hoja, y una brisa muy tenue esparcía un desvaído, prematuro olor a espliego. En las casas del barrio alto, un perro exasperado aullaba sin cesar. Jero se agachó y cogió un cedazo.

—Venga, manos a la obra —dijo acercándose al montón de tierra removida—. Primero vamos a terminar esto. Luego nos meteremos con esa dichosa estructura que no me ha dejado pegar ojo en toda la noche.

El cribado de la última tierra no deparó sorpresas. Al concluir, Jero se deslizó hasta el fondo del hoyo y Cristino le siguió, mientras Ángel y el Fíbula se aprestaban a trazar el plano del muro. De repente, el vivo repique de las campanas, abajo, les sorprendió. Cristino se mordió el labio superior antes de aclarar, con un deje de alarma:

—Tocan a rebato.

Jero echó una ojeada a su pesado reloj:

—Son las diez menos cuarto —dijo—. ¿No será a misa a lo que tocan?

Ángel, que se había adelantado hasta el borde del tozal, reclamó su atención:

—¡Venid! —chilló—. Algo pasa ahí abajo. Todo el mundo anda revuelto. ¡Mirad allí!

Jero, Cristino y el Fíbula se reunieron apresuradamente con él. En el barrio alto un tractor rojo, arrastrando un remolque cargado de hombres, con instrumentos enhiestos sobre los hombros, parecía esperar algo o a alguien. Las explosiones del motor alcanzaban nítidamente a sus oídos. En el caserío de abajo una docena de mozos, diminutos en la distancia, se movían alrededor de un Land Rover y cargaban algo en él. En la plaza, los vecinos iban congregándose sin prisas, formando corrillos, y un hombre renqueante se desplazaba de uno a otro, como dando instrucciones. El tañido de las campanas era cada vez más frenético:

—Así tocan en mi pueblo cuando hay fuego —dijo Cristino.

Jero agachó la cabeza, sacó maquinalmente un caramelo del bolsillo de la cazadora y se lo metió en la boca.

—Mucho me temo que el fuego nada tenga que ver con esto —dijo—. ¿Veis ese tipo de la pata galana que salta de grupo en grupo? Es el Papo, el cojo, ese cabrón que nos hizo un corte de mangas la otra

tarde cuando vinimos con Paco.

El tractor rojo se puso en marcha, abandonó el barrio alto y cuando, segundos después, se encontró con el Land Rover en la plaza, las campanas dejaron repentinamente de sonar. Alrededor de los vehículos se produjo un pequeño desconcierto y, finalmente, el Papo y dos docenas de hombres se distribuyeron entre el Land Rover y el remolque y el resto de los vecinos, aproximadamente una veintena, comenzaron a escalar el castro a campo través, gateando por los riscos como alimañas. Jero, en lo alto, apretó los labios y cabeceó disgustado.

—No hay duda —dijo—. Vienen a por nosotros.

Ángel se aproximó:

—Jefe, ¿por qué no cogemos cordal arriba y bajamos por la otra ladera hasta Pobladura? Todavía estamos a tiempo. Estos tipos de los pueblos son capaces de cualquier cosa; no son de fiar.

Saltó Cristino, ofendido:

—No creo que los de la ciudad reaccionaran de otra manera si creyesen que les quitan algo.

Con su bigotillo incipiente y su cara de susto, Ángel semejaba un niño desamparado.

—Pero ¿qué les quitamos nosotros?

—Ellos lo creen y basta. Para ellos, el tesoro es del pueblo y entre nosotros y don Lino les estamos desvalijando. Desde su punto de vista, esto que estamos cometiendo es un expolio.

Los rostros y los atuendos de los escaladores se iban definiendo conforme ascendían. Algunos, más lentos o entrados en años, rodeaban las peñas y seguían, al sesgo, las trochas de las cabras, mientras los más jóvenes e intrépidos repechaban en línea recta, aferrándose a las rocas con las uñas. Uno de ellos, muy joven, ataviado con un jersey amarillo, ascendía atléticamente, graduando su esfuerzo, como si caminara por el llano. De cuando en cuando volvía la cabeza para infundir ánimos a sus compañeros y, una vez en la cornisa de los castaños, se detuvo, dio media vuelta y levantó un brazo con un pañuelo blanco en la mano. Inmediatamente el tractor rojo y el Land Rover, estacionados en la plaza, se pusieron en movimiento, atravesaron lentamente el pueblo y, antes de alcanzar el barrio alto, doblaron por el camino del castro que los arqueólogos utilizaban cada día.

Jero frunció instintivamente los hombros y se encaró con sus ayudantes:

—Dentro de diez minutos estarán aquí —dijo con acento sombrío —. No vamos a escapar a Pobladura, ni a movernos de donde estamos. Cuando lleguen, nos encontrarán en el hoyo, trabajando. A eso hemos venido y es lo que vamos a hacer. No quiero violencias —se dirigía

ahora al Fíbula—. Óyeme bien, Salvador, no quiero violencias. Yo haré de portavoz y si algo se te ocurre me lo dirás antes a mí. De modo que, ante todo, serenidad. Me jodería que esta oportunidad se malograse por no acertar a controlar los nervios.

Las mujeres que permanecían en la plaza y otras, que a sus voces habían salido de las casas con niños al brazo o de la mano, miraban a lo alto y animaban a los hombres que trepaban por los riscos, como en descubierta, precedidos por el muchacho del jersey amarillo. En el bancal de los castaños, docena y media de hombres aguardaban a los rezagados y, una vez juntos, rodearon el castro en fila india, con dirección al camino.

—Van a reunirse todos en el extremo del cortafuegos —dijo Jero —. ¡Venga, manos a la obra!

Los cuatro muchachos se congregaron en el recinto, fuera del hoyo excavado por don Lino, de forma que, desde su posición, podían observar cuanto ocurriera en el cortafuegos. Jero, con su mirada azul, velada por una melancólica tristeza, fruncía los hombros a cada paso, mientras el Fíbula juraba entre dientes y Ángel, asustado, todo ojos, miraba obsesivamente la entrada del cortafuegos de donde llegaba el monótono bordoneo de los motores. Sobre el castro planeaba de nuevo el bando de buitres del primer día. El Fíbula siguió un rato sus evoluciones arrugando el ceño:

—Mira esos cabrones a la espera —dijo por lo bajo, guiñando un ojo.

—¡Calla, coño! —saltó Ángel.

Jero se impuso:

—¡Basta! —dijo—. A trabajar.

Con el rabillo del ojo vio aparecer al Papo, encabezando el grupo, junto al muchacho del jersey amarillo, cuyos pómulos altos y pulidos, su delgadez extrema, le daban una apariencia oriental. Tras ellos, apenas a un metro de distancia, caminaba bullicioso el grueso del pelotón, blandiendo palas y dalles con decidido empeño bélico. Sobre el rumor de pasos de la guerrilla, resaltaban los golpes secos de la pata de palo del Papo al tropezar en los guijarros.

Los muchachos, entregados a su trabajo, fingían no enterarse de nada, pero cuando el corro se cerró en semicírculo en torno suyo, Jero dejó cansinamente la piqueta en el suelo y se llevó las manos a los riñones. Dijo amistosamente, fijando en el Papo su mirada resabiada:

—Buenos días tengan ustedes. ¿Ocurre algo? Oímos que las campanas tocaban a rebato.

Nadie respondió. Se abrió en torno un silencio profundo, demorado, al que la violencia represada del Papo ponía un contrapunto dramático. Su rostro imberbe, flojo, gelatinoso, con grasa hasta en los cartílagos de las orejas, se fruncía en mil pliegues en la

sotabarba, desproporcionada a pesar de su corpulencia. Recostó en la muleta todo el peso de su cuerpo y, con la mano izquierda, extrajo del morral de cazador que portaba una pera, que miró y remiró varias veces, antes de arrancarle el rabillo y clavarle en el pezón la uña negra y larga de su pulgar. Parsimoniosamente desgajó un pedazo y se lo llevó a la boca. Sus pausados ademanes denotaban el mismo regodeo que el del gato ante el ratón acosado. Dijo con la boca llena, sin dejar de contemplar la fruta rota en sus manos:

—¿Es que no sabéis leer? ¿No visteis los carteles ahí abajo? ¿Cómo hay que deciros las cosas?

Se acentuó la expresión de inocencia en la mirada de Jero.

—Pensamos que no iban por nosotros —dijo—. Nosotros hemos venido aquí con todas las de la ley. Es una excavación ordenada por Madrid.

Un pedacito de pulpa blanca de la pera se le había adherido al Papo en una mejilla, junto a la comisura de la boca, y, conforme hablaba, subía y bajaba sin llegar a desprenderse. Sus convecinos, tras él, le miraban tensos, sofrenados, como aguardando que saliera de sus labios la orden de ataque. En un extremo del semicírculo, el cabrero, enjuto y renegrido bajo su boina pardusca, hacía nerviosos aspavientos. El Papo se metió en la boca otro pedazo de pera y dijo fatuamente:

—¿Y quién es Madrid para dar órdenes en casa ajena? Lo de Madrid será de Madrid, pero lo de Gamones es de Gamones.

Un rumor de aprobación sobrevoló el corro y una voz vigorosa, procedente de las últimas filas, chilló «¡eso es!», pero Jero, con tozudez irreductible, no se daba por vencido, seguía esgrimiendo sus razones:

—En Madrid está la Administración —dijo elevando la voz—. Ella nos ha dado permiso para excavar este castro.

—¡Los cojones! —voceó un hombre de parcheada chaqueta de pana, al tiempo que amagaba con una azada y se originaba en derredor suyo un pequeño tumulto.

El Papo observaba la escena sin inmutarse, escupió el corazón de la pera y, al hacerlo, se le desprendió de la mejilla el pedacito de pulpa. Parsimoniosamente extrajo otra del morral y, con estudiada prosopopeya, repitió, como un rito, la operación anterior, pero, como quiera que al hincar la uña del pulgar en el pezón de la fruta, escurriese entre sus dedos amorcillados un reguerillo de zumo, se lamió golosamente la mano antes de hablar:

—¿Y quién te ha dado a ti ese permiso, si no es mala pregunta? —dijo, al fin.

—El Ministro de Cultura.

—¿Y quién es el Ministro de Cultura para meter las narices en

nuestros asuntos? Esta mina, óyeme bien, es del pueblo y, sin autorización del pueblo, aquí no escarba ni Dios.

Un alborotado griterío acogió sus últimas palabras. Las palas, azadas y dalles zaleaban sobre las cabezas del corro y una voz fosca, destemplada, chilló: «¡Papo, basta de contemplaciones!», pero el mozo del jersey amarillo, vuelto de espaldas a los arqueólogos, se multiplicaba por aplacar a los exaltados y poner orden allí. Cuando se restableció el silencio, el Papo adoptó un tono especulativo para dirigirse a Jero:

—Esta tierra que pisamos es de Gamones, ¿no es cierto, chaval? —Jero, amilanado, asintió sin palabras. El Papo prosiguió—: Pues si tú mismo reconoces que esta tierra es de Gamones, ¿por qué regla de tres hemos de aguantar que un vecino de Pobladura y cuatro pelagatos de Madrid vengan a robarnos lo que es nuestro?

Jero elevó la voz para dominar el rumor de protesta que volvía a alzarse del grupo:

—Un momento —gritó, buscando la fibra sensible de su auditorio —. Cuando don Virgilio, que gloria haya, descubrió este castro...

El Papo le cortó airado:

—No me mientes al difunto Coronel, chaval; no me lo mientes. No me busques la boca. El Coronel y la Pelaya, la Pelaya y el Coronel, son los responsables de este cirio aunque don Lino sea el ladrón. Y una cosa te digo: si don Lino no se lleva a la Pelaya a Valladolid, a estas horas estarían los dos ahí abajo, colgados de la nogala, ¿qué te parece?

Un hombre albino, insólito en aquel concierto de boinas negras y rostros atezados, enarboló una horca al tiempo que gritaba: «¡Ya está bien, Papo, vamos a colgarlos!». Inmediatamente, el castro se llenó de dicterios e imprecaciones. Unos a otros se incitaban, se acicateaban y el mozo del jersey amarillo se las veía y se las deseaba para apaciguarlos. Por último, el Papo, satisfecho de haber logrado la temperatura adecuada, levantó la muleta reclamando silencio y dijo altivamente:

—Así que ya lo sabéis. El pueblo es el amo de la mina, de modo que coger el dos y largaros. Nosotros diremos cómo se ha de explotar y a quién hay que contratar.

Aún apuntó Jero tímidamente antes de que el pueblo se encabritase:

—Tenga usted en cuenta que éste es un trabajo de especialistas...

Mas el hombre de pelo albino, casi blanco, envalentonado con su intervención anterior, se abrió paso a codazos hasta la primera fila, señaló con un dedo mugriento los aperos y el montón de tierra removida y exclamó:

—¡Pues vaya unos especialistas de los cojones, si ni siquiera saben

manejar la herramienta!

Sonó una carcajada general, entreverada de gritos y pullas soeces. Los ojos azules de Jero reflejaban una infinita melancolía. Se volvió a sus ayudantes y dijo: «Recoged las cosas. De momento nos vamos». Al verlos amontonar los utensilios el Papo se ensañó:

—Y decir en Madrid que aquí no escarba nadie como no venga la Reina.

El hombre albino, vuelto hacia sus convecinos, amagó a un lado y otro con la horca, se empinó sobre las puntas de los pies y gritó con toda su alma:

—¡Qué hostias! ¡Ni aunque venga la Reina!

De nuevo los hombres lo corearon. La capitulación sin resistencia de los arqueólogos era una victoria tan inesperada y excitante que hasta los más retraídos y tímidos les hacían ahora objeto de sus sarcasmos mientras recogían los bártulos. Cristino ladeaba la cabeza, aterrado ante el cerco de miradas insidiosas, pero el hombre del pelo blanco reparó en su rostro enfermo y chilló regocijado.

—¡Mira el pilongo ese, tiene la piel oreada como los chorizos!

Rió el coro a carcajadas. El Fíbula hizo ademán de lanzarse hacia él.

—¡Quieto! —exigió Jero.

El hombre albino arrojó la horca al suelo, flexionó la cintura y miró al Fíbula de través, los brazos despegados del cuerpo, los dedos abiertos como garras.

—Ven si tienes cojones, cacho sarnoso —invitó.

Pero Jero contenía al Fíbula por un hombro y Cristino, con los ojos brillantes, volvía a apilar los enseres y, cuando concluyó, señaló con el mentón las cuerdas que delimitaban la cata y Jero, pendiente de cada uno de sus movimientos, dijo a media voz:

—Déjalas. No creo que estorben a nadie.

Mas el cabrero, que desde que comenzó la acción se mantenía ojo avizor, celoso, sin duda, del protagonismo del hombre albino, se plantó en dos trancos al borde de la cata voceando como un energúmeno:

—¡Fuera! ¡Fuera!

De un puntapié hizo saltar la primera estaca.

—¡Fuera, todo! —repitió—; la mina es del pueblo, el Papo lo ha dicho.

Daba vueltas al hoyo, como un poseso, propinando patadas a las estacas, en tanto el vecindario lo jaleaba, alborozado, con gritos y palmas. Jero reprimió un impulso de indignación. Dijo con fingida firmeza:

—¿A quién perjudicaban estas cuerdas?

Un abucheo ensordecedor le respondió, abucheo que subió de

punto cuando los arqueólogos, cargados con sus aperos, fueron desfilando, de uno en uno, por el estrecho pasillo que les abrían, burlones, los hombres del pueblo. Uno de ellos, decepcionado por el pacífico final del lance, atravesó el palo de su azada al paso de Ángel y éste trompicó, perdió el equilibrio y cayó. Las risotadas arreciaron cuando el muchacho se arrodilló pacientemente y recogió, sin una protesta, los útiles desparramados y, en una recelosa espantada, se incorporó a su grupo.

Aún se oyó la voz aflautada y nerviosa del cabrero cuando desaparecían por el extremo del cortafuegos:

—¡Y no volváis por aquí, jodíos, porque como hay Dios que os colgaremos!

Al subir al automóvil, Jero parecía afligido por una súbita desgracia. No mostraba irritación, sino un hondo abatimiento. Maquinalmente se metió en la boca un caramelo, puso el coche en marcha y, al rebasar la nogala con los monigotes colgados, frunció los hombros y dijo:

—Jamás en la vida pasé un rato semejante. Lo mires por donde lo mires, esto ha sido una humillación.

Cristino enarcó las cejas:

—Como todo en el país, esto es un problema de escuelas.

El Fíbula, refrenado demasiado tiempo, saltó:

—Yo diría mejor de mala leche. Pero te juro por Dios que, si un día agarro a solas al rubio ese de los cojones, le voy a reventar los huevos como me llamo Salvador.

Al salir a la carretera, Cristino preguntó a Jero:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Tú qué crees? De entrada, digo yo, ver al Alcalde y echarlos a reñir. Poner al cojo ese en un brete. Seguir luchando. Cualquier cosa antes que permitir que esa partida de facinerosos se salga con la suya.

Pero, en el Ayuntamiento, no había nadie, excepto el alguacil, un sexagenario con un esparadrapo sobre la nariz que daba de comer a un perro. Él no sabía nada. Ignoraba dónde estaba el vecindario. En cuanto al Alcalde, como todos los miércoles, había salido muy de mañana del pueblo a por madera y que si querían hablar con él regresaran por la noche.

Jero miró fijamente a los ojos al alguacil hasta que éste, azorado, parpadeó y acabó humillándolos. Después sacó del bolsillo su viejo reloj y dijo a sus compañeros:

—Las once y media, buena hora para encontrar a Paco en el despacho. Andando, vámonos a Covillas, no podemos perder más tiempo.

Se volvió hacia el hombre del esparadrapo y añadió:

—Muchas gracias. A la tarde volveremos.

Recostados en el capó del automóvil, los tres muchachos veían hacer a Jero, dentro de la jaula encristalada de la cabina. Jero marcó el número por segunda vez y, cuando oyó la llamada, encogió automáticamente los hombros, se tapó el oído izquierdo con un dedo y apretó aún más el derecho contra el auricular:

—¿El Subdirector General, por favor...? —esperó un rato—. ¿Eres tú, Paco?, Jero, sí... Tranquilo, nada grave, pero las cosas se han complicado un poco... No... No... El pueblo... El vecindario se ha presentado esta mañana en el castro en son de guerra y hemos tenido que levantar el campo... Sí, claro. Amenazaban con colgarnos y ten por seguro que, si no cedemos, lo hubieran hecho... Lamentable, desde luego. Todo lo que te diga es poco. En la vida he sufrido una humillación semejante... Lo demás, bien. Yo temía los prontos de los chicos, del Fíbula sobre todo, pero he conseguido sujetarlo... ¿El Alcalde? Bueno. Reticente y tal pero no puso pegas. Luego se ausentó, claro. He ido a verle después del episodio y se había largado del pueblo... Todos a la uva, conchabados, eso es indudable. El cabecilla es un cojo atravesado... ¡El mismo! El del corte de mangas, efectivamente... No, por supuesto, esto no podemos dejarlo así. Por eso te llamo. La excavación está a punto de caramelo, en un momento decisivo. Ya te contaré despacio... ¿Al Delegado Provincial? ¿A Carlitos Peña?... Mucho, hombre, cómo no lo voy a conocer... No me parece mal... No te preocupes, son veinte minutos y no tenemos mejor cosa que hacer... Enseguida, claro, ahora mismo... Por mí no, pero me inquieta lo que pueda hacer en el castro esa partida de indocumentados... No, por ahora no hace falta. Si fuera necesario, te lo haría saber... ¿Eh? ¿Gaga?... Deja tranquila a Gaga; ése es asunto resuelto... Sí, sí, agradezco tu intercesión, pero no hay nada que hacer... Ya hablaremos de todo... De acuerdo... Otro para ti.

Dobló la articulada portezuela de la cabina y los tres muchachos se adelantaron hacia él.

—¿Qué?

—Paco opina que debemos informar al Delegado del Ministerio.

—¿Ahora? —preguntó Cristino.

—Cuanto antes. Después de todo son treinta kilómetros. Así matamos el rato.

Ángel, pegado a la ventanilla, veía desfilar los árboles en silencio. En un momento en que Cristino volvió la cabeza, el Fíbula, desde el otro asiento trasero, le señaló con el mentón.

—Aquí el Angelito se nos ha quedado sin habla, se nos ha cagado el hombre.

Ángel se enderezó y su rostro aniñado se animó un poco.

—He pasado más miedo que vergüenza, lo reconozco. A cada rato me decía: «Si al Jero se le ocurre levantar la voz, el cojo este le clava la muleta en la barriga». ¡Hay que joderse con el tipo! ¿Visteis cómo comía las peras el marrano de él?

El Fíbula soltó una risotada:

—Las partía con los dedos como si fuese pan. ¿Te fijaste en la uña?

Cristino se inclinó hacia Jero:

—¿Sabes dónde está la Delegación?

Jero asintió, sonriendo. Después de hablar con el Subdirector General daba la impresión de haberse descargado de un peso:

—En la Plaza del Mercado, junto a San Andrés. No te preocupes que no me pierdo. Tengo muy pateado esto.

El Fíbula volvió a su tema:

—¡Anda y que no me gustaría nada encontrarme en un descampado, mano a mano, con el rubio! —movió de un lado a otro la cabeza—. O con el mismo cabrero si me apuras. ¿Visteis con qué mala leche levantó las estacas el maricón de él?

—Eso ha sido lo que peor me ha sentado —reconoció Jero.

—Y luego, la mina, venga a hablar de la mina. ¿Qué coños pensarán esos tíos que es un hallazgo arqueológico? Hablaban de la mina como si se tratase de Hunosa, ¡hay que joderse!

Terció Cristino:

—Tampoco les juzgues con tanto rigor. Es gente sin instrucción, sin recursos. Viven en una economía de subsistencia. Nunca cogieron nada que antes no hubieran sembrado. Y para una vez que se presenta la ocasión, zas, llega un listo y se lo birla.

Jero asintió:

—Verdaderamente —dijo—. Pero ¿por qué ese empeño en mezclar a don Virgilio en el asunto? El pobre Coronel lleva más de dos años bajo tierra, ¿qué demonios tendrá que ver él con el tesoro?

Relajado, después de la tensión de las últimas horas, el Fíbula imprimía a todos sus comentarios un aire festivo.

—Según ellos se entendía con la Pelaya; estaba liado con la Pelaya, el tío.

Jero movió dos veces los hombros.

—¡Había que conocer a la Pelaya! —rió—. La Pelaya cocinó para el Coronel mientras estuvo en Gamones, pero de eso a meterse en la cama con ella hay distancia. Tenía demasiada clase don Virgilio para incurrir en semejante vulgaridad. Además, ¿en qué cabeza cabe que conociendo la existencia del tesoro únicamente se lo revelara a esa mujer? Cualquiera que haya conocido la pasión arqueológica del Coronel no puede admitir eso. Es literalmente absurdo.

Al coronar un cambio de rasante apareció la pequeña ciudad, a lo

lejos, en torno al río. Jero franqueó un puente y se adentró en el dédalo de calles sin vacilaciones. Se detuvo en dos semáforos, recorrió una amplia avenida y abocó a la Plaza del Mercado. Estacionó el coche en el aparcamiento de la Delegación. Aún con las llaves en la mano se reunió con sus ayudantes:

—Podéis tomaros unas copas por ahí y a las dos en punto en el Progreso. El otro día, Santi nos echó bien de comer. Si os parece podemos repetir; el Delegado no creo que me entretenga.

Desdeñó el ascensor y subió los escalones de dos en dos. Entró sin llamar conforme invitaba el letrero de la puerta:

—¿Don Carlos?

Una señorita de edad le pasó a un recibidor pero, antes de que llegara a sentarse, se abrieron las puertas correderas y apareció el rostro aplaciente y sonrosado de Carlitos Peña:

—Perdona, majo, perdona —dijo, y le palmeó efusivamente la espalda—. Aunque sabía que te esperaba, Maite no te ha reconocido. Está ya para pocos trotes esta mujer. Pero siéntate, cuenta. Hace unos minutos me llamó el Subdirector General. Parecía contrariado, pero no quiso anticiparme nada —tornó a palmearle la espalda y le hizo sentarse frente a él, la mesa cargada de papelotes por medio. Sonreía y, al sonreír, mostraba un diente de oro y le raleaba el rubio bigote. Todo era pulcro y regular en él: las cejas, la frente, la nariz, las orejas, sus manos blancas y achatadas, el enorme solitario de su dedo anular, sus gafas relimpias con montura de oro... También sus ademanes y sus palabras eran pulcros y regulares, tal vez un poco excesivos, como excesivos eran su efusividad y su afán por anticiparse a sus deseos—. Habla —añadió—. ¿Qué te trae por aquí? Tú eres de la casa, Jerónimo, ya lo sabes. No eres aquí ningún extraño.

Jero sacó un caramelo del bolsillo y se lo metió en la boca. Reparó inmediatamente en su descortesía y le alargó la bolsa de plástico por encima de la mesa:

—¿Quieres? La gente entre la que me muevo no comparte mi vicio y he perdido la buena costumbre de ofrecer.

El Delegado sonrió.

—Gracias, no soy goloso. Es un caso raro, pero a decir verdad no recuerdo haber comido caramelos ni de chiquillo. Pero, dime, majo, ¿ha ocurrido algo? El Subdirector me dijo que andabas por aquí por lo del tesoro. Buen golpe, ¿eh? Entre eso y tu Carta Arqueológica vais a hacer más famosa a la provincia que la Atenas de Pericles.

Jero frunció nerviosamente los hombros y comenzó su relato. A medida que avanzaba, el rostro pigre, sonrosado, del Delegado se iba ensombreciendo y el bigotillo se encogía y espesaba. Su blanca mano, de cortos dedos y uñas impolutas, tomó de la escribanía un paquete de cigarrillos egipcios y, tras ofrecer formulariamente a Jero, encendió el

suyo con un mechero de oro. Expulsaba el humo recostando la nuca en el respaldo del sillón con lentitud, en pausadas volutas, los ojos entrecerrados, pendiente de los labios de Jero. Cuando éste concluyó, se acodó en la mesa y adoptó una actitud de honda preocupación:

—Pero esto que me cuentas es un motín en toda regla, majo.

—Tampoco dramatices demasiado. Los tipos esos están quemados y es comprensible. Ten en cuenta que el descubridor es de Pobladura, o sea, hablando en su lenguaje, un forastero. Al oponerse a la excavación creen defender lo suyo.

El Delegado denegó enérgicamente con su rizada cabeza:

—No trates de echarlo a barato. Un motín nunca es disculpable, Jerónimo; lo siento. Un motín es un motín. No debemos tomar frívolamente algo tan grave.

—Tampoco te pongas así.

El Delegado se quitó las gafas, se frotó los ojos con los nudillos y levantó el dedo del solitario en ademán admonitorio:

—Siento tener que decir esto, Jerónimo, pero, desgraciadamente, este país no está maduro para la democracia —se colocó las gafas después de limpiar un cristal con el pañuelo, descolgó el teléfono de mesa y aplastó el cigarrillo contra un cenicero de vidrio—. En casos así hay que actuar pronto y con energía, de otra manera corres el riesgo de que te coman por un pie.

Miró a lo alto, hacia la lámpara.

—Con el Gobierno Civil, por favor... Gracias —esperó. Repentinamente se le animó el semblante—. ¿Eres tú, Juanma? Sí, el mismo, a tus órdenes. Oye, perdona que te moleste. Tengo aquí, en mi despacho, a Jerónimo Otero, profesor de la Universidad de Madrid... Exacto. El de la Carta Arqueológica de la provincia. Bueno, pues este señor ha tenido un incidente desagradable en Gamones. ¿Conoces el asunto del tesoro?... Tanto mejor, Juanma, me ahorras explicaciones... Bien, Jerónimo ha ido allí, enviado por Madrid, para completar la excavación, ¿comprendes?, y el pueblo se le ha revuelto, literalmente se le ha echado encima... Un motín, eso mismo digo yo... ¿Violencia? ¡Toda! Picos, horcas, dalles, lo que quieras... No sé. Por eso te llamo... ¿Tú crees?... ¿No sería mejor de entrada la vía diplomática?... Espera, está aquí el interesado, voy a consultarle...

Taponó el teléfono con la mano y sonrió a Jero en abierta complicidad. Dijo a media voz:

—Juanma sugiere que subáis esta tarde al castro con una sección de la Guardia Civil. Os protegerían mientras dure la excavación.

Jero negó resueltamente con la cabeza.

—De ninguna manera. Eso sería desorbitar las cosas.

El Delegado retiró la mano y apoyó la cabeza contra el auricular. De nuevo elevó el tono:

—Lo considera excesivo, Juanma... Sí... Tal vez sea preferible lo otro; tal vez sea más prudente... ¿Conmigo?... Lo que tú dispongas, Juanma, ya sabes que por mí no hay problemas... Por eso te digo. Ya sabes que no soy de los que escurren el bulto. Incluso, aunque me esté mal el decirlo, no se me dan mal este tipo de comisiones... ¿Esta noche? De acuerdo... En lo otro no quiero meterme; no es de mi incumbencia; es asunto tuyo... De entrada no me parece mal. Ya sabes que comparto contigo la preocupación por la seguridad personal... Por supuesto... Ya sabes que lo que tú ordenes me parece bien. Correcto... Te tendré informado... Hasta luego, Juanma, y gracias por todo... Un abrazo y a tus órdenes.

Sonreía distendidamente al colgar el aparato.

—Todo resuelto —dijo—. Este Juanma es un águila. Da gusto trabajar con él.

Jero lo miró alarmado.

—No será con la Guardia Civil.

El Delegado levantó sus dos manos chatas, inmaculadas, ornadas por el gran solitario:

—Tranquilo. Esta noche, a las ocho, tú y yo tendremos un *tête-à-tête* en Gamones con el Ayuntamiento en pleno. Yo hubiera preferido a media tarde, pero Juanma dice, y no le falta razón, que hasta la noche no resulta fácil reunir a esa gente.

Jero desconfiaba:

—Bue... no y, ¿dónde quedamos?

—¿Dónde paráis?

—En Covillas, en la pensión Ramos.

El Delegado se sujetó la frente con la mano como si reflexionase:

—Aguarda un momento; no nos precipitemos. Juanma citará al Alcalde, mejor dicho, al Ayuntamiento, para las ocho, y a esa hora estaremos nosotros allí... si antes no hubiera contraorden.

La frente de Jero se pobló de arrugas.

—¿Contraorden?

—Atiende una cosa, majo. Nosotros estamos citados en Gamones a las ocho, pero sólo acudiremos en el caso de que... «el detector de tensiones» nos dé vía libre. En caso contrario, aguardaremos órdenes de arriba. Esto es lo convenido.

—¿El detector de tensiones? No sé de qué me estás hablando.

El Delegado unió las manos como si rezara y bajó la cabeza para mirarle a los ojos desde más cerca:

—Juanma destacará previamente una sección de la social —dijo como sin darle importancia.

Jero frunció el ceño:

—¿Policía?

—Escucha, majo. Esos hombres irán de paisano, en una furgoneta,

simulando ser quinquis, vendedores ambulantes o algo por el estilo. Déjale hacer a Juanma. Es un director escénico de primera. Confía en él.

Jero se acodó en la mesa y descansó la barbilla sobre las manos:

—Pero no veo el objetivo de esta guerra.

Una sabihonda sonrisa iluminó el rostro del Delegado:

—Es sencillo —dijo—. A Juanma, antes que el éxito de la excavación, le interesa vuestra seguridad personal, la tuya y la de tus hombres. Antepone el orden a la arqueología, para que me entiendas. Después de todo, hace bien; es su oficio. De otro lado, este pequeño destacamento tiene, digamos, algo así como una misión de espionaje…

Jero meneó la cabeza impaciente. El Delegado le atajó:

—Por favor, déjame hablar. Tal como me dices que están las cosas, esto podría degenerar en un enfrentamiento y, si me apuras, en sangre. Conozco a esta gente, majo; en consecuencia, lo prudente es medir «el grado de tensión» antes de determinar nuestra actuación posterior. Ésa es la misión de avanzadilla de que te hablo.

Sonreía y entrelazaba ahora las manos, mientras Jero lo miraba fijamente, indeciso. El Delegado separó los dedos y alzó una mano blanca y conciliadora, como dando por zanjadas sus diferencias:

—Ahora vamos con otro punto —oprimió repetidamente el timbre de mesa—. Gamones, Gamones… éste es un extremo importante.

La ojerosa secretaria asomó medio cuerpo por la puerta.

—Maite, por favor, ¿puede traerme el listín de los ayuntamientos de la provincia?

—¿Se refiere a la guía telefónica, don Carlos?

—¡Maite, por Dios! La guía telefónica es una cosa y el listín de la composición de los ayuntamientos, otra, ¿no? —sonreía a duras penas.

Instantes después, Maite depositaba sobre la mesa del Delegado un mamotreto de cubiertas azules con cantoneras de hule. El Delegado lo abrió y buscó la letra *G*.

—Galosancho… Gallosa… Gámara… —murmuraba entre dientes mientras pasaba las páginas—. ¡Gamones, helo aquí! —su pulcra uña achatada recorría la nómina y, finalmente, sin alterar su postura, se mordió el labio superior y levantó los ojos hacia Jero—: La jodimos —dijo apagadamente—. Todos del PSOE.

Jero encogió los hombros de golpe:

—¿Y eso qué importa? Ésta no es una cuestión política; no tiene nada que ver con la política.

El Delegado movió la cabeza en forma circular:

—Tú vives en tu limbo, majo, y no te lo reprocho, pero, perdona que te diga que no conoces el mundo que te rodea. Hoy la política lo inunda todo. En este país no hay nada ajeno a la política. Todo es política. Y siendo esto así, ten por seguro que, en este caso concreto,

mejor nos hubiera ido con los ucedeos o con la misma Alianza.

—En todo caso, no creo que sea decisivo.

—¡Oh, por supuesto que no! Me sobran agallas para lidiar este toro y otros más difíciles. No me asustan, majo. Y no vayas a pensar por lo que te he dicho que yo sea de los nostálgicos, pero de una cosa estoy convencido: este lamentable episodio no hubiera ocurrido en vida de don Francisco.

Jero se incorporó y tendió la mano al Delegado, quien, al verle de pie, rodeó la mesa, se la estrechó y le pasó el brazo izquierdo por los hombros.

—Entonces, en principio, quedamos en Covillas a las siete y media. En la cafetería Alaska, ¿te parece?

—De acuerdo.

El Delegado abrió su más esplendorosa sonrisa:

—Y en el caso de que el «detector de tensiones» aconsejara aplazar la entrevista, te dejaría recado telefónico en la pensión Ramos una hora antes. ¿Entendido?

—Vale —dijo Jero.

Le acompañó hasta el descansillo y, una vez allí, le palmeó sonoramente la espalda y, luego, le tomó suavemente por la cintura.

—Ya sabes que para mí siempre es una fiesta verte por aquí, majo. ¿No llamas al ascensor? Como quieras. Tal vez tengas razón. Tal vez nos vendría mejor a todos hacer un poco de ejercicio —franqueó el dintel y levantó la mano—. Hasta la noche. Chao.

VIII

El pequeño grupo se desplazaba arriba y abajo, al amparo de los soportales, por delante de la cristalera iluminada de la cafetería Alaska. Hacía frío. Un crudo y arrecido viento del norte les hacía caminar encorvados, las manos ocultas en los bolsillos, levantadas las solapas de cazadoras y tabardos. En una de las vueltas, Jero se detuvo ante la cristalera iluminada, pateó el suelo con impaciencia y alzó los ojos hasta el reloj del Ayuntamiento, al otro lado de la plaza:

—Menos diez —dijo—. También jodería que este tipo me la jugara.

Cristino se le acercó tímidamente:

—Oye, y si las cosas se arreglan, ¿piensas excavar mañana?

Jero sacó las manos de los bolsillos y las frotó ásperamente una con otra:

—Por supuesto, de eso se trata. Hay que liquidar este asunto cuanto antes. Como tarde, el viernes por la noche yo quisiera estar en Madrid.

Inopinadamente, el Fíbula propinó un manotazo en la espalda encogida de Ángel.

—Anima esa cara, macho. Pareces un funeral. Ahora, en cuanto el jefe se largue, nos vamos los tres al pub Adrián y ahí nos las den todas. ¡Menuda noche! Te juro por Dios que ese espectáculo no me lo pierdo.

Jero metió nuevamente las manos en los bolsillos y se volvió hacia la puerta:

—Hace un frío que pela —dijo—, ¿por qué no esperamos dentro?

Cristino lo contuvo con un suave ademán, mientras miraba atentamente al centro de la plaza:

—Aguarda —dijo.

Un coche con las luces de posición encendidas se deslizaba, pausada, silenciosamente, hacia ellos y se detuvo a pocos metros, junto a la línea blanca de la explanada. Del asiento delantero descendió un chófer uniformado que abrió respetuosamente la puerta de atrás. Jero emitió un tenue silbido.

—¡Coño, un Mercedes! No me digáis que es el Delegado.

El Delegado, embutido en un entallado abrigo gris marengo, se apeaba en ese instante del coche y avanzó resueltamente hacia Jero, sonriendo:

—¿Qué tal desde esta mañana? —indicó al resto del grupo—. Supongo que éstos serán tus hombres. ¿Cómo estáis, majos? —estrechó, una a una, las manos con efusión desmedida e, inmediatamente, se consideró en el deber de justificarse—. Naturalmente este coche no es mío —rió—, pero ¡sépase quién es Calleja! Uno se presenta ante un paleto en un 132 y se guasea, pero delante de un Mercedes tiembla. A esta gente me la conozco como si la hubiese parido —tomó ligeramente a Jero por el brazo—. ¿Qué, vamos?

—Cuando quieras. Estoy a tu disposición.

El chófer uniformado les sostenía la portezuela ante las miradas socarronas de Ángel y el Fíbula. Apenas arrancaron, el Delegado se disculpó:

—Perdona el retraso —dijo—. Juanma me ha entretenido más de la cuenta con los dichosos informes.

Jero hizo ademán de hablar pero el Delegado le contuvo:

—Tranquilo —añadió—. El «detector» asegura que la paz reina en Gamones; todo está en orden. Una vez que os han largado, aquello ha quedado como una balsa de aceite —cambió de tono—. De todas formas no vamos mal de tiempo. ¿Tienes buena hora?

Jero trató de aprovechar el tenue resplandor del salpicadero para mirar el reloj, pero el Delegado, que advirtió sus dificultades, exclamó:

—¡Oh, perdona, majo! —levantó la mano por encima de su

cabeza y dio la luz del interior del coche.

—Las ocho y cinco —dijo Jero.

—Vale —apagó la luz—. Antes de la media estaremos allí —señaló con el mentón el cogote del chófer—. David conduce de maravilla. Indudablemente corre, puesto que saca buenas medias, pero aquí dentro ni se nota. Estos coches grandes tienen una estabilidad increíble.

—Ya —dijo Jero.

El Delegado soltó una risita velada en la oscuridad.

—En todo caso —añadió— el retraso es un inteligente recurso diplomático. Acuérdate del plantón de don Francisco en Hendaya. Dicen que el Führer perdió los nervios —rió con gesto admirativo—. Tal vez gracias a ello podamos estar ahora aquí tú y yo hablando tranquilamente.

—Tal vez —dijo Jero.

—Por lo demás, no creo que encontremos dificultades. Claro que hubiese preferido otro ayuntamiento, pero no siempre puede uno elegir el toro. Después de todo, otros más difíciles he lidiado —rió de nuevo veladamente—. A Dios gracias, experiencia no me falta.

—¿Tanto tiempo llevas en el cargo?

—No es eso, majo, pero de todos modos eché los dientes en Información y Turismo, no lo olvides. Ahora, cuando te digo que sé cómo lidiar a esa gente, no me refiero tanto a mi experiencia como a que sé de qué pie cojean; conozco sus tretas y sus tabúes. Ten en cuenta que soy de pueblo y, aquí donde me ves, he arado más que ellos, he segado más que ellos, he trillado más que ellos, sé del campo tanto como ellos. En una palabra, soy perro viejo; sé cómo metérmelos en el bolsillo.

Entre los desnudos ramajes de los árboles parpadeó una lucecita mortecina.

—Gamones —dijo Jero con cierta inquietud.

El pueblo parecía dormido. A la glauca, débil luz de las lamparitas de veinte vatios, repartidas por las esquinas, se veían trancadas puertas y ventanas. Un gato negro, que pretendía cruzar la calzada, desistió en última instancia y desapareció de un salto tras una tapia de piedras. También la plaza estaba desierta a excepción de un hombre joven, de complexión atlética, enfundado en una cazadora de cuero negro, indolentemente acodado sobre la capota del turismo azul estacionado ante la puerta del Ayuntamiento. En la otra acera, haciendo esquina, brillaba el friolento luminoso del bar.

—¡Pare, David! —ordenó el Delegado.

El chófer frenó y ladeó la cabeza.

—Ahí —prosiguió el Delegado—. Póngase detrás de ese coche.

Al detenerse el Mercedes, otros tres hombres, uniformados como

el primero, se apearon apresuradamente del coche azul. Jero sacudió los hombros.

—¡Joder con los quinquis y el director escénico! —dijo destemplado.

El Delegado le puso una mano complaciente en la rodilla y, en tanto David les abría la portezuela, aprovechó para decir:

—Calma, majo. Ponte en situación. El jefe ha hecho lo que estima más prudente. Después de todo, cumple con su deber. Sería ingrato por tu parte ponerle bolas ahora.

El frío arreciaba. El viento se encajonaba, rastrero, en el valle y barría ásperamente el pueblo de norte a sur. El hombre de la cazadora negra, que se apoyaba en el coche, se llegó hasta el Delegado y se cuadró ante él:

—A sus órdenes, don Carlos; sin novedad —dijo.

Una sonrisa fruitiva se dibujó en los labios del Delegado.

—¿Todo tranquilo?

—El pueblo duerme, don Carlos. De todos modos, por lo que pudiera tronar, arriba, en el barrio alto, hay estacionado un retén de la Guardia Civil. Treinta hombres.

—¿Están ustedes en contacto?

El hombre de la cazadora negra le mostró un pequeño emisor:

—Permanente, don Carlos. En el autocar tardarían menos de quince segundos en personarse aquí.

El Delegado recorrió con los ojos la plaza vacía:

—Está bien. Es suficiente —dijo complacido—. No pierdan contacto y vigilen el lugar de reunión.

El hombre de la cazadora negra dio un nuevo taconazo.

—Lo que usted mande, don Carlos.

De pronto, se abrió ruidosamente la puerta del bar y aparecieron cuatro hombres oscuros, cuatro sombras encogidas, las boinas encasquetadas, semiocultas las cabezas tras los cuellos de las pellizas. El primero, de baja estatura, caminaba hacia ellos con el busto inclinado hacia delante, los hombros desnivelados, frotándose las manos. Jero musitó al oído del Delegado:

—El Alcalde.

—Ya sé, ya lo conozco —dijo el Delegado bajando la voz y abriendo acogedoramente sus brazos al recién llegado—. ¿Qué dice don Escolástico? —le envolvió en sus largos brazos, hipócritamente efusivos, y le palmeó la espalda con vigor—. ¿Cómo le va? ¿Qué tal marchan esas colmenas?

El Alcalde asentía con gestos ambiguos, medio asfixiado contra el pecho del Delegado y, cuando consiguió zafarse de su abrazo, presentó al Secretario y a dos concejales. El Delegado se mostraba cordial y bien dispuesto y cuando se volvió, para entrar en el Ayuntamiento, el

Alcalde le disuadió con una sonrisa consternada:

—Ahí, no, don Carlos. Seguimos en obras. Y si ustedes no echan una mano, éste va a ser el cuento de nunca acabar. Lo siento. La reunión tendrá que celebrarse en las escuelas.

Se puso a la cabeza del grupo y avanzaron todos por la calleja del rincón, a su lado un concejal, con una linterna encendida. Tras ellos, a la distancia de respeto, caminaban los hombres de la Social. Ya en la esquina, tomaron el callejón de la izquierda, a la abrigada, cuyo piso, reblandecido, exhalaba un acre olor a escíbalos y boñiga. A pesar de la oscuridad, al fondo, bajo el tibio resplandor de la bombilla más próxima, se distinguían las siluetas de dos hombres armados resguardados por un contrafuerte. El más alto, al divisar al grupo, arrojó al suelo la punta del cigarrillo que fumaba y salió a su encuentro. Ante el Delegado se cuadró y cruzó el brazo sobre el pecho.

—A sus órdenes —dijo.

El Delegado rió forzadamente, bajó la cabeza y le dijo al Alcalde en tono confidencial:

—Advertirá, don Escolástico, que el señor Gobernador vela por nosotros.

Frente a ellos se alzaban las escuelas, un edificio gris, de dos pisos, desconchado y húmedo, de alargados ventanales cerrados. El concejal de la linterna abrió la puerta a empellones y dio la luz. Una estufa de leña, al rojo vivo, crepitaba bajo el estrado, delante de los escañiles de los escolares. El Alcalde sonrió con una cómica mueca:

—Hemos puesto fuego, don Carlos —aclaró vanamente—. Ha vuelto el norte. Supongo que no le parecerá mal.

El Delegado se despojó del abrigo y se echó el aliento en las manos.

—Al contrario —dijo—. Se agradece.

El Secretario y los dos concejales se desembarazaron de sus pellizas y las depositaron sobre los pupitres de los párvulos. Luego, tímidamente, se fueron incorporando al grupo. El Secretario, de pelo fuerte y ensortijado, rosado de tez, en abierto contraste con las pieles curtidas de los otros tres, llevaba un portafolios bajo el brazo. A su lado, uno de los concejales, que atendía por Martiniano, sonreía bobamente a un lado y a otro. Su rostro parecía planchado y tan sólo cuando se ponía de perfil se advertían sus orejas, no pequeñas, pero adheridas al cráneo de tal manera que, visto de frente, se dirían seccionadas. El otro concejal, con un hueco grande, de al menos tres dientes, en el maxilar superior, bajaba la cabeza, acobardado, mirándose las puntas brillantes de sus prietos zapatos domingueros, como preguntándose qué pintaba él allí. El Delegado charlaba amistosamente con ellos, saltaba de un tema a otro y, únicamente cuando Martiniano dejó de sonreír y el concejal desdentado se centró

y levantó confiadamente los ojos hasta él, sugirió con una punta de voz:

—Qué, ¿empezamos?

El Alcalde titubeó.

—Cuando guste. Pero el caso es que esto no reúne condiciones y…

—Es suficiente, don Escolástico, no se preocupe —dijo el Delegado subiendo al estrado de una zancada y sentándose a la cabecera de la mesa—. Vamos a ver —prosiguió, señalando primero la silla de la derecha y luego la de su izquierda—. Aquí, el señor Alcalde y en esta otra el Secretario. Los demás siéntense como puedan…

Jero, Martiniano y el concejal de la boca deshuesada se acomodaron en silencio. Diríase que la simple formalidad de constituir la mesa había disipado el clima de confianza que momentos antes reinara en el grupo. Todos los ojos convergían ahora en el rostro del Delegado, quien, con los párpados bajos, inmóvil, cogitabundo, casó las yemas de los dedos de una mano con los de la otra, y dijo a media voz, con acento contrito:

—Bien, aunque mi cometido no sea grato, lo primero que debo decirles es que lo sucedido esta mañana aquí, en Gamones, en el castro de Aradas, no tiene nombre. Es un hecho incalificable, más propio de la edad de las cavernas que del siglo que vivimos…

Durante los segundos que duró la pausa, el silencio se hizo tan espeso que la leve crepitación de los brotes verdes en la estufa sonaba como disparos. El Delegado entornó los ojos para aclarar:

—He dicho incalificable, cuando, en realidad, un hecho de esta naturaleza bien puede calificarse de ruin, cobarde y despreciable —tomó aliento, separó las manos e introdujo la cabeza entre ellas tapándose las orejas—. Lamento tener que pronunciarme tan crudamente, pero el pueblo de Gamones, de tan noble historial, no ha estado esta mañana a la altura de las circunstancias, puesto que si la violencia es siempre reprobable, lo es, con mayor motivo, cuando se ejercita gratuitamente contra unos hombres indefensos —miró largamente a Jero, en la otra cabecera de la mesa—. Unos hombres que, si han llegado hasta aquí, ha sido con la intención de ayudarnos, con el exclusivo objeto de esclarecer lo que el pueblo de Gamones ha aportado a la historia de la Humanidad.

El Delegado hizo otra pausa. El Alcalde, los antebrazos inmóviles sobre el tablero, le miraba evasivo, las pupilas en el borde de las pestañas, como resistiéndose a afrontar la prueba, en tanto los dos concejales, frente a frente, se habían quedado como petrificados desde el comienzo de la catilinaria, a la manera de esos perdigueros corretones súbitamente inmovilizados por el rastro de una pieza. El Delegado examinó los rostros, uno a uno, y continuó implacable:

—Un reducido grupo de arqueólogos, enviados por Madrid —

miró a Jero con una punta de ironía—, ha sido insultado, amenazado, escarnecido y, finalmente, expulsado de su lugar de trabajo, haciendo caso omiso de la autorización que portaban. Y esto, señores, dejémonos de circunloquios más o menos taimados y llamémoslo por su nombre, es sencillamente un motín o, por mejor decir, un delito de sedición, que el código penal especifica y castiga con penas de cárcel.

De nuevo entornó los párpados el Delegado e hizo un alto prolongado. Los leves estallidos de la estufa semejaban ahora cañonazos. Nadie osaba moverse. Pero, inesperadamente, cuando el Delegado reanudó su discurso, el ritmo y la entonación habían variado; sus palabras fluían ahora suaves, cálidas, decididamente gratulatorias y cordiales:

—Pero el señor Gobernador, señores, en un gesto magnánimo que le honra, y que nunca le agradeceremos bastante, en lugar de asediar al pueblo con tropas y tanquetas como hubiera sido lo procedente, ha preferido minimizar el hecho, restarle importancia, pensar que aquí se ha producido un malentendido y enviarme a mí con objeto de esclarecer el suceso. Y aquí me tienen, señores, con la mejor voluntad, no como juez, sino como amigo e intercesor.

El concejal de las orejas pegadas emitió un suspiro hondo, como si en todo el tiempo que duró la perorata no hubiera renovado el aire de sus pulmones. Por su parte, el Alcalde carraspeó, metió el dedo índice en el oído derecho y dio vueltas como si lo atornillara, luego ahuecó los agujeros de la nariz y dijo tenuemente:

—Sí señor, lleva usted razón, don Carlos, un malentendido, o sea, un equívoco. O sea, para que usted me entienda, el vecindario se pensó que estos señores —señaló a Jero con un borroso ademán— estaban de la parte de don Lino. ¿Usted me entiende? De ahí que pasara lo que pasó.

Ladeaba la cabeza y abría las palmas de las manos hasta casi ponerse en cruz. El Secretario, impávido, frente a él, abrió el portafolios, se ensalivó un dedo, pasó rápidamente varias hojas y, por último, extrajo una, sin sentirse coartado por la mirada fija, apremiante, del Delegado. Dijo, empleando una monótona, acartonada terminología forense:

—Si me permiten, yo quisiera hacer hincapié en un punto que para mí constituye el quid de la cuestión. Dicho punto radica en las declaraciones del descubridor —consultó sus papeles y refrendó—, don Lino Cuesta Baeza, en la vecina localidad de Covillas, tres días después del hallazgo. El referido señor se expresó allí, según mis informes, en el sentido de que el tesoro había sido hallado no en el término de Gamones, como en realidad sucedió, sino en el de Pobladura de Anta, de donde el mentado don Lino es vecino y residente. De prevalecer esta declaración, señor Delegado, es obvio

que el vecindario de Gamones, o, por mejor decir, su Ayuntamiento, puesto que se trata de bienes comunales, se vería privado de la indemnización que, según ley, le corresponde.

El concejal de las orejas pegadas, súbitamente envalentonado, dio un puñetazo en la mesa y dijo a trompicones:

—E… E… Eso es, sí señor. O sea, lo que… que… que pasa aquí, es que… que… que el don Lino ese quería robar al pueblo, o… o… o sea, alzarse con el santo y la limosna. Eso es.

El concejal desdentado ratificó con apasionamiento la manifestación de su colega y ambos se enzarzaron en una conversación de mutuo apoyo. El Delegado les dejaba desfogarse. Escuchaba sus razonamientos con simulada atención, enviaba largas miradas cómplices a Jero, se recreaba viéndoles merodear en torno a la trampa cuidadosamente preparada, y, de pronto, cuando sus interlocutores, cansados de repetir una y otra vez los mismos argumentos, empezaban a considerarse vencedores, sonrió escépticamente y dijo con un tonillo despectivo:

—Señores, a estas alturas, los argumentos que ustedes esgrimen son sencillamente deleznables. Antes de la llegada de los arqueólogos —miró detenidamente a Jero— ya se conocía la localización del tesoro en Gamones. El mismo Subdirector General de Bellas Artes escuchó de labios de don Lino que el hallazgo se había efectuado en Gamones; en un cortafuegos próximo a Pobladura, pero en el término de Gamones. «Por menos de cien metros no ha caído el gordo en mi pueblo», fueron, si no me ha informado mal el propio Subdirector General, sus palabras textuales. De modo que tratar de justificar el amotinamiento del pueblo falseando los hechos, es mendaz por no decir malintencionado.

Al concejal de las encías deshuesadas, asfixiado por la palabrería del Delegado, parecieron incendiársele los ojos. Voceó fuera de sí:

—¿Me quiere decir, entonces, qué pintaba don Lino en unas tierras que no son suyas?

El Delegado replicó rápido, a bote pronto, buscando el desconcierto del adversario.

—Ése es otro problema. El comportamiento ético de don Lino es problema aparte. No mezclemos las cosas, se lo ruego.

Martiniano, el concejal de las orejas pegadas, salió en apoyo de su compañero:

—A… a… aparte, no, señor Delegado. Don Li… Li… Lino se personó en el cerral con el aparato, pa… pa… para afanar una mina que no era suya.

El Secretario asistía al pulso de los concejales con el Delegado con manifiesta complacencia. Terció, pretendiendo lustrar con su terminología de rábula la tosca argumentación de sus convecinos.

—Un momento. La ley —al oír la palabra *ley*, el Alcalde y los concejales inclinaron reverentemente las cabezas— otorga al descubridor un cincuenta por ciento, o sea, la mitad, del valor del tesoro siempre que el descubrimiento se haya hecho en terreno ajeno o del Estado y por ca-sua-li-dad —silabeó esta última palabra, mirando altivamente al Delegado por encima de las gafas—. Pero si llegara a demostrarse que don... don... —bajó los ojos al papel que sujetaba entre los dedos— don Lino Cuesta Baeza utilizó en su prospección un detector de metales, ¿puede usted decirme, señor Delegado, dónde está, en este caso, la ca-sua-lidad? Jurídicamente, con la ley en la mano, parece evidente que el mentado don Lino no tiene derecho a indemnización alguna.

El concejal de las orejas pegadas aporreó nerviosamente la mesa con los puños crispados:

—Sí... sí... sí señor, de eso se trata. De que el don... don... don Lino ese de los co... co... cojones no saque de este a... a... asunto ni una peseta.

El Delegado levantó una mano pulcra y regordeta, como reclamando la palabra y, cuando el silencio se hizo, su voz matizada volvió a endurecerse para ironizar:

—Cuidado, señores. Es muy posible que podamos probar todo eso que ustedes dicen; es muy posible. Pero en el caso de que demostremos que el azar no intervino en el descubrimiento de don Lino, la obligación del Estado desaparece, para unos y para otros. Quiero decir, que ni don Lino, ni este Ayuntamiento de Gamones, por la misma regla de tres, tendrían derecho a indemnización de ninguna clase.

El concejal de las orejas pegadas quedó paralizado y mudo, los ojos torpes, codiciosos, pendientes de los labios del Delegado. El concejal de las encías deshuesadas sacó del bolsillo de la americana un paquete de cigarrillos y encendió uno con dedos temblorosos, mientras el Alcalde, atraído por la llama del fósforo, la miraba como hipnotizado, sin pestañear. Únicamente el Secretario se atrevió a decir en un gesto de desafío:

—En cualquier caso, señor Delegado, esta corporación ha tenido a bien poner el asunto en manos de un abogado por si procediera alguna reclamación.

El Delegado se volvió a él, irritado:

—No me saque usted las cosas de quicio, señor Secretario; no se me trasconeje. La razón de que usted y yo estemos esta noche aquí reunidos no obedece a la manera de actuar, más o menos fraudulenta, de don Lino, que esto en su día se verá y los jueces dirán la última palabra, sino a la bárbara agresión de que ha sido objeto, por parte del vecindario, un grupo de arqueólogos enviado por Madrid —miró

obsesivamente a Jero—. Ésta es la cuestión a resolver, es decir, el motivo por el que yo estoy aquí esta noche. Todo lo demás es, por el momento, secundario.

El Secretario se quitó las gafas y limpió un cristal con la punta del pañuelo. Era patente su esfuerzo por aparentar serenidad, pero su voz titubeó al agregar:

—De cualquier modo, señor Delegado, no parece justo que el pueblo entero pague por los desmanes de un pequeño grupo de incontrolados.

El Delegado volvió a la táctica del bote pronto:

—Un grupo de cerca de veinte hombres, según tengo entendido.

—Es posible.

—¿Puede usted decirme cuántos vecinos tiene este pueblo?

—Exactamente ochenta y dos —respondió el Secretario sin vacilar.

Los labios del Delegado se estiraron en una sonrisa irónica:

—¿Aún sigue pareciéndole pequeño el grupo de incontrolados? ¿Considera oportuno el señor Secretario que sigamos por este camino?

El Secretario, al fin, desvió la mirada y la clavó en el tablero de la mesa, como si contara las vetas de la madera. Sin darle tiempo a reponerse, el Delegado se encaró con don Escolástico:

—Olvidemos este aspecto, entonces, y vayamos al grano. Dígame, señor Alcalde —el rostro y el cuello del Alcalde se congestionaron hasta casi estallar—, ¿tenía usted noticia de la agresión que se preparaba esta mañana en el castro de Aradas para el momento en que usted se ausentara del pueblo?

El Alcalde tragó saliva. Hizo el efecto de que iba a sonreír, pero el esbozo de sonrisa desapareció de sus labios y se convirtió en una mueca de impotencia. Cerró los ojos, carraspeó y dijo débilmente:

—A decir verdad, la tenía y no la tenía, señor Delegado, que éste es el chiste.

—Eso es una evasiva, señor Alcalde, no una respuesta.

—Entiéndame, señor Delegado, un servidor barruntaba la quemazón del vecindario, o sea su descontento; o sea, a mis oídos había llegado la hablilla de que el tal don Lino había bajado a Covillas jurando por sus muertos que la mina no pertenecía a Gamones sino a Pobladura y…

—Ta, ta, ta. No volvamos a las andadas, señor Alcalde, se lo ruego. Ése es un tema archivado, de momento olvídelo. Lo que interesa conocer ahora es la razón por la que usted, sabedor de la quemazón que reinaba en el pueblo, se ausentó tranquilamente esta mañana sin un motivo justificado.

Un silencio culpable se alzó sobre la mesa. La crepitación de la estufa semejaba ahora la guerra. El Alcalde sonreía remiso, apocado;

volvía a mirar al Delegado desde el borde de las pestañas, sin acertar a responder. Todavía dejó transcurrir unos segundos el Delegado para imprimir mayor énfasis a sus palabras. Finalmente, en agresivo acento fiscal, izando el dedo del anillo por encima de su cabeza, reprochó la cobarde actitud de las autoridades y lanzó una acusación genérica contra el pueblo que, luego, hábilmente, fue desglosando en inculpaciones concretas: la dejación de autoridad del señor Alcalde, la inhibición de los concejales, la violencia alevosa de parte del vecindario y la abierta complicidad del resto, para terminar en una advertencia estricta: «de persistir esta actitud de oposición sistemática al trabajo de los arqueólogos» —miró gravemente a Jero— tenía en su mano, «no sólo la posibilidad de privar a Gamones de toda indemnización, sino de destituir a sus autoridades y encarcelar a los responsables más calificados».

El argumento fue definitivo, inapelable. El Alcalde se pasó reiteradamente su inquieta mano por la boca y las mejillas como si acabaran de abofetearle, el Secretario volvió a quitarse las gafas y a simular que las limpiaba, a Martiniano le nacieron dos rosetones como de fiebre a ambos lados de la cara, en tanto el otro concejal, que acababa de alargar el brazo para aplastar el cigarrillo en un cenicero de barro, quedó inmóvil en aquella actitud, sin decidirse a recoger el brazo extendido sobre la mesa. Conmovido por la capitulación del adversario, el Delegado aflojó nuevamente la voz, asumió un acento devoto, derretido, mórbido, paternal, al tiempo que imprimía un quiebro aveniente a su discurso:

—Pero ya os anuncié al principio —abría los brazos como queriendo acoger en ellos al Alcalde, al Secretario, al concejal de las orejas pegadas, al concejal de las encías deshuesadas y al pueblo entero— que yo no he venido hasta aquí como verdugo, con la intención de castigaros. Amo demasiado a Gamones como para aplicarle sin más la dura letra de la ley. Mi presencia entre vosotros obedece a otras razones, dos especialmente: una, ayudaros a salir de vuestro error, y otra, demostrar a estos señores de Madrid —miró obstinadamente a Jero— que Gamones no es un pueblo incivil, sino acogedor y abierto para cuanto signifique cultura.

Hizo una pausa larga, estudiada, que tensó el ambiente. Luego, elevó repentinamente la voz, en una inflexión patética que recorrió la mesa como una descarga:

—Porque, vamos a ver —añadió—. ¿Sois los gamoneses gente culta y civilizada o peores y más zafios que los negros de Biafra?

El Alcalde y los concejales, desconcertados aún por la oratoria mudadiza, versátil, del Delegado, negaron rotundamente con la cabeza semejante posibilidad. Pero, antes de que salieran de su estupor, vibró de nuevo la voz del Delegado, más hueca, más campanuda, más

retumbante, más perentoria que en ningún otro momento de su discurso:

—¿Preferís que Gamones pase a la Historia como el pueblo donde apareció un tesoro prehistórico de incalculable valor para la civilización o como un pueblo de salvajes atropelladores de la cultura?

El Alcalde, vejado por semejante disyuntiva, gradualmente fanatizado por la pasión del Delegado, no se pudo reprimir, apartó la mano de la boca, se medio incorporó en su asiento, desorbitó los ojos y, espoleado por un súbito fervor patriótico, bramó con todas sus fuerzas:

—¡Estamos por la cultura, señor Delegado! ¡Viva Gamones!

Se desplomó sobre la silla temblando aún, dando boqueadas, como un pez fuera del agua, a causa de la emoción. Pero la unción de sus palabras tuvo la virtud de despejar los últimos vestigios de recelo y desconfianza. El Secretario asintió a su vítor, y asintió también, conmovido, hasta las lágrimas, Martiniano, en tanto el concejal desdentado aporreaba la mesa y refrendaba con un «¡Sí, señor!», rotundo, las palabras del Alcalde. Entonces el Delegado sonrió a éste y, uno a uno, dedicó el premio de su sonrisa a todos los asistentes, envolviéndolos en un fruitivo vaho de bienquerencia:

—Gracias —dijo con una punta de voz mientras se limpiaba una lágrima imaginaria—. Muchas gracias. No esperaba menos de vosotros. El limpio historial de este pueblo no podía ser mancillado por una acción aislada e irreflexiva. Viva Gamones, digo yo también desde el fondo de mi corazón. Y vivan los gamoneses. Que Dios conserve siempre vivo vuestro amor a la patria chica. Dicho esto, tan sólo me queda pediros, señor Alcalde, como refrendo de este acuerdo y para evitar nuevos equívocos en lo sucesivo, que convoquéis mañana a concejo a primera hora de la mañana a fin de que el vecindario pueda solidarizarse con vuestra decisión y disculparse ante las víctimas —miró compasivamente a Jero— de modo que éstas puedan reanudar inmediatamente su tarea en el castro de Aradas sin que nadie les obstaculice.

Sonaron unos aplausos y todas las cabezas —a excepción de la de Jero, que observaba estupefacto el desenlace de la reunión— se movieron aprobando. Y como el Delegado fijara sus ojos insistentemente en el Alcalde, animándole a asumir un compromiso formal, éste sonrió, le propinó varios golpecitos amistosos en el hombro con su mano temblona, como para aminorar distancias, y corroboró:

—Delo por hecho, don Carlos, delo por hecho. Eso está resuelto; ni se discute —de nuevo, en autoridad, se inclinó hacia el concejal de la boca desdentada, y añadió—: Anota, Albano, convocar concejo abierto para mañana a las nueve —vaciló y consultó a Jero con la

mirada y, como Jero aceptase con un ademán, añadió—: Lo dicho, a las nueve, no lo borres.

Jero se vio, de pronto, acuciado por todas las miradas. Se le consideraba el beneficiario del acuerdo y esperaban que el beneficiario manifestase su complacencia. También Jero se sintió en el deber de hablar, por lo que sacudió maquinalmente los hombros dos o tres veces y dijo con la voz ronca, oxidada, propia del que lleva varias horas en silencio:

—También yo quiero agradecerles este gesto de buena voluntad en nombre de la Dirección General de Bellas Artes. Y, al mismo tiempo, me permito anticiparles mi deseo de que un vecino del pueblo se incorpore al equipo de excavación, de manera que las dos partes interesadas, Gamones y Bellas Artes, colaboren en la empresa codo con codo. El vecino que ustedes designen ganará un sueldo, y, por otra parte, como representante del Ayuntamiento, podrá mantenerles a ustedes informados sobre los pormenores de la excavación.

El concejal de las encías deshuesadas volvió a golpear la mesa y dijo «muy bien», en tanto el Alcalde, eufórico, señalaba burlonamente con el dedo al concejal de las orejas pegadas y decía riendo:

—Se lleven a esta buena pieza que está en el paro.

Jero le interrogó con la mirada:

—Mi... mi... mire, por mí —aceptó humillando los ojos Martiniano.

—Todo resuelto, entonces —dijo el Delegado, arrastrando ruidosamente su silla hacia atrás e incorporándose. Los demás le imitaron. Imperaba ahora en el grupo esa necesidad de comunicación bulliciosa y distendida que sigue a toda conciliación laboriosa. Al bajar del estrado, en un aparte, el Delegado le hizo un guiño malicioso a Jero y le dijo: «¿Eh, qué tal, majo?». Jero aprobó sin palabras, porque el concejal desdentado acababa de agarrarle por un brazo y le decía con sincero empeño: «¡Me cago en sos! Si esto se hubiera hecho a su tiempo, nos hubiéramos ahorrado el disgusto de esta mañana». A su lado, el Secretario ayudaba al Delegado a ponerse el abrigo al tiempo que le advertía: «No se fíen ustedes de don Lino. Le conozco de atrás. Es un tipo de cuidado». El Alcalde sonreía tras él, encasquetándose la boina y alzándose el cuello de la pelliza. El concejal de las orejas pegadas, agachado, con el tabardo a medio poner, abrió de un tirón la puerta de la calle. Un viento frío, sutil y penetrante, batía la calleja a ras de tierra. Unos metros más allá, los hombres de escolta se agrupaban, fumando, al abrigo de un sotechado. Como obedeciendo a una voz de mando, todos arrojaron al suelo sus cigarrillos al verlos aparecer. El Alcalde, sonriente, los hombros desnivelados, se adelantó hasta el grupo:

—Señor cabo —dijo de buen humor—. Llame usted al corneta y

transmita esta orden: «¡Todo el mundo al bar!». Ha habido acuerdo y esto hay que celebrarlo. Invita el Ayuntamiento.

IX

Cuando Jero detuvo el automóvil en la esquina de la iglesia, el primer sol de la mañana, un remiso sol primaveral, difuminado por un aura de calima, empezaba a dorar las crestas más altas de la cordillera. En contra de lo habitual a tales horas, algunos grupos de hombres se congregaban en la plaza, convocados por el pregón del alguacil, cuya corneta aún se dejaba oír, en tonos apagados, desde algún barrio del interior. Cobijados en los soportales, media docena de viejos, sentados en los poyetes, las manos nudosas en las cayadas, platicaban adormilados. A la puerta del bar, el mozo del jersey amarillo y dos compañeros bromeaban con un grupo de muchachas endomingadas, bebiendo, por turno, de un porrón de vino tinto. Las chicas reían alborozadas y una de ellas, ataviada con una cazadora de cuero negro sintético, por cuyo escote asomaban unos perifollos de puntillas transparentes, se resistía a beber del porrón y el mozo del jersey amarillo le sujetaba los brazos por detrás mientras otro la obligaba a abrir la boca y los demás reían.

En el centro de la plaza, el remolque del tractor rojo, ceñido por una colgadura de los colores nacionales, varado y mudo, ofrecía una triste estampa de desamparo. Alrededor de él, varios niños de pocos años acosaban a un perro color canela que se escabullía, una y otra vez, bajo la tarima de la plataforma, para asomar la cabeza, ladrando, por los rincones más insospechados. En una de sus tentativas, un niño rubio con anorak azul logró atraparlo y, al intentar cabalgar sobre él, el can volvió repentinamente la cabeza, rutando y mostrando los dientes y, entonces, el pequeño, atolondrado, le dio suelta emitiendo gritos de jubiloso terror. Unos metros más allá, el Papo, que charlaba, parsimoniosamente, con dos convecinos, amagó con la muleta, al paso de los chiquillos, y éstos, al verse secundados en sus juegos por un adulto, se desentendieron del perro canela y cercaron al Papo, gritándole a coro una frase ininteligible.

El Fíbula los observaba y, una vez más, unió las manos, como dispuesto a orar, y encareció a Jero:

—Sólo un corte de mangas, Jero, te lo pido por Dios. Te juro que no le diré una palabra.

Jero sacudió los hombros. Había en su rostro una madura gravedad esta mañana.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo—. Después de la excavación lo que quieras. Ahora no podemos echarlo todo a rodar por una pijada.

Un vecino solitario, que merodeaba distraídamente por las inmediaciones del coche, se detuvo ante el parabrisas y los miró largamente, con descaro. Cristino dobló la cabeza cuanto pudo.

—Tenemos a todo el pueblo pendiente de nosotros —dijo—. ¿No sería mejor bajar? —retumbó una estentórea carcajada del Papo y añadió—: No me gusta la actitud del cojo.

Jero asió la manija de la portezuela:

—¿Qué pasa con el cojo?

—Está como unas pascuas y nadie celebra una batalla perdida, creo yo. Y menos todavía un tipo tan finchado como él.

Cuando se apearon, se hizo el silencio en la plaza. Jero examinaba a los corrillos con recelo, reconocía en los ojos a los agresores de la víspera, aunque sus miradas no fuesen resabiadas ni amenazadoras como entonces, sino relajadas e indiferentes, casi de mofa. Diríase que aceptaban los hechos consumados o, al menos, que su agresividad se había aplacado tras el escarnio del castro. Miró hacia el remolque en dirección al Papo y éste, al verlo, levantó la muleta sonriendo y la agitó en el aire en ademán de saludo.

—Vamos al bar. Nos hemos citado allí —dijo, impaciente por escabullirse a las miradas insolentes del vecindario.

Las muchachas, al pasar a su lado, se miraron entre sí, lanzando risitas sin fundamento, se dieron de codo, pero al toparse con Cristino, la de los perifollos en el escote exclamó: «¡Madre, qué cara!» e, inmediatamente, se llevó las manos a la boca como si no hubiera querido decir aquello, dando a entender que la lengua le había traicionado, lo que provocó la hilaridad de sus compañeras.

En el bar, el Alcalde y los concejales los acogieron con aparatosas muestras de efusión. Pese a la hora temprana, el local hedía a vino peleón y tabaco mal quemado. Tras las presentaciones, Jero sonrió abiertamente a don Escolástico:

—Cuando usted guste, señor Alcalde.

En la actitud de Jero se adivinaba el deseo de prolongar el ambiente fraternal, distendido, de la noche anterior. Don Escolástico exultaba:

—Antes tomaremos un vasito, digo yo.

Se alinearon ante el mostrador. Martiniano, en traje de pana, liberado de la corbata, tenía un aire más juvenil y desenvuelto. Jero le guiñó un ojo:

—¿Qué, dispuesto?

—A... a... a ver. Por mí...

Bebieron. Jero pagó otra ronda. A la tercera empezaron a sonar en la plaza palmas de tango. Estalló un cohete. Ahora, a las palmas, acompañaba un estribillo, coreado preferentemente por niños y mujeres:

—¡Que son las cuatro, que se alce el trapo!

Don Escolástico sacó del bolsillo de la pelliza un pañuelo de hierbas y se lo pasó por los labios. Apremió a Jero:

—Cuando guste. Están impacientes, será mejor empezar —ladeó la cabeza como para hacer una confidencia—: Es más enredoso bregar con el personal esturado.

Los mozos abrieron calle. Las palmas y pitos habían cesado y en los ojos del vecindario se traslucía ahora una remota e infantil curiosidad. Ladró el perro canela bajo el remolque y una mujer vestida de negro tomó de la mano al niño del anorak azul, le propinó un sopapo y se refugió con él en los soportales. La muchacha de la cazadora negra sacudía su larga melena y mostraba sus blancos dientes, en una sonrisa forzada, al paso de los arqueólogos. Éstos se detuvieron en la esquina del bar, pero el Alcalde, al advertirlo, volvió sobre sus pasos, intentando convencer a Jero de que le acompañase pero, finalmente, se fue solo, flanqueado por los concejales, el Secretario velando la retaguardia, hasta el remolque. Al encaramarse a él, estalló otro cohete. Pese a la modesta demostración pirotécnica, en torno a la plataforma no se advertía el menor interés. El desapego era tan manifiesto y general que hasta el Papo, el rostro carnoso iluminado por una sonrisa copetuda, volvió displicentemente la espalda a las autoridades y buscó un puntal en los soportales donde apoyarse. Sobre el remolque engalanado, la desmedrada figura de don Escolástico, el Secretario a la vera, los rígidos concejales detrás, resultaba un tanto desairada. De pronto, al sonar el tercer cohete, el Secretario declaró abierto el concejo y el Alcalde se adelantó ceremoniosamente hasta el rastel del remolque y se encaró con el indiferente auditorio. En rigor, los alicientes del concejo, lo que pudiera llamarse el aspecto festivo del acto (la presencia de forasteros, el Mercedes en la plaza, la reunión nocturna con el Delegado, la irrupción de la fuerza pública en el pueblo, el pregonero y los cohetes) se había agotado ya. Apenas quedaba el acto en sí, la perorata del Alcalde, los latiguillos de exaltación de la patria chica, sus ademanes histriónicos, manifestaciones demasiado conocidas, repetidas inalterablemente a lo largo de los años, como para despertar entusiasmo. Sin embargo, don Escolástico, sabedor de que era escuchado por gente de fuste, envidó el resto y, al iniciar su discurso y vocear «¡Gamoneses!» a grito herido, estiró el cuello como un gallo de pelea, apretó los párpados, atenoró la voz, abrió los brazos en actitud de amorosa acogida, pero, pese a todo, no consiguió espolear al pueblo. Los viejos, sentados en los poyos de los soportales, seguían traspuestos, los niños enredando, riendo las mozas, sin que ninguno de ellos, al parecer, reparase en el verbo arrebatado, los desarticulados aspavientos de la primera autoridad municipal. No obstante, el

Alcalde, enajenado, proseguía su vibrante soflama, aludía enfervorizado al carácter democrático de los concejos y a la pertinencia de convocarlos, «puesto que, a través de ellos, podía llegar a las alturas la voz del pueblo soberano»; pero, en torno suyo, acrecían el rumor de las conversaciones, las carreras de los rapaces, los grititos de las muchachas, y Jero, desde la esquina del bar, revolvía los ojos, indeciso, sin atreverse a reclamar silencio. Empero, una vez que don Escolástico centró su apasionada oración y se refirió a «la pila de millones que caerían sobre el pueblo como un maná» y les permitirían terminar las obras del Ayuntamiento, pavimentar la plaza, y hacer la traída de aguas, se produjo entre la concurrencia un leve murmullo, unánime y codicioso, que aprovechó un hombrecillo, resguardado tras el murete de la iglesia, para gritar:

—¡Y para don Lino, qué!

Y, antes de que se extinguiera la voz, brotó, como un eco, de uno de los arcos de los soportales, la réplica carrasposa, obsesiva, del cabrero:

—A ése lo cuelgo yo mañana de la nogala, ¡me cago en sos!

Don Escolástico, habituado a estas interrupciones, no se inmutó. Continuó su alocución subrayando el compromiso del vecindario con los arqueólogos, «no sólo respetando su trabajo —dijo— sino compartiéndolo, puesto que Martiniano, un hijo del pueblo, aquí orilla mía —se volvió sonriente hacia el sofocado concejal de las orejas pegadas—, subirá con ellos al castro y les ayudará en sus tareas». Seguidamente se perdió en disquisiciones sobre otros posibles hallazgos, que «irían a enriquecer el museo provincial y darían lustre a nuestro pueblo», pero, a esas alturas, el deslumbramiento producido por la frase «pila de millones» se había disipado y el vecindario retornaba a su apatía y displicencia y hasta algunos, aburridos, empezaron a encogerse de hombros y a bostezar ostentosamente, de forma que, cuanto mayor era el enardecimiento de don Escolástico por demostrar el amor a la cultura de Gamones, mayor era el desvío y desaprobación de sus habitantes, que, descarada o subrepticiamente, iban abandonando la plaza, perdiéndose en las callejuelas radiales, en busca de un rayo de sol, fumando y charlando perezosamente. De este modo, cuando, cinco minutos más tarde, el Alcalde, roto y ronco por el pechugón, se empinó sobre las puntas de los pies para solicitar la conformidad de sus convecinos, «con objeto de que los científicos de Madrid, nuestros ilustres huéspedes, puedan proseguir sus escarbaciones en Aradas», apenas dos docenas de personas, los arqueólogos y el Papo, permanecían en la plaza. Y fue precisamente el Papo quien, izando al cielo la muleta, manifestó su aquiescencia en nombre del pueblo y gritó con voz grumosa como si aún siguiera comiendo peras:

—¡Por mí ya pueden empezar, señor Alcalde!

Todavía don Escolástico miró al frente y a los lados, buscando infructuosamente el beneplácito colectivo, pero al advertir la pasividad de los escasos espectadores, sus inconmovibles caras de palo, dio por concluido el acto con las palabras rituales:

—No habiendo oposición, el Concejo autoriza la escarbación en el castro de Aradas.

Cristino, los ojos amusgados, cabeceó junto a Jero:

—Cada vez me gusta menos esto.

Jero encogió los hombros, nervioso:

—¿Qué esperabas? ¿Que se arrodillaran y nos pidieran disculpas? Lo que hace falta es que no nos perturben, que nos dejen en paz, coño. Con eso, basta. Dentro de tres días estaremos a cien leguas de aquí y si te he visto no me acuerdo.

El Alcalde descendió dificultosamente del remolque y, una vez en tierra, se llevó los dos pulgares a las sienes y movió el resto de las manos cómicamente como si fuese a volar. Indagó satisfecho:

—Todo fue bien, ¿no?

Jero hizo una mueca ambigua.

—¿Es que no le ha gustado?

Jero sacudió los hombros:

—Bueno, digamos que no estuvo mal del todo.

—Tiene usted el campo libre; ¿qué más vamos a pedir?

—En efecto —Jero sonrió—. Lo que me llama la atención es observar que el pueblo renunciaría con gusto a la indemnización con tal de ver colgado a don Lino.

Don Escolástico parpadeó visiblemente sorprendido.

—Natural, ¿no? —dijo como si se tratase de una obviedad.

Para rehuir la discusión, Jero se dirigió a Martiniano:

—Qué, ¿listo?

—Cu... cu... cuando usted mande.

Jero puso una mano sobre el hombro de Ángel:

—Ve de una carrera donde la señora Olimpia y dile que bajaremos a las dos a comer. —Y, según corría el muchacho hacia la rinconada de la iglesia, le gritó—: ¡Y que hoy seremos cinco!

Durante la espera, el Fíbula, sentado en el asiento posterior, junto a Martiniano, canturreó:

> Porque tenía una mujer,
> ¡qué dolor, qué dolor!

Martiniano le escuchaba atentamente y, al ver que no proseguía, le preguntó:

—Y, ¿có... có... cómo sigue la copla?

—No sigue, señor Martiniano, es siempre así. Ése es el chiste.

Ángel, de regreso, atravesaba la plaza a la carrera. Se sentó en el coche, al otro lado de Martiniano:

—Que de acuerdo —dijo sin resuello, cerrando la portezuela.

El coche arrancó suavemente y, una vez en la carretera, Jero se apoyó con ambas manos en el volante y presionó el asiento con la espalda, alzándose levemente. Dijo eufórico:

—Muchachos, la Providencia nos ha designado para datar la celtiberización del Alto y el Medio Duero. ¡Loada sea la Providencia! —tomó la revuelta del camino demasiado rápido y las ruedas traseras derraparon.

—¡O... o... ojo! —advirtió Martiniano.

Jero enderezó el coche, que brincaba en los relejes, y añadió:

—Y usted, señor Martiniano, va a ser partícipe de esa gloriosa efemérides.

El automóvil se ahogaba en la pendiente, se bamboleaba.

—Lleva demasiado peso. Deberíamos bajarnos —sugirió Cristino.

Finalmente el coche se rehízo y, aunque con apuros, dobló la curva de la nogala. Cristino, que desde que abandonaron la plaza se esforzaba por hurtar la mancha de vitíligo a la mirada ubicua y perspicaz de Martiniano, señaló el árbol al pasar:

—Los espantajos siguen ahí.

El Fíbula miró con sorna al concejal:

—¿Se ha dado usted cuenta, señor Martiniano? Son don Lino y la Pelaya. Los han colgado. Detrás teníamos que ir nosotros. ¿Qué le parece?

Martiniano cabeceó, acobardado:

—Co... co... cosas del cabrero —dijo.

Jero detuvo el automóvil junto al peñasco y, apenas puso pie en tierra, antes de abrir el maletero para sacar los trebejos, intuyó los primeros indicios del desastre: el olor a mantillo; la tierra removida, desbordada hasta la peña; las grandes rocas desmontadas; las anchas huellas del tractor en la rampa de acceso al tozal.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido aquí? —dijo alarmado, echando a correr.

Los tres muchachos y Martiniano lo miraban perplejos. Lo vieron coronar el castro y detenerse, de repente, al comienzo del cortafuegos, como si a sus pies se abriera una sima:

—¡Dios mío! —dijo llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué han hecho estos cabrones?

Los tres muchachos corrieron tras él y se detuvieron a su lado, los pies hundidos en el flojo montón de tierra. El cortafuegos había sido socavado de punta a punta. Una pala mecánica había pasado sobre él y abierto una trinchera de tres metros de anchura por dos de

profundidad. La tierra extraída, mezclada con piedras, raíces y rocas voluminosas, cubría, hasta su mitad, los chaparros de la primera fila. Jero, como poseído por una repentina locura, se lanzó talud abajo, hasta el fondo de la zanja, manoteando, murmurando frases incoherentes. Detrás corrían sus alumnos, mientras Martiniano, inmóvil en lo alto del testigo, los veía desplazarse sin osar intervenir. De la vieja estructura de piedras descubierta la víspera, no quedaba ni rastro. Todo había sido removido, derribado, destruido, arruinado. Los azules ojos de Jero, empañados en lágrimas, quedaron prendidos en aquella desolación. Era como si asistiera al entierro de un ser querido:

—¡Oh, Dios! —repitió—. ¿Cómo es posible semejante salvajada?

Los tres muchachos, a su lado, lo miraban en silencio. Cristino se agachó y cogió un puñado de tierra negra. La examinó atentamente:

—La faena es de ayer —dijo con voz apenas audible.

Pero el Fíbula ya no escuchaba. Miraba coléricamente a Martiniano sobre su pedestal de tierra, en el extremo opuesto del cortafuegos, erguido, fumando, la boina capona cubriéndole la cabeza. Súbitamente, echó a correr, salvó la escarpa en dos trancos, agarró a Martiniano por las solapas y lo zamarreó con violencia.

—¿Quién ha hecho esto, cacho maricón? ¿Es ésta vuestra ayuda? ¡Me cago hasta en la madre que os parió a todos!

Martiniano reculaba, arranado, descompuesto:

—Y, ¿qué... qué... qué me dice a mí?

Jero, que había seguido al Fíbula por el fondo de la trinchera, lo sujetó por el brazo:

—¡Suelta! —dijo—. ¿Qué haces? Este pobre diablo no tiene culpa de nada.

Martiniano, al sentirse libre, se palmeó las rodilleras manchadas de tierra sin dejar de mirarles, suspicaz. Y, de pronto, inopinadamente, salió rompiendo cinchas hacia el arcabuco, como enloquecido, sin hacer caso de las llamadas insistentes de Jero, quien, al verle perderse en la sarda, se volvió hacia sus compañeros con una expresión de infinita tristeza:

—¡Que se vaya a paseo! —dijo, cansado de luchar—. Nosotros vamos abajo. Hay que hablar cuanto antes con el Alcalde. Esto no se ha terminado aún.

El automóvil, inducido por los nervios de Jero, botaba en las roderas y las piedras sin que nadie se lamentara. En el pueblo no se veía un alma. Los grupos, que apenas una hora antes transitaban por las calles, habían desaparecido. Jero enfiló el callejón de la esquina y se dirigió a las escuelas. Un turismo de la Guardia Civil, del que se apeaba en aquel momento un sargento, acababa de detenerse a la puerta. Desde algún lugar remoto se oía deletrear a los párvulos. En el pequeño despacho del fondo, húmedo y desconchado, tras una mesa

de oficina llena de papeles, bajo una fotografía del Rey, se encontraba el Alcalde con dos hombres. Saltó como un muelle al verlos entrar y se fue hacia Jero, las manos en la cabeza:

—No me venga usted también con el cuento del tractor de don Lino. Si se lo han quemado, ¿qué quiere que le haga yo?

Jero lo observaba desdeñosamente, con la remota curiosidad que podría despertar en él la presencia de un insecto raro. Sus fibrosos hombros subían y bajaban con leves intervalos, en un tic irreprimible:

—¡A mí no me importa nada don Lino! —estalló de pronto—: ¡Me importan un carajo don Lino y su tractor!

Don Escolástico manoteaba nervioso. Ablandó la voz:

—¿Qué pasa, entonces?

—Que usted nos ha engañado, nada más. Que ha montado usted una comedia que puede costarle cara...

—¿Una comedia? —su rostro curtido resplandecía de inocencia.

—No se haga de nuevas. El pueblo ha removido el cortafuegos con una pala y no ha dejado piedra sobre piedra. ¿Era ésta la colaboración prometida? ¿Qué puede decirle usted ahora al señor Delegado?

—Una pala... el cortafuegos... Les juro a ustedes por Dios que yo no sé una palabra de todo esto.

Jero proseguía como si no le oyese:

—Lo siento, señor Alcalde. Mis hombres y yo nos largamos a Madrid. Esta misma tarde el señor Ministro tendrá conocimiento de lo ocurrido.

Don Escolástico había empalidecido y, al poner su mano floja, implorante, sobre el antebrazo de Jero, éste advirtió que temblaba. El escoramiento de sus hombros era más pronunciado que dos horas antes, en el concejo. Los tres muchachos se mantenían junto a Jero, graves, indecisos y, tras ellos, los cuatro guardias que habían entrado en silencio y bloqueaban ahora la puerta de acceso. Don Escolástico, al comprobar que Jero estaba dispuesto a marcharse, se agarró a las solapas de su cazadora, en un gesto histriónico, desesperado:

—Pero... pero usted no puede hacerme esto ahora. No puede dejarme así. Primero le pegan fuego al tractor de don Lino y ahora esto. Yo no puedo luchar contra todos. Tiene que hacerse cargo.

—Lo siento, señor Alcalde. Lo sucedido no tiene remedio.

Seguía agarrado a la cazadora de Jero con los dedos crispados y su cabeza se movía enérgicamente, contrastando con su exigua voz plañidera:

—Yo no puedo controlarlo todo, señor Jero, hágase cargo, pero exigiré responsabilidades. Le juro a usted que exigiré responsabilidades. Pero, por favor, deme tiempo. No se marche así. Si es preciso, el pueblo entero subirá con ustedes y volverá a poner las

cosas en su sitio.

Jero sonrió sarcástico. La actitud suplicante del Alcalde le resarcía en cierto modo de las vejaciones soportadas:

—Las cosas en su sitio —repitió—. ¿Cree usted de veras que el Papo y sus amigos son capaces de reconstruir un habitáculo de hace veinte siglos? —se desasió de un tirón violento—: ¡Menos bromas, señor Alcalde! Ignoro si usted estará o no complicado en este asunto, pero pronto lo sabremos. De momento, mi deber es denunciarlo y esta misma tarde voy a hacerlo.

Dio media vuelta, pero el Alcalde le perseguía, le acosaba y, finalmente, se interpuso entre él y los guardias:

—¿Denunciarlo? —inquirió estremecido—. ¿Sabe usted lo que eso significa? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de la indemnización?

Fue ahora Jero quien le asió de las solapas:

—¿La indemnización? ¿Cree usted en serio que este pueblo merece una indemnización?

—¡Por Dios Padre se lo pido!

Jero, sin soltarlo, agachó la cabeza hasta poner la boca a la altura de su peluda oreja y gritó como si fuese sordo:

—¡Óigame! Este asunto irá a los tribunales y ellos decidirán. Entre tanto, vaya comunicando al Papo y sus secuaces que por menos de esto hay mucha gente en la cárcel...

Don Escolástico se había quedado tieso, mudo, plantado. Jero lo soltó y se volvió a sus ayudantes:

—¡Vámonos!

Los cuatro guardias les abrieron paso y el último de ellos, el más maduro, se aproximó respetuoso a Jero y le dijo en tono conciliador:

—Hágase cargo, señor. Es la fiebre del oro.

Jero sacudió los hombros y no respondió. Hasta alcanzar la puerta frunció los hombros maquinalmente dos o tres veces. Estaba fuera de sí. Una vez dentro del coche, Cristino, tímidamente, trató de aliviar la tensión:

—Esto, como todo, es un problema de escuelas —dijo sin fe, vanamente.

Nadie le contestó. El automóvil se bamboleaba por la calleja y, al acceder a la carretera, Jero metió la tercera velocidad. Clavaba los ojos en el parabrisas, pero se diría que no veía dónde miraba. Chupeteó un caramelo que instintivamente había sacado del bolsillo. Al abocar al estrechamiento del puentecillo no advirtió el coche negro que venía de frente hasta que lo tuvo encima:

—¡Cuidado, tú, tiene preferencia! —chilló Ángel dando un salto en el asiento trasero.

Jero frenó bruscamente. El coche negro pasó lamiéndoles la aleta y el Fíbula, que lo seguía con los ojos, exclamó:

—¡Pero si es el Subdirector General!

Jero miró por el espejo retrovisor:

—¿Paco? ¡No jodas!

Doscientos metros más allá, el coche negro se detuvo. Jero abrió la portezuela, se apeó del suyo de un brinco y corrió hacia él. El Subdirector General, embutido en su gabán, avanzaba, a su vez, pesadamente, sonriendo, por el centro de la carretera hasta que ambos se encontraron a la mitad del camino. Antes de llegar a él, Jero ya iba dando rienda suelta, a voces, a los motivos de su pesadumbre:

—¡Nos han jodido, Paco! Esos hijos de perra han destrozado el yacimiento, lo han arrasado. Nunca en la vida vi una cabronada semejante. Metieron una pala en el cortafuegos y no han dejado piedra sobre piedra. Y teníamos la estructura en la mano, Paco. ¡Una vivienda con cerámicas celtibéricas! Pero había que confirmarlo, coño... Unas horas, Paco; sólo un par de horas y hubiéramos concluido... Pero los cabrones lo arrasaron... Metieron una pala, date cuenta... Todo se fue a la mierda... A freír puñetas, Paco, imagínate...

Los pequeños ojos del Subdirector General sonreían beatíficamente a pesar de todo, al fondo de los gruesos cristales de sus gafas, y su rolliza mano descansaba paternalmente sobre el hombro de Jero:

—Calma, oye, tampoco te lo tomes así. Todo se arreglará. En nuestra profesión, hay que saber perder. Además, lo que te quitan de un lado te lo dan por otro, oye. Las joyas, por ejemplo, han dicho más de lo que esperábamos. Ya hablaremos despacio. De momento, cambia de coche porque te traigo una sorpresa. ¡Mira!

Levantó el brazo, volvió la cabeza hacia el coche negro y, en ese instante, se abrió la puerta trasera y apareció una muchacha muy joven, alta, morena, extremadamente delgada, las largas piernas enfundadas en unos leotardos amarillos, que corrió hacia él agitando alegremente una mano. Dijo Jero, estupefacto:

—Pero ¿qué haces tú aquí?

La muchacha, sofocada, no respondió. Se echó en sus brazos y Jero notó el grato cosquilleo de sus cabellos en la mejilla. La estrechó dulcemente, mientras sus ojos azules brillaban de nuevo como si fuese a llorar:

—Gaga, Gaguita —murmuró tiernamente a su oído—: ¿Eres tú? ¡Oh, cuánto te necesito!

Madera de Héroe

1987

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Siempre he sido consciente de que lo autobiográfico, en una novela, es un terreno peligroso. No puede el escritor hacer tabla rasa de sus recuerdos y vivencias a la hora de novelar, pero éstas deben estar tamizadas por la templanza y la mayor objetividad posible, y ésta se consigue, a mi modo de ver, con la perspectiva del tiempo.

Por eso tardé diecisiete años en escribir Señora de rojo sobre fondo gris *tras la muerte de mi mujer, y transcurrieron cuarenta y ocho desde el final de la guerra civil española hasta que decidí publicar* Madera de héroe. *Me ocupó tres años su redacción y fue mi novela más elaborada y compleja hasta ese momento, sobre todo por su larga galería de personajes. Si siempre la creación y credibilidad de los mismos ha sido para mí tarea primordial en cualquiera de mis libros, en éste me preocupó sobremanera trazar unos personajes sin tintes maniqueos, perteneciesen al bando beligerante que perteneciesen. ¿Quiénes fueron los buenos y quiénes los malos en la guerra del 36? ¿Quiénes lo son en mi novela? Todo depende del color del cristal con que se miren las conciencias y los comportamientos, y el cristal del novelista debe ser neutro y al mismo tiempo equitativo y misericordioso. Y vuelvo a repetir lo que ya dije cuando se publicó el libro: no es* Madera de héroe *una novela sobre la guerra civil, sino de seres humanos, de una u otra ideología, que la sufrieron y fueron todos, sin excepción, sus víctimas. Por ejemplo, aquellos muchachos —mis amigos y yo— que jugábamos a las cartas en una buhardilla de la calle Colmenares de Valladolid, y que un día, ilusionados y sin duda confundidos, decidieron alistarse voluntarios en la Armada.*

M. D.
Enero de 2009

A la memoria de mi amigo de infancia y adolescencia
Luis María Ferrández, cuya tumba está en el mar.

Recuerdo para los muertos;
escarmiento para los vivos...

(De la lápida conmemorativa del campo de concentración de Dachau)

Libro primero

I

La primera vez que el niño Gervasio García de la Lastra experimentó aquellos extraños fenómenos, que los miembros más píos de la familia atribuyeron a causas sobrenaturales y el resto, más escépticos, a puros fenómenos físicos operando sobre una delicada sensibilidad, fue, según consta en los dietarios del coronel de Caballería, ya fallecido, don Felipe Neri Luna (1881-1953), en la velada familiar del sábado 11 de febrero de 1927, aunque, conforme se desprende de esos mismos cuadernos, tres días antes ya se produjeron ciertos indicios, una vez que el pequeño irrumpió como un huracán en el gabinete de su abuelo materno, don León de la Lastra, mientras éste merendaba su habitual chocolate con picatostes, y le preguntó a bocajarro:

—Papá León, ¿puedo ser héroe sin morirme?

(Los nietos le llamaban papá León, del mismo modo que Crucita, la primogénita, había llamado siempre mamá Obdulia a su esposa, mujer robliza y de actitudes mayestáticas que, por inexplicable paradoja, perdía la ecuanimidad ante vocablos sonoros que de alguna manera pudieran evocar la muerte y las postrimerías. En el diccionario existían palabras rotundas, como *catafalco, sepultura* y *miserere*, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias fidedignas atestiguan, sin embargo, que no puso objeción a la voz *abuela* hasta que su hija Zita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Telmo García, alumbró una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Obdulia reparó en algo que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abuela, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de generaciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuencia, la más próxima al catafalco, el miserere y la sepultura, conceptos abolidos en palacio. Ante tan enojosa evidencia, el término *abuela* fue incorporado al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en rigor, más que una redundancia (madre de madre o madre de padre), la cuestión fue resuelta salomónicamente matizando el nombre de pila con el rango de la maternidad. La expresión *mamá Obdulia* venía a ser, así, no un sucedáneo caprichoso, sino una fórmula valedera (mamá de mamá) para designar su preeminencia familiar. Y como quiera que su esposo legalmente reconocido, don León de la Lastra, compartía con ella bienes, títulos y dignidades, dejó, asimismo,

de ser el *abuelo* para pasar a ser *papá León*, eufemismo que su hijo Vidal, único varón de su prole, calificó como «la típica patochada de mamá», en tanto sus hijas Zita y Cruz, rendidas admiradoras del ingenio materno, lo aceptaron a cierra ojos.)

Papá León se acarició la rala barbita amarillenta, miró a su nieto a través de los ovalados cristales de sus lentes, enarcando las débiles cejas (que se repetían en profundas arrugas a ambos lados de la frente), y respondió con candorosa solicitud:

—Ji, ji, ji. Claro que puedes ser héroe sin morirte, aunque es más fácil serlo con cuatro tiros en la barriga.

La cuitada sonrisa del pequeño ya demostraba sus preferencias por el heroísmo de supervivencia, pero todavía quiso garantizar más su integridad:

—¿Y sin quedar cojo, ni nada?

—Sin quedar cojo, faltaría más —tornó a reír papá León con su espontánea risa de colegial al tiempo que trataba de inmiscuirse en el proceso especulativo de su nieto—: pero ¿puede saberse qué mosca te ha picado hoy?

El niño quedó unos instantes pensativo y, sin responder, se arremangó torpemente la manguita de su jersey y señaló con el brazo desnudo la gran bocina verde del fonógrafo que reposaba sobre el bargueño del rincón:

—Si pones música de tu guerra —dijo en tono confidencial— te voy a decir un secreto.

Papá León había acogido, en su día, el nacimiento de su nieto con ese júbilo desproporcionado de quienes únicamente consideran a los varones dignos propagadores de la estirpe. A las niñas, Crucita y Flora, apenas les prestó atención, pero en el bebé mofletudo que llegó en tercer lugar y cuyos berridos denotaban dotes de mando y viriles exigencias, vio no sólo un altivo heredero, sino un soldado digno de recibir el testigo. Acuciado por la mirada inocente del bebé, papá León reconstruía a menudo los gloriosos días del asedio de Bilbao, la calculada estrategia del general De la Concha y el valor temerario de don Cástor Arrázola, a quien durante más de un año sirviera de ayudante de campo. Aquel niño venía a encarnar cuanto de valioso y audaz atesoraba su pasado —su oposición a don Amadeo y a la República, su probada fidelidad a la legitimidad de don Carlos— y papá León se miraba en él, velaba sus sueños, vigilaba sus comidas, curioseaba sus atributos y, tan pronto empezó a valerse por sí mismo, solía conducirlo a su gabinete, lo sentaba en la descalzadora y le hacía escuchar durante horas marchas militares en el viejo fonógrafo. Más tarde, cuando Gervasio creció, se complacía en relatarle episodios bélicos, tan a lo vivo que el niño, desde los cuatro años, empezó a considerar pasatiempos melifluos los cuentos de hadas que le narraba

tía Cruz durante las largas convalecencias de la gripe:

—¿No te gusta el cuento?

—No, tía.

—¿Por qué no te gusta el cuento?

—Es de niñas.

—¿Quién te ha dicho a ti que es de niñas?

—Yo, tía.

La tez blanca, harinosa, de augusto de circo, de tía Cruz se encendía levemente, recogía la calceta y se iba al cuarto de costura, a desahogarse con su hermana:

—Zita, no me extrañaría nada que papá León estuviese metiendo en cantares al pequeño. Lo encuentro raro.

Luego, cuando Gervasio refería el incidente a papá León, éste se atragantaba de tanto reír, le propinaba un golpecito con la yema del dedo índice en lo alto del pecho, en el esternón, y le decía con un guiño cómplice:

—Tú eres un soldado, ¿eh, perillán?

El aplomo del niño le había impresionado ahora, hasta el extremo de que sus manos esqueléticas, surcadas de azules venitas relevantes, no acertaban a acoplar la trompa al carro del fonógrafo, ni a darle cuerda. Cuando al fin lo consiguió y sonaron despintados los primeros compases, Gervasio, acodado en la mesa camilla, quedó inmóvil, la fina cabeza ladeada, fijos los ojos pajizos, la oreja alerta (como el *Don*, el viejo braco del que papá León se acompañaba para cazar la sorda en los robledales vascos con sus conmilitones Trifón de la Huerta y Mikel Lekuona a finales de siglo), y, conforme el chinchín de la marcha se fue afirmando, adquiriendo ritmo y vivacidad, el niño fue adelantando su bracito desnudo hasta colocarlo bajo las barbas entecas del abuelo:

—Mira —dijo con voz húmeda.

Don León de la Lastra aproximó sus lentes de présbita al antebrazo del pequeño y observó estupefacto cómo los minúsculos pelitos rubios que lo recubrían iban erizándose uno a uno, como tropilla que se yergue al toque de llamada, y la piel se escarapelaba, como alón de pollo:

—Pero… pero ¡se te ha puesto carne de gallina!

Su agudo tono de voz se tornaba casi grave al registrar el fenómeno, pero el niño seguía imperturbable, el bracito desnudo sobre la mesa, hasta que papá León, desconcertado, se puso en pie y desconectó el fonógrafo. Gervasio pareció salir entonces de su ensimismamiento, miró sorprendido a su abuelo, se bajó la manguita del jersey y, como un dócil paciente tras la meticulosa exploración del doctor, se quedó con los brazos cruzados esperando el diagnóstico. Pero papá León, desencajado ante la inesperada revelación, sólo

acertó a decir:

—¿Cuánto… cuánto tiempo hace que te ocurre esto? —sus anteojos, de montura de hilo de plata, resbalaron hasta la punta de la nariz.

El niño levantó los hombros avergonzado, como si le atribuyese una acción reprobable:

—Desde Navidades —dijo.

—Y, dime, hijo —prosiguió el abuelo—, aparte la piel de gallina, ¿qué notas? —cruzó una pierna sobre otra (el muslo se traslucía a través de la franela del pantalón, delgado, tieso y duro como una maroma) y aproximó el rostro al de su nieto:

—Como frío por la espalda; como si la espalda se me hiciese de gaseosa.

—¿De gaseosa? —sonrió—. Es curioso. ¿Y únicamente te sucede esto cuando oyes música?

—Sí, abuelo —trasgredió la norma—. Pero tiene que ser música de tu fonógrafo.

De esta manera empezó a desvelarse la singularidad del pequeño Gervasio García de la Lastra. El sábado siguiente, 11 de febrero, en la bulliciosa velada familiar, ante los pesados muebles y los oscuros cuadros del salón (presididos por una copia de la *Resurrección*, del Giotto, que coronaba la chimenea, cuyo centinela dormido, al decir del tío Vidal, era un vivo retrato de mamá Zita), papá León, después de una serie de rodeos y circunloquios, comunicó a sus hijos e hijos políticos su descubrimiento: Gervasio, su nieto, parecía llamado a muy altos destinos; tal vez a ser un héroe. La música militar le conmovía hasta tal punto que operaba en él una auténtica metamorfosis.

Como solía acontecer en las semanales reuniones familiares, las reacciones fueron encontradas y violentas. Tía Cruz se emocionó, siquiera la palidez de yeso de su cutis apenas dejara traslucir sus sentimientos. Su marido, don Felipe Neri Luna, comandante de Caballería (que desde hacía unos minutos luchaba con la náusea que bullía en el lado derecho de su estómago y se manifestaba en las muecas viscosas de sus labios descoloridos), comentó, con voz insegura, que algo indefinible en los ojos del pequeño le había llevado a pensar en ocasiones que no era un niño como los demás, comentario que espoleó al tío Vidal (celoso de la propia progenie, sentado en el diván recamado junto a tía Macrina, su esposa, frente a la copia de la *Resurrección* del Giotto) y le llevó a vocear que papá León, «con sus dichosas historias de guerra y sus músicas celestiales, era el responsable de los trastornos del niño», lo que aparte un grave delito, era un abuso de autoridad. Tía Macrina, su esposa (que tenía muy juntos los hermosos ojos garzos y una nariz incorrectamente respingona), se solidarizó con su marido y agregó, con lúcida

pertinencia, que le dijeran de un niño, uno solo —recalcó— que a los siete años no hubiese aspirado a ser héroe o bombero. Su apostilla hirió en lo más hondo a mamá Zita, la más directamente afectada y a quien las palabras de papá León habían sonado a elogio (algo así como si hubiese vaticinado para su nieto Gervasio el capelo cardenalicio), lo que la indujo a recabar el «orgullo de ser madre de ese niño que escapaba de la norma» y a encarecer comprensión de quienes no habían tenido «la misma suerte», alusión que tío Vidal cogió al vuelo y le obligó a levantarse e ir hacia ella fuera de sí, murmurando entre dientes su vocablo preferido para motejar a sus hermanas: «Majadera, majadera, majadera». Acto seguido, con ese refinado menosprecio que los hijos varones únicos suelen sentir hacia sus hermanas, le voceó que no creyera que el heroísmo era una profesión, sino un don que un buen día bajaba del cielo para adornar tal vez al ser más insignificante del mundo, a lo que papá León, ufano de la polvareda que había armado, argumentó que eso no impedía que Dios manifestase sus preferencias mediante un signo visible, y que cuando él afirmaba que su nieto Gervasio parecía «llamado a muy altos destinos», no lo hacía sin fundamento, sino basándose en «una serie de indicios» que había observado en él. La calva rosada y brillante de tío Vidal empezó a girar entre las sombras oscuras de los muebles como un satélite, denegando con impaciencia, y tío Felipe Neri, que momentáneamente había conseguido acallar la náusea, se dirigió a papá León, preguntándole si es que «aparte de los deseos manifiestos del chiquillo» se había producido alguna señal que los corroborase, a lo que papá León, con su mirada ladina, sus ralas barbitas amarillas, asintió por dos veces, para sentenciar, al cabo, con su vocecita atiplada, «¡Pues naturalmente que se han producido!», exclamación que tío Vidal acogió con gesto socarrón y una risa hueca, huérfana y destemplada, tratando de destruir el clima mirífico que se iba creando en la reunión, y que se acentuó una vez que papá León arrastró sobre la alfombra de nudos el velador de caoba (en el que previamente había colocado el fonógrafo) hasta el centro de la sala, y rogó a su hija en un aparte, como si todo hubiera sido ensayado:

—Cruz, ¿te importa traer al pequeño?

Y tan pronto como tía Cruz compareció por la puerta del falsete con el niño de la mano y papá León le dijo, «No te asustes, hijo, vamos a hacer una prueba», y le remangó el jersey hasta los codos, colocándole ante el velador con los desnudos bracitos en alto, se abrió en el salón un silencio expectante. Ante los atónitos ojos de la concurrencia, papá León pulsó el resorte, el rodillo giró y los compases marciales y románticos de *Boinas rojas* (un tanto rasposos, un tanto agrios, un tanto distantes, debido a la antigüedad del cilindro) se difundieron por la sala. Y, conforme el tono de la pieza se enardecía,

los rubios pelitos acostados de los antebrazos de Gervasio empezaron a enderezarse, al tiempo que su piel, asedada y suave, se erizaba como la superficie de un líquido que entrara en ebullición. Los pasmados ojos de los asistentes, pendientes de los brazos del niño, no repararon en los pelos del colodrillo, que igualmente se iban levantando, ni en el flequillo, encrespado como si Gervasio caminara contra viento, ni en el despeluzamiento progresivo de las templas y la morra que, al ahuecar su cabeza, convertían al pequeño en un monstruito de barraca de feria. Papá León, que había buscado la sorpresa ajena, no salía de la suya, enarcaba estupefacto la ceja derecha (triplicada por las arrugas de la frente) y, al observar la inesperada propagación del fenómeno, voceó con excitación senil:

—¡Ojo, la cabeza, daos cuenta! ¡La cabeza también!

En un arranque histérico, entre emocionado y aprensivo, tía Cruz tomó una mano del pequeño entre las suyas, como para protegerlo de algún mal, y chilló: «¡Está helada!», mientras mamá Zita, asustada, se cubrió los ojos con las manos y murmuró en un tono indescifrable: «Hijo mío, hijo mío», pero el niño, pagado de su protagonismo, permanecía quieto, entrecerrados los ojos, los espeluzados bracitos levantados, prietos los labios, los cabellos desbocados apuntando al techo. En ese instante se apagó la luz, tía Macrina gritó, «¡Basta ya; esto es cosa del diablo!», tío Vidal gruñó, papá León se interpuso entre sus hijos y el fonógrafo, tío Felipe Neri hizo unos ruiditos extraños como si chupetease algo, con lo que la reunión, apenas iluminada por las rojas brasas de la chimenea, adquirió una apariencia fantasmagórica. La pulida calva de tío Vidal giraba en la penumbra, y su voz de yunque sobrecogió a los presentes:

—¿Es que pretendéis que el Vaticano nos excomulgue a todos? ¡Esto es peor que una misa negra!

Mamá Zita gritó angustiada: «¡El niño, el niño!» y, en ese momento, volvió la luz. Gervasio continuaba inmóvil, los bracitos en alto, los ojos entreabiertos, los cabellos encrespados, pero, a medida que se agotaba la cuerda del fonógrafo y la marcha languidecía, los antebrazos iban recobrando su habitual tersura, el vello rubio se doblegaba, la enorme cabeza aleonada se reducía a ojos vistas como un globo que se desinfla. Repicado aún, advertía en derredor un revuelo de expectación, pero tan pronto papá León desconectó el aparato, bajó los brazos, volvió la cabeza y envió a mamá Zita una sonrisa que ella agradeció estrujándole medrosa contra su pecho, como si el pequeño, en el experimento, hubiera enajenado algo de su terrenidad.

A Gervasio le envanecía sentirse centro de la atención general, promotor de la airada y gesticulante controversia que tenía lugar ante sus ojos, pero como si intuyese que el proceso no se desarrollaría

totalmente en su presencia, simuló un sueño invencible, problema que mamá Zita resolvió acostándolo en un sillón de la biblioteca, donde apenas alcanzaba la luz de la sala. De vuelta, mamá Zita se topó en la puerta con tía Cruz y ambas se abrazaron en silencio, emocionadas, y aquélla musitó entre lágrimas: «Se diría un presagio del cielo», pero tío Vidal, que andaba al quite, volvió a gritar «¡Majaderías, majaderías, puros fenómenos físicos!», y tía Cruz, en los brazos de su hermana, le indicaba por señas la proximidad del niño, para que bajase la voz y no lo despertase. Pero Gervasio, arrodillado en el butacón, observaba la escena por encima del respaldo, veía los cómicos visajes de papá León, culeando, tratando de proteger el fonógrafo del alboroto, y a tío Felipe Neri acercarse a tía Cruz, besarla en la frente y murmurar: «Portentoso, portentoso», apretando los párpados, como si convocase a una lágrima remisa, en tanto tía Macrina, proclive como buena madrileña a ver provincianismo en los modales y manifestaciones de sus cuñadas, que casi le doblaban la edad, las llamaba crédulas y papanatas, lo que dio ocasión a su marido para vocear de nuevo, «Majaderías, majaderías, puros fenómenos eléctricos. El cuerpo humano es como una pila de Volta». Y, conforme discutían, el grupo, convertido en una olla de grillos, se iba desplazando hacia las puertas correderas, pero, antes de que nadie las abriera, mamá Zita se interpuso y, limpiándose una lágrima furtiva con un pañuelo de encaje, levantó sus mansos ojos bovinos y encareció:

—A Telmo ni una palabra, os lo suplico. Sería horrible que esto llegara a sus oídos.

Tío Vidal, a quien indignaba que las mujeres se dieran importancia, sonrió con desprecio y objetó que nada tan grotesco como atribuir influencias sobrenaturales a miembros de nuestra propia familia por hechos nimios, fácilmente explicables, y que recordaran sin más el bochorno del abogado Emigdio de Lucas, cuando editó un impreso canonizando, o poco menos, a un hijo suyo muerto meses atrás, pero tía Cruz, a quien los desplantes de su hermano acobardaban desde niña, le daba golpecitos complacientes en el antebrazo, llamándole herejote, tratando de aclararle que lo de Emigdio de Lucas era cosa distinta, que aquí nadie pretendía beatificar a Gervasio, mas el acaloramiento de tío Vidal, lejos de remitir, aumentaba, y, rehusando altivamente la controversia con una mujer, gesto muy suyo, se encaró con papá León y lo acusó de haber convertido la casa en un manicomio, con su fonógrafo y su guerra, imputación que el abuelo escuchaba achicado, mirándolo a través de los cristales de los lentes, con sus pupilas fijas, como dos lentejas, las cejas multiplicadas en arrugas sobre la frente, mudo, sin osar darle réplica, como un párvulo, hasta que, una vez que mamá Zita abrió las

puertas correderas, se escabulló pasillo adelante y no se detuvo hasta tropezar con la Amalia, la doncella, que tocada de cofia sostenía muy erguida la puerta de la calle, como cada vez que oía la doble timbrada de advertencia de mamá Zita. Y tras los tíos Macrina y Vidal, que comentaban excitados las incidencias de la noche, bajaron tía Cruz y tío Felipe Neri, sobrecogidos, en reverencioso silencio, como si acompañaran al Santo Viático, en tanto papá León observaba a todos por encima del hombro de la Amalia con mal reprimido enojo, como un niño que, harto de jugar toda la tarde con un amigo posesivo, viera su marcha con alivio para poder seguir jugando él solo con sus juguetes.

Dos días más tarde, al regresar Flora y Gervasio del colegio, papá León les chistó desde la puerta de su gabinete y, después de asegurarse de que en el oscuro pasillo no había nadie, se encerró con ellos, recomendándoles silencio. Descubridor de la peculiaridad de su nieto, se proponía fijar sus límites, pero consciente de la hiperestesia familiar, había resuelto actuar con discreción y evitar que el niño fuera presa de engañosos estados emocionales. Así, en principio, se interesó por los estímulos, esto es, si Gervasio, sensible a la música militar, reaccionaba tan vivamente ante incentivos de otra índole. El niño representaba su papel de protagonista adoptando una fatigada actitud de disponibilidad (análoga a la que mostraba ante don Justino, el médico de familia, cuando éste tamborileaba sobre su vientre con sus dedos cortos y expeditivos para medir el alcance de una indigestión), reservando su aire jactancioso para su hermana Florita, que, en su relación con él (por edad, vivacidad e imaginación), había llevado siempre la voz cantante. Ahora, en cambio, cada vez que papá León, en sus pesquisas, les relataba historias de santos, el niño miraba a su hermana por encima del hombro como diciéndole: «Si yo quisiera, podría ser como ése», mientras el abuelo escudriñaba la morra y las templas del pequeño, por ver si se producía alguna alteración. Pero la prueba literaria fue un fracaso; ni la hagiografía, ni las epopeyas, ni las leyendas despertaron en el niño la menor emoción. Tan sólo si papá León las acompañaba de un tenue fondo musical Gervasio se conmovía y hasta podía llegar a producirse un conato de ostento. Esto le llevó a orientar la investigación por otro lado. Apeló a los grandes maestros (Beethoven, Mozart, Haydn, Bach, Chopin, Schubert), pero Gervasio escuchaba las piezas, rollo tras rollo, impasible, salvo una tarde, en que, ante el «Coro de los esclavos» del *Nabucco* de Verdi, los pelos del colodrillo se inquietaron y por dos veces le abanicaron el cogote, en trance de erizarse. Paciente, objetivo, meticuloso, científico, responsable, papá León intensificó su exploración, tanteó esto y aquello (orfeones, masas corales, música sinfónica, óperas), pero los resultados fueron nulos, de lo que dedujo

que la epidermis del niño sólo se alteraba con música militar y, si acaso, débilmente, por pura simpatía, con coros masculinos muy vigorosos que, por su virilidad, pudieran sugerir la marcialidad. Después de cada sesión, como despedida, el abuelo emplazaba en el fonógrafo un cilindro de viejas marchas simplemente para recrearse en el despliegue capilar del nieto y examinar de cerca los disparados cabellos sobre los que colocaba la palma de la mano temblona y comentaba para sí: «Son fuertes y punzantes como alfileres». Mas aquellas sesiones interminables aburrían a Florita, que, persuadida de que el fenómeno era deliberadamente provocado por su hermano, aunque desconociera la técnica a emplear, apenas prestaba atención.

Los jueves, papá León recibía a sus conmilitones Lucio Viana y Trifón de la Huerta y jugaban al tresillo durante largas horas en el gabinete, por lo que los experimentos con Gervasio habían de anticiparse, pero un día en que el abuelo se demoró, don Trifón sorprendió al niño en pleno trance y papá León, incapaz de ocultar por más tiempo el secreto a su amigo de juventud, apuntó tímidamente:

—Ahí tienes a mi nieto de muestra, Trifón. ¿Qué te parece?

Y don Trifón de la Huerta, hombre bien barbado a lo largo y a lo ancho («barbas marxistas», decía tío Vidal), que había cazado sordas con Mikel Lekuona y el abuelo en los espesos bosques de Durango, se aproximó al niño, le inspeccionó de arriba abajo como a un animalillo raro, y sentenció con voz profunda:

—Es cierto que recuerda al *Don* cuando hacía la parada. También a él se le erizaban los pelos del espinazo, ¿recuerdas?

Mamá Zita, que a partir del primer repeluzno atendía al niño con medroso distanciamiento, como a algo santo o diabólico, no osaba acariciarle la cabeza, y si, por azar, se la rozaba al bañarle por las mañanas en la bañera de zinc, sentía una especie de descarga, lo que acrecentó su respeto y la indujo a interponer una esponja entre su mano y la pelambrera del pequeño. Y con objeto de que su hijo no atribuyese a desapego lo que, en el fondo, era homenaje, le formulaba durante el aseo preguntas triviales, sin forzar la respuesta, como diciendo: «Si no quieres no me contestes; lo que me interesa que sepas es que estoy a tu lado». Y cuando le veía corretear por el pasillo o regañar por naderías con su hermana Flora, se decía conmovida: «Viéndole así, parece un niño corriente». Pero cada vez que evocaba el ostento del 11 de febrero, la eclosión de su cabello, los pelos como cohetes, escuchando *Boinas rojas*, se estremecía y las lágrimas afloraban dulcemente a sus ojos. Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en sus flébiles ensueños, conducía a dramáticas situaciones plásticas: Gervasito decapitado, la cabeza erizada dentro

de un balde, y, alrededor, un coro de infieles (ella casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam. La representación de la escena era tan vívida y la relataba con tal lujo de pormenores, que ambas hermanas se miraban y rompían a llorar desconsoladas, cogidas de las manos, los ojos en los ojos, interrogándose por lo único que quedaba por dilucidar: «dónde, cuándo, cómo». Y tía Cruz, elevándose después a las más altas cimas místicas, divagaba en torno al amor de Dios y sus inescrutables designios, para terminar preguntando a mamá Zita por papá Telmo, si sabía algo sobre el particular, a lo que mamá Zita, alarmada, replicaba que eso lo último, que antes la muerte, que encontraba a Telmo especialmente distante esta temporada, porque era incuestionable que la medicina naturista, sobre desmerecer en el aspecto social, inducía al hombre al materialismo.

Una tarde, hallándose ambas hermanas de charla en torno al costurero, irrumpió papá León desaliñado, las zapatillas en chancleta, mostrando el pijama por el escote del batín y, por los bajos, dos pantorras depiladas, delgadas y blancas como dos palos. Los lentes sobre la punta de la nariz, en sus ojillos brillaba aquella chispa pueril de conjurado que ambas hermanas conocían de atrás. Cerró la puerta con cuidado, se llevó un dedo a los labios y, aproximándose a ellas de puntillas, se sentó en el borde del canapé y empezó a hablar ingenuamente de sus experiencias con Gervasio, precisando que al niño no le seducía el martirio sino el heroísmo castrense y, sin reparar en las miradas reprobatorias, casi indignadas, de mamá Zita, puntualizó que, tras un mes de investigaciones, podía concluir que la sensibilidad del pequeño únicamente vibraba con las marchas militares y que si, por excepción, reaccionaba ante otros estímulos, se trataba con seguridad de coros masculinos muy vitales que, de alguna manera, evocaban el desfile de los soldados.

Mamá Zita, sin poderse contener, se había puesto en pie, rígida, descompuesta, y lo miraba como diciendo, «Conque experiencias tenemos, ¿eh?», «Conque marchas militares, ¿eh?», «Conque otros estímulos, ¿eh?», de tal manera que, cuando avanzó resuelta hacia el canapé, papá León se incorporó, encogido, como un can apaleado, y cerró los ojos ante la avalancha que se le venía encima. Mamá Zita le voceó, entonces, que se habían acabado los experimentos, que Gervasio era un niño, no un cobaya, y que si continuaba con ellos agarraría «el trasto ese» (mamá Zita se refería al fonógrafo) y lo tiraría al cubo de la basura. Papá León, que poco a poco había abierto los ojos, protegía los lentes con el antebrazo, reculaba en actitud defensiva y sus labios rojos, entre las ralas barbitas, mascullaban justificaciones, pero mamá Zita le asediaba, y, sin concederle tregua, le advirtió, «por última vez», que dejase en paz a Gervasio, que se

mantuviese al margen del asunto, ya que si un día el Señor tenía a bien manifestar sus preferencias por él, ahí lo tenía, sin necesidad de su mediación. Ante tamaño acoso, papá León dio media vuelta y escapó como un perrillo amedrentado por la puerta que mamá Zita sostenía, arrastrando los pies, mientras su hija volvía a cerrar aquélla y se sentaba frente a su hermana, el costurero por medio, la sotabarba fruncida como el ángel dormido de la *Resurrección* del Giotto:

—Discúlpame, Cruz —dijo con voz temblorosa—. Tal vez me haya excedido con papá, pero estoy muy nerviosa esta temporada. No puedo soportar que maneje al niño como a una rata de laboratorio. Eso, por de pronto, se ha terminado.

II

Un oblicuo rayo de sol atravesaba los cristales del mirador y proyectaba sobre el papel rameado de las paredes las inquietas cabezas de los niños. En los cristales bajos, protegidos por barritas doradas, revoloteaba un moscardón azul que saltaba de uno a otro tan rápido como si rebotase:

—Los hombres sólo vienen de noche; a estas horas no viene nadie —dijo la niña defraudada.

Los cuarterones estaban entornados y, a la luz del rayo polvoriento que se adentraba en el salón, los muebles macizos, de madera noble, y las cornucopias y cuadros de marcos dorados parecían adormecidos en una prolongada siesta. En chaflán, frente al mirador (en la encrucijada de dos calles angostas), se alzaba el Friné, un café cantante que, en invierno, salvo sábados y domingos, únicamente abría de noche, y a los dos pequeños les fascinaban aquellas puertas abigarradas como de barraca de feria, flanqueadas por dos faroles rojos que, al oscurecer, derramaban sobre la lóbrega tenebrosidad de la calleja un rojizo resplandor fantasmal. Mamá Zita les tenía prohibido asomarse al mirador, pero ellos lo hacían, a escondidas, zafándose de su vigilancia y del ojo alerta de la señora Zoa, porque aquellos hombres que llegaban al Friné les cautivaban; lo hacían subrepticiamente, como ladrones, procurando asegurarse de que nadie los veía, los cuellos de los gabanes levantados, vencidas las alas de los sombreros, impacientes a la llegada, furtivos y recelosos a la salida, como si tuvieran algo de que esconderse. Los domingos azules de primavera, a mediodía, sin hombres merodeando por los alrededores, las mujeres del Friné, muy maquilladas, con los cabellos sueltos (muchas de ellas teñidas de rubio) y batas chillonas, se asomaban a los balcones, encima del café, y parloteaban incansables unas con otras, se reían y alborotaban como pájaros, fumando cigarrillos en largas boquillas de hueso con anillos de oro. A los pequeños les atraía este espectáculo pero si, casualmente, mamá Zita o la señora Zoa los descubrían, armaban una trifulca y los sacaban del mirador a empellones, regañándoles, y no paraban hasta verlos encerrados en el cuarto de jugar. Cada vez que esto ocurría, Gervasio y Florita, desesperados y sin recursos, solían sentarse ante el balcón que daba a la calle de las Brígidas y, recogiendo los visillos, jugaban durante horas a los entierros.

Una mañana, papá Telmo sorprendió a mamá Zita reprendiendo a los niños, y, desde el umbral del aseo, con la cara enjabonada y los pies descalzos, como era su costumbre, indagó jovialmente qué ocurría, pero mamá Zita bajó tanto la voz que Gervasio sólo pudo captar dos palabras («malas mujeres»), y entonces, papá Telmo rompió a reír, con aquella su risotada gorda, entre ácida y socarrona, e indagó si no sería más didáctico enseñarles que esconderlos, a lo que mamá Zita replicó tan aprisa y malhumorada que ninguno de los dos niños pudo entender su respuesta.

No obstante, el sábado siguiente, Florita preguntó a tía Cruz qué era aquella casa con la puerta de colorines que se abría frente al mirador, y la tía, sin alterarse dijo: «Ah, un colegio». Y Florita: «¿Un colegio de niñas tan mayores?», pero el tío Felipe Neri, que ya andaba carraspeando y torciendo la boca a causa de los ácidos del estómago, salió al quite y, después de doblar cuidadosamente el gabán sobre la barra dorada del perchero, se volvió hacia los niños y preguntó:

—¿Dónde anda Crucita?

—Tomando el té con mamá.

—¿Ya no se le ponen las manos rojas?

—Sí, pero en casa dice que no le importa.

Tío Felipe Neri, con su pelo color ceniza, partido en dos mitades por una raya, y sus lentes de montura de oro, hizo por sonreír pero prevaleció el rictus amargo de su boca. Los tíos Cruz y Felipe Neri eran padrinos de bautismo de Crucita, la sobrina predilecta, y, en el buen tiempo, antes de marchar de veraneo a Fuenterrabía, la invitaban a la horchatería de Simón Beade a beber horchata, y en invierno, durante el curso, a la sala azul del Círculo a tomar té completo (aunque últimamente Crucita procuraba evitar el té porque le enrojecía las manos) y, en cualquier caso, ante mamá Zita, reconocían derretidos que aquella chiquilla alta, de ojos verdes, arrogante, reunía todas las cualidades que hubieran deseado para una hija que no pudieron tener. Incluso los morritos despectivos de Crucita, sus aires de grandeza, sus desplantes con la gente de alpargatas, hacían gracia a tío Felipe Neri, que comentaba: «Tiene porte de princesa. Le desagrada la chusma». Y era cierto que Crucita, corrigiendo la corpulencia de mamá Zita, tenía un porte majestuoso y sus descarados ojos verdes traslucían aristocratismo. Erguida, delgada, cimbreante, Crucita adolecía, sin embargo, de un defecto que le impedía ser el arquetipo de la quinceañera perfecta: no tenía pechos, defecto que para Gervasio, su hermano, atento observador de la vida en torno, constituía un serio motivo de preocupación:

—¿Por qué no tiene tetas Crucita?

Y Flora, que alimentaba un original concepto de la causalidad, respondía sin vacilar:

—Ha crecido toda hacia arriba. Es demasiado flaca.

La falta de pechos de Crucita era uno de los temas de conversación habituales en la cocina, por más que siempre, tras las más peregrinas discusiones, se llegara a los mismos resultados: para la señora Zoa la Crucita era demasiado dura para tener tetas, mientras para la Amalia la Crucita no tenía tetas porque era rica y las tetas constituían el privilegio de los pobres, que otra cosa no, pero ella no había conocido a una sola mujer pobre sin tetas. Este defecto no representaba, sin embargo, para los tíos Cruz y Felipe, una rémora grave, algo que deteriorase la belleza esplendorosa de su ahijada.

Habituado a la disciplina tiránica de la úlcera, tío Felipe Neri era un ser metódico y ordenado, hasta el extremo de que cada vez que en su vida surgía una novedad significativa abría un cuaderno donde anotaba todo lo referente a ella. Así, debidamente clasificados, guardaba en su buró un dietario profesional (ingreso, academia, destinos, ascensos, haberes, masita, trienios, uniformes, etc.), otro matrimonial (noviazgo, petición de mano, boda, viaje, efemérides, ritmo de reglas y relaciones sexuales, ginecólogo, etc.), un tercero de enfermo (primeros síntomas de la úlcera, médicos, diagnósticos, tratamiento, períodos de remisión, recidivas, eclosiones primaverales, etc.) y uno más relativo a Crucita (nacimiento, peso, desarrollo, ombliguito, primera palabra, sarampión, etc.). A través de estos cuadernos, debidamente datados, no resultaba difícil reconstruir los raíles sobre los que la vida de su autor había discurrido. Ahora, de pronto, a sus cuarenta y seis años, cuando ya no esperaba sorpresas, en un punto de madurez más propio para cerrar cuadernos que para abrirlos, había surgido el episodio de Gervasito, aquellas extrañas manifestaciones capilares que tanto le habían conmovido. El sábado 11 de febrero de 1927, tío Felipe Neri, apenas se vio en casa, tomó un cuaderno negro, de pastas de hule, del cajón inferior del escritorio, lo abrió, estampó una cruz en lo alto de la página cuadriculada, conforme a inveterada costumbre, y debajo escribió con esmeradas versales: CUADERNO DE GERVASIO. El punto de la pluma permaneció un rato vacilante, describiendo pequeños círculos en el aire, antes de posarse sobre el papel para consignar: «Abro este cuaderno, dedicado a mi sobrinito Gervasio, bajo una hondísima impresión, ya que el pequeño, a juzgar por ciertos indicios, parece predestinado para muy altos destinos. Anoche, en la velada familiar, en casa de mi padre político don León de la Lastra, el niño quedó en trance cuando escuchaba una marcha militar, la piel se le escarapeló y se le pusieron de punta los pelos de la cabeza. Dada su intensa palidez y el rubicundo cabello nimbándola, la faz del pequeño recordaba la Santa Hostia dentro de una flamígera custodia de oro. Vidal, mi hermano político, proclive al materialismo, atribuye la crispación a meros

fenómenos eléctricos, pero yo entiendo que, para un hombre de fe, el fenómeno ofrece unos perfiles cuando menos inquietantes…». Fechas más tarde, en plena, fervorosa exaltación, tío Felipe Neri añadió: «Prudente y ecuánime, mi cuñada Zita se ha negado a que don León, mi padre político, haga de mi sobrino Gervasio un cobaya experimental. Es preciso dejarle vivir una vida de normalidad y ya el Señor, de considerarlo discreto, se encargará de mostrarle el camino a su debido tiempo. Las últimas pruebas parecen confirmar que los éxtasis del pequeño responden a estímulos marciales, lo que acredita que, en contra de la creencia originaria de Cruz y mía, no hay santo en ciernes, sino héroe. ¡Loado sea Dios!».

Ante la inesperada novedad, la inclinación afectiva de tío Felipe Neri se dividió, y si su mitad civil permaneció fiel a su ahijada Crucita, su mitad castrense se decantó por Gervasio, objeto de tan grandes esperanzas en aquellos días. En cualquier caso, los sobrinos (incluidos los dos pequeños de tía Macrina) agotaban su capacidad de ternura, de acuerdo con la máxima lapidaria que estampó en el cuaderno de Crucita la noche de su nacimiento: «Los tíos sin hijos son los abuelos de sus sobrinos». Fieles a este postulado, su esposa y él veían el mundo a través de los pequeños, los sacaban de paseo, cuidaban sus enfermedades, controlaban su conducta, los agasajaban, ahorraban para ellos, y los domingos y festivos, por riguroso turno, uno de ellos compartía su almuerzo y, al concluir, en inalterable rito, disputaban un cuproníquel a la brisca, partida que indefectiblemente ganaba tío Felipe Neri, e, indefectiblemente también, en un repetido alarde de liberalidad (que formaba parte de su austero sistema educativo), entregaba al sobrino invitado:

—Toma, para tus gastos.

A Gervasio, orgulloso de su ostento, antes que las muecas de tío Felipe Neri le intrigaba la hiriente blancura del rostro de tía Cruz, que tanto envidiaban mamá Zita y tía Macrina. A él, sobre desagradarle su crudeza, le molestaba que aquellas mejillas, tan semejantes al yeso en coloración y textura, pinchasen como cardos al besarlas. La primera vez que lo advirtió, había corrido desalado hacia Florita en busca de una explicación, y la contundente respuesta de su hermana le dejó boquiabierto:

—Tía Cruz se afeita y huele a vieja desde el año catapún. ¿Es que no te habías fijado?

—¿Y a qué huelen las viejas?

—A agua muerta.

—¿Y qué es agua muerta, Flora?

—El agua parada; la que no corre.

Ahora, en el mirador, Gervasio observaba las parábolas alocadas del moscón azul por encima de sus cabezas. Una mujer madura con

cinta rosa en el pelo y tintineantes pulseras de bisutería había aparecido en un balcón del Friné sobre la F del rótulo, y, vuelta de espaldas, levantaba los ojos y llamaba a Raquel con una voz ronca, erosionada, sin que Raquel compareciese. Gervasio volvió perezosamente la cabeza hacia ella. Una cierta rigidez de nuca obligaba al niño a girar la cabeza con lentitud, como si padeciese problemas motores. La vecindad de su hermana activaba su imaginación:

—¿Y por qué se afeita tía Cruz si es mujer?

—Porque las mujeres, al hacerse viejas, se vuelven como hombres y los hombres como mujeres. ¿No lo sabías?

Los ojos grises, con felinos cercos amarillentos, de Gervasio expresaron desconfianza:

—¿Es verdad eso o te lo estás inventando?

La niña hizo una cruz con dos dedos y la besó:

—Mira papá León —dijo como prueba incontrovertible.

Gervasio no salía de su asombro:

—¿Es mujer papá León?

—Todavía no, pero poco a poco se está haciendo. ¿No te has fijado en su voz?

Gervasio admitió que la voz del abuelo era atiplada como la de una mujer y sus manos, pequeñas, traslúcidas y sin vello (también femeninas), azuleaban en el anverso, por mor de las venas, como los ríos de los mapas de la hermana Luciana en el colegio. Arguyó empero:

—Pero papá León tiene barbas.

—Sí, pero son blandas y se le están cayendo.

Las barbas de papá León eran, en efecto, inconsistentes y ralas y, a través de sus pelos lacios, clareaba el mentón, apenas un hueso pugnaz, revestido de piel, y, cuando reía, en espasmos uniformes y crocantes, las amarillentas barbitas rilaban como si las agitase el viento. Y, al comer, en especial en las solemnes conmemoraciones familiares en las que, al decir de tía Cruz, le vencía la gula, se le ponían aceitosas como la piel de la marta cebellina.

Unos días después de la visita clandestina al mirador, Florita cayó en cama con gripe. Al margen de sus salidas extemporáneas, la niña tenía una cualidad impropia de su edad: era paciente, sabía esperar. Así, cuando tía Cruz la visitó por la tarde y se sentó a los pies de la cama, la calceta entre los dedos, dispuesta a contarle un cuento, la niña reanudó la conversación interrumpida días antes como si no hubiera transcurrido el tiempo:

—Tía —dijo—: ¿por qué esas mujeres tan mayores van al colegio?

—¿De qué mujeres hablas, Florita?

—De las señoritas de ahí enfrente, tía.

—¡Ah!, las señoritas de ahí enfrente. Te traen a ti muy preocupada, por lo que veo, las señoritas de ahí enfrente. Verás, en realidad, se trata de un colegio especial —carraspeó—: un colegio para señoritas descarriadas.

—¿Yo soy descarriada, tía?

—¡Jesús, qué disparate!

A las mejillas blancas, empolvadas, de la tía Cruz, asomaba esta tarde un matiz sonrosado:

—Pues ¿qué es descarriada, tía?

—Mira, Florita —dulcificó la voz con el propósito de quitar importancia al tema—: hay señoritas que de niñas estuvieron abandonadas, y como no fueron educadas de pequeñas, hay que educarlas de mayores. Por eso van al colegio. ¿Has comprendido?

Los niños trataban de completar estas y otras informaciones insuficientes en la cocina, su refugio predilecto, en particular en invierno, cuando la leña crepitaba en el fogón y la señora Zoa abría el tiro, y la chapa y las arandelas enrojecían, como los faroles del Friné. La Amalia, sentada en su taburete, canturreaba en un rincón mientras lustraba los zapatos de la familia. En aquel reducto acogedor, los coloquios solían girar sobre temas espinosos o confidenciales. De ahí que Flora, apenas restablecida, todavía convaleciente, preguntara a la Amalia por las señoritas del Friné, pero la Amalia no llegó a responderle, se limitó a mirar socarronamente a la señora Zoa y a hacer un expresivo gesto con la cabeza. Mas, como la niña porfiase, dijo:

—¿Por qué no se lo preguntas a tu mamá?

—Ya se lo pregunté a tía Cruz y me dijo que es un colegio.

La Amalia soltó una risotada:

—Un colegio, ¿eh? ¿Oye usted, señora Zoa? ¡Buenas enseñanzas van a sacar ésas de ese colegio!

La Amalia, con sus cejas depiladas, delgadas y lineales, elevándose hacia las sienes, apenas llevaba tres años con ellos, pero la señora Zoa, que acababa de cumplir los setenta y tres, había servido desde los veinte a papá León, para continuar a su lado una vez que mamá Obdulia falleció y mamá Zita se hizo cargo de la casa. Y por una de esas insondables inclinaciones, propias de las solteronas vírgenes al alcanzar cierta edad, experimentó una ardiente pasión por el niño, por el varoncito; una pasión limpia, asexuada pero exclusivista, que no se conformaba con querer y ser querida sino que, al propio tiempo, exigía la preterición de los demás:

—¿Quién te quiere a ti, corona?

—Tú, Zoa.

El niño se resumía contra el angosto regazo de la vieja, un costillar duro y arqueado, seco como el de un galgo, pero caldeado por

un aroma especial: acre, estancado, doméstico.

—Tu mamá no tiene ojos más que para la Crucita, de manera que ya lo sabes.

—¿Y mi papá, Zoa?

—Tu papá, tu papá. Tu papá es ciego por la Florita, ¿es que no te das cuenta?

El mundo se hundía bajo sus pies y el niño oprimía su carita contra ella, contra su saya negra, acogido a aquel vago olor de humos mezclados, de fogón y baldosas rojas, e, igualmente, acudía a refugiarse en su amoroso regazo cada vez que se peleaba con su hermana y su madre le regañaba. La vieja, entonces, le tomaba en sus brazos y restregaba su mejilla, fría como la de una culebra, contra la suya, como buscando su calor, y repetía:

—La mamá no te quiere, corona; la mamá no tiene ojos más que para la Crucita.

De este modo, Gervasio, desde muy niño, se habituó a buscar seguridad en los brazos siempre prestos de la señora Zoa; sus alegrías y sus tristezas las depositaba en ella como en un confesionario. De ahí que la noche del 11 de febrero, tan pronto abandonó la reunión, aturdido aún por las voces de yunque del tío Vidal, por las lágrimas de tía Cruz, por el clima supersticioso de la reunión, echó a correr por el largo pasillo y no paró hasta sentirse protegido por los brazos huesudos de la señora Zoa:

—Zoa, te voy a decir un secreto.

—Dime, hijo, dime.

Pegó sus labios a la oreja transparente de la mujer, que apenas asomaba bajo los blancos cabellos, recogidos atrás en un moño, y musitó:

—Voy a ser héroe.

—¿Estás tonto? ¿Pero un héroe de esos que se mueren? —La señora Zoa levantó la voz instintivamente, a la defensiva.

—No, Zoa, voy a ser héroe sin morirme. Papá León lo ha dicho. Pero mamá no quiere que lo sepa papá Telmo; es un secreto.

Entró la Amalia, con la cofia y el delantal blanco, y se les quedó mirando con sorna, los brazos en jarras:

—Míralos, como dos tórtolos. El Anselmo Llorente se va a reír las muelas mañana, cuando se lo cuente.

Morena, nerviosa, vivaz, la pierna derecha levemente renqueante, la Amalia, como deferencia y signo de distinción, designaba a su novio con nombre y apellido, pero pese a su magnificencia el Anselmo Llorente era poca cosa, apergaminado, enjuto, un rostro lascivo donde apenas sobresalían los pómulos y los lentes sin montura, de cristales siempre impolutos. En invierno y verano vestía trajes oscuros, muy marcada la raya del pantalón, y un sombrerito gris de fieltro con el ala

sombreándole el ojo derecho. Hasta bien entrada la primavera no se desprendía del abrigo azul marino, que casi le alcanzaba los tobillos, ni de la bufanda a cuadros que protegía la escuálida garganta tan a conciencia que, entre sombrero y tapabocas, apenas se descifraba un enigmático, menudo rostro oriental. En ocasiones, Crucita le decía a la Amalia que el Anselmo Llorente era muy señorito y ella sonreía halagada por lo que entendía un piropo. Mas la Amalia consideraba que le ennoblecía, refiriéndose a él por el nombre y el apellido.

—Me voy. Ya estará abajo aguardándome el Anselmo Llorente.

A Gervasio no acababa de gustarle el Anselmo Llorente, tan descolorido, tan anguloso, tan distante, recorriendo de arriba abajo el portalón de palacio a largos trancos, los ojos esquivos, el busto inclinado, las manos en los bolsillos, y, si acaso le saludaban al pasar, él respondía con un gruñido, sin reparar en quienes eran, excepto si los acompañaba la señora Zoa, en cuyo caso se sacaba ceremoniosamente el sombrero de la cabeza, cambiaba unas palabras con ella y le hacía objeto de toda clase de zalamerías. Al final, siempre decía lo mismo:

—Si va para arriba, señora Zoa, haga el favor de decirle a la Amalia que baje, que estoy jodido.

A la señora Felipa, la lavandera, también se le antojaba el Anselmo Llorente un mirlo blanco:

—¡Madre, vaya un novio que te has echado, hija! Ya estará bien colocado.

—Es empleado —respondía jactanciosa la Amalia.

—Se ve a la legua, hija; menuda ropa.

Lunes y jueves, la señora Felipa venía por palacio a hacer la colada familiar en la gran artesa revestida de zinc de la galería de la cocina, sobre el jardín, donde Clemente, el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el portero, podaba los rosales y ahuecaba la tierra de los arriates para las siembras de primavera. La señora Felipa, como la señora Agustina, la cuñada viuda de la señora Zoa que cosía para la casa, vivía extramuros, en los suburbios, allá donde la ciudad diseminada se iba convirtiendo en campo, un campo sórdido (dos hileras de chopos delimitando la tímida acequia) de pedrizas, basuras y huertos alambrados. Pero mientras en el suburbio norte, donde moraba la señora Felipa, la acequia vertebraba el caserío de adobes, con bardas cariadas preservando los corrales, en el sur, donde habitaba la señora Agustina, era la línea férrea la ordenadora del poblado, desperdigado por las faldas de los cerros, mísero como un aduar, acribillado a todas horas por los silbidos de las locomotoras.

En casa de la señora Felipa, en el arrabal norte, cercado por alambres de púas, había un huerto en el que cultivaba patatas, cebollas y lombardas, y en la trasera, preservada por una tela

metálica, criaba una docena de conejos blancos con párpados rojos, otra de gallinas pusilánimes, y un cerdo gruñidor arrinconado en una cochiquera de tablas mal avenidas por cuyas rendijas los niños le fustigaban con juncos. La figura grande y animosa de la señora Felipa, portadora de saludables aires rurales, atraía a los pequeños, los embelesaba con los pequeños acontecimientos de su mundo:

—Ayer parió la coneja.

—¿Sí, Felipa?

—Catorce gazapines echó.

—¿Tantos?

—Eso no es nada. Una tuve el año la gripe que parió veintidós.

La señora Felipa restregaba la ropa contra la tabla ondulada y jabonosa con sus enormes manos amorcilladas y Florita observaba sus dedos amoratados, hinchados como sapos, las yemas fruncidas como castañas pilongas, las uñas blancas:

—¿Te has fijado? La señora Felipa tiene manos de ahogada.

—¿Cómo son las manos de ahogada?

Florita le explicaba que los ahogados al principio se ponían rojos, luego amarillos y, después, morados, como las manos de la señora Felipa, y los dedos se les arrugaban porque el agua envejecía a las personas más aprisa que el aire.

En el buen tiempo, la Zoa sacaba a los niños los jueves a dar un paseo largo, porque papá Telmo no consentía verlos en casa o encerrados en el pequeño jardín:

—Tienen que dar un paseo, Zita; tienen que hacer ejercicio. El músculo que no se fatiga, se intoxica.

La alternativa no variaba:

—¿Dónde queréis que vayamos, donde la señora Felipa o donde mi cuñada Agustina? —inquiría la señora Zoa.

Los niños no vacilaban:

—Donde la señora Felipa.

Pero la señora Zoa tiraba para el suburbio norte o para el suburbio sur según le viniera en gana.

La señora Agustina, su cuñada, era viuda con dos hijos, Daniel, cetrino, musculado y hosco, que trabajaba en la planta baja en su banco de carpintero y seguía el curso de las horas por los pitidos de los trenes ascendentes y descendentes, y la Felisilla, la niña, un poco corta, babeante, que, pese a haber cumplido diecisiete años, no conocía otra distracción que revolcarse en el montón de virutas que saltaban del cepillo, riéndose sin causa. Mas en aquella casa, aparte la manifiesta hostilidad de Daniel, no había más bichos que un macho de perdiz enjaulado junto a la puerta que no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, picoteando los alambres, como buscando un agujero por donde escapar, y un canario amarillo, espantadizo, que no sabía

cantar porque era hembra. Como la señora Agustina les prohibía pisar la huerta, a los niños no les quedaba otro entretenimiento que encaramarse a la higuera tan pronto las brevas empezaban a sazonar. Pero a Daniel, el carpintero, terminó también por disgustarle que se comieran los frutos maduros, con lo que Gervasio y Florita, cuyo último recurso consistía en sentarse en el cembo para ver pasar los trenes y decir adiós a los viajeros, no dudaban ante la opción planteada cada jueves de primavera por la señora Zoa:

—Donde la señora Felipa, Zoa; en casa de tu cuñada nos aburrimos.

Bien procedieran del arrabal norte o del sur, Flora y Gervasio regresaban al caer la tarde, con las piernecitas entumidas y el rostro quemado por el primer sol. Ya cerca de casa, en el callejón de las Brígidas, entre dos luces, solían cruzarse con la Amalia y el Anselmo Llorente, muy juntos, muy amartelados, aprovechando la penumbra. A veces, la Amalia, encandilada, ni los veía, y en esos casos Gervasio le propinaba inocentemente un azote en las prietas nalgas y le gritaba:

—¡Adiós, Amalia!

Ella se volvía sobresaltada:

—¡Habrase visto! Este chico es de la piel de Barrabás.

En la encrucijada, frente al arco de dovelas del portón de palacio, los hombres empezaban a llegar al Friné, cautelosos, desconfiados, ocultando los ojos bajo el ala del sombrero, excepto los jóvenes reclutas que lo hacían a cuerpo limpio, riendo y voceando, con juvenil altanería, sin reservas. Unos metros más allá, los niños se detenían ante el kiosco que les brindaba todo un mundo de sugestiones: tebeos, pelotas de goma, canicas multicolores, recortables, regaliz de palo, chufas, altramuces... La señora Zoa, desde que Florita cumplió ocho años, ya no les aguardaba, se metía deprisa en el portalón, limitándose a rezongar:

—Ya estáis arriba, ¿eh? Ya sabéis cómo las gasta la mamá.

Pero ellos hacían sus adquisiciones y cambalaches con calma, cuidando de sacar el máximo rendimiento a la propina de papá Telmo y, en su caso, al cuproníquel del tío Felipe Neri, y al concluir subían la ancha escalera de madera encerada por la alfombra granate del centro, charlando, planeando juegos hasta la hora de la cena, intercambiando fruslerías.

Una noche, seis semanas después de la enfermedad de Florita, bien porque la Amalia se retrasara, bien porque se hubiere citado con el Anselmo Llorente más tarde que de costumbre, vieron venir a éste muy excitado, diciéndole escuchitos a una de las muchachas rubias del Friné que taconeaba firmemente sin hacerle caso, pero como quiera que la acera era angosta, el Anselmo Llorente trotaba a su lado, un poco rezagado, subía y bajaba de la calzada, brincaba, estiraba su

flaco y arrugado pescuezo de tortuga hasta enredar su naricilla puntiaguda en las melenas de la mujer rubia, pero ésta seguía su rumbo imperturbable, como si el Anselmo Llorente no existiera. Gervasio dio con el codo a Florita y ambos se detuvieron en la esquina y, al pasar junto a ellos la pareja, dijeron a dúo:

—Adiós, Anselmo Llorente.

El Anselmo Llorente empalideció, el tono cerúleo de su piel se volvió casi verde, se detuvo, se ajustó el nudo de la corbata haciéndose el distraído y, por fin, se inclinó sobre ellos:

—¿Qué demontres pintáis vosotros aquí?

—Venimos del kiosco.

—¿Y dónde se ha metido la señora Zoa?

—Arriba, ¿por qué?

—Por nada. No está bien que andéis solos por la calle.

—¿Quién era esa señora rubia que iba contigo?

El Anselmo Llorente se sujetó los lentes con un dedo, se abotonó la americana, sacudió sus frágiles hombros, vaciló, señaló, por último, a la muchacha rubia que entraba en ese momento en el café y dijo despechado:

—Ésa, como todas las de ahí dentro, no es más que una zorra. —Hizo pinza con dos dedos, prendió el cuello de Gervasio y se dobló sobre él—: Pero a la Amalia no le vayas a ir con el cuento, ¿me has entendido? —Oprimió el pescuezo del niño como para advertirle que estaba dispuesto a estrangularlo—: Ahora sube y dile a la Amalia que baje, que llevo media hora de plantón y estoy jodido.

III

El domingo 28 de abril de 1928, tan pronto el niño Gervasio García de la Lastra salió a la calle, dando brincos, con el cuproníquel en el bolsillo, tío Felipe Neri se sentó en el escritorio, ante el cuaderno de pastas de hule, apartó el secante color de rosa que separaba dos páginas, trazó en lo alto una cruz y escribió con su caligrafía débil, redonda y elaborada:

«Acabo de regalar a mi sobrinito Gervasio mis ropas, avíos y trebejos de militar desde mis tiempos de cadete, desprendimiento que me ha supuesto dolor, ya que treinta años de vestuario constituyen un inagotable venero de recuerdos; pero oportuno y discreto, parece que el héroe empiece a familiarizarse con su atuendo. Espero que mi cuñada Zita no interprete mal mi liberalidad, que no pretende incitarle a la violencia sino tan sólo vestir su vocación. Antes de nada pregunté al niño, mirándole a los ojos, qué es lo que sentía durante sus crispaduras y él, muy reflexivo, me respondió: "Como ánimos, tío; como ganas de matar a muchos malos".

»De ahí que me sorprendiera su tibia reacción al ver las capas, guerreras, casacas, gorras, correajes y botas desparramados por la alfombra del Oratorio. Su primer movimiento fue pueril: introdujo sus piececitos dentro de unas botas de campaña que le cubrían medio muslo y, taconeando torpemente, dio dos vueltas a la habitación. Después, puso sobre sus frágiles hombros la capa azul celeste, de gala, y me dijo quedamente: "¿Puedo mirarme en un espejo, tío?". Le precedí hasta la alcoba y, ante la luna del armario, permaneció inmóvil, contemplándose largo rato, al cabo del cual se volvió hacia mí y, a su manera, como recriminándome, me dio a entender que no comprendía cómo se podía vivir una vida dentro de aquella ropa sin experimentar el prurito de ser un héroe. Me dejó confundido, la verdad, pero como este niño, desde la famosa noche del trance, me infunde un augusto respeto, experimenté una sensación rara, como si estuviera afrontando el juicio de Dios y, entonces, le abrí el corazón y reconocí humildemente que, por mi edad, bien pude luchar en Marruecos contra la morisma, pero mi delicada salud me lo impidió. Él levantó la cabeza, con esa gravedad adulta con que sabe hacerlo, y me miró a los ojos con tal aplomo que me sentí disminuido, como varado y desnudo, y apenas pude argüir: "No me mires como a un cobarde, Gervasio, por amor de Dios; tu tío no es un cobarde sino un

enfermo”, pero él continuaba escrutándome con ese algo de sobrenatural e insoportable que en ocasiones brilla en sus ojos, de tal manera que la angustia se me enredó en la garganta y me faltó poco para echarme a llorar. Fue una ventolera fiscal. Cuando regresamos al Oratorio, volvió a ser el niño de siempre: amontonó las guerreras, hizo girar los acicates, se metió las gorras hasta los ojos, se abrochó los correajes y, por último, me preguntó con candor si, dueño ya de aquellas ropas y pertrechos, no le faltaba más que ser valiente para ser un héroe. Su pregunta volvió a sorprenderme, pero como creo en el destino de este niño con la misma fe que si me lo hubiera anunciado un ángel, el mismo Dios debió de inspirarme la respuesta: “Lo primero que se necesita para ser héroe —le dije— es una buena causa. Ya puedes realizar las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa noble será un sacrificio inútil”. El niño me escuchaba con la cabeza un poco ladeada, y asentía, y en la expresión perspicaz de sus ojos amarillos adiviné que comprendía mis palabras y que, en lo sucesivo, sabría diferenciar una buena causa de una causa injusta con la misma nitidez con que hoy distingue el color de sus canicas.»

Unos días más tarde, conforme avanzaban en el Buick verde de papá León por las angostas rúas del barrio antiguo, camino del colegio, Gervasio, vestido de marinera blanca, sentado en el transportín entre sus dos hermanas, observaba el cogote de Benigno, el chófer, su perfil recio, inescrutable, su gorra nueva, su uniforme gris, nuevo también, con tres botones dorados en cada bocamanga. Por asociación de ideas pensó en sus propios uniformes y, al momento, desvió los ojos, cambió una sonrisa de entendimiento con la señora Zoa, sentada junto a Benigno, y, al sonreírla, sintió en la cabeza una tirantez extraña. Mamá Zita, que compartía el asiento trasero con tía Cruz y papá Telmo, había tenido una hora antes, al atusarle, un presentimiento oneroso: temió que el niño, excitado por la ceremonia, conmovido por las notas del órgano y los motetes sentimentales de las monjitas, pudiese sufrir un nuevo repeluzno y promover un espectáculo. Agobiada por este temor, se esforzó en plancharle el cabello, después de adensárselo con agua azucarada y un frasco de fijador que mandó comprar a la Amalia:

—Mamá, ¿por qué me peinas tan fuerte?

—Hoy es un día señalado, Gervasio. Aún eres muy niño para comprenderlo.

Mamá Zita nunca había conversado con su hijo sobre el ostento; en rigor, no había comentado el hecho con nadie salvo con su hermana Cruz. De natural moldeable, aceptaba todo menos la obstinación de papá León por imbuir en aquella cabecita tan tierna «la obligación de ser héroe». Llegado el caso, ella no se opondría, pero

tampoco deseaba facilitarlo. Más que el futuro, más que lo que pudiera ocurrir, le atormentaba de momento la transformación física que experimentaba el pequeño, la palidez de su tez, su piel erizada, sus cabellos disparados, en punta. A solas, le confiaba a su hermana: «No me agradan esas experiencias, Cruz, no pueden ser saludables. En una de ellas mi hijo podría quedarse así para toda la vida. ¿Imaginas algo más horrible?». Por eso, nada había objetado al regalo de su cuñado: aquellos uniformes constituían un juguete, un elemento de distracción, pero le encorajinaba, en cambio, la terquedad de su padre, sometiendo al niño día y noche a experiencias psicológicas. A mamá Zita le había quedado grabada la imagen de aquella cabecita aleonada, desplegada y abierta como un puerco espín y, muy vivo, un supersticioso temor a reproducirla: «Si es cosa de Dios —le decía a su hermana Cruz—, Él ya ha desempeñado su papel, revelándonoslo. A nosotros no nos queda más que esperar». Para ella, lo pertinente era rodear a Gervasio de una atmósfera neutra, acolchada y protectora, que le permitiese un desarrollo sin traumas hasta que, llegado el momento, el Señor o el tiempo, el tiempo o el Señor, desvelasen el misterio, aclararan si aquellos extraños fenómenos epidérmicos respondían a pura física recreativa, como Vidal sostenía, o se debían, por el contrario, a causas sobrenaturales.

Acodados en el banco después de comulgar, mamá Zita, inclinada sobre la cabeza engominada de Gervasio, le sugería, entre sollozo y sollozo, las peticiones que debería formular a lo Alto, «porque Dios no puede negarte hoy (le había dicho mientras le estiraba, con amor, el cuello de la marinera) nada de lo que le pidas». Y Gervasio repetía, sumisamente, lo que mamá Zita le apuntaba, en tanto los motetes nasales, al baño maría, de las monjitas, maceraban su espíritu, elevándolo sobre la cotidiana vulgaridad. De pronto, mamá Zita recostó la frente sobre la planchada cabeza del niño y le susurró, como de pasada, que rogase también con mucho fervor por papá Telmo, ante lo cual Gervasio levantó despacio la cabeza, como rechazando la acusación que aquellas palabras envolvían:

—¿Es que es malo papá Telmo?

—No se trata de eso, hijo. No se trata ahora de que papá sea bueno o malo. Hoy tienes que pedir a Dios por todos, para que los malos se hagan buenos y los buenos se hagan mejores. ¿Me has entendido?

Pese a la aclaración, el niño continuaba devanándose los sesos: tal vez papá Telmo no fuera malo, pero algo debía de haber en él que no marchaba, que era conveniente enderezar, desde el momento en que mamá Zita lo incitaba a rogar «con mucho fervor» por él. ¿Sería, quizá, porque no había comulgado? Pero tampoco tío Vidal, ni otros hombres de los congregados en la capilla lo habían hecho, luego no

era aquélla una razón suficiente. Reclinado sobre el escañil, sobrecogido, miró a hurtadillas la corpulenta figura de su padre, de pie, junto a él, erguido en su rayado terno marrón, la oscura mirada perdida en la arcada del ábside, esperando que él, su hijo, terminase de dar gracias. Le asaltó una idea peregrina: luchar contra papá Telmo, ¿sería una buena causa? Sacudió la repeinada cabecita, pero la idea lo perseguía insidiosa: la lucha entre un padre y un hijo ¿podría ser, en algún caso, una buena causa? Apretó los ojos contra el antebrazo y musitó con la mayor unción: «Dios, Dios, que mi papá sea bueno», pero ya los comulgantes se habían incorporado al oír la seca palmada de la hermana Luciana desde el banco lateral y, arriba, en el coro, dos docenas de vocecitas atipladas, conjuntadas por el órgano, entonaban:

> Véante mis ojos,
> dulce Jesús bueno,
> véante mis ojos,
> muérame yo luego.

Ante el pocillo de chocolate humeante, presidiendo la gran mesa ovalada del Círculo, con un centro de flores blancas, Gervasio preguntó ingenuamente por sus tíos Norberto y Adrián, pero papá Telmo volvió la cabeza para el otro lado, como si no le hubiera oído, en tanto mamá Zita le anudaba al cuello la inmaculada servilleta y le decía a media voz:

—Tú come y calla; tus tíos no pueden venir porque tienen que trabajar.

Mas, como el niño porfiase, su hermana Crucita estiró su largo cuello desde el otro lado de la mesa y aclaró:

—Los tíos tienen que despachar, ya lo sabes —y pronunciaba la palabra *despachar* con reticencia, como aludiendo a una actividad subalterna.

Los tíos Norberto y Adrián, hermanos de papá Telmo, eran gemelos, chatos, dentones, cuellierguidos y apenas se diferenciaban entre sí salvo en la estatura. El tío Norberto, que nació primero, era treinta centímetros más alto que su hermano Adrián, le sacaba una cabeza. Inseparables (en la tienda y en la calle), solitarios (sin amigos, ni mujeres), silenciosos, las pocas palabras que pronunciaban (monosílabos de ordinario) eran opacas, gangosas, como amasadas previamente en la nariz. Ninguno de los dos había influido en la boda de su hermano y, sin embargo, la familia De la Lastra guardaba hacia ellos un cordial resentimiento, como contra todo aquello que, de alguna manera, pudiera recordar aquel lamentable episodio. El juicio mezquino de mamá Obdulia al enterarse de las pretensiones

matrimoniales de papá Telmo («Esos García son tenderos, ¿no?; no parecen gente de fuste») se transmitió a la generación siguiente y tanto tía Cruz como tío Vidal pusieron, a su vez, especial esmero en insuflarlo (dejando a un lado a papá Telmo) en la otra, en Crucita, la más juiciosa de los sobrinos, una vez que alcanzó la edad del discernimiento. En puridad, la falta de fuste de los García radicaba en la pequeña mercería que regentaban en la calle de la Palma («el barrio más hortera de la ciudad»), detrás de la Plaza Mayor. Los desplantes vejatorios de mamá Obdulia robustecieron, sin embargo, el incipiente amor romántico de mamá Zita, apenas alimentado de miradas, apariciones furtivas en el mirador, e inacabables plantones a papá Telmo que pasaba las horas muertas rondándole la calle. El acoso materno, sus estudiados desdenes con el pretendiente, no consiguieron menoscabar la moral de mamá Zita; ni tampoco las mordacidades de tía Cruz («tu suegra estaba esta mañana regando los tiestos en el balcón con una bata de satén azul»), ni las ordinarias apostillas del tío Vidal («he visto a tu suegra con una sandía al brazo más gorda que su trasero»). Los inmensos ojos varados, de mansa mirada, de mamá Zita, no se alteraban y, o bien callaba, o respondía serenamente, sin irritarse, a las torpes alusiones de su hermano que, entre otras cosas, acusaba al pretendiente de «oler a vino de obrero»: «Más vale un obrero oliendo a vino que un holgazán oliendo a agua de colonia». De modo inesperado, la testaruda oposición de mamá Obdulia se derrumbó el día que papá Telmo se doctoró en Medicina con premio extraordinario. El profundo respeto de mamá Obdulia hacia la letra impresa y los títulos académicos pudo más que su sentimiento de clase. Mamá Zita y papá Telmo se casaron en Santa Brígida con todos los pronunciamientos favorables. Fue aquél el único acontecimiento familiar al que asistieron los tíos Norberto y Adrián, que prestaron escasa atención al suculento almuerzo (a pesar de sus largos dientes famélicos) y, al iniciarse el baile, se despidieron, ceremoniosos, al decir de la tía Cruz «porque tenían que abrir la tienda».

Muertos sus padres, los dos hermanos continuaron su vida rutinaria de siempre: de la mercería a casa y de casa a la mercería, con un alto ritual en el bar Correos, en la Plaza Mayor, para ingerir unos vasos de vino blanco y una aceituna. Por la tarde, después de cerrar la tienda, repetían la visita aunque solían cambiar de dieta: una patata frita en lugar de la aceituna. Según el señor Josué, el droguero de la esquina, los tíos se mantenían tiesos con tal frugal colación, «no comen otra cosa», juicio admisible porque ambos estaban descarnados como esqueletos, aunque, a decir verdad, nadie los vio nunca embriagados, como nunca se les vio separados o con mujeres. Mas, aunque apenas hablaban entre sí, se daba en ellos como una sincronía de movimientos, una coincidencia de gestos y ademanes que el señor

Josué denominaba pedantemente «la analogía dinámica de los gemelos». A ninguno le daba por sonreír, pese a que sus largos dientes al aire invitaban a ello, pero tampoco parecían aburrirse: sus ojillos redondos, de ave nocturna, observaban con atención la vida en torno, curiosidad que se trocaba en avidez ante los automóviles y motocicletas que poco a poco iban proliferando en la ciudad. Ante un motor, por simple que fuese, los tíos Norberto y Adrián eran capaces de pasarse horas enteras sin hablar ni cambiar de postura, simplemente observando, lo que inducía al señor Josué, el droguero, a comentar:

—Los *Mutis* miran a los autos como los demás hombres miramos a las mujeres.

Florita y Gervasio visitaban a sus tíos Norberto y Adrián a hurtadillas, en la mercería, los jueves de primavera, al iniciar los «paseos largos». Los tíos los recibían imperturbables, sin mostrar molestia ni regocijo, sin el menor desgaste verbal, salvo el exceso de llamarles barbianes, como hacía papá Telmo en las ocasiones solemnes, pero les dejaban jugar con la vara del metro, las cajas de herretes, las grandes tijeras y los ganchillos de coger puntos, en tanto la señora Zoa, contagiada por la frialdad familiar, los aguardaba fuera, de cháchara con el señor Josué o con la portera vecina. Al regresar los niños, siempre decía lo mismo, cualquiera que fuese su interlocutor:

—Madre, no me pondría yo delante de tus tíos así me pagasen mi peso en oro.

—¿Por qué, Zoa? Son buenos.

—No hablan, hijo; sólo miran. Y el hombre que no hace más que mirar no puede albergar buenas intenciones.

A pesar de la opinión negativa de la señora Zoa, los tíos Norberto y Adrián se mostraban liberales con ellos, de forma que cada tarde, concluida la visita, ambos se desabotonaban simultáneamente las chaquetas (como en un juego de espejos), introducían los dedos índice y pulgar en los bolsillos bajos de sus chalecos y les entregaban una peseta de plata a cada uno, el tío Adrián, el bajo, a Florita y el tío Norberto, el alto, a Gervasio; luego les propinaban unas palmaditas en el pestorejo y, realizando un visible esfuerzo, los despedían con sus voces sincronizadas:

—Hasta la vista, barbianes.

Conociendo la aversión que sus tíos despertaban en casa, Florita y Gervasio ocultaban sus visitas; desde muy temprana edad aquel rito formó parte de su vida secreta, lo que no era obstáculo para que ante cualquier acontecimiento familiar los echaran en falta y Crucita justificase su ausencia con crueles razones, insuficientes para sus caletres primarios:

—Con los tíos Norberto y Adrián nunca podremos entendernos,

pequeñajos. Hablamos dos idiomas diferentes.

Gervasio aceptaba aquella explicación imaginando que Crucita se refería a su mutismo, pero, a la menor oportunidad, volvía a requerirlos, buscando, en el fondo, una razón convincente, una respuesta que nunca llegó a formularse. De ahí que ahora, en el Círculo, simulara concentrarse en su pocillo de chocolate pero, en realidad, miraba el plano rostro de papá Telmo, esforzándose en averiguar qué se ocultaba tras aquellas cejas albazanas, bajo aquella piel coriácea, que impulsaba a su madre a pedir «con mucho fervor» por él. A veces, después de insistir en su mirada indagadora, creía entrever como una nube melancólica en sus ojos, como un asomo de impaciencia, o un entramado de pesadumbre, vislumbres que se desvanecían como el humo en el viento tan pronto papá Telmo rompía a hablar o reír. Mas era más frecuente que escuchara, ladeando la cabeza, los ojos bajos, en particular cuando se trataba de los ladridos (así calificó una noche ante mamá Zita la técnica de argumentación de su hermano) de tío Vidal, que era su antítesis. Incluso en el aspecto físico eran dos seres opuestos, ya que la tez morena, el cabello fuerte, las cejas espesas y oscuras, salpicadas por alguna hebra blanca, de papá Telmo, contrastaban con la sonrosada epidermis diabética de tío Vidal, su lúbrica calva lustrosa, sus cejas y pestañas albinas, prácticamente invisibles. Y así que tío Vidal martilleó, por segunda vez aquella mañana, que la manifestación de la Unión Patriótica en Madrid había sido un verdadero plebiscito, aunque fingiera dirigirse a la mesa en general tenía un específico destinatario, papá Telmo, pero éste sonrió, con una sonrisa colgada que tuvo la virtud de desanudar la voz de tío Felipe Neri, quien acababa de disolver en el agua unos polvos blancos y, con la copa en alto (como si fuese a brindar por alguien), terció con ánimo apaciguador que tal vez lo de plebiscito fuese un poco exagerado, pero sí revelaba un clamoroso estado de opinión. Gervasio miraba a los lados, estudiando las reacciones de unos y otros, preguntándose qué sería la Unión Patriótica, si se relacionaría o no con las plegarias de mamá Zita por papá Telmo, pero, inopinadamente, tía Macrina, que por ser la más joven de los adultos de la familia gustaba de pulsar siempre la nota negra, hizo un quite y desvió la conversación hacia la catástrofe del teatro Novedades, subrayando el escalofriante detalle de que varias de las víctimas apuñaban navajas ensangrentadas mediante las cuales habían tratado de abrirse paso entre la multitud enloquecida, ilustración a la que tío Vidal, ávido de controversia, replicó que se trataba de un hecho coherente, puesto que el español era un pueblo de histéricos y de cafres, y, ante el amago de discrepancia de tía Cruz y mamá Zita, repitió «de histéricos y de cafres», circunstancia que aprovechó papá Telmo para preguntarle con sorna que a quiénes consideraba más

representativos del temperamento nacional, si a los manifestantes de la Unión Patriótica a los navajeros del teatro Novedades, objeción que soliviantó al tío Vidal, quien gritó hasta enronquecer que «al hablar de plebiscito no se refería a la chusma sino al sector sano de nuestra sociedad». En este punto intervino mamá Zita para mostrar su desacuerdo y aducir que el español era un pueblo valeroso y que para demostrarlo bien cerca tenían la gesta del *Plus Ultra*, pero tío Vidal, incorregible discrepante, sonrió sarcásticamente y tronó que su hermana acababa de poner el dedo en la llaga, ya que, en efecto, el español, con tal de no trabajar, era capaz de descubrir América o atravesar el Atlántico en una lata de sardinas, «la cuestión era no dar golpe», desfachatez a la que tío Felipe Neri (que todavía arrugaba la cara después de ingerir los polvos blancos de la copa) replicó escandalizado que eso no, que España no fabricaría aeroplanos pero sí valientes para tripularlos y que Franco, Rada, Durán y Ruiz de Alda eran unos héroes inmarcesibles y, conforme tío Vidal sonreía, denegando con la calva, voceaba más y más, hasta que tía Cruz, velando por la úlcera de su marido, interpuso su carita empolvada y reconcilió los ánimos, sugiriendo que en lugar de discutir como energúmenos en un acto tan familiar y hermoso como la Comunión de Gervasio, bien podían organizar, aprovechando el buen tiempo, una excursión a la Granja de San Ildefonso para ver correr las fuentes. La propuesta de tía Cruz fue tan oportuna que tuvo la propiedad de aunar pareceres y aventar los últimos nubarrones de desacuerdo: irían a la Granja en familia, en los dos coches, todos excepto los dos pequeños y papá León, madrugando, puesto que las fuentes únicamente corrían hasta mediodía y, en opinión de los Bustillo, el espectáculo era un derroche de agua, luz y color. Gervasio no escuchaba ya la conversación de los adultos. Con la copa del azucarillo en la mano, meditaba en los misterios del heroísmo, en cómo una aventura tan atractiva como la del *Plus Ultra* podía considerarse heroica y, lo que aún se le antojaba más incomprensible, dónde radicaba «la buena causa» en una acción tan deportiva y banal.

De nuevo en casa, cansado de guardar las formas, vio a Florita apartar los visillos del balcón del cuarto de jugar y mirar con atención a la calle:

—Mira, un entierro —dijo la niña.

—¿Blanco o negro?

—Negro.

Se reunió con ella. Cuatro jóvenes enlutados, los párpados enrojecidos, los sombreros en la mano, se recostaban en los fríos muros de Santa Brígida, mientras una larga hilera de hombres, más relajados, los rostros circunstancialmente graves, iban desfilando por delante de ellos, haciendo corteses reverencias:

—Debe de ser una mujer.

—¿Quién?

—La muerta. ¿No ves qué caja tan pequeñita?

Gervasio volvió la cabeza ilusionado:

—¿Quieres que juguemos?

—Bueno, empiezo yo.

La niña abrió el balcón y, por el hueco, penetró el réquiem de don Urbano, el párroco, apenas tarareado, sin pronunciar. Al concluir, el acompañamiento empezó a dispersarse, mientras los allegados seguían a duras penas el cansino trotecillo de los caballos, los cascos resonando en los adoquines del pavimento, y en los balcones altos del Friné una mano invisible recogía los visillos y asomaban los curiosos rostros rubios de dos internas.

El juego de los entierros era uno de los preferidos de los niños, en el que apostaban la tableta de chocolate de la merienda o una golosina del kiosco acerca del número y color de las carrozas que harían alto esa tarde en Santa Brígida:

—Cinco negras.

—Tres negras y una blanca.

Y si acaso habían desfilado cuatro carrozas negras y, en el recodo de la calle empedrada, asomaba la quinta, empinada y traqueteante, Florita o Gervasio, el niño afortunado, no acertaba a reportarse, palmoteaba con júbilo y lanzaba vítores, ante las miradas escandalizadas de la comitiva. En ocasiones, la señora Zoa, que repasaba la ropa interior en el cuarto de jugar, se sumaba a la pugna infantil, puesto que, como a todos los viejos, le placía ver desfilar a los muertos (probablemente más jóvenes que ella; sin duda, con más recursos) entre los barrotes del balcón y sentirse superviviente. A veces, con motivo del fallecimiento de algún personaje eminente de la ciudad, también Crucita se incorporaba al grupo, no para competir, sino para comprobar, a través de los finos visillos, si el coche, el acompañamiento, el atuendo del auriga y el número de caballos, correspondían a las pretensiones del finado. En esos casos, Flora y Gervasio anotaban las carrozas con los dedos, sin hablar, ya que Crucita consideraba el gusto por los entierros una manifestación macabra, zafia y vulgar, «propia de gente baja», y se lo tenía prohibido.

Al anochecer de ese mismo día, papá León, con aires de misterio, se encerró con Gervasio en su gabinete y, como de costumbre en las últimas semanas, antes de cerrar la puerta, miró a un lado y otro del pasillo para cerciorarse de que nadie lo espiaba:

—¿Recuerdas lo que te prometí para el día que hicieras la Comunión?

El niño titubeaba:

—No me acuerdo —respondió al fin.

—¿En tan poca estima tienes la memoria del General? —enarcaba la ceja derecha y tres profundas arrugas remedaban la ceja en el mismo lado de la frente:

—¿Don Cástor?

—Don Cástor, naturalmente, ¿qué otro general podía ser?

—Ya me acuerdo —dijo el niño de pronto—. Me prometiste enseñarme la bala que hirió al General y la boina que llevaba puesta cuando lo mataron.

Papá León se agachó y abrió el último cajón de la cómoda:

—Aún te dije más —añadió con la mayor solemnidad—. Te dije que esa boina y esa bala serán para ti el día que yo muera. Es mi voluntad y así constará en el testamento pero, por si acaso, ya estás advertido.

Sacó una cajita azul purísima, como de joyería, y la destapó con fruitiva reverencia. Un pedazo de plomo informe, chafado, grisáceo, como una corpa mate, reposaba dentro, entre algodones:

—¿Son así las balas, papá León?

—Escúchame, después de matar así son; antes son más esbeltas y afiladas.

—Pero no tiene sangre.

Papá León cabeceó contrariado:

—Arresti, el cirujano de campo, tuvo la mala ocurrencia de lavarla antes de entregármela como recuerdo.

Depositó el estuche azul sobre la cómoda, se agachó de nuevo y extrajo una gran caja redonda, achatada, con una anguila de mazapán grabada en la cubierta. La descubrió y, dentro, entre media docena de bolas de naftalina, apareció una boina despeluzada, de un rojo envejecido, con una placa dorada en el centro, cubriendo el rabillo, donde decía: «Dios, Patria, Rey».

—Ésta es la boina del General, hijo. Ya sabes dónde está.

—¿La llevaba puesta don Cástor cuando lo mataron?

—Así es. El General no se la quitaba ni para dormir.

Las mejillas del viejo estaban inyectadas y, como cada vez que analizaba algo de cerca, los lentes se habían deslizado hasta la punta de la nariz y miraba por encima de los cristales. Con sus pequeñas manos rugosas dobló el vuelo de la boina y mostró un agujero, como de polilla:

—Observa, la bala entró por aquí.

Gervasio volvió lentamente la cabeza:

—¿Fue un héroe don Cástor, entonces?

—Pues naturalmente que fue un héroe, ¿qué te pensabas?

El General murió ante Burceña, dirigiendo el contraataque. Éramos quinientos hombres contra cuatro mil y, cuando cayó, y Trifón

y yo acudimos a socorrerle, nos apartó con un gesto y dijo: «Es hora de pelear». Luego, una vez terminado el combate, cuando volvimos a su lado, don Cástor ya había muerto.

El niño se recostó en el canapé, pensativo:

—¿Me lo quieres contar más despacio, papá León?

El anciano consultó su viejo reloj:

—Otro día —dijo mirando de reojo hacia la puerta—. Es hora de cenar y tu madre se enfadará conmigo si nos encuentra juntos. Ya sabes cómo las gasta.

IV

La señora Zoa atravesaba el parque cada mañana, con un niño de cada mano, camino del colegio, y durante los prolongados inviernos (muy duros en la ciudad) la niebla se enredaba entre los esqueletos de los árboles y la mujer y los niños, como sombras fantasmales, semejaban los últimos habitantes de un mundo inanimado. A la difusa luz crepuscular, grises ratas gigantes cruzaban los paseos, y entre el follaje, junto al estanque helado, se oían los alaridos terminantes de los pavos reales. A Gervasio, con la peluda bufanda hasta los ojos, le agradaba la media luz de la estación, los jardines desiertos, el aliento blanco de la señora Zoa precediendo a su roja nariz, como si ella misma fuera una fábrica de niebla. Los días de lluvia, en primavera y otoño, se formaban grandes charcos en los paseos, hormigueantes de lombrices, y la señora Zoa brincaba de un lado a otro para no pisarlas, con el negro paraguas abierto, como una equilibrista, pues nada le repugnaba tanto como los ratones y los animales reptantes.

En los días extremosos solían encontrarse con la Enana en el paseo central, la señorita Candelaria Alonso, rubia, de media edad, los largos tirabuzones sobre los hombros y su cuerpecillo ruin, más chico que el de Gervasio, encaramado en una bicicleta minúscula, de anchas llantas y ruedecitas laterales de seguridad. Y no era raro que, estando contemplándola, apareciera por el lado opuesto la señorita Aurora Burgos, la Madruga, una mujer lineal, de dos metros treinta de estatura, cargada de espaldas, cuya reducida cabeza se desvanecía en lo alto, difuminada por la niebla. Crucita decía que tanto la Enana como la Madruga eran «señoritas de buena cuna», distinguidas y bien educadas, pero, debido a su aspecto físico, se veían obligadas a recluirse en sus casas:

—Zoa, ¿por qué la Enana y la Madruga salen a pasear tan temprano?

—Por su facha, ¿no ves la facha que tienen? Si salieran a otra hora la gente se pitorrearía de ellas.

Aceleraba el paso y añadía como para sí:

—Digo yo si no podrían cortar a la una y añadirle a la otra y así quedaban las dos arregladas.

—¿Se puede, Zoa?

—Eso digo, hijo, si se podría.

Algunos días la señora Zoa, aprovechando la ausencia de Florita,

en cama con sus anginas periódicas, le hacía a Gervasio, en la profunda soledad del parque, tiernas escenas de amor:

—¿Que sería de ti, corona, si no fuese por la Zoa? ¿Eh? ¿Me lo quieres decir? —El niño la miraba por encima de la bufanda de lana, con sus inmóviles pupilas grisamarillentas—: A ti no te quiere nadie.

—¿Por qué no me quiere nadie, Zoa?

—¿Por qué, por qué? A saber, pero la mamá es ciega por la Crucita y, en cuanto a tu papá, no le saques de la Florita. Tú, para ellos, como si no hubieras nacido.

Familiarizado con estas confidencias desde temprana edad, Gervasio se compadecía de sí mismo, deploraba su orfandad, sentía la apremiante necesidad de un asidero sentimental:

—Tú sí me quieres, ¿verdad, Zoa?

La anciana se acuclillaba, oprimía al niño contra su pecho:

—Más que a las niñas de mis ojos.

Los dos se abrazaban en silencio, se besaban frenéticamente y lloraban al unísono, juntas las mejillas, bajo los absortos castaños escarchados.

Mamá Zita no congeniaba con la señora Zoa:

—Reúne todos los defectos de las criadas que envejecen en casa —solía decirle a su hermana Cruz—. No puedo conseguir que a Crucita la llame señorita y yo creo que ya va teniendo edad para ello.

Por una u otra causa, mamá Zita y la señora Zoa estaban en permanente desavenencia. Y cada vez que regañaban, la señora Zoa, considerándose ofendida, comenzaba a hipar, se recluía en su cuarto y se ponía a hacer la maleta. Gervasio, testigo de la ofensa, lloraba junto a ella, agarrado de sus sayas, y le encarecía que no se fuese, y a pesar de que la escena, repetida cien veces, nunca pasó de un simulacro, el niño no acababa de escarmentar. Entre suspiro y suspiro, la vieja iba guardando en la maleta su caracola (que Gervasio le regaló un verano en Fuenterrabía y recataba el bramido del mar), el velo, las peinas, las ligas, la fotografía de su cuñada con sus hijos el Daniel y la Felisilla, sus ropas negras, y cuando al final sonaba el taque de la cerradura, Gervasio sollozaba como si le arrancaran el alma:

—¿Te acordarás de mí?

—Sí, Zoa.

—Pero ¿siempre, siempre?

—Siempre, Zoa.

—¿Aunque me muera?

Ante tan macabra posibilidad, al niño, como a su abuela Obdulia, le faltaba coraje para responder y arreciaba en su llanto. La vieja hacía un cambio de tercio:

—¿Sabes quién tiene la culpa de todo?

—¿Quién, Zoa?

—La Crucita, para que te enteres.
—¿Mi hermana?
—¡Qué Crucita había de ser!
La señora Zoa agarraba la maleta para marcharse y entonces el niño se apretaba enloquecido contra sus piernas negras y voceaba en pleno deliquio romántico:
—¡Si tú te vas, Zoa, yo me quiero morir!
La anciana, al oírle, depositaba la maleta en el suelo con dignidad, se agachaba y oprimía a Gervasio contra su costillar y besaba despiadadamente sus mejillas una y otra vez, con besos apretados, húmedos, sonoros, redondos, totalitarios y, al final, se enderezaba, ponía la maleta sobre la alta cama de hierro y, sin decir palabra, empezaba a deshacerla con parsimonia, ordenando en la cómoda las prendas y recuerdos que había sacado minutos antes. Al terminar, tomaba a Gervasio de la mano y ambos salían al pasillo donde Crucita los aguardaba con sus gordezuelos labios apretados, los verdes ojos centelleantes:
—Esto ya lo sabía yo.
—¿Qué es lo que sabías tú, di?
—Que no te ibas.
—Si me quedo, no te pienses que es por ti.
—Tampoco te creas que yo voy a morirme el día que te vayas de verdad, Zoa.
Tras cada uno de estos amagos, la vieja discurría una semana por la casa muda, hosca, enfurruñada, en tanto Crucita, causante de su infortunio, canturreaba, iba y venía triunfante de un lado a otro, la miraba por encima del hombro, porque en Crucita, al decir de su padrino, alentaba, más profundamente que en ningún otro miembro del clan, el orgullo de casta. Altiva, bella, discreta, era buena estudiante, sabía manejar los cubiertos de pescado con desenvoltura, opinar juiciosamente sobre altas cuestiones, jugar al tenis, andar, mirar, vestir un traje largo y arrancar cuatro notas armoniosas del piano del salón. En una palabra, a pesar de la lisura de su pecho (que ella asumía como una prueba más de su distinción), Crucita daba la talla, convivía con los adultos, en tanto los dos pequeños quedaban relegados al mundo subalterno del cuarto de jugar y la cocina. Pero, de pronto, Gervasio, la noche del 11 de febrero, se había revelado como un ser diferente, con unas dotes singulares, y automáticamente subió de consideración, siquiera todos disimulasen sobrecogidos, no ya su afección, sino las razones de su cambio de actitud hacia él. Gervasio advirtió la novedad. Era consciente del respeto que imponía, de que detrás de las palabras banales que se pronunciaban en su presencia, había otras solapadas que, si se evitaban, era por temor de que se produjera en su cuerpo algo que no sabían a ciencia cierta si

era aflictivo o deseable. Lo observaban con curiosidad disimulada, como a un pequeño mago con poderes taumatúrgicos, tal vez predestinado, y el niño, orgulloso y complacido, se dejaba querer. Tampoco para la señora Zoa pasó inadvertido el cambio de Gervasio, pero, ajena a su metamorfosis, lo achacaba a la edad y lo aceptaba con resignación, porque era cosa sabida que en estos lances de amor de las viejas vírgenes hacia los niños a su cuidado todo era lezne y efímero. Pero la ruptura aún no se había consumado, no había rebasado la fase de los dengues y los remilgos, de mostrarse mutuamente las llagas para que el otro le compadeciera; esto es, no tenía aún carácter definitivo:

—¿Por qué lloras, Zoa?

—Por ti, corona; ya no me quieres.

—Sí que te quiero, Zoa.

—¿Y por qué no viniste a verme ayer, di?

—Estuve en el salón con los tíos, Zoa.

La fecha del 11 de febrero había aportado un cambio en la vida de Gervasio. Tras su Primera Comunión, mamá Zita lo incorporó a la tropilla de sus hermanas, que cada domingo bajaban a la parroquia, a la misa de nueve que rezaba don Urbano. El niño se adelantaba alegremente para ofrecer agua bendita y, a veces, dejaba hundir la mano hasta sentir su frescura en la muñeca, pero un día mamá Zita le advirtió que aquello era pecado, que el agua bendita no estaba allí para lavarse las manos sino para lavar sus faltas y desviar su finalidad suponía una ofensa al Señor. Gervasio se corrigió, pero, en ocasiones, cuando el gordo Severo, el sacristán, llenaba la pila, se mojaba sin querer hasta los nudillos y llegada la noche, en la cama, era incapaz de dormirse, le roían los escrúpulos y recelaba del sueño ante el temor de no despertar, de amanecer muerto en la cama sin confesión.

Por Santa Brígida, mamá Zita obsequió al ecónomo con un mojicón, que tía Cruz y ella amasaron devotamente la víspera. Don Urbano, carilargo y astigmático, un ojo caído, amortajado por un párpado azul, miraba engolosinado con el otro el mullido mojicón y, después de agradecer el cumplido a mamá Zita, se puso a charlar con ella sobre los problemas del barrio y, en clara alusión a las señoritas del Friné, reconoció cuán difícil era en la ciudad, con mayor motivo en la zona monumental, separar el grano de la paja, y lo doloroso que resultaba que palacios blasonados habitados por familias ejemplares abriesen sus balcones a casas de perdición.

Florita, al separarse del ecónomo, inquirió:

—¿Es la nuestra una casa de perdición?

Mamá Zita se irritó:

—¿Eres tonta? Nuestra casa es el viejo palacio del conde de Pradoluengo y papá León su descendiente directo. Si el abuelo no es

conde es por modestia mal entendida.

A la mañana siguiente, Gervasio intentó deslumbrar a la hermana Luciana informándole que vivía en un palacio, pero ella respondió que ésa era una noticia del dominio público y nadie en la ciudad desconocía la casa del abuelo porque el blasón de la portada era el de mayor interés heráldico del barrio antiguo. Esa noche, Gervasio preguntó en la cocina qué era un blasón, pero la señora Zoa y la Amalia no supieron responderle y Florita aventuró que «sería una clase de perros», pero Crucita, que andaba al quite, aclaró que era un escudo, como el que había sobre el arco de la puerta, en el chaflán, bajo el mirador, y que un escudo así no lo tenían más que aquellos que en otro tiempo tuvieron un escudero, es decir, «gente de linaje y posición».

A partir de aquel día, Gervasio empezó a estimar su casa, que hasta entonces había considerado un caserón lóbrego y destartalado. Así, el amplio vestíbulo de techo artesonado, con el reluciente brasero de cobre en el centro, que siempre había desdeñado, se le antojó, de pronto, apto para que el conde holgase y se calentara los pies al regresar de sus correrías. De la misma manera, la discreta hendedura que mamá Zita ordenara perforar en el muro de la cocina para ver quién llamaba a la puerta de la calle, le parecía ahora al niño una elemental medida de precaución del conde para descubrir a tiempo a sus enemigos. Finalidad menos concreta, pero no menos sibilina, atribuía a las puertas secretas, decoradas con el mismo papel rameado de las paredes, de la sala verde y el gabinete del abuelo, e incluso a la gran chimenea del salón, cuya campana podía cobijar holgadamente una docena de personas.

Su orgullo familiar se tambaleaba, sin embargo, en la misa de los domingos, cada vez que mamá Zita, arrodillada junto a él, rendida la cabeza, le decía cálidamente al oído, después de comulgar: «No te olvides de pedir por papá Telmo», encomienda que acongojaba al niño y le inducía a pensar en una vergonzosa ascendencia por la rama paterna, sospecha que, al llegar a casa, le incitaba a mirar a su padre con recelo, a vigilarlo, sin que nunca lograse descubrir en él nada censurable, salvo alguna originalidad (quizá de «mal tono», como Crucita decía), como su costumbre de afeitarse con los pies descalzos sobre las húmedas baldosas del baño y con la puerta entreabierta, canturreando. Ante su incompetencia para hallar la solución, se confió un día a Florita:

—¿Por qué mamá me manda rezar por papá Telmo después de comulgar?

—¿No lo sabes?

—No.

Florita apagó la voz:

—Papá Telmo es curandero.

—¿Y qué es curandero?

—La hermana Caridad dice que los curanderos son brujos.

A pesar del tono confidencial, más bien admirativo, de Florita, su declaración le dejó atribulado, y con la sensibilidad en carne viva imaginó a papá Telmo, desnudo de medio cuerpo, el rostro enjabonado, haciendo conjuros ante el fuego de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, al pie, ataviada con el casco y el peto de los guardianes dormidos), convocando al espíritu del último conde de Prado-luengo. Por esta vía le llegaron a Gervasio los primeros miedos: a la oscuridad, a los fantasmas, a los crujidos dolientes del entarimado de roble, a los bultos imprecisos de los muebles, a los grandes espacios vacíos de la casona. Algunas noches reclamaba agua sin tener sed, únicamente por el consuelo de ver aparecer a la Amalia o la señora Zoa, pero la mayor parte de las veces se dominaba, reprochándose esta debilidad, y, en tales casos, la boca se le secaba, la ansiedad se asentaba en su estómago, y había de cubrirse la cabeza con el embozo para conseguir dormirse. A papá Telmo lo miraba con aprensión, y el mero hecho de verle enjabonarse la cara en el baño con los pies descalzos, tan antiguo como su conciencia, se le antojaba, tras los últimos descubrimientos, parte de un ritual mágico cuyas últimas consecuencias se le escapaban. Una noche, en la cocina, a solas con la Zoa, le preguntó por aquella misteriosa liturgia de papá Telmo:

—Son cosas de tu papá para hacer del cuerpo.

—¿Para hacer del cuerpo, Zoa? —desorbitaba sus ojos amarillentos.

—Para mover el vientre, hijo; tu papá es un médico de esos que dicen naturistas.

Aquellas palabras crípticas (hacer del cuerpo, naturista, que de alguna manera relacionaba con la brujería y las ciencias ocultas) acrecentaron las sospechas de Gervasio, de modo que su desconfianza incipiente se trocó en temor. Pero era cierto que papá Telmo, después de ejercer durante unos meses en un bello pueblecito vasco, se sintió llamado por la medicina naturista, se instaló en la capital e hizo imprimir su especialidad en su recetario y las tarjetas de visita (a los que Gervasio, tal vez por falta de curiosidad, no tenía acceso) con objeto de no ser confundido con los médicos alópatas:

—¿Y qué diferencia hay? —preguntaba sarcástico tío Vidal.

—El alópata echa veneno contra las moscas; el naturista retira el pastel y las moscas se van —respondía papá Telmo con la seguridad con que se exponen las cosas obvias.

En las contadas ocasiones en que papá Telmo asistía a las veladas sabatinas, tío Vidal le tiraba de la lengua y su cuñado le seguía la

corriente de buen grado, simulando una fiebre proselitista que tal vez sintiera de verdad aunque de ordinario la ocultaba:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra —decía sonriendo.

Y, en efecto, su dieta era preferentemente vegetal y siempre morigerada, pero se abstenía de imponérsela a los niños (tal vez para evitar un enfrentamiento con mamá Zita), con los que se mostraba tolerante, según decía, a causa de la edad:

—La albúmina es necesaria en tanto el organismo está edificándose. Más tarde, sobra.

Los domingos a primera hora, caminaba a paso de marcha hasta algún pinar o monte de encinas solitario y, una vez allí, se desnudaba (incluso en invierno, bajo temperaturas de bajo cero), hacía unos minutos de gimnasia respiratoria y, luego, correteaba un par de horas, descalzo, entre las matas, soleándose. Por principio rechazaba el baño de sol y preconizaba el baño de luz pero nunca inmóvil, sino caminando y antes del cenit:

—Hay que aprovechar los rayos químicos; a mediodía son destruidos por los calóricos.

Una vez vestido, practicaba un cuarto de hora de alimentación ocular, mediante la cual, y según sus teorías, el cerebro y la médula recibían el refuerzo del sol a través del nervio óptico:

—La luz nos exalta; las sombras nos entristecen.

Tío Vidal se guaseaba al oírle y aducía que los grandes deportistas eran carnívoros y reposaban en la cama, a lo que papá Telmo replicaba que tal vez los grandes, sí, pero no los «escogidos», aquellos que se guiaban por la máxima elemental de que «el músculo no se fatiga sino que se intoxica». Cuando salían a relucir estos temas en la tertulia, papá Telmo afirmaba, medio en broma medio en serio, que durante su estancia en Vascongadas había llevado a cabo experiencias con pelotaris y aquellos que se sometían a un régimen de frutas secas, almendras y otros productos oleaginosos, «abandonaban la cancha como si salieran de un baño reparador, frescos y relajados, mientras sus adversarios no podían con los calzones». De pascuas a ramos, tío Felipe Neri metía baza en la conversación, arrugando la cara, como de costumbre, a causa de los ácidos, ocasión que papá Telmo aprovechaba para brindarle sus servicios:

—Si un día te decidieras, Felipe, en un par de meses te dejaría el estómago como nuevo.

Mientras duraban estas conversaciones, mamá Zita se empequeñecía, se avergonzaba, hubiera dado cualquier cosa por hacerle callar o desaparecer del salón, no porque sus observaciones le parecieran científicamente infundadas, sino porque se le antojaban plebeyas, y Telmo, al exponerlas, ponía al descubierto lo más indigno de su extracción social. Papá León y los tíos le escuchaban, en cambio,

con manifiesta curiosidad, como a un tipo pintoresco, como pintorescos eran, a juicio de tío Vidal, «los tres o cuatro lunáticos que acudían diariamente a su consulta» y a quienes, por orden de mamá Zita, recibía en las habitaciones más destartaladas del fondo de la casa.

En ausencia de papá Telmo, los tíos comentaban sus puntos de vista médicos. Y si para tía Cruz papá Telmo no era otra cosa que un curandero fachendoso que presumía de vanguardista, para tío Vidal (que reía con carcajadas destempladas y su voz percutía al hablar como el martillo en el yunque) su cuñado no carecía de ingenio, pero estaba más loco que una cabra, y para tía Macrina, su mujer, que enfocaba a mamá Zita sus dos ojos juntos, como los cañones de una escopeta («demasiado bonitos para ser dos», en expresión de don Trifón de la Huerta, que evitaba así, galantemente, hablar de su excesiva proximidad), era una desgracia como otra cualquiera:

—Pobre Zita; buena te ha caído.

Y mamá Zita, vejada, soliviantada, se defendía entonces y trataba por todos los medios de justificarle:

—Cuando nos casamos no era así. Telmo era un médico como los demás. Se volvió raro después, al morir mamá, cuando le dio por leer librotes y cartearse con médicos extranjeros.

Sin embargo, la confusión de mamá Zita llegó al colmo la noche en que tío Felipe Neri, asumiendo el celo de Dios, levantó el dedo índice por encima de su cabeza color ceniza y profirió el tremendo anatema:

—Lo peor es que Telmo por este camino no puede desembocar más que en el panteísmo.

Un silencio glacial envolvió la reunión. Tía Macrina levantó los hombros, frunció los labios y miró a tía Cruz; ésta sacó la puntita de la lengua, una lengua rojo sangre, en contraste con su cara de yeso, y la pasó por el labio superior; papá León agachó la cabeza y carraspeó banalmente y, por último, mamá Zita, sin saber a punto fijo qué partido tomar, ignorando si acusaban a su marido de comunista, de francmasón o de ambas cosas a la vez, hizo tres pucheros consecutivos y rompió a llorar. Tan sólo tío Vidal, despreciando el qué diran y armándose de valor, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de panteísmo?

Ante su pregunta escolar, tío Felipe Neri se sonrojó débilmente (la úlcera le exigía demasiada sangre para sonrojarse del todo), se tomó unos segundos para reflexionar y replicó:

—Quiero decir que si Telmo continúa correteando desnudo entre los pinos acabará adorando a los pinos; la naturaleza terminará dominándole.

Aquello era más de lo que mamá Zita podía soportar, así que, tras

un profundo suspiro, se desplomó sobre el respaldo del sofá mientras tía Macrina, solícita, le soplaba dulcemente en la frente y tía Cruz la abanicaba con un abanico de guardas y varillas de marfil que había tomado de la consola:

—Querida, tú ya sabías que Telmo era más bien frío en materia religiosa.

Mamá Zita entornó los ojos de nuevo (remedando el gesto del guardián del Señor, en la copia del Giotto, en la chimenea), ahuecó los orificios de la nariz como si fuese a morirse o a estornudar y se desinfló:

—Pero ignoraba que adorase a los árboles como los monos.

Florita, la niña, no estaba al tanto de estos pormenores. Sabía únicamente, porque se lo había oído decir a tía Cruz, que papá Telmo era curandero. Y sólo cuando le preguntó a la hermana Caridad qué era un curandero y ésta se santiguó y le contestó que «una especie de brujo», se dio cuenta del alcance de la desviación de papá Telmo. Gervasio, por su parte, una vez ilustrado por su hermana, se sofocaba cada vez que mamá Zita le encarecía que pidiese por papá Telmo y, en su interior, suplicaba a Dios que su padre dejase de ser brujo, mas al día siguiente, al sorprenderlo canturreando, con la cara enjabonada (la risa roja sobre la espuma alba del jabón), descalzo sobre las baldosas húmedas del baño, advertía, acongojado, que el Señor todavía no le había escuchado.

Florita no le daba tregua, mantenía a su hermano en perpetuo sobresalto; cada tarde salía por un registro inesperado:

—Ya sé lo que es una zorra, Ger.

—¿Qué?

—Una mujer que hace pecados por dinero.

—¿Qué pecados?

—Eso todavía no me lo han dicho.

Un resplandor fugaz iluminó el cerebro de Gervasio:

—A lo mejor se lavan las manos con jabón en la pila de agua bendita.

Florita encogió los hombros:

—A lo mejor.

El niño quedó pensativo. Desde la tarde en que el Anselmo Llorente calificara de *zorra* a una de las señoritas del Friné, su cerebro no había dejado de cavilar. ¿Qué habría querido decir el Anselmo Llorente? ¿Que aquella señorita era libre como un animal silvestre? ¿Que era cauta y astuta como la raposa? ¿Que era una farsante como la zorra de la fábula? Ahora, tras los informes de su hermana, sabía más o menos a qué carta quedarse e imaginaba la casa de enfrente con una pila de agua bendita detrás de cada puerta y a las muchachas rubias enjabonándose las manos en ellas hasta las axilas y soltando

risotadas irreverentes ante la mirada impasible de don Minervino, el dueño. Un día, relacionando esta imagen con las conversaciones que de tarde en tarde sostenía con tío Felipe Neri, se le ocurrió la idea de que sacrificar a aquellas mujeres pecadoras y purificar la casa de las puertas de colorines por el fuego, bien pudiera ser «una buena causa»:

—¿Hacer el infierno para ellas, para que purguen sus pecados? —indagó su hermana Flora.

—Eso.

Ver a su hermana interesada en una idea suya exaltó a Gervasio hasta el extremo de que, sin mayor demora, empezaron a planear el incendio del Friné:

—Será como defender a Dios —dijo Flora—. Como si bajara del cielo el arcángel San Miguel con su espada de fuego.

—Eso —dijo Gervasio con entusiasmo.

—Como los cruzados de la Cruzada, ¿verdad?

—Eso.

Y el jueves siguiente, tan pronto mamá Zita y papá Telmo salieron con Benigno en el Buick de papá León, Florita y Gervasio apilaron en la trasera del callejón periódicos viejos y astillas que hurtaron de la cocina de la señora Zoa, mas, apenas había prendido la llama en los papeles, irrumpió tras ellos, sin hacer ruido, el Cigüeña, el antiguo guardia urbano de la vereda que, al tiempo que pisoteaba los periódicos humeantes, los agarró a cada uno por una oreja:

—¿Es que no se os ocurre cosa mejor, buenas piezas?

Los taladraba el agente con su ojo revirado.

—Sólo era una hoguera —arguyó Florita.

—Ya veo que era una hoguera, pero si no llego a tiempo lo mismo prendéis la casa y abrasáis la cuca a las niñas del Friné. ¿Sabe esto don León?

La niña negó con la cabeza, y conforme subían el ancho tramo de escaleras por la alfombra granate, con el Cigüeña en medio, ambos temblaban, pero cuando papá León (que en la primera década del siglo había sido alcalde de la ciudad durante una larga etapa) salió al vestíbulo y llamó Gerardo al Cigüeña y levantó los brazos y le dijo familiarmente, «¿cómo te va?» y le hizo pasar al gabinete, y sentarse, y le ofreció una copa de anís y un cigarro habano y, entre copa y copa, se pusieron a hablar de sus tiempos y a evocar a don Segismundo Moret y a Poli, el Patatero, y la decidida actitud del Cigüeña aquella noche, Flora y Gervasio empezaron a tranquilizarse. Y más tarde, cuando el Cigüeña marchó, con la cara congestionada por el alcohol, propinándoles amistosos golpecitos en la cabeza y diciendo «estos diablillos», olvidado para siempre el frustrado auto de fe, Florita le preguntó a papá León:

—¿Quién era Poli, el Patatero?

—¡Ah, Poli! —dijo papá León esbozando una sonrisa de siete lustros de nostalgia entre sus ralas barbitas amarillentas—: era un patatero de la calle de la Cárcava que una noche perdió la cabeza y se encerró en su cubil con un cuchillo de cocina en una mano y un revólver en la otra y todo se le volvía decir: «A mí los valientes. Al que entre, le rebano el gañote». Yo era alcalde entonces y recuerdo que los loqueros, atemorizados, no se resolvían a ponerle la camisa de fuerza, y, en éstas, fue Gerardo y, sin que nadie se lo ordenara, saltó por la ventana, se le echó encima y lo redujo. Fue un gesto de valor el suyo y el día de la Patrona, con la guardia formada en el patio del Ayuntamiento, le impusimos una medalla —se le ablandaban las pupilas a papá León.

Gervasio volvió la cabeza perezosamente hacia él:

—¿Es un héroe entonces el Cigüeña?

—Ah ¿conque llamáis *Cigüeña* a Gerardo, eh? Pues claro que es un héroe. ¿Qué te creías? ¿Que no podía ser un héroe un guardia de la porra?

V

Adormecido, seguía oyendo las voces retumbantes de papá Telmo y, acto seguido, sin solución de continuidad, mezclados con sollozos, los ruegos de mamá Zita, y de nuevo papá Telmo, imponiendo su vozarrón, y, otra vez, el llanto sofocado de mamá Zita, sus súplicas encarecidas, en un runrún confuso, de manera que cuando Gervasio abrió los ojos definitivamente y oyó el silencio, no supo a ciencia cierta si aquella discusión con sordina había sido un hecho real o lo había soñado. Se encaminó a la cocina:

—¿Dónde están los papás?

—Se fueron de viaje, corona.

—¿Dónde, Zoa?

—Con tus tíos, a la Granja, a ver correr las fuentes.

—¿Y por qué riñeron esta mañana?

—Regañaron por ti.

—¿Por mí, Zoa?

—A tu papá no le gustaron los disfraces que te regaló tu tío. Le mandó a Clemente que los quemara.

Clemente el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el conserje, cuidaba con esmero el pequeño jardín de la trasera de palacio. Tenía el cabello y las cejas blancos, un pelo de consistencia trabada como el algodón, albinismo que a juicio de la señora Zoa provenía de un susto, pero en cierta ocasión que Gervasio le hizo reparar en que Frutos, su hermano, también era pelicano, la señora Zoa arguyó que tal vez el del susto hubiera sido su abuelo, ya que estas cosas, por capricho del destino, salían a relucir cada dos o tres generaciones. Paciente, primoroso, de rara habilidad manual, Clemente podaba rosales, injertaba arbustos, esparcía tierra vegetal en los arriates y, en general, cumplía su misión con lenta eficacia y una boba sonrisa complacida bailándole en el rostro. Aquel reducto verde, recluido entre las galerías de las casas de Giralda (que en su día motivaron un contencioso porque, según don Vicente Colino, cronista de la ciudad, rompían el carácter monumental del barrio), la trasera del Gobierno Civil y las tapias del jardín de las Brígidas, encerraba una honda significación para Gervasio. Por sus paseos había discurrido su primera infancia y no había rincón, árbol, piedra o arbusto que le fuese ajeno. En la pequeña glorieta circundada por un seto de boj (que Clemente, con exceso de celo, mantenía a raya mediante recortes

semanales innecesarios) Gervasio había aprendido a andar y a montar en bicicleta. Posteriormente había jugado al escondite por el jardín con los hermanos Bidegaín (Fefa y Arturo) antes de que la serrería de don Arturo quebrase y tuvieran que regresar a Toulouse junto al abuelo paterno. Otra referencia obligada: la vieja morera que sombreaba la explanada de las cocheras (en la que papá León mataba estorninos con una carabina de nueve milímetros y bajo la cual, en el buen tiempo, leía después de comer papá Telmo, sentado en una butaca de mimbre), con cuyas hojas alimentaba a los gusanos de seda al llegar la primavera. Y el estanque circular, revestido de hojas muertas, que Clemente utilizaba para el riego y donde Flora y él atrapaban renacuajos que luego conservaban en una urna de cristal hasta que les crecían las patas y se convertían en ranas. O la grutita de rocalla, bajo el arco vegetal, con la imagen en blanco y azul de la Virgen de Lourdes, a la que rezaban devotamente el rosario las tardes luminosas de mayo, arrodillados en el césped.

Gervasio, acodado ahora en el balcón del cuarto de los armarios, miraba todo esto indiferente, los ojos fijos en Clemente apilando al pie del balcón las ropas militares de tío Felipe Neri. Y una vez que terminó de amontonar guerreras y capotes, el jardinero, como si culminara una ceremonia fúnebre, cubrió todo con la capa azul celeste (los rígidos alamares azul marino en el cuello), sacó un bidón del garaje, lo roció con gasolina y le prendió fuego. Gervasio no se alteró. Contemplaba la hoguera con la misma pasiva curiosidad con que observara dos semanas antes el presente del tío Felipe Neri, recreándose en las llamas, ajeno al motivo que las provocaba. Le fascinaba su brillo, su caprichoso caracoleo, el humo componiendo formas monstruosas en el aire, la resistencia al fuego de galones y brandeburgos y, finalmente, tras un furioso flamear, el círculo de blancas pavesas a que quedó reducido todo, excepto las botas de campaña, tiesas y negras en el centro, con los acicates puestos. Como reclamado por la intensidad de su mirada, el sordomudo levantó los ojos hasta el balcón y vio al niño, el mentón apoyado en el balaustre de hierro, atento e inmóvil. Le sonrió:

—¿Por qué lo quemas, di? —preguntó Gervasio.

Sin dejar de sonreír, Clemente emitió unos sonidos inarticulados, acompañados de expresivos ademanes:

—¿Te lo mandó papá Telmo?

El mudo asintió con torpes aspavientos. Apenas tendría veinte años, pero el cabello cano, la tez salpicada de pecas, le avejentaban. Continuaba sonriendo al recoger las cenizas con una pala y, cuando volvió a mirar a lo alto, Gervasio había desaparecido. La señora Zoa y la Amalia charlaban en la cocina y no repararon en la irrupción de los niños:

—Y el Rodolfo Francisco ese, ¿es de por aquí?

—Del barrio de San Juan; nacido y criado, señora Zoa, sólo faltaría. No quiera saber, ¡tan plantado! Más de tres días lleva bailando y como si tal cosa.

La vieja se iba contagiando del entusiasmo de la otra. En unos segundos trazó el plan de la tarde: al abuelo, que era comprensivo, le dejarían el vaso de leche con las galletas sobre el aparador, advirtiéndole que iban donde su cuñada para que no les aguardase. De este modo podrían permanecer en el Novelty hasta las nueve de la noche sin que nadie les echara en falta:

—Pero ¿se puede saber de qué estáis hablando? —terció Florita, harta de tanta palabrería sin sentido.

—De un concurso de baile, bonita —aclaró la Amalia, sin disimular su exaltación—. El Rodolfo Francisco, un chico de aquí, ha desafiado al Breslau, el campeón de Europa, a ver quién aguanta más. Desde el miércoles llevan dando vueltas como peonzas y el Rodolfo Francisco no se rinde. ¿Qué te parece?

La niña empezó a mostrar interés:

—¿Y bailan solos?

—Solos o acompañados, mira. Si tú quieres no tienes más que subir al escenario y echan un baile contigo.

Gervasio observaba a una y otra sin acabar de comprender:

—¿Y es que Rodolfo Francisco no come?

—¡Qué hacer!, pero sin parar de bailar; come mientras baila porque aquel que se pare está perdido.

—Y… y… y ¿no va al retrete el Rodolfo Francisco?

La Amalia se echó a reír, con aquella su risa descarada, tan bullanguera y jovial:

—El que vaya al water también pierde, bonito. Han de hacerlo en una lata. Pero como comen poco y sudan mucho pues a ver, apenas les aprieta la necesidad.

Los barrios populares hervían aquella tarde, vivían el reto de Rodolfo Francisco como cosa propia y las calles próximas al teatro se veían atestadas a toda hora. Era una multitud inquieta y fluyente, versicolor, siempre la misma y siempre distinta, como las aguas de un río. Unos grupos entraban en el local, a animar al ídolo, mientras otros salían a la calle a respirar, comentando su resistencia, sopesando sus posibilidades. El hecho de que el joven hospiciano Rodolfo Francisco, ojeroso y desmedrado, hubiese desafiado al campeón de Europa, un rubio jayán, era ya un acontecimiento que hacía reventar sus pechos de orgullo patrio. En rigor, el Rodolfo Francisco, aun con leves desfallecimientos, aguantaba bizarramente al campeón, sonreía a duras penas con una sonrisa desdibujada, y, de cuando en cuando, refrenaba su ritmo para recobrarse. El Breslau, por su parte, brincaba,

volteaba, hacía cabriolas, levantaba a su pareja en el aire, en un alarde de potencia física. En los corrillos, la gente opinaba a media voz:

—Físicamente, el forastero está mejor preparado, las cosas como son. El Rodolfo Francisco no puede ya con su alma.

Pero la señora Zoa, la Amalia y los niños no perdían la fe en su representante. Habían logrado forzar el bloqueo de la puerta y, plantados en el pasillo central, contemplaban sin pestañear las evoluciones de los bailarines en el escenario. El alemán parecía, en efecto, más terne, pero nada estaba decidido aún, todo cabía esperarlo del pundonor del Rodolfo Francisco. El teatro era un horno. De la barroca lámpara del centro pendían gallardetes y serpentinas y en los apliques laterales ondeaban banderas españolas y alemanas. A través del humo de los cigarrillos y el polvo en suspensión se divisaba el proscenio, ornado con banderas y cintas de colores, ceñido por una colgadura e iluminado por cuatro potentes focos. Relevándose en breves períodos, media docena de músicos tocaban afligidamente en el foso bailables pegadizos que algún sector del público coreaba con pasión. De pie, en el pasillo, Gervasio entornaba los ojos escocidos:

—¿Quién es el Rodolfo Francisco, Amalia?

—El del chaleco negro y las alpargatas, el moreno, el más flaco, ¿es que no lo ves? ¡Madre, qué majo está!

Aprovecharon la salida de un grupo para sentarse. La superioridad de Breslau, con sus rubias melenas al aire, danzando con dominio y arrogancia, era notoria. El Rodolfo Francisco, muy pálido y tenue, le replicaba, seguía el ritmo en tono menor, aunque, en ocasiones, sobreponiéndose a la fatiga, hacía un giro sobre sí mismo arrancando aullidos de entusiasmo en la multitud. De momento, ambos bailaban un tango, las parejas avanzaban hasta las candilejas deteniéndose en el mismo borde de la escena, y reculaban luego, subrayando sus pasos, avivando con un lascivo contoneo la cadencia de la pieza, displicentes ellos, desmelenadas las muchachas, sudorosos ambos, dos medias lunas de humedad bajo las axilas.

Y el público, siempre renovado, enfervorizado, gritaba, rugía, aplaudía, silabeaba a grandes voces el nombre de su paisano:

—¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!

De vez en cuando alguno, más exaltado, arrojaba al tablado algún objeto (gorras, sombreros, botas de vino, petacas) y refrendaba estentóreamente su gesto:

—¡Viva la madre que te parió!

Junto a la Amalia se sentaba una mujer joven (con un niño mofletudo, dormido entre los brazos) que no hacía más que asentir con la cabeza y repetir:

—Madre, y así cuatro días con cuatro noches, que se dice pronto.

Gervasio, entre las dos mujeres, observaba las evoluciones del Rodolfo Francisco, su descolorida tez, las abultadas ojeras que sombreaban sus ojos:

—El Rodolfo Francisco está muy cansado, Zoa; me parece a mí que va a perder.

Un hombrón del pueblo, con la boina calada, volvió la cabeza desde la fila delantera:

—Aguarda, chaval; al español lo que le falta en posturas le sobra en redaños. Ya veremos quién pierde.

Un hombre consumido, en mangas de camisa, con pantalón marrón y tirantes rojos, surgió de entre las bambalinas, se llevó a los labios una bocina verde, mayor que la del gramófono de papá León, y voceó:

—¡Atención, señoras y señoritas! Aquellas de ustedes que deseen bailar una pieza con cualquiera de nuestros dos grandes campeones, tengan la amabilidad de subir a escena. Están a punto de cumplirse las cien primeras horas de competición.

La Amalia no vaciló:

—Eche un ojo a la cartera, señora Zoa. Yo no me pierdo un chotis con el Rodolfo Francisco —se incorporó.

—¿Y el Anselmo Llorente?

—A ése que le den tila.

—¿Y si luego os arregláis?

Pero la Amalia ya estaba en el pasillo, iniciando el trasiego entre la platea y la escena, donde las nuevas parejas reanimaban a los bailarines, hasta el punto de que, cuando el Rodolfo Francisco ciñó la breve cintura de la Amalia y la chica, arrastrando levemente la pierna derecha, echó hacia atrás la cabeza levantando sus cejas diabólicas, entreabriendo sus labios rojos (tan descotada y ceñida, tan insinuante), sonriendo al respetable, una voz potente gritó desde el paraíso:

—¡Con la coja vas más ligero!, ¿eh, Rodolfo?

La mujer joven del niño en brazos se volvió hacia la señora Zoa, parpadeó varias veces como si le picasen los ojos, y preguntó, señalando el proscenio con un movimiento de cabeza:

—¿Es su compañera?

—Sí, es mi compañera.

—Pues ya es exagerada, ya. Se ve que la cojera no la acobarda.

Arreciaban los gritos y el Rodolfo Francisco, con la Amalia entre los brazos, giraba sin pausa, sosteniéndose a veces sobre la punta de un pie, pero la luz de sus ojos, bajo el ensortijado cabello, era cada vez más mortecina. Empero la Amalia, cuando regresó, muy oronda, a su butaca, manifestó que el Rodolfo Francisco estaba entero, que era un hombre muy hombre y que el resultado del desafío estaba por ver.

Muy agitada y nerviosa, se arregló el pelo y el escote, se empolvó las mejillas sudorosas, sonrió como para sí con íntima complacencia, y les dijo a los niños:

—De esto ni una palabra a la mamá, ¿habéis oído?

Y, por encima de las cabezas de los pequeños, advirtió a la señora Zoa:

—Y si acaso me arreglase con el Anselmo Llorente no le vaya usted a ir con el cuento. ¡Menuda las gasta ése!

Concluidos los bailes con las espontáneas, el hombrecillo de los tirantes rojos consultó con el jurado, a un costado del escenario, cambió una impresión, uno por uno, con los cinco miembros que lo componían, y se aproximó de nuevo a las candilejas con la bocina:

—Distinguido público —anunció—: tengo el honor de comunicarles que los dos campeones acaban de rebasar el tope de cien horas establecido por el jurado y, en vista de que ambos permanecen en liza, éste da por terminada la competición con el resultado de empate. Cien horas para el campeón europeo Herman Breslau y cien horas para el representante español Rodolfo Francisco. ¡Un fuerte aplauso, señores espectadores, para ambos campeones!

Algo así como un trueno horrísono, interminable, estalló en el teatro; una ovación unánime, ensordecedora, apostillada con voces desgañitadas (¡Ro-dol-fo, Ro-dolfo, Ro-dol-fo!) y flamear de pañuelos, bufandas y prendas de abrigo, mientras los bailadores se adelantaban hasta el proscenio, sonriendo, saludando, y la mujer del niño en brazos, complacida por el fallo, reconocía ante la señora Zoa:

—Han echado una manita al de casa como debe ser, ¿no le parece?

Mas el hombrecillo de los tirantes rojos, creyendo advertir cierto desencanto en la cara del alemán, le puso la bocina verde en la boca, circunstancia que aprovechó el Breslau para dirigirse a la concurrencia:

—Mí acegtag veguedicto jugado y felicitag advegsaguio Godolfo. Pego en atención a este guespetable público, mí continuag una hoga más valsando.

Entonces, inesperadamente, ocurrió todo.

Tras el cortés aplauso con que fueron acogidas las palabras del alemán, el Rodolfo Francisco, extenuado, reclamó a su vez la bocina y con voz entrecortada declaró que también él seguiría bailando una hora más, en homenaje al público, porque —concluyó, elevando la voz mediante un esfuerzo—: «lo que haga un alemán, también puede hacerlo un español». Una ovación atronadora remató sus palabras, la orquestina inició el pasodoble *España cañí*, y en las localidades altas, entre bravos y vítores a España, los espectadores empezaron a arrancar las banderolas de los apliques y a agitarlas en el aire, en un

clima enloquecido de exaltación patriótica, y, entre el clamor, los hurras, el flamear de banderas y la música pujante, Gervasio, puesto en pie, fuera de sí, rompió a aplaudir, a corear con calor los vítores a España, hasta que, inopinadamente, sintió una sacudida en el colodrillo, y, al mismo tiempo, como el filo de una navaja barbera recorriéndole la espina dorsal, en tanto le nacía en la piel una energía autónoma, fría, eréctil, y una sensación extraña en la cabeza, como si alguien lo destocase, lo despojase de un sombrero demasiado prieto y tirase de sus cabellos hacia arriba. Gervasio quedó inmóvil, asido a la butaca delantera, sobrecogido, los pelos disparados como cohetes, pero el público, pendiente de los bailarines, no reparó en él, hasta que el niño de la vecina, al descubrir su cabeza aleonada, emitió un alarido adulto y, restregando su carita contra el regazo de su madre, prorrumpió en un llanto convulso, lo que indujo a ésta a recoger la mirada y toparse, asimismo, con la enorme cabezota de Gervasio. Gritó la joven madre, los ojos desorbitados y, sin dudarlo un momento, puesta en pie, aterrorizada, protegiendo al niñito con sus brazos, huyó, chillando, por el extremo opuesto de la fila. Pero antes de que alcanzara el pasillo, la señora Zoa, estupefacta, zamarreaba ya a Gervasio, le propinaba cautos sopapos en las mejillas, intentando volverlo en sí:

—¡Habrase visto! ¿Puede saberse qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

Por su parte, la Amalia, encogida en la butaca, las manos en las mejillas, sollozaba:

—¡Mire qué cabeza se le ha ido a poner al niño, señora Zoa! ¿Qué le vamos a decir ahora a la señora?

Entretanto, Gervasio, sus ojos grisamarillentos fijos en el escenario, se iba distendiendo conforme remitía el delirio del público, cedía la fuerza helada que escarapelaba su piel y, con ella, la tirantez de sus cabellos, que, paulatinamente, se iban asentando, devolviendo a la cabeza su configuración normal. La vecina escapaba ya por el lateral hablando sola, acunando al niño que no cesaba de berrear, lanzando sobre Gervasio furtivas miradas de hostilidad. Arriba, aún sonaban algunas exclamaciones esporádicas, incluso algún que otro rezagado «¡Viva España!», pero el paroxismo iba decreciendo y, con él, el transporte de Gervasio, identificado con el ambiente, transido y fatigado. La señora Zoa, tratando de protegerlo, lo había cogido en brazos:

—Anda, corona, duérmete. —Y tan pronto el niño entornó los ojos, se dirigió autoritaria a Florita—: ¿Qué es lo que le ha pasado en la cabeza a tu hermano, di?

—¡Yo qué sé, Zoa! A lo mejor es eso de héroe que dice papá León.

—¿Es que los héroes se ponen así?

—¡Que yo no lo sé, Zoa! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Una hora después, al grito de «Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!», la multitud asaltó el escenario, acomodó al despernado muchacho sobre los hombros de un mozallón de cortas extremidades y, de esa guisa, seguidos por un vocinglero grupo de incondicionales, que vitoreaban al campeón, abandonaron el local entre fervorosos aplausos, que siguieron luego a lo largo de la calle y no cesaron hasta que el Rodolfo Francisco, a hombros, rodeado de una joven multitud enardecida, hizo su entrada triunfal en el barrio.

VI

En la casa en tinieblas apenas se oían los crujidos del entarimado bajo los muebles macizos y, lejos, amortiguada por los cristales de los balcones, la voz arrastrada de un borracho cantando en el callejón, ante la iglesia de Santa Brígida. La Amalia encendió la luz del vestíbulo y se detuvo un momento, escuchando:

—A tu abuelito ni se le siente. No se habrá acostado, ¿verdad?

La Amalia trataba de congraciarse con el pequeño, a quien, de regreso a casa, excitada aún por los acontecimientos de la tarde, había regañado en el tranvía:

—Y tú, ¿a qué ton haces esas boberías? No se te puede llevar a ninguna parte.

—Yo no las hago, Amalia.

—Estamos apañados; las haré yo entonces.

—Yo no las hago, Amalia —repitió el niño—. Me pasan.

Ahora la chica taconeaba briosamente por el pasillo para llamar la atención del viejo, pero al llegar al comedor y ver la merienda intacta, sobre la bandejita de plata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presentimiento atravesó su cabeza. Volvió sobre sus pasos y requirió a Gervasio:

—Anda, ve donde el abuelito y pregúntale por qué no ha tomado la leche, que si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño lo descubrió, derrumbado sobre la alfombra de nudos, en la cabeza la boina roja del General, los lentes rotos junto a la pata de la mesilla, el brazo izquierdo engarabitado bajo su pecho. No se resolvió a franquear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

—¡Zoa, Amalia, Flora, venid, papá León se ha muerto!

Arrodilladas junto a él, fue la vieja la primera en advertir que todavía alentaba:

—Anda, Amalia, ve de una carrera a avisar a don Justino.

La boina se le había caído y Gervasio se la volvió a poner sobre la frente y la señora Zoa, nerviosa, le reprendió, que no jugara con estas cosas, y Florita se echó a llorar, que le daba miedo, y, en tanto Gervasio procuraba consolarla, papá León se rascó la barba con la mano izquierda haciendo patente la parálisis de la derecha, y, entonces, la niña se llevó las suyas a los ojos y les volvió la espalda, chillando:

—¡Papá León se ha muerto por la mitad!

En ese instante, irrumpieron atropelladamente en la alcoba don Justino, mamá Zita y el resto de los excursionistas, que habían coincidido en el portal, y la primera medida del doctor fue apartar la boina del enfermo, pero Gervasio le advirtió que era su voluntad morir con ella puesta y mamá Zita, presa de un temor supersticioso, pretendió colocársela de nuevo, con tan mala fortuna que le tapó los orificios de la nariz y, entonces, papá León estiró por dos veces la pierna izquierda y el médico la reconvino:

—Cuidado, señora, puede usted asfixiarlo —con una rodilla en el suelo, levantó los ojos hacia los tíos que le acechaban y añadió—: ¿Pueden ustedes dejarme unos minutos a solas con el enfermo?

Un cuarto de hora más tarde, mamá Zita se presentó con los ojos llorosos en el salón, donde los tíos se habían reunido:

—Una hemiplejía —aclaró—: dada su edad, don Justino no cree que salga de ella, pero, si saliese, sería en una silla de ruedas.

Las tías y Crucita rompieron a llorar, los hombres dejaron de discutir bajo la campana de la chimenea, y tío Felipe Neri arrugó el hociquito como si le amagase la náusea y se derrumbó en el diván bisbiseando, los cristales de los lentes empañados, y en tanto papá Telmo le atendía, aflojándole el cuello de la guerrera y la pretina del pantalón, tío Vidal daba vueltas alrededor de la sala, soslayando los muebles, elevando los ojos al techo, pasándose de cuando en cuando la blanca mano del solitario por la sonrosada calva. Tío Felipe Neri suspiró y dijo débilmente:

—Gracias, Telmo.

Papá Telmo se incorporó y se dirigió al grupo de mujeres. Apuntó con dignidad profesional:

—Estos episodios suelen prolongarse. No son cosa de un día ni de dos —miró a tío Felipe Neri y añadió—: convendría organizar turnos de vela antes de que todos terminemos agotándonos inútilmente.

Y allí mismo se establecieron los turnos de vela, por parejas, procurando armonizar éstas por edad y sentido de la responsabilidad: tía Cruz y tío Felipe Neri, tía Macrina y tío Vidal, mamá Zita y la señora Zoa, y Crucita y papá Telmo. Una pareja velaba, día y noche, al enfermo y las restantes dormitaban o vagaban por la casa como sombras, en espera de su turno, pendientes de las novedades que llegaban de la alcoba, por lo general fútiles e insignificantes:

—Papá ha movido un párpado.

—Al abuelo se le ha escapado un viento.

—A veces da la impresión de que quiere escribir algo con la mano izquierda. ¿Por qué no le damos un lapicero?

Nada, fruslerías, ningún cambio fundamental. Papá León yacía inmóvil, tumbado del lado derecho y, con cierta frecuencia, se llevaba

la mano izquierda hasta la barba y la atusaba de arriba abajo. Nadie volvió a retirarle la boina («Es su última voluntad y, por encima de todo, debemos respetarla», había sentenciado mamá Zita), pero la presión de la almohada o el peso de la placa dorada («Dios, Patria, Rey») la desequilibraban y el vigilante de turno volvía a enderezarla, pero la falta de colaboración del enfermo hacía que se torciese de nuevo, le volara sobre los ojos a modo de visera, de tal forma que papá León, moribundo, le recordaba a Gervasio al renegrido piñero que cada sábado recorría las rúas del viejo barrio pregonando su mercancía. Don Justino, que visitaba a papá León mañana y tarde, sugirió un día poner la boina en la mesilla de noche, sobre la jarra del agua, para que la viera si abría los ojos, pero mamá Zita argumentó que, antes de darle el ataque, su padre se la había puesto en la cabeza, lo que denotaba su deseo, argumento que don Justino ponía en duda puesto que «estos accidentes circulatorios eran tan fulminantes que no daban tiempo a ponerse o quitarse nada y, por tanto, lo más probable era que el abuelo estuviera enredando con la boina cuando le sorprendió el trombo». Mamá Zita no dio su brazo a torcer y tan sólo se avino a destocarle unos minutos, «por respeto al Señor», cuando don Urbano subió de la parroquia para administrarle la Santa Unción.

Fuera de las horas de colegio, con la familia pendiente del abuelo, Gervasio discurría por la casa como huido. Muy afectada, Flora lloraba, comía poco, padecía insomnios, pero él vivía aquel proceso como si fuera repetido, como si lo hubiera vivido anteriormente. Por otra parte no había conseguido recuperarse de la impresión de su nuevo trance en el Novelty y si, tras la primera manifestación del signo, se había sentido orgulloso de su peculiaridad, hasta el punto de pavonearse ante los suyos como un Guzmán el Bueno redivivo, ahora, tras la experiencia en el teatro, se sentía abochornado, le humillaba que su aspecto externo pudiese hacer llorar a los niños y ahuyentar a los adultos. La Amalia, cada vez que él se refería a ello, apostillaba:

—Como un gato delante de un perro, así te pusiste, bonito, ¡madre, qué pelos!

Por añadidura, el hecho de que el segundo repeluzno se hubiera producido en un concurso de baile, activado por un pasodoble, le llevaba a dudar del carácter trascendente del rapto. A la salida del Novelty, en el tranvía, después de reñirle la Amalia, había pensado que quizá papá León pudiera resolver sus dudas, pero al encontrarle agonizante, desplomado a los pies de la cama, el niño, sin mayor razón, estableció entre ambos acontecimientos una relación de causa a efecto. En los días que siguieron, continuó atosigándole el hecho de que la crispadura le asaltara en un espectáculo frívolo, siquiera su pueril discurso no dejara de reconocer que en el teatro habían flameado banderas, habían sonado aclamaciones, se habían producido

vivas a España, todo ello acompañado por una musiquita galopante, enardecedora, lo que, sin duda, había despertado en su pecho sentimientos patrióticos. Tío Felipe Neri, olvidado por unos momentos del enfermo, la tarde que Gervasio le dijo que había vuelto a sucederle *eso* y que si, por casualidad, España era, por sí sola, una buena causa, se mostró muy excitado, sacó el pañuelo blanco del bolsillo, frotó con él los cristales de sus lentes, posó la palma de la mano en la boca del estómago como para conjurar la náusea y dijo:

—Después de Dios, hijo mío, España es la causa más alta.

—¿Es España la patria?

—Así es, Gervasio. España y la patria son una misma cosa.

—¿Para toda la gente?

—Entendámonos, España es la patria de los españoles; para un francés, la patria sería Francia, y Alemania para un alemán.

—¿Es que cada persona tiene una patria?

—Naturalmente; depende del lugar donde haya nacido.

El niño pensaba en el Breslau:

—Y si un alemán hace algo por España, ¿ya no es un héroe?

—Depende —dijo tío Felipe Neri midiendo mucho las palabras—. Si lo hiciera por España pero en contra de Alemania, hasta podría ser un traidor.

—¿Un traidor?

—Entiéndeme, hijo —arguyó procurando paliar la decepción que sus palabras producían en el pequeño—: hay ocasiones en la vida en que la frontera entre el heroísmo y la traición es tan tenue como un papel de fumar.

—Pero ¿es que se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo, tío?

La mano inquieta, lampiña, de tío Felipe Neri fue subiendo del estómago a la barbilla y acarició ésta mecánicamente, dos o tres veces, meditativo. La pugnaz mirada de Gervasio le resultaba abrumadora:

—Bien, quizás seas aún muy niño para comprenderlo, pero puede llegar a producirse esa aparente contradicción que dices: ser héroe para unos y traidor para otros, según se considere el gesto desde un lado o desde el otro —aclaró el tío Felipe Neri. Y agregó en un débil tono de voz—: De hecho, la historia del mundo está llena de esos contrasentidos.

Le subieron las aguas a la boca con tal apremio que tuvo que llevarse el pañuelo a los labios para evitar el afloramiento. Por la noche, después de cenar, se sinceró con su cuaderno de pastas de hule: «Estoy en un aprieto. Esta tarde, al tratar de aclararle algunas ideas, he confundido a Gervasio, mi sobrinito. Perfilar el concepto de *buena causa* acarrea problemas al pequeño. En primer lugar, el hecho de que la nacionalidad, el azar de haber nacido en un lugar o en otro, determine la patria de cada cual, le decepciona. Días atrás le

sobrevino un nuevo trance al oír vitorear a España y no admite que franceses y alemanes permanezcan insensibles ante estas aclamaciones. Rechaza, por otro lado, la ambigüedad del acto heroico, según se le mire por el haz o por el envés. Él desearía el acto heroico en estado puro y la traición pura; blanco y negro, sin matizaciones. Ante la complejidad del problema, prefiere cerrar los ojos. ¿Cómo orientarlo? ¡Ilumíname, Señor!».

Al día siguiente, en el turno de vela de mamá Zita, papá León abrió un instante su ojo izquierdo, la miró pícaramente, como si le guiñase el otro, y pronunció una sola palabra, pero con la misma avidez con que un sediento reclamaría agua:

—¡Música!

Volvió a cerrar el ojo y quedó en la misma postura fetal, apacible, que solía adoptar. Mamá Zita recorrió la casa en triunfo, difundiendo la buena nueva:

—¡Papá ha abierto un ojo! ¡Papá ha abierto un ojo!

Pero cuando tía Cruz, esperanzada, le formuló la pregunta obligada: «¿Y qué?», mamá Zita perdió pie, vaciló, tartamudeó, y terminó reconociendo: «Pues eso, que ha abierto un ojo, ha pedido música y lo ha vuelto a cerrar».

—¿Ha pedido música papá? Pero algo más habrá dicho.

—Sólo ha dicho música, Cruz, pero con tanto ardor como si en ello le fuese la vida.

En aquella atmósfera tensa, rutinaria, de nimias novedades, la voz del moribundo reclamando música se impuso como una orden. En contados segundos, papá León tenía el fonógrafo, la gran trompa de latón y los estuches de cilindros a su disposición, sobre la cómoda. Diríase que los allegados estimaban la obediencia ciega como inexcusable punto de partida de una posible recuperación, mas papá Telmo les advirtió que no se ilusionasen, que el enfermo seguía en coma y que seguramente el episodio de la música no era más que un acto reflejo sin incidencia alguna en la enfermedad. Empero, mamá Zita insistía en que en su pupila había lucidez cuando pidió música y que, por tanto, tendría música. Consecuente con sus palabras, unos segundos después sonaron en el pasillo y las habitaciones contiguas los compases rasposos de *Boinas rojas*. El escalofrío sorprendió a Gervasio a la puerta de la alcoba y, tan pronto sintió en la morra los aletazos del cabello pugnando por erizarse, se apresuró a refugiarse en el cuarto de jugar, donde no alcanzaba la música del fonógrafo. Era la primera manifestación de desconfianza que experimentaba hacia sí mismo. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por temor a que papá Telmo lo descubriera o por miedo a su metamorfosis? ¿Por repugnancia instintiva hacia su mutación física o para no desviar la atención general concentrada en el enfermo? Gervasio lo ignoraba pero

permaneció encerrado en el cuarto de juegos durante horas (ya que mamá Zita empalmaba los cilindros sin pausa) y, en lo sucesivo, cada vez que los amagos de crispadura se repitieron, adoptó la misma precaución.

A los diez días de caer enfermo, papá León falleció. De madrugada, tío Felipe Neri recorrió los dormitorios convocando a todos junto a su lecho, pero cuando llegó el primero (mamá Zita) papá León ya había expirado. Tía Cruz, en señal de duelo, levantó la aguja del fonógrafo y el silencio se hizo tan denso que el color rojo de la boina, en contraste con la albura de las ropas de cama (que la señora Felipa restregaba diariamente en la artesa de zinc de la galería), adquirió una vibración sonora. Con el alba, se presentó don Trifón de la Huerta, conmilitón de papá León, con su provocadora barba marxista, sus botines grisverdosos de ante, su blanco cuello almidonado y su sombrero hongo, y sin saludar a nadie, colocó el rollo del *Oriamendi* en el carro del fonógrafo, se cuadró a los pies del difunto, entre dos cirios (el codo izquierdo en la cintura y el bombín negro en la mano), carraspeó, buscó por dos veces el tono en su garganta y cantó, al fin, a media voz, dejándose llevar por el sonsonete de la banda del Requeté Navarro:

Adelante, batallones,
la victoria nos espera,
luchemos como leones
defendiendo la bandera.
¡Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que vuelva el Rey de España
a la Corte de Madrid!
Por Dios, por la Patria y el Rey
murieron nuestros padres;
por Dios, por la Patria y el Rey,
moriremos nosotros también.

Al concluir, se acercó a mamá Zita y tomó cálidamente su mano derecha entre las suyas, al tiempo que daba un taconazo y dibujaba una profunda reverencia:

—Excúseme, señora —dijo—; era un viejo pacto entre los dos. Su padre de usted y yo habíamos acordado que el superviviente honraría al difunto, como en los tiempos heroicos, con los acordes de nuestro himno. Por desgracia yo ya no tendré esa suerte. A sus pies, señora. Le acompaño a usted en el sentimiento.

Uno a uno cumplimentó a todos los presentes y salió de la alcoba. Gervasio observaba la faz de papá León, sus rasgos minerales, color

ceniza, pero ni en ese momento ni al día siguiente, en Santa Brígida, durante el funeral, ni en la despedida del duelo a la puerta del templo, cuando media ciudad desfiló conmovida ante sus deudos, derramó una sola lágrima. Se limitó a seguir al cortejo como un autómata (con el mismo escepticismo con que lo hacían los viejecitos del asilo, los hachones en sus manos sarmentosas), como si aquel que yacía en el ataúd nunca hubiera tenido relación con él. Tío Felipe Neri, que no le quitaba ojo, lo encontró seco, circunspecto, pero no afligido, y, si había aflicción en él, la dominaba, se esforzaba con éxito para no manifestarla. También tía Cruz había reparado en la impasibilidad del niño, en el rígido control de sus sentimientos y, de regreso a casa, se confió a su marido:

—¿Te has fijado, Felipe? Gervasito no ha derramado una sola lágrima por su abuelo.

Tío Felipe Neri asintió, caviloso, y tan pronto terminó de cenar se sentó en el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule, dibujó arriba una cruz y escribió: «Anteanoche falleció papá León, y su nieto, Gervasio, pese a la efusividad, a las cordiales relaciones que siempre existieron entre ellos, no ha derramado una lágrima. Pasivo, árido, casi hierático, asistió a las exequias como un extraño. Su madre se duele de lo que juzga insensibilidad, pero ¿qué razones le asisten para una imputación semejante? Los elegidos (precisamente por serlo) estiman deleznable lo efímero, incluida la misma vida. Héroes y mártires fueron seres despegados, aparentemente indiferentes ante la muerte. Tamaño desasimiento afecta, con mayor motivo aún, a lo que pudiéramos llamar bienes terrenales, incluidos seres queridos. ¿Por qué no considerar a Gervasio entre los elegidos? No olvidemos que el pequeño aceptó con resignación espartana la incineración de los uniformes militares que yo le regalé... Es un indicio...», etc.

Impensadamente, el domingo siguiente, después de comulgar, cuando mamá Zita le susurró al oído «Hoy pide especialmente por papá León que tanto te quiso en vida y no pudo confesarse», Gervasio entrevió por unos segundos a su abuelo desnudo, retorciéndose entre las llamas del infierno (las barbas, como la zarza bíblica, ardían sin consumirse), gesticulando, invocándole a grandes voces, y, ante visión tan espeluznante, un ahogado sollozo le oprimió la garganta. Cerró los ojos contra el antebrazo apoyado en el banco y así se estuvo llorando (según versión imparcial de mamá Zita) «hasta que concluyó la misa de doce y el gordo Severo salió de la sacristía con el matacandiles, con intención de cerrar la iglesia». Tío Felipe Neri, al ser informado de la novedad, se apresuró a poner al día las notas de su cuaderno: «Seis días después del fallecimiento del abuelo, Gervasio ha llorado por él; ha llorado acongojado, hasta vaciarse, durante más de tres horas. El desapego que su madre le atribuía no está, pues, justificado ni aun por

motivos místicos. El pequeño presenta una dualidad inequívoca, pero es evidente que el signo no le ha deshumanizado. Tal vez es aún demasiado niño, pero no deja de resultar ilógico que la muerte en sí no le conmueva y, en cambio, su recuerdo, una semana más tarde, le induzca al llanto».

VII

El fallecimiento de papá León produjo un vacío en el viejo casón de los condes de Pradoluengo, vacío que Gervasio percibía, como percibía, asimismo, aunque de manera difusa, el abierto conflicto entre mamá Zita, tía Cruz y tío Vidal sobre quién de los tres había de heredarlo. A raíz de la muerte de su padre, tío Vidal empezó a llamar *palacio* a la casona, seguramente para justificar la elevada compensación que había de percibir aquel a quien no se le adjudicase y que, teniendo en cuenta el apego de mamá Zita hacia la casa, muy bien podría ser él:

—La ciudad no deja de crecer, hermana, y Pérez Mínguez, el contratista, pagaría hoy una millonada por este solar.

Pero mamá Zita se implaba y aducía que aquella casa había sido su cuna y, aunque muriera en la indigencia, deseaba que fuera también su sepultura. Ante su escatológica aspiración, tío Vidal acuciaba a sus hermanas con los derechos reales, con los requerimientos de la Hacienda pública, aunque tía Cruz y mamá Zita argüían que para eso estaban las cédulas del Tesoro y el paquete de valores («muy equilibrado», en opinión de don Trifón de la Huerta, el albacea), para satisfacer aquellas exigencias, pretensión que tío Vidal rechazaba con su voz tonante, de predicador laico:

—Si enajenamos los efectos para pagar al Fisco, el reparto no será equitativo; Cruz y yo quedaremos desamparados.

Para tío Vidal, comportaba un placer hacer el histrión ante sus hermanas, afirmar, con los brazos puestos en cruz, que eran víctimas de un Estado absorbente y que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Mamá Zita plañía, suspiraba, inquiría cómo era posible semejante crueldad, perder el padre y la fortuna al mismo tiempo, y, ante su incompetencia, tío Vidal replanteaba la situación:

—Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por simbólica que sea, ¿quieres decirme cómo piensas vivir? ¿Con los ingresos de Telmo?

Decía esto con sorna, puesto que los naturistas eran raros en la ciudad y, en general, disfrutaban de buena salud, pero una noche en que tío Vidal las constreñía con dureza y tío Felipe Neri intentó salir en defensa de las hermanas, tío Vidal le enfocó su glacial mirada azul

y dijo acremente:

—¡Segundos, fuera!

Tío Felipe Neri se tragó la lengua, persuadido de que los hermanos políticos no tenían pito que tocar en aquel pleito. A pesar de todo, tía Macrina, ante el punto muerto a que habían llegado las negociaciones, sugirió una noche la posibilidad de consultar con su hermano Jairo, sobresaliente *cum laude* en el doctorado por la Universidad de Madrid, aspirante a judicatura y muy versado en derecho testamentario. Tía Macrina, única hembra de cuatro hermanos, veneraba a éstos y, con cualquier motivo, se refería a ellos con una admiración sin límites. Así, si Crucita planteaba su problema del revés en el tenis («con una mano no tengo fuerzas, y con dos no acierto a dirigir la bola»), tía Macrina entornaba los párpados, eclipsando sus bellos ojos propincuos, y decía:

—¡Lástima que tu tío Jairo no viva aquí!

Mas si la cuestión a debatir afectaba al terreno médico o a la equitación, entonces era su hermano David, afamado cardiólogo y experto caballista, quien hubiera facilitado sin demora una solución, lo mismo que hubiera hecho Fadrique, ejecutivo de la Biblioteca de Autores Cristianos, si el problema hubiera recaído sobre economía o literatura. Las cualidades fraternas no concluían ahí, puesto que si la conversación giraba en torno a la apostura masculina, la elegancia, la desenvoltura o el don de gentes, sus hermanos Jairo, David y Fadrique no tenían rival en el mundo. Por eso, ante el enrevesado asunto de la sucesión de papá León, ella, pese a la fría y abrupta decisión de su propio marido de dejar al margen a los segundos, una tarde se atrevió a aventurar:

—¿Por qué no ponemos el asunto en manos de mi hermano Jairo?

Y lo preguntaba con orgullo, no en tono de pedir sino de ofrecer, aquel tono que ella solía emplear, por considerarlo pertinente, propio de una madrileña para departir con provincianos. Pero, a pesar de su sugerencia, las discusiones se agriaban cada vez más y las voces de tío Vidal eran ya de tal monta, que los cimientos de la casona se estremecían y, franqueando tabiques y muros maestros, se trascolaban en el pequeño reducto del cuarto de jugar:

—¿Por qué riñen los mayores, Flora?

—Porque el tío Vidal se quiere quedar con esta casa para ser conde.

—¿Es conde el que se quede con esta casa?

—Eso dice la Amalia.

No obstante, lo que perseguía tío Vidal respecto al palacio fue lo que consiguió tras más de medio año de voces, amenazas y dilaciones: partirlo. Tía Cruz y tío Felipe Neri se instalaron en el ala oeste, sobre el garaje, en las habitaciones que papá Telmo destinara a consulta, el

cuarto de plancha y tres amplios trasteros condenados años atrás y, para facilitar su independencia, se habilitó una entrada privada por el jardín. El resto de la casona quedó para mamá Zita y, por si fuera poco, tío Vidal, en un gesto liberal, cedió a cada hermana ochenta mil duros en valores, reservándose él el resto y comprometiéndose a liquidar con Hacienda los derechos reales de la testamentaría. Mamá Zita y tía Cruz se dejaron catequizar sin resistencia, puesto que siempre habían soñado con la posibilidad de volver a vivir juntas como cuando niñas («juntas pero separadas, ya me entiendes», puntualizaba mamá Zita) y, por otra parte, al tío Felipe Neri, resignado ya con la esterilidad de su matrimonio, le consolaba la vecindad de Crucita, su ahijada, y (conforme anotó en su cuaderno de pastas de hule) «tener a Gervasio más a mano y tratar de preservarlo de la nefasta influencia de su padre». La vecindad de los tíos satisfizo también a los niños, proclives a las novedades, y en lo referente a Gervasio, la habilitación de aquellos hoscos cuartos cerrados, llenos de sombras y cachivaches, que alimentaron sus primeros miedos, representó el advenimiento de la paz: el dragón había muerto; la luz lo había matado.

Pero con lo que no contó tío Vidal al adjudicarse el generoso paquete de valores de la herencia fue con el desastre de Fenedosa, a las pocas semanas de efectuarse las particiones. Fenedosa («una inversión con garantía de alta rentabilidad») se fue a pique, quebró de modo aparatoso, sin que el procesamiento y subsiguiente prisión de don Teodoro Blanco, su director gerente, supusiera para él compensación de ninguna clase. La quiebra convirtió las acciones en papel mojado y redujo el pingüe paquete del tío a un nombre más dentro de una problemática lista de acreedores. Fueron unos meses inclementes en el viejo palacio del conde de Pradoluengo.

Tío Vidal, propenso a la farsa, se sentaba en el borde del diván, se desabotonaba la americana, se cubría la calva con las manos y se proclamaba, sin rubor, «pobre vergonzante», y animado por el efecto que sus voces y gestos causaban en sus hermanas, tan sensitivas, se refería a sus hijos como «esas pequeñas víctimas inocentes que arrastrarán mañana su indigencia por las cocinas de San Vicente de Paul». Tía Cruz y mamá Zita moquiteaban al oírle y luego, en sus pálidas tardes de costura, junto al balcón, mirando al jardín donde el mudo Clemente podaba rosales y trasplantaba bulbos, se conjuraban para ayudar a su hermano, incluso, si fuera necesario, redistribuyendo la herencia como si el óbito de papá León se hubiese producido después de la catástrofe de Fenedosa. Pero tío Felipe Neri, con sus lentes impolutos, sus aguas alborotadas y su pelo color ceniza partido en dos mitades, les regañaba con piadosa ironía, les llamaba cándidas y les decía que, aun admitiendo que perdiera su inversión en

Fenedosa, Vidal contaba con recursos sobrados para vivir cien años como un príncipe sin necesidad de mover un dedo. Al margen del conflicto, papá Telmo remachó una noche la opinión de tío Felipe Neri, al encontrar a mamá Zita ante el tocador acongojada hasta el llanto:

—Tu hermano Vidal no debe quitarte el sueño, Zita; sabe defenderse solo —dijo con su sonrisa ancha y chata, de boxeador retirado.

Durante meses, Fenedosa pasó a ser el tema capital de las veladas sabatinas en palacio. Según tío Vidal (la víctima más afectada por la quiebra), «Fenedosa arrastraría al hambre y la desesperación a distinguidas familias de la ciudad». Y como tío Vidal tenía aquel timbre de voz campanudo que al referirse a Fenedosa adquiría dolientes tintes proféticos, sus apuros económicos alcanzaron a las piezas subalternas de la casa:

—Tu tío se ha quedado sin un real, bonito.

—Ya lo sé; tío Vidal, ¡a que sí!

La Amalia guiñaba un ojo con picardía bajo su ceja vertical:

—¿Y sabes también quién ha tenido la culpa?

—Eso no lo sé, Amalia.

La chica cambiaba una mirada de entendimiento con la señora Zoa:

—Una lagarta que se ha metido por medio.

El sábado siguiente, antes de que se presentaran los tíos, mamá Zita se encerró unos minutos con los niños en el cuarto de jugar:

—Quiero advertiros una cosa: no se os ocurra mencionar la palabra Fenedosa delante de tío Vidal. ¿Oís bien lo que os digo?

—Sí.

Tan pronto salió mamá Zita, Gervasio corrió desalado a la cocina:

—Ya sé quién es la lagarta, Amalia —dijo jadeando.

—¿Quién, vamos a ver?

—Una que se llama Fenedosa.

La Amalia soltó una risotada cacareante:

—¡Qué chico éste, es de la piel de Satanás!

Gervasio desconocía la palabra aquella y, con mayor motivo, su significado, pero, desde la advertencia de mamá Zita, cada vez que tropezaba con tía Macrina o tío Vidal se le venía a la boca, sin más, como las aguas al tío Felipe Neri, y había de apretar los labios con todas sus fuerzas para que no se le escapara. En ocasiones la tentación era tan irreprimible que, encerrado en el cuarto de aseo, sentado en el bidé, repetía muchas veces aquella palabra enigmática, que se le pegaba al paladar como un polvorón, hasta cansarse. Pero apenas salía del baño, si se topaba con tío Vidal o tía Macrina, le asaltaban de nuevo inmoderados deseos de pronunciarla. En lo tocante a Flora, su

hermana, la palabra *Fenedosa* se le antojaba una palabra fruitiva, apetecible, de suerte que cada vez que jugaban a los entierros, si las carrozas se retrasaban, la niña repetía en voz baja, hasta que se aburría:

—Fenedosa, Fenedosa, Fenedosa…

Vencido marzo, el tema Fenedosa quedó pospuesto al ganar el tío Jairo sus oposiciones y ser destinado a la ciudad. Excitados por las ponderaciones de tía Macrina, los niños esperaban encontrarse a un hombre distinto, algo así como el remedo del arcángel Gabriel, que custodiaba la pila del agua bendita en la capilla del colegio, sólo que en tamaño natural y con americana y corbata:

—Dice tía Macrina que es alto, alto, altísimo.

—¿Como la Madruga?

—No sé si tanto.

Pero llegó el tío Jairo y les hizo el efecto de un hombre normal, pelo fuerte, entrecano, mandíbula cuadrada y traje gris, bien cortado, los ojos tristes, ligeramente fruncidos, como si la luz lo deslumbrase. Maduro y soltero, sin amigos en la ciudad, los jueves acompañaba a Crucita a jugar al tenis y los sábados asistía a las *soirées* familiares, aunque era más bien taciturno y hablaba poco, tan sólo lo imprescindible y cuando era requerido. Pero si tomaba la palabra, tía Macrina le escuchaba embobada, porque tenía un tono de voz empastado, muy bronco y varonil, y sus facciones, en especial los ojos, al animarse, resultaban aun más melosos y atractivos que en reposo. Tío Jairo, aunque se abstuviese de manifestarlo, aceptaba aquellas tertulias a falta de algo mejor:

—El tío Jairo se aburre en casa.

—¿Por qué lo sabes, Flora?

—No le gustan las cosas que cuenta el tío Vidal. Lo único que le gusta de toda la casa es Crucita.

—¿Sí, Flora?

—¿Es que no tienes ojos en la cara?

La incorporación del tío Jairo a la Audiencia revolucionó no sólo la casona sino la ciudad entera. En pocos días se convirtió en el hombre de moda, en objeto de todas las miradas y eje de todas las conversaciones. En las tardes de costura, también tía Cruz y mamá Zita se referían a él, como paradigma de la belleza masculina:

—Como guapo no tiene tacha.

—Un poco sosaina, ¿no crees?

—Tal vez, pero no te aseguraría yo que no sea ahí donde reside su atractivo.

La Amalia, en la cocina, se mostraba más explícita:

—Madre mía, qué hombre, señora Zoa. Con un tipo así perdía yo hasta el juicio, fíjese lo que le digo. ¡Vaya maneras de mirar!

En apariencia, los niños no le divertían, pero si por una razón o por otra se hacían notar, los obsequiaba con generosas propinas y hasta jugaba un rato con ellos; incluso se diría que su presencia en el salón, durante las veladas de los sábados, aliviaba su aburrimiento. Una noche papá Telmo apareció en la tertulia y, ante la sorpresa general, tío Jairo, harto sin duda de los temas monocordes habituales, se apasionó a las primeras de cambio por el naturismo y asintió con entusiasmo cuando papá Telmo, aludiendo al carácter vegetal de su dieta, esbozó su credo:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra.

Tía Cruz cambiaba miradas cómplices con mamá Zita y tía Macrina con tío Vidal, porque por primera vez desde su llegada veían a Jairo interesado en alguna cosa fuera de Crucita. El elemental remedio contra el estreñimiento, afeitándose descalzo, en ayunas, sobre las baldosas húmedas, literalmente lo deslumbró, y así que papá Telmo declaró «el estreñimiento no es problema de vientre sino de cabeza», su alborozo se desbordó y, minutos más tarde, cuando papá Telmo se refirió al «suculento placer de andar descalzo sintiendo bajo las plantas de los pies el magnetismo de la tierra», era ya un ferviente naturista.

Al día siguiente, domingo, acompañó al campo a su concuñado, juntos tomaron un baño de luz, pasearon desnudos entre las encinas e hicieron una tabla de ejercicios gimnásticos, plan que repitieron regularmente. La insólita camaradería entre los dos hombres sembró la zozobra en la ciudad y dio pie para que las habladurías (reticentes y maliciosas) contra el nuevo juez y sus costumbres se exacerbasen. Menos imaginativa y sin instrucción adecuada, mamá Zita, persuadida del descarrío de su marido, juzgó a su concuñado un descarriado más, juicio que refrendó tío Felipe Neri al apuntar la posibilidad de que Jairo fuese otro panteísta. Una tarde, tía Cruz, el rostro encendido a pesar del albarino, enriqueció el anecdotario de Jairo con una inimaginable revelación:

—Macrina me ha dicho que en Madrid se reunía todos los martes con jóvenes protestantes.

—¡Cielo santo!

Terció tío Felipe Neri:

—No me sorprende. Los secuaces de Lutero en Madrid van en aumento.

—¿Quién dices?

—Lutero, el primero en levantar bandera contra el Papa.

—¡Ah!

En pocas semanas, tío Jairo se convirtió en piedra de escándalo y objeto de murmuración. Tía Macrina visitaba de vez en cuando su habitación en el Hotel Castilla la Vieja, para poner un poco de orden,

«porque ya se sabe que los hombres carecen del sentido del espacio y lo amontonan todo». Una mañana le acompañó tía Cruz, que volvió diciendo que la pieza era sobria como la celda de un cartujo, pero no tenía crucifijo en la cabecera de la cama y, en cambio, había grabados de santos flagelados y muchachos desnudos por las paredes y una Biblia «rara» en las estanterías.

Ajeno a tales especulaciones, tío Jairo seguía yendo los jueves al tenis con Crucita y los domingos con papá Telmo a tomar baños cutáneos en los pinares. Un día se encontró con los niños y la señora Zoa ante las taquillas del Lux Cinema, especializado en películas del oeste, y, en un gesto de liberalidad, pidió un palco y se quedó con ellos. Flora y Gervasio, absorbidos por las incidencias de la película, aplaudían con calor las derrotas de los indios. En el intermedio, tío Jairo les invitó a boliches y chocolatinas y les preguntó por qué aplaudían:

—Porque los indios son malos.

—¿Quién lo ha dicho?

—En todas las películas son malos.

—Bueno, seguro que cuando os hagáis mayores pensaréis de otra manera.

Gervasio no entendió bien las palabras de tío Jairo, pero intuyó que sus simpatías estaban de parte de los indios, lo que le conmocionó tanto que esa noche tardó dos horas en dormirse y, cuando al fin lo consiguió, soñó con el tío Jairo a caballo, el torso desnudo y plumas en la cabeza, cabalgando por un yermo al frente de un grupo de pieles rojas. Las imágenes eran tan vívidas que, al despertar, no acertaba a separar la realidad de lo soñado, pero su obsesión seguía perturbándole, y cuando la señora Zoa le sirvió el desayuno le preguntó:

—¿Es verdad que los indios son buenos, Zoa?

—¡Estás tonto! ¿Cómo crees tú que van a ser buenos esos zarrapastrosos?

—Pues el tío Jairo lo dice.

—Deja en paz a tu tío Jairo y tú da gracias a Dios por haber nacido cristiano.

Mas el niño continuaba insatisfecho, y al regresar del colegio entró por el jardín y subió a casa de los tíos:

—Tío, ¿son buenos los indios?

—Bueno, de todo habrá, digo yo.

—Entonces ¿los vaqueros son malos?

Tío Felipe Neri carraspeó por dos veces, le invitó a sentarse y pasó un pañuelo inmaculado por los cristales de los lentes:

—Mira, hijo, llevar la fe y la civilización a los infieles ya es de por sí una acción meritoria.

—¿Y es bueno matarlos por eso?

—Matar, matar, es una palabra muy dura, Gervasio. En ocasiones habrá que hacer un poquito de fuerza, no digo que no. Los infieles suelen ser como los bebés, gritan y patalean cuando les lavan la cara. ¿Vas a dejarlos sucios por eso?

En la misa de nueve de Santa Brígida, reclinada entre Flora y Gervasio, mamá Zita les dijo el domingo con un calor inusual:

—Hoy ofreced la comunión por el tío Jairo.

Gervasio volvió lentamente la cabeza hacia ella:

—¿Es que es malo el tío Jairo?

Mamá Zita denegó, nerviosa:

—No se trata de que sea bueno o malo. Tú pides al Niño Jesús por él y no hagas tantas preguntas.

Su hermana Flora le dijo a la salida que mamá Zita les hacía rezar por el tío Jairo porque era amigo de papá Telmo y ambos se iban juntos los domingos a corretear desnudos por los pinares y eso era un grave pecado, pero, por una vez, Gervasio rebatió el razonamiento de su hermana aduciendo que si mamá Zita les hacía rezar por ellos era porque a ninguno de los dos les gustaban los héroes y de ahí que papá Telmo mandara a Clemente quemar los uniformes del tío Felipe Neri y el tío Jairo se pusiera de parte de los indios contra los vaqueros. Un aura mítica y contradictoria envolvía de un tiempo a esta parte la figura de tío Jairo. A su manera, también la Amalia expresaba el asombro que le causaba su ambigüedad:

—Y a ese tío vuestro, ¿de qué le vale ser tan guapo si en la vida se le ha visto con una mujer?

—Pues sale con Crucita, Amalia, y juega al tenis con ella.

—Ya ves tú, la Crucita; ¿es la Crucita una mujer? Pero si ni siquiera tiene pechos.

Pese a esta deficiencia, tío Jairo, desde su llegada, mostró su preferencia por ella. Charlaban y reían por naderías, y a las clases prácticas de tenis añadía el tío frecuentes explicaciones teóricas en las que se hacía necesario tomar a Crucita por los hombros, o por la cintura, o por las axilas, y hacerle flexionar o rotar su elástico cuerpo. La muchacha aceptaba con deleite estas enseñanzas, y por su parte trataba a tío Jairo con el mayor afecto y confianza: lo besuqueaba, se colgaba de su cuello, se sentaba en sus muslos. Tía Cruz asistía alarmada a este proceso y ponía en guardia a su hermana:

—¿No crees que Crucita se extralimita con Jairo? Crucita ya no es una niña, Zita.

Mamá Zita no veía, de momento, nada escandaloso en el comportamiento de su hija:

—Para muchas cosas, Cruz no ha madurado todavía.

En ausencia de la muchacha, tío Jairo ensalzaba su figura, su

gracilidad, su porte, y en esos casos mamá Zita, abochornada por los elogios, aludía «a su lento desarrollo físico», ante lo cual tío Jairo decía tajante:

—¡Ojalá no se desarrolle nunca! Ése es su mayor encanto.

La familia, pendiente desde hacía años del pecho (de la falta de pechos) de Crucita, quedaba a la espera de que tío Jairo justificara apreciación tan gratuita, pero él, un poco azorado por su apresurada manifestación de entusiasmo, consciente de que el ambiente no era propicio para ampliar detalles, se limitaba a declarar:

—Es una belleza andrógina. Tiene la gracia de un efebo griego.

Y tías y tíos intercambiaban miradas, se encogían de hombros, y terminaban por admitir lo que parecía un elogio, pensando que acaso Jairo, por madrileño, más mundano y al tanto de la moda, estuviera en condiciones de afirmar que nada tan antiestético como un busto prominente en una mujer.

La Amalia, en cambio, estimaba suficiente este defecto para excluir la femineidad. La presencia periódica del tío Jairo en la casa, el aroma de sus cigarrillos, su discreto perfume varonil, la tenían más encalabrinada que de costumbre. Salía con el Anselmo Llorente tres días a la semana, pero solía regresar despeinada, las ropas desbaratadas y con alguna leve equimosis en rostro y cuello. La señora Zoa movía precavidamente la cabeza:

—Ándate con ojo. La primavera la sangre altera.

—¡Váyase usted al cuerno, señora Zoa!

Su humor se había vuelto inestable, desempeñaba sus labores cotidianas con indolencia, y producía la impresión de estar a la espera de algo. Una noche que anticipó su regreso, Gervasio le abrió la puerta. Traía las mejillas congestionadas, la mirada encendida.

—¿Han vuelto ya tus papás? —preguntó al niño a bocajarro.

—Todavía no, Amalia.

—Anda, pues entonces vente un ratito conmigo, bonito.

Le precedió pasillo adelante, renqueando de la pierna derecha, hasta el último trastero, rayano con la vivienda de tía Cruz, y, una vez dentro, aseguró la puerta con pestillo, se sentó en la cama turca, cubierta por una vieja cretona, y empezó a quitarse los zapatos y las medias. Luego se sacó el vestido y la combinación por la cabeza y, a la mortecina luz del montante, Gervasio descubrió el negro vello de las axilas:

—Tienes pelos en los brazos, Amalia.

—Y más pelos, mi niño. La Amalia tiene muchos pelos, ¡ya verás cuántos pelos tiene la Amalia!

Las protuberancias móviles de sus senos, las carnes blancas detonando en la penumbra, el misterioso nido del pubis, las anómalas circunstancias que le rodeaban, amedrentaron a Gervasio, pero ella le

desnudaba deprisa, con dedos ardientes y expeditivos, se tumbó, montó al niño sobre ella y cimbreó alocadamente la cintura:

—Yo era un caballito y tú eras el tío Jairo, ¿quieres?

El niño traspiraba, el rostro perdido entre aquellos pechos desbordados, trataba de zafarse del cruel abrazo de la muchacha, de la dolorosa presión de sus muslos, pero ella le oprimía cada vez más fuerte, gemía, le toqueteaba, murmuraba baladronadas y palabras soeces y, por último, le oprimió hasta casi cortarle el resuello, gritó sofocadamente dos veces y quedó inmóvil. Gervasio la oía respirar agitada a su lado, se deslizó hasta el suelo y, entonces, la respiración cesó y oyó su voz ronca, perezosa:

—¿Te gustó, mi niño?

—No, Amalia.

—Te daba miedo, ¿eh?

—Sí, Amalia.

—Seguro que a tu tío no le hubiera dado tanto miedo.

—¿A qué tío, Amalia?

—A tu tío Jairo, ¿qué tío iba a ser? —estalló en una risotada provocativa—. ¡Madre, qué ejemplar de hombre! —El niño pretendía introducir sus pies descalzos por las perneras de los calzoncillos—: Aguarda, bonito, ahora te visto.

Antes de abandonar el trastero, la Amalia le estiró el jersey y le conminó:

—A la mamá ni una palabra, ¿has entendido? Ni a la señora Zoa, ni a la Florita, ni a nadie... Esto es un secreto entre la Amalia y el niño.

Una extraña asociación de ideas inspiró a Gervasio:

—¿Y al Anselmo Llorente?

—A ése menos que a nadie, ¿oyes? Es que ni se te ocurra.

El niño se sentía impregnado de una sucia turbación, le poseía la borrosa conciencia de haber incurrido en algo infame pero, al propio tiempo, intuía que en torno a aquellas viscosidades íntimas giraba el secreto de la vida, y la ignorancia de tales acciones era lo que justificaba aquello que los mayores denominaban *candor infantil*. De repente, dejó de sentirse candoroso, comprendió la existencia del Friné, la de los hombres con el ala del sombrero bajada que merodeaban a su alrededor, la desazón del Anselmo Llorente cada vez que Amalia se retrasaba y la excitación de las muchachas que subían al escenario del Novelty para que el Breslau o el Rodolfo Francisco las bailasen. Empezaba a ver las cosas bajo una nueva luz. Turbado aún por los espasmos lúbricos de la Amalia, tembló ante la idea de una adolescencia concupiscente. Su impresión fue tan honda que no osó comentar el hecho con Florita. No era el miedo a quebrantar un secreto, sino una íntima vergüenza lo que sellaba sus labios. Respecto

a la señora Zoa, recelaba que, de informarla, se sentiría celosa y saltaría a los ojos de la Amalia como una pantera. Guardó, pues, el secreto para sí, aunque la Amalia se las arreglaba (guiños fugaces, sonrisas evasivas) para recordarle, de vez en cuando, su complicidad.

Al aproximarse Semana Santa, tío Jairo mostró interés por el ritual y las procesiones y tía Macrina le informó que la mayor parte de ellas discurrían bajo el balcón de su hotel, desde donde podrían verlas juntos en todo su esplendor. De esta manera, aunque en opinión de tío Jairo la habitación era incómoda, y no tenía condiciones, en ella se congregó toda la familia para presenciar el desfile de Viernes Santo. Los pequeños de tía Macrina correteaban entre los muebles, mientras papá Telmo, tío Vidal y tío Jairo, de pie, tras el grupo de mujeres sentadas ante el balcón, charlaban animadamente y Gervasio, recostado en el brazo de una butaca, miraba como hipnotizado la mano morena y vivaz del tío Jairo sosteniendo un cigarrillo y, sin saber por qué, experimentó el casto deseo de que aquella mano le acariciase la cabeza. Pero el tío Jairo, ajeno a él, absorto ante el discurso de papá Telmo, asumía de corazón sus dos conclusiones fundamentales: primera, que la gula conduce a los hombres a cavar su sepultura con los propios dientes, y segunda, que los seres responsables debían empezar a cuidar la vejez a los treinta años. Apuró el cigarrillo hasta la boquilla, dio media vuelta y aplastó la punta en un cenicero, sobre la mesilla de noche.

En la calle en sombras, precedido por una banda de tambores, había aparecido el paso de La Oración del Huerto entre dos filas de encapuchados, y mamá Zita y tía Cruz se santiguaron. Tía Macrina volvió la cabeza hacia su hermano:

—Las tallas más renombradas de Juni, Berruguete y Gregorio Fernández las tienes aquí —dijo por tercera vez con orgullo de cicerone.

Tío Jairo volvió a sonreírle, mientras abajo se sucedían las cofradías y los pasos, oscilaban las llamas de los cirios, cambiaban de color las túnicas y las capuchas. A mamá Zita y tía Cruz les enfervorizaba la presencia de penitentes descalzos, en tanto a Crucita le apasionaba su identificación. Y cada vez que descubría a algún conocido se dirigía al tío Jairo con un mohín de superioridad:

—Fíjate qué ridiculez, tío; Lola Álvarez Puga, descalza en la procesión.

Tío Jairo, prevenido, asentía complaciente, pero cuando, mediada la procesión, empezaron a desfilar los Cristos lacerados, sangrantes, sus dulces ojos no pestañeaban, en tanto su mano derecha, presa de una agitación extraña, no encontraba lugar donde reposar, vagaba del brazo del sillón al bolsillo, del bolsillo al mentón, hasta que, por último, cerró el puño y se clavó las cuidadas uñas en el pulpejo.

Gervasio observaba con disimulo su rostro desteñido, desencajado, dos manchas violáceas bajo los ojos, los labios prietos, y, al propio tiempo, iba tomando conciencia de los compases luctuosos de la banda de música que cerraba la procesión (los pitidos sofocados por la sordina de las cornetas, el redoble acompasado, hueco y funeral de los tambores), que se iba aproximando paso a paso. El niño no hubiera sabido precisar cuál fue la causa desencadenante, si las cruentas imágenes de los Cristos, los sayones, la dolorida actitud de tío Jairo, o la música estrangulada de la banda que cerraba el cortejo («seguramente —como escribiría horas más tarde tío Felipe Neri en el cuaderno de pastas de hule— fue necesaria la conjunción de dos o tres factores para que Gervasio entrase en trance esta tarde, un trance anómalo, profundo, que me asustó, ya que en un determinado momento llegué a temer un ataque de eclampsia»). Lo cierto es que el pequeño sintió en la nuca como el puntazo de una descarga que, al no encontrar salida, quedó aprisionada, culebreando dentro del cuerpo, presionando su epidermis de dentro afuera, de tal modo que su cabecita se fue abriendo gradualmente como la cola de un pavo real (los cabellos erizados, rígidos, como sables), se le crispó el rostro, y brazos y piernas se revistieron de una piel granulosa con un pelito rubio coronando cada grano. Fue papá Telmo el primero en descubrir su tosca metamorfosis:

—¡Ese niño! ¡Dios Santo, ese niño! ¡Zita, por favor!

Desplazó con el hombro a tío Jairo, arrastró una butaca y se abalanzó sobre el niño, en tanto las mujeres, alarmadas, empujaban los sillones, separándolos, abriendo huecos entre ellos, y Vidalín, en el regazo de tía Macrina, repetía una y otra vez:

—El primo está haciendo payasadas, ¿verdad, mamá?

Papá Telmo tomó a Gervasio en volandas y lo depositó sobre la cama de tío Jairo, ordenando a voces:

—¡Cerrad el balcón! ¡Este niño está horripilado! —se inclinaba sobre él, le levantaba un párpado, le tomaba el pulso.

Tío Jairo cerró el balcón, mamá Zita cogió una mano del pequeño, tío Felipe Neri trataba de ahuecar la almohada:

—Mejor quítasela —dijo papá Telmo.

Tío Felipe Neri la retiró. Tía Macrina sacó a sus hijos al corredor. Mamá Zita acariciaba la mano inerte del niño, quien, con los párpados caídos, trémulo, parecía privado de conciencia:

—¡Dios mío, Telmo!

Papá Telmo no la escuchaba. Sus labios exangües despotricaban contra los capirotes y los sayones, las imágenes sangrantes, la marcha fúnebre, e insistía, señalando la cabeza aleonada de Gervasio:

—¡Está horripilado! Nunca en la vida vi un caso de horripilación semejante —achuchaba la pálida carita entre sus grandes manos—: no

tengas miedo, hijito; papá Telmo está contigo. Los hombres malos no te harán daño.

Paulatinamente los cabellos de Gervasio iban asentándose, su piel se asedaba, asumía una tersura vegetal. Entreabrió los párpados:

—Ya vuelve —dijo tío Vidal.

Los rostros borrosos, angustiados, de mamá Zita, papá Telmo, tía Cruz, tío Felipe Neri, Crucita, Flora, tío Jairo, tío Vidal, en torno al lecho, fue lo primero que Gervasio descubrió al abrir los ojos:

—¿Estás mejor, hijo mío? —Mamá Zita le ponía una mano en la frente.

Papá Telmo la apartó con ademanes autoritarios:

—Déjale ahora; dejadle tranquilo —se volvió a tío Felipe Neri—: abre el balcón, Felipe, que le dé el aire. ¿Quieres un poco de agua, hijito?

Una queda felicidad inundaba a Gervasio. De nuevo le enorgullecía que se inquietasen por él, que penasen por él; saberse centro de la atención general. Tío Jairo se dobló sobre la cama y le acarició la cabeza. El niño cerró los ojos y sonrió plácidamente. Papá Telmo se sentó a su lado y volvió a oprimir su rostro entre sus manazas:

—Tenías miedo, ¿eh, barbián? —sonreía.

—Sí.

—Te daban miedo los encapuchados y esos hombres malos que mataban al Cristo, ¿no es cierto, hijito?

El niño asentía. Papá Telmo le preguntó otras tres o cuatro naderías antes de quedarse mirándole a los ojos con curiosidad profesional:

—¿Nunca te había sucedido una cosa así? —indagó.

Se oyeron varios carraspeos y la tos seca, astillada, conminatoria, de tío Vidal. Mamá Zita cerró los ojos. Tía Cruz bajó la cabeza. Tío Felipe Neri se quitó los lentes sin decir palabra. El niño recorrió uno a uno los rostros azorados de sus familiares, volvió perezosamente los ojos hacia su padre y mintió con aplomo edificante:

—Nunca; es la primera vez.

Libro segundo

VIII

El ingreso en el colegio de Todos los Santos para cursar el bachillerato supuso para Gervasio la desconexión con el pasado, la ruptura con una infancia tibia, rica en experiencias, aunque demasiado atornillada y protegida. Atrás dejaba un mundo fantástico que un día juzgara fundamental y que ahora, desde la nueva perspectiva, se le antojaba deleznable. En pocos meses, los principios que informaron su vida maduraron, se racionalizaron, de tal modo que los hábitos y personas que apuntalaron su primera infancia fueron paulatinamente difuminándose, perdiendo significado para él: el juego de los entierros; la hermana Luciana; la Amalia; el Anselmo Llorente; los paseos largos con la señora Zoa; el Cigüeña; Benigno, el chófer; Clemente, el jardinero; los fantasmas crepusculares de la Enana y la Madruga; don Minervino y las señoritas del Friné; Felipa, la lavandera; Severo, el gordo sacristán de Santa Brígida; las sesiones dominicales del Lux Cinema; la señora Agustina y sus hijos Daniel y Felisilla... Desde la atalaya de sus diez años, Gervasio contemplaba su pequeña historia como un todo, sin analizarla, con una mezcla de ironía y confusión. A veces pensaba que la línea divisoria entre su atolondrado pasado y su presente responsable venía marcada por la tarde que conoció el odio. Fue en su último paseo largo con la señora Zoa cuando, encaramado en la higuera de la señora Agustina, mientras saboreaba una breva tierna y dulcísima, Daniel, el carpintero, lo había fulminado con una mirada enconada, larga, reprobadora. Tan demoledora era y tan intensa que el niño volvió la cabeza imaginando que no podía ser su único destinatario, pero al darse cuenta de que estaba solo, de que era él el exclusivo objetivo de aquella mirada, arrojó la breva al suelo, se descolgó del árbol asustado, se acercó por detrás a la señora Zoa y le dijo a hurtadillas:

—Zoa, vámonos. Ya no quiero estar aquí.

Desde ese día, Gervasio buscaba inútilmente una garantía contra el odio; anhelaba ser amado. Habituado a una existencia acolchada, sin problemas, la mirada de Daniel, el carpintero, le había revelado que no todo el mundo estaba de su parte y que también involuntariamente podía causarse daño. Empezó a barruntar que los asideros que había intuido firmes no eran perdurables. El regazo de la señora Zoa, por ejemplo, ya no le amparaba; no le infundía seguridad. La vieja sirvienta se resumía, se arrugaba, y él empezó a verla como lo

que era: un ovillito enlutado, quebradizo, lerdo, tullido por la artrosis. El descubrimiento, aunque gradual, fue desolador. Empero, había que fingir alguna dilección y aceptar sus efusiones con objeto de no defraudarla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hacía tiempo, y ahora (le avergonzaba reconocerlo) se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia sentimental entre la anciana y él. Mamá Zita vino en su ayuda el día que Florita cumplió once años, al notificar al servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado de ser niños para empezar a ser *señoritos*. Para Gervasio fue aquello un ascenso inesperado. Florentina, la nueva doncella, asumió el cambio con naturalidad y decía *señorito Gervasio* con inflamado aliento, como hubiera podido decir *alteza* o *señor presidente*; por contra, la señora Zoa, amarrada a la costumbre, enervada por la senilidad y el insuficiente riego sanguíneo, no acababa de digerir la innovación, y, en un aturullado afán por complacer a todos, empezando por ella misma, asociaba calificativos antitéticos, como *corona* y *señorito*, para referirse a Gervasio, lo que ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora Zoa, olvidando el tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aun sabedora de que ya no existía correspondencia, oprimía a Gervasio contra su costillar, y aunque lo sentía renuente entre sus brazos, no lo soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los besos húmedos, restallantes, totalitarios, que le eran habituales. Estas demostraciones provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vieja, como Florita le enseñara tiempo atrás, olía a agua muerta (en especial su moño blanco, acribillado de horquillas), y su piel, tersa un día, se iba frunciendo, se volvía fría y áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo el día en que su camarada de colegio, Pedro María de Vega, fue testigo de uno de estos raptos vehementes. Ante el ímpetu efusivo de la anciana, Gervasio se desasió de su abrazo, le voceó que ningún parentesco les unía para abrazarlo de esa manera, en tanto su amigo Peter observaba la escena entre azorado y divertido y la señora Zoa murmuraba algo que no por risible dejaba de ser cierto: que su corona, su niño, había dejado de quererla.

Esta escena puso punto final a un largo idilio y mamá Zita, a la vista del escaso rendimiento de la señora Zoa y de la repulsión de su hijo hacia sus expansiones sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cuñada Agustina, pero como Daniel, su sobrino, se opusiera a acoger bajo su techo a una «lacaya de la burguesía», la señora Zoa terminó por admitir su ingreso en las Hermanitas de los Pobres, institución de la que mamá Zita era benefactora. Y según recogía sollozando sus pobres enseres, mamá Zita la consolaba, diciéndole que su casa siempre estaría abierta para ella y que la esperaba a almorzar «tantas veces como la viniera en gana». La señora

Zoa guardaba la fotografía de sus sobrinos, la caracola y las ropas, en la maleta de cartón, recordando, sin duda, los dulces simulacros de años atrás, cuando su niño, su corona, se aferraba frenéticamente a sus piernas y le impedía marchar. Ahora Gervasio no hizo acto de presencia hasta que mamá Zita abrió la puerta de la calle. Entonces apareció en el vestíbulo y tendió a la vieja una mano inexpresiva y distante que ella bañó de besos y lágrimas, en tanto repetía: «Adiós, adiós, señorito Gervasio, corona».

Desde su marcha, la señora Zoa los visitaba algún domingo, y aunque Gervasio procuraba escabullirse, ella lo atisbaba por las rendijas de las puertas, tan sólo por el placer de verlo, resignada ya a no inmiscuirse en sus asuntos, y a la hora de marchar (Gervasio nunca estaba disponible para despedirla) clavaba en mamá Zita sus ojitos pitañosos y le decía complacida:

—Vamos, señora, que bien fanfarrón se le está poniendo el señorito Gervasio. Ya puede usted estar contenta.

Pero la señora Zoa quedó atrás en la historia de Gervasio, como quedó atrás la Amalia, quien, víctima de su primavera febricitante, acabó embarazada, y el Anselmo Llorente, responsable de su estado, desapareció sin dejar rastro. Mamá Zita le reprendió en el salón verde, haciéndole ver que aquel vientre turgente no sólo era un grave pecado sino piedra de escándalo para los niños, por lo que no podía continuar en la casa. La Amalia, pese a sus cejas altivas, rogó, imploró, se humilló en vano y, por último, sin otro allegado en la ciudad que el desertor Anselmo Llorente, cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo recurso de los desesperados en la ciudad. Mamá Zita, conocedora de su horrible fin, encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha, pero una mañana que instó a su marido para que le acompañara, papá Telmo rehusó, con una de sus frases irracionales y volterianas:

—Lo siento, Zita. Me niego a compartir vuestro original cristianismo sin prójimo.

Pero, dentro de su cariz desdichado, aquellos sucesos resultaron providenciales para Flora y Gervasio. Después de tantos años de convivencia, hubiera sido improbable que la señora Zoa y la Amalia los tomasen en serio, guardasen la deferencia debida a su edad y condición, acatasen, en suma, una jerarquía social. Ahora, en cambio, la Florentina, la nueva doncella, con sus puñitos y su cuello blanco de piqué, y la gruesa Ani, en la cocina, les trataban de *señoritos* con la misma naturalidad con que trataban de *señora* o *señor* a mamá Zita y papá Telmo.

Por otra parte, también Flora dejó de ser una referencia obligada en la vida de Gervasio. Su fascinante poder de seducción se lo llevó la trampa, y con el cambio de colegio Florita se transformó en una

adolescente uniformada que secreteaba escuchos con su amiga Manena Abad tan pronto Gervasio irrumpía y reían alocadamente. Flora disponía ahora de un mundo personal en el que apenas incidía su «remoto» pasado:

—¿Sabes que mi hermano, de pequeño, quería ser héroe y cada vez que sonaba música se le ponían los pelos de punta?

Manena Abad, con el cabello rubio, a mechas, reía de buena gana, con aquella su risa sofocada y ronca, y Gervasio bajaba los ojos confundido porque, aunque no había renunciado al heroísmo, le abochornaba el recuerdo de aquellos fenómenos que acompañaron sus primeros años. Había alcanzado esa edad en que el ideal humano es la vulgaridad, no diferenciarse de los demás, no rebasar la norma, y la sola evocación de su ostento lo avergonzaba. Sin embargo, al cabo de casi tres años sin manifestarse, consideraba cerrado aquel episodio. Sus repeluznos bien podían responder, como aventurara tío Vidal en diferentes ocasiones, a puros fenómenos eléctricos, superados con el desarrollo. Para tío Felipe Neri, en cambio, comprobar que los años transcurrían sin que el signo volviese a exteriorizarse suponía una decepción. Se resistía a admitir que, habiendo sido Gervasio en su primera infancia un niño singular, se hundiese ahora en la anónima vulgaridad, para transformarse en un muchacho sin finura de percepción. ¿Dónde quedaban aquellas crispaciones, aquella sensibilidad, aquellos éxtasis edificantes? Consternado ante su indolencia, un domingo de octubre le sacó de paseo con ocasión de un concierto matinal de la banda del Regimiento de San Quintín en el templete del parque. Sabía que actuaba a redopelo de mamá Zita, tan solapadamente como antaño lo hiciera papá León, pero pudo más en él la esperanza que la prudencia. La tentativa resultó un fracaso puesto que, aunque se detuvo varias veces ante el kiosco de la música, allí donde la percusión del metal era casi insoportable (enloquecedora en las frases más altisonantes de *El sitio de Zaragoza*), Gervasio no se alteró, ajeno a lo que sucedía en el templete. Su pasividad ante estímulos en el pasado infalibles sumió a tío Felipe Neri en una honda crisis: «El presunto heroísmo de mi sobrino Gervasio (confió esa tarde a su cuaderno de pastas de hule, olvidado y polvoriento en el cajón superior del buró) se ha disipado como esas vocaciones precoces que, en determinados momentos de la infancia, inclinan a los niños a ser guardias o bomberos. Después de dos años y medio sin escribir en esta libreta, hoy que reanudo el contacto es para anotar mi desencanto, puesto que mi sobrino esta mañana, en un concierto de música militar, a pesar de la marcialidad de las composiciones no reaccionó, no experimentó arrobo ni alteración alguna. Divagó distraído por las inmediaciones del kiosco donde sonaba la música, propinando puntapiés a las castañas locas, o mirando a las musarañas. Ni los

himnos ni los pasacalles le infundieron la menor emoción; no dijo nada; no ocurrió nada. Lo mismo que hubiera sucedido si, en lugar de Gervasio, me hubiese hecho acompañar de Clemente, ese pobre retrasado que cuida del jardín. Esto me hace pensar que lo que estimé en su día como una señal de lo Alto quizá no fuera sino un acto reflejo como el estornudo cuando a uno le pica la nariz. El Señor nos tenga de su mano».

Aunque por otras razones, también papá Telmo sometió al niño a observación durante un tiempo, a partir de la horripilación del Viernes Santo. Empezó vigilándole a distancia, poniendo a prueba, como en un juego, sus reacciones nerviosas, pero, de vez en cuando, animado por algún comentario del pequeño, indagaba, como sin darle importancia:

—¿No has vuelto a sentir miedo como la tarde aquella de la procesión?

—No.

—¿Y puedes explicarme qué te ocurrió aquella tarde, hijo?

El niño levantaba los hombros, montaba el labio inferior sobre el superior y no respondía. Papá Telmo se resignaba. No quería acosarle, pero si alguna noche Gervasio reclamaba agua o el orinal, entraba en la alcoba como si casualmente pasara por la puerta:

—Tienes miedo, ¿verdad, Gervasio? —Le miraba obsesivamente la cabeza.

—No.

—¿Quieres que deje la puerta abierta? —Seguía mirándole la cabeza—. ¿Me quedo un rato contigo?

—No.

—¿Estás bien, entonces? ¿No te duele nada?

—No.

Poco a poco fue olvidando aquel incidente, «un fenómeno epileptoide producido por cualquier exceso —explicaba— porque el niño no es miedoso; quiero decir, anormalmente miedoso». Tío Jairo, que en aquel momento se despojaba de los pantalones junto a un matorral, comentó:

—¡Buen susto nos dio! Jamás podré olvidar aquella cabeza erizada como la de un animalillo acorralado.

Tío Jairo continuaba saliendo al campo con papá Telmo, aunque con intermitencias cada vez más frecuentes. Las exigencias de la vida naturista empezaban a fastidiarle. Por si fuera poco, tras los ejercicios dominicales su apetito aumentaba, en un momento en que él procuraba bajar de peso:

—Hoy daría un año de vida por una buena paella. Me muero de hambre.

Papá Telmo le reprochaba su flaqueza, y tía Macrina, al sábado siguiente, puntualizaba:

—Mis hermanos son impresionables. Acogen las novedades con pasión pero, a la larga, son inconstantes. Con la política les ocurre algo parecido, en especial a David.

Mano a mano con tía Cruz, mamá Zita opinaba que «como guapo, Jairo lo era en grado sumo, pero también variable como una veleta». En lo tocante a Gervasio, se había serenado. Y aunque su hermana se obstinara en interpretar sus repeluznos como pruebas de predilección celestial, ella prefería el silencio de Dios. Una tarde le confió a Cruz:

—En abril hará tres años que Gervasio sufrió el último ataque de esos. No quiero tentar a Dios, pero me hago ilusiones de que aquellas horribles cosas han terminado para siempre.

Tía Cruz ladeó la empolvada carita enojada. No comprendía a su hermana. No comprendía que calificara de «horribles cosas» y «ataques de esos» lo que para ella y su marido eran distinciones de lo Alto. Mas la fe de mamá Zita no era tan soñadora:

—¿Y quién te dice a ti que fueran señales de lo Alto y no simples fenómenos físicos, como asegura Vidal?

Mamá Zita, apaciguada, veía crecer a Gervasio, observaba sus nuevas relaciones. Le agradaba Pedro María de Vega, Peter, como ellos decían, porque los Vega eran «una familia de aquí de toda la vida; una institución». (Don Belarmino de Vega, hidalgo de privilegio, y su mujer y prima hermana, Genovevita Serrada, eran los padres de Peter, hijo único ardientemente deseado, inteligente y reflexivo, y, por añadidura, sedentario, amigo de la lectura, los juegos de mesa y los pasatiempos tranquilos.) Peter enseñaba a Gervasio a armar barcos dentro de botellas y a jugar al ajedrez y a las batallas navales. El abuelo materno de Peter, don Álvaro Serrada, había sido marino y diríase (a juicio de don Belarmino, alto funcionario de Hacienda) que el nieto había irrumpido en el mundo con el exclusivo objeto de emularle. A los siete años conocía de memoria los planos del *Oquendo* y el *Reina Cristina* y distribuía las unidades, representadas por cajas de fósforos, de acuerdo con las tácticas seguidas por las escuadras en Lepanto, Trafalgar o Jutlandia, y exponía con singular clarividencia los aciertos estratégicos de los vencedores y los errores de los vencidos. Era un niño sabio que con sus pequeños ojos achinados, sus aseadas manitas pecosas y su pelo ensortijado, deslumbró a Gervasio hasta el extremo de que merecer un elogio suyo se convirtió en una obsesión, lo que no era obstáculo para que, a temporadas, cansado de su sedentarismo, conectara con compañeros más activos, como Lucinio Orejón, que adornaba con muñecos de papel la sotana del padre Dictinio, recién llegado del seminario, o ponía petardos en el borde del tablero para que estallaran encadenados, en horrísona traca, cada vez que el padre Sacristán se enfurecía y aporreaba la pizarra con el puño. Entre esto, su novia (que aún vestía calcetines), su temprano

bigote y sus pantalones bombachos, cobró inmediatamente para Gervasio (aunque por razones opuestas a las de Peter) un prestigio que se acrecentó el día que el padre Dictinio lo persiguió a la carrera por el corredor y Lucinio, al advertir que perdía terreno, interpuso entre ambos una puerta cristalera contra la que se estrelló el Padre con un formidable estrépito de vidrios rotos (el coraje con que Lucinio afrontó los rumores de expulsión, su arrogancia, en tanto sus padres se humillaban en la Dirección encareciendo indulgencia para su hijo, aumentaron su ascendiente y autoridad).

A Crucita, su hermana, le desagradaba Lucinio («Orejón, tú dirás, ¿dónde puede ir un chico con ese apellido?»). Le consideraba un muchacho rústico, sin distinción alguna, como «demostraban aquellos pantalonazos, cómica caricatura de los *nickerbocker* ingleses». De vez en cuando Lucinio, cansado de sus excesos, se sentaba a escuchar a Peter y entonces era capaz de pasarse horas enteras oyéndole relatar una batalla naval o viéndole pegar un fósforo dentro de una botella a manera de botavara de una fragata. Sin pretenderlo, Gervasio se encontró, pues, haciendo de bisagra, conciliando dos caracteres antagónicos, como el día que dio vida en la bañera de su casa (con barcos de roña y papel, que a la postre incendiaron) a la batalla naval de Jutlandia. Lucinio, como en otro tiempo Florita, le ofrecía el aliciente de lo inesperado, de la sorpresa; sabía urdir el plan apropiado para cada circunstancia. Así, en el mes de enero, cuando se heló el río, fueron patinando sobre él hasta la Isla del Vado, donde escondieron un tesoro (una peonza, un caniquín de piedra y un cuproníquel), de forma que ahora, cada vez que Gervasio franqueaba el puente colgante y divisaba el islote de la aventura, experimentaba una emoción inefable. Peter, aunque precavido, participaba gustoso de aquellas contingencias, que luego ennoblecía prestando a sus amigos algún libro relacionado con ellas (en aquel caso, *La isla del tesoro*, de Stevenson), con lo que la ingenua proeza cobraba ribetes de epopeya, cantada ya por destacados intelectuales. Gervasio se sentía a gusto entre aquellos dos amigos que encarnaban el talento y la acción, y si a Lucinio, cada vez que éste le hablaba de su novia, le refería su torpe experiencia con la Amalia, actualizándola y atribuyéndose la iniciativa con objeto de apabullarlo, a Peter, admirador de la vida castrense, le mostraba la boina roja que papá León le había legado y la bala informe que segara la vida del general don Cástor Arrázola.

La personalidad de Gervasio iba así enriqueciéndose, desdoblándose, puesto que si, por un lado, junto a Lucinio Orejón, pasaba por ser un muchacho inquieto, audaz y resuelto, por otro, en su relación con Peter, diríase un niño quedo, oficioso y tranquilo. En determinadas ocasiones ambas corrientes conectaban, y Lucinio, Peter y él se encontraban felices en el punto de incidencia, como aconteció

un día ante la Norton de los tíos Norberto y Adrián, que Lucinio acababa de descubrir y de la que había hecho grandes elogios en el colegio. Para Lucinio, los Mutis eran seres irreales, paradójicos pero admirables: tenían largos dientes y no comían, lengua y no hablaban, y sabían desplazarse sobre una moto a ciento veinte kilómetros por hora sin que el viento les arrebatara el sombrero de la cabeza. El día que Gervasio reveló a Lucinio que los Mutis eran tíos suyos, aquél pensó que se guaseaba. Mas también Peter quedó fascinado ante la máquina diabólica, de la que Lucinio se hacía lenguas, y una tarde, al salir del colegio, Gervasio, envanecido, dispuesto a sorprenderlos, condujo a sus amigos hasta la mercería. La Norton, negra, de níqueles brillantes, bien pertrechada, reposaba silenciosa junto al bordillo de la acera, como un monstruo dormido. Los tíos Norberto y Adrián no se inmutaron al verlo aparecer, le saludaron con la frase rutinaria de siempre, como si hubieran estado reunidos la víspera:

—¿Qué dice el barbián?

Mediante rodeos e insinuaciones, Gervasio les dio a entender que a sus amigos y a él les agradaría dar una vuelta en aquel artefacto, y entonces el tío Adrián, el más bajo de los dos, sonrió con su sonrisa caníbal y, sin dudarlo un momento, le aposentó en el asiento trasero, pegó dos patadas al pedal de la puesta en marcha, se sentó en el sillín, afianzó el sombrero y le dijo ladeando un poco la cabeza:

—Agárrate bien.

Y salió petardeando como un loco por la calle Perdón de Dios, zigzagueando entre los carros, los coches y los tranvías, accediendo, al fin, al Puente Viejo a cien kilómetros por hora. Zarandeado por el viento, Gervasio se aferraba como un pulpo a la breve cintura del tío Adrián (recostando la mejilla contra su espalda), quien, como de costumbre, llevaba el impasible rostro levantado, las manos en los puños, el sombrero clavado en el cogote. En la carretera de puente a puente, sin pavimentar, aceleró aún más el artefacto, de tal modo que el niño, en retaguardia, sentía el siseo de los árboles al pasar, entre las explosiones regulares del tubo de escape:

—¡Cuidado, tío!

Pero el tío Adrián no frenó hasta llegar a la encrucijada del puente colgante, para doblar en ángulo recto y adentrarse de nuevo en la ciudad. Una vez en la mercería, el tío Norberto, en silencio, como cumpliendo un rito, acomodó a Peter sobre el depósito de gasolina y a Lucinio en el soporte y, acto seguido, recorrió el mismo trayecto, y aunque a Peter, que iba delante, se le cortaba el resuello y hacía aspavientos de ahogado, el tío Norberto no desaceleró, ni hizo comentarios al terminar el paseo. Fue aquélla una experiencia inolvidable que Lucinio evocaba con fruición, sugiriendo la posibilidad de repetirla.

A menudo sorprendían a los tíos en la moto, derechos como palos, tan pegados el uno al otro como debieron de estarlo en el vientre de su madre, el tío Adrián, más consumido, delante, conduciendo, y tras él, muy tieso, el tío Norberto, los largos dientes amarillos al aire, el sombrero en el cogote. Las sencillas gentes del barrio decían comprensivas, al verlos pasar: «Ahí van los García; vaya par de locos», o bien ironizaban: «Como no hablan, los Mutis se han comprado una moto para meter ruido».

Mediado el mes de marzo, el padre Sacristán (una amplia frente sembrada de arrugas, como si su exclusiva tarea fuese cavilar) les habló por primera vez, en clase de Religión, de la República como sinónimo de caos y ateísmo, lo que indujo a Gervasio a precaverse contra ella y excluirla de una presunta lista de *causas nobles*, decisión que corroboró después de oír en casa los comentarios negativos de mamá Zita y tío Felipe Neri. Las veladas de los sábados no se habían interrumpido, y en alguna medida Flora y Gervasio participaban de ellas. Todo era lo mismo que antaño salvo una cosa: el eje de las conversaciones ya no era el dinero sino la política, con lo que las discusiones resultaban incomprensibles para los niños, hasta el punto de que Gervasio había de poner a veces sus cinco sentidos en el empeño y aguzar su ingenio para saber a qué atenerse. Por ejemplo, lo que para papá Telmo (en las contadas ocasiones en que asistía a las *soirées*) era «el dictador», se convertía en «el general» para tío Felipe Neri, en «Primo» para tío Vidal, y en «el marqués de Estella» para tía Macrina y Crucita, matizaciones que era preciso retener para no extraviarse en el laberinto. Y el día que la prensa anunció la solución Berenguer y la convocatoria de nuevas elecciones, tío Felipe Neri apostilló que «eso era un pasteleo, no una solución», y tía Cruz, que previamente había comentado el caso con su marido, estiró su pescuezo blanco ceñido por el gollipín, como un cisne que va a morir, y presagió:

—Volvemos a las andadas. Dios nos tenga de su mano.

Fue en aquellos días y en torno a aquellos acontecimientos que mamá Zita se adueñó de una expresión popular llamada a hacer fortuna: «Se va a armar la gorda», frase ambigua que anunciaba un hecho catastrófico, aunque en un plazo indeterminado. Esta vaguedad hacía que la gorda amagase tanto el día que Primo de Rivera murió exiliado en París, como con el motín de Cuatro Vientos, como con la llegada de la exaltada primavera de 1931. Para Gervasio, amigo de definiciones categóricas, la gorda suponía algo evanescente, aunque sin duda cruento, por lo que no desechaba la idea de que la gorda viniera a dilucidar, de una vez por todas, si su disposición para el heroísmo era un hecho o una superchería fraguada por el fanatismo familiar. De ahí que el muchacho, al tiempo que recelaba de ella, la

aguardase con cierta impaciencia.

Un jueves, a la salida del colegio con sus amigos, encontró a los tíos Norberto y Adrián lanzando octavillas en la Avenida de los Tilos desde la moto. El tío Adrián, como de costumbre, conducía y el tío Norberto, mucho más alto, rígido en el soporte, el rostro impasible, iba regando la calle de papeles que, a causa de la velocidad, revolaban un rato antes de posarse sobre los adoquines, a los pies de los transeúntes. Gervasio atrapó en el aire una octavilla y se detuvo a leerla: «Si quieres libertad y justicia, vota a la República». Turbado, viendo la moto que se alejaba, tragó saliva. Se negaba a reconocer la evidencia. No es que hubiera considerado monárquicos a sus tíos, pero con su silencio y su Norton los había imaginado al margen de la cuestión. De repente, los tíos (aquellos tíos por los que sentía veneración, tal vez porque en casa eran considerados como los tíos *malditos*) se pronunciaban contra todo aquello que era su mundo y que él juzgaba respetable: mamá Zita, tío Felipe Neri, don Urbano, los curas, las iglesias, el colegio... Los tíos Norberto y Adrián, a caballo de la Norton, como demonios locos, se convertían en nuncios de la mala causa, en detonadores de la gorda. Sintió la proximidad de Peter:

—¿Sabías que tus tíos eran republicanos?

—No tenía ni idea —se disculpó.

Una semana más tarde, al anochecer, Lucinio y él descubrieron la Norton estacionada frente al Friné. El corazón le latía a Gervasio con tanta dureza que le hacía daño en el pecho. Lucinio hizo un gesto de reprobación:

—¡Jodo con tus tíos! Además de republicanos son unos puteros.

La misteriosa atracción que sobre él ejercían la moto y sus dueños se impuso al desencanto de Gervasio:

—¿Por qué no esperamos a que salgan?

Se acurrucaron a la sombra del callejón de Santa Brígida. Gervasio, ahogado de emoción, miraba alternativamente al balcón de su casa y a la puerta del Friné. La impaciencia eternizaba el aguardo. Lucinio despotricaba, y ya estaban a punto de echarlo todo a rodar cuando se abrió la abigarrada puerta del café-cantante y surgieron las risas bulliciosas de las muchachas. En medio del grupo, cogidos del brazo o por los hombros, sonriendo a la noche con sus dientes amarillos, iban los tíos Norberto y Adrián. Una de las chicas se adelantó, depositó un sonoro beso en la frente del tío Adrián y le rogó que «hiciese unos títeres como despedida».

—¿Es que son saltimbanquis tus tíos?

—¡Calla!

El tío Adrián, complaciente, se había despojado de la americana y, en chaleco, se adelantó hasta el ensanchamiento de la acera, afianzó las palmas de las manos en el suelo y volteó su menudo cuerpo de

manera que la cabeza quedó abajo y las suelas de los zapatos en el muro, arriba, en la fachada del edificio. Dentro se oían las voces airadas de don Minervino, pero las chicas reían y aplaudían con entusiasmo, sin hacerle caso, y el tío Adrián, después de recuperar la vertical, hizo un saludo reverencioso con el sombrero en la mano, tomó la americana en la otra y con alada agilidad se encaramó sobre los hombros de su hermano, que había puesto la Norton en marcha, agitó las dos prendas con los brazos en cruz y lanzó dos vivas a la República según se perdían calle abajo.

El domingo, mamá Zita prohibió a los niños salir de casa después de misa. La víspera, Gervasio había oído decir a Marcial, el taxista de la parada de la esquina, mientras se frotaba una mano con otra: «Ahora, ahora viene lo bueno para los que tienen que perder». Imaginó que «lo bueno» sería la gorda y no hizo comentarios, pero pensó que si algunos deseaban que estallara la gorda, algo tendría la gorda de provechoso para ellos. A la mañana siguiente, salvo las colas silenciosas que se retorcían ante los colegios electorales, las calles estaban desiertas y los escasos transeúntes que desfilaban bajo el balcón lo hacían apresuradamente, como con frío, como alejándose de un peligro. Mamá Zita y tía Cruz llevaron a votar en el coche a la señora Zoa, y papá Telmo se ausentó de casa nada más comer. A pequeña escala, en la familia reinaba la misma tensión recelosa que en la ciudad. Habían comido en silencio, mirándose los unos a los otros por encima de las copas, y únicamente Florita preguntó de pronto a la hora de los postres:

—¿Es la gorda la República?

Mamá Zita y papá Telmo se miraron largo rato pero ninguno respondió. Por la tarde, tía Cruz y tío Felipe Neri pasaron a casa de su hermana por el jardín y se encerraron con ella en el cuarto de costura. Al anochecer, se presentó descompuesto tío Vidal, la calva, rosada de ordinario, gris y mate como de ceniza:

—El Rey se va. Han triunfado los antidinásticos. En Madrid se ha proclamado la República.

Mamá Zita también palideció al oírle, se llevó las manos heladas a las mejillas exangües y dijo patéticamente:

—¡La gorda! ¡Ahora sí que ha estallado la gorda!

Horas después, ya noche cerrada, sonó en la calle el chinchín de una charanga desgranando las notas del himno de Riego y algunos vivas aislados a la República. Mamá Zita chilló histérica:

—¡Apagad la luz! ¡Que no se asome nadie a los balcones! ¡Como si todos hubiéramos muerto!

Pero Flora y Gervasio ya estaban en el cuarto de jugar, a oscuras, viendo desfilar a la muchedumbre desharrapada, la mayor parte en alpargatas negras, en silencio, tras de la música, y algún que otro

exaltado lanzando vivas y mueras estentóreos. Tres señoritas del Friné aplaudían y, tras ellas, en el mirador, don Minervino levantaba los brazos y gesticulaba como en una película muda. De pronto, entre los manifestantes, apareció Daniel, el sobrino de la señora Zoa, dando saltos, y al pasar bajo el balcón les hizo un gesto de burla:

—¿Qué le pasa a Daniel?

—No lo sé; todavía debe de estar enfadado por lo de la breva.

Cerrando el desfile venía la Norton a paso de entierro, el tío Adrián conduciéndola y, tras él, inmóvil, con una gran bandera tricolor sobre el hombro, el tío Norberto. Al verlos, el tío Adrián soltó una mano del manillar e hizo un ademán de saludo, pero Flora y Gervasio, que miraban el cortejo cohibidos, no le correspondieron.

Papá Telmo se presentó tarde, cuando estaban cenando, y mamá Zita lo recibió seria, con la cara de perfil, negándole el beso de bienvenida como cada vez que regañaban. Papá Telmo volvió a poner su mejilla azul al alcance de sus labios, pero ella rehusó de nuevo. Le dijo despechada:

—Imagino que estarás contento.

Papá Telmo mostró las palmas de las manos como diciendo que él no ocultaba nada; que lo registrasen:

—Bueno —dijo sentándose a la mesa—. Es una nueva vía. A ver si esta vez llegamos a alguna parte. —Deshizo el nudo de la servilleta y la extendió sobre los muslos, al tiempo que Florentina, con la cofia en la cabeza, le aproximaba la sopera para que se sirviese.

IX

Huesudo, nervioso, lineal, Carlos Centeno levantó sus negros ojos malignos hasta los balcones iluminados, donde se sujetaba el cartelón, dio un codazo a Paco Criado, su compañero de filas, y dijo en un tono de voz lo bastante alto para que Gervasio pudiera oírle:

—Ahí andará ahora el padre de García preparando la revolución.

Tras él, emparejado con Pedro María de Vega, Gervasio se hizo el desentendido, miró hacia la acera opuesta, confiando en arrastrar tras su mirada la atención de los demás, pero en ese momento Imanol Solavarrieta, para acabar de escarnecerlo, emitió una tosecilla desganada desde los últimos lugares de la fila y Carlos Centeno le respondió como un eco, con el mismo golpe forzado de tos, señalando con la cabeza, para reforzar la contraseña, el gran letrero corrido que ocupaba tres balcones del segundo piso del edificio: Izquierda Republicana.

Desde que la vinculación política de papá Telmo trascendió en el colegio, Gervasio se sintió disminuido, en la dura tesitura de navegar contra corriente. En clase todos sabían, porque el padre Sacristán se había encargado de divulgarlo, que la República era el ateísmo y el caos, de tal modo que, dada la filiación política de papá Telmo, Gervasio, descendiente directo del mal, venía a ser responsable en cierta medida de los desmanes que diariamente se cometían en el país. Tan sólo la fidelidad de Peter y la tosca e inquebrantable lealtad de Lucinio Orejón le hicieron llevadera la convivencia en el centro. Los religiosos vagaban aturdidos por los corredores, fingiendo una tranquilidad que no sentían, y los sábados el padre Sacristán, después de entregarles las notas de la semana, les informaba sobre la situación procurando conservar el ánimo; pero una mañana, al referirles la quema de conventos en Chamartín de la Rosa, la voz se le encasquilló en la garganta, tartamudeó y, ante el asombro del juvenil auditorio, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar. A la vista del desfallecimiento del padre Sacristán, el padre Nestares, el visitador, delegó la tarea informativa en el padre Unzueta, más frío e imaginativo, quien en lugar de hechos concretos divagaba en torno al ateísmo militante, sacrílegas ceremonias que «estaban a la orden del día», robos de formas consagradas o sañudas mutilaciones de imágenes. Pero en cualquier caso, hablase el padre Sacristán o el padre Unzueta, Gervasio siempre veía, detrás de sus palabras, la mano

morena de papá Telmo portando la tea incendiaria o forzando el sagrario de Santa Brígida y apuñalando después la Hostia en el Círculo (como, al decir del padre Dictinio, hacían en sus cónclaves los francmasones) con el beneplácito de sus correligionarios, que, al ver brotar la Sangre del Pan, sonreían aviesamente porque el compañero Telmo había vuelto a sacrificar al Cordero. La relación de causalidad entre la ideología de papá Telmo y los excesos de la turba resultaba evidente para Gervasio, pero al sorprenderle cada mañana en el baño, la cara enjabonada y los pies descalzos, dándole los buenos días como si nada ocurriera, se le antojaba un hombre inocuo, bienintencionado, incapaz de tan atroces excesos, y le era difícil adoptar una actitud de hostilidad hacia él. Por otra parte, había asumido con serenidad el republicanismo de papá Telmo, porque, en opinión de Peter, pese a la condena explícita de la República por parte del padre Sacristán, ésta, como la Monarquía, constituían opciones humanas y, en consecuencia, el hecho de anteponer una testa sin corona a una testa coronada no representaba descarrío alguno. Era, pues, la palabra *izquierda* la que le conturbaba ahora, puesto que, bajo su estandarte, tan sólo podían agruparse, según palabras del tío Felipe Neri, aquellos a los que Cristo había reprobado. El día del Juicio Final, los buenos estarían a la derecha y los malos a la izquierda del Señor, no cabían medias tintas. Empero, los hombres, cegados por la soberbia, anticipándose a la sentencia definitiva, simplificaban la tarea de Dios adoptando posiciones prematuramente. Ante la recalcitrante postura de papá Telmo, a Gervasio no le quedaba otro recurso que rezar por él, procurar recuperarlo y reconciliarlo con Dios. Los domingos, después de la comunión, en la misa del colegio, echaba en falta la voz trascendida de mamá Zita exhortándole a pedir por él, pero Gervasio procuraba suplir espontáneamente su ausencia y, con los ojos aplastados contra la manga del jersey, suplicaba una y otra vez a la divinidad: «Dios, Dios, que mi padre se convierta; que mi padre se haga de derechas».

Un nudo le oprimía la garganta, porque (lo mismo que le sucediera días después de la muerte de papá León) entreveía a papá Telmo retorciéndose desnudo entre las llamas del infierno, llamándole inútilmente. Esta pesadilla de papá Telmo purgando su extravío le acompañó mucho tiempo, le resultaba difícil deshacerse de ella y, como es lógico, las plegarias surgían allí donde le asaltara tan acerba visión. Durante los recreos frecuentaba la capilla y, arrodillado en el primer banco, bajo el cálido aliento de las vitrinas multicolores, suplicaba a la Virgen Santísima que le quitara a papá Telmo la venda de los ojos. Enfebrecido por un ardiente misticismo, hacía descomedidas promesas a cambio de su conversión: llevar al hombro una cruz de cincuenta kilos en la procesión de Viernes Santo, rezar

diariamente los quince misterios del rosario durante diez años consecutivos o caminar de rodillas, como peregrino, a la tumba del Apóstol hasta Compostela. Pero papá Telmo, ajeno a sus atormentadas fantasías, comía, bebía, reía, leía los diarios, salía al campo los domingos, embromaba al tío Jairo, como si nada de cuanto le rodeaba fuera con él. Los sábados solía rehuir las reuniones familiares, circunstancia que aprovechaban los tíos para reprobar su conducta. Apenas tío Jairo salía tímidamente en su defensa, alegando que entrometerse en las ideas ajenas constituía un atentado contra la libertad de conciencia, a lo que mamá Zita argüía que estaba de acuerdo siempre que las ideas no afectasen a lo sobrenatural, amenazando el eterno destino de la persona amada, en cuyo caso el cariño justificaba la intromisión. Tío Jairo intentaba replicar, mas Crucita, sentada en sus piernas, se lo impedía, le tapaba la boca con la mano, le apretaba el nudo de la corbata, le hacía carantoñas, sacaba del bolsillo interior de su americana el estuche de las gafas y jugueteaba con ellas, poniéndoselas y quitándoselas, como una niña, mientras tía Cruz se consumía pensando que Crucita ya no tenía edad para semejantes tonterías. Y una tarde de otoño, en tanto los arces regaban de hojas amarillas los arriates y paseos del jardín, se desahogó con su hermana Zita. En el rostro empolvado de tía Cruz asomaba el rubor al afirmar que el comportamiento de su ahijada con Jairo era inadmisible, que sus zalamerías estaban fuera de lugar, que hasta del hombre más comedido debía desconfiarse y, en resumidas cuentas, se imponía una advertencia seria a la chiquilla «antes de que fuera demasiado tarde». Mamá Zita, que empezaba a ver con inquietud los arrumacos de su hija, «al fin y al cabo con un extraño», le llamó una tarde a la sala verde, la más recogida del palacio, con la pretensión de hablarle, pero, apenas había mencionado el nombre de Jairo, Crucita cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a gritar que en aquella casa ruin todos eran unos mal pensados, y así que mamá Zita hizo un leve movimiento para tomarle una mano y aplacarla, la niña se desasió sollozando y abandonó la sala dando un portazo. Aquella escena fue el comienzo de un proceso insospechado. Tío Jairo, que ya había renunciado a las excursiones dominicales con papá Telmo, dejó de acudir, asimismo, a las veladas sabatinas, y una tarde, ante el estupor general, tía Macrina anunció a los reunidos «que a su hermano Jairo no le probaban bien los aires de la ciudad y había decidido solicitar el traslado a Madrid». Gervasio intuyó que tía Macrina sabía algo más de lo que decía, pero también él, cuando una semana más tarde sorprendió al atardecer, en un banco del parque, a tío Jairo con Crucita y Manolito Finat, el tenista más diestro de la ciudad, silenció el encuentro y se limitó a acechar, con su amigo Lucinio, a su hermana, hasta que pudo comprobar que Crucita, tío Jairo y Manolito

Finat se encontraban en los jardines públicos todos los días. Lucinio comentaba encandilado:

—Lógico, ¿no? Tu hermana, aunque no tenga tetas, está rica. Lo que no entiendo es el papel del otro teniendo la cesta.

A finales de enero, tío Jairo se personó en la casona para despedirse. Marchaba a Madrid. A su lado, Crucita era como una niña desvalida pero, en contra de lo esperado, no hizo ninguna escena, se limitó a darle un beso de refilón y a decirle con descaro para que todos la oyeran:

—Tío, en cuanto pueda iré a verte a Madrid.

Tío Jairo trató de explicar las razones de su traslado, las ventajas que la capital reunía para un juez, y tía Macrina, que se mostraba contrariada, dolida con su familia política, corroboró que, en cualquier circunstancia, la vida en Madrid era distinta de la vida en provincias. Gervasio vigilaba a papá Telmo, imaginando un caluroso abrazo de despedida, pero, ante su sorpresa, tío Jairo tendió a papá Telmo una mano insípida y le dijo algo inaudito:

—Telmo, que tu fe no desmaye.

Mamá Zita y tía Cruz cruzaron una mirada de asombro, en tanto Gervasio se preguntaba qué fe era la que tío Jairo no quisiera ver desmayar en papá Telmo. Para él, la palabra fe tenía un alcance estrictamente religioso, de manera que cualquier interpretación referida al naturismo o a la política comportaba una frivolidad carente de sentido. Tío Jairo le dejó sumido en estas lucubraciones, agarró su maleta de piel y salió al rellano de la escalera sin despedirlo.

Acorde con el vaticinio del padre Sacristán, «el calendario aportaba cada día una novedad diabólica que añadir a la ya larga relación de iniquidades» que el padre Unzueta se encargaba de difundir todos los sábados. A la libertad de cultos y a la secularización de cementerios, siguieron la expulsión de los jesuitas y la transformación del resto de las instituciones religiosas en simples asociaciones civiles. Los padres amanecieron un día sin sotana, los más ancianos vestidos de traje oscuro, con holgadas chaquetas y pantalones abolsados, y los jóvenes, pretendiendo eludir la uniformidad, con americanas de tonos agresivos, azul eléctrico o color fuego, de tal manera que, tanto en el caso de los primeros como en el de los segundos, su identificación podía hacerse a distancia:

—Allí viene un cura vestido de paisano —decía Gervasio a Peter.

Y al verle aproximarse, con sus andares envarados, sin saber dónde colocar las manos, la gorra, como una boñiga, sobre la cabeza, con la sola finalidad de ocultar la tonsura, Peter rompía a reír:

—¿Quién te lo ha dicho?

Crucita, que a raíz de la marcha de tío Jairo reía y charlaba por los codos, comentó con sorna que no creía que la orden del Gobierno

obligase a que a los curas «les cortasen los trajes sus propios enemigos». Por su parte Lucinio Orejón, insensible a toda sutileza, celebró la novedad con una ruidosa traca en la clase del padre Dictinio (un rostro descolorido, imberbe, sobre el grueso nudo de la corbata chillona) que distendió la crispación de las últimas semanas.

Aunque muchos alumnos siguieron a sus mentores a Portugal, la expulsión de los jesuitas redundó en un incremento del alumnado en el colegio de Todos los Santos, novedad que relegó la defección de papá Telmo a un segundo plano en la mente de Gervasio. Entretanto, la actitud agresiva de los golfillos que asaltaban a diario a los colegiales, apedreándoles y despojándoles de sus meriendas y enseres, suscitaron en éstos la conveniencia de organizar la resistencia, con lo que, a menudo, podía asistirse en la plaza de las Tasas a pedreas multitudinarias o cruentas reyertas entre niños uniformados y niños andrajosos de diez a catorce años. Peter se esforzaba en adoptar una estrategia defensiva adecuada, pero era tarea ardua resistir disciplinadamente las oleadas crecientes de niños desharrapados que a diario los atacaban a las puertas del colegio, coreando la salida de las filas con un himno de Riego adaptado a las circunstancias:

Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar
subirían al coro gritando
¡libertad, libertad, libertad!

Llovían las piedras y los golpes, y los padres, imaginando ser los causantes de la agresión, abandonaban la custodia de los alumnos, ordenando romper filas:

—Vayan directamente a sus casas y, por favor, los mayores háganse cargo de los pequeños.

Mas Gervasio llevaba grabada en la cabeza la música de aquel himno y, cada vez que sus contrincantes le ponían letra, cobraba vida en su interior la imagen de papá Telmo con un vergajo en la mano, persiguiendo por las escaleras del coro a latigazo limpio a la seráfica figura del padre Dictinio. Ésta era una de sus dependencias: cada uno de los grandes sucesos nacionales lo transfería automáticamente al nivel familiar. De ahí, tal vez, el ardor con que, respondiendo a las estrofas de los golfillos, se unía al coro que Lucinio armonizaba, para replicarles con la misma música:

Si dicen los impíos
que no hay un Más Allá,
¿por qué cuando se mueren
se quieren confesar?

La voluntad de confesión, que un poco gratuitamente atribuían a los impíos, le recordaba a Gervasio que papá León no había disfrutado de este privilegio y tal vez, el día de mañana, pudiera ocurrirle lo mismo a papá Telmo, con lo que el Señor en su Majestad le sorprendería en la hora final voluntariamente alineado a su izquierda. Semejante idea le angustiaba hasta el extremo de que algunas tardes, mientras mamá Zita y los tíos comentaban en el salón las incidencias de la semana, el niño se recogía en el rincón de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, el casco en la cabeza, plácidamente dormida a los pies del Señor) y miraba espeluznado las llamas crepitantes del hogar:

—Señor, que papá Telmo se convierta; que se haga bueno como tío Felipe Neri —decía para sí.

De vez en cuando, papá Telmo, para evitar la sensación de ruptura, se dejaba caer por las veladas de palacio y, en esos casos, tío Vidal y tío Felipe Neri recriminaban los excesos republicanos, le acusaban como si él fuera el responsable directo, y papá Telmo les escuchaba en silencio, sin exculparse, sin la menor acrimonia. Pero una noche, mamá Zita, que, flanqueada por los suyos, se envalentonaba ante papá Telmo, le recitó uno a uno el memorial de agravios contra la República, memorial que no había tenido el valor de recitarle en la intimidad de la alcoba: quema de conventos, atentados sacrílegos, supresión de la cruz en las escuelas, expulsión de los jesuitas, destierro del cardenal Segura, humillación del ejército, secularización de las órdenes religiosas, etc. y, una vez que concluyó, tío Felipe Neri apostilló inclemente: «¡Ni Diocleciano, Telmo, ni Diocleciano!», mas papá Telmo, lejos de soliviantarse, los dejó desahogarse, sonriendo conciliador, admitiendo incluso «que tal vez en la edificación del nuevo sistema se habían cometido errores pero que, como el jefe decía, con toda seguridad los días más penosos habían pasado ya». A pesar de la templanza de sus palabras, tío Felipe Neri, fuera de sí, los labios despellejados a consecuencia de los ácidos, exclamó que se negaba a oír llamar *jefe* en sus barbas al hombre que le había degradado y que había afirmado en el Congreso que España había dejado de ser católica, pero ni aun así papá Telmo perdió la compostura, tornó a sonreír bondadosamente, como si estuviera presidiendo una catequesis de párvulos, y con voz cauta y nasal y un poco de retintín observó que no consideraba cristiano extraer una frase de su contexto, ya que, en realidad, lo que Azaña había dicho en el Congreso era que «si bien era cierto que España era un país de millones de creyentes, no lo era menos que el poder creador de la mente católica era nulo desde hacía siglos». Al oírle, tío Felipe Neri empezó a escupirle nombres ilustres de españoles coetáneos (Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, José María de Pereda, el padre Coloma) y mamá Zita terció que cómo iban a crear nada las mentes

católicas en España, hijo mío, si su jefe las expulsaba, mientras tío Vidal argumentaba con reticencia algo que había leído en alguna parte: que el señor Azaña era «capaz de construir con admirable armonía los más deleznables y horrendos disparates». Pero papá Telmo seguía sonriendo, aplacando a sus contradictores con suaves ademanes, y Gervasio, a fuerza de mirarlo, acabó por verlo todo rojo, cabello, carnes, ropa, y, asustado, cerró los ojos y le pidió a Dios que ayudara a papá Telmo a ver la luz y no permitiese que le deslumbraran los fulgores del Maligno.

Días después, mamá Zita, persuadida del valor de los símbolos en tan sórdidas circunstancias, colocó en los jerseicitos de Flora y Gervasio, al lado derecho del pecho, una diminuta cruz de plata. Una semana después, a la salida de un partido de fútbol, Gervasio y Lucinio se vieron agredidos por una turba de pequeños energúmenos. Fue una pelea épica y desigual de la que Gervasio salió con una brecha y un gran hematoma en la cabeza y un ladrillazo en los riñones. Después de recibir cinco puntos de sutura en la Casa de Socorro, Lucinio le acompañó hasta casa. Papá Telmo, perdida la sangre fría, le tendió en el diván y le reconoció con dedos expertos:

—¿Duele, hijo, duele?

Estaba muy excitado y, al oír los tacones de mamá Zita, se volvió hacia la puerta desabrido:

—Es preciso evitar provocaciones, Zita —le flexionaba las rodillas, el tronco, pulsaba una a una las apófisis de las vértebras—: al niño le han dado una paliza de muerte a causa de esta cruz.

Mamá Zita, los pandos ojos bovinos arrasados en lágrimas, besó la frente del niño y se encaró con su marido:

—¿Crees de veras, Telmo, que llevar esa cruz en el pecho es una provocación?

Papá Telmo titubeó:

—Bien, tal vez no lo sea, Zita, quizá tengas razón. Tal vez esto no sea fruto de una provocación sino de la temperatura ambiente —movió la cabeza disgustado y agregó con tristeza—: todos estamos incurriendo en graves equivocaciones en estos días.

La agresión a Gervasio, y su reacción decidida en defensa de la cruz, suscitó en tío Felipe Neri un rebrote de esperanza. Lo miraba como a un mártir, los lentes empañados por las lágrimas, impaciente por desahogarse con el cuaderno de pastas de hule. Ante el buró, instantes más tarde, escribió: «Gervasio, mi sobrino, me conmovió hoy dando su sangre en defensa de la Cruz, ante un enemigo despiadado y muy superior en número. Instintiva o deliberadamente, mi sobrinito Gervasio es ya un cruzado. Quizá la época de los símbolos haya quedado atrás».

Al muchacho le envaneció el episodio, la sangre, la cabeza

vendada, el eco de su gesto. Se reunía con Peter una y otra vez, le narraba con detalle la aventura, pero el elogio no brotaba de los labios de su amigo, a lo sumo una frase cautelar:

—En estos tiempos hay que andar con ojo.

Desesperado, en un arranque de vanidad, le hizo ver que, en opinión de su tío el militar, el hombre que derramaba su sangre por la cruz era un cruzado, mas Peter, ni aun aceptándolo, dio la menor muestra de admiración por su gesto. Achinó aún más sus ojitos oblicuos para decir:

—Desde un punto de vista semántico tal vez sea así, pero no te quepa duda de que mejor nos iría a todos si nos organizásemos.

Por una de esas azarosas decisiones del destino (para tío Felipe Neri el azar era Dios; nada ocurría de tejas abajo porque sí), unos días después el padre Nestares, el visitador, desfiló por las clases animando a los alumnos a enrolarse en la Cruzada Eucarística, una organización religiosa que, mediante oraciones y sacrificios, intercedía ante el Altísimo para que tomase bajo su protección «a este pueblo desventurado». Gervasio, como respondiendo a una exigencia íntima, fue el primero en apuntarse. Le impulsó a ello no sólo su sangre (vertida ya en defensa de la cruz) sino una simpatía visceral hacia el movimiento medieval de las Cruzadas, tan caballeroso y edificante. Su adhesión fue tan celosa, tan vivo su ardimiento, que, en el primer discurso del anciano visitador, llegó a entrever, en su rostro ascético y catarroso, algo del ardor proselitista de Pedro, el Ermitaño. En este estado de ánimo afrontó la investidura (juramento, ofrenda e imposición de insignias), y cuando, absorto en el ritual, juró ser fiel a la doctrina de Cristo, defenderla y difundirla en la medida de sus fuerzas, el padre Nestares, el visitador (que recibía el juramento embutido en una raída americana azul, con brillo en los codos), se iba transfigurando, su marchita humanidad se tornaba apuesta y su ajado atuendo se convertía en una fulgurante armadura de plata. Durante los minutos que siguieron, en tanto hablaba el viejo visitador, Gervasio se vio caballero en corcel blanco, blandiendo la espada que Manena Abad, la rubia amiga de Florita, le entregara al partir, decapitando infieles junto al padre Nestares, cuya armadura refulgía en el campo de batalla y, al grito de «¡Dios lo quiere!», con un gallardete flameando en el extremo de la pica, arremetía contra las murallas de Damieta. Oleadas de infieles se interponían entre él y la ciudad, pero Gervasio, indomable, infundido de gracia, anulaba toda resistencia, luchaba a brazo partido, y su celo batallador aumentó al divisar a papá Telmo cautivo, invocándole a grandes voces. Al oírle, picó espuelas, lanza en ristre, precisamente en el instante en que el padre Bernabé, el profesor de música, levantaba la batuta y, arriba, en el coro, la escolanía iniciaba el himno de los Cruzados, al que

Gervasio, sumido en sus fantasías bélicas, se unió con fervor instintivo:

¡A la lid, cruzados, a la lid!
A luchar, a luchar con fe
por que de los pueblos,
por que de los pueblos,
por que de los pueblos
Cristo sea el Rey.

Esta vez sintió la descarga en la primera vértebra cervical, una descarga seca, que nubló su mente y, en sucesivas oleadas, dejó su cuerpo rígido y electrizado. Una fuerza extraña tiraba de su cabeza como si quisiera descorcharlo y, simultáneamente, los nervios se tensaban escarapelando la piel. Experimentó un conato de levitación y, presa del vértigo, se asió crispadamente con las dos manos al respaldo del banco delantero. Se sentía ingrávido, desplazado, y cuando Peter a su lado le reconvino, «Deja de hacer tonterías», le oyó muy lejos, arriba, como si él estuviera hundido en una ciénaga oscura de la que, mediante un esfuerzo ímprobo, trataba de emerger. Y cuando consiguió aflorar, le invadió una sensación reconfortante, algo así como la de un nadador que, después de bracear desesperadamente bajo el agua, lograse sacar la cabeza al aire y a la luz. Inspiró a fondo y, al hacerlo, oyó rumores de conversación a sus espaldas y un intercambio de tosecillas estólidas entre Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta. Una vez recuperado, notó que su cabello se distendía (pese a la gesticulación irritada del padre Pentecostés en el banco lateral) y la sangre volvía a circular por sus miembros entumecidos.

En el patio, un grupo de compañeros, medio deslumbrados, medio divertidos, le rogaron que bisase el número, pero Gervasio, tratando de sacar partido de la situación, únicamente tenía ojos para Peter, para su gesto reprobador, hasta que, de nuevo en clase, el malhumorado padre Pentecostés le castigó de rodillas junto a la ventana y, antes de marchar a casa, le hizo escribir cien veces en el encerado «no debo hacer payasadas en la casa del Señor».

Cuando una hora más tarde salió del colegio, solo, escarnecido, pensando en su recaída en el ostento tras una pausa de cuatro años, no sabía si condolerse o congratularse. La posibilidad de un futuro heroico lo enorgullecía (en especial en las presentes circunstancias, en las que cabía erigirse en protagonista de la gorda) pero, por otra parte, su mutación, tan escandalosa como antiestética, lo avergonzaba. Era dudoso que alguien pudiera interpretar aquella erección capilar como indicio de valor. Por de pronto, la reacción de sus compañeros de clase había sido ambigua, no habían llorado como el niñito del

Novelty pero tampoco se decidieron a reír; tan sólo se mostraron sorprendidos, atribuyendo la metamorfosis (lo mismo que el padre Pentecostés y, desgraciadamente, su amigo Peter) a megalomanía, a su notorio afán de sobresalir. En la escalera, Imanol Solavarrieta le había llamado puercoespín y Carlos Centeno, más ocurrente, se había puesto a sus órdenes titulándole «Gervasio, Cabeza de León, Paladín de la Tercera Cruzada». En suma, aun seduciéndole una perspectiva heroica, el preludio se le antojaba indeseable.

Tío Felipe Neri, cada día más quisquilloso, los ácidos siempre activos, no acababa de entenderle cuando, una vez en casa, le comunicó que había vuelto a ocurrirle «aquello, lo de la cabeza». Le miraba desorientado tras sus cristales impolutos, hacía muecas con los labios, pero abstraído como estaba con el oprobio republicano, tras cuatro años de silencio de Dios, no conseguía comprenderle. Únicamente cuando Gervasio aludió a la procesión de Viernes Santo, en el hotel del tío Jairo, se le hizo la luz, y entonces, conmovido hasta los tuétanos, lo arrastró hasta el cuarto de los armarios, temeroso de que tía Cruz o el servicio los importunasen, y a medida que Gervasio le refería las circunstancias de la nueva crispación se ablandaban sus ojos miopes, sonreía, transpiraba, se le empañaban los lentes, le interrumpía para inquirir nuevos detalles reveladores. Dos extremos quedaban definidos: primero, el Señor había roto su silencio de años. Segundo, por sí sola, la música no bastaba ya para provocar el ostento (Gervasio, según decía, ya estaba arrobado, empeñado en dura lid con el turco seljúcida, cuando sonó el himno de los cruzados y la crispadura se produjo). Los ojos planos de tío Felipe Neri brillaban al escuchar los maduros razonamientos de su sobrino:

—Ya no es sólo la música, tío. Ahora, para que me pase *eso*, necesito pensar alguna cosa.

—¿Una cosa grande?, ¿una acción heroica?

—Eso, tío.

—¿En qué pensabas esta mañana, hijo?

—En las Cruzadas.

—¿En las Cruzadas a Tierra Santa?

—En las Cruzadas y en papá Telmo.

Tío Felipe Neri se redujo como un caracol, cruzó los brazos sobre el estómago en ademán protector; indagó, mortificado por los celos:

—¿Y qué pintaba papá Telmo en Tierra Santa, si puede saberse?

—Estaba cautivo de los turcos y me llamaba a gritos.

—¿Tu padre cautivo del infiel?

—Cautivo, tío. Yo levanté la lanza y acudí en su ayuda, pero antes de llegar sonó el himno de los cruzados, se mezclaron las dos cosas y entonces sucedió todo.

—Y dime: ¿no pensaste nada más acerca de tu padre?

—No tuve tiempo, tío. Pero si me pasó *eso* fue por los cruzados y por papá Telmo, por las dos cosas, estoy seguro. El himno lo habíamos ensayado un montón de veces y nunca había ocurrido nada.

De pronto, se abrió la puerta del cuarto de los armarios y asomó un hombre alto, de mejillas azules (la oscura barba afeitada), ojos castos y una boina negra en la cabeza. Llevaba flojo el nudo de la corbata y los pantalones demasiado largos, afollados. Gervasio pensó: «Un cura», pero el hombre, sorprendido al ver al muchacho, se acarició la barbilla y permaneció inmóvil, en el umbral, hasta que tío Felipe Neri dijo azorado:

—Disculpe. Trataba unos asuntos con mi sobrino. Ahora mismo soy con usted.

El hombre dio media vuelta y salió. Tenía una manera sigilosa de andar, unos ademanes cautos y, por detrás, le sobraba americana, se le ahuecaba. Gervasio levantó lentamente la cabeza hacia su tío:

—¿Quién es ese señor?

—Un amigo. Cenará con la tía y conmigo esta noche —respondió tío Felipe Neri sin demasiada convicción—. Mañana seguiremos charlando.

De nuevo a solas, antes de reunirse con su invitado, temeroso de que se diluyera la impresión inicial, tío Felipe Neri se encaminó a su cuarto, se sentó ante el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule y en lo alto de la página virgen no dibujó una cruz, como acostumbraba, sino que escribió con su caligrafía esmerada: «¿Quién como Dios?», como venía haciendo, en cartas y documentos, desde el advenimiento de la República (la cruz a palo seco, en las circunstancias por que atravesaban, se le antojaba cobarde e inexpresiva), y debajo añadió: «Mi sobrino Gervasio, ya un adolescente, experimentó hoy un nuevo transporte y, como era de esperar, su explicación del hecho es más razonable y coherente que antaño. A su entender, el trance, en esta ocasión, fue debido, antes que a la música, a una especial disposición de ánimo. La música por sí sola, sin esa previa disposición, no le hubiera traumatizado. Fue la convergencia de ambos hechos lo que motivó la crispadura. El rapto se produjo en el colegio, durante la ceremonia de ingreso en la Cruzada Eucarística, piadosa y veterana asociación, reverdecida ahora. Según sus propias manifestaciones, el niño asoció la Cruzada con el hecho histórico de este nombre y se imaginó peleando contra el infiel y, curiosamente, ante las murallas de Damieta, divisó a su padre entre los cautivos (conviene tener en cuenta que mi cuñado, el padre del muchacho, es un republicanote distanciado de la Iglesia, cosa que tiene desazonado a mi sobrinito desde hace tiempo). El muchacho argumenta, sin embargo, que a lo largo de su ensueño su padre no hizo resistencia a los cruzados, antes bien, reclamó a voces su apoyo para ser liberado e incorporarse a la

hueste. El muchacho juzga esto sintomático, puesto que cuando acudía a rescatarlo sonó, en la capilla donde se desarrollaba la ceremonia, el himno de la congregación (ciertamente con una letra y unos trémolos muy castrenses), y en ese instante la horripilación se produjo, y la visión que la hizo posible (el combate, la horda, el padre prisionero y todo lo demás) se desvaneció. El muchacho se pronuncia con tan exaltado fervor que no deja duda a su interlocutor (yo, en este caso) de que ha sido signado por lo Alto para cumplir una misión excelsa. Sin acertar a reprimir la emoción, inquirí si, rapto aparte, había tenido alguna revelación, pero él, muy seguro de sí mismo, respondió que no; y que si alguna visión, y él que, salvo papá Telmo (desde niño designa así a su padre) cautivo y el padre Nestares con armadura de plata, a caballo, no vio a ningún conocido en la refriega, pero insiste (y da mucha importancia a este hecho) en que, en sus fantasmagorías, su padre no se alineaba como enemigo sino como cautivo del enemigo, "ansioso de ser rescatado". El Señor se ha pronunciado de nuevo. Confiemos en Él».

X

Con aires de misterio, Flora comunicó a Gervasio que el tío Felipe Neri tenía un cura escondido en casa, un jesuita, el padre Rivero, que muy de mañana oficiaba una misa en el Oratorio, y después de desayunar paseaba por el jardín hasta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron acecharle desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El padre Rivero caminaba despacio, entre los arbustos, leyendo el breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana y hacía con un dedo dibujos en el aire, o bien rezaba el rosario moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuchito de cuero, se arrodillaba en la gravilla gris, ante la imagen azul celeste de la gruta, y rezaba la letanía, el credo y la salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Neri acompañado de don Urbano, el ecónomo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El padre Rivero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín, le invitó a sentarse en el banco de listones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj y, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el padre Rivero, con las manos juntas, hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la absolución al padre Rivero, que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinándose veniales golpes de pecho.

Quince días más tarde la escena se repitió, pero en esta ocasión fue el padre Rivero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquél le absolvió trazando lenta, ceremoniosamente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se confesaron mutuamente, con tal piedad y recogimiento, que se diría que ambos se sabían sentenciados a muerte. Flora palmoteaba:

—Nunca había visto a un cura confesarse con otro cura, ¿y tú?

—¡Chist! Tampoco.

La presencia del padre Rivero en casa de tío Felipe Neri era un

hecho notorio sobre el que nadie osaba pronunciarse.

¿Qué hacía allí un jesuita? ¿Por qué no se marchaba a Portugal con el resto de la orden? ¿Se había secularizado tal vez? Gervasio lo ignoraba, pero una tarde, al cabo del tiempo, Lucinio Orejón le notificó que «el cura que tenía escondido en casa» dirigía una academia en la cripta de Santa Brígida a la que asistía su hermano Felices y otros universitarios y se llamaba Centro Escolar de María Inmaculada y San Luis Gonzaga. En principio, Gervasio lo negó en redondo («no hay curas en mi casa; nunca los ha habido»), pero Lucinio Orejón añadió con sorna: «No te esfuerces; mi hermano Felices le acompaña todos los días al terminar las clases». Ante la evidencia, Gervasio aclaró que el padre Rivero estaba refugiado en casa de su tío, no en la suya, desde hacía más de cuatro meses, pero desconocía el motivo. Luego se interesó por la academia, pero Lucinio únicamente sabía que era para los luises, porque el padre Rivero, antes de ser desterrado, había dirigido aquella congregación. Confiando en las buenas relaciones que don Urbano sostenía con su familia, Gervasio propuso a Lucinio visitar el centro escolar y, aunque poco amigo de embrollos, Peter se unió a la expedición. Escondidos en el portal de la casona vieron llegar a los alumnos más rezagados, caminando resueltamente, las solapas de las gabardinas levantadas, las alas de los sombreros sobre los ojos, como antaño los clientes del Friné. Al cabo de un rato, Gervasio, Lucinio y Peter abandonaron el portal, cruzaron la calle y entraron en la iglesia. Una candelita exánime, ante el sagrario, era la única nota viva en el templo tenebroso. Gervasio invitó por señas a sus amigos a que le siguieran, pero en el deambulatorio en sombras, ante la entrada de la cripta, surgió la figura de don Urbano:

—¿Dónde vais vosotros?

Gervasio se dio a conocer.

—¿Y qué quieres aquí a estas horas?

—Asistir a la clase del padre Rivero.

—¿Quién os ha hablado de estas clases? La academia es sólo para universitarios —los miró uno a uno, de arriba abajo—. Vosotros sois aún unos chiquillos. ¿Qué tiempo tienes tú?

—Trece años.

—Ya ves; es preferible que os vayáis a jugar.

—Yo ya tengo quince —terció Lucinio.

—Aunque así sea —don Urbano se agarraba una mano con otra. De lo más hondo de la escalinata de caracol llegaba el murmullo de una voz lenta y disciplinada—: cuando ingreséis en la universidad podéis volver por aquí.

Aceptaron con resignación el fracaso. En otro tiempo hubiera significado una frustración, pero desde el advenimiento de la

República la ciudad ofrecía incontables oportunidades de distracción y aventura. En el colegio imperaba el relajamiento y el alumnado vivía en plena exaltación. A raíz del trance en la ceremonia de los cruzados, una cierta aureola rodeaba a Gervasio. Los párvulos le llamaban «erizo», y los mayores, los alumnos de quinto y sexto de bachillerato, adoptaron el apodo de Carlos Centeno redondeado: «Gervasio, Cabeza de León, Paladín del Tercer Curso». En cualquier caso, su crispadura dejó una estela enigmática en el colegio. Los testigos fueron pocos pero el rumor se extendió y la mayor parte lo atribuyeron a un don especial como el de Evencio Gredilla, que movía las orejas a voluntad, o el de Javier del Río, recién llegado de los jesuitas, que doblaba hacia atrás los dedos de las manos hasta tocar la muñeca, como si fuesen de goma. Gervasio ni afirmaba ni desmentía nada; se dejaba querer. Su actitud ante el fenómeno era indecisa, puesto que si por un lado incitaba a la burla, por otro lo singularizaba de la grey, le otorgaba un misterioso prestigio en el ámbito escolar, y él, superada la etapa de propensión a la uniformidad, empezaba a hallar cierto regodeo en el hecho de saberse diferente. Lo que de verdad deseaba con toda el alma era el reconocimiento admirativo de Peter, pero éste callaba, no daba su brazo a torcer. Ante su indiferencia, una tarde, después de derrotarle en una batalla naval, conforme a las innovaciones introducidas por Lucinio Orejón en el juego (fuego griego, petardos, fulminantes y fósforos como proyectiles contra las escuadras de papel formadas en la bañera), inflamado de patriotismo, reveló a su amigo, cuyo halago buscaba inútilmente, su secreto: según su abuelo, que estuvo en la guerra, y su tío Felipe Neri, el militar, él tenía «madera de héroe», había nacido para protagonizar grandes hazañas. Una vez más, Peter dio muestras de comedimiento:

—¿En qué lo notas?

—¿Es que no me viste la cabeza el día de la jura de los cruzados?

—¿Y eso es todo?

—Los pelos de punta sólo son la señal. Cuando los pelos se me ponen de punta me crece la fuerza y nadie sería capaz de vencerme.

Peter iba recogiendo los barcos chamuscados de la bañera y, al terminar, abrió el desagüe:

—No te fíes —dijo—. De alguna manera eso le pasa a todo el mundo. ¿No te has fijado que en los toros, cuando la gente quiere que el torero se arrime más, tocan un pasodoble? Dicen que la música tiene esas propiedades.

Gervasio no se dio por vencido y dos días después, en su casa, ensayó una demostración. A solas, en su cuarto, con el jersey remangado hasta el codo, ante el fonógrafo heredado de papá León, escuchando el *Oriamendi*, cerró los ojos esforzándose en concentrarse, pero su propio anhelo enervaba sus pretensiones. Desconectó el

artefacto, decepcionado:

—Es inútil; no consigo concentrarme.

Ante este nuevo contratiempo, Gervasio concluyó que Peter necesitaba un testimonio, una demostración de arrojo. Con él, las palabras no servían ya de nada. Ni tampoco el signo. Tal vez si en alguna de las aventuras propuestas por Lucinio hiciera gala de cierta temeridad, Peter podría cambiar de criterio.

En aquellos días, la pandilla se enriqueció con dos nuevos elementos, excrecencias, asimismo, del éxodo jesuítico: Dámaso Valentín y Eduardo Custodio. Dámaso, con su pelo a cepillo, sus finos labios elásticos y la expresión franca y risueña de sus ojos castaños, aportó al grupo una desmesurada alegría de vivir. Menor de cinco hermanos, todos ellos emancipados, vivía solo con su madre viuda y dos viejas sirvientas en el barrio señorial de la ciudad. Quizá porque la vida le era fácil y su asignación semanal doblaba la de sus amigos, Dámaso sonreía siempre, y al hacerlo mostraba la mella de un diente incisivo (reliquia de una caída de infancia) que acariciaba golosamente con la punta de su lengua, roja y vivaz. Flexible y desprendido, aceptaba con entusiasmo cualquier plan elaborado por sus amigos e, incluso, su desahogo económico le permitía poner a disposición del grupo sus pequeñas propiedades personales. Así ocurrió con el pelotón de goma maciza con el que, a poco de conocerle, empezaron a jugar a las salidas del colegio en el andén lateral del parque, desafiando el celo de los guardias municipales. Si bien un día, sorprendidos por el agente de la vereda, acabaron en el cuartelillo, y mientras el cabo les tomaba la filiación entró Gerardo, el Cigüeña, pellejudo y arruinado, gargajeando en un sucio pañuelo. Gervasio se acercó a él:

—¿No se acuerda de mí, señor Gerardo? Soy el nieto de don León.

Gerardo lo miraba al sesgo, con su ojo revirado, el pañuelo en la boca, conteniendo la tos y, al cabo de una larga pausa, inquirió con su delgada vocecita:

—¿Del difunto don León de la Lastra?

—El mismo; ¿no recuerda que un día, cuando éramos niños, nos sorprendió a mi hermana y a mí prendiendo una hoguera en la trasera del Friné?

A Gerardo se le fue la tos; su ojo bizco se iluminó:

—Tu abuelito me concedió la Medalla al Mérito Municipal el día que reduje a Poli, el Patatero.

—Ya me acuerdo. Mi abuelo siempre nos lo contaba. Decía que era usted un héroe.

Gerardo, el Cigüeña, conmovido por el elevado concepto que de él se guardaba en palacio, interpuso sus buenos oficios y el cabo rompió la denuncia y les devolvió el pelotón. Luego los acompañó

hasta la puerta del cuartelillo:

—Vete con Dios, hijo. Si llegas a venir el mes que viene ya no me encuentras; para San Ubaldo me jubilo.

Por su parte, Eduardo Custodio, pálido, de hablar pausado y perifrástico, con un deje de humor, adolecía de un avejentamiento prematuro ostensible en su miopía, sus pesados párpados, su flaccidez y un cierto anquilosamiento de piernas que, cuando jugaba al fútbol, su gran pasión, trataba de compensar con tenacidad y amor propio. No usaba gafas y ordinariamente combatía su miopía tirando del rabillo del ojo para aclarar las imágenes y, cuando iba al cine o a cualquier otro espectáculo, mediante unos prismáticos de teatro que habían sido de su bisabuela. Segundo de ocho hermanos, todos varones, Eduardo les abrió las puertas de su casa desde el día que se conocieron, y sus padres, doña Loreto y don Colomán, ya provectos, participaban de las alegres tertulias juveniles. Don Colomán era el tercero de la dinastía fundada en Salamanca por su tatarabuelo Colomán McGregor, seminarista exclaustrado del Colegio Irlandés, quien, con su deserción, perdió no sólo los hábitos sino también el apellido, puesto que entre sus descendientes no hubo varones, pero el nieto de Colomán II no sólo rescató el patronímico sino que lo prolongó en su descendencia, de modo que Colomán IV, hermano mayor de Eduardo, cerraba por el momento la dinastía castellana de los McGregor, aunque con el apellido desplazado debido al injerto del Custodio del viejo abuelo salmantino. En el trato con sus hijos, don Colomán III y su esposa hacían gala de un liberalismo británico que despertaba la envidia de Gervasio y su grupo. Para don Colomán III y su clan no existían tabúes ni temas vetados. El mismo Eduardo, consciente de la permisividad de sus progenitores, alardeaba de ello ante sus nuevos amigos:

—Mamá, tú deseas tanto tener un nieto que no te importaría que yo te diera uno aunque fuese natural.

Y doña Loreto reía («¡qué cosas tiene este chico!»), y la audiencia le coreaba, reía asimismo, excepto Gervasio, que se ruborizaba sólo de imaginar la reacción de los García de la Lastra si un día se le ocurriera a él gastarle a tía Cruz o a mamá Zita una broma semejante. Eduardo Custodio opuso a la abrupta belicosidad frontal de Lucinio en sus peleas con los golfillos un elemento cerebral: había que luchar, de acuerdo, pero no contra la masa, siempre ciega, sino contra los inductores de esa masa. Y con una idea peregrina de la inducción, empezaron a apedrear la casa de doña Joyita, el prostíbulo más acreditado de la ciudad, la capilla protestante y la Casa del Pueblo. Y el día en que el Gobierno retiró la asignación al clero y las parroquias organizaron colectas para sostenerlo, Eduardo Custodio sugirió que del duro mensual que sus padres les entregaban para tal menester (y

que se perdían entre otros miles de duros) podían detraer tres pesetas para «armarse». Esto no era una mala acción sino todo lo contrario, puesto que, de este modo, la protección del clero quedaba cubierta en dos vertientes: la mera subsistencia y la seguridad física propiamente dicha. Asimismo, a instancias de Eduardo adquirieron unos tirachinas de horquilla metálica, negras gomas cuadradas y badanas de carnero, cuya eficacia se puso de manifiesto muy pronto: en apenas tres incursiones no quedó cristal sano en los balcones de doña Joyita, la capilla protestante y los ventanales de la Casa del Pueblo.

La amistad de Damasito Valentín y Eduardo Custodio reforzó al grupo frente a la hostilidad maniobrera de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta y subyugó a Gervasio, cada día más alejado del ambiente familiar. Su conducta en la calle apenas trascendía en casa. Eran dos mundos. Si acaso, de vez en cuando, informaba de sus andanzas a Florita y Manena Abad, y si en el interrogatorio de ésta advertía un asomo de inquietud se pavoneaba como si regresase de la guerra. Pero mamá Zita, cada día más conturbada ante la inminencia de la gorda, quedaba al margen. A veces recriminaba a papá Telmo su silencio culpable, pero éste respondía sin acritud, con el tono contemporizador de quien se sabe a favor de corriente, que «en este país vocinglero», guardar silencio era ya «una actitud plausible». De ahí que mamá Zita se sobresaltase la tarde que papá Telmo irrumpió demudado en el cuarto de costura con una carta en la mano e hizo ante las dos hermanas la sensacional revelación:

—Jairo ha tenido el tupé de pedirme la mano de Crucita.

Mamá Zita desorbitó los ojos y se santiguó:

—Dios mío, pero si es todavía una niña.

Entonces papá Telmo, desolado, se derrumbó en una butaca y, como quien no quiere la cosa, dejó caer que Jairo no era sólo un hombre maduro, sino además un hombre corrido, que era peor. Mamá Zita, en pleno naufragio, inquirió que qué quería decir con eso de «un hombre corrido», a lo que papá Telmo respondió evasivamente que «un cuarentón con muchos espolones» y que, en tales circunstancias, Crucita difícilmente podría ser feliz con él.

Al regresar del tenis para tomar el té, antes de que sus padres hubieran resuelto la estrategia a adoptar ante el problema, Crucita se encaró con papá Telmo y le preguntó a bocajarro:

—¿Puede saberse qué habéis decidido respecto a la carta de tío Jairo?

Papá Telmo perdió la ecuanimidad:

—Así que estabais conchabados, ¿verdad?

Crucita sacudió los hombros con insolencia:

—Un hombre y una mujer que se quieren siempre están conchabados. ¿No lo estabais mamá y tú cuando mamá Obdulia se

oponía a vuestras relaciones?

Tía Cruz lloriqueó:

—Acabas de cumplir veinte años, querida, y Jairo pasa ya de los cuarenta.

Crucita se mostraba despótica («bien adiestrada por su *partenaire*», diría luego papá Telmo) especialmente dura con los reparos de su madrina:

—¡Tú qué sabes de esto, tía! El mundo está lleno de parejas felices con maridos que doblan la edad de sus mujeres y a la inversa.

Los argumentos se multiplicaron y el sábado, aunque desde un punto de vista diferente, tía Macrina manifestó también su discrepancia ante el proyectado matrimonio:

—Lo siento, Cruz, pero, a mi juicio, tú careces de la madurez precisa para llevar la casa de mi hermano.

Cogido entre dos fuegos, tío Vidal callaba, pero al ser requerido para que diera su opinión se salió por la tangente:

—¡Lo que faltaba: Jairo y Crucita! ¿Por qué no le preguntáis a vuestro inefable padre Rivero si no serán éstas las señales del fin del mundo?

Pero la resistencia más tenaz procedía de papá Telmo, lo que inquietaba especialmente a mamá Zita:

—Telmo conoce el mundo mejor que nosotras, Cruz. Algo hay, además de la edad, que no conviene a la niña.

Convencida de la banalidad de sus argumentos, dejaba hablar a su marido hasta que un día Crucita, harta ya de tanta oposición, los brazos cruzados sobre el pecho (como si quisiese evitar un postrer argumento: su incompleto desarrollo), se enfrentó con su padre, la verde mirada endurecida, y le preguntó crudamente si había olvidado la oposición de los abuelos a su boda con mamá Zita, su menosprecio, y que si él, entonces, había considerado prejuicios burgueses las razones que aducían, qué no podría decir ella de su conducta actual, un hombre con pretensiones de avanzado que se tornaba cavernícola ante la idea de desposar a su hija con un hombre maduro. Las tesis de Crucita, arrojadas como salivazos al rostro de papá Telmo, dejaron a éste inerme, y aunque había simulado aceptar la explicación de que el padre Rivero estaba invitado en casa de tío Felipe Neri como viejo condiscípulo, desveló la superchería la tarde de su derrota:

—Me gustaría consultar el asunto con el jesuita ese que tenéis escondido en casa, Cruz.

Todos se turbaron, pero el tío Felipe Neri se apresuró a concertar la entrevista, que no aportó nada nuevo. El padre Rivero escurrió el bulto:

—Ciertamente un matrimonio en estas condiciones es arriesgado, pero carecemos de impedimentos canónicos para oponernos. No

olviden que los ministros de este sacramento son los propios contrayentes.

Papá Telmo despotricó contra el cura, volvió a enfrentarse con Crucita, mantuvo con tío Jairo una correspondencia tirante que nadie llegó a conocer, pero en la segunda quincena de abril María Cruz García de la Lastra, vestida de blanco, con un largo velo de tul ilusión, y Jairo Jaraiz Blanco, de la Audiencia territorial de Madrid, contraían matrimonio en el oratorio particular de los tíos Cruz y Felipe Neri, en privado, ya que, según *El Correo de Castilla*, «las circunstancias no eran propicias para dar a la unión el realce que merecía, habida cuenta de la distinción de las familias de los contrayentes». Tío Jairo, ante el altar, aparentaba ser el padre de Crucita acompañándola a tomar la Comunión, pero la apostura y buenos modales de sus hermanos David y Fadrique, sus corteses atenciones con sus esposas respectivas, llevaron a mamá Zita al convencimiento de que quizá habían extremado la oposición y Crucita podía llegar a ser dichosa con Jairo ya que, corrido o no, era manifiestamente un hombre educado.

La marcha de Crucita, junto a la amenaza de la gorda, sumieron, empero, a mamá Zita en un sombrío desconsuelo. A diario se encerraba en su habitación «a llorar a gusto», o pasaba tardes enteras en conciliábulos con su hermana Cruz. Como de costumbre, habían unido sus fuerzas para contrarrestar la animosidad creciente de su cuñada Macrina en las veladas sabatinas. De vez en cuando, se reconciliaba con el padre Rivero paseando por el jardín y subía a casa reconfortada, pero su alivio era efímero, apenas duraba unas horas. Crucita no se manifestaba. Desde Canarias llegaron dos tarjetas postales con abrazos para todos. No decían más, pero Jairo no las firmaba. Ya instalada en Madrid, solía escribir una vez por semana y sus cartas eran rutinarias, opacas, sin referencias a su nueva situación. Transcurrido un mes, mamá Zita empezó a telefonearle los sábados. Necesitaba oír su voz. Ella conocía a su hija y le era suficiente oír su voz para saber cómo marchaban las cosas. La primera comunicación la desconcertó: la voz de Crucita era apenas un hilito imperceptible. En las siguientes, le sorprendieron su falta total de entusiasmo, sus largos silencios inexorables. No se quejaba, no acusaba de nada a nadie, pero sus pausas eran tristes y altivas. Mamá Zita cada semana colgaba el teléfono más desazonada:

—Esta chica no es feliz, Cruz, algo le sucede.

Y lloraba inconsolable, ignorando a punto fijo qué le ocurría. A primeros de septiembre, Crucita telefoneó que llegaría en el rápido de Irún a pasar unos días con ellos. Mamá Zita y papá Telmo se pusieron en guardia. Cruz, escuálida desde niña, había adelgazado aún más: su sonrisa era feble, mate la mirada de sus ojos verdes. Aunque se resistía a la confidencia, los problemas iban saliendo a flote, engarzados unos

a otros, como las cerezas (estaba un poco sola, Jairo no la acompañaba a jugar al tenis, no siempre tenía tiempo de almorzar en casa, los amigos con quienes alternaba eran muy jóvenes e insustanciales, su marido se mostraba atento con ella pero cuando se reunía con su sobrino Luisito se volvía insoportable, ponían música y hablaban de cosas abstrusas en tono de broma). Noblemente reconocía que mamá Zita y papá Telmo tenían alguna razón: Jairo era un poco viejo para ella, era «como un señor mayor», y si acaso ella se lo echaba en cara, él le sonreía, le tomaba una mano y le decía: «Eres aún muy niña para comprenderme». En la reunión del sábado se eludieron estos temas y Crucita, por decirle algo agradable a tía Macrina, se refirió «al buen humor de su sobrino Luisito», a lo que tía Macrina, ante el asombro general, replicó que nunca habían tenido un sobrino con ese nombre y que era obvio que se trataba de una impostura o de una broma de su hermano Jairo. Papá Telmo trató por todos los medios de sonsacar a Crucita en la intimidad, pero no consiguió otra cosa que vagas sonrisas truncadas y las socorridas frases hechas que aumentaron su irritación: «Dar tiempo al tiempo», «No se tomó Zamora en una hora», «El primer año es el más difícil», «Iremos encajando poco a poco».

Quince días después, mamá Zita y papá Telmo la visitaron en Madrid. Hubieron de alojarse en un hotel, pues aunque Crucita disponía de una casa amplia, «Jairo no puso buena cara cuando se lo consultó». Por otra parte, su yerno se mostró correcto y obsequioso con ellos, los invitó al teatro y al concurso hípico, pero su hija, a solas, reconoció «que la edad de Jairo era efectivamente una rémora y, peor aún que su edad, la fría soledad de aquel caserón vetusto». Papá Telmo, que había comentado al conocer el piso que era una residencia «envarada, forense, de fiscal barbudo», le animó a buscar amigas, a salir a la calle, a frecuentar el tenis, y mamá Zita, de regreso a casa, de común acuerdo con tía Cruz, le sugirió telefónicamente la conveniencia de visitar a Inesita Pons, hija de una amiga de infancia, cuya dirección le facilitó. Este contacto mejoró un poco las cosas. Crucita comenzó a orientarse. Inesita era espontánea, vital, práctica, salía de compras con ella, la asoció al Real Club de Tenis Puerta de Hierro y allí iban juntas, en bicicleta, todas las tardes. Pero cuanto más gratas eran sus expansiones, más torvos resultaban los regresos a casa. Dorotea, la vieja criada, apenas le hablaba y los amigos de Jairo, en especial «el sobrino Luisito», no reparaban en ella. Sus tentativas para hacer cuarteto con Inesita Pons y Juan Manuel, su marido, no cuajaron. Jairo se opuso desde el primer momento:

—Si te apetece, yo puedo salir un día al año con ese muchacho, pero, por favor, no me pidas más. Soy demasiado viejo para entablar nuevas relaciones.

Por primera vez, Crucita se enfureció:

—Pues tampoco a mí me gustan tus amigos. No me parecen interesantes.

Allí estalló la disputa inicial, fluyeron las primeras lágrimas (no ocultas) de Crucita. También mamá Zita sollozaba al oír su voz floja, atormentada, por teléfono, y tres días más tarde, después de recibir una carta suya, se encerró en su habitación, de la que no salió ni a la hora de comer. Gervasio encontró la carta en la secreta de la cómoda de su madre, al día siguiente, y aparte los lamentos habituales, Cruz decía en ella: «Hay días en que Jairo estalla en besos y mordiscos y me llama *mi inquietante efebo*, seguro que para mortificarme, pues de sobra conoce mi complejo por no tener pechos y efebo, según el diccionario de la lengua, es un mancebo adolescente». Después de leer esta carta, papá Telmo perdió la cabeza, no hablaba más que de Roma, del Tribunal de la Rota, decía tener «argumentos irrebatibles para anular tan monstruosa unión» y, por las noches, conversaba por teléfono con la niña, le encarecía paciencia, le prometía que todo se arreglaría y le enviaba besos. Mamá Zita, identificada ahora con papá Telmo, comentaba:

—Ese dichoso Jairo, además de viejo es un tipo raro.

—Bueno, es un caso complejo de inversión sexual.

—Inversión ¿qué?

—Déjalo. Son tonterías mías.

A pesar de las presiones, Crucita, consciente de su responsabilidad, se resistía a anular el matrimonio. De vez en cuando, sus cartas traslucían alguna esperanza. Inesita Pons tenía muchas amigas y ella se iba integrando en el grupo. El aspecto negativo de las nuevas relaciones estribaba en que cada día se distanciaba más de su marido y noches había en que, al llegar Jairo a casa, ella ya estaba acostada y él se iba a dormir aparte, al cuarto de forasteros, «con su sobrino Luisito». Gervasio observaba a sus padres, escrutaba sus rostros, escuchaba sus conversaciones y, por encima de su desencanto, advertía algo positivo en el matrimonio de Crucita: mamá Zita y papá Telmo habían encontrado un punto de afinidad al margen de la política. Las lágrimas de su madre, habituado a ellas, no le afligían, pero sí el derrumbamiento de su padre, su desolación, la manera de prensarse la cabeza entre las manos cuando se encontraba solo, como si fuera a cascarla. De ordinario, a la vuelta del colegio, lo sorprendía oyendo la radio, aquella voz de ataúd, oscura pero diáfana, deshumanizada, que portentosamente irrumpía en la sala sin más que girar un botón. A través de aquella voz se enteró la familia de la huelga revolucionaria de Asturias, de la ocupación de Oviedo por los mineros. Con este motivo, el salón de palacio volvió a convertirse en una olla de grillos. Tío Felipe Neri, vestido con un traje gris perla que

hacía añorar el uniforme, desplazaba sobre su cuñado la responsabilidad:

—Ya está aquí la revolución, Telmo, ¿es esto lo que pretendíais? Las masas han conquistado el poder.

Y tío Vidal convertía su miedo en malhumor:

—Si se niegan a admitir tres ministros de la CEDA en el Gobierno, tú me dirás dónde está la democracia.

Papá Telmo, desbordado por la desventura de Crucita, tal vez indefenso o desagradablemente sorprendido por la huelga revolucionaria, eludía el acoso como podía, derrumbado sobre el diván, frente a la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto, pero los tíos lo perseguían, lo acicateaban, como si la retirada de los mineros dependiese de una orden suya o dispusiese de hilo directo con el presidente del Gobierno.

También la ciudad se paralizó con la huelga revolucionaria y Gervasio, desatendiendo las recomendaciones de mamá Zita, se lanzó a la calle en compañía de sus amigos. Una atmósfera enrarecida se cernía sobre ella. Las avenidas y plazas desiertas, las trampas de los comercios echadas, los cafés vacíos, los portones de las casas entornados, eran trasunto de recelo y temor e infundían la impresión de una ciudad sitiada. Caminaron en grupo por las calles Abrojo, Hostieros y Magaña para desembocar en la Avenida de la Constitución, desde donde se oía el repiqueteo desamparado de una música remota. En la esquina les sorprendió la manifestación, unos centenares de hombres astrosos, con gorras de visera y alpargatas negras, precedidos por la Norton de los tíos a paso de entierro y una charanga improvisada en retaguardia tocando *La Internacional*. Lucinio empujó con el hombro a Gervasio:

—¡Menudos prójimos están hechos tus tíos!

El tío Adrián, al aire la cabeza semicalva, hundida la barbilla, los amarillos dientes mordiendo el labio inferior, hacía eses con la moto, para no perder contacto con el grupo, en tanto el tío Norberto, igualmente destocado, erguido en el asiento posterior, portaba sobre su hombro una desmayada bandera tricolor que hacía flamear, agitándola con desgana de vez en cuando. La procesión desfilaba en silencio y únicamente se oía el petardeo regular de la moto entre los compases deshilvanados de la música.

Esa tarde estalló la revuelta. Gervasio, Lucinio y Eduardo Custodio se desplazaban de un sitio a otro orientados por los gritos y las carreras. Los revoltosos, después de asaltar la armería de Pablo Esteban en la Plaza Mayor, empuñando escopetas y pistolas se dirigieron al extrarradio y cercaron la casa-cuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda. Parapetados tras los árboles disparaban sin ton ni son y algunos guardias civiles con gorro cuartelero, resguardados en

el cembo de la acequia que delimitaba el pequeño jardín, respondían con sus mosquetones, defendiendo el cuartel. Desde la esquina de la calle Huertas, Gervasio y sus amigos asistían al enfrentamiento y, cuando vieron brincar a un guardia y caer de espaldas en los arriates, la cabeza ensangrentada, aquél sacó del bolsillo su tiragomas y empezó a fustigar el flanco de los atacantes, pero Lucinio Orejón lo apartó displicentemente y dijo refiriéndose al tirachinas:

—Déjame a mí; eso son chiquilladas.

En su mano derecha brillaba una pistola negra recién engrasada, con la que apuntó hacia los árboles y disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador, en el mismo momento en que un camión descubierto de guardias de asalto, armados con fusiles, aparcaba a un costado del cuartel y sus números, diseminados en la cuneta, abrían fuego contra los asaltantes que, sorprendidos por su llegada, volvieron grupas y huyeron hacia la Plaza del Haro. El comandante de las fuerzas de socorro, puesto en pie, señaló entonces con un dedo la esquina donde ellos se agazapaban y dio dos voces. Sin ponerse de acuerdo, los muchachos arrancaron a correr por la calle Huertas hacia el centro, doblando esquinas desalados, jadeantes, hasta que alcanzaron los desiertos soportales de la Glorieta del Ángel. Lucinio empujó el portón entornado de una casa y se pasó el antebrazo por la frente sonriendo:

—Los hemos hecho huir —dijo.

—¿Quién te ha dado esa pistola?

El muchacho volvió a sacarla del bolsillo con civil respeto, negra, reluciente, intimidadora. Acarició la culata y volvió a sonreír:

—Es de mi hermano Felices; tiene tres.

—¿Tiene tres pistolas tu hermano Felices?

Un orgullo histórico henchía el pecho de Gervasio. Por vez primera en su vida (la pelea con los golfillos en el estadio no había pasado de ser una escaramuza) se sentía partícipe en una acción viril, con riesgo, con bajas. En casa, mamá Zita y tía Cruz, pegadas a la radio, demudadas, escuchaban las últimas noticias en dramático silencio. Gervasio se acercó a ellas, pero mamá Zita apenas le dio tiempo de sentarse:

—Vámonos; va a venir tu padre.

Habían resuelto escuchar la radio por turnos. Sus posiciones, a menudo encontradas ante la información que aquélla facilitaba, convertía la sala en un infierno. Una elemental idea democrática, de mera convivencia, lo aconsejaba así. Resultaba de todo punto insoportable que, mientras ellas sufrían, papá Telmo exultase, y a la inversa. Los cimientos domésticos se estremecían ante sus enfrentamientos verbales.

A la mañana siguiente, Gervasio se abalanzó sobre el periódico

antes de que papá Telmo hubiera concluido de afeitarse. Al pasar los ojos por los titulares de la primera página se le abrió una oquedad en el estómago. Las manos y las rodillas le temblaban:

LOS REVOLTOSOS ASALTAN LA CASA-CUARTEL «LEPANTO». UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL MUERTO Y DOS NÚMEROS HERIDOS

> Ayer se desarrollaron en nuestra ciudad luctuosos sucesos que produjeron, al ser conocidos, viva impresión. Desde primeras horas de la tarde empezó a notarse cierta efervescencia entre el elemento obrero, que pretendía impedir la salida de trenes de nuestra ciudad. La fuerza pública, que acudió en buen número a la estación, fue informada de que grupos de incontrolados intentaban asaltar la armería de don Pablo Esteban, sita en la Plaza Mayor. Un ómnibus de las fuerzas de asalto se encaminó hacia allí para impedirlo pero, al llegar a las Escuelas Pías, se vio sorprendido por las descargas que efectuaban sobre ellos grupos apostados en las bocacalles próximas. El número Heliodoro Navafría fue herido de bala en la pierna al repeler la agresión de los revoltosos, quienes, acto seguido, se dirigieron contra la casa-cuartel de la Guardia Civil Lepanto, en el barrio de la Alameda, donde, tras intensivo tiroteo, fue muerto el sargento Salustiano Arias, de un balazo en la cabeza, y herido de pronóstico reservado el número Gregorio Peña García. Desde la esquina de la calle Huertas, un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes pero, poco después, la llegada del comandante Aldecoa al frente de fuerzas de asalto de refresco, ahuyentó a éstos y puso en fuga a los revoltosos, que se dispersaron por el campo de la Alameda, dominando la situación y siendo detenidos dos de los principales promotores.
>
> En las primeras horas de la noche, renació totalmente la calma en nuestra histórica ciudad, conmovida durante largas horas por los trágicos y luctuosos sucesos de la tarde.

El corazón redoblaba en el pecho de Gervasio. Se daba cuenta de que aquél había sido su bautismo de fuego y, aunque de manera innominada, envuelto en la concisa pero expresiva frase de *El Correo* («un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes»), acababa de entrar en la Historia; casi sin advertirlo había iniciado su carrera de héroe.

En las jornadas siguientes, la radio fue aportando noticias más tranquilizadoras. Ochoa y Yagüe habían entrado en Oviedo, restableciendo el orden, en tanto Batet obligaba a rendirse a la Generalidad, que acababa de proclamar la República Catalana Independiente. Pero, cosa extraña, en esta ocasión las noticias que a ellos les satisfacían no aparentaban desagradar tampoco a papá Telmo. Gervasio constataba, estupefacto, su sonrisa de alivio. ¿Qué significaba aquello? Por de pronto —se decía Gervasio—, que carecían de sentido las afirmaciones de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta,

de que papá Telmo estuviera en el Círculo «preparando la revolución». Una de dos, o su padre renegaba de sus viejas convicciones o no deseaba la revolución, al menos la de Asturias ni la de Barcelona. ¿Qué revolución quería, entonces, papá Telmo?

Inopinadamente, dos días más tarde, a la hora de almorzar, Crucita se presentó en casa. Un mozo de estación apiló en el vestíbulo baúles, maletas, sombrereras y cachivaches. Sus verdes ojos estaban enrojecidos y sumidas sus pálidas mejillas. Mamá Zita la abrazó con tal frenesí, que la niña no pudo contener las lágrimas:

—Se ha terminado, mamá. Nunca volveré con él.

Repuesta del primer golpe emocional, Crucita expresó su temor de enfrentarse con tía Macrina, la hermana de Jairo, pero mamá Zita la tomó por la cintura y la condujo dulcemente hacia su viejo cuarto de soltera:

—Estáte tranquila, hija. Tío Vidal y tía Macrina marcharon anteayer a Portugal con los niños. No regresarán mientras en España no se vea un poco de luz o estalle de una vez la gorda.

XI

—Siéntate aquí —dijo mamá Zita, indicando una silla junto a la suya—: te he mandado llamar porque ya tienes edad de afrontar ciertas responsabilidades. Y en las elecciones de mañana, España se juega su futuro. Todos los buenos españoles estamos obligados a arrimar el hombro.

La tarde declinaba. Un desmayado rayo de sol, tamizado por el visillo del balcón, iluminaba la escena: mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el padre Rivero, congregados en torno a un velador, punteaban largas nóminas, sumaban, restaban, insertaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpetillas de papel candidaturas y cédulas personales. Gervasio, sentado junto a su madre, ufano de saberse necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el lapicero en la mano. Alzó los ojos mates hacia el padre Rivero con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa:

—Sesenta y cuatro —dijo—. Tenía usted razón, Padre.

—Es decir, sesenta y cuatro votos —dijo mamá Zita.

—Salvo error u omisión —puntualizó el padre Rivero.

Y cuando mamá Zita se volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tendría que hacer a la mañana siguiente, el jesuita levantó un dedo, sonrió, pidió perdón con untuosa delicadeza y entonces mamá Zita reparó en su oficiosidad, se cubrió las mejillas con las manos y se excusó abochornada:

—¡Oh, disculpe usted, padre! Ni me había dado cuenta.

—No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros deseos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea uno solo quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El padre Rivero hizo una pausa, ladeó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la imagen de la gruta cada vez que rezaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadeó:

—Bien, mozo, vayamos por partes; a lo que aspira esta familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, todos aquellos que desean que en España reinen el orden, la paz y la justicia. Para ello vamos a procurar que participen los impedidos y los enfermos y, si necesario fuese (volvió a sonreír), hasta los muertos. Con este objeto hemos dividido la ciudad en sectores que hemos encomendado a diferentes personas, una de ellas a ti (le tendió, por encima de la

mesa, un lapicero rojo y unas cuartillas). Anota, por favor. Tu vereda incluye los siguientes centros: Adoratrices, Siervas de Jesús, Servicio Doméstico, Hermanitas de los Pobres y Beneficencia... ¿Has apuntado? Bien, tu misión entonces, sin perjuicio de que puedas llevar a cabo otros cometidos, es la siguiente: tomarás un taxi de confianza a las nueve de la mañana y visitarás uno por uno los conventos que figuran en esa relación. Una vez en ellos preguntarás por la madre superiora a la que dirás simplemente: «Me envía el padre Rivero», ellas ya saben; luego (tomó de la mesa cinco sobres con las diferentes direcciones y se los pasó a Gervasio) entregarás a cada una el sobre que lleva su dirección y ellas te indicarán qué personas, de entre las que tienen a su cargo, debes trasladar a los colegios electorales respectivos, a qué hora y en qué orden —la voz del padre Rivero zumbaba como un moscardón, una voz lenta, monótona, disciplinada, con un timbre eclesiástico manifiesto. Colocó su blanca mano sobre el antebrazo del muchacho—. Hay un punto esencial a tener en cuenta: el ritmo del voto doble o del voto falso. Trataré de explicarme. Conviene que la monja o la mujer que, además de por sí, vaya a votar por otra, lo haga discretamente, sin llamar la atención de la mesa. Para ello procura dejar huecos entre ambas intervenciones y, a ser posible, que la interesada se cambie de atuendo con objeto de dificultar su identificación. Si se tratase de ancianas no es preciso tanto requilorio: las viejas son todas iguales. Pero en cualquier caso, antes de entrar en los colegios, debes aleccionarlas. No hables demasiado, las confundirías; a la gente sencilla, pocas palabras y claras. Y a las que voten por otras, ausentes o muertas, mételes en la cabeza que su cédula personal es la que llevan en la mano y su nombre y apellidos los que figuran allí. Las superioras ya están advertidas y enviarán a las más despejadas (sonrió una vez más, satisfecho de su exposición). Esperemos que no haya contratiempos. Mañana, a primera hora, tu madre te dará las últimas instrucciones.

La señora Zoa, esquemática, hecha un rebujito negro en el asiento trasero del Chevrolet de Tadeo Crespo, el taxista del Casino, envuelta en un raído mantón, lo miraba todo el tiempo y sonreía con su desguarnecida sonrisa sin dientes:

—Y esta carta, ¿dónde dices que la tengo que echar, señorito Gervasio?

—Tranquila, Zoa, no se ponga nerviosa. La carta la tiene que echar donde yo le indique, pero sin dar explicaciones a nadie. Únicamente dirá su nombre cuando el señor de la mesa le pregunte.

Empleó mañana y tarde en acarrear votantes a los colegios electorales (monjas, viejos, tullidos, criadas de servicio) y, a la puerta, antes de entrar, les aleccionaba y les daba ánimos y, al salir, las ancianitas inquirían ingenuamente, con un punto de vanidad:

—¿Lo hice bien, señorito?

Al anochecer, apenas cerraron los colegios, Gervasio se presentó en casa de tío Felipe Neri para facilitar el parte al padre Rivero, que se frotaba las manos confiado:

—Vamos a ganar, mozo. Vamos a ganar holgadamente.

Pero no ganaron y, pocas horas más tarde, el padre Rivero desapareció de casa de tío Felipe Neri sin dejar rastro:

—Se ha marchado a Portugal con la Compañía —aclaraban mamá Zita y tía Cruz, a modo de explicación, cuando alguien se interesaba por él, aunque todos desconocían a ciencia cierta su paradero.

Tras la derrota electoral, mamá Zita recibió una carta apremiante de su hermano Vidal, exhortándola a emigrar a Portugal con toda la familia: «Con tu persona eres muy libre de hacer lo que quieras, hermana, pero no tienes derecho a exponer a tus hijos a los riesgos de una algarada como la de Asturias». Tío Vidal, sin otra cosa que hacer, redactaba en su exilio dorado unas cartas largas, rizadas, académicas, escuchando el rumor del mar desde el escritorio del hotel. Pero mamá Zita, como un general a quien sugirieran la entrega de una plaza encomendada a su defensa, respondió sin vacilar: «Me parece indigno abandonar el campo sin antes rendir batalla».

Desde el regreso de Crucita, mamá Zita se mostraba pugnaz y destemplada, no sólo contra Jairo, su yerno, sino contra todo aquel que, de alguna manera, pudiera recordarle, empezando por los tíos Macrina y Vidal, cuya expatriación juzgaba un acto de cobardía. A lo largo de semanas, mamá Zita y tía Cruz platicaron incansablemente sobre la situación de la niña, que, aturdida aún por su resolución, achacaba a su marido todo género de infamias (egoísmo, desprecio, sadismo, exigencias vejatorias), aunque ni ella, ni mamá Zita, ni tía Cruz, ahormadas en la más pura gazmoñería, supieran a punto fijo cuál era su punto flaco. Tan sólo papá Telmo sabía a qué atenerse y, una vez recuperada Crucita, se personó en el Obispado y, al día siguiente, marchó a Madrid, regresó y volvió a marchar. Su consulta naturista quedó desatendida por unos días. Él mismo cumplimentaba los impresos que su hija firmaba sumisamente, sin reparar en el texto. «Es para la anulación», le decía tan sólo. Y ella rubricaba el papel sin reservas. Únicamente en una ocasión le preguntó: «¿Qué razones alego, papá?». «Incompatibilidad de caracteres», respondió papá Telmo, y meneó la cabeza como diciendo «y todo lo demás que no hace al caso».

Crucita había cambiado. Su fatuidad, su arrogancia, apenas tenían ocasión de manifestarse ahora. Mediante su irreflexivo matrimonio había querido dar un no rotundo a la ciudad, a su cursilería, a su provincianismo, a su mal gusto, a sus pretensiones, pero, de pronto, tras su fiasco con Jairo, se veía obligada a soportar la humillación de

la derrota: miradas conmiserativas, sonrisas abortadas, medias palabras, preguntas impertinentes. Salía poco de casa; su reducto de antaño, el tenis, lo tenía abandonado y no frecuentaba amigas ni espectáculos. La política como tal no le atraía, tal vez porque nunca puso interés en comprenderla. No obstante, la trastornaba la posibilidad de que un día las turbas de desharrapados se desbordasen y quemasen el viejo palacio de los condes de Pradoluengo con la misma vesania con que quemaban iglesias y conventos. Éste era el rasgo que la actual Crucita conservaba de la antigua: su desdén por el populacho. Pero después de su infortunado matrimonio, su rechazo social era absoluto: despreciaba a la clase alta por su convencionalismo, a la media por su hipocresía y a la baja, como siempre, por su vulgaridad. De ahí que Crucita, sin una conciencia clara, anhelase un cambio, algo que diera vuelta a las cosas, sin un proyecto concreto sobre el orden en que las cosas deberían quedar. Lo que deseaba, en definitiva, era que la ciudad la olvidara y poder volver a vivir «como si nada hubiera ocurrido». Por esta razón, la tensión diaria, los petardos, los tiros, las revueltas, no le afectaban. Ella empezaba a intuir en la gorda, que mamá Zita tanto temía, una oportunidad de liberación. A fin de cuentas, la gorda podía suponer para ella el borrón y cuenta nueva de todo un cúmulo de errores. En esta tesitura, Crucita vivía pendiente de la radio. Diríase que esperaba la llegada de la gorda por el receptor, con la misma ingenuidad con que los niños esperan la de los Reyes Magos por el balcón entreabierto. Y una mañana, en efecto, la sintió llegar, a través de la voz de ultratumba de Radio Madrid. Oyó que don José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, había sido asesinado en el cementerio del Este por un piquete de guardias de asalto y corrió por la casa difundiendo la noticia. Unos días después, Gervasio y ella captaron una voz excitada, que a intervalos se desvanecía, que hablaba del general Franco, Canarias y movimientos de tropas en el norte de África. Conectaron Unión Radio, que denunció, en concreto, una sublevación militar contra la República. Tía Cruz y mamá Zita se abrazaban llorando y decían, «¡España está salvada!», en cambio a papá Telmo, informado por Crucita, lo encontró acodado en la mesa de consulta, la cabeza entre las manos murmurando: «Pavía otra vez; este país no tiene remedio». Hablaba rumiando las palabras, como si rezase, tan concentrado estaba, y Gervasio no se atrevió a sacarle de su arrobo y salió a la calle.

Atardecía, y el silencio y el bochorno gravitaban sobre la ciudad; un sopor espeso, canicular, la calma chicha que precede a las solemnes tempestades. Callejeó solo, sin rumbo, hasta abocar a la Avenida de la Constitución; allí vio venir a dos muchachos por la calle desierta, con las camisas azules arremangadas, los pistolones en alto, gritando

«¡Arriba España!». Oculto tras el tronco de un árbol, los miraba con una mezcla de temor y admiración. Tras ellos, surgieron otros tres y, luego, fueron apareciendo grupos más nutridos con mosquetones y banderas rojinegras procedentes de la Glorieta del Ángel. Gritaban también «¡Arriba España!» y enarbolaban sus fusiles y, de cuando en cuando, crujía algún balcón y sonaban unos tímidos aplausos. Un ómnibus descubierto, de guardias de asalto, armados con tercerolas y una gran bandera bicolor, pasó como una exhalación junto a él. Minutos después, tras unos agudos toques de corneta, un batallón de Caballería tomó posiciones por los barrios de la ciudad. Algunos balcones y miradores iban engalanándose con sábanas y colgaduras y las ovaciones a los guerreros eran cada vez más encendidas y frecuentes. Seguidamente empezaron a sonar los primeros tiros, traqueos espaciados, de diferente intensidad y procedencia. Un hombre maduro, macizo, bien trajeado, con sombrero de jipijapa, único paisano en su campo visual, alertó:

—¡Ojo, los pacos!

Los grupos de milicianos se desperdigaron, Gervasio miraba a un sitio y a otro sin acabar de entender lo que sucedía. Un turismo con muchachos de Renovación Española armados en su interior y banderas en las ventanillas lo rebasó a toda velocidad y se detuvo en la esquina de la avenida. Los ocupantes, de paisano y boina verde, se apearon en tropel por las cuatro puertas y, sin advertencia previa, empezaron a disparar alocadamente sus fusiles contra los tejados. Lo mismo acontecía en otras calles por las que sólo transitaban milicianos y soldados. De vez en cuando sonaba, como un desafío, una tímida detonación en los terrados y buhardillas, y entonces las fuerzas se desparramaban y respondían a la audacia con cerradas descargas de fusilería disparadas al buen tuntún. Mamá Zita lo abrazó en el vestíbulo cuando entró en casa:

—Han tomado Capitanía, hijo. La ciudad es nuestra. ¡Ya podemos gritar Viva España!

En el salón, tía Cruz, Crucita, Florita, Aniceta y Florentina continuaban pegadas a la radio, sonrientes, triunfadoras. Papá Telmo no estaba allí. Lo buscó por todas partes. Sentía un difuso temor por él. No le había entendido cuando habló de Pavía entre dientes, como de un riesgo, ni se le alcanzaba qué tendría que ver con esto aquella gloriosa batalla. En la consulta no estaba, tampoco en la antesala, ni en el apartado cuarto de plancha. Por un momento imaginó que podía haberse trastornado. Recorrió el jardín y entró en casa de tío Felipe Neri. Desde la puerta entreabierta oyó un rumor de conversación y, antes de entrar en el salón, reconoció su voz. Miró por la rendija y lo vio, hundido en una butaca, frente al tío, vestido otra vez de militar, en el pecho enteco las viejas condecoraciones. Hablaban deprisa,

como si alguien los apremiara, y Gervasio tardó en averiguar que el tío se proponía esconderlo («La casa de un teniente coronel afecto a la causa es una garantía, Telmo»), pero su padre rechazaba esta medida que podía comprometerle y aducía, además, el «deber ético de afrontar la situación». Aun consciente de lo reprobable de su conducta, Gervasio seguía mirando y escuchando por la rendija de la puerta. Papá Telmo expresaba su deseo de encomendarle unos asuntos y, como el tío aceptase, con voz un poco tomada, le habló de la situación de Crucita, de su error, de la inversión sexual de Jairo y del estado en que se hallaba el proceso de anulación. Tío Felipe Neri arrugaba la cara, como si los ácidos se le alborotasen, como si aquel vidrioso problema le repugnase, y asentía con la cabeza, y una vez que papá Telmo le dijo que si algo le ocurriera a él tomase las riendas del asunto y llevara adelante las negociaciones con Roma, tío Felipe Neri se puso firme en el sillón para prometérselo. Acto seguido, cuando papá Telmo, en otro tono de voz, dijo, impensadamente, «en cuanto al problema de Gervasio...», éste notó flojera en las rodillas, estupor que también se dibujó en el rostro agostado del tío, que adelantó el busto para advertir:

—Ignoraba que el muchacho tuviese problemas.

Entonces papá Telmo se refirió a las horripilaciones, «feo asunto —explicó— si esto se encona y empiezan los tiros y las atrocidades». Miró a su cuñado desde su posición subordinada y agregó conmovido:

—Me temo que la extremada sensibilidad de mi hijo no esté construida para soportar violencias semejantes.

Gervasio, ante la cándida interpretación que su padre hacía de los ostentos, sintió un golpe de sangre en la cara, sonrojo que se acentuó al ver que tío Felipe Neri le seguía la corriente y se comprometía a hacer por el chico cuanto estuviese en su mano. Concluida la conversación, papá Telmo se incorporó, dio las gracias a tío Felipe Neri, que también se había puesto en pie, se miraron largamente a los ojos, las puntas de las narices casi pegadas, y, al cabo, se dieron un abrazo y se golpearon varias veces las espaldas como para rubricar lo acordado.

De la calle llegaba algún grito, voces confusas, carreras, detonaciones perdidas, seguidas de estremecedoras descargas y, hacia media noche, el tronar de un cañón, y órdenes de «alto» en las esquinas, con intervalos prolongados de silencio que, de nuevo, rompían los pacos y las réplicas contundentes de los fusileros. Al amanecer, soldados y falangistas circulaban dominantes por las calles silenciosas, arma al brazo, y el vecindario los obsequiaba con vino, tabaco y bocadillos. Tío Felipe Neri se presentó por la tarde al nuevo capitán general, advirtiendo a mamá Zita que no abriese la puerta a desconocidos. Cuarenta y ocho horas después irrumpió en palacio un

grupo patibulario, armado de mosquetones, que preguntó por papá Telmo y, al ver aparecer a tío Felipe Neri con sus estrellas y sus medallas, quedaron desconcertados y trataron de explicar que habían sido encargados por el mando de «la limpieza de la ciudad» y tenían orden de detener a Telmo García. Tío Felipe Neri, muy sereno, ensalzó su disciplina, pero les hizo ver que los arrestos domiciliarios deberían hacerse legalmente, mediante una orden judicial y el visto bueno del general auditor de acuerdo con el estado de guerra decretado en el país.

Abrazados en el antiguo cuarto de jugar, mamá Zita y papá Telmo oyeron marchar al piquete, pero cuando, dos días más tarde, se presentó otro con los papeles en regla, volvieron a abrazarse, esta vez en el vestíbulo, papá Telmo besó uno a uno a sus tres hijos, cogió apresuradamente la maleta con los libros y útiles de aseo que tenía dispuestos, le dijo a mamá Zita «No te preocupes; esto no puede durar» y se volvió a los jóvenes de los mosquetones:

—Cuando ustedes gusten —dijo.

Vestía un jersey de mezclilla y unos pantalones de franela gris y el tío Felipe Neri, escrupulosamente uniformado, se fue con él y retornó al cabo de dos horas con las últimas novedades: de momento, papá Telmo no corría peligro. Había sido encerrado en la Plaza de Toros, junto al río, en compañía de otros centenares de personas, amigos y correligionarios, y él estaba autorizado a visitarlo cada semana y llevarle noticias, alimentos y todo aquello que precisara. Mamá Zita suspiró aliviada. La prisión de papá Telmo, con tío Felipe Neri como valedor, era un tributo que pagaba con resignación a la Causa. En cambio para Gervasio el arresto representó un duro golpe en el que se conjugaban sentimientos de complicidad, conmiseración y vergüenza. El primer día que salió a la calle se tropezó en la Avenida de los Tilos con sus compañeros Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta, que se mofaron de él y le escarnecieron. Le acompañaba Damasito Valentín y la pelea con aquéllos no le apaciguó. Los golpes pronto se olvidaban, pero quedaban flotando en el aire las injurias, las palabras mordaces, la irritante ceguera de papá Telmo. Dámaso Valentín levantaba los hombros y se pasaba la lengua roja y vivaz por la mella del diente, intentando consolarle: «Nadie tiene por qué renegar de sus ideas porque al vecino no le agraden», decía. Luego, enveredó la conversación por otro lado: Lucinio Orejón se había marchado a Madrid; lo había visto, junto a su hermano Felices y Colomán IV, en un camión, agitando el fusil, voceando vivas y mueras en la Glorieta del Ángel. Gervasio, deseando borrar la mala imagen de papá Telmo arrestado, apuntó la idea de irse también, pero mamá Zita le hizo ver que Lucinio era mayor que él y que la guerra no era cosa de niños. Por primera vez se mencionaba en palacio la palabra guerra y Crucita, con

los ojos redondos, preguntó a tío Felipe Neri:

—¿Es que esto es una guerra, tío?

Tío Felipe Neri retuvo una flatulencia, frunció los labios descoloridos y reconoció que el Glorioso Alzamiento había fracasado en Madrid, Barcelona, el País Vasco y otros puntos claves y, según las últimas noticias, en media España se cavaban trincheras y se levantaban parapetos con vistas a una campaña larga. Gervasio lo miró entonces implorante y tío Felipe Neri le acarició el cogote con su mano enfermiza y añadió, elevando la mirada al techo a través de los impolutos cristales de sus lentes:

—Dios nos asista, pero aún es posible que tengas tu oportunidad.

A partir de aquel momento, Gervasio alentó bajo el convencimiento de que le esperaba «la más grande ocasión que conocieran los siglos» y que todo aquel turbador proceso de horripilaciones vivido desde la infancia no había sido más que una preparación para afrontarla. Peter le hablaba de la Armada, del motín de Cartagena, de la matanza de jefes y oficiales, de la necesidad de jóvenes instruidos para contrarrestar la superioridad de la escuadra roja, y Gervasio, abatido por la deserción de papá Telmo, le escuchaba boquiabierto, ávido, tenso, hasta que una noche de insomnio, en que las palabras de su amigo y la imagen de su padre le torturaban fundidas en una intrincada pesadilla, llegó a una paladina conclusión: el apellido García de la Lastra había sido mancillado y su deber era lavarlo. Por asociación de ideas evocó a los tíos Norberto y Adrián, «los más desviados», y se preguntó qué habría sido de ellos, y, sin mayor motivo, los imaginó a caballo de la Norton atravesando pueblos, ciñéndose a las curvas peraltadas, el tío Adrián inclinado sobre el manillar, el sombrero en el cogote, y, detrás, el tío Norberto, erguido, los largos dientes al aire, una bandera tricolor flameando locamente sobre su hombro, huyendo. Sí, Gervasio estaba seguro de que habían escapado en la moto, metiendo gas, franqueando valles y montañas, a cien kilómetros por hora, hasta alcanzar la frontera. A su pesar, encontraba cierta grandeza en su gesto, aunque tras breve reflexión concluyó que también ellos habían manchado el apellido. La idea de lavarlo se fue convirtiendo así en una obsesión.

El muchacho esperaba con impaciencia la primera visita de tío Felipe Neri a papá Telmo. Confiaba en que los últimos sucesos, tan inusuales, hubieran podido provocar un cambio en sus convicciones. La experiencia había sido dura y allá, encerrado en la Plaza de Toros junto a otros réprobos, habría tenido ocasión de meditar. Pero, por de pronto, en la primera valija que portó su tío no le escribió. Estaba aún demasiado vivo su despecho. Su padre les había puesto en evidencia ante la ciudad entera. Mamá Zita, más conciliadora, le había dicho varias veces: «Escribe unas líneas a papá», pero él se había

escabullido, se hizo el desentendido. Luego esperó intranquilo, contando los minutos, el retorno de su tío y, cuando lo vio, con su sonrisa inconclusa, los ojos mates redondeados tras los cristales de los lentes, pensó: «Papá Telmo debe de haberse arrepentido», pero tío Felipe Neri, sin hablar palabra, se desabotonó el bolsillo de la guerrera, sacó una hoja de cuaderno plegada en cuatro dobleces y dijo:

—Telmo está bien y animado. Me ha entregado esta nota para vosotros.

Alargó la carta a mamá Zita y Gervasio leyó, al tiempo que ella, por encima de su hombro:

> Queridos Zita e hijos:
>
> Hace ya siete días que nos separamos y os echo de menos, como echo de menos algunas comodidades de casa, pero no me puedo quejar. Mi vida es rutinaria y metódica. No como demasiado, pero las vitaminas me llegan, conforme a mi personal filosofía, a través de la alimentación cutánea de la que me nutro diariamente. Hago gimnasia con un grupo de amigos, paseo, leo, charlo y el tiempo se va sin darme cuenta. No os preocupéis por mi causa. Esto pasará pronto y en pocas semanas volveremos a reunirnos. Lo que más me inquieta es la falta de noticias de mis hermanos. Aquí, en la plaza, no están y Ángel Álvaro, el farmacéutico vecino, me ha informado de que la mercería no se abre desde el día 18 y que esa noche oyó en ella ruidos extraños de madrugada. Dios quiera que hayan podido escapar. En cualquier caso, la llave de la trasera de la tienda la encontraréis en el primer cajón, a la derecha de mi mesa de consulta. ¿Sería mucho pediros que os acerquéis por allí, en busca de alguna información?
>
> A ti, querida Zita, te recuerdo sin cesar. Confío en que el proceso de anulación del matrimonio de Crucita vaya por sus pasos y que los dos pequeños estén bien. Me desagrada abusar de la bondad de mi cuñado pero, si no os causa demasiada molestia, enviadme con él la manta escocesa de viaje con que suelo cubrirme las piernas cuando leo en el jardín. Aquí, de momento, no hace frío, pero se nota relente de madrugada. Para Cruz y todos vosotros el cariño de vuestro,
>
> TELMO

Mamá Zita se secó los ojos con disimulo y pasó el papel a Crucita. Gervasio tosió tontamente, pretendía mostrar indiferencia aunque un bulto aristado le oprimía la garganta al tiempo que le recomía por dentro una sorda irritación. ¿Por qué no había en la carta de papá Telmo una sola referencia a la nueva situación? Tan sólo decía: «Cuando esto pase». ¿Es que *esto* no era, para él, más que una contrariedad transitoria, lo mismo que una granizada o una ventisca?

Al día siguiente acompañó a tío Felipe Neri a la mercería. En la trastienda dominaba un hedor especial, dulce en principio, como de abono orgánico perfumado, mas las cajas de cartón estaban en orden

y, en apariencia, también las estanterías. Pero al abrir la puerta de comunicación con el establecimiento, aquel olor difuso, ya decididamente nauseabundo, se acentuó y, nada más pulsar el interruptor, Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por tiras de esparadrapo, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombrero en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se reclinaba sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un agujero negro en el entrecejo, los dientes amarillos al aire), el tío Norberto, con una bandera nacional al hombro. Oyó la voz atribulada de tío Felipe Neri: «¡Dios mío!», pero él ya había dado vuelta al mostrador y contemplaba el macabro cuadro sin obstáculos. En contra de su inicial apreciación, los cadáveres no estaban desnudos. Tío Adrián vestía unas braguitas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, ciñendo su pecho esquelético, y tío Norberto análoga indumentaria pero de color rosa. Juntos componían un cuadro plástico de museo de cera; dos momias amarillas, cuyos dientes prominentes dibujaban una mueca de ferocidad inútil. Gervasio observaba espantado los cadáveres de sus tíos, tan sumido en el horror que al escuchar otra vez el lamento de tío Felipe Neri, apenas bisbiseado, «¡Dios mío!», creyó despertar de una pesadilla, pero al comprobar que no, que los cadáveres profanados seguían allí, provocativos y silenciosos, y persistía la pestilencia, le sobrevino una náusea y vomitó aparatosamente sobre la tarima, al pie del mostrador.

En el patio interior, bajo el sol, ambos se miraron sin reconocerse. Los pómulos de tío Felipe Neri estaban acartonados, verdes, la barbilla descolorida, de un blanco crudo, como de cera, y los cercos de las ojeras, tan pronunciados, bajo las pupilas quedas, parecían pintados. Por su parte, a Gervasio se le había borrado la expresión de los ojos, mejor aún, su iris amarillento tenía una expresión vacante, y su boca, vagamente dibujada por sus labios exangües, continuaba entreabierta como si se resistiera a admitir la evidencia o se dispusiera de nuevo a vomitar. Los ojos opacos, desolados, de tío Felipe Neri, en vano buscaban en él un apoyo, lo miraban como exhortándole: «Olvida este horror. No creas lo que has visto. Bórralo de tu memoria y achácalo a la fatalidad de los fenómenos naturales». Mas, después de cerrar la puerta, ya en la calle, surgió un tío Felipe Neri nuevo, activo, dinámico:

—Vamos, aprisa; acompáñame.

—¿Adónde vamos, tío?

—A la Jefatura de Milicias.

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles

quijadas, su intrepidez. Pero el musculado muchacho que los recibió, los antebrazos desnudos sobre la mesa, no prestó demasiada atención a la denuncia. La muerte estaba a la orden del día en la ciudad, no podía ser de otra manera. «Los suicidios, mi teniente coronel, es el procedimiento más cómodo de eludir responsabilidades.» Tío Felipe Neri no transigía, le puso firme: nadie se suicidaba y se amarraba después las manos al manillar de una moto. El muchacho de la camisa arremangada porfiaba sin inquietarse:

—Tal vez una eliminación recíproca, mi teniente coronel.

—¿Y dónde están las pistolas?

El muchacho sonreía, vacilaba, no parecía importarle que sus argumentos fueran tan fácilmente rebatibles. Se refirió a la centuria encargada de la «limpieza ciudadana» como a «un servicio abnegado». Conocían su obligación de presentar a los detenidos a sus superiores, a ser posible en Capitanía, pero no siempre era posible hacerlo. «Elementos incontrolados, mi teniente coronel, se anticipan con frecuencia a nuestros hombres, se toman la justicia por su mano, ¿qué cabe hacer?» Tío Felipe Neri daba puñetazos en la mesa desordenada y reclamaba control y, fuera de sí, voceaba que el estado de guerra no justificaba el asesinato. El miliciano, por su parte, se esforzaba por aplacarlo, apelaba a los desvelos de los jefes por no dejar cabos sueltos, a las órdenes internas, tajantes, severísimas en ese sentido, pero, como quiera que tío Felipe Neri, en un arrebato de energía como Gervasio no imaginara en él, exigiera la tramitación de la denuncia, el muchacho de los antebrazos musculados le hizo ver que, «con todos los respetos, mi teniente coronel», una cosa así no era aconsejable en aquellos momentos.

—¡Tramite la denuncia! —repitió tío Felipe Neri.

Dos semanas después, con los tíos Norberto y Adrián enterrados en el cementerio civil, tío Felipe Neri recibió un atento saluda del Jefe Nacional de Milicias en el que decía que, aparte la cruenta actuación de elementos incontrolados en retaguardia, conocida y lamentable, «el servicio de información había detectado, días después de producirse el Glorioso Alzamiento, la existencia de una organización roja clandestina dedicada a la eliminación física de sus propios camaradas con objeto de evitar la delación y la ocupación por el mando de documentos comprometedores, a la vista de lo cual, esta jefatura ha estimado más prudente dejar sin tramitación la denuncia presentada por V. I. y archivarla junto a otras semejantes, lo que le comunico para su conocimiento».

—Alabado sea Dios —musitó tío Felipe Neri agitando el papel como si se abanicase; pero el fruncimiento de labios y el convulso movimiento de la nuez delataban que los ácidos afloraban de nuevo a su boca.

XII

Mediado agosto, tío Felipe Neri recibió una carta de la señora Agustina comunicándole la desaparición de su hijo Daniel, rogándole que se interesase por su paradero. Mamá Zita confirmó que la señora Agustina tenía un hijo llamado Daniel y una hija incapaz llamada Felisa, y que la precaria economía familiar descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como los chicos «eran buena gente», aunque no excluía que Daniel, embaucado por la propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería «contraria al espíritu del Alzamiento». Por añadidura, la madre del desaparecido era cuñada de la señora Zoa, a la que de sobra conocía tío Felipe Neri y a la que tanto debían ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había prestado abnegadamente sus servicios en la casa (Gervasio, que asistía al diálogo, evocó a Daniel en la sierra, la boina espolvoreada de serrín, su larga mirada de odio la tarde, ya lejana, en que le sorprendió encaramado en la higuera, comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Neri precisaba datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales, etc.) y, con objeto de procurárselos, escribió una minuciosa carta a la señora Agustina, que, siguiendo su nueva costumbre, encabezó, como devota y clamorosa profesión de fe, con la interrogación desafiante: «¿Quién como Dios?», sin darse cuenta de que, en las circunstancias por que atravesaba su destinataria, podría resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta pusilánime de la señora Agustina quien, con letra ruinosa, muy caída de ánimo, escribía: «Nadie como Dios, señorito Felipe, sólo faltaría, pero, por favor, busque usted a mi hijo». Tío Felipe Neri, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días, tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un teniente a su casa para recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta circular para los secretarios municipales de los pueblos de la provincia. Sin demora, recibió respuesta del alcalde de Valdepuente de Rubiales, informándole de que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provincial de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acribillado a balazos, el cuerpo de un hombre joven cuyas señas personales coincidían con las descritas y que, en vista de que nadie lo reclamaba, había ordenado enterrarlo «orilla un erío lindero, donde permanece a disposición de V. I.». Tío Felipe Neri se personó con un forense en

Valdepuente de Rubiales, donde procedieron a la exhumación del cadáver y a la autopsia subsiguiente, mediante la cual se apreciaron dos fracturas de fémur, perfectamente soldadas, en la pierna derecha, coincidentes con las sufridas por el muchacho a los cinco años al ser pateado por una caballería. Afligido hasta el llanto, tío Felipe Neri depositó el cadáver en el hospital de la ciudad, notificó el hallazgo a la señora Agustina al tiempo que le expresaba su condolencia, suplicándole que «no juzgara por actos de tan baja índole el espíritu de la nueva España». Como venía siendo familiar en él, preludió su escrito con el con sabido «¿Quién como Dios?», pero la respuesta sucinta de la señora Agustina le dejó consternado: «Estimado señorito Felipe: ya le dije que nadie como Dios, faltaría más, pero nadie tan mal nacido como los cabrones que han afusilado a mi hijo».

Pasó unos días aturdido. Los altos fines no se alcanzaban con medios mezquinos, y temeroso de que los últimos acontecimientos estuvieran minando la moral patriótica de Gervasio, una tarde lo citó en el cuarto de plancha para mantener con él una conversación confidencial. Encontró a su sobrino «desorientado», según escribiría más tarde en el cuaderno de pastas de hule: «Le turban los actos contradictorios que observa a su alrededor y que le impiden discernir el bien del mal. De nada ha servido que a su padre le disfrazásemos piadosamente la muerte de sus hermanos, puesto que a él, testigo de los hechos, no podemos engañarlo. De este modo, al tiempo que comprende el arresto de su padre, enemigo del Alzamiento, execra los asesinatos de sus tíos y de Daniel Ovejero, sobrino de una vieja sirvienta por la que en tiempos sintió veneración. Temo que su patriotismo se esté ahogando entre tanta sangre. Reconoce que escucha a diario en el café Avenida la marcha de *Los voluntarios* ("una música, tío, que en otro tiempo me hubiera levantado en vilo") sin experimentar emoción alguna, ya que su cabeza no puede concentrarse y, cada vez que lo intenta, aparecen los fantasmas de sus tíos Norberto y Adrián obnubilándole. El muchacho necesita un incentivo que neutralice la abyección de los recientes asesinatos».

El regreso de tía Macrina y tío Vidal reanimó las desmayadas veladas sabatinas, en otro tiempo tan alegres y alborotadas. Tío Vidal compareció como un preboste de la nueva situación, comprometido con la organización del Levantamiento desde el exilio, y cada vez que aludía a su misteriosa intervención su calva se tornaba rosada y luminosa, contrariamente a la lívida opacidad que asumía cuando se hablaba de los escarmientos en la ciudad que, en líneas generales, él juzgaba «proporcionados e inevitables». Al referirse a este punto, solía dirigirse a su hermana Zita, a la que decía con su voz tonante:

—Porque lo que ha hecho Felipe con Telmo es un seguro de vida, hermana, no sé si se lo habrás agradecido bastante, que sin él a tu

marido le hubiesen paseado como a tantos otros.

Tía Macrina, en cambio, se mostraba escueta y aprensiva. Las últimas noticias de sus hermanos databan de principios de julio; nada sabía de ellos desde entonces pero temía por sus vidas, en especial por la de Fadrique, ex candidato de la CEDA y miembro activo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. Dos semanas después se presentó en la velada, sin previo aviso, Esperanza, la mujer de David, camino de Sevilla, vestida de luto, el fuerte pelo rubio recogido en la nuca y un collar de perlas de tres vueltas en el generoso escote. Había escapado de la zona roja a través de una embajada, por Valencia, y, a pesar de sus sufrimientos, lucía más joven que en la boda de Crucita y Jairo. Ante los miembros de la familia reunidos, soltó sin rodeos las nuevas de que era portadora:

—La horda no ha perdonado. David y sus hermanos han sido asesinados.

Era una mujer alta y arrogante, ligeramente gruesa, pero todavía bella, una *walkiria*, como solía comentar, en mejores tiempos, tío Vidal. Al referir los dramáticos episodios, no lloraba, los exponía con frialdad, sin omitir los pormenores más brutales. A David, su marido, delatado por un mozo de cuadras del Hipódromo con quien había tenido en tiempos unos roces, lo amarraron a la cola de su caballo y así disputó su última carrera a Lucho Martín, ex campeón de España de saltos de altura:

—Fue horrible. A los caballos les prendieron unas banderillas de fuego en las ancas y los azuzaron. Arrastrados hasta el final de la pista, dando tumbos, David y Lucho estaban destrozados, irreconocibles (sus pulseras de oro tintinearon al llevarse las manos a los ojos), pero yo, al menos, pude recuperar el cuerpo de mi marido y enterrarlo en la Almudena como Dios manda. Fidela, la pobre, ni ese consuelo tuvo.

A tía Macrina le saltaron las lágrimas de sus hermosos ojos propincuos y juntas rodaron por los bordes de la nariz hasta la punta, donde ella las enjugó con un pequeño pañuelo de encaje que sacó de la manga de su vestido. Pese a su sangre fría, la voz de Esperanza también titubeó al referirse a Fadrique. Con otros diez correligionarios de la ANPC había sido conducido en una camioneta al Cerro de los Ángeles como testigos del «fusilamiento de Dios», y una vez que dispararon sobre la imagen se volvieron a ellos y les provocaron: «Dios ha muerto. ¡Viva la República!». Pero como ninguno de los once se doblegase, los alinearon al pie del monumento, y el que mandaba el piquete dijo: «Sin Dios, nada pintan ya los monaguillos». Y allí, al pie de la sagrada imagen, los fusilaron (Elena y los hijos de tío Fadrique estaban sin novedad en San Sebastián).

Al llegar a este punto del relato, los velados ojos de los asistentes

convergieron en Crucita, la niña, puesto que si la horda había liquidado a los tres hermanos, era obvio que únicamente quedaba por relatar la muerte de Jairo. También Esperanza la miró, sentada sobre sus pies en un sillón de orejas, bajo la copia de la *Resurrección* del Giotto, el pelo corto, como el de un muchacho, el cuello erguido, las manos apremiantes. Esperanza hizo una pausa, pero tenía la boca caliente y ante la expectación reinante era imposible callar. Dio dos pasos hacia el sillón donde se sentaba la niña y le pasó una mano por la nuca desvalida:

—En cuanto a tu marido, querida, no tuvo mejor suerte. La horda lo asesinó en su casa (en vuestra casa), en su cama (en vuestra cama), a puñaladas —asió unas perlas del collar de tres vueltas y jugueteó unos instantes con ellas—. Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en detalles.

Crucita se estremeció. Mamá Zita, sentada en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los frágiles hombros, la atrajo hacia sí y fulminó a Esperanza con la mirada:

—Podías ser más prudente.

Sorprendida, Esperanza miró a un lado y a otro como buscando adhesiones, pero nadie, fuera de mamá Zita, parecía haberse percatado de su ligereza; tía Macrina lloraba mansamente, la barbilla en el pecho, y tío Vidal se inclinaba solícito sobre ella; tío Felipe Neri, la mano derecha en el estómago, asentía mudo, extraviada la mirada de sus ojos mates, mientras tía Cruz, en un rincón, los ojos enrojecidos, repetía sin cesar:

—Son unas fieras; son unas fieras.

La revelación de Esperanza promovió una seria crisis en el corazón de mamá Zita. ¿Debería vestir de luto a Cruz? ¿Publicar la esquela de Jairo en el periódico? ¿Rezarle unos funerales? ¿Era todo esto congruente estando en curso el proceso de anulación del matrimonio? Al morir Jairo, ¿no era *todavía* el marido de su hija? Por mediación de tío Felipe Neri, papá Telmo le aconsejó que sí, que organizase las exequias y, al mismo tiempo, destruyese los papeles del proceso puesto que ya nada había que anular. Mamá Zita redactó la papeleta, consignando las circunstancias de la muerte de Jairo: «Vilmente asesinado en Madrid por la canalla marxista». Altiva, impávida, sin desfallecimientos, Crucita presidió el funeral, y a la salida, en el atrio del templo, besó centenares de mejillas femeninas, oprimió centenares de manos varoniles, conciudadanos probos, cariacontecidos, que seguidamente, reunidos en grupos, comentaban:

—Hace falta cuajo, primero lo abandona y luego le reza un funeral.

Sin darse cuenta, éste era el cambio que Crucita esperaba en su vida, de tal manera que, transcurridos unos meses, reanudó su

actividad deportiva, sus paseos por la Avenida de la Constitución en compañía de sus amigas, su asistencia a espectáculos y manifestaciones y hasta, de vez en cuando, permitía que algún oficial herido o que hacía una pausa en la guerra le invitara a una caña de cerveza en un café o le acompañase hasta casa.

Fechas más tarde, mamá Zita recibió una larga epístola de Inesita Pons, desde Pau, cuyo ambiguo contenido no consiguió descifrar totalmente. Tan sólo dos extremos quedaban claros para ella: el asesinato de Juan Manuel, su marido («le subieron una noche a un automóvil y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices») y que la muerte de Jairo fue una aberración («la venganza de un sádico postergado, que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca»). Mamá Zita leyó y releyó los párrafos referentes a la muerte de Jairo: ¿Sádico postergado? ¿Venganza? ¿Atributos? Finalmente sacudió la cabeza y murmuró para sí: «Estas catalanas, siempre tan sabihondas». La postdata, sin embargo, era precisa: «Es mejor que Crucita ignore siempre las circunstancias de la muerte de su marido». Mamá Zita, consternada, remitió la carta a papá Telmo; a sus hermanos se limitó a decirles:

—Escribe Inesita Pons. También a su marido lo ha asesinado la horda. Según parece, lo subieron a un coche y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices.

Lucinio Orejón cayó, en cambio, frente al enemigo, de un balazo en el pecho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid. La esquela era una más de las que publicaba *El Correo* en aquellos días: «Lucinio Orejón Díez cayó por Dios y por España, a los 17 años, en el frente de Madrid». Gervasio la leía escalofriado una y otra vez. Eran tantos los muertos que a veces pensaba que no iban a quedar testigos de tan horrenda carnicería. Pero aquellas muertes abiertas, dando la cara, reanimaban su espíritu, representaban un alivio y una reparación. A solas en su alcoba, repetía la palabra *Lucinio* cientos de veces, como antaño hiciera con Fenedosa, hasta que, como ésta, quedaba estrujada cual hollejo y vacía de sentido. Recordaba a su amigo en el colegio, su pelusa incipiente, sus pantalones bombachos mal cortados, su robusto cuello enrojecido, apedreando con entusiasmo la capilla protestante o el burdel de doña Joyita, siempre presto a la acción. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermano Felices, que vino del frente al entierro, conocían pormenores de su muerte. Al relevar la guardia lo encontraron muerto en el parapeto, con una bala en el corazón, probablemente una bala perdida. Gervasio se preguntaba si Lucinio sería un héroe, y tío Felipe Neri, a la espera de esta coyuntura propicia, corroboró que «un héroe auténtico, puesto que los verdaderos héroes eran los anónimos, los que ofrendaban su sangre por una causa, sin alardear de ello ni buscar una recompensa». Y,

como aún creyese ver en las pupilas de su sobrino una sombra de duda, agregó, conceptuosamente, aludiendo a los asesinatos de retaguardia:

—Las cobardes conductas de los rufianes no menoscaban las acciones excelsas.

Su amigo Peter, aunque temperamentalmente más alejado de Lucinio, refrendó el veredicto de tío Felipe Neri: Lucinio era un héroe porque había ofrecido su vida sin esperar nada a cambio. Gervasio no acertaba a relacionar el gesto pasivo de su amigo con los de Guzmán el Bueno, y el Tambor del Bruch, arquetipos heroicos, y así se lo dijo a Peter, pero Peter, cuyos lúcidos juicios maravillaron siempre a Gervasio, guiñó sus pequeños ojos para aclarar que ésos eran *otra cosa*, que antes que héroes, *ésos* eran símbolos, porque la Historia, si no se cimentaba en símbolos, se derrumbaría como un cuerpo sin esqueleto. Gervasio recortó la esquela de Lucinio Orejón, la enmarcó y la colocó en el segundo estante de su librería, en un lugar preminente, como un ejemplo a imitar.

Una mañana, Peter, Dámaso Valentín y él, en sus divagaciones por la ciudad, se acercaron hasta la Plaza de Toros. A Gervasio, que no iba por allí desde antes del Alzamiento, le impresionaron las medidas precautorias, las fuerzas estacionadas en los alrededores, las garitas de los centinelas en las puertas, las cuatro ametralladoras arriba, en el borde del anillo. Tras los corrales, fuertemente vigilados, entre la fronda, corría el río en ejarbe, formando hileros en las orillas, alborotado, y Gervasio pensó en cuán difíciles se le ponían las cosas a papá Telmo para intentar la evasión. Unas semanas atrás había iniciado la comunicación con él, cuatro líneas formularias en un principio, y poco a poco más tiernas, deslizando en sus cartas alguna noticia que pudiese inducirle a reflexión, como la de la muerte de Lucinio, pero la respuesta de su padre, en este caso concreto, le llenó de estupor: «A Gervasio que no se le ocurra enrolarse en esta guerra. Y si acaso se prolongara y un día le llegara la orden de alistamiento, convendría recurrir una vez más a la bondad de Felipe para que le proporcione un destino de cierta seguridad». Entristecido, desencantado, vista la inoperancia de sus sutiles insinuaciones, Gervasio había dejado transcurrir otras dos semanas sin escribirle.

Ahora se hallaba allí, ante sus celadores, a un tiro de piedra, tan próximo que si gritara su nombre tal vez pudiera oírlo. Esa misma tarde, solo, al anochecer, permaneció una hora ante la orquestina del café Avenida, en espera de que interpretase *Los voluntarios* (era tan incitante aquella musiquita que, con frecuencia, acudía al café con el único objeto de mitigar sus depresiones). Esa misma noche soñó que asaltaba la Plaza de Toros pistola en mano, reducía al centinela de la puerta del toril y huía con su padre por la maraña del soto hasta el

río, donde su amigo Lucinio Orejón los aguardaba con una barca (aun en sueños, Gervasio advertía el contrasentido y se repetía: «Lucinio no puede ayudarme; Lucinio está muerto») y bogaba con fuerza. Mas así que empezaron a sonar las sirenas de alarma y se encendieron los reflectores de la Plaza de Toros indagando como dedos luminosos entre la fronda, las ametralladoras empezaron a disparar sobre el río. Al fondo, sonaba ardorosamente (¡Dios sabría de dónde procedía!) la marcha de *Los voluntarios* y Lucinio acompasaba los golpes de remo a su ritmo, con tal firmeza que a cada palada hacía gemir a los estrobos. Era un sueño tan vívido que Gervasio despertó tenso, empapado en sudor, en pleno repeluzno, resollando todavía a causa de la carrera. Permaneció unos segundos inmóvil, boca arriba, jadeando, aplastado por las tinieblas, preguntándose si papá Telmo estaba realmente libre y Lucinio vivo, en tanto se debilitaba la crispadura y sus cabellos, enhiestos como una aureola, iban doblegándose sobre la almohada.

A la mañana siguiente comunicó a tío Felipe Neri la experiencia, advirtiéndole que por primera vez en la vida le había sobrevenido el repeluzno mientras dormía, cuando soñaba que liberaba a papá Telmo. Incapaz de reprimir su júbilo, tío Felipe Neri sonreía y le propinaba golpecitos en la nuca; despierto o dormido, Gervasio seguía siendo un predestinado. Hubiese deseado soledad para rumiar su gozo, pero Gervasio le acosaba:

—¿Sería una acción heroica liberar a papá Telmo?

—¡Por supuesto! Nada comparable a asumir un riesgo por un padre.

—¿A pesar de ser enemigo de la Causa, tío?

—A pesar de eso, hijo. En la vida hay una jerarquía de valores, y, después de Dios, nada tiene tanta importancia como los lazos de la sangre.

Gervasio escuchaba los razonamientos de su tío. Alzó perezosamente los ojos hacia él y estrechó su interrogante:

—¿Y si en lugar de ser mi padre fuese un desconocido?

Tío Felipe Neri titubeó, frunció los labios resecos, pero, apremiado por la expectación de su sobrino, añadió en un tono de voz menos convincente:

—En ese caso se prestaría a interpretaciones. Liberar a un enemigo de una causa noble, comprometiendo esa misma causa, podría incluso ser un delito.

—Pero el padre Dictinio decía que todos somos hermanos, tío.

Tío Felipe Neri, desfondado, se refugió en el cuaderno de pastas de hule al quedarse solo. Cristo había dicho, en efecto, que éramos todos hermanos, pero Cristo al decir eso no podía pensar en esta Cruzada organizada precisamente para defenderle a Él. Así, después de consignar que por vez primera el ostento de Gervasio se había

producido mientras dormía (inducido por un sueño arriscado, teniendo por fondo un vibrante acompañamiento musical), tío Felipe Neri escribió: «Mi sobrino insiste en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. Como cada vez que plantea el asunto en estos términos, he desviado la respuesta hacia el aspecto legal, pero me temo que, ni a pesar de sus pocos años, le hayan convencido mis argumentos. La cuestión es compleja. Hay casos evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de ardua definición, lo que me lleva a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se puede ir más allá. El que se inmola a sabiendas, con recta intención y mirada limpia, es un héroe. Poco más podemos añadir». Cerró la libreta de golpe, contrariado, ajustó los lentes con un dedo y oyó que los intestinos se retorcían en un gemido interminable.

Al anochecer, Gervasio volvió por el café Avenida. Los briosos compases de *Los voluntarios* le reintegraron a su sueño, aún latente, de tal forma que se borraron de su vista los miembros de la orquestina y Lucinio, remando en la proa del bote, cobró vida ante sus ojos, en tanto papá Telmo lo miraba agradecido y la barca se deslizaba corriente abajo entre las balas de las ametralladoras. La música sonaba más enardecedora que en el sueño, y sin embargo la sacudida fue leve, la erección del cabello parcial (apenas morra y colodrillo), remisa y blanda como un tenue aleteo (levantarse y volverse a posar), y, en esa fase de indecisión, una ronca vocecita que parecía provenir del otro mundo le arrebató de su ensimismamiento. Manena Abad, con su pelo rubio a mechas recogido en dos trenzas laterales, su sonrisa derramada, le miraba con sus ojos azules, redondos de asombro:

—¡Es verdad lo que decía Flora! Se te han puesto los pelos de punta —alargó su delgado antebrazo desnudo en ademán párvulo—: también a mí, algunas veces, cuando oigo música, se me pone la piel de gallina.

Identificados en la emoción musical, pasearon juntos por el andén central del parque. Por vez primera Gervasio caminaba a solas con una muchacha y la anómala situación le inducía a imaginar que la pareja era el centro de atención del paseo. Pero por encima de su suspicacia estaba la voz envolvente de la muchacha, sus brillantes ojos azules, los expresivos gestos de sus manos ligeras:

—¿Es verdad que quieres ser héroe?

—A lo mejor. Cuando sea mayor.

—¿Tú crees que va a durar tanto la guerra?

El tema le llevó a hablar de su padre, preso en la Plaza de Toros, y Manena comentó que era horrible y Gervasio admitió que era una pesadilla que le perseguía día y noche, pero la niña inquirió si le dolía por él o por el qué dirán, y Gervasio concluyó que, a fin de cuentas,

tanto daba, pero que no quedaría tranquilo «en tanto no hubiera lavado el apellido». El penduleo de los brazos, al andar, hacía que a veces sus manos se rozasen, roce en el que Gervasio encontraba un delicioso placer, lo que le impulsaba a buscarlo deliberadamente. La rara facilidad con que compartía con la niña preocupaciones que de ordinario reservaba para sus amigos o para sí mismo, le hacía sentirse confortado, y una vez que se separaron pensó que ya tenía una persona a la que referir su heroísmo, y sobre todo (objetivo soñado en todas sus lucubraciones) «una bella muchacha que temblara por él». Sin proponérselo, volvieron a encontrarse algunas tardes entre el pequeño grupo que escuchaba el concierto en la terraza del café Avenida, y cada vez marchaban juntos por el paseo central del parque cambiando impresiones. A Gervasio le agradaba más cada día la grácil figura de la muchacha (una figurita de mujer inconclusa, en transición), su pelo veteado, sus ojos azules, su voz (una voz cálida, confortable, muy femenina, que enronquecía al referirse a temas trascendentes) y, en especial, su discreción, su sensibilidad para compartir sus problemas. Durante años, tras el turbio contacto con la Amalia, había resuelto no relacionarse con mujeres, y sin embargo ahora constataba que la huella viscosa que le dejara aquella experiencia no era de rigor en su comunicación con el otro sexo.

Gervasio fue incorporando a la muchacha a sus fantasías de los miércoles, días en que la radio local emitía su espacio de marchas militares, «Al paso alegre de la paz», que él escuchaba solo, recogido, los ojos entornados, tendido en el diván del salón, frente a la chimenea. Las mujeres trajinaban lejos, en el extremo opuesto de la casa, de tal forma que él podía abismarse en la música sin interrupciones enojosas. En un principio escuchaba las marchas con cierto distanciamiento, incluso se permitía la frivolidad de marcar el compás con el pie, pero a medida que el programa se iba enardeciendo, el corazón de Gervasio se elevaba, su cerebro entraba en una fase creadora, hasta llegar a un punto en que la estridencia de platillos, cornetas y tambores constituía, antes que mero acompañamiento, un vivo estímulo de su imaginación. Música y pensamiento se imbricaban, y al calor de tal coyunda Gervasio iba construyendo sus proezas, engranando las cuentas de su epopeya personal: el asalto a una cota fuertemente guarnecida sin otro acompañamiento que una ametralladora vomitando fuego; el derribo de un superbombardero por un caza ínfimo que él tripulaba, o el hundimiento de un acorazado mediante un torpedo, naturalmente disparado por él desde la base inestable de una lancha rápida. Una vez alcanzado este nivel emocional, la música se esfumaba o, al menos, Gervasio dejaba de percibirla, de la misma manera que el piloto de carreras lanzado en persecución de su rival deja de oír el motor de su

bólido. Actuaba en el subconsciente, como fuerza motriz. Entonces se producía el crispamiento: una culebrilla de hielo recorría su espalda, se le escarapelaba la piel (burbujeante, como de gaseosa) y su cabello, híspido y desbocado, tiraba hacia arriba con fuerza. En este estado permanecía largo rato, excitado por la música aun sin oírla, realzando audacias que únicamente su arrobamiento hacía verosímiles. Y desde que trabó relación con Manena Abad, gustaba de integrarla en el relato, como testigo ocular de sus hazañas, y bajo su mirada el repeluzno se exacerbaba, y con él sus fantasías, de forma que, en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La imagen de la niña llorando su muerte, a más de conmoverle, le deparaba placer, un tortuoso placer masoquista que Gervasio, recordando las palabras del padre Sacristán, aun referidas a situaciones diferentes, empezó a denominar «mi vicio solitario de los miércoles». Dominado por este deliquio gozador, a veces se acompañaba de un espejo que, al devolverle la imagen de su cabeza pelitiesa, vigorizaba el ostento, lo prolongaba, haciendo el cosquilleo de la nuca más placentero y sensual.

Ahora sostenía frecuentes conversaciones con Peter sobre la naturaleza del heroísmo, pues Gervasio había llegado al convencimiento de que, en los tiempos modernos, el heroísmo no cabía fuera de la acción individual. ¿Cómo conciliar el heroísmo con la concentración anónima de un regimiento o con la disciplinada dotación de un acorazado? Peter argüía que en eso precisamente estribaba el heroísmo, en la subordinación, en el anonimato, en la renuncia a destacar, pero Gervasio no compartía su punto de vista; una cosa era la sumisión y otra distinta el heroísmo. Así, las docenas de muertos que a diario bajaban del frente eran seres abnegados, héroes tal vez, pero de ninguna manera el héroe proverbial, de cantar de gesta, que él ambicionaba ser. Hoy, para descollar, para sobresalir de la masa, resultaba inexcusable la compañía de una máquina (un tanque, una ametralladora, un avión, una lancha torpedera, algo). Sin ella, nunca se podría ser otra cosa que una oveja del rebaño, una pieza ínfima de los vastos despliegues militares. Según Napoleón, cada soldado portaba en el macuto el bastón de mariscal, pero, en opinión de Gervasio, si se aspiraba a ser alguien en combate había que enarbolar ese bastón y hacer uso de él. El héroe de leyenda exigía, incluso, el refrendo de un testigo que pudiera transmitir al mundo los pormenores de la hazaña, y de esta forma incitar a la ejemplaridad. Peter, desconocedor aún de las incipientes relaciones de su amigo con Manena Abad, sonreía:

—Es decir, que cada soldado debe ir acompañado por un trovador para que pueda cantar más tarde sus proezas. ¿No es eso lo que quieres decir?

A Gervasio le parecían risibles sus pretensiones escuchadas en boca de su amigo; se azoraba:

—¡Oh, no es eso! No quieres entenderme. Te estás burlando.

Peter acababa riendo de las peregrinas conclusiones de Gervasio:

—Sospecho que a lo que tú aspiras no es a ser un héroe, sino un exhibicionista.

XIII

Más aún que el riesgo de la guerra, a doña Guadalupe Rueda, viuda de Valentín, le desazonaba la idea de que su hijo Damasito, ocioso e irresponsable, vagando meses y meses por las calles de la ciudad, pudiera caer en las garras de la depravación. Su segundo matrimonio, y las consecuencias del mismo, habían abierto los ojos a doña Guadalupe Rueda haciéndola adulta, precavida y suspicaz. Nunca llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día puntal de una familia tambaleante hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fue. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aún, la abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentín, la desposó, con lo que, muerto éste y emancipados aquéllos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reincidencia, Damasito, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluido, la Universidad cerrada y el país en guerra, ¿cómo vigilar los pasos del muchacho? ¿Qué provecho podía sacar su hijo, un adolescente, de esta holgazanería justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fue la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la buhardilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya que, sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto para controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desalojó el recinto de polvorientos cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, oliendo aún a zotal, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la cesión duraría «lo que las actuales circunstancias». El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la buhardilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus incomodidades, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto moblaje con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vio enriquecido por las aportaciones de los muchachos, cada día más encariñados con su club. Gervasio, el más entusiasta, contribuyó con una carcomida espetera para colgar los abrigos, un mudo reloj de campana, una Anunciación ingenuamente labrada por un pastor en piedra de toba, un aguamanil y el viejo fonógrafo heredado de su abuelo, con toda su munición. Peter decoró

la buhardilla con una serie de grabados ingleses de barcos y batallas navales, un mascarón de proa representando una opulenta sirena sosteniendo en sus brazos una galera bastarda a punto de zozobrar, más la inspirada obra de sus manos: corbetas, fragatas, bergantines y media docena de botellas y frascos de diversos tamaños, con barcos prisioneros. Dámaso Valentín, además del local, aportó una licorera azul con vasos a juego, un antiguo buró sin cubierta y una estantería de madera de embero para colocar libros y recuerdos. Finalmente, Eduardo Custodio, cuya casa había constituido hasta entonces el centro de reunión de la pandilla, consiguió de don Colomán III y doña Loreto, consternados con su alejamiento, un platero de vieja madera de pino, un arcón de nogal y un escañil de cinco plazas. Doña Loreto y don Colomán III celebraron con los chicos el nacimiento del Club (como desde un principio denominaron a la buhardilla) con una merienda, festejo que facilitó a Eduardo el montaje de uno de sus números habituales, al presentar a su madre un pantalón con el tiro desgarrado. Doña Loreto se fingió escandalizada: «Pero mira dónde ha ido a romper los pantalones este chico». (Y levantaba en alto la prenda, mostrándola a la concurrencia.) Entonces Eduardo, serio, circunspecto, los carnosos párpados entornados, respondió resignado: «Es el calibre, mamá. ¿Qué quieres que yo le haga?». Eduardo Custodio jugaba esta baza (la de la audacia y familiaridad con sus mayores) con oportunidad, persuadido de que dada su torpeza de remos era esto lo que le otorgaba una cierta preminencia dentro del grupo, preminencia que venía a compartir con Peter y que, andando el tiempo, se decantó decididamente a favor de Fortunato Delgado, Tato, último miembro del Club, un muchacho atlético, procedente del Instituto, campeón provincial de natación e introductor en la ciudad del waterpolo, al que jugaba con una cinta roja en la cabeza para impedir que sus cabellos rubios, casi albinos, planchados hacia atrás, se le vinieran a los ojos. Su noble estatura, sus fornidas espaldas, el mentón pugnaz, las mandíbulas poderosas, le imprimían una engañosa apariencia de agresividad, puesto que Tato Delgado era el muchacho menos violento de la ciudad, un ser asedado, seráfico, que se azoraba con las chicas y que, en el Club, distraía los tiempos muertos haciendo solitarios con la baraja mientras entonaba a media voz conocidos fragmentos de zarzuela.

La inteligencia de Peter y la fuerza de Tato se complementaron desde el primer día. Peter hallaba en Tato agilidad y potencia física y Tato en Peter destreza y reflexión. Peter había trasladado al Club su taller de marquetería y allí, bajo la lucerna, acompañado por la musiquita desgarrada del fonógrafo (*Aida* o las sinfonías de Beethoven), armaba corbetas y acorazados con sus pequeñas manos pecosas, sin otro modelo que un dibujo o una fotografía, mientras sus

compañeros jugaban interminables partidas de póquer. En ocasiones, cansados de los naipes, se agrupaban en torno suyo, recreándose en su minucioso quehacer, la mañosa manipulación de piezas diminutas (briznas, hebras, alfileres, cerillas, mondadientes) que él combinaba con gracia hasta igualar el patrón.

Insensiblemente, Gervasio y sus amigos iban familiarizándose con la técnica naval, incorporando términos marineros a su reducido vocabulario (proa, popa, babor, estribor, cofa, castillo, toldilla, eslora, portalón, combés, jarcias, puntal), adentrándose, sin darse cuenta, en un mundo nuevo, remoto y atrayente. Pero quien mayor interés mostraba por el trabajo de Peter era Tato Delgado, el nuevo amigo, campeón de braza y waterpolista distinguido, para quien la vocación resuelta de aquél hacia la Armada constituía motivo de admiración:

—En cuanto cumpla los diecisiete me enrolaré en la Marina. Después, una vez que acabe la guerra, ingresaré en la Escuela Naval. Yo quiero ser marino como mi abuelo.

Sin pretenderlo, Peter iba desarrollando una labor de proselitismo que, paso a paso, captaba a sus compañeros de club. Tato Delgado fue el primer converso, al menos el primero en manifestarlo. Abierto a cualquier novedad, halló en la profesión elegida por Peter un trasfondo deportivo-aventurero muy acorde con su temperamento. Inició su colaboración con Peter en el pequeño arsenal, incluso realizaba bajo su dirección sencillos trabajos por su cuenta. Denotaba una paciencia abacial y un fervor pueril. El paulatino desarrollo de un bergantín en el seno de una botella, a base de minúsculos elementos de corcho y madera, valiéndose de unas largas pinzas plateadas que se movían dentro del vidrio con la habilidad de una mano, le fascinaba. Al propio tiempo, escuchaba boquiabierto las historias de batallas navales que Peter relataba, de tal manera que éste, consciente de la pasión creciente de sus amigos por las cosas del mar, fue incorporando al Club colecciones de libros sobre temas marineros, desde Salgari hasta Conrad.

A los tres meses de conocer a Peter, Tato Delgado era ya su mejor amigo, armar barcos su pasatiempo favorito, *Motín a bordo* su libro de cabecera, y su vocación decidida, el mar. Unos meses mayores que el resto de los amigos, Tato Delgado y Eduardo Custodio fueron los primeros en cursar instancias a la Comandancia de Marina de El Ferrol, solicitando su ingreso en la Armada, como marineros voluntarios.

La redacción de las instancias, un puro trámite burocrático, constituyó, sin embargo, un acto comunitario, y hasta el momento la más gloriosa efemérides del Club.

Una atardecida luminosa y cruda, el crepúsculo rojo sobre la fronda rumorosa del parque, Gervasio comunicó a Manena Abad sus

propósitos:

—Voy a enrolarme en la Armada, ¿sabes? Mis amigos y yo tripularemos una lancha torpedera, y cuando la guerra acabe expondremos las medallas que ganemos en una vitrina, en el Club.

Afecto a la acción individual o de pequeños grupos, el destino a una lancha rápida fue la condición impuesta por Gervasio para solicitar su ingreso en la Armada, condición unánimemente aceptada, no ya sólo por complacer al amigo, sino porque la torpedera representaba mejor que nada el espíritu de aventura que movía a todos ellos. Por su parte, transcurrido año y medio de guerra, Gervasio proseguía abstrayéndose semanalmente en el programa «Al paso alegre de la paz», gozándose en sus crispaciones, y aunque el escenario que la música inspiraba variaba cada día, desde su reciente decisión prevalecía el mar, el ataque de una pequeña lancha, tripulada por el grupo, contra un gigantesco acorazado, concretamente el *Jaime I*. En sus ensueños, todo estaba organizado con método: Eduardo al timón, Damasito de observador, Tato y él en los tubos lanzatorpedos, Peter a proa, dirigiendo la operación. Hurtándose a las ráfagas de ametralladora, amparada en las tinieblas, la lancha embestía de proa al acorazado, y a treinta metros de distancia Eduardo metía caña a babor, viraje que Tato y él aprovechaban para lanzar los dos torpedos contra la línea de flotación del monstruo. Vivía emocionadamente cada fase de la ofensiva (aproximación audaz, virada violenta a babor, lanzamiento de torpedos, explosión estruendosa, retirada) y una vez cumplida la misión, la arribada a puerto, ante una multitud enfervorizada, Manena Abad en primera fila, ovacionando a los héroes. Desde que Tato y Eduardo cursaron sus instancias era ésta la acción que Gervasio fantaseaba con mayor recogimiento las mañanas de los miércoles:

—¿De veras vas a ser héroe?

—Quiero serlo para que tú me veas.

—¡Pero eso es imposible! A las chicas no nos dejan ir a la guerra.

La mirada azul, virgen, asombrada, de la muchacha se prendía de la suya, y Gervasio la sostenía y, sin nada más que añadir, apretaba su pequeña mano con fuerza, hasta que ella se quejaba:

—Quita. Me haces daño.

El crudo y largo invierno dio ocasión de recordar a papá Telmo, con motivo de sus frecuentes peticiones de prendas de abrigo para combatir el frío. Gervasio había acabado por asumir la privación de libertad de su padre como un hecho natural, pero le encorajinaba la cutre terquedad con que se aferraba a ideas periclitadas, en las que no creía ya, según afirmaba su hermana Crucita, ninguna familia de fuste de la ciudad:

—Ya no le quiero, te lo juro. Me da igual lo que le pueda pasar. Si

le mando unas letras es por no disgustar a mi madre. «Estoy bien», «me alegra que estés bien». Eso es todo. No tengo más que decirle.

—No debes hacer eso; al fin y al cabo es tu padre.

Gervasio volvía indolentemente la cabeza hacia ella:

—¿Te parece mejor que le engañe? ¿Que me invente cada sábado una historia para enternecerle?

Tanto como la actitud de papá Telmo hacia la Causa, sorprendía a Gervasio la de mamá Zita y los tíos respecto a papá Telmo. Los tres consideraban no ya aceptable, sino providencial su prisión. Su arresto, avalado por las estrellas de tío Felipe Neri, suponía la supervivencia. ¿Qué más podían desear? Sus hermanas Cruz y Flora, distraídas por el cambiante anecdotario de la contienda, olvidaban el pasado inmediato, pero mamá Zita y sus hermanos tenían demasiado próximas las muertes de los tíos Norberto y Adrián, de Daniel Ovejero y de tantos otros convecinos, como para no sentirse afortunados. Tía Macrina, en cambio, desde la visita de su cuñada Esperanza apenas abría la boca, tan sólo de vez en cuando dejaba caer como al azar, mirando descaradamente a tío Felipe Neri, que «Telmo, en esta zona, pese a ser más significado, había tenido más suerte que sus hermanos en la roja». Gervasio, al oírla, se avergonzaba, pues resultaba evidente que, en tanto tío Felipe Neri permaneciera junto a ellos, la vida de papá Telmo estaba garantizada. Pero el hecho de que su padre se prevaliera de esta ventaja no sólo para seguir viviendo, sino para zaherir a la Cruzada, arguyendo que algún día los rebeldes pagarían su delito, o el próximo retorno del país a lo que él llamaba normalidad, le sacaba de sus casillas.

Una mañana de febrero, el aullido de la sirena de la estación anunció la irrupción de aviones enemigos sobre la ciudad. Los estampidos encadenados de las bombas sorprendieron a Gervasio en la escalera, camino del sótano de palacio (la bodega de su bisabuelo Lucio, diez lustros atrás) habilitado como refugio antiaéreo. Sonaban las explosiones rotas, desgarradas, y en las pausas, el atiplado tableteo de las ametralladoras de la Catedral y las andanadas de los cuatro cañones empotrados por el regimiento de Artillería en las afueras de la ciudad. Era un duelo atronador, como una tormenta estival, que, al concluir, dejó calles y plazuelas desiertas, sumidas en un silencio polvoriento, que las improvisadas ambulancias desafiaban haciendo sonar nerviosamente sus bocinas. Desde la Glorieta del Ángel se elevaba una negra columna de humo que Gervasio tomó como referencia. En la plaza, grupos de gente comentaban la agresión, hacían cábalas sobre el número de víctimas, hablaban de la muerte de cinco niños en una escuela, y reclamaban un chivo expiatorio. Un hombre de edad, con camisa azul y corbata negra bajo el gabán, agitó un bastón y gritó con toda su alma:

—¡A la Plaza de Toros!

El gentío afluía a la glorieta por las seis bocacalles radiales y, en contados segundos, se convirtió en una muchedumbre que vociferaba enloquecida:

—¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

La voz se extendía, se generalizaba, y la humareda, a un costado, iba disolviéndose, achatándose, conformando un hongo agrisado y denso. Encaramado en el capó de un automóvil estacionado en el centro de la glorieta, el falangista de segunda línea arengaba a la multitud esgrimiendo su bastón, sugiriendo la posibilidad de fusilar a cinco prisioneros por cada víctima inocente, oferta que la muchedumbre acogía con aplauso, y en su paroxismo cerril repetía:

—¡A la plaza! ¡A la plaza!

Tan pronto la masa, ciega de cólera, se puso en movimiento, Gervasio admitió que la amenaza podría cumplirse, que aquella multitud enloquecida era muy capaz de desarmar a la guardia de la plaza, conquistar ésta y pasar por las armas a los prisioneros. Entonces se abrió paso a codazos entre el gentío, accedió al parque y echó a correr, procurando adelantar a la manifestación, insensatamente convencido de que de su anticipación dependía la vida de su padre. «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten», se decía mientras corría. Y en su mente aparecía la imagen de papá Telmo, pero no en bata blanca ni con americana y corbata, sino con su invariable pijama rayado («de presidiario», pensaba ahora), el chato rostro enjabonado, los juanetudos pies sobre las húmedas baldosas del baño, como desde niño estaba acostumbrado a verlo cada mañana. Y, superpuestas a esta imagen, las espectrales de los tíos Norberto y Adrián, los dientes largos y amarillos, bragas y sostenes, orlados de delicadas puntillas, cubriendo su flaca desnudez, a caballo de la Norton. Herían sus oídos los aullidos intermitentes de la manifestación, los pitidos de los cláxones de los automóviles que la encabezaban y, como si ello supusiera un acicate, aceleró su carrera hasta que, al alcanzar la última esquina y divisar la Plaza de Toros al fondo de la explanada, sintió un puntazo doloroso en el costado y entonces se refrenó, se puso al paso, resollando. Le adelantaron dos camiones con guardias de asalto y, ante la prisión, se apearon y enlazados por los brazos formaron un cordón protector, cabe las garitas de los centinelas, las tercerolas prestas. Arriba, en lo alto del anillo, las dotaciones de las ametralladoras se apresuraban a tomar posiciones. El rumor de la manifestación aumentaba y cuando divisó los dos automóviles que la precedían doblando la esquina, empezó a temblar, temeroso de que no hubiese en el mundo fuerza capaz de detenerlos. La distancia entre la muchedumbre que avanzaba vociferando, flameando banderas, y la doble fila de guardias se reducía a ojos vistas y una vez que los

primeros manifestantes toparon con ellos se produjo un forcejeo tenaz, con ese ardor teatral que se trasluce de toda confrontación en la que asaltantes y defensores se saben, en definitiva, partícipes de una misma causa. Empero, Gervasio contemplaba angustiado el choque desde una pequeña prominencia, temiendo que guardias y centinelas terminaran cediendo, y en su fuero interno se repetía: «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten». El empuje disuasorio de los defensores, con ribetes de exhibicionismo, las tercerolas cruzadas sobre el pecho, conseguía pasajeros repliegues de los asaltantes, mas cuando desde lo alto del anillo una ametralladora disparó varias ráfagas de intimidación y el oficial de guardia, desde uno de los vanos del piso alto de la plaza, reclamó calma a través de un megáfono, remitió el tropel, la multitud se detuvo y quedó a la expectativa, circunstancia que aprovechó el oficial para prometer a los ciudadanos, «justamente indignados por el execrable crimen», que éste no quedaría impune y las víctimas inocentes serían vengadas, pero en tanto el alto mando decidía el «cómo» y el «cuándo», ellos, dando pruebas de patriotismo, deberían deponer su actitud, replegarse y cejar en sus pretensiones de linchamiento o de tomarse la justicia por su mano. La multitud, aplacada por la larga marcha, halagada por aquel torrente oratorio desatado por su causa, consciente, en fin, de su fuerza (delegada ahora en aquel bizarro oficial que les había dirigido la palabra), aplaudió, primero con timidez, después con calor, prorrumpiendo en vivas y mueras, hasta que paulatinamente se fue dispersando, reculando, iniciando la retirada en pequeños grupos hacia la ciudad, aplacado su impulso homicida.

Durante los meses siguientes se repitieron los bombardeos, bombardeos fútiles, sin otra finalidad, al parecer, que amedrentar a la población civil y recordarle que el país estaba en guerra y que, ocasionalmente, el enemigo había sido localizado allí. La reacción del vecindario era cada vez menos hirsuta, más mansa, como si al fin hubiera aceptado que era aquél un riesgo normal, y aunque las hablillas de revanchas y sacas vindicativas continuaban circulando, no había posibilidad de confirmarlas ni de desmentirlas. Los comerciantes tomaban resignadamente sus precauciones, rodeando sus establecimientos de sacos terreros, cruzando las vitrinas con cintas adhesivas para evitar el astillamiento de los cristales, mientras Protección Civil acondicionaba como refugio los sótanos de los edificios más altos o sólidos de la ciudad. En sus ocasionales visitas al de palacio, Gervasio había asistido a escenas de pánico colectivo que, a su juicio, minaban la moral de la retaguardia. Y, con objeto de mitigarlo y, al propio tiempo, dominar su propio miedo, decidió poner en práctica un sistema para ahuyentar los demonios que desde tiempo atrás venía rondándole la cabeza: cantar, cantar con toda la fuerza de

los pulmones, hasta ahogar el estruendo exterior, los estampidos de las bombas y los cañones, y, en consecuencia, serenar los ánimos de los refugiados. Consciente del apocamiento del grupo, él mismo iniciaba los himnos y de pie, los brazos en alto, dirigía el coro, exigiendo cada vez más voz, hasta colmar el antro de encendidos gritos patrióticos:

> Soy valiente y leal legionario,
> soy soldado de brava legión,
> sufre el alma doliente calvario,
> que en el fuego busca redención…

Azorados, vergonzantes, los refugiados iban uniéndose al coro, venciendo su cortedad inicial, pretendiendo sofocar con sus voces la crepitación de las bombas:

—¡Más alto, más alto! —reclamaba Gervasio. El sótano llegaba a ser un clamor:

> ¡Viva España!, nuestro lema será,
> los que por ella estamos dispuestos a dar la vida,
> ¡Viva España!, es el grito viril
> de nuestra juventud de patriotismo enardecida…

Relevantes los tendones del cuello, las gargantas, tensas, enronquecían en una arrogante manifestación de desafío a los agresores. Ahuyentado el miedo, era como si ellos mismos con sus canciones participasen activamente en la represión del ataque, de tal forma que Gervasio, durante las alarmas aéreas, llegó a ser una presencia inexcusable en el sótano de palacio, entre sus humildes convecinos. Una vieja flaca y escorada, cubierta con un mantón negro incluso los meses de verano, le requería impaciente antes de que empezara el estruendo de las bombas, los cañones y las ametralladoras:

—Venga, Gervasito, majo; canta antes de que nos entre el miedo y nos ensuciemos todos por los rincones.

Formaban corro en torno suyo, un corro apretado, solidario, unívoco, fraternal. Gervasio, las manos en alto, mencionaba el título de la marcha y facilitaba el tono: *La fiel Infantería*, *El novio de la muerte*, *Ardor guerrero*… Todas valían, en especial las que constituían el repertorio del programa «Al paso alegre de la paz». Empezar por un himno o por otro era irrelevante, a los pocos minutos se había creado allí, en aquel antro ahogado, húmedo, bajo de techo, preservado del exterior por piedras sillares, un núcleo de resistencia ante el enemigo muy difícil de acallar.

Una noche, sorprendido por la alarma mientras dormía, bajó al

refugio en pijama, envuelto en una manta abigarrada, y al observar en derredor suyo las pobres gentes en ropas de noche, una chispa de esperanza en sus ojos, su fértil imaginación voló a las catacumbas, se vio pastoreando un grupo de conversos hostigados por el emperador, entonando cánticos a su Dios, a sabiendas de que, acto seguido, él y sus seguidores sucumbirían en el circo, despedazados por los leones. La emoción del momento temblaba en sus labios; el coro de cantores, sumiso a los movimientos de sus manos, a la voz (que paulatinamente se iba enardeciendo) de su garganta, le conmovía. Y cuando inició la estrofa «Por ir a tu lado a verte, mi más leal compañera», sintió un violento calambre en la morra (esa noche el punto más sensible de su cabeza), pero lejos de transigir y moderar el tono, se encampanó, su voz se hizo grito, en tanto su piel se escarapelaba y sus cabellos se disparaban como si un ser invisible, tirando de ellos, quisiese levantar del suelo su cuerpo lene y vaporoso. Arrobado, tenso, la cabeza erizada como un cardo gigantesco, el pijama azul asomando bajo la abigarrada manta escocesa, en pleno ostento, no reparó en el inicial repliegue de los cantores hasta que la anciana del mantón cruzó los ojos, se llevó las manos deformes a la boca desdentada, emitió un alarido de terror, se incorporó con inaudita presteza y huyó a la carrera, hablando sola, hacia las escaleras del sótano. Tras ella escaparon otros cuatro, luego diez y, sin solución de continuidad, se produjo la gran desbandada; los refugiados, aterrorizados, empujándose, lanzando furtivas miradas a la cabeza de Gervasio, se atropellaban en las escaleras de acceso, buscando el aire libre, pese a los zambombazos y al rítmico traqueo de las ametralladoras de la Catedral.

Insensibles a la defección general, mamá Zita y tía Cruz, testigos del trance, ensalzaron su patriotismo, y tío Felipe Neri, presente asimismo en la crispadura, anotó con pulso tembloroso en el cuaderno de pastas de hule: «Hoy se autocrispó Gervasio, mi sobrino. Él solo puso música y letra, lo que quiere decir que su emotividad aumenta. El rapto de esta noche en el refugio antiaéreo, mientras replicaba con canciones al criminal bombardeo del enemigo, ha sido, sin duda, el más intenso, inefable, patético y conmovedor de cuantos se me ha dado presenciar. Es evidente que el Señor le tiene signado para muy altos empeños». Pero antes que en su carácter profético, Gervasio reparó en lo que el último ostento encerraba de advertencia: en tiempos como aquéllos, de exultación patriótica, donde cualquier inesperado fervorín popular podía provocar su metamorfosis y el consiguiente pánico colectivo, era arriesgado andar por la calle con la cabeza descubierta. Fue entonces cuando resolvió usar la boina roja heredada de papá León (de un rojo deslucido, apagado por el curso del tiempo). Su grávida chapa metálica (Dios, Patria, Rey) constituía,

por añadidura, una garantía de seguridad. Por si fuera poco, aquella boina, gloriosamente paseada en cien batallas, representaba un distintivo acorde con el vago ideario político de mamá Zita, siempre recelosa del fascio y de las camisas azules. Decididamente, Gervasio agradecía aquella defensa que venía a ser (según propia definición), «como el caparazón de las tortugas», una estética salvaguarda. Ni en las circunstancias patrióticas más exaltadas le falló el recurso en las semanas siguientes, es decir, el cosquilleo de morra y colodrillo seguía produciéndose, pero la boina acorazada abortaba cualquier conato de erección, mantenía a raya a los inquietos cabellos, lo que le permitía impensables audacias y una mayor libertad de movimientos. La novedad, por otra parte, fue del agrado de Manena Abad («el rojo de la boina te va muy bien a la cara»), siquiera en el Club despertara comentarios despectivos como el de Peter, que no comprendía cómo un hombre podía servirse de un símbolo tradicionalista si no eran ésos sus ideales.

Una ardiente mañana de agosto llegaron a la ciudad los legionarios. Las calles se vistieron con colgaduras para recibirlos y una espesa muchedumbre, estacionada en las aceras, ovacionó calurosamente la bizarría, un punto histriónica, de los soldados. A Gervasio, tocado con la desteñida boina roja de su abuelo, de puntillas entre sus amigos, le arrebataban las verdes camisas abiertas sobre los velludos pechos tatuados de azul, las mangas recogidas por encima de los codos, las flexibles botas de cáñamo en sus pies ligeros, los gorros airosamente ladeados, la puntual sincronización de sus movimientos siguiendo los compases de la banda, la disciplinada cabra-mascota caminando al paso de los gastadores... Era un espectáculo arrollador al que el estallido súbito de la música (los pitidos afilados de las cornetas, el redoble incendiario de atabales y tambores) ponía la nota de exaltación que la sensibilidad del muchacho requería:

Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario
tan audaz y temerario
que en la Legión se alistó...

El vello de sus antebrazos se erizó, sintió de pronto como si su cuerpo se desgarrase, y, conforme desfilaban ante él aquellos hombres electrizados (rostro grave, mentón agresivo, mirada en el infinito), experimentó una sacudida en el plexo y, simultáneamente, una pugna empecinada entre sus cabellos, dispuestos a espigarse, y la vieja boina roja del General, sujeta entre frente y cogote, presta a impedirlo. Era un forcejeo tenaz el que se libraba allí y, de haberse tratado de un fervorín pasajero, gorra y placa (Dios, Patria, Rey) hubieran conjurado

el impulso capilar, pero el desfile desafiante proseguía, los soldados («Legionarios a luchar, legionarios a morir») se desplazaban a un ritmo vertiginoso, avanzaban sobre él, materialmente le avasallaban, de tal modo que al pasar a su altura los gastadores, sus cabellos, tiesos como alambres, tras un duelo denodado con la boina consiguieron desencajarla, desprenderla, izarla sobre la cabeza despeluzada, para dejarla, al fin, lastimosamente pendiente de los pelos más largos de su tupé, como de una percha de la espetera. Alarmado, Gervasio se llevó las dos manos a la cabeza intentando reprimir el desbordamiento, pero la crispadura era tan violenta que los pelos se le escurrían entre los dedos, los eludían, para erguirse entre los resquicios, firmes como juncos. Desmoralizado, chafó la boina contra su cráneo (como quien aplica a la llama de un cirio el embudo del apaga velas), la agarró luego por los bordes y tiró hacia abajo, con tal contundencia que el inoportuno repeluzno empezó a ceder, se fue esfumando su emoción, se asedó la piel de los antebrazos, y los cabellos se acostaron, dóciles, justo en el momento en que las espaldas de los últimos legionarios se perdían entre las cabezas de los espectadores, camino de la estación.

A partir de esta horripilación inusitada (de la que, felizmente, nadie fue testigo), Gervasio se propuso «eludir las ocasiones» (de acuerdo con las instrucciones del padre Sacristán en lo relativo al pecado): nada de desfiles, nada de manifestaciones, nada de mítines incendiarios, nada de actos donde la música constituyese un ingrediente esencial. No fomentar, en suma, su hiperestesia. La solución, plausible en apariencia, adolecía, sin embargo, de una falla grave: ahora que se aproximaba el momento de ir a la guerra, lo procedente era reforzar su moral de combatiente, no debilitarla. Tío Felipe Neri, al menos, fue de esta opinión: «Si tu moral de soldado requiere música e imaginación, escucha música e imagina, Gervasio. La patria precisa soldados con moral». Ante tan ardua alternativa, el muchacho optó por una decisión munificente: sacrificar su cabello, dejar chamorra su cabeza (un cabello siempre de punta pero que por su escasa longitud no llamase la atención de nadie). Durante la nueva fase experimentó alguna horripilación, pero de la misma manera que los mutilados sienten a veces dolor en el pie amputado, él sentía el cosquilleo a ocho o diez centímetros de su cuero cabelludo, en el extremo de unos largos pelos inexistentes, sin que sus amigos lo advirtieran. En esta ocasión Manena Abad se mostró menos entusiasmada: «No te va el pelo al rape; te hace cara de bilorro». Mas la preocupación de Gervasio en estos días no estaba en su cabeza motilona sino en la autorización paterna, en que papá Telmo nada objetase a su pretendido alistamiento en la Armada. De entrada, no bien tío Felipe Neri se lo dio a entender, papá Telmo se encolerizó, trinó, puso los ojos en blanco, amenazó con escaparse, con hacerse

matar por los celadores o arrojarse de la plaza abajo, pero el tío, una vez que se desfogó, le hizo ver que el alistamiento forzoso del chico estaba en puertas y que su riesgo siempre sería menor en la Armada que en Infantería. Papá Telmo empezó de nuevo a ladrar a la luna pero, de improviso, sus abultadas facciones de boxeador se distendieron, su voz se aflojó, y a sus ojos asomó una blanda expresión de conformidad:

—Haz lo que juzgues conveniente, Felipe. Tú has llevado la batuta desde el principio en esta desgraciada etapa. Al fin y al cabo, todos estamos en tus manos.

Esa misma tarde, en la diaria reunión del Club, Gervasio, Peter y Dámaso Valentín redactaron sus instancias y, a la mañana siguiente, las cursaron. Díez días más tarde, Tato y Eduardo Custodio fueron reclamados del buque-escuela. En la despedida que siguió, Eduardo Custodio, los pesados párpados sobre sus ojos miopes, levantó su vaso a última hora, tambaleante, dos rosetones en sus fláccidas mejillas:

—Por… por el Club —dijo—. Por que todos volvamos a reunirnos aquí cuando la guerra acabe.

El viejo fonógrafo del abuelo desgranaba marchas militares de la guerra carlista. A su lado, Tato Delgado, enternecido, levantó el vasito azul de la licorera lleno de vino y lo fue chocando, uno por uno, con los de sus amigos y, al cabo, dijo en un tono de voz que pretendía ser displicente:

—Por el Club y por todos nosotros. Que Dios reparta suerte.

Libro tercero

XIV

Al restregar su nariz contra el caqui y tropezar con la tira de medallas que adornaban el pecho del tío Felipe Neri (que lo abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestíbulo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la guerra. Al principio, el tío le había abrazado formulariamente, con un abrazo maquinal, pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atraerlo de nuevo hacia sí con tal reciura que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción mullida que le ablandó los ojos: «Cumple con tu deber», le dijo al oído el coronel. Y no continuó hablando porque se ahogaba. Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo húmedo y sus labios dibujaban una mueca senil que lo mismo podía ser un puchero que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante el bargueño de ébano con incrustaciones de marfil, en un segundo plano, sus amigos Peter y Dámaso Valentín, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente a las efusiones de despedida, las abultadas maletas a su lado, y en el momento en que la señora Zoa, hecha un rebujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas de los pies, estiró el esqueleto y se aferró al cuello del muchacho, tratándole alternativamente de «corona» y «señorito Gervasio», comiéndoselo a besos, Dámaso Valentín, la punta de la roja lengua en la mella del paleto, entreabrió sus finos labios en una sonrisa socarrona. Los arrumacos mefíticos de la señora Zoa despertaron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua muerta de su primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su oposición crispada abrazándose a sus muslos de palo y gritando histéricamente: «Zoa, si tú te vas, yo me quiero morir». Al separar su rostro del suyo, la contempló un momento, su cuarteada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitañosos, el blanco pelo recogido en un moño, ofreciéndole, en sus esquemáticas manos temblonas, una caja de dulces:

—Toma, corona, para el tren.

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manena Abad. Le hubiese estimulado que llorase sobre su hombro, pero la niña se presentó tranquila y animosa. En la penumbra había buscado su mano a tientas y aquella pequeña mano no opuso resistencia y, entonces, Gervasio se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres ser mi madrina de guerra?

—No sé si me dejarán en casa — levantaba sus frágiles hombros, dubitativa.

—No tienes por qué decirlo. Basta con que me escribas y pienses un poco en mí.

Ella asintió y, al abandonar el cine, Gervasio, rebosante de ternura, oprimió dulcemente su mano como sellando un compromiso. Nada le dijo de papá Telmo. Cuatro días antes, a raíz de recibir la llamada del buque-escuela, le había dirigido unas líneas jactanciosas: «Me voy a la guerra, a salvar a España, y sólo regresaré muerto o victorioso». La respuesta, en un insignificante rectángulo de papel cuadriculado, fue humilde, lacónica, doliente: «Suerte, hijo, que tu sacrificio acelere el final de esta tragedia». Para Gervasio, el vocablo *tragedia* no encajaba en el contexto de los hechos. ¿Cómo comparar una cruzada con una tragedia? El desenlace funesto que ésta comportaba era lo último que él esperaba de esta guerra. Ante su aflicción, mamá Zita le había consolado:

—No hagas caso; no te disgustes, hijo. Ya sabes cómo las gasta tu padre. Compórtate como un Lastra pero no arriesgues más de la cuenta.

Mamá Zita, ante la inhumanidad de las escenas vividas a diario en el hospital, no aspiraba más que a salvar la dignidad; renunciaba al heroísmo si éste comportaba mutilación o muerte. Orgulloso ante la comprensión materna, Gervasio insistía en la necesidad de lavar el apellido («papá Telmo lo ha enlodado y cada día que pasa en la Plaza de Toros lo ensucia más»), pero mamá Zita aducía que el apellido De la Lastra nunca había sido mancillado y en lo tocante al García (se mordió los labios asustada de su propia ocurrencia) el comedor de Auxilio de Invierno, instalado en la mercería de los tíos, lo había redimido.

Ahora mamá Zita se abrazó a él, llorando a raudales, como si tratara de acorazarle con sus besos (restallantes, nutricios, totales, como los antiguos besos de la señora Zoa) hasta el punto de que su hija Cruz, ofendida en su delicadeza, le llamó la atención sin llamársela: «Por Dios, mamá», pero mamá Zita, sorda a sus reparos, continuó besando a Gervasio y cuando, al fin, se separó de él, lo miró intensamente a los ojos y le dijo con resolución, como quien emite una orden:

—Vuelve.

Sentados en las maletas, comprimidos por centenares de soldados que cantaban canciones obscenas acompañándose de cualquier instrumento musical y cambiaban entre sí botellas y botas de vino, Peter, Dámaso y Gervasio comían en el pasillo los dulces de la señora Zoa, y Gervasio, achicado aún, en un intento por justificar las desbordadas muestras de afecto de la vieja, juraba y perjuraba que,

aunque pareciese mentira, aquella mujer mínima y seca, que Peter ya conocía, había criado a sus pechos a su propia madre. El tren, sucio, atestado hasta los lavabos, traqueteante, aullador, sin una sola mujer a bordo, olía ya a guerra, sonaba a guerra, tenía color de guerra. Gervasio volvía los ojos de un grupo a otro, pretendiendo descifrar, por sus atuendos, insignias y emblemas, los cargos, armas y destinos de sus compañeros de viaje. En el extremo del compartimiento vecino, un legionario con patillas de hacha, el gorro inverosímilmente colgado de una oreja, le preguntó por sus tabardos azules, y al responderle con orgullo: «De la Marina», él movió la cabeza de un lado a otro y murmuró: «Mientras tanto la Infantería pasando frío». Frente a él, un cabo de Artillería con media pierna vendada abría un gran pan redondo, dividía la tortilla que había dentro con una navaja y, pinchados en la punta, ofrecía trozos a sus compañeros de departamento. En el pasillo, en una barahúnda de divisas y uniformes, se hacían trueques y cambalaches de todo tipo (coñac por embutidos, cigarrillos por caramelos) en un común afán por infundir a aquel tren repleto, ahumado y aterido, un poco de calor solidario. El crepúsculo temblaba en los cristales y, según avanzaba la noche, el coche iba quedando en penumbra, el sueño vencía a los soldados, el artillero acomodaba la cabeza contra el cristal, el legionario de las patillas de hacha reclamaba dos veces silencio, pero aún se oyó rasguear unos minutos una guitarra en el extremo opuesto antes de que el vagón quedara mudo.

Gervasio, la cabeza recostada en el marco de la ventanilla, cuyo cristal retemblaba contra su nuca, incapaz de conciliar el sueño, observaba los cuerpos derrumbados en derredor, dormidos en dislocadas posturas, los pálidos rostros tiznados, macerados por el insomnio, brazos o mochilas por cabezal, los labios entreabiertos, los ronquidos como estertores contrapunteando el paso de las llantas sobre las entrevías. «Un tren de muertos», pensó, pero, sobrecogido por la macabra imagen, movió enérgicamente la cabeza para ahuyentarla, esforzándose por sustituirla por la de Manena Abad. A intervalos, la locomotora silbaba o jadeaba subiendo un repecho. Poco a poco se fueron esfumando los ruidos (ronquidos, jadeos, silbidos, tableteo del vidrio contra su oído), se desvaneció el perfil de Manena Abad, perdió la noción de las cosas, de tal modo que, al abrir los ojos (ignoraba si minutos u horas después), descubrió el trivial resplandor del amanecer en el cristal empañado, en los rostros mórbidos y gelatinosos de los soldados del vagón. Sentía un glúteo dormido y el codo de Dámaso Valentín incrustado en su muslo; lo separó con cuidado y consiguió ponerse en pie. Aguantó, encorvado, el cosquilleo de la pierna, arrugando la cara, mirando al legionario, el gorro caído, la boca desdentada, protegida por el alero de un bigotillo ralo que, en

los extremos, casi empalmaba con los vértices de sus patillas de bandolero. Roncaba a golpes, como si tartamudease al respirar, y de vez en cuando su cabeza se desplomaba y abría los ojos despavorido. Gervasio se volvió hacia la ventanilla, limpió el vaho del cristal con la bocamanga y a través del hueco trasparente descubrió que las tierras llanas, pardas y áridas, del exterior, se habían trasmutado en onduladas praderas parceladas, y el alto y sereno cielo azul en un pesado toldo gris, próximo y plomizo. Una lluvia delgadísima azotaba los cristales, mullía la tierra, mientras los pliegues verdes cubiertos de brezos y helechos se iban empinando hasta convertirse en montañas, que el convoy perforaba audazmente a través de fragorosos túneles. La brumosa luz crepuscular apenas progresaba, como si la alborada se hubiese estancado, y cuando su amigo Peter se incorporó a su lado, restregándose los ojos, un triángulo azul se dejó ver entre dos montes sombríos y Peter lo señaló sorprendido con una uña negra de hollín, y dijo, transfigurado, acompañando su descubrimiento con una sonrisa hibernada:

—¡El mar!

Gervasio vivió las horas siguientes ausente, transido, el torpor del sueño enredado en sus ojos con una pegajosidad de telaraña. Desde la calzada adoquinada y húmeda, a través de la verja que se prolongaba calle abajo, divisaba el Arsenal, el muelle comercial a la derecha, los amplios diques secos, y, enfrente, recortado sobre la larga nave gris de los talleres, el buque-escuela, su gótica arboladura hendiendo la bruma. Siete marineros uniformados, el blanco saco de la ropa a las espaldas, y dos jóvenes paisanos con sus maletas se les unieron junto a la garita del centinela, a las puertas del Arsenal. En unos minutos todo se amontonó. Difusas e incoherentes, como en una fluencia onírica, unas escenas se encadenaban a otras, y en el centro, como un dios ubicuo y cruel, el cabo Ortigueira, con su audaz boca sin labios, como un esfínter, salaz y gritadora («Marineros de tierra adentro, ¡mala embajada!»), precedía al pequeño grupo por las diversas dependencias, despachando los trámites preliminares: reconocimiento médico, vacunación, pañol de ropa y calzado, distribución por sollados, asignación de taquillas y batayolas, y, finalmente, antes de darlos por incorporados, la ducha en toldilla, cabe el palo mesana, desnudos, dos docenas de marineros rateados o de baja alrededor, coreando con gritos y palmas sus torpes movimientos, en tanto ellos, azorados, se frotaban con jabón sus lasos cuerpos y el cabo Ortigueira (oliváceo, cejijunto, faena ceñida, trasero prominente) insistía en sus retahílas vejatorias:

—¡Venga, los huevos! ¿No me oísteis, marineros? ¡Enjabonaros los huevos! ¡No queremos ladillas a bordo!

La tropa reía, palmoteaba, apretaba el corro, mientras ellos,

sumisos y acobardados, enjabonaban una y otra vez sus sexos, trataban de borrar el vello con la espuma, brincaban grotescos y crudos bajo las hebras de agua helada, envueltos por la música de cornetas y tambores que llegaba de la explanada.

Del otro lado del muelle, a media milla de distancia, albeaba la ciudad (edificios desleídos bajo la lluvia, tejados vencidos, blancos miradores colgantes) apagada y lacia y, ante ella, en la dársena, un bou artillado, escoltado por un bando de gaviotas chillonas, regresaba de su labor de patrulla, en tanto un remolcador mugriento, como colgado de un negro penacho de humo, se esforzaba en despegar del muelle a un pesado carguero. Gervasio, deprimido por la escena de la ducha, contemplaba la ciudad, la actividad del puerto, como un mundo lejano y perdido. La aflicción le ganaba por momentos. Él había creído que el cambio de la condición civil por la castrense equivalía a trocar la libertad por la disciplina, pero la protervia gratuita del cabo Ortigueira le había abierto los ojos. La piña solidaria (fragua de héroes: todos para uno, uno para todos) con la que soñara cada vez que imaginaba el buque-escuela, se esfumó para dar paso a una idea espesa de hacinamiento y hostilidad. Un millar de hombres cohabitando en una cáscara de nuez anulaba de entrada cualquier aspiración de intimidad, impedía el aislamiento (colas en los beques, en las duchas, en las cocinas, en la enfermería; grupos tumultuosos en el combés, en la cubierta, en la toldilla, por todas partes). Gervasio enumeraba agobiado ante sus amigos el inesperado repertorio de incomodidades, mas Peter, con su liberal capacidad de adaptación, sonreía con sus achinados ojos divertidos:

—No te preocupes; tampoco nos dejarán demasiado tiempo para pensarlo.

En efecto, Gervasio y Peter pasaron la tarde remando en el muelle, mientras Dámaso, en otro grupo, aprendía a hacer nudos marineros con una piola en la toldilla. El bote admitía siete remeros por banda y, al comenzar la brega, el cabo Jorquera, de pie en la bancada de proa, ordenó «¡Arma, avante!» y, una vez separados del costado del buque, levantó un remo en el aire, con la misma ligereza que si fuese un bastón, y ejecutó una serie de movimientos didácticos:

—¡Atención, marineros! Esto es bogar… Esto ciar… Esto repalear… Esto arbolar…

Gervasio observaba atentamente la menuda figurilla del cabo, absorto en su primera lección práctica, lejos de la promiscuidad del buque-escuela, insensible a la lluvia (copiosa y aguda como puntas de alfileres) que enturbiaba la línea de edificios de la ciudad, el agua oleosa de la bahía cada vez más densa. No tenía ojos más que para la achaparrada figura del cabo que, erguido en la bancada de proa, se esforzaba ahora en sincronizar sus movimientos:

—Un, dos... Un, dos... Un, dos...

La quilla dividía la masa de agua y el bote se deslizaba sobre la superficie aceitosa hacia la dársena. Atrás quedaba el buque-escuela, la arboladura colgada, como un encaje, entre la bruma, en tanto los remeros bogaban, ciaban, arbolaban aplicadamente bajo la mirada conminatoria del cabo. De pronto, éste adelantó la cabeza y entrecerró los ojos:

—¡El segundo proel de estribor repalea mal! —dijo.

Gervasio sonrió para sí, condescendiente. Dispuesto a reconciliarse con la Armada, había concluido que aquel ejercicio (salvo arbolar el remo, un movimiento casi superior a sus fuerzas físicas) era útil, armonioso, higiénico e intelectualmente asequible. Íntimamente satisfecho de sí mismo, se preguntaba quién sería aquel papanatas que, tras las meridianas instrucciones del cabo, aún no había aprendido la lección:

—¡Al segundo proel de estribor lo voy a tirar al agua! —insistió aquél con voz amenazadora.

Gervasio guiñó un ojo a Peter y quiso cambiar con él una mirada cómplice, pero sus ojos le esquivaron y en sus labios se dibujó una mueca de contrariedad. Simultáneamente escuchó unos cuchicheos a sus espaldas, pero antes de darse cabal cuenta de que el segundo proel de estribor *era él*, el cabo Jorquera ya estaba a su lado, airado, la faena empapada, los nervudos brazos en jarras:

—¿Es que quieres ir al cuadro, marinero?

Había en los ojos de Gervasio tal expresión de inocencia cuando los levantó hacia él, que el cabo Jorquera, sin añadir palabra, se sentó en el centro de la bancada, asió el remo y repaleó en el aire media docena de veces, mientras explicaba:

—La pala del remo debe volverse hacia dentro, no hacia fuera. ¿Has comprendido, marinero?

Gervasio asintió con la cabeza. El cabo Jorquera, al incorporarse, se le quedó mirando con sorna piadosa y antes de regresar a proa le advirtió:

—En la Armada es preferible que digas «sí, mi cabo» o «no, mi cabo», como mandan las ordenanzas.

Regresaban bajo la lluvia insidiosa:

—Un, dos... Un, dos... Un, dos...

Gervasio, encogido en su desencanto, se esforzaba en sincronizar los golpes de muñeca y las flexiones del tronco a la cadencia indicada. Lejos se divisaban unos bultos buidos, atracados al muelle, y, tras ellos, la lengua difuminada de la costa verde adentrándose en el mar. El buque-escuela se aproximaba a ojos vistas y el cabo Jorquera, vuelto de espaldas, el bichero entre las manos, calculó el impulso hasta el portalón y ordenó:

—¡Alza y dentro!

Minutos más tarde, los tres muchachos, mudados de ropa, aprovechando la pausa de la lluvia, contemplaban la brigada franca formada a estribor ante el oficial de guardia (pecho abombado, mirada altiva, mentón recogido, gola dorada al cuello) que revistaba la formación. Al concluir, dio media vuelta, hizo una leve venia ante don Manuel Borau, comandante de marinería, y éste ordenó romper filas. Como un río en ejarbe que rompe sus diques, bulliciosos grupos de marineros se desbordaron por la explanada adoquinada, rodearon los diques secos y fueron saliendo a la ciudad por las amplias puertas de la verja.

Dámaso Valentín, concentrado en la cuerda que tenía entre las manos, sometió a la consideración de sus amigos una intrincada lazada:

—A ver quién sabe qué nudo es éste. —Sonreía maliciosamente, la lengua en la mella del diente, pero antes de que Gervasio y Peter reaccionasen, se respondió a sí mismo, al tiempo que trazaba otro nudo en el extremo opuesto de la piola—: As de guía. ¿Y este otro?

Se burlaba del aturullamiento de sus amigos.

—¿Es que no tenéis ojos en la cara, marineros? El barrilete. ¿Qué otro podía ser?

Tornaba la lluvia, mansa y menuda, y Gervasio y sus amigos buscaron refugio en el sollado, al pie de las taquillas. Peter y Gervasio observaban sin interés las incesantes manipulaciones de Dámaso con la piola. A una noche de vigilia, en el tren, había sucedido un día turbio, deprimente, en el buque-escuela, pero Gervasio callaba, reacio a manifestar un desengaño prematuro. Mas su postración se acentuó al acostarse, al desaferrar el coy y comprobar que le habían sustraído las bolinas. Extendió la colchoneta sobre el linóleo, junto a la batayola, colocó botas, abisinio y rebenque por cabezal; se arrebujó en la manta, cerró los ojos e intentó dormir, pero su decepción, el áspero contacto del embozo, la nudosa superficie del jergón, el balanceo de los coys sobre su cabeza, reduciendo el espacio vital, terminaron por desvelarlo. Peter y Dámaso, a su izquierda, habían reído al colgar sus hamacas en los ganchos, lo que motivó la intervención del cuartelero, pero ahora dormían apaciblemente, los coys oscilando en la penumbra. El silencio, la fatiga, los espaciados ronquidos, parecían invitar al sueño, pero Gervasio, sobrexcitado, abrió los ojos en busca de sosiego. Contó los durmientes que le sobrevolaban, luego las portillas de la banda de babor, las mesas y bancos sujetos al techo por barras de hierro, dio varias vueltas sobre sí mismo, encogió las piernas, las volvió a estirar; todo en vano. De pronto, la divisó. Avanzaba por el lateral de una mesa, inquieta, acechante, frunciendo el hociquito, y al alcanzar el extremo, giró y recorrió el tablón en

sentido inverso, se columpió en las bolinas del coy más próximo, y se descolgó después sobre los petates aferrados de la batayola. Al poco rato reapareció. Levantaba el hocico vibrátil como si olisquease algo, los ojos como abalorios fijos en él, contoneándose, indiferente a la vecindad humana. Fuera de sí, Gervasio se incorporó, cogió una bota de bajo el cabezal y se la arrojó con violencia. El cuartelero, machete en mano, acudió a su lado:

—¿Sucede algo, marinero?

Gervasio se pasó la mano por los labios:

—Nada —dijo— . Una rata grande como un perro; venía hacia mí.

Rió quedamente el cuartelero; dijo con acento burlón:

—Si te asustan las ratas, marinero, más te vale pedir la baja.

Y se alejó de nuevo, canturreando, golpeándose acompasadamente con el machete envainado la palma de su mano izquierda.

XV

Una vez que Gervasio terminó de vestirse la gala y candó la taquilla, Dámaso Valentín, que forcejeaba para sujetar los holgados pantalones a su escurrida cintura, levantó la cabeza y, al verlo, experimentó un repentino ataque de risa. Reía y reía señalando con el dedo índice a su compañero (el peto colgando, sin atar aún a la espalda, el pantalón a media pierna), flexionando la cintura, en un arrebato de hilaridad que reblandecía hasta las lágrimas sus ojos vivaces e iba acentuándose en sucesivos accesos mientras se palmeaba el muslo derecho y repetía a trompicones, como para justificar sus risotadas: «Pareces un mocito vestido de Primera Comunión». Poco después, tan pronto Damasito consiguió sujetar el peto y los pantalones, hacerse el lazo del tafetán negro y colocarse cómicamente el lepanto en el cogote, con el tejuelo de letras doradas sobre la oreja, cambiaron las tornas: era Gervasio quien reía a carcajadas contemplando a su amigo, en tanto se abanicaba ostentosamente con el gorro como para evitar un colapso. Acto seguido, ambos intercambiaban sus carcajadas ante la circunspecta mirada de Peter, quien, incapaz de compartir los fútiles motivos de su buen humor, les apremiaba para no retrasarse en la formación.

El ambiente de farsa continuaba, no obstante, media hora más tarde, en la calle Real atestada de marineros, grupos de muchachas cogidas del brazo y maduros matrimonios con niños de corta edad. Gervasio y Dámaso, destocados, los lepantos bajo el brazo, reían al menor gesto del otro, traveseaban entre los paseantes, utilizaban a Peter como pantalla, empujándole, tranqueándole, y, ante sus cada vez más airadas reconvenciones, las risotadas se acrecentaban, de tal manera que cuando el coronel de Intervención, don Arsenio de la Cruz Maello (quien, en punto a eficacia militar, anteponía la disciplina al número de divisiones y al armamento), se cruzó con ellos y observó sus zapatetas y cabriolas, la frívola indignidad con que portaban el uniforme, los llamó al orden, con duras palabras, afeándoles su indisciplina. Las voces del coronel, la marcial actitud de Peter (rígido, petrificado, la mano derecha en la sien), asumiendo el rapapolvo, en contraste con la dejadez de sus compañeros (el peso del cuerpo descansando sobre el pie izquierdo, los lepantos en la axila, una expresión relajada, puramente civil, en el semblante), congregaron a los viandantes, ávidos de espectáculos gratuitos, con lo que don

Arsenio de la Cruz Maello, crecido ante la expectación, dispuesto siempre al apostolado castrense, ordenó cuadrarse a los insubordinados y, al tiempo que les recordaba el deber de vestir con decoro el uniforme militar y de saludar a los superiores, hizo hincapié en un extremo que estaba por encima de las formas y produjo gran efecto en la concurrencia, a saber, «que la grandeza de la Patria se forjaba, antes que a tiros en el campo de batalla, acatando la norma y sometiéndose a la ordenanza en la retaguardia». Los tres muchachos lo escuchaban ahora sin pestañear, firmes, tensos, las puntas de los dedos rozando la ceja derecha, de modo que cuando el coronel de Intervención concluyó su invectiva y les preguntó por el tiempo que llevaban en la Armada, y Peter respondió, sin mover apenas los labios, que solamente un día, mi coronel, se advirtió un movimiento de piedad en el auditorio que hizo pensar que la amonestación no iría más lejos, pero para don Arsenio de la Cruz Maello el acto de insubordinación era excesivamente desmoralizador (en particular considerando que la dotación del buque-escuela se renovaba cada día) como para dejarlo impune, por lo que, sopesando los dos factores, la gravedad del desacato, por un lado, y la compasiva actitud de la audiencia, por otro, optó por una solución salomónica: dar por concluida la escena callejera, aliviar de responsabilidad personal a los tres quintos y proseguir su campaña contra el deservicio a más altos niveles. En una palabra, el coronel de Intervención Militar, don Arsenio de la Cruz Maello, dio parte al general de Intervención Militar, don Herminio Souto; el general de Intervención Militar, don Herminio Souto, transmitió a su vez la denuncia a la Comandancia de Marina y la Comandancia de Marina, en uso de sus atribuciones, cursó a don Ildefonso Barbosa Belisario, capitán de fragata, comandante en jefe del buque-escuela, la siguiente instrucción:

> Habiendo observado esta Comandancia que los marineros adscritos a la dotación de ese buque-escuela bajo su mando no se atienen, durante las horas de paseo, a las normas de decoro y compostura que deben exigírseles dado el glorioso uniforme que visten y que, al propio tiempo, por distracción, desconocimiento o desacato, omiten con frecuencia la obligación de saludar a sus superiores, o la cumplen sin la marcialidad requerida, esta Comandancia de Marina tiene a bien recordar a V. S.:
>
> PRIMERO: Que, en lo sucesivo, ningún marinero de ese buque-escuela deberá salir franco de servicio hasta transcurrida una semana a partir de su ingreso a bordo, dedicando, a lo largo de este tiempo, las sesiones que se consideren oportunas a la instrucción y formación del espíritu castrense de los voluntarios recién incorporados, y
>
> SEGUNDO: Que la tradicional revista de los marineros francos de servicio que se lleva a cabo en ese buqueescuela, como en todos los de la Armada, por parte del oficial de guardia con objeto de comprobar la propiedad del atuendo y el aseo personal, deberá completarse en lo sucesivo con otra

inspección escrupulosa donde se verifique el nivel de marcialidad alcanzado por esa marinería, a fin de evitar los bochornosos episodios a que más arriba se alude y que motivan el presente comunicado. El Ferrol del Caudillo, a 22 de enero de 1938. Tercer año triunfal.

El capitán de fragata don Ildefonso Barbosa Belisario, comandante en jefe del buque-escuela, dio traslado a sus oficiales de esta exhortación; los oficiales, por su parte, informaron de su contenido a sus subalternos, los subalternos a la marinería y, finalmente, para mayor difusión, una copia de la mentada instrucción fue fijada con cuatro chinchetas en el cuadro y divulgada por los altavoces para que nadie a bordo pudiera alegar desconocimiento. Seis días más tarde, cuando el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, vestido de gala, pechisacado, muy poseído de sí, pisaba resueltamente el combés, esmerándose en adoptar un paso gallardo ante la atenta mirada del oficial de guardia, alférez de navío don Agustín Tárrega, y del instructor de marinería, don Manuel Borau, en el momento de llevarse la mano a la sien derecha, como era lo preceptivo, y volver su cabeza altiva hacia el tribunal juzgador, restalló como un latigazo la colérica desaprobación del instructor:

—¡Ese cuello! ¡Fuera!

Dos días después, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, convicto de su desgaire, oportunamente asesorado por su amigo Pedro María de Vega, procuró enmendar sus imperfecciones, imprimir trapío a sus andares y elasticidad a su cuello y, con esta pretensión, inició el paseíllo ante el oficial de guardia, teniente de navío don Gaspar Hungría, y el susodicho instructor de marinería, don Manuel Borau, pero antes de llegar a la altura de éste, una voz destemplada («¡Ese cuello! ¡Fuera!»), que pareció brotar de las mismísimas entrañas de la tierra, le confirmó en su confinamiento. Perseverante hasta la obstinación, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra aún realizó otro par de tentativas para salvar aquel escollo inesperado, pero las rabotadas del instructor de marinería, don Manuel Borau, su desaprobación tonante y desabrida («¡Ese cuello! ¡Fuera!») en el instante de llevarse la mano a la sien derecha, no sólo le movieron a desistir, sino que le infundieron el demoledor complejo de que aún no había aprendido a andar. De nada sirvieron la solicitud de Pedro María de Vega, ni sus palabras confortadoras. La decisión de Gervasio García de la Lastra, aparte de firme, reunía todos los requisitos para pasar por razonable: el hecho de hacer consciente el acto de andar eliminaba en él toda naturalidad, por lo que estimaba pertinente esperar a que la exhortación de la Comandancia de Marina perdiera vigencia y tornase la antigua lenidad para satisfacer su deseo de saltar a tierra. La cosa estaba clara: Dios, que le había signado para protagonizar grandes hazañas, le había negado el garbo necesario para

vestirlas. Así, un día tras otro, se vio condenado a permanecer a bordo, rumiando su ineptitud mientras sus amigos salían francos.

Un nuevo factor vino a intensificar su complejo de inferioridad en aquellas circunstancias: la huella indeleble dejada por su amigo Tato Delgado (desembarcado en el *Baleares* una semana antes de llegar ellos) en el buqueescuela, las referencias admirativas a su persona. El cabo Rego, jefe de rancho, al conocer su amistad, había juntado sus espesas cejas, más blancas que negras, para decir:

—¿Paisanos de Tato? ¡Buen rapaz! El día que desembarcó debimos poner la bandera a media asta en señal de duelo.

El cabo Rego no ocultaba que en su dilatada carrera militar ningún otro aspirante le había producido semejante deslumbramiento. Y, como a él, a los demás. Había una rara unanimidad al juzgarlo: «Como Tato, ninguno». Campeón de remo, natación, waterpolo, jarcias, señales, tiro, gimnasia, a los cabos Ortigueira, Luque y Mariño, se les hacía la boca agua al mencionar su nombre. En torno a su persona giraban con frecuencia las conversaciones del rancho y, al recordarlo, las pobladas cejas grises del cabo Rego se fruncían conmovidas: «Había que verle desfilar: apuesto, concentrado, marcial, tal y como mandan las ordenanzas. Tato no era un soldado, era un artista». Al alopécico Paco Quesada, que comía con el abisinio puesto para ocultar las calvas, le divertía la devoción del cabo hacia Tato y gozaba metiéndole los dedos en la boca: «¿Recuerda, cabo, cómo cantaba *La Revoltosa*?». El cabo Rego cabeceaba añorante: «Hasta cantar lo hacía bien. Si hubiera figurado el canto entre las disciplinas de a bordo también hubiera sido el primero». Entre la dotación se comentaba la anécdota de don Manuel Borau, instructor de marinería (el implacable perseguidor de Gervasio), de ordinario frío y desdeñoso, tras el gran desfile del día de la Raza. La actuación de Tato como cabo de gastadores había sido tan memorable que, al concluir, don Manuel no pudo menos de abrazarle ante la tropa formada y, en pleno deliquio admirativo, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡*Xente castelá, tropa de moito carallo!*

La alta consideración que Tato merecía a bordo subrayaba la incompetencia de Gervasio, sujeto constantemente a comparaciones capciosas: «Ni aunque me lo jures me creo yo que seas paisano de Tato Delgado». El mero hecho de que don Manuel Borau, su enemigo jurado y causa de su infortunio, hubiera elevado a Tato a la categoría de cabo de gastadores, le hacía sentirse aún más abatido. «Unos tanto y otros tan poco», se decía en sus horas bajas. Abrumado por tal cúmulo de perfecciones, Gervasio solía parapetarse tras el nombre de Eduardo Custodio, paisano suyo también. El cabo Rego fruncía las cejas pelicanas y convenía: «Bueno, Rostro Pálido era otra cosa». Paco Quesada, el alopécico, terciaba: «Rostro Pálido no veía tres en un

burro. Sin la ayuda de Tato, nunca hubiera pasado el reconocimiento». La ineptitud física de Eduardo mitigaba momentáneamente la depresión de Gervasio, pero el hecho de que hubiese sido Tato quien la subsanase aumentaba su abatimiento. No era caritativo colocar el listón tan alto. Por otra parte, la reconocida bizarría de Tato no avalaba su rendimiento guerrero. Un patizambo podía llegar a ser héroe antes que él; de hecho, los santos y los héroes procedían a menudo del humano desecho, de las capas más humildes, inclusive de la escoria social. Gervasio, tendido bajo el tímido sol invernal, o vagando por los sollados, reflexionaba sobre estos extremos. Su preterición le había aproximado a Antero Arias, también preterido. Cargado de espaldas, el pecho aquillado, asincrónico, Antero Arias, madrileño de Galapagar, no ocultaba su resentimiento: «No te jode. Ahora resulta que para ser marinero hay que ser un Robert Taylor». Había desistido también de vestirse la gala y probar fortuna, porque el «¡fuera!» con el que don Manuel Borau lo descalificaba era todavía más agrio que el que empleaba con Gervasio. Hiperestésico y supersticioso, Antero no reconocía sus deficiencias físicas sino que achacaba su postergación a la malquerencia del instructor de marinería: «Lo dicho, si no eres un figurín no sirves para defender a España». Se unía a Gervasio, malmetiéndole, y Gervasio, sin otro asidero a mano, le seguía la corriente. La difícil complexión de Antero Arias, su torva inquina, le confortaba, de la misma manera que la mediocridad de Eduardo Custodio le compensaba de la glorificación de Tato Delgado. Por otra parte, Antero Arias, aficionado al ocultismo, le iniciaba en sus misterios, le entretenía las largas horas ociosas que pasaba a bordo. Una tarde, ante su estupor, valiéndose de su energía mental consiguió levantar una mesa machi-hembrada al suelo por las cuatro patas, invocando con palabras soeces al espíritu de la madre de don Manuel Borau. El grueso vocabulario de Antero Arias no era excepción a bordo, sino la norma. La plebeyez y rapiña reinantes en el buque-escuela desazonaron, en principio, a Gervasio, mas, en aquel clima contagioso, no tardó en plegarse a la nueva moral. Si no reemplazó las bolinas que le sustrajeron el primer día, no fue por virtud, sino porque el hecho de velar por ellas representaba una nueva carga. Habituado a dormir a plan, ya no las echaba en falta. En cambio, el rebenque y el abisinio que le desaparecían cada cuatro días no tardaba en sustituirlos. Despojar del gorro a un quinto que paseara descuidado por la cubierta, alargando la mano desde el castillo, y desaparecer acto seguido por la escala de la banda opuesta constituía un divertimiento. Menos dificultades aún entrañaba adueñarse de un rebenque y dejar el coy ajeno fláccido, desarmado en la batayola. Eran simples ejercicios de dedos, que si en las primeras semanas, ante la mirada crítica de Peter, les dejaban a Damasito y a él un poso de mala

conciencia, con el tiempo se convirtieron en una deportiva costumbre sobre cuya ética no valía la pena discutir. Los berrinches de Peter no les calaban, no rebasaban su piel:

—Si hacéis como ellos, terminaréis siendo como ellos.

Dámaso Valentín, la punta de la lengua en la mella del diente, se encampanaba:

—¡Anda, coño!, ¿y puede saberse en qué somos diferentes?

La reclusión forzosa avivó la afición epistolar de Gervasio. Algunas tardes eludía la compañía de Antero Arias, se sentaba en un rincón del sollado, la carpeta sobre las rodillas, y escribía a mamá Zita, tío Felipe Neri o Manena Abad. Antero Arias lo buscaba por pasillos y sollados y, si le sorprendía escribiendo, se sentaba a su lado en el suelo sin decir palabra y se pasaba las horas en silencio, limpiándose las uñas con un mondadientes. La carta inicial a mamá Zita planteó a Gervasio problemas de encabezamiento. La expresión *mamá Zita*, impuesta por la estólida debilidad de la abuela Obdulia, carecía de sentido a estas alturas. La palabra *mamá*, a secas, recataba una connotación jabonosa, lamida, pueril, impropia de un aguerrido combatiente. Finalmente escribió:

Querida madre:

Hace ya dos semanas que embarcamos en el buqueescuela y aún no tuve tiempo de escribirte. Aquí, como decimos en jerga marinera, pasamos el día planeando. Diana a las seis, de noche todavía; ducha en cubierta, aunque hiele; desayuno (café con leche y un chusco que has de estirar para las cuatro comidas del día); baldeo con bruzas y lampazos, mientras otros abrillantan los dorados o limpian los retretes, los beques como aquí les dicen. A las diez, dos horas y media de instrucción, fusil al hombro, por la explanada del Arsenal (Tato Delgado, que embarcó en el *Baleares*, con Eduardo, hace tres semanas, llegó a ser cabo de gastadores). A la una comemos, de ordinario caldo gallego, lacón con grelos o ropavieja, y dos horas después, vuelta a la faena. Los ejercicios de tarde son más variados y distraídos: gimnasia, remo, señales, nudos, morse, jarcias... Sólo un día sí y otro no, pelamos patatas. A las seis, una de las dos brigadas, babor o estribor, la mitad de la dotación, sale de paseo. La ciudad es pequeña, menos fría que la nuestra pero, en cambio, llueve con frecuencia. La señora Jacoba, la lavandera, nos lava y plancha la ropa por poco dinero. En la próxima os enviaré dos fotografías: una en traje de faena, con el abisinio en la cabeza, y la otra de gala, con la lanilla, como llaman aquí a la marinera. ¿Sabéis que a Dámaso y a mí nos dio la risa al vernos vestidos así el primer día y un oficial tuvo que llamarnos la atención? Dime algo de papá. Pásale ésta y dile que le recuerdo. Besos a las hermanas y a los tíos y para ti un abrazo muy fuerte de

GERVASIO

Instigado por una suerte de pudor filial, iba dominando las artes del

solape y el efugio, aprendiendo a decir las cosas sin decirlas, exponiendo verdades incompletas. Contaba, por ejemplo, que remaba, pero omitía que no acertaba a repalear; reconocía que, cada tarde, una brigada saltaba a tierra, pero callaba que cuando le correspondía a la suya él se quedaba a bordo por falta de apostura; confesaba, en fin, que subía a los palos, pero ocultaba que hacía lo posible por ratearse y no pasar de la cofa porque el vértigo le dominaba.

No obstante, la primera vez que subió al juanete (con Peter detrás, al quite, velando la retaguardia) lo hizo sin vacilación alguna. Flechastes y obenques, aunque lastimaban sus delicados pies de niño urbano, no le intimidaron. Fue la escala inclinada de la gavia (de espaldas a la cubierta, primer obstáculo serio del trayecto), lo que le indujo a rogar a Peter que le respaldase. Su amigo le repetía: «Arriba, arriba, los ojos en la punta del mástil, no mires abajo», mas Gervasio experimentaba la atracción del abismo y no podía evitar mirar la cubierta de soslayo. En la cruz del juanete vaciló. Las aguas chapaleaban en el costado y el buque, desde lo alto, semejaba un minúsculo chinchorro. Lo preceptivo era desplegarse a lo largo del palo, los pies desnudos sobre el marchapié, las manos aferradas a la delgada barra fija que corría por encima del mástil, pero él no se atrevió. El marchapié, afianzado en los extremos del palo, enhebrado en unos ojetes escalonados, se tensaba o destensaba de acuerdo con la gravidez del vecino, por lo que Gervasio, medroso de salir proyectado como flecha de arco, se asió crispadamente a la barra, los nudillos blancos, tensas las mandíbulas, las rodillas vacilantes.

Peter, junto a él, le instaba a relajarse, pero allí, a cincuenta metros de altura, con el casco del barco abajo, como un pez diminuto, se le iba la cabeza. Una vez abiertos por la arboladura, don Manuel Borau, siempre avizor, revisó la formación e hizo sonar el silbato. Ante la orden, sus compañeros soltaron la mano derecha y saludaron militarmente, pero a él le faltó valor y, aunque inició el movimiento, al notar que el marchapié cedía, volvió a asirse a la barra con las dos manos. Pese a la distancia, la mirada de águila del instructor reparó en él y, entonces, se sacó el silbato de la boca y voceó ásperamente:

—¡El saludo a la voz obliga a todos! ¿Me oye el cuarto marinero del juanete, a estribor? ¿O es que quiere ir al cuadro?

Su tono era aún más perforador que el del silbato. Don Manuel Borau quedó a la espera (ancho, corpulento, las manos a la espalda, el pito niquelado en la comisura de la boca, la acerada mirada en el palo) y Gervasio titubeó, pero la imagen de aquel hombre cuyos ojos no se apartaban de él, conminándole, pudo más que su temor. Afirmó la mano izquierda sobre la barra fija y fue levantando gradualmente la derecha hasta rozar la sien. Lívido, prietos los párpados, las mandíbulas convulsas, repitió tres veces el ademán hasta que don

Manuel Borau se dio por satisfecho. «¡Dentro y abajo!», gritó, y mediante una serie de agudas pitadas ordenó romper la formación.

En lo sucesivo, cada vez que en el cuadro se anunciaba el ejercicio de «saludo a la voz», procuraba ratearse o se las ingeniaba para no pasar de la cofa. A mamá Zita le hablaba sin embargo de subir a los palos como si se tratase de un pasatiempo, y ante Manena Abad se pavoneaba («ves el mundo a tus pies, chiquitito, despreciable, tal como lo vería Moisés desde el monte Sinaí») y, apuntando quizá un rapto de inconfesado erotismo, aludía a la «piel rota por los flechastes y las carnes magulladas por las drizas», pero Manena Abad, poco motivada por estos excesos barrocos, demoró la respuesta, escasamente entusiasta.

Obsesionado por los encabezamientos, había esperado la primera carta de la niña con emoción. ¿Cómo la iniciaría?

¿Querido, estimado, amigo, inolvidable...? Pero Manena Abad, con su acostumbrada pericia, orilló el compromiso: «¡Hola, marinerito! ¿Qué tal por esas regiones...?». Le desagradó el diminutivo, poco adecuado para designar a un guerrero. Obviamente, la muchacha menospreciaba su situación, no lo consideraba en peligro, y, ante su indiferencia, él se sentía defraudado. Había soportado todo con resignación (el hacinamiento, la vecindad de las ratas, el vértigo, el enclaustramiento a bordo) imaginando que allá, en su ciudad, mamá Zita, Manena Abad, tía Cruz, tío Felipe Neri, sus hermanas, la señora Zoa, y hasta el mismo papá Telmo, temblaban por él. La carta de Manena Abad, con su frívolo tratamiento, había venido a limitar sus pretensiones, a sugerir que sus pequeños fracasos iniciales, pese a estar signado desde la infancia, podían poner en entredicho sus dotes de soldado. A tío Felipe Neri se resistía empero a desengañarlo: «Mi vida aquí es un constante repeluzno, tío», le escribía, a sabiendas de que no era cierto, de que su sensibilidad estaba como acorchada, de tal manera que hasta las marchas que acompañaban las dos horas y media de instrucción habían perdido sus virtudes compulsivas. «Me falta concentración —se decía—; no soy capaz de concentrarme.» Y algo había de esto. Con la salve marinera, en el crepúsculo vespertino, otro momento propicio, sí cabía el devaneo imaginativo, pero en este caso, la música ñoña, asordinada y pálida carecía de garra suficiente para exaltarle.

Otra ilusión cortada en flor fue la de la lancha torpedera con la que tanto soñara en el Club. El cabo Rego les desengañó a los pocos días de ingresar: «Las dotaciones de esas lanchas nunca las buscan aquí». Peter inquirió los motivos: «Están al completo. ¿Qué tripulantes crees que lleva una lancha de esas?». La utopía se alejaba; quedaba en utopía. Gervasio se lo hizo saber al tío Felipe Neri: «Lo de la torpedera, al parecer, no es viable, tío. Son pocas y están todas

tripuladas. En el mejor de los casos, tal vez podrían destinarnos a uno, pero nunca a los cinco juntos como pretendíamos». Dámaso Valentín le acosaba: «Pues piensa en otra cosa, coño; tu tío puede colocarnos en cualquier parte. Yo aquí no aguanto más». Renegaba del buque-escuela, «el bergantín del esfuerzo inútil», como le llamaba. «¿Qué clase de escuela es ésta? —se preguntaba—. ¿Podéis decirme qué aprende uno haciendo cola en pelotas, a la intemperie, a las seis de la mañana, calado hasta los huesos, esperando que el cabo decida borrarle de lista?» La interrogante atraía sobre él la atención de los quintos y entonces engolaba la voz y se respondía a sí mismo: «A joderse: a eso aprende uno en el buque-escuela; ése es su fin». Su filosofía se extendía, ganaba prosélitos. Cada vez que abría la boca, los quintos lo miraban como hipnotizados. Damasito proseguía: «¿De qué te sirve aprender a encaramarte en un palo si en los barcos de guerra no hay palos? ¿De qué a manejar un fusil, si los marineros no utilizan fusiles?». Con técnica de predicador, hacía un alto, aflojaba la voz y remataba su discurso: «En el buque-escuela te enseñan a pasarlas putas para que nada de lo que te ocurra luego en la vida pueda parecerte grave; ¡ésa es la escuela!». Peter, oficioso, disciplinado, le reprendía:

—Estás desmoralizando a la tropa y con una tropa desmoralizada nunca se ganó una guerra.

De ordinario charlaban en el sollado, guarecidos del orvallo, y cuando asomaba el sol en cubierta, en el cachete, dando cara a la ciudad refulgente, del otro lado de la bahía. Insensiblemente su vocabulario se endurecía y Dámaso había empezado a fumar.

Una tarde le asaltó a Peter una idea y se preguntó que, puesto que el desembarco en la lancha torpedera era inviable, ¿por qué no enrolarse en el crucero *Baleares*, el buque insignia, donde Tato y Eduardo ya estaban destinados? En un barco cuya dotación excedía de mil individuos, la incorporación de tres nuevos marineros no comportaría problemas. Y, esto aparte, ¿eran capaces de imaginar la alegría de Tato y Eduardo el día que los vieran aparecer portalón arriba con los sacos blancos al hombro? La exultación de Peter resultó contagiosa. Con el mismo entusiasmo con que se barajó en el Club la idea de la torpedera se especuló ahora con la del crucero *Baleares*. Peter les describía la nave (desplazamiento, eslora, velocidad, torres, dirección de tiro, etc.) avivando sus deseos, confirmando su determinación. En el fondo, esto era lo que siempre habían deseado. Hasta Gervasio barruntaba ahora en el *Baleares* la posibilidad de la acción individual heroica. El seco palmetazo de Dámaso Valentín en su espalda le forzó aún más:

—¡Venga, coño, escribe a tu tío!

Y esa misma noche, Gervasio, con un leve hervor en el colodrillo,

escribió a tío Felipe Neri una carta enardecida, donde le encarecía que interpusiera sus buenos oficios hasta conseguir embarcarles en el buque-insignia, con sus amigos Tato y Eduardo.

La tarde del 28 de febrero de 1938, el instructor de marinería, don Manuel Borau, prescindió inesperadamente de la revista de marcialidad preceptuada por la Comandancia en el mes de enero y, por primera vez en cinco semanas, los francos de babor salieron a tierra sin otro requisito que la revista de aseo. No obstante, los días 1, 2 y 3 de marzo, don Manuel Borau volvió a pasar aquélla, y el 4 y el 5 tornó a omitirla, sin aparentes razones que justificasen tales mudanzas, por lo que el día 6, que vacaba su brigada, Gervasio, precavido, se enfundó la lanilla y aguardó acontecimientos (si don Manuel Borau, tras la revista de aseo, se desplazaba a la pasarela para pasar la de marcialidad, regresaría al sollado, y, como de costumbre, se quedaría a bordo; en caso contrario, podría saltar a tierra con su brigada por segunda vez desde su ingreso en el buque-escuela). Gervasio temía que don Manuel Borau pudiese reconocerle, pero no ocurrió así; con paso mecánico y firme, el rostro congestionado, fría la mirada gris, el instructor inspeccionó la brigada sin reparar en él, y acto seguido, tras el imperceptible ademán de asentimiento de don Gaspar Hungría, ordenó romper filas y Gervasio, sin apenas darse cuenta, se vio libre (recorriendo a grandes trancos el adoquinado del muelle, rodeando los diques secos, el Arsenal, franqueando, al fin, la gran verja ante los ojos indiferentes del centinela) como un niño en vacaciones. Peter y Dámaso rivalizaban en orientarle, en servirle de cicerone. Sacaron localidades para un cine y dejaron la película a medio ver. Recorrieron la mayor parte de la ciudad, y al caer la tarde pasaron por casa de la señora Jacoba, la lavandera, en el barrio alto, quien, después de cambiarles los saquillos, se quedó mirando a Gervasio maternalmente, los poderosos brazos desnudos, de gruesas muñecas rojizas, cruzados sobre el pecho: «¿De modo que éste es el que faltaba? Es muy majo el cativo». De regreso a la calle accedieron por un angostillo a la plaza de Deschamps. El fino olfato de Peter captó en el ambiente un cambio inefable: «¡Qué sé yo! —explicaba—. Como más gente en la calle, más encogida, una cosa rara. Como si todos tuvieran un enfermo en casa. ¿Es que no lo veis?». Rió Damasito, pero Gervasio reparó en los ojos de los transeúntes, en una expresión de connivencia, de desvalimiento que antes no tenían; una especie de necesidad de sentirse arropados. En las aceras, pequeños grupos charlaban a media voz, subrayando las palabras con una gesticulación desproporcionada. Tres muchachas, desde el mirador de un segundo piso, aplaudieron al paso de media docena de marineros borrachos. Un mozo de blusón gris echaba la trampa de una ferretería. Algunos rostros expresaban una gravedad mineral, como la de los

acompañantes de los antiguos entierros de Santa Brígida. Peter miró en torno: «Algo ha ocurrido», repitió. Tomó a Gervasio por un brazo y entraron en un café. El ambiente enrarecido de la calle se espesaba allí, en el vacío patético de las mesas, los camareros desocupados, las blancas servilletas al hombro, un oficial de máquinas bebiendo solo, en silencio, en una esquina de la barra. El camarero, escurrido, de cejas caídas, se dirigió a ellos, mientras el oficial de máquinas se volvía hacia los otros cinco y decía brumosamente: «De no ser por los ingleses no hubiera habido supervivientes». El camarero los miraba sin apremios, las cejas vencidas, la expresión doliente. Dijo Peter:

—¿Es que ha sucedido algo?

El camarero intentó enarcar sus cejas en vano:

—¿Es que no lo saben? Los rojos hundieron anoche el *Baleares* a la altura de Cartagena. Acaba de darlo Radio Nacional.

—¡Dios! —exclamó Gervasio, y miró los rostros demudados, sin voz, de sus compañeros.

En la calle se improvisaban tertulias ante los portales. Se cruzaron con una viejecita vacilante, bisbiseando, hablando sola. Los aplausos desde los balcones, sin perder timidez, menudeaban más que antes, estallaban cada vez que un reducido grupo de marineros o soldados pasaba por la calle. Dos niños de corta edad se perseguían entre la gente, chillando, ajenos al desastre. Pasó a su lado un capitán de navío, tan ensimismado que no advirtió sus saludos. Tras él, dos muchachas, casi niñas, gimoteando, apuñando sendos pañuelos. Tamizadas por los visillos de un mirador, dos siluetas de hombre y mujer escuchaban el monótono bordoneo de un receptor de radio. Los ojos de los viandantes parecían traslucir estupor antes que pesar, algo así como un rechazo de lo irremediable. Les adelantó, tocando el claxon, un automóvil que conducía a un vicealmirante. Gervasio se sorprendió a sí mismo al oírse decir:

—Tato no puede haber muerto. Nadaba mejor que Johnny Weissmüller.

Dámaso le miró. Liaba sobre la marcha un cigarrillo. Dijo lacónicamente, como si condensara en dos palabras una larga y ardua reflexión:

—Menuda cabronada.

Un chiquillo que corría en dirección contraria le empujó derramando el tabaco. Juró contrariado. Estaba intensamente pálido, los finos labios atirantados, sin brillo. De la esquina llegaban las notas de un acordeón, una sucesión de marchas militares apagadas. La gente se arremolinaba alrededor de un ciego harapiento sentado en el suelo, la sucia boina llena de monedas. Se detuvieron. Una mujer de negro lloraba a su lado, otros le arrojaban monedas, mientras el vagabundo arrancaba gemidos quejumbrosos del acordeón y entonaba, ahora, el

himno del crucero hundido. Gervasio percibió un conato de erizamiento capilar bajo el lepanto, pero el ostento no se produjo. La musiquita y la voz desafinada del ciego eran más funerales que aguerridas. Reanudaron la marcha sin objetivo. En la plaza, ante el edificio de la Comandancia de Marina, se congregaban unos centenares de personas, paisanos atónitos, marineros ebrios, mujeres llorosas profiriendo lamentos ininteligibles. Una voz rota demandó entrada e información. Peter dijo como para sí sentenciosamente: «Para la guerra esto es un tropiezo; para Galicia, una catástrofe». Una niña con un lazo en la cabeza y un abriguito azul, muy corto, llamaba a voces a su madre. La multitud se inquietaba, reclamaba nombres, detalles de la tragedia. Dámaso se volvió hacia Peter: «¿Por qué no nos marchamos?», preguntó. Grupos de marineros caminaban apesadumbrados hacia la verja del Arsenal. Peter tomó por un brazo a Dámaso Valentín:

—Vámonos —dijo.

Tenía los rasgados ojos turbios, dos rosetones en lo alto de los pómulos. Gervasio le puso una mano blanda en el hombro. Se encontraba como perdido, necesitado de consolar y ser consolado. Pero, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por quién?

—Vamos —dijo.

Los adoquines repiqueteaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las tulipas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde a diario hacían instrucción. «Parece mentira», musitó Gervasio. Un marinero, con el lepanto en la mano, vomitaba a la sombra de la nave de talleres mientras su compañero le sujetaba la frente. En lo alto de la pasarela, un muchachito de faena, casi un niño, lloraba apartado, en silencio, esperando a alguien. Corrillos de marineros cuchicheaban en cubierta. En los sollados las mesas permanecían armadas pero nadie se sentaba a ellas y los francos, recién llegados de tierra, formaban grupos con los que habían quedado a bordo, comentando la noticia. Se hacía difícil el tránsito por los pasillos pero, una vez alcanzado el rancho, presidiendo la mesa vacía, descubrieron la noble cabeza entrecana del cabo Rego (la mano derecha en la frente) ante una botella, como si cavilara sobre algún complejo problema. Levantó los ojos al oírlos y miró a los tres, uno por uno, con sus pesadas pupilas adormiladas:

—Ya os habrán informado, ¿verdad? —dijo con voz arrasada, extrañamente torpe—. Los aguardaron de noche, emboscados, sin presentar batalla. ¡Ocho contra uno y a traición! Cara a cara nunca hubieran podido hundirlo.

Cogió la botella por el cuello, pero Peter, en un gesto de madurez responsable, la rescató de su mano sin violencia y el cabo no protestó, se limitó a mirarlo con sus ojos acuosos antes de dejar caer la cabeza

sobre su antebrazo y quedarse dormido.

XVI

La marinería se agolpaba en silencio ante el cuadro, pero tan pronto el cabo Ortigueira (ojos gachos, orejas despegadas, boca fruncida) apareció con la relación en la mano, y la fijó en él, el corro entró en ebullición, los marineros se atropellaron ante el cristal, juraban, empinándose, dispuestos a dilucidar de una vez la suerte de sus familiares y amigos, tras una espera de treinta y seis horas. Luego, durante unos segundos, hasta que los marineros más próximos pudieron leer los primeros nombres, el buqueescuela quedó en suspenso. El último día habían circulado los más sombríos rumores (todos habían sucumbido, no había supervivientes; el *Canarias* también había sido hundido; la flota roja, envalentonada, preparaba un desembarco en Mallorca) y ahora, aunque tarde, la información oficial venía a delimitar la tragedia: el barco naufragado en la madrugada del 6 de marzo era el *Baleares* y el número de marineros recogido por los destructores ingleses *Boreas* y *Kempenfelt* 317 (de los 1.200 que componían la dotación), es decir, los muertos y desaparecidos alcanzaban la cifra de 900, un setenta y cinco por ciento de la tripulación. De la cubierta a la quilla, el buque-escuela se estremeció. En él había padres, hijos, hermanos, amigos de los marineros del crucero hundido, y las posibilidades de encontrarlos con vida, establecidas ya estadísticamente, eran de una entre cuatro. De ahí que la dotación, constreñida entre la borda y la obra muerta, se arremolinase impaciente ante las listas de supervivientes mecanografiadas por orden alfabético, que el cabo Ortigueira acababa de exponer en el cuadro. Los muchachos volvían a empujarse, codeaban, apechugaban, voceaban, maldecían, y, de cuando en cuando, alguno, desengañado ya tras el inútil examen de la lista, se abría paso entre el tumulto y desaparecía sollozando por la primera escotilla o se acodaba en la borda, en el cachete, la cabeza entre las manos, mirando la ciudad con ojos hueros, consternado, en tanto otros, los menos, brincaban atolondrados en las primeras filas, riendo y llorando, pronunciando una y otra vez el nombre amado, haciendo partícipes, a voces, de la grata nueva a los que aún no alcanzaban a ver la relación: el presunto muerto estaba vivo.

Recostados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso aguardaban a que decreciese la afluencia de gente, a que los más directamente afectados por la catástrofe se diesen por enterados, y, conforme fue

cediendo el tropel y el grupo comenzó a ralear, iniciaron su lento progreso hacia el cuadro, dos pasos adelante y uno atrás, magnetizados por aquella nómina implacable que, sin admitir apelación, decidía fríamente quiénes, de entre los tripulantes del crucero, habían sucumbido y qué otros habían tenido la fortuna de sobrevivir. Gervasio sentía las rodillas frágiles y el corazón galopante, y en la nuca el hálito intermitente de la respiración de Peter. Y una vez que sus pupilas columbraron los nombres de la lista, deletreó en voz baja, ansiosamente, los incluidos en la letra C: Cabo, Castillo, Coloma, Colomer, Cobo, Coronado... ¡Custodio! ¡Allí estaba! Custodio Maeso (Eduardo). Chilló algo, no sabía bien qué, entre las voces ajenas, alborozado, y a sus espaldas la voz cacareante de Damasito apostilló: «¡Rostro Pálido es inmortal!». Algo le sacudió en la nuca, tal vez el júbilo de Dámaso, tal vez la imagen ensoñada de Eduardo, braceando en la negra noche contra el oleaje mientras el crucero se hundía. Lo cierto es que el incipiente cosquilleo del colodrillo se fue acentuando a medida que recorría los apellidos relacionados en la letra D y el nombre de Fortunato Delgado no aparecía. Releyó la nómina con mayor detenimiento y al oír la voz de Peter tras él («No está. A Tato lo han matado») sus cabellos se dispararon como rindiendo homenaje al amigo muerto, se erizaron bajo el abisinio como las púas de un cardo, presionando con obstinación hasta conseguir despegarlo de su cabeza e izarlo como un harapo. Unas manos piadosas se posaron sobre su cráneo abortando la insólita crispadura y, al dar media vuelta, descubrió a Peter, que aún mantenía sus manos sobre él, en actitud sacramental, como si le estuviera ungiendo, y sus miradas evasivas, veladas por las lágrimas, se cruzaron un instante. De retirada, Damasito en medio, los brazos solidarios sobre sus hombros, repetía como un estribillo:

—Han matado a Tato; menuda cabronada.

La noticia de aquella baja impensable se difundió por el buque-escuela y, pese a tener la mayor parte de la dotación dolores más próximos, se afligieron con ellos y concluyeron que el hecho de que aquel compendio de virtudes marineras hubiese desaparecido era claro exponente de la violencia de la explosión. «Si alguien me hubiera dicho que no había más que un superviviente, yo hubiese respondido sin vacilar: Tato Delgado», comentaba conmovido el cabo Rego. El mismo don Manuel Borau, tan frío y frugal, en el lacónico mensaje con que cerró la misa de campaña en la explanada se refirió a «los que pocos días antes compartían nuestras tareas poniendo muy alto el nombre de este buque-escuela y hoy hacen guardia sobre los luceros», alusión que, a juicio de Peter, iba directamente dirigida a su amigo muerto.

El hecho, antes que aflicción, despertó en Gervasio una rabia

árida, un deseo de revancha ajeno a todo patriotismo. Algunas noches, al acostarse, recordaba a Tato, la cinta roja sobre su rubia cabeza, jugando al waterpolo, evolucionando en el agua como un delfín, y, más tarde, vestido ya con su cazadora a cuadros, entonando a pleno pulmón la romanza de *Katiuska* por el Paseo de las Piscinas. En esos casos se decía: «No tenemos otra alternativa que salir de aquí. Hay que vengar a Tato como sea». Y espoleado por este afán escribió a tío Felipe Neri una carta febril («trémolos heroicos», anotó éste en la libreta de pastas de hule), devoradora como una llamarada: «El *Baleares* ha caído gloriosamente, tío, y con él nuestro amigo Tato Delgado. Nuestro desembarco no admite dilación. No dormiré tranquilo mientras no le sepa vengado». No suplicaba como otras veces sino que exigía su mediación, y en vista de su estiaje creador adoptó como suyas las palabras ebrias del cabo Rego, la noche en que se difundió la noticia: «La escuadra enemiga no presentó batalla. Emboscada en la oscuridad, tendió al *Baleares* una celada. Cara a cara nunca hubiera podido hundirlo». Asesorado por Peter, apuntaba: «El *Canarias* o el *Juan de Austria*, tío, barcos gemelos del *Baleares*, podrían ser nuestro destino». En la amura, sentado en el suelo, el bloc sobre las rodillas, Peter escribía a Eduardo Custodio felicitándole (¿por qué le felicitaba?, ¿por haber salvado la vida?, ¿por su actuación en combate, que ignoraba?, ¿por el heroico fin del crucero?), rogándole rápida respuesta y (si la censura lo autorizaba) pormenores sobre el naufragio, si los cruceros navegaban solos o en conserva, si se registró cañoneo o batalla previa, número de barcos que acechaban y su formación. Sobreponiéndose al dolor, el estratega que subyacía en la personalidad de Peter salía inevitablemente a flote. Los últimos renglones los dedicaba a Tato: «¿Cuál era su destino a bordo?, ¿le alcanzaría la explosión de los torpedos?, ¿o era cierto que voló la santabárbara llevándose por delante la obra muerta del buque?».

A la mañana siguiente, inesperadamente, Peter recibió carta de Tato Delgado. En el remite decía: «Crucero *Baleares*, Palma de Mallorca o donde se encuentre». La mano de Gervasio había temblado al recogerla. Desde sus primeras experiencias con Antero Arias, las noticias sorprendentes, con ciertos ribetes sobrenaturales, le desencadenaban accesos de perlesía. «¿No te impresiona? Es como recibir carta del otro mundo», comentó Damasito. Pero Gervasio pensaba en el remite: «Donde se encuentre». ¿Vislumbraría tal vez Tato que al llegar la carta a su destino podría encontrarse el crucero en el fondo del mar? Damasito pretendió forzar una sonrisa pero únicamente consiguió recoger el fino labio superior sobre la encía, como un conejo, mostrando el diente mellado. En su carta, fechada el 5, víspera del hundimiento, Tato, después de excusarse por el retraso en escribirles, consignaba su repentino embarque en el *Baleares*, su

destino en la torre 1 y el de Eduardo Custodio en el puesto A, de dirección de tiro de superficie. Como si sus pensamientos se hubiesen cruzado, sugería la posibilidad de reunirse un día los cinco en el buque-insignia («tal vez sea una utopía, pero soñemos, y demos alas a la utopía»). Gervasio y Dámaso Valentín, unidas las cabezas, leían la carta al mismo tiempo que Peter, por encima de su hombro:

—Parece un testamento, coño —comentó Damasito, sacando del bolsillo de la faena un paquete de tabaco y vertiendo un poco en la palma de la mano:

—Voló dentro de la torre. Eso lo explica todo.

—¿Qué explica?

—Que muriera. Las trincas le impidieron salir. No tuvo oportunidad de lanzarse al agua.

Gervasio rumiaba horrorizado el emparedamiento de Tato e inconscientemente establecía una conexión entre el remite de su carta y el naufragio del *Baleares*. ¿Qué tortuosos caminos seguiría su mente para intuir que, al alcanzar la carta su destino, el crucero podía «no encontrarse» en Palma de Mallorca? Una pungente desazón le impulsó a consultar a Antero Arias quien, con sus manos inhábiles, daba vueltas y vueltas a la carta de Tato mientras le hablaba con acento sibilino de intuiciones morbosas, estados de adivinación, presagios y premoniciones. Para salir de dudas le invitó a reunirse una tarde («si el hijoputa de Borau no restablece la inquisición») en el reservado del café La Marina y convocar al espíritu de Tato. Damasito rió la ocurrencia pero Peter se irritó: «¿Cuándo vas a mandar a paseo a ese sietemesino?». Mas aunque Gervasio, dócil a su consejo, se apartó de Antero Arias, la muerte de Tato siguió siendo para él un motivo permanente de reflexión. Su amigo, como todos los muertos del *Baleares*, era, de acuerdo con la voz popular, un héroe, pero ¿cabía aceptar al héroe sin voluntad de serlo, forzado por unas trincas? ¿Es que Tato, herméticamente encerrado en una caja de acero, podía haber hecho otra cosa que morir? ¿Qué hizo allí dentro, en realidad? ¿Gritaría, lloraría, rezaría, invocaría, juraría, se desesperaría, arañaría los mamparos, se daría de cabezazos contra ellos o, por el contrario, asumiría serenamente la muerte que se acercaba? ¿No radicaba en ese matiz el heroísmo? Desde sus devaneos solitarios, escuchando el programa «Al paso alegre de la paz», Gervasio había menospreciado la muerte arcana, incógnita y silenciosa, por inútil. El heroísmo encubierto, al perder su carácter aleccionador, no servía para nada, dejaba de ser heroísmo. Captada, en cambio, la acción por una cámara oculta que pudiera demostrar que el muerto no había muerto como una rata, ensuciándose los calzones, sino disparando contra el enemigo hasta el último cartucho, cobraba otro significado. Pero así, sin testigos, sin documentación pertinente, no quedaba más que la

duda, de no ser que el muerto en guerra fuese un héroe por la simple razón de haber muerto. ¿No requeriría el héroe, como el santo, un postulador que demostrase su singularidad en contra de los argumentos del abogado del diablo? A veces recordaba dolorido el irónico comentario de Peter meses atrás, cuando dijo aquello de que él no aspiraba a ser héroe sino exhibicionista. ¿Sería éste, quizá, su inconfesado deseo?

Gervasio guardaba sus elucubraciones para sí; renunciaba a compartirlas. Sabía que para Peter el heroísmo de Tato era incuestionable; un hecho obvio. Peter veneraba a su amigo, admiraba su vida y su muerte; constituía un ejemplo a imitar. Esta convicción llevó a Gervasio a concluir que el único procedimiento de bienquistarse con él, de merecer su aplauso, sería morir en acción de guerra. Todo lo demás eran dilaciones. Desde este punto de vista parecía normal que las crispaduras no le impresionasen (física recreativa o, a lo sumo, puros fenómenos eléctricos, como decía el tío Vidal). Su comportamiento en el reciente repeluzno, imponiéndole compasivamente las manos sobre la cabeza para evitar el risible espectáculo del abisinio volador, había sido elocuente en este sentido.

Una tarde, pelando patatas en cubierta, Dámaso Valentín le comunicó el proyecto de Peter, una vez que la guerra concluyese, de cambiar el mascarón de proa que presidía el Club por una gran fotografía de Tato orlada con los colores nacionales. Gervasio acusó el golpe. Se sintió celoso. Sentía celos de un muerto, y en su interior se emplazó para morir él también de forma que su fotografía, junto con la de Tato Delgado, presidiese el Club el día de mañana, y Peter, en compañía de Manena Abad (una Manena Abad madura, perpetuamente célibe, fiel a su memoria), depositaría al pie del retrato cada aniversario un ramo de claveles para conmemorar su sacrificio.

En contra de todas las previsiones, la disciplina no se relajó en el buque-escuela después del hundimiento del *Baleares*. Transcurridos unos días de cierta laxitud, el rigor retornó, más inflexible que antes, de acuerdo con una resolución no por inexpresada menos evidente: había que forjar marineros tan duros y avezados que la tragedia no pudiera volver a repetirse. Don Manuel Borau reanudó las revistas de marcialidad, bajo criterios tan estrictos que algunas tardes más del veinticinco por ciento de la brigada franca regresaba desahuciada al sollado. Antero Arias, con sus hombros descarnados, se sacaba la lanilla encolerizado, exhibía unos momentos su torso enteco, aquillado, y maldecía de la Armada y de sus cuadros:

—Lo dicho, en este país para alistarse en la Marina hay que ser un niño bonito.

Gervasio volvió también al ostracismo. Dejó de vestirse la gala; de intentar salvar la revista. Pero una lucecita de esperanza le animaba

ahora: el convencimiento de que tío Felipe Neri andaría cabildeando en las alturas y, en consecuencia, sus días en el buque-escuela estaban contados. Por otra parte, resuelto a imponerse a la adversidad, ante cualquier disyuntiva, optaba por el ejercicio más esforzado o de mayor riesgo (aspiraba a autoconvencerse y a convencer a su amigo Peter de que el hundimiento del *Baleares* y la muerte de Tato le habían cambiado). Remaba con ardor, hacía instrucción sin desmayo, llegó a ser un experto señalero y, cada vez que don Manuel Borau ordenaba «saludo a la voz», con sus agudos pitidos, allí estaba él apuntándose el primero, trepando jarcias arriba hasta el juanete, salvando imperturbable la cofa, abriéndose por el marchapié sin un titubeo, dominando el vértigo. Pero Peter no parecía reparar en sus progresos, se mostraba pasivo, ajeno a sus esfuerzos, y de la misma manera que antaño no censuraba su poquedad, tampoco ahora elogiaba su arrojo; como de costumbre, callaba y cumplía puntillosamente con su deber.

Una mañana, durante el reparto del correo en el combés, Gervasio recibió una abultada carta de tío Felipe Neri. Toda la familia escribía en ella, desde mamá Zita hasta Florita; incluso le insertaban media hoja de papel cuadriculado escrita en la Plaza de Toros por papá Telmo. Al margen de su conminatorio «¿Quién como Dios?» y su exaltado canto a los héroes del *Baleares*, tío Felipe Neri le hacía ver que el asunto de la reclamación «estaba en marcha», lo que implicaba (para él, que lo había considerado resuelto) una nueva dilación. Al desánimo causado por esta carta se unieron las desfavorables noticias de mamá Zita sobre Eduardo Custodio. Eduardo, en efecto, había salvado la vida pero se hallaba hospitalizado, vendado como una momia, con quemaduras de tercer grado y una infección grave en los ojos que requería un lento proceso de curación. Los médicos que lo atendían no se mostraban optimistas. «Vuestra carta, que su madre le leyó, le reconfortó mucho. Le encargó que os dijera que Tato, como todos los servidores de la torre 1, voló por los aires al estallar los torpedos.» Gervasio respiró hondo; Peter, recostado en la batayola del sollado de popa, la frente sobre las rodillas flexionadas, se preguntaba qué destino era más cruel para un muchacho de diecisiete años, la ceguera o la muerte. Damasito, sentado en el linóleo a usanza mora, plegaba los bordes de un papel de fumar, vertía en él unas briznas de picadura, previamente expurgadas de durezas, y enrollaba un cigarrillo. Gervasio, una vez leída la carta de su madre, la pasó a Peter y desdobló la nota de papá Telmo. Nunca daba cuenta a sus amigos de las notas de su padre. Temía sus comentarios, sus reticencias. A su entender, su padre no había correspondido a las consideraciones del Alzamiento. Se mostraba obstinado e ingrato. En un principio, Gervasio había confiado en su conversión, pero a medida que transcurría el tiempo, se conformaba con su silencio. Sus notas, de

ordinario párvulas y elementales («estoy bien», «estoy desanimado», «tengo calor», «tengo frío», «el paquete de golosinas hizo las delicias de la comunidad»), casi nunca se referían a la guerra, tal vez para no comprometer a tío Felipe Neri, mas en esta ocasión establecía juicios éticos sobre la última carta de Gervasio: «La guerra es la gran emboscada, hijo mío. El que más y mejor tienda las emboscadas, ése será el vencedor. La guerra es el final del juego limpio, del *fair play*, como dicen los ingleses. Pero lo procedente es reconocerlo así y no censurar al enemigo ardides que nosotros estamos dispuestos a emplear mañana. ¿Tan sectaria es tu pequeña cabeza que no es capaz de reconocer en el adversario una acción meritoria? Adiós, querido hijo, que Dios te acompañe en tu próxima singladura». Airadamente hizo un rebujo con el papel y Peter levantó la cabeza, sorprendido:

—¿Pasa algo?

—Mi padre.

—¿Qué le ocurre?

—Lo de siempre.

—¿Es que creías que iba a cambiar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

Gervasio no respondió. Había un reto oculto en la carta de papá Telmo. Únicamente un valeroso gesto de su parte podría hacerle cambiar de opinión. Pero ¿dónde habría un gesto que papá Telmo no fuese a considerar una celada? Se apartó de la batayola y se tumbó en el linóleo, los dedos entrelazados bajo la nuca. Estaba enojado. Hasta la flébil situación de Eduardo desmerecía después de leer la nota de su padre. ¿Era una burla volteriana aquello de que Dios le acompañase en la última singladura? ¿Cómo se atrevía a invocar el nombre de Dios? ¿Cómo hacer compatible a Dios con la horda? Si la horda, con la que papá Telmo comulgaba, había quemado a Dios en cien conventos, lo había fusilado delante de tío Fadrique, en el Cerro de los Ángeles, ¿qué significado cabía dar a su invocación? Cerró los ojos y movió la cabeza desalentado: «Jamás volveré a escribirle —se dijo—. Para mí, lo mismo que si hubiese muerto».

A la tarde siguiente, cuando Peter, con varios grupos de la brigada de babor, hacía palos, otros remaban en las sucias aguas del puerto y Dámaso y Gervasio dialogaban con las banderas de señales en la toldilla, una voz imprevista gritó desde lo alto del juanete:

—¡El *Juan de Austria* está entrando en la ría!

Se produjo un gran revuelo. Los señaleros se apresuraron a comunicarlo con las banderas a los botes que bogaban en la bahía, Dámaso lo notificó a voces por las escotillas, la noticia corrió de boca en boca, de grupo en grupo; fue acogida con tal júbilo que, en contados minutos, cedió la actividad a bordo y la dotación, apiñada en cubierta, o encaramada en las jarcias, se convirtió en un hervor de

blancos pañuelos agitándose, mientras una buida, estilizada silueta gris, de enormes dimensiones, la bandera flameando a popa, se adentraba en el puerto después de doblar la última curva de la ría. Sin mayor motivo, el entusiasmo se desbordó. La irrupción del crucero comportaba una oportunidad de desagravio tras el hundimiento del *Baleares*; era casi como un desquite, o el testimonio de una resurrección. El navío se hallaba tan próximo que a simple vista se divisaba a la marinería en sus puestos de babor y estribor de guardia, firmes, erguidas las cabezas, en tanto la banda de música interpretaba, desde la toldilla, la marcha *Suenan los clarines*. Gervasio seguía sin pestañear el desplazamiento del buque, su avance refrenado hendiendo las aguas oleosas, el leve humear de la oblonga chimenea, las sólidas torres en reposo, sus servidores al pie... Sin síntomas previos, notó un burbujeo en el colodrillo y un escalofrío en la espina dorsal, pero en reacción diligente, sobreponiéndose al excitante placer de la crispadura, se abotonó apresuradamente las orejeras del abisinio, bajo la barbilla. El ostento había sido conjurado:

—¡Coño, qué bote!

Oyó la exclamación admirativa de Dámaso a su lado. El crucero acababa de fondear frente a ellos, aproando al dique seco. El ruido bronco de la cadena del ancla en el escobén neutralizó la música de la banda. Paradójicamente, la inmovilización del crucero desató las lenguas y el buque-escuela, enmudecido durante la maniobra, se pobló de vivas, voces, rumores vagos, conjeturas arriesgadas y contradictorias. Para los más pesimistas, la arribada del *Juan de Austria* significaba que había sido averiado en el combate del día 6, en tanto cabos y oficiales, celosos depositarios de la moral de la Armada, reacios a todo dramatismo, sostenían que era una visita de rutina con objeto de limpiar fondos. Nadie se ponía de acuerdo, pero finalmente, al anochecer, tras laboriosas maniobras, el crucero quedó prisionero en el dique seco, varado en las anguilas, bajo los focos, entre una frenética actividad de poleas, guindolas, sopletes, cabrias y cabrestantes. El remache de los roblones martilleaba día y noche en el astillero, como un tambor automático. Durante los ratos libres, acodados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso observaban arrobados la actividad de los operarios, la diligencia de la marinería en cubierta. Dámaso se excitaba:

—Avisa a tu tío, coño. Si lo dejamos escapar ahora, Dios sabe cuándo tendremos otra oportunidad.

—Mi tío ya está en la idea.

—Pero, ¿sabe acaso que el *Juan de Austria* está aquí?

Tras acalorados debates, acordaron que el medio más rápido de informarle sería un telegrama, pero el telegrama no llegó a cursarse. A la mañana siguiente, don Ildefonso Barbosa, comandante en jefe del

buque-escuela, los llamó a su camareta y les comunicó que estuvieran prestos para desembarcar, ya que don Ventura Escribá, comandante en jefe del crucero *Don Juan de Austria*, los había reclamado.

XVII

A la altura del cabo San Vicente, el crucero viró cuarenta y cinco grados a babor (la violencia de la virada se hizo notoria en la escora y la vibración de los mamparos) y, tras el viraje, sobrevino la virazón, un viento ábrego, tan recio que desflecaba la bandera y amenazaba con arrebatarle el abisinio de la cabeza. La mar engordaba y en las crestas de las olas blanqueaban las cabrillas. La proa entraba tan forzada al oleaje, que lo que momentos antes era un balanceo acompasado, adormecedor, de mecedora, se trasmutó en un abrupto movimiento de cuchareo (el buque subía y bajaba alternativamente de proa, avanzaba en giratorios movimientos de tornillo). Gervasio percibió el cambio de rumbo en las plantas de sus pies desnudos pero no le concedió importancia. Encarado al viento, asido con las dos manos a la cadena del *espardek*, guiñaba los ojos, buscando una expresión marinera para su rostro, orgulloso de su periplo inicial. La víspera se lo había comunicado por carta a mamá Zita y tío Felipe Neri y, aunque nada existía en el mundo capaz de entibiar el júbilo de su debú, al anotar el remite («Crucero *Juan de Austria*. Palma de Mallorca o donde se encuentre») le había sacudido un estremecimiento. El comandante del puesto H, teniente de navío don Mario Millares, con su gorra abollada, sin aro, y sus modales descuidados, le había asignado, antes de zarpar, un número y un destino: «Gervasio García de la Lastra, 377A, tubo acústico». Era un cargo importante. Por el tubo transmitiría a los antiaéreos las órdenes del director: es decir, en adelante sería su portavoz. Los compañeros le habían visto sonreír beatíficamente al escuchar su número, de modo que, al marchar don Mario, Javier Medina, el poeta, el más veterano del puesto, con su pelo crespo al aire, la nariz aguileña combada sobre los grandes dientes, le había preguntado:

—¿Es que te gusta el número, 377A? —Y como Gervasio asintiese, añadió—: No te preocupes; te llamaremos por él.

De esta manera Gervasio García de la Lastra se convirtió en el 377A, un número seguido de una letra, un nombre cifrado como el de un espía. El cabo Pita, su jefe de grupo, le dio posesión de una taquilla, un coy y una manta. Cogotudo, grave, bajo de estatura, el cabo Pita era hombre de pocas palabras. Fue su laconismo, la nocturna tristeza de su rostro, lo primero que llamó la atención de Gervasio. Huraño y apartadizo, andaba siempre con la cabeza en otra cosa. Su

mirada errática provenía de unos ojos grisazulados, cambiantes, animados por una tenue lucecita ensimismada, en todo caso poco explícitos. En las horas de rancho apenas comía (solía visitar su taquilla o al mayordomo, de donde volvía siempre un poco enchispado) y en el puesto leía sin parar novelas de aventuras, actitud que afianzaba su aislamiento. Pero durante las guardias, sin el recurso de la novela, dejaba vagar por el mar su mirada sombría, como si se lo estuviera aprendiendo, y era capaz de dejar transcurrir horas sin mover un músculo de la cara. En contra de lo que era normal en su grado, Pita no era hombre autoritario, sino más bien lábil, tolerante, flexible con la ordenanza. Él mismo, pese a estar prohibido («Desde el cierre de portillas, ni un cigarrillo en cubierta»), fumaba durante las guardias nocturnas, sin molestarse siquiera en disimular la lumbre bajo el antepecho.

Tampoco el cabo Tubío, telemetrista, era hombre de brega. Su rostro plano, asentado, se correspondía con su voz, mohosa, sin disonancias. Rollizo, carirredondo, era buen conversador y aficionado a los juegos de azar. Andaluz, ex-seminarista, su aire clerical, que probablemente no le abandonaría nunca, se manifestaba en los ademanes de sus manos abaciales, y en la venerable combinación de sus facciones. Luis Naveira, el Cativo, marinero de segunda, imberbe, de infantiles mejillas enrojecidas, le embromaba con frecuencia a cuenta de su vocación abandonada, atribuyendo a sexualidad su claudicación, cosa que el cabo Tubío rechazaba de plano:

—Mi señora me sacó del seminario antes con los ojos que con los pechos.

Conforme con su modesto rango, sentía un respeto reverencial hacia los intelectuales, de ahí, tal vez, su lenidad en un puesto de dirección de tiro donde el que más y el que menos estaba en posesión de un título o camino de alcanzarlo. Sabía prever el futuro, e intuía que varios de aquellos muchachos hoy a sus órdenes serían con el tiempo personalidades destacadas. Especialmente con Javier Medina, estudiante de quinto curso de Arquitectura, que escribía poemas en sus ratos libres, se mostraba sumiso y deferente; le trataba de usted y, en una ocasión memorable, se dirigió a él llamándole «don Javier». En rigor, Javier Medina, cautivado por el mar, había decidido abandonar sus estudios de arquitecto e ingresar en la Escuela Naval tan pronto concluyese la contienda. Al cabo Tubío, al corriente de ello, nada le costaba dar un salto en el tiempo e imaginarlo ya de teniente de navío con dos cocas en la bocamanga. La convicción de que su subordinado de hoy sería mañana su superior le colocaba de antemano en posición subalterna.

Tras la promiscuidad despersonalizada del buqueescuela, Gervasio constató en el crucero un gozoso renacer del individualismo.

El mismo Peter, al disponer de un rincón recogido, había reanudado sus trabajos de marquetería. La destreza de sus manos suscitó la curiosidad de los compañeros. Absorto bajo el *rocord*, valiéndose de fotografías facilitadas por Javier Medina, se consagraba ahora a la construcción de una maqueta del crucero. Su actividad en aquel astillero en miniatura no conocía reposo y pasó a convertirse en un pasatiempo colectivo. Raro era el marinero que al salir de guardia no se interesara por los progresos de su obra:

—¿Qué, Nauta, cómo va eso?

Porque Peter, asimismo por inspiración de Javier Medina, había dejado de ser Peter para pasar a ser el Nauta, hombre de mar por excelencia, habida cuenta no sólo de la habilidad de sus manos, sino de sus conocimientos de táctica y estrategia navales. Poco a poco, el Nauta se erigió en centro de gravitación del puesto H, con lo que éste vino a convertirse en un revezo del Club donde, por no faltar, no faltaban ni las partidas de póquer que el cabo Tubío presidía y en las que solían participar Miodelo, el flaco Santoña, y Fermín Linaje, el Escorbuto.

Fermín Linaje, con su rostro aceitunado, era un muchacho aprensivo, velludo y corto de brazos, para quien la avitaminosis continuaba siendo el principal azote de la gente de mar. Sus abultados labios de negro y su obsesión alimenticia recordaban a Gervasio el físico y las manías de papá Telmo:

—Lo que no da la gaveta, lo suple el sol —decía.

Y acorde con su credo, los días abiertos se tendía en pantalón de deportes sobre las balsas del *espardek* y allí se pasaba las horas muertas, soleándose. Imperturbable, era rival temible en el póquer. Pocos osaban ver el envite del Escorbuto cuando doblaba la apuesta y sus labios de mulato se combaban hacia abajo en un rictus despectivo. Rijoso como el Cativo, pedía a menudo a José Antonio Lago, el Pintor, que le dibujase «una ristra de tías buenas», desnudos que luego repasaba con lascivo deleite adobando la contemplación con comentarios salaces. Por contra, Lago, el Pintor, delicado como una tanagra, parecía un raro ejemplar de otra raza. Calzaba un 34 y toda su personilla, apuesta y atildada, armonizaba con el tamaño del pie. Contemporáneo de Javier Medina, con estudios de Bellas Artes, dibujaba incesantemente en un bloc de papel de barba figuras imaginarias o copiadas del natural. Los días serenos montaba en el *espardek* un pequeño caballete, adecuado a su estatura, y pintaba marinas a la acuarela, cuadros que, contrariamente a la norma, no resultaban relamidos sino que, tal vez debido a los tonos lúgubres del mar, la opacidad de la luz o los desportillados bous protagonistas, entrañaban una belleza atormentada. En momentos de buen humor invitaba a posar a los marineros del puesto de rasgos más acusados (el

Escorbuto, Javier Medina, Bartolomé Roselló o el Rubio Colino, con sus facciones seráficas) y les hacía unas caricaturas grotescas que el resto de los compañeros celebraban.

Tras el hacinamiento del buque-escuela, el crucero vino a representar la recuperación de la vida privada, un retorno a la intimidad. El fraccionamiento de la dotación en pequeñas comunidades (puestos de dirección de tiro, torres, máquinas, antiaéreos) suponía la superación de la sordidez miscelánea, un ensayo de convivencia doméstica. Mas al margen de esta división, la autonomía del puesto H venía determinada por su situación en sobrecubierta, con dos únicos accesos: la escala directa, de hierro, sobre el ventilador, y otra, de viento, detrás de la chimenea, a través del *espardek*. El puesto H no era, pues, un lugar de paso sino que comportaba una voluntad deliberada el acceder a él.

En contra de lo que Gervasio esperaba, las costumbres de a bordo no se alteraron después de zarpar. Guardias aparte, lógicamente más responsables, todo continuó lo mismo. Había vivido con emoción el momento de la partida y, ahora, la mar tendida y turbulenta despertó en él la vívida idea de que la paz quedaba atrás, que se adentraba en la zona aventurada de la guerra (entre los profundos senos de agua alborotada, nada impedía que acechase el periscopio de un submarino enemigo, que ellos, en su condición de serviolas, tenían el deber de descubrir).

Baqueteado por el viento, recostado en la cadena del *espardek*, donde antes se agarraba, contempló maravillado (como examina un niño su juguete preferido) la negra ametralladora de balas trazadoras. La proximidad del artefacto, su disponibilidad, la soledad en torno, alentaron sus adormecidas fantasías heroicas. Dio un paso hacia ella y se sentó en el silletín de hierro, accionó la manivela y el cañón, obediente, se desplazó de un lado a otro. Temblando de emoción, apoyó la acolchada culata sobre su hombro, oprimió la mejilla contra ella y, dejando resbalar la mirada tubo arriba, repitió a media voz entre el bramido del viento:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Perseguía con el punto de mira aviones imaginarios sobre el cielo aborrascado y se sentía poderoso e invencible. En el tumulto de aquel crucero escorado, era la suya la única cabeza juiciosa. Repitió el recorrido de babor a estribor y simuló otras tres ráfagas:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Esbozó una sonrisa. Un avión adversario, alcanzado en el morro, trató de repinarse, entró en barrena y se estrelló contra la superficie del mar. Enardecido, Gervasio aculató la ametralladora contra su hombro, tomó el blanco de otro avión y en el momento en que se disponía a disparar una nueva ráfaga, sintió un seco calambre en el

colodrillo pero, antes de que sus cabellos se erizasen, oyó la voz burlona de Bartolomé Roselló, el Mallorquín, a sus espaldas:

—¿Qué, 377A, jugando a la guerra?

Sus enigmáticas cejas interrogantes parecían refrendar la pregunta. Gervasio se incorporó y señaló tímidamente la ametralladora:

—Nunca había visto de cerca un trasto de éstos —dijo.

Bartolomé Roselló se encaminó hacia el puesto:

—A ver si cuando los aviones vengan de verdad muestras la misma diligencia.

De nuevo solo, Gervasio, desequilibrado por la escora, se asió con firmeza a la cadena del *espardek*. El navío se encabritaba; hacía el efecto de querer ponerse de manos. Cohibido por los silbidos de la galerna, buscó refugio en el sollado, pero la oscilación de los mamparos, el desnivel cambiante de las planchas, acentuaron su ofuscación. Apoyándose en las taquillas avanzó hacia proa, pero al dar un paso, el suelo escapó bajo su pie desnudo y, al tratar de alcanzarlo, el buque vino hacia él, trompicó y estuvo a punto de caer. En pleno aturdimiento un embate de estribor le lanzó contra la batayola. Respiraba corto, resollando. Intentó serenarse, acomodar su paso a los vaivenes del navío, prenunciándolos, pero su tentativa resultó inútil. La mar nunca repetía el movimiento anterior, se desbocaba. Sus axilas sudaban frío y el estómago se contraía en una sensación de náusea. Confiando en que el aire puro le aliviaría, volvió a subir a cubierta tambaleándose. Un golpe de viento, reforzado por un bandazo, le empujó contra la borda con tal ímpetu que Gervasio se vio por un momento devorado por el mar, y quedó un rato tembloroso, agarrado al pasamano, hasta que la reveza subsiguiente le reintegró a su primitiva posición, junto a la obra muerta. Se abrochó las orejeras del abisinio bajo la barbilla, con la vana ilusión de que así le sería más fácil controlar su cerebro. Las olas reventaban en las amuras y barrían la cubierta con un rumor de playa, sofocado por los silbidos del huracán. Las ráfagas eran tan violentas, tan bruscos los bandazos, que el muchacho corría o se detenía impelido por una fuerza irreprimible. La amenaza del mar, los bramidos del viento, su propio malestar, le indujeron a regresar al sollado, pero la diabólica disposición de los peldaños de la escotilla (que le hacían trastabillar o sentarse, de acuerdo con el desnivel) acreció su confusión. A duras penas interpretó el toque de corneta por los altavoces:

—Armar mesas —se dijo sorprendido.

El solo pensamiento de la comida bloqueó su estómago. Empastada la boca, seca la lengua, la visión de sus compañeros charlando en la sentina, como si nada anormal ocurriese, acabó de desmoralizarlo. Retrocedió hacia popa dando barquinazos. La

reiteración del toque de corneta le hizo fruncir los labios en una mueca de repugnancia. Brincaba de mesa en mesa, apoyándose en los bordes. Sobre la turbiedad mental y su estómago bloqueado iba imponiéndose ahora una sensación de angustia. Experimentó un vahído y, sin reflexión alguna, se precipitó escalera arriba, por la primera escotilla que le salió al paso. Entre el cielo y el mar, sucios y andrajosos, como en las marinas de José Antonio Lago, no existía línea divisoria: ambos eran uno. Intentó caminar por el pasillo seco, cabe la obra muerta, pero el oleaje, en constantes fluctuaciones, le forzaba a zigzaguear como un borracho. En la popa, la bandera desgarrada se azotaba a sí misma, mas aquella enseña que tantas emociones despertara en él en otro tiempo, desflecada y harapienta, se le antojaba ahora un remedo de su persona. Pensó que si vomitara tal vez las cosas mejorarían, pero temeroso de ser volteado por encima de la borda, se acuclilló junto al imbornal, protegido del viento, y provocó la náusea oprimiendo la lengua con dos dedos, mas el estómago, renitente, se contrajo sin resultado: no había nada que devolver; era sólo asco lo que sentía. Ascendió maquinalmente al *espardek* y, al abrir la puerta del puesto, un remolino alborotó su interior y oyó, como en sueños, las protestas de sus compañeros y, entre ellas, tal vez por más potente, la voz rajada del Escorbuto mientras cogía los capotes:

—¡Tienes cara de muerto [37]...!

El portazo dejó inconclusa la frase; extendió un capote en las planchas, al abrigo de las balsas, y se cubrió con el otro, encogiendo las piernas, buscando la posición fetal, pero como el malestar no remitiese, las estiró y se tendió decúbito prono. El balanceo se hacía más soportable así, sujeto el plexo, acompasando cabeza y cuerpo al vaivén de las olas, sin oponer resistencia, pero, aunque atemperada, la sensación de agonía persistía. Abrió los ojos y descubrió a Peter, rodilla en tierra, a su lado:

—Debes comer algo, estás mareado.

El Nauta, comprensivo, íntegro, maternal, ubicuo, le humillaba, pero Gervasio carecía de arrestos para simular bien estar. Denegó con la cabeza:

—Deja. No tengo hambre.

Se le antojaba impúdico exhibirse ante Peter en este estado, mientras el resto de los compañeros abandonaban el puesto charlando, indiferentes, como si nada ocurriese. Maldecía la hora en que decidió enrolarse en la Armada y reconocía que en cualquier otra parte, incluso en la Legión, su comportamiento hubiese sido más digno. Cerró los párpados, rehuyendo la conmiserativa mirada de Peter, pero, al abrirlos de nuevo, divisó el rostro del cabo Pita por encima del hombro de su amigo, los ojos fruncidos ante el azote del viento:

—Súbele un poco de fruta, Nauta. Las manzanas le harán bien. En cuanto atravesemos el Estrecho, la mar encalmará.

Al día siguiente, el viento giró a levante y, una vez franqueado el Estrecho, amainó. Con él cedió la marejada y, ante la proa, como en un juego de prestidigitación, apareció una mar de leche, planchada, espejeante y azul. El efecto fue casi fulminante en Gervasio: primero se aplacó su angustia, después su aturdimiento y, por último, recuperó el tono vital (sus funciones glandulares, sus secreciones). Diríase que la casi instantánea estabilización del navío lo resucitaba, y con la resurrección despuntaba no sólo el deseo de vivir sino también el amor propio. Horas después, Javier Medina le adoctrinaba en el puesto:

—El mareo es como el parto, 377A. Te mortifica mientras dura, pero luego, hasta que llega otro, no te vuelves a acordar de él.

Gervasio asentía. A cosa pasada no sólo le daba la razón sino que se le antojaba excesiva la quejumbre de que se había acompañado. Con toda certeza, si un día se repitiese el temporal, él sabría afrontarlo con mayor entereza. Ya no lamentaba su destino. Pensaba incluso que su propensión al mareo podría realzar un día su conducta, puesto que si el heroísmo estribaba en imponerse a una adversidad, el héroe mareado era doblemente héroe porque se imponía a dos. De ahí que sonriese con una sonrisa indulgente cada vez que Dámaso Valentín, recordando su mes y medio de ostracismo en el buque-escuela y su desventurado ingreso en el crucero, le decía burlonamente:

—No tienes suerte, tú, joder, marinero; no te salen bien las cosas.

Pero Gervasio sonreía porque sabía que la proeza del soldado de quien menos se espera la proeza era mayor proeza que la de aquel aparentemente más dotado para llevarla a cabo. Por eso las palabras de Dámaso o cualquier otro comentario despectivo acerca de sus debilidades, lejos de achicarle, le envanecían. Incluso algunas noches, en el coy, espantaba deliberadamente al sueño sólo por el placer de imaginar al tío Felipe Neri iniciando la redacción de una hipotética biografía suya (a partir de sus anotaciones en el cuaderno de pastas de hule): «Físicamente, dadas su falta de bizarría y su proclividad al mareo, se diría un muchacho poco dotado para la guerra naval y, sin embargo, Gervasio García de la Lastra...». El muchacho se regodeaba ahora con esta idea. Sus gestas, al lograr imponerse a las flaquezas físicas, adquirían a sus ojos un relieve singular. A menudo evocaba la confidencia de Eduardo Custodio una tarde, meses antes, en el Club: «A los catorce años yo pretendía emular al *sheriff* Arizona Jim, su mirada de águila, sus nervios de acero, pero a los quince me di cuenta de que no veía tres en un burro y era suficiente un portazo para desquiciarme los nervios». Eduardo Custodio había dicho esto un día, apenas un año atrás, y, sin embargo, ahí estaba, en la nómina de los

héroes del *Baleares*, propuesto para la Medalla Militar.

A Gervasio, con la mínima experiencia nómada de sus veraneos infantiles, el primer contacto con la isla, su cielo añil inconsútil, las transparentes calas, las palmeras y molinos, le infundieron la idea de un país exótico, tropical, remotísimo. Apenas fondeados, había escrito una carta a Manena Abad mechada de adjetivos rutilantes: «Éste es un país pintoresco, paradisíaco, embriagador…». Mas, a renglón seguido, deseoso de que la muchacha le supiera en riesgo, exponía la situación dramática de la base, enclavada en territorio enemigo, de tal modo que «al anochecer, la ciudad queda sumida en sombras, apenas una lamparita azul en cada esquina para orientarte, por temor a los bombardeos…». La muchacha le respondió a vuelta de correo: «¡Cómo te envidio! Desde que tengo uso de razón mi sueño dorado ha sido correr mundo. ¡Cuánto daría por cambiarme por ti!». Gervasio se descorazonó; se había excedido. No comprendía cómo podían tratarse con semejante frivolidad las penalidades de un combatiente. Deploraba la manera de ser de Manena Abad. Él hubiera preferido una madrina de guerra acongojada, haciendo ofrendas a lo Alto a cambio de su seguridad personal, implorando a Dios su regreso. Pero Manena, lejos de temblar por él, lo envidiaba, no veía en su actuación mérito alguno. La guerra era una fiesta, rudamente confundía a un soldado con un turista. En su circunstancia, saberse envidiado y no compadecido por una bella muchacha inducía a Gervasio a sentirse sobrante e inútil.

Fondeados en la bahía, durante las guardias, pensaba en ella mientras repasaba con el *spotter* el perfil de la ciudad: el Arenal, la Catedral señoreando el barrio antiguo, el templado equilibrio de la Lonja, la Torre de la Almudaina, el Castillo de Bellver y, en la misma línea pero en un plano inferior, el Paseo Marítimo flanqueado de palmeras, la elegante barriada del Terreno y el hotel Mediterráneo (sus terrazas escalonadas hasta el mar) rematando la perspectiva urbana por este lado. Siempre lo mismo. Si acaso, de cuando en cuando, una turista nórdica soleándose solitaria en la piscina del hotel, ajena, como Manena Abad, a los estragos de la guerra.

Aquel ocioso letargo, más propio de un balneario que de un barco de guerra, se interrumpió una mañana con la aparición de aviones enemigos. La voz metálica del puesto A anunció la novedad:

—Atención puesto H. Ocho aviones por la popa.

Los altavoces difundieron la alarma, la corneta convocó a zafarrancho de combate, la tripulación se movilizó y en la Torre de la Almudaina fue izada la bandera roja de peligro. Gervasio, acurrucado junto al tubo acústico, el casco en la cabeza, el corazón palpitante, observaba la espalda de don Mario, su gorra abollada, sin aro, la visera levantada, sus piernas flexionadas, los prismáticos en alto.

Javier Medina cantó el blanco y, como si sus palabras fueran la señal esperada, el puesto entró en actividad. El cabo Tubío, que había girado hacia popa el tubo del telémetro, empezó a facilitar distancias que el Cativo transmitía a Lago, en el *rocord*, mientras el cabo Pita y Medina comunicaban el ángulo de situación al Rubio Colino, quien a su vez lo remitía a Bartolomé Roselló, acuclillado frente al tablero Perozzi. Aquello era un ordenado desbarajuste. Las miradas, las frases, los datos se cruzaban, se entremezclaban, pero nadie hacía uso más que de aquellos que le concernían. Desde hacía rato se escuchaban las lejanas explosiones de las bombas y el fofo cañoneo de los minadores fondeados junto a la línea de balizas. Don Mario, atento a las evoluciones de los aviones, ordenó tiro de barreras y Gervasio, henchido de orgullo, alertó por el acústico a los cañones. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, giró la regla sobre el tablero y voceó:

—¡Barrera cuatro, barrera cuatro!

Gervasio comunicó la orden por el tubo. Sonaron los retumbos de unas bombas próximas y la réplica airada del barco afectado. En plena barahúnda, don Mario ordenó fuego y Gervasio introdujo sus labios en la bocina dorada del acústico y gritó «¡fuego!» con toda su alma. Le envalentonó la respuesta inmediata de los cañones, la salva aturdidora de la batería de estribor. Un fragor tonante se adueñó de la bahía. Bartolomé Roselló frunció el ceño contrariado, al comprobar que la escuadrilla había salvado indemne el primer obstáculo. Cantó la barrera tres, pero antes de que don Mario pudiera repetir sus palabras, un estampido horrísono sacudió el crucero, hizo saltar las abrazaderas de los cables y llovieron sobre Gervasio briznas de pintura de los mamparos. Se encogió sobre sí mismo, la cabeza ofuscada: «Nos han dado», se dijo, pero oyó vocear a don Mario «¡fuego!» y, decidido a morir luchando, cruzó los brazos sobre el plexo solar, protegiéndolo, y voceó «¡fuego!». Dispararon los antiaéreos de estribor y sintió unas culebrillas electrizadas en el vientre. Bartolomé Roselló cantó la barrera dos y, al propio tiempo, se inició el traqueo de las ametralladoras del *espardek*. Los cabellos de Gervasio rebulleron bajo el casco. La crepitación era viva y sin pausa. Veía las balas trazadoras por encima del antepecho, hendiendo el cielo como cohetes, brillando al sol. Los taponazos del resto de los buques fondeados en el puerto, al servir de contrapunto a los propios, acentuaban la confusión. Rebasada la barrera uno por los aviones cundió el nerviosismo en el puesto. Don Mario, los hombros encogidos, dobladas las rodillas, los ojos alerta, miraba al cielo sin dejarlo. Bartolomé Roselló, después de cantar la barrera cero con voz arruinada (ello representaba que, pese a su oposición, el enemigo había conseguido infiltrarse hasta la vertical, hasta el centro matemático de su objetivo), se desentendió del tablero y se cubrió los ojos con el antebrazo. La mano abacial del cabo Tubío

se crispó sobre el cilindro del telémetro, Miodelo miró a don Mario de soslayo y las mandíbulas tensas de Javier Medina se poblaron de nudos. Gervasio, angustiado, se abrazó a sus rodillas, el rostro dentro de la bocina (como si aspirase a resumirse y refugiarse allí), y en esta posición recibió el estruendoso rosario de bombas. Los piques de espuma, altos como catedrales, le rociaron como si diluviase, pero antes de que su fragor se extinguiese, dos explosiones consecutivas, secas, ensordecedoras, remecieron al navío, saltaron de nuevo briznas de pintura y la gorra de don Mario voló por los aires. Gervasio soltó las rodillas y se asió crispadamente al tubo, el corazón redoblando como un tambor. «Dios mío, van a hundirnos», gimió. Pero, pese a la violencia de las dos últimas explosiones, sus compañeros parecían ir recobrando la serenidad. El Mallorquín, en cuclillas, volvió a tomar la regleta y la hizo resbalar sobre el tablero, el cabo Tubío (las fofas manos distendidas) proporcionaba de nuevo distancias al Cativo quien, a su vez, se las facilitaba a Lago, el Pintor; el cabo Pita y Medina, a través del Rubio Colino, hacían llegar los ángulos de situación al Mallorquín, y don Mario (la gorra abollada otra vez sobre la cabeza) daba tranquilas instrucciones a apuntadores y telemetristas. Y cuando Bartolomé Roselló dijo rutinariamente, como si estuviera de maniobras, «barrera uno, barrera uno», y poco más tarde, «barrera dos, barrera dos», y Miodelo confirmó que la escuadrilla iba en retirada, el ambiente terminó de relajarse. El peligro más grave había pasado. Sobre la bahía azul se cernía una humareda acre que iba disipándose a medida que los aviones se alejaban y decrecía la cadencia del cañoneo. Algunas explosiones, como abortadas, llegaban todavía desde la costa, mientras a bordo, puestos de dirección de tiro, torres, antiaéreos y ametralladoras, entraban en una fase de vigilante reposo. La calma se contagió a Gervasio, quien advertía cómo se iban desanudando sus vísceras una a una, regulándose sus secreciones. Pero, a medida que recobraba el sosiego, se preguntaba por el motivo de aquel silencio, la razón por la que nadie aludía a los blancos de las bombas en el crucero. Tampoco se oía trasiego en cubierta, revuelo, ayes de heridos, ni órdenes de evacuación. Únicamente sonaban, dosificados, los disparos de las baterías costeras, y en el cielo despejado flotaban como globos las leznes nubecillas de los antiaéreos. Experimentó la necesidad de informarse, de comprobar con sus propios ojos la situación. Veía junto a él la silueta plácida de don Mario, la abollada gorra en el cogote, en la mano derecha los prismáticos, y en vista de que el período de calma se prolongaba, fue levantándose poco a poco del silletín, hasta que sus ojos amarillos rebasaron la pestaña del mamparo. Quedó sorprendido por el orden reinante. Todo aparecía intacto allí: castillo, puente, torres, antiaéreos. La marinería, disciplinada, ocupaba sus puestos en silencio.

Asombrado, volvió la cabeza. A popa ocurría otro tanto. No se vislumbraba el menor desperfecto. ¿Cómo era posible? ¿Y aquellas tremendas explosiones que estremecieron el crucero por tres veces? ¿Qué había sido aquello? Desconcertado, volvió a sentarse. Las andanadas de tierra sonaban cada vez más espaciadas. Dámaso informó que la escuadrilla sobrevolaba el Arenal y, segundos después, el cabo Tubío, que seguía a los aviones a través del telémetro, comunicó su desaparición por el oeste. Peter conectó con el puesto A: estaban de acuerdo. El Cativo se levantó el casco y se secó el sudor de la frente con la bocamanga de la faena. Sonreía con expresión candorosa. Bartolomé Roselló inspiró hondo y prendió un cigarrillo. Don Mario le recordó que aún no había concluido el zafarrancho y el Mallorquín apagó el pitillo contra las planchas. Al poco rato, los altavoces anunciaron retirada de alarma. Despojados de los cascos, alejado el peligro, los semblantes aparecían distendidos, joviales. Y, a la manera de una comitiva funeral después de dejar al muerto en el cementerio, renacían la locuacidad y unos deseos irreprimibles de vivir. Se reía sin motivo, se deslizaban supuestos, se gastaban chanzas. Javier Medina guiñaba un ojo a Gervasio al descolgarse de su nido de apuntador, el pelo crespo, la nariz curvándose sobre los grandes dientes:

—¿Qué, 377A, cómo fue ese bautismo de fuego?

Gervasio sonreía exaltado, nervioso. Hablaba compulsivamente del combate, de don Mario, del acústico, de las barreras, y finalmente apuntó al extremo que le desazonaba: aquellos dramáticos estampidos que dominaban el cañoneo, que hacían saltar las abrazaderas de los cables y la pintura de las mamparas y volar por los aires la gorra de don Mario, ¿qué podían ser si no eran bombas? Javier Medina le escuchaba socarrón, desde la altura de su edad y de su experiencia:

—Ésas son las torres, 377A.

—¿Las torres?

—Las salvas de las torres en tiro antiaéreo —la atención de Gervasio era tan concentrada que Javier Medina añadió en tono melodramático—: Para que te hagas una idea, la onda expansiva de los cuatro cañones disparando a la vez puede reventar a un hombre a cincuenta metros de distancia.

XVIII

Tras su bautismo de fuego, Gervasio volvió a cuestionarse, ahora bajo una luz diferente, el problema del signo. Aquella ofuscación mental, aquella sequedad de fauces, aquella mordedura en las entrañas que había sentido durante el combate, ¿serían síntomas de emoción, de nerviosidad o de miedo? Deploró la ausencia de tío Felipe Neri para consultarle y, en vista de ello, apeló a sus amigos, pero celoso de su intimidad, se inventó una persona interpuesta: Esparza, un asturiano del pañol de víveres. Según Esparza, en combate notaba ahogos, temblor de manos, la boca seca, y las vísceras bloqueadas, ¿a qué podían responder esos síntomas? ¿Serían manifestaciones de nerviosismo, de emoción o de miedo? Recostado en la batayola del sollado 3, Dámaso Valentín, tras un expresivo cabeceo, dijo, acariciándose la mella del diente con la punta de la lengua:

—Miedo no, marinero, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del pañol de víveres; nadie lo hubiera descrito mejor.

Gervasio quedó mohíno y perplejo, ya que si realmente los síntomas eran de miedo, ¿cómo concertarlos con el conato de repeluzno, indicio de intrepidez? Meses atrás, Peter había dicho un día en el Club que todo hombre con sensibilidad e imaginación sentía miedo alguna vez en la vida y que el valor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho esto tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Damasito: «Pánico; nadie lo hubiera descrito mejor». Mas, al atribuir a un hombre de paja sus propias sensaciones, Gervasio había omitido un dato esencial: el asomo de crispadura. En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que, pese a la ebullición capilar, sus reacciones en combate no correspondían a las de un valiente porque, en esa tesitura, no gozaba sumergiéndose en él y menos aún conduciéndolo a una situación límite. Tampoco deseaba atraer sobre sí toda la hostilidad del adversario; prefería compartirla. Por último, en el fragor de la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los aviones atacantes, sino, más modestamente, en que se marchasen.

Una tarde, cuatro días después del ataque aéreo, estando en el cine, se interrumpió la proyección de la película para insertar en su lugar un aviso instando a los tripulantes del crucero a reintegrarse a su unidad. Salieron de la sala alarmados. Grupos de marineros confluían en el muelle. Los más sobrios atendían a los más bebidos,

pero ninguno parecía mostrar preocupación:

—Eso ocurre cada lunes y cada martes, 377A —explicaba el flaco Santoña—: son cosas de la guerra.

—Pero ¿puede saberse a dónde vamos?

—Según Radio Bolina a la Pantellaria; yo no digo nada.

Ya en la mar, durante la primera guardia nocturna, Gervasio preguntó al cabo Pita por la Pantellaria:

—Es una isla, en el canal de Sicilia, más allá de Túnez. ¿Qué más quieres saber?

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Sicilia, cabo?

—Eso el mando lo sabrá, 377A. Supongo que habrá por medio alguna captura.

—¿Es que los barcos rojos suben hasta allí?

La mustia mirada azul del cabo Pita quedó como prendida de sus labios:

—¿Por qué dices *rojos*, 377A? Siempre dices *rojos*; esa palabra no se te cae de la boca.

—Pero son *rojos*, ¿no, cabo?

—Según lo que entiendas tú por *rojos*.

—Pues eso, *rojos*; comunistas, marxistas... ¿Es que no estamos en guerra contra ellos?

El rostro del cabo Pita permaneció impasible, aunque su expresión se ensombreció, cambió por completo. Ocurría a veces. El secreto estribaba en el azul de sus ojos, mudable como el del cielo y el mar. Su voz sonaba más aveniente cuando replicó:

—Comunistas, bueno. Del otro lado hay comunistas, pero eso no quiere decir que todos lo sean.

La luna reverberaba en el mar y su rebrillo formaba una gran aspa con la estela. El crucero navegaba con las luces apagadas, se deslizaba como una sombra furtiva y apenas la vibración de las máquinas dejaba en la superficie del mar un rastro de vida. Envuelto en el áspero capotón de bocamangas frailunas, acodado en la baranda, los prismáticos en los ojos, Gervasio bostezó en dos tiempos hasta casi descoyuntarse las quijadas. Sentía sueño. Siempre le sucedía en las guardias intermedias. Al margen de la prima y el alba, las guardias nocturnas, al partirle el descanso, le dejaban insatisfecho. «Dormir en dos cachos es jodido», apostillaba Damasito. Peter, en cambio, se amoldaba a la rotación de las guardias sin aspavientos. A Gervasio le conmovía la sonrisa de conformidad de su amigo cada vez que lo despertaba para el relevo en la alta noche. Bastaba tocarle en el hombro para que tirase de manta, se incorporase en el coy y se calzase las botas mientras preguntaba: «¿Alguna novedad? ¿Hace frío?». Concluía de vestirse y ascendía a cubierta por la escotilla de las cocinas después de sortear los petates colgados en silencio. El envés de

la moneda era Damasito unas horas más tarde: aferrado al embozo, gruñía, daba media vuelta, se resistía, juraba, y cuando Peter, al fin, conseguía que se levantase, su humor se daba a todos los diablos, despotricando como un energúmeno.

En el taburete metálico de estribor, Miodelo, como de costumbre, tocaba la armónica. Tocaba suavemente sin pretender imponer la música al rumor de las máquinas y al zumbido del ventilador. Lo hacía de oído, sin percatarse de sus facultades, como un niño que leyera sin tropezar un libro que no entendiese. El flaco Santoña restregaba su esqueleto contra el mamparo, buceaba con los prismáticos en su sector de 45 grados y decía: «Miodelo, tócate *El amor que me trajo el mar*». Y Miodelo, complaciente, armonizaba la historia de la infeliz muchacha repudiada por el marino que tenía un amor en cada puerto. Luego Santoña solicitaba *Chaparrita*, *El que engaña a una mujer* o *Quiéreme mi mulatona*, y la musiquita sonaba nostálgica en la oscuridad, y Gervasio evocaba a Manena Abad desde su rincón, lamentando que la niña no pudiese verle embuchado en aquel basto capote, oteando el mar con los prismáticos, velando su sueño. A veces, el cabo Pita, que aunque un poco ebrio solía escuchar la música complacido, fingía dejarse llevar por las responsabilidades del cargo:

—Miodelo, para quieta la flauta y vigila.

—Ya vigilo, cabo Pita.

—¿Vigilas tocando la flauta?

—Tengo dos manos, cabo Pita. Una para los prismáticos y otra para la flauta, como usted dice.

El cabo callaba, grave el semblante, su mirada azul perdida en las tinieblas, esperando el turno de peticiones de Gervasio. Era curiosa la pertinacia castrense del 377A: «Miodelo, *El novio de la muerte*»; «*Los voluntarios*, Miodelo»; «Miodelo, *Ardor guerrero*»; «¿Te importa tocar *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*?». El cabo Pita se impacientaba. Le medía de arriba abajo con sus ojos ausentes:

—¿Por qué pides siempre música militar, 377A?

—Me gusta, cabo. La música ligera no me dice nada.

El cabo Pita fruncía los hombros y afirmaba el cogote.

Miodelo soplaba sin dejarlo. Casado a los diecisiete años «por no dejar colgada una barriga», Miodelo tenía a su cargo, a los veintiuno, una mujer treintona, tres hijos y una tiendecita de comestibles en Betanzos. «¿No te asustan tres herederos a los veinte años, Miodelo?» «Chacho, para eso toco la armónica, para olvidarme de que los tengo.» El descarnado Santoña, engendrado por su padre a los setenta años, se guaseaba de todo, empezando por sí mismo; en ocasiones, aludiendo a su traslúcida delgadez, argumentaba: «Como soy hijo de abuelo parece como que me hubieran chupado las brujas». Otras veces se solazaba atribuyéndose virtudes que, como la prudencia, la templanza, la

paciencia, la serenidad y la experiencia, eran propias de seres provectos, achacándolo a los genes del viejo. La diaria relación a que forzaban las guardias, la vigilia compartida en la alta noche, mientras el barco dormía, invitaban a la confidencia, y aunque el cabo Pita, más avezado, callaba, Gervasio no se retraía. Hablaba y hablaba de su infancia y adolescencia con cierta sinceridad, omitiendo dos puntos cruciales: sus repeluznos y las ideas políticas de papá Telmo. El cabo Pita se interesaba por la personalidad y muerte de los tíos Norberto y Adrián, en tanto Santoña y Miodelo, hombres del pueblo habituados a hacerse las cosas por sí mismos, escuchaban boquiabiertos los relatos domésticos en los que a menudo participaban el chófer, la lavandera, el jardinero o las criadas de servicio:

—¡Jodo con el 377A! A la legua se ve que es gente fina —comentaba Santoña mientras Miodelo sacudía su dedo índice contra los otros apiñados en señal de admiración.

Pero, tan pronto el cabo Pita consultaba el reloj y decía: «Apura, 377A; son menos diez», Miodelo daba por concluidos tertulia y recital, soplaba los agujeros de la armónica, la restregaba contra el forro del capote y la guardaba, envuelta en el pañuelo, como amortajada, en el bolsillo de la faena.

Las reuniones privadas de Peter y Dámaso con Gervasio tenían lugar en el sollado 3, sobre el pañol de proa. La angostura del puesto H impedía cualquier conversación reservada, por lo que cada vez que deseaban hablar sin testigos se citaban allí, en la rinconera de taquillas, al pie de la de Dámaso Valentín. Estas charlas se habían hecho costumbre, de tal manera que Dámaso, cada vez que era requerido por alguno de sus amigos para una reunión, preguntaba con sorna: «¿Es que hay *controversia*?», con lo que las entrevistas en la rinconera de taquillas terminaron designándose así. Esa tarde, Peter, con su mesurada lucidez didáctica, justificaba los desplazamientos a la Pantellaria, que Dámaso objetaba:

—Es más fácil así. El bloqueo sólo es eficaz en los estrechos. La costa roja es demasiado extensa para nuestra pequeña escuadra.

Gervasio apuntó una sonrisa como si le hubiera cogido en falta:

—Has dicho *roja*.

—Claro. ¿Es que acaso está mal dicho?

—Al cabo Pita no le gusta.

—¿No le gusta a Pita que digamos *roja*?

—No.

—¿Cómo hay que decir, entonces?

—No lo sé; republicana, supongo.

La controversia estaba planteada. Dámaso compartía el punto de vista del cabo Pita:

—Rojos o no, ellos respetan la Constitución que han jurado. Los

rebeldes somos nosotros.

Peter, que aceptaba el razonamiento de Dámaso como punto de partida, argumentaba que la historia de la humanidad hubiese permanecido estancada sin rebeldes. A Gervasio le confundían las frases sonoras y alambicadas. Habituado a enjuiciar las cosas a ras de tierra, gustaba de echar mano de ejemplos domésticos. Había advertido que Pita coincidía con papá Telmo en un punto clave: llamaba Pronunciamiento a la Cruzada, lo que le llevó a la conclusión de que el cabo bien pudiera ser un rojo camuflado:

—Es un tipo raro. Le molesta que llamemos *rojos* a los rojos y durante las guardias fuma en el puesto.

—¿Fuma Pita en las guardias nocturnas?

—Siempre que sube bebido.

—¿Y por qué sabes que sube bebido?

—Huele. No hace falta que hable, basta con que respire.

A la noche siguiente, estando Peter de guardia, sonó la alarma. Los marineros, adormilados, tropezaban unos con otros, se agolpaban en escotillas y puertas estancas, pero, antes de que se difundiera la orden de cierre de portillas, cada cual ocupaba su puesto de combate. Conforme subía la escala de hierro, Gervasio oyó el ronroneo de un motor y dijo sin detenerse, abatiendo la cabeza hacia Dámaso, que le seguía:

—Aviones.

Arriba, en el sombrerete en tinieblas, bajo un firmamento estrellado, imperaba el desorden. El zumbido de los motores crecía y decrecía alternativamente, y en tanto el cabo Pita porfiaba que eran torpederas, Miodelo escrutaba el cielo con los prismáticos buscando a los aviones. Cada cual defendía su punto de vista a voces, incluso con acritud, hasta que don Mario accedió al puesto, resollando, e impuso silencio. El ronroneo era ubicuo, llegaba de todas partes, y Gervasio, acurrucado junto al acústico, experimentó la angustia de sentirse cercado. Un ramalazo en el colodrillo (no seguido, contrariamente a lo que era usual, de erizamiento capilar) fue la iniciación de un proceso de ahogo, desecación de fauces, bloqueo de glándulas y vacío en el vientre. Cruzó los brazos sobre el estómago preservándolo y levantó los ojos hacia don Mario, implorante, como si únicamente él, como Cristo en el lago Tiberíades, pudiese salvarles de las aguas. Pero el comandante vacilaba, no tomaba decisiones, se limitaba a ordenar que intensificasen la vigilancia. La voz altisonante, hueca, de Javier Medina, desde su nido de apuntador, lo sobresaltó:

—¡Son aviones, don Mario! ¡Los tenemos en la vertical!

En efecto, el bramido de los motores parecía provenir ahora de lo alto y Gervasio, que ante la orden de don Mario se había puesto en pie, se acodó en el antepecho y levantó los prismáticos hacia el cielo,

justo en el momento en que Miodelo, tras él, que escudriñaba el mar, rectificaba:

—¡Son lanchas rápidas, don Mario! ¡Blanco visto! ¡Sesenta y cinco grados a estribor!

Don Mario ordenó a la tripulación ocupar sus puestos y a Peter comunicar al puente la novedad, pero, en el momento de conectar con el puesto A, una luz repentina, blanca, cegadora, destelló en el cielo oscuro, se cernió unos instantes sobre el crucero, y fue descendiendo gradualmente, iluminándolo como si fuese de día, con una lívida claridad de relámpago. Se aceleró el latido de las calderas, vibraron los mamparos y el crucero inició la virada. Tres nuevas bengalas, cuya intensidad luminosa acrecía con el descenso, se abrieron como flores sobre ellos, al tiempo que un proyector, que aparentaba surgir de las profundidades del mar, recorrió el costado del crucero de proa a popa. Repicó, en corta ráfaga, una de las ametralladoras del *espardek*. Don Mario repitió nerviosamente:

—Todos a sus puestos.

Gervasio, encogido junto al acústico, cerró los ojos y entreabrió los labios en espera de una explosión, pero ésta no se produjo. Fue, en cambio, el vagido iterativo del teléfono del puesto A lo que se oyó:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¡Atención! Navegamos en aguas jurisdiccionales de Malta. Aviones y lanchas rápidas británicos. Absténganse de cualquier acción.

—Enterado.

Al instante se encendieron las luces de situación del crucero y, como si mediase un acuerdo, las tres lanchas torpederas, que merodeaban en torno suyo, se iluminaron también. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, la manta sobre la camiseta, se levantó el casco y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano:

—Les faltará tiempo a los cabrones para dar el soplo —dijo.

El zumbido de los motores iba quedando atrás y el crucero, apagadas de nuevo las luces de posición, se sumió en las tinieblas. Horas después, durante la guardia de alba, el cabo Pita sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el muchacho, estando de vigilancia, daba una cabezada. El sueño a esas horas era tan pegajoso que algunos compañeros, como el Escorbuto o el Rubio Colino, se jactaban de dormir de pie, con los prismáticos en los ojos, sin necesidad de puntos de apoyo. El incidente con los ingleses había desvelado a Gervasio, quien juraría que acababa de dormirse cuando la mano del Cativo le sacudió el hombro:

—La hora, 377A. Apura.

Se levantó azorado, medio sonámbulo, y momentos después, en el puesto, envuelto en el áspero capotón, arrullado por el rumor de las

máquinas, acodado en el mamparo, se cubrió los ojos con los prismáticos y se quedó dormido. Nunca sabría las veces que el cabo Pita había agitado su mano detrás de las lentes para comprobar su ausencia pero, una vez despierto, consciente del alcance de su falta, se incorporó silencioso a su lado, dejándose resbalar del taburete hasta el suelo:

—Lo siento, cabo, me quedé dormido —dijo—: no lo pude remediar.

El cielo empezaba a clarear por babor, espantando las tinieblas. La cogotuda cabeza del cabo Pita se movió reprobadora de un lado a otro:

—Esto es grave, 377A —dijo—. Mil marineros duermen a bordo confiados en una docena que vigilan. Pero si éstos fallan, todo puede irse al traste en un momento. Procura que no vuelva a suceder.

En la incipiente alborada teñida de rojo, Gervasio le miraba compungido, esperando que añadiera alguna cosa (que daría parte o que no daría parte, que por ser la primera vez lo disculpaba o que aquello quedaría entre los dos), pero el cabo Pita no dijo más, se limitó a volverle la espalda y a encararse los prismáticos como recordándole cuál era su obligación.

Al salir de guardia, en la cola del desayuno, ante las cocinas, con el pote en la mano, Gervasio buscó a Peter para informarle de la novedad. Estaba asustado; su falta era grave. Incluso no descartaba la formación de un consejo de guerra. Peter lo tranquilizó. En estos trances, Peter era único. Para él, Pita, a pesar de su comportamiento ambiguo, no era un soplón, nunca daría parte de un subordinado sin antes advertírselo. Mas, al margen de lo que pudiera hacer Pita, su descuido era imperdonable. Había traicionado la confianza depositada en él, poniendo el crucero en peligro. Gervasio asentía dócilmente, mudo; comprendía que no sería sancionado por su falta pero, en cambio, su imagen se había deteriorado un poco más ante los ojos de su amigo.

A mediodía tropezaron con el carguero, en principio un punto oscuro empenachado de humo en el horizonte y, más tarde, colocados a su altura, un mercante negro, desportillado, de alta borda, los fondos miniados de un rojo sucio, deslucido. Saludó, arriando e izando la bandera griega en la popa (bajo la cual, en caracteres blancos, muy separados, figuraba su nombre: *Dilos*), pero el crucero no respondió, viró en redondo y pareó su andadura a la suya. La mar, bruñida y azul, se ondulaba entre las dos embarcaciones, tan próximas que, sin necesidad de prismáticos, Gervasio podía distinguir a un perrito negro correteando por la toldilla del mercante griego. Centelleó el heliógrafo en el puente, dándole el alto, pero el *Dilos* no se detuvo, antes bien aceleró la marcha como si nada de todo aquel juego fuese con él. El

puente repitió la orden pero el carguero, sordo y ciego, viró todo a babor, poniendo agua por medio. La detonación del cañoncito de avisos sorprendió a Gervasio en el *espardek*. Un pique de espuma floreció ante la proa del barco griego y, bruscamente, el humo negro de su chimenea se espesó al detenerse. Gervasio no ocultaba su sorpresa:

—¿Y por qué razón tiene que ser ése y no otro?

Javier Medina, el pelo ensortijado al aire, sonreía con suficiencia:

—Un soplo, 377A. En estos asuntos funciona el espionaje. Antes de zarpar, ten por seguro que ya se sabía ahí —señalaba con el dedo índice el puente de mando, detrás de la chimenea— el desplazamiento del barco, la cuartelada, el color, y hasta el nombre con que iba a ser rebautizado.

Y explicaba, accionando vivamente, que estos barcos piratas solían levar anclas con el nombre original en la popa y a unas millas del puerto, lejos de miradas indiscretas, un par de marineros, desde una guindola, lo cambiaban por otro, de ordinario en la lengua de un país que nada tuviera que ver con el conflicto. Y remataba, con buen humor, la explicación:

—Los nombres turcos y griegos son los preferidos de los rusos.

La pluma puso a flote un bote en el portalón de estribor, donde embarcó la dotación de presa. Por el costado del carguero se lanzó una escala de viento para efectuar el intercambio de tripulaciones. Los marineros del *Dilos*, desde el bote, las manos en los bolsillos de sus tabardos azules, miraban indiferentes (ni sorprendidos ni atemorizados) a sus captores apiñados en la borda. Después de ser conducidos por un piquete hasta la cámara de oficiales, bajo el puente, el mando dio unas instrucciones al mercante por el heliógrafo y ambos barcos reanudaron la marcha.

El *Dilos*, empopado, navegaba lentamente, de forma que su cancerbero, de cuando en cuando, se adelantaba unas millas para retornar a su encuentro. En el crucero, tras diez días de navegación, se celebraba el regreso a tierra, se hacían proyectos para la primera salida. En el puesto H, el Escorbuto y el Cativo, que habían subido del mayordomo ligeramente embriagados, resumían a voces su plan y hablaban, entre risotadas, de mujeres. Sus aspiraciones eran muy concretas: pasar la tarde en casa de la Cubana. En actitud fachendosa, desdeñaban los planes ajenos e instaban a todos a acompañarlos. De ahí que la aparición del minador *Vulcano*, la delegación de la custodia del *Dilos* por parte del crucero y su virada en redondo, aproando de nuevo al este, motivara una agria decepción:

—Manda cojones; a la Pantellaria otra vez.

—¿Quién lo ha dicho?

—El rumbo lo dice, 377A. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Fermín Linaje, el Escorbuto, lanzó un juramento, y Javier Medina aprovechó la circunstancia para aventurar, en tono festivo, que «no veía claro el futuro de la nueva España si, como parecía evidente, el único móvil de la juventud eran las putas». Lastimado en su personal filosofía, el Escorbuto respondió con un discurso, recalentado por el alcohol, según el cual, a partir de los trece años la mujer era necesaria, la masturbación degenerativa y el tono del hombre había que buscarlo en la secreción del testículo. Gervasio le escuchaba con una media sonrisa de complacencia. Las ideas y el tono de voz del Escorbuto le llevaban a evocar a papá Telmo con un regosto de ternura:

—Es como oír a mi padre —dijo.

—Chacho, ¿es que tu padre habla de mujeres contigo?

—No se trata de eso. Mi padre no habla de mujeres. Habla del sol y de la luz pero en el mismo tono que tú empleas para hablar de los testículos.

La manifestación de Gervasio fortaleció la posición del Escorbuto, quien acusó a la medicina galénica de tolerar la masturbación y minimizar el acto carnal. Se volvió hacia Gervasio y le preguntó por el juicio de su padre al respecto y, al responder éste que lo ignoraba, su interlocutor desvió la cuestión hacia él (¿Qué pensaba el 377A de la masturbación y el acto carnal? ¿Qué pensaba en general de las mujeres?). Ante su acoso, Gervasio flaqueaba, pero tanto insistió el otro que terminó por admitir que era virgen, si bien, achicado antes que por serlo por el hecho de verse obligado a reconocerlo ante la audiencia del puesto H, rectificó vagamente:

—En realidad, hace muchos años tuve una aventura con una criada.

—¿Te la beneficiaste?

Le faltó valor para asentir o negar, para determinar su edad en aquel tiempo. El Escorbuto interpretó como aquiescente su silencio:

—¿Y no has estado con una mujer desde entonces?

—No.

—En cuanto regresemos a tierra yo te presentaré una. No quedarás descontento.

La mar se rizó a última hora y al ponerse el sol refrescó. El crucero, baqueteado por el mistral (que ponía crestas blancas en las olas), fue perdiendo estabilidad, pero Gervasio se mantenía sereno al aire libre. Durmió en el puesto, y al día siguiente avistaron al *Berezina*, una motonave de ciento cincuenta metros de eslora. Obedeció la orden de detenerse y el intercambio de dotaciones se efectuó sin novedad. La captura (seguida, como de costumbre, por la marinería desde cubierta y los altillos de la obra muerta) reservaba, sin embargo, esta vez, una sorpresa: entre los tripulantes de la motonave figuraba

una mujer: una muchacha rubia, frágil, en pantalones, que saltó al portalón con desenvoltura y desfiló desenfadadamente por la calle que abría bulliciosa la marinería. Gervasio, que oteaba con los prismáticos desde el *espardek*, descubrió al cabo Pita en primera fila, destocado, nervioso. Se había cuadrado y, conforme se aproximaba la mujer, hizo una imperceptible reverencia, pero su homenaje, sin duda mal interpretado, indujo a la muchacha a volver la cabeza y sacarle la lengua. Una sonora rechifla acogió su gesto y fue incrementándose hasta que su grácil figura desapareció por la escotilla de proa. Al descender del *espardek*, Gervasio encontró la cubierta conmocionada (chanzas, voces, soeces golpes de ingenio). Buscó a Peter entre los corros y tomándole del brazo le apartó de la aglomeración. Su amigo le miraba sorprendido:

—¿Es que hay controversia?

—Déjate de controversias ahora.

—¿Qué pasa, entonces?

—El cabo... ¿Es que no lo viste? Hizo una reverencia a la rusa y ella se volvió y le sacó la lengua. ¿No has oído los silbidos?

—¿El cabo? ¿Qué cabo?

—Pita. ¿En qué estás pensando?

—¿Una reverencia? ¡Ya sería una broma!

—Déjate de bromas. Te digo que este tipo no es de fiar.

Rumbo a la base, el viento arreció, convirtió la marejadilla en marejada y, horas después, la marejada en un bronco, arremolinado mar de fondo. La mar se abría en profundas hoyas y la proa cabeceaba, sumergiéndose y levantándose alternativamente. El cuchareo, tan empecinado como en el Atlántico, terminó desarbolando la resistencia de Gervasio, derrumbado sobre un capote como un pordiosero (dos manzanas en el abisinio) al abrigo de las balsas del *espardek*. Volvía a reflexionar sobre el error de haberse enrolado, y cuando, al anochecer, el Escorbuto se detuvo a su lado y le dijo jovialmente que al día siguiente la Cubana le quitaría el mareo, cerró los ojos humillado, porque en su situación, las baladronadas del Escorbuto y la idea de la Cubana carecían de sentido, ya que su único deseo en esos momentos era morirse.

XIX

Flojo y desarmado, Gervasio se incorporó. Se cubrió la pelvis con la lanilla que descansaba en la descalzadora, junto al bidé, y se ocultó tras el canapé para vestirse. Había amagado inútilmente con la Cubana, y ahora, al verla desnuda sobre el lecho, un pico de la colcha sobre su vientre, devorando un cigarrillo, se reavivaron sus torpes evocaciones. En otra escala, todo había sido un trasunto de la cabalgada con la Amalia en el trastero de palacio diez años atrás: la brusca inapetencia sexual; los nerviosos apremios, luego; la desconfianza y el miedo, después:

—Es virgo, Cubana; trátale bien —había una sonrisa competente en los abultados labios del Escorbuto al darle la alternativa.

—¿Es que alguna vez ha tratado mal a alguien la Cubana?

Gervasio sonreía conciliador, pero al recogerse en la alcoba su ánimo desfalleció y, en lugar de deseo de la muchacha, le sobrevino una suerte de repulsión y desprecio de sí mismo. Y una vez que la chica se desprendió de la bata y exhibió sus negras axilas, su pálida carne atormentada, sus senos vencidos, el ralo vello del pubis, su imaginación claudicó: tendido junto a ella, confundidos sus cuerpos sudorosos, renació el recuerdo de la Amalia, sus espasmos, su fiebre erótica, su lenguaje soez, tan vívido y cutre que su agresividad sexual se esfumó, constató que su carne se resumía y que la inminencia de la muchacha desnuda, lejos de encelarle, le deprimía. No se resignó inmediatamente, sin embargo. Sabedor de que el Escorbuto y el Cativo aguardaban en el salón (en los momentos de euforia que siguieron a la arribada, repuesto del mareo, Gervasio había prometido celebrarlo) se esforzó una y otra vez por encender su virilidad. Finalmente desistió y quedó inmóvil, derrotado. Ella no cambió de postura cuando el muchacho se levantó, mas al verlo vestido a los pies de la cama aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla y se incorporó con desgana, la bata azul sobre los hombros. No se mostró dolida ni desairada. Gervasio, acongojado, pugnaba por contener las lágrimas. Su único deseo era verse lejos de allí:

—¿Cuánto te debo?

—Dame dos duros; no has hecho nada.

Sacó el billetero y tímidamente le entregó tres:

—¿Quieres hacerme un favor? —añadió—. No le vayas a mis amigos con el cuento. Sería el hazmerreír del puesto.

—Descuida. Lo que ocurre aquí arriba es secreto profesional —el tono de voz de la Cubana era aburrido, complaciente.

Alentado por su promesa, Gervasio hombreó, bebió, cantó y bailó, hasta que los perfiles de las cosas empezaron a difuminarse y la habitación a darle vueltas. Entre baile y baile, el Cativo le guiñaba un ojo y se reía. La Cubana, al entrar en el salón y verse abordada por Fermín Linaje, había dicho fingiendo un entusiasmo que no sen-tía: «Tu amiguito cumplió; ya es un hombre». Y el Escorbuto rompió a aplaudir agitando muy deprisa sus breves antebrazos. Dos horas más tarde, en el lanchón de francos, Peter, víctima de unos tardíos celos adolescentes, le había echado en cara su debilidad:

—¿Qué tienes tú que ver con el Escorbuto? ¿Por qué le dejas que te mangonee?

La escuadra amaneció calentando calderas. Las chimeneas de las unidades humeaban tenuemente en la queda mañana azul. Radio Bolina emitía rumores contradictorios, aunque todos ellos relacionados con la llegada de las tropas nacionales a Vinaroz y la división en dos sectores de la zona republicana: la flota trataría de impedir la evacuación de dos regimientos copados en El Puntal; la flota se disponía a prestar apoyo artillero a las fuerzas que avanzaban sobre Cataluña; la flota iba a minar los puertos próximos a los frentes de operaciones... Empero, hasta la madrugada siguiente, una hora antes de rayar el alba, la escuadra no se hizo a la mar, en cabeza los cruceros, flanqueados por los viejos destructores de carbón; a popa, minadores y cañoneras. Al subir de guardia, Gervasio encontró a Peter en el *espardek*, los ojos brillantes, ilusionados:

—¿Sabes ya dónde vamos?

Gervasio denegó con la cabeza:

—A las Columbretes. Un desembarco. El *Vulcano* lleva tres unidades de Infantería de Marina.

—¿Son islas las Columbretes?

—Bueno, unos islotes de nada, pero, estratégicamente, a cuarenta millas de Castellón, tienen su importancia.

La geografía menuda, ajena a los manuales de bachillerato, iba haciéndosele familiar a Gervasio. En su cerebro coexistían la amplia geografía escolar y la cominera geografía bélica: La Pantellaria, la Grosa, Alborán, las Chafarinas, y, de pronto, todo un archipiélago del que nunca había oído hablar: las Columbretes.

Una atmósfera nítida acompañaba a la singladura. Pequeños bancos de toninas, desgajados de un marjal próximo, brincaban al sol, centelleantes y escurridizas. En la cubierta, batida por una brisa delicuescente, se congregaba la marinería, charlando en corros. Los destructores de carbón, humeando arrogantes, se anticipaban a los cruceros. Y en lontananza, entre la débil calima, emergían las siluetas

enterizas de unos peñascos, recortándose sobre la difusa línea azul de la costa. Javier Medina, prismáticos al cuello, instruía a Peter en el *espardek*:

—La mayor es la Columbrete Grande. Detrás está la Ferrera y, a babor, la Horadada, a simple vista verás el agujero. Un poco a la izquierda, emparejadas, están la Churruca y la Bergantín.

Peter asentía, inquiría pormenores y solicitaba de Javier Medina una carta náutica (desconocía el archipiélago y, después de la operación, le agradaría incorporar la carta con el relato del desembarco a su archivo naval). Javier prometió dársela. Desde el primer día había visto en Peter un alumno aventajado y se había erigido en su mentor.

Desde el sombrerete del puesto, rodeado por sus compañeros, después de escuchar el toque de zafarrancho, Gervasio graduaba los prismáticos, los enfocaba hacia el objetivo que, a medida que se adentraban en aguas someras, iba adquiriendo volumen y color. Los destructores, en navegación antisubmarina, cortaban en zigzags las estelas de los cruceros, que en unión del minador *Vulcano* se aproximaban a la Columbrete Grande, donde albeaba la tosca arquitectura del faro, las blancas casitas molineras al pie (de las cuales, apenas una, con humo en la chimenea y cortinas en las ventanas, parecía habitada) y la barda enjalbegada prolongando la línea de edificaciones. El crucero, al abrigo de la isla, aproaba al minúsculo grao donde una alarmada bandada de gaviotas levantó el vuelo ante su presencia para abatirse del otro lado de la roca. A bordo reinaba la tranquilidad propia de un ejercicio de tiro. El puesto A había circulado la orden de tomar el faro como blanco y, asomado al antepecho, Gervasio observaba el sincronizado giro de las torres, los antiaéreos de estribor en posición de tiro de superficie, la toma de puntería por parte del *Vulcano* y el resto de los cruceros. Producía una impresión patética aquella islilla indefensa tan sañudamente encañonada. Dámaso Valentín, que seguía divertido aquel inusitado despliegue de fuerzas, se volvió hacia él y dijo en tono burlón:

—No iremos a fusilar a la isla, ¿verdad?

Parpadeó el heliógrafo del *Canarias* sin obtener respuesta. Insistió, dos veces más, en vano. Inopinadamente, tronó el cañoncito de avisos y el bando de gaviotas revoló chillando, tomó altura y arrumbó hacia la isla Ferrera. La Columbrete Grande continuaba muda. Una ráfaga de ametralladora pespunteó el risco donde los edificios se asentaban y, entonces, dos figuras enjutas salieron de la casa, se detuvieron en el tozal y entre las dos agitaron nerviosamente una sábana blanca. El cabo Tubío, al telémetro, advirtió con su augusta voz clerical:

—Son dos ancianos, don Mario.

Damasito rompió a reír tras él, acariciándose la mella del diente

con la lengua:

—¿Por qué no les declaramos la guerra? —bromeó a media voz.

En un principio, Gervasio se sintió abochornado. Aquellas poderosas baterías prestas a abrir fuego sobre dos viejecitos desvalidos se le antojaba un alarde innecesario. Pero cuando volvió sus ojos hacia el *Vulcano* y divisó al destacamento de Infantería de Marina, las bayonetas caladas, formado en el combés, le invadió una febril excitación. Los infantes, en perfecta formación, embarcándose en el bote y aproando al grao, le llevaban a evocar escenas de alguna novela leída en su niñez. A simple vista distinguía los uniformes azulgrana, en fila india, ascendiendo por la trocha y a los dos ancianos, inmóviles en el teso, salir a su encuentro. El capitán charló con ellos unos momentos, se volvió luego hacia el sargento que le acompañaba y éste entró en el faro, salió al balcón e izó en el mástil una bandera rojigualda. En ese instante, las dotaciones de los barcos se cuadraron, mientras el cañoncito de avisos del buque insignia rendía honores a la enseña disparando las veintiuna salvas de ordenanza. Algo cálido se derritió en el pecho de Gervasio, los pelos de las templas se avivaron, pero el contundente palmetazo de Dámaso en su espalda le hizo reaccionar:

—Me gustan estas guerras, marinero. ¿Qué te parece? ¿Has visto cómo se conquista un archipiélago?

Durante las últimas semanas se había activado en Gervasio su facultad congénita para transmutar la realidad, para convertir en gestas los sucesos más triviales, para magnificar la más pura inanidad. Inspirado por su fantasía, la operación Columbretes (islas cuya existencia también ignoraba el tío Felipe Neri) había sido un desembarco florido. En su carta habló, sin mentir, de estrategia previa (navegación antisubmarina, preparación artillera), subsiguiente ametrallamiento, desembarco a bayoneta calada, ocupación de la isla, y, como feliz colofón, «el instante embriagador en que la enseña patria fue izada en la capital del archipiélago, acompañada por las veintiuna salvas de ordenanza». Al relatar la emotiva ceremonia, a Gervasio se le fue la pluma: «En ese grandioso momento, tío, se me vino a las mientes la estampa de los viejos conquistadores tomando posesión de tierras de infieles en nombre de Su Majestad, el Rey de las Españas».

A Gervasio le iba ganando la fiebre de la literatura. Gustaba de hincharse, como un pavo real, trasudar sus emociones. La vaga intuición de que aquellas cartas pudieran servir un día de apoyo para delinear su perfil de héroe le ponía en cuidado, le obligaba a vigilarse, a medir sus expresiones. Tío Felipe Neri le contestaba a vuelta de correo cartas soflameras desbordadas de ardor patriótico, inevitablemente encabezadas con el consabido presupuesto filosófico «¿Quién como Dios?»: «Gracias a vuestro heroico sacrificio, la Patria

empieza a renacer», decía. Eran misivas cálidas, gratificadoras, pero que Gervasio hubiera preferido leer en la letra picuda, enérgica y nerviosa de Manena Abad. La niña del pelo mechado, a quien él enaltecía en el recuerdo, proseguía, sin embargo, atribuyendo un alcance deportivo a su empeño histórico: «Vivir en el mar, ¡Dios mío!, mi sueño de toda la vida». Gervasio refunfuñaba, desaprobando el frívolo juicio de la muchacha. Empero, de regreso a la base, tras la tartarinesca operación, se olvidó de la niña y de sus juicios ante la desoladora carta de mamá Zita. Eduardo Custodio no se recuperaba. La terrible infección prácticamente le había dejado sin vista, apenas distinguía el día de la noche. Aprendía a leer en el sistema Braille, para los ciegos. Acerca de su estado de espíritu nada podía decirle puesto que Eduardo se había cerrado a cualquier intromisión. Mamá Zita concluía su carta exhortándole a pedir por él. «Me da miedo ese chico —escribía—. ¿Qué ideas bullen dentro de su desgraciada cabeza?» Estas últimas frases, que gratuitamente relacionó con su frustrada escaramuza con la Cubana, sumieron a Gervasio en una erosiva crisis religiosa. Tenía que rezar por él. Pero ¿estaba su conciencia en condiciones de rezar por nadie? ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la iglesia, que no comulgaba? ¿Resultaba coherente que mientras su amigo perdía la vista él pasara la tarde en un burdel? ¿Era propio de un cruzado semejante comportamiento? Apeló a su soledad, a la debilidad humana, a la flaqueza de la carne, para justificarse, mas, en cualquier caso, ¿era consecuente que las huestes de Cristo Rey viviesen en pecado, peleasen en pecado, muriesen en pecado? ¿Sabía, siquiera, si Tato Delgado había muerto en gracia? ¿Y el resto de los caídos del *Baleares*? ¿Apreciaría, quizá, el Señor contrición en su sacrificio y los salvaría? ¿Por qué razón las palabras de los cruzados de la Cruzada iban por un lado y su conducta por otro? Y si su comportamiento era fementido, desleal con los principios, ¿en qué se diferenciaban los cruzados de los rojos?

Hasta que decidió confesarse pasó unos días de religiosa inestabilidad. A Dámaso Valentín le sorprendió su resolución:

—No me digas que vas a matar la tarde en una iglesia, marinero.

Había una enfática arrogancia en la respuesta de Gervasio:

—¿Por qué luchamos, entonces?

Se metió en la Catedral a las cinco de la tarde y pasó dos horas sentado en un banco, bajo la luz versicolor de los vitrales, repitiendo puerilmente: «Señor, que vea Eduardo; que mi amigo no se quede ciego». Al cabo de una hora, en un arrebato místico, Gervasio planteó al Señor un curioso trueque: la vista de su ojo izquierdo por la del ojo derecho de su amigo Eduardo Custodio. Tentado estuvo de ofrecer los dos, pero le faltó coraje, receloso de que el Señor le tomara por la palabra, aunque para acallar los reproches de su conciencia se dijo

que tampoco era equitativo que Eduardo recuperase la vista de los dos ojos (sin miopía, además) mientras él se quedaba ciego para el resto de sus días. Pese a lo condicionado de su propuesta, le emocionó su propio desprendimiento, se sintió excelso, parejo a San Martín que, en una jornada inclemente, entregaba a un necesitado la mitad de su capa. Estaba seguro de que la filantropía, el sentimiento de solidaridad de Peter, jamás llegaría a tanto. Desprenderse de un ojo le supondría la renuncia a la Escuela Naval y esto no lo haría Peter ni por Eduardo Custodio ni por nadie. Tales fantasías caritativas, como antaño sus lucubraciones épicas, le realzaban ante sus ojos, le movían a sentirse superior al resto de los humanos.

Las inmensas naves desiertas, preservadas del ajetreo urbano por sus anchos muros de piedra sillar, ayudaban a Gervasio a concentrarse. Primero dispuso mentalmente sus pecados por orden alfabético: Cubana, Dios, Papá Telmo (su inhibición, su distanciamiento respecto a él) mas, a renglón seguido, decidió clasificarlos con arreglo a los Mandamientos: decía amar a Dios sobre todas las cosas, pero más que a Él amaba a Manena Abad y cuanto mayores eran sus desdenes, más la amaba. Decía santificar las fiestas, pero más de dos domingos y de tres se había quedado tumbado al sol en el *espardek*, junto al Escorbuto, en lugar de asistir a la misa que el pater rezaba a las once, en el sollado 4. Decía honrar padre y madre, pero, en el mejor de los casos, únicamente honraba a esta última; a papá Telmo lo menospreciaba, se avergonzaba de él, odiaba sus convicciones, le juzgaba un mal patriota y desdeñaba sus consejos. Decía no fornicar pero lo había pretendido con la Cubana y el malogro de su acción le había abochornado. El arreglo de cuentas con su conciencia le infundía un mullido bienestar, aunque una voz interior le decía que, pese a su misticismo circunstancial, las cosas no cambiarían demasiado en el futuro. Sonó un portazo lejano y, a la derecha del altar mayor, apareció un cura consumido, de pasos arrastrados y seniles, y se confesó con él, a voces, gesticulando, para obviar su sordera. Y el domingo siguiente, nuevamente en la mar, comulgó en la misa de a bordo junto a cuatro docenas de compañeros. Al retirarse, en lugar de dar gracias a Dios y pedirle por su amigo ciego, estuvo echando cuentas, estableciendo proporciones. Si los comulgantes eran cincuenta entre 1.200, la conclusión no podía resultar más desoladora: el navío apenas albergaba un cuatro por ciento de cruzados, luego aquella guerra tenía que ser necesariamente algo diferente de lo que decía tío Felipe Neri. A última hora logró concentrarse y, mecido por una mar rizada pero no bronca, ofreció la Eucaristía por su amigo Eduardo Custodio (sin aludir al cambio de ojos) y por papá Telmo, no por su seguridad, sino una vez más para que se convirtiera.

«Revestido del hombre nuevo» ascendió al *espardek*, comprensivo, abnegado, solidario, altruista, generoso y proclive al perdón. En la ametralladora de babor encontró a Luis Naveira, el Cativo, paisano del cabo Pita, y se dirigió a él sin ambajes. ¿Qué le había sucedido al cabo? ¿Cuáles eran los motivos de su tristeza, su hurañía, su amargura, su melancolía? El Cativo lo miraba con sus rubias pupilas candorosas, haciendo chascar ruidosamente las articulaciones de sus dedos: «A mí no me preguntes, 377A. Yo no sé nada». Gervasio insistía e insistía y el Cativo se replegaba: «Mira, 377A, cada uno es cada uno. A mí no me gusta entrometerme en la vida de los demás». Pero Gervasio, en su beatitud, en su anhelo de darse al prójimo, perseveraba: ¿Y la solidaridad? ¿Y el compañerismo? ¿Y la ayuda mutua? ¿Por qué peleamos aquí si no es para auxiliarnos los unos a los otros? Al fin, el Cativo, con su rostro infantil, de imberbes mofletes encendidos, dejó caer que la desgracia del cabo Pita era irremediable. Su único hermano, Máximo Pita, padre de siete criaturas, había sido asesinado en el pueblo a poco de empezar la guerra. Pero Gervasio, a quien la información se le hacía insuficiente, le cercó, le acosó, le encareció, mas el Cativo guardó silencio, no sabía más, lo dicho se lo había oído contar a su padre, puesto que él no estaba en el pueblo cuando sucedieron los hechos.

Durante la guardia de tarde, el crucero alcanzó el litoral recién conquistado, cerca de Vinaroz, e interceptó un barco francés de pequeño tonelaje, el *Balbec*, que huía rumbo norte con refugiados. Dos horas después, encomendó la custodia de la presa al mercante artillado *Mar Negro*, viró en redondo y navegó paralelo a la costa, tan próximo que los soldados y marineros intercambiaban saludos con gorros y pañuelos. Al anochecer, tres Martin Bomber dejaron caer sus bombas sobre ellos. Volaban tan altos (a más de 3.000 metros) que, a pesar de irrumpir por sorpresa, no lograron hacer blanco. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, con sus cejas incógnitas, había dirigido el tiro de barreras y Gervasio, arqueado sobre el acústico, seca la boca, encogido el estómago, el vientre mohíno, atemperado su miedo por el convencimiento de que, en el peor de los casos, sería capaz de ganar la costa a nado (donde los soldados que vivaqueaban en las playas le recibirían en olor de multitud), ordenó con voz henchida: «¡Fuego, fuego, fuego!», hasta enronquecer y, a la noche, en la segunda guardia, cansado, el cielo abierto, la mar en calma, la conciencia limpia y el ánimo templado, se quedó profundamente dormido por segunda vez. Al despertar, entre las sombras, divisó la cogotuda silueta del cabo Pita a su lado, envuelto en el frailuno capotón, tapando con la mano los cristales externos de los prismáticos. Se encogió sobre sí mismo desfondado y, al igual que la primera vez, dejó deslizar su trasero por el taburete de hierro hasta quedar de pie,

avergonzado y confuso, junto al cabo Pita:

—A qué viniste a la guerra, 377A. ¿A dormir?

—A pelear, cabo Pita. Me alisté voluntario para luchar por España.

—¿Es que los castellanos lucháis por España con los ojos cerrados?

Guardó silencio; se sentía acorralado, la cabeza hueca. Miodelo tocaba *Carrasclás* en la otra banda mientras el flaco Santoña vigilaba el cachete. El cabo Pita le miraba de arriba abajo, aguardando una respuesta. Gervasio resolvió cerrar los ojos y jugarse el todo por el todo:

—No dará parte por escrito, ¿verdad, cabo?

—Yo no doy partes por escrito, 377A, entérate de una vez; yo no soy de ésos. Pero eso no justifica que tú abuses de mi buena disposición.

Tras la comunión de la víspera, la magnanimidad del cabo Pita acabó de reblandecerle el corazón; se sintió tierno, cirineo, audaz. Y cuando le dijo de sopetón al cabo que conocía el tormento de su hermano y lo deploraba, los ojos de Pita, dos manchas oscuras en la penumbra, brillaron estupefactos un momento, pero no acertó a responder. Entonces Gervasio, súbitamente confidencial, le habló con pasión de aquello que, desde que comenzó la guerra, celaba como una vergüenza: la prisión de papá Telmo. Papá Telmo republicano, inconformista, desclasado, encerrado desde los primeros días del Alzamiento en la Plaza de Toros de su ciudad. Se sorprendió hablando de su padre con calor, con un trasfondo de entusiasmo, con afecto. Entre papá Telmo y Pita, el muchacho establecía un punto de afinidad. Y el cabo le escuchaba confuso, sin saber qué partido tomar. Por primera vez, dentro del clima de incomprensión habitual, Gervasio aireaba la conducta civil de su padre con orgullo, persuadido de que era juzgada a la luz de otros principios. Al fin había hallado, entre su círculo de amigos y conocidos, uno capaz de valorar la actitud de papá Telmo. Y, de pronto, se le hizo claro que ningún hombre debe cohibir la libertad de pensar de otro hombre, pero un prurito de ecuanimidad le movió a narrar la muerte de tío Fadrique, asesinado con otros diez correligionarios en el Cerro de los Ángeles, al pie del Cristo («un miliciano exclamó: "Muerto Dios, nada pintan aquí los monaguillos". Les colocaron frente al pedestal y les pegaron cuatro tiros, ¿qué le parece, cabo Pita?»). El cabo, desconcertado, se bajó la capucha del capote, como si le estorbase, o le diera calor, o le impidiese oír, y comenzó a hablar, primero entrecortadamente, luego con aplomo y convicción, incluso con ardor: también *los otros*, en la aldea, habían obligado a su hermano Máximo a hacer el camino del Cristo, el Vía Crucis alrededor de la ermita y, en cada estación, le golpeaban sin

duelo, de tal modo que cuando llegó a la última no hubo necesidad de crucificarlo, porque tenía el cráneo fracturado y estaba muerto. Temblaba el cabo Pita, aferrado al antepecho del mamparo, bajo las estrellas, y añadió desanudando la voz:

—Por eso yo creo que una cosa es mentar a Cristo y otra distinta creer en Él. Porque lo que Cristo predicaba era que nos amásemos los unos a los otros.

Gervasio se vio arrinconado, sin salida, pero, proclive a la fraternidad como se sentía esta noche, dijo con una punta de voz:

—Es la guerra, cabo.

—Ya lo sé que es la guerra, 377A, pero ¿quién inventó esta maldita guerra?

Gervasio se debatía como gato panza arriba. Recordó los anatemas de tío Felipe Neri en el salón de palacio, clamando, como un profeta miope y con úlcera de estómago, contra los excesos de la horda, y al no encontrar otra respuesta a mano, repitió lo que le había oído decir decenas de veces:

—Mi tío el militar aseguraba que la guerra estalló en 1934, cuando la revolución de octubre. Según él, lo que vino después era ya inevitable.

—Aunque así fuera, 377A, algo falló. Si el oficio de los curas y el deber de los cristianos es perdonar, algo importante falló en ese momento.

Se hallaban tan enfrascados en la conversación, que la primera vez que Miodelo anunció, con tono apremiante, que se divisaba una sombra por la amura de babor, ninguno se movió, y luego, cuando lo repitió y el flaco Santoña llamó al cabo, ya en franco tono de alarma, se produjo una viva conmoción en el puesto. Los cuatro hablaban a la vez, amontonados en el cachete, intentando seguir con los ojos el dedo de Miodelo, sobre el hombro de Santoña:

—Una sombra, cabo... ¡Dios santo! Diez grados a babor. No la pierdo de vista. Avise al puesto A. Apure, cabo Pita, puede torpedearnos.

El cabo, Gervasio y Santoña enfocaban sus prismáticos en la dirección indicada. Pita habló después de recorrer detenidamente el sector:

—No doy con ella. ¿No serán figuraciones, Miodelo?

Una silueta negra, rígida, aristada, levantada de proa, silenciosa, pareció emerger súbitamente de las profundidades del mar ante los atónitos ojos de Gervasio:

—¡Cielo Santo, es cierto! —exclamó sobrecogido, bloqueadas las vísceras, un leve temblor en los pelos del colodrillo, bajo el capuchón frailuno—: ¡está ahí mismo, a poco más de una milla, cabo, veinte grados a babor!

La sombra negra, sobre la mar negra, aparecía y se desvanecía en períodos fugaces, el pálido trazo de la estela como más perceptible referencia: una silueta chata, maciza, empinada, con exceso de obra muerta. Añadió Gervasio, como si su afán de precisión garantizara algo:

—Demasiado alta para destructor y corta para crucero. ¿Aviso al puesto A, cabo Pita?

—Aguarda.

—¿Y si suelta los pepinos? ¡No nos vaya a ocurrir lo que al *Baleares*, cabo! —voceó alarmado Miodelo.

El cabo Pita se había quedado en silencio, los prismáticos desmayados sobre el pecho, recostado en el telémetro, un poco adelantada la cogotuda cabeza, mirando al infinito, como inmolándose. Y como si de pronto recordase algo, se puso un cigarrillo entre los labios y sacó su chisquero del bolsillo anterior de la faena dispuesto a prenderlo. Miodelo se abalanzó sobre él, manoteando:

—¡No irá usted a fumar ahora, cabo! ¿Es que pretende que nos manden al infierno?

Los gemidos nerviosos del teléfono del puesto A le sobresaltaron. Miodelo se sentó en el sillín de hierro:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¿No vieron ustedes una sombra por babor? En este momento se pierde por la popa. Respondan. Corto.

Las palabras de Miodelo sonaban neutras, divagadoras, el rabillo del ojo en el cabo Pita, todavía recostado en el telémetro:

—Habla puesto H. Uno de nosotros ha creído ver esa sombra, pero no nos poníamos de acuerdo. No se veía con precisión. Ésa es la razón de no haber dado parte.

Crujió la membrana del puesto A como si se hubiera rajado:

—Habla puesto A. Ustedes deben saber que cualquier anormalidad observada ha de ser comunicada al puente. Su omisión es grave. ¿Quién es el jefe de grupo?

Miodelo miró al cabo Pita, ensimismado, ajeno a la conversación. Bajó la voz para añadir:

—Habla puesto H. El cabo Pita.

—Habla puesto A. De orden del señor comandante que se ponga al teléfono el cabo Pita. Corto.

El cabo Pita movió la cabeza dos o tres veces antes de sentarse, carraspeó, y dijo con voz quebrada: «Cabo Pita a sus órdenes». Luego se cruzó las puntas del capote sobre el vientre y aguardó impasible la respuesta. Su conducta, teniendo en cuenta su experiencia, era injustificable. ¿Cuál era la razón para ocultar al puente la sospecha de una sombra? La aludida sombra era real: se trataba del minador *Marte*,

deliberadamente instrumentado por el mando para probar la eficacia de los servicios de vigilancia del crucero. Los puestos A, B y C habían respondido con diligencia. ¿A qué había sido debido el contumaz silencio del H? Si la seguridad de la nave hubiera dependido de ese puesto y el enemigo hubiera sido real, a estas horas estarían todos en el fondo del mar. «Su conducta no admite excusas, cabo Pita —concluyó la voz metálica—. Habrá que tomar medidas disciplinarias. Mañana, a las ocho de la mañana, pásese usted por el puente.»

—A sus órdenes, mi comandante.

No cambió de postura al cerrar el interruptor. Miodelo, Santoña y Gervasio lo observaban con un cierto distanciamiento, una mezcla de inculpación e indulgencia, como a una alimaña apresada en un cepo. Dijo el cabo Pita, rígido, sin volver la cabeza:

—Lo siento. No vi el minador ni tampoco me fié de vosotros. Si lo hubiera visto hubiésemos avisado. Soy el único responsable —se levantó, consultó el reloj de muñeca a la luz de las estrellas, aproximando mucho los ojos a la esfera, y agregó—: tú, 377A, apura. Pasan veinte minutos de la hora. Avisa al relevo.

XX

El cabo Pita fue sancionado con diez turnos de arresto, sanción que, dado el ritmo de salidas del crucero, equivalía a dos o tres meses sin saltar a tierra. Su entrevista con el comandante apenas trascendió. A más de evasivo, como ya era habitual en él, el cabo regresó cabizbajo, a la manera de un escolar sorprendido en falta flagrante. No dio explicaciones a nadie, ni nadie osó pedírselas tampoco; se aisló; literalmente se marginó. Radio Bolina elogió su gallardía al asumir la responsabilidad del hecho, exculpando a los miembros de su grupo. No obstante, su falta produjo en el puesto H una amarga decepción. El descrédito ante los otros puestos de dirección de tiro era palmario. El H había sido el único que no alertó al puente, y, con ello, la competencia de su dotación quedaba en entredicho. Una rivalidad tácita aconsejaba, en cualquier caso, comportarse como el mejor, y el cabo Pita, con veinte años de experiencia marinera, no lo ignoraba. Acaso por ello, al saberse responsable, se mostraba cada vez más remoto y encubridizo. Gervasio asistía al proceso de descomposición moral del cabo, lo vigilaba. En las horas que precedieron al incidente del minador había confiado en superar su reserva, pero ahora se daba cuenta de que sus confidencias no obedecieron a una necesidad de comunicación, sino a un rapto de debilidad suscitado por el suyo propio. En las guardias siguientes esperó en vano que se reanudara el diálogo inconcluso, pero Pita se mantuvo mudo, ajeno al mundo exterior, hasta tal punto que cuando alguien se veía en la necesidad de recurrir a él, inevitablemente le cogía de sorpresa y el retorno a la realidad le suponía un auténtico esfuerzo mental. Peter, a quien Gervasio había informado sobre la muerte del hermano del cabo, le aconsejó apelar a algún subterfugio para invitarle a retomar el tema, pero las tentativas de Gervasio en este sentido resultaron fallidas. «Pita —como Damasito decía— no entró al trapo.» Extraño a su pretensión, proseguía inmerso en su mundo, tan ensimismado que era capaz de dejar transcurrir las guardias sin pronunciar una palabra, si es caso, fumando algún que otro cigarrillo o bebiendo un trago de coñac del botellín-petaca que, desde la famosa noche, portaba en el bolsillo lateral de la faena. Gervasio se limitaba, pues, a observarlo a distancia, y Miodelo, solidarizado con él, con un respeto funeral hacia su mutismo, había dejado de tocar la armónica, hasta que una noche, Pita, que por razones ignoradas, tal vez un poco ebrio, compareció menos cerrado que de costumbre, le dijo, como si no hubiera

advertido la interrupción de los conciertos:

—Miodelo, ¿por qué no te tocas *El bonete del cura*?

Miodelo, gratamente sorprendido, sacó la armónica de entre los pliegues del pañuelo y tocó *El bonete del cura*, a medio tono, con mucho sentimiento. De esta manera inesperada se reanudaron en las guardias nocturnas los solos de armónica de Miodelo.

Durante las horas de rancho, el cabo Pita presidía la mesa arcano y distante. Apenas comía, fumaba todo el tiempo y bebía un vaso de vino tras otro. Su inapetencia, advertida ya por Gervasio desde su ingreso en el crucero, había ido en aumento y llegó a ser total unas semanas después de su arresto. El cabo enflaquecía, se le abolsaban los pantalones en los fondillos, se le sumía el rostro, y, con ello, el cogote se pronunciaba, y en el ojo derecho le nació un tic que era como un guiño incompleto, reiterado y maquinal. Gervasio vivía pendiente de él, y aunque sabía que el cabo no comulgaba con los ideales del Alzamiento, se resistía, pese a su evidencia, a atribuir a mala fe el incidente del minador. En rigor, sustentaba sobre este punto criterios contrapuestos que variaban con las circunstancias. En ocasiones se decía: «Es un espía. Vio la sombra del minador como los demás pero prefirió callarlo. Y cuando se recostó en el telémetro e intentó encender un cigarrillo, estaba ofrendando el crucero a la causa de la República». Mas, si miraba de frente el azul cambiante de aquellos ojos erráticos, concluía que, al resistirse a comunicar al puente la presencia de la sombra, el cabo Pita había obrado noblemente, pretendiendo salvar del ridículo el buen nombre del puesto H. Lo cierto es que en los zafarranchos y ejercicios de tiro que siguieron al incidente, el cabo Pita solía presentarse con retraso, a veces algo bebido, demoraba coger el blanco, y sus datos discrepaban a menudo de los de su compañero Javier Medina. La vigilancia del cabo que Gervasio inició por curiosidad, derivó hacia un espionaje sistemático, diligente, casi profesional. Controlaba con disimulo sus paseos por cubierta, sus esporádicas visitas a las taquillas, sus incursiones al mayordomo, sus escarceos por pañoles y sollados. De este modo pudo descubrir una amistad ignorada de Pita: el cabo Poncela, el pagador del pañol de popa, en el sollado 2. Allí se veían diariamente, conversaban, cambiaban notas y papeles, y una tarde, minutos antes de salir francos, vestido ya con la gala, Gervasio siguió a Pita hasta los beques y allí vio cómo entregaba a Poncela un abultado sobre por encima del medio mamparo que separaba los jardines de marinería. El cabo Poncela, tocado con el lepanto, dispuesto a saltar a tierra, se apresuró a ocultar el sobre en el saquillo blanco de la ropa sucia. El corazón le latía a Gervasio en la garganta. Siguió al cabo hasta el lanchón de francos y, una vez en tierra, hasta una de las últimas casitas del Arenal, de donde salió, minutos después, sin el saquillo

blanco y con otro listado en la mano. Acto seguido, el cabo, siempre solo, dio dos vueltas al Paseo del Borne antes de sentarse en la terraza de la Granja Reus. A través del cristal, desde otra mesa, en el interior del café, simulando leer el periódico, Gervasio lo observaba. El cabo Poncela había pedido un café con leche y una ensaimada, y antes de concluir la merienda, un hombre alto, con los ojos sin pestañas, rojos los ribetes de los párpados, ataviado con una holgada americana de rayas grises y negras, se sentó en la mesa contigua y pidió un café solo. En el trance de pagar la consumición, el cabo Poncela hurgó en el saquillo listado, sacó de él el grueso sobre, lo depositó distraídamente en la silla vacía que le separaba del hombre sin pestañas y se puso en pie. Los latidos del corazón de Gervasio eran tan violentos que se ahogaba. Vio alejarse al cabo Poncela y perderse entre el gentío, mientras el hombre de los ojos sin pestañas recogía el sobre de la silla de mimbre, lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta y se incorporaba también. Gervasio le siguió hasta la calle Cifré, dobló luego por la de San Cayetano, muy concurrida, y aceleró el paso para no quedar rezagado. Aunque por dos veces volvió la cabeza, el hombre de los ojos desvalidos caminaba confiado, sin prisas, haciendo periódicos altos. Gervasio le seguía, deteniéndose en las esquinas, en los oscuros zaguanes y, conforme se adentraban en el dédalo de callejuelas del barrio antiguo y el tráfago empezaba a decrecer, dejaba aumentar la distancia que los separaba. Bruscamente, el hombre de la chaqueta listada se detuvo y dio media vuelta, con tal rapidez que Gervasio apenas tuvo tiempo de hincar la rodilla en tierra y simular que se ataba el cordón de una bota. A la altura de la Corredera de Tous y Maroto, en la calle de San Nicolás, anochecido ya, el hombre de la americana a rayas apresuró la marcha (sus pasos resonaban rítmicamente en las desgastadas losas del pavimento), pero al comprobar con el rabillo del ojo que Gervasio hacía lo mismo, en un movimiento imprevisto arrancó a correr. Los largos faldones de la chaqueta desabotonada le azotaban el trasero mientras Gervasio lo perseguía a la carrera, aturdido por el tableteo de sus propias pisadas en el angostillo, mas al alcanzar la segunda esquina lo perdió de vista. Resollando, sin detenerse, avanzó hasta la encrucijada, miró en los dos sentidos y, al no divisar al hombre, dobló sin vacilar por la calle de los Cestos. Recorrió al azar otras dos callejas y al final de la segunda se detuvo, jadeando, en el quicio de un portal, atisbando a un lado y a otro. Pensó que el extraño hombre de la chaqueta listada lo había despistado y aspiró aire por la boca con avidez. Por vez primera desde que iniciara la persecución, se preguntó: «Y si le cojo, ¿qué?». Su estómago se contrajo. Sentía en el cuello los latidos de su corazón. Resollaba. Bajo el resplandor opalino de la lámpara de la esquina, creyó entrever la familiar silueta pero no se movió. «¿Es que estoy

loco?», se dijo para justificar su retraimiento. En las medias tinieblas de la Plaza de Santa Eulalia la sombra se desvaneció de nuevo. Esperó, cobijado en un zaguán, en la calle Arquitecto Reyes, a que su agitado corazón se serenase y, al cabo, regresó al Paseo del Borne.

A la mañana siguiente, tras el baldeo del *espardek*, Gervasio se apresuró a convocar controversia en la rinconera de taquillas del sollado 3 para informar a los amigos de los últimos descubrimientos. Al oír su relato, Dámaso estregó la roja lengua contra la mella del diente, la cabeza gacha, mientras liaba un cigarrillo. Peter, la barbilla entre las rodillas recogidas, adoptaba una actitud de solemnidad extrema. Se acarició el cogote a redopelo antes de hablar:

—Pita es un rojo emboscado; no hay que darle más vueltas.

Dámaso Valentín levantó la cabeza de golpe, la roja lengua dispuesta a pasar la punta por el filete engomado:

—Los dedos se os hacen huéspedes —dijo—. ¿Es que no puede tener relaciones con tierra un hombre arrestado? ¿Por qué no una mujer?

Gervasio rechazó la sugerencia:

—Si así fuera, ¿por qué no le entregó la carta a Poncela a la vista de todo el mundo en lugar de hacerlo a escondidas, en los retretes?

Dámaso Valentín, en actitud socarrona, expulsaba anillos de humo sin responderle. A Gervasio le disgustaba su jovial ligereza. Había conseguido inquietar a Peter pero Dámaso, obstinado en su frívola irresponsabilidad, se le escurría, no había forma de centrarlo, de hacerle reflexionar. Intentó arrancarle de su escepticismo mediante una serie de interrogantes fiscales: ¿por qué ese diario trajín entre Pita y el cabo Poncela? ¿Por qué le servía éste de enlace con paisanos extraños en el exterior? ¿Por qué Poncela no dirigió la palabra al hombre de la chaqueta listada limitándose a dejarle la carta sobre la silla vacía como si no se conociesen? La chispa de burla no se apagaba en los ojos de Dámaso mientras se acentuaba la sombra de gravedad en los de Peter, quien acabó por sentenciar que Pita había perdido los papeles y su omisión ante la presencia del minador *Marte* había sido, sin duda, deliberada. La voz de Gervasio titubeó al formular la pregunta obligada:

—Y... ¿y qué podemos hacer?

—Dar parte. Denunciarlo al mando. No veo otra solución.

—Para eso no cuentes conmigo.

—¿Es que piensas encubrirlo?

—Llámalo como quieras, pero yo *no puedo* hacerlo. Sería como si delatase a mi padre.

Gervasio era consciente de la inconsecuencia de su juego. Resultaba paradójico amontonar sospechas sobre el cabo para luego, llegado el momento de las decisiones, excusarlo, echarlas por tierra,

erigirse en su defensor. Y cuando Peter se lo hizo notar, no lo negó, pero recalcó patéticamente que dar parte de Pita equivaldría a ponerle con las manos atadas ante el piquete de ejecución. Llevaba varios días rumiando la última nota de papá Telmo en respuesta a su samaritana carta del día de la Comunión. Papá Telmo había respetado sus ideas pero, tan pronto Gervasio le dio una oportunidad, le envió unas líneas entrañables, transidas de ternura: «Ninguna cosa es tan importante —decía— como para separar a un hijo de su padre». Gervasio daba vueltas a esta frase una y otra vez. La postura de papá Telmo era clara: ni la política, ni la religión, ni la guerra eran causas suficientes para distanciar a un padre de su hijo. Su corazón se ablandó. Admitió la precavida aproximación sentimental de su padre como un proceso natural. Y recordó una frase del tío Jairo en una de las veladas sabatinas de palacio, cuyo alcance no llegó a desentrañar entonces: «El espíritu de la madre domina en el niño hasta la adolescencia. A partir de ahí, el del padre (de ordinario más razonable, menos instintivo) empieza a desplazar a aquél para terminar imponiéndose». ¿Era puro azar que, en vísperas de cumplir dieciocho años, evocara esta frase? ¿Era también casual que, frisando esa edad, hubiera dirigido a papá Telmo su primera carta sin reticencias, inspirada en un cariño espontáneo? Algunas noches, al salir de guardia y desaferrar el coy, en los segundos precursores del sueño, se esforzaba en configurar su rostro, pero sus facciones se resistían, se difuminaban en la memoria, y acababa conformando un semblante que recordaba vagamente el del cabo Pita. Miró a Dámaso, tendido en el linóleo, los dedos trenzados bajo la nuca, observando las barras de hierro que trincaban al techo mesas y bancos. Se sentía flotar, a la intemperie, solo. Y tal vez si Peter, en ese momento, le hubiera dirigido una palabra cariñosa se hubiera echado a llorar. Pero Peter, con un razonamiento impecable, insistía en la solución expedita. Tras una larga pausa, se mordió el labio inferior para decir:

—No ignoro que la guerra es dura, incluso cruel, pero desde el momento en que demos entrada al sentimiento *podemos perderla*.

El estallido de Gervasio fue algo inesperado. Él fue el primer sorprendido de su arrebato de locuacidad, en el que prevalecía la pasión sobre el discernimiento. Y en su discurso exaltado mezcló los nombres de los tíos Norberto y Adrián con los de los tíos David y Fadrique, evocó sus muertes respectivas, «una misma muerte», dijo, y, como única salida viable del círculo vicioso de su exposición, descargó su animosidad contra Peter, le llamó «frío estratega calculador», le acusó de afrontar la guerra como si fuera una partida de ajedrez, sin seres humanos implicados («un barco contra otro barco, un avión contra otro avión, una trinchera contra otra trinchera», dijo), cuando, en realidad, aquella guerra entrañaba una faceta sórdida, sucia, que

Peter conocía y en la que él no estaba dispuesto a participar. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo y, al terminar, quedó tembloroso, asustado de su propia vehemencia, bajo la asombrada mirada de Dámaso, que se había incorporado, mientras Peter, confundido, bajó los ojos, fingió abstraerse en las orejeras de su abisinio, cuyo automático abrochaba y desabrochaba maquinalmente. Al cabo de un rato levantó la cabeza y alegó, disculpándose, que la guerra, con todos sus horrores, exigía a veces ser un «frío estratega calculador», manifestación que conmovió a Gervasio y le impulsó no ya a pedirle disculpas, sino a prometerle solemnemente («te doy mi palabra de honor», dijo) que no dejaría al cabo Pita ni a sol ni a sombra y, llegado el caso, le haría ver la necesidad de que abandonase el barco.

Fiel a su compromiso, a primera hora de la mañana siguió los pasos del cabo Pita hasta el sollado 1, a proa, el más distante del puesto H, y allí, sobre un coy de la batayola, le vio escribir un mensaje en una hoja de bloc, doblar el papel en cuatro pliegues y deslizarlo luego por la rendija de una taquilla en el pasillo de calderas. Una hora más tarde compareció su destinatario, el cabo Poncela, el pagador, quien, después de leer la nota, hizo un rebujo con el papel y lo guardó en el bolsillo alto de la faena. Seguidamente, sin moverse del sitio, apoyándose en el mamparo, escribió unas líneas apresuradas de respuesta que, a su vez, introdujo en la taquilla del cabo Pita. Hasta después de hacerse el crucero a la mar, tres días más tarde, los cabos Pita y Poncela no volvieron a verse, de lo que Gervasio dedujo que el hombre de la chaqueta a rayas les había alertado.

Había vuelto el frío y un escarceo gris arrugaba la superficie del mar. La prensa hablaba en aquellos días de una cruenta batalla en el Ebro, favorable en principio a los republicanos, que atravesaron el río, y desenlazada, al fin, con una nueva victoria nacionalista. ¿Qué se les había perdido, entonces, a ellos en el sur, hacia donde había arrumbado la flotilla de cruceros? Radio Bolina fue escueta y fidedigna en esta ocasión: el destructor *José Luis Díez*, refugiado desde el comienzo de las hostilidades en un puerto francés del Atlántico, se proponía forzar el bloqueo y llegar a Cartagena. Al abocar el Estrecho, la mar engordó. La nave espaldeaba, batida por un viento de levante, en un día transparente, de visibilidad táctil. A estribor, resaltaba Gibraltar, la cresta encendida, los tres oscuros destructores al pie y, a babor, la silueta ahumada de las costas del Magreb y, destacando sobre ellas, como recortables, los cuatro minadores, chatos y pesados, inmóviles en la vasta perspectiva. Dámaso Valentín, después de contemplar la formación con los prismáticos, dijo socarronamente, volviéndose hacia ellos:

—¿Qué le parecería esto al cabo Rego? ¿Una valerosa acción o

una *cobarde emboscada*?

Se reía a golpes, en entrecortadas risotadas, levantando y bajando la cabeza, como las gallinas al beber. Gervasio, que para olvidar el mareo hacía dos jornadas que evitaba el ambiente enrarecido de los sollados, se asió a la cadena del *espardek*. Peter se puso a su lado:

—Me gustaría saber —dijo— qué estará tramando el tipo ese en este momento.

—¿Quién? ¿Pita?

—Pita, claro, ¿quién iba a ser?

Gervasio acompañó su respuesta de una sonrisa evasiva. Su actitud ante Peter, después de su enfrentamiento, procuraba ser conciliadora:

—En alta mar, un hombre embarcado es lo mismo que un prisionero.

—No te fíes. Acuérdate del *Baleares*.

El crucero surcaba el Estrecho en largos desplazamientos, de la Línea de la Concepción a Trafalgar, ida y vuelta, como un gigantesco centinela. Día y noche repetía el mismo itinerario. A babor y estribor, las flotillas de minadores y destructores navegaban también, una y otra vez, las mismas aguas. La tercera noche, cuando ya desesperaban de que el destructor compareciese, les despertó el toque de zafarrancho de combate por los altavoces. Ante la alarma, el malestar de Gervasio desapareció. Sentado en el taburete, junto al tubo, arrebujado en la manta, la boca seca, trataba de conjurar un nuevo ataque de perlesía. El puesto A anunció una sombra por estribor. Gervasio se envolvió en la manta, dobló el cuerpo sobre el tubo y repitió la orden de don Mario a los cañones:

—¡Listos para tiro de superficie!

Pero algo no marchaba en los nidos de apuntadores: ni Javier Medina ni el cabo Pita acertaban a coger blanco (Gervasio observaba, a la luz de las estrellas, los movimientos desmanotados de éste, su forcejeo, el inútil ir y venir de la manivela). Viró el crucero y forzó la marcha. De la trepidación de los mamparos se colegía que navegaban a toda máquina. Sin duda, el puente trataba de combatir al *José Luis Díez* con sus mismas armas: la velocidad. Más rápido que sus oponentes, si conseguía salvar la línea de bloqueo no podría ser detenido por nadie; en un santiamén los dejaría atrás. Gervasio sentía temblar sus manos bajo la manta, se estremeció con la primera salva de las torres de proa y miró de nuevo angustiado hacia el cabo Pita. Tubío cantaba rutinariamente distancias desde hacía rato y Javier Medina se había hecho con el blanco. Pero Pita ronceaba: «No veo, don Mario. No lo cojo». La salva de las torres de popa remeció el buque e iluminó el sombrerete del puesto como un relámpago. Traqueaban otras unidades por estribor, el fuego se generalizaba, pero

Pita seguía forcejeando con la manivela, guiñaba un ojo, luego el otro, levantaba la cabeza desalentado, abría sus manos vacías en señal de impotencia, mientras don Mario se impacientaba: «Vamos, Pita, acabe, Pita; estamos aguardándole». Escoró el crucero en una nueva virada y atronaron las salvas de proa y popa. Se oían las andanadas de los minadores y Gervasio, acurrucado junto al acústico, miraba hacia el cabo Pita sin pestañear, sus atropellados movimientos en la penumbra. El cañoneo no cesaba, y cuando Miodelo voceó que el *José Luis Díez* había sido tocado, tenía un boquete a proa y se estaba hundiendo, el silencio se espesó en el puesto, no hubo manifestaciones de júbilo, antes al contrario, se percibió como un sentimiento de frustración. Don Mario se sentó al *spotter* y dijo: «Confirmen». El teléfono del puesto A aclaró que el destructor, seriamente averiado, aproaba a Gibraltar y, poco después, que había entrado en aguas jurisdiccionales inglesas y se evitase toda imprudencia. Don Mario se volvió, girando el silletín: «Posición de espera», dijo conteniendo la cólera.

Amanecía por el cachete, una luz nacarada, friolenta. Y la negra silueta del destructor, escorado de babor, escoltado por dos patrulleras inglesas, resaltaba sobre la albura del Peñón, bajo cuya sombra se cobijó minutos más tarde. Había sonado el toque de retirada y la dotación del puesto H fue bajando desalentada al *espardek*, agobiada de nuevo por una sensación de fracaso, sin que la festiva actitud de Miodelo, interpretando en la armónica *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*, sirviera para contrarrestarla.

Gervasio encontró a Peter en las cocinas, en la cola del café. Estaba fuera de sí. Tachó al cabo Pita de traidor, y cuando Gervasio trató de excusarlo le hizo ver que su postura era tan culpable como la deslealtad del cabo, y que incluso podría ser fusilado por ello. Gervasio titubeaba, pero aún apuró sus razonamientos: don Mario también había sido testigo de la conducta del cabo. Él era el jefe del puesto. ¿Por qué no dejarle que tomara la iniciativa? Peter se revolvía:

—¿Y si no la toma? Él no tiene las pruebas que tenemos nosotros. Nuestro deber es facilitárselas.

—Está bien, si no la toma, yo hablaré con Pita. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

El triunfo sobre el *José Luis Díez*, citado en el parte de guerra y magnificado por la prensa, provocó un recibimiento clamoroso en la base: desfiles, colgaduras, música militar y una aparatosa misa de campaña en el muelle. Los empresarios, enternecidos, concedieron a la marinería entrada gratuita en los espectáculos durante tres días y un cincuenta por ciento de descuento en las consumiciones de los bares. Se anticipaba así la euforia del desenlace de la guerra. En este ambiente triunfal llegó el telegrama de tío Felipe Neri: «Conmovidos gloriosa hazaña nos enorgullece tener héroe familia punto sigue carta

colectiva punto danos detalles miles felicitaciones y abrazos». Gervasio releyó el telegrama perplejo. De inmediato se hinchó como un pavo real. Sobre el plegado papel azul, su infantil y ya casi olvidada aspiración quedaba ratificada: para el mundo era ya un héroe. Tío Felipe Neri acababa de incorporar su nombre al de los ilustres soldados inmortales. Su proclividad a admitir los juicios favorables como ciertos, le llevó a aceptar el de su tío a pies juntillas. Manena Abad se mostraba asimismo complacida, aunque no ocultase sus reservas: la victoria del crucero sobre el *José Luis Díez*, si brillante, no dejaba de ser la de Goliat sobre David; una victoria lógica y predecible. Tamaña cicatería ante el candente aplauso de tío Felipe Neri, le impulsó a rasgar la carta y aventar los pequeños fragmentos sobre el mar. El juicio de un hombre avezado, militar de carrera además, necesariamente había de prevalecer sobre el de una muchachita quinceañera. Gervasio paseaba sus tufos por cubierta, el telegrama de tío Felipe Neri en el bolsillo izquierdo de la faena, sobre el corazón. Aquel papel significaba un reconocimiento explícito de su valor, tan terminante como podría serlo el sello de cera acreditativo de la laureada de San Fernando. Reflexionó acerca de la manera más oportuna de contestar a su tío. El engreimiento empequeñecía el heroísmo (que, precisamente, radicaba en revestir de cotidiano lo excepcional) pero, por otra parte, sería decepcionante reconocer su inhibición en combate. Una vez más, optó por la objetividad hiperbólica: éstos eran los hechos, que el lector sacase las consecuencias. Al situarse al margen, su propia modestia le enaltecía. Tío Felipe Neri atribuiría a pudor su distanciamiento. Al hablar de tensa espera, fuego graneado, amenaza de torpedos, no mentía. Y su tío, ante su recato, lo colocaría mentalmente en el puesto de mayor riesgo y responsabilidad. Y tanto calor puso en la descripción de la batalla que hubo un momento en que los pelos del colodrillo se le erizaron como en los mejores tiempos. Escribía en tal estado de exaltación, con tan acendrada fe, que si alguien en ese momento le hubiese recordado la escueta verdad de los hechos (que el puesto H no disparó un cañonazo porque el cabo Pita, primer apuntador, presuntamente un rojo emboscado, no acertó a coger blanco mientras duró el zafarrancho), se hubiese negado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del crucero (Levante, La Pantellaria, Levante otra vez), con lo que el arresto del cabo Pita llevaba visos de eternizarse. A mediados de mes, el crucero volvió a zarpar con una misión concreta: escoltar hasta Málaga un convoy de cargueros apresados. El cabo Pita, a raíz del combate con el *José Luis Díez*, no había vuelto por el rancho. Sus mejillas se sumían cada vez más y en ocasiones, durante las guardias nocturnas, hablaba consigo mismo palabras ininteligibles que Gervasio se esforzaba

vanamente en interpretar. En la mar empezó a reunirse de nuevo con el cabo Poncela, bien en los pañoles, en la tercera cubierta, durante el día, bien en toldilla, al anochecer. Gervasio le acechaba. Ante su ensimismamiento no tomaba ya precaución alguna y una tarde, a la hora del rancho, al bajar la escotilla del pañol de popa, desierto de ordinario, se topó de bruces con él al pie de la escala:

—¿Querías algo, 377A?

El sobresalto de Gervasio le impidió responder. Dio media vuelta y regresó apresuradamente al puesto. Procuró eludir al cabo, pero su coincidencia en la guardia siguiente resultó inevitable. No obstante, Pita, al volver a verlo, le había mirado con una expresión ausente, como preguntándose: ¿dónde nos hemos visto antes tú y yo? Perdía la cabeza. Fumaba de noche sin reservas, prendiendo descaradamente los cigarrillos con fuego de llama. Tras él, en la otra banda, Santoña y Miodelo lo miraban desconcertados y cuchicheaban en voz baja. Al amanecer del segundo día fueron sorprendidos por dos escuadrillas enemigas, diez Katiuskas y seis Curtis. El ataque fue tan imprevisto (ninguno de los puestos de observación anunció su presencia) que el altavoz ordenó a la tripulación algo insólito: «¡Cuerpo a tierra!» (pero «¿a qué tierra?», se preguntaba Gervasio aplastando sus narices contra las planchas de hierro del *espardek*, tratando de acallar los sordos latidos de su corazón), mientras las bombas estallaban y brotaban en el mar unos góticos piques de espuma. Ya en el puesto, el aplomo de don Mario ayudó a recobrar la serenidad a la dotación, y una vez que el cabo Tubío giró el telémetro y se puso a cantar distancias y el comandante (la gorra abollada en la testa cuadrada) ordenó tiro de barreras sobre los Curtis que les sobrevolaban, el cabo Pita pronunció aquella frase lapidaria que quedaría grabada para siempre en los anales de la Armada como emblema de contumacia y oposición:

—¡A ésos no, don Mario; ésos son cazas! ¡A los que hay que tirar es a los que cagan!

Entre los estampidos de las torres y el tableteo de las ametralladoras del *espardek*, sobrevino en el puesto H un movimiento de estupor. La escena que vino después fue muy rápida. En la cuidada mano peluda de don Mario apareció un objeto negro, romo, brillante (a Gervasio, encogido sobre el acústico, minimizado por el estruendo, le vino a la cabeza la imagen de Lucinio Orejón, con su bigote incipiente y sus pantalones bombachos, vaciando el cargador de su pistola sobre los asaltantes de la casacuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda, en su ciudad) con el que apuntaba fríamente el pecho del cabo a metro y medio de distancia, al tiempo que le conminaba: «Pita, obedezca órdenes o le meto una bala en la barriga». En torno imperaba una barahúnda infernal. Gervasio miró atemorizado a don Mario, su imagen exenta, pistola en mano, ajena a todo exceso

melodramático, y seguidamente a Pita, su semblante sumido, descompuesto, prominente el cogote, el párpado izquierdo aleteando sobre la pupila azul. Dudó que el cabo obedeciera las órdenes del comandante y, asimismo, que el comandante fuese capaz de meterle una bala en la barriga al cabo. El brevísimo lapso que duró la tensión se le hizo interminable. Pero antes de que volvieran a redoblar las torres de proa, el cabo Pita giró la manivela, cogió blanco sobre los Curtis y, como si nada hubiera ocurrido, empezó a suministrar datos al tablero Perozzi y Bartolomé Roselló a subrayar en registros cambiantes el orden de las barreras (una, dos, tres y cuatro), en tanto la banda de estribor, conducida por Gervasio, fogueaba sobre los cazas hasta que se perdieron en el horizonte.

Tampoco en esta ocasión el fin de la alarma produjo la efervescencia de corros y comentarios que solía desenlazar todo combate. Los hombres del puesto descendían al *espardek* en silencio, alicaídos, cabizbajos. Nadie hizo comentario alguno, ni siquiera sobre el singular incidente de la pistola. El cabo Pita desapareció escala abajo, por la escotilla del ventilador, y Gervasio y sus amigos, sin concierto previo, se reunieron en el sollado 3, en la rinconera de taquillas. Peter, muy excitado, perdida su habitual flema, abrochaba y desabrochaba el automático de las orejeras del abisinio y exigía a Gervasio una inmediata intervención: el crucero no podía arriesgar su seguridad confiando su defensa a «ese lunático». Gervasio afirmaba con la cabeza. Se doblegó al fin:

—Esta noche sin falta hablaré con él —dijo.

Le aterraba la idea de arrostrar aquella mirada azul, errática, el guiño cómplice del párpado izquierdo, pero estaba dispuesto a cumplir su palabra. Sin embargo, en la guardia de prima no encontró a Pita en el puesto, sino a Javier Medina en su lugar, destocado, una expresión severa en su perfil aguileño. Miodelo y Santoña, que subían charlando tras él, se sorprendieron también al alcanzar el sombrerete:

—¿Ocurre algo? ¿Dónde está el cabo?

Medina pasó la correa de los prismáticos bajo la capucha del capotón y dijo a media voz:

—Pita está arrestado en el puente, hasta nueva orden. No volverá por aquí. Mientras tanto, yo soy el jefe de grupo.

XXI

Aunque en pequeña medida, el arresto del cabo Pita modificó la organización del puesto H. Javier Medina, ascendido a cabo segunda, se convirtió en jefe del cuarto grupo, en tanto Peter pasó a apuntador y Fito Iroa, un muchacho rubio y rosado, de dulce mirada gris, procedente del puesto A, se encargaba de los teléfonos. El cabo Pita, custodiado por infantes de Marina, había abandonado el barco una tarde, mientras su brigada vacaba. Únicamente Lago, el Pintor, le había visto partir y las guías de su bigotillo bermejo se mustiaban cada vez que relataba su desembarco, flanqueado por el piquete, en una motora de la Comandancia: «Al llegar al portalón volvió la cabeza un momento y me vio pintando en el *espardek*. Sonrió e hizo un borroso ademán con la mano, como de despedida, pero el infante que lo seguía lo empujó y él, entonces, bajó un par de escalones y nos perdimos de vista». El cabo Tubío, al oírle, parpadeaba y movía la cabeza ambiguamente, asintiendo sin asentir, negando sin negar, actitud ecléctica que juzgaba apropiada entre las dos facciones definidas en el puesto. Acuciado por el flaco Santoña, el Cativo (rostro imberbe, rubicundo, sobre el ancho pestorejo congestionado) relataba ahora el martirio de Máximo Pita, el hermano del cabo, allí en el pueblo: «Lo sacaron en calzoncillos con una cruz al hombro y le hicieron recorrer el Vía Crucis alrededor de la cotera. En las posas le zurraban la badana con palos y piedras, de modo que cuando llegó al final, tenía la cabeza rota y estaba muerto». Gervasio escuchaba en silencio a unos y a otros, pero si los comentarios zaherían al cabo y Miodelo recurría a la armónica y tocaba *El bonete del cura*, para desagraviarlo, se le humedecían los ojos y notaba un ligero cosquilleo en los pelos del colodrillo. Pero, salvo Gervasio, el Cativo, Miodelo, Santoña y quizá Lago, el Pintor, en una faceta estrictamente sentimental (tal vez porque había sido el único en despedirlo), el resto de los compañeros de puesto y la dotación entera del crucero le denostaban, convencidos de que su traición podía haber significado el hundimiento del barco y, tal vez, la muerte de todos ellos. Durante semanas, Radio Bolina se ensañó con Pita, le atribuyó un repertorio de trasgresiones que el mando, requerido por exigencias de la guerra, abocada ya a su desenlace, no se preocupó de confirmar ni de desmentir. Según Radio Bolina, la deslealtad del cabo Pita databa de su embarque en el bou artillado *Apóstol Santiago*, en el Cantábrico, durante los primeros días del Alzamiento, y no por una cuestión de

principios (él era refractario a toda ideología) sino de venganza, sentimiento que anidó en su corazón a partir del ajusticiamiento de su hermano. En la taquilla de Pita habían aparecido docenas de papeles, cartas y documentos comprometedores, que demostraban su traición, a más de un código cifrado mediante el cual se había estado comunicando durante dos años con una emisora roja de Marsella. Radio Bolina no descartaba que hubiese sido él quien, valiéndose de señales convenidas, hubiese atraído los torpedos sobre el *Baleares* la madrugada del 6 de marzo de 1938 (Santoña se enfurecía ante esta suposición: «Esa noche, el cabo estaba orilla mía. ¿Qué señales podía hacer sin que yo me enterase?»). Con Pita habían sido detenidos un grupo de saboteadores en Mallorca y el cabo Poncela, uno de los pagadores, que, al parecer, era el encargado de informar por morse acerca de los movimientos del crucero. Prisionero en el Castillo de Bellver, el cabo Pita sólo lo abandonaría para ser juzgado en consejo sumarísimo al que asistirían como testigos los marineros más relacionados con él, y en especial los componentes del cuarto grupo de vigilancia del puesto H (en la rinconera del sollado 3, Gervasio se rebelaba: «Yo no tengo nada que declarar contra él. Y, además, ¿por qué voy a hacerlo? ¿No disponen ya de pruebas suficientes?»). Cuatro días después, Radio Bolina rectificó: el cabo Pita, convicto y confeso, sería juzgado por pura formalidad, sin participación de testigos, superfluos después de su confesión. Al parecer, el cabo no daba muestra alguna de arrepentimiento, se mostraba tranquilo y, según afirmaban sus celadores, no se consideraba traidor a la Patria sino condenado por traidores. En un primer momento, Radio Bolina señaló el juicio para primeros del mes de enero, «por respeto a los días santos», pero pasada la Navidad, habló, en términos inconcretos, de la última semana de febrero.

El arresto del cabo Pita llevó a Gervasio a sentirse responsable, puesto que aunque la denuncia no había partido de él, su demora en advertirle sí le había impedido la fuga. Peter, por su parte, consideraba que Pita, a la vista de la marcha de la guerra, se había sacrificado voluntariamente; literalmente se había inmolado. Pero sus juicios no serenaban a Gervasio que, perdida la fe en las palabras, se debatía en una honda crisis. Ni las encendidas cartas de tío Felipe Neri le impedían ya reparar en su mediocridad. ¿Podría considerarse un héroe por el simple hecho de que tío Felipe Neri así lo dijera?

¿Quién era tío Felipe Neri para dictaminar sobre el arrojo y la cobardía? ¿Existía alguien, fuera de uno mismo, capacitado para pronunciarse sobre los móviles de un soldado? No obstante, las cartas apasionadas de tío Felipe Neri, aunque no le convencieran, seguían halagándole. Se recreaba leyéndolas aunque sus reflexiones posteriores fuesen cada vez más desoladoras: él no era más que un

héroe de papel (de papel azul, de telegrama), un impostor. Si el heroísmo estribaba en ofrendarse entero y sin condiciones, en el crucero no había más que un héroe: el cabo Pita. Ahora bien, ¿y la causa? ¿Cabía el heroísmo al servicio de cualquier causa? Años atrás, tío Felipe Neri exigía al héroe una «causa noble», pero su propia experiencia le enseñaba que cabía invertir el orden del proceso, esto es, bien podía ser el soldado que moría dando la cara, desinteresadamente, el que ennoblecía la causa a la que servía. Alarmado de sus deducciones, se refugiaba en la lectura de las cartas de tío Felipe Neri, cartas exultantes, aromadas de victoria. La batalla del Ebro había sido decisiva. Las fuerzas enemigas flaqueaban, quebraba su resistencia en todas partes. El final de la guerra se presentía. En este punto tío Felipe Neri establecía un nexo, no podía desligar tan faustas previsiones de la participación de Gervasio en la contienda y, con frecuencia, utilizaba las gestas del «barco de su sobrino» como puntos de referencia: antes y después del desembarco en Las Columbretes; antes y después del desmantelamiento del *José Luis Díez*. Pero, pese al secreto placer que producían en Gervasio tales alusiones, ya no revolvían su ser como hacían antaño los legionarios desfilando por la Avenida de la Constitución o la audición del programa «Al paso alegre de la paz». Algo como una inmensa fatiga le emperezaba desde la reclusión del cabo Pita; algo fundamental se le iba enfriando dentro, descorazonándole, abriendo la puerta al desengaño.

De ordinario, las cartas de tío Felipe Neri llegaban acompañadas de otras de mamá Zita, Manena Abad, doña Guadalupe Planas o los padres de Peter, informándoles sobre la vida ciudadana y los avatares de la retaguardia. Mamá Zita, en su última, le anticipaba la liberación de papá Telmo «a la vista del avance triunfal de nuestras tropas en Cataluña». Con él serían liberados todos aquellos prisioneros que contasen con algún valedor de relieve que se responsabilizase por ellos, dentro de la España adicta (Gervasio se preguntaba si el cabo Pita contaría con un valedor de relieve en la España adicta y si, en su caso, sería suficiente este aval para eludir su desesperada situación). Mamá Zita le comunicaba también una noticia sorprendente: su hermana Cruz acababa de prometerse con el capitán italiano Guido Fratelli, «alojado en casa desde hace medio año». «Parece un muchacho responsable —escribía—, aunque a juzgar por los frascos de potingues del cuarto de baño muy pagado de su físico.» El escollo más arduo, en opinión de mamá Zita, radicaba en la reacción de papá Telmo ante la ideología fascista de su futuro yerno, ante su condición de vieja camisa negra.

Por su parte, la viuda de Valentín describía a su hijo Dámaso las desventuras de su amigo Eduardo Custodio: «No es fácil tener que

escribir esto —decía—, pero su ceguera ha sido casi providencial. Su cara, con la nariz roída por el fuego, fruncida por las cicatrices de las quemaduras, con la cabeza despoblada en sus dos terceras partes, es una cara monstruosa. Me estremezco ante la sola idea de que un día pudiese contemplarse en un espejo». Las noticias de unos y otros, en especial las referentes a Eduardo, cuya presencia tendrían que afrontar en breve, alejaban temporalmente a Gervasio tanto de sus tenebrosas lucubraciones sobre el cabo Pita, como de la pasajera complacencia que despertaban en él las lisonjas de tío Felipe Neri.

Una mañana de finales de marzo, el crucero zarpó formando parte de la más aparatosa escuadra que Gervasio había visto en su vida. Con los tres cruceros y los cuatro minadores, se hicieron a la mar la vieja flotilla de destructores de carbón, tres submarinos, los cañoneros *Dato* y *Canalejas* y el mercante artillado *Mar Cantábrico*. Esa misma tarde, se les unieron, desde la costa, el *Castillo de Olite*, el *Castillo de Peñafiel*, y otros dos transportes cargados de soldados. No hubo misterio esta vez. La guerra, en su ocaso, enmohecía los engrasados resortes de la censura militar. Su destino era Cartagena. Un destacamento sublevado había ocupado el Arsenal y parte de las baterías de costa y animaban a la Armada a conquistar la ciudad sin lucha, lo que, por un lado, impediría el desmantelamiento de la flota republicana, y facilitaría, por otro, la apertura de un nuevo frente en la retaguardia enemiga.

Apenas había tomado la escuadra posiciones frente a la ciudad cuando se produjo el primer ataque aéreo. Doce aviones les sobrevolaron rociándoles de bombas. Un fragor profundo, como un trueno, los envolvió, y Gervasio, agazapado junto al tubo, el estómago contraído, repetía «¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!» casi maquinalmente. Minadores y destructores arropaban a los cargueros y un heliógrafo parpadeaba desde un hacho, instándoles al desembarco. Al retirarse los aviones, un pique arbolado y gigantesco como una catedral se alzó en la proa, a estribor. Viró el crucero, cabeceando, dando la espalda a la costa, con cuyas baterías el *Canarias* sostenía un duro duelo. Mar adentro baqueaban los mercantes. Caía la noche, cuando sonó el teléfono del puesto A: «Localicen las baterías de costa en poder del enemigo». Antes de responder, reventaron las bombas de una nueva escuadrilla. Los Martin Bomber volaban muy altos y durante un cuarto de hora el retumbo de las bombas y la réplica de los cañones mantuvieron a Gervasio en tensión. A babor, a media milla de distancia, se espigaron dos piques. Viró de nuevo el crucero y cuando Miodelo anunció la retirada de los aviones, el *Canarias* aproó resueltamente a la ciudad, las luces de situación encendidas, al tiempo que el *Castillo de Olite*, cargado de soldados, se despegaba de los otros tres mercantes y se emparejaba con él. En un momento dado, se separaron. El *Canarias*, iluminado como un trasatlántico, con el

evidente propósito de atraerse la atención de tierra, dobló todo a estribor disparando sus torres, en tanto el *Castillo de Olite*, furtivamente, sin luces, amparándose en las sombras, profundizaba hacia la costa. Gervasio seguía enfebrecido por los prismáticos la audaz penetración del carguero, su sombra difusa, lo vio sortear la línea de balizas y, de pronto, saltar por los aires en una explosión, alcanzado por una mina o un proyectil. El cabo Tubío, al telémetro, confirmó la tragedia antes de que sonara el timbre del puesto A. A partir de ese instante, el *Canarias* cesó de disparar, apagó sus luces y se incorporó a la escuadra. Los transportes siguieron sus aguas, en conserva con los viejos destructores. La oscuridad era completa (apenas un vago resplandor urbano en la negra línea del horizonte) cuando el crucero viró cuarenta y cinco grados a estribor y se lanzó mar adentro. Un silencio falleciente reinaba en el puesto. Pesaba sobre su dotación la conciencia de fracaso, el naufragio del *Castillo de Olite*, la repentina retirada. Don Mario, inmóvil en el *spotter*, escudriñaba el mar por la amura. Minutos después, la flota se dividió: los transportes, con los buques de menor tonelaje, aproaron al norte, paralelos al litoral, en busca de un puerto de asilo, mientras los tres cruceros, en fila india, navegando en zigzags, lo hacían al este, hacia su base. Pero tampoco la escisión trajo consigo el final del zafarrancho. Una luna naciente, glauca y oblicua, reverberaba en el mar y las toninas se bañaban silenciosamente en su luz. Algo patético gravitaba en la extremada serenidad de la noche. Don Mario seguía concentrado en el *spotter* y la marinería en sus puestos de observación. El recelo iba fraguando en el corazón de Gervasio. Frustrado el proyecto de desembarco, a cincuenta millas de la costa, ¿qué les retenía allí? ¿Por qué no tocaban retirada y se iban todos a dormir? ¿Por qué no se les daba al menos una explicación razonable de la situación? La mar se abría en dilatados surcos sin llegar a cabrillear. Como respuesta a sus pensamientos sonó el teléfono del puesto A: «Continuamos en zafarrancho de combate. Intensifiquen la vigilancia de superficie». Don Mario asintió, sin moverse del *spotter*. Gervasio apenas distinguía las vagas sombras de sus compañeros acodados en el antepecho del sombrerete, los prismáticos en los ojos, inmóviles, como mineralizados. El crucero navegaba a toda máquina y la vibración de la obra muerta apagaba en cubierta todo otro rumor. Gradualmente, la inicial desconfianza de Gervasio fue trocándose en ansiedad. Sentía la lengua estoposa, transido el vientre, ofuscado el cerebro. La metálica reverberación de la luna en el agua, las toninas subrepticias, el prolongado silencio, aumentaban la angustia de la espera. ¿Qué ocurría? ¿De quién huían? ¿Intentaban eludir una emboscada? De pronto, el ronquido de un motor (mudadizo, creciente) le oprimió el pecho. ¡Allí estaban! El anuncio de aviones por parte del puesto C fue

inmediatamente rectificado por el A: «Se trata de lanchas torpederas —dijo— . Acentúen la vigilancia de superficie». Gervasio oprimía los prismáticos con tan sombrío furor que experimentaba su presión en la nuca. Del mismo modo, sus compañeros, silenciosos en torno suyo, se esforzaban en localizar al enemigo. A veces, el ronquido parecía diluirse para regresar después más acrecentado. Don Mario dijo sin volver la cabeza: «Apuntadores a sus puestos. Cañones listos». (Los tumbos del mar se abrían como cráteres bajo la luna y el ronroneo del motor iba envolviéndoles pegajosamente, en sucesivas oleadas, en círculos cada vez más ceñidos, como el abanico de agua de un regador.) Gervasio, desfondado, flojas las piernas, apenas pudo transmitir la orden y cuando de nuevo se llevó los prismáticos a los ojos no buscaba tanto el objetivo como protección, a la manera de una criatura indefensa que dominada por el pánico restregara los párpados apretados contra el regazo materno. El zumbido del motor pareció alejarse tras una nueva virada, pero fue una vana ilusión puesto que, acto seguido, el puente descubrió una torpedera por el cachete y la ametralladora del *espardek* lanzó dos ráfagas de balas trazadoras contra las tinieblas. Gimió de nuevo el timbre del puesto A. Una voz alarmada, casi colérica, dejó en suspenso la vida en el puesto H:

—¡Dos torpedos por la popa!

Abatido por una impresión catastrófica, Gervasio se dobló por el estómago y se asió con las dos manos al borde del mamparo. Las sienes le latían dolorosamente y las venas se le atoraban, incapaces de encauzar el flujo sanguíneo. Tenía un ritmo de respiración corto, ahogado, y el cuerpo tan frágil que su cuello apenas podía soportar el tirón de los prismáticos. Era el espanto en estado puro, como si todos los miedos que le acecharan desde la infancia se asociasen esta noche para aplastarlo. Resolló acongojadamente, abrió las piernas en V y miró por los prismáticos, pretendiendo puerilmente escapar de sí mismo. Lanzó un ojeada al azar, sobre las olas iluminadas por la luna, y entonces los descubrió: dos trazos blancos, paralelos (las estelas de aire comprimido de los propulsores) avanzaban inexorables hacia el crucero. A intervalos desaparecían entre la mareta para reaparecer después más níveos y estilizados, el trazo izquierdo un poco rezagado respecto al derecho, a una velocidad inalterable. El terror le enmudeció. Quiso anunciar el descubrimiento de los torpedos, incluso amasó un grito de alarma en su pecho, pero apenas emitió un seco carraspeo, como un estertor. La lengua se le trababa. En décimas de segundo, recordó a Tato y Eduardo Custodio, y persuadido de que iba a volar por los aires como ellos, de que su hora había sonado, adoptó una decisión prosaica, escasamente aguerrida: se llevó dos dedos a los oídos y entreabrió los labios para mitigar la explosión. Al brincar entre dos olas, los torpedos se dejaron ver un instante: dos brillantes peces

metálicos, fusiformes e incisivos, que al sumirse de nuevo en el mar volvieron a convertirse en dos estelas efervescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los oídos. La conciencia del entorno se le había esfumado. Su miedo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las balas incandescentes de la ametralladora del *espardek*. En esta situación de pleno desconcierto, le sobrevino el ostento: el calambre chascó en la morra con la violencia de un cortocircuito y, acto seguido, su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas encontradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror. Y él notaba esa fuerza en la cabeza, pugnando por expandirse, los cabellos como alambres presionando sobre el casco de acero, con tal empeño que, finalmente, consiguieron despegarlo, elevándolo poco a poco sobre las rígidas púas, destocándolo. Horripilado (el pulido casco de acero en el extremo del tupé), el vello del cuerpo comprimido por la ropa, tensos los músculos del abdomen, no parpadeaba, asistía impotente al progreso de los torpedos y, al presentir el estallido, cerró los ojos y boqueó. Mas la enloquecedora explosión que esperaba no se produjo. Y como desdoblado en otro, entrevió la virada brusca que casi tumbó el navío de costado, el discurrir de los torpedos rozando las hélices, su progresivo alejamiento hacia el confín del horizonte. Un nudo caliente (la orina descontrolada) se derritió entre sus piernas, bajó caldeando las caras internas de los muslos, distendiendo sus músculos. Y, al propio tiempo, sus cabellos cedieron, se doblegaron, y el casco de acero, en pausado vaivén de paracaídas, fue descendiendo a ritmo lento sobre su cabeza hasta coronarla. Instantáneamente volvió la vida en derredor. Oyó un grito de júbilo, ininteligible, tal vez de Javier Medina, en el altillo de los apuntadores, Damasito y el Cativo se abrazaban eufóricos a sus espaldas, oía en torno suyo vivas y voces radiantes, y abajo, en la cubierta, el bullicio expansivo de los artilleros desbordando las llamadas al orden de los jefes de batería.

Cuando media hora después cesó la alarma, Gervasio (las rodillas anquilosadas dentro de las húmedas perneras) descendió la escala con vacilación senil y se refugió en el *espardek*, a la sombra de la luna, abrumado. Intuyó que alguien le seguía:

—¿Dónde vas? ¿Te ocurre algo?

Se desembarazó de las manos piadosas de Peter y, casi sin darse cuenta, se vio a sí mismo sollozando, la frente recostada en las balsas, murmurando frases incoherentes sobre el repeluzno, papá Telmo y tío Felipe Neri. Tenía la mirada extraviada cuando levantó el rostro hacia su amigo y dijo desolado:

—Era miedo, Peter; mi padre tenía razón.

Lo dijo casi a voces, y cuando su amigo le indicó por señas el sombrerete de los serviolas, encima de ellos, bajó el tono y se puso a hablar muy deprisa, tenuamente, en cuchicheos. Así, entre sollozos e incongruencias, nació un diálogo de sordos, en el que Gervasio aludía a su «miedo paralizador» y Peter afirmaba que todo ser inteligente y sensible sentía miedo alguna vez en su vida. Hablaban de cosas distintas, puesto que cuando su amigo concretó que todos habían sentido miedo aquella noche, Gervasio, con ojos ausentes y sobrecogedora lucidez, le aclaró que estaba equivocado, que su miedo no era circunstancial, un miedo que hubiera desaparecido con los torpedos, sino que estaba instalado aquí (se hincaba con fuerza la yema del dedo índice en la frente) y ahí continuaría aunque viviese mil años.

Esa noche, como para confirmar sus palabras, se negó a dormir en el sollado, bajo la línea de flotación. Creía oír el chapaleo del mar, las olas batiendo el costado de acero, e imaginaba los torpedos cabalgando sobre ellas, la sensible espoleta en la horquilla, prestos a explotar. Dámaso Valentín, ajeno al proceso psíquico de su amigo, no salía de su asombro: «Marinero, ¿dónde vas con la que cae?». Pero Gervasio, mudo, aferró el coy ante sus ojos atónitos y, con él al hombro, se trasladó al *espardek*, al abrigo de la chimenea, donde durmió. A la noche siguiente repitió la operación, y como sus amigos pretendieran disuadirle, se encaró con ellos, la mirada turbia, desquiciados los ademanes:

—No soporto *saber* el mar detrás del mamparo —dijo con fría lógica.

Una vez fondeados en la base, Gervasio siguió acostándose a la intemperie, y Peter, alarmado por su desvarío, solía velarlo hasta que se dormía. Dos noches más tarde, Radio Bolina anticipó la noticia del desmoronamiento del ejército republicano en todos los frentes. La guerra, prácticamente, había terminado. Pese a lo extemporáneo de la hora, los barcos surtos en la bahía respondieron con sus sirenas al repique de las campanas de la ciudad. En el alto de Bellver, los cohetes rasgaron la noche y sus explosiones, mínimas y encadenadas, crearon un clima de exaltación. Relajada la disciplina, el jolgorio se instaló en el crucero. Grupos de marineros se desplazaban de un lado a otro con botellas y guitarras, bebían y cantaban bajo las estrellas, y, cuando las luces se encendieron a bordo, un vendaval de aplausos y exclamaciones las acogió. La charanga se arrancó en el castillo con *Los voluntarios* y un tropel de marineros la seguía por cubierta, coreando el pasodoble. El júbilo se propagaba, surgían de la nada botellas e instrumentos musicales, una traca estrepitosa se quemaba en el Paseo Marítimo. En el puesto H detonaban los taponazos del champán y los marineros, sentados en el suelo, bebían a gollete y, estimulados por la

armónica de Miodelo, cantaban *Chaparrita* a voz en cuello. En el centro del corro, el Cativo y el Escorbuto bailaban una danza descoyuntada, y Bartolomé Roselló, el Mallorquín, al ver entrar a Gervasio enarcó su ceja diabólica alargándole una botella: «¡Bebe, 377A, la guerra ha terminado!». Enajenado, Gervasio bebió un largo trago y al concluir se pasó ásperamente la bocamanga de la faena por los labios. Se sentía ajeno. Hundido en una sima, veía pasar la vida por encima sin fuerzas para participar en ella. El Escorbuto, sin cesar de bailar, tomó la botella, levantó en alto su corto brazo velludo, zapateó briosamente sobre las chapas, tartaleándose, y voceó: «¡Dentro de un mes, todos en casa!». Y bebía y bebía insaciable, hasta que el Cativo, los ojos chispeantes, trató de arrebatarle la botella, forcejearon y el champán acabó derramándose sobre los capotes arrebujados: «¡Alegría, alegría!». El alcohol fomentaba la animación, pero cuanto más cundía ésta, más exiguo y retráctil se sentía Gervasio. José Antonio Lago, el Pintor, sentado a usanza mora, echó en falta a Javier Medina. La ancha cara del cabo Tubío se abrió en una roja sonrisa de sandía: «Andará ya en la Escuela Naval», dijo. Le corearon unas risotadas. El Cativo, descalzo, al aire su pecho lampiño, se contoneaba cadenciosamente: «¡Venga, Miodelo, tócate una muñeira!». Y Miodelo le complacía, soplaba la armónica a dos carrillos y el pequeño corro apoyaba la música con sus fuertes voces desafinadas. Tito Iroa, el Nuevo, le pasó otra botella, pero Gervasio, al echar la cabeza hacia atrás, experimentó un vahído y le flaquearon las rodillas. Se deshizo de la botella y salió al *espardek*, asustado de sí mismo.

En el morro de Bellver seguían estallando cohetes y triquitraques y la ciudad, con su inusual iluminación (atronada por tracas, campanas y cláxones) parecía arder. Cabe la ametralladora de babor, en la que Gervasio se sentara el día de su primer viaje, media docena de marineros se pasaban una garrafa y prorrumpían en vítores alocados. Desde la cubierta, concurrida como la calle principal de una capital de provincia en día de fiesta, ascendían canciones, rasgueos de guitarras, zapateados, vivas, juramentos, los acordes metálicos de la charanga. En su deseo de huir de la euforia general, Gervasio se encaminó hacia la escala de viento del *espardek*, pero antes de alcanzarla, apareció por ella la cabeza crespa, el rostro alargado, nocturno, de Javier Medina. Se detuvo al verlo, un punto de gravedad en las pupilas, la protectora mano sobre su hombro:

—Lo siento, 377A. Al cabo Pita lo fusilaron esta mañana —dijo con voz contrita.

No acertó a responder. Los ojos inestables del cabo Pita, sus silencios evasivos, su firme cabeza cogotuda, afloraron a su mente cuando descendía a cubierta. Y, con él, las máscaras desfiguradas de

los tíos Norberto y Adrián, David y Fadrique; de sus amigos Tato y Eduardo Custodio. En la toldilla en penumbra remitía el bullicio. Algunos bultos dormían inquietas borracheras al amparo de la obra muerta y Gervasio fue sorteándolos, haciendo eses, hasta el coronamiento de popa y, una vez allí, la algarabía a sus espaldas, se acodó en la borda, junto al pequeño mástil, el rostro entre las manos. Mansas olas de socaire chapaleaban contra las hélices y de la ciudad rutilante se alzaba un clamor de multitud gozosa, contrapunteado por las explosiones de los cohetes y el tañido de las campanas. No le sorprendió ver a Peter a su lado; llevaba una semana convertido en su sombra. Se acodó a su derecha, en silencio, y para disimular su intromisión hurgó en el imbornal con el pulgar de su pie descalzo, como si se propusiera desatrancarlo. Gervasio lo miró de soslayo:

—Él sí ha sido un héroe, ¿no es cierto?

—¿Quién?, ¿Pita?

—Sí, Pita.

Peter vaciló. Con su proverbial ecuanimidad sopesaba pros y contras:

—Así es —dijo—: en cierto modo, ha sido un héroe.

—¿Por qué dices en cierto modo?

—Yo no comparto la causa a la que servía.

—Hablas igual que mi tío Felipe Neri.

—¿Es que tú no lo crees así?

Gervasio quedó un momento pensativo:

—¿Y no podría ser al contrario? —apuntó—. ¿No podría ser el hombre que muere generosamente el que ennoblece la causa a la que sirve?

La mirada de Peter se hundió en la noche, se posó en el Castillo de Bellver apenas iluminado:

—Tal vez tengas razón —dijo caviloso.

—¿Y los otros? —añadió tercamente Gervasio—. Mis tíos Norberto y Adrián, los de la moto, ¿también han sido unos héroes?

—¿Por qué no?

—¿Lo mismo que el tío Fadrique y sus amigos en el Cerro de los Ángeles? —imploró Gervasio a punto de llorar.

Se abrió una pausa atribulada. A sus espaldas seguían sonando música y canciones. A babor destellaba el faro de Cala Figuera y, a cada guiñada, iluminaba un triángulo de mar en el que albeaban las velas de dos pesqueros. Una estrella fugaz rasgó el cielo como un cohete por encima de Santa Ponsa y se perdió en la noche. Peter tomó a Gervasio por los hombros y lo condujo suavemente, entre los borrachos dormidos, hacia la cubierta iluminada:

—Lo mismo —dijo, al fin—. ¿Por qué habían de ser distintos?

Señora de rojo sobre fondo gris

1991

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Lancé este libro discretamente diecisiete años después de morir Ángeles, mi mujer, en la creencia ingenua de que era un homenaje íntimo únicamente conocido por mí. Por eso me sorprendió la primera reseña del libro hablando del buen recuerdo que yo guardaba de ella. Más que de ingenuo había pecado de tonto, pero lo curioso es que aquella alusión, antes que desagradarme, me llevó a la conclusión de que mi recuerdo no tenía nada de censurable, por lo que a partir de ese momento, Señora de rojo *circuló como un homenaje póstumo a mi mujer y, en esta idea, Pilar Miró me telefoneó pidiéndome autorización para filmarlo. Vacilé, pero creo que en esta coyuntura cometí mi segunda equivocación, ya que después de pensarlo mucho, le respondí que no, que era una cosa muy personal y me dolía comerciar con ella. En todo caso le prometí a Pilar —que se había mostrado interesada, y dada su maestría para tratar estos temas— que sería la encargada de llevarla al cine si algún día cambiaba yo de opinión. Pilar murió impensadamente al poco tiempo y yo me conformé con agradecerle su deferencia, que, en verdad, me conmovió.*

No obstante, cuando en 2007 Emili Rosales, director de Destino, me pidió, para portada del libro, una fotografía de la auténtica «señora de rojo», le envié sin reparos el retrato que le había hecho a mi mujer el pintor García Benito y que colgaba de mi despacho. Y entonces sentí la sensación de que mi actitud precautoria inicial, incluso mi injustificada negativa a la gentil oferta de Pilar Miró, quedaban en cierta medida reparadas.

M. D.

Diciembre de 2008

No ignoro que el recurso de beber para huir es un viejo truco pero ¿conoces tú alguno más eficaz para escapar de ti mismo? Una copa acartona el recuerdo, pero, al propio tiempo, convierte la onerosa gravedad de tu cuerpo en una suerte de porosidad flotante. Algo parecido a la fiebre. Pasado el trance, sobreviene el decaimiento, aunque hay un medio para evitarlo: mantener en sangre una dosis de alcohol que te imbuya la impresión de que participas en la vida, de que la vida no pasa sobre el hoyo en que te pudres sin advertir que existes. Esta forma de energía suele identificarse con la alegría, aunque, por supuesto, no es la alegría. A lo sumo, una energía inferior, improductiva; en caso contrario, yo trabajaría. Pero mi ingenio, si alguna vez existió, se ha agotado; ya lo estás viendo: no soy capaz de embadurnar un lienzo, ni siquiera de sostener un pincel en la mano.

Hace una hora, cuando llegaste, miraba, como cada día, el camino de grava desde el escañil. Vi cruzar tu coche ante el tragaluz. Te estaba esperando. Alicia me lo comunicó ayer. Me dijo: Ha terminado la pesadilla. Los han soltado. Ana irá a verte mañana. A través de ese cristal llega hasta mí la apagada vida del pueblo: la hornillera, la actividad de las huertas, el monótono runrún del tractor del señor Balbino, el pastor con las ovejas... Todo lo que conforma mi vida actual se recorta cada mañana en el tragaluz. Lo miro todo; lo veo todo. Soy como Dios. La claraboya ya es otra cosa. Es ella la que me mira a mí, me ofusca con su luminosidad excesiva. Pero tu madre la quiso de esta manera: grande e inclemente para que no pudiera atribuir mis limitaciones a deficiencias de instalación. El problema era armonizar el gran chorro de luz con una casa campesina del xviii. Había que insertar lo moderno en lo rural sin recurrir a la violencia. Una tarea adecuada para ella, puesto que uno de sus talentos radicaba en eso, en restaurar viejas mansiones sin afrentar al entorno; sin menoscabar la limpia estructura de la piedra y la madera.

De esta vieja casa, con dos siglos a cuestas, se enamoró hace años. Observaba apesadumbrada su ruina progresiva, su desmoronamiento. Desconocía a su dueño, pero un día alguien le informó que el último ocupante había sido un funcionario del Ministerio de Agricultura, un guarda forestal. Le desagradó la noticia. Las entidades la intimidaban. Prefería tratar con personas físicas. La burocracia la cohibía un poco, seguramente porque la burocracia se mostraba insensible a su encanto personal. Pero le atraía tanto esta casa que, cada vez que dábamos un paseo, se detenía ante ella, analizaba su original construcción, sin

ladrillo ni cemento, sus entibos de roble sustentando las piedras de toba, el balconaje de hierro, los enjutos ventanucos al norte, con minúsculos cuarterones móviles. Una tarde se introdujo por el hueco de una puerta lateral y quedó prendada de la solidez de su fábrica: el envigado, los puntales, las sólidas zapatas, el entarimado de tabla ancha, con quejidos dolientes cuando se pisaba. No tengo más remedio que ir al Ministerio, me dijo al salir. Estaba literalmente deslumbrada. Al día siguiente, marchó a Madrid ella sola. No le agradaba implicar a nadie en sus veleidades; resolvía estos asuntos a su manera. De modo que me quedé en el refugio con tus hermanos, aguardándola. Regresó muy optimista: Todo resuelto, me dijo; tendrás tu estudio. Le pregunté si había comprado la casa, pero ella denegó con la cabeza. A menudo solapaba sus respuestas, con una reticencia burlona. Le gustaba sorprender; dar sorpresas y recibirlas. Los edificios oficiales no se venden, aclaró. Me quedé mirándola; no me parecía una respuesta convincente, pero ella añadió, como si fuera algo de dominio público: Se subastan o se permutan. Yo seguía encandilado con su sonrisa. Siempre admiré en ella su determinación, ese saber lo que quería, su manera de afrontar las cosas, aunque a veces, como en este caso, le desagradasen el papeleo y los oficialismos. Todavía parece que la estoy viendo, a la mañana siguiente, sentada en la estera del refugio, el vaso de zumo de naranja con que se desayunaba sobre un tajuelo, divertida de mi desorientación, su pequeña cabeza morena coronando su delgado cuello, firme y fragilísimo. He optado por la permuta, dijo en un falso tono de agente inmobiliario; compraré un prado en Villarcayo y se lo cambiaré al Servicio Forestal pelo a pelo por esa casa. Y así lo hizo. Adquirió un prado grande, suficiente para apacentar dos docenas de vacas, y lo permutó por la casa. La tarea no había hecho más que comenzar. Ahora había que apuntalarla, reconstruirla, restaurarla y amueblarla. Tenía entretenimiento para rato.

Dos semanas más tarde, de regreso en la ciudad, os detuvieron a Leo y a ti. Aún veo los dos rostros, inclinados sobre mi cama, la espantada mirada de Alicia, la diligente de tu madre, indicándome por señas que me quitara los tapones de los oídos. Yo me resistía. Me asusta lo que vais a decirme, dije. Sentía miedo; siempre temí las noticias de la madrugada. Aún veo los dos rostros acuciándome, la lámpara encendida sobre mi cabeza, la tulipa azul. Decídmelo por partes, supliqué. Ella asintió y entonces me saqué los tapones de los oídos. Su voz era tranquila: Han detenido a Ana y a Leo, dijo. Temía un golpe irreversible, y aquello no me pareció definitivo. Cada día detenían a docenas de universitarios y sabía que vosotros llevabais tiempo metidos en actividades políticas y Leo, concretamente, en el Frente Revolucionario. Dice Nicolás que a Leo le detuvieron al aparcar

el coche en la universidad; lo tenía lleno de panfletos contra el 1001. A Ana, en el laboratorio, poco después (iba añadiendo pormenores). Logré sentarme en la cama. Había conseguido dominar la limitación de mi pensamiento, incapaz de abarcar de una vez los diversos aspectos del problema. Reaccioné súbitamente y pregunté por la niña. Estaba con Nicolás y sus amigos, en el piso de San Julio. Inmediatamente mi cerebro entró en actividad. Vámonos enseguida, dije. Hay que impedir que les torturen. Era mi obsesión. Pero mientras me vestía, pese a que eran solamente las cuatro de la madrugada, tu madre ya andaba colgada del teléfono. Despertó a Indalecio Vicuña, su primo, falangista de la vieja guardia; a Mariano Gajate, coronel, hermano de Justo Gajate, el abogado del Estado; al fiscal Alonso Cano, de los Cano de aquí, un viejo conocido. Todos recibieron su llamada como cosa natural. Éste era otro don de tu madre: tenía la facultad de inmiscuirse en casa ajena, incluso de interrumpir el sueño del prójimo, sin irritarlo, tal vez porque en el fondo todos le debían algo.

La semana pasada, en la ceremonia de ingreso en Bellas Artes, Evelio Estefanía, en su discurso de contestación, dedicó unas palabras a tu madre: Una mujer, dijo, que con su sola presencia aligeraba la pesadumbre de vivir. Un juicio definitivo. Con frecuencia me pregunto de dónde sacaba ella ese tacto para la convivencia, sus originales criterios sobre las cosas, su delicado gusto, su sensibilidad. Sus antepasados eran gente sencilla, inmigrantes del campo, con poca imaginación. ¿De quién aprendió entonces que una rosa en un florero puede ser más hermosa que un ramo de rosas o que la belleza podía esconderse en un viejo reloj de pared destripado y lleno de libros? El juicio de Estefanía era exacto: su presencia aligeraba la pesadumbre de vivir. A veces, bastaba su voz. Por eso ni Vicuña, ni Gajate, ni Alonso Cano tomaron a mal que los despertara a horas intempestivas: Lo que desazona a Nicolás es la posibilidad de que les torturen. La oía una y otra vez por el teléfono, como una cantinela. Más tarde, cuando bajábamos al coche, en el silencio de la madrugada, me confesó que el coronel Gajate le había dicho una cosa insólita, esto es, que la organización del estado policíaco había alcanzado tal perfección que ni el alto mando podía impedir ya la acción individual de un número. Me sorprendió esta confidencia. Desconocía en tu madre esta habilidad para tirar de la lengua.

Durante semana y media nos instalamos en vuestra casa, con la niña. El primer día su abuela la envió a la guardería y, al atardecer, mientras ella ordenaba el piso, yo me fui a buscarla. Todos los niños me parecían iguales y temía no identificarla, pero al pasar revista a los cochecitos, una niña con caperuza roja me sonrió. ¿Te das cuenta? Era ella, su misma sonrisa, la reconocí al instante. Pero, además, había algo misterioso en todo aquello, ¿cómo era posible que una niña de

pocos meses identificara a su abuelo al que apenas había visto un par de veces en su vida?

Nicolás y sus amigos de San Julio nos traían noticias cada tarde. Tú habías pasado la noche, de interrogatorio en interrogatorio, en la Dirección General de Seguridad. Leo en una celda, con un magnetófono en la contigua, transmitiendo el llanto de una mujer. Pretendían hacerle creer que eras tú la que llorabas para doblegarlo. ¿Te das cuenta del ardid? Les alarmaba el cariz que iba tomando el proceso 1001; que la calle se les fuese de las manos. De ahí mi miedo a la tortura, un miedo tan tenaz que me paralizaba. Ella era más práctica. Limpió el piso de papeles comprometedores, de modo que cuando a la tarde se presentó la policía no encontró nada, únicamente *El Capital*, una máquina de escribir y una escopeta de caza, con los papeles en regla, que se llevaron. Ése fue su botín.

A la mañana siguiente, tu madre había concertado una entrevista con Alonso Cano, el fiscal. Según me dijo, estuvo correcto pero distante. Le mortificaba que alguien pudiera admitir que los policías apagaran las puntas de los cigarrillos en la piel de los detenidos para hacerlos cantar. Ella comentó que ni lo creía ni lo dejaba de creer, pero era inicuo negarse a toda comprobación. Tal vez algún día tengamos que rendir cuentas por estas cosas, le dijo. Lo dejó caer como al desgaire porque sabía que Alonso Cano era muy religioso y aquella alusión a un juicio vago, inapelable, que bien pudiera ser el juicio final, iba a impresionarle, como así fue. Le prometió acelerar los trámites para pasarlos a la cárcel sin demora, donde vuestra integridad estaría más protegida.

Tu madre conservó siempre viva la creencia. Antes de operarla confesó y comulgó. Su fe era sencilla pero estable. Nunca la basó en accesos místicos ni se planteó problemas teológicos. No era una mujer devota, pero sí leal a los principios: amaba y sabía colocarse en el lugar del otro. Era cristiana y acataba el misterio. Su imagen de Dios era Jesucristo. Necesitaba una imagen humana del Todopoderoso con la que poder entenderse. Nada más conocernos me contó que, en vísperas de su Primera Comunión, todo el mundo le hablaba de Jesús; sus padres, sus tías, las monjas de su colegio. Únicamente de Jesús. Para poder recibir a Jesús tienes que ser buena, le decían. Sor Mariana de Todos los Santos hablaba, en cambio, de Cristo: Cristo confía en las niñas obedientes. Si Cristo te oyera decir mentiras se iba a enojar. De esta manera, me decía, identificó a Dios con Jesús, y ni la vida, ni las lecturas, modificaron luego su pensamiento. Y el día que comulgó por primera vez tuvo conciencia de que había comido a Jesús, no a Dios Padre, ni al Espíritu Santo. Cristo era el cimiento. En particular el Cristo del sermón de la montaña. Era la suya una fe simple, ceñida a lo humano; un cristianismo lineal, sin concesiones.

A los nueve años, tu madre tuvo un problema en torno a la integridad de Cristo en cada partícula de la hostia que dice mucho de su sensibilidad. Así, la primera vez que el capellán del colegio dividió una forma en cuatro fragmentos para dar de comulgar a cuatro compañeras rezagadas, ella lloró por la noche imaginando que don Tomás lo había mutilado. Por complacer a sus amigas, lo había descuartizado. A partir de ese día, cada vez que el capellán dividía una hostia en el cáliz, ella salía de la fila y regresaba a su banco sin comulgar. Una mañana, sor Mariana de Todos los Santos la reconvino. Ella adujo que deseaba recibir a Jesús entero, no una fracción, y la monja le aclaró entonces que Cristo estaba entero y verdadero en la partícula más pequeña de la hostia, incluso en las briznas que quedaban en el cáliz tras una comunión general. Tu madre asentía perpleja, turbada por única vez en la vida por una cuestión teológica. Sor Mariana de Todos los Santos ejemplificó su argumento: ¿No has entrado nunca en la caseta de los juegos de espejos? Pues es lo mismo. De la misma manera que tu imagen se refleja completa en cada uno de los espejos, así está Cristo en cada porción de la Sagrada Forma, le dijo. Aquello fue para tu madre una revelación de su poder. Cristo se multiplicaba a sí mismo lo mismo que en su día multiplicó los panes y los peces. Pero su imaginación cabalgaba más ligera. Y el día de la patrona del colegio, en la misa solemne, una hostia cayó en las gradas del altar y el capellán interrumpió la comunión, recogió la forma del suelo y la consumió. Luego, pasó un paño húmedo por la grada y se reanudó la ceremonia. Pero ella, desde la fila, no apartaba los ojos de aquella bayeta arrebujada a un lado del altar. ¿Qué pensaban hacer con ella? ¿Lavarla y escurrirla en el sumidero? Ella estaba viendo a Dios allí. ¿Pretendían ahogar a Cristo en las alcantarillas? Fragmentos infinitesimales del pan estaban impregnando la tela húmeda y en cada uno de ellos se encontraba Jesús entero y verdadero. Gritó «¡No!» y se desmayó. Las monjas la recogieron y la trasladaron a la enfermería. Quince días más tarde, su escrúpulo, que parecía indicio de una grave crisis, desapareció sin dejar rastro. No era, contra lo que parecía, una crisis neurótica sino exponente de una viva imaginación y una sensibilidad delicada. Ella era equilibrada, distinta; exactamente el renuevo que mi sangre precisaba. El episodio de Cristo en los desagües no alteró su serenidad ni afectó para nada a su fe. En su vida hubo siempre un sentido religioso.

Ahora recuerdo que en el 64, cuando impartí el curso sobre Velázquez en la Universidad de Washington, la señora Tucker, en cuya casa vivíamos, la llevaba de vez en cuando a confesar. La primera vez me sorprendió: ¿Qué puedes decirle al cura si no sabes hablar inglés? Ella reía, la chispa se encendía en sus ojos: Para que te absuelvan sobran las palabras. Si me acerco a un confesionario es porque tengo

contricción, estoy arrepentida de mis pecados. No le faltaba razón. Además, yo no decía verdad cuando le atribuía una absoluta ignorancia del idioma. Lo chapurreaba. En cualquier lugar del mundo le bastaban unos días para hacerse entender. Su oído era algo fuera de lo normal. A menudo, a la mañana siguiente de haber visto una película, se presentaba en el estudio tarareando el motivo musical. Era como una grabadora. En una ocasión traté de hacerla ir más lejos y, al salir del cine, le pedí que repitiese el tema de fondo: Así no, me dijo, antes tengo que dormirlo. Tenía que dormirlo, ¿te das cuenta? Era al despertar, al día siguiente, cuando la música de la víspera, ya digerida, afloraba a sus labios. Su concepto del oído era muy singular. El buen oído tenía ramificaciones insospechadas: era el mismo indispensable para aprender idiomas, bailar o cojear. ¡Sus teorías! La primera vez que estuvimos en Alemania salía ella sola a hacer sus compras con una naturalidad pasmosa. En Washington, a los cinco días de llegar, conversaba con los negros reticentes en los autobuses. En París, en una fiesta de madame Labourtade, la amiga de García Elvira, se erigió en centro de la reunión, contó historias y, al final, tocó las castañuelas. A mí, que era su contrario, me maravillaba su capacidad de adaptación. Y cuando me rompí la pierna en las heladas del 71, concertaba tan mal las muletas que en lugar de andar, brincaba. Ella reía: Si haces de la cojera un problema mental acabarás rompiéndote la otra. Para ella, cojear airosamente era también cuestión de oído. Era el suyo un oído intuitivo que, a veces, le permitía captar lo inexpresado. En cierta ocasión, de jóvenes, resolvió el damero maldito de *La Codorniz* salmodiando un texto imaginario, sin otro apoyo que las comas, los puntos y los acentos. Siguió el camino inverso del habitual, es decir, averiguó las palabras de las definiciones a través del fragmento del damero. Llegó a la letra a través de la música.

Una mujer como ella podría haberse desenvuelto bien en cualquier actividad que requiriese imaginación, ritmo y sentido de la armonía. Pero odiaba la rutina, y fue inconstante en sus estudios; un día se cansó y dejó la carrera a la mitad. Alguien me atribuyó un papel en esta decisión, pero no es cierto. A ella le aburrían los libros de texto; desde niña le aburrieron. En este terreno se movía un poco en la quimera. Amaba el libro, pero el libro espontáneamente elegido. Ella entendía que el vicio o la virtud de leer dependían del primer libro. Aquel que llegaba a interesarse por un libro se convertía inevitablemente en esclavo de la lectura. Un libro te remitía a otro libro, un autor a otro autor, porque, en contra de lo que solía decirse, los libros nunca te resolvían problemas sino que te los creaban, de modo que la curiosidad del lector siempre quedaba insatisfecha. Y, al apelar a otros títulos, iniciabas una cadena que ya no podía concluir

sino con la muerte. Sentía avidez por la letra impresa. Y me la contagió. Fue ella la que me aproximó a los libros, a ciertos libros y a ciertos autores. En realidad, me abrió las puertas de ese mundo.

Intercambiábamos textos sobre pintura. Yo solía discurrir sobre esquemas fijos mientras ella dejaba volar su imaginación y descubría conexiones que a cualquier otro lector, menos avisado, le hubieran pasado inadvertidas. Tu madre me llevó a Proust, a Musil, pero también a Robbe-Grillet y un día me hizo ver que mi pintura describía pero no narraba, lo mismo que las obras del *nouveau roman*. Hallaba paralelos inquietantes y su facilidad para teorizar era tal, que cada vez que exponía una idea te sentías avergonzado de que no se te hubiera ocurrido a ti. Recuerdo que hablando una vez del constructivismo alemán y del dadaísmo los califiqué despectivamente de pasatiempos del arte, pero ella me replicó que el constructivismo integraba allí donde el dadaísmo desintegraba, de manera que era en el cruce de ambas corrientes donde podía producirse cierta confusión. Su intuición de los espacios, las formas y los colores, también hubiera hecho de ella una sagaz crítica de arte.

Por ahí se inició su admiración por Primitivo Lasquetti, el escritor maldito; una admiración inflamada, tutelar, aunque apenas le llevaría seis o siete años. Primo era un hombre independiente, que llamaba al pan, pan, y al vino, vino. Pero esto era sencillo, también podían hacerlo los mediocres: lo notable no es que llamara pan al pan sino que lo hiciera con agudeza, en la prosa más brillante del último medio siglo, conforme decía ella. Ningún otro crítico tuvo una visión tan personal del arte contemporáneo, emitió unos juicios tan divertidos y deslumbrantes; tan definidores. A mí me apreciaba Primo, nos entendíamos, pero, en nuestros espaciados encuentros, era ella la que llevaba la voz cantante, la que le buscaba las cosquillas hasta hacerle irritar, porque, según decía, era irritado cuando le salía la genialidad.

Admiraba sus ideas, la densidad de sus ideas, pero también la forma de expresarlas. Lo leía incansablemente; lo releía. Le daban de lado su cinismo, su procacidad, su desfachatez. La genialidad suele comportar estos inconvenientes, comentaba. Era tan intelectual su relación, tan por encima de lo vulgar, que jamás sentí celos de él. Ante ella hubiera sido siempre una torpeza mostrarme celoso, pero hacerlo con motivo de su admiración por Primo hubiera representado un error completo, una equivocación que tal vez nunca me hubiera perdonado.

Lo conoció en la Biblioteca Nacional, la tarde que presentó una colección de libros de cuentos. El salón, como era lógico, estaba lleno de gente relacionada con la literatura infantil, pero la tesis que sostuvo Primo fue que los cuentos no interesaban en absoluto a los niños, que lo que los niños deseaban leer eran los libros que sus padres cerraban con llave en su biblioteca. Se armó un escándalo

regular, pero ella se entusiasmó: Es más original de lo que me habías dicho, repetía. Un contradictor, eso es; un argüitivo, reía yo. Pero a ella le fascinaban las personas con su propio perfil, diferenciadas. Con el tiempo fue conociendo a Lasquetti, sus ocurrencias, su impiedad, su cinismo, sus sarcasmos, pero también su timidez, su sensibilidad que tan hábilmente disfrazaba de audacia. Es como si tuviera una cuenta pendiente con la sociedad, comentaba ella. Sus críticas, sus escritos, incluso los de mera ficción, recataban unas cargas de profundidad que hacían volar por los aires personas, prestigios e instituciones. Parecía complacerse en atraer odios contra su persona. Pero era fiel a los pocos valores que respetaba y a la amistad. Ella decía: Su desdén es sólo aparente; apenas una máscara. Ama a media docena de personas pero incondicionalmente; con todo su corazón. A veces se lo insinuaba y él respondía con su indiferencia estudiada: ¿Crees tú que hay más de media docena de personas en el mundo que merezcan ser amadas? Ella afirmaba convencida: La gente quiere despreciarlo pero no puede; es demasiado importante. Y tenía razón. Rara vez, en conversaciones sostenidas en círculos más o menos intelectuales, dejaban de mencionarlo. Y cada vez que esto ocurría se hacía una pausa que los contertulios aprovechaban para mirarse entre sí con cierto recelo, pero el silencio duraba lo que tardaba en surgir el primer calificativo: Ése, lo que es, es un cabrón, decía uno. Y, tras la primera piedra, llegaba la lapidación inmisericorde: resentido, blasfemo, soberbio, desalmado... No había epíteto que no le fuera aplicado. Y, entonces, ella se alzaba en su defensa. Uno de los recuerdos más hermosos que conservo de tu madre es en su papel de abogada de Primo, sola, encendida, tenso el tendón de su frágil cuello, frente a la camarilla de inquisidores: Todas las personas singulares están llenas de contradicciones. Sorprendía su posición, el calor de sus palabras, que muchos atribuían a la indulgencia del inflexible Primitivo Lasquetti hacia mi pintura.

Cuando surgió el rumor de mi ingreso en Bellas Artes, de que alguien estaba dispuesto a presentar mi candidatura a la Academia, yo dudé si aceptarlo, consciente de mi escaso academicismo, pero ella, poco envanecida, me animó: Debes hacerlo y luego meter a Primo y César Varelli allí. Hay que rejuvenecer esa casa. El que no la conociera hubiera pensado mal, se hubiera burlado de mi incauta aprobación de aquella amistad con Primo, pero yo conocía el alcance de su relación, el juego estrictamente intelectual que se desarrollaba entre ellos. Ambos vibraban con lo bello; la diferencia estribaba en que mientras el sentido de la belleza no rebasaba en Primo la esfera del arte, tu madre *descubría* la belleza en las cosas más precarias y aparentemente inanes. Y donde no existía, era capaz de crearla rompiendo con los valores establecidos, asumiendo todos los riesgos.

Y, sin embargo, ella no admitía que esto fuera un don, que el

resto de los mortales no fuésemos capaces de llegar donde ella llegaba. Es decir, si yo le hacía un regalo, no sólo aspiraba a que la sorprendiera sino a que la sorpresa fuera de su gusto. Pretendía que el objeto que, de repente, le apetecía, se me ocurriera regalárselo a mí. Esto le parecía natural, cuando tan difícil era. De ahí que cada vez que me equivocaba (que era con mucha frecuencia), por debajo de su aparente satisfacción se traslucía un punto de desencanto, quizá no tanto por la futilidad del regalo como por mi falta de discernimiento. No comprendía mi torpeza. Ella entendía que, siendo un artista sensible, mi fracaso a la hora de distinguir lo bello de lo feo carecía de justificación; era simple pereza mental. Es pura pereza mental, me decía. Pero bien sabe Dios que no era pereza mental. Yo la amaba tanto que hubiera sacrificado la falange de un dedo por acertar, siquiera una sola vez en la vida. Que, al menos una vez, ella, al recibir mi regalo, hubiese pensado: Dios mío, esto es lo que más deseaba del mundo. Pero esto no llegó a producirse; era una aspiración imposible. Conformar mi ineptitud con su buen gusto, seguir el vuelo de su fantasía, sobrepasaba mi perspicacia. Ella se resistía a orientarme y yo era incapaz de hallar por mis propios medios algo que la complaciera. El problema era insoluble, de modo que cada vez que le regalaba alguna cosa, lo hacía cohibido, porque, aunque ella fingiera satisfacción, yo intuía que una vez más me había equivocado; que *aquello*, como los regalos precedentes, acabaría encerrado en un oscuro cajón, o desaparecería de casa sin dejar rastro.

A poco de casarnos, por los años en que tú naciste, todavía no había perdido la esperanza de acertar. Anhelaba sorprenderla y, cada vez que callejeábamos juntos, vigilaba su expresión ante las vitrinas de los comercios, escuchaba sus comentarios con Verónica, observaba a las mujeres que admiraba; todo inútil. El error volvía a producirse. Mis pesquisas no servían de nada, de modo que, a medida que transcurrían los años, iba encontrándome más sobrante y paradójico. Y así siguieron las cosas hasta que llegasteis vosotras. Fue preciso que crecierais, tú, Alicia, la pequeña Mar, para hallar una solución. Con vuestra asistencia apenas había riesgo de equivocarse. Disponíais de información y, a falta de ella, estaba la intuición. Entre ella y vosotras existían vías de comunicación invisibles, una corriente por la que os transmitía sus vibraciones ante lo bello. Pero ¿por qué misteriosos caminos le llegaron a ella estas vibraciones?

Tu madre abandonó los estudios por propia voluntad. Le irritaban la estructuración de la carrera, los profesores adocenados, las ideas impuestas. Su cabeza caminaba muy deprisa, iba por delante de la de sus mentores. Aprobó fácilmente los dos cursos comunes pero ahí se plantó, se negó a continuar. Ese mismo año terminé yo Bellas Artes, pero seguía sin vender un cuadro. El título significaba la culminación

de una etapa académica, pero únicamente eso. Carecía de medios de vida; no ganaba una peseta. Pero el hecho de que tu madre abandonara la universidad fue ajeno a todo eso, a mi carrera, a la prisa por casarnos. Para ella, una sanción oficial de sus conocimientos a los veinte años resultaba irrelevante; no le daba importancia. Lo importante era tenerlos, tener esos conocimientos quiero decir. Si ella hubiese deseado titularse, mi resistencia no hubiera servido de nada. Con el tiempo pensó de otra manera y a vosotras, por ejemplo, os orientó hacia la universidad. Una paradoja. Ella contaba con gracia este capítulo de su vida pero nunca, en las diversas versiones que la oí del mismo, figuré yo como responsable.

De proponérselo, hubiera sido una gran fabuladora. Narraba las cosas con ingenio; sus digresiones eran tan divertidas como el tema central, pero nunca se perdía; iba y volvía, graduaba el interés, demoraba el desenlace, remedaba a los personajes. Daba igual que relatase una historia prolija que un breve trayecto en autobús. De todo sacaba partido, lo animaba con tal magia que era imposible sustraerse a su hechizo; hubiera sido capaz de sostener la atención del auditorio durante semanas. Pero, al margen de sus dotes de observación, creaba; tenía una imaginación espumosa. A menudo traté de animarla para que escribiese algo, pero ella me oía como quien oye llover, se burlaba de mí. ¡Me hubiese gustado tanto que lo intentara!

Recuerdo que, cuando os detuvieron, a Leo le atribuían un cargo en el Frente, tesorero, secretario o qué sé yo, imputación que, de confirmarse, hubiera agravado su pena. Intervinieron vuestras cuentas en los bancos y denunciaron dos partidas que consideraban sospechosas. Una mañana, tu madre dejó a la niña en la guardería y marchó al Tribunal de Orden Público a entrevistarse con el juez instructor. Aunque tenía fama de desabrido, se mostró receptivo con ella, la escuchó. Sin conocerlo, le explicó la procedencia de aquel dinero y, al parecer, lo envolvió: El aspecto económico del problema está resuelto, señora —terminó admitiendo el instructor—, a ver si tenemos la misma suerte con el político. Acudimos a las cárceles respectivas a daros la buena noticia. ¡Oh, Dios, qué duras aquellas mañanas de invierno en Carabanchel! Aquellas amanecidas ominosas, la luz crepuscular en el gran patio gris, la bruma polvorienta sobre Madrid, cientos de visitantes a la espera y el carcelero voceando nuestros nombres: ¡Nicolás, Ana, Alicia, Martín, Paula, Basilio...! No teníamos apellidos. Era indigno, pero tu madre no se sentía vejada: Vamos, ¿no oís?, somos nosotros, reía. Desfilábamos por un pasillo de guardianes, entre barrotes... Aquel olorcillo de la cárcel... Caminábamos de uno en uno, como borregos, de uno en uno, la tarjeta de identidad en la mano, tu madre sonriendo, derramando optimismo entre los presos que iban apareciendo en las jaulas de la galería cada

vez más delgados y mates. Y Basilio, tu cuñado, desde el centro de la galería, eufórico, saludaba a todos. Y los reclusos le respondían: Buenos días, Basilio. ¿Cómo van las cosas, Basilio? Y los policías y los carceleros, apocados, se hacían los desentendidos, aquejados de un sentimiento de culpabilidad.

A pesar de los alardes de tu cuñado, de las voces familiares de los detenidos, de la desmoralización de sus guardianes, aquel ambiente me oprimía. Me quedaba inmóvil, encogido, mudo. No encontraba una palabra de aliento. En cambio ella se aproximaba a vosotros con una nota en la mano. Un guión para aprovechar el tiempo, decía. Os hablaba ordenadamente sobre la niña —sus comidas, su plan de vida, su próxima visita—; luego, de sus entrevistas con el juez, con vuestros amigos, con los compañeros de universidad... Los últimos minutos los dedicaba a frivolizar, mientras los guardianes vigilaban por detrás de las jaulas, aburridos, un poco intimidados. Algunas veces, al concluir las visitas, íbamos a ver a Primo, a Primitivo Lasquetti, interrumpiéndole la tarea matutina. Les van a meter un montón de años, vaticinaba. Hoy día las chiquilladas se pagan caras; las revoluciones no se hacen con aficionados. En realidad no acudíamos a él para consultarle, pero le escuchábamos porque sabíamos cómo las gastaba; conocíamos de sobra su modo de ser. ¿Y quién es la detenida, la guapa?, preguntaba de pronto. Tu madre se sentía lastimada, erguía su flaco cuello: Ninguna de mis hijas es fea. Él la miraba atentamente, desde detrás de la máquina de escribir, por encima de las gafas: Verdaderamente no tienen motivo. Bajaba los ojos y reanudaba el tecleo: Disculpadme; voy a terminar esto antes de que llegue el motorista, decía. Y allí, con nosotros delante, Primo terminaba su crítica, con la misma concentración que si estuviera solo. Ya le conoces. Es un tipo sobrado. Cada vez que le hablo del estiaje del creador suelta la carcajada. No cree en esas cosas.

Tu hermana me telefoneó ayer anunciándome tu visita. Me dijo que estabas bien, quizá un poco baja de color; tampoco la cárcel es el lugar idóneo para curtirse. Y, bien mirado, peor podría haber sido. Estas cosas vas viendo cómo se enredan, pero es imposible predecir cómo van a terminar. Recuerda tu desmoronamiento de los primeros días: A Leo se le va a caer el pelo, decías. ¿Te acuerdas? Tampoco los de San Julio eran optimistas: Son demasiados cargos; la organización del Frente, la copiadora del chalé, las cajas de octavillas... ¡Menos de seis años, nada! ¡Dios mío, seis años! En aquellas sombrías reuniones, era ella la única que aportaba un poco de esperanza. Ese hombre no va a ser eterno, recuerdo que dijo la primera vez. Lo dijo serenamente, sin encono. Dijo únicamente *ese hombre*. No se ensañó, pero, inconscientemente, al despojarle de sus títulos, lo apeó del pedestal, le arrancó las medallas del pecho, lo desnudó. Pero, además, fue la que

dio en el clavo. Ese hombre no fue eterno. Incluso cuando especulábamos en San Julio sobre vuestros años de condena, ya estaba herido de muerte. En cambio, lo suyo no lo previó tu madre. Se sentía fuerte, entonces, con buena salud, y sabía que era necesaria. Alicia y Mar dicen que ya, por entonces, la encontraban delgada. Pero ¿estuvo alguna vez gruesa tu madre? Odiaba las grasas, ya lo sabes. Le repugnaban. Esto formaba parte de su culto a la belleza. Admitía cualquier cosa antes que engordar un kilo. ¡Era tan armoniosa su figura! ¿Cómo pudo criar tantos hijos sin echarse a perder? Ella decía que el tamaño del pecho nada tenía que ver con su fertilidad y, obviamente, le sobraba razón. Nunca la deformó la maternidad. Se le abultaba el vientre, tal vez una pizca los pechos, pero, con la ropa suelta, el embarazo apenas trascendía. Encinta de Pablo, el más grande de todos, la piropearon un día en la calle un mes antes de dar a luz. Llegó a casa desconcertada: Me han gastado una broma cruel. ¿Cómo puedo estar atractiva en semejante estado?, decía. Pero lo estaba; estaba atractiva. En ella, el embarazo era escuetamente un vientre, no afectaba para nada al resto del cuerpo. En nueve meses engordaba siete kilos, pero una hora después de dar a luz pesaba lo mismo que el día que quedó encinta. Ella se sentía orgullosa de su vientre, de su comportamiento. Alojaba criatura tras criatura sin protesta; no se aflojaba, no se fruncía. Tras el parto volvía a su tersura normal, ligeramente hundido entre los huesos de las caderas, resumido, el ombligo como única referencia. Nunca se resintió su figura a causa de un hijo. Los pliegues, la celulitis, las grietas, nada tenían que ver con ella. Así cumplió 48 años, tan grácil y atractiva como cuando la conocí en el parque, a los dieciséis.

Desoí las advertencias de Alicia y Mar. Claro que estaba delgada, pero ¿cuándo no lo había estado? Alicia iba a casarse unos meses después y recuerdo la actividad de tu madre en esa época; no dejaba un cabo suelto, no paraba. Tu hermana decía a veces: Hay días que no puedo seguirla. Tímidamente sugerí la idea de aplazar la boda hasta que se resolviese lo vuestro, al menos hasta que se celebrase el juicio, pero ella se opuso: Nadie tiene derecho a condicionar la vida de nadie. No obstante, fue la niña la que llenó su vida durante esos meses. Nunca imaginé que el primer año de un bebé tuviera que ajustarse a unas pautas tan delicadas. Para mí, el primer año de vida de un ser humano se resumía en tres momentos decisivos: los primeros balbuceos, el primer diente y los primeros pasos. Iniciarse a hablar, a comer y a andar. Ése era todo el aprendizaje. A mi entender, un niño sano no podía facilitar otras noticias que ésas. Pero junto a tu madre aprendí que el proceso evolutivo de un niño estaba lleno de matices. ¡Cuánta minucia, cuánta sutileza! Recuerdo las cartas que te dirigía a la cárcel con sus descubrimientos: «La niña sigue mi dedo con los ojos;

ya sabe mirar», «La niña tiende los brazos cada vez que me acerco a la cuna», «Por primera vez hoy sonrió inducida por un objeto inanimado, un perrito de peluche». ¡Tantas cosas inimaginables! Paralelo a su desarrollo estaba su vestuario: sus jerseis, sus faldones, sus capotas, sus botitas. Cada vez que te la llevaba a la cárcel la cambiaba de indumentaria. A la visita siguiente comentabais sobre lo que la favorecía y lo que no la favorecía. Recuerdo que un día decidió quitarle los faldones y te la envió con las piernecitas al aire. No le di mayor importancia a la novedad, pero tu recibimiento el lunes siguiente fue clamoroso: voces, risas, bromas; no parabais de hablar; ¡hasta aventurabais juicios sobre la conformación futura de las piernas de la niña! Nunca, imagino yo, un ser tan pequeño produjo entre los adultos una conmoción tan grande.

Nada de esto impedía a tu madre atender sus obligaciones como secretaria. Conocía mis compromisos, mis deseos y caprichos; seguía mi vida tan puntualmente que rara vez me consultaba antes de responder a una carta. Procuraba desbrozarme el camino para que yo trabajase despreocupado: Lo tuyo es pintar, solía decirme. Por encima de premios y honores, del juicio de los críticos, era su fe lo que me animaba. Y cuando la Academia votó mi ingreso en su seno, ella se mostraba radiante. Decía: Cada mañana, al despertar, me pregunto: ¿por qué tengo que estar contenta? Y ella misma se contestaba: ¡Ah, sí, la Academia! Le preocupaba mi discurso, el tema, su extensión. Se interesaba por la confección del frac, la camisa, los zapatos. En cualquier caso sabía lo que me convenía; lo que procedía hacer. Se relacionaba con los marchantes, con las galerías directamente. Para ella, un cuadro era un mundo independiente y, en consecuencia, cada uno requería una posición, una luz, una altura. De ahí que organizarme una exposición constituyese un arco de iglesia. Pero ella no se amilanaba. Gozaba con las dificultades y sospecho que, fuera de sus fantasías adolescentes, nunca tuvo otras aspiraciones. ¿Que le sobraba talento para haber abordado una actividad más personal? No lo dudo, pero puedo asegurarte que yo no la coaccioné para que no lo hiciera. Lo nuestro fue una especie de convenio tácito, con ciertas vacilaciones al principio, pero definitivamente implantado tras la medalla del Salón de Otoño. Ese premio nos cambió la vida. Trajo consigo un despegue y una ampliación de horizontes, que nos indujo a preocuparnos más de mi trabajo, nuestros hijos y nuestro dinero. Ella asumió esta tarea espontáneamente, sin imposición de nadie. Y si yo no le pedí la gestión de nuestras cosas, tampoco consideré machista avenirme a que lo hiciera. La nuestra era una empresa de dos, uno producía y el otro administraba. Normal, ¿no? Ella nunca se sintió postergada por eso. Al contrario, le sobró habilidad para erigirse en cabeza sin derrocamiento previo. Declinaba la apariencia de

autoridad, pero sabía ejercerla. Cabía que yo diese alguna vez una voz más alta que otra pero, en definitiva, ella era la que en cada caso resolvía lo que convenía hacer o dejar de hacer. En toda pareja existe un elemento activo y otro pasivo; uno que ejecuta y otro que se allana. Yo, aunque otra cosa pareciese, me plegaba a su buen criterio, aceptaba su autoridad. A sus amigas solía aconsejarles evitar los encuentros frontales, un sabio consejo. El aspecto formal de la lucha por el poder durante los primeros meses de matrimonio se le antojaba grotesco, por no decir de mal gusto. Creía que el hombre cuida la fachada y declina la dirección; pero entendía que algunas mujeres ponían, por encima de la autoridad, el placer de proclamarlo, esto es, aceptaban el poder, pero sin ocultar cierto resentimiento. Por supuesto, ella era de otra pasta. Y si entre nosotros no hubo un explícito reparto de papeles, tampoco hubo fricciones; nos movimos de acuerdo con las circunstancias. ¿Si hubiese aceptado yo un segundo plano, trastocar los papeles, ella arriba y yo abajo, ella a la vista y yo detrás, en la penumbra? Nunca me lo planteé; tu madre estaba tan embebida en sus problemas, que su primera preocupación cuando se le manifestó la enfermedad fueron sus hijos, qué sería de vosotros el día que ella faltase. A Alicia se lo confesó un día: Soy tan tonta, le dijo, que he llegado a creerme que era yo la que ganaba el dinero.

Pero el dinero no era todo en nuestras vidas. Anteponíamos otras cosas: familia, proyectos, amigos. Éste era su terreno. Evelio Estefanía me anticipó que, en su discurso de recepción en la Academia, iba a aludir a esta cualidad suya, pero, ante las circunstancias, hubo de cambiarlo. Ella había muerto en el intervalo. Entonces dijo esa gran verdad de que, con su sola presencia, aligeraba la pesadumbre de vivir. ¿Puede decirse de alguien algo más hermoso?

El día que tú le pediste unos papeles para renovar tu contrato en la universidad, ella se apresuró a llevártelos a la cárcel, pero los celadores se negaron a admitirlos: Una reclusa no tiene nada que firmar salvo su declaración. ¿Por qué su hija, en lugar de meterse en líos, no se va a la Gran Vía a mover el culo?, le dijeron. La zafiedad la humillaba hasta extremos indecibles. Al salir de la cárcel se metió en un portal, para llorar a gusto. Pero allí mismo, entre lágrimas, decidió no rendirse a la brutalidad y, tan pronto llegó a casa, firmó los papeles por sí misma, imitando tu letra, y los entregó personalmente en la universidad. Ni el grafólogo más exigente hubiera advertido la suplantación. Tu madre sonreía divertida. No le remordía la conciencia. Delitos eran violar, matar, robar; la firma indebida de documentos era para ella un simple pasatiempo.

Ante mi temor de que os torturasen, visitó de nuevo a Alonso Cano, el fiscal. Cano, de estudiante, estuvo enamorado de ella y le hablaba con una suficiencia rebuscada: Parece mentira que una mujer

como tú se crea esas mendacidades de los malos tratos, le decía. Los estudiantes se autolesionan para desprestigiar a la policía. Tu madre, más que por ti, temía por Leo; estaba más comprometido. Alonso Cano la desconcertó: ¿Te gustaría hacerle una visita para comprobar que no te engaño? Sí, claro que me gustaría, le respondió. Y allá nos fuimos los dos una tarde, a la prevención, una oficina siniestra, llena de polvo y expedientes. Y, tras unos minutos de espera, entró Leo maniatado, ceniciento, y charlamos, sentados sobre unos cajones, bajo la vigilancia de un policía cerril. Me sentía enfermo, pero antes de marchar le pregunté con disimulo si le habían maltratado. Lo negó y yo me tranquilicé. Hacía cuatro días que os habían detenido y pensé que el momento más crítico había pasado ya. Pero bien fuese porque así lo tenían dispuesto o porque a aquellos tipos les fastidió nuestra visita, lo cierto es que esa misma noche le golpearon hasta que perdió el conocimiento. Por Nicolás y los de San Julio nos enteramos de la tortura. Tu madre escribió una carta a Alonso Cano pero nunca tuvo contestación. Automáticamente quedó clasificado como *indecente*. Juzgaba a las personas con un criterio primario: decentes o indecentes, pero ser catalogado como indecente suponía únicamente que había perdido su confianza. No iba más allá, era incapaz de rencores; menos aún de rencores vitalicios. Le aburrían. Durante los primeros meses de matrimonio, cada vez que discutíamos, se ataba un hilo al dedo meñique para recordar que estábamos enfadados. Luego lo olvidó; llegó a olvidar incluso la razón por la que se había atado el hilo. Era muy desmemoriada. En nuestros viajes iba regando los hoteles de objetos de uso personal: jerseis, blusas, un peine; rara vez las cosas que acababa de adquirir. Éstas no las guardaba en las maletas, las llevaba a mano, en el asiento posterior, y de vez en cuando las extendía sobre su regazo para contemplarlas. Había en ella una suerte de deslumbramiento infantil ante lo nuevo-bello que rayaba en fetichismo.

A las leves incomodidades que originaba su mala cabeza no les daba importancia. A veces salía de casa sin dinero y, al advertirlo, montada ya en el autobús, sugería al cobrador pagarle el billete con un cheque. El hombre, naturalmente, se sorprendía. ¿Un cheque por dos reales, señora? Ella agregaba con cierta lógica: A no ser que prefiera un sello; he olvidado el monedero. El cobrador, cada vez más desconcertado, advertía que la compañía no admitía sellos y que tendría que apearse. Tu madre, entonces, apelaba a la solidaridad de los viajeros: ¿Habrá alguien tan amable, decía, que pueda prestarme dos reales para el autobús? Y, súbitamente, se producía la fascinación colectiva, aquel movimiento de adhesión que despertaba su presencia. Veinte manos, con veinte monedas, se alargaban hacia ella diligentes, desprendidas. Y ella tomaba una, daba las gracias y la entregaba al

cobrador, quien, un tanto achicado por asimiento tan unánime, balbuceaba: Discúlpeme, señora, pero las normas de la compañía son las normas de la compañía; yo no puedo hacer otra cosa.

En vísperas de operarla, en la habitación de la clínica, me confesó que sólo había una persona en el mundo por la que hubiera sentido inquina: don Federico Corral, el administrador de la casa. Sus pleitos con don Federico solían producirse de año en año con motivo de pequeñas modificaciones en el piso. Ella se mostraba extrañada de la negativa cuando la obra redundaba en beneficio del inmueble, mientras don Federico alegaba que el proyecto alteraba su estructura. Esto de reformar los pisos donde vivía era en tu madre una auténtica dependencia, como puede ser en otros la droga o el alcohol. No sabía vivir sin ello. La casa más bella y mejor construida era susceptible de ser mejorada. A veces, la innovación era tan arbitraria, tan traída por los pelos, que ni ante sí misma acertaba a justificarla. Mas el final de la pugna nunca variaba: el administrador cedía a condición de doblar la renta. Tu madre clamaba, se indignaba, vivía una semana como si hubiera desistido del proyecto pero, al cabo, llamaba a los operarios y se ponía manos a la obra. Su marca será difícilmente superable: en siete años, hasta que tuvimos piso propio, nos doblaron la renta tres veces. Sus debilidades arquitectónicas, estando Leo y tú en la cárcel, las satisfizo con esta vieja casona. Venía, al menos, una vez por semana y, si hacía buen tiempo, se traía con ella a la niña y a algún estudiante para que la vigilara. Su quehacer inicial fue raspar la cal y el yeso, descubrir piedra y madera con objeto de ennoblecer los interiores. Rastreaba vigas y arcos con apasionamiento de arqueólogo: Pique aquí, Teodoro, por favor, le decía al albañil. Rara vez ordenó dar un mazazo inútil. Exhumaba sillares, arcos de dovelas, entibas de roble, gruesos dinteles de nogal... En las tres habitaciones delanteras, al picar el techo, apareció el primitivo artesonado que ella limpió amorosamente con aceite de linaza, poniendo especial esmero en los puntales y zapatas que lo sostenían. Pero donde concentró todo su entusiasmo fue en la cocina que acabas de ver. Estaba ilusionada con ella. Incluso en Yeserías, donde no solía perder el tiempo en bagatelas, creo que te habló una vez de la cocina. La dichosa cocina llegó a ser para ella una idea fija. En torno al hogar, que dejó intacto, rehabilitó casi todo, techo, planta y tabiques; incluso recompuso los desportillados azulejos que ceñían el fogón, encargando algunos fragmentos a una cerámica de Puente. Aquello fue la obra de El Escorial.

Pero había que ambientar los rincones, *calentarlos*, como decía García Elvira. Con este propósito fue adquiriendo cazos, calderas y otros enseres de cobre en los pueblecitos vecinos. Pocas veces recurría a los anticuarios. Le divertía descubrir los viejos cachivaches por sí

misma. En Caniseco había un prendero que llamaba a estos chismes *chichirimundis*. Y a cuenta de ellos tu madre entró en conflicto con los baratillos de la capital, que la censuraban «estar tirando el mercado». Mas cuando discutían, llegaba a desconcertarlos: ¿Por qué los campesinos desconfían de su palabra y no de la mía? ¿Por qué en todas partes, antes de vender un dedal a uno de ustedes, me avisan a mí? Callaban. Se miraban entre sí y no decían palabra.

La ornamentación de la casa fue avanzando muy deprisa. Aparte los *chichirimundis*, tu madre halló otra fuente de decoración en el Obispado, pinturas y tallas sin valor pero plásticas y sentimentales. Todos estos angelotes barrocos, fragmentos de retablos, santos de palo, litografías y cuadros de época proceden de allí. Mas faltaba lo verdaderamente peliagudo: amueblar la casa en un estilo adecuado. En los alrededores, encontraba alguna insignificancia: aguamaniles, mesillas de noche, atriles, escabeles... Pero todo ello, reunido, no hacía bulto; en una casa de tres pisos ni se veía. No obstante, hablando con unos y otros, se informó de que una tal doña África, familia de indianos, agonizaba en Linaza, una aldea próxima. Cuando conectó con los herederos ya la habían enterrado y estaban restaurando la casa a base de formicas, aglomerados y otros materiales más modernos, pues la pobre tía África vivía en la edad de piedra, dijeron. Tu madre se interesó por el destino de los muebles. Unos irán a los baratillos y otros a las hogueras de San Juan. ¿O es que le gustan a usted? Entonces sugirió quedarse con el lote por un tanto alzado y enseguida llegaron a un acuerdo. Te parecerá mentira, pero estas camas de hierro de bolos dorados, otra pareja de cabeceros pintados, la de barco, donde vas a dormir, una mesa de roble de tres metros, de una pieza, las sillas a juego, dos librerías encristaladas, una cómoda de nogal, un canapé, ese reloj de ojo de buey, la consola y el resto del mobiliario fueron tasados por ellos en cincuenta mil duros, en el convencimiento, además, de que la estaban engañando.

Disfrutó mucho con estas adquisiciones. Veía más allá que el común de los mortales. Tenía el ojo enseñado a mirar; nació con esa intuición selectiva. Este estudio donde estamos, cuya existencia no trasciende al exterior, lo sacó de su cabeza. El entarimado de enebro, la entreplanta con los caballetes, el techo revestido, y la gran claraboya invisible desde la carretera, fueron cosa suya. Me conmovía su confianza en mis posibilidades. Imaginaba que si había destacado «pintando en cualquier parte», haciéndolo adecuadamente podría llegar a ser un genio. Abordó la obra guiada por dos objetivos fundamentales: recogimiento y luz. Para conseguir lo primero forró la buhardilla de corcho y en los tragaluces y las vidrieras puso doble cristal. Pero la luz era todavía más importante. A su juicio, disponiendo de luz, todo lo que el artista guardara dentro terminaría

por aflorar. Mas había que conseguir esa luz sin que la claraboya se divisara desde fuera. La comodidad del artista era esencial, pero lo era aún más la estructura de la casa. Entonces ideó esta linterna, para que la claridad procedente de las vertientes ocultas del tejado inundara el estudio sin hacerse visible desde el exterior. Un verdadero hallazgo arquitectónico.

Empeñó en esta obra toda su imaginación y consiguió lo que se proponía: una luz blanca, sin sombras, como si yo trabajara bajo los focos de un estadio; y mucho silencio. Disponía de toda la luz del mundo y de un silencio de camposanto, de tal manera que, si en adelante no pintaba *Las Meninas*, mi capacidad creadora quedaría en entredicho. Un desafío insoportable. A veces pienso que fue esta condición la que me inutilizó el verano pasado, cuando lo estrené. Ella había empezado a notar molestias en el hombro, la niña estaba alicaída esos días no sé por qué, tu hermano Gus enfermó de hepatitis, vosotros en la cárcel... Había cosas que no marchaban en casa, que me alteraban, pero la verdadera razón de mi impotencia creo que radicaba en un exceso de bienestar, en el hecho de saber que disponía de un estudio sumamente confortable y si no pintaba algo singular sería por falta de aptitudes. Lo tenía todo; hasta tu madre se me brindó como modelo, aunque sabía que esta colaboración era inútil; terminaría, como de costumbre, en el diván. Pero cuantas más facilidades se me daban, mayor era mi incapacidad. En los períodos de aridez, nunca he tratado de rebelarme. Suelo sobrellevarlos con paciencia, retocando viejos cuadros, simulando que hago, en espera del soplo creador; exactamente lo que estoy haciendo ahora. Sin embargo, el verano pasado perdí la serenidad. No puedo recordarlo sin sonrojo. Le culpé a ella, fui injusto y atrabiliario, pero ya me conoces, en lugar de asumir mi ineptitud, le dije que era imposible trabajar en la pura asepsia, que aquel silencio sepulcral me inutilizaba, que yo necesitaba calor humano, gritos de niños, peleas, para hacer algo; para pintar vida precisaba vida y que toda su teoría sobre el «espléndido aislamiento» había sido un error. Apenas se inmutó. Mi pataleta era tan infantil que no merecía respuesta. Pero su indiferencia se volvió contra mí: me hizo verme pequeño y ruin; sentirme incómodo dentro de mi piel. Solía sucederme a menudo; era una forma de expiación. Sin embargo, el amor propio me impedía excusarme, aunque esta vez, en la sobremesa, tan pronto advertí que ella se había anudado un hilo blanco en el dedo meñique de la mano izquierda, se me aflojó la garganta, le tomé la mano y le pedí perdón.

No obstante, es ahora, a cosa pasada, cuando deploro mi mezquindad. Es algo que suele suceder con los muertos: lamentar no haberles dicho a tiempo cuánto los amabas, lo necesarios que te eran. Cuando alguien imprescindible se va de tu lado, vuelves los ojos a tu

interior y no encuentras más que banalidad, porque los vivos, comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales. Ensimismado en su tarea, uno cree, sobre todo si es artista, que los demás le deben acatamiento, se erige en ombligo del mundo y desestima la contribución ajena. Pero un día adviertes que aquel que te ayudó a ser quien eres se ha ido de tu lado y, entonces, te dueles inútilmente de tu ingratitud. Tal vez las cosas no puedan ser de otra manera, pero resulta difícilmente tolerable. La imposibilidad de poder replantearte el pasado y rectificarlo es una de las limitaciones más crueles de la condición humana. La vida sería más llevadera si dispusiéramos de una segunda oportunidad.

Durante el semestre que pasamos en Washington, en casa de los Tucker, yo comía poco y enflaquecía. No me adaptaba a la comida ni al horario americanos, y tu madre, que conocía mi aprensión, me metía el botón del cuello de la camisa cada cierto tiempo, para que no lo advirtiera. Te parecerá cómico, pero en la clínica no lograba arrancar este recuerdo de mi cabeza. ¿Cómo no valoré antes este detalle? Cuando las cosas de este tenor se están produciendo no les das importancia, las consideras normales. Incluso te parece ridículo el reconocimiento ante los allegados. Pero un día falta ella, se hace imposible agradecerle que te metiese el botón de la camisa y, súbitamente, su atención deja de parecerte superflua para convertirse en algo importante. En la vida has ido consiguiendo algunas cosas pero has fallado en lo esencial, es decir, has fracasado. Esta idea te deprime, y es entonces cuando buscas apuradamente un remedio para poder arrostrar con dignidad el futuro.

Hay otro asunto que hace unos meses consideraba un juego, pero que ahora advierto que no era un juego. Algunas tardes, en las sobremesas de mediodía, ella se me quedaba mirando y, al cabo de un rato, me preguntaba: ¿Volverías a casarte si yo me muriera? Yo sometía la cuestión a mi cerebro adormilado y respondía sin interés: Seguramente no, pero agregaba un poco inquieto: No debemos jugar con esas cosas. Su pequeña cabeza denegaba: No se trata de un juego. Sé que me moriré antes que tú. Esta iniciación de su discurso resultaba gris, un poco melodramática. Yo callaba, pero sus palabras dejaban en mi corazón un rastro ceniciento. El juego propiamente dicho, empezaba más tarde: la evaluación de candidatas. Luisa Aranda te llevaría los papeles al día. Tal vez, pero ¿quién se mete luego en la cama con Luisa Aranda? Tu madre reía: Maite Noriega haría eso mucho mejor. ¿Tú crees que se conformaría conmigo? Volvía a reír: Habría que verlo. Eres un amador aceptable pero tampoco nada del otro jueves. Iban desfilando los nombres de las candidatas y lo que a una le sobraba le faltaba a otra: ¿No habrá alguna que reúna las virtudes de todas ellas?, preguntaba yo. La chispa maliciosa de sus

ojos se acentuaba: No es fácil eso. Entonces pensaba que había iniciado la conversación para que yo la halagase y le decía: Tú eres un hallazgo; no es probable que se repita. La envanecía saber que era difícil hallar una sustituta, pero añadía: Debes pensarlo; tú no podrías vivir sin una mujer al lado. ¿Se refería al cuerpo o al espíritu? Había una velada invitación en su voz. Trataba de seducirme. Lo hacía siempre, y siempre con extrema delicadeza. Era, inevitablemente, el colofón del juego.

Pero el verano pasado, a poco de manifestarse los primeros síntomas, advertí dos cosas: que durante el juego empezaba a mostrar cierta impaciencia y que el juego carecía de colofón (ahora se trataba de resolver un asunto urgente). La mayor de las Villena, Inés, haría una buena compañera, me dijo una tarde. Yo lo tomé a broma: Prefiero la segunda. ¡Pero la segunda está casada! Tampoco creas que es un obstáculo insalvable. Se animaba al no encontrar en mí una oposición rotunda. A lo largo del verano, planteó a menudo la cuestión sin que llegáramos a un acuerdo. Gus, enfermo de hepatitis, solía interrumpir nuestros coloquios con sus voces. Le irritaba que los sanos platicáramos tranquilamente en el salón mientras los enfermos se pudrían en el lecho. Protestaba, daba voces y ella se levantaba para atenderlo. Era difícil en una casa de tanta gente sostener una conversación privada. Gustavo, ya le conoces, siempre fue un mal enfermo. Se impacientaba con el reposo y, para hacérselo más llevadero, tu madre le sacaba de paseo en automóvil, y, aunque aún era un niño, le enseñaba a conducir en los carriles del páramo. Metiendo y sacando marchas, reculando, maniobrando, se desfogaba. Gus es un niño original, diferente. Desde que tenía un año, se negó a admitir que, en aras de la salud, violentaran su cuerpo. Que le barrenaran una muela o le pusieran una inyección le parecían agresiones brutales que un ser civilizado no tenía por qué aceptar. Con la hepatitis, se resistía a las extracciones de sangre, necesarias para conocer el proceso de la enfermedad, pero tu madre, que previamente se leyó dos libros sobre el control de la mente, le convenció, al fin, para que accediera al recuento periódico de transaminasas.

Esta paciente actitud ante los enfermos adoptaba formas preceptivas con los viejos. En su trato con ellos nunca pretendió ser clemente. Primitivo Lasquetti simplificaba despiadadamente su abnegación: A Ana, decía, le divierten los viejos. Pero ¿cómo interpretar su conducta como un simple divertimiento? Tú no alcanzaste a conocer a los López Manrique, dos ancianos pintorescos, él enfermo, ella con 84 años y la cadera rota. Lázaro López Manrique era un gafe reconocido. Recién casado, en Orihuela, cuando acompañaba al equipo de fútbol del que era directivo, el cohete anunciador de las fiestas le vació un ojo; le dejó tuerto. En torno al

cenizo de López Manrique circulaban infinidad de anécdotas, algunas verdaderas y otras falsas. Lo que resultaba incontestable era lo del cohete, ya que a partir del famoso viaje le faltó el ojo izquierdo, que más tarde se puso de cristal (un ojo impertinente y obsesivo). A mí, fatalista de vocación, me inquietaban sus visitas a los López Manrique, le recomendaba prudencia y que abreviara, pero no me hacía caso: los acompañaba al médico, los abastecía para que fueran sobreviviendo, les hacía la tertulia y, una tarde a la semana, la pasaba con ellos jugando al palé. Pero el día que falleció Lázaro, al ir a llamar a la funeraria, se desprendió la araña del salón al pasar ella y casi la aplasta. Fue la última broma de Lázaro en este mundo.

Otro de sus protegidos era García Elvira, el pintor. A éste sí lo conociste. Había triunfado en Francia pero, durante la ocupación alemana, pintó al mariscal Pétain coronado de laureles y los franceses nunca se lo perdonaron. Regresó a España, a la ciudad donde había nacido, casado con una elegante parisina, Michèle, que cambió el bulevar de Saint Germain por una casita provinciana española sin hacer aspavientos. Una mujer valerosa. Nunca se lamentó de su destierro ni del temperamento de su marido. Con sus tiestos, los desfiles de los cadetes a caballo y el románico de la provincia tenía bastante. Tu madre y ella se reunían con frecuencia; se llevaban bien. Pero un día, inesperadamente, amaneció muerta en la cama. Le falló el corazón. Al llegar a su casa encontramos a un García Elvira furioso. En el reverso de algunos cuadros, ella había colgado unas etiquetas que decían: *«En cas de mort, le donner à Ana»*. Fue un original testamento que García Elvira no respetó. Había nacido para princesa, protestaba. Regaló a tu madre un quinqué francés del xviii, como recuerdo, quemó las etiquetas en la cocina y dijo que se encontraba muy solo, que a los 86 años no podía valerse y que necesitaba una mujer que le atendiera. Tu madre le recomendó algunas residencias acogedoras pero él respondió que las residencias de ancianos, acogedoras o no, eran *morideros* y que él, al hablar de una mujer que le atendiera, se refería concretamente a la cama. A partir de entonces, tu madre le acompañaba los sábados al Casino y le presentaba viudas de mejor o peor ver, pero que a él nunca le satisfacían: Ésa está muy fondona. ¡Por amor de Dios, Ana, si es una cacatúa! A mí la que en realidad me gusta eres tú. ¿Por qué no damos esquinazo a tu marido y te vienes conmigo a París? Tu madre asentía: Déjame un tiempo para pensarlo. Fue en esa etapa cuando le pintó el famoso retrato con el vestido rojo, un collar de perlas de dos vueltas y guantes hasta el codo. El vestido, de cuello redondo y sin mangas, lo diseñó él para la ocasión. Mi gran curiosidad por ver cómo resolvía el fondo del cuadro no se vio defraudada: lo eludió, eludió el fondo; únicamente una mancha gris azulada, muy oscura, en contraste con el rojo del vestido,

más atenuada en los bordes. César Varelli, cuando lo vio, dijo: Un tipo que es capaz de conseguir estos grises es un pintor. Al oírle me asaltaron unos celos absurdos, un escocimiento que no experimentaba desde mi época juvenil. Acosé a tu madre: ¿Qué le decía García Elvira mientras la pintaba? ¿Se le insinuaba tal vez? Tu madre me miraba con los ojos muy abiertos, pasmada, atónita: Por amor de Dios, Nicolás, tengo casi cincuenta años. Pero para mí ella no tenía esa edad. La veía en el cuadro, bella, grácil, desenvuelta, las perlas en el cuello, los brazos morenos, tan sensuales. Ya caigo, dijo ella de pronto, tú lo que tienes son celos del cuadro. Y yo creo que era cierto, pero no me di cuenta hasta que un día se lo pidió para exponerlo en Madrid. Me humilló que no contara conmigo, pero al menos tuvo la delicadeza de no identificar a la protagonista en los programas de mano. *Señora de rojo sobre fondo gris*, anotó simplemente, y fue el éxito de la exposición. Entonces sí, entonces sentí celos del cuadro, de no haberlo sabido pintar yo, de que fuese *otro* quien la hubiese captado en todo su esplendor. El maestro había regresado a su patria chica para pintar a mi mujer y de este modo humillarme. Me sentí tan vano ante él como cuitado ante ella. El hecho de que un forastero hubiese entrado en mi casa para conseguir lo que yo no pude, con el modelo a mano, me empequeñecía. Pero me resistía a reconocerlo: ¿Celos del cuadro? ¿Es que piensas, acaso, que el cuadro es bueno? Ella omitió su opinión aunque era la que más me interesaba: A César Varelli y a Primo les ha gustado, dijo. Fue el remate; la guinda a la tarta. Y allí me dejó recomiéndome, no sé si de envidia, de celos o de impotencia.

Como era de esperar, el viejo García Elvira no pudo sobrevivirla. No encontró otra alma piadosa dispuesta a escuchar sus latosas confidencias sobre sus exigencias sexuales a los 90 años. Cuando le supe enfermo llamé a una ambulancia y lo trasladamos al hospital y, con tu hermana Alicia, le velé la noche entera. Estaba amarillo por la ictericia, un poco hinchado, y murió de madrugada, con la mano de tu hermana entre las suyas, imaginando, tal vez, que era tu madre la que velaba su agonía. Se apagó tan dulcemente, que mi horror a la muerte física se relativizó desde entonces.

Estos viejos locos, solitarios, nunca faltaron en la vida de tu madre: tu abuela, mi padre, Tirso Urueña... Todos eran ancianos irreparables, a quienes la insolidaridad de la vida moderna había cogido desprevenidos. Se sentían perdidos en la vorágine de luces y ruidos, y daba la impresión de que ella, como un hada buena, iba tomándolos de la mano, uno a uno, para trasladarlos a la otra orilla. Pero esto, lejos de humanizarlos, los envilecía y, conscientes de su conmiseración, abusaban de ella, se inventaban dolores o necesidades con objeto de retenerla, iban devorándola poco a poco. No te oculto que yo también, sin darme cuenta, participaba de ese acto de

antropofagia. En realidad, todos en casa nos considerábamos con derecho a ella, nadie renunciaba a su parte de ella. Y, fuera, ocurría otro tanto. Atendía a todos, lo mismo a los viejos, con sus cominerías, que a los adolescentes con sus equívocas intimidades. No regateaba su entrega. A veces daba la impresión de que entre todos la estábamos disecando. Algunas noches la veía derrumbarse sobre la cama, dejar caer el libro que había empezado a leer sin llegar a pasar página y quedarse dormida con la luz proyectada sobre su cabeza. Hace años que no duermo; pierdo el conocimiento, me decía en broma algunos días.

Las visitas a la cárcel no parecían afectarla. Yo creo que si iba a veros con alegría era porque no podía daros cosa mejor. ¿Qué hubiera sido de ti si en lugar de encontrar entre los barrotes su abierta sonrisa te hubieras topado con un gesto patético, de amargura o de fatiga? ¡Y qué gozo el tuyo cuando te hablaba de la niña, de sus balbuceos, de sus gracias, de sus primeros pasos vacilantes! La recordaré siempre, la última primavera, bajo el primer sol de la mañana, en el gran patio de cemento de Carabanchel, ante la puerta del penal, entre cientos de familiares angustiados, encabezando la fila hacia aquel energúmeno que iba voceando nuestros nombres: ¡Ana, Nicolás, Alicia, Martín, Pablo, Basilio...! Pero si somos nosotros, advertía divertida. Y, uno detrás de otro, salvábamos el rastrillo, mostrábamos furtivamente nuestros carnés de identidad, precedidos por su sonrisa, que parecía abrir todas las puertas y, cerrando filas, tu cuñado Basilio, hombre de fe, saludando desde el centro de la sala a los reclusos, dando los buenos días a todos.

El problema más desmoralizador era el juicio. Discurrían las semanas, los meses y nadie hablaba de juzgaros. El número de detenidos aumenta cada día. El Tribunal no da abasto, comentaban los de San Julio. Y, en efecto, las cárceles estaban abarrotadas pero no se hablaba para nada de libertad condicional. Yo recordaba el caso de César Varelli: once meses encerrado para, finalmente, ser declarado inocente.

¿Quién respondía de ese atropello? No obstante, yo temía al juicio. Nicolás y sus amigos pronosticaban condenas muy duras. Yo era cobarde; prefería dejar pasar el tiempo, que no se removiera el caso, que se olvidara. Desconfiaba, en particular, de lo que pudiera ocurrirle a Leo. Ella, en cambio, nunca esperó nada de la vía judicial: Ana y Leo saldrán de la cárcel con la cabeza alta, mediante una amnistía política, dijo siempre. Su fe en que la vida de *aquel hombre* tenía un límite corto, aumentaba por días. Y, como respondiendo a sus previsiones, por aquel entonces se encontraba enfermo. Mas, aunque no eterno, aquel hombre lo parecía; se restablecía una y otra vez, la ciencia no le dejaba morir, prevenía sus recaídas, las conjuraba y

luego le enviaba a descansar al mar o a la montaña. No acababa de estar claro que su enfermedad de entonces fuera a ser la última. Sin embargo, ella tuvo razón, ya lo ves, no ha sido un juez sino el propio gobierno el que os ha puesto en la calle con todos los pronunciamientos favorables.

Las únicas desazones de la niña durante los meses que vivió en casa fueron motivadas por las ausencias de su abuela. Era una cosa rara, porque desde el primer momento tu madre se dio cuenta de las delicadas circunstancias en que se encontraba, y resolvió, en una de sus rápidas decisiones, «no mimarla demasiado para no echarla a perder». Pero, aunque simulaba un relativo distanciamiento, la niña se percataba de que era la reina allí. Tu hija es intuitiva y sonríe con el mismo gesto que su abuela, con las comisuras altas, en tensión, incondicionalmente.

La primera noche que regresé solo la niña me miraba sin llorar, pero se negaba a acostarse. No reía, no jugaba, no lográbamos distraerla con nada, simplemente me seguía a todas partes y me miraba. Intuía algo, la primera falla en su breve vida. Alicia y Juan, que acababan de casarse, la llevaron a su cuarto, pero la niña empezó a llorar entonces. Durmió conmigo, un sueño agitado, y su cabecita morena, bajo la tulipa azul, tenía la misma disposición que la suya cuando, vencida por el cansancio, dejaba caer el libro que leía y se quedaba dormida.

No es fácil dar una idea aproximada de tu madre, de su cara oculta, la faceta que no habéis conocido. Estaba su atractivo, es cierto, pero también su intuición, su admirable capacidad para crear ambientes. Recuerdo ahora nuestra gira por América hace diez años: las clases, las charlas a mediodía, bajo el sol de mayo, los edificios neoclásicos, los amplios *campus* verdes, las recepciones con los profesores endomingados. Velázquez, Goya, la escuela de Madrid, eran temas sólidos, sin duda, pero nuestra relación terminaba ahí. Se echaba en falta un rompedor, alguien que fundiese el hielo, que flexibilizara el inevitable acartonamiento académico. Ella acabó con aquella tiesura ceremoniosa y no me preguntes de qué manera. Simplemente lo hizo. Y aquellos profesores, agarrotados en principio, terminaron colgando las americanas del respaldo de las sillas y sus esposas batiendo palmas con calor. En la Universidad de Yale aún llegó más lejos. Tocó las castañuelas, como en París, y aquello adquirió una temperatura altísima. Recuerdo que el profesor Curren, el decano, en tirantes, le preguntó entusiasmado dónde había aprendido y ella se echó a reír: Esto no es tocar las castañuelas, profesor; es sólo hacerlas sonar, dijo. Pero el caso es que suenan bien, contestó él. Bueno, eso es tan fácil como silbar *El Danubio azul*.

No valoraba su talento. Le ocurría lo mismo con el cóctel, con su

dominio de la técnica festiva; tampoco lo apreciaba. Para ella cambiar de interlocutor cincuenta veces en una tarde era normal. Algo tan sencillo como respirar. Afrontaba en cada caso a los desconocidos con una calidez tan específica que cada uno quedaba con la ilusión de haber sido distinguido por ella. Dominaba ese arte tan difícil de abandonar a una persona y dirigirse a otra sin humillar a la primera; conectaba y desconectaba sobre la marcha, deportivamente, la sonrisa en los labios, y a la hora de las despedidas, todo el mundo se hacía lenguas de su afabilidad. Yo envidiaba su facultad de acomodación y aun trataba de imitarla, pero su don no era transmisible. La técnica del picoteo no estaba a mi alcance. Me mostraba torpe, ponía en juego una condescendencia derretida, demasiado atropellada para ser sincera. Y de esta forma no era infrecuente que terminara la fiesta con el primero que me asaltó a la llegada, de ordinario el más cargante de la reunión. Mis intentos de fuga rara vez prosperaban y si, en ocasiones, conseguía despegar, era a costa de dejar a mi interlocutor con la palabra en la boca. De ahí mi indecisión. Pero en estos titubeos, llegaba ella, triunfante, y, a requerimientos de otros, me requería a mí, con tal donaire que, incomprensiblemente, mi secuestrador quedaba prendado de ella e incomodado conmigo. ¿Cómo te explicas esto? Recuerdo que una tarde, en Amherst College, me dio un consejo insolente, esto es, que a los impertinentes de cóctel había que tratarlos como a los perros zalameros, con una cierta dureza encubierta: acariciarles la cabeza, rascarles el entrecejo, pero impedirles a toda costa que te pusieran las patas encima. Eso me dijo.

Su atractivo era tan irresistible que, en el funeral, la gente lloraba. La iglesia estaba atestada, en silencio, un silencio que únicamente rompían los sollozos. Yo recuerdo aquel día como vivido dentro de otra piel, desdoblado. Tras una semana de tensión intuía una realidad dramática, pero todavía *no la sentía*. Observaba a mi alrededor, atónito. Veía a un hombre de corbata marrón a listas verdes con los ojos enrojecidos; a una mujer de edad, enlutada, con el pañuelo en la mano; a dos muchachas llorosas, comunicándose en bisbiseos. ¿Por qué llorarán *ésos*?, me preguntaba. ¿Quiénes eran? ¿Quién sería el señor de la corbata listada, la mujer de edad, las muchachas que bisbiseaban? ¿Le habrían pagado alguna vez el autobús? Ante aquella consternación general, pensé que el poder de seducción de tu madre era arrebatador, que su capacidad para granjearse afectos era tal que ni don Federico Corral, el administrador de la casa, a quien divisaba de pie, en un lateral del templo, con la cabeza melancólicamente reclinada sobre el pecho, podía sustraerse a ella.

La primera molestia que experimentó fue un dolor persistente en el hombro izquierdo. Fuimos a Óscar: Reúma, artritis, artrosis... Era

joven, pero para estas cosas no hay edad. No le dimos importancia. Es decir, yo no le di importancia al dolor, sí a un levísimo decaimiento que advertía en ella, más bien al instintivo esfuerzo que hacía por sobreponerse. Acabábamos de regresar de Bruselas y todo había ido bien. Había vendido media exposición y las críticas fueron favorables. Ella, como de costumbre, había colgado los cuadros y estuvo contenta allí; no se quejó. Fue al regreso, a los tres días de estar en casa, cuando el dolor le asaltó por sorpresa al levantarse. Salvo el episodio del asma, no la recordaba enferma. A los veinticinco años, meses después de nacer tú, padeció un asma de origen misterioso cuyos accesos nocturnos no la permitían descansar. Pasaba las noches sentada en la cama, leyendo. No lo tomó en serio; tu madre, salvo los dientes y las grasas, no tomaba su cuerpo demasiado en serio. Los médicos descartaron el corazón; hablaron de alergia. Seguramente era alergia. Pero ¿alergia a qué? Las pruebas habituales nada probaron. Todo podía ser y nada era; nada se aseguraba y nada se descartaba. Tampoco parecía importante, aunque, cada vez que sufría el ataque, su respiración se hacía corta, silbante, con un entorpecimiento traqueal, angustiada. Ella me decía que no con la cabeza, que no me preocupase. Nunca llegó a sentirse en el límite, verdaderamente apurada.

Vivíamos entonces en una casa frente al parque, con una alfombra de nudos en el salón muy difícil de limpiar. Pero, salvo yo, nadie pensó en el parque, ni en la alfombra. Un buen día, los ataques empezaron a espaciarse por sí solos; apenas sufría uno al mes. Aquella época coincidió con la medalla del Salón de Otoño, y las perspectivas de mejora económica que comportaba nos animaron a cambiar de casa. Hacerlo y desaparecer el asma fue todo uno. No volvió a sufrir ni el menor amago. Sencillamente se había terminado la enfermedad. ¿Fue el polen el causante, algún árbol del parque, alguna flor? ¿Tal vez el polvo acumulado en la alfombra, que no viajó con nosotros a la nueva casa? Nunca llegó a saberse. Pero Óscar recordó el asma cuando surgió el problema del hombro. Lo tenía registrado en su historial clínico y era admisible una relación, aunque el tiempo transcurrido desde entonces invitaba a descartarlo. Recetó gimnasia, ultrasonidos y antirreumáticos. A tu madre le habían hablado del gimnasio del doctor Salinas, junto al río, y acudió a él esperanzada. Le fijaron una hora asesina: las 4 de la tarde. Y allí iba, en pleno mes de junio, y regresaba acalorada, deprimida. Solía sentarse en la mecedora del salón, hasta que se le pasaba el sofoco. Por primera vez la vi, aunque por breve tiempo, lábil, dominada por algo. En cualquier lugar del mundo donde hubiera vitrinas, museos, teatro o monumentos, es decir cosas bellas que admirar, tu madre era incansable. Podía comenzar la jornada a las nueve de la mañana y, doce horas más tarde, seguir

activa, presta a asistir a algún espectáculo nocturno que mereciera la pena. El ejercicio físico no le mejoró el hombro. El dolor tenía manifestaciones que no parecían guardar relación con el tratamiento. Tal vez ella intuyó que aquel dolor insidioso, sin causa conocida, podía ser el inicio de algo grave, pero no dijo nada. Era enemiga de difundir malas noticias: A Ana no le habléis de esto; es una tontería, nos rogó. Y en la cárcel, cuando te visitábamos, no se hablaba de su dolor, como si no existiese. Los temas eran los de siempre: el hombre casi eterno, el juicio que nunca comenzaba, la media lengua de la niña. En esa situación, con una medicación imprecisa, nos vinimos aquí. Al levantarse solía hacer la tabla de ejercicios del doctor Salinas, pero un día apareció con el brazo inflamado. A ver si ahora me voy a hinchar como un globo, fue su comentario jocoso. Estaba baja de tono pero deseaba despreocuparnos, que el ritmo de la casa no se alterase por su causa. Sin embargo, su decaimiento era notorio y, en contra de su costumbre, a mediados de julio dejó de subir al estudio para ver «si me había cundido la mañana». Se mostraba jovial, pero refrenada, buscando camas, divanes, puntos de apoyo donde recuperar fuerzas.

Por la noche sí me interrogaba: ¿Trabajas? Yo asentía con la cabeza: Mañana te enseñaré lo que estoy haciendo. La engañaba porque sabía que no subiría. Continuaba seco, carecía de facultades hasta para embadurnar un lienzo; me sorprendía haber tenido ideas meses atrás y empezaba a sospechar que esta vez mi incapacidad era definitiva. Únicamente disponía de un argumento en contrario: el hecho de que la idea de impotencia no era la primera vez que me asaltaba. Entonces me esforzaba en animarme pensando que la medalla del Salón de Otoño, las exposiciones de París y Bruselas, los elogios de los críticos, significaban alguna cosa. Y que si la inspiración me había asistido un día no había razones objetivas para que no volviera a asistirme. Te diré más, cada vez que ella me preguntaba ¿trabajas?, antes para que yo pensase que seguía de cerca mi quehacer que por auténtico interés (en esos días su cabeza estaba ocupada en otra cosa), yo me hacía la siguiente reflexión: que, más adelante, cuando ella sanase, tendría que revelarle la verdad, es decir, que el pintor que habitó en mí había muerto; que el hecho de haber pintado mil cuadros no significaba que pudiera pintar mil uno. Que ésa era la cruel servidumbre del artista.

Cuando ella se apagaba, todo languidecía en torno. Sus esfuerzos por sobreponerse no engañaban a nadie, resultaban incluso patéticos. Fue entonces, en aquellos primeros días del verano, cuando me asaltó la idea de la menopausia. Esta ingenua posibilidad fue tomando cuerpo dentro de mí. Tu madre estaba sufriendo un penoso proceso de menopausia y nada más. En el estudio, mientras luchaba con mi incapacidad, me lo repetía docenas de veces para convencerme.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Un día se lo revelé con un entusiasmo desmedido, pero ella sonrió: Son cosas distintas, dijo. Me enfadé conmigo mismo por mi torpeza al exponer la sugerencia, por haber estropeado la noticia. Luego la tomé con ella: ¿Qué sabía de medicina? A veces este proceso llegaba a despertar instintos homicidas en una mujer. Más aún: en las leyes de los países civilizados, se la consideraba una causa atenuante de la responsabilidad penal. Levantaba la voz para decírselo; sustituía los argumentos por voces, como siempre que uno no está convencido de lo que está diciendo. Ella me miraba, la chispita en el fondo de sus ojos castaños, y entonces yo me daba cuenta de que tenía la misma expresión que cuando miraba a la niña, un tanto remota e incrédula. ¡Te estoy hablando a ti!, gritaba furioso, pero ella seguía mirándome con indulgencia, su delgado cuerpo sin energías recostado en el sofá; pero como yo siguiera insistiendo, acabó suplicándome que me llevara a Gustavo al páramo a conducir, que estaba como un león enjaulado. Era evidente que no le interesaban mis conjeturas; deseaba, simplemente, estar sola, deshacerse de mí.

Ahora pienso que no tendré a nadie a mano cuando me asalte el miedo. ¿Qué va a ser de mí cuando no encuentre su mirada cómplice entre los ojos hostiles del auditorio? ¿Cómo arrancarme a hablar? ¿Cómo eludir el acoso tentacular de los cócteles? ¿Quién acudirá a rescatarme? ¿Tendré valor para subirme a un avión? La primera vez que lo hicimos, de recién casados, fue ella la que sintió vértigo. Se mareó en el despegue y yo fui feliz atendiéndola. Tiempo después, cuando el avión de hélice fue sustituido por el de reacción, empecé a relacionar su interior con un quirófano, a recelar de aquel ambiente artificial que me oprimía. Ella me aconsejaba: Inspira hondo y expulsa el aire poco a poco. ¿Nunca te has emborrachado de oxígeno? Lo intenté pero la tensión no cedía; no conseguía dominarme. Entonces fue cuando descubrí la eficacia del alcohol ante el miedo insuperable. Unas copas de champán desfondaban el miedo, convertían el avión en un trasto tan inocente como un tiovivo de feria. Pero había que dar con el punto, lo mismo que ahora, cuando me levanto. Yo sé que si bebo la dosis justa, la veré ahí, tumbada en ese diván, con el vestido rojo del cuadro, con tal nitidez que podría describir la expresión de su rostro y los detalles de su atuendo. Y si no está ahí, la veré por el tragaluz atravesar el camino de grava y, poco después, recostada en el marco de la puerta, inmóvil, observándome atentamente; un poco desmañada pero muy atractiva. Algunas mañanas no la veo, únicamente la oigo, la siento acercarse por detrás, haciendo crujir las tablas de roble como sólo su peso podría hacerlas crujir. Entonces intuyo que me acompaña aunque no la vea. Es claro que son visiones producidas por el alcohol, pero me valen: ya no puedo vivir sin esas

visiones. Lo que nunca consiguió el alcohol es borrar la impresión de aquel beso de hielo sobre su frente muerta, el frágil cuello emergiendo de la sábana que la envolvía como un sudario. Tus hermanos y tíos venían detrás en fila india, como en la cárcel, pero ella no la encabezaba ahora, faltaba su alegría. Y mientras ellos se despedían, yo me frotaba los labios ásperamente, porque, aunque era capaz de concebirla dormida o despierta, riendo o llorando, charlando o ensimismada, me resultaba imposible imaginarla sin calor.

Mediado el verano la invité a dar un paseo en bicicleta. Nunca había necesitado que la animasen pero, en los últimos días de julio, se mostró más abatida. Esa tarde, en la curva del Pinsapo, reconoció que el campo por sí solo no aliviaba la melancolía, que era preciso traer la alegría dentro para disfrutarlo. A pesar de todo, ella se esforzaba en alcanzar sus habituales niveles de optimismo imaginando situaciones que podían ser peores. Otras veces tenía raptos imprevisibles. A Mar la abrazó una noche en el salón con una vehemencia inusual. Estuve a punto de acabar contigo, le dijo. Llevaba varias noches soñando cosas atroces: con Mar descuartizada, sin manos, ni pies. En realidad no sabía si lo soñaba o lo imaginaba en la duermevela, pero daba la luz y no volvía a apagarla hasta que se tranquilizaba. Otra vez soñaba con la niña, me decía. Estaba obsesionada con la talidomida. A veces comentaba que estuvo a punto de tomarla en París, cuando la beca del 64, afirmación sin fundamento pues, aunque es cierto que se la ofrecieron, ella la rechazó como tantas otras cosas en esa situación. Estando encinta era refractaria a medicarse. Consideraba el embarazo un hecho natural aunque no consentía que se abultase otra cosa que el vientre. Odiaba esos embarazos invasores que se acusan hasta en los lóbulos de las orejas, pero no se medicinaba para evitarlos; hacía ejercicio y racionaba la dosis de sal. Eso era todo. Creo que esto fue lo que te recomendó a ti cuando le anunciaste que esperabas un bebé. Por tanto, el parto era un hecho fisiológico ajeno a la farmacopea; los medicamentos sobraban. Alcanzada la sazón, se alumbraba al niño y en paz; sin acelerar ni demorar el momento. Consecuente con sus ideas, la noche que alumbró a tu hermana Alicia, se negó a esperar al doctor pese a los ruegos de la comadrona. Llegado el momento, expulsó a la niña sin atender otras razones. Y allí quedaron las dos, madre e hija, sobre la colcha, la niña dando vagidos, ella mirando al techo, sonriendo a la nada. Fue algo tan maravilloso que, ante el estupor de la comadrona, cogí un bramante y lo anudé en el cordón que las unía, que era grueso y azul, pero no me atreví a cortarlo. Estos acontecimientos no alteraban lo más mínimo su ritmo de vida. Recuerdo que con Pablo se vino de viaje conmigo estando fuera de cuenta. Ya no se acordaba de lo de Alicia, el parto anterior. Verónica, más precavida, le advertía: ¿Y si te vienen los dolores en pleno

campo? Ella replicaba con tal resolución que su amiga se achicaba: Me detengo en el primer pueblo y doy a luz; tampoco creas que parir sea un arco de iglesia. A las veinticuatro horas de nuestro regreso, nació Pablo, el más lucido de la serie. Verónica se llevaba las manos a la cabeza: ¡Dios Santo, no ha nacido en Francia de verdadero milagro! Ella se burlaba: ¿Tan grave te parece tener un hijo francés?

En las tertulias de sobremesa le contaba a Paula estas historias con objeto de familiarizarla con su alumbramiento ya inminente. Martín se mostraba acorde: el parto era un acto natural y, en consecuencia, había que desligarlo de la medicina. Paula apenas ingería sal y aprendía a respirar. Todo iba bien, pero cuando, inesperadamente, un domingo por la tarde le sobrevinieron las contracciones, todos nos pusimos un poco nerviosos. Los dolores eran apremiantes pero tu madre no vaciló; mandó recado al médico del pueblo y organizó las cosas para atenderla aquí mismo, en casa. No hubo contratiempos; en cuatro horas había nacido la criatura y, aunque era grande y su madre grácil, se escurrió lo mismo que había hecho Alicia veinte años atrás. Fue quizá el único momento feliz, en medio de un verano calamitoso.

Sin duda el parto de Paula fue el último acto operativo de tu madre el pasado verano. A partir de aquel día cayó en una especie de inhibición. Apenas se ocupaba de las flores y de los niños. Una mañana, después de regar el rincón de las margaritas, se desmayó. Luego estuvo tendida en la hamaca, hasta la hora de almorzar. Cuando se levantó dijo que se encontraba bien pero, mientras comía, un comentario de Pablo le provocó un acceso de risa, se atragantó, enrojeció, y creímos que se ahogaba. Se puso en pie sin poder hablar. Agitaba los brazos pidiendo ayuda. Todos nos incorporamos y tratamos de auxiliarla. Al fin, remitieron los ahogos, se serenó. Alicia se asustó; estaba lívida. Dijo que mientras su madre no se recuperase, ella no se casaba. Por la tarde, incapaz de soportar la inquietud, cogí el coche y me la llevé a la ciudad a que la viera Óscar: los dolores del hombro seguían mortificándola, también la inflamación del brazo, las décimas... Después estaban las novedades del mareo y la disfagia. Óscar la exploró a fondo. De la conversación deduje que tu madre padecía otros trastornos de los que no me había hablado: laxitud, afonía, molestias en el cuello y un dolor intermitente en la pierna derecha. A cada nuevo síntoma que exponía, yo escrutaba el rostro grave de Óscar, su mirada antigua, un poco taimada, de campesino. Y cuando tu madre agregó que a veces, sin razón alguna, sangraba por la nariz, Óscar se interesó por las reglas, que, según ella, eran normales. Pero él inquiría más y más detalles. Ante su insistencia experimenté esa satisfacción propia del profano que anticipa un diagnóstico: ¡Óscar estaba pensando en la menopausia!

Hacía calor en la ciudad, un calor seco y estancado, de asfalto reblandecido, ese calor propio de los veranos en Castilla. Necesito unos análisis para mañana, dijo Óscar, y me extendió la receta. Luego, al llegar a casa, ocurrió un curioso incidente. Al bajarme del coche, tu madre, que se había apeado por el lado opuesto, le decía cálidamente a un hombre maduro, que se alejaba por la acera sin volver la cabeza: Gracias, muchas gracias; ha sido usted muy amable. El hombre, con chaqueta clara y un hombro más alto que otro, se escabullía azorado. Ha sido muy amable, repitió tu madre ya dentro del ascensor: Pero ¿qué es lo que te ha dicho?, le pregunté intrigado. Ella no hacía más que asentir. Estaba verdaderamente conmovida: Al apearme del coche me miró, silbó y dijo: ¡Vaya piernas! ¿Qué te parece? Normal. Que tus piernas son bonitas no es ningún descubrimiento. Entonces hizo un escueto comentario en el que luego he pensado a menudo. Dijo únicamente: Hoy, sí. ¿Por qué ese día era un descubrimiento que sus piernas fueran bonitas? ¿Por sus cuarenta y ocho años? ¿Tal vez por la enfermedad?

Estábamos sentados en nuestros sillones habituales, la televisión a medio tono, dos rendijas de luz en las persianas, sin visillos, en la provisionalidad del verano, lánguidos bajo el chajuán. Hacía tiempo que nadie me decía una cosa tan agradable, volvió a repetir tu madre. El tedio del verano, la tarde bochornosa, la inquietud por la enfermedad... todo lo había superado merced al piropo de un hortera. Pero se lo has agradecido con largueza, dije por decir algo. ¿Crees que me he pasado?, preguntó. La veía, de súbito, insegura, desconfiada. Me apresuré a tranquilizarla: Tal vez te has excedido un poco, pero nada más. Me miró contrariada: En ese caso es que me he pasado, ¿por qué dices que no? Sin saber cómo, nos enredamos en una torpe discusión sobre la pertinencia de agradecer un piropo y yo me acaloré y le dije que lo inadmisible era contestar a un piropo con otro piropo y ella respondió que únicamente le había dado las gracias, no le había piropeado, y yo añadí que dar las gracias *dos veces* y llamar *amable* a un desconocido era más que un piropo. ¿Por qué perdí el control aquella tarde? ¿Por qué? Ella vivía bajo la idea de que se estaba desmoronando y las palabras de aquel hombre la habían reconfortado. ¿Por qué, entonces, la traté con aquella desdeñosa aspereza que empleaba a veces cuando estaba sana y no me era necesaria? En cualquier caso mi enfado fue irrelevante. Ella no lo tomó en cuenta. A la noche, cuando iba a acostarme, la sorprendí ante la luna del armario, levantándose las faldas con las puntas de los dedos, la morena cabeza ladeada, contemplándose las piernas. Se mordió el labio inferior e hizo un gesto de asentimiento: En efecto, todavía se las puede mirar, dijo satisfecha.

Dos días más tarde, Óscar nos dio una buena noticia: los análisis

revelaban una anemia ferropénica que explicaba algunos trastornos. Le recetó compuestos de hierro, reposo en cama dura y unos corticoides. Mi ánimo fluctuante se recuperó. Ella seguía condicionándolo todo. Ojalá sea *sólo* eso, decía. ¿Por qué ojalá? Ya está visto. Óscar lo ha dicho. Deseaba a toda costa que ella lo creyera. Al día siguiente regresamos a casa. ¿Qué? Había ansiedad en los ojos de Alicia, en los apremios de Martín, en los silencios de Nicolás: Todo resuelto. Una anemia ferropénica, dije. Ella alzaba los ojos y movía la cabeza, denegando. Alicia me dijo luego que le había dicho: No quiero desilusionar a tu padre, pero Óscar únicamente ha apuntado la anemia como una posibilidad.

Por la tarde me encerré en el estudio. Canturreaba, silbaba como hacía tiempo que no lo hacía. Me parecía que inauguraba una nueva era. Empecé un cuadro, pero, a la media hora, se atascó, di cuatro brochazos violentos y lo dejé. Estaba literalmente vacío. Lo mío no se curaba con hierro, era irremediable. Si ella va a restablecerse, ¿por qué no me sale nada?, me preguntaba perplejo. Pero la impericia de mi mano, la sequedad de mi cabeza, se me antojaban definitivas. Me excité tanto que arrojé los pinceles y los tubos de pintura contra el lienzo, propiné dos patadas al caballete, a los botes esparcidos por el suelo y me tumbé, muy agitado, en el diván. Respiraba anhelosamente, me oprimía el pecho. Pensé en el infarto, pero era la rabieta lo que dificultaba mi respiración. Tendrá que ser así, me dije; también a los artistas nos llega la menopausia.

Mi reacción posterior fue la habitual en esos casos. Ante mi impotencia, pensé que mi discurso se había agotado, que había llegado el fin. En semejantes crisis mi decaimiento no era solamente artístico, afectaba también a mi humor. Mi humor, lo tenía comprobado, dependía de mi eficacia: a mayor rendimiento, mejor humor; a menor, peor. Es decir, crecía y decrecía como la luna; pero en las fases altas, cuando pintaba y el cuadro respondía a mis expectativas, me identificaba de tal modo con él, que olvidaba la hora que era, dónde estaba, incluso quién era yo. En alguna ocasión me sucedió no darme cuenta de que existía, hasta que anocheció y dejé de distinguir los colores. En tales casos se producía como un despertar, un parpadeo incrédulo, un descenso de las nubes. Permanecía un rato inmóvil. Al cabo, encendía la luz, me frotaba los ojos y me recreaba en mi propia obra. La veía como nueva, como si fuera de otro, como en una exposición en la que acabara de entrar. Yo mismo ignoraba cómo había solventado las dificultades que ahora veía resueltas en el cuadro. Me asombraba de mi propia maestría. Tan ajeno me sentía, que de estas obras solía decir que las habían pintado los ángeles, que mi mano sólo había servido de instrumento. Ella, antes de entrar en el estudio, atisbaba por la rendija de la puerta y, si me veía en pleno

transporte, arrobado, bajaba y comía con los chicos, sin esperarme. A la noche, cuando me veía aparecer como un sonámbulo, me preguntaba: Bajaron los ángeles, ¿verdad? Yo asentía: Vamos a ver el cuadro.

En épocas fértiles no se me ocurría pensar en períodos de aridez; lo natural era que un pintor pintase de continuo, como un maestro da diariamente su lección. Imaginaba que las vacilaciones eran flaquezas pasajeras, que el talento fluía constantemente, como fluyen las aguas de un río, aunque no se note. Pero, de pronto, sobrevenía una fase de esterilidad y mi ánimo cambiaba de signo. Yo era un yermo y el hecho de que alguna vez hubiera dado fruto, un accidente. Una racha de inspiración no hacía a un artista. El artista debía ser voluntad, y aquel que creaba sin voluntad de crear era un simple instrumento del azar; un chambón. A veces mi cabeza se esclarecía en un relámpago, pero en los últimos tiempos todo era oscuro, me movía tan a tientas como el día que regresamos de ver a Óscar, convencido yo de que tu madre padecía una anemia ferropénica. Sin embargo, aquella tarde subí al estudio seguro de mí mismo, creía todavía en las crisis pasajeras e incluso recuerdo que canturreaba. Pero cuando advertí que no, que mi cabeza continuaba hueca, sin ideas, formas, ni colores, me irrité conmigo mismo y con la vida. Luego, tumbado en el diván, la opresión del pecho fue cediendo, me tomé dos valium y me quedé dormido, en la certidumbre de que mi ingenio, si alguna vez existió, se había desvanecido.

A la mañana siguiente fuimos a Madrid, a veros. Marcelino Camacho había repartido unos jerséis de las sindicalistas francesas entre sus compañeros de proceso, pero a Leo no le correspondió ninguno. Eran unos jerséis abiertos por delante, de mezclilla, con cuello y cremallera que, en honor de su distribuidor, fueron bautizados con el nombre de *marcelinas*. Me fastidió que Leo fuera descartado del reparto, puesto que si estaba preso era por su causa. Lo habían encerrado por oponerse al proceso 1001, por defender la autonomía sindical. La verdad es que en aquellos días yo estaba muy impresionable; me impacientaba por cualquier cosa. A tu marido le sobraba ropa de abrigo como para atravesar el polo. ¿Qué importancia tenía entonces un jersey? Simplemente una satisfacción moral; en aquellos momentos, lo que yo valoraba eran los gestos. Me notaba suspicaz. Tú ya sabías que tu madre estaba enferma y me urgía comunicarte las últimas novedades. Imaginaba puerilmente que, al darte a conocer lo de la anemia, el asunto quedaba zanjado, puesto que la ciencia, me decía, no puede volverse atrás. La recordarás en el locutorio aquella mañana bochornosa, sofocada, los labios agrietados, débil, intentando sobreponerse. Bajaste la voz: ¿Seguro que es sólo anemia?, me dijiste. Sentí por ti una helada compasión: Estáte

tranquila, Óscar lo ha dicho.

El regreso fue malo. Le subieron las décimas, le aumentó el cansancio. Al cabo de unos días de tratamiento mejoró un poco, fue como un centelleo de esperanza; se sentía menos agotada. A cambio, se le congeló el hombro, se le agarrotó: Es como si tuviera esquirlas de hielo en la articulación, decía. La observaba sin cesar. Pocos días después, advirtió que perdía vista en el ojo izquierdo y oído en el oído del mismo lado. Me alarmó. Acudí a teléfonos pero no pude hablar con Óscar: estaban las líneas sobrecargadas. Empezó con los insomnios. No es que durmiera mal, sino que no dormía en absoluto. Se levantaba, deambulaba por la casa, volvía a acostarse. Cambió de habitación para estar sola y no molestarme. Con el alba se quedaba adormilada en el sofá del salón, pero tan pronto se levantaba alguno y hacía crujir las tablas del entarimado, volvía a despertarse. Al fin comuniqué con la consulta de Óscar. Estaba ausente. Se había ido a descansar unos días al norte, a Asturias, pero sin dejar dirección, sin reserva de hotel, un poco a la aventura. A Óscar ya sabes que le gustan esas cosas. Irse a los Alpes con una caravana enganchada al coche, o pasar una semana en los Picos de Europa en una tienda de campaña. Antepone el campo a todo lo demás. Al fin y al cabo en él nació y allí disfrutó de una infancia feliz. Pero cuando me dijeron que estaba ausente, me sentí desamparado. Volverá pronto, añadió la enfermera.

A la mañana siguiente, tu madre, contra su costumbre, me buscó en el estudio, aquí, donde yo luchaba inútilmente con un lienzo en blanco. Ya sé lo que tengo, me dijo con ingenuo entusiasmo. La miré como a un bicho raro, con prevención: La muela, agregó. La muela que me arreglaron en mayo; el empaste oprime el nervio e insensibiliza el lado izquierdo de la lengua. Era la primera vez que me hablaba de la lengua y, al advertírselo, aclaró que desde que regresamos de Madrid tenía acorchado el lateral izquierdo, como dormido. Las cosas no me saben a nada; no distingo un sabor ácido de otro dulce. A Óscar le puse al corriente en cuanto regresó. Veníos por aquí, me dijo. ¿Mañana? ¿Por qué no esta tarde? Ni siquiera la miró. Tenía escritas dos cartas que me entregó: una para Edmundo Carcedo, el oftalmólogo, y para Alberto Román, el otorrino, la otra.

Edmundo Carcedo la sometió a un reconocimiento meticuloso. No veía bien con el ojo izquierdo. Había perdido un veinte por ciento de visión. Edmundo pretendía suavizar el diagnóstico dulcificando los rasgos de su cara cuadrada, abriendo los ángulos: Disminución del reflejo corneal; conviene que le exploren cuanto antes el oído. No anticipaba cosas, únicamente intentaba redondear su rostro, atenuar el dramatismo. Alberto Román, el otorrino, confirmó la pérdida de oído. Pero no era como Edmundo, sino más bien su contrario. No se

esforzaba en atemperar la realidad; exponía sus paulatinos descubrimientos con rudeza. Antes que como médico, actuaba como científico. Añadía un dato a otro fríamente, como un investigador podría aportar un nuevo hallazgo para ayudar a resolver el problema. Pasamos la mañana en su consulta. Tu madre se dejaba traer y llevar sumisamente. Hubo un momento, cuando el doctor murmuró entre dientes: «Existe una presión sobre el nervio acústico», en que ella reaccionó vivamente: ¡El empaste! El doctor Román denegó con la cabeza (es uno de esos hombres augustos para quienes la vida no es una broma y resultaría paradójico reír al verla amenazada). Señora, dijo, mucho me temo que el empaste de una muela nada tenga que ver con este cuadro.

Al día siguiente, Óscar me leyó el diagnóstico: «Proceso expansivo del ángulo ponto-cerebeloso del lado izquierdo. Necesidad de una exploración endocraneal más precisa». Me le quedé mirando como si se expresara en chino. Su voz se afelpó como cuando hablaba del campo, de sus excursiones al aire libre: Apunta la posibilidad de un tumor, dijo blandamente. ¿Un tumor? ¿En la cabeza? Asintió. Me ericé ante lo irremediable. Ella era ahora la razón de mi miedo y el miedo mismo no podía proporcionarme el antídoto. Óscar jugueteaba con los objetos de la escribanía, muy pulcros, con toda seguridad regalo de algún enfermo. Apresuró la frase esperanzadora: Los tumores en esa zona suelen ser benignos. Había caído tan hondo que cualquier otro juicio, el menor gesto, necesariamente habían de impulsarme hacia la superficie. No era posible hundirse más. ¿Operable?, dije con una punta de voz. Sí, claro, hoy se operan con éxito en un alto porcentaje. Hizo una pausa y se incorporó como indicándome que en lo sucesivo ya no íbamos a depender de él: Lo que urge ahora es encontrar el neurólogo adecuado.

Cuando tu madre me abrió la puerta, no me atreví a mirarla a los ojos. Estaba ofuscado y me encaminé derecho a la librería. ¿Qué buscas? Venía detrás de mí, pero yo callaba. Sabía que, en cuanto me mirara a los ojos, lo descubriría todo (veía detrás de los ojos, detrás de las palabras, en particular de los míos, tan transparentes). Había decidido no revelárselo hasta el día siguiente, con la nueva luz, pero ella, consciente de mi esfuerzo por eludirla, se apiadó de mí. Mi debilidad, como de costumbre, terminó por prevalecer. De modo que cuando me aparté de la librería y nos miramos de frente, se lo dije. Me asombró su respuesta: Hoy estas cosas tienen arreglo, dijo. En el peor de los casos, yo he sido feliz 48 años; hay quien no logra serlo cuarenta y ocho horas en toda una vida.

Al día siguiente, avisé a tus hermanos para que regresaran. Había concluido el veraneo. Óscar nos recomendó al doctor Gil, en Madrid: un hombre pálido, sumido, muy eficaz: un experto ojo clínico. Sin

embargo, su casa —con muebles demasiado grandes, libros encuadernados, mala pintura— me produjo una impresión desapacible. Interrogó largamente a tu madre. Luego jugaron a los despropósitos, conmigo de espectador. Le tiraba una pelotita blanca que ella había de atrapar al vuelo, ora con una mano ora con la otra. Le ordenaba asirse la oreja derecha con la mano izquierda y a la inversa; tocarse con un dedo la punta de la nariz. Acto seguido, le hacía caminar en línea recta, con el talón de un zapato pegado a la puntera del otro, guardando el equilibrio, como hacíamos de niños para elegir bandos. Era turbadora la aplicación de tu madre, su esmero, su voluntad de hacerlo bien, como un colegial ante los palotes. A veces perdía el equilibrio o se le escapaba la pelota. Y, entonces, me sonreía: ¡Qué torpe soy! Acto seguido se disculpaba con el doctor: Nunca jugué bien a nada, pero esto es tan sencillo. El doctor Gil tenía la delicadeza de hacer como que no oía. La tomaba suavemente de una muñeca para hacerla girar o la cuadraba poniéndole las manos sobre los hombros. El empeño del doctor, sus contactos levísimos, denotaban que ya estaba afectado por su magnetismo. Era comprensible. ¡Se la veía tan indefensa y altiva enfrascada en aquellos juegos malabares! Hubo un momento, cuando, por segunda vez, trató de tocarse la punta de la nariz con el dedo índice de la mano izquierda, en que se lo metió en el ojo derecho, una desviación incomprensible: ¡Dios mío!, dijo desconcertada, parpadeando. Pero el doctor la tomó de la mano, cogió un punzón e inventó un nuevo juego: Saque la lengua y cierre los ojos. No le dio tiempo de afligirse por su fracaso: Dígame cuándo siente la punzada. Empezó a inspeccionar la parte baja de su rostro, primero la mejilla derecha, que tu madre acusaba instantáneamente, después la izquierda, entre la nariz y la boca, la comisura, la lengua. Empezó a vacilar: No sé; no estoy segura, decía. Luego, en torno a la barbilla, en el bozo izquierdo; nada. Sonreía con los ojos cerrados, expectante. De pronto, el doctor volvió a pinchar dos veces en el lado derecho de la boca: ¡Ahora!, exclamó triunfalmente, retirando un poco la cabeza. El punzón retornó a la zona izquierda, la comisura, el bigote, la aletilla de la nariz. Ella volvía a sonreír. El doctor imprimía ahora al punzón unos golpes secos, que formaban pequeños cráteres en la piel, pero ella continuaba impávida, sonriendo; tal vez imaginaba que este juego era aún más tonto que el anterior. El doctor insistía en explorar la zona acorchada, con cierta violencia, sin obtener respuesta. De pronto, levantó el punzón y se sentó a la mesa: Está bien, dijo. Ella abrió los ojos y me miró intensamente, como preguntándome: ¿Qué tal lo he hecho? El doctor anotaba algo en un bloc y, al cabo, levantó la cabeza y la escrutó un instante con sus pequeños ojos rasgados: Esto quizá requiera una intervención quirúrgica, dijo. Y aunque ella le escuchaba

impasible, sin mover un músculo, añadió: No se preocupe; hoy estas cosas se resuelven bien en el quirófano. Se me anudaba la garganta y mientras descendíamos las escaleras no pude decir palabra. En el primer descansillo, ella se detuvo y comentó con acento irónico: Como médico será una notabilidad pero la casa parece que se la han puesto sus enemigos.

Sus ideas sobre lo bello y lo feo eran categóricas. Había en ella una predisposición contra lo preparado, lo obvio, lo pretencioso. En las casas le desconcertaba la inclinación al bulto, la aglomeración. Amaba los espacios libres, los muebles desnudos, el brillo espartano de una mesa de nogal. Y aborrecía, en cambio, las vitrinas, la exhibición, los bibelots, los libros en piel, los cuadros demasiado altos. En la naturaleza no era el orden natural sino el desorden lo que admiraba: el caos profundo de una noche estrellada o la frondosidad impenetrable del bosque. En la naturaleza sobraba la cuadrícula, la línea recta, la medida. Como sobraban los remedos: el parque simulando un bosque. Su idea sobre el mundo vegetal era muy severa: debía existir, pero ajeno a toda domesticidad. Le conmovía la belleza de un macizo de flores iguales en el rincón más humilde e imprevisto de un jardín, y, detestaba, por contra, las glorietas de recibo, los arriates ostentosos, la miscelánea de los parterres. Esta faramalla le producía la misma ingrata impresión que una flor en una maceta o un pájaro enjaulado. Para ella las flores eran la imagen de lo espontáneo, de lo libre, lo más opuesto a la organización. Y todo lo que supusiera constreñir su libertad, hacer geometría con ellas, constituía un contrasentido. Sus juicios, que no ocultaba, escandalizaban a los estetas de la ciudad pero nadie solía darlos de lado. La anécdota de César Varelli lo prueba. César llegó de París, consternado con su muerte, y no se le ocurrió mejor demostración de su dolor que depositar en su tumba una corona de claveles rojos. Pero, de regreso a la ciudad, fue sintiéndose incómodo. Conocía la aversión de tu madre a disciplinar las flores, a hacer filigranas con ellas, y, aunque una y otra vez pretendió desechar la idea de su cabeza, el reconcomio llegó a ser tan insufrible que, al fin, volvió sobre sus pasos para remediarlo pero se había echado la noche y encontró el cementerio cerrado. Entonces, a pesar de su corpulencia, saltó la tapia, localizó la sepultura y deshizo lo hecho, arrancó los claveles del armazón y los desparramó sobre la lápida. No es que aquella lluvia de claveles rojos le entusiasmara pero, al menos, había deshecho la simetría, había roto el esquema. Me sentí liberado, me decía. Y estoy seguro que Ana se habrá quedado tranquila.

Pero, pese a conocer sus preferencias, sus palabras en la escalera del doctor Gil me sorprendieron. ¿Era oportuno su juicio sobre la casa estando su vida en juego? Me miraba como pidiendo mi asentimiento

y ello aumentaba mi desconcierto. (Aunque, en rigor, quizá fuera su capacidad para sorprender lo que me deslumbró de ella, lo que a lo largo de los años me mantuvo tenazmente enamorado.) Una vez en la calle, en cambio, me pareció lo más natural del mundo que se encaminara ilusionada a una tienda exquisita y comprara una mantelería para Alicia: Con unas cosas y otras, a esta pobre hija la tengo totalmente abandonada, dijo.

Óscar confirmó dos días después el diagnóstico. Se trataba de un tumor, probablemente un neurinoma, y lo procedente era someter a tu madre a una nueva exploración bastante desagradable: una neumoencefalografía. Me sentía conmocionado, como un boxeador contra las cuerdas, y Óscar me vio tan aturdido que se creyó en la necesidad de aclarar: Una exploración de contraste. Insuflar aire en la cabeza para localizar el tumor. Le aparté horrorizado: Calla, no sigas, dije. Ella no objetó nada; simplemente lo condicionó: De acuerdo, dijo, pero de momento vais a dejarme tranquila hasta que Alicia se case.

Entró en un período de agitación que recordaba mejores tiempos: llamadas telefónicas, encargos, visitas, compras, invitaciones. No paraba. Aunque Alicia no se casaba de blanco, las dos marcharon a Madrid a comprar el vestido de novia. Volvió cansada, pero, recostada en el diván, charlaba incansablemente con tu hermana, se reían, dirigía las operaciones. Alicia decía: Para intimar con mamá no hay como casarse. ¡Siempre pensé que sentía predilección por Ana!

En realidad, ella y tú congeniasteis siempre. Salvo en Gustavo, ella tuvo en vuestra manera de ser, incluso en vuestro físico, una influencia superior a la mía. Afortunadamente podía más que yo. Tú coincidías con ella en muchas cosas, en casi todas, pero carecías de su autonomía; antes de dar un paso requerías su parecer. Por otro lado, si adquirías algo bello no disfrutabas plenamente del goce de la posesión en tanto ella no la compartiera. Vuestras charlas telefónicas eran interminables, nunca languidecían. Y, en fuerza de dar vueltas a las cosas, podíais llegar a convertir un asunto baladí en importante y a la inversa. Recuerdo ahora cuando Leo y tú alquilasteis el pequeño chalé de las Rozas. Los planos de la casa, con las mediciones exactas, la acompañaban a todas partes, y ella los iba emborronando con esquemas de muebles cuyo orden alteraba constantemente. Pero cuando terminasteis con la casa, se anunció la niña y la comunicación entre vosotras, salvo tus horas en la escuela, se hizo permanente. Le hablabas de tu estado, de tus molestias, le consultabas... A ella le alentaba tu confianza. Mediada la gestación, te preocupaba no sentir apenas a la niña, pero ella te decía que no creyeras que la criatura tenía que estar el día entero bailando dentro de ti, ¿recuerdas? Y una vez que la niña nació se hizo ya imposible contar con ella. Cualquier motivo era bueno para desplazarse a Madrid. Su debilidad por los

bebés aumentaba con la edad: Compréndeme, decía, diez años sin tener en brazos un bebé. ¿Te das cuenta? Un argumento viciado: la abstinencia, el receso, el mono. ¡Diez años sin tener entre los brazos un bebé! No obstante, cada vez que regresaba, la encontraba perpleja: No es mía. No debo ilusionarme demasiado, se decía. La primera nieta la trastornó. Durante nuestro siguiente viaje al extranjero no llegó a concentrarse; se olvidaba de los cuadros, de su disposición, tarea a la que siempre había dedicado muchas horas. Ahora había de colocarlos yo solo mientras ella recorría los comercios de la ciudad, no buscando faldones o pañales como, dada la edad de la niña, podría esperarse, sino vestidos o zapatos para cuando cumpliera tres o cuatro años, prendas que con toda seguridad habrían dejado de ser divertidas cuando la niña alcanzase esa edad. Fue una chifladura circunstancial. Probablemente veía en la niña un eco o intuyó, en esta subrogación, la inmortalidad. No puedo saberlo. Lo cierto es que cada mañana, al abrir los ojos, se preguntaba: ¿Por qué estoy contenta? E inmediatamente, se sonreía a sí misma y se decía: Tengo una nieta. Luego, mientras desayunábamos, en el hotel, hacía proyectos a largo plazo; se imaginaba vieja, recorriendo con su nieta la ruta de los castillos del Loira o los museos de Roma. Algunas veces, después de comunicarme sus planes, movía la cabeza de un lado a otro, desalentada: Soy una tonta. La niña, tan pronto cumpla dieciséis años, dirá lo mismo que yo hubiera dicho a esa edad: ¿Dónde voy con este vejestorio? Repentinamente se entristecía. Quería conservarse joven para su nieta. Y, con objeto de granjearse de antemano su favor, salía a la calle y regresaba con un par de zapatos, que en unos años no tendrían aplicación, pero que tú celebrabas con grandes muestras de regocijo. (¿Eran tal vez para ti, para ilusionaros juntas, aquellos regalos?) La presencia de la niña la hacía feliz; sobrevaloraba el hecho de saberse abuela; el mismo vocablo *abuela*, lo paladeaba como un caramelo, le producía placer. Menospreciaba a los que recurrían a eufemismos para suavizarlo. Gustaba de ejercer de abuela, de proclamarlo. En la clínica, en Madrid, tras la última exploración, con la habitación en penumbra, únicamente la distraía la presencia de la niña. Cada vez que llegaba parecía renacer, observaba sus pasos vacilantes, la cabeza vuelta sobre la almohada, sonreía: Echa el pie lo mismo que su abuelo. ¡Siempre sus perspicaces observaciones! Apenas podía hablar, deseaba estar sola, pero la irrupción de la niña la animaba. Después de verla corretear, nos pedía que descorriéramos las cortinas y se la acercáramos. La analizaba facción por facción, aproximaba los ojos a su carita, la alejaba como buscando una perspectiva, observaba sus manos, las uñas de sus dedos, la densidad de su cabello, sacaba parecidos, y en esta inspección se olvidaba del dolor de cabeza, del aire estancado en su cerebro. Desde que nació,

sintió pasión por la pequeña. Y la noche que os detuvieron a Leo y a ti tuvo miedo, temió que su devoción la desbordase, que un celo excesivo pudiera perjudicarla. Se esforzaba en controlarse, en no exteriorizar ternura, en dominar sus emociones. Si su madre no sale pronto de la cárcel sabe Dios qué va a ser de esta criatura, decía con frecuencia.

Cuando Alicia dijo burlonamente una tarde que nada como casarse para intimar con mamá, tenía un punto de razón. Había dos edades en los hijos que la enternecían: los primeros meses y la adolescencia. Ella percibía sin duda el desvalimiento que se produce en los niños a estas edades. Mientras erais bebés pasaba las horas muertas con vosotros en brazos, dibujaba con un dedo vuestros bostezos, las húmedas boquitas, y os estrechaba contra su regazo como si pretendiese meteros dentro de su cuerpo otra vez. Literalmente se conmovía, se la humedecían los ojos. Sin embargo, cuando crecíais y a mí empezabais a divertirme, a ella dejabais de fascinarla, disminuía la atracción que sentía por vosotros. No es que se distanciara, pero os veía suficientes, sin una necesidad imperiosa de ella. Esta actitud volvía a cambiar cuando a los varones les apuntaba el bigote, se les rompía la voz con los primeros gallos y las niñas os desarrollabais. Diríase que revivía en vosotros su adolescencia, los rebuscados problemas de la pubertad. Este proceso del desarrollo lo vivía de cerca, emocionalmente, y es cuando empezaba a anudarse entre vosotros una relación que se hacía especialmente intensa al aproximarse la hora de la separación.

Durante las dos semanas que precedieron a la boda, no conoció un instante de reposo. Era como si preparase su propia boda: quería tener todos los cabos en la mano, controlar hasta el más mínimo detalle. La ceremonia iba a ser sencilla, como la tuya y la de Martín, pero como tu hermana deseaba evitar el espectáculo, decidió casarse en el Monasterio del Santo Sudario, fuera de la ciudad, y allí mismo, en los claustros, dar una copa. El proyecto originó frecuentes desplazamientos, en particular por causa de los frailes, pues sospecho que desde la Edad Media no se casaba nadie allí. Una semana antes, el niño de Paula se puso enfermo, con unas fiebres pertinaces, y ella pasaba a su lado los ratos libres que le dejaban los preparativos. El bebé, ahora que la niña empezaba a dejar de serlo, era su juguete preferido: lo bañaba para que le bajara la fiebre, le friccionaba con agua de colonia y luego le medía el tórax, la distancia de hombro a hombro, la mano, el pie: Este niño es extraordinariamente grande, comentaba. No me explico cómo nació con esa facilidad. Y miraba largamente a Paula, tan grácil y esbelta, como si nos hubiera hecho trampa. La indefensión, la dependencia, la disponibilidad del bebé, despertaban en ella un súbito afán protector.

En esos días se acostumbró a vivir con un vaso de agua en la mano. Para quien ignorase el contenido del vaso, su apariencia era la de una bebedora impenitente. Iba de un lado a otro con él en alto, le ponía hielo, y cada vez que conversábamos, entre frase y frase, bebía un pequeño sorbo como un conferenciante a quien se le secara la lengua. Lo curioso es que adoptara estos hábitos naturalmente, sin relacionarlos para nada con la enfermedad. En las sobremesas, solíamos sentarnos frente a frente y charlábamos. Yo seguía en el yermo y estas pláticas me serenaban un poco. Asentía cuando ella me preguntaba si bajaban los ángeles, engañándola a sabiendas. Ella también intentaba engañarme diciéndome que se encontraba algo mejor que la víspera. En aquellas sobremesas, empleábamos palabras ambiguas, solapadas. Ninguno de los dos éramos sinceros pero lo fingíamos y ambos aceptábamos, de antemano, la simulación. Pero las más de las veces, callábamos. Nos bastaba mirarnos y sabernos. Nada importaban los silencios, el tedio de las primeras horas de la tarde. Estábamos juntos y era suficiente. Cuando ella se fue todavía lo vi más claro: aquellas sobremesas sin palabras, aquellas miradas sin proyecto, sin esperar grandes cosas de la vida, eran sencillamente la felicidad.

Pero, tras la sobremesa, acechaba de nuevo el suplicio del lienzo en blanco. Ante él me invadía una sensación de frustración, como si nunca hubiera pintado: su blancura me mareaba y, en principio, no osaba mancharlo y, si me resolvía a hacerlo, resultaba inevitablemente un borratajo. Para consolarme pensaba en mejores días, en mis éxitos, en mis cuadros más celebrados, y dudaba de que fuera yo su autor. Se daba la paradoja de envidiar al pintor que había sido, al pintor que era yo seis meses antes, y me preguntaba si era posible que fuésemos el mismo hombre. Mas cuanto más me esforzaba en concentrarme, menos cosas se me ocurrían, más se acentuaba la sequedad. El convencimiento de que mi pintura se estimaba, me permitía ganar dinero, no me aportaba el menor consuelo. ¿Qué valor tenía saber que había sido, si había dejado de ser? Incluso llegué a pensar que mi importancia como pintor fue un vano invento, que únicamente existió la voluntad de tu madre de que lo fuera y, ahora que ella languidecía, el gran fraude se ponía de manifiesto. Ciertamente tenía dos exposiciones en Europa y un eficaz marchante, pero los cuadros se iban vendiendo y había que reponerlos. ¿Con qué? La ansiedad acrecentaba mi ineptitud y, con objeto de evitar la total desmoralización, recurría a los cuadros arrinconados, volvía sobre ellos, los retocaba una y otra vez, suscitándome la mezquina impresión de que creaba. Era hueca ilusión, pero semejante argucia me imbuía al menos una idea de disciplina, de que aún era capaz de trabajar. En el fondo, estaba tan seguro del carácter definitivo de la crisis que no osaba hablar de ella, y a los marchantes les daba largas,

nunca explicaciones. ¿Para qué, si no iban a entenderme? Afortunadamente, ella no se daba cuenta de la situación y yo podía rehusar invitaciones y conferencias sin despertar su recelo. Me atenía a una coartada ética: un pintor que no sabía pintar no tenía derecho a disertar sobre pintura. Con este sofisma me consolaba. Lo procedente, pues, era aguantar, dejar transcurrir el tiempo. Pero ¿qué podía aportar el tiempo que no fueran nuevas tribulaciones?

A Alicia le regaló por su boda lo mismo que os había regalado a Martín y a ti: la entrada de un piso modesto, en el ensanche, junto al río. No era una urbanización bella pero sí amplia y ventilada. Ella lo resumía en un adjetivo preciso: oxigenada. Una casa oxigenada, agradable de vivir. El piso aportó a su vida una distracción suplementaria. Como anteriormente contigo, estudiaba los planos, los emborronaba de proyectos, iba a la casa con una cinta métrica y medía las habitaciones una y otra vez. Luego, sobre el papel, las amueblaba. Enseguida, se formó una idea del conjunto, de los espacios libres, de los huecos. Alicia vacilaba, pero tu madre insistía: Libros; libros y cuadros, ¿qué quieres poner ahí? Eran tantas las librerías de recurso que diseñó en los planos que Alicia dudaba que algún día pudiera llenarlas. En unos días proyectó la decoración del piso. Discurría de un sitio a otro, con el vaso de agua en la mano, y esta actividad le divertía, le hacía olvidarse de su enfermedad, aunque el entumecimiento de la mejilla progresara y, poco a poco, se le fuera agrietando el labio inferior.

Una tarde, Mar nos sorprendió: ¡La niña ya anda!, gritó. Corrimos al salón y tu hija estaba sola, de pie, inestable, con un babero en la mano, y en cuanto intentaba moverse se tambaleaba y buscaba un punto de apoyo. Acababa de cumplir once meses, pero tu madre dedujo de este detalle, no infrecuente, que se trataba de una niña superdotada. Así te lo dijo en la cárcel, durante la última visita, mientras yo me devanaba los sesos buscando el modo de informarte de su gravedad sin alarmarte. Lo hice tan torpemente, di tantos rodeos, que te dejé angustiada: Es benigno. Los médicos insisten en su benignidad, te decía. Pero tú, con muy buen acuerdo, apuntaste que dentro de la cabeza, salvo un par de ideas, no podía haber nada benigno. De modo que al despediros, os mirasteis largo rato a los ojos y, en mi visita siguiente, tu madre ya en coma, el encefalograma plano, volviste a mirarme a mí de la misma manera, con la mirada pasiva de los sentenciados: Por favor, cuida de la niña, me dijiste.

Afortunadamente a Gustavo se le normalizaron las transaminasas a poco de regresar a casa. Asistió a la boda de Alicia con el resto de tus hermanos, los tíos, mis consuegros y poca gente más: Óscar, César Varelli, Primo, Evelio Estefanía, Verónica y el inevitable García Elvira, cuya senilidad soportó tu madre hasta el final. Poca gente para mucha

iglesia, un enorme templo construido en tres etapas, con intermitencias de siglos. Y, tal vez por eso, por el espesor de sus sillares, o quizá debido a vuestra ausencia, la tuya y la de Leo, producía una impresión de frío que paulatinamente se fue atemperando merced al órgano y a los cánticos del grupo. Resultó una boda frugal y yo, desde el presbiterio, no hacía más que volver los ojos y mirarla: su rostro moreno sobre el blanco de la blusa, la voz inflamada, el frágil cuello erguido, cantando. Con su traje de terciopelo negro parecía una colegiala y ponía tanta unción que su voz destacaba sobre las de los demás y, en algunos pasajes, se diría que era ella sola la que cantaba. Al salir a los claustros, su alegría se desbordó: atendió a los invitados, concertó los grupos, se preocupó del servicio, acomodó a García Elvira y a las personas de edad, aunque ella permaneció de pie. No comió ni bebió, pero su inseparable vaso de agua parecía una fuente inagotable de energía. Tan sólo se sintió contrariada cuando, en un momento dado, le quité distraídamente con la punta de un dedo una miga de la barbilla. Tuvo una reacción desproporcionada, lo mismo que si alguien la hubiera sorprendido desnuda: ¡Qué horror!, dijo. Se limpió ásperamente los labios con una servilleta. No me había dado cuenta, se justificó. Asentí y me esforcé en quitarle importancia, pero ella repentinamente se sintió insegura. Trató de recuperarse, y en alguna medida lo consiguió, pero su exagerada pulcritud no le permitió olvidar el incidente. De vez en cuando se aproximaba a las cristaleras del claustro para revisar la zona acorchada de su rostro. A partir de ese día, se acompañó de un espejo minúsculo que sacaba de la cartera cada cinco minutos para mirarse la cara. Fue un hábito defensivo, como el del vaso de agua, y, como éste, asumido con la mayor naturalidad.

De regreso, ya en el coche, me sonrió con un lado de la boca. No noto la lengua, me dijo. ¿Te importa que cierre un rato los ojos? Se recostó en el asiento, a mi lado y, durante la media hora que duró el trayecto, no pronunció una palabra. Esa noche roncó cuando dormía. Era una novedad tan insólita que se despertó a sí misma asustada y dio la luz. ¿Te ocurre algo? Es horrible, pero me parece que estaba roncando. Se mostraba agitada, no podía creer lo que decía. Tomó el vaso de agua de la mesilla y bebió después de humedecerse los labios. Me estoy volviendo desagradable, comentó. Se tiró de la cama y se marchó a la habitación independiente que se había habilitado.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, la descubrí con el rostro asimétrico. Bajé la vista, creyendo que se trataba de una alucinación, pero al levantarla de nuevo la visión se confirmó: no era una alucinación. Su ojo derecho parpadeaba, en tanto el izquierdo se mantenía inmóvil, hueco, insondable. El mismo desequilibrio se advertía en la boca: mientras la comisura derecha sonreía, la izquierda

se desmayaba en un gesto de gravedad. Quise aferrarme a su mitad viva pero el miedo se había instalado en mí, la taza de té me temblaba en la mano y el estómago iba fraguando como si fuese cemento. ¿Te ocurre algo? Me hablaba por el lado derecho de la boca y yo captaba sus palabras por el oído izquierdo, mientras su ojo negro desorbitado me miraba fijamente, sin la menor piedad. Encogí los hombros y me acomodé en la mesa, los ojos contra las palmas de las manos, hasta que noté su brazo sobre mis hombros. Entonces, al levantar la cabeza, advertí que la disparidad había desaparecido: había vuelto a ser ella misma. Callé. No le di explicaciones sobre el extraño fenómeno, ni lo comenté con nadie; pero me dejó la amarga impresión de que lo que había visto a través de su pupila estancada era la sombra de la muerte.

Volvimos por Madrid dos días después para someterla a la radiografía de contraste. Fue un reconocimiento refinado y cruel, en un día de octubre prematuramente frío, y tres horas más tarde, cuando la subieron a la habitación, temblaba como una hoja. Me rogó que entornara las ventanas y la dejáramos sola. Los familiares y amigos quedaron a la puerta y el doctor Gil confirmó su diagnóstico: tumor benigno en el nervio acústico, casi con seguridad un neurinoma. Aunque familiarizado con estas escenas, me observaba compasivamente con sus ojitos rasgados: Se operan fácilmente. No es urgente pero tampoco deben demorarlo demasiado, dijo. Nicolás, en vista de mi silencio, le preguntó por un neurocirujano de prestigio. Dio dos nombres. El mejor, apunté yo. No se atrevió a comprometerse. Las dos cumbres están fuera, pero hoy también pueden hacerlo aquí. La palabra *cumbres* me había obsesionado, pero cuando se lo propusimos a ella, no vaciló: Mejor Madrid; prefiero no alejarme demasiado. Afortunadamente a Óscar le pareció acertada la elección del doctor Calvo, así que marché a verlo a Madrid. Era un hombre enérgico y contenido, distante pero seguro de sí mismo; probablemente lo que yo necesitaba en aquel momento. Nicolás, que me acompañaba, sacó adelante la entrevista. El optimismo del doctor superaba al del neurólogo: ¿Riesgo de muerte? Digamos un cinco por ciento. Me confortaba oírle, pero Nicolás le fue llevando insensiblemente a otro terreno: el peligro de abrir el cofre, de hurgar en un mecanismo tan delicado. El doctor examinó en silencio los diagnósticos, las radiografías normales y las de contraste. La localización es muy definida. Lo más probable es que tengamos que sacrificar el facial, dijo al fin. ¿El nervio? Sonrió y dobló la cabeza: Rompemos el equilibrio del rostro, ya lo sé, pero algo hay que jugarse. Se me endurecía el estómago; se me bloqueaba. Nicolás le hizo ver que su madre era aún una mujer joven, con un alto concepto de la belleza. Mientras hablaban, yo recordaba al profesor Anta, convertido en una caricatura de sí mismo al serle seccionado el nervio facial. Tan

deformado estaba que le habían dado de baja en el Instituto donde enseñaba. Tenía la sensación de hallarme dentro de un túnel con las dos salidas cegadas: cualquiera que fuera la solución del problema, tu madre estaba abocada a transfigurarse, a dejar de ser la mujer que habíamos conocido. Determinamos la fecha: el 7 de noviembre. Previamente el doctor verificaría un reconocimiento de la enferma aunque las radiografías de contraste eran suficientemente explícitas.

Al llegar a casa nos encontramos con Alicia y Juan que habían interrumpido su viaje de novios: Estoy más tranquila aquí. Tu madre fingió enfadarse pero la noté aliviada. Tal vez el regreso de tu hermana fue la última satisfacción que experimentó, puesto que todo se iba agravando por días: la paresia, el acorchamiento, la sordera. Y aunque conservaba su gentileza, se acentuaba también el decaimiento físico, que yo trataba de paliar sacándola al campo, sometiéndola a un leve ejercicio diario. Le gustaban los pinos, los únicos árboles cálidos, según decía. La tamuja crepitaba bajo nuestros pies y el sol del membrillo filtrándose entre las acículas le agradaba. Una de aquellas mañanas que nos sentíamos más próximos, le comuniqué lo del facial, la posibilidad de que el cirujano, para raer el tumor, hubiera de cortar el nervio. ¡Había temido tanto aquel momento! Caminábamos cogidos de la mano y en el instante de la revelación se la oprimí. El facial es el nervio que equilibra el rostro, añadí ante su falta de reacción. Su pequeña mano, dentro de la mía, no hizo el menor movimiento; parecía un pájaro muerto. Me detuve y la tomé por los hombros: No irás a decirme que no te importa. Ella no se alteró. Dijo al fin, serenamente: Tal vez sea preferible eso a no vivir. En todo caso, siempre será mejor que engordar quince kilos. Por la noche, al comentar sus palabras, Alicia, sorprendentemente, se puso de su parte. Todavía quise hacerles ver la desproporción de la alternativa, pero ella zanjó la discusión en dos palabras: La estética también cuenta.

Entró noviembre sin nubes, ni frío; tan sólo unos jirones de niebla blanda que, a medida que se disipaba, iba levantando el cielo y tiñéndolo de azul. Y aunque el sol tenía un tono descolorido salíamos al campo y paseábamos lentamente durante dos horas. Yo buscaba en mi cabeza temas de conversación que pudieran interesarla, pero me sucedía lo mismo que ante el lienzo en blanco: no se me ocurría nada. A mayor empeño, mayor ofuscación. Se lo expliqué una mañana que, como de costumbre, caminábamos cogidos de la mano: ¿Qué vamos a decirnos? Me siento feliz así, respondió ella. Yo sabía que callaba cosas pero ignoraba qué y, con su silencio, me negaba cualquier posibilidad de consuelo.

Una tarde me comunicó que deseaba confesarse. No revistió con tintes sombríos su deseo: Iré a Madrid más tranquila, se justificó. Luego mencionó a Julio Bartolomé, el cura que os casó a Alicia y a ti.

Salvo excepciones, a ella no le agradaban los curas. Antes de caer enferma, hablaba con desdén de las homilías mostrencas o pretenciosas, faltas de sencillez. No aceptó que Julio viniera a casa. ¿Por qué? Puedo ir yo a la parroquia perfectamente. No quedó tranquila tras la confesión. Había un extremo que la mortificaba y que Julio no acertó a conjurar. De niña había incumplido una promesa y el sentimiento de culpa le había perseguido toda la vida. Y cuando el cura y yo, como puestos de acuerdo, tratamos de hacerle ver que se trataba de un escrúpulo pueril, se enojó: En estas cosas la edad no cuenta, dijo. Aunque entonces fuese una niña, yo sé que hubo pereza y dejadez. Intentamos calmarla en vano; nos enredaba en su lógica irrebatible: El pecado es la conciencia. Y la mía no está tranquila. Bartolomé llegó a preocuparse. Le sugirió un sacrificio equivalente, una pena subsidiaria, pero ella no se avenía: Una limosna ¿verdad? ¿Y qué mérito tiene ese sacrificio si el dinero no me falta?, dijo. La cuestión estribaba en evaluar el significado de la omisión en su mente infantil y establecer la equivalencia adulta. Era preciso reflexionar, abstenerse de sugerencias precipitadas con las que sólo conseguíamos sacarla de sus casillas. En el fondo, creo que este nuevo problema la desvió de sus calladas obsesiones, alivió la tensión de aquella espera, y, en cierto modo, fue positivo para ella. Pero tenía tal prisa por hallar una solución que llegó a desazonarme. Julio Bartolomé subía cada tarde a tomar café y deslizaba tímidamente nuevas propuestas que ella iba descartando, sucesivamente, una tras otra. Durante aquellas largas sobremesas, tan concentradas que se diría que estábamos dirimiendo el misterio de la Trinidad, ella sostenía en la mano su vaso de agua, y se miraba constantemente la boca en el espejo. Julio la observaba con atención y una tarde le dijo de improviso: ¿Por qué no prescindes del espejo unos días, hasta tu marcha a Madrid? Esta vez no se enojó. Se le quedó mirando, la cabeza ligeramente ladeada, con cierta perplejidad: Eso ya tiene sentido, dijo al fin. Dio media vuelta y encerró el espejo en un cajoncito del bargueño. Se volvió sonriente: Ya está, dijo. Su extrema tenuidad, su flaco cuello erguido, le hacían parecer más alta. Sustituyó el espejo por una servilleta de papel que se pasaba con frecuencia por los labios. Y, en su defecto, se acariciaba la barbilla con la mano simulando una actitud cavilosa.

Día a día se acentuaban las molestias y no parecía lejano el momento del total derrumbamiento. Unos y otros procurábamos acompañarla, pero ¿qué sería de ella en los momentos de soledad, o en la alta noche, durante sus insomnios interminables? Movido por el deseo de serle útil me convertí en su sombra. Y, cada tarde, después de la sobremesa, bajaba silenciosamente del estudio y la buscaba por la casa. Ordinariamente la encontraba escuchando música o leyendo un libro en la mecedora. La música variaba cada tarde, pero el libro

era siempre el mismo: los poemas de Ungaretti, un volumen color de rosa, en edición sudamericana. Pero una tarde, al bajar del estudio, no oí música ni la encontré leyendo en la mecedora, aunque el libro seguía allí, abierto boca abajo, sobre la mesita supletoria. Creyéndome solo, lo cogí, y, al volverlo, me hirió el título del poema: «Agonía» y, casi mecánicamente, pasé los ojos por los versos: «Morir como las alondras sedientas / en el espejismo. / O, como la codorniz / una vez atravesado el mar / en los primeros arbustos... / Pero no vivir del lamento / como un jilguero cegado». Inesperadamente, su rostro apareció tras el respaldo del sofá donde yo me apoyaba. Me abordó solícita: ¿Quieres algo? Me quedé tan cortado que dejé el libro sobre la mesa sin saber qué decir. Ella se pasó la mano por la frente en un gesto de abandono. Me dolía un poco la cabeza y me tumbé un rato, dijo. Me senté a su lado y charlamos. Solía ocurrir que la conversación fluía cuando no la buscábamos, cuando impensadamente nos encontrábamos lejos del lugar y la hora en que solíamos charlar. Entonces surgían palabras, ideas, incluso proyectos... Sin embargo, estas expansiones provocadas por la sorpresa no me engañaban. Yo sabía, por ejemplo, que el anuncio del corte de pelo la había llenado de zozobra, aunque se hubiera abstenido de comentarlo. No obstante, esa noche, en la sobremesa de la cena, hizo una parodia de la pelada aplastándose el cabello con una malla y estirándose con un dedo hacia arriba la comisura de la boca. Así seré yo dentro de unos días, dijo. Este sarcasmo fue su única manifestación de rebeldía. Debió de ver mi gesto de desagrado porque se quitó la malla y puso cara de sorpresa fingida: No debes preocuparte, dijo; nada cambiará entre nosotros. Asistiré a tus conferencias en la última fila y, al final, me acercaré a felicitarte como si fuera una extraña. Hablaba muy deprisa, excitada, y reía en las pausas, a destiempo, como si hubiera tomado algo. Empezó a abrazar a Mar y a Gus y yo me fui a telefonear a Óscar, alarmado. A él no le preocupó su reacción: Es natural, dijo. Habrá tomado un estimulante. Se enmascara para no desfallecer.

Por las mañanas, insomne y angustiado, solía tumbarme en el diván del estudio y, en la duermevela del primer válium y la primera copa, pensaba que mi incapacidad se debía a que ella era mi motor y el motor se había averiado. Miraba mis manos, pesadas e impedidas, tiznadas de pintura, la cicatriz de infancia en la yema del pulgar, las uñas decoloradas por el aguarrás. Eran manos agotadas, sin presente ni futuro, inútiles. Me cubría los ojos con ellas y evocaba los días fecundos, cuando pintaba horas enteras sin esfuerzo, ensimismado, como si alguien, antes de dar una pincelada, ya me hubiera sugerido la siguiente. Una voz misteriosa me soplaba la lección entonces y yo lo atribuía a los ángeles, pero ahora advertía que no eran los ángeles sino ella; su fe me fecundaba porque la energía creadora era de alguna

manera transmisible. A veces barruntaba que se trataba de un sueño paradójico pero, en cualquier caso, allí, tumbado en el diván, embotado por los sedantes y el alcohol, llegaba a la conclusión de que la actividad creadora es imposible si alguien no te empuja por detrás, no te lleva la mano.

De este modo fui adquiriendo manías: yo era un médium, no un pintor, empecé a morderme las uñas y abrigaba mi estómago con la palma de la mano, allí donde creía recibir los golpes. Se me envenenó el humor, despedía a los importunos sin miramientos y si ella me preguntaba por qué me había vuelto tan hosco con la gente, yo callaba, porque no podía decirle que me enfurecía porque ella se estaba muriendo y nunca podría volver a pintar. ¿Era, tal vez, esto último el motivo de mi angustia? ¿De quién me compadecía entonces, de ella o de mí? En cualquier caso, yo deseaba ayudarla, aunque no dejara de advertir que era inútil tratar de restituir de golpe lo que uno ha recibido a lo largo de una vida. Concentré toda mi atención en las noches, las pasaba en vela, buscando los *primeros arbustos* donde ella, como la codorniz, escondía su agonía. Escuchaba a la puerta de su dormitorio circunstancial. No se oía nada; no rebullía, no roncaba, ni siquiera se la oía respirar. Una noche me asaltó la idea del suicidio y no me pude controlar; de una manera impensada, abrí la puerta y di la luz. No había nadie. La cama no estaba usada, aunque tal vez la colcha conservara la huella de su cuerpo. Corrí a la cocina, luego al salón, al dormitorio de Mar y de la niña, junto al nuestro, al de los chicos, sin resultado. Entonces, subí al estudio. Desde el rellano la descubrí ahí, en el diván, bajo la pálida luz del piloto pasando un cuadro tras otro, maquinalmente, como quien mira fotografías. Eran viejos cuadros deslucidos por el tiempo y el retoque. Estaba descalza, sentada sobre sus pies desnudos, y en el suelo, al alcance de la mano, el inevitable vaso de agua. Entre sus labios temblaba una sonrisa melancólica, tan pequeña que era más bien un esbozo. No había advertido mi presencia, pero cuando subí otro peldaño, dirigió los ojos a la escalera sin el menor sobresalto; sonrió al verme: No bajan los ángeles ¿verdad?, dijo. Me miraba resignada, con una pálida piedad. Yo asentí con la cabeza. ¿Hace mucho tiempo? Hice un esfuerzo: Desde que enfermaste, dije. Dobló la cabeza como solía hacer, buscando una perspectiva más favorable para mirarme: Pero supongo que no tendrá nada que ver una cosa con la otra, añadió. Fue algo imprevisto. Iba a responderle que no, que mi sequía actual era una crisis más, que pasaría como habían pasado otras, pero, repentinamente, titubeé, se me aflojó la garganta y rompí a llorar. Nunca había llorado ante ella y, entonces, me cogió de las manos y me sentó a su lado, en el sofá, dejando que mi cabeza reposara sobre su hombro. Me acarició la frente: No te aturdas; déjate vivir, decía.

Súbitamente le confesé que no eran los ángeles, sino ella la que pintaba por mí, que yo me limitaba a ser un médium, un eco de su sensibilidad. Aproximó la cabeza para mirarme fijamente a los ojos: Eres tú quien pinta; métetelo en la cabeza, dijo. Señalé los cuadros arrinconados: Ya lo ves, añadí descorazonado. Me besó espontáneamente en la mejilla y dijo: Primo dice que el artista es un Guadiana que aflora y se sumerge alternativamente. Rodeé con mi brazo sus frágiles hombros y la atraje hacia mí. Veía sus ojos tan próximos que me ofuscaban: Estás un poco trastornado con mi operación, eso es todo. La besé. Debes serenarte, añadió. Nos besamos otra vez, luego muchas, cada vez más honda y frenéticamente, y acabamos amándonos allí mismo, sobre el diván, como habíamos hecho otras veces. Fue nuestra despedida.

A partir de ese momento desistí de buscar los *primeros arbustos* del poema. No existían. Ella no necesitaba un escondrijo para morir sino arrojo para «no vivir del lamento como un jilguero cegado». Busqué de nuevo el libro de Ungaretti y no me sorprendí cuando vi que, en efecto, había subrayado los dos últimos versos del poema. Al día siguiente telefoneé a Verónica para preguntarle cómo la veía: Muy valiente, ¿no? A Ana no la parte un rayo. Ignoraba yo hasta qué punto Verónica sabía: ¿Te ha dicho lo del facial? Abrió mucho los ojos, comprensiva: Claro. Dice que mejor eso que engordar quince kilos. García Elvira también estaba de su parte: ¿Quieres decirme qué sería de Ana con esas adiposidades? Yo callaba. Hasta tal punto dudaba de mi juicio que terminé por admitir que el resto del mundo tenía razón, que la estética era lo primero. Además, en aquellos días, veía a tu madre vivir con tanta placidez, que llegué al convencimiento de que no tenía derecho a perturbarla. Alguna vez sí, se derrumbaba en un sillón, la cabeza en el respaldo, una compresa de agua de colonia sobre la frente, pero sin ninguna afectación: Ese dichoso reconocimiento me ha dejado la cabeza como una escopeta de aire comprimido, decía. En una ocasión se refirió vagamente a un futuro en el que ella no participaría: Esta mañana he visto a Inés Villena; me ha preguntado por ti; es tu fan más apasionada. Adoptaba un aire candoroso pero no conseguía enmascarar su deseo de dejar las cosas arregladas. Yo, como de costumbre, lo tomé a broma: ¿La soltera de oro?; pero ella iba a lo suyo: Está más atractiva que hace veinte años. De improviso, al ver mi indiferencia, aludió al enojoso episodio que tanto temía: A lo mejor mañana cambias de opinión, dijo.

Su pelo era para mí algo tan esencial que demoré su sacrificio hasta última hora. Nos acompañó Alicia, y su peluquera, de la que me había hablado como una muchacha irresponsable, se enfrentó a su cabeza con una solicitud extrema. No sé si porque mi presencia la cohibía, pero no acertaba a hablar. Simplemente respondía a tu madre

con monosílabos y una vez que tu hermana se sentó junto al balcón y abrió una revista se encerró en un mutismo absoluto. Yo la miraba hacer, apoyado en el quicio de la puerta, sin resolverme a entrar. Todos pretendíamos imprimir un aire de cotidianidad al acto, cuando lo cierto es que existía tal tensión como si estuviéramos asistiendo a los preparativos para decapitarla. La chica levantó tímidamente los cabellos de la nuca: ¿Corto aquí? Le brillaban los ojos cuando tu madre la animó: Corta; no te preocupes. Dio el primer tijeretazo y en el silencio de la pequeña habitación se oyó el blando impacto del mechón al golpear la tarima. Tu madre sostenía en su regazo el postizo que comprara el día anterior. Se lo había probado docenas de veces en casa: unas, sobre la frente; otras, encasquetado en la nuca; como un solideo, después. En cualquier caso, acompañaba la prueba de un comentario irónico y apuntaba un parecido. ¿Te importaría peinarme luego esta peluca? Es horrible, de una pieza, como un casco; no la puedo soportar, dijo de pronto. La chica iba separando mechones de pelo y metiendo la tijera en la base. Inopinadamente ella levantó una mano e interrumpió la operación: ¿Por qué no te vas a dar un paseo? No haces falta aquí, me dijo. ¿Cómo voy a dejarte sola? Jugaba la baza de hacerme imprescindible, el papel del hombre fuerte. Ya me acompaña Alicia; es suficiente, añadió. Me apresuré a desertar. Me sentí justificado y huí, bajé las escaleras de tres en tres, sin aguardar al ascensor. Pero la fuga me dejó incómodo. Abordé a Alicia tan pronto llegó a casa: No ha pasado mal rato; en absoluto. Ha estado serena, me dijo. Tenía un aire falsificado con aquel postizo en la cabeza, pero no paraba de discurrir, de proyectar cosas; incluso habló de llevarte la niña a la cárcel antes de ingresar en la clínica, pero me opuse. Prefería verla tranquila, seguramente porque, de alguna manera, relacionaba la excitación con el riesgo. Me hallaba frente a ella, en la sobremesa, el sol de membrillo en las ranuras de la persiana y, quizá por un efecto de luz o porque aquel casquete la desfiguraba, el caso es que la expresión de su mirada cambió súbitamente por segunda vez en pocos días, y mientras su ojo derecho refulgía luminoso y dulce, el izquierdo quedó hueco, desorbitado, como la boca de un pozo. Eché la cabeza hacia atrás hasta topar con el respaldo del sillón, pero la horrible visión no desapareció. Sentí el gemido del estómago al contraerse pero no dije nada, esperé, angustiado, y cuando ella cambió de postura para beber un sorbo de agua, el equilibrio retornó a su rostro. Me esforcé por encontrar mi propia voz en lo hondo del pecho: En Madrid nos hemos citado con Primo para ver su nuevo apartamento, dije. Me refería al viaje del día siguiente. Habrá que oírle cuando me vea con este adefesio, comentó ella. Pero Primo tuvo la delicadeza de no aludir a su peinado y ella, mientras recorríamos el piso, habló apasionadamente de aciertos y posibilidades, absorta en la

contemplación del viejo Madrid que se divisaba desde la terraza. Disponía de unas llaves muy precisas para controlar el pasado y el futuro; sabía disfrutar del presente en toda su intensidad. Y, luego, al abandonar el piso, oí cómo decía a Primo que me atendiera, que estaba consternado, y él, obedientemente, se rezagó y se puso a mi lado. Tu madre caminaba delante con tus hermanos, reían con cierta futilidad y, en un punto, nos separamos. Ellos se repartieron entre tu casa y San Julio y yo quedé con ella en la clínica, en un catre instalado bajo la ventana. Me sofocaba aquel ambiente de hospital donde casi podía divisar las miasmas pululando en el aire recalentado, pero ella no objetó nada: Una habitación decorosa, dijo. Con la palabra decorosa designaba las cosas desnudas, despojadas, funcionales, ni feas ni bonitas, hechas para servir. Una habitación decorosa, repitió frunciendo los hombros. Y, al poco rato, llegó un doctorcito para extraerle sangre y ella extendió el brazo dócilmente y, a la mañana, tras una noche de insomnio, volvió el mismo doctor a preguntarle si había padecido hepatitis. ¿Hepatitis? No, que yo recuerde. Le divertían estos errores, como si viera tropezar en la calle a un hombre presuntuoso: ¿Por qué me pregunta eso?, dijo. Mi hijo la padeció este verano. Problemas de coagulación, respondió el doctorcito, un hombre tímido, apueblado, sin sonrisa, a quien únicamente la bata verde redimía. Me miró con sus ojos castos, un poco extraviados, y me explicó que había que demorar la intervención por la propia seguridad de la enferma. Sufrí esa desazón característica del hombre que se ve frenado después de haber cerrado los ojos y decidido a afrontar una situación arriesgada. ¿Cuánto tiempo? Depende; hay que prepararla, cuatro, cinco días, no puedo precisarle, respondió.

Tu madre aceptó el aplazamiento alborozada, como un escolar ante unas vacaciones suplementarias. Nos organizamos de acuerdo con sus deseos. Las mañanas, después de pasear una hora por los jardines de la clínica, transcurrían en el Prado, yo con el Goya negro, ella con El Greco. Es más espiritual; no estoy para dramas, se justificaba. Dos horas más tarde nos reuníamos con tus hermanos para comer en tu casa, ella se echaba un rato y después nos íbamos al cine, a la primera sesión, merendábamos en casa del tío Juan, con mis hermanos, y a las ocho volvíamos a la clínica, ella a su cama, yo a mi catre penitencial. Este plan de vida fuera de casa, con el espejito a mano, sin obligaciones que atender, suscitó en ella una euforia pueril; me hizo acompañarla al zoo y al museo de cera, se abrió al pasado, y en nuestros paseos matinales, entre las hojas secas, reconstruía nuestra vida en común, la pequeña historia de nuestros amores adolescentes, la penuria franciscana de entonces, la universidad, el primer beso, la medalla del Salón de Otoño, la boda, la beca en París, el semestre en

Washington, los hijos, los nietos, vuestro encarcelamiento. Tenía el privilegio de ver las cosas por su lado optimista y yo le seguía la corriente, pese a que aquella súbita evocación me parecía de mal agüero. Y aunque ella se atenía a disfrutar sus vacaciones sin contar los días, yo regresaba a la clínica cada noche con el temor de que fuera el último. Mas, en contra de lo predecible, la víspera no dramatizó, vivió la jornada como otra cualquiera e incluso resucitó los años de estudiante con una coquetería y una ilusión que no cuadraba con el momento. Estaba echada en la cama, con un camisón azul abierto, la almohada doblada bajo la cabeza postiza, y a cada rato bebía un sorbito de agua del vaso de la mesilla. ¿Puede saberse por qué te fuiste de la universidad si tanto te gustaba? Ella no dejaba de reír, coqueteando con sus recuerdos: Una cosa eran las personas y otra los libros. Había profesores muy guapos que recomendaban libros muy feos, en modo alguno recomendables. Continuó hablando largo rato hasta que, de madrugada, le invadió repentinamente el sopor y se quedó dormida. No se despertó hasta que el capellán le llevó la comunión a las siete de la mañana. La había visitado la tarde anterior para ofrecerle sus servicios: Aquí curan a casi todos, dijo, pero, si lo desea, puedo venir a la hora que usted me indique. Tenía cara de mandarín, aunque su rostro no era amarillo sino rojizo, un poco congestionado. Fue discreto, empero. Tus hermanos ya estaban allí cuando comulgó y luego, llegado el momento, Nicolás empujó la camilla hasta el ascensor mientras Martín y Pablo la escoltaban tomándole cada uno de una mano. Y antes de entrar en el montacargas me sonrió e hizo un ademán de despedida. Me puse la bata blanca y las calzas desinfectadas y subí al antequirófano con tus hermanos y traté de abstraerme en la resolución de un crucigrama. Sin embargo no lo logré; seguía consciente del paso de las horas, pendiente de Ovidio Pozas, el amigo de Martín, médico del equipo, que subía de vez en cuando a darnos las novedades: Todo va bien. No ha habido sorpresas. A mediodía nos indicó que la operación había terminado y que el doctor Calvo nos esperaba en la habitación para informarnos. Primitivo Lasquetti había llegado en tanto; era la única persona ajena a la familia allí presente y me conmovió su fidelidad. El doctor Calvo se presentó al frente del equipo, con un no sé qué de marcial en su corpulencia: La operación ha sido un éxito. El tumor era, en efecto, benigno, un neurinoma, y su localización la prevista. La enferma está recuperando la conciencia y ha iniciado en la UVI el período postoperatorio, dijo. Yo asentía sin entusiasmo, porque todo aquello lo había dado por descontado, me parecía natural, y, en cambio, el doctor no había hecho referencia al problema del nervio. De ahí que cuando concluyó su informe y tus hermanos y tíos comentaban la noticia alborozados, le pregunté en un aparte por él.

Me miró de arriba abajo como si bajase del limbo: Ha habido que sacrificarlo, claro. Era necesario para disecar el tumor, dijo. No sé si le di las gracias, pero cuando, segundos después, subí a la UVI y vi su carita levemente sofocada, la cabeza vendada, sin rastro de sangre ni de violencia, preguntando semiinconsciente si era lo que se esperaba, pensé que el doctor se había equivocado. Ovidio Pozas, empero, me aclaró que la intervención estaba reciente aún, que el desequilibrio no se produciría mientras no cediese el traumatismo operatorio.

Minutos más tarde, cuando nos reunimos en un merendero próximo para comer algo, las palabras de Ovidio me rechinaban en el estómago, pero todavía conservaba alguna esperanza. En la vida había conocido casos de enfermedades que tomaban giros inesperados, ajenos a las previsiones médicas. ¿No podía ser éste uno de ellos? En el fondo, en lo que confiaba era en la capacidad de tu madre para sorprender, para hacer lo contrario de lo que la gente esperaba que hiciese. Y es curioso, pero durante los breves minutos que permanecí ausente de la clínica, únicamente pensé en su nervio facial, no en la posibilidad de que muriera. No temía que se fuera, sino que nos la cambiasen. La gente, pensaba yo, no se muere así. La operación había sido un éxito, el tumor raído y ella había hablado después con la mayor coherencia, ¿cómo pensar que se pudiera morir? De ahí que cuando Pablo, tu hermano, me sonrió aliviado, yo continuaba temiendo únicamente que la UVI pudiera devolvernos una mujer distinta, no que se quedase con ella. No pude comer, tomé una taza de té y corrí de nuevo a la clínica. ¿Qué me empujó a escapar, a volver allí con esa celeridad? Algo tiraba de mí pero ignoraba lo que era. De repente lo supe cuando sonó insistentemente el timbre del teléfono: Sí, yo soy, dije. Volví a repetirlo. Sonaba un zumbido extraño. Por detrás oí la voz de Ovidio Pozas, que hablaba por encargo del cirujano: Un imprevisto; un infarto del tronco cerebral. La han bajado inconsciente al quirófano, dijo de un tirón. Oí mi voz en un tono quejumbroso de protesta: ¿Quieres decir que le han abierto la cabeza otra vez? A partir de ahí pierdo la claridad de mis recuerdos; todo está como entre nieblas. Veo gente en fila, rostros graves, grupos oscuros en el vestíbulo, y me oigo repetir, una vez tras otra, como un autómata: Un infarto del tronco cerebral. La están operando de nuevo. Ahora lamentaba mi resistencia a aceptarla con el nervio roto, y, en mi fuero interno, atribuía la recaída a mi aspiración de recobrarla intacta. Esta sensación de fracaso, de verme de pronto sin nada por haberlo deseado todo, era una sensación que ya había experimentado de niño, una especie de castigo a mi ambición. Al anochecer volvieron a subirla a la UVI. ¿Ha recobrado el conocimiento? Ovidio se encogía: Todavía no. Hay que esperar. ¿Cuánto había que esperar? Alguien había difundido la noticia y la gente venía, preguntaba, profería las frases

obligadas y volvía a marchar.

Todo estaba minuciosamente calculado. El doctor Calvo era un maestro en el arte de dosificar la información, de tal manera que, cuando se consumó todo, nadie se llamó a engaño; todos lo estábamos esperando. Durante unos días, la habitación 206 fue un velatorio sin muerto (el muerto todavía respiraba arriba, no se sabía cómo, en el piso superior). Primo se presentaba a primera hora de la mañana con sus periódicos bajo el brazo, se sentaba junto a la puerta y los iba hojeando, doblando las páginas ruidosamente. Era un velatorio sin muerto y sin tiempo, por lo que las hojas que Primo iba pasando en períodos regulares constituían una especie de medida, facilitaban una idea de temporalidad. Las noticias iban empeorando con mucha lentitud, ensombreciendo la espera pero dejando siempre abierta la puerta a la esperanza: Ha entrado en coma. ¿Sin recobrar el conocimiento? Ovidio bajaba la cabeza, lo admitía como avergonzado. Para mí, coma y agonía eran una misma cosa y así se lo dije. Él se apresuró a aclarar conceptos: ¡No, por favor! Todos los días hay enfermos que salen del coma. Iba aprendiendo cosas sobre la muerte y la premuerte, sobre lo recuperable y lo irreversible: Las constantes son normales. ¿Quieres subir a verla? No me atreví. No podía imaginarla pasiva, ausente, sin palabras. Ahora deploro no haberlo hecho, no haberle acariciado sus mejillas todavía tibias. Pero no lo hice en su momento y, luego, cada hora se me hacía más difícil. ¿Cómo podía nadie estar con ella si ella *no estaba*?

Primitivo llegó una mañana con la noticia de que Franco se estaba muriendo, de que había sido operado a la desesperada en las caballerizas de El Pardo. Los de San Julio lo confirmaron una hora más tarde: Ana todavía puede llegar, dijeron. Se estableció un macabro pugilato a ver quién terminaba antes. Nadie expresaba esta idea pero gravitaba en el ambiente. Mas las horas de la muerte son lentas y, en aquella prolongada incertidumbre, resolví ir a verte para darte cuenta de su estado. No despegaste los labios; no dijiste una palabra. Únicamente te bajó el brillo de la mirada; los ojos se te pusieron mates y sumidos como los de los reos en capilla. Al marcharme, apenas tenías voz: Por favor, cuida de la niña, me dijiste.

Caí en una fase de inhibición, aunque en el taxi, como cada vez que me alejaba de la enferma, surgió una absurda esperanza, la ilusión de que, durante mi ausencia, algo impensado hubiera sucedido allí. Pero ¿qué podía suceder? Al llegar a la habitación, todo seguía lo mismo: tus hermanos recostados en la cama vacía, a la espera, el silencio gravitando sobre el grupo, mientras Primo concertaba el paso del tiempo, hojeando ruidosamente los periódicos. De vez en cuando, como cada mañana, o como cada tarde, alguien entraba o salía de la habitación, llegaba Ovidio con una mínima novedad o se anunciaba el

equipo médico. Y, al caer la noche, los tíos Concha y Juan me traían alguna cosa de comer y, al acabar, me iba a la cafetería y me tomaba un válium de diez con dos vasos de vino de postre. Esta combinación, tan denostada por los médicos, producía efectos prodigiosos: me serenaba y, simultáneamente, ahuecaba mi cuerpo, lo tornaba leve y flotante. En ese momento, el único del día, todo volvía a ser posible; la vida y la muerte estaban en el filo de una navaja.

La penúltima noche, al subir de la cafetería, encontré al doctor Calvo acompañado por Julio Bartolomé, que había venido a verme. La faz del doctor estaba yesosa, desencajada; se miraba las puntas de los pies en el momento de hablarme: El electroencefalograma ha dado plano, dijo brumosamente, como si algo se hubiera producido a pesar de sus órdenes en contrario. ¿Plano? Su cerebro no tiene actividad, aclaró. Yo miraba a Julio implorante, pero él escuchaba también, en silencio, el informe del doctor. Me quedé sin palabras pese a acabar de ingerir mi combinación infalible, pero Nicolás, que se había incorporado al grupo, preguntó si la situación era irreversible, a lo que el doctor Calvo replicó que eso nunca podía decirse en medicina, puesto que siempre existiría alguien que había vuelto de un electroencefalograma plano, pero, puestos a determinar porcentajes, las posibilidades de recuperación no pasarían de una entre mil.

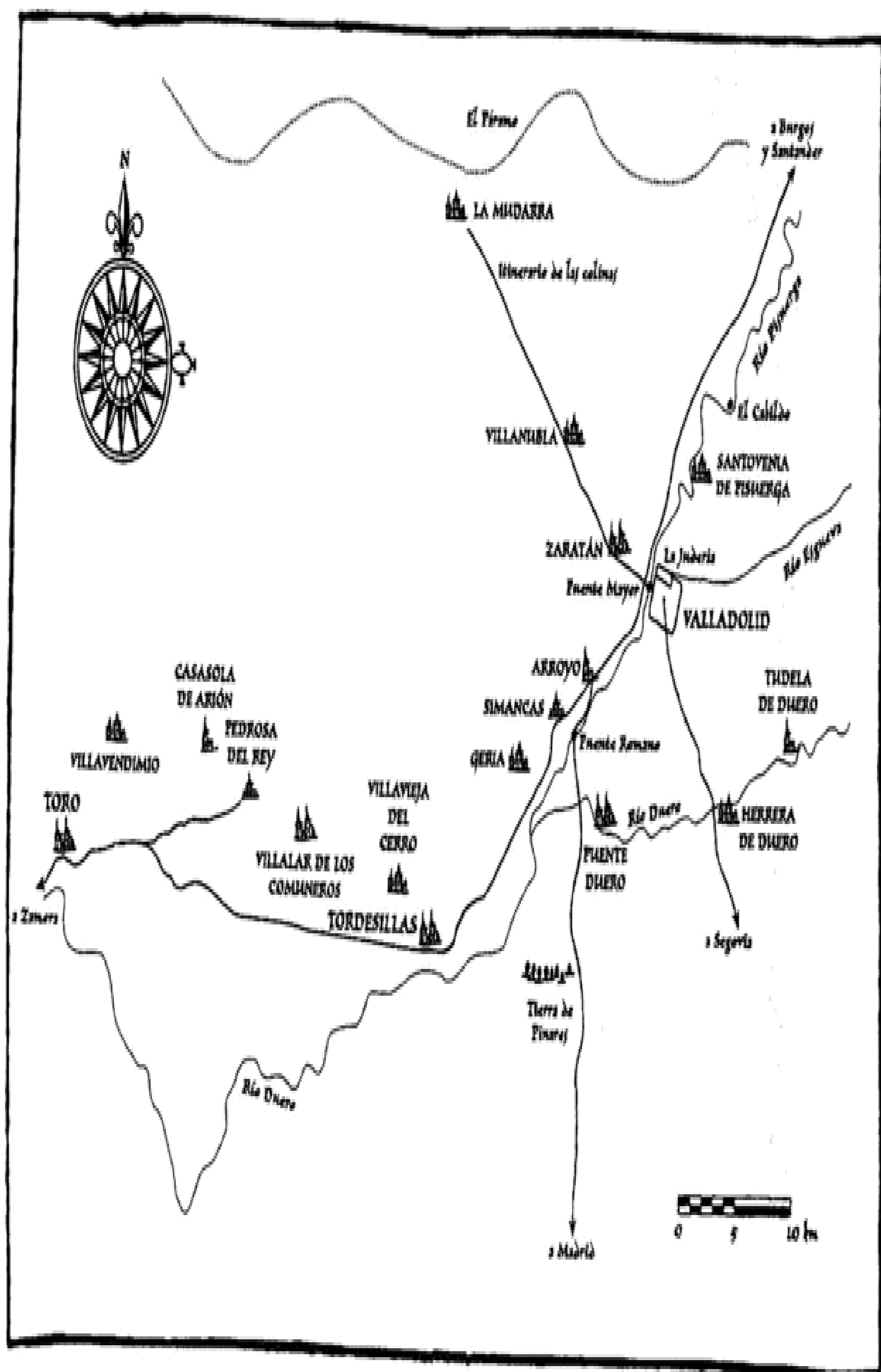
Seguía durmiendo en el catre, bajo la ventana, y tus hermanos se turnaban para acompañarme. Había estado tranquilo en su compañía, pero, tras el último informe, me hundí en el torpor de los sedantes, en el sueño alucinado de la infame combinación. La última noche sufrí extrañas pesadillas de muñecas articuladas con relojes-despertadores en el hueco del corazón. Una de estas muñecas reía con carcajadas astilladas cada vez que atrapaba una de las pelotitas blancas que el doctor Calvo le lanzaba desde detrás de la mesa del doctor Gil; pero, en un determinado momento, una pelota escapó a su control y cayó al suelo dando botes. En ese instante el timbre del despertador se disparó y empezó a sonar con estridencia. El doctor se levantó tranquilamente, pulsó el resorte y se hizo el silencio de nuevo, tan denso esta vez que yo debí de gritar porque al abrir los ojos vi luz y el rostro inquieto de Martín a mi lado: ¿Te ocurre algo? Miraba por encima de su cabeza la lámpara funcional, los muebles lacados de blanco, las paredes blancas. Trataba de orientarme. Una pesadilla, dije. Me incorporé y abrí una hoja de la ventana: ¿Qué hora es? Las cuatro y diez. Miraba a la nada, al vacío, pero dije desolado: Una vez que nos hayamos hecho a la idea, el doctor parará su corazón como antes paró el despertador. Martín había agachado la cabeza y se resistía a hacerse cómplice de mi delirio: ¿Quieres dar un paseo?, me preguntó.

A las siete de esa misma tarde, sin aviso previo, vi venir el piquete de batas verdes, encabezado por la maciza figura del cirujano

jefe, por el fondo del corredor en penumbra. El espectáculo no era nuevo, pero esa noche intuí: vienen a decirme que han parado el reloj. Y tan vívida era la sensación de escena repetida que sabía que al médico pelirrojo que avanzaba por la parte interna del pasillo, y cuyo cabello refulgía al pasar bajo los pilotos de las puertas, le chillaba un zapato. Y, a medida que se aproximaban, fue aumentando el crujido del zapato abotinado del médico pelirrojo, un crujido que acompasaba el paso, que era algo así como la música del desfile. Y al llegar a la altura de nuestro grupo, se detuvieron, el doctor Calvo giró media vuelta a la derecha, mientras los demás, Ovidio Pozas entre ellos, se situaban detrás, en su lugar descanso, guardándole las espaldas. El doctor Calvo se dirigía a mí (había una sombra en su mirada firme, como una perplejidad en su aguerrido porte castrense): Ha muerto, dijo. Hizo una pausa y agregó tras una vacilación: Ella nos pidió vivir y no hemos sabido complacerla. Lo siento. Se hizo el silencio y cerré los ojos. El crujido del zapato del médico pelirrojo, que se iba debilitando ahora, me hizo saber que el piquete se alejaba. Entonces abrí los ojos y vi a Primo Lasquetti en el marco de la puerta ajustándose las patillas de las gafas. No me abrazó, ni me estrechó la mano; no pronunció una palabra. Simplemente se unió al grupo, una manera muy suya de mostrarse solidario. Entonces experimenté, por primera vez, una rara invalidez y le dije torpemente: Habíamos soñado con envejecer juntos. Algo le irritó; me echó encima su pesada mirada miope con manifiesta arrogancia: Olvídalo, dijo. Las mujeres como Ana no tienen derecho a envejecer. Aún quise decir algo digno de ella, algo apropiado a la circunstancia, pero tenía la cabeza confusa y la lengua trabada y no pude hablar. Fue tu hermana Alicia, al verme tan indefenso, la que se apiadó de mí. Me abrazó sollozando y dijo excitada: Primo tiene razón. Yo no soy capaz de imaginar a mamá con una máscara, babeando en un psiquiátrico o tullida durante el resto de su vida. Si la muerte es inevitable, ¿no habrá sido preferible así?

El hereje

1998


N
a Burgos y Santander
LA MUDARRA
Río Pisuerga
El Cabildo
VILLANUBLA
SANTOVENIA DE PISUERGA
ZARATÁN
La Judería
Río Esgueva
Puente Mayor
VALLADOLID
ARROYO
SIMANCAS
Puente Romano
GERIA
TUDELA DE DUERO
CASASOLA DE ARIÓN
PEDROSA DEL REY
VILLAVENDIMIO
TORO
VILLAVIEJA DEL CERRO
VILLALAR DE LOS COMUNEROS
TORDESILLAS
Río Duero
HERRERA DE DUERO
PUENTE DUERO
a Zamora
a Segovia
Tierra de Pinares
Río Duero
0 5 10 km
a Madrid



¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise

por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio.

Juan Pablo II a los cardenales, 1994

Preludio

El *Hamburg,* una galeaza a remo y vela, de tres palos, línea enjuta y setenta y cinco varas de eslora, dedicada al cabotaje, rebasó lentamente la bocana y salió a mar abierta. Amanecía. Se iniciaba el mes de octubre de 1557 y la calima sobre la superficie del mar y la estabilidad de la nave presagiaban bonanza, una jornada calma, tal vez calurosa, de sol vivo y suave viento del norte. Era el *Hamburg* un pequeño barco de carga, dotado con cincuenta y dos marineros, al que su capitán, Heinrich Berger, con un agudo sentido de la economía personal, superponía en el buen tiempo dos pequeñas tiendas de campaña sobre las cuadernas de toldilla para alojar a cuatro posibles pasajeros de confianza, mediante un módico estipendio.

En la primera de estas tiendas, viniendo de proa, viajaba ahora un hombre menudo, aseado, de barba corta, al uso de Valladolid, de donde procedía, tocado de sombrero, con calzas, jubón y ropilla de Segovia, que, acodado en el pasamanos de babor, oteaba con un anteojo el puerto que acababan de abandonar. Una bandada de gaviotas que sobrevolaba la estela del *Hamburg* se reunía, graznando destempladamente, preparando el regreso a puerto. Por la amura, sobre la silueta de tierra, la bruma comenzaba a rasgarse y permitía divisar, entre los flecos, fragmentos del cielo azul que la calma chicha de la madrugada auguraba. El hombre menudo y aseado hurgó con su mano pequeña y nerviosa en el bolso de la ropilla, extrajo el papel plegado que le había entregado un marinero al embarcar y leyó de nuevo el breve mensaje que contenía: «Bienvenido a bordo. Le espero a almorzar en mi camareta a la una del mediodía. El capitán Berger».

El Doctor le había hablado con afecto del capitán en Valladolid. Aunque hacía mucho tiempo que no se veían, entre el Doctor y Heinrich Berger se anudaba una vieja amistad de lustros. El Doctor confiaba de tal modo en el capitán que hasta que no supo su propósito de regresar a España en el otoño no se determinó a autorizar el viaje a Alemania de su correligionario Cipriano Salcedo. El hombre menudo contemplaba la mar mientras reconstruía mentalmente la imagen del Doctor, tan taciturno y medroso en los últimos tiempos, advirtiéndole de los riesgos de su estancia en Europa. La reciente prohibición de salvar las fronteras concernía, es cierto, a clérigos y estudiantes, pero era sabido que

cualquier viajero que decidiera moverse por Alemania en estos días sería sometido a una *discreta vigilancia*. El Doctor había dicho *discreta vigilancia*, pero de su tono de voz dedujo Cipriano Salcedo que la vigilancia sería estrecha y conminatoria. De ahí sus precauciones a lo largo del viaje: sus repentinos cambios de medio de transporte, el miramiento en la elección de posada o de lugares de encuentro para sus citas, y aun en sus simples visitas a los libreros. Cipriano Salcedo se sentía orgulloso de que el Doctor le hubiera elegido a él para tan delicada misión. Su decisión le liberó de viejos complejos, le permitió pensar que todavía podía ser útil a alguien, que todavía existía un ser en el mundo capaz de confiar en él y ponerse en sus manos. Y el hecho de que este ser fuera un hombre sabio, inteligente y prudente como el Doctor satisfizo su incipiente vanidad. Ahora Salcedo, en la cubierta, pensaba que estaba a punto de rendir viaje; que durante la penúltima etapa, en el *Hamburg*, patroneado por el capitán Berger, podía dormir tranquilo, y que los encargos del Doctor Cazalla habían sido cumplidos.

Oyó voces en cubierta y se volvió con el anteojo en su mano pequeña y velluda. Media docena de marineros descalzos transportaban hacia popa unos maderos y las correspondientes estachas para unirlos. Detrás de ellos, otros tres cargaban con una estructura de madera, adaptable a la popa de la nave, en la que podía leerse, en letras grandes y doradas: *Dante Alighieri*. En pocos minutos, con una eficacia que revelaba una práctica habitual, el equipo descolgó los tablones por la popa y afianzó los cabos que los sujetaban a la mesana. Dos marineros saltaron a la guindola, mientras el resto dejaba resbalar con cuerdas el gran cartel que los de abajo superpusieron al nombre de *Hamburg*, Desde el andamio colgante, ajustaron con puntas y pasadores la estructura con el nuevo nombre y de esta manera, en apenas media hora, la galeaza quedó discretamente rebautizada.

Dos horas más tarde, en la camareta del capitán, donde un marmitón les servía el almuerzo, aquél precisó que el cambio de nombre era una elemental medida de precaución que se adoptaba cada vez que la nave frecuentaba países enemigos de la Reforma de Lutero. Pero como el hombre menudo y aseado se mostrase dubitativo, el capitán Berger, que hablaba siempre con los ojos entrecerrados como si permanentemente escudriñase el horizonte, agregó, con la voz apolillada y bronca frecuente en los hombres que han vivido en el mar:

—El riesgo se evita fácilmente. El *Hamburg* tiene doble matrícula, en Hamburgo y en Venecia. Ambos nombres son, pues, legítimos. Usar uno u otro depende de nuestra conveniencia.

Acababan de tomar asiento alrededor de la mesa y Cipriano Salcedo reparó por vez primera en el tercer comensal, su vecino en la otra tienda de toldilla, a quien el capitán Berger había presentado como don Isidoro Tellería, sevillano, un hombre alto y flaco, rasurado, vestido totalmente de negro, que reconoció haber pasado en Ginebra el último medio año. Cuando el capitán inició la conversación, él guardó silencio y tan sólo levantó la vista del plato cuando aquél preguntó a Salcedo por el Doctor.

Cipriano Salcedo carraspeó. Vaciló al empezar a hablar. Era la reliquia que le había dejado el miedo al padre, a su mirada helada, a sus reproches, a sus toses espasmódicas en las mañanas de invierno. No era tartamudez sino un leve tropiezo en la sílaba inicial, como un titubeo intrascendente:

—E... el Doctor está bien de salud, capitán. Sí es caso un poco más magro y desencantado, las cosas distan de ir bien allí. Teme que Trento devuelva el problema a su origen, que no consigamos nada. Éste ha sido el motivo de mi viaje: informarme. Conocer de cerca la realidad alemana, entrevistarme con Felipe Melanchton y adquirir libros...

—¿Qué clase de libros?

-—De todo tipo, especialmente los últimos editados. Hace tiempo que no entran libros en España. El Santo Oficio acentúa su vigilancia. En este momento está revisando el índice de libros prohibidos. Leer esos libros, venderlos o difundirlos constituyen de por sí graves delitos.

Hizo un alto Salcedo, pensando que el capitán no se conformaría con su vaga respuesta y, en vista de su silencio, añadió:

—La que murió fue la madre del Doctor. La enterramos en el Convento de San Benito con cierta pompa, guardando debidamente las formas. Así y todo hubo murmullos y protestas en el funeral.

—¿Doña Leonor de Vivero? —inquirió el capitán.

—Doña Leonor de Vivero, exactamente. En cierto modo ella fue en tiempos el alma del negocio en Valladolid.

El capitán Berger denegó con la cabeza, sonriendo. Tendría doce o quince años más que su interlocutor, una roja perilla y un pelo muy rubio, casi albino, más propio de un escandinavo que de un alemán. Seguía observando las pequeñas manos de Salcedo con viva curiosidad, los ojos entrecerrados, y, paulatinamente, elevó la mirada hasta su rostro, reducido también, como reducidas y correctas eran sus facciones, dominadas por unos ojos sombríos y profundos. Para escapar de la sugestión del personaje, bebió medio vaso de vino de Burdeos, de una jarra colocada en el centro de la mesa, levantó los ojos y precisó:

—Creo que el alma del negocio en Valladolid fue siempre el *Doktor*. La madre fue uno de sus apoyos. Tal vez la que acogió la doctrina de la justificación con mayor entusiasmo. Al *Doktor* le conocí en Alemania, en Erfurt, cuando aún era un exasperado erasmista. Luego, al regresar a Valladolid, llevaba ya *la lepra* consigo.

Salcedo se revolvió inquieto. Le ocurría siempre que creía haber dicho algo improcedente, tal vez otra reminiscencia de su temor filial:

—En realidad, lo que quería decir —aclaró— es que doña Leonor era la mujer fuerte, la que sostenía al Doctor en sus horas bajas y daba vida y sentido a los conventículos.

El capitán Berger prosiguió como si no le hubiera oído:

—No le devolví la visita al *Doktor* hasta ocho años más tarde. Fue aquél un viaje inolvidable a Valladolid. Tuve el honor de asistir a un conventículo presidido por el *Doktor* junto a su madre, doña Leonor de Vivero. Sin duda, esta mujer tenía una visión clara de las cosas, una idea inequívoca de lo esencial, aunque en sus modales mostrase un cierto autoritarismo.

La línea azul del mar subía y bajaba en la portilla, acorde con el leve balanceo del navío. También acompañaba a los comensales un reiterado crujido del mamparo de madera que separaba el pequeño refectorio de la camareta del capitán. Dijo Cipriano Salcedo, asintiendo:

—Todos sus hijos la veneraban. Les confortaba su fe. Uno de ellos, Pedro, párroco de Pedrosa, compartía con ella la afición de Lutero por la música porque entendía que la verdad y la cultura, para ser tales, deben marchar unidas.

El joven marmitón les servía ahora un plato de carne y, al concluir, colocó sobre la mesa otra jarra de tinto de Burdeos antes de ausentarse. El capitán vertió vino en el vaso de Salcedo. Tellería aún no lo había probado y seguía observando a Berger con una curiosidad de entomólogo, mientras cargaba de tabaco la cazoleta de su pipa, una pipa india, de barro, que los matuteros de los galeones introducían en Sevilla junto con el tabaco, cuyo consumo empezaba a difundirse entre el pueblo pese a la enemiga de la Inquisición. El capitán aguardó a que el pinche cerrara la puerta corredera para decir:

—Al referirnos a Valladolid no debemos olvidar a un hombre clave, don Carlos de Seso, encarnación perfecta del macho *veronés*: apuesto, fuerte, inteligente y presumido. A mi entender, don Carlos de Seso es una figura imprescindible en el despertar del luteranismo castellano.

Cipriano Salcedo acariciaba a contrapelo su corta barba. Asentía de una manera mecánica, un poco forzada:

—Don Carlos de Seso es un hombre interesante, muy leído, pero hay algo oscuro en torno a su persona: ¿por qué marchó de Verona? ¿Por qué recaló en España? ¿Huía tal vez de algo o por simple espíritu de misión?

El capitán Berger no ocultaba ningún detalle que pudiera interpretarse como desconocimiento de la realidad luterana:

—Los papistas, en principio, aceptan a Seso, cuentan con él. Incluso lo enviaron a Trento, al Concilio, acompañando al obispo de Calahorra. Algún malintencionado llegó a decir que iba de intérprete simplemente, pero esto no es cierto. El propio obispo le dijo a Carranza, cuando preparaba el viaje de regreso a España, que con don Carlos de Seso iba en buena compañía, que era un caballero afable e ilustrado y que se hablaba de él con satisfacción y sin ningún escándalo en todos los círculos intelectuales. Por medio estuvo su famosa entrevista con el gran teólogo Carranza en Valladolid, pero nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que ocurrió allí.

La galeaza empezó a cabecear ligeramente y Tellería, que acababa de dar una profunda fumada a su pipa, miró hacia el ojo de buey sorprendido, como si estuviera jugando a las cartas y hubiera advertido de pronto que le estaban haciendo trampas. Por su parte, Cipriano observaba con una viva desconfianza al sevillano, aquel hombre hierático y enlutado que fumaba su pipa sin inmiscuirse en la conversación. Pero la abierta actitud del capitán Berger hacia él, el irónico desdén con que le miraba, disipaba de antemano todo recelo. Sus ojos grises, tan conscientes y responsables, parecían decirle: Hable sin temor, amigo Salcedo. Nuestro invitado, don Isidoro Tellería, tiene más motivos que nosotros para callar. No obstante, el capitán miró a Tellería antes de aclarar lacónicamente:

—Hemos entrado en el Canal.

Retiró la jarra vacía y la sustituyó por otra. Isidoro Tellería, que seguía sin probar el vino, observaba a sus contertulios con una mezcla de estupor y escepticismo. Por contra, el capitán Berger ganaba en locuacidad a cada vaso que bebía:

—Me interesa el viaje de vuesa merced —dijo a Salcedo—. Comprar libros, buscar apoyos, visitar a Melanchton, dice que eran sus objetivos. ¿Ha podido usted cumplirlos? ¿Cómo ha viajado por el país? ¿Qué ciudades ha visitado?

Salcedo asentía a las palabras de Berger:

—El 13 de abril salí de Valladolid —respondió—. Salvo la cada

día más problemática conexión con Sevilla, llevábamos meses aislados. Después de largas charlas, el Doctor reconoció que necesitábamos información de primera mano. Le interesaba mucho el pensamiento de Melanchton una vez muerto Lutero. No sabía exactamente de qué pie cojeaba.

—Y ¿cómo se las arregló vuesa merced?

—Era delicado —admitió Salcedo, que aún consideraba a Tellería con suspicacia—. El Santo Oficio acababa de prohibir las salidas de España a clérigos e intelectuales. Viajé, pues, a caballo hasta Pamplona y un experto me ayudó a pasar el Pirineo. Después combiné todos los medios de transporte imaginables: calchona, barco, a pie, a caballo. Era aconsejable no seguir una línea recta y cambiar a menudo de alojamiento y medio de locomoción. Así recorrí el sur de Francia: Burdeos, Toulouse hasta Lausana. Francia tiene buenos caminos a pesar de la densidad de tráfico.

El capitán se mostraba impaciente:

—Y ¿en Alemania?

—Continué con mis precauciones. Decían que había espías por todas partes y me dejaba ver lo menos posible. Tomaba contactos en las ciudades importantes. Visité Hamburgo, Erfurt, Eisleben y Wittenberg, el meollo luterano, con escapadas frecuentes al entorno rural. Pero fue en Wittenberg donde compré los libros y pude, al fin, entrevistarme con Felipe Melanchton.

Los ojos amusgados del capitán Berger animaban a Salcedo en su relato, le estimulaban. Prosiguió:

—Wittenberg me sorprendió por su actividad editorial. Había imprentas y librerías por todas partes. Recorriendo la ciudad entendí aquello de que «Lutero era hijo de la imprenta», porque, bien mirado, su fuerza estaba en ella. Era el primer hereje que disponía de un medio de comunicación tan eficaz, tan poderoso, tan rápido. Por otra parte advertí que la mayoría de los tipógrafos eran secuaces suyos, y, como seguidores fieles, se mostraban diligentes en aquellos trabajos que interesaban al reformador y, por contra, se demoraban y llenaban de erratas aquellos otros que venían de sus adversarios. Fue allí, en Wittenberg, donde pude hojear *Pasional*, ese libelo antipapista, lleno de textos torpes e ilustraciones groseras en las que conciben la figura del Papa como un asno defecado por el diablo.

Isidoro Tellería terminaba de fumar su pipa y sacudía la cazoleta de barro en un plato, cuando el capitán Berger atajó a Salcedo:

—Esos papeluchos no son la Reforma. No debe juzgar la Reforma por ellos. En toda revolución hay excesos. Es inevitable. En la crítica revolucionaria nunca hay matices.

Se le había calentado la boca y Salcedo hablaba y hablaba sin la menor vacilación, desapasionadamente, como si juzgase algo ajeno a sus ideas, completamente obvio:

—No son la Reforma, capitán, pero operan contra ella. Ante estas cosas, el visitante extranjero en Alemania tiene la impresión de que Lutero fue demasiado lejos. Con razón consideraba la imprenta invento divino, pero sospecho que no hubiera aprobado el mal uso que una vez muerto se está haciendo de ella, siquiera sus primeros libros, *Cautividad de Babilonia* y *El papado fundado por el demonio*, tampoco fueran cuentos de hadas.

—Pero piense en su Biblia, no olvide lo fundamental.

—Lo sé, capitán. La Biblia alemana, un monumento ¿no? Según algunos intelectuales españoles, este libro justifica por sí solo la célebre frase de que «Dios ha hablado en alemán», tan bello es, tan eufónico. Lutero y su Biblia universalizan el idioma alemán sacralizado. Es evidente.

Se acentuaba el balanceo del *Hamburg* y don Isidoro Tellería se sujetaba la cabeza entre las manos como con temor de que se le despegara de los hombros en uno de aquellos vaivenes. El marmitón, que había retirado los platos, recogía ahora las migas de la mesa en una bandeja y, al concluir, sirvió unas copas de aguardiente. El capitán Berger contempló compasivamente a Isidoro Tellería y aguardó a que el pinche saliera y cerrara la puerta corredera para añadir:

—Es significativo que Lutero utilizara la música y la imprenta. Esto dice más a su favor que sus explosiones montaraces; al menos es más convincente. Y cuando dice: «No quiero retractarme de nada porque no es honrado actuar contra la propia conciencia» está hablando de sus tesis, no de sus escarnios y agravios.

La mirada fija, escrutadora, del capitán Berger desconcertaba a Salcedo. Le recordaba la mirada helada de su padre ante don Álvaro Cabeza de Vaca cuando éste le delataba: «Está ausente; no logro concentrarlo, señor Salcedo».

—Pero —advirtió rascándose la barba— en la *Cautividad de Babilonia* Lutero afirma que los sacramentos instituidos por Nuestro Señor son sólo dos: bautismo y comunión. Probablemente no es más que eso lo que se proponía decir, aunque aprovecha la ocasión para soltar la lengua, zaherir e insultar. Algo semejante sucede con *El papado de Roma*.

El capitán alzó la mano derecha:

—Por favor, permítame una palabra. Las burlas de los papistas contra esos libros y contra el matrimonio de Lutero con una monja son aún más despiadadas que las de Lutero contra ellos.

Era un duelo verbal que Salcedo proseguía para sondear al capitán, para ver hasta dónde le dejaba llegar, para poner a prueba la ductilidad luterana. No le respondió porque notaba que algo le quedaba aún por desembuchar. Le miró fijamente a la punta de la nariz que era, según decía el padre Arnaldo en los Expósitos, lo que había que hacer con el desalmado para hacerle vomitar todo lo que ocultaba. El capitán Berger dijo:

—Insisto en que lo justo es poner en el otro platillo la sensibilidad del reformador, su amor a las bellas artes, el hecho de que utilizara la música en la liturgia. Concretamente el himno *Un castillo inexpugnable es nuestro Dios tuvo más resonancia en Centroeuropa que el Tedeum.*

La voz del capitán Berger cobraba trémolos emotivos como los de los nuevos predicadores. Se acaloraba. Deliberadamente Salcedo suavizó el tono:

—Lutero debe responder de todo, también de los luteranos, de sus ultrajes. Yo he aceptado la doctrina de la justificación por la fe, capitán, como todo el grupo de Valladolid, porque creo que la fe es lo esencial y que el sacrificio de Cristo tiene mayor valor para redimirme que mis buenas obras por desprendidas que sean.

Como un perro de caza siguiendo un rastro, Cipriano Salcedo no alzaba la nariz del suelo. Un rastro partía de otro y Salcedo hallaba un raro placer en levantar la pieza antes de tomar el nuevo. Todas sus denuncias respondían sin duda a un mismo origen, pero él gozaba parcelándolas, atribuyéndolas motivaciones distintas, sacando al capitán del habitual proceso mental seguido en sus normales discusiones:

—Otra cosa, capitán; la furia de los campesinos de Turingia. Veinte años después de los «profetas de Zwickau», todavía aletea allí la violencia. El cambio religioso no lo entienden sin un cambio social. El mal ejemplo vino de los príncipes al adueñarse de los bienes del clero. Para los campesinos, un cambio religioso sin dinero carece de interés.

El capitán Berger dejó el vaso sobre la mesa:

—La religión tiene inevitablemente un aspecto social —dijo midiendo las palabras, como queriendo poner las cosas en su sitio —: «Los profetas de Zwickau» eran los reformadores de la Reforma. Rompían imágenes sagradas y anhelaban dinero por encima de todo. Eran humanos. Aspiraban a que la religión los redimiera; luchaban por una religión práctica. Por esa razón provocaron la guerra. Franz von Siecbingen, con todo su prestigio, se puso al frente de ellos, pero Lutero pudo más, los derrotó. Y no porque le parecieran mezquinas sus aspiraciones, sino porque no era bueno el

camino escogido para alcanzarlas.

—Tampoco yo apruebo ese camino.

—Todo es humano y comprensible. Los campesinos, los menestrales, los mineros no contaban con grandes cabezas, tan sólo disponían de cuatro ideas elementales pero bastaban para enardecerlos. Así se extendieron por Alsacia. Ante todo el Derecho Divino, se decían. Pero ese Derecho debería prevalecer sobre la servidumbre, el privilegio de la caza o el derecho de pernada... en suma, sobre todos los abusos señoriales. Y, al propio tiempo, aspiraban a elegir sus párrocos, a modificar el diezmo que les exigía su Iglesia y a vivir una vida evangélica. Para ellos, todo era religión.

Cipriano Salcedo no pensaba lo contrario pero hallaba cierto placer en desbaratar los planteamientos de su interlocutor:

—Hasta aquí, así fue. Más tarde pudo más la política.

—¿Se refiere vuesa merced a la pretensión de crear un Parlamento de campesinos? ¿Le parece excesiva esa aspiración de los desheredados? ¿No la considera cristiana? Thomas Müntzer, creyéndose un iluminado, decidió formar una teocracia, pero fue aniquilado en Frankenhausen. Más de cien mil muertos, una matanza. Y todavía hay quien afirma que Lutero firmó panfletos «contra las hordas ladronas y asesinas de los campesinos», pero no se ha demostrado que así fuera. Lutero detestaba la algarada pero amaba la justicia.

—Pero lo de los anabaptistas fue algo parecido.

—Lo que hizo impopulares a los anabaptistas fue el hecho de retrasar el bautismo de los niños. A la gente le asustaba la amenaza del limbo. Por lo demás fue un grupo idealista que enarboló el anarquismo como bandera; Hubmaier lo llevó a Turingia. Pero además de la anulación del Estado, pretendían suprimir la Iglesia, la jerarquía, los sacramentos y la propiedad privada. Todo un programa revolucionario. Tenga usted en cuenta que Hutter, por hacer esto mismo, fue quemado en Austria en esos años. A la postre el pueblo mismo acabó levantándose y católicos y protestantes unidos los derrotaron en Münster. Después de tanta sangre ¿cómo le puede extrañar a usted que aún haya huellas de violencia en Turingia?

La voz apolillada de Berger se enardecía. «Hay veces en que parece un canónigo magistral», le había dicho bromeando el Doctor en una de las conversaciones anteriores a su viaje. «Hombre bueno, fundamentalmente bueno, e instruido», añadía inmediatamente ante el temor de estar atribuyendo a su amigo una imagen que no le correspondía. Salcedo advertía que el capitán conocía al dedillo

la reciente historia alemana, los pros y los contras de la revolución de Lutero y que, probablemente, le consideraba a él un pobre intruso, un párvulo ayuno de toda formación. La nave continuaba moviéndose, cabeceaba, a ratos insistentemente, y don Isidoro Tellería, imperturbable, llenaba de nuevo la cazoleta de la pipa. Cipriano Salcedo hizo una pausa, miró a los ojos claros de Berger y prosiguió:

—Estas cosas y otras del mismo tenor avivaron mi deseo de conocer a Melanchton. Lutero y él no siempre habían marchado de acuerdo, pero los partidarios de uno y otro le reconocen ahora como la cabeza del protestantismo. Al fin conseguí ser recibido en Wittenberg. Se mostró afable y comprensivo conmigo. Me habló de Lutero con exaltada devoción, con afecto filial. Habló del Lutero reformador y del Lutero exclaustrado, fiel esposo y padre amantísimo. Se interesó por los grupos luteranos españoles y me transmitió un saludo para ellos. Luego se sometió sumisamente a mi interrogatorio, un largo interrogatorio que arrancó de la guerra de las hogueras en 1521, y terminó con la derrota del Emperador en Innsbruck y la división de Europa en dos bandos: católicos y protestantes.

—Y ¿no le habló a vuesa merced de su actuación personal?

—Naturalmente. Melanchton reconoció que él mismo alentó a los estudiantes de Wittenberg a quemar la bula papal y aludió luego a sus posteriores diferencias con Lutero en las dietas de Worms y de Spira que, en el fondo, no sirvieron más que para acrecentar la tensión entre ambos bandos. Melanchton se mostró en aquellos momentos humanista y conciliador, pero Lutero desaprobó su postura. Según me dijo expresamente, con un punto de añoranza, Roma y la Reforma estuvieron a punto de entenderse incluso en aspectos muy delicados como el del matrimonio de los clérigos y la comunión en las dos especies, pero ni Lutero ni los príncipes aceptaron tales propuestas.

—Y ¿de su papel de sistematizador?

—Me habló de ello también. Mencionó a Lutero, a la necesidad de crear unos códigos de fe y de conducta. Lutero mismo, con una clara visión del problema, redactó dos catecismos, uno para predicadores, muy elevado, y otro para el pueblo, más simple; ambos resultaron sumamente eficaces. También creó una bendición bautismal y otra nupcial para sustituir a los sacramentos del bautismo y el matrimonio sin provocar escándalo en el pueblo sencillo, que pensaba que con la nueva liturgia los cónyuges y los niños quedaban espiritualmente desamparados, eran un poco como animales sin alma. Personalmente —me dijo—, para participar en

la organización del sistema, escribí el libro *Hogares comunes* que tuvo buena acogida. La formación dogmática era elemental: sólo Cristo, sólo la Escritura, sólo la gracia; basta la fe. El luteranismo falló a la hora de hacer de la Iglesia un ente invisible, sin estructura. Semejante cosa no fue posible y en este aspecto tanto Zuinglio como Calvino lo desbordaron.

Isidoro Tellería tosió dos veces, dos toses secas y ásperas tras una larga fumada. Había sido tan hermético su silencio que el capitán Berger se volvió hacia él sobresaltado. Había olvidado por completo su presencia y su vozarrón oscuro, tan abrumador como su atuendo, atronó ahora en la pequeña camareta:

—Estoy de acuerdo —dijo, jugueteando con la pipa encendida a sabiendas de que iba a sorprender a sus contertulios—: Lutero creó una Iglesia en el aire; Calvino ha sido más práctico: ha hecho de Ginebra una ciudad-iglesia. He viajado mucho estos meses por Ginebra, Basilea y París, pero fue en una comunidad parisina, oyendo cantar el salmo *Levanta el corazón, abre los oídos*, cuando me sentí tocado por la gracia. Salí luterano de Sevilla y regreso calvinista.

El capitán Berger, por no enfrentar descaradamente su mirada a la de Tellería, volvió a observar las pequeñas manos inquietas de Salcedo tabaleando sobre la mesa:

—¿Cree vuesa merced en el poder absoluto? —inquirió.

—Amo la disciplina. Calvino acepta el beneficio de la fe y nos facilita un orden, una Iglesia y un modo de vida austero, vigilado discretamente por el Consistorio.

—Y ¿no ve usted en esa *discreta vigilancia* una réplica de la Inquisición?

Isidoro Tellería traía la lección bien aprendida:

—La fe sola no basta —dijo—. Debe ser servida. En este aspecto discrepo de Lutero. El calvinismo tiene espíritu misionero, algo que le falta al luteranismo y crea un concepto de Iglesia un tanto exasperado y radical.

—Usted lo dice: exasperado y radical.

—Entiéndame, no me refiero tanto a las normas en sí como a la exigencia de su cumplimiento: Calvino amenaza con la excomunión a todo aquel que no las acepte, que no acepte las normas. ¿Excesivo? Tal vez, pero un hombre tiene que estar muy seguro de lo que dice para adoptar una medida semejante. Creo que el asunto bien merece una reflexión. Y Calvino se somete voluntariamente a ella en Estrasburgo, durante tres años, el tiempo que permanece en la ciudad como capellán de la colonia francesa. Al mismo tiempo aprovecha para darle un empujón al libro que trae entre manos,

Institución cristiana, tan largo como edificante. En Estrasburgo, la posición de Calvino es pasiva, de simple espera.

—¿Cree usted que esperaba la llamada de los ginebrinos?

—La esperara o no, la llamada se produce. Ginebra se pone en sus manos y se somete al experimento. Los ginebrinos están arrepentidos de haberle expulsado. Entonces Calvino inicia la formación de una Iglesia. Esto es esencial. Pertenecer a ella, a esa Iglesia, es algo así como la fe para ustedes, una garantía de salvación. Calvino organiza una verdadera teocracia, el gobierno de Dios. A partir de ese momento, en la pequeña ciudad apenas funciona otra cosa que la predicación y los sacramentos. El creyente viene obligado a ser devoto. El mundo es un valle de lágrimas y debemos acomodar la vida a una idea religiosa y a una actitud de servicio.

—Y todavía va más allá. Todo lo que no aparece en la Biblia está de más, queda prohibido.

—Cierto, pero este rigor, alejado de las frivolidades luteranas, es lo que en principio me atrajo del calvinismo; un poco más tarde vino la caída del caballo, en París. Cuando regresé a Ginebra, la ciudad me edificó. Era como un templo gigantesco en contraste con las ciudades luteranas: nombres bíblicos en los niños, catequesis, estudio, oraciones, prédicas... El juego fue declarado maldito y a los jóvenes se les prohibió cantar y bailar. Se les imponía el espíritu de sacrificio. Naturalmente se produjeron algunas protestas, pero, al cabo, prevaleció la razón: el mundo no estaba hecho para gozar y el pueblo aceptó de grado la autoridad de Calvino.

La luz del portillo languidecía. Cipriano Salcedo consideraba a don Isidoro Tellería con una remota piedad. Le roían la cabeza sus escrúpulos de infancia, su azarosa vida espiritual, el nacimiento de su pesimismo. Las negras palabras de Tellería le habían abstraído de tal forma que tuvo que hacer un esfuerzo para reintegrarse a la realidad, volver a notar el balanceo de la nave, el crujido de las cuadernas maestras y del mamparo. Vagamente tomó conciencia de que, de una manera u otra, todos buscaban a Dios en aquella extraña reunión en alta mar. Se sintió en la necesidad de intervenir:

—Pero en Francia —dijo, recordando su paso por este país— los hugonotes bautizan a sus hijos en católico a escondidas y, a escondidas, asisten a las misas papistas en París. Es decir, la doctrina de Calvino, aun siendo éste francés y francesa su lengua, no ha uniformado religiosamente a Francia.

Cuando se le contradecía, la voz oscura de Tellería se tornaba más opaca y brumosa, fruto del acaloramiento:

—No es lo mismo —sonrió rígidamente con media boca—. No es

lo mismo una pequeña ciudad como Ginebra que un reino entero como Francia. Francia es un vasto mundo por conquistar y Calvino ha aceptado este desafío: ha enviado allí grandes contingentes de misioneros. He aquí otro tanto a su favor. De este modo, y poco a poco, el calvinismo se va afirmando: Francia, Escocia, Países Bajos... Son los intelectuales, formados en la Academia de Ginebra, los que han catequizado estos países. Yo vengo de Ginebra, he pasado seis meses allí y puedo asegurarle que la ciudad es un ejemplo de religiosidad para cualquier persona que sepa verlo sin prejuicios.

La tez de Isidoro Tellería había empalidecido y los ojos amusgados del capitán Berger se posaban en él con evidente escepticismo. Se diría arrepentido de haberle dado acogida en su galeaza. Volvió la mirada hacia el ojo de buey:

—Señores—dijo de repente, dando por terminada la reunión que empezaba a pesarle demasiado—, está anocheciendo.

Se puso en pie torpemente. El taburete, sujeto a las planchas del suelo, le obligaba a flexionar las piernas para salir. Cipriano Salcedo le imitó. Cuando, a su vez, fue a hacerlo Isidoro Tellería dio un traspiés, se sujetó a la mesa y se llevó la mano derecha a la frente sudorosa:

—Se mueve mucho este barco —dijo—. Estoy un poco mareado.

El capitán Berger se aplastó contra la mampara para dejar pasar a su invitado:

—Es el encierro —corrigió—. Y la pipa. El tabaco hace más daño a la cabeza que el mar. ¿Por qué ese empeño en imitar a los indios?

Cipriano Salcedo ayudaba a un trémulo Isidoro Tellería a subir a cubierta por la escotilla de proa. Contra el cielo se divisaba un marinero inmóvil en la cofa y, por babor, muy diluida, la tenue silueta de la costa francesa. Isidoro Tellería inspiró profundamente el aire puro y sacudió la cabeza de un lado a otro:

—Olía intensamente a brea ahí abajo —protestó—: olía a brea como si acabaran de calafatear el barco.

Con el mareo, Tellería había perdido su austera apostura. Ante un rollo de cuerdas en cubierta, Salcedo le animó a sentarse, a hacer un alto en su camino hacia la toldilla, donde se levantaba la tienda. Las pequeñas manos peludas y vitales de Cipriano Salcedo sujetaban a su compañero de travesía por un brazo. Entre los celajes, una luna menguante exhibía un resplandor desvaído, sin contrastes. Un jirón suelto de lona azotaba la vela mayor con violencia intermitente. Tellería renunció a sentarse. El cambio de postura habría acrecentado su sensación de inestabilidad:

—Puedo llegar a mi cama —dijo—. Prefiero acostarme.

El tiempo había refrescado y, cuando alcanzaron su tienda, Tellería se metió por la rendija de la puerta y se tumbó en el coy sin descalzarse. Apenas había luz dentro y Tellería, apoyándose en el codo, encendió el candil que tenía a la cabecera. A su lado, amontonados, estaban los fardos del equipaje. Salcedo se sentó en el arcón que, con el coy, componía el mobiliario de la tienda. El viento traía la voz de un marinero que cantaba, lejos, en alguna parte. A la luz del candil, y en contraste con sus ropas fúnebres, Isidoro Tellería estaba verde, desencajado. Salcedo se incorporó y se inclinó sobre él:

—¿Le traigo algo para cenar?

Tellería denegó:

—No debo comer. En mi situación no sería conveniente.

Extendió la manta sobre el estómago y el vientre. Cipriano Salcedo dijo a media voz:

—Le dejo descansar. Volveré dentro de un rato.

Salió de la tienda y entró en la suya. Divisó en el rincón el fardillo de los libros y, casi ocultándolo, los tres del equipaje. Llevaba varios meses en esta incómoda provisionalidad, con la ropa enfardada, de fonda en fonda. Soñaba con verse estabilizado en una casa, la ropa limpia y planchada, bienoliente, ordenada en un gran armario. Faltaban poco más de treinta horas para arribar a puerto y confiaba en que Vicente, su criado, no faltara a la cita concertada cuatro meses antes. Si Vicente había cumplido sus indicaciones, dispondría de alojamiento en Laredo, en la posada del Fraile, y de un caballo y una mula para llegar a Valladolid. Dudó un momento sobre si tenderse también en el coy, como Tellería, pero finalmente desistió y salió de nuevo a cubierta. Era, efectivamente, el marinero de la cofa el que canturreaba y el jirón de vela continuaba azotando a la mayor mientras dos jóvenes se encaramaban descalzos por las jarcias con ánimo de reparar el pequeño estropicio. Infló el pecho y una bocanada de aire salino ventiló sus pulmones. Paseó despacio por cubierta pensando en sus cofrades de Valladolid, en su casa, en el taller de confección de la Judería, en sus propiedades de Pedrosa, donde su amigo Pedro Cazalla, el párroco, seguiría armando el tollo cada tarde, a la entrada de La Gallarita, para cazar con el perdigón. Por asociación de ideas pensó en el Doctor, su hermano, tan pusilánime y abatido en los últimos tiempos, como si barruntara una tragedia, en el empeño con que le propuso este viaje y sus cautelas exageradas. Salcedo estaba ese invierno enredado en mil asuntos, pero le conmovió la confianza del Doctor, el hecho de que le antepusiera a los demás miembros del grupo, más antiguos que él. Entonces le expuso su temor de que la Inquisición tuviera alguna

sospecha de la existencia del conventículo. Al Doctor hacía tiempo que le desazonaba la actividad de Cristóbal de Padilla, el criado de los marqueses de Alcañices, su torpe proselitismo en Toro y Zamora. En líneas generales estaba satisfecho del grupo, de su alto nivel intelectual, su posición social, su discreción, pero desconfiaba de la gente baja, de algunos pobres analfabetos, decía, que se habían infiltrado en el mismo. «¿Qué puede esperarse —le decía a Salcedo días antes de marchar— de ese impenitente correveidile haciendo proselitismo?» En la carta a Erfurt había vuelto sobre el tema. Salcedo compartía su temor en cierto modo, pero recelaba aún más de Paula Rupérez, la mujer del joyero Juan García, aunque no perteneciera al conventículo. Ello le llevó a pensar en Teo, su propia esposa, el extraño fracaso de su matrimonio, la disparidad física entre los dos, su incapacidad para hacerla madre y su hundimiento final. Teo carecía del calor maternal que ingenuamente le había atribuido al conocerla. De esta manera, la soledad de Cipriano se había acrecentado con el matrimonio. Había admitido impávido la separación de lechos, de habitaciones, de vidas. A Pedro Cazalla, párroco de Pedrosa, le habló un día del asunto: no sólo no quería a su mujer sino que la despreciaba. Era un grave pecado y Nuestro Señor se lo tendría en cuenta. Con su padre, don Bernardo, le había sucedido algo parecido. ¿Es que había seres que nacían solamente para odiar? Fue entonces cuando Pedro Cazalla le dijo que confiara en los méritos de Cristo y no diera tanta importancia a sus sentimientos. Una nueva luz apareció en su angosto horizonte. Así que no todo estaba perdido, la Pasión de Cristo valía más que sus propias obras, que sus sentimientos mezquinos. Detrás vino don Carlos de Seso y, más tarde, el Doctor, a profundizar en la misma idea: el purgatorio no era, pues, necesario. La secta venía a ofrecerle una fraternidad que no había conocido hasta entonces. Se entregó a ella con fruición, con entusiasmo. El viaje a Alemania formaba parte de esta entrega.

Pero ahora, mientras recorría en la noche la cubierta del *Hamburg*, el tierno recuerdo de Ana Enríquez no podía impedir que se encontrase solo e insignificante. Costeaban Francia y, de cuando en cuando, una luz vacilante y mortecina hacía guiños desde tierra, señalaba los difusos límites del mar. La galeaza se aproximaba al litoral, esperando hallar mar planchada, pero, pese a todos los esfuerzos, no cesaba de cabecear. Salcedo pensó en Tellería y pasó por las cocinas. Un pinche grueso y rosado, con el torso desnudo y las tetillas rojizas, le dio dos manzanas para «el pasajero español que se sentía indispuesto». Isidoro Tellería se las comió sin mondarlas, a grandes mordiscos, sentado en el coy, a la luz del candil. Tenía mejor aspecto que por la tarde y, al concluir, sopló la

llama, se arrebujó en la manta y se despidió hasta la mañana siguiente.

Salcedo madrugó. Lo primero que advirtió fue que la costa francesa había desaparecido de la amura y un viento terral desmelenado sacudía las velas frenéticamente. Hacía frío. Salvo una alargada franja azul a poniente, los nimbos grises entoldaban el cielo. Media docena de marineros descalzos baldeaban con bruzas y lampazos la cubierta de estribor y, a intervalos, vaciaban los cubos de golpe y el agua burbujeaba en los imbornales antes de perderse en el mar. Paseó por cubierta para estirar las piernas y, al cabo, pasó por las cocinas donde el marmitón de las tetillas rojas le facilitó una tisana para don Isidoro Tellería.

Lo encontró despierto, más entonado, pero se negó a levantarse. Lo mismo le ocurrió a la hora del almuerzo —un caldo y dos manzanas—, de lo que Salcedo dedujo que, así durase un mes la travesía, el sevillano permanecería tumbado en el coy sin moverse. Salcedo le acompañó un rato, sentado en el arcón, y casualmente descubrió el Nuevo Testamento de Pérez de Pineda, como libro de cabecera, junto al candil, a su lado.

Cipriano Salcedo dedicó la tarde a recorrer las dependencias del pequeño navío: el sollado de los remeros, vacío ahora, las sentinas de carga, la duneta, el puente, los pañoles, el castillo de mando... Apenas reposó la comida unos minutos. Había pasado mala noche y se sentía intranquilo y nervioso. Le asaltaban temores infundados que se incrementaban cuantas más vueltas les daba en la cabeza. Recelaba que Vicente, su criado, por ejemplo, no saliera a esperarle al muelle al día siguiente y él se encontrase solo, sin medio de transporte, en el amarradero, con un fardo de libros prohibidos en la mano. Después de cenar, se serenó contemplando la puesta de sol, aun resistiéndose a admitir que aquel astro brillante y húmedo que se acostaba en el mar fuese el mismo que Pedro Cazalla y él veían desaparecer tras los ardientes rastrojos desde los cerros de Pedrosa. Ya anochecido, se acodó en la popa, mirando distraído los dibujos de la estela dividiendo el mar, y no oyó llegar al capitán Berger, Lo vio alzarse, de repente, a su lado, las anchas manos en la baranda, inquiriendo con acento burlón:

—¿Descansa nuestro amigo, el ínclito calvinista?

Cipriano Salcedo señaló con un dedo la tienda silenciosa. Luego se acodó de nuevo en el pasamanos e informó al capitán de sus motivos de preocupación. Le inquietaba la posibilidad de que su criado hubiera tergiversado sus instrucciones y no le aguardase en el puerto al día siguiente. Le inquietaba, asimismo, que, durante su ausencia, el Santo Oficio hubiese decretado nuevas normas para

impedir la circulación de libros peligrosos. Ambos recelos, unidos, le producían una profunda desazón.

El capitán Berger no pareció dar a sus temores excesiva importancia. Los guardas y alguaciles del Santo Oficio vigilaban la carga de los barcos, destripaban los toneles o los fardos si les parecían sospechosos, pero no solían molestar a los viajeros. Al concluir le preguntó si traía muchos. Cipriano Salcedo levantó la cabeza hacia él:

—¿Libros? —inquirió.

—Libros, claro.

—Diecinueve —respondió Salcedo y, abriendo un hueco entre sus manos, precisó—-: Un fardo pequeño…, pero lo arriesgado es el contenido: Lutero, Melanchton, Erasmo, dos Biblias y una colección completa del *Pasional*. —Algo impensado le vino de pronto a la cabeza y añadió con alguna precipitación—: ¿Sabía usted que la censura de Biblias impuesta en Valladolid hace tres años supuso la recogida de más de cien ediciones distintas del libro de libros, la mayor parte de autores protestantes?

Los dientes del capitán Berger brillaban en la oscuridad al sonreír:

—Los capitanes de barco somos expertos en ese tema. Los últimos veinte años los hemos vivido en perpetuo sobresalto. De una de las Biblias de las que usted habla introduje doscientos ejemplares por el puerto de Santoña el año 28, en dos toneles. No pasó nada. Entonces los toneles eran una cosa inocente. Hoy meter un libro en una cuba es como fabricar un explosivo.

—Y ¿en qué momento cambió la situación?

—En el año 30, diez grandes cubas con libros llegaron al puerto de Valencia en tres galeazas venecianas. Fueron interceptadas y el descubrimiento puso en guardia al Santo Oficio. Lo más acre de Lutero, todo lo escrito en Wartburg, en docenas de ejemplares, estaba allí. La Inquisición montó un verdadero auto de fe. Los capitanes de las galeazas fueron apresados y en la plaza de la ciudad ardieron cientos de libros en una pira gigantesca, entre el griterío y el entusiasmo del pueblo analfabeto. Al Santo Oficio siempre le atrajeron los grandes alijos para montar con ellos un espectáculo popular.

La noche queda, de luceros brillantes, invitaba a la confidencia. Salcedo no se movió. Esperaba que el capitán Berger prosiguiera. Estaba seguro de que lo haría y lo esperaba mirándole el entrecejo:

—Las quemas de libros han sido en España pasatiempos habituales —dijo al fin—. De la quema de Salamanca todavía se está hablando. La ciudad más culta del mundo quemando los

vehículos de la cultura; no deja de ser un contrasentido. Dos años más tarde hubo otra quema aparatosa en San Sebastián… Pero no vaya usted a pensar que España tuviera la exclusiva. Miles de ejemplares de *La libertad del cristiano*, traducido al español, fueron incinerados en Amberes con toda pompa y solemnidad. Yo estuve allí, viví el acontecimiento.

Salcedo emitió una apagada sonrisa:

—La Inquisición —dijo— se muestra cada día más intolerante. Ahora exige a los confesores que obliguen a los penitentes a denunciar a los que ocultan libros prohibidos. Y al que se niega no se le absuelve. Ni los obispos, ni el mismo Rey están exentos de esta medida.

El capitán Berger, que había estado recostado en la barandilla, dio media vuelta y se acodó en ella:

—Tengo entendido —dijo— que cada vez que la Inquisición condena a un hombre por causa de un libro, este libro queda en entredicho. Y no me refiero solamente a obras anticristianas. El *Catálogo de Lovaina*, por ejemplo, prohibió hace seis años la Biblia y el Nuevo Testamento traducidos al castellano. Es cosa sabida que el pueblo español está condenado a desconocer el libro de libros.

Cipriano Salcedo miró de reojo al capitán antes de hacer esta observación:

—La afición a la lectura ha llegado a ser tan sospechosa que el analfabetismo se hace deseable y honroso. Siendo analfabeto es fácil demostrar que uno está incontaminado y pertenece a la envidiable casta de los cristianos viejos.

Se abrió un alto silencio entre los dos hombres que hizo perceptible el leve murmullo de la estela bajo las estrellas. Para el capitán Berger no pasó inadvertido el ademán de Cipriano Salcedo de aproximar el reloj a los ojos:

—Es tarde —anticipó.

—Son casi las dos, capitán —dijo Salcedo—. Una hora muy oportuna para retirarse a descansar.

El nuevo día amaneció con calima. Desde su tienda Salcedo divisó a Isidoro Tellería en cubierta fumando una pipa. Se había quitado el luto. Calzaba unos borceguíes de badana hasta media pierna y, sobre la camisa fruncida y el jubón, vestía una ropilla de paño fuerte. Incomprensiblemente, parecía más alto y delgado que vestido de negro, tal vez a causa de las calzas, muy ajustadas, o a que realmente había adelgazado por mor de la sobria dieta mantenida a bordo durante la travesía. Salcedo se aproximó a él y le saludó. Había dormido bien —le dijo. Los trastornos habían

desaparecido, se encontraba recuperado. Él no abandonaría la galeaza en Laredo sino que continuaría viaje hasta Sevilla.

La bruma iba levantando y la costa, de nuevo visible y ahora muy próxima, cobraba animación y relieve bajo un sol desfallecido. En las leves ondulaciones del terreno se alzaban pequeños caseríos diseminados, ceñidos por bosques de hayas y fresnos, y vacas y yeguas pastando en los prados colindantes. La línea del mar se detenía en los acantilados y, poco más allá, en la vasta playa dorada, sobre la cual se extendía el pueblo con las chimeneas de sus casas humeantes.

El *Hamburg* viró en redondo a babor y su proa hendió las aguas de la bahía con el malecón al fondo. Una tropilla de marineros abatían las velas desde las jarcias y el barco se deslizaba suavemente sobre la superficie para detenerse, minutos después, en la bocana, junto al espigón. Isidoro Tellería y Cipriano Salcedo se habían aproximado al puente, bajo el cual impartía órdenes el capitán. De pronto, sonó la campana del portalón, la nave se detuvo y un marinero descolgó una escala por la borda, por la que ascendió el práctico que se hizo cargo del timón. Los costados del velero se habían erizado de remos que bogaron rítmicamente, tan pronto el capitán Berger dio la orden por el tubo acústico. El *Hamburg* avanzó hasta el ostial lentamente. El capitán se aproximó a Salcedo y le señaló un hueco en los muelles del fondo, a lo largo de los cuales se extendían los almacenes de lana:

—Ahí tiene vuesa merced nuestro atracadero—dijo.

La nave se deslizaba sobre la superficie del agua y, poco más allá, viró de nuevo a babor, colocándose paralela al muelle. El capitán Berger oteaba los alrededores con el anteojo, dos charrúas empujaban la nave contra el atracadero mientras cuatro marineros arrojaban por el costado las defensas, al tiempo que desaparecían los remos de babor. En tanto amarraban la nave al bolardo, el capitán dejó de mirar y sonrió a Salcedo entregándole el anteojo:

—No parece que haya moros en la costa —dijo.

Salcedo enfocó el anteojo a la dársena y fue recogiendo la mirada hacia los diques: los veleros desmantelados, el pueblo, una reata de mulas por el camino de la playa. Al abocar al bosquecillo de hayas, su ojo retornó poco a poco por la línea de galeazas atracadas, el muelle, los almacenes y, súbitamente, lo descubrió: un hombrecillo desmedrado ante la puerta número 2, vestido con un humilde sayo de cordilla y calzado de cuerda, que miraba sin pestañear el navío recién atracado. Sostenía dos caballos por las bridas y, detrás, atada a una argolla del almacén, una mula pateaba el empedrado con impaciencia.

Salcedo lo señaló con un dedo:

—Ahí está —dijo sin cesar de mirar al capitán—. Ese muchacho de los caballos que está a la puerta del almacén es Vicente, mi criado. ¿Podrá subir a bordo a hacerse cargo del equipaje?

I

Asentada entre los ríos Pisuerga y Esgueva, la Valladolid del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la Corte, le prestaban un evidente relieve social. Con el Duero, Pisuerga y Esgueva, antes de desmembrarse éste en los tres brazos urbanos, daban acogida, por un lado, a las casas de placer de la aristocracia, mientras facilitaban, por otro, una suerte de muralla natural a los periódicos asedios de la peste. El recinto propiamente urbano estaba circuido por huertas y frutales (almendros, manzanos, acerolos) y éstos, a su vez, por un círculo más amplio de viñas, que se extendían en ringleras por los cerros y el llano, hasta el extremo de que las calles de cepas, revestidas de hojas y pámpanos en el estío, cerraban el horizonte visible desde el Cerro de San Cristóbal a la Cuesta de La Maruquesa. En la margen izquierda del Duero, avanzando hacia el oeste, detonaban los nuevos pinares, en tanto, más allá de las grises colinas, en dirección norte, una ancha franja de cereal enlazaba el valle con el Páramo, una gran extensión de pastos y encinas habitada por los pastores de ganado lanar. Semejante disposición facilitaba el abastecimiento de la villa, tierra preferentemente de pan y vino, con un tinto flaco en los majuelos más próximos, alegres tintillos en la zona de Cigales y Fuensaldaña y los extraordinarios blancos de Rueda, Serrada y La Seca. Según normas de la Cofradía Los Herederos del Vino, monopolizadora de esta bebida, en Valladolid no podían ser vendidos mostos ajenos en tanto no hubieran sido consumidos los propios. Una ramita verde a la puerta de una taberna anunciaba cuba nueva y, en tales casos, los criados de casa grande, las criadas de casa media y los vallisoletanos más pobres en persona, formaban largas colas a la puerta del establecimiento para decidir sobre la calidad del nuevo caldo. Amigo del zumo de cepas, el vallisoletano del siglo XVI, hombre de paladar sensible, distinguía el vino bueno del malo, aunque gustara de ambos, de tal modo que la cifra de consumo por habitante y año ascendía a los doscientos diez cuartillos, guarismo que, descontando a las mujeres, no bebedoras en general, los niños, los abstemios y los pobres, expresaba una cantidad per cápita de mucho respeto.

Encajonada entre los dos ríos, la villa, de pequeñas dimensiones

(donde, al decir de las gentes de la época, cuando el pan encarecía había hambre en España), componía un rectángulo con varias puertas de acceso: la del Puente Mayor al norte, la del Campo al sur, la de Tudela al este y la de La Rinconada al oeste. Y salvo el cogollo urbano, empedrado y gris, con una reguera de alcantarillado exterior en el centro de las rúas, la villa resultaba polvorienta y árida en verano, fría y cenagosa en invierno y sucia y hedionda en todas las estaciones. Eso sí, allí donde la nariz se arrugaba, la vista se recreaba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Cruz o los recios conventos de San Pablo y San Benito. Calles estrechas, con soportales a los costados y casas de dos o tres pisos, sin balcones, con comercios o tallercitos gremiales en los bajos, Valladolid ofrecía en esta época, con su vivo tráfago de carruajes, caballos y acémilas, un aspecto casi floreciente, de manifiesta prosperidad.

Antes de que se instalara la Corte, la noche del 30 de octubre de 1517, el coche que ocupaban el hombre de negocios y rentista don Bernardo Salcedo y su bella esposa, doña Catalina de Bustamante, se detuvo ante el número 5 de la Corredera de San Pablo. Al salir de la casa de don Ignacio, rubio y lampiño, oidor de la Real Chancillería, hermano de don Bernardo, donde habían pasado la velada, doña Catalina había confiado discretamente a su marido sentir dolores en los riñones y, en este momento, al detenerse bruscamente los caballos ante el portal de su casa, volvió a aproximar los labios a su oído para comunicarle, en un susurro, que también notaba humedad en el nalgatorio. Don Bernardo Salcedo, poco experto en estas lides, primerizo a sus cuarenta años, instó al criado Juan Dueñas, que sostenía la portezuela del coche, que acudiese vivo a casa del doctor Almenara, en la calle de la Cárcava, y le hiciera saber que la señora de Salcedo estaba indispuesta y requería su presencia.

Don Bernardo Salcedo consideraba al niño que se anunciaba como un verdadero milagro. Casado diez años atrás, el inesperado embarazo de su esposa constituyó para ambos una sorpresa. Los Salcedo no solían incurrir en estas vulgaridades. Fue doña Catalina, la que, intrigada por la infertilidad de su matrimonio, se puso en manos de don Francisco Almenara. Don Francisco era el más prestigioso médico de mujeres en toda la región. Autorizado para curar, en 1505, por el Real Tribunal del Protomedicato, después de brillantísimas pruebas, sus prácticas junto al acreditado doctor don Diego de Leza no hicieron sino confirmar los esperanzadores auspicios. Hoy la fama del doctor Almenara había salvado fronteras y los más importantes industriales tejedores de Segovia y los más famosos comerciantes de Burgos acudían habitualmente a su

consulta. Sin embargo, a doña Catalina Bustamante le costó lágrimas la decisión. ¿Cómo mostrar las partes pudendas a un desconocido por muy eminente que fuera? ¿Cómo consultar con nadie un problema tan íntimo como que sus relaciones sexuales con su marido no dieran fruto? Pero su curiosidad pudo más que su pudor. Aunque ella no suspiraba por un hijo, como buena pragmática deseaba saber por qué su conducta, análoga a la de tantas mujeres, no producía los mismos efectos. Días después el noble porte del doctor Almenara, embutido en su loba de terciopelo oscuro, el rubí pendiente del gorjal, su luenga barba puntiaguda y la disforme esmeralda que ornaba su pulgar derecho, acabaron con sus escrúpulos y reticencias. A su aceptación contribuyeron también los correctos modales del sanador, sus palabras suaves apenas musitadas, la delicadeza con que solicitaba acceso a las partes más íntimas de su cuerpo y los contactos, mínimos aunque turbadores, que exigía su cometido. El largo período que estuvieron en sus manos disipó todo recelo en el ánimo de doña Catalina y abrió el corazón de don Bernardo a una leal amistad. Pero antes tuvo que soportar terribles pruebas, como la del ajo, para intentar averiguar quién de las dos partes era la causante de la esterilidad matrimonial. Con este objeto, don Francisco Almenara introdujo en la vagina de doña Catalina un diente de ajo, debidamente pelado, antes de meterla en cama:

—Mañana no se levante hasta que yo llegue. Debo ser el primero en olería —advirtió.

Don Bernardo se despertó con el alba. Intuía vagamente que algo grave relativo a su masculinidad estaba en entredicho. Divagó por la casa durante horas y cuando, sobre las nueve de la mañana, oyó a la puerta los cascos de la mula del doctor, levantó el visillo de la ventana con inquietud manifiesta. El criado del médico, que traía a la caballería del ronzal, ayudó a apearse a su dueño y ató aquélla a la armella de la columna. Todo lo que vino a continuación resultó para don Bernardo desconcertante y confuso. Don Francisco ordenó levantarse a doña Catalina y, tal como estaba, en salto de cama, la condujo de la mano hasta la jofaina y, una vez allí, requirió amablemente su aliento.

—¿Cómo? —A doña Catalina se la veía sensiblemente turbada.

—El aliento, señora, écheme vuesa merced su aliento —insistió el doctor inclinando el busto sobre el rostro de la paciente. Ésta, finalmente, obedeció.

—Otra vez, sí no le importa.

La esposa de don Bernardo Salcedo alentó ante la nariz de don Francisco, quien frunció sombríamente el ceño. Acto seguido, en

una actitud de gravedad extrema, el doctor Almenara se encerró con don Bernardo en el despacho de éste, se sentó en el escritorio y miró al señor Salcedo con inusitada frialdad:

—Lamento tener que decirle que las vías de su esposa están abiertas —dijo simplemente.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—La esposa de vuesa merced está apta para la concepción.

La sangre le bajó de golpe a los talones a don Bernardo:

—¿Quiere sugerir...? —apuntó, pero fue incapaz de proseguir.

—No insinúo nada, señor Salcedo, afirmo rotundamente que el aliento de su esposa huele a ajo. ¿Qué quiere decir esto? Muy sencillo, las vías de recepción de su cuerpo están abiertas, no opiladas. La concepción sería normal tras una fecundación oportuna.

Don Bernardo había arrancado a sudar y sus movimientos se habían hecho torpes y resignados:

—Eso quiere decir que soy yo el causante del fracaso matrimonial.

Almenara le miró de abajo arriba con un asomo de desprecio:

—En medicina dos y dos no siempre son cuatro, señor Salcedo. Quiero decirle que estas pruebas no son matemáticas. Existe la posibilidad de que ambos estén en condiciones de procrear y, por lo que sea, sus respectivas aportaciones no se entiendan.

—O sea, que mi esposa y yo no congeniamos.

—Llámelo como quiera.

El señor Salcedo guardó cauto silencio. Le constaban los conocimientos del doctor Almenara, sus éxitos espectaculares entre las familias más distinguidas de la ciudad, su lucidez. Asimismo, era del dominio público que en su biblioteca se alineaban trescientos doce volúmenes, no tantos como en la de su hermano Ignacio, pero suficientes para dar idea de su grado de ilustración. No era cosa de coger una pataleta por motivo tan nimio. Sin embargo inquirió:

—Y ¿la ciencia no dispone de ninguna otra prueba, doctor, digamos menos afrentosa, un poco más delicada?

—Podríamos someter a su esposa a la prueba de la orina, pero es una operación asquerosa y tan poco fidedigna como la del ajo.

—¿Entonces?

Almenara se levantó lentamente del escritorio. Embutido en su loba de terciopelo oscuro parecía un gigante. Su barba puntiaguda le alcanzaba al tercer botón. Tomó ligeramente del codo a don

Bernardo:

—Sinceramente, señor Salcedo, ¿qué resultaría para vuesa merced más deprimente, el hecho de no tener descendencia o tener que reconocer ante su esposa que el responsable es usted?

El señor Salcedo carraspeó:

—Veo que también vuesa merced es especialista en hombres —dijo,

—Aquel que conoce bien a las mujeres termina conociendo a los hombres. Son conocimientos complementarios.

Don Bernardo alzó unos ojos vacuos, extrañamente opacos:

—¿No sería suficiente, doctor, comunicar a mí esposa que nuestros organismos no riman, que nuestras respectivas aportaciones, como usted dice, no se entienden?

—Es un buen consejo —sonrió—. Hagamos lo que usted dice. En realidad vuesa merced no me pide que mienta.

Aquella concesión del doctor Almenara salvó la armonía del matrimonio y la amistad entre los dos hombres. Pero, cuando ocho años después, sin otra novedad en la vida matrimonial que el simple paso del tiempo, don Bernardo y doña Catalina volvieron por la consulta, informando que la señora había tenido dos faltas, el doctor Almenara se congratuló de su discreción. Hizo tender a doña Catalina en la mesa ortopédica y le tomó el pulso detenidamente. Luego colocó la palma de su mano derecha en el pecho izquierdo, sobre el corazón de la paciente, y al sentir la agitación de doña Catalina, murmuró: tranquila, tranquila, señora, no tiene usted fiebre. Se volvió hacia su amigo y rubricó: calentura no tiene, señor Salcedo. Seguidamente se dobló por la cintura, aplicó la oreja al pecho de la mujer y escuchó el apremiado latido de su corazón. Al concluir, su mano experta abrió un hueco entre el corpiño y la faldilla y exploró el vientre, las durezas del bazo y el hígado, las más escurridizas de los intestinos. Pero su mano descendió todavía un poco más. A doña Catalina se le cortaba el resuello; estaba a pique de desmayarse, era la mano derecha, la de la esmeralda en el pulgar, y a veces sentía en el pubis las suaves aristas de la piedra. El doctor Almenara actuaba con excesiva audacia esta mañana. Finalmente sacó la mano y fue a lavárselas a la jofaina. Habló mientras se secaba:

—Las faltas son casi siempre un indicio concluyente de preñez —observó—, pero en tan poco tiempo no es posible apreciar nada al tacto. —Miró a Salcedo y añadió como si retomara el tema de ocho años atrás—: Estas cosas ocurren en medicina. Las aportaciones de vuesas mercedes, que parecían no entenderse, han amigado de pronto. Celebrémoslo. Les espero dentro de ocho semanas.

El matrimonio volvió por la consulta dos meses después pero, para entonces, doña Catalina pasaba las mañanas en náusea permanente y, en dos ocasiones, había llegado al almadiamiento y el vómito. Se lo dijo al doctor antes de tenderse en la mesa. El doctor la auscultó pacientemente pero, apenas inició el tacto en el vientre, las comisuras de su boca se distendieron: Aquí tenemos la cabeza del joven Salcedo —dijo y sonrió más ampliamente—: Se han salido ustedes con la suya.

Mes tras mes, doña Catalina, acompañada por su esposo, visitaba al doctor Almenara. Suponía un motivo de orgullo oír de su boca la confirmación periódica de la próxima maternidad. No obstante, a los ocho meses de embarazo, el doctor formuló una pregunta enfadosa: ¿Están vuesas mercedes seguras de haber llevado bien las cuentas? Don Bernardo se aceleró: las faltas no engañan, doctor. La primera vez que le visitamos llevaba dos, luego ahora son ocho exactamente. La cabecita es muy chica —comentó el doctor—: no mayor que una manzana.

Al mes siguiente confirmó que todo iba bien, salvo el tamaño del feto, demasiado ruin, pero que ya no cabía hacer otra cosa que esperar. Finalmente, como si formulara la pregunta más inocente del mundo, inquirió de don Bernardo si tenían en casa silla de partos. Don Bernardo Salcedo asintió satisfecho. Se sentía feliz de poder complacer al doctor Almenara hasta en aquel pequeño detalle. Se extendió en pormenores sobre la flotilla de la lana y la previsión de don Néstor Maluenda, el conocido comerciante burgalés, al regalársela a su esposa no bien apareció en los mercados de Flandes como una novedad. Ellos la inventaron —sonrió el doctor. Pero de nuevo adoptó un tono despectivo para puntualizar—: Por más que, dado su tamaño, tampoco el joven Salcedo precisará ayudas para irrumpir en este mundo.

Ahora, doña Catalina esperaba al doctor deambulando por la sala y, de vez en cuando, asía la consola con ambas manos, contraía el rostro y enrojecía sin decir palabra:

—¿Otra vez? —preguntaba don Bernardo solícito consultando el reloj. Ella asentía—. Son cada vez más frecuentes, apenas un par de minutos, quizá menos —añadió él.

Salcedo, en el fondo, se sentía envanecido de haber provocado esta conmoción. Le latía en los pulsos la inmodestia del semental, antes que la de padre. Después de tantos azares lo había conseguido. Admiraba la serenidad de su mujer y le chocaba su atuendo discreto, dadas las circunstancias, su falda acampanada de verdugos disimulando la preñez, el gonete de escote redondo, abriéndose a los lados, sugestivamente, sobre los hombros. Sonrió

para sí. El día que estrenó aquel gonete no tuvo paciencia para desnudarla. A veces le asaltaban estos impulsos inmoderados sin que acertara a explicar la causa. Dependían más de sus exigencias carnales que de la vestimenta de su esposa. No obstante siempre le había excitado este gonete insinuante, los blancos y frágiles hombros compitiendo con la seda de la prenda. De nuevo su esposa contraía el rostro agarrada a la consola y, una vez pasado el dolor, doña Catalina agitó nerviosamente la campanilla de plata. Apareció Blasa, la vieja cocinera, rutando, arrastrando las chinelas, con una saya de paño burdo y una cofia en la cabeza. Blasa había empezado a servir a los cinco años en casa de la abuela de doña Catalina para entretener a la madre de ésta, recién nacida. Luego la había visto nacer a ella. Era una institución en la casa. Sin embargo, no hizo ningún comentario cuando la señora comunicó que su hijo se anunciaba ya, que preparase la habitación y calentara agua en la cocina. A Modesta, la doncella, era preferible no decirle nada. Que se acostara. No estaba bien que a sus pocos años se viera envuelta ya en estos menesteres. En cuanto a Juan Dueñas, el criado que había ido a recoger al doctor, no tardaría pero convenía que estuviera dispuesto para cualquier eventualidad durante la noche. Por de pronto, que sacara del cuarto de los armarios la silla de partos que llevaba dos lustros encerrada en lo alto de uno de ellos. La Blasa asentía y asentía, con su pesada cabeza, con sus hinchados párpados, totalmente pasiva ante el revuelo que se avecinaba. Miró a su señora con ojos fatigados: —¿Alguna cosa más, señora?

Pero doña Catalina atendía a su esposo que le aconsejaba, en tono didáctico, que se pusiera cómoda, que no pensaría dar a luz con el gonete y la falda verdugada. Entre el nerviosismo y las contracciones, doña Catalina no había pensado aún en la vestimenta apropiada. Don Bernardo precisó:

—Ropas de noche, flojas y abiertas naturalmente.

Se oyó rodar un carruaje. El señor Salcedo conocía cada bache, cada adoquín desajustado en la calle, y el crujido especial de su viejo coche al salvarlos:

—Pronto —dijo—, ha llegado el doctor.

Doña Catalina escapó de la habitación por el falsete mientras don Francisco de Almenara, con su loba de terciopelo oscuro y su maletín negro en la mano de la esmeralda, accedía por la puerta principal. El doctor sabía de la importancia de una irrupción ostentosa. El médico o la comadre en casa de una primeriza era una especie de dios. Don Bernardo se acercó a él, preso de una extraña agitación:

—La cosa ha comenzado, doctor.

—¿Siente dolores?

—Hace más de una hora. Cada dos minutos.

Don Francisco de Almenara miró en derredor y echó en falta la presencia de la comadre. Don Bernardo se excusó: ignoraba que fuera indispensable. El doctor anotó en un papel dos nombres y dos direcciones y el señor Salcedo llamó a Juan Dueñas: Recoja a la primera. A la segunda, únicamente si la otra estuviera ausente. Después condujo al doctor hasta el dormitorio pero, como buen hombre celoso, golpeó con los nudillos antes de entrar. Doña Catalina dijo «adelante» con voz sofocada. Se había encamado con el camisón de novia y una bata floja sobre los hombros y se recostaba sobre dos almohadas de lana. El doctor Almenara retuvo la puerta y se dirigió a don Bernardo con delicadeza:

—Es preferible que espere fuera.

El señor Salcedo dio un paso atrás, humillado. ¿Qué pretendía hacer el aguerrido doctor Almenara a solas con su esposa? Los minutos discurrían con lentitud exasperante. Con la gruesa puerta de roble por medio, apenas se oían tenues murmullos y cuando el doctor le dio acceso se precipitó en el santuario, como había denominado al dormitorio conyugal desde el día de su matrimonio. El doctor Almenara le frenó:

—Todo normal —dijo—. La dilatación ha comenzado.

La comadre había llegado. Era una mujercita pequeña y dura, de piel apergaminada, embutida en una saya vieja y con la cabeza cubierta por una toca. El doctor se dirigió a ella:

—Buenas noches, Victoria —dijo—. Las cosas marchan correctamente pero no conviene dormirse. Prepare a la parturienta un agua de artemisa.

Modesta, con sus andares saltarines, iba tras ella pero Don Bernardo la detuvo:

—Usted debe acostarse —dijo—. Blasa atenderá a la señora. —Se volvió a Juan Dueñas que le miraba inmóvil desde la puerta:

—Usted espere abajo, Juan. Aún no sabemos si vamos a necesitarle.

Doña Catalina tomó dócilmente la pócima sin que aparentemente las cosas cambiaran. Sin embargo, la dilatación progresaba. La comadre iba y venía a la sala:

—La dilatación es suficiente, doctor, pero no veo voluntad de participar. Está pasiva.

—Déle un ruibarbo.

La paciente movió el vientre con el ruibarbo. Escondía el rostro contra las almohadas a cada contracción pero no se esforzaba.

—Apriete —dijo el doctor.

—Que apriete, ¿dónde?

Cundía el desconcierto:

—Cuando le venga el dolor, haga usted fuerza. El doctor se sentó en la descalzadora. Al oír que la parturienta se quejaba volvió la cara hacia ella:

—¡Apriete!

—No puedo, doctor.

Don Francisco Almenara se levantó. La cabeza está ahí, es pequeña, ¿por qué demonios no sale? —dijo el doctor. Pero transcurrió media hora y el panorama no había cambiado. La dilatación estaba hecha pero doña Catalina seguía sin participar:

—¡Victoria! —voceó el doctor entonces con energía—: ¡La silla de partos, por favor!

El propio don Bernardo ayudó a introducirla en el dormitorio. Era un artefacto de madera y cuero, el asiento más bajo que los soportes de las piernas y dos correas en los brazos donde debería agarrarse la paciente para hacer fuerza. La comadre y Blasa, la cocinera, ayudaron a doña Catalina a acomodarse en la silla. La parturienta, demacrada, con las piernas abiertas en alto y el nalgatorio apoyado en el asiento de cuero negro, ofrecía un aspecto desairado y ridículo. Le asaltó un dolor y el doctor dijo: Haga fuerza, y ella frunció la cara, pero, cuando el dolor se disolvió, empezó a alterarse y ordenó a su marido con cajas destempladas que saliese y esperase en la sala, que le disgustaba que fuese testigo de su degradación. Nunca pensó don Bernardo que el nacimiento de un hijo comportase un proceso tan prolongado y vejatorio.

A las dos y media de la madrugada del 31 de octubre de 1517, la dilatación estaba prácticamente terminada pero el niño no salía y doña Catalina gritaba aunque seguía sin poner nada de su parte para llevar el proceso a buen término. Fue en ese momento cuando el prestigioso doctor Almenara pronunció una frase que había de hacerse popular en la villa: Este niño está pegado —dijo. Justo en ese instante ocurrió algo inimaginable: la cabeza de la criatura desapareció del acceso y, en su lugar, asomó su bracito con la mano abierta que se agitaba como si se despidiese o saludase. Y allí quedó después el brazo, desmayado y flojo como un pene, entre las piernas abiertas de la dama.

—Este condenado se ha dado la vuelta —dijo el doctor fuera de sí—. Atiéndale, rápido.

La comadre abrió la cesta y sacó de ella un frasco de aceite de eneldo y una cajita de manteca, untó el bracito varado con ambas sustancias y mediante un rápido movimiento, muy profesional y

sabio, volvió a meterlo en el vientre de su madre. La paciente se dejaba hacer dócilmente y, cuando advirtió que el doctor se quitaba del dedo pulgar el gran anillo de la esmeralda y lo dejaba sobre el tocador, se sintió tan desvalida como si se hubiese desenroscado la mano y descargara en ella toda la responsabilidad. Pero, de manera imprevista, sucedió todo lo contrario. Ella notó de repente su poder en el vientre, el doctor sujetó el hombro del bebé con sus dedos afilados y, muy hábilmente, le hizo girar de forma que la pequeña cabeza quedara de nuevo opilada sobre la vulva. Doña Catalina, que había perdido los modales y gritaba e insultaba a todos los presentes, volvió a experimentar una acumulación de energías en la pelvis, chilló, apretó con todas sus fuerzas mientras la comadre la animaba: así, así y, de pronto, como si fuese un bolaño, un pedazo sanguinolento de carne rosada salió proyectado con fuerza, el doctor retiró la cabeza para evitar el impacto, y la criatura aterrizó sobre la blanca toalla que la comadre sostenía entre sus brazos poco más atrás. Lo miró atónita:

—¡Un niño! —dijo—. Qué menudo es, parece un gatito.

Entró apresurado don Bernardo y el doctor Almenara, que se lavaba las manos en la jofaina, le miró fijamente y le dijo:

—Ahí tiene a su hijo, señor Salcedo. ¿Creen vuesas mercedes que han contado bien? Por el tamaño parece sietemesino.

Pero el esfuerzo, el bochorno, el reteso de doña Catalina, que por vez primera en su vida había realizado una tarea personal por sí misma, sin apelar a manos mercenarias, tuvo sus dolorosas consecuencias. Se sentía exhausta y desarmada, y cuando a la mañana siguiente le entregaron el niño para que mamase, el pequeño retiró la cabecita del pezón aquejado de un llanto convulso. El doctor Almenara, que había presenciado la reacción del recién nacido, auscultó pacientemente a doña Catalina, colocó la mano del anillo sobre el pecho izquierdo de la enferma, se volvió hacia don Bernardo y sus hermanos, que se habían presentado en la casa inopinadamente, y pronunció otra de sus frases lapidarias:

—La parturienta padece calenturas. Habrá que buscar una nodriza.

La influencia de la familia Salcedo se desplegó por la villa y pueblos limítrofes. Don Ignacio, oidor de la Chancillería, donde se preparaba esa mañana la recepción del Rey, dio el parte entre el personal subalterno: urgía una nodriza joven, con leche de varios días, sana y dispuesta a alojarse en casa de los padres. Los corresponsales de la lana, en el Páramo, recibieron de don Bernardo la misma consigna: Se precisa nodriza. La familia Salcedo requiere urgentemente una nodriza. A las doce del día siguiente se presentó

una muchacha, casi una niña, procedente de Santovenia, madre soltera, con leche de cuatro días, que había perdido a su hijito en el parto. A doña Catalina, aún no demasiado cargada de fiebre, le gustó la chica, alta, delgada, tierna, con una atractiva sonrisa. Daba la sensación de una muchacha alegre a pesar de todos los pesares. Y una vez que el niño se enroscó en su regazo y estuvo una hora inmóvil tirando del pezón y se quedó dormido, doña Catalina se conmovió. El *fervor materno* de aquella chica se advertía en su tacto, en el cuidado meticuloso al acostar a la criatura, en la comunión de ambos a la hora de alimentarlo. Deslumbrada por tan buena disposición, doña Catalina la contrató sin vacilar y la alabó sin reservas. De esta manera apresurada, Minervina Capa, natural de Santovenia, de quince años de edad, madre frustrada, empezó a formar parte de la servidumbre de la familia Salcedo en la Corredera de San Pablo 5.

Tampoco Minervina encontró resistencia en la cocina donde Blasa, la cocinera, era, en principio, un hueso duro de roer. Había dado al niño dos tomas de leche de burra, rebajada con agua y muy azucarada, como vio en tiempos hacer a su madre, antes de aparecer Minervina, y doña Catalina temió un recibimiento hostil. Pero a la señora Blasa le había intrigado la procedencia de la chica y, tan pronto se vio a solas con ella, le preguntó si conocía en su pueblo a un tal Pedro Lanuza, padre de dos rapazas bien apersonadas y ligeras de cascos, y no había terminado de formular la pregunta cuando Minervina rompió a reír:

—Toda la familia alumbrada, señora Blasa.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Lo que oye, señora Blasa, alumbrados, de esos que dicen que Nuestro Señor prefiere ver a un hombre y una mujer en la cama que en la iglesia rezando latines.

—¿Eso dicen en tu pueblo? Siempre fue un poco rara esa familia.

Minervina se esforzó por recordar más cosas para complacer a la señora Blasa, para caerle en gracia:

—También dicen que Nuestro Señor viene a ellos sin más que sentarse a esperar. Que basta quedarse quietos y aguardar para que el Señor los ilumine. Por eso les dicen también los *dejados*.

La Blasa asentía:

—Ese mote le cae mejor al Pedro Lanuza que el otro, ya ves. En la vida vi a un hombre más vago y abandonado que él.

—Pues si quiere verlos, los sábados bajan a Valladolid, en la burra, a casa de una tal Francisca Hernández y de un cura que también le dicen don Francisco.

La Blasa abrió el ojo:

—Y ¿dónde vive la Francisca Hernández esa, hija?

—Ni me recuerdo, señora Blasa, pero si usted tiene interés, el primer día que vaya al pueblo lo pregunto.

Así tomó Minervina posesión de los dominios de la Blasa. La Modesta, corta y tímida, pero disparatada, también aceptó a la chica complacida. Habituada a la vieja, halló en la nueva compañera juventud, unos puntos de vista más afines y una conversación fluida, impropia de una chica de pueblo.

Doña Catalina pasó el día tranquila. La aparición de Minervina, tan limpia como bien mandada, la había sosegado. Para acrecentar su bienestar, a mediodía se presentó doña Gabriela, su cuñada, a darle cuenta de los festejos de la villa: los cuarenta mil forasteros llegados para recibir al Rey, las calles hirvientes, los arcos de madera revestidos de follaje en las esquinas, los paneles y tapices engalanando las casas más nobles. Y luego, la marcial parada en el Nuevo Espolón, el infante don Fernando, flanqueado por el cardenal de Tortosa y el arzobispo de Zaragoza, seguidos de heraldos, alguaciles, ujieres y maceras. El gentío se desgañitaba dando vivas al Rey al aparecer don Carlos sobre el adoquinado, solo, apuesto, por el centro de la calzada, caminando al ritmo de los timbales, los diamantes engarzados en su traje brillando al sol de noviembre. Le precedía una banda de trompetas y tambores y velaban su retaguardia quinientos arcabuceros, cuatrocientos alemanes y cien españoles, tras los cuales desfilaban su hermana, doña Leonor, con las damas del séquito atendidas por nobles y, cerrando el cortejo, una compañía de arqueros haciendo caracolear a sus caballos y dando vivas a Castilla y al Rey. Doña Catalina, mujer de fáciles emociones, comenzó a temblar bajo el edredón y doña Gabriela, al advertir su encendimiento, hizo derivar la conversación hacia el gran elefante instalado en la Plaza del Mercado para regocijo de niños y adultos.

Al día siguiente, sin razones aparentes, doña Catalina empeoró. Le subió la calentura y el doctor Almenara admitió que podía tratarse del mal de madre y, con objeto de ganar tiempo, ordenó al barbero cirujano Gaspar Laguna, que en su día había vuelto a la vida al presidente de la Chancillería en situación desesperada, que practicase a la enferma una sangría, cosa que llevó a cabo con admirable destreza. Pero como, al día siguiente, doña Catalina continuara en el mismo estado, don Francisco Almenara abrió un nuevo camino a la esperanza apelando a la triaca magna:

—Hay que dársela. No queda otro remedio.

La matrona asintió. Don Bernardo, resignadamente, buscó unas

monedas en los bolsillos de la ropeta para el remedio, pero el doctor, al advertir su ademán, le informó que se trataba de un medicamento caro. ¿Como cuánto de caro? —inquirió Salcedo. Doce ducados—concretó el doctor. ¡Doce ducados! —estalló don Bernardo. El doctor argumentó las razones de este precio: Tenga usted en cuenta que sólo se fabrica en Venecia y que en el preparado entran más de cincuenta elementos distintos. Mientras la Modesta bajaba a la botica de Custodio, se oyeron pasar caballerías por la calle y, acto seguido, un *viva el rey* y el rumor de alabarderos desfilando acompasados por el redoble de un tambor. De pronto, como una tiple que respondiera en escena a la voz poderosa del barítono, sonó el tintineo de una esquilita entre el estruendo militar. Don Bernardo retiró el visillo de la ventana. Había encargado en el Convento de San Pablo la misa de las Cinco Llagas por la salud de la enferma y el santo viático por si acaso las cosas se torcían. A su derecha vio venir a fray Hernando, con el cáliz cubierto, y a un monacillo a su lado, agitando la campanilla. La gente se hincaba de rodillas a su paso y, al levantarse, sacudían vigorosamente el polvo de las calzas o de las sayas. En las escaleras, la campanilla del monacillo se hizo más aguda, sonora e imperativa. Don Bernardo se acercó a fray Hernando:

—La unción es suficiente, padre; ya no conoce.

Y en el momento en que el sacerdote iniciaba las preces, la barbilla de doña Catalina se desplomó sobre el pecho y quedó inmóvil, con la boca abierta. El doctor se adelantó hasta ella, le tomó el pulso y puso la mano de la esmeralda sobre su corazón. Se volvió a los asistentes:

—Ha muerto—dijo.

Un cuarto de hora más tarde, la Modesta, con la triaca magna en la mano, se tropezó con Juan Dueñas en el portal. Dijo Juan Dueñas lacónicamente:

—La señora doña Catalina ha muerto.

A la Modesta se le escapó un sollozo. Ascendió la escalera lentamente, sujetándose al pasamanos. Le imponían los muertos y aspiraba a dilatar su entrada en la casa. Por la puerta entreabierta divisó a don Bernardo, sus hermanos, Blasa y la nueva compañera alterando la posición de los muebles en el vestíbulo, haciendo sitio. Permaneció quieta, sin entrar. Pocos minutos después llegaban las endechaderas e instalaron, en el despacho, la capilla ardiente. Modesta aprovechó el momento de confusión para llegar a la cocina. Minervina, deshecha en lágrimas, sentada en un taburete, daba de mamar al niño recién nacido, en tanto Blasa, la cocinera, atizaba el fuego impávida, con esa indiferencia propia de los seres

muy vividos, arrancados prematuramente de su origen. Modesta se incorporó a la actividad doméstica. Entregó la medicina al señor. Don Bernardo musitó: doce ducados tirados a la calle. Ella dijo con vocecita inaudible: Lo siento, señor Bernardo; salud para encomendar su alma.

Pero ya empezaba el trajín de las visitas, las llamadas a la puerta, las flores, y ella acudía sin demora. La gente venía en pequeños grupos y pasaban a la sala donde don Bernardo y su hermano los recibían. Una de las veces que cruzó ante la puerta abierta del despacho, miró de soslayo y divisó a la señora sobre una mesa, los ojos y la boca cerrados, exangüe, indiferente y tranquila. Durante toda la tarde no cesaron las visitas. Llegaban cabizbajos y salían aliviados, descargados de una obligación penosa. Aparecían ramos de flores que la Modesta llevaba hasta el despacho con los ojos entrecerrados. Le aterrorizaba volver a ver a la señora. Junto al cadáver, doña Gabriela, la cuñada de la difunta, dirigía las oraciones de grupo. Ya avanzada la noche, cuando los amigos se despidieron y quedaron solos, don Bernardo y su hermano, el albacea, se sentaron juntos a los pies de la difunta, como era vieja costumbre familiar, para leer sus disposiciones testamentarias. Por primera providencia, doña Catalina deseaba ser enterrada en el atrio del Convento de San Pablo, no en el interior de la iglesia, ya que, a causa de los enterramientos, dentro había unos desagradables efluvios «que le quitaban la devoción». Doce mujeres jóvenes y pobres la acompañarían a su última morada, vestidas de azul y blanco y con un cirio encendido en la mano. Don Bernardo abonaría a cada una de ellas un real de vellón por su compañía. El entierro debería efectuarse tras una misa de réquiem en la misma iglesia, a la que seguirían, en fechas sucesivas, un novenario de misas cantadas con diáconos y subdiáconos y otras en cada templo de la villa en la octava de su fallecimiento. Don Bernardo leía estas disposiciones con voz entrecortada, no tanto por su aflicción, como porque conocía la liberalidad de doña Catalina, que temía se manifestara a cada paso. Y su voz temblorosa se quebró del todo cuando, con su característica letra picuda, la difunta ordenaba, sin lugar a otras interpretaciones, que se constituyese un juro en favor del Convento de San Pablo que rentase, cuando menos, dos mil seiscientos cincuenta maravedíes al año. Cuando al fin pudo leer esto, don Bernardo hizo una pausa, miró a su hermano por encima del papel y dijo con acento alambicado:

—Catalina había nacido para princesa.

Pensó en el almacén de la Judería, en sus fincas de Pedrosa y en Benjamín, el rentero:

—Un juro así no bajará de treinta aranzadas —añadió.

Su hermano Ignacio, oidor de la Chancillería, rubio, con el pelo corto y barbilampiño, se sintió molesto, arrugó la nariz como ante un mal olor:

—Es de ley —dijo—. Tú puedes pagar sobradamente ese juro.

Siempre hubo una relación muy estrecha entre ambos hermanos, tan diferentes, empero, en la estimación del dinero. Discutieron a los pies del cadáver, entre el aroma mareante de las flores, y don Bernardo tildó a su esposa de manirrota, pero don Ignacio, discretamente, cortó la conversación haciendo ver a su hermano que no era el momento apropiado para emitir tales juicios.

A la mañana siguiente, con el cadáver sentado en el carruaje, sujeto con cuerdas, y conducido por Juan Dueñas, Bernardo e Ignacio Salcedo presidieron los sufragios por la difunta. Doce muchachas, casi niñas, con rostros seráficos, vestidas de azul y blanco, flanqueaban el coche, entonando con voces nasales cánticos religiosos. Alineadas luego, en la nave central del templo, escoltando el cadáver, sus rostros juveniles restaban severidad a la ceremonia. A continuación, los restos de doña Catalina Bustamante recibieron tierra en el atrio y el acompañamiento desfiló ante los hermanos, estrechando sus manos, dándoles paz en el rostro o prodigándoles palabras de consuelo. Concluidos los pésames, ante la emoción de los amigos, el joven viudo distribuyó entre las jóvenes penitentes los doce reales de vellón acordados en las disposiciones.

De regreso a casa, doña Gabriela, acompañada por los dos hombres, pasó por el cuarto de plancha para ver al pequeño Cipriano y, ante él, aparentemente dormido, soltó dos lágrimas inoportunas. Don Bernardo, en cambio, a su lado, contemplaba a la criatura con rostro impasible. A la cabecera de la cunita, la joven Minervina había colocado un lazo negro de tafetán. Los ojos de don Bernardo se endurecieron.

—¿Qué pensará mientras duerme el pequeño parricida? —murmuró.

Don Ignacio le tomó por el hombro.

—Por favor; no disparates así, Bernardo. Nuestro Señor te puede castigar.

Don Bernardo movió la cabeza de un lado a otro:

—¿Es que cabe aún mayor castigo que el que vengo padeciendo? —sollozó.

II

La casa de la Corredera de San Pablo asumió a la muerte de doña Catalina una nueva disposición. El niño Cipriano se incorporó a la vida del servicio, en las buhardillas de madera del piso alto, en tanto don Bernardo quedó como dueño y señor del primer piso, sin otra novedad que la de haber cambiado de sitio el santuario conyugal, instalado, ahora que había dejado de ser santuario, en su despacho de toda la vida.

Como era previsible, dada su corta edad, el niño vivía pegado a su nodriza; de ella mamaba cada tres horas, con ella pasaba el día gorjeando en el cuarto de plancha y con ella dormía en uno de los cuchitriles de arriba, junto a la escalera. Los bajos, en cambio, no sufrieron la menor alteración. Juan Dueñas, el criado, siguió viviendo allí, en el pequeño chiscón junto a la cuadra, con los dos caballos y las dos mulas y la pequeña cochera al lado.

Ninguna de estas novedades implicó un cambio sustancial en la vida de don Bernardo Salcedo, aunque externamente entró en una fase de derrotada pasividad. Dejó de ir al almacén de lanas, en la vieja Judería, y se olvidó por completo de Benjamín Martín, su rentero de Pedrosa. En su inactividad, don Bernardo dejó incluso de visitar a mediodía, con sus amigos, la taberna de Dámaso Garabito y de entonarse con sus blancos selectos. En rigor, el señor Salcedo pasó unos días sentado en un sillón de la sala, frente a los visillos de la ventana, viendo cómo venía la luz y cómo marchaba. Apenas se movía hasta que Modesta le avisaba para comer y él, entonces, se levantaba del sillón de mala gana y se sentaba a la mesa. Pero no comía, se limitaba a manchar el plato para engañarse a sí mismo y, de paso, inquietar al servicio, interiormente se había señalado una semana de luto pero, en siete días, llegó a un punto de simulación tan perfecto que empezó a gozar de las mieles de la compasión. Desde niño, don Bernardo Salcedo había impuesto a sus padres su voluntad. Era un muñeco autoritario que no aceptaba imposiciones de ningún tipo. Así creció y, una vez casado, a su esposa doña Catalina la tuvo siempre sometida a una dura disciplina marital. Tal vez por eso sufría ahora, porque le faltaba alguien a quien mandar, con quien ejercitar el poder. Y Modesta, la doncella, al servirle las comidas, mostraba su aflicción con dos lagrimitas. Un día no se pudo contener y le llamó al orden: No se deje vuesa merced —le

dijo—. No le vaya a dar que sentir. Estas sencillas palabras hicieron ver a don Bernardo que había otros placeres sutiles en el mundo además del que proporcionaba la autoridad: ser compadecido, provocar lástima. Atribuirse un sentimiento de dolor tan fuerte como nadie había sentido en el mundo era otra manera de parecer importante. Así llegó a ser maestro en el oficio, maestro de la afectación. Se pasaba el día estudiando ante el espejo gestos y actitudes que evidenciaran su pena. La ostentación del dolor llegó a ser su meta y lo mismo que fingía no comer ante Modesta, afirmaba que había renunciado a dormir y se lamentaba de sus largas noches en vela, de no pegar ojo, de su insomnio irremediable. Pero, en realidad, don Bernardo, cuando la casa quedaba a oscuras y en silencio, encendía una mariposa y buscaba en la alacena y la despensa algún manjar apetecible que le compensara de su dieta diurna tan escrupulosamente observada. Acto seguido, se desplazaba de un lugar a otro haciendo ruidos deliberadamente para despertar al servicio y confirmar así su vigilia. De este modo, la compasión por el viudo doliente se iba extendiendo. Del servicio pasaba a sus hermanos, don Ignacio y doña Gabriela, de don Ignacio a Dionisio Manrique, el jefe del almacén, del jefe del almacén a Estacio del Valle, el corresponsal en el Páramo, y de Estacio del Valle a los demás corresponsales de la meseta y a sus amigos de la taberna de Dámaso Garabito. Don Bernardo no comía, ni dormía, no hacía otra cosa, decían, que dar unas instrucciones cada mañana a Juan Dueñas, su criado, y charlar un par de horas por la tarde con su hermano, el oidor. La única novedad en la primera quincena de viudo fueron sus paseos por la sala, paseos solemnes, sin objeto, una vez que se cansó de reposar en el sillón. Solía ponerse en pie de manera automática, cada media hora, y recorría a grandes zancadas la estancia, los ojos en el suelo, las manos a la espalda, la mente en sus propios progresos como actor. En relación con estos paseos, Minervina advirtió una cosa chocante: tan pronto el señor se ponía en movimiento y empezaban a sonar sus pasos sobre el entarimado, Cipriano, el niño, se despertaba. Y otro tanto ocurría cuando don Bernardo subía al piso alto, antes que para ver al niño para que la chica le viera a él abatido y lloroso. Pero diríase que la criatura notaba en sus párpados el filo de su mirada, una molesta sensación de intromisión, porque se despertaba enseguida, estiraba su arrugado pescuecito de tortuga, abría los ojos y recorría con su mirada la habitación girando lentamente la cabeza, antes de arrancarse a llorar.

A Minervina le desagradaba que el señor subiera a los altos sin avisar, que mirase al niño con aquellos ojos inyectados, fríos, llenos de reproches: Al niño no le quiere, señora Blasa, no hay más que

ver cómo le mira —decía. Pero cada vez que el señor Salcedo subía a verle dormir, el niño quedaba incómodo para el resto del día, se desazonaba y lloraba a cada rato sin razón alguna. Para Minervina las cosas estaban claras: la criatura lloraba porque su padre le daba miedo, le asustaban sus ojos, su luto, su sombría consternación. Y una vez anochecido, a la hora del baño, Minervina daba cuenta a sus compañeras de las novedades, en tanto el niño jugueteaba en la redonda bañera de latón, chapuzaba con sus manitas, y cada vez que la niñera oprimía la esponja contra sus ojos y los hilillos de agua escurrían por sus mejillas, se sentía sofocado y feliz. Al concluir el baño, lo tendía sobre la toalla, en su regazo, lo perfumaba concienzudamente y lo vestía. Era en esos momentos, ante el cuerpecillo rosado de Cipriano, cuando hablaban entre ellas de su tamaño y la Blasa rezongaba, una y otra vez, que el niño era menudo pero no flaco, porque en lugar de huesos tenía espinas como los peces.

El fingido desconsuelo de don Bernardo y su distanciamiento real hacia el pequeño determinaron la cada día más cálida aproximación de la muchacha. Minervina gozaba viendo la avidez con que el niño tiraba de sus rosados pezones, los juegos de sus manitas, los gorjeos inarticulados, su confiada dependencia. Con el niño en brazos, se le ocurría a veces que su hijo no había muerto, que reposaba allí confiadamente en su enfaldo y que tenía que mirar por él.

—¡Qué boba! —se decía de pronto—. Pues no estaba pensando que el niño era mío.

Fuera de la atención permanente del recién nacido y de los comentarios que despertaba, lo único que rompía la monotonía cotidiana en aquellos días era la visita vespertina de don Ignacio y doña Gabriela. La belleza y elegancia de ésta encandilaban a Modesta y Minervina y el esplendor de sus atuendos las deslumbraba. Jamás repetía modelo, pero, con unos o con otros, había una tendencia clara a marcar la línea de los pechos y la flexibilidad de la cintura. Las sayas francesas, las lobas abiertas de brocado, las mangas abullonadas dejando entrever la tela blanca de la camisa, facilitaban motivos de conversación a las muchachas. Pero, además, estaban los andares de doña Gabriela, muy vivos y atildados, sin lastre, como si su cuerpo tuviera el privilegio de flotar, de eludir la acción de la gravedad. Enternecida por la suerte del pequeño, Modesta y Minervina la acompañaban cada vez que subía a visitarlo a las buhardillas. Doña Gabriela nunca aludía al tamaño del niño, le gustaba así, le conmovía su orfandad y, valiéndose de tretas y ardides, trataba de adivinar los sentimientos de su padre hacia él. Se desazonaba cada vez que Minervina le daba

cuenta de su sequedad y estuvo a punto de sufrir un soponcio el día que le comunicó que don Bernardo había llamado *pequeño parricida* a la criatura. Dada la aversión de su cuñado hacia su hijo, y confirmada la infertilidad de su matrimonio, una de aquellas tardes silenciosas y confidenciales que siguieron a la viudez de don Bernardo, doña Gabriela, con voz emocionada, brindó a su cuñado la posibilidad magnánima de hacerse cargo del recién nacido, sin papeles ni compromisos de adopción, simplemente para atenderlo, en tanto no alcanzara una edad razonable que su padre determinaría. Don Bernardo pestañeó dos veces hasta que notó en los ojos el calor de una lágrima y dijo rotundo: el niño es mío; su casa es ésta. Hábilmente doña Gabriela le hizo ver que el niño, lejos de consolarle, revolvía en él *tortuosos recuerdos*, y don Bernardo convino que así ocurría en efecto, pero que ésa no era una razón para desentenderse de sus deberes de padre. Le brillaban los ojos y él parpadeaba para simular el tósigo, pero don Ignacio, siempre atento a las reacciones aflictivas de su hermano, le habló de manera discreta de la conveniencia de dar a la criatura una *madre artificial*, vinculada familiarmente a él, a lo que su hermano replicó que, sin necesidad de vínculos, la joven Minervina, con sus pequeños pechos eficaces y su cariño, cumplía ese papel a satisfacción de todos. No hubo en la discrepancia fraterna tirantez ni palabras incorrectas. Simplemente don Bernardo dio la negativa por respuesta.

Algunas tardes, durante la visita de su hermano, el viudo quedaba en silencio, como hipnotizado, mirando el visillo de la ventana oscurecida. Era una de sus habituales puestas en escena, pero su hermano se inquietaba, le preguntaba cosas, le contaba hablillas para sacarle de su pasividad. A don Bernardo le hacía feliz el desasosiego de don Ignacio, el hermano intelectual, la eminencia de la familia. La felicidad de ser compadecido la experimentaba sobre todo en relación con su hermano, el número uno, el discreto. Ajeno a sus fingimientos, don Ignacio seguía con preocupación el extraño proceso de Bernardo. Debes marcarte una tarea, Bernardo, le decía: algo que te distraiga, que te absorba. No puedes vivir así, mano sobre mano, con esa tristeza encima. Don Bernardo replicaba que las cosas marchaban solas y había que dejarlas; que el secreto de la vida estribaba en poner las cosas a funcionar y dejarlas luego para que avanzasen a su ritmo. Pero Ignacio argumentaba que tenía el almacén abandonado y que a Dionisio Manrique le faltaban luces para sustituirle. Y otro tanto le ocurría con Benjamín Martín, el rentero de Pedrosa, a quien debería visitar al menos para formalizar el juro de doña Catalina. Pero don Bernardo, en principio, no atendía los consejos de su hermano. Únicamente, transcurridos unos meses, cuando empezó a aburrirse en su papel

de viudo inconsolable y a echar de menos los vinos en la taberna de Garabito, admitió que el placer de ser compadecido no bastaba para llenar una vida. Entonces empezó a mostrarse más blando y receptivo con su hermano que, por su parte, había llegado a la conclusión de que únicamente un acontecimiento inesperado, una sacudida, podía sacar a Bernardo de su postración. Y la sacudida se produjo, en forma de correo urgente, una tarde en que don Ignacio, como de costumbre, animaba a su hermano a cambiar de vida. El correo venía de Burgos y se trataba de una carta de don Néstor Maluenda, el notable comerciante burgalés que en su día tuvo la atención de regalarle a su esposa una silla de partos, de tan amargos recuerdos. Para don Bernardo, que guardaba hacia el comerciante consideración y respeto, aquella carta anunciándole la salida de Bilbao de la flotilla de la lana significó una advertencia liberadora. Los vellones llevaban almacenados en la Judería desde el mes de agosto y la lana de toda Castilla —salvo Burgos y Segovia — se pudría allí sin que él hubiera tomado ninguna determinación. Despachó el correo de vuelta con una carta para don Néstor Maluenda, pidiendo disculpas por el retraso y anunciándole que la expedición castellana partiría hacia Burgos el 2 de marzo, que harían el viaje en tres días, quemando etapas, y que él, personalmente, conduciría la caravana.

A la mañana siguiente, contrató con Argimiro Rodicio cinco tiros de ocho mulas cada uno y cinco grandes plataformas para el día 2. Avisó asimismo a Dionisio Manrique y Juan Dueñas para que estuvieran preparados para el viaje. Él mismo conduciría la primera plataforma. No lo había hecho más que una vez en su vida pero ahora debía a don Néstor Maluenda una reparación. Por otro lado intuía que conducir ocho mulas a trote largo, a punta de látigo, le produciría el desahogo físico que precisaba. Así, en la madrugada del día 2, una vez cargados los fardos, don Bernardo se vistió la ropa campera, con sombrero y zamarro, y cruzó el Puente Mayor capitaneando la expedición. Tras él marchaban Dionisio, el encargado del almacén, con otra carreta de ocho mulas, otros dos carreteros blasfemos por él contratados y, cerrando filas, el fiel Juan, a quien don Bernardo Salcedo había adiestrado en los más variados oficios.

Ya en el camino, lleno de charcos y de rodadas, don Bernardo fustigó a las guías con el látigo, forzando a los numerosos jinetes, arrieros y carros que venían en dirección contraria, a apartarse asustados en las cunetas para dejarle paso franco. Las guías de la plataforma de Salcedo eran dos mulas de su propiedad, la *Alazana* y la *Morisca*, que atendían a sus voces y latigazos, sosteniendo un trote largo, más bien un galope corto que, a los que venían de

frente, se les antojaba un devastador ataque de caballería. Poco a poco, don Bernardo, de natural pacífico y sosegado, se fue encorajinando y empezó a golpear a los animales sin duelo, de forma que la salida del sol les sorprendió en el pueblecito de Cohorcos. Cambió cuatro mulas en la venta del Moral y otras cuatro en la Posta de Villamanco, donde durmió la segunda noche. Rufino, el ventero, viejo conocido, le atendió con su agreste amabilidad: ¿Dónde va vuesa merced con estas prisas? Lleva las caballerías llenas de mataduras. Don Bernardo sonreía con una media sonrisa destemplada: Todos estamos obligados a cumplir con nuestro deber, Rufino. La guía y el pericón son de mi propiedad, no te preocupes.

Liberado de sus fingimientos, durmió de un tirón por primera vez desde la desgracia. No obstante, a la mañana siguiente, y pese a tener la cabeza despejada, le dolían todos los huesos del cuerpo. Acusaba las sacudidas del carro, los baches profundos del pavimento, los vaivenes de la velocidad. De este modo, el tercer día, antes de que el sol se pusiera, la caravana entraba en la ciudad de Burgos por la Puerta de las Carretas. Eran tales el estrépito y las voces de los carreteros que los transeúntes se detenían en los bordes de las calles para verlos pasar. Las llantas de los carros y los cascos de las mulas, que levantaban chispas en el adoquinado, producían un retumbo aturdidor: La caravana de Salcedo se ha retrasado este año, comentó un ciudadano. Frente al monasterio de Las Huelgas se levantaba el enorme almacén de Néstor Maluenda que recibía, en dos expediciones anuales, los vellones de media España. Dionisio Manrique y Juan Dueñas permanecieron junto a las carretas, vigilando la descarga, mientras don Bernardo Salcedo reservaba una habitación en el mesón de Pedro Luaces, donde siempre había parado, y buscaba ropa para la cena en los establecimientos más lujosos de la ciudad.

Don Néstor Maluenda lo recibió amablemente. La presencia de don Néstor, tan fino, tan señor, tan en su sitio, siempre había cohibido a don Bernardo: Me encuentro más suelto mano a mano con el Príncipe que con don Néstor Maluenda, solía decir. Todo en el viejo le imponía: su fortuna, su figura alta y esbelta pese a la edad, las pálidas mejillas impecablemente rasuradas, aquella melena corta, al estilo de Flandes, y su indumento, el sayo con ropa encima, el escote cuadrado dejando asomar la camisa y el jubón acuchillado que sería moda un año más tarde. Como siempre, don Néstor se mostró acogedor, le enseñó sus últimas adquisiciones, el gran espejo con marco de oro del vestíbulo y el matrimonio de arquetas venecianas, enfrentadas artísticamente en el salón. Don Bernardo pisaba las alfombras devotamente y, devotamente,

admiraba los cortinones gruesos, largos hasta el suelo, que clausuraban las ventanas. Las voces se aterciopelaban inevitablemente en una mansión tan lujosamente vestida. Don Néstor se mostró consternado cuando don Bernardo le comunicó que su esposa había fallecido y que esto y las secuelas previsibles habían sido la causa de su retraso:

—Era mi primer hijo —dijo, los ojos brillantes. —¿También ha muerto?

—El niño, no, don Néstor. El niño vive, pero ¡a qué precio!

Inevitablemente salió el tema de la silla de partos y don Bernardo, pese a los tristes recuerdos, reconoció su eficacia:

—El niño estaba opilado —dijo—, pero la silla flamenca facilitó su expulsión. Desgraciadamente la silla no pudo evitar las fiebres de doña Catalina ni su posterior fallecimiento.

Le había sentado entre los dos candelabros y don Néstor parpadeaba contrariado, lamentando que ni siquiera la silla flamenca hubiera podido evitar la desgracia. Pero como buen comerciante encontró enseguida la salida pertinente:

—Todo esto que me cuenta es muy sensible, amigo Salcedo, pero Nuestro Señor, ser previsor, hizo posible que todos los males de esta vida tengan remedio. Un hombre no puede vivir sin mujer y, bien mirado, la mujer no es más que un repuesto para el hombre, una pieza de recambio. Usted debe casarse otra vez.

Don Bernardo agradecía esta conversación confidencial con el gran comerciante castellano, pero no dejaba de mortificarle, de mantenerle en tensión el tema de que trataban:

—El tiempo dirá, don Néstor —dijo cuitadamente.

—Y ¿por qué no ganar al tiempo por la mano? La vida es breve y sentarse a esperar no es la fórmula pertinente; no tenemos derecho a cruzarnos de brazos. Aquí me tiene vuesa merced, tres matrimonios en treinta años y ninguna de las tres mujeres me negó descendencia. El comercio de la lana con Flandes está asegurado por tres generaciones.

Atropelladamente le vinieron a Salcedo varios temas a la cabeza: el problema de su descendencia, la humillante prueba del ajo, el juro de doña Catalina, pero únicamente dijo con un hilo de voz:

—Me temo que yo sea hombre de una sola mujer, don Néstor.

Cuando sonreía, el rostro de don Néstor se llenaba de arrugas. Al fruncírsele la máscara del maquillaje envejecía diez años:

—No hay hombres de una sola mujer, querido amigo. Eso es una falacia. Con mayor motivo hoy que tiene dónde elegir. En Burgos ha habido una dote de cien mil ducados el mes pasado. Muchas

grandes fortunas han comenzado así, con un matrimonio de conveniencia.

Bajó los ojos don Bernardo. Después de meses de reclusión y aislamiento, esta conversación en un apartamento tan muelle, con un interlocutor sabio y prudente, le parecía un sueño:

—Lo pensaré, don Néstor. Pensaré en ello. Y si algún día cambiara de opinión vendría a consultarle, se lo prometo.

Don Néstor le sirvió una copa de vino de Rueda y le agradeció la atención de acarrear las pieles personalmente: Hemos ganado un día, dijo don Bernardo con cierta jactancia. Después el señor Maluenda le confió que el presente estaba siendo un año excepcional, que las acémilas hacían la ruta a Bilbao en reatas de doce o quince y que más de setenta mil quintales estarían ya estacionados en los muelles vascos. Que este año movería más de ochenta mil acémilas, cosa que no se había conseguido en Castilla desde 1509. Se le llenaba la boca con las grandes cifras y remató su disertación económica con una fatuidad:

—Hoy día, Salcedo, estoy en condiciones de hacer un préstamo a la Corona.

Sentados en los cabeceros de la gran mesa de nogal, mirándose el uno al otro como las arquetas venecianas del salón, don Bernardo pensó que, a pesar de haberse casado tres veces, nunca había conocido a ninguna de las esposas de don Néstor: son un simple recambio, pensó. Nunca las mezcló en sus reuniones de negocios. Según él, la mujer únicamente debía vestir al hombre en las reuniones de sociedad. Era su oficio. El criado negro les sirvió la sopa de gallina. Don Bernardo se azoró al distinguir su color pero no dijo nada hasta que el criado salió. Entonces continuó sin hablar pero miró interrogativamente a su anfitrión:

—Damián —dijo éste con la mayor naturalidad— es un esclavo de Mozambique. Me lo obsequió hace cinco años el conde de Ribadavia. Lo mismo pudo regalarme un morisco pero hubiese sido una vulgaridad. El favor era demasiado alto para una atención tan mezquina. Hoy en día, un esclavo de Mozambique es un lujo propio de la aristocracia. A los quince años le hice bautizar y hoy está entregado a mi servicio con una fidelidad ejemplar.

Don Bernardo se sentía cada vez más achicado. El escaparate de don Néstor no podía ser más deslumbrante para un pobre burgués como él. La fortuna de don Néstor era comparable, quizá, con la del conde de Benavente. Y el dinero comportaba para don Bernardo una importancia singular. Tras la sopa de gallina, el criado les sirvió truchas y un excelente vino de Burdeos. Se movía silenciosamente, sin rozar los platos de plata con los cubiertos, ni

las copas de cristal de Bohemia con el borde de la jarra. El esclavo andaba como un fantasma, levantando mucho los muslos para evitar los roces de las chinelas con la alfombra. Durante sus ausencias, don Néstor completaba su historia, sus designios respecto a él:

—Es perezoso y huidor —dijo—, pero fiel. Le he elegido como hombre de confianza pero el resto de los criados están celosos de él. Para mí, es un miembro más de la familia, Salcedo, Aunque negro, tiene un alma blanca como nosotros, susceptible de ser salvada. Lo que no le permito de momento es casarse. Imagínese un semental como él suelto por estos salones. Repugnante. Eso sí, cuando cumpla cuarenta años lo emanciparé. Será un modo de agradecerle sus servicios.

El viaje a Burgos, la velada con don Néstor Maluenda, hizo mucho bien al señor Salcedo. Olvidó su negligencia, su simulación, se desembarazó, al fin, del cadáver de doña Catalina y tan pronto llegó a casa, sin quitarse las calzas abotonadas, ni el zamarro de piel de cordero, subió al piso alto, en el que dormitaba Cipriano, y permaneció en pie, a los pies de la camita, mirándolo fijamente. El pequeño se despertó como de costumbre, abrió los ojos y se quedó mirando a su padre sin pestañear, asustado. Pero, en contra de lo que era previsible, don Bernardo no cambió de actitud ante su tierna mirada:

—¿Qué estará tramando el taimado parricida? —dijo una vez más entre dientes.

Su mirada era de hielo y esta vez, el niño, en lugar de estirar su pescuecito de tortuga y otear el horizonte, rompió a llorar desconsoladamente. Acudió presurosa, cimbreando su elástico talle, la nodriza Minervina:

—Le ha asustado vuesa merced —dijo tomando al niño en sus brazos y haciéndole fiestas.

Don Bernardo hizo notar que una criatura de meses, siendo varón, debería mostrarse más duro y resistente y, a renglón seguido, se quedó mirando la airosa figura de la muchacha con el niño en brazos y dijo algo que a don Néstor Maluenda hubiera sorprendido:

—¿Cómo es posible, hija mía, que con esa cara tan bella y ese cuerpo tan esbelto os dediquéis a una tarea tan prosaica como la de amamantar a una criatura?

Don Bernardo Salcedo quedó abochornado de su audacia. Por la tarde, su hermano Ignacio, el oidor, le abrazó alborozado como si llegara de las Indias. Había encontrado a Bernardo cambiado, dispuesto a comerse el mundo. A raíz de su viaje a Burgos entró, en

efecto, don Bernardo en una fase de recuperación febril. Una semana más tarde, acuciado por la feria de ganado de Rioseco, afrontó otra de las tareas que tenía pendientes desde el año 16: subir al Páramo, visitar y reorganizar las corresponsalías de Torozos. En realidad, todo el ganado lanar de Valladolid se había refugiado allí. En torno a la villa no había pastos, las huertas ocupaban las tierras lindantes, y las viñas y los campos de cereales el resto. Sólo quedaban los altos, donde los herbazales se alternaban con los montes de encina. Los ediles de la villa aspiraban a limitar a los páramos los derechos de pasto de lanar y cabrío, únicamente un macho por rebaño ya que las ovejas carecen de importancia y molestan a todo el mundo, decían. Pero luego, los obligados y los fabricantes de zamarros luchaban por su carne y por su piel. Todo era aprovechable en aquel animal necio y mansurrón, es decir tenía mayor importancia de la que le atribuían sus ediles. Y cuando el municipio dictó una disposición prohibiendo que los rebaños pastaran en dos leguas a la redonda de la villa, su desplazamiento al Páramo se hizo inevitable. Entonces no sólo se ocuparon las tierras de Torozos, concretamente los predios de Peñaflor, Rioseco, Mazariegos, Torrelobatón, Wamba, Ciguñuela, Villanubla y otros, sino que hubo que arrendar pastos más lejos aún, en otros territorios como Villalpando y Benavente.

Don Bernardo Salcedo conocía el itinerario al dedillo. Camino de Rioseco pensaba en las posadas, ventas, mesones y casas de viuda que le esperaban en el trayecto. Le vino a la cabeza la viuda Pellica, de Castrodeza, donde dormía en cama de hierro de dos colchones y dos almohadas, hacía tres comidas al día y guardaba el caballo por ocho maravedíes. El carácter del viaje le llevaba a cambiar de cama cada noche y a caminar dos o tres leguas cada día. Don Bernardo Salcedo confiaba en tener recorrido el Páramo, de este a oeste, en un par de semanas para bajar después a la vega, frente a Toro, y detenerse en Pedrosa donde tenía su hacienda. Pensaba en sus corresponsales, respirando el aire fino de la varga, cuando divisó las primeras casas de piedra de Villanubla. A mano derecha, sin moverse del camino, estaba el mesón de Florencio que le acogió, como en él era usual, con educación y pocas palabras. El laconismo era proverbial en la gente del Páramo. A veces conversaba sobre estos hombres con su hermano Ignacio y llegaban a conclusiones más bien optimistas: los hombres de Torozos eran rudos, concisos y sentenciosos pero trabajadores y resueltos. En Villanubla, salvo media docena de vecinos que desempeñaban oficios concretos, el resto sobrevivía alrededor de la agricultura: contados labradores de posición, una decena de labrantines, y jornaleros que vivían de trabajos eventuales con los primeros. En general, era gente

desheredada, pobre, que habitaba en tabucos de adobe, sin enlosar, sobre la tierra apelmazada.

Don Bernardo hizo un alto en el mesón de Florencio y dedicó la tarde a platicar con Estacio del Valle, su representante en el Páramo. Las cosas no iban mal o no tan mal como el año anterior. Los rebaños del común habían aumentado en mil doscientas ovejas y la última temporada de pastos había sido favorable. Dos pastores de labradores independientes habían emigrado y habían sido sustituidos por dos braceros inexpertos que, sin embargo, eran hábiles esquiladores. Una cosa podía compensar a la otra. Lo único grave en esta localidad era la tendencia a la emigración entre los jornaleros sin tierra, desocupados en el largo invierno mesetario y con trabajos ocasionales, mal retribuidos, en la recolección y la trilla. Pensando a largo plazo, Villanubla podría ser mañana un problema si la emigración continuaba al ritmo actual. La vida de los desheredados, sometidos a una dieta inalterable de legumbres y cerdo, resultaba monótona, insana y embrutecedora. Estacio del Valle, labrantín sin ambiciones, con sus zaragüelles de lienzo y las abarcas, ofrecía una cierta prestancia indumentaria comparado con los mozos que cruzaban las calles embarradas, descalzos, con sucios calzones hasta la rodilla. Éste era el sino de los hombres del Páramo, donde la jerarquía social se establecía por la forma de llevar las pantorrillas: desnudas, con zaragüelles o con calzas abotonadas como los pastores.

Don Bernardo partió de Villanubla al día siguiente. La vida, en la meseta profunda, ofrecía escasa variación y, sin embargo, encontró la feria de Rioseco inusitadamente animada. El pueblo no ofrecía novedad visible, salvo en el crecimiento respecto al resto de los poblados del Páramo. Los niveles de los rebaños se sostenían y los esquiladores preparaban sus trebejos para el mes de junio. La reserva de madera y hierba se mantenía y el señor Salcedo pasó una noche tranquila, a pesar de las chinches, en la posada de Evencio Reglero.

El recorrido por el Páramo le deparó algunas sorpresas. Una positiva: el crecimiento de los rebaños en Peñaflor de Hornija, donde se había rebasado la cifra de diez mil cabezas, y otras dos negativas: la viuda Pellica había muerto y Hernando Acebes, el corresponsal de Torrelobatón, había sufrido una perlesía y, aunque el barbero de Villanubla le había sangrado dos veces, no se recuperaba y allí estaba sentado el día entero en una butaca de mimbre en el zaguán de su casa, como un inútil. El propio Hernando Acebes, sin bienes de fortuna, se espantaba las lágrimas al facilitarle los nombres y direcciones de los que podían sustituirle.

Tal como había proyectado, don Bernardo Salcedo abandonó el

Páramo, iniciado mayo, por el camino de Toro. Hacía un día templado, de sol franco, y los grillos aturdían en las orillas del camino. Las lluvias de otoño y primavera habían caído regularmente y las espigas anunciaban una prieta granazón. También los palos de los sarmientos se esponjaban y, de no presentarse una insolación prematura, la uva maduraría a su ritmo y, a diferencia del último año, se recogería una buena cosecha. Desde las cuestecillas de La Voluta, Salcedo divisó el cerro Picado y, a su pie, el pueblo de Pedrosa, entre las viñas, apiñado a la izquierda de la iglesia. El día estaba tan claro que, desde la Mota del Niño, se divisaba el soto del Duero, con álamos y negrillos a medio vestir, y, tras él, el verde oscuro de los pinares, pincarrascos y pinos negros, plantados en las tierras arenosas al comenzar el siglo.

Don Bernardo faldeó un montículo con láminas de yeso cristalizado y dos conejos corrieron atolondradamente a refugiarse en el vivar. Benjamín, el rentero, le aguardaba. Era hombre rechoncho, como casi todos los de la zona, como sus hijos, calvo prematuro, con unas facciones abultadas, negroides, tan características que el señor Salcedo lo hubiera reconocido entre mil. El capotillo de dos haldas, de tela burda, los calzones de loneta hasta media pierna y sus cortas piernas peludas eran su uniforme inalterable. Benjamín era uno de los pocos hombres, en aquella época de ostentaciones, a quien agradaba aparentar menos de lo que era. Sus ingresos y su categoría social como rentero, hombre del que en cierto modo dependía el trabajo de los braceros, le daban derecho a otra imagen física que él y los suyos desdeñaban. Tanto Lucrecia del Toro, su señora, como sus hijos Martín, Antonio y Judas Tadeo, vestían sayas y capotillos marrones repasados y vueltos a repasar, y en los que Lucrecia había puesto más puntadas que los tejedores de Segovia. Benjamín confirmó a don Bernardo los buenos auspicios: el trigo y la cebada estaban granando bien y, aunque cualquier juicio sobre la vid pecaba de prematuro, de no surgir algún imprevisto, la cosecha de uva podría superar en una quinta parte a la del año anterior. Se oían los relinchos impacientes de *Lucero*, el caballo de don Bernardo a la puerta del chamizo y, dentro, en el zaguán, donde conversaban, hacía fresco y olía a alholvas. Don Bernardo se sentaba rígido en el escañil y Benjamín en un tajuelo, junto al arcón donde Lucrecia guardaba las sábanas y la ropa blanca entre hierbas olorosas. La casa de Benjamín era elemental y sórdida. Contaba con pocos muebles y ningún adorno, por lo que conservaba, como oro en paño, una colgadura con figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor y el dosel de guadamecíes bajo el que dormía con su esposa desde hacía

veinticinco años.

La misma austeridad emanaba su figura, caballero en mulo matalón, con manta en lugar de silla, y la de su hijo Martín, el primogénito, sobre una burra lunanca de medio pelo, cuando le acompañaron a inspeccionar las tierras. Detrás de la lomilla, don Bernardo advirtió que Benjamín había sustituido una tierra de cebada por un bacillar: Es la uva la que nos saca de pobres, don Bernardo, hay que desengañarse —le dijo por toda explicación. Pero al señor Salcedo lo que le interesaba era conocer las aranzadas más escatimosas de la propiedad, las que menos daban: las que faldean La Mambla, había respondido Benjamín sin pensarlo dos veces. Y ahora recorrían las calles de estos majuelos, de buena apariencia, cuya poquedad solamente se advertía a la hora de la vendimia. ¿Son los más escatimosos? —insistió don Bernardo. De largo, señor Salcedo; menos fruto y más agraz; a saber la razón —dijo.

Únicamente al regreso, don Bernardo, desde lo alto de su caballo, comunicó a Benjamín Martín y a Martín Martín, su primogénito, que doña Catalina había muerto. Benjamín, aposentado en su mulo, se sacó la cachucha de la cabeza y se persignó: Nuestro Señor dé salud a vuesa merced para encomendar su alma —dijo a media voz, mientras Martín Martín, el muchacho, más avergonzado que dolido, se limitó a bajar la cabeza.

La señora Lucrecia le dio de comer en la cocina, sobre la mesa de pino, sentados en escañiles, frente a la alacena, colmada de pucheros y cazuelas, con dos lebrillos de agua a cada lado. Tras cada ausencia prolongada, Lucrecia le hacía este honor, le preparaba la comida sin advertirlo, sin invitación previa. Era un hecho ya sabido y cuando don Bernardo se sentó a la mesa, en el seno de la confianza, Benjamín ya estaba comiendo. Masticaba ferozmente, el sombrero calado, y cada ocho o diez bocados hacía ademán de llevarse la mano a la boca y eructaba sin disimulo. Entre eructo y eructo, pasó revista a las novedades, particularmente a aquellas que afectaban a su peculio. Los salarios subían sin cesar. Hoy un vendimiador no se agachaba por menos de veinte maravedíes, ni se encontraba un obrero por cuarenta, ni un podador por sesenta. En ese sentido las cosas estaban mal. Por si fuera poco, la última cosecha había venido muy mermada y, en consecuencia y, como don Bernardo habría advertido, no le había pagado la renta de la Pascua. Don Bernardo le hizo ver que los reveses del campo le afectaban a él tanto como al rentero y que el retraso en el pago de las rentas estaba lejos de ser una solución: Acabarás en manos de usureros, Benjamín —sentenció apuntándole con el dedo índice. Pero Benjamín reservaba la gran cuestión para

la sobremesa, una vez que el espeso vino de Toro hubiera producido sus efectos. En su primitivismo, Benjamín era inteligente y, en lugar de afrontar directamente el tema de la sustitución de los bueyes por mulas, inició lateralmente el debate, poniendo en cuestión el barbecho al que calificó de labor anticuada e inútil. Don Bernardo, que tenía un somero conocimiento de la tierra, pero suplía su ignorancia con la experiencia de sus contertulios en la taberna de Garabito, en la calle Orates, respondió que para mullir y orear la tierra se precisaba otro cultivo, el mijo ceburro, por ejemplo, del que había poca práctica en Castilla. El rentero miraba a don Bernardo de hito en hito y argumentó que el abono era preferible al cambio de cultivo, que en Toro llevaban dos años tirando abono y les iba mejor con ello que con el año y vez. Martín Martín, como cachorro educado en la sumisión, apoyaba a su padre con la mirada, pero don Bernardo, a quien irritaba la mendaz argumentación de padre e hijo, les preguntó si podía saberse dónde encontraban abono en Toro, puesto que en Castilla, dijo, lo único que aumentan son las ovejas pero lo que el campo necesita es estiércol, no cagarrutas, y el poco estiércol de que disponemos se consume en las huertas. La conversación había seguido los cauces previstos por Benjamín, quien alegó, a propósito del estiércol, que lo más moderno en usos agrarios estribaba en sustituir el buey por la mula, ya que ésta come menos, es más fina, más ligera y gana tiempo, especialmente con el arado. Don Bernardo, sofocado por la discusión y el tinto, arguyó que la mula era un animal que carecía de fuerza y apenas arañaba la tierra, por lo que su trabajo era pobre e inútil, mientras el buey, por mor de su fuerza, araba en surcos profundos con lo que defendía mejor la simiente. A esto adujo el rentero que el buey comía más y el pasto de que se alimentaba era difícil y caro, pero don Bernardo, lejos de doblegarse, intentó hacerle ver que la decadencia agrícola en otros lugares de España venía precisamente del hecho de haber sustituido el buey por la mula. Benjamín Martín, más pragmático, hizo hincapié en que en Villanubla únicamente dos labradores seguían con los bueyes de arado, pero, en tal coyuntura, don Bernardo Salcedo preguntó, con mucho tino, si no era Villa-nubla el único pueblo en decadencia del Páramo. El rentero lo admitió, si bien señaló una nueva dificultad: la exagerada parcelación de la tierra exigía traslados rápidos de las yuntas, y de los bueyes podía esperarse todo menos rapidez. Los jarros de espeso vino de Toro iban desapareciendo de la mesa y don Bernardo, acodado en el tablero, con las orejas rojas y la mirada perdida, acabó adoptando una solución salomónica: Podía ensayarse; las innovaciones requieren experimentación. Es así como avanza la ciencia. Se

podían cambiar, por ejemplo, los bueyes de una yunta y dejarlos en las otras dos. La eficacia y el tiempo hablarían. El grano diría si la agilidad y alimentación de la mula compensaba el mejor trabajo del buey, o éste, por el contrario, seguía por delante de las presuntas virtudes de la mula.

Don Bernardo estaba cansado. Eran demasiados días embromado en discusiones necias y las discusiones necias le fatigaban especialmente. Por otro lado le sacaban de quicio los interlocutores analfabetos. Y era ya casi de noche cuando abandonó la casa de los renteros con la cabeza cargada y brumosa. El pueblo se adentraba pausadamente en las tinieblas y el señor Salcedo tomó a *Lucero* de la brida y lo condujo al paso hasta la casa de la viuda de Baruque, donde, como de costumbre, pensaba pernoctar. En la calle no había un alma y la viuda se llegó a la puerta de la calle con un candil. Acomodaron a *Lucero* en la cuadra y ella le preguntó qué iba a cenar. Don Bernardo prefería no cenar. La comida, a base de cerdo y judías pintas, le había resultado empachosa; le había dejado ahíto. Al desprenderse de sus ropas embarazosas y estirarse desnudo en las planchadas sábanas gimió de placer. Habían sido dos semanas cambiando cada día de dieta y alojamiento. Muy de mañana pagó a la viuda y, por el atajo del Vivero, salió al camino de Zamora. En la encrucijada brincó una liebre de la viña y corrió cien metros zigzagueando por delante del caballo. Luego espoleó a éste y, a galope corto, se encaminó a Tordesillas. Su carácter metódico y rutinario no le permitió cambiar de ruta. Por unos segundos pensó en su hijo y en el donaire de Minervina con él en brazos. Sonrió. Rebasada Tordesillas picó a *Lucero*, atravesó las tierras de Villamarciel y Geria, orilló Simancas, cruzó el río por el puente romano y, a mediodía, entraba en Valladolid por la Puerta del Campo, dejando a mano derecha la Mancebía de la Villa.

III

Sin apenas advertirlo, don Bernardo Salcedo se encontró enganchado de nuevo a la rutina. Meses atrás había llegado a pensar que podía morir de aburrimiento, pero ahora, como si aquello hubiera sido un amago de tormenta, pensaba que sus temores habían sido exagerados. Su *acceso de melancolía*, como él llamaba pomposamente a sus meses de vagancia, había sido vencido, así que volvió a tomar las riendas de su casa y de sus negocios. Por la mañana, tras el opíparo desayuno que le servía Modesta, don Bernardo se encaminaba al almacén de la vieja Judería, en los aledaños del Puente Mayor, y allí se encontraba con Dionisio Manrique, su fiel colaborador, que meses atrás había llegado a pensar que el amo se moría y el almacén habría que cerrarlo. Se imaginó sin trabajo, sin oficio ni beneficio, pordioseando entre los niños llenos de bubas que llenaban las calles de la villa, en invierno y en verano. Ahora, de pronto, el señor Salcedo, sin saber por qué ni por qué no, había salido del bache y había vuelto a hacerse cargo de la situación. El viaje a Burgos había sido el inicio de su resurgimiento. En el mismo despacho de don Bernardo, en una mesa de pino de Soria paralela, se sentaba él y, mal que bien, iba llevando las cuentas de las reatas de mulas que bajaban del Páramo y de los vellones almacenados en la inmensa nave de la Judería. *Atila*, el mastín feroz que le regalaron de cachorro, correteaba ladrando entre la tapia y el edificio y dormía con un ojo abierto en la caseta de la entrada. Era un can de oído fino y malas pulgas, y las noches, especialmente las de luna llena, las pasaba aullando en el corredor. No se sabía de ningún exceso cometido por el perro pero, tanto don Bernardo como su fiel Dionisio, presumían de que nadie se había llevado un vellón desde que *Atila* vigilaba el almacén.

Manrique, sin otra ayuda que Federico, un galopín de quince años, mudo de nacimiento, era el alma del establecimiento. El despacho, la mesa y los manguitos eran la tapadera de actividades más prosaicas. Por un lado, Dionisio anotaba los vellones que entraban y salían, pero por otro echaba una mano artesana y servicial para todo lo que fuera menester. Dionisio, por ejemplo, salía con Federico a la explanada, casi siempre embarrada, cada vez que se anunciaba una expedición y, entre ellos y el arriero, descargaban las sacas sin apelar a manos mercenarias,

almacenando ordenadamente las pieles. Del mismo modo Dionisio, en una prisa, como aconteció con el último viaje a Burgos, no dudaba en tomar el zamarro y el látigo y conducir personalmente una carreta hasta las instalaciones de don Néstor Maluenda en Las Huelgas o donde hiciera falta. Una vez metido en harina, no ponía reparos a nada, comía en el mostrador con los arrieros o dormía en las habitaciones colectivas de las ventas con objeto de que el patrón ahorrase unos maravedíes.

En el pequeño comercio que don Bernardo sostenía con la fábrica de zamarros de Camilo Dorado, en Segovia, era el propio Manrique el que alquilaba las reatas y las conducía por atajos pedregosos de la sierra que sólo él conocía. Don Bernardo, que sabía de la versatilidad de Dionisio, de su disponibilidad, definía a su subordinado de una manera peculiar, no exenta de tintes despectivos, como un hombre que hace lo mismo a un roto que a un descosido.

Los primeros días de verano fueron fechas de agitación en el almacén y la actividad desaforada desplegada por don Bernardo vino a restablecerle de la plétora causada por sus excesos gastronómicos, restablecimiento al que ayudó sin duda la sangría practicada por Gaspar Laguna que, en su día, había intervenido también a su señora inútilmente. Pero Salcedo no era hombre rencoroso. Detestaba la chapuza pero valoraba el trabajo bien hecho aunque no llegara a buen fin. En las personas que confiaba no dejaba de creer por un desacierto. Don Bernardo partía de la base de la imperfección humana y así, cuando avisó al barbero-cirujano, demostró que no le tenía ojeriza, pero, al propio tiempo, lo recibió con estas palabras: A ver si tenemos más suerte que con doña Catalina que gloria haya, amigo Laguna, lo que obligó al barbero a extremar toda su ciencia y habilidad.

A las doce del mediodía, don Bernardo marchaba del almacén. Eran semanas de calor y las calles hedían a basuras y desperdicios. Los niños, con las caritas llenas de bubas y landres, le salían al paso pordioseando, pero él los desatendía. Ya tienen a mi hermano, pensaba, ¿hay alguien en Valladolid que haga más por sus prójimos que mi hermano Ignacio? Caminaba despacio, evitando las alcantarillas, atento al «¡agua va!» de las ventanas, hasta abocar a la taberna de Garabito, en la calle Orates, con su inevitable ramita verde junto al rótulo, donde solían reunirse tres o cuatro amigos a degustar los blancos de Rueda. El primer día que llegó, después de su larga ausencia, todos le manifestaron que le habían echado de menos porque eran de esa clase de amigos circunstanciales, de apeadero, tímidos, que habían asistido al sepelio de doña Catalina, como Dios manda, pero no osaron poner pie en su casa. Para doña

Catalina eran los *amigotes* y no encontraba expresión más ajustada para designarlos. Pero los amigotes celebraron con unos vasos la reincorporación de don Bernardo a las tertulias mañaneras. Él les habló de su *acceso de melancolía* y, aunque ninguno de ellos sabía a ciencia cierta en qué consistía este mal, le preguntaron, con la reiteración propia de los borrachos, cómo se las había arreglado para pelarlo. Don Bernardo, dado al ingenio verbal, miró uno a uno a los amigotes del grupo e hizo la revelación que había preparado en casa dos semanas antes: A mí me curó un correo urgente de Burgos. Los amigotes rieron, le propinaron palmadas en la espalda y se lo comunicaron a otros amigotes y todos coincidieron en que con el pellejo de vino de La Seca que acababa de abrir Dámaso Garabito terminaría de restablecerse.

Allí, en la taberna, don Bernardo se salía de la norma y la hipocresía: juraba, soltaba palabrotas, reía los cuentos obscenos y estos excesos le aligeraban y le disponían a afrontar con mejor ánimo la jornada vespertina de la villa. En ocasiones también buscaba consejo en la taberna de Garabito, como aconteció con Teófilo Roldán, labrador de Tudela, que cada semana atravesaba dos veces el Duero en la barcaza de Herrera, junto a su caballo, para atender su labranza. Teófilo Roldán bebía en tazón, pues para él el blanco tras un cristal transparente perdía buena parte de sus propiedades. Escuchó a don Bernardo la historia de su rentero y cuando aquél le preguntó qué le parecía más conveniente: tener el rentero a la parte o a sueldo fijo, don Teófilo, inspirado por el vino, con una lógica apabullante, le respondía que dependía de la parte. Don Bernardo se mostró franco por una vez: digamos un tercio de la cosecha, dijo. Don Teófilo fue rápido: En Tudela damos más —sugirió antes de que don Bernardo terminara de hablar. Salcedo se ruborizó ligeramente; tenía un cutis suave, apto para ello: no vayamos a comparar, Tudela es un pueblo próspero, mientras Pedrosa malvive. Luego apuntó que con un tercio una familia en su pueblo podía redimirse, e incluso hacer fortuna, pero era difícil que lo consiguiera si el rentero era analfabeto, no sabía sumar y ventoseaba todo el tiempo delante de su señor. Es lo mismo —dijo— que hacerle desechar una idea una vez que ha arraigado en su pobre cerebro. Teófilo Roldán empinaba el codo sin cesar. Había llegado a ese punto soñado en que se pierde la gravidez del cuerpo y se siente uno flotar. ¿Qué idea? —dijo—. ¿A qué idea se refiere, Salcedo? —preguntó tambaleándose. Concretamente —replicó don Bernardo— a persuadirle, sin necesidad de hacer números, de que el buey en el campo es un animal más rentable que la mula. Roldán se inclinó hacia él hasta casi topar con su cabeza: ¿De veras lo cree usted así? Don Bernardo se desconcertó: ¿Usted no? Según —dijo

don Teófilo—. Según la labor y el terreno. Don Bernardo, sin razón alguna, salvo que iban aumentando sus libaciones, empezó a sentirse optimista. De repente habían dejado de importarle el buey y la mula y la rentabilidad del uno y de la otra; únicamente le importaba oír su voz, sentirse vivo y paladear el buen vino de La Seca: Labores de arada —dijo—. Me refiero a labores de arada. La mula no ara, araña, y deja que se coman la simiente las palomas y los cuervos. Todos los pájaros se comen la simiente, tartajeó Roldán poniéndole una mano en el hombro. Don Bernardo sonreía denegando con la cabeza: Pero no siempre, amigo mío, el buey ahonda y defiende la semilla. Los ojos de don Teófilo se ponían turbios: Pe… pe… pero ¿usted tiene tanta autoridad como para dar órdenes a su rentero? Me concede esa licencia —aclaró el señor Salcedo—: me cede el poder espontáneamente porque él no entiende de papeles.

Don Bernardo se dejaba envolver con gusto en la vieja rutina. Acudía diariamente a la taberna de la calle Orates, junto a la casa de locos, o a cualquier otra donde apareciera una rama verde en el rótulo del establecimiento. Era significativo porque, sin ponerse de acuerdo, los amigotes siempre coincidían en la cantina que abría cuba o pellejo ese día. De ordinario eran vinos que habían entrado en la villa por la puerta del Puente Mayor o la de Santiesteban, antes de cumplirse los cinco meses de la vendimia como era preceptivo, e inscritos en el registro de entradas para saber a cuánto ascendía el consumo. Los tintos solían ser flacos, a medio hacer y poco cotizados, pero el buen catador siempre esperaba la sorpresa. Tras probarlo, como buenos degustadores, comentaban las virtudes y defectos del nuevo mosto. Y, de cuando en cuando, reaparecía otro amigote, menos asiduo que los demás, que había oído algo de la enfermedad de don Bernardo y le preguntaba por su restablecimiento. Y Salcedo, que consideraba su respuesta una de las más ingeniosas de los últimos tiempos, se echaba a reír y respondía: Un correo urgente de Burgos me sanó, aunque vuesa merced no lo crea. Y el amigote reía con él, y le palmeaba fervorosamente la espalda porque el nuevo vino tenía una graduación más alta de la esperada y con cuatro vasos se nublaba la inteligencia.

A las dos, don Bernardo se retiraba a casa con el buen humor que le proporcionaba la taberna de Garabito. Modesta, mientras le servía la comida, solía hacerse lenguas sobre las nuevas gracias del niño. Ella no entendía que un padre pudiera mostrarse indiferente ante los progresos de su propio hijo, pero lo cierto es que Salcedo apenas la escuchaba y se preguntaba mil veces qué era lo que, en el fondo de sí mismo, sentía por aquella criatura. De regreso de

Pedrosa, don Bernardo imaginó que sus sentimientos hacia el pequeño oscilaban entre la atracción y el rechazo. Algunas tardes, sin embargo, subía a las buhardillas y, al ver a su hijo, reconocía que nunca sintió amor por él, a lo sumo mera curiosidad de zoólogo. Entonces podía pasarse siete días sin volver por el piso alto. Al cabo de una semana tornaba a sentir esa vaga atracción, que únicamente existía en su imaginación, y se presentaba en las buhardillas por sorpresa. Minervina planchaba o cambiaba los pañales al niño, acompañando su acción de canciones a media voz o palabras cariñosas. Don Bernardo miraba a la muchacha sin dejarlo: tenía el convencimiento de que la legumbre y el cerdo, el alimento invariable del pueblo, generaba seres anchos y retacos. Por eso le sorprendía aquella chica de Santovenia, alta y fina, en la que cada día descubría un nuevo encanto: el largo y frágil cuello, los pechitos picudos sobre la burda saya, el trasero pequeño y prominente cada vez que se inclinaba sobre la tabla de planchar. Toda ella era belleza y armonía, una especie de aparición. Un mes más tarde se dio cuenta de otra cosa: que el niño no le provocaba atracción o rechazo, sino simplemente rechazo y que la atracción provenía de Minervina. Entonces rectificó su confidencia a don Néstor Maluenda en el sentido de que él no era hombre de una sola mujer sino de una sola esposa. Conforme pasaba el tiempo, las más elementales exigencias lascivas crecían cada vez que veía a la muchacha. Pero ella se mostraba tan ajena, tan indiferente a sus miradas, tan recriminadora a veces, que no se atrevía a pasar de la mera contemplación. Sin embargo, un día ardiente de verano, sugirió a la chica que bajara a dormir al piso primero donde el bochorno se hacía más soportable.

—¿Y el niño? —dijo Minervina a la defensiva.

—Con el niño, naturalmente. Si le aconsejo eso es pensando en la salud del pequeño.

Minervina lo midió de arriba abajo con sus transparentes ojos lilas sombreados por espesas pestañas, luego miró al niño y denegó con la cabeza, subrayando después su negativa:

—Estamos bien aquí, señor —dijo.

A partir de este tropezón pueril, la imagen de la nodriza no se apartaba de su cabeza. Y, hechizado por sus encantos, la espiaba día y noche. Sabedor de que el niño mamaba cada tres horas, procuraba informarse de la última toma para sorprenderla en la siguiente con el pecho descubierto. Y, cada vez que lo intentaba, subía las escaleras de puntillas, las manos temblorosas y el corazón acelerado. Mas, si antes de abrir la puerta de la escalera, les oía reír y retozar en la habitación inmediata, regresaba a la sala sin

asomarse. Ocurría que Minervina tomaba sus precauciones ante la frecuencia de sus visitas, pero una tarde, cuando menos lo esperaba, la sorprendió por el resquicio de la puerta con el niño en el enfaldo, el brazo derecho fuera de la saya y el pequeño pecho firme y puntiagudo, de pezón sonrosado, en espera de que la criatura lo tomase. Dios mío, murmuró don Bernardo, deslumbrado por tanta belleza, pegando su ojo a la rendija.

—¿Es que no lo quieres hoy, mi tesoro? —dijo la chica.

Y sonreía con sus labios jóvenes y gordezuelos. En vista del desinterés del niño, tomó su pecho con dos dedos y dibujó con la punta del pezón la boca del bebé, quien, tan directamente estimulado, agarró ávidamente el pecho como la trucha la lombriz que el pescador le ofrece de improviso en el hilero. Entonces don Bernardo, incapaz de reprimir el jadeo, se apartó de la puerta y bajó las escaleras temeroso de delatarse. Repitió la excursión en las tardes siguientes. El recuerdo de aquel pechito inocentemente ofrecido le volvía loco. En el almacén no era capaz de concentrarse, rendía poco, delegaba la mayor parte de las tareas en manos de Manrique. Luego, en la taberna de Garabito, se emborrachaba en las catas y, al llegar a casa, se encamaba pretextando dolor de cabeza. Los vapores del alcohol se iban disipando pero, a cambio, la imagen de aquel pechito desnudo volvía a subírsele a la cabeza. Hacía el cálculo de las mamadas y subía al piso alto sobre las seis, la cuarta toma del día. Pero una tarde bochornosa de finales de septiembre, con las puertas del piso alto abiertas de par en par, una ráfaga de viento caliente cerró violentamente la puerta de Minervina y la señora Blasa apareció, sin avisar, en la última del pasillo.

—¿Necesita vuesa merced alguna cosa?

Don Bernardo se sintió abochornado:

—Subía a ver al niño. Hace días que no lo veo —dijo.

La señora Blasa entró en la habitación de Minervina y volvió a salir con la misma diligencia. Tenía más marcadas las arrugas horizontales de la frente, fenómeno que acontecía cada vez que en su cabeza surgía una idea. Al mismo tiempo, en las comisuras de la boca se insinuaba un mohín burlón:

—Está mamando, señor. La Miner lo bajará en cuanto termine.

Descendió las escaleras lentamente, avergonzado, como un ladrón sensible sorprendido con las manos en la masa. Pero a la noche, en su visita diaria a su hermano Ignacio, le confesó:

—Ahora pienso si a don Néstor Maluenda no le diría la verdad, Ignacio. ¿No crees tú que se puede ser hombre de una sola esposa pero de varias mujeres? El cuerpo me pide, Ignacio, me apremia;

hay días que no pienso en otra cosa. Me parece que echo en falta una mujer a mi lado.

Esperaba que su hermano, ocho años más joven que él, pero probo y justo, le diese un sabio consejo o, siquiera, la oportunidad de contarle su naciente pasión por Minervina, pero Ignacio Salcedo cortó en flor sus ilusiones:

—¿Quién te dijo que seas hombre de una sola esposa, Bernardo? Tú necesitas otra mujer. Eso es todo. ¿Por qué no le dices a fray Hernando que te ayude a buscarla?

Le dejó desconcertado. No se trataba de hablar con fray Hernando, sino de convencer a Minervina de que, entre mamada y mamada del pequeño Cipriano, se entretuviera un rato con él en el lecho de la buhardilla. El problema no consistía, pues, en arreglar una boda sino en facilitarle el acceso a los dominios de la chica, de poder desahogar con ella sus apremios carnales. Esto no lo aprobaría nunca fray Hernando y, menos aún, su hermano Ignacio, tan recto, tan íntegro. ¿A quién acudir entonces?

Una tarde, Modesta le sobresaltó gritando que el niño andaba. Acababa de cumplir nueve meses y apenas pesaba quince libras, aunque había dado abundantes pruebas de agilidad. A veces se ponía cabeza abajo en la cama de Minervina para que la chica riera. Otras saltaba la barandilla de la cunita con notable ligereza y permanecía un rato de pie sin moverse, sin sujetarse a nada, observando, como solía hacer al abrir los ojos, los objetos que le rodeaban. Ahora, don Bernardo, sorprendido en plena cabezada, no desaprovechó la oportunidad de volver a ver a la muchacha y ascendió pesadamente las escaleras del piso alto. En el pasillo tropezó con su hijo caminando a solas hacia las escaleras, mientras Minervina, sonriente, le seguía agachada, los brazos abiertos tras él, protegiéndolo. Detrás de ella marchaban, como unas mialmas, Modesta y la señora Blasa:

—Se da cuenta vuesa merced, el niño ya se anda —decía con voz explosiva la cocinera.

Mas don Bernardo, fingiendo una ira que no sentía, aprovechó la circunstancia para censurar a Minervina su descuido, para fustigarla. A un niño de nueve meses no se le podía poner en pie si no quería arquearle las piernas para el resto de su vida. Las piernas de un niñito a esta edad eran como de gelatina, incapaces de soportar su propio peso sin resentirse. Iba alzando la voz y, cuando advirtió que los ojos lilas de Minervina se inundaban de lágrimas, experimentó un raro placer, como si fustigara con un látigo la espalda desnuda de la muchacha. Mas, pese a su aparente indignación, a partir de esa tarde fue imposible recluir a Cipriano

en su cunita. Se bajaba de ella con facilidad pasmosa y correteaba por el pasillo como un niño de dos o tres años. Es decir, Cipriano no sólo andaba sino que corría como si llevase una vida ensayando y, si alguien trataba de impedirlo, se zafaba de sus brazos y reemprendía la carrera. Diríase que al pequeño le habían dejado huella las gélidas miradas de su padre, cuando, de niño, la sensación de frío lo despertaba y sentía la necesidad de escapar.

Algunas tardes, los tíos Gabriela e Ignacio subían a visitarlo. Los primeros días las habilidades del niño fueron como un espectáculo de feria. Pero Gabriela no ocultó su temor: ¿No era demasiado tierna la criatura? No se refería a la edad sino al tamaño, pero Minervina, que miraba extasiada los alamares y puñetes de lechuguilla del vestido de doña Gabriela, salió acalorada en su defensa: No lo crea vuesa merced, aunque menudo, no es un niño débil Cipriano; le sobra nervio. Pero, una vez pasada la novedad, doña Gabriela y don Ignacio empezaron a espaciar sus visitas y don Bernardo reanudó las suyas a la calle de Santiago. Enfrascado en la rutina, atendía sus obligaciones pero no olvidaba a Minervina. La aparición de la cocinera cuando él acechaba la habitación de la chica había rebajado, sin embargo, sus ímpetus iniciales.

Por las noches reflexionaba en la cama, excitado, sobre las posibilidades que un hombre rico tenía de llevar a la cama a una mujer pobre, pueblerina y quinceañera además. Creía que eran muchas pero él carecía de la agresividad del hombre rico y Minervina de la sumisión de la mujer pobre. La muchacha, sin grandes palabras ni gestos melodramáticos, le había tenido a raya hasta el momento. Pero, persuadido de que todas las ventajas estaban de su parte, don Bernardo Salcedo tomó un día una viril decisión: atacaría directamente y le haría ver a la chica la necesidad que tenía de sus favores.

Conforme a este plan, una noche de finales de septiembre, subió las escaleras del servicio en camisón, con una lamparita y los pies descalzos, procurando evitar los crujidos de la madera y se detuvo ante la puerta de Minervina. Los latidos de su corazón le sofocaban. La imagen de la muchacha tendida descuidadamente en el lecho, le encalabrinaba. Abrió lentamente la puerta con la luz en la mano y, entre las sombras, distinguió al niño dormido en su cunita y a Minervina a su lado, dormida también, respirando pausadamente. Cuando él se sentó en el lecho, la chica se despertó. Sus ojos, muy redondos, estaban sorprendidos más que indignados:

—¿Qué busca vuesa merced en mi habitación a estas horas?

Don Bernardo carraspeó hipócritamente: —Me pareció oír llorar al niño. Minervina se cubría el escote con el embozo de la cama:

—¿Desde cuándo se preocupa vuesa merced por los llantos de Cipriano?

Con su mano libre, don Bernardo atrapó audazmente la de Minervina como si fuera una mariposa.

—Me gustas, pequeña, no lo puedo remediar. ¿Qué hay de malo en que tú y yo pasemos un rato juntos de vez en cuando? ¿Es que no puedes repartir tu cariño entre padre e hijo? Vivirás como una reina, Minervina; nada te va a faltar, te lo aseguro. Únicamente te pido que reserves para este pobre viudo un poco de tu calor.

La chica rescató su mano prisionera. La indignación brillaba en sus ojos lilas a la luz del candil:

—Vá-ya-se-de-a-quí —le dijo mordiendo las palabras—. Márchese ahora mismo, vuesa merced. Quiero a este niño más que a mi vida pero me iré de esta casa si vuesa merced se obstina en volver a poner los pies en este cuarto.

Cuando don Bernardo, con las orejas gachas, se incorporó para marcharse, el niño se despertó asustado. Pensó que los ojos de Cipriano lo desenmascaraban y entonces interpuso el candil entre él y la cunita, abrió la puerta y salió al pasillo. No habían mediado palabras fuertes, ni siquiera actitudes ridículas, lo que no impidió que se sintiera adolescente y vacuo. No era aquélla una situación propia de un hombre de su edad y condición. Se metió en cama despreciándose a sí mismo, un desprecio que no respondía a razones aparatosas pero que aumentaba si pensaba en su hermano Ignacio y en don Néstor Maluenda. ¿Qué hubieran pensado ellos sí le hubieran visto humillándose de aquel modo ante una criada de quince años?

El apremio lúbrico seguía persiguiéndole sin embargo al salir a la calle al día siguiente, camino de la Judería. Había decidido visitar la Mancebía de la Villa, junto a la Puerta del Campo, donde no acudía desde hacía casi veinte años. Es una buena acción, se dijo para justificarse. La Mancebía de la Villa dependía de la Cofradía de la Concepción y la Consolación y, con sus beneficios, se mantenían pequeños hospitales y se socorría a los pobres y enfermos de la villa. Si una mancebía sirve para esos fines lo que se haga dentro de ella tiene que ser santo, se dijo.

A los lados de la calle, como cada día, pobres niñas de cuatro y cinco años, con los rostros cubiertos de bubas, pedían limosna. Repartió entre ellas un puñado de maravedíes pero cuando, horas después, charlaba con la Candelas en la mancebía, en su pequeña y coqueta habitación, los tristes ojos de las niñas pedigüeñas, las bubas purulentas en sus rostros, volvieron a representársele. Al verse entre aquellas cuatro paredes, su rijosidad, tan sensible, se

había aplacado. Vio a la muchacha presta a desarrollar sus dotes de seducción: No se moleste, Candelas —le dijo—, no vamos a hacer nada. He venido simplemente a charlar un ratito. Se sentó anhelosamente en un confidente, ella a los pies de la cama, sorprendida. Don Bernardo se consideró en el deber de aclarar: Es la sífilis, ¿no se ha fijado?, la villa está podrida por la sífilis, se muere de sífilis. Más de la mitad de la ciudad la padece. ¿No ha visto a los niños por la calle de Santiago? Todos están llenos de incordios y bubas. Valladolid se lleva la palma en enfermedades asquerosas. Se acodó en los muslos desalentado. Candelas continuaba sorprendida. ¿Qué había ido a buscar a la Mancebía de la Villa aquel caballero? Se sintió desafiante: ¿Por qué Valladolid? —preguntó—. El mundo entero está lleno de enfermedades asquerosas. Y ¿qué podemos hacer? Él se estiró y cruzó las piernas. La miró fijamente: Y ¿no tiene miedo? Ustedes se exponen diariamente, no tienen ninguna protección... Quiero decir que ustedes no disponen de médicos del Consistorio, ni la villa se preocupa de su salud y la de sus clientes. Ella rió desganada, denegando, y él se puso de pie. Tenía la sensación de que los landres y las bubas no estaban en las mujeres sino en el ambiente. Le tendió la mano: Me alegra haberla conocido —puso un ducado en su blanca mano. Volveré a verte —añadió. Inclinó la cabeza. Luego salió furtivamente de la Mancebía sin despedirse del ama.

Camino de su casa pensó en Dionisio, Dionisio Manrique, el factótum del almacén. Manrique era soltero, festivo y rijoso. Aunque religioso, arrastraba fama de putañero, de dedicar sus ocios a la lubricidad. Sin embargo, entre él y don Bernardo jamás se había cruzado una palabra sobre el particular. Manrique era para Salcedo un joven medroso, todavía casadero y bien mandado. Y Salcedo era para Manrique un hombre recto, encarnación de las buenas costumbres, comedido en el ejercicio de su autoridad. De ahí su sorpresa cuando el jefe abandonó su mesa esa mañana y se dirigió a la suya con mirada encendida:

—Anoche visité la Mancebía de la Villa, Manrique —dijo sin rodeos—. Todo hombre tiene sus exigencias y yo, ingenuamente, pensé satisfacerlas allí. Pero ¿ha visto usted cómo están las calles de la villa de mendigos llenos de bubas y escrófulas? ¿De dónde cree usted que salen esos millares de sifilíticos? ¿Cómo podremos evitar que la nefanda enfermedad acabé con nosotros?

Dionisio Manrique, que mientras don Bernardo hablaba tuvo tiempo de reprimir su desconcierto, miró a su jefe y lo vio apurado, sin asideros. Trató de confortarlo:

—Algo se está haciendo, don Bernardo, en este sentido. Y su hermano lo sabe. La cura de calor está dando resultado. En el

Hospital San Lázaro se practica, yo tengo una sobrina allí. El método no puede ser más sencillo: calor, calor y calor. Para ello se cierran puertas y ventanas y se inunda la habitación en penumbra de vapores de guayaco. A los enfermos se los cubre de frazadas y se encienden junto a sus camas estufas y braseros a fin de que suden todo lo posible. Dicen que con calor y dieta sobria basta con treinta días de tratamiento. Las bubas desaparecen.

Dionisio suspiró con alivio pero observó que no era ésta la respuesta que don Bernardo esperaba:

—Sí—dijo éste—. No dudo que la medicina progresa, pero ¿cómo tener hoy una relación carnal con una mujer sin arriesgar nuestra salud en el empeño? Yo no pienso volver a casarme, Manrique, no soy hombre que guste de andar dos veces el mismo camino, pero ¿cómo desahogar mis apetencias sin riesgo?

Dionisio parpadeaba, indicio en él de cavilación:

—La seguridad que vuesa merced pide sólo tiene una solución. Hacerlo con una virgen; sólo con ella.

—Y ¿dónde encuentra uno una virgen en este pueblo fornicador, Manrique?

Se acentuó el parpadeo del empleado:

—Eso no es difícil, don Bernardo. Para eso están las ponedoras. Las mujeres del Páramo son más baratas y más de fiar, seguramente porque pasan más necesidad que las de las tierras bajas. Con una particularidad, si ven en el cliente una persona respetable son capaces de confiarle su propia hija. Si usted no tiene inconveniente le pondré en contacto con una.

Tres días más tarde se presentó en el almacén María de las Casas, la ponedora más laboriosa del Páramo. Pasaba por mediadora de criadas pero, en realidad, era una alcahueta. Dionisio Manrique salió del despacho para que su jefe pudiera expresarse sin trabas. María de las Casas no callaba. Le habló de tres muchachas vírgenes del Páramo, dos de diecisiete años y una tercera de dieciséis. Las describió minuciosamente: Todas eran fuertes (ya sabe usted que la criatura que sobrevive en el Páramo lo es, le había dicho) y serviciales. La Clara Ribera es más opulenta y atractiva que las otras dos pero, a cambio, la Ana de Cevico sabe cocinar mejor que una profesional. Lo mismo que en la Mancebía de la Villa, don Bernardo Salcedo empezó a sentir repugnancia de sí mismo. Aquélla era una conversación semejante a la que dos ganaderos sostenían antes de cerrar el trato. Por otro lado, la María de las Casas le mareaba con su cháchara. Pensaba en la discreción de Minervina, se le imponía su imagen y sacudía la cabeza para ahuyentarla. En cuanto a limpia, relimpia, ninguna le gana a la

Máxima Antolín, de Castrodeza; su casa y su persona están como los chorros del oro. Apuesto a que con cualquiera de ellas pasaría vuesa merced buenos ratos, señor Salcedo —concluyó.

Más cohibido que estimulado, don Bernardo optó por la Clara Ribera. En la cama le placía una muchacha viva, atrevida, incluso descarada. Si es así, añadió María de las Casas, con la Clara quedaría vuesa merced complacido. El señor Salcedo convino con *la Ponedora* que las esperaba el martes siguiente, pero que quedaba claro que en principio no existía compromiso alguno. Pero cuando, cuatro días más tarde, la María de las Casas se presentó en el almacén con la muchacha, a don Bernardo se le cayó el alma a los pies. La Clara Ribera era decididamente bizca y padecía un tic en la boca, como un fruncimiento intermitente en la comisura izquierda, que dificultaba la concentración del presunto amante. ¿Dónde besarla?

—Más que viva esta chica es nerviosa, María. Antes que nada necesita un tratamiento, que la vea un médico.

La María de las Casas le levantó la saya y mostró un muslo blanco, amorcillado, demasiado fofo y desmayado para una chica tan joven.

—Mire qué carnes más ricas, señor Salcedo. Más de uno y más de dos darían una fortuna por desflorarla.

La Clara Ribera miraba la pared, el brasero contiguo a sus zapatos, el ventano que se abría sobre el patio, pero por mucha ligereza que mostraba por recorrer con la vista el almacén, el ojo izquierdo no acababa de centrarse. Parecía que nada de lo que allí se estaba discutiendo fuera con ella. La María de las Casas empezó a impacientarse:

—Lo primero que tiene que hacer vuesa merced es franquearse en este asunto: ¿desea moza para retozar un par de veces a la semana o para mantenida?

La pregunta pareció ofender a don Bernardo Salcedo:

—Para mantenida, claro, creí que Dionisio se lo había advertido. Tengo una casa a su disposición. Soy una persona seria.

María de las Casas cambió de actitud. La respuesta de don Bernardo le abría nuevas perspectivas. Pensó en la Tita, de Torrelobatón, en la belleza gitana de la Agustina, de Cañizares, en la Eleuteria, de Villanubla. Miró animada a don Bernardo:

—Siendo así —dijo—, las cosas son más hacederas, aunque una no puede pasarse la vida subiendo y bajando. Sería preferible que vuesa merced subiera y escogiera.

—¿Subiera, dónde, María?

—Al Páramo, don Bernardo. Las muchachas más bellas del alfoz están en el Páramo. Si pudieran mostrarse en las posadas y tabernas, tenga vuesa merced por seguro que no quedaría un virgo. También tendrá que ver a *la Exquisita*, en Mazariegos, un pedazo de muchacha que se va del mundo.

—Prefiero que no tengan apodos, María de las Casas. Unas muchachas menos conocidas, más de su casa. Los apodos, hablemos claro, no son buena presentación para una mujer de la vida.

Al día siguiente, don Bernardo ensilló a *Lucero* y, por segunda vez en medio año, subió al Páramo por el camino de Villanubla. La María de las Casas le había citado en Castrodeza y, desde ahí, irradiarían hacia el resto de los pueblos. Sin embargo, en Castrodeza conoció don Bernardo a la Petra Gregorio, una chica tímida, de ojos azules y maliciosos, y cuerpo elástico, vestida con modestia y un cuidado trenzado en la cabeza que destacaba entre la austera pobreza del mobiliario. Le agradó la familia a don Bernardo y acordó con María de las Casas que dedicaría una semana a amueblar el piso y, a la siguiente, subiría a por la Petra.

Al finalizar noviembre, don Bernardo subió a Castrodeza y una hora después de su llegada, con la Petra Gregorio a la grupa y un fardo con sus pobres enseres en el regazo, tomó el camino de regreso antes de anochecer. Los rebaños andaban de retirada hacia el ejido y a una legua escasa de Ciguñuela, voló del retamar una bandada de grajillas. Tres veces intentó don Bernardo que la Petra Gregorio rompiera el silencio sin conseguirlo. La muchacha, buena amazona, se adaptaba diestramente a los movimientos de la cabalgadura y, de vez en cuando, emitía un acongojado suspiro. En Simancas se hizo noche cerrada, que es lo que don Bernardo deseaba, y al atravesar el puente sobre el Pisuerga preguntó a la chica si conocía Valladolid. No le sorprendió la respuesta: no había estado nunca, ni le sorprendió que, poco después, la muchacha reconociera tener dieciocho años. Don Bernardo había logrado romper su mutismo y cuando se apearon en la Plaza de San Juan y le enseñó la casa a la luz del candil, la chica no cesaba de suspirar. No tenía miedo. Lo reconoció ante don Bernardo con toda firmeza y esto le alivio. Luego la sentó en el escañil y la ayudó a desprenderse del zamarro que se había puesto para el viaje. Don Bernardo llevaba un rato esforzándose por excitarse, pues hasta el momento no había sentido por la chica otra cosa que compasión. Tan dócil, tan silenciosa, tan resignada, don Bernardo Salcedo se preguntaba qué es lo que sentía la Petra Gregorio en esos momentos, si tristeza, añoranza o decepción. Su rostro no demostraba emoción alguna y cuando don Bernardo le advirtió que la casa era de vecinos y tenía gente encima, abajo y a los lados, sonrió y levantó los hombros.

Luego, don Bernardo hizo un torpe intento de abrazarla, pero la rigidez de Petra y cierto olor a chotuno lo echaron para atrás. Por asociación de ideas la llevó a la habitación donde estaba la bañera de latón y le explicó cómo se usaba. Convenía bañarse —le dijo— cuando menos una vez por semana; y todos los días, sin falta, los pies y el nalgatorio. La chica asentía sin dejar de suspirar. Don Bernardo le enseñó la fresquera con comestibles y la dejó sola.

A la tarde siguiente volvió a verla. Imaginaba que la Petra Gregorio se habría desprendido de sus nostalgias, pero don Bernardo la encontró con la misma ropa de la víspera, sollozando inconsolable en un taburete de la cocina. No había comido. Los alimentos de la fresquera estaban intactos. Salcedo animó a la chica a salir a la calle pero ella se resumía en la toquilla como una viejecita:

—Me recuerdo de mi pueblo, don Bernardo. No lo puedo remediar.

Don Bernardo le habló seriamente, le dijo que así no podían continuar, que tenía que animarse, que el día que ella se animara pasarían buenos ratos juntos, pero, cuando volvió a verla al día siguiente, la encontró llorando mansamente en el mismo sitio donde la dejó. Fue entonces cuando Bernardo Salcedo empezó a admitir que se había equivocado y era urgente enviar un correo a María de las Casas para que la recogiese.

A la tarde siguiente, sin embargo, encontró a la Petra cambiada. Había dejado de llorar y respondía a sus preguntas con prontitud. Había conocido a la vecina de enfrente, que era de Portillo, y estaba casada con el ayudante de un ebanista. Ambas habían recordado cosas de sus pueblos respectivos y la mañana se había ido en un santiamén. La Petra Gregorio se mostró incluso menos enteriza y arisca cuando don Bernardo trató de acariciarla. La animó, de nuevo, a salir a la calle, ver tiendas, asistir a las novenas de San Pablo, muy animadas. Y, en un enternecimiento súbito, le entregó cinco relucientes ducados para comprarse ropa. Aquel gesto fue el argumento definitivo. La Petra se arrodilló y empezó a besar una y otra vez la mano bienhechora. Don Bernardo la ayudó a levantarse: debes comprarte una saya nueva, bellos jubones y un hábito con gorguera transparente; también sortijas, pulseras, collares, que adornen tu bonito cuerpo, dijo. A la Petra Gregorio le brillaban sus ojos azules, unos ojos que, los días anteriores, don Bernardo había temido que se derritiesen de pena. A fin de cuentas, la Petra Gregorio era como todas las mujeres, pensó don Bernardo. En un momento determinado la vio tan risueña y animosa que pensó llevarla a la gran cama adquirida para la nueva relación, pero luego decidió que era preferible esperar al día siguiente; con

las nuevas ropas y los adornos personales, la disponibilidad de la chica sería más abierta y generosa.

La encontró con una saya sencilla, de amplio escote que, bajo la gorguera transparente, dejaba entrever el nacimiento de los pechos. Lucía un gran collar, pendientes baratos y pulseras con colgantes. Levantó los brazos sonriente al verlo entrar como acogiéndolo. La vieja lasciva, ausente durante la última semana, parecía apoderarse de nuevo de don Bernardo: ¿Estás bien, chiquilla? —le preguntó, dejando su capa corta en manos de la muchacha. La tomó por la cintura. Estás muy hermosa, Petra. Te has vestido muy bien. Ella le preguntó si le gustaba y le llamó vuesa merced. ¡Oh, vuesa merced! —dijo él—. Debes olvidar el tratamiento. Me llamarás Bernardo. Sonreía la chica con malicia y él tuvo entonces una idea luminosa: ¿Qué dirías si taita te enseñara a usar la bañera? Ella reconoció que se había bañado la víspera. No importa, no importa, incluso no es malo bañarse todos los días, hija mía, digan los médicos lo que quieran. La llevaba por la cintura pasillo adelante y se detuvo en la cocina. Señaló un lebrillo lleno de agua junto a la alacena y le mandó calentar un cuarto. Con el agua preparada, don Bernardo hizo uso de la técnica que, en sus años jóvenes, nunca le había fallado para desnudar a una muchacha. La despojó, primero, lentamente, de los adornos, que fue colocando sobre el fogón y, después, de la saya, la faldilla y el jubón. Esperó un rato antes de quitarle la ropa interior. La trataba como a una niña y a sí mismo se llamaba taita. Taita te quitará ahora mismo la gorguera pero antes debes meterte en el baño. La Petra entró en la bañera de latón desfallecida. Desnuda, en sus brazos, la besó antes de sentarla en el baño. A medio camino volvió a besarla aún más fuerte. Crecía la excitación de la chica, le mordía, sus brazos atenazaban su cuello. Ahora serás buena y dejarás que taita te lave bien, decía melosamente, mientras la enjabonaba los pechos que se escurrían entre los dedos como peces. Se buscaban las bocas entre la espuma como dos locos y, en mitad de la operación, colocó a la muchacha en su regazo, sobre la gran toalla blanca, y la levantó en alto. Caminaba hacia la habitación con la preciosa carga y, cuando ya en el lecho, le preguntó si era la primera vez que se metía en la cama con un hombre, la Petra Gregorio quedamente le respondió que sí.

IV

—Vivo tranquilo, sí. ¿Qué más se puede pedir?

Don Bernardo Salcedo correspondía sonriente a los amigotes rezagados de la taberna de Dámaso Garabito que todavía no le habían preguntado por su salud, a los ganaderos y corresponsales que bajaban del Páramo y le encontraban barzoneando por la villa, o a los conocidos, habituales de las tertulias de la Plaza del Mercado y calles adyacentes, que se acercaban a él para estrecharle la mano. Llevaba meses sin grandes preocupaciones, razonablemente satisfecho. La Petra Gregorio, cuyo contrato estuvo a punto de rescindir con la ponedora María de las Casas, había resultado una amante singular. No sólo era bella y grácil sino seductora y expeditiva. La semana de adaptación que siguió a su llegada a la ciudad, tan esquinada y difícil, había sido superada. Ahora Petra Gregorio se mostraba frívola, impúdica y servicial. Pero no era un ser aquiescente, dispuesto siempre a acatar los deseos de su protector, sino una mujer impulsiva, creadora, que a menudo gozaba tomando la iniciativa. De ahí que, aunque don Bernardo reconociera ante los amigotes que vivía tranquilo, el nido de amor que había montado para Petra en la Plaza de San Juan resultara bastante agitado. La visitaba cada tarde y raro era el día que Petra no lo recibía con alguna sorpresa. Don Bernardo se vanagloriaba de su magisterio. En cinco días había transformado una gatita doméstica en una pantera lujuriosa. Petra era mucho más de lo que había imaginado: un verdadero prodigio en artes amatorias. Una tarde lo recibía desnuda, levemente cubierta de tules y, a la siguiente, se escondía en el cuarto oscuro, vestida con unas mínimas prendas íntimas adquiridas en la lencería de la calle de Tovar, y lo acogía maullando quedamente tan pronto oía sus pasos por el pasillo. Acto seguido se despojaba de esas prendas y corría por la casa desnuda, ágilmente, interponiendo los muebles entre ella y su perseguidor, que le rogaba jadeante que se detuviera. A que no me coges, taita, a que no me coges, insistía ella. Le llamaba taita como él se había bautizado a sí mismo el día que la conquistó. Bienvenido, taita: hasta mañana, taita; taita ¿por qué no le compras a la niña un collar de cuentas de leche? Siempre taita. Salcedo se excitaba sólo con oír este tratamiento. Había en Petra una malicia natural que ella convertía en seducción turbadora con un mínimo gesto. Y, llevado a este terreno, don Bernardo se

mostraba un hombre liberal, soltaba los ducados con generosidad, actitud sorprendente en él que siempre había sido guardoso en vida de doña Catalina. Pero Petra Gregorio hacía uso inteligente del dinero, incluso lo administraba con celo y miramiento. Se vestía, se alhajaba, adquiría bellos muebles, decoraba la casa con visillos y hermosos cortinones. Don Bernardo reconocía que Petra era la mantenida que siempre había deseado tener. Hasta que un día le pidió mudarse de casa, porque este barrio no es digno de ti, taita, sólo viven en él artesanos y gente rústica, le dijo. Y él comprendió que Petra era en el barrio como una rosa en un estercolero. La llevó a la calle Mantería, a un piso nuevo de una casa familiar. Petra ganaba con esto no sólo en categoría sino en espacio y prestigio. Era una calle estrecha, sí, como casi todas en la villa, pero céntrica, adoquinada y con un distinguido vecindario. Los recursos seductores de Petra se multiplicaron en el nuevo hogar. Salcedo pasaba tardes enteras persiguiendo ciervas en celo o acudiendo a los gritos de «¡Taita, taita, me he perdido!». Las siestas reparadoras, de que hablaba en la taberna, se convertían en realidad cada tarde en auténticos ejercicios gimnásticos.

A veces, solo en su casa de la Corredera de San Pablo, se complacía rememorando los ardides de Petra, los recursos de su pervertida imaginación. Y comparándolos con los de la tímida y púdica muchacha que había encontrado en Castrodeza, llegaba a la conclusión de que él era un consumado maestro de lubricidad y ella una discípula aventajada. Únicamente así se explicaba que la palurda que bajó del Páramo a la grupa de su caballo, suspirando, ocho meses atrás, hubiera alcanzado no sólo el actual grado de depravación, sino la elegancia natural que sabía mostrar en determinadas ocasiones. Tan orgulloso de sí mismo se encontraba don Bernardo que, incapaz de dejar en la sombra sus aventuras y la conducta salaz de la muchacha, una mañana se franqueó con su empleado Dionisio Manrique en el almacén. Dionisio acogió las confidencias de su patrón con la avidez un poco resbaladiza del mujeriego empedernido, pero se guardó sus objeciones sobre el particular. De este modo, don Bernardo consiguió ampliar sus horas de placer mediante el fácil recurso de explicitarlas. La mera referencia a las trastadas de Petra, que, inevitablemente, terminaban en la cama, encendían de nuevo su ardor, lo preparaban para la visita vespertina, mientras Dionisio le escuchaba con la boca abierta, babeando. Únicamente Federico, el mudo de los recados, que observaba la salacidad de Manrique, se preguntaba qué se traerían entre manos aquellos dos hombres que explicara la turbiedad de sus ojos y sus torpes ademanes.

En cambio, con su hermano Ignacio, con quien solía encontrarse

diariamente al anochecer, Bernardo no mostraba esas confianzas. Al contrario, se esforzaba en comparecer ante él con el decoro y la respetabilidad que siempre habían adornado a la familia Salcedo. Ignacio era el espejo en que la villa castellana se miraba. Letrado, oidor de la Chancillería, terrateniente, sus títulos y propiedades no bastaban para apartarle de los necesitados. Miembro de la Cofradía de la Misericordia, becaba anualmente a cinco huérfanos, porque entendía que ayudar a estudiar a los pobres era sencillamente instruir a Nuestro Señor. Pero no solamente entregaba al prójimo su dinero sino también su esfuerzo personal. Ignacio Salcedo, ocho años más joven que don Bernardo, de cutis rojizo y lampiño, visitaba mensualmente los hospitales, daba un día de comer a los enfermos, hacía sus camas, vaciaba las escupideras y durante toda una noche cuidaba de ellos. Por añadidura, don Ignacio Salcedo era el patrono mayor del Colegio Hospital de Niños Expósitos, que gozaba de prestigio en la villa y se sostenía con las donaciones del vecindario. Pero, no contento con esto, con su quehacer profesional en la Chancillería y sus buenas obras, don Ignacio era el vecino mejor informado de Valladolid, no ya sobre los nimios sucesos municipales sino de los acontecimientos nacionales y extranjeros. Las noticias últimamente eran tan abundantes que don Bernardo Salcedo, cada vez que recorría las calles Mantería y del Verdugo, camino de la casa de su hermano, iba preguntándose: ¿Qué habrá sucedido hoy? ¿No estaremos sentados en el cráter de un volcán? Porque don Ignacio era crudo en sus manifestaciones, nunca las atemperaba con paños calientes. De ahí que don Bernardo, aun mostrándose poco aficionado a la política, a los problemas comunes, estuviera puntualmente informado de la lamentable realidad española. La inquietud creciente de la villa, la hostilidad popular hacia los flamencos, la falta de entendimiento con el Rey, eran realidades manifiestas, hechos que, como bolas de nieve, iban rodando, aumentando de volumen y amenazando avasallar cuanto encontraran a su paso. Hasta que una tarde de primavera una de ellas reventó, por más que la voz de don Ignacio no se alterase al referir los acontecimientos:

—Han matado al procurador Rodrigo de Tordesillas en Segovia. Estaba conchabado con los flamencos. Juan Bravo se ha puesto al frente de los revoltosos y está organizando Comunidades en las villas castellanas. Hay motines y alborotos por todas partes. El cardenal Adriano quiere reunir aquí, en Valladolid, el Consejo de Regencia pero el pueblo se resiste.

Don Bernardo respiraba con cierta dificultad. Hacía semanas que venía notando cómo se le formaba sobre el estómago un cinturón de grasa. Miraba a Ignacio como esperando de él una solución, pero

su hermano no estaba por la labor. A la tarde siguiente le mostró un pasquín recogido a la puerta de San Pablo: SUBSIDIOS, NO. EL REY EN SU CASA Y LOS FLAMENCOS A LA SUYA. Varios sermones en distintas iglesias de Valladolid habían girado en torno a la misma cuestión: el Rey debía permanecer en España y los flamencos marcharse a su país; las villas deberían seguir entendiéndose directamente con el Rey, sin la mediación de curas y nobles. Son exigencias muy duras. ¿Te das cuenta, hermano? —decía don Ignacio.

En veinticuatro horas las novedades dejaban de serlo y don Bernardo y don Ignacio volvían a encontrarse en la casa del segundo:

—Los realistas han incendiado Medina. En la Plaza del Mercado la gente andaba esta mañana amotinada al grito de «¡Viva la libertad!». Hay algún noble entre ellos pero la mayor parte son letrados, burgueses e intelectuales. Al pueblo, como de costumbre, no se le ha preguntado nada pero sigue los consejos de éstos y revienta de indignación.

La misma noche, la turba, ignorante y enardecida, quemó las casas de los regidores que habían aprobado los subsidios al Rey. Fue noche de mucho ruido y confusión. Don Bernardo había bajado a la calle a tiempo de ver arder la mansión de don Rodrigo Postigo y a éste escapar por la trasera, a caballo reventado, arrancando chispas de los adoquines. De madrugada se presentaron en su casa su hermano Ignacio, Miguel Zamora y otros letrados a pedirle sus caballos para el encuentro inminente. El conde de Benavente estaba enconado con los pueblos de Cigales y Fuensaldaña y se temía un enfrentamiento. Don Bernardo vacilaba, se hacía el roncero. ¿Por qué meter a *Lucero*, su noble bruto, en estos berenjenales? Hay que hacer algo, Bernardo, cualquier cosa antes que permitir que nos atropellen. Don Bernardo, un tanto avergonzado de su amilanamiento, cedió al fin, que se los llevasen. *Lucero* regresó sano al atardecer, pero *Valiente* quedó muerto entre las cepas de Cigales. Ignacio traía a la grupa de *Lucero* a Miguel Zamora y ambos subieron a la casa de Bernardo y bebieron unas tazas de Rueda para entonarse. Había sido imposible contener al pueblo, que lo único que había entendido fueron las amenazas del conde de Benavente. Nada habían importado su rango, su fortuna ni su autoridad. Su castillo de Cigales había sido asaltado por las turbas y saqueado. Los cuadros, las ropas, los valiosos muebles, quemados en el ejido por la multitud encolerizada. En las afueras hubo un intercambio de disparos con una tropilla del Cardenal y *Valiente* haciendo honor a su nombre, había caído en la contienda.

Don Bernardo oía estas historias, que tan de cerca le tocaban,

sobrecogido. No era hombre bizarro y las soflamas, lejos de enardecerle, le deprimían. Al día siguiente daba cuenta a Petra Gregorio de las últimas novedades. En los momentos decisivos, como el del asalto al castillo, la chica aplaudía como si asistiera a una pelea entre buenos y malos. Ella se pronunciaba siempre contra los flamencos. Bernardo, sorprendido, le preguntaba qué tenía contra ellos. Quieren mandar aquí, eso lo saben hasta las piedras, decía. Resultaba poco edificante que la Petra Gregorio hablase de estos temas fundamentales con los pechos desnudos, apenas cubiertos por el collar de cuentas de leche, fabricado con ámbar y piedra galactita, que él le había regalado. Pero la historia se repetía indefectiblemente todos los días en los dos domicilios: Ignacio le cargaba de noticias y gacetillas en el suyo y Bernardo las descargaba a su vez, más informalmente, en el de su amante.

Así se enteró Bernardo de la expulsión de los nobles de Salamanca por Maldonado, de la constitución de la Junta Santa en Ávila para unir los movimientos populares, de la visita privada a la reina madre en Tordesillas por parte de Padilla, Bravo y Maldonado y de su acogida afectuosa. Pero, insensiblemente, las noticias fueron tomando un cariz menos optimista: el Rey se había negado a recibir en Alemania a una comisión de rebeldes y éstos habían regresado corridos y desairados. Las Comunidades ya no se entendían entre sí, incluso las andaluzas les habían abandonado y puesto a las órdenes del Rey... Don Bernardo escuchaba a su hermano sin inmutarse y reflexionaba: hoy, como siempre, ha faltado organización; los ideales están mezclados y mal definidos. Las villas se han puesto en manos de nobles de segunda y los de primera se han aprovechado de ello. ¿Para esto sacrifiqué yo a mi noble caballo Valiente? Pero Ignacio, implacable, proseguía dando pormenores de la tragedia: la Junta, tras presentar una carta de agravios al Rey, trataba de sacar a doña Juana de Tordesillas y ahorcar en Medina a los miembros del Consejo. Los comuneros y el Rey se habían enfrentado en Villalar y aquéllos habían sido derrotados. Una gran carnicería: más de mil muertos. Padilla, Bravo y Maldonado habían sido decapitados.

La vida de la ciudad se sumió en la tristeza. Regresaban los soldados hambrientos con sus caballos heridos y los infantes, desarmados y andrajosos, deambulaban por la Corredera camino de San Pablo. Iban como perdidos, a la deriva. La tertulia de artesanos en la Plaza del Mercado parecía tener sordina esa tarde y por las calles vagaban las gentes cabizbajas, sin saber a quién culpar de la derrota. Entre ellas caminaba Bernardo Salcedo, entristecido pero satisfecho de que aquello, al fin, hubiera hecho crisis, hubiera terminado. Encontró a Petra Gregorio en una actitud singular: de

pie frente a la puerta, vestida con un gonete negro y una basquiña abierta por delante, el amplio escote desnudo, sin el collar de cuentas de leche. Tenía lágrimas en los ojos cuando le dijo:

—Taita, hemos perdido.

Bernardo Salcedo la abrazó tiernamente. Envuelto en su lubricidad inagotable, don Bernardo recataba una ternura pocas veces manifiesta. De pronto se desprendió de la capa corta que vestía y la depositó sobre el respaldo de una silla. Fue hacia ella:

—¡Oh! —dijo—, las mujeres bonitas no deberían mezclarse en estos asuntos tan sucios.

Volvió a abrazarla y ella aprovechó su proximidad para sacar su pierna desnuda por la abertura de la basquiña e introducirla entre las firmes piernas de Salcedo. Don Bernardo, sorprendido, dijo:

—¿Qué haces? ¿Qué pretendes?

Ella se soltó de su abrazo y se desprendió del gonete, sacándolo por la cabeza. No tenía jubón ni camisa debajo. Estaba desnuda. Se aflojó la cintura de la basquiña que resbaló hasta sus pies. Rompió a reír mientras corría ligera por el pasillo:

—Taita, así debemos desnudarnos de nuestras penas. ¿A que no me coges? —dijo.

Él corría torpemente, tropezando con los muebles y, aunque ganado por un deseo ardiente, no dejaba de pensar en la volubilidad de la chica. ¿Había llorado de veras o se había limitado a provocar su encandilamiento? Volvía a asaltarle la duda sobre la manera de ser de Petra Gregorio. ¿La conocía a fondo o únicamente sabía de ella que era indescifrable? Tornaban a jugar al escondite y cuando él, finalmente, la atrapó en el cuarto oscuro y la derribó sobre el suelo entarimado, entre los cachivaches, ella se entregó sin resistencia.

La salacidad que Petra despertaba en él distrajo a Salcedo de su anterior devoción por Minervina. La veía poco. Menos aún a su hijo Cipriano, que había cumplido ya los tres años. Pero el 15 de mayo de 1521, ocurrió en el número 5 de la Corredera de San Pablo un hecho inesperado que, de forma fortuita, le puso de nuevo en relación con la muchacha. A la joven Minervina, la eficaz nodriza de los pechos pequeños, se le retiró repentinamente la leche. ¿Motivos? En apariencia no los había. Minervina había dormido bien, había cenado como de costumbre, no había hecho esfuerzo físico alguno. Por otra parte, los graves acontecimientos de la calle no le afectaban, ni había sufrido emociones profundas que explicasen el fenómeno. Simplemente el niño se negaba a coger el pezón y, al apretar el pecho, ella notó que se había secado. Entonces comenzó a llorar, preparó al niño unas sopas de pan, se

las dio, se lavó los ojos en el aguamanil y afrontó el encuentro con don Bernardo:

—Tengo algo importante que decirle a vuesa merced —dijo humildemente—. De la noche a la mañana me he quedado sin leche.

Ella sabía que la leche había sido, en vida de la difunta, la razón de ser de su contrato. Él estaba leyendo un libro nuevo que cerró y depositó sobre la mesa al oír la voz de la muchacha:

—La leche, la leche, claro —respondió y añadió aturdidamente —: pero supongo que habrá otros medios además de la leche para sacar a un niño adelante.

Minervina pensó en las sopas de pan que acababa de darle y dijo con sencillez:

—Claro que sí, y sepa vuesa merced que en mí pueblo ningún niño se ha muerto de hambre y eso que no hay médicos ni barberos que se cuiden de ellos.

Don Bernardo volvió a tomar el libro de la mesa. Por su parte daba por terminado el incidente. Mas al ver a la chica pendiente de sus labios, levantó la cabeza sonriendo y agregó:

—Hemos cambiado una nodriza por una rolla. Ése es todo el problema.

Minervina regresó a la cocina radiante. Nada había cambiado: no me marcho, señora Blasa, me quedo con el niño. El señor lo ha comprendido. Tomó al niño de las manos y le movió a su compás mientras tarareaba una canción. Luego se agachó y cubrió su rostro de ruidosos besos. De este modo, la vida de Cipriano siguió su curso. Por las mañanas, en el buen tiempo, salía de paseo con la rolla, con frecuencia por el centro, para curiosear el mercado de hortalizas y las vitrinas de los comercios de los soportales, y otras veces por el Espolón o el Prado de la Magdalena para tomar el aire. Los jueves, a media mañana, la galera de Jesús Revilla les llevaba, con otros viajeros, hasta Santovenia y allí pasaban el día con los padres de Minervina. Al niño le fascinaban estos viajes en el ordinario, los vaivenes del carro, el pesado trote de las mulas, los hondos baches del trayecto cuando él rodaba hasta la red de lía de la trasera dando gritos de júbilo. Alguna viajera del pueblo lo miraba con temor, pero Minervina lo justificaba diciendo: este niño es medio titiritero. Y reía para quitar importancia al incidente. Más tarde, en el pueblo, en casa de Minervina, Cipriano jugaba con los niños del vecindario. Le gustaban aquellas casas de un solo piso con el suelo de tierra apelmazada, pero limpias, de pocos muebles, a todo tirar dos escañiles, una alacena, una mesa de pino para comer y, en las habitaciones del fondo, sendas camas de hierro negro

entre las que se repartían los familiares para dormir.

A la madre de Minervina le sorprendió el tamaño del niño el primer día: Este niño tan flaco no parece de casa rica, observó. Pero la chica se revolvió, lo defendió como cosa propia: No es flaco, madre; lo que tiene son espinas en lugar de huesos, como dice mi compañera. Luego, cuando el pequeño empezó a hacer títeres por los rincones, la chica, muy ufana, recalcó: Es fuerte, madre. A los cinco meses, ya se empinaba en el regazo para agarrar la teta y a los nueve ya se andaba. Nunca he visto una cosa así.

Cipriano se sentía libre y feliz en el pueblo. Con los amigos de su edad, correteaban por todas partes y, algunas veces, se arrimaban a la casa de Pedro Lanuza, pintada de amarillo, y golpeaban las cacerolas y les decían a voces *herejes* y *alumbrados*. Y las hijas de Pedro Lanuza, especialmente la Olvido, se asomaban a la puerta con la mano del almirez y los amenazaban con molerlos a golpes. De vuelta a casa en el ordinario, el niño y Minervina contaban estas cosas en la cocina y la señora Blasa preguntaba: ¿Aún sigue bajando el Pedro Lanuza los sábados donde la Francisca Hernández? A ver, señora Blasa, aclaraba la Minervina, pero entiéndame, no es que sean malos, es que es así su religión. Y la Blasa añadía: cualquier día me arrimo donde la señora esa y hago por verlos.

El destete de Cipriano, como no podía menos, repercutió en el cuerpo de Minervina. Sus pechos, de por sí pequeños, se achicaron un poco más, se apretaron, mientras su cuerpo espigaba y los miembros recuperaban la felina elasticidad enervada con la crianza. Engolosinado con el sexo, a don Bernardo no le pasó inadvertida esta leve metamorfosis. Su mirada se iba tras la muchacha cuando aparecía en sus dominios y la seguía placenteramente con la vista sin dejarlo. En ocasiones, cuando portaba en sus manos levantadas algún objeto delicado de loza o porcelana y temía que su contenido se derramara, sus pisadas se hacían mínimas, y deliciosa su cadencia, el leve ondular de sus caderas. El niño la perseguía por todas partes. Desde que se arrancó a andar pasaban tantas horas en el piso de las buhardillas, donde dormían, como en el principal. Esto aumentaba las posibilidades de encontrarse con su padre y, cada vez que esto ocurría, el niño se ocultaba tras la saya de la muchacha como si viese al diablo. Ella le preguntaba luego en la cocina: ¿Es que no quieres al papá? No, Mina; me da frío. Qué cosas dices. ¿Mucho frío? Y el pequeño confesaba que tanto como cuando se helaba la fuente del Espolón y él se subía a ella para patinar.

La atracción de la muchacha y el desapego hacia su hijo acabaron barrenando la sensibilidad de don Bernardo. Andando el tiempo, no encontró inteligente su comportamiento cuando

Minervina perdió la leche. La noticia le dejó indiferente y actuó con blandura, no supo sacar partido de la situación. Se mostró excesivamente paternal y condescendiente. Por eso ahora, cada vez que veía al niño ocultarse tras la saya de la muchacha, pensaba que debía sentar su autoridad de padre y amo ante uno y otra. La chica se tomaba demasiadas atribuciones sobre el pequeño. Había que someterla a disciplina. Alimentado por su propio reconcomio, don Bernardo meditaba sobre la mejor decisión a tomar. Cruel, como buen mujeriego tímido, soñaba con una solución quimérica que produjese dolor a la muchacha. Así, una mañana que la chica cambiaba el agua de las flores del salón con el niño pegado a las sayas, adoptó una actitud grave para preguntarle si consideraba uno de sus deberes separar al niño de su padre. Minervina dejó el jarrón con las flores sobre la consola y se volvió sorprendida:

—¿Qué quiere decir vuesa merced? El niño siente afecto por quien le atiende. Es cosa natural.

Don Bernardo carraspeó. Miró a la muchacha, que ocultaba al niño tras ella, con mirada adusta, autoritaria:

—¿Por qué se aplica usted tanto en esta tarea atroz de distanciar a un hijo de su padre? Ciertamente las circunstancias en que este niño nació no fueron favorables para despertar mí cariño hacia él. A su manera, él se deshizo de su madre. Pero un padre podría llegar a olvidarlo todo, si el hijo tratara de alguna manera de demostrarle su cariño. ¿Por qué ha de formar usted con el niño una pequeña conjura en contra mía?

A Minervina, aunque no acababa de comprender del todo el parlamento del señor Salcedo, se le nublaron los ojos de lágrimas. El niño, cansado de la inmovilidad de la muchacha, se asomó por el borde de la saya. Dijo la chica:

—Creo que se equivoca. Yo deseo lo mejor para el pequeño, pero tengo entendido que vuesa merced no pone nada de su parte para atraerle.

—¿Atraerle? ¿Atraerle yo? Esa buena acción no es de mi incumbencia. Es usted quien debe instruir al pequeño sobre la mejor manera de orientar sus afectos, sobre lo que está bien y lo que está mal. Pero usted se ha conformado con sustituir el pecho por unas sopas de pan y eso no es suficiente.

Minervina lloraba ya sin disimulo. Sacó de la manga abullonada de su saya un minúsculo pañuelo y se secó los ojos con él. Una íntima sensación de triunfo iba invadiendo a don Bernardo. Se inclinó sobre la muchacha sin abandonar el sillón:

—¿Ha intentado usted enseñar a este pequeño mequetrefe a honrar a su padre? ¿Cree usted de veras que este pequeño diablo

me honra a menudo con su actitud?

Se levantó finalmente del sillón fingiendo una furia que no sentía y tomó de la oreja a su hijo:

—Venga usted acá, caballerete—le atrajo hacia sí.

El niño, fuera ya de su escondrijo, veía llorar a Minervina, pero, tan pronto volvió los ojos a la figura barbada de su padre, quedó paralizado, rígido, temblando. También Minervina lo miraba ahora a él, compadecida, pero no osó dar un paso en su defensa. Don Bernardo seguía zarandeando al pequeño:

—¿Vas a decirme, caballerete, por qué aborreces a tu padre?

La chica hizo un esfuerzo:

—¡No lo atormente más! —chilló—. El niño tiene miedo de vuesa merced. ¿Por qué no prueba de comprarle un chiche?

La simple pregunta de la chica dejó momentáneamente desarmado a don Bernardo. En su breve vacilación, el niño corrió hacia ella, Minervina se arrodilló y ambos se abrazaron llorando. Don Bernardo se sentía incompetente ante las lágrimas, le daban grima las escenas melodramáticas y le repugnaban las palabras de perdón, especialmente cuando venían a disminuir la tensión de una escena que él deseaba tensa. Optó por el remate espectacular. Sin dejar de mirar a los amantes, arrodillados en la alfombra, atravesó la sala en dos grandes zancadas, se metió en el despacho y cerró de un portazo. Minervina seguía abrazada al niño, mezclando las lágrimas con escuchos al oído del pequeño: Papá se ha enfadado, Cipriano; tienes que quererle un poquito. Si no va a echarnos de casa. El pequeño le apretó el cuello con fuerza: Y ¿vamos a la tuya? —preguntó—. Yo quiero ir a tu casa, Mina. Ella se puso en pie con el niño en brazos; le susurró al oído: Los taitas de Mina son pobres, tesoro, no pueden darnos de comer todos los días.

Por su parte, don Bernardo quedó satisfecho de la escena. Hacer llorar a unos ojos que le habían despreciado tanto, comportaba un desquite. A Ignacio, sin embargo, cuando se lo contó, no se lo dijo así, se limitó a disfrazar su venganza de virtud: Con esta gente no vale de nada apelar al cuarto mandamiento —dijo. Ignacio, recto y temerario, aludió a su frialdad con el pequeño desde que nació y don Bernardo volvió a insistir en que, le gustara o no, Cipriano no era más que un pequeño parricida. Ignacio volvió a repetir que no tentara a Nuestro Señor y añadió algo inquietante y de lo que nunca había hablado: que el hecho de que el pequeño Cipriano hubiera nacido el mismo día que la Reforma luterana no era precisamente un buen presagio.

Las controversias religiosas a que tan aficionados eran sus paisanos, apenas tenían lugar en el mundo de don Bernardo. Ni

Dionisio Manrique, en el almacén de la Judería, ni los amigotes de la taberna de Dámaso Garabito, ni los corresponsales del Páramo, ni Petra Gregorio en el muelle nido de amor de la calle Mantería, se prestaban a tan elevadas disquisiciones. Por eso, ahora que su hermano acababa de hacer una alusión a Lutero experimentó una viva necesidad de hablar de él:

—¿Sabes —preguntó— que el padre Gamboa dijo el domingo en San Gregorio que entre Lutero y el Rey habían terminado las componendas?

Ante su hermano mayor, Ignacio se movía mejor tratando de estas cuestiones que de las inherentes a su sobrino y al servicio doméstico. Seguía al día la revuelta de Lutero, se relacionaba con los intelectuales y soldados que regresaban de Alemania, leía toda clase de libros y papeles relativos a la Reforma. Hombre de fe, papista íntegro, su rostro rojo y barbilampiño se acaloraba al abordar estos temas:

—Nos quitan la tierra bajo los pies, Bernardo. Hacen escarnio de lo que consideramos más respetable. Lutero se irritó contra el Papa que encomendó a los dominicos la predicación de las indulgencias pero lo que, en realidad, quería decirnos es que las indulgencias y los sufragios no sirven para nada, ni si me apuras la penitencia. Según él lo único que nos salva es la fe en el sacrificio de Cristo.

Bernardo escuchaba con curiosidad. Le intrigaba aquel mundo inasible en el que daba por sentada la prioridad de su hermano. Dijo:

—El problema de la salvación ha sido siempre el gran problema del hombre.

Ignacio apoyaba los codos en los muslos para aproximarse a su hermano.

—Lutero rehúye la controversia. Destruir es su objetivo, acabar con el Papa a quien ha llamado asno y suplantador de Cristo. Una vez abolido el papado tendría el campo libre para los suyos. El luteranismo es ya un movimiento considerable. El intento de conciliación de Eck ha resultado un fracaso. Lutero no se retracta de nada. Dice que para discutir necesita un Papa mejor informado. León X ha condenado su doctrina y lo ha excomulgado y el Emperador ha ratificado en Worms esta condena. Lutero ha escapado a Wartburg y, encerrado en el castillo del Príncipe, no cesa de escribir libros incendiarios que difundirán *la lepra* por Europa.

Don Bernardo Salcedo bebió un trago de vino de Rueda. Las vespertinas visitas a su hermano tenían esta ventaja: obsequiaba a los invitados con los mejores vinos del país. Su bodega y su

biblioteca, con quinientos cuarenta y tres volúmenes, eran de las más acreditadas de la villa. Y, además de beber buen vino, lo ofrecía en copas del más fino cristal que Gabriela, su cuñada, conservaba tan impolutas como las ropas de sus atuendos que tanto atraían a Modesta y Minervina. Era, el de don Ignacio, el matrimonio sin hijos mejor asentado y relacionado en la villa vallisoletana. Y aunque don Bernardo se permitía a veces alguna broma a cuenta de la religiosidad de su hermano, y a pesar de ser ocho años más viejo que él, sentía por su persona y opiniones un respeto físico, especulativo y profundo. De ahí que, cada vez que las circunstancias les conducían a enfrentarse, don Bernardo nunca encontraba a mano otra argumentación oportuna que la de la experiencia o la edad. Así ocurrió, por ejemplo, dos meses después de la conversación sobre la Reforma protestante, cuando un don Ignacio Salcedo, fuera de sí, salió a su encuentro y le recibió con una frase retorcida, críptica, cuyo sentido se le escapaba, pero que, a juzgar por sus ademanes y el tono de voz, envolvía una acre censura:

—Valladolid se divierte y Bernardo Salcedo paga. ¿Qué te parece esta frasecita que oigo a diario por todas partes?

Don Bernardo lo miró con desconfianza, levemente arrebolado:

—¿Qué te pasa? ¿Estás excitado? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

A don Ignacio le había bajado el color y le temblaban las manos y el anillo de casado. Que él recordase nunca sus diferencias habían llegado a tanto:

—Que tu querida te engaña a ti y a la ciudad entera. Todo el mundo está en lenguas a cuenta de esa moza de fortuna.

Don Bernardo pareció despertar de pronto:

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Podría ser tu segundo padre!

, —Al primero no le hubiera dicho otra cosa, créeme, Bernardo. No somos tú ni yo los que estamos en juego sino nuestro apellido.

—Y ¿de dónde han salido esos rumores mendaces?

—En Chancillería no hay rumores, Bernardo. Lo que Chancillería dice va a misa. ¿Por qué no pruebas de visitar a deshora a esa pelandusca? Únicamente después de haber comprobado lo que te digo me avendría a seguir discutiendo contigo de tan turbio asunto.

Cuando don Bernardo abrió la puerta de la calle tenía ya el convencimiento de que su hermano le estaba diciendo la verdad. Petra Gregorio había jugado con él desde el primer día. Los argumentos se amontonaban. Él estaba lejos de ser un maestro del

lance amoroso y ella una discípula aventajada. Eran, simplemente, una puta y un cornudo. Ella no alteró su conducta mientras no llegaron los primeros ducados. Después, el cambio de piso, su ropero, el lujo palaciego del nuevo hogar. ¿Cómo no pensó nunca que su asignación no podía dar para tantos excesos? María de las Casas le había engañado y hasta era posible que su cuerpo estuviera incubando a estas alturas una enfermedad asquerosa. En el portal, a la luz del quinqué, se miró el dorso de las manos, se tocó las mejillas con dedos temblorosos; no había bubas ni durezas. De momento podía estar tranquilo. Apenas hacía dos horas que se había despedido de Petra, pero tomó la calle del Verdugo y se encaminó a su casa. Las depravaciones sexuales de la chica, pensó, no se inventaban ni obedecían a lecciones recientes. La mantenida había tenido una larga experiencia amorosa anterior a su encuentro. La chiquilla que suspiraba una y otra vez a la grupa de *Lucero* la noche que la bajó del Páramo no era una muchacha ingenua sino una consumada actriz. ¿ Qué hacer? ¿Cómo la encontraría? ¿Cómo debía reaccionar un caballero ante una burla semejante? He aquí lo que en el instante de introducir la llave en la cerradura desazonaba a don Bernardo. ¿Habrá algún medio de enmendar las torpezas sin riesgo y con dignidad? —se preguntó. Había subido los dos tramos de escalera apresuradamente y ahora jadeaba en el descansillo. Pero —trató de tranquilizarse— ¿por qué creer a Ignacio a ojos cerrados? No era cierto que la Chancillería únicamente emitiera verdades comprobadas. La Chancillería se equivocaba como todo hijo de vecino y él iba a demostrarlo. Con mano temblorosa abrió la puerta del piso. La luz vacilante de los candiles que llegaba al vestíbulo provenía del dormitorio de atrás. Las servillas de don Bernardo no hacían ruido al avanzar por el pasillo. Le iba alarmando cada vez más el creciente silencio de la casa, pero al asomarse al dormitorio de Petra Gregorio divisó a Miguel Zamora, el letrado, vistiéndose sobre la alfombra, las piernas inseguras al aire. La ropa de la cama estaba revuelta pero Petra no se encontraba allí. Miguel Zamora, con las calzas en la mano, se sobresaltó al verlo, se sintió abochornado, en apariencia más por haber sido sorprendido en paños menores que por su traición:

—¿Qué hace aquí a estas horas vuesa merced?

—¿Para eso te confié mi caballo, grandísimo hijo de puta?

Miguel Zamora intentó meter la pierna por la calza derecha sin resultado. Dijo trastabillando:

—Son dos asuntos que no tienen nada que ver entre sí, Salcedo.

Don Bernardo le agarró firmemente por el jubón recamado y le

alzó levemente del suelo. Miguel Zamora de puntillas, con las peludas piernas al aire, ofrecía una imagen grotesca:

—Debería matarlo aquí mismo —le dijo don Bernardo aproximando sus labios al extremo de su nariz.

—Petra no es su esposa. No conseguiría la comprensión del tribunal.

—El placer de deshacerlo entre mis manos, ése sí lo tendría.

—Sería un acto culpable, Salcedo. La ley no le ampara.

Se hablaban a media voz, a dos dedos de distancia, y cuando don Bernardo le soltó despectivamente, apenas se le oyó musitar: «Cochino leguleyo». Luego, ya más claro, al abandonar el dormitorio exclamó:

—Tanto tú como yo somos dos pobres cabrones que no sabemos dónde ocultar los mogotes de nuestros cuernos.

Salió al pasillo en el instante en que Petra Gregorio también lo hacía por la puerta de la cocina. Portaba una gran bandeja de plata con una improvisada comida y taconeaba garbosa por la tarima pero, a la solemne bofetada de don Bernardo, todo salió ruidosamente por los aires menos la Petra Gregorio, que perdió el equilibrio y se vino al suelo.

—Prepara tus trebejos —dijo sucintamente don Bernardo—. Mañana te vuelves al yermo de donde saliste.

Al día siguiente, Dionisio Manrique le organizó una entrevista con María de las Casas, *la Ponedora*, en el almacén:

—Me prometiste una virgen y me endosaste una puta. ¿Qué te parece el trueque?

María de las Casas se arrodilló. Pretendió en vano besarle el borde de la cuera:

—Tan engañada ha sido vuesa merced como yo misma. Se lo juro por mis muertos.

Le miraba implorante desde el suelo, pero don Bernardo no se ablandó; estaba demasiado resentido:

—Escúchame, María de las Casas —advirtió—. Si el día de mañana, y Dios no lo quiera, me agarro una sífilis por tu culpa, mandaré apalearte hasta reventar y luego te meteré en la cárcel hasta que te pudras. Tengo un hermano en Chancillería, no lo olvides. Puedes marcharte.

V

La joven Minervina, sin saberlo, se mostraba conforme con el Sínodo de Alcalá de Henares de 1480 y consideraba que la catequesis y la escuela eran una misma cosa. Su madre, en Santovenia, veinte años antes, entendía, asimismo, que valía tanto aprender a leer y escribir como adoctrinarse. A ello colaboró el bondadoso párroco don Nicasio Celemín, que cada día, a las once de la mañana, hacía sonar la campana en el pueblo con una intención ambigua que cada vecino interpretaba a su manera: ya tocan para la escuela, decían unos, mientras otros, más píos, al escuchar los tañidos, daban otra explicación: don Nicasio está llamando a la doctrina, aviva; son las segundas. En cualquier caso, los vecinos de Santovenia, a principios de siglo, identificaban instrucción y adoctrinamiento y de ahí salió una generación, de la que formaba parte Minervina, para la que hablar con Dios y aprender eran la misma cosa. Tan amigada tenía esta identidad la muchacha que, antes de que Cipriano cumpliera siete años, ya dedicaba una hora de la mañana a la formación religiosa del pequeño. En principio, el niño aceptó la novedad como un pasatiempo. Encerrados en la buhardilla donde Cipriano dormía, ante la mesita que se extendía bajo la claraboya, Minervina le aleccionaba. Lo primero fue enseñarle a signarse y santiguarse, signos religiosos que a Minervina se le atragantaron veinte años atrás pero que para Cipriano no representaron ninguna dificultad:

—Haces así y así y con los dedos marcas los palos de la cruz ¿te das cuenta?

—Sí, los palos de la cruz —decía el niño sonriendo.

Cipriano interpretaba perfectamente el significado del signo y cuando la chica le decía que la cruz de la frente servía para ahuyentar los malos pensamientos, la de la boca para evitar las malas palabras y la del pecho para aventar los malos deseos, lo comprendía aunque no diferenciaba aún los malos pensamientos, las malas palabras y las malas acciones de los buenos. Tras los signos del cristiano, Minervina, siguiendo las normas de don Nicasio Celemín, que colocó el primer día una gran lápida en un paño de la iglesia que decía «Cartilla para mostrar a leer a los moços», le fue enseñando las oraciones: Padre Nuestro, Ave María, Credo y Salve. La chica las cantaba con él una y otra vez y así el

niño las memorizaba con facilidad sorprendente. A veces el pequeño la interrumpía:

—Ya estoy cansado, Mina. Vamos a jugar un poco a los soldados.

Pero ella forzaba su voluntad:

—Hay que hacerlo aunque no nos guste, mi tesoro. Sin la oración nadie se salva y Minervina se irá a los infiernos si no te ayuda a salvarte a ti.

Repetía las muletillas de don Nicasio Celemín pero estaba completamente segura en ese momento de que si Cipriano no aprendía a orar por su culpa, el niño y ella irían a pudrirse entre las llamas del infierno. Era una mezcla deseo-temor lo que la movía: ir al cielo, el compendio de todos los bienes, era el objetivo, mientras el infierno representaba para ella, y de paso para el niño, la pena eterna, la suma de todos los males, un peligro que había que evitar.

—Y si no rezo ¿me voy a los infiernos, Mina?

—Entiéndeme. Tienes que aprender a distinguir lo bueno de lo malo y, una vez que lo sepas, tú eres libre para hacer lo que te plazca.

El niño repetía canturreando las frases que pronunciaba Minervina, la obedecía porque sabía que era por su bien, que le estaba salvando, que estaba haciendo por él lo máximo que una persona podía hacer por otra. Sin embargo una mañana, Cipriano, tan abstraído estaba con sus juegos, que no hubo manera de contrariarle:

—Luego, Mina. Ahora no quiero rezar.

Esa noche tardó en dormirse. Cuando al fin lo consiguió, a altas horas de la madrugada, se le apareció, flotando sobre el cielo, entre nubes, la figura de Dios Padre. Era una imagen que había visto antes en alguna parte, tal vez en algún libro, pero la de ahora tenía exactamente la fisonomía de don Bernardo: rostro lleno, barba y pelo fuertes y lisos y una mirada helada y heridora que se cruzó un instante con la suya. Cipriano cerró los ojos, se achicó, quiso desaparecer del mundo, pero Nuestro Señor le prendió por una oreja y le dijo:

—¿Vas a decirme, caballerete, por qué no quieres rezar?

Cipriano se despertó sobresaltado. Divisó sobre sí el rectángulo estrellado de la lucerna pero no tuvo fuerzas ni para gritar. Su corazón hacía ruido en el pecho y en su estómago se había asentado la angustia. Entonces se arrojó del lecho, se arrodilló en el suelo y comenzó a susurrar las oraciones que había omitido por la mañana. Rezó y rezó hasta que se quedó dormido en el posapié, derrumbado sobre el lecho. Minervina lo sorprendió así de

amanecida, le metió con ella en la cama y le restituyó su calor. Deshilvanadamente, el niño le iba contando su experiencia:

—Y vino Nuestro Señor, pero era el taita, Mina, y me agarró de la oreja y me dijo que tenía que rezar siempre. —¿Estás seguro de que el taita era Nuestro Señor?

—Seguro, Mina. Tenía los mismos ojos y la misma barba.

—Y ¿estaba muy enfadado?

—Muy enfadado, Mina. Me tiró de la oreja y me llamó caballerete.

Don Bernardo no veía con malos ojos el adoctrinamiento del niño por su niñera. Le sorprendió la formación de Minervina y aceptó el método de don Nicasio Celemín como base. Sin embargo, los conocimientos de la chica eran muy limitados y el tiempo pasaba sin que el niño progresase. Después de los mandamientos, Minervina le enseñó los artículos de la fe, los enemigos del alma, las virtudes teologales y las ocho bienaventuranzas pero de ahí no pasaba. La cartilla «para mostrar a leer a los moços» no iba más allá, ni el sistema de adoctrinamiento de don Nicasio Celemín tampoco. Entonces fue cuando don Bernardo empezó a madurar la idea de un preceptor. Había buenos preceptores en la villa entonces y las grandes familias les confiaban a sus hijos. Un preceptor suponía un casi seguro rendimiento didáctico, pero, además, comportaba un signo de distinción social que le aproximaba a la nobleza, el sueño oculto de don Bernardo desde que tuvo uso de razón. El señor Salcedo sabía que tras las bienaventuranzas, había otro mundo intelectual más vasto y distinto que desgraciadamente él no había conocido: vocales y consonantes, posibilidad de unión silábica, grafía y sintaxis latinas. Leer en latín y escribir en romance, se decía secretamente, he ahí el camino. El niño ya era mayorcito y no parecía recomendable dejar su instrucción en manos de criadas y menos teniendo en cuenta su posición social. Más lejos todavía estaba el capítulo tan difamado e intocable de las tablas de cálculo que, pese a las reticencias de la época, él deseaba que Cipriano aprendiera. Se hacía, pues, imprescindible un preceptor, pero ¿interno? Don Bernardo no era partidario de dar entrada en la casa a un instructor experimentado. La sola idea le cohibía y presentía que su ignorancia, apenas evidente ahora para su hermano Ignacio, trascendería ante un ayo que compartiera con él comidas y sobremesas. Así llegó a la conclusión de contratar un preceptor de mañana que abandonaría la casa a las doce del mediodía.

La presencia de don Álvaro Cabeza de Vaca, con su sayo hasta las rodillas, bastante raído, de corte francés y sus calzas negras,

ajustadas, amilanó a Cipriano y no deslumbró a don Bernardo. Fue fácil, no obstante, llegar a un acuerdo, aunque para el pequeño la idea de cambiar el piso alto por el principal y su cuartito abuhardillado por otro contiguo al de su padre, y separarse por vez primera de Minervina, representó un duro golpe.

Don Álvaro, enjuto, severo, con pómulos prominentes y barba rala, marcó desde el primer día una distancia con su discípulo. Sin embargo, el niño respondía rápido, sin apenas dejarle terminar la pregunta, inteligentemente. Y mientras duró el recorrido por las trochas habituales las cosas rodaron sin novedad. Sin embargo, Cipriano, atemorizado desde el primer día, constató con espanto la inmediatez de su padre en la habitación vecina. Y cada vez que le oía carraspear o arrastrar el sillón empalidecía y quedaba inmóvil, la cabeza hueca, a la expectativa. Los diecisiete estornudos consecutivos de don Bernardo en las primeras horas de la mañana eran proverbiales. Él los daba vía libre de modo que cada uno venía a ser como una pequeña explosión, los objetos retemblaban y se conmovían los cimientos de la casa. La idea de la proximidad de su padre terminó por imponerse a toda otra consideración en el cerebro de Cipriano. Vivía pendiente de rumores furtivos, de sus gruñidos espesos, de sus paseos, de sus estornudos. Detrás de cada desahogo, Cipriano se representaba su rostro, su mirada gélida, su barba aceitosa, su entrecejo cruel. Don Álvaro, empero, no advirtió la desatención del pequeño hasta que concluyó con «la cartilla de los moços». Sin mala voluntad, Cipriano se resistió a transitar los nuevos caminos. Más que negarse, existía una imposibilidad material de escuchar las explicaciones del dómine, de colgar la atención de sus labios. El niño miraba sin cesar la pantorrilla negra del ayo, pero su cabeza se trasladaba incesantemente tras el tabique. ¿Qué significaba el autoritario carraspeo de don Bernardo que acababa de escuchar? ¿Por qué había corrido el sillón hacia atrás y se había levantado? ¿Adónde iba? Todos los miedos de la primera infancia se abalanzaban de pronto sobre él. Sin Minervina a su lado, se sentía un ser indefenso. Don Álvaro le hablaba sin parar, con un tono de voz levemente cascado, los ojos al fondo de sus pómulos:

—¿Has entendido, Cipriano?

Cipriano volvía a la realidad de pronto. Le miraba como diciendo: Ignoro de dónde viene vuesa merced y dónde va, no sé de qué me habla, pero mentía.

—Sí, señor.

Don Álvaro iba entonces un poco más lejos, hasta que se daba cuenta de que Cipriano no le seguía, que la mente del chico había

quedado anclada en «la cartilla de los moços». Entonces, pacientemente, una y otra vez volvía a empezar. Una de dos: o don Álvaro tenía una fe ciega en su capacidad intelectual o el salario acordado con don Bernardo era considerable. El caso es que la ficción se prolongó durante meses y meses, don Álvaro esperando que su discípulo despertara, Cipriano al acecho de lo que sucedía en la habitación de al lado. De este modo, el niño llegó a leer el latín con cierta soltura pero resbalaba al afrontar las declinaciones. Y hasta tal extremo se le negaron éstas que, un buen día, don Álvaro, decepcionado, abordó a don Bernardo al terminar la clase. La entrevista fue breve y patética:

—De ahí no sacaremos nada, don Bernardo. El niño está en otra cosa.

—¿En otra cosa? El pequeño no ha conocido otra cosa, señor. Difícilmente puede estar en ella sí no la conoce.

—Está ausente. No logro concentrarlo. Eso es todo.

Don Bernardo, vestido de calle para acudir al almacén, se mostraba malhumorado:

—Sugiere vuesa merced que el chiquillo es tonto.

—¡Oh, por favor! —dijo don Álvaro—. El muchacho es avispado como una ardilla, pero es inútil. No está conmigo, no me sigue, no le interesa lo que yo pueda contarle.

Don Bernardo se resignó a admitir que el preceptor no era el medio más indicado para educar a su hijo, el pequeño parricida. Había otras soluciones, pero, como hombre rencoroso, improvisó rápidamente la suya: un colegio. Un internado duro y sin pausas. Era hora de separarlo de la rolla. Don Bernardo sabía que en la villa no había centros educativos que merecieran tal nombre, pero su hermano Ignacio era patrono mayor del más afamado: el Hospital de Niños Expósitos, regido por la Cofradía de San José y de Nuestra Señora de la O, dedicado a la formación de niños abandonados.

A su hermano le dolió la decisión:

—Ese colegio no es para personas de nuestra clase, Bernardo.

Don Bernardo coqueteaba ahora con la idea de dar una lección a la aristocracia, abrirle los ojos:

—Me han hablado bien de él. Dispone de veintiocho camas para becarios y mi hijo podrá pagar su alojamiento y el de cinco compañeros más si es eso lo que hace falta para que le abran las puertas.

Don Ignacio se echó las manos a la cabeza:

—El Hospital de Niños Expósitos vive de la caridad, Bernardo. Y tú sabes que los chicos abandonados por sus padres no suelen ser

gente recomendable. Es un colegio serio porque los Diputados de la Cofradía nos hemos empeñado en que lo sea y hemos puesto en la dirección a un maestro competente. A la doctrina, por la mañana, a toque de campana, acuden chicos de toda condición e, incluso, en el resto de las clases, admiten alumnos de pago. ¿No podría ser ésta la mejor solución para Cipriano?

Don Bernardo denegó obstinadamente:

—A mi hijo hay que enveredarlo. Su niñera lo ha mimado demasiado. Y esto se acabó. Lo meteré interno y no disfrutará siquiera de vacaciones; pero para ingresar en el Hospital necesito tu concurso. ¿Estás dispuesto a prestármelo?

Intelectualmente don Ignacio estaba a cien codos de su hermano, pero carecía de personalidad para imponerse. Al día siguiente visitó la Cofradía que administraba el centro, y, cuando habló de la generosa disposición de su hermano, no encontró más que buenas palabras, lo mismo que en la reunión de diputados del jueves siguiente, que votó la admisión del pequeño. Por esta vía y mediante el compromiso de pagar el mantenimiento de su hijo, las becas de tres compañeros y cooperar generosamente al Arca de las Limosnas, Cipriano fue admitido en el centro.

Minervina lloró hasta quedarse seca cuando le fue comunicada la noticia pero, por primera vez, su llanto no se contagió al pequeño. El temor que su padre le inspiraba podía más que cualquier otro argumento y el proyecto de alejarse de su casa y convivir con otros muchachos, le resultaba audaz y apetecible. La decisión de su padre de no verle *ni en verano* acrecía su deseo de alejarse de aquellos ojos cortantes que habían entenebrecido su infancia. Por otro lado, el hecho de que don Bernardo hubiera hablado de conservar a Minervina en su puesto, le infundía cierta seguridad, no había cortado la retirada. La chica volvió a derramar lágrimas en la Tenería, junto al río, frente al colegio. Besó y estrujó a Cipriano varias veces antes de dejarle escapar, con un fardillo en cada mano, y desaparecer por la doble puerta. Entonces tuvo la sensación de haberlo perdido para siempre.

El edificio del colegio no era grande pero contaba con tres amplios desahogos: la capilla, el dormitorio y el patio de juegos. Tan pronto puso pie en él, Cipriano perdió dos cosas fundamentales: el atuendo y el nombre. Dejó de vestir la ropa distinguida que Minervina disponía semanalmente con tanto esmero y adoptó el uniforme obligatorio del centro, de marcado carácter rural: calzones de paño fuerte hasta debajo de la rodilla, un basto sayo, capotillo en invierno y unas botas de piel de carnero, abiertas y altas, que se ajustaban a las pantorrillas mediante cintas que remataban en una lazada. La segunda cosa importante que

perdió Cipriano con su ingreso en el colegio fue el nombre. Nadie le preguntó cómo se llamaba pero, en el momento de tocar la campana convocando a la doctrina, el *Corcel* se le acercó y le dijo:

—Toca tú, *Mediarroba*, para eso eres el nuevo.

El *Corcel* era un muchacho alto, empeinoso, con las extremidades desproporcionadas, levemente escorado del lado izquierdo y que, evidentemente, gozaba de una preeminencia en el centro. Cipriano agitó la castigadera con afán, la campana sonaba, mientras *Tito Alba*, con su mirada redonda, atónita, de párpados cortos, le interrogaba:

—¿Eres expósito, tú, *Mediarroba*?

—N... no.

—Y ¿pobre?

—T... tampoco.

—Entonces ¿qué pintas aquí?

—Educarme. Mi padre quiere que me eduque como vosotros.

—¡Vaya una idea! ¿Has conocido a el *Corcel*?

—Él me mandó tocar la campana.

Cipriano se sorprendió de la vacilación de su voz en las primeras respuestas. El contacto con un ser desconocido le alteraba. Sentía como una rara emoción, un especial temor a comunicarse. Pero, una vez vencida la resistencia inicial, la conversación discurría fluidamente, sin tropiezos. Pensó cómo no lo había advertido antes y concluyó que su pequeño mundo acababa en la cocina de la casa de su padre y que, en sus breves visitas a Santovenia, el trato con otros niños era un juego de preguntas y respuestas mecánicas, sin reflexión previa y, en consecuencia, el titubeo no tenía razón de producirse.

En clase de doctrina cantaban los rezos y las preguntas y respuestas del catecismo hispanolatino con el mismo soniquete que empleaba Minervina, el mismo que utilizara don Nicasio Celemín, el párroco, en Santovenia veinte años atrás. De este modo, hasta los niños más romos memorizaban el catecismo que era lo que interesaba. Pero cuando don Lucio, *el Escriba*, terminó de recitar las potencias del alma y preguntó al grupo de cincuenta y siete muchachos quién sabía lo que eran las virtudes teologales, únicamente Cipriano levantó la mano:

—F... fe, esperanza y caridad —dijo.

Con la doctrina, los estudios se extendían preferentemente al latín, la redacción en romance y las tablas aritméticas. Era curioso el cambio operado en Cipriano, su repentino afán por ensanchar el mundo de sus conocimientos, su deseo de aprender, de acuerdo con

su naciente afición a participar en los juegos que sus compañeros disputaban en los recreos del patio.

A las dos y media, después de comer en el ruidoso refectorio en dos grandes mesas, presididas desde la tarima por *el Escriba*, los expósitos salían de paseo acompañados por el inevitable tutor. Era un paseo higiénico, pero evidentemente el Consejo de Diputados que regía el colegio buscaba en aquel ejercicio colectivo algo más. *El Escriba* les hacía reparar en las escenas callejeras, en las vitrinas, en las actividades de la gente del pueblo y les formulaba preguntas, cuyas respuestas torpes o ambiguas él mismo aclaraba:

—Clemencio, ¿qué quieres ser cuando salgas del colegio?

El *Corcel* no vacilaba:

—Arriero —decía.

—¿Sabes distinguir una mula de una acémila?

Los compañeros le soplaban: «es lo mismo», «es lo mismo», pero el grandullón, bien porque no les oía, bien por su afán de llevar la contraria, respondía sin vacilar:

—Una acémila es una yegua.

—Tendrás que perfeccionar tus conocimientos si de verdad aspiras a ser arriero.

Caminaban ligeros, en filas, de dos en dos, con sus uniformes campesinos, algunos uncidos, el brazo por los hombros del condiscípulo, otros sueltos. La gente con la que se cruzaban les miraba con simpatía y murmuraba: ahí van los expósitos. En rigor, los vecinos de la villa, con sus limosnas, contribuían al sostenimiento del centro del que se sentían orgullosos. Recorrieron el Espolón Viejo y abocaron al Nuevo, contiguo al Puente Mayor y, una vez cruzado éste, subieron al cerro de la Cuesta de la Maruquesa en cuyas cuevas y barracas vivían gentes necesitadas. Por el camino de Villanubla se veían bajar reatas de mulas, pordioseros y algún que otro caballero apresurado. Al descender del otero, *Tito Alba*, su compañero de filas, le dio con el codo a Cipriano y le dijo confidencialmente:

—Mira, ya está el *Corcel* haciéndose una paja. Siempre tiene que hacerse una paja en el paseo, el marrano de él.

Cipriano les miraba cándidamente:

—¿Q… qué es una paja? —observaba a *el Corcel* encorvado, la mano derecha agitándose bajo el sayo, sofocado.

Tito Alba le explicó. Cipriano atendía con sus cinco sentidos, con análoga curiosidad con que escuchaba la palabra de *el Escriba*. Se daba cuenta de que, salvo en sus breves contactos con los chicos de Santovenia, había crecido en un fanal y no conocía la vida. Mina,

con la mejor intención, lo había aislado del mundo. Descendían por la Corredera de la Plaza Vieja, cuando *el Escriba*, que renqueaba ligeramente de la pierna derecha después de recorrer media legua, les anunció que iban a visitar a un antiguo compañero. La Cofradía no se desentendía de los niños que habían pasado por sus aulas. En la pequeña glorieta, en la planta baja del número 16, se alzaba el taller de un carpintero. La mayoría de los compañeros de Cipriano, que conocían el alcance de la inspección, se quedaron formando grupos alrededor de la fuente. El carpintero, con su larga barba descuidada, molduraba un palo en el torno de mano que accionaba un muchacho de alrededor de quince años. Olía a resina y serrín. El carpintero se acercó cortésmente a *el Escriba* y, después de cambiar unas palabras con él, los pasó a la oficina y los dejó solos. Por el ventano con telarañas se veía un patio lleno de listones y troncos apilados. El maestro se sentó en el taburete del carpintero y se dirigió al muchacho en voz baja, secreteando:

—¿Te portas bien, Eliseo?

—Bien, don Lucio.

—¿Trabajas todo lo que puedes, ayudas a don Moisés?

—A ver, sí señor, por la cuenta que me tiene.

—¿Te dan de comer lo convenido?

Elíseo sonrió ampliamente:

—Ya me conoce, don Lucio; yo nunca me sacio.

—Y ¿la propina?

—La justa; cada domingo.

—Y ¿aprendes?, ¿crees tú que vas aprendiendo? —Así es, sí señor. Si hago caso de don Moisés para el año veintinueve me hará oficial.

—¿Tan pronto?

—Eso dice.

Más abajo, en la calle de las Tenerías, cerca ya del colegio, *el Escriba* visitó a otro ex alumno, aprendiz de curtidor. En la calle hedía violentamente a tintes y cuero. La entrevista fue semejante a la anterior, salvo que el aprendiz, en este caso, exhibía un amplio repertorio de agravios: comía mal, no le mudaban las ropas de la cama, no le daban las propinas acordadas. Mentalmente *el Escriba* tomaba nota y le dijo que todo se arreglaría, que hablaría con los Diputados de la Cofradía que conservaban copia del contrato.

A los dos meses de ingresar en el colegio, Cipriano fue nombrado limosnero por una semana. Para un centro que vivía fundamentalmente de la caridad el cometido era arduo y complejo. Con el alba, Cipriano preparaba el pequeño carro de la comunidad,

metía a *Blas*, el asnillo, entre las varas y salía con *el Niño* y Claudio, *el Obeso*, a recorrer la ciudad. *El Niño* había llamado la atención de Cipriano desde el primer momento. Se lo había dicho a Claudio, *el Obeso*:

—E... *el Niño* tiene cara de niña.

—Sí tiene cara de niña *el Niño*, pero es buen rapaz.

Conocía la ciudad mejor que ninguno de los dos y cada mañana conducía el carrillo desde el colegio hasta la trasera del Hospital de la Misericordia sin una vacilación. Miguel, *el Menino*, que atendía la portería y el depósito de cadáveres los conocía ya:

—Hoy no hay muertos, muchachos. Estáis de vacaciones —decía, con su vocecita atiplada.

O bien:

—Hay un pobre y un ajusticiado, ¿os lleváis los dos?

Cipriano cargaba con ellos al hombro sin el menor reparo y los depositaba sobre las tablas del carro. Lo mismo hacía con el tablero y los caballetes del túmulo, los picos y las palas. Claudio, *el Obeso*, se sorprendió de su fortaleza:

—Tú, *Mediarroba*, ¿de dónde sacas esas fuerzas? En mi vida vi un tipo más espiritado que tú.

Cipriano le metía un dedo en su barriga untosa:

—S... si la fuerza estuviera en las grasas tú serías campeón. Atiende.

Se había levantado la manga del sayo y le mostraba su bíceps estirado, un músculo bien formado, de atleta.

—¡Ahí va, si tiene bola! ¿Te has fijado, *Niño*?, *el Mediarroba* tiene bola.

A menudo Miguel, *el Menino*, les reconvenía mansamente:

—Vamos, muchachos, no enredéis más. Hoy las huesas están en el atrio de San Juan. Ya estáis marchando.

El Niño tomaba las riendas y el carrillo, traqueteando, subía hasta la calle Imperial, próxima a la Judería. Tan pronto llegaban, Cipriano se arrojaba del carro, armaba el túmulo en el centro de la calle y colocaba encima los dos cadáveres. Disponían de una fórmula, acuñada por el uso, para llamar a la caridad a los viandantes, y Cipriano la ponía en práctica con gran propiedad:

—Hermanos: aquí tenéis los cuerpos de dos desdichados que pasaron a mejor vida sin conocer los beneficios de la amistad —decía—. No les neguéis ahora el derecho a la tierra sagrada. Nuestro Señor nos ordenó ser hermanos del pobre y del pecador y únicamente si vemos en ellos al propio Cristo conoceremos el día de mañana el premio de la gloria. Ayudad a dar tierra a estos

desdichados.

Algunos transeúntes cruzaban la calle y depositaban unos maravedíes en la bandeja, al pie del carrillo. Los tres colegiales se iban turnando en la llamada a la caridad de los ciudadanos. A veces, como ocurría con Cipriano, intercalaban en el texto frases nuevas, originales, de efectos patéticos: no conocieron el amor de sus semejantes. O bien: no escucharon nunca la voz del Señor. O bien: vivieron abandonados como perros.

Cipriano intuía que la última frase que comparaba a los difuntos con los perros movía antes el corazón de las mujeres que el de los hombres y, en cambio, afectaba más a éstos el hecho de que no hubieran tenido oportunidad de escuchar la voz del Señor. De cuando en cuando, *el Niño*, Claudio, *el Obeso*, y Cipriano, alineados tras el carro, intercalaban las letanías dedicadas a los difuntos. Claudio, *el Obeso*, las cantaba y los otros dos respondían:

—*Sancta Maria...*

—*Ora pro nobis*.

—*Sancta Dei Genitrix.*

—Ora pro nobis.

—*Sancta Virgo Virginum.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Michael.*

—*Ora pro nobis...*

Al terminar, dejaban transcurrir un rato en silencio, alineados tras el túmulo. Si acaso Cipriano veía aproximarse un grupo de mujeres, sacaba la voz de ventrílocuo y clamaba:

—*Hermanos, una caridad para con estos desdichados que desconocieron las mieles de la fraternidad y vivieron abandonados como perros.*

Las mujeres cesaban en sus comadreos y depositaban unas flacas monedas en la bandeja, a raíz de lo cual, Claudio, el Obeso, estimulado por el donativo, iniciaba de nuevo la cantinela:

—Hermanos, una caridad para estos desdichados...

Transcurrida una hora larga en la primera posa, Cipriano volvía a colocar los cadáveres en el carrito y, conducidos por *el Niño*, armaban sucesivamente el túmulo en las calles Huelgas, Zurradores y Espolón Viejo para repetir el mismo rito. Al concluir enterraban a los muertos en la iglesia indicada por el enano Miguel y, de vuelta al colegio, depositaban en el Arca de las Limosnas de la capilla los donativos recibidos en su recorrido por la villa.

Los limosneros cerraban la jornada, ya entrada la noche, con el toque de Ánimas. Las campanadas, lentas y melancólicas, ponían en

movimiento a todos los campanarios de la ciudad, en lo que los fieles de la villa llamaban «la hora de los muertos».

Cipriano solía caer rendido en su cama. El dormitorio, alargado, con dos hileras de camas estrechas, se alumbraba con un candil que *el Escriba* apagaba antes de retirarse. Las ventanas sin cortinas dejaban entrar un resplandor lechoso desde el río. Y en invierno, el frío era tan riguroso que Claudio, *el Obeso*, juraba que al despertarse tenía escarcha entre los pelos de las cejas. Salvo algún aullido de *el Corcel*, los alumnos llegaban tan fatigados que, una vez puestos los camisones blancos, caían literalmente dormidos en sus camastros. De ahí la sorpresa de Cipriano en su última noche de limosnero cuando oyó un bisbiseo en la punta del dormitorio, que fue transmitiéndose de cama en cama, como una contraseña. A *Tito Alba*, en la cama de enfrente, le oyó claramente susurrar:

—*Niño*, *el Corcel* te necesita.

Oyó revolverse a Claudio, *el Obeso*, a su lado, y repetir el recado:

—*Niño*, *el Corcel* te necesita.

Una sombra cruzó la leve claridad de las ventanas en dirección del primer susurro. Luego crujieron en la esquina los muelles de la cama de *el Corcel*, mientras se oían en la gran sala cuchicheos y risas apagadas. Al cabo de un rato, la sombra volvió a cruzar el dormitorio en sentido contrario y todo quedó en silencio.

A la mañana siguiente, Cipriano preguntó a *Tito Alba* qué hacía *el Corcel* con *el Niño* en el dormitorio. Tito le miró con sus ojos desorbitados, de párpados cortos:

—*Mediarroba*, ¿es cierto que te has caído de un nido o sólo lo aparentas?

No le dijo más, por lo que Cipriano recurrió a Claudio, *el Obeso*:

—Te lo puedes figurar —fue su respuesta—, cuando tiene necesidad, *el Corcel* recurre a *el Niño*. Es lo más parecido a una mujer que tenemos en el colegio.

José, *el Rústico*, terminó de informarle. *El Rústico* procedía de Tierra de Pinares y no sabía disimular su aire rural, ni su necedad. Era un ser primitivo y cándido. Le costaba recordar las oraciones y en los dictados en romance apenas escribía cuatro palabras seguidas. Pero como compañero resultaba franco y comunicativo. Cipriano le preguntó por qué toleraba *el Niño* los abusos de el *Corcel*. El rostro de *el Rústico* lo decía todo:

—Es el que manda —explicó—. ¿No te has fijado que después de *el Escriba*, es *el Corcel* quien manda aquí?

En la clase de latín corrió la voz de que al día siguiente no habría doctrina porque tenían entierro. Las plegarias de los expósitos eran

muy apreciadas en la villa. Sus voces, perdido el tono infantil y sin fraguar todavía el adulto, bien armonizadas por *el Escriba*, constituían el pasaporte deseado por muchos ciudadanos para el tránsito. Las disposiciones testamentarias requerían a menudo la presencia de los colegiales en el entierro a cambio de una limosna. Y los expósitos uniformados, limpias las botas de carnero, alineados en dos filas y con la antorcha en la mano, acompañaban al difunto hasta su última morada.

Así ocurrió en el entierro del caballero don Tomás de la Colina, en cuyo testamento rogaba a los expósitos sus oraciones a cambio de un pingüe juro para el colegio. *El Escriba* hizo saber a los alumnos la generosa disposición del difunto y los estimuló a comportarse con entusiasmo y esmero en el sufragio. Con aire contrito y las antorchas encendidas, los expósitos acompañaron al cadáver, escuchando fervorosamente la salmodia de los clérigos: el *Miserere* y el *De Profundis*. Una vez en la iglesia, formados en torno al difunto, asistieron al funeral y, al concluir la epístola, *el Escriba* levantó la batuta y les dio el tono para iniciar el *Dies irae*:

Dies irae, dies illa,

Solvet saeclum in favilla:

Teste David cum Sibylla.

Quantus tremor est futurus,

Quando Judex est venturus,

Cuncta stricte discussurus!

Tuba mirum spargens sonum

Per sepulcra regionum,

Coget omnes ante thronum.

Terminada la misa, conforme se procedía al enterramiento del cadáver, los expósitos, desde el presbiterio, entonaron las letanías de intercesión de Todos los Santos, guiados por la bien timbrada voz de Tito Alba;

—Sancte Petre.

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Paule.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Andrea.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Joannes.*

—*Ora pro nobis.*

—*Omnes Sancti Apostoli et Evangelistae.*

—*Orate pro nobis.*

La gente se aprestaba a manifestar su condolencia a los deudos en tanto los expósitos terminaban su letanía. En el templo reinaba un pesado hedor mezcla del sudor de los fieles, el humo de las antorchas y el tufo de corrupción de los enterrados en él. Pero por encima de todo vibraba la voz de contralto de Tito Alba:

—Ut omnibus benefactoribus nostris

sempiterna bona retribuas.

—Te rogamus audi nos.

—*Ut frutus terrae dare, et conservare*

digneris.

—Te rogamus audi nos.

—*Ut omnibus fidelibus defunctis requiem*

aeternam donare digneris.

—*Te rogamus audi nos.*

—*Ut nos exaudire digneris.*

—*Te rogamus audi nos.*

Cesó la cantinela de los colegiales y, como colofón, el coro y los sacristanes entonaron el último responso:

—*Libera me Domine de morte aeterna, in die illa*

tremenda, quando movendi sunt coeli et terra,

dum veneris judicare saeculum per ignem.

Los expósitos, desde el altar, hicieron una profunda reverencia a los deudos de don Tomás de la Colina antes de salir del templo, de uno en uno, levantando las antorchas por encima de sus cabezas. Cipriano no descubrió a su tío Ignacio hasta que se puso a su lado y notó su mano en el hombro. A su contacto se estremeció. Don Ignacio era para él un pariente mudo que tampoco osaba afrontar nunca los ojos de su hermano. Era afable pero no se podía esperar de él nada decisivo. Sin embargo, no le pasó inadvertida la mirada de entendimiento que cambió con el Escriba. Y cuando sus compañeros apagaron las antorchas y formaron en filas para regresar al colegio, él los siguió a distancia en compañía de su tío. Don Ignacio se inclinó ligeramente hacia él:

—¿Estás contento en el colegio, te gusta estudiar?

Asintió sin palabras para evitar el titubeo. No veía razones para confiarse a él. Seguramente sería un enviado de su padre. La voz de don Ignacio Salcedo se hizo aún más untuosa:

—No sé si sabes que yo presido el patronato que administra este colegio y soy miembro de la Cofradía a la que pertenece.

—E... eso dicen, sí señor.

—Pero ignoras que en la última reunión de la Comisión de Diputados me han dado informes favorables de ti. Número uno en doctrina, latín y escritura, notable en tablas de cálculo. Intachable en urbanidad y disciplina. ¿Crees que eso se puede mejorar?

El muchacho encogió los hombros. Su tío prosiguió:

—Todo eso es importante, Cipriano. Ante un cuadro así no tengo más remedio que hablar con tu padre y exponerle la situación. ¿Te gustaría dejar el colegio y volver a casa?

A don Ignacio Salcedo le sorprendió la resolución del chico:

—No —dijo—. Me gusta el colegio. Tengo amigos aquí.

—Eso me preocupa, hijo. Tus compañeros son niños sin padres, sin modales, ni educación. Por lo demás ya sabes lo que te espera. Otros dos años en sus aulas y el día de mañana trabajar en el oficio que elijas hasta la muerte. Ése es tu porvenir.

—También puedo ingresar en la Escuela de Gramática del Cabildo —objetó el muchacho—. Todo depende de mi expediente.

—Cierto, Cipriano. Ya veo que te has informado bien. Y no olvides el Centro de Latinidad si decides ser sacerdote. ¿Te gustaría ser sacerdote?

El muchacho vareaba el aire con el palo de la antorcha y luego la utilizaba como bastón. Primero denegó con la cabeza y luego dijo rotundamente:

—No.

—Y ¿doctorarte en Leyes? Tienes buena cabeza, dominas la sintaxis latina, escribes de corrido el romance... Podrías ser un buen letrado el día de mañana. Tu padre te dejará una fortuna importante y tuyo será también lo que hoy es mío. Pero al dinero hay que ennoblecerlo. El dinero en sí no tiene importancia y menos aún si no se debe a tu esfuerzo.

Habían salido de la Puerta del Campo y descendían hacía el nuevo barrio de las Tenerías, al fondo del cual estaba el colegio. Olía fuerte a cuero y tinturas y, entre la muralla y el barrio, se veía correr al Pisuerga en ejarbe. Cipriano levantó los ojos y contempló la piel rojiza, lampiña, de su tío Ignacio, su mirada insegura, pero fija en él.

—No sé —dijo al fin—. Falta mucho tiempo. Tendré que pensarlo.

—Eso está bien. No es bueno precipitarse pero debes ir reflexionando. Dos años pasan enseguida, antes de que lo que tú piensas, y para entonces sería conveniente que hubieras tomado una determinación.

Doblaron la última esquina y don Ignacio se precipitó:

—Una cosa voy a rogarte, Cipriano: que tu padre no se entere de nuestro encuentro ni de nuestra conversación. Él no debe saber nada de esto. ¿Te escribe?

—No —dijo Cipriano.

Don Ignacio vaciló al despedirse. No era ya un niño para besarle y además él era para el muchacho casi, casi un desconocido. Le tomó por los hombros, se inclinó ligeramente, luego se enderezó, lo soltó y le tendió su mano anillada. Lo había pensado mejor:

—Adiós, Cipriano —dijo—. Sigue estudiando. Aprovecha las enseñanzas de don Lucio, es un gran maestro. Nunca te arrepentirás de haberlo hecho.

VI

Por segundo año consecutivo desde su ingreso en el colegio, llegado agosto, Cipriano participó en la Ceremonia de las Eras acompañado de dos condiscípulos y dos cofrades de la Santísima Trinidad. La clase, dividida en grupos, visitaba las eras que rodeaban la villa y pedían a Dios «prieta espiga y grano abundante». A los muchachos les divertía tomar contacto con los labriegos, trillar, azuzar a las mulas, montar en pollino y beber del botijo. Rezado el Pater Noster y las letanías rituales, los campesinos les entregaban unos fardillos de trigo que ellos, al llegar al colegio, depositaban en el Arca de las Limosnas y, al día siguiente, en el mercado, lo convertían en dinero contante y sonante. Cipriano, en compañía de *Tito Alba* y de un nuevo compañero, a quien apodaban *Gallofa*, quedó a un celemín de distancia del grupo más aprovechado y fue elogiado por *el Escriba* al iniciarse la clase.

Para entonces, Cipriano había empezado ya con sus escrúpulos de conciencia. Atendía con sus cinco sentidos a las clases de doctrina y religión, pero de su atención no derivaba una tranquilidad espiritual. Es más, se le antojaba que su formación religiosa dejaba mucho que desear. El padre Arnaldo les hablaba de la oración vocal y de la oración mental y se inclinaba por aquélla siempre que la concentración del orante fuese completa. A Nuestro Señor no debemos dejarlo solo, les decía el padre Arnaldo. Podéis aprovechar el recreo para hacerle una visita. Cipriano comenzó a visitar la capilla durante el recreo. Se trataba de una vieja costumbre que algunos alumnos acataban. A él le gustaban el vacío y el silencio del templo, donde apenas llegaba el alboroto de sus compañeros en el patio. Reclinado de rodillas, en el banco de madera, Cipriano tenía a flor de labios dos peticiones obsesivas: Minervina y su futuro una vez pasada la etapa colegial. Mientras oraba, se mantenía sereno. Era al marchar y tomar agua bendita en la pequeña pila, a la puerta de la capilla, cuando surgían las dudas: al rezar y santiguarse ¿había pensado en el sacrificio de Nuestro Señor o en el juego de zancos que le aguardaba en el patio? La duda se hacía cada vez más honda y corrosiva. Y si la daba de lado para entregarse al juego, los escrúpulos ya no le abandonaban el resto de la mañana. Entonces resolvía retornar a la capilla y signarse otra vez con agua bendita, muy despacio y pensando en lo que hacía. Pero este gesto tampoco lo apaciguaba. Al salir al patio regresaban

las dudas sobre su concentración y volvía de nuevo a la capilla a tomar agua y santiguarse con lentitud, deteniéndose fervorosamente en los cuatro movimientos esenciales. Mas, acorde siempre con las predicaciones del padre Arnaldo, llegó a la conclusión de que sus peticiones eran inevitablemente egoístas: pedía por él, para solucionar su vida el día de mañana y pedía por Minervina, único ser al que amaba en este mundo. Entonces decidió pedir también por *el Corcel*, para que no se hiciera pajas en el paseo, ni obligara a *el Niño* a ir a su cama cada vez que lo necesitaba. Y por *Tito Alba* por quien empezaba a sentir afecto. Paso a paso fue añadiendo peticiones (por *el Rústico* para que se le abrieran las vías del entendimiento, por *el Escriba* para que supiera guiarlos con tino, o por Eliseo, el ex alumno de la Tenería, para que su patrono cumpliese los términos del contrato) de forma que sus visitas a la capilla empezaron a durar tanto como los recreos. De esta manera Cipriano no encontraba tiempo para desfogarse y el sábado, en las reconciliaciones con el padre Toval, que confesaba en dos reclinatorios encarados y cubría, con un inmaculado pañuelo blanco, los rostros de confesor y penitente, reconocía que sus peticiones a Nuestro Señor seguían siendo egoístas por la sencilla razón de que con ellas no buscaba la paz o la felicidad de sus compañeros sino su tranquilidad de conciencia. El padre Toval le animaba a perseverar, a pensar menos en sí mismo y en las causas que movían sus actos, y un buen día, para ayudarle, le hizo un rápido examen a través de los mandamientos. Mas cuando llegó al cuarto, honrar padre y madre, Cipriano le dijo al padre Toval que su madre había muerto al nacer él y que a su padre lo odiaba con todas sus potencias y sentidos. Aquí sí encontró el confesor materia grave y, pese a que Cipriano le habló de sus terribles miradas y de sus vejaciones, no justificó su aversión hacia él. El padre nos ha engendrado y sólo por eso ya merece nuestro aprecio. ¿Cómo amar a Nuestro Señor en el cielo si no amábamos a nuestro padre en la tierra? Los vagos escrúpulos de Cipriano iban concretándose ahora: no era tanto por *el Corcel* por quien tenía que rezar como por su padre y por sus sentimientos hacia él. Dejó el confesionario con las orejas rojas y aturdido. En lo sucesivo mentaba a su padre en las visitas a la capilla durante los recreos, pero lo hacía maquinalmente, no porque le amase sino porque el padre Toval se lo había indicado así. Sus escrúpulos se endurecían: yo no puedo amar y odiar a una persona al mismo tiempo, se decía. Y al pensar en su padre veía su mirada bellaca, heridora, y comprendía que su oración por él carecía de sentido. Dejó de ir a comulgar. Su amigo *Tito Alba* notó su cambio y, en un paseo por la ciudad, le preguntó por la razón. O… odiar es un pecado, ¿no es

cierto, *Tito*? Cierto, dijo éste. Y odiar al padre todavía es un pecado más grave, ¿verdad? *Tito Alba* se encogió de hombros: Yo no sé lo que es un padre, dijo. ¿Y qué puedo hacer yo si el odio nace en mi corazón con sólo pensar en él? Bueno, dijo Tito, reza para que eso no suceda. Pero si a pesar de todo sucede y yo no lo puedo remediar, ¿voy a consumirme en el infierno solamente por odiar a mi padre sin quererlo? *Tito Alba* titubeaba. Sus ojos desorbitados, de párpados cortos, eran sin embargo cálidos y mansos. No se parecían a los de don Bernardo. Dijo con poca voz: Habla con el padre Toval. Cipriano se apresuró: Lo hago todos los sábados. A *Tito Alba* le abrumaba el pesar de su amigo. Encontró un alivio al mirar a la pareja de compañeros que los precedía: Mira, dijo, ya está el guarro de *el Corcel* haciéndose una paja. Por él sí debes rezar. Cipriano manoteaba excitado: Pero tampoco puedes echar sobre ti todos los pecados del mundo, toda su porquería, ¿no es cierto?

También el padre Toval advirtió su desconcierto. Hablaron de los pecados que no producían placer sino dolor, como odiar o envidiar. El padre Toval llegó a decirle que ofreciera a Dios el asco de su odio como una expiación, pero a Cipriano no le convencía. S... sería engañarme, padre, me engañaría a mí mismo y engañaría también a Dios. Ofrecerle mi odio sería envilecerme.

El tercer año en el colegio resultó inquietante para Cipriano. Pese a la buena relación que mantenía con la mayor parte de los alumnos, de su aprovechamiento en las clases, no se sentía satisfecho. Y no sólo eran sus escrúpulos de conciencia lo que le agobiaba. Empezó a atormentarle la injusticia humana, el hecho de que don Bernardo pudiera pagar la beca de tres compañeros que, por añadidura, desconocían a su padre, para que él pudiera estudiar; el que *el Niño* tuviera que acudir a las llamadas de *el Corcel* aunque no le apeteciera y que aceptara ser humillado periódicamente porque carecía de poder; el que su carne empezase a despertar y notase una extraña fuerza que transformaba su cuerpo y cuyas exigencias se imponían a su voluntad. Entonces empezó a comprender a *el Corcel* aunque aborreciera la violencia que ejercía sobre *el Niño*, para complacerse a sí mismo. Estas novedades modificaban su carácter, sentía arrebatos de agresividad, vivía en permanente descontento consigo mismo. A veces, él mismo se sorprendía al arrogarse un papel justiciero que nadie le atribuía, como la noche que detuvo a *el Niño* en la penumbra del dormitorio cuando sumisamente acudía a la llamada de *el Corcel*:

—*Corcel*, no le esperes. *El Niño* no va contigo esta noche —dijo.

Pero, de pronto, en el extremo del dormitorio, se produjo un gran revuelo. Al leve resplandor que subía del río divisó a *el Corcel* en

camisón, corriendo entre las dos filas de camas para meterse finalmente en la suya. Sintió su salvaje aliento, sus palabrotas, su dureza viril, sus brazos desmañados abrazándole, y entonces Cipriano, con gran serenidad, flexionó la pierna, le propinó un rodillazo en los testículos y le empujó con todas sus fuerzas hasta arrojarle fuera de la cama. Durante unos minutos se escucharon los quejidos de *el Corcel* en el suelo, como los de un perro apaleado. En el dormitorio había una tensión que se cortaba. Paulatinamente *el Corcel* se incorporó y le dijo a Cipriano en la penumbra, con las manos en el vientre:

—Mañana, en el recreo, te espero en el patio.

En el patio, en la esquina que formaba con el gimnasio, a cubierto de miradas indiscretas, se dirimían las peleas entre los escolares. El pleno del alumnado se reunía allí, ante un desafío, rodeando a los contendientes. Por si los alicientes fueran pocos, era la primera vez que *el Corcel* peleaba en el colegio. Nadie había osado nunca enfrentarse a él. La actitud de los luchadores esta mañana era distinta. Mientras *el Corcel*, con sus brazos largos y desgarbados, aspiraba a hacer presa en el cuello de *Mediarroba* y voltearle, éste le esperaba a distancia, sin dejarle aproximar. A Cipriano le daba ventaja su viveza. En lo que *el Corcel* levantaba un brazo, los puñitos pequeños y duros como piedras de Salcedo se disparaban tres veces sobre la nariz de su adversario. Los compañeros observaban la pelea en silencio. A veces, un comentario: ¿Te fijas cómo pega *Mediarroba*? Y Claudio, *el Obeso*, trataba de explicar a todos, uno por uno, que *Mediarroba* cargaba con los muertos del Hospital de la Misericordia sin ayuda de nadie y tenía unos músculos de acero. Cipriano lanzó su puño derecho una vez más sobre el rostro bobalicón de *el Corcel* y éste empezó a sangrar por la nariz. Claudio, *el Obeso*, volvió a repetir que *Mediarroba* tenía mucha fuerza, y éste daba vueltas en torno al grandullón y se agachaba, esquivándolo, cada vez que trataba de asirle por el cuello. *El Corcel* resistió un par de puñetazos más. Era como ver representada, al cabo del tiempo, la desigual lucha de David contra Goliat. Y David era aquel muchachito reducido, bajo para su edad, pero con una agilidad pasmosa y una dureza de mármol. El sayo de *el Corcel* se llenaba de sangre y, entre dientes, provocaba a su rival llamándole enano y cacho cabrón, pero *Mediarroba* no caía en la trampa, evitaba lanzarse sobre él a ciegas y guardaba las distancias. Sus puñetazos eran como las picadas molestas de un insecto que iban minando la moral del otro. Y cuando, al cabo de cinco minutos, *el Corcel* se olvidó de su guardia y atacó abiertamente a su contrincante persuadido de que era un alfeñique, Cipriano le recibió con un puñetazo en el pómulo

derecho que le hizo tambalear. Al golpe siguiente, *el Corcel* hincó una rodilla en tierra pero, como avergonzado de su debilidad, se recuperó inmediatamente y echó su brazo derecho hacia delante tratando de hacer presa en su enemigo. Cipriano, sin embargo, se agachó, reculó a tiempo y, cuando *el Corcel* trastabillaba, después de su esfuerzo fallido, volvió a sacudirle dos golpes en la nariz y *el Corcel* se apartó jadeando y tratando de restañar la sangre con sus manos. Nadie hablaba, pero como *el Corcel* no pareciera tener intenciones de reanudar la pelea, *Tito Alba* se acercó a él y le dijo:

—*Corcel*, ve a cambiarte el sayo antes de que te vea *el Escriba*.

Le acompañó al dormitorio, mientras Cipriano componía su figura. Vio alejarse a *el Corcel*, auxiliado por *Tito Alba*, y, entonces sí, entonces los compañeros le rodearon preguntándole por su fuerza, le tocaban la bola, y él se levantaba la pernera del pantaloncillo de lona, estiraba la pierna y les mostraba los músculos de los muslos tensos y alargados como cables.

Al sábado siguiente, *Mediarroba* se acusó de su pecado:

—He golpeado a un compañero hasta hacerle sangrar, padre —dijo.

—¿Es posible, hijo? ¿No sabes que incluso el más despreciable de los hombres es templo vivo del Espíritu Santo?

—Ofendía a los demás, padre; es un matón.

—Y ¿quién es ese compañero tuyo? ¿Es del colegio?

—No puedo decirle más.

En la siguiente clase de doctrina, el padre Arnaldo se refirió a su labor de enseñante y a la obligación de los alumnos de aprender sus enseñanzas para poder auxiliar el día de mañana a algún semejante descarriado. Eran, poco más o menos, las mismas palabras que había empleado Minervina cuando le enseñaba a rezar. Si tú te condenas por no saber, tesoro, yo me condenaré por no haberte enseñado. Eran, veinte años más tarde, las mismas palabras de don Nicasio Celemín en Santovenia. Y Cipriano, al oír la admonición del padre Arnaldo, pensó en *el Corcel*, se olvidó del odio hacia su padre y su mente la ocupó la soledad tremenda de su compañero. Nadie le quería. Se propuso buscar el momento apropiado, aproximarse cordialmente a él, ayudarle. Y un día, en el paseo de la tarde, rogó a *el Rústico* que se pusiera junto a *Tito Alba* y le dejara a *el Corcel* por compañero.

—¿Qué quieres ahora? —le dijo éste al verle a su lado.

—Hablar contigo, *Corcel*. Pedirte disculpas por lo del otro día. No quise lastimarte.

—Y ¿a ti qué te importo yo? ¡Ya te puedes largar!

—Me importan todos los mortales, *Corcel*. Debemos ayudarnos los unos a los otros.

Dos mujeres jóvenes, con sendos capachos, se cruzaron con las filas de estudiantes. El *Corcel* se fijó en ellas y giró el rostro descaradamente para contemplarlas por detrás, sus traseros ondulantes. Después se volvió hacía Cipriano:

—¿Sabes qué te digo, *Mediarroba*?

—¿Qué? —dijo Cipriano, esperanzado.

—Que te vayas a tomar por el culo; quiero hacerme una paja.

Cipriano aminoró el paso, fue rezagándose pero aún dijo tímidamente:

—Volveré a buscarte, *Corcel*. SÍ algún día me necesitas, llámame.

A la semana siguiente la villa se llenó de curas, seculares, regulares, canónigos y obispos. El primer día llegaron cuarenta o cincuenta, ciento sesenta el segundo y, en esta proporción, llegaron a alcanzar el millar y medio. El primer encuentro de los expósitos con los clérigos durante un paseo fue sonado. Los colegiales conservaban la piadosa costumbre de besar las manos que consagraban en señal de respeto, pero en esta ocasión fueron tantas las por besar y tantos los labios que aspiraban a hacerlo, que se produjo un atasco en la calle de Santiago que tardó largo rato en despejarse. Una vez en el colegio, *el Escriba* elogió su actitud, pero les rogó encarecidamente que omitieran estas demostraciones de respeto en tanto durase la Conferencia. Era la centésima vez que oían mentar la Conferencia. La Conferencia era la consigna. Ante los nutridos grupos de clérigos, que mariposeaban por todas partes, los transeúntes decían: van a la Conferencia o vienen de la Conferencia. No salían de ahí. Y en verdad las reuniones eran tantas, tan numerosas las comisiones, que las bandadas de clérigos que discurrían por las calles a todas horas indefectiblemente procedían de la Conferencia o iban a ella. Durante meses, la Conferencia lo llenó todo. En los conventos de frailes y los monasterios de la villa y su alfoz no cabía un cura más.

Las controversias teológicas que se producían en San Pablo, San Benito o San Gregorio se prolongaban hasta altas horas de la noche, o, como decía el pueblo, no tenían fin. Las discusiones de la Plaza del Mercado entre rústicos y artesanos subían fácilmente de tono. Y en el centro de tanta polémica y discusión, de tanta palabrería y alboroto, estaba la controvertida figura de Erasmo de Rotterdam, un ángel para algunos, un demonio para los demás. La pluma de Erasmo había dividido al mundo cristiano y, por tanto, con ocasión de la Conferencia, en la villa se formaron dos bandos: los erasmistas y los antierasmistas. Pero esta división no se dejaba sentir

únicamente en los colegios y conventos, sino en todas las instituciones, industrias, negocios y familias de la ciudad donde se reunieran más de dos personas. Tampoco el Hospital de Niños Expósitos se libró de la escisión y no sólo entre los profesores sino también entre los alumnos. Aunque ponían exquisito cuidado en no mostrar sus predilecciones, era del dominio público que el padre Arnaldo era antierasmista y el padre Toval erasmista. El primero decía: Lutero se ha criado a los pechos de Erasmo. Sin él nunca se hubiera llegado a esta situación, mientras el padre Toval sostenía que Erasmo de Rotterdam era exactamente el reformador que la Iglesia precisaba. Pero nunca se produjo entre ellos la menor fricción. Atendían con el mismo celo de siempre sus respectivos deberes pero jamás se enfrentaban entre sí. Esta distinta apreciación de las ideas erasmistas, que era la que dividía a los adultos, acabó imponiéndose igualmente entre los alumnos, que una semana antes ignoraban incluso la existencia de Erasmo. Pero durante el tiempo que duró la Conferencia, los padres Arnaldo y Toval parecían los encargados de llevar al colegio las últimas noticias sobre la misma, arrimando discretamente el ascua a su sardina.

—Los antierasmistas han puesto espías en las librerías para acusar de herejes a los lectores.

—Virués ha dicho en la Conferencia que el inquisidor Manrique y el Emperador son partidarios de Erasmo.

La villa, cuna de la Conferencia, se dividía, discutía, se acaloraba y, en la Plaza del Mercado, junto a los puestos de hortalizas, al lado de la gran tertulia popular, se improvisaban otras de intelectuales gesticulantes y excitados. La Corte, provisionalmente instalada en la ciudad, hacía sentirse protegidos a los erasmistas. Las tardes de paseo, los expósitos se cruzaban con grupos de curas, grandes grupos que comentaban las incidencias de la Conferencia a voz en cuello, trasladaban la controversia de los templos a la calle. Una mañana, el padre Arnaldo cometió la imprudencia de solicitar un padrenuestro a los colegiales por la conversión de Erasmo. Los erasmistas protestaron y el padre Arnaldo cambió el objetivo de la oración: «Para que Nuestro Señor ilumine a cuantos participan en la Conferencia», dijo.

Cipriano, con una instintiva simpatía hacia Erasmo, intervino activamente en su defensa. A la salida de la capilla, Claudio, *el Obeso*, le preguntó:

—¿Quién es ese tal Erasmo?

—Un teólogo, un escritor, que piensa que la Iglesia debe ser reformada.

En el otro extremo del patio, *el Rústico* vociferaba: «¡Erasmo a la hoguera!». En general, las tesis antierasmistas se orientaban en el sentido de que Lutero no hubiera existido si no hubiera existido Erasmo.

Mediada la Conferencia, los expósitos creyeron entender que en las controversias dominaban las tesis erasmistas y que sus adversarios, el maestro Margalho, fray Francisco del Castillo, fray Antonio de Guevara, se batían en retirada. Pero pocos días más tarde, el padre Arnaldo anunciaba que se estaba discutiendo el divorcio, que Erasmo defendía, y que la Conferencia y el pueblo se habían colocado frente a él. Pero entonces saltó a la palestra el maestro Ciruelo, que por su posición y su apellido se había hecho popular, y manifestó que admitía que Erasmo de Rotterdam tuviera algunos errores pero que sus libros, en conjunto, habían aportado mucha luz sobre los cuatro evangelios y las epístolas de los Apóstoles. Era un pulso tenso el que se libraba en la Conferencia y la villa parecía una enorme caja de resonancia. Pero los principales adversarios de Erasmo eran las órdenes religiosas que él había puesto en solfa en su libro *Enchiridion*. Su lectura levantaba ampollas entre los frailes y las protestas desde los púlpitos menudeaban, con lo que la agitación era mayor cada día y la masa iletrada pedía que la obra de Erasmo fuera condenada a la hoguera. La disputa creció hasta límites de violencia cuando el maestro Margalho denunció una mañana que Virués estaba en contacto con Erasmo y le informaba por carta, cada día, de los avatares de la Conferencia. Virués defendió su derecho a comunicarse con el holandés objeto de la controversia y con esta paladina declaración los ánimos se encresparon.

Los dos bandos, entre los alumnos del colegio, llegaron a las manos una mañana en el recreo, en que unos y otros daban vivas y mueras y exigían la hoguera para el titular de la posición contraria. La pelea fue muy violenta y de ella salieron tres alumnos descalabrados camino de la enfermería. El padre Arnaldo y *el Escriba* les hablaron al día siguiente del respeto y la comprensión hacia el prójimo y les regañaron. Daba la impresión, sin embargo, que la controversia se iba inclinando del lado de Erasmo y en contra de Lutero y el resultado parecía satisfacer al papa y al emperador. Y cuando los erasmistas, y en especial Carranza de Miranda, refutaron brillantemente la proposición de los frailes sobre el libre albedrío y las indulgencias, apoyándose en la propia obra erasmiana, la Biblia y los textos de los Santos Padres, la discusión quedó decidida.

Por aquellos días Valladolid se sintió sobresaltada por una preocupación de otro signo: un criado del mariscal de Frómista que

venía de camino, herido de una seca de pestilencia, infeccionó por contagio a tres criadas del mariscal, todas ellas mozas, y los cuatro fallecieron en pocos días. Paralelamente, la sanidad declaró un enfermo de pestilencia en Herrera de Duero y una mujer en Dueñas. En pocas horas, en las esquinas de las calles, florecieron hogueras donde se quemaban tomillo, romero y flor de cantueso con objeto de depurar el ambiente aunque las gentes caminaban desde días tapándose la boca con el pañuelo. El Concejo nombró una Junta de Comisionados para que informaran de la salud de la villa y de los pueblos próximos y echó mano de los dineros de las sisas del vino y del pan para organizar la defensa contra la enfermedad. Publicó después un bando que los pregoneros divulgaron exigiendo limpieza en las calles, prohibiendo comer melones, calabazas y pepinos, «fácilmente impregnados por exhalaciones malignas», y organizando la atención médica, botica y alimentos para los pobres, puesto que el hambre facilitaba el contagio de la enfermedad. En cambio los ricos se apresuraban a recoger sus enseres y objetos preciados y, por las noches, abandonaban furtivamente la villa en sus carruajes para instalarse en el campo, en sus casas de placer, junto a los ríos, en espera de que la epidemia cediera. La peste había llegado de nuevo. La ciudad se organizaba para un largo asedio y un breve del papa Clemente VII ponía fin *sine die* a la famosa Conferencia tras varios meses de debates. Al propio tiempo, la Corte se trasladó a Palencia y la Chancillería a Olmedo. Sin embargo, los casos de pestilencia, en principio, eran pocos en la villa: seis muertos, y la Junta de Comisionados, para no sembrar la alarma, hizo saber que seis muertos de peste «era cosa de burla» y que la epidemia debía ser algo distinto puesto que «la peste mataba a muchos». Otros recordaban la abundancia de casos de sarampión en la última quincena y de este hecho sacaban los ciudadanos sus conclusiones: no era peste sino sarampión lo que padecían, aunque el sarampión actuaba siempre como heraldo de la peste.

Lo cierto era que el mal avanzaba y la enfermedad se extendía muy deprisa. Los médicos eran insuficientes para atender tantos apestados y los curas para facilitarles atención espiritual. Los muertos, amontonados en carretas, eran conducidos a los atrios de los templos para ser enterrados. El Concejo abrió en la ribera derecha del Pisuerga cuatro nuevos hospitales, dos de ellos, el de San Lázaro y el de los Desamparados, para enfermos graves, y movilizó las fuerzas activas, entre ellas a los colegiales de los Expósitos. Eran casi niños, apenas adolescentes, pero su orfandad los ponía a cubierto de toda reclamación familiar. Fue en los días más duros de la epidemia cuando los colegiales cumplieron sus tareas más abnegadas, enterrando muertos, trasladando enfermos,

vigilando el aislamiento de la villa, estableciendo controles en los puentes y clausurando edificios donde los apestados eran muchos. Los propios colegiales clavaban tablas para condenar puertas de las casas infectadas y Cipriano se especializó en la delicada tarea de separar las tejas de los tejados, para dar de comer a los emparedados. Con el carro del colegio, tirado por *Blas*, el borrico rezno, Cipriano se desplazaba de un lugar a otro, repartía bolsas de comida entre los menesterosos o establecía controles en las barcazas de Herrera de Duero por donde llegaban en buen número los inmigrantes del sur. El muchacho les exigía informes sobre su procedencia o sobre el estado sanitario de los pueblos del trayecto y los conducía, acto seguido, a un lazareto allende el río.

Unos meses después, aparecieron los primeros fríos y la gente respiró aliviada. Existía el convencimiento de que la peste era consecuencia del calor y, por contra, el frío y la lluvia atenuaban sus efectos. A los pocos días templó y la peste volvió a picar en los pueblos y ciudades castellanos. En esta segunda oleada se empezó a hablar de la peste del año seis, más grave que la del dieciocho. El banquero Domenico Nelli tranquilizaba a sus colegas de Medina diciéndoles que los muertos de peste eran generalmente pobres y, por tanto, carecían de interés. Pero la gente insistía en que la peste producía landres, como la de principios de siglo. Es peor que la del dieciocho, aseguraban. Entonces empezaron a organizarse rogativas a la iglesia de San Roque y a la de la Virgen de San Llorente pidiendo las lluvias de otoño. Pero el número de pobres aumentaba y el Ayuntamiento se vio obligado a tomar dos medidas radicales: primera, separar a los vagos de los pobres de solemnidad y expulsar a aquéllos. Y, segunda, exigir la salida de la villa de las prostitutas que no hubieran nacido en ella. Pero la expulsión de grupos sociales no arregló nada. Al contrario, los inmigrantes empezaban a superar a los emigrados y el Concejo se vio ante la necesidad de facilitarles alojamiento al otro lado del río. Pero la avalancha de menesterosos crecía y con ellos la expansión de la peste, por lo que el corregidor convocó sin demora a los pobres sanos al otro lado del puente. Era su propósito que unos caballeros comisarios los expulsaran después de proveerles de los víveres suficientes para el camino. Pero los pobres se negaron a acudir al puente. En la ciudad recibían botica gratis, media libra de carnero y media de pan por persona y día, y nadie les garantizaba que esa ayuda fuese a producirse en las poblaciones vecinas, ni conocían siquiera la situación sanitaria de éstas. Entonces, lo que hacían era esconderse en los rincones del Paseo del Prado y por la noche, con algunos inquilinos de los lazaretos, atravesaban el Pisuerga en barcas, a nado o por los viejos vados conocidos, orillando la muralla.

Por su parte, Cipriano y los expósitos se multiplicaban por ayudar a sus conciudadanos. A veces, a falta de tareas más urgentes, prendían hogueras de cantueso, romero y tomillo para contrarrestar las emanaciones nocivas y continuaban abasteciendo a los emparedados por los agujeros de los tejados. En ocasiones moría algún enfermo en las casas clausuradas y era preciso desclavar los maderos de las puertas para sacarlos a enterrar.

Fue por aquellos días, en la última fase de la epidemia, cuando su tío Ignacio Salcedo se presentó en el colegio. Venía a despedirse, antes de desplazarse a Olmedo con la Chancillería. A media conversación le comunicó que don Bernardo, su padre, estaba gravemente enfermo. Hacía días que se había contagiado de la peste aunque él siempre pensó que este mal era enfermedad de pobres. Y él, que desde niño había aborrecido las enfermedades asquerosas, la padecía ahora en su forma más activa, el cuerpo cubierto de landres abiertas, purulentas, como en la peste del año seis. No tenía más remedio que dejarle al cuidado de las criadas y del doctor Benito Huidobro. No iba a pedirle que lo visitara, por su seguridad y para no humillar a su hermano, pero sí que figurase en el acompañamiento de los expósitos, si el óbito llegara a producirse. Vaciló, como en el encuentro anterior, a la hora de despedirse y terminó estrechándole la mano, dándole golpecitos en el hombro, y diciéndole que más adelante hablarían de su formación si el deceso de su hermano tenía lugar.

A Cipriano no le entristeció la noticia. No sentía una brizna de amor por su padre. Y, al propio tiempo, su ritmo de vida era tan exigente que apenas tuvo tiempo de pensarlo. La sequía continuaba —prácticamente llevaba un año sin llover— y últimamente estaban quemando las casas más afectadas después de trasladar a los hospitales extramuros a los inquilinos enfermos. Nueve meses después de entrar en acción, los expósitos tuvieron dos bajas: *Tito Alba* y *Gallofa*. El propio Cipriano los condujo, en el carrito del colegio, al Hospital de la Misericordia. A Cipriano le caían las lágrimas mientras apaleaba al borrico que tiraba del carro. *Tito Alba* falleció una semana después y, al comenzar el mes siguiente, *Gallofa*.

Entre uno y otro entregó su alma don Bernardo Salcedo. Cipriano se vistió el sayo y el capotillo menos ajados y se concentró con sus compañeros en el portal de la Corredera de San Pablo 5. Él mismo ayudó a Juan Dueñas a meter el cadáver en el coche y a atarlo y, luego, lo acompañó en silencio, con la antorcha encendida, escuchando las salmodias del coro. Acto seguido, ya en la iglesia, asistió al funeral, y los sacristanes iniciaron el último responso:

—*Libérame, Domine, de morte aeterna...*

Entonces divisó a Minervina arrodillada en un banco y trató de acercarse a ella pero *el Escriba* les instaba a buscar la salida para situarse alrededor de la fosa, donde debían entonar la letanía de los Santos. AI concluir, Minervina ya se había marchado y *el Escriba* se acercó ceremoniosamente a él, estrechó su mano y le dijo:

—En mi nombre y en el de sus compañeros le expreso nuestro más profundo sentimiento.

La agitación y los quehaceres no permitieron a Cipriano reflexionar sobre su orfandad. De regreso al colegio, recibió la orden de acudir a Herrera de Duero a buscar a un grupo de refugiados. Hablaban de muertos en las huertas y las cunetas del camino, de la falta de médicos en los pueblos, donde los enfermos eran atendidos por sanadores y barberos cuando no por los mismos convecinos. Era el pan de cada día.

Habían sido tantos y tan largos los meses pasados desde que se inició la epidemia que los vallisoletanos llegaron a pensar en la posibilidad de una peste permanente. No veían salida. Los meses transcurrían sin que los partes de los comisionados dieran una sola noticia alentadora, mientras se repetían las cifras de las bajas con reiteración. Inesperadamente, iniciado el nuevo otoño, tras una pésima cosecha y un tiempo áspero, la Junta de Comisionados anunció que en el último mes únicamente habían muerto veinte personas de las dos mil hospitalizadas. En noviembre las bajas por la peste habían sido doce y cuatrocientas noventa y tres las altas dadas en los hospitales. Era como escapar de una nube tenebrosa, después de un año y medio sin ver el sol. La gente volvía a salir a la calle a respirar los aromas del tomillo y el cantueso para ventilar sus pulmones, se acercaba al Espolón Nuevo, tornaba a conversar y a reír. ¡El milagro se había producido! Y cuando en enero las altas en los hospitales se elevaron a ochocientas cuarenta y tres y las muertes por peste se redujeron a dos, la villa estalló de júbilo, se organizaron procesiones de acción de gracias a la ermita de San Roque y el Concejo anunció para la primavera juegos de cañas y corridas de toros. La peste había terminado.

Un día de fiesta, llegada la primavera, apareció el tío Ignacio en el colegio. Su tez, debido a la vida en el pueblo, era aún más rojiza que de ordinario. Las primeras palabras de su tío fueron para felicitarle por su comportamiento durante la peste. Entre las medallas que programaba el Ayuntamiento había una para los colegiales del Hospital de Niños Expósitos. Fue la única alusión al pasado. Acto seguido, el tío le habló de su porvenir. Cipriano aceptó la idea de doctorarse en Leyes y también la de vivir en casa de sus tíos hasta alcanzar la mayoría de edad y entrar en posesión

de sus bienes. No aceptó, en cambio, la idea de su tío Ignacio de prohijarle. El desapego de Cipriano hacia el género humano, su triste experiencia filial, le llevó a inclinarse por la idea de la tutela y a aceptar a su tío como tutor. Seguidamente, el tío Ignacio le dijo que, tan pronto la Chancillería retornase a la villa, le recogería en el colegio puesto que, dado su alto cargo en él, había resuelto de antemano el enojoso asunto del papeleo.

La casa de su tío, la tía Gabriela, las criadas, la vida en familia, supuso para Cipriano una innovación poco confortadora. Echaba de menos a los condiscípulos, los paseos, las clases colectivas, los juegos, las charlas, las costumbres adquiridas. El anuncio de un preceptor, don Gabriel de Salas, no mejoró la situación. El recuerdo del anterior en casa de su padre, «el temor al tabique», se reprodujo en él de manera automática. Doña Gabriela se desvivía por atenderlo, por hacerle la vida más agradable. Con un instinto femenino muy aguzado, un día le preguntó si no echaba en falta a Minervina. Cipriano asintió. La ausencia de Minervina, la única persona a la que había querido, en la que siempre se había refugiado, le hacía especialmente vacía la vuelta al hogar. Por otro lado, el descubrimiento de la casa de su tío alentaba a Cipriano. No era, como cabía pensar, la casa pretenciosa de un gran burgués, sino el refugio atractivo y sereno de un intelectual. Cipriano pasaba horas en la biblioteca donde se alineaban más de quinientos volúmenes, algunos de ellos editados en Valladolid, traducciones en romance de Juvenal, Salustio y la *Ilíada*. Los poetas latinos estaban casi todos y, paso a paso, Cipriano fue descubriendo el placer de la lectura, el acto íntimo y silencioso de desflorar un libro. Por otro lado, en la casa había buena pintura, copias de cierta solvencia de obras acreditadas, y algunos esbozos de escultura. La reciente instalación en la ciudad de Alonso de Berruguete dio ocasión a don Ignacio de encargarle un panel de madera en relieve, lo que el artista llamaba *una tabla de bulto*, representando a su mujer, doña Gabriela. Era una pieza de noble calidad más por la factura que por el parecido. La tabla se hallaba en la pequeña habitación que daba acceso a la biblioteca y don Ignacio, hombre muy religioso y respetuoso con el arte, se descubría al pasar ante ella como si fuera el Sagrario. Esta nueva asignatura del arte y el buen gusto estimulaba a Cipriano. Había encajado con don Gabriel de Salas y sus progresos en latín, gramática y leyes, eran notables.

Una mañana al salir de clase, se encontró en el salón con Minervina. Conservaba la elasticidad de cuatro años antes, la misma viva cintura, el mismo cuello largo y delgado y la misma boca, de labios gruesos. Doña Gabriela la escoltaba sonriente y Cipriano no supo qué hacer, ni qué decir. Fue Minervina la que

tomó la palabra para decirle que había crecido, que se estaba haciendo un hombre y que este hecho le apenaba.

Pasaban los días y entre Minervina y Cipriano no se reanudaba la vieja y confiada relación. Se alzaba entre ellos como una paralizadora barrera de pudor. Hasta que una tarde de jueves, en que sus tíos salían y vacaban las compañeras de Minervina, Cipriano, al verla sentada, erguida, en el sofá del gran salón, los pequeños pechitos apenas insinuados en la saya de cuello cuadrado, experimentó la misma atracción imperiosa e ingenua que sentía de niño, se fue hacia ella y la abrazó y la besó, diciéndola «h… hola, Mina» y «te quiero mucho, ¿sabes?». Minervina desfallecía al notar los pechos en los cuencos de sus manos, el recorrido apasionado de sus labios ardientes por su escote:

—¡Oh, tesoro, no seas loco!

—Te quiero, te quiero; eres la única persona a la que he querido en mi vida.

Minervina sonreía aturdida, se entregaba.

—Me picas con tus barbas; ya eres un hombre, Cipriano.

Retozaban como cuando Cipriano era niño, se abrazaban y se besaban, pero el muchacho advertía que un nuevo elemento había entrado en su relación y, cuando rodaron por la gruesa alfombra y le arrancó los botones de la saya, Minervina trató aún de resistirse. Pero todo fue en vano.

Al día siguiente, Cipriano buscó al padre Toval:

—H… he yacido con mi nodriza, padre, con la mujer que me amamantó.

El padre Toval le reprendió:

—Eso es casi como yacer con tu propia madre, Cipriano. No te dio la vida pero te dio parte de la suya cuando no podías valerte.

Cipriano vagaba ahora por la casa como sonámbulo. Apenas osaba mirar a la cara a Minervina en presencia de sus tíos. En su cabeza daba vueltas a su confesión. No había sido del todo sincero con el padre Toval. Por otra parte le desagradaba darle cuenta de unos sentimientos tan íntimos. ¿Cómo podría llegar a entender el padre Toval su relación con la muchacha? Y si no la entendía, ¿cómo podía juzgarla?

El jueves siguiente, al verse solos, Minervina y él se refugiaron el uno en el otro como la cosa más natural del mundo. Sin confesárselo habían estado esperando impacientes este momento. E instintivamente ella volvía a darse a él, le nutría, y él se aferraba a ella como a una tabla de salvación. Yacían en la estrecha cama de ella y las tímidas reservas de Minervina revalorizaban la

consumación del acto. La tomó hasta tres veces y, al concluir, experimentó como un hastío de sí mismo, pensando que estaba prostituyendo a la muchacha. Le constaba su amor, la pureza de su inclinación hacia ella, pero, detrás de todo, no dejaba de ver la sórdida aventura del joven amo que se aprovecha de la criada. Buscó en San Gregorio otro confesor desconocido:

—M… me acuso, padre, de poseer a mi nodriza, pero no puedo arrepentirme de ello. Mi amor es más fuerte que mi voluntad.

—¿La quieres o la deseas?

—Si la deseo, padre, es porque la quiero. Nunca quise a nadie en la vida como a ella.

—Pero eres aún un chiquillo. No vas a casarte, claro.

—Tengo catorce años, padre. Mi tutor no lo comprendería.

El cura vaciló. Dijo finalmente:

—Pero si no hay arrepentimiento, hijo, yo no puedo absolverte.

—Lo comprendo, padre. Más adelante volveré a verle.

Los jueves se convirtieron en la cita obligada de los amantes. Era un encuentro inevitable y, con el sexo añadido, la viva reproducción de las expansiones de antaño entre el niño y su nodriza. Y, en las pausas, conversaban. Él le hablaba de sus años de colegio, de la desviación de *el Corcel*, de la pérdida de su inocencia. Y ella de su primer amor hacia un muchacho del pueblo, la caída, el embarazo, el alumbramiento. Y, al hablar de esto, lloraba y le decía. Tú eres como el hijo que perdí, tesoro mío. Pero, enseguida, volvían impacientes a ellos mismos, a descubrirse mutuamente, a amarse. Las relaciones de los jueves, ahora en la habitación de Cipriano, eran cada vez más demoradas y completas, y se prolongaron durante cerca de cuatro meses. Fue con motivo del regreso inesperado a casa de doña Gabriela y don Ignacio, una noche de invierno, cuando todo se vino abajo. Doña Gabriela los descubrió desnudos en la cama, apareados, y no fue capaz de entender nada:

—Ha abusado usted del niño y de mi confianza, Miner; ha deshonrado esta casa y nos ha deshonrado a todos. ¡Váyase y no vuelva más!

Minervina tomó la galera de Jesús Revilla a Santovenia a la mañana siguiente en la Plaza del Mercado, con los dos fardillos con que se había presentado cinco meses atrás.

Libro II: La herejía

VII

Cumplida la mayoría de edad, Cipriano Salcedo se doctoró en Leyes, entró en posesión del almacén de la Judería y de las tierras de Pedrosa y se trasladó a vivir a la vieja casa paterna en la Corredera de San Pablo, cerrada desde la muerte de don Bernardo. Unos años después, conseguidos estos objetivos, se impuso otros tres muy definidos y ambiciosos: encontrar a Minervina, alcanzar un prestigio social y elevar su posición económica hasta ponerse a nivel de los grandes comerciantes del país. El primer objetivo, encontrar a Minervina, que él consideraba el más sencillo, fracasó. En Santovenia apenas encontró a alguien que recordara a la muchacha. Los padres habían muerto y ella —decían— había marchado del lugar. «Casada», dijo uno, pero un segundo rectificó: La Miner no se casó nunca; marchó con su hermana a Mojados donde vivía una vieja tía suya. Cipriano se desplazó a Mojados en su nuevo caballo *Relámpago*. Nadie sabía nada allí de la chica; ni siquiera habían oído nunca un nombre tan raro. Él insistía: Minervina, Minervina Capa. Pero nadie le daba razón. En todo el término no se conocía una muchacha con ese nombre. Cipriano Salcedo, que no comprendía la vida sin la muchacha, la buscó por los pueblos de los alrededores. Inútil. Desconocedor del paradero de Blasa y Modesta, después del fallecimiento de su padre, reinició la búsqueda empezando de nuevo por el principio: Santovenia. Conectó con Olvido Lanuza, *la Alumbrada*, que había perdido un poco la cabeza y le dijo que Minervina había entrado al servicio de don Bernardo Salcedo en la villa. Nadie facilitaba otras pistas sobre la chica, salvo una achacosa centenaria, Leonor Vaquero, quien le informó que se había casado con un manufacturero de Segovia. *Relámpago* llevó a Cipriano hasta Segovia en dos etapas. Pero ¿por dónde empezar la búsqueda? Preguntó, una por una, en todas las industrias de tejidos de la ciudad, pero allí le pedían el nombre del marido ya que el de la mujer no constaba en las nóminas. Salcedo regresó a Valladolid desolado. Se iban desvaneciendo las últimas esperanzas. Encontrar a Minervina, que siempre se le antojó una empresa fácil, le parecía ahora una utopía irrealizable. Decidió frenar, entregarse a la rutina diaria, y ponerse en movimiento únicamente cuando encontrase una información fiable con alguna garantía de éxito.

Dionisio Manrique, que durante diez años había llevado el

almacén de la Judería bajo la supervisión de don Ignacio, recibió con alivio la reincorporación de Cipriano al trabajo. Aquel edificio, desnudo y vacío la mayor parte del año, sin otra presencia que la del mudo Federico, se le hacía odioso e insoportable. De ahí que Manrique recibiera como un don del cielo la llegada de don Cipriano, cuya primera acción en la Judería fue revisar la correspondencia con los Maluenda, en principio la de don Néstor, el famoso comerciante, y la de Gonzalo, su hijo, después. Cipriano pensó que tal vez su primer paso en el comercio debería ser ponerse en contacto con Burgos, conocer al nuevo mandatario y tratar de mejorar las condiciones de su contrato con él, habida cuenta que le proporcionaba setecientos mil vellones de la vieja Castilla cada año. Le agradaba cabalgar y cualquier excusa le parecía razonable para montar a *Relámpago*, por lo que a comienzos de octubre franqueó el Puente Mayor, atravesó Cohorcos y Dueñas en la mañana, y dos días más tarde encontraba a Gonzalo Maluenda en sus instalaciones de Las Huelgas.

Gonzalo Maluenda le recibió alegremente. Hablaba sin parar, con pretensiones de hombre ingenioso, le propinaba golpecitos en el hombro y, con frecuencia, hacía referencia a su padre don Néstor:

—Él le regaló a su padre la primera silla de parir que entró en España. La madre de vuesa merced fue la primera en utilizarla.

—A... así fue —admitió Cipriano—. Las cosas no iban bien y el doctor Almenara, la eminencia de la época, hubo de echar mano de ella.

Gonzalo Maluenda rompió a reír y le golpeó el hombro repetidamente.

—De modo que es usted el primer español hijo de la silla.

A Cipriano no le agradaba el joven Maluenda. Le mortificaban sus reticencias, las salidas de tono que él juzgaba divertidas, sus golpecitos en el hombro:

—En rigor yo soy hijo de mi madre —puntualizó—. La silla flamenca no hizo otra cosa que ayudarla a traerme al mundo.

Al ver el poco éxito de su ocurrencia, Gonzalo Maluenda olvidó sus frivolidades. Hombre inseguro, sin personalidad definida, Cipriano no lo consideró la persona adecuada para dirigir el comercio de la lana con Flandes. Se le antojaba el típico miembro de esas terceras generaciones de negociantes que, en poco tiempo, terminan deshaciendo la fortuna que sus abuelos amasaron con tanto esfuerzo. No le sorprendió que Gonzalo Maluenda volviera a reír a destiempo cuando le informó del apresamiento de dos barcos de la flotilla por los corsarios, como si fuese una anécdota divertida.

—Se salieron de la formación —dijo—. No navegaban en conserva.

—P… pero estarían asegurados.

—Lo estaban, pero al salirse de la conserva el reasegurador se ha llamado andana. Es natural. Cada uno defiende lo suyo.

Cipriano Salcedo inició el regreso a Valladolid muy decaído. El nuevo patrón burgalés no estaba a la altura de las circunstancias. Le había parecido un chiquilicuatro y el apresamiento de dos veleros una advertencia a tener en cuenta en lo sucesivo. Salcedo era consciente de que los errores de Gonzalo Maluenda le arrastrarían a él inevitablemente. Enlazó esta reflexión con la determinación de visitar Segovia, la ciudad pañera de Castilla la Vieja. Cuando la conoció meses atrás, le había sorprendido por su actividad y, a pesar de que Minervina ocupaba entonces todos sus pensamientos, no le pasó inadvertido que Segovia era una pequeña ciudad textil que se desarrollaba a costa de sus propios recursos. Sabía transformar sus materias primas de manera que el dinero siempre quedara en casa. ¿Por qué Valladolid no intentaba una empresa semejante? ¿Por qué la villa no transformaba los setecientos mil vellones que anualmente exportaba a Flandes como hacían los industriales segovianos? ¿No podría ser él, Cipriano Salcedo, el llamado a conseguirlo? El viento en el rostro, acentuado por el trote largo de *Relámpago*, estimulaba su imaginación. Corte de España, resignada a su condición de villa de servicios, pensó, Valladolid era una ciudad dormida, donde la suprema aspiración del pobre era comer la sopa boba y la del rico vivir de las rentas. Allí nadie se movía.

De sus reflexiones dio cuenta a Dionisio Manrique a su llegada. Gonzalo Maluenda no le había gustado. Era un chisgarabís que consideraba divertido el apresamiento de dos navíos por los piratas. Había que andarse con tiento. Un patinazo de Maluenda afectaría seriamente al comercio castellano de la lana. ¿Por qué no intentar en Valladolid lo que Segovia ya estaba haciendo? Los ojos de Dionisio Manrique se redondearon de codicia. Estaba de acuerdo. La era de los Maluenda era evidente que había pasado. Don Gonzalo era perezoso y jugador, malos vicios para un comerciante. Había que pensar en una nueva orientación del comercio de los vellones: reforzar las flotillas o, quizá, ensayar su transporte por tierras de Navarra. A Cipriano Salcedo le estimuló verse secundado por Manrique. Acordaron pensar en ello y, entretanto, Cipriano decidió visitar Pedrosa: aspiraba a lustrar su apellido. El título de doctor en Leyes poco significaba si no lo acompañaba un privilegio de hidalguía. Acceder a la aristocracia por la base sería una astuta jugada para adornar su carrera y reforzar su prestigio personal.

Cipriano conocía ya a Martín Martín, hijo de Benjamín Martín, el nuevo rentero, a Teresa, su mujer, y a sus ocho hijos, pequeños y ligeros como ratas. Su tío Ignacio le había acompañado en un viaje anterior. La casa, desnuda y pobre, sin pavimento, le había llamado la atención. Y, por contraste, el dosel de guadamecíes que adornaba el amplio lecho matrimonial.

—Es la única herencia que recibí de mi pobre padre que gloria haya —dijo Martín Martín, a modo de explicación.

Don Ignacio y Cipriano habían ido a Pedrosa por el consabido camino de Arroyo, Simancas y Tordesillas, el del difunto don Bernardo, y fue en ese viaje cuando Cipriano Salcedo, amante de las aventuras, concibió la idea de desplazarse faldeando las colinas, atravesando las tierras de Geria, Ciguñuela, Simancas, Villavieja y Villalar. No existía camino definido allí pero *Relámpago* lo trazaba ahora, en su segundo viaje, con su largo galope, hollando las aulagas de los bajos. Cipriano manejaba el caballo con maestría, lo dominaba, en cada cabalgada le hacía aprender una nueva habilidad. Corría el mes de junio y las parejas de perdices volaban con sus polladas, de las viñas a las cuestas, con un aleteo metálico que estremecía al caballo.

Hacía meses que Cipriano venía gestionando un privilegio de hidalguía. Martín Martín, a quien había cedido una tercera parte de los frutos de la tierra, era un adicto incondicional. Y a los más viejos del lugar les había oído hablar bien de don Bernardo, el último defensor del buey para las faenas agrícolas, y de don Aquilino Salcedo, el abuelo, que pasó en Pedrosa los últimos años del siglo. Ninguno de ellos tenía buen ni mal concepto de los patronos pero sí una vaga idea de que en la vida era preferible arrimarse a un rico que a un pobre. Por otra parte, don Domingo, el viejo párroco, conservaba en el archivo de la iglesia papeles de los Salcedo donde constaban las limosnas y donativos hechos al pueblo en ocasiones difíciles como la peste del año seis o los nublados del año noventa, que no permitieron trillar y el cereal se nació en las eras. Por si fuera insuficiente, Cipriano Salcedo estaba en condiciones de acreditar la pureza de sangre hasta la séptima generación.

A poco de llegar, Salcedo cambió impresiones con Martín Martín sobre el particular. Treinta y siete vecinos, de treinta y nueve, estaban dispuestos a votar que su familia venía siendo considerada hidalga en Pedrosa desde hacía dos siglos. Don Domingo, el viejo párroco, por su parte, adjuntaría al expediente copias de los documentos del archivo parroquial, en los que constaba el generoso patrocinio del pueblo por parte de los Salcedo. Cipriano no

ignoraba que su título de doctor, unido al de hidalgo, doctor-hidalgo, no sólo le redimía de contribuciones e impuestos sino que le hacía apto para formar parte de la administración y le insertaba en el escalafón de la baja aristocracia. Sabía, asimismo, que un terrateniente accedía más fácilmente a la nobleza que un hombre de negocios y que carecía de sentido la máxima de «el noble nace, no se hace», como se proponía demostrar. Martín Martín le prometió que tan pronto contara con las acreditaciones de los vecinos y las copias documentales de don Domingo se las haría llegar por un correo. Para añadir méritos al mérito, y aprovechando las nuevas ordenanzas sobre roturos de baldíos, Cipriano tomó nota de los límites de los pagos del arroyo de Villavendimio con objeto de solicitar licencia de cultivo y autorización para agregarlos a sus tierras.

Dos semanas más tarde llegó a Valladolid un correo con los papeles de Pedrosa y Cipriano se los hizo llegar a su tío, el oidor, quien, a su vez, los presentó, con una instancia respetuosa, a la Sala de Hidalguía de la Chancillería. Pocos meses después don Cipriano había obtenido el título de doctor-hidalgo y había sido redimido de contribuciones. Un correo urgente a Pedrosa comunicó a don Domingo y a Martín Martín la buena nueva, al tiempo que encarecía al rentero que para el 3 de julio tuvieran sacrificados una docena de corderitos y dispuestos dos toneles de vino de Rueda para celebrar el nombramiento, fiesta de la que únicamente quedarían excluidos Victorino Cleofás y Eleuterio Llorente, los dos labriegos que, lejos de considerar a los Salcedo unos seres magnánimos y desinteresados, los juzgaban unos explotadores. La merienda se celebró en el corral de la casa al anochecer y, según cuentan las viejas crónicas, ni la villa de Toro, de la que Pedrosa dependía, conoció en sus mejores años un fasto semejante, tan alegre y desquiciado, en el que participaron hasta los perros y animales de labor. La burra de Tomás Galván, *la Torera*, bebió una herrada de vino de Rueda y pasó la noche rebuznando y coceando por las calles del pueblo, hasta que de madrugada se murió.

Asentada su vida adulta, alcanzado el título de hidalgo y ordenadas las cosas en Pedrosa, Cipriano Salcedo puso sus cinco sentidos en el comercio con Burgos. Y, aunque don Gonzalo Maluenda no le gustaba, o precisamente por eso, decidió acompañar personalmente a la expedición de otoño, como había hecho su padre, don Bernardo, unos meses después de nacer él.

Durante varios días, las cinco grandes plataformas de ruedas de hierro fueron cargadas en el almacén, en tanto las cuarenta mulas de tiro de Argimiro Rodicio eran preparadas para el evento. Docenas de temporeros se afanaban en el patio y, llegado el día de

la partida, Cipriano Salcedo se puso al frente de la expedición, por el polvoriento camino de Santander. En esos momentos, después de haber tomado las precauciones pertinentes, Salcedo se sentía importante y feliz. Advertido de que el bandolero Diego Bernal merodeaba por la zona, iba armado, como lo iban los carreteros, mientras piquetes de la Santa Hermandad, advertidos por correo urgente, vigilaban el itinerario.

El camino, con relejes y profundos baches, no facilitaba el viaje, pero aquella caravana de cinco grandes carros, arrastrados por ocho mulas cada uno, era un espectáculo del que gozaban, apostados en las cunetas, los arrieros y peatones con los que se cruzaban en la carretera. Cipriano precedía a la larga caravana sin dejar de otear el horizonte, temeroso de que aparecieran por los cerros los facinerosos de Diego Bernal, único salteador conocido en ambas Castillas. Las carretas formaban una austera procesión, sujeta a distintos cambios de marcha y a un plan preconcebido: recorrer seis leguas diarias de camino, de manera que el viaje, con los altos consabidos en las Casas de Postas de Dueñas y Quintana del Puente y las ventas del Moral y Villamanco, demorase alrededor de cuatro días.

Una vez en Burgos, procedía la descarga, más enredosa aún que la carga, aunque Maluenda, oportunamente avisado, echaba mano de temporeros experimentados que abreviaban la operación. Exoneradas de su peso, las carretas realizaron el viaje de regreso en tres días y medio y, tan pronto llegaron a la Judería, don Cipriano Salcedo recogió las armas, las devolvió a la Santa Hermandad y, consciente del deber cumplido, retornó a la rutina diaria.

Aquel gran almacén de la vieja Judería, que la víspera se presentaba atestado de vellones y ahora se ofrecía pavorosamente vacío, se iría llenando poco a poco a lo largo de los meses venideros y, llegado el mes de julio, se organizaría una nueva caravana con idéntico destino. Cipriano Salcedo, de ordinario precavido y pusilánime, se crecía ante estas grandes operaciones. Almacenar setecientos mil vellones y transportarlos a Burgos en dos expediciones anuales se le antojaba una proeza propia de grandes hombres, de forma que cuando, sentado a la mesa, Crisanta la doncella le servía su primer almuerzo después del viaje, no hizo por ocultar sus manitas peludas que ahora veía fuertes y masculinas muy adecuadas para afrontar tamañas empresas. Y en esos momentos se veía más próximo de don Néstor Maluenda, el gran mercader, que con sólo su talento y su coraje había hecho de Burgos un gran emporio comercial en plena juventud.

Su tío y tutor, don Ignacio, con quien solía reunirse un día entre semana, y en especial doña Gabriela, su esposa, veían con buenos

ojos la idolatría de su pupilo hacia don Néstor. Para doña Gabriela, nada más admirable que un mercader poderoso, siquiera su esposo puntualizara que doña Gabriela admiraba a los grandes comerciantes antes por sus ingresos que por su relieve social. Pero su culto hacia el abuelo Maluenda, al que no llegó a conocer, no atenuaba sino que acrecía su desprecio hacia su hijo Gonzalo. Secundar a este chiquilicuatro, pretendidamente ingenioso, no satisfacía sus anhelos de ascenso profesional. Por otra parte, recibir una mercancía con la mano izquierda y entregarla a un tercero con la derecha mediante un estipendio, llegó a parecerle una actividad innoble. Cipriano, antes que al comerciante enriquecido por su tesón y su esfuerzo, admiraba al que merced a su ingenio introducía una innovación en el producto, de tal manera que, sin saber por qué ni por qué no, venía de pronto a modificar la voluntad de compra de los clientes. Esta voluntad innovadora le condujo, paso a paso, a un mejor conocimiento de sí mismo, a intuir su iniciativa creadora y las razones de su personal insatisfacción. Y su afán por descubrir nuevos caminos aumentó unos meses después, cuando otros dos barcos de la flotilla de Flandes fueron desmantelados por los corsarios y un tercero hubo de refugiarse en el puerto de Pasajes con avería gruesa. De acuerdo con estas noticias, los riesgos de la flotilla aumentaban cada año y los fletes y los seguros encarecían. La alarma de los laneros se iba extendiendo, en tanto tomaba cuerpo la idea de Salcedo de asumir un nuevo rumbo. El negocio de los fletes no servía ya, por sí solo, para dar salida a las lanas castellanas por un precio remunerador. Fue en esta fase cuando, de la manera misteriosa con que se gestan estas cosas, a Cipriano Salcedo le asaltó un día la idea de ennoblecer una prenda tan popular y modesta como el zamarro. Un chaquetón apto para pastorear o atravesar el Páramo en invierno podía ser transformado, mediante tres leves retoques, en una prenda de vestir para sectores sociales más altos. El éxito, como siempre sucede en el mundo de la moda, dependía de la inspiración, del toque de gracia, en este caso romper la lisura de la espalda y las bocamangas del zamarro con unos audaces canesúes. Mediante unos canesúes estéticamente dispuestos, una prenda de abrigo propia de campesinos adquiría una indefinible gracia urbana que la hacía adecuada para damas y caballeros.

El sastre Fermín Gutiérrez fue el primero en aprobar la iniciativa de Salcedo. Y tanta maña se dio Cipriano para exaltar las virtudes de la nueva prenda que Gutiérrez quedó entusiasmado con el proyecto. De inmediato fue contratado para trabajar a domicilio por un tanto alzado, susceptible de ser modificado: setenta y dos reales al mes. Por su parte, Salcedo se comprometía a suministrarle

a tiempo todos los vellones necesarios. *La revolución de los canesúes*, como Cipriano Salcedo la llamaba, despertó el primer año en la villa una cierta curiosidad. Pero fue el segundo cuando se desató un entusiasmo inesperado que obligó a Salcedo a enviar a las ferias de Segovia y Medina del Campo dos expediciones de zamarros en su nueva interpretación. El chaquetón había conquistado el mercado y la demanda fue de tal monta que indujo a Salcedo a instalar en los bajos de su casa, en la Corredera de San Pablo, un establecimiento cuyo nombre evocaba la novedad y a su autor en un rótulo ambiguo: *El zamarro de Cipriano*. El primer paso hacia la fama estaba dado. Sin embargo, su inventor observó que, aunque bien acogido el zamarro por la clase media, no penetraba en los más altos sectores sociales. Entonces ideó dos nuevos complementos: sustituir el forro de borrego por pieles finas de alimañas y volver los puños. Tales añadidos, triplicando el precio de la prenda, constituirían para la nobleza alicientes de seguro efecto. No se trataba de adquirir pieles exóticas, sino de aprovechar pieles de animales serranos, generalmente desconocidos para la alta sociedad, como, la marta, el garduño, la nutria, el gato cerval y la jineta. Y acertó. Lo que no había conseguido el canesú lo pudo el nuevo forro con los puños vueltos. Atrajo especialmente a la nobleza la variedad de pieles: había donde elegir. A partir de esta última innovación, *el zamarro de Cipriano* entró en todos los hogares, se impuso en la Corte vallisoletana y se fue extendiendo por todas las capitales del reino.

Una vez convencido de que estaba en el buen camino, Cipriano Salcedo se hizo con los servicios de un avisado hombre de campo, don Tiburcio Guillén, quien organizó una red de acopladores pellejeros, que a su vez crearon otras de tramperos y un equipo de curtidores expertos que trataban las pieles con aceite de abedul. De este modo, el sastre don Fermín y su taller provisional tenían asegurado el abastecimiento todo el año. Al mismo tiempo, don Fermín Gutiérrez fue autorizado para contratar personal, cortadores y costureras, «principalmente —como exigió don Cipriano— entre las jóvenes viudas de la villa que en general pasaban más necesidad que otras mujeres».

En la reorganización del negocio, decidió pagar a Gutiérrez por prenda terminada en lugar de a tanto alzado, lo que, de paso, le iba familiarizando con el mundo de los números: la confección de un zamarro se elevaba a tres reales, a medio su transporte, tratar con aceite de abedul una docena de pieles, ciento veinte maravedíes, y así sucesivamente. Partiendo de esta base, pudo determinar con precisión los márgenes comerciales que iban engrosando su fortuna día a día. Meses más tarde, bajo la dirección de Dionisio Manrique,

deslumbrado por el éxito del patrón, impuso un plazo último a los curtidores: las pieles deberían estar listas el primero de mayo, de manera que el negocio pudiera funcionar en todas las estaciones a un ritmo regular. Las pieles que don Tiburcio Guillén entregaba a don Dionisio Manrique y éste a don Fermín Gutiérrez, el sastre, lo eran en fechas determinadas, después de pelechar los animales, y, por tanto, previsibles con antelación. Se aumentó asimismo el número de pellejeros y, ante la avalancha de pieles, Salcedo decidió no limitar éstas a forrar zamarros, sino extenderlo a las ropas de invierno de hombres y mujeres. *Ropillas aforradas en piel clara y oscura*, fue el subtítulo que se añadió a la cartela de la tienda de la Corredera de San Pablo. Pero los tramperos que, por vez primera, veían valoradas sus presas, abrumaban con sus entregas a los arrieros, con lo que Salcedo hubo de tomar una de las decisiones más importantes de su vida: abrirse al extranjero, en principio con los acreditados mercaderes de Anvers, con el mundialmente famoso Bonterfoesen, que dieron a los zamarros y a las *ropillas aforradas* proyección universal. El conocido comerciante David de Nique hizo un comentario que colmó la vanidad de Salcedo: «Nunca un simple canesú armó una revolución semejante en la moda. Eso es el ingenio». A estas alturas, el zamarro de borrego iba perdiendo prestigio, a pesar del canesú, y las gentes urbanas, especialmente los ricos de España y del extranjero, preferían los forros de alimañas españolas, no sólo más bellos sino de menos bulto y más abrigados.

Pero, en conjunto, la demanda no cedía y el padre del invento, tras largas cavilaciones, decidió convertir en taller de confección la mitad del almacén de la Judería. La nave quedó dividida en dos partes y, mientras una seguía cumpliendo las funciones para las que había sido creada, la otra se transformó en un gran taller en el que reinaba Fermín Gutiérrez. Sin advertirlo, Salcedo empezaba a caminar por la senda de un incipiente capitalismo. El gran taller no paraba ni en invierno ni en verano y, para contrarrestar los grandes fríos de la meseta, cubrió la nave con cielo raso e instaló braseros de picón de encina de gran tamaño entre las mesas de los trabajadores disminuidos por los sabañones.

Lógicamente, la relación con don Gonzalo Maluenda y con Burgos se iba debilitando. Las dos expediciones anuales se convirtieron en una y los diez carromatos en cuatro. Maluenda admiraba en secreto la iniciativa de Salcedo pero se sentía mortificado por sus éxitos. Anteponer una prenda tan basta como el zamarro al comercio con Centroeuropa hablaba por sí solo del mal gusto y la baja extracción social de Cipriano Salcedo, por mucho que adornase con el doctor-hidalgo sus tarjetas de visita, decía. En

el fondo, Maluenda envidiaba a Salcedo que había sabido prever la decadencia del comercio de la lana y encontrar una salida airosa para la mercancía.

Pero llegó un día, pasados los años, en que la naturaleza impuso su ley. Las alimañas no soportaban la presión cinegética y las presas empezaron a disminuir. Mas Salcedo, que era ya un mercader avezado y rico, constató este hecho al tiempo que las ventas del nuevo zamarro y las ropillas afutradas empezaban a decaer. Es decir, cuando la demanda disminuyó, él ya había rebajado la oferta de manera que no tuvo que pasar por el amargo trance de los excedentes. Cinco años después de nacer, la venta del zamarro del canesú se estabilizó de modo que bastaba un turno en el taller de la Judería para mantener abastecido el mercado. Pero para entonces la fortuna de Cipriano Salcedo se calculaba en quince mil ducados, una de las más fuertes y saneadas de Valladolid.

Fue en el tercer año de iniciado el negocio cuando Cipriano Salcedo, desbordado por el feliz resultado de la empresa, envió un correo a Estacio del Valle, a Villanubla, pidiéndole más vellones. Estacio le contestó con un correo urgente, diciéndole que, salvo un nuevo ganadero de Peñaflor, don Segundo Centeno, con más de diez mil ovejas, y algunos pequeños pastores en otras localidades, la lana del Páramo seguía bajo su control. Al llegar el buen tiempo, Salcedo subió a Villanubla por el viejo camino, tan familiar a *Relámpago*. Encontró a Estacio viejo y trasojado, pero lúcido y artero. Don Segundo Centeno, un perulero recién llegado de Indias, con dinero, se había establecido en el monte de La Manga hacía dos años. Oriundo de Sevilla, los ganaderos del Guadalquivir le recomendaron para instalarse la zona del Páramo, en Valladolid. Era un individuo primitivo y tosco que salía al monte con el ganado y vestía como un gañán. Sin embargo era un hombre de posibles aunque nadie sabía hasta dónde alcanzaba su fortuna. Tenía contratada la lana de sus ovejas con los tejedores moriscos de Segovia, mediante un procedimiento complicado en el que los propios tejedores facilitaban las reatas para el transporte de los vellones. Era hombre guardoso y poco sociable y apenas se relacionaba con la gente del Páramo, ganaderos o labrantines. Tenía una hija maciza y blanca de tez llamada Teodomira, que, por su maña en el esquileo, era conocida con el sobrenombre de *la Reina del Páramo*. La muchacha no salía de La Manga: alta, sólida y sumamente laboriosa, vestía inevitablemente una saya de paño burdo y un extraño tocadillo que le agrandaba la cabeza. Se movía, entre el barrizal y la basura del patio y las teleras, con galochas para proteger sus pies. Los vecinos de Peñaflor y Wamba aseguraban que la Teodomira, pese a ser considerada por su padre

la Reina del Páramo, era, en rigor, para don Segundo, un burro de carga, ya que las dos criadas de servicio, a la hora de esquilar al ganado, escurrían el bulto. Llegado este momento era cuando Teodomira encerraba las ovejas en el aprisco y, sentada a la puerta en un tajuelo, iba esquilándolas una tras otra y encerrándolas desnudas en la telera aneja. *La Reina del Páramo* jamás desgarró un vellón. Los sacaba intactos, de una pieza y calientes. Nadie desafió nunca a Teodomira, pues era fama en la comarca que pelar a un centenar de corderos no le llevaba un día. Don Segundo, que la ayudaba desde la tarde a la medianoche, gozaba también de una buena disposición para el oficio, de forma que en siete semanas tenían dispuesta la carga para que los moriscos de Segovia subieran a recogerla. Según Estacio del Valle, podía intentar hacerse con la lana de *el Perulero*, por más que la educación de don Segundo para el trato dejara mucho que desear. En estos asuntos, *el Perulero* era un patán de la cabeza a los pies al que únicamente se le podía localizar, salvo los jueves, en el campo con las ovejas, ya que en casa no paraba. Estacio le dio la dirección del monte. Don Cipriano debería coger el camino de Peñaflor y, a cosa de media legua, junto a la atalaya más alta, nacía un carril rojo, de arcilla, medio borrado por los bogales, que llevaba derecho a la casa. En un calvero del monte, redondo como un coso, estaba ésta, una edificación de adobe con tejado de pizarra, amplia y destartalada, de una sola planta, rodeada de rediles, teleras y corralizas con algunas ovejas dentro, balando. Frente a la fachada había un pozo, con el brocal de piedra de toba, una polea y cuatro abrevaderos, de la misma piedra, para el ganado. La chica que le atendió le dio la dirección de don Segundo. Estaba en el campo, en la linde del monte, de la parte de Wamba, con las ovejas.

Salcedo encontró, en efecto, a don Segundo, con un rebaño grande, en la línea del monte. Era un hombre desaseado, de pelo corto y barbas de muchos días. Se tocaba con la típica cachucha rural y vestía un marsellés ajustado con capucha para el agua. La prenda casaba bien con las calzas abotonadas y las incómodas abarcas para los pies. Los ladridos de dos mastines, con collares de puntas, le pusieron en guardia y el caballo, muy remiso, no se aproximó a ellos hasta que el señor Centeno los aplacó. Pero cuando se apeó, y antes de poder dirigir la palabra a don Segundo, éste levantó una mano, le volvió la espalda bruscamente y le dijo:

—Aguarde un momento.

Portaba un cayado en la mano derecha que enarbolaba al andar y se dirigía sin demora hacia un pequeño hueco que se había abierto en el rebaño. A su paso se espantaba el ganado pero, al llegar al punto preciso, saltó una liebre regateando y, antes de que se

alejara, don Segundo le lanzó el cayado describiendo molinetes en el aire. La garrota golpeó las patas traseras del animal que quedó tendido en el prado, moviéndose espasmódicamente. Don Segundo se apresuró a cogería para que Salcedo la viera:

—¿Se da cuenta? Es grande como un perro —reía.

El ganado había vuelto a pastar pacíficamente, en tanto Salcedo trataba de presentarse, explicando su relación con Burgos y el mercado de la lana, pero don Segundo Centeno le atajó con un deje de ironía:

—¿No será vuesa merced, por un casual, Cipriano el del zamarro?

Mientras hablaba, apretaba el vientre de la liebre para que orinase, tan atento y concentrado, tan ajeno a la presencia de Salcedo, que éste, después de asentir, decidió ganárselo mediante la adulación:

—He oído decir en el pueblo que vuesa merced, con diez mil cabezas, no precisa de manos ajenas para esquilarlas; se basta con la ayuda de una hija.

Un chorrito dorado se desprendió de la entrepierna de la liebre y él le pasó una y otra vez una mano grande y pesada por el vientre inmaculado para ayudarla:

—Está preñada —dijo—. Es un animal muy rijoso éste. Tanto le da abril como enero. No descansa. Desde mi ventana, de madrugada, las veo guarreándose entre las teleras todos los días del año, tanto da con frío como con calor.

Salcedo trató de encauzar la conversación pero, fuera de la emoción del momento, a don Segundo no parecía importarle nada. Sin embargo, era sólo una apariencia, ya que, transcurrido un minuto, recogió el hilo que antes le había lanzado Salcedo y reanudó el coloquio como si nunca se hubiera interrumpido:

—En cuanto a eso de que yo trabaje solo en el monte no es cierto —dijo—. Dispongo de cinco pastores, dos en Wamba, otros dos en Castrodeza y uno en Ciguñuela. Ellos atienden mis rebaños y, llegado el tiempo, nos ayudan a esquilarlos. Eso sí, a mi hija, a la Teodomira, no le echa la pata nadie. En lo que ellos pelan una oveja, ella pela dos. Yo la llamo por eso *la Reina del Páramo*.

La llanura sin fin, apenas amueblada por cuatro carrascos y los majanos alineados como hitos, se extendía ante los ojos sorprendidos de Salcedo.

—El Páramo, por lo general, da poca yerba pero buena, aunque en ciertas zonas es un sequedal. Ve ahí. Para roturar dos hazas ha habido que hacer antes un monumento.

Señalaba con el cayado el majano más próximo con pedruscos de hasta diez libras. Tres ovejas se desmandaron y don Segundo ordenó con un ademán a los mastines, que sesteaban a sus pies, que las reintegraran al rebaño. Don Segundo había guardado la liebre en el zurrón y Salcedo intentó de nuevo cuadrarlo, hablándole de los moriscos de Segovia, pero don Segundo se desentendió del tema. Al cabo de un rato, sin embargo, afirmó que los moriscos eran gente laboriosa y sacrificada y él estaba muy satisfecho con ellos, que cobraban menos que otros porteadores y, por si fuera poco, las reatas de acémilas corrían de su cuenta. Así es que su lana estaba comprometida. Los Maluenda de Burgos, que recogían prácticamente toda la de Castilla, tendrían que quedarse sin la de Segundo Centeno. En cambio, sí le ofrecía para sus zamarros pieles de conejo, miles de pieles. Porque vuesa merced, dijo, forrará zamarros con toda clase de bichos pero al conejo lo tiene olvidado.

—Es demasiado ordinario el conejo —replicó sinceramente Salcedo—. Aquí en Castilla, tal vez por su abundancia, es poco apreciado.

Don Segundo reunió el rebaño y, con ayuda de los perros, fue entrizándolo insensiblemente hacia el monte. A uno de los mastines le llamó a voces *Lucifer*. No simpatizaba con él; le lanzaba piedras e improperios.

—Porque vuesa merced —dijo de pronto— fabrica zamarros para gentes encopetadas de ciudad, pero debería pensar un poco en los gañanes del Páramo. Para ésos ya están los corderos, dirá usted, pero es que el conejo le saldría más económico y tal vez más abrigado.

El sol se ponía en la llanura como en el mar. Se desplomaba sobre la línea del horizonte y éste empezaba a roerlo por la base, en un crepúsculo incendiado, hasta terminar devorándolo. Las nubes, blancas hasta entonces, se tornaban color albaricoque al ocultarse aquél.

—Buen tiempo hará mañana, sí señor —dijo sentenciosamente don Segundo—. Vamos para casa. Es hora de recoger el ganado.

Salcedo llevaba a *Relámpago* de la brida. El espectáculo de la puesta de sol en el inmenso mar de tierra le había sobrecogido. Respecto a don Segundo Centeno no sabía a qué carta quedarse. Seguramente pertenecía a ese grupo de ganadores y labrantines guardosos que llegan a amasar una fortuna a fuerza de austeridad, de privarse incluso de lo necesario, por el inútil placer de morir ricos. Las sombras de las encinas reptaban por el suelo y, en pocos minutos, el monte entero se sumió en una silenciosa penumbra. Don Segundo se rascaba ahora la cabeza. Dijo de pronto:

—Hoy un conejo, su piel, le puede valer a vuesa merced veinte maravedíes. ¿Qué número de pieles necesita para forrar un zamarro? ¿Diez, quince? Y aunque así fuera, forrado de lana y echando por lo bajo, le costaría a usted el doble.

Cipriano Salcedo le dejaba a su aire. Para empezar no se creía que los moriscos de Segovia cargaran con los gastos de las reatas. Y, en cambio, pensaba, don Segundo Centeno podría fácilmente terminar, sin forzar las cosas, siendo su nuevo cliente en el Páramo. La casa se divisaba ya entre las matas, y en el hueco de una ventana brillaba la luz de un candil. Se fingió interesado en las pieles de conejo:

—¿Y cómo puede usted agarrar tantos conejos con lo que corren?

—Yo le hago una apuesta a vuesa merced —dijo jovialmente—. En una hora me comprometo a coger una docena de conejos sin moverme de un bardo. Y si me echa una mano el señor Avelino, el bichero de Peñaflor, cuatro docenas. ¿Qué le parece?

—Con lazo, claro.

—Quiá, no señor. El lazo es muy tardinero. Diez hoy, quince mañana. No me vale el lazo para hacer cifra. Al conejo hay que moverlo, buscarle las vueltas. Aquí, en La Manga, hay millones de ellos. Y si dispone vuesa merced de una buena carnada de hurones, en cuatro días puede armar un estropicio.

Habían llegado al calvero y don Segundo distribuyó el ganado en las teleras. En otros apriscos, de la parte de Wamba y Peñaflor, pernoctaban al aire libre los meses calurosos otros rebaños. Cumplido el encierro, los mastines se encaminaron cachazudamente al corral, en una de cuyas ventanas, sin duda la cocina, temblaba una luz. En la puerta de la fachada crecía un emparrado del que pendían racimos en agraz.

—Pase un rato vuesa merced.

El mobiliario de la casa era de una austeridad conventual. Apenas una gran mesa de pino en la sala, dos escañiles, unas butacas de mimbre, una alacena y, a los lados, los consabidos lebrillos. Pero Salcedo no tenía tiempo para sentarse. Los bogales borraban el camino y era fácil perderse: tenía que aprovechar la última luz. Volvería otro día para seguir conversando. ¿Un jueves? De acuerdo, lo haría un jueves. ¿Una merienda? Agradecería esa atención a *la Reina del Páramo*. Él, don Segundo, le enseñaría además cómo cazar cuarenta conejos en una hora. Si me envía un correo a tiempo tendrá ocasión de ver al señor Avelino, el bichero de Peñaflor, metido en faena. Y a lo mejor se encapricha usted con el conejo para los zamarros y armamos una comandita, ¿no le parece?

Cipriano Salcedo se disponía a salir cuando irrumpió en la sala *la Reina del Páramo*, una muchacha alta, pelirroja, fuerte, vestida al uso de las campesinas de la región: saya corta con faldilla debajo y mangas con papos a la moda antigua. Hacía ruido al andar con las galochas que calzaba. A don Segundo Centeno se le avivó el semblante: Aquí tiene vuesa merced a mi hija Teodomira, *la Reina del Páramo* por mejor nombre —dijo. Ella no se alteró. Saludó escuetamente. La llama de la lámpara iluminaba su rostro, un rostro excesivamente grande para el tamaño de sus facciones. Pero lo que más sorprendió a Salcedo fue la palidez de su carne, especialmente extraña en una mujer campesina; un rostro blanco, no cerúleo, sino de mármol como el de una estatua antigua. No había sombra de vello en aquella cara y las cejas eran muy finas, casi inexistentes. Con el cabello caoba, resaltaban sus pestañas sombreando unos ojos vivaces, de color miel. La muchacha se movía airosamente a pesar de su volumen y cuando don Segundo le presentó como don Cipriano Salcedo, el señor de los zamarros, ella le felicitó diciendo que había ennoblecido una prenda desprestigiada. Entonces la miró de frente y ella le miró a su vez y, bajo su mirada intensa, dulce y afable, se enterneció. Nunca le había sucedido a Salcedo una cosa así y se sorprendió aún más porque, objetivamente, fuera de la expresión de sus ojos y de su presencia amparadora, no descubría en la muchacha especial encanto. Entonces se alegró de haber prometido volver. Y cuando la muchacha le tendió la mano para despedirse y él la estrechó, notó que también su mano era blanca y dura como el mármol. Pero el señor Centeno repitió que a lo mejor se encaprichaba con los conejos y fundaban entre los dos una comandita. Cipriano Salcedo, para entonces, ya se había encaramado sobre *Relámpago* y, después de rodear el pozo y los abrevaderos al trote corto, se perdió entre las sombras del sardón, agitando la mano izquierdeen señal de despedida.

VIII

El jueves siguiente, Cipriano Salcedo se presentó en el monte de La Manga a las cuatro de la tarde, aunque don Segundo le había advertido que esa hora no era la más adecuada para cazar conejos. Y allí encontró a padre e hija junto al pozo, gozando del sol vespertino, acompañados por un individuo chaparro, de rostro atezado, con jubón a listas, zaragüelles y botas de campo, que don Segundo le presentó como el señor Avelino, el bichero de Peñaflor. Don Segundo vestía su atuendo habitual. La muchacha, en cambio, aunque se tratara de una excursión campestre, se había arreglado para la ocasión, lo que satisfizo a Cipriano porque «mujer vestida, mujer interesada», se dijo. Estaba tan habituado a pasar inadvertido que aquel detalle le conmovió. Con todo, se reafirmó en la idea de que *la Reina del Páramo* resultaba excesiva mujer para ser bella, pero tan pronto se apeó del caballo y ella le tendió la mano, él quedó preso de su hechizo, de sus ojos melosos, calientes y protectores, sensación que no le abandonó en toda la tarde.

Luego, junto al bardo, viendo actuar al bichero, de rodillas como estaba, apenas divisaba los finos botines de tafilete rojo de la muchacha, cuya presencia lo arropaba. Su padre iba y venía, trajinaba inútilmente, hacía observaciones obvias al bichero y éste, fingiendo atender sus indicaciones, iba colocando capillos sobre las huras y, de vez en cuando, golpeaba con los nudillos la vieja caja de madera donde se oía rebullir algo vivo, como reprendiendo a alguien:

—¡Quietos, a dormir! —decía.

—P... pero, ¿qué lleva ahí?

—Los bichos, claro.

—¿Qué bichos, si no es mala pregunta?

—Los hurones. ¿Qué bichos quería vuesa merced que llevara?

Tenían un agudo hociquillo de rata y eran largos y delgados como culebras peludas. El señor Avelino se movía diligentemente y trataba a los hurones con deferencia, les dedicaba palabras dulces y afectuosas y, de cuando en cuando, escupía en la palma de la mano y dejaba que el bicho sorbiera la saliva con deleite. Y, cuando más de la mitad de las huras del bardo estuvieron cubiertas por los capillos, el señor Avelino introdujo dos hurones en dos bocas distantes entre sí y quedó un rato relajado, a la expectativa. Se

produjo un tamborileo sordo, subterráneo, bajo el vivar:

—¿Los oye vuesa merced? Hay barullo dentro.

—¿Barullo?

—El bicho ya anda tras los conejos. Los achucha. ¿No los oye? A la postre no les quedará otro remedio que salir.

Apenas había acabado de hablar cuando saltó un capillo con un conejo enredado en ella y don Segundo emitió un gruñido de satisfacción.

—Ya empezó la zarabanda —dijo.

Agarró la red, sacó el conejo, lo cogió por las patas traseras con la mano izquierda y con el canto de la derecha le propinó un golpe seco en la nuca y lo arrojó al suelo agonizante. El ruido de carreras se acentuaba en el subsuelo.

—Ojo. Hay conejos a carretadas —advirtió el señor Avelino.

Los conejos en fuga, enredados en los capillos, empezaron a saltar por todas partes. Don Segundo y su hija desenredaban los animales de las mallas y volvían a cubrir las huras. El ganadero se sentía un poco protagonista de la exhibición.

—¿Eh? ¿Qué le parece el espectáculo?

Pero Cipriano observaba ahora a Teodomira, su maña para sacrificar gazapos, el golpe letal en la nuca, la absoluta frialdad con que se producía.

—¿No siente usted pena por ellos?

Su mirada, tibia y compasiva, desvanecía cualquier sospecha de crueldad:

—Pena ¿por qué? Yo amo a los animales —sonreía.

Cazaron seis bardos y, de regreso, recogieron los sacos con el botín: noventa y ocho conejos. Don Segundo exultaba:

—Diez zamarros podría forrar vuesa merced de este envite. Treinta vellones no le harían mejor servicio.

Luego, después de la merienda, cuando Salcedo mecía a *la Reina del Páramo* en un columpio entre dos encinas, al costado de la casa, ella retozaba de risa y le rogaba que la impulsara más despacio, que no soportaba el vértigo. Pero él la lanzaba con todo el vigor de sus pequeños brazos musculosos. Y, en uno de aquellos envites, su mano resbaló de la tabla donde ella se sentaba y rozó sus nalgas. Se sorprendió. No era el cuerpo fofo que hacían presumir su tamaño y palidez, sino un cuerpo compacto que no cedió un ápice a su presión. Él se sintió turbado. También la muchacha parecía desconcertada: ¿lo habría hecho intencionadamente? Salcedo atendió, al fin, a sus súplicas y el vaivén del columpio se hizo más remiso. Entonces ella le habló con elogio de las *ropillas aforradas* y

le confesó que había visitado varias veces la tienda de la Corredera de San Pablo. Salcedo sonreía abochornado. Le agradaba la rentabilidad del negocio pero jamás se vanaglorió de su idea, que se le antojaba de una vulgaridad plebeya. Ante ciertas personas, incluso, se avergonzaba. Pero Teodomira, aprovechando el moderado balanceo del columpio, proseguía su retahíla: le agradaba, más que ninguno, el zamarro de piel de nutria, aunque no comprendía cómo se podía quitar la vida a un animal tan hermoso. Él le recordó el frío sacrificio de los conejos, mas la chica argumentó que había que distinguir entre los animales que servían al hombre para alimentarse y el resto. Él preguntó entonces si los animales útiles para abrigarse no merecían el mismo trato y ella arguyó que el hecho de matar por medio de asalariados, como él hacía, era aún más imperdonable que hacerlo por propia mano. Consideraba peor al inductor que al mero ejecutor. Cipriano Salcedo empezó a sentir un pueril regodeo con aquellas discusiones. Se dio cuenta que desde el colegio no había disputado con nadie. Que en la vida ni una sola persona le había dado beligerancia ni para eso. Entonces, cuando la muchacha dijo que amaba a los animales, en especial a las ovejas, que siempre sonreían, Salcedo, tan sólo por llevarle la contraria, mencionó al caballo y al perro, pero ella desechó sus preferencias: el perro era incapaz de amar, era egoísta y adulador; en cuanto al caballo, era medroso y presumido, un animal tan suyo que estaba lejos de despertar afecto.

Salcedo volvió por el monte a la semana siguiente, con un zamarro de piel de nutria dos tallas superiores a la suya. Teodomira, que de nuevo había cambiado de indumentaria, agradeció el detalle. Luego dieron un paseo a caballo por el monte y hablaron de las cortas periódicas de los carboneros que a su padre le dejaban tanto dinero como las ovejas. *La Reina del Páramo* montaba a mujeriegas un feo caballo pío, *Obstinado*, que parecía una vaca. Salcedo le preguntó si había aprendido a montar en las Indias, pero ella le informó que *el perulero* era su padre, que ella había permanecido en Sevilla con una tía los diez años que don Segundo estuvo ausente. Entonces Cipriano le dijo que se le había contagiado la gracia de Andalucía y ella le miró tan reconocida con sus ojos color miel que él se turbó.

Cipriano Salcedo pasaba las noches inquieto. La escena del columpio, el recuerdo del contacto furtivo con el cuerpo de la muchacha le excitaban. Al día siguiente del hecho, apenas amaneció Dios, había corrido en busca del padre Esteban, al que había escogido, un tanto a ciegas, como confesor tras la triste separación de Minervina, hacía más de quince años:

—P… padre, he tocado el cuerpo de una mujer y he sentido

placer.

—¿Cuántas veces, hijo, cuántas veces?

—Una sola vez, padre, pero no sé si hubo voluntad por mi parte.

—¿Es que no sabes siquiera si obraste deliberadamente o no?

—Fue una cuestión de segundos, padre. Yo le daba impulso en un columpio y mi mano resbaló o yo hice que resbalase. No salgo de mi duda. Ése es el problema.

—¿En un columpio? ¿Quieres decir, hijo, que la tocaste las posaderas?

—Sí, padre, exactamente las posaderas. Así fue.

En rigor su actitud no era nueva. El desahogo económico no había hecho sino exacerbar la desconfianza en sí mismo. A pesar de los años transcurridos, seguía siendo el hombre roído por los escrúpulos y cuanto más acentuaba su vida de piedad más se recrudecían aquéllos. Había días de precepto que asistía a tres misas consecutivas agobiado por la sensación de haber estado distraído en las anteriores. Y, en una ocasión, abordó a un hombre maduro que había entrado en la iglesia después de la Elevación y le hizo ver la inutilidad de su acto. Procuró advertirle con tiento para no herirlo, pero el hombre se alborotó, que quién era él para dirigir su conciencia, que no admitía intromisiones de petimetres insolentes. Entonces Cipriano Salcedo le pidió perdón, reconoció que, de no haber intervenido, se hubiera sentido responsable de su pecado y que su advertencia, aparentemente impertinente, venía inspirada en el deseo de salvar su alma. Fuera de sí, el aludido le agarró por el jubón y lo zamarreó y, en el momento cumbre de su irritación, blasfemó contra Dios. Cipriano había acudido al padre Esteban desolado:

—Padre, me acuso de que un hombre ha blasfemado por mi culpa.

El cura le escuchó con atención y le hizo ver los límites del apostolado, el respeto a la conciencia ajena, pero él observó que en el colegio había aprendido que no sólo debemos esforzarnos por salvarnos a nosotros mismos, un acto egoísta al fin y al cabo, sino por ayudar a salvarse a los demás. El padre Esteban únicamente le advirtió que era cristiano amar al prójimo pero no humillarle ni agredirle.

También el negocio de los zamarros fue ocasión de problemas de conciencia para Salcedo. En estas cuestiones de equidad solía buscar el asesoramiento de don Ignacio, su tío y tutor, hombre religioso, de buen criterio. La cláusula de dar preferencia a las viudas en la elección de costureras para el taller venía dictada por el hecho de que las viudas elevaban el índice de pobreza de la villa

y mucha gente se aprovechaba de ello para explotarlas. Cipriano no hacía más que darle vueltas a la cabeza. Así un día, se levantaba de la cama con la obsesión de que había que subir el precio de los pellejos a los tramperos o el salario de los curtidores. Su tío hacía números, sumaba, restaba y dividía, para llegar a la conclusión de que, dados los precios del mercado en la región, estaban bien pagados. Mas Cipriano no transigía, él ganaba cien veces más que sus operarios y con la mitad de esfuerzo. Su tío procuraba calmarle haciéndole ver que él exponía y ellos no, que lo suyo era en definitiva la remuneración del riesgo. Llegados a este extremo, Cipriano acallaba los reproches de su conciencia dando pingües limosnas al Colegio de los Doctrinos, que acababa de instalarse en la villa, a instituciones piadosas o, sencillamente, a los pobres, lisiados o bubosos, que paseaban sus miserias por las calles de la ciudad.

Sin embargo, Cipriano Salcedo siempre aspiraba a un perfeccionamiento moral. Recordaba el colegio con nostalgia. Le dio por las homilías y sermones. Buscaba en ellos preferentemente el fondo de los temas pero también la forma. Hubiera pagado una buena suma por una bella exposición de un problema religioso importante. Pero, cosa curiosa, Salcedo procuraba rehuir las pláticas conventuales. Sus preferencias iban por los curas seculares, no por los frailes. En esta nueva búsqueda influyó de manera determinante el jefe de su sastrería, Fermín Gutiérrez que, en concepto de Dionisio Manrique, era un meapilas. Pero el sastre distinguía a los oradores cautos de los ardientes, a los modernos de los tradicionales. Así se enteró Salcedo de la existencia del doctor Cazalla, un hombre de palabra tan atinada que el Emperador, en sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo. No obstante, Agustín Cazalla era vallisoletano y su regreso a la villa provocó un verdadero tumulto. Hablaba los viernes, en la iglesia de Santiago llena a rebosar, y era un hombre místico, sensitivo, físicamente frágil. De flaca constitución, atormentado, tenía momentos de auténtico éxtasis, seguidos de reacciones emocionales un poco arbitrarias. Mas Cipriano le escuchaba embebido, lo que no impedía que a su vuelta a casa le invadiera una cierta desazón. Analizaba su alma pero no hallaba la causa de su inquietud. En general, seguía las homilías de Cazalla, medidas de entonación, breves y bien construidas, con facilidad y, al concluir, le quedaba una idea, sólo una pero muy clara, en la cabeza. No era, pues, la esencia de sus sermones la causa de su desasosiego. Ésta no estaba en lo que decía, sino tal vez en lo que callaba o en lo que sugería en sus frases accesorias más o menos ornamentales. Recordaba su primera homilía sobre la redención de Cristo, sus hábiles juegos de palabras,

el subrayado de un Dios muriendo por el hombre, como clave de nuestra salvación. De poco valían nuestras oraciones, nuestros sufragios, nuestros rezos, si olvidábamos lo fundamental: los méritos de la Pasión de Cristo. Lo evocaba, en lo alto del pulpito, los brazos en cruz, tras un silencio teatral, recabando la atención del auditorio.

La gente abandonaba el templo comentando las palabras del Doctor, sus ademanes, sus silencios, sus insinuaciones, pero don Fermín Gutiérrez, más agudo e informado, siempre aludía al fondo erasmista de sus pláticas. Cipriano pensó si no sería este fondo lo que le inquietaba. En una de sus visitas periódicas a su tío Ignacio le preguntó por Cazalla. Don Ignacio lo conocía bien pero no le admiraba. Había nacido a principios de siglo, en Valladolid, hijo de un contador real y de doña Leonor de Vivero, en cuya casa, viuda ya, vivía actualmente. En su tiempo se había tenido a los Cazalla por judaizantes y don Agustín había estudiado Artes, con mucho aprovechamiento, en el Colegio de San Pablo, con don Bartolomé de Carranza, su confesor. Más tarde se graduó de maestro el mismo día que el famoso jesuita Diego Laínez. Diez años después, el Emperador, seducido por su oratoria, le nombró predicador y capellán real. Viajó con él varios años por Alemania y Flandes y ahora acababa de instalarse en Valladolid, después de pasar unos meses en Salamanca. Don Ignacio Salcedo lo tenía por empinado y fatuo.

—¿Fatuo Cazalla? —inquirió Cipriano, perplejo.

—¿Por qué no? A mi juicio Cazalla es hombre de grandes palabras y pequeñas ideas. Una mezcla peligrosa.

La opinión de su tío no le satisfizo. Le había sorprendido que, tras la exposición objetiva de su vida, don Ignacio hubiera rematado la semblanza con aquellas palabras despectivas: empinado y fatuo. ¿Cómo podía serlo aquella personilla oscura, delicada, que parecía ofrecerse en holocausto cada vez que subía al pulpito? Se lo dijo a su tío tras una pausa.

—No me refería a las apariencias —replicó éste—. Una cabeza organizada en una naturaleza flaca, eso es lo que me parece el doctor Cazalla. Tengo para mí que el Doctor esperaba del Emperador una distinción honorífica que nunca ha llegado. He ahí la causa de su despecho.

Cipriano Salcedo se confió:

—Disfruto escuchándole —dijo— pero, al cabo de un tiempo, sus palabras me dejan un regusto áspero, como de ceniza.

Don Ignacio miraba a su sobrino con aire dominante:

—¿No será que plantea problemas que no resuelve?

Esta frase de su tío, formulada como al desgaire, le produjo mucho efecto. Éste era el doctor Cazalla. Su aproximación cautelosa a los grandes problemas despertaba la atención del auditorio, pero el orador, en palabras cada vez más próximas al meollo del asunto, no terminaba de afrontarlos. Dejaba las soluciones en el tintero. Quizá lo hacía adrede o le faltaba convicción.

En su siguiente viaje a La Manga habló con Teodomira y su padre sobre el nuevo predicador. Teodomira no había oído hablar de él y don Segundo desconfiaba de las nuevas voces. El mundo, para él, estaba lleno de salvadores que, en el fondo, eran unos consumados herejes. La gente, especialmente los frailes, se erigían en teólogos, pero eran teólogos de pacotilla, sin ninguna preparación. Cipriano le hizo ver que Cazalla no era fraile, incluso que evitaba los conventos para exponer su doctrina, pero don Segundo le advirtió que eso no constituía ninguna garantía, que seguramente no pasaba de ser una táctica. Salcedo le miraba, miraba su cachucha que no se sacaba de la cabeza ni en el interior de la casa, los bordes sudados, de un color marrón desvaído, y no veía en él a un serio antagonista de Cazalla. El señor Centeno era un ser primario y, como toda persona elemental, dispuesto a juzgar sin conocimiento. Pero, pese a todo, ahora que habían empezado los fríos y las lluvias, Cipriano se encontraba a gusto en el salón de la casa de adobe, con el fuego crepitando en la chimenea, sentado en la dura tabla del escañil. *La Reina del Páramo* se sentaba todos los días en la misma silla de mimbre. Y él veía en ella, siempre una labor entre manos, una mujer hogareña, equilibrada y de buen juicio. Los días de precepto montaba a *Obstinado* y marchaba a Peñaflor a misa de once. Entre semana no tenía ocasión de fomentar su vida de piedad pero rezaba a Nuestro Señor al acostarse y levantarse. Cipriano la escuchaba con agrado. Cuando hablaba Teodomira sentía una gran paz interior. Aquella muchacha, sobrada de peso, era la encarnación de la serenidad. Y su voz, de inflexiones acariciadoras, le producía una sensación de inmunidad como no había conocido hasta entonces. Pero lo que sorprendió más a Cipriano fue el descubrimiento de Teodomira como hembra, el hecho de que la muchacha, al tiempo que sosiego, le produjera una viva excitación sexual. La tarde del columpio y su confesión inmediata revelaban que el placer que había sentido al tocar sus nalgas lo consideraba un placer prohibido. El recuerdo de este hecho le indujo a estimar su volumen desde otro punto de vista. Recordaba su breve aventura con Minervina, la analizaba, y concluía que aquello había sido una reminiscencia de infancia. Minervina no le había dado el ser pero le había criado y él, instintivamente, había visto en ella la razón de su vida y a esa razón se había abrazado al volver a verla. No había

habido otra cosa. Sin embargo ahora se daba cuenta de que aquella criatura demasiado leve no era precisamente lo que un hombre precisaba, que la pasión carnal requería obviamente carne como primer ingrediente. De ahí que la paz interior, la calma que *la Reina del Páramo* le imbuía se viese acompañada, a veces, de una lascivia reprimida, un ardiente deseo que cada vez le asaltaba con mayor exigencia. Esta mezcla de paz, seguridad y deseo empujaban a Cipriano Salcedo cada vez más frecuentemente al monte de La Manga. La familiaridad de *Relámpago* con el camino le llevaba a desplazarse en poco más de una hora. Y aquel invierno frío y lluvioso no amilanaba a Salcedo. Sus calzas de piel y su zamarro forrado de nutria, como el que regaló a Teodomira, le ponían a cubierto de cualquier veleidad climática. Luego pasaban la tarde en la casa o salían de paseo a ver volar los bandos de palomas torcaces o las becadas, recién llegadas del norte. Mientras, las dos chicas de Peñaflor les preparaban la merienda para las seis. Ordinariamente, don Segundo no aparecía por la casa hasta esa hora, después de encerrar a las ovejas en los establos. Entonces, el señor Centeno terciaba en la conversación, contaba las peripecias del día y volvía una y otra vez a su vieja obsesión: el zamarro de piel de conejo. Cipriano le llevaba la corriente y, a su vez, le insinuaba la posibilidad de hacerse cargo del transporte de sus vellones desplazando a los moriscos de Segovia. Una cosa por la otra, condicionaba. Don Segundo se rascaba dubitativo la cabeza, pero su ilusión por entrar en el negocio de los zamarros terminó por imponerse:

—Está bien —le dijo una tarde—, yo le cedo el transporte y la venta de mis vellones y vuesa merced firma conmigo una comandita para explotar el conejo para zamarros y ropillas aforradas. Va en interés de los dos.

—De acuerdo —respondió Salcedo.

Y en el acto firmaron el trato, según el cual don Segundo Centeno, nacido en Sevilla y residente en Peñaflor de Hornija, cedía el transporte y venta de los vellones de diez mil ovejas, de su propiedad, a don Cipriano Salcedo, doctor en Leyes y terrateniente en Valladolid, y, al propio tiempo, ambos acordaban explotar las pieles de tres mil conejos procedentes del monte de La Manga, que don Segundo se comprometía a suministrar anualmente a don Cipriano para su utilización en el negocio de zamarros y ropillas aforradas de acuerdo con los precios del mercado.

Después de firmar, don Segundo puso sobre la mesa una jarra de vino de Cigales y los tres brindaron por el buen éxito de la empresa. Esa noche, Cipriano Salcedo cenó en La Manga y pernoctó en Villanubla, en la fonda de Florencio. La noticia de la compra de

conejos sorprendió a Estacio del Valle, quien le hizo ver que el zamarro forrado de piel de conejo no constituía ninguna novedad. En Segovia los fabricaban los moriscos y, en el Páramo, los utilizaban los pastores y labrantines desde tiempo inmemorial. Salcedo, que no había firmado los tratos pensando en incrementar su fortuna, replicó que eso no importaba, que el negocio consistía en hacerlo mejor y más barato que la competencia y ganarle por la mano. Cipriano se acostó con la sensación adventicia de que la firma de los contratos le otorgaba algún derecho sobre Teodomira. Y cuando *Relámpago* le trasladó al monte a la mañana siguiente y se vio a solas con la muchacha encarando el fuego del hogar, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Tenía unos labios gruesos, duros y absorbentes y Cipriano se sintió sumergido en un indecible mar de placer, pero, cuando pensaba que aquello no tenía más que una salida lógica, Teodomira se levantó enojada del escañil y manifestó que ella también estaba enamorada de él, le quería, pero que cada cosa a su tiempo y que lo primero de todo era que su tutor visitara a su padre, hablaran y acordaran las capitulaciones y, si se terciaba, llegar al matrimonio. Cipriano conservaba en la punta de los dedos la sensación de firmeza de sus pechos, no inferior a la de sus nalgas, y, entonces, aceptó sus condiciones. Carecía de experiencia amorosa y se rindió. Se dio cuenta de que el acceso a *la Reina del Páramo* era un proceso paulatino que exigía una serie de requisitos previos.

Esa misma tarde visitó a sus tíos y les anunció su propósito de contraer matrimonio. La tía Gabriela se mostró interesada en el tema:

—¿Puede saberse quién es la afortunada?

Cipriano vaciló. No sabía por dónde empezar. Advirtió que se había presentado ante sus tíos precipitadamente, sin preparar su discurso.

—U... una chica del Páramo —dijo al fin—. Vive en el monte de La Manga, en Peñaflor. Su padre es perulero.

—¿En el Páramo? ¿Un perulero? —La tía arrugaba la nariz.

Pensó él que quizá sus palabras serían más eficaces si fingía compartir su extrañeza, si desde el principio exponía la realidad tal como era, incluso caricaturizándola:

—Es perulero —añadió— y no se quita la cachucha de la cabeza ni para dormir. Es hombre rústico pero con posibles. En realidad él no sabe nada de lo nuestro, pero me estima. Ayer firmamos un trato para fabricar zamarros aforrados de piel de conejo, que es lo que perseguía.

La tía Gabriela le miraba como a un bicho raro, como si estuviera

bromeando, mientras el tío Ignacio le escuchaba sin osar intervenir. Tal vez necesitaba más datos para emitir un juicio. Añadió Cipriano:

—Ella no tiene formación alguna. El único oficio que conoce es el de esquiladora. Lo hace más rápidamente que los pastores y ellos la distinguen por el apodo de *la Reina del Páramo*. A lo largo de su vida ha esquilado millares de ovejas sin rasgar un solo vellón.

Era el suyo un lenguaje abstruso para su tía que le miraba cada vez más perpleja. El tío Ignacio esbozó una sonrisa:

—Y ¿qué piensa hacer el bueno del perulero si tú le quitas la esquiladora? —apuntó con innegable lógica.

—Bueno, eso es cuenta suya. Él habrá hecho sus cálculos, supongo, pero por casar a su hija es posible que diera toda su fortuna. Yo, por mi parte, estoy enamorado. No sé bien qué significa esta palabra pero creo estar enamorado puesto que a su lado encuentro al mismo tiempo sosiego y excitación.

El tío Ignacio carraspeó:

—Casarse es quizá el paso más importante en la vida de un hombre, Cipriano. Y el amor algo más que sosiego y excitación.

Se hizo un silencio. Cipriano parecía reflexionar. Al cabo precisó un extremo importante:

—Él es perulero y, como buen perulero, ahorrador y tacaño. Viste de harapos y mata las liebres a garrotazos para poder comer carne al día siguiente. De ordinario almuerza olla y cena berza. Pero ella no es perulera. Y cuando su padre marchó a las Indias, hace diez años, se quedó a vivir con una tía en Sevilla. Es una muchacha educada, lo único que me detiene es su tamaño, tal vez desproporcionado para mí.

Ahora era doña Gabriela la que no quería hablar; no podía hacerlo sin herirle. El oidor volvió a carraspear; sentía compasión de su sobrino:

—¿No oíste nunca hablar de la atracción de los contrarios?

—No —confesó Cipriano.

—A veces uno se enamora de lo que no tiene y a su pareja le ocurre otro tanto. El hombre pequeño casado con mujer grande es un ejemplo de libro. Hay factores que lo justifican.

Cipriano se interesó:

—Y en mi caso ¿cuál puede ser?

El tío Ignacio estaba lanzado:

—En tu caso, puedes haber visto en ella a la madre que no llegaste a conocer.

—Y ¿tiene que ser necesariamente grande?

—Es un nuevo dato, Cipriano. En la madre, el niño busca amparo, y es difícil que lo encuentre en otra persona físicamente más débil que él. Esa muchacha puede muy bien significar para ti el escudo protector que no tuviste en la infancia.

—Pero ella dice que me quiere. ¿Qué puede moverle a ella?

—La mutua atracción hombre pequeño-mujer grande es un hecho estudiado, no es ninguna novedad. Lo mismo que tú buscas en ella protección, ella busca en ti alguien a quien proteger. Opera en la mujer el instinto maternal. El instinto maternal no es más que eso, intentar ayudar a un ser más desvalido que ellas.

Doña Gabriela, que iba poco a poco digiriendo la desagradable novedad, no pudo contenerse:

—Pero, querido, ¿es tanta la diferencia?

—Demasiada, tía. Digamos ciento sesenta libras contra mis ciento siete.

Se hundía en un mar proceloso. Hablar era lo único que la sostenía:

—Y ¿cómo es, Cipriano?, ¿es hermosa?

—Yo no emplearía esa palabra aunque quizá lo sea. Su tez es blanca y su rostro demasiado grande para sus discretas facciones. Únicamente su mirada es especial, tierna, incitante. Unos ojos color miel que cambian de matices con la luz. Unos ojos bellísimos. Luego están su boca montaraz y la calidad de su carne; su tamaño y su blancura te inducirán a pensar en una mujer blanda cuando es todo lo contrario.

Cipriano se sofocó. De improviso se dio cuenta de que sus palabras habían ido demasiado lejos, venían a desvelar un conocimiento prematuro de su novia. Pensó que su tía iba a decirle algo al respecto pero su tía pensó lo que él pensaba y se desvió hábilmente por otro registro:

—¿Cómo se llama?

—Teodomira —dijo él.

—¡Dios mío! Es horrible —doña Gabriela no se pudo contener y se llevó sus cuidadas manos a los ojos. Terció el tío Ignacio:

—Esos detalles carecen de importancia.

La tía sonrió como si se excusase:

—Podemos llamarla Teo —dijo—. Eso no compromete a nada.

Prosiguió la conversación en una atmósfera tirante, donde ninguna de las partes se plegaba. Pero el sentido común de Ignacio Salcedo se fue imponiendo. Lo fundamental era estar seguro de su

enamoramiento. En consecuencia, lo prudente sería esperar un par de meses antes de tomar una determinación.

El 17 de febrero, un día abierto y azul, de primavera anticipada, se cumplió el plazo. Vicente, el criado, limpió y preparó el coche la víspera para trasladar a La Manga a su amo con el tío Ignacio. Doña Gabriela prefirió no asistir. No teniendo Teo madre, le parecía improcedente su presencia. En realidad le asustaba. Cipriano, con traje de brocado y seda de ricos bordados y una presea pinjante en la pechera del jubón, pasó por la casa de su tío a recogerlo. El oidor de la Chancillería, con mangas folladas y jubón de raso carmesí, parecía arrancado de un cuadro, lo que indujo a Cipriano a pensar en los atuendos que encontraría en La Manga. Después de orillar los bogales del camino, conforme a su experiencia, el carruaje se detuvo ante la puerta de la parra junto al pozo. No había nadie en los alrededores. Hasta los perros y los gansos habían sido recogidos y Cipriano no reconoció a Octavia, la criada de Peñaflor, con toca y saya, cuando le abrió la puerta. En el salón, sentado junto al fuego, en una butaca de mimbre, como en un trono, esperaba don Segundo Centeno. Se había arreglado pelo y barba y había sustituido la cachucha por una media gorra azul fuerte. Cipriano respiró hondo al advertir el cambio desde la puerta. Pero, cuando don Segundo se puso en pie para saludar a su tío, un golpe de sangre le subió al rostro al advertir las calzas acuchilladas que vestía, una prenda que los lansquenetes habían puesto de moda en España seis lustros atrás. Ofrecía un aspecto extravagante que se diluyó pronto en su naturalidad pasmosa, una naturalidad que se resentía por su empeño en utilizar palabras que no le eran habituales. La ceremonia prosiguió con la aparición de Teodomira con un atuendo no menos impropio: una saya negra de cola corta, que trataba de escamotear su cuerpo, con un manto de burato de seda. Su físico resultaba un poco excesivo en todo caso. El propio tío Ignacio, de estatura media, era ligeramente más bajo que ella. Pero lo más curioso de todo eran aquellos cuatro personajes, envarados en sus atuendos festivos, moviéndose en la modesta sala, con fuego de leña, como en un escenario teatral.

Don Segundo mostró con orgullo sus posesiones a su huésped y le habló después de los tratos firmados con su sobrino que esperaba *redundaran* en beneficio mutuo. Más tarde abordó el tema de la vida en el campo de cuyas ventajas hizo don Segundo un canto exaltado. Apreció en su justo valor que don Ignacio fuese oidor de la Chancillería y ambos acordaron firmar las capitulaciones matrimoniales después del almuerzo, en ausencia de los interesados.

Al sentarse a la mesa, la fuerza de la costumbre se impuso a la

urbanidad y don Segundo Centeno despachó la empanada de cordero y los huevos con espinacas con la gorra puesta y únicamente se la quitó al advertir los escandalizados aspavientos de su hija al servir Octavia los entremeses fritos. Al fin, bien comido y bien bebido, don Segundo quedó un momento inmóvil, congestionado el rostro, las manos sobre el vientre, hasta que soltó un regüeldo que él mismo coreó con un salud de alivio y un refrán que venía a exaltar una vez más las virtudes del campo sobre la ciudad y la excelencia de su comida.

—En las casas de postín ya sabe vuesa merced: mucho lujo, mucho boato y poca tajada en el plato.

Cuando quedaron solos, don Segundo adoptó hacia don Ignacio un tratamiento más ceremonioso aún: *señor oidor* o *don Salcedo*, le llamaba. Daba la impresión de haber estudiado el tema y que estaba dispuesto a casar a la muchacha aunque tuviera que desprenderse de su cachucha. Por su parte, el oidor, abrumado por la elementalidad del ganadero, deseaba dar la puntilla a una reunión que, desde su llegada, le había resultado incómoda. De acuerdo con sus deseos las capitulaciones fueron firmadas sin objeciones. Don Segundo Centeno dotaría a su hija Teodomira con la friolera de mil ducados y don Ignacio Salcedo entregaría a don Segundo Centeno, en concepto de arras, la cantidad de quinientos. A partir de este momento, don Segundo empezó a levantar la voz y a golpear en la espalda a don Ignacio, como viejos camaradas, cada vez que abría la boca. Daba la impresión de que la cifra anunciada por la compra de su hija le había sorprendido favorablemente. Otro tanto le había acontecido al oidor con la de la dote. Don Segundo no era, al parecer, un tacaño impenitente. Convenido en estos términos el contrato matrimonial, don Segundo puntualizó, como algo que no admitía vuelta de hoja, que la boda se celebraría en la iglesia parroquial de Peñaflor de Hornija, si *don Salcedo* no tenía nada que oponer, el 5 de junio a las nueve de la mañana. Y el banquete, que, dadas sus escasas relaciones, sería un acto familiar, en el patio delantero de su casa de labranza, junto a las teleras que constituían su mundo. Don Ignacio dio su asentimiento, pero, una vez en el coche, camino de Villanubla, entre dos luces, intentó hacer ver a su sobrino la disparidad de las partes:

—Una pregunta, Cipriano. ¿Tu suegro se deja la barba o no se afeita? Parece lo mismo pero no es lo mismo.

Cipriano rompió a reír. El clarete de Cigales había hecho su efecto y la reacción de su tío le divertía:

—H... hoy estaba hecho un figurín —dijo—. Me gustan sus calzas de lansquenete. Espero que la tía pueda apreciarlas el día de la

boda.

El tono irónico de su sobrino le desarmó. Había subido al coche con la esperanza de hacerle reflexionar ya que, a su juicio, las dos familias eran inconciliables. Lo dijo así, pero Cipriano le respondió que a él no le afectaban esos prejuicios burgueses. Cruelmente, don Ignacio aludió a su futura diciendo que aquella muchacha era algo más que un prejuicio burgués, pero Cipriano zanjó la cuestión arguyendo que para juzgar a Teo no era suficiente un almuerzo. En un último esfuerzo desesperado, el oidor le preguntó si aquella atracción que decía sentir hacia la hija de *el Perulero* no sería un simple *mal de amores*:

—¿*Mal de amores*? Y ¿eso qué es?

—Un deseo carnal que se impone a todo razonamiento —declaró el oidor.

—Y ¿es, por casualidad, una enfermedad?

La línea del Páramo se incendiaba a poniente y, a contraluz, se agigantaban las encinas del trayecto.

—No lo tomes a broma, Cipriano. Tiene su diagnóstico y su tratamiento. Podrías visitar al doctor Galache, no digo para que te medique sino simplemente para mantener con él una conversación.

Cipriano Salcedo acentuó su sonrisa. Puso su pequeña mano sobre la rodilla de su tío.

—Por ese lado puede vuesa merced estar tranquilo. No estoy enfermo, no padezco *mal de amores* y voy a casarme.

El día 5 de junio, en la iglesia de Peñaflor, adornada con flores silvestres, se celebró el tan controvertido enlace. No pudo asistir doña Gabriela, aquejada de repentina indisposición, pero sí don Ignacio, Dionisio Manrique, el sastre Fermín Gutiérrez, Estacio del Valle, el señor Avelino, el bichero de Peñaflor, Martín Martín y los pastores de don Segundo en Wamba, Castrodeza y Ciguñuela. El banquete nupcial, en el patio de la casa grande, resultó muy animado y, tras los postres, don Segundo, con sus calzas acuchilladas y su media gorra a la cabeza, se subió torpemente a la mesa y pronunció un discurso sentimental que subrayó dando vivas a los novios, al señor cura y al acompañamiento, y remató con un nervioso zapateado.

De regreso, se produjo el primer rifirrafe entre los recién casados. Teodomira se empeñaba en bajar a *Obstinado*, su caballo pío, a Valladolid y Cipriano le preguntó que qué pito iba a tocar un penco tan innoble en la Corte. *La Reina del Páramo* le replicó fuera de sí que si *Obstinado* no bajaba ella tampoco y, en ese caso, diera por no celebrado el casamiento. Aún trató de resistirse Cipriano pero, en vista de la intransigencia de su cónyuge, terminó cediendo. Vicente,

el criado, bajó montando a *Obstinado* y ellos dos en el coche, a la rueda del de don Ignacio.

Ya en casa, tras saludar al servicio, Cipriano llevó a cabo la prueba para la que venía preparándose durante los dos últimos meses. Tomó en sus bracitos musculados a la que por ley era ya su esposa, empujó con el pie la puerta del dormitorio, avanzó con ella hasta el lecho nupcial y la depositó suavemente sobre el gran colchón de lana de La Manga que *el Perulero* les había regalado. Teodomira lo miraba con sus redondos ojos de asombro:

—Tú das el pego, chiquillo. ¿Es posible saber de dónde sacas esas fuerzas? —preguntó.

IX

Los primeros meses de matrimonio fueron gozosos y apacibles para Cipriano Salcedo. Teodomira Centeno, que había pasado a llamarse Teo, desayunaba en la cama a las diez de la mañana, se arreglaba y bajaba un rato a la tienda. Algunas tardes daba un paseo con *Obstinado* hasta Simancas o Herrera, o subía un rato a La Manga a ver a su padre. Cipriano, consciente de que el penco de su esposa no era de recibo en la Corte, le regaló un potrillo alazán, de hermosa presencia, que la hija de *el Perulero* rechazó toda alborotada, alegando que prefería su caballo de toda la vida que aquel pura sangre lleno de pretensiones. *La Reina del Páramo* tenía esos prontos. Era de buen conformar pero, de improviso, por cualquier nadería, le agarraba como una sofocación y, entonces, desvariaba, gritaba y se volvía irascible y agresiva. Él le echaba en cara que únicamente le movía el afán de llevar la contraria y ella que Cipriano se avergonzaba del paso que había dado, pero que, al tomarla por esposa, debía aceptarla con todas las consecuencias. De nuevo Cipriano tuvo que transigir y, en lo sucesivo, cada vez que salían de paseo a caballo, lo hacían por trayectos diferentes y, sí se trataba de visitar a don Segundo, Teo le esperaba con su caballo manchado en la ribera opuesta del Puente Mayor, donde se reunían. Bastaron unas semanas para que Cipriano advirtiera una cosa importante: había ordenado su vida al margen de la indolencia de Teo y de los accesos de humor colérico que empezaba a observar en su conducta. Mas como los viajes a La Manga no eran frecuentes, Cipriano pudo dedicar las mañanas al almacén y las tardes al taller, mientras en casa ocupaba el tiempo libre en contestar el correo y la lectura. Apenas lo había hecho a raíz de abandonar el colegio, cuando tropezó con la gran biblioteca de su tío, pero ahora, ya instalado en el hogar, había vuelto a la vieja costumbre. Después del viaje nupcial por Ávila y Segovia, ciudades que Teo desconocía, a Cipriano empezó a urgirle la visita a Pedrosa por donde hacía dos años que no pisaba. Martín Martín apenas le había facilitado algunas novedades en Peñaflor, el día de la boda, tal que don Domingo, el viejo párroco que le ayudara a conseguir el título de hidalgo, había fallecido y que los pagos del arroyo de Villavendimio, que había incorporado a su finca para reforzar la solicitud, daban más cardos que uvas. Al parecer, la cosecha presente entraba en los niveles de normalidad pero, así y todo, las

rentas de los dos últimos años no había sido fácil cobrarlas. Y, guiado por la máxima de que el ojo del amo engorda al caballo, Cipriano había decidido visitar Pedrosa con asiduidad.

En el aspecto carnal, su matrimonio funcionaba. La evidente pereza de Teo no le afectaba. Nunca trató de comprar una criada ya que Crisanta y Jacoba se bastaban para atender el cuerpo de casa y Fidela cumplía con su obligación en la cocina. Teo había llegado, pues, a la Corredera de San Pablo 5 como una señora. Otra cosa era que su vida conyugal se mantuviera alejada de la impaciencia y el rijo propios de los nuevos esposos. Al decir de Crisanta, la doncella, daba la impresión de que el amo y la señora Teo llevaban doce años casados. Pero esto, que era cierto de puertas afuera, de puertas adentro no se ajustaba a la verdad. Cipriano, al tiempo que el amor carnal, iba descubriendo en Teo sorprendentes peculiaridades, como la absoluta falta de vello de su cuerpo. Las carnes blancas, prietas y apetecibles de su esposa eran totalmente lampiñas y el pelo no aparecía ni en aquellas zonas que parecían exigirlo: las axilas y el pubis. La primera vez que la vio desnuda a duras penas pudo dominar su perplejidad, pero este hecho que, en principio, le sorprendió se fue convirtiendo con el tiempo en un nuevo aliciente. Poseer a Teo, se decía, era como poseer a una Venus de mármol llena de agua caliente. Porque Teo podía ser blanca y robusta pero no fría. En sus juegos lascivos él la llamaba *Mi Estatua Apasionada*, sobrenombre que a ella no parecía incomodarla. En cualquier caso, Teo se comportaba como una hembra cálida, experta, poco melindrosa. Sus ágiles manos de esquiladora jugaban un papel importante en el amor. Desde el primer día aprendió a buscarle a oscuras *la cosita* y, cuando la encontraba, prorrumpía en grititos de admiración y entusiasmo. De esta manera, como no podía ser menos, *la cosita* se erigió en eje de la vida íntima del matrimonio. Pero una vez hallada, Cipriano asumía la parte activa de la conquista, forcejeaba por encaramarse a ella, casi inabordable, y, ya en lo alto, retozaba, perdido en la generosa orografía de Teo, tan dura y maciza como había colegido tras los furtivos contactos del noviazgo. Teo se transformaba de pronto en el *Obstinado* y él, gustosamente, lo cabalgaba. Pero a su cuerpo le faltaba piel, superficie para poseerla íntegramente y, en su defecto, también sus pequeñas manos debían entrar en acción. Ella le sentía sobre sí como un fruitivo parásito, lo recibía gozosa y, en el momento culminante de la posesión, se atragantaba en un risoteo descarado y salaz que desconcertó a Cipriano el primer día pero que llegó a constituir, con el tiempo, la apoteosis de la fiesta carnal. Era el acompañamiento sonoro de su orgasmo.

Hacer gozar a una mujer tan grande halagaba la vanidad del

pequeño Cipriano. Y cuando ella, momentos antes del risoteo, exclamaba en pleno paroxismo: «¡Arremetes como un toro, chiquillo!», él, que por razones obvias había detestado siempre los diminutivos, aceptaba el cálido chiquillo como un homenaje a la agresividad del macho. Mas no faltaban noches en las que Teo, fatigada o desganada, permanecía pasiva en la cama, no hacía por *la cosita*, y entonces Cipriano aguardaba expectante, pero la búsqueda no llegaba a producirse, con lo que se veía obligado a tomar la iniciativa en frío y, tras unos minutos de impaciente espera, empezaba a gatear por el costado de su esposa a la conquista de las protuberancias protectoras. Ella fingía soportar su asedio pero, cuando le notaba encaramado sobre ella, susurraba incitante:

—¿Qué buscas, mi amor?

La pregunta era la señal para que el consabido juego de cada noche comenzase, bien que por otro punto distinto. En cualquier caso, tras los reiterados actos de amor, Teo quedaba desfallecida, el brazo izquierdo abandonado sobre la almohada, separado del cuerpo, y Cipriano, anheloso siempre de un hueco protector, acabó acostumbrándose a recostar su pequeña cabeza en la axila cálida y pelona de Teo y, en este seguro refugio, quedarse dormido.

En aquellos bochornosos días del primer verano de casados, Cipriano hizo otro sorprendente descubrimiento: Teo no sudaba. Pasaba calor, se sofocaba, se cansaba, pero sus poros no se abrían. Ante un fenómeno tan inexplicable, la actitud de Cipriano se hizo aún más reverencial. Su viva aversión hacia las axilas sudadas, hacia la sobaquina, no rezaba con su esposa. Ni en el caluroso viaje de novios, en las recalentadas pensiones, ni en sus paseos por las viejas ciudades Teo sudaba, en tanto la reducida anatomía de Cipriano, con escasas grasas que quemar, se derretía como la manteca bajo las altas temperaturas. En principio él atribuyó la anomalía a algún motivo adventicio, pero Teo le sacó de dudas:

—Ni después de pelar al sol cien corderos me ha caído de la frente una gota de sudor.

Fue otra novedad que avivó la sexualidad de Salcedo. Él buscaba una razón para explicarla y, finalmente, creyó haberla encontrado: la ausencia de sudor y de vello eran manifestaciones de un mismo fenómeno. Las carnes prietas de Teo no florecían porque les faltaba riego. A pesar de esto, a pesar de todo, Cipriano, durante el primer año de su matrimonio, lejos de considerar defectos estas rarezas, las consideraba acicates, estímulos libidinosos. También Teo, por su parte, hacía descubrimientos extraordinarios en el cuerpo de su marido. Cipriano no solamente era un ser humano bello, aunque

reducido y musculado, sino, contrariamente a ella, excepcionalmente velludo. El vello no sólo crecía en abundancia en las axilas y en el pubis sino en los lugares menos propicios para albergar folículos, como los pies, los hombros o la cintura. Ante tamaña muestra de masculinidad, ella, algunas noches, tras su risotada explosiva, exclamaba fuera de sí:

—Me enloqueces, chiquillo. Tienes más pelos que un mono.

Cipriano, que gustaba de las carnes duras, lisas, sin accidentes de su esposa, pensaba: la atracción de los contrarios. Mas entre esta exclamación de Teo y su demostración muscular de la primera noche, se sintió valorado, distinguido como macho, lo que contribuyó a crear entre ambos una saludable reciprocidad. Ella parecía satisfecha de él y él, *Obstinado* aparte, satisfecho de ella.

Temerosos de que la tía Gabriela dejase enfriar sus relaciones, invitaban a los tíos con alguna asiduidad, de modo que, transcurridos ocho meses desde la boda, Gabriela, tan bien educada como bien vestida, charlaba y se divertía con Teo como con cualquier amiga de la villa. Más si cabe, puesto que su sobrina política la trasladaba a un mundo desconocido, el mundo del campo y del trabajo, en el que todo constituía para ella una novedad: la higiene personal, los pequeños ritos, la convivencia con los animales. No asimilaba, por ejemplo, que una manada de gansos resultara más eficaz, que los mastines para la guarda de la casa, como Teo aseguraba. Los *patos*, para la tía, eran animales domésticos carentes de agresividad. Gabriela le preguntaba por sus vestidos, los muebles del hogar, sus adornos. No comprendía que Teo hubiera podido vivir años con una saya para el trabajo y un traje para los días festivos. La muchacha admitía que su padre era rico pero le costaba ganarlo y le dolía que se malgastase. El hecho de que don Segundo le hubiese dotado con mil ducados venía a demostrar que su padre había vivido sólo para ella. Este pensamiento la emocionaba y, prácticamente todos los meses, subía al monte de Peñaflor para darle un abrazo. Incluso alimentaba *in mente* un noble propósito: pasar con él un par de semanas cada primavera para ayudarle en el esquileo.

Pero, antes de que pudiera poner en práctica su propósito, don Segundo se volvió a casar. Estacio del Valle bajó de Villanubla en la mula a notificárselo a Cipriano. Don Segundo Centeno, *el Perulero*, había contraído matrimonio con la Petronila, la chica mayor del Telesforo Mozo, uno de los pastores de Castrodeza, una boda acertada, a juicio de Estacio del Valle, porque, de una sola tacada, don Segundo dispondría de mujer para yacer y obrera para esquilar ya que, ausente Teodomira, la Petronila era la mejor peladora de la comarca. Por su parte, Telesforo Mozo, el pastor, tampoco quedó

desnudo: don Segundo le autorizó a llevar con su rebaño un hatajo de ovejas de vientre cuyos gastos corrían por cuenta del patrón.

Informada de la novedad, Teo esperó a Cipriano a la salida del Puente Mayor con la intención de subir juntos a La Manga. Estaba sofocada e irritable, en plena crisis, y no aceptaba la comprensión de Cipriano hacia la decisión de su padre. Pero cuando ella le recriminó a éste la boda arrastrada que había hecho y él le hizo ver que el ganado era muy esclavo y que sólo con dos manos, más viejas cada día, mal podía valerse, ella, ante aquel tácito reconocimiento de su ayuda, le abrazó estrechamente. Por su parte, Cipriano indagó si había firmado algún papel con el Telesforo Mozo, pero don Segundo lo negó. No, no había firmado nada con el Telesforo porque entre la gente del campo sobraban los papeles, era suficiente la palabra dada. Pero, al mes siguiente, Telesforo Mozo le comunicó que doblaba el número de reses de su hatajo porque diez ovejas de vientre era como no tener nada. Don Segundo visitó a su hija en la capital y, al marchar, dejó la casa impregnada de un olor a cagarrutas que no se fue en varios días. Pretendía el apoyo de don Ignacio, el oidor, pero su yerno le aclaró que, en el campo, la palabra dada era tan frágil como en la ciudad y que había facilitado al Telesforo Mozo un arma con la que podía estarle chantajeando hasta el día del juicio. Ante esto, don Segundo desistió de visitar a don Ignacio y regresó al monte impregnado de su olor a basura, cabizbajo y con las orejas gachas.

Al iniciarse abril, Cipriano encontró al fin un hueco entre sus ocupaciones para visitar Pedrosa. Como de costumbre salió de su casa por el Puente Mayor y galopó por las faldas de las colinas, hasta Villalar. Encontró a su rentero en el campo, almorzando en una gayola, y cabalgaron juntos hasta el pago de Villavendimio. Los cepones apenas habían echado hoja y las calles de la viña estaban llenas de broza. Cipriano sugirió a Martín Martín la posibilidad de poner el pago de cereal, pero el rentero lo rechazó de plano, el trigo y la cebada no cundían en terrenos tan flojos, no medraban. Pasaron la mañana viendo el resto de las viñas y la señora Lucrecia, muy viejecita ya, les sirvió de comer como hacía en vida del difunto don Bernardo.

Por la tarde, Salcedo se alojó en la fonda de la hija de Baruque, en la Plaza de la Iglesia. Al entornar los postigos para dormir la siesta, divisó a un cura sentado en el poyo del templo leyendo un libro. Estaba tan absorto, que ni las bandadas de palomas que le sobrevolaban de vez en cuando, ni los labriegos que atravesaban la plaza canturreando a lomos de sus borricos, le distraían. Después de dormir un rato, al abrir los postigos, Cipriano constató que el cura seguía en el mismo sitio. Estaba tan inmóvil como si lo

hubiesen disecado, pero cuando Salcedo salió a saludarle, el nuevo cura, que había venido a sustituir al difunto don Domingo, se puso en pie cortésmente. Cipriano se presentó pero el cura ya le conocía de referencias. En el pueblo le habían hablado de él, de su acceso a la hidalguía y de la fiesta subsiguiente, pero sentía una curiosidad: ¿era tal vez el oidor de la Chancillería, don Ignacio Salcedo, pariente suyo? Tío, era su tío, aclaró Cipriano, y también su tutor. Entonces el nuevo párroco se refirió a don Ignacio como uno de los hombres más cultos e informados de Valladolid. Seguramente su biblioteca, si no era la primera, sería la segunda en número de ejemplares. Acto seguido se presentó él: Pedro Cazalla, dijo humildemente. Y Cipriano Salcedo, a su vez, le preguntó si tenía algún parentesco con el doctor Cazalla, el predicador:

—Somos hermanos —dijo el cura—. Estuvo unos meses en Salamanca pero ahora vive con mi madre en Valladolid.

Salcedo reconoció que era asistente habitual a los sermones del Doctor.

—Es un orador fácil —dijo Cazalla sin darle importancia.

Aparentaba menos años que el Doctor, con su pelo negro y denso, encanecido en las sienes, su curtido rostro varonil y unos ojos oscuros, de mirada escrutadora.

—Algo más que fácil —replicó Salcedo—. Yo diría el mejor orador sagrado del momento. Construye sus discursos con la solidez de un arquitecto.

Pedro Cazalla encogió los hombros. Le azoraban los elogios a su hermano. Aceptó su facilidad expresiva, su espiritualidad. El Emperador le había llevado con él a Alemania durante unos años precisamente por eso, por su espiritualidad. Fue un honor y una experiencia que su hermano no olvidaría nunca ahora que Carlos V se disponía a retirarse a Yuste.

Cipriano Salcedo preguntó a Cazalla por qué su hermano predicaba sistemáticamente fuera de los conventos. Cazalla volvió a levantar los hombros: Dispone de mayor libertad —aclaró—. La comunidad de frailes se presta a una crítica múltiple y encontrada, no siempre saludable.

Salcedo sentía cómo se avivaba su curiosidad hacia el nuevo párroco. Su pasión por la lectura, la novedad de sus ideas, la falta de paternalismo, tan frecuente en los curas rurales, le sorprendían. Era ya noche cerrada cuando se despidió de él. Fue el párroco quien le sugirió la posibilidad de verse a la tarde siguiente, invitación que Salcedo, que había pensado regresar a Valladolid por la mañana, no declinó. A las diez, después del desayuno, el cura seguía leyendo en el atrio en la misma postura que la tarde

anterior. Cuando Cipriano fue a recogerle después de almorzar continuaba inmóvil en el poyo de la iglesia. Cerró el libro al verle y se incorporó:

—¿Puede saberse qué lee con tanto celo vuestra paternidad?

—Releo a Erasmo —respondió Cazalla—. Nunca se acaba de conocer su pensamiento.

—Yo fui en tiempos un aguerrido erasmista —dijo Cipriano con sorna.

El cura se sorprendió:

—¿De veras le ha interesado a vuesa merced Erasmo alguna vez?

—Entiéndame, padre. Le estoy hablando de mi infancia, de la Conferencia sobre Erasmo. En mi colegio se formaron entonces dos bandos y yo pertenecía al de los erasmistas. Y, aunque ninguno de los grupos sabíamos quién era Erasmo, llegamos a pelearnos por él.

Habían atravesado el pueblo sin plan preconcebido y ahora se encontraban en el camino de Villavendimio, en dirección a Toro. Cazalla observaba a los animales, a los pájaros, se revelaba como un experto conocedor del campo. Hablaba de los estorninos pintos como más pendencieros y mejores albañiles que los negros, más locuaces y canoros también.

Pero al cura le había interesado la mención de su vida colegial. Le preguntó por el centro donde se había educado.

—El Hospital de Niños Expósitos —dijo Salcedo.

—Pero vuesa merced no lo era, no era expósito quiero decir.

—No lo era pero mi padre me sometió a esa dura disciplina. No creía en mi inteligencia y varios preceptores habían fracasado conmigo.

—¿No estaba allí el padre Arnaldo?

—El padre Arnaldo y el padre Toval, ambos enfrentados precisamente en la cuestión erasmista. Erasmo fue el inspirador de Lutero, a juicio del padre Arnaldo. Sin él la Reforma nunca se hubiera producido. Por contra, el padre Toval creía en la buena fe del holandés.

Los ojos de Cazalla parecían mirar a algo remoto.

—Aquéllos fueron días de esperanza —dijo de pronto—. El Emperador estaba junto a Erasmo, lo apoyaba, y el inquisidor Manrique también. ¿Qué significaban los mosquitos pegajosos que se alzaban contra ellos? Por aquellas fechas Erasmo publicó la segunda parte de su *Hyperaspistes* rebatiendo algunas afirmaciones de Lutero. Esto consolidó su prestigio ante el Rey quien le escribió, llamándole «honrado, devoto y amado nuestro» en el encabezamiento de la carta.

Las palabras de Cazalla tenían un estremecido tono nostálgico:

—Y ¿cómo se malogró aquel empeño?

—Se cambiaron las tornas. Fue un hecho fatal. El inquisidor Manrique dejó de apoyar a Erasmo y el Rey se olvidó de él en Italia. Los frailes aprovecharon la circunstancia para atacarle desde el pulpito. Carvajal respondió agriamente al *Hyperaspistes* y Erasmo, en lugar de callar y no darse por aludido, le replicó con violencia. La situación había dado un giro completo. A partir de ese momento, para la Inquisición, Erasmo y Lutero fueron ramas de un mismo tronco.

Habían alcanzado el Recodo del Viejo, junto a la junquera, donde una urraca galleaba con insolencia. El cura contempló al pájaro con curiosidad sin dejar de caminar. El sol se ensanchaba y enrojecía al desplomarse tras las colinas grises de poniente. Pedro Cazalla se detuvo y dijo:

—¿Ha reparado vuesa merced en los crepúsculos de Castilla?

—Los saboreo con frecuencia —dijo Salcedo—. Las puestas de sol en la meseta resultan a veces sobrecogedoras.

Habían dado la vuelta y la tarde empezaba a refrescar. A lo lejos se divisaban las casitas de barro señoreadas por la iglesia. Las cigüeñas habían sacado pollos y se erguían en la espadaña como dibujos esquemáticos. Pedro Cazalla miró de nuevo al sol declinante. Los entreluces del lubricán le fascinaban. Sonó en el aire quedo el tañido de una campana. Cazalla apresuró el paso. Volvió hacia Salcedo sus ojos profundos:

—Ayer Erasmo era una esperanza y hoy sus libros están prohibidos. Nada de esto es obstáculo para que algunos sigamos creyendo en la Reforma que proponía. Quizá sea la única posible. Trento no aportará nada sustancial.

A la mañana siguiente, el cielo estaba empañado por algunas nubes blancas y *Relámpago* tomó el camino de Villavieja por las cuestas, a galope tendido. Cipriano agradecía la velocidad, el fresco viento en el rostro, mientras pensaba en los hermanos Cazalla, en su melancolía, en su inquietud reformista. Comprendía ahora mejor la sensación de vacío que le producían los sermones del Doctor. El erasmismo se desarraigaba en Castilla y, en consecuencia, su causa era una causa perdida. No obstante, veinte años atrás, el padre Arnaldo les había mandado rezar por la Iglesia, por la desaparición de las doctrinas erasmistas. ¿Cómo conciliar respuestas tan dispares ante un mismo fenómeno? *Relámpago* dejó atrás el pueblo de Tordesillas y, al alcanzar el de Simancas, cruzó hacia el camino general y atravesó el puente romano, a legua y media de la villa.

Teo lo recibió como si hiciera un mes que no se veían. Había sido

la primera separación y lo había echado de menos. Después de cenar, *la Estatua Apasionada* abrevió la sobremesa, y ante la sorpresa de Crisanta, la doncella, a las diez el matrimonio estaba acostado. Teo lo estrechaba contra ella y a él le agradaba sentirse protegido, en el fortín, a cubierto de cualquier asechanza. A poco, *la Estatua Apasionada* le buscó *la cosita* y comentó, con voz meliflua, que qué bien que su marido no se la hubiera olvidado en Pedrosa, en tanto Salcedo se esforzaba por encaramarse a la meseta de las protuberancias. Sintió el atragantado risoteo de su esposa, vibrante y prolongado, pero ello no impidió que, pasados unos instantes, *la Estatua Apasionada* reiniciara el acto de amor. A Cipriano le sorprendió su avidez. Se diría que Teo encadenaba los contactos en una actitud compulsiva como si pusiera a prueba su resistencia. Y, tras una cuarta vez, cuando el acoso cedió, Cipriano, extenuado, buscó el refugio de su axila. En Pedrosa había echado en falta su calor y tuvo que dormir con la gorra puesta. Al recuperar ahora el techo perdido se sentía cobijado y feliz por más que la actitud de Teo siguiera sin definirse.

Al despertar, encontró a su mujer sofocada, inquisitiva, apremiante. Era otro tropezón, aparentemente baladí, de su matrimonio:

—¿Por qué nosotros no tenemos nunca un hijo, Cipriano? Llevamos casados más de diez meses y nunca me pasa nada.

Salcedo le acarició los rizos color caoba de la nuca, se hacía anillos con ellos sin conseguir amansarla:

—¡Oh, querida, estas cosas no tienen horario fijo! —dijo—. No dependen de nuestra voluntad. Por otra parte, los Salcedo nunca fuimos muy fértiles. No debes impacientarte por eso. Ya llegará.

Se adivinaba que Teo había reflexionado sobre el particular:

—Todas las mujeres cuando se casan tienen un hijo, Cipriano. ¿Por qué no me dijiste a tiempo que tu familia tenía dificultades? Cada vez que depositas tu semilla en mí pienso que esta vez va a ser la definitiva pero nunca llega.

Se mostraba erizada, resentida, pero él le quitó importancia al asunto:

—No te inquietes por eso, cariño. Los Salcedo siempre nos reprodujimos con parsimonia. Mi bisabuelo no tuvo más que un hijo y mi abuelo dos, pero entre medias transcurrieron ocho años. El tío Ignacio tampoco tiene familia y ten en cuenta que mi madre, que gloria haya, estuvo cinco años tratándose su supuesta infecundidad. Y ¿crees que le fue bien el tratamiento? De ninguna manera. Mi madre quedó encinta cuatro años después de dejarlo, cuando Dios quiso y cuando ya se había olvidado de su obsesión.

Hay influencias astrales que, en cierta medida, determinan estas cosas. El cuerpo requiere un tiempo de madurez.

—Y ¿cuánto tiempo necesitó tu madre?

—Exactamente nueve años y siete días. Tal vez la medida de los Salcedo se exprese en años en lugar de en meses. La cifra no deja de ser curiosa.

Teo vaciló:

—No... ¿no estará enferma *la cosita* ?

—Tú sabes que funciona con regularidad. Antes te hablaba de la infertilidad de los Salcedo, pero el retraso bien puede provenir de ti. El doctor Almenara, una notabilidad en su época, decía que dos de cada tres veces la infecundidad dependía de las mujeres.

La impaciencia de Teo se tradujo en una avidez sexual desordenada. Sin duda pensaba que la frecuencia aumentaba las posibilidades. Cipriano trataba de aleccionarla cada noche:

—Querida, más importante que el número de coitos es tu estado de recepción. Acéptame relajada, receptiva. No olvides que en cada cópula yo introduzco en tu vagina centenares o millares de semillas que buscan un lugar donde fructificar. Pero la fecundación no depende tanto del número como del terreno que tú prepares para recibirlas.

Teo pareció aplacada de momento pero lo suyo era una monomanía. No pensaba en otra cosa y se valía de cualquier pretexto para sacarlo a relucir. Él le había dicho: muchos problemas se resuelven esperando, olvidándose de ellos. Y ella procuraba hacerlo así pero, en lugar de los pensamientos, era la angustia por desembarazarse de ellos lo que la martirizaba. Teo se confiaba a su marido:

—Constantemente pienso que no debo pensar en ello pero con esta obsesión puedo llegar a volverme loca.

—¿Por qué no me concedes un plazo? ¿Por qué no decides esperar unos años antes de tomar una determinación? Dentro de cuatro tendrás veintisiete, la edad más adecuada para procrear.

Teo callaba. Tácitamente le concedía el plazo pero, poco a poco, iba perdiendo la fe en él y, con la fe, su encandilamiento sexual. Apenas buscaba ya *la cosita* y, si lo hacía, era sin el ardor de antaño, desganada. Sabía que el hijo tenía que venir por esa vía pero llevaba más de un año intentándolo y no venía. Salcedo se daba cuenta del descorazonamiento de su esposa e intentó distraerla ocupándola en el taller, pero Teo se aburría allí. Entonces pensó que, ahora que se aproximaba la época del esquileo, Teo podría pasar en La Manga una larga temporada ayudando a su

padre, mas, antes que la faena del esquileo comenzase, llegó la noticia: Telesforo Mozo, el pastor de su suegro, pretendía llevar el rebaño a medias. No se trataba ya de un hatajo más o menos grande sino de partir las ovejas que pastoreaba por la mitad. Segundo Centeno ni lo pensó. Despidió a Telesforo, se amancebó con la Benita, la hija del pastor de Wamba, Gildardo Albarrán, y relegó a la legítima a la condición de criada y esquiladora por seis reales al mes.

Ante la gravedad del problema, Teo se instaló en La Manga. Advirtió enseguida el reconcomio de Petronila aunque ésta no pronunciase palabra y anduviera todo el día por la casa con la mirada huida, haciendo visajes y aspavientos. Pero don Segundo volvía sobre el tema cada mañana. Le obligaba a hacer la cama adulterina todavía caliente y a lavar la ropa íntima de la pareja. El resto del día lo pasaba Petronila pelando borregos. No decía palabra. Se sentaba a esquilar en el tajuelo y no abría la boca por mucho que *la Reina del Páramo* se esforzara en entablar conversación con ella. Una noche, Teo salió a dar un paseo y le pareció ver entre dos luces la silueta furtiva de un hombre escondiéndose entre las encinas. Habló a su padre seriamente: no debía exponerse así. Debería cambiar de actitud. No había hombre que aceptara con los brazos cruzados su despido y la vejación reiterada de su hija. Por su parte, Gildardo Albarrán se movía ahora por la finca con la misma libertad que si fuera suya. Se reunía con don Segundo en la sala, entraba en la casa por la puerta principal y charlaban largo rato como iguales, eso sí, sin que Gildardo pidiera nada. Visto lo del Telesforo y aleccionado por su fracaso, sabía que al señor Centeno era preferible entrarle por las buenas que por las malas.

Así las cosas, la vieja aspiración de Teo se atenuaba. Se preocupaba menos de ser madre que de conservar a su padre. Y cuando Cipriano la visitaba, una vez por semana, tenía ocasión de departir con él como en los buenos tiempos: paseando por el monte, levantando de las encinas bandos de torcaces con los buches repletos de bellotas, o viendo apeonar a las becadas en el calvero. Cipriano creía en la terapia de la distracción y confiaba en que Teo volviese a su vida normal y le concediera un plazo razonable antes de dar por fracasado su matrimonio. Pero dormía mal. Al regatearle Teo el cobijo de su axila, la cabeza se le enfriaba, se le desgobernaba en la noche, durante el sueño y, al levantarse, le mortificaba la tortícolis. Volvía a ser el niño desprotegido que había sido. Y utilizaba gorras, sombreros y hasta capuchas forradas de piel, como sucedáneos. AI propio tiempo trataba de llenar la prolongada ausencia de Teo con frecuentes visitas a sus tíos. Doña

Gabriela, muy satisfecha en su condición de esposa sin descendencia, no entendía la actitud de su sobrina. Hay otras cosas en la vida, instituciones, enfermos, niños con hambre, colegios de caridad, decía. Buscar a toda costa un ser de nuestra propia sangre para volcar en él nuestra afectividad es una conducta egoísta. Y, en el fondo, Cipriano le daba la razón, pero no dejaba de comprender que desdoblarse fuese la máxima aspiración de toda mujer en este mundo.

Una mañana, antes de salir para la Judería, un correo urgente de Peñaflor le dio cuenta de que su suegro, don Segundo, había sido asesinado. Le habían seccionado la garganta con un hocino. El Telesforo Mozo, su autor, se había entregado a la autoridad en Valladolid y al ser preguntado por los móviles del crimen había dicho: «Me dejó en la calle tirado como a un perro y quebró la condición de mi hija. Era un sujeto que no merecía vivir».

Cipriano partió para La Manga sin demora. Le dio tiempo de enterrar a su suegro en el atrio de la iglesia de Peñaflor y hacerse cargo de los papeles que don Segundo guardaba en el escritorio. La Petronila, asustada, había huido de casa; en cambio compareció Gildardo Albarrán llamándose a la parte, no porque la ley le amparase, sino porque tenía testigos de que don Segundo había hecho de su hija una barragana sin su consentimiento. Teo mostró una entereza admirable. El esquileo se había acabado y esto la aliviaba. Por otra parte, la cruenta muerte de su padre le parecía horrible pero a cambio no había sufrido, lo que no dejaba de ser un consuelo.

Cipriano previo graves complicaciones y un aumento de trabajo hasta desenredar aquello, pero su tío Ignacio, como de costumbre, lo simplificó. El testamento del señor Centeno era claro. Teo era la única heredera, Petronila usufructuaria de un pequeño fundo y arrendataria de la vivienda mientras durara el plazo del alquiler, la Benita, la barragana, volvió con su padre a Wamba y Estacio del Valle, el fiel corresponsal de Villanubla, quedó encargado de resolver el problema de los pastores, puesto que los rebaños de don Segundo, como le decía Cipriano Salcedo en su misiva, habían pasado a ser propiedad de Teodomira Centeno, su consorte.

X

Teo se quitó unas libras de encima con el luto, un luto distinguido y respetuoso que le indujo a ponerse sobre el escote un collar de perlas negras que contrastaba con la palidez de su tez. También Cipriano Salcedo se resumió en sí mismo ataviado con un coleto sin mangas, negro, a la moda, y un cuello tan alto que le cubría medio pescuezo, por encima del cual asomaba el borde rizado del cabezón de la camisa. Pero el luto no enderezó las relaciones de la pareja. Teo volvió a sus apremios maternales mientras Cipriano le insistía que le diera un plazo y asumiera un poco de sensatez. En su afán por facilitarle argumentos, Cipriano le recordó que su padre contaba con ocho años más que su tío Ignacio y había que imaginar que entre los dos nacimientos los abuelos habrían mantenido el mismo tipo de relaciones íntimas que antes y después. Sin embargo, persuadido de que todo era inútil, visitó una tarde, por su cuenta, al doctor Galache. Hubiera preferido hacerlo al que ayudó a traerle al mundo, al doctor Almenara, pero éste había fallecido once años atrás. El doctor Galache le sometió a reconocimiento y le dijo que todo era correcto, que estaba íntegro y que, con vistas a enriquecer la calidad del esperma, ingiriese una infusión de verbena y madreselva después de las comidas. Salcedo admitió que él, físicamente, se encontraba fuerte y que por ese lado no parecía provenir la esterilidad. En ese momento, el doctor Galache le formuló la temida pregunta:

—¿Por qué no trae vuesa merced a su señora? En buena medida ellas son las causantes de la infecundidad matrimonial.

Salcedo le confió que ella no estaba preparada para el evento pero que no descartaba que, con el tiempo, se decidiera a hacerlo. Cipriano Salcedo no dijo nada a Teo de su consulta a Galache ni, naturalmente, puso en práctica el remedio aconsejado por él.

A la mañana siguiente marchó a Pedrosa. Era un día tranquilo, de nubes blancas y altas temperaturas. La liviandad de Cipriano, la velocidad del caballo y el dédalo de atajos y trochas que había llegado a conocer, le permitían llegar a Pedrosa en poco más de dos horas. Iniciaba el viaje faldeando las colinas, doblaba en la senda de Geria y desde allí, en línea recta, entre los majuelos, atravesaba Villavieja y Villalar y accedía a Pedrosa por los trigales, sin desviarse. En algunas gayolas, a la puerta, se sentaba un hombre y

un perro ratonero le ladraba al pasar el caballo. En ocasiones había también niños que le decían adiós con la mano.

Se alojó en la posada de la hija de Baruque y acudió sin demora a visitar a su rentero. Hacía días que había concebido una idea luminosa: desarraigar las cepas del pago de Villavendimio y plantar en su lugar una pinada. Era cierto que en la ribera derecha del Duero nadie había osado nunca poner pinos, pero la naturaleza del suelo, floja y arenosa, lo pedía a gritos aquí. Martín Martín, por añadidura, era un experto en esta clase de árboles. Había cultivado el albar con su tío en tierras de Olmedo y conocía las exigencias del pino e incluso los vaivenes del piñón en el mercado:

—La ventaja del pino sobre las siembras —le dijo— es que el pino marca las cosechas con dos años de antelación.

—¿Marca las cosechas el pino? —inquinó Cipriano.

—Lo que oye, sí señor; hoy recoge vuesa merced la piña hecha, pero en el árbol queda la perindola, o sea, la piña del año que viene, que está por hacer, y una cosita así —marcaba la mitad de la falange de un dedo—, en cuanto que se la advierte, que es la piña del año siguiente.

Cipriano Salcedo se sintió satisfecho de su iniciativa y Martín Martín quedó en apalabrar a una cuadrilla de gañanes para descepar las diez fanegas de Villavendimio. Ante Cazalla, Cipriano se pavoneó de terrateniente experto. Lo había pensado mucho. Después de incorporarlo a sus tierras no podía dejar yermo ese pago. Plantaría pinos albares que daban piñón e indicaban de antemano las dos cosechas venideras. Es decir, era el único cultivo del que no podían esperarse sorpresas. Por su parte, Pedro Cazalla le invitó a cazar el perdigón a la mañana siguiente en la línea del monte de La Gallarita. Cipriano Salcedo rompió a reír:

—Desde luego, vuestra paternidad es aún más sorprendente que el pino albar —dijo.

La primera luz los sorprendió en las salinas del Cenagal, a una legua larga de Casasola. Cazalla llevaba un retaco en bandolera y en la mano derecha la jaula del perdigón cubierta con una sayuela. Apenas se anunciaba el sol cuando entraron en el tollo, una gran mata hueca, con una tronera al frente para disparar. Cazalla afirmó el tanganillo con cuatro piedras, colocó sobre él la jaula desnuda y, luego, se metió en el tollo y se sentó en la banqueta, junto a Salcedo. El día iba abriendo y, mientras el macho emitía el primer coreché de la mañana, Pedro Cazalla le mostró muy ufano su retaco, la escopeta que había comprado al maestro armero vizcaíno Juan Ibáñez. Mediría poco más de una vara de larga. El propio Cazalla, hábil de manos, había desbastado la culata de nogal y

encepado el tubo de hierro en el otro extremo. El cañón se cargaba por la boca, baqueteando la pólvora con un taco de borra y poniendo encima un puñadito de perdigones. Cazalla le enseñó los perdigones de plomo que unos amigos le enviaban desde Alemania. Al mostrarle el sistema de fogueo puso en ello un entusiasmo pueril. Se trataba de una especie de serpentín, como una ese, en cuya parte superior se colocaba la mecha que hacía de percutor, en tanto la inferior servía de gatillo. Al oprimirlo, la mecha bajaba sobre el agujero del tubo y, al ponerse en contacto con la pólvora, provocaba la explosión, pero el cazador debía seguir a la pieza por el punto de mira durante cuatro o cinco segundos, hasta que aquélla se producía, si aspiraba a cobrarla.

La luz ensanchaba y el perdigón llenaba el campo con su cántico ardiente y persuasivo. De la parte del monte sonó una respuesta remota:

—¿Oye? El campo ya contesta.

—Acude ¿y a liberar a la prisionera?

Cazalla sonrió, con la sonrisa indulgente del experto ante el novicio.

—No se trata de eso —dijo—. Los pájaros están en celo y el macho acude a la llamada del otro para disputarle la hembra. Entra a pelear. Y unas veces viene solo y otras trae a la compañera para que sea testigo de su proeza.

El campo respondía cada vez con mayor ahínco y la perdiz enjaulada estiraba el cuello, difundía su coreché por el ancho mundo del páramo. Cazalla sacó cuidadosamente por la tronera la boca de su retaco y advirtió a Salcedo:

—Guarde silencio.

El macho cambió de tono, sustituyó el áspero coreché del comienzo por una parla inextricable, farfulladora, confidencial.

—Ojo, ya recibe —dijo Cazalla.

Salcedo se empinó en su asiento hasta divisar al perdigón enjaulado. Daba vueltas sobre sí mismo picoteando los alambres sin dejar de parlotear, mientras otra perdiz, al pie del tanganillo, cuchichiaba en tono menor. Cazalla susurró de pronto, afianzando en el hombro la culata de su retaco:

—Ya está ahí ese insensato. ¿Lo ve vuesa merced?

Salcedo asintió. La perdiz libre erguía el cuello y miraba a la de la jaula con ojeriza. El cura añadió:

—Detrás viene la hembra.

Salcedo se asomó a la mirilla y, en efecto, una perdiz de menor tamaño seguía a la primera. Cazalla aplastó la mejilla contra el

tubo y tomó puntería sobre la más grande. Estaba a veinte varas, junto al pulpitillo, y abría un poco las alas en actitud retadora. Cazalla oprimió la parte baja del serpentín y, nerviosamente, siguió por el punto de mira los pasos del macho hasta que la explosión le aturdió. Cuando el humo se disipó, Salcedo vio la perdiz aleteando impotente en el suelo, mientras tres plumillas azuladas se elevaban en el aire y la hembra se alejaba pausadamente del lugar de la tragedia. Cazalla puso la culata de su retaco en el suelo. Sonreía:

—Todo funcionó a la perfección, ¿no cree?

Salcedo fruncía los labios disgustado. No aprobaba la emboscada, aquella espera alevosa, la intromisión de su amigo en la vida sentimental de los pájaros. Pero Cazalla, insensible, atascaba de nuevo la pólvora en el tubo con la baqueta.

—¿No le ha gustado? —dijo—. Es un método de caza limpio, casi científico.

Salcedo denegó con la cabeza:

—Me parecen deshonestos los juegos con el amor. ¿Por qué disparó vuesa merced?

Cazalla encogió los hombros. Por la tronera se divisaba al perdigón enjaulado, ahuecando las plumas, pavoneándose de su hazaña:

—No tengo otra salida —dijo—. Si no disparase, el perdigón se malearía y no volvería a cantar. La muerte es necesaria para que el prisionero siga incitando al campo.

De nuevo volvía el silencio. Por la mirilla se descubría el páramo lleno de luz. Un majano, a la derecha, producía una sombra negra y escueta. La hierba era prieta y fresca y Salcedo se dijo que no estaría de más un buen rebaño en Pedrosa. Hablaría con Martín Martín. También aquí, como en La Manga, abundaban las piedras en los perdidos. Cazalla desenvolvía un pequeño paquete y alargó un pastel a Salcedo. Los había preparado su hermana Beatriz. El macho de la jaula parecía repuesto, olvidado de su adversario, y volvía a engallarse y a convocar al campo. La escena inicial volvió a repetirse media hora más tarde, pero ahora entró solamente un macho, un macho viudo o soltero, desparejado. Cazalla, nervioso con la demora del arma, erró el disparo cuando el animal se abalanzaba sobre la jaula. Contra lo que Salcedo esperaba, Pedro Cazalla no se enfadó. El retaco, con el percutor de mecha, era un arma muy traicionera, dijo calmosamente, pero su amigo, el vizcaíno Juan Ibáñez, no fabricaba de momento otro tipo de escopeta más acabado.

Hasta ellos llegaban los graznidos de las urracas, los pío-pío de las cogujadas, el áspero carraspeo de los cuervos. Hacía calor

dentro del tollo. El perdigón daba vueltas sobre sí mismo y, de cuando en cuando, emitía un co-re-ché fláccido, sin el empuje inicial. Él mismo se sorprendió cuando le respondió el campo. Se entabló un diálogo de poco aliento entre los dos pájaros sin dejar apenas pausa entre sus cantos. A pesar de su respuesta inapetente, uno pensaba en un macho enardecido pues su aproximación a la jaula había sido más rápida que la de los dos anteriores. Entró en plaza con la hembra coqueteando detrás y, al parloteo confidencial del perdigón enjaulado, respondió con un fiero ataque con las alas entreabiertas. Pedro Cazalla lo abatió de un tiro certero, a dos varas del pulpitillo y, de nuevo, el perdigón pregonó su victoria estirando el cuello al límite. Cazalla se levantó sonriendo de la banqueta. Se había hecho mediodía, la hora de regresar. Colgó las dos perdices en la percha y enfundó la jaula en la sayuela cuando el macho comenzaba a alborotarse. Salcedo tomó el retaco al salir del tollo. Miraba el arma con curiosidad y desconfianza, pero Cazalla, que iba sin sotana, con calzas abotonadas, insistió:

—El retaco no es un arma bien resuelta. Mi amigo Juan Ibáñez hará algo mejor cualquier día.

El sol caía de plano sobre el camino y Salcedo notaba en la frente el húmedo calor del sombrero. Al divisar las salinas del Cenagal, Cazalla se acercó a la primera, se sentó a la orilla, se descalzó y metió los pies en el agua. Cuando Salcedo le imitaba, voló entre los carrizos una pareja de patos reales.

—Nunca fallan —dijo Cazalla—. Siempre retozan aquí.

—¿No estarán anidando?

—Es tarde. El azulón es madrugador, tiene un rijo temprano.

Los carrizos se quebraban a su paso y Salcedo sentía un raro placer al notar las escurriduras del cieno entre los dedos de los pies. De pronto divisó el enorme sapo nadando entre las espadañas. Nadaba despacio, sin alborotar el agua, con los ojos abultados, fríos e indiferentes, en un punto fijo. Mostró a Cazalla el repugnante animal.

—Es la sapina —dijo éste con curiosidad—. Está en plena cópula. ¿Se ha fijado?

Al oírle fue cuando Salcedo descubrió al macho, un sapillo diminuto e impávido sobre el ancho lomo de la sapa. Algo se le revolvió en el estómago. Experimentó un almadiamiento y, acto seguido, la náusea. Miraba a los dos anímales apareados pero no los veía. Veía una barcaza con el rostro y los pechos de Teo como mascarón de proa, y él bogando solitario en la popa. Experimentó asco de sí mismo, una repugnancia tan apremiante que salió apresuradamente del agua y, antes de alcanzar el camino, vomitó.

Cazalla caminaba tras él:

—¿Se pone enfermo vuesa merced? Ha perdido el color.

—Esos bichos, esos bichos —repetía Salcedo.

—¿Los sapos dice? —reía—. La hembra es diez veces mayor que el macho. Curioso ¿verdad? El macho apenas es algo más que un minúsculo irrigador, un saquito de esperma.

—Calle vuestra paternidad, se lo ruego.

La turbia imagen no salía de su cabeza aunque torturara a *Relámpago* con las espuelas, como si la torpe visión estuviera relacionada con la velocidad. La Teo-sapa dejándose escalar por Cipriano-sapo y, una vez conquistada, navegar sobre ella por el gran lago, era una escena que volvía a alterarle el estómago. ¿Tendría valor para volver a poseer a Teo?

La Reina del Páramo le recibió con exageradas manifestaciones de alivio:

—¡Oh, ya estás aquí, chiquillo! ¡Dios mío, creí que no volvías nunca! Me veía sola, Cipriano, y me decía: sola no puedo tener un hijo, necesito *la cosita* de mi esposo.

Pero a la noche Cipriano no hizo intención de acercarse a ella. Tampoco Teo, como si presintiera algo, le buscó *la cosita*. Y, a la noche siguiente, volvió a repetirse la escena, cada uno esperó en vano la iniciativa del otro. Mas a Cipriano, la imagen de la gran sapa nadando en la salina del Cenagal era lo que le inutilizaba. Durante una semana se prolongó la infructuosa espera de Teo. Cipriano seguía viendo en ella la sapa autoritaria, caprichosa y posesiva. Y aún le repugnaba más el complemento: la actitud servil, complaciente y oficiosa del pequeño sapo fecundador encaramado en su dorso. Un saquito de esperma, había dicho Cazalla. Nunca, como en aquellos días, tuvo Cipriano tan alejada de sí cualquier inclinación salaz. La sola idea de atacar el flanco de su esposa le daba náuseas. Y Teo terminó enojándose, presa de una sofocación intensa, preludio de un ataque de histeria. Su marido no deseaba un hijo; no quería tenerlo. Hasta le regateaba su *cosita* y ella, por sí sola, carecía de la capacidad de fecundarse. *La cosita* era elemento imprescindible para la reproducción, pero ya no contaba con ella. Su marido la había hecho desaparecer como por ensalmo. Lloraba sobre él, entre sus ropas de luto, poco alentadoras también para cambiar el ánimo de Cipriano. Pero cada vez que éste la abrazaba sin abarcaría, volvía a ver en ella a la sapina, enorme y absorbente, nadando en la salina, encareciéndole que la fecundase. Las cosas iban de mal en peor, Cipriano no podía moverse de casa. Teo voceaba y gritaba sin causa, no comía, no dormía, hasta que una mañana Cipriano le propuso visitar al doctor Galache, la

notabilidad del momento en la villa, para exponerle el problema. No le ocultó a Teo su visita anterior, la buena opinión del doctor sobre sus posibilidades reproductoras, su interés por verla a ella.

Cipriano encontró a Galache tan solemne y abierto como la primera vez, vestido lujosamente de terciopelo, con las manos muy cuidadas, desnudas. Pensó que cuarenta años atrás sus padres habían hecho una visita análoga sin resultados. Y que, precisamente, él nació cuando doña Catalina, su madre, hacía cuatro que había abandonado el tratamiento. Estuvo a punto de recordarlo pero calló. Con seguridad su impertinencia hubiera menoscabado el incipiente optimismo de su esposa. Ocultó pues este detalle en la información sobre los antecedentes familiares: la escasa fertilidad de los Salcedo. El doctor Galache le escuchaba gravemente. Dijo al fin:

—Permítame; voy a reconocer a su esposa.

Teo se tendió en la mesa. Y durante unos minutos reinó el silencio en la consulta, hasta que Galache se enderezó:

—No hay nada de particular —dijo—. La mecánica reproductora de esta señora es correcta, apta para concebir.

Les reunió a los dos en la galería de la mesa y las sillas blancas.

—Les voy a ser sincero —dijo—. Nuestros abuelos, ante un caso semejante, en que las dos partes parecen útiles para la procreación, hubieran apelado a pruebas supersticiosas, que hoy sabemos que no sirven para nada, como la del ajo. Pero yo sé, sin necesidad de poner a esta señora un ajo en la vagina, dado que entre la vagina y la boca no existe comunicación alguna, que mi paciente no está opilada. Vayamos pues a lo práctico.

Cipriano Salcedo se inquietó:

—¿Cree vuesa merced que podremos conseguir algo?

El doctor trenzó los dedos de sus manos desnudas:

—Vuesas mercedes han acudido a mí porque tienen confianza. Y yo voy a intentar resolverles su problema. En primer lugar la historia de la familia Salcedo es concluyente: los machos no son excesivamente fértiles, pero tampoco estériles, necesitan tiempo. Hay matrimonios a quienes les bastan nueve meses para tener familia, pero los Salcedo no están en ese caso. Estos señores han precisado seis y hasta nueve años para desdoblarse. La suya es una reproducción morosa que forma parte de su naturaleza. En cuanto a usted, debe tener calma, señora: déjese vivir, distráigase, no se piense y yo le aseguro que cuando se cumpla el plazo reproductor de los Salcedo usted quedará encinta. Yo se lo prometo solemnemente si sabe esperar, si recibe a su esposo con entusiasmo, con la ilusión de concebir. Ninguna mujer se ha quedado encinta,

que yo sepa, con gemidos y lloriqueos. Haga un esfuerzo.

El doctor Galache se incorporó. En su recetario escribió rápidamente unas palabras enigmáticas. Añadió:

—Los varones de la familia Salcedo padecen una particularidad que los médicos de hoy llamamos semen renuente. Contra esto, la mejor medicina es la paciencia. No apresurarse, esperar a que se cumpla el plazo. Pero, por si acaso, yo voy a ayudarles. El señor Salcedo debe tomar todas las noches un preparado de escorias de plata y acero para aumentar la eyaculación. Es eficaz y no le producirá efectos secundarios. En cuanto a usted, señora, va a hacerme este favor: propóngase una abstinencia sexual de cuatro días seguidos cada mes y, en la noche del quinto, a la hora aproximada de la coyunda, y en lugar de ésta, bébase un zumo caliente de salvia con sal. Es la mejor manera de preparar el cuerpo para concebir.

Teo salió de la consulta remozada. El consejo del doctor aventó sus aprensiones por completo. Hacía ya año y medio de la muerte de su padre y, al llegar a casa, se colocó un vivo blanco en el escote. Parecía que no pero aquella cintita suavizaba el luto, le volvía menos rígido y esterilizador, la animaba. Después, en los días que siguieron a la consulta, se preocupó de cumplir los consejos del doctor minuciosamente. Llevaba a la mesa el preparado de escorias de plata y acero para Cipriano y, cada mes, puntualmente, hacía un alto de cuatro días en su relación carnal y, el quinto, ingería un zumo caliente de salvia con sal. Cipriano, que había conseguido ahuyentar la torva imagen de la sapina en celo, ya no era un ser sexualmente nulo y hasta experimentaba ciertos apremios cada vez que se presentaban los días de abstinencia.

—¿Estás loco? ¿Es que ya no recuerdas la recomendación de Galache?

Le volvía la espalda y él se quedaba solo, desprotegido, como cada noche. Teo seguía sin prestarle el cálido cobijo de su axila para conciliar el sueño y Cipriano lo sustituía por una almohada doblada, metiendo la cabeza en el doblez. Llegó a habituarse a la innovación. Ahora dormían, pues, espalda contra espalda y cada vez que Teo daba media vuelta, sacaba la ropa de su lado y Cipriano se enfriaba. Pero todo lo daba por bien empleado viendo a su esposa instalada en la normalidad.

Por si fuera poco, Teo se decidió a iniciar una vida más activa. Bajaba temprano a la tienda y ayudaba a Elvira Esteban en el mostrador. Avanzaba el otoño y Valladolid se aprestaba a capear el duro invierno mesetario adquiriendo zamarros y ropillas aforradas. Era curioso observar, pasada la novedad, que aquéllas habían

quedado como prendas invernales imprescindibles en Castilla. Por la noche, Teo le daba a Cipriano el parte del día y cuenta de la caja. De esta manera, Teo se fue habituando a la actividad comercial y cogiendo gusto a las anotaciones.

La paz del hogar devolvió a Cipriano la libertad y un día, doblado septiembre, asistió a un nuevo sermón del doctor Cazalla sobre el egoísmo católico, en oposición a la incondicional entrega de Cristo en su pasión. Estuvo muy duro el Doctor aquella tarde. Habló del escándalo de los monasterios que disponían de vasallos, de los prelados que se creían señores y de los obispos entregados a la gula y la concupiscencia. Por una vez Cazalla fue directo al grano, no se anduvo con rodeos. Entre el auditorio corría un murmullo de protesta e incredulidad, pero, en ese instante, sabiamente, el Doctor mentó a Cisneros, confesor de la Reina Católica, un hombre que en su día se había alzado contra estos excesos, y cuya conducta —dijo— deberíamos imitar los creyentes.

Cipriano pasó por casa de su tío Ignacio y le pidió un ejemplar del *Enchiridion*, de Erasmo. Tenía la sospecha de que el Doctor no había mencionado a Erasmo deliberadamente y había utilizado en cambio el nombre de Cisneros como pantalla, por la sencilla razón de que el pueblo guardaba de éste buena memoria. Abrió el libro después de cenar y lo leyó lentamente, procurando exprimir cada renglón. Cuando languidecía la luz del quinqué, Cipriano lo cerró. Lo había terminado. Le invadía una sensación de desaliento. Era consciente de su escasa formación para entrar en debate sobre los puntos esenciales de la obra: la eficacia del bautismo, la confesión auricular o el libre albedrío. Pero notaba la inquietud inicial del disidente, el desasosiego, la necesidad de hacer preguntas. Durmió mal, intranquilo, sabedor de que existía otro mundo distinto de aquel en que se había instalado y que, tal vez, tenía el deber de conocer.

Muy de mañana partió para Pedrosa. Confió a Teo a su tía Gabriela. Ella la acompañaría durante su ausencia. Él llevaba varias noches pensando en Pedro Cazalla y, ahora que carecía de director espiritual, se dijo que tal vez pudiera él desempeñar tal diligencia. Aborrecía a los directores blandos, amigos de secreteos de confesionario, y Pedro Cazalla le parecía un hombre roblizo y abierto que no necesitaba que se lo pidiera para asumir su dirección.

Por primera vez tomaron el camino de Villalar, entre los rastrojos hollados e interminables. Faltaba aquí, en la perspectiva, el geométrico acompañamiento de la viña. Cipriano se preguntaba si el cura dispondría de un camino adecuado para cada situación. Por de pronto, la decadencia del rastrojo, su desolación, marchaba

acorde con sus inquietudes del momento. Salcedo le confesó al cura que había leído el *Enchiridion* después de escuchar un duro sermón de su hermano contra los abusos del clero.

—¿Una cosa le llevó a otra?

—Algo así. Deseaba saber dónde se había inspirado.

—Y ¿encontró por fin la fuente?

—El hermano de vuestra paternidad puso de pantalla a Cisneros, pero en realidad había bebido en Erasmo. La cosa estaba clara. Seguramente lo hizo para acallar los rumores de protesta del auditorio.

Pedro Cazalla miraba con curiosidad su perfil apocado:

—¿Y qué impresión le produjo la lectura del *Enchiridion*?

—De flaqueza y desaliento —dijo Salcedo—. El libro es crudo como vuestra reverencia sabe.

—¿Qué edición leyó?

—La del canónigo de Palencia Fernández Madrid.

—j Oh! —exclamó Cazalla sorprendido—. El *Enchiridion* es mucho más áspero que todo eso. Alonso Fernández le quitó el aguijón, lo maquilló. Hizo de él un librito amable para leer en familia.

Alentado por el silencio y la soledad, Cipriano confió a Cazalla sus escrúpulos y dudas. Siempre los había padecido. Desde niño desconfió de sus buenas obras. Repetía sus oraciones una y otra vez ante el temor de haber caído en la rutina, de no estar pensando en lo que decía.

—¿Por qué se tortura de esa manera vuesa merced? —dijo—. Confíe en Cristo, en los méritos de su pasión. ¿Qué valor tienen nuestros actos comparados con ella?

A Cipriano le sosegaban las palabras de Cazalla, su mirada profunda, el tono persuasivo de su voz:

—Me gustaría creerlo así —murmuró.

—¿Por qué tan poca fe? Si Cristo murió por nuestros pecados ¿cómo va a exigirnos luego reparación por ellos?

Clareaban los rastrojos de cebada, casi blancos en el crepúsculo; a Salcedo también le sonaban a Erasmo las palabras del otro Cazalla y se lo dijo así. Pedro Cazalla sonrió y encogió los hombros:

—Vuesa merced no debe preocuparse tanto de la procedencia de las ideas cuanto de las ideas mismas: si son morales y justas o no lo son.

—¿Quiere decir vuesa paternidad que nuestros sacrificios, nuestros sufragios, nuestras oraciones son inútiles, carecen de

sentido?

Cazalla puso delicadamente una mano en su brazo:

—Ninguna buena obra es inútil pero tampoco imprescindible para entrar en las estancias del Señor. Pero vuesa merced únicamente me habla de obras ¿es que no tiene fe?

Se habían sentado en el cembo del camino y Cazalla se acodó en sus rodillas cubiertas por la sotana y se sujetó la cabeza entre las manos. La voz de Cipriano le alcanzó empañada por la emoción:

—Tengo fe —dijo—. Y grande. Creo en Cristo y que Cristo es hijo de Dios.

Cazalla apenas le dejó terminar:

—¿Entonces? —preguntó—. Cristo vino al mundo a redimirnos; su pasión nos hizo libres.

Salcedo le miraba ensimismado, se diría que en su cabeza daba forma a las ideas que el otro formulaba. No obstante, intuía que acababa de hacer un raro descubrimiento. Dijo:

—Eso es exacto. Cristo dejó dicho: el que cree en mí se salvará; no morirá para siempre. Bien mirado sólo nos pidió fe.

—¿Conoce vuesa merced un precioso librito titulado *El beneficio de Cristo*?

Cipriano Salcedo denegó con la cabeza. Añadió Cazalla:

—Yo se lo prestaré. El libro no ha sido impreso en España pero conservo un ejemplar manuscrito. Don Carlos trajo de Italia el original.

Cipriano se hacía la ilusión de que algo empezaba a alentar dentro de él. Era como si atisbara un punto de luz en un horizonte cerrado. Aquel cura parecía mostrarle una nueva dimensión de lo religioso: la confianza frente al temor.

—¿Quién es ese don Carlos de que me habla?

—Don Carlos de Seso, un caballero *veronés* aclimatado en Castilla, un hombre tan fino de cuerpo como de espíritu. Ahora vive en Logroño. En el 50 viajó a Italia y trajo libros e ideas nuevas. Luego acudió a Trento con el obispo de Calahorra. Hay quien dice que don Carlos cautiva tras un trato superficial y desilusiona tras un trato profundo. En suma, que es conversador de distancias cortas. No sé. Tal vez vuesa merced tenga oportunidad de conocerle y juzgará por sí mismo.

Cipriano Salcedo se daba cuenta de que estaba deslizándose de las aguas someras a las profundas, de que estaba enredándose en una conversación trascendente y crucial. Pero experimentaba una paz inefable. Tenía una vaga idea de haber oído mentar a don Carlos de Seso en casa de su tío Ignacio. Y, aunque se encontraba a

gusto allí, sentado en el cembo, empezaba a sentir el relente.

Se incorporó y bajó al carril. Cazalla le siguió. Caminaron un rato en silencio, al cabo del cual Cipriano preguntó:

—¿No tuvo alguna vez don Carlos de Seso concomitancias luteranas?

—¡Oh!, déjese de prejuicios ahora. La Iglesia necesita una reforma y ninguna opinión está de más en estas circunstancias. Es preciso que nos entendamos. Los que regresan de Trento dicen que no creen que sea malo todo lo luterano.

El espíritu de Salcedo se serenaba. Le placía oír la voz tranquila y convencida de su interlocutor. Añadió Cazalla, como si pusiera un broche final a su disquisición:

—El dominico Juan de la Peña ha dicho con mucho sentido: ¿Por qué ocultar que yo confío en la Pasión de Cristo porque por su misericordia yo la he hecho mía? Esta frase es de los Santos Padres. Los luteranos se han apropiado de ella, aluden a ella constantemente como si fuera suya pero los Santos Padres la pronunciaron antes. El miedo nos impide aceptar de los protestantes verdades reconocidas por nosotros de antemano.

Con el lubricán, el pueblecito se identificaba con la tierra y, de no ser por la tenue llamita de algún candil desperdigado, hubiera podido pasar inadvertido. De pronto, sin ningún preámbulo, Pedro Cazalla le invitó a cenar. Así podrían seguir charlando. Su hermana Beatriz le acogió con agrado. Era una muchacha alegre que sonreía con los dientes, abiertamente. El mobiliario de la casa era tan sobrio como el de Martín Martín: una cocina con una mesa y dos escañiles. Tajuelos en la sala, butacas de mimbre y una librería. Y, a los dos lados, sendas habitaciones con altas camas de hierro, con dorados en los cabeceros. Beatriz guisaba y les servía la mesa en silencio. Era tal el respeto hacia su hermano que, en tanto hablaba, no osaba mover un dedo. Permanecía quieta, de espaldas al hogar, mirando a la mesa, las manos cruzadas sobre el halda. Únicamente en las pausas se atrevía a servir vino o cambiar un plato de sitio, Pedro Cazalla, a pesar de que hacía media hora que habían terminado su paseo, remató su parlamento con naturalidad, como hacía en tiempos *el Perulero*, como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Hace casi catorce años que conozco a don Carlos —dijo—. Entonces era un joven apuesto y refinado en el vestir, tanto que lo último que uno esperaba de él era oírle hablar de teologías. Tenía varios contertulios en Toro y una tarde nos hizo ver que Cristo había dicho sencillamente que el que creyese en Él tendría la vida eterna. Únicamente nos pidió fe —precisó—, no puso otras

condiciones.

Comían maquinalmente, atendidos por Beatriz. Cazalla hablaba y Cipriano, en silencio, se dejaba adoctrinar. Durante la comida, el párroco ahondó en los mismos temas que habían tratado en el paseo y, al final, todo volvió a confluir en el libro *El beneficio de Cristo*:

—Es un libro cuya sencillez no oculta una gran profundidad. Una apasionada exaltación de la justificación por la fe. Tras su lectura, el marqués de Alcañices quedó arrebatado. A otras muchas personas les ha sucedido lo mismo.

Terminada la cena, se trasladaron a la sala. En el anaquel del rincón se alineaban unas docenas de libros encuadernados. Cazalla tomó uno sin vacilar y se lo entregó a Salcedo. Era un texto manuscrito y Cipriano lo hojeó, elogió la gracia de su caligrafía:

—¿Lo ha escrito vuestra reverencia?

—Yo lo traduje, sí —dijo modestamente Cazalla.

A la mañana siguiente, Cipriano asistió a la misa de nueve en Pedrosa. En la iglesia apenas había dos docenas de personas, mujeres en su mayor parte. Al terminar, Cipriano se despidió del cura en la sacristía y le devolvió el libro. Pedro Cazalla le interrogó con su mirada sombría, remotamente esperanzada. Salcedo asintió con una sonrisa:

—Su lectura me ha hecho mucho bien —dijo escuetamente—. Seguiremos charlando.

XI

Cipriano Salcedo fue uno de los muchos vallisoletanos que, mediado el siglo XVI, creyeron que la instalación de la Corte en la villa podía tener carácter definitivo. Valladolid no sólo rebosaba de artesanos competentes y nobles de primera fila, sino que las Cortes y la vida política no daban ninguna impresión de provisionalidad. Al contrario, una vez llegado el medio siglo, el progreso de la ciudad se manifestaba en todos los órdenes. Valladolid crecía, su caserío desbordaba los antiguos límites y la población aumentaba a un ritmo regular. «No cabemos ya dentro de la muralla», decían orgullosos los vallisoletanos. Y ellos mismos se replicaban: «Construiremos otra mayor que nos acoja a todos». Un visitante flamenco, Laurent Vidal, decía de ella: «Valladolid es una villa tan grande como Bruselas». Y el ensayista español Pedro de Medina medía la belleza de la Plaza Mayor por los huecos que ofrecía al exterior: «¿Qué decir —escribía— de una plaza con quinientas puertas y seis mil ventanas?». Pero, doblado el medio siglo, la construcción, activa ya desde 1540, se aceleró, se acabaron de urbanizar las Tenerías, frente a la Puerta del Campo, y se levantaron importantes edificios más allá de las puertas de Teresa Gil, San Juan y la Magdalena. Las huertas de Santa Clara perdieron pronto su carácter agrícola y se convirtieron primero en solares y, luego, en casas de pisos con balcones de herraje, formando un barrio que corría paralelo al río Pisuerga.

El frenético ritmo de edificación hizo surgir en todas partes nuevas manzanas de casas, utilizando tanto los espacios cerrados, patios y jardines, como los terrenos abiertos de los arrabales. Para Cipriano Salcedo y sus convecinos constituyó un motivo de orgullo la transformación de su barrio, desde la Corredera de San Pablo a la Judería, próxima al Puente Mayor. Tres docenas de casas de nueva planta se habían edificado en las calles Lechería, Tahona y Sinagoga, y otras tantas aún más sólidas en la huerta del Convento de San Pablo, cedida para este fin. Para dar salida a estos bloques se abrió la calle Imperial, que enlazaba con el barrio recién construido. Otras licencias para obras de envergadura se concedieron, asimismo, en la calle Francos y en la huerta del convento de monjas de Santa María de Belén, entre el Colegio de Santa Cruz y la Plaza del Duque.

Pero lo más espectacular fue la expansión de la villa por las parroquias de extramuros: San Pedro, San Andrés y Santiago. Las cesiones de terreno de los hermanos Pesquera, que facilitaron sesenta y dos nuevos solares, resultaron beneficiosas incluso para los donantes, lo que indujo a otros propietarios a cambiar sus fincas, por una renta anual vitalicia, en lugares concretos como la calle de Zurradores, la linde del camino de Renedo y la del de Laguna, a la izquierda de la Puerta del Campo. En este tiempo, mediada la década, Valladolid se convirtió en un gran taller de construcción sobre el que pasaban los años sin que su febril actividad conociera reposo.

Simultáneamente a la erección de nuevos edificios, nació entre las clases pudientes la necesidad de acondicionarlos, de amueblarlos conforme a las más exigentes normas estéticas europeas. La decoración interior empieza entonces a ser considerada un arte. La Corte y sus exigencias van imbuyendo en los vallisoletanos una propensión al consumo cuya primera manifestación es el adorno. Incluso Teodomira Centeno, que durante años se había conformado con un discreto pasar, se sintió arrastrada de pronto por la fiebre de suntuosidad que impulsaba a sus convecinos. Para Cipriano Salcedo, el derroche de su mujer revelaba, por una parte, un contagio social y, por otra su carácter inestable. Teo explicaba de manera expresiva esta debilidad: el día que no gasto cien ducados lo considero un día perdido, confesaba a su marido. Esta obsesión por el gasto, junto a la observancia rigurosa de la terapia del doctor Galache, llenaron su vida en aquellos días. Con una particularidad, la tía Gabriela, tan reticente años atrás al matrimonio de Cipriano, se convirtió de pronto en la más fiel amiga y aliada de su esposa. El proverbial buen gusto de la tía se unió a la fabulosa fortuna de su sobrina. Teo no sólo era dócil sino que aceptaba agradecida las sugerencias de Gabriela. *La Reina del Páramo* conocía sus límites, se sabía mejor esquiladora que su tía pero carecía de un gusto tan decantado como el suyo. Por si fuera poco, la tía Gabriela, que ya se aproximaba a los sesenta, había encontrado en el despilfarro del dinero ajeno una actividad rejuvenecedora. En cuanto a Salcedo, poco apegado a las cosas materiales y embarcado en problemas trascendentes, apenas le afectaba la propensión al hedonismo de su cónyuge, antes bien, la alentaba. A estas alturas de su vida le agradaba una mujer ocupada, distraída, ya que Teo iba dejando de ser para él un elemento de sosiego al mismo tiempo que un aliciente perturbador. Se había equivocado con ella. Su tamaño, su blancura de estatua, la ausencia de vello y de sudor no dejaban de ser defectos que su fantasía de pretendiente había convertido en atributos. Aquella figura carnosa,

prieta y lacteada le decía ya muy poco como mujer y nada como sombrilla protectora. Su relación era simple: Teo le servía cada noche el preparado de escorias de plata y acero y, a cambio, le exigía mensualmente cinco días de respeto. Teo seguía viviendo alentada por la esperanza de ser madre. Creía a cierra ojos en la promesa del doctor Galache y se atenía escrupulosamente a sus instrucciones. Cualquier día quedaría preñada de Cipriano y el pronóstico del doctor se habría cumplido.

Cipriano, por el contrario, ingería la pócima nocturna por complacerla. No creía en ella en absoluto. Tenía el convencimiento de que Galache había utilizado la receta como recurso para quitarse de encima a una histérica. Transcurridos los cinco o seis años previstos ya vería el mejor modo de prolongar la expectativa. Pero Teo no cejaba. Para ella las relaciones íntimas tenían el mismo fin que las escorias de plata y acero o sus tomas de salvia con sal después de los cuatro días de abstinencia. Ya no enredaba con *la cosita*. Ese juego había pasado a la historia como la escalada de Cipriano hasta la meseta de las protuberancias. Olvidado ya de la sapina y de su desapacible cópula, Cipriano aceptaba el débito sin reticencias ni entusiasmos, lo mismo que ella, es decir, con desventaja, ya que él no creía en la terapia del doctor para activar la descendencia y ella sí. En esta situación, de la inicial protección física que Teo le dispensara, no le quedaba otro recuerdo que el doblez de la almohada donde cada noche introducía su pequeña cabeza para conseguir conciliar el sueño.

Nada de esto impedía que Teo le mostrara con entusiasmo los progresos en la decoración de la casa. Los muebles de pino iban desapareciendo sustituidos por otras maderas más nobles, principalmente roble, nogal y caoba. Con ello, su despacho, por ejemplo, iba ganando en calidad y riqueza: sobre la gran mesa de nogal reposaba una escribanía de avellano, a su lado un atril y, enfrente, una estantería de roble llena de libros. Bajo la ventana, Teo había dispuesto una arqueta veneciana de ébano con incrustaciones en marfil de escenas bíblicas. Una auténtica joya. También los escañiles iban quedando para los pobres. Su lugar lo ocupaban ahora sillas de cuero u otras de estilo francés. Pero la transformación de la casa no se detuvo ahí. El dormitorio del matrimonio pasó de la eficacia a la coquetería. La vieja cama de hierro fue reemplazada por otra forrada de damasco carmesí cubierta por baldaquino de brocado de oro. Frente a la cama, Teo instaló un tocador de caoba con los enseres de plata y, junto a la puerta, un gran arcón forrado de piel de ternera para la ropa de cama. Sin embargo, las copias de cuadros, que distribuyó por la parte noble de la casa, no tuvieron acceso al santuario matrimonial,

tan venido a menos, donde las paredes estaban decoradas con candelabros dorados y, presidiéndolo todo, sobre el lecho, un crucifijo encargado ex profeso a don Alonso de Berruguete. En el mismo estilo, ennobleciendo puertas y ventanas y dando entrada a tapices y alfombras, decoró Teo la sala y el comedor. Únicamente quedaron en su antiguo estado las buhardillas del piso alto, los trasteros y la habitación de Vicente, el criado, junto a las cuadras, en la planta baja, que era intocable.

Pero el cambio más importante que experimentó la casa de la Corredera fue el relativo al ajuar: toallas bordadas a punto real, sábanas de Flandes, pañuelos y pañitos de Holanda, almohadones alemanes y toda clase de ropa, incluida la interior, abarrotaban los gigantescos armarios. Y sobre anaqueles y rinconeras, juegos de té, jarras de plata y oro procedentes de las Indias. De oro y plata eran también las cuberterías, vinajeras, cascanueces, azucareros y saleros, ordenados en el aparador, frente al cual, en el juguetero veneciano, se exhibían porcelanas y cristales de Bohemia de exquisitas formas y tonos.

A Cipriano no dejaba de conmoverle el tesón de Teo por superar su pasado de esquiladora, no de olvidarlo, puesto que aparte del *Obstinado*, el ruin penco que conservó hasta su muerte, guardaba en su armario personal, como una reliquia, junto a ricas prendas de *ruan* y *holandas*, el acial y los juegos de tijeras y cuchillos de trasquilar, merced a los cuales obtuvo un día el título de *Reina del Páramo*. Cipriano dejaba que las cosas marcharan a su aire. No le desagradaban ni la molicie que el cambio hogareño comportaba ni la pasión que Teo ponía en ello. A veces, Teo y la tía Gabriela llegaban cargadas de chucherías al caer la tarde, Crisanta les servía unas pastas y un refresco y los tres charlaban largo rato sobre los nuevos proyectos y las últimas adquisiciones.

Pero, ordinariamente, Cipriano Salcedo vivía estas novedades un poco al margen, cada vez más embebido en los libros y los viajes. Frecuentaba las visitas a Pedrosa, ya que la palabra de Pedro Cazalla, su compañía y adoctrinamiento habían llegado a hacérsele imprescindibles. A veces, esperándole en su casa, charlaba con Beatriz, la hermana, muy sutil e inteligente, con un extraño ángel en el rostro, luminosa y empecinada. Resultaba edificante la confianza con que vivía la teoría del beneficio de Cristo, sobre la que no admitía discusión. La Pasión del Señor había sido una obra perfecta y resultaba grotesco que algunos creyentes, con sus mezquinas invenciones, pretendieran enmendarle la plana al Redentor. Mantenía una activa vida de relación con las vecinas del pueblo y con tres de ellas se ocupaba del mantenimiento de la parroquia.

De cuando en cuando se presentaban en Pedrosa Cristóbal de Padilla y Juan Sánchez. El primero era criado de los marqueses de Alcañices y el segundo lo había sido de doña Leonor de Vivero, luego de Pedro Cazalla, en Pedrosa, quien acabó facturándoselo de nuevo a su madre debido a su entrometimiento. Padilla era un extraño ser, alto y desgarbado, con una melena larga y roja que le daba la apariencia de un personaje de cuento infantil. Contrariamente, Juan Sánchez era un muchacho de baja estatura, cabezón, piel reseca y apergaminada pero muy activo y oficioso. Caballero en vieja mula, solo o acompañado de Cristóbal de Padilla, se había convertido espontáneamente en enlace de la comunidad de Valladolid con los grupos de Zamora y Logroño. En Zamora, era Padilla quien llevaba la batuta y organizaba catequesis en busca de nuevos adeptos, mostrándose con frecuencia demasiado audaz y arriesgado. Pese a las órdenes en contrario, Juan Sánchez le acompañaba en ocasiones. En cambio, Beatriz Cazalla era una muchacha cauta y discreta y cuando charlaba con ellos, dada su inteligencia, les abastecía de ideas y expresiones para su evangelización futura. A veces discutían en torno a los sacramentos y el matrimonio de los clérigos, y Pedro Cazalla se creía obligado a intervenir para imponerles silencio.

Las charlas de Pedro Cazalla y Cipriano Salcedo solían ser itinerantes. De ordinario tomaban el carril de Casasola, con las salinas del Cenagal y el monte de La Gallarita al fondo, pero, a medio camino, solían sentarse en la cima del Cerro Picado, el más próximo al pueblo, y allí seguían departiendo mientras contemplaban las casitas molineras agrupadas a un costado de la iglesia, entre las acacias, y el ejido con el pajero del común, el pozo, y los restos de carros y trillos desguazados. Algunas tardes paseaban en dirección a Toro, entre sembrados y viñedos, hasta alcanzar el camino de Zamora. O bien se acercaban a Villavendimio, en cuyos terrenos yermos y arenosos empezaba a desarrollarse la pinada plantada por Martín Martín. En primavera, subían, de alba, con el perdigón, invariablemente a la linde de La Gallarita. Poco a poco, Cipriano Salcedo se había ido convirtiendo en un conspicuo pajarero. Sabía identificar la voz de *Antón* entre las de otros machos decidores y distinguía a la perfección los cantos de llamada de los de recepción. Curtido en mil aguardos, ya no censuraba a Cazalla la sangre vertida. Vivía el duelo entre el hombre y el pájaro apasionadamente y, sumiso al cura, terminaba aceptando, tarde o temprano, todo lo que saliese de su boca.

Un día del mes de abril, cuando *Antón* emitía una llamada encendida desde lo alto del tanganillo, ante la terca mudez del campo, Pedro Cazalla le dijo brutalmente, sin preparación alguna,

que no había purgatorio. Pese a estar sentado, la rudeza de Cazalla le produjo a Salcedo una extraña flaqueza en las rodillas y un vértigo en la boca del estómago. El cura lo miraba de soslayo, atentamente, pendiente de su reacción. Le vio empalidecer como el día de la sapina y buscar acomodo para sus piernas en la angostura del tollo. Finalmente murmuró:

—E... eso no puedo aceptarlo, Pedro. Forma parte de la fe de mi infancia.

Estaban encerrados en el tollo, sentados en la banqueta, el uno junto al otro, Cazalla con el retaco cargado entre las piernas, ajenos ambos al comportamiento del perdigón. Dijo Cazalla dulcemente, encogiendo los hombros:

—Es muy duro, Cipriano, lo comprendo, pero debemos ser coherentes con nuestra fe. Observando los mandamientos ninguna cosa hay que no nos sea perdonada por la Pasión de Cristo.

Salcedo parecía a punto de llorar, tal era su desolación:

—Tiene razón vuesa paternidad —dijo al fin—, pero con esta revelación me deja desamparado.

Pedro Cazalla le puso una mano en el hombro:

—El día que don Carlos de Seso me lo dijo sufrí tanto como vos. Las tinieblas me envolvían y sentí miedo. Estaba tan atribulado que pensé en denunciar a don Carlos al Santo Oficio.

—Y ¿cómo superó esa angustia?

—Sufrí mucho —repitió—. Me sentía empecatado. En los días siguientes no pude decir misa. Así es que, una mañana, aparejé la mula y me fui a Valladolid. Tenía necesidad de ver al virtuoso teólogo don Bartolomé Carranza. ¿Le conoce vuesa merced?

—Tiene fama de santo y sabio.

Pedro Cazalla retiró la mano de su hombro y prosiguió:

—Me confié a él, le abrí mi alma. Don Bartolomé me dirigió una mirada adivinadora y me preguntó: ¿Quién le ha dicho lo del purgatorio? No se lo quise decir y, entonces, él añadió: Y si lo acierto, ¿vos me lo confirmaréis? Y como yo le respondiese que sí, él pronunció el nombre de don Carlos de Seso y yo bajé la cabeza asintiendo.

Pedro Cazalla hizo una pausa, como esperando una reacción inmediata de Salcedo, pero éste tenía la boca seca y le costaba articular palabra:

—Y ¿qué le dijo su paternidad? —inquirió al fin.

—Fui yo quien le advertí que me creía en el deber de dar parte al Santo Oficio, de denunciar a don Carlos, pero él me aquietó, que me sosegara, que no delatara a nadie, que regresase a mi curazgo y

rezase la misa como todos los días. Y así lo hice y él, en tanto, mandó un correo a Logroño rogando a don Carlos que viajara a Valladolid, que le iba mucho en ello. Y don Carlos vino por la posta y se fue directamente al Colegio de San Gregorio a hablar con don Bartolomé Carranza, pero en el patio nos encontramos y él entonces me dio la paz en el rostro, me besó en la mejilla, cosa que nunca había hecho conmigo, y esto me conmovió. Y juntos subimos a la celda del teólogo, pero éste me dijo que yo quedara fuera, que no era menester mi presencia. Y, al decir de don Carlos, al verse solos, le preguntó si era cierto que me había dicho que no había purgatorio y que en qué lo fundaba. Y Seso le respondió que en la superabundante paga que había dado Nuestro Señor por nuestros pecados con su pasión y muerte. Y su paternidad le advirtió entonces que ninguna buena razón era suficiente para apartarse de la Iglesia ya que no todos los hombres se iban de este mundo tan llenos de fe como la que él demostraba. Luego le advirtió que estaba en vísperas de irse a Inglaterra con el Rey nuestro señor pero que, tan pronto regresara, procuraría escucharle y satisfacerle más particularmente. Y, antes de despedirse, alabó de nuevo su fe y siguió sin condenar sus palabras. Únicamente le encareció que guardase el secreto de la entrevista. Exactamente le dijo: «Mirad que esto que ha pasado aquí, aquí quede enterrado y por ninguna circunstancia lo digáis».

El interés con que escuchaba la historia apartó de momento a Salcedo del motivo de su aflicción. Y aprovechó la pausa de Cazalla para preguntarle:

—Y ¿volvieron a hablar en alguna ocasión de este negocio?

Cazalla encogió los hombros. Dijo con cierta amargura:

—Su paternidad aún no ha terminado con sus quehaceres.

A *Antón* se le quebró en el cuello el último coreché. El pájaro se mostraba aburrido y desanimado; el campo parecía desierto. Cazalla se incorporó en el tollo, las manos en los riñones. Dijo, cambiando de tono:

—A la caza no hay que buscarle las cosquillas. Si dice que no, es mejor dejarlo.

Por la noche, en la posada, Cipriano padeció angustias de muerte, no consiguió dormir. Sentía su espíritu turbado, afligido. Ya en el tollo había experimentado un tirón violento, como una amputación. Ahora advertía que su mundo se había visto alterado de raíz con las palabras de Cazalla. Y, entre el cúmulo de ideas que se mezclaban en su cabeza, solamente una veía clara: la necesidad de modificar su pensamiento, poner todo patas arriba para luego ordenar serenamente las bases de su creencia. Se levantó antes de

amanecer y las primeras luces del alba le sorprendieron en Villavieja. Ya en Valladolid, rebuscó afanosamente entre los libros. Allí estaba lo que buscaba. La frase de Melchor Cano le apaciguó momentáneamente: la intención de Carranza ha sido siempre ortodoxa, decía. Pero don Bartolomé se identificaba con Seso y de ahí que no lo hubiera denunciado. Bartolomé Carranza seguramente creía que no existía el purgatorio, pero era consciente del riesgo de proclamarlo así sin tener en cuenta la formación del interlocutor. El gran teólogo era, sin duda, un hombre escrupuloso y prudente.

Antes de cumplirse una semana, la inquietud de Cipriano le llevó de nuevo a Pedrosa. Le sorprendió que Cazalla, probablemente en un acceso de humildad, le llamase hermano. El párroco no abrigaba dudas sobre la relación entre Seso y Carranza. Entre ellos existía una evidente analogía de pensamiento. Melchor Cano tenía razón en ese punto. Caminaban por el carril de Toro, en una tarde apacible, cuando vieron venir en sentido contrario un esbelto corcel, envuelto en una nube de polvo. Pedro Cazalla no se alteró cuando dijo:

—Si no me equivoco, aquí tenemos a don Carlos de Seso en persona.

El caballo, boquifresco, estrellado, de remos finos, fue lo primero que atrajo la atención de Salcedo. Enseguida se advertía que no era un caballo del montón sino escrupulosamente elegido: un animal albazano, impaciente, que piafó elegantemente al alcanzar la altura de los dos hombres. El caballero les saludó antes de apearse. Se trataba de un hombre esbelto, delgado, de mirada clara, unos años mayor que Cipriano. Rubio, de breve barba y pelo corto, tocado con una gorra italiana, su atuendo, con mangas lisas a la turca, vistas las puntas de la camisa y calzas enteras picadas, parecía el más adecuado para cabalgar. Daba la impresión de hombre de mundo, petimetre y altivo sin pretenderlo. Procedía de Toro. Iba a ser nombrado corregidor y había visitado la villa para saludar a los viejos amigos. Era hombre facundo, de verbo matizado, cuya desenvoltura atraía. Conducía a *Veronés*, su caballo, de la brida y caminaba entre Cipriano y Cazalla con naturalidad. Sin preámbulo alguno se dirigió a Salcedo: había conocido a un tío suyo muchos años atrás, en Olmedo, durante la peste, hombre culto, justamente afamado, abierto. A Pedro le había oído hablar de él, de Cipriano, como terrateniente fuerte y hombre espiritualmente inquieto. Más tarde charlarían. Pensaba dormir en la posada de Baruque y partir muy de mañana para Logroño.

Beatriz Cazalla, la hermana de Pedro, los recibió con mucho afecto y desenfado y los invitó a cenar; no tenía cena para tantos

pero lo arreglaría con un pernil. Don Carlos trataba a Beatriz con una mezcla de familiaridad y respeto. La embromaba y ella reía sin parar. Cazalla aseguraba que era como su madre, mujeres sin telarañas en la cabeza, que habían nacido para reír. Durante la cena y la sobremesa se abordaron temas triviales: la afición a la caza de Pedro, el viñedo, el revoque de la iglesia, pero tan pronto se vieron solos Seso y Salcedo en la sala de la fonda ante una jarra de vino, Salcedo afrontó sin vacilaciones el tema del purgatorio. Le había parecido tan oportuna la irrupción de don Carlos que no dudó que Cazalla le había enviado un correo encareciéndole su presencia. Sobre el arcón había un gran crucifijo y, al advertirlo, Seso lo señaló teatralmente con un dedo y dijo:

—Ahí tiene vuesa merced mi purgatorio. Ése es mi purgatorio.

Hacía el efecto de un iluminado. En chancletas, con sus ojos grises muy fijos, la bata de viaje, se diría que su personalidad había mudado. Salcedo lo miraba implorante, haciendo ostensible el sufrimiento de los últimos días.

—Los españoles dan mucha importancia a este negocio del purgatorio —comentó don Carlos sonriendo—. En mi país se acepta su inexistencia como consecuencia lógica de la nueva doctrina. Don Bartolomé Carranza se resistió a escucharme cuando le quise dar las razones; las dio por sabidas.

La hija de Baruque se había retirado después de cebar el candil y echar unos leños al fuego. Mientras don Carlos se servía un nuevo vaso de vino, Cipriano sacó fuerzas de flaqueza para decir:

—Y… y a mí ¿podría decirme vuesa merced en qué basa su convencimiento? Carezco de las luces y la santidad de su reverencia.

La metamorfosis de don Carlos se había ido completando. La aparente despreocupación del camino había desaparecido de él y, pese a lo agraciado de su rostro, a su breve melena rubia, más parecía un hombre de iglesia, presto a iniciar un sermón, que un caballero. Sus ojos claros miraban ahora con empeño las pequeñas manos peludas de Cipriano:

—No quiero cansarle —dijo con aire protector—. Para mí hay tres razones de peso que demuestran la inexistencia del purgatorio…

Dejó su razonamiento en suspenso y Cipriano aproximó el rostro a sus labios, temeroso de que no llegara a formularlas:

—Le escucho —dijo impaciente, apremiándole.

Don Carlos clavó sus ojos grises en su rostro y reanudó la exposición:

—En primer lugar, al aceptar que no hay purgatorio, reconocemos haber recibido de Cristo la mayor misericordia. A esto, añada vuesa merced que ni los Evangelistas ni San Pablo aluden a él en sus escritos. Por último, y esto para mí también es esencial, tenemos la posición de don Bartolomé de Carranza, hombre santísimo y de gran sabiduría. ¿Necesita vuesa merced más y mayores evidencias?

Parpadeó reiteradamente Cipriano Salcedo como deslumbrado. Operaba sobre él una especie de fuerza sobrenatural que parecía provenir de aquel hombre. Le convencían sus razones, las tres, especialmente la segunda: ¿por qué los Evangelistas no habían aludido al purgatorio y sí lo habían hecho al cielo y al infierno? Pero don Carlos no le daba tiempo a reflexionar. Hablaba y hablaba sin mesura. Remachaba el clavo. Para afrontar su nueva fe, don Carlos le recomendaba visitar a Cazalla, el Doctor, hablar con él. Frecuentar los conventículos, cambiar impresiones con los hermanos. No lo deje. Nuestra fuerza no es grande pero tampoco despreciable. No se quede sentado en una silla. Muévase. Abra su espíritu, no se resista a la gracia. Dispone de cenáculos en Valladolid, Toro, Zamora, en muchos sitios. Cipriano se apresuraba a tomar nota mental de sus consejos, de los nombres de personas y lugares que le recomendaba. Y, de pronto, don Carlos alteró la dirección de su discurso, le habló de Trento, había estado allí y el Concilio no había suscitado en él grandes esperanzas. Le habló también de Juan Valdés, fallecido unos años atrás, como su verdadero maestro y así fue encadenando temas hasta que la fatiga y el sueño llegaron a dominar a ambos interlocutores.

A la mañana siguiente, muy temprano, cabalgaron juntos hasta Valladolid. Don Carlos iba a Logroño, a Villamediana, donde vivía. Por primera vez admiraba Salcedo en otro caballo cualidades que no advertía en el suyo: *Veronés* arrancaba a galope desde el trote corto, sin transición y era capaz de detenerse en dos cuerpos, cosa que *Relámpago* y él nunca habían conseguido. Se trataba de un corcel brioso y bien educado. Don Carlos le informó que lo había adquirido en Granada y tenía más de la mitad de sangre árabe.

Cipriano encontró a su mujer al borde de una nueva crisis. Desde que dejó de representar para él un refugio y un incentivo carnal, Salcedo sólo aspiraba a una cosa: que le dejase en paz. No creía en las palabras del doctor Galache ni en los plazos que Teo observaba con rigurosa exactitud, aunque fingiera hacerlo para mantener la paz conyugal. De ahí que en cada una de sus salidas, una bolsita con escorias de plata y acero, que su esposa le preparaba, formara parte de su equipaje. Indefectiblemente la bolsita volvía intacta pero ella no lo advertía. Creía que Cipriano vivía las instrucciones

del doctor con el mismo convencimiento con que ella lo hacía. De esta manera el matrimonio iba sobreviviendo, mas, esta vez, el regreso fue desolador. Teodomira no salió a recibirle al vestíbulo. La encontró en su cuarto, en pleno ensimismamiento, mirando por la ventana sin ver. Maquinalmente le devolvió el beso que le dio en la mejilla, pero de una manera tan fría que Cipriano se preguntó qué novedad le esperaría esta mañana. Unas veces había sido *Obstinado*, otras sus menosprecios, otras, en fin, su infecundidad, pero era evidente que su enajenación quería decir algo. Le acompañó a la habitación para desvestirse. Cipriano aún no se había acostumbrado a los nuevos tapices, los cortinones, el dosel… Le abrumaban. Pero, inopinadamente, Teo se pronunció con acento dominante:

—Digo, Cipriano, que esta costumbre de dormir juntos, en una misma cama, es una porquería.

—¿Una porquería? Es lo que suelen hacer los matrimonios, ¿no?

Ella se iba enardeciendo poco a poco.

—¿De veras te parece normal que pasemos nueve de las veinticuatro horas del día intercambiando nuestros efluvios, nuestros alientos, oliéndonos de continuo el uno al otro como dos perros?

—Bueno —convino su marido sobre la marcha—: quizá tengas razón. Tal vez debamos poner otra cama aquí.

La gran figura de Teo se desplazaba con ligereza de un lugar a otro de la estancia. Agarró una de las columnas del lecho y la sacudió con fuerza. Tembló el dosel arriba:

—¿Dos camas aquí? —preguntó irritada—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre después de devanarme los sesos para adecentar el dormitorio? Destrozarlo con una cama auxiliar. ¡Eso! ¡He ahí la sugerencia del gran hombre!

Teo, en la pendiente, era como un alud, cada vez adquiría mayor fuerza y extensión. Alcanzado este extremo, Cipriano vaciló: ¿debía acatar su sugerencia o disentir? Él no ignoraba que de aceptar su juicio sin lucha, el tema inicial de la confrontación, generalmente nimio, podría derivar hacia otro más personal y explosivo. Y, en el caso de optar por el enfrentamiento, cabía que la exasperación de su esposa, en un increscendo previsible, terminara pasando de las palabras a los hechos. Cipriano no olvidaba que, en la crisis que precedió a la visita al doctor Galache, Teo le había amenazado una noche en la cama, incluso llegó a atenazarle la garganta con sus blancas manos poderosas. Desde ese momento había adoptado ante ella una postura ambigua no exenta de prevención. Es lo que había hecho esta mañana al advertir su alejamiento: ni aceptar a ojos

cerrados, ni discrepar tajantemente, sino esperar que las cosas madurasen por sí solas. Trató de amansarla con palabras amables, pero ella siguió con sus destemplanzas. Tan sólo se apaciguó el enfrentamiento cuando Teo le condujo a un viejo trastero contiguo que acababa de habilitar para dormitorio:

—¿Qué te parece? Crisanta y yo lo hemos dispuesto para ti.

Cipriano miraba acongojado el ventanuco, la otomana en un rincón, junto a la arqueta que iba a hacer las veces de mesilla de noche, donde de momento reposaba un candelabro de plata. Una esterilla como posapié, un armario de pino, dos sillas de cuero y un árbol para colgar la ropa constituían todo el mobiliario. Cipriano pensó que había sido expulsado del paraíso pero, al propio tiempo, tenía la solución inmediata del problema al alcance de la mano. Claudicó:

—Está bien —dijo—, es suficiente. Después de todo la ostentación resulta superflua en un dormitorio.

Teo sonreía. Cipriano había sabido valorar su esfuerzo. Lo condujo hasta la puerta de la alcoba. A la derecha del marco, adherida a la pared, había una hoja de papel, donde ella había transcrito una especie de calendario. Los cuatro días de abstinencia recomendados por el doctor Galache estaban recuadrados en rojo. Sonrió con remota picardía:

—No trates de engañarme —dijo—. Tengo un cuadro igual a éste en la cabecera de mi lecho.

Las aguas habían vuelto a su cauce. Teo exultaba. No se dada cuenta de que había sido vencida. Por su parte, recobrada la libertad, conforme con las indicaciones de Seso, Cipriano decidió visitar al doctor Cazalla. No le encontró en casa pero le recibió su madre, doña Leonor de Vivero, una mujer de edad que sin embargo conservaba una vigorosa lozanía. Una piel fresca, sus ojos azules y vivaces, la serena coordinación de movimientos, su denso cabello blanco, alejaban cualquier idea de senectud. Una galera de brocado hasta los pies y la gorguera de lechuguilla blanca terminaban de perfilar su figura. Sonreía al hablar, con una sonrisa dentona, como si le conociera de toda la vida. Pedro le había hablado de él, de su devoción, de su probidad, de su buena disposición hacia el prójimo. Agustín regresaría tarde; tenía una reunión en el cabildo. El pequeño gabinete donde se encontraban era un trasunto del resto de la casa, agobiada y oscura, donde los muebles pesados, de mucho bulto, ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Únicamente la sala de reuniones, el oratorio, que doña Leonor le mostró solícita, escapaba de la norma. Era una habitación desahogada a costa del resto de la casa, el techo de vigas vistas, sin

otro menaje que un pequeño estrado con una mesa y dos sillas y una larga fila de escañiles:

—Aquí celebramos nuestras reuniones mensuales —explicó doña Leonor—. Espero que vuesa merced nos haga el honor de acompañarnos en la próxima. Agustín le dará las instrucciones precisas.

La capilla no tenía otra ventilación que un angosto hueco a poniente con la contraventana almohadillada para amortiguar los ruidos y la luz.

Cipriano volvió con frecuencia por casa de doña Leonor de Vivero. Era una mujer tan abierta y esparcida que no le importaba que el Doctor se retrasara. También ella le recibía con muestras de contento y escuchaba sin pestañear su divertido anecdotario. Nunca Cipriano se había visto tan halagado, y, por primera vez en su vida, dilataba el final de sus historias que, en su timidez innata, siempre había tendido a resumir. Y doña Leonor reía fácilmente aunque con discreción, sin estrépito, sin risotadas explosivas, como con una vibración monocorde del velo del paladar. A pesar de su contención, lloraba riendo, y sus lágrimas animaban a Cipriano que nunca había valorado su sentido del humor. Enlazaba un relato con otro y a la cuarta visita había agotado el filón de sus anécdotas impersonales y, sin solución de continuidad, inició el repertorio de las protagonizadas por él o sus allegados. Las historias de don Segundo, *el Perulero*, o las de su esposa *la Reina del Páramo*, desencadenaron en doña Leonor verdaderos ataques de hilaridad. Se desternillaba sin descomponerse, atildadamente, con un ligero cloqueo, sujetándose delicadamente el estómago con sus manos chatas y cuidadas. Y Cipriano, una vez lanzado, no se paraba en barras: el sobrenombre de su mujer, *la Reina del Páramo*, provenía del hecho de que esquilaba borregos con mayor rapidez y destreza que los pastores de Torozos. Por su parte, su padre recibía a las visitas con un modelo de calzas acuchilladas que los lansquenetes habían puesto de moda allá por el año 25 en Valladolid. Doña Leonor reía y reía y Cipriano, ebrio de éxito, le contaba con buen humor que el doctor Galache le había recomendado un preparado de escorias de plata y acero para aumentar su fertilidad.

Una tarde, animado por la atención de doña Leonor, le confió su pequeño secreto:

—¿Sabía vuesa merced que yo nací el mismo día que la Reforma?

—No le entiendo, Salcedo.

—Quiero decir que yo nacía en Valladolid al mismo tiempo que Lutero fijaba sus tesis en la iglesia del castillo de Wittenberg.

—¿Es posible o bromea vuesa merced?

—El 31 de octubre de 1517 exactamente. MÍ tío me lo contó.

—¿Estaba usted predestinado entonces?

—En ocasiones he estado a punto de admitir esa superchería.

Doña Leonor le miraba con una ternura intelectual admirativa, los incisivos asomando entre sus labios rosados:

—Le propongo una cosa —dijo tras una pausa—. El próximo cumpleaños de vuesa merced lo celebraremos aquí, en casa, en compañía del Doctor y el resto de mis hijos. Una comida de acción de gracias. ¿Qué le parece?

Doña Leonor y Cipriano Salcedo se hicieron mutuamente imprescindibles. Él pensaba a menudo que, tras el fracaso sentimental con Teo, doña Leonor venía a sustituir a la madre que había esperado encontrar en ella. El caso es que cuando tenía cita con el Doctor, llegaba a su casa antes de tiempo sólo por el gusto de conversar un rato con doña Leonor. Y allí, sentados en las sillas de cuero del pequeño gabinete, charlaban y reían y, de cuando en cuando, ella le invitaba a una merienda. Pero tan pronto aparecía el Doctor, ella se levantaba, recortaba su espontaneidad, siquiera su autoridad siguiese manifestándose sin palabras. Aquella casa, sin duda, había sido un matriarcado que los hijos habían reconocido y alentado espontáneamente.

En el despachito, paredaño a la capilla, conversaban Cipriano y el Doctor, sentados en torno a una mesa camilla ya que su paternidad se enfriaba incluso en el mes de agosto. La habitación estaba forrada de libros y, fuera de ellos y de un pequeño grabado de Lutero que presidía la mesa de pino, junto a la ventana, carecía de otros adornos. Día a día, Cipriano comprobaba la fragilidad del Doctor, su hipocondría y, al propio tiempo, su agudeza, su admirable orden mental. Le había acogido como a un hijo de su hermano, tanto fue el interés que Pedro Cazalla puso en presentárselo. Pasaban largos ratos juntos y el Doctor, muy pagado de su alto magisterio, iba imponiendo a Salcedo en los principios de la nueva doctrina. Su acento persuasivo, sus asequibles razonamientos, le ayudaban en el empeño. Y para Cipriano, el mero hecho de disponer para él solo de la palabra del gran predicador, venerado en la ciudad, constituía ya un motivo de engreimiento. AI propio tiempo, después de haber admitido la inexistencia del purgatorio, a Cipriano Salcedo poco le costaba ya aceptar la inutilidad del monjío como estado, el celibato sacerdotal o rechazar a los frailes fariseos. Cristo nunca impuso a los apóstoles la soltería. San Pedro, concretamente, era un hombre casado. Salcedo asentía y asentía. Jamás dudaba. Se le antojaban verdades contrastadas, de pata de banco, las que el Doctor exponía. Análoga facilidad

encontró para rechazar el culto a los santos, a las imágenes y a las reliquias, los diezmos mediante los cuales la Iglesia explotaba al pueblo y el sacerdocio institucional. O para asumir la comunión en las dos especies, lógica a la vista de los evangelios. Todo era sencillo para Cipriano ahora. Tampoco se había cuestionado la confesión mental. Nunca había sentido aversión por descargar sus pecados en un confesionario, pero hacerlo ahora directamente ante Nuestro Señor le dejaba más tranquilo y satisfecho. Llegó a parecerle un acto más completo y emotivo que la confesión auricular. Recogido en el rincón más oscuro del templo, en silencio, fascinado por la llamita que brillaba en el sagrario, Cipriano se concentraba y llegaba a sentir muy cerca la presencia real de Cristo en el templo, incluso una vez creyó verlo a su lado, sentado en el escañil, la túnica refulgente, la mancha blanca de su rostro enmarcada por sus cabellos y su puntiaguda barba rabínica.

A juicio de Cipriano, ninguna de las enseñanzas del Doctor afectaba en profundidad a la creencia. Solía hablarle lenta, suavemente, pero el rictus de amargura no desaparecía de su boca. Quizá aquel rictus expresaba las inquietudes y temores que el Doctor reservaba para sí. Solamente hubo una novedad con la que tropezó Cipriano: la preterición de la misa. Por mucho que se esforzara no podía llegar a considerar el domingo como un día más de la semana. Si no asistía a misa, tal vez más por costumbre que por devoción, le parecía que le faltaba algo esencial. Treinta y seis años cumpliendo con el precepto habían creado en él una segunda naturaleza. Se sentía incapaz de traicionarla. Se lo dijo así al Doctor quien, contrariamente a lo que esperaba, no se enojó:

—Lo comprendo, hijo —le dijo—. Asista a misa y rece por nosotros. También yo me veo obligado a hacer cosas en las que no creo. A veces es incluso aconsejable seguir con las viejas prácticas para no despertar sospechas en el Santo Oficio. Algún día podremos sacar a la luz nuestra fe.

—¿Tantos somos los nuevos cristianos, reverencia?

El rictus de amargura se acentuó en su boca, y, sin embargo, dijo:

—Mira, hijo: si esperaran cuatro meses para perseguirnos seríamos tantos como ellos. Y si seis, podríamos hacer con ellos lo que ellos quieren hacer con nosotros.

A Cipriano le impresionó la respuesta del Doctor. ¿Pretendía insinuar que la mitad de la ciudad estaba contagiada por *la lepra* ¿Quería decir que la gran masa de fieles que acudían a sus sermones comulgaban con la Reforma? Para Salcedo, los hermanos Cazalla y don Carlos de Seso eran tres autoridades indiscutibles, más lúcidos que el resto de los humanos. En sus ratos de

recogimiento agradecía a Nuestro Señor que los hubiera puesto en su camino. Su adoctrinamiento había cimentado su creencia, disipado los viejos escrúpulos: le había devuelto la serenidad. Ya no le angustiaban las dudas, la impaciencia por llevar a cabo buenas obras. No obstante, a veces, cuando agradecía a Dios el encuentro con personas tan virtuosas, atravesaba su cabeza como un relámpago la idea de si aquellas tres personas, tan distintas en el aspecto externo, no estarían unidas por el marco de la soberbia. Sacudía violentamente la cabeza para ahuyentar el pecaminoso pensamiento. El Maligno no descansaba, se lo había advertido el Doctor. Era necesario vivir con el espíritu alerta. Debía tratarse de aprensiones accidentales, pensaba, puesto que él acataba la voz de sus maestros, los veneraba. Su inteligencia estaba tan por encima de la suya que constituía un raro privilegio poder cogerse de su mano, cerrar los ojos y dejarse llevar.

Era enero, el día 29. El Doctor se levantó de la vieja silla y agitó con brío una campanita de plata que tomó de la escribanía. Entró Juan Sánchez, el criado, tan escuchimizado como siempre, con su rostro apergaminado, amarillo de papel viejo:

—Juan —dijo el Doctor—, al señor ya le conoces: don Cipriano Salcedo. Asistirá al conventículo del viernes. Convoca a los demás para las once de la noche. La contraseña es *Torozos* y la respuesta *Libertad*. Como siempre, mucha discreción.

Juan Sánchez bajó la cabeza asintiendo:

—Lo que vuestra eminencia ordene—dijo.

XII

Oculto en el trastero, Cipriano sintió la tos banal de su esposa en la habitación contigua, se sentó en la cama y esperó unos minutos. Las criadas debían de haberse acostado también en el piso alto, porque no se oía el menor ruido. Tampoco se movía Vicente en la habitación de los bajos, junto a las cuadras. Sentía el corazón oprimido cuando volvió a ponerse de pie. Respiró hondo. Había aceitado las bisagras para que las puertas no chirriasen. Bajó las escaleras con el candil en la mano, de puntillas, y en el zaguán lo apagó y lo depositó sobre el arca. Nunca había sido noctámbulo pero, más que la novedad, le excitaba esta noche el recuerdo de las palabras de Pedro Cazalla en Pedrosa: los conventículos para resultar eficaces han de ser clandestinos. El secretismo y la complicidad acompañaban a la reunión de esta noche, primer conciliábulo en el que Cipriano iba a participar. Secretismo y complicidad, pensó, eran una manera de traducir otras palabras más inflamables como miedo y misterio. Nadie fuera de ellos debía conocer la existencia de estas reuniones puesto que, en caso contrario, el brazo ejecutor del Santo Oficio caería implacable sobre el grupo. En el umbral de la puerta de la calle se santiguó. No sentía temor aunque sí alguna inquietud. La noche estaba fría pero calma. Notaba en los huesos un frío húmedo impropio de la meseta. El silencio le desconcertó, no oía otra cosa que el ruido de sus propias pisadas alertándole, las patadas de los caballos en el empedrado de las cuadras, el paso lejano de una patrulla... Avanzaba casi a tientas, aunque arriba, donde las casas se acercaban, se adivinaba una difusa claridad lechosa. En alguna ventana hacían tímidos guiños los vislumbres de una lámpara, tan recogidos que su resplandor no alcanzaba a la calle. Oyó, muy lejos, la voz de un borracho y la coz de una caballería contra una puerta de madera. Recorrió la calle de la Cuadra, nervioso y alterado, y abocó a la Estrecha. En esta vía, especialmente angosta, flanqueada por nobles palacios, la ansiedad de los caballos era más notoria. Pateaban el suelo y resoplaban en su sueño impaciente. Cipriano se embozó en el capuz. El recelo hacía más intenso el frío. En la encrucijada dobló a mano derecha. Allí se veía un poco más, veía blanquear vagamente las fachadas de las casas y, en particular, la negrura de los huecos. Caminaba casi por el centro de la calle, a la izquierda de la alcantarilla, y el imperceptible eco de sus pisadas

contra los edificios le orientaba como a los murciélagos. Divisó de pronto la casa de madera que precedía a la de doña Leonor y se arrimó a las fachadas. Los golpes de su corazón, bajo el capuz, eran ahora muy rudos. Cipriano vaciló. El Doctor le había advertido: No utilice vuesa merced la aldaba; produciría demasiado escándalo. Se aproximó a la puerta pero no llamó. Únicamente dijo *Juan* dos veces, a media voz. Aunque sabía que Juan Sánchez era el encargado de recibir a los asistentes, no encontró respuesta. Sacó la mano de bajo el capuz y dio dos golpes en la puerta con los nudillos. Antes de sonar el segundo oyó la voz rasposa de Juan Sánchez, a medio tono:

—Torozos —dijo.

—Libertad —respondió Cipriano Salcedo.

La puerta se abrió sin ruido, entró y Juan le dio las buenas noches. Juan hablaba en cuchicheos, y, sin levantar la voz, le preguntó si sabía el camino. Cipriano le invitó a quedarse en la puerta puesto que conocía la situación de la capilla, al fondo del angosto pasillo. Mientras caminaba por él, recordó de nuevo las misteriosas palabras de Pedro Cazalla: secretismo y complicidad. Se estremeció.

Doña Leonor y el Doctor Cazalla ya estaban sentados en las sillas, sobre la tarima, tras de la mesa, cubierta con un tapete morado, encarados a los ocho grandes escañiles alineados abajo. El pequeño ventano del fondo tenía un almohadillado sobre la contraventana para impedir que las luces y las palabras trascendieran al exterior. Cipriano saludó a los Cazalla con una inclinación de cabeza. Pedro estaba también allí, en el segundo banco, y le dirigió una mirada cómplice antes de sentarse. Una bujía sobre la mesa del Doctor y otra en un vano de la pared, junto al que Cipriano se había sentado, alumbraban tímidamente la estancia. Entonces advirtió en el hombre que acompañaba a Pedro los rasgos inequívocos de la familia: sin duda era Juan Cazalla, otro hermano del Doctor, y, la mujer sentada a su lado, Juana Silva, su cuñada. Distribuidos por los bancos, distinguió también a Beatriz Cazalla, don Carlos de Seso, doña Francisca de Zúñiga y al joyero Juan García. Preguntó a éste, que era el más próximo, con un hilo de voz, quiénes eran los ocupantes del cuarto banco, a la izquierda de la mesa presidencial. Se trataba del bachiller Herrezuelo, vecino de Toro, Catalina Ortega, hija del fiscal Hernando Díaz, fray Domingo de Rojas y su sobrino Luis. Antes de iniciarse el acto, entró en la capilla una mujer alta, cimbreña, de extraordinaria belleza, embutida en una galera ajustada al talle y un turbante en la parte alta de la cabeza, que levantó un ligero murmullo entre los convocados. El joyero Juan García se volvió a él y le confirmó: doña Ana Enríquez, hija de

los marqueses de Alcañices. Minutos antes de aparecer doña Ana se había oído rodar un carruaje que no se detuvo hasta el siguiente cruce. Al parecer, doña Ana Enríquez temía la oscuridad pero, al propio tiempo, se mostraba prudente, no quería facilitar la localización del conventículo. Por último, cerrando la puerta tras sí, entró el servicial Juan Sánchez, con su gran cabeza y su piel arrugada, de papel viejo, que se sentó delante de Cipriano, en la esquina izquierda del primer escañil. Todos miraban expectantes al Doctor y a su madre, en lo alto del estrado, y, una vez que cesaron los cuchicheos, doña Leonor carraspeó y advirtió que se abría el acto con la lectura de un hermoso salmo que sus hermanos de Wittenberg cantaban a diario pero que ellos, por el momento, deberían conformarse con rezarlo. Doña Leonor hablaba con su voz lenta, bien modulada, potente pero reprimida. Cipriano miró a doña Ana, cuyo largo cuello emergía de la galera ornado con un collar de perlas, y la vio reclinar la cabeza y entrelazar devotamente los dedos de las manos.

Cipriano pretendía encontrar en las estrofas del salmo alusiones prohibidas:

Bendecid al Señor en todo momento,

su alabanza estará siempre en mi boca.

Mi alma se gloria en la alabanza del Señor,

que lo oigan los miserables y se alegren.

Al iniciar la segunda estrofa, doña Leonor, que seguramente había encontrado fría la primera, acentuó el énfasis, pero el Doctor la golpeó discretamente con el codo y ella bajó el tono:

Alabad conmigo al Señor.

Ensalcemos todos juntos su nombre;

porque busqué al Señor y me ha respondido,

me ha librado de todos los temores.

Ana Enríquez levantó la cabeza, carraspeó y sonrió dulcemente. El Doctor se inclinó hacia su madre y cambió con ella una breve impresión. Doña Leonor seguía el orden del día y él se reservaba, como los divos, el final de la velada. El silencio era total en la sala cuando doña Leonor anticipó que el conventículo iba a versar sobre las reliquias y otras supersticiones y, para iniciarlo, leería alguno de los diálogos de Latancio y Arcidiano, del libro de Alfonso de Valdés, *Diálogos de las cosas acaecidas en Roma*. El texto —dijo— mueve a la hilaridad pero les ruego lo celebren con un poco de discreción dados la hora y el lugar en que nos encontramos. Cipriano miró a Ana Enríquez, su cabeza erguida, el cuello blanco sobresaliendo de la galera granate, su mano derecha, muy cuidada, aferrada al

respaldo del escañil delantero. Doña Leonor, antes de empezar la lectura, advirtió que no pocas de estas creencias ridículas circulaban aún por nuestras iglesias y conventos y se respetaban como artículos de fe. Abrió el libro por donde indicaba la cinta y leyó: *Latancio* y, tras una breve pausa, continuó:

Decís muy gran verdad, mas mirad que, no sin causa, Dios ha permitido esto, por los engaños que se hacen con estas reliquias que sacan dinero de los simples, porque hallaréis muchas reliquias que os las mostrarán en dos o tres lugares. Si vais a Dura, en Alemania, os mostrarán la cabeza de santa Ana, madre de Nuestra Señora. Y lo mismo os mostrarán en León, de Francia. Claro es que lo uno o lo otro es mentira si no quieren decir que Nuestra Señora tuvo dos madres o santa Ana dos cabezas. Y siendo mentira ¿no es gran mal que quieran engañar a la gente y quieran tener en veneración un cuerpo muerto que quizá es de algún ahorcado? Cuál tendrían por mayor inconveniente: ¿que no se hallara el cuerpo de santa Ana o que por él se hiciese venerar el cuerpo de alguna mujer de por ahí?

Arcidiano

Mas querría que ni aquél ni otro ninguno pareciese, que no que me hicieran adorar un pecador en lugar de un santo.

Cipriano asentía a las palabras de doña Leonor, bajaba la cabeza afirmativamente ante la ingeniosa respuesta de Arcidiano.

La voz de doña Leonor proseguía:

Latancio

¿No querríais mejor que el cuerpo de santa Ana que, como dicen, está en Dura y en León, enterrasen en una sepultura y nunca se mostrara, que no que con el uno de ellos engañasen tanta gente?

Arcidiano

Sí, por cierto.

Latancio

Pues de esta manera hallaréis infinitas reliquias por el mundo y se perdería muy poco en que no las hubiese. Quisiera Dios que en ello se pusiera remedio. El prepucio de Nuestro Señor yo lo he visto en Roma y en Burgos y también en Nuestra Señora de Auvernia (rumores de risas). Y la cabeza de sant Joan Baptista, en Roma y en Amiens, de Francia (cuchicheos y risas). Doce apóstoles habría si

los quisierais contar, y, aunque no fueron más de doce, hallaríamos veinticuatro en diversos lugares del mundo. Los clavos de la cruz escribe Eusebio que fueron tres y el uno lo echó santa Elena en el mar Adriático para amansar la tempestad y el otro hizo fundir un almete para su hijo y del otro hizo un freno para su caballo…

Súbitamente se oyeron pasos y ruido de voces en la calle. Inmediatamente cesaron las risas reprimidas de los congregados, doña Leonor interrumpió la lectura y levantó la cabeza. Reinaba un gran silencio; el auditorio, pendiente de la mesa, no respiraba. El Doctor Cazalla alzó su mano blanca y delgada y ocultó la llama de la bujía. Cipriano hizo otro tanto con la del vano, a su lado. Las voces se aproximaban. Doña Leonor miraba a los presentes uno por uno como queriendo transmitirles seguridad. El grupo parecía haberse detenido ante la casa y, de pronto, sonó una voz potente: *Pensaban ir juntos*, dijo la voz. Cipriano no dudó que habían sido descubiertos, que alguien los había delatado. Esperaba crispado el aldabonazo pero éste no se produjo. Se oyó, en cambio, otra palabra, *mercenarios*, al pie de la casa. Luego ruido de pasos y de conversaciones entrecruzadas otra vez. Los rostros de los reunidos habían empalidecido y el temor asomaba a sus ojos. Pero, poco a poco, a medida que los pasos y las voces empezaban a alejarse, iba volviéndoles el color, excepto al Doctor que mostraba una lividez transparente, vidriosa. El grupo seguía alejándose y, una vez que las voces se convirtieron en un rumor, el Doctor liberó la luz de la vela y doña Leonor, serena en todo momento, tomó el libro y dijo simplemente: *continuamos*. Y reanudó la lectura:

… del otro hizo un freno para su caballo —repitió—; y ahora hay uno en Roma, y otro en Milán, y otro en Colonia, y otro en París, y otro en León, y otros infinitos (volvieron las risas más animadas). Pues del palo de la Cruz dígoos de verdad que si todo lo que dicen que hay della fuese cierto, bastaría para cargar de leña una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de sant Cristóbal, no tienen cuento. Y más allá de la incertidumbre que en esto hay, es una vergüenza muy grande ver lo que en algunas partes dan a entender a la gente. El otro día, en un monasterio muy antiguo, me mostraron las tablas de las reliquias que tenían y vi entre otras cosas que decía: «Un pedazo del torrente de Cedrón». Pregunté si era del agua o de las piedras de aquel arroyo y dijéronme que no me burlara de las reliquias. Había otro capítulo que decía: «De la tierra donde apareció el ángel a los pastores». Y no les osé preguntar qué entendían por aquello. Si os quisiera decir otras cosas más ridículas e impías que suelen decir que tienen,

como del ala del ángel sant Gabriel, de la sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a éstas semejantes, sería para haceros morir de risa. Solamente os diré que pocos días ha que en una iglesia colegial me mostraron una costilla de sant Salvador. Si hubo otro Salvador, sino Jesucristo y si él dejó acá alguna costilla o no, véanlo ellos.

Arcidiano

Eso, como decís, a la verdad, es más de reír que de llorar.

Los últimos párrafos habían iluminado el rostro de doña Leonor con su sonrisa dentona. Cerró el libro y observó a los asistentes con evidente regocijo, en tanto el Doctor, que apenas si había recuperado el color, retiró un poco la escribanía y cruzó los brazos sobre la mesa como solía hacer en el pulpito en los momentos cruciales. En la sala se habían producido algunas toses y carraspeos, aprovechando la pausa, pero al observar los preparativos del Doctor, se hizo de nuevo el silencio. La voz de Cazalla, entera y empañada como en los sermones, resultaba más asequible y confidencial que en la iglesia. Aludió al famoso diálogo de Latancio y Arcidiano, parte del cual acababan de escuchar, y dijo que era de por sí tan expresivo y jocoso, que casi sobraba todo comentario. Pero atraído, como siempre, por la sistemática y el orden dijo que, aprovechando la circunstancia de la lectura, iba a decir dos palabras sobre el tema que traían entre manos: las reliquias.

El auditorio se había distraído un poco, se miraban unos a otros, se saludaban inclinando las cabezas. Cipriano advirtió que don Carlos de Seso se volvía con frecuencia hacia Ana Enríquez. Y que el bachiller Herrezuelo tenía como una cicatriz que tiraba de su labio superior, imprimiéndole una mueca permanente que no se sabía si era de alborozo o de repugnancia.

Por su parte la familia Cazalla se había relajado. La palabra de la madre encerraba para algunos mayor atractivo que la del Doctor y varios de ellos habían reído en corto durante la lectura del coloquio de Latancio y Arcidiano. El Doctor inició así un breve comentario al texto. Volvió a mencionar el humor cáustico de Valdés y advirtió que el culto a las reliquias respondía de ordinario a invenciones urdidas sobre Cristo o los santos que, como diría Lutero, «hacían reír al diablo». A lo largo de unos minutos intentó demostrar que las reliquias eran algo innecesario y no sólo inútil sino nocivo para la Iglesia y que deberíamos esforzarnos para desarraigar ese culto pueril de nuestras costumbres religiosas. Y con esa habilidad congénita del Doctor para enhebrar dos hilos en la misma aguja

terminó hablando del problema de las indulgencias, tan frecuente en su oratoria, para decir que las indulgencias, para vivos y para muertos, se producían inevitablemente con el dinero de por medio y concluyó afirmando que estos negocios no sólo carecían de valor escriturístico sino que era evidente la falacia a que daban lugar.

Sus últimas palabras cayeron ya sobre un auditorio fatigado. Cipriano seguía con atención el desarrollo de los actos, pero se azoró cuando doña Leonor, una vez terminado el parlamento del Doctor, le sonrió desde el estrado y le dio la bienvenida en alta voz. Se trata de un hombre generoso y devoto, dijo, cuya colaboración nos será de gran utilidad. Todos volvieron la cabeza hacia él y asintieron, y doña Ana Enríquez dijo entonces que a la buena nueva de la incorporación del señor Salcedo al grupo debía añadir otra: el hecho de que dos personas muy ligadas a la Corona, de gran influencia política, estaban en contacto con uno de los hermanos y no tardarían mucho en unirse a ellos. Pedro Cazalla, visiblemente disgustado con estos optimismos fuera de lugar, replicó que era preciso actuar con prudencia y cautela, que la prisa no era buena consejera y que si en principio era provechoso incorporar a la secta personas influyentes, no debían olvidar el riesgo que semejantes adhesiones comportaba. Doña Catalina Ortega, por su parte, afirmó saber de buena tinta que la cifra de luteranos en España sobrepasaba los seis mil y que, por los mentideros de la Corte, circulaba la especie de que la princesa María y el mismísimo Rey de Bohemia simpatizaban con ellos. Una boca contagiaba a otra y Juana de Silva, la esposa de Juan Cazalla, de natural retraído, dijo entonces que el propio Rey de España veía con simpatía el movimiento reformista si bien los compromisos de la Corte no le permitían exteriorizarlo. La euforia, como solía ocurrir en todos los conventículos, se iba extendiendo y, para tratar de reducir los hechos a la escueta realidad de cada día, el bachiller Herrezuelo tomó la palabra e hizo ver que todas estas victorias quiméricas eran propias de situaciones clandestinas como la que estaban viviendo y no conducían a nada práctico, salvo a crear falsas ilusiones que luego desmoralizarían al grupo al venirse abajo. El Doctor apoyó con calor las manifestaciones del bachiller Herrezuelo y anunció que iban a proceder a celebrar la eucaristía, el momento culminante de la reunión. Fervorosamente, sin revestirse, utilizando una gran copa de cristal y una bandeja de plata, con la audiencia arrodillada, don Agustín Cazalla consagró el pan y el vino y los distribuyó luego entre los asistentes que desfilaron ante él. Uno a uno regresaban a sus bancos con recogimiento y el Doctor terminó la ceremonia dando de comulgar a su madre en el estrado. Tras la acción de gracias, el Doctor, puesto en pie, les tomó juramento

sobre la Biblia de que nunca revelarían a nadie el secreto de los conventículos y no delatarían a un hermano ni en tiempos de persecución. Tras el enérgico «juramos» con que respondieron los reunidos, la asamblea se disolvió y alrededor de la tarima se congregaron algunos circunstantes, comentando a media voz los últimos acontecimientos. Durante unos minutos, Cipriano Salcedo constituyó la principal atracción, estrechando manos y recibiendo parabienes. El diligente Juan Sánchez, con su rostro de papel viejo, organizaba la evacuación discreta del piso formando parejas que abandonaban la casa cada dos minutos. Tras la salida de la primera pareja, regresó a la capilla y anunció la novedad:

—Está nevando —dijo.

Pero nadie pareció escucharle. El grupo se desentumecía tras hora y media de inmovilidad y Ana Enríquez, a quien Cipriano Salcedo había preguntado por su domicilio, le informó que vivía parte del año en Zamora y otra parte en la casa de placer que su padre tenía en Valladolid, en la orilla izquierda del Pisuerga en su confluencia con el Duero. Le animó a visitarla para hablar de doctrina y confortarse mutuamente. Por su parte, el bachiller Herrezuelo expuso sus dudas sobre la eficacia de los conventículos y, en cualquier caso, si esa presunta eficacia compensaba el peligro que corrían y si no sería más útil y menos arriesgado mantener la comunicación entre los miembros por medio de correos periódicos mensuales. El Doctor admitió que no estaría mal simultanear ambos procedimientos, pero defendió los conventículos como única fórmula posible de convivencia y de compartir la eucaristía. Juan Sánchez, visto el fracaso de su primera advertencia y que la segunda pareja demoraba la salida, repitió:

—Está nevando.

Y, entonces sí, entonces surgieron los comentarios, las alarmas y las prisas. Fueron abandonando la casa de dos en dos y cuando, al final, solo ya, Cipriano Salcedo salió a la calle, advirtió en los copos que caían una cierta luminosidad. Se veía mejor que dos horas antes, el ambiente era más claro, y la nieve acumulada en el suelo avivaba esta impresión. Se embozó en el capuz y sonrió íntimamente. Se sentía contento y protegido, se esponjaba. Pero, más que los halagos de la acogida, le había emocionado la reunión en sí misma. En su mente confusa buscaba la palabra adecuada para definirla y cuando la halló sonrió abiertamente y se frotó las manos bajo el capuz: fraternidad; ésta era la palabra justa y lo que él había creído encontrar entre sus correligionarios. Aquel conventículo clandestino era una reunión de hermanos alentada por la fe y el temor, como las de los primitivos cristianos en las catacumbas, como las de los apóstoles tras la resurrección de

Cristo. Sentía como una emoción indefinible que a ratos se traducía en una culebrilla fría por la columna vertebral. Tenía conciencia de que se hallaba al comienzo de algo, de que había entrado a participar en una hermandad donde nadie te preguntaba quién eras para socorrerte. Desde el criado Juan Sánchez a la aristócrata Ana Enríquez, todos parecían disfrutar de las mismas consideraciones allí. Una fraternidad sin clases, se dijo. Y, en un momento de euforia cordial, pensó en la posibilidad de hacer partícipes de su felicidad a sus amigos y asalariados, Martín Martín, Dionisio Manrique, incluso a sus tíos Gabriela e Ignacio. Pensó que no se hallaba lejos del mundo fraternal en que desde niño había soñado.

En una idealización inefable se vio, de pronto, como un apóstol propagando la buena nueva, organizando un conventículo multitudinario, tal vez en el almacén de la Judería, donde pastores, curtidores, sastres, costureras, tramperos y arrieros, alabarían juntos a Nuestro Señor. Y, llegado el caso, millares de vallisoletanos se congregarían en la Plaza del Mercado para entonar, sin oposición alguna, los salmos que ahora rezaba furtivamente doña Leonor al comenzar las asambleas.

A la tarde siguiente visitó a doña Leonor y a su hijo. Sabía por Pedro Cazalla y don Carlos de Seso que en Ávila, Zamora y Toro existían pequeños grupos cristianos, satélites del núcleo más importante de Valladolid, con los que, de vez en cuando, se relacionaban Cristóbal de Padilla, criado del marqués de Alcañices, y Juan Sánchez. Pero los movimientos de éstos, su tosco y elemental bagaje intelectual, su falta de tacto, preocupaban seriamente al Doctor. Había que tomar más en serio estos contactos y Cipriano podía ser el encargado de ello. Al Doctor le satisfizo su buena disposición. Le sobraban discreción, talento y dinero para afrontar la tarea. Luego quedaba Andalucía. De Sevilla, del grupo luterano del sur, estaban cada vez más alejados y los cambios de impresiones, dada la vigilancia del Santo Oficio, eran muy precarios. Los sevillanos no ignoraban que un correo interceptado a tiempo podría desmantelar simultáneamente los dos focos protestantes en unas horas. De ahí que la desconexión entre ambos fuese casi total. Don Agustín Cazalla vio, pues, con buenos ojos el ofrecimiento de Salcedo, su disponibilidad. Cipriano podía empezar por Castilla y terminar en Andalucía. Era buen jinete y no miraba el tiempo ni el dinero. Comenzó visitando los tres conventos de la villa donde tenían adeptos y con los que hacía meses que no se comunicaban: Santa Clara, Santa Catalina y Santa María de Belén. Portaba cartas de presentación para las monjas y celebró charlas de locutorio con las superioras: Eufrosina Ríos, María de Rojas y Catalina de Reinoso, respectivamente. Las tres eran incondicionales

pero el Doctor deseaba saber si las nuevas ideas progresaban entre las novicias o permanecían estancadas. Su difusión era arriesgada en los conventos, al decir del Doctor, ya que nunca faltaban personas fanáticas prestas a ir con el cuento a la Inquisición. Eufrosina Ríos le confirmó los temores del Doctor en el convento de Santa Clara. No obstante, había sido una novicia, IIdefonsa Muñiz, profundamente identificada con la Reforma, la que había introducido en el convento el tratadito de Lutero *La libertad del cristiano*, y estudiaba la mejor manera de difundirlo. Peor estaban las cosas en las Catalinas, donde, aparte el fervor de María de Rojas, nada se había alterado y, dadas las circunstancias, según información de la superiora, mejor sería de momento no intentarlo. La sorpresa vino del monasterio de Belén por boca de Catalina de Reinoso, la priora. A través del torno, con su voz nasal, muy monjil, Catalina le dio cuenta del avance de las nuevas ideas intramuros. Eran muchas las religiosas que habían abrazado la teoría del beneficio de Cristo y le facilitó la relación: Margarita de Santisteban, Marina de Guevara, María de Miranda, Francisca de Zúñiga, Felipa de Heredia y Catalina de Alcázar. El resto de la comunidad estaba bien orientado; únicamente le pedía al Doctor dos cosas: libros sencillos y un poco de paciencia. Cipriano anotó los nombres de las nuevas cristianas y los incorporó al fichero que guardaba en su despacho y que, día a día, iba creciendo.

Antes de partir para Ávila y Zamora, Cipriano Salcedo encargó al impresor Agustín Becerril una edición de cien ejemplares de *El beneficio de Cristo*, tomando como base el manuscrito de Pedro Cazalla. Hombre guardoso, Becerril aceptó el encargo a cambio de una pingüe cantidad y, sopesando pros y contras, se comprometió a editar los ejemplares a condición de que nadie más se enterase de la operación. Él mismo, sin ayudas, realizó la tirada y, una noche, al cabo de un mes, Cipriano recogía el paquete en su coche, en la trasera de la imprenta. La posibilidad de disponer de cien ejemplares de *El beneficio de Cristo* fue muy comentada y celebrada en el conventículo del 16 de febrero. Ahora había que distribuir los libros con tacto, sin precipitaciones, procurando la mayor eficacia en su difusión.

En Ávila conectó con doña Guiomar de Ulloa, mujer de alcurnia, que, de vez en cuando, celebraba tertulias cristianas en un palacio pegado a la muralla. Aquella mujer dejaba traslucir una gran dignidad que aumentaba cuando tomaba la palabra. Su actividad era pequeña y no podía ser de otra manera: en la ciudad dominaba un catolicismo rutinario, decía, muy poco reflexivo y abierto. A cambio, sus cenáculos tenían fama por su altura y calidad. Por su casa habían pasado fray Pedro de Alcántara, fray Domingo de

Rojas, Teresa de Cepeda y otra serie de personas eminentes. Cipriano la escuchaba con arrobo, recostado en la otomana, rodeado de cojines como un sultán. También pasó por aquí, dijo la dama, el doctor Cazalla a poco de regresar de Alemania. Con motivo de su visita convocó a los hermanos de la provincia, el barbero de Piedrahíta, Luis de Frutos, el joyero Mercadal, de Peñaranda de Bracamonte, y a su sobrino Vicente Carretero. El Doctor escuchó a todos, uno por uno, y dejó buena memoria de su paso, aunque él, personalmente, marchara decepcionado. Era una provincia difícil, áspera, dijo y doña Guiomar asintió. Cipriano Salcedo bebía ahora en las mismas fuentes, cambiaba impresiones con los mismos personajes, pero Luciano de Mercadal, el joyero, no se mostraba tan pesimista como doña Guiomar. Era cierto que Ávila, la capital, era muy tradicionalista, pero en Peñaranda y Piedrahíta había facciones en vías de organizarse y él estaba en ello. De momento, en Peñaranda, podía contarse con doña María Dolores Rebolledo, Mauro Rodríguez y don Rafael Velasco, como incondicionales, y en Piedrahíta con el carpintero Pedro Burgueño, animador de una terna interesante.

De ahí saltó Cipriano a Zamora, a Aldea del Palo. En el trayecto advirtió por primera vez en su caballo *Relámpago* unos repentinos desfallecimientos que le preocuparon. El animal no había conocido enfermedad y estas manifestaciones parecían graves. De pronto había dejado de ser el corcel infatigable, capaz de hacerse de una tirada y al galope el trayecto Valladolid-Pedrosa. Ahora había que concederle treguas, al paso o al trote corto. Pero estos desfallecimientos súbitos que evidenciaba ahora, seguidos de ruidosos ahogos asmáticos, constituían algo nuevo que demostraba que *Relámpago* había envejecido, no era ya caballo para una prisa, en el que poder confiar. Consultaría a su regreso con Aniano Domingo, el tratante de Rioseco, muy entendido en caballerías. De momento le palmeó el cuello y se dio cuenta de que el animal sudaba copiosamente. Así y todo llegó a tiempo a la reunión de Pedro Sotelo, en cuya casa tenía el proselitista Cristóbal de Padilla no sólo un refugio seguro sino un lugar apropiado para la celebración de cenáculos. Sotelo era hombre pigre, de gruesos carrillos, barbilampiño. Con Padilla formaba una pareja cómica: aquél con su trasero desmedido, bajo, barrigudo y Padilla con sus melenas rojas, lacias y descuidadas, flaco como un huso. No obstante, uno confiaba en el otro y parecían inseparables, aunque a Cipriano le preocupó la temeridad con que ambos se producían. En sus conventículos, a pleno día, no se exigían controles ni contraseñas. Todo el mundo podía entrar en la casa, con lo que las reuniones resultaban excesivamente vivas y agresivas, sin cultos

que las justificasen. Al llegar Cipriano, ya estaban allí, con los organizadores, don Juan de Acuña, hijo del virrey Blasco, recién venido de Alemania, Antonia del Águila, novicia de la Encarnación, el bachiller Herrezuelo y otra media docena de personas desconocidas. Mas, antes de que Acuña bromeara con la monja, entraron dos jesuitas que se sentaron en el último banco. Justo en ese momento don Juan de Acuña le decía a Antonia del Águila irónicamente que Dios le había hecho la merced de ser monja porque no servía para casada, a lo que la novicia, muy templada, le respondió que aún no lo era, no era monja, pero pensaba serlo previa dispensa del Santo Padre. Acuña adujo, entonces, imprudentemente, que las dispensas de los votos de castidad no estaban ya en manos del Papa, momento en que el más joven y aguerrido de los jesuitas, puesto en pie, intervino para decir, sin venir a cuento, que acababa de regresar de Alemania y había observado que allí los luteranos vivían con mucha disolución, dando mal ejemplo, mientras los sacerdotes católicos lo hacían con mucho recogimiento y honestidad. La provocación era manifiesta, pero don Juan, puesto en pie y accionando con vehemencia, aceptó el desafío y voceó que también él venía de Alemania y lo que había visto no coincidía con lo manifestado por su reverencia. El jesuita joven le preguntó entonces qué conclusiones había sacado él de su viaje y Acuña, sin una vacilación, resaltó que tres esencialmente: la unción de los predicadores luteranos, su esfuerzo por ser honrados y parecerlo y el hecho de que tuvieran mujeres propias y no mancebas. El otro jesuita, el de más edad, intentó intervenir, pero don Juan frenó sus pretensiones: un momento, reverencia, dijo, aún no he terminado. Y seguidamente, sin ninguna precaución, se lanzó a censurar al clero católico alemán que, según él, comía y bebía a dos carrillos, mantenía en casa a sus concubinas y, lo que aún era peor, dijo, se ufanaba y hacía gala de todo ello. Cipriano se exasperaba. Y su irritación iba en aumento a medida que la controversia se centraba en minucias sobre la vida religiosa en Centroeuropa. Miraba ora a Sotelo ora a Padilla, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a intervenir en el debate y encauzarlo. Llegó a pensar que ése debía de ser el tono habitual de los conventículos en Aldea del Palo y se estremeció. Pero todavía don Juan de Acuña vociferaba que era público y notorio que una de las razones que movía a los alemanes a cerrar conventos era la vida licenciosa que se hacía en ellos y que, en este aspecto, la secta menos mala era la de Lutero.

Cipriano advertía que las palabras habían ido demasiado lejos y ya no era fácil reconducir el coloquio hacia otros derroteros. El jesuita más viejo trató de hacer ver a los asistentes, con voz que

pretendía ser serena, que Lutero había muerto rabiando y había sido llevado a la sepultura por los mismísimos demonios. Don Juan de Acuña, arrebatado de ira, respondió que cómo lo sabía y, cuando el jesuita replicó que lo había leído en un libro impreso en Alemania, don Juan aclaró, con ironía, que Alemania era un país libre y por tanto podían publicarse en él cosas que eran ciertas y cosas que no lo eran tanto, ya que, según sus propios informes, la muerte del reformador había sido edificante. El jesuita más joven se refirió entonces al matrimonio de Lutero, al enlace libre con una monja exclaustrada, acto sacrílego, dijo, puesto que ambos habían hecho votos de castidad, afirmación que Acuña rebatió haciendo ver que la prohibición de casarse los clérigos era de derecho positivo, es decir, decisión de un Concilio y, por tanto, otro Concilio podía autorizarlo como había hecho la Iglesia griega. La discusión se agriaba y los temas se enlazaban unos a otros sin que los polemistas lo advirtieran. Acuña aludió a la falibilidad del Papa, demostrada en el intento de Paulo IV de declarar cismático al Emperador y, en ese momento, Cipriano Salcedo, consciente de que Acuña había disparado directamente al corazón de la orden de Ignacio de Loyola, se puso de pie en el escañil y, alzando su voz sobre las de los demás, rogó a los polemistas que cambiaran de tema y tono, que al resto de los asistentes les desagradaba el fondo y la forma de desarrollarse el debate puesto que ellos habían acudido allí a escuchar una lección de doctrina y no a soportar un lamentable intercambio de improperios. Sonaron unos tímidos aplausos, mas, ante el asombro de la concurrencia, don Juan de Acuña, consciente tal vez de sus excesos, escandalizado de su proceder, se incorporó de pronto, retiró el escañil donde se sentaba, se acercó a los dos jesuitas y les pidió disculpas. Pero su cambio de actitud no acabó ahí sino que explicó además que tenía un hermano en la Compañía y solía ejercitarse con él en estos duelos verbales, pero que en modo alguno alimentaba ideas heréticas, ni creía en lo que había sostenido, sino que todo había comenzado al permitirse una broma inocente con la novicia Antonia del Águila con la que tenía confianza y por la que sentía un antiguo afecto. La novicia asentía con la cabeza y sonreía y los jesuitas, por no ser menos en aquel imprevisto pugilato de buenas maneras, se pusieron en pie, aceptaron sus explicaciones y elogiaron la labor de su hermano en la Compañía de Jesús, *un gran teólogo*, dijeron a dúo y, con la esperanza de que don Juan no repitiese en público su actuación de esta mañana, dieron por zanjado el incidente.

Cipriano Salcedo desistió de terminar su gira. Deprimido por las escenas que había presenciado y preocupado por la enfermedad de *Relámpago*, cuyos desfallecimientos volvieron a producirse al subir

una pequeña colina, regresó a Valladolid dejando para mejor ocasión sus visitas a Toro y Pedrosa. Le corría prisa informar al Doctor del resultado de su viaje. Cristóbal de Padilla, al fin y al cabo un criado, no podía a su juicio actuar por propia iniciativa, ni ellos admitir su alianza explosiva con Pedro Sotelo. Los sucesos de Aldea del Palo constituían una seria advertencia. Sin la discreción de los jesuitas, la Inquisición estaría a estas horas tras sus pasos. Habían corrido, pues, un riesgo innecesario. Por otra parte, el Doctor debería conectar con don Juan de Acuña sin demora y frenar su boca caliente que dejaba a la organización a la intemperie. Su imprudente verbo en Aldea del Palo justificaba sobradamente la intervención del Santo Oficio. Otros muchos, más discretos y mesurados que él, esperaban juicio en las cárceles secretas. Don Pedro Sotelo, demasiado ingenuo, debería terminar sin más con esas reuniones insensatas. Los miembros de la Compañía de Jesús se movían por el mundo de dos en dos, y los mandos de la orden solían compensar la intransigencia de uno con la tolerancia del compañero. La actitud de la pareja en Aldea del Palo había sido, no obstante, extrañamente unánime y comprensiva dado que la Compañía, con su carácter militar, había sido fundada precisamente para defender el catolicismo. Había que contar también, como factor favorable, con la militancia del hermano de don Juan en la orden. Sin esa circunstancia era más que probable que la pareja de jesuitas no se hubiera mostrado tan condescendiente. La misma violencia con que se produjo Acuña, unida a su juventud y al historial de su hermano, indujeron a la pareja a no tomar demasiado en serio sus palabras y, finalmente, aceptar sus explicaciones. En todo caso, la escena había sido tan imprudente que Salcedo, tan pronto se disolvió la reunión, montó su caballo y, desdeñando la invitación de Pedro Sotelo para almorzar juntos, siguió a Valladolid sin despedirse de Acuña ni de Cristóbal de Padilla. Las descarnadas frases cruzadas en el coloquio le quemaban el estómago. No veía el momento de poder departir con el Doctor y, al divisar el castillo de Simancas desde lo alto de un cerro, suspiró con alivio. Pero, en ese mismo momento, el caballo tropezó o, debido a su misma flaqueza, flexionó inesperadamente sus remos delanteros, dobló las patas traseras y quedó allí, tendido entre los tomillos, los ojos tristes, el belfo lleno de babas, resollando. Cipriano Salcedo se apeó alarmado y propinó a *Relámpago* unas palmadas amistosas en el lomo. Sudaba y jadeaba, miraba con indiferencia, no reaccionaba. Unos ásperos ruidos guturales salían ahora de su boca con la baba. Cipriano se sentó a su lado, junto a una aulaga, a esperar que se repusiera. Tenía la impresión de que el caballo estaba muy enfermo. Pensó en

Valiente, tendido y ensangrentado entre las cepas en Cigales, según el relato del tío Ignacio. *Relámpago* inclinó la cabeza y emitió una serie de relinchos largos y apagados. Son los estertores, pensó Cipriano. Pero, instantes después, sujetándole del vientre y mediante un esfuerzo, el animal se incorporó y Salcedo lo llevó de la brida, al paso, hasta Simancas. Le dio de beber y, en el viejo puente, volvió a montarlo y el caballo aceptó la liviana carga hasta Valladolid. Vicente limpiaba la cuadra a su llegada y, nada más verlo, se dio cuenta de que el caballo estaba enfermo. Lleva tres días débil, asmático y sin comer, le aclaró Cipriano. Y añadió:

—Mañana, una vez que el animal descanse, súbeselo a Aniano Domingo, en Rioseco. Infórmate bien de si el mal tiene remedio. Haz noche en La Mudara, cuidando que no se agote. No quiero que el caballo sufra.

Vicente miraba los ojos de *Relámpago*, le palmeaba el cuello sin parar. Vio que su amo vacilaba, abrió la boca y volvió a cerrarla. No se decidía. Finalmente le oyó decir:

—Si Aniano no diera esperanzas, sacrifícalo. Un tiro, sí, en la mancha blanca, entre los ojos. Y el de gracia en el corazón. Antes de enterrarlo asegúrate, que está muerto.

XIII

Le sorprendió el recibimiento de Teo, sus mejillas tensas, el griterío, las lágrimas, la brusquedad de sus ademanes. Las cosas se desarrollaron en un proceso opresivo, un increscendo que pasó por varias fases, de acuerdo con el grado de excitación de su esposa. Al principio no acababa de entenderla, farfullaba parrafadas inconexas, palabras mezcladas, frases incoherentes. No la entendía, o mejor dicho, Teo no ponía interés en que la entendiera. Se habían refugiado en el dormitorio, pero ella permanecía de pie, iba y venía, articulaba palabras indescifrables y, entre ellas, alguna que tenía algún sentido para Cipriano: escorias, olvido, última oportunidad. Le estaba echando en cara algo pero no acababa de definirlo. Paso a paso, como en una lenta labor de aprendizaje, Teo empezó a unir una palabra con otra, concretando un poco su discurso. Sus ojos eran duros como el vidrio, aún humanos, aunque su mirada no encerrara ni chispa de lucidez. Pero las palabras, al juntarse, se hacían expresivas, hablaban del olvido de las escorias de plata y acero, de su indiferencia hacia el tratamiento del doctor, de la flacidez de *la cosita*, de sus esfuerzos inútiles ante su pasividad. Todavía lo hacía sin violencia, como intentando razonar y Cipriano iba uniendo una frase con otra, reconstruyendo su pensamiento como en un rompecabezas. Hasta que llegó un momento en que todo se presentó claro ante sus ojos: Teo había omitido incluir la bolsita con escorias de plata y acero en su equipaje, tal vez por olvido involuntario, tal vez, lo que parecía más probable, para someterlo a prueba. A su regreso le faltó tiempo para registrar el fardillo y comprobar que no había comprado otras. Cipriano, pues, llevaba cuatro días sin medicinarse. Había interrumpido deliberadamente el régimen del doctor Galache. Sus palabras se iban convirtiendo ahora en una especie de lamento, de maullidos apesadumbrados, pero todavía comprensibles. Había dejado sin efecto cuatro años de medicación y ella no tenía ya ni edad ni humor para comenzar de nuevo. Cipriano se esforzó por evitar el desbordamiento, por mantener el desencanto de su esposa dentro de unos límites razonables: nada de lo ocurrido era esencial, una pausa de cuatro días no era significativa en un tratamiento tan prolongado. Lo reanudarían con más fe, con mayor rigor, dos tomas diarias en lugar de una, lo que Teo quisiera, pero ella cubría sus razonamientos con sus voces. No había vivido para otra cosa que

para tener un hijo pero ya no lo conseguiría por su culpa. Se había entretenido unos años pelando borregos hasta que se sintió núbil, madura. Mas si se casó fue únicamente para ser madre y él, de pronto, lo había echado todo a rodar. Durante su vida todas las cosas le habían hablado de la maternidad: los muñecos de la infancia, las parideras en el monte, los nidos de la urraca en la gran encina, frente a la casa, *la cosita*. Reproducirse había sido su única razón de ser pero él no lo quiso, lo había desbaratado todo cuando apenas quedaban unos meses para que se cumpliese el plazo fijado por el doctor.

AI llegar a este punto, la protesta de Teo alcanzó una violencia inusitada. Tal vez fue el intento de Cipriano por calmarla, su ademán de apaciguamiento, lo que la sacó de quicio. Sus palabras se hicieron de nuevo indescifrables, su furor aumentó, corrió hacia las ventanas y desgarró visillos y cortinas, lanzó al suelo a manotazos los pequeños utensilios de plata del tocador e inició una retahíla de palabras cortadas como ladridos. De pronto, Cipriano comprendió. Le estaba llamando cabrón aunque ella sabía que no lo era. Nunca había pronunciado Teo palabras malsonantes, y a Cipriano se le ocurrió pensar que se trataba de reminiscencias de su pasado de esquiladora, cuando cada rebaño de ovejas debía acoger dos cabras hembras y un macho cabrío según la ley. La palabra cabrón, pensó, no debía de tener connotaciones despectivas en el Páramo. Hizo un nuevo intento por calmarla pero resultó contraproducente. Teo gritaba como una posesa, le empujaba hacia la puerta, le voceaba, mientras él trataba de indagar en sus ojos, de buscar en ellos un atisbo de luz, pero su mirada era turbia y vacante, absolutamente desquiciada. Y cuanto mayor empeño ponía en reducirla, mayor y más grave era el repertorio de denuestos que mezclaba ahora con soeces vocablos escatológicos, echándole en cara su inhabilidad, el pequeño tamaño y la inutilidad de *la cosita*. Cipriano temblaba, trató de taparle la boca con la mano, pero ella le mordió y prosiguió con su andanada de insultos. Se había tumbado en la cama y con sus uñas rapaces rasgaba la delicada colcha y los forros de los almohadones. Luego, inesperadamente, se incorporó, se colgó del dosel y todo se vino abajo. Parecía gozar en su furia destructora, en su procacidad, sin preocuparse de que sus desahogos verbales pudieran traspasar tabiques y muros. En los cristales desnudos de la ventana, el decadente resplandor de la calle iba siendo substituido por la luz cenicienta y mate que preludiaba el anochecer. Teo había vuelto a tumbarse en el lecho, jadeando, y Cipriano, en un esfuerzo desesperado, trató de inmovilizarla, de sujetar sus anchas espaldas contra el jergón. Ella volvía los ojos, bizqueaba, mientras él le repetía que estuviera tranquila, que todo

tenía remedio, que volvería al medicamento, dos tomas en lugar de una, pero sus ojos bizcos iban hundiéndose más y más tras los pómulos, en una mirada ladeada e inexpresiva. Eran unos ojos ocluidos, incapacitados para ver y comprender. Forcejearon de nuevo y Teo consiguió darse la vuelta. Tenía más fuerza de la que Cipriano hubiera podido sospechar. Esta enfermedad, este tipo de enfermedades vigoriza a los pacientes, se decía. Consiguió ponerla boca arriba y le atenazó las muñecas contra la almohada. Al sentirse inmovilizada, Teo reanudó su rosario de invectivas, cada vez más procaces y, de improviso, mencionó su dote, su herencia, su fortuna. ¿Dónde había metido Cipriano *su* dinero? Este factor añadía nuevos motivos de agravio, buscaba en su mente confusa calificativos más hirientes, continuaba ofendiéndole más, en su desmadejamiento general. Cipriano advertía que, tras dos horas de lucha, la tensión de su esposa iba cediendo. De nuevo intentó acariciarle la frente, pero otra vez su boca se revolvió contra su pequeña mano hecha una furia. Sin embargo, al tercer intento, ella aceptó la caricia, se dejó tocar. Tornó él a halagarla murmurando suaves palabras de afecto y ella quedó inmóvil escuchando atentamente su voz, probablemente sin entender su significado. Teo acezaba, los ojos cerrados como después de un arduo esfuerzo físico, mientras él proseguía acariciándola, se hacía anillos con los rizos de su pelo, aunque ella ni lo agradecía ni protestaba. Había alcanzado ese punto neutro, flojo, en que suelen resolverse algunas crisis nerviosas. Empezó a llorar mansamente. Rodaban las lágrimas calientes y silenciosas por sus mejillas y él las restañaba con el embozo de la sábana, con infinita ternura. No amaba a aquel ser pero lo compadecía. Evocaba los días de La Manga, sus paseos por el monte, cogidos de la mano, mientras las bandadas de torcaces se despegaban de las encinas con los buches repletos de bellotas o las becadas volaban en el crepúsculo camino de los calveros. En realidad, Teo había sido para él como esas palomas o esas becadas, un fruto más de la naturaleza, vivo y espontáneo. Apenas había tenido relación con mujeres y la sencillez de *la Reina del Páramo* le desarmó. Incluso le agradó que esquilara ovejas a la intemperie, del mismo modo que las señoras burguesas hacían labores de punto en los salones. Él siempre había admirado las tareas prácticas y desdeñado los pasatiempos, los tedios disimulados. Sentado en la cama, la miraba fijamente. Había cerrado los ojos y sus inspiraciones iban haciéndose más profundas y espaciadas. Se incorporó con cuidado y caminó de puntillas procurando posar los pies en los espacios alfombrados. Había encendido un candil y con él en la mano rebuscó entre los medicamentos del botiquín. Escogió varios y con ellos preparó en la cocina un julepe. La tía Gabriela

solía decir que el julepe era uno de los remedios que nunca le habían defraudado, no sólo se dormía profundamente después de tomarlo sino que no despertaba hasta bien entrada la mañana. Regresó al cuarto de Teo. Continuaba inmóvil, respirando regularmente. Se sentó a la cabecera de la cama y, por primera vez, reparó desolado en los destrozos de la habitación: el dosel rasgado, los cortinones arrancados, las dos almohadas con la lana fuera. ¿Qué podría decirle a Crisanta? Pero ¿para qué decirle nada si los criados, aún sin aparecer, habrían sido testigos del paroxismo de su esposa? Teo empezó a inquietarse murmurando palabras ininteligibles. Abrió los ojos y los cerró sin llegar a verle. De pronto cambió de postura, dio media vuelta y se colocó del lado derecho, encarándole. Empezó a mover la cabeza. Murmuró palabras confusas. Con mil precauciones, Cipriano cogió el vaso del medicamento con la mano derecha y levantó la cabeza de su esposa tomándola delicadamente por el cuello con la izquierda:

—Bebe —dijo imperativamente.

Y ella bebió. Sentía sed. Bebió sin pausa, ávidamente, y con las últimas gotas se atragantó y sufrió un leve acceso de tos. En la ventana se había hecho de noche y la calle estaba en silencio. De espaldas al candil, Cipriano veía moverse la sombra de su cabeza sobre el blanco rostro de Teo. Aguantó sin moverse hasta las tres. Teo rebulló varias veces y cada vez que se movía cambiaba de postura. A veces farfullaba palabras a media voz, pero eran como cohetes follones, no llegaban a explotar. Seguramente soñaba. Cuando Cipriano se levantó parecía tranquila, su respiración acompasada, pero, a pesar de todo, dejó abierta la puerta del falsete y la del trastero donde dormía. Se desnudó a la luz de la lámpara y, ya en la cama, tomó uno de los ejemplares de *El beneficio de Cristo*, donde solía refugiarse en momentos de tribulación. Sin darse cuenta le fue asaltando el sueño y el libro cayó de sus manos. Fue un instante o se lo pareció. Le despertó el golpe del cajón del armario de Teo al cerrarse bruscamente, una especie de grito inarticulado y la silueta voluminosa de su mujer en el marco de la puerta. Seguía vestida con la saya rota tal como se había quedado dormida y en su mano derecha levantada portaba ahora la tijera grande de esquilar. Cipriano trató de detenerla, quiso decirle algo, pero únicamente se oyó la apremiante amenaza de Teo irrumpiendo en el trastero:

—¡Voy a esquilar tu maldito cuerpo de mono! —chilló.

Cipriano adoptó la precaución de apoyar la espalda en la cabecera de la cama y encogió las piernas, de modo que, cuando Teo se abalanzó sobre él, estiró las rodillas y la detuvo momentáneamente con los pies. Teo cayó, finalmente, de costado

en el pequeño catre e inmediatamente se enzarzaron en una sorda pelea. Ella enarbolaba la tijera, mientras Cipriano se limitaba a esquivar sus golpes ciegos y a sujetar sus manos sin lastimarla. Escucha, decía, escúchame Teo, por favor, pero ella se enardecía por momentos, lo acorralaba. Cipriano notó un desgarrón en el brazo derecho con el que intentaba contenerla, al tiempo que escuchaba las concretas amenazas de su mujer: Voy a caparte como a un gocho, decía, voy a cortarte esa *cosita* que ya no nos sirve para nada. Hubo un momento en que, a pesar de la herida, o acaso estimulado por el dolor, Cipriano tuvo sujeta a Teo por ambos brazos pero, en un movimiento arisco, se desasió y su mano armada se escondió bajo la ropa y lanzó un viaje a ciegas. Cipriano gritó al sentir herido su muslo derecho, pero en ese momento consiguió agarrar a Teo por el cuello y darse la vuelta. Su posición era como en las noches de amor, cabalgando sobre las protuberancias de la mujer, pero compitiendo ahora por la posesión de la tijera. Teo se revolvía, tornaba a insultarle, voy a esquilar tu maldito cuerpo de mono, repetía, pero Salcedo la tenía ya a su merced. La dejó desfogarse en su empeño inútil, en sus vanos intentos, en sus sórdidas amenazas. Veía el vacío en sus ojos, sus pupilas hundidas y desalmadas y, en ese instante, comprendió que había perdido a Teodomira, que su esposa se había ausentado para siempre. Tras un esfuerzo infructuoso, Teo se entregó. Soltó la tijera y rompió en un llanto manso, de derrota, que, sin solución de continuidad, dio paso a otro quizá más intenso pero menos convulso, y, siguiendo el mismo proceso que la vez anterior, al cabo de un rato, quedó plácidamente dormida. Cipriano repitió su incursión al botiquín, pero no se fió ya del julepe y administró a la enferma una alta dosis de filonio romano. Marchó luego a su despacho y escribió una nota a su tío Ignacio: «Temo que Teo haya perdido la razón. No puedo moverme de casa. ¿Te importa traer contigo a la máxima autoridad en enfermedades mentales?». Despertó a Vicente y le encomendó el billete para su tío. La señora estaba enferma. La visita a Aniano Domingo con *Relámpago* debía aplazarla para otro día.

Con su diligencia acostumbrada, don Ignacio Salcedo se presentó en casa de su sobrino, acompañado del joven doctor Mercado, dos horas después. Cipriano le atendió solícito. El doctor era una eminencia en ciernes. Médico del monasterio de la Concepción y de la Casa del Marqués de Denia, empezaba a ser respetado en la Corte. Se aseguraba que el día de su boda no aportó otra cosa que la ropa que llevaba puesta, una mula y dos docenas de libros. En cualquier caso los quinientos ducados de la dote de su esposa constituyeron la base de su fortuna posterior. En este momento, apenas poseía unos viñedos en Valdestillas y una casa en la calle de

Cantarranas. No obstante, los vallisoletanos se hacían lenguas de su ojo clínico, de la eficacia de sus tratamientos, de su creciente prestigio. Era el primer doctor de la villa que había dado de lado el atuendo oscuro del gremio y vestía elegantemente, como un caballero. Nada externamente delataba su profesión. Entró en la habitación y al primer vistazo advirtió los cortinones en el suelo, la colcha desgarrada, el brazo sangrante de Cipriano, el desbarajuste de la casa:

—¿Le ha agredido a vuesa merced?

Cipriano asintió.

—¿Es la primera vez que lo hace?

Volvió a asentir Cipriano. El doctor miró su pierna herida:

—Luego curaremos eso. —Se volvió hacia Teo que dormía—. ¿Qué le ha dado?

—Un julepe y un filonio romano, doctor. No me atreví a más.

El doctor Mercado sonrió con un gesto de suficiencia:

—Escasa defensa para contener un ciclón —dijo.

Ahora le tomaba el pulso y le ponía su mano cuidadísima en el pecho izquierdo:

—Fiebre no hay —añadió al cabo de un rato—. La exploración es forzosamente superficial pero el caso no ofrece duda. ¿Alguna obsesión?

—Una muy viva, doctor. La de ser madre. Se casó para tener hijos pero yo no he sabido dárselos. Los Salcedo —miró a su tío por encima del hombro del doctor— no somos un prodigio de fertilidad.

Apresuradamente le contó al doctor Mercado sus visitas a Galache, el tratamiento a que les había sometido y la interrupción injustificada de sus tomas de escorias de plata y acero durante su último viaje como desencadenante de la crisis. El doctor volvió a sonreír.

—¿Pretendía remediar su infecundidad con escorias de plata y acero?

Cipriano se sujetaba el muslo herido con la mano izquierda:

—Yo entiendo que fue un recurso del doctor para distraer a la enferma.

—Ya.

Había sacado de su cartera de piel de ternera una lupa alemana y con ella en la mano se aproximó a la enferma. Se dirigió a ellos volviendo la cabeza:

—Estén preparados para reducirla —dijo—. Puede despertar en

cualquier momento.

Le levantó el párpado del ojo derecho y observó la pupila con insistencia. Luego repitió la operación con el otro ojo. Volvió a tomarle el pulso:

—A esta señora hay que internarla —dijo—. En la calle Orates tienen el Hospital de Inocentes. No es un hotel de lujo pero tampoco es fácil encontrar otro mejor en la ciudad. Los procedimientos son primitivos. El enfermo vive atado a los barrotes de la cama o con grilletes en los pies para que no escape. Claro que con un poco de dinero, pagando dos loqueros para que la atiendan, pueden vuesas mercedes evitar esa humillación.

Don Ignacio Salcedo, que se había mantenido en silencio, preguntó al doctor si no sería posible instalar a la señora en un hospital normal, pagando aparte la vigilancia. El doctor asintió:

—El dinero es muy amable —dijo—. Con dinero se puede conseguir en este mundo casi todo lo que uno se proponga.

Provisionalmente trasladaron a Teo al Hospital de Inocentes de la calle Orates. El tío Ignacio les acompañaba, pero cuando, a la puerta del hospital, dos loqueros intentaron maniatar a la enferma, Teodomira se revolvió como una pantera, con tanto ímpetu que uno de los enfermeros rodó por el suelo. Los transeúntes, atraídos por el espectáculo, se detenían al pie de las escaleras, donde el enfermero había caído, pero, unos minutos más tarde, Teo quedó instalada en el manicomio, al cuidado de dos comadres de pago, dos mujeres aparentemente fuertes que, llegado el momento, parecían capaces de dominarla.

Sin embargo, a las nueve de la noche, Salcedo recibió un correo del manicomio anunciándole que «la señora había escapado en un descuido de sus guardadoras». Cipriano avisó de nuevo a su tío que, en un santiamén, puso en movimiento a las fuerzas de seguridad de la villa. Por su parte, Cipriano, acompañado de Vicente, recorrió la ciudad de norte a sur y de este a oeste, sin encontrar rastro de la enferma ni referencia alguna de ella. Se había evaporado. A la mañana siguiente reiniciaron la búsqueda sin resultado. Al caer la tarde, el barquero Aquilino Benito, que hacía el servicio entre el embarcadero del Espolón Viejo y el pequeño muelle del Paseo del Prado, comunicó a la Chancillería que había hallado a la fugada entre los carrizos de la orilla, inconsciente y en muy mal estado, como una pordiosera. Durante la travesía hacia el Espolón, el citado Aquilino había conseguido volver en sí a la enferma que se encontraba extenuada.

Mientras tanto, don Ignacio había realizado las indagaciones pertinentes y, una vez repuesta, Teodomira fue trasladada a Medina

del Campo, en el coche de su marido, sin abrir la boca. Allí, en Medina, fue alojada en el Hospital de Santa María del Castillo, dependiente de la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced, a un paso del monasterio de San Bartolomé. Era un caserón destartalado y noble, sin mucho movimiento de enfermos, donde se avinieron a acoger a doña Teodomira y poner a su disposición dos loqueros en servicio permanente y una comadre para las atenciones propias de la mujer. El presupuesto ascendía a cuarenta y cinco reales diarios pero contaban con la benevolencia de la organización para visitar a la enferma a cualquier hora durante los siete días de la semana.

Una vez hospitalizada su esposa, Cipriano Salcedo se sintió aliviado aunque el regreso a casa le produjo un hondo decaimiento. Habituado a la presencia de Teo, y aunque ella no representara ya para él nada fundamental, la echaba en falta. Reinició su vieja actividad. Muy de mañana visitaba el taller y el almacén donde departía con el sastre Fermín Gutiérrez y Gerardo Manrique sobre las novedades del día. Había dos problemas importantes: el abandono del conejo en la confección de zamarros y la progresiva escasez de alimañas a causa de la sañuda persecución en montes y serranías. Resuelto el primero, un correo inesperado de Burgos le comunicó que Gonzalo Maluenda, todavía joven, había fallecido de un tabardete fulminante y su medio hermano Ciriaco, hijo de don Néstor y su tercera mujer, se había hecho cargo del negocio. Al decir del nuevo empresario, una galera armada acompañaba ahora a las flotillas en conserva con lo que la carga volvía a gozar de una relativa seguridad. El porte lógicamente encarecía pero aumentaban las garantías, con lo que ningún ganadero puso reparos a la medida. Por su parte, Cipriano Salcedo, cuyo comercio con los Maluenda había descendido de las diez carretas anuales, en los mejores tiempos de don Bernardo, a las tres que habían sobrevivido al auge del negocio de los zamarros, pensó que había llegado el momento de aumentarlas a cinco. Para tratar de estos pormenores y conocer al nuevo diputado, Cipriano realizó un viaje a Burgos. De nuevo un correo urgente venía a sacar a un Salcedo de su postración. La vida se repetía, Montó a su nuevo caballo *Pispás*, adquirido por su amigo Seso en Andalucía, pero la competencia de don Carlos en tales menesteres no podía evitar que Cipriano añorase a su viejo caballo y extrañara las reacciones del nuevo, sus vicios de origen, su nerviosidad, sus dimensiones. Vicente había sacrificado finalmente a *Relámpago*, en el monte de Illera, en Villanubla, de un balazo en la frente. Estacio del Valle le había facilitado la pistola y un par de mulas poderosas para el enterramiento. En lo alto del túmulo, su criado había colocado una gran lancha para identificar el lugar.

Aunque el nuevo Maluenda no le llegara a don Néstor ni a la suela del zapato, no le causó mala impresión a Cipriano. La diligencia y probidad de Ciriaco Maluenda estaban a cien codos de las del difunto don Gonzalo. Aceptó de buen grado el incremento de pieles que Salcedo le anunciaba, pues aunque la cifra descendía a la mitad de los fletes de antaño, casi doblaba la de los últimos envíos. La relación con los Maluenda volvía a ser amistosa.

Entre quehacer y quehacer, Cipriano visitaba a Teo en el Hospital de Medina. Sedada con filonio romano vivía tranquila, sin ganas de pelea. Vegetaba más bien, se dejaba consumir. A Cipriano le entristecían aquellos ojos de mirada vacía, antaño tan bellos. Nunca llegó a saber si le reconocía, si sus visitas le producían algún efecto, ya que cada vez que se presentaba le dirigía una mirada inexpresiva, la misma que dirigía a sus enfermeros cuando se movían por la habitación. Día a día iba encogiéndose, dejaba de ser la mujer fuerte que conoció en La Manga. Su cuerpo se reducía al tiempo que se agrandaban sus facciones, que iban ocupando cada vez mayor espacio en su rostro enteco, antaño ancho y floreciente.

No hablaba, no comía, no llegaba a abrir la boca más que para beber; su vida carecía de alicientes, le decían, pero no sufre. Esto le aliviaba. La ventana enrejada de la habitación se abría al campo y desde ella divisaba el castillo que parecía hipnotizarla. Cipriano se esforzaba en inventar algo que pudiera animarla pero sus obsequios, pequeñas joyas, flores, dulces, no le producían la menor reacción. Cada vez que la visitaba, regresaba a casa más deprimido que la anterior: no le había reconocido; le daría lo mismo que no volviese. A veces, los propios guardadores se animaban entre sí: había comido un poco, había dado un corto paseo por la habitación, pero en su cara no se reflejaban tales progresos. Con su liberalidad habitual, Salcedo daba a aquéllos generosas propinas que nunca consideraba suficientes. A estas alturas, pensaba, era ya lo único que podía hacer por su esposa enferma: sobornar a los que la cuidaban para que lo hicieran de grado, para que le regalaran una pizca de afecto, para que algún día le hicieran sonreír.

Las tardes las dedicaba a los Cazalla, al Doctor y su madre. Doña Leonor de Vivero no perdía su alegría ni su don de gentes. Pasaba ratos con ella en su pequeño gabinete, callado, mirando a la pared, sin nada divertido que contarle, pero ella le recibía con su sonrisa dentona, su facundia y el buen humor de siempre. Los primeros días se esforzaba en consolarle:

—Le encuentro triste, Salcedo. ¿La quiere mucho?

La respuesta de Cipriano era escueta y contundente:

—Era una costumbre en mi vida, doña Leonor.

—No se mortifique vuesa merced. Ante los muertos y los locos nos sentimos responsables muchas veces sin motivo.

Pero la noticia del enfrentamiento verbal en Aldea del Palo produjo tanto en ella como en el Doctor un profundo abatimiento. Vivían jornadas agónicas. Se sentían incapaces de controlar el grupo. Consideraban imprescindible frenar a Padilla, despojarle de la autoridad que se atribuía, impedir aquellos conventículos pueblerinos, abiertos e improvisados. El Doctor le envió un correo sin demora llamándole al orden, advirtiéndole que lo acaecido en Aldea del Palo no podía volver a repetirse. Escribió asimismo a don Juan de Acuña encareciéndole prudencia, haciéndole ver el riesgo de los excesos verbales ante la asechanza permanente del Santo Oficio. Pese a su rápida reacción, no logró controlar su progresivo decaimiento. Habló a Salcedo con el corazón, le nombró su hombre de confianza. Admitía que, pese a ser el miembro de más reciente incorporación, actuaba sin reservas, con entusiasmo y resolución. *Motu proprio* había alcanzado importantes objetivos y el Doctor esperaba que siguiera en su labor organizadora, tarea que había interrumpido con motivo de la enfermedad de su esposa. A Salcedo le emocionaba el valimiento del Doctor, el hecho manifiesto de que le considerase el discípulo amado. Una tarde neblinosa, de crepúsculo prematuro, Cazalla le confesó que nunca habían pasado por el aislamiento que ahora sufrían, sin libros, apoyos, ni noticias de Alemania. Al morir Lutero, Melanchton se había encontrado con un difícil panorama. El Doctor ladeaba la cabeza como si fuese incapaz de soportar su peso; estaban solos. Cipriano se esforzaba por animarlo: eran horas infortunadas, de tribulación; algún día pasarían. Pero el Doctor, lejos de serenarse, mezclaba los problemas, los amontonaba. Olvidaba por un momento la soledad del grupo y volvía al caso Padilla. Era un correveidile, no contestaba a su carta, era como si no existiera o no reconociera la autoridad del Doctor. Un día, sugirió a Cipriano visitar a doña Ana Enríquez en La Confluencia, la casa de placer de su padre, en la conjunción del Duero y el Pisuerga, en un frondoso soto de olmos, tilos y castaños de Indias. Una hermosa casa, dijo el Doctor, de las muchas que había levantado la aristocracia a orillas de los ríos al advenimiento de la Corte. Sería oportuno que doña Ana que, pese a su juventud, era una mujer con carácter, instara a su criado Cristóbal de Padilla a entrar en vereda, a tomar todo aquel asunto de las reuniones de grupo con la debida seriedad. A Cipriano le agradó el encargo. La belleza de doña Ana, su perfil atrayente, le había quitado la devoción en el último conventículo, el de los sacramentos. Un perfil perfecto, sugerente, regular y voluntarioso, subrayado por la elegante sencillez de su indumento que dejaba al

descubierto un largo cuello ornado con un collar de perlas. Pero lo más notable en el perfil de doña Ana era la toca de camino, larga y estrecha, que ella enrollaba hábilmente como un turbante en la parte alta de la cabeza. En el momento de su atenta contemplación no hubiese podido asegurar que ella se sintiera observada, aunque tampoco lo contrario, pero prefería pensar que no, que ella era así, espontánea y natural, tanto cuando escuchaba las homilías del Doctor, como cuando se recogía devotamente en el salmo inicial, o alzaba tímidamente una mano por encima de su cabeza para pedir la palabra durante los coloquios. La asistencia a los conventículos de doña Ana Enríquez era absolutamente relajada, con afán participativo.

Cuando el Doctor le encomendó visitarla con objeto de aclarar el silencio de Padilla, no lo demoró. Ella respondió a su nota urgente aprovechando el mismo correo: le esperaba dos días más tarde a las once de la mañana. En el camino de Medina, Salcedo recordó a su esposa, mas enseguida se concentró en el motivo de su viaje: Ana Enríquez, su voz cálida y empastada, de mucho volumen, su disponibilidad, su bien definida personalidad tratándose de una muchacha de apenas veinte años.

El arco de las piernas de Cipriano se iba adaptando a la cruz más reducida de Pispás, un caballo que se dejaba gobernar más por la presión de las rodillas del jinete que por las riendas. Era un pura sangre también, ligero como el viento, pero menos corpulento y prudente que *Relámpago*. Un día subiría al monte de Illera para visitar la tumba de éste, un homenaje obligado.

Rebasado Puente Duero, *Pispás* tomó un camino arenoso a la derecha, entre pinares, y, al final, cuando oyó el retumbo del agua, el violento choque entre los dos ríos, se detuvo. El camino concluía allí y, a mano izquierda entre la fronda, se alzaba la gran casa de dos plantas rodeada por un jardín con las veredas cubiertas de hojas secas y los arriates descuidados, con flores de otoño: caléndulas muy vivas aún y rosales oxidados, decadentes. Una criada de pocos años, con toca a la cabeza, le condujo ante Ana Enríquez, ataviada con una galera verde, de costura en el talle. Con naturalidad, sencillamente, sin que él apenas se percatase, se vio paseando a su lado por el jardín, observando cómo sus botines de tafilete arrastraban las hojas caídas, como en un juego. El Doctor no debía preocuparse por la demora de Cristóbal Padilla, dijo; era perezoso para tomar la pluma o tal vez estuviese enfermo. En cualquier caso, ella le enviaría una esquela conminándole a obedecer sus instrucciones. En la secta existía una jerarquía y había que evitar comprometerla con cenáculos insensatos.

Su verbosidad, cálida y suntuosa, bajo los nobles árboles

centenarios, cautivaba a Cipriano. Ella, por su parte, iba cogiéndole gusto a la conversación y le habló sin reservas, de un modo tal vez imprudente, de don Carlos de Seso, a quien calificó de *gran embaucador*, de Beatriz Cazalla, *su pervertidora*, y de fray Domingo de Rojas, gran amigo de la familia, que la sosegó después de la conmoción inicial.

Antes de almorzar, Salcedo partió para Pedrosa y Toro bajo un cielo plomizo, ligeramente lluvioso. Beatriz Cazalla y su hermano Pedro habían incorporado al grupo a las tres vecinas que atendían la parroquia, en tanto don Carlos de Seso, en Toro, le dio una buena noticia para el Doctor: el famoso *Catecismo* de Bartolomé Carranza estaba entrando en España desde Flandes en cuadernillos sueltos, sin coser, y había empezado a difundirse por el norte. La marquesa de Alcañices había sido la primera en recibirlo y tanto ella como cuantos lo habían leído estaban acordes en su espíritu erasmista.

Durmió en Toro y regresó a Valladolid por Medina del Campo. Hacía casi un mes que no visitaba a su esposa y cada día le pesaba más el sentimiento de culpa. No había entendido a Teo pero tampoco se esforzó nunca por hacerlo. Le facilitó un bienestar y unas atenciones mínimas pero no compartió, ni comprendió siquiera, sus desazones, sus anhelos de maternidad. Pero este deseo se había desarrollado, había llegado a hacerse obsesivo y había acabado por devorarla. La encontró peor que cuatro semanas atrás, igualmente ausente pero más espiritada. Cuando la conoció le había sorprendido la superficie de su rostro, excesiva para el tamaño de sus facciones, pero, a medida que su cara adelgazaba, aquéllas se pronunciaban, crecían, y su nariz afilada, por ejemplo, se desplomaba sobre una barbilla pugnaz que nunca la distinguió. Asimismo, aquellos ojos vacíos, estáticos, que habían llenado la parte alta de su rostro, se hundían ahora en éste, circuidos por dos lívidas ojeras. La encontró paseando por el corredor, más bien arrastrada por los dos fuertes guardianes que la acompañaban. Con el cabello alborotado, la espalda vencida y sus pasitos laboriosos parecía una viejecita de mil años, un fantasma surgido del fondo oscuro del pasillo. Cipriano se detuvo ante ella y la observó con detenimiento. En sus ojos planos no advertía ni chispa de consciencia, parecían mirar hacia dentro, lejos. Sin embargo, cuando quiso tomarla del brazo y Teo hizo un brusco ademán como para desasirse, él creyó adivinar, en el fondo de su mirada, un atisbo de lucidez.

Al entrar en la habitación, Cipriano insistió en ayudarla, volvió a tomar su brazo descarnado y esta vez Teo no opuso resistencia. Se dejó acostar pasivamente y se quedó mirando el castillo que se

divisaba por la ventana enrejada. Los loqueros y la comadre, tal vez esperando una compensación, se mostraron acordes en que había mejorado. Ingería sólidos, paseaba todos los días un ratito y en sus ojos delgados dejaba ver un algo que no había habido antes. Cipriano se sentó a su lado y le tomó una mano. La llamaba por su nombre, tiernamente, pero ella miraba indiferente, por encima de su hombro, las almenas del castillo. Hubo un momento, empero, en que recogió la mirada y la posó sobre él, tan fija e insistentemente que Cipriano no pudo resistirla y desvió la suya. Al centrarla de nuevo se encontró con que las pupilas de Teo seguían posadas en él, imperturbables, como si le escrutara el fondo del alma, pero la veía tan ajena, tan desamparada, que sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvió a llamarla por su nombre, oprimiendo su mano entre las suyas y, de pronto, aconteció el portento: sus pupilas se avivaron, adquirieron el viejo y añorado color miel, su gruesa boca esbozó una sonrisa, sus dedos se animaron un instante y entonces musitó dos palabras perfectamente audibles: *La Manga*, dijo. Cipriano rompió en llanto, durante unos segundos sus miradas se cruzaron, se comprendieron, pero él, aunque intentó sujetar ese momento, no fue capaz de prolongarlo. Teo volvió a ausentarse, apartó sus ojos de los suyos y liberó su mano de sus manos. Había vuelto a convertirse en el ser pasivo y remoto que venía siendo desde ocho meses atrás.

Al anochecer, Cipriano pasó por Serrada y La Seca a galope tendido. Su encuentro con Teo le había dejado una huella dolorosa y se iba diciendo que su comportamiento con ella, el hecho de haberla arrancado de su medio para luego abandonarla, exigía una reparación. El sentimiento de culpa acrecía cuanto más pretendía alejarlo y pensaba que una larga vida de sacrificio no sería suficiente para excusar una responsabilidad de años. No encontraba consuelo y, tan pronto llegó a Valladolid, dejó a *Pispás* en manos de su criado y se dirigió a la iglesia de San Benito. El tamaño del templo, desierto, aumentaba la sensación de soledad, acrecentaba su silencio interior, aunque la llamita del sagrario, tan tenue y vacilante, comunicaba una pálida impresión de compañía. Salcedo buscó el rincón más oscuro de la iglesia, un escañil apartado, detrás de uno de los gruesos pilares y, una vez allí, sentado, recogido sobre sí mismo, las manos juntas, volvió a llorar implorando la presencia de Nuestro Señor para reconciliarse, para descargarse, una vez más, de sus pecados. Estaba tan ensimismado, sumido en tan alto grado de misticismo, tan concentrado y etéreo, que sintió muy viva la presencia de Cristo a su lado, sentado en el escañil. En la penumbra, desdibujado, entre las lágrimas, vislumbraba su rostro, su túnica blanca, resplandeciente, pero cada vez que

pretendía mirarle franca, directamente, a los ojos, la figura de Cristo se desvanecía. Lo intentó varias veces sin éxito y, entonces, decidió conformarse con sentirle a su lado, el hombro contra su hombro, y entrever, al soslayo, su mirada aplaciente, la difusa mancha blanca del rostro enmarcada por los cabellos y su barba rabínica. Le abrumaba la conciencia de su pecado, la destrucción sistemática de su esposa, su feroz egoísmo. Se lo confesaba a Cristo, sumiso, tratándole de tú, con humildad confiada. Y, ante la imposibilidad de rehacer lo mal hecho, apeló a su viejo anhelo de reparación. Tenía la absoluta seguridad de que Nuestro Señor le escuchaba, le observaba con un remoto aire de complicidad. Entonces Cipriano Salcedo, humillado, en pleno éxtasis, le formuló las dos ofrendas que había venido madurando durante el camino: su sexualidad y su dinero. íntimos compromisos de castidad y pobreza. Renuncia definitiva a todo contacto carnal y reparto de sus bienes con quienes le habían ayudado a crearlos. Nunca había sentido especial apego al dinero pero el firme propósito de desprenderse de él le produjo una adventicia sensación de poder.

Esa noche durmió mal, vestido, tendido sobre la cama, sin cubrirse y, muy de mañana, Crisanta, la doncella, le pasó un correo urgente de Medina del Campo. Era del director del hospital y le notificaba que su esposa, doña Teodomira Centeno, había fallecido a medianoche, horas después de su visita. Habían encontrado el cadáver en la cama, sonriente, como si a última hora la hubiese visitado Nuestro Señor. Esperaban sus instrucciones para el entierro.

XIV

Abatido, hundido el ánimo, Cipriano Salcedo partió para Pedrosa por el único camino que su padre, el viejo don Bernardo, poco dado a la aventura, había conocido treinta años atrás: Arroyo, Simancas, Tordesillas, flanqueando el Pisuerga y el Duero. Tres días antes habían dado tierra a su esposa en el atrio de la iglesia de Peñaflor de Hornija, junto a su padre, don Segundo Centeno, *el Perulero*, donde once años atrás habían contraído matrimonio. La decisión había sido tomada después de discutir con su tío Ignacio sobre el posible significado de las enigmáticas palabras de Teo en su última visita, en el único momento en que sus ojos se animaron: *La Manga*, había dicho. ¿En qué pensaba Teo al mencionar el lugar donde había pasado su juventud esquilando borregos? ¿Era tal vez por ser el único que recordaba con añoranza? ¿O quizá porque su breve noviazgo en el monte lo anteponía a cualquier otro momento de su vida? ¿O quería decir lisa y llanamente que su deseo era descansar allí, bajo la tierra fuerte y roja del Páramo, junto a su padre, *el Perulero*? Antes de determinarse, y de trasladar el cuerpo de su esposa a Valladolid, Cipriano había pasado unas horas en el Hospital de Medina, dialogando con aquellas personas que la asistieron en los últimos momentos. La comadre negó que la escena de la tarde, durante su visita, se hubiera repetido después, es más, la señora Teo quedó muy postrada después de sus palabras, decía, y, a la hora de darle el filonio romano para que durmiera, habían tenido que apalancarle las mandíbulas con los mangos de dos cucharas de plata para que abriera la boca, con tal violencia que le rompieron dos dientes. Cipriano se había horrorizado y preguntó si aquel procedimiento tan traumático era frecuente, y la comadre contestó que siempre que un enfermo se resistía a tomar algo que el doctor consideraba indispensable. También los dos loqueros le habían hablado con la misma crudeza y candidez. Doña Teodomira había muerto dormida, sin que las *visiones* de la tarde se repitieran y, sin embargo, lo había hecho sonriendo, cosa que no le habían visto hacer durante los meses que estuvieron atendiéndola. En cuanto a lo de las cucharas era el método habitual de alimentar a aquellos enfermos que se negaban a comer. Con doña Teodomira, que apretaba los dientes y únicamente abría la boca para beber agua, no hubo otro remedio que apelar a esta solución. Incluso hubo días, cuando aún estaba fuerte, en que su resistencia fue de

tal monta que tuvieron que encadenarle las manos a la cabecera del lecho para poder dominarla. Para Cipriano aquello constituía una novedad dolorosa y habló sobre ella con el médico y el director. Ellos se sorprendieron de su sorpresa. De no haber utilizado las cucharas, la enferma no hubiera vivido ocho meses, claro, se hubiera muerto enseguida. Podía habérselo figurado. Las tomas de filonio romano, zumos de fruta o jugos de carnes, únicamente eran posibles forzando su resistencia. Ella se percataba enseguida de que no solamente era agua lo que le ofrecían y entonces cerraba la boca con tanta firmeza que únicamente apalancando podían abrírsela. Desde el primer día la enferma se había negado a tomar otra cosa que agua y, ante actitud tan negativa, a ellos no les quedaba otro recurso que la violencia. En el Hospital de Santa María del Castillo no sólo estaba prohibido el suicidio, sino cualquier ayuda al presunto suicida. El director afirmaba que la conducta de sus subordinados había sido correcta y, cuando Salcedo intentó hacerle ver que para someter a un enfermo a estos tratos vejatorios había que contar previamente con la familia, se echó a reír, que estaba en un error, que las cosas no eran así, que ellos tenían una moral hipocrática y la aplicaban a rajatabla gustase o no a los familiares del internado.

Temblando de ira, Cipriano bajó al sótano a ver el cadáver que, en efecto, estaba sereno y sonriente. Aquella sonrisa, de que tanto le habían hablado, era una sonrisa manifiesta, no sólo de paz sino incluso de bienestar. Fue el único consuelo de Cipriano Salcedo, una satisfacción que acabó imponiéndose al dolor que le atenazaba. Algo, en el último momento, le había inducido a Teo a sonreír. Unas horas antes había nombrado La Manga en un momento de lucidez, se decía, era lógico imaginar que ella soñaba o pensaba en La Manga cuando dibujó aquella sonrisa de despedida. El tío Ignacio era del mismo parecer y, después de prolongadas conversaciones, convinieron que, al mentar La Manga, Teodomira había mencionado el lugar donde aspiraba a descansar para siempre. *La Reina del Páramo* deseaba volver al Páramo y no había nada que objetar a su deseo.

Cipriano Salcedo se emocionó cuando los cuatro carruajes que acompañaban a la carreta fúnebre se detuvieron en la explanada de la iglesia de Peñaflor. Le acompañaban sus viejos amigos Gerardo Manrique, Fermín Gutiérrez, Estacio del Valle, hijo, y los nuevos, el Doctor Cazalla, su hermano Francisco y el joyero Juan García, aparte de su tío Ignacio. El cielo estaba anubarrado pero no llovía y, sin embargo, el grupo de labradores y pastores que esperaban el cadáver se guarecía en el porche de la iglesia, como uniformados, con sus capotillos de tela burda y sus calzones a media pierna

mostrando sus pantorrillas peludas. Todos, tocados con las viejas cachuchas de sus antepasados, salieron de su refugio y rodearon el ataúd cuando don Honorino Verdejo, el párroco, rezó un responso a la puerta de la iglesia. Para los rudos castellanos, aquella mujer que ahora iban a enterrar constituía un símbolo, puesto que no sólo trabajó con las manos como ellos sino que lo hizo con más espíritu y más provecho que los hombres, por lo que con justo motivo recibió el sobrenombre de *Reina del Páramo*. Era una esquiladora como nosotros, dijo un pastor viejo, con la voz trémula, para quien el trabajo manual borraba el pecado de su condición adinerada. Al margen de Manrique y Estacio del Valle, hijo, que en mayor o menor medida tenían alguna relación con los campesinos, el resto del acompañamiento los miraba con una mezcla de estupor y curiosidad, como si fueran seres de otra raza o habitantes de otro planeta. Pero la sorpresa se hizo general cuando, al ahondar la huesa que había de albergar a *la Reina del Páramo*, el cadáver de su padre, *el Perulero*, apareció intacto en el fondo de la hoya, con su pelo cano y el cuerpo desnudo, sin descomponer, el pene erecto y los ojos abiertos, inyectados y llenos de tierra. Hubo un bracero que afirmó que aquello era un prodigio, pero don Honorino, hombre probo y avisado, acalló el brote quimérico, dando de lado la incomprensible autonomía del miembro y aludiendo a las propiedades de algunas tierras para demorar la corrupción de los cuerpos. Concretamente en Gallosa, el pueblo donde nací, dijo, ningún cadáver se había descompuesto antes de los cuatro años de ser enterrado.

Más tarde, al abandonar Peñaflor, Cipriano le dijo a su tío, en el interior del coche, que guardaba hacia *el Perulero* un sentimiento de afecto y, el hecho de que su cuerpo permaneciese incorrupto y el sexo vivo, como si hubiese muerto con apetito, le había afectado mucho. Poco más adelante, al atravesar el monte de La Manga, cuando Cipriano divisó la atalaya grande y el camino rojo medio borrado por los bogales, las matas recortadas por los carboneros, y, al fondo, el tejado de pizarra de la casa, se inclinó hacia adelante y le rogó a su criado que moderara la marcha. Apoyó la frente en el cristal y durante unos minutos guardó silencio, los párpados entornados, evocando sus paseos con la difunta por los claros y recovecos de aquel sardón tan familiar.

Ahora, a la vista de Pedrosa, espoleó a *Pispás* en el último recodo del camino. Los rastrojos macilentos, la tierra negra recién arada, las rodadas del carril, le recordaron sus charlas itinerantes con Cazalla. Un apretado bando de perdices arrancó ruidosamente de la cuneta y espantó al caballo que piafó y caracoleó varias veces antes de serenarse de nuevo. Martín Martín, que le esperaba, le dijo al

verle que la cosecha de uva había sido magnífica, y mezquina, en cambio, la de cereal. Sostenía el mismo criterio que su padre: el dinero estaba en la viña. Caballero en yegua trabada, el rentero le seguía a corta distancia por las diversas parcelas de la propiedad: los renuevos, los escatimosos majuelos tras las colinas, el pago de Villavendimio con la pinada floreciente. De vuelta a casa, Cipriano Salcedo notificó a Martín Martín que la señora Teodomira había fallecido. Entonces se repitió la escena que treinta y siete años antes había tenido lugar en aquel mismo escenario entre los padres de ambos. Martín Martín, al oír la mala nueva, se sacó la cachucha de la cabeza y se santiguó: Dios le dé salud a vuesa merced para encomendar su alma, dijo. Al cabo, comieron solos, atendidos por la anciana Lucrecia y su nuera, y Salcedo comunicó a su rentero que, con ocasión del fallecimiento de su esposa, había reflexionado y estaba dispuesto a compartir la propiedad con él; Martín la trabajaría y él correría con los gastos de explotación. Era una oferta tan inusitada y generosa que al rentero se le cayó la cuchara en el plato. No sé si acabo de entender…, balbuceó, pero Cipriano le interrumpió: Lo que has entendido es lo que he dicho, la propiedad de las tierras la partiremos entre tú y yo, tú aportarás tu sudor y yo mi dinero. Los beneficios a partes iguales. Remató su breve discurso con una frase mendaz:

—Era voluntad de la difunta —dijo.

Martín Martín quería dar las gracias, pero no acertaba, mientras Cipriano le anticipaba que su tío, el oidor, formalizaría el nuevo contrato, pero que también era su deseo mejorar los salarios de la gañanía y que a cómo se pagaba la jornada en las viñas de Pedrosa. El rentero puso cara de circunstancias: bajos, los salarios eran bajos, un obrero podía cobrar cincuenta maravedíes pero un vendimiador no llegaba a la mitad. Había que subirlos, era apremiante mejorar las condiciones de vida en Pedrosa y él, Cipriano, como mayor terrateniente, tenía que dar ejemplo. Habló de doblar los salarios de los jornaleros, de los braceros ocasionales, pero el rentero se llevó las manos a la cabeza:

—Pero ¿ha pensado vuesa merced en lo que propone? El pequeño labrantín no podrá soportar tamaña competencia. Nadie querrá trabajar en Pedrosa por menos de lo que nosotros demos. El campo se hundiría.

Cipriano empezaba a intuir que la donación también constituía un problema, pero, al propio tiempo, no quería renunciar a su largueza. Había que estudiar las cosas despacio, con personas y abogados competentes. Se daba cuenta de que su decisión, de la manera simple en que la había concebido, se haría popular entre los asalariados pero impopular entre los terratenientes. Era preciso

reflexionar y actuar sin apremios, con la cabeza fría.

Esa misma tarde, salió de paseo con Pedro Cazalla, quien elogió su decisión de hacer un nuevo contrato con Martín Martín. El campo estaba en situación crítica y los que vivían de él abocados a la miseria. Ganaban poco y el fisco y la Iglesia, con tributos y diezmos, acababan de arruinarlos. Todo lo que se hiciera en favor de los medios rurales sería insuficiente. El inconveniente que apuntaba Martín Martín era irrefutable, pero los oidores de la Chancillería, los altos letrados de la Corte, disponían de recursos sobrados para dar con la solución pertinente. Por su parte, él lo hablaría con don Carlos de Seso, que ahora, en su condición de corregidor, estaría al tanto de esas cosas. Ya en casa de Cazalla, Cipriano le hizo entrega de trescientos ducados para las necesidades más urgentes del pueblo, incluso apuntó, de pasada, a la pavimentación, pero Pedro Cazalla adujo que en eso no podía ni pensarse, ya que las caballerías resbalaban en los adoquines y se quebraban. Se hacía inevitable pensar en otra aplicación menos arriesgada.

Cipriano Salcedo entró en una fase de actividad enfebrecida. Le daba miedo la soledad. Le aterraba pensarse. No sabía estar solo ni ocioso y, aparte su quehacer habitual en el almacén y la sastrería, el resto del día necesitaba estar ocupado, solventando otros asuntos. El tío Ignacio, que aprobaba su buena disposición de ceder la mitad de su fortuna, le aseguró que se ocuparía del contrato con Martín Martín. Tal como estaba organizado el mundo, tratar de doblar el salario a braceros y temporeros constituía de entrada una provocación. Pero tenía que haber una solución y la encontraría. En la Chancillería había gente conspicua dispuesta a echarle una mano. En cambio, el tema de los negocios industriales llenó de gozo a su tío. Don Ignacio Salcedo, desde que se licenció, se había especializado en temas jurídicos y económicos. Leía mucho, con auténtica avidez, no sólo sentencias y actas de jurisprudencia, sino publicaciones y libros franceses y alemanes que le facilitaban sus amigos del centro de Europa. Así se informó de que la organización de la producción por gremios iba convirtiéndose poco a poco en una antigualla pasada de moda. En Francia y Alemania apuntaban formas de asociación que en España todavía se desconocían, en las que no sólo se asociaban los hombres sino también los capitales para incrementar su poder. Incorporar Valladolid a la modernidad era una de sus aspiraciones íntimas. Los gremios decaían y, cuando su sobrino le solicitó nuevas fórmulas para el comercio de la lana con Burgos y la fabricación de zamarros y ropillas aforradas, don Ignacio pensó que quizá unas comanditas pudieran servir para resolver ambas cuestiones.

Tanto Dionisio Manrique como Fermín Gutiérrez dejarían de ser empleados para pasar a ser socios, valorando su trabajo como capital. Es decir, ellos pondrían su cabeza donde él ponía su dinero. Crearían dos compañías mixtas en las que capital y trabajo obtendrían retribuciones análogas. Mas, también aquí, como en el campo, se presentaba una cuestión espinosa: ¿qué hacer con los pellejeros, tramperos, curtidores, acemileros y todos aquellos que ni en el taller ni en la fábrica desempeñaban un trabajo cualificado? Don Ignacio vio enseguida la solución: incorporar al personal no cualificado a los beneficios. La novedad constituía para él una auténtica revolución económica, especialmente en Valladolid, de ahí que le pareciese aún más ecuánime y sugestiva. Manrique y Gutiérrez irían con él a partes iguales, pero a los asalariados, en lugar de subirles los jornales, cosa que pondría en pie de guerra a la competencia se les darían, al cabo del ejercicio, unos ingresos extras provenientes del beneficio social. Estos dineros a repartir entre pellejeros, tramperos, cortadoras, arrieros y curtidores, podían proceder del porcentaje total de beneficios, o del correspondiente a Cipriano Salcedo, todo dependía del grado de desprendimiento de éste. En todo caso, ni el transporte de lanas a los Países Bajos, ni el negocio de los zamarros, planteaban cuestiones irresolubles.

Tío y sobrino pasaban tardes enteras conversando, de tal manera que, desde que Teo falleció, la cabeza de Cipriano no volvió a encontrar un momento de reposo. Resultaba curioso pero en los últimos años, en que la comunicación con Teo no había existido, a Cipriano le bastaba saberla allí, en casa, oír cómo se movía de una habitación a otra, para sentirse acompañado. Como le dijo en una ocasión a doña Leonor, Teo había llegado a ser para él una costumbre.

Conforme Cipriano delegaba en su tío la transformación de sus negocios, iba intensificándose su relación con la familia Cazalla. Doña Leonor lamentó su viudez con hermosas palabras de solidaridad y dijo que comprendía perfectamente a su esposa. Ella había parido diez hijos pero cada alumbramiento lo había celebrado como si fuera el primero. No obstante, comprendía también a Cipriano, ya que el círculo vital del hombre rebasaba con mucho el círculo familiar y su egoísmo era mayor que el de la mujer. Por su parte, el Doctor le reafirmó una vez más su confianza. Se sentía débil y medroso y la colaboración de Cipriano le resultaba indispensable. Había concluido su fichero, pero la reducida comunidad castellana necesitaba constante atención. Los pequeños problemas asomaban por todas partes. Ana Enríquez había asegurado que Cristóbal de Padilla quedaría sujeto a su autoridad,

que no volvería a desmandarse, pero la realidad decía otra cosa. Antonia de Mella, esposa de Pedro Sotelo, comunicó al Doctor que Cristóbal la había visitado para leerle una carta, a su decir del maestro Ávila, muy peligrosa, y se prestó a dejársela para estudiarla. Pasados unos días, Padilla volvió con otra carta, al parecer también del maestro Ávila, y se la leyó esta vez a la mujer de Robledo. Trataba de la misericordia de Dios, y, al concluir de leerla, le dijo que advirtiera a su marido que abandonase sus penitencias porque Nuestro Señor ya la había hecho por todos. Otro día, convocó una junta de mujeres en casa de Sotelo y les ofreció un librito donde se estudiaban los artículos de la fe orientados hacia la doctrina de la justificación. Ante el escándalo de algunas, confesó que el librito estaba escrito por fray Domingo de Rojas, aunque a otros les dijo que él mismo era el autor de la obra. Cipriano tuvo que hacer dos viajes a Zamora para convencer a Pedro Sotelo de que no facilitase a Padilla lugares de reunión, ya que este hombre, como le había dicho el Doctor, cada día más amilanado, sembraba la discordia por donde quiera que iba. Momentáneamente, el Doctor quedó aplacado, pero cada día aportaba una novedad y una tarde informó a Cipriano de que el joyero Juan García tenía planteadas serias cuestiones familiares y debía ponerse cuanto antes en contacto con él. Cipriano pasó por el cubil donde Juan trabajaba y éste, sin levantar los ojos de la pulsera que reparaba, le anticipó que, al día siguiente, a las siete de la tarde, le visitaría en su casa, pues en el taller no era aconsejable hablar. Una vez reunidos, Juan García rompió a lloriquear, que era de los más viejos adeptos de la secta, de los más convencidos, pero su mujer, Paula Rupérez, fanática católica, recelosa de sus escapadas nocturnas, le había seguido una noche de conventículo por las calles en tinieblas. Afortunadamente él se dio cuenta a tiempo y se ocultó en el hueco de un comercio por donde la vio pasar. Entonces se convirtió de perseguido en perseguidor y durante una hora estuvieron dando vueltas por las viejas rúas del barrio de San Pablo, él en guardia, ella desorientada. Al día siguiente Paula le preguntó dónde había andado a tan altas horas de la noche y él reconoció que había sufrido uno de sus frecuentes accesos de escotoma y había salido a airear la cabeza. Poco a poco Juan García se había ido serenando, pero advirtió que su mujer había informado de sus sospechas al confesor y había razones fundadas para temer que éste, si llegaba a tener un solo indicio, les denunciaría sin demora a la Inquisición.

Cipriano trató de tranquilizar al joyero, le dijo que de momento no volviera por los conventículos y que, cada mes, al día siguiente de celebrarse éste, pasara por su casa donde él le facilitaría un

resumen de lo tratado a fin de que no quedase descolgado. Para mayor seguridad, debía acompañar a su mujer a sus prácticas religiosas y hacer lo que viese que ella hacía. El joyero volvió a llorar; le repugnaba caer en el *nicodemismo*, fingir creer en lo que no creía, pero Cipriano Salcedo le dijo que todos, en mayor o menor medida, lo practicaban, que él mismo asistía a misa los días festivos, porque, en tiempos de persecución, la mejor defensa era el disimulo, cuando no la doblez.

Siete días antes de Navidad, súbitamente, falleció doña Leonor. Por la mañana había sentido un vago tremor de corazón y, después de comer, quedó muerta en la mecedora sin que nadie lo advirtiera. El Doctor la encontró todavía caliente y el balancín con un leve movimiento de vaivén. Su deceso fue la culminación de un *annus horribilis*, como lo calificó el Doctor Cazalla. Se hizo preciso preparar las honras fúnebres con la pompa que exigían la fama del Doctor y el hecho de que la difunta tuviera tres hijos religiosos. El entierro se verificó en la capilla de los Fuensaldaña, en el monasterio de San Benito. Diez doncellas, casi niñas, acompañaron el ataúd portando cintas azules y el coro del Colegio de los Doctrinos, fundado pocos años antes en la ciudad, entonó las letanías habituales. Cipriano Salcedo creía ver en aquellos muchachos a los antiguos Expósitos, sus compañeros de infancia, y respondía a las apelaciones al santoral con devoción y respeto: *ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis*, decía para sí, y en el *Dies irae* de la epístola se prosternó sobre las losas del templo y repitió la letra en voz baja, profundamente conmovido: *Solvet saeclum in favilla: teste David cum Sibylla.*

La ciudad acudió en masa al sepelio de doña Leonor. La reputación del Doctor, el hecho de que tres de los hijos de la difunta participasen en la misa funeral, removieron el sentimiento religioso del pueblo. Y, a pesar de sus grandes dimensiones, el templo no pudo dar acogida a todos los asistentes, muchos de los cuales quedaron a la puerta, en la explanada de acceso, devotamente, en silencio. Las voces de los doctrinos resonaban en la placita de la Rinconada y los transeúntes se santiguaban devotamente al pasar frente a la iglesia. Terminada la ceremonia, el acompañamiento se reunió en el atrio para las condolencias pero, en el momento de mayor recogimiento y emoción, una voz varonil, bien timbrada y poderosa, estalló sobre el rumor del gentío:

—¡Doña Leonor de Vivero a la hoguera!

Se oyeron siseos imponiendo silencio y la afrenta no volvió a repetirse. La ceremonia continuó al mismo ritmo, la multitud desfilaba ante los hermanos Cazalla y algunos, más allegados o más decididos, se aproximaban a ellos y les daban la paz en el rostro.

Para el Doctor, la muerte de su madre significó la culminación de su abatimiento. Doña Leonor había representado en vida la autoridad, la ponderación, el orden, la obligada referencia. Y, pese a haber dejado dos hijas, Constanza y Beatriz, el sólido matriarcado acababa de quebrarse. El semblante del Doctor se deterioró aún más, adelgazaba, se arrugaba, perdía pelo. También la voz se le desteñía y ponía en evidencia el gran sufrimiento moral que pesaba sobre él. En las tertulias de pésame, donde acudieron numerosos admiradores, apenas hablaba, la gente salía de la casa desorientada: el Doctor no va a superar la desgracia, decían. Y, por las noches, cuando las visitas marchaban, se refugiaba con Cipriano en el pequeño gabinete de su madre y hablaban de ella, reconstruían su pasado y su significación en la familia y la secta. Su hija Constanza había tomado el mando pero nada era igual. La pobre Constanza no pasa de ser una sencilla aprendiza, decía desmoralizado el Doctor. Y, a falta de un confortamiento más directo, la amistad entre los dos hombres se afirmó en el trance:

—Vuesa merced lo oyó —le dijo una noche el Doctor—. Y puede ayudarme a identificar esa voz.

El grito pidiendo la hoguera para su madre le reconcomía, no le permitía reposar. Detrás veía la ciudad entera, el mundo entero. Y hablaran de lo que hablaran, la conversación siempre terminaba por recaer en el mismo tema: la voz viril y retumbante exigiendo la quema de la difunta. Cipriano se esforzaba en tranquilizarle: un loco, reverencia, nunca falta un loco en una aglomeración de estas proporciones. Mas Cazalla porfiaba que no se trataba de un loco, la voz era firme, culta y educada, su tono no era vil. Cipriano, deseoso de complacerle, habló en la sastrería con Fermín Gutiérrez, viejo admirador del Doctor. Sí, también había oído la voz y, en su opinión y en la de sus amigos, había partido de la esquina donde se congregaba un grupo de oficiales de la Guardia Real. El Doctor denegó enérgicamente con la cabeza: la voz de mando de un soldado podía identificarse a diez leguas de distancia, dijo. Había que pensar en alguien más distinguido, conocedor de las interioridades de la familia Cazalla, sórdido en el fondo pero cortés en las maneras.

Después de dos semanas de presunciones y conjeturas en torno a la misteriosa voz, sin avanzar un paso, el Doctor se derrumbó una tarde, se sinceró con él. Le hizo objeto de una confidencia que era obligado tener en cuenta a lo largo de la investigación. Le habló de una mujer extraña, que de una manera igualmente extraña, se había cruzado en su vida y se había enfrentado violentamente con él. Se refería a doña Catalina de Cardona, conocida con el sobrenombre de *la Buena Mujer*, que en su juventud había sido aya

de don Juan de Austria. Gozaba fama de santa en las altas esferas y había recalado en Valladolid de la mano de la princesa de Salerno, de la que era dama de honor, cuyo marido, don Fernando San Severino, vino a la Corte a reclamar los bienes que se le habían confiscado por su presunta participación en una conjura contra españoles.

La estancia en la villa de la princesa de Salerno le permitió conocer al Doctor y establecer con él una relación amistosa. Pero a Catalina, *la Buena Mujer*, nunca le agradó la amistad con el Doctor, ya que la manera de hablar de éste de la misericordia de Dios y de los méritos de Cristo se le antojaba equívoca y sospechosa. Catalina de Cardona, de suyo entrometida, decidió erigirse en ángel tutelar de la princesa y, sobre ponerle malas caras al Doctor, en las tertulias vespertinas le contradecía y zahería sin descanso. Por su boca habla Satanás, excelencia, llegó a decirle a la princesa un día. El Doctor, entonces, resolvió dar una lección a la marisabidilla, y en el famoso sermón de las Tres Marías, el día de la Resurrección, ridiculizó la impertinencia de ciertas mujeres que disputaban con los teólogos, sabihondas de tres al cuarto, dijo, que estarían mejor entre pucheros, pero *la Buena Mujer* aguardó la visita del cura, y cuando éste se presentó le dijo que había visto salir de su boca borbollones de fuego envueltos en humo y olores de piedra de azufre. La campanada de *la Buena Mujer* creó un clima tenso en la reunión, de una violencia inhabitual, de tal manera que la princesa de Salerno se vio obligada a intervenir e impuso silencio a las dos partes cuando la réplica correspondía a Cazalla, y entonces éste se levantó dignamente y se marchó de la casa ofendido.

—Nunca volví a poner el pie en el palacio de la princesa —aclaró Cazalla a Cipriano—, pero cabe que la voz pidiendo la hoguera para mi madre se fraguara ahí, en sus salones a causa de mis homilías.

Cipriano quedó pensativo. Ignoraba que el Doctor tuviera enemigos de tan alto rango pero, una vez informado, dio por bueno que la afrenta a doña Leonor hubiera surgido de ese grupo o de otro semejante.

Dos días más tarde, Cipriano encontró los bajos de la casa del Doctor embadurnados por un sucio cartelón: DOÑA LEONOR A LA HOGUERA, decía simplemente. Aquel letrero abyecto, escrito con pintura roja, acabó de desequilibrar al Doctor. Convocó una reunión, en pleno día, en el oratorio de su casa. No podemos seguir viviendo en este *ensimismado aislamiento* —dijo—. Nos conocen hasta las piedras, nos vigilan, nos odian, todas las precauciones que adoptemos en lo sucesivo serán pocas. Se le veía asustado, acorralado, nervioso. Muerta su madre, de la que tanto había

dependido y que representaba el coraje, llegaba esta venganza ruin de la alta sociedad vallisoletana. Tenemos que admitir que no somos libres —añadió—, que nos enfrentamos con enemigos que no dan la cara, seamos prudentes. A partir de ese momento quedaron suprimidos provisionalmente los conventículos y el Doctor decidió que se sustituyeran por visitas a domicilio, donde personalmente los sectarios serían informados de las novedades. Salcedo, por indicación del Doctor, viajó a Toro, Zamora y Logroño para poner sobre aviso a los adeptos.

A su regreso, Cipriano encontró al Doctor aún más sumido y cogitabundo. El hecho de que la realidad del grupo fuese conocida, o, al menos, se sospechase su existencia, le desquiciaba. Se sentía literalmente arrinconado. Cipriano permanecía con él hasta altas horas de la madrugada. El insomnio le acechaba y los julepes y el filonio romano apenas le hacían efecto. Su medrosidad le llevaba a extremos exagerados, a una pusilanimidad morbosa. Las sensaciones de persecución y aislamiento prevalecían sobre todas las demás. Una noche emborronaron con pintura el letrero rojo de la fachada y el Doctor subió a casa más entonado, como si hubiese borrado con él los malos pensamientos de la conciencia del responsable. Con Cipriano se desahogaba, era su paño de lágrimas: El Reformador al menos sabía de nuestra existencia, nos animaba, decía. Muerto Lutero, desconectados del foco sevillano, el Doctor no veía futuro para la causa. Mas Cipriano iba advirtiendo que un día pensaba una cosa y mañana la contraria, se mostraba irresoluto, mudadizo, como atollado. En una ocasión organizaron un viaje a Sevilla pero, ocho días, antes el Doctor desistió de él. ¿Qué iban a hacer en Sevilla? ¿Acaso estaban mejor informados los andaluces que ellos? Procedía ir más allá, más lejos, a la madre. ¿Sería capaz Cipriano de viajar a Alemania por el grupo? A Salcedo no le sorprendió la pregunta, llevaba meses esperándola. Estaba convencido de que únicamente entrevistándose con Melanchton y sus colaboradores, aportando información directa, libros y publicaciones, y la promesa de una ayuda quimérica llegado el caso, conseguiría animar al Doctor. Iría, pues, a Alemania, le dijo, pasaría allí el tiempo que hiciera falta, conectaría con el cerebro de la organización y recibiría instrucciones. La sola idea de que Cipriano iba a viajar a Alemania ya levantó el ánimo del Doctor. Le indicaba itinerarios en el mapa, ciudades, caminos, le facilitaba nombres y direcciones, contactos obligados, centros de visita inexcusable. Era como si su cerebro atascado se hubiera puesto de repente en movimiento. Una tarde le dio las señas de Berger, Heinrich Berger, marino de profesión, apóstol del nuevo cristianismo, con quien tal vez pudiera regresar a España por los

puertos del norte. Al recordar su estancia en Alemania, los lugares que había visitado con el Emperador, los viejos amigos, los contactos iniciales, el rostro del Doctor resplandecía. Entre los dos iban urdiendo planes: saldría por el Pirineo y regresaría por mar o a la inversa. El zamarro de Cipriano y las ropillas aforradas, llegado el caso, podían servir de tapadera, pero de momento el proyecto debería permanecer en secreto. ¿Había oído hablar de Pablo Echarren, vecino de Cilveti, un pueblecito al norte de Navarra? No, claro, Salcedo no había oído hablar de Echarren, ni sabía de la existencia de Cilveti. Su viaje más largo por el norte había sido a Miranda de Ebro, ni siquiera había viajado hasta Bilbao. El Doctor le informó entonces de que Echarren llevaba gente hasta la raya con Francia, fugados, refugiados, exiliados, contrabandistas. Era su hombre pero convenía entrarle con cautela. Lo más oportuno sería hablarle de don Carlos. Seso le conocía desde su estancia en Logroño y había utilizado varías veces sus servicios. Cipriano debía decirle que don Carlos de Seso era su amigo, incluso su compariente. No tenía honorarios fijos, era voluble, dependía del momento, del riesgo que corriera en cada desplazamiento, de sus necesidades, pero sus emolumentos —dijo— no era fácil que bajasen de veinticinco ducados ni superasen los cuarenta. Una vez en casa de Echarren, Vicente, el criado de Cipriano, podía regresar a Valladolid con los caballos, puesto que Echarren disponía de acémilas propias que conocían el camino, eran silenciosas y le comprometían menos. El Doctor le facilitó la dirección de Pablo Echarren en Cilveti. Todavía, antes de partir, Cipriano Salcedo hizo una escapada con *Pispás* hasta Toro, donde don Carlos de Seso le puntualizó las informaciones del Doctor y le advirtió que los modales de Echarren eran un poco bruscos y su carácter desigual pero que confiase en él, que cumpliría su palabra. Le dio una esquela de presentación para el navarro y, de vuelta a Valladolid, pasó por Pedrosa para entregar a Martín Martín la copia del nuevo contrato de propiedad que había redactado su tío Ignacio en la Chancillería. A Domingo Manrique y Fermín Gutiérrez les había facilitado ya un borrador de los acuerdos sobre las nuevas comanditas. Una vez rematadas las obligaciones que le retenían en Valladolid y conforme con el Doctor, fijaron la fecha del 25 de abril para la partida. Vicente había preparado las cosas con su acostumbrada meticulosidad: don Cipriano iría con *Pispás* y él con *Arrugado*, el duro penco auxiliar, mientras la mula *Sola* acarrearía los equipajes. No había prisa. Teniendo en cuenta el paso tardo de la acémila podían recorrer diez leguas diarias y ponerse en Cilveti hacia el 29 o 30 de abril. Respecto a los descansos nocturnos, Vicente determinó como posibles, de no producirse algún

imprevisto, las ventas de Villamanco, Zalduendo, Belorado, Logroño y Pamplona, Tras tanto preparativo, Cipriano salió de Valladolid en las primeras horas de la mañana del día 25. Su leve equipaje lo constituían dos fardos, que portaba la mula *Sola* a modo de albardas, y el dinero, los papeles y las cartas de presentación los llevaba repartidos por los diversos bolsillos de su indumenta. Era un día soleado, de suave temperatura y nubes blancas, aborregadas, y Cipriano pensó en Diego Bernal. Siempre que viajaba con dinero o algo valioso, Salcedo recordaba al viejo salteador, pero Vicente le tranquilizó, Bernal ya estaba pensando en el retiro —dijo—. Hace más de medio año que no se sabe de él.

Se ajustaron a lo previsto con exacta precisión los dos primeros días. La lluvia les sorprendió el tercero y llegaron a Belorado con el agua escurriéndoles por las calzas. El temporal estaba asentado sobre Castilla y esperaron un día para reanudar la marcha. El 30, al caer la tarde, después de enviar a Echarren un correo urgente, entraban en Cilveti, una aldea de montaña, con casas de piedra y escasos habitantes. Cipriano descargó los fardillos en el zaguán de Pablo Echarren, y Vicente, montando a *Arrugado* y con *Pispás* y *Sola* en retaguardia, regresó a Urtasun sin hacer noche. No había razón para llamar la atención de nadie. Por su parte, Cipriano encontró a un Pablo Echarren menos atrabiliario de lo que don Carlos había sugerido. Hablaba poco pero no por desabrimiento sino por no malgastar palabras:

—Vuesa merced ya sabe que los tiempos están difíciles. Hoy no puedo subirle al alto por menos de cincuenta ducados —le advirtió.

Cuando partieron aún no había amanecido y, conforme se hacía la luz, la línea oscura de la sierra, coronada de nubes, iba recortándose contra el horizonte. La mula de Echarren, cubierta con una manta, abría camino a la de Cipriano y a *Luminosa* que portaba el equipaje. Franqueaban un sardón de quejigo con hoja de invierno, sin seguir un sendero visible, y, en lo más espeso del monte, volaron atolondradamente dos pájaros:

—Becadas —dijo Echarren escuetamente.

—En Castilla las becadas entran en noviembre —apuntó Cipriano recordando los tiempos de La Manga.

—Todavía andan de contrapasa —aclaró el guía—. En todo caso, éstas anidan aquí.

Se detuvieron al empinarse la cuesta. Un bosquecillo de hayas, con hojas recientes, se alzaba a mano derecha, tras una junquera, y, a su izquierda, una gran masa de abetos. Echarren sacó de las alforjas un pan con queso y salchichas y una bota de vino. Bebió antes de empezar a comer levantando la cabeza, largamente, sin

derramar una gota:

—Hay que desatrancar el tubo —dijo justificándose.

Iniciadas las turbulencias de mediodía, una pareja de quebrantahuesos se sostenía en el aire sin aletear. Cuando reanudaron la marcha, las acémilas avanzaban penosamente, con lentitud. La pendiente se acentuaba al entrar en el hayedo, un bosque de árboles prietos y misteriosos. De cuando en cuando, Echarren detenía la mula y escuchaba después de exigir silencio a Cipriano. En las alturas, a pesar de las horas de insolación y la fuerza del sol, el ambiente era más fresco. Trepaban ahora entre abetos, un mar de ellos, y arriba, en la cumbre de la montaña, se divisaban tolmos desnudos, pequeñas conchestas refulgentes, escorrentías procedentes del deshielo. Hubo un momento, tras una parada de Echarren, en que éste, con ademanes apremiantes, le instó a refugiarse en un pequeño rodal cercado por altos árboles. Echarren imponía silencio, cruzando los labios con su dedo índice. Se oía rumor de conversaciones a poca distancia. El navarro se apeó y miró a través del follaje. Debió de distinguir el atuendo de los viajeros o, tal vez, el pelaje de las caballerías, porque se volvió hacia Cipriano y susurró:

—Contrabandistas.

Salcedo, encaramado en su mula, miraba en vano hacia la dirección indicada por el guía. Oyó la conversación muy cerca pero no los vio. Luego se alejaron paulatinamente y sus voces se convirtieron en un apagado rumor. Cuando éste se extinguió, Echarren montó en su mula y añadió:

—Es Marcos Duro, el mejor guía de estos contornos.

—Y ¿qué llevan?

—Posiblemente ámbar, cremas de belleza, perfumes y ungüentos aromáticos. El lujo viene de Francia.

La montaña se empinaba cuando salieron del área forestal y la vegetación empezó a ralear: matorrales rastreros, brezos, tojos, arándanos. Echarren procuraba ceñir su paso a las formas de las rocas para hacerse menos visible desde los bajos. En una ocasión, al salir de una curva, vieron huir un sarrio brincando de piedra en piedra. Se enredaron en una topografía escabrosa, de altos peñascos, difícil de franquear, pero, al fondo del congosto, sobre el abismo, al abrigo de una pequeña oquedad, apareció un hombre, ataviado con sayuelo y zaragüelles, con dos caballerías apersogadas. Echarren se volvió a Cipriano:

—Pierre nunca me hizo esperar —dijo sonriendo.

Y emitió un silbido modulado que el eco repitió, cada vez más suave, desde las barrancas del lado francés.

Libro III: El auto de fe

XV

A instancias de Cipriano, el Doctor se avino a que Beatriz Cazalla sustituyera a su hermana Constanza en las lecturas de los conventículos. Hacía siete meses que Salcedo había regresado de Alemania y esta noche, apenas iniciado el mes de mayo, Beatriz había leído unas páginas de *La libertad del cristiano*, con la misma, sonrisa dentona, la misma entonación y el discreto ceceo que acompañaban a las comunicaciones de doña Leonor. Había sido como resucitar a ésta. En las pausas, Cipriano admiraba el hermoso perfil de Ana Enríquez, tan luminoso y atractivo bajo el rojo turbante que achicaba su cabeza, sus manos largas y enjoyadas sobre el larguero del banco. Acto seguido el Doctor glosó las páginas leídas por su hermana Beatriz, con fervor, con la misma convicción que cuando su madre le acompañaba. Desde el regreso de Cipriano, con libros, informes y buenas noticias, don Agustín Cazalla parecía otro. Su posición religiosa se había afirmado y había recuperado su entusiasmo proselitista. Pero, apenas acababa de abrir el coloquio final, cuando en la calle se oyeron los zapatazos de un caballo en plena carrera, los cascos percutiendo en el empedrado, cada vez más próximos. Era tal el silencio de la sala que, cuando el caballo se detuvo, se oyó al jinete apearse y dar tres pasos hacia la puerta de la casa. Sonaron dos secos aldabonazos y, cuando Juan Sánchez se apresuró hacia las escaleras, el silencio del cenáculo se había hecho de hielo. Unos segundos después, don Carlos de Seso, con improvisado atuendo de caballista, desmelenado, la gorra en la mano, penetró presuroso en el oratorio, se encaramó de un salto en la tarima del Doctor, cuchicheó nerviosamente con éste y, una vez obtenida su anuencia, se dirigió hacia el auditorio con un deje de alarma:

—Cristóbal de Padilla —dijo— ha sido detenido anteayer en Zamora. Pedro Sotelo y su esposa Antonia de Melo lo han denunciado al Santo Oficio con motivo del *edicto anual*. Está preso en la cárcel secreta de la Inquisición y no es fácil que se produzcan otras detenciones en tanto Padilla no sea interrogado. No obstante, me considero en la obligación de comunicarlo a vuesas mercedes para que tomen las medidas oportunas, se deshagan de documentos comprometedores y huyan si consideran su vida en peligro. Nuestro Señor nos acompañe.

Se produjo la estampida. Todos querían ser los primeros en abandonar la casa del Doctor y Juan Sánchez encontraba serias dificultades para que los asistentes se avinieran a hacerlo ordenadamente, de dos en dos, con breves pausas de un minuto, como venían haciéndolo. Se oían los pasos apresurados de los que marchaban sin las precauciones habituales. Daba la impresión de que el hecho de alejarse de la casa madre les alejaba asimismo de los riesgos de su detención. Cipriano vio salir a Ana Enríquez y se dirigió al Doctor y a don Carlos quienes, desde el estrado, se consideraban en el deber de organizar la evacuación. Don Agustín había empalidecido y con sus manos blancas y finas tamborileaba mecánicamente sobre el tablero de la mesa. Había perdido el dominio de sí mismo. Estos cambios de ánimo súbitos, justificados o no, eran habituales en el Doctor. Intentó hablar con Cipriano Salcedo pero las palabras se le amontonaban en los labios y no acertaba a ordenarlas. Fue don Carlos de Seso quien le dio las oportunas instrucciones:

—Vuesa merced debe huir inmediatamente —le dijo—. El Emperador, desde Yuste, ha instado al inquisidor Valdés para un *pronto y terrible escarmiento*. Huya. Vuesa merced ha sido un miembro destacado en la secta desde su ingreso y su reciente viaje a Alemania y su entrevista con Melanchton le hacen especialmente vulnerable en esta hora. Ponga tierra por medio. El camino de Pamplona ya lo conoce. También conoce Cilveti y la casa de Pablo Echarren. Póngase en sus manos y en unos días estará fuera de España.

Las lágrimas asomaron a los ojos del Doctor cuando estrechó su mano. Cipriano, en cambio, se sentía resuelto y decidido, capaz de todo. No notaba cansancio y, al llegar a su casa, se encerró en el despacho y abrió la gran librería. Parecía imposible que en apenas tres años hubiera podido almacenar aquella cantidad de papeles: fichas, avisos, resúmenes, consejos, pequeñas esquelas, anuncios de conventículos, correspondencia variada con el Doctor, Pedro Cazalla, Carlos de Seso, Domingo de Rojas, Beatriz Cazalla y Ana Enríquez. Carpetas llenas de proyectos. Fascículos y opúsculos de su paso por Francia y Alemania. Mapas e itinerarios. Direcciones de personas y centros en el extranjero y libros, muchos libros, entre ellos los diecisiete ejemplares de *El beneficio de Cristo*, restos de la edición de Agustín Becerril que aún conservaba. Amontonó leña en la chimenea y prendió fuego. Primero se deshizo de los papeles que se consumían rápidamente, después de caracolear unos segundos entre las llamas; luego de los opúsculos, de los papeles de mayor entidad y, finalmente, de las carpetas y de los libros, uno a uno, pacientemente, sin prisas. Algunos tenían encuadernaciones duras,

de piel o de tela, con cantoneras para darles firmeza, y los restos tardaban en arder. A medida que iban desapareciendo las pilas de papeles y las hileras de libros de los estantes, Cipriano se sentía liberado de un peso como después de una confesión. A las cuatro de la madrugada, se acostó. No sólo había quemado todo lo que pudiera comprometerle a él y al grupo, sino que se había deshecho de las cenizas del hogar. A las ocho se incorporó, desayunó frugalmente y ordenó a Vicente que aparejase a *Pispás* lo más rápidamente posible. Una hora más tarde, vestido ya de campo y con un mínimo equipaje, se disponía a partir, cuando Constanza le anunció la visita de Ana Enríquez. Cipriano se dijo que ella era lo único que echaba en falta en esos momentos. Ana acababa de llegar de La Confluencia y venía a pedir disculpas por la defección de su criado, por su negativa a adoptar las normas de prudencia que tan insistentemente se le habían recomendado. Otro criado, recién llegado de Toro, no creía que la gran redada fuera inminente. A juicio de los inquisidores, Cristóbal de Padilla, con sus conciliábulos y los contactos y visitas en la prisión, había *espantado la caza*. Había que darse prisa, le dijo doña Ana, cogiéndole de las manos y sentándose a su lado en el sofá del salón. Cipriano se sentía conmovido por la solicitud de la muchacha, por su celo para ponerle a salvo. Su padre, el marqués, le imploraba que pasara a Francia. Él no se consideraba comprometido y la posición de la marquesa en la Corte operaría en su favor. Pero Cipriano debía huir, insistía doña Ana. Le entregaba una nota con una dirección en Montpellier: Madame Barbouse le atenderá como si fuera yo misma, le dijo. Volvía a oprimir su pequeña mano peluda entre las suyas impacientes. Barbouse, no lo olvide. Pero a Cipriano le atenazaba una preocupación: ¿Y ella? ¿Qué iba a ser de ella en tan difíciles circunstancias? Ana Enríquez sonreía con sus labios carnosos, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. En estas situaciones las mujeres nos defendemos mejor que los hombres —dijo—. Un hombre, aunque tenga faldas, se compadece de una mujer; los tribunales de hombres con mayor motivo, puesto que los unos hacen fuerza sobre los otros. ¿Cómo admitir que el Santo Oficio pueda dictar una sentencia rigurosa contra las monjitas del convento de Belén? Se miraban a los ojos, se quitaban la palabra de la boca, sus rostros casi se rozaban. Vuesa merced sí está en peligro, añadía. Ha echado últimamente sobre sí todas las responsabilidades del grupo, ha viajado a Alemania en su nombre, ¿cómo justificar esta actitud? Felipe II no será menos inflexible que Carlos V. Valdés ha pedido mayores atribuciones al Papa y Pablo IV no ha vacilado en concedérselas. Se prepara un gran escarmiento, créame. Cipriano se dio cuenta de que estaba dejándose convencer de algo

de lo que ya estaba convencido. Pero le agradaba la insistencia de Ana, verla inquieta por su suerte, su empeño por ponerle a salvo. ¿Es que significaba algo para ella? Pero cuando la muchacha se levantó, le tomó de las manos y tiró de él hacia arriba, obligándole a incorporarse, Cipriano reconoció que estaba dispuesto a marcharse. Al oírlo, Ana, súbitamente, sin nada que lo anunciara, se inclinó hacia él y le besó suavemente en la mejilla. Huya, dijo con un hilo de voz. No pierda un minuto más y que Nuestro Señor le acompañe.

Camino de Burgos, Cipriano pensaba en ella mientras espoleaba a *Pispás*. Viajaría el tiempo que pudiera a *caballo reventado* y, cuando fuera necesario, cambiaría de montura. Lo haría furtivamente en las casas de postas y dejaría unas monedas como compensación cuando considerase haber ganado en el trueque. Pretendía reposar de día y cabalgar de noche. Nadie podría decirle ya si Padilla había cantado o permanecía en silencio, pero parecía obvio que la Inquisición se decidiría a emplazar patrullas en los caminos en cualquier momento. Se llevó la mano a la mejilla izquierda. El dulce tacto de los labios de Ana Enríquez permanecía allí, con su discreto perfume. ¿Era posible que aquella bella muchacha hubiera llegado a interesarse por él? Recordó sus votos de unos meses antes, su decisión libre de repartir sus bienes y vivir en castidad. Al Doctor se lo había confiado una tarde, a su regreso de Alemania, en el gabinete de doña Leonor. No se precipite; vuesa merced está todavía bajo la impresión del fallecimiento de su esposa; aún se siente responsable. Cipriano le preguntó si creía que aquel sentimiento de culpa se desvanecería algún día y el Doctor no dudó que, con el tiempo, así ocurriría y entonces se vería en la dura disyuntiva de ser fiel a su palabra o amar a una mujer. Salcedo le hizo ver que su decisión había sido espontánea y meditada, anterior a la muerte de su esposa, que más de la mitad de sus bienes ya no le pertenecían, y que Nuestro Señor había sonreído al aceptarlo. Se apresuró a añadir que ya sabía que las obras no eran indispensables para salvarse y aclaró que, con su gesto, no buscaba la salvación sino una manera de resarcir a Teo de su desapego. El Doctor le escuchaba impasible, con la cabeza ladeada, como si el cuello fuera incapaz de sostener su peso. Hablaron un rato y Cipriano confesó ingenuamente que Nuestro Señor había bajado a su lado, complacido de su desprendimiento. El Doctor sonreía. La quimera era indicio de debilidad mental, le advirtió; la hora de los portentos había pasado. Cipriano volvía a disfrutar de la palabra del Doctor, un hombre lúcido, inteligente, que había logrado superar la muerte de su madre. A su regreso de Alemania, le había encontrado distinto, en realidad había encontrado a un Doctor que nunca había

conocido, consciente de su primacía intelectual, de la importancia de su jerarquía en el grupo. Aquella astenia, un poco femenina, que mostró unos meses antes, parecía no haber existido nunca. Cipriano Salcedo le había alentado. No mintió respecto a los pormenores de su viaje, pero sí exageró algunos pasajes, los adornó. Melanchton sabía de él —le dijo—; varios españoles emigrados le habían hablado de su persona y del foco luterano que encabezaba en Valladolid. Al Doctor, estos informes le enardecían, le imbuían seguridad. Cipriano Salcedo no reparaba en cuánto había también de fatuo en esta actitud. En realidad, el cambio del Doctor se había operado antes de que Cipriano iniciara su viaje. Fue como si una extraña presión le impidiera respirar y, de repente, con su decisión, alguien le hubiera quitado el obstáculo de encima. Los meses de ausencia de Salcedo no dejó de pensar en él. Y los dos largos correos que le envió desde Alemania le exaltaron hasta límites increíbles, según comunicó a Cipriano a su regreso. A raíz de ellos el Doctor terminó de olvidar las zozobras sufridas tras el entierro de su madre, se creció, volvió a la antigua actividad en la secta, a sus sermones ambiguos, a los conventículos. A Cipriano le estimulaba escucharle. De nuevo se hallaban en el buen camino. El Doctor se interesaba por la vida de Cipriano, le desconcertaba su desprendimiento pecuniario, su largueza. Habían hablado mucho durante los últimos meses, tanto que Cipriano empezó a descubrir en Cazalla un hombre nuevo, sobrio y santo sí, pero con una sombra de presunción en sus móviles. El Doctor se vanagloriaba de lo que era y de lo que representaba. Si sus actos hubieran sido secretos tal vez su comportamiento hubiera sido distinto. Y no es que Cipriano atribuyera doblez al Doctor, no creía que actuara buscando el aplauso, pero tampoco que fuese indiferente al elogio y la admiración.

Se desvió del camino en Quintana del Puente. Al fondo, a la izquierda, en la falda de la colina, se iniciaba la moheda y, en los bajos, un mar de cereal, todavía fresco, cabeceaba suavemente con la brisa. En algunos puntos clareaban las cebadas y, al pie del cerro, antes de alcanzar el monte, divisó una pequeña braña, fresca, de un verde tierno. El agua transparente manaba en abundancia del venero y se derramaba por el prado. Acercó a *Pispás* y le dejó beber hasta saciarse. El agua iba borrando las espumas blancas de sus belfos mientras su lomo dejaba de temblar. Cuando le vio satisfecho se internó con él en la espesura. Los gazapillos de las camadas de primavera correteaban alarmados en todas direcciones y desaparecían en los vivares. A media ladera, Cipriano descabalgó, quitó la silla a *Pispás* y lo dejó pastando libre, en el claro. Su criado Vicente adiestraba bien a los caballos. Tanto *Relámpago* como ahora

Pispás tenían un comportamiento más propio de perros que de équidos. Jamás perdían de vista al amo aunque se alejasen y acudían a su encuentro en cuanto le oían silbar. Esto daba al animal una gran libertad de movimientos e infundía tranquilidad al jinete. Cipriano sacó del fardillo una enorme hogaza abierta, con carne y salchichas en su interior y una botija de vino. Desde su posición dominaba la gran nava, donde ondulaba el cereal, hasta las colinas grises de enfrente, las aguas del Arlanzón fluyendo hacia Quintana y el camino, paralelo al río. El tiempo estaba quedo. Buscó un abrigo a la solisombra de una carrasca, se tendió y en pocos minutos quedó dormido.

Cuando despertó, ya puesto el sol, lo primero que vio fue la cabeza de *Pispás*, alarmado, a dos pasos de donde estaba, mirándole. Relinchó alegremente al verle levantarse y se dejó ensillar dócilmente. Cipriano bajó al camino de Burgos entre dos luces, picó espuelas y reanudó el viaje. La oscuridad le iba envolviendo sin advertirlo, sin lograr apagar del todo la leve fosforescencia de la carrera. De este modo sus ojos se iban habituando a la oscuridad y podía correr sin riesgo. Algún arriero se apartaba al sentir el galope de *Pispás*, pero de ordinario el camino estaba desierto. Como una exhalación, Cipriano franqueó la ciudad de Burgos y cogió el camino de Logroño, un poco más angosto, de tierra rosada. Llevaba la mente concentrada en la carrera, pensando en los obstáculos que podrían aparecer, y únicamente, de vez en cuando, pensaba en Cristóbal de Padilla, si habría sido interrogado, si los habría delatado ya. A cada minuto que transcurría se sentía más seguro, más alejado de las fuerzas de la Inquisición que se pondrían en movimiento tan pronto el detenido hablase. Antes de Santo Domingo de la Calzada, Cipriano Salcedo determinó cambiar de caballo. Las espumas del belfo de *Pispás* fosforecían en las tinieblas y de cuando en cuando le agarraba en las ancas un agitado temblor. El animal se hallaba extenuado. Cipriano había pensado hacer con él veinticuatro leguas y había hecho más de veintisiete. Entró en Santo Domingo al trote cochinero. A orilla de la carrera divisó la Casa de Postas y se detuvo frente a ella. La lucecita de una candela brillaba en la segunda ventana y temió que alguien velase a aquella hora. Se apeó de *Pispás* y rodeó la casa de postas por el acceso embarrado. Al fondo estaba el establo y, en el patio anterior, pernoctaban dos caballerías. Avanzaba pegado al edificio, la espalda contra él, para evitar ser visto si alguien se asomaba. Medio a ciegas eligió el caballo y lo sacó hasta el patio, lo observó con mayor detenimiento. Era un jamelgo de cabeza grande pero parecía fuerte y descansado. Cambió la silla y encerró a *Pispás* en el establo con una bolsita con

dos ducados al cuello y una nota en la que decía: «No le pago el caballo sino el favor». Le pareció oír ruido en una de las ventanas que se abría al camino y se aplastó contra el muro. Era el miedo el causante, la casa dormía. Propinó al caballo unas afectuosas palmadas en el cuello y lo montó. En las medias tinieblas parecía un bicho ruano de cabeza moruna y largas crines. Poco obediente a las espuelas, partió hacia Logroño a un galope regular. Cipriano recorrió otras ocho leguas antes de amanecer pero no a *caballo reventado*, como había hecho con *Pispás*, sino al ritmo uniforme que *Cansino* marcaba, ajeno por completo a sus estímulos. Ya con el sol en el cielo, rodeado de viñas con hojas tiernas, Cipriano tomó una senda a la derecha hasta alcanzar el soto del río Iregua. Ahí se apeó, ató las manos al caballo, almorzó y se tumbó al sol cálido de la mañana. Despertó a media tarde, volvió a comer y echó una ojeada a *Cansino*, tumbado unos metros más allá, mordisqueando las hierbas a su alcance. Ahora se daba cuenta de la falta de clase de la cabalgadura. Únicamente había visto en su vida un penco más desangelado que aquél: el *Obstinado* de Teo, su mujer, el vergonzoso acompañante de su tornaboda. Esperó al lubricán para salir de nuevo al camino. *Cansino* adoptó el paso uniforme de la víspera y lo sostuvo a lo largo de toda la noche. Era su forma de galopar, había que resignarse. En la posta de El Aldea, entre Logroño y Pamplona, lo cambió por otro. En esta ocasión, Cipriano depositó cinco ducados en la bolsita y una nota pidiendo disculpas por el cambio. El nuevo caballo era un bridón con estilo, cuya arrogancia se mostraba especialmente en el galope. No era desde luego *Pispás* pero tampoco *Cansino*; esta vez había ganado en el cambio. Cabalgó toda la noche y al amanecer se internó en un sardón de roble a un par de leguas de Pamplona. El fin de su viaje estaba a la vista y pensó que, al día siguiente, tendría que esperar al crepúsculo para entrar en Cilveti y entrevistarse con Echarren.

Cuando le asaltó el pensamiento de sus hermanos en Valladolid tuvo clara conciencia de que Padilla había hablado. Cipriano, tras varias experiencias al respecto, creía en la transmisión de pensamiento. La redada ha comenzado, se dijo. Trató de imaginar quiénes habrían intentado escapar y, al momento, pensó en don Carlos de Seso como seguro. Don Carlos podía estar ya en Francia, pero ¿quién más? Del cura Alonso Pérez presumía que no y tampoco de los Cazalla: don Agustín estaba demasiado entregado y a Pedro le consideraba incapaz de correr una aventura semejante. ¿Quién, entonces? Desconocía los arrestos de los Rojas, fray Domingo y su sobrino Luis, y descartaba al joyero Juan García, excesivamente pusilánime. ¿Pedro Sarmiento tal vez? ¿El bachiller Herrezuelo? De nuevo le vino a la cabeza la figura de Ana

Enríquez. Podría haber huido con él. Quizá en ese momento el alguacil de la Inquisición estuviera deteniéndola en la finca de La Confluencia. Ana no era una mujer para ingresar en la cárcel secreta de Pedro Barrueco, aquel caseretón destartalado y lóbrego que imponía con sólo mirarlo. En cualquier caso, la cárcel secreta resultaría insuficiente para albergar a los presuntos sesenta herejes de la villa. La ley imponía el aislamiento de los reos, pero la cárcel de la calle Pedro Barrueco no disponía de sesenta celdas individuales. ¿Qué determinación tomaría el Santo Oficio? Hacía tiempo había comenzado la construcción de una nueva Casa de la Inquisición frente a la iglesia de San Pedro, pero por mucho que se acelerasen las obras no podrían terminar antes de un año. Posiblemente los encerrasen por parejas o por grupos poco afines. Las autoridades inquisitoriales, por grande que fuese su poder, no conseguirían esta vez la total incomunicación de los presos. El recuerdo de Ana Enríquez le indujo a acariciarse la mejilla izquierda. Después de tres días de viaje su barba había crecido pero aún creía notar la huella de sus labios. ¿Qué había querido decirle al darle la paz en el rostro? ¿Tal vez que le esperaba? ¿Manifestarle su alegría ante su decisión de huir? ¿Una simple prueba de fraternidad? Dio media vuelta entre la hojarasca y vio al caballo saltar con las manos trincadas. No le venía el sueño como los días anteriores pero cerró los ojos e intentó reconciliarse con Nuestro Señor. Pensaba mucho en Ana Enríquez, en el fondo admiraba su belleza y su coraje, pero su decisión de conservarse puro estaba por encima de estas debilidades. Se hallaba solo, el silencio del campo, salvo el lejano graznar de los cuervos, era total, ¿por qué no bajaba a su lado Nuestro Señor? ¿Tal vez la luz era excesiva? ¿Reservaba sus comparecencias para los templos? ¿Tendría razón el Doctor cuando afirmaba que la quimera era indicio de debilidad mental? ¿Padecería alucinaciones? Caía el sol cuando despertó. El caballo, de salto en salto, había puesto distancia por medio. Lo encontró bebiendo agua en el cangilón de una noria, al borde del arcabuco. Lo ensilló y buscó el camino, ya anochecido. No tenía prisa pero, al día siguiente, hizo un alto en Larrasoaña, su última comida y su última siesta. Deliberadamente aguardó a que se hiciera noche cerrada para entrar en Cilveti. El pueblo parecía desierto y, sin embargo, la puerta de Echarren, la de su casa, se encontraba abierta. También la trasera. Le llamó la atención el número de mulas que se juntaban en el patio pero no sospechó nada. Se sentía lejos de cualquier asechanza. ¿Cómo podían imaginar los alguaciles de la Inquisición que uno de los hombres que buscaban se encontraba en este momento en Cilveti? Ató el caballo a la puerta y subió a tientas. La mujer de Echarren, con un

candil en la mano, le acompañó en silencio a la sala que ya conocía. Oyó rumores de conversaciones, de cuchicheos en la habitación vecina y, de improviso, entró un hombre con el blasón de la Orden de Santo Domingo en el pecho, sobre el sayo, y dos arcabuceros detrás, apuntándole con sus armas. Cipriano se incorporó, retrocedió sorprendido:

—En nombre de la inquisición, daos preso —dijo el alguacil.

No ofreció resistencia. Acató la orden de sentarse ante el oficial, los dos arcabuceros tras él. Luego entró Pablo Echarren, con el cabello alborotado, en jubón, en compañía del secretario, que se sentó junto al alguacil con unos papeles blancos sobre la mesa. El oficial miró a Echarren, a su lado, de pie:

—¿Éste es el hombre?

—Él es, sí señor.

Desde el otro lado de la mesa, el alguacil miraba la cabeza reducida y proporcionada, las manitas peludas de Cipriano:

—Lo recordaba usted bien —dijo como para sí, sonriendo levemente.

Tenía las melenas lacias y sucias y bizqueaba ligeramente al fijar los ojos en él. Le sometió a un interrogatorio de urgencia. Cipriano venía de Valladolid, ¿no era así? Cipriano asintió. Meses atrás, en abril de 1557 había pasado a Francia por los Pirineos acompañado de Pablo Echarren. ¿Estaba bien informado? El alguacil bizqueó de satisfacción cuando Cipriano reconoció que así era, pero se desconcertó cuando añadió que había viajado varias veces al extranjero por exigencias de sus negocios. ¿Negocios? ¿Qué negocios? El alguacil no conocía su profesión y el secretario, a su lado, tomaba nota. Le preguntó por sus negocios, si no era impertinencia, y Cipriano, a su pesar, se vio obligado a mencionar el zamarro y las ropillas aforradas. Del zamarro había oído hablar el alguacil, claro, todo el mundo conocía la gran revolución del zamarro, el zamarro de Cipriano, ¿no es así?

—Cipriano soy yo —dijo Salcedo.

El alguacil acogió con interés la revelación del detenido. El presumible dinero del preso suavizó el interrogatorio. El secretario anotaba sus declaraciones. Cipriano tenía relación comercial con Flandes y los Países Bajos. Los mercaderes de Anvers eran los distribuidores de zamarros y ropillas en el norte y centro de Europa. Ahora era el bizco el que asentía satisfecho y complacido. Pero su contacto más importante había sido con el celebérrimo Bonterfoesen, el comerciante más acreditado del siglo. El alguacil prosiguió la instrucción en otro tono. Había salido de Valladolid hacía tres días y medio. ¿Estaba enterado de la detención de

Cristóbal de Padilla? Y ¿de la de todo el grupo luterano de Valladolid? Cipriano lo ignoraba. Esto debía haber ocurrido después de su partida, dijo. El secretario escribía y escribía. De pronto, Cipriano cerró la boca, empezó a responder con evasivas. ¿Conoce al Doctor Cazalla? Prefiero no contestar a esa pregunta, dijo. El alguacil prolongó el interrogatorio unos minutos más. Señaló a Pablo Echarren: y ¿a este hombre? Naturalmente Cipriano le conocía, sabía de su destreza, de su sentido de la orientación. ¿Quién se lo recomendó? Salcedo miró a Echarren y advirtió que estaba esposado. Para un comerciante que viaja a Europa con frecuencia, el señor Echarren no necesitaba presentación, dijo. Le maniataron también al acabar. Luego se oyó ruido de gente en el patio y, cuando salió, le introdujeron con Echarren y dos arcabuceros en un carruaje de dos caballos. Detrás, dándoles escolta, el alguacil y el secretario, montados en sendas mulas, y dos familiares de la Inquisición.

Llegaron a Pamplona a altas horas de la noche y Vidal, el interrogador, entregó los presos al encargado de la cárcel santa. Se hallaba casi vacía. Fueron introducidos en dos celdas y, una vez tendido en su camastro, Cipriano trató de serenarse. Le habían detenido. Todo había sido demasiado rápido e imprevisto. Su celda era pequeña, apenas el petate, una mesa, una silla y un gigantesco orinal con tapadera en un rincón. Oía pasos en el piso alto, pasos marciales, firmes, como de soldados. Transcurrieron así dos días con dos noches. AI tercer día, al anochecer, se oyó arriba ruido como de carreras. A través del guardián que le traía la comida y por Genaro, que limpiaba a diario los orinales, supo Cipriano que había otros dos detenidos: don Carlos de Seso y fray Domingo de Rojas. Los habían prendido, según el guardián, en la frontera Navarra y Seso había dicho que lo suyo no era una fuga, que no tenía intención de huir, sino que iba a Italia, a Verona, donde acababan de morir su madre y su hermano. Por su parte, fray Domingo de Rojas admitió que se dirigía a encontrarse con el arzobispo Carranza, que en Castilla se encontraba incómodo y que, sobre todo, pretendía evitar la deshonra que su posible detención acarrearía sobre la Orden. Habían estado presos tres días en la casa del comisario de la Inquisición, hasta que el obispo de Pamplona, don Álvaro de Moscoso, ordenó su traslado a la cárcel secreta. A don Álvaro le chocó el atuendo del fraile, un vestido de raso verde con sombrero de plumas y cadena de oro al cuello. Otro hábito es éste que el que llevó vuestra paternidad al Concilio, le dijo irónicamente el obispo, a lo que fray Domingo de Rojas respondió: Reverencia, mi hábito lo llevo en el corazón. Luego aludió Rojas a la actitud de Carranza, el arzobispo de Toledo, en cuya busca iba,

pero don Álvaro de Moscoso le advirtió que olvidase ese nombre, que el arzobispo nada tenía que ver en este pleito. Fray Domingo aclaró que el virrey de Navarra les había facilitado salvoconductos para pasar a Bearne, pues llevaban cartas de recomendación para la Princesa y que la intromisión del Santo Oficio había sido injustificada. Andaba con ellos un señor grueso, al que llamaban Herrera, alcalde de Sacas de Logroño, también preso, quien les había dado favor para que emigraran a Francia. Admitió la acusación pero hizo constar que nada sabía de que la inquisición tuviera cargos contra los dos detenidos.

Don Carlos de Seso conservaba su apostura y dignidad. Cipriano le vio pasar hacia los calabozos por la mirilla con su gallardía habitual, ropas sueltas, vigorosos ademanes, rostro arrogante y altivo. Encerrado en la celda contigua, Salcedo le oía pasear, cuatro pasos a un lado y cuatro a otro. De ordinario el carcelero no les visitaba y tanto el intendente como Genaro, el encargado de la limpieza, aparecían de tarde en tarde y a horas fijas y, fuera de ellas, transitaban por el pasillo tan sólo ocasionalmente. Al segundo día del encierro de Seso y Rojas, y aprovechando el eco del sótano, Cipriano llamó por el buco de la puerta al primero. Don Carlos no tardó en oírle y se sorprendió de tenerlo tan cerca. Sí, el virrey le había comunicado que en Valladolid había habido una gran redada de presos, que no cabían en la cárcel secreta, que habían empezado los procesos y que el Doctor era el centro de ellos. Por su parte, Cipriano le contó su fuga, cabalgando de noche y descansando de día, hasta su prendimiento en Cilveti en casa de su recomendado Pablo Echarren, detenido también. Don Carlos le advirtió que no iniciarían el traslado a Valladolid hasta que detuvieran a Juan Sánchez, criado de los Cazalla, el único de los fugados que había logrado refugiarse en Francia.

Juan Sánchez llegó a la cárcel secreta de Pamplona cuatro días más tarde y, al siguiente, viernes, la comitiva se puso en camino hacia Valladolid. Abrían marcha, a caballo, el bizco Vidal y los otros tres alguaciles enviados a prenderlos; detrás iba el grupo de presos a pie, maniatados, fray Domingo de Rojas con su sombrero de plumas en la cabeza, flanqueados por familiares de la Inquisición y, velando la retaguardia, doce arcabuceros curiosamente uniformados, con ropillas, calzas-bragas, sombreros de visera y zapatos picados. Era un grupo heterogéneo y extravagante, de poco más de dos docenas de personas, acogido en los pueblos y aldeas que atravesaban con denuestos y amenazas. Vidal, el alguacil que prendió a Cipriano en Cilveti, parecía comandar el destacamento. El plan era recorrer cinco o seis leguas diarias, almorzar en el campo y dormir en casas o pajares

previamente apalabrados por emisarios de la Inquisición. En principio, Cipriano acogió la luz del sol con agrado, el paisaje, la actividad, pero, poco habituado al ejercicio, la primera noche llegó a Puente la Reina fatigado. Al día siguiente, a las siete de la mañana, después de comer un mendrugo con queso, ya estaban de nuevo en camino. Con un concepto primario del orden, Vidal, el alguacil bizco, los distribuyó en dos parejas, Juan Sánchez y él, que eran los de menor estatura, primero, y el dominico y don Carlos de Seso detrás. La norma de silencio, que se respetaba durante la primera hora de marcha, se relajaba después, cuando los arcabuceros empezaban con sus cuentos y chascarrillos, momento que aprovechaba Juan Sánchez para hacer partícipe a Cipriano Salcedo de pormenores de su vida y de su aventura desde la salida de Valladolid hasta su prendimiento en Turlinger. El sol apretaba de firme y, a mediodía, los emisarios les esperaban en algún sombrajo próximo al camino, generalmente en el soto de los ríos, en cuyas aguas, los miembros de la escolta se bañaban desnudos, turnándose en la vigilancia de los presos, mientras éstos sumergían sus pies en la corriente con gran alivio del dominico. Luego almorzaban, los reos con las manos atadas, en grupo aparte, a la vista de los guardianes, y terminada la comida, sesteaban, mientras el fuego del sol arrasaba los campos y los cuatro detenidos podían cambiar impresiones o leer papeles comprometidos. A las dos, cuando mayor era el bochorno, reanudaban la marcha en la misma disposición: los cuatro alguaciles a caballo, abriendo marcha, los presos, flanqueados por familiares detrás y, en retaguardia, los doce arcabuceros armados. Al discurrir por los pueblos, las mujeres y los mozos les insultaban y, a veces, les tiraban cubos de agua desde las ventanas. Un día, ya en tierras de La Rioja, los campesinos que andaban excavando las viñas interrumpieron la faena para quemar dos muñecos de sarmientos a la orilla del camino, mientras les llamaban herejes y apestados. El campo allí se arrugaba en unas lomillas de tonos rosados y el verde suave de las cepas les imprimía una atractiva plasticidad. Sobre las siete concluían la etapa diaria, cenaban en el pueblo escogido por los emisarios y pernoctaban en casas de la Inquisición o en los pajares de las afueras, olvidando por unas horas los ardores del sol y el escozor de sus pies lastimados.

El emparejamiento con Juan Sánchez dio ocasión a Cipriano de conocer superficialmente al criado de los Cazalla. Le hablaba de Astudillo, el pueblo de Palencia donde había nacido, de don Andrés Ibáñez, el cura a quien hacía de monaguillo, de sus trabajos en el pastoreo y la siega. Ya de mozo, sirvió de fámulo al comendador griego Hernán Núñez, quien le enseñó a leer y escribir, y dos años más tarde sintió la llamada de Dios. Quiso hacerse fraile pero fray

Juan de Villagarcía, su confesor, le sacó la idea de la cabeza. Después marchó a Valladolid donde sirvió a los Cazalla y otros amos y asumió la doctrina luterana. Otros días, Juan Sánchez le hablaba de su huida a Castro Urdiales *a caballo reventado* tan pronto se conoció la detención de Padilla. En las postas robaba monturas sin preocuparse de gratificar a los venteros. Ya en la costa entró en contacto con un holandés, mercader de una *zabra*, que le llevó a Flandes por diez ducados. Cuando los sabuesos de la Inquisición llegaron al puerto, Juan Sánchez llevaba treinta y ocho horas navegando en alta mar. En el barco escribió a una devota suya, doña Catalina de Ortega, luterana también y a cuyo servicio había estado, contándole su peripecia, y a Beatriz Cazalla, de la que siempre estuvo enamorado, y a la que daba cuenta de la furiosa tempestad que estuvo a punto de hacer zozobrar a la *zabra* pero que él soportó todo encomendándose a Nuestro Señor, «porque estaba aparejado a vivir y morir como cristiano». Al concluir le declaraba su amor, que había ocultado durante seis años.

Fray Domingo de Rojas, que había escuchado palabras sueltas del relato de Sánchez, le preguntó intempestivamente durante la siesta cómo se había dejado prender una vez en el extranjero, que eso no le habría ocurrido a él ni a nadie con dos dedos de frente.

—El alcalde de corte de Turlinger ordenó detenerme y me entregó al capitán Pedro Menéndez, que había salido en mi busca —respondió Juan humildemente.

De pronto, el dominico se enzarzó con el criado, echándole en cara sus insensatas prédicas que habían perdido al grupo. Le culpó de haber engañado a las monjas de Santa Catalina y a su hermana María y, ante tamaña acusación, Juan Sánchez perdió los estribos y empezó a despotricar y a dar tan grandes voces que tuvieron que venir dos oficiales del Santo Oficio para poner orden. Cuando reanudaron el viaje, Juan confió a Cipriano que el cura le odiaba porque tenía pujos aristocráticos y nunca se fió de la eficacia misionera de la plebe.

Pero, de ordinario, caminaban en silencio. Sánchez y Salcedo oían, detrás de ellos, el arrastrar de pies de fray Domingo y los pasos firmes de don Carlos de Seso, que muy raramente cambiaban una palabra entre ellos. El dominico estaba convencido de que únicamente ahorrando hasta la última gota de saliva podría llegar vivo a Valladolid. Era de complexión fuerte, pero blando, se quejaba de los juanetes y, cada vez que la cuerda se detenía, se manoseaba impúdicamente los pies. Molestias aparte, su gran preocupación, como la de sus compañeros, era el porvenir. ¿Qué les aguardaba? Sin duda un proceso y, tras él, un castigo. Pero ¿qué clase de castigo? Don Carlos de Seso conocía la carta del inquisidor

Valdés a Carlos V, retirado en Yuste, en la que rogaba que *se atajase tan gran mal y que los culpados fueran punidos y castigados con el mayor rigor sin excepción de ninguna clase.* Seso interpretaba esto en el sentido de que se preparaba un escarmiento ejemplar, sin precedentes en España. El corregidor de Toro disponía de una gran habilidad para hacer amigos y hablaba con unos y otros sin distinción, tanto con los oficiales como con los soldados y, si se terciaba, con los familiares de la Inquisición. Estaba al día de todo. Sabía todo. Temía tanto a Felipe II como a Carlos V, y tenía el convencimiento de que antes de 1558 los castigos hubieran sido más leves, pero hoy Pablo IV no cejaba, decía. En los descansos de la tarde les informaba de estos asuntos, de la carta del inquisidor Valdés al Emperador, de las de éste a su hija, la gobernadora en ausencia de su hermano, y a Felipe II, pidiendo *prisa, rigor y recio castigo*. Muchos no saldremos de ésta, decía, y llegó a tramar un plan para fugarse, aunque no encontró ocasión de llevarlo a cabo.

En general, era lo inesperado, los incidentes de cada día, lo que daba contenido a sus preocupaciones y a sus breves charlas de sobremesa. Un día, todavía en Navarra, un pueblo bien organizado atacó con piedras a los presos. Eran hombres y mozos armados con hondas que surgían de las bocacalles y los apedreaban sin compasión. Los cuatro oficiales los perseguían a caballo, pero, tan pronto desaparecían, otro grupo surgía en la encrucijada siguiente con nuevos bríos y pedruscos de mayor tamaño. Un soldado fue herido en la frente y cayó desvanecido y, entonces, sus compañeros dispararon sus arcabuces *tirando a las piernas*, como voceaba el bizco Vidal desde su caballo. Las hostilidades se endurecían por momentos. Las mujeres arrojaban desde los balcones herradas de agua hirviendo y llamaban cabrones, herejes hijos de puta a los presos. Cipriano, en un movimiento instintivo, había arrastrado a Juan Sánchez contra un muro de piedra y ahora veían caer ante ellos cortinas de agua humeante. Entonces el vecindario empezó a vocear: ¡Quemarlos aquí! ¡Quemarlos aquí!, cercándolos en la plaza de tal modo que los soldados tuvieron que disparar de nuevo sus arcabuces. Cayó un mozo herido en el muslo y, al ver la sangre, el pueblo se encorajinó todavía más y atacó con mayor denuedo al piquete. Un segundo herido les convenció, segundos después, de la inutilidad de sus esfuerzos y la carga de los caballos de los oficiales, por último, acabó dispersándolos.

En otra ocasión, próximos a Saldaña de Burgos, los mozos prendieron fuego al pajar donde dormían. Un arcabucero dio la voz de alarma y gracias a él pudieron salir indemnes. Pero, en derredor, y a lo largo del camino, se quemaban peleles de paja y, a la luz de las pacas incendiadas, penduleaban los espantajos colgados de las

ramas de los olmos. El pueblo enardecido exigía el auto de fe, los calificaba de luteranos, leprosos, hijos de Satanás y algunos, en plena exaltación patriótica, gritaban ¡Viva el rey! Tuvieron que salir del pueblo a las tres de la madrugada y el amanecer les sorprendió en el campo. En Revilla Vallejera, cuadrillas de braceros, con sus asnos y sus botijos, segaban ya las cebadas que blanqueaban entre el amarillo tostado de los trigos. Era una estampa bucólica que contrastaba con el ruido y la furia de los campesinos. El bizco Vidal ordenó hacer a las once el alto de mediodía y el destacamento acampó bajo una arboleda, a orillas del Arlanzón. En un gesto de humanidad, el bizco Vidal autorizó a bañarse a los presos «sin apartarse de la orilla, pues con las manos atadas podrían ahogarse». Fray Domingo no se bañó. Se sentó a la orilla del río y dejó que la corriente acariciase sus lastimados pies, tan blancos, que las bogas acudían en pequeños bancos a mordisquear las yemas de sus dedos creyéndolos comestibles. Para Cipriano, el baño, el hecho de sentir las aguas tibias sobre la piel, fue como despojarse del viejo cuerpo cansado, como si la fatiga, los piojos, el calor y los nervios del camino no hubieran existido nunca. Después de cinco semanas sin bañarse, aquello era como una resurrección. Nadaba de espaldas, impulsándose con los pies, como una rana, iba y venía, preocupado únicamente de sus guardianes, de no alejarse y provocar una reacción contra él,

A partir de Burgos, a medida que se iban aproximando a Valladolid, el recibimiento de los pueblos era cada vez más hostil. Grandes hogueras, como anticipo de su suerte, humeaban al atardecer en las parcelas segadas aprovechando las morenas y la paja seca de los rastrojos. Los campesinos mostraban una animosidad despiadada, les insultaban, les arrojaban hortalizas y huevos. Cipriano, empero, cada vez que dejaba atrás un pueblo se reconciliaba con la situación, recreaba sus ojos en los extensos campos de trigo mecidos por la brisa, reconocía el camino recorrido en su fuga con *Pispás*, los pequeños accidentes del paisaje, la jugosa braña donde el primer día dio de beber al caballo. Era ya terreno familiar el que pisaba y, a la altura de Magaz, cuando se desató el furioso nublado de agua y granizo, apersogó a los caballos e hizo tender a todos en el barro para conjurar el riesgo de las exhalaciones.

La última noche la pasaron en una amplia casa de Cohorcos, lejos del pueblo, a orillas del Pisuerga, a cuatro leguas de la villa. Por la tarde llegó un enviado de la Inquisición ordenándoles que no entraran en Valladolid hasta pasada la medianoche. Las turbas andaban alborotadas y temían un linchamiento. Retrasaron la hora de partida y sobre las cinco de la tarde acamparon en el Cabildo, a

media legua de Valladolid, junto al río. Había que esperar otras ocho horas. Fray Domingo de Rojas murmuraba que, a pesar de todo, lo matarían. Temía a su familia, a los miembros más exaltados de ella. No sólo le reprochaban su condición de renegado sino el haber pervertido a su sobrino Luis, marqués de Poza, que desde muy joven se había incorporado a la secta. A medianoche, después de ordenar a los reos que se lavasen y acicalasen, el bizco Vidal dio la orden de partida. Los alguaciles habían enjaezado a sus caballos y los doce arcabuceros se esforzaron por uniformar sus harapos. Al atravesar el Puente Mayor, lo único que se oía era el golpear de los cascos de los caballos sobre el empedrado. Había media luna y se veían las calles desiertas. La torre de Santa María de la Antigua, bajo el resplandor violáceo, semejaba una aparición. Tras ella, las eternas obras de la iglesia Mayor, que nunca se terminaban. Los caballos abocaron a la calle de Pedro Barrueco, donde se alzaba la cárcel secreta. La idea del regreso, la proximidad de los miembros del grupo, de doña Ana Enríquez, se imponían ahora a la fatiga de Cipriano. Pensó un momento en el fracaso de su fuga, en que su situación era ahora pareja o peor que la de los que se habían quedado, en la inutilidad de tantas penalidades padecidas. El bizco Vidal dio la voz de alto ante el viejo caserón. A su aldabonazo respondió un soldado, Vidal preguntaba por el alcalde. Cuando éste salió, con su capotillo de dos haldas, los ojos cargados de sueño, el bizco Vidal le hizo entrega de los cuatro reos en nombre del Santo Oficio: fray Domingo de Rojas, don Carlos de Seso, don Cipriano Salcedo y Juan Sánchez, nombres que el alcalde anotó en un cuaderno a la luz de un candil, y luego firmó.

XVI

A Cipriano Salcedo le correspondió compartir celda con fray Domingo de Rojas. Hubiera preferido un compañero menos adusto, más abierto, pero nadie le dio a elegir. Fray Domingo continuaba con su grotesco vestido de lego y lo único que había suprimido de su disfraz era el estrambótico sombrero de plumas. Paulatinamente, Cipriano fue informándose de la situación del resto de los presos. Don Carlos de Seso había sido emparejado con Juan Sánchez, enfrente se hallaba la celda del Doctor, más al fondo, en otra más grande, convivían cinco de las monjas del convento de Belén, y Ana Enríquez compartía calabozo con la sexta, Catalina de Reinoso. Como Salcedo había presagiado, los emparejamientos fueron inevitables. La cárcel secreta de Pedro Barrueco, suficiente para una situación normal, para una esporádica redada de judaizantes o moriscos, se quedó pequeña para la afluencia de luteranos en la primavera de 1558. Las detenciones, el alto número de éstas, habían sorprendido al Santo Oficio con un penal de no más de veinticinco celdas disponibles y el edificio en construcción del barrio de San Pedro, apenas con los cimientos. Valdés no tuvo otro recurso que olvidarse de la incomunicación, encerrar a los reos de dos en dos, de tres en tres y, en el caso de las religiosas de Belén, hasta cinco en una misma celda. Sin embargo Valdés, siempre perspicaz, exigió que en los emparejamientos se tuvieran en cuenta el diverso rango social e intelectual de los encerrados y el grado de su relación anterior. Éstos eran los casos, por ejemplo, de don Carlos de Seso con Juan Sánchez y el de Salcedo con fray Domingo de Rojas.

Afinada su capacidad de adaptación, Salcedo no tardó en acomodarse a las condiciones del nuevo cautiverio. La celda, doble que la de Pamplona, tenía solamente dos huecos en sus muros de piedra: un ventano enrejado a tres varas del suelo, que se abría a un corral interior, y el de la puerta, una pieza maciza de roble, de un palmo de ancha, cuyos cerrojos y cerraduras chirriaban agudamente cada vez que se abrían o se cerraban. Los catres se extendían paralelos a ambos lados de la celda, el del dominico bajo el ventano y, en el ángulo opuesto, en la penumbra, el de Cipriano. Con los petates, en un suelo de frías losas de piedra, apenas había una pequeña mesa de pino con dos banquetas, el aguamanil con un jarro de agua para el aseo y dos cubetas cubiertas para los

excrementos. La medida del tiempo se la facilitaba a Cipriano el ritmo de las visitas obligadas: la del ayudante de carcelero, Mamerto, a horas fijas, para las comidas, y la del otro ayudante, Dato de nombre, de sucia melena albina y calzones hasta la rodilla, que, al atardecer, vaciaba los recipientes de inmundicias y baldeaba sucintamente la estancia las tardes de los sábados.

Mamerto era un muchacho desabrido, imperturbable que, tres veces cada día, depositaba sobre la mesa las escasas raciones en sendas bandejas de hierro que recogía vacías en la visita siguiente. Dada la época del año, vestía únicamente jubón, calzas abotonadas de tela ligera y calzado de cuerda. Nunca daba los buenos días ni las buenas noches pero no podía decirse que su trato fuera duro. Simplemente traía o se llevaba las bandejas sin hacer comentarios sobre el buen o mal apetito de los reclusos. Por su parte, Dato no se sometía a las normas carcelarias con la misma rigidez. Cada vez que sacaba las letrinas o las devolvía a su sitio, lo hacía tarareando una canción frívola como si, en lugar de heces, transportase ramos de flores. Su boca se abría en una boba sonrisa desdentada, inalterable, que no se borraba de su rostro ni las tardes de los sábados durante el baldeo. Aunque la Regla prohibía cambiar impresiones con los reclusos, a Salcedo, más accesible que su compañero, le daba las buenas tardes y le llevaba noticias o informes vagos que no le servían al prisionero de gran cosa. Menos atildado que Mamerto, vestía un capotillo de dos haldas, de cordilla, del que únicamente se despojaba los sábados para baldear la celda. Quedaba, entonces, en jubón y calzones, descalzo, sin que el hecho de aligerar su abrigo se tradujera en una mayor laboriosidad.

Fray Domingo soportaba mal las confianzas de Dato, aceptaba el ir y venir lacónico de Mamerto, pero la oficiosidad del otro, su sonrisa boba y desdentada, sus greñas de pelo albino cayéndole por los hombros, le sacaban de quicio. Cipriano, en cambio, lo trataba con paciencia y dilección, le sonsacaba, pues siempre esperaba conseguir alguna noticia de la estolidez del funcionario. Le preguntaba por los ocupantes de las celdas contiguas y, a pesar de las señas imprecisas que Dato facilitaba, llegó a la conclusión de que, a su izquierda, estaban instalados Pedro Cazalla y el bachiller Herrezuelo, a su derecha, Juan García, el joyero, y Cristóbal de Padilla, el causante de sus males, y, enfrente, como le habían indicado, en una cija sin compañía, el Doctor. Los muros y tabiques de la cárcel eran tan gruesos que, a través de ellos, no se filtraba el menor signo de vida de las celdas colindantes.

Corpulento, papudo, envuelto en sus ropajes verdes y una estrafalaria loba doctoral, tumbado en el catre, bajo el ventano

enrejado, el dominico leía. Al día siguiente de llegar pidió libros, pluma y papel. Ese mismo día, por la tarde, le trajeron varias vidas de santos, el *Tratado de las letras* de Gaspar de Tejada, un tomito de Virgilio, un tintero y dos plumas. Fray Domingo conocía los derechos del reo y los ejercitaba con normalidad. El contenido de los libros no parecía importarle demasiado. Leía compulsivamente, con la misma concentración, un libro de caballería que a san Juan Clímaco, como si fuera una pura fascinación mecánica lo que las letras ejercían sobre él.

Conocedor de los entresijos de la inquisición, su organización y métodos, cada tarde, al despertar de la siesta, aleccionaba a Cipriano sobre el particular, le informaba sobre sus posibilidades de futuro. Había penas y penas. No había que confundir al reo relajado, con el relapso o el reconciliado. El primero y el último solían ser entregados al brazo secular para morir en garrote antes de que sus cuerpos fueran entregados a las llamas. Los relapsos, reincidentes o pertinaces, por el contrario, eran quemados vivos en el palo. Esta última pena había sido rara en España hasta el día, pero el fraile sospechaba que, a partir de este momento, se haría habitual. Le hablaba de los sambenitos, de llamas y diablos para los relapsos y con las aspas de san Andrés para los reconciliados. Las penas tenían distintos grados y matices, pero las sentencias solían mostrarse muy precisas. Entre ellas había que distinguir la de cárcel perpetua, la confiscación de bienes, el destierro, la privación de hábitos o de los honores de caballero, muchas de las cuales eran complementarias de otras penas más severas.

Fray Domingo le ilustraba igualmente sobre la estructura y funcionamiento del aparato inquisitorial o de los derechos de los reclusos. Se comunicaban de catre a catre, el fraile con su habitual voz henchida, elaborada en la laringe, Cipriano, con su humilde tono inquisitivo, el mismo que empleara en tiempos con el ayo don Álvaro Cabeza de Vaca con tan pobres resultados. Estas tertulias se habían hecho imprescindibles, pero, fuera de ellas, uno y otro hacían vidas separadas, se ignoraban, pues la compañía obligada podía llegar a ser insoportable, el peor de los suplicios carcelarios en opinión del fraile.

Fray Domingo de Rojas conservaba un alto concepto de sí mismo, se consideraba un hombre y un religioso importante. Seguramente de tan alta autoestima derivaban las plumas del sombrero con que se adornó durante su fuga. No tenía empacho en hablar de su persona, de su participación en la secta, pero se mostraba despiadado con algunos compañeros como Juan Sánchez, pervertidor de las monjas de Belén, decía, y de su incauta hermana María, y ambiguo con otros, como el arzobispo de Toledo,

Bartolomé Carranza, a quien *nadie se atreve a echar el lazo*, solía decir. Otras veces afirmaba que Carranza no era luterano, pero su lenguaje sí que lo era. Hombre inestable, hablaba a Cipriano de su vocación, de su ingreso en los dominicos, como miembro de una familia fervientemente católica. Su relación con la secta, como la de Cipriano, había sido breve, apenas se había iniciado cuatro años atrás. Ardiente proselitista, había llevado al protestantismo a un hermano y a varios sobrinos suyos. En Pamplona, al ser detenido, no lo había ocultado. Al contrario, se vanaglorió de ser un religioso moderno, abierto a las nuevas corrientes. Pero, bien iniciara sus confidencias por un lado o por otro, siempre concluía en Bartolomé de Carranza, su bestia negra. Que el teólogo gozara de libertad mientras sus discípulos, como él decía, se pudrían en las mazmorras, le irritaba sobremanera. Pero también le llegaría su hora. Valdés le odiaba y terminaría procesándolo. De momento, el fraile se acogía a su patrocinio por si su alta jerarquía pudiera servirle de algo.

Aparte sus charlas con fray Domingo, Cipriano Salcedo, muy abrigado pese a lo caluroso del verano, permanecía solo, aislado en la penumbra, inquieto por su situación. Dedicaba parte de las mañanas a habituarse a andar con grilletes, arrastrando las cadenas, pero sus rozaduras en los tobillos le martirizaban, le desollaban las canillas. Por eso, el catre, tumbado en él, o sentado en la banqueta, apoyando la nuca en el húmedo muro, eran sus posturas habituales. Leía algún rato por las tardes, sin provecho, y, a menudo, evocaba a Cristo para reconciliarse con él o pedirle luz para enfrentarse con el Tribunal. No pretendía exaltar su pasado ni renegar del presente únicamente por miedo. Aspiraba a ser sincero, de acuerdo con su creencia, pues a Dios no era fácil engañarle. Con los ojos entrecerrados, en cuyos párpados comenzaba a sentir un insidioso escozor, se lo decía así a Nuestro Señor, intentando concentrarse, olvidar dónde se encontraba. Ninguno de los pasos que había dado le parecía ligero o irreflexivo. Había asumido la doctrina del beneficio de Cristo de buena fe. No hubo soberbia, ni vanidad, ni codicia en su toma de postura. Creyó sencillamente que la pasión y muerte de Jesús era algo tan importante que bastaba para redimir al género humano. Encogido en su fervor, ensimismado, esperaba en vano la visita de Nuestro Señor, un gesto suyo, por pequeño que fuese, que le orientara. «Muéstrame el camino, Señor», gemía, pero el Señor permanecía ajeno, en silencio. «Nuestro Señor no puede tomar partido, se decía, soy yo quien debe decidir, en aras de mi libertad.» Pero le faltaba determinación, claridad, la lucidez necesaria. Y en esta espera impaciente permanecía, hasta que un comentario de fray Domingo o el agudo

chirrido de los cerrojos, anunciando la visita de Dato, le sacaban de su ensimismamiento. Entonces se quedaba mirando al carcelero sin moverse, su melenilla lisa y desflecada asomando bajo su gorro rojo de lana, sus desaseados calzones cubriéndole media pierna. El hechizo se había roto y la mente de Cipriano se incorporaba a su rutinaria vida sin resistencia.

Una tarde, Dato, antes de dirigirse a la letrina, pasó por su lado y, sin mirarle, depositó en su mano un papel doblado en mil pliegues. Cipriano se sorprendió. No hizo el menor ademán, sin embargo. Sabía que la compañía de fray Domingo no le obligaba a compartir con él las novedades, a comunicarle la venalidad del carcelero. Por eso quedó inmóvil hasta que Dato realizó el cambio de recipientes. Entonces desdobló el papel y, en la penumbra, forzando los ojos, leyó:

CONFESIÓN DE DOÑA BEATRIZ CAZALLA

Ante el tribunal del Santo Oficio, doña Beatriz de Cazalla declaró ayer, 5 de agosto de 1558, en el juicio que se le sigue, que ella había engañado al propio fray Domingo de Rojas. A su vez, Cristóbal de Padilla, de Zamora, fue engañado por don Carlos de Seso, mientras su hermano, don Agustín de Cazalla, había sido víctima del mismo don Carlos de Seso y de su hermano Pedro, párroco de Pedrosa. Juan de Cazalla había pervertido a su mujer y el Doctor a su madre, doña Leonor, con lo que prácticamente toda la familia Cazalla —Constanza vendría luego— quedaba adscrita a la secta luterana. Prosiguiendo con su sincera exposición, la declarante afirmó que doña Catalina Ortega había catequizado a Juan Sánchez y, entre los dos, al joyero Juan García. Por su parte, fray Domingo de Rojas pervirtió a su hermana María, aunque él lo niegue, y a buena parte de su familia. Cristóbal de Padilla, por su lado, al pequeño grupo de Zamora y su hermano Pedro, con don Carlos de Seso, al propietario de Pedrosa don Cipriano Salcedo.

Permaneció inmóvil, desconcertado, agarrotado por un extraño frío interior. Notaba en el estómago como la mordedura de una alimaña. Nunca tan pocos renglones podían haber causado tan hondos estragos. El desánimo le invadía. Cipriano Salcedo había imaginado todo menos la delación dentro del grupo. La fraternidad en que había soñado se resquebrajaba, resultaba una pura entelequia, nunca había existido, ni era posible que existiera. Pensó en los conventículos, en el solemne juramento final de los congregados, prometiendo que jamás delatarían a sus hermanos en tiempos de tribulación. ¿Sería cierto lo que decía aquella nota? ¿Era posible que la dulce Beatriz denunciara a tantas personas, empezando por sus propios hermanos, sin una vacilación? ¿Valía

tanto la vida para ella como para incurrir en perjurio y enviar a su familia y amigos a la hoguera con tal de salvar su piel? Las lágrimas afloraban a sus ojos blandos cuando releía el papel. Luego pensó en Dato. Fray Domingo ya le había anticipado que la venalidad y la corrupción tenían asiento en los mandos subalternos carcelarios, pero el escrito del ayudante no podía ser obra de un carcelario, ni siquiera del alcalde, sino de algún miembro del Tribunal, tal vez el secretario o, con mayor probabilidad, el escribano. Vio abierta una vía de comunicación con la que, en principio, no había contado pero, después de breve reflexión, decidió no mostrar la confesión de Beatriz Cazalla a fray Domingo. ¿Para qué encrespar aún más los ánimos? ¿Qué ganaba el fraile sabiendo que Beatriz le había delatado a él y prácticamente a todos los del grupo?

A la tarde siguiente esperó la llegada de Dato tendido en el catre. Llegaba canturreando, como de costumbre, pero, al acercarse al camastro, Cipriano le consultó a medía voz qué le debía. La respuesta de Dato no le sorprendió: la voluntad, dijo. Cipriano depositó en su mano un ducado que él miró y remiró, por un lado y por otro, con ojos de codicia. Luego le preguntó si le interesaría más información y Cipriano asintió. No ignoraba que había establecido un precio pero no lo consideró excesivo ni mal empleado. Desde que el dominico le hablara de las penas utilizadas contra los herejes, había intuido que su patrimonio sería confiscado algún día. Entonces pensó que Nuestro Señor le había inspirado la decisión de repartir sus bienes con sus colaboradores. En todo caso, su dinero en la cárcel no era mucho. Sorprendentemente, en Cilveti, apenas le registraron por encima buscando un arma. Al bizco Vidal, fuera de las armas y los papeles, nada le interesaba. Respetó su dinero. Su misión consistía en trasladarle sin daño de Pamplona a Valladolid y es lo que había hecho: aquí estaba, a disposición del Tribunal.

Concluía agosto y aún no había sido llamado a la Sala de Audiencias, en la parte alta del edificio, ni tampoco fray Domingo, su compañero de celda. El día 27, sin embargo, recibió una sorpresa. Don Gumersindo, el alcalde, acompañado del carcelero mayor, le anunció una visita. Aséese, le dijo, volveré por vuesa merced dentro de quince minutos. Cipriano no salía de su asombro: ¿quién podía preocuparse por él en estas circunstancias?

Cipriano entró en la sala de visitas deslumbrado, los pies ligeros, sin grillos. Después de casi cuatro meses viviendo en la húmeda penumbra de la celda, la luz del sol le dañaba los ojos, le ofuscaba. Ya en la escalera, por precaución, había entornado los párpados pero, al entrar en la pequeña sala, el sol brillando en los cristales le

obligó a cerrarlos del todo. Era como si tuviera tierra dentro de ellos, como los del cadáver de *el Perulero* al ser desenterrado. Había oído cerrar la puerta y el silencio ahora era total. Poco a poco entreabrió los párpados y, entonces, divisó ante sí a su tío Ignacio. Sintió un sobresalto análogo al que experimentó de adolescente cuando su tío le visitó en el colegio. No le esperaba; su tío siempre le sorprendía. Ambos vacilaron, pero, finalmente, se abrazaron y se dieron la paz en el rostro. Se sentaron después, frente a frente, y su tío le preguntó si tenía los ojos enfermos. Vivía en la oscuridad, dijo, pero inmediatamente precisó, casi en la oscuridad, y la falta de luz y la humedad le lastimaban la vista. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos e hinchados y su tío le prometió enviarle un remedio a través del alcalde. Luego le dio una buena nueva: le habían ascendido a presidente de la Chancillería, cosa esperada pues era el más antiguo de los diecisiete oidores. La Chancillería y el Santo Oficio tenían buena relación y había sido autorizado para visitarle. Cipriano posaba en él sus ojillos pitañosos, sonriente, cuando le felicitó. Esperaba de su tío una regañina, incluso no se había movido de la postura en que quedó al sentarse, a la expectativa, pero su tío Ignacio no parecía reparar en su situación. Le habló como si conversaran en su casa, como si nada hubiera cambiado desde la última vez que se vieron. Se había desplazado a Pedrosa y había encontrado a Martín Martín animado y con la labranza organizada. De momento, los labrantines y pegujaleros de los pueblos próximos no habían levantado el gallo, lo que probaba que la fórmula utilizada para repartir la hacienda y subir los salarios a los jornaleros era civilizada y no perjudicaba a terceros. Tenía a su disposición su parte de la cosecha de cereales que había sido óptima y se esperaba, asimismo, de la viña un rendimiento superior al normal. Cipriano continuaba mirándole embobado, los ojos cobardes. Le conmovían las cortinas, los visillos, el pañito de encaje en que reposaba el candelabro, el feo cuadro de la Asunción de María sobre el sofá. Era como si hubiera abierto los ojos en un mundo distinto, menos hostil e inhumano. Su tío proseguía hablándole sin pausas, como si tuviera tasados los minutos de la visita. Ahora le contaba del almacén y del taller. Visitaba la Judería con alguna frecuencia, un par de veces al mes. El nuevo Maluenda le parecía, en efecto, trabajador y solvente. Se carteaba con Dionisio Manrique y en su última carta le decía que la flotilla de primavera, con su escolta, había llegado a Amsterdam sin novedad. En lo tocante al taller, Fermín Gutiérrez, el sastre, aparte su habilidad para el corte, había resultado un buen organizador, y los tramperos, pellejeros, curtidores, costureras y acemileros estaban satisfechos con los nuevos contratos. Cambió de conversación de

improviso para decirle que la regla penitenciaria no imponía los andrajos como uniforme y que por el alcalde le enviaría también ropa nueva. A Cipriano le emocionaba su preocupación. Intentó darle las gracias pero su voz se quebró y sus ojos se llenaron de agua. Deseaba pedirle perdón antes de que se marchara, convencerle de su buena fe al unirse a la secta, pero cuando abrió la boca apenas se le entendió una palabra: *religión*. Al oírla su tío extendió el brazo y le puso una mano efusiva en el hombro:

—Ése es el rincón más íntimo del alma —dijo—. Obra en conciencia y no te preocupes de lo demás. Con esa medida seremos juzgados.

De nuevo en su celda, la visita de su tío le dejó una sensación de irrealidad, como de algo ensoñado. No obstante, la llegada de ropa interior, un jubón, un sayo, unas calzas y el remedio para los ojos, le convenció de que su tío era algo real y tangible, como lo eran los visillos de la ventana, las cortinas, el pañito de encaje de la sala, o el cuadro de la Asunción.

Esa misma tarde, Dato le entregó disimuladamente otro papel plegado. AI desdoblarlo experimentó un almadiamiento y hubo de sentarse en la banqueta para afirmar las piernas. Era un extracto de la confesión de Ana Enríquez ante el Tribunal del Santo Oficio. Mientras leía, le era fácil adivinar su sufrimiento, el mar de dudas en que durante meses se habría debatido aquella niña:

Vine a esta villa desde Toro para la Conversión de San Pablo —decía aquel informe— y conocí a Beatriz Cazalla que me habló de nuestra salvación, de que ésta se produciría por los solos méritos de Cristo, que toda mi vida pasada era cosa perdida porque las obras, por sí mismas, para nada servían. Y yo entonces le dije: «¿Qué es eso que dicen que hay herejes?». Y ella contestó: «La Iglesia y los santos lo son». Y, entonces, yo dije: «¿Y el papa?». Y ella me dijo: «El papa le tenemos cada uno en el Espíritu Santo». Y luego me sugirió que lo que debía hacer era confesarme a Dios de toda mi vida pasada porque los hombres no tenían potestad para absolver. Y yo, asustada, le pregunté: «Y ¿entonces el purgatorio y la penitencia?». Y ella me dijo: «No hay purgatorio; sólo nos vale la fe en Jesucristo». Pero yo me confesé con un fraile, como hacía antes, sólo por cumplimiento, pero nada le dije de estas conversaciones. Otro día Beatriz Cazalla me dijo que los curas sólo nos daban en la comunión la mitad de Cristo, el cuerpo pero no la sangre, que la Comunión verdadera constaba de pan y vino. Pasé semanas de angustia, hasta que con motivo de la Cuaresma llegó a casa fray Domingo de Rojas, buen amigo de mis padres, y así que le pregunté y me confirmó lo que Beatriz me había dicho, quedé tranquila y lo

creí así realmente. En aquellos días, fray Domingo me dijo que Lutero era santísimo, que se había expuesto a todos los peligros del mundo solamente por decir la verdad. También me dijo otras cosas, como que sólo había dos sacramentos, el bautismo y la eucaristía, que adorar al crucifijo era idolatría y que, después de la Redención, habíamos quedado libres de toda servidumbre; y no teníamos que ayunar ni hacer voto de castidad sólo por obligación, ni otras muchas cosas como oír misa, porque en la misa se sacrificaba a Cristo por dinero y que, "si no fuera por el escándalo que provocaría, él mismo se quitaría los hábitos y dejaría de rezarla".

Cipriano cerró los ojos. Lo primero que pensó no fue en la delación sino en la amargura que aquellas palabras habrían producido en el espíritu de doña Ana. Luego pensó en las plumas del sombrero de fray Domingo al disfrazarse para la huida. Sintió hacia él, de pronto, una cierta aversión, tan engreído, tan pagado de sí mismo, tan sesgo. Su crueldad para con doña Ana no había sido precisamente un acto cristiano. El dominico se había comportado brutalmente con Ana, que entonces era poco más que una niña, había destruido su armazón espiritual sin miramientos. Volvió los ojos hacia el ventano y lo vio emperezado, tumbado en el petate, leyendo un libro aprovechando la última luz de la tarde, y experimentó antipatía hacia él. Únicamente después, Cipriano deploró las denuncias de Ana Enríquez, la delación de Beatriz Cazalla y del dominico, su espontáneo perjurio. Notaba encogido el ánimo, acrecentada la sensación de soledad, la angustia agazapada en la boca del estómago, un vivo malestar.

Pero las horas rodaban deprisa aquellos días en la cárcel secreta. El carcelero lo visitó poco después para anunciar su comparecencia ante el Tribunal a las diez de la mañana del día siguiente. Ya en las escaleras, sin grilletes en los pies, casi volaba, mas, a medida que se alejaba de los sótanos y aumentaba la luz, los ojos le escocían, se veía obligado a entornarlos para procurarse un alivio. Y, antes de entrar en la Sala de Audiencias, descubrió la pequeña puerta de la habitación donde se había entrevistado con su tío. Luego oyó una voz, cuya procedencia ignoraba, que dijo: «Adelante el reo», y alguien le empujó hacia la puerta de nogal labrado que tenía ante sí. Andaba con desconfianza. El sol posado en las vidrieras le cegaba y el artesonado del techo y los largos cortinones rojos se imponían. El carcelero, que le conducía del brazo, le sentó en una silla. Entonces divisó al Tribunal ante él, tras la mesa larga, sobre la tarima, allí donde terminaba la alfombra granate que cubría el pasillo desde la puerta. La escena se ajustaba, punto por punto, a lo que le había ido anunciando fray Domingo, el inquisidor en el centro, envuelto en sotana negra, la cabeza cubierta por un bonete

de cuatro puntas, el rostro alargado y grave. A su derecha el secretario, religioso y ensotanado también, asimismo circunspecto y lóbrego y, a la izquierda, envuelto en una severa loba negra, el escribano, un hombre civil, de bastantes años menos que los dos clérigos. Apenas le dio tiempo de distinguir, antes de que sonara la campanilla, que las orejas del inquisidor eran traslúcidas y despegadas. Inmediatamente se inclinó hacia adelante y experimentó una rara sensación, como si su cuerpo se desdoblase, y una mitad de él escuchase las respuestas que daba la otra mitad a las preguntas del eclesiástico. Mas, a poco de empezar, se esfumaron las siluetas del estrado, el artesonado, la alfombra y los cortinones, y únicamente permaneció la voz opaca del inquisidor, una voz acusadora, intimidatoria, y las respuestas escuetas, precipitadas, de su otro yo en un peloteo verbal picado, sin interrupciones, como sí la premura en la formulación de las preguntas garantizase la veracidad de las respuestas. Sin embargo aquella voz dura y bien timbrada no parecía afectar a la lucidez de las réplicas de su otro yo, de su yo desdoblado:

—¿Quién pervirtió a vuesa merced?

—D... disculpe su eminencia, pero no puedo responder a esa pregunta; lo he jurado.

—¿Es cierto que vuesa merced posee una hacienda importante en Pedrosa?

—Es cierto, señoría.

—¿No conoció ahí a don Pedro Cazalla, párroco del pueblo?

—Le conocí y nos tratamos. Ambos somos aficionados al campo y paseábamos juntos y él me hacía curiosas observaciones sobre los pájaros.

—¿Le hablaba de pájaros su paternidad?

—No sólo de pájaros, señoría. Otras veces me hablaba de sapos. Ahora recuerdo una conversación que mantuvimos sobre sapos en las salinas del Cenagal. Es un naturalista perspicaz.

—Y ¿don Carlos de Seso? ¿Participaba el señor de Seso de esas divagaciones?

—A don Carlos apenas lo traté. En una ocasión lo encontramos en el camino de Toro, pero no hablamos de pájaros ni de sapos. Iba a ser nombrado corregidor de la villa y había acudido allí a visitar a unos amigos.

—¿Había amistad entre don Carlos de Seso y Pedro Cazalla?

—Se conocían, conversaban. Ahora bien, si había amistad entre ellos no puedo decírselo, ni tampoco el grado de la misma.

—¿Nunca le habló don Pedro de religión en sus paseos?

—Hablábamos de los más diversos temas; con seguridad la religión sería uno de ellos.

—¿Considera vuesa merced la religión un tema importante?

—La religión pertenece al rincón más íntimo del alma —dijo Cipriano recordando la expresión de su tío.

—Creyéndolo así, ¿es posible que no recuerde ninguna conversación sobre religión con don Pedro Cazalla? ¿Cómo es posible que recuerde lo referente a los sapos y no lo que decía de Dios?

—El hombre es un animal muy complejo, eminencia.

—Y ¿con don Carlos de Seso?

—¿Con don Carlos de Seso, qué?

—¿Hablaron alguna vez de religión?

—Le conocí, como le he dicho, en el camino de Toro, él iba cabalgando y nosotros a pie. Montaba un pura sangre de mucho nervio; me interesó más la montura que el caballero, ésta es la verdad.

—¿Le gustan a vuesa merced los caballos?

—Los caballos de raza me producen verdadera fascinación.

—¿No hizo vuesa merced un viaje a Francia en 1557 con su caballo *Pispás*?

—Así fue, señoría.

—¿Quién le ayudó a pasar el Pirineo?

—El guía Pablo Echarren, un navarro. Era el mejor conocedor de la montaña y supongo que lo sigue siendo.

—¿Quién se lo recomendó?

—Entre la gente que visita Francia con frecuencia, Echarren es un personaje familiar. Le diría más: es una institución.

—¿Llegó vuesa merced hasta Alemania en ese viaje?

—Estuve en varias ciudades alemanas, señoría.

—¿Quién le indujo a visitar Alemania?

—Soy comerciante, eminencia, el creador del *zamarro de Cipriano* del que quizás haya oído hablar. Tengo amigos y corresponsales en el extranjero con los que estoy en relación permanente.

—¿No había motivos religiosos en ese viaje?

—Me parece que lo que vuestra paternidad desea saber es cuál es mi fe. ¿No es así? Si le digo que la doctrina d*el beneficio de Cristo* me cautivó podemos ahorrarnos algunas palabras. Y si uno acepta esa doctrina forzosamente tiene que aceptar otras cosas que derivan de ella.

—¿Reconoce entonces vuesa merced que en los últimos años ha

vivido en el error?

—Error no es la palabra apropiada, señoría. Creo en lo que creo de buena fe.

—¿Cree en lo que predica?

—Nunca fui proselitista, señoría. Simplemente he procurado ser fiel a mi creencia.

—¿Es cierto que mensualmente se reunían en conventículos en casa de doña Leonor de Vivero, madre de los Cazalla?

—Conocí a esta señora y al Doctor a través de mi amigo Pedro Cazalla, hijo y hermano, respectivamente, de los citados.

De pronto se abrió una pausa y el escribano levantó los ojos por primera vez. Estaba sometido a una prueba de resistencia, Cipriano escuchaba las respuestas de su doble, con los ojos cerrados, complacidamente. Era lo que respondería él si se le diera la oportunidad de reflexionar. Su doble no acusaba, no mentía, no delataba, pero no por ello desatendía las preguntas de su eminencia, aunque a éste no parecieran agradarle sus respuestas. Su voz se hizo aún más opaca cuando le dijo:

—Vuesa merced trata de eludir mis preguntas aunque no ignore que dispongo de sistemas eficaces para desatar las lenguas. ¿Ha oído hablar del tormento?

—Desgraciadamente, señoría.

—Y ¿del purgatorio?

—También, señoría.

—¿Cree en él?

—Si tengo fe y admito que Cristo sufrió y murió por mí, huelga toda pena temporal. Otra cosa sería desconfiar de su sacrificio.

—Y en la Iglesia Romana, ¿cree?

—Creo firmemente en la Iglesia de los Apóstoles.

—¿No se arrepiente de haber abrazado la nueva doctrina?

—Yo no la acepté por soberbia, codicia o vanidad, señoría. Simplemente me encontré con ella. Pero no me resistiría a apostatar si vuestra reverencia me convenciera de mi error, aunque nunca lo haría por salvar la vida.

—¿No sintió escrúpulos al asumirla?

—Antes los tuve, eminencia, en mi juventud. En ese sentido, la nueva doctrina aquietó mi espíritu.

—¿Tan ciego es que no ve los excesos de Lutero?

—Vuestra eminencia y un servidor buscamos a un mismo Dios por distintos caminos, pero en toda interpretación humana del hecho religioso supongo que se cometen errores.

—Por última vez, señor Salcedo, antes de apelar a procedimientos más persuasivos, ¿tendría la bondad de responderme a estas dos sencillas preguntas? Primera: ¿quién le pervirtió? Segunda: ¿quién le indujo a viajar a Alemania en abril de 1557?

—Tropecé con la nueva doctrina, señoría, como se tropieza con una mujer que mañana será nuestra esposa, casualmente. En lo que atañe a su segunda pregunta, le repito que un hombre de negocios tiene el deber de viajar al extranjero de vez en cuando. Los mercaderes de Anvers son unos de mis corresponsales a quienes visité en ese viaje. Si su eminencia lo duda puede dirigirse a ellos.

En el lecho, tendido y sosegado, los brazos estirados a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados, Cipriano volvió a encontrarse consigo mismo. Ahora notaba en la cabeza el esfuerzo de la concentración, el reconcomio pasado ante el Tribunal. Fray Domingo, arrastrando los hierros, se había aproximado a él al regresar a la celda y sonrió cuando Cipriano le dijo que todo había sido tal y como él se lo había anunciado. No pormenorizó el coloquio cuando el dominico inquirió detalles. Simplemente le dijo que los juzgadores eran tres, aunque únicamente preguntaba el inquisidor, los otros dos tomaban notas. La voz del presidente dominaba todo, pero mi reserva mental, dijo, no pareció irritarle.

Tres días después, muy de mañana, el alcalde y el carcelero le recogieron en su celda. No le prepararon, ni le explicaron, ni le dijeron más que una sola palabra: síganos. Y él los siguió por las húmedas losas del zaguán, por el corredor permeable y bajo de techo. Cipriano temía por sus ojos, pero esta vez el alcalde tomó el camino de los sótanos a través de una escalera de piedra de peldaños desiguales. Allí le esperaban ya el inquisidor, con su bonete de cuatro puntas y sus orejas traslúcidas, el secretario y el escribano sentado a una mesa ante un rimero de papeles blancos. Próximos a ellos, de pie, había otras dos personas y Cipriano dedujo, conforme a las explicaciones de fray Domingo, que el hombre de la loba oscura era el médico, y el verdugo el del pecho descubierto y los calzones cortos, de tela basta. Ante ellos, en una mazmorra amplia, tímidamente alumbrada por dos candiles, bailaban una serie de extraños artilugios, como los aparatos de un circo.

Antes de que el verdugo entrara en acción, el inquisidor volvió a preguntarle quién le pervirtió y quién le ordenó viajar a Alemania en abril de 1557. Cipriano Salcedo, que agradecía la penumbra del lugar, dijo suavemente que tres días antes, en el interrogatorio de la sala, había dicho sobre el particular lo que sabía. Entonces, el inquisidor ordenó al verdugo que dispusiera la garrucha que

colgaba del techo. Cipriano temía más los preparativos del suplicio que el suplicio mismo. Ante la vida había temido siempre más al amago que a la realidad por muy cruel y exigente que ésta fuera. Pero cuando el verdugo le ató las muñecas a la polea, le izó y le dejó suspendido en el aire, tuvo el convencimiento de que, en su caso, la garrucha resultaría ineficaz. Le habían desnudado de la cintura para arriba y el inquisidor hizo un sorprendido comentario sobre la desproporcionada musculatura del reo. El objetivo de la garrucha era desarticular al torturado en virtud de su propio peso, pero el verdugo no contaba con que el cuerpo de Cipriano era liviano y nervudas sus extremidades, de modo que la suspensión, al ser capaz de flexionar fácilmente sus brazos, no produjo efecto alguno. El verdugo consultó al inquisidor con la mirada y éste señaló la gran pesa que había en el suelo y que el verdugo ató a sus pies sin demora. Tornó luego a suspenderlo en el vacío de manera que Cipriano flotó en el aire, los brazos flexionados, como un atleta en las poleas, penduleando, la pesa inútil amarrada a sus pies. El inquisidor sentía frío y torcía la boca; experimentaba una rara frustración:

—El potro —dijo lacónicamente.

El verdugo lo desató de la garrucha y lo ató por las cuatro extremidades a una especie de bastidor, donde cuatro tambores de hierro permitían, girándolos, tensar a voluntad el cuerpo del torturado. Durante las primeras vueltas Cipriano casi sintió placer. Aquel aparato le ayudaba a estirar sus miembros y, de este modo, salía del agarrotamiento en que había vivido los últimos meses. Pero el verdugo, que no buscaba su placer, seguía girando el husillo hasta que el estiramiento de brazos y piernas alcanzó un punto doloroso. En ese momento, el inquisidor interrumpió la tortura:

—Por última vez —dijo— ¿puede decirme vuesa merced quién le convirtió a la maldita secta de Lutero?

Cipriano guardó silencio. Aún lo repitió otra vez el inquisidor, pero, en vista de su mutismo, hizo un leve gesto con la cabeza al verdugo. El hombre de la loba se aproximó al torturado, mientras el verdugo daba vueltas a los husillos, atirantaba el cuerpo del reo. La única ventaja de esta forma de tortura, pensó Cipriano, era la manera paulatina en que se entraba en él, de forma que entre cada vuelta de tambor se producía en el cuerpo una especie de descanso, de habituamiento. Pero cuando la tensión aumentó, Cipriano sintió un dolor agudísimo en axilas e ingles. Era como si una fuerza abrumadora, lenta y creciente, intentara sacar las apófisis de los huesos de sus respectivas cavidades, un descoyuntamiento. Pero, conforme con su vieja filosofía, se metió de golpe en el dolor, lo aceptó. Creía que una vez dentro de él, el dolor, por intenso que

fuese, devendría en algo ajeno, se haría más fútil y soportable. Pero, al violento dolor inicial, se fueron añadiendo otros en el espinazo, codos y rótulas, en las cabezas de músculos y nervios. Entreabrió los párpados cuando el verdugo interrumpió el suplicio para dar ocasión al inquisidor de formular de nuevo su pregunta pero, ante su silencio obstinado, aquél volvió a girar las tuercas, de forma que la suma de todos los dolores se fue convirtiendo en un único dolor, su columna dorsal se rompía, estaba siendo descuartizado. Y la tensión de los nervios, al confluir en el cerebro, le provocaron una horrible punzadura, que gradualmente fue creciendo en intensidad, hasta alcanzar un punto insoportable. Cipriano, en ese momento, perdió el control de su voluntad, emitió un terrible alarido y su cabeza cayó sobre el pecho.

Más tarde, ya en el catre, bajo las atenciones del médico, recuperó el conocimiento, experimentó la extraña sensación de que todos los huesos de su cuerpo estaban descoyuntados, fuera de sitio. Cada movimiento, por leve que fuera, se traducía en un sordo dolor, por lo que Salcedo extremó la inmovilidad que venía a transformar el dolor en algo más llevadero, una sensación de cansancio infinito.

Fray Domingo mostró en los días siguientes una sensibilidad que Salcedo no sospechaba. Se sentaba en la banqueta, a la cabecera de la cama, y trataba de convencerle de la sinrazón de su resistencia, de que el Santo Oficio conocía de sobra que habían sido Pedro Cazalla y don Carlos de Seso quienes le incorporaron al grupo. Le advertía que el tormento no era un recurso aislado, que en un principio lo fue, pero que la Inquisición había inventado la figura de la suspensión, según la cual la tortura podía reanudarse una vez que el reo se hubiera recuperado. Entonces, decía, ¿quién ha salido beneficiado del silencio de vuesa merced? ¿Por qué callar? Una tarde en que Rojas insistía en estos argumentos, Cipriano le dijo con muy poca voz:

—Y... y ¿no cree vuestra paternidad que el perjurio, aparte un fracaso personal, es un grave pecado?

Fray Domingo no lo entendía así, le molestaban las grandes palabras, enseguida procuraba escapar de su influencia. El hombre debía adaptarse a las circunstancias, decía, evitar el tono heroico, imbuirse el convencimiento de que el hecho de aceptar que alguien atentase contra nuestra integridad era una falta más grave que el mismo perjurio. Cipriano apelaba a los mártires y el dominico le decía que los tiempos del testimonio habían pasado. El cristianismo estaba firmemente asentado en el mundo, no precisaba ya de sacrificios personales.

Dos semanas después de la tortura, Dato, el ayudante de carcelero, le pasó un billete directo de doña Ana Enríquez:

Muy apreciado amigo —le decía—. Voy a pedirle una gran merced. Sé que le han dado tormento por no revelar el nombre de sus pervertidores. Por favor, no sea obstinado. Poner en riesgo la vida que Nuestro Señor nos ha regalado revela una actitud desdeñosa hacia el Creador. Satisfacer en algo a los inquisidores, pronunciar una palabra que les sea grata y les haga sentirse momentáneamente victoriosos, no significa doblegarse. Téngalo presente, pues su vida, sin que usted lo sospeche, puede un día ser necesaria para alguien.

Recuerdo su visita a La Confluencia, la finca de mi padre, con ocasión de las ligerezas de Cristóbal de Padilla que tan caras estamos pagando todos. Aquellos minutos felices de un otoño dorado, paseando en su amable compañía por el jardín, me han dejado honda huella. ¿Nos darán ocasión de revivir aquellas horas algún día? Cuídese, piense en que únicamente dispone de una vida y está obligado a guardarla. Le saluda con respeto y estima

Ana Enríquez.

Cipriano se animó al leer la carta cuyo contenido disipó el acre sabor a ceniza que el tormento le había dejado. ¿Qué quería decir Ana Enríquez con aquello de que su vida podía ser algún día necesaria para alguien? ¿A quién se refería? Disponía de papel y pluma y su primer impulso fue contestarla, pero el intento resultó fallido, las palabras precisas no acudían a su mente o se enredaban entre sí, carecía de la necesaria lucidez para redactar una frase coherente. Días después, dueño de sí mismo, se sintió capaz de hilvanar unas líneas. Las releyó varias veces antes de confiarlas a Dato:

Muy apreciada amiga —decía—. Gracias por su interés, por la merced que me hace al preocuparse por mi salud. También yo recuerdo con emoción aquel paseo otoñal por los jardines de La Confluencia, como recuerdo su perfil en los conventículos, su fervor, su entrega, aquella mano blanca levantada pidiendo vez para intervenir en los coloquios, y, muy en particular, vuestra presencia en mi casa el día de la huida, vuestra despedida, aquel gesto imprevisto y efusivo con que me dijo adiós. Créame que aquel instante me ha confortado mucho, me ha entonado en los dolorosos momentos por los que he atravesado. ¿Pasará todo esto algún día? De momento le encarezco que no sufra por mí. Cumplir lo que estimamos nuestro deber ya encierra en sí mismo una recompensa. Os saluda con respeto y estima

Cipriano Salcedo.

El otoño vino muy frío y Cipriano, cada vez más debilitado, pasaba los días tendido en el catre, cubierto con la manta cuartelera. El alcalde no había ido en su busca y Cipriano pensaba si en la interrupción del tormento no tendría su tío algo que ver. A primeros de noviembre recibió de su parte un zamarro forrado de piel de jineta y una capa segoviana. Sin embargo, el tío Ignacio no se dejó ver. Seguramente la frecuencia de las visitas a un inculpado de herejía representaría un demérito en su carrera. Por su parte, fray Domingo seguía leyendo libros que le facilitaba la Inquisición. A mediados de diciembre fue llamado a la Sala de Audiencias y regresó tres horas más tarde, sin ganas de contarle las incidencias del juicio. Lo esperado, decía, lo de siempre. Se tendió en el catre y reanudó sus lecturas como si nada hubiera ocurrido.

En vísperas de Navidad, cuando ya no lo esperaba, Dato le entregó unas líneas de Ana Enríquez felicitándole la Pascua. Era una misiva halagüeña en su primera parte, donde subrayaba su probidad, su inteligencia, el hecho de haber echado sobre sus hombros, sin pedir nada a cambio, la seguridad del grupo. «En esa hora, decía, me di cuenta de que vuesa merced no me era indiferente.» El corazón de Cipriano se aceleraba, amagaba con desbocarse. Aquello era demasiado, no era precisamente una declaración de amor, pero sí la constatación de haberío distinguido entre los demás miembros de la secta. Mas, por si cupiera aún alguna duda, en el párrafo siguiente porfiaba: «Ahora quizá comprenda mejor vuesa merced mi interés por su suerte». Cipriano Salcedo se conmovió. Por vez primera, a los cuarenta y un años, estaba viviendo una experiencia amorosa propia de la adolescencia. Evocaba detalles de la figura de Ana, su collar de perlas, su turbante rojo, su blanca mano enjoyada levantándose como un pájaro en los conventículos, su voz cálida, como inflamada. ¿Sería posible, Señor, que aquella singular criatura hubiera puesto sus ojos en él? Le contestó escuetamente, deseándole felicidad y suerte, diciéndole que aquellas Pascuas, pese a todo, quedarían en su vida como un hito inolvidable. Su carta, decía, rezuma esperanza, «vos sentís, señora, la ilusión de que algo nace». Desgraciadamente no podía compartir su optimismo: «La idea de que algo concluye prevalece en mí», decía. Mas también reconocía que nunca había sido insensible a su presencia. «Admiré siempre vuestra sagacidad, vuestra discreción, vuestro aplomo y, ¡cómo no!, vuestra belleza», añadía en un impulso de sinceridad. Y en su despedida, le confirmaba su respeto y cariño.

Dato se convirtió en el correo interior entre doña Ana Enríquez y Cipriano Salcedo. Las misivas se cruzaban entre ellos cada vez con mayor frecuencia y ponían un punto de luz y esperanza en la

sordidez de las mazmorras. Ana iba siempre por delante en efusividad y confianza. «Catalina de Reinoso, una de las monjas de Belén, compañera de celda, aduce la diferencia de edad como un obstáculo entre nosotros», decía doña Ana Enríquez en carta de 6 de febrero. Y agregaba: «Pero yo digo, ¿qué importa la edad en estos negocios de los sentimientos? ¿Tienen las almas edad?». Sus mensajes contenían, de una manera o de otra, una nota de optimismo: «Algún día nos dejarán ser felices», decía. O bien: «Nuestro paseo por el jardín de La Confluencia será el primer peldaño de nuestra historia en común».

Cipriano Salcedo se mostraba más cauto. A su entusiasmo inicial vino a poner sordina su promesa un tanto olvidada. La conciencia empezó a reprocharle su flaqueza, el hecho de que se dejara llevar por un fácil sentimiento animando a Ana Enríquez a construir castillos en el aire. Esta vez demoró la respuesta, guardó silencio. No tenía derecho a alentar los proyectos de la muchacha cuando él sabía cuál iba a ser el desenlace. Las cosas estaban planteadas de tal manera que ante su futuro no cabía alternativa. La Inquisición nunca aceptaría su silencio pero tampoco él estaba dispuesto a romperlo porque le favoreciese. Preparó borrador tras borrador, pero uno detrás de otro los rompía. Fray Domingo le miraba desde su cama:

—¿Prepara vuesa merced su testamento?

Cipriano no respondió a la broma del reverendo. AI fin y al cabo, lo que trataba de escribir guardaba bastante semejanza con un testamento. Por eso, tras la pregunta del dominico, resolvió hablar claro, como si fuera —¿lo era tal vez?— su última voluntad. La amaba, esto era esencial. La amaba por encima de todas las cosas. Y, sin embargo, entre ambos se levantaban dos obstáculos insalvables: el voto de castidad ofrecido espontáneamente por él a Nuestro Señor hacía más de un año y su resolución de no incurrir en perjurio delatando a quienes le habían acristianado. Esta actitud suya nunca sería disculpada por el Santo Oficio.

Como si fuera respuesta a su mensaje, Dato le trajo esa tarde un informe de procedencia imprevisible:

El emperador Carlos V acaba de fallecer en el monasterio de Yuste, lamentando no haber dado muerte a Lutero cuando le tuvo en sus manos en Worms. En el codicilo de su testamento exige con autoridad de padre a su hijo Felipe que castigue a los herejes con todo rigor y conforme a sus culpas, sin excepción ni respeto para persona alguna. Por su parte, el nuevo rey Felipe II ha bendecido el santo celo de su padre.

A partir de este momento, y como si Dato hubiera ido

almacenando la correspondencia en espera de que la crisis amorosa de Cipriano se resolviera, empezaron a llegar papeles de toda laya, declaraciones, noticias, informes, mensajes en torno a los procesos de los hermanos Cazalla, don Carlos de Seso, su vecino de celda, fray Domingo, un informe del arzobispo de Toledo y varias comunicaciones más que Cipriano ordenó cronológicamente antes de tumbarse en el petate y cubrirse con su capa segoviana. Habituado a la delación, poco podían impresionarle ya las declaraciones de sus compañeros. Leyó descorazonado la confesión de su amigo Pedro Cazalla:

Un día, encontróme don Carlos de Seso, corregidor de Toro, en Pedrosa, a la puerta de la iglesia de donde soy párroco, pensando en *el beneficio de Cristo* y me dijo de pronto que no había purgatorio y que podía demostrármelo. Y tal maña se dio que me dejó convencido de ello aunque con el espíritu lleno de zozobra y ansiedad (el reo contó aquí el episodio de la visita de Seso a Carranza en el Colegio de San Gregorio, escena que no repetimos por ser sobradamente conocida de todos). Hablé luego de ello con el bachiller Herrezuelo, no para que yo le enseñara sino que fue él quien me transmitió lo de la justificación por la fe sin necesidad de las obras, e insistió en la inexistencia del purgatorio. Igualmente, Cristóbal de Padilla pasó tres veces por mi casa en Pedrosa y me habló de la misma manera y yo le encarecí que no volviera a hacerlo. Del mismo negocio trató también conmigo un criado que yo tenía, Juan Sánchez de nombre, pero le acogí con aspereza, y él, disgustado, dejó mi servicio y yo me holgué de ello. Por último, hablé de estos asuntos con mi compañero de estudios fray Domingo de Rojas y, antes de que yo le apuntara el tema del purgatorio, me salió con ello y estaba en ello.

A Cipriano le rezumaban los ojos enfermos ante tanta mezquindad. Carlos de Seso, en cambio, aunque atribuía al recién nombrado arzobispo Carranza el origen de la secta, trataba de convencer al Tribunal de su inocencia en la cuestión del purgatorio. Disfrazaba la verdad en su provecho:

Mi intención al hablar a alguno de la no existencia del purgatorio no era la de apartarle de la Iglesia sino de aumentar su fe en la Pasión de Jesucristo. Nunca dogmaticé, ni hice juntas ni reuniones, sino que si se presentaba la ocasión daba mi opinión sobre el particular. Seso acabó pidiendo misericordia por el escándalo que había dado, puntualizando sus ideas sobre el purgatorio, del que dijo que "no existe para aquellos que mueren unidos a Cristo, sirviéndole y confesando sus pecados". Informó que sus ideas luteranas nacieron en Verona durante su juventud, oyendo hablar a

un conocido predicador. En las últimas frases de su declaración expresó su deseo de morir en el seno de la Iglesia.

Sorprendió a Cipriano el tono del corregidor de Toro, su humildad y acatamiento. Su confesión, parte de ella al menos, no marchaba de acuerdo con su conducta. Atribuyó el reblandecimiento de don Carlos a las duras condiciones de la prisión, a la enfermedad de la que daban cuenta los doctores de la cárcel secreta, Bartolomé Gálvez y Miguel Sahagún, en nota aparte:

El doctor Gálvez, médico del Consejo General de la Inquisición, encuentra al reo, don Carlos de Seso, preso en la cárcel secreta de Valladolid, un pulso débil y desigual, con notable flaqueza. En cuanto a las rodillas, de las que se queja el reo, no se observa mudanza exterior pero, al tocarlas, sí las encuentro muy agarrotadas. Y siendo tan antiguo su sufrimiento, y estando peor cada día por el peso de los grillos, me parece conforme a razón ponerle inmediato remedio.

El doctor Sahagún precisa: pulso flaco y ánimo melancólico y triste. Piernas asimismo flacas en relación con el cuerpo que lo tiene gordo. Muy envaradas las cuerdas de las rodillas, por lo que estima prudente sacarlo del ruin aposento en que está encerrado.

Doctores Gálvez y Sahagún.

Por su parte el Doctor, don Agustín Cazalla, parecía derrumbarse, su pusilanimidad se imponía a su pretendida fe. Leyendo su declaración, el pesimismo sobre su futuro se acentuaba en Cipriano. Decía así:

Ante el tormento, el doctor Cazalla prometió confesar y ello le salvó de ser torturado. Afónico, realizó su confesión por escrito, de puño y letra. Se declaró luterano pero no dogmatizante. No había hablado con nadie que no conociera de antes las doctrinas reformistas. Al sugerirle que informara sobre él y los otros, respondió que no podía hacerlo sin levantar falsos testimonios. Y se ratificó en lo dicho una vez que se le prometió misericordia. Se comprometió a ser católico ejemplar si el tribunal respetaba su vida y en todo momento mostró inequívocas muestras de arrepentimiento.

Conforme leía informes y confesiones, Cipriano sentía aumentar su desolación. A medida que la primavera se aproximaba, crecía el número de papeles que Dato le ofrecía. Pero estaba tan débil que se sentía incapaz de arrastrar los grilletes y se pasaba los días y las noches tendido en el catre cubierto con la capa. Así iba desestimando documentos que Dato aportaba, generalmente

cobardes, falaces o maledicentes. El carcelero había llegado con él a tal grado de confianza, que le permitía leer por encima los papeles que le ofrecía antes de determinar si se quedaba o no con ellos. En el fondo, Cipriano siempre había esperado respuesta de doña Ana a su carta de despedida, pero ésta no llegaba. Habría acogido con júbilo dos letras suyas, la continuidad, aun en pequeñas dosis, de los dulces mensajes de antaño, pero él mismo, con su inflexibilidad, había dado carpetazo a aquella correspondencia cuya interrupción lamentaba ahora. Ana Enríquez, siempre delicada con la conciencia ajena, había respetado su promesa y su deseo de no incurrir en perjurio. Aunque Cipriano pensaba en ella con frecuencia, el paso del tiempo y la flaqueza de su memoria hacían cada día más difícil la representación de su imagen: las proporciones de su perfil, la línea de la boca, un poco dura, el nacimiento del pelo, la forma de sus orejas, eran detalles físicos que se le escapaban. En él dominaba la duda de si el silencio de Ana vendría impuesto por el respeto o por el despecho y, ante cualquiera de los dos casos, sus ojos encarnizados se llenaban de lágrimas y él las dejaba fluir mansamente en un íntimo desahogo.

Postrado en el camastro, los párpados entornados, inmóvil, sus ojos buscaban el rayo de sol vespertino que se adentraba oblicuamente por el ventano, en el que flotaban infinidad de corpúsculos. En esta tesitura llegó Dato, con su gorro rojo, como un gnomo, con la declaración de fray Domingo, tendido también en su petate, ajeno a todo. Cipriano aceptó el informe:

«Temperamento inestable —decía el resumen de su declaración —. Adhesión tardía al luteranismo y afán proselitista. Vanidoso, el declarante se presentó ante este Santo Tribunal como viejo miembro de la secta y partidario de las nuevas corrientes. Atribuyó sus ideas a *su maestro*, el arzobispo de Toledo, don Bartolomé Carranza, luterano tal vez sin saberlo, o mejor dicho, precursor del luteranismo en España. De su epístola *Ad Galathas*, dijo que respondía a un lenguaje luterano y de su *Catecismo* que era duro y recio manjar para los hombres simples, "los cuales no tienen dientes para mascarlo ni estómago para digerirlo". Estas cosas, dijo, no deben ponerse en manos de iletrados, sino de licenciados y teólogos.

Al ser llamado al orden por el inquisidor, insistió en que Bartolomé Carranza podía ser católico pero que oyéndole expresarse no lo parecía. Y, en una pirueta retórica muy de su gusto, fray Domingo afirmó "que ése era el jarabe que el arzobispo utilizó para ganarlo a él para la causa". En conjunto dejó al señor arzobispo de Toledo muy mal parado.

Delató, asimismo, a Juan Sánchez como pervertidor de las religiosas de Belén y de su propia hermana María. A la vista de sus contradicciones, se le amenazó con el tormento, pero una vez en la garrucha, rogó ser muerto antes que torturado. El Santo Tribunal accedió a su deseo a condición de que dijera la verdad. A última hora exoneró de culpa a varios acusados aunque no al arzobispo Carranza».

Cipriano doblaba de nuevo el papel con una sensación de malestar ante la coincidencia de varios declarantes en atribuir a Carranza la paternidad del foco luterano de Valladolid. Implicándole a él, parecían pensar, una autoridad en la iglesia, ellos, en cierto modo, quedaban libres de culpa. Carranza se erigía entonces como una garantía de vida, la cabeza de turco, el supremo. Sin sus prédicas, sin sus medias palabras, el protestantismo nunca hubiera arraigado en Castilla. Pero por el momento, Carranza parecía contar con influyentes valedores.

Oyó el siseo de fray Domingo y, al volverse, el dominico le dijo si le permitía leer *ese papel*. Salcedo se sobresaltó y le preguntó si sabía siquiera de qué se trataba. Fray Domingo se mostró expeditivo: «Mi declaración, dijo. ¿Qué otra cosa puede ser? Vuesa merced ha mirado dos veces hacia mi lecho antes de empezar a leerlo». Cipriano se incorporó, tortoleándose, dio dos pasos torpes hacia su catre y le alargó el papel con la mano izquierda:

—Tal vez a vuestra paternidad no le guste lo que dice —dijo.

—Y ¿eso qué importa? Hay que conocer no sólo lo que hacemos sino lo que nos atribuyen.

El dominico leyó el informe en silencio, sin aspavientos ni comentarios. Salcedo, que no cesaba de mirarlo, al verle plegar de nuevo el papel, le preguntó:

—¿Está de acuerdo vuestra paternidad?

Y el dominico respondió con cierta mordacidad:

—Sí con lo que dice, pero no con lo que calla.

A mediados de abril se desató sobre la ciudad un martilleo fragoroso que se iniciaba con la primera luz del día y no cesaba hasta bien entrada la noche. Era un claveteo en diversos tonos, en cualquier caso seco y brutal, que procedía de la Plaza del Mercado y se difundía, con diferente intensidad, por todos los barrios de la villa. Aquel golpeteo siniestro pareció activar la vitalidad del penal, acelerar su ritmo. La vida rutinaria de la cárcel secreta se convirtió de pronto en algo ajetreado y activo. Hombres aislados, o en grupo, pasaban y regresaban por el zaguán, por los corredores, ante las celdas, introduciendo o sacando cosas, dando instrucciones a los reos. En cualquier caso, parecía haberse desatado una agitación

inusitada que vino a coincidir con la prisa de Dato por facilitarle noticias y mensajes. La primera noche del atronador tamborileo, el carcelero aclaró:

—Están levantando los tablados.

—¿Para el auto?

—Así es, sí señor, en la plaza, para el auto.

AI día siguiente, Dato le trajo un informe urgente que Cipriano cambió por un ducado. La urgencia estaba justificada:

SESO SE DESDICE,

rezaba el titular. Se advertía que estaba escrito apresuradamente, acuciado por las últimas novedades, aunque con letra disciplinada, de escribano, perfectamente legible. Era evidente que el explotador del negocio había tenido prisas por poner el papel en circulación. Cipriano echó atrás la cabeza, buscando el eje de visibilidad entre sus párpados inflamados. La nota era sucinta pero categórica, indicativa, además, de que las sentencias de los reos empezaban a conocerse. Seso había sido condenado a la hoguera y, ante el hecho, hacía ahora una nueva profesión de fe. Sus excusas, sus circunloquios, sus tergiversaciones, su expreso deseo de morir en el seno de la iglesia, no le habían servido de nada. Entonces rectificaba. En la nueva nota hablaba ya sin rodeos, convencido de que la sentencia era firme, y no había apelación posible contra ella:

Al ser informado de que sus señorías me han condenado a la hoguera, cosa que nunca creí, para descargar mi conciencia y ayudar a la verdad quiero hacer esta declaración final: la justificación por la fe basta para salvarse. Es, pues, Cristo quien nos salva, no nuestras obras. Para los que mueren en gracia no hay purgatorio ni pena temporal alguna: el cielo es su destino. No sería justo que después de la Pasión de Nuestro Señor, los hombres tuvieran que purgar algo. Esto significa que me desdigo de lo que dije, que existía el purgatorio. Tengo fe y creo en lo mismo que creyeron los apóstoles, y en la Iglesia católica, verdadera esposa de Nuestro Señor Jesucristo, y en la palabra de ésta que son las Sagradas Escrituras.

Cipriano leyó tres veces la breve confesión de don Carlos de Seso. Recordó las razones que en su día le dio en Pedrosa para demostrar que no había purgatorio y cómo él las había aceptado sin disputa. Ahora miró a fray Domingo tendido en su camastro y le dijo con

voz apagada:

—Don Carlos de Seso ha sido condenado a la hoguera.

Pero los acontecimientos se encadenaban en una noria sin fin, mientras los martillazos de la plaza atronaban en un sordo tamborileo. A la mañana siguiente, el alcalde en persona anunció una visita para Salcedo, pero Cipriano ya no podía andar, era incapaz de moverse. Sus articulaciones parecían haber criado herrumbre. Le trajeron una palangana de agua tibia con sal, le quitaron los grilletes y le hicieron lavar los pies. No obstante, alrededor de los tobillos tenía dos llagas en carne viva y las pantorrillas hinchadas. Dando tumbos siguió al alcalde, apoyado en el brazo del carcelero. Se bandeaban como dos bueyes uncidos. La luz de la escalera lo deslumbró, sintió como un cuerpo extraño dentro de los ojos. Los cerró y se dejó conducir. Los pies, sin el lastre habitual, se le escapaban, pero las piernas embotadas no aguantaban su peso. Entreabrió los ojos cuando el carcelero se detuvo y, al oír el golpe de la puerta, levantó la cabeza y miró por la estrecha rendija que dejaban sus párpados tumefactos. El tío Ignacio lo miraba incrédulo, afligido, al tomarle de las dos manos. Se le notaba con prisas de hablar, de no callar ni un segundo para evitar que Cipriano le interrogara:

—Esos ojos no han mejorado, Cipriano. ¿Por qué no avisaste al médico?

—Es por la oscuridad, tío, la humedad y el frío. Los párpados están inflamados, es como si tuviera tierra dentro.

—Hay que curarlos —insistió el tío Ignacio—. En la cárcel hay dos médicos. Están para eso.

En seguida se lanzó, se lo dijo, le dijo que el arzobispo Carranza había sido procesado y se pensaba en un juicio largo y apasionado. Seguramente más de cinco años. Cipriano le confió que tanto en la cárcel como fuera de ella había mucha presión contra él. Alzaba la cabeza para ver a su tío, sentado en el sofá monjil, bajo el ingenuo cuadro de la Asunción de la Virgen, acodado en los muslos, las manos con los dedos entrelazados, las uñas muy pulcras. Continuó hablándole de Carranza, estaba dolido con las declaraciones de Seso, Rojas y Pedro Cazalla que, según él, faltaban a la verdad. Le habló de que el Inquisidor General había llegado a Valladolid y había dicho que, de haberse tratado de otra persona, le hubiera prendido sin más miramientos. Cipriano le indicó que el caballo de batalla había sido el encuentro de Seso con Carranza después de convertir aquél a Pedro Cazalla. El tío estaba bien informado y apenas le daba tiempo para responder; resultaba evidente que no quería dejar un resquicio por donde las preguntas de su sobrino

pudieran filtrarse. Carranza afirmaba que Seso les había engañado a él y al Santo Oficio, había hecho creer que su interpretación de las cosas provenía del arzobispo. Mas las precauciones del nuevo presidente de la Chancillería fueron insuficientes. Bastó una pausa mínima de su tío para que Cipriano formulara la temida pregunta:

—¿C... conoce las sentencias, tío?

Don Ignacio Salcedo le miraba desarmado, los ojos blandos, temblándole el labio inferior. Dijo mediante un esfuerzo:

—Me las han enseñado ayer. Por mi cargo tenían que hacerlo.

Cipriano seguía con la cabeza levantada para que su tío no escapara de su campo visual. Le vio vacilar, empalidecer. No trató por ello de quitar fuerza a su pregunta:

—¿Cuál ha sido mi suerte?

No respondió inmediatamente Ignacio Salcedo. Se limitó a mirar profunda, compasivamente, sus ojos encarnizados, pero cuando trató de hablar se le anudó dos veces la voz en la garganta. Cipriano acudió en su auxilio:

—¿La hoguera tal vez? —preguntó.

El tío calló, asintiendo.

—Vas con otros veinte —dijo al fin.

Sonreía Cipriano para aliviar la tirantez de la conversación, para dar a su tío la sensación de que la noticia no le había sorprendido, ni le asustaba; de que no esperaba otra cosa:

—¿Sería indiscreto preguntarle a vuesa merced quiénes son esos veinte? Don Ignacio sonrió:

—Ese pequeño favor puedo hacértelo —dijo—. Anota: los Cazalla, incluida su hermana Beatriz y los restos de doña Leonor, fray Domingo de Rojas, don Carlos de Seso, Juan García, tres mujeres de Pedrosa, el bachiller Herrezuelo, Juan Sánchez... ¿quién más?

—Es suficiente, tío.

—En todo caso, la lista no es definitiva. Esta noche os visitará un confesor y mañana, en el auto, aún tendréis oportunidad de cambiar vuestra suerte: la hoguera por el garrote. ¡ Ah, otra cosa!, los restos de doña Leonor de Vivero serán desenterrados y el solar de su casa sembrado de sal para escarmiento de las generaciones futuras.

Don Ignacio Salcedo parecía más sosegado. Ahora cargaba el énfasis en lo anecdótico, tratando de desviar la cabeza de Cipriano de la idea fundamental. Pero Cipriano no pensaba en sí mismo. Titubeó. En su vacilación perdió de vista el rostro de su tío y hubo de acomodar de nuevo la cabeza para volver a apresarlo:

—Y... y ¿qué será de doña Ana Enríquez? —preguntó con un hilo de voz.

—Quedará libre tras una pena leve, unos días de ayuno, no recuerdo cuántos. Es una criatura demasiado bella para quemarla.

Cipriano pensó que retener más tiempo a su tío suponía prolongar su suplicio. Se puso en pie tambaleándose. Su tío tenía razón: Ana Enríquez era demasiado hermosa para quemarla. Además había sido engañada, era excesivamente joven cuando Beatriz Cazalla y fray Domingo la pervirtieron. Sonaba el martilleo de los carpinteros en la plaza, un golpeteo ininterrumpido, enloquecedor. Su tío también se había incorporado y le tomó de las manos con aprensión, como a un ciego.

—No quiero hacerle perder más tiempo, tío —dijo Cipriano—. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

Don Ignacio Salcedo le atrajo hacia sí, le besó en las mejillas y le retuvo un momento entre sus brazos:

—Algún día —musitó a su oído— estas cosas serán consideradas como un atropello contra la libertad que Cristo nos trajo. Pide por mí, hijo mío.

Cipriano no pudo comer. Mamerto se llevó intacta su bandeja. Por la tarde comenzaron las confesiones. Fray Luis de la Cruz, dominico como fray Domingo, recorrió las celdas y llegó a la de Cipriano cuando el sol declinaba, aunque el martilleo unísono de la plaza continuaba sonando con toda intensidad. Fray Domingo rechazó los auxilios de fray Luis de la Cruz cuando éste se acercó servicialmente a su lecho.

—Padre —dijo fray Luis de la Cruz al advertir su gesto—: solamente pido a Dios que muráis en la misma fe en que murió nuestro glorioso Santo Tomás. Estaré en pie toda la noche. Vuestra reverencia puede llamarme a cualquier hora.

Cipriano, tumbado en el camastro, acogió con afecto al confesor. Le agradeció su presencia y le dijo que en su vida había tres pecados de los que nunca se arrepentiría bastante, y, aunque ya los tenía confesados, se los confiaba al padre en prueba de humildad: el odio hacia su padre, la seducción de su nodriza aprovechándose de su cariño maternal y el desafecto hacia su esposa, su abandono, que la llevó a morir trastornada en un hospital. Fray Luis de la Cruz asentía sonriente, le dijo que su confesión general le dignificaba, pero que en este momento, en víspera del auto de fe, esperaba unas palabras de arrepentimiento por su adscripción a la doctrina de Lutero. Cipriano que, en las medias tinieblas, apenas distinguía las facciones del fraile, le respondió que abrazó la teoría del beneficio de Cristo de corazón, con buena fe, es decir, obró en conciencia y

ésta, ahora, no se lo reprochaba. Como sin darle importancia, fray Luis de la Cruz le preguntó entonces quién le había pervertido y Cipriano contestó que no podía decírselo, que así lo había jurado, pero le constaba que tampoco su inductor obró con intención perversa. El fraile, que venía cansado, empezó a dar muestras de acrimonia, le impacientaba la obcecación de Cipriano, le dijo que no podía absolverle pero que aún estaba a tiempo. Desde media noche el padre Tablares, jesuita, seguiría a disposición de los reos. Humildemente ahora le recomendó que reflexionara y, antes de separarse de él, le tuvo cogido por las dos manos un largo rato y le llamó *hermano mío*.

Apenas había abandonado la celda, cuando se produjo en la de enfrente, en la del Doctor, un gran alboroto. Sobre las voces más serenas para acallarlo, entre las que estaban la de fray Luis de la Cruz, sonaban los gritos implorantes del Doctor pidiendo a Dios misericordia, suplicándole que le iluminase con su gracia y le ayudara a alcanzar su salvación. Eran gritos agudos, descompuestos, y, en los breves silencios, se oía la voz pausada de fray Luis de la Cruz, la del carcelero y la del alcalde que habían acudido al oír la algarabía. Pero el Doctor, en trance, no cesaba de proclamar que aceptaba la sentencia como justa y razonable, que moriría de buena gana puesto que no merecía la vida aunque se la dieran, pues estaba convicto de que, según había desaprovechado la pasada, la que le quedaba no sería distinta.

Había cesado el martilleo de la plaza y las palabras del Doctor, pronunciadas a voz en cuello, con la puerta de la cija abierta, llegaban nítidamente a las celdas próximas y, con ellas, los intentos apaciguadores de los responsables: el alcalde, los carceleros, el médico. Un clima tenso se palpaba en el primer corredor, cuando el Doctor reanudó su discurso sobre el sambenito que acababan de entregarle, la ropa que vestiría con mayor gusto, decía, porque era la apropiada para confusión de su soberbia y purga de sus pecados. Luego volvió a la idea del arrepentimiento, que renegaba de cualquier perversa y errónea doctrina que hubiera creído, bien fuera contra el dogma o contra la Iglesia, y que persuadiría a todos los reos para que hiciesen lo mismo. El médico de la Inquisición debía de haber tomado alguna medida, porque del tono chillón con que el Doctor inició su peroración, pasó, en pocos segundos, a otro más coloquial y, posteriormente, a un tenue murmullo, para cesar al poco rato.

Cipriano Salcedo no durmió en su última noche carcelaria. Le agobiaba la idea del auto de fe, no su ejecución sino el procedimiento; la luz, la multitud, el griterío, el calor. Padecía un amortecimiento creciente y un ardor de orina que le obligaba a

visitar la cubeta de las heces cada pocos minutos. A la una empezaron a doblar las campanas. Toques lentos, de agonía. Fray Domingo ya le había hablado de ello. Todos los templos y conventos de la villa, que esa noche no dormía, convocaban a las misas de alma por los condenados. Las campanas habían venido a sustituir a los martillos, voces cambiantes pero igualmente ominosas y terribles. Al cesar su tañido, empezó a oírse el rumor del gentío, los cascos de las caballerías en el empedrado, el rechinar de las ruedas de los carruajes. Todo parecía estar a punto. El *gran día*, aún sin luz, ya había comenzado.

A las cuatro de la madrugada entraron a despertarlos. Mamerto les sirvió un desayuno extraordinario: sopas de ajo, huevos con torreznos y vino de Cigales. Cipriano no probó bocado. Le ardían los ojos, sentía los bultos en las cuencas, y su amortecimiento iba en aumento. En la cárcel reinaba un desorden desacostumbrado. Gentes que entraban y salían, los guardianes repartiendo por las celdas corozas y sambenitos, en tanto los familiares de la Inquisición, con sus altos bombines marrones, esperaban en el patio, charlando en corrillos, a que se organizara la procesión. En el momento de mayor confusión, se presentó Dato en la celda, entregó un papel doblado a Cipriano Salcedo y emitió un silbido al recibir dos ducados por el servicio. El mensaje, como Cipriano presumía, era de Ana Enríquez y no podía ser más lacónico:

Valor, decía solamente y, debajo, traía su firma: Ana.

XVII

El cautiverio de los más de sesenta reclusos de la cárcel secreta de Pedro Barrueco, acusados de pertenecer al foco luterano de Valladolid, concluyó definitivamente en la madrugada del 21 de mayo de 1559, más o menos un año después de haber comenzado. Una mínima parte de los reos sería puesta en libertad tras el auto de fe, en tanto otros muchos pagarían con la muerte en garrote o en la hoguera su desviación religiosa o su pertinacia. Y como suele ocurrir en estas agrupaciones circunstanciales, sometidas a rígidas normas, el primer síntoma de que el final se acercaba fue la quiebra de la disciplina. Familiares de la Inquisición charlaban en pequeños grupos en el patio de la cárcel, cubiertos con capas y bombines de copa alta, en espera de los penitentes, en tanto los carceleros, los ayudantes de carcelero y el propio alcalde, iban y venían, prestaban a aquéllos las últimas atenciones y les daban instrucciones para el buen orden de la procesión que partiría de la cárcel una hora antes del alba. Pero, fuera de los indultados, que sacaban fuerzas de flaqueza y confraternizaban festivamente con sus carceleros, el resto de los reos, aplastados por el rigor de la sentencia, tras larga y severa cautividad, se encontraban tan decaídos y exánimes que aguardaban la orden de partida derrumbados en sus camastros, rezando o meditando.

Dato, el tontiloco ayudante de carcelero, se contaba entre los vallisoletanos incapaces de reprimir su júbilo ante el gran festejo que se avecinaba. Reconocido a la generosidad de Cipriano, sentado a los pies de su catre, pasaba con él los últimos minutos de su estancia en prisión, le hablaba de los preliminares del auto con tal entusiasmo como si Salcedo, en lugar de una de las víctimas, fuese un forastero más de visita en la villa. Tanto Dato, como el resto de los carceleros, se había puesto ropa nueva y había sustituido los sucios calzones de paño por unos vistosos zaragüelles.

Para el ayudante de carcelero todo eran novedades dignas de ser conocidas, desde los pregoneros a caballo, apostados en las esquinas, anunciando el auto y encareciendo la asistencia de los mayores de catorce años con la promesa de cuarenta días de indulgencia, hasta la prohibición de andar a caballo y portar armas, blancas o de fuego, durante el tiempo que durase la ceremonia.

Los azules ojos desvaídos de Dato rutilaban y sus lacias guedejas

albinas se estremecían bajo el gorro rojo de lana, al dar cuenta de la enorme afluencia de forasteros llegados a la ciudad. Toda Castilla se ha volcado en Valladolid, decía, aunque había también representantes de otras comarcas y nutridos grupos de extranjeros que hablaban lenguas extrañas. Más de doscientas mil almas, se lo juro a vuesa merced, por la bendita memoria de mi madre, decía santiguándose. Tantos eran que ni en pensiones, ventas, posadas y mesones habían encontrado alojamiento, y millares de forasteros habían tenido que pernoctar en aldeas y granjas próximas o, aprovechando la benignidad del clima, al sereno, en las huertas y viñas de los alrededores o en las calles menos concurridas y apartadas de la villa. El Rey nuestro señor se había personado, acompañado de los Príncipes y la Corte, para presidir el acto.

Dato se hacía lenguas sobre la transformación de la Plaza Mayor en un enorme circo de madera, con más de dos mil asientos en las gradas, cuyos precios oscilaban entre diez y veinte reales, y, en torno al cual, se había montado una guardia de alabarderos, reforzada en las horas nocturnas, después de dos intentos de prenderle fuego por parte de elementos subversivos.

Cipriano, con los ojos cerrados, un intenso latido en el párpado superior, encomendaba su alma y pedía luz a Nuestro Señor para distinguir el error de la verdad, mientras escuchaba distraído, de labios de Dato, las últimas nuevas: se anunciaba un día sofocante, más propio de agosto que de mayo, y muchos vecinos, que no habían encontrado localidad en las gradas, preparaban su emplazamiento en los tejados bajo toldos de anjeo, preservados por barandillas de madera. En espera de la llegada del Rey nuestro señor y de los Príncipes, más de dos mil personas velaban en la plaza al resplandor de hachones y luminarias. «No vea vuesa merced, parece el juicio final» —sentenció Dato en el colmo de la admiración.

En pleno monólogo del carcelero, empezaron a oírse carreras por los corredores, golpes apremiantes en las puertas de las celdas y voces habituadas al mando, gritando: ¡a formar!, ¡a formar! Fray Domingo, serio y circunspecto, con el nuevo sayo, se puso en pie por sí mismo; Cipriano, auxiliado por Dato. Le habían liberado de los grilletes y notaba sueltas las piernas pero no las fuerzas precisas para sostenerse en pie. En el zaguán, Dato le encomendó a dos familiares de la Inquisición que vestían sayo de paño bajo la capa, pese al día caluroso que se avecinaba. Allí se concentraban los condenados varones que eran ayudados a vestirse y calzarse por los propios acompañantes. Aquella reunión ocasional era como el envés de los conventículos, los mismos hombres, pero sin el sentimiento de fraternidad que antaño los unía, más bien

dominados por el recelo y la desconfianza, cuando no por la hostilidad o el odio. Cipriano levantaba la cabeza, tratando de encontrar el eje de visión. A su derecha, fruncido, transparente, huidizo, encogido sobre sí mismo, descubrió al Doctor y, tras él, a don Carlos de Seso, a quien los malos tratos y un año de prisión habían convertido en un viejo mendigo claudicante. La cabeza indócil, escurrido de carnes, vencido de hombros, se asía al brazo de un familiar como un náufrago a una tabla. Las piernas no soportaban su peso y la antigua gallardía, su aticismo y nobleza se habían venido abajo. Del otro lado, dos familiares embutían al bachiller Herrezuelo en el nuevo sayo y le protegían los pies hinchados con calzado de cuerda. Se hallaba amordazado y maniatado y sus ojos grises, bajo las espesas cejas, miraban enloquecidos a todas partes sin detenerse en ninguna. Cipriano se acercó a Juan García, el joyero, y le preguntó por la razón de la mordaza del bachiller y aquél, que en la penumbra del zaguán apenas advertía quien le hablaba, respondió que se había vuelto loco, que desde que salió de la celda no había hecho otra cosa que blasfemar contra Dios. Las conversaciones se mantenían a medio tono de forma que en el zaguán reinaba un murmullo uniforme, un ronroneo monótono, sin altibajos. Juan Sánchez, desde un rincón, miraba a Cipriano Salcedo, la cabeza levantada, tanteando desorientado, como un invidente. Se acercó a él solícito y le dijo si la oscuridad de la celda le había cegado. Cipriano restó importancia a su mal, eran los párpados —dijo—, se habían inflamado y tenía que mirar a través de un resquicio, en línea recta, ya que sólo veía en esa dirección. Se sonreían mutuamente y Cipriano advertía que el criado no había cambiado en el último año: su cabeza grande, su tez de papel viejo, amarilla, arrugada, seguía siendo la misma. Juan Sánchez entró en prisión con cien años y salía con un siglo. Era la ventaja de los hombres magros, momificados, sin belleza.

Apenas tenían de qué hablar, ninguno de los dos deseaba envenenar el ambiente ni sembrar la discordia. Entonces Juan Sánchez, en una de sus salidas intempestivas, señaló el sambenito de Cipriano con un dedo, luego el suyo, y subrayó irónicamente que habían sido facturados al mismo infierno. Su risa, reprimida e inoportuna, aumentó la tensión. Buena parte de los allí reunidos se habían delatado entre sí, habían perjurado, habían procurado salvarse a costa del prójimo, y rehuían el contacto, las miradas, las explicaciones. Pedro Cazalla también le esquivó. Al ver a Cipriano buscó una zona oscura del zaguán donde poder pasar inadvertido. La declaración de Pedro, como la de su hermana Beatriz, había sido despiadada. Una decena de reos habían sido denunciados por ellos. No obstante, Pedro Cazalla vestía también el sambenito de llamas y

diablos, distintivo de los condenados a muerte. En el oscuro rincón, flanqueado por sus guardadores, estaba solo, cabizbajo, incómodo. Seguramente él y su hermano Agustín, cabezas de la secta, eran, en aquel infierno de prevenciones y sospechas, los más aborrecidos.

Los ojos desorbitados del bachiller Herrezuelo saltaban de uno a otro con infinito desprecio. No podía escupirles ni abofetearles pero su mirada enloquecida lo decía todo. Llevaba las manos atadas a la espalda para evitar que se arrancara la mordaza pero, cada vez que los familiares le colocaban la coroza en la cabeza, él movía ésta violentamente de un lado a otro hasta hacerla caer. Uno de los familiares, más paciente e ingenioso, optó por improvisar un barbuquejo con una cinta para sujetarla bajo la barbilla, pero el bachiller se encolerizó, la emprendió a cabezazos contra el inventor hasta que la coroza se desprendió hecha un gurruño y cayó al suelo. En el forcejeo se soltó también la mordaza y Herrezuelo empezó a insultar a Cazalla y a jurar como un poseído contra Dios y la Virgen hasta que los familiares lograron acallarlo echándosele encima.

Las cosas aparentaron serenarse una vez en la calle, cuando los reos, en filas de a dos, acompañados por familiares de la inquisición, empezaron a formar la comitiva. Delante de Cipriano caminaba don Carlos, esforzándose por avanzar erguido, por no perder la dignidad. Precediéndole, menudo y cargado de espaldas, como si llevara una cruz a cuestas, avanzaba el Doctor y, abriendo marcha, fray Domingo de Rojas, con la misma imperturbable indiferencia con que había vivido el año de prisión.

Eran apenas las cinco de la mañana pero un incierto resplandor lechoso anunciaba el día por encima de los tejados. A la cabeza de la procesión, a caballo, portado por el fiscal del reino, flameaba el estandarte de la Inquisición, con el blasón de Santo Domingo bordado, seguido por los reos reconciliados, con cirios en las manos y sambenitos con el aspa de San Andrés. Y, tras ellos, dos dominicos portando la enseña carmesí del Pontificado y la cruz enlutada de la iglesia del Salvador, precedían a los reos relajados, destinados a la hoguera, con sambenitos de demonios y llamas y corozas decoradas con los mismos motivos. Mezclados con ellos, con atuendos semejantes, atados a altas pértigas, desfilaban los muñecos de los condenados en efigie, burlescas reproducciones de sus modelos, uno de ellos representando a doña Leonor de Vivero, cuyo ataúd, con el cuerpo desenterrado y llevado a hombros en la procesión por cuatro familiares, sería también arrojado al fuego.

El resto de la comitiva, esto es, los condenados a penas menores, iban detrás, encabezados por cuatro lanceros a caballo, anunciando a las comunidades religiosas de la villa y al grupo de cantores, que avanzaba calle arriba entonando a media voz el himno *Vexilla regis*,

propio de las solemnidades de Semana Santa.

Aferrado a los brazos de sus acompañantes, Cipriano Salcedo se movía casi a ciegas y, aunque paulatinamente iba insinuándose el día, únicamente veía cuando alzaba la cabeza y sus pupilas enfocaban el objetivo en línea recta. De esta guisa divisó las dos densas murallas humanas que les abrían calle, de ordinario afligidas y silenciosas, aunque nunca faltaba la voz desgarrada de algún mozalbete, que aprovechaba la impunidad de la masa para insultarlos.

Al abandonar la calle Orates, la procesión de los reos hubo de detenerse para ceder el paso al séquito real que subía por la Corredera. La guardia a caballo, con pífanos y tambores, abría marcha y tras ella el Consejo de Castilla y los altos dignatarios de la Corte con las damas ricamente ataviadas aunque de riguroso luto, escoltados por dos docenas de maceros y cuatro reyes de armas con dalmáticas de terciopelo. Acto seguido, precediendo al Rey —grave, con capa y botonadura de diamantes— y a los Príncipes, acogidos con aplausos por la multitud, apareció el conde de Oropesa a caballo, con la espada desnuda en la mano. Cerraban el desfile, encabezados por el marqués de Astorga, un nutrido grupo de nobles, los arzobispos de Sevilla y Santiago y el obispo de Ciudad Rodrigo, domeñador de los conquistadores del Perú.

Cipriano, en primera fila, veía desfilar tanta grandeza buscando el ángulo de visión más apropiado, la boca sonriente, sin rencor, como un niño ante una parada militar. Al cabo, la procesión de penitentes reanudó la marcha y entró en la plaza entre dos vallas de altos maderos. La multitud impaciente, que se apretujaba en ella, prorrumpió en voces y gritos destemplados. Los reos, caminando cansinamente, agobiados, arrastrando los pies, componían una comitiva lastimosa y estrafalaria, los sambenitos torcidos, las corozas ladeadas, siempre a punto de caer. Cipriano tendió la mirada sobre la plaza moviendo también la cabeza para no perder el eje de visión y comprobó que los informes de Dato se habían quedado cortos. La mitad de la plaza se había convertido en un enorme tablado, con graderíos y palcos, recostado en el convento de San Francisco y dando cara al Consistorio adornado con enseñas, doseles y brocados de oro y plata. La otra mitad y las bocacalles adyacentes se veían abarrotadas por un público soliviantado y chillón que coreó con silbidos el desfile de los reos ante el Rey. Frente a los palcos, en la parte baja de los graderíos, se levantaban tres pulpitos, uno para los relatores que leerían las sentencias, el segundo para los penitentes destinatarios, y un tercero para el obispo Melchor Cano que pronunciaría el sermón y cerraría el auto. En un tabladillo, a nivel algo inferior al de los

pulpitos, con cuatro bancas en grada, fueron aposentándose los reos en el mismo orden que traían en la procesión, de forma que don Carlos de Seso quedó a la derecha de Cipriano, y Juan García, el joyero, a su izquierda. Transido, angustiado, tenso, Cipriano Salcedo esperaba la llegada de los reos absueltos, miraba obsesivamente las escaleras de acceso al entablado, hasta que vio aparecer a doña Ana Enríquez de la mano del duque de Gandía. Envuelta en parda saya, se movía con la misma gracia natural que en los jardines de La Confluencia. La cárcel no parecía haberla marcado, tal vez había ahilado un poco su figura, subrayado su esbeltez, pero sin mancillar la frescura y esplendor de su rostro. Subía los peldaños con arrogancia y, al desfilar ante la primera banca de los reos, los miró uno a uno con ansiedad y sus ojos se detuvieron un momento, incrédulos, en los de Cipriano. Pareció dudar, miró al resto de los ocupantes del banco y volvió a él, inmóvil, la pequeña cabeza levantada, los ojos entrecerrados, medio ciegos. Luego siguió adelante y subió hasta la cuarta grada de la tribuna, dejando a Cipriano en la duda de si habría sido reconocido.

La luz cegadora, brutal, que se iba adueñando de la plaza, lastimaba aún más sus ojos. Tras la contemplación de Ana Enríquez, los cerró largo rato para protegerlos. Un apagado rumor de conversaciones llegaba a sus oídos mientras el obispo de Palencia, Melchor Cano, desgranaba el sermón sobre los falsos profetas y la unidad de la Iglesia. Y cuando Cipriano volvió a abrirlos, le sobrecogió de nuevo la gran masa que tenía ante sí, una inmensa muchedumbre, tan prieta y enardecida, que había inmovilizado contra las talanqueras dos lujosos coches ocupados por gente de alcurnia.

Durante el sermón el público había guardado silencio, aunque la voz un poco rota y fatigada del orador no pareciera llegar hasta ellos, pero, poco después, cuando uno de los relatores tomó juramento al Rey, a los nobles y al pueblo y todos ellos prometieron defender al Santo Oficio y a sus representantes, aun a costa de la vida, un estruendoso vocerío coreó el *amén* final. Luego retornó el silencio, una vez que el relator hizo comparecer al primer condenado, el doctor Cazalla, que, ayudado de cerca por los auxiliares, a duras penas pudo alcanzar el pulpitillo. Su postración, la palidez de su rostro, las mejillas sumidas, la extrema delgadez de su figura, parecieron predisponer al público en su favor. Cipriano le miraba como a un ser ajeno, desconocido, y, cuando el relator enumeró sus cargos y anunció con voz estentórea la sentencia de muerte en garrote antes de ser arrojado a las llamas, el Doctor rompió a llorar, miró hacia el palco del Rey pretendiendo hablar

pero inmediatamente, fue rodeado de guardas y alguaciles que se lo impidieron. Ortega y Vergara, los dos relatores, empezaron entonces a leer, alternativamente, las sentencias, en tanto los condenados, por su propio pie o ayudados por los familiares, se relevaban desordenadamente en el pulpito para escucharlas. Era una ceremonia que, aunque escalofriante y atroz, iba degenerando en una tediosa rutina, apenas quebrada por los abucheos o aplausos con que el pueblo despedía a los reos condenados a muerte al reintegrarse al tabladillo:

Beatriz Cazalla: confiscación de bienes, muerte en garrote y dada a la hoguera.

Juan Cazalla: confiscación de bienes, cárcel y sambenito perpetuos, con obligación de comulgar las tres Pascuas del año.

Constanza Cazalla: confiscación de bienes, cárcel y sambenito perpetuos.

Alonso Pérez: degradación, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Francisco Cazalla: degradación, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Juan Sánchez: muerte en la hoguera.

Cristóbal de Padilla: confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Isabel de Castilla: sambenito y cárcel perpetuos y confiscación de bienes.

Pedro Cazalla: degradación, confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Ana Enríquez:

Antes de que la muchacha subiera al pulpito se produjo una vacilación en el relator y un silencio expectante en la muchedumbre. Temiendo un almadiamiento, o simplemente buscando un apoyo a su soledad, había subido la escalera de la mano del duque de Gandía, pero, en contra de lo esperado, una vez arriba se encaró al relator con resolución y mirada retadora. Impávida oyó a Juan Ortega repetir su nombre y la pena simbólica a que era condenada:

Ana Enríquez: saldrá al cadalso con sambenito y vela, ayunará tres días con tres noches, regresará con hábito a la cárcel y, una vez allí, quedará libre.

Una rechifla general subió de la plaza, bajó de los tejados y balcones, se alzó de los graderíos. El pueblo no podía perdonar la insignificancia de la pena, los aires de superioridad de la penitente, su rango, belleza y suficiencia. Cipriano Salcedo, la cabeza

levantada, los ojos encarnizados, la miraba tembloroso. Le irritaba la reacción de la masa pero no menos la solicitud del duque de Gandía, su aire protector, su proximidad. La vio descender del pulpito con fingida altivez, su mano derecha en la izquierda del de Denia, recogiéndose el halda, aparentemente ajena al abucheo del pueblo. El relator Vergara se apresuró a convocar a un nuevo condenado intentando acallar las protestas de la multitud, que, al observar ahora la mordaza de Herrezuelo, sus manos atadas a la espalda, su indefensión, tornó a un silencio expectante:

Antonio Herrezuelo —voceó el relator—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

Juan García: confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Francisca de Zúñiga: sambenito y cárcel perpetuos.

Cipriano Salcedo:

La rápida sucesión de condenados en el pulpitillo se interrumpió de pronto. Cipriano, la cabeza erguida, el latido en el párpado, fue ayudado a incorporarse por un familiar de la Inquisición. A pesar de que éste le ofrecía su brazo, no acertaba a echar el paso. Las piernas entumecidas no le pesaban pero tampoco le obedecían. Una pausa tensa se abrió en la plaza. Ante el agarrotamiento del reo, el familiar miró al alguacil y un segundo familiar se adelantó hasta ellos. Pasivo, ligero de peso, Cipriano Salcedo se dejó alzar del suelo y, en volandas, fue trasladado al pulpito y allí quedó, con la coroza torcida, grotesco e inane, entre los dos familiares tocados con sus bombines de alta copa. Un sol despiadado hería los ojos del penitente que los cerró, apretando visiblemente los párpados. Se bamboleaba, era un hombre destruido y el rumor compasivo de la multitud iba en aumento. El relator encampanó la voz para repetir su nombre:

Cipriano Salcedo —dijo—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

El rumor de la muchedumbre era ahora creciente y racheado como el bramido del mar. El condenado no parecía afectado por la sentencia. Daba la impresión de que, aun indultado, ya no sería capaz de volver a la vida. Permaneció inmóvil, los párpados cerrados, apoyado en el brazo de un familiar, desdibujado y nimio. De nuevo se incorporó el segundo familiar y, entre ambos, lo izaron sobre la barandilla de la escalera y lo transportaron en un vuelo a su lugar en el tablado. Sus párpados seguían cerrados pero sus ojos cobardes estaban llenos de lágrimas. Se sentía vejado, confundido, degradado. Dame ya la muerte, Señor, suplicó. Pero su humillación activó la curiosidad morbosa del pueblo. Eran estos incidentes los

que animaban la fiesta y, en realidad, no habían hecho más que empezar. Cipriano oyó llamar a fray Domingo de Rojas y envidió su fuerza, su entereza física. Dijo el relator:

Fray Domingo de Rojas: degradación y muerte en la hoguera.

El público rebullía inquieto y expectante. Paso a paso el auto había entrado en la fase dramática que esperaba. Todavía llamaron los relatores a Eufrosina Ríos, condenada a muerte en garrote y a Catalina de Castilla, a sambenito y cárcel perpetuos, antes de que le llegara el turno a don Carlos de Seso. El corregidor de Toro, con su voluntad indomable, subió las escaleras del pulpito por sí mismo, laboriosamente a causa de la flaqueza de sus piernas, pero erguido y noble:

Carlos de Seso —dijo el relator Vergara—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

Don Carlos hizo un ademán de aceptación con una reverencia deferente y simuló retirarse en compañía del familiar, pero, una vez a la altura del palco real, se detuvo, se encaró con el Rey, hizo otra pequeña venia y dijo con una punta de ironía:

—¿Cómo permitís, señor, este atentado contra la vida de vuestro súbdito?

A lo que Su Majestad replicó pronto, frunciendo el ceño:

—Si mi hijo fuera tan malo como vos, yo mismo apilaría la leña para quemarlo.

Más por sus modales que por sus palabras, que no alcanzaron los oídos de la mayoría, el pueblo, que despreciaba la dignidad, abucheó al preso, le afrentó, en tanto los inquisidores, poco amigos de apostillas y comentarios, le retiraban y reforzaban la guardia de alabarderos ante el palco real para impedir otros excesos. Los relatores continuaban desgranando nombres y penas, pero el pueblo, que ya había cogido gusto a los números fuera de programa, dejó de prestar atención, aplanado por el tedio y la ardentía.

Seguidamente, con un sol cada vez más vivo desplomándose sobre la plaza, el obispo de Palencia procedió a degradar a los clérigos condenados, lo que de nuevo despertó expectación en la masa. Ante el palco de Su Majestad, el obispo, revestido de sobrepelliz, estola y capa pluvial, y tocado de mitra blanca, se aproximó a los cinco reos arrodillados, cubiertos de casullas de terciopelo negro, con cálices y patenas en las manos como si fueran a decir misa, y, uno a uno, los fue despojando de ellos, sustituyendo sus ornamentos por sambenitos de llamas y diablos, mientras decía:

—Por la potestad que me da la Santa Iglesia, borro los signos de

tu condición sacerdotal que has deshonrado con el delito de herejía.

Luego procedió a raerles la boca, los dedos y las palmas de las manos con un paño húmedo y ordenó al barbero que les afeitara la cabeza para colocar sobre ellas las corozas. De rodillas como estaba, pálido, flaco y desaseado, con el capirote por sombrero, el doctor Cazalla, sacando fuerzas de flaqueza, gritó de pronto por tres veces:

—¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios! —Y como un alguacil se le acercara y le empujara hacia el tabladillo, el Doctor, llorando y moqueando, continuó gritando:

—¡Óiganme los cielos y los hombres, alégrese Nuestro Señor y todos sean testigos de que yo, pecador arrepentido, vuelvo a Dios y prometo morir en su fe, ya que me ha hecho la merced de mostrarme el camino verdadero!

Las palabras y lágrimas del Doctor produjeron en el auditorio dos reacciones distintas: los más sensibles sollozaban con él, mientras que los más duros, de pie en las gradas, encolerizados, le insultaban llamándole leproso y alumbrado. Cuando la reacción amainó, el obispo de Palencia se encaramó de nuevo en el púlpito desde donde había predicado y dijo que, leídas las ejecutorias, degradados los curas sectarios, daba el auto por concluido, siendo las cuatro de la tarde del día 21 de mayo de 1559. Los feos sentenciados a prisión —añadió— serán conducidos en procesión a las cárceles Real y del Santo Oficio para cumplir sus condenas, en tanto los restantes se desplazarán en borriquillos al quemadero, erigido tras la Puerta del Campo, para ser ejecutados.

El pueblo fue abandonando las gradas alborotadamente, los rostros congestionados y sudorosos, comentando a gritos las incidencias del auto, cabizbajas las mujeres, los ojos enrojecidos, los hombres, con pañuelo al cuello, la bota en alto, bebiendo según el rito de las eras. En el momento de mayor confusión se produjo un altercado en la tribuna de reos, que congregó en torno a numerosos espectadores. El bachiller Herrezuelo, liberado ya de su mordaza, se volvió hacia las gradas superiores, donde se hallaba su esposa, Leonor de Cisneros, con el sambenito de reconciliada, y la increpó con palabras gruesas, llamándola felona, puta e hija de puta, y como nadie reaccionara, subió de tres trancos las gradas que les separaban y la abofeteó por dos veces. Guardas, familiares y alguaciles se interpusieron, al fin, lo redujeron, le pusieron otra vez la mordaza, en tanto el Doctor Cazalla, ganado de nuevo por la fiebre oratoria, le llamaba a la razón, que reflexionase y le escuchara «pues más letras que vos he estudiado —le dijo— y engañado estuve en el mismo error». En estos términos prosiguió

aleccionando al irritado bachiller, con voz henchida, que imposible parecía que saliera con tanta fuerza de un cuerpo tan lábil, hasta que Herrezuelo, que aún no había sido maniatado, se arrancó nuevamente la mordaza y le replicó con acento de burla, entre el entusiasmo del auditorio:

—Doctor, Doctor, para ahora quisiera yo el ánimo que mostrasteis en otras ocasiones.

Amordazado y esposado el bachiller, los penitentes, divididos en dos grupos, se separaron al pie del tablado, los indultados, formados y flanqueados por familiares de la Inquisición, iniciaron el camino de regreso a la cárcel, entre las vallas, con sambenitos aspados y velas verdes encendidas, mientras los condenados a muerte, con cordeles infamantes al cuello, en señal de menosprecio, iban encaramándose, uno a uno, en borricos preparados al efecto, desde el último descansillo de la escalera, para dirigirse al cadalso, por el angosto camino que abrían los soldados entre la multitud, colocando horizontalmente sus alabardas. El primero en subir al asno fue el Doctor, detrás fray Domingo de Rojas y cuando Cipriano Salcedo se disponía a hacerlo divisó a su tío Ignacio enlutado, nervioso, departiendo con familiares y alguaciles al pie de la escalera. Cipriano vaciló al verle tan próximo. Con la cabeza alta, sonriente, quiso darle la paz pero su tío se dirigió al familiar que conducía la borriquilla sin reparar en él, lo apartó de la procesión y colocó en su lugar a una mujer de cierta edad, con gracioso tocadillo alemán en la cabeza, sencilla y fina de cuerpo, de agraciado rostro. La mujer se aproximó a Salcedo con los ojos llenos de lágrimas y le acarició la barbada mejilla con ternura:

—Niño mío —dijo—. ¿Qué han hecho contigo?

Cipriano alzó la cabeza, buscó el eje visual y, a pesar del tiempo transcurrido, la reconoció enseguida. No pudo hablar pero trató de cogerle una mano, de mostrarle de alguna manera su cariño, pero una oleada de la multitud los separó. Dos forzudos auxiliares lo subieron a lomos de un borriquillo roano mientras el Doctor y fray Domingo iniciaban la marcha por el angosto pasillo entre los soldados. Un guardia palmeó la grupa del borrico que conducía a Cipriano y éste apretó las rodillas contra su montura, vacilante, y desde su posición preeminente miró con ternura a la dulce figura que le precedía. Dócilmente, Minervina tiraba del ronzal y lloraba en silencio, tratando de alcanzar a los asnos de fray Domingo y el Doctor. La plaza hervía, era un mar descontrolado. A ambos lados de Cipriano se extendía la multitud, fluctuante e indecisa, hombres acalorados discutiendo con otros que les obstaculizaban el paso, mujeres compasivas y llorosas, niños traveseando entre los puestos de golosinas que se alzaban aquí y allá. El bochorno era tan

húmedo, tan agobiante el vaho que despedía la plaza, que hombres y mujeres acalorados, con las axilas húmedas, se despojaban de sus ropas de fiesta, se quedaban en jubón o en camisa, incapaces de soportar el sol de la tarde.

Cipriano, mecido por el vaivén del borrico, no sentía el calor. Viendo a Minervina tirando del ronzal se sentía inusitadamente tranquilo, protegido, como cuando niño. Avanzaba tan gentil y confiada que nadie pensaría que le llevaba al encuentro con la muerte. Entre los conductores era la única mujer y, a pesar de su edad, era tal la gracia de su figura que rústicos medio bebidos, llegados a la villa para la fiesta, la requebraban, la acosaban con frases soeces. Pero *la procesión de las borriquillas*, aunque lentamente, discurría sin pausa entre la muchedumbre. Veintiocho asnillos en fila, montados por otros tantos seres estrambóticos, con sambenitos de diablos al pecho y corozas en la cabeza, componían una comitiva grotesca que desfilaba por el estrecho pasillo que abrían los alabarderos. Pero una vez que Cipriano alcanzó a fray Domingo, entró en la onda de las prédicas del Doctor, que iba delante, de sus voces de arrepentimiento, de sus apelaciones a la compasión. Cipriano miraba su figura vencida y cargada de espaldas, la coroza ladeada, balanceándose en lo alto del pollino y se preguntaba qué tenía en común aquel hombre con aquel otro que pocos meses antes le instruía enfervorizado con motivo de su viaje a Alemania. Oía sus exhortos y súplicas con desconfianza, seco, sin emoción:

—Entended y creed que en la tierra no hay Iglesia invisible sino visible—decía—. Y ésta es la Iglesia Católica, Romana y Universal. Cristo la fundó con su sangre y pasión y su vicario no es otro que el Sumo Pontífice. Y tened por seguro que aunque en aquella Roma se registraron todos los pecados y abominaciones del mundo, residiendo en ella el Vicario de Cristo, allí estaba el Espíritu Santo.

Le llamaban hereje, pelele, viejo loco, mas él lloraba y, en ocasiones, sonreía al referirse a su destino como a una liberación. Las mujeres se santiguaban e hipaban y sollozaban con él, pero algunos hombres le escupían y comentaban: ahora tiene miedo, se ha ensuciado los calzones el muy cabrón. Unos pasos más atrás, Cipriano iba recogiendo los insultos e improperios que las palabras del Doctor despertaban en el pueblo. De esta manera entraron en la calle de Santiago, donde la masa de gente era más densa aún, casi impenetrable, y los borricos avanzaban al paso, entre los alabarderos. Grupos de mujeres endomingadas, con vistosos atavíos, se asomaban a las ventanas y balcones para ver pasar la procesión y comentaban los incidentes a voz en grito, de lado a lado de la calle. Los chiquillos lo invadían todo, retozaban,

dificultaban la ya difícil circulación, aturdían soplando sus silbatos o los titos huecos de los albaricoques. Y, en medio de aquella barahúnda, todavía llegaban a oídos de Cipriano frases truncadas del Doctor, palabras sueltas de su interminable soliloquio. Pero su atención, sin apenas advertirlo, iba en otra dirección, su débil cerebro se desplazaba hacia Minervina, hacia su airosa figura, decidida, la soga del ronzal en su mano derecha, abriéndose paso entre la multitud, apartando a los transeúntes. Se recreaba en su gentileza y, al contemplarla, sus ojos cegatosos se llenaban de agua. Sin duda era Minervina la única persona que le quiso en vida, la única que él había querido, cumpliendo el mandato divino de amaos los unos a los otros. Cerró los ojos acunado por el bamboleo del borrico y evocó los momentos cruciales de su convivencia con ella: su calor ante la helada mirada del padre, sus paseos por el Espolón, la galera de Santovenia, la ternura con que velaba sus sueños, su espontánea entrega a su regreso, en la casa de sus tíos. Al ser despedida, Mina desapareció de su vida, se esfumó. De nada valieron sus pesquisas para encontrarla. Y ahora, veinte años después, ella reaparecía misteriosamente para acompañarle en los últimos instantes como un ángel tutelar. ¿Sería Mina, en realidad, la única persona que había amado? Pensó en Ana Enríquez, un proyecto apenas esbozado; su tío Ignacio, esclavo de las convenciones; su gran fracaso con Teo, el ejército de sombras que había cruzado por su vida y que fue desvaneciéndose conforme él creyó haber encontrado la fraternidad de la secta. Pero ¿qué había quedado de aquella soñada hermandad? ¿Existía realmente la fraternidad en algún lugar del mundo? ¿Quién de entre tantos había seguido siendo su hermano en el momento de la tribulación? No, desde luego, el Doctor, ni Pedro Cazalla, ni Beatriz. ¿Quién? ¿Acaso don Carlos de Seso pese a sus contradicciones? ¿Por qué no Juan Sánchez, el más oscuro, humilde y, deteriorado de los hermanos? La idea del perjurio y la fácil delación continuaba atormentándole. Una vida sin calor la mía, se dijo. Por sorprendente que pudiera parecer, la mortecina actividad de su cerebro evitaba la idea de la muerte para detenerse a reflexionar en el tremendo misterio de la limitación humana. Al aceptar el beneficio de Cristo no fue vanidoso ni soberbio, pero tampoco quería serlo a la hora de perseverar. Debería perseverar o volver a la fe de sus mayores, una de dos, pero, en cualquier caso, en la certidumbre de hallarse en la verdad. Mas ¿dónde encontrar esa certidumbre? Mentalmente pedía a Nuestro Señor una pequeña ayuda: una palabra, un gesto, un ademán. Pero Nuestro Señor permanecía en silencio y, al mostrarse mudo, estaba respetando su libertad. Pero ¿era la inteligencia del hombre por sí sola suficiente

para resolver el arduo problema? Él sintió el soplo divino leyendo *El beneficio de Cristo* pero, con el tiempo, todo, empezando por las palabras de los Cazalla, se había venido abajo. Entonces ¿no valía nada de lo andado? Oh, Señor —se dijo acongojado—, dame una señal. Le atribulaba el prolongado silencio de Dios, la taxativa limitación de su cerebro, la terrible necesidad de tener que decidir por sí mismo, solo, la vital cuestión.

Los tumbos del asnillo en aquel mar ondulante le adormecían. Cuando abrió los ojos observó que docenas de sotanas revoloteaban como moscas alrededor de fray Domingo de Rojas, emparejaban su paso al de la borriquilla, se dirigían a él a voces, sorteando las picas de los alabarderos. También ellos trataban de arrancarle una palabra, tal vez sólo un gesto, le acosaban. Pero ¿qué les movía en realidad? ¿La salvación de su alma o el prestigio de la orden dominicana? ¿Por qué esta alborotada compañía en contraste con la desolación del resto de los condenados? El dominico se mostraba íntegro, no, no, reiteraba la negativa y sus acompañantes, mezclados con los espectadores, se comunicaban la mala nueva: ha dicho que no, sigue pertinaz, pero hay que salvarlo. Y reanudaban sus acechanzas y uno se arrimó hasta tocarle y le instó a morir en la misma fe que *nuestro* glorioso Santo Tomás, pero fray Domingo mostraba una formidable entereza, no, no, repetía, hasta que fray Antonio de Carreras, que había pasado la noche a su lado, le había confesado y le había aupado para montar en el jumento, ahuyentó los moscones, se colocó a su lado y fue protegiéndolo, conversando con él hasta el quemadero.

Fuera ya de la Puerta del Campo, la concurrencia era aún mayor pero la extensión del campo abierto permitía una circulación más fluida. Entremezclados con el pueblo se veían carruajes lujosos, mulas enjaezadas portando matrimonios artesanos y hasta una dama oronda, con sombrero de plumas y rebociños de oro, que arreaba a su borrico para mantenerse a la altura de los reos y poder insultarlos. Mas a medida que éstos iban llegando al Campo crecían la expectación y el alboroto. El gran broche final de la fiesta se aproximaba. Damas y mujeres del pueblo, hombres con niños de pocos años al hombro, cabalgaduras y hasta carruajes tomaban posiciones, se desplazaban de palo a palo, preguntando quién era su titular, entretenían los minutos de espera en las casetas de baratijas, *el tiro al pimpampum* o *la pesca del barbo*. Otros se habían estacionado hacía rato ante los postes y defendían sus puestos con uñas y dientes. En cualquier caso, el humo de freír churros y buñuelos se difundía por el quemadero mientras los asnos iban llegando. El último número estaba a punto de comenzar: la quema de los herejes, sus contorsiones y visajes entre las llamas, sus

alaridos al sentir el fuego sobre la piel, las patéticas expresiones de sus rostros en los que ya se entreveía el rastro del infierno.

Desde lo alto del borrico, Cipriano divisó las hileras de palos, las cargas de leña, a la vera, las escalerillas, las argollas para amarrar a los reos, las nerviosas idas y venidas de guardas y verdugos al pie. La multitud apiñada prorrumpió en gran vocerío al ver llegar los primeros borriquillos. Y al oír sus gritos, los que entretenían la espera a alguna distancia echaron a correr desalados hacia los postes más próximos. Uno a uno, los asnillos con los reos se iban dispersando, buscando su sitio. Cipriano divisó inopinadamente a su lado el de Pedro Cazalla, que cabalgaba amordazado, descompuesto por unas bascas tan aparatosas que los alguaciles se apresuraron a bajarle del pollino para darle agua de un botijo. Había que recuperarlo. Por respeto a los espectadores había que evitar quemar a un muerto. Luego, alzó la cabeza y volvió la vista enloquecida hacia el quemadero. Los palos se levantaban cada veinte varas, los más próximos al barrio de Curtidores para los reconciliados, y, los del otro extremo, para ellos, para los quemados vivos, por un orden previamente establecido: Carlos de Seso, Juan Sánchez, Cipriano Salcedo, fray Domingo de Rojas y Antonio Herrezuelo. El de don Carlos era contiguo al del Doctor, que sería agarrotado previamente, y, antes de que el verdugo lo ejecutara, intentó hablar de nuevo al pueblo, pero el gentío, que adivinó su intención, prorrumpió en gritos y silbidos. Les enojaban los arrepentimientos tardíos, que dilataban o escamoteaban lo más atractivo del espectáculo. En tanto al Doctor le ajustaban al cuello el tornillo del garrote, dos guardas desmontaron del borrico a Cipriano Salcedo y, una vez en el suelo, le sostuvieron por los brazos para evitar que cayera. No podía tenerse en pie, pero vio a Minervina tan próxima que lo dijo en un susurro: «¿Dónde te metiste, Mina, que no pude encontrarte?». Mas ya le habían cogido a peso dos guardas y le .llevaban en volandas hasta el palo, donde lo ataron. A su lado, en el de fray Domingo, proseguía el revuelo de sotanas, curas que subían y bajaban la escala, que se hablaban entre sí o corrían buscando clérigos más representativos para auxiliarle. Entonces volvió a comparecer el padre Tablares, jesuita, que subió atropelladamente la escalera y tuvo un largo rato de plática con el penitente. El ajetreo de la muchedumbre no permitía oír sus voces, pero algo importante debió de decirle porque fray Domingo se ablandó, y el padre Tablares, desde lo alto de la escalerilla, encareció a voces a los curas que se encontraban al pie que buscaran sin demora al escribano, quien, al cabo de unos minutos, se presentó montado en una mula negra. Era hombre de media edad y barba corta, que familiarizado con su oficio, extrajo

un papel blanco de la escribanía, mientras un fraile muy joven le sostenía el tintero. Fray Domingo miraba a un lado y otro como desorientado, ausente, pero cuando el padre Tablares le habló de nuevo al oído, él asintió y proclamó, con voz llena y bien timbrada, que creía en Cristo y la Iglesia y detestaba públicamente todos sus errores pasados. Los curas y frailecillos acogieron su declaración con gritos y muestras de entusiasmo y se decían unos a otros: ya no es pertinaz, se ha salvado, en tanto el escribano, firme al pie del palo, levantaba acta de todo ello y la multitud enfurecida protestaba de la intervención de aquéllos.

Cipriano, atado a la argolla del palo, los ojos cobardes posados en Minervina, sentía el empuje de la muchedumbre, la actividad de verdugos y alguaciles, sus evoluciones, sus voces. ¿Dónde estaba el suyo, su verdugo? ¿Por qué no comparecía? Le sobrecogió el alarido de la multitud, el golpe sordo del cuerpo agarrotado de fray Domingo al caer sin vida a su lado, la rápida acción del gigantesco verdugo empujándole a las llamas, el chisporroteo inicial. El gentío, defraudado al ver quemar un cuerpo sin vida, trataba ahora de desplazarse a la izquierda, frente a los cuatro reos que esperaban aún la ejecución, pero los ya instalados, al darse cuenta de sus pretensiones, forcejeaban con ellos y armaban pequeñas algaradas. El verdugo, ajeno a sus problemas, acababa de prender la hoguera de Juan Sánchez que ardía furiosamente y desprendía un acre hedor a carne quemada. Mas las llamas consumieron antes sus ligaduras que su cuerpo y Juan Sánchez, al sentirse libre, se agarró al palo y trepó por él, con agilidad de mono, gritando a voz en cuello y pidiendo misericordia. La muchedumbre aplaudía y reía ante su actitud simiesca. Juan Sánchez tenía achicharrado el costado izquierdo, la piel arrugada y gris, y, agarrado al extremo del palo, escuchaba las exhortaciones de un dominico, que por un momento le hicieron vacilar, mas, al volver la cabeza y reparar en la gallardía con que don Carlos de Seso aceptaba el suplicio, se dejaba quemar sin un gesto de protesta, dio un gran salto y se arrojó de nuevo a las llamas donde murió, dando brincos hasta que perdió el conocimiento.

La multitud apostada ante los palos rugía de entusiasmo. Los niños y algunas mujeres lloraban, pero muchos hombres, encendidos por el alcohol, reían de las batudas y torsiones de Juan Sánchez, le llamaban leproso y malnacido y remedaban ante los espectadores sus gestos y piruetas. Asimismo despertaron la hilaridad y las lágrimas de los presentes los contoneos y muecas del bachiller Herrezuelo, amordazado, las llamas reptando por su entrepierna, estirándose hasta abrasarlo, el alarido inhumano que escapó de su garganta una vez que el fuego devoró su mordaza y

liberó su boca. Muchas mujeres cerraban los ojos horrorizadas, otras rezaban, las manos juntas, la mirada recogida, pero algunos hombres seguían voceando e insultándole. Cipriano apenas tenía una vaga idea de que había visto morir a Seso, a Juan Sánchez y al bachiller a su lado. Las llamas habían dado rápida cuenta de sus vidas y el pesado hedor de carne quemada se asentaba sobre el campo. Divisó al verdugo encaminándose al palo, la tea humeante en su mano derecha, y, entonces, volvió a cerrar sus ojos encarnizados y a encarecer de Nuestro Señor una señal. Un cura corría ahora hacia el verdugo, la sotana arremangada, suplicándole con violentos ademanes que demorara la ejecución. Era el padre Tablares. Llegó a la escala jadeando, se llevó una mano al pecho y se detuvo en el primer peldaño. Al cabo, subió de un tirón y juntó su rostro compasivo al del falleciente Salcedo. Jadeaba. Todavía aguardó unos minutos para hablar:

—Hermano Cipriano, aún es tiempo —dijo al fin—. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia.

Los hombres silbaban. Cipriano entreabrió sus párpados hinchados y esbozó una tímida sonrisa. Tenía la boca seca y la mente borrosa. Levantó la cabeza y miró a lo alto:

—C… creo —dijo— en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles.

El padre Tablares aproximó los labios a su mejilla y le dio la paz en el rostro:

—Hermano —suplicó—, decid Romana, solamente eso, os lo pido por la bendita Pasión de Nuestro Señor.

La gente se impacientaba. Sonaban silbidos e imprecaciones. Cipriano, con la nuca apoyada en el palo, miraba reconocido al padre Tablares. Por nada del mundo quería pecar de engreimiento. El verdugo les miraba impaciente, la tea en la mano derecha, mientras el escribano, pluma en ristre, esperaba al pie del palo la confesión del reo. Cipriano volvió a cerrar los ojos, a pedir una seña a Nuestro Señor. Sintió el latido doloroso en el párpado y murmuró humildemente, como excusándose por su obstinación:

—Si la Romana es la Apostólica, creo en ella con toda mi alma, padre—musitó.

La cólera del pueblo exigiendo la hoguera, la buena disposición del verdugo para complacerle, apremiaban al padre Tablares que, en un impulso paternal, levantó la mano derecha y acarició la mejilla del reo:

—Hijo, hijo, ¿por qué has de poner condiciones en esta hora? —dijo.

La angustia crecía en el pecho de Cipriano. Buscó una nueva

fórmula que no le traicionara, que expresara sus sentimientos y, al propio tiempo, diera satisfacción al jesuita; unas tiernas palabras ambiguas:

—Creo en Nuestro Señor Jesucristo y en la Iglesia que lo representa —dijo con un hilo de voz.

El padre Tablares bajó la cabeza desalentado. No había más tiempo. Los espectadores pedían a gritos el sacrificio: voceaban, brincaban, alzaban los brazos. Los silbatos de los niños aturdían. El humo hacía llorar los ojos. Una mujer gruesa comía buñuelos tranquilamente junto a Minervina. El padre Tablares, consciente de su fracaso, descendió lentamente la escalerilla, vio a Minervina sollozando junto al verdugo y a éste mirándole a él atentamente. Entonces hizo la seña, un leve ademán con la mano derecha señalando la carga de leña, sobre el burrajo. El verdugo arrimó la tea a la incendaja y el fuego floreció de pronto como una amapola, despabiló, humeó, rodeó a Cipriano rugiendo, lo desbordó. La multitud prorrumpió en gritos de júbilo cuando se produjo la deflagración y enormes llamas envolvieron al reo. Señor, acógeme —murmuró éste. Sintió un dolor intensísimo, como si le arrancaran la piel a tiras, en las caras internas de los muslos, en todo su cuerpo, con una intensidad especial en las yemas de los dedos. Apretó los párpados en silencio, sin mover un músculo, resignadamente. El pueblo, sobrecogido por su entereza, pero en el fondo decepcionado, había enmudecido. Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos.

DECLARACIÓN DE MINERVINA CAPA

En la villa de Valladolid, a veintiocho días del mes de mayo de mil quinientos cincuenta y nueve, estando los señores inquisidores don Teodoro Romo y don Mauricio Labrador en su audiencia de la tarde, ordenaron comparecer ante sí a Minervina Capa, de cincuenta y seis años, natural de Santovenia de Pisuerga y vecina de Tudela, que juró en forma debida decir la verdad.

Preguntada por la razón de su presencia en el quemadero en la tarde del 21 de mayo de 1559 y su relación con el relajado Cipriano Salcedo, la atestante manifestó que el interfecto había sido *su niño*, desde la muerte de su madre en 1517, que le había criado a sus pechos y le había atendido en sus necesidades. Manifestó asimismo que, terminada la crianza, esta testigo quedó al servicio de don Bernardo Salcedo, viudo y padre de la criatura, hasta que decidió internar al niño en el Hospital de Niños Expósitos para su formación, determinación que dolió mucho a la declarante.

Preguntada por el hecho de haber conducido la borriquilla hasta el palo, la atestante declaró que el reo iba muy enfermo de los ojos y las piernas, y que la idea de que ella le condujera partió del tío y tutor del interfecto don Ignacio Salcedo, presidente de la Real Chancillería, que había ordenado buscarla por todos los pueblos del alfoz mediante pregones, y hallóla, al fin, en Tudela de Duero donde residía desde su matrimonio con el labrantín Isabelino Ortega, al cual había dado dos hijos, ya mozos. Y que el dicho don Ignacio Salcedo, al pedirle que acompañara a la hoguera a su sobrino, le hizo saber que de otro modo éste se iba a encontrar muy solo en esa tarde tan triste, momento en que esta declarante aceptó acompañarle como hubiera accedido —dijo— a morir en su lugar si así se lo hubiesen pedido.

Preguntada por las personas que hablaron con el reo en el palo, o si se le encomendó algún encargo para cuando el mismo falleciera, o si vio u oyó alguna cosa tocante a la herejía de la que debe dar cuenta al Santo Oficio, la atestante juró en forma de derecho que el día de autos no advirtió ni vio nada en el quemadero fuera de lo que a continuación iba a decir. O sea, el gran número de religiosos y colegiales de la Santa Cruz que rodeaban al penitente más grueso, un fraile de mejillas sonrosadas al que decían fray Domingo, que al decir de ellos iba pertinaz. Pero que fue solamente el llamado padre Tablares el que le exhortó y convenció. Y que una vez terminada la asistencia, el mismo padre Tablares acudió al palo de *su niño* y le dijo: «Hermano Cipriano, aún es tiempo. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia Romana», pero que *su niño* abrió un poco los ojos enfermos y le dijo: «Creo en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles». Asegura esta declarante que el llamado padre Tablares porfió para que el penitente pronunciara la palabra *romana* a lo que el penitente respondió que si la Romana era la de los Apóstoles, como debía ser, creía en ella. Dijo asimismo que algo más debió de decirle el fraile a *su niño* puesto que estuvieron un rato con los rostros juntos pero que no guardaba memoria de lo que le dijo o tal vez no alcanzó a oírlo porque era mucho el jolgorio y la confusión que había en el quemadero.

Preguntada finalmente la atestante si vio u oyó alguna otra cosa que, por una razón o por otra, considerase que debe declarar al Santo Oficio, la atestante manifestó que, en todo caso, de lo que vio aquella tarde, lo que más la conmovió fue el coraje con que murió *su niño*, que aguantó las llamas tan tieso y determinado, que no movió un pelo, ni dio una queja, ni derramó una lágrima, que a la vista de sus arrestos, ella diría que Nuestro Señor le quiso hacer un favor ese día. Preguntada la atestante si ella creía de buena fe que Dios Nuestro Señor podía hacer favor a un hereje, respondió que el

ojo de Nuestro Señor no era de la misma condición que el de los humanos, que el ojo de Nuestro Señor no reparaba en las apariencias sino que iba directamente al corazón de los hombres, razón por la que nunca se equivocaba. Por lo demás, terminó la declarante, no advirtió ni vio, ni oyó nada que su memoria guarde, aparte de lo transcrito.

Fuela encargado el secreto so pena de excomunión.

Fui presente yo, Julián Acebes, escribano.

(Declaración de Minervina Capa, de Santovenia de Pisuerga, en el informe de las personas que asistieron a las ejecuciones del día 21 de mayo de 1559.)

Aparte los libros y autores expresamente mencionados en la novela, hay historiadores como Jesús A. Burgos, Bartolomé Bennassar, Carmen Bernis, Germán Bleiberg, Teófanes Egido, Isidoro González Gallego, Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Ortega y Rubio, Anastasio Rojo Vega, Matías Sangrador, J. Ignacio Tellechea y Federico Wattenberg que con sus obras me han ayudado a reconstruir y conformar una época (el siglo XVI). A todos ellos expreso por estas líneas mi reconocimiento.

PM

PALABRAS MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas V

El cazador





Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa

ISBN: 978-84-90712-21-4

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

PRÓLOGO

Cuatro décadas de caza con mi padre

por Germán Delibes de Castro

Si algún temor siento a la hora de redactar el prólogo de este tomo, que reúne los escritos, muy numerosos, sobre caza y pesca de Miguel Delibes, es hacerlo desde una excesiva proximidad al autor. He recibido ese encargo por el dudoso mérito –pero indudable honor– de haber sido acompañante de mi padre, domingo tras domingo, con la escopeta al hombro, durante cuarenta años, y algunos pensarán que por ello dispongo de un observatorio privilegiado para comentar sus libros cinegéticos. Tengo miedo, sin embargo, de que tanto tiempo compartiendo campo con él, detrás de perdices y liebres, y tantos años de espontánea y cálida complicidad, que extiendo por supuesto al resto de la cuadrilla, hagan vanos mis intentos de ofrecer una semblanza del Cazador que no resulte una copia clonada de la que él ha ofrecido de sí mismo en otras ocasiones. Es complicado sentirse juez y parte. «Una cuadrilla –decía Miguel Delibes en 1964– se forma como las cascajeras del río, a base de años y de erosión. De esta manera llega a ser un algo pulido, uniforme, sin aristas, que se mueve en son de equipo, bajo una disciplina natural». Uno, que se sabe un canto rodado más de la cascajera, tiene dudas de si será capaz de escapar por unas horas de esa pulida uniformidad del equipo para imprimir a su análisis alguna originalidad.

El prologuista, que se gana la vida dando clases de prehistoria, está acostumbrado a hablar de la caza en términos académicos. Sus alumnos reciben cada curso el mensaje de que el hombre es por naturaleza cazador, que durante dos millones de años se procuró el sustento a través de la caza y que sólo en el último instante, hace diez mil años, se vio *obligado* a salir de la rutina cinegética para inventar la agricultura. Los alumnos de uno, por tanto, entenderían perfectamente a don José Ortega y Gasset al decir que lo que mueve al cazador del siglo XX es el deseo de regresar por unas horas al paleolítico y de recuperar su auténtica esencia. Todos, incluso los más detractores de la caza, somos portadores de ese instinto, lo llevamos escrito en los genes, y serán las circunstancias las que contribuyan a hacerlo más contenido o más explícito. Mi padre sostiene que la influencia de su abuelo francés, acostumbrado a disfrutar del campo –algo raro en la

España decimonónica de siesta, casino y puro– y muy aficionado a los deportes al aire libre, fue determinante para que la caza prendiera en nuestra familia con la fuerza con que lo ha hecho.

No hay constancia de que Frédéric Pierre, el bisabuelo de Toulouse que llegó a España para trabajar en el ferrocarril, practicara la caza. Sí lo hizo el abuelo Adolfo, al que Miguel Delibes describe como cazador en solitario, sobre todo de conejos, que, ya mayor, tenía la hermosa costumbre de saludar sombrero en alto, en señal de homenaje, a las contadas perdices que derribaba. A su lado se desarrolló la afición cinegética de mi padre, de acuerdo con el ritual que luego se ha repetido tantas veces entre nosotros: primero como morralero y simple espectador, y más tarde, con trece o catorce años, armado con una escopetilla casi de juguete, de 12 mm, con la que abatió su primera perdiz en las laderas de la Sinova.

La Guerra Civil («que autorizaba –en palabras del escritor– a disparar sobre los hombres pero impedía hacerlo contra los conejos») y las vedas de la postguerra forzaron un paréntesis en su actividad venatoria. Delibes, hombre metódico hasta límites insospechados, ha tenido el humor y la paciencia, a lo largo de medio siglo, de anotar en unas pequeñas libretas, con letra primorosa, todas sus excursiones de caza, y en ellas no hay datos anteriores a 1949, seguramente porque las salidas fueron excepcionales. Algo tendrían que ver también en ello la absorbente preparación de las oposiciones a catedrático de Derecho Mercantil, su prolongado noviazgo con Ángeles, su boda y la llegada de los primeros hijos.

De nuevo los apuntes inéditos de las libretas, pero también, indirectamente, el testimonio de Lorenzo, el protagonista de *Diario de un cazador* (pues, como alguna vez se ha dicho, se trata de un álter ego rebajado del propio Delibes), revelan que la afición cinegética había regresado a su querencia en la década siguiente. Desde entonces los escritos sobre caza y pesca, estos últimos mucho más esporádicos, no han dejado de fluir regularmente de su pluma hasta formar esta importante gavilla de páginas que reclama nuevamente la imprenta y que reúne nada menos que ocho libros y dos trabajos menores aparecidos entre 1963 y 1996: *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1964), *Con la escopeta al hombro* (1970), *La caza en España* (1972), *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo (1977), Mis amigas las truchas* (1977), *Las perdices del domingo* (1981) y *Mi último coto* (1992), más un curioso *Prólogo a un libro sobre caza de patos que no llegó a escribirse* (1978) y unas notas sobre *El fin de la perdiz silvestre* que vieron la luz en 1995. Unas obras que analizan el fenómeno de la caza desde ópticas distintas –de la motivación del acto cinegético a las normativas que regulan su práctica, y del análisis de las diversas modalidades de caza a la crónica de las experiencias

diarias del autor– y que, en cuanto a creación, como Delibes ha reconocido, constituyen, por su espontaneidad, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de su actividad literaria, hecho sin duda determinante para que el autor optara por definirse antes como un cazador que escribe que como un escritor que caza. *Mi último coto,* broche final de esta trayectoria, será el diario de una despedida gradual y nostálgica en la que el Cazador, abrumado por las tribulaciones de la actividad cinegética, por la escasez de perdices, por las viejas y nuevas enfermedades del conejo y por el general deterioro de la naturaleza, acaba olvidándose casi por completo de la vertiente depredadora de la caza para manifestarse como un preocupado ecologista. Tan negras predicciones y los estragos de una severa intervención quirúrgica apartaron definitivamente a mi padre de la caza, una de sus mayores pasiones, en 1998.

Pero va siendo hora de explicar cómo es la caza de Delibes, porque no es una caza cualquiera. No es, como él mismo se ha hartado de repetir, ni la montería ni el safari, sino otra a la que incluso los papeles oficiales menosprecian tildándola de *caza menor.* Y, dentro de ésta, no es tampoco la de los multitudinarios y descansados ojeos de perdices sino la caza en mano galana o a rabo, la de aquellos «cazadores –no resisto la tentación de reproducir sus palabras del prólogo-dedicatoria de *Diario de un cazador*– que con arma, perro y bota componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mondos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, o en un mixto de mala muerte con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarles demasiado que el revisor huela al perro ni que el matacabras azote despiadadamente la paramera». Por incomprensible que parezca, esta caza dura, sacrificada y con harta frecuencia condenada a regresar con el morral vacío, en la que el cazador pone a prueba sus facultades y desafía a la perdiz mirándola a los ojos, sin marrullerías, es la única caza que entiende y justifica Delibes. Es la caza-caza, la caza fetén, la caza que pone en cuestión nada menos que el enunciado de la famosa *ley del interés* de Quesnay («El individuo busca la máxima satisfacción con el menor esfuerzo»), por la sencilla razón de que una parte muy importante del placer del desafío con el pájaro lo constituye el propio esfuerzo.

Algo van aclarándose las cosas. A Miguel Delibes, sin saber muy bien por qué, no le va la caza mayor. En ello le secunda el prologuista, aunque no Juan y Adolfo, sus hijos menores; convertidos también en unos conspicuos cazadores de corzos y jabalíes. Tal vez no le prendió el gusto por inasequible, pues en su juventud era caza de gente de postín. Acaso porque en los años cincuenta y sesenta avistar un cochino en las campiñas llanas de Valladolid era, de puro excepcional,

noticia de periódico. Y también porque las largas horas de inmovilidad en el puesto, además de enervarle, pueden convertirse en un atentado contra su salud, como le ocurrió hace treinta años en una batida a los cochinos a cuatro grados bajo cero, en el hayedo de Huidobro. En todo caso, sin necesidad de buscar más disculpas, Delibes acaba reconociéndose incapaz de enfrentarse a los ojos de un ciervo herido, unos ojos humanizados, dice, y, arrimando el ascua a su sardina, añadirá que mientras un venado o un corzo muertos le producen el rechazo de un cadáver, una perdiz en idéntico estado nunca deja de mostrarse como un atractivo bodegón. Al final, lo único cierto es que, llegado el primer domingo de febrero, Miguel Delibes desmonta, limpia y guarda la escopeta invadido por la melancolía porque, sin caza mayor por medio, sabe que no volverá a desenfundarla hasta mediados de agosto, en la desveda de la codorniz.

No es ningún secreto, por tanto, que la caza que apasiona a Delibes es la caza de la perdiz roja, auténtica pieza reina y objetivo número uno de nuestras excursiones dominicales. La atracción un tanto obsesiva y, si me apuran, casi enfermiza, que ejerce en el cazador este pájaro duro, esquivo y cada día más escaso es difícil de explicar. Nos enciende la bravura de su vuelo; nos sentimos retados por él en la persecución, exigente y trabajada, con que intentamos ponerlo a tiro; y, con las facultades físicas de ambos contendientes ya muy mermadas, afrontamos la culminación del lance, el momento del disparo, entre abrumados (¿creerán que me sigue poniendo temblón el potente zurrido de su arrancada?) y expectantes, ante la duda de si finalmente sabremos estar a la altura del desafío. Hace treinta años, cuando aún no se había inventado la perdiz de criadero, no hubiera sido necesario aclarar que la desafiada por la familia Delibes es la perdiz salvaje. Hoy sí. Aunque las perchas sean cada día más exiguas, las cacerías siguen teniendo a ésta como eje principal, porque, como sostenía el maestro Ortega, ¿qué placer hallar en una caza predecible y tan abundante como podamos querer de antemano? Y es que el reto exige incertidumbre y pierde todo sentido cuando el adversario deja de ser la verdadera naturaleza.

El resto de las piezas que cada jornada procuramos acular en el morral son casi meros complementos. He oído decir repetidamente a mi padre que, antes de la propagación de la mixomatosis hace medio siglo, había cazadores que se dedicaban sólo al conejo. El abuelo Adolfo, por ejemplo, salía cada domingo a dar un paseo por el sardón del monte de Valdés, en la Mudarra, para cobrar media docena de ellos que, excepcionalmente, adornaba con las plumas de una solitaria perdiz. Hoy es preciso reconocer que, con contadas excepciones, los gazapos y las liebres que se abaten cazando en mano son los que las escopetas levantan casi involuntariamente durante el acoso a las

perdiganas, aunque, más de una vez, la sola tentación de una rabona bien guisada baste para buscarla con denuedo. Y el mismo carácter accidental, dentro de su mayor rareza, tiene en nuestras perchas una pieza tan noble y tan codiciada como la chocha: permaneceremos atentos a su entrada coincidiendo con los primeros fríos invernales y, a partir de entonces, cada vez que atravesemos el mohedal, no podremos dejar de pensar en su aparatoso aleteo de salida y en su vuelo zigzagueante. Sin embargo, no conservo en el recuerdo más que una ocasión, con Leguineche y Sarasqueta en la Sierra de la Demanda, en que la cuadrilla preparara una expedición específica para buscarla, tal vez por carecer de perros bien adiestrados para ello.

A esto, más la codorniz en verano, se reduce la caza de Delibes, cuyos gustos cinegéticos, fuera de alguna rara incursión de ciertos vuelos a los patos de la laguna manchega del Taray, a un par de ojeos de perdices en Toledo y a algún ruidoso, pero todavía más excepcional, aguardo a las torcaces en las sierras de Ávila, coinciden con los del más modesto cazador lugareño de Castilla. Alguna vez oí decir a los amigos del Club de Cazadores Alcyón, en el que hacia 1965 ingresó Miguel Delibes: «¡Qué bien escribe de caza pero qué pocas formas de cazar conoce!». En realidad, sí conocía más, pero sólo se sentía auténticamente cautivado por la caza más primitiva, por aquella en la que el cazador ha de hacerlo todo, buscar la pieza, levantarla, cazarla, derribarla y cobrarla. «El cazador a rabo, en mano, al salto, en guerra galana; he ahí el cazador de perdices», reivindica en el *Libro de la caza menor.* Una caza en mano que para disparar la escopeta y cobrar algún pájaro, a diferencia del ojeo, exige fatigarse y acertar con una estrategia en la que colabora toda una cuadrilla. Una caza, por otra parte, que no termina con el disparo, puesto que la cobra de la pieza, su examen, la ceremonia de depositarla en el morral o de colgarla en la percha siguen siendo pequeños placeres a los que el cazador-cazador no renuncia ni delega en las manos mercenarias de un secretario. Y una caza inconcebible, también, sin la satisfacción de ver convertido el botín en suculencia gastronómica.

Se puede decir que Miguel Delibes ha formado parte, durante su vida de cazador, de sólo dos cuadrillas o, si me apuran, de una que fue sufriendo cambios –deserciones por edad y segregaciones aconsejadas por el crecimiento de los hijos de los cazadores iniciales– con absoluta naturalidad a lo largo de los años. La original, a la que dedica *Diario de un cazador,* estaba constituida, además de por nuestro abuelo, por sus amigos Antonio Merino, Manolo Monsalve y Vicente Presa, con la incorporación ocasional del tío José y de Santiago Monsalve. Y en la segunda, la de los últimos treinta años, una cuadrilla todavía más familiar, acabamos alineándonos junto a él su hermano menor, el tío Manolo (Manolo Grande, en los escritos), y sus hijos, con el añadido

eventual de su yerno, Luis Silió, y en los últimos tiempos de sus nietos Germán y Jorge.

En una familia como la nuestra, primitiva y cohesionada como un clan, no sólo la caza propiamente dicha sino toda la parafernalia que rodeaba la excursión dominical se convertía en una fiesta. El ritual comenzaba la víspera haciendo provisión de cartuchos y adquiriendo viandas para el almuerzo campero del día siguiente, y seguía ya el propio domingo de madrugada con la recogida bulliciosa de los perros en el taller que regentaba Manolo Grande. A continuación recalábamos en la trasera de *El Norte de Castilla* para hacernos con un periódico recién salido de la rotativa y aún por distribuir en los quioscos, comprábamos el pan (mi abuelo materno, panadero, se disgustaba porque preferíamos los lechuguinos de la competencia) y acabábamos poniendo orden en el estómago con un chocolate con churros. Después, un corto viaje en coche, rara vez superior a cien kilómetros –la comodidad de cazar cerca pocas piezas se ha impuesto, en general, a la tentación de largos desplazamientos al sur con la promesa, no siempre cumplida, de botines más importantes–, daba ocasión a pasar revista a las novedades de la semana, siempre con el humor y la simpatía contagiosos del tío Manolo, y a comentar la estrategia de la inminente cacería. Y por fin, ya en el cazadero y tras la tregua de unos minutos nerviosos al pie del coche para montar las armas, rellenar las cananas y componer los morrales, la cuadrilla estaba preparada para iniciar las operaciones, para abrirse en mano por páramos y navas y, como alguna vez ha dicho mi padre, para experimentar la emoción, en la calma de las primeras luces del día, de quien se cree inaugurando el mundo.

En el afán de trajinar a las perdices, objetivo, como decía, número uno, la mano actúa de acuerdo con una estrategia, acompasando sus movimientos a la reacción de los pájaros y al deseo, fijado de antemano, de conducirlos allá (comúnmente la ladera) donde se presume más sencilla su caza. No es, pues, un andar autómata, a ciegas, sino un ejercicio táctico en el que las reacciones no del todo previsibles del animal obligan a tomar decisiones sobre la marcha. He ahí la razón por la que Miguel Delibes, el estratega de nuestro grupo, insistía en la necesidad de que la cuadrilla fuera un equipo disciplinado y cómplice en el que cada escopeta tuviera su particular cometido pero en el que también supiera tomar la iniciativa ante cualquier reacción inesperada del vecino. Con no disimulado orgullo diré que nuestro grupo acabó siendo esa maquinaria bien engrasada, esa mano que, adoptando de salida la forma de una línea recta, iba cambiando su geometría, adelantando ora una punta, ora la otra, ora ambas, girando noventa grados a la derecha o a la izquierda o volviendo sobre la mano, en una inversión completa del sentido de la

marcha, en función del vuelo de las perdices, de la orografía del cazadero e incluso de la dirección y la fuerza del viento. Todo ello con unos movimientos armónicos, sincronizados, que creo sinceramente habrían provocado la admiración de un mariscal de campo, y en respuesta a no más que un leve gesto o un discreto silbido. Y es que la caza, como todo, también puede llegar a ser un arte.

Pero antes me refería al particular cometido de cada escopeta, y éstos eran los que hace seis lustros teníamos asignados los integrantes de nuestra cuadrilla. A Manolo Grande, con unos cuantos kilos de más y las secuelas de una grave operación de aneurisma de aorta, se le reservaba el puesto de delantero centro, por mitad de la ladera, un poco más cómodo en principio que los demás; Juan y yo nos situábamos en las alas, con la misión de entrizar hacia la cuesta –su querencia natural– los bandos de perdices que se levantaban a nuestro paso en el mar de cavones del fondo del valle y de los páramos, respectivamente; y mi padre y un muy joven Adolfo actuaban como interiores, aquél en la parte alta de la ladera y éste en la falda. Aprendí de Miguel Delibes que su puesto, muy cercano a la pestaña de la ladera, es decir, a la intersección de ésta con el páramo, era el del bocacerral, un puesto de responsabilidad en el que era preciso prestar simultáneamente atención a los movimientos que se producían por encima de la cabeza, en el rotundo llano de la paramera, y en la cuesta. Y no hace falta decir que orden tan perfecto acababa rompiéndose al final del día con la dispersión de los pájaros por el llano, momento en que las escopetas, ya sin excesivos miramientos tácticos, gastaban sus últimas energías (pocas después de una andadura de seis o siete horas, lastrada por el peso y por la dificultad de un piso desigual) en registrar los perdederos.

No me cuesta nada evocar la figura de mi padre en estas lides, allá por los años setenta, con las facultades físicas intactas, avanzando a largas zancadas por los barbechos embarrados de Santa María del Campo, o salvando elásticamente de un salto el arroyo que separaba los dos montes de Villanueva de Duero. Y la imagen es de tal nitidez que puedo reconstruir con todo detalle su indumentaria: sus botos de cuero de media caña, ya muy deformados por el uso; una cazadora de aviador de paño verde, muy ligera, con forro de franela y cuello de borreguillo; y la inevitable visera inglesa de cuadros sin la cual se confiesa desnudo e incapaz de hacer puntería. Ciñe a la cintura, además, una cartuchera de vaqueta clara con el adorno de una percha metálica de gancho, y de su hombro izquierdo pende un pequeño morral de costado desteñido por el sol, la lluvia y la orina de conejos y liebres. Para su desesperación, porque van casi permanentemente empañadas por el sudor, no puede renunciar a las gafas, unas gafas grandes, de montura negra, que le ocupan casi toda la cara. Y la

guinda, como no puede ser de otra manera, la pone la escopeta. Una escopeta muy ligera de dos caños, paralela, del calibre 12, cuya marca ni él –nada caprichoso ni demasiado aficionado a las armas– ni yo seríamos capaces en este momento de nombrar. Es *su* escopeta, la que sustituyó hacia *1960* a la mítica Jabalí del 16, tan presente en *Diario de un cazador* (hoy en manos de mi hermano Miguel), y con la que sólo dejó de cazar en una ocasión, cuando en noviembre de 1972 se produjo su extravío en el portal de nuestra casa de Paseo Zorrilla. El arma no tardó en aparecer en la oficina municipal de objetos perdidos (¡ay, si hoy nos hubiera cogido la guardia civil en semejante renuncio!), pero la crónica del único domingo que mi padre se vio obligado a salir al campo con escopeta ajena, prestada, es una retahíla interminable de lamentaciones: extrañaba su peso, le desconcertaba su potente culatazo, la mano derecha no se adaptaba al perímetro de su garganta, y la sensibilidad del gatillo le llevaba involuntariamente a disparar décimas de segundo antes de completar la puntería. «Con la escopeta –escribiría inconsolable– sucede lo mismo que con la pluma: ahormarla a nuestra medida es una cuestión de tiempo, a veces de mucho tiempo». Menos mal que quince años después no tuvo tantos problemas de adaptación con el arma que le regaló Juan Antonio Sarasqueta, una hermosa escopeta que había pertenecido a su padre, el célebre armero eibarrés, cuando *la suya* tuvo que pasar por talleres como consecuencia de un aparatoso reventón.

El hombre pertrechado de esta manera era por los años sesenta y setenta, además de un puntilloso tirador, que repetía cada temporada holgadamente el título de campeón de la cuadrilla, un tipo duro que no se arredraba ante ninguna adversidad climática y para el que recorrer cuarenta kilómetros campo a través cada domingo resultaba algo completamente natural. Solemos recordar divertidos la cara, mitad de incomprensión mitad de indignación, del periodista Fernández Brasso al término de una jornada infernal por la ribera del Duero en la que caminamos toda la mañana bajo un auténtico diluvio. Y tampoco es de olvidar aquel 3 de enero de 1971 en el que mi padre, ese día sólo acompañado por Manolo, se quebró el peroné por el capricho de cazar, ahí es nada, a diecisiete grados bajo cero. El frío, el agua, el viento huracanado y el hielo, que tanto perturban al cazador a la hora de hacer puntería, nunca fueron razón suficiente para que renunciáramos a la preceptiva excursión dominical. Sólo excepcionalmente lograban vararnos en casa, sin posible consuelo, aquellos días que la ley denomina «de fortuna» (nos ocurrió varias veces en Vadillo de la Sierra, en Ávila), en los que una copiosa nevada, con los campos completamente blancos, dejaba a los animales indefensos.

Hablar del Miguel Delibes andarín y adicto al aire libre daría para

escribir un voluminoso tratado. No todo el mundo está en condiciones de comprender una afición que te emplaza a caminar hasta la extenuación, pero para mi padre el placer de llegar «arruinado» de vuelta al coche, con un par de perdices colgando de la cintura y una proporción aceptable de acierto en los tiros, no es en absoluto comparable al de obtener ese mismo botín sin mediar esfuerzo. El asunto es tan serio que creo que, de no haber existido la modalidad de caza en mano o a rabo, esto es andando con cierta entrega, Delibes no habría sido cazador. Disfruta por el mero hecho de caminar y no necesita un motivo especial para hacerlo: probablemente un experto en medicina deportiva hoy nos diría que detrás de todo esto se encuentran las famosas endorfinas. Hace diez o quince años, en sus largos paseos diarios para conservarse en forma, peinaba literalmente la ciudad; no había vecino que no le viera cada día o como mucho cada semana («he visto a tu padre»), y tenía minuciosamente calculado el tiempo que le llevaba cada recorrido de manera que la vuelta a casa se producía exactamente tres horas después de la salida. La puntualidad y la disciplina llegaban al extremo de que, si al regresar al portal de la casa de Dos de Mayo, faltaban cinco minutos para cubrir el horario previsto, éste se completaba con una última vuelta a la manzana. Con tamaño entrenamiento a nadie sorprenderá que, cuando a mediados de los años setenta, Elisa, mi hermana, él y yo nos decidimos a realizar una marcha popular a pie entre Valladolid y Palencia, con fines benéficos, nos pusiéramos incondicionalmente en sus manos: él sabría bien lo que había que hacer y, en efecto, tras diez horas de andadura, llegamos tan pispos a Palencia. Lo que Elisa y yo no habíamos calculado es que la extrema frugalidad de este hombre delgado, fibroso y tremendamente austero, iba a reducir el avituallamiento a un solitario café (para más inri, quiero recordar que solo), que tomamos, de acuerdo con sus previsiones, en una hostería de Dueñas. Hora es también de preguntarse si tendrían conocimiento sus compañeros de la Real Academia de que, para llegar a la sesión de los jueves a las seis y media de la tarde en la calle Felipe IV, Delibes salía a pie tres horas antes del hotel Monterreal, en Puerta de Hierro, a doce kilómetros de distancia. Me cuesta trabajo creer que, con tanto metro y tanto autobús y con el respeto con que en general se miran las distancias capitalinas, exista un solo madrileño que haya realizado alguna vez ese mismo trayecto caminando, pero los cazadores al salto nos las gastamos así.

Reconozco que en estas cosas –es una pena que no en otras– sus hijos varones nos parecemos bastante a él y nos identificamos plenamente con su ideal de caza sacrificada y de vida al aire libre, lo cual no significa que nunca haya habido vacilaciones. El prologuista, con sólo diez u once años, recuerda el día en que se le pasó por la

cabeza seriamente el abandono. Ocurrió en Villafuerte de Esgueva, tras siete horas de brega en un día oscuro y muy frío de invierno; anochecía cuando completamente desfallecido divisó a lo lejos, por fin, el enorme roble («Atalaya gorda») bajo el que acostumbrábamos a aparcar el coche. Su alegría duró poco pues, inesperadamente, cuando la meta estaba ya al alcance de la mano, el vuelo ruidoso de unas perdices obtuvo como respuesta una instrucción inapelable de nuestro padre, «A la izquierda, sobre la mano», con la que se reiniciaba la maniobra. En todo caso, no fui el único en desesperarme porque los últimos años no hubo día en que Manolo Grande no protestara por tener que aguardar tiempo y tiempo en el coche hasta que el Cazador, todo tesón, decidía poner fin a su jornada. Claro que Manolo tenía la venganza al alcance de la mano, una muy dulce venganza, pues en la espera nos dejaba prácticamente sin vino para la comida.

Si Juan Gualberto, el Barbas, protagonista de *La caza de la perdiz roja,* me hubiera preguntado con su habitual socarronería si ese tal Miguel Delibes era una buena escopeta o una buena pluma, le habría contestado sin vacilación que las dos cosas. Piernas de hierro bien entrenadas, grandes dotes estratégicas, tenacidad y una puntería excelente: en Delibes, que reunía todas estas cualidades, las perdices no encontraban buen enemigo. Ya antes dije que mientras le respondieron las fuerzas fue el campeón de la cuadrilla, según consta en esas libretas que a estas alturas deben parecer la madre de todos los archivos. No es para tanto; se limitan a describir en dos pinceladas la excursión del día y a anotar las piezas cobradas en ella por cada cazador para, a continuación, presentar un balance acumulado del total de la temporada. Asimismo pueden dar cuenta, pero no siempre, de las piezas que en el sorteo del final de la jornada le correspondieron al cronista («a casa, tres perdices y liebre»), prueba del aprecio culinario que también sentimos por ellas. Pero insisto, era el campeón inapelable y por ello recibía una minúscula copa que le entregábamos protocolariamente en una cena, tras la última cazata, en la que nos acompañaban madres, novias y esposas. Reuniones incomparables, con una dosis no pequeña de fanfarronería, que concluían invariablemente con una lectura de versos –todos estábamos obligados a hacerlos y pueden imaginar su calidad– escritos para la ocasión. En febrero de 1966 mi padre recuperaba una copa que Manolo Grande le había birlado el año anterior, aprovechando su estancia cómo profesor visitante en la Universidad de Maryland, y lo hacía con una larga rima que comenzaba así: «Ni me jacto ni me ensaño, / entrega la copa, hermano, / ya te lo dije hace un año / que volvería a mi mano».

Mi hijo Jorge, que creo es el único de nosotros que ha escrito algo sobre el Delibes cazador, le definía muy bien en su faceta de tirador:

el Abuelo, aunque parsimonioso haciendo puntería, era tremendamente seguro, de manera que sus disparos en el bocacerral siempre acababan de la misma manera: desplazándose unos metros sin apartar la vista de la dirección del tiro, agachándose, acomodando con mimo la escopeta en el suelo, recogiendo la pieza abatida e inclinando la cabeza hacia el costado para colgarla en la percha o depositarla en el macuto. Jorge no sabía que lo de la lentitud tomando los puntos era fruto de la edad (tenía casi ochenta años), porque quienes le conocimos en plenitud –entre ellos Juan, mi hermano, un cazador excepcional y muy viajado, que dice no recordar otro tan completo como nuestro padre– no sabríamos encontrarle defecto. Así de fino era tirando, aunque él se fustigue en los escritos subrayando sus limitaciones en el tiro de ojeo o del conejo a tenazón y reprochándose, como no podía ser de otra manera, cada perdiz marrada. Pero los expertos saben la dificultad de «partir con el campo», esto es, de conseguir un número de piezas no inferior a la mitad de los disparos realizados, y las cifras de nuestro padre, muy poco proclive a traquear en exceso y a dejar caza herida por tirar demasiado largo, siempre se aproximaban a eso. Son los números, sin duda, de un certero tirador pero también de un cazador alerta, en tensión permanente y con la escopeta todo lo más en guardia baja, porque lo de la escopeta al hombro, cuando hay perdices por medio, es puro recurso literario. ¿Y a cuánto ascendían las perchas? Variaban según los años y los sitios, pero en general eran modestas o, por lo menos, no aparatosas. A Miguel Delibes, naturalmente, no le ha faltado curiosidad para sacar la media de piezas cazador/día (las suyas, las del campeón, estarán, por tanto, algo por encima) y oscilan entre cuatro y uno y media, sin contar las excepcionales excursiones al sur, cuyos resultados, mucho más copiosos, desvirtuarían la estadística.

Me parece obligado dedicar también alguna atención a los escenarios de nuestras cacerías. Del título del más reciente de los libros que componen este volumen, Mi *último coto,* al lector le será dado deducir que Miguel Delibes cazó antes en otros muchos. Y, en efecto, así ocurrió regularmente a partir de los años setenta, pero no antes. Porque antes había regido el ideal de caza delibeano de hombre libre contra pieza libre sobre tierra libre. Es toda una paradoja que, incluso en plena dictadura franquista, mal que bien, se cumpliera la primera de tales premisas; la segunda comenzó a hacer agua cuando a algún cazador, que no lo era de verdad, le dio por poner al alcance de la escopeta pájaros de granja, mansos y bobalicones; y la libertad del campo pasó a mejor vida cuando aquello que Lorenzo, el cazador, llamaba «lo libre», que era todo salvo contadas fincas (en su caso, Muro, Diputación o el Monte de Villalba), se convirtió en un mapa ordenado y sin fisuras de cotos privados y municipales.

Antes, y el prologuista siendo morralero todavía tuvo oportunidad de conocerlo, la cuadrilla del Cazador no decidía el destino de su expedición hasta el último instante. El lugar para elegirlo era la churrería La Madrileña, en los soportales de Cebadería, y la hora las ocho de la mañana del propio domingo. Sólo entonces, encandilados por algún rumor de última hora, después de conocer el destino de las dos o tres cuadrillas amigas que también se citaban allí para desayunar, y a la vista finalmente del pronóstico del tiempo de Oliver Narbona publicado en *El Norte,* se elegía entre desplazarse a Belver de los Montes, a Renedo de Esgueva, a Mota del Marqués, al monte de Monturus, a Tordesillas, a Villafuerte o a cualquier otro punto de un campo que no sabía de límites. Para entonces, con la llegada de los primeros coches de la postguerra, las distancias habían dejado de ser un serio inconveniente, y mi padre, hasta entonces limitado a la bicicleta y a la moto como medios de transporte, pudo ampliar un poco el modesto radio de acción de sus excursiones. De esta manera, las cacerías en las puertas de la ciudad, más concretamente en la Granja Escuela de la Diputación, al otro lado del Puente Colgante, fueron quedando atrás y con ellas dos anécdotas que difícilmente se borrarán de la memoria familiar: de un lado, el derribo por parte del abuelo Adolfo, ya casi octogenario, de su última perdiz, y, de otro, la renuncia del Cazador a cobrar un nuevo pájaro, éste caído dentro del patio del manicomio, al ser abordado por un enfermo que, viéndole encaramado en lo alto de la tapia, le preguntaba torpe pero amenazadoramente si era de los de dentro o de los de fuera.

Pero decíamos que la libertad de escoger dónde cazar se acabó hacia 1970 y que desde entonces sólo fue posible hacerlo como socios de algún coto. El modelo de éstos distaba mucho del soñado por mi padre años atrás, en espera de una nueva ley de caza (una especie de reservas temporales y rotatorias para un campo mayoritariamente libre, según confidencia hecha a Juan Gualberto, el Barbas), pero seguramente en aquel momento la medida de crearlos sirvió para rebajar un tanto la presión sobre la perdiz. Creo recordar que nuestros primeros cotos fueron Montealto y Villaester, para luego desfilar sucesivamente por Villamediana, Las Gordillas, Santa María, Vadillo de la Sierra, El Bibre, Revilla Vallejera... De todos ellos, tantas veces presentes en los diarios de Miguel Delibes, conservo mil y una anécdotas que me entretengo en repasar en mis cada vez más frecuentes noches de insomnio. Montealto y Villaester eran auténticos semilleros de liebres; en el valle de la fuente de Villamediana tuvimos los primeros e inesperados encuentros con el jabalí; Las Gordillas nos dio la oportunidad, aleccionados por los Alcyón, de practicar nuevas cazas, como la becacina y la torcaz; en Vadillo, superado el desconcierto inicial de su agreste topografía, acabamos enganchados a

la bravura de la perdiz serrana; El Bibre, junto a Tordesillas, nos devolvió a la caza más tradicional de páramo y ladera en compañía de dos grandes amigos, Olegario Ortiz y Jesús María Reglero; y Revilla, un buen coto que cazamos en años negados de perdiz, estaba llamado a ser, sin que entonces lo supiéramos, el escenario de la despedida venatoria de nuestro padre (¡qué espectaculares pelotazos los de tus dos últimas perdices, cortadas cuando escapaban como centellas hacia el páramo!). Todos ellos, además de atractivos cinegéticamente, cumplían el requisito de un precio apañado, detalle importante sin duda cuando quien pagaba era un funcionario con siete hijos. En todo caso, cuando hace unos días paseábamos por los alrededores de su casa en Valladolid, ni mi padre ni yo tuvimos la menor duda de cuáles habían sido los tres cazaderos que dejaron más huella en la familia: Santa María del Campo, la finca de Araoz, en Villanueva de Duero, y Sedano.

Santa María, al sur de la provincia de Burgos, fue el coto perdicero por excelencia. Entramos en él gracias a los buenos oficios de José Luis Montes, a quien está dedicado *Las perdices del domingo,* y no dejamos de frecuentarlo, con sólo algún pequeño paréntesis, durante quince temporadas. Dividido en cuarteles, que compartíamos con los cazadores del pueblo y con un grupo de franceses, el primer año nos tocaron en suerte las empinadas cuestas de la izquierda del Arlanza, pero el tiempo acabó llevándonos, y nos quedamos para siempre, al cuartel del arroyo Madre, un amplia nava de cereal con pequeños cabezos coronados por almendros que, flanqueada por dos laderas, la de Los Serranos al oeste y la de Torremoronta al este, se extendía desde el pueblo hasta la carretera de Lerma. Allí, bajo la tutela de mi padre y del tío Manolo, a la vista de la hermosa torre de la iglesia de Santa María, de Diego de Siloé, fuimos aprendiendo Adolfo, Juan y yo el oficio de cazador al salto, porque Miguel, biólogo en ciernes, para entonces ya había decidido colgar la escopeta. Una decisión la suya en absoluto ajena al alud de reproches que le llovieron el día que dejó pasar indemne, sobre su cabeza, un nutrido bando de perdices, sin mejor justificación que la de haberse desentendido momentáneamente de la mano para colectar egagrópilas de mochuelo junto a unas tapias.

La estrategia que solíamos desplegar, tras aparcar el coche al pie de Torremoronta, consistía en abrirnos en mano por la laderilla y por el estrecho páramo de Los Serranos, los jóvenes un poco adelantados por el alto y los veteranos por el sopié, para, al tiempo que se iniciaba el traqueo sobre los bandos de perdices que iban alzando el vuelo, empujarlos a los bajos, al labrantío casi llano de la margen derecha del arroyo, que recorreríamos de vuelta. En la mano de ida, la suerte de las escopetas altas estaba en las asomadas, en aprovechar los desniveles de la ladera para sorprender a la caída a las perdices menos

avisadas; mientras que las oportunidades para Manolo Grande y su hermano solían venir de arriba, pájaros que se descolgaban como aviones desde lo alto de la cuesta y que, para salvar a los cazadores, tomaban altura hasta rozar las nubes. ¡Con qué satisfacción ha narrado mi padre los lances de este tipo, los «tiros reales», que para hacerse con la perdiz exigían «adelantar mucho de golpe y doblar hacia atrás la cintura hasta casi quebrarla»! Pero, con tratarse de tiros muy vistosos, la percha de verdad se hacía de regreso, o al menos ésta era la teoría, con los miembros de la mano registrando minuciosamente los perdidos de aulagas, los breñales de las cárcavas, las junqueras del arroyo o los pajonales de los bordes de los caminos donde las perdices, ya dispersas y cansadas, resultaban mucho más asequibles y los perros Dina y Choc podían exhibir sus cualidades. Nadie me tomaría en serio si pusiese en duda la aspiración de todo cazador a hacerse con un buen ramo de perdices, pero puedo decir satisfecho que fueron más de una y más de dos las jornadas de calor que, en esta vuelta por los bajos de Los Serranos, como en el cuartel de Las Peladas de El Bibre años después con Jesús Reglero, la cuadrilla se impuso deportivamente un alto el fuego al comprobar la falta de músculo y de resistencia que mostraban las perdices nuevas, del año. Y es que, en contra de lo que pueda creerse, el número de víctimas, el bulto del morral como dice Delibes, está lejos de serlo todo a la hora de ponderar el éxito cinegético.

Toda una vida no sería suficiente para contar las cosas curiosas que nos ocurrieron en Santa María. Me viene a la cabeza el desconcierto que nos produjo a mi padre y a mí la arrancada en una de las junqueras al pie de Los Serranos de un tremendo jabalí, seguido de la decepción de comprobar el desprecio olímpico (apenas un leve quiebro) con que respondió a nuestros tiros con perdigón de sexta. ¿Cómo pasar por alto la anécdota de Manolo Grande, que en vez de disparar al raposo que le venía de frente, por la ladera, le citó con zalamerías creyendo que se trataba del Zar, un pastor alemán todoterreno de José Luis Montes? Y, no sin cierta vanidad, registraré también el enfado contenido de este último, factótum del coto como ya apunté, ante la respetable percha de trece perdices y cuatro liebres con que, un jueves de octubre de 1969, nos presentamos mi padre y yo en la casilla del molino de Escuderos, tras cazar mano a mano tres horas por la tarde en la ladera de Torremoronta. Aquello, recogido, claro está, en las libretas de Delibes, tuvo como primera consecuencia la prohibición de cazar los jueves, y como segunda, ante la propuesta del consocio Aldo Evangelisti de celebrar el domingo siguiente un campeonato por parejas familiares, padre-hijo, la reacción apresurada y vehemente del amigo Montes de apostar unos dineros a favor de los Delibes. ¿A quién no le gusta que alaben sus destrezas?

Tanto o más disfrutamos en la finca Calderón de Villanueva de Duero, donde cazamos cerca de veinte años invitados por un gran amigo de mi padre, Alejandro Fernández de Araoz. En realidad, con su suelo de arena, sus suaves ondulaciones, sus zonas de regadío, sus pinares y su carrascal de encina, era la antítesis de Santa María, pero a finales de los años sesenta también daba para hacer una buena percha de patirrojas en la gran llanura próxima a la linde de Serrada y en los maizales de la orilla del río. La gran ventaja de Villanueva, en todo caso, era su proximidad a Valladolid, lo que la convertía en un destino improvisado y muy atractivo los días que amanecían con tiempo revuelto. A los principiantes un cazadero tan cómodo, sin cuestas aparatosas y con abundancia de liebres, conejos y palomas, cuando no de patos y avefrías, nos entusiasmaba. Acabamos conociendo aquella finca, en la que casi valía más la astucia que la fuerza, como la palma de la mano, circunstancia que nos permitía completar la jornada cobrando unos azulones junto a la presa de Baruque, tiroteando al raposo en la pimpollada, buscando la becada en la cerviguera del primer monte o fogueando al anochecer sobre las torcaces que bajaban a dormir en las copas redondas de los grandes pinos piñoneros. Allí trabamos amistad con el guarda, Emiliano, y con su mujer, la señora Concha, en cuya cocina de la casa del monte, al mediodía, recuperábamos fuerzas comiendo unos huevos fritos con mondongo que desataban la euforia de Manolo Grande.

Y por fin Sedano, en las Loras del norte de Burgos, donde la caza adquiere un aura especial por tratarse de nuestra tierra de adopción. Dicen que fue un excelente cazadero de perdiz mientras quedó gente en el valle para trabajar el campo, pero nosotros, que recalamos definitivamente allí en 1959, apenas llegamos a conocerlo. Sólo las crónicas familiares, esas que con el tiempo adquieren ribetes épicos, dan cuenta indirectamente de ello a través de una anécdota sucedida a nuestro padre en el otoño de 1950. Se hallaba allí por prescripción médica, para curar un ganglio y, pese a haberle sido recomendado reposo, no resistió la tentación de dar un paseo con la escopeta por los alrededores de la iglesia mayor. A la media hora entraba de vuelta en la plaza, por el camino del Castro, con tres perdices en la percha, provocando los murmullos de los próceres del pueblo que un rato antes le habían despedido con jocoso escepticismo. Hoy repetir esto es inimaginable porque apenas quedan cuatro perdices para el recuerdo.

Por ello, para los Delibes la caza de Sedano es, sobre todo, la de la codorniz, pues su desveda a mitad de agosto coincide con nuestras vacaciones estivales. He de reconocer que, por ser poco exigente desde el punto de vista físico, por practicarse con temperaturas altas, propias de la estación, y por requerir inexcusablemente del auxilio de un perro, que no tengo, la de la codorniz no es la caza que más me

agrada. Pero para Miguel Delibes el año que las africanas crían en condiciones en los rastrojos y brezales de la paramera, constituye un placer de dioses. Acompañado de Juan o de Adolfo y de sus perros (la codorniz no requiere una mano más amplia), pocas tardes dejará de dar un paseo de dos o tres horas por Las Pardas, por los canteros de cereal del Toralvillo o por las hazas y vallejos de Villaescusa para hacerse con un ramillete de pájaros. La felicidad en este caso no estará ligada a las endorfinas o a acabar hecho una ruina, pues el andar de esta caza es pausado, ni tampoco en mostrarse especialmente acertado en el tiro, pues, como acostumbra a decir él, para derribar una codorniz basta con reportarse, sino en observar las evoluciones de los perros, de la Dina, del Grin, del Itor, del Coker y de la Fita, con los que, como ha dejado escrito en repetidas ocasiones, siempre se sintió muy compenetrado. El caminar relajado entre muestra y muestra del perro, esta vez sí, con la escopeta al hombro, que le permite reparar en la presencia del raro elanio azul, recrearse en los corzos que brincan de una zarzamora, descubrir un fósil en el suelo, tomar nota de una plaga de orugas en el rebollar, filosofar sobre la veleidosa codorniz, interesarse por el trabajo de sus hijos o canturrear cualquier aire de moda, como sostiene Manu Leguineche, constituye el mejor tonificante para sus nervios y ni siquiera el momento siempre un poco triste de la retirada, ya puesto el sol, se acompaña en este caso de lamentaciones, pues unos pocos minutos de coche le devuelven a la paz envolvente del refugio de Sedano.

Ésta es, en fin, la caza de Delibes y nuestra caza. Más que una afición, una pasión y, en ocasiones, una pasión en el límite de lo ordenado, porque me hubiera gustado conocer la reacción del editor José Vergés, tan recto, de haber sabido que la crónica de un partido de fútbol Valladolid-Barcelona de mil novecientos cincuenta y tantos, que el Cazador, recién regresado del monte, dictó por teléfono para el semanario catalán *Vida Deportiva,* era pura creación literaria apoyada en las notas escuetas de un espabilado espectador de apenas diez años: mi hermano Miguel. Una afición, la cinegética, que, practicada noblemente, no puedo aceptar sea cruel (el cazador no encuentra el menor deleite en el sufrimiento de las piezas que cobra), como predican los anti-caza, por más que sea irremediablemente cruenta. Y una actividad que, en nuestro caso, nos reporta tal cúmulo de satisfacciones –el placer del ejercicio físico al aire libre, la posibilidad de comulgar con la naturaleza, una disculpa para el reencuentro familiar– como para seguir considerándola irrenunciable mientras las circunstancias lo permitan, esto es, mientras las piernas y los pájaros aguanten. Pero no debemos olvidar que para Miguel Delibes fue también, en los años negros que siguieron a la muerte de Ángeles, su mujer y nuestra madre, refugio literario, puesto que los únicos escritos

que salieron de su pluma entre aquella fecha, noviembre de 1974, y 1978, en que vio la luz *El disputado voto del señor Cayo,* fueron el discurso de ingreso en la Academia y el diario de caza *Las perdices del domingo.*

Nada descubro a estas alturas proclamando que la caza es una constante en la obra delibeana. Aquí, como decíamos al principio, están reunidos todos sus libros específicos sobre caza (y pesca), pero muchas, casi todas sus novelas también están trufadas de anécdotas cinegéticas. El quesero de *El camino*, padre de Daniel el Mochuelo, que sube cada temporada desde el valle de Iguña a las tierras de Castilla para cobrar las perdices rojas que no encuentra a orillas del Besaya, es también un apasionado de la caza del milano. El bedel Lorenzo, de *Diario de un cazador*, pasa tanto tiempo en los pasillos de la Escuela de Comercio como buscando la liebre, en compañía de Melecio, en la linde de lo de Muro. El mismo Lorenzo, emigrado a Chile, no para hasta encontrar quien le acompañe al sopié de los Andes para medirse con la perdiz cordillerana. En *Las ratas*, donde en cualquier página puede volar de las espuendas del camino un par de codornices, el Nini disfruta siguiendo las huellas marcadas por la liebre en la nevada y llora la muerte del zorrito alevosamente asesinado por Matías Celemín, el Furtivo. En *Viejas historias de Castilla la Vieja* todo el pueblo asiste atónito a la infructuosa persecución del matacán del majuelo por parte del aristocrático lebrel de Arabia de don Benjamín. La figura de Paco, el Bajo, que cobra las perdices alicortas mejor que un pointer y que carece de rival templando el cimbel para que doblen los bandos de torcaces sobre las que fogueará el señorito Iván, adquiere en *Los santos inocentes* tanto relieve como la del Azarías, el popular cuidador de la milana. Y ya el colmo es Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje,* que no sólo es adoctrinado en el luteranismo por uno de los hermanos Cazalla dentro del tollo, mientras espera la entrada de las perdices al reclamo, sino que se las apaña, en pleno siglo XVI, para dispararlas con una revolucionaria arma de fuego, la retaco, que se ha hecho traer *ex professo* nada menos que desde Flandes. En abril de 1994, Miguel Delibes, mi padre, se quejaba en el discurso de recepción del premio Cervantes, lleno de pesadumbre, de que sus personajes le habían escamoteado su propia vida, de que habían vivido por él. Se me ocurre pensar, entonces, que lo de hacerles cazar no fuera más que un subterfugio para seguir, desde sus otros yo, practicando su afición favorita.

Valladolid, marzo de 2009

El libro de la caza menor

1964

A mi amigo Alejandro Fernández de Araoz

Prólogo

He aquí un nuevo libro sobre caza. No un libro profundo ni tampoco un trabajo aristocrático sobre la montería o el safari, sino un libro sencillo, directo, en torno a la humilde actividad venatoria que yo practico y que ya, de entrada, los papeles oficiales menosprecian denominándola *caza menor*.

Se trata de un atractivo empeño, sin duda, siquiera uno haya de pechar con valiosos antecedentes, antecedentes que se extienden desde el rey Sabio y don Juan Manuel a nuestros días, en que la pluma ilustre de don José Ortega y Gasset, al prologar un libro del conde de Yebes, dejó dicho casi todo en torno a las motivaciones del arte cinegético. Por si fuera poco, bien próximas tenemos las confesiones espontáneas de Lorenzo,[1] el bedel cazador y emigrante, cuyas ideas en estos menesteres del arte venatorio difieren bien poco de las mías. Sin embargo, en estos asuntos siempre restan huecos por llenar y, un poquito usted y otro yo, entre todos terminaremos por dar con el quid de la caza, es decir, con lo que la caza es y la caza representa, al margen de esa frase prosaica, con resabios de guarismo presupuestario, que la define como una riqueza nacional.

Ortega y Gasset afirmaba en 1942 que la caza llama al hombre con voz de voluptuosa sirena, como le llaman, en general, las formas de vida del pasado, que, al retirarse, tiran de los hombres actuales como si quisieran recuperarlos. «El pasado –añade– engendra la fuerte resaca de una bajamar... Pero ya que no quepa transferir íntegramente nuestra existencia a una forma de vida anterior ¿por qué no parcialmente un rato para descansar del penoso vivir aquí y ahora?... He aquí por qué caza usted. Cuando está usted harto de la enojosa actualidad... toma usted la escopeta, silba usted a su can, sale usted al monte y, sin más, se da usted el gusto durante unas horas o unos días de ser paleolítico»... Por su parte, Lorenzo, el bedel cazador, afirma: «Yo no sé si seré un gili pero a mí la vida me duele y, a ratos, pienso que si yo voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida, pues cazando parece como si uno espabilase ese dolor y se lo metiese, con los perdigones, a las liebres y a las perdices por el culo». He aquí dos razones aceptables para legitimar la inclinación venatoria del hombre. Dos razones que, aunque otra cosa parezcan, son perfectamente compatibles, supuesto que para todo hombre, en cualquier estadio de

civilización, la vida de los antepasados dolía menos que la suya, o sea, que el anhelo de ser un rato paleolítico envuelve el anhelo de huir del dolor de la vida, con lo que el argumento de don José Ortega y Gasset y el de Lorenzo, el cazador, coinciden en una encrucijada clave; son, en sustancia, un único y definitivo argumento.

Durante mi viaje por América del Sur, pude observar que los últimos reductos araucanos se hallan hoy en plena agonía. El indio andino se deja morir –cuando no se mata– incapaz de soportar el corsé de la civilización. Se ha pretendido trasplantarlo de golpe y el indio no ha podido arraigar en el asfalto. El araucano se asfixia lentamente; muere de nostalgia. Echa de menos los horizontes abiertos, la espontaneidad, la improvisación de sus decisiones. En fin, al indio araucano, prensado entre la máquina y el cemento, le falta aire que respirar.

En mayor o menor medida, el corsé de la civilización nos oprime y embaraza a todos, y este hecho nos brinda una congruente oportunidad para reflexionar sobre el sentido de la vida del hombre; si eso que hemos dado en llamar progreso no es, en puridad, progreso; si el progreso no consiste, tal como hoy lo entendemos, en hacer cada día más tupida la cortina que separa al hombre de los goces naturales, de las exigencias primarias de sus instintos. Desde este punto de vista, la tiranía de la razón resulta ser la tiranía más absorbente que haya tenido que soportar el hombre desde sus orígenes. De aquí que Ortega, con agudísima visión, considere la actividad venatoria como «unas vacaciones de humanidad». El hombre, en el monte, olvida sus habituales comodidades, el tedio de la vida social, la hipocresía de las fórmulas corteses; en el campo, las preocupaciones se achican y los prejuicios se desvanecen. Simultáneamente se opera un afinamiento de los instintos, metamorfosis que induce a Ortega a considerar que el hombre «torna a ser paleolítico », es decir, se irracionaliza; se reaproxima, nuevamente, al animal. Por su lado, Lorenzo, el cazador, coincide con el maestro en que la caza representa unas vacaciones de humanidad, mas, en lugar de rebajar al hombre, el contacto con la Naturaleza lo eleva y enaltece. «Salir al campo a las siete de la mañana –dice– no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece como si uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios.» En una u otra forma, es indesmentible que la caza deshumaniza al hombre, le lleva a encontrar la receta para desprenderse de sus inquietudes cotidianas y, consecuentemente, de hallar la fórmula suprema de felicidad.

Alguno podrá preguntarse cómo un deporte que requiere tamaños paciencia y sacrificio pueda reportar al hombre algunas briznas de placer. Para no pocos la felicidad dominical estriba en permanecer

encamado hasta las once de la mañana, tomarse cuatro copas en el bar, disputar una partida de chamelo con los amigos y, a media tarde, asistir a un espectáculo en el que veintidós muchachos se fatiguen para su recreo, u otro, vestido de luces, afronte la muerte entre las astas de un toro. Cada vez son más numerosos los seres que aspiran a divertirse con la fatiga o el riesgo de los demás. El esparcimiento estático es otro de los males del siglo, consecuencia del emperezamiento progresivo que en el hombre ha originado el automatismo. Ello no es obstáculo para que la caza exista y para que millones de seres en el mundo antepongan su ejercicio a toda otra forma posible de diversión. Que la caza requiere esfuerzos y desvelos ¿quién lo duda? La caza es un esparcimiento fundamentalmente dinámico. El morral hay que sudarlo. La cacería se monta sobre madrugones inclementes, ásperas caminatas, comidas frías en una naturaleza inhóspita, lluvias y escarchas despiadadas... Pero hay algo que compensa al cazador de tantas contrariedades. Afinando un poco se puede asegurar que, para el cazador que lo sea de verdad, cada obstáculo a vencer constituye un nuevo aliciente que acrece su satisfacción. Una pieza en perspectiva basta para que toda molestia se disipe y se produzca en el cazador una profunda remoción psíquica. Mi amigo Antonio Merino, a quien en mi ciudad identifican con Melecio, el inseparable de Lorenzo, con quien, sin duda, tiene algunos puntos comunes, duerme normalmente como un leño, mas le es suficiente una cacería en puertas para que le asalten extrañas pesadillas. Son pesadillas de venador, pesadillas de una crueldad refinadísima, como la del bando de perdices que le arranca en la Plaza Mayor llena de gente o la de la escopeta cuyos cañones languidecen como el tallo de una amapola tan pronto intenta aculatarla en el hombro. Mi hermano Manolo, cada domingo, no sabe qué hacer con su formidable cuerpo de cien kilos, a partir de las cuatro de la mañana. Al fin, se levanta, marcha al garaje y allí se pone de palique con el sereno hasta la hora de la cita. El cazador no se sacrifica para madrugar; el sacrificio –y no menguado– es acostarse la noche del sábado. Y otro tanto acontece con los demás aspectos de apariencia desagradable o, si se quiere, rotundamente desagradables para quien sea sordo a las incitaciones del campo. Otro buen amigo mío, Manolo Monsalve, se distendió un tobillo en una cacería pero no acusó el dolor hasta que bajó la noche y con ella se esfumó toda posibilidad de ver caza. Para un cazador que se precie, la perdiz es el analgésico más eficaz. Y ya, en trance de confidencias, debo confesar que yo, en los días de veda en que la depresión me ronda, me llego a la pajarera del Campo Grande –el parque de mi ciudad– solamente para contemplar la pareja de perdices prisioneras que hacen vida comunitaria con los periquitos, los faisanes y el guacamayo del Brasil. Son, lógicamente,

perdices cebadas, de una domesticidad blanda y esponjosa, sin bravura ni majestad, pero que, no obstante, actúan como un revulsivo sobre el hombre-cazador que por fas o por nefas se ve forzado a vivir en pleno foco urbano.

De lo antedicho se deduce que la caza, más que una afición, es una pasión. La afición a la caza absorbe, llena totalmente. Uno no puede concebir un cazador indeciso a la hora de aceptar una cacería. Un amigo mío concluye que, para él, la caza es la faena más importante que puede realizar el hombre sobre la Tierra. Lo divertido del caso es que su afirmación no puede tomarse por huera palabrería. Su vida es consecuente con su credo. A menudo lo encuentro a las siete de la tarde, de regreso del monte, en un día de labor. No se muestra exultante pero tampoco arrepentido. Durante el día olvidó sus quehaceres, las perdices disiparon sus preocupaciones, mas el retorno al asfalto reaviva y agranda todos los problemas cuya solución aplazó; se ve asaeteado por los remordimientos. Ello no obsta para que, si uno le animase a repetir la excursión al día siguiente, él desatendiera de nuevo la perentoriedad de sus asuntos y aceptara la proposición a cierra, ojos. Él admite su debilidad cinegética como un sino fatal. «Si me pusieran entre el honor y la caza tendría que renunciar al honor», me dice, a veces, con una conmovedora resignación.

La caza, es evidente, crea en el hombre una segunda naturaleza, desborda, con frecuencia, su voluntad. Una perdiz en lontananza representa, digamos, para el hombre-cazador lo que una mujer en lontananza para el hombre sensual.

¿Y por qué esa avidez paleolítica ínsita en el hombre se orienta precisamente hacia la escopeta y no en el sentido de horadar una cueva, plantar de pinos una ladera monda, pintar monos en una gruta o, simplemente, pastorear? Topamos aquí no ya con la razón que impulsa al hombre al campo sino con la que le induce a hacerse con un arma y agredir con ella a los animales salvajes. Es incontestable que la primera actividad del hombre sobre la Tierra fue la de la caza y, si esto es así, resulta paladino que la evasión del «penoso vivir aquí y ahora» no se realizará de manera completa y satisfactoria sino cazando. Claro está que sobre este motivo se acumulan otros que además de justificar ese retorno pasajero del hombre a la naturaleza explican por sí solos esta supervivencia del instinto atávico de la caza, ya que en nuestros días no valen los argumentos prehistóricos de que el hombre cace por defenderse o para alimentarse, siquiera, en su trasfondo, el cazador de liebres experimente la sensación de estar realizando un ejercicio «provechoso» y el matador de safari quiera creer que, con su actitud, está librando a la Humanidad de una

«terrible amenaza». Detrás del ejercicio venatorio hay no poco de jactancia, y no poco de satisfacción de un instinto sanguinario. Pero quizás esto suene demasiado cruel. El hombre no mata por matar aunque tampoco, por descontado, por comer ni por defender su vida, aunque estas ideas bullan en su cerebro en estado larvado. El hombre caza para probar su destreza y su fuerza; empujado por un sentimiento de competencia y emulación. La liebre es rápida; la perdiz, brava; el conejo, astuto, y el hombre gusta de probar su rapidez, su bravura y su astucia. Ninguna piedra de toque para ello como la caza. Y ya lo tenemos en el monte, movido por un prurito de superioridad, deseoso de emular las más grandes hazañas. En definitiva, el hombre-cazador juega a que, mediante su actividad, se defiende y se alimenta pero, en realidad, sólo compite.

La caza, el cobrar un montón de piezas, tendría muy poco valor si la caza estuviera a la vuelta de la esquina y la pieza se encaramase a un guardacantón para que el cazador la asesinara. De aquí que Ortega afirme, con toda la razón, que la escasez de piezas es lo que justifica la caza. Pues ésta es otra razón que viene a probar el carácter competitivo y emulatorio de esta actividad: «Hay poca caza, pero yo solo he derribado, una docena de piezas». El hombre-cazador compite, pues, también con la escasez. Al salir al campo cada domingo piensa en realizar una buena faena. Luego viene el tío Paco con la rebaja y un día tras otro regresará con las orejas gachas. La lección aun repetida y repetida hasta la saciedad, no le servirá, empero, de nada. Al domingo siguiente ensayará de nuevo porque no hay individuo entre la fauna humana más obstinado y recalcitrante que el cazador.

Pero decía que tampoco el hombre se sentiría cazador si las Piezas se le abriesen de alas y se le ofreciesen en holocausto. Tampoco en este caso habría competencia y resultaría necia toda tentativa de emulación. Es decir, si las cosas fuesen así no tendríamos tampoco cazador. El hombre que marcha de caza lo que pretende es doblegar a las bestias cuyas defensas pueden estimarse parejas a su capacidad –la del cazador– ofensiva. De ahí el carácter de *duelo* que suele atribuírsele a la caza, de ahí que a cada pieza que escapa el cazador sienta en su piel el latigazo del desafío. Un animal que no acierte a defenderse, que no venda cara su vida, automáticamente es desdeñado. Lorenzo, el cazador emigrante, no se adaptó a la vida americana entre otras razones porque la perdiz cordillerana le decepcionó: «Son medio maricas –dice de ellas–; para bajarlas basta con reportarse». En efecto, la perdiz americana se arranca de los pies, delata su salida con un silbido estridente, no es demasiado rápida y, por añadidura, vuela confiadamente por lo derecho. Esto y su relativa abundancia hacen que un cazador curtido, habituado a ganarse su ración, las desprecie olímpicamente.

Hay, por último, otra circunstancia que actúa sobre el cazador y aun le mueve a serlo: la convicción de que hace algo útil; de una parte, un ejercicio saludable; de otra, un morral apetitoso. Sobre lo primero, no es éste el momento oportuno para dejar correr la pluma. Respecto a lo segundo y dando por bueno que hoy, salvo el cazador de oficio, nadie sale de caza con fines mercantiles, no se podrá negar que únicamente la caza *de* animales que *sirven* para algo es la que da sentido al ejercicio cinegético. Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «ése va a por carne», cuando, en realidad, todos, en mayor o menor grado, vamos a por carne. De lo contrario, organizaríamos cacerías de grajos o de urracas, más abundantes, y que por su carácter esquivo también sirven para ejercitar la puntería. A mí me ocurrió llenarme de júbilo con el primer zorro que maté. Más tarde, ya en casa, advertí que aquello no era más que un cadáver –lo bueno de la caza menor es que las piezas muertas nunca llegan a adquirir la sobrecogedora calidad de cadáveres– sembrado de pulgas y con el que nadie, ni el mismo basurero, quería cargar. Finalmente yo mismo terminé por darle tierra porque empezaba a descomponerse. Ante tamaña broma, en lo sucesivo, siempre que he matado un zorro he procurado quitármelo de encima en el reparto o se lo he cedido graciosamente a un pueblerino que supiera desollarlo y llenar de paja su piel para aprovecharla luego. Se aducirá que para un cazador-cazador cobrar un zorro reporta una satisfacción mayor que cobrar una perdiz. La objeción es certera, pero, precisamente, porque en este caso la rareza de la víctima puede más que su aprovechamiento meramente gastronómico, pero esto no deshace mi teoría ya que, en definitiva, el raposo es también un animal preciado; un animal cuya caza –aparte del relativo valor de su piel– sirve para algo, a saber, para evitar que devore perdices, liebres y conejos que, bien ellos mismos, bien sus descendientes, puedan colmar mañana nuestra avidez venatoria. Lo que carece de gracia, insisto una vez más, es abatir un animal cinegética y gastronómicamente inútil.

En este somero recuento de pequeños estímulos –grandes, inconmensurables estímulos para el hombre-cazador– que provocan y justifican el fenómeno de la caza, vamos a concluir por donde empezamos, es decir, que, dando por sentado que el hombre sale al campo para darse el gusto durante unas horas de ser paleolítico, es evidente que tras una ardua jornada de molestias incontables, regresa del monte reconciliado con su condición de animal de asfalto. El hombre-cazador, en su efímera fuga, se ha percatado del valor de su régimen de vida cotidiano, del valor de los detalles que veinticuatro horas antes despreciaba, incluso de la importancia de nimias comodidades hasta ese momento inadvertidas. O sea, que la caza

revaloriza las conquistas más elementales para convertir su utilización o su degustación en placeres cada semana renovados. Así, calzarse unas zapatillas, beber un vaso de agua fresca, sumergirse en un baño tibio, arrellanarse en un sillón… Disponer ininterrumpidamente de estas cosas, tenerlas siempre al alcance de la mano, nos induce a menospreciarlas. Un día entero careciendo de ellas, trocándolas por un repertorio de incomodidades sin cuento, subraya su existencia, aviva su valor. A este respecto nunca podré olvidar una cacería a finales de septiembre, en Belver de los Montes. Fue, aquél, un día canicular y, vencida la tarde, la sed nos abrasaba, el sudor adhería nuestras ropas a la piel, las botas constituían un tormento… De regreso, aún lejos, Ignacio Herrero descubrió una charca inmunda, de agua estancada, recalentada por un sol de fuego. Nuestro júbilo se desbordó. Viéndonos chapotear alegremente en el agua arcillosa se nos podría tomar por una cuadrilla de millonarios bañándose en el mar transparente y límpido de la Riviera. Luego bebimos; bebimos con tal avidez como puedan beber los reumáticos que esperan su curación en el balneario de Caldas de Besaya. Únicamente cuando nos sentimos saciados, los músculos relajados, pensamos en las sanguijuelas y los microbios; antes, no. Aquella charca tuvo aquel día para nosotros mayor valor que la más hermosa piscina junto al bar mejor provisto.

Quiero decir con esto que la caza es un placer de *ida y vuelta.* Durante seis días de la semana el hombre se carga de razones para abandonar por unas horas los convencionalismos sociales, la rutina cotidiana, lo previsible. Al séptimo sale al monte, se satura de oxígeno y libertad, se enfrenta con lo imprevisto, experimenta la ilusión de crear su propia suerte… pero al mismo tiempo se fatiga, sufre de sed, de hambre o de frío… En una palabra, se carga de razones para abandonar su experiencia de primitivismo y regresar a su sede urbana, a su domesticidad confortable. El método es tan bueno como otro cualquiera para sobrellevar la vida; o, quizá, mejor que otro cualquiera. El tedio, el hastío, sobrevienen cuando nos sentimos incapaces de estimar lo cotidiano; la habituación recata decepción. Nada tan congruente, por tanto, para equilibrar nuestra condición humana como someter nuestra persona a la ley de los contrastes. Tenía razón Ortega al afirmar que con la caza, el hombre cansado de ser «muy siglo XX» toma la escopeta, silba a su can, sube al monte y se da el gusto, por unas horas o por unos días, de ser paleolítico. Mas don José Ortega omitió mostrarnos el reverso de la medalla, es decir, la satisfacción del retorno, cuando el hombre, cansado de ser paleolítico, silba a su can, toma su vehículo, pone proa a la ciudad y se da el gusto por una semana de ser «muy siglo XX». En este juego entre los extremos reside, a mi juicio, el secreto placer de la caza.

De lo hasta aquí escrito, algún lector podrá deducir que se enfrenta

con una obra sobre caza donde se escamotea la caza; o sea que el autor se enreda en sus especulaciones y, a la postre, la caza, como tal caza, queda intacta. No; éste no es un tratado de filosofía cinegética, en primer lugar porque uno no está preparado para tan eminente empeño y, en segundo, porque, tras el ensayo de Ortega, poco queda por decir al respecto. Uno está, salvo en contadísimas ocasiones, de acuerdo con el maestro, abrumado de ver cómo un hecho tan complejo como la caza, donde se entremezclan mimbres tan dispares, puede ser reducido a la unidad y desmenuzado y analizado con la prodigiosa lucidez, la inteligente concatenación con que él lo hace. Esto, pues, ya está hecho; y bien hecho, que es lo importante.

Este libro, pues, nace con un propósito más modesto: sencillamente, el de hablar de la caza menor y de las diversas modalidades que nuestro siglo ofrece para su captura. Sus protagonistas serán, por tanto, la perdiz, la codorniz, la liebre y el conejo y, en segundo plano, la chocha, el sisón, la avutarda, el pato, la tórtola, la paloma, el águila y el raposo. «Pero esto también está hecho», se argumentará, y no sin razón. Efectivamente, libros en torno a la caza existen desde tiempo atrás, si bien no son muchos los dedicados a la caza menor. La literatura cinegética ofrece en el país una particularidad: era más y mejor cuando los cazadores eran menos y los medios de aprehensión más primitivos. Pero entonces los días eran más largos y únicamente los ociosos dedicaban su tiempo a este deporte. Incluso, en alguna parte, el noble que sorprendía a un villano en actividades furtivas tenía derecho a cortarle las manos para escarmiento. La represión era atroz y de ella puede deducirse no ya la importancia que para el señor encerraba la caza sino su carácter odioso de privilegio. Hoy se vive más deprisa y las cortas horas disponibles se emplean más bien en cazar que en reflexionar y escribir sobre caza. Mas para aquel que apenas podría cazar si no escribiera y que no podría escribir si no cazara –que éste, más o menos, es el caso del que suscribe– pergeñar estas líneas venía haciéndose una necesidad. Por otro lado, la actividad venatoria es tan rica y varia que por muchos que sean los libros de caza existentes –que no lo son– bien puede admitirse, sin forzar las cosas, una opinión más. Ésta es la última razón de este libro al que el fotógrafo Francisco Ontañón ha exornado con unas ilustraciones vivas, de una elocuencia, de una expresividad, muy poco frecuentes.

Queda, pues, claro que uno, a lo largo de estas líneas, no pretende enseñar nada a nadie ni siquiera recordarle lo que otros enseñaron. De estas páginas están ausentes no sólo el dogmatismo y la erudición, sino toda pretensión técnica. Lo que aquí se ha plasmado es, únicamente, lo que un cazador observó a lo largo de veinticinco años de actividad cinegética, sus consideraciones en torno a los animales

susceptibles de ser cazados y a los diversos ardides utilizados para la captura. Todo cazador con dos ojos en la cara y un poco de masa gris debajo del sombrero tendrá siempre *algo* que decir sobre su ejercicio predilecto. Esto –el libro que se abre ante ustedes– recoge, pues, mis observaciones sobre el hecho venatorio en sí y, muy especialmente, sobre la conducta de las presuntas víctimas.

Aún existe otra razón, muy de estimar, que me movió a tomar la pluma y garrapatear estas líneas; razón, por otro lado, que otorga a estas páginas una actualidad incontestable. A saber, los cambios experimentados en la estrategia defensiva de la caza a impulsos de la mecanización y de la creciente domesticidad del campo. La era atómica no podía coger desprevenida a la caza. Otra cosa la hubiese llevado a sucumbir. De aquí que, al tiempo que surge la cosechadora o la escopeta repetidora, despierta en la pieza perseguida un nuevo instinto o se le afina uno viejo, casi abotargado por el no uso. El caso es entonarse con la época. La nueva era trasciende también, lógicamente, al campo y a los animales que lo pueblan. Los regadíos, los tractores, el jeep, la incubadora, han ejercido –y la ejercen todavía– una influencia sobre la caza, como la ejercen, asimismo, la invasión de los cazadores foráneos o la propagación desmesurada del ojeo. De unos años a esta parte, por ejemplo, la codorniz apenas sube a Castilla pese a la extensión de los regadíos en la región; la perdiz se encarama en los pinos y las encinas; la avutarda no aguanta la aproximación del pollino ni la del automóvil; el conejo apenas existe; ha surgido una inédita actividad furtiva: el robo de huevos de perdiz y su venta a los propietarios de incubadoras... Ante este desarreglo, ante una conmoción semejante, es paladina la conveniencia de dedicar unas líneas al fenómeno de la caza menor *aquí y ahora,* ya que la rápida mutación de hábitos tradicionales, profundamente arraigados, en las especies, no obedece al capricho ni, por supuesto, al azar.

Sedano (Burgos), 1963-1964

1. Protagonista de mis libros *Diario de un cazador* y Diario *de un emigrante,* publicados, respectivamente, en 1955 y 1957.

Nota a la segunda edición

La noticia de haberse agotado la primera edición de esta obra –edición muy cumplida– a los pocos meses de puesta en circulación me ha sorprendido a mí mismo. Esta sorpresa significa que este libro no fue redactado con fines especulativos sino todo lo contrario. En *El libro de la caza menor* se rompe una lanza en favor del sistema de caza más primitivo y modesto: la caza en mano, ejercicio que, a la vista de las orientaciones actuales de la cinegética, no pasa de ser un anacronismo. Yo me hacía el siguiente razonamiento: «Si la caza a rabo no la practicamos ya más que cuatro chalados y cuatro ganapanes y los chalados apenas leen libros y los ganapanes, los pobres, no tienen de qué, la obra, lógicamente, va a quedarse para vestir santos». Y ya ven ustedes que no. *El libro de la caza menor* se ha vendido a un ritmo francamente halagüeño. Tan buena e inesperada acogida me hace pensar que lo que verdaderamente ha interesado a mis amigos cazadores es la otra vertiente de la obra, a saber, la modificación de la estrategia defensiva de las piezas de acuerdo con los adelantos mecánicos y las transformaciones agrícolas y, en especial, la voz de alarma que este volumen recata con la progresiva desaparición de las especies en los terrenos de todos. Esto me hace pensar, quizá en un rapto de optimismo, que somos muchos millares los cazadores que coincidimos en esta opinión y en la necesidad de adoptar medidas enérgicas para preservarlas. La máquina, en el seno de una colectividad civilizada, es nociva para la caza (esta primera parte de mi aserto se me ha puesto en evidencia en reciente viaje a Norteamérica); la máquina, en el seno de una colectividad incivil, o no civilizada, es, literalmente exterminadora (esta segunda parte se me ha hecho incontestable a mi regreso, al patear los páramos y pegujales de Castilla y encontrarme con que las piezas –y los morrales– eran aproximadamente la mitad que la temporada anterior por estas mismas fechas). ¿Qué quiero decir con esto? Simplemente que mientras la ley y sus celadores no se manifiesten, el furtivismo irá en aumento y, proporcionalmente, la caza decrecerá. Esto es muy grave. Un país como el nuestro, pobre en pesetas pero rico en ingenio, ideará cada mes un nuevo método de aprehensión, más extenuativo y aniquilador que el precedente, si no se le pone coto. Y en este punto es donde desearía encontrar la unanimidad de los cazadores españoles: una ley de caza dictada en la época de la carreta de bueyes resulta

irrisoria y grotesca, totalmente inoperante, en la era supersónica. Urge, pues, su actualización; la puesta al día de la ley. Si este libro cooperase a formar entre el gremio cinegético una conciencia defensiva de este tipo y promoviese alguna inquietud en el legislador por abordar tal empresa, es evidente que habría rendido un servicio y no flaco.

M.D.
Abril 1965

El primer día de la temporada

Conforme transcurren los días, los cazadores se muestran inquietos, con una inquietud soterrada, tímida y vergonzante. Algo en la luz, en la fronda decididamente decadente de los inicios del otoño, les encandila. El Cazador le dice a esto la llamada del campo; otros dicen que es la afición.

–¡Vaya usted a saber!

–Eso; vaya usted a saber.

El caso es que, desde una semana antes, cuando dos cazadores se cruzan en la calle se miran el uno al otro como dos chavales que fueran a cometer una fechoría. Los brevísimos días de la codorniz allá, a mediados de agosto, no sirvieron sino para encorajinarlos, para comprobar que, positivamente, eso de volar un pájaro y encararse la escopeta y, a la postre, oprimir el gatillo, tiene su aquel. Sin disputa, es un juego que les apasiona. Luego, la pausa otra vez. Lo de la codorniz –y aun lo de la tórtola– no es sino un entrenamiento; la comprobación de que las máquinas –el hombre, el perro y la escopeta– están a punto. Pero la temporada pequeña, aun subiendo codorniz, no deja de ser un pasatiempo; un efímero paréntesis en la inactividad; un quiero y no puedo que no descarga la pasión.

–El ansia queda dentro.

–Vaya si queda.

–Para descargarla nada como la perdiz.

–Eso digo yo.

Pero la perdiz se está cociendo. Los pollitos apenas si llegan a igualones. Andan por las primeras lecciones de táctica y estrategia; precisan aún de la madre. Aunque lo cierto es que cada temporada nacen más listos; asimilan más aprisa; nacen con las uñas hacia arriba, defendiéndose. Es preciso llegar a los últimos días de septiembre, al postrer domingo de septiembre –cuando las puntas de las hojas empiezan a dorarse–, para que en la pequeña ciudad nazca como una euforia reprimida que aflora tímidamente en todas partes: el andamio, la oficina, la armería.

–¿Dónde irás el domingo?

–Ni lo sé; dicen que en Segovia hay una nube de ellas.

Para decidir la excursión inaugural es necesario pensar con la cabeza. Nada de dejar las cosas a la improvisación. Antes de meter la

velocidad, o de embutirse en un tren, o de dar la primera pedalada, es inexcusable saber dónde apedreó la nube y dónde no apedreó la nube; dónde están vendimiados los majuelos y dónde no están vendimiados; dónde suele bajar un camión de vascos y dónde no es fácil que baje.

–Piedra, que yo sepa, no cayó este año.

–Pues de la parte de Rueda dicen que hizo daño, ya ve.

Y el Cazador, mentalmente, anota Segovia y Rueda; Segovia como posible, Rueda como improbable. Y así, entre probables e imposibles, las cuadrillas van delimitando su primer objetivo cinegético. Más tarde, en la armería, acaban por determinarse. Una caja de cartuchos bien vale una información. Casi veinte duritos dan derecho a veinticinco tiros y veinticinco sugerencias.

–Los de Villalar de los Comuneros dicen que allí crió bien.

O, por el contrario:

–En Toro no ven perdices este año.

O más rotundo, en fin:

–Lo de Villadones está acotado. Lo cogieron los de Bilbao.

–¡Coño, los de Bilbao! ¡Cómo se ve que allí hay cuartos!

La cuadrilla del Cazador lleva unos días desconcertada, un tanto fuera de madre. De ordinario, la cuadrilla abre la temporada en el Monte Morejón, cuyos matos flanquean el embalse del Esla. El Monte Morejón es un monte curioso, con agua de un lado y bacillares del otro: el tercer lado del triángulo linda con la Granja, un monte del común, donde se traquea en regla, al menos el primer día. El Monte Morejón pertenece, mitad por mitad, a María Teresa Merino y Castor Maroto. Antonio Merino, hermano de la una y sobrino del otro, lleva a la cuadrilla allí el primer día. Morejón le pilla largo a la cuadrilla, más o menos a ciento treinta kilómetros de su base; pero vale la pena. Raro es el año que el Cazador y su cuadrilla se aburren allí. Incluso hace tres temporadas, con el cordonazo de San Francisco, la cuadrilla se pasó por agua pero hizo carne. Después, a mediodía, hubo que escurrir los calcetines y arrimarlos a la lumbre, y Ursino, el montaraz, decía a cada paso: «Vaya un día perro que han ido ustedes a traer». Pero ni uno, ni su cuadrilla, traen los días, aunque Ursino crea otra cosa. Uno y su cuadrilla se acoplan a lo que hay, que a veces no es mucho. Mas si el cazador no sabe aguantar, o ponerle al mal tiempo buena cara, lo mejor que puede hacer es quedarse en casa. Y por si la perdiz fuera poco –que ya es sabido que no lo es– en Morejón la cuadrilla come caliente; caliente y sólido, pues María Teresa Merino es una de esas mujeres solícitas, de un sentido maternal tan acusado, que todavía piensa que uno marcha sin comer si no le sirve tres platos. En Morejón, pues, la cuadrilla no debe preocuparse más que de la escopeta y la canana.

–Y de afinar, que si uno no afina…

–Hombre, por supuesto. No se matan más perdices que las que se apuntan.

Así es que la cuadrilla, que halla en Morejón tan favorable acogida, no necesita quebrarse los sesos para decidir la excursión inicial. Morejón, incuestionablemente, es la meta. Pero este año –más o menos como todos los años porque si no la vida no tendría sal ni pimienta– las cosas parece que se le tuercen a la cuadrilla. Y si las cosas no pareciesen que se tuercen de cuando en cuando para enderezarse luego, la vida no encerraría el menor interés. Eso no quita para que Antonio Merino le haga a uno la tana bien a menudo con sus catarros:

–Catarro, catarro. Esto es una traqueítis y tengo fiebre.

–Pero, oye ¿te das cuenta de que quedan cuatro días?

–¿Y qué le voy a hacer yo?

Antonio Merino suda la traqueítis bajo cuatro mantas y el Cazador le visita mañana y tarde y le toma el pulso y le pone la mano sobre la frente y dictamina:

–Esto va mejor.

Y después llama, uno a uno, al resto de la cuadrilla y les da el parte facultativo, y los ciento diez kilos de Manolo Grande, cuando uno habla, parece que colgaran del hilo del teléfono, tal es su tensión. Y los ciento diez kilos de Manolo Grande, el hermano del Cazador, inquieren, al fin, ávidamente:

–Entonces ¿vamos?

–Vamos, vamos –responde el Cazador malhumorado–. ¡Y qué sé yo! Habrá que esperar.

Y la espera resulta dramática porque cuando uno sabe que le aguardan las perdices del Monte Morejón e ignora si podrá acudir a la cita, los nervios empiezan a roerle como ratoncillos, de los pies a la cabeza. Y la ansiedad se acentúa cada vez que uno se tropieza en la calle con Santiago, el Largo, o Jaime Struel, o José María Bosque, o Mario Cuevas y le preguntan: «¿Qué? ¿Dónde inauguramos?», y uno ha de responder, sinceramente, que no lo sabe. Y el Cazador, cada mañana, al despertar, lo primero que se dice es: «Faltan cuatro días», «Faltan tres», o «Faltan dos», y de que encuentra un claro en sus labores corre junto al enfermo, le pone una mano en la frente, le toma el pulso, y le dice:

–Nada. Ya lo has pelado.

–Sí, desde ahí se ve muy bien. Estoy baldado; estoy como unos zorros.

Y el Cazador ríe, echándolo a barato, porque en el fondo sabe que ni muertos faltan los cazadores el primer día a la llamada del campo.

Claro que hay otra cosa: Ontañón, el fotógrafo, que ha de venir a cazarnos a nosotros, los cazadores. Ontañón caza cazadores cazando. Ésta es su misión en este caso. Pero Ontañón ha tenido que marchar a Málaga el viernes para asuntos de la revista. Y si Ontañón no llega habrá que esperar a otro año porque el primer día es el primer día y disfrazar de primer día el que no lo es no resulta juego limpio que digamos. Y por si fuera poco, el problema de la Ampa, o de la Arpa o de la Doly, que por todos estos apelativos atendía el animal. Ya a finales de la temporada pasada, la Ampa empezó con su azogamiento. Se encogía como si fuera a dar de vientre y temblaba como una hoja todo el tiempo. Luego se achucharraba y no daba más. Manolo Grande decía que era estreñimiento, pero Gabino, el sereno, corregía: «Cómo no va a tiritar el animalito si andamos a quince grados bajo cero».

Pero la Ampa, o la Arpa, o la Doly se resistía además a entrar en el Chevrolet.

–Esta perra es muy cobarde –decía el Cazador.

Y Manolo Chico refrendaba:

–Otros perros de que huelen las botas se ponen locos.

Lo cierto es que, al llegar el verano, Antonio Merino se la llevó a El Henar para la codorniz. El animal prometía; tuvo buen padre, buena madre y buena cuna, pero a la perdiz, ni caso.

–¿Y a la codorniz? ¿Qué hace con la codorniz?

Antonio Merino fruncía la frente:

–Alguna pone, pero no sirve. Además...

La cuadrilla cercaba a Antonio Merino, expectante. Antonio Merino bajaba la voz como cuando se comunica una desgracia:

–Además la volvieron las convulsiones. Julio Zapico dice que está chalada.

Así es como la Ampa por bautismo, Doly por confirmación, y Arpa porque se le metió en la cabeza al testarudo de Gabino, el sereno, cambió de manos.

–A los perros así, lo mejor es ahorcarlos –decía Felipe Bobillo, amigo de contundencias.

–Yo no sirvo para eso.

–Ni yo.

–Ni yo.

Y en vista de que ninguno servía, la cuadrilla decidió regalar la perra. El animal estaba bien fachado y encontró acomodo fácil.

–Entonces, ¿vamos sin perro?

–Como no lo pintes.

De víspera, Antonio Merino amaneció sin fiebre. Ontañón comunicó su llegada. A cambio Manolo Chico anunció su baja:

–Es por la vendimia. No me queda otro remedio; Santiago irá.

Santiago Monsalve, ilustre letrado, anda coqueteando con la caza desde hace un lustro; hoy voy, mañana me quedo. No acaba de prenderle la afición. En puridad, esto de la caza se mama. Cuando uno, de chico, ve llegar al padre cada domingo con un ramo de perdices, al alcanzar el uso de razón –que, dicho sea sin ánimo de ofender, es cuando menos se usa– piensa que los días festivos se hicieron para eso: para pechar con montes y morenas pegando tiros a diestro y siniestro. Uno no se para a pensar entonces si le gusta o no le gusta; sencillamente hay que hacerlo y se hace. Al cabo de un par de temporadas uno no podría pasarse sin ello como no podría pasarse sin comer. Es así. Y los cazadores que no lo maman, lo quieran o no, son simples agregados; es decir, se enfrentan con el fenómeno de la caza desde un ángulo de reflexión. Y llegar a la caza reflexionando resulta un tanto peliagudo. Pero Santiago Monsalve tenía lo del suegro. Don José Garrigós, a cada parto de su mujer, piaba por un meón, un cazador, pero que si quieres: sólo le nacían crías. Cuatro guapas chiquillas y el cazador sin llegar. Y él aguardando. Porque el cazador que muere sin fabricar otro cazador parece como que no muriera a gusto; que no ha cumplido. De ahí que, en cuanto casó a las hijas, don José Garrigós concentraba sus esfuerzos en ganar a los yernos para el monte. Y de uvas a brevas arrastraba a Santiago Monsalve y se colocaba a su lado y, si acaso disparaban simultáneamente a la misma liebre y Santiago vociferaba: «¡Mía!», don José admitía complaciente: «Tuya, tuya, cierto; yo dejé el tiro corto». Su renuncia era conmovedora, aunque lo cierto es que Santiago Monsalve, en sus primicias, no precisaba regalos ni condescendencias. Ordinariamente, a cazar, como a todo, se aprende; Santiago Monsalve nació aprendido. Lo mataba todo. «Mejor que su cuñado tira aquí», le decía Pedro Peláez, en Villanueva de Duero, refiriéndose a Manolo Chico, que vaya si afina bien. Santiago Monsalve se esponjaba. Luego, de pronto, empezó a desaprender. Se le iban perdices que salían muertas. Él miraba la escopeta, examinaba los cartuchos y no lo comprendía. Ninguno lo comprendíamos. «Nadie nace enseñado», repetía Manolo Chico tomándose la revancha. Y Santiago Monsalve, ante el desencanto de su suegro, iba matando menos cada día hasta que dejó de matar; y cuanto menos mataba más se desinflaba. Hasta que un día dijo: «Esto no es para mí». Y la cuadrilla tiraba de él porque Santiago Monsalve es un chico majo, que gasta buenos golpes, tienta bien la bota y tiene siempre un chiste a punto. De ahí que cuando el Cazador le anuncia a Antonio Merino la incorporación de Santiago, Antonio Merino acaba de pelar la traqueítis.

–¿A qué misa, entonces?

–A las siete; a Filipinos. A ti, que estás flojo, te recogerá Santiago.

Y a las siete ya está el sol en el cielo. Al Cazador le han dado la noche los automóviles que desfilaban al pie de su casa. Se los imaginaba llenos de cazadores. El desfile era como una pesadilla. El Cazador no ha pegado ojo.

–Habrá quien lleve ya media docena.

–Menos docenas.

–Debimos oír misa en Zamora.

En este primer día de la temporada, el Cazador imagina inevitablemente que llegará tarde; que cuando él arribe al campo, los páramos y laderas habrán sido asolados por las cuadrillas que le precedieron. Este año, el Cazador pensaba sugerir salir de noche, de forma que el alba les sorprendiera en el monte, pero la traqueítis de Antonio Merino le ha hecho la santísima.

–¿Traes al Chico?

–Ya es hora ¿no?

El primogénito del Cazador acaba de cumplir los quince. Está nervioso con su debut. No acaba de hacerse a la idea de que para estos menesteres de la caza ya es un hombre. El primogénito del Cazador empezó a los tres años con una escopeta de fulminantes; a los siete tiraba con una de corcho; a los diez, de que inició el grado, ya mataba gorriones con una de aire comprimido y hasta una tórtola que aguantó en un manzano; y a los doce, en las rastrojeras del páramo de Huidobro, abatió una codorniz con una carabina de nueve milímetros, dejando con un palmo de narices a los notables de Sedano:

–Fue rápido el chaval ¿eh?

–Rápido, ya lo creo.

–Ni tiempo de aculatar la escopeta me dejó.

Después, para coronar su faena, el último verano, quedó subcampeón de tiro al plato en aquel término, a un dedo de Luis Gallo, el médico, que arrastra justa fama de buena escopeta.

–Oye, chaval –le decían– ¿y es la primera vez que tiras a esto?

–La primera.

–Pues ya vas a dar tú guerra, ya.

Y su padre, el Cazador, que no había roto un plato, se ufanaba de la copa del hijo y de su competencia.

Los nervios del Cazador acrecen en la churrería. No hay alma viva allí.

–Desde las cuatro andamos en danza –dice el churrero.

–¿Veis?

–¿Y qué quieres?

El Cazador piensa en la traqueítis de Antonio Merino:

–Yo no digo nada.

Ontañón ríe. Ontañón es un experto cazador de cazadores cazando y los nerviosos preliminares le mueven a risa. Manolo Grande vocifera. Su cuerpo de ciento diez kilos expande una euforia de ciento diez kilos. (Esto debe responder, digo yo, a una ley física todavía no formulada.) Manolo Grande es optimista. El pesimismo se queda para los cuerpos enjutos como el del Cazador.

–Habrá quien lleve ya media docena.

–Menos docenas.

Ontañón ríe. Manolo Grande vocifera. Santiago Monsalve apunta una contrariedad:

–Ayer dijo uno en el despacho que hay poca perdiz.

–Lo que faltaba.

–Venga, vamos. ¿Has pagado?

Un congestionado sol estival se eleva sobre el Duero. Hace un día despejado. Apenas una tenue calima se cierne sobre los tesos de poniente.

–Hoy va a apretar; y, si no, al tiempo.

–A ver; el calor que no hizo en agosto; lógico.

Manolo Grande exulta:

–¡Van a volarnos de los zancajos!

La gente dice que esto es el veranillo de San Miguel. En realidad, por estas tierras, nunca falta un santo para un veranillo. Ni tampoco para un temporal. ¿Brilla el sol?, pues ya se sabe: el veranillo de San Miguel. ¿Cae agua?, pues ya se sabe: el cordonazo de San Francisco. Todo está previsto.

–¡Coño, tú siempre tan optimista!

–¿Es que no es cierto?

Ante la casa, ya nos aguardan José María Vázquez de Prada –que este año va para concejal–, Ursino, el montaraz, y Pepa, la montaraza. José María está contrariado. Y hay para qué. Hace unos días, un verraco se arrojó sobre su chico menor y le destrozó el muslo a dentelladas:

–Está en la clínica de Benavente. Tuvieron que coserle por capas; afortunadamente no le alcanzó la femoral.

No es la primera vez que el Cazador oye hablar de estas agresiones:

–El cerdo entero es peligroso; el capón, no lo es.

Ursino, el montaraz, no es un experto en esto de la caza pero tampoco un lerdo. Contesta matemáticamente a las preguntas de la cuadrilla:

–Liebre, pareja; perdiz, la tercera parte.

–Estamos aviados.

–No sé; no me hagan mucho caso que yo de esto entiendo poco,

señor Miguel.

Ursino es muy modesto. Hace unos años, en un rastrojo de cebada, a la vera del pantano, dejó ocho azulones hermosos de un solo tiro: «Oiga usted, la cebada estaba negra, pero negra, de patos. Yo me decía: si los agarra el señor Manolo o uno que sepa de esto». Al Cazador se le nublan los ojos. El Cazador le confía que es fácil que ni Teba mejorase la marca, pero Ursino erre que erre: «¡Huy madre, si les cogen ustedes!». Por otro lado, Ursino, el montaraz, entiende de las piedras que estallan y de las que no estallan, saberes útiles cuando, como aconteció hace dos temporadas, el Cazador se dispone a cocinar una paella campera. Lo más difícil es entenderse con Ursino cuando habla de Valdemaría o de la Senda del Contrabando. Esta terminología topográfica, a uno que acostumbra a moverse entre el Paseo de Zorrilla y la Plaza Mayor, le viene forzosamente un poco grande.

El sol templa. Es suficiente la camisa y una visera como medida de precaución.

–Este sol del membrillo es malo.

–Malo.

Como de costumbre, como cada año, la cuadrilla se va abriendo en la corta, frente a la casa, para manear el espesar, flanqueando los bacillares. Antonio Merino va de centro –«Estoy reventado; estoy como unos zorros»– y Santiago Monsalve a su vera –«Yo no tengo costumbre». Las alas son para el primogénito del Cazador –«Para eso tiene quince años»– y para Manolo Grande, el hermano del Cazador –«Para eso tiene ciento diez kilos». Y son las alas, ambos a dos, las que sacuden los primeros tiros de la temporada a sendas liebres que se marchan a criar. Estos disparos, en la mañana que se abre, suenan a gloria; prometen suculencias, emociones sin cuento. Pero el espesar da poco; más parece una tumba. Entre la leña vuelan cuatro perdices alocadas, a una legua. El piso está áspero, reseco y cada pisada chasca, en el silencio del monte, como un latigazo. A veces, en un claro, el Cazador divisa una liebre gazapeando a doscientos metros. No suenan tiros. Ni dentro ni fuera.

–A ver si es cierto eso de que no hay perdices este año.

Y al concluir la mano, Manolo Grande convoca a un trago. Nadie se atreve a hablar, aunque todas las miradas traslucen decepción.

–¡Coño con los mosquitos!

Los mosquitos y las moscas, los tábanos y las abejas bordonean por todas partes. Los palmetazos se suceden. Los mosquitos de Morejón muestran una avidez matutina desasosegante:

–El mosquito de otoño ya se sabe.

Las camisas están sudadas como en agosto. El sol centellea como en

agosto. El piso restalla como en agosto. El Cazador no ha disparado a una perdiz, como en agosto:

–Da tiempo al tiempo, órdiga.

Parece como que el clarete renovase la euforia:

–¿Cómo vamos?

–Volved sobre la mano.

Y la cuadrilla vuelve paciente, tesoneramente, sobre la mano. Ahora sí vuelan perdices. Vuelan y no se ven. Se cubren con las matas como viejas zorras pudibundas. No hay manera. De pronto una detonación. Ha sido el Chico.

–¿La bajaste?

–¡Sí!

El Cazador le siente correr. El Cazador pierde la compostura. El Cazador pierde la noción de la más elemental táctica cinegética.

–¡Queda inaugurada la temporada! –vocea.

–¿Quién fue?

–El Chico.

–¿El Chico?

–¡El Chico!

–¡Callad, coño!

Los mosquitos asaetean el pescuezo y las mejillas del Cazador. Hay momentos en que descienden sobre él en enjambres, como los buitres a la carroña. A la derecha, en la esquina, suenan dos disparos. Al cuarto de hora, otro. El Cazador sigue oyendo volar a las perdices pero no las ve. Una, de pronto, le arranca a tiro pero se cubre inmediatamente con una encina. Así y todo, el Cazador dispara, dispara como se dispara a veces, a ciencia y conciencia de que no hay nada que hacer; tal vez por ahuyentar los mosquitos; tal vez para olvidarse de ellos. De pronto, la voz de Antonio Merino:

–Santiago, ¡ahí va la liebre!

Unos segundos de pausa.

–¡¡Pam!!

–¿La tumbaste?

–¡A ver!

–¡Macho!

–¡Callad, coño!

En la corta, de nuevo, se celebran las primeras piezas, Manolo Grande llama «un trago» a lo que el resto de los mortales llamamos un litro. Antonio Merino ha hecho otra perdiz.

–Mírale, con traqueítis y todo.

–Esto no es lo que era. Date cuenta, las doce y diez.

La cuadrilla vuelve sobre la mano junto al espesar. La vieja corta nunca dio resultado. Tal vez alguna liebre, pero perdices, raras y en París. Las pisadas resuenan allí con mayor violencia. A cambio, los mosquitos parecen dar una tregua. Es una mano estéril, sin incidentes. Se diría que a la caza se la ha tragado la tierra. Junto a la Granja, Manolo Grande moja. Baja una vieja perdiz olvidada con dos espolones protuberantes, artríticos. A poco, tira a otra en las quimbambas. El sol aprieta que es un dolor. La mano marcha desesperanzada, con un caminar rutinario y resignado. No lleva perdices delante; ignora, incluso, si las hay a los costados o la espalda. El globo de la ilusión se ha desinflado. Alguna liebre se pasea tranquilamente, en los calveros, a medio kilómetro de las escopetas. Y si el ala achucha y se da una carrerilla, la liebre desaparece pian, pianito, sin apretar el paso, camino del perdedero. Una se descuida y vuelve hacia atrás. El Cazador está a punto de marrarla. Como de costumbre, la liebre arranca cuando uno no se la espera, cuando al Cazador no le preocupa otra cosa que espantarse los mosquitos y cuidar de que la lengua no se le trabe al paladar. Mas, al primer tiro, el Cazador despierta y, del segundo, la deja sin resuello. No hay en él la menor emoción cinegética cuando la pone a orinar. Él vino a matar perdices y no hay perdices; dos kilos de carne no reportan ciertamente ningún consuelo. A izquierda y derecha, el Cazador observa el desfallecimiento de la cuadrilla. Hasta el Chico ha dejado de ser «un hombre alerta», es decir, un cazador. Con todo, la cuadrilla no dimite; no cesa de dar patadas hasta la hora de comer. Es un compromiso tácito; eludirlo sería una renuncia, y el iniciador del plante, un renegado. Santiago Monsalve, sin embargo, es aún un hombre cinegéticamente libre:

–Conmigo no contéis para la tarde.

–Pero si has quedado una liebre hermosa.

–Por eso; yo ya cumplí.

De lejos, José María Vázquez de Prada divisa las caras largas, las perchas despobladas, el arrastrar de pies.

–¿Qué?

–Mal.

Ursino, el montaraz, se aplica el tanto.

–¿Qué les decía yo? No hay ganado este año.

La cuadrilla va amontonando en el portal las escopetas, las cananas, los morrales, las exiguas piezas.

–¿Quién mató?

–Una cada uno, para no reñir.

–¿También el Chico?

–También.

–Mira el chaval.

Manuela, la cocinera, tiene unas manos sabias y una memoria privilegiada:

–El año pasado a estas horas ya llevaban ustedes veintiséis piezas.

–No me lo recuerde, Manuela.

–Y veintitrés el anterior. Y el otro, el que llovió tanto, se recuerdan, diecinueve perdices traían a la hora de comer.

–No me hable de cosas tristes, Manuela. ¿Me da un vaso de agua, por favor?

Ante la fabada humeante se desvanecen las contrariedades: las alubias rojizas, con hitos bien visibles y una salsa espesa, untuosa, están suculentas. Al Cazador, sólo de ver el plato de Manolo Grande, se le encoge el apetito. Con dos vasos de clarete empieza a circular la euforia. Los problemas que se abordan parecen así menos problemas y las cinco piezas cobradas se multiplican por diez.

–Dicen que en el país sobran tabernas.

–¿Y dónde va uno a olvidar si no?

El trigo tiene un precio político; la remolacha tiene un precio político; los camiones no vienen a retirar la uva; los pueblos se despueblan.

–Castilla morirá por Real Decreto.

–O por falta de decretos.

–Eso.

Tortilla de escabeche o tortilla de patatas –con cebolla, naturalmente– a elegir.

–Si no te importa, voy a probar de las dos.

–Pues claro, hombre.

Las piernas y los pies del Cazador sienten ese peso, ese torpor levemente doloroso del primer día. Con el café y el coñac queda como nuevo. Con todo el madrugón, la noche en claro, se agarra aún a los párpados. Si a uno no le apremiara la percha descabezaría una siesta con gusto:

–Es el deber, amigo.

–Y que lo digas.

El roturo de José María ha sido un acierto. Unas hectáreas de trigo en el centro del monte aseguran la perdiz. Los animalitos no precisan salir de casa para hallar comida. Pero el Cazador no esperaba esto. Tan pronto pone pie en las pajas tres o cuatro bandos –más de cincuenta perdices en suma– levantan hacia el espesar.

–Ve ahí donde estaban los pájaros.

–Para sabido.

–¡Callad, coño!

La mano dobla. Hay que coger el espesar con sabiduría; con cabeza. Una liebre se alza entre las pajas, larga, y corretea sin prisas delante de la mano. De vez en vez, hace un alto, se acula, aguza las orejas y, al cabo, reanuda su carrera todavía más lentamente.

–¡Su madre, si aguarda un poco!

En el espesar empiezan a volar perdices. El traqueo se inicia. De pronto, del lado de Manolo Grande, le entra al Cazador un bando. Es un bando facilón, a huevo, un si es no es sirgado y el Cazador hace un doblete de salón. Luego no encuentra más que una.

–¿No la viste caer, Antonio?

–No he precisado.

–¡Mierda!

–El Chico ha perdido otra.

–¡Vaya por Dios! Si antes regalamos la perra...

Manolo Grande vuelve. Hay que seguir al bando. Es el sistema. Es un bando nutrido, además; un bando de, lo menos, tres bandos.

–¡Ya podían ser las diez de la mañana!

Pero son las cinco de la tarde y apenas resta hora y cuarto de luz. A cambio, restan muchos mosquitos carniceros que se ensañan en los cuerpos sudorosos. Hay veces en que el ataque es tan concentrado, sañudo y sistemático, que al Cazador le asalta el impulso de arrojar la escopeta y no parar de correr hasta alcanzar el pantano. Mas cuando arrancan perdices, las picadas no se sienten; ni se siente el bordoneo aflautado y tenaz. El Cazador, súbitamente, marra una perdiz franca. El Cazador, en estos casos, se ve obligado a dar explicaciones, aunque, por supuesto, nadie se las pida:

–Todo el día de Dios dando patadas y ahora...

–¡Calla, coño!

Vuelan las perdices. El Cazador oye tirar a izquierda y derecha. Al cabo una lluvia menuda de perdigones.

–¡Ojo!

–Tiré para arriba.

–¡Ojo!

–¡Calla, coño!

Los mosquitos son, ahora, verdaderos monstruos. Muerden insistente, encarnizadamente. La luz languidece, pero el monte, por raro capricho, se manifiesta más vivo, más animado que por la mañana. Al salir al roturo, el Cazador observa los costados de sus compañeros. Manolo Grande ha colgado una perdiz, dos Antonio Merino y otras dos el Chico.

–Buen debut, me cago en diez.

–Y se me fue una alicorta.

Manolo Grande se arrima al Cazador. Ríe:

–¡Vaya una cara! Si no te pareces.

El Cazador se tienta la mejilla ardiente con cuidado. Tres enormes protuberancias se acusan al tacto.

–Me han frito.

Manolo Grande estalla en una carcajada:

–Mira, va a ser la manera de que engordes.

La cuadrilla coge la mano camino de la casa. Aún se arranca otra liebre donde apenas alcanza la vista. Manolo Grande, junto a la corta, vacía dos veces la escopeta sobre dos perdices que se pierden en las sombras. Tras el calor sofocante, asoma el relente otoñal. Apenas resta tiempo para las despedidas. Son dos horas de camino. Los habones del Cazador nutren los últimos comentarios de José María, de Ursino, el montaraz, y de Pepa, la montaraza:

–¡Jesús! ¡Vaya una cara que le han dejado al señor Miguel!

En el coche, la pasión vuelve a sus cauces. El instinto cinegético, por el momento, queda aplacado.

–Tanto esperar, para esto.

El Cazador gusta de profundizar en las razones de las cosas. El Cazador habla del suelo reseco, de los bacillares sin vendimiar, de la deficiente estrategia adoptada:

–La caza no está en el monte, sino en las viñas. Y la poca que hay te siente a un kilómetro.

–Déjate de monsergas; hay menos perdiz.

Antonio Merino añora sus conejitos:

–Y de conejos ¿qué? Ni uno se ha visto.

Manolo Grande recuerda las últimas temporadas en Monte Morejón:

–Nunca abrimos la temporada con menos de treinta piezas, ¿es verdad eso o no es verdad?

–Verdad.

El Chico rumia, en silencio, su primera experiencia. Él ignora que acaba de ser cazado por la caza. Que dentro de sesenta o setenta años seguirá escalando las laderas de la Sinova, escopeta al hombro, como hacía su abuelo Adolfo con ochenta sobre las costillas. Uno caza a la caza y la caza le caza a uno; no tiene vuelta de hoja. Pero el Chico es aún muy tierno para estas reflexiones. Se arma un batiburrillo creciente dentro del coche en tinieblas. Ontañón dice que no tiene suerte y Santiago Monsalve que esto de la caza en mano es una barbaridad y Antonio Merino que siente la garganta y que si no le volverá la traqueítis:

–Estoy reventado; estoy como unos zorros.

Luego sobreviene el silencio. A la altura de Cerecinos, cuando ya Manolo Grande empieza a roncar, el Cazador suspira:

–Seis tiros, me cago en la mar; ¡parece mentira!

–Cinco he tirado yo.

A dos pasos de casa hay que despertar a Manolo Grande. Manolo Grande es el contable de la cuadrilla; los demás son gente de letras.

–Venga, Manolo, la cuenta.

Manolo Grande se despereza; tal vez por la costumbre de sumar kilos, su agilidad matemática es portentosa:

–Doscientas cincuenta de gasolina y veinticinco de desayunos, doscientas setenta y cinco, y dieciocho de pan, doscientas noventa y tres, y treinta y seis de vino, trescientas veintinueve. Trescientas veintinueve entre cinco, a setenta y seis calas por barba y sobra una.

Cada miembro de la cuadrilla se echa mano al bolsillo de la cazadora. Cuando Antonio Merino detiene el automóvil, hay un trasiego de billetes y monedas. «Yo te debo.» «Tú me has devuelto...» «¿Quién tiene dos duros sueltos?» Y, al fin, todo queda cuadrado.

–Nos ha salido el cacerío por el salario mínimo vital.

–No es caro.

–Eso creo yo.

Aún el Cazador masculla cuando, auxiliado por el Chico, va recogiendo de la maleta la escopeta, el macuto y la canana:

–¡Seis tiros! Si me lo llegan a decir ayer.

Manolo Grande le vocea:

–¡Calla ya, coño! Estos días traerán otros.

CAPÍTULO I

La codorniz

–Y cómoda. ¿No resulta cómoda la caza de la codorniz?

–Hombre, cómoda... La caza nunca es cómoda, como no cace usted tordos bajo un cerezo.

La caza de la codorniz es un ejercicio moderado –eso sí–, cuyos adeptos aumentan de día en día. Afinando un poco la puntería podría decirse que la codorniz es adecuado objetivo para aprendices y para presuntos jubilados; esto es, para los que inician y para los que concluyen su actividad cinegética.

–¿Y no se le hace a usted difícil atinarle a un pájaro tan chico?

–Todo es cuestión de apuntar.

Pájaro indolente

Por de pronto, la codorniz no se embosca. La codorniz es ave de rastrojera, de pajonal, de huerta, de ribazo y arroyo. A la codorniz no la busque usted en el monte. Esto ya es algo. El hecho de que la codorniz vuele en terrenos sin accidentes, sin un mal chopo que estorbe el tiro, garantiza el disparo; el errarle o no errarle es ya otro cantar.

–Si sube codorniz yo le aseguro que tira tiros.

–Eso pasará con todo, digo yo.

–Pues no señor, no pasa con todo; ya ve lo que son las cosas.

A la perdiz, si se excluye el ojeo, para tirarla hay que cansarla antes o sorprenderla. Aun así, nunca faltará una encina o un enebro que le obligue a apremiar el disparo. Del conejo, mejor es no hablar. Al conejo, cuando lo había –y hablamos casi de la prehistoria–, se lo mataba a tenazón. El conejo, con frecuencia, se enreda en los pies del cazador; se da de bruces con él. Para acertarle se precisa el tiro a quemarropa, en un claro de diez metros cuadrados, cuando no entrematado. Y a la liebre vamos a dejarla.

Por eso digo que la única pieza que nos garantiza el disparo es la codorniz. Y no un disparo súbito, problemático, sino un disparo pausado, donde, si uno se reporta, tiene el noventa por ciento de probabilidades de derribarla. Quiero decir que, en la mutación del carácter y de la estrategia de la caza provocada por la proliferación de

sus perseguidores y por la mecanización, la nerviosidad, la desconfianza, no ha hecho presa todavía en la codorniz. Este pájaro aguarda. No levanta mientras no se le pise. Y si el sol está alto y la canícula arrecia, la codorniz se dejará incluso pisar antes que alzar el vuelo. De aquí que si hay una modalidad de caza que requiera inexcusablemente el concurso del perro, ésta sea la de la codorniz.

–Un buen pointer, ¿no es eso?

–O un ratonero.

–¿Tanto da un ratonero como un pointer?

–Quiero decirle que basta un perro que tenga vientos y que sea tesonero; lo demás ha de hacerlo usted.

Yo recuerdo que en mis cacerías con Vicente Presa, en Villamarcial, la Moña, una en apariencia indecente perra ratonera, constituía un auxiliar inestimable. La Moña lo mismo mostraba una codorniz que cobraba un pato en el Duero. Servía para todo. Era una perrita rabisalsa, alegre, con una afición desmedida. Pues bien, para un cazador-cazador, el ver al perro trabajar la rastrojera, rastrear las alfalfas, picarse entre la hierbabuena del arroyo y finalmente coronar su tenaz persecución con una buena muestra, es ya un gozoso espectáculo. Todo esto y la relativa abundancia de esta especie justifican no sólo la creciente afición a la caza de la codorniz, sino el hecho de que yo señale esta modalidad de caza como congruente para el primerizo y para quien esté pensando en el retiro. El aspirante a cazador hallará en ella ocasiones de ejercitar su destreza sin que los obstáculos ni la distancia constituyan para él un nuevo hándicap. Al viejo, cuya jubilación cinegética se barrunta, la codorniz no le exigirá excesiva rapidez ni, por descontado, el esfuerzo físico que requiere, digamos, la caza de perdiz en mano.

Claro está que la felicidad del cazador, en buena parte, depende de las dificultades que haya de vencer para cobrar su presa. Si esto es así –se aducirá–, abatir un pájaro que ofrece tantas facilidades deparará un placer cinegético bien mezquino. Es obvio que derribar una codorniz no reporta la misma satisfacción que derribar una perdiz. Ésta es una cuestión sobre la que no puede discutirse. Empero, la codorniz no carece de recursos para tentarnos. En primer término, no hay que olvidar que la temporada de codorniz es la que quiebra la larga etapa de inactividad de la veda. Quiere esto decir que la codorniz es nuestro primer bocado, tras un prolongado ayuno. Digamos, para mejor entendernos, que la caza de la codorniz constituye un suculento aperitivo. Pero quizás esto sea un aspecto marginal –aunque argumento no desdeñable– dentro del cuadro de alicientes que la caza de la codorniz reporta como tal caza. Ciñéndonos a este punto vendremos a la conclusión de que es el tamaño del pájaro, en primer término, el que valoriza el éxito de

nuestro disparo. La codorniz, ave de por sí reducida, se achica en la inmensidad del páramo. Su caza representa un magnífico ejercicio de puntería. Mi amigo Antonio Nogales, perdicero ilustre, me decía en los algodonales de Mérida, cansado de doblar a codornices que se le iban:

–Yo no puedo acertar a unos pájaros tan chiquininos.

Antonio Nogales, digámoslo de una vez, baja cuantas perdices haya que bajar, pero luego fracasará ante una pieza que, en apariencia, resulta mucho más fácil de abatir que aquéllas. Y el caso de Antonio Nogales no es un caso raro, lo que demuestra que la codorniz tiene más que matar de lo que a primera vista parece. Y nada digamos cuando el viento, aunque sea ligero, sopla. En estos casos, la codorniz navega a vela. En estos casos, la codorniz parece diluirse. En estos casos, la codorniz sí apremia el disparo; describe en su vuelo un amplio arco, y hay que disponer de un ojo muy ágil para seguirla por los puntos de la escopeta. Total, que la caza de la codorniz, si cómoda y distraída, si propia para jovencitos y cazadores maduros, tiene también sus perendengues.

–Entonces, ¿a santo de qué me la recomienda usted?

–Para empezar, muchacho, no hay mejor cosa.

La caza de la codorniz

La Biblia nos habla de la lluvia de codornices que se abatió sobre los israelitas en el desierto. Axel Munthe nos habla de la lluvia de codornices que se abatía, llegada la primavera, sobre los acantilados de Capri. Los periódicos de hoy nos hablan, de cuando en cuando, de una lluvia de codornices en Málaga o Almería.

–Oiga, usted, ¿y es cierto eso de que puedan llover codornices del cielo?

–Puede.

–¿No bromea?

–Mire; eso es tan cierto como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

La codorniz, es cosa sabida, es ave migratoria o, si se prefiere, ave de paso. Quiere esto decir que hoy está aquí y mañana allá. En suma; la codorniz veranea. Antaño –y la tradición viene de antiguo– la codorniz invernaba en África y veraneaba en Europa. Hogaño las cosas han cambiado.

–Oiga, usted, ¿y qué no será que todo anda ahora en el mundo patas arriba?

Uno, la verdad, no sabe si apelar a las pruebas atómicas o a las manchas solares. Pero lo cierto es que todo este asunto de la climatología anda muy embrollado de unos años a esta parte. Y es de

pensar que, aparte otras razones, sea ésta una de las que más ha influido en las alteraciones experimentadas por la caza en sus querencias y costumbres.

–Usted no lo va a creer, pero yo he visto perdices emparejadas en pleno diciembre.

–Si usted lo dice.

–Y no hará de esto más de seis años, para que lo sepa. Pero seguramente este tema me desviaría de mi objetivo inmediato. Ya habrá oportunidad, creo yo, de volver sobre ello. Ahora sólo trataba de exponer las diversas modalidades que hoy existen para atrapar codornices, bien entendido que la única lícita, autorizada, es aquella de la escopeta al brazo y el perro a la vera. Pero los españoles nos conocemos todos. Si existe un sistema lícito y otro ilícito para cazar codornices, no faltará quien se incline por el segundo, tal vez porque el primero solamente le reporta una satisfacción, mientras el otro le brinda dos: cazar y burlar la ley. Y burlando la ley se han cazado y se cazan codornices sin más que esperar y alargar la mano en los campos del sur de Europa rayanos al mar. La codorniz arriba de África en nutridos bandos al iniciarse la primavera. Las dirige un guión y los tratadistas no se han puesto de acuerdo sobre la manera en que estos pájaros salvan el obstáculo del Mediterráneo. Evidentemente cuesta trabajo creer que un ave tan indolente como la codorniz, que a lo sumo, en pleno campo, hará un vuelo de doscientos metros, pueda salvar sin tomar resuello decenas y, a veces, centenares de kilómetros. No obstante, es ésta la tesis más probable. De ahí las «lluvias» de codornices. La codorniz, extenuada, se desploma sobre tierra al alcanzar la orilla. Si cae en una ciudad, mala suerte; es decir, mala suerte para ella; para la ciudad, su advenimiento inesperado constituirá una fiesta. Lo normal es que el bando de codornices caiga sobre los campos y allí se reponga para proseguir, ya más reposadamente, su viaje. Ahora bien, esta arribada despierta la avidez de los ribereños. La codorniz, exhausta, apenas ofrece resistencia a su captura. Por ello no puede extrañarnos que las presas, en estas circunstancias, se midan por sacos. El ala de la codorniz –como la de la perdiz– es demasiado liviana para soportar el peso de su cuerpo y, consecuentemente, la fatiga la inutiliza.

Otra cosa es la captura de codornices con red y reclamo en sus dos modalidades: la que se ejercita sobre los bandos migratorios y la que se ejercita sobre la codorniz ya instalada aprovechando la época de celo. De la primera nos habla con dolor Axel Munthe, en *La historia de San Michele.* Los reclamos, en este caso, son reclamos vivos, codornices a las que previamente se ha cegado con una aguja candente. El animal, ciego, encadenado por las patas, canta y canta hasta morir. Los pájaros emigrantes, desorientados, se abaten en torno suyo. Una

gigantesca red corredera, manipulada desde un escondrijo, los atrapa por centenares. (El procedimiento, sin necesidad de cegar al reclamo, se utiliza también en los campos de Castilla para capturar jilgueros, serines y verderones.)

Resulta obvio que el ardid no es muy ejemplar por lo que encierra de masivo y alevoso. No lo es menos la utilización del reclamo en la época de apareamiento. Este artificio, frecuentado en todas las tierras de cereales, tiene, sin embargo, la ventaja sobre el anterior de que no es tan nocivo para la caza, supuesto que las presas son más modestas. El redejón se tiende en los crepúsculos sobre los cereales verdes y hasta él se atrae a la codorniz impar que busca afanosamente compañía. Basta una palmada del cazador, agazapado entre las espigas, para que la codorniz libre emprenda el vuelo y se enrede entre las mallas. El sistema se presta a una serie de variantes, como son la de obligar a la codorniz a penetrar en la jaula del reclamo o la de dispararla con una escopeta de pequeño calibre –9 o 12 milímetros– cuya detonación no alarme a la guardería.

Mas éstos son ejercicios furtivos, es decir, fuera de época y al margen de la ley. La verdadera caza de la codorniz comienza en agosto, en una fecha variable, determinada por la mayor o menor anticipación de la cosecha. En general, la codorniz se caza en mano, una mano más bien prieta, dejando pocos huecos. La codorniz, ya se ha dicho, es remisa al vuelo, y por ello el secreto, más que en andar mucho, radica en andar bien lo que se ande. A mi entender, una mano de tres o cuatro escopetas es lo más congruente, incluso pensando en el taco de media mañana y la tertulia consiguiente en la ribera del río. Eso sí, cada cual su perro; cada perro que aguante su cazador y cada cazador su perro. Y a ser posible, perros enseñados, dóciles y concienzudos.

La codorniz, que es perezosa para alzarse, apeona con la ligereza de una bola de billar. A veces, en regatos secos por el estiaje, se las puede ver correr por el lecho cuarteado con una ligereza pasmosa. De aquí que el perro haya de ser trabajador. Un perro vaina, amigo de lo facilón y de correr gallos, no sirve para el empeño. Es preciso que el perro codornicero sea sacrificado, esté dispuesto a aspearse entre los abrojos, a desollarse los morros entre la maleza de los arroyos y las cañas de las rastrojeras. Por su parte, el cazador de codorniz debe adaptarse a esta actitud de paciente búsqueda del perro. Si en la caza de perdiz en mano hay que saber andar, en la de la codorniz vale más saber registrar. Ya se ha dicho que es en la caza de esta pequeña gallinácea donde más disfruta el cazador del concurso del perro. El cazador auténtico jamás perderá de vista a su auxiliar. Y si el perro es propio o conocido, la sospecha de pájaro en el can se transmitirá automáticamente a su dueño. Los perros disponen de una expresiva

mímica para exteriorizar la proximidad de una pieza; mímica diversa que, tras una serie de vacilaciones, terminará en la muestra. Aproximarse al perro puesto y azuzarle luego discretamente hasta que el pájaro se arranca es quizás el instante más grato y sabroso de este tipo de caza. Si el tiempo está quedo, la codorniz volará rastrera y por lo derecho, emitiendo un leve silbido característico. Es obvio que el fracaso de nuestro disparo vendrá siempre dictado por precipitación o por excesiva demora. La codorniz vuela muy próxima a la escopeta y el aprendiz de cazador rara vez acierta a reportarse. Intuye que cuanto más próxima la pieza a la escopeta, mayor seguridad hay de derribarla. Intuición errónea que conduce a muchos desengaños. A la codorniz hay que dejarla volar el tiempo justo –poco si el día está ventoso. Un disparo a veinticinco metros da tiempo a que el tiro abra y a esa distancia es difícil errar, dado que con la carga de mostacilla se consigue un plomeo muy cerrado y es infrecuente que el pájaro quede intacto entre los perdigones. Otra cosa es que el cazador, en su deseo de asegurar la pieza, realice una puntería tan minuciosa que el disparo se produzca a una distancia excesiva. En estos casos, de no tener la suerte de quebrarle un ala o meterle un plomo en un lugar sustancial, la codorniz se nos irá a criar. Eso sí, siempre veremos dónde se da, de ordinario próxima a un cardo, una gigantea o cualquier minúsculo accidente. La experiencia aconseja no buscar inmediatamente a la codorniz volada. Su resistencia a alzarse aumenta tras el primer vuelo. Si a esa codorniz la dejamos unos minutos para recobrarse, volverá a levantar tan pronto nos lo propongamos. Para conseguir esto a renglón seguido de posarse, es necesario disponer de unos perros descansados, con unos vientos mayúsculos y de una tenacidad a toda prueba.

La codorniz sale a los rastrojos al caer la tarde. Si la percha no se ha hecho con el alba –hasta las diez o las once de la mañana–, la atardecida es el momento. Mas ahora se trata de una lucha contra reloj. El día se nos va y codorniz que levanta hay que aprovecharla. Es en los crepúsculos, cuando la canícula aún no hizo su aparición o cuando se ha entibiado, cuando la codorniz puede volarse en los rastrojos –ordinariamente en los de trigo– sin ayuda del perro. Pero este momento, donde parece que hasta los cavones y las pajas paren codornices en un lugar donde momentos antes no se veía pluma, dura desgraciadamente pocos minutos. La noche se echa encima enseguida y la codorniz queda tranquila en las rastrojeras, alimentándose. A la madrugada siguiente continuará allí hasta que el sol comience a picar, momento en que la codorniz busca la frescura para la siesta: los arroyos, los linderones, la alfalfa, el patatal, los garbanzos, la remolacha o la junquera. A partir de las once de la mañana es en estos lugares donde hay que buscarla. De ahí que los buenos cazaderos de codornices fueran tradicionalmente los extensos trigales, surcados por

pequeños arroyos y con algún costado de regadío. Por otra parte, la proximidad del agua permitía a los perros beber y chapuzarse, requisito imprescindible –de no tratarse de un animal excepcionalmente dotado y austero– para que sigan trabajando en las horas más sofocantes.

El eclipse

–Según eso, Castilla será ahora un paraíso para la caza de la codorniz. ¿No es cierto?

–Debiera serlo, pero yo no sé qué pasa que todo anda ahora en el mundo patas arriba.

–¡Vaya por Dios! Se ve que no estoy de suerte.

En efecto, a medida que los veranos castellanos se han ido haciendo menos extremosos y que se extienden –si que lentamente– por doquier oasis de humedad, la codorniz se manifiesta cada vez más reacia a visitarnos. Esto es un hecho incontestable; de difícil explicación, pero un hecho notorio. El estío ha suavizado sus rigores, la verdura se extiende, las cosechadoras dejan los rastrojos más enmarañados y ásperos que la hoz –el rastrojo ideal, antaño, para la codorniz–, y, sin embargo, las codornices vienen poco a Castilla o no vienen. Esto quiere decir que la codorniz va a menos o su ideal de veraneo no es ya esta región. Evidentemente existe un hecho comprobado, que en cierto modo justifica la escasez, que es la proliferación de escopetas. En un ayer próximo éramos cuatro gatos los que salíamos al campo en el mes de agosto. Aún la caza no era un deporte de moda para los ricos, y para los pobres una codorniz no valía un cartucho. Hoy, la caza es un deporte distinguido y la codorniz un ave que se cotiza en los mercados. Total, que, en principio, ayer había un ciento de codornices para un cazador y hoy hay un ciento de cazadores para cada codorniz. Buena razón, sin duda, para justificar la escasez, pero no suficiente. Quiero decir que si este fenómeno de la multiplicación de escopetas explica el hecho de que a la semana de abierta la veda se vea poca codorniz, no aclara el extremo de que a las seis de la mañana del día inaugural uno haya de patear dos kilómetros de rastrojo para volar el primer pájaro. No. La codorniz sube cada año menos a Castilla por los motivos que sean. Y aún me atrevo a decir que el declive se inició, más o menos, hace un par de lustros. Allá por el año cincuenta uno podía matar codornices incluso en los pajonales del valle de Iguña, al pie del monte Navajo, en Santander, donde el trigo no se conoce. No digamos en Burgos, Palencia, Valladolid, Toledo, Salamanca, etc. Hoy los toledanos suben a Palencia y los palentinos bajan a Toledo, y de no tener la suerte de dar con un buen corro regresan poco menos que con

las manos vacías. («¿No se ve codorniz?» «Mire, de unos años a esta parte, parece como si se las hubiera tragado la tierra.» «¿Y a qué lo atribuye usted?» «A saber. Los pájaros son caprichosos».)

En todo caso resulta palmario para cualquiera que sea medianamente observador que, de unos años a esta parte, la caza está modificando su estrategia defensiva. Afortunadamente la caza no es tonta e intuye la necesidad de adaptarse a las nuevas formas de vida. La progresiva mecanización del campo, la presencia casi constante de personal en los regadíos, las mil y una añagazas que cada día se ponen en juego para capturar piezas más o menos golosas, están determinando una alteración en las costumbres de la caza más ajustada a la realidad. Antes que admitir su exterminio, la caza se aviene a admitir un cambio en sus hábitos tradicionales. Sin duda los animales no piensan, pero, en ocasiones, se diría que lo hacen. Concretándonos ahora a la codorniz, habremos de convenir que la codorniz 1964 es mucho menos sencilla de lo que pretendía el fabulista. La codorniz actual es lista como el hambre; ve crecer la hierba, que diría el otro. Quiero insinuar que la codorniz migratoria –hoy la hay sedentaria y más adelante me ocuparé de este asunto– no aterriza ya donde barrunta que la aguardan. Así cazaderos de fama antaño, como Vallelado, en Segovia, y los Jaramieles, en Valladolid, apenas dan hoy pájaros. El Cazador recuerda aún una escapada que hizo a los Jaramieles con su primo Paco Mengotti, allá por los años treinta, en la que los caños de las escopetas se ponían al rojo vivo; el Cazador no daba abasto y la canana se vaciaba en unos minutos. El cazador que, estimulado por tan lisonjera evocación, se dé hoy una vuelta por los Jaramieles o por Vallelado, habrá de contar con la ayuda de un perro maestro para tirar media docena de codornices en las primeras horas. Y éste es un problema general. Si nos atenemos a la última temporada, el Cazador puede afirmar que buscó codornices en la provincia de Burgos allí donde el terreno lo pedía.

–¿Y qué le ocurrió, si no es mala pregunta?

–Sencillamente que un día tras otro hube de volverme con lo puesto.

–¿Tan malo está?

–Tan malo.

Con una particularidad, que una tarde que el Cazador decidió subir a un páramo yermo, con una rastrojera de cebada por todo caudal, disparó más tiros que en todo el verano junto. El cazador sabidillo argüirá que la codorniz estaría dispuesta ya para emigrar, pero tal argumento no es válido si observamos que esta cacería tuvo lugar en agosto, cuando la calorina estaba en pleno apogeo. En suma, el Cazador se inclina a pensar que la codorniz se esconde; elude los cazaderos tradicionales porque intuye que allí se la buscará no

tardando. Antaño, como es sabido, la codorniz no quería cebada si disponía de trigo; hogaño, la codorniz ha decidido que mejor es la cebada que los perdigones. Y así van las cosas.

La codorniz y el progreso

Uno presiente la sonrisa escéptica del lector al llegar a estas alturas, pero a uno, si se atiene a las realidades, no le queda otro remedio que admitir este hecho y extraer las consecuencias lógicas. Después de todo, esto es muy explicable si reconocemos que el instinto de ocultación de la caza constituye su más positiva defensa. Ortega sostiene que la liebre, que en origen era animal diurno, se habituó a la nocturnidad como recurso; como único medio de asegurarse la pervivencia. Si la liebre corriera de día, se alimentase de día, se delatase espontáneamente, seguramente no habría sobrevivido; hoy sería una mera reliquia, algo así como el dinosaurio o el diplodoco. Y si esto es así, nada tiene de extraño que las especies, en general, se adapten a las conquistas de la civilización con cierto apresuramiento.

Otro tanto podríamos decir de las perdices, que apenas bajan ya a las carreteras frecuentadas ni aguantan siquiera la muestra del perro el primer día de la temporada, o se vuelven en los ojeos, porque «saben» también que donde hay voces no hay escopetas ni, por lo tanto, peligro. En fin, el argumento vale asimismo si de la caza pasamos a la pesca y lo aplicamos a los cangrejos. La sañuda persecución declarada contra ellos les ha movido, igualmente, a modificar sus costumbres seculares. Los remansos profundos, sucios de berreras y de broza, fueron siempre los preferidos por los cangrejos y, consecuentemente, por los cangrejeros. Pues bien, uno, durante el verano de 1962, hizo sus presas más sustanciosas y pingües en las corrientes, en las aguas movidas, de poca profundidad y lecho limpio. Esto equivale a decir que el cangrejo «adivina» los propósitos del pescador y trata de eludirlos. Afortunadamente, las especies no se confían a la teórica protección de la ley y apelan a sus propios recursos para defenderse.

–Bueno, déjese usted de historias. Yo le pregunto por la codorniz y me sale usted hablando del mar y los peces.

–Por mí, tómelo como quiera.

–Es que se va usted por los cerros de Úbeda, leche.

Sin ánimo de ser dogmático, uno quiere ver las deslucidas cacerías de codornices de los últimos años, tanto como un síntoma de escasez, un progreso en la estrategia defensiva de estas aves, un afinamiento de su instinto de conservación, una adaptación a las nuevas circunstancias. Concretándome a la codorniz, puedo anotar aún la última observación: hace apenas tres o cuatro años escribí un artículo

con motivo de una divertida cacería a la vera de una cosechadora. Fue aquélla una nueva experiencia inolvidable. Las codornices volaban aterradas del *booom-booom* de la máquina. Era la primera vez que se empleaba en aquel lugar y los pájaros huían de ella como del diablo. Entonces apunté mi temor de que la cosechadora pudiera erigirse en un próximo futuro en el sucedáneo del pointer; es decir, que el cazador pudiera servirse en lo sucesivo, para levantar la caza, de un perro-robot, de un pestilente e insensible auxiliar movido por gasoil. Pues bien, tranquilícense ustedes. Cuando el verano pasado traté de repetir la experiencia, la codorniz no se espantaba ya de la cosechadora. Animado por el mecánico subí a lo alto del artefacto y entonces las vi apeonando ligeras ante el rastrillo segador, rehuyendo su paso con la serenidad propia de un pájaro supercivilizado. La codorniz –que incontestablemente no era la misma de tres años antes– escuchaba el aterrador *booom-booom* de la máquina con la misma tranquilidad e indiferencia con que sentiría el repiqueteo de la lluvia o el retumbo del trueno en las sofocantes noches estivales.

La codorniz sedentaria

–¿Sabe usted lo que me han dicho?

–Usted dirá.

–Pues que si la codorniz no sube ya a Castilla es porque se queda en Badajoz, en lo del Plan. Y yo digo que hace bien, ¿no le parece? Si se encuentra allí tan fresquita y tan ricamente, ¿a qué ton darse esos pechugones?

El rumor no es de ayer. El Cazador llevaba años oyendo la misma cantilena. Cualquier colega que regresaba de una excursión con el perro aspeado y la escopeta virgen, salía con la misma:

–Aquí, nada; pero en Extremadura, una plaga; ya ve.

–¿Usted cree?

–Eso dice todo el mundo.

Ante tanta insistencia, uno se sintió en la obligación de probar (estas obligaciones que uno se echa sobre sí son, por otra parte, bastante gratas) y en pleno mes de diciembre se largó hasta Mérida. Aunque el Cazador había dejado en Castilla temperaturas de ocho a diez grados bajo cero, Extremadura tampoco era el trópico, ésta es la verdad. Cielo azul, enrasado, pero temperaturas bajas y, por las noches, hielo. Pues bien, en estas condiciones, con Pepe Nogales a un lado y Antonio Nogales al otro, entró escépticamente el Cazador en los algodonales de Mérida. (Este campo del Plan tiene así un aire de campo supercivilizado, con sus granjas y sus granjeros, y las mujeres y los hijos de los granjeros, y los pollinos y las mulas de los granjeros. A

esta impresión coadyuvan las pellas blancas que los recolectores dejaron en las plantas, pellas olvidadas, pero que imprimen a los regadíos, a la ocre e hiberniza campiña extremeña, una vistosa y friolenta nota ornamental.) El Cazador, para qué engañarnos, arrastraba las botas con muy escasa esperanza. Hasta que la Tula hizo la primera muestra a los tres minutos mal contados de invadir el algodonal, y voló una codorniz. Luego siguieron volando de una en una, de dos en dos y, a veces, hasta en racimo. El Cazador había de frotarse los ojos cada vez que se ponía el perro. Y cada vez que se ponía el perro –o la perra– volaba indefectiblemente, cuando menos, una codorniz. Y en ocasiones, sin darle tiempo al perro para pararse de muestra. Y pim-pam, pim-pam, el Cazador y sus amigos iban haciendo sus buenas perchas. Al Cazador se le antojaba una cosa rara aquello de matar codornices con las manos frías. Y se decía: «Es diciembre; en Valladolid andan a ocho bajo cero». *Y, biiiiiir,* volaba otra codorniz. Y el granjero, o la mujer del granjero, o los hijos del granjero, que andaban enredando entre los cañizos, voceaban: «¡Eh, que estoy aquí!». Y el Cazador –y sus amigos– marraban algún que otro pájaro por temor de hacer carambola con él y el granjero, o la mujer del granjero, o el hijo del granjero. Y a la derecha se sentía el traqueo, bien nutrido, de una cuadrilla. Y a la izquierda se sentían los tiros, no menos frecuentes, de otra cuadrilla. Y Pepe Nogales, exultante, le gritaba al Cazador:

–¿Eh? ¿Qué te parece?

Y al Cazador le parecía que el misterio de la codorniz se estaba desvelando ante sus ojos, paulatinamente y de la manera más asombrosa que pudo nunca imaginar. A las seis, de retirada, con un sol todavía caliente, la cuadrilla del Cazador había cobrado treinta y cuatro pájaros, algunos, pollos que no abultaban lo que un gurriato.

Todo esto invita, creo yo, a una revisión de las viejas –y, ¡ay!, desacreditadas– teorías en torno a la codorniz. Porque a la vista de este fenómeno habrá que ir admitiendo que la codorniz ha dejado definitivamente de ser sencilla y, lo que aun es más curioso, que la codorniz está dejando de ser nómada, y lo que todavía es más desconcertante, que el pretendido ciclo de celo de este pájaro es agua pasada, es decir, que la codorniz cría cuando y donde le viene en gana sin acatar las opiniones de los naturalistas. Se argumentará que el regadío ha mitigado los rigores del clima extremeño. Eso es verdad en lo que afecta al estío, pero no sirve para explicar su permanencia en los algodonales de Badajoz durante el invierno. (El riego no se utiliza en esta estación y, por lo tanto, los inviernos extremeños siguen sujetos a las mismas bajas temperaturas que antes de lo del Plan.) Una cosa hay cierta: el Plan de regadíos ha llevado a Badajoz no sólo el agua, sino también las codornices. Ítem más: las codornices no

marchan de Badajoz en el otoño; al menos no marchan todas; quedan las suficientes para que una escopeta se divierta en diciembre tanto como podía divertirse en septiembre en los Jaramieles o Vallelado, pongo por caso, hace veinte años. Ítem más: la codorniz –alguna codorniz– cría en los algodonales de Mérida en pleno –y riguroso– invierno.

El Cazador admite que todo este asunto es muy complejo; rebasa la capacidad de caletre de un cazador normal, un caletre de por sí tan sencillo y rutinario como la antigua codorniz. El Cazador, que respetaba las seculares teorías sobre la caza como el Catecismo, se resiste a desautorizarlas así de golpe y porrazo.

–Pero no queda otro remedio, ¿verdad usted?

–Eso pienso yo.

Uno piensa, además, que para que este fenómeno de la codorniz sedentaria se produzca ha sido preciso que se conjuguen dos factores: primero, el regadío de Extremadura (y donde se dice Extremadura, podría decirse de Israel, regadíos, éstos, por lo oído, también con codorniz perenne); segundo, la mitigación de los contrastes de las temperaturas en toda la península. Quiero decir que en los últimos diez o quince años –a excepción, quizá, de 1962-1963– las temperaturas medias pueden haber sido las mismas, pero a buen seguro la diferencia en grados entre enero y agosto ha decrecido mucho. Es decir, los eneros son menos crudos y los agostos menos cálidos. De este modo, la codorniz, confortablemente instalada en los algodonales extremeños, no ha experimentado la necesidad de emigrar. Entre la pechada del vuelo de regreso y pasar un poco de frío, optó por esto último. Más tarde advirtió que tampoco el frío extremeño era para tanto y que, si no marchaba en septiembre, tampoco tenía por qué volver en abril, o sea que Badajoz le brindaba la posibilidad de ahorrarse dos desplazamientos agotadores y con ello una invitación a la *dolce vita.* (En este punto no podemos desdeñar, como nuevo y positivo argumento, el progresivo enervamiento de la sociedad moderna. En Chile observé que las perdices y las codornices están hechas allí a la medida del nativo. Si al chileno se le pusiera ante una perdiz roja, diría sin duda: «¡Que la cace su padre, no más!». Por eso Dios le puso allí la perdiz pardilla. Cabe, pues, pensar que a medida que la civilización y sus conquistas enervan y ablandan al hombre, se vayan enervando y ablandando, paralelamente, los animales que le rodean. El faisán centroeuropeo es una prueba más de nuestro aserto.)

En suma; el enigma de la codorniz actual ha quedado desvelado para el Cazador en los algodonales de Mérida. La codorniz allí –al menos en buena parte– se ha hecho sedentaria; ha dejado de ser ave de paso. Naturalmente, queda por explicar la trascendencia que para

el cazador de la mitad norte de la península puede tener este hecho. De momento es palmario que el regadío de Badajoz ha perjudicado a los cazadores de ambas Castillas; es decir, desde que existe pasan para acá menos pájaros.

–¿Y usted no piensa que las cosas puedan cambiar?

–Yo ya no pienso nada; yo, de profeta, ni un pelo.

El futuro, pues, es una incógnita. Para el cazador castellano se abren hoy muchos interrogantes: ¿De dónde viene la poca codorniz que llega hoy al norte de la península? ¿De África –como antaño– o de Extremadura? ¿Adónde va la que emigra en septiembre-octubre de las dos Castillas? ¿A África? ¿A Extremadura? Pese a su permanencia invernal en Badajoz, ¿existen aún movimientos migratorios de codornices en esa zona? Es decir, ¿se quedan todas o emigra parte?

Es obvio que ante esta contingencia –de momento más bien sombría– al cazador de la mitad norte de la península no le queda otro remedio que esperar. Lo de Extremadura –lo del Plan– puede seguir siendo un freno o, por el contrario, constituir un vivero, a la larga, del que nos beneficiemos todos. La codorniz tiene la palabra. Ella dirá, andando el tiempo, si es cierto que prefiere la estabilidad a la aventura problemática del veraneo.

–Así que usted no dice ni que sí ni que no.

–Yo le he dicho todo lo que tenía que decirle.

–Mas para cazar codornices...

–De momento yo no puedo sino aconsejarle que si quiere cazar codornices, se vaya en diciembre a Badajoz...

CAPÍTULO II

La perdiz

Cuando uno, en este país, se pone a perorar sobre caza, a ensalzar este cazadero o a despotricar contra aquel procedimiento de captura, aunque momentáneamente no concrete y aun se vaya por las ramas, en el fondo, taimadamente, ineludiblemente, está pensando en la perdiz.

–¿Y qué tiene la perdiz si puede saberse?

–Eso se lo diré por partes.

–¿Tan largo es?

–Una vida, hijo, no daría para contar las gracias de la perdiz roja. La perdiz es un pájaro con usía. Una pieza de caza mayor, para que se entere.

–¿Mayor, dijo?

–Atienda, muchacho; si en este bárbaro mundo nuestro no fuésemos tan elementales como para medir el mérito por kilos, llamaríamos mayor a la caza de la perdiz y menor a la del elefante. Pero ¿quién se atreve ahora a ponerle el cascabel al gato?

La caza es un lance tan primitivo que su clasificación viene dictada por el pueril criterio de los tamaños. Mayor o menor, esto es, grande o pequeña, cuando a menudo acontece que la menor es la más grande y la mayor la más chica, pero esto, después de todo, es una mera cuestión de palabras. Para uno la caza de la perdiz es caza mayor o, si lo prefieren, de superior categoría. Y el que esté en desacuerdo que levante el dedo. Pero, seguramente, aquí y afuera, son muchos los acordes con mis puntualizaciones desde el momento en que la perdiz española posee hoy una fuerza atractiva más considerable que las mismas piedras del románico.

–¡Ojo, no se le caliente la boca!

–¿Es que sabría usted hablar de caza con la boca fría?

–Mire, yo...

La perdiz, promotora del turismo

En este sentido, quiero decir en un estricto sentido venatorio, España se ha erigido hoy en un foco de peregrinación mundial; suecos y

americanos, ingleses y franceses, arriban cada año a nuestros puertos y aeropuertos con ánimo de correr la pólvora. Y vaya si la corren. Mientras nosotros, con nuestra añeja hospitalidad y nuestro no más modesto apetito de divisas, les facilitamos la cosa.

Total, que los españoles, aunque algunos nos tachen de exclusivistas, hemos ido más lejos que Monroe y generosamente decimos: «Las perdices españolas para los americanos». (Es obvio que es ésta una manera burda de señalar. Donde uno dice americanos quiere decir franceses, noruegos o, sencillamente, suizos, por aquello de mentar también –para que nadie se dé a interpretaciones intencionadas– a la gente neutral. Lo cierto es que, en el terreno cinegético al menos, el español se manifiesta muy escasamente xenófobo.)

–¿Y qué vienen a buscar estas brigadas internacionales a nuestros roturos y pegujales?

–Sencillamente un pájaro.

–¿Y es que ellos no tienen pájaros?

–Tienen pájaros, pero menos pájaros y, por descontado, no el pájaro que ambicionan, no la perdiz roja, por decirlo de una vez.

–¿Y qué tiene la perdiz roja que no tengan sus pájaros, si es que la pregunta no es indiscreta?

–Mire, hijo, para un cazador-cazador enumerar los atractivos de la perdiz roja puede ser tan deshonesto como describir los encantos de Sofía Loren.

Para empezar por el principio, la perdiz roja es un pájaro que *todavía está ahí.* Los pájaros de ellos, los pájaros de los otros, son, a menudo, pájaros que *han puesto.* Parece natural que con alguna ventaja habíamos de contar los pueblos subdesarrollados. Con esto, se da por supuesto que la civilización opera contra la caza, o, todo sea dicho con palabras pobres, que el tractor y la cosechadora se comen a la perdiz. La perdiz, para sus escarceos y buena crianza, precisa de secanos, gredales, campos yermos, perdidos, laderas pedregosas, jarales y tomillares, siempre que en los aledaños existan sembrados y rastrojos donde alimentarse. Esto presupone una población no menguada pero sí dispersa, de ahí que la perdiz sea enemiga de huertas y regadíos, terrenos que requieren la presencia frecuente del hombre.

Tal afirmación no desvirtúa el hecho de que la perdiz sea ave con evidente propensión doméstica. Su afición a los caminos, la proximidad de los bandos a la casa del guarda en los montes de encina, o a los caseríos en las vastas parameras de Castilla, constituyen patentes pruebas de su sociabilidad. Ahora bien, si en los caminos, en los montes o en los caseríos se las recibe a tiro limpio,

lógico es que la perdiz se torne espantable y procure un ten con ten que asegure su pervivencia. (A propósito de la sociabilidad de la perdiz, o mejor de su adaptación a la domesticidad, bueno será recordar los perdigones enjaulados, abundantes en las dos Castillas y, en especial, en los campos manchegos, extremeños y andaluces. El corral o la jaula no parecen significar un cautiverio para la perdiz roja. O, por lo menos, en ellos vive como si estuviera en su elemento. No olvidemos que la perdiz es una gallinácea y lo único que le separa de la gallina pura y simple es, con las bardas del corral, el recelo derivado de la actitud agresiva que el hombre le muestra. O sea, que si el hombre le tendiera la mano en lugar de los caños de la escopeta, la perdiz salvaría gustosamente la tapia de adobes y se avendría a participar del festín de maíz y piensos compuestos en compañía de las aves de corral. A este tenor, yo recuerdo que en una finca del difunto Ángel Morillo, en Campanario, Badajoz, las perdices empolladas por unas gallinitas inglesas, frágiles y menudas, se arrimaban a los abrevaderos dos o tres veces por día a visitar a sus madres adoptivas. Eso sí, si acaso irrumpía un ser humano, las perdices apeonaban ligeras por los rastrojos guardando siempre las distancias. Ángel Morillo había ordenado no disparar sobre ellas y a buen seguro, de haber continuado un par de años esta política de buena vecindad, hoy día aquellas perdices no vacilarían en compartir la caseta con el perro en las horas de canícula.)

Pero íbamos a lo del subdesarrollo. Esto del subdesarrollo agrícola, traducido a palabras sencillas, significa, más o menos, que el campo depende de las veleidades del cielo antes que del esfuerzo del hombre. Una vez que el hombre controla el agua –la almacena, la entuba y la dirige– concluye el subdesarrollo y adviene la civilización rural. Y con la civilización rural, llega la mecanización agraria y se dan el hopo, de ordinario, la liebre y la perdiz roja. Esto explica el fenómeno de que, en Europa, la especie vaya desapareciendo fuera de limitadas zonas de Francia e Italia y abunde, en cambio, en los dilatados secanos –estricto subdesarrollo– de España, Portugal y Grecia. (La perdiz griega difiere de la española en la voz, el collar negro –en lugar de moteado– y el frente, de color gris ceniciento, pero es, asimismo, perdiz roja de características similares y, a cierta distancia, indiferenciable.)

La concentración de la perdiz en la península ha coincidido con el acortamiento de distancias que implica la era supersónica y con la pasión por tirar tiros despertada en la alta burguesía mundial. (Quizá por aquello de asemejarse más cada día a la aristocracia, de suyo venadora desde hace siglos.) Con dinero y tiempo no hay distancias y de ahí la afluencia de escopetas que advertimos en nuestro país durante los últimos años y los pingües negocios montados en torno a

este acontecimiento. El extranjero no se conforma ya con matar sus pájaros. Le tientan los pájaros del vecino y con mayor razón los del vecino pobre cuyas tibias protestas se acallan con unos dólares. Los pájaros del vecino necesitado –los pájaros comestibles, entiéndase bien– suelen ser también pájaros necesitados y, como tales, bravos, desconfiados, escurridizos; en una palabra, pájaros que se resisten a ser colgados de una percha: ejemplo señero, la perdiz roja. Ésta es la razón para que uno distinga entre los pájaros que *están ahí* desde el principio y los pájaros que se *pusieron* después. En el proceso de reproducción de la caza, la mano del hombre suele ser un estorbo. Vale para *poner* pájaros donde antes no los había, pero estos pájaros *puestos,* aunque se adapten a las condiciones topográficas y aun climatológicas de su nuevo asiento, carecen de la bravura espontánea, de la violencia defensiva de aquellos otros que vinieron al mundo de manera natural. En suma, uno cree en las repoblaciones, y aun las acepta, pero las acepta como un mal menor, pues no se le oculta que la razón, la ciencia y el laboratorio son, de entrada, conceptos antitéticos de la caza. Se aducirá que la repoblación de caza mayor realizada en nuestros bosques, como la realizada en todos los países europeos, ha dado excelentes resultados. Uno admite lo de los resultados excelentes en lo atañadero a cantidad, no a la calidad de las piezas; o sea que el corzo *puesto* se asemeja bien poco al corzo salvaje, hijo, nieto y bisnieto de corza salvaje. El animal *puesto* por el hombre deviene, se quiera o no, un animal enervado, carente del instinto de conservación nervioso y vivo del animal montaraz. (Suizos, alemanes, austríacos y, en general, todos los centroeuropeos han dado de unos años a esta parte en señalizar un nuevo peligro de la carretera: el corzo y el venado. Y, al parecer, no es insólito el topetazo de un automóvil contra un rebaño de estas reses, topetazo que, dada la velocidad a que hoy se circula por las carreteras europeas, suele resultar catastrófico. Pues bien, el riesgo seguramente se evitaría si estos ciervos o venados conservasen su suspicacia atávica, sus facultades naturales íntegras, no mermadas por la intervención del hombre y el cerco, cada día más estrecho, de la civilización. En resumen, estas especies que se *han puesto,* valen mejor que nada, pero no admiten parangón con las que de antiguo *estaban ahí.* En Norteamérica, según me dice mi hermano José Ramón, el enervamiento, la casi domesticidad de las liebres, corzos, faisanes, etcétera, invitan a arrojar la escopeta al río y a olvidarse de que uno ha sido cazador. Por si fuera insuficiente, ahí va otro dato bien próximo. Hace cuatro o cinco años los titulares de un coto de Moradillo de Sedano (Burgos) pretendieron repoblar éste de faisanes. Para ello dispusieron la suelta de algunas parejas adultas y cerca de dos centenares de pollos criados en granja. Aquí el fracaso fue

absoluto. Las aves, incapaces de valerse por sí mismas, terminaron por morir o se entregaron sin resistencia. A los pocos meses no restaba en el lugar ni un solo ejemplar de faisán, chico o grande, para contarlo. Ya sé que en otras partes, donde los mimos y cuidados se han prodigado, la cría del faisán se ha conseguido, pero esto no merma, creo yo, un ápice la fuerza de mis argumentos.)

Pero en España, afortunadamente, aún disponemos –¿por cuánto tiempo?– de especies silvestres, pájaros que perviven no gracias, sino a pesar del hombre. Esta supervivencia contra una persecución cada día más sañuda y encarnizada les confiere unas cualidades físicas afinadas de día en día, lo que unido a su coraje original hace de ellos un objetivo venatorio de primerísimo orden, objetivo que en esta época en que existen hombres empeñados en gozar de todo exhaustivamente y, de entre todo, lo mejor, no podía pasar inadvertido. Así España se ha erigido en foco de peregrinación cinegético que promueve cada otoño desplazamientos increíbles. Y el centro de toda esta actividad, aparato motor de toda esta actividad, protagonista de esta desmedida actividad, es, aunque parezca mentira, un simple pájaro: nuestra estupenda perdiz roja.

Desconfianza, bravura y sentido de ocultación

–Dígame, si es cierto eso de que la perdiz tira al gallinero, ¿de qué esa bravura que usted le atribuye?

–No vaya tan aprisa, mozo. Todo se andará.

De hecho, el que la perdiz propenda al gallinero no le resta, de entrada, ninguna bravura. En la vida estamos acostumbrados a ver gente fuerte y de pelo en pecho, dominada, ocasionalmente, por el asfalto, estrangulada por la civilización. Juan Martín, el Empecinado, vivió tan pancho en Castrillo de Duero, como un vecino más, hasta lo de la *francesada.* Entonces se lanzó al monte y vivió en el monte durante años para terminar muriendo en una jaula, en Roa de Duero, por capricho de Fernando VII. Ya sé que resulta un poco grotesca y casi irreverente la comparación. Pero Juan Martín era un farruco de muy difícil captura y, sin embargo, no le hubiera hecho ascos al vivir apacible y tranquilo de sus convecinos. Algo así, pienso yo, le sucede a nuestra patirroja. La perdiz viene a ser una guerrillera a la fuerza, un ave empujada al monte por la fuerza de las circunstancias.

–Hablando de perdices se pone usted imposible.

–¡Coño! ¿Y qué quiere?

–Perdone, no quería molestarle.

Y aún diría más: la perdiz roja, tal vez por aquello de tener el ala leve y el cuerpo de plomo (una perdiz normal pesa su buen medio

kilo) tiende, temperamentalmente, a la indolencia; es ave perezosa. Si la perdiz puede salvarse apeonando, no levanta. Esto podemos comprobarlo a cada paso. Ahora bien, la perdiz levantada vuela con la rapidez del viento, se lanza quebrada abajo sin pensarlo dos veces o se repulla hasta las nubes si intuye que tomar altura es su única salvación. (De la velocidad del vuelo de la perdiz puede darnos idea el hecho de que, a pesar de su vista, muy aguda, con frecuencia se decapitan contra los hilos del tendido eléctrico. En su frenesí no ven los cables, incluso cuando hay un haz de media docena de ellos –con postes intercalados– distanciados entre sí por muy pocos centímetros.) La perdiz en vuelo llega a desarrollar una velocidad de ochenta a noventa kilómetros a la hora. Ya la arrancada –con un *pi-chau* típico–, el zurrido vibrante de su arrancada, que a tantos novatos altera, encierra algo de mecánico, de eléctrico, de sacudida. En el despegue de la perdiz, tan ruidoso, va implícito un desafío. Nada de esto quiere decir que la perdiz sea dura, aunque tal vez el término no sea el más adecuado. La perdiz es dura mientras conserva íntegras sus facultades físicas; entonces la perdiz soporta rigores e inclemencias con pasmoso estoicismo. Pero no es ave resistente tal vez porque la alacritud de su ala, pequeña y liviana, no guarda proporción, como digo, con el peso de su cuerpo. Así, la perdiz puede ser cazada viva a caballo fácilmente en las extensas llanuras, durante las horas centrales, en un día de calor. Nada digamos de los días de fortuna, claro que aquí, aparte del embarazo que les provoca la nieve, hemos de añadir el enervamiento producido por la inanición. Después de una copiosa nevada, las perdices se atrapan a mano; se entregan sin lucha, o tras un leve forcejeo, cuando no se introducen espontáneamente en los chozos de los pastores. (Cosa diferente es la perdiz que se trata de cazar al iniciarse la nevada o la cellisca.) Asimismo, las heladas extremas les producen una especie de agarrotamiento. El caso es que la perdiz con la helada –una helada, repito, muy fuerte– reacciona igual que con el calor: se queda, se muestra reacia al vuelo y admite la postura del perro. Nada de esto entibia la agilidad instintiva de la reina de las especies menores, su dinamismo, el cuadro bien dispuesto de sus recursos defensivos; en una palabra, la bravura de la perdiz roja constituye un hecho palmario y por demás innegable.

A esta bravura es preciso agregar su consabida *desconfianza.* En el repertorio de sus suertes defensivas hemos de incluir el innato recelo de la perdiz. Fuera del ojeo, a la perdiz únicamente se la mata por cansancio. Las perdices caídas por sorpresa –a la asomada en una ladera, sigilosamente en un monte enmarañado– no hacen cifra; son, sin duda, las menos. De ordinario, la perdiz, fuera de la época de apareamiento, divaga en bandos –el bando de origen, la pollada, puede unirse a otros bandos o a otras polladas, cuando los rigores del

frío arrecian. (Uno ha visto en las parameras de Soria, desde el automóvil, bandos de cincuenta y hasta de setenta individuos en días en que el termómetro descendió de los diez grados bajo cero.) Pero esto no es lo normal; lo normal son bandos de ocho o doce unidades, o sea la nidada. Estos bandos, durante la siesta, dejan siempre una vigía sobre un cavón o una piedra. Ella es la encargada de dar la alarma. Uno, durante las últimas semanas de veda, gusta de corretear por los caminos de Sedano y Masa, en Burgos, observando con los prismáticos a las nuevas generaciones. Y puede dar fe de que, a no ser que el bando esté comiendo o retozando, inevitablemente queda en guardia, sobre una prominencia, una perdiz. Y, cosa curiosa, en dos ocasiones he sorprendido dormido al centinela. Eran tardes septembrinas, abiertas, de un sol no demasiado canicular que, efectivamente, invitaba a la siesta. Con los prismáticos, a no más de cincuenta metros, observaba los esfuerzos de la vigía por mantener abiertos sus párpados rojos. Pero su sueño, al parecer, era invencible, y las dos veces pude aproximarme hasta una distancia de cinco o seis metros sin que el bando, que dormitaba confiadamente entre los surcos, se levantara. Eso sí, la algarabía de su despertar, en un vuelo alocado y reprobatorio, mostraba su irritación contra el centinela inepto. (Queda por aclarar si, posteriormente, el bando tomó o no contra él las congruentes medidas de represión.)

Mas, generalmente, la desconfianza de la perdiz –desconfianza que nos hemos ganado a pulso– es mayúscula. Nos divisa pronto, da la alerta, apeona guardando distancias y termina por levantar larga, en un primero y segundo vuelo, casi sin excepción, fuera de tiro. Esta desconfianza, unida a sus arrestos, al vértigo de su fuga, hacen del tiro de la perdiz roja un auténtico ejercicio de destreza.

Por primera providencia –y contrariamente a lo que sucede con la codorniz– cada perdiz tiene su vuelo y, consecuentemente, cada una ha de tener su tiro y, por tanto, su muerte. Un tratadista de la caza del siglo XVII, don Fernando Tamariz, reduce a ocho los vuelos de la perdiz y aun estos ocho, pareciéndole sin duda excesivos, termina por agruparlos en cuatro: al hilo, atravesada, repullada y monte abajo. Ante esta catalogación, no por inteligente menos simplista, resulta obvio que en el siglo XVII la perdiz era todavía una ingenua. Su estrategia iba de acuerdo con las posibilidades –escasas– del arcabuz incipiente. Ítem más, a la vista del tratado de don Fernando Tamariz es de presumir que en los tiempos del arco y las flechas la perdiz aún no habría aprendido a volar. Hoy, por el contrario, la perdiz, que ha vivido tres siglos más, sabe latín. Por ejemplo, el docto tratadista señor Tamariz no admite en su repertorio el vuelo de la perdiz de arriba abajo, es decir, de la perdiz que arranca de un pino, una encina o un nogal.

–Pero, oiga usted, ¿es que la perdiz se sube también a los árboles?

–A eso hemos llegado, muchacho, ya ve qué cosas.

Uno recuerda que en su niñez; el padre de uno y los amigos del padre de uno, cazadores de verdad, contaban como un fenómeno chocante el hecho de que una vez una perdiz volara de la copa de una encina. El caso era entonces tan insólito en Castilla que se comentaba en los círculos y casinos, en las peñas cinegéticas, y no faltaba el cazador suficiente que sonreía con media boca y dogmatizaba: «Si el pájaro salió de un árbol, apuesto doble contra sencillo a que no era una patirroja». Naturalmente, no había manera de probar lo contrario y la apuesta quedaba sin vigencia. Años más tarde, uno oyó decir que las perdices, al sentirse muy acosadas –por las escopetas o las rapaces–, se refugiaban en las ramas de los árboles. Pero aún se demoró un par de temporadas la oportunidad de comprobarlo con los propios ojos. Esto me sucedió en los pinares de Boecillo, el último día de septiembre de 1951. A partir de esa fecha he ido verificando los progresos de estas aves para encaramarse a los árboles. Y, en efecto, al principio, el ejercicio lo reservaban, como una argucia defensiva más, para el día que el cerco resultaba demasiado agobiante. Posteriormente bastó con que se las acosase. Hoy, ni esto es necesario, así en las tres últimas temporadas, en la provincia de Zamora –Cañizo, Riego del Camino, etc.– las perdices arrancaron de las encinas el primer día de caza, aun antes de disparar la escopeta. Y aun hay más: hace pocos meses, mi amigo Antonio Iribarren me aseguraba que en Orense se han visto nidos de perdices en los árboles. He aquí una afirmación que no puedo poner en tela de juicio y que llenará de asombro a mis amigos cazadores, como antes me asombró a mí. (Ya sé que tampoco ahora faltará el sabihondo que apueste doble contra sencillo frente a este aserto. Pero dejemos correr el tiempo. De momento anoto una curiosidad cinegética más, garantizando la cordura y el buen sentido de mi comunicante.)

Esto –que tanto hubiera llamado la atención de nuestros padres, y no digamos de nuestros abuelos, y no digamos del docto don Fernando Tamariz– revela que la progresión táctica de la perdiz se acelera a compás de las asechanzas con que se la acosa, con la particularidad de que las nuevas generaciones nacen ya con ese instinto –en este caso de equilibristas– que se manifiesta, naturalmente, de otras mil diferentes maneras.

De todo esto se deduce que tratar de esquematizar los posibles vuelos de la perdiz roja no deja de ser una petulancia científica vana. La perdiz no vuela con arreglo a fórmulas, y, en todo caso, las posibilidades intermedias entre las citadas por Tamariz son muchas, prácticamente infinitas. (Sería lo mismo pretender que entre las horas de un reloj no hay sino tres estadios diferentes: las y cuarto, las y

media y las menos cuarto.) A lo alto y a lo ancho, en velocidad y en topografía, la gama de posibilidades de vuelo de una perdiz no puede, evidentemente, reducirse a un cuadro. Únicamente cabe afirmar categóricamente una cosa: arriba o abajo, al hilo o en cruz, atravesada o sirgada, la perdiz roja volará recio y, en consecuencia, derribarla comportará un extraordinario placer. (Placer acrecido por la suntuosidad gastronómica de la pieza, que, aunque inconscientemente, actúa siempre como nuevo incentivo en el ánimo del cazador.)

–Es decir, que cuando usted tira del gatillo, está pensando en el estofado.

–Mire, para que me entienda, el estofado no es sino un trasfondo que legitima la ilusión del cazador.

–Jolín!

–¡Coño! ¿Tan difícil es? Quiero decirle que matar un pájaro inútil, aunque difícil, no colmará nunca su avidez cinegética. ¿Está claro?

Pues a lo que íbamos, el *pelotazo* de la perdiz es la culminación de una serie de actos encaminados a abatirla. Sea en ojeo o en mano, el pelotazo de la perdiz contra el suelo compensa nuestro tesón. La caída de la perdiz siempre resulta vistosa. Quebrar su ráfaga de vuelo es un bello número. Es claro que la perdiz nunca se abate de la misma manera por la razón sencilla de que nunca los plomos lesionan idénticos órganos o extremidades. De este modo la perdiz siempre nos reserva una sorpresa. Sorpresa, a veces, desagradable, como cuando hace el castillo en pleno monte o cae alicortada. (Los cazadores puntillosos no consideran meritorio derribar a una perdiz alicorta. La perdiz bien matada –según ellos– es la perdiz que se desploma, hecha un gurruño, envuelta en sus propias plumas y no se mueve del lugar donde cae.)

La perdiz que en el trance supremo hace la torre o huye apeonando, si cae alicorta, confirma una vez más el arrojo de la especie, pero, también, su instinto de ocultación. La torre, o el castillo, es la última finta del ave moribunda que no se resigna a caer en manos de su matador. Hasta hace pocos años he creído que la perdiz que se remonta al recibir el plomo llevaba el tiro en la cabeza. Es, ésta, una creencia general que se transmite con notoria frivolidad de generación en generación. Y digo esto porque las veces que he tratado de comprobarlo advertí, con sorpresa, que las perdices así muertas llevaban el tiro en los riñones o, excepcionalmente, en el pecho (por lo general un solo plomo). Otras, es cierto, alojaban el perdigón en la cabeza, pero en estos casos la perdiz suele remontarse instantáneamente, en el mismo momento de producirse la detonación. Mas lo interesante de que la perdiz muera apurando el resuello, en un tan elegante esguince, no deriva de que el plomo se haya alojado aquí o allá, sino del hecho de que la pieza aspire a evadirse mientras

alienta. (A propósito de esto, he de consignar una observación reciente que quizá reporte un consuelo para muchos colegas que observan cómo, a veces, una perdiz bien apuntada se les marcha –aparentemente– a criar. Para mí, el monte se reserva, cuando menos, un veinticinco por ciento de la caza muerta. La cifra podrá parecer exagerada, pero yo bien creo que si es inexacta, antes será por corta que por larga. Lo que pasa es que rara vez se tira a una perdiz en terrenos rotundamente abiertos o, cuando se hace y se va, muy pocas veces disponemos del tiempo preciso para seguir las evoluciones de su vuelo, bien porque otra pieza se anuncia, bien porque las voces de los batidores se aproximan y cualquier distracción puede ser nefasta. Ahora bien, hace pocos meses, en un ganchito que dimos en Villafuerte de Esgueva al borde de una ladera y con un mar de surcos a nuestra espalda, pude verificar que de siete perdices que salvaron chorreadas la línea de escopetas, cinco fueron tocadas y solamente dos se desplomaron instantáneamente. No obstante, el momento y el lugar eran propicios para seguirlas hasta perderlas de vista y de este modo pude asistir al derrumbamiento de las otras tres piezas, dos tras iniciar tímidamente el castillo y la tercera sin nada que delatase su agonía, salvo una ligerísima contracción al encajar el plomo. He de advertir que la más próxima –las tres fueron cobradas– se desplomó a trescientos metros de las escopetas, lo que equivale a reconocer que en la espesura, en una cárcava de la ladera, o sencillamente de haber entrado más piezas, aquéllas se hubieran perdido y, lo que aun es más lamentable, con la sospecha de no haberlas tocado.)

El instinto de ocultación de la perdiz es, evidentemente, otro de los grandes alicientes de su caza. Todo venador que lo sea de verdad habrá asistido más de una vez al eclipse de una perdiz alicorta y, con frecuencia, en un terreno que en apariencia no facilita el menor escondrijo. Por mi parte puedo asegurar que en mi historia cinegética es éste un hecho tan repetido que sólo el pensar en él me desazona y deprime. El lector argüirá que eso se evita con el concurso de un buen perro, mas a esto cabe objetar que un buen perro perdicero que no se aloque con los rastros, que no levante las perdices en Pekín, es más difícil de conseguir de lo que parece. Tal vez uno sea un mal educador, pero lo cierto es que muy contadas veces ha conseguido algo de canes de buena estampa y de mejor casta. Y es que al perro joven resulta peliagudo enfriarle la sangre, mientras el viejo, por el contrario, se fatiga demasiado pronto. A este respecto me contaba el arquitecto catalán Damián Ribas que uno de sus perros favoritos, incontrolable en sus mocedades, se mostraba excesivamente despernado y laso en la madurez. Ribas lo trató con hormonas, pero quizá se le fue la mano de tal forma que el perro volvió a alargarse hasta que se le pasó el efecto de la medicación. Con esto se demuestra

que un perro pendulea entre el alocamiento y la inhibición, y que poner a un perro en el equilibrio es problema de años, de suerte y de denodada paciencia. Y hasta tal punto es esto cierto, que conozco cuadrillas de cazadores –y de buenos cazadores, además– que han decidido prescindir del perro en la caza de la perdiz; es decir, ante la disyuntiva de renunciar a tirar perdices o perder las alicortas, han optado por esto último.

–Pero ¿quiere usted decirme de una puñetera vez qué es lo que pasa con las alicortas?

–Oiga, mozo, a mí no me levante la voz, ¿oye?

A la perdiz alicorta hay que correrla de cerca y con brío si se la quiere cobrar, y con mayor razón en el monte o los verdugales. Diríase que la perdiz alicorta posee un sexto sentido que le permite adivinar en qué momento deja de verla su perseguidor, para, justamente en ese instante, y no antes ni después, agazaparse junto a un terrón o un chaparro y, entonces, ya puede decirle usted adiós. Su mimetismo es tan prodigioso que nada la delata. Todo ese abigarrado plumaje que admiramos en casa, se esfuma en el campo. La perdiz se hace monte con suma facilidad. Y si la perdiz se amona, ya puede usted repartir patadas un día entero. En estas circunstancias yo recomendaría al cazador sin perro, o con perro regalón o de malos vientos, que siga trasteando el monte y transcurridas un par de horas regrese al lugar de marras. Entonces ya es fácil que la perdiz salte, tal vez porque haya descansado, tal vez porque haya olvidado su reciente herida. Se trata de un consejo interesante del que tengo alguna experiencia. (Ello no es obstáculo para que la última vez que lo puse en práctica volviera a perder la perdiz levantada sobre un pajonal arado, al darme un quiebro en el único pinabete que se ofrecía a la vista. Ello después de recrearme en la captura, acosándola con los caños de la escopeta y tirándole palabrotas y puntapiés. Queda, pues, claro que el hecho de que el cazador sea mal hablado no es un fenómeno gratuito ni obedece, como alguien pudiera creer, a una borrachera de naturaleza. Otro episodio análogo vivimos no hace mucho en Mota del Marqués, la vez que Antonio Merino y mi hermano Manolo tumbaron al alimón una perdiz sobre un chaparro recién afeitado cuyo diámetro no iría más allá de los tres metros. El eclipse del bicho se produjo a la vista de la cuadrilla entera, en un terreno que, fuera del carrasco, era una alfombra. El desafío fue tan descarado, que todos nos congregamos allí, cercamos el matojo, registramos hoja por hoja, brizna por brizna, para, a la postre, darnos por vencidos. Ante casos tan flagrantes sólo cabe pensar que las perdices tienen la facultad de diluirse o hacerse invisibles en el momento en que les conviene.)

De otro lado, no es indispensable herir a una perdiz para que se evidencie su fabuloso instinto de ocultación. Creo que a todo cazador

en mano le habrá ocurrido que el bando que persigue se esfuma, de repente, en el rastrojo o la ladera motilona, sin dejar rastro. Sobre este punto nunca se insistirá bastante porque, sobre entrar casi de lleno en el terreno de la prestidigitación, es el que da sentido, en cierto modo, al ejercicio de la caza. Y aun dando por bueno el aserto de Ortega de que toda la caza tiende naturalmente a ocultarse, es notorio que en la perdiz tal facultad adquiere ribetes de atracción circense. Mis amigos no me dejarán mentir si recuerdo las dos veces que en Renedo de Esgueva, al concluir la ladera que encara al pueblo de Villabáñez, hemos perdido las perdices. Y no eran ni una ni dos, sino que habíamos juntado pacientemente más de tres docenas y andaban ya por el cuarto vuelo. Pues bien, al rematar el cabezo, cuando nuestra ilusión era más viva, allí no había perdices. Arriba estaba el páramo en barbecho; abajo, los bacillares sin hoja. Nada por aquí, nada por allá. Así y todo, la segunda vez, abrimos mano por el páramo y luego por la vaguada, para terminar maneando, de nuevo, la ladera. Tarea inútil. Las perdices no estaban ni en un sitio ni en otro; las perdices, en realidad, no se hallaban en ninguna parte; se habían evaporado. ¿Y qué decir del centenar de perdices que llevábamos arrastradas en la Vega de Porras en la temporada 1962-1963 y cuando las considerábamos mollares para tirarlas desaparecieron de nuestra vista? Allí andaban Escudero y Gómez Escolar –los dos del foro–, testigos de excepción. El más minucioso registro resultó inútil. Un centenar de perdices se había escamoteado ante nuestros ojos como por arte de birlibirloque.

Desconfianza, bravura y sentido de ocultación de la pieza constituyen, sin duda, los mayores incentivos del cazador de perdices y, al propio tiempo, las mejores razones a que atribuir la pervivencia de la especie en una época en que todo parece haberse confabulado contra ella.

Invasiones y repoblación

El desabrimiento de la perdiz –más ahincado cada día– ha encendido el afán venatorio del cazador hasta engolosinar, incluso, como apunté más arriba, a los de fuera de nuestras fronteras. Los perseguidores se han multiplicado de unos años a esta parte, hasta tal punto –en lo que a los indígenas se refiere– que el número de licencias de caza despachadas en el país hace cincuenta años se expenden hoy normalmente en cualquier capitalita de provincias. Un dato más: la fiebre, lejos de decrecer, resulta contagiosa, con lo que no es aventurado vaticinar que a nuestra brava patirroja le aguarda un porvenir sombrío. (Luego hablaremos de esto y barajaremos sus posibilidades de supervivencia.) De momento es oportuno consignar

que conforme se agudizan la escasez y la difidencia de la especie, aumenta el número de sus presuntos matadores; se propaga la afición. En el fondo de esta aparente contradicción está, como acontece a menudo, la presunción, el inextinguible anhelo del hombre de manifestar su hombría y su pericia. El mérito de la conquista acrece con las dificultades a vencer. De ahí la petulancia con que no pocos cazadores cuelgan sus víctimas en racimo en el lugar más visible del automóvil. El cazador tiene no poco de Tenorio. Y de la misma manera que don Juan busca el *in crescendo* en sus conquistas pasando de la mujer fácil a la honesta, para concluir en la novicia, el cazador va de la codorniz al conejo –cuando lo había– para culminar en la perdiz roja. Ésta –como la novicia para el Tenorio– representa, digamos, la alternativa, el supremo exponente de sus dotes de conquistador. Es de notar que cuando el cazador habla de las perdices, los ojos se le encienden, sus ademanes se avivan y hasta la voz se le empaña. Tal vez por esto, las mujeres de los cazadores nunca sentirán celos de la codorniz, de la becada, ni aun del pato real, pero sí de la perdiz roja. Y no es aquello de que sospechen que tras la excursión pretendida se escude la aventura, ni las enoje la contrariedad de un domingo a solas, sino sencillamente que la mujer difícilmente tolera que nada ni nadie –fuera de ella– pueda encender en el pecho del hombre semejante pasión. Así, la Celsa, la mujer del Juan Gualberto, el Barbas, le pregunta a su marido tras medio siglo de campañas cinegéticas, que qué tienen las perdices que no tenga ella. (Claro que, en algunos casos, estos celos –cuando no la aversión irreflexiva, total– están justificados, como en el caso de aquel amigo mío que en su noche de bodas dejó plantada a su mujer para largarse al monte.) Todo esto resulta suficientemente explícito para demostrar que aquello de la sangre cazadora no es un decir. El cazador de perdiz no claudicará ante ninguna oposición, por obstinada que ésta sea. El hombre-cazador no sabría prescindir del campo y en no pocos casos forzarle a una opción equivaldría a buscarle una empatadera. La caza de la perdiz es una pasión violenta, una auténtica vocación y, a buen seguro, no existe fuerza en el mundo suficiente para acallarla. El instinto cazador, como cualquier otro instinto, podrá ser encauzado y hasta limitado, pero tratar de sepultarlo sería una temeridad.

Ahora bien, el placer que la caza de la perdiz roja depara ha tenido tan buena prensa, tan potentes amplificadores, que gentes de todos los países y de todos los continentes, que la desconocían, no han podido sustraerse al deseo de probarlo. Y así ha nacido en el país el turismo venatorio, un turismo que no arraiga, pero que se renueva y se extiende de tal forma que bien puede afirmarse que, como el otro turismo, se hincha progresivamente cada año. Esto es explicable supuesto que los que prueban, vuelven y, a la vez, resultan unos

espontáneos propagandistas de las excelencias de este deporte. Esto, de una parte. De la otra está nuestro subdesarrollo: las bocas se cierran ante unos dólares, olvidando aquello de que lo que hay en España es de los españoles. Claro que enseguida le vienen a usted con la historia de las divisas.

–A propósito. ¿Ha visto usted, muchacho, alguna vez una divisa?

–Yo, no, ¿y usted?

–Tampoco, pero ahora dicen que son muy necesarias.

La realidad es que el extranjero está pagando nuestras perdices a precio de oro. Esto no sería justo ocultarlo. Sé de fincas reservadas por varios cientos de miles de pesetas al año y de otros propietarios que cobran a razón de sesenta duros por perdiz muerta, o varios miles por cada puesto. Es incontestable que los dueños de estos terrenos estarán tan satisfechos ya que nunca soñarían con sacar a sus tierras un rendimiento semejante. A estas fincas particulares se están sumando ahora los términos municipales –en La Mancha y Extremadura especialmente– que ceden la perdiz a una sociedad de extranjeros sencillamente porque la pagan y ellos no están sobrados de recursos. Esto de los dólares resulta tan tentador que he visto a los vecinos de un pueblo más preocupados por la actividad de los furtivos que por el progreso de sus propias labranzas. «Mire usted –le dicen a uno–, si los americanos esos no cogen las perdices que esperan, lo mismo no vuelven.» Y, por propio impulso, se convierten en guardianes de la caza, aun a costa de desatender sus particulares intereses. Tal actitud no deja de ser conmovedora, pero resulta antipática para el cazador vernáculo, y para cualquiera que conserve un mínimo de sentimientos democráticos. Porque si es admisible que exista en el país algún coto fuente de divisas, no es buen camino aspirar a que España se convierta en un coto de caza para el extranjero poderoso. En este asunto subsisten unas reminiscencias feudales, donde el extranjero ha pasado a ser el señor y los pobres villanos corremos el riesgo de serlo nosotros, los españoles. Procede, pues, estudiar este nuevo aspecto de la caza de la perdiz y reglamentarlo con urgencia. Porque seguramente estos dólares nos vendrán bien, y uno admite, además, que a algunos términos municipales y a no pocos latifundistas les sacarán las tripas del mal año, pero si esto es a costa de que la generalidad de los españoles hayamos de renunciar por ello a lo poco que tenemos, las divisas esas podrían irse al cuerno. Es obvio que, en este terreno, el español no puede competir. Por otro lado, la llegada de los extranjeros con la bolsa llena, dispuestos a pasarse una semana dándole gusto al dedo y sin mirar la peseta, lo único que nos reporta a los cazadores indígenas, y de modo manifiesto, es un encarecimiento de todo aquello que gira en torno a la caza.

–Porque usted no vio nunca una divisa, ¿no es cierto?

–Ya le dije que no.

–En cambio, sí se ha enterado de los precios de los cotos, y de los de la cartuchería, y de...

–Coño, a ver. ¿Es que piensa usted que a mí me lo regalan?

Fuera, pues, de los directamente favorecidos por estas invasiones, al común le resultan más notorias las elevaciones de precios que conlleva el turismo venatorio que los beneficios que puedan reportar esas utópicas, fantasmales divisas que a su paso deja el invasor. Tan sólo una cosa merece la gratitud general, a saber: el sentimiento de la perdiz que se va incubando en el corazón del pueblo, la convicción de que un pájaro puede representar dinero y, concretamente, el solícito cuidado que ya se ha despertado en ciertas zonas rurales hacia la caza. Es decir, en algunos lugares *ocupados* por la americanada –repito que éste es un modo zafio de señalar– el lacero, el alarista, el lanchero, el reclamista, el furtivo en general, encuentran un cerril adversario en cada convecino, de forma que lo que no se hizo antaño por civilidad, se hace hogaño por dinero. Algo es algo, aunque el móvil no sea muy excelso.

Al propio tiempo, y como contrapartida, ha nacido la prisa por la repoblación. Cada perdiz vale hoy unos duros, y si puede acelerarse su multiplicación aportando ejemplares de otras partes, mejor que mejor. Hay que llenar de perdices los cotos –algunos cotos– sea como sea. No creo obedezca a otras motivaciones la nueva modalidad de furtivismo surgida en Castilla sin que hasta el momento –tal vez por tratarse de gamberros ilustres– conozcamos los nombres de sus promotores.

–Seguro que se refiere usted a los cazadores de huevos.

–A ésos me refiero, hijo. ¿Sabe que me está usted resultando muy perspicaz?

Lo cierto es que de unos años a esta parte existen organizaciones clandestinas dedicadas a la compra e incubación de huevos de perdiz. Los elementos activos suelen ser los pastores y rapaces de los pueblos, mientras el instigador queda en la sombra. El caso es que ya no sólo entra en el mercado la perdiz, sino sus nidos, con lo que la antigua tentación de la tortilla se hace ahora más irresistible al tomar perfil crematístico. Naturalmente, estos huevos –que las más de las veces no dan pájaro vivo, o si lo dan, es para morir a las pocas horas– van destinados a la repoblación de cotos y vedados. Pero no es lo más censurable el hecho de desnudar al prójimo para arroparse uno, sino el que el prójimo desnudado sea el que menos tiene, en tanto el vestido cuenta ya con un dilatado guardarropa. Mas las cosas, para nuestra desdicha, vienen así y, a lo que se ve, la represión de estos desmanes –muy tibia y de paños calientes, si es que existe– camina más despacio que la proliferación y el ingenio de los furtivos, sean éstos elementales o ilustrados. Y es preciso, si queremos de verdad que

la perdiz se conserve para todos, extremar la vigilancia y el rigor, de manera que el código penal deje de ser una ley solamente aplicable a los pobres. Uno, por descontado, no deja de ver que éstos son problemas derivados de un estado de incultura y de pobreza en el pueblo, de una deficiente y coja organización social. Tal vez el día en que las letras y los bienes materiales estén mejor distribuidos, desaparecerán estas lacras. Hoy por hoy no cabe sino pedir para los instigadores una sanción mucho más grave que para los que les sirven por dinero. Si los hombres que consideramos cultos incitan a los incultos a convertirse en ladrones de huevos de perdiz, muy poco cabe esperar de este desdichado país nuestro.

Cotos y *vedados*

El caso es que la perdiz ha creado su mercado. Hablo de la perdiz viva y de la perdiz muerta, y hasta, como hemos visto, de los huevos de perdiz. Así, es sorprendente que un par de perdices representen hoy para su aprehensor más que el salario mínimo vital. En estas circunstancias sería exigir heroísmo al pastor, al leñador, al resinero, que conociendo las costumbres de la especie, que sabiendo dónde duerme la perdiz, dónde están sus comederos favoritos, sus revolcaderos usuales, y que sabe, asimismo, sorprenderlas y capturarlas, pedirles que no lo hagan. Nada digamos del tractorista, del camionero o del mecánico de un jeep, sobre todo ahora que han aparecido en el comercio unos rifles repetidores con alza y visor de una precisión admirable. Un rifle de éstos se amortiza con cuarenta perdices, y cuarenta perdices, desde un vehículo, ya se sabe que pueden cobrarse en un par de días. Si a estas modernas manifestaciones de furtivismo agregamos las seculares del lacero, el alarista, el perseguidor de polladas a pie o a caballo en plena calorina, el lanchero, el cazador de fortuna, etc., convendremos en que la perdiz subsiste de milagro, que únicamente a su instinto de conservación, de día en día más avivado y sagaz, debemos su supervivencia.

Como es lógico, toda esta fauna de gentes incultas y gamberros ilustrados opera, generalmente, en las tierras de nadie o, mejor dicho, en los terrenos de todos, lo que quiere decir que estos terrenos, cada vez más reducidos, están cada día más esquilmados. El lector presumirá que ha llegado la hora de propinar un varapalo a los cotos y vedados, cuando es éste un problema que hay que afrontar con mucho tiento.

–¿Es que los cotos no le gustan a usted?

–Le diré, hijo. Habrá que ir con orden.

–Usted siempre con reservas.

–Mire, muchacho, ni en el cazar ni en el pensar debe uno

precipitarse.

–Si usted lo dice.

En puridad lo digo yo y lo dice todo el que tenga dos dedos de frente. El hecho de que los cotos trasciendan a privilegio ha llevado, como apunta Ortega, a que todas las revoluciones se manifiesten con una invasión irracional de estos terrenos. Se parte, claro es, de una base falsa, a saber, que los cotos vedados restringen la dispersión de la perdiz por las zonas libres, cuando, generalmente, sucede lo contrario: las zonas libres conservan alguna riqueza venatoria gracias a los cotos y vedados de los aledaños. Esto equivale a reconocer que una supresión fulminante de los cotos y vedados no traería como consecuencia una mejor distribución de la caza sino su arrasamiento. Las zonas libres no se transformarían en vedados a efectos de abundancia, sino que los vedados se convertirían en zonas libres –literalmente y a efectos de escasez– en no más de unas semanas. Ésta es la verdad y esto explica que, aun en aquellos países donde se han suprimido los privilegios de clase, subsistan los vedados y cotos estatales con vistas a la proliferación de las especies.

Cosa distinta es la actual organización de estos vedados, o sea la necesidad de estudiar su proporción, ya que al paso que vamos habrá una hectárea libre por cada diez acotadas, siendo así que existen cien cazadores sin coto por cada titular de una acción. De hecho hay provincias en el país donde es muy difícil cazar en terrenos libres, más que por no haber perdices en ellos, por no haber terrenos libres. Y es incuestionable que a la hora de regular el ejercicio de la caza, hay que pensar en el desheredado que, con su licencia y su escopeta, apenas puede disparar ésta si no es contra los gorriones. Estúdiese, pues, la proporción conveniente, de manera que sin perturbar el fomento de la caza, el cazador sin recursos, o con módicos recursos, pueda practicar su afición favorita. De otra parte, uno se ha pronunciado repetidamente por la conveniencia de aplicar a la caza lo que ya se viene ensayando en la pesca fluvial; o sea, que junto a los cotos, donde únicamente cazan los dueños o los accionistas, se erijan vedados para todo el mundo, incluidos los peces gordos. Vedados bien vigilados donde la perdiz pueda comer, retozar y multiplicarse a su antojo. Estos vedados serían *movibles,* cambiarían cada dos o tres años y, de este modo, la repoblación cinegética se produciría de una manera equilibrada en todo el país.

Lo más justo y conveniente sería tomar como unidades vedables los términos municipales y prohibir la caza en dos o tres de ellos en cada provincia y por una o dos temporadas. La repoblación se haría de manera más cauta, segura y uniforme, y todo hijo de vecino –al rotar los términos vedados– estaría a las duras y a las maduras. (Ahora se hace preciso que al vedar la perdiz se veden simultáneamente las

demás especies. Los españoles no somos lo que se dice gentes disciplinadas, y si se nos permite matar una liebre, vaciaremos la escopeta sobre todo aquello –pluma o pelo– que se nos ponga por delante. Éste es otro detalle a tener en cuenta si no queremos correr el riesgo de que cualquier decisión en este sentido sea infructuosa. Si al cazador español –no a todos afortunadamente– no le alarma el estampido de la propia escopeta, será muy difícil, pero que muy difícil, sujetarle diciéndole: «A la liebre puede usted dispararle, pero si le arranca una perdiz, quítese la boina y dígale adiós».)

Otra ocurrencia, tal vez insensata, pero que en nuestros ríos trucheros y salmoneros está dando buen resultado, es la de implantar para la caza cotos oficiales –también variables– donde cualquier bracero pueda darse por un día el gustazo de sentirse potentado. Se sobrentiende que estos cotos carecerían de accionistas fijos y podrían acceder a él por un día todos aquellos que abonasen la cantidad que en cada caso se determine. Éste sería un procedimiento de democratizar la caza, que, poco a poco y de manera insensible, va tornando –como apuntábamos más arriba– a su punto de partida, o sea, volviendo a ser un privilegio cuyo disfrute recae principalmente en los extranjeros que nos embaucan –a los de arriba y a los de abajo– con el señuelo de las divisas.

Furtivismo

De lo antedicho se deduce que, pese a todas las dificultades que la perdiz opone a su captura, estos pájaros se apresan en el país todos los días. Y se cazan más a medida que valen más. Y se matan, asimismo, más desde que observamos que a nuestros vecinos les gusta también matarlos. Habrá, pues, que pensar, si no queremos aceptar su descaste como un mal necesario, en que la población perdicera aumente progresivamente para que se incrementen, en la misma proporción, las matanzas.

–Bueno, hemos llegado al nudo de la cuestión; ahora no se me vaya usted por las ramas.

En realidad, lo hemos visto, la perdiz, aun antes de nacer, ya despierta la codicia de sus aprehensores. No hay que decir que si la perdiz no naciera sabiendo, no habría pollito que llegara a igualón. Afortunadamente, los pollos de perdiz, en habiendo maleza y riscos, se defienden bien. No ocurre lo mismo en las llanuras, besanas y vastas tierras de cereal. En las topografías desnudas, los pollos de perdiz se atrapan por docenas durante sus primeras semanas de vida, precisamente en los meses de julio y agosto, cuando el sol pica y extrema sus rigores. En este período, en los medios rurales, raro es el vecino que por mero capricho no atrapa un pollo o varios pollos y los

pone a comer con las gallinas. O bien los encierra en una jaula con la esperanza de hacer de ellos unos buenos reclamos. En los pueblos, estos actos son tan naturales como el comer y no hay que decir que a nadie, ni aun a los encargados de reprimir tales desmanes, les llaman la atención. De este modo las polladas se diezman y los nidos logrados no enriquecen el monte ni en un cincuenta por ciento de los individuos nacidos.

Pero la persecución se ensaña cuando la perdiz encorpa. Entonces el ingenio humano se aviva para idear los más disparatados medios de prendimiento que puedan imaginarse. Estos procedimientos tienden a la aprehensión de perdices con el mínimo gasto de pesetas y de energías; es decir, están dictados por un espíritu estrictamente mercantil.

–¿Es que quiere usted enseñarme a hacer el furtivo?

–Muchacho, si quiere ser el día de mañana un perdicero que se precie, antes que a lo que ha de hacer, debe atender a lo que no debe hacer. La moral del cazador, y casi todas las morales, dictan al menos tantos preceptos negativos como positivos.

–Bueno, ande, ande...

El caso es que el cazador furtivo prefiere hoy la perdiz por la sencilla razón de que la perdiz da la peseta. De esta manera, junto al furtivo profesional aparece el furtivo aficionado que dedica sus ocios a ella con ánimo de obtener un sobresueldo. O bien con ánimo de merendarse un suculento estofado con los amigos, ya que el ánimo –aunque, en principio, sea el dinero– no hace al furtivo. Pero ¿cómo se las arreglan estos hombres para atrapar unas aves tan rispas y escurridizas? En primer término, uno debe dejar sentado que todo lo que la perdiz tiene de lista para no dejarse sorprender en una guerra noble y abierta, lo tiene de torpe y descuidada para la añagaza y la trapisonda. La perdiz es un animal ritual, de querencias muy marcadas, casi maniático, y es natural que los que viven próximos a ellas, terminen por descubrir –aun no siendo grandes observadores– sus rutinas y manías. Éste es el origen de la caza de la perdiz con lazo y con alares. Por regla general la perdiz –como el conejo y como la liebre– utiliza sus propios caminos. Caminos de que se sirve para salir del monte a los rastrojos a comer y para regresar a aquél por las mañanas. Caminos que utiliza para subir al alcor a pernoctar y para descender al día siguiente. Caminos, en fin, que frecuenta para sortear los robles y encinas dentro del monte y los brezos y gallogas en el erial. Por principio, la perdiz es remisa al vuelo. De entrada, a no ser la sorprendida, intenta salvarse a patita. La perdiz se desplaza apeonando a gran velocidad. Normalmente despega como los aviones, acelerando en tierra paulatinamente, para, al cabo, desplegar las alas y ganar altura, nunca, de no estar cercada, excesiva. Pues bien, esta

tendencia es la que aprovecha el lacero. Una vez que los *pasos* del pájaro son familiares, el tender el lazo corredizo que las ahorca resulta en extremo sencillo. Incluso, con frecuencia, el lacero multiplica artera y artificialmente los obstáculos –levantando modestos setos y gallones– a fin de asegurar la pieza, o sea, con objeto de que la perdiz discurra por donde él quiere que discurra y no por otro sitio. El furtivo, no cabe duda, es un artista: un prodigio de maña y habilidad. Yo he visto trabajar a estos hombres con la venia oficial, a fin de capturar vivos unos cientos de parejas para la exportación, y su afanar minucioso e inteligente –con una inteligencia montaraz, de alimaña– es realmente asombroso. Porque muchas veces el lacero no se conforma con instalar lazos y esperar, sino que activa el proceso de captura empujando a los pájaros a su perdición. También esto requiere su técnica, ya que una perdiz apretada en exceso puede levantarse y, por el contrario, si se le concede una tregua o demasiada holgura, puede volverse u orillar el acoso. La caza con lazo o alar –trampa accionada por el peso de la perdiz– exige un tiento que únicamente el hombre que vive en estrecho contacto con la naturaleza es capaz de poseer.

El lanchero, en cambio, se vale del apetito de la perdiz para atraparla. El lanchero conoce los lugares donde la perdiz suele alimentarse o sus revolcaderos cotidianos. Este procedimiento se practica por los furtivos de las serranías o de los terrenos pedregosos, ya que la instalación del artilugio exige piedras planas –lajas o lanchas– que son colocadas en equilibrio inestable sujetas por una espiga de trigo sin desgranar. Tan pronto la perdiz empieza a picotearla y quiebra la frágil caña, la lancha se desploma sobre ella sin remedio. El ardid es ingenioso y, bien montado, de resultados infalibles. En origen fue utilizado así, a la pata llana, pero en esto, como en todo, la cazurrería trabaja y en la actualidad el lanchero con amor al oficio hace un hoyo allí donde la piedra ha de caer de forma que la perdiz sea apresada viva e intacta.

Otras maneras de cazar perdices ahorrándose las tres pesetas del disparo son aquellas que explotan la gravidez del pájaro, persiguiéndolas con sol vivo o al día siguiente de una gran nevada. El primer ejercicio suele ser compartido, con los furtivos rurales, por los señoritos de caballo y perro en aquellos terrenos propicios a la equitación. La perdiz revolada, bajo los ardores de un sol septembrino, en galopadas incesantes se entregará al tercer o cuarto vuelo. Los vientos del perro la delatarán extenuada junto a una piedra o un chaparro y no hará falta sino alargar la mano para prenderla. Es incuestionable que esta forma de acoso encierra su belleza y su emoción, de ahí que algunos no sólo no ocultan sus proezas estivales, sino que se jactan de ellas ante los amigos del café.

Las razias de perdices en los días de nieve constituyen en algunos lugares un festejo colectivo. Nevó hoy, pues, ya se sabe, mañana caza. No es, pues, propiamente una actividad furtiva –aunque éstos, los profesionales del furtivismo, también la practiquen–, sino un acto multitudinario de incivilidad del que participa, con raras excepciones, todo un pueblo. La partida con estacas y piedras es ruidosa y frenética. La perdiz, desconcertada, inane, refugiada en los chozos de los pastores, al abrigaño de una tapia o un matorral, se da presa sin protesta. A lo sumo dará un corto vuelo con el que agotará sus postreras energías; luego, nada. Bandos enteros desaparecen así en unas horas para servir de base a una merendona alborozada, con la que matar el tedio de nuestra mortecina vida rural.

–Bueno, mire usted, eso no es cazar.

–Como cazar, vaya si lo es.

–No me venga usted con coplas. A mí hábleme de la caza-caza; de la caza de perdiz autorizada por la ley.

–¿Y si yo le dijera, mozo, que en este país la caza autorizada por la ley no la ejercita nadie?

–¡Coño, ésta sí que es buena!

–Pues escuche.

La caza de perdiz en ojeo

La decrépita –y según dicen, a punto de ser arrumbada– ley de caza vigente, prohíbe formar cuadrillas para acosar a las perdices, con lo que, automáticamente, queda proscrita la caza en mano a partir de cuatro escopetas y, por sabido, la caza en ojeo. Por supuesto tampoco está permitida la caza de la perdiz con reclamo, esto es, mediante añagazas que exploten el celo de los animales en época de apareamiento. Ante este panorama, es claro que, fuera de tres o cuatro románticos en cada provincia, apenas existen en España cazadores de perdiz, desde el más alto al más bajo, que desfoguen su pasión venatoria dentro de la ley. Tal cosa parecerá increíble, pero el noventa y tantos por ciento de los cazadores de perdiz cazan en España con arreglo a los tres procedimientos ilícitos mencionados: cuadrilla, ojeo o reclamo. Tal quiere decir que, en esto de la caza, lo que prevalece es la costumbre, mientras la ley no es más que un cero a la izquierda. Tenía razón Julián Settier al escribir, hace medio siglo, que más importante que el que la ley de caza sea buena o mala, es que la ley de caza se cumpla. En nuestros días, habida cuenta del desarrollo experimentado por la afición cinegética y el progreso técnico alcanzado por las armas, la ley de caza resulta aún más corta, más inoperante que hace medio siglo, y, sin embargo, continúa en vigor, es

decir, con una vigencia teórica, ya que, sobre ser mala, no se acata por nadie; no se cumple. Esta anarquía también opera contra la perdiz y, en consecuencia, contra el cazador, que no se resigna a que su esparcimiento predilecto pase a la historia. Con una anotación más favorable todavía, a saber, que el ojeo que hace medio siglo apenas se practicaba por el rey y sus adláteres, ha pasado a ser en nuestros días, en que la carne vale por lo que pesa, un método de caza popular.

–Usted lo ve todo negro.

–No es para menos, mozo, se lo digo yo.

Pero vayamos por partes. Esto del ojeo demuestra que también a la caza –una operación, en principio, arriscada y dura– le ha llegado el enervamiento que conlleva todo exceso de civilización. El refinamiento y la comodidad lo van invadiendo todo. Pero como, al propio tiempo, el hombre no se aviene a renunciar a la caza, ha sido preciso inventar un sistema merced al cual no se precise andar, fatigarse, pasar hambre ni sed para disparar la escopeta y cobrar pájaros, tal vez en mayor abundancia que antes. En su origen, el cazador se lo hacía todo: buscaba la pieza, la levantaba, la cansaba, la mataba y la cobraba. Y, como dice Ortega, para contrarrestar el instinto de ocultación de la caza, el cazador primitivo se buscó un auxiliar –el perro– que con sus vientos detectaba, mostraba y levantaba la pieza en el momento oportuno. Pero todo esto requería piernas y paciencia, precisamente lo que le falta al hombre supercivilizado de nuestro tiempo. Actualmente en España, fuera –repito– de algún esforzado, no quedan piernas en el país. Y en lo tocante a la paciencia, bien se puede afirmar que el avión ha concluido con ella. Hoy no se pasea, se pasa. Hoy no se viaja, se llega. Esto que, en la vida ordinaria, es el pan de cada día, forzosamente había de repercutir en la caza. Y, en efecto, la división del trabajo ha hecho mella en este deporte, de forma que hasta el ordenanza, relegado hasta hace pocos años a los establecimientos burocráticos urbanos, ha tomado carta de naturaleza en el campo. El ordenanza, en las lides cinegéticas, es el batidor u ojeador. El jefe de la oficina es la escopeta. Aquél anda y se desgasta, físicamente, para que el otro saque todo el rendimiento de su pretendida superioridad intelectual. La escopeta –o el escopetero– en el ojeo no hace sino apuntar y oprimir el gatillo. El resto de los movimientos necesarios, los delega en los batidores u ojeadores, es decir, en los subalternos. (Claro es que estos subalternos no pueden ser tampoco unos cazadores improvisados. El batidor debe adaptarse a una táctica. Batir no es solamente andar y vocear. Los extremos han de ampliar el campo o cerrarse cuando proceda, y los demás se moverán acompasadamente y con intención, de forma que achuchen o aflojen, pero no vuelen la

perdiz intempestivamente. De que el ojeador sepa lo que hace a que no lo sepa, depende, más aun que del acierto de las escopetas, el éxito del ojeo. La perdiz debe volarse poco a poco, salteada. La entrada en barra, sobre desconcertar a los puestos, se desperdicia. La perdiz chorreada, en fluencia lenta pero ininterrumpida, y no de golpe, es la perdiz que se mata, la que hace cifra en las batidas. De ahí la conveniencia de que los batidores sean siempre los mismos en cada cazadero, conozcan éste y se conozcan entre sí. Y, por sobre todo esto, acaten sin rechistar las órdenes del director de orquesta.)

Se ha llegado así a la caza que no es caza, a la caza aséptica, sin fatiga ni sorpresa. Unos hombres mueven la caza, la acorralan y la levantan para que otros hombres la maten. Un tercer equipo de hombres –los secretarios– cobrarán las víctimas y cargarán las escopetas vacías con objeto de que sus portadores hagan el mayor número posible de disparos. A la vista de la maniobra, sale de ojo que la batida no es propiamente de caza o, mejor dicho, es una modalidad de caza comunitaria, organizada de forma que ninguno de los elementos que en ella intervienen sea por sí solo un cazador. La dispersión de funciones, en punto a resultados, es halagüeña, pero la esencia de la caza se diluye hasta perderse; escopetas, batidores y secretarios componen una cuadrilla de caza, pero cada uno de ellos, por sí solo, no es cazador. Porque resulta incontestable que levantar perdices o entrizarlas no es cazar; como no es cazar, disparar, ni, por descontado, matar. El cazador es aquel que realiza todos estos actos por sí mismo, actos que culminan cobrando personalmente la pieza e, incluso, examinándola y colgándola de la percha. (Uno no acertará nunca a comprender esta inhibición total del escopetero en los ojeos de, alguna entidad; ese desentenderse de las piezas muertas, la ausencia absoluta de contacto con ellas, tan fundamental, a mi ver, para estimular la «sangre cazadora». Es más, la desatención de los escopeteros en los ojeos de campanillas respecto a las perdices cobradas sólo cede en lo atañadero al número. A los ojeos de nuestro tiempo se les imprime un absurdo carácter competitivo que les aproxima más al tiro de pichón o al tiro al plato que a la verdadera caza. Competencia de la cuadrilla consigo misma, es decir, orientada a comprobar si las perdices cobradas en conjunto suman más que las cobradas en análogas cacerías en años anteriores, y competencia entre las escopetas, o sea dilucidar cuál de los escopeteros debe ser proclamado matador número uno, posición, ésta, disparatada ante la caza y decisión engañosa, supuesto que se prescinde del número de cartuchos vaciados. La competencia, en la caza, se establece –debe establecerse, a mi juicio– entre las piezas, que aspiran a escapar, y el cazador, que aspira a prenderlas. Todo lo demás equivale a mixtificar este deporte; a privarle de su verdadera esencia.)

Concluimos así que el ojeo no es caza, sino tiro para el hombre que encañona y dispara. La fórmula es valedera, sin embargo, para el que quiere matar perdices sin pechar con páramos y laderas. Es decir, se trata de una argucia –la delegación de la fatiga en los ordenanzas– para derribar perdices sin desgaste. Esta afirmación no entraña aquella otra –tan infundada como frecuente– de qué el tiro de la perdiz en ojeo sea fácil. Para aquel que acostumbre a cazar perdices en mano, el tiro al ojeo encierra dificultades supinas. Y aun para el habituado al ojeo, la perdiz siempre reserva una finta extraña que el viento, u otro elemento atmosférico, se encargará de hacer más extraña todavía. La razón por la cual un buen tirador de perdiz a salto puede ser –y con frecuencia lo es– un deficiente tirador de ojeo, y a la inversa, resulta obvia. La perdiz, ante el cazador en mano, se va; ante el cazador de ojeo, viene. Se aducirá que todo es cuestión de correr la escopeta o adelantar el tiro, mas el quid de la cuestión no reside tanto ahí como en el hecho de acertar con *el instante oportuno* para tirar del gatillo. De ordinario, el cazador en mano que circunstancialmente asiste a un ojeo, permite que la perdiz se meta en su terreno, se llena de perdiz, no acierta con la oportunidad del disparo. Ésta es la explicación de muchos yerros de perdices que uno diría que «vienen muertas». En cualquier caso, el tiro en ojeo es un tiro meritorio y, con mucha frecuencia, espectacular. Uno ha visto actuar a escopetas brillantes –los Madariaga, Pacheco, Nogales, Marzal, Calderón, Luelmo, Araoz, etc.– y puede afirmar que sus aciertos nunca podrá igualarlos el cazador de ladera metido, por excepción, en estos envites. Son cosas distintas, sin duda. En el ojeo, allí donde la perdiz entra en barra y en abundancia, la serenidad y la rapidez de reflejos juegan un papel preponderante. Luego está la maestría en el disparo. Las oportunidades de doblete son frecuentes aquí, pero ¡qué difícil aprovecharlas! Una afirmación polémica es la que hace Jacqueline de Chimay, en su libro *Plaisirs de la chasse,* atribuyéndola a su marido, de que el doblete de la perdiz en ojeo sólo es meritorio cuando se produce por delante y no a perdiz pasada. Uno, sinceramente, no lo cree así. Uno ha visto a Fernando Pacheco hacer dos dobletes en el mismo ojeo, uno por delante y otro por detrás, y si se le diera el privilegio de repetir cualquiera de estas suertes, escogería, sin dudarlo, el segundo: un doblete a perdices obligadas, vertiginosas y largas, perdices que abatió con una elegancia y un dominio magníficos. (Me dicen que Teba dobla a menudo, consecutivamente, sin más que tomar la otra escopeta de manos del secretario, por delante y por detrás, perdices de una misma barra. El hecho, de ser cierto, revela una agilidad, una destreza, unas dotes de tirador sencillamente excepcionales.)

Esto del ojeo de perdiz es relativamente reciente. No hay que decir

que tal costumbre contra ley hubo de iniciarse arriba para que prosperara y, si no ando mal informado, fue el propio rey Alfonso XII quien hizo del ojeo una táctica venatoria habitual. Él y sus ministros gustaban de la perdiz batida y debe ser desde entonces que la guardería viene haciendo la vista gorda en estos menesteres. Empero, el ojeo no ha sido hasta nuestros días un medio de caza popular. Ya se sabe que el mal ejemplo cunde más aprisa que el bueno y hoy no cazamos la perdiz en mano más allá de una docena de chiflados. Por supuesto, el ojeo del pueblo es más rudimentario, menos organizado que el ojeo aristocrático, pero, así y todo, yo lo considero –salvo mejor opinión– mucho más exterminador que la caza de perdiz en mano o con perro. (La cuadrilla de uno –una más– que puede cobrar en mano, en terreno libre, una docena de perdices, metida en faena de ganchitos –ojeos cortos, de poca gente y poco ruido– rebasará las dos docenas holgadamente en el mismo cazadero sin que ninguno de sus miembros sea un experto en este lance.) Y no olvidemos que junto al ojeo aristocrático y el democrático ganchito, está el ojeo masivo, con línea de retranca y con vaivenes de cara y cruz, ojeo asolador, tan devastador acaso como el caballo de Atila. Y por si fuera poco, de unos años a esta parte, contamos también con las expediciones de extranjeros, esos de «tantos tiros, tanto te doy». Por este camino desembocamos en una nueva característica del cazador de hogaño: *la insaciabilidad.*

El hombre actual aficionado a tirar tiros, que no a cazar, no se satisface con colgar tres o cuatro pájaros bien trabajados. El esfuerzo, las circunstancias previas, el secreto del campo, tenaz, paulatinamente desvelado, no significan nada para él. Él ha venido aquí, pagando sus buenas pesetas, a descargar la escopeta, a dar gusto al dedo; tiene, pues, derecho a exigir y, naturalmente, exige. De este modo ha nacido el cazadero con pájaros garantizados. «Le aseguro a usted tantos pájaros.» Y si los pájaros son menos, el desembolso disminuye en proporción. Una buena organización, empero, incrustará entre los escopeteros foráneos unos diestros escopeteros nativos a fin de alcanzar la cifra de garantía. Porque puede darse el caso de que haya perdices y los arrendatarios no acierten a derribarlas. En definitiva, el extranjero viene a España a cazar perdices como quien explota un yacimiento: a sacar todo el provecho posible, en tres días o una semana, en el bien entendido que para ellos el provecho es bajar una perdiz antes que comérsela, o sea, tienen una medida del provecho cinegético muy diferente de la del cazador-cazador y no digamos de la del furtivo. (Para el furtivo no cuenta sólo la carne, sino los cartuchos que esos kilos de carne le han significado.) Estos pirotécnicos, aficionados a la cohetería, adolecen del mal de la época: descubierto un placer, quieren sorberlo de una vez olvidando que el exceso

conlleva el estragamiento y, consecuentemente, la abundancia reiterada termina por anular todo presunto goce. No obstante, el hombre moderno que dispone de tiempo y dinero, propende a la saturación; carece de mesura en todos sus actos. Esto explica el hecho de que, terminada la cacería (?), se apipe de viandas y whisky y, de sobremesa, se juegue las pestañas en una partida de naipes. Todo, insisto, al por mayor.

Esta insaciabilidad es peligrosa cuando el objetivo son las perdices, concretamente nuestras perdices. Porque ya no se trata de organizar, mejor o peor, una cacería, sino una carnicería, una gran matanza. Estos tales prefieren ignorar que el placer deriva, en esto como en todo, de la culminación feliz de un proceso estratégico y de la confrontación de la certeza de nuestras presunciones.

–Pero váyale usted al tipo ese con esas monsergas de buscar la caza, descubrirla, cansarla y todo lo demás.

–Mire, hijo, para que no lo olvide. El cazador de perdices es aquel que no se acuerda de que existe la comida ni la bebida mientras está en el monte.

Cazar en ojeos multitudinarios, en aquellas fincas –que lo cortés no quita lo valiente– convertidas en auténticos gallineros, ha pasado a ser una fiesta cruenta, donde la palabra *caza* se repite hasta la saciedad, pero, de hecho, no existe, ya que de todos los ingredientes que componen el proceso venatorio sólo cuenta la meta: matar perdices, conseguir la cifra más alta posible, batir una marca

–Perdone, si dice usted que hay fincas convertidas en gallineros para dar gusto a los que pagan, ¿no compensan esos cuidados de tantas matanzas?

–Puede ser. Pero tenga presente, mozo, que el mal ejemplo cunde. Ahí está el peligro.

A la insaciabilidad típica del gran burgués contemporáneo, corresponde, como apunté antes, el desarrollo del espíritu imitativo en el pueblo. Todo el mundo quiere hoy gustar de lo que ve gustar a los demás, siquiera por hacerse la ilusión de que da al traste con los residuos de viejos privilegios. En nuestro tiempo nadie quiere quedarse atrás y, si los peces gordos cazan así, también el pueblo tiene derecho a cazar así y a divertirse de la misma manera. Ya está, pues, el lío armado, el mal extendido a los terrenos libres; las matanzas organizadas en terreno de todos. Y la escasez de perdices se compensa en estos casos aumentando el número de escopetas, con la minucia de la organización, con una segunda línea de retranca, etc. El caso, también, es hacer cifra –que en este caso es carne– sin pensar en lo que venga detrás. Y lo que viene detrás no es difícil predecirlo: la desolación. Por este camino no vamos más que a esquilmar nuestros campos, a matar la gallina –o la perdiz– de los huevos de oro.

Todo esto sorprende más si consideramos que el ojeo es un procedimiento de caza ilegal, pero autorizado por la sencilla razón de que los primeros en quebrantar la norma están, al parecer, por encima de la ley. A uno no se le oculta que salir ahora a la palestra pidiendo la proscripción del ojeo de perdiz provocaría una carcajada general; ¿quién va a decirle ahora a don Fulano o don Mengano: «Señor ministro, señor embajador, a la ladera a hacer pantorrillas; esto está prohibido»? Bien seguro que nadie. Las cosas han ido ya demasiado lejos. La ley no sólo se vulnera, sino que los infractores se retratan sonrientes en la TV o en el NO-DO con las víctimas al pie. ¿Cómo va a poder la ley contra una costumbre inveterada, con un siglo de vigencia? Empero, y dando por bueno que el sistema de caza en ojeo debe pervivir, no sería descaminado reglamentarlo, ver la mejor manera –la menos mala– de dar gusto a todos: limitación del número de escopetas y ojeadores, prohibición absoluta de la retranca, apertura de la caza de la perdiz en ojeo en el mes de diciembre, etcétera. He aquí unas simples sugerencias generales que podrían servir de orientación para una reglamentación meditada. Algo, cualquier cosa, antes de permitir con los brazos cruzados que el exterminio de la perdiz roja se consume ante nuestros ojos.

La caza de la perdiz en mano

El cazador a rabo, en mano, a salto, en guerra galana, he ahí el cazador de perdices.

–Ya le veo venir. Así caza usted, ¿no es cierto?

–Cierto. Pero eso no quiere decir, hijo, que yo desprecie un ojeo racional. A nadie le amarga un dulce.

–Ya.

–Y aún le digo más. De vez en cuando resulta muy saludable asistir a un par de cacerías donde los caños de la escopeta le quemen a uno la mano. Es una satisfacción distinta de la caza, pero que, de pascuas a ramos, no viene mal.

–Ya.

–Ya… ya… ya. ¿Es que no sabe decir otra cosa?

En puridad cinegética, el cazador en mano es, sin disputa, el auténtico cazador que se lo guisa y se lo come; es decir, el cazador-cazador. Ello no quita para que la ley limite aquí el número de escopetas, limitación que, como otras muchas de más graves consecuencias, nadie toma en cuenta. Por otra parte, esa limitación –la prohibición de formar cuadrilla– es una limitación anacrónica por demasiado estrecha, propia de una época en que las perdices eran más blandas, o, por decirlo en expresión venatoria, se dejaban pisar. Hoy

día, en que a la perdiz no se la respeta ni dentro del huevo, nacen tan espabiladas que, al menos en Castilla, es muy rara la que aguanta al perro incluso el primer día de caza. No hablemos de diciembre y enero, cuando el pájaro ha sido fogueado en todos los tonos y el que más y el que menos lleva una reliquia de plomo dentro del cuerpo.

–Su cuadrilla de usted son cuatro, ¿no?

–Exacto.

–Ya me parecía a mí.

–Oiga, mozo, déjese de coplas. A mí, para que lo sepa, no hay cosa que más me amuele que el que me digan las cosas con retintín.

Cuatro o cinco resulta un número de escopetas admisible, sin que, a mi modesto entender, la especie vaya a sufrir mayor quebranto por ello. Otra cosa serían doce escopetas o, peor aun, la operación de manos encontradas, que viene a ser, más o menos, un ojeo dinámico que, en horas críticas o en terrenos propicios, puede ocasionar todavía mayores estragos que el ojeo fetén. Cinco escopetas abarcarán más campo que tres escopetas, pero si no acompañamos la mano limpia de otras camamas, los pájaros cobrados no serán más, es decir, se incrementarán en la proporción consiguiente a la incorporación de dos cazadores. O más claro, cinco cazadores en mano cobrarán un número de piezas análogo al que cobrarían divididos en dos grupos, uno de tres y otro de dos. Hablo de Castilla, que es la región que cazo y conozco, aunque imagino que en otras partes acontecerá tres cuartos de lo mismo. Repito que en un ayer próximo, con la perdiz menos batida, menos nerviosa, menos resabiada, tal vez las cosas difirieran, pero tal como está hoy y, siempre que la línea de escopetas no sea desmesurada, el número de éstas no mermará las posibilidades defensivas de los pájaros.

–¿Y qué es lo que le pasa hoy a la perdiz que no le ocurriera ayer?

–Muchas cosas, muchacho. Y, desgraciadamente, todas desagradables.

–¡Vaya por Dios!

En verdad, la caza de perdiz en mano exige por días más grande sacrificio. Y conste que uno no trata de revalorizar sus víctimas. Cualquiera que salga al campo en Castilla con un par de amigos y un par de perros, podrá confirmar lo antedicho. Con la circunstancia de que la difidencia nata de la perdiz, su proverbial carácter esquivo, evoluciona –a más– por temporadas. Hace todavía tres o cuatro años, en los meses de octubre y noviembre, bajo el engañoso sol de la meseta, era relativamente frecuente que el *pi-chau* de arranque de la perdiz se produjera a cuatro metros, en un tomillo inapreciable o en las pajas de un linderón. Hoy, a tres años vista, esto es casi insólito. Uno no miente si dice que en la última temporada ni una sola perdiz

le voló de los pies; ni una sola perdiz aguardó la muestra del perro ni aun cazando en un espesar. En la actualidad, el noventa y nueve por ciento de las perdices que se tiran en mano van largas y aquello de que aguanten tras el tercer vuelo ha pasado a la historia. La perdiz mesetera levanta tan lejos en su tercer vuelo como en el primero, con lo que cada vez el cazador de perdiz al salto ha de extremar su astucia si no quiere regresar con la percha vacía.

Ni que decir tiene que este progresivo alargamiento de la perdiz se complementa con una también progresiva malicia táctica que hace su persecución, como antes decía, cada día más ardua y agotadora. Tal, por ejemplo, su reciente manía de encaramarse a los árboles y cubrirse con sus ramas al arrancar, o la frecuencia con que ahora asientan los bandos en las proximidades de los ríos o barrancadas que salvan tan pronto se ven hostigadas, o, por último, la dispersión que se produce con los primeros tiroteos hasta el punto de que, a la tercera visita a un cazadero que en las dos primeras excursiones resultó apañadito, no se ve pájaro. (He aquí otra muestra del portentoso instinto de ocultación de la perdiz. Los bandos se desparraman por perdidos y rastrojos tras los primeros días de persecución de forma que no se hagan notorias. Una perdiz aquí; otra allá. El campo parece vacío. De cuarto de hora en cuarto de hora, una, dos perdices, vuelan en París. Esos mismos cazaderos, una vez que páramos y vaguadas se serenan, vuelven a dar perdices. ¿Qué ha ocurrido allí? Sencillamente, la perdiz se ha reagrupado, pero para esa fecha ya están los fríos encima y, con los fríos, ya se sabe, la agilidad de la perdiz y su resistencia se han multiplicado.)

–Y, entonces, ya puede echarles un galgo, muchacho.

alli

–Se ve que no hay manera.

–Pocas, hijo, pocas; ésta es la verdad.

Nada de esto es de extrañar. Lo sorprendente es que esta reacción, normal en los pájaros fogueados, se transmita a los nuevos aun antes de sonar la primera detonación. En cualquier caso, el carácter huraño de la perdiz irá a más en tanto vayan a más las celadas y tretas que se le tienden. Porque si las polladas se corren a pie o a caballo, y a los igualones se les maltrata en la temporada de la codorniz, y a los bandos hechos y derechos se les diezma a peón metiéndose con un jeep por rozas y rastrojos, no hay razón para pensar que un buen día una perdiz se nos vaya a posar en el punto de mira de la escopeta.

No es, vaya, una invención aquello de que la caza de perdiz en mano exija cada día mayores arrestos, y cuento, naturalmente, con que cada día que pasa uno es un poco más viejo que el anterior. Por ello está justificado el dicho de que las perdices a salto se matan con las piernas. Tal cosa es muy cierta siempre que no olvidemos que se

rematan con la escopeta. Esto es, uno puede ir bien dispuesto a caminar a buen paso treinta kilómetros por yermos, laderas y pegujales, pero se sentirá defraudado si, tras este ejercicio, regresa a casa con la canana llena porque no consiguió sujetar a la perdiz; es decir, volarla dentro de tiro. Las piernas, pues, deben ser ayudadas. Con las piernas se llega, pero nada más. Y esto va haciéndose más patente cada día que pasa. No obstante, esta modalidad de caza es la que nos da la medida del hombre-cazador; donde el hombre-cazador evidencia su anhelo de huir del asfalto y, como bien dice Ortega, de hacerse paleolítico por unas horas. Este tal, no sale al campo estrictamente a matar, y menos a matar mucho, a matar en competencia. Sale a descubrir la naturaleza; a desvelar paso a paso –cada día el mundo es nuevo para el cazador– el arcano misterio de las especies; a gozarse de su estrategia defensiva, de su prevención y, al mismo tiempo, del hecho de que sus propias facultades –las del cazador– estén en regla e, incluso, sean todavía suficientes para imponerse y dominar a esta o aquella pieza que pretendía eludir su acoso. Este cazador se lo hace todo, eso sí, sirviéndose, ordinariamente, del concurso del perro. El perro completa el cuadro de la caza de perdiz en mano. Naturalmente, el perro, en este caso, comporta una garantía, pero también un riesgo. El perro con afición –al que carezca de ella es mejor largarlo– se produce con especial vehemencia ante la perdiz; sujetarle tan pronto le dan los vientos es una hazaña. La perdiz es ave que se mueve mucho y en bandos, que apeona ligera y, en consecuencia, sus rastros se multiplican, todos están calientes y el perro enloquece en su afán de seguirlos todos. De ahí que un perro sereno –incluso premioso– y controlado no tenga precio. En este sentido, hay que convenir que el buen perro perdiguero nace, no se hace. El buen perro perdiguero demuestra su condición el primer día. Al cazador no le incumbe sino corregir leves defectos –el que se alargue, desoiga sus llamadas, machaque las piezas muertas–. Cazar, lo que se dice cazar, si no lo sabe hacer el perro, difícilmente se lo enseña el amo. Por supuesto, el perro perdiguero, el buen perro perdiguero, no levanta las perdices al tuntún; se sabe un puente, un enlace entre los pájaros y el cazador. De lo que él haga depende el resultado. De ahí que uno se entusiasme con esos perros que al llegar al monte –el Alí, de El Gamo– levantan su cabeza al viento y comienzan a caminar despacio, sigilosamente, observando con el rabillo del ojo si el cazador los sigue, y así, cada vez más lentos y silenciosos, hasta hacer la muestra y, aun en este trance supremo, aguardan a que la escopeta esté lista para volar la perdiz. Para que el perro perdiguero, el perro de casta –y no me refiero a la estampa–, llegue a esto, debe bastar con que se le maten las primeras piezas. A través de esta experiencia, el can concluirá que no es él quien tiene

que cazar, sino que si está allí es para cooperar, y que él solo, sin la escopeta, nada puede. Mas para que un perro resulte eficaz en la caza en mano, no sólo no ha de nacer loco, sino que, en las presentes circunstancias, debe saber parar la perdiz: esa perdiz asustadiza que huye apeonando y que, de no contenerla a tiempo, volará en las quimbambas. De otro modo, y tal como está hoy esa gente –y me refiero a las perdices–, corremos el albur de no descargar la escopeta.

–Bueno, vamos a dar por hecho que contamos con un buen perro, si no le parece mal.

–¿Y por qué ha de parecerme mal, muchacho?

–Ya ve, las cosas.

La mano se abre al tiempo que el día, y un día, cogiéndole cuando despunta, ya se sabe, nunca es corto; ni aun en pleno diciembre. Ante la cuadrilla aflora un inmenso caudal de posibilidades; cada yerbajo, cada tomillo, es una incógnita. No hay prisa, pero tampoco puede concederse una tregua. Esta caza es caza activa, dinámica. La pasividad hay que dejarla para el perdigón y el ojeo. El cazador en mano ha de poder andar y tiene que saber andar; es decir, esta operación no consiste en andar a lo loco, sino con método, sabiendo lo que se quiere y dónde se va, plegándose a una estrategia en la que llevará la voz cantante el conocedor del cazadero. Las evoluciones de la cuadrilla las dictará él y los demás acatarán sus órdenes. En la caza a salto es inexcusable una disciplina, una disciplina flexible, muy grata, nada castrense por otro lado. Al período inicial de búsqueda sucederá el descubrimiento del primer bando. La mano ha de presionar sin achuchar, abarcar mucho terreno sin abrirse demasiado. La escopeta de punta, la que lleva la línea del monte o la parte alta de la ladera, adelantada. El bando vuela y la mano ha de ceñirse suavemente y, si es posible y hay perdiz, agruparlo a otros bandos. El caso es ir elaborando pacientemente la cacería. Luego, al cabo, como quien no quiere la cosa, al tercer o cuarto vuelo, hemos de conducir la perdiz movida al monte, al jaral o al tomillar; es decir, a una topografía accidentada donde el pájaro pueda aguardar. Una vez conseguido esto, procede la dispersión. La perdiz no para si no hemos logrado desglosarla de las demás. En bando no es fácil tirarlas porque volada una, voladas todas. De este modo, si los pasos se dan con inteligencia y cautela, y la perdiz responde a nuestras previsiones, hemos concluido con la que podríamos llamar fase preparatoria que, por descontado, es bastante más prolongada de lo que se tarda en contarlo. La perdiz obligada, volada repetidamente, refugiada en un jaral o en un monte de encina, o en los mismos tomillos y aliagas de la ladera, desperdigada, lo natural es que aguante; que nos permita arrimarnos y, en su caso, que el perro la muestre. Éste es el momento de resarcirse de la pechada precedente; la oportunidad de hacer la

percha. Ahora, si las cosas han rodado con normalidad, ya sólo cuenta la destreza del tiro; saber reportarse sin dormirse, puesto que la perdiz vuela con brío.

Con frecuencia, la perdiz –si antes no se nos escabulle– retornará al lugar donde la encontramos. Sus querencias son muy acusadas. De aquí que, una vez revoladas, no sea aconsejable recorrer terrenos vírgenes, ni buscar perdices frescas, sino girar la mano –obligándolas cada vez más– de una manera suave pero implacable. Es sobre esas perdices movidas por la mañana sobre las que se ha de hacer la cacería. Sacar perdices descansadas cada media hora resulta muy bonito y hasta es fácil que embauque a la cuadrilla, pero con perdices renovadas constantemente será difícil cobrar alguna si no es provocando la sorpresa. Así es conveniente, a partir de cierta hora, desdeñar los bandos de refresco y vencer la tentación. Si no, corremos el peligro de hacer una caminata en vano. Es más, una vez que el cazadero donde hemos conducido la caza está pateado en forma, todavía no hemos concluido. Es preciso, entonces, efectuar la rebusca, manear los chaparros, los cardos, las escobas, los majanos próximos pues, con seguridad, alguna perdiz quedará entre ellos. Y no olvidemos que es con estos pájaros dispersos, aislados, movidos durante todo el día de acá para allá, con los que el macuto se llena.

En resumen, el cazador en mano es el cazador por antonomasia. En esta función no hay reparto de papeles; el cazador los desempeña todos. Y sus perdices serán siempre perdices sudadas, perdices ganadas a pulso, perdices que saben a gloria.

–¿Es que también la perdiz tumbada en mano tiene otro gusto?

–También, hijo. Y si es de lo libre, mejor que mejor.

La caza de la perdiz con reclamo

Pero aún nos queda el rabo por desollar: la caza de la perdiz con reclamo. He aquí la caza estática, la caza donde la inacción, la inmovilidad absoluta del cazador, ya constituye un tanto a su favor. Por si esto fuera poco –y con la perdiz el no necesitar mover las tabas ya se sabe que no lo es–, la actividad del reclamista se constriñe a la primavera, de marzo a junio –con leves oscilaciones regionales dictadas por el clima y la cosecha–, lo que quiere decir que el cazador al perdigón tampoco necesita pasar frío. A mayor abundamiento, el reclamista puede apostar sentado cómodamente dentro de un tollo que lo mismo puede levantarse con cuatro piedras que en una mata de encina. Todo esto ya permite sospechar que la caza con reclamo es una diversión –no hablemos de ejercicio– apta para impedidos y jubilados. Es la caza sibarítica por excelencia; la caza en solitario sin otra compañía que la de una perdiz enjaulada.

–La cosa, en principio, no me desagrada. ¿Quiere usted decirme que en esta caza no hay que sudar la perdiz ni la suda otro por nosotros?

–Así es, mozo. La perdiz viene solita, por sus propios pasos, a encararse con los caños de la escopeta.

–¡Coño! ¿Sabe usted que la cosa no está mal?

La perdiz se llega al tollo a instancias del pájaro prisionero. El pájaro llama, y *el campo* –la perdiz libre– acude. Es la época del apareamiento y si el reclamo da el *co-re-ché,* el campo responde con el *co-re-ché* hasta que ambos se encuentran. Es, la suya, una cita a voz en cuello. De aquí que si el reclamo no es decidor no haya nada que hacer, póngale usted la caperuza a la jaula y a casita.

–¿Tiene, pues, que ser un pájaro alegre?

–Alegre, hijo, si es hembra; si es macho basta con que tenga un poquito de mala leche.

–Eso ya me gusta menos, ya ve usted.

La cosa no es muy limpia que digamos. A no pocos cazadores les repugnan estas emboscadas jugando con el amor, con el celo de los animales. En cambio, para los reclamistas no existe esparcimiento comparable a éste, e incluso le darán a usted toda suerte de argumentos tratando de legitimarlo. Sea como quiera, la caza de la perdiz con reclamo, sobre ilegal, es una caza alevosa donde el matador no sólo se oculta, sino que dispara sobre seguro a quince metros de distancia y a calzón quieto. Que la maniobra resulte apasionante es ya otro cantar. Juanito Calderón, excelente tirador de perdices en mano y a ojeo, asegura que en la caza con reclamo la muerte de la perdiz es un accidente, o sea que para él –y, al parecer, para todo reclamista que se estime– la inmolación de una víctima no añade al juego ningún aliciente. (Al hablar de juego me refiero a la competencia verbal que se establece entre el perdigón y *el campo.* Si la perdiz entra ciega, a las primeras de cambio, el reclamista furtivo lo agradecerá, pero no, a buen seguro, el reclamista fetén. El encanto de la trapacería para éste reside en la resistencia que opone *el campo* a dejarse seducir por la llamada del prisionero y el que, a la postre, éste termine por dominar la escama de aquél. Esto se realiza a través de un complejo repertorio de voces –saseo, piñoneo, copla de buche– que el docto reclamista conoce bien, como conoce –y de ahí las alternativas que experimenta su entusiasmo– su literal traducción cinegética.) Pero la verdad es que sin víctima no habría caza, a no ser que pretendamos ser cazadores incruentos de fotografías, como hace –y hace bien– el amigo Ontañón. En realidad, lo que Calderón quiere decir es que el proceso de la caza con reclamo es de por sí, punto por punto, tan atrayente, que el disparo y la sangre no hacen sino estropear los fascinantes preliminares; es decir, él, por su gusto, no daría muerte al animal que

acude al engaño.

–Nadie le obliga a matarlo, creo yo.

–Pues se equivoca, muchacho; le obliga el perdigón.

–¿El perdigón?

Pájaro que entra –si es macho– hay que cepillarlo, de otro modo, con el tiempo, el reclamo enmudecería si es que no se descrisma contra los alambres. En una u otra forma, de no matar *al* campo usted perdería el animal encandilador y con él toda posibilidad de diversión. Al reclamo hay que halagarlo, darle por el gusto. La perdiz es ave de celo muy vivo, hasta el extremo de que a veces su encandilamiento es tal que el mismo perdigón, en su frenesí, espanta *al campo.* (Esto ocurre con pájaros demasiado encendidos, pasados de celo. Y cuando tal cosa acontece, el perdigón canda el pico, apenas maúlla lastimeramente como un gato. Tal riesgo se evita soltándole por la noche en una habitación cerrada, para que corretee y se desfogue a sus anchas.)

En la caza con perdigón asistimos a un proceso psicológico harto complejo. Uno ve en ella el típico drama de celos, tan viejo como el mundo; o, mejor aun, el consabido triángulo amoroso. En uno u otro caso –drama o caza– hemos de facilitar al asunto un desenlace. Porque hay que considerar que, cuando el reclamo es macho, lo que entra a sus voces no es la hembra –o si es la hembra entrará, indefectiblemente, acompañada de su galán–, sino otro macho que se siente desafiado. (Excepcionalmente, al iniciarse el apareamiento, puede entrar el bando entero, pero esta entrada en bloque, al curioseo, no encierra ningún valor cinegético para el reclamista deportivo.) En una palabra, cuando usted, arteramente emboscado, aprieta el gatillo, está resolviendo un muy enconado problema amoroso. Más claro, con el macho enjaulado no se provoca un idilio, sino un duelo previo al idilio. Se trata de dejar a cada oveja con su pareja y, por tanto, de eliminar al tercero en discordia. El reclamo no puede hacerlo y es usted quien le facilita este cruento servicio de alcahuetería. Ello no quita para que él, concluido el servicio, se esponje y ufane como si fuera el vencedor. (En esto la perdiz, que no en su vuelo, demuestra ser una auténtica gallinácea.) Por todo esto, si no hubiera muerte se produciría la decepción o el arrebato y, en cualquiera de los casos, el reclamo diría para sí: «¿Para esto me he pasado la tarde cantando? ¡Que dé el *co-re-ché* su padre!». En una palabra, sin víctimas no hay reclamo, y sin reclamo, no hay caza. Como se ve, es éste un asunto bastante enrevesado, por lo que el reclamista no furtivo –el furtivo irá a barrer el campo, sin regodearse en el drama ni distinguir de machos ni de hembras– suele ser hombre muy observador y minucioso, con una gran afición al campo y a sus pobladores. (Tal cosa justifica el hecho de que la corta literatura venatoria de nuestro tiempo brinde

sus más discretos frutos entre los cazadores de perdiz con reclamo.)

Hay que anotar que esta manera de cazar es ilícita, antes que por el subterfugio empleado, por la época en que se ejercita. La caza con reclamo es caza de tiempo de veda, puesto que aquí se juega con el móvil que fuerza aquélla, que es, precisamente, el celo de los animales. Sin celo no habría reclamo. Se argüirá que una vez emparejada la perdiz, si como se dice por los dogmáticos es ave monógama, maldita la falta que le hace un macho enjaulado y, en consecuencia, no serán muchas las que accedan al engaño. En esto, como en todas las cosas en las que la naturaleza desarrolla un papel, no pueden establecerse normas inmutables. O sea, que si el pájaro templa, sanea, piñonea y da la copla de buche, en una palabra, si le echa salero al asunto, lo normal es que *el campo* responda y se cobren perdices. Otras veces, *el campo* se mostrará hosco y hermético, en particular ciertos días y, sobre todo, en determinadas horas. Eso sí, con un prisionero mudo no habrá nada que hacer. (En lugares concretos he visto forzar el canto del perdigón habituándole a convivir con un pollito que le es retirado en el trance del aguardo.) Pero lo lógico, repito, es que entren pájaros en plaza, machos solteros que van a desfogar el malhumor de su continencia forzosa o machos emparejados que acuden a demostrar su arrojo ante la hembra escogida. El furtivo no discriminará los sexos e irá amontonando aves en el zurrón; el deportista dejará viuda inconsolable y, a lo peor, hijos póstumos. Lo que no ofrece duda es que en terrenos perdiceros, que pese a todo todavía son bastantes, las posibilidades de hacer una nutrida percha mediante el reclamo son muchas. Concretamente en una hectárea –no más– de trigo apuntado, conté en Villodrigo (Burgos), en la primavera de 1963, once parejas de perdices, lo que equivale a reconocer que un tollo erigido en las proximidades hubiera sido una auténtica atracción.

Pero me estoy refiriendo concretamente a la caza con el macho, cuando lo cierto es que los aficionados cultivan asimismo la caza con la hembra. Ésta es posterior en el tiempo, quiero decir que se practica más tarde, en los meses de mayo y junio; «cinco días antes y cinco después de San Antonio», es la época más apropiada en opinión de los expertos. Empero San Antonio no calienta lo mismo en todas partes y creo vale mejor la receta que aconseja salir con la hembra tan pronto las cebadas amarillean.

Cuando la perdiz prisionera es hembra y no macho, las circunstancias del drama cambian. Aquí el proceso psicológico es distinto. Acontece algo así como con las solicitudes de amor entre maduros o viejos. El *co-re-ché* del reclamo representa la voz de la solterona. A estas alturas –junio en Castilla– las hembras no sólo están compuestas y con novio, sino incubando la nidada. Se explota, pues, el

amor tardío; el amor de las viudas, el amor de las madres que perdieron sus hijos o sus nidos por la voracidad de los furtivos o por la violencia atmosférica (riadas, granizo, etc.). La hembra trata, pues, de formar un segundo hogar, de hacer una segunda puesta. (También puede ser, naturalmente, un amor primerizo debido a que los rigores invernales se hayan prolongado en exceso.) El caso es que los machos acuden a la llamada del reclamo y firman así su sentencia de muerte.

Ésta no es, propiamente, la caza del perdigón. Es más, la explotación de la hembra no está bien mirada por la mayoría de los reclamistas. Por este medio apenas se provoca competencia verbal alguna –el macho impar entra rápido, sin replicar, muchas veces volando, con una impaciencia tan ciega, que el cazador apenas necesita esconderse. Los prolegómenos –el verdadero sentido, al parecer, de esta caza– no existen aquí o, si existen, son tan fugaces que no cuentan. La llamada con la hembra busca únicamente hacer número, traducir en carne el tiempo invertido.

Existe, por último, una tercera manifestación de la caza de perdiz con reclamo, caza que se verifica en otoño y dura muy pocos días. Es, como la primera, a base del macho, y a su llamada acuden, asimismo, machos. A este tipo de caza se le denomina *el celillo,* ya que la entrada del macho en este tiempo no es provocada por el celo propiamente, sino más bien por los celos, por el prurito de sentar desde el principio una supremacía. (Los machos, que una vez fecundadas las hembras viven en buena armonía, confrontan sus fuerzas antes de unirse a los nuevos machos para constituir *la torada.* Es caza, esta última, desconocida para muchos e inédita prácticamente en España, fuera de Extremadura y Andalucía.)

Si bien se mira, estos tres métodos de caza de perdiz al aguardo son una misma cosa; un solo método con una sola sustancia, siquiera uno respete las discriminaciones –en matices y sutilezas– que le expondrá un experto a poco que uno se lo proponga. El reclamista, hombre obstinado y recalcitrante, facilitará, igualmente, una serie de argumentos que a lo mejor son válidos. (Uno está cada día menos seguro de más cosas. No osaría uno, pues, contradecir estos argumentos si los más sólidos, en apariencia, no se le antojaran deleznables.) Una de las razones esgrimidas, por ejemplo, en defensa de la caza con perdigón es la de que el reclamista, con su actitud, coopera a mantener el equilibrio demográfico del campo; más concreto: el reclamista despoja al campo únicamente de los machos solteros, o sea de aquellos pájaros superfluos desde un punto de vista reproductor. Analizada desde aquí la operación –afirman los interesados–, no sólo no es dañosa, sino útil, supuesto que el ideal de toda la comunidad es que ésta no presente exceso de machos ni de hembras, sino una proporción armónica entre los dos sexos.

Si *el campo* que responde a la treta estuviera únicamente compuesto de machos, el argumento sería, al menos, considerable, siquiera siempre nos dejaría en la duda de si nuestros disparos no están provocando un incremento de solteras forzosas en la localidad. Porque ¿qué motivos hay para pensar que el macho no hace objeto de sus solicitudes antes a la perdiz prisionera que a una perdiz libre? De otro lado, si, como sucede a veces, al engaño acuden macho *y* hembra y, positivamente, hacemos una viuda, ¿quién demonios nos garantiza que esa viuda va a hallar inmediato consuelo? El argumento, pues, es peregrino; no resulta concluyente. Partir de la base de que el campo da mayor número de machos que de hembras, es partir de una base falsa o, siquiera, muy problemática. Y aceptando como buena la afirmación de que la perdiz es monógama –que vaya usted a saber si es monógama–, el daño que se hace a la especie es, cuando menos, presumible.

–Por principio, mozo, a mí esta caza no me gusta un pelo, se lo juro.

–Pero sabe usted de ella muchas cosas, ¿no?

–¿No se pensará que sea porque la practico?

–Yo no pienso nada.

Alimañas y guardería

A buen seguro, el lector que llegó hasta aquí no experimentará la menor envidia de las perdices. Su vida, desde luego, no es como para despertar envidia, y todo aquello de la libertad y la alegría de los pájaros no pasa de ser, en el presente caso, pura literatura. La perdiz vive de milagro, ésta es la estricta verdad, y si los papeles a que tan aficionados somos en este país –una escopeta requiere tres papeles, dos de ellos renovables anualmente– no forman en torno suyo una muralla protectora, este milagro tendrá un fin y la perdiz pasará a ser una añorada reliquia de la que conservaremos, a lo sumo, un par de ejemplares en cada zoo que servirán para que se los mostremos a nuestros nietos y les ilustremos: «Mira, pequeño, ese pájaro del pico y las patas rojas es una perdiz. Antiguamente los montes y labrantíos del país estaban llenos de ellos y los hombres salían los domingos a cazarlos».

–No lo ponga tan negro, leche; no lo ponga tan negro.

–¿Es que la cosa es para menos?

–Yo de caza, nada, ya lo sabe. Pero lo que sí sé es que desde hace siglos vienen los cazadores repitiendo lo mismo y ahí las tiene usted todavía, ¡tan flamencas!

La presión venatoria se ha acentuado, lo queramos o no; sobre la perdiz, en los últimos lustros, de un modo obsesivo. El tiro –que no la caza– de la perdiz, vuelvo a repetirlo, cada día atrae más y el

resultado es que cada día se matan más: Cabe el consuelo de que en los cotos preparados para las grandes matanzas al tiempo que aumenta la sangre aumentan las solicitudes y atenciones para que la perdiz prolifere. Aquí se mantiene –aun artificialmente, si usted quiere– un equilibrio, pero en los terrenos de todos –que también deben ser vigilados– la descompensación es patente: cada día más escopetas para menos perdices; lo que se dice un porvenir sombrío. Si a lo dicho agregamos todo lo arriba apuntado sobre cazadores de huevos, alaristas, lancheros, persecución en días de canícula y de fortuna, reclamistas, cazadores en jeep, etc., el cielo cinegético se ensombrece aun más. Y, para desengrasar, sumemos a todo esto la voracidad de las alimañas y de las aves rapaces, que tampoco son moco de pavo.

Uno imagina que cada cazador tendrá sus anécdotas en torno a la contracaza y que no hablará del riesgo que suponen a través de las fábulas de Esopo. Por mi parte, puedo presentar tres botones de muestra que evidencian hasta qué punto es la perdiz el bocado predilecto de águilas y raposos. En dos ocasiones que he disparado sobre éstos –una, sobre un águila, y sobre un zorro, la otra– ambos soltaron la presa que portaban y dio la casualidad de que, las dos veces, las víctimas eran perdices. En un majuelo de Boecillo (Valladolid) fui hace años testigo de otro hecho curioso: levanté de entrada y largo un bando de diez o doce perdices. Los animales volaban raso hacia el monte, pero, al llegar a la linde del majuelo, un águila, agazapada junto a una cepa, se cernió un instante y atrapó en el aire uno de los pájaros. El revuelo que se armó entre los supervivientes es inimaginable, lo que prueba que una escopeta es un juguete para la perdiz al lado de un águila; lo que prueba, a su vez, que el cerco de las águilas sobre los bandos es mucho más temible que el cerco a que las somete el cazador, circunstancia que demuestra, en suma, que las víctimas de las águilas, de los cernícalos, de los raposos, son mucho más numerosas de lo que pueda imaginar el más pesimista. (Y no olvidemos la multiplicación de la urraca, que hace pocos años parecía patrimonio de las llanuras centrales y hoy se ha extendido por los valles y serranías norteñas en un alarde de fuerza y osadía. La picaza, como es sabido, gusta de destruir los nidos de las aves pacíficas, unas veces para alimentarse y otras para evitarse la molestia de fabricar el suyo y procrear en el ajeno.) En resumen, entre el hombre, la naturaleza y la voracidad de las alimañas, la perdiz hace lo que puede por sobrevivir, y, en lo referente a los terrenos de todos, podemos asegurar que está jugando su última carta.

–Vamos, que entre todos la mataron y ella sola se murió.

–Algo parecido a eso.

–Diga usted, y frente a un asedio tan desigual, ¿no queda un alma

caritativa en el mundo que salga por la perdiz?

La ley, ya lo hemos dicho, supone hoy una barrera teórica y, al que la salta, lejos de reconvenirle, se le aplaude y se le retrata. Por otra parte, las sanciones son soportables. Al cazador lo que más le afecta es que se atente contra su derecho a cazar. La pérdida de la licencia por una, dos, tres temporadas y, en los casos graves o de reincidencia, a perpetuidad, daría, creo yo, excelentes resultados. Por lo demás, esa vieja ley debe tomar hormonas y rejuvenecerse y, en tanto no haga esto, debe por lo menos aplicarse tal como está *y* con todos sus defectos. (En Alemania, tengo entendido, al solicitante de una licencia de caza se le somete a un riguroso examen que no afecta solamente al arte de portar y manipular el arma y a las disposiciones de la ley de caza, sino a la fonética de los animales salvajes y a sus huellas. Esto tal vez sea demasiado, pero, en nuestras latitudes, no estaría de más, creo yo, exigir un examen y responder a un test antes de despachar una autorización para cazar. De esta manera el hombre que sale al campo con una escopeta en la mano se da por supuesto que sabe lo que puede hacer y no puede hacer; hasta dónde puede ir y de dónde no debe pasar.)

–¿Y no hay más?

Queda también la guardería forestal y la guardia civil. Aquélla sólo responde cuando se trata de guardas particulares. Los del Estado, sobre ser pocos, y aun menos que pocos, están peor pagados que un peón y harto tienen con mantenerse en pie. Estos hombres, cuyo celo es evidente, merecen una atención más próxima y, por tanto, una retribución decorosa. La guardería, la verdad, es una de las paganas de una organización administrativa grotesca. Sólo de pensar que este oficio se desempeña tras una prueba de conocimientos bastante seria, sin domingos ni festivos y bajo un riesgo constante –el furtivo cogido en falta es capaz de cualquier fechoría–, y que su compensación en metálico apenas rebasa, cuando rebasa, el billete mensual, dan ganas de echarse a llorar. Acontece, sencillamente, que estos hombres, sobre no hacer número, viven dispersos, con escasos contactos, por toda la geografía peninsular. Y, claro, por mucho que voceen no se les oye o, al menos, no se les escucha. Hacen falta –y con urgencia– más guardas y mejor pagados. Nada adelantaremos con modificar la ley y velar por los cotos mientras la guardería de todos no sea un cuerpo operante –a más de rifle, es preciso el caballo o la motocicleta– y eficaz.

En lo referente a la guardia civil, resulta palmario que recaen sobre ella demasiadas obligaciones. Sus funciones son tan heterogéneas, que la custodia de la caza no pasa de ser en ella una actividad marginal. No es posible abarcar tanto. Habrá que optar por concretar sus servicios en un sentido o en otro.

Como se ve, los aspectos positivos –aquellos que operan en favor de la perdiz– no pueden parangonarse con los negativos. Porque a lo ya dicho se podría añadir la inobservancia de la disposición que ordena a los ayuntamientos premiar la captura de animales dañinos. Tal cosa, en términos generales, no se cumple y, cuando se cumple, es con tal mezquindad que no anima a nadie a correr el albur de vaciar un cartucho sobre una marica. Y así no puede ser. Si únicamente nos preocupamos de la cantidad cuando de matar perdices se trata, la cosas no marcharán nunca bien. Si la caza –la perdiz concretamente– representa una riqueza nacional, no deja de ser lamentable que sus tutores –guardas, alimañeros– sean los símbolos dolientes más expresivos de un estado de pobreza nacional.

La perdiz española no dispone, pues, de una defensa a tono con su prestigio. Y a ello hay que ir. Tal cosa, evidentemente, no sería precisa en un pueblo educado y satisfecho. Pero esto no lo podemos improvisar y, a buen seguro, el pueblo no es responsable ni de su necesidad ni de su incultura. Mas una campaña en este sentido puede simultanearse con otras medidas más concretas, como la de incorporar al furtivo a la ley (de forma que halle en la captura de alimañas un beneficio parejo al que hoy le proporcionan las cazas muertas); establecer vedados rotatorios, retribuir humanamente a la guardería y aumentar la plantilla actual, gravar y limitar las cacerías de extranjeros, dictar normas sobre el ojeo, aumentar el rigor de las sanciones y hacerlas recaer, preferentemente, sobre el derecho de cazar…

–Total, que usted lo arreglaba todo en una mañana.

–Tanto no, hijo, pero pondría los medios, porque si no…

–¿Qué?

–Acabaremos fabricando las perdices en casa y matándolas en el corral. Y eso, decididamente, no es de mi gusto. ¿Qué quiere? Cada uno es como es.

CAPÍTULO III

El conejo

–Yo creo que va siendo hora de que pasemos al pelo, ¿no?

–¿Al pelo?

–Al conejo y a la liebre quiero decir.

–Por mí.

No se trata que dentro de la caza menor no haya más pluma –que sí que la hay, y en abundancia–, pero es pluma, digamos, de reserva, bien por la calidad de su carne –el avefría–, bien por su escasez –la becada–. No obstante, hay zonas en el país donde la caza del pato, o la de la tórtola, o la de la becada misma, constituyen ejercicios venatorios independientes, con su técnica peculiar y toda una teoría en torno. Mas, de ordinario, la chocha, el sisón, la avutarda, etcétera, representan hasta el día meros adornos, piezas que ilustran un morral, pero rara vez lo componen. No obstante, también estas piezas encierran su interés –en carne y captura– y, seguramente, más adelante será preciso dedicarles unas líneas. Lo que pretendo dejar sentado es que en España, la caza menor propiamente dicha viene siendo, desde tiempo inmemorial, la de la perdiz, codorniz, liebre o conejo; o sea, dos plumas y dos pelos. Plumas y pelos a los que se viene sometiendo en los últimos años a una persecución furiosa y sin pausa. Lo más doloroso es, sin embargo, que siendo el conejo, dentro de las cuatro especies, el único que podría salir airoso, y aun multiplicado, del acoso de laceros y escopetas, hoy, por mor de la peste, tampoco aporta una solución. Y es lástima, porque para la fiebre de correr la pólvora que hoy se ha desencadenado en el país, el conejito de monte podría suponer un socorrido desfogamiento.

La mixomatosis

Uno ignora hasta qué punto serán ciertos esos asertos que dan a una pareja de conejos la posibilidad de convertirse en un millón en tan sólo unos años. Lo que sí resulta incontestable es que el conejo es un roedor extremadamente prolífico y que en algunos puntos –Australia, por ejemplo– ha llegado a constituir una plaga (hay quien dice que algunos cerros australianos, en los crepúsculos, parecen dotados de

movimiento, tal es el número de conejos que pululan por sus laderas). Quiere esto decir que el conejo admite cualquier cifra de escopeteros, o sea que resistiría bien su ofensiva y, simultáneamente, la de un ejército de furtivos. Es, sin duda, la única especie que no requiere otra protección que la de la veda. Así da gusto. Pero como no hay dicha completa, ahí tenemos la mixomatosis, que se ha encargado de hacer –o de deshacer– lo que los lazos y la pólvora no pudieron conseguir.

–Decididamente tenemos el santo de espaldas.

–¿Y por qué le voy a mentir si las cosas son así?

–Yo no le pido que mienta.

–Por eso.

El conejo, por otra parte, no requiere especiales condiciones topográficas para su asiento; es animal austero. En cualquier parte se aclimata y se encuentra a gusto. Tanto le dan los terrenos rocosos de la sierra, como los montes de encina de las parameras, como los pinares, como los canchales extremeños. En habiendo un poquito de pasto y otro poquito de aspereza, vale. Y eso lo halla el conejo en cualquier rincón. De ahí que, sin constituir plaga, España sea un país que, desde sus orígenes en el tiempo, disfrutó de una población conejera considerable. Pero como, por otro lado, el campo de acción del conejo no puede ser limitado, resultan inevitables sus incursiones en los sembrados, con los consiguientes daños a la agricultura. Desde siempre el aldeano se llevó mal con el conejo. Sus intereses son difícilmente compatibles. Esto explica que el pequeño roedor esté en el centro de pleitos, rencillas y hasta de crímenes horrendos. De rechazo, los intereses del cazador tampoco casan con los del campesino. Claro es que las discordias entre ganaderos y agricultores son viejas en España y hasta han orquestado un interesante capítulo de su historia. Y es obvio que, cuando el objeto de las discordias era el conejo y no el borrego, el cazador se puso de parte del ganadero. Con todo, en los últimos tiempos parecía que propietarios de montes y agricultores colindantes habían establecido una entente viable. Los montes fueron alambrados –inevitablemente de manera imperfecta–, se establecieron conciertos para indemnizaciones e, incluso, el mismo campesino dejó de hacerle ascos a la posibilidad de cazar unos conejitos a la espera, con el alba. El conejo, en vecindad inmediata, constituía una amenaza, pero también una distracción. Las cosas, pues, marchaban. Alrededor del conejo se movían muchos intereses: carniceros, pellejeros, huroneros, cazadores de red, etc. En Ibiza se criaba un perro sufrido y duro para su caza. En fin, la convivencia se había establecido, al parecer, de manera definitiva. Pero he aquí que cuando todo parecía resuelto y cazadores, ganaderos y agricultores habían hallado un régimen de coexistencia pacífica, llega un médico francés, monsieur Armand Delille –recientemente fallecido–, inocula la

mixomatosis a un conejo de su finca en Eure et Loir y, al cabo de pocos meses, media Europa se queda a verlas venir. La rapidez de la propagación de esta enfermedad es una de sus características.

–Un momento, por favor, ¿es que el médico ese hizo las cosas aposta?

–¡Cómo se lo diría yo!

Pero eso no es lo más feo. El señor Delille anduvo, en principio, en una situación difícil. Los cazadores –y aun algunos diputados– de su país no encajaron de grado el atropello. Se le demandó; se pedía a la Asamblea un escarmiento ejemplar. Los ecos de los Países Bajos, España, Italia –a los ecos cinegéticos me refiero– tampoco le hacían mucho favor. Había en derredor del caso una ávida expectación; y una indignación muy viva, además.

–Le meterían en chirona, supongo.

–¡Qué va! Le dieron una medalla.

El asunto no está muy claro. Que yo sepa, el *affaire* Delille no cobró el vuelo que merecía. En nuestro tiempo únicamente los asuntos de faldas y los enredos políticos alcanzan resonancia. Pero lo que parece fuera de duda es que el señor Delille fue condecorado. Por lo visto, debieron cruzarse con los intereses cinegéticos los intereses agrícolas. Alguien con influencia dio la vuelta al lío y presentó a monsieur Armand Delille, en lugar de como un malhechor, como un benefactor y, habida cuenta de los servicios prestados a la agricultura francesa y patatín y patatán, le impusieron la cruz al mérito con su efigie de un lado y un conejo por el otro. ¡Qué se le va a hacer! Empero, y con vistas al futuro, convendría que en estos casos dictaminasen, simultáneamente, dos jurados diferentes: uno compuesto por campesinos y otro formado por cazadores. Por si fuera poco, y en lo que a mí se me alcanza, no sé de ningún país perjudicado en su riqueza venatoria por la gracia de este señor que haya hecho la reclamación pertinente. Porque hay que tener en cuenta que los daños y perjuicios irrogados a unos y otros con su acción, a la hora de ser estimados, son tan abultados que causan vértigo.

Y aún hay otro aspecto a considerar. Admitiendo que la extinción del conejo en Europa occidental haya redundado en un visible rendimiento agrícola –cosa muy discutible; irrisorio por lo que a España se refiere–, no veo por qué se le impone una medalla al doctor Delille, siendo como es la mixomatosis una enfermedad producida por virus y conocida –y padecida por algunos pueblos– desde el siglo pasado. Quiero decir que el médico de referencia –una notabilidad, según dicen– no hizo otra cosa que poner en circulación una dolencia cuya facilidad de propagación y cuya gravedad ya eran sabidas. En suma, algo así como si un automovilista que ha volcado por evitar el

atropello de una gallina, se decidiera a difundir la peste aviar para cortar de raíz accidentes semejantes. Uno no ve, en definitiva, ni razones suficientes en el proceder del doctor Delille, ni mérito alguno en su acción.

Sea como quiera, a los cazadores nos ha hecho la pascua ese buen señor. Son ya diez años que nuestros montes y bosques no dan conejo. Y a los que, por casualidad, asoman, más les valiera no hacerlo. El conejo afectado por la mixomatosis es una pura, esperpéntica ruina: ciego, las orejas gachas y con quistes repugnantes, las mucosas horriblemente inflamadas, todos los órganos deshechos, pasean torpemente su invalidez a la vera de los bardos silenciosos. Son la sombra de lo que fueron. Causa malestar –un malestar casi físico– observar a estos animales, que sanos son la estampa de la agilidad, trompicando en piedras y tocones, sin otro sentido para valerse que el del oído. Alguno salva la enfermedad o elude el contagio –del diez al quince por ciento entre los adultos, en opinión de los entendidos–, pero sus crías son arrebatadas en masa. Los expertos dan una mortalidad del cien por cien entre los gazapos, lo que invita a pensar que la especie camina, sin remedio, hacia su total extinción. Uno se agarra, sin embargo, a la ilusión de que las crías de aquellos que vencieron a la peste, sufran ésta con menor virulencia y sobrevivan. De otro modo resulta inexplicable que quede todavía algún conejo en nuestros campos. Y la realidad es que algún superviviente se tropieza el cazador en sus correrías, superviviente que, con su traserito blanco *y* sus orejas erectas, le alegra sin más la jornada. Y para ser sincero, en la temporada 1963-1964, en un monte tradicionalmente conejero pero que desde el año 1953 apenas daba muestra, uno ha podido contar hasta veinte conejos adultos a lo largo del día. No hay que decir que antes del cincuenta y tres, en este mismo cazadero, uno levantaba una docena de conejos en pocos segundos. La comparación con *antes* de la peste es, sin duda, decepcionante, pero si establecemos el paralelo con los tres años anteriores al sesenta y tres cabe un reservado optimismo. Hay que imaginar que esa veintena de conejos vistos por un solo cazador en un solo día constituye la demostración innegable de que la especie no está arrasada y que tras esa veintena visible existen probablemente unos centenares –dentro de ese monte–, vivitos y coleando, que han permanecido ocultos. Ahora bien, ¿puede ser éste un indicio de recuperación o, simplemente, que las condiciones climatológicas de ese año no hayan sido tan favorables a la propagación de la enfermedad como las de los anteriores? Porque está comprobado que el contagio, en general, se produce a través de las picaduras de mosquitos y parásitos, como también, según divulgó en un principio la opinión popular, por comer un conejo sano la hierba orinada por un conejo enfermo. El hecho de que en las zonas altas de

Burgos y León se vean mayor número de conejos que en las provincias de Valladolid, Palencia, Zamora o Badajoz parece corroborar, en, efecto, la participación de los insectos en la difusión de la mixomatosis. Y por si esto no fuese suficiente, bastaría con darse una vuelta por cualquier monte al filo del mes de mayo para constatar la resurrección conejil que hace brotar la esperanza, para que ésta se disipe de nuevo ante el primer agobio canicular. Todo esto prueba que en nuestras serranías y bosques aún quedan conejos y que, dentro de su escasez, la reproducción se verifica normalmente. De esto a predecir una nueva y fulminante repoblación va mucha distancia. En estas crisis no cabe otra salida que dejar hablar al tiempo, porque la realidad es que de los laboratorios, a la vista de los años transcurridos, y fuera de una vacuna preventiva para el conejo casero, poco cabe esperar. Uno recuerda que en su día se habló de la penicilina, de la terramicina y hasta del DDT como remedios eficaces contra la mixomatosis, pero tal cosa debió quedar en poco menos que nada. La peste continúa haciendo de las suyas y los conejos bien mohínos. Quizá nuestros investigadores –y los investigadores de otras partes– no se deciden a competir con la medalla del doctor Delille. Habrá, pues, que dejar hablar al tiempo. El tiempo dirá si los conejos –tan vitales, tan recios– dominan la situación y, también, si la dominan los investigadores, que tampoco debe uno ser injusto y no se ganó Zamora en una hora. Por de pronto tenemos la evidencia de que no todos los conejos sucumben a la peste pese a las escalofriantes estadísticas y a la estremecedora soledad de un monte de encina en el mes de enero. A esto hay que añadir las pasadas experiencias en Uruguay, Brasil, Australia, etc., países que han padecido la mixomatosis –casual o provocada– y donde el conejo no ha sido descastado. Esperemos, pues, que transcurran los años y, aun lamentando la realidad actual, no nos enfanguemos en un pesimismo prematuro.

–¡Coño, le felicito! Por primera vez ve usted una luz.

–Yo veo la luz donde la hay, muchacho, pero no me dejo engañar por los fuegos artificiales, ya lo sabe.

La caza del conejo

La captura del conejo se efectúa, de tiempo atrás, mediante tres procedimientos: la caza con *lazo,* la caza *a salto* y la caza con *hurón.* Es obvio añadir que la caza con lazo es una actividad furtiva evidentemente sustanciosa, ya que el conejo, al igual que la perdiz, dispone de sus trochas y veredas perfectamente identificables incluso para el más profano. En los bosques y montes de encina es muy fácil divisar, entre las matas, minúsculos senderos que componen una

intrincada red de comunicaciones. Al levantar un conejo se comprueba enseguida que, salvo si se ve muy apretado, utiliza cualquiera de estas vías para huir. Son éstas, pues, las carreteras de la población conejil, carreteras que hoy dan muy poco tráfico, pero que, antaño, en los crepúsculos, y en zonas bien pobladas, semejaban un hormiguero a gran escala, y uno dice en los crepúsculos porque el instinto de ocultación del conejo se ha orientado en el sentido de hacer vida crepuscular. Al atardecer, el conejo abandona sus huras o sus vivares para comer y corretear por el monte. Ésta es la hora –con la del amanecer– que, en los lugares de gran abundancia, aprovecha este roedor para verificar sus razias en los sembrados rayanos. Y ésta es la hora, asimismo, en que el conejito inexperto cae en los lazos tendidos por los furtivos. Habiendo conejo, el lazo es un sistema infalible. El lazo no suele tener nada de particular: un nudo corredizo en un hilo de cobre, amarrado a una pequeña estaca y colocado hábilmente en lugar estratégico. El ardid da siempre carne y la lucha del guarda de monte contra esta actividad cuenta con una dilatada historia. Mas el método, por muy generalizado que esté, ni es licito ni es, propiamente, de caza. Pero los montes son, en general, tan extensos, y la actividad de los laceros tan silenciosa que resulta muy difícil contrarrestarla. En este sentido, se hace lo que se puede, que no es mucho, siquiera en épocas normales el daño que puedan hacer los laceros sea muy relativo.

La verdadera caza, la caza tradicional del conejo, es la caza a salto, bien a mano, bien de una sola escopeta. En puridad, el conejo no ayuda a hacer grandes tiradores, aunque sí a avivar los reflejos y, en consecuencia, a desarrollar la rapidez en armarse y en el disparo. Pretendo decir que al conejo, prácticamente, no es posible apuntarle: se le dispara a tenazón, irreflexivamente, muchas veces sin tiempo siquiera de encarar la escopeta.

–¿Tan rápido es?

–No sólo es eso, hijo. El conejo se ampara en la espesura.

Si el tiro del conejo se verificase en los calveros o en los rastrojos, el acertarle no tendría ciencia. El conejo no es tan rápido como parece viéndole moverse en sitios enmarañados o cruzando como un meteoro de mata a mata. Es esto, el medio en que vive, lo que hace de la caza del conejo un ejercicio la mar de distraído en el que hay que conjugar la rapidez con la destreza. Una escopeta remisa, un cazador sin automatismo, cuyo cerebro tenga que ordenar al dedo el disparo, será raro que revuelque un conejo. Para complicar aún más las cosas, el conejo es animal juguetón que gusta del esguince, del regate, de la cabriola, del frenazo inesperado, cuando no se nos mete entre las piernas. Tal condición no hace sino sumar dificultades, hacer aun más problemático el acierto del disparo. Estas dificultades naturales

acrecen de acuerdo con la espesura del monte. No hay que decir que en las cortas y los claros al conejo se le mata bien, pero el conejo es cada vez menos amigo de frecuentar esos remansos. Así ocurre que muchas veces se divisa un conejo y no puede siquiera dispararsele. El animal se hace visible unos segundos, es como una sombra fugitiva y silenciosa que, una vez desaparecida, nos deja en la duda de si sería efectivamente un conejo. Mas como esto, en circunstancias normales, se repite una y otra vez, la caza del conejo a salto no deja lugar al aburrimiento.

Pero, insisto, la caza del conejo es más que nada un hábito. El cazador acostumbrado al monte, al tiro a saque de escopeta, amontonará un buen botín, pero tal hecho no nos demuestra que sea un buen cazador, ni siquiera un tirador de mérito. Uno ha conocido certeros matadores de conejos –así, de sopetón, de escopetazo– que, sin embargo, no fueron nunca buenos tiradores. Y al contrario, uno ha convivido con escopetas muy diestras que en el monte, al conejo, no acertaban un baúl. Es, pues, ésta, una caza *sui generis* que encierra su busilis, pero carece de la vibrante emoción de una cacería de perdices.

Al conejo es aconsejable buscarlo por las mañanas. El animal bien comido, fatigado de sus correrías nocturnas, de su última carrera crepuscular, encama en las matas de encina, o en los carrascos, sobre todo si el terreno está seco. Entonces es el momento propicio. Aquí, casi tanto como con la codorniz, resulta inexcusable el auxilio del perro. En general; el perro conejero no es tan caliente como el perdiguero. Ibiza, como creo dije ya, daba unos ejemplares muy aprovechables, pero ahora, con la peste, la recría de estos animales ha perdido interés para los isleños y el can ibicenco ha venido a resultar una víctima más a añadir al macabro carnet necrológico del doctor Delille. Al menos esto me decía hace poco tiempo en Barcelona mi buen amigo Damián Ribas. Una verdadera pena, extensiva a otras razas de perros conejeros que pasarán a la historia tras el prolongado paréntesis de estos años. Mas, a lo que iba, al conejo no puede salirse sin perro y cuanto más intrincado sea el monte, más perro se necesita. Claro es que uno se presenta en un monte con un perro habituado a la perdiz y la codorniz –por muy bien orientado que esté en estos empeños– y no dará chispa. Pretendo decir que lo mismo que el tiro del conejo es una costumbre, también lo es esta caza para el perro. Para que un perro cace bien el conejo, ha de tener muchas horas de monte. Entonces sí, entonces no se atolondrará con los rastros –un monte es una telaraña de rastros– e irá a cosa hecha. El perro conejero precisa una inteligencia especial. No le basta con no alargarse, con tener vientos, ni con mostrar la pieza.

–¿Qué más quiere usted?

–Calle la boca, por favor, estoy hablando.

Lo esencial en un perro conejero es que nos saque el conejo por el lugar más conveniente para el tiro: el pasillo entre matas, el pequeño claro, la vereda. Éste es el secreto del perro conejero. Si el perro huele al conejo, lo pone y lo levanta por el mohedal, apañados estamos. De ahí que el perro bien enseñado –bien enseñado a cazar conejos, se sobrentiende– atenderá más a los gestos del cazador que a sus voces. Uno ha visto trabajar los conejos a muchos perros y puede asegurar que el mejor auxiliar es aquel que mediante un leve ademán del cazador sabe si ha de rodear la mata, introducirse en ella sin más preámbulos, aguantar o apretar. Por su parte, el cazador, de común acuerdo con el perro, debe secundar sus movimientos. Y, en todo caso, saber buscar a cada paso la posibilidad del disparo, bien ciñéndose a las matas, bien deteniéndose en el lugar desde el que domina diversos pasillos de escape. El buen cazador de conejos no siempre mata al descubierto. El buen cazador de conejos cobra la mitad de ellos ya dentro de la mata-refugio, sin divisar el objetivo, sencillamente metiendo el tiro tras el rabo del conejo. Otras veces disparará antes de verle aparecer, sencillamente calculando lo que la pieza tardará en atravesar la mata, de forma que conejo y perdigones coincidan precisamente donde el cazador prevé. La maña, la sagacidad del cazador, cuando se unen a la labor de un perro asimismo mañoso y sagaz, puede deparar un morral apetitoso y pingüe.

La caza del conejo ofrece también otra ventaja, la de que, sin dejar de ser un ejercicio, es un ejercicio moderado, humanamente soportable. No es la perdiz en mano, pero, a buen seguro, tampoco la perdiz con reclamo. Se anda por llano, generalmente por buen piso, al abrigo de matas y carrascas y –esto es esencial– lentamente, dando tiempo al perro para desarrollar su trabajo. Este hecho justifica que antaño, dentro de lo poco extendido de la afición cinegética, abundase el cazador conejero. Los conejeros salían al monte cada domingo y regresaban con diez o doce conejitos. Algún día el morral grisáceo se avivaba con el plumaje abigarrado de una perdiz; pero esto era una mera ilustración. Por regla general, el cazador se refugiaba en la caza del conejo una vez que rebasaba «la edad de la perdiz». La perdiz quedaba para los jóvenes con buenas piernas y amplios pulmones. Hoy –aparte de no haber conejos–, con la divulgación del ojeo, la edad de la perdiz no pasa nunca, es decir, concluye –como todas las edades– en el ataúd. Y, en verdad, el conejo no sólo constituía un magnífico sucedáneo para nuestras facultades mermadas, sino un ejercicio entretenidísimo para cualquier ocasión. Claro que tratar de comparar el pelotazo de la perdiz con la graciosa voltereta del conejito de monte, es un puro disparate. Cada cual no puede dar más de lo que tiene y, aunque cada caza reúne sus características, dentro de la

constante de la cinegética es no sólo aconsejable, sino obligado, establecer categorías.

Resta todavía decir unas palabras sobre la caza de conejos con hurón o, como dicen los venadores castizos, *a toro suelto.* He aquí una modalidad típica de la caza del conejo basada en la apetencia que siente el hurón por la sangre caliente de aquél. No sé a ciencia cierta si el hurón es el turón domesticado, pero, si no es así, no andará lejos. El turón es un auténtico vampiro, de una anatomía bastante repulsiva y, puesto en libertad, un ejemplar de alimaña de lo más sanguinario. Al hurón, popularmente, se le conoce por *el bicho,* sin apellido, y *la bicha* si es hembra. El huronero –o el bichero– es hoy, gracias a la mixomatosis, otro oficio en decadencia. Antaño no. Antaño el bichero que actuaba legalmente no dejaba de tener trabajo en los montes superpoblados, que lo eran casi todos. Y sucedía así porque las escopetas, por abundantes y finas que fuesen, no bastaban para mantener el equilibrio demográfico aconsejable, dados el pasto del monte y las exigencias de las labranzas inmediatas. Entonces se apelaba al bichero, que con sus hurones y sus redes realizaba una entresaca considerable en muy pocos días. Uno recuerda que en las provincias de Castilla la Vieja había monte que daba tres y cuatro mil conejos después de batido por las escopetas y dejando suficientes ejemplares para asegurar la procreación. Hogaño el sistema fue utilizado para inyectar penicilina –cuando se habló de su eficacia contra la peste– a los conejos supervivientes, medida, como se sabe, que resultó poco menos que inútil. (En la actualidad, el hurón y la red podrían ser empleados para vacunar a los ejemplares indemnes si esta precaución no exigiera una vacunación posterior para tener algún éxito.)

–¿Y a esto lo llaman los castizos cazar a toro suelto?

–Un momento, por favor.

Al hablar de la caza a toro suelto es claro que no me refería a la red. Ésta es una desviación –o quizás el verdadero origen de esta modalidad de caza supuesto que la red es anterior a la escopeta– de la caza del conejo con hurón. La caza a toro suelto es un combinado de bichos y escopetas; es decir, el bicho sustituye al perro para hostigar a las piezas, para lanzarlas al matadero, pero en lugar de hacerlo con las piezas encamadas en las matas de superficie, actúa sobre los conejos refugiados en el subsuelo, en las bocas o vivares, que son, lógicamente, muchas más. Este tipo de caza es una simple diversión, un pretexto para organizar una zarabanda de tiros y tomar el sol. Carece de la emoción de la búsqueda, de la sacudida nerviosa del salto. En una palabra, esto es algo así como la versión en pelo del tiro de pichón. El tirador acechante sabe que la pieza va a arrancar, pero ignora exactamente por qué boca lo hará. La técnica es bien simple:

las escopetas rodean el bardo que se supone habitado, buscando cada una la mejor posición de tiro a través de las distintas rutas posibles de evasión del conejo. Una vez dispuestas las escopetas, el bichero introduce los hurones por diversas bocas y a uno no le queda sino esperar. La arrancada del conejo, acuciado por su enemigo acérrimo, cuando no mordido por él, es vertiginosa, de un loco apresuramiento. Ello no equivale a afirmar que el tiro sea difícil. Esto, como lo del monte, es mi tranquillo, que cualquier escopeta puede dominar al cuarto o quinto conejo que pretenda escapar por su vereda. Pero, seguramente, el mayor interés de este tipo de caza radique en el subsuelo, en el pánico que produce en el seno del vivar con la arribada del hurón, pánico que trasciende a la superficie en el tamborileo sordo, sostenido, que precede a la salida del conejo. Naturalmente, este horrible bicharraco que es el hurón no nos echa los conejos fuera para que nosotros nos divirtamos. Esto lo hace el perro solamente. El hurón es un animal, sobre voraz, de un egoísmo muy cerrado, y a lo que entra en el bardo no es a espantar conejos, sino a sorberles la sangre. De aquí que, cuando el bicho hace presa –y la media docena de veces que uno ha realizado la experiencia terminó por hacer presa–, se tumba a dormir la siesta tras el festín. Y entonces, si las cajas del bichero no tienen buenos sustitutos, ya puede uno ir enfundando la escopeta.

En suma, la caza con hurón es un pasatiempo, un pim pam pum, un ejercicio de tiro al blanco vivo. Alicientes cinegéticos, lo que se dice atractivo venatorio, a mi entender, no encierra ninguno.

CAPÍTULO IV

La liebre

Y vamos con la liebre, el otro pelo, esa rabona incomprensible que con tanta fuerza tira del cazador rural.

–Al cazador de pueblo no le hable usted de perdices donde haya liebres.

–Vaya un capricho.

–No se trata de un capricho. De la caza menor es la liebre la única pieza que facilita dos kilos y medio de carne a cambio de tres pesetas de cartucho. Y los tiempos están malos, hijo, ya se sabe.

Tal vez por esta razón algún escritor irreflexivo y algún venador remilgado hayan dicho de la liebre que era la «carne del pobre». Esta afirmación, desde un ángulo estrictamente gastronómico, me parece una enormidad. Para un gourmet, para un buen degustador, la carne de la liebre constituye un bocado, digamos, cardenalicio. Afirmar lo contrario constituye una ligereza imperdonable. Es patente que para el tiquismiquis, para aquel comedor difícil tal vez porque nunca ha trabajado –es decir, porque nunca aprendió a hacer hambre–, un animal como la liebre, de carnes abundosas y apretadas, no represente una tentación. Sin embargo, habrá que anotar que pocas carnes recatan el gusto de monte, el gusto bravío y montaraz, unos matices tan ricos, variados y sutiles, como la de la liebre. Y no hablo ahora del *civet,* ese prodigio de arte culinario francés, sino del popular estofado castellano, ese estofado para el cual, aparte de las tres pesetas del cartucho, no se requieren sino cuatro gordas.

–¿Puede usted darme la receta?

–Nada más fácil, hijo. La liebre desollada y sin desangrar se deja en vino tinto toda la noche. Un tinto sin precio; un tinto a granel. A la mañana, se la pone a la lumbre con unas rodajas de cebolla, unas hojas de laurel, unas lonjas de tocino, una cabeza de ajo, unas briznas de tomillo y perejil, y unos pellizcos de sal. A media cocción, le añade el vino donde pasó la noche.

–¿Y ya está?

–Ya.

Si uno tiene la suerte de agarrar una liebre joven –y eso se comprueba enseguida si la oreja rasga con facilidad–, la cazuela es como para chuparse los dedos. Claro que tampoco son desdeñables el

pastel de liebre, ni mucho menos, si la víctima es media liebre, la liebre con arroz. Este animal confiere al arroz una jugosidad y una soltura notables: es uno de los mejores correctores que conozco para que los granos no se empasten.

–Me está usted haciendo la boca agua, carajo.

–Ya revolcará alguna, mozo, y entonces pensará: «¿Sabes que el tipo aquel tenía razón?».

El culo de la liebre

Pero me temo que estoy desviándome de mi objetivo; uno está confundiendo la caza menor con la cocina mayor y, aunque ambos conceptos vayan del brazo, es claro que este volumen nació para hablar un poquito de aquélla y no de ésta.

–Perdone si le interrumpo. Yo de siempre oí decir que el culo de la liebre era un saco de plomos. ¿Qué quiere decir eso?

–Así fue, hijo, pero hoy las cosas han cambiado.

–¡No me diga! ¿También ha cambiado el culo de la liebre?

La liebre, como todas las especies, ha aprendido mucho en poco tiempo. La era supersónica es era supersónica para todos. Y el que se quede atrás, la diña. Esto es un hecho manifiesto y no es preciso demostrarlo. Con esto quiero decir que los avances del hombre –si es que el hombre avanza en algún sentido– van acompañados del avance de su contorno. Y a los ingenios y perfeccionamientos técnicos que puedan facilitar la tarea del cazador se opone el aguzamiento de los instintos de las especies cazables. Así, cuando el automóvil empezó a rodar por los caminos, las liebres salían de noche a la luz de los faros y precedían a aquel extraño artefacto dos o tres kilómetros regateando por la carretera iluminada súbitamente. Esto era así porque el coche, entonces, marchaba a cuarenta o cincuenta kilómetros a la hora y para la liebre suponía un pasatiempo el ejercicio. Hoy, que el automóvil se pone a cien en cuarenta metros, la liebre, si sale a la luz, es para atravesar la calzada como un rayo; rara vez se lanzará a competir con el bólido; *sabe* que en una tal competencia llevaría las de perder y no intenta emularlo. De hacerlo caería fulminada bajo las ruedas. Y es cierto que alguna se descuida todavía, pero son las menos. Y lo asombroso es que este instinto se comunica de generación en generación; es decir, no es necesario que la liebre nueva viva la experiencia para que se escalde. Hoy la caza, afortunadamente, escarmienta en cabeza ajena. Esto es un simple ejemplo, pero extensivo a otras manifestaciones del furor mecánico y a todas las especies de caza. Por tanto, digo que eso de que el culo de la liebre sea un saco de plomos, vamos a dejarlo. Hoy a la liebre hay que echarle de comer aparte; el dicho ese debió ser bueno cuando se inventó, o

sea, cuando la liebre se arrancaba de los pies, en un calverizo y por lo derecho. Hoy por hoy no tiene sino una relativa vigencia. Antaño –según dicen– la liebre dormía con un ojo abierto; en la actualidad sospecho que no cierra ninguno para dormir. La liebre de nuestros días se defiende como puede. Sabe que constituye un blanco suculento y, por ello, se amona o levanta larga. Y si levanta a tiro, rara vez lo hará en un barbecho o un rastrojo. Ordinariamente la liebre –que, a diferencia del conejo, jamás se emboca– encama en cualquier lugar donde el primer brinco la ponga a cubierto. La liebre española de nuestro tiempo regatea como los ángeles.

Seguramente la actitud de la liebre la determinan en parte factores meteorológicos –temperatura, viento, presión, grado de humedad, etc.–, pero esta influencia, o la medida de esta influencia, no nos es conocida. Ahora bien, una cosa es patente: la liebre –en particular la hembra– juega cada día con mayor frecuencia la baza de su mimetismo. A este respecto resulta asombroso cómo la piel de la liebre se entona con el medio que frecuenta. No es ya que la piel de la liebre tire al color de la tierra, sino que el tono de piel de cada liebre tira al color de cada tierra, y allí donde la tierra es rojiza, la piel de las liebres enrojece, y allí donde la tierra es parda, la piel de la liebre pierde, asimismo, violencia y lustrosidad. Esto significa que únicamente un ojo muy avezado será capaz de descubrir una liebre inmóvil. A uno le ocurrió en su iniciación que el nativo que le acompañaba le cantó una liebre en la cama. Uno se volvió mico mirando a izquierda y derecha. Nada. Fue preciso que el nativo se aproximara y le indicara justamente el terrón donde el animal estaba aculado. No hay que decir que el terrón se hallaba a metro y medio de distancia y la liebre le atisbaba a uno con sus ojos dilatados, impasibles. El nativo le animó a dispararle sin demora, pero uno, con un puntillo de nobleza venatoria, rechazó terminantemente la propuesta. Se entabló una viva discusión a la que la liebre asistía impertérrita, hasta que, finalmente, diez minutos después de descubierta, se arrancó barbecho arriba, y uno, como había presentido, le largó los dos tiros –pim-pam– y la liebre se fue a criar. (Es, éste, un fenómeno inexplicable, pero bastante repetido con las liebres sorprendidas en la cama.) El animal descubierto juega su oportunidad postrera royendo los nervios del cazador, dilatando el salto. Y a fe que con frecuencia consigue su objetivo, es decir, la evasión, en un terreno donde, de haber saltado por sorpresa, no lo hubiera contado. Recuerdo que, en otra ocasión, durante un ganchito en Villanueva de Duero, una liebre permaneció encamada todo el tiempo que duró la batida dos metros delante de la pantalla de Santiago Monsalve. Al finalizar el ojeo, estando la cuadrilla reunida, con las escopetas abiertas y descargadas, el animal se arrancó desde el

centro del grupo entre una algarabía de juramentos y protestas. La liebre es consciente de su blanco fácil y tentador y de que su velocidad puede ser atajada fácilmente por los perdigones; de ahí que recurra a la zorrería, a la estratagema, empezando por deambular por la noche, ya sin luz, y amonándose en la cama hasta que la mano o los batidores han pasado sobre ella. Esto quiere decir que son muchas –cada día más– las liebres que se quedan, que no saltan ni aun donde menos se las espera –que es cuando dicen que *salta la liebre*–, que no se hacen perceptibles para las escopetas. (De ahí la conveniencia, cazando en mano, de caminar lentamente y hacer frecuentes altos en los lugares más estratégicos. Es un fenómeno repetidísimo el que la liebre salte al detenerse el cazador, quizá porque en ese momento el animal se considera descubierto.) Por el contrario, hay días en que las liebres levantan a cien metros y gazapean tranquilamente, en fuga reposada, ante los ojos irritados del cazador, que no acierta con los motivos de esta excesiva desconfianza. Uno, por de pronto, puede asegurar que, en buenos cazaderos de liebres, ha tenido jornadas en que vio cuatro docenas y no pudo disparar sino a una de cada veinte. En general, tras una prolongada sequía, la liebre no aguarda. Cada paso del cazador restalla en la soledad y el silencio del campo como un trallazo. Y no sólo son las pisadas: son, asimismo, los tallos quebrados, los matos rozados, quienes ponen al animal sobre aviso a muchos metros de distancia. Asimismo la liebre, aunque por razones opuestas, aguanta mal tras un chaparrón o tras un temporal de lluvias. En este caso no se trata de que el cazador se delate por los ruidos, sino que la liebre no está encamada a gusto, no está –digamos– *roque* y la presencia del cazador trasciende pronto a sus sentidos alerta. En cualquier caso, la liebre, antaño tontona y suicida, va aprendiendo mucho. Por eso digo que su culo, aunque siga enterrando mucho perdigón, no puede decirse, con la misma propiedad que hace unos lustros, que sea un saco de plomos.

Además, no sólo es el culo de la liebre el que recoge perdigones con frecuencia. La liebre, de no quebrarle un hueso con el tiro o acertarle el corazón o la cabeza, rara vez queda seca del disparo. Diría más, hay liebres que van muertas sin que el cazador lo sospeche, sin que nada en la conducta del animal en fuga denuncie que ha encajado un plomo mortal. Otras veces sí, lo delata en un estremecimiento momentáneo o una voltereta espectacular, aunque a renglón seguido siga corriendo como si tal cosa. Por eso es aconsejable, en particular a las liebres tiradas de través, si uno tiene la relativa certeza de haberlas tocado, proseguir en la dirección de la pieza unos cientos de metros. Esta medida nos deparará muy gratas sorpresas. Con mayor frecuencia de lo que pensamos, hallaremos la liebre tendida en un claro y sin mover un pelo. Afortunadamente la rabona no suele esconderse para morir,

sino que busca para ello un lugar despejado. El hecho es tan frecuente que a ningún cazador experto le habrá pasado inadvertido. Mi amigo el Barbas, ducho en este oficio, con muchos millares de liebres revolcadas, dice a este respecto que si la pieza deja pelo rubio al disparo, el cazador no debe molestarse en buscarla, pero si deja pelo blanco, muerta está. El aserto, aunque otra cosa parezca, no es gratuito. El pelo rubio en la parte alta del animal, denotará casi siempre que hemos tirado largo; el blanco, que recubre el paquete visceral, es indicio de una herida muy grave; en un noventa y nueve por ciento de los casos irremediable. Asimismo, el Barbas distingue inmediatamente la liebre herida de riñones, de la liebre *escaderada;* la primera, muere; la segunda, no. Tales observaciones son valederas para todo el pelo: conejo, zorro o garduño. A mi hijo Miguel le ocurrió un caso chocante con un raposo. Sintió chillar a un conejo y tomó la dirección de los chillidos. Al aproximarse, cesaron éstos al tiempo que un gazapo salía huyendo de mala manera y, tras él, el zorro. Le tiró a éste, bien, a treinta metros, atravesado y afinando, mas el raposo no dio muestra alguna de haber sido alcanzado. No obstante, una semana después el guarda del monte nos mandó razón de haber encontrado al zorro muerto dentro de una mata –a no más de cien metros del lugar donde mi hijo disparó– con los pulmones atravesados. El animal huyó mientras le quedó resuello; finalmente, murió asfixiado.

La *caza de la liebre*

De la liebre se ha dicho que es carnívora, aficionada a la carroña, cuando, en realidad, sus incisivos, en forma de escoplo, denotan al roedor y, consecuentemente, al herbívoro. Uno no puede pronunciarse con seguridad en este pleito, pero sí puede afirmar que en tres ocasiones, maneando los andurriales rayanos a una res muerta, levantó liebres. El hecho puede ser casual y puede ser definidor, pero en ningún caso debe tomarse como prueba concluyente. En cambio, lo que sí está demostrado es que la liebre no hace migas con el conejo, tal vez por aquello de que el peor enemigo es el de tu oficio. En los montes conejeros –cuando los había– la liebre tenía sus zonas preferentes, zonas más abiertas –de mata grande y calveros intercalados– donde ordinariamente no se encontraban conejos. Y a la inversa, en los espesares frecuentados por éstos, la rabona solía brillar por su ausencia.

Sin embargo, obligado es consignar aquí, de principio, que la liebre, fuera de su acoso con galgos, casi nunca constituye el objetivo exclusivo de una cacería. Es decir, el venador rural que antes que satisfacer una apetencia trata de acallar una necesidad, podrá salir a mover la junquera o los barbechos inmediatos, o estacionarse en la

raya del monte a la espera de una liebre, pero, corrientemente, una cacería organizada apunta más alto. De este modo, la liebre será una pieza más, que salta cuando se busca otra cosa, generalmente el conejo o la perdiz. La liebre, pues, desde un estricto punto de vista deportivo, es caza complementaria que, cuando cae intempestivamente en el morral, le va moliendo a uno los riñones durante el resto de la cacería.

Ahora bien, si dejamos de considerar a la liebre como estímulo deportivo y la valoramos simplemente por lo que pesa, entonces quedarán suficientemente justificados los mil y uno ardides con que la gente de hoy se las ingenia para atraparlas. Como, por otra parte, las gentes que frecuentan el campo *saben ver,* de poco le sirven a la liebre su astucia y su mimetismo para con ellas. Así se explica la relativa facilidad con que pastores y segadores descrestan a una liebre de un cachavazo y aun que los vendimiadores las atrapen vivas arrinconándolas contra la cepa donde encamaron. El vivo ingenio del pueblo se manifiesta fértil y pintoresco ante el señuelo de dos kilos de carne. Así, en la zona de Fuensaldaña (Valladolid) se usa el procedimiento que denominan *encantarar* liebres y que consiste en atraerlas de noche mediante una candelita colocada dentro de un cántaro. El sistema es cómodo y, según me dicen, rentable. Otras veces bastan un farol y una pequeña escopeta para hacer un buen morral.

Aparte estas artimañas, el simple hecho de que los galgueros y escopetas barran y vuelvan a barrer, día tras día, enormes extensiones de terreno explica que la liebre, a las pocas semanas de levantada la veda, sea un animal raro en lo libre. Más que raro, rarísimo. Su tiro es sencillo y, pese a todo, hasta la más avisada termina por descuidarse un día. Por el contrario, en los cotos y vedados la liebre se multiplica a ojos vistas. Es la liebre, quizá, la especie venatoria más agradecida a cualquier protección. Posiblemente las fuerzas de la naturaleza y las alimañas no hacen tantos estragos en ella como en la perdiz, pero el caso es que en los terrenos bien guardados la liebre prolifera que es un gusto. Uno ha visto en tierras de Medina del Campo y Tordesillas verdaderos rebaños de liebres en zonas circundadas por otras donde no resta una ni para recuerdo. Es obvio que en estas reservas –generalmente destinadas a concursos galgueros– la liebre se cría confiada y estúpida y una mediana escopeta precisaría un camión para regresar a casa si se le diera oportunidad de disparar sobre ellas. (Con esto se demuestra que la mejor manera de conservar y acrecentar las especies de que hoy dispone el país, como más arriba indiqué, sería el establecimiento de vedados rotatorios y periódicos por toda la geografía peninsular. Vedados para todos y bien guardados, de tal modo que en dos o tres años no se oyese una detonación allí.)

Al margen de los artilugios mencionados y de otras actividades

furtivas como la del lacero, la liebre, al ser caza complementaria, es muerta mediante las estrategias ya mencionadas al hablar de la perdiz; es decir, a salto –o a rabo– y en ojeo. El tiro a salto, cuando la distancia es prudencial, es un tiro goloso, sin dificultades. Con todo, ya queda más arriba apuntado que al desarrollarse la suspicacia de este animal, las liebres, aunque son menos, *duran más,* o sea se defienden mejor y durante más tiempo. Cada vez va siendo menos frecuente que la liebre levante a tiro en un barbecho; de ahí que el cazador no pueda recrearse en la suerte porque el quiebro inesperado del animal, tras un matojo, un desnivel o una reguera, le dejará con un palmo de narices. Esto sin contar con ese tira y afloja de amonarse o levantar en Pekín, juego a que tan aficionada es la rabona y que con tanta destreza practica. Si la liebre no hubiera espabilado, a estas horas sería ya un recuerdo.

Cosa distinta es la caza de la liebre en ojeo. Aquí, la que entra, es muerta a mansalva. De no ser en lugares sucios, enmatados, la liebre apenas tiene escape si uno sabe reportarse. Pero en los ojeos largos, la mitad de las liebres eludirán la línea de fuego escurriéndose por las esquinas. Quiero decir que la liebre no corre jamás perpendicular a la línea de escopetas o de batidores, sino en diagonal. Es, ésta, una de sus características, como lo es, en la liebre movida en una ladera, que corra hacia arriba y no hacia abajo. Este hecho se basa en el mayor desarrollo de sus patas traseras, pero el otro, el que la liebre escape sirgada y no en vertical, obedece simplemente a su instinto por eludir cuanto antes la persecución y evitarse una carrera interminable. Por otro lado, esta conducta de la liebre justifica el que en ojeo sean las puntas las que más liebres tiran, a no ser las levantadas muy próximas a la línea de escopetas, en cuyo caso la liebre carece de terreno para hacer su juego.

Ordinariamente, la liebre ojeada entra gazapeando, sin escama, y, por tanto, sin malicia. Simplemente huye de las voces de los batidores. La pobre rabona no imagina que el hombre pueda ser tan taimado, tan reflexivamente cruel. Es más, la liebre en fuga, cuando considera suficiente el espacio que la separa de sus perseguidores, se detiene a escuchar levantando las manos y aguzando sus largas orejas. Hace el *bolo,* como suele decirse en jerga cinegética. Y una liebre tirada en esta postura es una liebre muerta sin remisión. (Cosa distinta es la perdiz disparada a peón, que con más frecuencia de la que desearíamos se marcha a criar. En estos casos, el terreno se come la mitad del tiro y, de otra parte, las alas fuertes de la perdiz, plegadas sobre su cuerpo, hacen de escudo protector.) Pero la liebre en *bolo* es un tiro infalible si que alevoso, y, para mayor escarnio, el cazador en ojeo puede forzarla a hacerlo a voluntad sin más que chistarla suavemente cuando llega espantada de los batidores. La liebre, ante el

siseo inesperado, procedente del punto opuesto al del resto de los ruidos, se detiene para confirmar sus sospechas. El cazador sobre seguro, el cazador alevoso, el cazador carnicero, oprimirá el gatillo en ese instante.

Una observación curiosa me resta por hacer en este punto, y es la resistencia que la liebre ofrece a abandonar el monte y adentrarse en las tierras de labor cuando es ojeada en este sentido. La liebre, antes que hacer esto, prefiere volverse contra los ojeadores o acurrucarse en los primeros surcos aguardando que las voces pasen sobre ella. Pero difícilmente entrará en ojeo. Es, la suya, una conducta que contradice su natural disposición, supuesto que la liebre no es reacia a los sembrados, sino todo lo contrario. Este hecho, por mi parte, carece de una explicación convincente.

–Pues ya es raro que no lo sepa usted.

–Mire, chaval, menos broma.

Existen otras dos formas usuales de cazar liebres con escopeta; formas curiosas y practicadas por cazadores aislados, bien porque necesitan la carne en casa, bien porque en ese momento no tienen a mano otra manera de desfogar su pasión. Ambas modalidades son de caza a la espera, pero mientras una es una espera al paso espontáneo, la otra es una espera al paso provocado.

–Explíquese, si no le es molestia, porque está usted poniendo esto de la caza más difícil que la trigonometría.

La primera espera especula con los hábitos del animal y se efectúa en aquellas topografías donde el monte –de encina o de roble– alterna con los labrantíos. Durante el día la liebre se acoge al monte para dormir y de noche abandona su cobijo para deambular por los sembrados. Es, el suyo, un hábito parigual al del conejo, con la diferencia de que, como las liebres son menos, las siembras se resienten también menos de estos escarceos nocturnos. Normalmente, la liebre utiliza unas mismas trochas o veredas para salir y regresar al monte, cuando no están éstos alambrados, en cuyo caso los caminos de acceso del hombre son asimismo empleados por ellas para sus excursiones. El cazador ha de colocarse, pues, en alguna de estas encrucijadas antes de que se inicie el crepúsculo matutino. Las primeras claridades del alba le traerán, con toda seguridad –si es que las hay–, las primeras liebres. Derribarlas, después de lo dicho del ojeo, no entraña la menor dificultad. Esta querencia de la liebre hacia los caminos, cuando no es perseguida, ha servido para montar a mi amigo el Barbas toda una teoría cinegética. Para el Barbas, los animales, al igual que el hombre, no gustan del esfuerzo superfluo. En este sentido, si la liebre viene de madrugada por el camino y a la noche ha de tomarlo otra vez, lo lógico es que encame en las inmediaciones del mismo. De ahí que el experto cazador a rabo deba

buscar la liebre en las proximidades de las veredas y relejes. Incluso los terraplenes de las vías del ferrocarril dan liebre con frecuencia. El Barbas, con su sabia filosofía parda, resume su teoría en un gráfico aforismo que ignoro si será o no de su cosecha: «A la liebre y a la puta en la senda se las busca».

Esta inclinación al camino trillado, al camino abierto, ha servido para montar asimismo todo el tinglado en la caza de liebres en espera al paso provocado. Confieso que el sistema me era totalmente desconocido hasta que Manuel Ángel Leguineche me invitó a «matar liebres a culatazos» en un coto de su padre en los alrededores de Vitoria. «Allí hay liebres como para parar un tren», nos dijo. Y allá nos fuimos la cuadrilla con el corazón alborozado. Pero como quiera que todos fuésemos nuevos en el oficio a excepción de Leguineche padre y sus amigos, aquel deambular de la Ceca a la Meca de cazadores y sabuesos nos tenía plenamente desconcertados. Aquello era un ir y venir sin aparente objeto y, tras una hora registrando un jaral, interrogamos a uno de los expertos por nuestra misión allí, supuesto que las liebres no aparecían por ninguna parte. «Colóquense en esa *puesta* –nos dijo el experto–; la liebre arrancará por ahí.» Y allí, en la *puesta* –que no era sino un cruce de caminos– nos situamos los cuatro. Mas a la media hora de inútil aguardo empezó a relajarse nuestra atención y comenzó el número de los chistes y los pitillos. Había un sol centelleante y aprovechamos para echar un taco a la abrigada. De tarde en tarde, en la espesura del monte, sonaban un disparo o unos ladridos. Al cabo aparecía, por donde menos imaginábamos, un perro y, tras él, uno de los expertos que nos preguntaba: «¿Vieron ustedes, por casualidad, una perra canela con una mancha en el lomo?». «Por allí», le respondíamos. Y él agregaba: «Muchas gracias». Y salía a marchas forzadas tras el rastro de la perra canela. Así, cuando el cuarto experto nos preguntó por el cuarto perro, Antonio Merino, que de chungón tiene lo suyo, manifestó su sospecha de que aquella caza (?) constituía un juego inimaginable cuyo ganador era el que más perros viese. Del monte, empero, seguían llegando estampidos, pocos, cada vez más espaciados, y ello nos hacía dudar. Hasta que a las dos horas de conversar en la *puesta*, surgió de la espesura el experto de la nube en el ojo y nos dijo si no habíamos visto la liebre que había cruzado por allí. Avergonzados respondimos que no y él, con lógica irritación, marchó farfullando: «Ocho ojos para una liebre y no la ven». Y allá, sobre las cuatro de la tarde, aparecieron Leguineche padre y sus amigos con tres liebres como ovejas, de esas liebres norteñas abultadas y bastas que no se las salta un torero. Luego –ésta es la verdad–, para asimilar el sol de la espera, Leguineche padre nos obsequió con una comida de vascos que nos dejó para el arrastre. Y ésta es toda la experiencia de uno en la caza de liebres a espera

provocada, procedimiento, a lo que se ve, consistente en mover las liebres con perros apropiados en la espesura para que otras escopetas las aguarden y las maten en las encrucijadas. Mas el hecho de que nueve escopetas cobráramos tres liebres en cinco horas –aun dando por nula nuestra aportación–, ya prueba que se trata de un sistema de caza sólo admisible para un terreno que cinegéticamente no dé más; un ejercicio (?) –para el que aguarda– que requiere tanta paciencia, al menos, como la que se exige del tradicional pescador de caña.

De lo dicho hasta aquí se infiere que la caza de liebres verdaderamente deportiva y con un perfil señorial y estético es la caza con galgos. Aquí la escopeta sobra y lo oportuno es trocarla por un caballo que nos permita seguir de cerca las evoluciones de la carrera. Ya la iniciación, el descubrimiento de la liebre en la cama es, de por sí, emocionante. El descubridor la canta en voz alta y en torno suyo se congregan, si el animal da ocasión, cazadores y perros. La liebre, lanzada de improvisto a campo través, perseguida de cerca por los galgos, azuzados éstos por sus dueños desde lo alto de los caballos, representa un magnífico espectáculo. Es admirable la astucia y la rapidez de la liebre colocada en semejante brete. Sus quiebros, sus vertiginosos esguinces, provocan en los galgos perseguidores un desconcierto del que enseguida se rehacen. La liebre busca el perdedero y los caballos y los galgos intentan cortar su rauda marcha y aun desviarla de su trayectoria. Se trata de un duelo equilibrado, casi medieval: armas iguales, condiciones iguales. El desenlace nos dará una de cal y otra de arena –tanto para el cazador como para la pieza–, es decir, unas veces la liebre alcanzará el perdedero burlando a sus perseguidores y otras caerá en sus fauces. Resulta obvio que para estas cacerías se requieren terrenos desnudos y amplios, ya que la persecución es tan violenta que, con alguna frecuencia, los galgos, en una de las fintas inesperadas de la liebre, se desnucan contra el primer pino que les sale al paso. De otra parte, los cotos superpoblados, junto a una mayor facilidad de diversión, ofrecen el inconveniente de que los galgos se aturden y agotan con las liebres que saltan de refresco y los desvían del objetivo inicial. El lance, repito, reúne tales alicientes que no creo equivocarme al afirmar que es esta modalidad de caza, con la de la perdiz al reclamo, la que ha originado una literatura más vasta dentro del panorama anémico que ofrece nuestra bibliografía cinegética.

En resumen, pese a que la liebre de hoy es más avisada que la de antaño, aún sigue resultando desproporcionado su duelo con el escopetero (desproporcionado a favor de éste, naturalmente). La escopeta quiebra aquí el deseable equilibrio de toda competencia. Quizá por ello me parezca la caza con galgo no sólo la más espectacular, sino también la más equitativa, la que brinda al animal

sitiado mayores posibilidades de salir triunfante del acoso.

La liebre y la peste

–Diga usted: ¿y a la liebre esa no se le pegó la peste del conejo?

–Sí y no.

–Leche, ya está usted con sus crucigramas.

En realidad, en este pleito uno nunca sabe a qué carta quedarse. Los periódicos dieron la alarma en los últimos años en más de una ocasión. Para los científicos, la cosa es clara: la mixomatosis es dolencia exclusivamente de los lepóridos y tan lepórido es la liebre como el conejo. Pero el Cazador no se conforma con teorías, así tengan unos cimientos tan sólidos como la catedral de Burgos; el Cazador quiere hechos. Y lo cierto es que el Cazador, que ha sido el primero en lamentar la desaparición, la casi absoluta extinción del conejo, no ha echado en falta a la liebre. Es decir, uno sale hoy al campo y se tropieza con el mismo número de liebres –con la paulatina disminución que se observa de año en año en todas las especies– que hace un lustro y que hace dos. Por otro lado, uno ha visto en estos años en Castilla, La Mancha y Extremadura reservas de liebres –el Coto Vera, por ejemplo– cuyas cabezas podrían contarse por centenares. Ítem más, uno tiene sus asesores e informadores –los hermanos Luis e Ignacio Herrero, sin ir más lejos, que en 1945 se retiraron a pasar un mes en su monte de Quintanilla de Abajo y aún, en 1964, no encontraron un rato para marchar–, asesores e informadores con experiencia que están por hallar una liebre víctima de la peste. Por si fuera insuficiente, uno, en las docenas de liebres cobradas en los últimos años, examinadas con lupa, no halló ningún síntoma de mixomatosis. Ante hechos tan irrebatibles, cuesta trabajo creer que la enfermedad afecte por igual a liebres y conejos. Habrá, pues, que admitir que la mixomatosis no ataca a aquéllas o que si las ataca es con menor virulencia que a los conejos, y no deja en su cuerpo el menor residuo.

CAPÍTULO V

Otras especies

La caza no sería, en sí, un deporte, una distracción completa si la percha fuese siempre algo homogéneo y previsible; es decir, si el ejercicio no dejase resquicio a la sorpresa. Parte de la gracia de la caza estriba en que uno pudo salir a por perdices y regresar con palomas, o pudo ir a palomas y cobrar un par de liebres. Hay un refrán que dice: «Al cazador, leña; al leñador, caza» y, como casi todos los refranes, éste se sustenta en un fondo fundamental de verdad. Es frecuente que el día que uno va desarmado las piezas se le rían en las narices y, por el contrario, el día que uno se promete una jornada opípara –y va preparado para ello– no tropieza más que con cuatro urracas malhumoradas. Las cosas suelen ser así y, desgraciadamente, no sólo en la caza. Pero esto que, en esencia, no es muy halagüeño que digamos, recata una faceta atractiva, un formidable aliciente, a saber, lo *azaroso* de cada aventura cinegética. Así, al cazador que salió a por perdices no le decepcionará, a buen seguro, derribar una becada o un hermoso azulón. En el monte, a través de una larga jornada, todo puede ocurrir e incluso en una batida de perdices todos hemos visto con qué alegría detonan las escopetas si le da por forzar la barrera a las torcaces o a un bando de sisones.

De aquí deducimos que aunque la caza menor, por antonomasia, suele concretarse en las cuatro especies mencionadas, existen otras muchas, de carne golosa y tiro aventurado, que con harta frecuencia tientan nuestro puntillo venatorio. Tales son, a vía de ejemplo, la paloma, la tórtola, la avutarda, el sisón, el pato, la chocha-perdiz, el avefría o la becacina. Cualquiera de estos animales puede salirnos al paso e invitarnos a ejercitar nuestra puntería. Mas, al propio tiempo, suele acontecer que el cazador, que ordinariamente centra su pasión en las cuatro especies reseñadas, organice circunstancialmente una excursión a los patos o a las becadas –pitorras las dicen los extremeños–, a las torcaces o las tórtolas. O sea que estas piezas, a más de servir para completar una percha, son suficientemente sugestivas para incitarnos por sí solas a salir al campo. Es decir, estas especies, que pudiéramos adjetivar de secundarias, promueven tácticas de caza *privativas* cuyos adeptos, a buen seguro, no pueden contarse con los dedos de la mano. De entrada, que se cacen menos se debe

sencillamente que son menos. Así, uno puede dedicar una jornada entera a las avutardas y cabe la posibilidad de que no vea a lo largo de ella una sola avutarda. Otro tanto acontecerá en Castilla con las becadas o con los patos y, a mayor abundamiento, con las palomas y las tórtolas. En cambio, en los lugares querenciosos, la cosa varía: tal ocurre en el norte con la chocha, en Extremadura con las tórtolas y palomas, y en Valencia con los patos. No se trata, por tanto, de subestimar estas especies. Al englobarlas en un capítulo único, queremos dar a entender sencillamente que su caza, a diferencia de lo que sucede con la codorniz, el conejo o la perdiz, no provoca una movilización general.

–¿Y usted sabe de esto?

–Mire, mozo, el cazador, como el periodista, debe ser oficial en todo y maestro en nada.

En principio, bien se puede afirmar que estas especies de segundo orden, consideradas como ornamento, se matan como las demás, o sea, a salto o en ojeo. No habrá otra diferencia que la que a cada cual le imprima su vuelo (una torcaz exige mayor rapidez que un avefría, y para cobrar una chocha habrá que afinar más que para matar una avutarda. Hablo, naturalmente, generalizando, es decir, dentro de la suposición de que unas y otras salgan –o entren– a tiro). Ahora bien, estas piezas, cuando constituyen el objetivo inmediato y exclusivo de una cacería, originan tácticas de captura singulares que son las que, someramente, trato de apuntar aquí. Es claro que cada especie requiere peculiares añagazas, pero, en sustancia, cabe hacer una clasificación muy amplia que abrace a todas: primero, piezas que se cazan al aguardo, y segundo, aquellas otras para cuya caza han de buscarse antes. Entre las primeras habrá que distinguir entre aquellas especies que acuden *solas* a la escopeta porque ésta opera forzando algún instinto acuciante de los animales (comer, beber, dormir, amarse u ocultarse) y aquellas otras que acuden a la escopeta en virtud de una batida provocada en sus escondrijos habituales. En lo concerniente a las segundas, es decir, a las especies que es preciso buscar, me referiré solamente a aquellas cuya búsqueda presenta algún perfil original, al margen del tradicional sistema de escopeta y perro que vimos hasta ahora.

La tórtola

Entre las cazas al aguardo, tal vez ninguna resulte tan variada y distraída como la de la tórtola en sus devaneos estivales. La tórtola, como se sabe, es una de las aves más airosas y gráciles que sobrevuelan nuestros campos. Pájaro migratorio, sus entradas y salidas en la península, coinciden, en cuanto a tiempo, con las de la codorniz.

A mayor abundamiento, al alimentarse asimismo la tórtola de cereal y gustar de la verdura, no es infrecuente que vuele en hazas y rastrojos cuando se buscan aquéllas. Pero ésta no es nuestra historia. La caza de la tórtola al aguardo, que es a la que ahora me refiero, es otro cantar. Afinando, a la caza que más se asemeja esta modalidad es a la de la perdiz en ojeo. Se asemeja, claro está, en la disposición de las escopetas (escalonadas a lo largo de un soto, de un río, de un desfiladero o de la cresta de una sierra) y en el camuflaje del cazador. La escopeta que no se oculta, pocas tórtolas cobrará. Es, este animal, uno de los de vista más aguda y de memoria más reciente. El tiroteo acentúa increíblemente su esquivez, cuando no las ahuyenta. Tratar de aguardar tórtolas sin variar el cazadero; en días consecutivos o poco espaciados, es hacer oposiciones al fracaso. A la tórtola ha de dársele una tregua para el olvido.

Pero decía de la semejanza de este tipo de caza con la de la perdiz en ojeo. Repito que esta similitud no va más allá de la disposición adoptada por la línea de escopetas y por la necesidad de disimular la presencia del cazador tras una pantalla. Por lo demás, una y otra no tienen nada en común. La perdiz entra a las escopetas porque se la empuja; la tórtola, porque le da la real gana. La perdiz vendrá indefectiblemente de cara; la tórtola nos sorprenderá por detrás, por delante o por los costados. La perdiz, ordinariamente, vuela rascada; la tórtola, por encima de los árboles. La perdiz suele acudir a golpes; en barras, mientras la tórtola lo hace chorreada, en parejas o, a lo sumo, de tres en tres (el bando de tórtolas únicamente es frecuente en las épocas que preceden o subsiguen a sus movimientos migratorios). En suma, la caza de tórtolas a la espera es una especialidad *sui generis y,* por descontado, no una caza sencilla. La tórtola al paso tiene mucho que matar. La tórtola vuela rauda y a su velocidad hemos de añadir su pequeño tamaño, su caprichoso zigzagueo y su afición a remontarse a las nubes en cuanto recela el peligro. Por eso considero esencial la ocultación del cazador. La tórtola que se mata no es la que nos sorprende, sino la sorprendida. A un buen tirador poco le importa que el pájaro le divise si está ya dentro de tiro; ahora bien, si le descubre a distancia y el pájaro toma sus precauciones, será prácticamente imposible derribarlo.

De lo antedicho se deduce que la espera de la tórtola se monta sobre sus divagaciones habituales; primeras horas de la mañana o últimas de la tarde. La tórtola, que en las horas de bochorno –tengamos presente que la apertura de la veda de la tórtola, como la de la codorniz, se efectúa en el mes de agosto– suele inmovilizarse en los sotos y en las umbrías, abandona éstos cuando las temperaturas suavizan. Entonces sale a comer y a beber y deambula constantemente de los rastrojos al bebedero y de los bebederos a los rastrojos. Éste es el momento del

aguardo. Donde hay abundancia de tórtolas, su paso –de ida y vuelta– es constante y el traqueo nutrido. Y no obstante ser caza de aguardo, la escopeta que parte con el campo ya puede darse con un canto en los dientes, porque el tiro de la tórtola, insisto, no es fácil, sobre todo cuando llega fogueada.

No es preciso decir que los puestos no pueden disponerse al buen tuntún. No basta un río, o una sierra, o una vaguada entre una fuente y un rastrojo para apostarse. El buen cazador no montará la cacería sobre supuestos tan aleatorios. Para hacerlo es necesario observar antes, comprobar querencias, confirmar que tal lugar es paso punto menos que obligado en las divagaciones del animal, etc. No hay que aclarar que, cuando el castigo menudea en esas zonas, habrá que estudiar por qué otras han sido sustituidas para salir al campo con alguna posibilidad de éxito.

Por sobre las divagaciones cotidianas, repetidas, de la tórtola, está su desplazamiento paulatino y continuado hacia África. La tórtola siente en su carne la mordedura del relente de las noches agosteñas y poco a poco se va corriendo hacia el sur. El observador de cada región conocerá, más o menos, sus pasos predilectos y, en ellos, si la inmigración de las aves ha sido abundante, podrán conseguirse perchas lucidas. Quiere esto decir que el cazadero ideal será aquel que, sobre tener tórtola estacionaria que deambula en un reducido espacio, sea ruta usual de los bandos emigrantes que preparan el salto del estrecho. Acertar con esos pasos, si peliagudo, es acertar con la cacería. Se da por supuesto que, a diferencia de otras especies, la caza de tórtola a la espera da perchas bien pobladas, que, en ocasiones, pueden montar la cifra de tres docenas por escopeta.

–¿Y usted caza la tórtola en Castilla de esa manera?

–Claro que no.

–Pues entonces no le entiendo.

Castilla, la Castilla árida, por primera providencia, apenas conserva tórtola en los últimos días de agosto y, por segunda, la abundancia de rastrojos es tal que es nonada aguardarlas en este lugar o en aquél. Cada pájaro dispone en Castilla, como poco, de cinco hectáreas para su sustento. Esto quiere decir que en lo concerniente a la caza al aguardo descrita, en Castilla sólo resultaría provechosa en los pasos de los bandos migratorios, generalmente en los lugares frondosos y húmedos. Los años secos y cálidos podrán realizarse en ellos fuertes matanzas, mientras los años fríos, en los que el otoño se anticipa, la tórtola vuela alto, y la caza a su paso resulta prácticamente estéril. Estos aguardos, de todos modos, suelen montarse en las provincias que, como Zamora, Ávila, León, etc., disponen de arbolado suficiente para que la tórtola emigrante repose y pernocte. En las otras provincias, en las provincias de tierras de pan llevar, el buen

aficionado, el aficionado de verdad, podrá, con un poquito de habilidad y otro poquito de sentido de la observación, matar una docenita de pájaros sin alejarse de la puerta de su casa.

A este respecto, uno recuerda un verano, hacia 1955, en que se aplicó en el estudio de la tórtola durante los últimos días de julio. Lo primero que se le puso de manifiesto es que las tórtolas sestean a las horas centrales en los pinares o los montes de encina y, al atardecer, buscan el agua y el grano. Había, pues, que buscar agua y grano en las inmediaciones de un pinar y tal gollería la encontró cerca de Aldeamayor: un par de añosas encinas, en plena rastrojera, con un escuálido manantial al pie que apenas servía para humedecer los terrones. Durante varias tardes, antes de abrirse la veda, uno se fumó muchos pitillos sobre un ribazo próximo, atisbando, y comprobó que ninguna tórtola que saliera del pinar o regresara a él dejaba de hacer un alto en las encinas. Y, de esa manera, el día que se inauguró la temporada, en tan sólo dos horas, uno acertó a cobrar trece tórtolas y una torcaz. Eso sí, las tentativas siguientes le reportaron sendos fracasos. La tórtola aprendió en una tarde y en lo sucesivo modificó su itinerario.

Puede presumirse, a la vista de lo expuesto, que si la ocultación del cazador es completa, mediante un tollo o un chozo preparado al efecto, con una tronera disimulada, es fácil matar tórtolas posadas en las charcas y bebederos o bien apresarlas vivas con red. El segundo procedimiento no es muy deportivo que digamos, no es propiamente caza, y en cuanto al primero carece de interés y tampoco es meritorio, supuesto que una tortolita a veinticinco metros de distancia, tirada con mostacilla, a calzón quieto, difícilmente se yerra. En todo caso, para cazar tórtolas en cantidad apreciable, es preciso aguardarlas. Ir a ellas, aun en lugares donde abunden, es perder tiempo. El pinar o el encinar les servirán de escudo y se comerán nuestros tiros. La tórtola requiere, cuando menos, unos metros de cielo abierto para hacer puntería. Tirarles a tenazón es quemar pólvora en salvas.

La paloma

–¿Sabe usted que a mí estas cazatas al aguardo, como usted dice, no me molestan ni tanto así?

–Lo que les pasa a los jóvenes de hoy es que no tienen arranques.

–¿Y es malo eso, acaso?

Todavía más cómodo y rentable que el aguardo de tórtolas resulta el aguardo de palomas. Y no hablo ahora de las palomas de palomar, tan sandias, tan bobaliconas, que si se las sorprende en bando sobre un rastrojo, pueden dejarse dos docenas de un solo tiro. Esto, si no caza,

sí es carne y, como es comprensible, nunca faltan en nuestros campos acechadores de palomas. Tres pesetas de un cartucho a cambio de veinte pájaros no es mal negocio y esto bien merece una espera de horas en el barbecho o en el prado de que el animal sea querencioso. Creo que la ley, en estos menesteres, exige mil metros de distancia y disparar de espaldas al palomar, pero, ¡corra usted con la cinta métrica a medir la distancia del matador una vez que la sangría se ha consumado! Este asunto es origen de muchas discordias, a menudo bien fundadas, puesto que se sabe de cazadores (?) que aguardaron escopeta en ristre a que el compañero golpeara con un ladrillo la puerta del palomar para hacer la cacería. Es claro que esto no es la caza de palomas al aguardo. A la paloma a que me refiero es a la paloma salvaje, bien la torcaz, bien la zurita, bien la bravía. Estas aves acuden a la península de temporada y en bandos tan densos que allí donde pernoctan no dejan bellota sobre encina. Son animales insaciables –especialmente la torcaz– que dan la impresión de que comen por comer, no por hambre, ni mucho menos por necesidad. Estas aves vuelan alto y vivo, de ahí que una de las formas más típicas de cazarlas sea desde las cumbres de las cordilleras, aprovechando los vanos entre los riscos. La paloma, en sus movimientos migratorios, tira por el camino fácil, para eludir el viento y la niebla, y allí, emboscados, aguardan los cazadores que con la escopeta o la red –o las dos cosas– hacen grandes estragos. Lógicamente esto no dura una temporada, por lo que el palomero se las ha tenido que ingeniar para hacer entrar en plaza a unos pájaros que ordinariamente y escopeta al hombro son difíciles de sorprender. Y así aparecen la caza a la espera en los comederos y bebederos y, especialmente, la atracción del cimbel, caza practicada principalmente en la mitad sur de España –de Salamanca para abajo–, donde abunda la encina y el alcornoque, o, lo que es igual, la bellota.

La caza de palomas con cimbel es todo un arte; un arte de tan brillantes resultados que cada día aumentan sus adeptos. La originalidad de este tipo de caza radica en el hecho de que mediante el cimbel no explotamos el celo de la paloma, ni su glotonería, sino, simplemente, su espíritu gregario. El «dónde va Vicente, donde va la gente» tiene su aplicación estricta en la paloma. No creo que nadie pueda asegurar de manera indubitable cuál es el motivo que empuja al bando a posarse donde ve parada otra paloma. Lo más probable es que en la paloma libre, de por sí recelosa, se disipe toda suspicacia al ver una colega aleteando confiadamente en la copa de una encina. «Donde está otra, bien puedo estar yo; no hay peligro», parecen decirse. De esta manera se produce una especie de fascinación contagiosa que, en la caza, es preludio inevitable de una hecatombe.

El palomo que actúa de cimbel es, no es preciso decirlo, un palomo

doméstico. Si es manso y está hecho al oficio, no es necesario tomar con él especiales precauciones. Hace años se hallaba muy extendida la costumbre de cegar al ave con una aguja candente, bárbara costumbre que hoy se sustituye, si el pájaro es joven y bravo, cubriéndole la cabeza con un pequeño capirote. Tal medida, repito, no es precisa cuando el reclamo es veterano y consciente de lo que se espera de él. En estos casos se le amarra al balancín sin temor a que se desuelle las patas o a que pierda el equilibrio a las primeras de cambio.

Conviene observar que tanta importancia como el pájaro encierra en este ardid el artilugio sobre el que va montado. Se trata de dos palos formando cruz, el horizontal sujeto por un eje al vertical. En uno de los extremos de aquél va una pequeña plataforma de mimbres, o bien de malla, donde el prisionero se aferra para no caer. Al otro extremo se ata un cordel que manipula el secretario o la propia escopeta amarrando el cabo a uno de sus tobillos. Una vez sujeto el pájaro en la plataforma, el balancín se ata a la copa de una encina de forma que simule una rama más del árbol en cuestión. Bajo la misma encina se situará, debidamente camuflado, el secretario, cuando lo haya, mientras la escopeta se colocará bajo la más próxima, a fin de ver las palomas que doblan ante el cimbel. No hay que olvidar que la paloma vuela alta y la primera precaución a adoptar por la escopeta consiste en escamotear su persona a toda posible ojeada desde la vertical. Para cubrir el frente, la espalda y los costados bastarán cuatro ramas y un poco de maleza.

Una vez dispuesto el ardid, comienza la cacería y resulta superfluo decir que aquí todo es cuestión de pulso: pulso para mover el palomo y pulso y oportunidad para hacer fuego. Los bandos merodean por el encinar –o por el pinar– y es inexcusable atraerlos a la escopeta. No se trata, pues, de tironear del cimbel a lo loco, sino de sacudir el balancín con tiento e inteligencia. El buen palomero sospecha en qué preciso momento el cimbel es oteado por el bando. Un tirón del balancín hará creer a aquél que la rama le falla y, consecuentemente, aleteará para ayudar a una base de sustentación tan inestable. Es este aleteo ocasional y nada violento lo que llama la atención del *campo*. El bando comenzará a evolucionar describiendo círculos, cada vez más cerrados, sobre la encina habitada, hasta que, finalmente, dobla con vistas a posarse sobre la misma. Éste es el instante propicio. El cazador novel o ingenuo, inseguro, las dejará, incluso, que se inmovilicen para evitar riesgos, pero lo deportivo es sacudirlas cuando doblan, es decir, en vuelo. Es curioso observar que las entradas de palomas al cimbel casi nunca se producen en nube. O sea, esos enjambres de miles de palomas que con frecuencia sobrevuelan los campos salmantinos o extremeños se conducen ante el reclamo con olímpica indiferencia. Lo

normal es que al palomo entren grupos muy concretos de cuatro, ocho o quince pájaros, que por otra parte es la más favorable circunstancia para matar. Del mismo modo, la torcaz es reacia al envite; la bravía, y en particular la zurita, se muestra mucho más crédula y, consecuentemente, es la víctima propiciatoria de este tipo de caza.

No cabe duda de que la receta es eficaz y allí donde la paloma se estaciona en cantidad suficiente, la entrada al cimbel es tan asidua que no da lugar al aburrimiento. En Extremadura, donde la caza en todas sus manifestaciones es cultivada con pasión, las gentes cuidan de su palomo durante todo el año como quien cuida un buen braco o un pointer de postín. Al fin y a la postre el palomo también depara, a finales de otoño, no pocas satisfacciones. (Yo he visto regresar a un experto palomero con dos racimos de veintitantas palomas cada uno y eso solamente en una tarde, lo que equivale a decir que nada mejor para correr la pólvora que un buen cimbel y un balancín.)

El pato

–Esto del pato viene de largo.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que es caza vieja.

–Ah!

El pato se viene cazando a la espera desde hace siglos. Tengo entendido que la caza esta era tan pródiga, daba tanto de sí, que era caza regia, y ya es sabido que los monarcas y los peces gordos no salen al campo para disparar sólo el cañón derecho. El pato daba facilidades, en especial cuando los embalses y las masas de agua eran contadas en el país y los ánades inmigrantes habían de recalar en ellas forzosamente. Así, en España existen querencias de patos, como la Albufera, Daimiel o las rías gallegas, cuya fama arrastra de antiguo. Estas aguas, de por sí frecuentadas, lo son más si previamente, días antes de la cacería, se ceban discretamente. Esto y el estudio minucioso de las entradas y de las preferencias del animal, garantiza el tiroteo y la carnicería, ya que en estas cacerías la unidad de medida es la centena. Con la particularidad lisonjera de que las aves cobradas, si todas lógicamente acuáticas, ofrecen una diversidad atrayente: ganso, azulón, silbón, cerceta, gallareta, etc. Cada cual tiene su vuelo y de ahí el colorido y el encanto de estas cacerías donde uno, pese al secretario, apenas si da abasto para tirar del gatillo.

–¿Y para cazar patos tampoco es necesario destripar terrones?

–Tampoco.

–Coño, coño.

Ahora bien, éstas son cacerías de lujo, cacerías para aquellos que disponen de tiempo y dinero, puesto que los barriles se cotizan –tengo

entendido que en 1964 se han pagado veinte mil duros por un puesto en la Albufera– y las charcas se acotan. De este modo hasta hace muy pocos años el proletario, de no ser un ribereño, ignoraba lo que era tirar a un pato. Hoy, las cosas, en cierto sentido, han cambiado. Las aves acuáticas, con una ejemplar tendencia a la socialización, se distribuyen mejor, de tal forma que han hecho posible que el bueno de Ursino, el montaraz de Morejón –como creo dije ya–, con su mohosa escopeta de un solo caño, dejara ocho azulones de un disparo en un rastrojo de cebada, en Riego del Camino, a la vera del pantano del Esla. Esto de los pantanos ha influido notoriamente en la dispersión de los ánades, sin olvidar el incremento de las lluvias observado durante los últimos años. De este modo se ha posibilitado que allí donde exista una corriente de agua, un marjal, una salina o un lavajo, puede haber hoy un par de patos o un par de centenares de patos. Como por otra parte la temporada de caza de aves acuáticas se prolonga un mes con respecto a la general, ya tenemos al pueblo-pueblo metido en estos envites.

De ordinario, el pato se caza al aguardo, camuflando la escopeta en barcas o barriles en el centro de la masa de agua o en sus márgenes. Al pato puede atraérsele con un cimbel, vivo o artificial, ya que el pato, al igual que la paloma, tiende a asentar allí donde ve un congénere, aunque éste sea de plástico o de madera. Se me dice, sin embargo, por cazadores fehacientes, que el cimbel en no pocos lugares no es sino un trasto inútil y, a veces, hasta un espantapájaros. A este respecto yo puedo afirmar –siquiera la experiencia sea aislada y de hace unos años– que, junto a San Miguel del Pino, derribé una vez un azulón alicorto sobre el Duero, y en plena faena de cobro, cuando Vicente Presa –que no es precisamente un alfeñique que pueda pasar inadvertido– y el que suscribe azuzábamos a la perra a voces, sin la menor precaución, un compañero impar que sobrevolaba el río vino a tirarse junto a la víctima en nuestras propias narices. Es claro que la perra tuvo aquel día que sacar del río dos patos en lugar de uno, pero no lo es menos que el cimbel –cuando no es simulado– ejerce sobre el pato en vuelo una especie de hipnosis de la que no acierta a sustraerse. De otro modo no puede explicarse que un animal –sea el que quiera– entre a la muerte con tan alegre inconsciencia como el protagonista de la anécdota referida.

Generalmente el pato duerme sobre tierra –aunque estas costumbres varían de acuerdo con la geografía y con el calendario– y al anochecer se nutre en los rastrojos o en los garbanzales. En Villamarciel, a veinte kilómetros de Valladolid, yo los he aguardado, al caer la tarde, en un brillante rastrojo de cebada. Y sé que allí se han matado hasta gansos del tamaño de avutardas. En cualquier caso, el aguardo del pato, en los pantanos o en las tierras marginales, conviene hacerlo en los

crepúsculos, siquiera –y por eso afirmaba más arriba que los movimientos del pato son caprichosos– en las minúsculas salinas del mismo Villamarciel, próximas a la confluencia del Duero y el Pisuerga, Vicente Presa y yo hemos matado patos de noche, a la luz de la luna; patos que venían, al filo de la medianoche, a tirarse a los lavajos, procedentes sabe Dios si del río o los rastrojos. (Estos hábitos noctívagos del pato no han sido, que yo sepa, suficientemente estudiados por nadie.)

Mas la relativa proliferación del pato en nuestras tierras, o, mejor dicho, en nuestras aguas, ha promovido también su caza en mano, caza complicada –y arriesgada– que exige unas botas impermeables altas y un equipo adecuado. Así y todo, las sorpresas de los pantanos y de los ríos nunca son agradables. Esto no quiere decir que así no se maten patos. El pato aguanta en los carrizos y en las espadañas de las orillas. Y si sale a tiro, como quiera que hace bulto y vuela por derecho, el bajarlo no es ninguna proeza. Para mí, el engorro de la caza del pato, su dificultad mayor, no está en buscarlo, ni en levantarlo a modo, ni siquiera en tumbarlo; el verdadero calvario llega a la hora de *cobrarlo* cuando es abatido en medio del río o de la laguna. Entonces se hace imprescindible un perro temerario, un perro que no tema al frío, a las olas, ni a la corriente. Y un perro así, evidentemente no se improvisa. Mas la caza del pato es una actividad tan ocasional, tan esporádica, en casi toda la geografía española, que no resulta compensador pasarse las horas muertas en la ribera del río, acostumbrando al perro al baño invernal. Queda el concurso del barquero, cosa que tampoco es hacedera en la mayor parte de nuestros ríos. Claro que todo ello podría solucionarse –y de hecho está resuelto, y bien resuelto, en los cazaderos de postín– si la abundancia de patos fuera tal que justificase el esfuerzo o el desembolso; pero, a pesar de la distribución del pato, cada día más equitativa, su caza, en la mayor parte del país, anda aún muy lejos de ser cuantiosa.

El águila

He aquí una prueba cinegética poco cultivada en España y que por la significación de la víctima y las específicas circunstancias que en ella concurren constituye una de las cazas más emotivas y vibrantes que conozco. He aludido a la víctima como objetivo especialmente grato y esto es así por dos motivos fundamentales: su desconfianza extrema y su carácter carnicero.

–Mire usted, un águila no se come, y a mí, la verdad, hablando en plata, como más me gusta la caza es en la cazuela.

–Tome nota, hijo. No tendrá caza en el plato si antes no destruye las

águilas del monte.

De las formas de caza que he practicado no sé de ninguna donde, como en ésta, un animal sea atraído a la escopeta por otro animal de otra especie. Éste es el caso del águila –del águila en sus diversas variantes– con el gran duque. El gran duque no es más que un búho gigante. Con unas defensas –pico y garras– verdaderamente temibles y un temperamento díscolo y tormentoso. El gran duque no llega a entablar amistad ni con su cebador. En cierto modo agradece el alimento con un castañeteo peculiar, pero a su portador no le hará jamás objeto de la menor efusión. Se trata, pues, de un animal indócil, egoísta, esquinado, que, por añadidura, muestra una voracidad insaciable. Esto justifica que el gran duque resulte todo lo contrario de un huésped agradable y, en consecuencia, sean pocos los que soportan su convivencia. A lo más que se llega en el país es a tenerlo disecado en casa, como un adorno, y, de higos a brevas, sacarle al monte a ventilar y, de paso, disparar cuatro cohetes a las águilas. Porque está demostrado que el águila entra incluso al pajarraco disecado y en los lugares donde aquélla abunda es posible matar, de esta guisa, en una sesión, varios ejemplares.

Pero la caza verdaderamente emocionante es la que se ejecuta con búho vivo. Y ordinariamente resulta tan sustanciosa que no sería torpe medida disponer la obligatoriedad de tener un gran duque en cada pueblo, como huésped municipal, a fin de acelerar el exterminio de las rapaces.

Hablé arriba de la susceptibilidad del águila. Este animal, con la avutarda y el sisón, es de lo más receloso que pueda imaginarse. Y el caso es que abunda y todo cazador habrá observado que, en lugares donde se da la perdiz o el conejo, jamás falta la compañía de un águila, planeando en amplios círculos bajo el firmamento azul. Pero al águila es prácticamente inútil tratar de sorprenderla. Como, además, la decadencia de nuestra riqueza cinegética ha de atribuírsele a ella en no despreciable proporción, el buen aficionado siente hacia esta rapaz una inquina inextinguible. De ahí el desbordamiento jubiloso que produce la posibilidad de abatirla y de ahí, igualmente, que el desangelado pajarraco que nos depara semejante oportunidad se nos antoje menos antipático y ceñudo de lo que realmente es. Como se ve, existe ya, en la preparación de la cacería, una disposición psicológica muy enconada por parte del cazador, disposición que legitima el entusiasmo que le producirá, después, cada uno de sus blancos.

A falta del león y de otras especies feroces, más o menos truculentas, bien podemos considerar al águila como la reina de nuestros campos. El águila es fuerte, rápida, desabrida y astuta, y estas dotes, sumadas, nos dan un animal seriamente peligroso. Pero, al propio tiempo, si observamos despacio al gran duque, su tamaño, su

poder, su fuerza trascendente, convendremos en que si el águila cuenta con un rival apreciable en el país, éste no puede ser otro que el búho real. Ya está, pues, resuelto el problema de las motivaciones; la última razón que empuja al águila contra el gran duque, con tan ciega pasión que la lleva a ignorar el tollo y todo lo que de extraño y antinatural rodea al pajarraco, es una cuestión de supremacía. Es un duelo entre gallitos; la típica reyerta ibérica para establecer, de una vez y por las bravas, una prioridad. Entre el águila y el gran duque existe, evidentemente, una vieja y nunca –pese a todos los intentos– decidida rivalidad, unos celos atávicos que impulsan a uno contra el otro con toda la saña, toda la salvaje fiereza de que son capaces. De lo antedicho concluirá el lector que la caza de que hablo no es ninguna tontería. Alguno presumirá que en las líneas precedentes sobra literatura, pero a este tal yo le animaría a meterse en el tollo con buena provisión de cartuchos de perdigón de cuarta, que amarre al búho a quince metros de la tronera y que aguarde.

–¿Y si el águila no le ve?

–Le verá. Apuesto doble contra sencillo.

Esto lo digo yo y lo confirmará todo el que haya aguardado águilas con pájaro vivo. La primera vez que yo salí con el gran duque, y contemplé el cielo enrasado y vacío, fui presa del escepticismo. En cinco kilómetros a la redonda no se sentía un animal y en el vasto firmamento no volaba pájaro. Y, sin embargo, ante mi asombro, al cuarto de hora de espera, un águila ratera se abatió sobre el búho con tanta presteza, que hube de apresurarme para disparar. En los tres cuartos de hora siguientes abatí tres águilas más, y transcurrida la hora, al abandonar el chozo, otras dos águilas volaron de las encinas próximas.

¿Y es que el búho aletea, o chilla, o se manifiesta de alguna otra manera más o menos ruidosa, ostensible o desafiante? Pues no señor, que esto es lo misterioso del caso. El búho permanece quietecito sobre el cancho o la zarza. Apenas se mueve. Es animal de gran tonelaje, con ademanes embarazosos de hombre grueso. Por otro lado, el que las águilas acudan también al pájaro disecado –aunque en menor cantidad– demuestra que no es el gran duque el que provoca. La iniciativa parte del águila. Ella es quien reta. El búho acepta el desafío, a veces con cierto envalentonamiento, pero, de ordinario, achicado y a la fuerza.

Antonio Nogales, que cobró con el gran duque un magnífico ejemplar de águila real de dos metros y medio de envergadura, cuenta que el búho, al recibirla, se aculaba rilado contra el cancho; literalmente, «se cagaba de miedo». Por lo general, el gran duque divisa al enemigo de largo. El sagaz cazador de esta modalidad puede adivinar, por la conducta del pajarraco, no sólo la presencia del

adversario, sino cuándo éste se lanza en picado, y hasta de qué clase de adversario se trata. Porque una de las circunstancias curiosas que acompañan a este tipo de caza es que el búho no sólo atrae a las diferentes subespecies de águilas, sino también a otras rapaces –cernícalo, halcón, milano, etc.–, al cuervo y a las vainas de las picazas. Como reclamo para exterminar rapaces y córvidos, el gran duque, pues, no tiene precio. Esto no quiere decir que todos los animales acudan a pelear contra el gran duque, sino que buena parte de ellos –la marica, entre otros– entran al *curioseo*. Lo que uno no acierta a explicarse es por qué el gran duque, en su inmovilidad, se hace tan notorio para el resto de las aves que pueblan el campo y, sobre todo, dónde reside –salvo en el caso del águila, que, como sabemos, viene a resolver una cuestión de hegemonía– su facultad de atracción.

Sea como quiera y pese a su impavidez, el gran duque, como digo, permite entrever, al cazador veterano, los preliminares del ataque e identificar, sin verlo, al protagonista del mismo. Son, los suyos, ademanes muy escuetos, muy sobrios: el erizamiento de las plumas, el ligero fruncimiento de alas, el castañeteo, el volteo sobre sí mismo, el escudo... Actitudes, todas ellas que, para el buen conocedor, encierran un significado y permiten extraer de esta modalidad de caza toda su sustancia, que, como digo, no es poca. Por su parte, el águila no atacará, salvo rara excepción, al primer envite. Generalmente se desploma en una blanda pasada, para retornar, en pasadas cada vez más frecuentes, aviesas y próximas, sobre la cabeza del reclamo. No hay que decir que el cazador, cómodamente apostado en su tollo, lleva todas las ventajas de su parte para disparar con éxito. El tiro del águila en estas circunstancias, salvo tratándose de una escopeta nerviosa, es infalible. Luego, esta caza tiene un colofón del que las demás carecen: el que, una vez terminada la faena, uno no siente el remordimiento –ese recóndito, muy lejano y mitigado remordimiento– de haber privado de vida a unos animalitos indefensos, sino, muy al contrario, le inunde la satisfacción de haber puesto fuera de combate a un puñado de aves nocivas –en cierto modo– y, en consecuencia, de haber prestado un serio servicio a sus amigas (?) las perdices.

El zorro

Posiblemente, al hablar aquí de la caza del zorro me esté saliendo del tiesto. Uno, en su ignorancia supina, desconoce los kilos que ha de dar la pieza en la báscula para ser considerada caza mayor. Pero como quiera que con frecuencia –aunque menos de lo que desearíamos– el raposo acompaña a otras víctimas menores y en el monte se manifiesta como uno de sus perseguidores más sanguinarios, no creo esté fuera

de lugar el dedicar aquí unos renglones a su captura. Ítem más, las escopetas en las monterías desdeñan esta pieza, porque el estampido puede ahuyentar a otras más golosas –exactamente las que se buscan–, de donde deducimos que no siendo el zorro caza mayor ni, estrictamente, caza menor, uno está en completa libertad de incluirlo donde le dé la real gana. En este caso, en el caso de la caza del raposo, valen las razones esgrimidas al hablar del águila para exponer las motivaciones a que responde. Por otra parte, con arreglo a lo dicho en el prólogo de esta obra, el raposo es una pieza útil, pero útil *de rechazo,* es decir, da al traste con aquellos animales que el cazador precisa para que su esparcimiento perdure; el matarlo, pues, es un servicio. En una palabra, en un repertorio sobre la contracaza, el raposo, muy probablemente, ocuparía el primer lugar, tal es el daño que para las especies cinegéticas representa.

He incluido la caza del zorro entre las de aguardo, si bien, como en el caso de la caza del conejo con hurón, la espera no es espontánea, o mejor dicho, el zorro no acude al cazador de manera natural, sino hostigándole en su medio y apostándose en sus veredas, de manera que pueda matársele cuando va de huida. Esto no significa que al animal no se le pueda apiolar de otra manera. Examinando las cosas serenamente, resulta que el zorro es bastante menos astuto de lo que la tradición y el fabulista pretendían. Sucede lo que con la codorniz, que poco a poco, como ya dije, va dejando de ser sencilla. Así, uno, que rara vez caza en solitario, ha cobrado tres zorros sin ayudas de ninguna clase: el primero, al arrancársele de la cama como una liebre cualquiera, y los otros dos, echándole al asunto paciencia y astucia, divisando la pieza de lejos y aguardando que una cárcava lo pusiera a cubierto. Una carrerita y un tiro certero hicieron el resto. A buen seguro esto no hubiera podido hacerlo, en solitario, con una liebre, lo que prueba que el raposo es bastante más simple, menos huraño y bronco, de lo que estamos habituados a escuchar. (A mayor abundamiento, conozco otro caso, el de Modesto Fernández, en Sedano, que oculto en el hueco de una nogala, una noche de nieve, junto a una res muerta, derribó, uno tras otro, hasta tres raposos, sin darles tiempo a decir ni pío, liquidación que confirma lo que más arriba apunto. Otro informe interesante es el de Olegario Ortiz, hombre que disfrutó de una infancia libre y selvática, en abierto contacto con la naturaleza. Olegario Ortiz llegó a cobrar, en unas navidades, quince raposos –naturalmente, en un solo monte–, es decir, sobre poco más o menos uno diario. Para ello se valía de un perro bien enseñado que iba directamente al zorro y se lo sacaba al calvero. El mismo Olegario Ortiz me dice que para sorprender a la camada basta llevar el aire en la cara y a la espalda el sol poniente. Naturalmente, para aplicar esta receta es preciso vivir en el monte de forma que

podamos adaptar nuestra conducta a los vaivenes de la meteorología.)

Nada digamos de la forma tan burda y patosa con que el raposo muere en ojeo. Estoy hablando de Castilla, de la caza en sus páramos y laderas, pues, lógicamente, el asunto se presenta más embrollado si el animal se mueve en la maleza y, más aun, si la mancha es extensa y los claros escasos. De todos modos, si el raposo no está emboscado, si es movible, la batida acaba con él y, a poco que se descuide, sí actuamos con prontitud y sigilo, también la mano.

Los ingleses cazan el zorro de modo espectacular, mediante una organización que tiene más de prueba hípica que de cacería. Allí la casaca y la visera representan sendos valores, tanto, si cabe, como la sangre del alazán y los vientos de la jauría. A juzgar por documentos gráficos y por referencias, el juego inglés resulta de una vistosidad abigarrada, una auténtica competencia de destreza, pero carece del sabor a bravío, del fuego ibérico, de la densa atmósfera de primitivismo que rodea a la caza del zorro por aquí. Lo inglés es un brillante ejercicio, una fiesta de sociedad. Lo español es, sin disputa, menos polícromo y fascinante como espectáculo, pero más directo, más apasionante como caza.

Es oportuno añadir que los sistemas de caza al aguardo reseñados hasta aquí no requieren, contra lo que es de suponer, paciencia alguna por parte de la escopeta. Tanto la espera de tórtola en los pasos, como la de patos y palomas con cimbel, como la del águila con el gran duque, son cazas *carniceras,* cazas, de ordinario, de mucha sangre y percha pingüe. Por contra, la del zorro es, aun pintando bien, caza ineluctablemente *corta:* un par de raposos o tres justifican de sobra la expedición. Éste es el eterno dilema entre el montero y el cazador de especies menores. Hay quien prefiere un disparo a un bulto apetitoso que ciento a unos pajaritos (?). Sé de algunos, inclusive, que vuelven tan satisfechos, tras una batida a unos jabalíes, con sólo ver los destrozos causados por ellos en un patatal, sus rascaduras en un roble, o sus excrementos en un revolcadero. De esto se infiere que el montero precisa paciencia y el cazador de especies menores, salvo si es cazador en mano, no. Observadas las cosas desde este ángulo, la caza del zorro es caza mayor, dado que el éxito –el cobrar al menos una pieza– es eventual y, con toda seguridad, el tiroteo será reducido.

Así y todo, cuando se dispone de buenos perros y la topografía ayuda, la batida no carece de alicientes. El foxterrier rabón, de pelo duro, es muy ducho en el oficio. Es notable que un perro de facha tan almidonada y faldera resulte tan bravo y peleón a la hora de la verdad. Es obvio que una vez escogido el lugar a registrar –siempre un espesar rocoso con cuevas y grietas que puedan servir a la alimaña de madriguera–, se cerca con las escopetas –que habrán de apostarse en los pasos probables– y se da suelta a los perros. Si hay raposos, los

perros lo señalan de inmediato con su excitación y sus ladridos. Mas como quiera que el lugar es abrupto, el raposo no lo abandonará mientras no se sienta acorralado. Entretanto, cambiará subrepticiamente de posición, gambeteará entre los riscos, se ovillará en la madriguera, mas si los perros son veteranos, de nada le servirán estas tretas. El foxterrier acabará dando con él y echándolo. Esto, si perros y raposo no se topan en un escondrijo sin salida. Es en estos trances donde la sangre del zorrero es sometida a prueba. Y si el perro tiene casta y afición, a buen seguro se armará la marimorena, una trifulca cruenta donde no es descabellado pensar que el perro valiente salga señalado para toda la vida.

Este tono épico de la caza del zorro le imprime carácter, ya que ni en la caza con perdigón, ni aun en la del águila con búho, ni en la del conejo con hurón –el conejo, si es apresado, se da al verdugo con la resignación de un mártir; jamás lucha–, nunca llega la sangre al río; el duelo amaga, pero la escopeta impide que se desencadene. Lo corriente, sin embargo, es que el raposo no dé lugar al acorralamiento; lo normal es que las reiteradas tentativas por burlar la tenaz persecución de los foxterrieres, tras poner en juego todos los ardides que su astucia –que la tiene, aunque no en la medida que se le atribuye– le dicte, terminará por arrancarse y encontrarse con la perdigonada del doble cero. O, si el tirador es novato y le rila la mano al disparar, el raposo escapará con un susto y nada más.

Esta modalidad de caza ofrece un único inconveniente: que sabe a poco. Quiero decir que, por mucho que estiremos los prolegómenos, por mucho que pormenoricemos el registro, la faena da poco de sí. Una hora y listo. Claro es que los preparativos, primero, y los comentarios, después, con un vaso de tinto en la mano, pueden servir para que él ejercicio alcance el metraje aconsejable y dejarnos satisfechos.

La avutarda y el sisón

–Pero ¿más bichos? ¿Y aún dice usted que hay poca caza?

–Calle la boca, muchacho. Todavía voy a hacerle gracia del tordo, la chorla, la laguneja y hasta de la becacina. Estas especies son tan menores, tan menores que no vale la pena ni hablar de ellas.

Por sabido, la caza de la avutarda no es ya caza de aguardo. La avutarda, bien mirado, es una marraja. La avutarda, consciente de sus magras –hay ejemplares de más de doce kilos– y de su premiosidad, ha de disponer de un ojo de aúpa. Y como no dispone de él, asienta en terrenos abiertos, de horizontes infinitos y monótonos, donde la mancha del hombre se denuncia a escape. He aquí la táctica de este animal: establecerse en topografías amplias y monocromas donde

hasta un ciego descubriría enseguida cualquier presencia extraña. La avutarda es, si se quiere, un animal poco estético, basto y pesadote, lo que no quita para que, sin duda por su tamaño, la conciencia de su vecindad le ponga a uno temblón. Esto sucede porque darse de cara, sin más ni más, con una avutarda es un hecho de libro, hasta tal punto es este animal esquivo e insociable. La avutarda (*ave-tarda*) toma las cosas con tiempo. Levanta pesadamente, eso sí, pero sin prisas, cuando el hombre no es más que un punto oscuro en el horizonte.

–¡Coño, hace bien! Si esperara, siendo tan grande y tan torpe, sería pija.

–Cande el pico y respete, leche, que estoy hablando. En la caza, para que lo aprenda de una vez por todas, toda la ciencia es ésta: saber aguardar cuando le traen a uno la pieza o saber hacerla aguardar si está uno a solas con el monte. De eso se trata y nada más que de eso.

La avutarda es ave comunitaria. Los bandos oscilan entre la media docena y la docena (uno vi, excepcionalmente, a orillas de Toro, con más de setenta ejemplares, algunos pollos de apenas tres kilos, lo que prueba que los bandos, a su vez, se asocian entre sí). En las mesetas centrales, en las llanuras interminables, este pájaro es relativamente abundante y lo era hace unos años, cuando todavía no existía el especialista avutardero. Por entonces esta ave se mataba de pasada, de camino hacia los conejos o las perdices. También en aquel tiempo cobraban las suyas las escopetas rurales, en los términos frecuentados por los bichos. Pero la avutarda es una de las especies que con mayor velocidad ha asimilado los adelantos técnicos, de tal modo que a estas alturas es muy difícil cobrar una. No obstante, mucho me temo que en lo sucesivo, con el riflecito ese del visor y el alza, la avutarda vaya a entrar en la antesala de su total descaste. Estos animales, que con las armas utilizadas hasta el día se las ingeniaban bien para darnos esquinazo, precisarán de mucha protección en el futuro si el comercio facilita armas de blanco infalible a doscientos o cuatrocientos metros. A esta distancia, la avutarda puede ser tirada a calzón quieto y como quiera que el bicho hace bulto, no se requieren excepcionales dotes para ponerla patas arriba.

El verdadero quid de la caza de la avutarda está, pues, en *arrimarse;* en ponerla al alcance de la escopeta. Así como en las demás especies el tirador precisa de técnica y destreza, en la avutarda basta con que sepa acercarse. Conseguido esto, el animal está en el macuto. Pero, se argüirá, ¿cómo se arrima uno a una bestia así, que levanta un metro del suelo, en pleno descampado? Ésta es la cuestión. Ayer –y hablo de hace ocho o diez años, que no de la prehistoria– era relativamente hacedero desde un automóvil. Todavía el automóvil andaba escaso en el país y la avutarda no desconfiaba de él. Aún recuerdo el hermoso macho que cobramos en Mota del Marqués, allá por el año cincuenta y

cinco. El bando se resistía al vuelo, nos dejaba aproximar metro a metro y en el interior del coche crecían los nervios y la expectación. Fue una lástima no poder armar más que una escopeta, ya que, por unos momentos, el automóvil estuvo rodeado de avutardas, grandotas y torpes como avestruces. Aquel mismo año, y el siguiente, aún cobramos otros dos ejemplares; después, todo intento ha resultado fallido. Los tractores y los jeeps han enseñado a las avutardas que la trepidación mecánica es aun más de temer que el resuello humano y, en consecuencia, ni se posan cerca de las carreteras ni admiten, sin espantarse, el menor movimiento extraño de los vehículos.

Otra forma ingeniosa de cazar la avutarda en Castilla era desde un mulo, un borrico o cualquier cabalgadura. El jinete había de doblar el espinazo sobre el lomo de la caballería y cubrirse con una manta, de tal manera que pareciese que el cuadrúpedo caminaba solo. El cazador –el ojo alerta bajo la manta–, una vez el ave a tiro, se desembarazaba de aquélla, enfilaba la avutarda –en su prolongada fase de despegue– por los puntos de la escopeta, y a la cazuela. El sistema, de encantadora rusticidad, no estaba exento de interés y daba resultados halagüeños. Pero por una correlación extraña –ya que burros los hubo en el país desde muy atrás– la avutarda encaja, hoy también, mal este engaño. No aguarda. Será porque las tentativas menudean más que ayer o, quizá, porque sus nervios y su sensibilidad se han alterado ante las asechanzas continuas de que es objeto, lo cierto es que la avutarda de nuestros días no espera ni a su madre si ésta llegase montada en un pollino.

En este punto no puedo omitir una modalidad de la caza de avutarda que no tiene precedentes, que yo sepa, en la historia cinegética. Me refiero a su captura desde avioneta.

–A este paso acaba usted hablándome de la caza con satélites artificiales.

–Todo se andará, muchacho, tenga paciencia. De momento le hablo de lo que hay.

En rigor, esto es más bien un ejercicio de acrobacia que un proceso venatorio, pero el sistema es tan original que no puedo sustraerme a reseñarlo. Hay que tener en cuenta que aquí no se trata de matar al animal, sino de capturarlo vivo por agotamiento. Es, por tanto, una cacería incruenta que a buen seguro adoptarían gustosamente los ingleses si los ingleses tuvieran avutardas. En resumen, la esencia de este tipo de caza, una vez levantadas las piezas, estriba en conducirlas hábilmente hasta el lugar donde el piloto pueda aterrizar y echarles mano. La cosa en sí, siendo la avioneta más veloz que la avutarda y estando dotada de buena autonomía, no ofrece, aparentemente, interferencias graves. Mas hay que contar con la resistencia del

animal, con sus querencias, con su inclinación comunitaria, etc. La lucha contra todo ello, en pleno cielo, otorga a esta cacería un rango de número circense que culmina cuando el ave, entregada, se abate precisamente en el lugar escogido y no en otro. Lógicamente, el piloto-cazador suele actuar desglosando un animal del bando, pero no es insólito, tratándose de un piloto audaz y hábil, que conduzca dos y hasta tres ejemplares simultáneamente, a la plaza apetecida. En cierto modo es, ésta, una nueva forma de pastoreo, muy acorde con los logros del siglo.

De lo dicho se deduce que es tontería intentar llegarse a la avutarda a pecho descubierto. La relación hombre-avutarda es imposible establecerla. Es, ésta, una caza que requiere un médium, sea un avión, un automóvil o un borrico. En cualquier caso hay que disimular la presencia del hombre. Mas habida cuenta de que, uno tras otro, estos sistemas han ido fallando y, de otro lado, que no todos los cazadores disponemos de una avioneta particular, el avutardero se estruja el cerebro en estos días buscando un procedimiento. Y tengo entendido que algo se ha conseguido ya mediante ojeos larguísimos, en los que las escopetas no se colocan en línea ni se emplean tampoco demasiados batidores. El caso es mover el bando y ocupar los puntos clave en los tesos lejanos, allí donde la avutarda ha manifestado otras veces su querencia y donde no divisa los preparativos del cazador. En efecto, éste puede ser el truco viable. Por de pronto, dada la psicología de esta ave, me parece el más racional. Si la avutarda no nos deja ir a ella, que sea ella la que venga a nosotros; o sea, lo de la montaña, pero al revés.

Buena parte de lo consignado para la avutarda es aplicable al sisón, ave también de paramera, comunitaria, escamona, cerealista y demás. Lo que pasa es que el sisón, más chico, es menos goloso. Para ser sincero, en mi vida de cazador oí decir a nadie que fuera a sisones. Esto equivale a decir que si sale, o si entra, un sisón se mata –o, al menos, se tira– y sanseacabó, pero salir específicamente a ellos es bobada. A veces, las rarísimas veces que un sisón se desmanda, vuela a tiro en un rastrojo. Mas si están en bando, arrancan en París con un aleteo frenético que produce un siseo característico que determinó, indudablemente, su denominación. En ocasiones, ojeando perdices, entra el bando de sisones, antes de alcanzar la altura acostumbrada, y entonces se bajan a placer. Por otro lado, el hecho de que no se le persiga hace que el sisón soporte mejor los ingenios mecánicos y los ingenios de sangre, como el pollino, pero como su mimetismo con la tierra es perfecto y ordinariamente están echados, aun habiendo cientos de ellos se requiere una vista de lince para descubrirlos.

La chocha

Toddi dijo del faisán que es una gallina cuya carne es buena cuando empieza a estar mala. De la chocha, o becada, o pitorra, podemos decir lo mismo sin más que sustituir gallina por chocha-perdiz. La chocha, en efecto, es bocado principesco, se come sin destripar y, según los gourmets acreditados, no antes de que su carne entre en descomposición.

Uno, la verdad, no comparte este parecer, como no acepta el consejo de algunos cocineros franceses de que la ingestión de la chocha debe aplazarse mientras no se desprenda por sí misma del gancho donde la colgamos. Estos criterios, no obstante, son aplicables a otras aves. «La perdiz, en la nariz», dice el refrán, mas lo cierto es que no sé de nadie que espere a que la perdiz huela –y huela mal– para zampársela. La literatura culinaria, como todas las literaturas, necesita asideros donde agarrarse, de otra manera, si todo se ingiriera fresco y estofado o a la brasa, resultaría harto monótona. Lo que no ofrece duda es que la becada constituye un plato suculento, un bocado, para decirlo de una vez, absolutamente fuera de serie. Aún recuerdo, en los días de mi infancia, a mi padre agarrando el cielo con la mano porque mi madre, en un descuido, dejó quemar una becada que había cobrado él en el Monte de Valdés, según se llega a la Mudarra a mano derecha. Y es que, sobre ser la becada en España ave de entrada limitada, su carne oscura y tierna recata calidades y matices óptimos. La escasez de la chocha es más sensible en Castilla, tierra desnuda, donde las únicas aglomeraciones de vegetación son los montes de roble y encina. Y es en éstos donde la becada asienta, pero asienta con cuentagotas, allá a finales de noviembre o al inicio de diciembre, cuando más crudo es el clima y se inician las nieblas y las escarchas. Contrariamente a lo que acontece con otras aves migratorias, la chocha vive su vida con absoluta independencia. Es ave extraña, retraída, que lleva una existencia solitaria, propia de anacoreta. Tan es esto así que rara vez un cazador de la meseta verá en un monte, a lo largo de una jornada de caza, más de una becada. (Excepcionalmente, el doctor Porro me asegura haber cobrado una docena, aprovechando el contrapaso, en la provincia de Valladolid.) Por si fuera poco, la chocha se guarece cabe los árboles o matas más abultadas y su vuelo, ruidoso en su inicio, es versátil y zigzagueante, lo que exige atarse muy bien los machos para bajarla. Por otro lado, dada su rareza, cuando la chocha vuela, uno vacila, demora unos segundos el armarse, porque antes que en la chocha piensa en el mochuelo, el gavilán o el pico. Estos segundos pueden devenir decisivos y al ser ésta, muy posiblemente, la única posibilidad de cobrar una becada en dos o tres excursiones, es natural que la chocha sea responsable de muchos de los pecados de lengua en que el cazador incurre. Resta, sin embargo, otra posibilidad: volarla de nuevo. La

becada no da vuelos largos y pese a sus esguinces y cabriolas rara vez cambia de dirección. Visto, pues, el rumbo de huida, bastará apretar la mano y animar el paso para revolarla. En su segunda arrancada la becada conserva menos probabilidades de escapar, y no porque esté fatigada y vuele más próxima, sino porque el cazador irá preparado y la eventualidad no le sorprende.

La escasez, que subrayo, hace que la becada en Castilla –en la Castilla árida y desamueblada– no represente propiamente una especialidad de caza. Se la mata –o se la tira, volvamos a lo de siempre– si sale, pero pocas veces se sale específicamente a tirarla o a matarla. Es la diferencia con las tierras del norte o con lo que sucede en las serranías. Los grandes bosques de la cordillera Cantábrica y sus estribaciones, y los que adornan las sierras centrales, son propicios para el asentamiento del animal. La única diferencia –de sierra a sierra– es que el norteño la denomina chocha o becada y el extremeño, pitorra. Pero, en uno y otro sitio, su caza es similar. Tengamos presente que la becada frecuenta las zonas boscosas y húmedas. El animal se nutre de lombrices, larvas y jugos de la tierra, y ningún otro comedero apropiado como el que deparan los bosques, con su base mollar, reblandecida y porosa. En tales lugares abundan el brezo, el helecho, la galloga y otros arbustos pegajosos y herméticos, lo que representa un excelente refugio para la chocha. De aquí que la caza de la becada sea caza de perro, un perro que cace a la mano y, a poder ser, sabio y prudente. Pero por sabio, prudente y avisado que sea el can, la topografía opera contra él y contra el cazador y, con objeto de contrarrestar esta influencia y tener constantemente al venador sobre aviso de los descubrimientos de su auxiliar, se le ha dotado a éste de un pequeño cascabel colgado del collar. El cascabeleo del perro acompaña, por tanto, cada uno de nuestros pasos; quiebra, ininterrumpidamente, el espeso silencio del bosque. En ninguna caza como en ésta es tan viva la entrañable sensación de estar entrando paulatinamente en los arcanos misterios de la naturaleza, desvelando su secreto. Esta sensación, gratísima, de estar hollando rincones inéditos da paso a la típica sensación del cazador al anunciarse la pieza, en el instante en que el cascabeleo cesa. Entonces, sin la menor demora, hay que buscar al perro. Y el perro, a buen seguro, estará puesto –rígido, tenso–, presto a saltar sobre la pieza. El cascabel al cuello es, ahora, algo inmóvil, repentinamente enmudecido, muerto. En los espesares demasiado broncos, el cazador adoptará la conveniente posición de tiro antes de azuzar al animal. Y, tan pronto la becada vuele, la encañonará para tomarle los puntos cuanto antes y foguear sin demora. El tiro de la becada es precipitado y aspirar a recrearse en él es arriesgarse a no disparar. (Otra cosa será si la becada se arranca en un claro o en la corta de un monte de encina.

Pero lo normal es que la chocha salga de la espesura y vuelva a la espesura.) Interferencias al margen, el tiro de la chocha no es tiro fácil. Su vuelo es quebrado y vivaz; dribla y bachea a capricho. Hay quien opina que lo más seguro es dejarla que se serene; para mí, no. A mi entender, el tiro de la becada, si no tiro de sopetón, sí debe ser un tiro rápido, y no sólo porque nadie nos garantiza que sus quiebros vayan a disminuir a los treinta metros de arrancarse, sino porque hay que contar con que la chocha aproveche como pantalla para cubrirse cualquiera de los accidentes vegetales en que abundan los medios en que habita.

Por regla general, la caza de becadas o pitorras es caza lacónica; las escopetas nunca hablarán demasiado. Aun en los lugares más querenciosos, el ave siempre será escasa y habrá que mover el culo para encontrarla. Hacen falta la afición, el tesón y la conciencia de escasez que tienen nuestros cazadores norteños para entregarse a ella con ardor uno y otro día. No seré yo quien diga que tal caza carezca de incentivos –pues me consta todo lo contrario–, pero sí que carece de pájaros, es decir, que la escasez de éstos es tan acusada que se precisan una vocación cinegética especial y un perro extraordinario para dedicarse en exclusiva a su captura.

El urogallo y otros

Se impone rematar este capítulo con algunas consideraciones en torno a la caza del urogallo, el avefría, la alondra y pare usted de contar.

–Yo creo que va siendo hora, ¿no le parece?

–¿Sabe, mozo, qué me parece? Que el que inventó el reloj no era cazador. Ni para cazar ni para charlar de caza cuentan las horas. ¿Me ha entendido?

Esto del urogallo es una especie de espejismo. El urogallo tira del cazador de cazas menores por aquello de que el cazador en el monte debe cazar de todo; para completar el repertorio; para que nadie pueda decirle un día: «¿Y urogallos no has cazado? Pues no sabes lo que es bueno». Uno ha de cubrirse la retirada para poder responder: «Este cura asesinó a un urogallo, a calzón quieto, cuando le cantaba a la novia en lo alto de un haya, pero te jura por su madre que no lo volverá a hacer». Porque, en concreto, la caza del urogallo es una gaita: primero, por su excesiva, meticulosa y reventante reglamentación y, segundo, porque el urogallo *se deja matar,* no se defiende; su caza es exactamente la caza que lleva el gato con el pajarito recién emplumado. Ocurre, simplemente, que el urogallo es bonito; es, si se quiere, de una vistosidad apabullante, y, al verlo en la mano, uno llega a creerse que realizó una proeza. Claro que este gusto

–como todos los gustos, en general– cuesta caro. Y cuesta caro no sólo porque sea bonito, sino porque el urogallo es ya casi una reliquia venatoria, de modo que su existencia y su captura hieden a artificiosidad.

–Usted me comprende, ¿verdad, muchacho?

–Así, así.

Para que se me entienda de una vez por todas, el urogallo es un animal que debe la supervivencia a los papeles oficiales y al cuidado que se le prodiga. Viene a ser, a estas alturas, casi casi, uno de esos animales que *han puesto,* como aquellos venaditos que hace unos lustros veíamos matar al jalifa en el NO-DO desde una caseta de mampostería. En fin, es la suya una caza a la que uno sale cohibido y regresa malhumorado. Porque, la verdad, derribar a un animal tan hermoso, aprovechándose de la intensidad de su amor, es de un refinamiento casi inhumano. Y esto, ni más ni menos, es lo que se hace con el infeliz urogallo. Llegada la primavera, el urogallo, como la perdiz, como el faisán, como toda ave que se estime, se enamora. A la perdiz, al faisán y a toda ave que se estime, llegada esta época, se le da una tregua para que disfrute de su luna de miel y forme una familia. Esto es lo correcto y lo plausible. Bueno, pues el urogallo tiene el cenizo; el urogallo, en este punto, es la excepción.

–No hay derecho. ¿Y a qué ton esa manía con el urogallo?

–Pues, seguramente, porque de otra manera no habría cristiano que le metiera mano.

Se dice del amor que es ciego. El dicho, si exagerado, no carece de fundamento. Pero esto, que en medidas variables es aplicable tanto a los hombres como a los animales, resulta rigurosamente exacto referido al urogallo. Y no es tanto que el amor del urogallo sea ciego, sino que el ciego es el urogallo que llama al amor. El urogallo, en este trance, no sólo es ciego, sino sordo y tonto. El urogallo enamorado es un perfecto adoquín. Lo único que conserva es la voz. Y más le valiera también enmudecer, puesto que si por la boca muere el pez, también por la boca muere el urogallo. Pretendo decir que el canto del macho llamando a la hembra es lo que orienta los pasos del cazador en el bosque. Mientras dura el canto –el *tic-ap-tic-ap-tic-ap* característico– del animal, el cazador puede avanzar tranquilamente entre los árboles, bostezar e incluso estornudar. No hay riesgo de que espante a la presunta víctima. La presunta víctima está a lo que está. Eso sí, cuando el animal calla, el cazador debe callar también. Repentinamente, el urogallo recupera sus sentidos y cualquier anormalidad que observa en el bosque puede inducirle a levantar el campo. Así, paso a paso, la escopeta va aproximándose al ave enamorada. Si el avance se hace con arreglo a las normas apuntadas, todo irá bien. Lo demás es pura mecánica. El urogallo mide cerca del

metro, está posado y, para mayor escarnio, en lo alto de un árbol. No hay más que apuntar y tirar del gatillo. El urogallo morirá con la palabra en la boca; nuestro fogonazo alevoso interrumpirá para siempre su canción de amor; dará al traste con todos sus dulces proyectos.

–¡Coño, lo pinta usted tan negro que dan ganas de llorar!

–No es para menos, mozo, se lo digo yo.

El avefría, el aguanieves o la quincineta es visita de invierno. Allá cuando los temporales –de agua o nieve– se ciernen sobre la península, se presenta el avefría en bandos chillones y apretados y se establece donde quiera halle una zona pantanosa, un marjal, una pradera o un terreno encharcado. Por lo general, estas ciénagas se forman en las llanuras, o sea que, a partir de las estribaciones de la vertiente sur de la cordillera Cantábrica, todo el monte –salvo los montes propiamente dichos– es orégano para el avefría. El avefría imprime a nuestros campos, aparentemente desiertos, en esa época, una vivacidad, una animación muy de agradecer. Luego es un pájaro de tan esbelta silueta, con su atrevido moñito y sus andares de señoritinga decimonónica, que la verdad, lo último que despierta en un pecho venador es la codicia cinegética. Cosa explicable, por otra parte, supuesto que el aguanieves no brinda tampoco una carne demasiado apetitosa. Es –al igual que las aves nocturnas, o la picaza– un animal que se va todo en pluma. Eso sí, vestido, da el pego; parece algo. Su ala grande y holgadamente sustentadora, su vuelo reposado, las iridiscencias de su plumaje, incitan un tanto. Después, cuando uno las tiene en la mano y más aun al desplumarlas, resulta que el avefría es poco más que pico y moño; una pura insignificancia.

Sin embargo, entran tantas y de lo otro hay tan poco, que raro será el cazador que volándole a tiro un avefría la minimice o desprecie. Seguramente todo cazador, salvo el que lleva grabado a fuego en el corazón las tres pesetas del cartucho, puesto en aquel trance, disparará. Y por una razón sencilla que no deriva ni de la dificultad del tiro, ni de la suculencia de la pieza, ni siquiera de la escasez de otras cazas. Disparará porque el avefría *no suele volar a tiro.* Sólo por eso o, más que nada, por eso. Si las avefrías, los ingentes, incontables ejércitos de avefrías que aterrizan en nuestros campos, salieran normalmente a tiro, el cazador apenas les dirigiría una mirada de indiferencia.

–A juzgar por lo que usted dice, el cazador es un perfecto mala leche.

–No trabuque las cosas, mozo. El cazador responde a unos incentivos, ¿comprende? Y la rebeldía de la pieza es uno de ellos.

–Coplas.

Coplas o no coplas, al avefría la pierde su desconfianza. Ésta opera como un revulsivo psicológico sobre el venador. Es un animal que pretende desafiarle, que quiere escapar, y él ha salido al campo para no consentirlo. El avefría se considera a sí misma más de lo que es y huye de una escopeta que no se tomaría la molestia de encañonarla si ella no la estimulase con su vuelo precoz. Esto, el vuelo desplazado del ave, se repite una y otra vez a lo largo de la excursión y, finalmente, cuando una sale a tiro, todavía con la lombriz en la boca, el cazador la abate. El hecho es comprensible y entra dentro del juego cinegético.

Mas de esta guisa son pocas las que sucumben. Para matar avefrías en abundancia basta decidirse a salir a ellas. El aguanieves, que emplea los conocidos desplantes con el hombre de a pie, con el vulgar peatón, se muestra confiado y remiso ante los medios de locomoción mecánicos. Desde un tractor, una cosechadora, o un automóvil –dado que el avefría es notoriamente querenciosa de las cunetas y de los flancos de las carreteras– pueden cobrarse avefrías por cientos. Y no es preciso disparar a balón parado; con el avefría, uno puede permitirse el lujo de darle vuelo para, luego, cortárselo. En todo caso, lo deportivo –si es que hay algo deportivo en todo este lance vulgar– o, quizá mejor, lo noble, es disparar al avefría con escopetas de pequeño calibre –nueve o doce milímetros. Así se les da una oportunidad –una oportunidad no pequeña– y, de rechazo, el tiro, si se acierta, es un tiro meritorio.

Otra estratagema para cobrar avefrías en cantidad sería estableciendo tollos en los lugares frecuentados, dándoles, naturalmente, tiempo para que se habitúen a ellos. Empero, un aplazamiento tan largo para una pieza tan corta no es desde luego aconsejable. Si es caso como ejercicio preparatorio, como fogueo para el principiante, puede valer.

–Oiga, eso del principiante no irá por mí, ¿verdad?

–Tome lo que quiera y, lo que no, lo deja.

–Por eso.

Estas consideraciones sobre las especies menores de la caza menor van resultando excesivamente prolongadas. En verdad, uno no se proponía ir tan lejos ni escribir tanto. Y no es que lo escrito le parezca a uno interesante, pero es el caso que, una vez metido en estos embrollos, unas cosas tiran de otras y los temas salen a pares como las cerezas. Aun así, uno no debería rematar este libro sin referirse siquiera sumariamente a la becacina, la chorla, la agachadiza, el tordo –por aquello de su calidad: «cabecita pequeña y culo gordo»– y otra serie de pajaritos más o menos cazados, o más o menos cazables. Mas, entonces, uno pariría ese volumen que ahora dicen exhaustivo para encubrir lo que es pesado e indigesto, parto que, por sabido, no es de

mi gusto. Voy, por tanto, a echar la trampa, ya que, de otro lado, todos esos animalitos cuya caza omito no se matan de manera diferente a como se matan los demás. Por eso precisamente, por lo que en su caza existe de particular, voy a rematar este capítulo con unas líneas sobre la caza de la alondra con espejuelo, pese a ser la alondra el más pajarito de todos los pajaritos mencionados y de otros por mencionar.

El espejuelo es un artilugio de madera, generalmente con forma de pájaro con las alas desplegadas, incrustado de cristalitos que rebrillan al sol, cada vez que uno lo hace girar, tirando de un cordel desde su escondrijo. El ingenio se planta en medio del campo –en, o próximo, a la rastrojera– y la reverberación cambiante, sus guiños versicolores, incitan a la alondra a sobrevolarlo, seguramente en la creencia de que se trata de una corriente de agua. Es oportuno observar que la alondra es un pájaro tan chico que el disparo no debe producirse en tanto no sobrevuele al espejuelo un bando considerable. Sólo en esas ocasiones existe una relativa seguridad de cobrar varias piezas de un solo tiro. No quiero insistir en que este sistema no me parece justificado por la víctima.

En todo este lance se advierte una desproporción: la inventiva del hombre se aguzó en exceso, en este caso, para obtener unos frutos tan parvos. Pero en fin, ahí queda reseñado el procedimiento como una táctica venatoria más, que ésa, en definitiva, era mi obligación.

–Si no se ofendiera, muchacho, le diría que esto del espejuelo y de las alondras únicamente me parece indicado para los chiquillos.

–Mire, a mí plim, como diría el otro. Y ha terminado usted, ¿verdad? Pues gracias y a mandar.

El último día de la temporada

Cuando la pequeña campana de las Siervas de Jesús repica viva tras de la casa del Cazador, el Cazador lleva ya una hora despierto. El Cazador ha tenido suerte esta mañana, último domingo de la temporada. Por regla general, la vigilia del Cazador precede en dos horas –cuando no en tres– al despertar de la campanita de las Siervas de Jesús. Hay una cosa a la que nunca se acostumbrará el Cazador: a esperar la jornada de caza como se espera, habitualmente, la jornada de trabajo. El Cazador, en vísperas de caza, es como un alumno ante el tribunal: un torpe manojo de nervios.

La campanita de las Siervas de Jesús sacude cada domingo los tímpanos del Cazador a las seis y media de la mañana. Por los tañidos de la campana de las Siervas de Jesús, el Cazador adivina el tiempo que hace: barrunta el cielo despejado, la lluvia, el viento, la nieve o el frío. Si el día es quedo y abierto, el repique de la campanita de las Siervas de Jesús es jubiloso y cristalino, como de Pascua de Resurrección; si la lluvia amaga, su tañido es rastrero y serpenteado como el reptar de una culebra; si el viento bate, la voz de la campana de las Siervas de Jesús resulta indecisa y fugitiva, como una hoja en el aire del otoño; la niebla, en cambio, imprime a sus tañidos una opacidad mate, como de badajo con sordina, como de Viernes Santo. Y así es como suena, esta mañana de febrero, la campana de las Siervas de Jesús.

Ya el Cazador se lo había anunciado la víspera a Ontañón, el fotógrafo, recién llegado de Madrid:

–Llover no hay cuidado; lo único, la niebla.

Porque el cazador de Valladolid, el arriscado cazador mesetero, al igual que la Armada Invencible, lucha cada domingo no sólo contra las perdices, sino también contra los elementos. Y la campana de las Siervas de Jesús le dice al Cazador esta mañana que afuera, tras los cristales, se cierne una niebla espesa. El Pisuerga siempre pare nieblas así, macizas y sedentarias, que a veces no levantan en siete días. Junto al Pisuerga no es aplicable el dicho: «Mañana de niebla, tarde de paseo». Junto al Pisuerga, es mejor, más acertado pensar: «Mañana de niebla, tarde de reniebla».

Al Cazador, que ha salido furtivamente de la habitación sin dar la luz, le invade un desasosiego nervioso. Mientras se viste piensa en la

niebla. Otros días piensa en la lluvia, o en la nieve o en el motor del viejo Chevrolet que renquea. El Cazador, en tanto no se ve en el monte, recela una contrariedad que dé al traste con su esparcimiento.

A las siete y veinte, Manolo Grande le espera a la puerta de su casa, a bordo del desvencijado Chevrolet del 29; un Chevrolet duro como el pedernal, cuyo corazón, a veces, deja inoportunamente de latir; pero al que un día tras otro las manos sabias y piadosas de Valbuena o de Casado o del mismo Gregorio –los mecánicos– vuelven prodigiosamente a la vida. Y ahí está esta mañana, como un fantasma entre la bruma, el arcaico Chevrolet de caja cuadrada, con su estampa de vieja reliquia, Manolo Grande al volante.

Manolo Grande, como ya se dijo, es el hermano del Cazador. Un hermano Grande, sólo que más chico. Entendámonos. Cuando Manolo Grande nació, todavía, naturalmente, no pesaba los ciento diez kilos. Cuando Manolo Grande nació, el Cazador tenía hecha ya la Primera Comunión y casi casi el ingreso en el bachillerato. Luego Manolo Grande empezó a crecer, y allá por el año 53 sus anatomías se equilibraron: la misma estatura, el mismo peso, el mismo tórax, las mismas canillas... Después Manolo Grande siguió encorpando mientras el Cazador empezaba con sus distonías vegetativas y, a la postre, Manolo Grande dejó en la cuneta al Cazador: ciento y pico kilogramos contra setenta. Una derrota afrentosa. Con todo, cada kilo de Manolo Grande, como cada kilo del Cazador, tiene 750 gramos de afición cinegética. Y otro tanto acontece con cada kilo de Antonio Merino y con cada kilo de Manolo Monsalve, que por contraposición a la agresiva, desbordada humanidad de Manolo Grande, se ha quedado en Manolo Chico. De aquí que la cuadrilla –de cuatro en este caso– sea un todo armónico, sin estridencias ni defecciones. En la cuadrilla del Cazador prevalece un voto inexpresado de obediencia, y si se dice que a cazar a salto, se caza a salto; y si se dice que a la ladera, a la ladera; y si se dice que a cazar a ojeo, se caza a ojeo. No obstante, en la cuadrilla del Cazador domina un sentido ancestral de la caza. La cuadrilla del Cazador gusta de cazar a rabo, sudando la perdiz, ganándose el morral a patadas por el monte o por el páramo. Una cuadrilla *se* forma como las cascajeras del río: a base de años y de erosión. De esta manera llega a ser algo pulido, uniforme, sin aristas, que se mueve en son de equipo, bajo una disciplina natural. Tan es así, que el día que falta un miembro es como cuando a un hombre le amputan un pie: la cuadrilla cojea. La cuadrilla del Cazador es una cuadrilla aglutinada por la afición y por la amistad. Y si Manolo Chico tuvo en tiempos unas maneras más o menos acres de decir las cosas, y Manolo Grande una vitalidad más o menos ofensiva y el Cazador su zumba más o menos reticente, la sangre nunca llegó al río y tan amigos.

El Chevrolet 1929 recorre las calles desiertas bajo la niebla. Ontañón, el fotógrafo, está a punto. En el atrio aguardan Manolo Monsalve y Antonio Merino. Manolo Monsalve dice de Antonio Merino que es el hombre más meticuloso que ha conocido. Y, en efecto, Antonio Merino escoge su equipo de acuerdo con el parte meteorológico, varía de comida en cada circunstancia y si baja una perdiz con el plomo en la cabeza, la mete en el morral en vez de colgarla o le cepilla la sangre con un tomillo para no mancharse. En cambio, se diría que para Manolo Grande, Manolo Chico y el Cazador, caminar rebozado en sangre es la más honrosa satisfacción de la gloria cinegética.

El Cazador alza los ojos al cielo, un cielo negro, bajo y neblinoso:

–Hay blandura.

–No fastidies.

–Lo peor es si no levanta.

–Levantará. Es niebla seca.

En el altar, un sacerdote reza la misa. Los clientes de esta misa matutina son indefectiblemente los mismos: cazadores, bomberos y guardias del retén y dos docenas de sirvientas madrugadoras. Cabe los confesonarios, en los rincones, algún perro: la Lassy, la perra de Julio, el ferroviario, y el Don, el de Benedicto, el impresor, no fallan nunca. Del Don cuentan y no acaban. La gente se hace lenguas de sus vientos y de sus facultades. Benedicto sólo dice de él: «Es muy tesonero». Y si lloriquea o bosteza en plena misa, Benedicto se arrima a él y le dice por lo bajo: «Chito, calla, estamos en la iglesia».

Después de comprar el pan –dos hermosos lechuguinos– la cuadrilla del Cazador se reúne en La Madrileña, la churrería de los soportales, con Benedicto, el impresor, y Julio, el ferroviario, y Carlos Valverde, el disecador, y las cuadrillas de Bosque y la del Boris y la de los Vascos y, si hay suerte, hasta con un obispo peruano.

–¿Le gusta darle al gatillo?

–Las baja bien.

Las voces de las cuadrillas se entremezclan. Se comentan las incidencias de la última partida; se vaticina sobre la presente:

–Lo malo es si no levanta.

–Eso.

–Todavía con lluvia...

–Deja quieta la lluvia. Ya está bien de lluvia, ¿no?

Alguien jura:

–En este país no se puede ni cazar tranquilo.

Si está el obispo peruano no jura nadie en la churrería, y si por un casual se le escapa a alguien una palabra gruesa, de todas las mesas sale un *chisss* contundente y todas las miradas convergen implorantes

en el anillo pastoral.

Carlos Valverde, el disecador, se aproxima al Cazador sujetando a la perra moteada por la piel del cuello:

–¿No querías la Loima?

–Sí.

–Aquí la tienes.

La Loima, así que el amo se va, vuelve la cabeza hacia él y lo mira con unos ojos muy lánguidos.

La víspera, el Cazador estuvo en casa de Carlos Valverde, el disecador, con Ontañón, el fotógrafo. La casa de Carlos Valverde –Correos, 5– es un asombroso taller. La lámpara del vestíbulo es un hermoso milano con una bombilla en la tripa. Luego, por todos los rincones, bajo las mesas, sobre los aparadores, hay bichos disecados: zorros, concovanes, patos, zarapitos, comadrejas.

–La Loima es tímida.

–Pero ¿no se irá?

–No creo.

Ahora, en el viejo Chevrolet del 29, entre la niebla, la Loima tiembla y el Cazador la agasaja con galletas para atraerla. Mas la perra las engulle sin ninguna aparente satisfacción; tan sólo por complacerle. A la altura de La Rubia, levanta la niebla. El tímido sol amarillo de las nueve de la mañana se la fuma en unos segundos. Sobre el Pinar de Antequera, el cielo comienza a azulear. Antonio Merino carraspea tras el tapabocas:

–Ya os lo decía yo. Es niebla seca. Lo malo aquí son las nieblas meonas.

En estas cosas de los elementos, Antonio Merino es siempre optimista. Y unas veces acierta y otras veces no acierta. En suma, es el perfecto meteorólogo. Y cuando acierta, dice: «Ya os lo decía yo». Y si no acierta, calla, pero entonces Manolo Grande o Manolo Chico, o el Cazador, le reconvienen: «Y tú decías...».

En Puente Duero, el sol hace rebrillar el río, hinchado aún por las lluvias. Salvado el puente, el Chevrolet trepa cañada arriba, entre dos montes de encina: el de Carlos Blanco –que murió, como buen cazador, con las botas puestas hace pocos meses– a la derecha, y el de los hermanos Monturus, a la izquierda, según se sube. Cuando Carlos Blanco y los suyos achuchaban a la perdiz a la derecha, la perdiz se pasaba a la izquierda, donde los hermanos Monturus. Pero si eran los hermanos Monturus o sus amigos quienes achuchaban a la perdiz a la izquierda, la perdiz se iba a la derecha, donde Carlos Blanco:

–La perdiz a estas alturas sabe más que Lepe, Lepijo y su hijo.

Las encinas parecen dormidas bajo la tibia caricia del primer sol. Entre las matas grandes se agarran aún jirones de bruma. Ya en el

camino del monte, Manolo Grande da un leve viraje, para salvar un charco, y el viejo Chevrolet se escora y se atolla. La tierra, tras varias semanas de lluvias incansables, está blanda y resbaladiza. El Chevrolet no va para atrás ni para adelante. Hay que apearse y empujar.

–Lo que faltaba.

–Peor fue cuando te caíste al pozo.

Manolo Grande ríe. Manolo Grande se cayó a un pozo hace un par de semanas, con toda la impedimenta, por cobrar una avefría.

Vuelta a empujar:

–¡Aup!...

Todo en vano. El Cazador toma camino arriba y regresa con Félix, el guarda, y unos azadones. Por el cielo, alto y despejado, cruza una bandada de cuervos graznando sombríamente. Más allá, a ras de las matas altas, vuelan seis torcaces.

–Torcaz alguna vino a la bellota, pero lo que es caza...

Félix, el guarda, sustituyó a Nemesio, el guarda, hace pocos meses. Durante cincuenta años, Nemesio, el guarda, vivió con su mujer, la señora Leonor, en la absoluta soledad de la cañada, pero un día la señora Leonor se sintió indispuesta y se acostó. Cuando Nemesio regresó de dar de comer al burro, la encontró tendida en el suelo, sin aliento.

–Ya ve, ni tiempo de llamarme tuvo.

Antaño, en este monte, era fácil matar media docena de conejos en una hora. Esteban Monturus, su dueño, no le dejará mentir al Cazador. Esteban, con su perrita cóker, reposada y clarividente, les atizaba bien en los claros, a tenazón. Pero esto de la peste ha sido la desgracia de los montes de Castilla. El Cazador y sus amigos cada año encuentran estos montes meseteros más tristes y desamparados. Y si no, ahí está el Montico, de los hermanos Monturus, para demostrarlo. Hace diez años, el padre del Cazador, con sus setenta y cinco a cuestas, todavía revolcaba sus conejitos en la corta. Hoy, si acaso, apenas si revuelca uno –dos, si pintan oros– Antonio Merino, conejero ilustre, que parece como si se los sacara de la manga, como los prestidigitadores. Y esto tras toda una larga jornada de patear el monte.

De ahí que el cazador castellano haya de dedicarse, casi en exclusiva, a la perdiz. Y de ahí que la perdiz se haya resabiado de lo lindo y se haya vuelto más esquiva y farruca de lo que era, que ya es decir.

–Vamos a menear primero los maíces.

–Andando.

Manolo Grande se coloca de punta, porque tiene grasas que quemar. A la perdiz hay que buscarla fuera del monte. La perdiz castellana pernocta en los páramos, en los rastrojos y los barbechos. Únicamente

si la aprietan fuera, busca el amparo de las encinas. La cuadrilla coge una mano grande. Para volar la perdiz hay que abrirse mucho. Luego, con la perdiz ya fatigada, ha de apretarse la mano para que no se queden. Pero las tierras están mollares y cenagosas y los cazadores se hunden a veces en el fango hasta media pierna. Los cañizos del maizal están grises y decadentes. De vez en cuando vuela recio una perdiz camino del monte, a cien metros de distancia.

De pronto, suena un disparo. Ha retumbado en la mañana como un cohete.

–¿Quién tiró?

–Manolo.

La Loima corre hacia Manolo Chico y al llegar a su altura agacha el morro y olfatea tenazmente entre las cañas tumbadas.

–Tráela.

–¿Qué es?

–Una codorniz.

–¿Una codorniz?

–Lo que oyes.

Una codorniz en Valladolid, en el mes de febrero, es ave rara. La codorniz llega de África a Castilla por los meses de abril y mayo. Pero la codorniz llega, cría y se va. Para el mes de octubre apenas queda una en nuestros páramos para muestra. Se reúnen en grandes bandos y emigran, dirigidas por un guión. Al tiro se ha levantado un nutrido bando de avefrías del aguazal de las tierras bajas, de la parte de Puente Duero.

El Cazador se sobresalta ante el vuelo de otra codorniz. Se arma y la abate sobre los cañizos, a treinta metros de distancia.

–¡Otra codorniz! –vocea.

En la cuadrilla hay un revuelo de comentarios. Los comentarios corren de boca a oreja, por su orden, como dicen que nos llegan las leyendas. Las perdices siguen saliendo, muy largas, y se echan a la derecha.

–Dile a Manolo que se adelante un poco.

La cuadrilla alcanza la linde del monte y vira noventa grados. El piso aquí es firme, con la verdina tierna, recién nacida. Huele fuerte a tomillo. Entre las matas de encina se alzan pinos albares, de copa tripuda. De vez en cuando, vuela de los pinos una torcaz. La torcaz es escandalosa en sus arrancadas y come mucho plomo. Para derribarla, hay que tirar de cerca, con quinta mejor que con sexta, y sujetar el tiro. La torcaz ha venido a convertirse en Castilla en el sucedáneo del conejo. Sin su presencia los montes de encina se confundirían a veces con cementerios. Pero la torcaz anima la cosa; con su aleteo frenético provoca tiroteos vivísimos y decepciones desgarradas:

–¡La madre que la echó!

La torcaz desmoraliza con frecuencia al Cazador. La torcaz encaja el disparo de cola con absoluta indiferencia; como si no fuese con ella. Y ante una torcaz así, que se le arranca a uno a modo y se va a criar, se diluye de súbito todo nuestro puntillo cinegético. Por si fuera poco, la torcaz, ganada la altura de seguridad, sobrevuela a la cuadrilla con cierto encarnizamiento despectivo. Al fin, Manolo Monsalve derriba una y cita a cónclave. Esta llamada, en plena faena, implica forzosamente una novedad.

–Tienta.

–¡Su padre! Parece como si se hubiera tragado el rosario de un cartujo.

La Loima, la perrita, contempla la escena con la lengua fuera. El Cazador mira todavía a la Loima con cierta desconfianza. Manolo Monsalve abre el buche de la paloma y va contando, una a una, las bellotas:

–Y veintinueve –concluye.

–¿Es posible?

–Ve, ahí están; cuéntalas.

La torcaz es lucida como un pavo. Un animal que sirve para ilustrar cualquier percha. La cuadrilla vuelve a abrirse en mano. Son las once de la mañana, más o menos «la hora de la perdiz». El sol pone en el monte violentos contrastes. Al abrigo de los carrascos, quedan todavía algunos residuos de escarcha. Las sombras de los pinos son oscuras, como trazadas a tinta china.

Poco más lejos, en un jaral, el Cazador divisa el bando de perdices apeonando ante la cuadrilla. Son quince o veinte y corren majestuosas, la cabeza erguida, en pleno desconcierto.

El Cazador silba tenuemente a sus compañeros y hace ademán a Manolo Grande para que se adelante. Dejarlas escapar al maizal sería perderlas. Unos metros más allá, el bando vuela raudo a la izquierda. La cuadrilla vuelve sobre la mano, estrechando el cerco. Manolo Grande dobla inútilmente sobre una torcaz. Manolo Chico vocea:

–¡Ahí va!

Antonio Merino se arma y tira. El Cazador lo ve correr y la Loima se lanza tras él. Es una liebre. El Cazador siente reír a los Manolos a estribor. Antonio Merino se agacha y pone a orinar a la liebre; luego la apiola y la cuelga de la percha.

A la segunda pasada, la perdiz aguarda un poco más en las pajas. Y a una que se descuida, junto a la acequia, la baja Manolo Grande. Ha caído alicortada y apeona como una exhalación entre las matas. Manolo Grande vocea a Ontañón, el fotógrafo, para que la cobre, pero Ontañón anda a lo suyo y dispara una y otra vez su cámara sobre la

pieza hasta que la pierde en una mata baja. La cuadrilla se sulfura con el fotógrafo. Para un cazador vale más una mala perdiz que una buena fotografía. Para un fotógrafo vale más una mala fotografía que una buena perdiz. No existe el más mínimo resquicio para un acuerdo. Manolo Monsalve pone a la Loima en la pista y el animal rastrea concienzudamente, y junto a la mata, se planta, el rabo erecto, la fina cabeza ladeada. Salta de pronto y surge de la espesura con la perdiz en la boca. La cuadrilla se amansa, siquiera Manolo Grande continúa regañando a Ontañón.

Al alcanzar los maíces, la cuadrilla vuelve de nuevo sobre la mano. Son las doce y pico de la mañana, y aunque el sol es limpio, corre un vientecillo helador. Comienza el tiroteo. El bando está desperdigado y la perdiz aguarda entre los tomillos y las jaras. El Cazador contempla el espectáculo desde su esquina. Parece como si las perdices no quisieran nada con él esta mañana. Con todo, es evidente que la oportunidad ha llegado. La perdiz, como el toro, tiene su momento. Es tonto pretender matarla antes ni después. Tirarse a matar antes de tiempo es aquí, como en el ruedo, prácticamente inútil. Uno puede ensayar el tiro al primer vuelo, pero es más bien para calentarse la mano

–Alguna cae.

–Bueno, una entre ciento.

Manolo Grande y el Cazador son de los que menudean el fuego sin medir la distancia. Con todo, es Manolo Chico el que baja una en el tomillar a más de cincuenta metros. La cuadrilla vuelve una y otra vez sobre la mano. En la junquera se arranca largo el raposo. Surge por el extremo opuesto, gazapeando, y al coronar la primera prominencia del cerral, se detiene, observa en torno, escucha y prosigue su fuga cautelosa.

–¡La madre que lo echó!

Por delante, apeona alguna perdiz solitaria, aturdida, cambiando de dirección constantemente. La Loima rastrea entre la maleza y se pica cada tres metros. A la derecha, Manolo Grande y Manolo Chico siguen disparando.

–¡Hoy me pueden echar al Real Madrid!

Manolo Grande es zurdo, y cuando mata, muestra un entusiasmo destemplado. A veces regresa bolo y, en esos casos, no pierde su buen humor, pero es el suyo, entonces, un buen humor aplacado, sin estridencias. Son Manolo Monsalve y el Cazador los que peor encajan la adversidad, tal vez porque están menos acostumbrados a ello:

–Ontañón, si quieres tirar una buena placa, ponte detrás de mí.

La cuadrilla estrecha la mano cada vez más. Atraviesa, ahora, la

vaguada, y Manolo Chico y Antonio Merino hacen una perdiz cada uno. Del otro lado, al fin, el Cazador tumba su primera. Le ha salido a capricho, bajo un pimpollo. Las torcaces se arrancan de los pinos más altos, tras un aleteo estruendoso, pero los cazadores apenas reparan en ellas. El Cazador dirige la mano: hay que rebañar el monte; registrar las rebabas de lo que se ha pateado hasta entonces. Manolo Grande camina muy ufano con su racimo de cinco perdices a la cintura, mulléndole el trasero a cada paso.

En las escobas, en la misma punta del monte, hacia Viana de Cega, el Cazador hace un doblete. Las perdices han salido pidiéndolo, a veinticinco pasos, primero la una –pim!, el derecho–, y luego, la otra –pom!, el izquierdo–. Las dos atravesadas, acordes, huyendo en la misma dirección. Las dos piezas en el suelo y el olor próximo de la pólvora enardecen al Cazador, pero a Manolo Grande ya le pide el cuerpo.

–Podríamos echar un cacho.

–Podríamos.

Ontañón, el fotógrafo, se mira piadosamente los pies. Antonio Merino no dice nada. A Antonio Merino no le gusta contrariar ningún capricho. El Cazador anda engolosinado, pero se aviene.

–Vamos a mirar primero esas pajas y volvemos hacia la casa.

–Hala.

Al regresar al monte, los Manolos vuelven a mojar.

–¡Hoy no se me va una!

El Cazador oye volar una perdiz y se aquieta tras un carrasco. La perdiz entra brava, vibrando como un avión a reacción, y el Cazador le dispara los dos caños sin resultado.

–¡A criar!

El Cazador está de mal humor cuando cambia los cartuchos. La caza es eso: un emparedado de satisfacciones y decepciones, donde uno no sabe nunca con cuál de las dos copas va a rematar.

Félix, el guarda, sentado en el poyo de la puerta, sonríe:

–¿Qué tal pintó?

–Vaya.

–¿Vaya? ¿Y eso? –señala el racimo de Manolo Grande.

Los cazadores van desprendiéndose de las piezas: trece perdices, dos codornices, una torcaz y una liebre.

–Menos da una piedra.

–Para último día no se pueden quejar.

–Más que el primer día hemos hecho, ya ve.

Félix tiene la mirada clara y franca. Una mirada que al Cazador le

fue familiar el primer día.

«Su carácter no me es desconocido», le dijo entonces el Cazador. Y Félix, el guarda, dijo: «Lo mismo me pienso yo. ¿Estuvo usted, por un casual, el año pasado en el cacerío de don Alejandro?». «Estuve», dijo el Cazador. Félix se señaló la frente: «Ya ve usted que la imaginación no me engaña».

Dentro está la señora de Félix con el chiquitín: seis meses y diez kilos.

–Está fuerte, ¿eh?

–Ya ve, demasiado de fanfarrón.

–Para un crío nunca es mucho.

–Éste sí, ya ve. El doctor dice que tiene que bajar tres kilos.

La radio –sobre una repisa, junto a la chimenea– ya dio el parte y anda ahora con los discos dedicados. En las pausas se oye crepitar la lumbre. Frente al fuego, por la ventana se divisa el monte, silencioso y soleado, como una tentación. Los cazadores se sientan en torno a la cocina y abren sus fiambreras: tortilla de patata, filetes empanados, torreznos.

–Siéntese y eche un cacho con nosotros, hombre.

–Gracias, ya comí.

Manolo Grande anda descorchando una botella de clarete de la tierra. Manolo Grande y Manolo Chico saben hacerle los honores al clarete de la tierra. Manolo Monsalve también sabe pegarle al blanco de Rueda, que para eso Rueda es su patria chica y la tierra de sus mayores. Pero en la cocina están presentes, sin estarlo, la señora Leonor y Nemesio, el antiguo guarda. El Cazador ve todavía a la señora Leonor sentada en el poyo, las manos cruzadas sobre el regazo, al amor de la lumbre.

–También fue triste lo de la señora Leonor.

–Ya ve. No somos nadie.

El Cazador solía llevarle revistas atrasadas a Nemesio, el antiguo guarda, que era muy aficionado a leer.

–Y el señor Nemesio, ¿no vuelve por aquí?

–De que pasen los fríos. Ahora anda un poco achuchado el hombre.

La cuadrilla come y bebe y la radio canta *La novia,* y después *Enamorada,* y luego *Las hojas verdes,* dedicadas a Mari Pili, de quien ella sabe. La cuadrilla comenta las incidencias de la mañana, y Manolo Grande, entre el ramo de las seis perdices y el clarete de la tierra, muestra una euforia exultante. Por la ventana, el monte silencioso se va apagando a medida que el sol declina. Las sombras, a las cuatro de la tarde de un día de invierno, son estiradas y frías, negras como el carbón.

–¿Querrá usted creer que ni una chocha hemos visto?

–Hubo muchas humedades este año.

–Aun así.

–La chocha baja con las heladas, y este invierno no las hubo.

La radio sigue dedicando canciones. El chiquillo de Félix sonríe y hace gorgoritos. La lumbre de la chimenea arde ahora sin llama, en un rescoldo con aristas blancas de ceniza, como un brasero.

–¿Y la liebre? ¿Qué le ocurrió este año a la liebre?

–El ganado.

–¿Qué pasa con el ganado?

–Don Esteban arrendó los pastos. La liebre no casa con las ovejas.

Los cazadores fuman relajadamente. La comida con lumbre en los pies empereza al cazador más empecinado. El monte asusta. Ofrece una cara helada, pese al sol engañoso que le acaricia.

–De todos modos, la caza va mal.

–Mal va.

–Hasta la perdiz.

–Ésa, la primera.

–Ahora dicen que las crían en gallineros, ya ve.

–Mire usted, eso es como querer criar tiburones en una artesa.

Son las cuatro de la tarde y el Cazador se pone en pie, se ciñe la canana y llena de cartuchos los huecos vacíos. Toma el morral y se vuelve a la cuadrilla:

–¿Damos unas manos? Apenas si queda hora y media.

–Vamos.

Cada cual toma su escopeta mientras Ontañón, el fotógrafo, se cuelga las cuatro cámaras.

Los montes de encina, las tardes de invierno, son torvos y un poco lúgubres. Antaño, los conejos, cruzando como ráfagas de mata en mata, no daban lugar a estas reflexiones. Tras la peste, los montes de la meseta, a las cinco de la tarde, son una desolación. La cuadrilla se ha abierto en mano, pero carece de la alegría de la mañana; parece como que al desplegarse estuviese cumpliendo un penoso deber.

–¿Dónde andan las perdices?

–El monte las sepulta.

La perdiz, de que se le da tregua, se amontona de nuevo y escapa a los sembrados a comer. Un viento muy fino bate los chaparros.

De vez en cuando vuela una torcaz ruidosamente de la copa de un pino. Manolo Chico tira de pronto. La detonación hace ahora más notorio y espeso el silencio..

–¡Un conejo!

–¿Tú o Antonio?

Manolo Grande ríe el vino a grandes carcajadas en el extremo. La caminata es penosa e inútil. Las botas pesan y pesa la soledad, este gran silencio de fin del mundo que envuelve a la cuadrilla.

–Lo que no se haga por la mañana...

El sol se tumba y el viento se hace cada vez más sensible y frío. Se oyen volar las torcaces, ya acostadas, y dos tiros en el extremo. A la izquierda del Cazador revuela una torcaz, y el Cazador dobla inútilmente tras de su estela. Otra levanta a las detonaciones, y el Cazador carga y aguarda tras un pimpollo. La paloma cruza frente a él, entre dos pinos, confiada, y el Cazador la derriba de un tiro con el izquierdo.

–Atravesadas son más fáciles.

El sol se acuesta tras la línea de los cerros y la cuadrilla vuelve la mano. Atraviesa la junquera y asoma a la vaguada. En el tomillar, abajo, le vuela una perdiz a Manolo Chico de los mismos pies. Manolo Chico la deja tomar brío para asegurarla. El animal se desploma entre un revoloteo de plumas, que quedan un momento flotando en el aire frío del crepúsculo.

–Una tonta que se ha dormido.

Manolo Grande vocea desde el extremo:

–Si no te apartas, te desgracia.

–Mira quién fue a hablar.

Junto a la casa del guarda, entre dos luces, los cazadores desarman las escopetas.

–Esto se acabó.

–No ha pintado mal del todo.

–Para último día...

El introducir las escopetas en las fundas tiene algo de entierro. Para todo cazador, el último día de la temporada constituye una despedida. Aleatoria y melancólica, como todas las despedidas.

En el viejo Chevrolet reina el silencio ahora. La Loima se enrosca a los pies del Cazador y se lame una mano aspeada. El Chevrolet avanza sin luces por el camino.

–Ojo, no lo atolles otra vez.

El silencio de nuevo. De ordinario, la cuadrilla, de regreso, planea la próxima excursión. Hoy es el último día de la temporada y el retorno es un poco tétrico. Siempre es un poco tétrico el retorno el último día de la temporada.

–Así hasta agosto.

–Paciencia.

–Hasta octubre, mejor.

–También es verdad.

Ya en la cañada, Manolo Grande frena y detiene el viejo Chevrolet. Los cazadores, sin decir palabra, van amontonando las piezas, una a una, junto al guardabarros. El Cazador forma los lotes. Cuatro perdices y torcaz, cuatro perdices y torcaz, cuatro perdices y conejo, y dos perdices, una liebre y dos codornices. Es la última ceremonia de un viejo rito. Otras cuadrillas dividen a ojo. La cuadrilla sortea.

–Vengan, dedos.

Cada uno levanta una mano con uno, o dos, o tres, o cuatro o cinco dedos enhiestos.

–Tres y dos, cinco, y cuatro nueve, y uno diez.

El Cazador cuenta a partir del conductor:

–Uno, dos, tres...

–Manolo.

–El caso es...

–Venga, que hace frío.

Manolo Monsalve se decide.

–Me llevo el conejo.

Cada cual acopla su lote en su morral, junto a la fiambrera vacía. Cuando reanudan la marcha, Manolo Grande da las luces de carretera, y por la cañada brillante atraviesa fugazmente un conejo. En el interior del viejo Chevrolet hay una reacción instintiva:

–¡La madre que lo echó!

Luego, de nuevo el relajamiento, el silencio. Al cabo, un suspiro:

–Así hasta agosto.

–Hasta octubre, mejor.

–Paciencia.

La caza de la perdiz roja

1963

–¿Roja, jefe? ¿A qué ton le dice usted roja a la perdiz?

–Se dice roja, ¿no?

En el rostro del Juan Gualberto, el Barbas, se dibuja un gesto socarrón, displicente. Alza los hombros:

–¡Hombre, por decir!

–La perdiz tiene el pico rojo, ¿no?

–A ver.

–Y las patas rojas, ¿no?

–A ver.

–Entonces...

El Juan Gualberto es taimado y sentencioso. Lo era ya veinte años arriba, a raíz de cumplir los cincuenta. El buen perdicero, el perdicero en solitario, reserva la premura para una necesidad. Verbigracia: cuando el bando apeona hacia la ladera y es preciso sorprenderlo a la asomada. Por lo demás, el Juan Gualberto, el Barbas, es cauto y cogitabundo; gusta de llamar al pan, pan, y al vino, vino:

–Por esa regla de tres lo mismo podía decirle usted roja a la chova de campanario.

–Lo mismo.

Pero el Cazador, que conoce la perdiz pardilla, la perdiz andina y la perdiz nórdica, sabe que ninguna como la patirroja:

–Mire usted, Barbas, para bajar una pardilla o una perdiz cordillerana basta con reportarse.

El Barbas, para aculatar mejor la escopeta, saca el brazo derecho fuera de la americana.

Su hombro izquierdo está tazado, deshilachado por el tirón del morral. El Juan Gualberto, el Barbas, lleva más de cincuenta años en el oficio y conoce el ganado y sus trochas y sus querencias. Cuando echa un cacho en el campo se coloca en el cruce de dos caminos, al amparo de un carrasco, porque la liebre, como es sabido, busca el perdedero por las veredas.

–La caza no avisa.

–No avisa; no, señor.

–Ya conoce usted el refrán: al cazador, leña; al leñador, caza.

–Así es.

El Juan Gualberto utiliza una escopeta de gatillos exteriores, mohosa y desajustada, que no vio la grasa desde la guerra de

Marruecos. Cuando tira, para extraer el cartucho vacío, introduce por la boca del cañón una ramita seca de fresno a modo de baqueta y empuja hasta que sale. El Juan Gualberto, el Barbas, fuma sin echar humo; fuma una vieja colilla que es en su boca como la lengua, un apéndice inseparable. A veces la prende con un chisquero de mecha, de fuego sin llama, y, en esos casos, en torno al Barbas se forma una atmósfera irrespirable, de paja quemada. Pero el Barbas prende su colilla para dejarla apagar otra vez:

–Es la manera de sacarle el gusto al tabaco, jefe.

El perro del Juan Gualberto, el Barbas, atiende por Sultán, y está viejo y sordo y desdentado como el amo. Es un perrote carniseco y zambo, fruto de un cruce pecaminoso de loba y pastor. Pero aún rastrea y se pica y, si la pieza aguarda, hasta hace una muestra tosca y desangelada; las muestras del Sultán son inevitablemente toscas y desangeladas, pero advierten; sirven, al menos, para que uno se ponga en guardia. Y si la liebre se arranca, ladra y alborota como un podenco.

–¿Qué tiene usted que decir de este perro?

–Nada.

–Por eso –el Barbas mira tiernamente para el bicho–. Al animal sólo le falta hablar.

El Juan Gualberto, el Barbas, para todo encuentra salida, y si el Cazador le dice que su perro es viejo, ya se sabe, replicará que los años dan experiencia. Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como esos señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. Y si el Cazador le dice que su perro ha perdido los vientos, le saldrá con que los vientos únicamente sirven para enloquecer a los perros y levantar las perdices en el quinto pino.

A menudo, el Juan Gualberto se queda como pensativo, la colilla perdida entre los pelos de la cara, la frente fruncida noblemente bajo la boina pringosa, la misma boina que dejó en el pueblo, allá por el año nueve, para sentar plaza.

–Digo yo que qué tendrá esto de la caza que, cuando le agarra a uno, uno acaba siendo esclavo de ella.

–Así es.

–Digo yo, jefe, que esto de la caza tira de uno más fuerte que las mujeres.

–Más fuerte.

–Y más fuerte que el vino.

–Más.

Al Barbas es punto menos que inútil andarle con altas filosofías. La

caza tira de uno porque sí, porque se nace con este sino, como otros nacen para borrachos o para mujeriegos. Para Juan Gualberto, el Barbas, la caza tira de uno y sanseacabó. Al Barbas es punto menos que inútil mentarle a don José Ortega y Gasset.

–¿Era ese señor una buena escopeta?

–Era una buena pluma.

–¡Bah!

Don José Ortega entendía que mediante la caza todavía el hombre civilizado «puede darse el gusto durante unas horas o unos días de ser paleolítico», es decir, de retornar a un estado provisional de primitivismo. No es una mala razón. Mas aún cabe preguntarse si un ejercicio que requiere tamaño sacrificio queda compensado por el hecho de sentirse paleolítico durante una jornada. El Cazador presume que don José Ortega omitió volver la medalla, es decir, recapacitar en las ventajas del retorno, o sea en la revalorización de las pequeñas cosas, en las satisfacciones que ordinariamente desdeñamos: unas zapatillas, unas alubias calientes, un baño tibio o un brasero de picón de encina. De este modo, la caza se convierte en un doble placer, en un placer de ida y vuelta. Durante seis días de la semana el Cazador se carga de razones para olvidar durante unas horas los convencionalismos de la civilización, la rutina cotidiana, lo previsible. Al séptimo, sale al campo, se satura de oxígeno y libertad, se enfrenta con lo imprevisto, siente la ilusión de crear su propia suerte... pero, al propio tiempo, se fatiga, sufre de sed, padece calor o frío. En una palabra, en una sola jornada el Cazador se carga de razones para abandonar su experiencia paleolítica y retornar a su estado de domesticidad confortable.

–Desengáñese, jefe, el torero torea porque tiene sangre torera y el cazador caza porque tiene sangre cazadora. Esto de la caza nace con uno; se mama. Todo lo demás son cuentos.

El Juan Gualberto mira de frente y al mirar ahonda, le desnuda a uno por dentro, y el Cazador titubea. En la frente, bajo la boina, se le dibujan al Juan Gualberto unos surcos profundos, paralelos, como los de la nava, abajo, en derredor del Castillo.

–Madrugar –añade, y escupe, y el escupitajo tiembla unos segundos en la púa de un cardo reseco–. Para el cazador no es sacrificio madrugar. El sacrificio es acostarse la noche del sábado. ¿Es cierto eso, jefe, o no es cierto?

Al Cazador le basta el presentimiento de una perdiz para que en su interior se desate una revulsión psíquica. El Cazador puede asegurar que ni un solo día de caza oyó el despertador. Es él –el Cazador– quien

a las seis y media de la mañana –hora que durante el resto de la semana salta sobre él en la total inconsciencia– despierta al despertador oprimiéndole el ombligo para que no alborote. Antes, de doce a seis, el Cazador se ha despertado media docena de veces. Contra esto no hay quien luche.

–Tanto le digo del hambre, el frío o el dolor de pies. ¿Es que le duelen a usted los pies, jefe, cuando se le arranca una perdiz bien recia de entre unas escobas?

–No, señor; no duelen.

–¿Y siente frío entonces?

–No, Barbas.

–¿Y siente hambre?

–Tampoco.

El Barbas levanta el dedo índice a la altura de su boina:

–Por eso –dice.

El Juan Gualberto, el Barbas, tiende la noble, profunda mirada sobre la nava apuntada de cereales. Del otro lado, se encadenan los tesos, blancos y desguarnecidos, como una muralla.

En puridad, el Cazador no siente la fatiga o el hambre o el frío sino cuando la ausencia de caza es total; cuando tras horas y horas de patear el monte no salta pieza, ni se observa rastro de ella, como si ese trozo de mundo hubiese sido previamente arrasado para su propio escarnio. Basta, sin embargo, que una perdiz se arranque en ese instante para que toda molestia se disipe; para que surja, de nuevo, el hombre íntegro y ávido que era el Cazador al iniciarse la jornada. Ante una perdiz que apeona surco arriba o en raudo vuelo hacia el monte, el Cazador se electriza, en fulminante metamorfosis se convierte en hombre primitivo, se estimulan sus facultades de acecho, mimetismo y simulación. En suma, ante una perdiz que escapa, el Cazador se siente desafiado. Toda una ardua jornada de fatigas e incomodidades no logrará sino enconar el reto. El Cazador no cejará mientras no procure a «su rival» un escarmiento.

–¿Sabe usted, Barbas, lo que decía don José Ortega sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?

El Juan Gualberto se atusa las barbas complacidamente.

–Ese don José –dice– ¿era una buena escopeta?

–Era una buena pluma.

–¡Bah!

Don José Ortega y Gasset afirmaba que al cazador, en el momento de disparar, le invade una suerte de vacilación compasiva, «como un fondo inquieto de conciencia ante la muerte que va a dar al

encantador animal». Empero, el Cazador vacila ante este noble gesto de vacilación que tan generosamente le atribuye don José Ortega en el trance culminante de la caza.

–Déjese de monsergas. Se ve que ese don José no sudó nunca una perdiz por una ladera.

Al subir de precio la munición, el Juan Gualberto empezó a fabricar los cartuchos en casa. Hacía la pólvora con clorato y azúcar y en vez de perdigón metía pedazos de clavos. El pistón lo recargaba con dos cabezas de cerillas, de forma que, al oprimir el gatillo, la explosión demoraba cuatro o cinco segundos. Primero hacía pssssssss y cuatro o cinco segundos después retumbaba el disparo. El Juan Gualberto, el Barbas, había de seguir todo ese tiempo la pieza por los puntos de la escopeta si aspiraba a derribarla.

–Aviado iría uno si se le ocurriera vacilar, ¿eh, jefe?

El Cazador confiesa, con un poco de rubor, que nunca vaciló ante una perdiz, entre otras razones porque unos instantes de vacilación ante una perdiz en Castilla bastan para desperdiciar la oportunidad de cobrarla. El Cazador es de natural pacífico y le repugna, por ejemplo, el sacrificio a sangre fría de las aves de corral. El fenómeno natural de la muerte le trastorna. Pero con la caza es distinto. El Cazador jamás caza a sangre fría. Las perdices se la calientan de inmediato; le basta el primer vuelo, el desafío inicial. Todos los esfuerzos que seguidamente realiza el Cazador van encaminados a abatirla. La persecución, ladera arriba, en agotadora caminata, va avivando en él un instinto de crueldad que llegado el momento decisivo no le permite vacilar sino, si es caso, precipitarse y pensar: «Paga tú por todas». Las perdices no tuvieron compasión del Cazador, le han traído y llevado, le han hecho subir y bajar, literalmente le han extenuado… Sería inconsecuente que en el instante de apretar el gatillo el Cazador vacilase. La caza origina en el cazador una segunda naturaleza. Esa hipersensibilidad que muchos seres sentimos ante la agonía de una bestia se esfuma en el monte. Es más, el cazador menos amigo de las escenas cruentas se siente muy capaz, en plena, ardorosa faena, de cortar el último resuello del animal herido con las propias manos. Horas después, enrolado nuevamente en la vida doméstica, es muy posible que el cazador vacile en el momento de propinar un palmetazo a una mosca.

–¿Sabe usted lo que me dice la Celsa cada vez que mata el capón allá para Navidad?

–¿Qué le dice?

–Que sujete y no me acobarde, que con las perdices no me ando con

tantos miramientos.

–¿Y usted qué hace?

–Ya ve, sujetar, pero, cada vez que salta la sangre, créame que me da una vuelta así el estómago; se me hace que voy a devolver.

El Sultán merodea en torno al Barbas. El Juan Gualberto no necesita hablarle al Sultán. Le basta con mirarle. A veces el animal olfatea ansiosamente las tres perdices que penden de la cintura del Barbas y una pluma dorada y gris se alza en el aire transparente del páramo.

El sol declina y la sombra maciza del Castillo se proyecta, como un oscuro monstruo, sobre la nava. El Juan Gualberto chupetea la colilla ávidamente, como si, de pronto, le hubieran asaltado las prisas.

–Atienda; cuando la perdiz valía dos reales nadie se tomaba el trabajo de salir al campo por ella. Pero ahora que la perdiz da la peseta, ocurre lo que con el cangrejo: se acaban el primer día.

Hay otras dos razones que ayudarán a explicar el porqué del placer de la caza de la perdiz: la primera, el hecho de que las piezas cuya captura se busca sean, en cierto modo, animales preciados, y, segunda, el que la perdiz esté dotada por la naturaleza de unos instintos sutiles y unas dotes físicas que se traducen en una estrategia defensiva verdaderamente admirable. A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como ésta: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». Esto es posible, mas también es indudable que el que esto afirme no tiene nada de cazador; será, a lo sumo, un consumado pirotécnico. El Cazador se goza en perseguir a un animal que, sobre saber defenderse, encierra un valor en sí. Esto quiere decir que abatir una perdiz no es lo mismo que abatir un alcaraván; no depara el mismo placer cinegético pese al éxito de ambos disparos. Quedamos, pues, en que únicamente la caza de animales que «sirven para algo» justifica el ejercicio venatorio. Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «ése va a por carne», cuando, en realidad, todos, en mayor o menor medida, vamos a por carne. De lo contrario, organizaríamos cacerías de grajos, más abundantes y que por su carácter esquivo sirven también para ejercitar la puntería. Para el Cazador, carece de gracia abatir un animal cinegética y gastronómicamente inútil.

Ahora bien, no basta que la presa sea apetitosa para despertar la satisfacción cinegética; es preciso, además, que el animal sepa defenderse y que no debilitemos esas posibilidades defensivas mediante una estrategia alevosa. La satisfacción que procura derribar desde un jeep una perdiz a peón es muy modesta al lado de la satisfacción que depara derribarla tras la accidentada persecución por una ladera. El Cazador no ha cazado nunca urogallos durante el celo del macho, pero imagina que la sigilosa aproximación por el bosque,

al ritmo del canto amoroso y confiado del animal, buscando el ángulo de tiro más adecuado, podrá ciertamente levantar en un alma cazadora furtivas emociones, pero nunca la pura y decantada emoción venatoria cuya última manifestación, y no por cierto la más importante, es el disparo. A este respecto convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería; la caza es un proceso muy complejo en el que se conjugan factores más decisivos que el de la simple destreza. De otro modo el tiro al blanco llenaría más cómodamente nuestras exigencias de este orden.

–Parece como que hablara usted del año veinte, cono.

–No es eso, Barbas. No hablo de lo que es, sino de lo que debería ser.

–Por eso.

Allá por el año veinte, el Juan Gualberto era un hombre libre, tras un animal libre, sobre una tierra libre. Aún no había subido la munición y el Juan Gualberto compraba cartuchos de pólvora con humo que eran más económicos. Por entonces, el Juan Gualberto no había oído hablar del ojeo. Por entonces, para comer peces todavía era necesario mojarse el culo. Pero aquellos tiempos quedan muy lejos.

–Antaño las perdices se cazaban con las piernas, ¿es cierto esto, jefe, o no es cierto?

–Cierto, Barbas.

–Hoy basta con aguardar.

–Así es.

–¿Y sabe quién tuvo la culpa de todo?

–¿Quién, Barbas?

–Las máquinas.

–¿Las máquinas?

–Atienda, jefe, las máquinas nos han acostumbrado a tener lo que queremos en el momento en que lo queremos. Los hombres ya no sabemos aguardar.

–Puede ser.

–¿Puede ser? El hombre de hoy ni espera ni suda. No sabe aguardar ni sabe sudar. ¿Por qué cree usted que va hoy tanta gente al fútbol ese?

El Cazador se encoge de hombros.

–Porque en la pradera hay veintidós muchachos que sudan por ellos. El que los ve, con el cigarro en la boca, se piensa que también él hace un ejercicio saludable. ¿Es cierto esto o no es cierto?

–No lo sé, Barbas.

El Juan Gualberto consiguió su primera escopeta cuando era aún un rapaz. Se la cambió al Cirilo, el Sacristán, por un reloj de bolsillo que

se paraba cada dos horas. A los veinte minutos del trueque, el Juan Gualberto, que era aún un rapaz, se llegó donde el Cirilo y le dijo para cubrirse: «Cirilo, para que no me viera mi madre con la escopeta la tiré por encima de las bardas del corral y con el golpe se ha marrotado toda». El Cirilo, el Sacristán, rompió a reír. «Peor para ti –le dijo–. Nadie te mandó ser tan bruto». Pero, al día siguiente, el Cirilo buscó al Juan Gualberto y le dijo: «Oye, ¿tú sabes que tu reloj se para cada dos horas?». El Juan Gualberto puso cara de inocente. «Bueno –dijo–. Al fin y al cabo ahora estamos iguales».

El Juan Gualberto se enmaraña las barbas con sus dedos nerviosos. Añade:

–Los hombres de hoy ni saben aguardar ni saben sudar, se lo digo yo. Por eso se inventaron el ojeo. Antes la perdiz se cazaba con las narices del perro y las piernas del cazador. Sólo ahora se matan con escopeta. Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer una cosa, es que esa cosa que hace no está bien hecha.

La nava se incendia con el último sol de noviembre y la sombra negra del Castillo gatea por el sembrado y alcanza ya casi las faldas peladas de los cerros de enfrente. El sol muerde la línea de las colinas y parece ensancharse e inflamarse. El Barbas apunta el inmenso globo incandescente con su dedo grande y áspero:

–Se hincha cuando se acuesta, como las gallinas.

–Sí.

El Juan Gualberto se pasa los dedos por las barbas y se rasca con un ruido como de rastrojos hollados:

–Desengáñese –dice–, los hombres de hoy ya no tienen paciencia. Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro? Y no es aquello de que lo hagan los señoritos. Los señoritos empezaron con ello pero el mal ejemplo cunde y hoy, como yo digo, todo cristo caza al ojeo.

En principio el ojeo requería para sus practicantes una holgura económica que hoy no es necesaria, al menos para su sucedáneo, el ganchito. Sin duda, el ojeo mediante una dilatada cuadrilla de ojeadores, con banderolas, cuerno de avisos, pantallas, secretarios y caballerías en los costados, continúa siendo un deporte aristocrático. Pero, de hecho, el ojeo, en su versión popular, el ganchito, puede practicarse hoy con cuatro perras gordas; son suficientes cinco chavales –los primogénitos de las escopetas– para que el acoso de los pájaros hacia la línea de fuego se produzca. El caso es alterar la

esencia misma de la caza y que en lugar de buscar la pieza con un gasto personal de energías, sea la pieza la que se desgaste buscándonos a nosotros, sus matadores. De este modo la caza se convierte en un deporte pasivo; en un ejercicio de tiro aséptico y sin sorpresa.

–Luego le vendrán a usted con que no se matan más perdices al ojeo que cazando a rabo. ¡Mentira podrida! Precisamente anteanoche me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de esos señorones de postín, que se ufanaba de haber cobrado quinientas perdices en una sola cacería. ¿Cree usted que ese señor, moviendo las pantorrillas y con el perro al lado, puede hacer una carnicería semejante en una ladera que yo me sé?

–No es fácil, Barbas.

–Bueno, pues don Ctesifonte dale con que a esos señores que nos visitan, políticos o lo que sean, hay que entretenerlos de alguna manera. Pero lo que yo me digo, si lo que esos señores quieren es matar el rato, que les suelten cuatro pichones en una pradera y todos contentos.

El morral del Juan Gualberto, deshinchado como un globo deshinchado, ofrece un aspecto desolador.

–Y lo que pasa. Liebres no quedan, ¿de qué? Y de las perdices no se fíe usted mucho. Ya ve, sin ir más lejos, en Villagina, el año pasado. De que se abre la veda, se planta allí un autobús con treinta escopetas: veinte adelante y diez de retranca. Bien. Van y contratan veinte mozos del pueblo. Ojeo va, ojeo viene, las que no mataban los unos, las mataban los otros. ¿Qué cree usted que quedó allí al cabo de tres días? Si levanto los cinco dedos de la mano tenga usted por seguro que exagero. Y luego los extranjeros esos. ¿Sabía usted, jefe, que ahora a los extranjeros les da por venir a divertirse a España matando nuestras perdices?

–Necesitamos divisas, Barbas.

La frente del Juan Gualberto se pliega como el fuelle de un acordeón, como su morral, como la nava abajo ya medio adormecida.

–Déjese de coplas. Por lo que dice don Ctesifonte, la vida en España para los únicos que está cara es para los españoles. ¿No es hora de que la pongamos también cara para los extranjeros esos que vienen por nuestras perdices? Y si no, vea usted mismo lo que pasó con los toros,

–¿Qué pasó con los toros, Barbas?

–No se haga de nuevas. Los extranjeros esos se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. Sólo por eso. Pero todo les chocaba tanto que a los españoles que aún iban a los toros les divertía más que la fiesta ver las caras que ponían los turistas esos. Y como ellos venían con la bolsa bien repleta, pues nada,

que los toros empezaron a subir de precio y se pusieron por las nubes. Y un día los extranjeros esos dijeron: «Bueno, ya está; ya sabemos cómo se divierten los españoles». Y dejaron de ir a la plaza. ¿Y qué cree usted que pasó entonces?

–¿Qué, Barbas?

–Pues pasó que los precios ya no bajaron. Pero los españoles no podíamos subir a los precios. Y las plazas, pues eso, se quedan, desde entonces, medio vacías.

El Juan Gualberto hace una pausa. Mecánicamente se acaricia la barba y tiende la mirada por la nava oscurecida. En el páramo reina el silencio. De pronto, sobre el montículo de tomillos, un macho da el *co-re-ché*. El Barbas ladea la cabeza:

–Mire donde anda la zorra de ella.

El caso es que la perdiz roja se ha puesto de moda en el mundo. El hecho tendría una importancia relativa si esta especie se diera en todas partes. Pero si concluimos que la patirroja común apenas pervive –malvive– en limitadas zonas de Francia y en la península ibérica, es muy comprensible que los españoles pongamos un apasionado fervor en conservarla. El Cazador no llega a aquello de decir que lo que haya en España deba ser de los españoles –entre otras razones porque la gran tirana del siglo XX, la divisa, también reclama sus fueros–, pero sí que los españoles debemos ser los privilegiados en su disfrute, de forma que las trabas que el extranjero encuentre para hacerse con una perdiz española sean al menos parejas con las que encuentre un español, digamos, para hacerse con un Volkswagen.

–Don José Ortega decía que la caza se justifica en razón de su escasez, Barbas. ¿Qué le parece?

El Juan Gualberto mira al Cazador esquinadamente, casi torvamente.

–A saber con qué se come eso.

–Barbas, don José Ortega quería decir que si las perdices se nos metieran en casa por la ventana, no nos molestaríamos en cazarlas.

Los pardos ojos del Juan Gualberto se han vuelto escépticos.

–Ese don José –dice– ¿era por un casual una buena escopeta?

–Era una buena pluma.

–¡Bah!

Según Ortega, la suprema razón que explica el hecho de que en el mundo se cace es que hay y ha habido siempre poca caza. En efecto, la superabundancia de piezas ocasionaría, enseguida, saciedad y hastío. El confitero no come caramelos ni paladea el farmacéutico pastillas para la tos. No obstante, el Cazador debe aclarar que no caza por el hecho de que haya pocas piezas, sino instigado por la

esperanza, repetida cada jornada, de que por una vez se quiebre la racha de escasez. No hay cazador que al salir al campo no piense en hacer una buena percha. Luego viene el tío Paco con la rebaja y, un día tras otro, el Cazador ha de regresar con las orejas gachas. Porque con la caza sucede como con todo, que el forastero jamás encuentra lo que busca en su fase de mayor abundancia o plenitud. Si el Cazador interroga a un pastor o a un campesino, le dirá que «para perdices, el año pasado» y «para liebres, cuando la guerra». Es presumible, sin embargo, que si el Cazador hubiese subido al mismo páramo «el año pasado» o «cuando la guerra» no hubiera encontrado allí mayor abundancia de perdices o de liebres. Pero, pese a todo, el Cazador no abdica porque cada vez espera que se repita la eventualidad de «el año pasado» o de «cuando la guerra». En toda cacería hay un momento propicio, a veces unos minutos, que hay que aprovechar para poblar la percha y llenar el zurrón. Éste es un fenómeno no sometido a una causalidad definida pero que habrá comprobado todo el que sea cazador. Mas luego acontece que, como con la guerra, el Cazador, en su tertulia, hace tabla rasa de las horas amargas que pasó en el monte sin ver pieza y, por contra, reconstruye, amorosa y morosamente, los instantes más gloriosos de cada cacería. El Cazador no quiere recordar los malos tragos; es un desmemoriado consciente. Al igual que el hombre enamorado, se oculta los defectos del objeto de su pasión y sobrestima sus virtudes. De aquí que, para el Cazador, el momento más feliz de toda cacería esté fuera de la cacería, es decir en ese momento en que, concluidos los preparativos, se dispone a partir y presiente ante sí una jornada afortunada, diáfana e inacabable.

–Mire, y perdone si le ofendo, jefe, pero a ustedes, los que escriben, siempre les gustó enredar las cosas. En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es eso lo que usted quiere decir?

–Algo parecido a eso, Barbas.

–Pues podía ahorrarse tanto rodeo. En cuanto al señor Ortega ese, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. A la vuelta de diez años no van a quedar aquí tampoco media docena de perdices resabiadas. Se lo dice el Juan Gualberto.

–¿Por el ojeo, Barbas?

–Por el ojeo y por lo que no es ojeo.

El Juan Gualberto se acoda enfurruñado en las rodillas y sus pupilas se ensombrecen. Tras las colinas, allí donde se ha puesto el sol, el cielo toma un color encendido, rojo escarlata. Del tomillar llega otra vez la llamada del macho de perdiz. Por el cielo cruza, muy alto y bullicioso, un bando de calandrias que suben a acostarse entre los rastrojos del páramo.

El tono de voz del Juan Gualberto se hace confidencial.

–¿Quiere usted saber las perdices que se apiolan en este término con el reclamo de marzo a junio?

–¿Cuántas?

–Si le digo que un ciento de parejas seguramente me quede corto.

–¡Qué barbaridad!

–Qué barbaridad, eso digo yo, qué barbaridad. Y lo que yo me digo, eso del reclamo es como si a usted el día de la boda le aguarda el antiguo novio de su mujer con un trabuco detrás de la cortina. ¿Es eso caza, jefe?

Las barbas del Juan Gualberto, veinte años atrás, eran unas barbas macizas y negras, rígidas como las púas del erizo. Hoy, las barbas del Juan Gualberto son ralas y blancas, aceitadas como el pelo del castor. Él las acaricia con fruición, sin advertir la metamorfosis. Chupa, ahora, de la colilla como si en ello le fuera la vida. Luego mueve la cabeza de un lado a otro como con desesperanza:

–Mal camino, créame. Hágase cuenta además de que las licencias, que ayer eran diez, son hoy mil, y que con los automóviles y las motos y los «jepes» esos no queda mato por registrar. ¿Dónde se va a meter la perdiz?

El Cazador piensa que, si las actuales condiciones se prolongan, la perdiz española va a pasarlo muy mal. El campo se domestica, la destrucción de nidos queda impune, la caza de polladas a caballo en agosto y septiembre es un ejercicio normalmente aceptado, la matanza de perdices en la temporada de codorniz es un episodio cinegético sin importancia, los alaristas y lancheros actúan con la venia oficial...

–¿Tenía usted noticia, jefe, de que en Belver de los Montes agarraron quinientas parejas vivas para los americanos esos? Bueno, pues por si fuera poco, el lacero estaba autorizado a quedarse con las estranguladas. Imagine; en todo el término no se ha vuelto a ver un pájaro. Y va para cinco años.

El Juan Gualberto se incorpora y se echa las manos a los riñones. Las tres perdices muertas se balancean en su cintura. El Sultán da dos vueltas en torno suyo observando sus movimientos. El Juan Gualberto se estira poco a poco pero no llega a hacerlo del todo. Sus setenta años le pesan en las paletillas. El crepúsculo es quedo y transparente. Abajo, en la nava, las chimeneas de las casitas de adobe alientan ya en torno al Castillo.

–Se nota el relente. Vamos bajando.

El Juan Gualberto y el Cazador toman un camino de herradura. La escarcha empieza a rebrillar en las rodadas. De vez en cuando, el Barbas se detiene:

–Si lo que quiere su amigo, el señor Ortega ese, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. Para entonces todo escoñado. Y si no, al tiempo.

El Juan Gualberto, el Barbas, camina un poco encorvado, la escopeta colgada de un raído portafusil, pero sus zancadas son firmes, de una decadente pero bien llevada dignidad. La escarcha desciende mansa, calladamente sobre el páramo, y de vez en cuando crepita levemente el rastrojo. En la punta de la nariz del Juan Gualberto empieza a formarse una gotita minúscula, transparente, que, al cobrar volumen, rueda entre sus bigotes, como una gota de rocío.

–Digo, Barbas, que aún los cotos pueden salvar la perdiz.

El Juan Gualberto escupe recio, sin detenerse. El Juan Gualberto escupe por el hueco que le queda junto al colmillo izquierdo, en el maxilar superior. El Cazador no sabe aún lo que el escupitajo del Juan Gualberto entre los relejes helados quiere decir. El Sultán, sin embargo, olfatea obstinadamente en el barro, allí donde el escupitajo del amo ha hecho blanco.

–Los cotos, ¿sabe lo que piensa un servidor de los cotos?

–¿Qué, Barbas?

–Que me gustarían si el Juan Gualberto pudiera entrar en ellos.

El camino alcanza el borde de la vaguada y abajo parpadean tímidamente las cuatro bombillas del pueblo.

–Mire usted, jefe, en los cotos cría tan ricamente la perdiz, cierto. Pero las cuatro que crían fuera también se meten en ellos de que suenan cuatro tiros. ¿Puede decirme qué saca en limpio, con los cotos esos, el Juan Gualberto?

El ideal cinegético es incontestablemente el ejercicio de la caza en libertad: hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre. Y así fue como la caza se ejercitó en los primeros tiempos de la historia. Pero aquella época era otra época. El hombre cazaba para alimentarse pero también para defenderse. El hombre, centrado en una naturaleza hostil, estaba en condiciones de inferioridad con sus armas rudimentarias. Mas las circunstancias fueron cambiando. Los hombres se extendieron, progresaron, dominaron la tierra. Al arco sucedió el fusil, y a la naturaleza abrupta y hosca sucedió el campo productivo, la tierra domesticada. Al propio tiempo que el hombre se multiplicaba, la caza disminuía y, ante tal contingencia, fueron surgiendo las trabas y cortapisas. La caza empezó a dejar de ser un hecho natural y pasó a ser un hecho reglamentado. El hombre perdía su libertad, es decir debía someter su impulso cinegético a un control personal y a un límite de tiempo. La naturaleza dejaba de ser libre y aparecieron los cotos y los vedados. El animal dejaba, asimismo, de ser libre desde el momento en que su acoso se sujetaba a un límite de

tiempo y lugar y su multiplicación se activaba artificialmente. En una palabra, surgió la ley con sus papeles para evitar que en este duelo hombre-animal, tan viejo como el mundo, el segundo terminara por extinguirse, y, con ello, el hombre-cazador pasara a ser un recuerdo histórico.

–Pues yo digo, Barbas, que de no ser por los cotos, a la perdiz ya podíamos cantarle un réquiem. Y de la liebre, mejor es no hablar.

Las perdices que cuelgan de la cintura del Barbas se bambolean y, a cada paso, sacuden su trasero enjuto. La gota que se desbordó por sus bigotes se ha fraccionado en minúsculas partículas y sus pelos brillan ahora como los tallos truncados de los rastrojos.

–Ése es otro cantar, jefe. Pero yo digo, el terreno libre nunca debe ser más chico que los vedados. Y al paso que vamos el Juan Gualberto tendrá que cazar en el tejado de su casa. ¿Es cierto esto o no es cierto?

El proceso de la caza ha culminado en nuestro tiempo con la democratización de este deporte. En las edades pasadas se reservaba la caza para el señor. El señor –o lo que se entendía por tal– dedicaba sus ocios a la caza para conservarse en forma para la guerra. El plebeyo, entonces, no era sino un morralero. Hoy la caza se ha popularizado. Esto no quita para que continúe habiendo cacerías más o menos aristocráticas, pero el derecho de cazar debe ser defendido y protegido no sólo pensando en aquéllos sino en el último peón de la jerarquía social. La hora de los privilegios está agonizando y todos debemos esforzarnos para que sea lo más breve posible.

El Cazador debe anticipar que al hablar de abolir privilegios no aboga por una proscripción sistemática de cotos y vedados, sino por que la extensión de éstos sea suficiente para facilitar la procreación de las especies, pero no tan dilatados que conviertan el derecho del pueblo para ejercitar la caza en una quimera.

–¿Quiere saber usted qué haría yo si fuera Franco algún día?

–¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto se pasa por los bigotes el envés de la mano y con un rápido ademán apaga las puntitas incandescentes de sus pelos.

–Pues mire usted, si yo fuera Franco algún día, pondría un coto aquí y otro allá. Pero cotos de verdad, ¿comprende? Unos cotos cerrados para todos, con una guardería fina, donde no se diera entrada ni al Espíritu Santo. Así la caza criaría desahogada y todos contentos; los pobres y los ricos.

Tras la pelada muralla de los tesos, asoma un cuerno de luna. Es una luna anaranjada, friolenta, que imprime forma y consistencia a la bruma que sube del arroyo.

El goce más completo para el Cazador estriba en derribar una perdiz en terreno de nadie. Los cotos, dígase lo que se quiera, dejan siempre un poso de amargura. Aquellas piezas, tal vez cobradas en abundancia, «son de alguien», «tienen un dueño», no son enteramente silvestres. Quiérase o no, el coto emana un tufo de privilegio y lo que uno haga dentro de él es fruto de una concesión. Por otra parte, y como consecuencia de esto, la pieza de coto trasciende domesticidad, se le antoja al Cazador enervada y vacilante; carece, en resumen, de la estupenda bravura, pongo por caso, de la perdiz de ladera, rodeada de mil peligros, ágil y nerviosa, siempre al acecho.

–Además...

–¿Es que hay más, Barbas?

–Aguarde. Luego traería a los extranjeros esos para exterminar las alimañas. Ellos lo pasarían en grande y nosotros agradecidos. ¿Sabe usted que un águila con crías necesita por lo bajo tres perdices diarias o liebre y media para alimentarlas? No le digo nada del turón, la urraca o el raposo. Ésos no se sacian nunca de comer.

–Pero, Barbas...

–Aguarde, jefe, aún no he concluido. Luego diría, los furtivos a la cárcel; el que mate una perdiz en veda, fuera la escopeta y fuera la licencia. Y si quiere seguir cazando que las corra a pie. ¿Cree usted que si la guardería empezase a retirar licencias estas cosas se iban a repetir? Ya ve usted, sin ir más lejos, este año en Villagina, los cazadores del pueblo, de que se abrió la codorniz, dale con la perdiz hasta que acabaron con ella. Y yo le decía al Mamerto: «¿Es que estáis locos, Mamerto?». Y el Mamerto decía: «Más vale así que no que nos las maten los de fuera». A ver, ellos se recordaban de lo del autobús ese y se comprende.

El Juan Gualberto parte un dedo con otro dedo y concluye:

– Perdices así se cogieron en agosto en Villagina. Ni lo que un gurriato abultaban, que hasta mentira parece.

La noche se ha echado del todo y, cuando el Barbas calla, se sienten las pisadas sobre los relejes helados. La luna levanta con prisas, como si quisiera terminar cuanto antes su recorrido. El Cazador olfatea ya el aroma a paja quemada y el Sultán inicia un trotecillo camino adelante hasta que se pierde en la oscuridad.

–Déjese estar, Barbas, la perdiz es dura.

–¡Coño, jefe, duro es el hierro y se mella! Y, si no, mire los caños de mi escopeta.

Las callejas del pueblo, con los relejes hinchados, bordeados de estiércol, están desiertas y silenciosas. En la esquina, la taberna de la señora Elisea bulle de animación y, cada vez que se abre la puerta, las palabras calientes forman un vaho dulce y confortador en la noche. A

mano derecha, pegando a la iglesia, está la casa del Barbas. Es una casita molinera, de adobe, con dos pequeñas ventanas y la boquera de la cuadra al lado. El Juan Gualberto, el Barbas, se recuesta en el dintel antes de entrar.

–Aún nos queda un consuelo, Barbas. ¿Sabe usted que en algunas granjas están criando perdices como quien cría gallinas?

El Juan Gualberto escupe con fuerza, con despecho, con una mal reprimida irritación.

–¡Perdices de gallinero! ¡Lo que nos faltaba! ¿Es que cree usted que la perdiz de una ladera que yo me sé puede fabricarse en casa?

–Dicen que se aclimatan bien, Barbas.

–Se aclimatan, se aclimatan… Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡Eso es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio!

Del baile –una cuadra encalada– frente a la taberna de la señora Elisea, llega una musiquita un sí es no es triste y como abortada. Por encima de ella retumba, de pronto, la voz de la Celsa, una voz áspera, gastada, que se amplifica en el desnudo zaguán y rebota en la calleja oscura.

–¡Juan Gualberto! ¿Es que te has dormido, di?

El Juan Gualberto mueve la cabeza de un lado a otro parsimoniosamente. Mira de frente al Cazador y señala la puerta con el pulgar:

–Ellas no se acostumbran. Tienen celos siempre.

–Ya.

El Juan Gualberto, el Barbas, se descuelga la escopeta y la toma del guardamanos. Se queda unos instantes quieto, como pensativo:

–¿Sabe usted qué me decía ella, la Celsa, allá por el año diez a poco de casarnos?

–¿Qué, Barbas?

El Juan Gualberto sonríe resignadamente; levanta la mano izquierda y toca con ella el hombro del Cazador.

–Oiga, jefe, no lo va usted a creer, pero de que ella, la Celsa, me veía así, con la canana a la cintura y el morral a las espaldas, se me ponía blanca como la cera y me decía: «¿Otra vez? ¿Pero puede saberse qué tienen las perdices que no tenga yo?».

El Barbas cabecea de nuevo sin dejar de sonreír. Se inclina sobre la hoja inferior de la puerta y descorre el cerrojo. Al cabo, se vuelve.

–Y bien pensado –dice– no le faltaba razón. ¿Quiere usted decirme, jefe, qué tienen las perdices que no tengan ellas?

–Hombre, Barbas…

El Juan Gualberto empuja la media hoja de la puerta y ya en el oscuro zaguán se toca con un dedo el vuelo de la boina y dice

formulariamente:

–Con Dios.

Con la escopeta al hombro

1970

Dos palabras

A menudo el creador alude a la dicha, a la felicidad de la creación, aunque yo debo reconocer que rara vez me siento dichoso escribiendo, bien porque vivo la angustia del tema que desarrollo, bien porque la inadecuación entre lo que quiero expresar y lo que realmente expreso me conduce a la perplejidad y al hastío. Es decir, necesito escribir pero no soy feliz escribiendo, porque inevitablemente no sólo me quedo corto sino que, consciente de mis limitaciones, advierto mi incapacidad para enderezar lo torcido.

Esto no me sucede cuando escribo de caza. Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cazando me siento libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación, torno a sentirme libre y, por no operar, no opera sobre mí ni la coacción de la forma expresiva.

Escribir este libro ha constituido, pues, para mí un placer. Una vez aceptada la cálida hospitalidad de José María Hernández en *El Noticiero Universal,* todo ha sido coser y cantar. Mis cacerías semanales, la carta de un amigo, una noticia, la discusión del proyecto de ley de caza, me facilitaban temas en abundancia, tantos, que la única dificultad ha sido en ocasiones la selección.

De otra parte, el hecho de haber escrito por entregas o, como quien dice, cara al público, me ha deparado la satisfacción de tomar contacte epistolar con otros cazadores –preferentemente catalanes– quienes, semana a semana, con una constancia que les agradezco, han ido apostillando, corroborando o desmintiendo, mis conclusiones. Así ha sucedido, por ceñirme a unos cuantos casos, con la correspondencia relativa a la invasión del campo por la técnica, la resurrección del conejo y la nueva ley de caza. Particularmente interesantes me resultan las cartas y fotografías de don Onofre Camp sobre la recuperación del conejo en Cataluña y el área pirenaica, y especialmente divertidas las de don Damián Ribas, cuyo proverbial sentido del humor le llevó a sacar punta al debate sostenido en las Cortes en torno al lobo. Al parecer, según me cuenta Ribas desde Barcelona, el teletipo de un periódico catalán escribió por error «loro» en lugar de «lobo», con lo que la peregrina discusión fue subrayada así hasta la evidencia: «El procurador don Fulano de Tal sostuvo con firmeza que el *loro* es pieza de caza mayor y no alimaña». En fin, así

vamos pasando el rato. Lo cierto es que el gran número de cartas recibidas –que he procurado contestar puntualmente– o bien me han estimulado, o bien me han sugerido nuevos temas, o bien me han inducido a replantear ciertos problemas bajo un prisma diferente. Gracias, pues, desde aquí a mis espontáneos comunicantes, a quienes me place dedicar esta obra, ya que de un modo tan desinteresado y directo han participado en su elaboración.

Lo antedicho ya sugiere y excusa la inexistencia de método en este trabajo. La preocupación por el método embaraza y yo no puedo cazar ni escribir sobre caza embarazado (cosa, por otro lado, bastante explicable). Sobra decir, para terminar, tratándose de un libro mío, que una vez más –si que cada vez con más menguadas esperanzas– mi pluma se ha movido activada por tres impulsos esenciales: romper una lanza en favor de la caza democrática, defender el deporte de la caza en su prístina pureza (en mano, con perro a la vera) y, por último, tratar de persuadir a las altas esferas del riesgo que amenaza a nuestras especies (hablo de los terrenos de todos) y de la necesidad de partir, para una presunta futura repoblación, de lo que hoy existe y no de lo que pueda *ponerse.* Decididamente, la caza *puesta* no nos interesa a los cazadores fetén.

M.D.
Marzo de 1970

La temporada de codorniz

Con este pájaro, todos los años se repite el cuento, lo que quiere decir que el cuento de la codorniz, como el de la buena pipa, es el cuento de nunca acabar. Mi memoria cinegética, con profundidad de treinta años, apenas registra temporada en que la codorniz subiera a modo, esto es, a gusto del consumidor. Claro que en estos avatares de la caza el consumidor suele mostrarse muy exigente y si dispara cuatro cohetes, pide seis, y si le dieran la posibilidad de tirar seis, reclamaría doce. Con las perchas se muestra uno egoísta, como dicen en mi pueblo a los ansiosos. El caso es que, este año, codorniz subió poca, siquiera no falten quienes afirman haberse divertido en tal o cual punto, cosa admisible, puesto que en esto de la caza de la codorniz todo estriba en tener la suerte de agarrar un corro o sorprender una pasa. (Los meseteros estamos ya habituados a que los bien informados nos traigan como un zarandillo con la garantía de que «ayer los pájaros salían en X de seis en seis» o de que «otro y yo, en Z, a las dos horas, ya andábamos sin cartuchos», afirmaciones sinceras la mayor parte de las veces, ya que en esta época, iniciadas las migraciones, uno puede irrumpir inopinadamente en el rastrojo donde pernoctó el bando y a la mañana siguiente no quedar allí una para contarlo. Tal cosa es frecuente en septiembre y, si agosto viene frío –como ha venido este año, doblado el mes, con temperaturas de tres grades en los páramos– y la pollada ya está crecida, en agosto también.) De modo y manera, que el que uno la goce en las hazas de los altillos mientras a otro le crece la barba en los bajos, o a la inversa, es el pan nuestro de cada día en este menester.

La codorniz, como es sabido, es ave caprichosa; pero ni su veleidad, ni los fríos agosteños, que más o menos desabridos suelen darse todos los años, justifican por sí solos su escasez esta temporada en la mitad norte de la península. Y, puesto a buscar razones de más enjundia para explicar aquélla, yo me iría a los otros fríos, esto es, a los largos fríos de primavera que este año se prolongaron hasta la segunda decena de julio, época en que los pollos en años normales andan ya apeonando por los rastrojos. O sea, la codorniz que se mueve, la codorniz digamos veraneante, que cada vez es menos, y que inicia sus divagaciones en primavera, no precisó esta temporada subir mucho para hallar frescura y un lugar adecuado para la cría. En pocas palabras, la mayor parte de la codorniz debió aposentarse en las siembras andaluzas o

extremeñas, y fueron las menos las que se llegaron a la meseta norte, más alta y, por ello, notablemente más fresca. Esta sospecha se acentúa moviéndose por las hazas de las tierras altas de Burgos y de Palencia, en las que, ya metidos en septiembre, se encuentran polladas de siete o quince días, lo que significa que la codorniz crió este año por estos pagos con notorio retraso.

Mas existen otras razones para que la inmigración primaveral de codornices sea cada año menos nutrida en Castilla, a saber, la concentración de parcelas que, aunque a paso de tortuga, va borrando los linderos de los campos; el aprovechamiento de tierras marginales, la sustitución de cultivos de trigo por cultivos de cebada –menos querenciosos de esta avecilla– y el perceptible incremento de ganado lanar, que deja hollados y polvorientos los rastrojos a las pocas horas de la siega. En una palabra, a medida que el artificio y la organización se asientan en el campo, el cazador tiene menos probabilidades de divertirse.

Todo esto, unido a la proliferación de escopetas, reduce lo que los franceses llamarían *chance* del pájaro, de tal modo que en tierras de Santa María del Campo (Burgos), que, aparte la iglesia y la muralla, ofrece abundancia de caza y rastrojos, uno no disparó la escopeta a los tres días de abierta la media veda, caso insólito en un terreno acotado que el día de la apertura dio aproximadamente setecientas cincuenta codornices repartidas entre seis u ocho cuadrillas por un total de treinta escopetas. ¿Qué puede suceder para que unos pajonales ricos ayer en pájaros no den uno a los dos días de la masacre? A esta pregunta me respondía, con propiedad, mi consocio, el molinero señor Calleja, vecino del lugar:

–Mire usted, al margen de las perchas curiosas del primer día, si considera usted que los arroyos bajan secos, o sea, no bajan; que las lindes son cada día menos y más ralas, y que los rastrojos, de por sí escuetos, son arrasados por los rebaños, nada puede extrañarnos que la codorniz tome las de Villadiego, se suba a la paramera de la noche a la mañana, y si te he visto, no me acuerdo.

Y, en efecto, la poca codorniz que uno ha visto este año por los pagos de León, Palencia y Burgos, la ha encontrado en los altos, donde se concentran las de los vallejos y vegas y las que arrumban al África de retirada. Estos pájaros no se sienten aquí a la intemperie, pues aparte los mohedales, pimpolladas y perdidos de brezo de los bordes, aún se encuentran, en pleno septiembre, con un importante número de parcelas sin segar, ya que las nubes se agarraron este año a las crestas desde mediados de agosto, y entre el agua y el rocío, el grano, inflado en la espiga, se resiste a separarse de la argaya y el cascabillo, con lo que la cosechadora apenas puede hacer vida de él. En suma, el infortunio del labrador –que a estas alturas, con las cosechadoras

atolladas, está pensando en abandonar el cereal pinado en el campo– ha permitido que la poca codorniz que subió este año permanezca –pese a los fríos y lluvias de las últimas semanas– unos días más entre nosotros para consuelo del cazador, por más que las rayas de lo pinado signifiquen para él –para el cazador– una nueva versión del suplicio de Tántalo.

La codorniz en la mesa

Ni los cazadores ni los no cazadores se ponen de acuerdo sobre cuál, de entre todos los animales cazables, es el mejor, el más delicado y apetecible en el plato. La becada y el pato a la naranja son aves con buena prensa, muy merecida por otra parte, pero yo puedo afirmar, tras una encuesta a nivel doméstico, que es la codorniz quien se lleva la palma. La codorniz en sus mil variantes culinarias es animal que nunca da el pego, que, como los tentetiesos de nuestra infancia, es un bichejo que, se haga con él lo que se haga –hablo de la cocina–, siempre queda de pie. Únicamente puede fallar el guiso debido a la edad del pájaro, pero una olla con dos docenas de codornices normalmente no nos deparará más de dos o tres ejemplares musculados por los años y el ejercicio. Por lo demás, la codorniz es ave tiernísima, de unas carnes prietas –de muy matizado sabor– que se desprenden del hueso sin más que una ligera presión de labios. Basta observar el insignificante montón de huesecillos que deja un pájaro de éstos para comprobar que la codorniz es el ave comestible por excelencia; ave que apenas deja cenizas o, si lo prefieren, es, de los que conozco, el único pájaro que en lugar de huesos tiene espinas (y ustedes ya me entienden).

Con frecuencia, el profano, que no sabe de las delicias que este pájaro singular depara en el rastrojo y en la mesa, menospreciará a la codorniz por su tamaño, a lo que el codornicero fetén replicará sin demora: «Aguarde usted a que caigan cuatro gotas». Porque es un hecho comprobado que el mágico metabolismo de la codorniz le permite transformar el agua en manteca prácticamente en veinticuatro horas. De aquí que entre la codorniz agosteña y la septembrina haya una distancia; la primera es magra, de pechugas prietas y alargadas y caderas escurridas, es decir, su contextura, diríamos, es atlética. Basta un chaparrón que empape el grano para que la grácil avecilla pierda su figura lineal y elástica y se convierta en un rollito de manteca, de anatomía indiferenciada. Su metamorfosis es completa y vertiginosa. La lluvia, pues, es grasa para este pájaro. Y esta grasa, unida al variado repertorio de su dieta (cualquiera que sienta curiosidad por la alimentación de esta ave no tiene sino que analizar los ingredientes que se mezclan en su buche: trigo, centeno, cebada, avena, semillas de plantas rastreras, insectos, hierbecillas, etc.), nos da esa prodigiosa gama de matices tan difícil de registrar literariamente. Hablo, claro es,

de codornices silvestres, ya que la industrialización de este pájaro ha inducido –con éxito– a su cría artificial, cría que tengo entendido iniciaron los japoneses y ahora se copia en todas partes. Esta cría y engorde se hace a base de inmovilidad y piensos compuestos, con lo que una vez más se sacrifica la calidad a la cantidad. Para que una codorniz sea sabrosa, su ceba debe ser natural y a base de una dieta espontánea y variada y, por supuesto, sin sacrificar su libertad para que el animal divague sin impedimentos.

Los islotes de grasa acumulados bajo la fina epidermis de la codorniz hacen de su desplumadura un ejercicio delicado, ejercicio que, cuando se realiza en equipo (el pelado de la codorniz, siendo tantos los pájaros necesarios para hacer plato, y tan abundante su pluma, es prudente dividirlo para efectuarlo a conciencia), conviene someterlo a una experta dirección. De otro modo el desgarrón –avería de muy difícil arreglo– se producirá inevitablemente. Para evitarlo, la celeridad que permite el desplumado de alas, espalda y obispillo, ha de ser refrenada al alcanzar la larga pluma que cubre muslos y caderas y, en particular, la gorguera y el buche. En estas zonas, la desplumadura debe efectuarse pluma a pluma, protegiendo la piel con el dedo pulgar de la mano izquierda. Esto, que parece una tontería, deja de parecerlo cuando uno se enfrenta con uno de estos pájaros y se ve en trance de desnudarlo.

La codorniz bien pelada, despojada de la última vellosidad mediante una chamusquina de llama de alcohol, queda dispuesta para la cocina. Y es aquí, como dije, donde el pájaro autoriza todo tipo de giros culinarios y veleidades. El tropiezo, como dije, es difícil. Yo recuerdo, por ejemplo, la suculenta receta de mi madre: los pájaros, redondeados por las mantecas, se envolvían, uno a uno, en lonjas de tocino y, luego, en hojas de parra que se sujetaban pacientemente con un hilo. Hilos y hojas desaparecían en el momento de ser servidas, tras un concienzudo asado al horno. No hay que describir la untuosidad, la suculencia de una salsa conseguida a base de la fusión parcial de las grasas del bicho y del abrigo de tocino, a las que ponía un contrapunto vegetal el jugo de las hojas de parra. Aún recuerdo cómo la torre de ocho panes de kilo que entraban diariamente en mi casa iba decreciendo ante las exigencias de aquella salsa que no podía ser desdeñada.

Mas esto de coser las codornices, arroparlas con abrigo e impermeable, constituía un ejercicio culinario paciente, inimaginable en nuestra época, hecha de prisas y de improvisaciones. El paso del tiempo también se percibe –y quizá con mayor dureza que en otros lugares– en la cocina. Con esto quiero sugerir que mi mujer ha sustituido el asado de la codorniz, con toda la impedimenta descrita, por un estofado a base de una cama de cebolla, ajo, perejil, laurel y

aceite –todo en crudo– sobre la que van depositándose los pájaros, salados uno a uno. El resultado es también exquisito, y, por supuesto, nada pierde si se le añaden unos champiñones o, como he visto recientemente en San Sebastián, unas uvas de moscatel.

La codorniz, en suma, es ave golosa, tanto que cuando falta en los pajonales se la busca en la incubadora. Y si no que lo diga ese pollero de Burgos que el primer día de la temporada vendió a los cazadores norteños, que regresaban de vacío, dos mil piezas. La ocasión de lucir una buena percha y de obsequiarse con un sabroso estofado no debe despreciarse y, si el campo no da pájaros, nada tiene de particular que se busquen en la pollería, siquiera, como apuntado queda, entre pájaro doméstico y pájaro silvestre exista una distancia considerable.

La caza de la ganga

La ganga es uno de los pájaros más misteriosos e insociables –en su relación con el hombre– de nuestra fauna. Por sabido yo no hablo para ornitólogos, sino para vagabundos, cazadores y trotapáramos. Y para éstos, la ganga es antes un ruido –o si se prefiere una gangosa modulación– que una presencia. O sea, que si a la ganga se la oye poco, todavía se la ve menos. Se trata de un ave que nunca se le arrancará al cazador –ni larga, ni corta– a su paso, sino que está ahí, en el aire –en el cielo neblinoso principalmente–, y emite, de cuando en cuando, un gargarismo cadencioso –*gaag, gaag*– mediante el que se delata. De otro modo, muchos cazadores y hombres de campo consumirían su vida sin percatarse de que la ganga es una realidad.

Empezando por su denominación, la ganga constituye un semillero de equívocos. En tierras burgalesas se la conoce por el nombre de chorla, mientras en tierra de pinares vallisoletana he oído llamarla churra. El desacuerdo continúa a la hora de identificarla, ya que a menudo, incluso entre gentes que se precian de pajareras, se la confunde con la ortega, ave tan esquiva e invisible como la chorla, pero de más bulto, vientre oscuro y propensión a las salinas y lavajos. La ganga frecuenta las tierras áridas y según los entendidos anida en el suelo (yo nunca vi un nido de ganga), y su plumaje, bastante rico dentro de la gama del castaño, es mimético con las tierras meseteras, indiferenciable, a cierta distancia, en los barbechos. A mi ver, la ganga tiene algo de paloma y algo de perdiz; en cualquier caso, las patas, cuello y pico cortos le imprimen una contextura maciza que, incluso en vuelo, produce una sensación de firmeza y robustez.

Otro de los grandes misterios de la ganga es su alimentación. Tan es esto así, que mi buen amigo Ramón Coronado, que sabe de pájaros más que la madre que los parió, está preparando su tesis doctoral sobre la dieta de estos bichos. Su paciencia –la de Ramón Coronado– es tanta que lleva años metido en el empeño y, si uno sale a cazar gangas con él, en el reparto de piezas no se reserva otro botín que los buches y mollejas de las presas. De esta forma, Coronado lleva ya analizados los bolos alimenticios de centenares de pájaros, con lo que es de esperar que, al menos en lo que atañe a su comida, el misterio de la ganga no tardará en desvelarse.

Topar con uno de estos bichos a tiro de escopeta es un lance de fortuna, tanto que yo, que me he pasado un tercio de vida en el

campo, no he visto derribar, en mano galana, más que dos, una a mi hermano Adolfo, allá por los años cincuenta, en tierras zamoranas de Cañizo, y otra a mi hijo Germán, de la parte de Tordesillas, hace escasas temporadas... Ambas fueron abatidas en mañanas de niebla alta, de esa niebla que sin ser cerrada estorba la visibilidad y desconcierta a los pájaros.

De forma que lo poco que uno sabe de las gangas es que son independientes y escamonas y que en las mañanas de calor –en julio y agosto– bajan a beber y a bañarse a las lagunas y fuentes y, luego, buscan unos revolcaderos de su gusto para secarse. De modo y manera que si la ganga no sale cuando uno va con la escopeta al hombro, habrá que esperar a que entre, que ésta es la añagaza inventada por el hombre para hacerse con aquellos bichos cuyos hábitos y prevenciones los hacen prácticamente inabordables. Así, para cazar unas gangas sobran las piernas y los pulmones; basta con apelar a nuestro sentido de observación y estudiar detenidamente sus bebederos y revolcaderos habituales; esto es, sus querencias.

Yo recuerdo haber hecho mis primeros pinitos a la ganga siendo todavía un rapaz, mediada la década de los treinta, con los hermanos Igea, dos excelentes muchachos que la guerra se llevó. En aquel tiempo bajábamos de mañana a los lavajos del Raso, en Boecillo, a pocos kilómetros de Valladolid. Nuestra inexperiencia cinegética era entonces de tal monta, que disparábamos alevosamente a calzón quieto, mientras los bichos bebían, sin el menor asomo –que todo hay que decirlo– de remordimiento. Después fui aprendiendo a ocultarme entre los carrizos, a fundirme con el campo, de forma que la ganga pudiera ponerse a tiro y tratar así de abatirla en vuelo. Esta modalidad de tiro recata sus dificultades y constituye un magnífico pasatiempo en las mañanas estivales. Para ello hay que meterse en el tollo con el sol y retirarse a media mañana. (De ocho a once son las horas preferidas por la ganga para efectuar sus pediluvios.) Una vez que el cazador ha disimulado su presencia, no cabe otra cosa que echarle paciencia al asunto, aguardar ojo avizor, supuesto que la ganga no llega, irrumpe, es decir, las más de las veces, si el animalito no canta, surge de buenas a primeras por encima de nuestras cabezas, por detrás o por delante, y es posible que no nos facilite más que una sola oportunidad de derribarla, bien porque, pese a nuestras precauciones de camuflaje, nos divisa, bien porque, si el bebedero no es muy localizado, termine por amerizar lejos del tollo donde la aguardamos. Como, además, el vuelo de la ganga es brioso y rápido, el pájaro tiene más que matar de lo que –dadas las condiciones del aguardo– podría suponerse. A estas dificultades hay que añadir otra, aparentemente paradójica, pero que en mi caso no lo es: que en lugar de una ganga, vengan tres o vengan seis, ya que la ganga, sin ser animal de un

gregarismo exagerado, propende a asociarse con sus congéneres, bien que, salvo cortas excepciones, de manera moderada, en bandos de cuatro a ocho individuos. La irrupción simultánea de varias aves provoca en uno, de inmediato, la vacilación para elegir blanco, vacilación de segundos, claro está, pero suficiente, las más de las veces, para que la oportunidad se pierda y el bando se marche a criar sin sentir siquiera el espolazo de la detonación.

La espera es de resultados muy desiguales y, naturalmente, más generosa cuanto más aprieta la canícula. Por regla general, en zona ni muy pródiga ni muy roñosa, en un día ni muy frío ni muy caliente, es normal colgar de seis a doce pájaros después de partir los cartuchos con el campo.

Esta caza veraniega y matutina ofrece sobre otras una gran ventaja: ser testigo mudo –sin hambre, ni sed; sin fatiga, ni calor– del despertar del campo en los días y las horas de mayor plenitud. Este desvelamiento paulatino de la naturaleza –más animado si en la charca a cuya vera montamos el tollo anidan los parros– no da ocasión al aburrimiento, y aunque las gangas no bajen ni al baño ni al secadero, siempre cabrá decir lo que diría el otro: «Que nos quiten lo bailado».

Zorreando en el Arlanza

Aprovechando la media veda y velando por el desdoblamiento sin sobresaltos de perdices y conejos, hemos dedicado una tarde a zorrear la margen derecha del Arlanza, un soto angosto pero muy denso, junto a Escuderos, término municipal de Santa María del Campo, dirigidos por la experiencia de dos consumados venadores: el molinero Enrique Calleja y José Luis Montes, un hombre que mudó los dientes corriendo polladas por los majuelos.

¿Zorreamos un rato?

–Vamos a zorrear.

Si el señor Calleja, el molinero, o José Luis Montes, hombre de asfalto que no ha perdido –¡y Dios se lo conserve muchos años!– su apetito montaraz, dicen que a zorrear, o que a huronear, o que a mover las perdices, se produce en los aledaños del molino –portalón, sotechados y corralizas– un movimiento canino inusitado. Enrique Calleja es cazador que entiende el oficio, y si con un ojo vigila la molienda, con el otro otea el cielo, o los tesos, o el río. Y súbitamente, como suelen ocurrir estas cosas, Enrique Calleja, el molinero, siente la llamada del campo y, sin más, trueca los trebejos de molinero por los trebejos de cazador –o de pescador– y se larga al campo. Imagino que Enrique Calleja no ha leído a Marcuse, pero su cabeza entrecana, protegida por la boina negra espolvoreada de harina (o sea, entrecana también), intuye que la represión del instinto silvestre no es en modo alguno recomendable. Y es suficiente que el señor Calleja diga «a zorrear», o que agarre la canana y la escopeta sin decir palabra, para que los nueve perros del molino, dóciles y cansinos de ordinario, entren en una nerviosa agitación.

Los perros del molinero, no es porque yo lo diga, son cosa de libro. Allí hay un pastor alemán, un setter, un pointer, varios galgos, un ratonero y dos perdigueros de Burgos, y, sin embargo, no hay castas. Quiero decir que si Enrique Calleja tuviera que elegir compañía –un solo compañero– para cobrar unos gazapos, desdeñaría probablemente a los canes de caza y marcharía con la Morita, una perrita ratonera que en apariencia no vale un real y, sin embargo, trabaja los conejos como los ángeles. Y si lo que se propone es tirar a los patos, lo mismo echa mano del Lobo, un pastorazo alemán que, en teoría, no caza, pero se zambulle en las aguas del Arlanza sin un mal gesto. Mas, de ordinario, el molinero no establece limitaciones a sus perros, y si sale

al campo le basta con emitir un tenue silbido desde la ventanilla para que la Mora, la Morita, el Zar, el Buey, el Rifle, el Roy, el Lobo emprendan una loca carrera tras el automóvil, galopada muy útil para desfogarlos y meterlos en cintura a la hora de la verdad.

Sorprende este dinamismo en la jauría del molinero, ya que, como dije, los perros de Enrique Calleja, en contra de lo que suele ser frecuente en granjas y cortijos, son animales pandos y sosegados, de forma que el forastero puede arrimarse al molino sin un gruñido ni una mirada torva. La actitud cívica de los canes del molinero es una actitud ejemplar. Dichos perros no parecen españoles; su instinto de agresividad es mínimo. Observo en ellos una apacibilidad de rumiantes, una sumisa mirada bovina por demás tranquilizadora. Más tarde me advertirá el molinero que buena parte de su dieta alimenticia se compone de harina y salvado, de lo que podremos deducir que un animal –y no olvidemos que el hombre lo es–, dejando de lado los genes y el medio, es lo que come. Sería cosa de estudiar la dieta de los españoles para tratar de remediar su inveterada propensión al cainismo. Pero si el señor Calleja dice «a zorrear», raro será que el zorro falle. En estos asuntos cinegéticos, el señor Calleja sabe dónde se mueve. A veces, el molinero se asoma desde la ventana del molino a las aguas del Arlanza, da una fumada a su pitillo, entrecierra los ojos y dice tranquilamente:

–Ese barbo pesa más del kilo.

Y si alguien le lleva la contraria, el molinero, valiéndose de buenas o de malas artes –que esto no hace al caso–, atrapará el pez en un decir Jesús y lo pondrá en el platillo de la balanza.

–Kilo y cuarto –dirá escuetamente.

Porque el señor Calleja desconoce la jactancia y jamás abusa de su experiencia en apuestas que versen sobre el campo y sobre las criaturas que lo pueblan. Enrique Calleja sería un franciscano perfecto si su debilidad gastronómica no le empujara hacia el estofado de perdices o las truchas a la navarra. Tampoco es hombre de zancadillas el señor Calleja, y si ve a algún despistado armarse de horquilla y reteles para dar un tiento al arroyo Franco en un día de viento sur, le advertirá noblemente:

–Oye, tú, ¿quieres que te diga una cosa?

–¿Qué?

–Que podrías ahorrarte el viaje.

El molinero sabe de requetesobra que el cangrejo sale con el norte tras un día de calorina, conoce los lugares donde crece la ova para la carpa, manipula el pez muerto y le hace «vivir» para atrapar a la trucha de cuatro kilos (luego le retratan en los periódicos de Burgos), desconfía de las laderas sur en las pasas de codorniz, barrunta los

encames de la liebre de acuerdo con el estado del tiempo, conoce, en fin, por las espumas del Arlanza, cuándo amaga la lluvia.

–¿Zorreamos un rato?

–Vamos a zorrear.

El Zar, el Roy, la Mora, la Morita, el Buey, el Rifle, el Lobo compiten en la cinta gris con el 124 de Luis Pulpón. A poco, Enrique Calleja coloca a las escopetas en los pasos del soto («la primera bien arrimada al río, que una vez a Aldo Evangelisti se le largó nadando, el marrajo de él, sin hacer ni caso de los cinco tiros de la repetidora») y dirige luego a los batidores armado de una lata de gas-oil, en la que redobla estrepitosamente con dos guijos que ha cogido en la cascajera. De vez en cuando, mientras avanzamos, cesa el redoble y me hace una advertencia o me da una información:

–El raposo tiene las bocas ahí arriba, en la ladera, pero en días como hoy busca la frescura para la siesta.

La Morita, el Zar, el Buey, el Rifle rastrean entre los tamarindos, los sauces y las mimbreras, y de pronto la Mora, la vieja Mora («ahí donde la ve, lo mismo tiene quince años»), se arranca en unos ladridos espaciados, de rara solemnidad.

–Si la Mora late ya sacó la zorra, eso por descontado.

Aumenta el griterío, mas los aullidos del animal se han desplazado ahora a nuestra espalda.

–¡Ya nos toreó el tunante de él! ¡Me cago en la madre que lo parió!

Enrique Calleja, el molinero, redobla en la lata enmohecida con furor creciente, y de súbito, en el profundo silencio de la ribera, retumba un estampido:

–¡Ya está! –grita el señor Calleja desarrugando el ceño.

Y apenas ha concluido de decirlo cuando suena otra detonación.

–¡Esto va bueno!

La batida toca a su fin, y al salir a lo limpio Manolo Núñez y mi hijo Germán nos aguardan, cada uno con un raposo en la mano. El de mi chico es hembra, una hembrita proporcionada, de piel rojiza, y el de Manolo Núñez un hermoso macho de diez kilos, de piel pintada. Es el primer pelo de Manolo Núñez, un muchacho asentado, con dieciocho años y sus matrículas de honor en segundo de Agrónomos, que hasta en el campo –dada la flema con que apunta y dispara– se diría que aplica el cálculo diferencial. Manolo Núñez no se ofusca al tomar los puntos a la pieza, sea ésta una codorniz o un raposo de diez kilos.

–Quedó seco –dice, y se vuelve al señor Calleja–: Le atiné al brazuelo, como usted dijo.

Enrique Calleja, el molinero, le sonríe, como sonríen los maestros a los discípulos aventajados.

–Es éste tu primer zorro, –no es cierto?

Manolo Núñez asiente. El señor Calleja se pasa lentamente la lengua por los labios.

–Pues esto habrá que mojarlo, hijo. El próximo día que te arrimes por el molino te traes una botella de champán, ¿oyes? Es la costumbre.

La desveda

El domingo 12 de octubre, día de la Raza por más señas, se abrió en este país la temporada de caza menor y tengo entendido que también la de algunas especies mayores como la del jabalí, por ejemplo. La apertura trajo su sorpresa, como la trajo el cierre de la temporada anterior. Esto sugiere que la caza se está convirtiendo en un roscón de reyes o en un juego de prestidigitación en el que nunca se sabe si la Administración va a sacarse de la manga un pichoncito blanco o un conejo. Así, al concluir la temporada pasada, los cazadores del país vieron con perplejidad lo nunca visto: el primer domingo de febrero, como es tradicional, comenzó la veda de las especies menores en toda nuestra geografía... excepto en dos o tres provincias del sur próximas a Madrid. Esta desigualdad de trato provocó, como es de ley, comentarios harto desfavorables, supuesto que la única razón de esta medida fue, al parecer, que los prohombres de Madrid tenían ya organizados un par de caceríos de campanillas en La Mancha y Extremadura. Ante tamañas pretensiones no restaba más solución que la de cortar por lo sano y declararlas inviables –las pretensiones– o, por el contrario, saltarse la ley a la torera y complacer a los prohombres con la consiguiente indignación de los venadores marginados. Al acceder a aquéllas, la irritación estaba más que justificada, ya que si es el apareamiento de las especies y su subsiguiente desdoblamiento lo que motiva el período de veda, y este desdoblamiento viene determinado por las condiciones climáticas, resulta obvio que las cazas se emparejan antes en las zonas manchegas y extremeñas que, digamos, en la Maragatería leonesa o en el páramo de la Lora, en Burgos. No obstante, en la Maragatería y la Lora se clausuró la temporada el día previsto mientras en la zona sur se prorrogó por la importante razón de que unos cuantos señores de Madrid se habían quedado con las ganas de soltar cuatro tiros. Una vez más, la ley del embudo prevalecía sobre la ley de caza que, vieja y todo, aún sigue vigente, siquiera la semana pasada haya ido a las Cortes un nuevo proyecto que, poco a poco y de pasada, iremos comentando en estas páginas.

Pues bien, como antes decía, la apertura de esta temporada ha traído consigo otra sorpresa de índole semejante: el campo se ha abierto a las escopetas el 12 de octubre, excepto, que yo sepa, en dos provincias castellanas: Salamanca y Zamora. ¿Por qué razón?

Desconozco, por el momento, los verdaderos motivos que hayan aconsejado demorar la caza en estas provincias hasta el próximo noviembre e, incluso, habiéndose producido en ellas una cría normal, resulta asimismo cuestionable la licitud de esta medida. Pero lo hecho, hecho está, aunque a uno le quede en los entresijos la sospecha de que lo que han pretendido con esto las provincias citadas es librar a sus pegujales del aluvión de cazadores del norte –vascos, asturianos, montañeses– que se desparraman en estas fechas como a toque de clarín por los pagos castellanos. De ordinario, estas inmigraciones masivas duran lo que el buen tiempo y ceden en proporción notable con las primeras heladas. Si el preludio de los grandes fríos meseteros lo señalan en el calendario las festividades de Todos los Santos y las Ánimas, resulta palpable que aplazando la apertura de la caza hasta esas fechas nos libraremos en buena medida de los autocares cinegéticos norteños. La decisión, si mi razonamiento es válido, puede ser oportuna, pero no deja de ser injusta por tres razones: primera, si el norteño se afloja el bolso por un papel que le autoriza a soltar perdigonadas por todo el territorio nacional, no parece congruente que después de hacerlo se le pongan trabas. Segunda, la prolongación del candado en un par de provincias incrementará la invasión de las restantes y, consecuentemente, lo que aquéllas ganen será a costa de las demás. Y, tercera y última, de prosperar tales criterios, día llegará en que la provincia más conservadora, cinegéticamente hablando, no abrirá sus puertas hasta pasadas las navidades. He aquí un punto a considerar en la nueva ley: el carácter nacional, regional o provincial de las aperturas y cierres de vedas y su aplicación a rajatabla una vez determinado este extremo, a no ser en casos de calamidad venatoria evidente.

Bueno, el caso es que se abrió la veda de la caza menor y, salvo en zonas muy concretas y en lo atañedero a la perdiz, los resultados fueron decepcionantes, después de los pronósticos favorables que uno había escuchado en las zonas más dispares.

–Codorniz, poca, pero la perdiz vaya si ha criado bien.

Yo aducía mis reservas, basándome en la escasez de polladas que este año había visto por las carreteras, argumento deleznable si se quiere, ya que la perdiz asoma cada vez menos al asfalto debido a la proliferación de automóviles, pero, con eso y con todo, este verano el eclipse fue casi total. Y me ha bastado una jornada para confirmar mis temores. La perdiz decae a ojos vistas. La perdiz, en amplias zonas, si Dios y la nueva ley no lo remedian, terminará extinguiéndose. Un dato: mi cuadrilla y yo abrimos la temporada en el mismo punto que el año anterior: Las Gordillas, un cazadero apañado, surcado por el río Voltoya, a caballo entre Ávila y Valladolid. Pues bien, aunque no se trata ni mucho menos de un cazadero de perdiz prestigioso, la

temporada pasada abatimos un total de treintaiún pájaros entre dos manos de cuatro escopetas cada una. Este año las escopetas fuimos asimismo ocho, pero los pájaros cobrados no pasaron de cinco. Podría alegarse que no tuvimos nuestro día, pero si yo les digo que no disparé más que a una perdiz en toda la jornada la cosa se pone más seria. El problema, por muchas vueltas que se le dé, es grave; yo diría, gravísimo. Pero lo he dicho ya tantas veces que me duele la lengua de tanto decirlo. ¿Y qué he conseguido? Nada o, a lo sumo, que me salgan por peteneras con que nunca hubo en España tanta perdiz como ahora. Y lo cierto es que si nos ceñimos a los grandes acotados del sur, bien entablillados, bien encorsetados por mojones, bien custodiados por ejércitos de a caballo, la afirmación es incuestionable: parte del país es un inmenso gallinero de perdices. Pero estos gallineros sirven para acallar la afición de unos pocos, lo que equivale a decir que también en la cinegética se produce el fenómeno de las dos Españas. Y no hablo, al decir esto, de terrenos acotados y terrenos libres –acotados siempre ha de haber si queremos caza–, sino de zonas rígidamente guardadas, con repoblaciones frecuentes y atenciones minuciosas, y otras zonas –acotadas o libres, tanto da– dejadas de la mano de Dios, donde día a día la naturaleza pierde naturalidad, ahogadas por los insecticidas, desprovistas de lindazos, en las que los perdidos y montes de encina se transforman en roturos y la actividad de los furtivos se celebra como una manifestación más del pintoresquismo de la España «diferente» en lugar de perseguirse como una actividad delictiva. No nos engañemos: de Madrid para abajo, la patirroja se multiplica. ¿Por qué razón? Porque de Madrid para abajo caza Madrid, cazan los notables de Madrid, y de Madrid para arriba, no. En fin, no me gusta ser reiterativo, pero, camino del cazadero el pasado domingo, tropecé con dos coches recorriendo pausadamente los caminos, las ventanillas erizadas de escopetas. Esto a pleno día. Las noches son de los tractores que baten impunemente las liebres y conejos de lo libre y de los pequeños cotos con guardería insuficiente. Mi amigo Zorita, catedrático de León, me expresaba su asombro el pasado mes de abril por el hecho de haber sorprendido en la Mudarra, pueblecito cercano a Medina de Rioseco, al conductor de un Seiscientos haciendo fuego sobre una pareja de perdices con un rifle del 22. Otro amigo –éste de Zamora– fue obsequiado este verano con una pareja de perdices vivas que uno de sus renteros atrapó en el nido. ¿Y qué decir de los destrozos ocasionados a otras especies en la quincena de codorniz? Yo mismo he tenido que sujetar este año a un zangón en la zona de La Seca y Valdestillas para evitar que se fuese tras un bando de perdices. Ni mi irritación, ni mis palabras gruesas le frenaron, más tarde, para disparar a mansalva sobre una liebre. A mis reconvenciones, saltó:

–Yo, si salgo al campo, salgo a todo.

–Pues no salgas, mira.

–Ya, y si me quedo en casa se las meriendan otros que a lo mejor ni son del pueblo.

En fin, éste es el panorama. De esta manera nada puede sorprender nuestra decepción en el primer día de la temporada, que, por otra parte, tuvo sus compensaciones: la primera liebre de mi hijo Juan y la gineta que atrapó en un cepo el señor Práxedes, un bellísimo ejemplar que pendía, oreándose, de la rama de un algarrobo, junto al caserío de Las Gordillas.

El aguardo de torcaces

En Castilla, la segunda quincena de octubre y los primeros días de noviembre deparan al aficionado a la escopeta una caza de ordinario pingüe, entretenida y descansada; me estoy refiriendo al acecho de la paloma torcaz. La paloma torcaz emigra en estos días hacia el sur y su paso por «entre» los Pirineos –que no sobre– da origen a estas famosas cazatas a la espera en tierras navarras y guipuzcoanas, sirviéndose de escopeta (o bien de redes cuando la bruma se espesa y se cierne sobre los montes), de las que todos hemos oído hablar. Las perchas de Echalar y otros pasos semejantes son muy desiguales, aunque puede afirmarse, sin ningún género de dudas, que, si entra paloma, el festival pirotécnico que se organiza no tiene par en ninguna época ni en ningún otro lugar de la península.

Pues bien, esta viajera, una vez salvada la cordillera, no se dispersa; prosigue su ruta, imperturbable a las asechanzas, en bandos nutridísimos, en ocasiones por encima de los diez mil individuos. Es decir, constituyen auténticas nubes que, de proponérselo, nublarían el sol. Las etapas de su viaje vienen señaladas por las manchas de encina, mata y árbol que le prestan cobijo para el descanso y alimento –la bellota– en abundancia. Esto no significa que la paloma asiente mientras haya fruto en los encinares, supuesto que su punto de destino es remoto, pero sí que durante varios días consecutivos, una vez que la emigración se inicia, oleadas sucesivas de palomas darán oportunidad al cazador para foguear en forma. La pasa dura poco tiempo y es preciso aprovechar el momento, ya que cualquier demora en este lance puede dar al traste con las más fundadas esperanzas. (En la provincia de Segovia, un gobernador consciente ha dispuesto que durante la presente temporada la prohibición de disparar un tiro fuera de jueves y domingos no reza para las torcaces durante la segunda quincena de octubre.)

De modo y manera que la primera condición para poder practicar esta modalidad de caza estriba en que pase paloma y, la segunda, en que la paloma baje. Este año, pongamos por caso, la paloma dobló poco al divisar los sardones de Castilla, principalmente en Ávila y Segovia, provincias tradicionalmente querenciosas. El año pasado, en cambio, la entrada fue excepcional. Naturalmente, en todo esto de la escasez y la abundancia juega un papel misterioso –al menos para nosotros– la meteorología, pero, esto aparte, existen otras razones que

el buen cazador debe investigar. El pasado jueves, por ejemplo, cobré en tierras de Ávila, cazando en mano, tres palomas torcaces. Como la escasez me traía intrigado dada la espléndida cosecha de bellota, dediqué unos minutos a examinar los buches de las aves. (Debo anticipar que, por regla general, la paloma torcaz es de una glotonería inimaginable. En otras ocasiones he tenido la paciencia de contar las bellotas de buen tamaño que son capaces de almacenar en el buche y las marcas más lucidas me han dado cuarenta y uno y treinta y seis frutos, cifras de por sí suficientemente elocuentes.) Pues bien, en el examen practicado por mí el otro día, solamente una de las tres torcaces tenía una bellota en el buche, el resto del almacén lo constituían vicias, cebada y otras semillas inidentificables. Tamaño descubrimiento me llevó a echar un párrafo con los indígenas. Resultado: el agosto húmedo y frío que hemos padecido ha retrasado la sazón de la bellota y, en consecuencia, los ingentes bandos de palomas sobrevuelan Castilla y van a tomar tierra a Extremadura o Andalucía, esto es, allí donde la bellota ha madurado ya. La razón por la que la torcaz sabe de antemano que su comida predilecta no ha sazonado en Castilla nos es desconocida. Es decir, habrá que pensar en una comunicación especial que, como el biólogo Konrad Lorenz ha demostrado, existe entre otras especies.

El caso es que la torcaz se ha movido y se mueve poco esta temporada en los sardones castellanos. Y si la torcaz no divaga sobre los encinares a pleno día es inútil aguardarla en los crepúsculos. Porque este aguardo tiene sobre la generalidad de los aguardos una particularidad: salvo los que utilizan –que en Castilla son contados– el cimbel, la espera de torcaz en otoño se realiza a cuerpo limpio, con lo puesto, escogiendo la encina que más nos acomode, sin incitar –para atraerlas– ninguna de sus necesidades o de sus instintos (sed, hambre, amor, etc.), vil añagaza que suele ser común a todas las cazas a la espera. Aquí, como digo, no. Simplemente se inmoviliza uno, de mañana o al atardecer, allí donde barrunta que la paloma ha de moverse. Como norma cabe pensar que la torcaz irá a alojarse a los árboles más copudos o a aquellos otros que, sin ser más viejos o más frondosos que otros, se yergan en los altillos de la finca: cabezos, cuetos, cotarros. (Cosa diferente es la caza en terreno conocido, supuesto que las querencias de un año suelen ser las querencias de los demás.) Mas, para apostarse, no hay reglas y las previsiones, cuando son varios los puestos, suelen fallar. De manera que el cazador, con una indumentaria que facilite el mimetismo con el mobiliario del campo, no tiene más que elegir árbol y liar un pito, en la seguridad de que si hay paloma bajará. Y si no baja, lo más aconsejable es ponerle buena cara a la adversidad recordando con cuánta frecuencia en lides cinegéticas se da la vuelta al refrán de «días de mucho, vísperas de

nada».

He insistido antes en la conveniencia del camuflaje por la sencilla razón de que esta original y típica cazata al aguardo es, en rigor, una competencia de vistas: el ojo de la paloma contra el ojo del cazador. La torcaz posee una mirada larga y afilada, y si uno acude a la cita con una camisa blanca ya puede esperar sentado. La ocultación debe cuidarse por tanto más aun que la elección de puesto. De nada vale atar escrupulosamente todos los cabos si uno no se tapa o su vestimenta no es discreta. Y como quiera que la renuencia de la torcaz es proverbial y su recelo mayúsculo, y como quiera, asimismo, que estas aves suelen divagar en bandos muy espesos –lo que no ve una lo ve otra–, no conviene armar un tollo en lo limpio, entre encina y encina, porque inevitablemente se herirá su suspicacia. Lo más congruente, pues, será integrarse en un carrasco de cierta entidad o colocarse contra el tronco de una encina poderosa. Tanto en un caso como en otro –más en el segundo– las dificultades para descubrir la torcaz a tiempo son grandes, y acrecen a la hora de tomarle los puntos a un blanco en fuga, que va eclipsándose de árbol en árbol, con lo que el cálculo de velocidad, distancia y adelantamiento de tiro exige buena vista, nervios bien templados y reflejos sensibles. Mis amigos del club Alcyon las bajan muy diestramente. Yo he de reconocer que a estos bichos no les he cogido el tranquillo y aún debo confesar que hubo un tiempo –y no hace mucho– que llegué a pensar que eran inmortales, ya que con frecuencia las he visto encajar el tiro con una indiferencia desconcertante. La torcaz es dura y conviene usar con ella un cartucho fuerte si no queremos provocar un *strip-tease* espectacular –la rociada de plumas que queda flotando en el aire– sin el menor resultado práctico. Con eso y con todo, el palomero conspicuo, en años de pasa normal, suele armar unas perchas sumamente apetitosas. Por otro lado, la torcaz nueva constituye un plato suculento sin más que un poquito de mano y una renuncia generosa a las conquistas de la técnica (en este caso, la olla-exprés). Por lo demás, su guiso no ofrece dificultades: las palomas enteras se rehogan en una sartén con mitad de aceite y mitad de manteca. Seguidamente se trasladan a un puchero donde se deposita asimismo la grasa sobrante en la que se ha frito unas grandes rodajas de cebolla. A esto se añade unos dientes de ajo, unos granos de sal, unas gotas de vinagre y unas hojitas de perejil y sobre ello se vuelca el caldo, o, en su defecto (grave defecto), agua. Una vez todo en el puchero, se cierra éste con un trozo de papel de estraza sobre el que se coloca un plato con agua. La salsa, naturalmente, se pasa por el colador. La torcaz –si no es vieja– tiene unas carnes oscuras y apretadas, pero tiernas y jugosas (su pechuga no es impermeable como la de la perdiz), y su gusto a bravío es moderado. Un plato, en suma, que vale la pena probar.

La brava caza en ladera

Allá por los años cuarenta, en la época de la cartilla de racionamiento, cuando una buena percha o un pesado morral constituían un alivio de la rígida escasez, yo tenía aún las recias piernas y los resistentes pulmones de los veinte años y mi caza favorita era entonces, como corresponde, la caza de la perdiz en ladera. Posteriormente, los piernas del cazador se fueron aburguesando y los bofes encogiéndose, de tal modo que, sin renegar de la caza a salto –eso, nunca–, hubo de reducir ésta a los montes de encina o la fusca de las choperas, terrenos de escasos plegamientos, donde piernas y pulmones marchan menos revolucionados. Uno, sin embargo, evoca siempre con nostalgia aquellas bravas cazatas en las inhóspitas laderas del valle de Esgueva, apenas abrigadas por cuatro tomillos raquíticos, unos majanos en la línea alta y una franja de cardos y espinos en las faldas. Entonces –como digo, los años cuarenta– era el tiempo de los automóviles con gasógeno, y además escasos, de forma que para desplazarse uno al cazadero había de utilizar la tercerola de cualquier mixto –de esos que paran diez minutos en cada apeadero– o bien «la burra», al estilo heroico de Lorenzo, el protagonista de mi *Diario de un cazador*. Esto ya presupone que en aquellos tiempos, tan próximos y tan lejanos, ¡ay!, los cazadores eran menos que hoy, y que el que se ponía al oficio no era precisamente un alfeñique o un aficionado a los juegos artificiales: el calificativo que mejor le cuadraba era el de esforzado. En la actualidad existen modalidades de caza que no exigen ni dar un paso, lo que ha fomentado la multiplicación asfixiante de tiradores y matadores aunque no ciertamente de cazadores.

Bien, pues, hace unos días, uno tuvo el gusto de someter a prueba sus músculos, sus válvulas y sus pulmones y, aprovechando una mañana soleada, se lanzó a las laderas en compañía de José Luis Montes, su hermano Manolo y su hijo Germán. Fue esta cazata una evocación muy vívida y tonificante de mejores días (desde el punto de vista físico) y al propio tiempo la constatación de un hecho incuestionable: la caza de perdiz en ladera es la caza fetén, la caza arriscada y ruda, la caza auténticamente competitiva: piernas contra alas, bofes contra bofes, astucia contra dififidencia. De otro lado, el programa –para mí, insólito desde hace años– sirvió para demostrarme que la maquinaria aún responde y que concediéndoseme el privilegio de marcar el ritmo aún ésta uno para estos trotes. Tal comprobación

siempre resulta alentadora, máxime si en el balance final uno se encuentra con un saldo favorable de media docena de perdices y una liebre contra una percha récord –la de mi hijo Germán, con sus veinte años elásticos e incansables– de nueve perdices y tres liebres. El cacerío, pues, resultó y la satisfacción íntima de «haber cazado perdices como hay que cazarlas» compensa las agujetas que me martirizan pantorrillas y muslos a la hora de pergeñar estas líneas.

¿Que qué tiene de particular la caza en ladera? Varias cosas, sin duda. En primer lugar el esfuerzo. Operar sobre el piano inclinado de una ladera castellana, generalmente de greda revestida de guijos, es ya de por sí un ejercicio de equilibrio meritorio. El cazador de esta guisa ya realiza algo plausible manteniendo la vertical, esto es, conservándose de pie. Las alternativas de cárcavas y caballones, de vaguadas y repliegues, de giros a derecha e izquierda, hacen de la andadura un ejercicio forzado para piernas, cintura y pulmones, ejercicio que se endurece por los obligados desplazamientos arriba y abajo, buscando los escobos, las bandas de tomillo y espinos, los breñales donde la perdiz dispersa y cansada suele echarse a reposar. El sol arriba, que al iniciar la jornada era una dulce caricia, va convirtiéndose, a medida que el día progresa, en una bola de fuego que nos envuelve en sudor. La sed empieza a atormentarnos, en tanto las perdices, sorprendidas en las vaguadas o en los pajones rayanos a la ladera, vuelan briosas y largas, sin brindar ocasión al disparo. Esta situación de difícil estabilidad, de castigo corporal creciente, va a ser la tónica de la jornada. El secreto en este tipo de caza radica en no claudicar, en no dar respiro a los pájaros, a sabiendas de que nuestra fatiga es «su» fatiga y nuestra sed «su» sed, de ahí que nuestras posibilidades de poblar la percha dependan, en primer término, de no abandonar el campo prematuramente, de insistir sobre los mismos bandos levantados de salida y, por último, de ajustar la operación a una estrategia inteligente merced a la cual nuestras previsiones acaben imponiéndose a las conocidas difidencia y bravura de la patirroja. Únicamente aceptando de entrada este espíritu de sacrificio y perseverancia y sujetando nuestros movimientos a una disciplina dúctil, corregible sobre la marcha, el éxito podrá coronar nuestros esfuerzos.

Esta disciplina a que aludo es lo que podríamos denominar táctica de la caza en ladera y es el segundo punto a considerar. La perdiz, fogueada ya desde posiciones análogas, trata de esquivar la persecución con arreglo a sus querencias, querencias que naturalmente varían con el número de cazadores, la temperatura o, simplemente, con la dirección del viento. En líneas generales, el duelo se establece sobre este plano: el cazador se obstina en que las perdices prosigan ladera adelante, mientras la perdiz instintivamente trata de rehuir este

camino que sabe la conduce al matadero, bien repullándose a las nubes en vertical –así bajé una el otro día en un tiro espectacular– para volver sobre la línea de escopetas, bien arrancando larga para echarse al valle o remontarse al páramo. La cuestión –para la perdiz– radica en orillar la línea de escopetas antes de que una serie sucesiva de vuelos enerven sus defensas. Planteada así la competencia, los cazadores deben tratar de evitar esta fuga adelantando las alas, la escopeta alta cerrando el camino del páramo, y la de la falda, el del valle. El plan es más sencillo de esbozar que de ejecutar, supuesto que la sinuosidad de las laderas castellanas fuerza a los extremos a acelerar y frenar alternativamente, pero estos frenazos y aceleraciones deben ser intuitivamente sincronizados, ya que, una vez metidos en faena y con la inmensa ladera por delante, la comunicación –de no ser a grito pelado, fórmula poco aconsejable– no es fácil. Así y todo muchas perdices se descuelgan como verdaderos reactores, ocasión que ha de aprovechar la escopeta faldera para ensayar el tiro adelantando mucho, después de tomarle los puntos al pájaro, y de esta manera, aunque problemática, algunas caen. (Precisamente uno de los recuerdos más sabrosos de mi vida de cazador es la primera perdiz que abatí a los once años, en la ladera de la Sinoba. Su velocidad era tan endiablada que una vez muerta en el aire –hecha un guiñapo– la inercia la arrastró más de cincuenta metros para ir a dar un pelotazo espléndido en los surcos de los bajos.) Mas lo normal es que la perdiz empujada en varios vuelos se vaya dispersando por la ladera, guareciéndose en morros y cabezos, en los breñales de los cárcavos, de tal modo que, a la hora de la asomada, debemos olvidar nuestra fatiga, asentar bien los pies en el suelo y afinar. De ordinario, tras varias horas de persecución sistemática, la perdiz no vuela ya larga, ni recia, de tal modo que, la mayor parte de las veces, es nuestra debilidad física, la agitación de nuestros pulsos y nuestra postura inestable lo que provoca el fallo. Llegar a este punto, es decir, al punto en que nuestro enervamiento es parejo al del pájaro que apetecemos, es llegar al momento de matar la perdiz a postura de perro (si es que éste –cosa frecuente– no está más extenuado y sediento que nosotros mismos y que las perdices). En cualquier caso, tras unas horas de volar pájaros hacia adelante y de promover la dispersión de los bandos, lo aconsejable es remitir en la andadura, abandonar la línea recta y desplazarnos por las brozas, subir y bajar, registrar escobos, majanos y peñascales, arrimarnos a los cinturones de tomillos y espinos... En una palabra, es la hora de poblar la percha, de sacarle la renta a nuestro sudor. Hora que si nos sorprendiera frescos y enteros aprovecharíamos a conciencia, o sea, que en estas circunstancias la mejor defensa de la perdiz la constituye nuestro propio agotamiento. Esto equivale a decir que, si la deportividad reside en una confrontación noble de esfuerzos

–toda alevosía eliminada–, la caza de ladera es, sin discusión, la caza deportiva por excelencia.

Conversación sobre la nueva ley

Desde que la prensa comunicó la noticia de que el proyecto de ley de caza había pasado a las Cortes, uno se siente solicitado como un divo para que dé su opinión, como si la opinión de uno sirviera para algo o se fuera a tener en cuenta para modificar el proyecto. Pero uno, como es natural, irá manifestando su opinión a medida que venga a pelo, sin forzar las cosas y, sobre todo, no antes de haber leído y desmenuzado aquel papel como se merece. Hasta entonces hubiera preferido no hablar y, sin embargo, me he visto obligado a hacerlo ayer, en Las Gordillas, cuando a mediodía, después de manear las riberas del Voltoya, nos sentamos a comer un cacho y dos estudiantes de ingenieros de Montes expusieron su opinión sobre la caza y la ley que debe reglamentarla. En verdad, la opinión de estos señores no me sorprendió tanto por su contenido como por venir expuesta por gentes que seguramente no han cumplido los treinta años. En estos asuntos de caza, como en todos los asuntos, los privilegiados –entre los que me considero– no aceptan ceder ni tanto así y se obstinan en nadar contra corriente, en conservarlo todo, sin querer advertir que, como ha dicho recientemente el novelista alemán Günter Grass, la única manera eficiente y justa –cristiana– de oponerse al marxismo radica «en un alargamiento social de la pequeña democracia». Tratar de amarrarnos a viejos privilegios de casta o de dinero es atentar, no ya contra los privilegios, sino contra la misma democracia. De ahí que sin haber ojeado apenas la nueva ley, o sea, el proyecto, me vi envuelto en una discusión con los aspirantes a ingenieros, cuyo argumento base arrancaba del hecho de que el jamón –la caza– es pequeño y que, como somos muchos a tirar de él, el jamón –la caza– no da para tantos. Aquí se originaba la discrepancia, ya que mientras yo –el burro delante para que no se espante– opinaba que sería preciso hacer los pedacitos más chicos, ellos sostenían que el que no tenga dinero que se quede sin probar el jamón.

En primer término creo que el símil no es válido. El hambre puede matarse de muchas maneras sin recurrir al jamón. El jamón está hecho para matar un hambre de lujo, un hambre eminente, ilustre, pero hay otros alimentos más asequibles, suficientes para matar un hambre proletaria, un hambre sin pretensiones, un hambre normal. Ahora bien, el hambre cinegética es una sola hambre, lo que sucede es que para aplacarla, unos –los asiduos a ojeos de fuste– requieren unas

docenas de perdices por cacería, mientras otros, los cazadores en mano o de escopeta y perro, la satisfacemos con un par de perdices o tres por barba y por jornada. Lo que no parece equitativo es que a los cazadores de mano en lo libre se les deje sin su par de perdices para que los otros, que no parecen saciarse nunca, cobren cincuenta y dos pájaros por barba y cacería en lugar de cincuenta.

Todo esto vino a cuento porque a mí se me ocurrió decir que el veinticinco por ciento de terrenos libres era un porcentaje insuficiente, habida cuenta de que, del medio millón de escopetas que pueda dar el país –y la cifra exacta no hace ahora al caso–, 450.000 no tienen, ni probablemente tendrán nunca, acceso a un acotado. Entonces, sin que la cosa sea todavía equitativa, yo sostenía –ante la necesidad de que los cotos subsistan para que la caza subsista– que partir la geografía física española por la mitad, entre acotados y libres, garantizaba por un lado la conservación de la caza y, por el otro, daba oportunidad al aficionado más modesto a salir al campo los domingos y fiestas de guardar a procurarse su morralito. Mas si se hace del país un coto gigantesco, va a suceder que más de la mitad de los aficionados de España se queden sin disparar un tiro o, para continuar con el símil inicial, se queden sin probar ni la corteza del jamón.

Las razones de los futuros técnicos eran muy prácticas: la compra de la caza a un término municipal por unos millones, sacrificará al dos por ciento de los habitantes de ese término municipal –los cazadores–, pero el noventa y ocho por ciento restante –los no cazadores– saldrá beneficiado, podrá arreglar la torre de la iglesia, asfaltar la carretera, poner bancos en la Plaza Mayor y hasta llevar una orquesta de postín para las fiestas de septiembre. Esto es evidente, pero dentro de un sentido democrático de la vida, resulta absolutamente inhumano. Si el primordial goce que la caza proporciona es el disfrute de la libertad, eliminar de entrada la libertad de acceder a esta libertad montaraz me parece, aparte de un desatino político, un atropello social (dejando al margen que son escasos los términos municipales cuya caza pueda valer millones). En la mitad norte de la península se viene pagando alrededor de las cincuenta mil pesetas por un acotado modesto, pero que da para entretenerse, y con cincuenta mil pesetas anuales es obvio que se arreglan pocas torres de iglesia y pocas carreteras y que una conciliación cristiana de intereses debe hacer posible que el ejercicio de la caza por unos cuantos sea compatible con el bailoteo de las fiestas de septiembre aun a costa de rebajar el postín de la orquesta.

Todo, como advertirá el lector, es una cuestión de enfoque. Los técnicos razonan con el cerebro; los humanistas, en general, dejan que en sus argumentaciones prevalezca el corazón. Aquéllos plantean el problema en un plano frío, estrictamente económico: la caza es una riqueza nacional y debe sacársele todo el rendimiento posible, incluso

arrendando términos enteros a los norteamericanos, que pagan con una moneda sólida. Éstos, los humanistas, plantean la cuestión en una vertiente social: la caza no sólo es dinero; es esparcimiento para un elevadísimo porcentaje de españoles modestos y, en consecuencia, debe renunciarse hasta a los dólares si los dólares impiden el desfogamiento –y nunca mejor dicho– de medio millón de compatriotas. Por supuesto, yo me alineo entre estos últimos, y la sociedad de consumo no me convencerá de que el dinero no es sino un valor adjetivo al lado del hombre. La profesionalización del fútbol, salida de madre, no me llevaría a aplaudir –aunque ello supusiera la adquisición de los mejores rematadores del mundo– la construcción de un estadio donde el setenta y cinco por ciento de las localidades fuesen para adinerados y el veinticinco restante para ganapanes, de no ser el día –que todavía no se vislumbra, al menos en nuestro país– en que el setenta y cinco por ciento de ciudadanos tengan acceso a lo superfluo. Esto, a mi entender, no tiene vuelta de hoja.

En consecuencia, para mí, todo español que obtenga la licencia de caza debe disponer de un campo suficiente donde matar el gusanillo. Que luego haya más caza o menos caza es otro cantar, mas, de entrada, el español que dentro de la ley quiera lanzarse al campo a matar una perdiz –a intentarlo– debe poder hacerlo, y con el veinticinco por ciento de tierras libres es evidente que tal posibilidad resulta cuestionable. Ante esta pretensión mía, uno de los técnicos demarró y saltó con un argumento desgraciado:

–También yo puedo querer matar un cura y tengo que quedarme con las ganas.

La discusión rebasaba, evidentemente, el marco cinegético y como, por otra parte, el desconocimiento del proyecto me ataba de pies y manos, hube de recurrir al único artículo que he leído con detenimiento porque en su día, cuando el proyecto era más niño, es decir, todavía no había pasado de anteproyecto, lo combatí con todas mis fuerzas. Me refiero a los artículos 43 y 44 sobre delitos y faltas de caza. Aquí, en los apartados *b* y *a,* respectivamente, puede comprobarse que la presunta ley antepone a la defensa de la caza la defensa de la propiedad privada; antepone los faisanes o los venados de don Fulano de Tal a las perdices y conejos de todos los españoles; esto es, protege con más firmeza la caza de uno que la caza de todos. Así, si dar media vuelta a la tablilla de un acotado puede costarle al bromista la friolera de un arresto mayor y 50.000 pesetas de multa, arrasar desde un coche o mediante una mano de tractores las perdices de un término municipal, puede representarle al responsable un dispendio de 250 pesetas, con lo que la caza mecanizada, si la perdiz va a 85 pesetas en el mercado, puede llegar a convertirse en una actividad sumamente lucrativa. Sin duda, si dar media vuelta a una

tablilla constituye un delito –con toda su cohorte de antecedentes penales y demás– y matar las perdices de lo libre desde un coche no es más que una falta, hay derecho a pensar, pese a lo que la ley diga en su exposición de motivos, que en su redacción han pesado más de la cuenta reminiscencias de viejos privilegios. La defensa de lo de todos debe, al menos, estar a la altura de la defensa de lo de uno.

Y dicho esto y en vista de que caía la tarde, los técnicos y el que suscribe agarraron las escopetas y se fueron a dar una mano al Cerro Castillo y, el que suscribe, sin querer, puesto que aún no está muy impuesto en cuestiones de límites, se saltó el lindero de lo del conde y anduvo media hora perdido en el mohedal, tiro aquí, tiro allá. Afortunadamente, la guardería no hizo acto de presencia ni había entrado aún en vigor la nueva ley.

La nueva perdiz

La mecanización del campo y la proliferación de escopetas invitan a una reconsideración de los hábitos y resistencia de la perdiz e incluso de sus cualidades gastronómicas.

He conocido y conozco trotacampos que en la época dorada de su juventud atrapaban perdices a la carrera en pleno invierno. Ahí tienen ustedes, sin ir más lejos, para que no atribuyan mi aserto a imaginación, a Segundo Baraja y José Luis Montes. El primero apostaba fuerte y siempre ganaba, puesto que al cuarto de hora del desafío regresaba con una perdiz viva en el regazo. Su técnica era primitiva: correr sin perder de vista al pájaro.

–Eso es muy difícil, Segundo.

–Cómo va a ser difícil si entonces mis piernas eran tan rápidas que yo corría debajo de él.

Y, en verdad, Segundo Baraja asomaba tan pronto en la cotarra de aquí como en el morro de allá. Una dilatada experiencia le llevaba a intuir el carrasco donde el pájaro se alojaba; lo demás era fácil. Segundo Baraja (unas piernas y un fuelle que, debidamente orientados, podrían haber dado mucha gloria al desfibrado atletismo español) se acaricia la barbilla con nostalgia cada vez que recuerda sus proezas.

El procedimiento de José Luis Montes, si más científico, resultaba menos esforzado. Montes requería calor para sus demostraciones. Su secreto era el de los buenos toreros: templar y mandar. Las perdices que Montes atrapaba no llegaban a levantar del suelo: las hacía apeonar y apeonar, siguiéndolas de lejos y caminando en zigzag, entre los surcos, los sarmientos y los terrones hasta que las veía abrir la boca y jadear como perros. Éste era el momento. Cuando Montes echaba a correr, la perdiz, exhausta, entreabría las alas, pero no llegaba a volar; sencillamente no podía.

–Más de doscientas perdices habré atrapado así de chico.

Cuando José Luis Montes era chico, doscientas perdices no suponían aún una quiebra importante para la riqueza cinegética mesetera. Entonces había pájaros en lo libre para las escopetas y los trotacampos. Hoy apenas si hay para unos ni para otros, pero, por otro lado, la perdiz que queda en lo libre se ha robustecido de tal modo que en la actualidad no conozco un solo arrapiezo en todos los pueblos que frecuento que sea capaz de atrapar –de no ser un pollo

con la canícula de agosto– una perdiz a la carrera. La era de los electrodomésticos, afortunadamente, ablanda al hombre y endurece a la perdiz. Hoy no hay muchachos capaces de correr un par de kilómetros tras un pájaro hecho, y aunque los hubiera, su pechada les serviría de bien poco.

Quiero decir con esto que hoy día la perdiz no se entrega así como así. La perdiz mesetera vuela y vuelve a volar hasta ocho y diez veces seguidas. Aquel dicho de «tres vuelos y al zurrón» ha pasado a la historia, pese a que todavía quedan ingenuos que se lo creen a pies juntillas. Después de tres vuelos en un día de sol, no diré que la perdiz esté entera, pero sí que aún le quedan arrestos para dar esquinazo al más pintado. La perdiz actual –hablo de los terrenos abiertos a todo quisque– es un pájaro preparado para una porfía que se inicia desde el momento que se despega del cascarón. (Hace dos veranos, en el camino que accede al páramo de Masa desde Sedano, fui testigo de la persecución de un bando –por parte de dos obreros de la carretera– cuyos pollos no abultaban lo que gorriones. Los polluelos dieron dos breves vuelos por la ladera y a la postre se refugiaron entre los brezos y las aliagas, con un sentido de conservación tan inteligente, que aunque sus perseguidores registraron mato por mato no fueron capaces de hallarlos). Naturalmente esta sañuda persecución opera, de inmediato, una selección casi espartana. La perdiz enferma o débil cae a las primeras de cambio, mientras la perdiz fuerte o normalmente constituida se desarrollará y hará los posibles por llegar a vieja. La patirroja –como la liebre ante los faros de un coche, como la avutarda ante un carro– intuye que las reglas del juego han cambiado y se adapta a las nuevas con prodigiosa rapidez, de tal modo que aquellas alitas desproporcionadas al peso de su cuerpo, que parecían resumirse año tras año como dos apéndices inútiles, van cobrando fuerza y consistencia por la sencilla razón de que en nuestro tiempo, con un campo mecanizado y hostil, la perdiz empieza a volar desde que nace y ha de recurrir a este extremo con mayor frecuencia de lo que quisiera. Este hecho ha transformado a un pájaro andarín y más bien pando y reposado, en un volátil nervioso y siempre en guardia. Las numerosas cuadrillas que los días de fiesta baten la meseta no dejan perdiz por levantar. La patirroja, pues, está siempre en danza; no para quieta; su entrenamiento es constante y, consecuentemente, su resistencia y fuerza son cada día mayores.

Este hecho, que nadie pondrá en duda, ha traído dos consecuencias inmediatas y de muy diverso signo: el abandono progresivo del perro como compañero de andanzas cinegéticas y el descenso de calidad de la perdiz mesetera en la cazuela.

Respecto al primer punto, debo reconocer que yo todavía no he prescindido del perro, pero, más que por lo que representa como

indicador, por su ayuda para cobrar las perdices alicortas y porque, de entrada, verle trastear entre las pajas, observar su actitud y sus miradas inteligentes me proporcionan ya de por sí un entretenimiento. Ello no es obstáculo para que día a día compruebe su casi inutilidad en la caza de la perdiz a salto. En cambio, cazando codornices, mi perrita Dina, una setter en plena madurez, es una cosa muy seria. No es temperamental ni demasiado reposada. Ha terminado, además, por ser obediente. Entonces, entre dos escopetas, con un rastrojo por delante, da de sí todo lo que pueda dar un perro. El morro en el suelo, a una distancia discreta, olfatea obstinadamente los pajones entre los dos cazadores. Sus muestras, si es caso, pecan de voluptuosas, de exceso de recreo, de ingenuidad, de manera que en los pajonales espesos en días frescos la codorniz se la corre. Mas en estos casos no hay más que esperar y darle cuerda. Tarde o temprano concluirá por levantar el pájaro. Y en el momento supremo participa de la euforia o del mal humor del cazador. Pero si el pájaro cae, allí estará la Dina, buscándolo bajo el haz o la morena, tomándolo luego delicadamente entre sus mandíbulas y acarreándolo –el rabo como un péndulo–, sin machucarlo, intacto, hasta la mano del matador. Pues bien, esta perrita, así que se inicia la temporada de perdiz, se desconcierta, esto es, llegada la ocasión, hace la muestra –una muestra pétrea, fija, de fotografía– mas a poco comienza a mover el rabo, avanza encuclillada cincuenta metros y torna a ponerse. Así le trae a uno en jaque durante doscientos o trescientos metros y a la postre, muchas veces sin que ella se entere, la perdiz vuela lejos, en la espuenda o al borde de la ladera, fuera de tiro. El animalito se desazona. Cuando se pone de muestra, le mira al cazador de soslayo, como diciendo: «Prepárate, aquí está», mas al observar que no, que no está, y que esta decepción se repite una y otra vez, hasta diez o veinte, le asalta la desconfianza y termina por no saber dónde tiene la nariz derecha.

Este caso, que he comentado con otros cazadores, es hoy frecuente en tierras de Castilla. Se argüirá que perro que no sabe parar la perdiz no es perro perdiguero. Pero el problema, pienso yo, no es problema de perro, sino problema de perdiz. No es la incompetencia del can sino la creciente nerviosidad del pájaro lo que va dando al traste con el más hermoso método de caza conocido. Y no voy a negar que alguna perdiz todavía aguanta la postura del perro –particularmente en la caza de ladera–, pero ésta, a buen seguro, será una perdiz enervada por un exceso de vuelos, enfermedad o una perdigonada antigua. Ocurre también en días soleados que la perdiz concluye por amonarse en los chaparros o los linderos, pero a estas alturas el perro está más fatigado que ella, su nariz es de estopa y su afición ha cedido a los embates del calor y de la sed. Este hecho, que tendrá excepciones, no lo dudo, pero que marca una tendencia cada día más ostensible, está

provocando en Castilla una acelerada postergación del perro en la caza de perdiz a salto.

En cuanto al segundo punto, y aun a riesgo de herir la susceptibilidad culinaria de algunos, debo decir que, a mi entender, la perdiz en el plato es un ave que está viviendo de las rentas. El desenlace de los cuentos que escuchábamos de niños solía engrasarse con un «y fueron felices y comieron perdices…», estableciendo una relación inmediata entre la ingestión de perdices y la felicidad. Otro tanto podríamos decir de nuestro refranero. Mas esta nueva perdiz, alumbrada por una nueva sociedad y una nueva cinegética, debe a su vez alumbrar un nuevo refranero gastronómico menos optimista que el vigente. A través de muchos rodeos quiero ir a parar a que la perdiz –en el plato– no es lo que era. La perdiz nacida del sobresalto y el ejercicio –esto es, la perdiz de los terrenos no acotados–, al eliminar las grasas, se ha convertido en un pájaro fuertemente musculado, a menudo duro y, con frecuencia, insustancial. No se trata ya de la pechuga estoposa e impenetrable, sino de los muslos, hasta ayer una delicia para el paladar, correosos y secos. (Esto no reza con los pollitos de poco tiempo, pero los pollitos de poco tiempo desaparecen en cuatro días). Y nada digamos del hermoso macho con espolones, el macho viejo que aguanta más horas de cocción que vuelos en el monte. Sin duda estoy tratando de destruir un mito culinario secular y sé que no faltarán voces de oposición, que yo respeto, pero, después de cuarenta años de experiencia gastronómica al respecto, nadie me sacará de mis trece: la perdiz mesetera, al perder sus hábitos tranquilos y sedentarios, ha perdido las mantecas y la golosa flacidez de sus músculos, y con ello ha enajenado la prioridad que con toda justicia le atribuyeron de antiguo los buenos gourmets y los más sabios maestros de cocina.

Teoría del ganchito

La decisión, creo que todavía no general pero muy extendida, de reducir los días de caza a dos semanales –jueves y domingos, aparte festivos– ha recortado considerablemente la temporada y supone, en principio, una grave cortapisa para lo que el buen cazador más estima: la libertad. En rigor, desde el nombre de la Edad de Piedra a nuestros días, la cinegética perdura a base de cortapisas. Si los cazadores van en aumento, los canes son más diestros, los campos más domesticados, las siembras más extensas y las armas más eficaces, resulta obvio que, sin trabas que la dificulten cada día, a la caza se la llevaría la trampa en poco tiempo. De esta manera cazar constituye una carrera de obstáculos que se inicia bastante antes de que el cazador se decida a salir al campo.

No necesito decir que yo, instintivamente, estoy contra esta limitación de días hábiles, contra esta especie de método ogino venatorio, pero comprendo su necesidad; me hago cargo de que sopas, caldo y sorber no puede ser. De este modo, uno ha de cazar no cuando quiere sino cuando le dejan, y para salir al monte ya no rige aquello de la llamada del campo –que un buen día tiraba irresistiblemente del cazador– sino que el cazador ha de resignarse a que sea la ley en lugar del campo quien le convoque. En estas circunstancias, una vez abierta la temporada, el cazador se decide a no perder ripio, pero si su ejercicio venatorio predilecto es la caza a salto y uno no dispone de unas piernas y unos pulmones de repuesto, ha de ingeniárselas para no desperdiciar jornada, así vengan –como ha ocurrido este año con la festividad de la Inmaculada, lunes– dos consecutivas. Ante esto, las facultades físicas reclaman la claudicación, mas el fervor cinegético rara vez transige.

–Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

El gancho es un método de caza impuro que, de entrada, detesto. Pero a la fuerza ahorcan, como diría el otro. Y si en el ganchito unas escopetas patean el campo mientras otras aguardan, a la postre viene a resultar que uno ha movido las tabas exactamente la mitad de lo que le es habitual y, en consecuencia, dos jornadas seguidas a base de ganchitos suman lo que una sola jornada de caza en mano.

–¿Pero tanto anda un cazador al cabo del día?

Mi hermano Manolo, metido en asuntos de automovilismo, lleva años tratando de perfeccionar un cuentakilómetros humano que

colocado a la espalda del cazador nos dé exactamente los kilómetros, hectómetros, decámetros y metros que uno ha recorrido en una jornada de caza. Mas hasta que este invento –que, aunque en forma primaria, ya existe– se perfeccione, no cabe otro recurso que el cálculo. Y si la cuadrilla de uno anda en el campo sobre las nueve de la mañana y no se retira antes de las seis de la tarde, resulta, si descontamos una hora para comer, que se ha metido entre pecho y espalda una caminata de ocho horas. La jornada de trabajo no es manca, especialmente si consideramos que se lleva a cabo en un día de descanso. El promedio de un andarín a paso normal suele calcularse en cuatro kilómetros a la hora, lo que haría un total de treinta y dos kilómetros al día. Es evidente que el buen perdicero, el joven perdicero de elásticas pantorrillas y bofes a prueba de bomba, rebasa con holgura esta marca, pero los que desgraciadamente hemos dejado ya la juventud atrás, es probable que no la alcancemos. Por otro lado, uno descubre con la edad que no caza más quien más anda, sino quien lo anda con más cabeza. Las triquiñuelas de la liebre, por ejemplo, son conocidas de cualquier mediano venador. La rabona busca su salvación levantando larga o amonándose. Diría igual del conejo encamado. El gazapete suele ser muy remiso y rara vez se arranca si uno no pisa el carrasco donde yace. ¿Y qué decir de la perdiz físicamente débil una vez desperdigada, volada y revolada? Cierto, como ya he dicho, que a la perdiz normal no le bastan dos vuelos como aseguraban nuestros padres y abuelos para entregarse, pero sean dos o dos docenas, lo cierto es que la perdiz fatigada y aislada del bando, si encuentra broza donde ocultarse, aguanta tenazmente y uno puede pasar a su lado sin levantarla. (Y no importa que sean pocas puesto que de estas pocas se hace la percha). Total, que en la pluma movida y en el pelo encamado, conviene andar con cautela si queremos rebanar bien el monte. Vale más recorrer veinte kilómetros registrando chaparros y breñas, pateando espuendas y pajonales, que cuarenta a tontas y a locas. Tal vez sea éste el consuelo del cazador en mano cuyas articulaciones empiezan a enmohecerse, pero, en todo caso, uno prefiere al andar mucho el andarlo bien. Así las cosas, la jornada del que suscribe puede depararle un paseo de veinticinco kilómetros por mal piso, cifra resistible si dispone de un par de días para digerirlo. ¿Pero y si no cuenta con esa pausa?

–Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

Y aunque uno abomina este procedimiento, cada vez que coinciden dos fechas consecutivas de caza, suele agarrarse a él. Tal aconteció el pasado domingo, día 7, seguido de la festividad de la Purísima, y tal aconteció el pasado noviembre con la festividad de Todos los Santos. En ninguno de los dos casos los resultados fueron alentadores, no ya por la percha –que, a fin de cuentas, el botín no lo es todo en la caza–

sino por la escasez de lances afortunados. Y es que el ganchito carece de sentido y de eficacia de no ser en corto y a perdiz vista. Se trata de un sistema híbrido, insípido y sin definir, como todo aquello que no es carne ni pescado. En teoría, el gancho es un ojeo modesto en el que los batidores también van armados. Son pocos –dos o tres– contra pocos –dos o tres. Pero en la práctica resulta que el gancho no es batida ni es caza en mano. El que se mueve va a lo suyo, con lo que el que aguarda suele aguardar en vano. El secreto de la batida es el acoso (amplia línea de batidores que mueven mucho terreno, con las puntas adelantadas), con lo que la perdiz o se repulla o ha de salvar forzosamente la línea de escopetas. En el gancho, el acoso no se produce. Las escopetas en faena empujan pero no acosan. Son pocas y poco distanciadas entre sí. Consecuentemente la perdiz escapa por los extremos, muchas veces sin que disparen ni los que caminan ni los que esperan. A veces, sí; en ocasiones la perdiz vuela por derecho y los puestos tienen su *chance,* pero esto no es lo normal. En todo caso, lo que en la batida organizada es matemática, es puro azar en el ganchito. Dos o tres escopetas apostadas a la caída de una ladera no constituyen ninguna garantía de no ser desbordadas. El conocimiento previo de las querencias aumenta las probabilidades, mas hay que pensar que la perdiz no tiene trazado un camino en el aire y que es suficiente una desviación de cincuenta metros para dar al traste con el ganchito más meditado.

Como, por otra parte, la escopeta batidora va «cazando», no se le pueden pedir heroísmos y, ante el morro tentador, la escopeta batidora (en noventa casos de ciento) cortará a la asomada en lugar de faldearle, con lo que tal vez derribe un pájaro pero, con seguridad, el resto se dispersará en todas direcciones. Y esta dispersión, que sería aprovechada por una mano ordenada y tenaz, puede constituir una catástrofe una vez metidos en ganchitos. En resumidas cuentas, el gancho no resuelve otro problema que el de reservar energías. Cazar, lo que se dice cazar, no lo es ni para el que anda (temeroso, por si fuera poco, de disparar sobre los puestos) ni para el que aguarda, quien generalmente ve pasar las perdices fuera de tiro. De este modo, seis amigos que abiertos en mano hubiéramos conseguido en los dos días una percha de tres docenas de perdices, hubimos de conformarnos con cinco, el primer día, y siete, el segundo. Hubo, sí, una anécdota aprovechable: el enorme raposo que asomó por el borde de la ladera ante mi hermano Manolo y que dado el tono de su piel –muy oscuro por el lomo y muy claro en el vientre– confundió con el Lobo, el perro del guarda, hacia quien horas antes había mostrado su prevención. Cara a cara con el bicho, a mi hermano no se le ocurrió cosa más prudente que tratar de conquistarlo con zalamerías, y extendiendo la mano hacia él y tabaleando los dedos, le dijo

melosamente: «Toma, Lobo, majo». El rabotazo del raposo no necesita ser descrito. Ni, por supuesto, el rebufe de mi hermano.

La jornada de las sorpresas

Ésta fue, para el cazador que suscribe, la del 14 de diciembre pasado. Hablando en términos futbolísticos, diría que fue ésta una jornada no de muchos goles, pero sí de muchas variantes. En contra de lo que suele creerse, la caza menor aún puede proporcionar emociones inéditas aun a los que llevamos más de seis lustros en el oficio. Esto significa que no siempre la cuantía de la percha determina en el campo los grados de diversión. La temperatura cinegética sube a impulso de los más impensables motivos. Así, en la fecha antedicha, el morral fue sin duda parvo, pero las incidencias de las capturas fueron varias y apasionantes. En la caza no hay quien «se las sepa todas»; aun al venador más conspicuo le resta siempre algo por aprender. Y es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en último extremo nos mantiene al acecho, en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega.

Ya la amanecida resultó poco esperanzadora el citado día 14. Por estos páramos castellanos las brumas son frecuentes, y menos frecuentes, pese al optimismo del refranero, las tardes de paseo que deparan las mañanas de niebla. O sea que cuando en Castilla el día amanece gris, es más que probable que el día se desvanezca gris. No ocurrió así el pasado día 14, ya que la niebla levantó a mediodía para asomar el sol, tímido, como enganchado en unas nubes deleznables que, no obstante, no terminaron de despejar. Pero con el sol salió el norte, un norte fino, no precisamente desmelenado, pero auténticamente congelador. El día, pues, no resultó propicio para la pluma. Se vieron pocas perdices y las pocas que se vieron, salvo media docena, no se desperdigaron y levantaron en París. Resultado: cuatro pájaros para tres escopetas.

–¿Y esto es todo lo que tenía que contar?

Ésta es la percha que con una hembra de azulón y un par de liebres compusieron el mezquino botín de la cuadrilla. Ahora bien, si prescindimos del número de presas, el aludido domingo fue el día más rico en avatares que hasta el momento nos ha facilitado la presente temporada. Sopesemos uno por uno los lances insólitos o pintorescos de esa jornada: la liebre de los trece tiros (esta vez la cifra de la mala suerte fue para ella), la rara astucia del azulón y la perdiz de la nariz aguileña.

Creo no equivocarme si afirmo que es la primera vez que la

cuadrilla precisa hacer trece disparos para acular una liebre en el morral. Y aún estoy por asegurar que, en cualquier caso, se trata de una cifra récord, con la particularidad de que en tres momentos estuvimos a pique de perderla. El animal se arrancó de una jaras –dentro de un monte de encina– cuando la cuadrilla se reunía para reorganizar la batida hasta ese momento inútil. Como es frecuente, el bicho sorprendió a mi chico desenvolviendo una tableta de chiclé y con la escopeta abierta, de tal modo que, cuando quiso meterse el chiclé en la boca, cerrar la escopeta y disparar los dos tubos, la rabona ya había puesto entre medias sesenta o setenta metros. Mi hermano y yo, advertidos por los disparos, acertamos a verla de costado, en plena fuga, y aunque la distancia era disparatada, soltamos cada uno el izquierdo después de atinarla bien, entre dos matas. Cuando salió de la segunda, aunque erguido, el animal renqueaba, había perdido velocidad, ocasión que aprovechamos para foguearla los dos nuevamente. Pienso ahora que estos segundos disparos no la tropezaron, siquiera al llegar al borde de lo limpio la liebre se inmovilizó en una mata grande a doscientos metros de nosotros, a la que me llegué de una carrera. Fue una escena curiosa, ya que al observar al animal tan entregado, puse el seguro a la escopeta, me acuclillé y le eché mano, mas en el instante de rozar su piel la rabona se me escurrió y reinició la carrera escapando por la parte opuesta de la mata. Entre abandonar la maleza, enderezarme, rodear aquélla y disparar –los dos cañones– se me fueron unos segundos preciosos, de tal forma que la liebre prosiguió su galopada hasta perderse de nuevo en el mohedal. Hacia allá nos fuimos los tres, registrando mata por mata, y cuando al cabo de diez minutos nos disponíamos a abandonar la búsqueda, mi hermano chilló: «¡Aquí está! », al tiempo que disparaba y yo corría hacia él, con tiempo aún de tirar también sobre ella sin ningún resultado práctico dada la distancia. Tomamos nuevamente el rumbo de la rabona bastante desesperanzados, ya que el arcabuco se espesaba por momentos. La fortuna, sin embargo, nos sonrió, puesto que a cosa de trescientos metros el animal, hostigado por la perra, tuvo la mala ocurrencia de cruzar de mata a mata y emboscarse en la última, que rodeamos, para disparar yo, en última instancia, el decimotercero y definitivo cartucho.

Son muchos años y muchas liebres las que tengo sobre mis costillas y, por tanto, es lógico que aún me esté preguntando qué clase de perdigonada llevaría el animal, ya que lo ordinario, de no quebrarle algún hueso, es que la liebre siga corriendo hasta morir asfixiada, cosa que suele suceder entre los cincuenta y los trescientos metros de recibido el tiro. Ahora bien, un bicho que corra sin dificultades –sí que un poco refrenado– y que se detenga y aguarde por tres veces a que el cazador se le meta encima es un caso verdaderamente insólito. La

liebre, de no encajar una perdigonada mortal, o de no contar con un perro corredor que la corte a tiempo, es animal de cobra difícil. Sin embargo, ahí queda esta anécdota para quien quiera anotarla.

Lo del azulón fue, asimismo, un caso sorprendente, habida cuenta de la torpeza con que suelen defenderse estos animales una vez abatidos, aunque sea de ala. La perplejidad del cazador que me lea acrecerá al consignar que el riachuelo donde lo derribé mide metro y medio de ancho –se cruza de un brinco–, y que en el sector donde cayó apenas hay una zarza y cuatro carrizos mal contados en las márgenes de la corriente. Sin duda, mi error fue azuzar a la Dina, mi perrita, que no quiere saber nada de acuáticas aunque caigan en tierra, y que tan pronto lo olisqueó volvió grupas y si te he visto no me acuerdo. Entonces, ante mis ojos confiados, el azulón pegó dos brincos, se sumergió en el agua –dos palmos de profundidad– y desapareció de mi vista. Hay teóricos que aseguran que las anátidas, al verse indefensas, suelen enredar su pico en la maleza del fondo y se dejan morir allí; se suicidan antes que permitir ser capturadas. Por esta razón mi chico cortó una rama de encina y estuvo un buen rato rastreando el lecho del arroyo. Todo inútil. En tanto, mi hermano y yo registrábamos asombrados las salciñas de las riberas sin mayor éxito. No hay que decir que en todo este tiempo las palabrotas y juramentos fueron de todos los calibres. Y de pronto, cuando ya nos disponíamos a abandonar la pieza, divisé al pato, pero lo vi allí mismo, a un metro de donde se había zambullido, a medio de donde mi chico hurgaba con la improvisada pértiga, a un cuarto del morro de la perra.

Disimulado entre dos carrizos (el mimetismo de la hembra de azulón con los despojos vegetales del río es increíble) permanecía absolutamente inmóvil, como un barco varado, los ojos listos, redondos como abalorios. Y fue después de descubrirlo y mostrarlo a la mirada incrédula de mis compañeros cuando me di cuenta de que perder un azulón en aquel hilo de agua era algo así como perder un pavo dentro de la cazuela. Y, sin embargo, habíamos estado a un tris de perderlo, y si, a la postre, lo hallamos fue por pura chiripa.

Finalmente, el tercer episodio es algo que aún no me ha sido aclarado ni por los más acreditados ornitólogos. Aconteció al finalizar la jornada, entre dos luces, al arrancarme a diez metros un gran pajarote entre la fusca de una chopera. El bicho voló con un pitido agudísimo y prolongado, un silbido de angustia, y su vuelo era acelerado, de aletazos visibles y firmes, el abanico de las timoneras muy pronunciado. Al tomarle los puntos, me pasó por la cabeza la idea de la becada y la del faisán, pero cuando lo derribé, según me aproximaba a él, me iba diciendo entre bromas y veras a mí mismo: «Miguel, hijo, vas a cobrar el primer lagópodo de tu vida». Pueden imaginar mi estupor al encontrarme con una perdiz, un macho

aparentemente normal y, no obstante, a mí me constaba que «aquello» no había volado como una perdiz, no había chillado como una perdiz y, por añadidura, había saltado a diez metros, en solitario, con un día helador en que la perdiz más próxima arrancó a cincuenta metros –y eso en el monte– y a sabiendas de que en ningún momento habíamos logrado romper los bandos. Como es lógico, convoqué rápidamente a capítulo y, tras las deliberaciones y los análisis pertinentes, llegamos a la conclusión de que aquella perdiz tenía una anomalía: el pico. Su pico era aguileño y frágil, acentuadamente curvo, en contraste con los de las otras tres que pendían de nuestras perchas, cortos y sólidos. Tras examinarlo detenidamente, observamos que, a pesar de sus dimensiones, la parte superior estaba quebrada (no desgastada). Como es lógico, durante estos días las charlas con mis amigos cazadores han girado sobre este punto y, sometida la cuestión a debate aprovechando una cena homenaje en torno a Félix Rodríguez de la Fuente, Carlos Valverde –campeón de caza con perro de muestra de Castilla y León y taxidermista él– apuntó una teoría sugestiva: el pájaro podía ser un cautivo escapado de su jaula. Este hecho explicaría: a) su vuelo de paletazo torpe; b) su aislamiento; c) su particular reacción de alarma, y d) sobre todo la extraña conformación del pico, su fragilidad y, finalmente, su longitud, pues sabido es que el pico de las aves –de las que comen en el suelo– adquiere solidez y forma por exigencias de su alimentación, por su constante fricción con la tierra. Un pájaro prisionero no necesita escarbar, ni someter, por tanto, su apéndice a un desgaste continuado que lo mantenga afilado dentro de unas proporciones invariables.

En resumidas cuentas, la jornada del 14 de diciembre de 1969 fue para mí un hito, uno de esos días a los que se vuelven los ojos –los recuerdos– cuando uno, en torno al fuego, departe con otros compañeros sobre los atractivos y peculiaridades de su afición.

El día de las sombras blancas

La desesperanza en que iba envuelto uno de los capítulos anteriores no significa que la perdiz haya dejado de ser el más vigoroso atractivo que aún ofrece el campo español al cazador a rabo. La perdiz, pese a su escasez, a su desconfianza y a la pérdida de suculencia de su tajada, continúa siendo la reina de las especies menores. O quizá fuera más cierto decir que su progresiva desconfianza y poquedad compensan, como estímulo, la merma en la exquisitez del bocado. En todo caso la perdiz sigue ganando adeptos y como quiera que la caza de la liebre es caza complementaria (aunque es la especie que con su celo vivo y prolongado se recupera antes) y que el conejo escasea pese a que, con gran esfuerzo y exasperante lentitud, va saliendo de la mixomatosis, bien podemos afirmar que el ochenta por ciento de los disparos deportivos que hoy se producen en el campo tienen por blanco la patirroja.

Ahora bien, en otro orden de cosas, la perdiz es un pájaro desconcertante. Ortega afirmaba que la liebre, de animal diurno derivó a noctívago como discreta medida de prudencia, como único medio de pervivir. Lo mismo, seguramente, aconteció con el conejo y el raposo. Bueno, pues sin que pretenda profetizar el futuro de la perdiz roja, sí puedo afirmar que sus costumbres se han modificado tanto por la mecanización del campo como por el cerco constante a que se ven sometidas. De esta manera, la perdiz, sin ser animal nocturno, ni siquiera crepuscular, es ave que cada día se hace menos notoria. Esta circunstancia induce a frecuentes errores a quienes nos ocupamos de temas cinegéticos, como el deslizado por mí en estas mismas páginas, al afirmar ligeramente el día de la desveda, que el año de perdiz venía malo. Ahora, después de dos salidas consecutivas tras las primeras heladas registradas en la meseta, debo rectificar en el sentido de que el campo castellano no anda mal de perdices. Entendámonos. La gráfica de la perdiz –en particular en los terrenos comunes– va acelerada e indiscutiblemente a menos, pero este descenso se produce con intermitencias, con suaves y ocasionales recuperaciones, y una de éstas se ha producido este año en relación con la temporada pasada. Sucede sencillamente lo que decía más arriba, es decir, que a la perdiz cada día le interesa menos dejarse ver, y que tratar de censar las de un término en plena vendimia o el día de la apertura es exponerse al patinazo. Con los primeros disparos y la

irrupción de los vendimiadores en los majuelos, la patirroja se dispersa, busca el perdedero –como las liebres– y se eclipsa entre los terrones de los barbechos, los sotos de los ríos y los maizales. De esta manera, el campo, a las primeras de cambio, produce la impresión de desierto. Mas las aguas, tarde o temprano, vuelven a su cauce y entonces, una vez que en los bacillares cesa el alboroto y los cazadores ocasionales, a quienes el hielo o la lluvia atemorizan, se quedan en casa, los bandos se congregan y todo se reconstruye y torna a la normalidad. Esto no suele suceder hasta mediados de noviembre, cuando las primeras escarchas blanquean los rastrojos y se alza de los campos solitarios como una cristalina aura de serenidad. Entonces es la hora de decir si la perdiz ha criado bien o ha criado mal, si el año viene flojo o viene esperanzador. Y es después de una excursión en estas condiciones a la finca de Alejandro Fernández Araoz, en Villanueva de Duero, a pocos kilómetros de Valladolid, cuando he regresado convencido de dos cosas: que la temporada es más bien pródiga –al menos en determinadas zonas– dentro de la escasez, y que las perdices, como las mujeres y los creadores, también tienen su día.

¿Y cuál es el día de la perdiz si puede saberse? He aquí la cuestión. Yo trataría de resumir la respuesta de un modo un tanto tajante: el día que a las doce de la mañana las sombras son blancas, ése, con toda seguridad, es el día de la perdiz. Con esto quiero decir que el día propicio para ver perdices y para cobrarlas es el día calmo, de helada fuerte, cielo enrasado y sol centellante en lo alto. Pese a este sol, la temperatura, allí donde sus rayos no inciden, es de hielo y la escarcha se difumina, pero no desaparece. En otras palabras, el día de la perdiz es aquel en que la nariz se quema o se hiela, según la mano marche de cara o de espaldas al sol.

En las madrugadas de estos días las perdices se aprietan unas contra otras y su plumaje se recubre de escarcha de tal modo que, inmóviles y blancas, a cierta distancia semejan un montón de piedras. Y hasta tal punto llega el parecido que en una ocasión, en Villafuerte de Esgueva, estuvimos diez minutos parados en el coche, discutiendo –dos contra dos– si aquellos bultos redondeados y simétricos que divisábamos a cien metros de distancia serían piedras o perdices. Una carrerita por los barbechos blanqueados y unas palmadas estrepitosas pusieron de manifiesto que eran perdices. De esto deducimos que en este clima a la perdiz le cuesta romper su inmovilidad nocturna, aunque una vez rota vuela fuerte y con brío. Luego, una vez que sobre la helada brilla el sol, la perdiz –como los nórdicos en Canarias– se empereza y opta por despegarse del bando, acostarse en una jara y hacer, por un día, vida de playa. Diríase que la perdiz trata de almacenar grados bajo el plumaje para soportar la nueva helada que presiente. Pues bien, estos días en que la perdiz se ve de lejos, propende a la dispersión y a la

laxitud tan pronto se le dan unos vuelos, son los días de la perdiz. Y no porque la perdiz aislada le vaya a arrancar a uno de los pies (la perdiz está a gusto al solillo invernal, pero no extenuada), sino porque entre las docenas de perdices revoladas y próximas entre sí, pero no juntas, y que no levantan al unísono sino gradual y escalonadamente, algunas arrancan a tiro.

En un día así, el cazador y su cuadrilla han visitado el cazadero de Villanueva, un cazadero acogedor, con el río Duero embalsado en su tramo más majestuoso rematando un costado, y dos manchas de encina y pinares entre tierras de labor –secano y regadío– cerradas en el extremo opuesto por extensos y arrugados campos de vides. El piso, arenoso en el monte, tiene guijo en los altos, lo que atrae a la perdiz, querenciosa de los terrenos ingratos (por eso abunda en las zonas más desamparadas de la península). Bien, pues en tal cazadero y en el ambiente descrito, el cazador y su cuadrilla –mano va, mano viene– lograron reunir entre los carrascos cuatro o seis docenas de perdices. Los preliminares se prolongaron durante tres horas, en las que apenas una liebre, dos perdices largas y un fogueo animado pero casi inútil a las zuritas quebraron la mudez de las escopetas. Pero así como la perdiz tiene su día, también tiene su hora dentro de ese día, hora que podemos fijar, ante la eventualidad siempre mudable del descubrimiento de los bandos, entre las once de la mañana y las tres de la tarde. Así el cazador y su cuadrilla, una vez dispersas las perdices entre las manchas de encina, tomaron los costados enfrentados de ambas –una escopeta por uno y dos por el otro– con tan buena fortuna que en una hora de reloj colgaron doce pájaros. (Uno, que ya va para viejo, y cuando no le falla el resuello, le falla la vista; y cuando no le falla la vista, le fallan las piernas; y cuando no le fallan las piernas, le fallan los reflejos; y cuando no le fallan los reflejos, le fallan los nervios, tuvo la gran satisfacción de derribar seis perdices sin cero –sirgadas, repulladas, levantadas en el otro monte por la escopeta solitaria– y la debilidad de creerse una escopeta importante; una escopeta que no sólo afina, sino que viene sometida a la disciplina y autocontrol de un cuerpo en plenitud de facultades. Luego, a la tarde, vendría el tío Paco con la rebaja y se le irían a criar dos o tres perdices muertas).

Mas la percha no es indicio de haber acertado con el día de la perdiz. Hay perchas estimables en días negros y perchas esmirriadas en días de abundancia. Lo decisivo en este capítulo no es lo que se cobra, sino lo que se ve: el campo animado por las bestezuelas, el vuelo metálico y vibrátil de la perdiz que uno no pierde de vista hasta que se da, la posibilidad de lances afortunados que uno barrunta a cada paso, el tiroteo sostenido de las alas, la excitación del perro, todo ello contribuye a que el cazador no sienta su cuerpo, que camine y

camine en un estado de ingravidez, de concentración afanosa, que es lo que hace de la caza –y de la pesca– el tratamiento ideal para un cerebro de ordinario martirizado.

En espera de estos días de la perdiz, el cazador soporta la inclemencia de los días de eclipse; esos días chatos, aplastados, en que la bruma o la llovizna –el calabobos– se enseñorea de los campos y parece apagar en ellos todo rastro de vida. En esos casos, la perdiz se esfuma, literalmente desaparece. Basta un pimpollo para que el bando se apelotone bajo él sin dar la menor muestra de vida. Y si acaso, por un azar, se le levanta, su vuelo se pierde en la turbiedad de la atmósfera sin que el cazador, la mayor parte de las veces, acierte a volarlo de nuevo. Estos días de «no perdiz», estos días negados en los que cada bota pesa diez kilos, constituyen para el cazador-cazador el fondo ideal para valorar los días de sombras blancas como el pasado 15 de noviembre en Villanueva de Duero.

La pequeña agachadiza

En mis escritos de caza nunca he tocado, que yo recuerde, las posibilidades de desfogamiento cinegético que depara esta avecilla, ya que la becacina o agachadiza era para mí, hasta hace muy pocos años, no la «gran», sino la «pequeña» desconocida. Castilla, si por algo se caracteriza, es por la escasez de agua, y ya es sabido que la perdiz y el conejo son animales de secano, de siembras, laderas y arcabucos, donde, salvo en años de lluvias excepcionales como el actual, es hasta difícil encontrar un charco. Esto no obsta para que en las vaguadas y bajos y en los aledaños de los arroyos en épocas de avenidas, sean relativamente frecuentes los terrenos pantanosos donde surgen anárquicamente junqueras y herbazales. De ahí que a lo largo de mi vida de cazador haya abatido algunas becacinas, pero siempre, hasta hace muy poco tiempo, circunstancialmente, esto es, cuando iba rastreando otras piezas. Y hasta tal punto esta avecilla de largo pico y lomo jaspeado –muy mimético con la tierra– nos era desconocida a la cuadrilla, que aún recuerdo la vez que, hace unos años, mi hermano Manolo bajó una en un lugar insólito –un páramo pedregoso de Serrada– y fue tanta su sorpresa que convocó a capítulo, pregonando a los cuatro vientos que había derribado una chocha-codorniz. Naturalmente se trataba de una broma, pero su convocatoria vocinglera, chunga aparte, ya revela que entre nuestras perchas habituales la becacina ha constituido siempre un elemento detonante y excepcional.

Nuestra ignorancia, pues, antes que al hecho de que nuestros campos no cobijen agachadizas, era debida a la sencilla razón de que una piececita tan insignificante en apariencia no nos engolosinaba y, por otra parte, a la creencia, ésta bien fundada, de que las concentraciones de becacinas son infrecuentes en Castilla, aunque naturalmente, también para esta regla haya excepciones.

Tal actitud es general entre los cazadores de estos pagos. Tampoco creo que la de los tiradores de los grandes y animados cotos del sur difiera en lo sustancial. En España, y aunque a algunos les sonroje, hasta anteayer, hemos sido partidarios de las mujeres rollizas y los pájaros grandes. En la mesa y en la cama al español siempre le gustó tener donde agarrarse. Nuestra más cacareada que efectiva aproximación a Europa se va haciendo palpable por una cierta propensión a la exquisitez, y ahora estamos aprendiendo que lo

abultado no es necesariamente lo mejor ni, por tanto, erótica ni cinegéticamente hablando, tiene por qué ser lo más codiciado. Pero en términos generales se puede afirmar que el tirador del sur que se jacta de cobrar cien perdices en un ojeo desdeñará la becacina porque le exige andar, enlodarse, disparar poco y, a la postre, en el mejor de los casos, alcanzar una percha exigua. Y en lo que atañe al cazador mesetero no le vaya usted con monsergas de dificultades, ni con exaltaciones deportivas.

–¡Quite usted de ahí! Si dos docenas de pajaritos de esos no abultan lo que una liebre. ¡Pero si no tienen más que pico!

La agachadiza, en verdad, fuera de media docena de cazadores sensibles en cada provincia, carece de clientes y, en consecuencia, se desconoce todo lo relativo a ella. Por si fuera poco, la becacina es ave discreta en sus devaneos y únicamente el que está sobre ella sabe más o menos cuándo llega y cuándo se va. No es lo mismo, pongamos por referencia, que la avefría –caza también poco golosa–, que con su arribada estridente y gregaria pone de inmediato sobre aviso a toda la parroquia.

Contrasta esta actitud celtibérica de indiferencia por la becacina con la que en este apartado ofrece Francia, por ejemplo. La cultura francesa es algo que se manifiesta en todos los terrenos. Hace unos años traduje con mis hijos una bella obra de caza editada en París que incluía un capítulo dedicado a las acuáticas y, dentro de él, unos párrafos muy sabrosos destinados a la agachadiza. La finura gala se hacía bien patente allí. La finura gala llega al extremo de practicar la batida con estas avecillas tan incontrolables y veleidosas. La finura gala llega a un punto que para nuestra impaciencia celtibérica resulta inaudito: construir cazaderos para la becacina, segando juncos, quemando hierbas... y atando una res a una estaca cada quince metros para que mediante sus desahogos periódicos vaya abonando el terreno. La finura gala, en resumen, se hace patente al recomendar al lector el equipo más cómodo y adecuado para dedicarse a este tipo de caza. Claro que los franceses trabajan con la cabeza y si, pongamos por caso, el ciclismo francés aspira a hacer del corredor un atleta completo –llaneador, escalador, *sprinter* de velódromo–, nosotros nos conformamos con fabricar peones de brega, forzados, que aguanten y que, a lo sumo, puedan ofrecernos la satisfacción de ganar el Premio de la Montaña. Es el camino que separa la reflexión de la improvisación –de la que otro día hablaré–, el enfoque meditativo y frío de cualquier problema del optimista y pueril «eso también lo hago yo». En el mundo calculador y matemático de nuestros días, la tan traída y llevada «furia española» tiene, en mi modesta opinión, muy poco que hacer.

Y, sin embargo, este desdén no está justificado porque basta ponerse

a la becacina para ser conquistado por la becacina. La caza de la agachadiza encierra un atractivo especial que comienza en el instante de calzarse las botas de goma que esta modalidad cinegética requiere. A la agachadiza se la incluye entre las acuáticas, cuando en rigor no es caza de agua, sino de barro. Una laguna de márgenes recortados no es cazadero de becacinas. La becacina requiere marjales, terrenos encharcados y con maleza –hierbas, junqueras, carrizos– para que el cazador no se haga demasiado ostensible. La agachadiza, asociada en pequeños grupos o emparejada, picotea entre los verdes islotes reblandecidos y con su largo pico extrae de la tierra las lombrices y gusanos de que se alimenta. Si estas islotes quedaran sumergidos un día, la becacina se marcharía (esto he podido comprobarlo con ocasión de las lluvias torrenciales de enero).

Georges Vernes tiene razón cuando afirma, en la obra a que aludí más arriba, que el mayor aliciente de la agachadiza es que nunca se sabe lo que va a hacer; esto es, su espontaneidad. Con el resto de las especies se puede presumir su comportamiento, por lo que la experiencia es un caudal muy valioso. Con la becacina, la experiencia nada más nos enseña que la experiencia aquí sirve de muy poco, a lo sumo para presumir el lugar donde va a arrancarse el pájaro o las dificultades que pasaremos a la hora de cobrarlo. Poco más. Por otra parte, Vernes alude a las becacinas que vuelan a postura de perro, oportunidad que confieso aún no se me ha presentado. Es más, la becacina abulense –provincia donde yo las cazo– es sumamente recelosa. No es que arranque fuera de tiro; pero sí a treinta o cuarenta metros, lo que dados su pequeño tamaño y la frivolidad de su vuelo hace sumamente azaroso el disparo. Mas he observado una cosa: si el cazador no foguea, la agachadiza no suele desplazarse lejos y, al segundo vuelo, ya prevenido, el cazador tiene más posibilidades de disparar con garantía de éxito. De otro lado, la becacina es uno de esos pocos pájaros que se achican volando; tan es así que el último día que me he dedicado a ellas he hecho fuego, confundido, sobre un pajarito de vientre blanco poco mayor que un jilguero. Y es que la becacina crea en nosotros –en los novatos en estos lides– un complejo de identificación. Uno nunca está seguro de reconocerla a tiempo, pese a su característico chillido, a su largo pico y a su vientre albo y fosforescente. Mas, con frecuencia, el cazador, que sabe de su vuelo versátil y de la conveniencia de disparar antes de que el pájaro inicie sus cabriolas, fintas y tumbos, se precipitará y errará el disparo o hará, en ocasiones, una víctima inocente. Éstos son escrúpulos de cazador inexperto, lo reconozco, pero explicables si tenemos en cuenta que estas cazaderos no se distinguen por la abundancia y uno no se resigna a malbaratar las pocas oportunidades que se le ofrecerán a lo largo de la jornada.

Por otra parte, la becacina es pusilánime, y basta a veces una detonación para que ocho o diez pájaros –la mitad cuando no la totalidad del censo en ese lugar– levanten el vuelo y evacúen el marjal atemorizados durante el tiempo que dure el cacerío. A esto hemos de añadir el escollo de tomarle los puntos, puesto que la becacina, en su vuelo, es ave que desconoce –o prefiere desconocer– la línea recta. Y si esto es así y su arranque es prematuro y chico su bulto, nada tiene de particular que se yerre con frecuencia, y ya es sabido que pájaro que se yerra con frecuencia es pájaro que desafía más y, por ende, que proporciona mayor felicidad a la hora de colgarlo.

Si reparamos en estas características –pájaro menudo, vuelo vivaz y zigzagueante, tiro a treinta o cuarenta metros– parece aconsejable utilizar perdigón de mostacilla, ya que, por añadidura, la becacina es sumamente sensible y basta un pequeño plomo para derribarla. Pero aquí se presenta la empatadera. Los terrenos de becacina, en particular los meses de hielo, son propicios para la liebre, por aquello de que «la liebre en enero cerca del agua», y así lo que no va en lágrimas va en suspiros. El problema es de difícil solución, aunque tal vez lo pertinente fuese meter décima en el tubo derecho y sexta en el izquierdo, por si las moscas. La caza, después de todo, es un juego de despropósitos que quedaría poco menos que en nada si eliminásemos de entrada lo que yo considero su elemento fundamental: la sorpresa.

Sobre la caza con perdigón

Está visto que la propensión al mínimo esfuerzo –manifestación expresiva de la molicie que promueve el consumismo– está tomando carta de naturaleza en la sociedad contemporánea. Antaño había en nuestro refranero una magnífica sentencia que, día a día, va dejando de tener sentido. Rezaba así la aludida sentencia: «El que quiera peces que se moje el culo». Todo esto, como digo, va haciéndose inoperante a medida que el hombre empieza a utilizar los pies que Dios le dio para andar en acelerar o desembragar. Sombrío panorama el que se avecina. Y más aún cuando este emperezamiento se traslada a un deporte como la caza, que hasta hace pocos lustros venía montado sobre un agotador esfuerzo físico. Pues ahora no señor, ya ve cómo progresamos. Uno podría pensar que las nuevas leyes cinegéticas se concebirían para que los esfuerzos del cazador resultaran más rentables, pero no es así, al menos no lo es en la nueva ley de caza que se nos anuncia a los españoles. A lo que se ve, el progreso en este terreno se plantea también sobre la base de que la caza deje de ser no ya un ejercicio esforzado y saludable sino ni siquiera un ejercicio. El día que consigamos que a un hombre sentado cómodamente a la sombra de una encina se le acerquen las perdices y se suiciden, ahorcándose de la percha que cuelga de su canana, podremos decir que el deporte de la caza ha alcanzado el techo de sus posibilidades. En esta dirección, al menos, parece que tratamos de caminar si comparamos la ley de caza de la tartana (1902) con la ley de caza de la era supersónica (1970). A la vista de que estos sesenta y cuatro años transcurridos están separados por una idea bastante distinta de la velocidad, cualquier mediana cabeza pensaría que, en lo que a la caza atañe, el futuro vendría determinado por un aumento del dinamismo cinegético. Pues bien, la cabeza que tal cosa imaginara estaba muy equivocada, es decir, a lo que aspiramos es a que el movimiento, que fue la tónica de la caza en la era de la tartana, se convierta en inmovilidad en la era supersónica. Una paradoja, ciertamente, pero una paradoja que, si Dios no lo remedia, acabará asentándose sobre nuestros campos con todos los pronunciamientos legales favorables.

Una lectura de la vieja ley que ahora se pretende arrumbar, despierta en el cazador-cazador una conmovida nostalgia. A uno le enternece, por ejemplo, observar el amor con que el legislador de antaño velaba por la conservación de la patirroja. Entre pájaro y

cazador, el legislador de ayer tomaba partido por el pájaro: no formar cuadrillas, no utilizar el sistema de manos encontradas, no emplear ardides para atraer a la caza… Automáticamente quedaban excluidos los métodos alevosos: ojeo, mano demasiado extensa, caza con perdigón, etc. De pronto, la vieja ley –que lo peor que tenía es que no la acataba nadie– se desestima por inoperante y surge el nuevo proyecto donde el legislador vuelve a tomar partido, pero esta vez, con un mal entendido criterio humanista, no en favor del pájaro sino en favor del cazador: el hombre podrá atrapar perdices en cuadrilla, podrá diezmar los bandos en ojeo (aunque no en terrenos libres) y podrá, en fin, utilizar legalmente el reclamo para abatir pájaros aprovechando la época de celo (artículo 23, apartado 5, párrafos *a* y *b* del proyecto). De todo esto se deduce que el legislador se ha ablandado, reblandecimiento que se hace particularmente notorio al autorizar la caza con reclamo en un tiempo –la primavera– que la perdiz utiliza para procrear y en el que, en consecuencia, debería estar rigurosamente prohibido que sonara una detonación en el campo. Los españoles somos de una pasta tal que desde el momento en que se autoriza a uno a agarrar la escopeta, nadie puede estar seguro de nada. «Para eso está la guardería», se aducirá. Mas uno pregunta ingenuamente: ¿Qué guardería? Porque si hay algo que aumenta el riesgo de la caza en nuestro tiempo es, precisamente, eso: que no hay cristiano que la guarde. Autorizar la caza con reclamo, con todos los obstáculos teóricos que se quieran interponer al efecto, constituye un gravísimo peligro por la sencilla razón de que nunca podrá haber un guarda para acompañar a cada escopeta, porque nadie puede garantizar la integridad de esos guardas y, sobre todo, porque las oportunidades que todo esto brinda al furtivismo son que ni pintadas.

Ya sé que existen argumentos en favor de la caza con perdigón. Los reclamistas deportivos hablan y no acaban de las delicias que procura esta emboscada. Para mí, como para Juan Gualberto, el Barbas, esto de esperar a que el macho entre a disputar la hembra al compañero decidor o a cortejar a la hembrita enjaulada, y despacharlo de un disparo alevoso, no es una maniobra correcta. De niño me decían que con las cosas de comer no se juega, pero de mayorcito empiezo a pensar que con esas otras cosas –las del amor– debería jugarse menos. Aspiro a decir que el argumento de que la caza con reclamo es una ciencia y aun un arte, no me vale. Hay muchas maneras científicas y aun artísticas de enredar a la caza y atraparla. Como tampoco me vale ese argumento de falsa piedad en favor de los que carecen de piernas para cazar perdices como Dios manda. Si en la ordenación del fútbol se moviera uno por la piedad habría que dictar un artículo en virtud del cual al delantero con los treinta cumplidos no se le silbaría el *off side,* y otro para que el guardameta que rebasara los treinta y cinco

defendiera un marco cuatro metros más corto que el reglamentario. Las cosas son las cosas y si uno desconoce los naipes es mejor que desista de jugar al tute.

Evidentemente no es bastante con que la ley –aparte los reglamentos que pudieran venir detrás– proscriba la atracción de pájaros con la hembra y señale el límite de quinientos metros «de la linde cinegética más próxima» para utilizar el reclamo. En primer lugar, a la hembra sólo entran machos –machos engolosinados por la cita–, y si lo que se busca es un equilibrio demográfico entre machos y hembras, y son aquéllos los que sobran, el hecho de que los prolegómenos sean menos distraídos que los del reclamo con perdigón macho –que es el autorizado por el proyecto– no justifica esta diferencia de trato. Otro tanto cabe decir de la linde. ¿La linde de lo libre será considerada «linde cinegética»? Porque, si no es así, sobrevendrá un nuevo atropello para los terrenos de todos, baqueteados ya más de la cuenta. Si lo libre no es «linde cinegética» veremos al excelentísimo señor armar el tollo a cincuenta metros del terreno de nadie y matar la tarde a costa de la media docena de perdices de los demás (y también de él, por supuesto, pero no en la proporción que se atribuye). En resumen, es ésta una cuestión sumamente espinosa que, mientras la educación cívica, la guardería y el respeto al prójimo y a lo del prójimo no suban muchos enteros en el país, sería preferible «no menealla». La repugnancia instintiva que a cualquier sensibilidad medianamente dotada produce el solo pensamiento de hacer de Celestina para, a la postre, apiolar al seductor, no significa nada al lado del daño que puede ocasionar al campo este proceso cinegético-amoroso forzosamente incontrolado. No olvidemos que este método, de ser autorizado, contaría de inmediato con ejércitos de cultivadores, ya que su práctica (al amor del primer solillo primaveral, sentado cómodamente en un silletín y con la bota y la merienda a mano) rima a la perfección con el gusto por la indolencia que caracteriza al hombre contemporáneo.

Creo sinceramente que de concesión en concesión –¿no está ya bien con el ojeo y la mano de media docena de escopetas?– estamos llegando demasiado lejos. Dejémonos de ciencia, de arte y de piedad. O, mejor aun, apliquemos la ciencia, el arte y la piedad para defender a nuestros pájaros en lugar de como argumentos para aniquilarlos. El reclamo debe proscribirse y con él esa vieja costumbre española de tener a la puerta de casa, pendiente de una alcayata, un perdigón enjaulado. La perdiz prisionera debe constituir de entrada una presunción de delito venatorio, porque ¿dónde, cómo, cuándo y por quién fue atrapado ese pájaro? Nadie formula tales preguntas y, sin embargo, los perdigones enjaulados que sestean perezosamente al sol girando aturdidamente sobre sí mismos, particularmente en los

pueblos y caseríos del sur, son centenares, millares, incontables. Prohibamos este apresamiento caprichoso y terminaremos con una de las actividades furtivas más frecuentes y exterminadoras que se dan en el país.

Imagino que el reclamista deportivo (que los hay, sin duda alguna) no comprenderá mi radical intransigencia en este asunto y aducirá que el perdigón manejado discretamente, lejos de constituir un peligro, representa un Malthus redivivo que viene a equilibrar la demografía montuna. A esto respondo: ¿Quién puede garantizar el uso discreto de estos miles de pájaros enjaulados que hoy pueblan nuestra geografía rural? ¿No acarreará la autorización legal un nuevo negocio –un dañino negocio– como lo será la venta a buenos precios de machos parlanchines con la consiguiente persecución de polladas en la canícula estival? Para concluir, a aquellas argumentaciones prefiero responder con un párrafo que utilicé ya en mi obra *El libro de la caza menor:* «Si el *campo* que responde a la treta estuviera únicamente compuesto de machos, el argumento [demográfico] sería, al menos considerable, siquiera siempre nos dejaría en la duda de si nuestros disparos no estarán provocando un incremento de solteras forzosas en la localidad. Porque ¿qué motivos hay para pensar que el macho no hace objeto de sus solicitudes antes a la perdiz prisionera que a una perdiz libre? [me refiero a la atracción con la hembra]. De otro lado si, como sucede a veces, al engaño acuden macho y hembra y positivamente hacemos una viuda, ¿quién demonios nos garantiza que esa viuda vaya a hallar inmediato consuelo? El argumento, pues, es peregrino; no resulta concluyente. Partir de la base de que el campo da mayor número de machos que de hembras, es partir de una base falsa o, siquiera, muy problemática. Y aceptando como buena la afirmación de que la perdiz es monógama –que vaya usted a saber si es monógama–, el daño que se hace a la especie es, cuando menos, presumible».

El maíz y la caza

La cuadrilla del que suscribe es muy dada a enriquecer el refranero y cada vez, pongo por caso, que uno de sus miembros derriba un pájaro que se arranca de entre las cañas de un maizal voceará:

–¿La perdiz, en la maíz!

A lo que el compañero más próximo replicará:

–Y en diciembre, la liebre.

Esto induce a pensar que los maizales facilitan la concentración de caza, deducción exacta y fundada puesto que si, por una parte, las panochas procuran alimento, por otra, las cañas facilitan un apreciable resguardo contra el matacabras y la humedad del gallego. Cualquiera que conozca el clima invernal de la meseta podrá comprobar, agachándose en un maizal, cómo mejoran, de pronto, las condiciones térmicas circundantes.

Pero mientras el fruto esté pendiente, hay una razón más para que la caza busque cobijo en los maíces: la seguridad. El Cañaveral representa una frontera que los humanos no pueden forzar. La caza intuye entonces –e intuye bien– que ningún intruso podrá venir a perturbar su digestión o su siesta. Yo recuerdo que en Villamarciel, la última vez que me arrimé por allí a matar unas codornices con Vicente Presa, nos llevamos un chasco fenomenal. Las codornices volaban en grupos de ocho o diez, a cien metros de distancia, y se perdían entre las altas cañas. Antes de llegar el maíz –cuyo cultivo se ha desarrollado mucho por mor de las fábricas de piensos compuestos–, las escasas vegas de los escasos –y escuálidos– ríos pincianos constituían unos cazaderos de codorniz pintiparados. Los regadíos de Villamarciel, sin ir más lejos, le permitían a uno colgar doce pájaros en poco más de una hora. Bueno, pues con la arribada del maíz las cosas han variado de tal manera que, el día a que me refiero, entre tres escopetas no sé si hicimos cinco pájaros antes de sentarnos a comer. Es más, la codorniz que por tardía o por vaga decide invernar en la meseta buscará los cañaverales para soportar las crudas heladas decembrinas. De lo dicho puede inferirse que cazar la codorniz hoy a la vera de los maizales es un desatino sólo parecido al de tratar de censar las perdices en una finca donde los cañaverales permanecen enhiestos hasta finales de enero. Y otro tanto sucederá con las liebres. Tales dificultades comportan, sin embargo, el consuelo de que todo aquello que representa un obstáculo para el cazador constituye una

defensa para la caza (que tan pocas tiene, la pobre), lo que, a la postre, quiere decir que, con el tiempo, se convertirá en una ventaja para aquél.

En el caso del maíz, el accidente es un Jano bifronte: antes de diciembre será un veto, una muralla infranqueable; a partir de la recolección de las panojas –y en tanto el ganado no malrote las cañas– puede ser el matadero ideal si acertamos a concentrar la perdiz en él y si las plantas no son de esos híbridos disparatados que levantan tres o cuatro metros del suelo. Un maizal de proporciones humanas, una vez desprovisto del fruto, con granos y mazorcas esparcidos por los surcos que proporcionan abundante alimento gratis es, sin disputa, el lugar apropiado para poblar la percha. Es cosa sabida que la perdiz en diciembre no permite que nadie se le arrime; es esquiva y desconfiada como aseguran que son las muchachas de Valladolid. Pues bien, abrigada en el maizal, la perdiz –confiada por seis meses de invulnerabilidad– aguanta y arranca a tiro y, forzada por la estatura de las plantas, habrá necesariamente de repullarse si quiere coger vuelo. Esto presupone que, llegada la recolección, las cañas se le vuelven lanzas a la patirroja. Lo mismo podríamos decir en lo referente a la liebre, si su agilidad y su fino regate no hicieran del disparo algo casi siempre ineficaz, ya que sus irrupciones y desapariciones súbitas impiden al cazador a salto tomarle los puntos como es debido. Para despojar el maizal de las liebres alojadas en él, las escopetas de las lindes deberán ir muy adelantadas, de forma que la liebre fugitiva vaya a coger la regadera del extremo, precisamente allí donde avanza la primera –o la última– escopeta, que aprovechará lo limpio –que también busca la liebre para tomar velocidad– para ponerla tripa arriba sin grandes dificultades.

Pero estábamos con la perdiz, para ser exactos con el maizal decembrino como matadero de perdiz, porque a las perdices, como a las vacas, si es que queremos comerlas, hay que conducirlas antes al matadero. Para ello, la mano deberá patear previamente las tierras rayanas, bien sean barbechos, siembras o mohedal, de tal forma que la perdiz achuchada acabe introduciéndose allí donde no ve y no la ven –una de las pocas circunstancias en que la perdiz utiliza la táctica del avestruz– y, sobre todo, donde a lo largo de seis meses ha venido encontrando seguro refugio contra las asechanzas humanas. Una vez entre las cañas, la patirroja se siente a cubierto; y es esta sensación absoluta de seguridad lo que la perderá a la postre. Porque todo ese crispamiento, esa difidencia recelosa, ese vértigo en la huida, esa vista de águila, que son características de la perdiz invernal en la meseta, se desvanecen una vez que la patirroja –en solitario o en bando– se aloja en el Cañaveral. Por eso, tan pronto hayamos concentrado los pájaros en el maizal, conviene obrar con cautela y discreción si no queremos

malbaratar la cacería. Para evitarlo, si el maizal nos es desconocido, convendrá estudiarlo con detalle, y organizar la batida –la mano– en consecuencia. Si la franja de cañas es estrecha –y este tipo de maizales son los que más abundan en las vegas castellanas– puede manearse de una vez con sólo tres escopetas, la del centro retrasada en relación con las de las puntas, quienes, por su parte, deben colocarse en la tercera o cuarta calle –desde donde dominen las tierras vecinas por si se arranca la rabona– y avanzar pausadamente, con frecuentes altos para evitar que la perdiz (hostigada a derecha e izquierda) se amone entre la maleza sin decidirse a arrancar. Si el maizal fuese ancho, debe tomarse en dos veces, adelantando la escopeta interior, a fin de que se achuche a los pájaros hacia adelante y hacia el costado, disposición que se repetirá al regreso, pero lógicamente en sentido contrario. En toda esta operación conviene actuar con prudencia, particularmente en los maizales de mucha envergadura, aguardando en las regaderas a fin de determinar, de tiempo en tiempo, la disposición de las escopetas y reanudando la marcha, en último término, las centrales con objeto de conservar la táctica inicial. Es claro que en los maíces muy tupidos y enhiestos, las escopetas que caminan por el centro únicamente podrán disparar a la perdiz repullada y próxima, pero en las cañas recortadas pueden hacerse tiros muy largos y bonitos. Es muy frecuente, especialmente cuando se manea un maizal de cortas dimensiones, que las perdices apeonen ante nosotros, generalmente sin dejarse ver, y únicamente al rebasar la regona del extremo se alzarán con un zurrido tentador, no de golpe, generalmente, sino con intermitencias de décimas de segundo, tiempo más que suficiente para que una escopeta serena se dé el raro placer del doblete e, incluso, puesto que la perdiz en el maizal suele estar muy agrupada, nosotros mismos nos sorprendamos con la chamba de una carambola. La gran ventaja de estas manos, repito, es que tanto si la perdiz va saliendo aislada, como si aguarda al final para arrancar en bando, lo hará a tiro el noventa y nueve por ciento de las veces, cosa que a estas alturas del calendario –diciembre, enero– no suele ocurrir más que en el monte, donde las encinas no nos dejan ver los pájaros.

Por otra parte, todo lo que dije en otro capítulo sobre mi desconfianza y mi escasa afición por el ganchito fuera del que se hace en corto o a perdiz vista, no rige con el ganchito realizado en un maizal querencioso y siempre que se adopten las precauciones obligadas entre las escopetas que aprietan y las que aguardan, ya que la perdiz en maizal aguanta el emparedado y cuando brinca suele hacerlo a tiro de unos y de otros. Cruzar los disparos en estas circunstancias es temerario. Sin embargo, nuestra cuadrilla –normalmente de tres– lo pone en práctica en aquellos maizales donde la sospecha de perdiz es fundada. Manolo Grande, mi hermano, muy

fino en estos empeños, suele ser la escopeta que aguarda y, de ordinario, nos espera siempre en la esquina del Cañaveral sonriendo y con una perdiz en cada mano:

–De ganchito, en la maíz, no me echa mano ni Teba –suele decirnos.

En resumidas cuentas, el maizal, desde el punto de vista cinegético, es un nuevo elemento a considerar en la topografía castellana. Las cañas de los maíces constituyen, de un lado, un hurtadero de caza –de agosto a diciembre– y, de otro –diciembre y enero–, su mejor matadero. Esto supone que el maizal tiene sus ventajas y sus inconvenientes, más ventajas que inconvenientes por ahora, pero su extensión por las vegas de Castilla nadie sabe adónde nos podrá llevar. Esto es, el día –si es que está de venir– que las pequeñas cuadrículas actuales, diseminadas entre otros cultivos, den paso a largas y anchas hectáreas de Cañaveral y la estatura del maíz normal sea desbordada por la de uno de esos híbridos gigantescos de laboratorio, las cosas cambiarán y los cazadores habremos de revisar entonces nuestra táctica y nuestra estrategia de acuerdo con este nuevo factor.

Furtivismo y educación cinegética

En nuestro país es una vieja rutina identificar al cazador de oficio con el cazador furtivo. Aquel que sale al campo no a ejercitar sus músculos sino a buscar comida, no se para en barras, se hará con lo que pueda y empleando todos los ardides imaginables, suele pensarse. Tal cosa, que en términos generales es cierta, nos da una concepción del furtivismo arcaica y en exceso restringida. En nuestro tiempo, el furtivismo no se agota en el cazador profesional. El cazador furtivo, el cazador que come y vive de la caza, sin duda no ha sido desterrado pero es, entre los venadores que viven al margen de la ley o que la vulneran con frecuencia, el más disculpable. A su lado, como ejemplares eminentes del furtivismo, habrá que colocar a los destructores de nidos, los corredores de pollos, los dueños de perros incontrolados, los ejecutores de liebres encamadas y, para terminar –aunque una sola relación de las actividades ilegales en el campo llenaría este capítulo–, los furtivos motorizados, esto es, aquellos que entretienen viciosamente sus ocios matando perdices sin enlodarse los zapatos. Pero si examinamos las manifestaciones del furtivismo más señeras, advertiremos que todas ellas, a excepción del matador desde vehículos a motor –y tal vez los venadores con fines científicos–, son contemporáneas de la vieja ley de caza. Es decir, la novedad más importante aparecida desde comienzos de siglo, en lo que a la caza concierne, es el motor. El vehículo a motor –turismos, jeep, tractor, cosechadora, etc.– ejerce sobre las cazas una suerte de estupor que las conduce a la inmolación sin resistencia. Esta pasividad, hoy atenuada por la difidencia de las especies, ha sido, sin embargo, de una notoriedad evidente. Aún recuerdo cómo en 1954 me deslicé con un automóvil entre un bando de avutardas, sin que los animales –algunas a menos de diez metros de distancia– se espantasen, antes bien considerasen el coche con complaciente curiosidad. Lo mismo podríamos decir de la pareja de perdices que apeonan por el barbecho y ante el vehículo se detienen para, desde lo alto de un cavón, ofrecer su pechuga a la avidez descompuesta del furtivo motorizado. De análoga manera, con la agravante de nocturnidad, se produce el sacrificio de liebres y conejos atraídos por las luces de los faros en la noche. ¿Y qué decir de la codorniz, en la época de siega, ante el avance bamboleante y tonante de la cosechadora? En suma, el motor, el vehículo de tracción mecánica, ha sido, sin ninguna duda, el mayor

enemigo de la caza aparecido en los últimos setenta años. Y esto ha llegado a tal extremo que hoy no quedaría en los terrenos libres una sola pieza cazable si los accidentes de nuestra topografía y los vedados no hubieran tendido en torno a aquéllas una barrera protectora. Con todo –con la excepción quizá de la avutarda– son aún muchos los millares de piezas que se sacrifican anualmente por este procedimiento no sólo antideportivo, sino ilegal. ¿Qué hacer ante esto, ante esta plaga de furtivos letrados que día y noche atentan contra nuestra rica y variada fauna cinegética? Yo diría que dos cosas, una a largo plazo: educar; y a corto plazo, la otra: sancionar. Vayamos hoy con la educación.

–¿De qué educación se trata? ¿Es que se refiere usted a la ilustración de analfabetos?

Más o menos, pero expongamos la cosa con un poco de calma. Ya he anticipado que hoy día el furtivo no puede ser identificado con el desheredado. Al furtivo no se le conoce ya por el atuendo; el furtivo no está en la chaqueta de pana parcheada; el furtivismo se lleva en los entresijos y encaja lo mismo bajo unos harapos que bajo una elegante cazadora de ante. El furtivismo es una actitud incivil, que unas veces va en burro y otras –y no pocas– en automóvil. De aquí deducimos que el furtivismo es una lacra propia de pueblos carentes de civilidad, aunque quizá no de buenos modales. Y nuestro país –que cuenta evidentemente con otras virtudes– no conoce la educación cívica ni por el forro, con la particularidad de que esta falla afecta tanto al que no ha podido ir a la escuela como al prohombre educado –y es un decir– en colegio de pago. Pero una de las cosas que ha de salir destruida de la crisis actual de la sociedad es la hipocresía. Ya va siendo hora de tirar de la manta y aclarar que la educación no consiste en besar ceremoniosamente la mano de las señoras, ni en utilizar esmeradamente los cubiertos de pescado. La educación es algo de más enjundia que todo eso. La educación es, en esencia, el respeto al «otro». Y la educación que en la gran urbe puede demostrarse de mil maneras, en el campo, en la soledad del campo, no puede manifestarse más que de una: respetando a la naturaleza y al hipotético «otro» que mañana puede ocupar nuestro lugar o, dicho en palabras pobres, en no hacer a solas lo que no haríamos si tras el primer ribazo asomaran las alas charoladas de un tricornio. Ésta es la cuestión planteada sucintamente. Mas, por el momento, tendremos que pechar con lo que hay o, dicho con mayor propiedad, con lo que no hay: educación ciudadana, si bien para el asunto que nos traemos entre manos mejor sería decir educación campesina.

Al español no se le ha enseñado a tratar con la naturaleza de la misma manera que no se le ha enseñado a convivir. La relación español-naturaleza, como la relación español-español, de siempre se

ha establecido a palos. A la naturaleza la maltratamos, como maltratamos, de palabra o de obra, o de palabra y obra, al prójimo que discrepa de nuestra manera de pensar. Así nuestra historia, en no pequeña parte, es un largo rosario de guerras civiles y talas de bosques. El primer objetivo, pues, de la nueva ley de educación, debe ser éste: imbuir el sentido del prójimo y la idea de que el respeto es la única posible base de la convivencia.

Estas nociones iniciales deben ser apuntaladas luego con una más estricta educación cinegética. Hoy día, por ejemplo, existen una serie de limitaciones en la captura de predadores, pero a buen seguro el ochenta por cien de las gentes que andan por el campo con una escopeta en la mano no diferencian un cernícalo de un búho, o un milano de un alimoche. Difícilmente pueden, pues, respetar lo prohibido si cuando encañonan la escopeta ignoran qué es el blanco. Imaginen ustedes la eficacia de un código penal que sancionara, como parece de cajón, matar a un semejante o violar a una doncella, en un pueblo que desconociese lo que es un semejante y lo que es una doncella (y, por supuesto, lo que es violar). Pues esto, aunque nos obstinemos en esconder la cabeza bajo el ala, es lo que está aconteciendo en nuestros campos. A diario se abaten animales protegidos, y no por mala fe, sino por ignorancia supina, esto es, por ignorancia no sólo de la prohibición, sino de la pieza que se abate.

Los alemanes, que son gente muy reglamentada y concienzuda, antes de despachar una licencia de caza someten a examen al aspirante, no sólo para observar cómo manipula una escopeta y un rifle, sino para saber si distingue un animal de otro e, incluso, una huella de otra. Esto quizá sea excesivo para nuestra celtibérica indisciplina, pero, evidentemente, un poquito más de atención hacia aquel que va a enfrentarse a tiro limpio con la naturaleza no nos vendría mal.

En este asunto de la formación cinegética hay que dar acceso a biólogos y especialistas. La eficacia de las charlas televisivas de Rodríguez de la Fuente nadie las pone hoy en duda. Rodríguez de la Fuente habla de la naturaleza con amor y su acento es tan cálido y persuasivo, tan sinceras sus palabras, que no pueden menos de despertar un eco. De Rodríguez de la Fuente no sólo podemos decir que nos está distrayendo, sino que nos está formando. Rodríguez de la Fuente, entre otras cosas, al enseñarnos no que el hombre sea lobo para el hombre, sino que el hombre es hombre para el lobo, viene a decirnos que hasta las especies más feroces conservan un código del honor, un último atisbo de nobleza y lealtad, que los humanos hemos olvidado. En cinco años, la matrícula de la Facultad de Biológicas en Madrid ha aumentado en un mil por ciento. Yo no puedo desligar este fenómeno de las charlas citadas que, por otra parte, son el primer

intento serio que se realiza en el país para sembrar ideas de no-violencia, de tolerancia y amor. Si aprovechamos esta siembra, la Asociación para la Defensa de la Naturaleza (ADENA) encontrará muy pronto un número de socios que nos permitirá mirar el porvenir con un poco más de esperanza. Y si éste es el resultado de los esfuerzos y de la pasión de un solo hombre, si este programa de televisión es el de más amplia audiencia en el país, ¿por qué no completarlo con otros temas y otros nombres? A mi entender hay mucha gente preparada a la que debemos dar entrada en la prensa y la TV. Los Bernis, los Valverde, los Castroviejo, el grupo Alcyon son alguien en estos menesteres, me parece a mí. Pues bien, manos a la obra. Un programa semanal es poco programa.

Menos superhombres, menos latiguillos triunfalistas, menos lavados de cerebro, menos publicidad y más espacios formativos, en particular en este aspecto de la fauna y la flora en el que la amenidad está garantizada.

Los terrenos demasiado libres

Bueno, hemos dicho educar al pueblo –en su más amplio alcance, esto es, incluidos prohombres y señoritos urbanos– en el respeto a la naturaleza, pero evidentemente Zamora no se ganó en una hora. La empresa requiere tiempo y en un país como el nuestro, alérgico a toda pedagogía, más tiempo aún. Y durante este tiempo, ¿quién guardará la viña? Porque es incontestable que, si esperamos a recoger los frutos de una educación cívica y otra educación –complementaria– cinegética, es muy posible que para entonces no quede ni una sola patirroja por estos páramos de Dios. Apremia entonces contar con un guardián celoso para esta etapa de interinidad. Pero por muchas vueltas que le he dado en la mollera a esta cuestión, y aunque me repugna la represión como medio de enveredar a la gente, no he encontrado cosa mejor para salvar el bache que recurrir al miedo. El miedo, que dicen guarda la viña, puede servir también, pienso yo, para guardar la caza. Para los pueblos inciviles no hay argumento más contundente que los civiles. Un cuadro de sanciones bien meditado, que apriete allí donde al cazador le duele, es, por el momento, la vía más expeditiva para proteger las especies. Pero tratemos de exponer las cosas con orden y, a ser posible, sin descomponer la figura.

El capítulo de multas y sanciones de la antigua ley de caza –aunque nadie o casi nadie acatara sus preceptos– pudo ser eficaz en la época en que se estrenó *La verbena de la paloma,* cuyo libreto nos informaba de que un honrado cajista ganaba cuatro pesetas. Hoy, desde luego, no lo es; no es eficaz, quiero decir. Y no solamente no es eficaz porque hoy un honrado cajista gane más de cuatro pesetas, sino porque al furtivo motorizado de nuestro tiempo no le lastima una multa de cuatro pesetas, ni de cuatrocientas, ni –si me apuran un poco– de cuatro mil. Esto quiere decir que tampoco el proyecto de ley recién nacido va, me parece, bien encaminado en este terreno. El artículo 44 del mismo, en su apartado primero, deja la puerta abierta a la posibilidad de que un contumaz cazador desde un automóvil salga del apuro con cincuenta duritos del ala. Es cierto que esta sanción puede ser más dura pero nadie nos asegura que el susodicho infractor vaya a salir del trance con la pena máxima. De manera que una multa de cincuenta duros o de doscientos duros no supone un argumente disuasorio suficiente para aquel venador motorizado que en una sola jornada puede obtener en carne el importe de la sanción. Al cazador

(?) hay que buscarle las cosquillas, hay que encontrarle su talón de Aquiles. Ahí está, a mi juicio, el quid de la cuestión. ¿Quitarle la escopeta, entonces? Bueno, ésta puede ser una solución, pero todavía incompleta. La pérdida del arma representará, en efecto, un duro escarmiento para el modesto furtivo rural pero significará bien poco para el furtivo motorizado de nuestro cuento que, entre otras precauciones, habrá adoptado sin duda la de armarse con un trabuco de dos reales por si las moscas. En resumidas cuentas, multa e incautación del arma pueden ser sanciones complementarias, esto es, deben mantenerse, aunque proceda reforzarlas con otra especialmente dolorosa y que nada tiene de inhumana: la privación de la licencia de caza. Por no cazar, nadie se muere (siquiera en mi caso admita que podría enfermar gravemente de melancolía), y de la misma manera que al conductor de automóvil reiteradamente desaprensivo o sorprendido en grave falta, se le priva del carnet de conducir, al cazador reiteradamente desaprensivo, o atrapado en grave falta, debe despojársele de la licencia de cazar. La nueva ley de caza que estamos tratando de alumbrar, si aspira a cumplir su objetivo, debe establecer una gradación de castigos que se coronaría, ante casos de suma gravedad o de reincidencia, con la retirada de las credenciales de cazador a perpetuidad. En este sentido –tal vez, ante nuestros insistentes requerimientos– el proyecto supone un avance respecto al anteproyecto, ya que en aquél la retirada de licencia puede ampliarse a cinco años (apartado 3 del artículo 44), cuando en el anteproyecto no podía rebasar los dos (artículo 39). Si continuamos andando con el mismo garbo, es muy posible que la ley acoja esta sugerencia de la privación de licencia a perpetuidad para aquellos cazadores (?) que hayan probado palmariamente su decidida vocación de maltratar a la naturaleza o su flagrante incapacidad para usar la escopeta como mandan los cánones. Ésta es mi opinión, al menos: anular las posibilidades de actuación a todo individuo cuya peligrosidad para la mejor conservación de la naturaleza haya sido demostrada. Estos individuos, con su contumacia en la trapisonda, están manifestando de modo fehaciente que no tienen nada de cazadores. Y entonces me pregunto: ¿qué puede importarle a un no cazador que se le anule el derecho de cazar?

Hasta aquí –pienso– todo está claro como el agua. Ahora bien, es notorio que para poner orden en el campo no basta con un papel impreso –la nueva ley– por mucha inteligencia y mucha intención que se hayan derrochado en la letra; se precisan, además, gentes –arriba y abajo– que lleven a la práctica inteligentemente las sanciones consignadas en ese papel. En pocas palabras, la ley nacerá muerta o será a lo sumo un papel mojado si no cuenta con valedores y ejecutores en el campo. Y abocamos así al gravísimo problema de la

guardería, problema que no es tal, o lo es menos, para los propietarios o arrendatarios de los grandes cotos. En estas fincas es incuestionable que cabe la venalidad, pero éste es un fallo del elemento humano que puede presentarse en cualquier parte y a todos los niveles. Lo normal es que un coto mimado, cuya cosecha primordial son las perdices, disponga de un buen guarda cuando no de un buen equipo de guardas. Asunto zanjado, pues. Pero ¿y en lo libre? ¿Quién vigila los terrenos de todos? Ahí está para mí la gran laguna de nuestra ordenación cinegética y mucho me temo que con la nueva ley no vayan a cambiar sustancialmente las cosas. A este respecto convendría que el terreno libre fuera menos libre, es decir, que no sea tan libre como para que cada quisque pueda hacer en él mangas y capirotes. El concepto *libre,* como el concepto *terreno no protegido,* que se empleaba en la terminología del anteproyecto, parece invitar al abuso y la trapacería. Mejor sería, yo creo, hablar de terrenos de todos, y es evidente que, socialmente considerada la cuestión, no existen razones para que lo que es de todos esté peor custodiado que lo que es de uno. Se argüirá que los terrenos del común están bien pertrechados de tricornios y bandoleras para su guarda. Pero esto no pasa de ser una entelequia, porque, ¿qué saca en limpio la caza de tanto uniforme? No nos engañemos: nada o, a lo sumo, muy poco. El campo de acción de los civiles es de por sí tan dilatado que es imposible que en la vertiente cinegética su intervención sea sensible. Incluso, no pocas veces, algunos agentes se muestran desorientados en la aplicación de la ley. (Ahora recuerdo que en el pueblecito toledano de Lillo, en la primavera del 67, fui privado de la escopeta y toda la cartuchería que portaba en el coche porque me bajé a tirar unos rabudos, al caer la tarde, en un lavajo próximo a la carretera. Mi destino estaba ocho kilómetros más allá, en la laguna del Taray, y en otro coche que nos precedía llevaba la cazadora con la licencia. Traté de hacer ver a la pareja que mi situación era legal, incluso me ofrecí a volver en diez minutos con los papeles, todo en vano. Los celadores consideraban que la ley decía «llevar la licencia encima» e interpretaban que debía ser encima de la gorra. Fue necesario que el juez fallara a mi favor para que tres o cuatro meses más tarde se me devolviera el arma que, olvidada en el rincón de una alacena, había criado herrumbre.)

Pero si los civiles no pueden abarcar tanto, dirán ustedes, aún tenemos las bandoleras, los jurados. ¡Benditas bandoleras y benditos jurados! Si yo les dijera que el Servicio de Caza y Pesca no cuenta en toda la provincia de Valladolid –donde vivo– más que con dos guardas oficiales que han de hacer al río y al monte, no lo creerían. Y, sin embargo, así es. Dos guardas cicateramente pagados, pobremente pagados, que paradójicamente custodian una «riqueza nacional». Aparte estos custodios oficiales, tengo entendido que alguna sociedad

cinegética bien organizada –¿Medina de Rioseco?– dispone de su propia guardería; mas, en conjunto, las tierras de todos en la provincia de Valladolid apenas cuentan con cuatro o cinco bandoleras para velar por la caza. ¿Adónde iremos a parar con tan menguados recursos? Yo agradezco a los redactores del proyecto de ley la modificación que han introducido –probablemente siguiendo mi sugerencia– con respecto al anteproyecto, en el sentido de juramentar a los cazadores de más limpio historial en cada provincia para que puedan echar un parche al actual desamparo (artículo 40, apartado 4), pero esto no puede ser sino una medida circunstancial. Hacen falta guardas y hace falta que estén decorosamente retribuidos para que en los terrenos libres no proliferen impunemente la camama y el fraude.

Parece de cajón que en esta custodia que tanto nos interesa a los cazadores debamos participar los cazadores; así sí es admisible el incremento del precio de la licencia de caza. El dinero de la caza debe revertir a la caza. Entonces podríamos disponer de un servicio de guardería amplio, montado y motorizado, que controlase lo libre e impidiese la vergonzosa actividad de los desaprensivos. Con este fin, quizá la mejor solución fuese –aunque yo por instinto sea enemigo de todo asociacionismo forzoso– la inserción obligatoria de cada cazador en una sociedad cinegética, la que sea, y a través de estas entidades analizar las exigencias del campo y ver, entre todos, de arbitrar las soluciones que mejor cuadren. Todo antes que permitir que los terrenos libres lo sigan siendo para la trapisonda en la impunidad.

Los riesgos de la improvisación

El desconocimiento en asuntos de caza –ya lo dije anteriormente– puede ser todavía más nocivo para ésta que la imprudencia, la vesania y la mala uva. Muchas veces las gentes en el campo hacen las cosas mal ignorando que están mal hechas. Por otro lado, el Estado, hasta hoy, se ha preocupado poco o nada de ayudar a la naturaleza, salvo alguna que otra prohibición cuyo enunciado ni siquiera llega al pueblo o, si llega, no cuenta con un celador que la haga valer. Pocas veces podrá darse un desasistimiento tan pronunciado, pongo por caso, como el que hoy se advierte en nuestros Servicios de Caza y Pesca. En cualquier país organizado, tales servicios disponen de una serie de medios para investigación, equipos, lucha contra pestes, guardería, etc. Aquí, en el nuestro, estos servicios son poco más que un nombre que intenta llenar con entusiasmo su carencia de medios, de atención y de dinero. Lo acaecido con la mixomatosis, por ejemplo, es lamentable. ¿Qué se ha intentado para contrarrestar esta matanza del doctor Delille? ¿Se ha pagado a algún laboratorio, a algún equipo, a algún biólogo para que luche contra esta peste, para que ayude en la medida de lo posible a superarla? En rigor, no lo sé, pero los indicios son negativos. Afortunadamente, el conejo es duro de pelar y, pese a su eclipse total durante años, el indino empieza a rebullir de nuevo. Y uno, que dista mucho de ser biólogo, ni siquiera un cunicultor, ha observado, sin embargo, que las recidivas de la mixomatosis coinciden con las canículas estivales, cuando los mosquitos proliferan. En cambio en zonas frías, poco mosquiles, la peste no ha alcanzado ni con mucho las proporciones catastróficas de las cálidas y húmedas, y además en ellas la especie se recupera antes. Esto, me parece, es un hecho comprobado. Pues bien, ¿no podrían establecerse o estudiarse unos planes de fumigación que ayudaran al gazapete ibérico a recobrarse del desastre? ¿Ha pensado alguien siquiera que protegiendo al conejo se protege a la perdiz? El actual ocaso de la patirroja en la mitad norte de la península viene impuesto en buena parte por la falta de conejos, ya que antaño los gazapos que poblaban mohedales, montes, pinares, bosques y sotos de nuestros ríos, distraían un alto porcentaje de la pirotecnia cinegética del país. Bueno, pues a pesar de ser designada la caza como una «riqueza nacional», la preocupación por conservarla no puede ser más pobre. Aquí las riquezas nacionales se dilapidan, se consideran poco menos que como un maná que

terminará el día que el cielo deje de favorecernos con él. La plata de América, para entendernos.

En otro orden de cosas relacionadas con la cinegética, rige igualmente la improvisación. Recordemos la utilización de venenos en el campo. Cierto es que determinados tóxicos están reglamentados y requieren para su empleo una autorización especial, pero otros –verbigracia, los topicidas– se expenden en las farmacias y según mis informaciones sin serias dificultades (hace unas semanas, un campesino burgalés se suicidó ingiriendo un puñado de estos polvos que ayudó a pasar con un buche de agua en la fuente del pueblo, como quien toma bicarbonato). Bien, pues estos topicidas, como las bolitas que otros emplean para eliminar urracas, suelen contener estricnina, y al matar a unos animales –nocivos, en principio– iniciamos una cadena que nadie sabe dónde y cuándo puede concluir. Mas ¿quién se interesa aquí por la ecología? Las relaciones de causa a efecto en el campo apenas las conoce nadie fuera de los biólogos, pero lo que no hará tampoco nadie, porque para algo España es diferente, es confesar su ignorancia. Aquí, en España, el campesino practicón se niega a aprender nada en los libros. Él lo sabe todo y no ha nacido quien pueda enseñarle algo relativo a su quehacer. En lo atañedero a los pájaros o a los mamíferos les sucede otro tanto. Este pájaro es bueno porque se come los insectos y aquél es malo porque se come las palomas del palomar. Y nadie los sacará de ahí. Los ejemplos son infinitos, pero ya que hemos hablado antes de la urraca continuemos con ella. La urraca, o la pica, o la picaza, o la marica, o el picazo, o la pega, es ese pájaro de luto aliviado y larga cola que suele encaramarse en los cavones de los barbechos y emitir un galleo triunfalista y satisfecho. Es pájaro de pico fuerte –familia de los córvidos– sumamente voraz y un terrible destructor de nidos y polladas de otras aves. Pues bien, la picaza tenía hasta hace pocos años un hábitat muy definido: la meseta. Yo recuerdo aún que cuando de niño subía en automóvil a Molledo-Portolín, en la provincia de Santander, una de las notas que definían el cambio de paisaje era la progresiva desaparición de cuervos y urracas a medida que progresábamos hacia el norte. La frontera podía establecerse entre Alar del Rey y Aguilar de Campoo: al sur, córvidos; al norte, no. Otro tanto ocurría subiendo hacia Burgos. A partir de Burgos capital, la pega raleaba y en el páramo de Masa no había ya indicios de ella. Hoy, en cambio, la marica ha desbordado las viejas fronteras, ha franqueado los páramos y valles de la Castilla del norte, las estribaciones de la cordillera Cantábrica y está llegando al mar. ¿Qué ha sucedido? Sencillamente que el hombre que hoy lamenta su expansión le ha abierto la puerta sin darse cuenta. ¿Cómo? Destruyendo al azor. Al azor se le ha buscado para adiestrarlo en la cetrería. (Rodríguez de la Fuente lamenta ahora seguramente haber

publicado una obra sobre arte tan noble imbuyendo en cabezas hueras ideas desproporcionadas a sus posibilidades). Los recelos del campesino frente al azor estaban por otra parte justificados. El azor, pájaro agresor y cruel, devoraba palomas de sus palomares. Esto era lo que veía y lo que le afectaba. La otra cara del asunto la desconocía. Que el azor fuese un guardián fronterizo, como se decía, se le antojaba cuestionable y le tocaba más de lejos. Y sin embargo es así. El azor frenaba la expansión de los córvidos, como los halcones frenan la de los estorninos, que suelen desplazarse en grandes bandos. Hoy día, los habitantes de esa faja norte-centro donde se inician las montañas cantábricas y cuyos jalones podrían establecerse en Miranda de Ebro, Sedano, Aguilar de Campoo, Cistierna y Villablino, en las provincias de Burgos, Palencia y León, se duelen de los destrozos causados por los estorninos no sólo en la fruta, sino en los tejados de las casas y palomares donde acostumbran a formar colonias. Si durante años las gentes que salen al campo con la escopeta no se hubieran dedicado a abatir rapaces (con tan buena fe que no pocas veces se presentaban a las Juntas contra Animales Dañinos con el propósito de cobrar unas pesetas) hoy no tendrían que condolerse de algo de lo que solamente ellos y quienes hace años rigieron los destinos de la caza son responsables. A la vista de estos ejemplos –que, repito, tienen infinitas variantes–, se hace evidente la necesidad de enriquecer a la Dirección General de Caza y Pesca y los Servicios Provinciales con medios y recursos propios, a la vez que se da entrada en ellos a equipos de biólogos especializados en estas cuestiones. Yo recuerdo que, en América, el simple desvío de un tramo de carretera, cuanto más la desecación de un pantano o una laguna, requería una serie de reuniones previas de científicos –geólogos, biólogos, zoólogos, etc.– cuyas decisiones, con vistas a mantener el equilibrio ecológico de la zona, eran rigurosamente respetadas por los equipos técnicos encargados de la ejecución del proyecto. España puede ser diferente, pero, por favor, no tanto. Y el hecho de que un señor con tres títulos universitarios pueda jactarse de haber abatido un pájaro con la nariz ganchuda creyendo haber realizado una proeza, no dice mucho en favor de «nuestras diferencias». Es indispensable que nos organicemos, dejando el menor margen posible a la improvisación. Los reglamentos sobre alimañas y predadores deben ser inmediatamente revisados. Y el apartado *a* del punto 1 del artículo 43 del proyecto, suprimido, ya que nunca está justificado el uso de venenos cuyos efectos destructores en el campo rebasan ineluctablemente los límites previstos. Desgraciadamente, la naturaleza en España ha dejado de ser natural para su destrucción, pero se pretende que se recupere de los destrozos ocasionados en ella por el artificio: técnica, abonos, insecticidas, detergentes, residuos fabriles, etc. Tal actitud, de una inconsecuencia

dolorosa, no puede conducirnos sino al desastre.

Cepos y alimañas

Acabo de leer en *El Norte de Castilla* una crónica de su corresponsal en Cuéllar (Segovia) en la que informa de la obstinada lucha de los cazadores de aquella villa contra las alimañas y del alentador saldo de las cuatro últimas batidas: dieciocho raposos, lo que hace un promedio de casi cinco raposos por batida. En lo que va de temporada y hasta los primeros días de enero, estos hombres han destruido cincuenta y dos alimañas que añadidas a las noventa presas logradas la temporada anterior hacen una cifra de respetable bulto. Esto supone que el español, una vez quebrado su recalcitrante individualismo, está en condiciones de afrontar con éxito meritorias tareas de interés común. La meta de los cazadores cuellaranos apunta a librar a sus campos de alimañas, pero llegado el caso podríamos encontrarnos con análogo problema al planteado en el capítulo anterior al tratar de las rapaces de la Castilla alta. Quiero decir que el equilibrio ecológico es esencial para la caza y que posiblemente aniquilando a los zorros en una determinada zona no conseguiríamos el incremento en caza que cabía esperar de tan drástica medida. La alimaña, por una parte, es perjudicial pero, por otra, favorece, al barrer, por ejemplo, de los contornos animales tocados por enfermedades –los más fáciles de aprehender–, con lo que evita su propagación y posibles epizootias. Éste es el lado beneficioso que no conviene olvidar. Plausible es, por tanto, la lucha contra las alimañas pero siempre dentro de una medida; en esto, como en todo, podemos pasarnos de la raya y entonces el remedio podría llegar a ser peor que la enfermedad. Si lo que los mozos de Cuéllar están realizando es sacrificar el exceso de raposos y otras alimañas en la comarca, bienvenidas sean sus batidas, mas para evitar la desmedida convendría asesorarse del consejo de algún científico u organismo previsor.

De todos modos, los cazadores segovianos están actuando contra la alimaña como se debe actuar, esto es, a tiro limpio, puesto que el veneno, como vimos, ofrece sus quiebras, y la trampa y el cepo en estas tierras abiertas de Castilla comportan más riesgos que ventajas. El cepo suele ser útil, incluso indispensable, en topografías foscas y abrigadas, donde los pasos y veredas de la alimaña son notorios para el trampero de oficio. En la Castilla llana, de labrantíos, perdidos y monte bajo, yo no aconsejaría el cepo ni para descastar los conejos.

–Oiga, ¿y qué tiene usted contra el cepo, si no es indiscreción?

Pues verá usted. Durante años he cazado en varias fincas coincidiendo con la actuación de los conejeros (sabido es que en los lugares donde se pretende eliminar al conejo lo que se persigue es proteger a los sembrados) y he podido comprobar con mis propios ojos la enorme facilidad con que la perdiz es atrapada por el cepo. Por sabido, la comprobación ha sido inmediata y directa, es decir, para ser más claro, yo he encontrado, en las ballestas dispuestas para el conejo, más perdices que conejos. Naturalmente, esta contrariedad se obviaría en parte si los cepos, como es de ley, se tendieran a última hora del crepúsculo vespertino y se levantaran a primera del matutino. Pero ¿quién hace esto así? Por otra parte, durante los tres últimos lustros, en que la ausencia de conejos ha sido casi total, uno no se explicaba cómo el trampero seguía con su negocio, siendo así que estos hombres no suelen trabajar por jornal, sino a cambio de las piezas cobradas. En esta época de que hablo, ha habido años en que un conejero habilidoso, incluso sabio en su oficio, no podía atrapar –aun manejando un centenar de artilugios– más allá de media docena de gazapos diarios, y de esa media docena, tres, a buen seguro, andarían pustulosos y purulentos debido a la mixomatosis, o sea, resultaban comercialmente inútiles. Entonces, ¿qué? ¿Trabajaban por amor al arte? ¿Por amor al campo, si no? Evidentemente, ni una cosa ni otra. Y la única explicación convincente en estas zonas perdiceras de Castilla es que el trampero encontraba la compensación a su esfuerzo en la patirroja. (A base de mala fe, levantando setos o bardizas en la raya de los montes, con pequeños huecos interpolados para colocar los cepos, y empujando –oseando– las perdices con calma desde las siembras, las perchas podían resultar opíparas y, consecuentemente, el descaste de conejos en la finca podría llegar a convertirse en un no deseado descaste de perdices. Naturalmente yo no señalo con el dedo. Ni siquiera digo que nadie haya hecho una barbaridad semejante, pero sí digo que puede hacerse, si se quiere, y aun que, si se tercia, y pese a mi escasa maña para estas cosas, hasta me comprometería a hacer una demostración. Por ello, yo aconsejaría a quienes pretendan mantener a raya al conejo o descastarlo que no apelen a los cepos. El hurón es mil veces más eficaz, mucho menos arriesgado y mucho más divertido. Con buenos bichos y unas escopetas o una redes se conseguirán, sin disputa, unos morrales de más enjundia que a base de ballestas y, por sabido, sin el menor daño para la pluma.

Para mí, el cepo debiera reservarse para la alimaña, en sitios enmarañados y hoscos –donde no haya riesgo para la caza mayor y la perdiz no acostumbre a refugiarse– y, naturalmente, para ser colocados al anochecer y levantados así que amanece Dios (estos cepos son muy peligrosos para los niños e incluso para los adultos). De esta forma los emplean, y con buen éxito, en tierras de Sedano

(Burgos) y en Maello (Ávila).

A mí siempre me han fascinado los tramperos –reminiscencias, quizá, de mis lecturas de Zane Grey y Oliver Curwood–, verlos actuar con ese sexto sentido que les permite intuir las encrucijadas, las noches apropiadas, los puntos de fuga y de refugio del animal herido. Por supuesto, también me atraen las alimañas, su hurañía montuna, sus vivas pupilas cruzadas de astucia y sabiduría, su intuición para eludir el peligro. De aquí que sea muy capaz de pasarme horas enteras de charla con Pedro Santamaría, el de San Felices de Abajo; José María, el andaluz; Ángel, el guarda del Rudrón, o Santiago, el de Práxedes. Ellos saben de estas cosas de alimañas más que nadie. A ellos debo algunas de las pieles que colecciono en mi refugio de Sedano: gato montés, tejón, raposo, garduño, jineta, turón, etc. Sin otra escuela que la experiencia, ellos han aprendido a desollar los animales, salvando incluso la mano o la pata magulladas por el hierro, orearlas colgándolas de una encina o un nogal para que no se pudran y adherirlas, luego, a la pared encalada de la cuadra con cuatro puntas (mis hijos suelen emplear el bórax para eliminar toda posibilidad de descomposición). Por Santiago, el de Práxedes, conozco la añagaza –dificilísima– de remedar la chilla del conejo para atraer al raposo, o que el tejo es, de entre las alimañas, la más sagaz. El tejo camina con pasos cautelosos y allí donde observa la tierra movida, da una voltereta y hace saltar la ballesta con el lomo, la parte más ancha de su cuerpo, donde el cepo no puede morder. Por Pedro, el de San Felices de Abajo, y José María, el andaluz, sé de las veredas de la alimaña, en el monte o junto al río, entre la fronda, de sus cubiles, o de sus huellas. Por Ángel, el guarda del Rudrón, he aprendido, en fin, el arte de domesticar un garduño, de forma que éste conviva y juegue con los niños –a quienes chupetea cariñosamente el lóbulo de la oreja–, respete a las gallinas y haga buenas migas con el perro, con quien, llegado el caso, es capaz de compartir la caseta. El garduño de Ángel fue atrapado de cachorrillo a orillas del río, y su domesticidad, al cabo de un año, está tan desarrollada que, a falta de compañía, en la época de celo escapa al monte y de madrugada regresa al hogar como si tal cosa. Conducta análoga observan algunos zorros cautivos o, mejor dicho, raposos adaptados a la vida doméstica. Diría más: en una granja de la provincia de Valladolid he visto deambular un lobo por el corral tal que si se tratase de un perro guardián. Estos experimentos, que el biólogo austríaco Konrad Lorenz ha llevado a extremos increíbles, envuelven evidentemente sus riesgos, ya que, a veces, a estas alimañas enervadas les brota inesperadamente el bravío y entonces son capaces de cualquier tropelía (el lobo de que hablo más arriba acometió una noche al rebaño alojado en un redil vecino, y ejecutó a ocho ovejas).

El conocimiento de las alimañas requiere mucha observación y, en consecuencia, unas dosis de paciencia infrecuentes. Desde luego no se trata de seres pérfidos, sino de bestezuelas que tienen hambre y que por su instinto entran en ese terrible juego, tan viejo como el mundo, de que el pez grande se coma al chico. Pero, de ordinario, se las desconoce o a lo más que se llega es a saber que son voraces y que de modo inmediato constituyen una amenaza para la caza. Es obvio, empero, que la alimaña desempeña una función en el campo, por lo que las juntas para la destrucción de animales dañinos deberían reorganizarse bajo una dirección más científica, que evite no sólo los palos de ciego, sino que los presuntos beneficios que derivan de su actuación puedan trocarse mañana en reveses.

La soledad del cazador a rabo

El otro día le preguntaban a Carlos Valverde cuál era a su juicio la manera pertinente de aprender a cazar, en el sobreentendido de que cazar no es simplemente apretar el gatillo y soltar tiros. La respuesta de Valverde fue contundente: salir al campo, una y otra vez, a solas con el perro. Yo estoy de acuerdo con Carlos Valverde y aun iría más lejos que él para afirmar que la caza en solitario quizá no sea la más divertida, pero como tal caza sí es, sin duda alguna, la más decantada. Trataré de explicarme. En las grandes batidas, en las que la percha empieza a estimarse a partir del primer millar, el tiroteo suele compaginarse con el whisky, los naipes y la caza de cargos o de amigos. La perdiz o el venado quedan así relegados a la condición de pretextos. La cita campera es una mera disculpa para cumplir o para plantear un negocio en terreno abonado. Por añadidura, la diversión en estos casos no la depara solamente el fenómeno cinegético, sino que hay que apelar al póker o al alcohol para aliviar los entreactos con objeto de que la temperatura no decaiga.

Si nos desplazamos de las grandes batidas a las modestas cuadrillas de cazadores en mano, convendremos en que, si la amistad está sólidamente apuntalada en la confianza, la excursión nunca defrauda, supuesto que el hermetismo del campo en los días negados queda suficientemente compensado por el taco y las parlas al abrigaño, la comida comunitaria con recuerdos de mejores días y las chanzas y puyas que se cruzan entre las escopetas. Esto es, hay jornadas en que no se disparan más que las bocas y las botas, pero estos disparos suelen ser tan sabrosos como los que proceden de los tubos de nuestras armas. A mal tiempo, buena cara.

Por contra, el cazador en solitario no puede recurrir a sucedáneos. Está a solas, entre el cielo y la tierra. Con la escopeta entre las manos y el perro a la vera tiene el mundo entero por delante. Hay quienes no comprenden cómo un hombre puede divertirse en semejantes condiciones. Para ellos, soledad y aburrimiento son términos sinónimos. El hecho es real y preocupante particularmente cuando el mundo moderno está amenazado (?) por una progresiva ampliación del ocio. El ocio es como un odre vacío. Si no nos preocupamos por llenarlo sobrevienen la flacidez y el desmayo. De aquí que el problema de la soledad sólo lo sea para aquellos que no saben acompañarla, que desconocen lo que puede representar un libro, o un buen disco, o la

misma naturaleza para resolver estos vacíos, estas disponibilidades de tiempo. Para éstos, evidentemente, no se inventó la caza a rabo en solitario. Para ser cazador en solitario es requisito indispensable no temer a la soledad y, en segundo término, tener sensibilidad para la naturaleza. El campo –aun el mismo campo– nunca se repite. Sucede igual que con las aguas de un río: pueden parecer las mismas, pero son otras. El cazador en solitario que me lea sabe que esto es cierto. Y como quiera que ese campo –tan familiar para él, quizá, como su propia casa– está jalonado de incidencias cinegéticas susceptibles de ampliarse hasta el infinito, la tensión expectante del cazador solitario no decae nunca. Ortega, como sabemos, llega a la conclusión de que el cazador es un hombre alerta. Esto es exacto. Ahora bien, para ser un hombre alerta, para serlo enteramente, sin servidumbres, hay que estar solo. Esto presupone que únicamente el cazador solitario es un hombre en situación de libertad sin cortapisas, capaz de crear su propio destino, sea éste favorable o desfavorable.

La compañía en la caza exige por parte del cazador una disciplina: mandar u obedecer, acomodar el paso, subir o bajar, abrirse o cerrarse, adelantarse o retrasarse, volver la mano o aguardar a que la vuelvan los demás. Sea director o simple ejecutor de órdenes ajenas, el cazador acompañado es un ser en dependencia, todo lo grata y amistosa que se quiera pero dependencia al fin (el mismo hecho de disparar sobre la pieza está ineludiblemente condicionado por otras presencias). El cazador en mano (o en ojeo), aunque sea de modo instintivo, cuenta siempre con «los demás», antes de oprimir el gatillo (y al que no lo haga, mejor sería dejarlo en casa); así, esperará a que la perdiz se repulle, o a que la liebre se distancie de la línea de escopetas, pero jamás hará fuego a tontas y a locas. El cazador aislado, disfruta, por ende, de una dosis más fuerte de libertad que el cazador en batida o en mano. La táctica prevista puede quebrantarse, y de hecho se quebranta, cuando uno navega por el campo sin testigos, y, ante las opciones constantes que la naturaleza brinda, uno puede dar entrada al capricho y la corazonada. Hollar un carrasco, arrimarse a unas encinas donde uno sospecha que sestea la torcaz, pisar la linde de la siembra con el monte, patear una junquera, son apetencias que van surgiendo sobre la marcha y que el cazador aislado puede satisfacer sin romper ni retrasar la mano, esto es, sin perjuicio para nadie. La caza en solitario colma las ansias de libertad que subyacen en el corazón del hombre. Pero además, la comunión con la naturaleza tórnase de esta manera total. El discreto crujido del viento en el roble, el misterio de la bruma levantándose, la caricia del sol, el graznido lejano de las grajillas, la nube cenicienta desplazándose sobre el cielo azul, cobran un sentido para el cazador, le dicen algo, son piezas de ese cuadro total que anima la conciencia de la plena libertad y la

espera, siempre latente, de que la pieza se arranque. De esta manera la grave quietud del monte de encina se acentúa y acrece el misterio –biológico– de la gran nava a nuestros pies. El cazador, en situación semejante, tiene la sensación de estar inaugurando el mundo.

Por supuesto, el cazador a rabo, en solitario, ha de renunciar a muchas cosas. Una escopeta sola jamás podrá batir mucho terreno, ni aspirar –de no ser extremadamente joven y fuerte– a fatigar a las perdices en un navazo o una ladera. Las aspiraciones del cuarentón en solitario deben ser más modestas: el pelo, la cerceta en una charca, la paloma descuidada y, en su caso, la perdiz a la asomada, en un breñal, o amodorrada por la canícula. Cazar a solas es la mejor manera de demostrar que cazar a salto no sólo es cuestión de andar, sino, sobre todo, de hacerlo a ciencia y paciencia. No hay que decir que la caza en solitario que no tiene igual es la de la codorniz. Agarrar un lindero con calma y seguirlo paso a paso, pendientes de la nariz del perro, de sus piques, de sus indecisiones y de sus muestras, es uno de los más grandes placeres que aún nos puede deparar la escopeta. Jamás olvidaré aquellas tardes en los páramos de Quintanilla de Abajo, con mi padre, cuando la escopeta no era todavía un signo de distinción, y aquel perrazo rojinegro, el Boby, con una nariz de aquí a Lima, merodeando entre los majanos y las morenas, curioseando aquí y allá, el morro en el suelo, para concluir en una muestra escultural. Mi padre lo azuzaba y yo –muchas veces su único acompañante y con diez años desarmados– aguardaba con el corazón en la garganta el *biiiir* del pájaro y la detonación de la escopeta. Luego, el Boby traía la codorniz suavemente entre sus poderosas mandíbulas, sin magullarla, y abría la boca tan pronto uno la reclamaba. A veces, ahora, en la soledad total de los páramos burgaleses, entre los rastrojos crepitantes del atardecer, mi perrita Dina a la vera, vuelvo a experimentar la misma sensación de plenitud de entonces y es como si mi padre y el Boby no hubieran muerto y el tiempo se hubiese estancado y no hubieran entrado en uno el dolor, ni la angustia, ni el desengaño.

En todo caso, la soledad del cazador nunca es total si, como es de rigor, se acompaña de su perro. Hay que convenir que nunca se humaniza tanto un perro como cuando está en la inmensidad del campo a solas con su dueño. Yo he comprobado que el mismo perro se comporta de muy distinta manera cazando para uno que cazando para un grupo. Es más, tengo la impresión de haber destrozado canes de raza de muchas posibilidades por haber tratado de iniciarlos cazando en cuadrilla. Perro para varios es perro que se disipa; por querer estar en todo, no está en nada; corretea de ala a ala, se fatiga inútilmente y termina por perder el resuello y, en ocasiones, hasta la afición. Yo jamás recomendaría iniciar a un can cazando en grupo, aunque luego, ya enseñado, y aunque nunca sea un ideal, pueda hacerlo. De hecho,

el perro se torna especialmente inteligente y sensible no multiplicándose, cazando para uno y, mejor aun, cazando a solas con uno. Únicamente en estos casos la comunicación es total y la concentración del can absoluta. Si los ojos de un perro pueden llegar a hablar –y esto es incuestionable, particularmente tratándose de perros de caza–, esto sucederá cuando él y su dueño, mano a mano, patean el monte o los rastrojos sin testigos. En este punto, puedo hacer una observación interesante que prueba hasta qué extremo es exacto lo que afirmo. En varias ocasiones en que los miembros de la cuadrilla han derribado una perdiz alicorta, la Dina, mi perrita, se ha negado a cumplir su obligación de buscarla o lo ha hecho de mala gana. Entonces hemos recurrido a un ardid: seguir la mano como si nada ocurriese mientras yo, con la perra, aguardaba a que se alejasen. Tan pronto los he perdido de vista he estimulado al animal a buscar el pájaro abatido. Mano de santo. Eliminada toda posibilidad de distracción, concentrada en su quehacer, la perrita ha dado con la perdiz alicorta en menos de cinco minutos. Ante esto no cabe duda de que para sacar a un perro ventor todo el rendimiento posible –y con mayor motivo si se trata de un can joven– hay que evitar hacer de la caza una romería, cosa muy difícil en ciertos momentos tratándose de una mano dilatada en la que nunca falta un chungón.

A mi juicio, insisto, la caza a rabo, en soledad con el perro, es la caza químicamente pura, si bien admito que de esta manera se despoja a la faena de alicientes no despreciables que, aunque en otro orden de cosas, también resultan compensadores.

La resurrección del conejo

Uno de los temas de mayor interés para el cazador menor –y el adjetivo viene determinado, una vez más, por el tamaño de las piezas que caza– lo constituye el futuro del conejo. ¿Qué va a ocurrir con el conejo? ¿Cederá algún día totalmente la mixomatosis? ¿Habremos de pechar eternamente con sus reliquias? Es de pata de banco que el futuro del conejo únicamente podremos predecirlo partiendo del presente y relacionándolo con el inmediato pasado. En este sentido, hace tres años, creo que en 1967, experimenté una gran satisfacción al traducir el libro *Alegrías de la caza* y leer, en el apartado referente a este roedor, que en muchas regiones francesas la demografía conejil se reconstruía a pasos agigantados e, incluso, en algunas zonas había alcanzado la población normal. La noticia me llevó a pensar, en buena lógica, que la mixomatosis empezaba a ceder precisamente donde primero se manifestó, y que lo mismo que la propagación de la enfermedad fue incontenible y salvó los Pirineos sin grandes dificultades, la recuperación seguiría el mismo itinerario y con la misma rapidez. Y si es cierto que desde hace algunos años empiezan a verse conejos por los bosques y montes españoles, no lo es menos que las recidivas periódicas merman implacablemente la población conejuna, particularmente durante la calorina estival. Ahora bien, comparando en cifras globales los morrales de los últimos años con los de hace diez, habrá que concluir que las esperanzas de recuperación son legítimas. Desconozco lo que otros cazadores a salto podrán manifestar al respecto;* por mi parte puedo afirmar que si durante años, alrededor del 60, el conejo fue una pieza totalmente inédita –y cuando se cobraba uno era un enfermo–, en las últimas cuatro temporadas mi carnet, si no en abundancia, sí indica al menos la existencia de este roedor. (Tengamos en cuenta que las cifras que registro no se refieren a unos mismos cazaderos, pero sí a la provincia de Valladolid y limítrofes, puesto que rara vez salgo de estos contornos). Así resulta que en la temporada 1965-1966 cobré seis conejos; nueve en la temporada 1966-1967; ocho en la siguiente, y otros seis en la anteúltima. Si consideramos que en los años anteriores el conejo estaba a cero –en uno o dos las temporadas que pintaron oros– y que el número de piezas que suelo cobrar en una temporada ronda el centenar –con escasas diferencias dentro de la normal propensión a descender–, convendremos en que el conejo empieza a

hacerse resistente a la peste o, como suele decirse, empieza a levantar cabeza.

Hoy escribo, recién concluida la temporada 1969-1970, a impulso de un efervescente optimismo, ya que el último día de la temporada, entre la maleza de la ribera del Duero, en los pinares de San Miguel, mi hijo y yo hemos levantado docena y media de gazapetes –aunque sólo hayamos podido tirar a dos– en menos de una hora. Evidentemente ésta es una noticia cinegética estimulante, que viene a confirmar que el conejo durante el año que corre ha hecho notables progresos en la meseta, observación ratificada por el hecho de que el número de los abatidos por mí en este lapso suba a la cifra de catorce (en términos generales, el doble de los derribados en las cuatro anteriores temporadas). Si nos atenemos, pues, a las estadísticas –aunque ya sé cómo se fabrican las estadísticas, entiendo que esta mía es inequívoca– resulta que, tras la peste que durante años nos dejó bocas, se ha acusado una recuperación indudable, estacionada a lo largo de cuatro o cinco temporadas y acentuada visiblemente en la última. Los datos que consigno pueden, evidentemente, representar el inicio de una nueva etapa hacia la normalización total, pero pueden constituir también una mejoría episódica, debida a las circunstancias climáticas (no olvidemos que el mes de agosto de 1969 fue sensiblemente lluvioso y frío, de tal manera que el mosquito, principal agente propagador de la mixomatosis, si no desapareció, sí desplegó una actividad muy enervada, al menos en relación con un agosto normal). Sin embargo, dadas las favorables noticias que nos llegan de Francia y Cataluña, yo me inclino a pensar que la recuperación apuntada no es circunstancial, sino que responde al proceso de reabsorción y tendencia a la estabilidad que subsigue a los períodos de peste más virulentos, hecho patente en las epizootias que afectan a todas las especies, incluso a la humana.

De otro lado, no es lícito tampoco comparar mi morral de catorce conejos en una temporada con el que podría conseguirse, por ejemplo, en los años cuarenta, para sacar la conclusión de que andamos aún muy lejos de la normalidad total. Hacer tal cosa no sería jugar limpio o sería, en el mejor de los casos, una deducción impremeditada, ya que hay que sopesar y valorar muchos factores. En primer término, el cazador no se dedica hoy al conejo (aquí no dudo en afirmar que dedicando al conejo las veinte excursiones que tengo anotadas en la temporada última, no hubiera necesitado mucho esfuerzo para llegar al centenar, por supuesto a costa de la perdiz, la torcaz y demás pluma). El cazador ha perdido además el hábito del conejo, del tiro al conejo, a saque de escopeta en un pasillo inverosímil. Antes había expertos tiradores a tenazón que partían con el campo. Ahora, las nuevas generaciones no conocen siquiera este tiro y las pasadas o se

han enmohecido o, como digo, han perdido la costumbre; en una palabra, no saben.

En este aspecto considero oportuno registrar un hecho sumamente expresivo. Uno de los ratos que he dedicado este año al conejo, lo hice deliberadamente en una ladera poblada de jaras y cardones, recién batida por una mano de cuatro escopetas. Éstas iban fogueando con discreción –perdices, torcaces, liebres –pero cuando, ya de regreso, me topé con ellas, me comunicaron que no habían cazado un solo gazapo y apenas si habían visto dos. Pues bien, yendo tras ellos, en solitario, en apenas un par de horas, eché al saco tres conejos, erré otros tres y me faltaron reflejos para tirar a otros cinco. Esto significa tanto como que no salimos a conejos que ya no sabemos cazarlos. Yo, que de niño acompañaba siempre a mi padre a un monte conejero, aprendí entonces que el gazapo es la pieza más perezosa y renuente de cuantas pueblan nuestra topografía. De no contar con un perro enseñado, el conejero tiene que aprender a andar despacio y a registrar mato por mato. Y aquí no vale –no vale al menos en multitud de ocasiones– la patadita o la piedra a la mata. Hablo, claro está, de hechos comprobados personalmente. En una carrasca de no más de tres metros cuadrados y un palmo de altura me he detenido después de pisarla y sólo al cabo de veinte o treinta segundos de estar allí parado como una estatua, el gazapo ha brincado de entre mis pies. Una espera semejante me han exigido tres o cuatro veces otros tantos conejos amonados en los tomillos de unas escorrentías. El conejo es el animal que con más gusto coge la cama y más a regañadientes se despega de las sábanas. Su encame es muy gustoso e indolente.

Estas dificultades aumentan con la progresiva desaparición de los perros conejeros. En estos años han pasado dos o tres generaciones de canes sin conocer al conejo. (En un ayer no demasiado remoto cazaban conejos –yo los he visto– hasta los perros sabuesos y los ratoneros, y nada digamos de los perros de los pastores). De esta manera se hace menos perceptible la recuperación de este roedor; los perros apenas sacan ahora conejos. Han perdido la afición por meterse en las matas, puesto que las matas, deshabitadas durante años, ya no les tientan; no les brindan el menor atractivo. Habrá, pues, que reeducar a los canes o educar a los nuevos en la caza del conejo, al tiempo que nos reeducamos nosotros –los cazadores– en el tiro a tenazón, o educamos en el mismo a nuestros hijos. Porque esto del tiro del conejo se complica también con la pérdida del interés económico de las cortas. El carbón de encina está englobado en la crisis general del carbón. En los pueblos, las glorias, y en las capitales, el gas y la electricidad, están relegando el uso del carbón. Hace poco tiempo, los montes de encina en Castilla se dividían en catorce partes y cada año se cortaba una de ellas, puesto que la mata tardaba catorce años en

rehacerse. Entonces la corta dejaba al propietario sus buenas pesetas, tan buenas que con un monte de mil hectáreas, sin otro beneficio que la tala –y acaso la bellota–, era posible vivir como un duque. En la actualidad, casi cuesta dinero cortar el monte. Y entonces resulta que los sardones crecen y ensanchan, con lo que el hábitat del conejo mejora de condiciones tanto como empeoran las condiciones en que el cazador puede tirarlo. (Ya era hora de que a la caza le ayudase alguien).

En resumen, por lo que he visto a lo largo de la última temporada, creo que el conejo está dispuesto a volver por sus fueros (¡y hay que, ver lo que alegran los gazapetes un monte de encina!) y que, de no darse una recidiva violenta, al año próximo comprobaremos la escalada iniciada hace cinco temporadas y acentuada notablemente en ésta. Convendría, además, por la cuenta que nos tiene –para dar un respiro al menos a la martirizada patirroja–, volver a prestar atención a la caza del conejo, que carece sin duda de la calidad competitiva, de auténtico duelo, que plantea la de la perdiz, pero que, a buen seguro, también encierra su fascinación y su encanto.

* Después de redactado este capítulo, recibo una comunicación espontánea de don Onofre Camp, técnico de la Colla els Vuit Conillaires, de Barcelona, en la que se me dice que el número de conejos cazados por la peña durante la última temporada, en diversos cazaderos catalanes, asciende a 1.390, lo que quiere decir que mi optimismo respecto al futuro de este simpático roedor no es infundado.

El primer domingo de veda

El primer domingo de veda para todo cazador que sienta el oficio es un día difícil de capear; el cazador no sabe qué hacer con su sobrante de energías, ni cómo disipar las toxinas almacenadas en su organismo a lo largo de la semana. El primer domingo de veda, el cazador, según suele decirse, se queda como sin sombra. Urge, por tanto, buscar un sustitutivo, cosa no sencilla cuando la familia aguarda precisamente este día para reincorporar al pródigo al hogar. Ante tamaña tesitura, uno que, al igual que la cabra –y ustedes disculpen–, tira al monte pero también tiene su corazoncito, decidió aprovechar el descanso del 8 de febrero para darse un garbeo con la mujer y los hijos menores por Sedano, su pueblo de adopción, en busca de tranquilidad. Pero ¡qué tranquilidad ni qué ocho cuartos! Apenas rebasado el puertecillo del páramo de Masa, uno empezó a divisar manadas de coches aparcados por todas partes. «¿Qué harán estos aquí?», se preguntaba. El misterio se aclaró al tomar la derivación de Covanera y tropezar con una caravana de turismos cuyos conductores eran todos de casa:

–Ahí va Alberto, el de la fonda.

–Papa, ése era Luisito, el de Masa, el yerno de Manolo, el carnicero.

–¡Mira, Luis Mari!

Entonces frené. Luis María Gallo, que ha heredado la afición de sus mayores, me invitó desde la ventanilla:

–Vamos a Las Pardas, al jabalí. ¿Por qué no te vienes?

A uno se le revolvieron los humores:

–¿Y qué hago yo con todo este cargamento, si me lo puedes decir?

Vacilaba. Finalmente decidí:

–¿Tienes un arma?

–Un rifle del 22. ¿Vale?

–¡Llévate a éste!

Y Juan, mi hijo, que apenas cuenta trece años, pero distingue con precisión un porrón de un rabudo, y un verderón de un serín, y tiene además un furor cinegético de los de aquí te aguardo, cambió de automóvil en menos tiempo del que tardo en contarlo.

De forma que mi primer domingo de paro forzoso transcurrió en una espera impaciente del hijo, que apareció, sin comer, allá sobre las cuatro de la tarde, con la mirada encendida, los pelos revueltos y la voz tomada por la emoción:

–Padre, de jabalíes nada, pero han entrado un raposo y un lobo aunque X no los ha tirado. Decía luego: «¿Podéis decirme para qué quiero yo un lobo?». ¡Fíjate!

–¿Eso decía?

–Eso.

Por la tarde me di una vuelta por los altos y resultó que todos los cazadores de la comarca –y los de fuera de la comarca– andaban en pie de guerra tras los cochinos. Había monteros de la parte de Nocedo, en Masa, en Tablada del Rudrón, en Valdelateja. La pausa de la veda no se advertía por ninguna parte:

–Pero ¿qué ha pasado aquí?

–Ya ve, el jabalí. Todos los domingos hacemos lo propio. En diciembre cobramos un macho que no vea. Se ha puesto de moda ahora.

De forma que ya tenemos al pueblo incorporado a la montería, cogiéndole el gustillo a la caza mayor. La noticia en sí me resulta confortadora en lo que entraña de abolición de viejos privilegios. Pero esto nos obliga a ir pensando también en esta caza de más volumen, en su mejor ordenación, en su defensa. Por de pronto la exultación popular, la exultación del que sube al monte y del que aguarda, viene a quebrar la monotonía gris, el tedio ancestral de un pueblecito castellano en día de fiesta. Es una novedad y un lenitivo, y esto ya es algo. Rescatar a nuestros medios rurales del sexo y el alcohol mediante algo tan noble –siquiera sea improvisado– como es la caza del jabalí, es indicio de la avidez de incentivos que existe en nuestro campesinado.

A la caída de la tarde, ya de regreso, encontré a todo el pueblo de Quintanilla Sobresierra en la carretera general, apiñado en torno a unos automóviles. Me detuve. Sobre la vaca de un mil quinientos, con matrícula de Santander, reposaba un peludo jabalí de ochenta kilos, con un balazo en el lomo, la áspera pelambre teñida de rojo, y unos remolones afilados. Apenas bajé el cristal, se me acercó un hombre cuarentón (barba crecida, boina capona en la cabeza, un dedo vendado, la satisfacción irradiando por todos sus poros):

–Yo lo he rematado, yo. Con estas manos. Ya ve. Me dijeron: «¡Quieto, Quirino!». Pero yo, de qué. Le clavé tres veces el machete. Yo lo he rematado, yo, que lo diga éste. Y lo castré; le fui a quitar sus partes y entonces fue el cabrón de él y me tiró un viaje... Mire mi dedo...

Los hombres, las mujeres, los niños, iban y venían.

Una mujer se asomaba a la ventana:

–¡Baja! –le voceó otra. Es todavía mayor que el del jueves.

–¿Es que el jueves mataron otro?

–A ver, ¿qué se ha creído? Aquí las gastamos así.

El matador, de Torrelavega, se recostaba en el capó del mil quinientos y juntaba su cara a la del cochino y sonreía, levantando la escopeta:

–¡Venga, ahora!

El otro apuntaba con la cámara:

–No hay luz.

–¡Déjate de luz, algo saldrá!

El otro disparaba:

–Hala, ahora a mí, pero apura que se va la luz.

Una euforia colectiva, electrizada, corría desde la general hasta la plaza, por las callejas enlodadas:

–¡Fulano, Zutano, venid, han matado un cochino más peludo que un oso!

Repito: ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Qué ha sucedido para que en apenas dos o tres años la gente de estos páramos se movilice y vibre a la convocatoria del jabalí? Sencillamente, dos cosas: primera, el jabalí se ha multiplicado en esta comarca de un tiempo a esta parte y, segunda, los cazadores norteños, ávidos de piezas, han contagiado su unción venatoria a estos pueblos adormecidos. ¿Y cuál es la razón para que el jabalí prolifere precisamente en unas circunstancias adversas para el resto de la caza? A esto yo respondería con otros dos argumentos: primero, la falta de organización en las batidas ha preservado a las piaras hasta el momento, y, segunda, la repoblación forestal (aparte, como ya es sabido, la difidencia típica de estos bicharracos).

Castilla dista aún mucho de convertirse en un vergel, pero una de las cosas eficaces alcanzadas en los últimos años y que, sin embargo, suele marginarse a la hora de los recuentos triunfales, es ésta de la repoblación forestal, particularmente en las estribaciones serranas, ya que en los bajos la aridez se defiende con las uñas y el plano sol del estío convierte en leña en unas horas a los pimpollos de poco tiempo. Empero, en amplios sectores más húmedos, donde aún no se han efectuado las operaciones de olivado y entresaca, el jabalí encuentra un hábitat propicio. Esto ha facilitado su desarrollo y su extensión a zonas, como la de Peñafiel en Valladolid, donde hace un par de lustros era impensable encontrarlos. Las antiguas, si que breves, manchas de encina, al hallar una prolongación en las pimpolladas de las laderas, han formado mohedas de cierta prestancia donde las piaras se refugian y viven a gusto.

Esto al margen, las zonas septentrionales de León, Palencia y Burgos siempre dieron cochinos, ésta es la verdad. En lo concerniente a Sedano, yo recuerdo aquellas viejas historias –como la del recluta

cumplido que de regreso a casa fue cosido a dentelladas por un enorme jabalí– que me relataban hace veinticinco años, cuando empecé a tomar contacto con este pueblo. Posteriormente, ya asiduo del mismo, los encuentros con el jabalí de mis amigos y convecinos han sido frecuentes. No hará seis años que Luis Gallo tumbó uno, disparándole desde el coche con perdigón de sexta, y, si mal no recuerdo, fue el 68 cuando la furgoneta del Niño arrolló a la piara en el alto de Huidobro y dejó tres en la cuneta. Más reciente aún es la historia de un vecino de Nocedo (a cuatro kilómetros de Sedano) que agarró un mamoncillo de poco tiempo, pero a sus gritos irrumpió la madre escarpe abajo, arruando, rompiendo monte, de forma que aquél apenas tuvo tiempo de soltarlo y refugiarse en el automóvil.

Pues bien, aquellos primeros pobladores que acuchillaban a los reclutas cumplidos, iniciales habitantes de los hayedos y los robledales de la zona, se han desdoblado tranquilamente porque hasta ahora nadie les ha incordiado y, a mayor abundamiento, la repoblación les ha facilitado una defensa –externa e inextricable– con la que indudablemente no contaban (los bosques de pinos de esta zona andan entre los diez y los quince años de edad, y, aunque, el suelo es de poco espesor, allí donde han agarrado ofrecen ya una densidad ideal para cobijo de jabalíes y alimañas. También el lobo parece que empieza a agradecer esta indirecta protección).

Y con la multiplicación del jabalí, y con la facilidad de desplazamiento de los hombres, y con la fuerza contagiosa que encierra el entusiasmo venatorio, estamos abocando al advenimiento de una nueva etapa: la de la caza mayor organizada en una comarca donde hasta el momento prácticamente no había existido. (A este respecto puedo decir que en esta zona no hay todavía hombres ni perros jabalineros, verdaderamente diestros en caza mayor, y, salvo la aportación de los cazadores norteños, la tónica de estas batidas es la espontaneidad). Lógicamente este hecho pone en juego un nuevo factor en el panorama cinegético nacional; un factor a considerar pero que, de entrada, ofrece un claro sentido positivo que debemos acentuar encauzándolo y orientándolo.

Mis experiencias de cazador mayor

Hablaba en el anterior capítulo del jabalí, de cómo va imponiéndose su caza en unos predios –Palencia, Burgos– donde jamás estuvo esta caza organizada, siendo, como ha sido siempre aquélla, una topografía adusta, bronca, sumamente adecuada para el asentamiento del cochino. Me apoyaba para demostrar este último aserto en una serie de historias que he oído referir de labios de los protagonistas. Ahora me propongo escribir de mis relaciones personales con el jabalí, aunque debo empezar por decir que en mi vida he derribado uno. Alguno argüirá que poco podrá sacarse de mi inexperiencia pero yo entiendo que en estos asuntos venatorios la experiencia no la da tanto el matar como el observar, y a mí, de la caza mayor, me gusta, sobre todo, ver al bicho corriendo por el monte y haciendo de las suyas. Esto es, si yo no he cobrado en mi vida una pieza mayor es, supongo, porque apenas si lo he intentado seriamente. Mi amigo y compañero Emilio Salcedo me invita anualmente a una montería en La Carolina (Jaén), pero por fas o por nefas –y él es testigo– siempre me las arreglo para rehusarla. ¿Y es que tiene usted algo contra la caza mayor?, me preguntarán ustedes. Y yo debo reconocer que, como tener, tengo tres argumentes: la caza mayor –a excepción precisamente del jabalí– tiene unos ojos humanizados, especialmente dóciles y sumisos, que yo no me siento con arrestos para apagar. Por si fuera poco, los venados, los corzos, las gacelas muertas, adquieren un agarrotamiento, una rigidez que no me peta. Una perdiz pendiente de la percha es una pintura; un venado es un cadáver. Ignoro si la cosa estará clara, pero para mí es suficiente. Por otro lado, yo no soy de los que prefieren un pájaro en mano que ciento volando. Cien pájaros volando me infunden la esperanza de colgar media docena y esta esperanza es para mí más valiosa que tener uno –bien asegurado– en la mano. O sea que en la caza me seducen más cien oportunidades de derribar una pieza modesta que una de derribar una pieza excepcional. Con la pesca me ocurre otro tanto: antepongo las cien pequeñas emociones de capturar cien truchas discretas a la emoción –vivísima, no lo dudo– de sacar del río un salmón de diez kilos al cabo de cinco o seis jornadas de intentarlo. En pocas palabras, conozco a mucha gente que sube al monte día tras día y, días tras día, se vuelve con las orejas gachas: «Los jabalíes no estaban en la mancha», «Los jabalíes se les volvieron a los batidores», «Los jabalíes arrancaron en

diagonal y eludieron la línea de escopetas». Al fin, el día favorable, los monteros –quince o veinte– cobran un par de cochinos. ¿Quién los mató? Fulano y Mengano. Está bien, ¿y qué fue de las otras trece o las otras dieciocho escopetas? Se quedaron bocas, o si ustedes lo prefieren, se quedaron a verlas venir. El cálculo de probabilidades en estos empeños –los «cerebros» podrán decírnoslo ahora con exactitud– es muy escaso. Derribar una pieza mayor en las monterías modestas a las que yo puedo tener acceso es como la lotería: el gordo puede caer pero, casi con toda seguridad, no a mí. Entonces, la aventura no me tienta, no me encandila, vaya.

Está, por último, el argumento de la espera. Para mí cazar en mano es una garantía contra el frío y contra la nerviosidad. La espera, el aguardo, me hiela y me impacienta. Hay quienes se enfrían por la cabeza y quienes se enfrían por el estómago. Yo me enfrío por todas partes, esencialmente por la cabeza, por los muslos –¡ah, mis estornudos en la misa de cazadores cuando no tengo la prudencia de abrigarme con una prenda larga!– y por los pies. Todavía recuerdo la vez que Miguel Varona me subió al alto de la cazuela de Huidobro a aguardar al jabalí. Soplaba un norte helador y a la media hora, cuando aún los perros –se extraviaron tres de cinco– latían a dos o tres kilómetros de distancia, mi cuerpo era ya un puro carámbano y mis dedos, agarrotados, no podían ni apretar el gatillo. En tal situación lo único que se me ocurrió fue pedir al cielo que no me entrara la piara, pues a la primera embestida acabaría conmigo. Claro que se trataba de una súplica superflua puesto que los jabalíes no me entraron a mí ni le entraron a nadie. Eso sí, la compañía me obsequió con claras demostraciones de su existencia: huellas, rascaduras, escarbaduras, revolcaderos. Algo semejante me sucedió muchos años atrás en la finca de mi compañero de bachillerato, José María Gutiérrez Ruiz, en Saldaña, de la parte de Palencia. La excursión fue tan baldía –aunque menos fría– como la descrita y de un aburrimiento cinegético tan supino que, empujados por la impaciencia y por la necesidad de dar gusto al dedo, terminamos lanzando al aire y haciendo fuego sobre un sombrerito escocés que yo había cogido del ropero de mi padre por considerarlo una basura pero que a la hora de la bronca –cuando lo devolví, perforado por las perdigonadas– me di cuenta de que él lo estimaba como una reliquia. Esto es lo que han dado de sí mis tentativas de convertirme en un cazador «mayor» y las razones por las que esta vertiente venatoria no me subyuga.

Esto no es obstáculo para que yo me haya topado con el jabalí varias veces en Sedano, donde tengo mi minúsculo cuartel general. Mi hijo Miguel, que ya ha dado en decir que «tanto le da salir al campo sin escopeta», esto es, está en trance de convertirse en un contemplativo, anda, sin embargo, empecinado con el jabalí, y con

este objeto se apuntó las navidades últimas a una montería en los Picos de Europa. El viaje, entre la nieve, los hielos y el agua, fue de órdago a la grande y el desenlace previsible: no vieron gorrino. Entonces, cuando a la hora de comer trataba de reaccionar y andaba metido en cálculos sobre las horas que le llevaría el regreso, el director de orquesta se le acercó y le dijo: «Ésta no es buena zona de jabalí. Donde no falla es en Burgos». «¿En Burgos?», dijo mi hijo sorprendido. «¿Y en qué parte, si no es mala pregunta?» El anfitrión miró de soslayo a un lado y a otro y agregó en tono confidencial: «En Sedano. Ahí sí que va de veras». Bien mirado, esto es algo que suele suceder. Al cazador le mueve la ingenua impresión de que cuantos más kilómetros se aleje de sus lares más se aproxima al paraíso cinegético y luego, a la postre, resulta que la caza la tenía en el balcón de su casa. Bueno, pues en este Sedano que para el anfitrión de Potes era el centro de la riqueza jabalinera, he tenido, el pasado verano, aparte otros de menor interés, dos encuentros con los cochinos que merece la pena relatar: el primero el día 20 de julio, cuando a las once y pico de la noche regresaba con mi mujer y mis hijos menores de una boda. Al doblar un recodo de la carretera, divisamos sobre la cinta gris dos bultos que se movían, bultos excesivamente grandes para ser conejos y demasiado chicos para ser tejones o raposos. Ante mi sorpresa, la paulatina aproximación del automóvil no les produjo el menor sobresalto, de tal modo que pudimos detenernos a cinco metros de donde estaban y contemplarlos a nuestro sabor: eran dos jabatillos listados en pleno juego, retozando, mordisqueándose, gruñendo. El espectáculo era para mí tan nuevo que por un momento quedé extasiado, como si contemplara una película de Walt Disney, pero al fin reaccioné y le dije a mi hijo Juan –trece años– a media voz que bajara con cuidado y procurase atrapar uno pero que actuara rápidamente ya que la jabalina, que andaría por los alrededores, era muy celosa de las crías y que recordara el episodio de Nocedo. El chico se apeó cautelosamente pero su hermano Adolfo –ocho años– descendió por el otro lado sin precauciones y, al portazo, los dos jabatillos salieron corriendo hacia la cuneta, que tenía unas pajas de cierta consistencia. El chico mayor los siguió y se asomó a la ladera, hollando las pajas, y en ese instante se oyeron unos chillidos, mi hijo se desconcertó y levantó el pie –¡tenía pisado a uno de los marranillos!– y el jabalí salió a galope carretera adelante. Recogí al chico y durante casi un kilómetro perseguimos al animalito desconcertado (el otro había quedado entre los robles de la ladera) ya que los pajonales de los costados, a la luz de los faros, daban la impresión de unas bardizas impenetrables, y su línea lógica de huida era la carretera. Poco a poco, el jabato remitía en su galopada y hubo un momento en que no dudé de que le atraparíamos por agotamiento.

Pero ya, ya. Una vez que el fuelle no le dio más de sí, el tostoncete arremetió contra las pajas del costado izquierdo de la carretera y aunque los chicos se apearon al instante, apenas si les dio tiempo de oír el rumor del bicho perdiéndose entre los carrascos de la montaña en tinieblas.

El segundo encuentro fue con un macareno formidable, una bella bestia con sus buenos cien kilos encima. Días antes, cazando codornices, habíamos reparado en unas huellas delatoras y un revolcadero entre los relejes del camino, orilla de un rastrojo de cebada. Una noche, al llegar mi hijo mayor de Valladolid, nos comunicó que había visto cruzar un hermoso jabalí en la parte de la Torca Palomera, donde un camino que arranca de la carretera accede al rastrojo en cuestión. Cenamos tranquilamente y sobre la medianoche cogimos el coche y tiramos para arriba, hacia el páramo. Era una noche de plenilunio y se veía a distancia sin necesidad de faros pero, no obstante, los llevábamos encendidos. Al alcanzar la encrucijada, desviamos por el camino y durante cosa de un cuarto de hora recorrimos el páramo en distintas direcciones, antes de llegarnos a los relejes del revolcadero. La irrupción repentina del gran bulto oscuro en el haz de luz de los faros, nos dejó paralizados. Allí estaba, inmóvil en el rastrojo amarillo, la gran bestia negra, la gacha cabeza un poco ladeada hacia nosotros, su ojillo desconfiado clavado en el automóvil. Pero, al igual que los jabatos semanas antes y pese a la escasa distancia que nos separaba, no se inmutó: macizo, arrogante, implado miraba y se dejaba mirar. Fue preciso hacer sonar el claxon para que se alejara unos pasos pausadamente por el sembrado. Ante su calma imperturbable nos apeamos del coche palmeando sonoramente. El gran solitario dio una carrerita y tornó a detenerse a una distancia de ochenta metros, bajo la luna. Entonces, un poco ebrios por la emoción, mis hijos y yo rompimos a correr hacia él gritando a voz en cuello, como locos, y el jabalí entonces inició un galope frenético en línea recta, arruando como un condenado, hacia el sardón, hasta que lo perdimos de vista.

A la mañana, retornamos al lugar de marras. Las huellas, escarbaduras y hozaderos se extendían por un radio de acción de un centenar de metros y, poco más lejos, hallamos el estímulo de su querencia: una pila de sacos de trigo y cebada, dos de los cuales habían sido destripados y acuchillados sin duelo. El grano esparcido –poco si consideramos el tamaño de los sacos– nos daba idea de la copiosidad del festín. Sin la menor duda –a juzgar por los indicios–, no había sido la última noche la única que el solitario había visitado el lugar. La tentación de la comida fácil y de la baña que le proporcionaban los charcos de los relejes explican, por otro lado, su apego al cuartel, su resistencia a evacuar aquel rastrojo.

La proliferación del jabalí y su glotonería vienen a replantear el viejo pleito entre campesinos y cazadores, cuya versión conejuna alcanzó notable acritud hace bastantes lustros. Un labrador de aquellos contornos me decía el pasado verano: «Mire usted, allí donde cae la piara no cogemos un grano ni una patata. Si no los matan ustedes, habrá que dar parte al gobernador». Hace pocos días, un ingeniero del Patrimonio Forestal en Burgos me informaba del empeño del campesino por que se incluyese al jabalí en el repertorio de animales dañinos. Cuidado. En estos problemas no hay que perder la cabeza; hay que esforzarse por encontrar una solución que haga compatibles las patatas y el jabalí, los intereses del campesino y los del cazador. Por otra parte, si hubiese prosperado la iniciativa de los forestales de dedicar a pastos los páramos donde la repoblación no ha cuajado o no se ha hecho, hoy no tendríamos que lamentar esta incompatibilidad. En cualquier caso, declarar nocivo al jabalí y proclamar la libertad de captura sería un solemne disparate. Nada digamos de autorizar el empleo de venenos o artimañas para su eliminación, como más de uno pretende. El equilibrio del jabalí debe regularse con las escopetas. Ya he apuntado que la afición a su caza crece más aprisa que se multiplican las reses. Será, pues, cosa de esperar a que las gentes de estos altos le cojan el tranquillo a la cosa. Y, si procede, simultanear la acción directa de los monteros con las indemnizaciones oportunas por parte de los organismos más allegados al campo. Porque aun siendo cierto que una piara de jabalíes puede causar grandes destrozos en los sembrados, no lo es menos que sumando todos ellos –todos los daños– en cada provincia, la cobertura de los mismos no es para echarse las manos a la cabeza, ni para arruinar ninguna economía por endeble que ésta sea.

La técnica y la caza

No voy a volver sobre el motor. Del motor y de los daños que de su uso puedan derivar ya hablé bastante, creo, unas páginas más arriba. Ahora me refiero a otra cosa que más que de un enemigo real de la caza se trata de un enemigo en potencia. Mi aspiración, pues, va encaminada a anticiparnos a lo que se ve venir. La ley de caza saca de nuevo a colación los explosivos, alares, barreras, lazos, etc., lo que no está mal, pero estas argucias son un simple juego de niños comparadas con lo que se avecina. La técnica, en un proceso de aceleración como la humanidad no ha conocido otro, inventa cada día algo distinto, algo nuevo cuando no impensable. ¿En qué sentido pueden incidir estas conquistas sobre la caza? ¿Cómo compaginar los deslumbrantes avances técnicos con una naturaleza-natural? He ahí la cuestión, porque de entrada, naturaleza –o caza– y técnica son conceptos antitéticos, términos que mutuamente se repelen, ya que nada hay tan alejado de una perdiz como –por concretar de alguna manera– una radio de transistores.

Ya Ortega dejó sentado que la caza nos torna primitivos. Ésta es su esencia. Quítesele a la caza este retorno a la rusticidad, a la selvatiquez, y se quedará en nada. Entonces, si pretendemos que la caza sobreviva, preservémosla de todo aquello que tiende a falsearla, a prostituirla, a despersonalizarla. Un primitivo –un paleolítico– armado de los más variados artefactos resulta inconcebible. O primitivo o técnico. De ahí que en la caza no proceda evolución. Se admite como es o no se admite. En este terreno, el conservadurismo es la única salida: no hay opción. Todo intento de progreso es regreso; pérdida de primitivismo. Por ejemplo, una batida –procedimiento ya de por sí discutiblemente procedente– orientada desde avioneta mediante transmisores portátiles es sencillamente indecente. Aun así y todo, el transmisor portátil es algo que empieza a entrar en algunas modalidades de caza, verbigracia el ojeo de avutardas. Pues bien, yo esto no lo veo bien, me parece jugar con ventaja, aun admitiendo que, de entre las últimas conquistas técnicas, es el transmisor la más inocente en su relación con la caza. (Otra cosa es que se utilicen –como viene ocurriendo en estos simpáticos campeonatos de caza con perro de muestra que el entusiasmo de algunos hombres ha puesto en marcha en el país– con fines informativos cuando hay por medio otros intereses ajenos o laterales a la más pura cinegética. Pero para cazar,

para orientar a los batidores sobre la situación de la caza o de las escopetas o informarles de las variaciones introducidas sobre la marcha, yo no puedo aprobarlos. Se debe cazar con todas las de la ley, y si batidores o escopetas se equivocan, que paguen las consecuencias).

Defender la caza ciertamente en nuestros días no es moco de pavo; no es tarea de niños. Hay que vocear y vocear mucho y reiteradamente para que se nos oiga. Yo recuerdo que, de chico, me impresionaba mucho la historia de Bayard –el caballero sin miedo y sin tacha–, que, cuando sobrevino la aparición de la pólvora y la invención de las armas de fuego, hacía ahorcar a cuantos arcabuceros encontraba en el Camino. Bayard entendía que la competencia debía establecerse sobre unas bases nobles: armas iguales, condiciones iguales. Y el que transgredía esta norma caballeresca –el arcabucero– merecía ser ahorcado. Este Bayard era todo un tipo, no cabe duda. Pero, en fin, ya que no es cosa de renunciar hoy a las armas de fuego –aunque los galgueros y los halconeros lo hagan con la mayor elegancia–, no seré yo quien dé un nuevo paso hacia adelante –hacia atrás– para acabar privando a la caza de su íntima sustancia. Ante ciertos alardes técnicos hay que descubrirse, es cierto, pero mantengámoslos apartados de aquellas esferas donde su aplicación no procede. Porque en asuntos de caza el dilema es claro como el agua: o aceptamos la incorporación de la técnica a la caza y se va todo a hacer puñetas o impedimos a cualquier precio que la técnica invada el campo de los deportes naturales. No hay más.

Soy el primero en reconocer que el empeño no es sencillo. ¿Bajamos la barrera a la técnica ahora, a partir de hoy, admitiendo lo que ya está admitido, o lo tomamos más atrás? ¿El cerrojazo debe ser total o debemos estudiar caso por caso? Concretamente, ¿qué hacemos con la escopeta repetidora? La aceleración técnica, esto es obvio, va a presentarnos un problema –cuando no dos– cada día. La técnica en el campo –como diría Joaquín Garrigues de la letra de cambio– no es un problema, es un semillero de problemas. Por de pronto, existen nuevos Bayard que no admiten armas automáticas, escopetas de más de dos tiros en los ojeos. En cuanto a la caza en mano, en terreno libre, el que lleva escopeta de cinco tiros es porque no la ha encontrado de diez. A mí esto, sin ánimo de ofender, me parece abusivo; es una manera de entender la caza muy a la americana. ¡Pim pam pum!, venga, la ráfaga, si no te alcanzo con el primero, te alcanzaré con el quinto; el caso es alcanzarte. No. Los dos caños se me antoja ya una tolerancia. Es un duelo en el que se nos da una oportunidad más que al contrincante; la posibilidad de enmendar un yerro. Lo esencialmente deportivo sería no disponer más que de un tubo. La perdiz tiene una oportunidad y yo otra; vamos a ver quién gana. ¿Y si salen dos? La

que ha arrancado después, con su intuición, se ha ganado la victoria y la vida. Pero, bueno, esto son ganas de enredar las cosas. A lo que quiero ir a parar es a esto: de un caño pasamos a dos; de dos tiros, a cinco; de cinco, pasaremos a diez y, si Dios no lo remedia, llegaremos a la ametralladora de caza. Pregunto: ¿en qué punto debe detener este proceso el legislador? (Porque hoy se trata de matar con perdigones pero, ¿qué sorpresas no puede depararnos la técnica en este apartado?).

Advertirá el lector que para exponer mi tesis me estoy sirviendo de ejemplos muy concretos cuando en realidad mi aspiración no se limita a esto; nadie puede decir por qué registros va a salir mañana la inventiva humana, de manera que de lo que trato es de parar el golpe a tiempo, venga éste de la derecha, de frente o de la izquierda. Lo decisivo para mí, entiéndaseme, no es que el legislador proscriba la escopeta repetidora, sino que esté prevenido para que su ley no quede en un par de años más anticuada que lo que está hoy, en 1970, la de 1902. Por eso entiendo que tratar de frenar la corrupción de la caza por la técnica con el punto 16 del artículo 31 de la ley (queda prohibido atraer... la caza existente en terrenos ajenos), el apartado *c* del punto 1 del artículo 43 (serán castigados los que cacen con luz) y el *a* del 1, del 44 (se castigará al que cace desde aeronave y otros vehículos), me parece tan ingenuo como tratar de ir a la luna montado en el mango de una escoba. Hay en todo esto como una risible desproporción entre las posibilidades humanas actuales y las limitaciones de la ley. Las tablas de prohibiciones, delitos y faltas –que están bien– nos quedan, incluso hoy, demasiado estrechas. ¿Qué sucederá mañana? Porque, continuando con otro ejemplo, que es la mejor manera de entendernos, ¿qué piensa el legislador del magnetófono –dotado de potente altavoz– como reclamo? Esto ya está ahí, no es hablar de lo que puede ocurrir en un futuro más o menos próximo. Es más, un amigo mío ha hecho una experiencia curiosa que viene a probar, tanto como la eficacia del magnetófono en estos envites, el ardor erótico de la codorniz. Mediante una cinta bien grabada consiguió que un macho engolosinado copulase con una hembra disecada y, al cabo, hubo de volarlo para que no la destrozase. Mis amigos Enrique Calleja y José Luis Montes atrajeron mediante una cinta grabada con la llamada del azulón, uno tras otro, hasta cuatro patos que sobrevolaban el Arlanza. ¿Qué no podrá conseguirse en una laguna querenciosa con una buena cinta y una variopinta cuerda de cimbeles? ¿Se ha pensado que mediante la cinta magnetofónica y una perdiz de madera –una vez autorizada la caza de perdiz con reclamo– puede llegarse a una total perversión de este deporte? Imaginen, por un momento, que el grabado de una cinta (con el saseo, piñoneo, copla de buche, etc.) llega a ser tan perfecto que permite la elusión del

perdigón vivo y, con ello, los inconvenientes de alimentarlo, educarlo, etc., etc. Imaginen que para estas grabaciones se ha utilizado el perdigón más dicharachero y persuasivo del mundo, un perdigón tan gentil que no hay hembra que se le resista. Imaginen que el éxito en las primeras demostraciones se traduce –técnicamente– en centenares de miliares de reproducciones de la cinta en cuestión. ¿Adónde iríamos a parar? Pero, repito, esto no es más que un ejemplo. Pueden tomar ustedes el hilo donde les pete, verbigracia en el detector de cuerpos que ahora está utilizando la justicia inglesa para encontrar el cadáver de la señora McKay. Si ya existe un detector de cuerpos humanos muertos, no parece difícil que mañana se invente un detector de animales vivos, si es que no está inventado ya, que imagino que sí. Bueno, ¿quieren ustedes decirme qué será de los conejos y de las liebres, que buscan en el encame recalcitrante su defensa (José Miguel Merino, el chico del Antonio, mató este año una liebre de una pedrada), el día que ni su renuencia ni su mimetismo les sirvan de nada? Hemos de convencernos de una cosa: la irrupción de la técnica en el campo y su aplicación a la caza nos conducirán, inevitablemente, a su destrucción. Es lo mismo que ese elixir misterioso que atrae a los peces y les induce a morder el anzuelo descarnado. ¿Es que esto es pescar? ¿Es que aquello es cazar? La caza no es conseguir un morral sea como sea, sino ganarnos ese morral; sudarlo. Existe un principio que hay que meter en la mollera de tantos advenedizos: cazar es competir, confrontar nuestras facultades con las facultades de un animal. Si somos más hábiles, o más sutiles, o más resistentes, o más tranquilos, nos tocará ganar. Si lo somos menos, nos tocará perder. Si ha de llegar un momento en que al cazador le toque siempre ganar, yo dejaré de serlo; dejaré de ser cazador, palabra. Mas al tiempo que insuflamos estas ideas de elemental deportividad en los cazadores viejos que no lo entienden así y en los nuevos que no lo entienden de ninguna manera, queremos subrayar la importancia que encierra para la caza el que entre las prohibiciones que se relacionan en el artículo 31 de la ley se incluya una, todo lo genérica que se quiera, que proscriba la aplicación de ingenios técnicos y mecánicos para atraer y detectar la caza. Posteriormente los reglamentos complementarios podrán ir marchando a compás de la técnica y prohibiendo todo aquello que sea menester prohibir.

Sobre la crueldad de la caza

Antes de rematar estos comentarios, que han ido hilvanándose al hilo de las incidencias cinegéticas de la temporada 1969-1970, me gustaría dedicar un párrafo a un tema que me encocora y me desazona: el de la presunta crueldad de la caza.

Mientras uno no se mueve de los medios rurales y consume sus jornadas urbanas en un centro de trabajo, digamos, corriente y moliente, el problema no se manifiesta, la caza es un deporte más, un pasatiempo más, que a lo sumo invita al compañero de oficina o de tajo a motejarnos de chalados o de embusteros. Mas cuando uno, rebasado este marco, empieza a relacionarse con personas de especial sensibilidad –artistas o intelectuales–, el juicio toma otro cariz y surge ante la figura del cazador-deportista la *contrafigura* del cazador-guerrero o del cazador-verdugo. No nos engañemos, entre los intelectuales, los venadores tenemos muy mala prensa; les merecemos una consideración muy baja que de modo instintivo relacionan con la belicosidad, la agresividad o la violencia. A uno, que como todo quisque, también tiene sus fibras sensibles, le duele esta consideración o, por mejor decir, esta desconsideración. Porque lo peor de esto es que resulta fácil que nuestro amigo intelectual nos reconvenga mientras se chupa los dedos y despacha a dos carrillos un suculento estofado de perdiz o una becada a la Périgueux, lo que puede traducirse en el sentido de que expresamente está admitiendo que la caza nos ha sido puesta ahí para matarla y comerla luego. Es decir, las únicas protestas de no-violencia en este campo que un cazador puede aceptar son las que proceden de un consecuente e incorruptible vegetariano.

Hay que reconocer que Ortega, que es un escritor que a mí me merece el máximo respeto, fue en este aspecto una excepción. Para Ortega, la caza era la caza, un deporte viril y primitivo, y en ningún momento de su lúcido y famoso prólogo al libro de Yebes se desprende que lo considere un oficio propio de sanguinarios desalmados. Pero esto, insisto, es la excepción. Lo habitual es que al intelectual no le caiga en gracia el cazador y no sólo no le caiga en gracia, sino que no lo comprenda. Será inútil que tratemos de convencerle de la deportividad del lance, de que también las piezas tienen sus defensas, de la dureza de la persecución de una perdiz por una ladera, del equilibrio de fuerzas… Al final, terminará,

indefectiblemente, diciéndonos: «Pero la perdiz no puede disparar sobre ti». He ahí su argumento supremo.

Reconozco que el primero que me abrió los ojos a esta nueva concepción del cazador fue mi buen amigo y traductor al francés Maurice Coindreau. Antes, nadie me había dicho en letras de molde que mi deporte favorito pudiera considerarse inhumano. Hijo de cazador, morralero desde la infancia, para mí el conejo y la perdiz no podían tener otro destino que el morral, primero, y la cazuela después. Coindreau, sin embargo, en su inteligente preámbulo a *Sisí, mon fils adoré,* editado por Gallimard, afirmaba, hablando de mi persona: «Un voyage en Amérique du Sud l'éloignera pendant trois mois de sa ville natale où, tout en combinant ses obligations pédagogiques, son activité de journaliste et *les cruels plaisirs de la chasse...».* Confieso que tal afirmación, aunque escrita de pasada, me hizo mella y, por un tiempo, me dejó chafado. No voy a decir que el menosprecio de Coindreau hacia un deporte que, cuando se practica como hay que practicarlo, cuenta con mi adhesión incondicional, me indujese en ningún momento a colgar la escopeta; eso no. Pero sí me dio que pensar y, aun hoy día, cuando oigo los chillidos del conejo malherido o el berrido de niño de pecho de la liebre perniquebrada –expresiones que hasta entonces me habían dejado indiferente–, mi conciencia no reposa mientras a uno o a otro no les propino el golpe de gracia detrás de las orejas. Esto es, Coindreau me sensibilizó al dolor de mis víctimas y, en consecuencia, humanizó, en la medida en que esto es posible, mi conducta cinegética, induciéndome a evitar en el campo el sufrimiento inútil.

–Entonces, ¿admite usted que la caza es un deporte cruel?

No se trata exactamente de esto. La caza es un deporte cruento, que no es lo mismo, como es cruenta la matanza del cochino, o el sacrificio de los pollos, o la tabla del matarife. La cuestión estriba en decidir si el hombre es o no un animal carnívoro, ya que si esta disyuntiva se resuelve en sentido afirmativo, lo único que procede es estudiar la manera de que en el sacrificio de las víctimas que requiere aquél para su sustento no se produzca exceso o, más concretamente, se aceleren los trámites de su ejecución. Pero mientras admitamos que a todo cerdo le llega su San Martín y a todo pavo o todo capón su San Silvestre o su Nochebuena –mala–, entiendo que no proceden los aspavientos al tratar de la caza (hablo de la caza con escopeta, con galgo o con halcón, ya que el carácter de suplicio de los animales atrapados con cepos o trampas no tengo por qué ocultarlo), supuesto que el final de una perdiz derribada a tiros suele ser mucho más fulminante y dulce que el de cualquiera de los animales inmolados por cualquier procedimiento de artesanía. (Con no poca frecuencia, la pieza que vamos a cobrar –a treinta o cuarenta metros de distancia–

está ya inmóvil cuando la recogemos o en los postreros espasmos. Y cuando esto no es así, la mano piadosa del cazador concluye con sus arrestos en una decena de segundos).

No, la muerte de la caza no es cruel. Para mí el auténtico problema en torno a la crueldad de la caza se plantea con el animal herido, si bien también en estos casos la naturaleza suele resolver sin demora el enojoso pleito. La herida visceral conlleva casi inevitablemente la muerte a brevísimo plazo. (¿Quién no ha cobrado a doscientos o trescientos metros de donde se produjo el tiro docenas de perdices o liebres, totalmente muertas, con un perdigón alojado en los bofes o los riñones?). Más complicado –y doloroso– es el caso de la pata o el ala quebrada, aunque aquí, si contamos con un buen perro, tampoco suele haber cuestión, ya que una caza disminuida rara vez podrá con un can íntegro. Mas cuando esto falla, la naturaleza está al quite. Si la herida ha dejado al animal indefenso, casi con seguridad, no sobrevivirá a la noche. Los raposos, los garduños, los gatos monteses constituyen unos cuidadosos barrenderos de sardones y mohedas y es obvio que entre sus presas nocturnas las cazas pegadas son las más abundantes (tengo entendido que en los cotos donde se producen grandes matanzas, la alimaña, habituada a la presa fácil, pierde facultades, en cierto modo se domestica, de forma que cuando las escopetas no le facilitan capturas, pasa graves apuros para sobrevivir y entonces apela a los gallineros). Y si este riesgo le salva, tenemos los barrenderos diurnos, las águilas y otras rapaces, para quienes las cazas constituyen las presas más codiciadas. (Por otra parte, y a medida que la civilización y la técnica invaden el campo, no son pocas las perdices aliquebradas al topar con los cables de conducción eléctrica. Solamente en esta temporada he visto dos, sin que hasta el momento haya oído acusar de crueldad –por este motivo, se entiende– a Iberduero o a la Telefónica. Esto, como el tiro impreciso, son para la caza meros accidentes).

Existen finalmente otras heridas (olvidémonos del perdigón muscular, el perdigón enquistado, por ejemplo, en el culo de una liebre, que aparte del latigazo momentáneo no causa otros trastornos) que no incapacitan a la pieza, aunque en algún sentido mermen sus defensas: el que secciona el tarso de una perdiz, pongamos por caso, o la mano de una liebre o de un conejo. Todo cazador habrá cobrado piezas con muñones o miembros amputados de tiempo atrás. Ante esto, ante el prodigio de estas «intervenciones» quirúrgicas, ante la limpieza con que la naturaleza opera, no queda otro remedio que quitarse el sombrero.

Para mí, este hecho constituye la mejor demostración de que el remedio para todos los males de los seres vivos está en el campo –dónde, es ya otro cantar– y de ahí mi veneración creciente por el naturismo y los herbolarios. En este punto, recuerdo una anécdota

expresiva. En una ocasión mi hijo Miguel volteó una liebre que acabó huyendo a la vista de todos, con una pata quebrada. Al domingo siguiente, en el mismo cuartel, mi propio hijo Miguel (que a lo que se ve tenía sobre ella derechos adquiridos) consiguió matarla. Se trataba evidentemente del mismo animal (por el lugar y por la pata segada) y cuando observamos su herida comprendimos que en ningún hospital del mundo, ni atendida por los cirujanos más eminentes, podía aquel animal haber mejorado más en menos tiempo. La sección era limpia, el muñón –recubierto de lodo– había empezado a formarse y no había allí rastro de sangre ni inflamación de ninguna clase. Todo perfecto. Si es caso, la liebre adolecía aún de la torpeza comprensible –para desplazarse– al verse repentinamente privada de una pata. (En ese mismo cazadero, un año más tarde, cobré yo una liebre con tres patas –la cuarta, una mano, amputada hacía tiempo a juzgar por el callo– y no advertí el defecto hasta que no la tuve en la mano; su carrera era absolutamente correcta).

Resumiendo, la muerte de la caza a escopeta es instantánea o muy rápida. Las piezas heridas no suelen eludir la limpieza de rapaces y alimañas, y cuando la eluden, su recuperación es acelerada y espectacular.

La caza no es, de entre los animales que sacrificamos a diario, la especie que más sufre. Así lo entendió Baltasar Porcel –escritor a quien no podremos ciertamente calificar de insensible– cuando en nuestro, «encuentro» en la revista *Destino* y a su pregunta, ya un poco automática, sobre la pretendida crueldad de este deporte, le respondí con estas palabras:

–¿Cruel? ¿Y por qué cruel? Que yo sepa nadie se plantea estos casos de conciencia ante una lubina o un solomillo de ternera. El fin de la perdiz no suele ser más cruel que el de la lubina o el de la ternera. Se está imponiendo una falsa sensibilidad que me aterra. Tengo entendido que un carcelero de Dachau lloraba porque se le murió un canario. ¡Ojo! Yo procuro fomentar la sensibilidad ante el sufrimiento gratuito de los animales, pero sin caer en lo enfermizo.

La caza en España

1972

La caza en España

Hace unos años –en mayo de 1964– escribía yo en mi obra *El libro de la caza menor,* alumbrado un mes más tarde: «Para empezar por el principio, la perdiz roja es un pájaro que *todavía está ahí.* Los pájaros de ellos, los pájaros de los otros, son, a menudo, pájaros que los *han puesto.* Parece natural que con alguna ventaja habíamos de contar los pueblos subdesarrollados. Con esto se da por supuesto que la civilización opera contra la caza, o, todo sea dicho con palabras pobres, que el tractor y la cosechadora se comen a la perdiz».

El planteamiento del problema, si simplista, es, creo yo, irreversible. A mayor civilización menos pájaros y más cándidos. La bravura de las especies y la deportividad del lance corren, pues, parejas con el carácter silvestre del medio en que aquéllas se desenvuelven y éste se ejercita. La caza es tanto más pura cuanto más natural es la naturaleza; una vez que el artificio toma asiento en el campo, la caza se torna, asimismo, artificial. Las aves y los peces desaparecen; para disfrutarlos hay que *ponerlos,* y ya es sabido que un animal puesto carece de la bravura, de los reflejos instintivos, de la briosa desconfianza del animal montaraz.

Esto quiere decir, ni más ni menos, que la caza peligra hoy en el mundo. La industrialización es, a mi entender, la manera más provechosa de destruir la naturaleza. Mas, como es indiscutible que el mundo no puede renunciar a la industrialización solamente por conservar en las bestias su vivacidad espontánea, resulta obvio que la caza, tal como hasta ahora veníamos entendiéndola en España, es un ejercicio a extinguir. Esto explica que los hombres ricos de los países ricos se descuelguen en los países pobres para calmar su avidez cinegética. Es claro que en sus países respectivos aún pueden estos hombres disparar cuatro tiros; pero entre hacerlo sobre unos faisanes descargados de los coches-jaula la víspera o sobre unas perdices silvestres, nacidas y criadas en el monte, habituadas a soportar todas las inclemencias y a burlar toda clase de asechanzas, hay, evidentemente, una diferencia. De ahí que nuestro país sea todavía, hoy en día, un foco de peregrinación venatoria. Y de ahí, también, nuestra obligación de velar por la conservación de este deporte ahora que el desarrollo industrial amenaza con envilecer las aguas de nuestros ríos e incensar de humos fabriles nuestros páramos y mohedales. Esta transformación acarreará, al menos en parte, la

evasión –o el exterminio– de nuestras especies más estimadas.

Existen, sin embargo, dos bases esperanzadoras sobre las que asentar esta lucha por algo tan vital para nosotros como es la caza: primera, la experiencia –buena o mala– de los países que nos han precedido en el desarrollo industrial, y, segunda, el carácter arisco, indócil y agresivo de buena parte de nuestra topografía. La experiencia ajena nos dirá lo que debemos o no debemos hacer a este respecto, en tanto nuestra adustez topográfica nos permite confiar en que, como nueva Arca de Noé, por alta que sea nuestra fiebre de destrucción creadora –o, lo que es lo mismo, de desarrollo industrial–, aún nos será posible salvaguardar una pareja de cada especie, que impriman, al menos, una tenue claridad al sombrío panorama cinegético que se avecina.

Entre la aparición de *El libro de la caza menor* y la redacción de estas páginas he tenido oportunidad de pasar una larga temporada en los Estados Unidos. Y por supuesto, una de mis ocupaciones allí ha sido la de cazar, o, si se prefiere, la de realizar todos aquellos movimientos y ejercicios que más se aproximan a los movimientos y ejercicios que efectúo normalmente cuando cazo. De esta experiencia creo que podemos extraer algunas conclusiones provechosas; pero, antes de nada, debo advertir que, en parte, mis impresiones han sido recogidas en la zona más industrializada, más fabril y febril, de Norteamérica; esto es, en las proximidades de Nueva York, ciudad, como es sabido, cuya área metropolitana alberga a 15 millones de almas. Quiero decir con esto que en los Estados Unidos existen extensas comarcas donde aún es posible cazar animales con un limpio linaje –no fruto de la repoblación– pero, para nuestros fines, considero más interesante analizar lo que acontece en aquellos condados que han alcanzado la cumbre del desarrollo.

Es evidente que cuando hablo de la industrialización como concepto antitético de la caza no me refiero solamente al riesgo de la máquina en sí, sino al fenómeno consiguiente y lógico de la proliferación de escopetas que comporta la elevación del nivel de vida. Esto es lo que ha ocurrido en los Estados Unidos. La excelente salud económica que aquel pueblo disfruta ha permitido que el setenta o el ochenta por ciento de su población tenga acceso a lo superfluo, y, en consecuencia, pueda ensayar la distracción o el esparcimiento que le apetezca. Todo les es accesible. Por dinero que no quede, decimos nosotros; y como allí dinero sobra, ya tienen ustedes el campo invadido por millones de cazadores el día que se abre la veda.

Por aquí nos viene de la mano la primera característica de la caza americana: la estridencia. La necesidad de evitar que a uno le

confundan con una encina, esto es, la diferenciación. En España, una de las elementales precauciones que el cazador adopta al salir al campo es, precisamente, la de camuflarse, la de transmutarse en árbol o matorral. Para ello apela a un atuendo verde o pardo, mimético con los habituales ornamentos de la tierra. Bien, pues en América acontece exactamente lo contrario: los cazadores se enfundan en camisas o cazadoras agresivas –rojas o amarillas–, pues, antes que de engañar al conejo fingiéndose monte, se trata de evitar que un colega nos identifique con el monte y nos sacuda una perdigonada. De esto deducimos que la emoción cinegética no ha desaparecido en USA; sencillamente, ha cambiado de signo: la emoción no la depara el hecho de matar, sino la posibilidad de ser muerto; uno sale al campo antes que a cobrar equis pájaros a impedir ser cobrado. La emoción venatoria, a lo que se ve, es diferente, pero en modo alguno despreciable.

Este planteamiento justifica la reacción de mis compañeros el día que iniciamos la temporada y me vieron aparecer con mi pantalón de pana parda, mi camisa a cuadros y mi cazadora marrón. La alarma fue unánime:

–Pero ¿está usted loco? ¿Es que quiere que le peguen un tiro?

En USA es preciso, pues, manifestarse, hacerse ver; fundirse con el campo constituye una temeridad. Y no se trata únicamente de mostrar a voces nuestra presencia sino de identificarnos para el caso de que la guardería aceche con los prismáticos desde una colina y pueda saber en cada momento de quién se trata. Se sobreentiende que el cazador americano, como los presidiarios, debe llevar, en caracteres bien visibles, un número a la espalda, naturalmente el número de su licencia. Es claro que esta exigencia termina por diluir en uno el sentimiento de libertad. El número pesa como una losa, y, a cada instante, uno siente la mirada inquisitiva, taladradora, del forestal en la espalda. Naturalmente, el forestal puede no aparecer, pero es suficiente la conciencia de saberse numerado –con unas cifras delatoras, escandalosas, enormes– para que el cazador experimente un enervante complejo de culpabilidad. (Por supuesto, el norteamericano ya no siente el número, ni le pesa, ni le enerva, ni le desazona, ni le procura, en definitiva, complejo de ninguna clase. Pero yo hablo del asunto desde mi experiencia de cazador castellano, arriscado y silvestre, y compruebo con placer que, al menos en el campo, un español puede sentirse todavía más libre que un americano).

Por primera providencia, pues, el cazador americano ha de subrayar no sólo su presencia sino también su identidad. Son, éstas, precauciones que adopta en su provecho –en provecho del cazador–, si bien para las piezas cazables han de adoptarse medidas similares. Así, las pausas de las vedas. Y digo vedas y no veda porque en los Estados

Unidos este fenómeno se muestra muy enrevesado. Entre tantos estados, tantas especies, tantos climas y tantas armas bien puede decirse que en Norteamérica se abren y se cierran vedas todos los días; esto es, también las vedas se producen allí en serie. En aquel país, las disposiciones en torno a la veda de las diversas armas y especies son tan complejas como exige una población donde nadie se resigna a prescindir de nada. Así, por ejemplo, la tórtola y la paloma pueden cazarse desde comienzos del otoño hasta mediados de noviembre. Durante este lapso pueden cazarse asimismo piezas mayores –osos, venados, jabalíes–, pero exclusivamente con arco y flechas, a la vieja usanza del indio. No es preciso añadir que en este lance gravita sobre el cazador la prohibición absoluta de acompañarse de armas de fuego, ni siquiera de una pistolita de seis milímetros. Esto quiere decir que ponerle a un oso una banderilla –o una flecha, que tanto da– en el trasero constituye sin duda un éxito venatorio, pero el riesgo que dicho éxito supone es evidente. En un caso así, el americano ha de aguantar a pie firme, en plena espesura, la revancha de la fiera sin otra defensa que una flecha de reserva en el carcaj. El juego de sentirse primitivo, como decía Ortega –juego que en mayor o menor medida practicamos todos los cazadores–, alcanza en Norteamérica caracteres dramáticos. Pero así son las cosas. En un país como aquél, donde las armas automáticas han llegado a la virguería, gusta, de vez en cuando, sentirse indefenso –en «puro pellejo» que dirían los puertorriqueños– ante la fiera encolerizada. A lo que se ve, la nota típica de la cinegética yanqui radica en la aleatoriedad de la víctima. Uno –el cazador– puede ser matador o puede ser matado; puede ser víctima o puede ser verdugo. Cabe, en una palabra, a nivel de morral, que el cazador se convierta en pieza. Allí nunca se sabe a ciencia cierta de quién va a ser la sangre que tiña las hojas secas del bosque.

–Pero –me dirán ustedes– ¿es que aún quedan osos y jabalíes en un país supermecanizado, superdesarrollado, superahumado como es aquél?

Pues naturalmente que quedan. Y quedan para dar y tomar. Ya es sabido que la producción *standard* es la tónica de la vida americana. Pues bien, la serie, que rige para los automóviles o para los cazadores, rige también para los osos. La «fabricación» en cadena afecta lo mismo a los aviones supersónicos que a los solomillos de buey. Claro es que donde dije *quedan* debí escribir *ponen.* La caza, la grande y la pequeña –excepto los pájaros migratorios como el pato y la tórtola–, ha sido allí *puesta.* Y no sólo puesta sino controlada, vigilada, casi diría contada. De este modo acontece con frecuencia que el cazador que cobra una buena pieza y, por un instante, se cree en los albores de la creación del mundo, al acercarse a la víctima observa que de su cuello pende una plaquita en la que consta el día de su nacimiento, en qué

paraje fue soltada, cuándo vacunada y revacunada y hasta, si me apuran, un nombre familiar para designarla (no olviden que los americanos bautizan a los más devastadores ciclones con dulces y eufónicos nombres de mujer). El yanqui lleva su obsesión por la higiene hasta el corazón de sus bosques. Y para vacunar a estos animales se vale de un rifle cuyas balas son cápsulas anestésicas que duermen a la bestia alcanzada en contados segundos. Lógicamente, el inefable placer de la captura se esfuma tan pronto uno advierte que el animal abatido por nuestro disparo certero estuvo ya, meses antes, bajo una mano humana que, generosamente, le devolvió la libertad luego de inmunizarlo. El artificio de la organización es tan notorio que destruye, de inmediato, ese goce espontáneo y selvático que la caza proporciona.

Mas, volviendo a las vedas, a mediados de noviembre se abre la del faisán, la pieza menor más apreciada por aquellas tierras, tan apreciada que su caza ha de reducirse a tres semanas para que la especie perviva; de otro modo, todo se lo llevaría la trampa. Pero para consolarse aún le restan al americano, una vez cerrada aquélla, la caza mayor con rifle y la del conejo, animal que por aquellas latitudes no ha padecido los embates de la mixomatosis.

Pero detengámonos brevemente en la caza del faisán, la más semejante, en teoría, a la de nuestra perdiz roja. A este respecto es preciso advertir que este pájaro, como casi todos los pájaros americanos, no es bravo, y esto por dos razones: primera, no está hostigado, y, segunda, porque ordinariamente procede del cautiverio o es hijo de ex cautivos; esto es, todavía le tira la jaula y el pienso en los comederos. De este modo, ante el hombre no acierta a comportarse; no está muy seguro de que vaya a tenderle una mano con unas miguitas de pan, pero tampoco de que vaya a descerrajarle un tiro. Vacila, y, por ello, hay que ser muy nuevo –dados su tamaño y su fácil arranque– para dejarlo escapar. Y si la presa es tan propicia y sus apresadores se cuentan por millones, nada puede extrañarnos que a las tres semanas de abierta la veda haya de cerrarse de nuevo; de otro modo no sobreviviría allí, como en los dramas de hace medio siglo, ni el apuntador.

Y aun así, son tan pocos los que sobreviven a los dos primeros días de tiroteo que, en los alrededores de Nueva York, un camión oficial suelta los viernes un centenar de faisanes en cada condado para que los aficionados entretengan con ellos el ocio dominical. Todo esto sin olvidar que los faisanes son víctimas reglamentadas; en USA no cabe la sorpresa de «días de mucho, vísperas de nada». Cada estado determina el número de faisanes capturables por jornada y escopeta. O sea, el único consuelo que le resta al cazador neoyorquino es que a los «días de nada» suceda un día de dos, o, a lo sumo, un día de tres,

pero nunca podrá pasar de ahí ni aun contando con un amigo que le dé el soplo desde el camión que semanalmente suelta los pájaros.

–Realmente, esto no es caza ni nada que se le parezca –argumentarán ustedes.

Pero uno se pregunta: ¿y qué le van a hacer ellos? Desde luego, tal cosa está muy lejos de constituir un ideal cinegético; pero repitamos que el ideal cinegético marcha en proporción inversa al grado de desarrollo (el americano rico se viene a España a cazar; el español pudiente se desplaza a África a hacerlo). Y si en Nueva York hay mucho automóvil, mucha escopeta, mucha carretera y mucho dinero, forzosamente ha de haber pocos pájaros. Sopas, caldos y sorber no puede ser. Y ya se sabe: a subdesarrollo, pájaro bravo; y a superdesarrollo, pájaro sandio, bobalicón.

Tal vez por esto, el americano, o, más estrictamente el neoyorquino, trata de compaginar su civilización refinada con su afición a dar gusto al dedo. ¿Cómo? Renunciando de antemano a la pretensión –vana, como hemos visto– de cazar pájaros silvestres; o sea, yendo derecho al toro y admitiendo, de entrada, la ficción. En una palabra, aviniéndose de antemano al simulacro.

Para ello, en las proximidades de Nueva York se han montado gigantescos criaderos de faisanes, con un campo, más o menos vasto, más o menos accidentado, en derredor. El cazador –llamémosle así– neoyorquino se presenta el domingo en el gallinero sobre las once de la mañana, en su Cadillac flamante, con su atavío flamante, su perro flamante, la canana ciñendo su cintura y la airosa pluma –símbolo de pasadas grandezas– en la cinta del sombrero:

–¿Cuántos quiere usted hoy, míster Smith? –le preguntará el dueño del gallinero.

–¿A cómo van?

–A seis dólares pieza, míster.

–Caros son, pero póngame media docena.

Entonces, los encargados del gallinero esconderán entre las matas de los alrededores seis faisanes, adormeciéndoles previamente y a espaldas del cazador. Concluida la operación, éste silbará a su perro y comenzará la caza. Y a poca nariz que el perro tenga y a poco que la escopeta afine, a la media hora tendrá los seis faisanes pendientes de la percha y podrá regresar a Nueva York tras su jornada de caza (?).

¿Que esto no les gusta? Bueno. ¿Y a qué cazador le gustaría? Esto es el sucedáneo, por decirlo de alguna manera; la sacarina por azúcar. Una solución muy a la americana. A fin de cuentas, en Sperryville (Virginia) una máquina fabrica nieve para que los esquiadores puedan deslizarse alegremente por la ladera de la montaña aunque el cielo esté raso. De este modo, los norteamericanos amigos de este deporte

no tienen por qué aguardar los temporales ni ajustar su esparcimiento a los vaivenes –siempre caprichosos– de la meteorología. Los Estados Unidos son un país próspero que no está dispuesto a renunciar a nada.

De ahí que lo que no tiene lo invente.

Bien, es obvio que estas escenas cinegéticas (?) que acabamos de describir acontecen en el extremo de la cucaña. En su base, en sus inicios, la caza fue todo lo contrario: hombre libre, contra pieza libre, sobre naturaleza libre. Obviamente esta emoción virginal apenas sobrevive a la época prehistórica. En el libro *Alegrías de la caza*, compuesto por una decena de especialistas franceses, se nos expone claramente la situación de la caza en el país vecino, y, a decir verdad, tras su lectura, uno tampoco se siente demasiado optimista respecto al porvenir de este deporte en la vieja Europa. Francia no es precisamente Nueva York, aunque las distancias se vayan reduciendo. Robert Flament nos habla de cacerías de faisanes liberados la madrugada del mismo día de la batida; Chavane, del arrasamiento sistemático de la caza mayor en el Pirineo; François Vidron de la dificultad que encierra la cría artificial de la perdiz, y, por último, Philippe Lebreton de la regresión acelerada de los depredadores en el país, regresión que si en teoría supone una mejor defensa de la caza, constituye, al quebrar el equilibrio ecológico, un riesgo más a añadir a la interminable lista de adversidades cinegéticas. Total, que también en Francia, en buena parte, han de *ponerse* los animales que uno aspira a matar e incluso han de dictarse normas de protección de los depredadores para que, siquiera, quede un aguilucho de muestra. Y ante una evidencia así, cabe preguntarse, ¿hasta cuándo seremos capaces los españoles de conservar los pájaros nacidos y criados a la intemperie? ¿Cuánto tiempo durará aún en España la caza-caza? Las respuestas, forzosamente, han de ser pesimistas. Si la máquina, en el seno de una alta civilización, ha sido tan nociva para la caza, la máquina, en un país tan sucintamente civilizado como el nuestro, puede ser literalmente exterminadora. De esto me he dado cuenta al regresar de Norteamérica y patear, la escopeta al hombro, los páramos y laderas de la provincia de Valladolid. ¿Que qué me ha ocurrido a lo largo de estas excursiones? Nada. «¿Nada? ¿Y de qué se queja usted entonces?» Precisamente de eso. Que no le suceda *nada* es la peor cosa que puede acontecer a un cazador. La aventura de la caza está sembrada de incógnitas; el elemento sorpresa es, podemos asegurarlo, el elemento motriz de este deporte.

De ahí que cuando, arma al brazo, pateamos un mohedal y lo imprevisto no surge, podamos ir pensando muy justificadamente que aquello está dando las boqueadas. Días hubo, en estas excursiones de

que hablo, en que regresé a casa sin descargar la escopeta. Dos perdices enloquecidas, inaprensibles, se levantaban en Pekín. No había manera de sujetarlas. ¿Qué había ocurrido allí, en un cazadero apañado que hace apenas cuatro o cinco años podía deparar tres o cuatro perdices por escopeta? Sencillamente, la máquina del exterminio había arrasado el campo. Máquina de exterminio, muchas veces humana, que puso cerco a los pájaros desde que éstos se aparearon. Mas no es cosa de reiterar conceptos. A ojo de buen cubero puedo afirmar que si en 1963, en los campos libres de Castilla, había cien perdices por cada cien hectáreas, en 1964 a buen seguro no pasarían de cincuenta, y en 1965 apenas llegarían a veinticinco. Esto quiere decir que abocamos al principio del fin. Y de no aprontar oportuno remedio, el fin se acelerará: detrás vendrán hombres nuevos que lamentarán nuestra incuria y *pondrán* pájaros –tal vez vacunados, con cascabel y medalla– donde nosotros no supimos conservarlos en toda su bravura y majestad.

Nuestro pueblo es pobre, imaginativo e inculto, como digo. De ahí que sus ardides, sus tretas venatorias, enraizadas en la picaresca, progresen de día en día. La máquina, en sus manos, constituye un nuevo instrumento de destrucción, tal vez porque un campo mísero no basta para entretenerlas (a las máquinas, quiero decir). El caso es que a los pocos meses de publicado mi libro sobre la caza, he visto prosperar en los campos rayanos a mi ciudad nuevos procedimientos de aprehensión de las especies, cada vez más aniquiladores y confortables. A estas alturas, para atrapar diariamente dos o tres docenas de perdices no hace falta disparar un tiro ni tampoco mover un pie. Una mano de tres o cuatro tractores, abiertos en abanico, basta para barrer en pocas jornadas un término municipal. Las perdices aguantarán cuatro, seis, tal vez diez vuelos, pero ineluctablemente terminarán entregándose. (Mediante esta estratagema, sé que se han cobrado en un partido judicial de Valladolid más de setecientas perdices en la temporada 1964-1965. Perdices vivas, que se han cotizado en los mercados más o menos clandestinos a un mínimo de cien pesetas la pieza). ¿Y qué decir de la liebre? Conozco casos de cazadores nocturnos de liebre, cazadores mecanizados también, con el galgo en la trasera del tractor, galgo que se lanza sobre su presa tan pronto ésta, deslumbrada, se acula mirando a los focos en la zona de penumbra, es decir, entre el haz nítido de los faros y las herméticas tinieblas. He aquí un nuevo método de caza, alevoso y devastador, que ha llegado a Castilla con las primeras máquinas. ¿Qué puede esperarse de un país así, en trance de desarrollo?

Así y todo, en España, por lo que se refiere a la mayor parte de las especies, resulta de momento prematuro hablar de caza artificial o caza puesta. Un tímido –y bastante incoherente– despegue económico

no ha sido todavía suficiente para arrasar una naturaleza bien dotada. Por ello, la circunstancia no puede ser más propicia para estudiar la mejor manera de conciliar el animal silvestre con el desarrollo industrial. El ejemplo neoyorquino en la punta, y el francés, digamos, en la mitad del proceso, así lo aconsejan, creo yo.

Por el momento, englobar todas las cazas en el término *depresión* no sería exacto. Aquí, en nuestro país, hay cazas que van a más y cazas que van a menos. Pongamos por cazas que van a más, la mayor y la de acuáticas, y, como cazas que van a menos, las de las tradicionales especies sedentarias: perdiz, liebre y conejo. Y aun dentro de las especies menores, tampoco puede uno generalizar; es decir, irle a un madrileño distinguido con la historia de que la perdiz decae, le hará seguramente sonreír. El madrileño distinguido, con acceso habitual a los grandes cotos de La Mancha o Albacete, a buen seguro no habrá advertido esta presunta decadencia. En esas regiones hay latifundios que no crían trigo ni viñedo sino perdices, con lo que toda partida de caza presta ocasión a un alarde pirotécnico desenfrenado. El traqueo, sin duda, aun en un mal día de un mal año, será animado, y las perchas, pingües.

Pero España no son cuatro latifundios de La Mancha, Albacete o Extremadura. España es más. Y si orientamos nuestra encuesta hacia el cazador solitario y modesto de Castilla, Aragón o Cataluña, sacaremos en conclusión que la perdiz, que antaño abundaba, hoy no sólo escasea sino que meterles mano a los cuatro bandos que aún perviven, a base de piernas, constituye a estas alturas, fuera de un mes de octubre caldeado por un sol de cierto prestigio, una ensoñación. No hay perdices y las pocas que restan andan tan resabiadas que se levantan a una legua, y la que aguanta al perro es que se ha descuidado o está enferma.

En resumidas cuentas, en España hay caza allí donde la ley y una guardería bien montada la preservan; y no la hay allí donde cada cual puede hacer del campo mangas y capirotes. La caza, en suma, es cuestión de papeles y tercerolas. Y no deja de ser curioso que pomposa y oficialmente se hable de «riqueza nacional» para designar una fauna a la que cualquiera, y en la forma que le venga en gana, puede ponerle la mano encima. En un país como el nuestro, con un código penal construido por ricos y para ricos, donde una punta de pesetas vale más que el pudor de una mujer, resulta un desatino dejar sin custodia una riqueza como ésta o despachar con cuatro perras gordas a la media docena de guardas mal distribuidos encargados de protegerla.

Pero, una vez metidos en harina, vayamos por partes. En primer lugar hemos de reconocer que si la caza mayor ha prosperado últimamente

ha sido a base de papeles y de tercerolas. Al concluir la guerra, el país, en este aspecto, era un erial. Pero bastaron cuatro normas (veda total del oso durante cinco años; indefinida –a partir de 1966– para el lince; importación de muflones corsos en el 53, etcétera) para que el cacerío de altura medrase. Si a esto añadimos que la península, sus serranías, prestan un cobijo que ni pintado a estas especies y que la caza mayor no ha llegado a ser aún un deporte popular –masivo, como ahora se dice–, comprenderemos el porqué de su actual florecimiento.

España da bichos de cierta entidad en este apartado. Yo diría que en la península la caza mayor puede resumirse en seis especies y tres reliquias. Las especies son: cabra montés, rebeco (las más celtibéricas), corzo, ciervo, gamo y jabalí. Y las reliquias, con el lince y el oso ya mentados, el lobo, cuyas razias, hace aún pocos lustros, animaban las planas de los periódicos y a quien el enervamiento topográfico –desmantelamiento de montes, tendidos de luz y teléfonos, etcétera– está relegando a los lugares más recónditos e inextricables de nuestras sierras cantábrica, extremeña y andaluza.

En rigor, cazar, cazar, se cazan en España el ciervo y el jabalí. Entendámonos, quiero decir que se cazan más. Las otras piezas mayores constituyen, en todos los sentidos, caza de altura. Al ciervo y al jabalí, en cambio, la gente empieza a perderles el respeto; y abundan, además. Especialmente el segundo asoma hoy en cualquier parte con tal de disponer de cuatro matos donde guarecerse. Y a veces, sin matos. Diríase que en sus incursiones por los sembrados, la planicie les emborracha, no les deja ver el bosque y acaban perdiéndose en la llanura. Hace muy poco tiempo un vecino de Tudela de Duero y otro de Cogeces –ambos en el cinturón de Valladolid– pusieron patas arriba dos cochinos entre unos rastrojos desamparados. El sardón más próximo, en los dos casos, se encontraba a unas docenas de kilómetros.

El jabalí va tentando poco a poco al cazador del pueblo, a la escopeta modesta. Las gentes de Sedano (Burgos) raro es el año que no cobran media docena en lo libre, valiéndose de cuatro chiquillos aficionados y unos perros corretones que no saben a ciencia cierta adónde van ni por qué ladran. Basta esta guerrilla para empujar a los cochinos a los pasos donde les aguardan apostadas las escopetas.

En general, a todos estos bichos –claro que con una técnica más matizada– se les caza así, apretándolos hacia los tiradores. No otra cosa es la montería. De todos modos, conviene distinguir entre la montería del sur y la montería del norte. En el sur, como casi todas las cosas allá, la montería es multitudinaria y ruidosa: mucho perro, mucho hombre, mucha arma… Las recovas de podencos en Extremadura y Andalucía y las rehalas de cruces de mastín en los montes de Toledo –canes recios ambos, apropiados para las manchas

que se trata de batir– llegan, a veces, a sumar doscientas unidades contra un centenar de escopetas que les aguardan en los puestos. En el norte, la montería es más mesurada. Los perros cazan aquí antes con la nariz que con la boca. La densidad de reses, en relación con la enorme extensión de bosque, es mucho más baja que en el sur y si aspiramos al éxito debemos contar con unos buenos canes rastreadores.

El mismo jabalí, pero sobre todo la cabra montés y el rebeco, piezas típicas de alta montaña –Gredos, Picos de Europa, Pirineos– se cazan en nuestro suelo al rececho, esto es, mediante la aproximación sigilosa del cazador –armado de rifle con óptica, cada día de mayor alcance y precisión– a la pieza. En este duelo vale más la astucia que el disparo, es decir, es más caza que la montería.

Por último, y junto a procedimientos y argucias cinegéticas más o menos localistas o en desuso, empieza a practicarse en el país la caza del venado en época de celo, sistema más conocido con el nombre de brama o berrea. El ciervo, de natural receloso, pierde la cabeza en tal circunstancia. En rigor, se trata de un juego de ventaja, ya que la brama o berrea no es sino la vieja fórmula del rececho aplicada al ciervo en pleno ardimiento sexual.

Con la caza mayor, la de acuáticas también abunda –incluso diría que va a más– en España. Pero existe una diferencia: en la proliferación de la caza mayor ha influido directamente el hombre *–siembra* de muflones corsos en Cazorla; de ciervos en Asturias, Santander y Navarra; de gamos en Cataluña; de cabras monteses, corzos y jabalíes, digamos, en Cuenca–, mientras en la de acuáticas la participación humana ha sido indirecta, es decir, estas piezas no se han sembrado. El pato –y las acuáticas en general– *no están* –salvo excepciones– sino que *llegan;* son aves de paso. Y lo que sucede es que ahora llegan más y las excepciones –esto es, las que crían en nuestros marjales, ríos, lagunas y marismas– aumentan también de año en año. ¿Cuáles son las razones para que esto ocurra?

La respuesta no es sencilla. En parte, pienso, nos la da George Vernes en su ensayo *En lagunas y riberas, patos y agachadizas*..., donde afirma que las lagunas y aguas estancadas disminuyen cada día en Francia en tanto los cazadores de acuáticas se multiplican allí. Los patos, pues, no arriban a Francia, sino que sobrevuelan Francia. En España, por contra, hay pocos cazadores y bastante agua. Conclusión: el parro nórdico pasa sobre Francia y ameriza tranquilamente entre nosotros. Esto quiere decir que para un ave tan movida e inquieta como el pato, las escopetas y la desecación de lagunas –también, aunque en tercer lugar, los residuos petrolíferos en las marismas–

constituyen unos eficacísimos espantapájaros.

Y sin embargo, pese a su abundancia y a que su población está sensiblemente repartida, la caza de acuáticas, por fas o por nefas, no ha cuajado todavía entre nosotros. Naturalmente existen lugares prestigiados, de solera, como La Albufera, tablas de Daimiel, delta del Ebro y marismas del Guadalquivir. Pero éstos son cazaderos de postín, donde una cacería cuesta un riñón, y, por tanto, frecuentados solamente por gente adinerada. Mas estos yacimientos privilegiados no son obstáculo para que el pato se acomode en cualquier otro sitio. Los técnicos le dirán a usted que el pato busca aguas estancadas y someras, pero yo –con muy poca experiencia al respecto, desde luego– he matado patos en un Duero endomingado –esto es, con dos metros de agua sobre el nivel normal–, en pantanos, en charcas y en el río Hornija recién dragado, riachuelo de dos metros de anchura, sin maleza y animado por una corriente muy viva. Claro que estoy hablando ahora de cobrar media docena de patos, cifra irrisoria para quienes pagan un tonel en Daimiel o La Albufera, donde las perchas empiezan a estimarse al llegar al centenar:

Pero, insisto, en España, por las razones que sean y pese a haber aumentado recientemente sus cultivadores, apenas se ha descubierto la belleza de la caza acuática y aquellos que le dedican alguna atención lo hacen accidentalmente, a falta de cosa mejor que hacer en el campo. No ignoro que éste es un respeto que no durará diez años, ya que el deseo de probar de todo y gustarlo sin limitación está entrando en nuestro país en una fase delirante. Mas, hoy por hoy, en España no se conoce la caza del pato, y, si me apuran, no se conoce ni siquiera al pato. El hombre urbano, el cazador de ciudad, tras una excursión dominguera, le contará a usted que ha cobrado media docena de patos pero no le pregunte usted por el apellido. Para el cazador rural los patos son parros y en este sabroso término engloba no sólo todas las especies de anátidas sino, con frecuencia, al ganso y al sisón. Distinguir el colorado del cuchara, el porrón del rabudo, o la cerceta del silbón, es infrecuente en el campo. Y a buen seguro, si usted lo hace, cobrará, de inmediato, fama de conspicuo ornitólogo.

Si a esto añadimos la baja cotización que estas aves alcanzan en el mercado –un pollero que le da a usted quince duros por una perdiz no le dará ni cinco por un azulón– comprenderemos algunas de las razones por las que la caza del pato no es todavía una caza multitudinaria en España.

Y el caso es que este ejercicio, con todo el riesgo de reuma que su práctica comporta, es un ejercicio fascinante; una de las cazas más bellas que puedan concebirse en nuestro país, en la que se conjugan, con la incógnita de las víctimas –nadie puede prever en qué proporción cobrará azulones, cercetas, colorados o rabudos, ni si le

aguarda ese día una captura excepcional–, la emoción del acecho y el misterio profundísimo de la laguna entre dos luces.

Tengo entendido que las formas de cazar el parro en el país no difieren sustancialmente de las practicadas por ahí arriba. Lo esencial es diluirse (he aquí una enorme dificultad en las lagunas de todos), hurtar nuestro cuerpo a la vista penetrante de las anátidas, cosa que de ordinario se consigue metiéndose uno en una barrica, una chabola, o rodeándose de carrizos por todas partes en una isleta, o en la orilla. Las pasas crepusculares y los devaneos constantes de los bandos en pleno día darán ocasión a tiros difíciles e incidencias divertidas.

Por supuesto, uno también puede cazar patos a salto, bordeando un río o una laguna o explorándolos con una barca. Para mí, la mayor dificultad de esta caza en lugares abiertos, donde no contamos con una organización previa, estriba en cobrar las víctimas. Si uno quiere patos y carece de un perro decidido o una barca, será lo mismo que si quiere peces; no tendrá otro remedio que mojarse el culo. (Y si no, que se lo digan a mi hijo Germán, que en pleno mes de diciembre tuvo que zambullirse en las aguas del Hornija en cueros vivos para cobrar tres azulones que bajamos entre los dos. ¡Y cómo voceaba el tío!).

De hecho, la caza tradicional en España, la que arrastra cada año al campo mayor número de escopetas, es la caza de las cuatro familiares especies menores: codorniz, perdiz, conejo y liebre. Esto es lo que siempre se ha cazado y lo que se sigue cazando en España por todos los portadores de licencia. Hay que convenir que poco a poco, con los patos, el cazador español empieza a ponerle los puntos a otras especies: chocha, agachadiza, tórtola, paloma, sisón, avutarda, avefría..., mas, de ordinario, estos pájaros se cuelgan por azar, cuando el cazador va buscando otra cosa.

De todos modos, en los últimos lustros, se ha operado en la caza menor una verdadera revolución que, en mayor o menor medida y por una u otra razón, afecta a todas las especies. Así, para empezar por el principio, la codorniz se ha tornado un pájaro caprichoso y la pretendida sencillez que le atribuía el fabulista ha pasado a ser letra muerta. Hace seis lustros, los españoles sabíamos a qué atenernos con respecto a este pájaro que, en bandos más o menos nutridos, se asentaba indefectiblemente cada primavera en unos cazaderos invariables. Hoy, en cambio, esta avecilla es una incógnita; se muestra tan veleidosa como una señorita frívola. La máquina –segadoras, tractores, cosechadoras...–, los regadíos y la progresiva uniformidad del clima han modificado sus hábitos. Antaño se aconsejaba no buscar codornices en las hazas, las cebadas, ni los altos; pues bien, sin ser unas cacerías del otro jueves, yo llevo años cazándolas en esos lugares.

Y cuando he bajado a los trigos –a los rastrojos– o a la verdura, me he quedado con un palmo de narices.[1]

Por otra parte, la inmigración a la mitad norte de España ha decrecido mucho (hablo en términos generales, pues ya sabemos todos que el verano del año 1966 fue excepción suculenta) en tanto que en Badajoz, en los algodonales del Plan, hay más pájaros que nunca. Con una curiosa particularidad: la codorniz extremeña se ha hecho sedentaria y uno puede colgar una docena de codornices en una hora, sin esforzarse, en pleno mes de enero y con temperaturas de bajo cero. Este asentamiento plantea problemas que el aficionado no sabe resolver. Por ejemplo: la codorniz que uno cobra en Burgos durante el verano ¿es extremeña o africana? La que libra en septiembre en León ¿regresa a los algodonales de Mérida o pasa el Estrecho? Una cosa es palmaria: los años transcurren sin que la prensa nos hable de las famosas lluvias de codornices que los israelitas bíblicos, los santanderinos de 1950 y los habitantes de Capri del tiempo de Axel Munthe llegaron a conocer. ¿Se contagia la caza del enervamiento que para el hombre supone la máquina? ¿Han reducido o simplificado u organizado sus migraciones? ¿Son sus etapas más breves y sus descansos más prolongados?

En cualquier caso, la codorniz sigue tirando del cazador. Tira ya cuando arriba a Castilla para la cría y el furtivo de red y reclamo aprovecha su celo exacerbado para atraparlas vivas. Y sigue tirando de él una vez recogida la cosecha que, como se sabe, es una faena más temprana en el sur que en el norte. En términos generales podemos afirmar que agosto y septiembre son, en España, los meses de la codorniz. Sin embargo, el descenso de las temperaturas estivales –notorio de tres o cuatro lustros a esta parte– y el temor de que una tolerancia excesivamente prolongada incite al cazador contra la perdiz, han reducido su caza a una o dos semanas. Y es una pena, porque en las primeras horas de la mañana o últimas de la tarde de un estío donde la canícula no pesa, constituye un ejercicio moderado y por demás distraído.

Las viejas defensas de la codorniz –mimetismo y roncería– siguen vigentes hoy, con una circunstancia agravante: la proliferación de maizales y cultivos de regadío vedados al cazador. (Hace dos años fui testigo en Villamarciel de una añagaza merced a la cual estos pájaros esquivaban el acoso de perros y escopetas. En las primeras horas de la mañana observé cómo varios bandos –de cinco a diez codornices cada uno– volaban –hecho extrañísimo– a cincuenta o cien metros de la mano que batía un rastrojo para zambullirse bonitamente en un maizal colindante. El rastrojo, concienzudamente movido luego por los perros, no nos deparó ni un solo pájaro a tiro. Conviene advertir que esas codornices habían sido fogueadas la víspera por un verdadero

ejército de cazadores. En todo caso habían aprendido la lección demasiado pronto).

Cuando el refugio de la codorniz no es insuficiente, el animalito aguanta lo inimaginable, tanto que no es un caso insólito, ni mucho menos, el que un buen perro le hinque el diente antes de despegar. De ahí que el concurso del can sea imprescindible en la caza de esa gallinácea. Y aun así y todo, el perro codornicero no debe ser ni demasiado nervioso, ni demasiado lento: el primero, las dejará atrás; al segundo le torearán, se le correrán de un sitio a otro y si hay morenas, juncos o maíces en las proximidades, terminarán por darle esquinazo. Con un perro adiestrado y abundancia de pájaros, la caza de la codorniz proporciona lances inolvidables.

Su tiro es sencillo. La única dificultad, con el pequeño tamaño del blanco, la depara el viento. Sin viento y con un poco de experiencia –si dejamos los nervios en casa– deben colgarse de un ochenta a un noventa por cien de los pájaros disparados.

El pelo está pasando en España por una mala racha. Tony Burnand nos daba, sin embargo, hace ya cinco años, una buena noticia, a saber, que la población conejuna se estaba rehaciendo en Francia después de la lamentable experiencia del doctor Delille. Según Burnand, las zonas de Francia sin mosquitos brindan ya una densidad de conejos prácticamente normal, en tanto en las mosquiles la mixomatosis sigue ocasionando estragos. Desgraciadamente, en España, en este aspecto, andamos muy lejos de poder cantar victoria. Cierto es que en las zonas más altas y frías –Burgos, León–, obviamente las de menos mosquitos, la población se reconstruye, aun con altibajos y lentamente, en tanto en las cálidas donde el matorral abunda –los montes de encina de las dos Castillas y Extremadura, poblados de conejos hace doce años– los gazapetes no sobreviven a los primeros rigores estivales. Una cosa se puede afirmar rotundamente, a saber, que la mixomatosis es una de esas visitas que uno sabe cuándo llegan pero que nadie puede predecir cuándo se irán. Mala cosa.[2]

Pero lo más triste de la mixomatosis no es que haya esquilmado la población conejuna sino que haya mermado a ojos vistas las existencias de otras piezas menores. Con anterioridad a la mixomatosis, el cazador de conejos abundaba; era pieza –el conejo– muy segura, y, por si fuera poco, facilitaba, al alimón, diversión y carne. No obstante, cuando la especie falló, el conejero no arrumbó la escopeta sino que buscó la manera de sustituir el blanco. Naturalmente, lo primero que encontró a mano fue la perdiz y la liebre, con lo que la perdiz y la liebre, de rechazo, también tienen sus motivos de agradecimiento hacia el doctor Delille. Total, que éramos

pocos y parió la abuela.

El conejo ofrece prácticas de caza muy variadas. Al igual que la codorniz, constituye una especie pintiparada para la caza a salto, en solitario. Un perrito bien enseñado, que acierte entre la maraña de rastros y nos saque el gazapo encamado por la monda, constituye una compañía inapreciable. Para la ocasión sobran nombres y razas, pero, en realidad, lo importante en España es que el perro conejero esté enseñado al sardón y a las maneras de su amo. Este sistema de caza, sobre descansado –el piso de los montes de encina es, con frecuencia, una alfombra–, resulta, cuando hay conejos, muy dinámico y placentero. Aquí, antes que nada, cuenta la rapidez. Ver el conejo, armarse y descerrajarle el tiro deben ser acciones prácticamente simultáneas. La caza a salto encierra, evidentemente, mucho de automatismo.

Por eso los buenos cazadores de conejos –como los perros conejeros eficaces– son aquellos que llevan sobre las espaldas muchas horas de monte. El tiro a tenazón es un hábito (oportuno y recomendable para activar reflejos).

Otra forma de cazar conejos en España es la llamada a toro suelto. Este sistema ofrece la variante de sustituir al perro movedor de caza por el hurón, animal-vampiro que en lugar de sorprender –como el perro– a los gazapos amonados en la superficie, actúa sobre los ocultos en los vivares. El bardo queda rodeado por un grupo de escopetas encargadas de cortar la trayectoria de los conejos que, en su aterrorizada huida, buscan el espeso para ocultarse. Como el cazador se coloca en uno de los puntos de fuga obligados, el disparo se efectúa con ciertas garantías y, una vez cogido el tranquillo, no es difícil matar los conejos dentro de un metro cuadrado de tierra, unos encima de otros. Como pasatiempo, vale; como caza, no. (En los tiempos ya lejanos en que el conejo abundaba hasta el punto de crear problemas con los campesinos de las tierras colindantes, la escopeta se sustituía por unas redes que se colocaban en las bocas del vivar y donde se enredaba el alocado conejo fugitivo. Mediante este procedimiento se aligeraba la densidad de población conejera en los montes de encina buscando el equilibrio demográfico. El mismo objetivo puede conseguirse tendiendo cepos y lazos en las veredas más frecuentadas).

En España la liebre es más golosa que el conejo; para el pueblo, ninguna pieza tan codiciada como ésta. La liebre vale lo que pesa y ya es sabido que la rabona no es precisamente una pieza liviana. El furtivo del centro de España es fundamentalmente lebrero y, como tal, conoce las andanzas de este lepórido mejor que las de su mujer. En los pueblos de Castilla se da con frecuencia el cazador de una liebre cada

domingo. Más o menos conoce el cuartel por donde merodea, sus costumbres, la influencia del clima y demás, y cuando sale de casa va sobre seguro. (Y no hablemos de la cazurrería de los pastores, leñadores y vendimiadores para atrapar un lepórido sin necesidad de escopeta. Desgraciadamente, a la rabona no le vale de nada su mimetismo con las gentes rurales que aciertan a distinguirla en el surco con la misma nitidez que si de una urraca se tratase).

Esto no es óbice para que la liebre continúe fiándose de su invisibilidad. Mimetismo y orejas constituyen sus defensas. Fiada de aquél, se amona a veces; confiando más en éstas, levanta larga, otras. De aquí que la liebre que se mata es aquella que aguanta, para arrancarse en última instancia cuando cree haber sido descubierta.

Con todo, la rabona es uno de los animales que más han avispado. En un ayer no lejano, la liebre que brincaba de entre los pies en un barbecho no era rara, como no era rara la que en sus devaneos nocturnos salía a los caminos a la luz de los coches y establecía con ellos una competencia de velocidad. Hoy la liebre busca para encamar algún lugar defendido, con matos o linderas, donde el primer quiebro la ponga a cubierto, y en cuanto a su atracción por la luz, que sigue viva, pocas veces la lleva al extremo de embarcarla en desafíos suicidas. Gracias a estas intuiciones y a los cotos –la liebre es la pieza más agradecida a cualquier protección– la rabona ha sobrevivido a las mil y una asechanzas que el hombre le tiende cada día.

Pero ya dije que la liebre es carne, más carne que cualquiera otra pieza menor, y de ahí que en España, al tiempo que ella, espabile el cazador rural. Los métodos de caza furtiva de liebre son innumerables. Aparte del ya mentado de galgo y tractor en la noche, tenemos el de los lazos, el aguardo crepuscular en las veredas del monte, la atracción con farol o el famoso «encantarado» de la zona de Fuensaldaña –atraerlas a una vasija con una candela dentro– o el ya conocido en Castilla de desnucarla de un cachavazo en la cama, hipnotizándola previamente con una boina o cualquier objeto depositado a unos metros de ella.

La caza a escopeta no difiere de la del resto de las especies menores. El ojeo, la mano o el salto obedecen a técnicas sobradamente conocidas, con la particularidad de que, salvo en el caso del cazador solitario, la liebre se mata como complemento cuando se cazan otros bichos (conejos, generalmente, en la mano, y perdices en la batida).

He de advertir, en contra de lo afirmado por cazadores foráneos, que la liebre en batida no se inmola tan cándidamente. En España, la rabona, presintiendo la línea de escopetas, se desplaza en diagonal, y si el número de aquéllas no es excesivo las elude con frecuencia escapando por las esquinas. Otras veces –soy testigo de ello–, especialmente cuando el ojeo se lleva del monte al sembrado, la liebre

se amorra en los primeros surcos permitiendo –con tenaz resistencia– que los batidores pasen sobre ella, para, inmediatamente, retornar al mohedal. (Esto, claro está, no quiere decir que la liebre que trata de salvar la línea de escopetas con sus carreritas intermitentes y sus bolos periódicos –que incluso nosotros mismos, siseándola, podemos provocar–, deje de ser una víctima propiciatoria).

En la España desnuda se practica el procedimiento de caza de liebres con galgos, de próximas reminiscencias medievales –animal adiestrado contra animal silvestre, como en la cetrería–, sistema que, si un día fue privilegio de los grandes señores, hoy se ha proletarizado de tal modo que en todos los pueblos de Castilla existen cuadrillas de galgueros que, montados en caballos o pollinos, participan en las mil incidencias que depara este deporte secular y noble. Se trata de un método de caza caballeresco, puesto que tanto el animal perseguidor como el perseguido emplean únicamente la velocidad y la habilidad como recursos de acoso y defensa. El galgo –y su séquito– tratan de cortar a la liebre el camino del perdedero, en tanto aquélla se sirve de un juego diverso de quiebros, regates y fintas para salvar los obstáculos que se interponen y alcanzar aquél. Es sensible que este procedimiento, donde los medios de ataque se equilibran con los defensivos, se vea hoy falseado alineando un número excesivo de caballos y perros que colocan a la liebre en condiciones de franca inferioridad.

Cuando un extranjero dice: «Me voy a cazar a España», tenemos el noventa por ciento de probabilidades de que ese tal ande engolosinado con la perdiz, con nuestra brava patirroja se sobreentiende, lo que quiere decir que la caza típica española, la pieza, digamos, celtibérica por excelencia, es la perdiz roja. Todas las demás piezas, mayores o menores –jabalíes, ciervos, liebres, conejos, codornices, etcétera–, las encuentra uno fácilmente por esos mundos de Dios; a la patirroja, no. Y no es que se trate de una exclusiva, pero casi, casi. La perdiz roja es ave de subdesarrollo agrícola, o, lo que es lo mismo –o parecido–, del áspero secano; la patirroja gusta del rastrojo, el monte de encina, el teso y el pegujal. De ahí que, fuera del meridión europeo, a la perdiz –insisto, a la roja– no es fácil topársela. Y aun dentro de nuestro país, este pájaro se da en agriculturas pobres, en campos cicateros como los de Castilla y Extremadura, y no se da, o se da poco, en las franjas litorales, más pródigas.

Bueno, pues este animal, de por sí confiado y semidoméstico, pero espantadizo y suspicaz por la fuerza de las circunstancias, se ha erigido hoy en uno de los objetivos cinegéticos más codiciados del mundo entero. La patirroja, que ayer no más era batida por los reyes y sus prohombres y para el pueblo apenas constituía el adorno ocasional

de una percha más bien proletaria, ha pasado a ser eje de la actividad venatoria del país. La perdiz roja no diré que mueva montañas, pero sí mueve verdaderos enjambres de cazadores. Y esto por dos razones. La una, deportiva: su bravura y velocidad. Económica, la otra: su alta cotización en el mercado. Total, que la perdiz, de entre la fauna que prodiga nuestra tierra, es, hoy por hoy, el ejemplar más goloso y estimado. De aquí deduciremos que sus formas de aprehensión son infinitas, con la particularidad de que tan fuera de la ley queda la trapisonda del furtivo que le tiende un lazo de crin en el nido, como el ojeo presidido por un ministro.[3]

Nuestra ley de caza es tan vieja, tan vieja, que ya no se acuerdan de ella ni los sucesores de quienes la dictaron.[4] Quiero decir que, fuera del cazador solitario que registra linderos, chaparros y majanos con su can, o de la línea de dos o tres escopetas, todo quisque trabaja en España la patirroja al margen de la ley. A esto hemos llegado. Y quizá por ello, un pájaro tan hermoso como noble y recio esté pasando actualmente por una crisis. Aquello de «a tal señor, tal honor» se ha convertido con el advenimiento de la máquina en pura quimera. A la perdiz española no hay un solo papel que la proteja. La perdiz española, de no ser por su innata difidencia –más sutil cada día– y por la adusta topografía que la arropa, sería hoy un recuerdo o un ave de corral exclusiva de los cotos bien precintados.

Pero el caso es que, por el atractivo del «pelotazo» o porque da la peseta, la caza de la perdiz roja se ha puesto de moda en España: los cientos de miles de cazadores del país y no pocos de los cazadores extranjeros (los medios de locomoción modernos y el desahogo de la alta burguesía mundial permiten que aquel que no tiene pájaros o los tiene bobos se desplace allí donde pueda encontrar los listos) retiran su papel anual de la oficina correspondiente pensando en la patirroja. Que luego ese portador de licencia cace la perdiz a salto o la desnuque desde un jeep a peón en tiempo de veda con un rifle del 22, ya es otro cantar. Lo prodigioso es que este animal haya sobrevivido hasta hoy a los miles de garlitos y emboscadas que se le tienden y a los alardes pirotécnicos, seguidos de espantosas mortandades, que se producen periódicamente en el centro de España. Porque con ley o contra ley –como dije, casi siempre contra– la perdiz es perseguida sin descanso; perseguida dramática, sañudamente. Y perseguida desde que ésta dentro del huevo. (Y antes, si se me apura, si tenemos en cuenta la caza con reclamo). Al ejemplo, ya tópico, del pastor que se merienda una tortilla de huevos de perdiz podríamos añadir hoy los festines de las urracas –animal que absurdamente prolifera de manera visible en la península– y los hurtos de nidos, actividad esta incomprensible, puesto que la pretensión de repoblar otros terrenos con el fruto de la rapiña, al lograrse apenas un cinco por ciento de eclosiones, resulta

poco menos que vana. Sea como quiera, la caza de huevos es un hecho en España. Como lo es la caza de pollos a la carrera (¡cuántas perdices prisioneras no vemos por esos pueblos de Dios colgadas tranquilamente de una escarpia a la puerta de las casas encaladas!) o las matanzas de igualones –y desigualones– en la breve temporada de codorniz. En suma, una catástrofe que se inicia en la escuela y cuyo remedio veo muy lejano y problemático. Una pregunta: si las gentes educadas en colegios de pago roban huevos de un terreno con la pretensión de repoblar otro, ¿con qué cara van a exigir a quien no pudo recibir educación –ni de pago ni gratuita– que respete los nidos de todos?

Mas esto no es sino el principio, porque, aunque parezca mentira, pese a este asedio, alguna perdiz llega a adulta en los terrenos libres. Y entonces, como es lógico, se multiplican los ardides y artimañas para atraparlas: alares, lanchas, lazos, redes, días de fortuna, persecución con tractores, etc. Los procedimientos de caza estimulados por la perdiz en España, en lo tocante a ingenio y cantidad, no creo que tengan par en el mundo. Bueno, pues a pesar de todo, algunas perdices logran eludirlos. Y estas heroicas supervivientes van a enfrentarse, a partir del primer domingo de octubre, con los caños de las escopetas. Empieza, digamos, la caza tolerada y regida por la costumbre, que no por la ley. Con los esforzados cazadores a salto o en mano, se lanzan al campo los cazadores de ojeo o batida, no para hacer piernas –naturalmente– ni para mantenerse en forma, sino, en buena parte, por aquello del «¿dónde va Vicente?», ya que la moda en las altas esferas fuerza al prohombre a agarrar la escopeta si no quiere quedar automáticamente marginado. Por este camino, un deporte áspero y desinteresado, se ablanda, el ejercicio de piernas se transmuta en un ejercicio de dedo y, con frecuencia, la caza de perdiz va dejando paso a la caza de negocios, de amigos o de cargos.

En una palabra, la perdiz tira hoy del prohombre no para convertirlo por unas horas en paleolítico, sino para matizar su refinamiento haciéndolo partícipe de un esparcimiento confortable y versallesco. El gran Ortega, a la vista de estos alardes pirotécnicos con un fondo interesado, y del habitual complemento gastronómico subsiguiente, hubiera, a buen seguro, añadido un sabroso apartado a su famoso prólogo.

Ahora bien, a mí no me parece mal que cada cual se divierta como quiera. Incluso he de admitir que a mí no me desagrada –ni mucho menos– un ojeo al año. Reconozco asimismo que el tiro en ojeo es tan difícil –aunque otra cosa– como el tiro en mano (por otro lado, pienso, esto de la dificultad está en razón inversa de la costumbre). Lo único que quiero constatar es que el ojeo no es caza. Cazar es buscar, perseguir, levantar, tirar y cobrar un animal silvestre. El hombre que

concentra en sí estas funciones, caza; el que delega todas menos la del disparo, tira. Ahora, que a muchos les divierta y les agrade más tirar que cazar, lo admito; me parece correcto.

A lo que iba es a que las perdices, demográficamente, se resienten más del tiro que de la caza. Castiga mucho más el campo el tiro que la caza; la batida que la mano. Se me argüirá que las grandes matanzas son privativas de los grandes cotos y que los usufructuarios de estos placeres cuantitativos, por la cuenta que les tiene, ya ponen buen cuidado en no retirar del campo más que los réditos, sin morder el capital. En efecto, esto suele ser así. Lo peor es cuando el ejemplo cunde y las batidas se desplazan a lo libre, porque aunque, desgraciadamente, lo libre no depara ya ocasión de quemar pólvora en salvas, es incuestionable que una batidita aquí y otra allá, aun no quitándole al campo más que veinte o veinticinco patirrojas por batida, al sumarse unas a otras terminarán por formar una cifra de respeto.[5]

En suma, al tratar de la caza de la perdiz, bien sea mediante métodos alevosos –alar, lancha, reclamo, jeep, tractores, lazos, redes–, bien por métodos deportivos pero carniceros –batida–, apunto a la necesidad de hallar una fórmula para que nuestra brava patirroja, tan implacablemente hostigada, sobreviva; para que el día de mañana no andemos –como americanos y europeos– dándole vueltas a eso de la cría artificial para sustituir –pobre sucedáneo– a lo que torpemente estamos ahora despilfarrando. Y al pensar así, pienso en lo vedado y en lo libre. Hay que conservar la perdiz roja para todos. Claro está que predicando –y más en esta materia– no se adelanta nada. Hay que reeducar al país de arriba abajo –inaplazable–, pero, mientras, el miedo debe guardar la viña. Y para que esto sea así no hay otra solución que el establecimiento de una guardería abundante, móvil y bien pagada. Todavía, creo, estamos en condiciones de hacer parir a la naturaleza libre; no la hemos esterilizado. Lo que ya no es posible –ni moral– es seguir dormitando por más tiempo sobre las pajas a ver en qué para toda esta incuria. La incuria, ya lo sabemos, nunca ha engendrado otra cosa que escombros y desolación.

1. En mi breve ensayo «La nueva codorniz», incluido también en este libro, trato de analizar los cambios más sustanciales observados recientemente en este pájaro.

2. La situación, no obstante, ha variado mucho desde 1968, en que se redactó este trabajo. Hoy, en 1971, la población conejera se reconstruye en España a ojos vistas. Concretamente, el grupo catalán Colla els Vuit Conillaires, me facilita los siguientes datos sobre conejos abatidos durante los últimos años.

Temporada	Conejos
1965-1966:	[illegible]
1966-1967:	[illegible]

1968-1969: 9,4
1969-1970: 13,90

Como se ve, la progresión es apreciable y sostenida. Ahora vuelve a hablarse de mixomatosis en Cataluña, pero imagino que no pasarán de ser altibajos pasajeros que no afectarán a la línea general de recuperación. No obstante, en las zonas más calientes y secas, aunque se ven cada año más conejos, la mixomatosis continúa haciendo mucho daño. Esto no es obstáculo para que, sin pecar de optimistas, podamos afirmar que, en lo que atañe a esta peste, empieza a vislumbrarse el principio del fin.

3. La nueva ley, implantada en 1971, autoriza no sólo el ojeo en los acotados, sino el reclamo con el macho.

4. El párrafo va referido, obviamente, a la ley de 1902. La nueva ley facilita la expansión de los acotados pero empeora la situación de la patirroja en lo libre, terrenos cuya custodia sigue en el mismo desamparo que antes. Considero, por tanto, que los juicios que emito a continuación, sombríamente pesimistas, siguen siendo válidos en lo que atañen a los pájaros de todos. En síntesis, puede afirmarse que en España las perdices cada vez son más, mientras que son cada día menos los que tienen acceso a ellas.

5. Ya quedó dicho que la nueva ley prohíbe las batidas u ojeos en terrenos libres, o no protegidos, como, con esta manía infantil por la nomenclatura, se los denomina ahora.

La nueva codorniz

¿Y qué es lo que puede decirse sobre la codorniz que no esté ya dicho?, se preguntará el lector. ¿Es que hay alguna diferencia entre la codorniz de hoy, de 1971, y la codorniz, digamos, de antes de la guerra? He aquí la cuestión. La codorniz, con la paulatina modificación del medio y los progresos técnicos, está a su vez modificándose y progresando. Entiéndaseme, la codorniz modifica sus hábitos tradicionales y progresa en sus ardides defensivos. Para comprobar esto, basta con echar la vista atrás. A estos efectos, yo recuerdo mis excursiones infantiles, de morralero con mi padre, en las heredades recién segadas de Quintanilla de Abajo, Olivares y Sardón de Duero, y, al evocar aquellos tiempos, llego a la conclusión de que la codorniz de antaño en lo que más se asemeja a la de hogaño es en el plumaje. Sobre los demás extremos –renuencia, movimientos migratorios, localización, etcétera– hay que hablar largo y tendido. Para empezar, yo diría que la codorniz de hoy (y me refiero a los pagos castellanos) es más escasa (o lo parece), empieza a tirar al monte y la serranía, y, por último, propende, progresivamente, al sedentarismo, esto es, la codorniz empieza a fatigarse de ser nómada. Me agradaría examinar estos extremos con un poco de reposo.

Los cazadores se lamentan de que la entrada de codorniz en las siembras de Castilla la Vieja sea cada año más exigua. Esto suele ser cierto, o al menos las apariencias así nos lo presentan. Donde los cazadores no suelen mostrarse acordes es en la determinación de las causas. Por regla general, el viejo venador se empecina en comparar estos tiempos con otros tiempos (los de los agosteros y la siega a mano), siendo así que también el cazador, como diría Ortega y Gasset, es él y su circunstancia. Mas al llegar a este punto, algún cazador soliviantado por la escasez de pájaros me preguntará airado: «¿Es que usted no admite que las migraciones de estas aves vayan a menos?». Vayamos por partes. De entrada pienso que a la hora de censar las codornices que cada verano se cobran en Castilla no podemos prescindir de ciertos factores, entre ellos la multiplicación de escopetas. Para mí, la alteración más sustancial operada en las comunidades humanas de cinco lustros a esta parte es la avidez multitudinaria por probar de todo, avidez espoleada –al menos en Europa– por una elevación general del nivel de vida, y servida por la mecanización, concretamente por la difusión del automóvil. El

fenómeno se hace palpable en dos actividades concretas: la caza y el turismo. El hombre 1971 se ha hecho, ante todo, lo que en Castilla llamamos un culillo de mal asiento. En nuestro tiempo existe como un desasosiego que nos impele a cambiar constantemente de postura. Cuando este prurito le asalta, el hombre 1971 cambia de ciudad por unos días o se marcha al campo a cazar. Y esto no es todo, pero sí suficiente para explicar no pocas decepciones a la hora de medir las perchas. Porque si antaño –y hablo de 1930– dividíamos un millón de codornices entre dos docenas de escopetas, es obvio que tocarían a más que hoy, en que el divisor se ha multiplicado por mil.

Pero he dicho que esto no es todo. Hay otras razones, por supuesto, para justificar la exigüidad de los botines. Pongamos por caso la progresiva desaparición de las linderas que ha traído consigo la concentración parcelaria. Hace poco tiempo, Castilla era una tierra de retazos: fincas minúsculas visiblemente delimitadas. Los límites eran un pajonal o un regato, donde los pájaros se guarecían gustosamente durante las horas de canícula. Ahora, estos refugios van desapareciendo, bien porque los límites se borran (al concentrarse las propiedades), bien porque los riegos por aspersión han desecado arroyos de cierta entidad o la draga los ha desnudado de fronda. De este modo resulta que toparse hoy en los campos de Castilla con un breñal o un corro de broza va haciéndose por días más problemático. Y por sabido, estos contados resguardos que aún quedan en el campo posibilitan el entretenimiento de una escopeta, dos en el caso de buena avenencia, del «ahora tiras tú, luego yo».

No ignoro que esto de aceptar para la caza el turno y el compromiso es un coñazo, como suele decirse. Cualquier traba a la libertad es una reducción del deleite que la caza proporciona. Y la cosa se complica una vez que entran en juego las empacadoras y, con el fin de tener una cosecha lucida de paja, las cosechadoras siegan las cañas por el pie. El resultado son unos rastrojos lampiños, desguarnecidos, que el ganado ovino deja en cuatro días tan polvorientos y planchados como un camino vecinal. De aquí concluiremos que si la codorniz no encuentra encame placentero en linderos y regatos porque no los hay, ni asienta en las rastrojeras porque no existe pajonal ni morena que la preserve del sol de agosto, y si, a mayor abundamiento, somos dos escopeteros por cada pájaro, nada puede sorprendemos que las perchas se reduzcan cada año. Todo venador debe tener presente que la ordenación del campo, aquello que en términos engolados podríamos calificar de política cerealista, se da de cachetes con la política cinegética, o dicho sea más escuetamente y mediante una formulación sentenciosa: a campo domesticado, menos pájaros.

Aceptado esto de que, con unas cosas y otras, a los pájaros se lo

estamos poniendo cada día más difícil, no tendremos graves reparos en admitir la aparición de una codorniz nueva que asuma y se adapte a las nuevas circunstancias. Y me refiero, al hablar así, a aquellas zonas donde la topografía sea propicia, se preste a ello, como son, verbigracia, las franjas serranas que separan la meseta castellana de la cornisa cantábrica. La codorniz, a falta de lindazos y herbazales, a la vista del desamparo en que dejan los rastrojos ganado y empacadoras, está adquiriendo una querencia norteña; ha seguido subiendo. Entonces ha advertido que por aquellos pagos, que antaño no frecuentaba, puede hallar, junto al alimento, frescura y seguridad (es obvio que en la Castilla llana las zonas de regadío, modestas aún pero en expansión creciente, todavía prestan a la codorniz un refugio seguro en alfalfares y maizales donde el cazador no tiene acceso). ¿Cuáles pueden ser los motivos de esta nueva querencia? El primero ya lo tenemos: las dificultades que la mecanización le ha impuesto en la meseta; el segundo, la extensión de las hazas de cereal por estos páramos, y, el tercero, la vecindad a pimpolladas de repoblación, barrancadas, sardones, malezas (helechos, aliagas, tomillos, espliegos) que le facilitan refugio en momentos de acoso. En los altos, pues, la codorniz no precisa linderos, arroyos, ni pajonales, puesto que la siembra allí nunca es mancha continua. La codorniz serrana dispone de cobijo y comida en abundancia. Y ya se sabe lo que la codorniz (pájaro perezoso por excelencia) agradece estos favores. Y así acontece que lo que ayer (un ayer inmediato) fue una paramera desarbolada y casi desértica, se va convirtiendo en un cazadero adecuado para la codorniz. Precisemos. Esto no quiere decir que una escopeta ducha vaya a colgar ahí un centenar de pájaros en un día, pero sí que para abatir docena y media de ellos en un par de horas no necesitará dar muchas patadas.

El nuevo medio, la media montaña, ha producido en la codorniz, en sus hábitos y costumbres, una curiosa transformación, transformación que no implica metamorfosis por el momento, aunque todo se andará, hasta el punto de que, con el tiempo, es posible que tengamos que distinguir entre codorniz de sierra y codorniz de llanura. Se me aducirá que, arriba o abajo, la codorniz no hace otra cosa que comer, dormir, reproducirse y alzar el vuelo cuando le aprietan demasiado. Esto es exacto. Pero, para empezar, a la codorniz de los altos, tal vez por cuestión de clima, no hay que apretarla tanto como a la de los bajos para que levante. Por otro lado, en la codorniz serrana ha decrecido su apetencia rastrojera. El cereal va dejando de serie imprescindible. Con frecuencia, maneando las pequeñas hazas de esta comarca, el can desdeña las pajas para introducirse resueltamente en el sardón, tanto si son las seis de la mañana como las ocho de la tarde. O sea, que la codorniz serrana, parte de ella, se está convirtiendo en

un animal montaraz que hace su vida y cubre sus necesidades entre espinos y mohedas. A veces, movido por la curiosidad, he examinado los buches de codornices cobradas en los perdidos: el cereal brillaba por su ausencia; en todo caso semillas de galloga, vicias y algunos insectos. Desconozco si la codorniz hace esto por gusto o por razones de seguridad; simplemente doy fe de ello. A mayor abundamiento, en agosto del 70 (en el 71 no ha habido codorniz) mi perra voló seis codornices en pleno monte cuando apenas apuntaba la aurora, hecho que demuestra que por estas heredades hay ya codornices que no son trigueras o, si lo son, sus incursiones al rastrojo no pasan de ser pasatiempos nocturnos. Naturalmente esto no significa que los rastrojos de estos predios no den pájaros; trato de probar, simplemente, la existencia de codornices que, por la razón que sea, no se sienten tentadas irrefrenablemente por el trigo o la cebada. Estas codornices vuelan, generalmente, antes y más largo, y a menudo agrupadas, que las de las siembras bajas. Vuelan, además, con una pujanza casi perdicera, especialmente cuando se descuelgan por barrancadas o ladera abajo. Resumiendo, mi experiencia codornicera me demuestra que hoy hay pájaros que, posiblemente ante las múltiples asechanzas de que son objeto, han optado por abandonar los rastrojos y buscar en el monte su defensa y su despensa.

La última característica que advierto en lo que vengo llamando «nueva codorniz» es su propensión al sedentarismo. De esto ya dije algo en mi *Libro de la caza menor* hace diez años, al referirme a las invernadas de la codorniz en los algodonales de Badajoz. Dos lustros después he podido comprobar que tales invernadas se han adensado y se han extendido, esto es, son más las codornices que permanecen todo el año en Badajoz, y ya no sólo ocurre esto ahí. Como testimonios de este hecho puedo citar el del juez de instrucción de Don Benito, Ezequías Rivera, y el de Mauricio Calero, médico de Descargamaría, en la raya de Las Hurdes. El primero me dice que no es sorprendente que yo haya cobrado polios de codorniz en Mérida en el mes de enero y con temperaturas glaciales, puesto que él los ha cobrado en noviembre y ha advertido que en diciembre el pájaro torna a encelarse. Esto es síntoma de una revolución mucho más profunda de los hábitos migratorios y genéticos de la codorniz que la que yo barruntaba en 1960. El segundo informador, a muchos kilómetros del primero, me dice que, ante la escasez de perdiz, en la última temporada se dedicaron a la codorniz durante los meses de diciembre y enero, y que en una excursión de un par de días podían colgar fácilmente diez docenas de pájaros.

Tales informes, rigurosamente fidedignos, vienen a coincidir con los míos personales, derivados de mis experiencias castellanas, y los de

mis amigos más próximos, siquiera la cifra de pájaros abatidos sea mucho más modesta. Mas yo creo que lo que interesa ahora no es el número sino el síntoma, el hecho concreto del que puede deducirse que la península se ha convertido en estación de invierno para estas avecillas que en un ayer inmediato no resistían las primeras embestidas del frío. Que ahora no sucede así, a la vista está. Hoy el toque de retirada no tiene carácter general para la codorniz, que deja aquí una quinta columna, agrupada en colonias, en torno a zonas bien arropadas donde el sustento no falta. De este modo es capaz de sortear inviernos rigurosísimos, como el pasado (veinte grados bajo cero), sin hacer aspavientos. Precisamente en esta temporada, y en la zona de Villanueva de Duero, mis amigos y yo levantamos media docena de codornices de las cuales colgamos cuatro. No mucho más lejos, en Belver de los Montes (Zamora), mi amigo Antonio Merino derribó dos docenas en dos días casi consecutivos de diciembre y en el mismo pajonal. Es claro que estas cifras, comparadas con las de los cazadores salmantinos o extremeños, mueven a risa, pero no se trata de esto. El parangón hay que establecerlo con las codornices que hace cinco o diez años se mataban en esas fechas por estos contornos. Entonces resulta que el guarismo es sorprendente, ya que cobrar una codorniz en Villanueva de Duero o Belver de los Montes hace cinco años durante el mes de diciembre era casi una noticia de periódico. Algo está aconteciendo, entonces. El fenómeno no se reduce ya a los algodonales de Badajoz; la codorniz está alterando sus costumbres, pero ¿responde esta alteración a un cambio de su psicología o a una modificación del hábitat?

En principio debemos admitir que desde el tiempo de Maricastaña hemos partido de una base cuestionable, a saber, que el motivo de la emigración de estos pájaros era el frío. Por supuesto no pretendo decir ahora que todo lo que hemos pensado hasta hoy sobre estos asuntos carezca de validez. No. Cuando las noches empiezan a alargarse y enfriarse, es manifiesto que la codorniz empieza a inquietarse y agruparse para terminar marchando. Esto que pensábamos antaño es todavía válido. La novedad es que el tirón migratorio, que ayer era general, empieza a ofrecer excepciones en Castilla. (Puede ocurrir también –no lo olvidemos– que los devaneos migratorios de estas aves se hayan acortado y en lugar de emigrar todas a África, queden, por ejemplo, en Castilla las de Las Landas, en Extremadura las de Castilla y así sucesivamente.) O sea, lo que advertimos en Extremadura en 1960, empezamos a advertirlo en Castilla en 1970. ¿Qué ha variado en la topografía castellana en los últimos diez años? Nada en los páramos, pero algo fundamental en las vegas: los cultivos. La presencia del agua ha permitido que en las navas aparezcan retazos de alfalfa, maíz y remolacha, y es precisamente en estas manchas

guarnecidas –con preferencia el maíz– donde la codorniz inverna. Es decir, la codorniz que queda se desplaza del rastrojo al regadío. ¿Por qué? Sencillamente por el resguardo que procura, pero también, y sobre todo en lo que atañe al maíz, porque su recolección tardía –noviembre, diciembre– asegura al pájaro la subsistencia hasta que vuelven a apuntar los cereales. De esto se deduce que los devaneos migratorios de la codorniz no venían dictados por el frío, ni por el acortamiento de las horas-luz y consiguiente alargamiento de las horas-oscuridad, sino porque el frío y las tinieblas prolongadas eran heraldo de hambre, y ante el hambre no quedaba otro remedio que ahuecar el ala (este fenómeno, evidente en los pájaros insectívoros, no era tan corriente en los granívoros que yo sepa, si bien Eric Fabricius así lo consigna en su libro *La conducta de los animales*). Por el contrario, ahora, para algunas aves, el frío o el acortamiento de los días no es anuncio de carencia, sino de cambio de dieta. El grano del maíz, el verde de la alfalfa y remolacha, garantizan su nutrición hasta que de nuevo se inicie el ciclo. Cabe, pues, en lo posible, que la codorniz sea con el tiempo caza de invierno en Castilla, si bien vaticinar sobre el futuro de este bicho resulta un tanto aventurado. Tengamos presente una cosa: el anillamiento masivo de codornices hace unos meses en Toscana (Italia) dio por resultado que apareciesen pájaros anillados en Francia, Grecia, África y la propia Italia. Es decir, la medida sólo sirvió para demostrar una cosa: que la codorniz es uno de los pájaros más veleidosos y complicados de cuantos componen la fauna terrestre.

El urogallo en peligro

La era del consumismo que estamos padeciendo parece sometida a una consigna más propia de una liquidación por derribo: acabar con todo aquello que sea susceptible de ser devorado. No se trata ya de gustar de esto o aquello sino de disfrutarlo en cantidades abusivas, y, si es posible, aniquilarlo. Es una nueva manifestación del pecado capital de gula que desborda los meros placeres del paladar. Quiero decir con esto que si, por ejemplo, en una organización racional de la pesca, al pescador se le autoriza a atrapar una docena de truchas o diez de cangrejos, su amor propio no quedará aplacado si no remonta estas cifras, esto es, si no consigue dársela con queso a la ley. Es obvio que en nuestro país la trapisonda goza de mucho prestigio, y si uno, además de llenar la cesta, puede darse el gusto de burlar la ley, encontrará triple motivo de satisfacción allí donde únicamente tenía derecho a uno: pescar mucho, burlar la ley y jactarse de ello delante de los amigos. Naturalmente, así nos crece el pelo y mucho me temo que, pese a la nueva ley de caza recientemente estrenada, de no proceder escrupulosamente en la esfera administrativa para redactar los reglamentos correspondientes, y de no contar con una guardería celosa y eficiente (y, por tanto, bien pagada), lo poco que aún conservamos termine por llevárselo la trampa.

Viene esto a cuento del conflicto planteado recientemente en la reserva de Los Aneares (Lugo) entre dos grupos, uno que se proponía observar al urogallo y otro que se proponía matarlo. En esta ocasión, el segundo actuaba con todos los avales de la ley y, consecuentemente, los del primero, tras un despliegue desproporcionado de fuerzas de la guardia civil, fueron detenidos y conducidos a Lugo en un coche celular. Ante un hecho semejante, uno se pregunta: ¿es punible pasear por una reserva de caza sólo por el placer de ver volar los pájaros? Ante un conflicto entre un hombre que va a oír cantar al urogallo, a estudiarlo en todas sus manifestaciones, y otro que va a derribarlo, ¿qué derecho debe prevalecer?, ¿el del estudioso o el del matador?

Es claro que el pleito no puede dilucidarse sin conocer los antecedentes. El urogallo cantábrico, la variedad más occidental de Europa, se halla en trance de extinción. Los alemanes refugiados en España tras la última guerra mundial nos enseñaron a cazarlos aprovechando la época de celo y aquí, que somos alumnos aventajados, lo estamos haciendo no sólo así, sino antes de que los

machos fecunden a la hembra (lo que no ocurre en Alemania, ya que allí el celo es más temprano), olvidándonos de que un tiro a calzón quieto, a un bicho que ensordece cuando canta y hace bulto, es un tiro prácticamente sobre seguro. Esto es, la muerte del urogallo es una muerte alevosa que cinegéticamente no reporta ninguna satisfacción. ¿Que es bicho raro y hermoso? Según esto, sería también un valioso trofeo colgar de la percha un pavo real. Pero la cosa se agrava si consideramos que en la temporada del 70, la Dirección General de Montes autorizó la caza de cuarenta y dos gallos en la cornisa cantábrica, y, pese a la facilidad de su tiro, únicamente se cobraron catorce. Esto quiere decir que hay menos urogallos de los que se suponía; primero, por la progresiva destrucción del medio y la degradación de los bosques, y, segundo, porque se matan más de los que debieran matarse. Este argumento, junto al hecho de que el urogallo cántabro sea una subespecie distinta, por la cual se interesan los ornitólogos de todo el mundo, debería mover a la Administración a constituir una reserva en toda la zona galaico-asturiano-leonesa donde el urogallo –los escasos urogallos que en ella queden– pudieran vivir tranquilos.

Vistas así las cosas, los detenidos de Lugo estaban asistidos por todas las razones racionales, pero carecían de las legales y por ello fueron conducidos a la prevención. Para uno, sin embargo, que aún conserva ante la naturaleza ciertas reminiscencias románticas, fue el suyo –legal o no– un bello gesto, un gesto conmovedor y emotivo. Parece ser que en reciente reunión celebrada en Madrid, a la que asistieron zoólogos, biólogos y ornitólogos eminentes, un alto cargo administrativo pronunció la imprudente frase, al referirse a la inminente extinción de un pájaro, de que «no entendía este afán de conservar por conservar». Ante esto nos preguntamos ¿para qué entonces esas listas cada día más nutridas de animales protegidos? Lo que pedimos es bien sencillo: el urogallo del Cantábrico debe ser incluido en ellas. Y si, a pesar de todo, por razones ecológicas y exigencias técnicas, la especie desaparece, seremos los primeros en lamentarlo, pero, sinceramente, lo que no podemos aplaudir es que a las naturales –a veces no tan naturales– circunstancias adversas se unan los escopeteros para propiciar su más rápido aniquilamiento. No creemos que la Hacienda pública salga de pobre expendiendo cuarenta y dos licencias de a mil pesetas para matar urogallos y cobrando mil duros por cada macho muerto. De acuerdo con las cifras transcritas más arriba, resulta que la Administración ingresó en sus arcas en 1970 la irrisoria cantidad de 112.000 pesetas... para ayudar a la extinción del urogallo cántabro.

Nuestras veleidades de país que da de todo y para todos, nos llevan a situaciones tan increíbles como la que comentamos. El hecho de que

en Suecia cacen urogallos casi como aquí perdices no debe inducirnos a abrir la mano. A buen seguro los suecos, que en tantas cosas tienen muy buen sentido, prohibirían el tiro al urogallo de encontrarse en nuestras circunstancias. La voracidad consumista de acabar con todo hay que frenarla, y la ordenación de la caza de las diferentes especies debe ser realizada con el asesoramiento no de meros titulados, sino de expertos. Afortunadamente en nuestro país, a juzgar por lo que vimos la otra noche en la televisión, no faltan los enterados en estas cuestiones, que deberían ser, en última instancia, quienes pusieran el cascabel al gato.

Las tablas de Daimiel

«Hay que ser prácticos». «Ese hombre carece de sentido práctico», se oye decir con frecuencia. Pero ¿qué es lo práctico? ¿Dónde radica el sentido práctico? En el progreso, se nos dirá, en la creación de riqueza. Pero ¿qué es el progreso? ¿En qué consiste la riqueza? Para estas interrogantes no tendremos más que una respuesta: el dinero. El dinero, pues, manda hoy en el mundo, y todo lo que sea no buscarlo constituye una tontería o, a lo sumo, una inútil reminiscencia sentimental. Concebido el mundo de esta manera resulta difícil nuestro empeño de luchar por una vida más racional y humanizada.

Hace unos años, recorriendo la ruta cervantina, me detuve unas horas en las tablas de Daimiel, cazadero de ánades real y uno de los criaderos naturales de cangrejos más famosos del mundo. La belleza del embalse, sus pinceladas de tarayes atormentados, carrizos y masiegas, la vida que bullía entre ellos, hacía de, las tablas de Daimiel, en la confluencia del Guadiana con el Cigüela, un espectáculo fascinante. Uno, después de leer las lamentaciones de los naturalistas franceses sobre la desaparición progresiva de lagunas, lavajos y lucios en el país, no podía menos de sonreír ante aquel derroche de la naturaleza. No obstante, el progreso, que en su día consistió en domeñar la naturaleza, en salvar los obstáculos que oponía a la convivencia, se ha convertido hoy en una obsesión por destruirla. Hacer de la naturaleza un medio artificial parece ser el objetivo de algunos de nuestros técnicos. Es muy probable que si las tablas de Daimiel no existiesen, ya hubiese en camino algún proyecto para crearlas. Pero como existen, el proyecto ha de tener por fuerza un sentido contrario: hacerlas desaparecer mediante la canalización de aquellos dos ríos cuyas avenidas –dada la juventud de sus cauces– son pródigas y encharcan unos terrenos de quince kilómetros de longitud por un par de ellos de anchura. El proyecto, que ya pasa de tal, puesto que las obras están en marcha desde hace algún tiempo, consiste en recoger las aguas y regar con ellas los terrenos desecados. Por supuesto, las obras se han iniciado sin contar con el visto bueno de los biólogos, porque, al parecer, el biólogo es uno de esos seres extraños que no merece opinar, «por carecer de sentido práctico». Así, con esa falta de sentido práctico (?), se expresaron los señores Bernis y Cardenal en el Congreso de Ramsar (Persia), y así, con la misma falta de sentido práctico, ha declarado «zonas húmedas preferentes» a las

tablas de Daimiel la Unión Internacional para la Defensa de la Naturaleza, preocupada de su salvaguarda y conservación. Pero está visto que, en España, técnica y biología no casan, andan desmaridadas, y parece suficiente el interés de los biólogos por la conservación de un biotopo (recordemos, de paso, el propósito de desecar la laguna de Laguna de Duero en Valladolid) para que surja de inmediato la idea de su destrucción. No nos basta que vengan los de fuera a atestiguar que las tablas de Daimiel constituyen un verdadero privilegio. En nuestros días, estos privilegios se consideran intempestivos, más propios de una época en que el sentimiento contemplativo prevalecía sobre el sentido práctico. No obstante, desde el sentido común (que como sentido y como común no carece de practicismo) parece que la irrigación de treinta kilómetros cuadrados es hacedera en no pocos lugares de España, en tanto la reproducción del embalse natural de Daimiel no pasa de ser una quimera. Quiero decir que tierras hay muchas, lo que no abundan (y menos en nuestro suelo) son estas extensiones húmedas que desde los puntos de vista paisajístico, piscícola y cinegético carecen de rival en Europa. Las tablas de Daimiel, con sus aguas salobres (en especial las procedentes del Cigüela) y someras, constituyen un biotopo inapreciable para que en ella se reúnan, aniden y muden las especies acuáticas más variadas, codiciadas y bellas: ánades (en sus mil variedades), garzas, avetoros, somormujos lavancos, zampullines, cercetas, avocetas, pagazas, canasteras, archibebes, charrancitos, chorlitejos, aparte otras aves no exactamente acuáticas, pero que gustan de merodear en lagunas y aguas estancadas, como los aguiluchos (lagunero y cenizo), gangas, alcaravanes, sisones, milanos, ratoneros, halcones peregrinos, águilas culebreras y no pocos ejemplares de esa especie ya casi museable del bigotudo, tan escaso en otras latitudes.

En cualquier país civilizado bastaría esta somera mención de especies amenazadas por la desecación para interrumpir ésta. En el nuestro, mucho me temo que no, porque de siempre el «tanto tienes, tanto vales» ha sido la medida humana más en uso, y tal medida (tan miserable y cicatera) se ha acentuado no ya desde que la tecnocracia impone sus leyes, sino desde que uno a uno, en nuestro fuero interno, estamos alimentando al tecnócrata como el no va más respecto a lo que nuestras necesidades demandan. Puestas así las cosas y excusando las argumentaciones romántica o de pura estética que aquí no sirven para nada, habremos de descender al prosaico terreno de las cifras para demostrar que ni aun aquí el defensor de estas tablas naturales tiene perdida la partida, con una particularidad, y es que las cifras a que aludimos (en lo atañedero al cangrejo) no son imaginarias, sino que nos han sido facilitadas por los propios lugareños, los presuntos

redimidos por la irrigación de estas tierras. He aquí los datos. Una familia cangrejera puede obtener y de hecho obtiene un promedio de cien kilos semanales de cangrejos, que en los mercados madrileños han llegado a cotizarse en la temporada 1970 a cincuenta duros el kilo. Las familias que en los pueblecitos de Daimiel se dedican a esta actividad rondarán las trescientas, de lo cual deducimos que las tablas en entredicho rinden semanalmente un beneficio de siete millones y medio de pesetas, lo que, multiplicado por las quince o dieciséis semanas que alcanza la temporada, nos da una cifra como para quitarse el sombrero. Y puestos en lo práctico, añadamos a esto la explotación racional de las tablas como cazadero de patos. De siempre he sido partidario de la caza democrática y así lo vengo sosteniendo, día tras día, a lo largo de millares de papeles. Bien, pero si la conservación de las tablas de Daimiel nos fuerzan a ser prácticos, considerémoslas exclusivamente a través del prisma de la producción y controlemos la caza de anátidas. Mal que bien, Daimiel da para cincuenta puestos y media docena de cacerías anuales, ya que las lagunas no son sólo extensas, sino extremadamente querenciosas tanto para la caza de otoño como para la caza de invierno. Tratándose de cacerías de postín, como a no dudar son éstas, cotizar a diez o doce mil pesetas no es desproporcionado, cifra que unida a la de la producción cangrejera viene a demostrar que los pagos húmedos de Daimiel, aparte un paraíso, están muy lejos de resultar estériles.

La ley del 28 de diciembre de 1963 hablaba de aprovechar en cada zona «las posibilidades que brinde para el turismo» (hoy, que vienen escopetas a nuestro país incluso de Norteamérica, desecar los marjales de Daimiel, ¿es aprovechar una oportunidad turística?). La ley del 31 de mayo de 1966 declaraba las tablas de Daimiel «reserva nacional de caza» (¿qué puede haber ocurrido para que ahora prospere el «Proyecto de saneamiento y desecación de La Mancha»?). En Castilla se vienen considerando como cultivos deprimidos aquellos cuya renta-año-hectárea no supere las cinco mil pesetas (entiendo poco de estas cuestiones, pero ¿están bien seguros los técnicos de que estos terrenos desecados, en particular las extensas zonas salitrosas, van a rendir por encima de esas cifras?). Los propietarios particulares de los terrenos colindantes, en tanto se canalizan el Guadiana y el Cigüela, se aprestan a crear pantanos y lavajos artificiales, con la esperanza de atraer al cangrejo y el pato, que ahora desaparecerán de las tablas. (¿En qué quedamos? ¿Cuál es el negocio? ¿Inundar o desecar?).

Es obligado poner punto final a estos renglones, un tanto apasionados, y, como tales, sin un hilván maestro que les imprima unidad. Pero, con la ley y el sentido práctico en la mano, estoy muy lejos de considerar útiles las obras de desecación de Daimiel. ¿Por qué

no, entonces, un alto en las obras y una reflexión subsiguiente? ¿Por qué no pedir asesoramiento a biólogos especializados en estos asuntos? ¿Por qué no escuchar al organismo internacional de la UIDN más arriba citado? ¿No son bastantes ya los marjales y lagunas eliminados de nuestro suelo y los ríos convertidos en alcantarillas?

La caza hace un siglo

Un desconocido amigo, don José Rodríguez Barreto, me envía como obsequio desde Santa Cruz de Tenerife, donde vive, el libro de Enrique Pérez Escrich *Los cazadores*, editado en Madrid, en la Imprenta de Miguel Guijarro, allá por el año 1876, esto es, hace, casi exactamente, un siglo. A dos semanas de distancia, mi viejo amigo Luis Moretón me felicita las Pascuas con el ejemplar 204 de la obra de P. Balbuena *Historias de caza*, escrito en 1898 y reeditado, en tirada numerada del 1 al 250, por Clan-Librería Club de Madrid, colección «El Mirlo Blanco», en el otoño de 1952. Ambas obras, de acuerdo con el gusto literario de la época, no son, por así decirlo, tratados de caza, sino recopilaciones de cuentos, historietas y ripiosas aleluyas donde de algún modo se procura, para originales tan diversos, un común denominador cinegético. Esto no es óbice para que yo los haya devorado con pasión, buscando por debajo de la anécdota elementos y datos que me ayudaran a reconstruir el fenómeno de la caza en la España del último cuarto del siglo XIX.

Habituados a considerar, especialmente en materia venatoria, todo tiempo pasado como de mejor condición que el presente, estos dos libritos me han sorprendido, induciéndome a una parcial reconciliación con mi época, en primer lugar porque la caza, en las postrimerías del XIX, no ha pasado todavía de ser, a lo que se ve, una reminiscencia feudal, y, en segundo, porque ese gallinero que presumíamos había de ser la España de anteriores siglos, no era precisamente para tanto. Vayamos con el primer punto.

Tras la atenta lectura de estos libros, pronto salta a la vista una conclusión fastidiosa: la cacería modesta, de tres o cuatro amigos en mano, tal como hoy la practicamos, apenas es viable hace cien años. De ordinario, en este tiempo, no operan en el campo sino dos tipos de escopetas: las ilustres –aristócratas, militares, políticos– y las llamadas negras, esto es, las de asalariados y furtivos. La escopeta media o baja, salvo escasas excepciones (en los aledaños de las grandes ciudades), no tienen sitio en los pegujales decimonónicos. La razón es sencilla. El ferrocarril, único procedimiento de transporte de una relativa rapidez, no es un vehículo «todo terreno», y, en consecuencia, no vale para trasladarse de puerta a monte. Se precisa un complemento de tracción animal, bien la simple caballería o bien el carruaje, en cualquier caso con la dotación humana correspondiente. Es obvio que este sistema de

transportes combinados (carruaje-ferrocarril-caballería), de por sí lento, obliga a invertir varias horas para la ida y otras tantas para el regreso (aparte el horario rígido de los trenes), lo que hace prácticamente imposible el desplazamiento al campo para un solo día de caza. Entonces resulta que lo primero que necesita el cazador decimonónico es una holgada disponibilidad de tiempo: tiempo y dinero (ricos ociosos) o solamente tiempo a fin de convertir la caza en un medio de vida (furtivos y asalariados).

Antaño no se caza, pues, un día; se caza de temporada: tres, cinco, doce días. Por tanto, al viaje habrá que añadir viandas y alojamiento, de donde resulta que salvo para las escopetas negras (que según Balbuena «lo mismo pasan las noches de hielo y ventisca envueltos en su manta y a la intemperie... pringando su duro pan en un reducido pedazo de tocino») la caza resultaba un deporte caro, una actividad selecta, prohibitiva, en términos generales, no sólo para el proletariado sino también para la clase media. Este precedente, unido al carácter suntuario de ciertas fiestas venatorias actuales y al disparatado precio de los safaris, ha inducido a algunos a afirmar que la caza sigue siendo cara hogaño. Tal afirmación me parece gratuita. Creo que en ninguna actividad como en ésta pueden darse hoy contrastes tan abiertos y radicales, porque si es cierto que la caza a ojeo (con batidores, secretarios, guardas, canon por puesto y pieza abatida, alojamiento, almuerzo, munición, whisky, etc.) no solamente es cara, sino carísima, la democrática y andariega caza en mano (donde uno se elabora su propia suerte y los gastos no van más allá de la cartuchería y la gasolina, generalmente prorrateada entre tres o cuatro) resulta un deporte económico, y, si se me apura, administrado (lo comido por lo servido).

Pues bien, es este último tipo de caza el que, dada la polarización social extremosa del siglo XIX, apenas se concibe, ya que en el campo, como en la sociedad feudal, coinciden solamente villanos y señores. El villano, haciendo de la escopeta un instrumento de trabajo, puede, con muchos sacrificios y no menos riesgo, llegar a ganarse la vida; los señores son, prácticamente en exclusiva, con los privilegios que derivan del hecho de tener en sus manos el poder (adhesión de las fuerzas vivas e impunidad), los únicos que se entregan a la caza como deporte. A este respecto resulta risible, si no fuera abruptamente dramática y medieval, la que Balbuena refiere como práctica frecuente en las batidas de campanillas: interpolar escopetas negras entre las escopetas egregias para aumentar el botín, con la precaución de situarlas entre novatos para que no se vertiera la sangre aristocrática si acaso a aquéllos se les escapaba una perdigonada.

El cazador-señor del XIX es, pues, un ser que manipula todo en su provecho, que, incluso, como acabamos de apuntar, llega a servirse

del villano para que, actuando de pantalla, reciba los plomos que se pierden en el campo. Las disposiciones legales y la costumbre cinegética no se orientan en beneficio de las especies cazables, sino, precisamente, de ese señor; están ideadas para que el egregio cazador no sólo le saque las rentas a la naturaleza sino que pueda maltratarla impunemente. Todo, insisto, parece concebido en su mejor servicio. La arbitrariedad anárquica de los poderosos llega en este tiempo a unos extremos de agresividad increíbles. Como muestra elocuente, tomo una información del libro de Pérez Escrich, información que él expone con candorosa naturalidad, dando a entender que estas tropelías eran, hace un siglo, el pan nuestro de cada día. Veamos la historia: un rico hacendado, don Luis González, da una fiesta de primavera (cuando las especies están apareadas desde hace dos meses) en su finca de Monte Mayor. El número fuerte es un ojeo monumental con participación de cuarenta escopetas bajo la presidencia del gobernador de Guadalajara. En tanto éste llega, el resto de los invitados dan rienda suelta a su afición (?) cazando como les viene en gana, aunque las preferencias se inclinan por el reclamo, modalidad de caza entonces prohibida por Real Cédula de 1778. Al fin, se celebra la gran batida (cuarenta contra cuarenta) que se prolonga dos días sin que nadie objete nada, tan sólo el cronista de la efemérides se asombra ingenuamente de «que no se matara una sola hembra de pelo que no tuviera los gazapos en el vientre o se hallara recién parida» (¿qué podía esperarse?). Concluido el ojeo, las autoridades se despiden y no quedan en Monte Mayor sino los cazadores fetén, los impenitentes, que se las prometen muy felices. Pero, ¡oh fatalidad!, esa misma noche cae una copiosa nevada (uno de los invitados comenta: «gran día si no fuese por el viento»). Pese a todo, los cinco amigos, bien pertrechados, salen al campo con seis batidores, dispuestos a cazar con todas las reglas del arte «ganchitos cortos, pocas voces y muchos palos en las matas». Y al día siguiente, aunque el tiempo va a peor (es decir, a más cellisca y más nieve), repiten, y al otro, y al otro, y al otro. Total, cinco jornadas.

Como observará el lector, el relato es un indigno repertorio de infracciones, no ya de las normas sino de la moral cinegética más primaria: caza en época de apareamiento, de ojeo, con reclamo, en días de fortuna... No es fácil incurrir en mayor número de atropellos venatorios en tan breve tiempo. Y para acabar de arreglarlo, la autoridad provincial absolvía estas iniquidades con su presencia (y su participación) y hasta, según nos dice Escrich, «se llevaba un grato recuerdo, pues a pesar de haberse reunido tanta gente y abundar con tal profusión el champagne no había ocurrido en Monte Mayor el menor incidente desagradable».

Feudal o no, lo cierto es que la caza, hace cien años, debía cogerse a

espuertas, argüirá el lector. Por mi parte, he de confesar que en esa creencia estaba hasta que mis últimas lecturas han empezado a desengañarme, y conste que, al decir esto, no pienso sólo en la perdiz, reina de las especies menores, sino en todas ellas: codorniz, liebre y conejo. Entre paño y bola, en los libros que comento existen datos concretos sobre los resultados de alguna cacería o alusiones indirectas que dan pie para pensar que España, hace un siglo, distaba mucho de ser un paraíso cinegético. Reparemos en algunas de estas referencias.

P. Balbuena, en un breve trabajo sobre la codorniz, al hablar del tiro de esta gallinácea (que dicho sea de paso es bastante más sencillo de lo que él pretendía), se pregunta: «¿Quién que en varios días ha disparado 150 o 200 tiros, que es el número que se puede disparar en cinco o seis cacerías a la codorniz, no logra aprender algo?». A lo que se ve, para Balbuena, disparar veinticinco o treinta tiros por cacería de codornices era una marca discreta en 1870. En la actualidad, pobre ha de ser la jornada de codornices que no nos depare la oportunidad de vaciar la canana, sin contar que en ciertas provincias del sur puede tirarse aún más en pleno mes de enero. ¿Eran más parcos los movimientos de codornices entonces? Muy probablemente, ya que hace un siglo, como hemos visto, los escopeteros se contaban con cuentagotas y entre el pueblo –que a la codorniz sí tendría fácil acceso puesto que en verano las hay en todas partes, incluso a la vera de las vías del ferrocarril– regía la especie de que la codorniz era un pajarito «que no merecía el cartucho». Así y todo, Balbuena consigna que las codornices «van a menos», probablemente por lo extendida que está la afición a atraparlas con red y por las matanzas que se perpetran en campos y playas durante los períodos de inmigración. No admite Balbuena otras causas y desdeña resueltamente la influencia del año agrícola, puesto que –dice–, en 1896, la cosecha ha sido corta en pastos y sembrados, y larga la de 1897, y, sin embargo, en ninguno de los dos han entrado apenas pájaros. Sus razones, tras los años de experiencia que nosotros poseemos, se nos antojan demasiado simplistas y deleznables.

En lo referente a la perdiz, las alusiones son más frecuentes y concretas, en particular en el libro del señor Pérez Escrich. Por de pronto conocemos el número exacto de las abatidas en el famoso ojeo (dos días) de cuarenta escopetas en Monte Mayor: veintidós perdices, si bien el cronista reconoce que «la organización fue deficiente», puesto que «hubo ojeos –dice– en los que entraron hasta veinticuatro perdices». En todo caso, tanto los resultados como las posibilidades (entrar veinticuatro perdices en un ojeo), se nos hacen más bien modestos en una batida multitudinaria como fue aquélla. Pero aún hay más: los recalcitrantes de Monte Mayor, en los cinco días de fortuna que dedicaron a ganchitos, recorriendo toda la finca, no

cobraron una sola patirroja.

Parece contradecir estos datos lo que Escrich afirma poco más arriba, en el ensayo «La filantropía de ciertos cazadores»: «Matar doce perdices a mano –escribe– es casi imposible en algunos terrenos, pero cuando se consigue esto, no hay placer comparable». La condicionada afirmación, en principio, nos encandila –¿ahí es nada, doce perdices en mano!–, pero si consideramos que Escrich cazaba en los mejores acotados del país, tampoco la cosa es como para hervir de envidia. Hoy día, todos lo sabemos, de dársenos oportunidad de cazar en los cotos bien provistos de Ciudad Real o Albacete, ninguno nos conformaríamos con una docena de perdices por jornada. Los promedios de las escopetas que participan en los concursos de caza con perro de muestra, cuando la prueba se verifica en fincas que valen la pena, se aproximan bastante a esa cifra, si no la montan, y eso que cazar perdices en solitario no puede compararse con las posibilidades que depara una mano bien organizada.

En suma, que la perdiz no era tan abundante en España hace cien años como podríamos creer se deduce de la patética llamada de Escrich a las autoridades para que sancionen con mano dura la caza de perdiz con reclamo. Escrich pide nada menos «una ley de caza basada en la célebre pragmática de Felipe II, fechada en Madrid a 11 de marzo de 1552, y por la cual se prohíbe cazar con reclamo, bajo la pena de 6.000 maravedises y medio año de destierro». Y el escritor-cazador no encarece esto porque la modalidad del reclamo le parezca alevosa o antideportiva –que de ninguna manera se lo parece–, sino «para que no se extingan las perdices en España, lo cual es probable atendido el número de jauleros que brotan por todas partes» (aunque la caza con perdigón estaba prohibida, como hemos dicho, prevalecía entonces un régimen de tolerancia apoyado en la creencia de que las perdices ocasionaban daños a los sembrados. En relación con esto, y aunque sea traer las cosas por los pelos, al cazador de hoy no puede menos de alarmarle el hecho de que la ley de caza de 1970 admita el reclamo cuando, como estamos viendo, hace más de un siglo se viene clamando contra él).

Del conejo apenas se puede hablar habida cuenta de que la peste arrasó bosques y mohedas durante los doce últimos años. El conejo, por otra parte, tenía, con la liebre, muchos más partidarios entusiastas hace un siglo de los que tiene hoy. Observemos el botín de las tantas veces citadas cuarenta escopetas de Monte Mayor, aparte de las 22 perdices ya consignadas: 93 liebres y 47 conejos. Los cinco días de fortuna subsiguientes dieron un balance todavía más exiguo: seis liebres y siete conejos. Yo pienso que, dada la facilidad de la liebre para reproducirse, estos guarismos no son nada del otro jueves. Sin ir más lejos, conozco fincas en la provincia de Valladolid donde cuarenta

escopetas, activadas por otros tantos ojeadores, superarían desahogadamente, en dos días, esa cifra. En este aspecto, existe en el libro de Balbuena otra alusión significativa. Tres galgueros salen de caza en un terreno apropiado de la provincia de Toledo y «pasan la mañana sin ver correr uno siquiera de tan codiciados herbívoros». Al fin preguntan a un pastor dónde pueden encontrar algo, y el pastor «les indicó una heredad inmediata llamada "La Berlana", donde había una [liebre] con toda seguridad». Evidentemente, de premisas tan expresivas no podemos concluir que la rabona fuese huésped de todos los días y de todos los campos. Ayer, como hoy, se la buscaba con afán, pero ayer, como hoy, podíamos pasarnos «una mañana entera» pateando rastrojos y barbechos sin que brincase una. Evidentemente, el panorama cinegético de la España de la segunda mitad del XIX no es demasiado alentador. Aparte de que en este barajar desordenado de citas y referencias no podemos olvidar un hecho: en general, el cazador ilustre –que, como hemos visto, lo eran casi todos si prescindimos de los furtivos– no era un venador perdicero en el siglo pasado. Para atestiguarlo, a más de los dos libros que comento, está la colección de *El Norte de Castilla,* diario vallisoletano con ciento veinte años de antigüedad, donde a menudo se publicaban reseñas de almidonadas cacerías en los montes de encina y roble de Torozos y la Tierra de Campos. Las cifras de víctimas de estas excursiones prueban que el cazador decimonónico no estaba tan engolosinado (ni tan especializado) con la perdiz como lo está el actual. En cambio, los morrales de pelo suelen ser muy abultados, y, de ordinario, los balances finales arrojan un promedio de una perdiz por cada cuatro o cinco liebres y conejos. Lo contrario –que es lo normal hoy en las grandes batidas de los grandes acotados– no lo he visto consignado nunca. Todo esto es explicable si observamos que en el siglo XIX rara vez se ojean rispiones, majuelos y tierras de labor, sino preferentemente montes y carrascales. Dejando aparte el reclamo, es obvio que el gazapo y la liebre tiraban de nuestros abuelos cazadores con una fuerza que no hemos heredado sus descendientes.

Sería sensible rematar estos comentarios sin aludir al aspecto *camp* de la venatoria del siglo XIX, a su delicioso aire antañón, con un campo –¡ay!– sin incensar todavía con humos de gasolina, virgen de productos químicos –insecticidas, plaguicidas– de los que sabemos lo que quitan pero ignoramos a ciencia cierta lo que ponen (aunque algo «ponen», sin duda, y no bueno). Aquellos tiempos de la berlina, las escopetas de chimenea y las acémilas para transportar provisiones..., tiempos que uno evoca, desde su altura supersónica, con una sonrisa, entre melancólica y condescendiente. Pues bien, en aquellos tiempos, nuestros antepasados ya eran conscientes de que caza y progreso eran

términos antagónicos, casaban mal, y que, por tanto, para preservar la caza, la técnica no puede descuidarse, sino que debe tener presente, en todo momento, la ecología. Es claro que sus temores nos parecen hoy (con los cohetes en Marte y el hombre en la Luna) un tanto ingenuos y alarmistas, cuando no eran otra cosa que la iniciación de nuestros propios temores, esto es, el comienzo de una cadena de atentados contra la naturaleza que hasta el presente no han hecho sino aumentar. El incumplimiento de las profecías de nuestros abuelos (Escrich señala el peligro del ferrocarril, «que con tanta facilidad y en tan poco tiempo lleva y trae a los cazadores… a los sitios donde abundan las perdices», y el excesivo movimiento de barquichuelos en La Albufera que «convencen a los patos de que el lago es una feria continua y los alejan de allí») demuestra la ductilidad de las especies, su prodigiosa facultad de adaptación a las nuevas circunstancias, pero no debe inducirnos a pensar que esta ductilidad sea infinita y que, consecuentemente, nuestro pesimismo actual carezca de justificación. La difícil situación del quebrantahuesos y el lobo, aparte otras muchas especies, dan fe de que un pájaro o un mamífero pueden ser conducidos hasta el límite en virtud de un desarrollo técnico sin control. Es obvio que de continuar en vigor las mismas circunstancias, agravadas por la difusión mecánica y la aplicación de la química al campo, aquellas piezas pasarán en poco tiempo a ser huesos de museo.

Otro tanto, aunque su extinción no parezca tan inmediata, puede suceder con los animales que ordinariamente cazamos y nos sirven de esparcimiento. Las advertencias de Escrich y Balbuena recatan un regusto añejo y cautivador, es cierto, pero ello no las priva de un sentido de videncia que el transcurso de los años no ha hecho sino confirmar: progreso técnico y perdiz son términos contrapuestos. El recelo del cazador del siglo XX proviene de la misma raíz que el del cazador decimonónico, siquiera las amenazas actuales sean más directas e inquietantes (en lugar de ferrocarril y barquichuelos que citaba Escrich, diríamos automóviles y química, contra la perdiz, y desecación, contaminación de las aguas y urbanizaciones, contra los patos), lo que equivale a decir que nuestros abuelos no eran tan ingenuos como a primera vista podríamos pensar, sino que estaban poniendo el dedo en la llaga, denunciando el principio del fin.

En otro orden de cosas, trasciende también de los libros que comento el candoroso tufillo *camp* de la venatoria decimonónica. De las excursiones cinegéticas a que Escrich y Balbuena hacen reiterada referencia, deducimos que en el siglo XIX «salir de caza», lo mismo que «salir de viaje», constituía la iniciación de una aventura de desarrollo imprevisible. Íbamos a abandonar el hogar, la civilización y el confort durante cinco, siete o doce días. En este tiempo, el aislamiento en la casa del monte iba a ser total. La improvisación,

pues, no procedía, y, en cambio, cobraban un relieve especial los preparativos, preparativos que constituían uno de los placeres de la excursión, con no poca frecuencia el mayor, por aquello de que suelen ser mejores las vísperas que las fiestas. Un tiempo lento y remansado enmarcaba unos prolegómenos donde la aceleración (esto se inventó con el automóvil) y el frenesí trepidante aún no tenían sitio. Uno reconstruye estos ambientes –música zarzuelera, fonógrafo de bocina, landós y calesas– con delectación. Y se queda arrobado ante la lista de cosas indispensables que Pérez Escrich relaciona en su libro al hablarnos del «cazador providencia», que es tanto como decir del hombre previsor. Anotamos, para solaz del lector, el extenso y variopinto repertorio:

«Pólvora, polvorilla para cebar la chimenea, perdigones, pistones, tacos, cuatro balas, sacatrapos, destornillador, vasos, sal, pimienta, vinagre, estuche para afeitarse, jaboncillo de sastre, bramante, aguja e hilo, aguardiente, dos bujías, árnica, tafetán inglés, una lanceta para si es preciso sangrar a un compañero, trapos de hilo, vendas, una purga, lavativa, acónito, un bote de hojalata con un bramante largo para sacar agua de los pozos para los perros, un pliego de papel blanco para la frente, objetos de escribir y sellos, cédula, licencia, tarjetas, tabaco, fósforos, DINERO [consignado así, con mayúsculas], gorro de dormir, zapatillas, calcetines, pañuelos, una almilla, una camisa, navaja, lamparilla de noche, estuche de campaña, botiquín, pastillas de malvavisco para la tos, mechero por si hace aire, dos pares de guantes, magnesia, refresco en polvo, flores cordiales, té, café, azúcar, esencia de clavo para el dolor de muelas, palillos para los dientes, y, además de todo esto que debe llevar el cazador precavido, las provisiones de boca que se convengan entre los compañeros».

¿Cabe algo más anacrónico y evocativo que esta relación? ¿Para qué necesitarían nuestros abuelos –nos preguntamos desde la vulgaridad gregaria del hombre del siglo XX– un pliego de papel blanco en la trente, los trapos de hilo y el jaboncillo de sastre? ¿Qué misterioso destino tendrían las cuatro balas, el destornillador y las flores cordiales? ¿Es que no era posible hace un siglo salir al campo sin prever la indigestión, el dolor de muelas y los accesos de tos?

Deliciosa estampa de época la que se proyecta desde este repertorio de «cosas indispensables», que se completa y redondea con la lista de precios que, como de pasada, reseña Pérez Escrich en otro relato de su libro, y que nos permite observar la curva de la inflación con una perspectiva de cien años. He aquí, para cerrar estos comentarios, la referencia en cuestión:

«Por 55 duros [puede uno comprarse] una escopeta francesa de Bernard, de un cañón; por siete escudos (17 pesetas, 50 céntimos), una elegante canana de vaqueta; por 100 reales, un magnífico morral con

varios departamentos; por 11 pesetas, un ciento de cartuchos cargados con perdigón de cuarta, y por 90 reales, unos magníficos borceguíes comprados en la calle Jacometrezo, en casa del célebre zapatero de los cazadores, Martínez».

Prólogo a un libro sobre la caza de patos

que no llegó a escribirse y en el que, a la par que mi iniciación en aquel menester, gloso mi conocimiento de los socios del club Alcyon y los saberes cinegéticos del difunto señor Antiloquio

1976

Aún no apunta la aurora y sobre la línea negra del horizonte se alzan, como cúpulas, los resplandores lejanos de los pueblos limítrofes: Villacañas, La Puebla, Don Fadrique, Quero, Alcázar de San Juan y Villafranca.

Marzo está a la vista, pero aún no se ha quebrado el letargo invernal, y bajo las estrellas friolentas, reflejadas en el agua, apenas se escucha el tímido *squic* de la focha o el graznido ronco del porrón común. Los ojos, habituados a la oscuridad, columbran la línea divisoria del agua y la tierra, las masas negras, horizontales, de los carrizos quebrando la bruñida superficie de la laguna. En el embarcadero reina un desorden perfectamente organizado. La víspera, tras la cena, se sortearon los puestos y yo aguardo a oír el santo y seña, «Ojuelos 1», para adelantarme hasta la punta del embarcadero. Llevo en una mano el zurrón con los cartuchos y la escopeta en la otra.

–Señor Antiloquio, éste es el señor Delibes y éste su hijo.

–Por muchos años.

–Y que usted lo vea.

Con el señor Antiloquio echamos un trago la noche antes. El señor Antiloquio es un hombre corpulento, congestivo. La piel tirante de su rostro hace pensar que pinchando allí o arrimando la punta de un cigarro allá estallaría como un globo. Años atrás, al señor Antiloquio hubiera sido pasto pintiparado para las sanguijuelas. El señor Antiloquio, a pesar de su corpulencia, se arrastra por los surcos de los sembrados en primavera y decapita a las avutardas de un disparo a tenazón. Ni el río ni la laguna tienen secretos para el señor Antiloquio. El señor Antiloquio mata el hambre, las penas y el frío con la bota que porta siempre a la vera. Antes de agarrar la pértiga bebe un trago y luego se rocía las palmas de las manos con vino:

–Así no crían callo.

–Ya.

Sus movimientos –los movimientos del señor Antiloquio– son calmos y eficaces. Y también su voz. Apoya el extremo de la pértiga en la última tabla del muellecito y la barca se desembaraza perezosamente de los juncos, donde yace embarrancada. Su quilla es buida y su fondo plano, como los pataches del siglo XVI. Delante de nosotros navega ya silenciosamente otra barca. Sus pasajeros, y el barquero, pértiga en mano, enhiesto en la proa, se dibujan sobre el cielo estrellado: son los ocupantes de *Masiega* 2, en el caz de salida de

la laguna. Detrás quedan las voces, el caos organizado de los que aún aguardan. Sus palabras van distanciándose a cada golpe de pértiga. El señor Antiloquio no rema, arrastra la embarcación, asentando la vara en el fondo y dándole impulso.

–¿Así que por vez primera?

–Por vez primera, sí señor.

–Pues ya cogieron buen tiempo.

–Anteayer enrasó. Lo que hace falta es que dure.

–Eso.

La proa, al abrir camino, produce un leve chapoteo sedante. Lo mismo que las gotas que escurren de la pértiga cada vez que el señor Antiloquio la saca del agua. El profundo silencio, tímidamente punteado de cuando en cuando por las fochas impacientes, se rasga de pronto por encima de nuestras cabezas:

–¡*Gaa-onc*! ¡*Gag-gag*!

–¡La puta que los parió!

–¿Qué son?

–¡Qué han de ser! Los gansos –el señor Antiloquio alza la cabeza contra la oscuridad de la noche–: Van de paso –añade.

–¿Es que no asientan aquí?

–Mire usted, por mejor decir, el ganso aquí no es duradero. Puede tirarse a descansar unos días pero a su natural se marcha. No está a gusto, vaya. Próximo al Záncara puede ser, pero aquí no es duradero. Si yo le dijera que en una vida apenas si he cobrado cinco o seis en toda esta zona... Pues así es, aunque ustedes no lo crean. En cambio la grulla es otra cosa. La grulla es querenciosa de esto. Le gusta la cebada y la uva y en tiempos de la zanahoria, ¿qué les voy a decir? ¡Su plato favorito! ¡Buf! La grulla, por lo que sea, barrunta la zanahoria en el rastro de los gañanes...

El señor Antiloquio, en la proa, parece una estatua. El señor Antiloquio, pértiga en mano, parece Caronte. Compone una masa oscura, coronada por una boina capona, demasiado reducida para su corpulencia. Maneja la pértiga con la misma indiferencia que si fuese un cigarrillo.

–Lo malo de la grulla es que cada vez hay menos, ¿sabe usted? Yo me pienso que hay especies que tienden a desaparecer al paso que llevamos. Aquí antaño había unas juntas de grullas que para qué les voy a contar. ¡Millones! Ahí mismo, un poco más abajo, en la Reja, cobré una noche once. ¿Qué les parece? Y no seguí matando porque me acobardé. Al pueblo no pude bajar más que cuatro...

–¿Tanto pesa una grulla?

–¿Una grulla? Disforme. Una grulla tresmesilla, unas con otras, cinco kilos y no bajo ni cien gramos. Hágase cargo. Y no es que su

tajada sea muy fina, entiéndame, pero bien arreglada, mejor que patatas.

Un silbido tenue y sostenido, seguido de un ruidoso chapuzón, se oye a estribor. El señor Antiloquio, pértiga en ristre, queda unos instantes suspenso. La inercia sigue arrastrando la barca por la bruñida superficie.

–Je, je. El rabudo está entrando a la querencia. ¡Pobrecillos! Si no me equivoco van a tener ustedes un buen día.

–Dios le oiga, señor Antiloquio. Y diga usted, el rabudo es pato sedentario, ¿no es así?

–Se... ¿qué?

–Anida aquí, vamos.

–Hombre, como anidar, aquí anidan el rabudo, el paleto y la cerceta. La cerceta es muy gustosa del verde, el caracolillo y el insecto, y, ya ve usted, de eso aquí en abundancia. No es como el colorado. El colorado es vegetariano, ya se sabe, y por lo mismo que come, la ova, o por lo que sea, su carne no es buena. Pero criar ya crían algunos pares. En poca cantidad ¿eh? Eso desde luego. Hay sitios aquí en el río que, en habiendo agua en abundancia, por lo que sea, el parro aguanta, en particular, como le digo, la cerceta y el rabudo. Por bajo del Balancho, en un lugar que nosotros denominamos Pesarrubia, hay un cañizal donde es raro el año que no crían tres o cuatro pares de cercetas de invierno. Y aguas abajo, ya en el Záncara, de la parte del Cigüela, el rabudo otro tanto.

Mi hijo y yo, aculados en el banco, vemos fosforecer la estela bajo la popa. Cuando cesa la voz potente, levemente metálica y campanuda del señor Antiloquio, el silbido del rabudo encarrizado se hace más quedo y tenue; se difumina. La barca circunda ahora una islilla de carrizos y aboca a un lucio, dilatado como la mar. Se oye el revuelo de una punta de aves que se ponen en movimiento.

–¡Los estamos espantando, señor Antiloquio!

–Déjelos estar. Ya volverán.

–¿Usted cree?

–El señorito Moncho, que sabe de esto, ya lo dice: si de noche se mueven, de día llueven. Eso dice el señorito Moncho y sabe de esto.

A Ramón Coronado, o Moncho Coronado, que por ambos nombres atiende, lo conocí, como al resto de los componentes del grupo Alcyon, hace ahora cinco años, con ocasión del décimo cumpleaños del club. Acababa yo de llegar de Norteamérica cuando recibí una invitación para hablar de caza en la Sala Biosca, de Madrid, y a mí toda esta serie de palabras engarzadas («club de caza» – «Madrid» – «Alcyon» – «Biosca») me sonó a madurez y aristocracia, mas, como todo fuesen facilidades,

acudí a la cita y entonces me encontré con un grupo de muchachos sencillos –el mayor de los cuales apenas si rebasaría la treintena– íntimamente compenetrados por la afición a la caza. Fue la mía, en aquella ocasión y como de costumbre, una charla superficial y de circunstancias. Regresaba a España impresionado por la artificiosidad de la caza en Norteamérica y me limité a exponer entonces el riesgo que corríamos de no acotar a tiempo nuestro improvisado y prematuro desarrollo. Partiendo de nuestra incivilidad en el campo y de nuestra innata disposición a abusar de los placeres cinegéticos, concluí diciendo que, si no nos organizábamos para conservar lo que aún teníamos, terminaríamos depositando el sábado en el monte los bichos que luego habríamos de cazar el domingo. Aún recuerdo que, en el coloquio subsiguiente, Yebes y yo discutimos un rato sobre el ojeo y Alejandro Fernández de Araoz y Joaquín Garrigues apostillaron aquella grata reunión con el ingenio que caracterizaba al primero y la precisión y sabiduría que de siempre han definido el docto magisterio del segundo. La sangre, pues, no llegó al río y en la cena que siguió a la conferencia me di cuenta de que entre los miembros del club Alcyon, sensiblemente más jóvenes que yo, y mi persona se iba anudando un lazo afectivo que podía más que la edad y la distancia, puesto que se cimentaba en una pasión común y una manera de entender esta pasión bastante aproximada. Con los Alcyon estaban sus mujeres o sus novias, y aquellas muchachas, si no compartían la avidez cinegética de sus parejas, sí se entusiasmaban con su entusiasmo, que no es poco. A partir de entonces, comencé a poner nombres a aquellos rostros hasta el momento indiferenciados. Paco León era, sin duda, el intelectual del grupo; Juan Ramón Sánchez Amarillas, el venador fogoso (con el tiempo se quebraría una pata por precipitarse en pos de unas perdices); Ramón Coronado, el pajarero metódico, el reposado observador de la naturaleza, el estudiante minucioso y sin prisas; Aguilera, el andaluz fino y comedido; Paco González Bueno, el opositor tenaz, decidido a sacrificar la caza un tiempo en aras de la oposición; Juan Moreno, el taciturno, que se aceleraba de pronto al calor de la conversación, mientras Javier Martínez-Avial, el sabio administrador de su vida (de forma que la mitad de ella pueda pasarla en el campo), ponía en los diálogos entrecruzados una nota de ironía. Era aquél un grupo heterogéneo pero que en cuestiones venatorias se complementaba. Eran como las piezas de un puzzle: cada uno con sus entrantes y salientes, sus ensenadas y sus cabos, pero que a la hora de encajar unos con otros constituían un todo orgánico, aglutinado y armonioso.

La inmovilidad deja sentir las espinas del frío en las manos y las puntas de los pies. La cúpula luminosa de La Puebla de Almuradiel se va ensanchando. La nebulosa inicial refuerza su intensidad, ahora hacia lo alto y los costados. Paulatinamente el día se va haciendo y, con el día, llegan los primeros trompeteos –*kraoj-kraoj*– de la garza

real y las carcajadas *–cuej-cuej–* un poco siniestras de la gaviota reidora. El señor Antiloquio boga parsimoniosamente y la superficie de la laguna va adquiriendo un rebrillo progresivo:

–Ya amanece Dios.

Hay una pausa en la que no se oye sino el chapoteo del agua en las amuras. Nuestra irrupción sigilosa provoca el vuelo reiterado de los ánades sorprendidos.

–Diga usted, señor Antiloquio, ¿y el parro marcha siempre por las mismas fechas?

El señor Antiloquio deposita lentamente la vara sobre la barca, toma la bota, echa hacia atrás la cabeza y bebe solemne, litúrgicamente, con respeto. Al concluir, se pasa el envés de su mano amorcillada por los labios:

–Quia, no señor –dice–, eso depende; hay años y años. Por regla general, si es duradero el invierno es duradera la caza. Pero para mí que marzo es el mes más provechoso. Y ya ve lo que son las cosas, ahora en marzo no se puede cazar. Es la ley. Ellos sabrán por qué. Y marzo es un mes bueno, como se lo digo, en particular para la caza que no cría aquí. El quitar la caza no creo que tenga fundamento si no es por el aquel del azul. Es lo que yo digo, si fuéramos buenos tiraríamos sólo la caza de invierno, pero lo que pasa, ¡el azul es tan temprano! Hay años, fíjese bien, que en abril ya tiene postura. A primeros de mayo yo mismo he visto sacar pollos ahí, en los tarayes de la desembocadura.

–Hay quien dice que en febrero el azul ya anda anidando.

El señor Antiloquio boga de nuevo, conduciendo hábilmente la barca entre los pasillos de carrizo. La luz es aún tan mezquina que no pueden divisarse los pájaros que acuden al chapuzón de la querencia.

–Bueno, hombre, tanto no diría yo. En febrero, por regla general, el azul ya anda en pares, calentándose y eso. Y no es que sea el celo entonces, entiéndame, es que, por lo que sea, es un animal muy vicioso ése.

–¿Ah, sí?

–Por demás, créame. En la especie de caza fina, el azul es, ¿cómo le diría yo?, parigual a las personas. Yo creo que ahora mismo, si se tercia... Y lo hacen, no crea usted que no. En pleno invierno, les mira usted y ya se están guarreando, la hembra comprometiendo al macho, ¡la muy zorra! Y no es que se apareen, no señor; es que, como le digo, el azulón es un pájaro muy vicioso, por lo que sea, que yo en eso no me meto. Ya ve, nosotros, los humanos, tenemos conciencia, pero en este punto no creo que seamos mejores.

La barca surca el agua, salta de ojuelo en ojuelo, sigilosamente. Las isletas de Masiega van adquiriendo vida en la luz difusa, cruda, del

lento amanecer. Suena el mugido –*jump*– del avetoro.

–¿Ve usted aquel cañaveral, a mano derecha, el más espeso, detrás de estos carrizos?

–Lo veo, señor Antiloquio.

–Pues ve ahí tienen ustedes su puesto, el Ojuelos, un buen puesto, sí señor.

El despertar de la laguna tiene algo del despertar del patio de vecindad. Ruidos, voces, réplicas que se entrecruzan. Al modulado rasgueo del zampullín, responde el archibebe desde las aguas someras de las orillas. La calina se cierne sobre el horizonte y acota las perspectivas.

–Una pregunta, señor Antiloquio, el parro sedentario ¿muda aquí la pluma?

–Hombre, aquí sí, pero el parro busca para eso lo espeso, que le ofrece mejor defensa. El mancón no vuela o vuela torpemente. De ordinario, el animal en muda baja al Záncara, que tiene un suelo muy propio y el agua arrastra menos salitre. A veces, los que pueden valerse se llegan a los lavajos salobres pero, por lo que sea, no es lo corriente, no señor. Y si van es de capricho, al alcahueteo, como suele decirse, porque ya se sabe que de noche la caza no para. Es su vida, toda la especie. En cambio, de día, a descabezar una siesta.

–Y de las lagunas de por aquí ¿cuál es la más querenciosa para caza fina?

–Hombre, la mejor es ésta, el Taray, claro, aunque también hay charcas de vega apañadas, especialmente una que llamamos el Balancho. Es muy bueno el Balancho, ¿sabe usted? Y también otra que le decimos el Hinajal. Hay años y años, entiéndame, que temporadas ha habido en Rioviejo, pongo por caso, en que la caza, querenciada por la bellota, ha hecho pero que muy buenas juntas. Para más, la caza allí está sujeta. Porque es lo que yo digo, la caza, donde ve otra caza, allí se va, allí se asienta.

El señor Antiloquio boga a un ritmo regular, sin prisas y sin pausas, y el agua se rasga mansamente ante la proa del bote:

–Al pato, por lo que sea, no le gusta estar solo, no señor. Lo que nos pasa a todos. ¿Qué cree usted que ocurre en la laguna de Villafranca? ¿Cree usted que aquello es un buen cazadero? Pues no, señor; y si no fuera por la focha, ¿cómo se iba a sujetar la caza allí? Lo primero, ni hay comida, ni tiene buen descanso, está escueto, si sopla el norte no tiene abrigo ni por un sitio ni por el otro... Pero la caza es como todo, a ver, donde ve bulto. ¿Quién cree usted que queda por estos pueblos de Dios? ¡Cuatro gatos! El personal, lógico, se va a Madrid, donde están los manchones, como suele decirse. Pues la caza fina lo mismo ¿Dónde va Vicente? Pues ya se sabe, donde va la gente.

El señor Antiloquio hace una pausa, iza la pértiga y la apoya en los carrizos de la isla como si fuese un bichero. Su expresión cachazuda no se altera.

–Hemos llegado –dice.

Embarranca el bote para que nos apeemos y luego mira a lo alto, donde las estrellas se han borrado:

–Anda calmo –dice–. Frío no van a pasar; de caza ya veremos.

–¿Es que es malo el sereno para el parro?

–A saber. El viento, el hielo y la lluvia le van bien a la caza esta. Por lo que sea, lo malo es bueno y lo bueno es malo aquí, para que usted me comprenda. Ahora, la que sea, sonará.

–Ya.

Mi primera excursión cinegética con los Alcyon tuvo por destino Brozas. Previamente me habían calentado la sangre con una colección de diapositivas en las que cada escopeta –media docena– sostenía difícilmente –a pesar de esforzarse por adoptar una actitud gallarda– una avutarda de diez kilos. Aquello era como para engolosinar al venador más frío.

–Dormiremos allí –me dijeron.

Lo *que no me dijeron es que allí no había donde dormir; es decir, había una pequeña casa pero desamueblada e inhóspita. Al concluir la cena, a la luz de una candela, cada uno se refugió en un rincón, al amor de las brasas, envuelto en un saco o una manta de pastor, sin darle mayor importancia.*

–Para ti hay cama –me advirtieron.

Pero aquella noche en una cama quejumbrosa, que compartí con Paco León, a nuestros pies Martínez-Avial, con la puntita del cigarro –como un faro piloto– perpetuamente encendida, me hizo el efecto de un viaje. No dormí. Las seis avutardas de las diapositivas daban vueltas en mi cabeza y espantaban el sueño. Al cabo amaneció y armados de escopetas, prismáticos, cámaras fotográficas y unas pocas viandas, nos acomodamos en un jeep y un Dos caballos, e iniciamos la aventura avutardera. Paco León y Sánchez Amarillas dirigían la operación. Prismáticos en ristre, oteaban páramos y vaguadas de una topografía cuya nota típica era el desamparo. Allí no había avutardas ni casi pájaros. Los caminos estaban intransitables y nuestro frugal desayuno traqueteaba en el estómago como en una coctelera. Pinchó el Dos caballos. En tanto lo arreglábamos marchó el jeep en descubierta. Regresó. No había pájaros en perspectiva. A mediodía decidimos buscar al experto del lugar, el señor Críspulo.

–Señor Críspulo, ¿puede saberse dónde andan los pájaros?

–¿Las avetardas?

–Sí señor, las avetardas.

–Ésas no faltan, si no andan junto al carril del cementerio, en el alto las

encontraremos, y si no están en el alto, en las judías del Quinito es fijo.

El señor Críspulo se colocó junto a Juan Moreno, conductor del jeep. Tomamos el carril del cementerio y nada. Llegamos al alto, lo recorrimos y nada.

–Señor Críspulo –dijimos varios a coro–, ¿por qué no nos arrimamos a las judías del Quinito?

–¿A las judías del Quinito?

–A ver. Por lo que usted dice, eso es la derecha ¿no?

–Pilla un poco a trasmano.

–¿Y qué más da? Una vez metidos en viaje…

Parecíamos una partida de guerrilleros aculados en los duros bancos laterales del jeep, las escopetas inútiles en la mano. El coche traqueteaba entre los relejes, sorteaba charcos, gruñía la segunda velocidad y, al cabo, encaramos las judías del Quinito. El señor Críspulo se desconcertó:

–¿Tampoco van a andar aquí las zorras de ellas?

Juan Moreno detuvo el automóvil. Fue Sánchez Amarillas quien inició el interrogatorio:

–Donde mi tío me han dicho que, desde hace dos semanas, hay un coche que no para de dar vueltas por aquí.

–Bien cierto es.

–¿Y quién es, si puede saberse?

–Gente del sur; gente bien, pero no me preguntes. También andan los de las obras de la presa, el aparejador o eso.

Total, que al declinar la tarde divisamos una pareja de avutardas a la caída de una loma y ante presas tan golosas y la total abstinencia de la jornada tomamos todas las precauciones imaginables para no irnos de vacío. Habida cuenta de la difidencia del pájaro colocamos los puestos, bien camuflados entre los canchos, en la falda de la vertiente opuesta, mientras los batidores se organizaban para reducir al mínimo la línea de fuga de las piezas. Yo tenía apostado a mi izquierda a Jaime Aguilera y a mi derecha a Martínez-Avial. Fue una espera expectante, en la conciencia de que era la última y única oportunidad de la jornada. Y cuando observé que el gran pájaro –el otro levantó y tomó la diagonal– se cernía y enfocaba la línea de escopetas, el pulso me empezó a temblar: Oía, lejos, el griterío de los ojeadores, el «¡ahí va!», «¡ahí va!» creciente y esperanzado. El ave aumentaba de tamaño con su vuelo solemne, de pausados y eficaces aletazos, mas a cosa de quinientos metros derivó ligeramente sobre el tollo de Martínez-Avial. Quise silbarle y no pude, mas al girar la cabeza observé cómo Avial se pegaba al peñasco y tomaba entre sus manos una especie de pequeño trabuco y apuntaba.

Seguí la operación con el corazón en la garganta, aguardando el estampido, a pesar de que Avial no dejó un momento de tomarle los puntos al pájaro. Cuando le sobrevoló y el ave se alejaba no me pude contener:

–¡Tira, coño! –chillé.

Pero él venía ya hacia mí con toda la impedimenta, sonriendo satisfecho, y alzó la voz para decirme:

–Ya tiré y no creo que en toda mi vida haya conseguido una fotografía de avutarda en vuelo como la de esta tarde.

–¡Vete a hacer puñetas! –grité indignado. Y le volví la espalda.

Espalda con espalda, mi hijo y yo nos repartimos los trescientos sesenta grados del círculo. Ciento ochenta para él y ciento ochenta para mí, las cuentas claras. El día progresa rápidamente pero con la friura se despega de la tierra un vaho poco denso que se cierne en torno a la isleta. Envuelto en fumarolas se aleja el señor Antiloquio, pértiga en mano, erguido en la proa de la barca, como Caronte; hace un leve ademán.

–Que Dios reparta suerte.

–Gracias, señor Antiloquio.

No hemos acabado de hablar, cuando una pareja de azulones, tascado el freno, nos sobrevuelan tratando de amerizar. Mi hijo Miguel no puede reprimir el movimiento instintivo de encararse la escopeta.

–¡Para quieto, tú! Aún no sonó la señal.

–¡Dios! Me han puesto temblón.

Un bando de cercetas levanta silbante del ojuelo inmediato y cruza el puesto de izquierda a derecha.

–¡La madre que las echó!

–Oye.

–¿Qué?

–Los carrizos estos suben y bajan; se pueden graduar a la altura que nos convenga. Los Alcyon dicen que es fundamental que el parro no te vea.

Arreglamos el puesto, construido en redondo, con el mismo carrizo de la isla, de la mejor forma para pasar inadvertidos. En el suelo húmedo hemos dejado abierto el zurrón de los cartuchos. Otro bando, éste muy nutrido, de parros inidentificables, vuela mansamente sobre nosotros, ajeno a nuestra presencia.

–¡Me cago en su padre!

–A ver si dispara ese tío de una puñetera vez.

Como respondiendo a nuestra impaciencia, el estampido suena lejos, hacia la desembocadura, seguramente en Masiega.

–¡Listo! ¡Se ha levantado la veda!

–¡Chist! ¡Calla la boca!

Levemente encuclillados atisbamos el horizonte.

A nuestra izquierda se oye doblar a Pablo Hunolt desde Mano Larga.

Al volver la cabeza, divisamos simultáneamente tres rabudos que nos entran en picado. Los disparos se confunden, precipitados:

–¡Pim, pam, pim, pum!

–¡A criar!

–¿Sabes qué te digo?

–¿Qué?

–Que esto no está hecho para nosotros. La verdad es que han entrado a capón.

–Ojo, por mi izquierda vienen cinco.

El primer rayo de sol disipa los vapores de la bruma y se abren ante nuestros ojos la laguna y sus inmensos, dilatados aledaños. Los tarayes atormentados se retuercen en la ribera, de donde llega de vez en cuando el *tiu-bobó* del archibebe. Suenan tiros al norte, al sur, al este y al oeste.

–¡Ya están aquí!

Con el rabillo del ojo veo armarse a mi hijo Miguel y disparar sin transición, en vano. De retirada disparo yo –pim pam– sin mejor éxito; cargamos nerviosamente:

–No se nos da esto, oye. Yo creo que dejamos los tiros cortos o qué se yo.

Mi hijo ríe por lo bajo.

–Si no nos reportamos vamos a hacer el ridículo.

–Yo creo que estamos nerviosos o algo así.

El fogueo es prácticamente ininterrumpido. A mi derecha se cierne una rapaz.

–¿Qué pájaro es ése? Ni se larga ni acaba de entrar. Como se arrime, lo descresto.

–Es un aguilucho lagunero.

–¿Le sacudes?

–Está a mil metros, hombre. Le estamos haciendo el caldo gordo; a la tarde se va a poner las botas.

A medida que el cielo se enciende es mayor la animación. Vuela muy alta una densa junta de porrones. A mi derecha diviso un pequeño grupo de seis. De pronto uno de ellos dobla el cuello y se desploma y, a seguido, oigo la detonación.

–¡Ahí han bajado uno, tú!

–Ya lo he visto, calla.

–¡Estate atento, vienen dos!

Me agacho y apunto a ciencia y paciencia entre los carrizos. Entran de pico, como las perdices en ojeo. Disparo sin calcular la distancia, en vano.

–¡No me lo explico!

–¡Pim pam!

El pelotazo sobre el agua es espectacular

–¡Eres un tío fenómeno! Dime lo que hay que hacer.

–Apuntar.

El porrón derribado aletea un momento sobre la superficie del agua y queda inmóvil. Es un bulto estimulante en medio de la tersa balsa de agua. Los patos se mueven ahora en todas direcciones. Unos llegan del campo y chapuzan en los lavajos inmediatos; otros levantan de los lavajos en dirección al campo. El pim pam pum no cesa. De cuando en cuando, un pato se desgaja del grupo y cae sobre la laguna.

–Pablo está haciendo carne, oye.

Inesperadamente, tres azulones, invisibles hace un instante, atraviesan a dos metros de nuestras cabezas como ráfagas. Su paso ha sido tan fulminante que no nos da tiempo ni a encañonarlos. A poco, irrumpen cinco paletos de mi izquierda. Es mi hijo quien me los canta. Realizo tres inspiraciones al estilo indio para serenarme y luego me encaro la escopeta, adelanto al primer parro y disparo. El chapuzón me estimula al tomar los puntos al último y, cuando tiro y cae, voceo como un novato:

–¡Doblete! ¡Esto es pan comido!

–¡Calla!, ése se va.

El primero de los dos patos derribados se yergue sobre la bruñida superficie y navega hacia los carrizos de la isla que se alza a nuestro costado:

–¡Tira, tú!

Mi hijo le apunta y dispara. La perdigonada envuelve al pato que, sin embargo, no se inmuta. Mi hijo vuelve a disparar. La rociada de plomos dibuja un círculo en torno al pato fugitivo sin que éste altere siquiera el rumbo. Nerviosamente me encaro la escopeta y doblo a mi vez. Todo inútil. Parece un cimbel.

–Oye, pero es que estos maricones tienen siete vidas.

Los dedos se nos enredan al tratar de cargar deprisa.

–¡Pim pam!

–¡Pim pam!

Finalmente, al décimo disparo, el parro se arruga, aletea y se inmoviliza. Respiro.

–¿Sabes que esto del remate tiene su misterio?

–No me lo explico. Yo creo que lo mejor, si no doblan el cuello al caer, es repetir antes de que toquen el agua. Así los aseguramos.

–¿Tú crees?

–Ya lo has visto.

Entra alegremente un bando de cercetillas y a nuestros disparos

quiebran simultáneamente el vuelo y se elevan. Seguidamente, otras tres repiten la misma operación.

–Estas tías tienen su momento.

–¿Cuál?

–Al dejarte ver, se repullan, ¿te has fijado? Es entonces cuando hay que calentarlas. Antes no, ni después tampoco, porque vuelan como centellas. ¡Oye, date cuenta, no está el primer parro que bajaste!

–No fastidies.

Mi hijo vuelve la cabeza:

–Es verdad, tú.

–Lo que faltaba para el duro.

–¡Mira!

Cincuenta metros más abajo, poco antes del feroz destello que el sol arranca de la laguna, se columbra un punto oscuro, sin duda el pato muerto.

–Es curioso esto. El agua parece embalsada y, sin embargo, hay corriente; se ve que no es laguna cerrada.

Instintivamente volvemos los ojos a los otros dos patos que, en efecto, se han desplazado veinte metros en la misma dirección.

–¡Coño, estamos apañados! En la cobra va a ser ella.

–¡Agáchate!

La culada del chico me pone sobre aviso antes que su advertencia:

–¿Qué es?

–Un colorado. Viene muy raso a tirarse. ¡No te muevas!

–Tú tranquilo.

–¡Chist!

–¡Pum!

–¡Frito!

Me vuelvo. El colorado, alicorto, se recupera e inicia la navegación. Soy yo quien primero disparo, sin resultado. Luego mi hijo. Esta vez el remate nos ha costado siete tiros.

–A este paso nos quedamos sin cartuchos.

–¿Cuántos trajiste?

–Cien.

–Estamos aviados.

El aguilucho lagunero no se mueve del sitio. Otea el panorama pacientemente, como si mentalmente anotara el lugar donde caen los patos.

–Oye.

–¿Qué?

–A ver si ese baboso nos come los patos muertos.

Al primero ya ni lo veo.

–No te preocupes.

De pronto se produce un traqueo intensísimo. A la derecha vemos desplomarse dos patos. Muy alta vuela una increíble junta de porrones. A derecha e izquierda se divisan bandos menos numerosos de rabudos.

–Por mi derecha vienen siete, no te vuelvas.

–Pues por mi lado dos, muy lejos.

–Otros tres de frente, tú.

–¡Coño, coño, la que se prepara!

Agazapados aguardamos, el corazón en la garganta. Siguen oyéndose disparos lejanos. Tira mi hijo.

–¡Los dos!

–¡Vaya tío!

Permanezco inmóvil. La pareja ameriza ante mí, a cincuenta metros. Digo sin mover apenas los labios:

–Tengo dos aquí, posados delante de mis narices.

–Que no te vean.

Me acuclillo un instante y cuando vuelvo a mirar entre los carrizos han desaparecido.

–¡Oye, que ya no están!

–No digas cosas.

–Te lo juro. Y eran dos bichos hermosos.

–Habrán volado.

–Pero ¡cómo coños van a volar si no les he quitado la vista de encima ni una décima de segundo!

Mi hijo ríe.

–¡Ahí están! –chillo excitado–: ¡Son patos submarinos!

Mi hijo vuelve a reír.

–Déjalos estar, son somormujos.

–¿Y eso es malo?

–Somormujos lavancos; ni malos, ni buenos; no es caza fina.

–Pues tienen buen ver los cacho maricas de ellos.

De cuando en cuando una llamada de teléfono me anuncia que los Alcyon pasarán por Valladolid hacia el norte –desde Madrid. Unas veces van al Valle del Besaya –de donde uno procede– a cazar el jabalí. Otras, a la floresta cantábrica a la becada; otras, en fin, a las lagunas de Villafáfila o del Carpio al aguardo de los gansos o a la becacina. A mí esta diversidad dentro de la más ortodoxa línea cinegética me maravilló desde el primer día. Uno en esto de la caza, como en todo, peca de rutinario. De tiempo atrás ha establecido una jerarquía de valores dentro de la caza menor, que es la que practica, y a ella se atiene mientras el calendario lo autoriza.

Quiero decir que, en tanto permanezca abierta la temporada de perdiz, uno no tiene el valor de renunciar a ella, sale a ella, y si cuelga otra cosa no es porque la busque, sino porque la otra cosa insensatamente se metió por medio. En una palabra, mientras la ley no da cerrojazo a la perdiz, a la cuadrilla del que suscribe no se le ocurre ir a torcaces o a patos. Lo primero es lo primero. Luego, sí, por aquello de que a falta de pan, buenas son tortas. Los Alcyon, en cambio, son más polifacéticos. Los Alcyon me han enseñado que el verdadero cazador (siquiera sea menor) debe huir de la especialización como de la peste. Hay que hacer de todo. De otra forma, ellos –los Alcyon– saben sacar partido de la temporada y conocen los entresijos de todo tipo de caza. Con ellos me he iniciado en la espera de torcaces, el tiro de la agachadiza en los aguazales, el aguardo de la ganga y la caza de patos como es de ley. Para ello, naturalmente, se precisan unos conocimientos que yo no tengo. La torcaz, por ejemplo, apenas asienta unos días en los encinares de Castilla en el mes de octubre, la ganga bebe en los charcos y fuentes y se revuelca en los secaderos en las primeras horas de los días de canícula, la salida a gansos es inútil si previamente no hemos investigado el terreno y hemos dado con el dormidero habitual... En una palabra, los Alcyon cazan antes con la cabeza que con las piernas y cazan todo aquello que es susceptible de ser cazado... en especial cerca del agua. Aquello de codorniz, perdiz, liebre y conejo como únicas piezas menores cazables no rige para ellos. Tampoco va con ellos la impaciencia. Es cierto que, en ocasiones, Juan Moreno puede meter el acelerador a ciento treinta por una carretera de guijos con el solo objeto de cortar el paso a una avutarda, y aun que todos ellos, en mano, son capaces de devorar el laderón de Las Gordillas en media hora, pero nada de esto es óbice para que a la hora de planear u organizar sepan echarle calma al asunto.

En el mes de marzo de 1967, los Alcyon me avisaron que pasaban para explorar la laguna de Villafáfila. No tenía plan determinado y me fui con ellos, con la vaga ilusión de tirar algún pato. Mas los patos era una remota posibilidad ese día; el objetivo era simplemente otro: otear el panorama y estudiar el medio. Íbamos en dos coches y en la pradera que circunda la gran laguna, por los caminos que la flanquean, empezaron los descubrimientos.

–¡Mira la cigüeñela!

–¡Ahí va la pareja de ortegas!

–¡El avetoro!

Nos deteníamos. Reanudábamos la marcha. Reanudábamos la marcha y nos deteníamos; era igual que los pájaros estuvieran posados o que volaran a cien metros de altura; su identificación era inmediata y certera. Los prismáticos se enfocaban en todas direcciones. Yo, que en mi pueblo tengo cierto renombre de pajarero, me sentía disminuido entre aquellos acreditados ornitólogos. Fue, lo recuerdo bien, al rebasar una junquera, en

una breve isla de la laguna, donde González Bueno hizo el sensacional descubrimiento. Su voz era ronca, temblona, como si no diera crédito a sus ojos.

–¡Atended! –gritó–. ¡Un combatiente con plumaje nupcial!

Dentro del coche se armó la marimorena:

–¡Para! –chilló Paco León.

Al frenazo en seco sucedió una conmoción general, a la que únicamente yo era ajeno, mechada de exclamaciones, juramentos y protestas:

–¡No le veo!

–¡Coño, quita esa mano!

–¡Trae la máquina!

–¡Qué maravilla! ¿Te das cuenta, el cuello?

Aquel fervor era para mí algo tan desacostumbrado, que dudo mucho que los componentes del club Alcyon, uno por uno, diesen muestras de un nerviosismo más pronunciado el día que ellos mismos entraron en la iglesia ataviados con sus respectivos plumajes nupciales.

Al traqueo de hace un cuarto de hora sucede un gran silencio, durante el cual el rabudo silba, el porrón grazna, la garza trompetea, la gaviota ríe, el avetoro muge, la cerceta carretona chirría, el archibebe modula, de tal modo que la laguna se transforma en una inmensa sala de conciertos.

–Es hermoso esto, ¿no?

–Hermoso.

Al mirar en derredor me altero todo.

–¡Oye, a los tres primeros patos ni se les ve!

–Déjalos quietos, los cobraremos junto al carrizal del fondo; todos juntos.

–¿Y no se los comerá el baboso ese? No les quitaba ojo.

Hablamos sin mirarnos; sin dejar un momento de acechar. Muy altos, diviso por todas partes parejas de patos buscando un lugar recogido:

–Son azulones, ¿no?

–Sí, azulones.

–¿Todos?

–Todos, creo.

–Pues bien emparejados que están. El señor Antiloquio tiene más razón que un santo. Son viciosos. ¡Rediez, qué tíos!

–¡Chist!

–¿Vienen?

–Quieto, no te muevas, más de una docena.

Se oyen dos disparos.

–¡Nos ha fastidiado Paco!

–¡No! ¡Quieto! ¡Vuelven!

De reojo observo al bando. Describe un amplio semicírculo y doblan sobre nuestro puesto. Pican repentinamente hacia el lucio que tenemos delante. Mi hijo y yo, sin palabras, aprestamos las escopetas. Al irrumpir repentinamente nuestras cabezas de los carrizos, los patos tratan de desviarse, pero ya es tarde.

–¡Pim pam, pim pam!

–¡Tres! ¿Hay quien dé más? ¡Coño, qué pronto le hemos cogido el tranquillo al asunto! –reímos.

El fogueo llega de Ojuelos 2, de Mano Larga, de Masiega, de Cañas, de la Tabla de la Era... En rigor, la mañana no da reposo. De cuando en cuando una focha, alelada y negra como una grajeta, atraviesa nuestra zona de tiro. Apenas la miramos.

–Esa mierda no merece un cartucho.

Hay un momento de calma. Un somormujo lavanco pasa delante de mí, en el gran charco que tengo ante los ojos. Las zambullidas son frecuentes y al salir dice *kraorr* y se vuelve a sumergir. A veces demora varios minutos la reaparición y cuando su cabeza y su cuello emergen recuerdan el periscopio de un submarino.

–Oye, ¿y por qué diablos no son finos los somormujos esos?

–Coño, porque son bastos.

–¿Por la carne?

–Será.

Los bandos nos sobrevuelan ahora muy altos y luego se descuelgan sobre los puestos de la desembocadura. Forman en uve, el tren de aterrizaje recogido, tan altos que es difícil precisar la especie.

–¿Sabes qué te digo?

–¿Qué?

–Que los patos se están tirando al puesto de Avial. El cuco de él se ha traído dos cuerdas de cimbeles. No es tonto, no.

En efecto, tras las manchas de Masiega, a lo lejos se escuchan dos detonaciones y, al cabo de unos segundos, otras dos.

–Se está poniendo como un Pepe el tío.

–Bueno, yo prefiero esto, tirar buenamente a los que van y vienen; a mí engañar a los bichos me parece una cabronada.

–Según.

–¡Calla la boca! Cuatro azulones muy bajos por la izquierda, ¿los ves? Vienen derechos.

Miro sin volver a cabeza, con la esquina del ojo, y diviso los cuatro azulones planeando, rasando la vecina isla de carrizos. Antes de poder tomar los puntos se descuelgan con un ruidoso chapuzón del otro lado

del cañaveral que ocupamos.

–*¡Quiuc!*

–¿Los ves? –susurro nerviosamente.

–¡No!

–Deben de estar aquí mismo.

–Cuando tire Paco a lo mejor levantan.

Levantan sin que tire Paco, tal vez porque nos han oído, y a pesar de que cuando fogueamos aún no han tomado velocidad no derribamos más que uno.

–Somos malos, coño, hay que reconocerlo, leche, han salido a capón.

Son las once de la mañana y el sol va cogiendo fuerza. Las entradas de patos son cada vez más espaciadas a pesar de que los pares y los bandos sobrevuelan la laguna sin cesar. Andan con la escama, cosa natural, puesto que la recepción de la laguna esta mañana no ha resultado muy académica que digamos. Pero aún tiramos en varias ocasiones, generalmente, piezas altas, forzadas, y así y todo derribamos cuatro patos más, dos de ellos cercetas. Según corre el tiempo, mi preocupación aumenta pensando en la cobra.

–¿Sabes tú dónde están los patos?

–¿Qué patos?

–¡Coño, cuáles van a ser! Los que hemos matado.

Echamos cuentas. Nos salen catorce pero ni del número tenemos ya certeza.

–Es una leche esto.

–Mira, aquí, en el borde de la isla hay tres; dos veo pero tiene que haber otro un poco más allá. Luego tienes los cuatro que se ven, siete. En esa islilla, a mi derecha, se han enredado dos, uno creo que lo veo, nueve. Y los otros cinco los arrastró la corriente para allá, en el charco grande, vete a saber dónde.

–Ya se los habrá merendado el baboso ese. ¡No se mueve de ahí, el tío!

–No te preocupes, déjale estar.

De la parte de la embocadura llegan ahora unas voces remotas y el *piu-piu* y el *cuej* de las aves alarmadas.

–La traca final –dice mi hijo.

–¿Qué traca?

–¿No le oíste a Moncho? Al venir a recogernos volarán las gallaretas para que armemos la guerra.

–¿Las fochas?

–¡Claro!

–Mira, eso no es para mí. Yo voy a encamarme en esos carrizos y así

que llegue el señor Antiloquio me das una voz.

Con estos hombres que saben reportarse y tirar una placa antes que una perdigonada, con estos hombres para quienes la aparición de un combatiente con plumaje nupcial es el acontecimiento del año, con estos hombres que saben emitir un silbido que obliga a doblar sobre el puesto a un bando de cercetas, con estos hombres que lo mismo cazan que anillan aves, que censan patos, que sacan estadísticas o que dirigen alarmadas cartas a los periódicos defendiendo a la naturaleza yo no podía terminar de otra manera que como he terminado: escribiendo un libro. Una tarde, tras una cacería, ante la laguna del Taray –querencioso lugar para las anátidas y donde los miembros del club Alcyon han echado los dientes–, entre los quiuc-squic *de las fochas y las desconcertantes carcajadas de las gaviotas reidoras, establecimos las bases de nuestro proyecto:*

–Tenemos plumas, tenemos fotografías, tenemos conocimientos, ¿a qué esperamos para escribir una obra definitiva sobre las aves acuáticas y su caza?

Mi idea produjo el mismo efecto que si hubiera aparecido en el horizonte un combatiente con plumaje nupcial. Mi entusiasmo inicial –tal vez por ser el más viejo y socio honorario del club– resultó contagioso. Durante dos horas cruzamos ideas, proyectos de estructuración de la obra, sugerencias sobre fondo y forma, posibilidades de edición... Las cosas que allí se dijeron, quitándonos literalmente unos a otros la palabra de la boca, hubieran constituido ya de por sí un sabroso libro. Todo marchaba sobre ruedas hasta que se planteó el problema de la firma.

–Firmaremos Delibes y Alcyon, ¿qué te parece?

–Mal. Yo no pienso adornarme con plumas ajenas.

–Mira, los del club no podemos individualizarnos.

–Eso no quita; cada uno tenéis un nombre cristiano, ¿no?

No hubo manera. Semanas más tarde, reunidos en Madrid con José Vergés, la cuestión se reprodujo. Era curiosa aquella actitud de los Alcyon pareja a la de Fuenteovejuna, todos o ninguno. Esta espontánea asunción de una conciencia colectiva no es frecuente en un país de treinta millones de soberanos como es el nuestro, siquiera cuando el honor ha andado en juego, o ha andado en juego la libertad, el «todos a una» haya movido mucha tinta –y mucha sangre– a lo largo de la historia. Lo que resultaba inexplicable era que la aceptación del anonimato, la sumisión de trece nombres de pila a un nombre genérico, por muy eufónico que éste fuera, la inmolación de la propia personalidad física a la personalidad moral de una asociación, se llevasen a cabo por razones cinegéticas, con la unanimidad, fruición y entusiasmo con que los miembros del club Alcyon lo imponían.

–Insisto en que a mí no me peta figurar como protagonista.

–Déjalo estar, Delibes y Alcyon, club Alcyon, queda fino ¿no es verdad?

Vergés terciaba:

–Mirad, lo de Alcyon para nosotros tiene un sentido, no lo niego, pero para los lectores, no. Tened en cuenta que los clubs por no saber, no saben ni firmar; son analfabetos los clubs.

Todo fue inútil. Este libro sobre las aves acuáticas lo firmaríamos el club Alcyon y yo. Ahora bien, para mejor orientación de los lectores yo me reservé desde el origen, aparte la dirección literaria de la obra, esta baza que ahora pongo sobre la mesa: desvelar la identidad física de mis compañeros de trabajo, mi conexión con ellos (incluida la incursión frustrada a las judías del Quinito), y el hecho importante de que mi conocimiento de la caza acuática organizada data de hace seis años –esto es, a raíz de mi contacto inicial con los Alcyon–, cuando por primera vez embarqué en el diminuto patache que el señor Antiloquio conducía diestramente con su pértiga por entre los carrizos de la laguna del Taray.

A la luz del día el señor Antiloquio no parece Caronte.

Restalla su tez como si fuera a estallar.

–¿Qué tal pintó? –vocea.

–No podemos quejarnos.

–¿Cuántos bajaron?

–Catorce o quince.

–¿Y finos?

–Todos finos. A nosotros la gallareta no nos da frío ni calor.

La proa de la barca se introduce entre los carrizos y mi hijo y yo saltamos dentro.

–Lo malo ahora va a ser la cobra.

–Deje estar, todo se andará.

Al señor Antiloquio le bastan unas someras indicaciones. Flanquea las islas después de observar la dirección del viento. Tiene un olfato especial el señor Antiloquio. A la media hora hemos recogido trece de los catorce patos derribados.

–El otro se lo habrá comido el baboso ese; no nos quitaba ojo.

–¿El lagunero? ¡Quia! Ese no merienda hasta que no le dejemos solo.

Sobre la laguna, a cien metros, vuela una densa junta de azulones. Por los pasillos de los ojuelos van apareciendo barcas con los cazadores. El señor Antiloquio cía repentinamente con la pértiga y señala el agua con el dedo.

–Miren dónde anda amonado el marrajo de él.

–¿Qué marrajo?

–¡El lucio!

–No lo veo.

El señor Antiloquio introduce la pértiga con cuidado y, súbitamente,

se despega del cieno del fondo un enorme pez que huye de nosotros de dos coletazos.

–¿Hay muchos?

–¡Puf! Aquí pescamos lucios a paladas. En mayo, por lo que sea, el lucio entra ciego a la cuchara. Es un animal muy voraz éste.

–¿Y no hace daño a los patos?

La laguna, en el mediodía, es una extensa lámina resplandeciente de una uniformidad sólo quebrada por los sombrajos salpicados de los carrizos. Antes de reanudar la marcha, el señor Antiloquio echa un largo trago de la bota. Al concluir se pasa el dorso de la mano por los labios, asienta la pértiga en el fondo y empuja.

–Se los come –dice de pronto.

–¿Qué es lo que se come?

–Los patos. Se come los patos y se come todo lo que vea moverse por el agua. El lucio, mire usted, por su tamaño o por lo que sea es uno de los peces más hambrones que existen. ¡Buen bicho este! En la cría causa estragos, ya ve usted. Pato chico que ve en el agua, de seguida sale por él. Y lo mismo con las ranas o con los topos, no crea. Yo me pienso que en tratándose de comer este pescado no distingue, no tiene gusto, vamos; el caso es llenar la andorga. Es muy hambrón, pero que muy hambrón este pescado. Y claro, en habiendo comida, pues a ver, se sujeta en estas aguas. Es como los parros y como todo. ¿Se va usted a vivir al desierto?

Allá, a lo lejos, el pequeño embarcadero hierve de animación.

El señor Antiloquio sonríe.

–El señorito Moncho –dice– cobró hoy un porrón osculado. Nunca se sabe dónde va a estar la suerte.

–¿Y es raro eso?

–¿Raro? Mejor diría usted que es un casual de los de uno entre millón Si yo le dijera que es el primero que veo por estas aguas, y va para los sesenta y tres que abrí los ojos, tal vez lo comprenderá mejor. El osculado, por lo que sea, no viene por aquí. Se queda por las Suecias esas, allá tiene su querencia y allá se las apaña. Por lo que sea, no lo sé.

Hay un profundo silencio. Al cabo, desde el embarcadero, a cincuenta metros, llega la voz de Paco González Bueno:

–¿Qué tal?

–Vaya...

A la distancia en que estamos ya se divisa a Ramón Coronado clasificando a las víctimas por especies. A su derecha, un grupo discute acaloradamente. No parece que se pongan de acuerdo. Paco León vocea:

–Javier, con sus cimbeles, ha cobrado él solito dieciocho finos.

–¡No está mal la percha!

Somos los últimos en llegar. En el muelle hay de todo, como en botica, desde el que se jacta de haber hecho tres dobletes al que dice que sufrió un puesto de castigo y no disparó la escopeta. La llegada del señor Antiloquio resuelve la discusión.

–Vamos a ver, señor Antiloquio, le estamos aguardando; aquí nadie se pone de acuerdo. ¿Quiere usted decirnos qué clase de pato es éste?

El señor Antiloquio adopta la gravedad de un doctor en trance. Toma al animal de un ala, luego de una pata, después de la otra ala, le mira el pico, los anillos traseros, en medio de una expectación anhelante.

–Miren ustedes –dice al fin, sentenciosamente–, aquí no llevan razón ni los unos ni los otros; el bicho este ni es azulón ni es cuchara. Este bicho es lo que decimos aquí un pato pío, o, para que mejor me entiendan, un animal enraizado de paleto y azul.

El sol en la vertical deja sentir su peso y, arma al hombro, charlando en pequeños grupos, nos encaminamos a la casa.

Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo

1977

Al doctor Olegario Ortiz,
gran cazador y gran amigo,
con mi gratitud.

Prólogo

Cuando escribí mi novela *Diario de un cazador*, admití, a preguntas de un periodista, que Lorenzo, el protagonista del relato, era yo precisamente, «pero un yo rebajado».

Posteriormente, Julián Marías, en su respuesta a mi discurso de ingreso en la Real Academia, hizo alusión a esta manifestación mía, animándome a escribir un libro sin rebajarme, esto es, sin persona interpuesta. Pues bien, ya está. Estas *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* no son otra cosa que mis personales experiencias cinegéticas, vividas entre 1971 y 1974.

Al comenzar a redactar esta agenda de caza hice un curioso descubrimiento: nunca, aunque coincidan los protagonistas y el escenario, las situaciones y el clima, hay una cacería igual a otra; cada excursión está individualizada por un repertorio de factores y matices imposibles de definir a priori. El anecdotario de cada una de mis modestas cacerías a lo largo de tres años es lo que he intentado apresar en este libro, cuyo título ya sugiere que la caza encierra también sus contrariedades o, si se prefiere, que ni aun para el cazador todo el monte es orégano.

En esta ocasión no se trata de divagar, aprovechando cualquier circunstancia, sobre el fenómeno de la caza, sino de levantar acta de lo que domingo tras domingo nos ha sucedido a mi cuadrilla y a mí en nuestros encuentros semanales con perdices, liebres y conejos. Esto no es obstáculo para que de estas experiencias, recogidas con más o menos amenidad, no puedan deducirse conclusiones muy concretas sobre el futuro de la caza menor por las tierras de Castilla la Vieja, a mi entender poco halagüeño.

M.D.

La desveda
10 de octubre de 1971

Abrimos la temporada con canícula: cielo despejado y fuerte sol y, en los bajos, al abrigaño de la ladera, un calor espeso y estancado, impropio de la estación. Estas temperaturas extemporáneas sientan mal a las perdices, las desbravan y enervan, y, a poco que uno se lo proponga, si prescinde de lo que en este deporte debe haber de noble competencia, puede acabar con ellas. Yo prefiero abatir un par de patirrojas con todas las de la ley, un día de helada, descolgándose a sesenta metros de una de estas ímprobas cuestas de Santa María, que una docena en aquellas condiciones. El buen tiempo urbano puede ser un mal tiempo cinegético si antes que en nosotros pensamos en las perdices.

Ante esta realidad yo no pude sino ponerle al buen tiempo mala cara en este 10 de octubre. Bajo este sol, con esta temperatura de baño María y miles de escopetas evolucionando por el campo, lo más probable es que no se salve ni el apuntador, ya que lo que no levanta uno, lo levanta el otro y, una vez el pájaro aislado, con cuatro o cinco vuelos a las costillas, suele inmolarse sin resistencia. A muchos les gusta esto, este tiempo pegajoso, porque es cuando la perdiz, cobijada en un espliego o un chaparro, aguanta la postura del perro. A mí, la verdad, no me gusta ni mucho ni poco, ya que pájaro que brinca en estas condiciones es pájaro muerto. La perdiz hostigada, separada del bando, juega a codorniz, arranca de los pies y, como quiera que su bulto es apreciable, las posibilidades de errar –de no padecer uno el baile de San Vito– son mínimas. Así cobré hoy cuatro: pájaros revolados en la ladera y resguardados en el navazo, aguantando resignadamente en una lindera o la broza de un arroyo a que uno los espantase. Era suficiente seguir, un poco alerta, las sinuosidades de ésta o aquél para, al cabo de unos minutos, bajar una perdiz. El sistema es infalible, con lo que al cabo de dos horas de patear el campo, la cuadrilla llevaba colgados docena y media de pájaros con el aditamento de alguna liebre insensata a la que se le ocurrió salir al paso.

En torno, el traqueo era muy vivo, lo que prueba no sólo que la perdiz en todas partes salía a tiro, sino que por estos pagos ha criado bien. Empero yo debo reconocer que, en esta merienda de negros, de los once pájaros abatidos por mí, únicamente dos me dejaron un buen sabor de boca: el uno, achuchado en los altos, trató de salvar la mano

repullado y de través y, como había cogido vuelo y cruzaba recio, hube de correr la mano y adelantar, adelantar, para no dejar el tiro corto. La segunda fue una perdiz que me arrancó a la asomada en la falda de un cerro de aulagas, tan rápida que cuando quise tirar del gatillo el animal había interpuesto sus buenos cincuenta metros. Al tiro, descolgó una pata y, enseguida, por su vuelo ligeramente renuente, comprendí que iba de riñones. La seguí con la vista y, poco más allá, el bicho se repinó en vertical, como si quisiera prender el cielo con el pico, para, seguidamente, desplomarse sobre el rispión completamente muerta. La torre –por distancia y altura– fue una de las más espectaculares y esbeltas que me ha sido dado contemplar en mi vida de cazador.

A la una, con casi tres docenas de perdices abatidas, decidimos dejarlo. En este negocio de la caza, el que se engolosina y no sabe cortar a tiempo, no es un cazador, es un carnicero. Sacamos, pues, la merienda de los macutos, nos sentamos al buen sol y poco a poco fueron llegando otras partidas a echar un trago: la de Calleja y los de Burgos; la de José Luis Montes, la de Ramiro Cruza y, por último, Luis, el guarda. Como era de esperar, la opinión general es optimista. Se ve perdiz, igualona en su mayor parte, si bien no faltan pollitos sin terminar de hacer, de segunda puesta, a lo sumo agostizos. Asimismo nos mostramos acordes en lo mal que estará pasándolo hoy la perdiz en Castilla, muy especialmente en los ojeos. José Luis sostiene, sin embargo, que con la canícula, la perdiz oseada no entra, se amona y se vuelve luego contra los batidores. Depende, entiendo yo, de lo que éstos se junten; ante una mano apretada de ojeadores, a la perdiz no le queda otro recurso que entrar aunque sea a peón y papando aire, medio reventada, de manera que en batidas de vaivén, en un día como hoy, será difícil que sobreviva alguna para contarlo.

Luis, el guarda, nos comunicó luego algo inquietante: en algunas perdices nuevas ha observado una especie de callo prominente en los párpados que, a veces, se manifiesta en pico y patas. Nos apresuramos a examinar los pájaros muertos y, en efecto, había varios pollastres con callo en los párpados –un callo largo y puntiagudo– pero ninguna con síntomas en patas o pico. Luis, no obstante, asegura que la otra tarde encontró una muerta en un barbecho, probablemente de inanición. Sería gordo que, después de veinte años sin conejos, nos quedáramos sin perdices, ahora que aquéllos empiezan a rebullir.

Excursión frustrada
12 de octubre 1971

Apenas puesto en pie sentí escurrir el agua por los canalones, me asomé a la ventana y aquello parecía el Diluvio Universal. También es fatalidad para segundo día. Habíamos concertado con Esteban una cacería en su monte y, pese al agua, decidimos subir siquiera para advertir a Julita que aplazase las lentejas para otro día. Al atravesar el Pinar de Antequera llovía más que el día que enterraron a Zafra y, ya en el monte, el agua continuaba cayendo a cántaros y no se observaba en el cielo la menor rendija de luz. El matrimonio estaba encamado y dejamos razón a Félix, el guarda, de que volveríamos otro día.

En mi caso esta renuncia es síntoma de vejez. Hace solamente dos años, yo no tiraba la esponja así cayesen chuzos de punta. Miguel Fernández Braso es testigo de ello. Él recordará, como yo, nuestra cazata en Villanueva de Duero, quizás en el 68, bajo una lluvia torrencial. Llevábamos tal cantidad de agua encima que al llegar a la casa del guarda nos chorreaba por los bajos de los pantalones como por un desagüe. Eso era afición, ciertamente, aunque ahora, desde la altura de los cincuenta años, lo juzgue insensatez. Y hacerme sensato es una de las cosas que más me han reventado en la vida, porque la sensatez llega como las arrugas, inevitablemente, a lomos de los años. No conozco joven sensato ni viejo insensato, lo cual es sumamente inquietante. Y eso que fatuamente llamamos experiencia no deja de ocultar muchos desengaños y no poca falta de energías. En fin, no nos pongamos revientafiestas.

Esta mañana, bajo la lluvia, a través de los cristales semiempañados, evocaba yo escenas vividas en este carrascal, al que ya venía de niño con mi padre. Aquí, en esta sarda de apenas trescientas hectáreas, se mataban en una mañana veinte o veinticinco conejitos como quien lava. El piso, además, fue siempre muelle, como una alfombra, de manera que cazar en El Montico resultaba de una comodidad singular. La perdiz y la liebre eran allí, como en casi todos los carrascales de Castilla la Vieja, ilustraciones de una monótona percha conejil. Y al llegar diciembre, jamás faltaban la chocha –dos seguidas abatí en el 61, recuerdo– y alguna que otra zurita en las encinas añosas que circundan la casa. Recuerdo que en los últimos años de mi padre –que murió a los ochenta y uno– le soltábamos en la corta, en el verdugal y, paseo arriba, paseo abajo, disparaba su media docena de finitos y regresaba, inevitablemente, con un gazapete en el zurrón. Aquí fue también donde encajé la primera y única perdigonada que he recibido

en mi vida de cazador. En fin, agua pasada…

Los conejos de La Ventosilla
17 de octubre 1971

Atendiendo la invitación de Joaco Velasco, el domingo estuvimos en La Ventosilla. El día no amaneció bueno o, para ser más exacto, amaneció revuelto, francamente amenazador (de lluvia, claro), pero nos sucedió con esto lo mismo que con la caza: las cosas empezaron mal para terminar bien. Pero vayamos con orden. De entrada, Jesús, nuestro acompañante, nos bajó al regadío (remolachas y alfalfas) y allí permanecimos hora y media maneándolas sin ningún resultado. Visto lo visto, le propuse al guarda subir a las carrascas, a los conejos, siempre más agradecidos. Y allá nos fuimos.

En todo caso, estas fincas agropecuarias modélicas rara vez son modélicas cinegéticamente, por aquello de que la perdiz, de ordinario, está reñida con la irrigación, el maquinismo y los rebaños, bien sean de ovejas o de novillas. La perdiz de Castilla la Vieja es ave de pegujal, de rastrojo y ladera, esto es, de campo subdesarrollado y desierto. Al campo modélico (campo rentable) no le va la patirroja, como es sabido. A mayor progreso agropecuario mayor regreso venatorio. Tales extremos no son inconciliables, pero casi. Así se explica que en La Ventosilla, antes de la guerra, se bajasen seiscientas perdices en un día de batida, mientras que hoy, puestos a ojear estos pagos, dudo mucho que se alcanzase un *tableau* de ciento o ciento cincuenta pájaros a todo tirar.

Disquisiciones al margen, una vez en el monte empezamos a divertirnos, puesto que el conejo abunda pese a la peste, ya muy atemperada. De los veintidós conejos cobrados, solamente uno tenía pústulas y huellas de haber padecido mixomatosis. Y otro síntoma halagüeño es que ni el Choc ni la Dina, muy excitados al verse entre pelo tan abundante, lograron atrapar uno por sus propios medios. Esto parece confirmar lo que vengo sosteniendo desde hace tres años: la peste está de retirada y aunque aún tengamos que padecer (especialmente en el sur) sus últimos coletazos y fluctuaciones, lo natural es que el conejo vaya poco a poco recuperándose. Cobrar en La Ventosilla casi dos docenas de once a una y media, en una sarda más bien cerrada, y por unas escopetas que lógicamente (hoy, fuera de mí, el mayor de la cuadrilla no había cumplido veinticinco años) desconocen el tiro a tenazón, es un indicio resueltamente positivo. Con los gazapos, derribamos tres perdices y cinco liebres. Para mí, el momento más suculento del día fue sobre la una, al coronar un cotarro, donde en cinco minutos de reloj revolqué tres liebres y un

conejo (liebres de esas endiabladas, levantadas por la otra punta de la mano que, con las orejas adheridas al lomo, se largaban de través a cien por hora y, al encajar la perdigonada, no cesaron de voltear hasta dar con sus huesos en las pajas de los bajos).

Luego, ya en la casa, comimos un asado como para chuparse los dedos, y mientras nosotros pegábamos la hebra con Joaco y el pintor Vela Zanetti (que ayer firmó en Burgos su mural sobre Fernán González), mi hijo Juan (quince años) se dio un garbeo con su escopeta del 16, de un solo tubo, y, ante nuestro asombro, regresó hora y media después con ¡tres perdices y dos conejos! Decididamente a este chico hay que darle ya la alternativa.

Nieblas de octubre
21 de octubre de 1971

Requeridos por el solillo de estos días, mi hermano Manolo y yo nos fuimos a dar una vuelta por las cuestas de Villafuerte de Esgueva. Al ponernos en camino, sobre las diez de la mañana, la niebla se cernía sobre la ciudad y Manolo me expresó sus temores de que no abriera. Lo que yo le dije: «Antes de una hora tendremos sobre nosotros un sol de justicia». Exacto vaticinio. A las once y cuarto, al llegar al cazadero, el cielo estaba despejado y el sol picaba como en mayo. El fenómeno de las nieblas en Valladolid tiene su misterio y el viejo aforismo «mañana de niebla, tarde de paseo» no es aplicable para las que pare el Pisuerga. Entiéndaseme, no es aplicable a todas las nieblas. El abanico de posibilidades marcha acorde con el calendario. Entonces cabe un desglose más congruente: octubre («mañana de niebla, mañana de paseo»); noviembre («mañana de niebla, tarde de paseo»), y diciembre y enero («mañana de niebla, tarde de reniebla»). La entidad del sol, las temperaturas y la duración de las horas luz influyen decisivamente en la persistencia de este meteoro.

Las rampas de Villafuerte no son abarcables por dos escopetas. Se mire por donde se mire, este cazadero es cazadero de vaivén, de ida y vuelta, de forma que en la primera mano por la ladera descolgamos las perdices al valle para, de regreso por éste, sorprenderlas en los perdidos y arroyos que salpican las extensiones de cereal. Dos escopetas apenas mueven pájaros en la varga y, al no levantar pájaros a la ida, malamente pueden encontrarse a la vuelta desperdigados en los bajos. Dos escopetas en la caza en mano, aunque parezca un disparate, no son la mitad de cuatro. Los matemáticos me disculparán, pero los cazadores ya me entienden.

No obstante, Manolo y yo cobramos tres perdices por barba y perdimos tontamente, de salida, una cada uno. Esto confirma mi recelo de que carecemos de buenos perros cobradores. La Dina –un prodigio para la codorniz– se aturulla si de perdices se trata, y en cuanto al Choc, con su estampa de medalla, ignora aún, tal vez por demasiado joven, de qué lado le da el aire. Y la culpa de esta deficiencia la tenemos nosotros, la cuadrilla. Un perro no se improvisa, debe hacerlo el cazador en un mano a mano concienzudo y paciente. Iniciar a un perro con cuatro escopetas es echarlo a perder; el can correteará de uno a otro –según de donde provengan los disparos– y acabará entregado y sin saber a qué carta quedarse.

A las tres echamos un cacho al sol en un ribazo (con un clarete

helado que sabía a gloria) y regresamos a tiempo de aprovechar la tarde.

Pelo y pluma
24 de octubre de 1971

Volvimos a lo de Esteban Monturus en una jornada de sol con algunas nubes algodonosas que proyectaban sobre nosotros piadosas sombras intermitentes. Las carrascas están crecidas (hoy nadie da una perra aquí por las cortas de encina cuando hace pocos años valían una fortuna), con lo que el tiro de la perdiz se complica y aumenta el riesgo de una perdigonada. Para cazar en un monte alto es imprescindible no ofuscarse, y si la perdiz arranca en línea, abstenerse y dejarla que se vaya, bendita de Dios, a criar. Así lo hicimos ayer y aunque el fogueo no fue nutrido en ningún momento, a fin de cuentas partimos con el campo, ya que de aproximadamente cincuenta cartuchos disparados salió un morral de nueve perdices, siete conejos y una libre. Las patirrojas, en general, bien derribadas, repulladas o sirgadas, pero distantes y en velocidades normales de crucero. ¡Bellos disparos se hicieron ayer!

Esto de alternar el conejo con la perdiz, a mí me produce un inevitable desconcierto, puesto que si mi primer blanco es una perdiz, ya camino insensiblemente en expectativa de perdiz y al cruce fugaz de un gazapo entre dos jaras no me da tiempo, literalmente, a reaccionar. Otro tanto, pero a la inversa, me sucede si hago los primeros disparos a pelo. En este caso, el vuelo repentino de una perdiz siempre me azora y me deja paralizado unos segundos, los suficientes para que el pájaro ponga tierra por medio. Ayer me hice a perdiz de principio y marré dos gazapos a huevo al fallarme el automatismo que la caza en mano requiere.

El Montico, desgraciadamente, en lo que a perdices atañe, no tiene porvenir. El Montico está cercado: un pueblo en el picón norte, una urbanización al este, otro carrascal al oeste y su única defensa, el sur, hasta hace pocos años de viñas y cereales (aunque de suelo arenoso poco grato a la patirroja), empieza a regarse, con lo que el hábitat de la perdiz se desvirtúa. Hace unos días, leía en un número de *El Correo de la Unesco*, dedicado a la defensa del medio ambiente, un trabajo interesante relativo a la despreocupación con que desmontamos la naturaleza (puentes, embalses, industrias, urbanizaciones, regadíos) sin hacer previamente un estudio reposado sobre las consecuencias que puede acarrear tal alteración topográfica. Los hombres somos así: nos hacemos la ilusión de que progresamos sin pensar que la naturaleza, como es de rigor, nos pasará mañana la factura y el precio podrá parecernos entonces demasiado alto.

Perdices de ladera
31 de octubre de 1971

Es evidente que este otoño no está de llover. Pero no sólo no llueve, sino que en las horas de insolación el sol aprieta de firme, con lo que el cazador de ladera –ese abnegado cazador a quien le molesta que todo se lo den hecho– suda por cada pelo una gota. Estos cuatro primeros domingos de caza de la presente temporada han sido días óptimos para la perdiz (para cazarla, digo), siquiera la perdiz de hoy, último día de octubre, en Santa María, tenga muy poco que ver con las perdices de la jornada inicial, pájaros con los sobacos lampiños, sin terminar de emplumar y, como consumados andarines, víctimas propiciatorias en cuanto se les mete en vuelo. La patirroja de hoy, pese a las altas temperaturas, bajo un cielo raso apenas enturbiado por una tenue calina, era ya un pájaro de fuste, capaz de franquear la nava de dos aletazos en cuanto se sentía acosado. La perdiz de esta mañana tenía mucho que matar y su preparación física, después del duro ejercicio de las tres semanas precedentes, era realmente admirable. La cosa se enredó aún más cuando, pese a nuestro madrugón, la cuadrilla de Burgos nos tomó la delantera y hubimos de marchar con la música a otra parte: las rampas encaradas al norte, infinitamente más escarpadas que las de enfrente.

Con todo, y aunque cuatro escopetas son insuficientes para cubrir una cuesta de esta envergadura, nos divertimos de lo lindo puesto que no dejamos de ver perdices delante, siquiera pocas a tiro. En esto de la perdiz, sin embargo, vale más la esperanza que la realidad y el cazador que camina entre tomillos y espinos y otea en lontananza mohedas y breñales, ha de andar siempre al quite puesto que en cada repecho o caballón, de cada junquera, de cada chaparro, cuando no de los cavones del barbecho o las pajas del rispión, puede arrancarle la patirroja con su galleo de alarma. Las perdices que se derribaron hoy no fueron, empero, perdices levantadas por el propio matador, sino pájaros enrabiados que huían de *los otros* y se obstinaban en volverse, remontando la línea de escopetas, o en descolgarse, muy altas, desde el cerro al valle. Por mi parte, como escopeta faldera, tuve ocasión de abrir fuego sobre pájaros supersónicos, increíblemente recios, que se lanzaban, en vuelos muy revolucionados, desde cuarenta y cincuenta metros de altura. Estos tiros, siempre problemáticos, tienen su compensación: la satisfacción que le inunda a uno cuando acierta. El corte de una perdiz descolgada a todo gas comporta uno de los

mayores placeres que la caza al salto puede deparar. La perdiz pegada se encoge, se hace un gurruño en el aire, pero, impulsada por la inercia, va a caer cincuenta metros más abajo de donde uno la emplomó. ¡Y qué pelotazo el de estos pájaros, cielo santo! En el surco donde cae deja un montón de plumas como para llenar una almohada, lo que no obsta para que a veces –y así me ocurrió esta mañana con una de las cuatro que abatí en la ladera– aún tengan resuello para apeonar unos metros, esconderse y burlar con todas las de la ley las piernas del cazador y las narices del perro. A pesar de estas contrariedades, por otra parte inevitables, entre la mano de ida por la ladera y la de regreso por las labores, echamos abajo veintidós pájaros que a la hora de la exposición hacen un cuadro de respeto.

Luis, mi yerno, puede decirse que debutó hoy como matador de perdices. Y debutó bien, puesto que derribó cinco. El domingo anterior, Luis era un hombre decepcionado, un hombre que «nunca lograría matar una perdiz así le arrancase de los zancajos». Hoy, disipado su complejo, ha llegado a la madura y razonable conclusión de que perdiz a la que se le ponen debidamente los puntos, dentro naturalmente de la zona de tiro, es perdiz muerta. El cazador novel atraviesa, inevitablemente, por estas crisis. El cazador novel llega a pensar que todo lo vivo puede matarse... excepto la perdiz; a la perdiz –piensa– hay que echarle de comer aparte. Y es cierto que la perdiz constituye, en la caza menor, la piedra de toque. A la perdiz tarda uno en cogerle el tranquillo. De ordinario, el cazador novel se amilana ante este pájaro, bien porque le arranca próximo y su zurrido le desconcierta y tira apremiado y sin garantías, bien porque le arranca larga y, cuando quiere disparar, aquél ha interpuesto la distancia de seguridad. Yo pienso, no obstante, que para bajar una perdiz que se queda y levanta a pocos metros basta con reportarse. A la que vuela larga hay que apuntarla bien, pero aprisa, a poder ser a saque de escopeta. Después la cosa empieza a complicarse con las repulladas o las que nos entran reexpedidas. Estas últimas suele errarlas el cazador novel porque se atraca de perdiz si llega de pico o deja el tiro corto si cruza sesgada. A mi modesto entender, el ave que entra de pico, como en batida, más que puntería –puesto que se la apunta como si estuviese parada– exige oportunidad, esto es, acertar con el instante de oprimir el gatillo, de tal manera que no sea antes de que entre en plaza, ni después que nos llena el ojo con su presencia. Y en lo que respecta a la perdiz de través, uno debe correr la mano sin duelo y adelantar el tiro sin detener aquélla; de no atenernos a estas prescripciones, llegaremos a lo sumo a desplumarle las timoneras, pero no más. Cabe, también, detener la mano en el instante del disparo, pero el cazador en este caso deberá adelantar el tiro más aún que si no la detuviese para que pájaro y perdigones se encuentren en

el aire. ¿Y cuánto debemos adelantar?, aducirá el cazador novel. Debo confesar que las instrucciones en este caso concreto sirven de muy poco. Éste es un problema de intuición; responde a un rapidísimo y automático cálculo en el que habrá que tener presentes la velocidad del pájaro y su distancia de la escopeta, bien entendido que a mayor distancia mayor debe ser el adelantamiento. En un caso o en otro, considero fundamental tomarle cuanto antes los puntos a la perdiz y seguirle por ellos mientras se pueda; de esta forma, el instinto cinegético nos avisará sobre el momento idóneo para que nuestro dedo índice entre en acción.

Día de Todos los Santos
1 de noviembre de 1971

Después de la cazata de ayer, en la que terminamos cansados y aspeados, decidimos no madrugar, así que hasta las once no aparecimos por el cazadero, la finca de los Araoz en Villanueva de Duero. Aparte otros alicientes, esta finca tiene el atractivo de la variedad, pues, junto al soto, a lo largo del río, anchuroso y embalsado en las inmediaciones de Tordesillas, corren las tierras irrigadas, y perpendiculares a éstas y paralelas entre sí, dos franjas de carrascas erizadas de pinos que, en su límite sur, abocan a unas pedrizas de viñedo a través de una laderita suave, de cómoda andadura. Si al encanto topográfico unimos un sol rutilante en lo alto, se comprenderá que la jornada fuese un paseo gratísimo sobre una campiña cambiante y variopinta, muy de mi gusto.

La nota desagradable del día nos la deparó la casi absoluta falta de perdiz. Para ser exactos, tres vimos a lo largo de la jornada, tres perdices largas y esquinadas como supervivientes de alguna catástrofe. Frecuento esta finca desde hace muchos años y por eso puedo dar fe del progresivo y alarmante decrecimiento de la patirroja en la zona. Hace apenas diez años, el difunto y querido Alejandro Fernández Araoz organizaba aquí unas apañadas batiditas anuales en las que se cobraban, entre diez escopetas, alrededor del centenar de pájaros y todavía quedaban para que nos divirtiéramos la cuadrilla lo que restaba de temporada. De diez años a esta parte, la patirroja no ha hecho otra cosa que decrecer hasta abocar al decepcionante eclipse actual.

¿Qué ha podido ocurrir aquí? ¿Dónde se han metido los pájaros de otrora? Las razones de esta fulminante regresión no se me alcanzan. Todavía la temporada pasada hubo una explicación: el terrible pedrisco que azotó a este término a mediados de agosto, cuyos granizos –del tamaño de huevos de paloma– arrasaron la fauna menor y media hasta el punto de que en las tierras desguarnecidas se hallaron cadáveres de liebres desnucadas por la violencia de la pedrea. Las perdices, lógicamente, sufrieron también lo suyo con esta embestida meteorológica, pero con eso y con todo, aún se veían suficientes pájaros al concluir la temporada como para esperar una decorosa repoblación. La realidad no ha respondido a estas previsiones, con lo que habrá que pensar que las batidas en las inmediaciones, la inserción de ganado vacuno en la finca, la expansión

del regadío y el incremento de pesticidas –Emiliano, el guarda, me dice que a las patatas se las trata con fármacos hasta seis y siete veces por año, ante la resistencia cada vez mayor del escarabajo– han modificado, y no para bien, el biotopo.

A falta de perdiz, pasamos el rato con las torcaces –que arrancaban ruidosamente de los pinos– y con la liebre, aunque la sequedad del piso las pusiera sobre aviso a excesiva distancia. Miguel cobró una hembra de azulón en el regato que separa los dos carrascales, en el mismo remanso donde yo abatí otros dos en las últimas temporadas. Se ve que esta pequeña corriente, por las razones que sean, es querenciosa de los patos que, en estas fechas, suelen establecerse en número considerable en los meandros del Duero.

Excursión en solitario
4 de noviembre de 1971

Pasé unas horas yo solo en Santa María. Luis, el guarda, apenas llegado, ya me anticipó que tenía poco que hacer una escopeta sola, sin perro, en estos andurriales. Yo ya me lo imaginaba, pero contaba con la alianza del sol y el clima benigno y calmo. Poco tardé en convencerme, sin embargo, de que si en lides cinegéticas, conforme consigné el otro día, dos no son la mitad de cuatro, menos aún uno es la mitad de dos. Mi rastreo tesonero resultó inútil. Anduve arriba y abajo como un forzado durante tres horas pero las perdices me torearon. Volé varios bandos en los cavones de las vaguadas pero en ningún momento logré romperlos: se desplazaban empaquetados a los bajos si yo caminaba por la pestaña, y a la inversa, de forma que, al no acertar a provocar la dispersión, fracasó el cacerío, pues es sabido que la perdiz agrupada no aguarda y, de no sorprender al bando en una asomada, es difícil hacerle una baja. De retirada tuve una ocasión propicia, una sola, pero la malbaraté por precipitado. En la caza a rabo, ya se sabe, uno suele matar más en las primeras horas del día, cuando piernas y pulmones están enteros y los reflejos sensibles. Para matar caza hay que empezar matando. Si no, la desconfianza de un lado, y la fatiga, de otro, socavan nuestra moral, paulatinamente van enervándonos y terminan por hacernos inofensivos.

Sin plumas con que adornarme, cobré una liebre y un gazapete. La primera fue una víctima concienzuda buscada de propósito en la lindera de un mondo rastrojo sembrado a manta. La pista para la carrera era tan propia que me dije: «No andará lejos la rabona». Y, en efecto, a los pocos minutos me arrancó, prácticamente de entre los pies, tan cerca que la dejé tomar carrera antes de revolearla. El conejo, en la ladera, regateando entre las aliagas como ellos saben hacerlo, ya tuvo más ciencia. Al conejo no se le tira donde está, sino donde uno intuye que va a estar en la décima de segundo siguiente. A las tres me arrimé al Arlanza a comer el emparedado y a dar un tiento a la bota. El río espejeaba con el sol y, según me acomodaba, volaron de la otra orilla dos azulones. Miguel, mi hijo biólogo, me dice que el pato real se aparea ahora, en otoño, aunque la puesta y cría, como las de las demás aves, no se produzca hasta la primavera. Su relación otoñal viene a ser, pues, una especie de noviazgo. A lo que se ve, el azulón es un pájaro serio y tradicional.

Perdices huracanadas
7 de noviembre de 1971

El clima empieza a entonarse con el calendario. El viernes, por la noche, comenzó a pintear y el domingo de madrugada sobrevino el cambiazo: el cielo azul de días pasados se pobló de nubes densas, arrastradas por un viento huracanado del norte (la radio habló de noventa kilómetros a la hora en la provincia de Madrid), de una frialdad húmeda y desapacible. Abrirse en mano por páramos y laderas, azotadas por un viento así, es, desde luego, un ejercicio poco grato pero, además, en estas condiciones, la competencia con la perdiz se trasmuta en una competencia con los elementos. El cazador empieza a fallar por los dos sentidos que, como tal cazador, le son más necesarios: vista y tacto. El escozor de los ojos, provocado por el viento y las partículas en suspensión, produce un lagrimeo que dificulta la toma de puntos y, sobre esto, las manos se quedan ateridas (hay quienes se las protegen con guantes, pero yo pienso que el guante no le es aconsejable para cazar ni al gato ni al hombre), y una mano que no puede apiñar los dedos en un haz es una mano cinegéticamente inútil. Esta mañana, por ejemplo, mi dedo índice disparó dos veces sin que mi cerebro se lo ordenara, esto es, en un movimiento automático y, por supuesto, estéril.

Molestias físicas aparte, cuando uno camina por el campo en un día así, insensiblemente va recostándose en el viento, de forma que si éste cede de pronto, el cazador trastabillea y precisa de un esfuerzo para mantener el equilibrio y no romperse las narices contra un terrón. Nada digamos del frío que repentinamente nos traspasa al abandonar el abrigaño de una vaguada o coronar un caballón. En tales casos, el viento nos sacude despiadadamente el pecho o la espalda húmedos de sudor, con el consiguiente riesgo de una pulmonía o el temor, de por sí embarazoso, de pescarla. Para rematar la función, la gorra con que nos tocamos queda a merced de las rachas y un súbito acelerón la arranca de nuestra cabeza y la lanza ladera abajo dando tumbos, con lo que uno se convierte en un émulo de Tartarín, que dedica la mayor parte de la jornada, no a cazar perdices, sino a cazar gorras a la carrera (ayer me sucedió que, tras emplear cinco minutos en vadear un arroyo, una inesperada ráfaga aventó mi visera del otro lado del obstáculo, con lo que hube de ingeniármelas para salvar éste otras dos veces, sazonando lógicamente este ejercicio suplementario con los juramentos de rigor).

La caza requiere despreocupación, de tal manera que si uno va

pendiente de otra cosa falla el hombre alerta de que nos habló Ortega. Lo que en un día sereno es un ejercicio combinado de intuición, destreza y puntería, se convierte en un ejercicio de velocidad en un día de vendaval: armarse, aculatar, tomar los puntos y disparar debe ser todo uno. Los años y el temperamento influyen entonces de un modo decisivo. De ahí que a uno, que ha rebasado los cincuenta y propende a la nerviosidad, le queda poco que hacer en una jornada así. De salida me arrancó una perdiz a no más de diez metros, pero la condenada se repinó, aparejó velas y cuando quise foguearla andaba ya en las quimbambas. Hay que considerar que la perdiz es capaz de volar a una velocidad aproximada de cien kilómetros a la hora y, si a esto le añadimos los ochenta o noventa del huracán, se comprenderá que la patirroja que levanta a diez metros –sigilosamente, además, acallada por los bramidos del viento– puede interponer en poco más de un segundo sesenta entre ella y los tubos de la escopeta. El tiro, aun arrancando a capón, exige en estas condiciones una celeridad de la que no todos, desgraciadamente, disponemos. Nada digamos de las perdices entrizadas por la mano si se encampanan y cogen el viento de popa. La escopeta faldera las ve pasar como centellas, increíblemente reducidas, y si aspira a derribarlas debe renunciar a seguirles los puntos –faena imposible– y disparar un poco a ojo porque, ciñéndose a las instrucciones del tiro ordinario, la perdigonada quedará indefectiblemente corta.

Nada tiene de particular que, en un día así, únicamente saliera a flote mi hijo Germán, el más joven de la partida, alto y delgado, fibroso, con unos reflejos envidiables, quien se dedicó a disparar a saque de escopeta sobre perdices más bien esquivas –y rotundamente largas– y compareció con nueve pájaros cuando los restantes miembros de la cuadrilla no habíamos colgado más que uno cada uno. La marca es pareja a la de mi amigo Santiago el Largo, el año pasado, en el mismo cazadero y en un día semejante.

El invierno ha demorado entrar, pero su iniciación ha sido de una crudeza, de una destemplanza agria y perturbadora. Confiemos en que estos tiempos traigan otros.

Torcaces a salto
14 de noviembre de 1971

Casi nos quedamos en cuadro. Luis no pudo venir de Madrid, Germán se metió en cama con andancio y Miguel marchó a Sedano, pese a que anteayer el parte de carreteras dio cerrado el Páramo de Masa. Acertó, pues aunque encontró nieve en abundancia, las carreteras estaban transitables y Pedro Santamaría, el trampero de San Felices, le tenía guardados el estómago y la piel de una gineta –primera que se atrapa en aquellas heredades hace qué sé yo el tiempo– que le viene para su tesis como anillo al dedo.

En vista de las bajas y del turbio cariz del día (inapropiado para la perdiz) marchamos Manolo, Juanito y yo a Villanueva de Duero, cazadero abrigado y próximo a casa, aunque sin perdiz. Por eso me sacó de quicio el despiste de la vieja Dina, cuando, de salida, alicorté una patirroja en el carrascal y por más que la azucé no dio con ella. Estos perros míos son desconcertantes en la cobra y su inseguridad constituye para la cuadrilla un grave *handicap*. El contratiempo me puso temblón y al cuarto de hora marré un conejo a huevo. De todos modos, no se vio caza y a la una nos pusimos a comer con un par de liebres en el macuto. Luego lo arreglamos un poco, ya que en un par de horas hicimos otra liebre, una perdiz, tres conejos y dos avefrías.

Al caer la tarde, en vista de que las torcaces merodeaban por los pinares, sugerí hacer un aguardo en lo alto de la cerviguera. Empeño vano. Juan y yo nos apostamos durante veinte minutos, pero como quiera que el ganado no se movía le propuse manear los pinares. He aquí una modalidad de caza –la torcaz a salto– por demás distraída, ya que cinegéticamente tiene su intríngulis y además suele quemarse la pólvora en salvas.

El aguardo de torcaces en las querencias, incluso con cimbel, es caza muy conocida en los encinares del sur. Menos, que yo sepa, la caza de torcaz a rabo. Para esto se precisan dos requisitos: que haya matos de encina con bellota en el suelo, y pinos (u otros refugios) en el vuelo. También cabe cazarlas, por supuesto, en los encinares desarrollados. En cualquier caso, la hora más indicada es la del crepúsculo vespertino. La torcaz es ave ordenada; se recoge pronto. Ordinariamente media hora antes de la puesta del sol ya ha escogido su acomodo entre los árboles más frondosos. Una vez acostada, su caza no tiene otra ciencia que la del andar cauteloso, tratando de aproximarnos sin ser oídos. De no irrumpir con sordina, la paloma

vuela larga, tras un aleteo alborotado para desembarazarse de la pinocha. Este aleteo, cuando se produce a tiro, le pone a uno el corazón en la garganta. Pero no es ése el momento de tirar; hay que aguardar –sin excesiva complacencia, por sabido– a que la pieza se desglose del árbol y describa un bache a ras de suelo antes de remontarse. Habiendo, como los tiene que haber, árboles que entorpecen el tiro, ése es el instante de foguearla, a sabiendas de que en punto a visibilidad no es precisamente el más propicio. Quizá por ello, muchas presuntas víctimas se tragan los dos tiros sin inmutarse y luego sobrevuelan, muy altas, los pinares como reprochándonos nuestra impericia. De todos modos, la torcaz es dura; come mucho plomo. En su tiro caben sorpresas de todo tipo, agradables y desagradables; desde el pájaro que se desploma cuando uno tiraba más o menos para ejercitarse hasta aquel otro que se larga a criar, a pesar de que uno lo apuntó concienzudamente e hizo fuego a no más de treinta metros de distancia. Para asegurar el tiro, yo recomendaría al cazador de torcaz al salto el perdigón de cuarta, de quinta como máxima concesión. Esta tarde, Juan y yo bajamos media docena en una hora, con lo que redondeamos bonitamente un morral que, en punto a pluma, no podía ser más deslucido.

El tiro del conejo
21 de noviembre de 1971

Luis, mi yerno, tomó ayer la alternativa del conejo –la de la perdiz ya se la habíamos dado– en La Ventosilla: él solito amontonó ocho gazapos más una patirroja para animar tanta grisura. Este chico se ha hecho cazador en cursos intensivos, ya que desde que se casó no creo que haya agarrado la carabina arriba de dos docenas de veces. En tan breve experiencia ha asimilado tanto que ayer nos mojó la oreja a los veteranos. A Luis –lo mismo que a mi hijo Juan– le ocurre una cosa: se ha iniciado simultáneamente al pelo y a la volatería; en su breve carrera cinegética ha disparado tantos tiros al conejo como a la perdiz. La suya es la primera promoción de cazadores, después del siniestro túnel de la mixomatosis, que le toma los puntos al gazapo con alguna asiduidad. Esto explica la hazaña de Luis ayer en el monte, hazaña iniciada en los primeros minutos, ya que antes de que mi hermano Manolo y yo hubiésemos tenido tiempo de descargar la escopeta, ya había aculado él tres conejos en el macuto. Después vino un goteo regular, muy seguro, más meritorio cuando se produce en un arcabuco apretado y de pocas calvas. La densidad forestal ya presupone el trabucazo, esto es, el tiro sobre la marcha, con frecuencia sin tiempo ni para aculatar la escopeta. Y es, precisamente, este tiro a tenazón el que se ha perdido en el país a raíz de la peste conejuna, tiro que costará Dios y ayuda recuperar a aquellos que lo ejercitaron habitualmente antes de la guerra y que ahora rebasan, lógicamente, los sesenta años. La mixomatosis se llevó por delante no sólo a los conejos, sino también a los conejeros (cazadores y perros).

En mi caso (que es el caso de toda una generación) es obvio que me faltaron oportunidades de hacerme un conspicuo conejero. Recuerdo, por contra, la habilidad de mi padre –que por entonces ya no era joven– en estos menesteres del tiro entre dos matas. Por aquel entonces –los años 30– la afición a la escopeta era una afición muy poco extendida en el país. Cazaban cuatro gatos. Y mi padre, como otros cazadores de su tiempo, para gozar de la caza en solitario, que era la que apetecía, disponía de una acción, que entonces costaba dos reales, en un monte de Torozos, próximo al pueblo de La Mudarra. Sus morrales no pecaban de escasos sino de monótonos: seis, ocho, diez conejillos y, de Pascuas a Ramos, una perdiz, una becada o una liebre para ilustrarlo. Naturalmente yo, por mi edad, asistía a estas excursiones de simple espectador. Más tarde, al cumplir los quince

años, llegó la guerra y, al levantarse la veda del hombre, se cerró la del conejo. De inmediato irrumpió la posguerra, con su flébil cohorte de hambres y gasógenos y la casi imposibilidad para un muchacho de desplazarse al campo. Fueron tiempos difíciles para los cazadores sin medios –los más– y buenos para la caza, puesto que conejos, perdices y liebres pudieron multiplicarse sin asechanzas ni sobresaltos. Mas las dificultades se prolongaban tanto tiempo, que a mediados de los 40, harto de esperar, inicié mi carrera de cazador como Lorenzo, el protagonista de mis *Diarios*, a lomos de una chirriante bicicleta de segunda mano y con la perrita en el soporte. Por supuesto, en estas condiciones, el radio de mis desplazamientos era muy corto –ocho o diez kilómetros a lo sumo–, aunque de ordinario recalaba en las cuestas del Manicomio Provincial –tras cuyas tapias me cayó un día una perdiz de torre–, en los terrenos de la Granja Escuela José Antonio, a dos kilómetros de mi casa. Es ocioso precisar que mis perchas de entonces eran muy cortas: una patirroja los días agraciados y dos en alguna que otra jornada de gala. Los días de bolo ni los conté. Años más tarde, en el 51, me merqué una Montesa, con la cadena primaria al aire, cadenita que me deparó no pocos sinsabores. En la moto aprendí lo que es pasar frío. Todo el que haya navegado en moto por la meseta castellana en el mes de enero conoce el frío del motociclista: esa suerte de agarrotamiento en las articulaciones –como si nos hubieran incrustado en ellas millones de cristalitos punzantes–, principalmente en las rodillas y los dedos, que le dejan a uno inválido durante varias horas. A horcajadas de tan refinado tormento apenas tuve ocasión de visitar algún carrascal como La Espina, en Castromonte, o El Montico, en Puente Duero. Posteriormente, la era del Seiscientos y su progresiva difusión vino a coincidir con la propagación de la mixomatosis y el despoblamiento de nuestros montes, con lo que la posibilidad de llegar a ser un experto conejero se esfumó, supongo que definitivamente, puesto que ahora, rebasados los cincuenta, dando por hecho una reactivación conejil, ya es tarde para empezar. A esta edad, los reflejos no responden como a los veinte y los conejos nos torean. En ninguna otra pieza de caza he observado la capacidad de burla que observo en el conejo. Su comportamiento es imprevisible, ya que lo mismo atraviesa el calvero justo donde la escopeta no alcanza, que se nos enreda juguetonamente entre los pies. Sus fintas y regates sumen en la perplejidad y en el más absoluto desconcierto al cazador no avezado. Ocasiones hay en las que uno foguea a conciencia de que el blanco ya no está allí, se ha desplazado. Uno lo sabe, pero no puede reprimirse. Los reflejos le traicionan y tira del gatillo a sabiendas de que es tarde, de que no hay nada que hacer. Otras veces, cuando el cazador se está reprochando mentalmente su falta de rapidez –«careces de reflejos», «eres lento como una

apisonadora»–, otro gazapete cruza por el mismo punto donde el otro nos sorprendió sin que su reacción sea distinta. La viveza del conejo desborda al cazador cincuentón.

Ayer, empero, logré revolcar media docena, con lo que pasé una mañana gozosa. La caza del conejo no es la caza de la perdiz, desde luego, pero por su habilidad para dar esquinazo y dejarnos con un palmo de narices es también pieza que desafía y, por lo tanto, atrayente. Desde otro punto de vista, el morral de La Ventosilla (treinta gazapos en números redondos) demuestra que la peste remite. Joaco Velasco nos decía en la comida que bichar el monte es la prueba más palpable de la recuperación del conejo pues ya no está lejos de alcanzar la cifra de veinticinco mil piezas que se lograba antaño en temporadas normales. A uno no le queda otro remedio que pensar en los conejos cuando, curioseando en los papeles de la finca, se informa de que al monarca Felipe III le sorprendió la muerte de su mujer cuando cazaba en La Ventosilla. La caza como remedio de la pesadumbre constituye, sin duda, un ejercicio recomendable, siquiera esto del tercero de los Felipes ya le parezca a uno excesiva frivolidad.

Los desertores
28 de noviembre de 1971

El tiempo cambió de nuevo. Tras una semana de temperaturas tibias y sol receloso, el sábado saltó un viento frío que encapotó el cielo de oscuros nimbos galopantes. Los augures predijeron lluvias y, en efecto, hoy, tan pronto asomamos a la calle, noche cerrada aún, comenzó a caer un calabobos fastidioso. Ante esta novedad, al salir de la churrería decidimos variar el itinerario y, en lugar de subir a los páramos de Santa María, aproamos al sur y recalamos en la pinada de Villanueva. Pero como no hay mal que cien años dure, apenas rebasado Puente Duero, sobre los tesos septentrionales surgió una tímida luminosidad anaranjada que, al poco rato, quebró la uniformidad gris del cielo para dejar asomar los primeros retazos azules. Al iniciar la cazata, el sol, aunque indeciso, ya andaba arriba siquiera el zarzagán continuara siendo gélido. (No sé si con fundamento o no, pero estos días atrás decían los meteorólogos que el presente otoño es, en su conjunto y como temperatura media, el más frío de los últimos quince años.)

Es curioso, pero lo primero que advierte el cazador fetén, así que los primeros fríos irrumpen, es la deserción en masa de escopeteros que se autotitulan, fatuamente, cazadores. Para mí, la prueba de fuego del venador auténtico es ésta: el clima. Pretendo decir que el cazador que lo es de verdad no abdica así se desaten contra él todos los elementos. El buen cazador no mira al cielo; actúa, organiza como si los meteoros no existiesen. Un dato: la temporada pasada me troncé el peroné de la pierna derecha al resbalar en el hielo a veinte grados bajo cero (la nieve caída el día de Navidad no había fundido totalmente aún el 3 de enero y propició el accidente). Para el cazador de pega, salir al campo con veinte grados bajo cero constituye una locura; para el cazador auténtico, en cambio, es un hecho natural. Lo inconcebible en aquel que sienta dentro la pasión de la caza es desertar por mor de unas circunstancias adversas. Diría más: la confrontación con la pieza se hace más meritoria y, en consecuencia, placentera, cuanto mayor es el número de obstáculos que es preciso vencer para conquistarla. Bien mirado, sólo esto es cazar; lo demás es templar gaitas.

Esta mañana, sin llegar, ni con mucho, a estos extremos, la churrería La Madrileña y la Granja Terra, lugares de cita de los cazadores vallisoletanos madrugadores, estaban casi desiertas. No faltaban, naturalmente, Carlos Valverde y su grupo, pero sí se echaban en falta otros muchos habituales. Luego, en los treinta kilómetros que

nos separaban del cazadero, no encontramos un solo automóvil aparcado en zona cinegética. Más tarde aún, en unos parajes donde un traqueo vivo y sistemático suele ser norma, apenas oímos un tiro en toda la jornada. El frío acobardó al personal; esfumó la competencia. Y lo cierto es que, al abrigaño de los pinos, el tiempo no resultaba excesivamente crudo. Por otra parte, las pocas perdices que vimos –¡vaya usted a saber por qué!– aguantaban obstinadamente al perro tras el susto inicial, como en los días caniculares de octubre, circunstancia que nos permitió descolgar cuatro de un bando de siete. Y con ellas, ocho torcaces que hacían piruetas en el viento y, aunque entraban raudas como exhalaciones, nos permitieron tomarles los puntos.

Mas a lo que iba. En este país nuestro se viene hablando con notoria frivolidad del progresivo aumento de la afición a la caza y del retorno al campo del hombre urbano. Tonterías. El único indicio de esto último nos lo dan las urbanizaciones, que no son otra cosa que pedazos de ciudad enquistados en la naturaleza. De lo otro, mejor es no hablar. Se barajan cifras de licencias de caza que oscilan entre las setecientas mil y el millón y de ahí se concluye, frívolamente, que los cazadores somos muchos, como si aquel papel otorgara este título, cuando lo que hay que averiguar es si cada licencia que se despacha encubre a un venador o a un pirotécnico, a un auténtico aficionado o a un partidario de los fuegos artificiales. Yo pienso que éste es el planteamiento correcto: es decir, que si se retiraran las armas a los que salen a tomar el sol o a tirar al pim pam pum sobre unos pájaros que les entrizan una docena de asalariados, los cazadores nos íbamos a quedar en cuadro, de un cinco a un diez por ciento de los actuales poseedores de licencia. Entonces, los demás, ¿qué son? Pues eso, simples escopeteros, a los cuales yo les orientaría hacia esparcimientos más adecuados como el tiro al blanco, al plato o al pichón. De esta manera clarificaríamos la situación y, cada uno en su sitio, todos contentos. Lo peor del reciente ordenamiento cinegético es que antes que una ley de caza se ha dictado una ley de tiro, y con ello se ha dado estado legal al ojeo y, lo que aún es menos comprensible, a la caza con reclamo, autorización esta que, no tardando, nos dará que sentir.

Si las leyes pudieran adaptarse a las realidades y dictarse, en consecuencia, en estricta justicia, yo, legislador, recorrería el campo en jornadas congeladoras como la de hoy, 28 de noviembre, para empezar a distinguir entre cazadores auténticos y cazadores de sol –o de cargos, o de amigos– y encuadrar a unos y otros en sistemas legislativos diferentes. Entonces –¡hermosa utopía!– hasta es posible que a los cazadores-cazadores nos sobraran terrenos donde dar rienda suelta a nuestra afición.

Las liebres de Castilla
5 de diciembre de 1971

Las protagonistas de la jornada de hoy han sido las liebres, cosa nada extraña cuando durante todo el día no hemos hecho otra cosa que patear barbechos, pedrizas y pinares en el término de San Román. La supervivencia de la liebre es uno de los prodigios cinegéticos de Castilla. Uno no acaba de comprender cómo un animalito tan tímido y de tanto bulto, acosado cada día con más saña, aguanta todavía el tipo en 1971. Porque si acaso los lazos y las escopetas, los galgos y las cayadas de los pastores fueran poco, en los últimos años la mecanización del campo permite al tripulante de una cosechadora o de un tractor descerrajarle un tiro a contrapelo a la rabona aprovechando la luz de los faros. Y no estoy hablando de fantasmas. De todas y cada una de estas trapacerías puedo dar testimonio. Porque lo único cierto es que en este país a la caza y a las leyes que tratan de protegerla no las toma nadie en serio. Sin ir más lejos, a mí me han llamado idiota en todos los tonos el verano pasado unos zangones por no tirar sobre una liebre que me arrancó de las botas cuando iba de codornices. Dados nuestro nivel de educación y nuestra especial idiosincrasia, esto es normal. Lo insólito de este país sería que la liebre fuera respetada en veda, y durante la temporada se le diera noblemente su oportunidad. Pero esto es pedirle peras al olmo; pura quimera. Sin ir más lejos, hoy, camino del cazadero, hemos sorprendido a una cuadrilla de galgueros con ocho perros en línea. Es obvio que una rabona avisada puede burlar a un galgo, a dos y a tres, mas para dar esquinazo a ocho precisaría la fuerza de un elefante y la agilidad de una ardilla. Bueno, pues, pese a todo lo dicho, la liebre no se extingue, aguanta en Castilla como en sus buenos tiempos. Esto demuestra, de un lado, que estos animales se reproducen con facilidad y, de otro, que pese a su lerda apariencia van avispando a medida que el campo se complica y se ve zarandeado por las máquinas.

José María Cuesta me decía hace unos días que en Torozos, la puerta de Tierra de Campos, la liebre ha criado mal este año, siendo así que estas siembras y robledos han sido de siempre un vivero inagotable. Concretamente esta temporada yo no he subido a Torozos, pero en la pasada, que estuvimos con Mariano Escudero y los Miranda en las Cortas de Blas, lo único que vimos en cantidad fueron liebres. La actual escasez es, cuando menos, un síntoma inquietante. Por lo demás y en otras partes, rabonas no hemos echado de menos este año. Tal vez, puestos a precisar, aquí, en Valladolid, la línea divisoria entre

la buena y la mala crianza haya sido el Duero.

Disquisiciones al margen, esta mañana matamos el rato en los pagos de San Román. Cobrar cuatro liebres entre tres escopetas en lo libre a estas alturas no es mal balance. Claro que el lance cinegético que depara la rabona es más que breve, fugaz, aunque hoy hubo dos que realizaron unas faenas infrecuentes que paso a reseñar. De la primera fui yo testigo inmediato. El bicho brincó en un barbecho cuando felicitaba a mi yerno que acababa de bajar una paloma de las nubes. A cosa de cincuenta metros cruzó frente a mí y yo, serenamente, la atiné, medí mentalmente distancia y velocidad, y disparé sobre seguro. Pero como, ante mi asombro, el animal seguía corriendo sin inmutarse, doblé, esmerándome aún más pero con el mismo resultado: ni un estremecimiento, ni la más mínima contracción, nada; su carrera era absolutamente normal. Sin embargo, mi sentido venatorio me indujo a seguirla con la vista mientras recargaba a tientas, hasta perderla, al final del barbecho, en un pequeño islote de pajas. La convicción de mi actuación correcta, que no otra cosa, me impulsó a ir tras ella. Avisé a mi yerno que iba a desmandarme para reunirme con la mano al cabo de un rato y, pian pianito, atravesé el inmenso barbecho y me asomé al pajonal en cuestión. A la salida de éste, a horcajadas de un cerro, aparentemente intacta, estaba la liebre muerta. «Esto es cosa de todos los días, ya se sabe», objetará el lebrero experto, pero lo cierto es que si mi objetor tuviera ocasión de medir la distancia que recorrí para llegar a ella, ya no se lo parecería tanto. A todos nos ha sucedido encontrar la liebre sobre la que disparamos –especialmente las de flanco– a cien o doscientos metros del lugar de autos e, incluso, en terrenos abiertos las hemos visto perder brío, vacilar sobre las patas traseras para, finalmente, desplomarse. Tal cosa es frecuente en los animales heridos de pulmón. Lo que para mí constituye novedad, y como tal lo consigno, es que una liebre tocada de muerte recorriera sin inmutarse cerca de un kilómetro de barbechos erizados de terrones para ir a morir fuera del alcance de mi vista.

La segunda liebre fue la antítesis de ésta, es decir, una liebre muerta que, de repente, resucita, da la espantada y se larga a criar. El tiro de mi hijo Juan en un pinar fue, al parecer, certero, puesto que la rabona dio dos voltinetas y quedó tendida en el suelo. Lo insólito del caso es que mientras mi hijo ahuecaba el morral, luego de apoyar la escopeta en un pino, el bicho dio media vuelta, se puso en pie y desapareció en una loca carrera. Vocear, azuzar a los perros, increparla, no sirvió de nada; el animal parecía tan vivo como si su madre acabara de parirlo. Mas, como es lógico, de inmediato surgen las cábalas: ¿puede una liebre resucitar? ¿Cabe en estos bichos una astucia tal que les lleve a fingirse muertos para eludir el acoso? A mi juicio, ninguna de las dos

cosas. En mi historial cinegético cuento con un capítulo semejante referido a una perdiz. Derribada sobre una alfalfa segada a rape y cuando me disponía a vadear un arroyo interpuesto, el pájaro –inmóvil y patas arriba hasta el instante de yo dar el salto –se enderezó, me miró y rompió a volar alarmadamente como si terminara de despertarse. ¿Motivo? ¡Vaya usted a saber! Aunque lo más probable es que un plomo le rozara la cabeza privándole momentáneamente del sentido. Y algo semejante, imagino, sucedería con la liebre de mi chico. ¿Desencanto? Pues naturalmente, aunque ya se sabe que si la aventura de la caza no proporcionara estas sorpresas, dejaría de ser aventura y dejaría de ser caza.

Perdiz de invierno
8 de diciembre de 1971

Inevitablemente, las perchas van menguando. Esta tarde recordaba yo la insensata carta de un profano a una revista cinegética en la que sentaba afirmaciones tan ligeras como ésta: «No puedo menos de calificar de criminal y alevosa la caza en los cotos, corrales donde la perdiz y el conejo proliferan y pueden matarse con los ojos cerrados». ¡Hombre, hay cotos y cotos! Los más, demasiado modestos como para que se pueda tomar en serio tan huera palabrería. Hoy, por ejemplo, me gustaría a mí haber visto al firmante de esta misiva en las cuestas de Santa María. ¡Virgen, ocho piezas para cuatro escopetas! Y eso, abriendo bien los ojos. A estas alturas, los rigores del clima en Castilla no favorecen un pelo. Y el tiempo, desde hace una semana, se ha puesto áspero aunque sigue sin llover, pero el viento racheado del noroeste, unido a una mínima insolación, hacen del paseo por el campo, de no cobijarse uno en sardones y pinares, un ejercicio mortificante.

Esta mañana no había resguardo posible y nos tiramos cinco horas ladera adelante bregando contra el viento a brazo partido. Y las perdices –que, dicho sea de paso, volaban muy recias y muy largas– no andaban en los vallejos, ni en las vaguadas, ni en los abrigaños, como suele ser usual los días revueltos, sino en los barbechos –barbechos groseros, de terrón voluminoso–, buscando individualmente su nicho entre los cavones. A mí, que en honor a mi pie fracturado, todavía renqueante, me correspondió faldear la ladera, me arrancaban los pájaros de la nava, a doscientos o trescientos metros, nunca apiñados, sino uno aquí, dos allá y otro en el esquinazo opuesto; en una palabra, chorreaditos, con lo que, de no ser por su escama, podría haber logrado un buen botín. Pero, ya, ya. En diciembre, la perdiz mesetera sabe más que Lepe, Lepijo y su hijo. Es pájaro matrero, a menudo con algún perdigón en el cuerpo, que recela hasta de su madre. Por esta razón quedé más que satisfecho con las tres patirrojas que pendían de mi costado de regreso al coche, ya que se trataba de aves suspicaces, trabajadas y difíciles. Una en particular me ha dejado huella. El bicho trató de sortearme, considerándose a distancia de inmunidad, a cosa de cien metros, raseando los terrones. Yo, antaño, a estos pájaros tan díscolos, no les tiraba, pero aprendí de Julio Moro. Un día en San Cebrián, hace qué se yo el tiempo, mientras reunidos en corro liábamos unos pitos, el amigo Julio vio cruzar una perdiz volada de otros a una distancia exorbitante, pero él, como por broma, se

encaró cachazudamente la escopeta y dijo: «Voy a tirarla: no es fácil pero algunas de éstas caen». Y dicho y hecho. Le tomó los puntos, adelantó, disparó, y el pájaro quedó frito entre los surcos. Desde aquel día, yo me he aficionado a tirar, no largo, sino larguísimo, a las piezas que me ofrecen un costado. Los flancos de la caza son mucho más vulnerables que el trasero. No necesito aclarar que las más de las veces mis disparos son música celestial, pura y vana cohetería. Por eso mismo, el exiguo porcentaje de aciertos, como el de esta mañana, me hacen bailar en una pata. La perdiz me vio de lejos y trató de eludirme volando bajo y largo, mas yo me hice la reflexión de Julio Moro («difícil, pero algunas caen»), me armé, apunté y disparé, pero ante mi ineficacia, adelanté resueltamente, doblé, y la perdiz se desplomó como un trapo. Pájaros como éste, que tan poquitos entran en kilo, son de los que nos hacen hablar a solas en el campo.

Las otras dos perdices, si no fáciles, tampoco fueron de las que dejan memoria y, en cambio, se me fue una que me sacó el Choc sin avisar de las aulagas cimeras de un pequeño montículo de la que oí hasta el galleo. (El cazador, en general, por un inexplicable masoquismo, recuerda más a menudo la perdiz marrada a capón que la que colgó en azarosas circunstancias.) En resumen, derribé tres perdices apuradas y se me fue la facilona, paradoja conveniente para mantener recortada nuestra pequeña vanidad cinegética, propensa siempre a la desmesura. Y para completar tan parvo macuto, paré un conejito que, cosa rara, me arrancó de la pestaña de una ladera furiosamente batida por el vendaval. A saber qué pintaba allí este gazapete despistado.

Con sorpresa advertimos que la Dina está preñada de nuevo. Desconozco la relación edad-fecundidad en los canes, pero no tiene, creo yo, que diferir en lo sustancial de la de las personas. Y si para comparar las edades de unos y otros no hay más que multiplicar la de los perros por siete, resulta que la perrita, con sus ocho años a cuestas, viene a ser como una mujer que quedara encinta a los cincuenta y seis. La cosa parece excesiva, pero en fin... Charlamos con Beneite, el guarda del taller, y asegura que el padre no puede ser otro que el Choc. Será digno de verse lo que sale de la mezcla. Puestos en lo justo, no sé qué puede esperarse de un padre perdiguero-braco y una madre setter pura, por más que estoy cansado de ver perros eficaces en el campo que, por supuesto, carecían de *pedigree*. Y a la inversa, perros bien presentados y pura sangre que eran verdaderas nulidades. Lo que no estaría de más serían unos cachorros con la fuerza del Choc y la cabeza y la experiencia de la Dina.

La perdiz alicorta
16 de diciembre de 1971

Aprovechando el tiempo calmo, de heladas barbudas, mi hijo Germán y yo nos llegamos a Santa María para cazar la mañana, ya que ambos teníamos quehaceres ineludibles para por la tarde. Antes de mediodía el tiempo se puso de cambio, saltó un norte muy fino y el cielo se entoldó de nubecillas blancas. Deliberadamente dejamos en casa a los perros, a la Dina por su avanzado estado de preñez y al Choc por una colitis aparatosa que desde hace tres días lo hace caminar despatarrado. Mas apenas iniciado el cacerío, ya estábamos clamando por ellos, pues es cosa sabida que a perros en casa, perdices alicortas. Y no es preciso recordarle al lector-cazador el desgaste de fuelle y piernas que la cobra de una perdiz de ala exige. Diríase que la tremenda fuerza de este pájaro se concentra en las patas tan pronto el ala falla. Diría más: cazador que vacila unos segundos ante una perdiz a peón, cazador que, de no contar con un can diestro, se queda sin pieza. Yo no puedo calcular la cantidad de carreras –carreras espasmódicas, desenfrenadas– que en mi vida cinegética han promovido perdices aliquebradas. Pero, como es lógico, a medida que el tiempo transcurre –máxime este año en que mi pierna derecha todavía se resiente–, las tabas se enmohecen, los músculos se agarrotan y las galopadas se tornan por días más tardas y remisas. En cualquier caso, la perdiz en el suelo es un diablo; rápida y escurridiza como un lagarto. Además, su huida –generalmente en la dirección en que el cazador corre– no es una fuga alocada. La perdiz hace lo contrario del avestruz. Ésta oculta la cabeza bajo el ala para que no la veamos; se engaña. La patirroja se esconde entera cuando no la vemos; nos engaña. La perdiz es sumamente astuta. Jamás se oculta mientras se sabe a la vista; es más, suele hacerlo tan pronto sale del campo visual del cazador. Por eso a la perdiz alicorta conviene seguirla de cerca o bien buscando un alto que domine el terreno y le impida el amonamiento.

Germán, mi hijo, lo hizo así esta mañana al derribar dos, en doblete, desde lo alto de la ladera y caer una planeando sobre la tierra recién arada. La distancia entre él y el pájaro era grande, pero mi hijo, dando de lado la perdiz derribada en primer término, que cayó como un saco, salió como un cohete hacia la otra, pero paralelo a ella, no descendiendo, sino conservando su lugar prominente en la cuesta, la

perspectiva aérea, observatorio inigualable para poder seguir en todo momento sus evoluciones. El pájaro, al notar sobre sí la mirada atenta del cazador, no se agazapó, continuó apeonando, con lo que mi hijo pudo cobrarlo a trescientos metros del lugar del disparo. Claro que la oportunidad de una atalaya no se da siempre. A veces, incluso, no sólo no hay promontorio, sino que la perdiz es derribada en un espesar donde, de no contar con un perro enseñado y de buena nariz, más vale decirle adiós desde un principio y no perder el tiempo.

Ahora recuerdo que hace unos años, cuando preparaba *El libro de la caza menor* con el fotógrafo Ontañón, mi hermano Manolo derribó una perdiz de ala en el monte de Villanueva de Duero. Mi hermano pesaba entonces más de cien kilos y mientras corría, entre resuello y resuello, encarecía a Ontañón, en cuya dirección caminaba la perdiz, que le atrapase la pieza. Empero, el fotógrafo, ajeno por completo a la codicia cinegética, vio en aquella circunstancia la posibilidad de unos buenos grabados para el libro y, mientras el pájaro franqueaba el calvero, disparó seis u ocho veces la cámara hasta que aquél se refugió en una mata de encina de una densidad y un tamaño más que regulares. No es preciso reproducir las gruesas frases de mi hermano jadeante, apostillando el pintoresco lance.

La perdiz aliquebrada en fuga aspira a dejar de ver al cazador pero inevitablemente escoge para ocultarse el instante en que él no la ve tampoco a ella. Conscientes de esto, lo procedente, si el lugar no es muy accidentado (hablo de cuadrillas sin perro), es registrar los alrededores con un alto porcentaje de probabilidades de encontrarla ovillada en un tomillo o una depresión del terreno, cuando no en la hura de un conejo. (Yo he sacado varias perdices de las bocas de los conejos. Es sencillo, porque los pájaros, tal vez amedrentados por la oscuridad, nunca profundizan y es suficiente meter el brazo hasta el codo para prenderlos.)

El perdicero debe saber que el ovillamiento de una perdiz aliquebrada es pasajero, breve. De no patear el lugar de derribo, con lo que la asustamos y aumentamos su recelo, rara vez sobrepasará el cuarto de hora. Transcurrido este lapso, el pájaro se olvida de su incapacidad, se incorpora y se dispone a reanudar su vida normal. De ahí la frecuencia –particularmente en los cazaderos poco extensos donde se anda sobre lo ya andado– con que a la tarde nos sale al paso la patirroja que aliquebramos por la mañana. Todo cazador con alguna experiencia tendrá anotadas en su agenda suertes de esta índole. Fiado en ello y persuadido de mi mala disposición para la carrera, esta mañana me armé de paciencia y decidí emplear el sistema del plantón para cobrar un hermoso macho derribado en un barbecho, tras una pequeña loma. Ante la imposibilidad de registrar hoyo por hoyo, cavón por cavón, en un radio de cincuenta metros, me

quedé inmóvil, haciendo la estatua, en lo alto del promontorio. Por la parte más baja de la tierra corría un arroyo erizado de espadañas y yo tenía la seguridad de que la perdiz, al creerse sola, trataría de guarecerse allí. Me encuclillé, pues, y retuve hasta la respiración. Y, en efecto, no habían transcurrido diez minutos cuando el macho se enderezó a no más de veinte metros de donde yo aguardaba y trató de ganar el regato a toda velocidad. Mi repentina irrupción no le hizo ninguna gracia y pude atajarlo sin dificultades.

Pero a pesar de nuestras precauciones y añagazas, Germán y yo dejamos un par de perdices alicortas esta mañana entre las aulagas de los perdidos. Son gajes del oficio, servidumbres obligadas. Estos pájaros no sufren. A la perdiz, si no se la aprieta, no le place volar. Es ave candonga como es la codorniz o, fuera de la familia, la avutarda. Eso sí, a la perdiz aliquebrada hoy la delatará el domingo el can de otro cazador, si no la atrapa antes el raposo o el garduño en una de sus incursiones nocturnas.

La asomada
19 de diciembre de 1971

La Dina alumbró anoche dos cachorros: macho y hembra. El macho pintado, de marrón oscuro como el Choc, su padre, en tanto la hembra es blanca, con motas color canela, como la madre. Ambos tienen largas orejas, morro ancho, boca oscura y prestancia; lo que se dice buena lámina. No hay precedentes de camada tan reducida en la Dina, animal muy temperamental y fecundo, con doce mamas y mucho genio. La decadencia física de la perrita se muestra en este parto tan exiguo.

Antes de marchar, subimos al taller a verla y realmente resultaba conmovedora su indecisión entre el monte y los hijos. Nos olisqueaba las botas y los bajos de los pantalones, excitada, y, acto seguido, parecía recapacitar, vacilaba y retornaba a la caseta a amamantar a los cachorros. Finalmente, la dejamos en paz y nos fuimos a Santa María con el Choc.

Dando de lado huracanes y nieblas, ésta ha sido la primera jornada decididamente hiberniza del año: cielo bajo y turbulento, brumas remotas cercenando el paisaje y una lluvia menuda y punzante –como puntas de alfileres– cayendo en rociadas intermitentes (evidentemente, este otoño no quiere llover en forma).

Los días así la perdiz se oculta bien y resulta difícil descubrir los bandos. Eso explica el escasísimo traqueo de la jornada: trece tiros, cuatro por barba. Tiros disparados además, las más de las veces, sobre piezas inciertas, difusas, a las que se foguea por probar, por aquello de ver qué pasa. Pese a todo, descolgamos cinco que, puestos en lo justo, es casi como partir con el campo, resultado que no está mal.

En estas condiciones climatológicas, de visibilidad reducida, se calculan mal las distancias; la falta de luz nos juega malas pasadas. De salida, por ejemplo, yo dejé dos perdices sin tirar para, de inmediato, darme cuenta de que no iban tan largas como creía. En días así, estos fenómenos no son raros. Ante una patirroja que se arranca, uno se dice: «Las tías vuelan en París», pero si en las proximidades hay una referencia –un chozo, un majano, o una carrasca– y el pájaro lo sobrevuela, después de nuestra inhibición nos decimos: «He hecho el primo no tirando; las he bajado más largas». Pero esta actitud, a balón pasado, no remedia nada; la omisión es irreversible. La bruma y el cielo bajo son tan engañosos que no cabe contar ni con el propósito de enmienda, ya que si cinco minutos después salta otro pájaro en

condiciones análogas es muy probable que vuelva a sucedernos lo mismo.

Mas, por encima de las dificultades que origina la poca luz, está la intrepidez de la perdiz en este clima; la casi imposibilidad de doblegarla físicamente. En días fríos y brumosos la perdiz se mantiene entera, ojo avizor toda la jornada. Tanto da desperdigarla como no desperdigarla. Aislada o en bando continúa alerta y, como no existe merma de facultades, su vuelo es pronto y vivaz, un noventa y nueve por ciento de las veces fuera de tiro. Y si los pájaros no aguardan, renuncian a guarecerse en un breñal o a ovillarse en un matojo, al cazador no le queda más que un recurso hábil: la asomada. He aquí casi la única posibilidad de abatir perdices en el duro invierno mesetero. ¿Que en qué consiste? Muy simple: en buscar acceso a los lugares bajos a través del terreno contiguo más alto y próximo (en el caso de un montículo redondeado y con broza yo no irrumpiría por la parte alta de la cuesta sino por media ladera para dominar los altos y los bajos). En los días que la perdiz no se sujeta, no vale de nada –o de muy poco– caminar tesoneramente, sin ton ni son, registrando pajas y matojos, sino que lo que procede es estudiar la manera más conveniente de acceder, quedos y silenciosos, a la escorrentía, el cárcavo, el desmonte o la caída de una ladera. En los días de sol –caniculares o de helada– tales previsiones no son imprescindibles puesto que el ganado, tras los primeros vuelos, una vez aislado, suele sestear entre la maleza y la sorpresa puede producirse, sin necesidad de recurrir a la asomada más o menos furtiva, en cualquier parte. En los días crudos no, o sólo excepcionalmente. Durante estas jornadas, la perdiz no renuncia a la guardia y, en consecuencia, la escopeta alta únicamente podrá sorprenderla badulaqueando por el páramo e irrumpiendo en la ladera cada cincuenta o cien metros; la central, afrontando en vertical repechos y caballones, y la faldera arrimándose astutamente a los cortados y desniveles que ofrezca el terreno. El secreto de la asomada no es más que eso: saber asomarse; personarse de sopetón, de tal forma que a la perdiz resguardada en la depresión no le quede otra salida que alzarse dentro del radio de acción de la escopeta.

Argüirá el lector que estas cosas se dicen mejor de lo que se hacen; que la teoría es hermosa pero que su aplicación dista mucho de ser tan simple. El argumento es válido aunque la escasez de oportunidades no destruye la eficacia de la táctica como tal. Hoy, concretamente, es muy probable que, de no haberla utilizado, hubiéramos regresado a casa bolos o, a lo sumo, con una pieza, porque el resto, las otras cuatro, cayeron a la asomada. Ahora, que para ponerla en práctica se requieran afición, piernas y paciencia, ya es otro cantar. El cazador asomará, al cabo de la jornada, cuarenta o cincuenta veces y

únicamente una o dos acertará: había pájaro agazapado. ¿Que esto es poco? Evidentemente, pero caminando al albur, en línea recta, a la buena de Dios, lo más seguro es que no suceda nada, esto es, que nos llegue el toque de retirada con la canana virgen, sin disparar un tiro, lo que equivale a decir que la táctica ciertamente no será un filón, pero menos da una piedra.

La turbulencia del día alborotó a las gangas, que durante toda la mañana merodearon por los contornos sin decidirse a entrar en plaza. Es pájaro muy avisado éste. También vimos ingentes bandos de azulones sobrevolando la vega del Arlanza.

A las tres de la tarde, cuando bajábamos a comer caliente en Quintana, nos tropezamos con Enrique Calleja que iba al río, de aguardo, con unos cimbeles. Según nos dijo, su hijo andaba moviendo los parros arriba y confiaba que alguno se tirase al engaño. Le deseamos suerte, aunque estas estratagemas con los patos de río no suelen resultar eficaces.

El raposo
26 de diciembre de 1971

Entre los venadores, el raposo suele tener muy mala prensa. Según ellos, cuando se presenta, un recibimiento a tiros es lo que le corresponde. El cazador considera al zorro su enemigo ancestral. ¿Motivos? Le roba las perdices y los gazapos y atenta, por tanto, contra sus gratas horas de esparcimiento. La enemiga cazador-zorro responde a una vieja tradición. Son como dos perros disputándose el mismo hueso. Y hasta tal extremo llega esto, que allí donde no hay perdiz o la perdiz escasea, la responsabilidad recaerá sobre el zorro. Por otra parte, lo primero que hará una cuadrilla que toma un coto en arriendo es poner cepos o veneno para destruir las alimañas. Pero en Castilla ya se sabe, raposo y alimaña son términos equivalentes. Esta actitud no deja de ser ingenua ya que, salvo en los casos de una proliferación desmedida, no es pensable que el zorro pueda, por sí solo, descastar las perdices de un término. La perdiz es un ave avispada que se defiende bien y en las zonas zorreras peor que ella lo pasarán, con toda seguridad, lebratos y conejos. Empero la leyenda –cuanto más truculenta, mejor– influye y, pese a nuestra convicción de que el raposo no pasa de ser un eslabón más de la cadena ecológica, entre cazador y raposo existe un desafío latente, una enemiga inconciliable que se transmite de generación en generación.

La cuadrilla del que suscribe raro es el año que no zorrea un día o dos en el soto del Arlanza. Como es raro que transcurra un invierno sin asomarse, al menos una vez, al término de Olmedo, una extensa mancha de pinares, entreverada de carrascas y labrantíos. La repoblación ha salpicado de pimpolladas estas heredades y en una de ellas (que tal vez cuente veinte años, dada la lentitud con que medran los pinos) anduvimos ayer urdiéndole una trampa al raposo. El cazadero resulta apañado supuesto que el pinatar desemboca en campo abierto de un lado, mientras de otro lo hace a un barbecho que antecede a una cerviguera muy prieta de carrascas. La salida del raposo es, pues, obligada por este lado donde tiene a mano el perdedero. Entonces la operación es primaria: dos escopetas se parapetan al margen de la ladera, encarando el barbecho, mientras las otras dos mueven la mancha con los perros. Lo atractivo de esta operación es la sorpresa, ya que a veces lo que surge de la pimpollada sin olivar son liebres y en tal caso es bobería aguardar al raposo. Pero ayer no ocurrió así, y a los veinte minutos de invadir mis chicos la

espesura, se arrancaron hacia la cerviguera dos zorros hermosos, pero uno, al poco rato, lo reconsideró (u olfateó los puestos), el caso es que giró noventa grados y se perdió en las siembras a buen paso. El otro, por contra, entró al matadero dócil, mansamente, mas mi yerno, aún no demasiado ducho en estos menesteres, se precipitó y le largó dos tiros a no menos de treinta y cinco metros. A los tiros, el animal empezó a girar sobre sí mismo y, finalmente, se enderezó, alejándose, en tanto mi yerno lo perseguía tratando de asestarle el golpe de gracia. Todo inútil. El raposo, evidentemente tocado, se refugió en un cañizal de maíz y por más que lo maneamos luego arriba y abajo no volvimos a verle el pelo.

La misma suerte, y en el mismo lugar, nos ha cabido en dos ocasiones anteriores a disparos de mi hermano Manuel y de mi hijo Juan, respectivamente, lo que significa que tirar a un zorro a treinta metros con perdigón de séptima es una candidez (mi amigo el doctor Porro no piensa así, ya lo sé, pero yo me limito a constatar modestamente las experiencias de mi cuadrilla). El raposo, mientras conserva un rastro de vida, es muy refractario a entregarse. Todos hemos sido testigos de la frecuencia con que un raposo atrapado en un cepo se arranca la pezuña antes que dejarse prender. En El Montico, en Puente Duero, mi hijo Miguel, todavía un niño, disparó los dos tubos de su escopeta sobre un raposo, pero la pieza la cobró Félix, el guarda, al día siguiente, a doscientos metros del lugar del lance. Quiero insinuar con esto que es más que probable que estos tres zorros a que me refiero fueran a morir a la zorrera o en el mohedal, pero lo cierto es que a nosotros, sus presuntos aprehensores, nos burlaron.

En esta excursión de ayer, yo recordaba dos sorprendentes encuentros con el raposo, hace quince o veinte años, cazando en solitario en las inmediaciones de Valladolid. Los automóviles aún no se habían multiplicado, ni había entrado la febril manía de las urbanizaciones, con lo que alejarse seis kilómetros de la ciudad suponía tomar contacto con un medio absolutamente natural y silvestre. De este modo, todavía era posible –como me aconteció a mí en Boecillo en el otoño de 1950– que un raposo brincase a mis pies de una carrasca cuando cazaba torcaces en los pinares. O bien la emocionante escena que viví en los páramos inmensos de Renedo de Esgueva en 1954. La irrupción de una picaza en la pestaña de la ladera me indujo a ocultarme tras un majano próximo (nunca sentí la menor simpatía por los córvidos), pero mi asombro se transformó en perplejidad al ver aparecer tras la marica la soberbia cabeza de un raposo macho. Aguardé inmóvil a que el bicho se internara en el páramo, mientras la pega describía círculos en torno suyo, galleaba con entusiasmo y, de cuando en cuando, le picoteaba el lomo como si le espulgase. Y conforme el zorro dibujaba en aquel erial dilatado y

desierto un amplio semicírculo, yo me ceñía al majano a su compás, esperando que el animal cambiara de dirección y se me pusiese a tiro. Fue una espera emocionante aquella que se prolongó durante bastantes minutos, hasta que al cabo, tras varios titubeos, el zorro volvió a desaparecer en la ladera trescientos metros más abajo de donde había aparecido. Mi reacción fue instantánea. Me lancé a la carrera y, aún con el resuello en el cuerpo, llegué a sorprenderlo en medio de la cuesta rascándose afanosamente sobre una lasca. Saltar él, asustado, y disparar yo fueron dos movimientos simultáneos, mas, a pesar de que repetí sin pérdida de tiempo, el bicho concluyó de bajar, vadeó la vaguada y únicamente al iniciar el repecho de la ladera opuesta empezó a tortolear y a aflojar el paso. Dando bandazos, avanzó diez metros más y, súbitamente, se acostó y quedó muerto sin mover un pelo. No hace falta decir que en un sardón o en cualquier lugar menos desabrigado que aquél lo hubiera perdido, con la sospecha, además, de no haberlo tocado.

En fin, esto son nostalgias, agua pasada, y ni la nostalgia ni el agua pasada mueven molino. Que el raposo –nuestro secular enemigo– menudea en nuestros pagos, es obvio. E incluso aún es posible, como nos sucedió ayer, ver dos al mismo tiempo. Lo que ya, desgraciadamente, no parece factible es que uno pueda topárselo a dos pasos de la ciudad, al cazar en solitario, y derribarlo bonitamente como quien derriba un conejo.

Día de nieve
2 de enero de 1972

Aunque vi caer los copos con cierta solemnidad durante cerca de dos horas, nunca pude imaginar que ayer nevase tanto. A pesar de ello, pensando en la fortuna, acordamos quedarnos en casa. Empero, esta mañana, al ver el sol, limpio e incisivo, desnudando los tejados, llamé a mi hermano Manolo y decidimos llegarnos a Villanueva de Duero. «A las doce no quedará en el campo ni rastro de nieve», le anticipé con mi optimismo cinegético habitual. Luego, según progresábamos hacia el cazadero, comprobé la alegría de mi vaticinio: a mediodía, aunque el sol picaba con fuerza, las siembras continuaban cubiertas (con una capa de cinco centímetros de espesor) y de las ramas de los pinos, mecidas por el viento, se descolgaban perezosamente pellas de nieve reblandecida. Era un espectáculo fascinante y poco a poco, porque la carretera ofrecía cierto riesgo, continuamos hacia nuestro objetivo pensando ya únicamente en las avefrías, puesto que para las especies ordinarias era evidentemente un día de fortuna.

Sin embargo, las avefrías, contra todo pronóstico, no se presentaron, seguramente porque el temporal de nieve no ha sido general. Pero si la borrasca se extiende al norte de Europa, mañana o pasado inmigrarán a millones buscando campos húmedos, pero limpios, donde aterrizar. Es la copla de todos los años. Recuerdo que la temporada pasada la primera nieve se presentó el día de Navidad, y el domingo 27, jornada terriblemente revuelta, la pasa de quincinetas hacia el sur nos proporcionó, en este mismo cazadero, un día inolvidable. Apostados entre los pinos aprovechando un cielo bajo y plomizo, pudimos dar gusto al dedo y cobrar abundancia de pájaros. A mediodía las nubes levantaron y con ello se esfumó la oportunidad, ya que la altura de crucero de estas aves, que suelen volar como los patos, marcialmente formadas en uve, rebasa de ordinario los sesenta metros. A cambio, la claridad del día nos permitió contemplar a nuestro sabor el movimiento masivo de pájaros: bandos de cien a mil ejemplares surcaban incesantemente el cielo en dirección norte-sur y así seguían cuando se nos echó la noche encima.

De chico, hace treinta y muchos años, recuerdo haber tirado con frecuencia a los aguanieves desde un renqueante Chevrolet al que por su color llamábamos El Cafetín. En Castilla, a falta de las praderas húmedas de que tanto gusta, la avefría asentaba en las cunetas o en los perdidos pantanosos contiguos a los carrascales y, en los años de abundancia, no rehuía las labores encharcadas.

Dada su natural prevención, asombraba su confianza ante el automóvil, que se metía entre el bando sin ahuyentarlas, hasta el punto de que nos era suficiente una carabinilla de doce milímetros de un solo tubo para lograr un buen ramo. Nunca olvidaré la primera que abatí en un aguazal en los bajos de La Sinoba, mi impaciencia por cobrarla y el susto que me llevé al ver colgando de su pico una lengua descomunal. Mi padre celebró mi sorpresa con una gran carcajada: «Tírale de la lengua», me dijo, y yo, con terror que no acertaba a disimular, tiré y, ante mi asombro, la lengua se desprendió sin resistencia: era una lombriz de tierra de exageradas dimensiones. La avefría, pájaro de vuelo blando y coreado, es ave gregaria y, en consecuencia, querenciosa del reclamo. A mi hijo Juan le trajo de Francia su hermano Miguel un cimbel muy ingenioso: a los tirones del nylon respondía el juguete con un reiterado asentimiento de cabeza como si picotease en el lodo. Y ya se sabe que la avefría, ave sumamente glotona, tan pronto divisa a un congénere entregado a los placeres gastronómicos, planea grácilmente sobre él y termina abatiéndose a su lado en espera de participar del festín. Tal actitud promueve una nueva modalidad de caza: el aguardo, procedimiento que exige una ocultación concienzuda de la escopeta. Fiar la pantalla a un ribazo o cuatro juncos es tontería. El cazador ha de taparse bien, y si no se tapa bien, fracasará. Mi experiencia al respecto, aunque corta, creo que vale. De entrada, el bando, levantado en los aledaños e inteligentemente empujado, se siente atraído por el cimbel y hacia él se dirige en vuelo cauto y circular, emitiendo chillidos jubilosos. La sugestión del cimbel se produce, pues, de manera automática. Pero si la escopeta no está bien camuflada, el pájaro barruntará la treta y abandonará la querencia sin demora. Para evitar su fuga, lo que procede es levantar un tollo en los lugares habitualmente frecuentados por estas aves para que se acostumbren a él desde su llegada. Ganada su confianza, el resto es coser y cantar. El cazador, encerrado en el puesto antes de que amanezca, disponiendo de unas troneras bien orientadas, podrá disparar sobre las avefrías en vuelo o a calzón quieto. La cobra, como la de los patos en lagunas y navajos, deberá efectuarse al concluir la jornada.

No faltará quien argumente, y con más razón que un santo, que levantar un tiradero y conservarlo exige la propiedad de una finca, requisito que no está al alcance de todas las fortunas. Esto es como lo de esos libros de cocina cuyas recetas comienzan con gran naturalidad: «Cuézanse unas colas de langosta en dos botellas de champán francés…». Lo de la quincineta tiene, sin embargo, mejor arreglo, ya que este pájaro admite una versión de caza a lo pobre, mediante una aproximación furtiva mientras come, aprovechando los obstáculos del trayecto. El blanco de la avefría no ofrece dificultades;

lo único complicado es conseguir ponerla a tiro.

Desde mi puesto, junto al Duero, divisé hoy a última hora de la tarde dos grandes bandos sobrevolando la cinta del río. Si el nuevo día amanece turbio, trasunto de borrasca en el Báltico, la pasa hacia el sur, a buen seguro, se generalizará pasado mañana.

Bella faena del Choc
10 de enero de 1972

Un cielo aborrascado, con ligera llovizna a ratos y un sutil e insidioso viento del noroeste, produjeron ayer un día desagradable, de mala visibilidad. Por si algo faltara, la nieve caída el primero de año no fundió hasta el sábado, con lo que la andadura por terrenos pegajosos no constituyó precisamente un placer. No obstante, hay que reconocer que la cuadrilla, en esta primera cacería del año 72, acertó a luchar contra las piezas y los elementos y a las dos y media de la tarde, hora de retirada, había conseguido un morral de trece perdices y dos liebres.

En lo que personalmente me concierne, tuve el santo de cara, ya que cobrar ocho pájaros en este mes y en las condiciones descritas no es cosa que se vea todos los días. Pluralizando –que diría la señora Sira, la frutera–, que la de ayer fue para mí una de esas jornadas en que todo sale bien, con mayor motivo si contamos con la peligrosidad del piso, que a menudo me inducía a pensar en la integridad de mis huesos antes que en las perdices. Nada de esto, repito, me impidió disparar y armar una buena percha. E incluso a la hora de la recapitulación debo reconocer con humildad que esas ocho perdices pudieron muy bien ser diez u once. Pero yo siempre he tirado mal a esas perdices que irrumpen inopinadamente sobre nosotros, que literalmente nos tragan, cuando faldeamos una ladera protegidos por un desmonte. Esos pájaros volados arriba llevan una velocidad de centellas y cuando uno quiere dar media vuelta, apuntarlos y tirar del gatillo, andan ya en la capital. De este modo marré ayer dos. Por regla general, en las perdices atravesadas que uno yerra, la perdigonada queda corta, esto es obvio, pero en perdices al hilo levantadas en lo alto desconozco todavía dónde va el tiro. ¿Alto? ¿Bajo? Probablemente esto último, pero no me atrevería a asegurarlo. En compensación a estas torpezas, descolgué una perdiz bravísima que surgió a cuarenta metros de altura y para tirarla –ya en vertical– hube de adelantar mucho de un solo golpe y doblar hacia atrás la cintura hasta casi quebrarla. El tiro real, que dicen los conspicuos.

El regreso por las tierras bajas fue la odisea. Uno recordaba, sin querer, la retirada de Napoleón en Rusia. Las siembras y barbechos, húmedos y deslizantes, añadían una cuarta de suela a nuestras botas y caminar por ellos resultaba penosísimo. Cada quince o veinte metros, uno había de detenerse y lanzar al aire un par de pataletas para que la

greda se desprendiese. En jornadas así, el barro frena también a la perdiz que, en busca de suelo expedito, suele refugiarse, como en los días de sol, en pedrizas, lindazos y arroyos, allí donde la piedra o la paja afirman el piso. El cansino caminar de la escopeta se compensa entonces con la menor viveza de los pájaros, reacios a apeonar por los barbechos. Dato elocuente es que en el pedregal de un majuelo, donde la tierra era más firme, volé hasta medio centenar de perdices, largas, eso sí, pero, desparramadas después por tomillos y espuendas, nos permitieron engordar las perchas. Mas, a pesar de sus precauciones, varias de las que abatí tenían entre los dedos unas diminutas pellas de barro que dificultaban sus movimientos. O sea, tras los cuatro pájaros bajados en las cuestas, vinieron otros cuatro conseguidos a base de recorrer pausada, tenazmente, los arroyos de la nava y los setos de aulaga y espino. Total, ocho perdices en mano, cifra nunca superada por mí en Castilla la Vieja en el mes de enero.

Otra gran satisfacción me la deparó el Choc. Por pura niñez, cuando sale al campo con la Dina, vieja y experta, este perro se limita a corretear tras ella de acá para allá, sin el menor chispazo de genialidad, delegando la iniciativa. Ayer, en cambio, diríase que consciente de su responsabilidad, dio el do de pecho cobrando una perdiz de Juan y Manolo en la otra ribera y a veinticinco metros del arroyo donde éstos la buscaban. Pero esto es poco más que nada al lado de la faena magistral que realizó conmigo. Cuando me dirigía a cobrar una perdiz derribada, otra se alzó de unas pajas muy larga, mas, al tirarla, advertí que frenó en el aire, perdió fuerza y fue a refugiarse a una linde próxima, a mi derecha. Cobré la perdiz primera y me encaminé sin perder tiempo a las pajas donde la segunda se había dado. Al llegar, el pájaro voló literalmente de mis zancajos, lo dejé alejar, le tomé los puntos y oprimí el gatillo, pero el tiro no salió; en mi doble preocupación por cobrar una pieza sin perder de vista a la que huía ¡me había olvidado de cargar! Irritado conmigo mismo me limité a seguir atentamente las irregulares evoluciones de su vuelo hasta dos grandes piedras a orilla de un camino flanqueado de juncos, a cosa de trescientos metros de donde me hallaba. Llamé al Choc y, atravesando tierras mollares y pegajosas, me encaminé al lugar donde la había perdido de vista. Desconfiando del perro y ante el temor de que se alejase, lo mantenía a mi lado, pero él, muy picado, se obstinaba en adelantarme, la nariz en tierra, por el lado derecho del camino. Avanzamos así unos centenares de metros, yo con el convencimiento de haber rebasado el pájaro, el Choc olfateando cada vez con mayor ahínco, moviendo nerviosamente el muñón del rabo, en señal de esperanza. Muy lejos ya de las piedras, en una pronunciada curva del camino, la junquera se espesaba y ensanchaba y, al arrimarse a ella, el Choc súbitamente se detuvo levantando el

morro. Fue cosa de unos segundos. Al instante brincó, las dos manos juntas, hundió el hocico en lo más espeso de la junquera, mientras su trasero y el rabo que emergían de la fronda pregonaban con sus movimientos eléctricos su contento. Al arrimarme a él, la perdiz, todavía viva, aleteaba impotente entre sus mandíbulas. ¡Una hazaña! ¡Una auténtica hazaña si consideramos el recorrido del pájaro y lo intrincado de la maleza! Es cierto que, en la caza de perdiz en mano, cada vez que el can se adelanta nos desazona, pero es en faenas como ésta donde nos resarce de otros sinsabores.

En el taller encontré a los cachorros de la Dina muy pispos; ya corretean y juegan. Yo creo que separarlos el próximo domingo siete u ocho horas de la teta no será ningún disparate. Siempre que la madre acepte, por supuesto.

La liebre de Manolo
17 de enero de 1972

La Dina, la perrita, tal como esperaba, se concedió un respiro en sus obligaciones maternales. Esto de la maternidad puede llegar a convertirse en una costumbre, y en el caso de la Dina nada tiene de particular, supuesto que desde que alcanzó la edad fecunda no pasa primavera ni otoño sin que se desdoble. Así, esta mañana, al presentarme en el taller, nos aguardaba impaciente (el péndulo del rabo resulta enormemente expresivo en este animal) y tan pronto abrimos la portezuela del coche se coló dentro. Es sorprendente la intuición de los perros, su instinto para colegir en qué momento la teta deja de ser esencial para los cachorros. Hasta el pasado domingo, la Dina apenas se movía de su lado (si es caso hacía alguna incursión hasta el grupo para olfatear los trebejos y aceptar algún halago), pero hoy, tan pronto me divisó, se incorporó resueltamente a la partida presintiendo que, a estas alturas, sus deberes maternales podían compaginarse con el monte.

Los partos y los años han tornado a la perra reposada y sumisa. La Dina tuvo una juventud muy díscola –tal vez no creció en delicados pañales– y su mal humor y su agresividad eran proverbiales entre los cazadores de la ciudad. A estas alturas ya no es la que era. Ahora ha adquirido la reticencia y la desconfianza de los viejos pero ha moderado sus impulsos. Concretamente esta mañana, al reanudar la actividad cinegética tras una larga temporada de inacción, apenas se separó de mi lado. Y si por un descuido se alejaba más de la cuenta, me bastaba chistarla suavemente para que ella se parase y me aguardara. Esa actitud sabia, difícil de conseguir en canes temperamentales, me permitió tirar una perdiz a postura de perro en un día infame, suerte esta cada día más problemática –incluso en octubre– con estas perdices nerviosas que ha creado la mecanización del campo.

Por otra parte, es incontestable que el viento nos salvó hoy del remojón y para mí, aun siendo muy desagradable, es preferible el zarzagán a la lluvia. Al menos para cazar con gafas. En puridad, las condiciones climatológicas apenas si variaron en la última semana. Insinúo que este domingo allá se anduvo con el anterior: esto es, cazamos en una pausa (pertinaces lluvias hasta la noche del sábado e iniciación de una nevada furiosa en la tarde del domingo, tan pronto desarmamos las escopetas). Esto significa que el piso, en las siembras

y barbechos de los bajos, estaba aún más pesado y deslizante que hace siete días, con lo que la perdiz, recelosa de la greda, buscó amparo en los perdidos de broza, los majanos e islotes de aulaga en que tan pródigo es este cazadero. Esto nos permitió abatir alguna por sorpresa aunque el piso pegajoso significaba también una rémora para nosotros. La cacería de hoy vino a ser, pues, una competencia de fatigas suplementarias: botas embarradas del cazador contra patitas embarradas de la perdiz. Percha aparte, el resultado es que a la una y media no podíamos con nuestra alma y decidimos largarnos a Quintana a comer.

El lance pintoresco de la jornada corrió a cargo de mi hermano Manolo, a cuenta de una liebre prisionera del barrizal. Nunca en la vida he presenciado un hecho semejante ni creo que vuelva a presenciarlo así llegue a los cien. El caso es que a mediodía apareció en el campo una galguita negra cuya procedencia ignorábamos y que se unió a la partida espontánea y alegremente. Parecía una perrita sociable y simpática y, como, por otra parte, no se alargaba le permitimos compartir nuestra suerte. Pues bien, al acceder Manolo a un arroyo seco, erizado de carrizos y espadañas, brincó una rabona hermosa que corrió por el borde de la maleza sin que él, distraído, pudiera soltarle los dos tiros antes de que doblara el recodo del cauce. Las inesperadas detonaciones pusieron sobre aviso a la galga que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzó como un bólido tras la presa. Aunque he contemplado alguna prueba, nunca he cazado con galgos, por lo que seguí las incidencias de la persecución desde un promontorio con auténtica curiosidad. Y aún me las prometía más felices, ya que el arroyo iba estilizándose hasta desaparecer junto a un barbecho inmenso, apropiado para una carrera sin obstáculos. Pero la liebre, intuyendo tal vez que en aquel terreno pegajoso llevaba las de perder, dio un quiebro fulminante al concluir el regato y, en enloquecida carrera, volvió sobre sus pasos para sorprender nuevamente a mi hermano entretenido en cargar y desahogar su malhumor mediante los juramentos rituales. Ver la liebre, cerrar la escopeta, aculatar y disparar fue todo uno. Empeño vano. En su precipitación dejó los dos tiros traseros –con gran riesgo para nuestra amiga la galga–, pero la rabona, asustada por las detonaciones a quemarropa, tornó a fintar con agilidad pasmosa, burló a su perseguidora y reinició el recorrido flanqueando las espadañas, como si se tratase de un juguete mecánico en un canódromo. Desde nuestras respectivas atalayas, mis hijos y yo contemplábamos divertidos la escena, pero nuestra sorpresa llegó al asombro al observar que la liebre acosada, al abocar otra vez al barbecho, frenó súbitamente (como suelen hacerlo los animalillos de Walt Disney en las cintas de dibujos), de tal modo que la galga alocada pasó sobre ella sin tocarla.

La rabona, aprovechando el momentáneo desconcierto de la perra, volvió grupas y regresó nuevamente por el borde del arroyo hacia mi hermano, quien, advertido ya de la originalidad de aquel animal empeñado en suicidarse, se había apartado de la vereda y, oculto en los carrizos, pudo foguear tranquilamente y revolcarla.

El hecho insólito de que una pieza de caza brinde a la escopeta tres oportunidades consecutivas de tomarle los puntos espoleó las bromas y comentarios durante el viaje de regreso. Y aun no es aventurado predecir –dada la propensión del gremio cinegético a establecer jalones y referencias– que en el futuro, cuando una pieza fácil se nos vaya a criar, nos consolaremos diciendo: «Peor fue la liebre de Manolo en Santa María».

Los nervios y el perdigón
23 de enero de 1972

Cobrar cinco perdices entre tres escopetas en las anchas vaguadas de Villafuerte a estas alturas y con el cierzo que soplaba esta mañana no es, desde luego, ninguna niñería. Y el caso es que, al iniciar la jornada, el día se ofrecía prometedor con tiempo calmo, un dedo de escarcha en los sembrados y un bolillo que iba adquiriendo entidad a medida que se alzaba sobre el horizonte. Tanto fue así que, de entrada, nos lanzamos a la aventura en chaleco, pero, apenas nos habíamos alejado un kilómetro del coche, empezó a moverse una brisa muy fina que al cuarto de hora degeneraba, como esta temporada parece ser de ley, en un viento congelador.

Deliberadamente hicimos esta mañana una jornada de castigo, andando mucho y a buen tren, ya que la semana ha sido tensa y crispada, de graves preocupaciones de todo orden, y es cosa sabida que nada como mortificar el cuerpo para serenar el espíritu. Pocas veces he necesitado este esparcimiento como hoy, simplemente como medida terapéutica, puesto que antes de salir ya barruntaba yo que cazaría poco.

–¿Y en qué lo notaba usted, oiga?

Bueno, yo creo que el buen cazador sabe de esto. El aforismo griego «Conócete a ti mismo» tiene en el venador una aplicación rigurosa. Y yo, en este aspecto al menos, creo conocerme. La caza requiere dos disposiciones personales: física y psíquica. Y una ambiental: clima. Y ninguna de las tres era para mí la adecuada esta mañana. ¿Que en qué conozco mi mala disposición psíquica? Muy sencillo, en una suerte de nerviosidad, de ansiedad opresiva que fatalmente se traduce en una respiración corta y apremiada. Lo primero que, a mi juicio, requiere el cazador para poder confiar en sí mismo es una respiración acompasada y profunda. Eso que vulgarmente se llama «respirar a pleno pulmón» constituye en este ejercicio una garantía. Y cuando esto, por una razón o por otra, no se da, la escopeta termina por convertirse en un trasto tan inofensivo como un paraguas. Sólo así cabe explicarse que del par de perdices que me arrancó de las pajas de una lindera (pese al frío hoy hemos tropezado con varias perdices apareadas), ofreciéndome en bandeja la posibilidad de un doblete, la segunda se me fuese con viento fresco. Y otro tanto cabe decir de las tres patirrojas remitidas por mi hermano Manolo y a las que vi atravesar ante mis narices con la misma indiferencia que si yo fuera

una enfermera de la Cruz Roja; ni me armé, ni disparé. Los nervios ofrecen en mí dos manifestaciones contrapuestas: o me inhibo o me precipito; no reacciono o lo hago extemporáneamente. Para contrarrestar estas situaciones, mejor aun que las píldoras, son el aire puro y el ejercicio. Por eso hoy, después de una mañana de esfuerzo ininterrumpido, verdaderamente arduo, mis nervios se calmaron y mi espíritu se serenó, hasta tal punto que si la jornada hubiera comenzado en el momento en que terminó es más que probable que las cosas hubieran rodado de otra manera.

No oculto que entre los motivos que me soliviantaron la semana que hoy termina está el anuncio de la apertura de la temporada (mes y medio) de caza de perdiz con reclamo por parte de los servicios correspondientes. En contra de esta tolerancia –inexplicable para con una especie tan amenazada en ciertas zonas como la perdiz roja– he sacrificado mucho tiempo, mucha tinta y muchas energías. Pero mis voces de advertencia, cinegéticamente apocalípticas, no han servido de nada. O sea, ya tenemos legalizada la caza con perdigón en España y convocada a bombo y platillo la primera temporada en Valladolid, con las limitaciones teóricas de tres perdices por barba y una distancia de mil metros entre tollo y tollo (y, por supuesto, únicamente en los acotados). Mas la pregunta sale de ojo: ¿Ignora alguien que los acotados son ya en la península bastantes más terrenos que los libres y que no tardando, si Dios no lo remedia, podrán afectar a todo el país? Ítem más: la ley prohíbe colocar la jaula a menos de quinientos metros de la linde cinegética más próxima, pero argumentamos: ¿es esto suficiente? ¿Está seguro el legislador de que un macho decidor –la caza con la hembra está proscrita–, con viento favorable, no domina al menos un radio doble que el autorizado? Pues, si esto es notorio, pronto veremos a los propietarios o accionistas de acotados robándose mutuamente las perdices y, lo que aún es peor, atrayendo con la labia persuasiva de los machos enjaulados la media docena que heroicamente pervive en las zonas libres.

Y esto no es todo. ¿Qué decir de la ausencia de control? Recuerdo que una de las infinitas veces que yo alcé la voz contra el peligro que representaba legalizar el perdigón en una sociedad incivil y maleducada como la nuestra, alguien –algún iluso– replicó que cabía la posibilidad de establecer turnos y montar un servicio de vigilancia cerca de los jauleros. Ahora, al llevar a la práctica la teoría, observaremos que yo tenía razón, que todos esos hermosos proyectos no eran más que una utopía y un imposible. ¿De dónde sacar la guardería para este menester? Las escopetas, como presumíamos, saldrán solas al campo sin otra prohibición que la de erigir el tollo a más de mil metros de donde lo levante el vecino. Y si reflexionamos sobre hechos comprobados (no sobre suposiciones) y nos consta que

los cangrejeros que pueden atrapar veinte docenas de cangrejos no se detienen en las diez autorizadas, ni hay apenas truchero que en un día afortunado se atenga al cupo legal, ni un cinco por ciento de cazadores que respeten una rabona que les salta de entre las calzas en la temporada de codorniz, ¿por qué regla de tres vamos a confiar en que los jauleros se comporten de distinta manera? ¿Qué argumentos avalan que la patirroja ante el reclamo vaya a recibir un trato de favor? ¿Quién diablos va a levantar el tollo y volverse a casa una vez cobradas las tres perdices autorizadas? Me gustaría que las cosas no fueran así, pero si lo son (y no veo razón convincente para que en lo sucesivo vayan a ser de otra manera), ¿qué va a suceder en los pagos de la mitad norte de la península? ¿Es que para complacer a dos docenas de ilustres inválidos vamos a sacrificar los intereses de cientos de millares de escopetas? Ciertamente no me cansaré de clamar contra esta concesión disparatada, aunque reconozca, y esto es aparte, que la caza de perdiz con reclamo brinda no pocos alicientes. Pero si aspiramos a que este pájaro no sucumba en grandes extensiones de nuestra geografía (los cotos bien precintados y vigilados de Toledo, Albacete y Ciudad Real constituyen rancho aparte), prohibamos esta modalidad de caza que, en poco tiempo, va a reducir a la mitad el ya escaso censo de patirrojas que aún albergan nuestros campos.

Las Gordillas
27 de enero de 1972

He pasado unas horas en la finca de Las Gordillas, en la provincia de Ávila, bajo un sol tonificante y una brisa tibia, heraldo, si no me equivoco, de próximas lluvias. Ya veremos lo que pasa.

La partición de este cazadero –que tomé con mis amigos del club Alcyon hace unos años, pensando sobre todo en el aguardo de torcaces– ha sido, a mi entender, deplorable. Esta finca constituía una unidad cinegética, recogida, con zonas bien diversificadas y concretas, que uno había llegado a dominar a fuerza de piernas. Ahora, al dividirla, se ha quebrado la continuidad de tal modo que la evolución normal de una mano de tres o cuatro escopetas se hace problemática (por ejemplo, hay terreno para ir pero no para volver). Para mayor decepción, el sector con que nos hemos quedado es el sur, cuando el que yo acostumbraba a cazar era el norte, pegujales que llegué a conocer con tal precisión que más o menos sabía adónde dirigirme si lo que necesitaba era una liebre o un par de conejos. Ayer, en la zona sur, me encontré desorientado (por otra parte es la primera vez que asomo por aquí esta temporada) y a pesar de haber pateado aplicadamente siembras y carrascales no conseguí más que una liebre y un gazapo. La rabona en un mato perdido, orilla una escorrentía, se incorporó tan perezosamente que antes de coger carrera ladera arriba ya la había derribado. El gazapo, más remiso aún, aguantó encamado en una cárcava y hube de detenerme y chistar tres veces para que el indino se arrancase. Como de costumbre de tres años a esta parte, no vi perdices.

Las últimas temporadas he pasado muy buenos ratos yo solo en este cazadero, cazadero ideal para una escopeta solitaria, ya que perdices prácticamente no hay, pero, en cambio, el terreno es pródigo en especies muy variadas: becacinas, azulones, avefrías, torcaces, tórtolas, sin contar liebres y conejos relativamente abundantes. También es hermosa la traza topográfica de la heredad, dividida en dos por el río Voltoya, con dos cervigueras enfrentadas no demasiado densas, que permiten foguear sobre el gazapete que se arranca. En el vallejo, se alternan prados y junqueras que, debido a la vecindad de un arroyo sin lecho, se inundan en cuanto caen cuatro gotas, ordinariamente a partir de octubre en un año normal. En estos marjales solían instalarse unas docenas de becacinas que aliviaban la situación los años que las carrascas no daban para otra cosa. Y si las

lluvias eran copiosas o insistentes se formaban allí unos lucios de medio metro de profundidad donde, de ciento en viento, fondeaba algún pato fino. Recuerdo que en el invierno del 70 logré en uno de ellos un doblete de azulones en un pim-pam reposado y sencillo, puesto que la pareja saltó a treinta metros, primero la hembra –¡pim!– y detrás el macho –¡pam! El problema fue la cobra, pues aunque calzaba botas de agua, las cañas apenas me cubrían las corvas, por lo que opté por descalzarme, quitarme los pantalones y vadear el lavajo, con cristales de hielo en los bordes, en calzoncillos.

En el marjal, al abrigaño de brozas y espadañas, solía encamar la liebre los días de helada fuerte. No preciso forzar la memoria para recordar seis o siete rabonas abatidas ahí, chapoteando en los charcos o patinando literalmente en el hielo. Pero puestos a evocar lances lebreros en este coto, me quedo con la curiosa demostración que me hizo una tarde Santiago, el de Práxedes, en el encinar que rodea su casa, derribando una liebre a la carrera de un bastonazo. Este tipo de hazañas figura normalmente en el repertorio de todos los zagales del país, pero yo nunca lo había presenciado. Santiago, el de Práxedes, me brindó aquel día una operación aséptica y sorprendente. La liebre se le arrancó a diez metros y antes de que caminara otros diez, la cayada de Santiago, describiendo molinetes a ras de tierra, la alcanzó en los cuartos traseros y la derribó. Y todavía lanzó esa tarde un segundo garrotazo a otra que se desperezó un poco larga y, aunque la acertó en las posaderas, la cachava no llevaba ya fuerza para pararla. La maestría de Santiago, el de Práxedes, aventó para siempre mi escepticismo respecto a estos empeños.

Mientras echaba un cacho esta mañana en la raya entre las dos Gordillas, recordaba éstas y otras andanzas. Ahora habré de familiarizarme con la Gordilla que nos queda, puesto que todo cazadero tiene su encanto secreto que hay que descubrir poco a poco. Personalmente, contados cazaderos me conquistan el primer día. Mas, a medida que los frecuento, mi concepción inicial se va modificando para bien. Con los cazaderos sucede como con las ciudades. La ciudad desconocida nos suele resultar ingrata cuando no hostil. La conquista, el descubrimiento de sus rincones atrayentes y sus habitantes solidarios, suele ser una labor lenta, en líneas generales progresiva aunque con pasajeros retrocesos. Con los cazaderos me ocurre igual. No me son gratos mientras no me dicen nada. Pero llega un momento en que, de una manera insensible, los recuerdos me van encadenando a ellos hasta pasar a ser algo habitual y consuetudinario. Y el día que hemos poblado aquellas carrascas y aquellos labrantíos de vivencias personales (aquí marré un zorro a huevo; en el borde de esa siembra aculé una rabona a setenta metros; junto a aquella encina conseguí una mañana un doblete de conejo y torcaz) pasan a formar parte

entrañable de nosotros mismos y nos cuesta Dios y ayuda abandonarlos. Confiemos en que el sector sur de Las Gordillas no sea una excepción.

Fin de temporada
6 de febrero de 1972

La becada no faltó a la cita del último día de la temporada, lo que representó un consuelo en esta jornada de despedida forzosamente sombría y añorante, ya que el cazador, por bueno que sea el año, es un ser que nunca se da por satisfecho. Ya por la mañana, camino de Santa María, advertimos que las avefrías habían llegado del norte de Europa en cantidades industriales. Se conoce que las lluvias de aquí abajo han sido nieves arriba, con lo que los pagos vallisoletanos y palentinos –Cabezón, Aguilarejo, Dueñas, Venta de Baños– presentaban una auténtica invasión de aguanieves. Hablar de centenares sería seguramente dar una impresión equívoca; eran bandos de millares de individuos que, con sus gráciles siluetas y su plumaje irisado, imprimían a nuestros campos pardos, ordinariamente solitarios y sumidos en el letargo invernal, una vivacidad desacostumbrada.

Desde hace años tengo para mí que las avefrías y las becadas obedecen, en sus devaneos migratorios, a un mismo calendario. Las rarísimas temporadas que hemos abatido una becada en el mes de noviembre, las avefrías ya estaban aquí. Y a la inversa. Esta temporada, que las avefrías han demorado la entrada, no hemos visto una chocha perdiz hasta esta mañana. La coincidencia es comprensible: tanto la quincineta como la sorda se nutren de la tierra (jugos, larvas, lombrices) y parece natural que cuando los campos se revisten de nieve en el norte ambas especies se desplacen a las tierras desnudas, húmedas y mollares del Mediterráneo para subsistir. Una vez más, becadas y avefrías coincidieron en Castilla y la irrupción impensada de la chocha esta mañana alivió un poco la amargura que comporta inevitablemente el desenlace de la temporada.

Y el caso es que tropezar con la chocha fue una verdadera casualidad, ya que el cazadero de Santa María es un bravo cazadero de perdices, de arduas laderas y estirados navazos, donde apenas amuebla los perdidos una rala vegetación esteparia, y ya es sabido que la sorda gusta de aposentarse cabe árboles o matas de cierta frondosidad. Pero mientras Manolo buscaba un nuevo acceso al camino para evitar que el coche se atollase, mi hijo Juan propuso manear el soto del Arlanza por ver si despabilábamos a algún azulón. Azulones no había, pero cuando Juan y yo iniciábamos el regreso, irrumpió de improviso una chocha (volada por mi yerno en unos mimbrerales según supimos luego) y el animal, al divisarnos, fintó a

nuestra derecha tratando de profundizar en el soto, momento que nosotros aprovechamos para foguearla sin éxito. Menos mal que a mí me quedaba el izquierdo y, un poco más repuesto de la sorpresa, acerté a cortarla. La cobra, en un río cenagoso y turbulento a causa del temporal de la última semana, constituyó un número cómico acuático de esos que enriquecen el anecdotario cinegético.

Después, la jornada, como nos temíamos, resultó pasada por agua. A poco de empezar, un chubascazo implacable nos puso a remojo. Menos mal que una prolongada escampada posterior nos secó la ropa empapada sobre los huesos.

Como era de esperar en estas circunstancias, apenas movimos perdices, siquiera yo, en un día afortunado, derribé una antes del aguacero y tres después, una de ellas luego de hacer una torre exageradamente distante (¿quinientos metros?), con un cerro interpuesto que me impidió localizar con exactitud el pelotazo. Sin embargo, en estos casos, lo he dicho siempre, para cobrar el pájaro no hay más que tomar bien la referencia, la vertical donde el ave se desploma, dando de lado si la distancia es de cien o de ochocientos metros. Esta mañana yo, después de coronar el teso, me encaminé pausadamente hacia la línea donde había visto doblar a la perdiz y cinco minutos más tarde la cobraba en la siembra, a no más de cuatro palmos del pasillo que recorría.

A la una y media se ensombreció de nuevo el horizonte y, ante la perspectiva de otra mojadura, lo dejamos para la temporada que viene. Comimos en el refugio, al amor de la gloria, que, al tiempo que nos desentumecía, avivaba nuestras nostalgias. Entre trago y trago, hicimos balance general: la temporada 1971-1972 nos ha deparado 323 piezas, salvo error u omisión, distribuidas así: 169 perdices, 71 conejos, 60 liebres, 19 torcaces, dos codornices, un azulón y una becada. Considerando que la cuadrilla es de tres o cuatro (seis en conjunto aunque nunca nos reunimos todos), el botín viene a resultar de 3,75 piezas por escopeta y día, cifra irrisoria para los habituales de las batidas de campanillas, pero bastante satisfactoria para el esforzado cazador a rabo.

Después de esta experiencia, puedo vaticinar (si la autorización del reclamo no da al traste con mis pronósticos) que la perdiz irá en aumento en los mimados cotos del sur, decrecerá paulatinamente (en virtud de la mecanización, la concentración parcelaria y otros factores) en los de la meseta norte, se irá extinguiendo (si no se pone remedio) en los cada día más escasos terrenos libres y desaparecerá totalmente en los regadíos, acotados o no. Por contra, la población conejuna (los 71 cobrados por la cuadrilla este año alimentan mi esperanza) seguirá reconstruyéndose y espero que, en poco tiempo,

vuelva a ser la alegría de nuestros carrascales.

En fin, a enfundar y ¡hasta agosto si Dios nos da vida!

La codorniz
27 de agosto de 1972

La temporada de codorniz se abrió este año tarde y en un clima enrarecido debido a la profusión de cotos privados que en algunas zonas, verbigracia Valladolid, alcanza ya el setenta u ochenta por ciento de los términos municipales. Esto ha provocado entre los cazadores urbanos no ya decepción, sino una indignación acre y justificada, puesto que a este paso, en el plazo de unos meses, no les va a quedar una triste hectárea libre donde dar gusto al dedo.

Tal situación explica que esta mañana, en los contados lugares no entablillados aún, la concentración de automóviles fuese pareja a la que ofrece a las siete de la tarde la Plaza de la Cibeles. Cerca de Pampliega, de paso para Santa María del Campo, yo conté esta mañana, en el puente sobre el arroyo Cogollos, cuarenta y cuatro vehículos. No es preciso ser muy imaginativo para figurarse lo que habrá sido la alborada en esa zona, enquistada entre tres cotos, más bien reducida y con más de doscientas escopetas ávidas de botín. Por más que tampoco diferirá mucho de lo que haya ocurrido en otros sitios, incluso acotados, ya que la codorniz, de unos años a esta parte, tiene, como se dice ahora, un gran poder de convocatoria. Esto demuestra no que la afición a la caza aumente, sino que hoy, al cazador y al pescador advenedizos, les place lo fácil, o, para ser más concluyentes, que cazadores y pescadores auténticos, pese a las apariencias, sigue habiendo pocos en el país.

Mas a los cazadores que llevamos en la sangre la afición nos ha salido un grano con la irrupción alborotada de primerizos que las más de las veces ni saben de qué va aquello. Y como la caza de este pajarito constituye un ejercicio moderado, que no obliga a soportar inclemencias y, por añadidura, el éxito del disparo –de algún disparo– está garantizado, ya tenemos el campo invadido, literalmente ocupado, el día de la iniciación. Hoy día la codorniz, en la jornada de apertura, despierta un hervor multitudinario que hasta el momento sólo provocaba el fútbol, por señalar un competidor caracterizado. Y con las avalanchas llegan los accidentes, de perdigón y de carretera, cosa que nuestros padres, hechos a la soledad del rastrojo de hace ocho lustros, difícilmente hubieran podido imaginar.

Para remate, este año la apertura se produjo en unos días bonancibles, suavísimos, que invitaban al paseo, lo que quiere decir que las circunstancias arriba apuntadas se vieron, encima, favorecidas por el clima. En estas condiciones desembarcamos en Santa María a

las ocho y media de la mañana, tras dos horas de viaje, cuando ya algunos de nuestros competidores habían colgado una docena de pájaros. Y como disponíamos de dos perros, Juan y Miguel subieron con el Choc a los rastrojos de la ladera, mientras Manolo y yo, con la Dina, registrábamos el arroyo de los bajos. Una mano de cuatro escopetas para la codorniz, salvo en los crepúsculos y en pajonales espesos, no es recomendable. Cazador y can mano a mano, o dos cazadores, separados por el arroyo, es lo mandado en la caza de esta gallinácea.

–Bien, ¿pero vieron ustedes codornices o no las vieron?

A eso voy, tenga usted paciencia. La verdad es que encontré el campo muy desigual, mucho más desigual que en las seis últimas temporadas. O sea, si a mí me hubiesen preguntado si había codornices a las diez de la mañana, tras hora y media de paseo, hubiese respondido sin vacilar que muchas. Si la pregunta, en cambio, me la hubieran formulado a mediodía, sin otra experiencia que las dos horas inmediatamente anteriores, hubiera respondido que regular. Finalmente, si la pregunta me la lanzan a las siete de la tarde, omitiendo la experiencia de la mañana, hubiese contestado que prácticamente ninguna, que en la vida había pateado unos rastrojos más sosos y con menos provecho. En relación con esto, como es lógico, marchó la percha. En los noventa minutos iniciales, mi hermano y yo cobramos docena y media de pájaros, una en las dos horas siguientes y media en las tres de después de comer, con la agravante, en este caso, de que no vimos ninguno más. Como quiera que los chicos, por su parte, derribaron alrededor de otras tres docenas, la percha final fue de sesenta y ocho codornices, aparte, naturalmente, las no cobradas.

Esto no quiere decir que Manolo y yo no hubiéramos podido forzar la cifra antes de las diez de la mañana. Pero ocurrió que, apenas llevábamos registrados doscientos metros de regato, cuando apareció otra cuadrilla en dirección contraria a la nuestra. Ignoro si el cazador que me lea compartirá mi punto de vista, pero para mí las únicas dificultades en la caza de la codorniz son los nervios –que impiden reportarse– y el viento. Y los nervios me los desataron las tres escopetas de enfrente disparando a diestro y siniestro, azuzando a los perros, comiéndonos un terreno que, naturalmente, era de todos pero que yo había prejuzgado mío al apearnos del coche.

A partir de ese momento, Manolo y yo, como puestos de acuerdo, fallamos seis codornices a placer. De espaldas ya a nuestros inoportunos colegas y más sosegados, logré derribar cinco sin fallo, pero entonces empezó la Dina con los suyos y, una tras otra, me las fue perdiendo todas entre la broza. Hago gracia al lector del vocabulario que me inspiró mi desesperación, desesperación

acrecentada por el hecho de que la Dina fue, desde siempre, una excelente perra codornicera. Pero los años no pasan en balde y este animal valetudinario, sordo y medio ciego –una codorniz alicortada le saltó por dos veces ante los hocicos sin que ella se percatara–, no fue capaz de hallarlas entre la espesura, ciertamente muy intrincada, del arroyo.

Fuera de esto, la jornada nos deparó otra sorpresa: la concentración de codornices que encontramos a mediodía en las hazas de los altos. Dada la época, esto no es raro, ya que a finales de agosto es lógico que la codorniz estuviera disponiendo el regreso del veraneo. Lo verdaderamente insólito es que se estacionaran en los terrenos más pelados del término y que volaran en grupos de seis en seis, cuando no de diez en diez, a cuarenta metros de la nariz de la perra, sin darle tiempo a la muestra. Tan extraño comportamiento, más propio de perdices, desconcertó al can y nos desconcertó a nosotros, máxime cuando los vuelos de los bandos eran larguísimos, imposibles de seguir con la vista. Su recelo dio al traste con la mejor oportunidad del día, un día, como ya dejé dicho, disparejo, donde el que acertó con el corro volvió a casa con un buen ramo y el que no, regresó con lo puesto. Esto que no es infrecuente en la caza de esta avecilla, se acentuó este año no sólo por la demora de la apertura, sino por la ausencia de sol y las noches frescas que hemos padecido a lo largo de este mes de agosto, lo que seguramente ha anticipado la emigración o, al menos, las concentraciones preparatorias.

Un Choc desconocido
28 de agosto de 1972

A la hora de comer acordamos volver a las junqueras de Santa María, donde Manolo y yo perdimos ayer cinco codornices y, por lo menos, otras tantas se nos fueron a criar. De modo que Miguel y yo, con los dos peques (mi hijo Adolfo y mi sobrino Manolo, que hacían sus primeras armas), nos arrimamos al arroyo donde iniciamos ayer el cacerío acompañados por el Choc, ya que la Dina no está ya para cazar dos jornadas consecutivas. Por contra, el Choc, fuerte y sobrado, con una nariz prodigiosa, dio con tres de las codornices extraviadas la víspera, y se comportó en todo momento con una mesura y un control impropios de su juventud. Dócil y obediente, rastreó masiegas y espadañas a conciencia, haciendo muestras altivas y a distancia. Encandilado con la actuación del perro, recordaba yo a los cazadores de cosechadora que habíamos topado en el camino. ¿Es un cazador el que se arrima a una cosechadora para ver lo que sale? Yo pienso que no y, sin embargo, ayer y hoy infinidad de escopeteros se pasaron la jornada a la vera de uno de estos artefactos, tenebroso sucedáneo del can. Y yo sigo preguntándome: ¿puede una cosechadora desempeñar en la caza las veces de un perro? Seamos sinceros: para los que sólo esperan ver volar un pájaro para coserle de una perdigonada tal vez la cosechadora sirva, pero para un cazador auténtico la suplantación es un fraude inadmisible. La razón es simple: la caza de la codorniz, su emoción, en un noventa por ciento, es el perro. No el número de pájaros que se levantan ni los que se cuelgan, sino el perro, la asistencia del perro, sus intuiciones, sus piques, sus miradas, sus periódicos retornos al rastro primitivo, sus posturas... En una palabra, sin perro no es concebible la caza de la codorniz. Por eso hoy disfruté con el Choc. Sólo en el campo, sin otros perros y otras cuadrillas que distrajeran su atención, el animal se concentró en su labor y dio una soberana lección de lo que es cazar. Y si alguna vez la presencia de una codorniz acostada le sorprendió, inmovilizándolo en el acto, lo normal es que las indicara a veinticinco o treinta metros de distancia, afirmando sus muestras a medida que se aproximaba, volviendo la cabeza para comprobar si le seguíamos, para terminar su rastreo con una postura de libro: la gran cabeza humillada, levemente vuelta; los ojos inmóviles, inyectados; la mano derecha en alto; el lomo, horizontal, ligeramente arqueado y el muñón del rabo erecto, vibrátil, confirmando la certidumbre de la muestra. Así una vez tras otra, caliente pero sumiso, impaciente pero sin alargarse. Y una vez tras otra, sin un fallo, dio con la codorniz, pese a los intentos de varias por

escabullirse apeonando entre la maleza. Estos pájaros que se corren desconciertan a muchos perros –a la Dina sin ir más lejos–, pero tales tretas no valen de nada con el Choc cuando, como esta tarde, está en vena. El Choc aguanta mucho, pero si a su embestida inicial la codorniz no levanta, él no se desconcierta ni se desmoraliza, vuelve a la referencia primitiva, olfatea, retorna al rastro perdido y, una vez recuperado, la codorniz, así haya interpuesto veinte o treinta metros, acaba por alzar el vuelo. Con la codorniz son necesarios perros tesoneros, que no renuncien.

El par de horas sosegadas y expectantes de esta tarde constituyeron la compensación de la nerviosa jornada de ayer. Y aun no viendo muchas codornices –no rebasarían las dos docenas– y colgando docena y media, pasamos un rato estupendo, incluso con oportunidades de aleccionar prácticamente a los pequeños. La seguridad del Choc y la serenidad del tiempo, nos permitieron darles prioridad en el disparo con la oportunidad de enmendar nosotros sus yerros. Adolfo cobró así su primera pieza, circunstancia solemne en la familia que preludia el nacimiento de un nuevo cazador.

La empacadora
2 de septiembre de 1972

Cazamos los retales de cereal de Escuderos, en la otra ribera del Arlanza, y verificamos una realidad decepcionante: las cosechadoras siegan las cañas por el pie y, entre esto y el subsiguiente empacamiento de la paja, los rastrojos quedan tan desguarnecidos como un camino vecinal. En estas condiciones no puede haber codorniz que aguante. Fuera de linderos y arroyos no hay cobijo para ellas. ¿Y qué puede hacer el cazador cuando esas lindes y regatos han sido recorridos día tras día, durante una semana, por otros cazadores y otros perros? Nada, resignarse. Y así, resignadamente, caminamos Manolo y yo por lindazos y arroyos, con un Choc desesperanzado y nervioso, durante tres horas interminables. Total para nada: cinco pájaros, uno cada cuarenta minutos. Del otro lado de la carretera de Lerma, a mis hijos, con la vieja Dina, les ocurría lo mismo. La adversidad y la canícula terminaron con la paciencia de mi hermano Manolo, que a mediodía proclamó a voces que no daba más, se sacó la camisa sudada y regresó a la pobeda donde habíamos dejado el coche. Yo, aún apuré otra hora y media. Bajé al perro hasta el Arlanza a refrescar y al cabo de un rato reanudé la caminata, pero aleccionado por el fracaso de las primeras horas, dediqué mi atención a inspeccionar el terreno y, desdeñando pajas y junqueras, tropecé con un retazo de cebada pinada no mayor de cien metros en cuadro, con más cardos que espigas y la mayor parte de éstas sin granar. Se trataba evidentemente de un perdido, una siembra abandonada y, sin dudarlo un momento, metí el perro allí. Aquello fue jauja. En apenas veinte minutos, el Choc levantó once codornices, de las cuales me hice con diez. Eran aves grandes, viejas, reacias al vuelo, que trataron de esquivarme regateando entre las espigas, pero con un poco de insistencia, andando sobre lo andado, acabé por levantarlas. El Choc, deslumbrado por tan inesperada abundancia, perdió un tanto el control. Posiblemente en tan breve terreno los rastros se cruzaban y esto lo desorientó. Pero mal que bien –con muestras precisas o simples esbozos– fue volando pájaros y yo abatiéndolos como era mi deber.

A última hora, el animal me hizo una faena fea: se tragó una codorniz como quien se traga una píldora, sin masticarla, con plumas y todo. Éste es un defecto muy extendido entre los canes nuevos y hambrones que con frecuencia se corrige solo, aunque otras veces degenera en vicio y es muy difícil de cortar. En esta ocasión, yo no utilicé con el Choc los remedios recomendados –el bocado de tierra o

de sal– sino que me limité a propinarle cuatro puntapiés en el trasero, en la esperanza –tratándose como se trata de un perro afectivo y sensible– de que fuera suficiente.

A la tarde, tras reposar detenidamente la comida en el soto, subimos a las siembras de Santa María, a la vista del pueblo. Allí ha ocurrido igual que en todas partes pero con carácter más acusado. Las pacas de paja yacían en medio de unos rastrojos lampiños y desamparados que no dieron pájaro. Mal asunto este del empacamiento. La paja vale y la costumbre se extiende de tal modo que lo que el año pasado afectaba a un treinta por ciento de las siembras se ha ampliado éste casi a la totalidad. Si la cosa continúa así, la caza de la codorniz quedará reducida a un solo día, dos como máximo: el primero que registre junqueras y malezas se llevará un buen ramo y el que venga detrás que arree.

Nuevo coto
8 de octubre de 1972

Con la temporada; estrenamos coto: Torre de Peñafiel, un rinconcito de 860 hectáreas entre los términos de Rábano, Laguna y Canalejas, lugar adusto, con laderones muy pinos, desnudos en su mayor parte y un piso de greda y guijo que hace arriesgada la andadura. Arriba está el páramo, muy abierto, sembrado de cereal y para tirar las perdices hay que echarlas antes abajo, a las cuestas, o, al menos, empujarlas a las cinchas de espinos y tomillos que ciñen los tesos de la parte de Canalejas (en esta zona existe una falla profunda, cortada en precipicio y en cuyo fondo se alza un sorprendente bosque de olmos, arces y robles, lugar ideal para aguardar en el estío a la torcaz y la palomilla).

Este verano, tras muchos cabildeos entre la cuadrilla, llegamos a la conclusión de que sin comer podemos vivir pero no sin cazar y, en vista del cariz –mal cariz– que tomaban los acontecimientos, determinamos meter un pliego en la subasta del Coto de Torre y nos quedamos con él. La topografía de la zona es muy perdicera (del mismo corte que la del Valle del Esgueva) pero la reserva está por hacer, esto es, no da la caza que podría dar, seguramente porque estos pagos han sufrido un duro castigo en los últimos años. Un dato lo confirmará: ayer, pateando el campo cinco escopetas de nueve de la mañana a dos y media de la tarde, no vimos una sola liebre. Esta prueba es para mí decisiva a la hora de determinar el grado de protección de un cazadero. El hecho de no levantar una rabona, dada la facilidad con que este animal se reproduce, revela que allí se le ha perseguido sañudamente, a sangre y fuego, en invierno y en verano, con galgos, escopetas, lazos y vehículos. De otro modo no tendría explicación este total arrasamiento ya que, incluso en los contados terrenos libres que quedan en la provincia, me juego doble contra sencillo a que cinco escopetas el día de la apertura levantan, como mínimo, un par de liebres. Que lo hagan a tiro o fuera de tiro ya es otro cantar que depende, muchas veces, de factores imprevisibles. Entonces, como el término lo hemos tomado por seis años, habrá que empezar por *hacer* el cazadero, aspiración muy plausible pero que tiene sus inconvenientes, primero porque esto de los acotados resulta impopular (siete días después de colocar las tablillas ya nos habían arrancado una docena) y, segundo, porque la pretensión de mantener un coto sin guardería es una pretensión ilusoria dado el bajísimo nivel

cívico del país.

Hemos topado, sin embargo, con dos buenos amigos allí, Diógenes y Antonio, con quienes gestionamos el acotado, y como ellos tienen además derecho a la caza del término colindante de Rábano, trataremos de llegar a un acuerdo para tomar un guarda común. Entre unas cosas y otras, sin ser caro el coto en sí, el presupuesto se pone en un pico. Además, como la nueva ley ha dado a los campesinos la sartén por el mango, resulta que entre las cláusulas que hemos aceptado figura la de que los cazadores del pueblo y los galgueros tendrán acceso a él, por supuesto sin desembolsar una peseta.

Otro problema es la disposición de los cotos de Rábano y Torre de Peñafiel, cinegéticamente absurda, ya que el páramo de Torre desemboca en la ladera de Rábano y si los de Rábano no pueden sacar las perdices de nuestros altos, su mano por la ladera resultará estéril, mientras que nosotros difícilmente podremos meter mano a las perdices del páramo sin matadero adonde llevarlas. La solución –y a ella tendemos– sería fundir a efectos cinegéticos uno y otro coto, limitando los días de caza para los de fuera y dejando en libertad (por descontado sin abonar una gorda) a los indígenas de uno y otro pueblo. Ya veremos qué sale de todo esto.

Ayer, para empezar, desconociendo el terreno y las querencias, no hicimos otra cosa que dar palos de ciego. A las perdices de Torre, que no parecen excesivas, hay que estudiarlas, como hay que estudiar la topografía para decidir la mejor manera de trastearlas hasta conducirlas a un terreno propicio para su dispersión y fogueo. Yo sospecho que ayer lo hicimos mal y, para acabar de arreglarlo, los tres cazadores del pueblo que nos habían anunciado se convirtieron en treinta (muy posiblemente se nos colaron cuadrillas furtivas, pero sin guarda y sin conocer todavía al personal, ¿qué podíamos hacer?), de manera que en ochocientas hectáreas no podíamos ni rebullirnos. Y el caso es que para mí la cosa no empezó mal, ya que apenas llevaba caminando un cuarto de hora cuando eché abajo un sisón que me arrancó en un barbecho. El tonto se había dormido y voló hacia atrás a no más de veinte metros, tan cerca que me llené el ojo de plumas y, aunque lo toqué, marré el primer disparo para derribarlo del segundo. Hacía lo menos doce años que no tumbaba un sisón. Los últimos, si la memoria no me falla, en doblete, en los páramos de Villafuerte de Esgueva. Desde aquel día no he dejado de verlos, tanto en Villa Esther, orilla de Toro, como en Villanueva de Duero, pero es pájaro gregario este, sumamente suspicaz, y meterle mano cuando divaga en bando es tarea peliaguda. Y hablando de sisones, recuerdo la concentración fabulosa que sorprendimos una tarde –¿hará quince años?– en los campos que circundan el Monte Morejón, en Riego del Camino (Zamora). ¿Cuántas aves habría allí? Con seguridad, decenas de

millares. Aquello era como una pedriza donde en lugar de cantos hubiera sisones. La tentación fue tan fuerte que, conociendo su escama, armamos una escopeta y nos metimos en medio del bando con el coche. Pues, se crea o no se crea, mi amigo Antonio Merino, tirador excelente, no acertó a derribar ninguno. El alarmado siseo de su puesta en marcha, el hecho de que le arrancaran a un palmo de sus narices y en tamaña cantidad, unido a la angostura de la ventanilla, le atarantaron y Antonio –asombrado él mismo y echando pestes por la boca– se quedó sin cortar pluma.

Lo antedicho explica que inaugurar la temporada 1972-1973 con ave de tanto bulto y tan desacostumbrada me proporcionara una gran satisfacción, satisfacción que acreció cuando, minutos más tarde, en los morros que encaran Canalejas, colgué un par de perdices, la una levantada por mí y la otra, de pico, revolada por mi hijo Juan, en un tiro precipitado, nada fácil.

O sea, a los tres cuartos de hora de iniciar el curso cinegético, yo había logrado tres piezas de tres intentos. ¿Qué pudo suceder luego para que, tras más de cuatro horas de patear laderas y perdidos, mi morral no aumentara? De todo un poco: la cuadrilla de galgueros que abusivamente nos cruzó la mano, la pareja de escopetas que irrumpió de la derecha y nos comió el terreno, mis propios errores en las tres nuevas oportunidades que se presentaron y, finalmente, yo atribuiría su parte de culpa al calor excesivo, pegajoso, que me provocó un derrumbamiento prematuro, cosa que está lejos de sucederme los días de helada. Pero, ante todo, fue la presencia de otros cazadores lo que nos forzó a volver sobre nuestros pasos, quebrar el sistema inicial e improvisar sobre la marcha, a conciencia de que no arrastrábamos pájaros y por lugares –cuestas sin resguardos– donde difícilmente podíamos encontrarlos. Únicamente el acierto de mis compañeros –que aprovecharon la media docena de tiros que disparó cada uno– nos libró del desastre, ya que, en definitiva, se cobraron catorce perdices: cinco mi hijo Miguel, tres mi yerno Luis, y dos por barba mi hijo Juan, mi hermano Manolo y el que estas líneas suscribe. La temporada está en marcha, ya veremos lo que nos depara.

La perdiz del Duero
12 de octubre de 1972

Hoy, día del Pilar, fue igual al día del Pilar del año pasado: agua, mucha agua, y un cielo uniformemente entoldado, como si no pensara cerrar los grifos en una semana. Sin embargo, nuestro deseo de campo era tan vivo que, sin encomendarnos a Dios ni al diablo, nos aventuramos a salir; y, por una vez, acertamos. A las diez, el cielo se cuarteó, perdió su monotonía y se abrió en esa rica gama de grises que preludian la bonanza. Cinco minutos después había escampado y, aunque las carrascas de Villanueva estaban caladas, pudimos dar unas manos. Al cabo de dos horas se reanudó el diluvio, compás que aprovechamos para comer caliente y con la nueva escampada –de 1,30 a 5,15 de la tarde– dar otra vueltecita por el sardón.

Lo más desconsolador, empero, no fue ayer el clima, sino una constatación tenebrosa: la desaparición total, la evaporación absoluta de la perdiz roja en estas riberas del Duero. Es decir, no hablo solamente de esta finca, sino de las colindantes, que albergaron en su día una relativa abundancia de patirrojas y hoy no dan pájaro. La temporada pasada aún levantaba uno dos perdices aquí, cuatro allá, es decir, quedaba rastro de ellas. Pero éste, no. Ayer, entre cuatro escopetas abiertas en mano y tras una marcha de seis horas, no se vio ninguna. Ni vimos ninguna desde el coche, en los frecuentes desplazamientos por los caminos que nos vimos obligados a hacer por mor de la lluvia y la disposición de las labores. La afirmación de que no queda perdiz aquí no es, pues, una afirmación gratuita. A la patirroja de esta parte de la ribera del Duero se la ha llevado la trampa. ¿Qué trampa? He aquí un tema al que podría dedicar su tiempo y su ciencia un equipo de biólogos si este país nuestro fuese no más que un país consciente y preocupado por su futuro. Pero mucho me temo que en el país no haya tiempo ni dinero para estas bagatelas (?). Si la perdiz ha muerto en esta zona, ya resucitará y, si no resucita, ¡qué vamos a hacerle!, que la entierren y a otra cosa.

Anteriormente he tratado de buscar las razones de la progresiva desaparición de la perdiz en esta zona refiriéndome exclusivamente a la finca donde cazábamos. Pero este planteamiento no es correcto ya que, según me dice Emiliano, el guarda, en los aledaños sucede exactamente lo mismo. De modo que el regadío y el ganado (por la finca se mueven más de un ciento de novillas y varios rebaños de ovejas) no parecen motivos suficientes. Arriba, en los pedregales de

Villanueva y Serrada, entre las viñas, tampoco se ven perdices. Y su desaparición ha sido escalonada pero muy rápida, hasta el punto de que hace tres años, en la temporada 1969-1970, todos estos términos dieron un porcentaje normal de patirrojas. A la siguiente, descendieron a la mitad y, en la presente, a juzgar por la excursión de ayer –una cala suficiente–, su extinción a lo largo y a lo ancho de millares de hectáreas puede considerarse decidida. ¿Qué ha podido ocurrir aquí de tres o cuatro años a esta parte para que tamaño desastre se consume? Hay que considerar que los cultivos de la zona son diversos, que en ella existen pagos de riego y pagos de secano y, consecuentemente, que el tratamiento con pesticidas no es uniforme en todas estas tierras. ¿Una peste, entonces? No divaguemos. Uno, desde su supina ignorancia, no puede hacer otra cosa que denunciar el hecho, lamentarlo e instar a las autoridades en la materia para que se interesen por este casi repentino eclipse de la perdiz roja en las riberas del Duero, desde su confluencia con el Adaja hasta Tordesillas (más allá carezco de referencias). La cuestión, a mi entender, es de entidad suficiente como para justificar un estudio a fondo. Culpar de esto a la abundancia de raposos –hecho cierto, aunque seguramente no haya por estas mohedas más zorros que hace un lustro– como hacen las gentes sencillas de los términos afectados, no me parece una respuesta satisfactoria.

A falta de perdiz, el conejito salvó la situación, pese a que la humedad de la jornada no invitaba al encame. Tampoco facilitó el de la liebre, como lo prueba el hecho de que las cuatro que cobramos fueron muertas por la escopeta de punta cuando aguardaba el giro de noventa grados de la mano, es decir, en semigancho. El gazapete anduvo todo el día en danza, muy movido y retozón. Gracias a él –y a alguna que otra torcaz madrugadora que ya ha entrado a la bellota– la cuadrilla se mantuvo durante seis horas en tensión. Por mi parte, paré tres, que muy bien pudieron haber sido cinco, uno de ellos a sesenta metros de distancia, cosa frecuente en el tiro atravesado del conejo. El conejo tiene un flanco muy vulnerable, extremadamente sensible al plomo. Bicho tierno, de abundante víscera, a menudo basta un perdigón de sexta para derribarlo. Todo lo contrario que el raposo. Ayer tarde tiré uno a cuarenta metros y mis disparos no consiguieron otra cosa que aguijonearle. Pero hablaba del conejo y debo añadir que el pesimismo que me turba al hablar de la perdiz en la comarca se convierte en optimismo al referirme a él. La frescura del pasado agosto y las precipitaciones de septiembre y octubre, si no significan el adiós a la mixomatosis en Castilla, poco le va a faltar.

Para completar la percha, bajamos tres torcaces –¡cuánto saben y cuánto tienen que matar los bichos éstos!– y Juan el primer azulón de

su vida: un macho hermoso que cayó alicorto al Duero y le obligó a hacer equilibrios para cobrarlo.

La percha perdida
15 de octubre de 1972

Contrariamente a lo que sucede en las márgenes del Duero, en Santa María del Campo sigue habiendo perdiz en cantidad. Luis, el guarda, y José Luis Montes me habían hablado de que la patirroja, a causa de los herbicidas, había aborrecido mucho nido e incluso ellos habían encontrado alguno con diez o doce huevos sin empollar. Esto no lo puedo poner en duda cuando me lo dice gente que vive o frecuenta el campo y que, por añadidura, sabe ver. Lo que pasa es que en estas navas inmensas, mechadas de perdidos y con cereal como única siembra, la naturaleza termina por prevalecer. Admito pues, que se hayan malrotado nidos, incluso en abundancia, pero la perdiz prolifera a pesar de todo y ayer pasamos un buen día cobrando diecisiete entre cuatro escopetas. Claro que para ello sudamos en forma la camisa, pero este esfuerzo resulta compensador cuando se ven pájaros a un lado y a otro y en cualquier momento puede surgir la oportunidad. Yo temía la ausencia de mi hijo Germán, que el pasado junio se fracturó el fémur izquierdo, pero su hermano Miguel le suplió con sabiduría llevando la punta alta de la ladera con un dinamismo verdaderamente admirable. Trabajando más para la mano que para él, pudimos tirar todos y colgar todos. Al buen éxito colaboró el tiempo, pues una fresca brisa del norte aventó la posible canícula. De otra parte, las lluvias de la última semana almohadillaron el terreno restándole aspereza. Pese al sol, la perdiz no aguantó en las aulagas y tomillos, con lo que hubo que hacer el morral sobre pájaros levantados, o bien por sorpresa, a la asomada en cerros y caballones. Posiblemente la frescura de la brisa eliminó en la perdiz su propensión a la poltronería. Este comportamiento hizo el cacerío más nervioso y vivaz, y posiblemente más divertido, que cuando el pájaro se echa en las pajas y nos sale al paso como una codorniz.

Por mi parte, cobré siete perdices: tres en la primera hora, una en la tercera y otras tres en la última. Anoto este detalle porque, por regla general, entre las primeras y las últimas horas de caza se advierte en mí una notable diferencia. El hombre nuevo, con las facultades íntegras, que baja del coche, se suele parecer muy poco al hombre fatigado, con las piernas de plomo, que regresa a él al cabo de cinco o seis horas de caminata sin tregua. Este hombre desmarrido, con los reflejos tardos, mata lógicamente menos que el hombre entero que inició gozoso la jornada. Ayer no ocurrió así y eso que el día fue de mucho cuidado, lo que me hizo pensar que, habiendo cumplido un

año más, me encuentro más fuerte y en forma que la temporada anterior. Esto, para un cazador en declive, supone una satisfacción y como tal lo constato.

La segunda gran satisfacción de la jornada me la deparó una perdiz de esas que nos sobrevuelan desdeñando nuestra escopeta, «pensando» que, a esas alturas, los plomos no pueden hacerles sino cosquillas. Echar abajo una perdiz a esta distancia no lo había visto hacer más que a mi hermano Adolfo, hace un montón de años, en Cerecinos (Zamora), cuando reunidos en grupo, después de afanar toda la mañana, nos disponíamos a almorzar. De ahí mi gran alegría cuando la vi arrugarse y caer. El pelotazo fue tan contundente que el animal quedó tendido en los bajos sin mover una pluma, lo que me llevó a pensar que la había dejado seca. Pero ya, ya. Tan pronto inicié el descenso, se irguió, salvó tranquilamente el talud inmediato y escapó de mi vista. Al alcanzar el lugar donde la había perdido observé descorazonado que aquello era un mar de brezos y que sin perro no había nada que hacer. Pero el Choc andaba arriba, en el páramo, con mi hijo Miguel, y cuando quiso acudir había transcurrido cerca de un cuarto de hora. Afortunadamente yo había tenido la precaución de no pisar el brezal, de modo que así que llegó el Choc y le puse en la pista, no vaciló, fue olfateando brezo tras brezo y, al cabo, a treinta pasos, junto a un arroyo, se puso de muestra. Descendí sin demora y allí estaba el pájaro, acurrucado bajo un mato, sin otra lesión que un plomo de séptima en la articulación del ala derecha.

Dejando un poco de lado la pura cinegética, quiero reseñar un hecho anecdótico que individualiza la excursión de ayer. Me refiero al hecho de que tres de las siete perdices, tuviera que cazarlas dos veces. Me explicaré. Al derribar alicorta la última de la jornada, hube de salir por pies para evitar que se me emboscara en una lindera. En plena carrera me di cuenta de que se desprendía la percha de mi cintura, pero me dije: «Luego la cogeré; éstas no corren». Y, en efecto, de regreso, con la perdiz ya cobrada, encontré la percha, pero sólo la mitad de la percha –percha metálica, de gancho– de lo que deduje que la otra mitad, con tres pájaros, la había perdido antes sin enterarme. Me vi, pues, ante el dilema de renunciar a la mitad de mi botín del día o ponerme a buscarlas. En mi caso tal dilema no existía, puesto que yo no soy capaz de dejar a conciencia caza en el campo. De forma que me dije: «Hay que encontrarlas». Entonces comprobé maravillado que un cazador es capaz de reconstruir su itinerario, en un navazo inmenso y uniforme donde un no cazador sería casi incapaz de orientarse, sin una vacilación. Esto revela que cada minúsculo accidente del terreno –un cardo, un cavón, una piedra, una islilla de galloga– sugiere algo al venador. De este modo, desandando lo andado, volviendo sobre mis pasos, fui reconstruyendo mi camino: «Esta linde la abandoné aquí»,

«en este punto franqueé este barbecho», «aquí seguí la espuenda, arrimado a la falda de la ladera», «el arroyo lo salté junto a esos juncos, cuando voló larga la perdiz aquella», «del arroyo a la siembra atravesé el rastrojo a esta altura», «aquí subí», «aquí bajé...». Como un Pulgarcito cinegético, deshice el camino andado y, al cabo de veinte minutos, topé con las perdices extraviadas, con tal precisión que de haber llevado los ojos cerrados las hubiese pisado. Esto significa que, para un cazador, el campo de Castilla –o cualquier otro campo– no es uniforme ni monótono. Uno rememora su itinerario con la misma seguridad con que podría hacerlo un animal de asfalto –y ustedes perdonen– en las calles de una ciudad, entre vitrinas, semáforos y agentes de tráfico como puntos de referencia.

Los milagros del sol
22 de octubre de 1972

El sol es a la caza lo que a los toros o a las playas de Torremolinos, no sólo un animador, sino un elemento casi inexcusable. Su ausencia todo lo desluce e incluso puede hacernos creer que no queda caza allí donde todavía es posible encontrar algo. La excursión de ayer a Las Gordillas resulta elocuente en este sentido. Las Gordillas es cazadero de pelo y como quiera que los miembros del club Alcyon, con quienes lo compartimos, apenas asoman por allí un par de veces al año al aguardo de palomas, y como, al parecer, el verano ha sido favorable a la cría del conejo, la excursión parecía oportuna a todas luces. Nuestra visita, empero, se vio frustrada por una niebla pegajosa que no levantó hasta las primeras horas de la tarde. Cazamos, pues, en un ambiente gris, de escasa visibilidad, con lo que, al hacer un alto para echar un taco a las dos y media, la cuadrilla apenas había disparado media docena de tiros y cobrado un par de gazapos y una liebre. (La rabona me la reservé, la primera de la temporada. La muy tonta se arrancó en los pastos del soto pero la revolqué de milagro, ya que tiró para el camino salvando un ribazo y cuando quise tomarle los puntos apenas divisaba las orejas y el rabo.)

Pero como el cazador, quizá más que ningún otro mortal, sabe ponerle al mal tiempo buena cara, allí pasamos un par de horas chanceándonos del chasco y deliberando sobre la conveniencia de dar otra mano o volvernos a casa con lo puesto. Optamos, finalmente, por lo primero, después de convencer yo a la cuadrilla de que una vez levantada la niebla aún podríamos cobrar seis conejitos, ya que el sol les invita a abandonar los bardos y sestear en las carrascas, palabras formuladas sin mucha convicción pero que resultaron proféticas.

Tomamos, pues, la parte abrigada de la ladera (los disminuidos físicos abajo) y, en efecto, en los cárcavos soleados empezaron a brincar gazapetes no en gran cantidad pero salteados, de tal suerte que no transcurría un cuarto de hora sin que sonara un disparo en el monte. Dos horas después convocamos de nuevo a capítulo y se efectuó el recuento: siete conejos y una liebre que paró Germán en los bajos. Este botín, que no se incrementó ya que a las cinco volvió la fresca y los conejos se embardaron, se logró con suerte, a base de aprovechar las ocasiones. Yo tuve la fortuna de revolcar cinco de seis disparos, cosa rara, pues tiro mal al conejo entre las carrascas. Al margen, eché abajo una perdiz, una solitaria perdiz –la única que

vimos en toda la jornada– que se desplomó dibujando pingoletas en el aire pero que el desconcertante Choc, en una jugada que no le perdonaré nunca, no fue capaz de cobrarme. Y esto fue todo. Pero a uno se le alcanza preguntar: de no haber asomado el sol, ¿hubiéramos cobrado ocho piezas en un par de horas en un cazadero que durante toda la mañana no nos dio más que tres y otras dos posibilidades desaprovechadas? En la caza, como en la vida, todo quisque habla de la feria conforme le fue en ella. Insinúo con esto que si ayer hubiésemos dado por terminada la feria a las tres de la tarde, hubiéramos afirmado, convencidos de ello, que el cazadero de Las Gordillas estaba agotado. Tras el paseo vespertino la cosa cambia. Conclusión: el sol no es Dios, pero desde el punto de vista cinegético hace milagros.

¿El palomazo?
26 de octubre de 1972

Paco León me anunció el martes por teléfono que ya se movían algunos bandos de torcaces en los cabezos de Las Gordillas y que me animara a acompañarlos al aguardo que preparaban para el jueves. Al objeto de hacer las cosas bien, el miércoles me fui a dormir a Villacastín para llegar al cazadero con la primera luz. Debo reconocer que me hacía muy pocas ilusiones respecto al posible palomazo de que hablaron Antón Gaiztarro y Moncho Coronado la víspera. Estas excursiones que rompen mis hábitos cinegéticos, un tanto frugales, contadas veces han correspondido a las esperanzas depositadas en ellas. Concretamente, en esto de la espera de torcaz, fracasamos estrepitosamente, en este mismo cazadero, hace un par de años. Esto supone que ayer me encaramé a las laderas de Las Gordillas con poca fe, ya que a mi desconfianza proverbial, habrá que añadir en este caso el mal cariz del tiempo confirmado por los meteorólogos: cielos cubiertos y precipitaciones generales. Y, en efecto, apenas me había refugiado en el tollo –un mato de encina amplio, ahuecado con muy buen arte– una negra nube cubrió el vallejo del Voltoya y empezó a soltar agua sin medida. A la hora, se rasgó el cielo y escampó, y el viento –que en plena moheda apenas se sentía– arrastró en pocos minutos los malos augurios y los sombríos presagios.

–¿Quiere usted decir que el aguardo resultó?

¡Hombre, como se lo diría yo a usted! Aquello no fue un palomazo en el sentido que Coronado y Paco León le dan a esta palabra –esto es, una entrada multitudinaria de torcaces– pero sí un cacerío emocionante, vivo y divertido, que me reconcilió con esto de la caza a la espera, que no va con mi carácter.

–O sea, que tiró usted...

Para decir verdad, vacié tres veces la canana y bajé diecisiete palomas. Esto, naturalmente, no es un récord pero en este oficio, salvo algún día, hace ya muchos años, con la codorniz, no recuerdo haber disparado nunca con tal alegría. Para que me entiendan: yo soy cazador de pocos tiros –ocho a doce por cacerío–, como suelen serlo los cazadores al salto, de modo que cuando se presenta una oportunidad de multiplicar por siete su ración habitual bien puede asegurar que se trata de un día de fiesta. El hecho de tirar mucho o poco, no es, por otra parte, lo que da sabor y realce a una cacería. Lo que justifica la caza es el grado de atención y concentración que nos reclama. Ortega habló –y habló muy bien y en su punto– del cazador

como «hombre alerta». El cazador es justamente eso, un hombre alerta, y cuando por fas o por nefas deja de serlo, deja automáticamente de ser cazador para convertirse en un pobre ser que se aburre. El hombre es cazador en tanto es un hombre que está en guardia. Y una vez que ese hombre se relaja porque deja de esperar algo, en ese instante, y aunque tire tiros, ese hombre deja de cazar. Por aquí concluiremos que en el aguardo –de palomas, de gangas o de lo que sea– lo que marca el nivel de distracción no es el número de bajas, ni siquiera el de disparos, sino el grado de atención que el campo requiere. Esto es, con ser mucho el hecho de que ayer necesitase setenta tiros para derribar diecisiete torcaces, es aún más expresivo el que, salvo la hora inicial de lluvia y una pausa de tres cuartos de hora a mediodía, las palomas, altas o bajas, aisladas o en bando, no cesaron de incitarme durante toda la jornada. La vigilancia de trescientos sesenta grados y la constante animación en las alturas no me dieron el menor respiro. Esta asechanza provoca tal tensión que a menudo es suficiente un mosquito para sobresaltarnos. Y esto no es un decir. Ayer, más de una vez, bastó una mosca volando a un metro de mi cabeza para volverme y armarme creyendo que era una torcaz en lontananza que se aproximaba. Y no digamos nada de los chascos que me proporcionaron jilgueros y zorzales. La cosa, pues, resultó bien y mejor aún por inesperada. Empero, me gustaría hacer algunas precisiones sobre este tipo de caza.

Para empezar, yo pienso que en estas pasas otoñales de palomas hay que distinguir entre la paloma que evoluciona sobre la mancha a cazar y la paloma itinerante. La primera es ave en viaje, gregaria, y los bandos nos sobrevuelan, por lo general, a una altura inaccesible, en tanto la otra –la que podríamos denominar sedentaria, aunque por un tiempo indeterminado–, aislada o en grupos reducidos, anda de encina en encina, a la bellota, buscando la mejor manera de llenar el buche. Entiendo que es con esta paloma divagatoria pero asentada con la que habremos de poblar la percha. Esto es lo usual, lo corriente, mas tal afirmación no siempre es válida puesto que el día del palomazo, según referencias, es aquél en que por circunstancias climatológicas o apremios de alimentación en ruta –que estas cosas no creo que las sepa nadie– el bando emigrante baja a las encinas donde estamos apostados, se cierne sobre los cabezos y, en tal caso, un mediano tirador con una repetidora en la mano puede armar en unos minutos la de Dios es Cristo. En la jornada de ayer, con ser una jornada distraída, no fue éste el caso. Afortunadamente, ya que a mí, en la caza, me encocora e irrita casi tanto una total ausencia de oportunidades como una sucesión de oportunidades sin cuento. En el primer caso no cazamos porque no hay de qué, en el segundo porque las posibilidades de enmendar nuestros yerros son tantas que nuestra

atención se diluye al tiempo que decrece el presunto mérito de nuestros aciertos. La competencia queda descompensada.

El atractivo de esta modalidad de caza hay que buscarlo ante todo en la variedad. Variedad que afecta tanto al tiro –de pico, descolgada, repullada, sesgada, trasera, columpiándose en el viento– como a las incontables maneras de desplomarse la pieza. En este punto, me fascina igualmente la torcaz altísima que entra en barrena haciendo el tornillo, como la atravesada que se inmoviliza al recibir los plomos para descender luego lentamente, sin plegar las alas, como sostenida por un paracaídas.

La caza de palomas al aguardo, hablando en plata, me ha conquistado. Si la pasa se prolonga habrá que pensar en repetir la excursión y en el peor de los casos esperar –con acrecentada ansiedad, ¿a qué negarlo?– el aguardo del año que viene.

Fin de una esperanza
29 de octubre de 1972

Escribía hace una semana que, en asuntos de caza, el sol hace milagros. Hoy es oportuno añadir que donde no hay, el sol no puede sacar. El sol puede hacer más notorias las perdices en un barbecho o aflorar a los conejitos que yacen en el subsuelo. Pero, desgraciadamente, de este punto no puede pasar. Y ahí queda la jornada, de ayer como prueba: mañana soleada, temperatura tibia, brisa piadosa... ¿Y qué? Una perdiz para cuatro escopetas. ¿Hay quien dé menos? Y es que un coto en estas condiciones, un coto a compartir sin saber con quién, sin guardería, acosado por la codicia armada de los vecinos, no puede sostenerse. Sinceramente esto de Torre de Peñafiel –donde no habíamos vuelto desde el primer día– no puede resolver nuestro presente –y menos aún nuestro futuro– cinegético. Todo acotado requiere un guarda, pero, ¿quién pecha con un desembolso de 160.000 pesetas anuales? Todo acotado exige una pausa de cuando en cuando, pero ¿quién es el guapo que mete en abstinencia a una docena de ávidas escopetas rurales a las cuales ni siquiera conoce? Esta topografía, vuelvo a repetir, es apropiada para que la perdiz se multiplique, pero, aparte los defectos apuntados, el cazadero resulta demasiado agreste y duro para los cien kilos de mi hermano Manolo, el fémur convaleciente de mi hijo Germán y el medio siglo largo de vida del que suscribe. Con este lastre a cuestas, las tres cuadrillas con que tropezamos ayer nos ganaron por piernas y cuando nosotros quisimos actuar no hubo de qué, tan sólo Germán descolgó una perdiz que se durmió en un cincho de broza. El resto –los otros tres– ni siquiera descargamos las escopetas. En vista de ello, Diógenes Arranz, con quien concertamos la operación del coto, nos propuso manear el de Rábano –con el que, al parecer, hemos fundido o estamos a punto de fundir el nuestro–, pero allí la topografía es aún más ingrata, por no decir diabólica (laderas pinas con suelo de guijo que amenazan constantemente la integridad de uno), con lo que, pese a nuestra voluntad y a nuestros esfuerzos, al cabo de un par de horas dimos media vuelta sin tirar un tiro.

Lo mejor del día fue la comida, bajo un sol del membrillo, en una especie de refugio que Diógenes y sus amigos han levantado en los aledaños del pueblo, con terrazas y abrigaños múltiples para hacer cara a las inclemencias y veleidades de las cuatro estaciones. De sobremesa, el amigo Diógenes Arranz nos dio, caballerosamente, toda clase de facilidades para resolver el contrato, liberándonos del

compromiso de seis temporadas que previamente habíamos asumido. Lo de Torre de Peñafiel, por tanto, tras la desafortunada jornada de ayer, pasará pronto a ser un recuerdo en nuestro dilatado historial venatorio.

El lebrato
1 de noviembre de 1972

¡Pues sí que quedaba alguna perdiz en Villanueva de Duero! ¿Quién iba a imaginarlo después de las vueltas que dimos el otro día buscando, en vano, algún resto de ellas? Pero así son las cosas. Ayer, cuando pateábamos el carrascal donde pernoctan las novillas, vi cruzar algo fugazmente, de mata a mata. Me detuve, presté atención y el paso se repitió una y otra vez hasta siete. ¡Eran perdices apeonando! La aprensión me llevó a pensar que su paso era premioso y torpe, pero a la hora de volar me di cuenta de que su recelo y su brío eran los habituales. Fue tal mi alegría que en un momento me olvidé de las tres horas de inútil paseo y de la lluvia tamizada que caía sobre nosotros. A primeras horas de la tarde, el bandito le arrancó a mi hermano Manolo en un recodo del monte, y el hombre, que esto de la perdiz lo borda cuando quiere, consiguió un doblete maestro, con la suerte de que la segunda le hizo un castillo lucido sobre una tierra arada aledaña, lo que facilitó la cobra. El doblete –que en un cazadero tan cicatero en perdiz tuvo que saberle a gloria– ofrece la contrapartida de que en lugar de siete son ahora cinco las perdices que quedan allí, aunque si su progresiva desaparición se debe, como me temo, a los plaguicidas, tampoco Manolo habrá hecho nada de más acelerando el tránsito.

A más de las perdices, que constituyeron la sorpresa del día, éste dio un balance abultado y variopinto: cuatro liebres, tres conejos y seis palomas, y nos deparó otras dos novedades de muy distinto carácter: la liebre que se merendó el Choc mientras, de sobremesa, acechábamos a un bando de palomas, y la media liebre que atrapó viva, en la cama, mi hijo Juan. Lo primero, lo de la incontinencia del Choc, pica ya en historia. Estos perrazos, cuando se envician, suelen ser insaciables. Que ahora recuerde, el Choc se ha comido en lo que va de año una codorniz, un conejo y una liebre. Y el vicio es por la carne fresca, puesto que un rato antes de comerse la liebre desdeñó olímpicamente los mendrugos de pan tierno con que traté de obsequiarlo mientras almorzaba. No hay que decir que de la liebre –una pieza hermosa de casi tres kilos– apenas dejó la cabeza y las dos patas traseras. Fue tal mi irritación que le metí éstas en la boca hasta provocarle náuseas, flagelándole después ásperamente con una mimbrera, aunque no conseguí que emitiera un quejido. Cada vez que castigo a este perro tengo la impresión de que golpeo a un muro, lo que me desazona aún más. Luego, eso sí, pasó la tarde cariacontecido,

sumiso como nunca, pero dudo mucho que la lección le haya servido de escarmiento.

La captura del lebrato fue un acontecimiento singular. Manolo, mi hermano, lo divisó mientras caminaba, y por señas y silbidos nos invitó a aproximarnos. El animalito, aculado en una carrasca, estaba hecho un ovillo y su pánico trascendía de su respiración anhelante. Al congregarnos los tres no hizo el menor movimiento y, una vez cerrado el triángulo, clavó sus ojos en mí –unos ojos amarillos, todo pupilas– como implorando misericordia. Entonces sugerí a Juan, que estaba detrás, que se lanzara sobre él, lo que hizo con un ademán tan rápido que el animalito no tuvo tiempo de reaccionar, siquiera sus zarpazos, al verse prendido, le pusieron manos y muñecas hechas una lástima. Encerrado en un morral, dentro del coche, apuramos la tarde y, a nuestro regreso, lo encontramos acurrucado sobre el jersey de Manolo, de tacto mucho más suave que su improvisado encierro. Tras una prolongada deliberación, acordamos soltarlo sin demora, pues su terror iba en aumento y resultaba dudoso que sobreviviera a la noche. Al principio, el animal no se apercibió de su liberación y permaneció un rato inmóvil a nuestros pies, hasta que al agacharnos y amagar con prenderle de nuevo, salió dando alegres brincos por el calvero del monte. Lo triste fue no poderle poner un lazo al cuello para evitar que nuestra protegida de hoy sea nuestra víctima mañana. La caza no tiene entrañas.

Juerga y atraco
5 de noviembre de 1972

La honesta juerga del sábado –anduvimos toda la familia donde Ildefonso de la Mela doblando las películas que nos hizo en Sedano el pasado agosto– y el atraco a mano armada en el taller de Manolo esta madrugada –que nos privó de su concurso– nos pusieron temblones y la mano de ida por las cuestas de Santa María esta mañana no nos proporcionó más que tres perdices; una de Miguel, otra de Germán y otra mía, aunque también es cierto que no vimos ni la cuarta parte de pájaros que hace casi tres semanas. Y, sin embargo, aquellas perdices, metro más, metro menos, tienen que andar ahí, lo que sucede es que unos días uno da con ellas y otros no; unos días vuelan dócilmente ante las escopetas y otros las esquivan; unos días se dispersan bien y aguardan a la caída del montículo y otros, no. Si la caza no tuviera cara y cruz dejaría de atraernos. Pero el caso es que hoy, entre que uno venía nervioso y que a la perdiz no le cogimos bien las vueltas, las perchas resultaron desmedradas. Y yo no tengo derecho a quejarme, puesto que al regreso se me arregló la cosa y bajé otras cuatro. Cuestión de suerte. Lo reseñable, en mi caso, es que atinase mejor cansado que fresco, siquiera hoy la cosa sea explicable, ya que la frescura inicial quedaba desvirtuada por los nervios, mientras la fatiga postrera se compensaba con el relajo que produce una caminata de tres horas. Esto aclara que a la ida marrara dos bombones sirgados, remitidos por Luis, mi yerno, y malbaratara una oportunidad de doblete, en tanto, a la vuelta, de cinco tiros sobre perdices barbecheras, y consecuentemente avisadas, cobrara cuatro. De mis cinco pájaros, me quedo con el más fácil: uno que se encampanó, galleando, al ser sorprendido en la falda de la ladera. Hace años que una perdiz no se me repullaba así. Ordinariamente este pájaro vuela en extensión, a lo largo, no a lo alto. Sólo cuando un accidente le cierra el paso o por un motivo u otro se alarma, se alza en vertical desde su encame emitiendo un grito de sorpresa que es una bendición de Dios. Este tipo de vuelo ha venido a menos, como ha venido a menos la perdiz que vuela a postura de perro por la sencilla razón de que este pájaro vive sobresaltado y no admite, salvo los pollastres en octubre, que el can le ponga la nariz encima.

La escopeta extraviada
12 de noviembre de 1972

Con la escopeta sucede lo mismo que con la pluma: ahormarla a nuestra medida es un problema de tiempo, en ocasiones de mucho tiempo. Hay personas muy dúctiles a quienes tirar con una escopeta u otra les es indiferente. No pocos cazadores, por ejemplo, disponen de una escopeta mocha para el conejo, dos gemelas de tubo largo para batida, otra del 20 para la codorniz y, si se tercia, un rifle de distinto calibre, según vayan al rececho o de montería. A estos hombres no les afecta cambiar de arma del mismo modo que hay conductores que hacen lo mismo a un Dodge que a un Seiscientos. Reconozco mi envidia hacia estos seres; me admiran su flexibilidad, su prodigiosa facultad de adaptación. Esto de la escopeta es para mí tan sumamente delicado que únicamente rindo lo que debo cuando he logrado adaptarla, esto es, convertirla en un miembro más de mi cuerpo. Recuerdo que a mi padre, cazador desde la infancia, le ocurría otro tanto y una vez que mi hermano le extravió el guardamanos en La Sinoba y se vio en la obligación de utilizar otra arma no bajó una codorniz ni por casualidad en toda la tarde.

Con la pluma estilográfica me sucede lo mismo. En tanto no consigo transformarla en un apéndice de mis dedos no le saco utilidad. Mientras me preocupo de que la tinta fluya en la cantidad debida o de que la apertura del plumín sea la conveniente o de que el trazo ofrezca la contundencia que apetezco, la concentración me es imposible. Yo a mis plumas las modelo y educo a mi gusto a base de hacer borratajos de primera intención, sin pretender decir nada con ellas. La aventura de cambio de pluma es, por tanto, una auténtica aventura, ya que a veces la pluma tiene su personalidad y se resiste a amoldarse a la nuestra; en definitiva, se rebela y uno acaba arrinconándola en un cajón ante la imposibilidad de hacer vida de ella. Yo requiero plumas dóciles, que asuman la inclinación que les imprimo, sin resistencia, sin arañar el papel, sin fluencias intermitentes. Conseguido esto, la pluma llega a ser un instrumento insensible entre los dedos; es uno mismo, una prolongación de uno mismo. La pluma, como la cabeza, debe trabajar automáticamente. Si hemos de esforzarnos para que nos obedezca, si la sentimos, la concentración que esto exige nos inhabilita para enhebrar dos ideas concatenadas.

Esto explica que siendo en mí la caza una pasión avasalladora no disponga más que de una escopeta, que utilizo indistintamente para

todo el abanico de posibilidades que este deporte ofrece. Y esto explica, al propio tiempo, que si un día, por una razón o por otra, he de cambiar de arma, mis posibilidades de hacer daño se reduzcan cuando menos a la mitad.

Tras este preámbulo, el lector comprenderá mi disgusto cuando el sábado, al ir a preparar los trebejos, no hallé mi escopeta en su rincón habitual. Recurrí a mis hijos menores, que al regreso de la última cacería me habían ayudado a subir los bártulos, pero tampoco ellos recordaban nada, con lo que llegué a la conclusión de que habíamos dejado la escopeta en la calle, junto a un árbol, o apoyada en la pared en el portal. Los nervios se me descompusieron. El amigo Luis Carandell, que había cenado en casa, me llevó a altas horas en su coche hasta el garaje para comprobar si la había dejado en el mío. Todo inútil. El arma tampoco estaba allí. Como último recurso llamé a *El Norte de Castilla* y mandé insertar el anuncio de su pérdida para el domingo. Esto no resolvía mi problema del día siguiente, pero como ninguno de los chicos podía acompañarnos a la excursión, decidí llevar la escopeta de mi yerno, en medidas la más parecida a la extraviada. ¿Necesitaré decir que no pegué ojo en toda la noche? ¿Necesitaré decir que echaba ya en falta la escopeta, mi escopeta, como podría echar en falta un brazo o una pierna que me hubiesen amputado? Diecisiete años domándola eran demasiados años como para no deplorar la sustitución. Con seguridad, la escopeta de Luis, heredada de su padre, era mejor que la mía, pero hasta esta superioridad me desconcertaba. Y mi añoranza subió de punto cuando Manolo y yo, mano a mano, nos abrimos ayer en los barbechos de Santa María. Añoraba el peso de la escopeta, el perímetro de su cuello, el ancho del guardamanos, la longitud de los cañones, el blanco de nieve de su punto de mira, el suave contacto de su culata en mi mejilla cuando me armaba, el contundente, pero moderado, empellón del culatazo mil veces sentido en mi hombro derecho. En una palabra, era consciente de que llevaba un postizo y, en consecuencia, mi atención se dispersaba. Por si fuera poco, en ausencia de gente joven, me correspondió llevar el asomo de la ladera, pechar con vaguadas y caballones, y entre aquello, esto y los cristales de las gafas empañados por el sudor en contraste con la temperatura ambiente, más bien fresca, la primera perdiz que me voló a tiro se marchó indemne. Bien mirado, no puedo afirmar que la tirara yo: tiró la escopeta sola. Quiero decir que mi escopeta, la perdida, me exigía una determinada presión sobre el gatillo que me resultaba familiar y que mi instinto cinegético dominaba. Imprimir al gatillo la presión necesaria era, pues, en mí un acto reflejo. Incluso ignoraba que al apuntar a una pieza lo hacía ya con el dedo índice en el gatillo. La escopeta de mi yerno, en cambio, mucho más sensible, percutió el pistón antes de que

yo tomara los puntos a la pieza; el tiro escapó antes de que yo hubiera concluido de armarme. El disparo me dejó tan desorientado que hasta me olvidé de que disponía de un segundo tiro para enmendar mi torpeza. Tal fue la tónica durante las tres primeras horas de la mañana: la extrañeza. Extrañaba todo, las medidas, el peso, el contacto de la culata en mi hombro y, sobre todo, la hipersensibilidad del gatillo derecho. Pasé tres horas sin cortar pluma. El mero hecho de hacer consciente el acto de conectar mi dedo con el gatillo, me invalidaba. Poco a poco, fui habituándome, haciéndome a las nuevas características del arma que portaba y, de esta forma, en las dos últimas horas, pude derribar tres perdices y revolcar un par de liebres que me devolvieron la confianza en mí mismo.

En resumen, la jornada transcurrió con la cabeza en otro sitio. De regreso, en casa, me comunicaron la grata nueva: mi escopeta había aparecido; estaba aguardándome en la oficina de guardias municipales, lugar donde se entregan –¡cuando se entregan!– los objetos perdidos. ¡Loado sea Dios!

La perdigonada
18 de noviembre de 1972

Tan cierto como que cada hora tiene su afán es que cada jornada de caza recata su sorpresa. Para, nuestra fortuna, en la caza no hay dos días iguales. Aunque insistamos en el cazadero, la cuadrilla sea la misma y el tiempo similar, a buen seguro las cosas no rodarán de la misma manera una jornada que otra. En ninguna actividad como en ésta de la caza podremos decir que el hombre está a la que salte. Si me apuran, yo diría que este aforismo responde a un origen cinegético donde lo más probable es que la liebre fuese la protagonista. En principio, ayer –un día gris, ventoso, de llovizna intermitente– la tónica, en lo que a presencia de caza se refiere, difirió poco de escapadas anteriores a esta finca: total ausencia de perdiz, cuatro torcaces esquivas y escaso pelo, aunque justo es consignar que, de los tres gazapetes que cobramos, uno había padecido mixomatosis. Esto no impidió que yo, guiado por la buena estrella, aculase dos rabonas y dos conejos de las cinco oportunidades que se me presentaron.

–¿Dónde está, entonces, la particularidad de su jornada de ayer?

Calma. El signo de esta jornada queda al margen de la caza, o, por mejor decir, al margen de nuestras previsiones en tanto que hombres cazadores; o sea, se trata de dos lances razonablemente imprevisibles, dadas las circunstancias en que se produjeron. Primero, la perdigonada que me administró en una pierna mi hijo menor y, segundo, el ojeo del raposo que me brindaron las novillas de la finca. Ambos hechos, por desacostumbrados, se prestan a un breve comentario.

Uno de los riesgos del venador es encontrarse con el perdigón que se pierde en el campo. Tengo amigos tuertos por accidente de caza y otros a los que la imprudencia de un compañero dejó lisiados para los restos. Esto significa que en la caza no solamente debemos ser prudentes, sino extremar las precauciones en aquellos casos –cuando se bate una moheda, por ejemplo– en que los compañeros no están a la vista. Disparar en línea, aun contra el suelo o a cinco metros por encima de la estatura de un hombre, envuelve un peligro, por la sencilla razón de que el tiro, el grueso de la carga, en el instante de salir del tubo, lleva la dirección prevista pero a menudo, a consecuencia de un rebote, se desmanda algún perdigón cuyo sentido de proyección es caprichoso. Recuerdo que en una ocasión, cuando la posta aún no estaba proscrita, disparé a más de cien metros sobre dos

avutardas en vuelo y, ante mi asombro, alicorté a la de la izquierda, cuando en realidad tiré sobre la de la derecha. Aquel éxito no fue tal sino lo que en la jerga del jugador habitual llamaríamos una chamba. Yo abatí ciertamente una avutarda, pero no la que pretendía. No acerté, sino que, por pura carambola, alojé una posta en el ala de la otra que volaba a más de veinte metros de mi blanco. Después de esta experiencia, la prohibición de la posta en la caza mayor me parece una medida más que discreta.

Con el perdigón, por razón de número, es más fácil que suceda algo semejante, lo que ocurre es que su peligrosidad es mínima de no herir una zona delicada del cuerpo. De muchacho, cazando con mi padre, recibí un día una perdigonada en la cara cuando él disparó sobre un conejo. En aquella ocasión el rebote no se produjo por el flujo simultáneo de los plomos al abandonar el caño, sino al percutir en una laja que el gazapo salvaba en ese momento. Tampoco el percance de ayer fue fruto de la imprudencia, sino de la confianza. Mi hijo disparó a tenazón sobre una liebre que apenas tenía recorrido en un minúsculo calvero. Tiró correctamente, hacia abajo, contra un suelo almohadillado, pero tres perdigones vinieron a mí –aunque solamente uno me penetró– achatados por la violencia del rebote en caliente. En una palabra, no fue más que una advertencia, advertencia que no nos viene mal a los cazadores de cuando en cuando. Y lo mismo que sucede tirando bajo, puede suceder tirando alto, ya que yo soy testigo de cómo un compañero alcanzó la mejilla de otro cuando entre ambos se interponía un altillo que les impedía verse mutuamente. En aquel caso, la perdigonada directa era imposible, luego se trataba de un rebote en el aire. Entiendo, pues, que la única garantía para el cazador en mano –si que relativa– es tirar delante y detrás, nunca en línea.

El ojeo del zorro por la manada de novillas constituyó para mí una novedad. Las cazas no suelen desconfiar de los rebaños; las empujan, pero no las asustan. Ésta es la base de la caza de avutardas con cencerro y a media luz, de la que el lector habrá oído hablar. Yo debo decir a este respecto que únicamente una vez he apelado a esta estratagema sin ningún éxito, lo que no quita para que la admita como posible. El caso es que ayer, cuando maneábamos el monte, sentí las esquilas de las vacas en dirección encontrada a la nuestra. Unos minutos más tarde irrumpió el raposo, de frente, entre las carrascas. El indino caminaba al paso, confiadamente, sin otra preocupación que alejarse de los cencerros que habían interrumpido su siesta. Era un bicho grande, hermoso, de lomo oscuro, que me entraba sesgado a no menos de sesenta metros. El perdigón de séptima no era adecuado, pero era una ocasión de probar fortuna. Así es que aguardé a que saliera a la monda, apunté y disparé. La rociada debió de cogerle de lleno porque pegó un brinco y volvió apresuradamente sobre sus

pasos, momento que aproveché para doblar y él, tras una brevísima vacilación, desconcertado entre los tiros y las esquilas, se dirigió derecho a mí, que, oculto tras una carrasca, me apresuraba a cargar de nuevo. La llegada jadeante del Choc, que venía a verificar los efectos de los disparos, no pudo ser más inoportuna. El raposo, sin darme tiempo de cerrar la escopeta, cambió de dirección y escapó de mi vista. Una gran lástima y una oportunidad perdida.

Sobre el doblete
26 de noviembre de 1972

El doblete, cuando no es indicio de abundancia de caza, suele tener no diría mucha pero sí alguna ciencia. Hablo, claro es, del doblete de perdiz o de perdiz y pelo, ya que los dobletes de codorniz, dada la aproximación que admite esta avecilla y la indicación del perro, es algo que está al alcance de todas las fortunas. Los de perdiz, los dobletes, digo, entrañan mayor dificultad. Y no digamos los de conejo y patirroja o patirroja y liebre, que requieren no sólo un ritmo diferente, sino la coincidencia de arranque de dos animales de distintas especies en el pegujal.

–Usted hizo ayer un doblete, como si lo viera.

–Pues no, señor, ya ve lo que son las cosas. Estuve a punto de hacerlo, pero me faltó media perdiz.

–¿Cómo media perdiz?

Escuche. Ayer, prácticamente el primer día de invierno, con temperaturas crudísimas después de un noviembre dulce y una insistencia casi norteña en las precipitaciones, la perdiz de Santa María andaba desorientada. Los hielos fuertes –y ayer los había en arroyos y charcos de dos dedos de espesor– suelen provocar la agrupación de la patirroja. La perdiz soporta estoicamente la helada, pero si éstas se hacen continuas y muy rigurosas, propende al amontonamiento. No es raro, allá por los meses de enero y febrero, en las parameras de Soria y Burgos donde el termómetro parece un tiovivo, encontrar bandos de cuarenta o cincuenta individuos, lo que quiere decir cinco o seis bandos agrupados. La perdiz mesetaria, como los viejos iberos, hace tribus de las gentilidades y, en ocasiones, federaciones de las tribus. El termómetro manda y cuando la columnita de mercurio desciende por debajo de lo que es normal en la época, las perdices de un cuartel se apiñan, forman bandos de bandos, tal vez para intercambiar calor. Tal cosa suele acontecer, como digo, en los duros inviernos de la meseta norte, a medida que las temperaturas van haciéndose gradualmente más insoportables. Lo de ayer, sin embargo, fue otra cosa. Sencillamente se presentó el invierno de golpe y porrazo y de unas temperaturas mínimas de nueve grados pasamos, en veinticuatro horas, a otras de seis grados bajo cero. El cambio fue abrupto y tanto a las personas como a los animales nos cogió desprevenidos. Y si añadimos al hielo el viento norte, bravo y continuado, bajo un sol intermitente, de pocos pujos, tendremos una

representación aproximada de la jornada de ayer.

En estas circunstancias, sucedió todo lo contrario de lo apuntado más arriba: la perdiz, lejos de concentrarse, se dispersó, fenómeno que advertí de salida y que pude comprobar a lo largo del cacerío. Salvo casos excepcionales, los pájaros empezaron a volar en solitario desde las nueve de la mañana, bien de los barbechos profundamente subsolados, bien de los perdidos intercalados entre las labores. Y su arrancada, dadas las características del día, friolento y ventoso, no era excesivamente larga, quizá porque rehuían la intemperie y se encontraban a gusto en su yacija soleada, al abrigaño del viento. En tal tesitura, la fiel Dina –a la que ayer logramos separar del Choc para que cazara uno en cada extremo– supuso una inestimable ayuda, ya que, morro al viento, fue indicándome con precisión la presencia de los pájaros esparcidos por el navazo. La Dina es perra de nariz sensible y, con el viento de cara, es muy capaz de acusar la presencia de una perdiz a doscientos metros de distancia. Su posterior aproximación, prudente y paulatina, sin perder los vientos, me permitía tomar mis precauciones ante el pájaro presto a saltar del tomillo o el cavón. Las cosas se fueron produciendo conforme esperaba. La perdiz brincaba a cuarenta o cincuenta metros de su morro –y de mi arma, puesto que así que la perra se inquietaba yo no me separaba de su lado–, con lo que mediante disparos a saque de escopeta se podía hacer labor. Mis tiros sobre perdices solitarias –salvo una que derribé alta y de pico, volada arriba por mi yerno– fueron, pues, muy similares y, una vez cogido el tranquillo, hubiera derribado fácilmente las dos docenas si el campo hubiera dado de sí. Pero el cazadero de Santa María se mostró ayer cicatero y hube de conformarme con cinco patirrojas en apenas hora y media. De vuelta, con el aire a favor, no fue posible repetir la suerte, en primer lugar porque la nariz de la Dina ya no era tan sensible y, en segundo, porque el viento delataba de lejos mi presencia. A pesar de ello, pude elevar mi percha a siete, pero mis manos agarrotadas no respondieron en el trance oportuno.

–Pero usted iba a hablarme de un doblete; de que para lograrlo le faltó media perdiz.

Ahí iba, sí, señor, y usted disculpe, lo que ocurre es que he tomado las cosas de atrás para ambientar la suerte. A mi juicio, el doblete de perdiz exige mucho requisito: tiempo calmo, discreta distancia, irrupción no rigurosamente simultánea de la pareja, etc. Para mí, la salida de la perdiz en bando no me resulta propicia. En estas condiciones he hecho escasos dobletes pero varias carambolas (tres perdices llegué a derribar de un tiro en Boecillo hace muchos años una mañana de vendaval, anécdota que atribuyo a Lorenzo, protagonista de *Diario de un cazador*). La carambola obedece al puro azar y es relativamente frecuente cuando el bando se alza muy prieto del suelo.

Pero si se alza disperso, la carambola es inviable y el doblete resulta bastante problemático, ya que los nervios impiden decidir los objetivos en la décima de segundo necesaria. También me ofusco cuando cazo en monte. El espeso me amilana y el temor de perder la perdiz derribada en primer término condiciona el segundo disparo. Se trata de reacciones instintivas que en mi caso no acertaré a contrarrestar así viva mil años. Por contra, si en un día sereno y soleado se arrancan dos perdicitas a veinte metros, con unas décimas de segundo entre vuelo y vuelo, el asunto es relativamente sencillo. Ayer mañana faltaron estos requisitos, salvo el de la distancia. Las dos patirrojas volaron del lindazo en la misma fracción de segundo y aunque fogueé rápidamente sobre la primera y la derribé, poner los puntos a la segunda me llevó un tiempo, suficiente para que ella se alejara con el viento y mi perdigonada no consiguiera otra cosa que desplumarla y descolgarle una pata. Ésta es la media perdiz de que hablaba, media para la contabilidad intima del cazador, pero nula a la hora de hacer arqueo y repartir las piezas.

El conejo extremeño
2 de diciembre de 1972

El director del Colegio Universitario de Cáceres, Ricardo Senabre, me invitó a dar una charla en esta ciudad, brindándome como señuelo la oportunidad de tirar unos tiros en tierras extremeñas. Hacía años que no paseaba la escopeta por aquellos pagos, donde he pasado horas magníficas, de suerte que acepté, rogándole nos buscase un cazadero apañado donde disparar cuatro docenas de cartuchos. Ante tan lisonjeras perspectivas, mi hermano Manolo se ofreció a acompañarme, no sin que antes le advirtiera que no era raro que estas cacerías magnas, por las razones que sean, resulten a la postre bufas. Como ejemplos típicos, y sin salirme de tierras extremeñas, le recordaba yo mis dos fiascos avutarderos en Brozas, donde no disparé un tiro, y los ya célebres aguardos de tórtola en Mérida, allá por los años sesenta, en que volvimos ayunos.

Empero, después de la conferencia, la ilusión seguía en alza. Nuestro destino era el Coto Petit o Los Lavaderos, uno de los más afamados criaderos de conejos no ya de Extremadura, sino de España entera. Según su dueño, Isidro Silos, en el Coto Petit han llegado a capturarse con cepo treinta mil gazapos en una temporada, naturalmente antes de que la mixomatosis se enseñoreara del país. También contaba Silos que en unas maniobras militares, los tres mil hombres acampados allí se merendaron quinientos conejos atrapándolos a mano, sin más que acosarlos contra los vivares vigilados. De modo que allá nos fuimos en compañía de José Manuel Guerra, Antonio Iglesias, Antonio Javaloyes y el propio Silos.

El cazadero, en punto a topografía, no puede ser más atractivo. El Coto Petit conserva esa mollar jugosidad que suele ser tónica de buena parte del campo cacereño. Esta campiña es una campiña amueblada y pintoresca en la que los dilatados campos de pastos, salpicados de retamas, encinas y alcornoques, constituyen un hábitat idóneo para el conejo. También están los canchales, púlpitos ciclópeos para otear los alrededores. Y así, encaramados cada uno en un canchal, aguardamos a que la jauría de podencos y foxterriers movieran el retamal. El procedimiento de caza era desconocido para nosotros y, si no me equivoco, es, en esencia, el que utilizan en las sardas catalanas mis amigos de la Colla els Vuit Conillaires: el conejo, guarecido en un medio intrincado, no brinda otra posibilidad que la de moverlo con los perros en la mancha y descrismarlo cuando, en su fuga enloquecida,

cruza el calvero o abandona definitivamente la maraña. Para los que somos nuevos en estos empeños, el mero hecho de ver trabajar a los perros constituye ya una atracción. El fox es un animal de una ferocidad insospechada. Perro valiente, no creo que la caza de pelo –incluidos raposo y tejón– tenga un enemigo más encarnizado. Antes de comenzar la batida, Abundio, el guarda, me mostraba los dientes mellados o rotos de los cuatro ejemplares, reliquias de los duros combates sostenidos en las zorreras. El fox está dotado, por otra parte, de una ubicuidad asombrosa. Apenas sueltos, el retamal se convirtió en un hervidero de sombras fugaces que cruzaban como centellas en todos los sentidos. De cuando en cuando aparecía un fox en lo limpio, el hocico a ras de tierra, la oreja alerta ante el posible aviso de un camarada. De este modo, tan pronto se producía un aullido entre las escobas, los canes abandonaban su afanosa busca y acudían desalados a la llamada. De producirse en estas ocasiones el paso de un gazapo ante las escopetas, no duraba ni una milésima de segundo. Nunca sospeché que un conejo, con sus cortas patas, pudiera alcanzar estas velocidades endiabladas. Ni cazando a toro suelto he visto correr tan velozmente a un conejo. El gazapo perseguido por un fox es literalmente un relámpago (algo así, pienso yo, debe ser la publicidad subliminal). Su tiro, pues, es difícil, ya que a lo enmarañado del terreno se une la fugacidad del blanco y el riesgo, no demasiado lejano, de partir la carga de plomo con el can perseguidor.

Pero, quizá, lo más llamativo del lance sea la obstinación con que el conejo se apega a lo sucio. Sin duda, él presiente que en la maraña está su salvación, de ahí su resistencia a asomar a los calveros. Por eso, antes de apelar a la carrera –su última oportunidad–, el gazapete finta, frena, regatea, tratando de dar esquinazo a los perros, cosa que consigue con frecuencia. Esto supone que una inmediata segunda vuelta, y aun una tercera, por las mismas escobas nos depararán semejantes oportunidades de tiro que la primera.

Alguno, tal vez, argumente que el conejo extremeño es tonto al no recluirse en los vivares, pero no hay tal. El gazapo intuye que a la vera de los bardos, en un cancho con perspectiva, acecha la escopeta. Al animalito, entonces, no le queda otro recurso que corretear de un sitio a otro y únicamente en casos extremos se decidirá a acogerse al bardo burlando el bloqueo del cazador. Distraída fórmula de caza, en suma, allí donde la topografía lo aconseja y la densidad de conejos lo justifica.

En el Coto Petit, una hora después de iniciar el cacerío, habíamos cobrado nueve gazapos –¡qué destreza también la de los fox para la cobra!– y un hermoso ejemplar de zorro que revolcó Antonio Iglesias al comenzar a batir la mancha. Lo triste del caso es que sobre las once de la mañana, cuando cambiábamos de cazadero, se desató la lluvia,

una lluvia menuda e incisiva, desde un cielo uniformemente gris, cejijunto y sombrío, que en media hora nos puso como sopas. Menos mal que la casa no quedaba lejos, y allí, al amor de la lumbre, mientras las ropas se secaban, echamos un párrafo sobre la caza en general y, más concretamente, sobre la delicada situación de la perdiz en Extremadura, tan crítica, si no más, que en la meseta superior, ya que, mientras las escopetas proliferan a un ritmo delirante, los terrenos libres desaparecen y los acotados alcanzan unos precios astronómicos. Silos habló de batidas donde el puesto se cotiza a cuatro mil duros más 300 o 400 pesetas por perdiz muerta. Por su parte, José Manuel Guerra contó que una finca por la que se han pagado 250.000 pesetas no ha rendido hasta el momento, transcurridos los dos mejores meses de la temporada, más que dieciocho perdices, o sea que, hasta el día, la patirroja sale aproximadamente a 14.000 pesetas. Evidentemente, en ciertas zonas de la meseta sur, la perdiz, como en muchas otras partes, anda escasa. Impulsados por esta penuria, se va haciendo costumbre la incubación de los huevos de la primera puesta para forzar la segunda. Para el cazador medio, como para el cazador modesto –el acotamiento del término por los propios cazadores de los pueblos es menos frecuente aquí, dadas las características de la propiedad rural–, las cosas se ensombrecen en Extremadura. Menos mal que por estos lares la paloma y, en particular, la tórtola, en sus devaneos estivales, promueven un traqueo intenso y el desfogamiento consiguiente. Pero también esto empieza a cotizarse y acabará rigiéndose en breve, como todo, por la despiadada ley de la oferta y la demanda.

La garza
3 de diciembre de 1972

¡Triste morral el de hoy en Villanueva de Duero!: cuatro conejos, una liebre, una zurita y pare usted de contar. Fuera de nuestra despedida de Torre de Peñafiel, es ésta la primera vez en esta temporada que me vuelvo bolo. Y, en rigor, la suerte no me deparó más que una oportunidad de romper el maleficio: la liebre que me metió Juan y que erré como un novato. Y no digo el primer tiro, que precipité apremiado por las carrascas, pero sí el segundo, una vez rebotada la rabona en Manolo, que también le había disparado sin acierto. Desconcertada, la liebre volvió entonces a mi terreno y le tiré al hilo, en un pasillo angosto pero suficiente, y aunque hizo un extraño, pronto se rehízo y ni la Dina ni el Choc, excitados con tanto tiro, dieron con ella.

La novedad de la jornada nos la procuró una garza, apostada en un prado de alfalfa y que, por alguna razón inexplicable, no se inmutó cuando Manolo y yo nos aproximamos a ella a la rastra, de manera que pudimos derribarla sin dificultad. La meteremos en formol y se la guardaremos a mi hijo Miguel, que ahora anda en el Sáhara estudiando la fauna africana.

La caza mecánica
10 de diciembre de 1972

Decididamente, si Dios no lo remedia, esto se acaba. La caza en Castilla, quiero decir. Nuestra cazata en la Ribera Meneses, tesonera y sostenida, de más de ocho horas de duración, apenas nos dio un botín de tres liebres, un raposo y un pato real. La Ribera Meneses, ciertamente, nunca fue un terreno perdicero –tierras irrigadas y manchas de chopo y encina–, pero no tropezar con una después de una caminata de treinta kilómetros es un indicio desolador. Quizá de habernos dedicado a los patos el resultado hubiera sido distinto, pero el parro es caza ocasional que ayer, por mor de la gran crecida de los ríos, se amparaba en la maleza de las orillas. Es obvio que derribarlos era empresa sencilla, pero ante la imposibilidad de la cobra –ni el Choc ni la Dina son canes acuáticos– renunciamos a tirarlos porque en nuestro código cinegético no cabe, ciertamente, aquello de matar por matar.

De lo poco reseñable que deparó el día, fue el raposo que aculó mi hermano Manuel, uno de los primeros de su vida cinegética. (Una vez más me demostró este animal que la astucia que se le atribuye es más teórica que real. Al volver la mano mis hijos Germán y Juan en un espesar de encina, el animalito le entró a mi hermano gazapeando, con lo que no tuvo más que armarse y disparar para revolearlo.) El bicho tenía excoriado el costado derecho, con huellas de una vieja perdigonada cicatrizada. Se conoce que otra escopeta nos tomó la delantera hace algunos meses y que, durante el proceso de curación, los picores le indujeron a rascarse en lajas y carrascas hasta depilarse una extensa zona del cuerpo. Fuera de esto, la tónica del día, frío y tristón, fue el aburrimiento. No se vio caza y, consecuentemente, las iniciales actitudes de alerta fueron relajándose para terminar en un absoluto desinterés.

Esto da pie para pensar en el porvenir que nos aguarda a los cazadores. Un porvenir deplorable que no podrá paliar el ingenio humano en sus esfuerzos para procurarnos un sucedáneo. Hace unos días hablaba el diario *Informaciones* de la implantación en España de la caza mecánica, con la que se trata de proporcionarnos una oportunidad de realizar todos los movimientos que realizamos cuando cazamos para concluir tirando a un plato. Trataré de explicarme brevemente. Lo que se pretende es dotar a las fincas que decidan dedicarse a la caza artificial, de una serie de jaulas en las que haya

perdices, liebres y conejos encerrados. Tales jaulas, ocultas en los matorrales, estimularán la labor de los perros, su rastreo y, finalmente, la muestra. Ahora bien, no se trata de que los animales enjaulados recuperen la libertad ante la delación del can, sino que una máquina lanza-platos, accionada posiblemente por una célula fotoeléctrica –que esto no lo aclara el reportaje–, disparará un plato al aproximarse el cazador (?), raso y a la velocidad del conejo si el animal enjaulado es un conejo, raso y a la velocidad de una liebre si es ésta la enclaustrada, y alto y repinado, o sirgado, o al hilo o de través –a voluntad del dueño del ingenio– si el animal prisionero, que nuestro dócil perro muestra, es una patirroja. En este punto, el cazador (?) debe demostrarse a sí mismo, al hacer añicos el plato, que en su caso, esto es, en el caso de que allí hubiera arrancado de verdad un conejo, una liebre o una perdiz, él los hubiera derribado. Pero yo me pregunto: ¿pueden creer de verdad los inventores de estos ingenios que tamaña argucia puede sustituir a la caza en un próximo futuro? ¿Cómo es posible identificar una pasión natural y silvestre como es ésta con una suma de artilugios técnicos, quintaesencia del artificio?

El hombre que sale al campo con una escopeta lo primero que intenta hacer es huir de la doblez, del engaño, de la mecanización, que aplastan a las sociedades modernas. Y si lo que va buscando es un contacto directo con la libertad y la naturaleza, ¿cómo va a darse por satisfecho al toparse con una pieza enjaulada y un trasto mecánico accionado por el último grito de la técnica? Esto es no querer entender al cazador. El cazador busca un duelo en el monte. Anúlese esta competencia –o debilítese en cualquier forma– y se acabará la caza. Y todo lo que no sea darnos aquello –un animal libre, desconfiado y silvestre– será darnos gato por liebre, una burda añagaza que en nada va a mitigar el pesar que produce nuestra inacción como tales venadores.

De lo que se está tratando, en vista de la progresiva decadencia de la caza, es de buscar para nosotros, cazadores, un pasatiempo, olvidando que la caza para el verdadero cazador es algo mucho más noble, complejo y apasionante que un mero pasatiempo. Es evidente que un delantero centro hambriento de goles puede pasar un rato distraído en el bar jugando una partida de futbolín, pero esto en modo alguno puede compensarle del placer de deambular por una pradera, sortear a dos defensas contrarios y hacer un gol de verdad, como mandan los viejos cánones.

El ingenio del siglo XX ha inventado el futbolín de los cazadores, pero sería ingenuo imaginar que pueda esto algún día suplantar a la caza-caza.

La perdiz, a menos
17 de diciembre de 1972

Las cuestas de Santa María nos dieron hoy cuatro perdices para cinco escopetas y pocas oportunidades más de aumentar la cifra, lo que quiere decir que también por aquí la patirroja va a menos. De no ser por Juan, que acertó tres liebres de tres disparos, hoy hubiéramos regresado a casa prácticamente de vacío. La decadencia de la perdiz en Castilla no ha impedido que vuelva a anunciarse por parte del Icona la apertura de caza con reclamo a partir del primer domingo de febrero. Yo pienso que estamos estrujando excesivamente el campo, con lo que mucho me temo que no tardando acabemos esquilmándolo. Y al exponer mis temores no los limito a una determinada zona o región. Entre incivilidad y mecanización, la caza, la perdiz, va decreciendo en todas partes. Alejandro Araoz y Alfonso Urquijo, que bajan con frecuencia a Toledo y otras provincias privilegiadas del sur, han advertido también esta recesión y, según me dicen, los pájaros abatidos este año han descendido considerablemente en relación con los anteriores. Las agencias informativas de prensa confirman estas manifestaciones pesimistas y, en relación con el cacerío dado en honor del príncipe Carlos de Inglaterra, aseguran que hubo que acarrear unos centenares de perdices enjauladas para que su alteza pasase el rato. Y si esto sucede en fincas destinadas a este fin, donde todo –siembras, agua, manchas– está concebido para conseguir un hábitat adecuado, ¿cómo va a sorprendernos que en las tierras de labor, donde la perdiz, mal que nos pese, es un intruso, se observen estas mermas inquietantes?

Otra zona sintomática a estos efectos es la de Quintanilla de Abajo, próxima a Peñafiel. Con un fuelle resistente y unas piernas elásticas, hace diez años en estas diabólicas laderas podían conseguirse perchas de gala. Bueno, pues después de acotado el término, según me dice Ignacio Herrero, uno puede caminar tres leguas sin levantar una patirroja. Herrero atribuye esta catástrofe a la proliferación descontrolada del raposo. Recuerdo que Araoz-padre culpaba también al zorro del descaste de la perdiz en ciertos sectores de la ribera del Duero. De la multiplicación del raposo en ambos lugares no puede dudarse. De octubre a diciembre, Tati Herrero ha atrapado en su monte cuarenta y cinco, dieciséis de ellos sin cambiar el cepo de sitio. Por nuestra parte, desde el año pasado, no hemos efectuado una sola excursión a Villanueva de Duero sin ver al menos un par de zorros, cifra considerable cazando en mano. Desconfío, no obstante, de que el

raposo por sí solo sea capaz de liquidar la perdiz en tan extensas zonas y tan escaso tiempo. Esto es, yo añadiría a la abundancia de alimañas, el reclamo, la mecanización del campo (jeeps, tractores, cosechadoras), la reciente irrigación de ciertas zonas, la eliminación de linderas y perdidos, el precio de la perdiz en el mercado, los sigilosos rifles del 22 y el uso y abuso de insecticidas y plaguicidas. La química ha traído al campo, aparte una mejor apariencia de los sembrados y un peor sabor en los frutos, un factor incontrolado o, por mejor decir, de efectos no bien conocidos. Pero lo peor del caso es que cuando queramos dar con las causas de este declive, la perdiz pueda haber llegado a su total extinción.

Nieblas meonas
22 de diciembre de 1972

Las nieblas castellanas y, más concretamente, de Valladolid, suelen ser muy pertinaces en este mes de diciembre. Ocasiones hay en que la ciudad, flanqueada por el Pisuerga y la Esgueva, queda sumida en el sopor de la bruma durante cinco o seis días consecutivos, mientras cincuenta kilómetros más allá disfrutan de un solillo, por extemporáneo, más de agradecer.

Las nieblas pincianas son zainas y engañosas, se presentan a traición, luego de una temporada –nunca demasiado larga– de cielos altos y mediodías luminosos. Tres días de estas características y el mal sabor de boca de la jornada dominguera nos animaron a Manolo y a mí a dar una vuelta por Santa María, confiados en que el meteoro, dada la mayor altitud, se disiparía antes por aquellas tierras. Y nuestra esperanza se confirmó, ya que sobre las once de la mañana, el sol comenzó a dorar las cotarras y a licuar la carama acumulada en los matorrales. La excursión, en principio, se ajustó a nuestras previsiones, pero las cosas fueron desenvolviéndose de tal manera que no nos fue factible sujetar a la perdiz, esparcida caprichosamente entre los terrones. De ordinario, los mataderos de Santa María están en las cuestas salpicadas de aulagas y tomillos, los lindazos y arroyos y algún que otro perdido moteado de carrascas. Tales obstáculos son muy querenciosos de la perdiz con varios vuelos en las costillas los días soleados, mas no resultaban atractivos esta mañana por la humedad producida por el deshielo. Manolo y yo nos dedicamos, sin embargo, a mover los pájaros durante dos horas en la esperanza de que los matos se secasen, pero cuando la faena preparatoria tocaba a su fin, empezó a caer la niebla de nuevo, se enturbió el sol y la perdiz, fortalecida por los elementos, renunció al abrigo de la maleza, con lo que hubimos de limitarnos a cambiar los bandos de sitio sin la menor esperanza de tirarlos. En este cacerío desangelado, únicamente aguardaron dos pájaros: uno lo derribé yo y el otro cogió a Manolo a contrapié y se largó a criar. Menos mal que un cuarto de hora después acertó a un conejo que de manera insólita se lanzó por la siembra luego de regatear un rato entre las aulagas. Para remate, bajé una paloma que me sobrevolaba a gran altura y nos brindó un desplome espectacular.

A pesar de todo, vimos más perdices que el domingo. En Pekín, desde luego, pero a estas alturas, de no diezmarlos con el reclamo, los

bandos vistos garantizan la distracción para la próxima temporada.

Ni conejos
24 de diciembre de 1972

Triste va el año. Ya, por no haber, ni conejos. Uno no acierta a explicarse cómo en un sardón de quinientas hectáreas cabe tirar a una treintena de conejos, y en otro, aparentemente más propicio y a quince kilómetros de distancia, ni siquiera llega a estrenarse. Esto de la peste no hay quien lo entienda. Apenas empieza uno a cantar victoria cuando llega un día como el de ayer a recordarle que la mixomatosis, al menos en Castilla, anda muy lejos de estar erradicada. Porque si no hay conejos en lo de Blanco, uno de los sardones más poblados allá por los años cuarenta, es improbable que haya conejos en la provincia de Valladolid.

El monte de Blanco, hace apenas cinco lustros, era un hervidero de conejos. Monte difícil, muy prieto y agreste, no impedía que un conejero ducho pudiera lucir, al final de la jornada, un morral abultado. En él se adiestró su dueño desde crío, con lo que, al alcanzar los diecisiete años, Carlos Blanco no tenía rival en su terreno. Experto en el tiro a tenazón, conocedor del carrascal palmo a palmo, Carlos Blanco revolcaba conejos en espacios inverosímiles. En otro orden de cosas, su identificación con los perros era total, completísima. Le bastaba un levísimo ademán para que el perro rodeara la mata y le sacara el gazapo por lo limpio. En una palabra, Carlos Blanco en su monte hacía lo que quería e inevitablemente sus acompañantes quedaban pasmados de su pericia. Ello no impedía que éstos, menos conspicuos pero con una afición no menor, fuesen amontonando cazas en el macuto, ya que a aquel que no derribara media docena de conejos en lo de Blanco mejor le iría colgando la escopeta.

Carlos Blanco murió en plena juventud, cosa siempre triste, pero a no dudar se ahorró la tribulación de ver cómo su monte, que cuidaba con un celo próximo y entusiasta, se iba convirtiendo poco a poco en un cementerio. Porque ya es hora de manifestar que ayer, de cinco escopetas, únicamente dos dispararon una vez cada una. Las demás no llegaron a estrenarse. El hecho es tan insólito que uno se pregunta: ¿qué ha podido suceder en este carrascal? El gazapo vuelve a apuntar ya en todas partes, el pasto es abundantísimo, el sardón denso y bien guardado, ¿dónde diablos, entonces, andan los conejos? Después de este gran fracaso me abochorna pensar en la cantidad de papeles que he llenado en los últimos meses hablando de la recuperación del conejo, ya que existen lugares –y éste es uno de ellos– donde tal recuperación no se manifiesta ni mucho ni poco. El monte de Blanco,

como el de los Herrero en Quintanilla y otros varios, a efectos conejiles siguen muertos. ¿Razones? Se me antoja muy complicado dar con ellas. Porque el caso es que, en estos lugares, septiembre suele entrar con conejos en abundancia y es precisamente en invierno, tras una otoñada dulce y húmeda, muy favorable para los pastos, cuando aquéllos empiezan a ralear.

Por otro lado, esta mancha de encina es variada y perfecta, ya que a la corta sucede una zona de mata medía y, a ésta, otra de mata alta muy enrevesada. En los carrascales donde cabe la opción, los conejos, cuando son hostigados –y, hoy por hoy, éste no es el caso del monte de Blanco– se concentran en lo alto, en los rincones más arduos y enmarañados, ya que el tiro ahí es difícil, ha de ser muy rápido y a saque de escopeta. Todo esto es muy cierto y, para cualquier cazador con alguna experiencia, evidentísimo. Pero el caso es que ayer no cabe hacernos ni el reproche de la lentitud, puesto que ni en la corta ni en el espesar brincaron conejos. Quiero decir que el fracaso no fue cuestión de reflejos. Hasta Búfalo Bill hubiera marchado ayuno ayer del monte de Blanco.

Y el caso es que juguetes, huellas, conatos de huras recientes se observan en todas partes, lo que induce a pensar que a determinadas horas se produce cierta actividad, y donde existe esta actividad es que tiene que haber conejos. Pero ¿dónde rayos se meten, entonces? Ciertamente, ayer, día gris y neblinoso, no era un día muy apropiado para el encame. De acuerdo. Pero este hecho puede reducir el número de conejos en superficie, en modo alguno suprimirlo. De niño yo acompañé a mi padre infinidad de veces al monte de Valdés, en los Torozos, y cuando evoco aquellas cacerías, el sol está ausente de mi recuerdo. De aquellas primeras excursiones, conservo la memoria de unas manos amoratadas por el frío y unos cielos bajos color ceniza. Bien, pues en estas condiciones jamás faltaban conejos encamados, de forma que los morrales de mi padre podían ser más o menos eminentes, pero jamás, creo yo, bajaron de la media docena de piezas. ¿Qué pasa entonces? Guillermo, el guarda de Blanco, a quien conocimos hace cuatro lustros en el coto de la Espina –uno de los cotos perdiceros más golosos de la provincia de Valladolid, al que también se lo ha llevado la trampa–, me decía que tal vez el merodeo diurno del conejo se reduzca por temor al raposo, ya que él en el último año ha capturado sesenta y seis ejemplares. La cifra es tan elevada que lo mismo puede servir para explicar la escasa población conejil como para aumentar nuestra perplejidad, puesto que si no hay conejos en el monte después de eliminar a sesenta y seis raposos, es que hay otros factores que lo impiden.

El zorro, por otra parte, es animal noctivago y, en consecuencia,

parece lógico que sus ataques empujaran al conejo a hacer vida diurna, cuando su enemigo ande encamado o refugiado en las zorreras. Y, sin embargo, no es así. Anita Blanco, hermana de Carlos y actual administradora de la propiedad, me decía que frecuentemente recorre los caminos del monte de noche sin que salte un solo gazapo a la luz de los faros. Cualquiera que tenga algún conocimiento de lo que es un monte de encina sabe que este dato es definitivo. La población conejil no puede ser importante cuando de noche no se da a ver ante los focos de un automóvil. Esto sugiere que las huellas y juguetes en que abunda el carrascal son obra de pocos conejos pero muy activos. No se me ocurre otra explicación. Pero que la mixomatosis anda todavía por medio no hay quien me lo saque de la cabeza, a pesar de verse cada temporada menos animales enfermos. La prueba está en lo que Anita Blanco y Guillermo, el guarda, me decían: «Hasta septiembre se han visto conejos de día y de noche; ha sido al adentrarnos en el otoño cuando han desaparecido».

Manolo Gallo
26 de diciembre de 1972

Como suele ser costumbre en la familia, el día de Navidad, por la tarde, marchamos a Sedano para pasar la semana que media hasta Nochevieja. Sedano, al norte de Burgos, tiene un encanto peculiar, aun en estas fechas hibernizas, con el caserío encajonado entre los montes y las manchas de roble, haya y pimpollo abrigando valles, páramos y laderas. Apenas llegados, Luis Gallo nos anunció la primera salida al jabalí para la mañana siguiente. Estas salidas improvisadas a los cochinos requieren mucha paciencia y mucha perseverancia si queremos conocer el éxito. Por mi parte, y humildemente, debo reconocer que la media docena de veces que he salido no he cogido más que frío. Los Gallo, sin embargo, y otros venadores del pueblo, van poco a poco sumando trofeos. El propio Luis cobró hace un par de años un ejemplar espléndido de ciento veinte kilos cuando iba por la ladera cazando perdices. El hombre tuvo la serenidad suficiente para cambiar en unos segundos el cartucho por bala y derribarlo cerca del barrizal donde estaba hozando. En la temporada que corre, ya se ha apuntado otro, y otro más Miguel Varona, el veterinario. Estos cochinos se matan con escopeta y rifle, esto es, como se matan, por lo regular, en todas partes. Por eso sorprende más la actividad venatoria, puramente primitiva y medieval de Manolo Gallo. Sus proezas ya se comentan en estos contornos por su singularidad.

Hace apenas cuatro años, Manolo Gallo se mostraba muy refractario a la cinegética: «Hay que estar de la cabeza para salir al campo con este frío. ¡Con lo bien que se está en la cama!», solía decirnos. Pero paulatinamente, sin que nadie se explique cómo ni por qué, le fue entrando el gusanillo. Crió un perro; luego, otro perro. Y, de ciento en viento, agarraba la escopeta y marchaba al monte con ellos. No buscaba perdices. Él iba siempre a por bichos de más sustancia. Así, un día cobró su primer jabalí. Pero en la excursión siguiente se encontró en una situación difícil: los canes acosaron al jabato con tal ardimiento que Manolo no pudo disparar por temor a herirlos. A partir de esa fecha se echó un cuchillo al cinto de apenas seis dedos de hoja. AI año siguiente aumentó a cinco la rehala y dejó en casa la escopeta. Sin maestro que le desbrozara el camino, Manolo Gallo fue aprendiendo solo. Los sabuesos eran buenos para hallar el rastro, el lobo para cortar la carrera a la res y los bóxers y los bulldogs para apresarla. Poco a poco se fue organizando Manolo Gallo. Su rehala ya no crecía, simplemente se adiestraba. Precisaba un perro detector,

otro corredor y tres de presa. Una vez conseguido esto, lo demás se le fue dando por añadidura.

Una tarde, en el sardón de Las Hazas, el sabueso cantó el jabalí. El resto de la jauría se unió a sus latidos y Manolo Gallo, en solitario, corrió en su dirección. Al poco rato, sobre la ladera donde se desploma el Páramo de Masa, se topó con la res en enconada pelea con los canes. Los bóxers y el bulldog, aferrados a las orejas del bicho, le hacían girar inútilmente sobre sí mismo, en tanto los otros dos le agredían a dentelladas. Manolo Gallo se aproximó serenamente a la presa, le aferró de la pata trasera y le acuchilló hondo entre las costillas. La navajada en el corazón fue de un efecto fulminante. Manolo Gallo ya conocía el oficio. Desde entonces, salvo cuando bate para los demás, para los escopeteros, Manolo Gallo sube al monte solo, con sus perros y su cuchillo. No necesita más. El otro día, no hace todavía dos semanas, en el alto de Las Pardas, rajó a un cochino hermoso y cuando se dirigía al pueblo en busca de ayuda para bajarlo, se le arrancó otro y lo abatió de otra cuchillada. De este modo y en corto tiempo la experiencia jabalinera de Manolo Gallo se ha enriquecido sin cesar. A la manera de los antiguos alanceadores, él conoce los puntos flacos del gorrino salvaje, cómo cerrarle el paso, dónde asirle y dónde y cómo clavarle. Lo que se dice un consumado puntillero:

–¡Ojo, Manolo! Mira que un día la res te voltea los perros y te acuchilla a ti a mansalva; no debes hacerlo solo.

Pero Manolo Gallo sonríe. Cuando uno le habla de los riesgos de su afición, Manolo, ineluctablemente, lo echa a barato. Él le ha cogido el gustillo al mano a mano, al contacto directo con la bestia, y eso de las escopetas y los rifles no acaba de digerirlo.

Al mismo tiempo, Manolo Gallo se ha convertido en un diestro batidor con intuición y astucia suficientes para barrer debidamente el arcabuco. Y cuando intervienen las armas de fuego, él, mejor que aguardar, prefiere mover la mancha con sus canes. Y, concretamente, esto es lo que hace a la mañana siguiente de nuestra llegada, cuando su hermano Luis propone una batida. Y yo, conocedor de las habilidades de Manolo Gallo, tan pronto siento las primeras voces en la maraña de roble, apresto el arma. Pero no hay nada. Ya antes de llegar los ojeadores, escucho las voces de Manolo en el mohedal:

–¡Esto es un fracaso, Miguel! ¡No hay perros!

–¿Pues dónde demonios andan?

–Se largaron detrás de un jabalí.

Y allí en lo alto, al abrigaño, prendemos unas aulagas, formamos corro alrededor de la lumbre y Manolo cuenta: él subía en el último coche y a seis kilómetros del pueblo, poco más allá del cruce con Las Hazas, en la cerviguera donde los pinos están desterrando al roble,

divisó dos cochinos, macho y hembra, a menos de treinta metros de la carretera. El hombre vaciló. Si hubiera dispuesto de una carabina la cosa no ofrecía duda, pero en su caso ¿qué hacer?

–Anduve un cuarto de hora dudando, os lo juro. Y los bichos no quitaban ojo del coche, pero no creáis que se movían.

Finalmente, Manolo Gallo sucumbió a la tentación. Azuzó a los perros y éstos se perdieron en la mancha, tras el rastro. Pero no lograron capturarlos. Manolo divisó las huellas divergentes en el cortafuegos, lo que demuestra que, ante el acoso de los canes, la pareja se dividió. Por la tarde, los perros aún no habían regresado al pueblo. A la noche apareció uno. A la mañana siguiente, tres más. Faltaba el quinto. ¿Habrá sucumbido en lucha desigual con el jabalí?

Así se frustró nuestra improvisada montería de ayer. A pesar del fracaso, el misterioso atractivo del robledal en esta época del año es ya de por sí compensador. Uno guarda, apostado tras un mato, embriagado de naturaleza; convertido en naturaleza él mismo. No surge nada, no se ve nada, no se oye nada y, sin embargo, cabe esperarlo todo porque la mano del hombre aún no instauró por aquí el artificio. Y es esta inmersión en un ambiente puro, incontaminado, lo que más agradece el venador a estas alturas de civilización.

El jabalí y la perdiz
28 de diciembre de 1972

Desde que llegamos a Sedano se barruntaba la nieve. Por mi parte había vaticinado que, de girar el viento al norte, la nevada se produciría inevitablemente dentro de las veinticuatro horas. Pero al levantarnos esta mañana el viento seguía soplando del suroeste, por lo que después de desayunar y mientras se hacía la hora del almuerzo decidimos dar unas manos a las perdices por las laderas de Mozuelos. Para cazar debidamente estas cuestas se necesita un escuadrón, pero como antes de cazar se trataba de observar un poco el terreno, Luis, Juan y yo nos abrimos en el tercio alto de la ladera y nos pusimos a caminar a buen ritmo porque el tiempo estaba fresco. Conforme nos había anunciado Luis Gallo, perdices vimos pocas y las pocas que vimos resguardadas en las vaguadas, al abrigaño, pero –cosa rara– se diseminaron a las primeras de cambio. Ello me permitió derribar dos, en tiros un poco largos, en dos escalones de aulagas. Al cabo de una hora de caminata, el viento viró repentinamente al norte y en unos minutos la nube se encajonó en el valle y se inició una alborotada cellisca que nos obligó a descender precipitadamente a la carretera, con tan buena fortuna que el Boni, que andaba cobrando los recibos de la luz, nos recogió en su Seiscientos y nos trasladó a Mozuelos a por el coche.

Después de comer he comentado con los Gallo y el alcalde el decrecimiento de la perdiz en este cazadero, hecho sorprendente, ya que la superficie de las cuatro hazas de cereal que había antaño se ha multiplicado por diez al roturarse los páramos. Pero al tiempo que las perdices disminuyen los jabalíes aumentan, relación inversa que, ecológicamente, queda suficientemente explicada, ya que, en contra de la común creencia, el jabalí no es vegetariano sino omnívoro, y cualquiera que haya criado cerdos conoce, por ejemplo, la avidez con que estos bichos sorben los huevos de gallina o devoran los empollados. Cerdo y jabalí, salvo la domesticidad y el número de arrobas, son una misma cosa. Las cerdas extremeñas que se crían en montanera quedan cubiertas con frecuencia por gorrinos silvestres, hasta el punto de que allí nadie se sorprende de que una cerda alumbre una carnada de jabalíes en lugar de una camada de cerditos como sería lo mandado. Admitido esto, resulta aceptable que en Sedano, donde la bellota no abunda, la dieta del jabalí se extienda a los huevos de perdiz e incluso a las polladas y los gazapos de pocos días.

En el sur, la antinomia caza mayor-caza menor es conocida. El propietario de una finca debe optar por una o por otra. Tratar de conjugar ambas es perder el tiempo. El jabalí posiblemente sea más dañino para la perdiz que el raposo. Todavía hay cazadores, sin embargo, que niegan, o al menos ponen en tela de juicio, esta interferencia. Pero lo acaecido estos últimos años en la reserva de Doñana me parece concluyente a este respecto. El aumento de la población jabalinera redujo la de perdiz a ojos vistas. Bastó, sin embargo, que se desatase en la reserva la peste porcina, que diezmó las piaras de guarros salvajes, para que la patirroja se esponjase. Se trata, pues, de una demostración paladina, evidentísima, que no admite réplica. Y si estas cosas son así, ¿por qué vamos a extrañarnos de que en Sedano decrezca la población perdicera en tanto proliferan los cochinos silvestres?

Los octogenarios sedaneses –que, por cierto, abundan– recuerdan sus años de juventud como una época dorada para la caza menor, en tanto los encuentros con el jabalí eran tan raros que, cuando se producían, hasta salían en las coplas de ciego, como ocurrió con el cochino que atacó en pleno monte al practicante Rufino Melgosa cuando se dirigía monte arriba a cumplir su humanitaria misión. La progresiva eliminación de la cabra en estos contornos y la repoblación forestal, en manchas extensas y muy prietas, han determinado un incremento del jabalí que ha venido a cercenar las posibilidades de desarrollo que cabría haber esperado de la perdiz con los roturos de los altos. En este momento, Sedano es un coto equilibrado donde nada abunda pero donde nada falta tampoco. Las temporadas venideras nos dirán quién puede más, ya que la coexistencia de caza mayor y menor resulta, como hemos visto, problemática.

Cazar con los ojos
29 de diciembre de 1972

Volvimos a buscar las perdices de Valdepuente en las aulagas donde las dejamos ayer al iniciarse la nevada, pero todo en vano. Las cumbres seguían nevadas, por lo que acabamos refugiándonos en las laderas encaradas al naciente donde el suelo estaba limpio.

Este cazadero de Sedano resulta ímprobo, es cierto, pero, quizá por ello, no menos grandioso. Las perdices podrán fallar pero lo que no falla nunca es la seducción del paisaje (y las tremendas cuestas facilitan la perspectiva), de una majestuosidad inigualable. Así, esta mañana, en vista de que no arrancaban perdices, me dediqué a mirar. Los vallejos profundos, muy angostos, almacenan la tierra erosionada durante siglos y es en ellos donde se dan algunos cultivos y frutales. Las laderas, en cambio, increíblemente empinadas, no dan sino roble y aulaga y, en los bordes, firmes aristas de roca desnuda con frecuentes concavidades, lo que imprime al paisaje una bravura inusual.

Al cabo de una hora, Miguel –que llegó anoche– voló arriba un par de bandos endemoniados a los que tiramos por calentarnos la mano. Contemplar estas perdices descolgándose de ladera a ladera, sobrevolando los valles a doscientos metros de altura, constituye un espectáculo fascinante. Como cabe suponer, no cobramos nada en las dos horas y media que duró el paseo, es decir, cobramos oxígeno en cantidad y una fuerte dosis de optimismo al comprobar que aún queda un lugar en el mundo donde todavía puede hallar el cazador esta confortadora sensación de plenitud.

Nuevo cazadero
7 de enero de 1973

Por cambios de cazadero no quedará esta temporada. De ordinario uno se encasilla en dos o tres lugares y no conoce lo que sucede en el resto de Castilla sino por referencias. De ahí que este año me propusiera patear todas aquellas tierras adonde, por una vía u otra, puedo tener acceso, para comprobar por mí mismo en qué para todo esto de los cotos privados controlados por los pueblerinos y cuál es el porvenir de la patirroja en la región. Tras el cacerío de ayer, más bien sórdido, vuelvo a decir lo mismo de siempre pero acentuando los ribetes patéticos: el futuro de la perdiz lo veo mal, decididamente sombrío, por estos labrantíos nuestros antaño pródigos y generosos. Y a esta experiencia le doy bastante importancia, ya que la Dehesa de Matanzas –donde cazamos– está enclavada en un triángulo de brillante tradición perdicera, cuyos ángulos son Astudillo, Torquemada y Quintana del Puente. Los tres son términos de cereal –y alguna huerta en los bajos– con valientes laderas de roble, mancha parda que se extiende por los altos para formar un monte de bastante entidad, donde el jabalí, como era de esperar, ha hallado gustoso acomodo.

Los propietarios de la Dehesa se han metido en una labor de chinos, ya que en el límite de Astudillo han levantado los matos y abierto una isla considerable. Las máquinas han desnudado un suelo ingrato, una auténtica pedriza, de manera que ahora tendrán que afrontar una dura tarea de despedregamiento si aspiran a poner aquello en cultivo. Muy arduo todo a efectos agrícolas, pero que podría haber resultado favorable para la proliferación de la perdiz, cosa que está muy lejos de haber sucedido según se deduce de nuestra descubierta de ayer, ya que una cuadrilla de cinco, durante una larga mañana, apenas si movió tres bandos de poco fuste, para terminar colgando dos patirrojas, una chocha, una liebre y un conejo. Ciertamente no tiramos bien, pero si el promedio de disparos no pasó de tres por barba, tampoco se piense que de estar más afortunados el resultado hubiera cambiado mucho. Tampoco las otras dos partidas con las que nos topamos a mediodía habían tirado más ni sus morrales eran más pingües, lo que quiere decir que la población de perdiz por estos pagos está muy recortada, ya que el día –abierto y soleado– no podía ser más propicio para la caza.

La excursión, por otro lado, sirvió para confirmar las afirmaciones de mi amigo el doctor Porro sobre el asentamiento de becadas en estas

laderas, puesto que a lo largo del día, entre unos y otros, levantamos ocho, aunque sólo acertáramos a colgar una, ya que el monte, intrincado y muy alto, no facilita el tiro.

Empezar por el final
14 de enero de 1973

La tremenda oscuridad del día invita a pensar que de no haber sido por el cierzo intermitente, racheado, de una frialdad glacial, Santa María nos hubiera obsequiado con la primera nevada del año. Al acentuarse las ráfagas, a medida que avanzaba el día, el cielo contuvo su llanto, siquiera la luz mortecina, decididamente crepuscular, no facilitó nuestra tarea. Este zarzagán llega tras una semana larga de heladas, escarchas y nieblas, con un cambio repentino a la suavidad y la bonanza el pasado viernes. Doy estas precisiones por si algún perdicero experimentado puede relacionar todo esto con el singular comportamiento de la perdiz esta mañana. Y manejo el adjetivo *singular* por no utilizar el de *insólito*, mucho más contundente, siquiera yo mentiría si afirmase que en mis dilatados años de cazador he visto algo parecido a esto.

–Arránquese de una vez, coño. ¿Qué es lo que les ha ocurrido a ustedes?

La novedad se formula en un decir Jesús, pero ello no es obstáculo para que se preste a toda suerte de lucubraciones, ya que el comportamiento de la perdiz en Santa María ha sido exactamente opuesto al que ha seguido siempre aquí y en toda tierra de garbanzos.

Es sabido que la perdiz, mientras no se la hostiga, divaga en bandos más o menos numerosos, con lo que el método usual del cazador en mano consiste en desperdigarlas por las malezas próximas para sorprenderlas luego una a una, que es cuando esperan. La perdiz, ordinariamente, va de la concentración a la dispersión. Que se logre ésta, o que se produzca en mayor o menor medida, ya es otro cantar. Lo que va contra toda lógica cinegética es lo sucedido hoy en Santa María, esto es, que uno se apee del coche e inicie la caminata –sin que nadie le haya tomado la delantera– y empiece a levantar una perdiz solitaria aquí, otra allá y otra un poco más lejos. Perdices aisladas, sin relación entre sí. Esto explica que en la primera hora bajáramos cinco de las seis patirrojas que íbamos a conseguir en toda la jornada. Porque la segunda parte es que estas perdices solitarias, una vez voladas, de no cortarlas, propendían a un agrupamiento inmediato y general; la una buscaba a la otra. De este modo, durante la mano de ida por la ladera, no levantamos más que perdices aisladas, mientras que de vuelta por los bajos no vimos más que tres bandos pero a cuál más denso. Por eso lo que logramos en los primeros envites no lo conseguimos después, ya que estos bandos, integrados ante nuestro

acoso, no se desperdigaron durante el resto del día. Y no sólo no se rompieron, sino que, con una estrategia defensiva muy propia de finales de temporada, se desplazaban de siembra a barbecho y de barbecho a siembra, sin dejar de dar la cara. (Mentira parece, pero habiendo visto más de cien perdices en la mano de retorno, ni una sola aguardó en un perdido o una lindera.)

Y ahí queda eso, el extraño fenómeno, para quien sepa explicarlo. Nuestro cacerío ha sido un cacerío invertido que se inició por el final –pájaros diseminados– y terminó por el principio –pájaros aglutinados en bandos que hemos sido incapaces de romper a lo largo de la jornada.

El viento y el raposo
21 de enero de 1973

A efectos de clima bien puede asegurarse que cuando en enero sale un día malo no suele haberlo peor. Los elementos que pueden perturbar la jornada cinegética en el primer mes del año son de lo más surtido: desde la falta de visibilidad por cielo bajo y neblinoso, a la helada despiadada –los veinte grados negativos del 70–, pasando por la nieve, el cierzo congelador o la cellisca. Concretamente el domingo lo estropearon el viento y las nubes; nubes galopantes, densísimas, arrastradas por un viento que llegó a alcanzar los setenta kilómetros a la hora. Estas circunstancias nos invitaron a entrematarnos en el sardón de Villanueva de Duero, precaución que sirvió de bien poco ya que el cierzo se mostraba tan insidioso que le buscaba a uno detrás de cada carrasca, por lo que ni en lo más espeso del monte se encontraba cobijo adecuado.

De estos días cabe decir, parafraseando la sentencia que se aplica al pescador de río revuelto, que a día revuelto ganancia de cazadores. Entiéndaseme, no es que pretenda decir que estos días sean congruentes para la escopeta –¿quién sujeta a una perdiz en una ladera bajo este vendaval desflecado?–, pero sí que el bramido del viento y los crujidos de las carrascas amortiguan el ruido de nuestros pasos y pueden depararnos más de una sorpresa en lo que al pelo se refiere.

En este cacerío hice una observación interesante: la liebre matiza mejor los ruidos que el raposo y el conejo. Esto explica que viésemos docenas de liebres, todas levantadas, muy largas, en tanto el gazapo aguardó a que nos personásemos para arrancarse. El hecho de que parásemos media docena no significa, pues, que viésemos más que otros días, sino que los que vimos eran más cazables; arrancaban a tiro. Pero lo verdaderamente reseñable de la jornada es que tres escopetas en mano acertaran a derribar dos raposos, cosa infrecuente, o que a mí, al menos, no me había sucedido nunca. Y aunque ambos fueron muertos en circunstancias distintas, observé una coincidencia: la dirección de fuga de uno y otro era idéntica, los dos llevaban el viento en la oreja izquierda. El primero le entró inesperadamente a mi hermano Manolo en lo alto, sin saber de dónde procedía, y al segundo, que cayó en la corta, lo divisó mi hijo Germán gazapeando a ciento cincuenta metros de la mano. El animal barzoneaba tranquilamente, al parecer huyendo de mí que iba en el centro. Tras unos minutos de indecisión, intuyendo que yo era el último de la mano, trató de

eludirme por la derecha, momento que aprovechó Germán, oculto tras una mata, para dejarlo aproximar y descerrajarle un tiro a quemarropa.

Ambos raposos son machos, y la identidad de pelaje –muy rojo en el lomo y negro carbón en las orejas y los extremos de las patas– dejan presumir que de una misma camada. Bien pensado, esta extraña jornada responde a una lógica concatenación: el conejo se atonta con el viento. El zorro aprovecha el atontamiento del conejo y, a la vez, se desconcierta con el vendaval. Y, finalmente, el cazador, aprovecha el desconcierto del raposo para hacerse con él. Con toda seguridad, de haberlo planeado meticulosamente no habría salido mejor.

Falló La Ventosilla
28 de enero de 1973

Acudimos a La Ventosilla, a la cita de Joaco Velasco, con gran ilusión. Después de los dos caceríos del año pasado pensábamos que tirar treinta o cuarenta tiros a los conejos estaba al alcance de cualquiera. ¡Qué gran decepción! A la hora de almorzar, yo había tirado un tiro y Manolo y Luis muy poco más. En resumen, dos gazapos contra los veintidós, cinco liebres, y tres perdices que cobramos el año pasado el primer día. ¿La mixomatosis? Mucho más elemental que todo eso: los ceperos. Joaco tiene permiso para entresacar conejos todo el año. En esta época –otoño e invierno– el promedio diario de conejos entrampados suele oscilar entre cincuenta y setenta. Si el año pasado vinimos aquí a fines de octubre y esta temporada lo hemos hecho concluyendo enero, hay una diferencia de casi un centenar de días que, multiplicados por sesenta nos da la respetable cifra de seis mil gazapos. Hay que pensar que el hecho de que el monte tenga ahora seis mil conejos menos que en octubre –y también menos liebre– justifica la inoperancia de hoy.

En cuanto a la ausencia de perdiz, aparte la baja general de esta temporada, no quiere decir nada: sencillamente no hemos dado con ellas porque tampoco las hemos buscado. Menos mal que la mesa de La Ventosilla –truchas de Buitrago y un lechazo asado muy en su punto– le hacen a uno olvidarse enseguida de los desdenes del monte. De otro modo, como dice Joaco, el remedio es fácil: «Al año que viene os venís antes».

Decepcionante remate
4 de febrero de 1973

Afortunadamente esto se acabó. Y creo que es la primera vez en mi vida que recibo con alivio el final de temporada. La cacería última ha sido el broche melancólico de una triste temporada. Día a día, la constatación de que la caza menor desaparece en la vieja Castilla ha sido motivo de sombrías reflexiones y descorazonadas pláticas entre los miembros de la cuadrilla. La caza no va a poder sobrevivir a la mecanización, la química, la ordenación agraria y los errores de su propia regulación. Ante un panorama tan cerrado, el cazador fetén se arruga; no puede sino echarse a temblar. ¿Qué hacer si la caza se extingue? Aún queda el campo para que usted se pasee, aducirá alguno. Pero ¿estamos seguros de que la naturaleza va a poder convivir con este tipo de progreso? ¿Y no son las perdices y las liebres parte integrante de esa naturaleza? Y, por contra, ¿son naturales los insecticidas, los herbicidas, los detritus industriales, las urbanizaciones, etcétera, etcétera? Mal asunto este, ciertamente. Y, para mayor escarnio, la jornada de despedida ha sido un día espléndido, despejado y quedo, al que no cabe hacerle el menor reproche. Tras las últimas borrascas, el viento amainó y el cielo despejó de forma que en Santa María del Campo pudimos cazar en mangas de camisa. Tan favorables circunstancias me llevaron a concebir algunas esperanzas. La estrategia a desplegar era, además, ambiciosa: manear la ladera encarada al norte hasta mediodía, regresar por los bajos y coger las laderas de enfrente hasta las tres o cuatro de la tarde. Objetivo: una docena de perdices. No obstante, las derrotadas cuatro escopetas que componíamos la mano nos reunimos una hora antes de lo previsto en el automóvil con dos perdices, tres palomas domésticas, que sorprendimos en los barbechos, y dos liebres. Morral insignificante, pero la caminata tampoco dio para más. La ladera inicial, que hace unos meses parecía parir perdices, ofreció un mutismo exasperante. Alguna perdiz suelta y resabiada a doscientos metros y pare usted de contar. Bandos, lo que se dice bandos, ni uno. De este modo, cuando a mediodía cambiamos de cazadero, íbamos cansinos y cabizbajos. Germán con una patirroja que descolgó en los altos, Juan con dos palomas de carambola y yo con un liebrón de tres kilos que se me arrancó un si es no es largo en un barbecho de cavones como cerros. Y todavía más lamentable que el morral fue el breve cambio de impresiones: ni Germán había visto perdices en el páramo, ni Juan en el bocacerral, ni Manolo en la ladera, ni yo en las labores de la nava: no las había.

Para completar la función, camino de la segunda ladera, Manolo alicortó una perdiz que, pese a nuestras carreras frenéticas, pudo alcanzar un perdido de aulagas donde desapareció de nuestra vista. La mancha no era extensa e imaginamos que bastaría arrimar a los perros para dar con ella. Ingenua ilusión. El Choc y la Dina, la Dina y el Choc, jadeantes y extenuados, ni siquiera hicieron por ella. Visto lo visto, hay que admitir que los perros de caza puedan llegar a perder la ilusión. ¿Cómo es posible, si no, que esta perrita que hace apenas cuatro semanas acusaba una perdiz a doscientos metros, pueda, como quien dice, estar pisando una alicorta sin inmutarse? ¿Cómo aceptar que este indiferente Choc sea el mismo que la temporada pasada realizó la magistral hazaña de la junquera? Una y otro eran hoy dos despojos. Aparte la ausencia de caza, creo que a estos animales les hemos cebado demasiado.

El perro de caza debe dejar traslucir los costillares bajo la piel; y en éstos no sólo no se traslucen, sino que los tienen bien recubiertos de grasa. Y así no puede ser. Porque lo más deprimente aún no lo he narrado. Y es que cuando andábamos a vueltas con la perdiz perdida, Luis, el guarda, voló otra en las cuestas que nos sobrevoló a mucha altura, pero yo, cansado de la dieta, le tomé rápidamente los puntos, corrí la mano a lo loco y solté la rociada. El pájaro cayó como un trapo sobre las aulagas que registrábamos, pero por más vueltas que les dimos tampoco apareció.

No es extraño, después de esta doble contrariedad, que tomáramos la mano por la segunda ladera sin fe y sin entusiasmo. Manolo y yo no volvimos a descargar las escopetas. Y como mal menor, Germán hizo una paloma arriba, en la pestaña, y Juanito una perdiz y una liebre en los cárcavos. La jornada, como digo, resultó decepcionante y la cuadrilla aceptó el cierre de la temporada casi, casi con alivio.

Una vez en casa, al consultar mi agenda, me doy cuenta de las poderosas razones en que se funda mi pesimismo. Tal día como hoy, el año pasado, en el mismo cazadero y con las mismas escopetas, hicimos doce perdices, una liebre, un conejo y una becada. Pero las perspectivas son aún más sombrías si analizamos la labor de la cuadrilla a lo largo de la temporada, considerando que hemos visitado más cazaderos que el año pasado y que el conjunto de jornadas hábiles viene a ser el mismo en uno y en otra. Los ochenta días de caza que entre toda la tropa sumamos en la temporada 1971-1972, nos dieron un total de 298 piezas, esto es, 3,7 por escopeta y día. Este año, en setenta y nueve jornadas, lo cobrado alcanza la cifra de 166, con un promedio de 2,1 piezas por cabeza y día, es decir, poco más de la mitad. Peor aún es el parangón referido en exclusiva a la patirroja: 158 en 1972 contra 65 en 1973. Por supuesto, tampoco el pelo nos saca de pobres: liebres, 49 contra 37, y conejos 68 contra 46. ¿Qué

ocurre con el conejo? ¿Y con la liebre? Resumiendo, que tan sólo el casillero de varios nos da este año un saldo favorable en comparación con el anterior: cinco frente a tres. Y esto es debido al par de raposos que cobramos en Villanueva el pasado 21 de enero. Pero lo exiguo de estos guarismos (5-3) no dice nada en ningún sentido.

La codorniz otra vez
26 de agosto de 1973

En la provincia de Burgos se produjo de nuevo la explosión cinegética habitual con motivo de la apertura de la media veda. Sabe Dios los vehículos que se movilizaron por estas tierras, en resumidas cuentas para nada. Porque si hace doce días el comienzo de la temporada en Valladolid y Segovia demostró que no habían entrado pájaros, hoy las cosas en Burgos ciertamente no nos hicieron cambiar de opinión. Según los periódicos, en Valladolid, el día 15, no fueron pocas las escopetas que se volvieron bolos; en Burgos la cosa no ha llegado a tanto, pero según una encuesta realizada por mí en algunos pueblos de la provincia, el promedio de piezas abatidas por cazador osciló entre cinco y diez. Estas cifras, por sabido, son muy elásticas, es decir, no tiene nada de particular que el cazador solitario que con un par de buenos perros registra arroyos y junqueras, llegue a colgar docena y media de pájaros. Mas como de ordinario el cazador va en compañía, lo que hace es repartir con su pareja la gracia de Dios. La codorniz ya sabemos lo que da de sí: por regla general, codorniz puesta, codorniz muerta. Tanto da que las escopetas sean dos que media docena, ya que abatir un pájaro de éstos encierra poca ciencia y si el perro los marca basta una carabina discreta para bajar lo que le echen. Si las escopetas son varias, la cuestión estriba en racionar equitativamente las existencias (ahora tiras tú y luego yo), pero el hecho de que el grupo sea numeroso no modifica sustancialmente las posibilidades de aumentar la percha.

No procede, creo yo, repetir lo que vengo diciendo desde hace dos temporadas sobre las probables causas de la reducción de la entrada de codorniz en Castilla, pero tampoco estará de más añadir otra, y no manca: la paulatina extensión de los cereales de ciclo corto por estos pagos. Antaño, en Castilla, tanto el trigo como la cebada se tiraban aprovechando el primer tempero otoñal, allá para mediados de octubre, y de este modo, para abril o mayo, fecha de las inmigraciones de estos pájaros, los campos componían una densa alfombra vegetal, muy apta para cobijar sus primeros amores. Ahora se han inventado unas semillas que se convierten en espigas en apenas cuatro meses, con lo que si éstas se tiran en marzo, en abril apenas han apuntado. Entonces la codorniz, que requiere un resguardo, se echa a los herbazales y malezas, aunque no tenga grano cerca. Esto explica que mi hijo Juan abatiera en poco más de una hora una docena de pájaros el día de la Asunción en el alfalfar de un amigo, mientras otras

escopetas se escornaban en los rastrojos a dos kilómetros de distancia sin lograr volar uno. Estos inventos de híbridos y semillas de ciclo corto vendrán a aliviar los problemas de alimentación del mundo, eso no lo discuto, pero están trastocando el campo, las migraciones de aves, la ecología y todo aquello que dependía de un orden cíclico natural. Consecuencia inmediata: la inmigración de codorniz es hoy más escasa y más tardía. Y, consecuencia de esta consecuencia: en agosto, la codorniz que se caza en los rastrojos es mínima –pollastres por hacer–, en tanto los ejemplares refugiados en los cereales pinados de Burgos y Álava aún andan dando el *pal-pa-lá* y haciéndose el amor como si estuvieran en mayo. (Dos semanas antes de la apertura, me entretuve en subir a las siembras de los páramos burgaleses, aún sin segar, y me sorprendieron los diálogos crepusculares de las codornices, en pleno celo, cuando hace pocos años por estas fechas se iniciaban los preparativos de emigración de unos pollos nacidos dos o tres meses antes. Ayer, en Santa María, unos amigos alaveses me confirmaron que en Vitoria viene sucediendo lo mismo de unos años a esta parte. He aquí una alteración de las viejas costumbre de estas aves que puede aclararnos muchas cosas.)

De modo que la iniciación de la temporada fue mala sin paliativos; lo único aceptable de la jornada fue el tiempo, soleado pero sin canícula, con una agradable brisa del norte. Gracias a ella los pájaros salían solos y ello nos salvó de un fracaso rotundo y total, porque ayer trabajamos el campo prácticamente sin perros, ya que el Dumbo, el hermoso pointer de mi hermano José, evidenció sus facultades –hizo una muestra de libro– pero no está cazado, y al Choc le dio perezosa. En estas condiciones eché mucho en falta a la Dina, tan fiel, tan laboriosa, que se quedó en casa con la leche de una mama enquistada, tras su última maternidad. Resumen: pateando rastrojos cuatro escopetas durante más de diez horas, logramos un ramo de dos docenas y media de codornices. Personalmente tuve una gran satisfacción: haber abatido ocho pájaros de ocho disparos. No es fácil que si hubieran sido ocho docenas pudiera decir lo mismo, pero, en cualquier caso, el hecho no es habitual. Puesto en el trance de buscar precedente, habría de remontarme a la temporada 1964-1965, en Villa Esther, metidos ya en enero, en que colgué tres perdices y aculé dos liebres con cinco cartuchos. Partir con el campo ya es un buen promedio, pero colgar tantas piezas como disparos se hacen es algo que ni en la codorniz, de tiro facilón, suele producirse. Éste es el aspecto bueno de la caza, que nunca falta algo que nos sirva de consuelo.

Adiós a la Dina
12 de octubre de 1973

La perrita Dina no acudió a la inauguración de la nueva temporada en Sedano. El animal no pudo con el quiste de mama que, al decir del veterinario, degeneró en tumor y, para evitarle sufrimientos inútiles, aceptamos que la sacrificara mediante una inyección. La perrita murió instantáneamente, sin convulsiones, como si se durmiese. Pero es ahora, en este momento, al reanudar la caza, cuando la muerte de la Dina se me hace más patente y dolorosa. En las laderas de Mozuelos, según avanzaba entre las aulagas y los robles, echaba de menos a la perra, su mesurado –nunca se alargó– correteo, sus altos periódicos, su mirada cómplice. La Dina es, sin ninguna duda, el can más completo que hemos tenido en los últimos veinticinco años. Su arte para cazar la codorniz, particularmente en la primera mitad de su vida, no tenía rival. Su registro tenaz pero no insistente, su instinto para encarar la brisa y coger los vientos, su aproximación sigilosa a la pieza y su mirada desde el vértice del ojo, como interrogando al cazador si estaba dispuesto, era todo un curso de bien cazar. Nunca fue un perro alocado y corretón, como es el Choc, sino un animal reposado, con una afición muy viva pero controlada, avispado para la cobra y con unas admirables facultades de adaptación. La Dina, por ejemplo, a causa de la mixomatosis, nunca tuvo oportunidad de cazar conejos, pero hace un par de años, que empezaron a levantar cabeza, se hizo cargo de la situación inmediatamente, e iba de carrasca en carrasca, en una labor de inspección rápida y metódica, para ponerse de muestra allí donde le daban los vientos. Poco a poco penetraba en la mata, achuchaba al gazapo y lo sacaba por el claro para que el cazador lo parase. La Dina, pese a sus malas pulgas –no congeniaba con los intrusos–, era uno de los perros de caza más sagaces que he conocido. Ahora me viene a la memoria la perdiz alicorta que me cobró en Santa María, una mañana que nos sorprendió la nevada en los altos. El entramado de linderas y arroyos era tan intrincado que, entre esto y la nieve que ya cubría el suelo, pensé que todo intento de cobra resultaría inútil. Bastó, empero, que pusiera a la perrita en las huellas para que ella iniciara su inteligente trabajo y, desdeñando un arroyo y tomando otro, decidiendo en las encrucijadas sin vacilación, alcanzó un ribazo doscientos metros más abajo, olfateó con insistencia y, finalmente, se puso de muestra. Allí, entre las altas pajas, estaba agazapada la perdiz, que ella, al sentirse azuzada, tomó delicadamente entre los dientes y la llevó donde yo me encontraba. ¡Inolvidable faena! Todo son evocaciones ahora. Evocaciones de los

buenos tiempos y evocaciones de la decadencia, cuando las codornices se le corrían entre las patas y ella se desesperaba, o la muestra de la perdiz que se arrancaba larga sin que la perra, sorda y con la vista ya debilitada, se enterase.

Todo esto lo iba rumiando yo por los laderones de Sedano ante la desesperante escasez de perdiz. Escasez inesperada, por cuanto durante el viaje, en la parte de Sasamón y Villadiego, tropezamos con seis o siete bandos muy nutridos junto a la carretera, prueba de que no ha criado mal. En Sedano, sin embargo, por las razones que sean, y conforme constaté ya la temporada pasada, la patirroja va a menos. Aún recuerdo que hace veinte años, cuando vine a este pueblo a reponerme de un ganglio, cobré tres perdices a la vera de la iglesia en menos de lo que se tarda en decirlo y, por supuesto, sin recorrer más de un kilómetro. Hoy para llegar a cinco, entre cinco escopetas, necesitamos más de cinco horas, cifra verdaderamente descorazonadora en el día de la apertura.

Un nuevo cazador
21 de octubre de 1973

Sucesivos contratiempos familiares estropearon los proyectos del pasado domingo, y éste, pese a que los problemas continúan sin resolverse, decidimos llegarnos a Villanueva de Duero a estirar las piernas. Ciertamente fue poco más que un paseo, ya que nos pusimos en línea a las diez y media de la mañana y lo dejamos a las dos con objeto de presenciar el Yugoslavia-España de fútbol en casa del señor Emiliano, mientras comíamos. Pero tanto el partido como el garbeo resultaron vivos e interesantes, ya que la bellota de las carrascas, muy abundante este año, atrajo a las torcaces y las zuritas. Mal que bien, y pese a que estos palomos comen mucho plomo, colgamos media docena y acomodamos cuatro rabonas en el macuto. Incomprensiblemente no llegamos a tirar a un solo conejo, pese a que al atravesar la finca en coche vimos gran número de ellos, especialmente en el soto.

El número del día nos lo deparó mi hijo Adolfo, debutante de trece años, cuyo currículum cinegético podía resumirse hasta la fecha en dos docenas de gorriones y algún tordo, abatidos con carabina de aire comprimido, y una codorniz que colgó hace dos veranos en los rastrojos de Santa María del Campo. Su virginidad cinegética era, pues, casi total, ya que, por diversas circunstancias, tampoco nos había acompañado apenas de morralero. Bueno, pues el chico, armado con una escopeta de un tubo, del 16 –primera arma seria que utilizan mis hijos en estos empeños–, logró derribar una liebre y, lo que ya es más meritorio, un hermoso zorro rojo. Esto me lleva al convencimiento de que la caza se mama. La mamé yo y ahora la maman mis hijos. Y no es lo mismo sacar al campo a un chaval que ha convivido con cazadores, perros y escopetas, que ha asistido a tertulias cinegéticas, que ha visto, en fin, en el fenómeno de la caza una acción humana habitual, que a otro que desconoce cómo vuela una perdiz o cómo se arma una escopeta. Abatir un zorro a las primeras de cambio revela un temple y una serenidad de cazador nato. Es imaginable el alborozo del joven matador, cuyo afortunado debut anuncia, si no me equivoco, otra escopeta de primera calidad.

En lo que personalmente me concierne, he de consignar una experiencia inédita: derribar una torcaz a gran altura, aguardándola de espalda, mientras rebasaba el disco refulgente del sol para evitar el deslumbramiento. Esta precaución la he adoptado a veces con perdices y palomas, pero nunca me había dado resultado, quizá porque en estas

circunstancias resulta casi inevitable dejar el tiro corto. La torcaz de esta mañana se desplomó espectacularmente, describiendo círculos cada vez más amplios y a un ritmo muy lento, casi cadencioso, como si cayera en paracaídas. Recuerdo que otro palomo me hizo un número semejante el otoño pasado en Las Gordillas.

Siete perdices
28 de octubre de 1973

¡Siete perdices en una mañana! ¿Hay quien dé más? ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía yo pendulear siete pájaros en mi costado? Probablemente más de un año, ya que el pasado la patirroja crió mal y no recuerdo que el día más afortunado montara la media docena. Santa María del Campo presenta este año, en cambio, un formidable aspecto. La perdiz se ha desdoblado bien y en laderas y navazos los bandos, muy nutridos todavía, ofrecen abundantes oportunidades. El día, por otra parte, se presentó favorable pese al sombrío augurio de los arúspices. Las lluvias no llegaron, ya que, salvo alguna nube inapreciable, blanca y sin consistencia, el cielo se mantuvo despejado durante toda la jornada. Pese a ello, la perdiz, muy hostigada en días anteriores, no rompió bien, se obstinó en apiñarse y no fue tarea fácil fraccionar los bandos. Claro que la cuadrilla era de tres escopetas, y tres escopetas en estas extensiones pasan poco menos que inadvertidas.

De modo que los bandos saltaron de una vaguada a otra, de un cerro a otro cerro, sin desgajarse, lo que equivale a decir largos, con lo que hubimos de armar los ramos con constancia y parsimonia, a base de perdices aisladas o irrumpiendo a la asomada en los desniveles. De mis siete víctimas, únicamente dos me arrancaron al paso, en los terrones de un cabezo de greda muy querencioso, tal que si fueran codornices. A mi hermano y a mi hijo Juan les sucedió lo propio, y es que la perdiz de estos pagos ha aprendido algo tan elemental como que la unión hace la fuerza y que son los bandos divididos y los pájaros acostados en arroyos y espuendas los que facilitan la matanza. El resto de mis presas lo conseguí a costa de pájaros volados por mi vecino de mano o que calcularon mal las distancias. De todas formas, siete pelotazos le dejan a uno más que saciado y optimista. Y aún me queda la duda de si no serían ocho, ya que al tirar a una perdiz desde los bajos de la ladera me dio la impresión de que picaba tras el desmonte, pero mi hermano Manolo, arriba, me dijo por señas que había proseguido. Mi rabia fue grande cuando al juntarnos, una hora después, me aclaró que «únicamente iba una perdiz», cuando eran dos las que yo había volado.

Espectáculo interesante fue la captura de una liebre por el Choc que había sido levemente plomeada. Presencié la carrera desde los bajos de la nava, cuando mis compañeros, ajenos al lance, reanudaban la

marcha pensando que no la habían tocado. Fue una competencia forzada y vistosa que concluyó con el triunfo del perro. El asombro de la cuadrilla fue grande cuando les voceé que el Choc llevaba la liebre en la boca. Al pelo tirado de través no debe quitársele ojo mientras se pueda. Basta un plomo de sexta para disminuir a un bicho de éstos. Y un animal disminuido es fácil presa para un can fuerte y tesonero. Yo sospecho que más de la mitad del pelo que escapa va tocado. El sardón o la madriguera le salva con frecuencia, pero si el hecho se produce en un descampado, la cobra, con un poco de vista, no ofrece dificultades.

Cotos sociales
4 de noviembre de 1973

Por primera vez hemos tenido oportunidad de cazar en un coto social: Sevilleja de la Jara, en la provincia de Toledo. Jorge de la Peña nos animó en diciembre pasado a solicitarlo, pero como para llegar allá, desde Valladolid, ha de salvarse uno los puertos de La Menga o El Pico, a menudo intransitables por la nieve, decidimos aplazarlo para este año con la buena fortuna de que el sorteo nos favoreció para abrir en él la temporada el primer domingo de noviembre. Y allí acudimos mis hijos, mi hermano y yo a reunimos con Alejandro Royo Villanova, con quien llevo tres años tratando de compartir una cacería. La jornada fue un éxito, ya que aparte el tiempo –un claro entre nubes aterradoras– y la compañía, a mediodía habíamos hecho ya el cupo autorizado: veinticinco perdices, diez liebres y un conejo, esto es, treinta y seis piezas (seis por barba). Miguel, mi hijo, se apuntó una docena; Alejandro Royo demostró su puntería y su experiencia venatoria parando una liebre atravesada a no menos de noventa metros y cobrando ocho piezas, y yo, por aquello de no tener que deber nada a nadie, me vine para casa con seis perdicitas; ni una más ni una menos de las que me correspondían.

Pero con ser mucho lo que me entretuve en los rastrojos y jarales de Sevilleja –¡qué invasión de liebres, señor mío!–, se me hizo aún más interesante el entramado y organización de estos cotos, que con el tiempo pueden ser la solución –aunque incompleta– del problema de la caza en este país. En España, la cinegética, como otras muchas cosas, empezó a hacerse cuestión con la inesperada explosión de escopeteros. Aquí todo Dios quiere cazar sea o no sea verdadero cazador. Las licencias que se expenden se aproximan al millón, pero no pasan de ser unos curiosos papeles que otorgan a su titular un derecho más bien teórico puesto que apenas queda en nuestra geografía una hectárea libre para ejercitar este deporte. La nueva ley ha puesto la caza en manos de los pueblerinos y los ricos, es decir, la caza –fuera de las grandes fincas privadas– es de los términos municipales y éstos la ceden al mejor postor o se quedan con ella para satisfacer a las escopetas locales. En definitiva, en España caza hoy, a lo grande, el que dispone de veinte o treinta billetes para reservarse una plaza en un ojeo en Toledo o Ciudad Real y, a lo pequeño, aquel que ha adquirido una acción en un coto modesto o es vecino de un pueblo cuya caza le pertenece. El problema empieza, pues, con los cazadores urbanos. ¿Qué hace el cazador de Valladolid, Bilbao o

Madrid que, por las circunstancias que sean, no ha tenido acceso a un acotado? Cazar en su término municipal; es el único recurso que la ley le concede. Pero ¿cómo cobijar en cuatro o cinco mil hectáreas, de un suelo las más de las veces domesticado y poblado de industrias y granjas, la afición de ocho, doce o veinte mil escopetas? En palabras sencillas, he aquí el verdadero nudo de la cuestión. Y en este punto es donde el aficionado vuelve sus ojos esperanzados a los cotos sociales, terrenos controlados por el Estado, custodiados por una guardería eficaz y con caza garantizada.

El revientafiestas, que nunca falta, argüirá que los cotos sociales cuestan una pasta, pero yo pienso que a estas alturas aspirar a divertirse sin gastar una peseta es una quimera. Empiezo por repetir lo que ya he dicho hace mucho tiempo: para mí la plena dicha cinegética deriva del hecho de sentirme un hombre libre, sobre un campo libre y contra una pieza libre, pero tras la última explosión demográfica uno se pregunta: ¿dónde quedan, cinegéticamente hablando, un hombre libre, una tierra libre y una pieza libre? Seamos francos: en ninguna parte. La libertad cinegética, como tantas otras libertades, se acabó con la guerra. Hoy, todo, absolutamente todo, es una cuestión de burocracia y papeles. Todo está reglamentado. De modo que de lo que se trata es de que el cazador, aunque no esté ya en condiciones de alcanzar una satisfacción cinegética plena, pueda cazar todavía algún día en alguna parte.

Admitido lo que antecede, parece de cajón que la caza cueste algún dinero. ¿Cuánto? Yo, con perdón, pienso que los cotos sociales se han puesto en un plan muy asequible. Pretendo sugerir que el aficionado a la escopeta puede pasar un magnífico día de caza sin un desembolso superior al que hace cada domingo un aficionado al fútbol o un aficionado a los toros. Iría aún más lejos. Creo que, tirando un poco de la cuerda, y con una pizca de fortuna, una cuadrilla de medianas escopetas puede salir a pre –cartuchería aparte– cazando en un coto social. Hagamos números: el acceso de una cuadrilla de seis a uno de estos cotos cuesta 300, 450 o 600 pesetas, según que sus componentes sean de la localidad, de la provincia o de fuera de la provincia en que el coto está enclavado. Cada una de estas cuadrillas –controladas por un guarda o guía– está autorizada a cobrar treinta y seis piezas. Al concluir el cacerío, se verifica el recuento y la partida abonará, además de la cuota de acceso, 45 pesetas por pieza abatida. En una palabra, en nuestro caso, abonamos en Sevilleja de la Jara 600 pesetas de ingreso, más 1.620 pesetas por cazas muertas, esto es, 2.220 pesetas. Ahora bien, si calculamos en veinticinco duros el valor de la perdiz, cuarenta el de una liebre y veinte el de un conejo, resultan que nuestro morral del domingo importaba 5.225 pesetas, lo que da un superávit, para gasolina, comida, alojamiento, etc., de 3.005 pesetas.

Estas cifras serán aún más compensadoras si la cuadrilla es de la provincia a que el coto pertenece y más aún si está formada por escopetas de la localidad. Se mire por donde se mire, el coto social es una vía justa para resolver –o paliar– el gravísimo problema de la caza en España. Lo malo del asunto es que cotos sociales hay pocos, apenas veinte en toda la península. El hecho, por ejemplo, de que un cazador de Valladolid tenga que desplazarse a Toledo para cazar es una rémora. Lo ideal sería que se establecieran cotos sociales en abundancia y en la mayor parte de las provincias españolas. Las dificultades son muchas, pero, poco a poco, se va progresando y los acotados se extienden. Últimamente han nacido dos en Guadalajara (37.000 hectáreas) y León (52.000) y se proyectan otros nuevos en otras áreas españolas.

La organización en todos ellos es semejante. Sobre un patrón de diez o veinte mil hectáreas, se hacen tantos cuarteles de quinientas, mil o tres mil –según topografías– como el terreno admita. En cada uno de estos cuarteles, con descansos rotatorios, cazará en los días hábiles una cuadrilla que no bajará de cuatro ni subirá de seis escopetas. Esto supone que, acotadas cien mil hectáreas en cada provincia, cada festivo podrían cazar allí 1.200 escopetas que, multiplicadas por veinte, nos daría la bonita cifra de 24.000 permisos por año, eso sin contar jueves ni sábados, ni incluir las aves acuáticas –donde proceda–, la codorniz y las especies con reglamentación especial, como la paloma, la ganga, la ortega, el sisón, la avutarda y el jabalí.

Ante estas cifras, convendremos que el establecimiento de cotos sociales es un bien general supuesto que la caza, con ellos, dejará de ser patrimonio de unos pocos. Y el día que se consiga acotar en cada provincia el número de hectáreas que hoy tiene acotadas Toledo, el cazador urbano español experimentará un gran alivio. No podrá, naturalmente, cazar cada domingo en un terreno controlado, pero podrá hacerlo, digamos, una vez al mes. Y el poder cazar a gusto media docena de días al año siempre será mejor que la actual situación, si no absolutamente cerrada, sí signada para muchos por la impotencia o la incertidumbre.

Descanso entre semana
12 de noviembre de 1973

Hoy amaneció un día radiante y, a falta de compañía, marché solo a las navas de Palenzuela. De entrada las cosas se pusieron mal, ya que, tras salvar un espeso banco de niebla, el coche se me atolló en el camino de los Serranos y perdí media hora en hacer un firme de piedras para que las ruedas traseras agarrasen.

Al llegar al cazadero, observé que Santi y sus amigos me habían ganado por la mano, pero no me importó mucho la postergación porque una escopeta sola mueve inevitablemente pocas perdices y decidí dedicarme a tomar el sol siguiendo las linderas y arroyos de los bajos. Tras las últimas lluvias, el suelo tenía el tempero ideal y el navazo era un trepidante y sordo rumor de tractores arando las tierras. Con tanto vehículo y una mano apretada batiendo el terreno, no era fácil ver perdices y, efectivamente, vi pocas y, sobre pocas, desconfiadas. En conjunto no creo que llegara a volar una docena de pájaros, y sobre estos pájaros, atajándolos y buscándoles las vueltas, acabé haciendo un ramo decoroso con el mínimo fogueo: cuatro de cinco disparos. Pero lo asombroso es que en ningún momento las perdices se dejaron arrimar –ni al tercer vuelo ni al décimo–, por lo que hube de hacer tiros largos, por no decir larguísimos, tanto que, en dos ocasiones, al ver caer la pieza, yo mismo me quedé sorprendido. Y cuando uno se sorprende de ver caer la perdiz que apunta, algo inusual acontece: o dispara a contrapié, o con la pieza tapada, o demasiado largo. Esto último es lo que determinó mi perplejidad esta mañana. Porque la realidad es que la primera patirroja que abatí, levantada de un rastrojo lampiño y en vuelo rasante hacia la ladera, iba ostensiblemente fuera de tiro, pero el temor de volverme a casa con la canana virgen me impulsó a tomarle los puntos, correr la mano y disparar. El bicho, con un solo perdigón en el cuello, dobló como un trapo. Por simple curiosidad conté los metros que me separaban de ella: setenta y dos. Un tiro casual, sin duda, ya que la última de la serie, a cincuenta y cinco metros, todavía puede considerarse un tiro normal aunque un poco largo.

La jornada, en definitiva, constituyó un relajamiento ideal. A las tres comí a la vera del Arlanza, arrullado por el zumbido de los tractores y los estampidos periódicos que bajaban de la ladera, posiblemente de José Luis Montes bichando a los conejos. A las cuatro regresé a casa y a las cinco y media ya estaba en el periódico.

El pechugón
18 de noviembre de 1973

En *El libro de la caza menor* dejé dicho que el cazador nato, ante la desconfianza y la rapidez de la pieza, se siente desafiado. Algo así debe ocurrirle al gato con el ratón. Al venador le basta un animal en movimiento para alterarlo, para calentarle la sangre. Y lo mismo puede ser el despabilamiento precipitado de una rabona, que la finta de un conejo junto a una carrasca, que el aleteo metálico, vibrante, de una perdiz en fuga.

El cazador sale al campo, creo que ya está dicho en otras partes, a poner a prueba su resistencia física y su destreza. En ambos terrenos va a competir con la pieza, que opone su difidencia instintiva a la inteligencia del venador. El cazador auténtico comprenderá lo que digo, mientras el que no lo sea no lo entenderá por muchas vueltas que le demos. En la caza anda por medio un desafío inexpresado; es su razón de ser. Y a la arrancada del lepórido o del pájaro, uno, el cazador, responderá con lo que tiene: un tiro. El cazador podrá acertar o no, esto es, el desenlace podrá serle favorable o adverso. Y de que sea lo uno o lo otro dependerá su satisfacción o el acrecentamiento de sus anhelos de revancha al sentirse burlado.

En la caza de la perdiz roja puede haber, empero, un momento intermedio en el que el desafío queda pendiente: cuando el pájaro es aliquebrado. En este caso, las espadas permanecen en alto: las facultades físicas del cazador y la rapidez y el instinto de ocultación del pájaro han de reñir todavía la última batalla. Es lo que podríamos llamar caza en dos actos, supuesto que la perdiz es un bicho que no se entrega hasta la muerte. En el primero, el hecho de derribarla es un punto a favor del cazador, pero aún queda el segundo, el de la captura. La perdiz es una gallinácea que apeona con una ligereza increíble. No utiliza las alas más que cuando se la acosa; por lo demás, es animal andarín. Por eso, si el cazador gana en el primer *round* y la perdiz se viene a tierra pero se incorpora e inicia una loca carrera hacia el perdedero –el monte, una linde de aulagas o una junquera– el desafío que la caza comporta alcanza su cénit. La escopeta ha hecho lo más –cortar el vuelo del pájaro–, pero tal vez en lo menos –la carrera a campo través– pierda definitivamente la partida. En tales circunstancias, la patirroja que apeona parece decir: «Me verás pero no me catarás», y ante semejante menosprecio el cazador se exalta. La situación se agrava cuando el perseguidor aloja más de medio siglo entre pecho y espalda. Entonces se diría que la perdiz en fuga se burla

de él: «Corre, corre, que yo aguanto más que tú». En cualquier caso puede afirmarse que el desafío, ha llegado a su punto culminante. El venador que sale de naja y va rompiendo cinchas tras la perdiz a peón sabe que su éxito está aún en el alero, que prácticamente tiene todo en la mano pero que, por unas milésimas de segundo, ese todo puede quedar, en nada. Apela, entonces, a sus últimas reservas de energía, imprime velocidad a sus piernas, echa los bofes, apremia a su corazón. Hay que atajar a la perdiz como sea antes de que alcance el arroyo o la linde de broza. De no conseguirlo, su acierto al emplomar un ala del animal fugitivo no sólo no será celebrado por la cuadrilla, sino que constituirá un motivo de chunga.

Al perseguidor lo aguijonea, por otra parte, la convicción de que, de no apresar a la perdiz, habrá hecho un daño inútil; de que esa pieza indefensa no aprovechará a nadie; a lo sumo, al raposo al caer la tarde. Todo esto le insufla en la sangre una vehemencia ciega, una codicia inusual. El todo o nada, el cara o cruz, le empuja a desafiar al infarto y pone alas en sus pies.

Naturalmente, esta pugna que trato de describir carece de sentido cuando se cuenta con un perro de confianza. Las argucias del pájaro alicorto no le valdrán de nada ante las sensibles narices del animal. Bastará que pongamos a éste en el rastro para que dé con ella. Tardará más o menos, pero, si el can es seguro, a la postre, tras sus idas y venidas, tras una serie de vacilaciones y correcciones sobre la marcha, terminará poniéndose de muestra junto a un tomillo o un chaparro y allí, acurrucada, encontraremos a la perdiz. El lance nunca se prolongará demasiado o se nos hace corto debido a su belleza. Lo que sucede es que perros cobradores que merezcan la pena van quedando pocos; perdiceros, cada día menos. La Dina, mi perrita recién desaparecida, junto a días inspirados tenía momentos calamitosos. Ante una perdiz alicorta yo no podía fiarme de ella. Ahora, con el Choc, las cosas se han agravado. Esto explica la tremenda chaqueta que me pegué ayer al alicortar a una perdiz descolgada cuando caminaba por media ladera. El pájaro, atravesado, iba muy largo y mi tiro no consiguió otra cosa que hacerle saltar la punta de un ala. La irregularidad de su vuelo a partir del disparo y su pérdida de altura fueron palmarios, pero el bicho, mal que bien, consiguió aterrizar en un rastrojo, en plena nava, varios centenares de metros de donde yo me encontraba. Mi precaución inicial, antes de lanzarme ladera abajo, fue precisar el lugar. Una vez hecho esto, me arranqué como una exhalación –¡qué juveniles se tornan las piernas de uno con una perdiz en perspectiva!–, salvé la pendiente de aulagas de cuatro zancadas y afronté, con la mayor rapidez posible y el mejor ánimo, una extensa tierra recién arada. No había recorrido la mitad de ésta, cuando divisé a la perdiz en pie, apeonando rauda entre los surcos. El Choc corría a

mi lado haciendo piruetas, absolutamente indiferente a mis indicaciones. De este modo, tras salvar el barbecho, un majuelo y dos arroyos, mis pulmones empezaron a resollar como una vieja locomotora. Pero seguí corriendo y ganando a la perdiz algún terreno. No obstante, el arroyo al que el animal se dirigía no estaba lejos y yo intuía que, de no acelerar la carrera, la patirroja lo alcanzaría antes que yo a ella. Fue entonces cuando la persecución entró en una fase dramática. Ni mi fuelle ni mis piernas daban más de sí, pero advertí que, simultáneamente, flaqueaban el fuelle y las patas de mi contrincante. La perdiz abría el pico al tiempo que yo la boca y tropezaba en los terrones tantas veces como tropezaba yo. Apenas me separaban de ella cincuenta metros pero ya no podía más. Entonces me detuve, traté de atinarla sosteniendo la escopeta entre mis dedos temblones, y disparé al albur. Dadas mis condiciones físicas, y como suele ocurrir en estos casos, ni la tropecé. Intenté andar de nuevo, pero me hallaba tan extenuado que mi jadeo debía oírse en la iglesia de Santa María, cuyas campanas convocaban en ese momento a misa de once. Para mi fortuna, en ese instante, la perdiz cometió una torpeza. Dada su integridad y ante el cansancio de sus patas intentó levantar el vuelo. Su aleteo puso sobre aviso al Choc, desorientado hasta aquel momento, quien en una galopada postrera atajó al pobre pájaro y lo atenazó entre sus fuertes mandíbulas. Por pura casualidad, el duelo se había desenlazado con éxito. Esto no significa que yo no arrastrara las consecuencias de la pechada durante todo el día y que, aún en el momento de pergeñar estas líneas, sienta un dolor agudo en la parte baja de los muslos como recuerdo de la captura de una perdiz alicorta en la jornada de ayer.

Luminoso otoño
22 de noviembre de 1973

Fuera de los cuatro días de lluvias torrenciales a primeros de mes, el presente otoño no puede ser más limpio y bonancible. Es un otoño de libro; el prototipo del otoño castellano: cielos rasos y duras heladas nocturnas y un centro del día insolado y piadoso que permite desprenderse del chaleco para pasear por el campo. Estamos, pues, en la época de las sombras blancas, esos días en que la escarcha no se va de los parajes donde no alcanza el sol, jornadas típicas del otoño en la meseta.

Debido, tal vez, al clima, el arbolado, el mezquino arbolado castellano o, por mejor decir, las choperas y pobedas que flanquean ríos y caminos, están teniendo un otoñear de ritmo lento, sumamente vistoso y sugestivo. En los otoños abiertos, de crispados fríos nocturnos, el chopo y el álamo amarillean y se desnudan antes por los bajos que por la copa. Fenómeno extraño, ya que lo que el profano imagina es que donde primero ha de faltar la savia es en los altos. Pero, de hecho, no es así, ya que son las crestas de los árboles las únicas que permanecen revestidas de hojas mustias y melancólicas en las alamedas castellana por estas fechas. Completa esta estampa bucólica la serenidad del tiempo, calmo y fino, que permite oír de una ladera a otra, con dos kilómetros de nava por medio, los balidos de las ovejas y las voces del gañán.

Bajo tan atractivos auspicios, esta mañana, al levantarme y ver el sol del membrillo columpiándose en la bruma, sentí la irresistible llamada del campo, agarré el coche y marché solo a Santa María. No había terminado de ceñirme la canana, cuando apareció en sentido opuesto el coche de Santi, el fotógrafo, mi consocio de Burgos, que había sentido el mismo impulso que yo a la hora del desayuno. No tuvimos que dialogar mucho para asociarnos y Santi, por más joven, tomó la línea alta de la ladera, mientras yo, según la anchura de aquélla, tiraba por medio o la faldeaba. Mi primera sorpresa fueron las piernas de Santi. Yo ignoraba que este hombre fuese capaz de caminar a un ritmo tan vivo. Y no es que sea viejo, pero a los treinta y cinco años las laderas ya empiezan a pesar y los pulmones protestan cuando se les somete a una topografía de tiovivo, como es ésta, donde, por mor del caprichoso enclave de las tablillas, uno no hace otra cosa que subir y bajar. No obstante, Santi terminó las tres horas y media de cacerío –ambos teníamos que regresar para comer en casa– al mismo paso que las inició, como si no hubiera hecho nada. Por mi parte, le

seguí a duras penas. En mi cuadrilla, somos los viejos quienes marcamos la pauta y los chicos se pliegan a nuestra andadura. Santi, brioso y duro como un pointer joven, me sacó de mi ritmo habitual y la primera consecuencia fue que las gafas, entre el frío de las sombras y el sudor del rostro, se me empañaban cada dos por tres y yo no daba abasto a pasar la punta del pañuelo por la parte interior de los cristales. La cosa se fue acentuando hasta el extremo de que llegué a pensar que no podría hacer blanco así me arrancara un elefante. Menos mal que estas cuestas endiabladas, al encarar el pueblo de Santa María, dibujan profundas vaguadas que me favorecían, ya que los arcos de los altos, que seguía mi compañero, son mucho más amplios que los de la falda.

El botín confirmó lo que hace muchos años vengo diciendo: la caza de la perdiz no es tanto cosa de andar deprisa como de acosar y andar sostenido. Una vez desperdigados los bandos, más que el hecho de caminar a matacaballo vale el saber registrar y asomarse a morros y desmontes con maliciosa astucia. Santi, arriba, con su paso apresurado, bajó una perdiz y un conejo, mientras yo, abajo, rezagándome y frenándole, descolgaba cuatro perdices. En conjunto fue una excursión sabrosa, de pocos tiros pero aprovechados (yo volví a repetir la marca del jueves pasado: cuatro víctimas de cinco disparos).

Y una observación pertinente, valedera, al menos, para estos pagos: la atracción que experimenta la patirroja por los campos recién arados. Hasta hace cosa de una semana, que la nava se llenó de tractores y fue removida de arriba abajo, la perdiz se refugiaba en perdidos y breñales. Los barbechos, demasiado enterizos, no la tentaban. Hoy, con las tierras acolchadas y tibias, buena parte de los bandos andaban en los barbechos. O sea, la perdiz, aunque no vaya tras el tractor como los estorninos y los córvidos, se tira a los campos removidos con verdadera fruición. Lástima que esta mañana no fuéramos cuatro o cinco escopetas con tiempo por delante. Tal como estaba el día y como se distribuyó la perdiz en cuanto la empujamos un poco, hubiéramos hecho un bodegón de antología.

El coto social de León
2 de diciembre de 1973

Digamos para empezar que esto de Valencia de Don Juan no es, desde luego, Sevilleja de la Jara. Aclaremos, sin embargo, que en Sevilleja iniciamos la temporada, en tanto estos cuarteles de Valencia están siendo pateados, y no sólo los festivos, desde hace siete semanas. Para rematar la función no creo que en todo el año cinegético hayamos topado con un día más perro. Las nubes del sábado –que amagaron con poner a mojo la excursión– fueron dispersadas por un viento helador –uno de esos cierzos meseteros que levantan ronchas– que caminaba a una velocidad de más de noventa kilómetros a la hora. Estos vientos le incapacitan a uno para cualquier ejercicio de precisión, hasta el punto de que en la primera perdiz que tiré, con los ojos lacrimosos y los dedos agarrotados, el disparo escapó antes de que yo oprimiera deliberadamente el gatillo; marchó solo. Empero, el zarzagán, al aventar las nubes, despejó el cielo y a partir del mediodía empezó a sentirse la tibieza del sol –muy relativa–, con lo que los miembros se entonaron aunque los ojos no dejaran de lagrimear en toda la jornada. El clima deslució, pues, nuestro primer contacto con este coto social, lo que no obsta para que yo siga pensando que un generoso entramado de cotos sociales a lo largo y ancho de la península remediaría buena parte de los problemas que han condenado al ostracismo a millares de escopetas urbanas.

En este coto de Valencia de Don Juan, con 55.000 hectáreas reunidas, caben, concretamente, más de dos centenares de escopetas diarias. Estas escopetas, además, encontrarán el campo mucho más poblado e incitante que antaño, cuando estos términos eran terreno libre y la anarquía se enseñoreaba de ellos. Bastaba, entonces, una docena de autocares durante el primer mes de temporada para, ojeo va, ojeo viene, dejar estos pagos tan arrasados como la palma de la mano. Este campo cuenta hoy con un cerebro que cinegéticamente vela por él, sostiene una vigilancia y organiza la rotación de cazaderos de una manera razonable. Lo que sucede es que la topografía de este coto no es apropiada para la caza en mano. Demasiado abierto, demasiado llano, con ondulaciones imperceptibles, labores y barbechos ininterrumpidos. Apenas llegado a él, uno advierte la ausencia de mataderos. Terreno, en suma, pintiparado para el ojeo, pero tal modalidad de caza, con muy buen acuerdo, está prohibida aquí. Para compensar de tantas dificultades, los cuarteles son de tres mil hectáreas, esto es, seis veces la extensión de los de Sevilleja de la

Jara, medida prudente ya que quinientas hectáreas de tierras desamuebladas son muy pocas hectáreas para trastear a la perdiz. Y aun en el mes de octubre, uno cuenta con los majuelos revestidos donde los pájaros fatigados se refugian, pero a estas alturas es menester volarlos y revolarlos –¡y qué vuelos pega la perdiz en esta tierra, señor mío!– para que alguno aguarde en los pajonales o en la broza de una lindera.

Esto supone que los caceríos en Valencia son caceríos de piernas. La mano de seis escopetas, muy abiertas por un terreno sin fin, fue levantando ayer algunos bandos que, sagazmente conducidos por mi hijo Germán –incorporado a la cuadrilla tras su reciente paternidad–, terminaron cobijándose, al abrigaño, en unos pliegues del terreno donde, mano tras mano, terminamos por colgar siete. Esto, más las cinco palomas que se descuidaron y el par de becacinas que abatieron Juan y Germán en las charquitas de los bajos, hicieron una percha aceptable. Mas la atención y vigilancia del coto de Valencia, se dejó ver en las liebres. Siete aculamos en el macuto, pero puestos a ellas hubiéramos rebasado con holgura las dos docenas. Lo que pasa es que la marcha que exige la perdiz en las tierras abiertas, más bien acelerada, no es la apropiada para levantar rabonas. Cazador de andar ligero deja las liebres atrás. Prueba de ello fue el número que nos montó el amigo Marciano Casado, práctico que nos guió por el cazadero, al pisar una liebre en la cama después de cantarla y a la vista de todos. Soy sincero si les digo que es ésta la primera vez que veo atrapar una liebre sin otra arma que la suela del zapato.

La tarde tuvo un broche de oro en León, con Aureliano Criado y su esposa, charlando de esto y aquello, ante unas patatas con ternilla que nos preparó Miche con su maestría habitual y que nos sacaron en un momento el frío de los huesos.

Un día negro
8 de diciembre de 1973

De hecho, el mes de diciembre es un mes cicatero para la caza. La mayor parte de las perdices –las más inexpertas, las más viejas, las más débiles– han pasado a estas alturas a mejor vida y, las que sobreviven, andan escamadas, robustecidas por tres meses de ejercicio incesante. La perdiz decembrina tiene mucho que matar y con mayor motivo si este mes llega amenizado, como ha ocurrido esta temporada, por cielos turbulentos, cierzos desabridos y periódicas rociadas de aguanieve. Es obvio que con estas precisiones estoy tratando de disculparme, de justificar el parvo morral de la cuadrilla ayer en Escuderos: tres perdices y dos palomas.

Doblada la temporada, suele ocurrir que el monte no brinda ya a cada escopeta más allá de cuatro o cinco oportunidades por día, con frecuencia menos. Si el cazador, a lo largo de la jornada, no deja de ser ni un instante un hombre alerta, es posible que aproveche todas o la mayor parte de estas ocasiones. Pero lo normal es que esa expectante atención se relaje algún momento, bien porque uno se pone a hacer un pis, o a liar un pitillo o, simplemente, a pensar en las musarañas. Y entonces puede suceder que una rabona ovillada a nuestros pies o una patirroja expedida por un compañero entren en plaza y nos sorprendan con el pito en la mano o la escopeta en el seguro. Lo primero le ocurrió a Manolo el otro día y aunque el tío logró abatir la perdiz nada pudo impedir que se meara por la pata abajo. Estas cosas, por muchos lustros que llevemos cazando y por decididos que sean nuestros propósitos, son irremediables. Hay momentos, en todo cacerío, en que uno deja de ser el hombre acechante que debe ser el cazador y la pieza aprovecha ese descuido para largarse a criar.

Tan largo preámbulo viene a cuento porque ayer un servidor de ustedes dispuso de media docena de oportunidades magníficas y no aprovechó más que dos. Quiero decir que, sin variar las condiciones del cacerío, que no eran buenas, yo me pude venir a casa con seis piezas y, no obstante, hube de conformarme con la parejita. ¿Que qué ocurrió? Sólo esto: a otras dos –una perdiz y una liebre– no llegué a tirarlas y el último par de perdices –una tras otra– las erré de manera lamentable. En suma, tuve mi día negro, ese día negro que con mayor o menor frecuencia nos acecha a todos los cazadores a la vuelta de la esquina.

He aquí la pequeña historia de este fracaso. A las once, tras hora y media de patear el campo, cuando todavía no me había estrenado, me arrancó una liebre de los bajos de la ladera, pero yo iba tan preocupado para no dar con mis huesos en el suelo que, cuando quise verla, la ladina coronaba un caballón y desaparecía de mi vista. Media hora más tarde derribaba la primera perdiz, pero, en lugar de colgármela e incorporarme a la mano sin pérdida de tiempo, me detuve y me recreé en el lance; llamé al Choc para que la cobrara y se le calentara la boca, pero cuando andaba en éstas, otra patirroja, procedente de los altos, me sobrevoló planeando y yo, arrodillado y con el arma en el suelo, tuve que conformarme con ver cómo describía un airoso semicírculo sobre mi cabeza sin poder hacer por ella. Estas cosas, cuando la caza escasea, le queman a uno la sangre e influyen, posiblemente, en su actuación posterior. He escrito *posiblemente*, pero, después de hacerlo, advierto que lo que estoy tratando es de justificarme de antemano, ya que en la hora y media que siguió marré dos perdices fáciles, dentro de la facilidad que diciembre puede deparar. La primera fue un pájaro que se me volvió del bocacerral y la segunda una perdiz que se arrancó a treinta metros de la linde que yo seguía después de tomar carrerilla por el barbecho. ¿Por qué erré estas dos perdices? Uno tiene la morbosidad de indagar siempre en los motivos de sus fallos, cuando en la cinegética hay fallos que se producen porque sí, y el hecho de haber derribado cientos de perdices más peliagudas que las de autos no quiere decir nada. En la caza, uno es bueno hoy y mañana malo, por lo que sea. Pero lo cierto es que si uno es bueno o medio bueno unos días y otros malo, habrá alguna razón que explique sus yerros inhabituales. En mi caso personal, operan con mucha frecuencia, por ejemplo, los nervios, el cansancio, las gafas empañadas o el aterimiento de los dedos. Mas, la verdad por delante, ayer nada de esto pudo influir porque yo no estaba nervioso, ni fatigado, mis gafas estaban limpias y mis manos templadas. Entonces ¿qué? En lo concerniente a la perdiz que se alzó de la lindera, he llegado a una conclusión consoladora: su mimetismo con la tierra rojiza que sobrevolaba era tal que puedo asegurar, sin engañarme, que cuando guiñé el ojo, apenas entreveía el pájaro en el primer disparo, mientras, en el segundo, no lo veía en absoluto: tiré al buen tuntún. El cielo, muy bajo y sombrío, dificultó aún más mi acción y favoreció a la fugitiva. Bien. Pero ¿qué alegar en la otra, un pájaro repinado que se recorta contra el cielo, a treinta metros, sobre una ladera de aliagas y se vuelve tranquilamente entre dos escopetas? Sinceramente, en este caso no caben disculpas. Al tomarle los puntos yo me llené el ojo de perdiz, adelanté adecuando mi acción a su ritmo y disparé. Nada. En el segundo disparo aún aquilaté más mis precauciones y, sin embargo, la pieza se largó. ¿Qué pudo pasar allí?

Hablaba el otro día de la perdiz que nos sorprende a nosotros mismos, sus matadores, al desplomarse. Hoy debería hacerlo de la patirroja que nos deja perplejos al no caer. Tal fue el caso que describo. Mi serenidad al encañonarla y tomarle la delantera fueron tales que yo vi caer a la perdiz, inclusive vi el lugar del pelotazo, cosa frecuente en el cazador perdicero, y, sin embargo, la perdiz no sólo no cayó, sino que no mostró signo alguno de encajar un perdigón. ¿No pisaba firme en la ladera de guijos? ¿Me pilló su irrupción a contrapié? No. Por vueltas que le dé no encuentro explicación a este fallo. Es imposible justificarse. Habrá, pues, que culpar al día, un día negro, aciago, en el que todo sale al revés, y uno en lugar de regresar a casa con media docena de piezas ha de conformarse con dos tristes pajaritos pendientes de la percha.

¿Qué puede alcanzar un perdigón?
9 de diciembre de 1973

Todavía con el cansancio de la jornada de la Virgen en las piernas nos asomamos a Villafuerte, uno de los contados términos que aún no han sido acotados en la provincia de Valladolid. Estos páramos y laderas del Valle del Esgueva fueron frecuentados por nosotros en una época en que las escopetas no eran muchas y lo libre era todavía campo rentable. En este cazadero hemos pasado días inolvidables, con perchas suculentas –¿veinte, veinticuatro perdices?–, pero eso es agua pasada que más vale no remover. Tampoco en este viaje, a fin de cuentas, nos pintó mal del todo ya que, teniendo en cuenta las cuadrillas que divagaban en un sentido y en otro, cobrar una perdiz, tres liebres y una zurita puede considerarse casi, casi un milagro cinegético.

Lo malo de acudir a un territorio muy frecuentado no es para mí la competencia. Lo verdaderamente malo es que la irrupción de una cuadrilla aquí y otra allá le impiden a uno seguir un plan. Y con la perdiz no se puede salir a ver qué pasa. La caza de la perdiz exige un método. Este pájaro dispone de unos recursos y una estrategia defensivos y lo que el cazador debe tratar de hacer es doblegar aquéllos y oponer a ésta una estrategia ofensiva adecuada. De una u otra manera, a la perdiz hay que conducirla al matadero. Saber conducir a la perdiz –que no nos desborde, ni se nos vuelva– es el secreto del cazador a rabo. Una vez que se aprende a llevarla, hay que decidir adónde. Achucharla del páramo a la ladera, de la ladera a las pajas de los bajos, del rastrojo al carrascal, son, en principio, acciones positivas siempre que el pájaro responda, pues no faltan casos en los que la reacción de los bandos no se ajusta a nuestras previsiones. Ante la primera tentativa fallida hay que saber reaccionar, improvisar sobre la marcha para acabar poniendo a tiro unas aves recias y desconfiadas.

Esto es el «abc» del cazador, pero ¿qué hacer cuando, apenas llegados al cazadero, observamos que tres coches se nos han adelantado o, a la media hora de abrirnos en la ladera, siete escopetas irrumpen por el morro que pretendíamos batir? Desengañémonos, la perdiz sólo puede cazarse bien, con arreglo a unos cánones deportivos, dividiendo la tierra en cuarteles y que cada cuadrilla se ciña al suyo. Asunto aparte es el del cazador aislado que, aprovechando la dispersión de los bandos provocada por otros y registrando lindes y majanos, hace una percha que en la vida podría haber soñado de

encontrarse totalmente solo en el campo. En este caso, la mano ajena trabaja y se esfuerza para él. Es un parásito. Por eso digo que lo deportivo en estos lances es que cada partida foguee sobre aquellos pájaros que ella misma ha puesto en movimiento. La táctica de los cuarteles independientes adoptada por los cotos sociales se me antoja la única honesta en la caza de la perdiz en mano. El todo de todos, la barahúnda de cuadrillas que se entrecruzan y se persiguen en un terreno limitado, suele ser fatal para la patirroja en los días aún calurosos de octubre, ya que el pájaro se agazapa, rendido, en cualquier accidente, y uno u otro termina por levantarla. En cambio, en estos días heladores de mediados de diciembre, la perdiz, con vigor suficiente, huye del barullo y se cobija en los cotos colindantes, de donde no sale mientras no haya pasado la tormenta. En ambos casos se trata de acciones antideportivas en las que unas veces paga el pájaro y otras el cazador. En Villafuerte, pues, no ha cazado nadie, ya que unos y otros nos hemos estorbado mutuamente interfiriéndonos en las evoluciones de los demás.

Pero como en ninguna cacería falta un imprevisto, quiero referirme a un incidente digno de comentario: la paloma zurita que desgajamos de un bando de lo menos cuatrocientas tirando al alimón Manolo y yo en un rastrojo desamparado. Si el cazador que me lea ha topado alguna vez con un bando de zuritas en descampado, sabrá de sobra lo receloso que es este pájaro, sobre todo cuando navega en bandos multitudinarios. Pues bien, el bando se alzó del suelo, como era su obligación, al irrumpir la mano sobre un cabezo a más de cien metros de las escopetas, pero Manolo y yo, bajo una dieta demasiado prolongada, fogueamos a discreción, al bulto, y una pobrecita se desprendió del racimo con el ala quebrada. Ante esta realidad incontestable, uno se pregunta: ¿qué alcanza una escopeta normal con un cartucho normal, no reforzado? Porque medidos los metros que nos separaban de la paloma dieron por resultado ciento diez respecto a Manolo y ciento dieciocho desde mi posición, lo que significa que una pieza es cobrable a más de cien metros de distancia. Ante este hecho, cabe preguntarse: si la carga de un cartucho es mortífera a más de cien metros, ¿cómo es que no abatimos con cuatro tiros –y los centenares de perdigones que esto representa– más que un ejemplar de un bando de palomas espesísimo? He aquí un ejemplo claro de la diferencia de fuerza que impulsa a los plomos de un cartucho.

El plomeo de un arma suele ser uniforme a cincuenta metros de distancia, pero las pruebas que realicemos a estos efectos nada nos dirán sobre el impulso de cada grano de carga. Por contra, el episodio de las zuritas nos enseña que por la causa que sea –roce con los tubos, entrechoque de unos perdigones con otros, etc.– hay plomos inútiles a partir de los cincuenta metros y plomos aprovechables a más de

ciento. A esta distancia, uno puede derribar un pájaro de un bando –puesto que todos los perdigones acceden al bulto–, pero conseguirlo con un pájaro aislado sería pura chiripa, ya que únicamente un despreciable porcentaje de perdigones alcanza los cien metros con posibilidades de herir de muerte.

La perdiz se embarbecha
16 de diciembre de 1973

Embalses al margen, la sequía va tomando en el campo castellano caracteres de cierta gravedad. Hasta hace pocas semanas, las tierras conservaron el tempero, pero de un mes a esta parte, entre el hielo y el sol de las horas centrales, el campo ofrece un aspecto desolador. En las breñas, cabe las fuentes, los cauces de salida están secos y cuarteados. Nada digamos de las labores y barbechos. En éstos, los arados modernos ahondan donde jamás habían ahondado y hacen aflorar unos cubos de tierra apelmazada que más parecen piedras de sillería. Caminar por estos barbechos es hacer oposiciones a romperse la crisma. Los terrones aristados dificultan la posición de los pies y dejan entre ellos unos huecos, para que la tierra se oree, que ni pintados para que la perdiz alicortada se refugie en ellos. Tal le ocurrió a mi hermano Manolo con la primera que derribó ayer y que, de no ser por la exactitud con que mi hijo Adolfo precisó el sitio, nunca hubiésemos encontrado (la perdiz, a casi un metro por debajo de la superficie, dejaba ver no obstante, entre dos terrones encontrados, las plumas pardas y rojizas de las timoneras).

Esta situación de las tierras aradas, que en Santa María forman un mar, ha empujado a los bandos a ellas puesto que ahí están mejor protegidas del acoso de las escopetas que en las cuestas. El hecho sorprendió a mi hijo Germán, quien, llevando el alto de la ladera, no vio pájaro ni en el páramo ni en el bocacerral, mientras yo, por los bajos, caminando por los barbechos o sus aledaños, levanté bandos para dar y tomar. Lo de tomar es un decir, puesto que se alzaban donde Cristo dio las tres voces, pero eran bandos nutridísimos que indefectiblemente se desplazaban nava adentro e, indefectiblemente, aterrizaban en otro barbecho más alejado. La operación se repitió una y otra vez, hasta el extremo de que bien puedo afirmar que ha sido hoy el día que he visto más perdices por estos pagos y, al propio tiempo, la jornada que menos he disparado: exactamente dos tiros.

Con estas perdices barbecheras se da una circunstancia peculiar. Uno puede tirarlas al primer vuelo, el de la sorpresa, pero luego, en los sucesivos, ya no hay quien les meta mano. Mi primera perdiz, por ejemplo, me arrancó hacia atrás, a cuarenta metros, de un barbecho ímprobo y, a pesar de la distancia, encajó el tiro de lleno, empezó a bailar una especie de charlestón en el aire, se repulló después, y acabó desplomándose como un fardo sobre una siembra. A Manolo y a mis hijos les sucedió algo semejante. Barrieron a las perdices de iniciación

y no se les volvió a presentar ocasión en el resto de la jornada. Esto supone que, al concluir la mano de ida, habíamos hecho seis perdices de diez o doce disparos, mientras de regreso, por las tierras abiertas, no conseguimos más que un aguanieves desorientado en este secarral.

Tengo para mí, sin embargo, que la mano por la nava no la cogimos bien. En nuestro afán de abarcar mucho dejamos huecos, por ejemplo entre Manolo y Adolfo, de más de doscientos metros, con lo que el grueso de la perdiz se amonó entre los cavones y no levantó. Por supuesto algún bando lo cogimos de proa y no tuvo otra salida que alzarse, pero lo hicieron lejos, en grupo y por derecho. Y esto es lo que no encaja con el comportamiento habitual de este pájaro, que en el tercero o cuarto vuelo levante más lejos que en el primero, con la agravante de que éste lo hicieron bajo la bruma matutina y los siguientes bajo un sol amarillo, todo lo clemente que se quiera, pero que invitaba a la indolencia. Y es que a mí nadie me sacará de la cabeza que a la perdiz de este sector se la ha achuchado sin pausa esta temporada; se la ha achuchado de más y así pasa lo que pasa. Resumen: que durante la hora y media de regreso, Germán apenas si tiró a una perdiz envenenada. Los demás nos limitamos a verlas volar tan ricamente delante de nosotros. Quizá si, en lugar de abrirnos casi un kilómetro, nos limitamos a coger trescientos metros de barbecho, con el ala izquierda adelantada, hubiéramos hecho más. Pero erramos la táctica y la patirroja nos siguió el juego de mil amores. Claro que todo esto no pasan de ser suposiciones. Es muy probable que, aun habiéndonos abierto adecuadamente por los bajos, la perdiz se hubiese zafado de nuestro acoso volando larga y acomodándose donde ayer se encontraba protegida y a gusto: entre los cavones resecos del navazo.

La liebre en celo
23 de diciembre de 1973

Fue suficiente que el Gobierno anunciase restricciones de luz el martes «de no cambiar radicalmente el panorama» para que el miércoles se abriesen las espitas de las nubes y sobreviniese el diluvio. A juzgar por las informaciones, el agua caída en veinticuatro horas no ha sido una broma: veinte litros en Valladolid y otras capitales de la meseta, cincuenta en Gerona y sesenta en otras ciudades mediterráneas. El cambio, pues, ha sido radical, como pedía el portavoz, lo que hace falta ahora es que el cielo persevere.

Los cazadores tuvimos suerte sin embargo, ya que entre el nubazo del sábado y el de la tarde del domingo pudimos correr campo y oxigenarnos la víspera de Nochebuena. Salvo las prisas por aprovechar el paréntesis –«contra la tarde es posible que llueva», nos había anunciado Emiliano, el guarda–, la jornada no ofreció otra cosa de particular que el original comportamiento de las liebres. Fuera de esto –y del acopio de ellas que hicimos–, el día fue uno más de casi finales de temporada, con tres dianas a las torcaces y el gazapete que paró Manolo cuando corría desalado a embocarse en el bardo.

Respecto a la conducta de las liebres, me salió de ojo no sólo que en una chopera de treinta hectáreas levantáramos seis, sino que cuatro de ellas, pese a la humedad del suelo, lo hicieran en corto, aguantando mecha, hasta el punto de que encontraran su perdición en su abúlico dormitar. El suelo húmedo, poroso y mollar, ofrecía para ellas, en todo caso, su haz y su envés, ya que su presunto incómodo encame quedaba compensado por la posibilidad de aproximación sigilosa que brindaba al cazador, ya que la fusca no crepitaba, ni la tierra, humedecida, delataba su presencia.

Pero esto de que la liebre brinque pronto o tarde es circunstancial; salvo algún que otro consumado lebrero no creo que lo sepa nadie. Lo raro es que en una finca donde la liebre no es excesivamente abundante uno se encuentre seis aculadas en unos metros cuadrados. Esto puede obedecer a la presión de las novillas, que estuvieron pastando la víspera en los rastrojos colindantes, pero es poco probable, ya que la rabona es animal noctivago y, tras su periplo nocturno, no había razón para que no encamase en la misma tierra –muy extensa– que habían hollado los rebaños. Puede ser también que la saca de la remolacha influyera en esta concentración ya que esta labor ahuyenta a las liebres de los remolachares, pero tampoco esta teoría es convincente desde el momento que las siembras de

remolacha en esta finca son contadas y la posibilidad de que vengan de otras próximas es remotísima.

El misterio empezó a aclararse cuando mi yerno descubrió a mediodía, en una pequeña campa, a tres liebres levantadas, liebres que se esfumaron, una detrás de otra, en cuanto él se aproximó. Estas persecuciones en pleno día son la mejor demostración de que la rabona mesetera está en celo, fenómeno nada extraño ya que a estos bichos los he visto empalmados o guarreándose en los siguientes meses del año: enero, febrero, marzo, abril, mayo, agosto, septiembre, noviembre y, ayer, diciembre. Esto significa, digan lo que digan las disposiciones sobre la veda, que la liebre, al igual que el conejo, es un animal de celo intermitente pero frecuente. Todo cazador estará de acuerdo en que no es raro encontrarse una hembra con dos gazapos en el vientre en plena temporada, entre octubre y febrero. El hecho de que el celo primaveral no falle, no implica que en otoño no se presente.

El celo de la rabona es muy típico. Este animal, pacífico y solitario, experimenta una metamorfosis con el celo y, entonces, busca no sólo la compañía de la hembra, sino la de otro u otros machos con quienes pelear y hacer méritos ante la dama. Yo recuerdo que hace veinte años, o más, en el monte de los Gómez Gutiérrez, compañeros de colegio, observé durante varias noches a la luz de la luna el comportamiento sexual de estos bichos. Y allí, tras de la casa, en la monda, grande como una plaza de toros, contemplé épicas escenas galantes donde los machos peleaban por la hembra con una saña feroz. Los gritos de estas bestezuelas, en el silencio nocturno, son de escalofrío. Luego, tras la huida del macho más débil (u ocasionalmente derrotado), el vencedor emitía una chilla peculiar y la hembra corría a emparejarse con él para perderse ambos, de inmediato, entre la maraña de robles.

El celo despierta en esta especie un instinto de sociabilidad –para amar y pelear– que en la vida ordinaria no se produce. La liebre, como casi todos los animales, respeta su cuartel, se atiene a sus fronteras. El agrupamiento ocasional obedece, pues, a unas razones. Y el de ayer en el choperal de Villanueva no parece que pudiera estar motivado por otra que por un celo anticipado o retardado, ya que esto, dada la rijosidad de la especie, es muy difícil de determinar.

Viaje a Sedano
27 de diciembre de 1973

Tras las copiosas nevadas de Nochebuena, que dejaron incomunicadas extensas zonas de la vieja Castilla, temía este viaje a Sedano. Y lo que son las cosas, al llegar encontré no sólo el pueblo sino los accesos montañosos y los altos circundantes totalmente limpios. Según me dicen, en la comarca ha llovido, pero no ha caído hasta el momento ni un solo copo de nieve. Como en todas partes, la otoñada ha sido seca y ello ha permitido a mis compañeros sedaneses hacer varias salidas al jabalí con no poco provecho. Luis Gallo, escopeta número uno de estos contornos, ha abatido tres reses en lo que va de temporada, otra Luis Peña y, según tengo entendido, otros amigos han parado varias más. En cambio, Manolo Gallo, matador a cuchillo, ha tenido el santo de espaldas, ya que no sólo no ha cobrado pieza, sino que hace escasas semanas un ejemplar bien armado le degolló dos perros de su corta rehala y un tercero, con las tripas fuera, lucha entre la vida y la muerte. Manolo Gallo se ha quedado, pues, en cuadro, y como quiera que el adiestramiento de estos perros requiere tiempo, pasará una larga temporada sin subir al monte.

La opinión general es, sin embargo, muy positiva. Cazadores y pastores han visto mucho cochino y hasta, según me aseguran, algún que otro corzo. Buena prueba de la abundancia jabalinera la constituyen las pintorescas capturas en el canal del Ebro, orilla de Quintanilla de Escalada. Los taludes que se desploman sobre el canal, en la falda de la ladera, son tan escarpados que cochino que cae en él no acierta a salir y es muerto por los vecinos a tiros o a garrotazos. A juicio de unos, así se han cobrado este año cinco, y siete según otros, aunque la cifra exacta no importa mucho. Lo indicativo es que este procedimiento venatorio fuera desconocido hasta el día, lo que quiere decir que este año hay más jabalí por estas serranías que en temporadas anteriores.

Para acabar de animar el cotarro, Antonio Nogales, extremeño de pura cepa, está pasando en Sedano una temporada en compañía de sus perros zorreros. Este hecho constituye aquí una novedad. Yo he visto trabajar a estos perros en su salsa y la experiencia, verdaderamente, vale la pena. El fox es terriblemente agresivo e intrépido y en los canchales extremeños, de haber un zorro oculto, no le queda otro remedio que arrancarse por cualquiera de las trochas de escape donde, generalmente, aguardan las escopetas. Los guirigays que se producen

en las zorreras, cuando los perros sorprenden al raposo aculado sin otra salida que la que ellos guardan, son de mucho cuidado. Se trata de peleas enconadas y cruentas que, en ocasiones, terminan con la muerte del zorro, cuando no de uno o varios perros. Pero lo normal es que aquél, al verse acosado, huya y se encuentre con la perdigonada de quienes lo aguardan en los pasos.

La gente de Sedano se reunió ayer para solazarse con la actuación de los fox, pero la decepción fue general, ya que las zorreras exploradas no dieron fruto. A mí, personalmente, este fracaso no me sorprendió. Los canchales donde el zorro se guarece en Extremadura son auténticas catedrales de piedra, minadas de túneles y pasadizos, donde la persecución del raposo se prolonga a veces durante media hora. En Castilla, en cambio, la zorrera es un simple agujero en el suelo, cabe una piedra o un mato, pero en ambos casos la entrada suele ser la misma que la salida, con lo que el perro, encuclillado, en postura incómoda, ni puede moverse con agilidad ni dar salida al zorro. Además, en mi tierra, la zorrera es refugio circunstancial, generalmente para cobijar a la raposa cuando tiene crías. El resto del tiempo el zorro adulto vive en Castilla a la intemperie, especialmente en zonas adustas, como Sedano, donde los lugares de ocultamiento son incontables y de lo más recóndito. Lo problemático en la meseta norte es encontrar al zorro en casa. De ahí que las gentes de Sedano se quedaran sin ver afanar a los fox que, tal vez, bien enseñados, puedan servir para mover al jabalí en el monte.

Para aprovechar el viaje, esta mañana subí con Juan al páramo de Mozuelos en busca de las perdices, pero la excursión resultó baldía: o no había perdices o no dimos con ellas. En cambio, la niebla, que ya amagaba en el valle, se adensó en los altos, y aunque hubo un momento, a mediodía, en que el sol pujó valientemente con ella, terminó por prevalecer. Si salimos del coche fue, pues, por el capricho de dar un paseo. En dos horas de caminata no vimos un pájaro y la media docena que levantamos desde esa hora se diluyeron entre la bruma y por más vueltas que dimos no fuimos capaces de revelarlos.

Lo gordo fue cuando, al tratar de volver al coche sobre las dos y media de la tarde, nos encontramos desorientados, pues la referencia de la ladera que encara la carretera no nos servía ya que seguía una dirección distinta a la que Juan y yo imaginábamos. Y perderse en el campo, entre una niebla cerrada, es tan desconcertante como hacerlo en la habitación oscura de un hotel desconocido.

Uno va y viene, manotea, toma una referencia que abandona de inmediato para reemplazarla por otra; todo en vano: el muro de niebla o la oscuridad parecen burlarse de nosotros. Afortunadamente, sobre las tres y media de la tarde sobrevino el milagro: un rayo de sol se filtró entre las nubes hasta el monte y, bajo su luz, las cosas y la

topografía resultaron más concretas pero también más complicadas de lo que pensábamos, hasta el punto de que de no ser por este resplandor ocasional aún andaríamos dando vueltas por el páramo. El Pico Toralvillo quedaba a nuestras espaldas y el automóvil, que afanosamente buscábamos a nuestra derecha, estaba a nuestra izquierda, casi a un tiro de piedra. Entre unas cosas y otras, ha sido éste, si no me equivoco, el primer día de la temporada que regreso a casa con la escopeta virgen.

El raposo, al fin
29 de diciembre de 1973

Los perros zorreros de Antonio Nogales hicieron presa esta mañana. Sorprendieron a una zorra joven en la madriguera y se armó allí dentro un zurriburri de cien mil pares de demonios. Debió de ser una pelea encarnizada, violentísima, constreñida por la angostura de la cueva. Sea como quiera, a la media hora los aullidos sofocados, los jadeos, los gruñidos subterráneos, cesaron de improviso y se instauró sobre el alcor un silencio de camposanto. Antonio Nogales y su mujer, que conocen bien a sus perros, dispararon un tiro al aire y los animales emergieron en un instante. Los dos heridos, por supuesto: el uno en el hocico y las orejas, y en las manos el otro, pero del zorro ni rastro. Hubo que meter en la hura a los perros de Avelino, poco batalladores pero más listos que el hambre, para cobrar el raposo muerto por los fox. El animal estaba hecho un harnero de dentelladas y desolladuras. Lo que ya anticipaba se ha confirmado: en Castilla no es posible cazar a zorro acosado. De ordinario las zorreras no disponen más que de un acceso, con lo que si hay bicho dentro los perros se harán con él, pero le cierran el paso impidiendo que las escopetas entren en acción.

Doce perdices
30 de diciembre de 1973

¡Buena fue la despedida del 73 en Santa María! Y eso que al regresar ayer de Sedano, entre la niebla, me temía lo peor, temores que parecieron confirmarse al levantarme esta mañana y observar que la bruma no dejaba ver las casas de enfrente. El cazador, no obstante, es hombre tesonero que siempre juega la carta del azar aunque las posibilidades de acertar no pasen de una entre mil. Y aunque parezca mentira, en ocasiones acierta. O acierta cuando menos en parte, ya que si en algunos lugares –el cauce del Arlanza, por ejemplo– la niebla no llegó hoy a levantar del todo, la ladera que nosotros cazamos, a un par de kilómetros del río, se mantuvo discretamente soleada durante cuatro horas de la mañana, tiempo suficiente para desfogar a una cuadrilla entrada en años como la nuestra, máxime si evoluciona sobre un plano inclinado de greda reblandecida.

Pero lo más llamativo del cacerío de hoy fueron sus inicios, bajo una helada fantasmal –como fumarolas itinerantes– donde cada pajita del campo ofrecía un rebozado de carama de un dedo de espesor y las intermitencias entre sol y niebla se prolongaron durante más de media hora. El pueblo asegura que la perdiz, bajo la helada, se amona lo mismo que bajo un sol canicular. Esto no es enteramente exacto. La helada, por principio, no aletarga a la perdiz. Para que esto se produzca es necesario añadirle unos ingredientes a la receta. En primer lugar, que la helada sea rigurosa; en segundo, que el sol pique o, en su defecto, que una niebla reptante, con irrupciones racheadas, desconcierte a los pájaros. Entonces, sí. Entonces la perdiz aguanta, pero antes que en los tomillos o las escobas helados, en los cavones de los barbechos. Estas condiciones se dieron en la primera media hora del cacerío y el resultado fueron ocho perdices y un animado tiroteo.

En lo que me concierne, puedo decir que a los veinticinco minutos de haber comenzado la marcha había colgado tres patirrojas y errado otras dos que en circunstancias normales no se me hubieran ido. Pero, a veces, las mismas condiciones meteorológicas que agarrotan a la perdiz, agarrotan también al cazador. Tal ayer, el congelamiento de los dedos y el lagrimeo. En esta tesitura me arrancó del barbecho, a cosa de treinta metros, un bandito de media docena, pero al intentar hacer por ellas yo sabía que era inútil y los dos disparos se perdieron en el silencio de la mañana. Cinco minutos más tarde me brincaba de entre los pies otro pájaro suelto y, al cerrar el ojo izquierdo para tomar puntería, el mundo se me nubló y la perdiz, pese a mis dos

tiros, hechos más bien por tanteo, se me fue igualmente a criar. Las cosas cambiaron radicalmente al volver la mano y dar la espalda al cierzo –moderado pero helador–, de tal modo que en un cuarto de hora, en tres disparos consecutivos, acerté a tres patirrojas, dos en los barbechos y la tercera junto a un brezo, a la caída de un montículo. Las dos perdices barbecheras cayeron alicortadas, pero en contra de lo que es habitual en ellas no apeonaron enseguida, sino que se engurruñaron entre los terrones y únicamente al verme aproximar iniciaron su loca carrera. Esto supone que la propensión al aletargamiento bajo la helada se produce en este pájaro lo mismo si está entero que si está disminuido.

Minutos después, cuando el sol se aplomó sobre la ladera, el tiroteo se hizo intermitente, más bien escaso, excepto para Miguel, que arriba, en la pestaña, empezó entonces a hacer su percha. Resultó, empero, una mano animada, salpicada de incidencias, en la que colgué otra perdiz y revolqué un gazapo entre las aulagas de un erial.

A las dos, cuando la niebla que se cernía sobre el Arlanza, y que desde los altos parecía un lago de espuma, empezó a extenderse de nuevo sobre la nava, la cuadrilla decidió regresar con un morral que, a estas alturas, puede considerarse suculento: doce perdices, dos conejos y una liebre. Tres piezas por barba. Nadie da hoy más en menos tiempo.

Toledo, ese paraíso
13 de enero de 1974

Si buena fue la despedida cinegética del año 73, mejor aún resultó la inauguración del 74. Hacía mucho tiempo que deseaba asomarme a uno de estos cotos del centro de la península, donde la perdiz, según dicen, lejos de decrecer, aumenta cada año. Roberto Caleya, ingeniero agrónomo, íntimo amigo de mis hijos Ángeles y Luis, nos proporcionó la ocasión invitándonos a Valdelagua, la finca de su abuelo, en la carretera de Yepes, no lejos de Toledo capital. Valdelagua es una granja vitivinícola, donde los majuelos ocupan la mayor parte de las ochocientas hectáreas, alternando con algunos olivares, cuatro perdidos de esparto y unos pocos retales de cereal.

En conjunto, la tierra produce una impresión de cuidado meticuloso, de atención solícita y constante, y su andadura por ella, sobre un suelo mollar, en ningún momento resulta penosa.

A la domesticidad de los terrenos hay que unir la concentración de casas de labor en la zona oeste de la finca, así como el entramado de comunicaciones –carreteras, ferrocarril, tendido aéreo de vagonetas para la explotación de una cantera...– y los consabidos apéndices: gasolineras, bares, estaciones, etc. En el extremo occidental del coto estas instalaciones son tan abundantes que, antes de echarse la escopeta a la cara, uno ha de pensárselo dos veces, no vaya a hacer carambola de perdiz y jefe de estación o de liebre y Seiscientos. En el rincón opuesto, en la margen derecha de la carretera, Valdelagua ofrece en cambio unas ondulaciones suaves, donde se turnan cepas y olivos, de una belleza discreta y sedante. Incrustado en este paisaje, uno piensa, inevitablemente, en un cuadro de Zabaleta.

–¿Y encontraron ustedes perdices en un medio tan civilizado?

¡Le diré a usted! Tal cantidad de perdices que es posible que no haya visto tantas juntas en los días de mi vida, y no olvide que los cincuenta y tres ya no los cumplo y que a los siete ya andaba tras de mi padre de morralero. Y no es que se vieran muchos bandos, ni muy prietos, no. La cosa es más simple y más atractiva. Y es que desde que uno despanzurra el primer terrón hasta que desarma la escopeta no cesa de ver perdices en ningún momento: una aquí, dos allá, cinco en aquel pequeño majuelo de la derecha, una docena en vuelo rasante contra el cerral. Cerca o lejos, altas o bajas, agrupadas o en solitario, las perdices son presencia constante en Valdelagua: no fallan.

Yo imagino que cazar estos bacillares en octubre, cuando todavía conservan la hoja, debe de ser, en lo que a tiros se refiere, un ejercicio

parejo al que nos facilita la codorniz un año de buena entrada. Ahora, si ustedes me preguntan cómo hay tanta patirroja en una topografía tan acicalada, tan repeinada y donde el cereal no es, desde luego, el fundamental cultivo, tendré que reconocer que no lo sé. Hay fincas en el centro de la península donde los dueños renuncian a una explotación racional y las convierten, mediante estímulos de diverso orden, en un criadero de perdices. Y en estos casos uno se explica todo, puesto que todo ha sido ordenado allí para que la rentabilidad de la tierra sea la patirroja.

Mas esto no sucede en Valdelagua. La tierra ha sido utilizada aquí para que produzca uva y aceituna, no pájaros. Pero esta inteligente ordenación, la inexistencia de lindazos y la reducción de perdidos al mínimo, no impiden que estos pagos produzcan también perdices en cantidad. ¿Razones? ¡Vaya usted a saber! Uno puede pensar en una eficaz guardería de la propia finca y de las colindantes, en la benignidad del clima, en la escasez de contracaza –dos urracas apareadas vi ayer por todo ver–, en la unidad de la propiedad, que impide el paso de los tractores de todos por las tierras de cada uno..., ¡Qué sé yo! Lo incontestable es que en este punto la meseta de arriba no admite parangón con la de abajo. La perdiz de la primera va a menos, desaparece, mientras en la segunda se muestra cada día más pujante y ni las escopetas, ni los automóviles, ni los pesticidas –¿es que son de otro tipo?–, ni los abonos, ni la inserción de lo urbano en lo rural, ni la industrialización –en los aledaños de Valdelagua vi varias instalaciones fabriles, una de ellas de cemento en seco, de las más contaminantes– pueden con ellas.

–Bien, vamos a dejar eso y dígame qué hicieron ustedes.

Creo que en el caso presente *hacer* no es la palabra adecuada; debería tal vez preguntarme qué *pudimos hacer*. Porque lo cierto es que la mano, hecha al estreñimiento mesetario, se desconcertó con tanta abundancia, y salvo Germán, que conservó la sangre fría y se descolgó con quince perdices y un conejo, los demás hicimos reír. Es decir, yo cerré la jornada con siete perdices y tres liebres, pero debo confesar que, en punto a patirrojas, bien pude doblar la cifra. Concretando: estuve mal.

A mi ver, Valdelagua tiene exceso de pájaros para cazarlos en mano; esto es, uno no necesita apelar a ninguna estrategia cinegética para abatir un número abultado de piezas. El problema se reduce a andar y cargar con presteza. Andando, andando, se van tirando cazas sin necesidad de vigilar la evolución de los bandos ni cuáles son sus querencias. En un caso así, la improvisación se impone y la inteligencia no juega el menor papel. No se necesita otra cosa que serenidad. Para la cuadrilla, sin embargo, hubo horas de total desmoralización, motivada por circunstancias diversas. En mi caso

concreto, el tiro a una perdiz muy larga seguido de otro, inmediato, a una segunda que me arrancó de los zancajos cuando aún no había cerrado la escopeta, me produjo tal desconcierto y excitación que me llevó a una serie de fallos encadenados favorecidos por el desconocimiento del terreno y la mala visibilidad. Resumen, que para lograr mis diez piezas precisé de treinta y nueve cartuchos, munición que, en circunstancias normales, me da para entretenerme cuatro o cinco días.

Y lo lamentable es que empecé bien y cerré bien. Arranqué con dos rabonas y una perdiz, de cinco tiros, y terminé con cuatro perdices y una liebre, de siete. Pero entre diez y media y una del mediodía malbaraté veintisiete disparos para dos pájaros. Estos altibajos dicen claro que Valdelagua nos cogió desprevenidos y nos soliviantó. Para la cuadrilla este coto ofrece demasiadas facilidades. Uno está hecho a la pobretería y, en consecuencia, a trastear la perdiz y matarla con la cabeza antes que con los tubos de la escopeta. A estas alturas, en la vieja Castilla, tres o cuatro oportunidades por día es lo ordinario. Y si a uno, de golpe y porrazo, le surgen esas tres o cuatro oportunidades en apenas media hora y yerra la primera, las demás pueden encadenarse hasta Dios sabe cuándo. En estas circunstancias, los nervios suelen jugar muy malas pasadas. Y también influyen el medio (la perdiz que arranca de un olivo o de una tierra escueta donde uno no la espera) y la misma idiosincrasia del pájaro: más blando, menos difidente, menos acosado que en el norte. Todos estos motivos produjeron –salvo en Germán– un general desconcierto. Lo que no es óbice para que la expedición a Valdelagua deje memoria entre los miembros de la cuadrilla, más que por las cuarenta piezas cobradas, por la convicción de que con una actuación discreta podríamos haber doblado la cifra sin esfuerzo.

Las perdices de Toledo, su abundancia, demuestran que la situación de la patirroja en el país no es tan crítica como en nuestros caceríos en la meseta alta, cada día más esforzados y menos eficaces, podrían llevarnos a pensar. Los gallineros del sur son, evidentemente, considerables y vienen a erigirse en una esperanza.

Faisanes en Peñafiel
20 de enero de 1974

A lo largo de mi vida yo no he tenido trato cinegético con estos hermosos pájaros. El faisán, ave de elevada alcurnia, es más bien objetivo de acosos reales y principescos que de un cazador al salto, andarín y de medio pelo como soy yo. Sobre su enclave topográfico podría decir lo mismo. Estas desamparadas tierras nuestras, con cuatro pobos en torno a las aldeas y unas docenas de manchas de encina desparramadas aquí y allá, no son adecuadas para el asentamiento de esta gallinácea. El faisán es más refinado y exigente que la perdiz. No vive en cualquier sitio. Yo recuerdo que hace unos años se echaron unos faisanes entre los robles de Sedano (Burgos) y a los cuatro días los chavales de aquellos contornos los corrían a pedradas porque los bichos, inanes, eran incapaces de volar.

Me dicen que en algunos terrenos españoles este animal se ha aclimatado, pero la verdad es que yo no lo he visto. Es posible que esta ave aristocrática se adapte a las mohedas de algún sitio real, pero en los sardones proletarios de Tierra de Campos es bobería buscarlos. En cambio Centroeuropa, que no cuenta con un clima más benigno que el nuestro, pero sí le sobran bosques y cobijos, tiene faisanes en abundancia. Yo recuerdo habérmelos tropezado –aunque sin escopeta– en Francia y Bélgica, y hasta he disfrutado del placer de volarlos y verlos repinarse en la bruma, por encima del bosque, en Alemania y Austria. En Norteamérica he visto faisanes asimismo, y en Checoslovaquia tuve la suerte de cobrar uno, en la reserva de Brno, que se estrelló contra el parabrisas de mi coche cuando circulaba a bastante velocidad. Esta anécdota la conté ya en alguna parte, como también dije algo sobre la caza del faisán en los USA en mi librito *La caza en España*. Los yanquis son gente práctica y como producen más cazadores que piezas, esto del faisán lo sostienen artificialmente, soltando los viernes de los coches-jaulas los pájaros que la afición ha de abatir los sábados y los domingos. Y así van tirando.

Como verán, yo conocía a este pájaro de refilón, ya que en mi dilatada vida de cazador jamás tuve oportunidad de ponerle los puntos a uno. Por eso cuando Jaime Royo Villanova me invitó el viernes a tirar unos faisanes en Peñafiel, acepté gustoso, por más que no cesara de preguntarme qué pintarían estos pájaros en unas tierras tan ásperas y desabrigadas como las de don Juan Manuel. Jaime me

aclaró este punto al advertirme que se trataba de una cacería *a la americana*, esto es, preparada, ya que de víspera se distribuirían entre los robles y enebros de las laderas de Laguna de Contreras –vecinas del coto de Torre, que la cuadrilla abandonó el año pasado– los faisanes que habíamos de tirar el domingo. La expedición no era, pues, cinegética –carece de todo interés venatorio conquistar la pieza que hemos soltado antes–, sino un ejercicio de tiro al blanco móvil, o sea, un puro divertimiento.

Y la cosa, en verdad, resultó entretenida, sobre todo por la novedad. Para mayor suerte, la niebla que se cernía sobre Valladolid a la salida y que imprimía al campo un tono hibernizo, muy centroeuropeo, se disipó al llegar a Laguna, con lo que pudimos cazar en chaleco.

–Diga usted, ¿y es cierto eso de que el faisán tiene mucho que matar?

Hombre, le diré a usted. De entrada, el faisán es grande como una pava, hace mucho bulto, y de estar el tiempo quedo –como ocurrió ayer– su acceso a las escopetas es raudo pero sin exagerar. Como, además, los puestos estaban escalonados cada quince metros, uno alcanzaba a tomar el blanco no sólo a los pájaros que le entraban a él y a sus vecinos inmediatos, sino a los que formaban en la línea tres puestos arriba y tres abajo. De este modo el pim pam pum que se armó el domingo en el robledal de Laguna de Contreras fue algo así como la guerra, con lo cual uno no es capaz de precisar el número de pájaros que abatió, ya que cuando a su tiro veía descolgarse la pieza, la pregunta, a izquierda y derecha, era inmediata: «¿Has tirado tú también?». La batida de Laguna se transformó, pues, en una competencia de presteza –tirar antes que el vecino– y en otra de adivinación –averiguar qué escopetas habían tocado al faisán que se desplomaba. Hubo momentos en que aquello se convirtió en una lluvia de pájaros, hasta el punto de que Lomana, uno de los participantes, voceó en una ocasión con mucha gracia: «¡Yo me conformo con que no me den!».

Sería preciso entresacar la línea de escopetas para decir con exactitud si uno sabe derribar faisanes a ojeo o no sabe. Con todo, creo que no es difícil. El faisán, sobre grande, se encumbra como corresponde a su noble alcurnia, y un bichote de estas dimensiones, recortado sobre un cielo azul, no plantea, en verdad, problemas serios. Un ardid de este bicho para eludir la barrera mortífera es remontarse a las nubes –algunos lo hicieron cumplidamente– y rebasar el cerco a sesenta o setenta metros. Esto u orillar la entrada –muchos se lanzaron en diagonal sobre la pobeda del Duratón– son realmente, en particular ante una línea tan prieta como la del domingo, sus únicas posibilidades de salvación.

Lo que sí puedo decir es que el tiro al faisán a salto es más bien

sencillo, siempre que se utilice perdigón de quinta –el faisán no es blando– o de sexta a mucho conceder. Esto pude comprobarlo entre las batidas segunda y tercera, moviendo la moheda de los bajos con los perros, donde se habían resguardado algunos pájaros indemnes.

La escapada dio sus frutos ya que pude disparar sobre dos pájaros, el uno a cosa de cuarenta metros y de cincuenta el segundo. Tan corta experiencia me autoriza, sin embargo, a afirmar que el faisán vuela recio y que para abatirlo de través hay que correr la mano con gracia, valientemente y sin tacañería, como si de una perdiz se tratase.

El simulacro resultó, pues, divertido. Esto me lleva a pensar que estas expediciones contra pájaros domésticos –pichones o faisanes– están muy bien, son incluso saludables cuando lo que nos incita a salir al campo, antes que buscar la pieza, perseguirla y levantarla, es el puro desahogo pirotécnico. Yo disparé ayer noventa cartuchos, pero los hubo que sobrepasaron las seis cajas. De modo que si lo que uno desea son ocasiones de traqueo sin que el duelo con la pieza y el misterio del campo le digan nada, que organice una cazata *a la americana* del estilo de la de Laguna de Contreras. Por este camino aliviaremos la presión cinegética que gravita sobre este país y, además, pasaremos el rato.

Día de amor y de pelo
27 de enero de 1974

«Quien, de entrada, tira a lo loco, cazará poco.» Este refrán, por supuesto, es inventado. La cuadrilla es muy aficionada a enriquecer el refranero con aforismos cinegéticos de ocasión. Pero el dicho tiene su miga y quiere decir que disparar los primeros tiros a la desesperada sobre piezas muy comprometidas es hacer oposiciones a no dar pie con bola en toda la jornada. Centrar los primeros tiros es, en cambio, un indicio esperanzador: contrariamente a los gitanos, la caza sí quiere buenos principios. Bien, pues yo ayer, en Villanueva, hice tres disparos de salida muy aventurados y, por sabido, sin ningún resultado práctico. Este fracaso, que no lo hubiera sido si me abstengo, pesó ya sobre mí durante toda la mañana, y apenas si pude zafarme del maleficio a media tarde, cuando acerté a revolcar un gazapete y una liebre. Pero esto no es un hecho excepcional. Hay días que vienen bien o vienen mal desde que uno se levanta de la cama (y estoy hablando de caza). La serenidad o el apremio se le incorporan a uno al abrir los ojos, por no decir que duerme con ellos. Esto se traducirá en el monte en una buena o una mala actuación. Empero, la mayor parte de los días no vienen ni bien ni mal, sino que uno los envereda bien o mal en los minutos iniciales del cacerío. Por eso no considero recomendable vaciar los primeros cartuchos sobre piezas excesivamente problemáticas, de esas que uno no cuenta sino con un uno o un dos por ciento de probabilidades de derribar. Tal hice yo ayer con un conejo entrematado, una perdiz frenética que me flanqueó a ochenta metros y una torcaz en las nubes. Total, cero. Pero este cero no tiene importancia. Lo importante, es que luego no encontré mi sitio en toda la jornada; si corría, la liebre arrancaba por detrás, si me detenía, cruzaba el calvero demasiado larga. En suma, uno de esos días en los que si uno acierta con la colocación y el fogueo, puede volverse a casa con diez piezas, pero si le falla la intuición, lo mismo puede quedarse bolo. Creo que los quince tiros que hube de disparar para lograr dos piezas explican más claramente lo que de forma tan embarullada estoy tratando de exponer.

Ayer fue un día de pelo en el carrascal. Mis sospechas de hace unas semanas de que la liebre estaba encelada en Castilla tuvieron cabal confirmación: de dieciséis rabonas que vi, catorce estaban apareadas. El fenómeno no tiene nada de particular puesto que el enero de este año en Castilla ha sido un enero blando y condescendiente, una verdadera perita en dulce. Si cuento las heladas es muy posible que

durante los treinta y un días no hayan llegado a seis. Lo habitual han sido días nubosos, de nubosidad inconsistente –salvo a mediados de mes que cayó mucha agua–, ambiente tibio y escasos de sol. Con esto y el alargamiento de las tardes, muy notorio ya, los animales se han puesto de novios y hasta las cigüeñas, bastante antes de San Blas, han arribado a la torre de la iglesia de Villanueva.

Pero decía que las liebres salían ayer de dos en dos, generalmente largas y palmariamente retozonas. Estos apareamientos prematuros suelen ser muy apropiados para el doblete de pelo. Yo mismo, de no tener un día negado, lo hubiera conseguido ayer con la pareja que me arrancó de una junquera, pero la primera se me ocultó en un quiebro repentino y entonces volví precipitadamente el arma a la segunda y, después de foguear sobre ella, retorné de nuevo a la primera. Total, que me quedé sin ninguna, aunque a la tarde, al manear con parsimonia la cerviguera donde se refugiaron, encontré muerta una de ellas, junto a una carrasca, a menos de doscientos metros de donde la había disparado.

La liebre suele tener fama de atolondrada, pero yo no estoy de acuerdo. Ayer, al alcanzar una de ellas la cerca metálica que acota el campo de las novillas, pensé que cogería alambrera arriba y mi hijo podría tirarle a placer, pero ¡ca!, el bicho se escurrió bonitamente bajo el último alambre y nos dejó bocas. La actitud de la liebre ante cualquier obstáculo demuestra que no es tan simplona como algunos pretenden. En una dehesa de Salamanca, yo he visto saltar a una liebre una tapia de más de un metro de altura. La liebre embalada suele brincar con mucha destreza. Por contra, la rabona que gazapea, que no ha tomado carrerilla, suele amonarse en un mato al topar con el obstáculo y allí aguanta hasta que uno la pisa. Esta argucia se la vi poner en práctica a una liebre que huía de mi hermano en Sevilleja de la Jara, aunque a la postre no le sirviese de nada.

El día de amor y de pelo se confirmó al urdir una trampa al raposo en el picón de monte que linda con las tierras de Serrada, justo en el mismo lugar donde yo bajé uno en el mes de noviembre pasado. Manolo y yo nos apostamos en la chopera, mientras los dos chicos con el perro movían el sardón. Y, cosa bonita, no vino un solo bicho sino la parejita, primero el macho –que yo erré lastimosamente y paró Manolo del segundo– y, luego, la hembra, escamada por los disparos, deteniéndose de cuando en cuando junto a los chopos, observando. De pronto, a cuarenta metros de Manolo, pegó un brinco, volvió grupas y se echó de nuevo al picón, mientras mi hermano le abría un colador en las posaderas de dos rápidos disparos. Pero aún estamos preguntándonos: ¿Por qué se volvió esa zorra? ¿Nos vio? ¿Nos oyó? ¿Nos olió? Adivine usted este acertijo. En la caza todo cabe. Y más con el raposo, cuya escama es proverbial.

La media naranja
3 de febrero de 1974

Se acabó lo que se daba; otra temporada que se fue. El cazador, que cuenta por temporadas como el estudiante cuenta por cursos, no por eso alarga su vida. La temporada, el curso o el año son igualmente efímeros, dan poco de sí.

La despedida la efectuamos, contra lo previsto, en la finca de Temprano, de la parte de Campos, un cazadero de siembras y monte de encina como tantos otros en Castilla. La idea inicial era haber cerrado en Santa María, que este año por pitos o por flautas hemos visitado poco, pero la nevisca insistente del sábado nos hizo desistir. Abandonamos, pues, la patirroja y nos fuimos al pelo, pues ya Rafael me había advertido que su finca da poca perdiz. Claro que poca es algo, pues ayer, fuera de Luis, que disparó a dos, los demás ni les vimos el pelo. La jornada fue esencialmente lebrera –nueve cobramos–, con el ornato de dos gazapos, dos torcaces y una zurita. En esto de las palomas –liebre no se me arrancó ni una y las había en cantidad– tuve suerte, pues emplomé una zurita al paso y bajé una torcaz de las mismísimas nubes.

Quien nos dio una lección ayer fue Luis, mi yerno, que se hizo con un morral de cinco liebres y un conejo. El caso de mi yerno es un caso de estudio. Hasta el año pasado –es decir, dos temporadas, ya que antes no le dio por esto– tiró con una escopeta del 12, heredada de su abuelo, y la verdad es que no le fue bien. La cuadrilla atribuía sus irregularidades a los balbuceos de la iniciación, pero este año decidió arrinconar aquella escopeta y tirar con una del 20 y en pocos días ha demostrado que puede rayar a muy digna altura. Y, ante esto, cabe preguntar: ¿Es que una escopeta del 20 es más matadora que una del 12? Esto, entiendo yo, es como preguntar si una mujer gorda es más útil que una delgada o una alta que una baja. En escopetas, como en mujeres, no hay un calibre mejor que otro. A unos les gusta más un calibre más corto y a otros uno más largo. La cuestión estriba –mujer o escopeta– en acertarse con ella.

A mi hijo Juan, que todavía el año pasado tiraba con una carabina del 16 de un solo caño, le iba muy bien. Pero esta temporada, que premié su COU con una del 12 de tubos superpuestos, le ha costado Dios y ayuda acertar a un baúl. Cuando uno no empieza de niño con el arma que ha de usar siempre, el cambio es un problema grave. Y no sólo es el peso, el grosor, la contundencia del retroceso, las medidas de culata, con ser importante. El problema es encontrar, como en el

matrimonio, la media naranja. Y del mismo modo que hay hombres que cada día que pasa se entienden peor con su mujer, hay cazadores que no llegan a entenderse nunca con la escopeta que manipulan. Es una cuestión de suerte, de armonía, de equilibrio, de hallar nuestro complemento.

Teóricamente, la escopeta del 20 alcanza menos y abre menos que la del 12, pero si uno se acierta mejor con ella, la encara con más presteza y toma los puntos mejor, no cabe duda que ésa es su escopeta. En principio, a todo hombre le parece bonita su mujer. Ahora bien, que haga *pendant* con ella o que no lo haga es ya otro problema. Y Luis, mi yerno, ha encontrado inesperadamente en su escopeta del 20 lo que no había encontrado en la del 12, aunque sí, por supuesto, en su mujer: seguridad.

Pero dejémonos de divagaciones. La temporada 1973-1974, que acabamos de rematar, no ha sido en modo alguno brillante. Cifras cantan: 103 perdices, 64 liebres, 12 conejos y 6 varios (tres zorros, dos becacinas y una avefría), que repartidos en setenta y cuatro jornadas-cazador, dan un promedio de 2,85 piezas por escopeta y día. Este índice, superior al de la temporada anterior en 0,75, puede resultar engañoso a la hora de estimar la marcha de la caza en Castilla, supuesto que el mayor volumen de nuestras perchas se ha conseguido en los dos desplazamientos al sur, Sevilleja de la Jara y Valdelagua, con 34 y 38 piezas respectivamente. Si prescindimos de estas salidas, el índice por escopeta y día se reduce a 2,2, una décima más que la temporada anterior, que fue una temporada rematadamente mala.

La caza, por tanto, en Castilla la Vieja, se ha sostenido. Hay partidas, sin embargo, que invitan a la reflexión. Tal la del conejo. Esta temporada hemos cobrado 12 tristes conejitos, contra 46 la pasada y 68 la anterior. La morbosa incidencia de la mixomatosis por esta comarca –aciertos y desaciertos aparte– me parece incontestable tras este somero estudio comparativo.

Y si pasamos a la especie reina, la perdiz, los saldos tampoco son como para frotarse las manos de gusto: tras la temporada 1971-1972 que dio un balance de 158 patirrojas, vino la del 1972-1973, muy canija, con 65 y, finalmente, la presente con 53 (prescindiendo de Sevilleja y Valdelagua). Cabe pensar que en estos dos días, aplicados a perseguir la perdiz en Castilla, hubiéramos alcanzado la cifra de la temporada anterior. Pero, aun admitiendo esto, ¿pueden considerarse 65 perdices entre 63 escopetas, esto es, una perdiz por escopeta y día, un saldo satisfactorio y, menos aún, esperanzador?

De mi agenda de notas viene a resultar que únicamente la liebre nos ha deparado una temporada curiosa, ya que del índice de 0,61 por escopeta y día en 1971-1972, pasamos al 0,46 en la temporada pasada, para remontarnos a un 0,71 en la actual. En resumen, que a

excepción de la rabona, que ha brincado este año por la meseta con más alegría que en los anteriores, no hay el menor indicio de que el horizonte cinegético se despeje en Castilla. Al contrario, y dicho en términos bursátiles, la patirroja se sostiene con leve tendencia a la baja y el conejo se derrumba bajando muchos enteros.

Mis amigas las truchas

Del bloc de notas de un pescador de ribera
1977

A mis primeros discípulos
Miguel y Juan, mis grandes maestros hoy

Prólogo

En abril de 1946, al día siguiente de mi boda, me aficioné a la pesca de la trucha. Paseaba yo con mi mujer por la ribera del río Besaya, en Molledo Portolín (Santander), cuando vi a Panín González –que, con el tiempo, sería un experto montador de cucharillas en su pueblo natal de Santa Olalla y moriría prematuramente– extraer de la rasera que precede al pozo del Confitero un magnífico ejemplar.

Por entonces acababa de introducirse en España el sistema de pesca de truchas denominado de *lance ligero,* que venía a revolucionar este deporte al sustituir la paciente y tradicional figura del pescador de caña y lombriz –carne de cañón de los caricaturistas poco imaginativos de la época– por la del pescador activo, que no se limita *a esperar* inmóvil, en la orilla, la picada del pez sino que *lo busca* a lo largo del río para provocarlo mediante un señuelo artificial. De esta manera la pesca dejaba de ser un quehacer estático y entraba de lleno en la dinámica de la era atómica. El pescador abandonaba el viejo recurso de aprovechar el hambre de los peces para pasar a explotar el instinto cazador que subyace en la mayor parte de los seres vivos.

Las difíciles circunstancias de la época –y mis circunstancias personales, no menos estrechas– no me permitieron poner en práctica inmediatamente mi recién nacida afición. Hube de esperar unos años a que aparecieran en el país las primeras motocicletas y, más tarde, los primeros automóviles utilitarios, para comenzar a ejercitarla. En Valladolid no hay truchas y había que salir a buscarlas a las provincias aledañas. Un medio de locomoción personal se hacía, pues, imprescindible. Mediada la década de los cincuenta empecé a hacer mis primeros pinitos con la cucharilla y, a partir de la primavera de 1956, mis escapadas se formalizaron e inicié mi actividad con la pluma. Esto significa que llevo algo más de veinte años en el oficio y, sin embargo, hasta hoy no me he decidido a escribir una sola palabra sobre el tema, siendo así que la pesca de la trucha me parece un arte tan complejo y apasionante como el de la caza de la perdiz roja, actividad con la que he llenado ya muchos papeles, seguramente demasiados.

Hay una razón obvia para esta diferencia de trato: la timidez. Con afición a la caza nací. Desde que abrí los ojos vi a mi padre consumir los ocios dominicales del otoño y el invierno con la escopeta al hombro, de tal modo que llegué a identificar ocio con caza, vacaciones con naturaleza. La caza fue, por tanto, para mí una vocación innata. De ahí, tal vez, que yo me considere no un buen tirador pero sí un

cazador conspicuo. A la vista de un terreno por batir, yo sé, más o menos, lo que procede hacer para dar con las perdices –esto es, dónde buscarlas–, cómo trastearlas y, finalmente, adónde conducirlas para lograr una buena percha.

Esto no me sucede con la pesca de la trucha. Mi afición a la pesca, aunque con casi cinco lustros de práctica regularmente asidua, no pasa de ser una afición adherida en la que disto mucho de ser un experto. Hablando en plata, ante la trucha yo me sigo considerando un aprendiz y, si Dios no lo remedia, en este convencimiento moriré. De ahí que haya sido el pudor quien me ha vedado hasta el día pontificar sobre este deporte. A una jornada inesperadamente halagüeña, en la que puedo clavar doce o quince truchas, sucede otra en la que, sin comerlo ni beberlo, me vuelvo bolo a casa y, lo que es peor, sin intuir las causas que justifiquen, o siquiera expliquen, mi fracaso. Es obvio que en la pesca de la trucha operan factores climáticos y atmosféricos –viento, presión, temperatura, etc.– que no siempre podemos controlar, lo que imprime a la pesca un carácter aleatorio, de dependencia, mucho más acusado que el que rige para la caza de la perdiz. Tal vez por esto me asalte la impresión de no pisar aquí terreno firme. Considero que no he dado con el secreto de la pesca y que en la actualidad no paso de ser un pescador del montón.

El pescador de truchas es un ser generalmente hermético que reserva para sí sus descubrimientos. El pescador no ve un amigo en otro pescador que surge en el primer recodo del río sino un adversario. Quiero decir que las experiencias piscícolas son rigurosamente personales y, en consecuencia, todo pescador de truchas es, inevitablemente, un autodidacta.

A contrarrestar este silencio secular apuntan las páginas que siguen. A lo largo de cinco temporadas yo he ido anotando lo que me sucedía día tras día en la ribera del río sin omisiones, reticencias, ni ambigüedades. Como pescador no me siento en la obligación de silenciar mis descubrimientos; no me agrada el «secreto profesional». Es éste, pues, un diario de pesca espontáneo y sincero. En él no saco consecuencias pero es incontestable que ustedes pueden hacerlo. Por eso creo que, pese a la mediocridad de mi técnica y a la pobreza de mis recursos, el libro *Mis amigas las truchas* puede resultar útil e, incluso, en algún aspecto, aleccionador.

Queda por aclarar la razón del título. Durante un tiempo dudé entre varios pero, finalmente, opté por éste en homenaje a estos peces que me han proporcionado ratos y emociones muy vivos. Lógicamente las truchas no compartirán mi punto de vista, esto es, es muy posible que mi inclinación amistosa hacia ellas no sea correspondida. La cosa es lógica. En el juego ellas arriesgan más que yo. Se trata, por tanto, de una amistad unilateral, pero el libro lo he escrito yo y no ellas y,

consecuentemente, hablo desde mi personal experiencia.

M.D.

Apertura en el Rudrón

12 de marzo de 1972

Cambiar la escopeta por la caña en cuanto apunta marzo es un hábito cada día más extendido en este país. Somos muchos los que consideramos a la trucha, por su bravura y rapidez, como la perdiz de río y, en consecuencia, aprovechamos la feliz circunstancia de las vedas gualdrapeadas para cambiar de objetivo: el pájaro por el pez. Empero, el mes que separa la caza de la perdiz de la pesca de la trucha (primer domingo de febrero a primer domingo de marzo) sedentariza al cazador-pescador, lo enerva, de tal modo que, llegado el momento del tránsito, le cuesta romper la inercia.

Yo, por una razón o por otra, no suelo salir a la trucha el primer día y generalmente encuentro una disculpa para ello: el aluvión de pescadores, la nieve, el chubascazo marceño que habrá enturbiado los ríos de montaña a casi doscientos kilómetros de mi lugar de residencia. Cualquiera de estas posibilidades me justifica ante mí mismo y me hace desistir. Por esta razón dejé transcurrir este año la primera semana y ayer, finalmente, me llegué al Rudrón, en las inmediaciones de San Felices (Burgos). Este lugar ofrece la ventaja de que si la trucha no entra, no hay más que darse media vuelta y sustituir la emoción de la captura por un recreo estético, meramente contemplativo, ya que las oquedades, la conformación geológica, los farallones, en una palabra, la caprichosa y valiente arquitectura creada por siglos de erosión constituye en esta zona un espectáculo fascinante.

Pero éste es el último recurso. El Rudrón es río que conozco bien, y salvo en casos de hermetismo absoluto, sé ingeniármelas para sacar de él algún provecho. Tal, ayer. Las aguas no bajaban turbias pero sí levemente tomadas (seguramente por la cantera que, según me dicen, han empezado a explotar aguas arriba), muy frías y caudalosas. Para completar un panorama gris, el tiempo andaba hibernizo, así que mi hijo Juan y yo –que gustamos de compartir una caña para poder comentar cada incidencia– desayunamos tranquilamente y esperamos la llegada del mediodía para arrimarnos al río. Todo sin prisas. Pero cometimos un error: instalarnos en la parte baja del coto, en el término de Valdelateja, creyendo que las aguas estarían más templadas y olvidando que, como el río corre allí más encajonado, dada la velocidad de la corriente, no era lugar adecuado para la cuerda.

Como esperaba, la trucha demoró salir al mosco o, por mejor decir,

no salió. En rigor, no puede afirmarse que la trucha del Rudrón se cebara ayer. Alguna boqueó circunstancialmente pero la ceba formal, esa especie de hervor que suele manifestarse, por ejemplo, entre dos nubes, no llegó a producirse. Visto que el registro de tablas y restaños era inútil, a partir de las dos buscamos las salidas de cachones y chorreras, allí donde la superficie se riza, en la línea de intersección de las aguas profundas y delgadas. En estas zonas los moscos se agitan sin moverse apenas del sitio y allí, precisamente, estaban puestos los pocos peces que se decidieron a aflorar.

Y, cosa rara, la trucha cazadora de ayer en el Rudrón era trucha grande y, con una pizca de suerte, y pese a que las condiciones externas no eran óptimas, pudimos conseguir una cesta de respeto. Pero nos faltó esa pizca de suerte. Capturamos cuatro, una de ellas de kilo (con la que bregué unos minutos de intensa emoción y a la que conseguí llevar a buen puerto), pero a cambio dejé desengancharse a otra del mismo tamaño y mi hijo Juan (buen pescador pero con la inexperiencia y el exceso de vitalidad que procuran los quince años) permitió que una tercera, mayor aun que las anteriores, le arrancara el aparejo y se largase con la música a otra parte. Tan desgraciado desenlace nos dejó malhumorados a los dos, ya que el accidente se produjo en la misma orilla, a un palmo de la boca de la tomadera, esto es, en el momento que el pez prácticamente era nuestro. No es la primera vez que esto nos ocurre ni, con seguridad, será la última. Yo creo que en esta tesitura (una trucha de kilo y medio, prendida en un anzuelo minúsculo, engarzado en un frágil aparejo) lo que se precisa es tiento. Hay quien aconseja darle carrete al pez, o dejarle patinar. Éstas pueden ser medidas discretas allí donde el agua abunda (una laguna o ríos como el Tormes o el Órbigo), pero tratándose de un río angosto, flanqueado de leñas y maleza, hay que andarse con ojo. Yo he perdido buenos ejemplares por hacer concesiones en corrientes accidentadas, lo que quiere decir que cada circunstancia requiere un comportamiento. Lo que hay que evitar en todo caso es el forcejeo con el pez, tirar cada uno de un lado para ver quién puede más. Una competencia de este género suele ser funesta. Lo prudente es templar. Y si el bicho tira, contenerlo mediante una táctica elástica, no, quizá, soltando hilo, pero sí muelleando con caña y muñeca, aprovechando los pasajeros desfallecimientos del pez para atraerlo y repitiendo estas operaciones cuantas veces sea necesario. Pulso, pues, sin cesar de vigilar el entorno. Y tener siempre presente que un hilo del 16, del 18 a lo sumo, garantizado para un par de kilos, no aguantará una trucha de la mitad de peso si nos enzarzamos en una lucha a brazo partido, ya que su fuerza y la del pescador también pesan.

En fin, gajes del oficio. Lo que pudo ser una cesta de cinco kilos se quedó en dos y pico. ¡Qué le vamos a hacer!

Descuido en el Órbigo

19 de marzo de 1972

Mi mujer y yo fuimos anteayer a León a la boda de una de las hijas de Fernando Olmedo, y ayer, para aprovechar el viaje, nos llegamos al Órbigo, en Santa Marina. El día ventoso y frío, contrariamente a las vísperas, calmas y templadas, puso las cosas difíciles. Santa Marina es un magnífico vivero de truchas pero, por fas o por nefas, nunca me he lucido aquí pese a haberlo visitado media docena de veces en los últimos años.

Mis grandes pescatas leonesas, por peso y por la brevedad de tiempo para coger el cupo, las he logrado en Escaro y Bachende, en el río Esla, y en Remellán, en el Porma. Tal cosa no significa que del Órbigo me haya ido de vacío. El Órbigo me ha dado mi primera trucha de kilo, allá por los años cincuenta y tantos, y, con Carlos Mondéjar, un virtuoso de la mosca seca, unas cestas discretas pero que rara vez sobrepasaron los ocho ejemplares.

Yo no soy de esa clase de pescadores que gustan de llegar y besar el santo. A mí me agrada trajinar a los peces, a cucharilla si es temprano y con la pluma a partir del mediodía. Esas cebas ciegas en que el agua de las tablas parece que hierve no me satisfacen. A uno le apetece, en esto como en la caza, trabajar la cesta, lo que equivale a una ceba moderada que nos permite enganchar una trucha aquí y otra trescientos metros más abajo. Una entrada discreta, sostenida durante cuatro o cinco horas, constituye para mí el ideal: el río no regala nada pero tampoco es la terca cerrazón de ayer donde la trucha, empozada, no brincaba sino cada cuarto de hora y no para comer sino para bañarse.

El Órbigo, en los cadozos y raseras de Santa Marina, es demasiada agua para mí, que me he hecho en ríos recién nacidos, angostos y transparentes, donde uno no varea al azar –con cuerdas de dos o tres moscos– sino buscando al pez tras la islilla rocosa o en el ondulado remanso. En estas corrientes dilatadas hay que barrer la superficie con cuerdas de cinco o seis plumas para que el registro resulte eficaz. Y, a veces, ni así. Porque si los peces no se dan, en el Órbigo, aunque tenga muchos, sucede lo que en todas partes: hay que sudar tinta para sacarle a nuestro esfuerzo algún rendimiento. Ayer, decididamente, no se dieron. Esto es, no se dieron a la hora en que deberían haberse dado. Fue, la mía, una espera inútil, y eso que sobre las doce hubo un ensayo general que me permitió agarrar tres en pocos minutos con el mosco nazareno y alimentar ciertas ilusiones. Pero, de inmediato, el río se cerró, las truchas se desentendieron y comenzó el rastreo penoso

e inútil donde los afanes de uno no encontraban la mínima respuesta. Esta situación se prolongó hasta las cuatro menos cuarto, hora en que atrapé un cuarto ejemplar coincidiendo con la ronda vespertina de Patricio, el guarda:

–¿Qué?

–No lo quieren.

–Aguarde usted. El domingo la trucha no se puso hasta pasadas las cinco.

Faltaba una hora para las cinco y me metí en el coche para tratar de reaccionar. A menos cuarto volví a la carga. Apenas llevaba diez minutos sacudiendo varadas a troche y moche, cuando pasó Patricio de regreso.

–Ahora sí habrá pescado, ¿no?

–Ni tampoco un cacho; anduve en el coche.

–Está bueno eso; pues allá abajo, oiga, delante mío, todos han enganchado el cupo. Aquello era varada y trucha, varada y trucha. Hasta diez ha llegado a sacar en media hora uno de ellos.

La información de Patricio me puso de mal humor. La trucha es un pez veleidoso para el que no rigen reglas. Lo normal, en marzo, es que la trucha se mueva algo a cucharilla en las primeras y las últimas horas del día y haga por la pluma en las intermedias. Pero en la pesca de este pez uno no puede dejar de velar las armas. La trucha, en definitiva, hace siempre lo que le da la gana y, en contra de todas las previsiones, lo mismo puede engancharse a mosco, con el alba, en pleno marzo, que a cucharilla a las dos de la tarde. Sobre la trucha operan muchos factores pero desconocemos en qué medida. En esto que –confío– nunca podrán resolvernos los tratados radica el supremo aliciente de este deporte.

Supongo que mis nuevos amigos leoneses Getino, Chacón y Serrano dirán al leer estas líneas:

–Ya se lo advertimos de víspera; para pescar en ríos leoneses no se puede traer cuerdas de Valladolid.

Estoy de acuerdo en que la pluma es uno de los elementos a tener en cuenta en la pesca de la trucha, pero no creo que hasta ese extremo. El curso pasado, sin ir más lejos, yo hice una excelente campaña con mosco checo y cucharilla italiana en los ríos de nuestro país. Lo importante, imagino, es combinar hábilmente el aparejo a base de moscas bien construidas y dando preferencia en estas semanas a los tonos funerarios. Ahora, que las moscas estén hechas en León o Santander no es, a mi juicio, decisivo. La precisión de los lances, saber sujetar la boya en los reciales, registrar la media agua los días fríos y ventosos, mover con gracia la saltona… en una palabra, la técnica significa para mí mucho más que el instrumento. Ayer, concretamente,

en el Órbigo, los que marcharon a las cuatro de la tarde no llevaban una cesta más lucida que la mía, y eso que pescaron con cuerdas de la región.

El sol

21 de marzo de 1972

Marché con mi mujer a Sedano, a nuestro pequeño refugio de montaña, para recibir a la primavera. Este año, la visita fue puntual: temperaturas de dieciocho grados, sol franco, chiribitas y violetas apuntando en las praderas, agua de deshielo en rocas y escorrentías y primera música de grillos a la caída de la tarde. En la zona alta de Burgos, esto no es normal. Lo normal es que la primavera sea tardía, que no se fíe del calendario. La altitud del pueblo, su situación –el caserío encarado al norte–, la cadena de montañas con nieves no diré perpetuas pero sí obstinadas, suelen preservar intacto el invierno hasta la segunda quincena del mes de abril. Pero este año marzo ha mayeado y la primavera se ha puesto de acuerdo con el calendario para irrumpir.

Esta bonanza prematura con sol limpio y aire tibio es, en términos generales, nociva para pescar truchas. Esto explica que, a pesar de mi tesón, haya sido ésta la primera jornada de la temporada que regreso bolo a casa. No creo que para la pesca de río puedan darse normas de validez universal pero hay un hecho que considero incontrovertible: el sol no es bueno; nunca ayuda. Si es caso, hay un instante, en la pesca de la trucha con pluma, en que el sol puede favorecer: su aparición fugaz, diluida, entre dos chaparrones abrileños. En tales casos la trucha se vuelve loca, tal vez por la gran cantidad de mosquitos abatidos sobre el agua. Mas yo hablo de sol sostenido, de luz viva dominante, sin paréntesis, o tan efímeros que no merecen aprecio. En estas condiciones, el sol no es bueno o, por mejor decir, es decididamente pernicioso. Cierto es que sin sol los pescadores fracasamos a menudo –porque la trucha es caprichosa–, pero esto no desmiente que con él sea prácticamente imposible salir airoso del trance. Claro que hay ríos y ríos y la presencia del sol resulta especialmente adversa en aquellas corrientes angostas, de aguas cristalinas, donde, según creencia común, que yo comparto, el pez divisa de inmediato no sólo el engaño sino también al engañador.

Pero sospecho que, aparte de estimular su desconfianza, el sol influye en los peces de otra suerte, enervándolos, haciéndoles perder apetito y agresividad. Sólo así se explica que en el día de hoy fracasara al mismo nivel que el pescador de pluma un pescador con pez vivo que actuaba en las torrenteras, donde la trucha difícilmente podía descubrir el juego. Bajo el sol, la trucha del Rudrón entra en una especie de letargo canicular, de indiferencia, que sólo he visto

contrarrestar con éxito, ocasionalmente, en los meses de mayo y junio, a algún especialista de la mosca seca.

Otro día negado

22 de marzo de 1972

Aunque en apariencia el día era calcado del de ayer, volví por el río a las doce de la mañana. Digo en apariencia porque el combinado meteorológico ofrecía un nuevo factor: el viento había virado y hoy soplaba ligeramente norte. En la primera hora y media, el río continuó sin dar respuesta, pero, sobre las dos, tres puntazos consecutivos en una balsa me llevaron a pensar que aquello se animaba. Fue un espejismo. Cinco minutos después, la corriente estaba tan muerta como ayer. En esto encuentro yo el matiz diferenciador entre la pesca y la caza. En la caza uno puede no disparar el arma y hacer una jornada entretenida asistiendo a la dispersión –por supuesto fuera de tiro– de los bandos. Si se ven perdices, hay esperanzas. Con la pesca no ocurre así. Uno no ve nada y llega a desconfiar de que haya peces en el río.

Sobre las tres, cuando menos lo esperaba, atrapé una trucha de medio kilo que, verdaderamente, no sé en qué estaría pensando. El doctor Cuesta, burgalés, a quien encontré en la sirga, se sorprendió, pues él no llevaba ninguna. También iba bolo, cuando lo vi, Pepe, el caminero. Y otro ribereño, Pedro Santamaría, que en punto a caza y pesca se las sabe todas, había agarrado una pequeña con lombriz muy de mañana y otra con pez vivo sobre las tres, cuando yo lo dejaba. Estas cifras pueden dar idea de lo que es este río cuando se pone de malas.

El cupo en Nájera

10 de abril de 1972

Contra todo pronóstico, ayer en el Najerilla había cogido el cupo en las primeras horas de la tarde (doce peces, uno de ellos de kilo), así que agarré el automóvil, di media vuelta y me vine para casa. Y digo contra todo pronóstico porque este río, que hace unos años era un paraíso, tiene en la actualidad mala prensa. En el mes que lleva abierta la temporada no se han hecho pescatas de fundamento allí y, esporádicamente, aparecen en superficie truchas muertas con manchas extrañas en la piel que lo mismo pueden provenir de una enfermedad que de contaminación del medio. El Servicio de Caza y Pesca de Logroño anda tras ello y hace unos días envió muestras de agua a la Estación Central de Hidrobiología de Madrid para proceder a su análisis. Aún no hay resultados concretos pero no me chocaría que las aguas del Najerilla, que en los charcos que ha dejado la última avenida ofrecen unas feas irisaciones aceitosas, estuvieran padeciendo, como tantos otros ríos españoles, un envenenamiento progresivo.

¿Que por qué se mueren las truchas unos meses y otros meses no? Muy sencillo: la fermentación de los vertidos que subyacen en el lecho únicamente entran en actividad cuando las aguas se agitan por mor de una crecida. Ésta parece una explicación plausible de las contaminaciones intermitentes que se vienen advirtiendo en este río. Es elemental que, si aspiramos a defender la naturaleza de los embates del progreso tecnológico, habrá que tener en cuenta el problema de los residuos y el de la manera de deshacerse de ellos. Evitar la contaminación de biotopos siempre resultará más fácil y económico que descontaminarlos después de que aquélla se haya producido. Y en España aún estamos a tiempo. Sería interesante saber lo que les ha costado a los Estados Unidos *cribar* el aire de Pittsburg, una de las ciudades más corrompidas del mundo. Antes de llegar a estos extremos podríamos probar de no ensuciar las cosas para evitar tener luego que limpiarlas.

En Valladolid, cada equis tiempo, la superficie del Pisuerga aparece sembrada de cadáveres de barbos, tencas, bogas, cachos, carpas, barbucones y toda clase de ciprínidos. Una rápida investigación nos lleva a la factoría autora del desaguisado. ¿Correctivos? ¡Por supuesto! Una multa de mil o dos mil duros para que sean formales y no vuelvan a descuidarse. ¿Cree alguien seriamente que una empresa de medio vuelo puede tomar en consideración una sanción tan ridícula? El camino de las cataplasmas no sirve de nada en este terreno. Y si el

código penal se distingue por su rigor contra los delitos que afectan a la propiedad privada, ¿a santo de qué tantas contemplaciones con quienes atentan contra la propiedad de todos?

Pero me estoy saliendo del tiesto. La mortandad de truchas registrada en el Najerilla el pasado febrero, mis charlas con los colegas que me habían precedido y los informes de los ribereños antes de acercarme al río me infundieron muy pocas esperanzas. El agua, por añadidura, bajaba en tromba y únicamente cabía ensayar el lance en las tornas de las orillas y otros puntos del río muy localizados.

El coto del Najerilla, y en general los de Logroño, ofrecen una ventaja inicial muy estimable: su división en tramos. Durante una jornada, cada pescador es «dueño» de los trescientos o cuatrocientos metros que se le han asignado. Tal división sólo es factible –y equitativa– en ríos de este corte, donde los accidentes se repiten con rara periodicidad, de manera que cada tramo disponga de su curva, su tabla, su torna y su rabión. Ante la conciencia de que por un día uno es el único usuario de unos metros de río, lo procedente, antes de entrar en faena, es recorrerlos y mirar; realizar un estudio minucioso de sus posibilidades en una y otra orilla. Esto es lo que hice yo apenas llegado y lo que, en definitiva, me facilitó la cesta de tres kilos y medio que me traje para casa. Porque el día no fue excepcional y yo me limité, dado el caudal, a explorar tres rincones aparentes con la cucharilla y una rebalsa de cincuenta metros con la cuerda.

De entrada, ensayé unas cucharillas que trajeron mis hijos de Checoslovaquia: doradas, de pala ancha, grandes lunares verdes y negros y un incentivo rojo en la cola. Nada. Tampoco me dio resultado la dorada española del tres. Sin moverme del sitio –un pie de presa prácticamente derruido–, coloqué una plateada más chica que, ante mi asombro, pescó dos peces en tres varadas: uno de doscientos gramos y de kilo el otro. Éste, como suele ocurrir, a cuenta de un lance muy preciso y arriesgado tras una peña, en plena catarata. La trucha, de casi medio metro pero extremadamente desnutrida, se clavó en el instante de rozar el agua el artilugio. El problema fue extraerla. La vertiginosa corriente redoblaba sus fuerzas y yo hube de hacer concesiones –a veces excesivamente generosas– para soslayar el cuerpo a cuerpo.

Con la pluma anduve de suerte. De doce truchas clavadas, saqué nueve; truchas uniformes, de tamaño y colorido. A la una y media de la tarde comenzaron a moverse y busqué unos remansos de agua batida y allí, mediante desplazamientos cortos y varadas muy ajustadas, fui haciendo poco a poco la cesta.

El viento, muy frío, amainó a medida que se formalizaba una lluvia menuda y persistente. Y, cosa digna de ser notada: en el Najerilla pescaron ayer por igual todos los moscos. Nazareno, marrón, gris y

rojo ladrillo se repartieron equitativamente el botín.

Pausa

16 de abril de 1972

Acompañé a Juan a Ligüerzana (orilla de Cervera de Pisuerga) al Concurso Provincial de Valladolid de pesca de truchas. El coche del jurado se averió en Osorno y a las once de la mañana aquello no se había puesto en marcha y terminó por suspenderse. Paseé un rato por la ribera del río –muy dinámico e impetuoso– y, al cabo, comimos tranquilamente en la cantina del pueblo: huevos fritos con chorizo, truchas de la localidad, postre y vino a cincuenta pesetas por barba. ¿Hay quien dé más? A las cinco de la tarde, al abrigaño del cierzo, acariciado por un solillo desmayado, me decidí a mojar la caña y barrer con la cuerda la tabla que precede al puente, única zona del río –a lo que pude ver– apta para el mosquito. Aunque la tarde declinaba, enganché un modesto ejemplar y me vine tan contento a casa.

Al fin, el Iregua

20 de abril de 1972

El Iregua es un río que me tentaba desde hace muchos años. Tenía de él referencias muy positivas y además desconocía prácticamente estos andurriales. Dada la distancia, partí de Valladolid ayer tarde, dormí en Logroño y esta mañana, a las nueve y media, andaba ya en la Sierra de Cameros. Batía una cellisca del demonio y tardé en encontrar el tramo XI. Total, que cuando quise bajar al río eran cerca de las once de la mañana.

El Iregua no me defraudó en absoluto. Es el típico río de montaña, muy encajonado, impulsivo y diverso. Es río locuaz, que dice muchas cosas y, las que no dice, las sugiere. Erizado de rocas, tan pronto se desmelena en un recial incontenible, como se explaya mansamente en una vadera de aguas plácidas. Ni la masa de agua ni la anchura son nunca excesivas, lo que permite el dominio del río y una inspección tenaz, meticulosa y profunda.

A mí me placen más estas corrientes concretas, donde uno puede registrar cuidadosamente piedra por piedra, que esos ríos desmedidos donde uno lanza a la aventura, a sabiendas de que en el lugar más imprevisto puede engancharse un pez. Yo prefiero buscar al pez a que sea el pez quien me busque a mí. Y la infinidad de obstáculos que pueblan el Iregua resulta pintiparada para una pesca metódica, de registro, que requiere una participación inteligente del pescador. La intuición juega un papel principal en este tipo de pesca. Uno barrunta el pez antes de que brinque y, cuando su previsión coincide con la realidad, la satisfacción es doble: por un lado, la presa (tan codiciada) y, por el otro, la confirmación de nuestro pálpito que nos indujo a buscarla *ahí,* en el remanso que forma la roca en medio del río o en la calita oscura de la ribera opuesta. De salida, trajinándome la cucharilla plateada del 1, clavé tres truchas en unos minutos, aunque una de ellas, la mayor, se me soltó después de arrastrarla, caracoleando, más de cinco metros.

A las once y media, como de costumbre, sobrevino el parón. La trucha comenzó a desdeñar la cucharilla sin hacer aun por el mosco. Entró en esa fase de desinterés que el pescador ignora (de ahí el atractivo de este deporte) si se quebrará o no durante el resto de la jornada. Ahora pienso que fue una lástima no madrugar un poco más. Conforme entró la trucha a la cuchara de once a once y media, no es disparatado pensar que de haber comenzado a las nueve de la mañana hubiera podido tener a mediodía cuando menos la mitad del cupo.

Y el caso es que luego empezó Cristo a padecer. El tramo XI apenas ofrecía tres lugares aptos para la pluma y aunque los recorrí concienzudamente hasta la una de la tarde, las truchas despreciaron olímpicamente mi invitación. En vista de ello, me subí al refugio a echar un taco junto al fuego, pues mi cuerpo se había quedado entumido con la ventisca.

La bruma había levantado y, desde el alto, pude recrearme en la belleza majestuosa del contorno, las grandes montañas con las cumbres nevadas, los cantiles verticales de la quebrada del río, los robles tenaces (aun con hoja de invierno), milagrosamente enhiestos en las laderas a plomo. Este agreste paisaje sorprende más por su contraste con los accesos desde Logroño: la ternura de la campiña riojana con las cepas desnudas, recién podadas; el verde jugoso y variopinto de los campos de cereal y las vegas –con unos barbechos de tierra rosada, casi violácea– dulcemente suavizados por el verde incipiente de las pobedas ribereñas. ¡Hermosa campiña la riojana!

A la una y media, un poco más entonado, reanudé la pesca. Desgraciadamente seguía sin moverse un pez. Recurrí a todas las artes de sugestión con la saltona –una pluma salmón agrio– y a la media hora conseguí inquietar a una que atrapé en el mismo mosco en el lance siguiente. A pesar de su indiferencia, hasta las cinco, que inicié el regreso, sostuve el tipo. Las truchas empecinadas en su desdén y yo obstinado en hacerlas aflorar bailando con tiento el aparejo. A base de paciencia y amor propio logré clavar cuatro. El guarda, que compareció cuando me marchaba, me advirtió que la temperatura del agua no alcanzaba aún los cinco grados y que, salvo los días tibios de Semana Santa, la trucha del Iregua no se había dado aún este año a la pluma.

El fango del Ebro

23 de abril de 1972

Llegué a Covanera dispuesto a pescar con mi hijo Juan en el Rudrón pero nos encontramos con los prolegómenos de un Concurso Provincial de Pesca del que no teníamos noticia. No nos quedó otro remedio que ahuecar el ala, subir con el coche hasta Quintanilla de Escalada y tomar la carretera que flanquea el Ebro, camino de Polientes.

Las aguas de este río bajaban enfangadas –algo menos que en verano– pero no faltaban pescadores en sus orillas. El enlodamiento del Ebro es problema que debería estudiar el Icona. Antes de embalsarlo en Reinosa, el Ebro era un río cristalino y daba unos excepcionales ejemplares de trucha. Pero después de construir el pantano, ha sobrevenido un fenómeno chocante, de no fácil explicación para el profano. Hasta mayo, si los afluentes y torrenteras no lo empañan, el Ebro baja transparente y uno puede pescar tranquilamente en él. Pero al concluir la primavera (en los primeros días del mes de junio) las aguas del Ebro se enturbian y ya no hay quien pueda hacer vida de él. El vulgo piensa que esta turbulencia se debe a la apertura de las compuertas del pantano, razón peregrina ya que existen infinidad de ríos con embalses en cabecera que, debidamente regulados, armonizan el mantenimiento del caudal de agua y su transparencia. ¿Por qué no va a ser posible en el Ebro? ¿Por qué esta alternativa entre dos males? Si el pantano tiene aguas limpias, ¿por qué razón se enlodan al ponerse en movimiento? He aquí un problema que merece atención ya que tal vez podría solucionarse sin grave quebranto económico y sin perjuicio de las exigencias hidroeléctricas y de riego.

Juan y yo subimos casi hasta Polientes para descender después, poco a poco, observando el río y buscando un tramo sugestivo. Entre San Martín de Elines y Orbaneja del Castillo nos apeamos. El día estaba quedo, sin abrir, pero sin amagar lluvia tampoco. Una calima alta cernía el sol que pujaba, dibujando en la vega unas sombras apenas perceptibles. Un día discreto pues, para un río deficiente. Sin embargo, en la primera rasera, pasado el mediodía, clavé una trucha aparente aunque en franca desproporción con la masa de agua que exploraba. A partir de aquí nos dividimos: Juan marchó aguas arriba y yo aguas abajo. Al cuarto de hora, un segundo pez, éste de buen tamaño, me tiró un viaje voraz al aparejo pero no llegó a engancharse. Por un momento, pensé que ésta podría ser una jornada sorpresa, pero

minutos después el río hizo mutis y en una hora de reloj no volvió a dar señales de vida, con lo que me cansé y me subí al coche a beber un vaso.

A las dos y media volví a bajar y repasé las chorreras anteriores sin mayor éxito. Los peces no se movían. La corriente arrastraba unas espumas amarillentas que ignoro de dónde procederán pero que constituyen otra afrenta a la fauna acuática. Visto lo visto, decidí dejarlo para mejor ocasión.

A las tres y media apareció Juan con tres truchas en la cesta, premio a su constancia y a su precoz sabiduría. Tampoco en su zona la trucha se había puesto, ni, por sabido, se cebó en ningún momento, o sea que las tres que prendió eran de esos peces atolondrados y juguetones que aun en las horas de mayor atonía desarrollan alguna actividad.

Pez vivo

7 de mayo de 1972

Yo no sé si este año estoy haciendo el tonto dejándome arrastrar por la rutina y desperdiciando las horas en las que los peces pican, obstinándome en atraparlos, por el contrario, cuando los señuelos nada les dicen.

Ayer bajé al Rudrón con Juan para una pescata comentada (con una sola caña). De once a doce, mi chico capturó tres ejemplares hermosos con la cucharilla, pero al cambiar ésta por la cuerda sobrevino la inmovilidad total.

La mañana estaba cálida –tal vez en exceso– y un tenue viento trajo sobre nuestras cabezas unas nubecillas aborregadas que atenuaron la luminosidad del sol. El Rudrón, de nuevo henchido, no perdió por ello su transparencia. Las condiciones, pues, no eran óptimas pero tampoco negativas. Y, sin embargo, el pez no quiso entrar. Los lances en los tojos, en los remansos, en las aguas nerviosas, resultaron vanos. En dos horas y media, ni un toque, ni una emergencia, ni el menor amago; el aburrimiento más general y completo. Uno de esos días en que las botas pesan, tanto que llegan a hacerse insufribles.

Pero lo más torturador fue la sospecha creciente –que ya me asaltó en la gélida jornada del Iregua– de que si en lugar de bajar al río a las once de la mañana lo hubiéramos hecho a las ocho, es posible que hubiésemos cogido el cupo fácilmente. La movilidad de las truchas en las primeras horas se hizo patente con las tres agarradas por Juan. Otro tanto viene ocurriendo, según mis informes, en otros cotos. Es decir, por lo que sea, la trucha se ha mostrado madrugadora este año, querenciosa de la cucharilla muy de mañana y renuente a la pluma a partir del mediodía. Lo contrario de lo que suele ocurrir. Decididamente, el próximo día habrá que darse el madrugón a ver qué pasa.

Ante la cerrazón del río, Juan decidió ensayar el pez vivo. En un decir Jesús armó el aparejo, pescó ocho pececillos, metió siete en un bote y ensartó el último en un anzuelo del 6. Al primer lance, el pececillo dejó de existir aunque Juan, con gran habilidad, le hizo colear mecánicamente, con cierto salero, en los raudales, durante largo rato. Lo malo es que no conseguimos hacerle hundir ni aun lastrando el extremo de la línea con perdigones.

Jesús Cilleruelo nos engolosinó el otro día al atrapar con pez vivo una trucha de cuatro kilos en el Tormes, empleando un hilo del 22. Y ya se sabe que un hilo en desproporción con el bulto de la pieza obliga

a un juego alternativo de cesiones y apremios que, a la vez, requiere mucha presencia de ánimo. Cilleruelo tuvo la fortuna de anzuelar tan hermoso ejemplar en una gran masa de agua, pues con un hilo tan endeble, en una corriente estrecha, las hubiera pasado canutas. (Yo recuerdo que la primera trucha de envergadura que enganché en el Rudrón –no mayor de kilo y medio– la perdí al refugiarse el animal en unas leñas de la orilla opuesta. Mis esfuerzos –bastante torpes y desmanotados, todo hay que decirlo– por sacarla de su refugio, fueron inútiles).

Juan y yo tendremos que adiestrarnos en la técnica del pez vivo, pues yo creo que en la tarde de ayer nos faltó el busilis.

El Moradillo

11 de mayo de 1972

Al caer la tarde, bajé al Moradillo con una cucharilla blanca del 1, más que nada por hacer brazo. Hace años –no muchos– este riachuelo, que puede salvarse de un tranco, era enormemente truchero. José María, el andaluz, antes de emigrar a Barcelona –segunda etapa de su éxodo– pescaba cada primavera entre cuarenta y cincuenta kilos utilizando la lombriz. A mi hijo Miguel, el mayor de la serie, que a los dieciséis años era un cucharillero avezado, le sobraba con una hora al atardecer para coger media docena de truchas. Verlo actuar en campo tan exiguo constituía una lección. Salvo en algunas revueltas y tramos sin maleza, sus lances no superaban los tres metros y con notoria frecuencia, el pez mordía en el último medio metro de recorrido, junto a sus botas. La angostura del arroyo, las piedras y berreras del fondo y las zarzas y salciñas de las riberas –que a menudo se enlazan por los extremos formando un túnel vegetal– hacen de la pesca en el Moradillo un ejercicio de precisión.

Este riachuelo, de recorrido cantarín y cambiante, pese a la veda estival, se agota hoy en las primeras semanas dada la tremenda presión a que se le somete (una caña cada diez metros). Yo, ciertamente, nunca lo trabajé bien, aunque no faltaron tardes afortunadas en que logré cuatro o cinco capturas. Esta tarde enganché una trucha –¡y con suerte!– que apenas medía un centímetro más de la marca.

En el pueblo me anuncian que el Servicio ha acotado otro tramo del Rudrón –el tercero– de la parte de Tablada.

Peces trabajados

12 de mayo de 1972

Pues no señor, tampoco conseguí el cupo madrugando. Anoche dormí en Sedano y esta mañana, a las siete y media, estaba a la vera del Rudrón. El inicio fue esperanzador, ya que a la tercera varada agarré una trucha chica –veinte centímetros– que liberalmente solté persuadido de que esta mañana estaba llamado a grandes empresas: aspiraba no sólo a doce pescados sino a doce pescados lucidos.

La escama comenzó cuando la segunda trucha demoró más de media hora en morder. Las perspectivas se ensombrecieron aún más a partir de las ocho y cuarto, ya que el río enmudeció, desaparecieron las truchas seguidoras, y hasta dos horas más tarde no agarré la tercera y la cuarta en el mismo raudal. Y en ese instante concluyó mi pesca con cucharilla. De diez y media a doce y media repartí varadas a troche y moche, arriesgando –tanto que perdí dos cucharas– sin el menor resultado.

–¿Así que no tenía usted razón?

Y eso ¿quién lo sabe? A la historia no se le puede dar marcha atrás. Yo pienso que esta experiencia no confirma ni desmiente mis sospechas de hace días. En el Iregua y aquí, en el Rudrón, hace nada, trabé tres truchas de once a doce con la cucharilla y hoy no cogí ninguna a esa hora, lo que demuestra que las condiciones no eran las mismas. Para empezar, y en lo atañedero a fenómenos evidentes, el agua estaba hoy menos tomada, el caudal era menor y el viento soplaba del norte en lugar del sur. Esta última circunstancia, pese a que el sol brillaba arriba con eclipses parciales motivados por nubes pasajeras, me hizo concebir esperanzas de alcanzar con la pluma lo que no había conseguido con la cuchara. Sobre la una y media, alguna trucha aislada empezó a emerger en los tablazos. Estuve observándolas un rato y, como es frecuente en estas aguas, se trataba de alevines, tan chicos que raro era el que alcanzaba la talla legal.

Sobre las dos y media de la tarde, el cielo se entoldó. Confiaba en que cayeran cuatro gotas –que suelen ser un buen estimulante– pero nada, aunque, al desaparecer el sol, sí se advirtió un ligero movimiento de truchas adultas en las aguas rizadas y los remolinos. Empero, en esta corriente tan limitada, los peces se la saben entera. A mediados de mayo, la que no se ha rasgado una vez se ha pinchado dos, de manera que despegan de la piedra del fondo y ascienden con recelo, con una roncería muy poco propicia para clavarlas. Diríase que la trucha del Rudrón, cuando el agua está limpia, es una trucha

reflexiva, que se lo piensa dos veces antes de tirar el bocado, y que si aflora y se arrima al mosco es por simple curioseo, por ver quién es el tunante que trata de engancharla desde la orilla. Estas truchas, que suben al primer lance, evidentemente están puestas y a la espera, pero no vuelven a asomar aunque uno les pase la cuerda por los morros una docena de veces. Así es que sólo alguna, más decidida, hizo por el engaño, pero tan tímidamente, con tan poca unción, que apenas si llegó a mi mano la vibración de una puntada levísima, absolutamente insignificante.

Después de trabajar estas cuatro horas, echándole al asunto la escasa sabiduría piscícola de que dispongo y toda la astucia que es capaz de generar mi masa gris, conseguí otros tres peces, uno a las dos, otro a las tres menos cuarto y a las cuatro y media el último. De aquí puede deducirse la actividad esporádica de los peces pero, también, que aquélla no fue un episodio efímero sino una actitud prolongada que seguramente hubiera durado más tiempo si un claro en el cielo no lo hubiera echado todo a rodar.

Yo disfruto en jornadas así; días desfavorables, sin duda, pero donde las posibilidades, aunque remotas, no se esfuman en media hora. Creo más: creo que el pescador auténtico prueba que lo es en pescatas de este corte, en que las truchas no se dan pero tampoco se desentienden definitivamente; es decir, puede hacerse *algo*. En este *algo* que el pescador puede hacer –elegir sitio adecuado, precisar la varada, jugar los moscos, soltar carrete para que la cuerda no are el río, clavar al pez que muerde desganado– se acreditan las dotes del practicante y, aunque lenta, laboriosamente, acaba haciendo una cesta discreta.

Una incidencia curiosa: por la mañana trabé un aparejo en las leñas de la ribera opuesta. Tomé referencia del lugar y antes de retirarme atravesé el puente y me encaminé a buscarlo. Era un rincón muy intrincado, con lecho de guijo y aguas onduladas y someras. Una vez localizado el buldó, advertí que tenía vida, que periódicamente era sometido a unas sacudidas que lo sumergían para reaparecer más tarde. Al recogerlo comprobé lo que venía sospechando: una trucha rubia de casi un cuarto de kilo de peso se había enganchado en el mosco marrón, mecido por el vaivén de los hileros. ¡Para mi escarnio, en esta ocasión la cuerda había pescado sola!

El Colchón de Vegamián

28 de mayo de 1972

La inauguración de la VII Semana de la Trucha en San Marcos de León, resultó, para mi gusto, un poco envarada y académica. Yo esperaba un acto más deportivo e informal. Sea como quiera, la cosa no quedó mal del todo. A mí me cohibía dar un alcance didáctico a mis palabras, precisamente en León, donde tanto pescador ducho hay, por eso me limité a esbozar una teoría sobre las últimas razones de la pesca y los móviles que nos empujan al río y nos sostienen allí. A lo que pude observar, la afición leonesa no estaba en abierto desacuerdo con mis puntos de vista, con lo que quedamos todos conformes.

Cenamos, luego, con el ingeniero jefe del Servicio de Pesca, Aureliano Criado, el delegado de Información y Turismo, Antonio Quintana, y cuatro organizadores de la Semana, versados trucheros todos ellos. Durante la comida y en la sobremesa aprendí muchas cosas sobre la freza de la trucha, la pesca con tralla, la contaminación de las aguas y los propósitos del Icona de luchar con todas sus fuerzas para que la polución no progrese (es fácil, según me dicen, en los ríos carboneros, donde el proceso de decantación es puramente mecánico, pero peliagudo en los ríos que recogen desperdicios de papeleras, azucareras, etc., ya que allí la química juega un papel primordial).

Al día siguiente fui con mi mujer a la Venta de Remellán, en el Porma, único coto abordable de la provincia debido al calor de estos días –veintisiete, veintiocho grados– que, al fundir la nieve de la cordillera, ha provocado ejarbes repentinos y un encanecimiento notorio de los ríos. Como el embalse de Vegamián regula las aguas del Porma, ha podido conservarlo en condiciones adecuadas. A mediodía, el caudal, aunque frío, tenía un nivel discreto y una transparencia estival. Con la cucharilla, registrando los raudales de aguas delgadas, apresé tres truchas buenas en una hora pero, a partir de la una, como me temía, la cuerda no resultó eficaz, y necesité dos horas para coger otros tres peces en zonas donde no suelen engancharse: una poza profunda, de aguas verdosas, prácticamente paradas, a la salida de un chorro tonante y espumoso. Ni en las raseras ni en las aguas vivas había nada que hacer. Son cosas que pasan. (Recuerdo dos tardes en el Pedroso y el Arlanzón, donde, después de recorrer sin beneficio los tramos más nerviosos de ambos ríos, hube de recalar en un extenso cadozo para hacer la cesta. Muy raro. Y a más de raro, tonto y sin fibra, ya que las picadas, en aguas paradas, suelen ser picadas sin ambición, más propias de bogas o cachos que de truchas. Empero, el

pez manda y uno cumple buscándolo donde esté).

A las cuatro almorzamos en la Venta y, al concluir, subimos con Aureliano al Colchón de Vegamián. Este asunto del Colchón ha traído en jaque estos días a la afición leonesa. El Colchón no es más que la poza que ha horadado el aliviadero del pantano, un agujero de cuarenta metros de extensión por quince de anchura. En tan reducido espacio se han ido concentrando peces, los menos procedentes del embalse y los más de las aguas bajas, que en su ascensión contracorriente buscando una cascajera donde desovar toparon con el muro insalvable de la presa. Al no resolverse por sí sola la concentración, surgió un problema de hambre y, con él, otro de forunculosis que hizo desistir de trasladar los peces en camiones-cisterna a otras zonas del río para evitar la propagación del mal. Finalmente, el ingeniero ideó una fórmula pertinente que aunaba tres intereses: descongestionar el Colchón, complacer a los aficionados y sacar unas pesetas para el Servicio. ¿Cómo? Por veinte duros cualquier pescador podía llegarse a Vegamián y extraer un cupo de seis ejemplares. ¿Y qué dirán ustedes que sucedió? Lo previsible: el primer día desfilaron por la poza más de cincuenta cañas y ninguna necesitó más de un cuarto de hora para hacerse con la media docena de truchas (truchas grandes, unas con otras alrededor del kilo). Los animales, hambrientos, entraban a lo que se les echase, una lombriz, una cucharilla o una moneda de dos reales. Aureliano Criado, con muy buen acuerdo, prolongó la medida una semana. En los cuatro días siguientes las truchas continuaron aceptando todos los cebos, pero al quinto empezaron a mostrar cierta renuencia a la cucharilla y al sexto no querían ya más que cebo vivo. Habían aprendido.

En diez días, el Colchón dio dos mil quinientos peces con un peso global de dos mil kilos y, cosa curiosa, muchas hembras, a pesar del calendario, estaban todavía con las huevas dentro, no habían frezado. Ante un hecho de esta naturaleza, uno llega a dos conclusiones importantes. Primera: el río Porma, tanto en las corrientes como en las aguas embalsadas, es un vivero de truchas literalmente sensacional. Segunda: es de todo punto incontestable que cualquier obra técnica que de algún modo altere la naturaleza (canales de riego, represas, desecaciones, carreteras, etc.) debería ir precedida de un estudio biológico a fondo ya que tanto o más que la obra en sí –cuya rentabilidad aceptamos de antemano– nos interesa no romper el medio natural de la zona. Esta peregrinación de truchas al Colchón, en busca inútil de unas raseras de guijos para desovar, es una lección que debemos tener presente.

Truchas gallegas

15 y 16 de junio de 1972

Hace tiempo que anhelaba dar una vuelta por los ríos gallegos, frecuentados por mí como turista –¡ah, ese hermoso Miño fronterizo!– pero nunca como pescador. Por eso cuando el club Valle-Inclán de Lugo, por mediación de Rafael Gómez Escolar, me invitó a dar una conferencia, no me lo pensé dos veces. Y allá me fui, en compañía de mi hijo Miguel, aventajado cucharillero, para cubrirme la retirada.

Esta época, doblado junio, es muy aleatoria para la pesca con cuerda. Bajo el sol y la canícula, la trucha no está tanto en el río como en el cielo. Quiero decir que si las nubes no atenúan la cruda luminosidad propia de la estación, las cosas tienen difícil arreglo. Las corrientes en estiaje, salvo excepciones, ofrecen una transparencia exagerada, los días son más largos que una semana sin pan, las aguas bajan somnolientas y templadas y, con todas estas cosas, la trucha se cobija en los sombrajos y apenas si muestra alguna afición divagatoria al amanecer y al caer la tarde. Lo dicho, que es válido en términos generales para todos los ríos, se acrecienta en las corrientes adormecidas como las del Adra.

De la parte de Begonte, este río se rebalsa en las presas –*caneiros*, dicen los gallegos– y, en cuanto el agua entibia, se puebla de ova, berrera y verdina, plantas que entorpecen nuestra acción y prestan a la trucha prendida un refugio del que es difícil sacarla si no levantamos la caña a tiempo y con salero. El Adra, como casi todos los ríos en el país, salvo los de montaña, es río de primavera –me refiero especialmente a los meses de marzo y abril– aunque también ahora en los tramos limpios y madrugando se puede armar una cesta aparente a base de cucharilla.

Desde hace un par de años yo no madrugo, y manejar el mosco ahogado allí, a mediodía, es un ejercicio mal recompensado. Las tablas –las corrientes son imperceptibles, de una timidez irritante– permiten escaso juego a la cuerda. Y en los contados lugares en los que el agua se despereza, como pueden ser las entradas y salidas de los *caneiros*, el pescador no puede actuar porque la reglamentación lo prohíbe (este respeto a las presas suele darse de lado en otras regiones pero, por lo oído, aquí los civiles lo observan a punta de lanza). Para concluir, en el tiempo que permanecimos en las riberas del Adra únicamente mi hijo Miguel y el amigo Vellón se estrenaron. Gómez Escolar, Trujillo y yo nos fuimos a comer con lo puesto. Claro es que en la campiña gallega, muy bella, se pueda soportar a gusto la bolería. Las riberas

del Adra, con sus prados aromados de boñiga –un olor que a mí me seda– y sus bosques de robles, castaños y acebos, agujereados por los silbidos de mirlos y arrendajos y cargados de misterio, justifican por sí solos el desplazamiento.

Al día siguiente, en el Navia, la suerte cambió, no tanto por el paisaje –que sigue siendo jugoso y risueño, de una variedad botánica encandiladora– como por el río. El Navia es río brioso y juvenil. Pocas corrientes habrá, creo yo, tan vivas y cadenciosas como ésta. Fácilmente dominable por una caña corta, alterna, en una verdadera sinfonía, cachones espumeantes, raseras cantarinas, raudales de aguas delgadas y planchas profundas.

El Navia es río incitante que aquí se ciñe a una canalona tumultuosa no más ancha que un par de metros y allá se explaya en una vadera que uno no es capaz de franquear de un lance con cucharilla del 3. Es río, pues, de muchas y muy variadas posibilidades.

Por eso hicieron mal mis amigos Juan y Rafael en tomar a coña mi afirmación –formulada durante el almuerzo– de que a la caída de la tarde pescaría. La mañana no fue buena por demasiada luz, pero así y todo clavé siete peces, aunque solamente sacara uno. Los otros seis mordieron mal, de refilón, la mayor parte de ellos en un solo anzuelo, y se desprendieron a las primeras de cambio.

La trucha del Navia es activa, ágil, pequeña y veleidosa como su caudal. La marca legal es de diecisiete centímetros –la más baja que conozco– y el cupo de veinticinco. De esto se deduce que la trucha es chica –los ribereños lo atribuyen a la escasez de comida– y abundante. Pero a lo que íbamos: si por la mañana no acerté a pescar sí pude estudiar el río –sus vados, tojos, rápidos y accidentes– a lo largo de medio kilómetro, de manera que por la tarde yo ya sabía adónde iba y sospechaba que, al caer el sol, las truchas entrarían en acción por una razón de pata de banco: los ríos vivos dan peces vivos. Esto no son ganas de hablar. Allí donde las aguas fuertes chocan contra las piedras y caracolean y forman hileros suele haber trucha acechante. En ríos semejantes al Navia, he sacado siempre truchas crepusculares, no a la serena.

Con estos pensamientos en la cabeza, a las seis me puse a la faena y a las nueve había capturado ocho peces, los cuatro menores en aguas someras con fondo de cascajo y los de mayor enjundia arrancándolos literalmente de las radas profundas de la otra orilla. Mis previsiones de mediodía se cumplieron no sólo respecto al número de capturas sino, casi sin excepción, en los lugares donde las efectué. Los peces se movieron en mi zona y atacaron a la cuchara donde yo esperaba que lo hicieran.

Un fenómeno extraño: mi hijo Miguel, que había prendido seis truchas por la mañana, hubo de poner la cuerda por la tarde para

completar la docena, ya que en su tramo, a doscientos metros de donde yo estaba, los peces no se dieron a la cucharilla. La trucha del Navia, como buena gallega, sabe en ocasiones salirse por la tangente.

Táctica de provocación

3 de julio de 1972

Los ríos trucheros, durante el estío, apenas si responden a la mosca seca, al grillo o al saltamontes –para los muy hábiles– y pare usted de contar. En estos meses, el cucharillero ha de conformarse con los dos crepúsculos y dedicar el resto del tiempo a observar las evoluciones del pez ante el artilugio brillante. Y aun con todo, en las horas en que las truchas se mueven, uno se distraerá más con las ilusiones que con las realidades, esto es, con las truchas que amagan que con las que en realidad muerden. A estas alturas de temporada, raro es el animal que no está escaldado o que no descubra el engaño y al pescador dada la claridad de los días y de las aguas.

La primera medida a adoptar debe ser, entonces, la de camuflarnos, disimular nuestra presencia, lanzando alejados de la orilla, y ocultándonos contra la fronda ribereña en el momento de aproximarnos. En esta época, en los ríos de cauce angosto como el Rudrón, la vieja norma de pescar con cucharilla aguas arriba debe acatarse a rajatabla si aspiramos a tener algún éxito –casi siempre pobre y borroso. Y una observación más: el cicatero que no sabe arriesgar una cuchara fracasará, supuesto que los peces, por regla general, no aguardan en medio del río sino de orilla, entre malezas y salciñas, al abrigo de algún tronco o piedra. La táctica a seguir en estas fechas es, pues, sucinta: tres varetazos a distancia sobre las aguas de nuestra orilla, las que más tarde hemos de pisar para rastrear la parte superior del río. (Estos lances cortos, iniciales, que muchos desdeñan –siempre le parece al pescador que el filón está en la ribera opuesta–, dan fruto con relativa frecuencia. ¡Y qué alegría el puntazo inesperado cuando a la pala apenas le queda un metro de recorrido!). Seguidamente el pescador, ya en el agua, debe lanzar tres o cuatro varadas hacia arriba, afeitando la maleza, para, a continuación, iniciar el registro de la orilla opuesta (de arriba abajo o en diagonal), la que con más asiduidad suele deparar premio. Aquí no importa mostrarse obstinado, especialmente si en los primeros viajes de la cuchara observa la sombra de una trucha furtiva persiguiéndola. Inspeccionar calas, túneles vegetales, rocas, leñas caídas sobre el río con meticulosidad es obligación de todo truchero que se precie antes de levantar el campo.

Estos consejos, por supuesto, los dicto con la mejor voluntad. Lo grave es cuando ustedes me pregunten:

–Está bien; usted observó puntualmente estos requisitos ayer en el

Rudrón. ¿Puede decirnos cuáles fueron los resultados?

Parvos, muy exiguos ciertamente: tres truchas que, entre todas, no pesarían más allá de medio kilo. Y tres truchas de tres al cuarto a lo largo de tres horas son, indiscutiblemente, pocas truchas. Puntualizando, una truchita por hora. Pero a mí me basta…

Para mayor desconcierto de mis lectores anotaré un detalle: mientras yo capturaba mi precario botín entre siete y ocho de la tarde, mi hijo Juan atrapaba cuatro peces de seis y cuarto a siete, quinientos metros río abajo, sin que a partir de esa hora volviera a sentir picada. Esto significa lo que ya sabemos todos, que en esto de la trucha no hay horas, ni ríos, ni reglas, y que tratar de dictarlas –las reglas– es una vana arrogancia. Está claro, creo, lo que quiero decir: mientras en mi sector la trucha no dio señales de vida hasta las siete de la tarde, a medio kilómetro de allí dejó de darlas a partir de esa hora. Con todo, pienso que ni mi hijo ni yo hubiésemos hecho nada de no haber observado las instrucciones indicadas más arriba.

–Y, puestos de confidencias, ¿le importa decirnos cómo las atrapó usted?

Por supuesto que no. Dos de ellas, las primeras, no ofrecieron nada de particular. A la una la bajé de cuarenta metros aguas arriba, en mi misma orilla, lanzando, muy ajustado, por encima de una zarzamora. A la otra la extraje de la orilla opuesta, de un tenebroso túnel de fronda, donde posiblemente sesteaba después de merendarse el cangrejito que le sacamos del buche al destriparla. Ya tiene más historia la tercera, un pez varado en mitad del río que soportó cerca de veinte lances sin inmutarse, hasta que al veintitantos giró la cabeza como un relámpago y se trabó. No fue, pues, un pez atraído por el hambre o por la gracia dinámica del señuelo, sino desquiciado por la provocación. Con la cuchara suceden a menudo cosas de éstas. La trucha caza, ordinariamente, para comer –mosquitos, lombrices, larvas, cangrejos y hasta una rata que encontré una vez en el estómago de un ejemplar de kilo y medio–, pero también, a veces, para desembarazarse de seres fastidiosos. Generalmente, la trucha entra a la cucharilla porque cree ver en ella una mariposa o un pececillo que le apetece. Esto suele ser lo normal. Lo excepcional es lo otro, la caza por irritación que no por apetito; el mordisco rabioso, iracundo, del pez a quien le hemos pasado cuarenta veces por los morros una cucharilla muy revolucionada.

Hace ocho o diez años, confieso que yo no creía en esto. Necesité ver la actuación paciente de mi hijo Miguel –casi un niño– una tarde, en la cola del Rudrón, para convencerme de ello. Recuerdo que aquel día, entre dos aguas, en un rabión, semioculta por una madreselva y muy próxima a nosotros, había una trucha de medio kilo, completamente inmóvil. Mi hijo me dijo al verla:

–Ésta es mía.

Mas, tras la décima varada inútil, yo le susurré:

–Ésta no pica aunque le pongas en el anzuelo una tableta de chocolate.

Error craso. No me es posible puntualizar si fueron cincuenta o sesenta los lances que precisó. Lo que sí puedo decir es que, cuando ya me aburría de ver desfilar la cucharilla ante los ojos impasibles del pez, éste, inesperadamente, volvió la cabeza, tiró un viaje y se tragó los tres anzuelos sin la menor objeción. Su embestida de toro de lidia –no famélica sino agresiva–, tras su glacial indiferencia anterior, demostró que aquel pez no tenía hambre sino cabreo. Y si atacó finalmente al «insecto» impertinente fue precisamente por eso, por su impertinencia, por su empeño comprobado de no-dejarla-en-paz-en-toda-la-tarde. La trucha no trató de comer sino de matar.

Más tarde he visto repetir la suerte a mi hijo Juan. Y yo mismo –que suelo ser un correrríos impaciente– he logrado capturas de este tipo, provocadas por la irritación antes que por el apetito. Hoy, en mis deducciones, he llegado más lejos: creo que los éxitos estivales de muchos cucharilleros ribereños, que conocen el lecho del río donde actúan como su propio lecho, se deben a su facultad para descubrir a la trucha antes de que la trucha les descubra a ellos. Esta ventaja inicial, unida a la perseverancia, se traduce en una cesta de ocho o diez piezas que no fueron atraídas por el brillo del metal, ni por el colorido encandilador del abalorio de cola, sino por la puesta en práctica de una bien dosificada táctica de provocación.

Pastorín

10 de julio de 1972

Comí con mi hijo Juan en Santa Marina de Órbigo después de soltar un disco en León a los pacientes alumnos del curso para extranjeros. El día, absolutamente despejado, con un sol rutilante –implacable y pugnaz en los abrigaños–, no presagiaba nada bueno. Pero por si las condiciones externas no fueran suficientemente descorazonadoras, Patricio, el guarda, se encargó de aguar aún más la fiesta:

–Poco queda por hacer hoy, como no lo arregle éste.

Y señalaba para un hombre de media edad y media estatura, aplicado en armar sobre un velador de mármol una cuerda de cuatro moscos. A mi mirada interrogadora, el desconocido respondió poniéndose de pie y alargándome una tarjeta:

JOSÉ ALLER RUBIO

«Pastorín»

Montador de mosquito para la trucha

Benavides de Órbigo

Patricio, que andaba al quite, agregó:

–Ahí donde le ve, acaban de darle el segundo premio como montador de moscos en la Semana de la Trucha.

A un gesto de Pastorín, nos sentamos alrededor del velador. Inspeccionó con ojo crítico nuestros aparejos y, por primera providencia, nos informó que en el mes de julio las saltonas que llevábamos no servían para tentar a la trucha del Órbigo.

–En este río hace falta algo más llamativo, ¿comprende? Un mosco de más enjundia. ¡Miren, cosa bonita! –extrajo de su caja de dos pisos una mosca de apretado plumaje y doble cuerpo–: Observe, mire el pelo; de Boñar legítimo.

En las aldeas de Boñar, en plena sierra, los campesinos encuentran en la cría de gallos de raza un sobresueldo. Hoy día, la trucha leonesa mueve mucha gente y muchos intereses. Y en torno a este deporte prolifera una industria que se desfleca en las más insospechadas direcciones.

–A más de cien pesetas la docena de plumas vengo pagando. No crea que las regalan.

Los moscones de Pastorín son macizos, lustrosos, llamativos, apetecibles. Moscos elaborados con pluma de los gallos de Boñar, los más acreditados del mercado. En los caseríos montañeses, rara es la familia que no cría media docena de gallos para comerciar con las desplumaduras. Un negocio modesto y saneado dentro de una inversión mínima. Uno apunta tímidamente:

–Dígame, Pastorín, ¿y no aguantaba usted más bajándose para casa una docena de gallos?

Pastorín hinca la barbilla en el pecho, me mira conmiserativamente y sonríe con media boca. Es hombre sobrio, de verbo comedido. Parece regodearse en su respuesta.

–El gallo serrano, para que usted lo sepa, de que le saca usted de su medio, pierde el lustre. El mosquito no vale. No me pregunte el porqué pero es así.

–¡Ah!

Pastorín desmonta con dedos expertos las moscas saltonas de nuestros aparejos y las va sustituyendo por las suyas.

–Si en la serena no pescan con las plumas de Pastorín no pescan con ninguna. Y, si no, al tiempo.

Los gallos de Boñar, los abigarrados gallos de la sierra, pelan, por término medio, tres veces por año. Si uno piensa en las plumas que tiene un gallo y mentalmente hace cuentas le tienta la codicia.

–Tampoco se piense usted que todo el monte es orégano. De cada gallo y cada pelada no se aprovechan arriba de dos o tres docenas de plumas.

–Ya.

Minutos después de las cuatro de la tarde irrumpen en el establecimiento Carlos Mondéjar y monsieur Courtial. Vienen congestionados, sudorosos, pero con las cestas llenas de truchas, ejemplares eminentes de no menos de tres partes de kilo. Me encandilo:

–Así que se dan bien…

–Con la tralla, fijo. Con la cuerda no vas a pescar más que una insolación.

–¿Tan mal anda eso?

Carlos Mondéjar rompe a reír y con la caña enfundada apunta hacia la mesa donde se afana Pastorín:

–Honradamente, ¿tú crees que si se dieran a pluma andaría ése ahí?

Pastorín no se altera. Baja la barbilla, sonríe con media boca y sin levantar los ojos del aparejo dice:

–Mañana tengo yo coto. ¿Se juegan ustedes algo a que a mediodía he atrapado el cupo? Con la boya, por supuesto. Y seleccionadas. Si no clavara yo mañana sesenta truchas para escoger dejaría entonces de

ser quien soy.

La conversación se enreda y Juan y yo abandonamos el alboroto del bar y descendemos hasta el río. En la rebalsa del puente se divisan docenas de truchas soleándose. Apenas se mueven. De tarde en tarde, un ejemplar sube y boquea indolentemente en las aguas inmóviles. Otro deambula sin rumbo y se detiene un momento hociqueando en las berreras del fondo. Mi hijo Juan se exalta:

–Con tanto bicho alguno picará, digo yo.

Pero la trucha, en este tiempo estival, anda emperezada. A lo largo de tres horas no hago otra cosa que cambiar la cucharilla por el mosco y a la inversa. Esfuerzo vano. Los peces no están por la labor. Al ponerse el sol, aparece Pastorín en el camino del estero, pedaleando en su bicicleta.

–¿Qué?

–Mal. Una agarré a cucharilla. ¿Por qué no nos hace usted una demostración?

Pastorín se apea. Viene muy puesto, de zapatos y americana. Con calma –en sus preparativos no cabe la prisa– amarra en la línea una cuerda de su marca. Brinca de piedra en piedra con pasmosa seguridad e inicia las varadas con mi caña con tanta precisión como si en la vida hubiera manejado otra. Su sistema de lanzar es muy personal. Da vuelta al buldó por detrás de su cabeza para tomar impulso y el aparejo atraviesa el río como un proyectil. Pastorín lanza aguas arriba, sesgado y recoge –la caña arbolada– al ritmo de la corriente. Cuando los moscos alcanzan su altura, templa, baila la primera con discreción y, al cabo, deja la cuerda laxa, a merced de la corriente. Apenas han transcurrido quince minutos cuando vocea:

–¡Ya está!

El pez salpica en la otra orilla al sentirse preso y Pastorín levanta la caña y arrastra a la trucha sin apresuramientos, dando la impresión de que es ella quien dirige, hasta la cascajera, a sus pies, de manera que el pez cambia de medio sin alborotarse.

–No es grande pero hace bocado. ¡Ve ahí, en la saltona!

Es un esbelto ejemplar de cuarto de kilo que Pastorín desnuca con habilidad profesional.

–Ya caerán más.

Pastorín trabaja insistentemente un raudal de aguas someras y espumosas, pero su sabiduría se manifiesta, antes que en el lance y la recogida, al entrar la cuerda en las tornas de la orilla. En este trance, mueve la saltona tecleando la línea, con expertos, sensibles dedos de guitarrista. El secreto de Pastorín no es tal secreto o, si lo prefieren, es un secreto a voces: Pastorín pesca con mosco ahogado pero sosteniendo la saltona en superficie, como mosca seca. Lo que él hace,

caña en mano, es evidente. La dificultad radica en imitarlo: su delicadeza para posar el buldó, su temple para tensar la cuerda sin arar el río, su gracia para esgrimir la saltona… En suma, en la precisa exactitud de sus movimientos. De este modo, sin moverse apenas del sitio, va sumando truchas, una, dos, tres, hasta cinco en poco más de media hora. Uno, al tiempo que se le desborda la admiración, siente la humillante sensación de que nunca en estas artes de la pesca pasará de ser un aprendiz. Sensación inevitable ante estos hombres de ribera, que pasaron cuarenta años junto al río y la caña en sus manos es como una prolongación de sí mismos.

–No se preocupe. Verá como ahora, con la serena, también pesca usted.

–Dios le oiga, Pastorín.

La tralla y la serena

10 de julio de 1972

Decir a estas alturas que en los meses de estío, en pleno día, la tralla es más rentable que el mosco ahogado no pasa de ser una vulgar perogrullada. A las pruebas me remito: ayer noche, después de varear inútilmente el Órbigo durante toda la tarde, conforme he referido, me senté a cenar en Santa Marina con cuatro maestros del látigo (Carlos Mondéjar, Díez Sender, Luciano Hoyos y el «abuelo» Courtial), quienes no habían encontrado dificultades no ya para coger sino para seleccionar el cupo. En estos meses, cualquiera de ellos es capaz de hacer una cesta de seis kilos en un par de horas sin moverse de un radio de acción de cien metros. Esto explica que estos especialistas nos miren a los boyeros con una cierta conmiseración, como a seres que en estos menesteres de la pesca no hemos salido aún del oscuro túnel de la prehistoria. Por el contrario, quienes admiramos a los pescadores de látigo y no hemos querido, o no hemos podido, o no hemos sabido dominar esta técnica, nos sentimos ante ellos un tanto cohibidos. La cena, así, resultó animada y divertida y tuvo como inevitable eje de las conversaciones el mosco seco:

–Te gustaría; esto de la tralla más que pescar es cazar –me decía Díez Sender, que conoce mi punto flaco.

Y yo debo reconocer que no sólo me gustaría sino que, con toda seguridad, llegaría a apasionarme. A nadie le amarga un dulce. Con relativa frecuencia he visto pescar a tralla y lo cierto es que el sistema no puede ser más atractivo. La arremetida del pez (peces grandes, por añadidura) es relampagueante y voraz; sumamente excitante: Lo malo es que, en lo que atañe a esta técnica, yo ya me siento fracasado, puesto que hace años realicé mis pinitos, todo hay que decirlo, con muy poca fe y ninguna asiduidad. O sea, abandoné prematuramente; desistí de leer al iniciar el abecedario. Me faltó voluntad. Aquello se me hacía demasiado complejo y enrevesado. La dificultad esencial estribaba en sincronizar movimientos. Extraer cola de rata del carrete con la mano izquierda, mientras volteaba el moscón con la derecha y elegía con los ojos el mejor rincón donde posarlo, me parecían demasiados problemas para ser resueltos simultáneamente. Se me antojaba algo tan inalcanzable como los ejercicios de puro malabarismo. Así se lo dije anoche a mis compañeros de mesa, añadiendo que los cincuenta años me parecían una edad inapropiada para reanudar mis lecciones. Monsieur Courtial acertó entonces con un símil feliz que me dejó meditabundo:

–Usted sabe conducir un automóvil, ¿no es cierto? Bien, pues en el manejo de un coche no sólo las manos sino también los pies tienen misiones diferentes y simultáneas y usted no ha renunciado por eso. Le aseguro que pescar a tralla es bastante más sencillo que manejar un automóvil.

Y aquí me tienen ustedes ante la alternativa hamletiana: ser o no ser. Esto es, ser pescador de mosco seco o no serlo. Continuar anclado en la rutina de la pluma y la cuchara o innovar mis métodos. Ardua disyuntiva. Por un lado pesa la conciencia de que uno ya no está en disposición de aprender nada y, por el otro, la clara lección de ayer, es decir, la evidencia de que uno se hubiera vuelto prácticamente bolo del Órbigo de no ser por la serena.

–Es cierto, la serena. Antes iba a hablar de ella. ¿La aguardó usted?

Naturalmente que la aguardé. Y no sólo por indicación de Pastorín sino porque hace años que vengo oyendo hablar de los serenos del Órbigo como el no va más de la emoción y de la posibilidad de pingües capturas. De modo que la aguardé. Mi experiencia al respecto –mi experiencia en serenas quiero decir– era muy pobre y remota; se limitaba al río Saja, entre Quijas y Puente de San Miguel, allá a finales de los cincuenta. Entonces no había coto allí, el río era libre como los pájaros, y los atardeceres, en los días nublos y pesados, de viento sur, resultaban muy animados. Mas yo recordaba estas pescas como algo que nada tenía que ver con la pericia y la inteligencia, sino exclusivamente con el azar. El sereno de ayer en el Órbigo –poco bullicioso a causa del viento– me lo confirmó. Juan y yo enganchamos ocho ejemplares magníficos, espléndidos (cinco kilos en ocho piezas), y pasamos tres cuartos de hora distraidísimos, pero no quedamos satisfechos. Aquello nos dejó un trasfondo de mala conciencia. En la serena, el pescador sabe que está aprovechándose de una ceba casi ciega para hacer la cesta que no consiguió hacer a la luz del día. Mal asunto (poco claro, al menos). El pescador barrunta –y la sospecha es de por sí difícilmente tolerable– que los peces se están pescando solos. ¿Razones? Todas las que ustedes quieran y más. El pescador está persuadido de que en ese trance él está poniendo muy poco de su parte. La varada es ciega, ciego es el trayecto del buldó y ciego el enganche de la presa. El cometido del pescador (?) se limita a lanzar la boya, tensar y dejar que la corriente arrastre el aparejo. Con no enredar éste –percance insoluble a tan escasa luz– ya tiene bastante. No hay, pues, incitación deliberada –salvo, tal vez, en los minutos iniciales, cuando uno aún divisa el buldó y es capaz de jugar las plumas– y, por tanto, la trucha que se traba lo hace porque quiere, no atendiendo una invitación personal, con lo que el pescador, el buen pescador, estima que no la merece. Conclusión: en los serenos cabe la satisfacción del botín pero nunca la complacencia de la victoria sobre

el pez, esencia de la pesca.

A cangrejos

15 de julio de 1972

Salí a cangrejos con los chicos aunque las condiciones del agua –muy fría– y las atmosféricas no eran adecuadas, lo que equivale a admitir que íbamos a por las tres o cuatro docenas, cifra que, según Ángel, el guarda, es lo que viene dando el Rudrón por término medio esta temporada. Al buen cebo –bazo de vaca e hígado de carnero– añadimos una novedad: disponer los reteles en la margen más limpia y asequible del Rudrón, por la razón sencilla de que la considero la zona menos castigada de todo su curso. Esto que parece una contradicción no lo es desde el momento en que admitamos que el cangrejero desconfía por sistema de los parajes expeditos. El cangrejero piensa que cuanto más intrincado sea el lugar, más suculento será el botín. El razonamiento es pertinente pero como, indefectiblemente, todos piensan lo mismo –los hay que se acompañan de una azada, como mi hijo Germán, para abrir entre la maleza huecos inéditos– resulta que los lugares más cómodos quedan sin explorar o a medio explorar. Mi decisión, y el nublado que se desencadenó al caer el sol –con gran lujo de aparato eléctrico–, nos procuró un fardillo discreto, doble, al menos, del que esperábamos: siete docenas. Mas lo significativo del caso es que el cangrejo tuvo su momento, es decir, mientras duró el bochorno y se cocía la tormenta, apenas se movió y sólo capturamos cinco ejemplares. Fue en el apogeo del festival atmosférico, bajo los relámpagos más vivos y deslumbrantes, cuando conseguimos las reteladas más vistosas. Y cosa singular: a medida que el nublado se disipaba y se alejaban los retumbos de los truenos –pese a que las tinieblas iban adensándose– los cangrejos fueron dejando de entrar para concluir tan remisos como empezaron. Esto no significa que el nublo sea necesariamente propicio para la pesca del cangrejo, ya que en mi viejo carnet tengo anotadas observaciones contrarias, tardes en que los bichos se daban bien antes de la turbonada, se eclipsaron mientras duró ésta y reaparecieron una vez pasada. De todo ello se puede colegir que la tormenta, por sí sola, ni solivianta ni acobarda al cangrejo. Otros factores hay, además del nublado, que influyen decisivamente, para bien o para mal, en la actividad de estos crustáceos.

Peces grandes

8 de agosto de 1972

Esta tarde me despedí de la trucha por este año. Y el Rudrón no se portó mal conmigo pues, al fin, me obsequió con un ejemplar de kilo y un segundo que, si no para reñir con él, sí rebasaría los cuatrocientos gramos. Pero lo reseñable fue la manera insólita de enganchar el primero, que vino a ser algo así como el premio a mi tenacidad y un mentís a mi desesperanza. Trataré de explicarlo. Después de tres horas de vano ejercicio, sobre las ocho de la tarde vi boquear a un pez a treinta metros de donde me hallaba. Era la primera manifestación de vida que me daba el río y en un lugar –una vadera planchada de aguas delgadas– que nunca hubiera sospechado. Eso sí, dos metros delante emergía una islilla poblada de maleza sumamente apta para refugiarse en sus bordes. Y el caso es que el bocado del pez coincidió exactamente con el instante en que me disponía a lanzar la cucharilla, con lo que, en una milésima de segundo, cambié la dirección de la varada mientras decía para mis adentros: «Mira donde anda la zorra de ella». Mi acción, más que una argucia de pescador, fue, pues, un movimiento de desahogo. Yo no pensaba ni remotamente en pescar el pez, sino en dar suelta a mi irritación en un vano y pueril intento de descrismarlo (era tonto que a una trucha que había aflorado perezosamente para engullir un mosquito le brindase yo una cucharilla del 3 como postre). Pero la precisión del lance fue absoluta. El artilugio fue a posarse con exactitud matemática en el centro del círculo que se dibujaba en la superficie del río. Y, ante mi asombro, la pala de la cuchara no llegó a efectuar un solo giro. Caer y morder el pez fue todo uno. Casi me atrevería a afirmar que la trucha agarró el señuelo en el instante de conectar con el agua. El tirón fue tan repentino que en el primer momento no pensé que la hubiera enganchado, sino que había trabado la cuchara en una ramita a flor de agua. Fue al recoger y percibir el coletazo tremendo de la pieza cuando me di cuenta de lo que ocurría. Lo demás fue relativamente sencillo; mantuve la tensión de la línea, sin intentar arrastrar, y avancé apresuradamente por la orilla para llamar a la trucha aguas abajo. Después aflojé el carrete para que patinara, armé la sacadora con la mano izquierda y, momentáneamente, la deposité en el suelo. El arrastre posterior fue lento, intermitente. Con un hilo débil no me interesaba entrar en competencia con el pez. Busqué cuatro juncos donde ocultarme, pues es sabido que cuando la trucha descubre a su aprehensor se produce un trance sumamente delicado. Ya en mi orilla, ante sus coletazos desesperados, arbolé la caña, me agaché, tomé la

sacadera, la sumergí y la trucha por sí sola se enredó en la malla. El pez había caído y con él cerraba decorosamente una temporada distraída aunque no excesivamente halagüeña.

Este río, cuya población piscícola es ordinariamente corta de talla, suele obsequiar en verano con algún ejemplar de categoría. Hace unas semanas, Padilla, un muchacho de Covanera, atrapó la pieza más grande que recuerdan los anales del Rudrón: cinco kilos corridos. Padilla iba con un amigo y sin tomadera, por lo que aquél se consideró en el deber de hacer las veces de ésta, se zambulló en las aguas heladas y reapareció con la hermosa trucha amorosamente acunada en sus brazos. Más próximas aún están las capturas de Luis Gallo, una pintona de dos kilos trescientos gramos, y otra de mi hijo Juan, hace siete días, de dos kilos cien.

Puesta en marcha la memoria, nunca olvidaré la soberbia pieza que saqué hace dos años, una mañana de julio, pendiente de un mosquito insignificante y de un hilo del 18. Aquello fue algo increíble, pues el río corría allí encajonado y a mí no me quedaba otro recurso que izar el pez sobre el agua con todos los riesgos que esto entraña. Mis esperanzas, naturalmente, eran mínimas, pero aquel día parecía yo tocado por la gracia y mi concentración, tremenda, llegó a hipnotizar al pez. El caso es que la trucha, que en el río peleaba como una leona, al salir del agua no movió un músculo (el menor coletazo lo hubiera echado todo a rodar) e inmóvil continuó mientras la levantaba un metro de la superficie y giraba la caña los noventa grados precisos para depositarla en la orilla. Eso sí, en cuanto rozó la hierba salió de su extraño sopor y me obsequió con un recital de espasmos y convulsiones que me pusieron los pelos de punta sólo de pensar que tales ejercicios los hubiera efectuado unos segundos antes.

Divertido también fue lo que le sucedió a mi hijo Miguel cuando todavía existía en televisión un espacio semanal dedicado a la pesca. Un día de agosto acertó a capturar, con la primera luz de la mañana, una pieza de kilo y medio con una cucharilla negra del 1. Sin duda, el comentarista de turno debía de tener espías e informadores en todas partes, porque a la semana siguiente la tele nos sorprendió con la noticia de que «en los ríos burgaleses (*sic*) la trucha grande entraba bien de madrugada a la cucharilla negra del 1 (*sic)»*. Ante la obligación de informar, la azarosa captura de un ejemplar se convirtió en una generalización peregrina. ¡Así se escribe la historia!

El Rudrón, río de trucha chica, sorprende a veces con presas excepcionales. Lo que sucede es que hay que insistirle mucho, pasarse a su vera las horas muertas, para que se conmueva. Por lo demás, la pescata de hoy –corta en piezas y larga en peso– no es mal broche para cerrar la temporada.

Mal comienzo

6 de marzo de 1973

Me vine a Sedano a inaugurar la temporada, precisamente donde la cerré el año pasado. El domingo, primer día hábil del año en curso, me abstuve. El tiempo, sin embargo, seguía inalterable: un cielo excesivamente luminoso, con un sol, afilado como un ojo, capaz de ahondar en las hoyas más profundas del río. Este tiempo –que rara vez se prolonga más allá de una semana– suele darse en los marzos castellanos con relativa frecuencia. Es cuando «marzo mayea», según dice el refrán. Y la contrapartida, mayo marceando, es la ocasión para que el pescador de truchas se desquite. Bueno, el caso es que estos cinco primeros días de marzo han sido unas jornadas primaverales, de temperaturas blandas, más bien caldeadas a mediodía, y cielos rasos, inmaculados, de día y de noche. Buen tiempo para pasear, pero malo para pescar. Y así sucedió que los que salieron al campo el domingo regresaron curtidos pero con la cesta vacía. Pescaron un buen sol, una temperatura amable, pero de peces, poca cosa, por no decir nada.

Este tiempo, más prolongado de la cuenta, me hubiera inducido a quedarme en casa si no hubiera tenido el permiso en el bolsillo. El exceso de pescadores ha impuesto una especie de método ogino piscatorio según el cual uno no pesca cuando le llama el río o le apetece hacerlo, sino cuando le autorizan o el sorteo le favorece. Así es que salí de Valladolid a las siete y media de la mañana, sin una nube en el cielo aunque con la cabeza llena de ellas. ¿Merecía la pena rodar cuatrocientos kilómetros para competir con el sol? Sin embargo, conforme me aproximaba a Burgos, empezó a surgir una bruma alta, como una especie de vaporcillo tenue que poco a poco fue aglutinándose y espesando hasta acabar formando un tupido telón que eclipsaba al sol. Según todas las apariencias, mi viaje coincidía con el cambio de tiempo y esto me esperanzó. Empero, al llegar al Rudrón, se desató un viento frío, racheado, del norte, que me hizo torcer el gesto de nuevo. Tampoco el zarzagán les agrada a los peces. La trucha es animal muy sensible y se diría que cuando el río ríe, ella llora. Por otra parte, el viento juega con la boya y la lleva donde le da la gana. El cálculo y el temple no valen de nada en ocasiones así. Afortunadamente el Rudrón, río femenino, muy curvoso y grácil, ofrece tramos resguardados donde aún soñaba yo con hacer una buena pesca. Para activar mi optimismo, a los cinco minutos de ponerme agarré un ejemplar medio en el puente de San Felices. El raudal de este sector, muy nervioso en los flancos, se sofrena en el centro, al

amparo de una gran piedra sumergida, y, al segundo lance, sentí una tímida picada; ¡Allí había una trucha puesta! Posiblemente la única de aquel pozo. Ante esta evidencia me propuse desplegar todas mis dotes de seducción. El primer día de cada temporada el pescador siempre sueña con enmendar los yerros de las anteriores. Se promete a sí mismo dejar los nervios en casa y mostrarse paciente, hábil y tenaz en su trato con el río. Rastreé, pues, nuevamente la zona y al llegar al punto de la picada anterior, la trucha hizo por la saltona sacando medio cuerpo fuera del agua. Con el pez advertido, al nuevo intento tensé la línea, frenando la cuerda lo más posible, y el bicho se enganchó de forma inapelable. La mañana empezaba bien aunque, de inmediato, vino la decepción. Durante dos horas vareé el río sin el menor resultado. A las dos de la tarde atrapaba una arco iris en la cascadita de un cachón. Ignoro lo que pintaba aquí una trucha arco iris, pues según tengo entendido, este año no han repoblado. Tal vez era una de las contadas supervivientes de siembras anteriores que, generalmente, se han desplazado al Ebro, donde el Rudrón desemboca. Pero tampoco este ejemplar fue heraldo de cambio. Hasta las cinco no enganché el tercer ejemplar –éste muy lucido– en el rebosadero de un tojo. Y aquí se acabó la fiesta. Cuando subí, cucharilla en ristre, los tres kilómetros que había bajado, las cosas no fueron mejor: ni un toque, ni un pez engolosinado con el señuelo, nada de nada. El laconismo más absoluto y total. Quedaba el consuelo de los tontos: nadie había pescado; un lombricero llevaba una, su compañero, dos, y Manolo Pereda, con su cuerda de cinco moscos –excesivos para este río–, ni siquiera se había estrenado. Pero ¿no querrá decir esto que la mayor parte de los hombres que nos arrimamos a un río no sabemos pescar? Ésta es la duda que me roe en estas jornadas aciagas. Bien mirado, después de más de veinte años de ejercicio, ¿sé yo algo más que armar un aparejo, empalmarlo a la línea y lanzar la boya o la cucharilla a veinte metros de distancia río arriba? ¿No serán estos fracasos resultado lógico de mi incompetencia? Un buen pescador no es aquel que aprovecha el momento en que las truchas se dan. Eso lo sabe hacer cualquiera. El buen pescador es el que incita a los peces; el que les impulsa a darse cuando no se dan; el que acierta a sacarlos de debajo de las piedras o de la profundidad de una hoya mediante la seducción de su artilugio. Pastorín, por ejemplo. Pastorín, en el Órbigo, con mi caña y mi cuerda –que a mí me habían servido de bien poco– engatusó la temporada pasada a cinco truchas en una sola rasera y en poco más de media hora. Pastorín es un pescador. Lo decepcionante es que, a mis años, lo que no se ha aprendido ya no se aprende. Mal comienzo.

La torva salvadora

14 de marzo de 1973

No es ésta la primera vez, ni a buen seguro será la última, que una ventisca providencial salva una cesta. La nieve –aunque sean unas cimarras en chaparrón o lo que los pueblerinos llaman cuatro asperezas– puede cambiar en un momento el curso de una jornada. En teoría, nieve y mosquitos se dan de cachetes, no casan, pero luego resulta que en la práctica hacen muy buenas migas. Un trapeo ligero sobre el río saca a los peces de su indolencia, provoca en ellos una enfebrecida actividad y los induce a buscar apasionadamente los moscos. Entonces sucede que las cañas se tornan lanzas y lo que iba torcido se endereza en un santiamén.

Viene esto a cuento de que ayer en el Rudrón me hubiera vuelto de nuevo con tres tristes truchas de no ser por la oportunísima torva que se desencadenó sobre las dos de la tarde y duró alrededor de media hora. Si la precipitación hubiera madrugado un poco más y hubiera sido un poco más larga, ayer hubiera sido para mí un día memorable. No fue así pero tampoco me quejo. Desde que el cielo se ensombreció hasta que la nevisca cesó, clavé seis hermosos ejemplares. Fueron unos minutos febriles, durante los cuales los peces, muy agitados, se comportaron de una manera nerviosa, extraña, confiada.

No deja de ser curiosa la actitud de la trucha durante la nevada. El pez no alborota, no boquea, no se baña; simplemente asoma. Emerge una y otra vez, sin concederse pausas, con brevísimas intermitencias, seducido seguramente por las cimarras que caen del cielo como pequeños insectos blancos. Repentinamente, en un paraje que dos minutos antes parecía vacío, la trucha no sólo se hace visible sino que se torna extremadamente inquieta. En tales circunstancias, con un poco de serenidad, puede aprovecharse el tiempo. La irrupción reiterada de los peces debe llevarnos a ordenar nuestros lances de tal modo que la captura de una trucha no asuste a otra que está cazando unos metros más abajo. En este caso concreto, y en contra de lo que es usual, lo aconsejable es empezar por ésta e ir, poco a poco, ascendiendo en nuestro registro. La varada alta es recompensada con frecuencia, pero exige un tacto meticuloso. El lance a favor de corriente –con mayor motivo en los ejarbes de marzo– requiere un cuidado extremo. El pescador debe medir mentalmente la velocidad de las aguas para recoger a su compás. Una recogida excesivamente rápida nos llevará a arar la superficie con la boya y los hileros que se formen espantarán a los peces. Por el contrario, una recogida morosa,

puede provocar la flacidez de la línea y, en consecuencia, el enmarañamiento del hilo o la pérdida de la presa. El hilo debe ir tenso pero no forzado. El grado de tensión no debe ser otro que el que pida el río. En varadas altas atrapé ayer tres de las seis. Y en las tres arbolé inmediatamente la caña para asegurar las piezas. De no clavarla pronto, la trucha prendida a favor de corriente es fácil que se evada. Si es con la cucharilla bastará, para evitarlo, acelerar el ritmo del carrete, pero con la pluma lo aconsejable es pinar la caña para que el pequeño anzuelo prenda en el paladar o el labio superior. Bajo la nieve, no sé por qué, la trucha es circunstancialmente más vivaz y peleona y exige que pongamos en juego todos nuestros recursos.

Total, que la cellisca me facilitó seis hermosos ejemplares que junto a la que prendí de salida y la arco iris que agarré de retirada hacen una cifra de ocho, con un peso superior a los dos kilos; muy considerable para este río burgalés.

Fracaso en el Pisuerga

18 de marzo de 1973

El jueves sé vino Juan de Mave con una cesta apetitosa: nueve hermosísimas truchas, dos de tres partes de kilo y otras tres de medio. Encandilado por el morral y en vista de que hoy les sobraba un permiso subí con ellos a Quintanaluengo, en el Pisuerga, encima del pantano de Aguilar. Llegamos después de las doce y puse la cuerda de entrada. Nada. Algún amago, dos enganchones y, en general, un desdén –por parte de los peces– irritante. Vicente, el amigo de mi hijo, también regresó bolo. Allí sólo pescó Juan, cada día más hecho, tres piezas de cerca de medio kilo. Para desengrasar, perdí la tomadera. Este trasto es una pejiguera. Para agarrar una trucha de kilo no hay como olvidarla en casa. Tenerla a mano comporta casi la seguridad de no tener que usarla. De cualquier manera, constituye un trasto engorroso que se transporta mal (la maleza hace presa en la malla y nos sujeta como si tuviera garras) y, luego, armarla con una sola mano, en el momento crítico, encierra mayores dificultades de las que uno imagina en frío. Dejé razón al guarda por si aparece, siquiera estos trebejos son muy golosos y, aunque por fuerza ha de estar en la sirga, su devolución depende de la honradez del que la encuentre.

La invasión de las bogas

3 de abril de 1973

Ahora sí que va a haber motivo para decir que el pescado –al menos la trucha– es caro. León, la provincia truchera por excelencia, ha subido sustancialmente el precio de los permisos para sus mejores acotados: doscientas cincuenta pesetas los que entran en sorteo y quinientas los de turismo. De este modo resulta que el leonés –veinte duros– tiene ventaja sobre los forasteros –aunque éstos sean de Valladolid–, pero el vallisoletano no la tiene sobre el extranjero aunque éste proceda de Estocolmo. Esto no me parece equitativo. Poner el acceso a la trucha de los españoles a precios europeos es una desconsideración hacia nuestros compatriotas. Matar el ocio se nos pone difícil a los españoles. Ganar cien pesetas en dólares o en marcos, y aun en francos franceses, es una operación menos laboriosa que ganarlas directamente en pesetas. Quinientas pesetas es casi tres veces el salario mínimo vital. O sea, que el español modesto necesita tres días de trabajo –por supuesto sin comer ni beber– para poder arrimarse a un coto como el de Santa Marina. Con toda seguridad, al americano o al alemán le bastará para ello el esfuerzo de unas horas o unos minutos. No es justo. De un tiempo a esta parte derrochamos unas consideraciones con el extranjero que, naturalmente, no encuentran correspondencia. En Europa al único español que reciben con los brazos abiertos es al que va a ofrecer sus manos a bajo precio, al que se brinda para ocuparse de menesteres –como la recogida de basuras– que el nativo rehúye. Al que va a arrebatarles sus peces o matarles sus faisanes (salvo en la Europa del este, donde también se fomenta este tipo de turismo en perjuicio del pueblo) le arrugan el morro. Pues no señor. Esta desatención es molesta. La paridad de trato con el extranjero que establecemos en España se me antoja injusta y no por xenofobia sino, como más arriba apunto, porque reunir esas quinientas pesetillas supone para un pescador autóctono doble o triple esfuerzo que para un pescador foráneo. En definitiva, la divisa siempre viene bien, pero este culto a la divisa que hemos montado los españoles es decididamente impopular.

Pero lo peor es cuando uno se gasta esas quinientas pesetas para pasar un día de asueto junto al Órbigo y se vuelve a casa de vacío. O casi. Yo no sé por qué mis excursiones a Santa Marina siempre resultan fallidas: Y el caso es que de este coto todo el mundo habla bien (y con justa razón, pues se ven peces a montones), pero a mí inevitablemente, cada vez que me acerco a él, me vuelve la espalda.

Claro que hay que contar con los imponderables (o con los ponderables que se presentan de improviso); y el día que no es el sol, es la mosca sarnosa; y el día que no es la mosca sarnosa, es la hueva de la boga, pez que sube del Duero a frezar y lo revienta todo. Pero siempre hay algo. Ya sé que para pescar hay que encontrar un buen día para un buen río, pero esto mío con el Órbigo pica ya en historia.

Concretando, ayer me vine de León con dos truchas, pero moralmente confortado ya que, al menos, pude comprobar que cuando estos peces dicen que nones, su reticencia vale para todos, tanto para el aprendiz como para el virtuoso. No hay taumaturgo, en suma, que saque truchas de las piedras cuando las truchas no quieren salir de ellas.

Ya Fernando de Andrés y Ángel Chamorro, que anduvieron por aquí el domingo, me habían advertido:

–Ten cuidado, anda la boga. Y ya sabes que cuando la boga sube a frezar, la trucha no quiere otra cosa.

Previendo un nuevo desastre, y para comprobar qué había de cierto en mis recelos de que el buen pescador no es el que aprovecha la ceba de la trucha sino el que acierta a provocarla cuando no se produce espontáneamente, me había citado con Pastorín –el más ducho pescador a pluma que conozco–en el bar de Patricio, junto al río. Más que pescar, iba, pues, hoy al Órbigo a recibir humildemente una lección. Así es que, desde el primer momento, yo seguí atentamente las evoluciones de Pastorín, sus lances sesgados y crecientes –en longitud–; sus varadas, cosiendo pacientemente el restaño o la chorrera; sus registros peripatéticos aprovechando las riberas desnudas del Órbigo. De salida, Pastorín había devuelto al agua un ejemplar aceptable que enganché a cucharilla a las once de la mañana:

–Dónde va. Ésa todavía está mamando.

–A ver si luego nos va a tocar llorarla, Pastorín.

–Quite de ahí. ¿Por qué las vamos a llevar pequeñas habiéndolas grandes?

Pero ni las pequeñas ni las grandes afloraban. Sobre la una empecé a ponerme nervioso. Las varadas de Pastorín eran diestras, medidas.

–Una varada muy sana.

–¡Vaya si lo es!

–Si la trucha estuviera puesta, alguna clavaba.

Pero la trucha no debía de estar puesta. Así hasta las dos, en que Pastorín logró hacerse con una trucha provocándola abiertamente con el rastral. Poco después prendió otra y entonces volví a pensar que el buen pescador podía coger truchas donde no se daban. Pero ahí se acabó el carbón. De dos a cinco, los esfuerzos de Pastorín, su sabiduría, sus conocimientos del río, su malicia, no sirvieron

absolutamente de nada. Las aguas se cerraron para todos: para el advenedizo y para el experto, para el joven y para el viejo, para los ignorantes y para los sabios. Allí no pescó nadie nada.

Pero si falló la pescata, me fue dado, en cambio, contemplar un espectáculo nunca visto: un tumultuoso banco de bogas frezando en una rasera. Los bichos –grandes, de cuarto a medio kilo– andaban amontonados entre las piedras, la boca contra corriente, sacando del agua la aleta dorsal o la punta de la cola. Pastorín las azuzó con un palo y el banco de bogas se puso repentinamente en movimiento. Aquello era como un hervor que ocupaba treinta metros cuadrados de río y se desplazaba, contra corriente, a velocidades vertiginosas, en busca de otra rasera adecuada para recalar.

Este espectáculo inusitado se completó, de retirada, con los millares de bogas detenidas ante las compuertas de la presa, brincando para salvar el obstáculo, mientras los avisados vecinos de Santa Marina las atrapaban por docenas, al caer, con una remanga o una canasta.

–No crea; años hay que cogen aquí en pocos días más de cinco mil kilos.

Más tarde, en la cocina de Patricio, de charla con otros pescadores leoneses igualmente decepcionados, abrimos las pocas truchas de que disponíamos y prácticamente la totalidad de sus ingestiones eran huevas de boga.

–¿Se da cuenta? ¿Por qué van a molestarse las truchas si estos días tienen la comida asegurada?

La muerte en los ríos

16 de abril de 1973

Río gordo, peces gordos. Naturalmente hay que matizar esta afirmación un tanto frívola, que hasta el momento únicamente he comprobado en el Rudrón. Por de pronto, al hablar de gordo –en lo tocante al río– me refiero a caudaloso, henchido. La pasada semana nevó por aquí en los altos y estos días soleados han provocado un rápido deshielo y la formación de pequeños torrentes que, inevitablemente, vierten al río y lo engordan, aunque sin llegar a la deformidad. Si el Rudrón se infla de más, es río impracticable excepto para el pescador de cebo vivo. Intentar hacer filigranas con la cucharilla o la pluma en un Rudrón en ejarbe es bobería. De modo y manera que un Rudrón extremoso –descomunalmente hinchado o en estiaje– no es conveniente. El agua que facilita la pesca, según vengo observando, es la intermedia, el caudal equidistante entre la abrumadora avenida y la indigencia estival.

No quiero decir con esto que con la subida del agua se aturdan los pescados y el río nos los ponga como a Fernando VII. Tampoco es eso. Hoy los peces del Rudrón se movieron poco, pero los que se movieron entraban al engaño y eran, además, ejemplares curiosos. Para dar una idea de lo que fue para mí la pesca de hoy, diré que en cuatro horas enganché ocho peces de los cuales extraje seis, con un peso total de dos kilos y medio. Vean, pues, que la trucha pequeña no se mostró activa hoy. Cuando el alevín subyace, la trucha grande pace.

Esta cesta tiene más valor desde el momento que la alarma ha cundido por los pueblos ribereños: los peces se mueren. Ya Ángel, el guarda, me anunció al llegar que hace pocas semanas aparecieron en superficie varios cadáveres de truchas. Pedro Santamaría, el trampero, me lo confirmó luego, agregando que la mortandad había coincidido con la siembra de arco iris. De Burgos me ha llegado, asimismo, la inquietud de Cuesta, Peralta y toda la cuadrilla de médicos pescadores, los cuales dudaban si desplazarse a San Felices el día 20, en vista de los pobres resultados que está dando el Rudrón en lo que va de temporada. A la hora de comer, de cháchara con los pescadores de Sedano, recibí una noticia aún más intranquilizadora: en el Moradillo –arroyo afluente del Rudrón– los cadáveres han sido muchos y de aparición fulminante. Cuando estas cosas ocurren en una zona fabril, la culpa ya se sabe de quién es. Pero ¿qué pensar de las mortandades de peces del Rudrón y el Moradillo si ninguno tiene factorías en sus márgenes? La del Rudrón puede, evidentemente,

derivar de la del Moradillo, pero ¿cómo puede haberse producido aquí? Yo no creo en el contagio por repoblación de trucha enferma. Y no lo creo porque la progresión de la enfermedad se produce en estos casos de manera paulatina: hoy cinco, mañana siete, pasado diez cadáveres. Esto es, la mortandad no suele ser repentina, ni masiva y, por descontado, la epidemia no desaparece en veinticuatro horas. De aquí concluyo que la causa puede provenir de un vertimiento tóxico producido por descuido o del arrastre en escorrentía de insecticidas, herbicidas o, simplemente, de fertilizantes minerales, al licuarse la nieve caída la pasada semana. De cualquier modo, los hombres estamos jugando con fuego y algún día vamos a quemarnos. A este respecto me parece oportuno sacar a colación el libro de Rachel Carson, *La primavera silenciosa*, donde refiere un sucedido en Canadá que debería servir de aviso a todos los países civilizados. Esta señora describe una fumigación aérea de bosques en una zona de aquel país y cómo, a los pocos días, sucumbían los salmones y truchas de los ríos y riachuelos que la irrigan. Los peces no murieron por el veneno que cayó directamente sobre el agua –la cantidad sería ínfima– sino por la que vertieron en disolución las escorrentías primaverales. Y aunque aquí, en Burgos, no se ha ensayado, que yo sepa, la fumigación aérea, los resultados podrían ser los mismos con los plaguicidas tirados a voleo. En fin, yo no hago más que apuntar las posibles causas de estas mortandades en lugares en los que no cabe hablar de contaminación fabril. Posiblemente, un minucioso análisis de los peces muertos pudiera llevarnos a conclusiones definitivas.

El nuevo coto de Tubilla del Agua

17 de abril de 1973

Inauguré con poca fortuna el nuevo coto en el Rudrón entre Tablada y Covanera. Con éste son tres los acotados en este río, cuyo curso no creo que supere los treinta kilómetros. De abajo arriba los cotos son: San Felices, Tubilla del Agua y Hoyos del Tozo. A mi juicio, el defecto de todos ellos es la angostura, ya que se trata de un río de poco caudal. Porque si el Rudrón de San Felices no es precisamente un río anchuroso, hay que contar con que a medida que ascendemos hacia las fuentes, la corriente se va estilizando poco a poco. Por eso el coto de Tubilla –muy enmarañado aún a pesar de la tala que se ha efectuado en sus márgenes– hace el efecto de un lugar pertinente para trabajar la cucharilla en las primeras semanas de la temporada, siempre, naturalmente, que otro no nos haya tomado la delantera. Claro que esta misma, impresión me produjo hace años el coto de Hoyos, aún más alto, y luego resultó que en una jornada feliz, si que también congeladora, Miguel, Juan y yo cogimos el cupo a pluma sin ninguna dificultad. Ahora bien, fue un día propicio, de cielo oscuro, aguas crecidas y empañadas y truchas voraces (un doblete consiguió Miguel en el embalse natural que se forma en la parte cimera del coto) que incluso llegaron a morder a medio metro de mi bota. Pero por una jornada no puede juzgarse un coto. Y éste de Tubilla del Agua, salvo en días opacos en que la pluma puede rendir, se me antoja un coto esencialmente cucharillero. Desde luego con sol, con un sol crujiente sacándole lustre a la superficie, hay muy poco que hacer con la pluma, pese a que Padilla, el de Covanera, asegura haber realizado este año buenas faenas en estas aguas. Los lances, por de pronto, de no ser que uno deje rodar la bola, rara vez pueden alcanzar más de dos metros. ¿Y cómo seducir a esa distancia a una trucha cada vez más avispada en estas aguas cristalinas? Naturalmente me gustaría registrar estos cachones y chorreras en un día entoldado de marzo, de ser posible con lluvia, pero ¡como para elegir fecha se ha puesto este asunto de la pesca! De todos modos, si las orillas permitiesen la varada larga, a distancia, aún cabría pensar en clavar alguna. Mas hay aún demasiada broza como para soñar con esta posibilidad y, si además de arrimarnos –hoy por hoy no hay otro remedio–, la superficie es tersa, la delación del pescador es inmediata.

Para obviar tantas dificultades, tomé la sirga y caminé aguas arriba buscando espacios y vaderas, pero no los encontré. Únicamente arriba, en el extremo del coto, jugando la cuerda en la parte inferior de una

torrentera, emplacé a un pez mezquino, poco mayor que la marca, y con él me vine a casa. En cambio Juan, que pescó abajo, en tramos más desahogados, Cobró dos a cucharilla y otros dos a mosco. De retirada, me encontré con dos amigos, el profesor Nougué, de Toulouse, director de los cursos de verano para extranjeros de Burgos, y Locutura, secretario de los mismos. Ninguno de los dos había hecho nada. Anduvimos un rato de tertulia, al sol, comentando las incidencias desgraciadas de la temporada –también para ellos–, ya que ayer en Vizcaínos, en el Pedroso, se repartieron dos truchas entre tres cañas. Menos no se puede pedir.

Las calabazas del Porma

20 y 29 de abril de 1973

Juan y yo reservábamos la traca final de esta Semana Santa –viernes y sábado– para León, en el Porma. Al Porma, en Remellán, no he ido más que dos veces y las dos me acogió bien. La primera me hice con el cupo sin alejarme de la Venta y sin más que templar un poco la cuerda. La segunda, el año pasado, a raíz de pregonar la Semana de la Trucha y en un régimen de pesca totalmente informal, conseguí media docena de buenos ejemplares. Ha sido, pues, ésta la primera vez que el Porma –tal vez para no desentonar dentro de una temporada de lo más anodina que recuerdo– me da unas solemnes calabazas. Y unas calabazas por partida doble, el viernes en Remellán y el sábado en Cerezales, coto de reciente creación.

Este doble fracaso en un río de mucha trucha y que bajaba entonado de agua me da qué pensar. Prender tres truchas en Remellán, tras una agotadora jornada de ocho horas, y dos en Cerezales es como no coger nada. Un revés en toda la línea. Indudablemente hay algo este año, en punto a clima, que no marcha.

El sol –que continuó arriba, obstinado, sin una mala nube que mitigase su fuerza– es un adversario considerable. Pero el sol no puede ser todo: El año pasado, que, en pocos minutos, cogí media docena de truchas, también el sol señoreaba el valle. En los ríos leoneses, de bastante volumen, el sol no impide ineluctablemente la ceba. La excesiva luminosidad puede ser un factor para explicar mis reiterados fracasos este año, pero no el único. Esta primavera está pasando algo. O dejando de pasar. Y una de las anomalías evidentes es que desde febrero no llueve, con lo que no se ha visto un turbión en lo que va de temporada. Esta sequía se ha traducido en caudales cristalinos y sequedad en los esteros, donde de ordinario se forman charcas y marjales. Y sin aguas estancadas la eclosión de mosquitos es muy reducida, con lo que al fallar el mosco (mis colegas habrán observado qué poco bajan este año las golondrinas al río) falla la ceba y, sin ésta, ¿qué puede hacer nuestra cuerda en el río?

Divagaciones al margen, anteayer capturé en Remellán una especie de truchanguila que despertó mi curiosidad. Era un animal largo y escurrido como un flagelo que por su longitud hubiera debido pesar un kilo y, sin embargo, no llegó a trescientos cincuenta gramos. En verdad, nunca he visto un pez tan desnutrido y famélico como éste, que entró al engaño suave, dulcemente, y se dejó atraer sin un espasmo ni un coletazo de protesta. A la hora de la cena, en la Venta,

me sirvieron una trucha semejante, informándome que procedía del Colchón de Vegamián, la famosa hoya donde la temporada última se concentraron millares de peces y durante semanas estuvieron al hambre. Según dicen, son muchas las truchas de estas características que se están pescando en el Porma, lo que prueba que hay supervivientes del Colchón, aunque han quedado enervadas, sin fibra, aparte de ser blandas e insulsas al paladar.

El cenizo

4 de mayo de 1973

Hace un mes y medio conseguí un permiso para el Pisuerga, en Mave, donde mi hijo Juan realizó a finales de marzo una faena estupenda. El cariz del tiempo, después de la sequía de abril, con borrascas y aguaceros intermitentes, era en apariencia favorable. No obstante, el hecho de que las precipitaciones, en mayor o menor cuantía, se prolongaran ya semana y media, me preocupaba un poco, pues el Pisuerga es río sensible y puede empañarse con una meada de vaca. Pero fiándome de que en Valladolid estaba relativamente limpio, no telefoneé a Aguilar y me llegué al coto. ¡Qué tremenda decepción! Las aguas bajaban en rabión, henchidas, alborotadas, arrastrando ramas, maderos y gallinas muertas. Allí no había absolutamente nada que hacer. Un lombricero se volvía al pueblo tras sondear en vano durante una hora los restaños arcillosos de la orilla. Paciencia. Esto es algo así como sacar a un niño el caramelo de la boca cuando ha empezado a saborearlo. No hay que darle vueltas: este año tengo el cenizo.

La moral en los zancajos

12 de mayo de 1973

Mi amigo el doctor Fernando de Andrés –¿cuántos médicos aficionados a la pesca de la trucha habrá en este país?– había preparado durante la última semana una excursión deportivo-cultural a Béjar, la salmantina ciudad de los paños. El viernes 11, yo daría una charla en el Casino Obrero y al día siguiente, sábado, nos iríamos por ahí los matrimonios, a uno de los cotos de la provincia, para tratar de romper el maleficio que pesa sobre mí esta temporada. Hay que reconocer que el aspecto recreativo (incluso el cultural) de la excursión se cubrió felizmente. En Béjar, aparte José María Barcella y Pilar, su mujer –que nos preparó una suculenta comida campestre–, nos encontramos con un grupo de vallisoletanos (Ramón Echávarri, Julio García Merino, etc.) con quienes cenamos y visitamos luego Candelario, el pueblo de los chorizos, uno de los más bellos y pintorescos de nuestra geografía. Pero si a esta vertiente del viaje no hay nada que objetarle, la otra, la piscícola, más valdría olvidarla. Nuestro paso por el Tormes, en Galisancho, no pudo resultar más penoso. La pluma no dio chispa en un día deslumbrante y cálido y unas aguas encanecidas.

Pero aparte las circunstancias externas, hoy influyó la moral o, si se prefiere, mi absoluta falta de moral. De un mes a esta parte yo me acerco a un río como podría acercarme a una carretera. El lector aducirá que la moral nada tiene que ver con la trucha, pero mi opinión sobre el particular es diferente: la moral pesca. La moral de un pescador es algo así como un fluido que se transmite por la línea hasta el engaño y constituye un acicate más para el pez. El señuelo de un pescador desmoralizado es, desde este punto de vista, un señuelo inútil. Pescador que no confíe en pescar, no pesca. Naturalmente la racha se quebrará algún día –al menos, eso espero–y con la moral es posible que mis anzuelos recuperen su eficacia, pues, por pitos o por flautas, llevan dos semanas sin saber lo que es clavar una trucha.

¡Coño que año!

13 de junio de 1973

Otro chasco. Éste en Logroño, en el Najerilla, y después de asegurarme el amigo Astola por teléfono que el río bajaba en condiciones. Pero ¿cómo iban a prever en Logroño el nubazo que me cogió a la altura de Magaz para no dejarme ya hasta Santo Domingo de la Calzada? ¡Más de cien kilómetros de nube! ¡Y qué nube! Agua, piedra, nieve, la biblia en verso. Dormí en Nájera, en Casa Perica, donde le atienden a uno muy maternalmente, pero en toda la noche no dejé de oír el tamborileo de la lluvia en el tejado y las escurriduras de los canalones. A la mañana había escampado pero el cielo continuaba gris, amenazador. Me tomé un café y subí hasta Anguiano con muy pocas esperanzas. En efecto, el río bajaba turbio, rojizo, encolerizado, hasta tal extremo que ni me calcé las botas. Estoicamente me limité a recorrer mi tramo, arrullado por el chapaleo del agua en la orilla, soñando con mejores días.

Los tientos

4 de julio de 1973

Con paciencia todo se alcanza. Ayer tarde me entretuve en el Rudrón, precisamente en una época en que no cabía esperar grandes entradas. Y, verdaderamente, no abundaron, pero de seis a nueve se produjo en el río una cierta actividad, con preferencia marcada por la cucharilla blanca del 2 en los ejemplares pequeños, lo que me permitió efectuar cinco capturas. La razón estuvo en el cambio de tiempo, ya que al bochorno pegajoso de los tres primeros días del mes, y aun de ayer por la mañana, sucedió un crepúsculo frío, con una brisa del norte que afeitaba. Las apariencias eran de temporal, apariencias que se han confirmado hoy con un día hibernizo, gris, lluvioso, de temperaturas demasiado bajas para la época en que estamos.

Aunque a media tarde, como digo, me entretuve, la sorpresa de la jornada me la proporcionó la anochecida, la hora en que todo es posible en el Rudrón, cuando los buitres se recogen en las grietas más altas de las escarpas y los últimos grillos inician en las brañas de la ribera su canción crepuscular. A tal hora, el río se puebla de sombras y las orillas se cargan de misteriosos presagios. Para mayor aliciente, el viento cesó, lo que me permitió medir y recortar mis varadas. Y, precisamente, en una de ellas, rozando un peñasco que divide el río en dos, adiviné más que vi la sombra furtiva de una trucha de gran tamaño en pos de la cuchara. Me ceñí al sauce que me ocultaba e imprimí un frenazo al artilugio, pero la cucharilla terminó su recorrido sin que la trucha se decidiera a morder. Entonces sucedió algo que inevitablemente pone temblón al más pintado: el bicho, seducido, fondeó a metro y medio de la orilla, cara a la corriente, coleando pausadamente, como diciéndose que la próxima oportunidad no la desaprovecharía. Rígido, componiendo la figura, mediante un imperceptible movimiento de muñeca, lancé la cuchara cuatro metros arriba del pez, calculando para que, en el recorrido de regreso, le pasase a un palmo de los morros. En el instante supremo contuve el aliento, pero, ante mi asombro, la trucha no hizo por el engaño. Por tres veces repetí la operación sin ningún éxito y, a la cuarta, menos precisa, se produjo lo inesperado. Repentinamente la cuchara cesó de girar, sentí que se trababa y, al mismo tiempo, la trucha coleó y se vino directamente hacia mí. Mi sorpresa fue de tal monta que perdí la manivela y, al recuperarla y darle vuelta advertí que, de alguna manera, yo había enganchado a aquel pez (no digo pescado, sino enganchado). Y, efectivamente, allí a mis pies, a un palmo de la

cuchara estaba la trucha, combando mi caña, oponiendo una resistencia tenaz a ser capturada. Las medias tinieblas operaron a mi favor y, una vez que la tuve en la orilla, las cosas se aclararon. El pez tenía un anzuelo clavado en el paladar y como dos metros de hilo –un hilo grueso, como un cordel– y un par de plomos para lastrarlo. El hilo, enredado en los plomos, formaba un lazo que es donde se enganchó uno de los anzuelos de la cucharilla. De esta manera tan original rematé la pesca de esta tarde con un ejemplar magnífico, que alcanzó los dos kilos de peso. Una vez en casa, analizando el aparejo, concluí que aquello era un tiento, uno de esos alevosos bocados que los furtivos disponen al caer la tarde para recogerlos de madrugada. El furtivo, en esta ocasión, debía de ser un principiante ya que los tientos nunca se sujetan a una leña que pueda chascar –una trucha grande no ceja en toda la noche– sino a una mimbrera fresca que cimbree lo que haga falta pero no ceda.

Estas trapisondas, a pesar de la vigilancia, se practican en todos los ríos. Los pescadores habrán observado con cuánta frecuencia, al iniciar de madrugada nuestra jornada, nos topamos con algún colega (?) que ya lleva tres ejemplares en la cesta cuando prácticamente no ha habido tiempo de anudar la cucharilla al sedal. Estas truchas, las más de las veces, son fruto de la artería. Por principio hay que desconfiar de aquellas personas que solicitan dos o tres permisos consecutivos para el mismo coto. Anudar unos tientos al anochecer de la primera jornada y revisarlos antes de que Dios amanezca en la segunda es un ardid muy simple, difícil de descubrir y, con frecuencia, provechoso. De modo que el ejemplar que aprehendí ayer –que sabe Dios los días que llevaría con aquel anzuelo en la boca– me produjo una doble satisfacción: el bocado –exquisito– y el haber dejado al furtivo que preparó la asechanza con un palmo de narices.

Política cangrejera

12 de julio de 1973

Lorenzo Martínez Duque, viejo amigo, denuncia en *El Norte de Castilla* de Valladolid la extinción del cangrejo en los ríos y arroyos de la Castilla plana. Según él, en lo que va de temporada no se ha hecho allí una sola pescata de fundamento. Con demasiada frecuencia, los pescadores regresan a casa de vacío, y los más favorecidos con media docena de estos sabrosos crustáceos. Las causas de esta decadencia no son nuevas y ya las esbocé en estas notas hace cosa de un año. De doce meses a esta parte aquellas causas, lejos de desaparecer, se han agravado, con lo que los pocos ríos y regatos cangrejeros que sobreviven en la meseta se van despoblando sin remedio. Martínez Duque, en su artículo, sugiere, sin embargo, un remedio, a saber: que todas estas pequeñas corrientes de la planicie se veden por dos o tres años.

Ésta es una medida a tener en cuenta, medida dura y sacrificada para el aficionado, pero que, además, por sí sola no va a resolver el problema. Hoy por hoy, el verdadero enemigo del cangrejo no es el riego, ni la desaparición de cursos de agua, ni la draga, sino su precio. El alto precio del cangrejo en el mercado está poniendo a la especie en un brete. O sea, que si hoy hay pocos cangrejos es porque hay muchos cangrejeros. Entonces, si se decreta la veda y se sostiene durante dos o tres veranos va a ocurrir un fenómeno obvio: transcurrido el plazo y durante quince días las reteladas serán pingües pero, al cabo de estas dos semanas, las cosas volverán a ponerse tan mal como estaban antes. ¿Qué hacer entonces? ¿Volver a vedar el cangrejo para poder disponer cada dos o tres años de una quincena de diversión? No lo veo claro. Como medida de urgencia, inmediata, me parece plausible, pero una vez impuesta la veda habrá que estudiar una reorganización de este deporte de cara al futuro, con objeto de que no vuelva a ejercitarse de la manera anárquica que hoy se realiza. Habrá que acotar, por parte del Icona, tramos de ríos y arroyos cada vez más extensos para entrar así en un régimen de pesca controlado. Ya sé, ya, que perder la libertad hasta en el campo es un coñazo pero, bien pensado, ¿qué otra cosa podemos hacer? Somos demasiada gente para todo y hay que repartir la gracia de Dios.

Lo que sugiero no es ninguna novedad. En el río Rudrón, por ejemplo, existen actualmente tres cotos de trucha y cangrejo. En cada uno de estos cotos creo que pescan diez licencias diarias –es decir, en días alternos y festivos–, de donde resulta que semanalmente echan

los reteles en el Rudrón ciento veinte familias que, redondeando, vienen a sumar quinientos beneficiarios al mes. Si esto se repite en diez arroyos y ríos de la provincia, resultará que en Burgos podrán extenderse cinco mil permisos mensuales, lo que nos dará una cifra de quince mil por temporada, cifra respetable, de bulto, aunque quizá –y sin quizá– no baste para satisfacer la demanda.

¿Y esto garantiza la supervivencia del cangrejo? Pues sí señor, la garantiza, como puede comprobarse en el Rudrón. Claro que habrá sitios más favorecidos y otros menos favorecidos, días más propicios y días menos propicios, pero que en este río quedan cangrejos en abundancia nadie puede ponerlo en duda. Hoy, sin ir más lejos, mi hijo Juan y yo, con dos permisos, capturamos nueve docenas y media en el coto de Tablada. Esto no quita para que unos kilómetros más abajo, en la zona de San Felices, donde las aguas están más caldeadas, se esté sacando el cupo en un ochenta por ciento de los casos. Cangrejos, pues, hay y, a juzgar por los cientos de ejemplares cortos de talla que uno devuelve al agua, bien puede asegurarse que este vivero está lejos de agotarse.

La veda radical por la que aboga mi amigo Martínez Duque en la Castilla llana está, pues, muy justificada, pero, a mi entender, debería acompañarse de una reordenación de este entretenido deporte.

Y me concreto a Castilla porque a ella se refiere Martínez Duque en su artículo, pero es incontestable que lo dicho vale para todas aquellas regiones donde el cangrejo de río ande en peligro. Y repito que comprendo muy bien que toda intervención en las relaciones hombre-naturaleza se haga antipática, pero hemos llegado a un punto en que la alternativa es terminante: o pescamos sujetos a un racionamiento de días o no pescamos. La elección, al menos para mí, no ofrece dudas.

La deportividad

16 de julio de 1973

Ayer tarde pude volver a casa con la trucha del siglo y, sin embargo, me vine de vacío. Queda un consuelo: uno inmoló su prestigio en aras de la deportividad. No faltará quien se pregunte: «Oiga ¿y qué es eso de la deportividad?». Respondo: un cazador que tira con una escopeta de dos cañones es, por ejemplo, más deportivo que otro que lo hace con una repetidora. Un cazador que en su duelo con las perdices utiliza el calibre 20 será más deportivo que aquel otro que emplea el calibre 12, cuyo círculo mortífero de plomeo es sensiblemente mayor. Y así podríamos seguir.

En la pesca de la trucha, aunque las cosas no son tan claras, no por ello dejan de ser concluyentes. Así, para mí, un pescador con cebo artificial es más deportivo que un pescador con cebo vivo. Un pescador que utiliza una cuerda de tres moscos es más deportivo que otro que emplea una de siete con la que barre el río. Finalmente –y aquí está la madre del cordero– un pescador que arma su aparejo con un hilo del 16 es infinitamente más deportivo que otro que lo haga con un hilo del 24. La deportividad, en todo caso, radica en detalles aparentemente insignificantes pero que, en realidad, no lo son tanto.

Pero vayamos al grano. ¿Qué es lo que me sucedió ayer a mí que precisa tanto preámbulo? Exactamente esto: presumir de pescador deportivo, montar un aparejo con un hilo como un pelo y dar ocasión a una trucha morrocotuda –a poco de tres kilos– a partírmelo en dos pedazos y largarse con viento fresco. Insisto en que mi pretensión es consolarme con aquello de la deportividad, mas dejaría de ser sincero si ocultase que ésta es la hora en que sigo ciscándome en la deportividad y lamentando no haber armado el aparejo con un hilo del 22 en lugar de con un hilo del 16. Esto supone que en el fondo, fondo, yo no soy un pescador deportivo sino un tipo con pretensiones de serlo y que se lamenta de haberlo pretendido cuando la pieza enganchada se larga aprovechando la *chance* que uno le dio. Un lío.

Y hago estas confidencias después de reconstruir mentalmente el revés de ayer tarde: la picada del hermoso ejemplar vibrando todavía en mi mano, el golpe de sangre en la cara provocado por la emoción, el tirón despiadado y, como colofón, el sedal desmayado, flácido, serpenteando desde el puntal, mientras la boya, arrastrada por el pez, se perdía entre los matorrales de la ribera opuesta. Lamentable. Y lo más lamentable de todo, la cara que uno imagina haber puesto ante el desengaño. Si hay un momento en la vida en que el hombre debe de

poner cara de tonto es aquel en que un pez de tres kilos, bien trabado en el anzuelo, le rompe en dos el aparejo y lo deja en la orilla, impotente, con una vara en la mano.

Según los entendidos, estos percances constituyen la sal y pimienta de este deporte, pero uno no acaba de digerirlo. Quizá, con el transcurso del tiempo, una vez que el sabor anecdótico del episodio se imponga sobre el desencanto que hoy domina, suceda así. Por el momento uno no hace más que pensar en lo que pudo ser y no fue, reprocharse esto y lo otro, aunque, sin duda, lo más consolador y socorrido –con todas las reservas que se quieran– sea atribuir el revés a la deportividad.

El nublado

26 de julio de 1973

Las tardes de tormenta no me gusta andar a la vera del río. Las turbonadas suelen estancarse en los valles fluviales y fulminar los árboles de las riberas con especial predilección. Ahora, sin embargo, los días de pesca no se eligen, con lo que la alternativa es dramática: o vas a la que salte el día que te corresponde o te quedas en casa. Yo, ayer, pese a que vi cómo la nube empezaba a formarse a partir de mediodía, a las cinco de la tarde cogí la caña y me planté en el río.

Como suele ser usual en este tiempo, no se movía un pez pero aguanté la adversidad y la chaparrada que descargó sobre las siete en espera de un cambio. El cambio, en puridad, no se produjo, al menos en la medida que yo esperaba, pero un poco sí variaron las cosas tras el aguacero, puesto que algunas truchas abandonaron sus escondrijos y empezaron a merodear por tablazos y raseras. En las corrientes apenas había nada que hacer, pero en dos vados de aguas finas agarré un par de ejemplares que rebasaban holgadamente la marca. Hubo, por medio, dos incidentes que animaron la sesión aunque no se tradujeran en nada práctico: la trucha que se arrancó de bajo mis pies y, en una finta relampagueante, tiró un bocado a la cucharilla en el último metro de recorrido sin que, desgraciadamente, llegara a prenderse, y otra, de buen tamaño, a la que fui a buscar de propósito en un ángulo muy fosco de la ribera opuesta donde caían unos flecos de agua. Estos lances de precisión en los pequeños cachones me gustan mucho. Cinco dedos de más y la cucharilla se engancha en la maleza; cinco de menos y el chapuzón del engaño ahuyenta al pescado. Por eso, cuando las cosas se ajustan a lo previsto, el pescador siente la satisfacción de comprobar su destreza. Y si a la precisión del lance se añade el mordisco del pez, miel sobre hojuelas. Tal me sucedió ayer cuando, apenas posado el artilugio, la trucha lo tomó sin contemplaciones. Fueron unos instantes de emoción porque el ejemplar, bien musculado y nutrido, cabeceó reiteradamente, se retorció haciendo la rueda y, finalmente se desprendió, sin que apenas llegara a moverlo del sitio. ¡Buen lance, a fe mía, a pesar de su inutilidad!

Posar la cucharilla

7 y 9 de agosto de 1973

Los dos últimos permisos se me fueron sin pena ni gloria. La tarde del 7 la eché a perder por cabezota, por obstinarme, ante el bochorno del día, en pescar las chorreras con la cuerda. El río venía muy bajo (seguramente es el año que recuerdo al Rudrón más escuálido) y las corrientes pescables están, por tanto, muy separadas. Ello me indujo a bajar a Valdelateja por el monte, sudando la gota gorda, y subir luego, saltando de chorrera en chorrera, con tres plumas pálidas –amarilla, verde y rosa– en el aparejo. El hecho de que a la media hora y en el tercer raudal que registraba se enganchase un pez aceptable me llevó a insistir con el mosco ahogado, cuando a la legua se veía que con el mosco no había nada que hacer ya que ni la saltona, pese a las frivolidades que le llevé a hacer en superficie, fue capaz de tentar a un solo ejemplar.

La tarde del 9 cambié de táctica. Me puse a pescar en la parte central del coto con una cucharilla checoslovaca del 3, dorada y con grandes lunares negros. La zona es pródiga en riberas herbáceas que permiten posar silenciosamente la cucharilla. Acertar a posar este artilugio en el río es un arte como otro cualquiera. El estrépito de una cucharilla mal lanzada suele espantar a los peces. Todo pescador que me lea habrá advertido con cuánta frecuencia una trucha vista a la que se lanza torpemente el señuelo ahueca el ala en un instante. Y a la inversa. La cosa, pues, tiene su ciencia.

Las primeras lecciones al respecto las recibí de Teófilo, el de Covanera, precisamente en este río hará la friolera de veinte años. Teófilo, con un pulso admirable, me enseñó a peinar las hierbas de la ribera opuesta con la cucharilla y a base de un tironeo suave, iterativo, conseguir que se sumergiera sin chapuzar. Estas cucharas mudas, que se hunden junto a las grietas y cuevas de la orilla, suelen ser sorprendentemente pescadoras (a Teófilo le vi sacar dos ejemplares espléndidos el día que aprendí de él esta sutil añagaza). Lo que la cucharilla represente para las truchas –que exactamente no lo sé– resulta más estimulante cuando la inmersión es silenciosa. Es decir, este chisme, como incentivo, es más eficaz cuando no salpica. De ahí que la manera perfecta de posarla sea deslizándola por una hierbecilla cuyo extremo roce el agua. En estos casos, la trucha refugiada tras el verde, o en la oquedad de la orilla, sale tras el insecto que sigilosamente ha irrumpido ante sus narices. Los resultados de este ardid suelen ser buenos. Lo que ocurre es que, como todo, tiene sus

quiebras y, a veces, por buscar los yerbajos, enganchamos la cucharilla en la maleza o en las ramas bajas de los álamos. Y esto de destrabar la cucharilla también tiene su aquel. Es otro arte más dentro del arte general de la pesca. En general, el chopo y el avellano devuelven bien. El sauce, menos. La zarzamora, la mimbrera y la aulaga, decididamente mal. En cualquier caso, lo que nunca se debe hacer es intentar desenganchar una cucharilla por las bravas, como todos hemos hecho en nuestros comienzos. A la cuchara trabada hay que tratarla con mimo: un leve tironeo, rápido y sostenido, inducido por el puntal y controlado por la muñeca. La cucharilla así tratada, si no es de plomo –quiero decir, si no es muy pesada–, sale siempre, al menos un noventa por ciento de las veces. Por contra, la cucharilla pesada es más difícil de rescatar porque suele dar un par de vueltas a la rama antes de inmovilizarse. En cuanto a los enganchones en piedras o ramas sumergidas, la cosa cambia. Lo aconsejable es hacer el arpa aunque sin ninguna garantía. En estos casos las posibilidades de rescate son menores que en los enganchones de fronda, de no ser que uno utilice un hilo como un cordel.

Pero a lo que iba. Saber posar la cucharilla ya es saber mucho (y no estoy hablando ahora de la estratagema de las hierbas). A mi entender, cuanto más discreta sea esta operación tanto mejor. Por eso considero preferible el lance sesgado al bombeado, en particular si trabajamos con cucharilla del 3. Del 2 para abajo el amerizaje de la cuchara puede llegar a ser imperceptible. Ahora bien, todas estas instrucciones tienen un valor relativo (en ocasiones he visto que la trucha lejana era atraída por el chapuzón del señuelo), siquiera, en términos generales, puede hablarse de las ventajas de la inmersión queda. Ayer, sin ir más lejos, día de mi despedida de la temporada (una temporada bien cicatera y negada, la pobre), de no haberme dedicado al entretenido deporte de peinar las hierbas me hubiera vuelto a casa bolo, sin las cuatro piezas que logré atrapar.

La repoblación del Najerilla

7 de marzo de 1974

Con la última subida de la gasolina, a veinte pesetas el litro, esto de la pesca de la trucha se nos pone en un pico a los aficionados de Valladolid. A ojo de buen cubero, los pescadores pincianos tenemos la trucha más próxima a ciento cincuenta kilómetros de casa, lo que, entre ida y vuelta, da un total de trescientos y pico kilómetros y un gasto que se acerca a los treinta litros de gasolina. Si a ello añadimos el permiso, almuerzo, cucharillas, aparejos –¡a treinta pesetas se ha puesto la mosca leonesa!– y demás apartados, la excursión se pone casi en los dos billetes verdes, que no es cosa de despreciar. Pero como esto de la pesca y de la caza le es tan necesario a uno como el aire que respira, solicité de Logroño un permiso para el día 7 en el Najerilla. Inoportunamente, el domingo 3 entró en las provincias castellanas un temporal desmelenado de agua que fue nieve en los altos, nieve tan copiosa y súbita que inopinadamente dejó atrapados en Cervera y Riaño a varias decenas de pescadores y esquiadores que se habían desplazado allí. El cariz del tiempo no mejoró el lunes, con lo que llegué a la conclusión de que bien por el ejarbe –que enlodaría los ríos– bien por la oclusión del Puerto de la Pedraja, entre Burgos y Logroño, tendría que quedarme con el permiso en el bolsillo. Empero, el martes, tras una dura helada nocturna, amaneció soleado, sol que se repitió el miércoles, con lo que el jueves, a las siete de la mañana, me puse en movimiento y a las diez, después de desayunar en Villodrigo, me hallaba en la margen del Najerilla.

El día abrió magnífico y, por consiguiente, malo para pescar pero, ante mi asombro, en los tres primeros lances noté dos toques en la cucharilla, de lo que deduje que la jornada no iba a ser tan desafortunada como preveía. Y, efectivamente, a la media hora ya tenía tres peces en la cesta, peces de buen tamaño, racioneros, pero, ¡oh desilusión!, la trucha no era la habitual pintona del Najerilla, rubia y prieta, sino una desdibujada trucha arco iris, fabricada en factoría unos metros más arriba. A poco se presentó el guarda, quien me anticipó que, de sacar el cupo, podría darme con un canto en los dientes si cogía una trucha autóctona, ya que la proporción en que salían era de un cuatro a un cinco por ciento. Lo que no me aclaró el guarda es si la trucha indígena no entra al engaño porque se acobarda ante el aluvión de advenedizas o –lo que sería aún más triste– porque ya no las hay (el periódico *Nueva Rioja* advierte que las truchas del Najerilla se siguen muriendo a manta, sin que a estas alturas se hayan

determinado las causas de la mortandad).

Seguí pescando haciéndome el propósito de seleccionar la cesta, ya que la entrada de peces era tan fuerte que de continuar el ritmo inicial hubiese tenido que retirarme a mediodía. La cuerda resultó aún más atractiva para la trucha arco iris. A los cinco minutos de ponerla clavé una pieza de medio kilo con un extraño estrangulamiento en la popa; como si hubiera permanecido mucho tiempo amarrada con un cordel. Los peces que no alcanzaban el cuarto de kilo los desechaba. Todo con calma. A cada rato me fumaba un cigarrillo ya que el cupo lo tenía garantizado. A la una y media había hecho ocho truchas y me senté en un ribazo, al solillo, a echar un taco. Observé una cosa con el mosco: la trucha no andaba en la corriente sino en las tornas rizadas de las orillas. Tal vez el movimiento de balanceo incitaba a los peces o, tal vez, la poca destreza de estos animales, criados en cautividad, les impedía tomar las plumas en las aguas recias. Total, que me instalé en un tramo de cien metros de aguas mansas pero onduladas, donde fatalmente de cada tres lances sobrevenía una picada. A las dos de la tarde llevaba once truchas y hasta las tres y media que lo dejé no hice otra cosa que prender truchas y soltar truchas, en espera de la picada de un ejemplar excepcional, que no se produjo. Esta labor de selección me procuró, en cambio, dos truchas indígenas, forzando así el porcentaje que me había anunciado el guarda.

Un día amable y distraído –agarré treinta y dos truchas para soltar veinte– pero que deportivamente le deja a uno insatisfecho. La hermosa cesta alcanzada, no fue fruto de mi pericia sino de la liberalidad de los dirigentes de una fábrica de peces, recurso válido para despertar aficiones, activar las aletargadas o –como me decía mi vecino del tramo x– distraer a niños y señoritas, pero no para satisfacer a un pescador fetén. Con esta trucha ingenua, sin recámara, uno mata el rato, pero queda siempre un trasfondo amargo. A pesar de ello, la arco iris tiene una ventaja sobre la común: pelea más y más espectacularmente. Mis amigos pescadores habrán advertido los brincos, batudas y piruetas que efectúan estos peces antes de darse por vencidos. Un ejemplar –que acabó librándose del anzuelo– saltó más de metro y medio fuera del agua. Y todos, en general, apelaron a este ardid tan pronto se sintieron prendidos. De modo que si uno no pensara no habría nada que objetar. Lo malo es pensar. Al pescador le mata la imaginación.

Si no me equivoco, marchamos aceleradamente, en particular en los ríos pequeños, hacia la pesca artificial, la pesca preparada, hecho que no puede ser más deplorable y decepcionante.

El Rudrón fuera de madre

14 y 15 de marzo de 1974

Las intensas nevadas del domingo 3 y del lunes 4 están produciendo ahora, con el deshielo subsiguiente, una avenida impresionante en el Rudrón. El paquete de agua desborda las márgenes normales y, de sostenerse su ímpetu, la erosión modificará la concavidad del cauce produciendo limaduras y desmoronamientos como ya aconteció en riadas anteriores. La nieve acumulada en el monte, termina, ineluctablemente, a través de escorrentías y afluentes, en el Rudrón. Y el curso de este río, muy encajonado, antes que a ensanchar propende a acelerar, de tal forma que en algunos tramos adquiere la fuerza de una torrentera.

En tales circunstancias, a la trucha hay que entrarle en las pequeñas radas con la lombriz. La trucha hambrienta, a la vez que aturdida, busca su alimento cotidiano junto a las paredes de tierra que se desmoronan abasteciéndola de larvas y gusanas. Pero si uno rechaza de antemano el cebo natural, ha de armarse de paciencia y emplear añagazas más sutiles, como es, a vía de ejemplo, el registro concienzudo de los remansos de su orilla. El rastreo de las corrientes hinchadas es imposible que dé fruto. Los mosquitos son arrastrados a tal velocidad que la trucha marceña, recién frezada y que a duras penas puede contrarrestar la corriente, no acierta a tomarlos. Los peces no se ponen; no ingieren mosquitos. Y los pocos que cogen son aquellos que uno le pone literalmente en la boca.

De una a cuatro de la tarde, yo me dediqué, pues, a tantear los rincones con el mosco. La cuerda, empujada por la corriente, fondeaba en un restaño y era ahí, en esas aguas mecidas pero sin flujo, donde alguna trucha hacía por la pluma de vez en cuando. Esta forma de pescar es sosa, tiene poco ángel. De ordinario, la pesca con cuerda supone la captura, por una trucha que aflora, de un mosco en movimiento. La entrada del pez es, pues, una entrada decidida que le traba al anzuelo sin que el pescador haga por él. A mosco quieto, en cambio, la entrada es tan desangelada y floja, que no pocas veces, si uno no anda despierto, la picada queda en un amago sin consecuencias. Demostración paladina: ayer logré cuatro capturas pero otras truchas se zafaron del anzuelo con gran facilidad. Y lo asombroso del caso es que a algunas de ellas las encandilé con la saltona después de dejar balancearse la boya en el fondeadero más de medio minuto. Ángel, el guarda, me dijo que los que quedaron en el cadozo de San Felices, aguas normalmente paradas, atraparon media

docena de truchas por barba, lanzando la cuerda al lado opuesto como mandan los cánones. La cabecera del coto, donde yo pesqué, no me permitió estas alegrías.

Por la noche diluvió y, al remitir la fluencia de nieve derretida, descendió el nivel del agua. A cambio, las aguas se tomaron, con lo que desistí de emplear la cuerda.

La mañana lluviosa, con un calabobos incesante, estuvo, sin embargo, apropiada para la pesca. Encontrar día y río en condiciones es cosa que se da –si se da– un par de veces por año. Visto lo visto, ensayé la cuchara blanca del 3 y, aunque parezca increíble, en el mismo puente de San Felices saqué dos truchas de tres varadas. Éste fue el comienzo de un par de horas entretenidísimas en las que capturé tres truchas más y una pieza señera, de tres partes de kilo, en la gran piedra frente al Refugio.

Esta piedra, sumergida pero visible, me ha dado ya mucha trucha pescando con cuchara. El secreto estriba en rodar el engaño por encima de ella a buen ritmo y, súbitamente, dejarla hundir una vez rebasada. La caída desmayada de la cuchara y la inmediata reanudación de su fuga hacia la orilla, excita mucho a los peces, tanto que el de esta mañana no dio tiempo al artilugio a rehacerse sino que lo mordió en pleno desfallecimiento. El arrastre fue complicado, pues este sector, que habitualmente es un tablazo, tenía hoy su corriente y el animal se obstinó en navegar aguas abajo con el riesgo de interponer entre los dos un árbol seco desplomado sobre el río. Afortunadamente, mi decisión de jugarme el todo por el todo y contrarrestar su querencia con toda mi energía –aun a riesgo de quebrar el hilo– dio esta vez resultado.

La cuchara siguió rentando hasta las dos y media –saqué otros dos peces chicos–, hora en que puse el aparejo, que no me dio el menor juego. Las aguas cenagosas –seguramente demasiado frías– no facilitaron la postura.

Un Pedroso desconocido

8 de abril de 1974

Después de tres semanas en Francia y en Italia sin arrimarme a un río, hoy me llegué al Pedroso, en Vizcaínos (Burgos), con auténtica avidez. Los hombres de mi pasta, necesitamos refugiarnos en el monte o en el río al menos una vez por semana para conservar eso que llaman equilibrio vital. Cazar o no cazar, pescar o no pescar, ya es otro asunto. Lo que uno precisa no son tanto perdices y truchas como sol y aire puro; en una palabra: respirar.

Y el Pedroso, ciertamente, me facilitó una agradable brisa, muy fina y tamizada, pero no pasó de ahí. Se mostró renuente y mudo y por primera vez hice el bolo en la presente temporada. Pero un bolo con todas las agravantes, sin botín ni picada. El revés me sorprendió, ya que este río –muy flojo para cucharilla– no se portó mal conmigo en las dos veces anteriores que lo visité, la primera en 1969 y la segunda, con la pata rota, en 1970. La primera, recorrí el curso del río con poca fortuna –cogí dos truchas– pero, al llegar al tramo final, donde las aguas se explayan, me encontré a mi hijo Juan que no hacía más que amontonar truchas mediante un aparejo laxo, que apenas se estiraba. Asombrado, me uní a él y, a la hora, habíamos hecho veinte truchas. Aquélla fue una pescata pasiva pero sumamente rentable. Los peces subían a los moscos inmóviles y los ingerían como quien se pone en la lengua una tableta de aspirina, con todo cuidado pero sin ninguna desconfianza. Allí no había tirones ni malos modos. Uno sentía tenuemente en la caña el toque del pez, y al cabo, unos leves coletazos –nada desesperados– nos advertían que el enganchen se había producido. Era como coger cachos. Bastaba rebobinar hilo sin demasiada celeridad para que la trucha pasara a engrosar una cesta que minuto a minuto iba cobrando prestancia. El hecho de que el pez asuma la mosca en los restaños y la desdeñe en las aguas movidas constituye una anomalía y como tal lo constato.

También fue singular mi segundo contacto con el Pedroso. Con la pata derecha tronzada y un yeso de cinco centímetros de espesor, sentado en una sillita plegable, me dediqué a varear el río durante dos horas y media, sin cambiar de lugar. Aunque parezca raro, al cabo de este tiempo había prendido cuatro truchas que seguramente no hubiera prendido de ser menor mi insistencia. Esgrimo a menudo esta experiencia para replicar a los partidarios –entre los que, pese a todo, me cuento– de correr mucho río, aunque la verdad es que la trucha puede pescarse lo mismo en extensión que en intensidad. Con la

cucharilla ya sabemos que es fácil despertar la agresividad del pez a base de insistencia, pero la pluma es asunto distinto. Empleando la cuerda, tres varadas diestras, bien estudiadas, en cada lanzadero nos darán probablemente el pez que está puesto, pero cien varadas en un mismo lanzadero posiblemente harán ponerse a alguna trucha que no había pensado hacerlo. Mi hijo Juan, que suele recorrer poco río, le saca a sus breves paseos mayor rendimiento que yo, que soy un andarín impaciente y descomedido. Yo creo que el que ha sido cazador de perdices antes que pescador de truchas es un zanqueador por principio, un tragaleguas, mientras que el que se ha enseñado a la pesca al mismo tiempo que a la caza distingue entre ambas actividades y en el río suele manifestarse más premioso y perseverante que en el monte. Es obvio –y mi pescata de cojo lo confirma– que una trucha puede llegar a tomar un mosco que desdeñó en noventa y nueve ocasiones anteriores. Será cuestión de oportunidad –continuar insistiendo cuando a la trucha le asalta el hambre– o que la reiteración acaba por despertar un apetito adormecido. Lo que sea no lo sé. Lo incontestable es el hecho.

A pesar de tan halagüeños antecedentes, el Pedroso me la jugó hoy. Ciertamente traía mucha agua pero tampoco es ésta una razón de peso. Un argumento válido en estos días negados puede ser la decreciente población truchera o, más sencillo y más probable, que a la trucha no le da la real gana de darse. Y ante un obstáculo así es cuando advierto mi pobreza de recursos. Si un río se me cierra, yo no sé esgrimir otra arma que la insistencia. La lombriz no me place y los demás procedimientos, salvo la cucharilla, los desconozco. Esto me deja literalmente inerme. Tengo muchos amigos, con menos años de experiencia que yo, que se dan buena maña para contrarrestar la adversidad. El doctor Calvo Gredilla, pongo por caso, agarró hace unos días una trucha de cinco kilos en el Tormes empleando el pez vivo como cebo. Esto no sé hacerlo yo. Soy torpe y poco imaginativo. Atrapar un pececillo, ensartarlo en un anzuelo sin magullarlo y acertar a imprimirle en el agua una movilidad incitante son manipulaciones que escapan a mis posibilidades. En la pesca, como en tantas cosas, no soy más que un rutinario y por eso cuando el río se me niega no me queda otro remedio que resignarme.

Mi hijo Juan, que pescó un kilómetro más abajo, consiguió, sin embargo, con la pluma, tres truchas decorosas, cifra récord ayer en el Pedroso a juzgar por las informaciones del guarda.

Semana Santa

13 y 14 de abril de 1974

Como colofón de una Semana Santa pasada por agua, a excepción de lunes y martes, ayer amaneció un día entoldado y sucio, bien presentado para la pesca. Los amigos de Juan llegaron anteanoche y, con objeto de no separarlos, yo me subí a los raudales de Covanera a conciencia de que no era el tramo más aconsejable.

A menudo he comentado la veleidad de la trucha, que puede brincar hasta hartarse en un sector de río y permanecer pasiva durante toda la jornada quinientos metros más abajo. Este fenómeno, como otros muchos en la pesca, no tiene una explicación convincente pero lo habrán observado todos los que anden en el oficio. Pues bien, tengo para mí que en el Rudrón estas irregularidades se producen con mayor frecuencia que en otras partes (o es, tal vez, que yo lo visito con mayor asiduidad). Pero ayer, por ejemplo, fue una jornada en la que al cambiar impresiones con mi hijo y sus amigos sobre las incidencias del día, podría pensarse que habíamos estado pescando en ríos diferentes. Quiero decir que a ellos, en la parte baja, se les dio muy bien, y a mí, en los reciales cimeros, muy mal; que las truchas hicieron por el mosco en San Felices y no se movieron en Covanera. Es cierto que ayer hubo, en punto a aguas, una diferencia sustancial entre los dos tramos: tomadas, levemente lodas, en cabecera, y transparentes a partir de medio coto, tres kilómetros más abajo. No faltará quien argumente: ¿Cómo puede ser que las aguas que bajan turbias en cabecera se aclaren luego solas? La paradoja es sólo aparente. El Rudrón es corriente de escasa enjundia y la opacidad que puedan comunicar a sus aguas el Moradillo o el Pozo Azul cabe que sea contrarrestada por los arroyuelos y escorrentías del recorrido siempre que estas aguas bajen limpias. Un río que nazca ligeramente empañado puede, pues, trocarse en transparente, propiedad de que no gozan las corrientes caudalosas de gran entidad. Pero, aun admitiendo esto, no queda lógicamente explicado que abajo las truchas se cebaran sin dejarlo durante cuatro horas y arriba apenas se observase un amago sobre la una de la tarde, hora en que acerté a capturar dos. Poco después, el río se cerró en banda y toda mi experiencia no me sirvió más que para atrapar otras dos en tres horas de ejercicio. Los chicos, en cambio, abajo, hicieron el agosto: Juan, cada día más seguro pescador, agarró el cupo y su amigo Vicente Pérez Mulet, que lleva pocas horas de vuelo en estos empeños, capturó ocho, que no está mal. Juan me dice, sin embargo, que, por encima del saldo

favorable, la demografía piscícola ha bajado mucho en el Rudrón. Hace cosa de seis u ocho años, en un día gris como el de ayer, la ceba de truchas era cosa de verse. El río bullía. Los peces puestos en una tabla de veinte metros eran incontables. Ayer, en cambio, fue una ceba moderada. Un pez aquí, otro allá. Pero la ebullición de antaño no se produjo en ningún momento. Esta pescata confirmó, de otro lado, que la dispersión de la trucha arco iris es absolutamente caprichosa. En las corrientes altas yo prendí una trucha indígena contra tres de repoblación, es decir, un veinticinco por ciento. Juan y Vicente, en su cesta global de veinte peces, no tenían más que dos arco iris, o sea, un noventa por ciento de autóctonas. La diferencia no puede atribuirse al azar. La distribución de estos peces es desigual, obedece a unas normas o querencias que yo, por supuesto, desconozco. Nos moriremos aprendiendo, cosa que en esta era previsora y supertécnica que vivimos no deja de ser consoladora.

Tres truchas en una cuerda

19 de abril de 1974

Mi hijo Germán, armado de pescador antes de desearlo, encajó una mañana de 1961 la boya en la copa de un chopo, empleó más de una hora en llegar a ella y desengancharla y, cuando bajó, me hizo entrega de los bártulos y me dijo:

–Toma, seguro que éste no es mi deporte.

Y hasta ahora. Pretender que nuestros hijos se aficionen a algo antes de pedirlo es tan aleatorio como aspirar a que se casen con las hijas de nuestros mejores amigos. Ni los pasatiempos ni las novias pueden buscarse por encargo. Mi hijo Germán, sin embargo, se avino a acompañarme un día –totalmente inerme–, hace un par de lustros, al coto de Bachende, en el Esla. A mediodía descendíamos del coche y a la una y media andábamos de regreso con una docena de hermosas truchas en la cesta. Aquel día llegué a sacar cuatro peces en cuatro varadas consecutivas en el mismo punto. Fue, aquélla, una jornada en que los peces podrían haberse pescado sin cebo, con una escarpia. Desde entonces, mi hijo Germán, cada vez que me ve preparar los trebejos, me dice con guasa:

–Si vas a Bachende te acompaño.

Empero, ayer estuve en Bachende y, afortunadamente para mi hijo, no me acompañó. Digo afortunadamente porque de esta manera puede conservar del coto la imagen pródiga del primer día, que a mí se me disipó hoy tras seis horas de lucha contra un río demasiado alto, bruñido por un sol de justicia.

Ahora –según dicen, dentro de unos meses– los acotados de Bachende y Escaro y hasta el mismo pueblo de Riaño van a desaparecer bajo las aguas de un pantano. Y diríase que Bachende, abrumado por su sino, era hoy un coto triste y cariacontecido. Ya el guarda me lo advirtió a mi llegada:

–La trucha se viene dando mal desde el lunes. Una cogieron ayer para probarla cuatro asturianos.

A mi lado se aviaba un compañero leonés.

–¡Leche! Sí que nos da usted ánimos.

El guarda frunció la frente y levantó los hombros.

–Ustedes lo podrán comprobar.

Y, efectivamente, lo comprobamos. De doce a dos, manipulando la cucharilla en varadas largas, no demasiado exigentes dada la anchura del río, prendí una por casualidad. Me puse a echar un taco al solillo,

contemplando las crestas blanqueadas de nieve en las alturas y el pausado discurrir del río. Entonces advertí mi error de presentarme en el Esla con aparejos de tres plumas, siendo así que mi caña admite cuatro, y seis o siete el río a explorar. Concluido el almuerzo, hubo unos instantes en que creí que iba a variar la conducta de los peces. Al primer lance conseguí un alevín de veinte centímetros, otra válida poco después y unos toques esperanzadores, a continuación, que no se tradujeron en nada práctico. Esto fue todo. Luego, el marasmo, aunque, a base de forzar las cosas, consiguiera otros dos buenos ejemplares –uno de medio kilo– en las tres horas que siguieron.

Ante la roncería de los peces, me desmoralizó más la faena de un ribereño con caña larga y seis moscos en hilera cuando, desde la otra orilla, me comunicó a voces la picada de un pez. El hombre recogía con precaución en la chorrera de fuertes raudales y yo lo observaba sin pestañear. Los tirones de la pieza eran violentos y divergentes y el aparejo dibujaba en el agua caprichosos zigzags.

–¡Son dos! –voceó, de pronto, el ribereño.

Y cuando, después de mil precauciones y tanteos, logró aproximarlas a la orilla, reparó en el prodigio.

–¡Son tres, oiga! ¡Traigo tres! –voceó.

Y con gran tacto y esmerada habilidad sostuvo a los peces en el agua, armó la sacadera y se hizo con ellos, uno por uno.

Aquello me desfondó. Por un lado me reprochaba haber acudido al Esla con una cuerda de tres moscos, pero por el otro, volvía a rondarme la idea de que un pescador urbano que se acerca al río quince veces por año, nunca podrá pasar del aprendizaje. Así se lo expuse a Zacarías, ya de retirada, pero él me consoló diciéndome que el tal ribereño había atrapado cinco piezas a lombriz por la mañana y otras cinco a mosco por la tarde –dos más de las tres que yo le había visto sacar juntas– y que, en cambio, había otros tres permisos que se iban sin catarlas, dos con una cada uno, otro con cinco y un último con siete, de forma que con mis cuatro ejemplares no tenía derecho a quejarme. Así será cuando él lo dice.

Pisuerga, «mon amour»

23 de abril de 1974

Del coto de Mave, en el Pisuerga, llevo volviéndome a Valladolid sin poder pescar dos o tres años. El Pisuerga es un río extremadamente sensible y unas veces empecina sus aguas el temporal y, otras, el pantano de cabecera. Sin embargo yo he hecho en Mave, en verano, alguna pescata aceptable y estoy seguro de que un virtuoso de la mosca seca podría hacer aquí verdaderos disparates, en número de peces y tamaño. Porque el Pisuerga, en todo su recorrido, es río con buena despensa. La ova prolifera en largos y peinados flecos y entre ella se desarrolla el cangrejo, cuyas crías son devoradas por las truchas con auténtico placer. Entre la ova y el cangrejo, la trucha del Pisuerga alcanza unas proporciones considerables, evidentes ya desde comienzos de temporada, cuando los peces de otros ríos menos favorecidos están escuálidos y blandos. Así, puedo decir que, si la memoria no me falla, nunca en mi etapa de pescador de truchas he conquistado, en punto a peso, una cesta tan positiva como la de ayer. Cuatro kilos y medio para nueve peces, nos da un promedio de medio kilo por pez, pero si consideramos que cuatro de ellos apenas rebasaban los doscientos cincuenta gramos, concluiremos que entre cinco truchas pesaron la friolera de tres kilos bien largos, o sea, una pieza de kilo cien, otra de ochocientos, dos de seiscientos y otra de más de medio kilo. El pescador que después de sacar del río estos pescados diga que no se ha divertido es que es un embustero o un aburrido de solemnidad.

Mi amor por el Pisuerga es pasión que viene de atrás –quizá por darse la rara circunstancia de que este río pasa por Valladolid. A partir de ayer, 23 de abril, mi amor por el Pisuerga se ha consolidado, ya que a la faceta sentimental debemos unir la interesada, eso que vulgarmente llamamos estómago –en este caso, aparejo– agradecido. Este afecto está más justificado si tenemos en cuenta que el clima no difería sustancialmente del que disfruté en el Esla hace cuatro jornadas: sol tibio, con unos levísimos celajes en las alturas, y un zarzagán demasiado áspero, poco de acuerdo con el calendario. La obsequiosidad del Pisuerga hay que valorarla cuando la ejerce en circunstancias no precisamente adversas pero tampoco propicias. Por añadidura, Máximo Cabria, viejo experto, que conoce este río como la palma de la mano, me había anunciado que, con el nuevo horario, la ceba se iniciaba a las dos y cedía sobre las tres menos cuarto, y que no esperara ejemplares grandes ya que la trucha que por estas fechas se

movía era racionera. Había, pues, que aprovechar los tres cuartos de hora, y evitar enganchones, desplazamientos y pérdidas de tiempo. Me busqué un tojo apropiado que desembocaba en una rasera, en un lugar donde se alternan ova y guijo en el lecho del río. Pasadas las dos no se veía un mosquito y empecé a temer por mi suerte. El ambiente se ensombreció aún más cuando, a las dos y media dadas, me mordió un magnífico ejemplar, pero entre mi situación prominente y mi torpeza desmanotada para armar la sacadera le di ocasión de partirme el aparejo de dos violentos coletazos. Mi desesperación aumentó cinco minutos más tarde al soltárseme otro bicho de gran tonelaje en la rasera de marras. Entonces tomé una decisión arriesgada: cruzar el río, establecerme en una islilla de cascajo –diez centímetros sobre la superficie del río– y prescindir de la tomadera de una vez por todas. En el fondo me mordía la convicción de haber desperdiciado las dos oportunidades del día, pero mi primer lance, en vertical, aguas arriba, desde la cascajera, tuvo éxito. La trucha se tragó el mosco salmón y yo la atraje hacia la isla fácilmente, pese al empeño del animal –que cabeceaba sin pausa– por refugiarse entre las melenas de ova. Los metros finales, sobre un lecho de guijos resbaladizos, de pendiente imperceptible, me permitieron encallar el pez sin mayores problemas. Era una pieza de casi un kilo que me apresuré a encestar para lanzar de nuevo al mismo sitio, sobre las ovas, allí donde la corriente dibujaba unos atractivos hileros. A los cinco minutos se trabó un nuevo pez, pez enorme a juzgar por su resistencia y el lomo que asomó unos instantes sobre los rizos del agua. Me introduje unos metros en el río y lo conduje tranquilamente al varadero. Entonces apareció ante mis ojos un soberbio ejemplar de más de un kilo que, en sus coletazos postreros, me enganchó la mosca saltona en la cazadora. Pero el pez ya no tenía escape. Pasé, sin embargo, unos instantes de zozobra, porque el anzuelo no se desprendía y, apremiado por el convencimiento de que estaba perdiendo unos segundos preciosos, lo despunté, dejando el aparejo con tres plumas. No fue obstáculo. Sin moverme arriba de cien metros, seguí atrapando truchas con leves intermitencias, truchas que invariablemente conducía al mismo varadero. Esta ceba efervescente –como pocas veces llega a disfrutar el pescador– duró los tres cuartos de hora que Máximo me había anunciado, mas, cuando amainó, mi cesta pesaba al menos lo que un morral con dos liebres. Como no soy hombre que se ofusque en la abundancia ni renuncie en la escasez, aproveché la pérdida de la cuerda en una leña invisible en medio del río para subirme al automóvil a echar un taco. Sobre las cinco, cuando volví junto al río, necesité más de cincuenta varadas para capturar el noveno ejemplar y, aunque estaba a una trucha del cupo, desistí para no forzar la suerte.

El nuncio y la merma

5 de mayo de 1974

Yo debí pescar en el Órbigo, en Santa Marina, anteayer, sábado, en lugar de ayer, domingo, pero cuando el jueves llamé por teléfono a mi amigo Agustín a la delegación del Icona, en León, falló la confirmación:

–¿Y qué es eso de la confirmación?

Mire usted, las nuevas normas piscícolas establecen que los permisos para turistas españoles son valederos en tanto no los solicite un turista foráneo, aunque sea posteriormente. Si surge un extranjero cuarenta y ocho horas antes del día en cuestión, el permiso será para él y al indígena se le buscará otro hueco. Esto es lo que me sucedió a mí la semana pasada, de forma que cuando telefoneé al Icona para obtener la confirmación, un funcionario me advirtió que, si no me parecía mal, aplazara la excursión para el domingo ya que «mi permiso» del sábado había sido solicitado por un pescador extranjero. Mi único consuelo fue enterarme, en la mañana de ayer, que mi sustituto en la ribera del Órbigo había sido nada menos que monseñor Dadaglio, nuncio de Su Santidad en Madrid. Y, en verdad, para un pescador con afición, casado por la Iglesia por más señas, constituye un motivo de satisfacción la apertura eclesial al hecho de que los nuncios se remanguen la sotana de vez en cuando, para pasarse el día pescando a la vera de un río.

–Y, después de todo, a usted poco le importaba pescar el sábado o el domingo, ¿no es así?

En teoría así es. Pero afirmar tal cosa es no conocer las veleidades del Órbigo. Este río, como todos los ríos trucheros, tiene sus caprichos y sus licencias. Y así, un día suelta la mosca sarnosa y otro día le da a la boga por subir a frezar, y otro día abren las compuertas arriba y todos sus proyectos de alcanzar un buen botín se van a paseo. Y no es que yo culpe a monseñor Dadaglio de mi medio fracaso de ayer –él desconoce, como yo, las exigencias del pantano– pero lo cierto es que el señor nuncio, con el cambio de fecha, me hizo la santísima –y no creo que esto pueda ser dicho nunca con mayor propiedad–, porque de la noche a la mañana vino la merma.

–¿La merma?

La merma, sí señor, tal como suena. Los ingenieros cerraron las compuertas de la presa, la corriente se redujo, el caudal se adelgazó y a la trucha no le quedó otro remedio que empozarse en los cadozos y tornas de las orillas. No desconozco que la regulación del agua por el

hombre, el hecho de que el hombre se enseñoree de la naturaleza, es una consecuencia de la era supertécnica que vivimos, pero la trucha no se ha enterado, no ha llegado aún a la era industrial, vive lo mismo que hace tres mil años y las mermas y las avenidas repentinas determinan sus hábitos y costumbres. Y la merma del domingo en el Órbigo no sólo fue fulminante, sino drástica, brutal, hasta el punto de que Patricio, el guarda, y Pastorín nunca habían visto un Órbigo tan enjuto y afilado, tan pobre y tan sin vida, de suerte que su cauce, en algunos tramos, no era más que un gran estero dividido en dos por un hilo de agua. Las perspectivas eran tan feas que ni Pastorín –cuyo asesoramiento busqué de nuevo– acertó a inquietar a los peces, pese a que ensayó todo tipo de moscas, incluso la favorita, con pelo rubión y cuerpo de pluma de pavo real. Este mosco abigarrado y suntuoso tampoco tentó a las truchas, que con toda seguridad no andaban en las raseras, apenas con dos dedos de agua. A base de mucho porfiar, conseguimos cinco de buen tamaño –desde este año la talla legal en este río es de veinticuatro centímetros–, pero no puede decirse que se dieran en ningún momento.

En cambio, los que hicieron el día fueron los cucharilleros que se presentaron en el río con el alba. Los peces, sorprendidos aún por la súbita merma, andaban concentrados en las cintas de agua de escasa profundidad y, al parecer, de mañana, siguieron al engaño con auténtica codicia, hasta el punto de que un grupo de cuatro amigos lograron once capturas en un par de horas. El número no es exagerado pero los ejemplares eran dignos de verse (entre el medio kilo y el kilo y medio). Al poco rato, los peces abandonaron las raseras, cada vez más delgadas, y el grupo apenas consiguió algo con la cuerda. La situación era tan negada que ni mi buen amigo el doctor Bausá, astorgano y maestro de la tralla, pasó de cuatro, cuando yo lo he visto, hace dos lustros, hacer el cupo en el Omaña en hora y media, mientras yo trabajaba horas extraordinarias para lograr dos peces con la cuerda.

En una palabra, el Órbigo sacó a relucir una vez más una de sus tretas para defender sus peces. En lo sucesivo, uno habrá de encomendarse a todos los santos antes de arrimarse a este río y pedirles devotamente que libren nuestra jornada de moscas sarnosas, frezas de boga, mermas repentinas y competencias de nuncios. Así sea.

El gran zepelín

11 de mayo de 1974

La insistencia en estos menesteres de la pesca es una actitud pueril. Me refiero ahora al afán por volver a un coto que por alguna razón nos resultó favorable un día. La suerte no suele entrar dos veces por la misma puerta. Si fuese de otra manera, la banca de Montecarlo hace muchos años que hubiera dado de culo. Mover cielo y tierra para conseguir otro permiso en Mave en un plazo de tres semanas fue, pues, por mi parte, un encandilamiento infantil. En mi memoria tenía grabados los gloriosos minutos del pasado 23 de abril, en particular la pesca consecutiva de cuatro peces que en conjunto pesaron tres kilos y el ejemplar de cerca de dos que me llevó la cuerda consigo. Evocar estas escenas e imaginar que, colocado en el mismo sitio y a la misma hora, se iba a repetir el lance fue mi equivocación.

Apenas llegado al Pisuerga, el guarda me advirtió que ni de broma iba a hacer la cesta del otro día.

–¿Y eso por qué?

–Mire usted, desde hace unos días la boga se ha puesto a frezar y, en teniendo hueva de boga, la trucha no quiere moscas ni cucharillas. No se molesta.

Me eché a temblar porque tenía reciente mi fracaso en el Órbigo por este motivo. Mantuve, sin embargo, una cierta esperanza, ya que si la boga freza en Santa Marina a primeros de abril no hay razón para que en altitudes parejas lo haga en Palencia mes y medio más tarde. Empero, así fue. La indiferencia de los peces por la cucharilla durante la primera hora me convenció de que no estaban por la labor. En vista de ello puse la cuerda antes de tiempo, a la una (las doce por el sol), con la buena fortuna de que a los veinte minutos atrapé un bonito ejemplar. La captura, en un día tan adverso, me animó. Minutos después enganchaba en el rastral otro ejemplar, pero a medio recorrido se soltó y, ante mi pasmo, no porque estuviera mal prendida sino porque el asa de la boya se quebró como si fuese de vidrio (algún día, supongo yo, habrá que escribir un pequeño tratado sobre las mil y una maneras que tiene el pescador de perder una trucha que creía ya en la cesta). A partir de aquí transcurrieron dos horas en perpetuo bostezo. Nada. Ante tamaña pasividad, y sin darme cuenta, fui introduciéndome paso a paso en el río, entre berreras e islotes de ova, hasta que el agua me alcanzó a los muslos. Desde allí comencé a lanzar a las aguas altas y, en una de las varadas, en pleno desánimo, sentí el bronco tirón de una trucha grande. Mi situación, con el agua a

dos dedos de la boca de las botas y un cascajo escurridizo, sin cadenas ni herraduras que me sujetaran los pies, era verdaderamente comprometida.

Por si esto fuera poco, el archipiélago de ova me cercaba por todas partes y únicamente contaba con unos angostos pasillos para conducir al animal hasta la lejana orilla. Nunca he tenido serenidad para trastear a un pez grande, pero ayer, en las condiciones descritas, terminé por perderla del todo al advertir que la pieza enganchada andaría cerca de los dos kilos. Entonces inicié mi calvario hacia la ribera, dando cara al pez, arbolando la caña cada vez que hociqueaba, tratando de evitar por todos los medios que se ocultara bajo los flecos de ova. Fue un trance de altísima tensión ya que, sobre los tremendos tirones del pez –que acababa de descubrirme–, estaban mis resbalones en la babina cada vez que movía una pierna. Por un instante pensé en la tomadera, abatida a mi costado, pero cuando pretendí armarla, después de asegurar el carrete, observé que uno de sus brazos no engranaba, pese a la violencia de mis impulsos. Ante este nuevo contratiempo, opté por cansar al animal, a pesar de que a cada uno de sus solemnes coletazos el corazón se me escapaba por la boca. Durante varios minutos peleé con él, acompasando la disposición de la caña a sus desesperados intentos, evitando cuidadosamente que se escabullese entre las berreras. Fue un duelo emocionante, en el que yo, inmovilizado en medio del río, iba recogiendo hilo poco a poco, acuciado por dos preocupaciones inmediatas: mantener el pez en los estrechos de agua profunda y sincronizar los movimientos de mi muñeca a sus tirones intemperantes para evitar la rotura del aparejo. Paulatinamente la trucha fue perdiendo bravura –¿cuánto tiempo lucharíamos?–, se fue entregando, se escoró, mostró totalmente el flanco, de manera que pude traerla mansamente hasta mis pies y descubrir que, aparte del mosco que había mordido –el salmón, el que mejor me ha pescado esta temporada–, tenía el resto del aparejo ovillado alrededor de las agallas. Su mínima resistencia me permitió conducirla dócilmente hasta un insignificante islote de ova con cuatro piedras donde la embarranqué y capturé. Minutos después, extendido el gran zepelín en la yerba de la ribera, respiré a pleno pulmón y me recreé en su contemplación. Pocas piezas como ésta –un kilo ochocientos gramos– recuerdo en mi vida de pescador. Un ejemplar tan bello compensa de muchas contrariedades y justifica tantos ratos –cinco horas hoy– pasados infructuosamente junto al río con una caña en la mano.

Sorprendente Rudrón

13 de mayo de 1974

Por simple curiosidad, yo propondría a mis amigos pescadores una cuestión, a saber, que me describieran un día apto, la jornada ideal, a su entender, para pescar una corriente con mosco ahogado. A buen seguro, seríamos muchos, por no decir todos, los que coincidiríamos. De entrada, los conspicuos elegirían una mañana queda, de cielo entoldado, quizá no uniformemente entoldado, pero sí con nubes aborregadas, de diferente espesor, de modo que, a veces, en pleno día, semejara que advenía la noche, y otras, las menos, unas nubes más tenues permitiesen filtrarse tímidamente algún rayito de sol. Allá, sobre las dos y media de la tarde, uno pediría un buen chaparrón, un aguacero tamborilero y copioso que depositase mosquitos sobre el río y alborotase por unos minutos las aguas mansas. Tras el chaparrón, vendría la escampada, preferible no absoluta, de manera que el cielo continuara refrescándonos con un suave sirimiri como garantía de movimiento y oscuridad. Más tarde –a las cuatro, que son las tres–, no vendría mal otra aguarradilla abrileña que volviera a recordar a los peces que andamos en primavera y que su obligación secular a media tarde, en este tiempo, es despegarse del cascajo del fondo y emerger de vez en cuando a la superficie a paladear mosquitos. Esto y un río en su punto, ni inflado ni indigente, serían seguramente las condiciones óptimas para una buena pescata a la pluma.

–¿Y no pediría usted nada más?

–Yo pienso que no. Habiendo peces en el río, en estas condiciones no creo que nadie necesitase más de un par de horas para hacer el cupo.

Poco más o menos, estas reflexiones me hacía yo ayer, festividad de San Pedro Regalado, patrono de mi pueblo, cuando a la una y media, bajo un cielo oscuro, amenazador, disponía una cuerda abigarrada de cuatro moscos a la vera del Rudrón. Mi proyecto era recorrer con la pluma la parte baja del coto hasta las cinco o cinco y media de la tarde. A última hora agarré la caja de las cucharillas por aquello de que metido en aventuras de pesca nadie sabe lo que puede pasar. Y lo que pasó ayer en el Rudrón hasta las, cuatro y media de la tarde fue exactamente esto: nada.

–¿Cómo que no pasó nada?

Bueno, como pasar, pasó que me harté de coser el río, arriba y abajo, con la cuerda; que aproveché las chaparradas ocasionales para recorrer los tramos más aparentes; que soporté el abrumador aguacero

de las tres de la tarde a pie enjuto; que cuando, tras el aguacero, apuntó en el cielo una tímida luminosidad, continué registrando el río con toda mi santa paciencia… Bien, pues todo esto para nada. Salvo el afloramiento de una truchita que no llegó a morder y el prendimiento de dos alevines, el río no dio más de sí.

Visto lo visto, decidí regresar. Había salido el sol, que ahora lucía en todo su esplendor, con lo que el día bueno –o sea malo– se había convertido en malo –o sea bueno (todo depende de que uno sea o no sea pescador)–, y para no repasar el río con el mismo señuelo coloqué una cucharilla del 3, dorada y con pintas azules. Al primer lance, una trucha siguió al engaño hasta mis pies. Dos varadas después, agarraba la primera dejando hundir la cucharilla en una poza y recogiendo de abajo arriba. Unos metros más allá, a contracorriente, prendía la segunda. A los cinco minutos la tercera y, tres cuartos de hora después, tenía encestadas media docena, amén de otra media que se me fue por falta de río. Una cesta lastimosa se convirtió así, como por arte de birlibirloque, en una cesta lucida, utilizando un procedimiento –la cucharilla– que puse en práctica únicamente por variar. Y el cambio se produjo a partir del momento en que las nubes dieron paso al sol, esto es, cuando la jornada se puso mala para la pesca. Y, entonces, se me ocurre pensar, bien que contra toda lógica piscícola: ¿qué hubiera sucedido si en vez de poner la cuchara a las cuatro y media de la tarde la pongo a las dos? ¿Por qué estas veleidades? ¿No era ésta, teóricamente, una jornada pintiparada para la pluma? ¿Qué sabemos, en puridad, de la trucha salvo que es pez difidente y escurridizo y manjar suculento en el plato? Tal vez, apurando argumentos, ayer influyera en el Rudrón un elemento negativo: el viento sur. Tal vez. Pero ¿es bastante? ¿Quién no ha pescado truchas en abundancia en días oscuros con viento sur?

La trucha adelanta la hora

10 de junio de 1974

Desde mi medio fracaso abrileño en el Esla, en Bachende, me hice el propósito de volver por estas aguas. Cuatro o cinco piezas no son pesca para este río. Los aficionados leoneses suelen dividirse en *orbiguistas* y *eslistas,* es decir, partidarios del Órbigo y partidarios del Esla, y yo, puesto a escoger, me quedo con este último, río más vivo y accidentado, más sorprendente y con un entorno infinitamente más bello. Estética al margen, a mediados de junio a la trucha hay que subir a buscarla a la montaña. Me refiero a la trucha trajinada con cuerda, puesto que el que la trabaja a cucharilla o a látigo puede buscarla en cualquier parte. De modo que volví por Bachende en un día en que, repentinamente, cedió el bochorno que ha dominado la primera decena de junio, y saltó un norte insistente, no demasiado frío, pero que aconsejaba el chaleco y la cazadora. El río, en menguante, parecía apto para la cucharilla, pero aunque recorrí medio coto alternando la plateada y la dorada con pintas rojas no conseguí un solo toque en casi dos horas de actividad. Decepcionado, y aunque no eran más que las doce menos cuarto de la mañana –las once escasas por el sol–, puse la cuerda para registrar la salida de la confluencia de dos brazos de río muy agitados, allí donde las aguas se ondulan y el mosco se balancea sin avanzar. La pluma mecida suele ser muy pescadora. El secreto radica en no recoger la boya nada más terminar su recorrido; hay que dejarla bailar en la orilla un tiempo prudencial. En estos casos, jugando con habilidad la saltona, no es difícil encandilar a algún pez aunque éstos todavía no estén puestos. Tal me sucedió esta mañana. Mi invitación inicial fue inmediatamente correspondida por una trucha de buen tamaño ante mi propia sorpresa, ya que la hora resultaba demasiado temprana para la mosca. Pero a ésta la siguió otra y, después, otra, de tal modo que a mediodía –guiándome por el sol– había juntado cinco ejemplares sin moverme más allá de veinte metros. Esto me llevó a soñar en un cupo rápido, pero apenas abandoné la confluencia de aguas alborotadas, los peces se retrajeron. De una a dos y media, en tramos muy atractivos, en los que predominaban las raseras, no hice nada y, como la hora invitaba a ello, subí al coche a echar un remiendo.

Según comía, sobre los rabiones cimeros, un nubazo cárdeno se fue instalando en el vallejo, ensombreciendo las aguas y obligándome a apresurar el almuerzo, pues era notorio que la hora y las circunstancias venían a coincidir para facilitar una buena pesca. Dejé

la merienda a medio comer y descendí al río, con tan buena fortuna que en veinte minutos atrapé cinco truchas, ninguna inferior al cuarto de kilo. Pero, al desclavar la última, la nube terminó de pasar, floreció el sol y, súbitamente, se acabó lo que se daba. La experiencia de hoy, si no tuviera otras recientes, sería suficiente para evidenciar la influencia del sol en la ceba de las truchas. Porque es incontestable que si la sombra de la nube se sostiene cinco minutos más yo hubiera regresado a casa con el cupo a las tres y media de la tarde, pero la irrupción del sol me obligó a trabajar el río con la cuchara durante tres horas más para conseguir las dos que me faltaban.

Día extraño éste. Los peces se han dado a rachas y en lugares muy escogidos y concretos. La prueba está en que me ha bastado algo más de una hora para capturar diez truchas, mientras las dos restantes me han exigido seis. En cualquier caso, la trucha del Esla a estas alturas, rubia y grasienta, es una trucha exquisita, que sólo por su bocado ya justifica el desplazamiento. Habrá que esperar, ahora, a otras excursiones para confirmar si los peces, conscientes de los problemas energéticos de los hombres, han adelantado también el reloj o lo de hoy ha sido pura casualidad.

El cangrejo a millón

4 de julio de 1974

Ante la amenaza de descaste del cangrejo, los departamentos piscícolas del Icona, con muy buen acuerdo, han decidido tomarse las cosas muy en serio. La comercialización ha llevado al cangrejo al límite de su resistencia como especie. El otro día informaba la *tele* que en Madrid se pagaban a mil pesetas el kilo y, en determinados bares, a setenta la unidad. La cotización del cangrejo ha subido de tal manera que su precio hace bueno el de la marisquería. Resultado: al cangrejo se le busca hoy dentro y fuera de la ley. La posibilidad de amasar una fortunita, con un poco más de esfuerzo, pero con menos riesgo que atracando un banco, concentra hoy en las corrientes de agua peninsulares verdaderos ejércitos deportivos. Con objeto de atajar el mal, el Icona ha dictado una serie de medidas o, por mejor decir, ha hecho más drásticas las que ya existían desde hace años. Así, de una tolerancia de diez docenas se ha pasado a un máximo de seis y media –ochenta piezas exactamente– y los cuatro días hábiles de la semana se han reducido a tres: jueves, sábados y domingos. Las precauciones en los diferentes distritos son más o menos elásticas de acuerdo con la situación. Valladolid, por ejemplo, ha vedado cinco de sus ríos tradicionalmente más cangrejeros –Esgueva, Sequillo, Trabancos, Valderaduey y Valcorba–, mientras en los cotos de Burgos la temporada se ha reducido a un mes, el de julio. Las medidas, como se ve, son extraordinariamente severas. Sin embargo, estos animalitos de la cola de oro seguirán siendo perseguidos. El ingenio español, especialista en ardides para burlar la ley, ha entrado de nuevo en funciones y, en vista de la vigilancia de la guardería y de los registros de automóviles al final de la jornada, ha alumbrado una nueva estratagema: el amigo que a la hora Y y en el punto Z aguardará con el automóvil para llevarse los cangrejos pescados hasta ese momento. El guarda, que puede presentarse cinco minutos más tarde o al finalizar la jornada, no podrá, por mucho que busque, demostrar que el pescador Fulano ha rebasado el tope de capturas. Los papeles, por mucho que proliferen, no serán suficientes para preservar al cangrejo. Al cangrejo se lo llevará la trampa –o mejor dicho, los tramposos– en los caudales pequeños y subsistirá en las corrientes de cierta entidad –acotadas y guardadas–, donde su aprehensión es más laboriosa. En tanto el cangrejo entre en el juego normal de oferta y demanda mucho me temo que las disposiciones restrictivas, por mucho que se aquilate, resultarán, si no vanas, sí insuficientes.

Entre los ríos donde el cangrejo, pese a todos los abusos, debe pervivir, está el Rudrón, en el tramo bajo de San Felices. La pesca de ayer tarde así me lo demostró. Hacía años que no pasaba tan buen rato pescando cangrejos. Creo que con decir que a las siete de la tarde echábamos los reteles y a las ocho y media, todavía con sol vivo, abandonábamos el campo, está dicho todo. Y en esta ocasión no cabe atribuir el éxito al magnífico bazo que nos trajimos de Valladolid, ya que otra cuadrilla, ribera abajo, sacaba también cangrejos con unas piltrafas de bofe de buey. Y otro dato a consignar, realmente esperanzador: en toda la jornada no hubo que devolver al río una sola pieza por corta de talla. Los ochenta cangrejos que sacamos del Rudrón –ciento dos para ser exactos, pues a última hora, vista la abundancia, seleccionamos el fardillo– eran, todos ellos, cangrejos de envergadura, de pinza gruesa y cola ancha. Es cierto que, como suele ocurrir siempre a principios de temporada, vadeaba el macho y el alevín, en estas condiciones, no se decide a competir por la carnada. El fenómeno, de todos modos, es inusual, como es inusual el hecho de que, sin dar reposo a los ocho reteles, saltando sin pausa del último al primero, únicamente tres salieron vanos. Esto, a pleno día, es verdaderamente raro y significa que, apurando la tarde y en un régimen piscícola de total libertad –o sea, aprovechando las reteladas nocturnas–, hubiéramos podido alcanzar fácilmente las veinte o treinta docenas.

De retirada, en el puente, nos tropezamos con un grupo de Salas –también con un buen fardillo– que puso reparos al cangrejo del Rudrón desde un punto de vista gastronómico. Anduve discutiendo un rato con ellos ya que a mí este cangrejo, con todos los respetos para el del Urbel, que goza de justo renombre, me parece un bocado excelente. La cola de estos cangrejos es como debe ser: prieta, tiesa y sabrosa. Y a las cabezas, jugosas, de un gusto matizado, no excesivamente putrefacto, no cabe objeción que hacerles. Tal vez mis sutilezas gastronómicas no sean demasiado refinadas y no sea capaz de llegar a la última diferencia, pero mi experiencia de cuarenta años –como pescador y devorador de cangrejos– creo que me da alguna autoridad en este terreno.

La piscifactoría

5 de julio de 1974

Hoy cogí en el Rudrón dos truchas con la mosca y tres con la cucharilla. Nada de particular. La sorpresa me la deparó la gran explanada que están abriendo en la margen derecha, a la salida de Covanera. Nadie me había hablado de una obra allí y al ver las dimensiones de la base pensé en una industria de cierta categoría. Me eché a temblar. Para el Rudrón, una industria en su ribera podría significar, sencillamente, la puntilla. Charlando luego con unos y otros en la taberna de San Felices, me informé de que lo que se construye allí es, ni más ni menos, una fábrica de truchas o, por decirlo técnicamente, una piscifactoría. La cosa no es que me entusiasme pero entre una alcoholera o una azucarera y una industria de peces, me quedo con esta última. Esto no obsta para que la novedad me parezca deplorable por dos razones: la primera; porque una piscifactoría, aunque el agua sea su ingrediente esencial, no es cosa limpia. Hay en ella desechos alimenticios, excrementos, etc., que van a verter al río. Y con tales vertidos no sólo se mancilla el agua sino que se comunica al río cualquier enfermedad incubada en aquélla. La segunda razón es específicamente deportiva: la escasez de truchas del Rudrón será remediada, si no me equivoco, con la insulsa arco iris que se producirá en la «fábrica», a unos metros de su orilla.

Pero, tal vez, mejor que elucubrar sea traer a colación el ejemplo del Najerilla, río enormemente truchero que ha entrado en decadencia –en lo que a truchas autóctonas se refiere, casi en la agonía– coincidiendo con la instalación de una piscifactoría en sus márgenes. Creo que en estas notas dejé constancia de lo acaecido en aquel río logroñés. El cupo –casi garantizado– ha dejado de ser el cupo suculento de trucha nativa para pasar a ser un cupo de trucha manufacturada. Al que ocasionalmente se arrima a un río para ensayar la mosca o la cucharilla tal vez estos distingos no le digan nada, pero al pescador-pescador, al pescador fetén, sí se lo dirán con toda seguridad. El pescador deportivo prefiere un par de truchas nacidas y criadas en el río que dos docenas de truchas excautivas depositadas allí, para su divertimiento, por una mano generosa. Es un matiz que no irritará a aquel que únicamente aspire a llenar la cesta, pero sí al pescador sensible que lo que busca en el río no son gestos altruistas, ni dádivas liberales, sino una limpia competencia con el pez.

De otro lado tenemos el hedor que despide el Najerilla de un tiempo a esta parte y las endemias que periódicamente diezman su población

truchera. Puede ser que ninguna de estas cosas tenga relación con la piscifactoría, ya que nadie ha demostrado que así sea, pero tampoco se ha demostrado, que yo sepa, que la pestilencia que desprende aquel río en cuanto aprieta el calor y las crecientes mortandades de peces oriundos no tengan nada que ver con ella. Por si las moscas, y en vista de que el mal parece inevitable, discreto será que las autoridades piscícolas exijan aquí una depuradora y unas condiciones sanitarias impecables a fin de evitar lamentaciones extemporáneas, pensando en lo que a su debido tiempo pudo hacerse y no se hizo.

Fugitivos

8 de julio de 1974

La tarde ayer no pintó mal aunque pudo pintar mejor. Con la trucha esto es habitual, por no decir cotidiano. En pocas palabras, en mi devaneo piscícola de ayer atrapé dos truchas chicas y una de medio kilo. El balance en tan poco tiempo –tres horas– y a estas alturas no es malo, pero el hecho de haber perdido dos ejemplares –uno de ellos de tres partes de kilo– cuando prácticamente los tenía en la mano, me induce a minimizar lo conquistado.

Esto de los peces que se sueltan constituye un problema sin solución. Hay quien, como yo, se irrita mucho ante estos contratiempos por la sencilla razón de que con haber estimulado la picada y conseguido el enganche inicial ya se cree con derecho al pez. Y el derecho al pez no existe hasta que el duelo concluye. Y el duelo no concluye en tanto el pescador no desnuca a su adversario y lo deposita cuidadosamente sobre los lirios y helechos que forran el fondo de la cesta.

A pescadores muy duchos he oído decir que, por término medio, no se consiguen más que el cincuenta por ciento de los peces que se prenden en el anzuelo. Se refieren, obviamente, al promedio por temporada, ya que hay excursiones en las que uno atrapa el cupo sin registrarse más de dos evasiones y, al contrario, días de diez enganchones y dos tristes capturas.

Empero, el porcentaje antedicho quizá sea excesivo, al menos en lo atañedero a la cucharilla. Con la pluma, dado su minúsculo anzuelo, un anzuelo que sujeta poco, es posible que se desprendan el cuarenta o cincuenta por ciento de las truchas, pero con la cucharilla no. Para que una trucha se suelte del triple anzuelo de la cuchara es necesario que no haya mordido bien o que nosotros, en nuestro apresuramiento, rasguemos la piel o el tenue cartílago donde el anzuelo ha hecho presa. Si nos enfrentamos con el río bajo esta disposición de ánimo, el desaliento es improcedente.

Salvo errores o movimientos desmanotados de principiante, la trucha que se va es porque tenía que irse. Lo que ocurre es que cuando se va una trucha uno lamenta no haber hecho lo contrario de lo que hizo, aunque lo más probable es que, de haber hecho esto, el pez también se hubiera largado y uno estaría lamentando no haber puesto en práctica el movimiento primero.

Ayer, por ejemplo, yo enganché la trucha grande a mis pies, con obstáculos a ambos lados y un banzo hasta el agua de más de medio

metro. La operación fue bonita, ya que lancé la cuchara aguas arriba, afeitando las hierbas de mi propia orilla. La zona es pródiga en huecos y cuevas, donde los peces se guarecen del sol en las horas centrales del día. Pero por una de esas raras intuiciones que tenemos a veces los pescadores, yo, al hacer el lance, tuve fe y me dije: «Va a arrancarse una». Y a medida que el señuelo progresaba hacia mí, el pálpito se hacía más firme: «Ahora, ¡ahora!, ¡¡ahora!!», iba diciéndome para mis adentros. Y justamente en el momento en que el engaño concluía el recorrido, es decir, debajo mismo de mis pies, irrumpió como un relámpago un hermoso ejemplar que se tragó sin vacilar los tres anzuelos. ¿Qué hacer en un trance semejante? La trucha, muy entera, caracoleaba con fuerza y extraerla a pulso, en esas circunstancias, hubiera sido temeridad. Darle carrete parecía asimismo disparatado, ya que a mi izquierda había un laberinto de ramas y raíces y, enfrente, las salgueras, desmayadas sobre el agua, ofrecían un peligroso refugio. Entonces opté por mantenerla, sujetarla con el metro de hilo que tenía en juego y tratar de conservarlo tenso neutralizando sus tirones, aguardando a que se cansase. No obstante, su proximidad a la orilla era tal, que, sin ceder yo un ápice, ella consiguió, arqueando levemente el puntal de la caña, introducirse en la concavidad de donde había salido. Mi tironeo discreto para sacarla de allí fue vano. Se diría que algo obstaculizaba la salida del pez. En vista de mis reiterados fracasos, tomé una resolución heroica: me tumbé boca abajo en la sirga, estiré el brazo, agarré en corto el sedal y forcejeé hasta que noté vida en el extremo. Entonces fui tirando poco a poco, metódicamente, hacia fuera, pero antes de ver al pez, el hilo cesó de vibrar y apareció la cucharilla vacía. Mi mal humor se desató. ¿Por qué –me preguntaba– no he intentado sacarla a pulso en el momento en que picó? Pero hoy, en frío, sé que de haber ensayado este procedimiento, la trucha hubiera escapado también y a estas horas estaría reprochándome no haber actuado con mayor serenidad. Este tipo de contrariedades son irreversibles y debemos aceptarlas con deportividad.

Dos tardes de julio

9 y 10 de julio de 1974

Hilando fino, estas pescas veraniegas no son pescas formales sino gratos paseos vespertinos junto al río con la caña en la mano. En tiempos no muy lejanos, el día que yo tenía permiso para un coto me levantaba a las cuatro de la mañana y la primera luz me sorprendía vareando la corriente. Estas horas, en las que el día se incuba, suelen ser las más adecuadas para pescar truchas en estos meses. Lo que pasa es que uno, con los años, propende a la vida canonical, rehúye los madrugones y en lugar de aprovechar el permiso para tantear el río durante los dos crepúsculos, prefiere pasar durmiendo el matutino y dedicar el vespertino a ver lo que estas aguas o aquellas otras dan de sí. Estas pescatas de apenas tres horas resultan agradables, higiénicas y descansadas. Y aunque las presas suelen ser parvas –a veces, parvísimas– nunca falta el detalle emocionante o pintoresco que recordar y comentar con los chicos en casa.

Ayer, pongo por caso, saqué una trucha, una sola, de cerca de medio kilo, pero es tal vez la vigésima que extraigo en este rincón del Rudrón y la segunda en esta temporada. Los entendidos dicen que las truchas, como los pájaros, disponen de sus territorios y cazaderos, de tal modo que, cuando por fas o por nefas, un pez desaparece es inmediatamente sustituido por otro. El «a rey muerto, rey puesto», tiene plena vigencia en el monte y en el río. Y si esto es así, parece lógico que sean el pájaro y el pez más fuertes y decididos los que ocupen los mejores cazaderos vacantes. Esto explica, también, que las truchas prendidas en este rincón –uno de los más estratégicos del río– sean invariablemente peces tamaños.

Pero más asombroso aún que el que yo saque ahí dos peces por temporada, es pensar en los incontables que sacarán otras cañas, ya que el rincón es tan incitante que no hay pescador que pueda pasar por él sin sentirse tentado. Estos ángulos del río hay que explorarlos. Se trata de un remanso en la otra orilla, preservado por un tupido matorral que se adentra en el río. Éste se estrecha, con lo que la corriente se acentúa, mientras detrás de la salciña las aguas permanecen estáticas y someras, pese a verter allí el breve chorro de un manantial invisible. En este cachón, entre el chorrito y la torrentera, acecha inevitablemente una buena pieza que va siendo suplantada por otra a medida que aquélla es sustraída. El lance, en estas condiciones, es de cajón: debemos tratar de posar la cucharilla allí donde el chorro de la pequeña cascada conecta con el río. De

ordinario, la trucha acechante no permite al artilugio salir de la plataforma de aguas someras, pero otras –no pocas– lo persigue en ellas para atraparlo en el recial, en el momento en que la cucharilla dibuja un semicírculo para cambiar de sentido.

Ayer, el ejemplar tiró el bocado y se enganchó antes de que la pala de la cuchara empezase a girar, pero, de inmediato, se echó a la corriente y me costó Dios y ayuda cobrarla ante su obstinada resistencia. La captura, apenas iniciado el paseo, me llevó a pensar en una tarde excepcional, pero a partir de este momento ni la cuchara ni la pluma dieron resultado.

En cambio hoy, pese a ponerme a las siete de la tarde dadas, conseguí seis piezas en veinticinco minutos, tras dos largas horas estériles de apalear el río. A las nueve menos cuarto, por contra, sin cambiar de sitio, clavé dos lanzando a la tabla alta de una cascada, dejando resbalar la cucharilla hasta precipitarse en la espuma. Estas varadas suelen ser eficaces ya que, de ordinario, los peces aguardan más el alimento que arrastra el río que el que cae del cielo. El riesgo consiste en que la cuchara tropiece en las piedras del dique, con lo que puede perderse la oportunidad e, incluso, la cucharilla.

Estos dos éxitos, absolutamente inesperados, parecieron poner en movimiento al resto de los peces, ya que cien metros río arriba entró otra pieza curiosa y, diez minutos después, otras tres, con tal codicia que se zamparon los tres anzuelos y con una de ellas hube de hacer una verdadera operación quirúrgica para desprenderla.

Lo más insólito del caso es que esta cesta acelerada fue conseguida con una cuchara grande, dorada, en unos minutos en que las truchas empezaban a cebarse al mosquito, muy abundante en la atardecida.

El secreto de Juan

30 de julio de 1974

Las aguas templadas del Pisuerga se adornan en este tiempo con la flor de la ova, con lo que hay extensos tramos del coto de Mave donde no se puede soñar con hacer girar la cucharilla (todo son tropiezos y enganchones) y, en tales circunstancias, no resulta fácil lograr algo de provecho. Ante estas dificultades cedí los bártulos a Juan, quien durante las dos últimas temporadas me ha demostrado ser un virtuoso de la cucharilla. Mi propósito –al igual que hice en Santa Marina con Pastorín con la cuerda– era estudiar la manera de desenvolverse de mi hijo que, en el mismo medio e idénticas circunstancias, sabe sacar del río doble partido que yo. De entrada, Juan me demostró ser preciso –de una precisión matemática– en el lanzamiento. Su registro en los pasillos de agua, entre islotes de ova, fue diligente y cabal. No importa que no mordiera trucha; lo aleccionador para mí fueron su método riguroso y su exactitud.

Paso a paso subimos corriente arriba hasta alcanzar un punto donde las riberas se enmarañan y las aguas se dividen. Generalmente, cuando yo tropiezo con estos obstáculos, los salto y voy en busca de lugares más expeditos. Y ahí está mi error, como pude deducir de la conducta de Juan. Mi hijo, con sus diecisiete años, es capaz de entrar donde no entraría una culebra. Nada importan las leñas, las zarzas ni la maleza. Él se abre paso a costa de muchos rasguños y desolladuras, eso sí, pero se aproxima a un brazo de río donde no lo hizo caña alguna al menos en tres temporadas. El señuelo brillante en el agua es algo insólito para los peces que moran allí, con lo que la trucha, sin maliciar, entra a por uvas sin excesiva renuencia. Naturalmente, lo peliagudo en estos casos no es que la pieza pique –a costa de varadas inverosímiles, en ocasiones no más largas de metro y medio– sino sacarlas de su medio estando enteras, entre la balumba de obstáculos que dificultan la acción. Pues bien, yo he visto a mi hijo lanzar en unas corrientes de un metro de anchura, a horcajadas sobre un camal, con salgueras arriba, abajo y a los costados, pero con tal malicia y precisión que por tres veces y en lugares diferentes enganchó tres ejemplares de lujo –cerca del kilo–, dos de ellos que se soltaron en sus mismas barbas y el otro que conquistó después de dura brega.

Ante esta evidencia –en una jornada totalmente negada en los espacios abiertos–, llegué a la conclusión de que el secreto de mi hijo es, de un lado, su destreza poco común, y, de otro, el saber llegar al río, poner en marcha la cucharilla donde las truchas todavía no la

conocen. Ciertamente el premio fue corto –un pez de novecientos gramos–, pero la voracidad de las truchas en estos tramos ocultos del río, su avidez ante la hojalata, no cesaron en las dos horas que permanecimos allí, deparándonos un rato emocionante e inolvidable.

La despedida

14 de agosto de 1974

¡Adiós a la trucha hasta el año que viene! Esta jornada de despedida me reservó un revés y dos pequeñas satisfacciones. El revés provino de la caña reparada hace cosa de medio año que aún no había utilizado. El puntal que me colocaron no era de una pieza, sino de garganta superpuesta, y el filo alto de la misma mellaba el hilo a medida que lanzaba y recogía. El resultado fue desastroso. En menos de una hora dejé entre la fronda y en las piedras del río media docena de cucharillas. Hasta que advertí la deficiencia me hacía de cruces pensando en la fragilidad del hilo, pero cuando descubrí de qué se trataba, regresé al coche y cambié de caña y de carrete. La cosa empezaba bajo mal signo (a la avería de la caña hay que unir la horrorosa canícula de la tarde, uno de esos bochornazos de agosto que no le dejan a uno ni respirar) y a las ocho y cuarto aún no me había estrenado. Justo a esa hora se produjo la primera satisfacción: el apresamiento de la trucha acechante de la poza de Valdelateja, vieja conocida mía. A este ejemplar, sorprendentemente oscuro para el Rudrón, vital e incansable, lo tenía localizado desde que era alevín sobre una peña clara, sumergida en un tojo de aguas cristalinas, próximo al balneario, de manera que bien puede decirse que, literalmente, a esta trucha la había visto nacer, lo cual agrega a lo deportivo una faceta sentimental. Creo que ni una sola vez en mis frecuentes paseos por este río dejé de verla, inmóvil sobre la piedra, subiendo de repente a la superficie para engullir un mosquito y retornando, de inmediato, a su observatorio habitual. La trucha, tan pronto me divisaba, avanzaba lentamente y, lentamente, se ocultaba tras el peñasco. A mi regreso, la encontraba de nuevo sobre la piedra, coleando mansamente, y a mis varadas medidas no respondía o lo hacía volviendo despectivamente la cabeza, a un lado u otro, pero sin hacer por la cucharilla. Siempre, en primavera o verano, la misma actitud: a mis sagaces invitaciones replicaba con un olímpico desdén. Estando su cazadero en un remanso, es obvio que mis tentativas con la cuerda no obtuvieran nunca mejor fortuna.

Yo supongo que a esta trucha la conocerían todos los habituales del Rudrón, por su actividad y su prudencia. Pues bien, esta pieza tan esquiva cayó ayer al cabo de cuatro temporadas –¿o tal vez cinco?– de perseguirla. Y cayó de la manera más simple que puede imaginarse. Acostumbrado a su desabrimiento y dada mi escasa fe, yo no hice nada ayer tarde que no hubiese hecho en anteriores ocasiones: lancé

mi cuchara por encima de la peña, la dejé sumergir y la pasé afeitando aquélla por su costado derecho. Los efectos del lance fueron instantáneos: la trucha, movida sabe Dios por qué, se hundió como un relámpago tras la piedra y apenas apareció el artilugio –una cucharilla blanca, del 2– lo tomó con verdadera fruición. Fue un enganche completo, irremediable, cosa difícil de admitir en un animal tan receloso y con tantos años de experiencia.

A buen seguro, en los años venideros echaré en falta a este ejemplar en la piedra del balneario.

La segunda satisfacción me la proporcionó una pieza de setecientos gramos que siguió durante muchos metros el engaño con la boca abierta, a dos dedos de los anzuelos, para ir a morderlo en la misma orilla, cuando el artilugio, en sus últimos giros, desapareció tras los lirios donde yo me ocultaba. La operación fue precisa y preciosa y la limpidez de las aguas me permitió disfrutarla a satisfacción: el arranque del bicho tan pronto la cucharilla tocó el agua, su indecisión inicial, su pique progresivo y su asalto final, hasta que, ya fuera de mi vista, sentí el violento tirón que anunciaba la presa. La falta de tomadera y el talud que me separaba del agua me llevaron a celar mi presencia para evitar que el pez se alborotara. Permanecí, pues, encuclillado, tras los lirios, aguantando sus tirones crecientes, su cabeceo sostenido, hasta que al cabo de unos minutos, sin duda fatigado, se inmovilizó. Aproveché su desfallecimiento para izarlo del agua pausadamente, sin asomar, hasta depositarlo sobre el césped de la ribera sin que experimentara una sola convulsión. En suma, una de esas contadísimas operaciones en las que el pescador queda satisfecho de sí mismo.

La temporada, en conjunto, no ha sido mala. En veintidós salidas he apresado ciento diecinueve ejemplares, algunos magníficos, como los de Mave en mayo y abril, de kilo ochocientos y kilo cien. El promedio es de cinco truchas y media por excursión, cifra más que aparente si consideramos que, de veintidós salidas, la mitad aproximadamente no han sido jornadas completas sino paseos vespertinos de dos o tres horas.

El frío y el nudo

10 de marzo de 1975

La actividad humana, en su trato con el agua, se asienta en el nudo desde tiempo inmemorial. Toda la teoría marinera hasta que el vapor aparece –y aun después– tiene en el nudo su base natural. Un marino que desconozca la técnica de hacer nudos es un ser tan desplazado como una costurera que no sepa enhebrar una aguja.

Hace más de treinta y cinco años, cuando yo me alisté en la Marina, el barrilete y el as de guía continuaban siendo nudos que uno necesitaba conocer antes de hacerse a la mar, aunque fuese en un acorazado. Posteriormente, al trocar el calabrote por la caña y la mar oceana por un río de montaña, comprendí que el nudo –la bellísima y compleja técnica de hacer nudos– seguía siendo fundamental en el diálogo del hombre con el agua, siquiera el nylon venía ahora a sustituir a la estacha y, consecuentemente, la susodicha técnica venía a exigirnos una mayor habilidad.

Empalmar la cucharilla al sedal, armar un aparejo, cambiar un mosco por otro, son operaciones basadas en el nudo, nudos de ida y vuelta, que pueden deshacerse lo mismo que se hacen, porque la técnica del anudamiento, cuando asoma en ella la violencia, deja de ser técnica para convertirse en una chapuza. Esto indica que la pesca exige esa destreza manual que suele ser privativa de las mujeres y que entre los varones apenas se encuentra en aquellos a quienes cuadra el adjetivo de *manitas*. Por eso yo, que en tareas manuales de cierta delicadeza suelo ser un *manazas*, pasé un calvario a la hora de aprender a montar una cuerda. Mi mujer, consciente de mi torpeza, se divertía mucho cada vez que me encontraba enfrascado en estos menesteres. Porque si peliagudo es manipular una estacha, el trato con un hilo del 16 o del 18, puede, en ocasiones, llegar a ser desesperante.

La tarea de anudar en la pesca constituye una labor de chinos. Requiere exactitud, resolución, pericia y tacto, requisitos que sólo una práctica asidua confiere a aquellos seres que, como yo, no están dotados de unos dedos ágiles y expeditivos. Esto quiere decir que unas manos disminuidas en su movilidad por cualquier circunstancia –el frío, por ejemplo– son unas manos inoperantes. Y esto es lo que me sucedió esta mañana en el Ebro, en el término de Pesquera, lugar que elegí para inaugurar la temporada después de que mi hijo Juan y mi yerno Pancho capturaran, el día de la apertura, cerca de tres docenas de truchas.

La nevisca que me mojaba las manos y el zarzagán que las secaba a

lengüetazos, enervaron de tal modo la actividad motora de mis extremidades que, de cuarto de hora en cuarto de hora, había de soltar la caña para efectuar unos ejercicios gimnásticos que regularan la circulación de la sangre.

La jornada estuvo, pues, presidida por la imprecisión y el descontrol. Imprecisión –a veces imposibilidad literal– de anudar el sedal a la cuerda y descontrol manifiesto en los enganchones constantes en las salciñas y hayas de las riberas. La mitad de mi tiempo lo pasé así: anudando y desanudando, pues es sabido que unas manos entumecidas son torpes para anudar lo que deseamos anudar y extraordinariamente eficaces para provocar el nudo enmarañado donde desearíamos evitarlo. Éste es pecado de principiantes, pero se produce en el veterano cuando sus dedos, por mor del frío, no responden.

El Ebro, sin nieve arriba, bajaba en estiaje y, salvo en alguna que otra chorrera, sus aguas estaban inmóviles y transparentes. Entre lío y lío, me las ingenié, sin embargo, para sacar cuatro truchas, dos arco iris y dos comunes, las cuatro de buena talla aunque delgadas. Unas y otras, tal vez por debilidad, tal vez por la friura del agua, se dejaron atrapar sin oponer resistencia, cosa rara, en particular en las arco iris. Estas cuatro picadas –no se soltó ninguna– fueron las únicas que animaron mi breve estancia en el río, ya que a las tres de la tarde, con los dedos amorcillados y la nariz como un sorbete, abandoné el campo y bajé a San Felices en busca de una sopa caliente que me entonara.

El pez grande se come al chico

11 de marzo de 1975

El terrible frío de ayer amainó un poco y me permitió pasar cuatro horas a orillas del Rudrón. La piscifactoría ha progresado, aunque todavía no está en funcionamiento, por lo que sus efectos, para bien o para mal, aún no han podido producirse.

A las once de la mañana inicié mi paseo hacia Covanera. La trucha no estaba movida pero, apurando los lances, buscando las ensenadas más lóbregas, logré tres capturas con la cuchara en pocos minutos. En el límite del coto puse la cuerda y enganché enseguida un cuarto ejemplar. La cosa se animaba y, apenas cien metros aguas abajo, conseguí otro par de piezas casi seguidas, ambas en el rastral. Aún atrapé la séptima unos minutos después (en el mismo mosco, que quedó el pobre bastante desbaratado) y, a partir de ese instante, el río se cerró y la que prometía ser una jornada sencilla, de cupo rápido, quedó repentinamente estancada. Los siete ejemplares de la cesta eran exactamente iguales de tamaño –22 centímetros– y de color y, aunque de especie común, creí entrever en sus flancos una suerte de franja iridiscente que los emparentaría con la arco iris. ¿Ha sido repoblado el Rudrón con trucha híbrida? Sobre las tres de la tarde, cuando el desánimo apuntaba, se produjo la novedad. En una poza profunda, con corrientes de entrada y salida, tras un islote poblado de maleza, mordió la octava trucha del día. Parecía una pieza del tamaño de las anteriores y, con el fin de extraerla con la mayor comodidad, la dejé resbalar por el estrecho y abocar a la poza, recreándome un poco en la suerte, sin nervios ni impaciencias. Y justo en el momento en que el pequeño animal se zambullía, tras la islilla, en las aguas tranquilas de la torna, un gran ejemplar, posiblemente de dos kilos, atraído por los reflejos de plata del pez apresado, se despegó de las piedras del fondo y, pausadamente, mordió por medio cuerpo a la trucha prisionera, le dio un cuarto de vuelta, la ingirió por la cola y se sumergió con la misma parsimonia con que había emergido.

No es la primera vez que me sucede esto, de modo que tan pronto vi aparecer el pez grande, detuve el manubrio y le dejé hacer, cubriéndome como pude con la rala maleza de la ribera. Hay que reconocer que en los minutos que siguieron, aunque emocionalmente alterado –¡y quién no!–, me esforcé por actuar con serenidad. Recuerdo que la primera vez que me sucedió una cosa así el nerviosismo me dominó, traté de atraer al pez grande sin demora y lo único que conseguí fue extraerle el pequeño de la boca. Al contárselo

luego a Alfredo, el antiguo guarda de San Felices, se desesperaba y me decía: «Pero, hombre, don Delibes, haberle dado tiempo a que se la jalara». Ayer, ante la inesperada irrupción del hermoso animal, recordé el consejo de Alfredo, cedí en la tensión y permití no sólo que se comiera a la prisionera sino que iniciara la digestión, puesto que yo, sin tomadera, vacilaba sobre la actitud a adoptar y no me decidía a entablar un mano a mano con un bicho de este tamaño y que, por añadidura, no había sentido ni el espolazo de la picada. Finalmente me arrodillé, cubriéndome con los arbustos sin hoja, y, al cabo, con lentitud extremada, comencé a recoger. Poco a poco la trucha fue aflorando sin el menor recelo –puesto que no se sabía presa– y así, centímetro a centímetro, la fui aproximando a la orilla. Mi mayor preocupación en este trance era que el pez no me descubriera. Con sobrado fundamento temía su reacción, puesto que me constaba que con un hilo del 18 no estaba en condiciones de trastearla. Entonces decidí tumbarme cuan largo era y continuar recogiendo paulatinamente hasta que el enorme pez quedó, semioculto entre los yerbajos de la orilla, a escasos centímetros de mi cara. El problema se me planteó entonces con toda su crudeza: ¿qué hacer con aquel pez, cuyo suculento lomo me trastornaba, sin una mala sacadera de la que echar mano? ¿Cabría intentar con alguna probabilidad de éxito el cuerpo a cuerpo cuando mi presunta víctima disponía de todas sus energías y el hilo del que pendía resultaba desproporcionadamente frágil para su tamaño y sus músculos? ¿Iba a permanecer allí tumbado indefinidamente, esperando la eventualidad de que algún compañero apareciera por cualquiera de los dos extremos de la vereda? No. Evidentemente no cabía otra salida que actuar. Pero ¿en qué sentido hacerlo? Tal vez aquí, mi decisión, no ciertamente por precipitada, fuese errónea: determiné echar mano al pez y sujetarlo firmemente por las agallas. Más cuando mi mano furtiva se aventuraba entre las hierbas, cambié súbitamente de opinión: lo aconsejable era deslizar mi mano suavemente por su panza y, una vez adaptada la trucha a su concavidad, impulsarla violentamente hacia la orilla. Los furtivos que atrapan truchas a mano hablan de la inmovilidad placentera en que entra el animal cuando uno le acaricia el vientre dulcemente. No sé. Carezco de experiencia. Quizás el pez se comporta así cuando se halla protegido por las rocas del fondo o las cuevas de la ribera. O, tal vez, mi acción no fuese todo lo cautelosa que el momento requería. Lo cierto es que en el instante en que la yema de mi dedo índice rozó –solamente rozó– la piel de la trucha, ésta despertó e inició un recital de sacudidas y convulsiones que acabaron tronzando el aparejo, dejándome allí, tumbado boca abajo en la sirga, la caña inútil en la mano izquierda, en una actitud ridícula.

Total: una desilusión de aúpa. Y una conclusión definitiva: dejar que

el pez grande se jale o no se jale al chico no es la cuestión. La cuestión es mucho más compleja y depende de muchos factores que, desde luego, no pueden resumirse en una receta de cuatro palabras.

Luna lunera…

21 de marzo de 1975

Hay que reconocer que cuando los paneles de carretera y los folletos de mano citan a León como el paraíso del pescador de truchas no están haciendo una propaganda turística gratuita. León es León y dudo mucho que ninguna otra provincia del país pueda competir con ésta en lo que atañe a la riqueza de su fauna truchera, al cuidado de sus cotos fluviales y a la racional organización de su pesca. Convencido de esto y metido en la tarea de escribir un libro en el que recoja mis experiencias piscícolas, me he propuesto recorrer algunos de los ríos de este distrito para comprobar, por vía personal y directa, lo que cada uno de ellos puede dar de sí. Porque con los ríos acontece lo que con los hombres, que unos llevan la fama y otros cardan la lana. Por eso, cuando el Icona me sugirió la posibilidad de un permiso de turista para el coto de Garaño, en el Luna, me apresuré a aceptarlo, más bien por curiosidad, ya que en el fondo de mi corazón estaba persuadido de que el Luna nunca podría darme las satisfacciones que podrían darme, pongo por caso, los archifamosos Órbigo, Esla o Porma. Bueno, pues me equivoqué. El Luna me dio no sólo lo que no me ha dado hasta ahora ningún otro río, ni en León ni en ninguna parte –el cupo en una hora escasa–, sino un cupo cuyo peso es para descubrirse: seis kilos (a falta de doscientos gramos) en doce peces, es decir, un promedio de cuatrocientos ochenta gramos por pez. Un cesta bella y uniforme ya que ninguna pieza sobrepasaba los setecientos cincuenta gramos por arriba, ni descendía de los cuatrocientos por abajo. Y una observación: no tuve que seleccionar el botín. Archivé todo lo que se enganchó. Ayer en el Luna, por las razones que fuesen, no se movió la trucha chica. En resumen, a las nueve de la mañana salí de mi casa de Valladolid y a las cinco de la tarde estaba de regreso después de recorrer cuatrocientos kilómetros y almorzar tranquilamente en la Magdalena por un módico precio.

Topográficamente, esta zona es muy amena. Región de media montaña, sus plegamientos son asequibles y sus vallejos no demasiado profundos. Quizá su ornato vegetal –pinadas de repoblación, robles y escobas– resulte un poco monótono. El río Luna, que surca un valle abierto, con el pantano regulador a cinco kilómetros, sin factorías por medio, no ha tenido tiempo de perder la virginidad. Es corriente vivaz y limpia –con ese levísimo tono grisáceo que suelen tener los ríos leoneses– que progresa sin grandes alternativas de calma y violencia, muy apropiado, por tanto, para la cuerda en casi toda su extensión.

Favorece esta disposición el gran desnivel entre sus flancos, de modo que uno se introduce en la orilla izquierda con dos dedos de agua y ha de salir nadando por la opuesta. Este tránsito del tojo a las aguas delgadas suele ser muy pescador para la pluma. Samuel Garrido, el guarda, persona inteligente y cultivada, me animó, apenas llegué, a hacer una descubierta con objeto de que el río no me pillara de nuevas. Dediqué, pues, una hora a pasear y a buscar los tramos más atractivos, aunque luego esta previsión no me sirviera de nada, pues apenas había empezado a sentir los primeros toques, llegó Samuel a informarme de que en un vado de cabecera los peces boqueaban ya a más y mejor.

Aunque el sitio, en apariencia, no era muy indicado para el mosco ahogado –una corriente planchada, con levísimos hileros–, la trucha estaba allí en plena efervescencia. Me metí en el río, en un cascajar medio cubierto por las aguas, y en una hora de reloj llené la cesta sin cambiar de sitio ni arriesgar un aparejo. La trucha, siempre acechante, hacía por los moscos sin el menor recelo. Así pues, fue lanzar y prender, lanzar y prender, durante sesenta minutos inolvidables. La obsequiosidad del Luna resultó verdaderamente abrumadora. Puesto a poner pegas, únicamente pondría una: demasiado fácil. Al buen pescador le gusta trabajarlo un poco más, ganarse el pez con el sudor de su frente. Ayer no fue posible. El Luna no lo consintió. Pero si en estos renglones debo dejar constancia de mi asombro, debo hacerlo del todo: el hecho de que extrajese doce peces en veinte metros de río, no significa, ni de lejos, que esquilmase este tramo. El río seguía bullendo cuando me retiré. Creo firmemente –y así se lo dije a Samuel mientras almorzaba– que, sin una limitación, yo hubiera podido agarrar ayer en el Luna cincuenta truchas como quien lava.

El coto de Garaño me ha sorprendido por muchas y buenas razones: la belleza sugestiva de su curso, la densidad y el tamaño de sus peces y la buena fe con que aceptaron mis sucesivas invitaciones. Para mí el Luna, después de esta experiencia, figurará junto a los grandes, entre los más famosos ríos trucheros leoneses.

Río en creciente

3 y 4 de abril de 1975

Ayer y hoy padecí en Sedano dos jornadas gélidas, con nieve en las crestas próximas y un Rudrón en ejarbe levemente tomado, debido a los deshielos de mediodía. La sabiduría popular asegura que los ríos hinchados no son malos en sí, pero hay que distinguir entre río hinchado en creciente y río hinchado en menguante. El primero es malo; el segundo, bueno. Las truchas no se mueven si las aguas van a más y lo hacen cuando tienden a decrecer. En estos dos días he visto confirmada la opinión de los expertos. La trucha ayer, con el Rudrón en creciente, boqueó poco (tres cogí). En cambio hoy, en menguante, o, al menos, estabilizado, se movió más y me facilitó ocho capturas. Ambos días, trucha grande –debido probablemente a las aguas lodas y espesas–, peces que nada tenían que ver con los pescados irrisorios que atrapé en estas mismas aguas el pasado 11 de marzo.

La freza de la boga

12 de abril de 1975

El congelador matacabras de las últimas semanas se vio atenuado en Santa Marina por la pujanza del sol. El viento remitió, en tanto el sol ganaba en fuerza y apretaba. El resultado fue el primer día de primavera que hemos disfrutado en 1975. Día limpio, con ruiseñores y mirlos en las bardas y una brisa tenue que mitigaba el calor.

Desde el punto de vista piscícola, el Órbigo volvió a defraudarme. La adversidad no me sorprendió, pues ya he dejado constancia en estos papeles de que mis relaciones con este río parecen estar gafadas. Y en esta ocasión habrá que apelar otra vez a la freza de la boga para justificar que en una jornada de trabajo (?) de ocho horas, más algunos minutos extraordinarios, no consiguiera más que ocho truchas.

Según dicen, la boga empezó a subir de Zamora hace varios días. En las compuertas de la presa había varios aficionados cogiéndolas a sacos. A la tarde, el examen de las truchas capturadas demostró una vez más que su manjar predilecto –casi en exclusiva– es la hueva de boga –o de *gallego,* como dicen en León–, lo que, a su vez, demuestra que la boga no es enemiga de la trucha –como escribía frívolamente un articulista el otro día– sino del pescador de truchas, que es cosa muy distinta.

A pesar de todo, mis amigos Patricio y Pastorín no se mostraban excesivamente pesimistas. Pastorín armó un aparejo a base de plumas chillonas y predijo que con tal cuerda pocas truchas se resistirían. Luego, como aún era un poco temprano, se extendió en precisiones sobre el mercado de la pluma –a cuatrocientas pesetas docena van ya– y me confió que, de seguir así, tendría que bajarse un par de gallos de la montaña aun a riesgo de que en el llano pierdan el lustre o no se aclimaten. A mediodía nos metimos en faena. En media hora, en una misma chorrera, enganché dos peces en el mosco color teja. La cosa empezaba bajo buenos auspicios, pero de inmediato se paró y hasta pasadas dos horas la cuerda no volvió a dar fruto: otro par de peces en dos varadas consecutivas. Por medio hubo un incidente que me valió una filípica de Pastorín por tratar de arrastrar un ejemplar estimable en vertical hacia mi orilla:

–Eso no debe usted hacerlo así. A la trucha hay que traerla siempre de arriba abajo.

A Pastorín no le faltaba razón. Uno, hecho a ríos de riberas frondosas, enmarañadas, no llama al pez como quiere sino como

puede. Pero esta vez la trucha escapó y como, ciertamente, en el cascajar desde donde la prendí había posibilidades de desplazamiento, el único responsable fui yo. Torpeza aún menos disculpable cuando este enganchón iba a ser, para mi desgracia, el último de la mañana.

A las cuatro subí a comer al bar de Patricio y, como me abochornaba marcharme de Santa Marina con cuatro peces, decidí esperar a la serena, por más que el guarda se cansó de advertirme que con el cierzo y las nieves la trucha no se había movido este año al anochecer. Para hacer tiempo, a las seis me di una vuelta con la cucharilla y en hora y media agarré cuatro pescados de buen tamaño. Pastorín, que me acompañaba, aparte de lamentar la mala disposición del día, acabó reconociendo, al encestar la octava trucha, que «en fuerza de porfiar saca limosna el pobre».

Puesto el sol, entre dos luces, coloqué la cuerda y vareé con insistencia una balsa muy querenciosa. Nada. Algún pez boqueaba en saltos esporádicos, muy ruidosos, pero Pastorín, buen conocedor del Órbigo, me aclaraba de inmediato:

–Eso es boga. El gallego es muy alborotador.

Y así debía de ser, puesto que en la media hora que permaneció allí, el sereno no me brindó la más tenue picada.

Un Pisuerga escuálido

22 de abril de 1975

El coto de Mave, en el Pisuerga, discurre prácticamente entre dos puentes: el de Olleros, al norte, hacia la parte de Aguilar de Campoo, y el de Becerril del Carpio, aguas abajo, camino de Alar del Rey. Por medio se ha tendido una pasarela únicamente viable para peatones. Las inmediaciones de ambos puentes son para mí los tramos más golosos del río. Salvado el de Becerril, las aguas se retuercen, se hacen un tirabuzón, y en las curvas se forman unas chorreras donde rara es la hora que no boquea o se baña alguna trucha. Arriba del de Olleros acontece otro tanto, pero allí la corriente se afloja, las aguas se explayan y prestan cobijo a ejemplares de categoría. Juan y yo hicimos allí, hace cuatro o cinco veranos, una cesta memorable con dos piezas de kilo. La querencia suele llevarme al puente de Becerril. En la tabla inmediata a la rasera que precede a éste, la trucha, cuando está puesta, se ceba que es un primor. Y, abajo, en las curvas mencionadas, desde la ribera izquierda y en las primeras horas de la tarde, rara es la vez que la trucha desdeña el bocado. Jesús Cilleruelo me decía en una ocasión que nunca se ha vuelto de Mave sin agarrar un par de peces en estas revueltas tan bien dotadas.

Esta mañana, como de costumbre, al llegar a Becerril del Carpio, me desvié a mano izquierda y dejé el automóvil junto al puente. Como ya eran las once, me sorprendió no ver ningún otro coche aparcado en la pradera, mas al aproximarme a la orilla, antes de calzarme las botas, se me hizo la luz: allí no había río. Alguien se había bebido el Pisuerga. Y entre pozanco y pozanco, llenos de ranas croantes, asomaban los cascajares resecos y unas musgosas islillas de ova. Dividiendo el estero, un reguero anémico discurría perezosamente bajo el puente. Éste es un mal típico de los ríos manipulados por el hombre, ya que, según me dijo luego el guarda –el sustituto de Máximo Cabria, pues éste andaba en Palencia a operarse de una hernia–, las compuertas del embalse de Aguilar han sido cerradas a cal y canto previendo las exigencias estivales de las tierras irrigadas en el valle. El poco Pisuerga que queda no es ya Pisuerga, sino las cuatro gotas que escurren de los aliviaderos de la presa y el agua de los arroyos y escorrentías que en diez kilómetros vierten en el cauce. Ante un panorama tan desolador, cogí el coche y, por la carretera interior, subí hasta el puente de Olleros. Como esperaba, el agua era allí más abundante, por lo cual todos los pescadores del coto estaban concentrados en unos metros, a ambas orillas. En la mía había tres,

recostados en un ribazo, aguardando a que los peces boquearan. Su pasividad no me desmoralizó. Empalmé la cuerda, empecé a lanzar a medio río y, justamente en la segunda varada, al rebasar el aparejo unos hileros, agarré el primer pez. El lector podrá presumir el brinco que dieron mis tres colegas expectantes y sus prisas por ceñirse las cestas y buscar un lanzadero apropiado para probar fortuna. Frente a mí tenía otros dos pescadores registrando afanosamente su orilla, por lo que me puse a varear en vertical, aprovechando el restaño de una presa natural de guijos, contra el agua que bajaba, dejando suspendida la saltona. Tocado por la gracia, y ante los ojos atónitos de media docena de colegas y ante mi propia sorpresa, clavé una segunda trucha que llamé hacia mí, pero inesperadamente el rastral se trabó en una leña sumergida de la represa de forma que el pez quedó penduleando a tres metros de la orilla, sobre un pozo muy profundo. Intenté hacerme con él mediante la tomadera pero faltaba un metro de mango. Entonces, sin ceder en la tensión, fui quebrando la maleza hasta alcanzar el punto de inserción del murete de guijo con la orilla. El pez, bien prendido, aguantó el cuarto de hora que duró la operación hasta que pude llegar a él. Y, una vez en el río, me trasladé presa adelante hasta la cascajera en que aquélla se remataba, con lo que conseguí una posición de lanzamiento, si no inédita, sí, de seguro, poco frecuentada. Con perseverancia rara en mí, me puse a pescar aquello en intensidad ya que, dadas las condiciones del río, no era posible hacerlo en extensión. Buscando ángulos nuevos, reiterando varadas, volviendo una y otra vez sobre lo ya visto, conseguí otro par de truchas con un intervalo de media hora. A las cuatro, bien remendado a puntadas un tramo de pocos metros cuadrados y convencido de que la actitud de la trucha no variaría ya, recogí los bártulos y me llegué al coche a beber un vaso de vino.

A pesar de la hora, en las cebadas, aún a medio hacer, cantaba encelada una codorniz. Al regreso, en el camino vi dos bandos de tórtolas, las primeras del año.

Por el puente Villarente…

6 de mayo de 1975

Me equivoqué renunciando a subir a Gredos el jueves. Mi yerno Pancho, mi hijo Juan y su amigo Vicente lo hicieron y consiguieron un botín de dos docenas de truchas. Trucha chica, pero fina, de matizado paladar. El Tormes en su tramo inicial, como casi todos los ríos de montaña en que los peces bregan mucho y comen poco, no da trucha tamaña, salvo en alguna hoya de donde es difícil sacarlas. Según dicen los excursionistas, las truchitas hicieron por la pluma desde la una del mediodía hasta las cuatro, hora en que ellos se retiraron a almorzar. Como el día, además, fue soleado y cálido, regresaron tostados y contentos.

El sábado, el tiempo dio un vuelco inesperado. Saltó un norte muy frío, el cielo se cubrió de cúmulos y el lunes –que hube de hacer un viaje relámpago a Madrid– me sorprendió una nevada en San Rafael como no la había visto en el mes de enero. El cambio, en teoría, era bueno para la pesca –aunque eso nunca se sabe– y ayer martes me presenté ilusionado en el coto leonés del Puente Villarente. (Su nominación tiene resonancias de canción infantil: «Por el Puente Villarente, palomas pasan a veinte, paloma una, paloma dos, paloma tres…», etc. O si no las tiene, yo me las inventé y, a falta de mejor cosa que hacer, me pasé la mañana canturreándola).

El Porma, en estos andurriales, no es el Porma de Boñar. En Boñar, el Porma es todavía un río encajonado, de montaña. En Villarente es ya un río de llanura, ancho y caudaloso, que fluye mansamente sobre el cascajo sin demasiada profundidad. De algún modo, el Porma de Villarente está emparentado con el Órbigo de Benavides, si bien las riberas de aquél están más abrigadas que las de éste. Pero sus características son semejantes. Estos ríos recién bajados del monte en cuanto empiezan a llanear dan buenos resultados, tanto por el número de truchas como por su tamaño. Diríase que, al no estar sujetos a una presión excesiva, la ova prolifera y los peces medran y se multiplican en poco tiempo. Esto me dijo Alberto, el guarda, ya que yo no los caté, o, para ser más preciso, caté uno de veinticinco centímetros, un centímetro más que la talla legal. En Villarente volvió a sucederme lo que tantas otras veces: río en su punto, ni alto ni bajo; cuerda incitante, especialmente construida para la ocasión y clima pintiparado, con su chaparradita a mediodía para que nada faltase; todo ello para nada, es decir, para hacer la pesca más corta y estreñida en lo que va de temporada. ¿Que por qué? Eso quisiera saber yo. Al

decir del guarda, la boga anda ya incordiando en la desembocadura, con lo que las pescatas de la última semana han resultado deslucidas. Alberto, montañés de Reinosa, había atribuido la adversidad al sol, pero, después de mi experiencia bajo un cielo nublo, coincide conmigo en que la indiferencia de los peces no cabe atribuirla en exclusiva a las condiciones atmosféricas. En Villarente, la boga no anda lejos y cuando sube a la freza provoca una auténtica invasión. ¡Hay que ver los días de pesca que estropean los bichos estos!

Por pitos o por flautas, la trucha no se puso ayer en todo el día. Pese a ello, debí coger las cuatro que cogí en Mave, y en Mave la solitaria que cogí aquí. Pero la pesca es así y si en Mave tuve el santo de cara, en Villarente lo tuve de espaldas y no hay más que hablar. Sugiero que en Mave acerté a sujetar las cuatro que mordieron, mientras que aquí se engancharon cinco y cuatro las perdí en el camino, la última –un bonito ejemplar– en una playa de guijos, ya casi en seco. Esto, para cuatro horas, es un anecdotario piscícola bien pobre, pero qué quieren ustedes, el Puente Villarente no dio para más.

Eso sí, el alevín anduvo muy retozón y codicioso todo el día, hasta el punto de que sospecho que al alevín no le tienta la hueva de boga. ¿Cuántos pececitos de doce a veinte centímetros desanzuelaría a lo largo de la jornada? Con seguridad más de docena y media. Esto supone que la observación hecha el otro día en el Rudrón es válida para otras corrientes: cuando la truchita se alborota, se aletarga la truchota.

El Moradillo

9 de mayo de 1975

Me acerqué un par de horas al Moradillo para mojar la cuchara. En este arroyo sedanés, que se abre paso entre dos muros de maleza, los lances rara vez pueden alcanzar más allá de dos metros. Bajo un túnel de mimbreras, con una cañita de noventa centímetros y lanzando a sobaquillo, conseguí prender dos piezas de la talla a un metro de mis botas. (Más que hace tres días en León, con un río hermoso para mí solo). La trucha es tan veleidosa como el tiempo.

Paulino, el del Omaña

14 de mayo de 1975

Arriba de la Magdalena y Riello, en el coto de El Castillo, con sus patillas de hacha y sus bigotes bien poblados, con su sonrisa blanca y su elocución expansiva, se encuentra uno a Paulino tomándose unas tapas en el bar de Sandalio. He calculado mal las distancias y cuando llego a El Castillo acaba de sonar la una del mediodía. Paulino me recibe un si es no es destemplado e irónico:

–¿Quién le manda al Omaña hoy? La trucha no se ceba aquí desde mediados de abril. Los peces de este río ya se sabe; de que la sapina entra en el agua a desovar, se acobardan y se meten en las torrenteras. ¿Y quién va a sacarlas de ahí con la cuerda? ¿Eh? ¿Me lo quiere decir?

Mascullo tímidamente las objeciones que se me ocurren. La teoría de que los sapos en cópula acobardan a las truchas me parece pintoresca. Y la afirmación de que los peces apelan a las torrenteras para refugiar su pánico, algo tan sin sentido que no merece comentarios. Junto al río, Paulino arma un aparejo sin precipitación. Distribuye en él cuatro moscos de tonos suaves: gris, amarillo, morado y violeta.

–A estas alturas, si las da por morder, tienen que morder en éstas.

Paulino acompaña sus movimientos manuales con la voz y con el pitillo. No deja de hablar ni de fumar. Y si uno no asiente a sus sentencias de inmediato, él las subraya con una risita franca, sin doblez. Con frecuencia, Paulino dice *hostia*. En su jerga, esta palabra no resulta extemporánea ni irreverente. En puridad, Paulino no dice *hostia*, sino *hoste*, como si quisiera pulir el vocablo antes de que salte de sus labios y convertirlo en una plegaria.

A los primeros lances, afloran varias truchas a la mosca y se desprenden dos mal trabadas. A continuación somos nosotros los que soltamos dos alevines.

–¿Sabe que el río está vivo y bien vivo?

–Vivo está, sí señor. Pero ya veremos lo que dura.

Paso a paso, con paciencia y tenacidad, vamos haciendo la cesta. Paulino acecha un remanso.

–¡Mírela donde está! ¿Qué buscarán ahí las zorras de ellas?

A veces, Paulino se encuclilla sobre el sendero, toma del suelo una pella que parece barro reseco y la deshace entre sus dedos.

–Ve, ahí tiene la freza de la nutria. ¡Hay que ver el daño que hacen al río los animales estos!

Paulino lo ve todo, lo observa todo, lo sabe todo:

–Ahí no lance, no se moleste. La trucha anda acobardada en las torrenteras. Pero ¿quién para la cuerda ahí?

Paulino abrió los ojos a cincuenta kilómetros de aquí, en la montaña leonesa, junto al río. A los cinco años ya frecuentaba la ribera con su padre, un conspicuo pescador a cebo vivo. Todavía hoy el padre de Paulino, a los ochenta y seis años, se llega de vez en cuando al río a por un par de pintonas para el almuerzo. En una chorrera de aguas onduladas y escasa corriente, cojo dos truchas de la marca.

–¡Oiga, Paulino, que esto se pone bien!

–¡*Hoste*! Ya me lo dirá dentro de un rato.

Continuamos aguas abajo y, orilla un árbol tronzado, Paulino se detiene y suelta una risotada. Sus dientes, iguales y blanquísimos, destellan como los de una alimaña.

–Aquí, junto a este árbol, agarré una madrugada a uno que andaba con la tiradera. Desde la carretera sentí dos golpes, paf, paf, y me dije: «*Hoste,* Paulino, ya anda ahí ese desgraciado»: Y bajé, ¿sabe? Pero bajé como los garduños, que para andar por el monte Paulino no necesita luz. Y orilla ese tocón lo aguardé. Oiga, lo querrá usted creer o no, pero se llegó a un metro mío sin recelar nada. Entonces, ¡tric!, di de golpe la linterna y le dije: «Quieto, Perico, te he agarrado». Pero él fue entonces y me tiró a la cabeza el esparavel, que sentí silbar los plomos y todo como si fueran balas. Oiga, pero sentirlo y montar la *charrasca* fue todo uno. Entonces le encañoné a la cabeza y le dije: «Para, Perico, o no lo cuentas». Y el otro se entregó, a ver qué iba a hacer. Es muy goloso esto, créame; pero que muy goloso. Si uno no anduviera con el ojo abierto no quedaba un pez en el río.

Sobre las dos y cuarto se disipan las nubes y asoma el sol. El río se duerme y únicamente de tarde en tarde, en alguna rasera, saco una truchita que no alcanza la marca. Súbitamente salta un formidable ejemplar a bañarse. Paulino ladea la cabeza y se queda quieto un instante, como un perro de muestra.

–¿La vio usted? ¡Deme una cucharilla, rápido! Cuando un pez brinca fuera del agua está pidiendo la cucharilla. ¡Pero pidiéndola a voces, oiga!

Me quedo perplejo y me excuso como puedo, porque a estas horas ni se me ocurrió coger la caja de las cucharas. Mas Paulino está tan convencido de la llamada de la trucha que me hace volver al coche a paso de carga.

–A estos bichos hay que darles lo que piden y cuando lo piden. A las truchas hay que conocerlas, *hoste*. Es igual que en verano. Si el cielo se carga, déjelo usted. Pero de que suena el primer trueno, amarre la cucharilla. Luego, cuando pase la nube, vuelva usted a la pluma. Ya

me dirá lo que es bueno.

Las teorías de Paulino me parecen cada vez más peregrinas. No obstante, lo secundo. A estas alturas, ignoro todavía si es un experto o un charlatán. Pero su figura rechoncha y fornida, dentro de su tosquedad primaria, emana autoridad cada vez que se refiere al río o a sus pobladores.

Ya en el coche, escoge cuidadosamente una cucharilla plateada con pintas rojas. Es tanta su confianza –y tan escasa la mía– que le he cedido los bártulos sin vacilar. Después le sigo por el camino, sin bajar a la cascajera donde él se mueve. Registra las aguas alborotadas, lanzando con exactitud entre las piedras, y a la tercera varada engancha un pez de cuarto de kilo.

–¿Se da cuenta? ¿Tenía razón Paulino o no la tenía?

Apenas ha acabado de encestarla y en la zona más espumeante de la torrentera pica un soberbio ejemplar. El arco de la caña y la violencia de los coletazos no dejan lugar a dudas. Paulino lo atrae sabiamente, sin apresuramientos, y, tan pronto lo agarra, lo desnuca contra una piedra.

–¡*Hoste* qué bicho!

El ejemplar, largo y musculado, carece de las pintas rojas habituales. Se lo digo a Paulino.

–¡A ver! Aquí en la torrentera, esta trucha no toma el sol desde el verano pasado. Está acobardada. ¿Qué quiere?

Paulino es hombre que para todo encuentra salida. Paulino conoce las aguas del río como la palma de su mano. En poco menos de un cuarto de hora, en plena chorrera, va apilando truchas hasta alcanzar el cupo. Al cabo, como quien no ha hecho nada, me pregunta:

–¿Le parece que subamos a comer? Ya va siendo hora.

En el bar de Sandalio, las caras largas, sombrías, cercan las mesas. A la legua se ve que no ha pintado bien. Al aparecer Paulino en el marco de la puerta, los rostros se vuelven hacia él, expectantes:

–¿Qué? ¿Qué cuento trae hoy Paulino?

Paulino ríe, mostrando su dentadura blanquísima:

–Que les diga aquí.

Y yo, ante el general asombro, muestro la cesta y narro lo que he visto sin llegar todavía a creérmelo del todo. Y los hombres de la ciudad, cariacontecidos, se miran entre sí y asienten con la cabeza como diciendo: «Decididamente, para saber de esto hay que nacer junto al río».

Ensayos a mosca seca

30 de mayo de 1975

Esta tarde, en un rato libre, avisé a José María Ballesteros, amigo y compañero en *El Norte de Castilla*, para llegarnos a la Piscina Samoa –aún sin gente debido al mal tiempo– a que me ilustrase en los secretos de la mosca seca. La tralla suele ser muy rentable en los ríos castellanos en cuanto aprieta el calor. Hace quince años traté de iniciarme pero me faltó constancia; no perseveré. Esta tarde Ballesteros me dio unas lecciones sumamente provechosas. Lo malo fue cuando traté de remedar los movimientos que en él parecían fáciles y armoniosos. Creo que lo primero que hay que tratar de evitar al aplicar este sistema es la violencia, es decir, lanzar el mosco como quien lanza una piedra. La cola de rata –donde va engarzado el cebo– debe fluir por las argollas naturalmente, no porque haya un peso en la punta que tire de él. Este objetivo se consigue soltando cuerda, teniendo cuerda en el aire dibujando una «U», e inclinando luego la caña para facilitar que la mosca vaya espontáneamente en busca del agua. En mis tentativas hubo de todo: lances largos, casi perfectos, enganchones en retaguardia, varadas serpenteantes, desmayadas, que morían inevitablemente en las puntas de mis pies… Una cosa es incuestionable: la prueba sale mejor cuando uno se olvida de lo que está haciendo, es decir, cuando consigue una suerte de automatismo en el lanzamiento. La excesiva preocupación por la perfección, el afán de someterse estrictamente a las instrucciones, suelen traducirse en un desmanotamiento que da malos resultados. Pero yo, a cada rato, me preguntaba un tanto abrumado: ¿qué ocurrirá el día que en lugar de hacer esto a cielo limpio y en un día quedo, tenga que hacerlo bajo un techo de ramas y hostigado por el viento?

El festival del mújel

2 de julio de 1975

Durante mi excursión por Galicia –siempre bella– en compañía de mis hijos menores, proyectaba, aparte tres pescatas de reo y trucha en los ríos Umia, Eume y Eo, otra de mules o mújeles, como les dicen aquí, de la parte de Bayona, en las rías bajas. Con los mules tuve frecuente relación en Suances (Santander) allá por la década de los cincuenta. El mule es pez muy hambrón que entra con verdadera codicia a la lombriz de mar. Su pesca, empero, requiere especiales circunstancias de medio y tiempo. Por ejemplo: los últimos momentos de las mareas más bajas del verano suelen ser aprovechados por densísimos bancos que se adentran en las rías a golosear entre los desperdicios depositados allí por las aguas altas. Esta circunstancia y los minutos inmediatamente posteriores, cuando las aguas comienzan de nuevo a crecer, son los preferidos por los mules para sus incursiones a los estuarios de las rías. Su entrada, sin embargo, no es regular ni invariable. A iguales condicionamientos, el pez no responde de la misma manera. El mule, como la mayor parte de los peces, suele hacer siempre su capricho. Y en Suances había días en que nosotros esperábamos una visita multitudinaria y el mule, por el motivo que fuese, no se presentaba. Y otros, en cambio, con mareas menos bajas y una mar más apacible, penetraba en grandes concentraciones famélicas que hacían por la gusana sin pestañear. Recuerdo una tarde, poco antes del crepúsculo, que en poco más de media hora amontoné dos docenas de mules, mientras que a la tarde siguiente, con la marea más baja del estío y armado de todas las armas –incluso con boyas de madera de enebro para alcanzar más lejos–, me volví con un pez a casa. En Pesués, no lejos de Torrelavega, donde disponíamos de un bote de remos para navegar por la ría, no sólo no falló casi nunca el procedimiento sino que las piezas eran de mayor tamaño –entre el cuarto y el medio kilo aproximadamente. El mule, plateado y brillante, de carnes blancas y prietas, tiene un paladar un poco insípido. La técnica de su pesca es simple. Caña de lance ligero y una bola de madera que haga posible la varada a distancia. En la esferita se clavan dos horquillas contrapuestas, una para la línea, y para el aparejo con la carnada la otra. Una vez lanzado el dispositivo –que lógicamente flota– basta con recoger hilo lentamente hasta que la lombriz sea asaltada por el pescado. En estos envites, habiendo mules en abundancia, no suele haber lance sin fruto. Por eso me escamé cuando Vicente Pérez Mulet me dijo ayer que la tarde anterior se las había visto y deseado para atrapar dos peces. Me bastó, no obstante,

asomarme al charco y divisar las aletas de los mules, desplazándose nerviosamente de un lugar a otro, para intuir que tendríamos un buen día. No me equivoqué. En los primeros lances, los peces hurgaron en el anzuelo –el mule es pez de boca chica y para comer saca un morrito redondo como un esfínter– y no tardé minuto y medio en agarrar el primero.

La Foz del Miñor dibuja un bello semicírculo frente a la playa de Letaira y allí nos situamos Juan, Adolfo, Vicente y el joven Juan Álvarez de la Puente. Al poco tiempo, las voces de «¡traigo, traigo, traigo!», se hicieron habituales. Los bichos no recelaban y era suficiente dejar caer la boya allí donde el agua «hervía», para apresar uno. En tanto la marea siguió decreciendo, apenas hubo lance sin mule (incluso, de vez en cuando, se animaron algunas pequeñas lubinas y hasta dos feísimos sorgos). Los mules no eran grandes pero oponían cierta resistencia a ser sacados a la playa de arenas negras. Yo vi aquello tan hacedero que animé a mi pequeña hija Camino a agarrar la caña por primera vez en su vida. Y la niña satisfizo mi ilusión de atrapar media docena de pescados. Hubo un momento –siempre suele ocurrir así–, con el cambio de signo de la marea, en que los mújeles se inhibieron. A renglón seguido, cuando las aguas comenzaron a subir, el mule volvió a picar, sin la frecuencia de antes pero en ejemplares más lucidos. La pescata de la Foz de Miñor se convirtió así en un auténtico festival, siquiera en las postrimerías, al alcanzar la marea cierta enjundia, volvieron a picar mules más chicos.

A la hora de hacer arqueo nos encontramos con ciento dieciséis mújeles –con un peso global de diez kilos–, ocho lubinas y dos sorgos. Y finalmente, cuando nosotros lo dejábamos, dos muchachos ribereños desatracaban sus barcas y bogaban hacia la bocana donde, de seguro, sorprenderían de retirada a los ejemplares más hermosos. Por mi parte puedo añadir un detalle: con el cambio de marea, una pieza de cierta envergadura –el hilo era fino– me llevó boya y todo. En cierta ocasión, navegando en Pesués, me sucedió lo mismo, pero como la boya iba pintada de rojo pudimos seguir a golpe de remo sus reapariciones intermitentes, hasta que el pez, cansado de la persecución, la arrastró definitivamente mar adentro.

En fin, una pescata un poco infantil pero distraída, en ambiente tibio, ligeramente canicular, que ojalá sea heraldo de lo que nos aguarda en los ríos del norte del país.

El reo gallego

5 de julio de 1975

Orilla del Umia, en Puentearnelas, una cartela eufórica reza así: «Salmón, reo, trucha, lamprea… ¡Buena fortuna!». Como verán, los deseos de los cuidadores del coto, en Villagarcía, no pueden ser más plausibles y optimistas. Y, por supuesto, uno, con la experiencia de un día, carece de razones para desmentir tales afirmaciones. Lo que sí puedo decir es que, entrado el mes de julio, el Umia es río sestero que se presta poco a la pesca de salmónidos ya que, desde la chorrera del puente a la rasera del molino –pongamos una distancia de kilómetro y medio–, allí no hay agua movida que invite al lance del mosquito, lance que era el procedente en un día calmo, más bien nublado y amagando canícula. Pero ¿qué hacer si el buldó queda inmóvil, en el centro del río, como en un estanque? Por si fuera poco el Umia, como todos los ríos norteños, es una corriente entre paréntesis, flanqueada en sus riberas por una selva laberíntica de olmos, arces, castaños, eucaliptos, avellanos que obstaculizan la aproximación al río. Entre esto y las aguas dormidas de casi todo el trayecto –al menos en lo que yo pude recorrer de siete a nueve de la tarde–, es muy difícil conseguir una presa. Ello me desanimó pese a la hazaña de Juan, quien, de madrugada, había logrado capturar con la cucharilla un reo de casi un kilo de peso.

Para conocer al reo hay que acudir a los ríos del Cantábrico –Asturias, Galicia– en los tramos próximos a su desembocadura. Yo veo en el reo antes un salmón pequeño que una trucha grande (un reo bien cocido, antes de que pierda su frescura, tiene unas carnes más jugosas y enterizas que el mismo salmón). Luego está la otra cara de la luna: el reo es un pez luchador, un animal de una hipersensibilidad rayana en la histeria. En el segundo ejemplar que Juan prendió con el mosquito, sobre las ocho y media de la tarde, pude comprobar esto con mis propios ojos. ¡Qué brincos, qué pingoletas! La actitud del pez al sentirse punzado se asemeja mucho a la de la trucha arco iris en determinadas zonas, lo que ocurre es que, como el tamaño del reo es mayor, la lucha alcanza, a veces caracteres épicos. Empero, pasado el primer momento, diríase que el reo se resigna y se deja atraer dócilmente hacia la orilla. Esto dura en tanto el pez no divisa a su aprehensor, instante en que entra en una especie de paroxismo que hace buenos los segundos iniciales. En este trance, cuando uno actúa con un hilo del 20, lo aconsejable es darle cuerda para reanudar la recogida tan pronto lo perdamos –y nos pierda– de vista. Hacernos

con él, una vez ocultos, ya es menos comprometido. Pero su hipersensibilidad patológica torna a mostrarse cuando uno trata de cogerlo, ya en seco, para desanzuelarlo. Basta el roce de un dedo sobre su piel escamosa para que el reo inicie un nuevo repertorio de cabriolas y contorsiones que no cesará ya hasta que lo desnuquemos. No es preciso decir que un pez tan belicoso e inquieto llega a nuestras manos enfajado en el aparejo, con lo que lo mejor, a fin de aprovechar el tiempo, es cambiar la cuerda y desenmarañar la primera cuando dispongamos de ocasión para ello.

El reo no sólo es sensible de boca; cualquier tipo de contacto le repele. Todo lo contrario que a su degustador. Los dos reos hervidos, con salsa mayonesa, que nos preparó hoy una vieja gallega en una fonda próxima a Padrón, no los olvidaré mientras viva.

Hora es de reconocer que mientras mi hijo Juan se hacía con este par de piezas inusuales, yo perdía el tiempo lastimosamente. A un Umia que pese a todo no me inspiraba confianza, habrá que añadir la escasez de hilo en el carrete –apenas veinte metros–, a falta de ánimos para cambiarlo, y finalmente un factor que opera muy negativamente en la actividad del pescador: esa suerte de mala conciencia que nos invade cuando alguien que depende de nosotros –mis dos hijos menores en este caso– se está aburriendo en espera de que nosotros terminemos de divertirnos. Mis colegas estarán de acuerdo en que un pescador no pesca cuando lo atormenta la conciencia de que su mujer o sus hijos aguardan resignadamente en el coche a que concluya de una puñetera vez de pescar. Para pescar hay que ir tranquilo, solo o acompañado de otras personas cuya afición sea pareja a la nuestra. Si sabemos que alguien nos aguarda, cada varada es varada lastrada de principio por la impaciencia. Y así me fue. Agarré cuatro bogas –de éstas había en abundancia– y un par de alevines de trucha que devolví al río. Mis esfuerzos no dieron más de sí. Lo único reseñable es que un pez –¿un reo, una trucha grande?– me llevó la cuerda de un solo tirón, no demasiado contundente, lo que me hace pensar en un defectuoso anudamiento.

Algo más sobre el reo

9 de julio de 1975

Ya sospechaba yo el otro día, al pergeñar cuatro cuartillas sobre el reo, que con esas pobres consideraciones improvisadas no se podía dar carpetazo al asunto. Sobre este pez, un tanto complejo y atrabiliario, hay materia para discurrir largo y tendido. Y digo esto con conocimiento de causa, ya que hoy en el Eume me tocó a mí, quiero decir que me tocó capturar un reo y perder otro, y entre lo que me enseñó el atrapado y lo que aprendí del fugitivo podría dar una conferencia sobre el asunto. Pero vayamos punto por punto.

Por de pronto, el coto del Hombre, en el Eume, es un coto sumamente atractivo que se extiende hasta donde las aguas empiezan a azulear, es decir, hasta donde el río empieza a ser ría. Pocas aguas tan vivaces como éstas, donde los reciales encajonados suceden a las aguas somnolientas, onduladas, de las raseras. Ante río tan atractivo y el carrete con cien metros de hilo a estrenar, me sentí lo suficientemente animado como para probar fortuna, habida cuenta, además, de que los lanzaderos de ambas orillas están cuidados y que, pese a la inextricable y perfumada fronda gallega, uno puede acceder al río cada quince o veinte metros por senderos cómodos y despejados. Inicié, pues, la jornada con buen temple y a la hora escasa de ponerme a ello, un magnífico reo de kilo y medio se clavó en la segunda mosca de la cuerda, en un raudal endiablado. El golpe de corazón puede presumirlo el lector. Pero, junto al golpe, debo confesar que desde un principio intuí que no acertaría a hacerme con el pez. En nuestras conversaciones con los ribereños estos días atrás se habían amontonado demasiadas leyendas sobre el reo como para que yo creyese que se trataba de un asunto fácil. Y, en efecto, apenas prendido, pegó un brinco de dos metros sobre el agua y yo, acobardado ante las sacudidas de aquel pez mítico, cedí todo lo que era capaz de ceder mi brazo. Aún brincó otra vez, briosamente, el bicho antes de aproarme y acularse contra una roca junto a mi orilla. Por unos instantes pude gozar de la contemplación de mi prisionero (?), un pez ágil, blanco, rutilante, casi en superficie, la popa protegida por la piedra. Fue en el momento de reanudar la tracción cuando la sorpresa se produjo: el pez se zambulló verticalmente en la poza que tenía junto a él, repentinamente sentí la distensión y, a poco, extraje del agua el aparejo con la segunda pluma limpiamente seccionada. Comprendí, entonces, que lo acaecido la víspera en el Umia no fue motivado por un apresurado anudamiento sino por el tijeretazo de

otro reo.

Ante la evidencia, hube de admitir que las teorías de mi amigo Valeriano Cerviño, de Corcubión, que yo atribuía a pura fantasmagoría gallega, tenían su fundamento. En palabras pobres, Cerviño viene a decir que el reo dispone en las comisuras de la boca de una especie de serruchos con los que, al sentirse preso, corta el hilo sin vacilar. De aquí que Valeriano Cerviño aconseje un nylon del 40 para pescar reos y del 54 para pescar salmones, peces estos, según él, dotados de las mismas defensas. Y si esta afirmación es cierta o se le aproxima, ¿adónde iba yo, pobre de mí, con un hilo del 22? Por supuesto que lo del serrucho es una manera de hablar. No es artículo de fe. Pero es obvio que el reo dispone de unos dientes afiladísimos con los que cortó mis dos cuerdas y segó el hilo de Juan, aproximadamente a la misma hora, tras la cucharilla, quedándose con ésta en la boca. Entonces no ofrece duda que el reo no sólo es animal hipersensible, musculado y peleón, sino que dispone de una inteligencia y unas defensas que pone en juego inmediatamente que se siente aprehendido.

No faltará quien argumente que, si esto es así, cómo me las ingenié para atrapar el segundo; si es que éste carecía de serrucho o yo, al menos, había cambiado de hilo. En lo atañedero al segundo extremo, puedo aclarar que el hilo era el mismo. En cuanto al primero, puede suceder que las defensas del pez no estuvieran desarrolladas o se tratase de un ejemplar sin maliciar, ya que era un reo por hacer, de poco más de medio kilo. De todos modos, yo tomé mis precauciones y, tan pronto inició las habituales acrobacias, hinqué el puntal de la caña en la corriente, con objeto de contrarrestar sus saltos, al tiempo que recogía velozmente para evitar que pusiera en juego sus acostumbradas artimañas. (Contrariamente al primero, éste se enganchó en aguas paradas, tras una roca, en un remanso. Juan me dice que los indígenas buscan al reo precisamente ahí, arando la superficie y recogiendo lentamente, sin importarles mucho ni poco la estela que la boya dibuja en el agua). En todo caso, debo reconocer que, una vez varado en la orilla, todavía no podía creerme que, al fin, hubiera logrado hacerme, sin otros recursos que los propios de todos los días, con un pez tan artero y esquivo.

Quedan una serie de interrogantes alrededor de este bicho: ¿Por qué donde él mora no se traba ni una trucha de calidad? ¿Por qué la mayor que cogimos hoy no rebasaba los veinte centímetros? ¿Es que trucha y reo no congenian y éste devora a la pintona crecidita y permite vivir a las más chicas hasta que se hagan? ¿O es todo pura casualidad?

El salmón del Eo

11 de julio de 1975

Juan, mi hijo, madrugó esta mañana para estirar su última pescata en aguas gallegas. A las siete ya andaba en el río Eo y, a las once, estaba de vuelta en el hotel con cinco truchas considerables: una pieza de kilo y de cuarto las otras cuatro. Una cesta tan deslumbrante me llevó a pensar que, al fin, habíamos dado con nuestro río, pero, desgraciadamente, no hubo tal, al menos para mí. A las seis de la tarde bajamos de nuevo, Juan atrapó media docena más –dos de ellas, buenas– y yo me pasé el tiempo desanzuelando alevines y con la obsesión de encontrar un tramo apropiado para aguardar a la serena, lo que me impidió pescar a media tarde como Dios manda. Mi elección –una curva ancha del río, de aguas flojas– no debió de ser desacertada puesto que a partir de las nueve menos cuarto empezaron a salir pescadores de entre la fronda ribereña y llegamos a juntarnos en el mismo recodo más de media docena de personas. La espera resultó infructuosa para todos, ya que yo –que me retiré el anteúltimo– me fui tan bolo como los cinco que me precedieron. El guarda me dijo luego, en la carretera, que, en estos meses de estiaje, el Eo, como casi todos los ríos, es muy celoso de sus pescados, no regala nada, y que si quiero coger truchas, reos y salmones, me arrime por allí en los meses de marzo y abril. Lo de siempre. Le dije que me lo pensaría, pero la verdad es que esto me pilla un poco a trasmano.

Dejando de lado las truchas, la anécdota vivida por mi hijo Juan confirma que el salmón es pieza habitual, incluso en verano, en el coto de Puente Nuevo. La historia es tan divertida como inusitada. Vareando mi hijo rutinariamente una profunda poza a las siete de la tarde con una cuerda para trucha de cuatro plumas, vio desprenderse pausadamente de las rocas del fondo un pez colosal, de al menos siete kilos. Parece ser que el bicho subió tranquilamente, sin ninguna avidez, y tranquilamente se engulló la mosca de cola, de un tono amarillo limón. Juan reconoce que, ante la súbita irrupción, se quedó paralizado, dejó el carrete muerto y el salmón, sin sentir la punzada del anzuelo, no perdió su flema y se dedicó a merodear un rato a flor de agua, como si la cosa no fuese con él. Inopinadamente, mi hijo, tapado hasta aquel momento por un endrino, resbaló en una laja y se dejó ver, circunstancia que indujo al pez a sumergirse sin gran alarma, arrastrando en pos de sí casi toda la reserva de hilo del carrete. A partir de ese momento fue cuando Juan –con una línea del 22 y un aparejo del 18– intentó hacer algo por el pez, tan poco y tan

desesperanzadamente como podría hacerlo cualquiera en su circunstancia. Rebobinó, o por mejor decir, intentó rebobinar, ya que tan pronto inició la recogida, sintió el tirón brutal y el aparejo apareció sin el mosco amarillo limón, limpiamente segado en el punto de inserción con la línea.

Juan, escondido de nuevo, permaneció inmóvil largo rato, observando al pez, en lo más profundo de las aguas transparentes, restregando el morro contra los guijos, en un intento de desprenderse del anzuelo que había empezado a aguijonearlo.

–Lo más indignante –me decía más tarde Juan– es que el bicho en ningún momento ha dado la impresión de sobresalto que da el pez a punto de ser pescado. Desde el primer momento lo ha tomado a broma. Ha sido un juego para él.

Cucharilleros

21 y 22 de julio de 1975

Ayer y hoy estuve en el río de mirón, viendo a mis dos hijos, Miguel y Juan, desenvolverse con la cucharilla. Miguel llevaba varios años sin agarrar la caña, pero esto, como nadar, o andar en bicicleta, nunca se olvida. Entre los dos hermanos, excelentes cucharilleros ambos, hay diferencias de procedimiento. Juan es la fuerza, la rapidez, el temperamento. Juan es capaz de horadar un túnel en la fronda con tal de conseguir un lance inédito. Es el pescador de largo, que franquea el río con varadas medidas, de matemática precisión. Juan, con celeridad pasmosa, registra en un santiamén todos los rincones a que da acceso un solo lanzadero pero a menudo –y en esto coincide con su hermano– insistirá porque intuye dónde hay truchas que precisan una provocación antes que una invitación; truchas que no muerden al primer lance pero lo hacen al décimo. Pero, simultáneamente, Juan es la impaciencia, la juventud, y, ante el enganchón, bracea contundentemente –con riesgo del puntal– o arrostra a empellones la maleza con peligro de desgarrarse la cazadora, las botas o la piel. Por el contrario, Miguel fue, desde chico, un pescador más paciente; pescador por lo fino y en corto que afeita una salguera sin rozarla. Hombre sin apremios, desengancha casi científicamente –estudiando cómo se ha enganchado– una cucharilla. Jamás el ansia de pez se traduce en él en acciones desmanotadas. Perseverante hasta la exasperación, es capaz de hacer morder a una pintona después de pasarle el señuelo por los morros cincuenta y ocho veces consecutivas. Ve en el fondo, y nada de cuanto sucede allí –cuando la cucharilla siluetea las piedras– le pasa inadvertido. Equilibrado y armonioso, nunca descompone su figura y, desde que lanza hasta que la cuchara retorna al puntal, sigue las evoluciones de aquélla mordiéndose la punta de la lengua como los escolares cuando se enfrentan con los palotes. En astucia, uno y otro se dan la mano. Juan huele la trucha; su hermano la presiente. Dos potencias. Y, por sabido, ambos son maestros en el arte de mover la cucharilla –¡eso tan difícil!– imprimiéndole la velocidad y las variaciones oportunas. En una palabra, *saben recoger*, el gran secreto del cucharillero.

La pugna entre los dos hermanos concluyó en tablas. Tablas en número y tablas en peso, con lo que se demuestra que las dos técnicas –la del empuje y la rapidez, y la de la precisión y la flema– son eficaces cuando se ejercitan con destreza. Juan agarró ayer una trucha de trescientos cincuenta gramos y dos de ciento cincuenta, mientras

Miguel capturaba una de cuarto de kilo y otra de cien gramos. Hoy Juan cogió dos de cuarto de kilo, mientras Miguel se hacía con tres, la mayor de trescientos cincuenta gramos, cuarterona la segunda y más chica la última. Yo me limité a verlos hacer y a tratar de aprender algo de los que –¡ay!– un día fueron mis discípulos.

La mosca seca

31 de julio de 1975

En la tarde de ayer bajé con Juan al Rudrón a hacer brazo con la mosca seca. Ambos somos imperitos en este arte. Mi experiencia se reduce, como creo conté ya, a una hora de latigueo en la Piscina Samoa, en Valladolid. En cuanto a Juan, con decir que es mi alumno creo que he dicho bastante.

Los expertos aconsejan someterse a un período de aprendizaje laborioso. Para ello, dicen, nada como pasarse dos o tres horas diarias en una era poniendo una referencia –una piedra o un papel– para observar los progresos en la precisión de nuestras varadas. Yo, la verdad, aunque bastante paciente, me considero incapaz de pasarme dos o tres horas en un prado flagelando al aire, a la nada. Por eso preferí pagar unas pesetas y bajar al río para ensayar en vivo. Y no me arrepiento. En primer lugar porque, entre la primera varada y la última, advertí un progreso considerable, y en segundo, porque Juan y yo, a base de constancia, hicimos aflorar nueve truchas, la mayor parte de ellas insignificantes pero dos de buen tamaño. Esto es preferible a la era, la piedra y el papel. De esta manera, uno va adquiriendo experiencia no sólo de lanzador, sino de los momentos, aguas y lugares en que la trucha suele acechar. No es un ensayo improvisado a base de cuatro instrumentos puntuales; sino un ensayo general a toda orquesta. Después de él he descubierto el huevo de Colón: la tralla es maña antes que fuerza. Hay que dibujar, no apalear. No se trata de fustigar a un caballo. Por eso, en el más templado de mis lances, sobre un cachón, se enganchó la única trucha de la tarde: un alevín despreciable no mayor de doce centímetros que, sin embargo, me produjo una desproporcionada alegría, no sólo por la conciencia de que quien hace un cesto hace ciento, sino por la más lógica aún de que quien hoy hace un cesto pequeño puede hacerlo mañana grande. En una palabra, por primera vez vi que la cosa es factible por más que la técnica de la recogida, sujetando caña y cola de rata con una mano y tirando de la punta de ésta con la otra, es casi tan prehistórica como la del lanzamiento, que ya es decir.

El debut

12 de agosto de 1975

Tras el ensayo del otro día, Juan y yo marchamos hoy a Quintanaluengos (Palencia), donde anteayer vimos a José María Ballesteros extraer cinco truchas con el látigo. Bien, pues para conocimiento de mis lectores y en la esperanza de que estos renglones lleguen hasta monsieur Courtial –que tanto me animó hace dos o tres temporadas a poner en práctica el procedimiento de la mosca seca–, diré que entre mi hijo y yo, caña a medias, capturamos seis truchas, cuatro Juan –más joven, más ágil, más hábil, más tesonero que yo– y dos el que suscribe. De ellas, dos –una de mi hijo y otra mía– fueron piezas señeras, de casi medio kilo, que nos hicieron sudar tinta hasta verlas en la cesta. El que luego, al caer la tarde, rematáramos el cupo con la cuerda y la cucharilla no hace ahora al caso.

Después de tan afortunado debut, procede, creo yo, hacer algunas observaciones sobre el nuevo procedimiento. Primera: a estas alturas del calendario, si esperamos que el mosco seco rinda, debemos registrar las aguas movidas y de cierto espesor. En las aguas mansas y delgadas, no siendo uno un perito, los peces descubren el engaño, mientras en los rabiones la trucha no ve lo que ocurre fuera, se revuelve bien y, aunque la pluma baje rápida, ella la toma con facilidad.

Segunda observación: al fustigar el aire con la cola de rata no es necesario hacerlo con todos los metros que deseamos alcance la varada. Bien en pulseras o haciendo un lazo sobre el río, mantendremos en reserva la cuerda que precisemos para nuestros lances. En el aire, lo que se dice en el aire, basta que mantengamos cuatro o cinco metros que, en definitiva, son los que tirarán del resto tan pronto transmitamos al puntal el golpe de muñeca que precede al lanzamiento,

Observación tercera: diga lo que quiera monsieur Courtial, la pesca con látigo, aparte la emoción vivísima que procura, responde a unas exigencias que no están al alcance de cualquiera. Tal vez reducir el problema a dos tipos de facultades, unas físicas –habilidad y vista– y otra temperamental –serenidad–, sea esquematizar demasiado las cosas, siquiera yo piense que los tiros van por ahí. Un hombre patoso, desmañado, torpe, nunca conseguirá lanzar lejos de sí algo ingrávido. Esto exige habilidad, como la exige el acto de posar blandamente la pluma sin que la correa azote la superficie. Habilidad se requiere, igualmente, para evitar que el mosquito se nos ahogue, es decir, se

hunda. Los principiantes evitamos esto mediante oreos periódicos y fumigaciones oleaginosas de la pluma. Pero esto no es lo correcto. Los conspicuos saben que la mosca seca debe ser seca sin recurrir a triquiñuelas artificiales. Ellos saben cómo se debe actuar cuando el señuelo sestea en un restaño, discurre por una corriente o transita de un restaño a una corriente, o a la inversa.

Luego está la vista. ¡Dios mío, qué necesaria es la vista en este menester! Yo recuerdo que hace años los insectos que se fabricaban para la pesca con tralla eran casi del tamaño de mariposas. Entonces parecía regir el principio de a insecto grande, trucha grande. Esto ha cambiado mucho. Yo diría que se ha llegado a la conclusión contraria: mosco pequeño, trucha grande, con lo que han salido al mercado unas plumas que apenas abultan lo que la cabeza de un alfiler y cuyos anzuelos, lógicamente, son de una insignificancia irrisoria. Y si las cosas van así, y a mediodía la superficie del agua reverbera y deslumbra, y la corriente hace pompas y arrastra pajas e insectos de verdad, ¿cómo descubrir el nuestro entre tanto accidente? Con los ojos. No hay otro procedimiento. Esforzando la vista al límite y, aun así, con no escasa frecuencia, el mosquito escapa de nuestra observación, lo que nos impedirá ver subir a la trucha y propinarle a tiempo el cachetazo.

Está, por último, la serenidad. Juan y yo esta tarde, trabajando al unísono, nos las vimos y nos las deseamos para extraer del agua las truchas enganchadas, y eso que mientras uno arbolaba la caña, el otro manipulaba la tomadera. Pero vuelve a asaltarme la duda que ya me asaltó en la Piscina Samoa: ¿qué hacer, Señor, el día que uno se encuentre solo en el río, con el agua al pecho, un pez de kilo trabado en el anzuelo, la sacadora en la mano izquierda en tanto la derecha controla caña y cola de rata tratando de aproximar la pieza a nuestro costado?

En fin, demos tiempo al tiempo y no nos adelantemos a los acontecimientos. De momento, lo consecuente es celebrar la despedida de la temporada 1975 que me ha traído una grata novedad: agarrar dos truchas mediante un sistema que, la verdad sea dicha, nunca creí al alcance de mis posibilidades.

Nueva temporada

10 de marzo de 1976

Estos años de sequía son negados para la trucha. Para que los peces se comporten de manera habitual, los elementos deben ser los habituales. Es la ley del juego. El Rudrón estaba esta mañana de lo menos marceño que cabe imaginarse. Tres años sin avenidas lo han convertido en un estanque, con un bosque de berreras y ovas en su lecho. Esto dificulta la carrera de la cucharilla, que hay que mantener muy revolucionada, a media agua, para evitar que se trabe. Las aguas, en estiaje, han recuperado la calidad cristalina que las últimas temporadas, ignoro por qué causa, empezaba a perderse. Y a tono con el río estuvo el día, claro, poco marceño, con un sol dorado, de mucha luz, que se alzó a mediodía fundiendo las carrancas y carámbanos que la dura helada nocturna –ocho grados bajo cero– dejó en sus márgenes.

Con unas cosas y otras, mis esperanzas a la hora de armar la caña, pese a estar en la iniciación del curso, eran escasas, muy recortadas. Y el pesimismo de mi pronóstico pareció confirmarse cuando subí hasta Covanera, vareando el río con la cuchara, sin obtener una sola respuesta. Por esto me sorprendió, al alcanzar los rabiones de la piscifactoría, agarrar tres peces en menos de un cuarto de hora. Al parecer, la pesca andaba en las aguas agitadas, tal vez, como diría Paulino, el del Omaña, por el desove de la sapina. La cobra de estos tres peces, en aguas fuertes, angostas y sin tomadera, fue una prueba difícil pero feliz. Una tras otra, después de morder aguas arriba, fueron arrastradas a favor de corriente hasta llegar a mi altura, momento en que alcé la caña para ponerlas a contrapelo y con la boca fuera de superficie. En esta posición aguanté sus coletazos y, al cabo de un par de minutos, puse la caña vertical, di vuelta a la cesta en mi cintura, abrí la tapa y cuidadosamente fui depositando dentro un pez tras otro. La operación, repetida tres veces con toda pulcritud, me llevó a pensar que aquello era pan comido, pero minutos más tarde un bonito ejemplar se desató en el momento de cambiar su dirección dentro del agua. Comprobé así que la fórmula –como todas las fórmulas en la pesca– no era infalible, por lo que no vale la pena patentarla.

A las dos menos cuarto puse la cuerda. La cuerda fúnebre que cuadra a estas fechas: nazarena, falangista, marrón y verde encina. El cambio dio resultado inmediato. En la misma rasera enganché dos pintonas chicas pero de la marca. Aguas abajo y de cuarto de hora en

cuarto de hora fui enriqueciendo mi cesta con un nuevo ejemplar. Pero casi todos eran peces apocados, pusilánimes, que ni brincaban al sentir el espolazo como la arco iris, ni resistían tercamente al tirón como suele hacer la autóctona. Al desanzuelarlas advertí –sospeché, al menos– que la trucha que entraba tan tontamente a la pluma era trucha de repoblación, híbrida, esto es, una trucha que copia fielmente la indígena, con sus pintas rojas y marrones en los flancos, pero la franja iridiscente, violácea, que decora éstos, delata su procedencia. La diferencia es más notoria en las piezas vivas que en las muertas pero en ningún caso deja lugar a dudas, en particular si disponemos de un ejemplar autóctono para verificar el cotejo. Ésta es la respuesta lógica a la llamada del campo –de la pesca en concreto– que cada día experimenta mayor número de españoles.

El domingo, día inaugural, Pancho, mi yerno, anduvo en lo libre, en el Ebro, y aunque cogió siete truchas me asegura que no había diez metros de río sin una caña. Y esto es pálido al lado de lo que sucedió en el rabo del Rudrón, desde Valdelateja hasta su desembocadura en el Ebro. Allí, según me dicen, en menos de medio kilómetro se concentraron más de quinientos pescadores, que hubieron de ponerse en cola y dar la vez para lanzar por turno. Un río no puede sobrevivir a esta presión, con lo que no queda más remedio que recurrir al artificio de la repoblación si aspiramos a que los peces subsistan y el personal se entretenga.

Cortiguera

20 de marzo de 1976

Pasé en Sedano el puente de San José. Instigado por la nostalgia de mis años juveniles –o no tan juveniles pero, en cualquier caso, más juveniles que ahora– subí a Cortiguera, el pueblo abandonado del páramo, para pescar en el Cañón del Ebro –esa bellísima muestra de erosión–, donde solía ir con José María, el andaluz, y sus hijos antes de su segunda emigración a Cataluña. Prácticamente, el camino del Pico Toralvillo a Cortiguera ya no existe. Las zarzamoras, las madreselvas y la ortiga lo han obstruido. Pero en uno de estos accesos de terquedad infantil que me asaltan de vez en cuando, me obstiné en abrirlo con el morro de mi automóvil (se hace camino al andar). Resultado: un neumático reventado, la antena de la radio rota y la pintura del coche destrozada. Para rematar la función no hallé la trocha que desciende al río y me extravié en un laberinto de senderos de cabras por los bordes de unos farallones cortados a pico que daban vértigo. Al fin, después de mucho vete y ven, sobre las dos de la tarde conseguí llegar al agua, pero la maleza de la ribera se había desarrollado tanto que apenas encontré tres huecos donde meter la caña. A las dos y media, en el umbral de una torrentera, antes de que el buldó acelerase, prendí un ejemplar común de buen tamaño. Esto y franquear un camino que nadie había franqueado –al margen de algún jeep o algún tractor– desde hace una pila de años fueron mis únicas compensaciones.

El desquite del Órbigo

23 de marzo de 1976

Al fin me desquité de los repetidos desplantes del Órbigo en Santa Marina. Hoy no hubo merma, ni mosca sarnosa, ni freza de boga, ni nuncio de Su Santidad que me ganara por la mano. Fue llegar y besar el santo. Una fecha memorable en mis anales piscícolas.

El día no abrió propicio. Sol y sombra, más sol que sombra, como en los toros, y un matacabras áspero y revoltoso que entorpecía los lances. Previamente, en casa de Patricio, había preparado dos cuerdas enlutadas, de ocasión, y desde las varadas iniciales advertí que la trucha –una trucha extrañamente madrugadora que antes de mediodía ya entraba a por uvas– andaba despierta. No obstante, en la primera chorrera, acelerada en exceso, se soltaron tres seguidas, de lo que deduje que esta mañana, en los rápidos, no había nada que hacer. Esto es habitual en la época, pues la trucha recién frezada queda débil, elude los reciales: le fatigan. La trucha marceña acostumbra a cazar en aguas tranquilas. Bajo esta idea, tanteé las salidas de las raseras –aguas movidas pero pausadas– y a juzgar por los resultados di en el clavo.

La primera picada no se hizo esperar: una truchita de cuarto de kilo que encesté, ignorante de lo que ocurriría más tarde. Y lo que ocurrió más tarde fue que la trucha, aun sin ceba externa, cazando a media agua, se dio bien. Explorando los tramos mansos fui haciendo la cesta paulatinamente, sin enterarme. Los peces solicitaban indistintamente todas las plumas, de manera que cada seis o siete minutos añadía uno al morral. Piezas, todas ellas, respetables –entre cuatrocientos y setecientos gramos– que, aunque tiraban con esas sacudidas sordas, insistentes, de la trucha de envergadura, no procuraban problemas de extracción al no existir corrientes violentas por medio. Una tras otra, las fui encallando en los cascajares próximos al puente, procurando mantener tensa la línea a fin de evitar enredos en el aparejo que hubieran motivado una deplorable pérdida de tiempo. A la hora y cuarto de haber comenzado, faltando todavía casi dos para el almuerzo, había cumplido. ¡Rato inolvidable el de esta mañana en el Órbigo! Comentario aparte merece la captura de dos ejemplares magníficos –tres partes y medio kilo– en una misma cuerda. Las picadas debieron de ser simultáneas y los tirones eran tan violentos y encontrados que por un momento pensé que había enganchado un pescado de antología. La sospecha se acrecentó al divisar en la torna de la otra orilla la boca de la primera trucha –en el tercer mosco– y la

cola de la segunda –en el rastral. ¡Entre ambas mediaba más de un metro y yo ignoraba el doblete aún! ¿Cómo iba a ser posible una trucha de este tamaño? Con tacto, pero sin concesiones, procurando soslayar la sacudida extemporánea, aproximé paulatinamente la presa a la orilla, y la realidad –dos truchas aparentes en lugar de una descomunal– me decepcionó un poco.

De retirada, se presentó Pastorín, procedente de la cerámica de Benavides, donde ahora trabaja. Con su liberalidad acostumbrada me regaló un par de aparejos de su marca que habrá que estrenar en otras aguas. El encarecimiento de la vida se hace especialmente notorio en el pequeño zoco del mosco. La pluma del gallo de montaña se ha puesto ya, según me dijo, ¡a mil pesetas docena! Nada puede extrañar que hoy una cuerda valga un millón.

La señora de Patricio me sirvió unas lentejas con tropezones muy sabrosas. A los postres, llegaron Begoña y Aureliano con la pretensión de verme pescar. Les dije que llegaban al humo de las velas, ya que, por una vez, el Órbigo me había otorgado sus favores, disipando toda posible duda sobre la cantidad y la calidad de sus peces. Begoña me habló de la Semana de la Trucha, en León, que tendrá lugar en mayo y donde ella se clasificó hace un par de temporadas en los primeros puestos. Le confesé mi escasa simpatía hacia el deporte competitivo, donde uno o sirve de pedestal o se encarama sobre las cenizas de sus adversarios, pero ella me aseguró que esto es lo de menos en la Semana, que lo importante es convivir siete días con otras personas de tus mismas aficiones y tomar el aire. Habrá que pensarlo.

El cupo en el Puente Villarente

3 de abril de 1976

En la última decena de marzo se ha producido un fenómeno meteorológico que no tiene, que yo recuerde, precedentes en el país. Un anticiclón asentado sobre la península originó tal alza de temperaturas que en algunas zonas –la meseta, pongo por caso– alcanzaron valores veraniegos. Los veinticinco o veintiséis grados que sobre las tres de la tarde se dieron la semana pasada en Tierra de Campos no es fácil que los recuerden ni los más viejos de la localidad. Yo tuve la suerte, sin embargo, de que mi permiso para el Puente Villarente coincidiera con el cambio. Al cielo azul de los últimos días sucedió una borrasca no demasiado activa pero sí suficiente para nublar el sol y descargar sobre las resecas tierras de Castilla diez litros de agua por metro cuadrado.

La lluvia me puso optimista. Alberto, el guarda, y el amigo Antonio Martínez, de Mansilla de las Mulas, rubricaron mi optimismo. Luego la realidad confirmó los buenos auspicios. Conseguí un cupo de peces lucidos: cinco kilos largos unos con otros. Dicho así, de una vez y sin reticencias, el lector tiene derecho a pensar que no hubo en la jornada un solo contratiempo cuando, en realidad, sucedió todo lo contrario, esto es, si yo logré el cupo fue a pesar de una serie de errores y malentendidos que a punto estuvieron de dar al traste con una jornada que se ofrecía tan grata y prometedora.

El Porma bajaba en arrastre esta mañana. Por ser la única zona que conozco, me instalé en la cabecera del coto, tramo que se abre con dos reciales tumultuosos, se cierra con una tabla sostenida por una presa y, por medio, discurren doscientos metros de aguas mansas, muy propias para las circunstancias. Mientras me embutía en el chubasquero, el amigo Antonio Martínez, a petición mía, me hizo una muesca en el mango de la caña con los veinticuatro centímetros de la talla, y, luego, me dio un par de aparejos de cinco plumas, «de las que quiere el río». Por aquí vinieron las primeras quiebras. Durante las dos horas iniciales, yo prendí tres truchas, tres peces postineros, que allá se andarían con el cuarto de kilo, pero que, ante mi sorpresa, no alcanzaban por medio centímetro la marca señalada por Antonio Martínez y hube de volverlos al agua. Por otra parte, en mi cañita telescópica, de poco menos de dos metros, no entraban bien los cinco moscos y mis lances –bombeados, violentos– provocaban constantes enganchones en las zarzas y pobos de la ribera. A mayor abundamiento, el buldó, de tamaño pequeño, tampoco permitía lances

largos, con lo que hube de conformarme con registrar mi orilla. En estas condiciones, y ante unos peces de escasa agresividad, se me hicieron las cuatro de la tarde sin haber clavado más que dos truchas.

Cansado de las incomodidades de la cuerda de cinco moscos, me dirigí al coche a cambiar los aparejos, momento en que apareció el guarda, al que rogué volviera a medirme los veinticuatro centímetros de la talla, puesto que estaba devolviendo al río peces considerables. Como sospechaba, la medida era incorrecta, o sea, contando, como yo contaba, desde el extremo de la caña hasta la muesca, eran veintiséis centímetros y medio, ya que Antonio Martínez, al medir los veinticuatro, había prescindido de la contera. ¡Flaco servicio!

Cogí una boya grande y armé una cuerda de cuatro moscos. Al concluir, comenzó a lloviznar. Era el momento. De cuatro y cuarto a cinco y media (¡cuatro horas más tarde que diez días antes en el Órbigo!) la trucha entró valiente, no de manera continuada, sino con pausas de diez o doce minutos que yo aprovechaba para cambiar de lanzadero. En general, la ceba de los peces coincidía con fugaces aumentos de luminosidad o con las intermitencias de la chaparrada. En estos setenta y cinco minutos me hice con las diez piezas que me faltaban, unas en las aguas mecidas de mi orilla y otras, las más, lanzando muy largo a los remansos de la opuesta y clavándolas al penetrar la cuerda en las aguas vivas. Pero tampoco en esta etapa, con ser breve, fue todo coser y cantar.

–¡Coño, qué exigente es usted!

No es eso, no es eso. Yo no pido más; no me quejo de lo que alcancé, quede esto bien entendido. Me quejo de que los tres ejemplares más hermosos que prendí –por encima del kilo todos ellos– quedaran en el río cuando prácticamente los tuve en la mano: el primero lo desenganché yo con la tomadera –trasto que nunca manejaré con soltura–; la segunda trucha se soltó por sí misma cuando estaba más en tierra que en el agua, y finalmente, sin solución de continuidad, una tercera me rompió el aparejo y se llevó tras de sí toda la instalación. Y lo peor de este último chasco es la sospecha fundada de que la fuga del pez no se debió a un tirón destemplado sino al tazado de la línea o a un anudamiento defectuoso; cosa esta que a un discreto pescador no debe ocurrirle nunca. Las tres desventuras consecutivas, cuando aún no tenía en la cesta más que tres peces, me pusieron a mil y me llenaron la boca de pecados. Menos mal que, al poco rato, me dominé –las contrariedades me ponen siempre temblón– y la pescata empezó a discurrir por unos cauces de serenidad que me permitieron alcanzar el cupo, cupo más gratificante cuando ese mismo día mi hijo Juan y mi yerno Pancho, que pescaron en ríos altos, de montaña, con agua de nieve, a duras penas llegaron a estrenarse.

De vacío

9 de abril de 1976

En la pesca de la trucha, especialmente en los meses de marzo o abril, se da mucho el todo o nada. Días en que los peces se mueven y suben y uno se constriñe al cupo por aquello de la deportividad y días en que dicen que nones y toda tentativa para contrarrestar su pasividad es inútil. En la caza no suele suceder así. En la caza en mano lo frecuente son jornadas de términos medios –dos, tres, cuatro piezas. Derribar ocho o diez perdices es algo tan inusual como volverse bolo. De aquí concluiremos que la trucha es extremosa en sus reacciones, mientras la perdiz no lo es.

Ayer, en San Cipriano, coto contiguo al del Puente Villarente, donde hace seis días prendí las truchas que quise, ni siquiera me estrené. Ni el Porma estaba por la labor, ni yo, evidentemente, estuve inspirado. Las razones de este fracaso comienzan con el desconocimiento del río. Pescar un río desconocido suele ser muy aventurado. Uno se desplaza de un sitio a otro al azar, sin saber ni remotamente lo que va a encontrar arriba o abajo. Para empezar, yo desprecié las suaves corrientes del pueblo, planchadas, sin un hilero, y en el resto del día no hallé otras que las igualaran. ¡Gran decepción! Pero sobre este motivo prevaleció otro: el día, de un sol descarado y un ventarrón insidioso que, al combar la línea, hacía muy problemático clavar las truchas.

Los peces se movieron sobre las tres, pero eran peces ruines –ocho menores de la marca devolví al río–, juguetones, que debían de rondar a un mosco muy concreto ya que, por bien que les entrara la cuerda, la desdeñaban. No soy hombre que se rebele contra la adversidad, así qué acepté resignadamente la negativa del río y a las cuatro de la tarde recogí los bártulos y me volví a casa.

Días de vacas flacas

12 y 13 de abril de 1976

Pedro Santamaría, el trampero, tan pronto me vio asomar ayer, caña en ristre, en San Felices de Abajo, dibujó una sonrisa de escepticismo:

–¿Dónde va usted? Aquí no hay peces. Ni en el Rudrón ni en el Ebro quedan peces. ¿Cree usted si no que Pedro Santamaría se iba a estar con los brazos cruzados a las cinco semanas de levantarse la veda?

El amigo Pedro Santamaría se ha criado en la ribera y sabe mucho de estas cosas. Pedro conoce todo lo relativo a la vida natural. La sirga, la moheda, la ladera de robles –donde ayer sentí cantar tímidamente el primer grillo del año–, las veredas invisibles del soto, no tienen secretos para él. Pedro Santamaría sabe dónde poner el cepo para atrapar un raposo y dónde trasladarlo si lo que apetece es un tasugo o un garduño.

–Baje ya que ha venido, pero le prevengo que el río no trae agua, el sol anda arriba y, para acabar de arreglarlo, sopla el solano, el peor viento que hay para esto de la pesca.

Las primeras varadas me demostraron que Pedro llevaba razón. A las dos de la tarde –la una por el sol– no se veía una trucha puesta. Tampoco en las aguas paradas se veían los grandes ejemplares furtivos de hace pocos años. Un río en huelga. En las hoyas, las aguas asumían una tonalidad oscura, verde botella. Cuando el Rudrón baja tan enjuto hay que derrochar mucho ingenio para hacerse con un pez. Es preciso peinarlo muy por lo fino para que la pesca no se alborote. Ayer no brincaban más que alevines. Y, para eso, pocos. Seguí río abajo buscando los rápidos –escasísimos dada la pobreza del caudal– y cerca de las tres cogí una arco iris de la marca, a continuación otra indígena, no mayor, y, como remate, en un rabión muy angosto, una pieza de medio kilo que me hizo sudar la gota gorda para hacerla subir contra corriente. Un auténtico *tour de force*. A las cinco retornó la atonía y empezaron a moverse de nuevo los alevines.

Hoy por la tarde volví por el coto para no desperdiciar el permiso conseguido con dos semanas de antelación. Nada. Ni el clima ni el río habían variado: estiaje, luz deslumbrante y viento solano. Por supuesto, tampoco los peces cambiaron de actitud. La indiferencia de los animales hacia la cuerda fue casi total a lo largo de cuatro horas. Todo mi arte no sirvió más que para provocar cinco picadas. En dos de ellas los peces se soltaron a mitad de camino, otro se fue con el mosquito entre los dientes –¿qué diantres hago yo este año con los mosquitos?– y los dos últimos –que acechaban en una rasera– logré

extraerlos.

Las condiciones de día y río no eran más favorables para Juan, quien, sin embargo, pescó seis truchas ayer y cuatro hoy –exactamente el doble que yo–, con lo que habrá que ir admitiendo que mis cestas exiguas no es justo atribuirlas exclusivamente a los imponderables.

Truchas remansadas

19 de abril de 1976

Día nublo, templado. Llegué a El Castillo a mediodía, después de almorzar en la Magdalena. Las aguas del Omaña venían altas, levemente encanecidas, de nieve. Sandalio, el dueño del bar, me advirtió apenas franqueé la puerta:

–Paulino marcha en este momento a León. Corra. Si se da prisa todavía lo coge.

Cogí a Paulino a la puerta de su casa, cargando el Seiscientos. Le pregunté dónde andaba el personal:

–Mire usted, el grueso anda arriba, en las tablas cimeras. Usted baje al puente, donde el año pasado. Pero le advierto que este año se viene dando mal.

Después de escudriñar un rato los alrededores del puente con la cucharilla plateada, puse la cuerda no porque el río se moviese, ni advirtiera mosquitos sobre él, sino por el reloj. En la primera hora no hice nada, pero de pronto, a la vera de un tocón seco, obstaculizado por las ramas bajas de los chopos, en dos lances cortos, en péndulo, conseguí dos truchas gemelas de trescientos gramos cada una. El estreno, tan brillante como inesperado, me animó y me aleccionó. La trucha no andaba en las aguas fuertes, ni siquiera en las tímidas, sino en las reprimidas. Bajo esta idea continué pescando río abajo y en media hora agarré otras tres truchas. Extraía la última cuando se presentó Paulino:

–Ya no me voy de vacío.

–Ya lo veo, ya. ¿Cogió más?

–Otras cuatro.

–Mire, no le pintó mal.

Los mosquitos que evolucionaban sobre el agua podrían contarse con los dedos de una mano. Le pedí a Paulino, buen conocedor del río, me condujese al tojo más próximo. Una vez en él, treinta metros abajo de un álamo abatido sobre el agua, fui capturando peces metódicamente y despertando el apetito de otros que no llegaron a engancharse. Para ello ensayé un método que da resultado cuando quiere: lanzar alto –en este caso contra el ángulo que dibujaba con la orilla el árbol desplomado– y recoger lentamente, cuidando que la saltona permanezca a flor de agua, sin bailarla. La argucia resultó muy eficaz. Cada cuatro o cinco lances una trucha hacía por la pluma, de forma que en una hora prendí otras cuatro, siendo incontables las que

se soltaron ya que las aguas lodas impedían a los peces la visibilidad de largo y se tiraban cuando el mosquito estaba ya en la vertical, sin tiempo para asegurar la presa.

Agotado el rincón del álamo, rastreé las tornas de enfrente, arbolando la caña para evitar que la corriente central arrastrara la cuerda. También el sistema resultó fructífero. La trucha, agazapada a la sombra, cazando entre dos aguas, agarraba las moscas sumergidas con auténtica delectación. Atrapé otra pareja y, como la hora aconsejaba, inicié el regreso y exploré, sin insistir, un par de chorreras. Pero las aguas fluidas seguían sin dar pez.

–Si la trucha estuviera cebada, vería usted lo que es bueno. Es muy rica esta chorrera para la trucha. ¡Pero que muy rica!

Mas la trucha, al decir de Paulino, llevaba varias jornadas sin cebarse debido a las aguas demasiado frías. No obstante, en la misma rebalsa donde mordieron las dos primeras, desde un lanzadero un poco más alto, cogí, pasadas las cinco de la tarde, la que remataba la docena.

En el puentecillo de madera, junto a mi coche, encontré otro coche verde de León, y recostado en el capó un hombre desolado.

–¿Qué, cogió algo?

–El cupo, claro.

–¿El cupo? ¿Es posible? ¿Va a creerme si le digo que no he agarrado siquiera una para probarlas?

El hombre había andado trajinándolas en las raseras, donde hoy la trucha no respondía. La suerte, como la risa, va por barrios.

La bufanda

21 de abril de 1976

Me acerqué con Juan al río Luna, en Garaño, para una pesca comentada, aunque, a la postre, no hubo mucho que comentar. De entrada, Samuel, el guarda, nos llevó al tramo alto, donde la temporada pasada conseguí un cupo fulminante, de buenas truchas además.

Tanto el tiempo –salvo el viento racheado– como el río parecían bien dispuestos pero luego resultó que no. Cuando menos lo esperábamos el techo de nubes se cuarteó y se filtró por los resquicios un sol centelleante que adormeció el río, si exceptuamos una leve ebullición, incompleta y efímera, sobre las tres de la tarde. Estas emergencias de peces aislados y poco activos, hechas como por juego, acabaron dándonos tres buenas piezas, dos a Juan y una tercera –próxima al kilo– que enganché yo en la saltona y que a base de temple conseguí varar en la orilla después de hacerme la bufanda. Esto de la bufanda –la trucha que a fuerza de voltear y dar coletazos se enrolla en el aparejo– es problema engorroso para el pescador, que puede evitarse cuando el pez, por grande que sea y por mucho que coletee, se prende en el rastral. Más difícil, por no decir imposible, resulta si se prende en los moscos de cabeza. Lo más eficaz para impedir que el pez se enfaje en la cuerda es recoger el hilo a un ritmo enérgico y sin pausa. Mas el remedio, repito, vale de poco cuando la trucha muerde en los primeros moscos y se obstina en dar volteretas. En estos casos, la cola del aparejo queda suelta y el pez terminará envolviéndose en ella.

La bufanda, si las cosas no van más allá, no es mala. La trucha llega a nosotros amarrada e inutilizada. Pero ofrece dos riesgos obvios: que el pez, de un coletazo desesperado, quiebre el hilo, o que nos enmarañe el aparejo y desperdiciemos los mejores momentos en deshacer el enredo. Ante un contratiempo de esta naturaleza, lo más práctico es cambiar la cuerda, pero ocurre que uno se apega a los mosquitos que le proporcionaron el ejemplar y, por otra parte, la maraña siempre le parece menos complicada de lo que en realidad es. Total, que en deshacer el embrollo se puede ir la oportunidad del día.

Más o menos esto es lo que me ocurrió a mí en Garaño. Durante los diez minutos que pasé desliando el aparejo, un nubarrón cárdeno dejó caer unas gotas que provocaron en el río una súbita animación (el *glup-glup* de las truchas engarabitaba mis dedos y me ponía aún más nervioso). Cuando de nuevo tuve la cuerda disponible, la nube había

pasado, volvió a brillar el sol y el río retornó a su inicial indiferencia. Un verdadero coñazo.

Visto lo visto, Juan agarró el coche y marchó río abajo de descubierta. Para su fortuna, junto al primer puente, encontró unas aguas vivas que cuatro metros más abajo se resumían en una hoya, y allí cogió otro par de truchas racioneras. Y ahí se acabó la fiesta. Sus esfuerzos por mejorar el botín fueron vanos. La trucha, definitivamente, había dejado de darse.

Primavera en el Bierzo

24 y 25 de abril de 1976

Fin de semana en el Bierzo. La excursión, con la disculpa de la trucha, ha resultado fundamentalmente contemplativa. Parece mentira que uno pueda salir de la paramera castellana desnuda o a medio vestir y encontrarse, en plena montaña, un valle cubierto de un verde tierno y una fronda en palpitante eclosión. El Bierzo es un privilegio climatológico; un enclave mediterráneo en la ardua montaña leonesa. La cosa, en principio, puede parecer contradictoria, pero si consideramos la escasa altitud del fondo de la cazuela y sus defensas orográficas –brillantes aún por los hielos– empieza a hacerse admisible.

La comarca es de una feracidad sorprendente. De Ponferrada a Villafranca, pasando por Cacabelos, los campos, de tierra rojiza, fuerte, ofrecen un punto de incipiente madurez, matizado, bellísimo. Es tierra muy amueblada ésta, de rico y variado ornato vegetal. Topografía ondulada, montada en diversos planos, su cultivo primordial es la viña: majuelos viejos, de sarmientos robustos, como tocones, y jóvenes bacillares de apretadas yemas a punto de echar la hoja. La floresta ya está revestida. Perales, manzanos, ciruelos aún conservan la flor. El cerezo –una de las riquezas de la zona– hace días que la perdió pero el fruto ya está formado.

–El Bierzo es tierra temprana; para el veinte del que viene comemos la cereza aquí –me dice Antonio, mi anfitrión.

En el habla de Antonio hay una cadencia gallega. En cierto modo, el Bierzo es la antesala de Galicia. Esto se advierte en el follaje, la humedad, la temperatura, el aroma campesino, los hórreos, el ganado… Los sotos de los ríos, erizados de álamos y alisos, son prietos y cerrados; mimbreras, avellanos, zarzamoras, endrinos, componen un sotobosque inextricable, típicamente cantábrico. Y los ríos bajan muy fuertes, enriquecido su caudal por la nieve fundida en los altos. El sol centellea arriba, en el cielo, pese a que los augures predijeron borrasca para el fin de semana (estos señores se equivocan como todo el que tiene boca). El tiempo está más propio para mirar que para pescar.

Me arrimo a las orillas del Cúa, ayer, y del Burbia, hoy, con escasa fe. Y yo soy de los que creen en la influencia de la fe en la pesca. Quiero decir que es muy difícil coger peces –aun mojándose el culo– si uno no está persuadido de que va a cogerlos. Y en el Cúa fracaso porque la trucha grande no sube. Al decir de Antonio, en este río la trucha de fuste permanece apática hasta mayo. En cambio, trucha

chica brinca toda la que se quiera. Demasiada. Esta vocación del alevín por la pluma llega a ser fastidiosa. Uno pasa las horas muertas desclavando peces que no van a ninguna parte. A los compañeros que desfilan arriba y abajo les sucede lo propio. Al final, contabilizo cinco peces que, a lo sumo, rondarán la marca. Una pobretería indecente.

Lo del Burbia, en Villafranca, ya tuvo otro carácter, siquiera la luz fuese aún más agria y cegadora que la de ayer. La trucha no se movió hasta avanzada la tarde, pero a esa hora empezó a manifestarse con alguna asiduidad, aunque sin llegar, ni de lejos, al hervor. Prendí una y dejé escapar otras dos por no encontrar a tiempo un lugar adecuado donde vararlas. Lo verdaderamente desazonante fue el elevado número de peces que se soltaron al describir la cuerda el último tercio de recorrido, posiblemente por no dar el cachetazo a tiempo, el tirón que clava el anzuelo en la boca del pez. No pocos pescadores, en esta suerte, se muestran demasiado violentos y rasgan la boca de la trucha o, si ésta es de peso, rompen el aparejo. Por mi parte peco de condescendiente. Yo me duermo, confío en que la trucha se clave sola. Y esto sólo ocurre cuando el pez entra al mosco con valentía en una corriente fuerte. Pero hay días –en especial los muy claros– en que el pez aflora en las aguas calmas con prevención, como pensándoselo dos veces, y toma la pluma con infinitas precauciones. Así no vale. En estos casos, el cachetazo se hace imprescindible. Pero aunque en frío soy consciente de ello, en caliente demoro el tirón unas décimas de segundo –cuestión de reflejos, de torpes reflejos– y, encima, no es el mío un tirón seco, como debe ser, sino la iniciación de un arrastre brioso, sí, pero cauto y civilizado. Total, que la trucha que ha tomado la mosca con recelo, la escupe y aquí paz y después gloria. Sólo así se explica que un colega que pescaba a mi vera, en la misma chorrera que yo, y que clavaba las truchas difidentes con prontitud, sacara cuatro peces mientras yo sacaba uno… y con suerte.

Truchas y piedras

30 de abril de 1976

De entre todas las provincias castellano-leonesas, creo que es Valladolid la única que carece de ríos trucheros. Truchas hay en Santander, Burgos, Ávila, Segovia, Soria, Salamanca, Zamora y, no digamos, Palencia y León, pero, en Valladolid, no las hay. Claro que en la provincia de Valladolid, salvo rarísimas excepciones, las casitas de sus pueblos son de barro, a lo sumo de ladrillo, y yo sostengo la teoría de que el barbo y la carpa de las corrientes fluviales empiezan a ser sustituidos por truchas cuando la piedra desplaza al adobe en la construcción. La piedra serrana anuncia el salmónido. La coincidencia es de un rigor casi científico, hasta el punto de que apenas si la he visto fallar en el valle del Órbigo. En Santa Marina, el coto de más prestigio de este río, falta la piedra, las casas son aún de barro y la que no es de barro es de ladrillo. Piedra no hay. Pues bien, si nos desplazamos de Santa Marina aguas arriba, siguiendo el cauce del Órbigo, por Villanueva de Carrizo, Cimanes del Tejar, Azadón y Sacarejo, hasta Villarroquel –pueblecitos muy chicos todos ellos y muy apiñados–, advertimos que el adobe persiste y uno alcanza el nacimiento del Órbigo, fruto de la unión del Omaña y el Luna, sin que se altere el material básico arquitectónico. Esto no es óbice para que existan otros indicios como las vacadas, el par de bueyes para las faenas campesinas, los cultivos de huerta, que hablan de niveles más altos de humedad y rendimiento. El valle del Órbigo es aún la llanura, pero una llanura que preludia la montaña, la España verde.

Nunca había pescado en Villarroquel. Las condiciones no eran buenas –sol vivo, viento nordeste desmelenado–, aunque cabía la posibilidad de que se vieran contrarrestadas por la densa demografía piscícola (río Luna –muy truchero– más río Omaña –muy truchero– es igual a río Órbigo –extraordinariamente truchero). La ecuación parecía indesmentible. Sin embargo, mi estado de ánimo, cuando a mediodía detuve el coche en la desierta plaza de Villarroquel, no era optimista. Demasiada claridad; demasiada luz. Y pensando que la trucha, de darse, no se daría antes de las tres de la tarde, me dispuse a almorzar tranquilamente en el figón más a mano. La redonda mujer que atendía el bar, doblado de tienda de comestibles, envuelta en una bata de flores violetas, no parecía muy preocupada por impulsar el negocio.

–Unos choricillos y unas conservas; eso es todo lo que le puedo dar.

–¿Y no tendrá una chuleta?

–No, señor. Chuletas no hay.

–¿Y una tortilla?

–Menos. Las gallinas no ponen ni para el gasto de casa.

–Bueno.

Comí unos dados de jamón, un pedazo de queso y un par de vasos de clarete de la tierra. De vez en vez, una mujer irrumpía en el local a hacer la compra. Mis preguntas provocaban en mis interlocutoras discrepancias pueriles:

–¿Vecinos dice? Doce.

–¿Cómo doce? ¿Pues no bajan catorce parejas al soto, Laura?

–Cuenta, cuenta y tú me dirás las que salen.

El campo de Villarroquel es rico, bien dotado. Surcado por acequias, la carretera serpentea flanqueada por instalaciones de lúpulo –palos oblicuos, cables tensos, como las estructuras de un circo sin carpa.

–Pues el lúpulo da, señora; el cultivo será costoso pero da la peseta.

–Según. Desde fuera todo se ve fácil.

–¿Según?

–Ya ve el año pasado. Tal día como el primero de agosto cayeron piedras como nueces; los coches hacían rodadas en la carretera, como si hubiera nevado.

–¿Y qué?

–¿Y qué, dice? Que se malrotó la flor, que es lo que vale.

–Todos los años no va a ser lo mismo, mujer.

–Todo es que se enseñe, mire.

A la una bajo a Sacarejo. Junto al río veo al menos otros seis optimistas como yo. El Órbigo es atractivo aquí. Trae fuerza y su fondo de cascajo uniforme es toda una promesa. Subo río arriba con la cucharilla hasta alcanzar la confluencia del Luna y el Omaña. Pese a la inmejorable presencia del tramo no siento una picada. Mi moral, a la hora de poner la cuerda, es muy baja. Tengo la impresión de que no hay nada que hacer aquí. Ya en el Omaña me detengo en un tramo de aguas rizadas, previo a la rasera de la confluencia. No es fácil que en el resto del coto haya un raudal más sugestivo. Me instalo en la orilla. Si la trucha pica, picará aquí antes que en ninguna parte. Subo y bajo, nunca más de cien metros, para retornar al punto de partida. No quiero que me pisen la chorrera que me ha fascinado. Boba ilusión. Las horas transcurren sin ver una pieza de fundamento, con lo que las varadas van haciéndose cada vez más mecánicas y desesperanzadas. Sobre las cuatro, cuando estoy cargándome de razones para abandonar el campo, muerde el único ejemplar del día: una trucha rubia, delicada, de poco más de veinticuatro centímetros. ¿Cambio de actitud? ¡Quia! La tonta de todas las tardes. En la media hora que sigue el río vuelve a su aburrida indiferencia.

Junto a los coches, estacionados en el estero, Argimiro, el guarda, charla con cuatro pescadores taciturnos. Ninguno ha hecho nada, lo que, en cierto modo, me justifica. Y es que esto del sol y la sequía ininterrumpida, de no estar compensado por algún otro elemento –que vaya usted a saber cuál es–, tiene mala compostura. Ni la trucha boquea ni baila mosco sobre el río. Y es lo que diría el otro: si no baila mosco sobre el río, ¿a qué demonios va a boquear la trucha?

Prosigue la mala racha

7 de mayo de 1976

Mayo es mal mes para coger truchas a pluma si a mediodía arrecia el calor y hay nieve almacenada en las cumbres. Bilbao dio ayer treinta grados y veintisiete Valladolid. Excesivo calor. ¿Que por qué se acerca uno al río en estas condiciones? Muy sencillo. Primero, porque no hay otras, y segundo, porque en el pescador alienta siempre la esperanza de que abril mayee o mayo marcee. Y si abril mayea, los neveros ya están licuados en mayo, y si mayo marcea, es posible que se conserven intactos hasta junio debido a las fuertes heladas nocturnas. Mas, a lo que se ve, mayo este año, como parece ser su obligación, ha mayeado y el Esla baja en repunta, con verdadera violencia.

–Y esto ¿durará mucho, Baltasar?

–A saber, pero a juzgar por la nieve que queda en Riaño es fácil que aguante todo el mes. Este invierno sólo nevó dos veces pero las dos se atrancaron los puertos.

Desde el puente de Valdoré, el río es una lámina bruñida, sin un hilero, donde la ceba de una trucha no podría pasar inadvertida. Recorro la orilla derecha observando: inmovilidad total. A lo largo de cuatro horas –y cuatro horas son muchas horas– no he visto subir más que dos truchas. A la primera, muy orillada, trato de encandilarla mediante lances verticales, muy ceñidos, afeitando los camales de los pobos. Sube a los dos primeros, sin morder, sospecho que al curioseo, pero al tercero se clava como es de ley. Es un bonito ejemplar de tres partes de kilo que caracolea furiosamente tratando de desasirse. El otro ejemplar, aún más lucido, aunque también más avisado, asalta al mosco pero precavidamente, sin engancharse, con lo que ni lo encesto ni vuelve a aflorar. Aunque parezca mentira, el día no da más de sí.

Cambio de táctica

11 de mayo de 1976

Ante el repetido fracaso en Villarroquel y Valdoré, decidí cambiar de método y me presenté en Pandorado a las ocho de la mañana. En las tres primeras horas recorrí todo el coto con la cucharilla, caminando a buen paso, registrando únicamente, si que con cierta meticulosidad, las raseras y cachones más sugestivos:

–Y qué, ¿cambió la suerte?

Ni por pienso. Los resultados siguieron siendo los mismos. La cuchara no rindió más que la pluma, ni las primeras horas fueron más generosas que las del mediodía. El morral: dos truchas rozando la marca. A la vuelta, con la pluma, no tropecé con un solo pez colocado. Y lo mismo les sucedió a mis colegas, a quienes fui encontrando sentados en la ribera, soltando ajos y doliéndose de la inhibición de los peces. A las cuatro descubrí en la sirga una sapina grotesca en pleno coito con un macho enano. Recordé el consejo de Paulino el año pasado en El Castillo: «Con el celo de la sapina la trucha se acobarda y se refugia en las torrenteras». Con una cierta esperanza volví a cambiar la cuerda por la cucharilla y me puse a varear las chorreras más vivas y nerviosas. Inútil. O ayer la trucha no andaba acomplejada o yo no acerté a sacarlas de bajo las piedras. El río siguió muerto, cuando todo en derredor cantaba a la vida: los grillos en las brañas, los arrendajos en el soto, las lagartijas en las cascajeras y la esquemática cigüeña sobrevolando el valle a baja altura en busca de alimento. Paciencia.

Calor y sequía

10 de junio de 1976

A casi un mes de la excursión anterior, sigue el calor agobiante. A juzgar por lo observado durante el viaje, las siembras de la Tierra de Campos se han agostado. Las de ciclo normal aún darán algo –poco y mezquino–, pero las tremesinas se han quedado entecas, sin encañar ni granar. La espiga más favorecida acaso levante un palmo del suelo.

Con la sequía, al desaparecer los neveros sin ceder la insolación, los ríos han entrado en un estiaje prematuro. No obstante, el Esla, en Bachende, junto al pueblecito de Huelde –que también quedará anegado por el pantano–, me obsequió con unos puntazos a la cuerda en las primeras horas de la mañana. Estas respuestas, que ya constaté la temporada última, no se deben a una puesta temprana sino que son las últimas manifestaciones de la ceba de aurora que suele producirse, como la serena, los días de canícula. Pero tales entradas apenas duraron lo que un pastel a la puerta de una escuela. A las once el río se apagó, pero hoy, no sé por qué, yo no perdí la esperanza. Con mi afición a improvisar aforismos me decía: «Ahora que ya hay sereno, la que no pique ahora picará luego». Mas no hizo falta aguardar al anochecer. Sobre las dos empezaron a sobrevolar los montes unas insignificantes nubecillas grises. Y, cosa curiosa, el río que bajo el sol no respondía, en cuanto se interponía una nube –aunque fuera cuestión de segundos– enviaba una picada cuando no dos simultáneas. Así conseguí tres dobletes, siquiera tres de las seis truchas no dieran la talla. Aprovechando la siempre efímera sombra de una nube atrapé hasta ocho peces y ya, con la cesta compuesta, subí al coche a echar un taco.

Tras el refrigerio y pese al bochorno de la tarde, me embutí en los pantalones de goma, armé la tralla y bajé de nuevo al río a ensayar la mosca seca. El latigueo no se me dio mal (incluso el amerizaje del mosco, natural, pausado). Más difícil me fue mantenerlo a flote, que no se ahogase. A pesar de mis imperfecciones, en la primera media hora hice aflorar cuatro hermosísimas truchas que si no se trabaron fue por mi inexperiencia. No acerté a clavarlas. En el trance decisivo me quedé envarado, atónito. Me faltaron reflejos. Debo reconocer, empero, que el hecho de haber engañado a cuatro magníficas piezas en esta fase de aprendizaje ya constituye para mí compensación suficiente.

Un nublado wagneriano

16 de junio de 1976

En la cafetería San Carlos, de Cistierna, sirven un jamón asado de chuparse los dedos. Lo asan en la casa y aciertan a darle un punto tan desusado que el jamón no sólo conserva el aroma sino que no pierde nada de su jugosidad. Temiendo un fracaso piscícola, y para evitar volverme a casa con las manos limpias, encargo un jamón de siete kilos para recogerlo al regreso.

–Le advierto que hay que comerlo en ocho días. De otro modo se seca.

–Descuide; en mi casa no hay peligro.

El Esla baja muy canijo en Verdiago. Poca agua y transparente. Las nubes tormentosas que acompañaron mi salida de Valladolid se han ido disipando y en el cielo brilla ahora un sol de justicia. Tras cambiar unas impresiones –pesimistas– con Baltasar, el guarda, decido quemar las naves y bajar al río con la tralla. Las cuatro truchas que hace pocos días hice aflorar en Bachende me obsesionan; pueden más que mi inexperiencia candorosa. Esto y las palabras de Baltasar:

–A pluma, no hay nada que hacer, no se moleste. Primero con el agua de nieve y después con el estiaje, apenas se ha cogido alguna en toda la temporada. Únicamente a la anochecida, al sereno, pero eso no le gusta a usted. En cambio, de mañanita, a la cuchara, entran bien. Hoy ya despaché a dos con el cupo. ¿Qué le parece?

Frente a la casa de Baltasar hay una pasarela de tablas por la que atravieso el río. Bajo la pasarela arranca una chorrera generosa, fluida, muy adecuada para varearla con el látigo. Me pongo a ello sin demora, con entusiasmo, empezando abajo, allí donde la corriente se restaña, subiendo, paso a paso, contra el raudal. Experimento una mayor soltura que el otro día en Bachende, no sólo para tirar de la cola y posar el mosco sino para moverme en el cascajo recubierto de babina. Varadas hay en las que no se comprende cómo la trucha no sube. La mosca, ingrávida, en superficie, se muestra realmente tentadora. Quizá demasiado blanca. La cambio por otra rosada y, más tarde, por otra marrón rojiza. Los peces siguen inmóviles pese a que yo me encuentro ya en plena corriente, en el centro del raudal. Este desdén de las truchas por la mosca seca a estas horas del mediodía y en esta época no es normal. Transcurren, sin embargo, dos horas sin que se produzca ninguna novedad. La pasividad del río es absoluta. Abajo, en las aguas ya miradas, chapuza de cuando en cuando alguna pieza gorda, no siempre la misma. Sobre las dos y media se presenta

Baltasar en la orilla.

–Oiga, que no lo quieren; es muy raro esto.

–Lo mismo les ocurre a los franceses ahí arriba. ¿Por qué no prueba la cuerda?

No resisto la tentación. Es curioso cómo el pescador, ante un río mudo, se acoge a cualquier sugerencia. La imaginación se desboca y piensa que, introduciendo algún cambio en su quehacer, la suerte también cambiará. Subo, pues, al coche y cojo la caña telescópica y la cuerda. Me quedo con los pantalones que me alcanzan hasta el pecho y son un incordio, pero no quiero perder tiempo. De nuevo en el río, en la rasera que precede a la pasarela, consigo cuatro picadas, dos de ellas de peces voluminosos, que se sueltan en los primeros metros. Coletean fuera del agua y se largan sin más, lentamente, como sumergibles. Esto es frecuente cuando las truchas muerden mal. La escena se repite hasta ocho veces y yo me desespero. A poco, engancho dos en dos varadas consecutivas, aparentemente inocuas, y en el momento que menos lo esperaba.

En las alturas hace rato que se está cociendo un nublado. Lo aguardo con impaciencia, a ver si el aguacero modifica la actitud del río, pero las nubes desfilan a mi derecha, entre el retumbo solemne de los truenos lejanos, sin descargar una gota. Hora y media más tarde, torna la tormenta. Ahora sí. El nubazo viene por derecho, entre dos crestas góticas, y yo me apresuro a calzarme el chubasquero. Los relámpagos son vivísimos y los truenos, casi sin transición –la nube está encima–, explosiones dislocadas, como tableteo de ametralladora a todo volumen. Pero estoy tan quemado que aguanto en medio del río, cercado de chopos puntiagudos, con una caña metálica en la mano. Estoy dispuesto a soportar lo que sea con tal de pescar. Mas cuando la nube acaba de aplomarse sobre el valle se desencadena el más tremendo aguacero de que he sido testigo. Las primeras gotas son tan gruesas, proyectadas con tanta fuerza, que literalmente abren agujeros en el río. De súbito, el diluvio; agua muy dura, mezclada con piedra. Me vuelvo contra el viento, desmelenado de pronto, flexiono el cuerpo por la cintura y aguanto sin moverme más de un cuarto de hora. Pensar en lanzar el engaño en estas condiciones es tontería. Los granizos me lastiman las manos como latigazos. En torno, una sucesión ininterrumpida de exhalaciones vivísimas, rayos y centellas, con un fondo horrísono de truenos astillados, como si el anfiteatro de farallones que me rodea se derrumbara de pronto. Yo aguanto y aguanto con una terquedad inaudita, en la confianza de que cuando aquello amaine tal vez me llegue el momento. Mas el cielo empieza a cuartearse, el aguacero a ceder, los pájaros –grajetas, tórtolas, mirlos, ruiseñores– a abandonar sus refugios ocasionales y yo, al fin, me enderezo, vuelvo a la vertical y, bajo la mansa lluvia, irisada por un

tímido rayo de sol, comienzo de nuevo a coser pacientemente el río con la cuerda. Nada. Absolutamente nada. La misma impasibilidad que antes del nublado. Alguna trucha aislada salta a bañarse. Por lo demás, el aparejo describe su arco de noventa grados sin que ningún pez se inmute.

A las cinco subo al coche, me descalzo, refresco con unos lirios las dos truchas de la cesta, ordeno los trebejos y me paso por Cistierna a recoger el jamón.

Siguen las tormentas

30 de junio de 1976

Dos nuevos nublados aparatosos se produjeron ayer y hoy en Sedano, apenas llegados de Valladolid. Y los nublados aquí, en estos valles angostos, son una cosa muy seria. Las laderas se pelotean con el trueno, actúan de resonadores, con lo que la barahúnda cósmica es inenarrable. Los retumbos de los truenos se empalman unos con otros, constituyen un sordo rumor que fluctúa de más a menos o de menos a más pero no desaparece hasta que la nube se aleja por encima de los páramos y vuelve a lucir el sol.

Esta tarde, después de la nubada, Juan y yo decidimos acercarnos al Rudrón. Las aguas venían tomadas pero esto no es mayor obstáculo en ríos de poca enjundia si se utiliza la cucharilla blanca. Mi hijo, con su habitual pericia, logró sacar cuatro truchas de bajo las salgueras de enfrente. A la última, mayor del medio kilo, la perdió su temperamento. De ordinario, el pez lastimado por el anzuelo, después de fallar la toma, abandona el campo, se oculta bajo una piedra o la fronda de la ribera y no reaparece en algún tiempo. Pero, excepcionalmente, hay truchas a las que el puntazo solivianta, para decirlo en palabras vulgares, les mete el cabreo en el cuerpo y las impulsa a tomarse la revancha. No aceptan que el ataque de un pequeño insecto –lo que ellas consideran un pequeño insecto– quede impune. Es el pez gallito, acometedor. A la agresión de aquél responden entonces con un fulminante contraataque, un asalto perruno, irresponsable, en el que, inevitablemente, quedan presos. Tal sucedió con la trucha grande.

La jornada se redondeó con un quinto ejemplar que asumió el mosquito blanco al caer el sol. Estas irrupciones crepusculares a la pluma son raras en el Rudrón, río alto, donde no se da la serena, siquiera ocasionalmente, en las tardes pesadas y caniculares, con mayor motivo si están cargadas de electricidad, no falta alguna trucha complaciente que acepta el mosco que le brindamos.

La trucha albina

23 de julio de 1976

Prosiguen las lluvias –lluvias de nublado– sobre la zona de la Lora. Estas precipitaciones, muy localizadas, han hecho el milagro de que en un año de tremenda sequía general los huertos, pastos y montes de Sedano verdegueen más que de costumbre, con un verde tierno, jugoso y primaveral. Nunca, en verdad, vi tan fresco y lozano este término, mediado el mes de julio, como este verano que corre. Constituye un espectáculo totalmente inusitado observar cómo hasta las hierbecillas y espigas de las cunetas de la carretera se mantienen verdes y enhiestas sin asomo de agostamiento. Tampoco los cereales han padecido aquí la fatal insolación de Tierra de Campos, y como además son más tardíos, han resistido lo bastante para empalmar las aguarradillas de abril con las turbonadas de la segunda quincena de junio. El ardiente sol de mayo no ha podido con las siembras de hazas y páramos. Las labores ofrecen un aspecto feraz, feracidad que –me parece— no es sólo aparente. A la vuelta de unas semanas la cosechadora dirá la última palabra.

Bajo el amago de una nueva tormenta, bajé al Rudrón protegido por un chubasquero. Estas prendas suelen quedar cortas de abajo mientras las botas quedan cortas de arriba, con lo que existe una franja en los muslos que se lleva por delante el agua que cae del cielo, las escurriduras del impermeable y la que se deposita en las hojas y ramas de los arbustos. Total, que una vez que el nublado descargó me encontré casi tan empapado como si me hubiera caído al río.

Cansado de bajar siempre por la ribera derecha, tomé la ribera izquierda, más enmarañada y sucia, pero también con unas perspectivas de registro más codiciables que la de enfrente. Los rabiones más impetuosos, las chorreras más cerradas, invisibles desde la otra orilla, están aquí al alcance de la mano. Y en esta época del año, si queremos tener éxito, hay que mover la cuchara en las aguas revueltas, puesto que la poca trucha que anda a la expectativa está ahí, y no en los cadozos ni en las tablas.

Empecé a varear sin desmayo las torrenteras más tumultuosas y las cascaditas de los cachones, y en un sector angosto, de fuerte corriente, un magnífico ejemplar –la sequedad y contundencia de los tirones no dejaban lugar a dudas– asaltó el señuelo. Como de costumbre, me encontraba sin tomadera y el lugar, con un zarzal que me separaba del río, no era el más adecuado para extraer un ejemplar tamaño. Para remate, en mi misma orilla, divisaba, sumergido, un entramado de

leñas y raíces muy poco tranquilizador. Valorando en su justa medida las dificultades, y en un rápido proceso mental, llegué a la conclusión de que sin ahogar a la trucha difícilmente podría hacerme con ella, por lo que la atraje serenamente hasta mi orilla, sobre las leñas, y con la cabeza fuera, momento en que descubrí, con la alarma consiguiente, que solamente uno de los anzuelos de la cucharilla hacía presa en la comisura de su boca. Esta evidencia –el animal estaba a metro y medio de mis ojos y rondaría el kilo– me metió el apremio en el cuerpo. Mantuve la tensión del sedal durante un par de minutos hasta que la trucha remitió en sus tirones y prácticamente se entregó. Desconfiando de la resistencia de la línea, cogí la caña con la mano izquierda y me incliné sobre el zarzal, tratando de agarrar el hilo, en corto, con la derecha. La maniobra, que dado el peso del ejemplar tenía cierto sentido, resultó un desastre. En el cambio de mano de la caña, posiblemente distendí y la trucha, sin más que volverse del otro lado, se liberó del anzuelo y, aunque permaneció unos segundos en superficie, no pude hacer nada por recuperarla. Lenta, solemnemente, se zambulló y regresó al cachón de donde había salido.

Estas contrariedades siempre saben mal, pero especialmente estas tardes estivales donde uno presume que no volverá a presentarse otra oportunidad. El pequeño ejemplar que enganché un cuarto de hora después no me quitó el mal sabor de boca. Afortunadamente, al caer la tarde, entre dos luces, en una chorrera semejante a la anterior y lanzando en corto, bajo las salciñas, volví a sentir una picada destemplada y la resistencia de una pieza grande. Todo era tan parecido a la escena que acababa de vivir que era como si yo, actor, estuviera bisando el número: la misma angostura del río, recial y profundidad parejos, análogos tirones y unos lirios interpuestos entre la presa y yo. Al aproximar el pez a la orilla, me bastó una ojeada para observar tres cosas: que el animal andaría entre los seiscientos gramos y las tres partes de kilo; que tenía bien cosidas las mandíbulas por los tres anzuelos de la cucharilla y que se trataba de una pieza rara, de acentuada palidez, verdaderamente insólita. Esta vez no quise hacer experiencias. Simplemente aguardé a que el pez se inmovilizara y, luego, lo icé, lentamente, por encima de los lirios y lo deposité en la hierba de la ribera. El contraste con el verde profundo de ésta acentuaba sus caracteres albinos. Su piel no era más oscura que la cebada en sazón y las pintas de los flancos eran escasas, pequeñas y débilmente marcadas. Contrariamente a lo que suele ocurrir, la piel del animal fue aclarándose a medida que transcurrían las horas, de forma que, más tarde, ya hervida, contrastaba fuertemente con el tono de su carne roja, asalmonada. Es la primera vez que pesco una trucha así y desconozco –¿falta de sol, herencia, hábito de profundidad?– las razones a que puede obedecer esta acusada falta de pigmentación.

Brillante e inesperado remate

5 y 6 de agosto de 1976

Para despedirnos de la temporada, coincidiendo con el regreso de Irlanda de mi hijo Juan, reservé en León dos permisos de turista para dos días consecutivos, uno en Cerezales y en Sardonedo el otro. Mediado ya el verano, lo que pretendíamos era adiestrarnos en la mosca seca, objetivo que me da pereza abordar de manera definitiva, pues mientras lo practico no puedo sustraerme de la sospecha de que utilizando la cuerda o la cucharilla sacaría del río mayor provecho. Hace falta voluntad para arrinconar estos procedimientos tradicionales y embarcarse en otro de indudable eficacia pero que requiere un largo período de aprendizaje si aspiramos a alcanzar la destreza.

Lo más ingrato de la excursión fue, sin embargo, el clima, puesto que los días elegidos fueron no ya los más ardientes del verano sino de muchos veranos (los treinta y ocho grados y medio que dio ayer el termómetro en Valladolid no se habían alcanzado desde el 5 de julio de 1947. ¡Ahí es nada, casi treinta años!). Pero Juan y yo confiábamos en que, si las truchas no se movían con la canícula, la serena, al atardecer, sería pródiga y generosa. ¡Terrible desencanto! Ni los peces se cebaron a la mosca seca –un experto francés no había hecho más que tres truchas en toda la mañana– ni en la media luz crepuscular se produjo la alborotada manifestación de vida que suele ser habitual en estos ríos al amagar la noche. El Porma, en Cerezales, no salió de su letargo ni por la mañana ni por la noche. Esto no es obstáculo, para que Juan y yo, que iniciamos la pesca después de comer, consiguiéramos mezquinos éxitos parciales que, si no para hacer carne, sí sirvieron para demostrarnos que, con un poco de perseverancia, podemos llegar a hacer algo con el látigo. Puntualizando, Juan dejó escapar un hermoso ejemplar en un recial, por tirar demasiado, y yo, a mi vez, perdí otros dos, en sendos rápidos, por no tirar lo debido. El brusco cachetazo de mi hijo al advertir la picada quebró el hilo y dejó el mosquito en la boca del pez. Yo, por mi parte, para no reincidir en el error, me recreé dando cuerda a las mías en la corriente, en tanto se presentaba Juan con la sacadora (manejar simultáneamente caña, cola de rata y tomadera con el agua en los sobacos es algo que todavía no está a mi alcance). Pero bien por la demora de mi hijo, bien porque los peces estuvieran mal trabados, ambos terminaron por largarse sin violencias. El desenlace adverso no entibió mi satisfacción, supuesto que enganchar tres ejemplares con la tralla en una tarde negada es indicio de que sin duda progresamos en

el lance.

Sardonedo, antiguo semicoto, contiguo a Santa Marina, tampoco presentaba perspectivas favorables. El bueno de Patricio, guarda de ambos, se dolía por la mañana en el bar:

–Mire usted, don Miguel, esto se acaba; la naturaleza se acaba. Dígalo usted así en los papeles; que lo dice el guarda del Órbigo. En agosto, hace un año, un buen pescador de mosca seca agarraba aquí cuatro docenas de truchas aunque no fuera más que para soltarlas. Usted me entiende. Bueno, pues hoy… ¡ah! ¿Querrá usted creer que ni el mejor pescador ha sacado más de seis peces en los últimos quince días? ¿Qué ocurre aquí, don Miguel? ¿Será la calor? ¿Será la merma? ¿Por qué después de un día de canícula no hay ya serena en el Órbigo? ¿Qué es lo que pasa aquí si se puede saber?

Los pesimistas augurios de Patricio se confirmaron ce por be en lo que concierne a la mañana. Inmersos en un tojo animado por los hileros que provoca en superficie la flor de la ova, Juan y yo permanecimos tres largas horas sin estrenarnos. Aquello estaba paralizado, muerto. A las tres, sudorosos, fatigados, desencantados y sin moral, nos llegamos a almorzar a la taberna del guarda.

–¿Sabe lo que le digo, Patricio? ¡Que le sobra a usted razón! Con la seca no hay nada que hacer. ¿No sería mejor, ahora que todo el mundo le da a la tralla, volver al hierro, como al principio?

–¿Con la cucharilla dice? ¡Peor si me apura!

Empero Juan, que tiene muy desarrollado el amor propio deportivo, dijo que él no se iba bolo del Órbigo y, apenas acabamos de almorzar, el bochorno en pleno apogeo, se bajó al río de nuevo. Yo me quedé en el bar, tomando un cafetito y leyendo los periódicos que habíamos comprado en León. Hora y media después bajé a buscarlo. Lo encontré afanando en los ramales en que se divide la corriente cerca del puente:

–¿Hiciste algo?

–Nueve.

–¿Cómo nueve? Menos cachondeo.

–Baja y mira. El hierro siempre da algo; te lo digo yo.

Y eran unas truchas espléndidas, la menor de cuarto de kilo, coleando todavía en la canasta. Dos pescadores de boya, junto a él, no salían de su asombro. Picado, le pedí la caña y vareando insistentemente la vena central del río conseguí, al fin, enganchar la décima y ponerle, como suele decirse en estos casos, la guinda a la tarta: una cesta de tres kilos y medio que ni el más optimista se hubiera atrevido a aventurar dos horas antes.

Con tan feliz –e inesperado– remate cerramos una temporada que tuvo buenos principios pero que no sé si por la sequía, las altas temperaturas o alguna otra razón, fue cayendo luego en la atonía más

exasperante.

Las perdices del domingo

1981

A mi amigo José Luis Montes

JUSTIFICACIÓN

Domingo tras domingo, en otoño y en invierno, el cazador sale al campo en pos de las perdices, unos días con suerte y otros sin ella, pero, en todo caso, las perdices disminuyen en la percha y en el campo, con lo que no descarto que estas páginas, al correr de los años –tampoco demasiados–, puedan ser la constatación de un proceso devastador en virtud del cual Castilla se fue despoblando de pájaros, como siglos atrás se despobló de bosques. El tiempo hablará, y no tardando. De momento, aquí queda, como un documento fehaciente y nostálgico, este diario puntual donde he ido consignando pacientemente, a lo largo de cuatro años, mis inefables aventuras dominicales.

M.D.

La codorniz, a peor
25 de agosto de 1974

Muchos no se resignan a que esto de la caza de la codorniz en Castilla vaya de mal en peor. Y no me refiero al desencanto de aquellos cazadores que bajan del Cantábrico, como hacían antaño, y no encuentran un mal rincón donde desfogarse porque el país, en un noventa y cinco por ciento, es suelo acotado y la caza es de los pueblerinos o de las sociedades arrendadoras; no. Al decir que la caza de la codorniz va de mal en peor me refiero ahora a que este pájaro cada año demuestra mayor renuencia en la entrada y un supremo desdén por los cazaderos tradicionales.

El día de la Virgen se abrió la temporada en Valladolid, Segovia y Zamora y las informaciones sobre la jornada de apertura fueron desoladoras. El campeón regresó a casa con cuatro o seis pájaros y la mayoría lo hicieron bolos. La apertura correspondía ayer, entre otras provincias, a Burgos y Palencia, y las perchas no fueron ciertamente más sustanciosas. La cuadrilla abrió, como de costumbre, en Santa María del Campo y, aparte algún bello gesto del Dumbo, el pointer de mi hermano José, poco queda por relatar, salvo el botín, dos docenas de codornices para cinco escopetas. Un promedio de cuatro y pico por cazador tras cinco horas de ejercicio. Antaño –un antaño aún no demasiado remoto– esas escopetas en las mismas horas descolgaban fácilmente cinco docenas en un año normal y doble en uno de buena entrada. Pero no queda otro remedio que resignarse. Todo esto de la concentración parcelaria, las siembras de ciclo corto, la mecanización y el aprovechamiento de la paja para fines industriales va contra la codorniz y, de seguir así, que seguirá, es obvio que la codorniz dejará de veranear en Europa o lo hará –como ya apuntaba en mi librito *La caza en España*– en otros medios y altitudes.

Precisamente en estos días recibo carta de un amigo desconocido, el doctor Vicente Martín, de Salamanca, quien me dice que en Navacerrada, a una altura próxima a los dos mil metros, ha escuchado el alegre *pal-pa-lá* de la codorniz el pasado 27 de julio a la una del mediodía. Esta proclividad de la codorniz a las alturas, ya la anoté hace un tiempo en el libro antes mencionado. Por otro lado, el doctor Martín sugiere la posibilidad de que la actual desafección de la codorniz por las siembras y, en definitiva, su escasez, derive del empleo masivo de redes tras las inmigraciones primaverales a través del Estrecho.

Desconozco cómo anda este asunto de las capturas alevosas aprovechando la fatiga de las aves en sus divagaciones migratorias, pero no creo que constituya el principal motivo de su escasez. Mis ideas sobre el tema van más al fondo, son más graves y, por desgracia, menos remediables, ya que ni la técnica, ni la química, ni el cambio de estructura agraria van a dar marcha atrás para que nosotros, los cazadores, pasemos el rato con nuestros juegos pirotécnicos.

Codorniz de montaña
26-30 de agosto de 1974

He subido estas tardes a los páramos de Sedano, en las primeras estribaciones de la cordillera Cantábrica. Las siembras, pese a las penosas labores de despedregamiento que esta tierra exige, se extienden, van a más, hasta constituir, en teoría, unos aceptables cazaderos. Sin embargo, la poca codorniz de la zona, no asienta en los rastrojos, sino en los herbazales, las brozas y los helechos. No más de dos de cada diez yacen en las pajas en las horas crepusculares. A las seis o siete de la tarde, es tontería patear los rastrojos. Adelanta uno más pateando la greñura, aunque esté alejada de la comida, que moviendo aquéllos. Por si fuera poco, dos de estas tardes he topado con pollos de una semana, engendrados en la segunda quincena de julio y nacidos a mediados de este mes, lo que prueba que el celo de estos bichos, posiblemente a causa de las siembras tardías, se va retrasando.

Eché de menos a la Dina, aunque el Choc, al verse solo y asumiendo la responsabilidad, cazó estos días con cierto método, mostrando algunos pájaros e indicando otros con sus piques y la elocuencia de su rabo. Para facilitar las cosas, el tiempo está frío –al caer el sol, el cierzo corta las manos– y, a menudo, las avecillas arrancan solas. Con todo, estas excursiones han servido para refrendar el juicio inicial, resueltamente pesimista: mal año de codorniz, muy floja entrada. Las cifras conseguidas –cinco, siete, seis, tres y dos pájaros– hablan por sí solas.

De todas estas jornadas anodinas, únicamente una anécdota permanecerá en mi memoria: el faenón del Choc cobrándome un macho hermoso, después de encajar mis dos disparos sin inmutarse. La acentuada escasez me animó a seguir la dirección del pájaro con ánimo de revolarlo y probar fortuna de nuevo, pero mi asombro llegó a la perplejidad cuando, a cosa de doscientos metros, el perro se desvió de mi ruta, brincó un lindero a mi izquierda, olfateó tenazmente y, al cabo de cinco minutos de busca tesonera, halló la codorniz muerta al sombrajo de un brezo. El animalito no tenía más que un perdigón en la pechuga y debió morir apenas posado. La hazaña me lleva a pensar que este perro, escrupulosamente adiestrado, podría ser, si me apuran, un animal de concurso.

Otoño loco
12 de octubre de 1974

A mis cincuenta y tres años, habiendo comenzado a foguearme, bien que de morralero, cuando apenas contaba diez, he inaugurado muchas temporadas cinegéticas, pero no recuerdo ninguna apertura tan fría como la de anteayer, y contadas, en lo que la memoria me alcanza, en que tuviera una actuación tan desafortunada. Claro que una cosa puede estar en relación con la otra, puesto que el día no sólo resultó bajo de temperatura sino nublado, oscuro y de viento desmelenado. El día de la desveda casi siempre recuerdo haber cazado en mangas de camisa, bajo un sol centelleante, y no como anteayer con chaleco y cazadora. Estas temperaturas tan bajas, estos vientos intrusos y finos, son en Castilla típicos de la segunda quincena de noviembre pero, a lo que se ve, al verano loco que pronosticaron los meteorólogos ha sucedido un otoño loco y, de proseguir esta locura, no quiero pensar en lo que nos deparará el próximo enero.

Este clima intempestivo provocó en la perdiz –que a juzgar por lo visto, y por lo oído a otros colegas aún más desafortunados, ha criado mal en estos pagos de Santa María– un comportamiento versátil y caprichoso. En general, puede afirmarse que la perdiz voló larga, como si estuviera fogueada, y la que se amonó en las pajas y brincó a tiro, si cogía el viento, de no andar uno muy pispo, se ponía fuera del alcance de la escopeta en menos tiempo de lo que se tarda en decirlo. Esto produjo en mí, que ya venía nervioso, un estado de apremio que me llevó a foguear a pájaros sin apuntarlos, sin aculatar apenas el arma, que es tanto como decir sin posibilidad de abatirlos. No quiero decir con esto que las ocasiones fueran muchas, pero sí que, si colgué cuatro pájaros, al final de la jornada bien pudieron ser seis u ocho. En resumen, fallé tres o cuatro perdices que me salieron a huevo y, en cambio, cobré dos que arrancaron a cuarenta metros pero tragando aire, de lo que se deduce que yo establecí de salida una competencia con el viento, le cogí miedo, me acobardó. Intuía que si la perdiz arrancaba a favor y yo no me armaba presto, la oportunidad se esfumaría. Esto me aconsejó caminar con el arma a media altura, en guardia más que al acecho, aun a sabiendas de que tamaña desconfianza revela un nerviosismo inadecuado para el ejercicio de la caza.

Dos novedades vinieron a aumentar mi excitación: los nuevos cartuchos y el fallo del percutor izquierdo. Lo primero denota una hipersensibilidad cinegética que humildemente reconozco. Muchos cazadores no se preocupan de los cartuchos que tiran, pero yo soy

todo lo contrario, llevo años con la misma marca y la falta de ésta en las armerías me desconcertó. Luego, en el campo, tras el primer disparo, extrañé la detonación, más potente, y el culatazo, más brusco, que los que estoy acostumbrado. Ambas cosas indicaban que el nuevo cartucho era más fuerte, pero esta revelación, lejos de serenarme, aumentó mi desconcierto.

El fallo reiterado del percutor izquierdo, en perdices que debí derribar con el derecho, acabó de estropear las cosas. El cazador moderno –no hablemos del de la aleve repetidora que aspira a enterrar el campo– está mal acostumbrado. El cazador con arma de dos tubos puede permitirse el lujo de no reportarse en el primer disparo porque sabe que dispone de otro para corregir su impaciencia. Es una ventaja respecto a la pieza, aunque la generalidad de los mortales hayamos terminado por aceptarlo, y aun a encasillarlo en nuestro código de deontología venatoria, como un hecho moral. Habituados a ello –a la posibilidad inmediata de enmendar un yerro–, si un fallo mecánico nos hurta tal posibilidad, nos deja vendidos, no tanto por el escamoteo del segundo tiro, sino porque acrece la responsabilidad del primero y con ello nuestro nerviosismo ante la necesidad ineludible de aprovecharlo. La situación es pareja a la de un estudiante que en el momento de presentarse a examen en junio le advirtieran que no habrá segunda vuelta en septiembre. Con toda certeza, a este muchacho se le vendría el mundo abajo y su rendimiento sería inferior a lo normal. Tal es lo que me aconteció a mí el sábado. Entre el cambio de munición, el viento y la desconfianza en el caño izquierdo, se me fueron tres pájaros que salieron a capón, con lo que mi actuación fue tan gris como el día, siquiera la cuadrilla –tras una afortunada jornada de mi hermano Manolo– acabara cobrando doce perdices, tres liebres y dos gazapos.

Doblete de perdiz y liebre
13 de octubre de 1974

Todavía con las agujetas de la primera jornada en las piernas y un día semejante al de anteayer, si bien con viento menos racheado y violento, cazamos en Valencia de Don Juan, el coto social que tan grata memoria me dejó el año pasado. El cuartel J, que nos correspondió en suerte, no difiere en lo sustancial del H que cazamos la otra vez. Los terrenos son semejantes en todos los cuarteles, extensas labores de cereal y algún majuelo, que hay que patear en mano muy abierta y a buen paso para empujar las perdices a los tomillos de los cerros y altozanos que presiden cada cazadero. En esos morretes, apenas abrigados, está el único matadero viable tanto en el cuartel H como en el J e, imagino, en las quince circunscripciones de este coto social. Valencia es terreno más propio para batida que para caza en mano.

Este campo, desarbolado y limpio, obliga no sólo a una andadura penosa sino reiterada y monótona, puesto que la perdiz, en legítima defensa, tiende a retornar a las tierras despejadas de donde partió y uno ha de repetir el abanico tantas veces como quiera subirlas a los cuetos donde intuye que alguna aguardará. Mediante esta táctica, aburrida y fatigosa, logramos colgar quince perdices, siete liebres y dos palomas.

Personalmente, pese al suculento morral obtenido –seis patirrojas y tres rabonas–, tampoco ayer conseguí sujetar los nervios totalmente y una perdiz repullada, que la baja un niño, y un bandito de media docena, a no más de veinte metros, se me fueron a criar simplemente por precipitación. A cambio hice dos dobletes, uno de perdices y de perdiz y liebre el otro, que me dejaron un muy grato sabor de boca.

Esto de los dobletes es, ante todo, cuestión de oportunidad, pero creo que desde hace tres o cuatro años no había conseguido ninguno al margen de la codorniz, donde suele ser faena habitual. Y lo que uno no ha conseguido en varios años, lo consigue un día por partida doble por mor de las circunstancias. La operación del doblete, tratándose de perdices, tiene además un colofón problemático, en particular en terrenos sucios, el de la cobra. El cazador debe afinar no ya para derribarlas sino para herirlas de muerte, supuesto que el derribo de la segunda comportará, casi con seguridad, de no contar con un can diestro, la pérdida de la primera si ha caído de ala. Yo ayer tuve suerte, no sólo porque el terreno ofrece pocos accidentes, sino porque la primera arrancó hacia los bajos del tozal, mientras la otra se repinó en dirección opuesta. Se dio, además, esa décima de segundo tan

necesaria entre el vuelo de las dos perdices para que yo no dudara en la elección del blanco (la irrupción simultánea provoca en el venador nervioso unos instantes de indecisión suficientes para que al menos una de las dos se ponga a salvo). Yo descolgué primero la bajera para volver de inmediato el arma contra la segunda y abatirla sobre los cavones de un barbecho. Para mi fortuna, ni una ni otra movieron una pluma.

El otro doblete, el mixto, creo que es la primera vez, en mi ya dilatada historia de cazador, que lo consigo. Derribar una perdiz con el caño derecho y, sin desarmarse, una liebre con el izquierdo, es faena reservada para un coto espectacular, densamente poblado, que –aunque no falte caza– no es ni de lejos el caso de Valencia de Don Juan. En esta ocasión, la cosa fue aún más peregrina, ya que la liebre saltó de la cama no por mi presencia o la del perro, sino por el tremendo pelotazo de la perdiz a un metro de su encame. Rebotar la patirroja en el suelo e irrumpir la rabona contra la mano fue todo uno. La liebre, pues, estuvo a pique de ser desnucada por la perdiz –lo que hubiera sido aún más chusco– y brincó desconcertada tratando de huir entre las dos escopetas. Me fue suficiente un poco de serenidad para pararla.

En suma, una buena jornada de caza que rematamos debidamente en el pueblo, en Casa Justi, con una paella suculenta que, aunque híbrida de carne y pescado, resultó muy de mi gusto.

Convalecencia
1 de diciembre de 1974

Una inesperada y terrible desgracia familiar me ha tenido casi dos meses apartado del campo. Durante este tiempo es cierto que ni el campo, ni ninguna otra cosa que no fuera mi propia angustia, ha tenido sentido para mí. Y, sin embargo, hoy, primer domingo de diciembre de 1974, compruebo que mi dolor, tras una jornada de paseo soleada y suave, se ha serenado, se ha hecho menos crispado, aunque seguramente más profundo.

En problemas menores siempre constaté las propiedades terapéuticas de la naturaleza. En no pocos papeles he hablado de ella como de uno de los pocos asideros estables al alcance del hombre de nuestro siglo. Quizá por eso ponga tanto ardor en su defensa. En esta jornada de vísperas del invierno, el fresco de las primeras horas de la mañana, la tibieza de un sol remoto luego, a mediodía, han significado para mí lo que la caricia de una mano amiga sobre mi frente. Necesitaba respirar urgentemente y esta primera salida al campo equivale a la del buceador que aflora a la superficie tras una prolongada inmersión. Es obvio que en mi convalecencia física y moral, que presumo larga y difícil, el campo, el aire puro, han de jugar un papel fundamental. Uno va creyendo cada día en menos cosas y, sin duda, la naturaleza es una de ellas y no ciertamente la menos importante.

Por si fuera poco, el tiempo nos acompañó. Una jornada queda, suave, orquestada por el balido de las ovejas y la trepidación de los tractores en plena faena, aprovechando el tardío tempero. Lo avanzado del otoño no impide que los almendros que delimitan las fincas conserven aún verdes sus hojas, lo que imprime a ciertos pagos una falaz apariencia primaveral.

En este escenario, por las faldas de las laderas de Santa María inicié yo ayer mi convalecencia. Mi desinterés cinegético, en principio, era total. Caminaba con la cabeza en otra cosa, obseso, ganado únicamente por el afán de fatigarme. Y, si volaba una perdiz cerca o lejos, le tiraba pero con análoga indiferencia con que podría disparar un corcho sobre las cajas de caramelos de una barraca de feria. Tal actitud, que eliminaba de entrada toda excitación, me permitió aquilatar, mi puntería hasta la minucia y derribar siete perdices y una liebre en una jornada en la que se vio muy poca caza. Pero mi indiferencia, la renuncia deliberada a registrar arroyos y rebabas, me condujeron al éxito y no sólo por el número de piezas abatidas sino por la espectacularidad de algunos tiros tanto por la distancia como

por la disposición de las piezas. Para rematar la función, le cobré a mi hermano Manolo una perdiz aliquebrada dos horas después de haberla derribado, lo que prueba algo que siempre he sostenido, esto es, que al pájaro alicorto hay que darle tiempo para que se olvide del susto y del plomo que lo inutiliza.

La novedad nos la deparó hoy una perdiz que salió apeonando, sin poder levantar, segundos después de volar del mismo lugar un águila ratera. Tras una carrerita, Manolo atrapó el pájaro, herido en el dorso, en la región escapular, desplumada en toda su extensión. Mi hermano cree que su irrupción impidió que el ratonero consumara el sacrificio. Mi hijo Miguel, por contra, opina que la rapaz, de la especie que sea, elimina a su presa a las primeras de cambio de un par de picotazos en la cabeza y, después, se la lleva entre sus garras (nosotros hemos presenciado por dos veces, una en Cañizo –Zamora– y otra en Sedano –Burgos– cómo sendas rapaces soltaban los cadáveres de otras tantas perdices al foguear sobre ellas). Es decir, mi hijo Miguel admite que el ratonero pudiese andar al acecho de la perdiz pero que no le produjo sus heridas. Éstas pudieron originarse por una perdigonada alta –al desplumar luego a la patirroja de marras advertimos un par de hematomas en el trasero–, y la sangre superficial en la calva atraería a otras congéneres que la someterían al calvario del picaje, tal como hacen las gallinas, en un acceso de canibalismo, con la compañera que sufre una lesión cruenta.

La explicación de Miguel parece más plausible y científica, ya que uno se resiste a admitir que un águila intente matar a su presa mediante picotazos en el dorso. Sea como quiera, el caso es que con este obsequio redondeamos un botín sustancioso, muy alto para la época en que estamos y para la escasa caza que se vio: catorce perdices, tres palomas, dos liebres y un conejo.

Primera perdiz
8 de diciembre de 1974

Percha exigua en el Valle de Esgueva, un cazadero que, en sus buenos tiempos, premiaba nuestros esfuerzos con generosidad: cinco perdices y una codorniz despistada. La nota satisfactoria me la proporcionó mi hijo Adolfo, que ayer cobró su primera perdiz, cortándola de través, corriendo los caños como mandan los cánones. El chico, que contaba con todo el repertorio de piezas menores –codorniz, paloma, conejo, liebre y hasta un raposo–, puede considerarse ya un verdadero cazador. El progreso del novicio es más rápido y seguro una vez que derriba la primera patirroja, una vez que comprueba que este pájaro, tan avisado y esquivo, puede ser abatido, si se le toman los puntos, como otro cualquiera.

Cúmulo de adversidades
15 de diciembre de 1974

Ayer domingo, en el mismo cazadero en que hace dos semanas conseguimos un botín de veinte piezas, entre ellas catorce perdices, no logramos, tras más de cinco horas de patear el campo sin desmayo, sino un parco morral de dos perdices y una liebre, y para eso una perdiz y la liebre abatidas en el último cuarto de hora. Esto habla por sí solo de una excursión frustrada, uno de esos días en que por pitos o por flautas todo sale al revés. Hablando en cristiano, la cacería de ayer fue un desastre total y completo.

¿A qué achacar tal adversidad, tal cúmulo encadenado de desaciertos? ¿A la niebla? ¿Al tremendo frío de las primeras horas? ¿A la ausencia ordenadora de mi hermano Manolo? ¿A la imprevisión de dejar al Choc en casa? ¿A la desafortunada actuación de prácticamente todas las escopetas? Hallar las causas de un revés cinegético tan rotundo no es cosa fácil. Estos días negados se dan con cierta frecuencia en el campo, pero una jornada tan aciaga como la de ayer es, afortunadamente, un acontecimiento insólito en el quehacer de una cuadrilla conjuntada, de escopetas discretas. Pero ante la tesitura de tener que indagar las razones de este fracaso, convendremos en que todas las mencionadas más arriba entre interrogantes contribuyeron en mayor o menor medida a nuestro infortunio.

En primer término he mencionado la niebla. Estos días neblinosos de la cuenca del Duero no son raros pero tampoco, por sí solos, decisivos. Quiero decir que la niebla es mala compañera de la caza pero no tanto. Bajo la niebla las perchas suelen ser cortas pero no tan exiguas como la de ayer. Me refiero a esas nieblas pertinaces, no demasiado densas como para componer un día de fortuna, pero tampoco lo suficientemente altas como para permitir una amplia visibilidad. En ocasiones, las nieblas móviles, itinerantes, a corros, acompañadas de helada, adormecen a la perdiz entre los terrones. Mas las nieblas regulares, estancadas, como la de ayer, ni permiten descubrir los bandos, ni seguirlos y revolados si alguno levanta. Ayer, en la mano de ida por la ladera, vimos cuatro perdices –dos tiré yo en tres horas–, y mi hijo Adolfo, que llevaba la pestaña, no llegó a disparar la escopeta. Poco pájaro, en suma, e irremisiblemente largo. Luego, a la una de la tarde, tímidamente, el cielo empezó a cuartearse ya las dos teníamos sobre nosotros un sol resplandeciente. Pero a esa hora pesaban ya en las costillas los veinte kilómetros de la mañana, cansancio más que regular que dificultaba la puntería sobre perdices

que levantaban a cuarenta o cincuenta metros de la mano. De haber contado la cuadrilla con algún sentido profético, lo discreto en un día como el de ayer hubiera sido tomar un taco a mediodía para iniciar la jornada a la una y rematarla a las cinco. Pero faltó el sentido profético y nosotros, hechos a la rutina, habíamos encargado la comida en Quintana del Puente para las tres, con lo que a las dos y media, hora en que empezaban a verse pájaros entre los barbechos y perdidos de los bajos, tuvimos precisamente que levantar el campo para cumplir con nuestro compromiso gastronómico.

Otro factor negativo durante las tres horas iniciales fue el frío, un frío de escarcha, agarrotador, que a mí me hace mucho daño. Soy extremadamente sensible al frío, sobre todo en las manos, y unas manos que por mor del frío no aciertan a apiñar los dedos en un haz son, cinegéticamente, unas manos inútiles. Esto, sin olvidar la cara. El contacto suave, cariñosón, de la culata de la escopeta sobre la mejilla derecha, cuando uno toma los puntos bajo una temperatura mollar, se torna hosco y quebradizo –hielo contra hielo– cuando las temperaturas son de bajo cero. Las dos perdices que tiré en el trayecto de ida fueron pájaros mal encarados y peor medidos por agarrotamiento, y fogueados a destiempo por insensibilidad de mi dedo índice. Pájaros análogos, en distancia y dificultad, los bajé hace dos semanas en estas mismas coteras y, sin embargo, los de ayer se largaron a criar, probablemente sin haber encajado un perdigón.

¿Para qué seguir? Manolo, mi hermano, en su posición de centro constituye, en este cazadero archiconocido, un elemento ordenador. Diríase que Manolo tiene una senda invisible trazada entre las aulagas, siempre la misma, y los que van encima o debajo de él ya saben qué distancia deben guardar y a qué carta deben quedarse. La mano se resintió ayer por falta de referencia. Fue otra contrariedad más a sumar al ya largo repertorio de calamidades.

¿Que, por encima de todo, tiramos mal? Eso por descontado. En este punto no suelo buscar atenuantes. De una a dos y media yo pude bajar dos o tres perdices y no bajé ninguna, me vine bolo. ¿Por qué? Por cansancio, por apresuramiento y, en especial, porque en esto de la caza es rigurosamente exacto el aforismo que dice que quien mal empieza, mal acaba.

Y, para terminar de arreglarlo, está el asunto del Choc, al que ayer, torpemente, dejamos en casa, cuando en un día tan turbio y neblinoso hubiera sido la única posibilidad de mover caza. En resumen, y como diría el castizo, entre todos la matamos y ella sola se murió.

Falló el monte
22 de diciembre de 1974

La niebla. Escapar de la niebla era ayer nuestra suprema ambición. Desde hace tres semanas puede decirse que no levantamos cabeza. Estas brumas invernales del Duero rara vez duran más de cuatro días sin despejar, pero esta vez las recaídas han sido tan rápidas que bien puede afirmarse que llevamos veinte días sin ver el sol. Los viajeros que van y vienen de las provincias limítrofes hablan y no acaban de las temperaturas bonancibles y los cielos despejados de los alrededores, pero lo cierto es que en Valladolid no los catamos.

Ante esta situación, el sábado decidimos una excursión al carrascal abulense de Las Gordillas, donde el pasado noviembre los chicos se entretuvieron. Según mis informes, conejo y perdiz se veían más que nunca, aunque raleaba la liebre, cosa desconcertante, ya que lo primero que se multiplica en un coto bien guardado es la rabona. Así, si el primer objetivo, tomar el sol, se cumplió al dedillo, puesto que antes de entrar en Olmedo el panorama de escarcha y árboles agarrotados dio paso a un sol del membrillo que ponía en las labores un tierno temblor primaveral, el otro, el cinegético, fue un fracaso sin paliativos, un desastre de tanto bulto al menos como el del domingo pasado en Santa María, si bien, en el caso presente, no fue para atribuirlo a las escopetas sino al monte.

¿Qué pasó en el monte? Sencillo. En quince días los ceperos, según nos dijo el señor Mariano, habían levantado un millar de conejos, demasiados conejos para un sardón tan chico, lo que justifica que sólo uno, de los seis que componíamos la mano, viera un gazapo a lo largo de la jornada. La entresaca ha sido tan brutal, que la cuadrilla apenas tiró diez tiros para abatir tres perdices en los altos, mientras el que suscribe, que faldeaba, no llegó a descargar la escopeta.

Tras el paso de los tramperos, la ausencia de conejos y la escasez de perdiz –la perdiz cae a menudo en los cepos de los conejos– no son de extrañar. Más raro es lo de la liebre, que no brincara una sola liebre, cuando el prestigio de este cazadero se basaba en ella precisamente. Recuerdo un año, que abrimos la temporada aquí, con los consocios de Alcyon, y cayeron docena y media. Otro año, quizás el 1970, paré ocho yo solito. ¿Adónde ha ido la liebre? ¿Cómo admitir su total descaste? Los expertos y los charlatanes divagan: la urbanización del Voltoya, los pesticidas, las obras de la autopista... Vaguedades, argumentos poco convincentes. El más sólido, el de la autopista, ya que los ruidos constantes han terminado con la tranquilidad del lugar. Pero la perdiz es más sensible que la liebre a este ajetreo, de no ser

que se hayan aprovechado los vehículos para sacrificar a las liebres a la luz de los faros, que todo puede ser.

Para compensar estas escaseces, Moncho Coronado anda metido ahora en la construcción de un hábitat para anátidas, aprovechando el lavajo formado junto al Voltoya en la gravera de la autopista. Moncho ha puesto en sus orillas masiega, tarajes, carrizos y espadaña, procurando suavizar las escarpaduras y fomentar los lugares de ocultamiento. Veremos hasta dónde le lleva su entusiasmo. Por de pronto, el azulón, aunque en pequeña medida, es querencioso de los meandros del Voltoya y de los prados anegados de sus riberas. Allí cobré yo unos cuantos en el quinquenio 1965-1970. Esperemos. De momento, este cazadero sin liebre, conejo y torcaz es un triste remedo de lo que fue.

La liebre en celo
29 de diciembre de 1974

Invierno increíble, éste. Temperaturas blandas, bajo un persistente anticiclón, algo inusitado en la Castilla alta, donde, por regla general, los cielos enrasados se traducen, abajo, en hielos y escarchas fuertes. No obstante, desde que el invierno hizo su entrada oficial, las temperaturas vienen oscilando entre cinco y quince grados. Estas temperaturas, inhabituales, ciernen las nieblas sobre Madrid y transforman en brumas altas las que ordinariamente, cuando el termómetro desciende, se abaten sobre la cuenca del Duero. La extraña novedad ha ocasionado un caos en Barajas, donde los grandes aviones con destino a Madrid se desvían a Sevilla y los más pequeños aterrizan en la base vallisoletana de Villanubla.

Este clima es poco propicio para cazar la perdiz, que no aguanta al perro, ni se cansa fácilmente tras dos meses y medio de entrenamiento. Consciente de ello, la cuadrilla determinó acercarse a Villanueva de Duero, la finca de los Araoz, por vez primera esta temporada, tras la inesperada muerte de Emiliano Benito, el guarda, en cuya casa y atendidos por su esposa, la señora Concha, hemos saboreado, al amor de la gloria, mucho mondongo y muchas horas de intimidad. El fallecimiento del buen amigo ha sido una desgracia más de este otoño enlutado y triste.

La caza, dada la altura del calendario, no se dio mal del todo, siquiera fuese un morral casi exclusivamente de pelo: cinco liebres, seis conejos, un raposo y una hermosa torcaz que mi hijo Juan derribó a última hora, como para ponerle la guinda a la tarta. Lo sorprendente fue encontrar a la liebre soliviantada y en celo, un celo madrugador únicamente explicable por la insólita benignidad del clima. Antes de bajar del coche ya descubrí tres rabonas juntas, brincando en los barbechos sin que nadie las hostigara, síntoma anómalo, puesto que la liebre, como es sabido, fuera de la fase de ardor sexual, no muestra ninguna actividad diurna. Ya en mano, divisé delante de mí, que como de ordinario caminaba en punta, dos ejemplares guarreándose. El amor es ciego, según el pueblo sabio, pero esto, que en muchos aspectos se prestaría a discusión, resulta incontestable en el trance erótico de la liebre. La liebre encendida pierde su proverbial difidencia. Ello me permitió ir acercándome taimadamente a la pareja, saltando de pino en pino, para, finalmente, hacerme con el macho.

De los otros cuatro ejemplares cobrados, sólo uno lo fue al saltar de la cama. Los demás andaban levantados, de picos pardos, y trataron de desbordar la mano por las puntas. Inútil. Su táctica estaba lastrada

por el amor. De forma análoga cayó el zorro que, según Miguel, su matador, le hizo cara tras el primer disparo, para caer fulminado del segundo.

A la tarde, la calima levantó y quedó un día soleado, templadísimo, que aprovechamos para manear parsimoniosamente las carrascas. El conejo es el mismo demonio. Por la mañana, con el cielo entoldado, no encontramos uno encamado, pero a la tarde había muchos en superficie, soleándose, en plena fiesta, lo que nos permitió entretener un par de horas en disparos súbitos, a espetaperro, como el conejo de monte exige. El balance final, media docena, es una cifra aceptable para unas escopetas no acostumbradas al tiro a tenazón.

La que por supuesto no dio señales de vida, ni por la mañana ni por la tarde, fue la patirroja. De su regresión precipitada en esta zona ya he hablado mucho, quizá demasiado. Únicamente me resta constatar que a finales de 1974 no advertí cambio apreciable y, si alguno intuyo, es sin duda a peor. Mal asunto este de la perdiz en las riberas del Duero.

Un hermoso cazadero sin caza
31 de diciembre de 1974 y 1 y 2 de enero de 1975

Franqueamos la frontera del nuevo año en nuestro refugio de Sedano, en Burgos. El tiempo sigue raso, con crispadas heladas nocturnas y un sol vivo, de enorme pujanza, durante las horas centrales. Ambiente tan grato nos ha empujado al monte las tres mañanas allí pasadas, bien que sin madrugar. Este cazadero, rico en miradores y perspectivas, es cada día más hermoso. Parece mentira que estas manchas de roble, estas laderas de aulagas, estos páramos de tomillos y espliegos y estas brañitas recoletas y abrigadas no den más de sí. Está el jabalí, de acuerdo. Pero ¿y la caza menor? El hábitat para perdiz y conejo es excelente: cuestas adustas, greñura, pedrizas y unos páramos, relativamente abiertos, pródigos en cereal. En lo referente a la perdiz, quizá resida el quid de la cuestión en estas grandes extensiones de monocultivo. Antaño, que la siembra no era continua, sino diseminada en pequeñas hazas, la patirroja abundaba. Hogaño, con más tierras de labor aunque concentradas, el decrecimiento de población es evidente, tanto que en las tres excursiones de estos días no hemos topado más que con dos bandos, uno, nutrido, el primer día, y otro, de cinco unidades, el tercero.

Debo constatar que el comportamiento de la perdiz en la primera jornada fue consecuente con la vieja teoría que afirma que este pájaro en días de sol fuerte, tras una noche de helada, se desperdiga y aguanta al perro a partir del tercer vuelo. En la presente ocasión, la norma se cumplió punto por punto: el bando voló agrupado tras el primer empujón, se rompió al segundo y, en el tercero, cogidos los pájaros contra un barco muy pronunciado, pudimos tirarlos en buenas condiciones, ya que si no saltaban de los pies tampoco lo hacían a más de treinta o cuarenta metros. Para mayor ventaja, volaban chorreaditos, con pausas suficientes para recargar. Tras una mañana sin ver pluma no acertamos a aprovechar esta oportunidad, que no duró más allá de un cuarto de hora. Tiramos, sí, pero sin gracia ni precisión, y si yo derribé dos perdices, dejé, en cambio, escapar otras dos que salieron muertas. También Juan y Luis fallaron sus oportunidades, mientras Germán, en la pestaña, descolgaba otra. Total, que en un momento nos hicimos con tres perdices que pudieron ser seis. La dispersión subsiguiente del bando por el valle, en un terreno inabarcable, y la hora nos incitaron a dejar la batida hasta la mañana siguiente con la esperanza de encontrar la perdiz reagrupada en el mismo sitio. Mas, a la mañana, la patirroja no andaba allí. La misma hora, la misma mano, la misma helada, el mismo sol, la misma táctica pero el bando no apareció. Estas laderas de cintos y bancales

exigen ocho o diez escopetas para un registro concienzudo y nosotros no íbamos más que cuatro, por lo que no puede excluirse la posibilidad de que el bando quedara en un escalón intermedio, entre dos escopetas. Menos comprensible es que en las tres horas siguientes, moviendo una cuesta abrigada, no voláramos un pájaro.

Algo semejante nos ocurrió, en otro escenario –la cerviguera de roble que arranca de la carretera de Nocedo y bordea la de Covanera–, el último día. Pese a la abundancia de oquedades, matorrales y vallejos húmedos, la becada no compareció. Tampoco el jabalí, en el que en cierto modo confiaba, ya que mi amigo Florencio, en un paraje semejante, cobró uno el pasado noviembre, cuando iba a perdices, en mano con su primo. (Éste lo desperezó en el bocacerral, le descerrajó dos tiros con perdigón de sexta, para que Florencio, advertido por las voces y los disparos, lo aculara en el rodapié de dos balazos certeros). Pues bien, ayer, nada de nada. Menos mal que Miguel, allá en lo alto, a medio kilómetro de mí, que faldeaba, abatió una perdiz de las cinco que volaron a contramano, camino de Las Puertas.

Pero buscar cuatro perdices en aquella inmensidad era como buscar la clásica aguja en el pajar, por lo que decidimos dejarlo y bajar a comer a casa, no sin comentar, una vez más, que tan hermoso cazadero no merecía suerte tan sórdida.

Fuego a discreción
11 y 12 de enero de 1975

Mi primo Enrique Mengotti, con generosidad que le agradezco, nos invitó a dar unas manos por su coto de Maqueda, que ordinariamente destina a batidas para extranjeros económicamente fuertes. Enrique es sabedor de mi afición a la caza a salto y, teniendo en cuenta la distancia entre Valladolid y Maqueda, extendió liberalmente la invitación a sábado y domingo. De este modo, guiados por Julio Pérez Santos, jefe de guardería, y el señor Enrique, jurado de la finca, pasamos un par de jornadas en Maqueda únicamente comparables a la que la temporada anterior pasamos en Valdelagua. Porque, tras esta nueva experiencia toledana, debemos reconocer que esta provincia, afamada por su cuchillería y sus mazapanes, también la merece por sus perdices, muchas y briosas. Y al hablar así no me guío únicamente por el acotado de Mengotti, sino qué basta dar un paseo por cualquier carreterilla de la provincia a cualquier hora del día, para sorprenderse de la cantidad de bandos que picotean en labores y barbechos.

Metidos ya en faena, esto tiene una traducción práctica inmediata, el traqueo frecuente, casi ininterrumpido, sobre pájaros, más o menos largos, cuyo destino nos trae sin cuidado, ya que a los bandos volados suceden otros bandos de refresco, de tal modo que siempre hay blanco en perspectiva, puesto que en el campo toledano todo el monte es orégano. Esto provoca en el cazador castellano, hecho a la austeridad, una excitación creciente muy difícil de controlar, por mucha voluntad que se ponga en el empeño.

La excursión a Maqueda tuvo, como los partidos de fútbol, dos partes distintas y definidas, correspondientes a las dos jornadas, ya que, aun siendo el mismo acotado, en punto a topografía las dos mitades pateadas difieren sustancialmente. En la primera, la del sábado, se alterna el sembrado con la moheda en una proporción que yo diría ideal. La perdiz se sujeta bien en los mataderos y, aunque el día, a pesar del solillo, fue decididamente fresco, pudimos tirar sobre pájaros no excesivamente confiados, pero que se arrancaban a prudencial distancia. La cuadrilla, si que con mayores oportunidades, realizó, pues, su cacería acostumbrada sobre pájaros que se van, que huyen de la escopeta; una cacería a rabo.

No hay que decir que, tratándose de un coto bien poblado, batido por un grupo cinegéticamente reprimido, la abundancia de disparos fue la tónica. Y el botín, pese a irregularidades explicables, suculento: veintisiete perdices, doce liebres, dos conejos y una torcaz. La nota adversa fueron las piezas perdidas, demasiadas, por mi parte cuatro

patirrojas, dos alicortas, otra de torre y una cuarta que me hizo una jugarreta extraña: alcanzada a treinta metros sobre un bacillar, entró en barrena haciendo el tornillo, mas al alcanzar la altura de los sarmientos, se rehízo, enderezó, aunque torpemente, su vuelo y fue a desplomarse tras una pequeña prominencia a mis espaldas. Mis esfuerzos por encontrarla resultaron inútiles.

La jornada del domingo fue distinta. El cazadero, muy abierto –siembras y majuelos suavemente ondulados–, apenas prestaba refugio a la perdiz, puesto que en estas tierras toledanas, labradas y aricadas con primor, se han eliminado perdidos y linderas, y las encinas, que mechan los cultivos, no atraen a la patirroja por mucho que se la acose. Resultado: en las primeras horas de la mañana el que suscribe no tiró más que a cuatro pájaros locos, por supuesto sin éxito. Las cosas mejoraron a mediodía, pues al incorporarse a la cuadrilla Enrique y sus hijos, la mano pudo abarcar, en abanico, casi un kilómetro de extensión, de forma que los pájaros, maleados por el ojeo, se volvieran contra las escopetas remontándose a las nubes. El fenómeno comportaba una novedad sensible para los vallisoletanos: el fogueo sobre pájaros que *venían*, no que se *iban*, pájaros de batida más que de mano. Afortunadamente no tardamos en cogerles el tranquillo y mi hermano Manolo, a mi izquierda, derribaba tres perdices increíbles, encampanadas y diabólicamente rápidas, y yo le secundaba, minutos después, con otras dos de características semejantes. Pero el que se llevó la palma fue mi hijo Miguel, corroborando su suerte del día anterior –dieciocho piezas–, echando abajo trece perdices y dos liebres.

La excursión a Maqueda, sin dedicarle a la caza más de cuatro horas y media cada jornada, deparó a la cuadrilla –familia Mengotti aparte– la asombrosa cifra de cincuenta y ocho perdices, veintidós liebres y dos conejos, algo más de dos tercios de lo logrado en la meseta durante toda la temporada. Excursión inolvidable, que rematamos al abrigaño de la casa del señor Enrique, devorando unas liebres con arroz mientras charlábamos con los Mengotti de los mil y un temas que una relación cordial pero intermitente iba poniendo sobre el tapete.

Un ojeo al año no hace daño
19 de enero de 1975

Lo dije hace mucho tiempo y lo sostengo ahora: asistir periódicamente a una batida de perdices es una cura muy oportuna contra nuestra vanidad de tiradores conspicuos y un ejercicio conveniente para aliviar nuestra represión pirotécnica. Dar gusto al dedo, actuar como escopeta en una batida, no es exactamente cazar, pero es algo que se le aproxima y que, en consecuencia, ofrece un gran atractivo cinegético.

Creo que ha sido éste el primer ojeo organizado, bien organizado, en el que participo. Antaño intervine en dos, en Villanueva de Duero, cuya población perdicera era muy modesta, y creo recordar que en otros dos, en Mérida, junto a unos amigos extremeños. Pero unos y otros fueron ojeos de pocos vuelos, de escasa enjundia, tanto por su montaje como por el número de víctimas.

Alejandro Fernández Araoz ha hecho ahora las cosas por todo lo alto: la finca, la compañía, la organización, han sido perfectas. Araoz montó un tinglado de docena y media de batidores, secretarios, cargadores, banderines, cornetín de órdenes, etc. Para mí, lo nunca visto. Y todo, con perdón, para cuatro gatos: él, Royo Villanova, mi hijo Germán y yo. Araoz justificó su invitación con la disculpa de censar las perdices de Yuncos (Toledo) tras la cacería de mediados de temporada en la que se abatieron alrededor del millar, pero, en realidad, lo que pretendía es que yo observara de cerca este fenómeno del ojeo –que con tantos adeptos cuenta y contra el que tanto he arremetido– y pasara un buen rato. Objetivo cumplido, ya que disfruté de una jornada magnífica en la que todos los factores parecieron conjugarse para que la cosa resultara irreprochable.

La experiencia de ayer en Yuncos me enseñó, además, que el tiro de perdiz en batida exige unas determinadas condiciones físicas y psíquicas, aparte una práctica regular y sistemática para conservar la forma. Disiento en esto del amigo Alejandro, que, modestamente, considera que en el ojeo todo es costumbre. Para mí no es bastante. Por mucho que salga al campo un tipo desasosegado, inquieto, nervioso, lento de decisiones, con un campo de visión ceñido, nunca llegará a ser no digo un buen sino un discreto tirador de ojeo. Para mí, el buen tirador de ojeo precisa, antes que horas de vuelo –indispensables–, estos cuatro requisitos: serenidad, intuición, vista y rapidez de reflejos.

A mí, debutante ayer en estos menesteres, me faltaron, por ejemplo, los dos primeros requisitos en la batida inicial, donde debí derribar

veinticinco perdices –treinta y cinco descolgó Araoz a mi vera– y hube de conformarme con siete. ¿Que qué paso? Pasó de todo, pasó que, aparte los pájaros sueltos que no me alteraron, cuando irrumpió la barra, de más de cien unidades, perdí la sangre fría que a duras penas había conservado hasta entonces. Ahí empezó el pim pam pum frenético, alocado, sin probabilidad de éxito; lisa y llanamente: yo había perdido la serenidad. Tiraba sobre los pájaros que me sobrevolaban, cambiaba de objetivo sobre la marcha, se me engarabitaban los dedos al cargar –yo, con una sola escopeta, había renunciado al secretario. En ese momento comprendí que el juego de escopetas gemelas no es un lujo sino una exigencia en el tirador habitual de ojeo. Añadiría algo: la serenidad del tirador de ojeo descansa precisamente en saberse armado de continuo, en el convencimiento de que no hay pájaro, por rápido que quiera ser, que pueda cogerle desprevenido. El tirador inerme en un momento dado se siente inútil ante la barra de perdices que le acomete a cien kilómetros a la hora. En la acción de abrir la escopeta y recargar, la gran oportunidad ya ha pasado.

Ítem más: el tirador necesita serenidad para elegir blanco. Serenidad que a mí me faltó ante la entrada en grupo y conservé, como buen cazador en mano, en la segunda batida, donde el tropel no se presentó, sino que las aves entraron chorreaditas, una detrás de otra, con breves pausas, de forma que de ocho pude derribar seis.

El ojeo, para un cazador al salto, constituye un venero inagotable de sorpresas. En la primera batida, cinco de los siete pájaros que acerté los corté ya pasados, sirgados entre Alejandro y yo, planeando, de tal manera que el secretario de aquél afirmaba –y con toda la razón– que yo «únicamente mataba las perdices bajeras». ¿Por qué era esto así? Muy sencillo; de entrada me faltaba intuición para decidir el momento de tirar del gatillo en la perdiz que entra de pico. Porque para mí el problema del ave que nos viene al sombrero no estriba en tomarle los puntos más o menos concienzudamente, que esto es fácil de hacer, sino intuir el momento pertinente del disparo de modo que ni nos atraquemos de perdiz ni lo hagamos antes de entrar ésta en plaza.

Con la serenidad y la intuición corren parejas la vista y la velocidad. El buen tirador de ojeo debe disponer de una mirada atenta, ubicua y abarcadora que tenga constantemente informado a su cerebro de lo que sucede en el cielo en un radio de acción de ciento ochenta grados. Aquel tirador que espera el golpe de perdices por la izquierda y descuida su derecha traqueará sin ningún resultado si aquéllas irrumpen entre los olivos de la zona desatendida. Otro tanto diré del tirador moroso en aquellos ojeos –los más– en que las pantallas se instalan en un bajo, la caída de un cerro o tras el cembo de un camino. El hombre sin reflejos o con reflejos tardos nada podrá hacer,

sino fuegos artificiales, en estos casos. El experto tirador de ojeo debe estar prevenido para lo que le echen: toma de puntos de largo o fogonazo a espetaperro, lo que sea. No olvidemos que la perdiz pasada, una vez que toma vuelo, es muy problemático, pero que mucho, derribarla.

En suma, a mi entender, el tiro de ojeo –que también tiene, por supuesto, su tranquillo– requiere ante todo serenidad, intuición, vista y rapidez. A mí, que me faltaron ayer las dos primeras cualidades en la batida inicial, y las otras dos en la tercera y la quinta, aparte, claro está, de la práctica en todas, no podía sonreírme la fortuna. Hube de conformarme con abatir treinta pájaros allí donde un discreto tirador de ojeo, con armas de quita y pon y un cargador rápido, hubiera, fácilmente, doblado la cifra. Pero en la caza, como en todo, para aprender hay que perder.

Juego de bolos
26 de enero de 1975

Una mano de cuatro escopetas que a lo largo de una jornada se vuelve a casa sin cortar pluma y, casi diría, sin disparar el arma no es, afortunadamente, un hecho frecuente. Y, sin embargo, ayer, en la finca de un amigo, en la ribera del Duero, se dio este caso. Supongo que para encontrar precedentes de esta «bolería» colectiva tendría que remontarme muchos años en mi agenda. Y, a lo mejor, ni lo encontraba, ya que, aun en los días más negados, nunca falta el conejito, la torcaz o la avefría que, a última hora, viene a traer un rayo de luz a la jornada. Bueno, pues ayer ni ese consuelo. Nada. Cierto que la mano, en lo que atañe al elemento joven, que es quien mueve las tabas y la caza, no era muy avezada, pero de todos modos intuyo que en este cazadero había poco que mover, y pese a que el amigo Romero, el dueño, nos había hablado con contagioso entusiasmo de los bandos de azulones que fondeaban en el río, detrás de la casa, y de «la plaga» de conejos en el soto, ni unos ni otros comparecieron. Concretando, aparte de mí que no tiré, mi hijo Adolfo fogueó sobre una liebre en Pekín, Luis, mi yerno, sobre una zurita que sobrevolaba el carrascal y mi hermano Manolo sobre una patirroja entrematada y larga. Resumen, cero. Un juego de bolos que tal vez constituya el anticipo de lo que será la caza en Castilla la Vieja a la vuelta de unos –pocos– años.

De retirada, hicimos un alto en Pinilla de Toro para ver el criadero de liebres que Martín Cabezón ha montado en el corralón de la trasera de su casa. Martín sembró el corral de alfalfa e instaló en él a una pareja. Al cabo del año, en partos regulares de uno, dos o tres lebratos, que no fallaron en los meses de abril, mayo, junio, julio y agosto, se encontró con quince rabonas correteando por el patio. Al año siguiente, estas ocho parejas se habían convertido en más de cincuenta liebres. Martín, que ha regalado animales a unos y otros, proyecta ahora, partiendo de los cinco pares que conserva, alcanzar el centenar para el próximo otoño. La fecundidad, la regularidad reproductora de esta especie, observada por este amigo en su corral-laboratorio, explica la rápida repoblación lebrera en aquellos terrenos en que la caza se guarda. El lepórido es agradecido, da ciento por uno. Y, desde luego, caminar por el alfalfar cercado de Martín Cabezón, levantando liebres a diestro y siniestro –los bichos conservan toda su fuerza, su recelo y su gracia–, es un espectáculo divertido y consolador, en particular después del triste episodio cinegético que acabamos de vivir a pocos kilómetros de aquí.

Otro ojeo, con perdón
31 de enero de 1975

Aparte las cualidades imprescindibles que señalé en mi carnet el pasado día 19, el tirador de ojeo con aspiraciones de llegar a algo debe cogerle el aire al asunto. Ayer, en una batida en Quismondo (Toledo), con una densidad de ganado pareja a la de Yuncos, y un traqueo aproximado, bajé dieciocho pájaros más que en el ojeo anterior. Esto no supone que estuviera bien, sino que actué menos mal, es decir, que se dejaba notar mi primera experiencia. A mis observaciones tras la batida de Yuncos, se me ocurre agregar hoy las siguientes: 1) En ojeo, las perdices deben matarse delante de la pantalla. Ahí radica, a mi juicio, la diferencia entre el tiro en ojeo y el tiro a rabo, 2) Aspecto fundamental es la colocación de los pies. Unos pies incómodamente asentados, sin facilidad de giro, inutilizan unas manos por expertas que sean. Ayer, en la segunda batida, sobre un pedregal que no tuve la precaución de allanar, me convertí en un Júpiter tonante que festejaba el paso de cada patirroja con dos cohetes estruendosos, totalmente inofensivos; y 3) El verdadero problema del cazador a rabo que se ve inopinadamente envuelto en la aventura de un ojeo es el del tiro de la perdiz que irrumpe alta y de pico. La toma de puntos se precipita debido a la aproximación vertiginosa del pájaro, pero llega un instante –¡elegir el instante, he ahí la cuestión!– en que los caños deben cubrir de manera intuitiva a la perdiz antes de disparar. Aquí no cabe hablar de adelantamiento de escopeta, sino de un golpe de escopeta mecánico, adivinatorio, que nos lleva a presumir en qué punto el pájaro, que materialmente *nos come*, va a encontrarse con los perdigones. Miguel Montesinos, un experto tirador de batida, consiguió varios impactos de este orden a mi vera, y los escasos yerros al primer disparo los corrigió magistralmente en el segundo, quebrando la cintura hacia atrás, en eso que los especialistas llaman *tiro real*. De la rica gama de tiros espectaculares que el ojeo brinda, es éste, desde luego, el más bello.

Despedida por todo lo alto
1 y 2 de febrero de 1975

Enrique Mengotti, genio benefactor-cinegético de la familia Delibes en la presente temporada, nos proporcionó en su coto El Mocho una despedida de campanillas: dos jornadas consecutivas de caza en mano en una finca que, a poco, dará una perdiz por hectárea, con el aditamento de unos faisanes que se crían en la pobeda de la zona sur del coto.

Claro que aceptar dos cacerías así, a salto, en fechas consecutivas, por parte de cazadores provectos, es un poco cazar con los ojos, supuesto que, como era de esperar, tras la primera, agotadora jornada, ni mi hermano Manolo ni yo podíamos con los calzones. Pero ¡que nos quiten lo bailado! Porque el cacerío del día 1 fue el más suculento de la temporada y uno de los más hermosos que recuerdo en mi vida de cazador. Y eso que la cosa no tuvo buenos principios, ya que a pesar de que el sol lucía franco, una brisa demasiado fresca deslució las dos primeras horas de la mañana. En esta fase la perdiz, muy despegada, voló larga y, aunque disparé con presteza sobre las atravesadas, apenas acerté a bajar tres y a parar una rabona que aguardó en un majuelo.

Una hora antes de comer, al internarnos en unos terrenos más abrigados, cambió la decoración, puesto que en poco más de media hora, derribé cinco perdices y un faisán –¡cómo me llenó el ojo el tío, según sobrevolaba los álamos blancos!–, mientras mi hermano cobraba tres perdices y un conejo.

Los chicos, que tenían anunciada su llegada después de comer, se retrasaron más de la cuenta y hasta casi las cinco no pudimos abrir mano sobre los majuelos y rispiones que se alzan del otro lado de la pobeda. A pesar del breve tiempo de que disponíamos, las perchas se poblaron rápidamente en una de las actuaciones más regulares y más equitativamente repartidas de la cuadrilla: Miguel, tres perdices y un faisán; Juan, tres perdices y un faisán; Luis, cuatro perdices y una liebre; Adolfo, dos perdices, una liebre y un faisán; Manolo, dos perdices y un faisán; y yo, dos perdices y dos liebres. ¡Una tarde aprovechada!

La novedad la depararon los faisanes, aves procedentes de dos parejas que escaparon hace años de la finca vecina y crían, cada primavera, en el sotobosque de la pobeda. Entre la greñura del soto, los dos perrillos de Julio, el guarda mayor, Curro y Manolo, se desenvolvieron como pez en el agua y fueron sacando, uno tras otro, hasta cuatro faisanes que la cuadrilla, en vena de aciertos, descolgó

pese a las pantallas protectoras que ofrecían los olivos inmediatos.

La jornada de cierre, el remate de temporada, fue, en rigor, media jornada por culpa de Manolo y mía, demasiado zurrados la víspera como para aguantar otra caminata de ocho o diez horas. El sector de coto que cazamos, más llano y desguarnecido, era, además, menos apto para que la perdiz aguardase, lo que no impidió que mi hijo Juan, hecho ya a los tubos superpuestos, descolgara nueve pájaros, la mitad del botín total.

Personalmente, aunque a mediodía me independicé de la mano –me resultaba muy fatigoso seguir su ritmo–, derribé tres perdices, una codorniz y una liebre. Cosa notable es que de catorce patirrojas cortadas por mí entre las dos jornadas, cuatro cayeran haciendo el castillo. Esta finta postrera de la perdiz, no demasiado frecuente, revela un perdigón en cabeza o pulmones que, a veces, cuando uno topa con un macho fuerte como el segundo de hoy, no hace efecto hasta varios cientos de metros después del disparo.

Otra conclusión estimulante, tras el doble cacerío de El Mocho, es que ya tengo entre los míos un nuevo cazador, mi hijo Adolfo, el benjamín de los varones, de catorce años, a quien ya anticipé, tras la batida de Yuncos, que la experiencia de ese día valía más que toda una temporada. El chaval, entre ayer y hoy, colgó cinco patirrojas, un faisán y una liebre, lo que significa que ha conseguido eso tan difícil para el recién iniciado que es cogerle las vueltas a la perdiz.

Lo que no procede esta temporada es hacer comparaciones con las anteriores y sacar conclusiones. Las irregularidades de ésta son patentes. Hemos cazado menos días, pero dos de ellos en ojeo y cuatro más en los campos privilegiados de Toledo. El parangón con otras temporadas sería engañoso e inútil si a lo que aspiramos es a saber lo que ocurre en Castilla la Vieja. Únicamente si nos ceñimos a las perdices abatidas en esta región y las dividimos por cazador-día, obtendremos un guarismo válido, un cociente de 1,9, parejo al de los dos años anteriores, que fueron años malos, lo que quiere decir que después del bajón de 1972 la patirroja no se ha recuperado en la meseta.

La codorniz no veranea en España
24 de agosto de 1975

La apertura de la media veda en Burgos, que normalmente empuja a miles de cazadores de las provincias limítrofes, no registró este año el movimiento y la animación de otros. ¿Razones? Tal vez la más poderosa, los malos informes de las provincias vecinas. Según me cuentan, cazador hubo en Valladolid que tras dos días de caza la semana pasada no colgó más que una codorniz y una tórtola. Las noticias de Santa María, nuestro coto de Burgos, no eran más optimistas antes de abrir: la perdiz y la liebre habían criado bien pero la codorniz había malcriado. El brusco cambio de tiempo el pasado jueves me hizo concebir, no obstante, algunas esperanzas, no porque el frío multiplique los pájaros sino porque un repentino descenso de la temperatura podría inducirlos a abandonar los intrincados arroyos y a refugiarse en el rispión, en las pajas.

Para el buen cazador los malos augurios no cuentan. La cuadrilla preparó los trebejos como de costumbre. Mi hermano José llegó a Sedano con su Dumbo de víspera y, a las cinco de la mañana, ya estábamos en danza. Un leve refrigerio en Estépar y la primera luz, conforme a lo previsto, nos sorprendió armando las escopetas en el rastrojo. Disponiendo solamente de dos perros, nos dividimos en dos parejas: Juan se fue con su tío José y el Dumbo, y mi yerno Luis y yo seguimos al Choc. Una sorpresa inicial: en un cuarto de hora volamos dos codornices. Luego, conforme el sol levantaba, fueron escaseando cada vez más hasta llegar a su total eclipse. Luis y yo vimos siete pájaros y cobramos cinco, mientras la otra pareja cobraba seis. Triste balance: once codornices para cuatro escopetas en seis horas de ejercicio. Es la percha más ruin que recuerdo en mis aperturas en Santa María, si bien la disminución ha sido gradual, ya que, si el año antepasado cobramos treinta y siete, el último, entre cinco escopetas, alcanzamos a duras penas las dos docenas.

Lo más doloroso del caso es que ha pasado el tiempo de atribuir el decrecimiento de la codorniz al clima o a las circunstancias de cada cazadero. En la península no hay codorniz porque no entra, es decir, por los motivos que sean, la africana no veranea ya en nuestros lares. En estos días recibo una sustanciosa carta de un cazador castellano, el doctor Posada, que lleva desde 1933 avecindado en Algeciras. El doctor, a lo que veo lector habitual de mis papeles cinegéticos, me hace unas precisiones desconsoladoras. Mis perchas exiguas, según él, no son más cortas que las de los cazadores sureños en los días del paso, lo que significa que la codorniz apenas franquea ya el Estrecho.

El doctor Posada me dice que en Egipto todavía se capturan a millares, pero son codornices cuyo destino son las llanuras de Asia Menor. En Europa entra poca, cada año menos, sobre todo por Gibraltar. Han pasado los años de las capturas multitudinarias con red y, ante este fenómeno incuestionable, no nos queda más que preguntarnos si se tratará de una novedad pasajera o definitiva. Más o menos, el problema hay que plantearlo en los siguientes términos: ¿Vienen pocas codornices –«en los tres últimos años no hubo paso», me dice mi informador– porque ha decrecido la demografía africana o porque a la codorniz no le agrada la situación del campo europeo y ha cambiado de hábitos o de rumbo? Por otro lado, si la codorniz ha decrecido también en sus cuarteles de invierno, ¿obedece este decrecimiento a causas fatales o remediables? ¿Puede recuperarse la codorniz de este bache o, en tanto imperen las circunstancias actuales, se irá haciendo más profundo cada día hasta terminar en su descaste? Lo único cierto es que los mil y un argumentos esgrimidos hasta el día para explicar la disminución de codorniz no es que hayan dejado de ser válidos, es que no son suficientes. Existen otros motivos además de los consignados que explican las deslucidísimas perchas que a costa de sudar la camisa hemos conseguido en los últimos veranos. La escasez de codorniz, me parece, ha dejado de ser un problema local, se ha internacionalizado.

¡Esos perros!
25, 27, 28, 29 y 31 de agosto
y 4 de septiembre de 1975

Pese al convencimiento de que hay muy poca codorniz, la afición termina imponiéndose al desaliento. Para abrir boca, antes de visitar el coto social de Valencia de Don Juan, subí cinco tardes con mi hijo Adolfo a los altos de Sedano. Dos de ellas, regresé sin disparar un tiro, otra disparé uno sobre un pollastre lampiño, la cuarta –sorprendentemente– cobramos seis codornices, y la quinta, nueve, en el mismo pajonal. Esto da idea de que la codorniz, aun en cantidades mezquinas, se ha repartido desigualmente, puesto que uno puede pasarse cuatro horas en un rastrojo sin disparar un tiro, y otro, en el mismo término municipal, a menos de un kilómetro de distancia, puede cobrar cómodamente una docena en el mismo tiempo. Explicación: los rastrojos que no dieron pájaro eran rastrojos abiertos y desamparados, mientras que los que nos permitieron, al fin, probar la codorniz 1975 componen un cazadero apañado, con pimpollos y herbazales en los bordes, donde siete días antes de la apertura levantamos con el perro pollitos de dos semanas. Todo esto parece demostrar que la escasa codorniz que franquea el Estrecho lo hace tarde y busca cobijo en la greñura, ya que trigos y tremesinos están poco más que apuntados.

La caprichosa distribución de la codorniz se confirmó ayer en Valencia de Don Juan. Los guardas Pablo y Juan Isaac aseguran que hay cuarteles donde no se ha visto una mientras otros, entre pitos y flautas, vienen dando de doce a quince codornices por escopeta y día, cuando no las veinte del cupo.

Por nuestra parte podemos confirmar que en los pagos que nos tocaron en suerte había pájaros para entretenerse, hasta el punto de que entre cinco escopetas cobramos treinta y ocho por la mañana –madrugando– y treinta y seis por la tarde. Y la cifra no es todo lo expresiva que debiera, puesto que pudieron ser más y no lo fueron por dos razones elementales: los perros que utilizamos no eran nuestros y el viento fuerte, racheado, que sopló durante toda la jornada, deslució su actuación.

El Zar y la Caty, cedidos gentilmente por nuestro amigo valenciano Pina, propendían a alargarse y, para mayor contrariedad, no sujetaban la muestra. Entre esto y el viento, la cacería empezó a embarullarse y terminó siendo la ceremonia de la confusión. La mano no pudo moverse uniformemente ni plegarse a un método. Inevitablemente había una escopeta desplazada –cuando no dos– detrás o delante; las

carreras eran constantes en nuestro afán de llegar antes de que los perros rompieran la postura y, finalmente, el registro del pajonal –muy espeso– en busca de las codornices abatidas nos llevó mucho tiempo. El cacerío, pues, fue pingüe pero informal. De habernos acompañado el dueño de los canes –al Zar hubimos de amarrarle al cuello una gruesa cadena para frenar su fogosidad– la cosa hubiera cambiado. Pero los animales nos extrañaban y a nuestras voces respondían con absoluta displicencia. Nada de esto fue obstáculo para que nos divirtiéramos, en especial mi hijo Juan, quien cobró, él solito, cerca de treinta pájaros.

Un hecho sorprendente fue la actitud del Choc entre dos colegas desconocidos. De ordinario, el Choc es un animal desigual, caza cuando quiere, pero su comportamiento ayer no deja de ser extraño. Apenas iniciado el cacerío advertí que se desentendía del negocio y únicamente cuando el Zar o la Caty mostraban una codorniz, corría hacia ellos presuroso, tratando de anteponerse, de suplantarlos y de anotarse un tanto ante mis ojos. Su conducta fue la propia de un parásito que pretendiera brillar a costa del esfuerzo ajeno. ¿Por qué? ¿Celos? ¿Contrariedad? ¿Temor? ¿Desconfianza en las propias facultades? ¿Complejo de inferioridad?

Por más que mis hijos lo echen a broma, yo sigo pensando en un fenómeno psíquico que tal vez un etólogo pudiera desvelarme. Porque, por otra parte, el Choc, separado de sus compañeros, volvió a evidenciar su portentosa nariz, cobrando como nunca, hasta el extremo de no dejar en el campo un solo pájaro, aun en los rincones más enmarañados. Empero, nuestras carantoñas no le animaron a redondear la faena. El hocico desdeñoso y levantado, retraído en la búsqueda, pando en la carrera, no llegó a mostrar, aunque parezca mentira, en toda la jornada, una sola codorniz.

Los *azulones del Záncara*
12 de octubre de 1975

El día 10 el tiempo dio un giro espectacular y un otoño que se había iniciado pesado y fogoso, con treinta y cinco grados a la sombra en Andalucía, se convirtió de pronto en una estación fría y lluviosa. El cambio fue especialmente oportuno para la perdiz, pues los bandos, bajo la canícula, hubieran sido diezmados en pocas horas. Claro que esto no rezaba con nosotros, ya que la cuadrilla había decidido abrir la temporada en Alcázar de San Juan, en el coto social que el Icona ha creado en el río Záncara para las anátidas.

Esto de la caza del pato constituía una novedad para varios de los miembros del grupo, no para mí que tuve ocasión de ejercitarla en la laguna del Taray, cuando ésta era propiedad de la familia Coronado. El coto de Alcázar de San Juan, sin embargo, no tiene nada que ver con aquello. En este coto social los puestos se escalonan a lo largo del río Záncara, río, aunque parezca paradójico, destruido por la higiene, ya que las alcantarillas de todos los pueblos de los alrededores vierten en él para convertirlo, dado su escaso caudal, en una cloaca al aire libre. Los más pesimistas calculan que el pobre Záncara engulle, aun dando por supuesto que el español es un pueblo estreñido, doscientas mil deposiciones y muy cerca del millón de meadas diarias. Resultado: un agua pardusca, opaca, revuelta, cuya pestilencia se extiende a varios kilómetros a la redonda. Lamentable. Desconozco el tipo de depuradoras que deben instalarse aquí, pero me niego a admitir que la higiene doméstica tenga que estar necesariamente enfrentada con la higiene del medio ambiente.

La caza de patos, como caza de aguardo, ofrece sus víctimas entre los ánades que van a chapuzarse en el sector vigilado por la escopeta o entre los que van de paso. Caza madrugadora, se inicia con la primera luz y puede darse por concluida entre las diez y las once de la mañana, hora en que los patos, acomodados en charcas y arroyos, dejan de merodear sobre las escopetas. Esta peculiaridad indujo a mi hermano Manolo a bautizarla con el sobrenombre de caza-aperitivo, ya que cuando uno la deja está en las mejores condiciones para empezar con otra cacería más sólida y prolongada.

El parro alcazareño respetó el horario: se movió activamente entre siete y ocho y media, sobrevino un parón y se reanudó el movimiento sobre las diez menos cuarto para interrumpirse definitivamente media hora después. En tan corto período se tiró con desigual asiduidad y fortuna. Adolfo y yo, compartiendo el puesto, derribamos nueve patos –seis el chico y tres yo, que el tiempo no pasa en balde–, mientras en

los tollos altos Luis y Juan abatían ocho, y cinco Manolo, todos ellos, los suyos y los nuestros, azulones, mitad machos y mitad hembras.

Una vez más, el cacerío del Záncara me demostró que a los parros se los baja antes sabiendo aguardar que sabiendo tirar. El pato que se dispone a amerizar evoluciona en círculos cada vez más pequeños, descendiendo paulatinamente sobre nuestras cabezas, pasa y repasa, para, finalmente, decidirse y lanzarse en picado. La escopeta avezada nunca disparará cuando el pato la sobrevuela a sesenta u ochenta metros. Esperará. Al pato hay que dejarle que se confíe y entre en plaza. Entonces se le pueden tomar los puntos con relativa seguridad y foguearlo a veinte o treinta metros de distancia. Una detonación prematura, cuando el pato describe círculos a cincuenta metros, sobre aleatoria, provocará una desbandada general que impedirá tirar a las escopetas de arriba y a las de abajo, destruirá, en suma, la oportunidad de todos. Aguantar, sujetar los nervios, reportarse, es, me parece a mí, el secreto de la caza de anátidas al aguardo.

La segunda parte estriba en acertar a correr la escopeta y disparar en el momento oportuno, ya que el pato, cuando va a echarse al agua, vuela a un ritmo desigual. Entre la velocidad del parro que se lanza en picado, la del que pasa en vuelo regular, la del que planea y la del que frena súbitamente para posarse, hay tanta diferencia como la que puede existir entre la velocidad de vuelo de una perdiz y la de una urraca, lo que supone que en el caso de los patos no puede haber otra norma concreta que la de adecuar el disparo al ritmo de vuelo, adelantando poco o mucho y, a menudo, tirando al bulto.

Nuevo coto
15 de octubre de 1975

El arrendamiento de Santa María cumple este año y su renovación es un tanto problemática. José Luis Montes tiene ascendiente allí pero parece que anda por medio el Icona con idea de crear un coto social. Por lo que pueda tronar, Manolo y yo empezamos a movernos el pasado verano y, al fin, por gestión del amigo Julián Gutiérrez, secretario de Espinosa de Villagonzalo, a través del médico Jesús Barrigón, fuimos admitidos como socios en aquel término.

Espinosa es un pueblecito palentino, lindante con Osorno, a pocos kilómetros de la carretera general Palencia-Santander. Tierra norteña típica, acoge los últimos pagos de llanura y cereal, antes de iniciarse los pliegues de Herrera de Pisuerga y Aguilar de Campoo, primeras estribaciones de la cordillera Cantábrica. La topografía ondulada, con mohedas de roble de hoja ancha, mechadas de pinos, ofrece cultivos de cereal y alguna viña. El terreno en sí es muy adecuado para perdiz y fiebre. Aquí al lado, en Hijosa, Leguineche-padre, cada vez que salía con la escopeta, se hacía acompañar de un burro con holgadas albardas para acarrear la caza. Ignoro si esto dará para tanto, pero me cuentan que la otra madrugada la guardia civil detuvo a unos furtivos que habían desnucado a tres liebres a la luz de los faros en los caminos de concentración.

Este término, libre hasta hace tres o cuatro años, constituía un foco de peregrinación cinegética de los cazadores del norte. Esto explica su arrasamiento y que la sociedad explotadora trate ahora de reconstruir la población perdicera, excesivamente castigada. Una de las medidas acordadas por los socios es limitar la caza a los días festivos, salvo en los dos montes de roble que hay en el término, El Egido y Fuentemaría, donde se puede cazar el conejo. Se trata, pues, de un coto en formación, más atractivo por lo que puede ser que por lo que es.

Manolo y yo elegimos para conocerlo un mal día, un día de lluvia y viento que apenas nos permitió cazar en El Egido durante un par de horas, ya que antes de la una se desató un violento aguacero que nos obligó a buscar refugio en el pueblo. Para orientarnos, en un terreno vasto –3.800 hectáreas– y desconocido, nos acompañó Julián Gutiérrez, quien nos demostró su destreza conejera revolcando tres gazapos en un medio sucio, inextricable, sin calvas, donde Manolo tiró a dos sin éxito, y a mí otros dos no me dieron ni tiempo de aculatar la escopeta. Esta primera lección nos demostró que para cazar en El Egido se precisan reflejos para el fogonazo a quemarropa. También es

cierto que Julián se acompañaba de dos canes: una perrita negra, ruin y ratonera, la Yuli, que cantaba los conejos con alegres aullidos, y otro, un setter, que, pese a su buena lámina, se limitaba a vivir de las rentas de la otra, sin tomar nunca la iniciativa. En este espesar, obviamente, hay muy poco que hacer sin un diestro perro conejero. Pero ¿quién improvisa hoy un buen perro conejero?

Vista nuestra inoperancia en el mohedal, Julián nos sacó a la ladera de aulagas, donde andaban las perdices dando el coreché. El bando, nutrido, voló desparramado y a una de ellas, que sobrevolaba las labores de los bajos, le tomé los puntos y la derribé. Luego, como es de ley, marré la fácil, un perdizón que se me volvió hacia atrás desde una cárcava profunda. A Manolo, mi hermano, arriba, le sucedió tres cuartos de lo mismo, acertó la difícil y falló la que yo le envié desde el rodapié, que le hubiera quitado la gorra de haberla tenido puesta.

Y ahí se acabó el cacerío o, por mejor decir, el tiroteo, puesto que aún me quedaba un encuentro inesperado: un faisán apeonando en un calvero, a cien metros de mi escopeta. A pesar de que me inmovilicé sin dilación, los aullidos de la Yuli tras un conejo pusieron en guardia al hermoso pájaro, que se refugió en una pinada próxima. Eché una carrera y lo volé, pero el indino, en contra de toda lógica, en lugar de repullarse sobre las copas voló sorteando los troncos, con lo que me negó hasta la oportunidad de encañonarlo. Manolo se resistía a admitir el incidente, pero Julián Gutiérrez aclaró que en el vecino pueblo de Hijosa tuvieron faisanes enjaulados que luego se diseminaron por el coto, por lo que, sin duda, se trata de un superviviente que ha aprendido todo lo que debía aprender y más. Pero volveré a buscarlo.

Iniciado el diluvio que se barruntaba, regresamos a Espinosa, e Isabela, la esposa de Julián, nos invitó a almorzar con el médico y su mujer unas perdices estofadas de chuparse los dedos. La truncada expedición cinegética terminó en un festejo gastronómico en muy buena compañía.

Más solo que la una
26 de octubre de 1975

Por esas cosas que tiene la caza, esta mañana me encontré solo en Santa María. Manolo se quedó de enfermero junto a su mujer recién operada; Luis no pudo venir de Madrid; Germán tenía corte; Juan acababa de salir de un trancazo con cuarenta y un grados de fiebre y, finalmente, Adolfo regresó el sábado de una boda a las cuatro de la madrugada. La experiencia no era nueva aunque sí desacostumbrada. ¿Por dónde empezar?

Una escopeta solitaria en esta nava sin fin es pura lotería. Quiero decir que, a lo mejor, en media docena de asomadas afortunadas cobras cinco perdices, pero, si éstas andan diseminadas por rispiones y barbechos, es más probable que el cazador se quede a la luna de Valencia. Por añadidura, el día se presentó con niebla baja, aunque afortunadamente se disipó antes de las once de la mañana. Media hora después, surgieron unas tenues nubecillas que restaron fuerza al sol y saltó un norte más bien fresco que mantuvo a las perdices más despabiladas de lo que es normal en estas fechas. Con estas cosas, el bandito que levanté de entrada se me fue intacto al coto vecino. A poco, la cuadrilla de Santi me adelantó a paso de carga. Para evitar patear lo pateado, descendí a la nava y me dediqué a registrar perdidos, arroyos y majanos, pero en todas partes levanté poca perdiz. Aseguran que este año crió bien, pero sucede que las temporadas buenas se matan más pájaros en los primeros días y, al cabo de tres o cuatro semanas, la demografía se estabiliza y no se ven más piezas que otro año cualquiera. Concretando, tiré tres cazas en cuatro horas, derribé una perdiz, toqué a otra y la tercera se fue a criar bendita de Dios.

A la una levanté un bando de veinte unidades que franqueó el arroyo. Aunque el bando iba hecho una pina, vista la escasez, busqué un vado e intenté revolado. Para atravesar el riachuelo puse el seguro en la escopeta, que me olvidé de quitar, y a los cinco minutos perdí la gran oportunidad al volar un pájaro a huevo. La falta de respuesta en el gatillo, después de bien tomados los puntos, me desconcertó de tal modo que ni siquiera le tiré. Con esto del seguro nunca terminaré de aprender. En el trance decisivo nunca se me ocurre quitarlo sin dejar de encañonar. Que el tiro no salga cuando oprimo el gatillo me produce tal estupor que, inevitablemente, me quedo paralizado y sin recursos. Total: tres tiros de once a doce emparedados entre dos nadas, de nueve a once y de doce a dos, hora en que lo dejé. Comí en Quintana del Puente y a las cuatro ya estaba en casa.

Sigo en soledad
27 de octubre de 1975

El mismo escenario y la misma soledad. Hoy, no obstante, las cosas salieron mejor que ayer. Levanté de salida un bando en la ladera de Torremoronta que, al ser sorprendido, se desperdigó en todas direcciones. La estrategia a seguir, siendo una escopeta solitaria, no ofrecía duda: registrar. Registrar arroyos y linderas en un radio de acción de medio kilómetro. Con paciencia y perseverancia inicié el jubileo y, pasito a paso, como deben hacerse estas cosas, eché abajo tres perdices y extravié una cuarta en la broza de la ladera. El Choc me hubiera venido bien pero la cosa ya no tenía remedio. En compensación, una perdiz me hizo el castillo en la misma línea del coto vecino, cuando ya la daba por fallada. Y otra, en fin, de los pies, la erré de verdad, se largó vivita y coleando después de soltarle los dos cohetes a destiempo. Estos pájaros que vuelan a capón le asustan a uno y, de no tener los nervios bien templados, foguea con el derecho demasiado cerca, sin permitir que abra la perdigonada, y con el izquierdo, máxime si como hoy corre viento, demasiado lejos. El pájaro que vuela a huevo y se va debería matarse con el tiro que no se tira, esto es, no antes de los veinte metros ni después de los cuarenta. Tal es lo que se piensa en frío, pero en caliente, cuando el zurrido de la perdiz nos sobresalta, ya es más difícil reportarse.

A las doce y media me equivoqué. Me puse a buscar perdices nuevas, en lugar de seguir trajinando los alrededores, y no volví a disparar la escopeta.

Las torcaces
1 de noviembre de 1975

Alrededor de Todos los Santos solemos visitar el carrascal de Las Gordillas, en la provincia de Ávila, con ocasión de la pasa de torcaces. Pero este año el señor Mariano, el encargado, nos sorprendió al anunciarnos que la caza de Las Gordillas había sido arrendada. Nos quedamos de una pieza, ya que los socios del club Alcyon, con quienes compartíamos el coto, nada nos habían dicho sobre el particular. ¿Y qué hacer a unas diez de la mañana a más de cien kilómetros del cazadero más próximo? Manolo decidió enseguida: «Compramos unas viandas en Ataquines y nos largamos a Villanueva». Y dicho y hecho. Luego resultó que las tortillas estaban saladas, el jamón seco y en la finca de Villanueva había guarda nuevo, Antonio, que al no estar informado de nuestra existencia nos puso las objeciones del caso. Finalmente, pasado mediodía, nos desplegamos por el monte e iniciamos el traqueo.

Llevo muchos años cazando en Villanueva pero nunca vi una entrada de palomas tan fuerte como la de ayer. Bandos muy densos, de cientos de individuos, sobrevolaban la mancha de encina y, de cuando en cuando, impulsados por el apetito o por las querencias, apoyados en el viento, se descolgaban sobre la sarda, rasando la mano. El tiro de torcaz al aguardo es ejercicio divertido pero yo prefiero, con mucho, su caza al paso, en particular cuando la paloma está levantada. Uno debe tener la precaución de camuflarse entre las carrascas y los pinos para que la paloma, de ojo muy penetrante, no desconfíe. Cubierta esta precaución, la torcaz termina por entrar en plaza desde los más variados ángulos, dando ocasión a tiros diversos, de flanco, de pico, descolgándose, repuliéndose, etcétera. En general, aunque parezca extraño, uno de los tiros más difíciles es el de popa. El pájaro suelta plumas con facilidad, pero con la misma facilidad se va a criar. En cambio la paloma sirgada o de pico no suele defraudarnos si la encañonamos con un poco de rigor, brindándonos tiros bellísimos que el desplome de la pieza, en fintas inverosímiles, hace aún más vistosos.

El hecho de que la paloma anduviera hoy en bandos, al merodeo, no asentada sobre los pinos, es lo que imprimió singularidad al cacerío. La cuadrilla no esperaba que la torcaz arrancase sino que doblase sobre la mano. La presencia constante de bandos en el cielo nos mantuvo al acecho y esta atención permanente, antes que los tiros, es lo que dio a la jornada un especial interés. Las posibilidades eran incesantes y ya es sabido que, en la caza, lo que *puede ser* distrae y

apasiona tanto como lo que *es*. Arriba o abajo, sirgada o en barrenaren vuelo rasante o en el quinto cielo, la cuadrilla fue abatiendo torcaces con regularidad metódica hasta alcanzar un hermoso ramo de treinta y dos, al margen de las que quedaron en el campo.

La atención al cielo nos llevó a descuidar el suelo, la rabona y el gazapo. No obstante, cobramos tres liebres y dos conejos. Mas aquélla, intuyendo seguramente que nuestro interés estaba en las nubes, se amonó más de la cuenta, como lo prueba el hecho de que yo levanté una al pasar por tercera vez por el mismo sitio y detenerme para cobrar una torcaz. Al cabo de medio minuto, el bicho se arrancó y, esta vez, tuve serenidad suficiente para soltar la paloma, cerrar la escopeta, tomarle los puntos y acularla a cuarenta metros con el izquierdo.

Una perdiz de libro
2 de noviembre de 1975

Tras el palomazo de ayer, hoy extrañamos las perdices de Santa María. Uno, habituado al juego y la cadencia de la torcaz, se vio desbordado por las primeras patirrojas, no fáciles pero matables, que volaron en la ladera. El vuelo recio y rectilíneo de la perdiz poco tiene que ver con los escorzos voluptuosos de la torcaz en el viento, motivo por el que yo, con la paliza de ayer en los huesos y hecho al tranquillo de la paloma, dejé cortos los primeros tiros. Más tarde, y aunque las piernas me pesaban como si llevara piedras dentro, fui corrigiendo los defectos iniciales y, a pesar de la oscuridad de la mañana y del implacable sirimiri, acabé cobrando media docena. Pero lo extraordinario no es abatir seis perdices, sino que, en las condiciones climatológicas dichas, tres de las seis arrancaran de las aulagas a pocos metros de mi escopeta, prácticamente de los pies. En esta ocasión supe reportarme y, una tras otra, les dejé tomar vuelo para cortarlas de un solo disparo a la distancia de rigor.

Mayor mérito tuvieron los pájaros que me enviaron de arriba, pájaros bravos que, viento en popa, se tiraban sobre la nava como demonios enloquecidos. No fueron muchos pero me cabe la satisfacción de haber parado tres de los cinco que fogueé. Uno en particular, el que cerró mi cuenta, me ha dejado memoria, puesto que es, sin duda, una de las piezas más bellas y difíciles que he derribado en mucho tiempo. Y no es que uno, después de tantos años en el oficio, guarde recuerdo de todos sus lances afortunados, pero es evidente que en el cazador existe una especie de segunda memoria donde se registran, como en un viejo álbum de fotografías, los momentos más eminentes de su biografía cinegética. Desde esta situación bien puedo afirmar que pocos pájaros habré abatido en mi vida tan difíciles como el último que maté hoy. Trataré de explicarme. Mi hijo Germán, en lo alto de la ladera, muy ancha y empinada, voló una perdiz que, después de coger el viento y remontarse a las nubes, se vino en diagonal sobre la mano. No fue propiamente volverse contra la mano, sino una aproximación paulatina, oblicua, fiada en el hecho de que cada miembro de la cuadrilla, dado lo pronunciado de la cuesta, quedaba veinte metros más abajo que el anterior. Mi hermano Manolo, a mi lado, y, según me dijo después por calentarse la mano, le soltó el izquierdo, momento en que yo, veinte metros por debajo de él, me decidí a intervenir pese a que la envergadura del pájaro a esa distancia no era mayor que la de un verderón y su velocidad la de un cohete interplanetario. Le tomé los puntos y corrí resueltamente la escopeta, rebasé el pico y continué adelantándola ligero para,

finalmente, disparar. El pájaro se hizo un gurruño, dobló el pescuezo y se desplomó. Pero lo más gratificador del caso fue constatar que no se trataba de un perdigón de fortuna, como suele suceder en estos casos, sino que la pieza había encajado tres plomos: ala izquierda, cabeza y pulmón. El éxito me llenó tanto que, para no empañarlo luego, me retiré al coche paladeándolo mientras los chicos, en lo alto de Torremoronta, derribaban siete palomas en poco más de media hora.

A las dos se puso a diluviar y nos fuimos a almorzar al molino de Enrique Calleja, donde estuvimos de sobremesa hasta las tantas.

El coto de Cogolludo
9 de noviembre de 1975

Había oído hablar con elogio del coto social de Cogolludo a mi hermano José Ramón, los Royo Villanova y otros amigos, pero por una razón o por otra nunca se nos arregló el desplazamiento. Así que cuando este año nos comunicó el ingeniero-jefe Gabriel Leblic que nos había correspondido un cuartel, bailamos en una pata. Única sombra al salir de Valladolid, el tiempo, alborotado y borrascoso, pero por una de esas extrañas veleidades meteorológicas, en Guadalajara, donde dormimos, amaneció un domingo raso, con un dedo de escarcha en los sembrados, pintiparado para cazar perdices al salto.

Situado en la Sierra Central, Cogolludo es un coto bifronte y, al lado de lotes mollares de escasos desniveles, hay otros disparatados, de escarpas verticales, que exigen patas de cabra montés para desplazarse por ellos. Afortunadamente, el cuartel que nos tocó en suerte hacía a las dos cosas. De un lado, un laderón pronunciado, cortado por cárcavas profundas, con un suelo carrasqueño apenas revestido de brezos y retama. De otro, con labores por medio y el estero de un río seco con soto en las riberas, unos asequibles cuetos de greda, de rala vestidura esteparia. Esto quiere decir que las setecientas hectáreas de nuestro cuartel nos brindaban dos cazaderos: uno abrupto, escarpado, propio para piernas jóvenes, y otro fácil, descansado, apto para cincuentones y escopetas de poco fuelle. Creo que nuestro error fue querer hacer los dos. Pecamos de ambiciosos. Pasamos del laderón a los cerros y de los cerros al laderón por dos veces. Con estas idas y venidas movimos mucha perdiz –en mi opinión demasiada– pero no cansamos ninguna. Al final del cacerío, los pájaros estaban frescos, en condiciones de volar varios kilómetros. Yo creo que de habernos limitado el cazadero y dándoles varias vueltas a los mismos bandos, el cacerío hubiera resultado quizá más monótono pero sin duda más pingüe.

Dando de lado este error de cálculo, comprensible en un terreno desconocido, la cuadrilla tiró mal. Cierto que no arrancaron perdices al paso y se tiró sobre las levantadas por otro, largas y repinadas, pero así y todo la fortuna no nos acompañó. Yo abatí mi cupo, media docena, pero no tengo el menor empacho en reconocer que pude doblar la cifra. Y algo semejante, según propias declaraciones, les ocurrió a Manolo y a mis hijos Juan, Adolfo y Luis. En Cogolludo el único que cumplió fue Germán, que derribó ocho perdices con una escopeta del 16 de un solo tubo. Si mi hijo Germán, en vez de hacer el bobo, hubiera tirado con su escopeta habitual, esos ocho pájaros se

hubieran convertido en quince.

Resumen, vimos perdices y tiramos tiros pero las cosas no se pusieron a tono para alcanzar las treinta y seis autorizadas y hubimos de conformarnos con veintidós. Eso sí, en general, se hicieron blancos bonitos, sobre perdices altivas, de pelotazo protocolario, levantadas sabe Dios dónde.

Nota curiosa: la torre escalonada en tres tiempos que me hizo un pájaro en una loma. El animal, al encajar la perdigonada, se encampanó, mas a los pocos metros retornó al vuelo horizontal (hasta el punto de que creí que escapaba) para volver a repullarse y repetir esta operación una vez más. Total: una torre de tres pisos como un zigurat mesopotámico. ¡Bella finta, vive Dios!

A las tres nos reunimos con Leblic para comer en el casino del pueblo. Charla agradable, en la que me enteré de que Rodríguez de la Fuente tiene aquí, en un pueblo próximo, su cuartel general para rodar el espacio televisivo «Fauna ibérica», de tanta aceptación. Leblic, otro enamorado de la naturaleza, nos contó que una tarde encontró, en un nido de águila real de estos contornos, nueve perdices y tres liebres apenas empezadas a devorar por los aguiluchos. Limpió el nido pero al atardecer del día siguiente el águila había cazado ya otras seis perdices y dos liebres. Al enterarse Félix comentó: «Pero este bicho está loco», aludiendo a su manía de matar por matar, sin apremios de hambre, pero yo pienso que estas rapaces, donde hay caza en abundancia, no se limitan a las exigencias gastronómicas de la prole por la sencilla razón de que la caza no sólo es su sustento sino, además, su más apasionante y casi único esparcimiento.

Cupo por diente
16 de noviembre de 1975

El cupo de ayer en Sevilleja de la Jara me costó un diente. La caza tiene estas quiebras. Me caí de morros, aparatosamente, entre los guijos del cuartel C-1, cuando me disponía a cobrar a la carrera una perdiz que creí alicortada. Una morrada en toda la línea. Estas caídas con escopeta son peligrosas. Los accidentes graves son frecuentes: el cazador que se vuela la cabeza al trompicar o se la vuela a un compañero. Por eso, yo, aleccionado desde niño por mi padre, he aprendido a caer: los brazos extendidos, la boca de los caños hacia delante, a dos metros de mí. Lo malo de esta precaución es que uno no puede poner las manos, cae a tierra como un fardo y, si hay unas piedras inoportunas, se las traga. Exactamente esto es lo que me ocurrió a mí. En sentido figurado me tragué la piedra pero, en sentido literal, me partí la boca: una brecha por fuera y otra por dentro del labio superior y un diente meciéndose como una campana fueron los resultados de la costalada. El trompazo fue tan violento que, momentáneamente, vi las estrellas y, más tarde, rodeado de la cuadrilla, invertí más tiempo en encontrar las gafas, colgadas en un romero, que la perdiz abatida, muerta a mi lado. Memorable.

Por lo demás, la jornada fue desigual, pobre a primera hora, pródiga en la segunda. De salida, bajo un cielo neblinoso que apenas dejaba transparentar el sol, no vimos casi perdices. Dos aquí, tres allá. Perdices escaldadas que volaban en París, sin que los jarales sirvieran para retenerlas. El campo, reseco y escabroso, ponía en guardia asimismo a las liebres, de manera que pasamos las horas iniciales disparando con cuentagotas. Menos mal que a mediodía, al aproximarnos al coche para echar un trago, volamos un bando apañado, del que Germán, Juan, Manolo y yo descolgamos una cada uno. Balance al canto: a las doce y media de la mañana, después de tres horas de patear rastrojos y jarales, la cuadrilla había hecho seis perdices y cuatro liebres. ¿Cómo alcanzar las treinta y seis piezas del cupo habiendo encargado la comida para las tres?

Sobre la una, por si algo faltara, se levantó un viento huracanado. Estas incidencias no suelen pronosticarlas los meteorólogos. Los hombres del tiempo hablan de borrascas y anticiclones, de calores y de fríos, pero rara vez hablan del viento. Y ayer nos sorprendió sin que nadie lo hubiera anunciado. Sin embargo, aunque en teoría el viento es un elemento perturbador para la caza, ayer nos trajo la suerte, el cambio. Sobre las siembras erizadas de encinas, empezaron a volar perdices que, inevitablemente, se tiraban a la ladera de romero

que flanquea la carretera de Horcajo de los Montes. En las cuestas, moviéndonos con habilidad, mucho pero en poco terreno, ahora un ala, luego la otra, logramos concentrar las perdices y abatir en dos horas la friolera de veintiuna, más cuatro liebres y un conejo.

Como de costumbre, el que se lució fue Germán, que cortó, uno tras otro, nueve pájaros. Lo más hermoso fue la mano contra viento que cogimos en la ladera. La perdiz, incapaz de contrarrestar el huracán, optaba por encumbrarse y meterse en las escopetas, conducta que motivó tiros altísimos, espectaculares, de pájaros que se desplazaban a más de cien kilómetros a la hora por encima de nuestras cabezas.

Las mañas del Choc
23 de noviembre de 1975

El Choc me hizo ayer, en Gusendo de los Oteros, una sucia faena. Tras una cazata gris, pese a la buena traza del cazadero, alcancé a una liebre a una distancia disparatada. El terreno dibujaba un barco profundo y el animal, herido, lo franqueó a la patacoja como pudo. El Choc, testigo del incidente, se lanzó tras ella ganándole terreno, desapareció de mi vista, reapareció a poco con la liebre casi entre las fauces y se perdió definitivamente en el páramo. Sabedor de las mañas de este perro, subí tras él a la velocidad que pude y, al coronar el desmonte, lo encontré en pleno festín en medio de un majuelo.
Corté una vara y lo fustigué ásperamente –es la quinta vez que nos come una pieza–, pero me advierte Miguel, cuya experiencia en la domesticación de animales le da una autoridad, que éste no es buen sistema, ya que el perro ignorará siempre si le he golpeado *por perseguir* a la liebre herida o *por comérsela.* Arduo problema. En cualquier caso, creo que de este animal no sacaremos más de lo que hemos sacado, bien poco por cierto, pese a su estampa inmejorable.

Dos raposos
8 de diciembre de 1975

Volvimos por Villanueva de Duero después del festival palomero de Todos los Santos. La torcaz, en un noventa por ciento, había emigrado pero aún tuvimos salero para, aprovechando la bruma, descolgar ocho ejemplares. Lo mejor para mí de esta jornada, pese al frío despiadado, ha sido el día, un día poco mesetero pero que se da por aquí de cuando en cuando. La niebla, en Valladolid, suele ser indicio de tiempo quedo. No obstante, hoy acompañaba a la niebla un cierzo incisivo que desplazaba las fumarolas de un lado a otro sin llegar a disiparlas. En estas circunstancias, el arcabuco encerraba esta mañana, con los retazos de niebla itinerante y el rebozado de escarcha de las carrascas, un misterioso aire fantasmal. La mañana, torcaces al margen, fue una mañana de pelo cuyo mayor aliciente fue para mí el haber revolcado dos raposos, hecho del que no recuerdo precedente. El primero, apenas abiertos en mano, se vino contra mí, perseguido por el Choc, a una velocidad endiablada. Afortunadamente lo divisé largo, en un calvero, lo que me permitió ocultarme en un chaparro y derribarlo tranquilamente a quince metros de distancia. Era un animal grandote, de más de diez kilos, que dejamos a Antonio, el nuevo guarda, para que lo desollase. El otro ejemplar, que finalmente no cobramos, lo revolqué en la junquera, frente a la casa, cuando aguardaba en el camino el giro de la mano, pero el bicho se rehízo y, a trancas y barrancas, se guareció en lo espeso. Mi carrera y mi afán por poner al Choc en la pista no sirvieron de nada. Este perro se ha vuelto frío y remolón, no piensa más que en comer. La mata de este sector, por otra parte, es mata disforme, muy prieta, imposible de registrar en unos minutos. Le dejé razón a Antonio. Es posible que él, con la jauría variopinta que guarda la casa, lo encuentre mañana, pues este zorro no puede haber ido lejos.

Conejos vimos algunos. Hay mucho juguete en el monte, lo que prueba su abundancia, pero, dadas las condiciones meteorológicas, el animal andaba levantado y sobre aviso. Nadie, salvo Juan, que cobró dos, y Germán, uno, llegó a tirarlos. A última hora, la niebla levantó pero el zarzagán se recrudeció, con lo que quedó una tarde fría, más desapacible aún que la mañana.

Nieve
14 de diciembre de 1975

Giramos visita a lo de Temprano, próximo a Zamora, por más que el recuerdo de la última excursión no invitara a ello. Pero el viernes entró la nieve en la meseta y hoy, al levantarnos, observamos que las cuestas de la Maruquesa y del Manicomio, que flanquean la ciudad, estaban completamente blancas. Después, a lo largo del día, no dejó de llover y neviscar, y ello, unido a la nieve que goteaba de los pinos, nos puso a todos a remojo. La tónica de la jornada fue ésta: mucha humedad y poca caza, especialmente de pluma. El morral, al retirarnos, ascendía a tres liebres y tres gazapos, lo que dividido entre cuatro escopetas nos da un promedio de pieza y media por cazador. Poco para una finca bien guardada. En los pinares de Temprano no asienta la torcaz, probablemente por la escasez de bellota, y las tres perdices que vimos volaron donde Cristo dio las tres voces. Temprano no nos acompañó por requerirle quehaceres ineludibles en Salamanca. A las cinco de la tarde estábamos en casa.

Un día de cristal
22 de diciembre de 1975

A pesar de la niebla densa y baja que se cernía sobre la ciudad y de los árboles agarrotados por la carama –la temperatura descendió anoche hasta diez grados bajo cero–, Juan, Adolfo y yo decidimos aprovechar el permiso para cazar entre semana en Santa María. Pocas veces he tenido ocasión de ver un campo tan fascinante en su letargo invernal. Los chopos y mimbreras del Arlanza, con sus ramas escarchadas y brillantes, las aulagas y tomillos, revestidos de blanco como de un fino caramelo, ofrecían un espectáculo inusitado. La niebla, no tan cerrada como para impedir el ejercicio de la caza, ponía al escenario una profundidad invernal, como un pozo blanco de silencio, donde las pisadas y las palabras restallaban como latigazos.

En este ambiente, apenas abiertos en mano, nos sorprendió ver volar la primera perdiz: un pájaro solitario que intentó volverse a media ladera y descolgué antes de que alcanzara el recodo. Minutos después, Juan me metió desde el páramo una segunda perdiz que vi venir, de pico, esponjándose en la niebla y, cuando me disponía a disparar, sentí una detonación y la vi caer como un cesto a mis pies. Adolfo, con su carabina de un caño, se me había anticipado cortándola de través. Al cambiar de ladera, Juan cobró una paloma, con lo que los inicios no podían ser más prometedores, por más que no dejara de ser extraño el aislamiento de la perdiz en un día tan terriblemente crudo.

No tardó en variar la decoración. Al iniciar la mano del otro lado del camino volé un bando nutrido, de lo menos treinta, que se diluyeron entre la bruma. Y aquí cometí, seguramente, el gran error del cacerío, al hacer bajar de las cuestas a Juan y Adolfo cuando aquél llevaba delante, según me dijo, más de medio centenar de perdices. El bando que yo perseguía no volvió a aparecer. Después retornamos a la ladera pero las perdices que entrizaba Juan también se habían esfumado. Durante hora y media no se oyeron en el campo más que los crujidos de nuestras pisadas. A la una y media de la tarde, la helada proseguía y la carama seguía rebozando pajas y arbustos. De pronto, cuando nos disponíamos a volver, en el morro más alto de la ladera, Juan disparó dos veces. Tras los estampidos secos, me llegaron sus juramentos. Ascendí hasta él y lo encontré buscando afanosamente entre las aulagas una alicorta. El hombre estaba inconsolable. Había hecho un doblete de perdices y no encontraba ninguna. Se explicó: al coronar un cembo, derribó un pájaro atravesado que cayó en un barbecho y, cuando se dirigía hacia él, se le repulló otro, galleando,

desde una carrasca. Le acertó también y, tras un breve y desmañado vuelo, inició el castillo, momento en que Juan observó con el rabillo del ojo que la perdiz derribada en primer término se incorporaba y apeonaba precipitadamente hacia la maleza de los bajos. Juan dejó de mirar a la segunda y corrió tras la primera, a la que llegó a agarrar las timoneras antes de que se escabullese entre las aulagas, muy densas allí, imposibles de registrar sin un buen perro. Y aquí surgió el desconcierto. Después de su carrera enfebrecida, fue incapaz de localizar, ni siquiera aproximadamente, el pelotazo de la segunda, con lo que no encontró ninguna. Menos mal que, al reanudar la mano y asomarse a un altillo de greda –¿por qué será la patirroja tan querenciosa de la greda?–, revolcó una perdiz que le atenuó el mal sabor de boca del contratiempo.

Y para concluir una jornada entretenida, en un ambiente gélido bellamente decorado por la escarcha, yo derribé otra perdiz y fallé lastimosamente una liebre que me arrancó de los zancajos cuando descendía trastabillando un pronunciado talud.

Día negado
28 de diciembre de 1975

Juan y Adolfo subieron anteayer con la gente del pueblo al robledal de Las Puertas para una batida al jabalí, pero, como suele ser frecuente aquí en Sedano, el cochino no compareció y los hombres regresaron desolados sobre las cuatro de la tarde. Juan, hombre de fe, quedó en el campo y en una hora de reloj voló tres becadas y levantó una liebre. A la primera chocha no la pudo tirar, erró la segunda y abatió bonitamente la tercera al igual que la liebre, con lo que se presentó en casa con dos piezas preciadas (a la chocha-perdiz le guardo una veneración especial desde los días de mi infancia).

Las persistentes y duras heladas y la presencia de la niebla me inducían a pensar que el domingo tendríamos en Santa María un día parejo al del pasado lunes y no me equivoqué. En su apariencia, con niebla en retazos y la carama adherida a matas y arbustos, el campo de hoy en nada difería al de seis días atrás. Sin embargo, si en aquella fecha las cosas salieron bien, o medio bien, ayer no salieron o, mejor decir, salieron rematadamente mal desde el principio.

Manolo y yo nos habíamos citado a las diez y media en la Caseta de los Serranos, ya que yo partía de Sedano y él, con mi hijo Germán, de Valladolid. Aunque Santa María está equidistante entre un punto y otro, yo madrugué y a las nueve ya estaba en Burgos desayunando y leyendo el periódico en una cafetería de la plaza de la Catedral. Disponía de más de una hora y media para recorrer cincuenta kilómetros y esto, a pesar de la niebla, se me antojaba coser y cantar. Llegué puntualmente, en efecto, a Santa María, pero al salir del pueblo, en lugar de tomar el camino de concentración, tomé el primer carril a la derecha y, apenas había recorrido medio kilómetro, cuando en un charco helado, el coche coleó, se deslizó a las tierras y quedó colgado. Mis intentos por desembarrancarlo fueron inútiles y allí quedé, varado entre la niebla y la carama más de tres cuartos de hora, hasta que dos muchachos que pasaban en un tractor me ayudaron a desatollarlo.

Con esta contrariedad el encuentro con mi hermano y mi hijo se demoró una hora, pero como las desgracias nunca vienen solas, al concluir de relatarles mi peripecia, me contaron ellos la suya, que tampoco era manca. El Bel, el nuevo pointer que acababa de regalarnos Ángel, el mecánico, para secundar al Choc, cada día más inútil, había huido a campo través al oír el primer tiro. Todos sus esfuerzos llamándolo, haciendo sonar el claxon, disparando nuevos tiros, recorriendo caminos, resultaron infructuosos: el Bel no apareció

entonces, ni apareció luego, a lo largo del día, pese a que permanecimos cuatro horas en el cazadero. Según Manolo es un perro neurótico, desconfiado y retraído que ya se mostró reacio a entrar en el coche. Pero, neurótico o no, para un cazador siempre supone una contrariedad dejar al perro en el campo.

Bajo tan malos auspicios nos abrimos en mano en la ladera. La excursión, por el ambiente, ostensiblemente hibernizo, parecía calcada de la del día 22, pero la analogía quedó en las apariencias. Hoy no vimos caza. Yo tiré a dos palomas y una perdiz y derribé una de aquéllas y ésta, pero para completar la sordidez del día no di con ella. El pájaro cayó haciendo pingoletas, como si se fuera quitando telarañas de los ojos, pero a duras penas logró franquear un altillo y la perdí de vista. El concienzudo rastreo posterior no sirvió de nada. La perdiz no apareció.

Manolo, por su parte, tiró a otra perdiz, que erró, mientras Germán cobraba dos patirrojas y paloma. Total: una percha deslucida de dos perdices, dos palomas. Y un dato aún más revelador: siete disparos entre tres escopetas a lo largo de toda la jornada.

Mucho frío y poca caza
25 de enero de 1976

La nota de hoy fue el frío. En realidad el frío no ha cedido en estos pagos desde mediados de noviembre, pero hasta ayer ha sido un frío estancado, quedo, a días pegajoso, arropado por una niebla tenaz, cuyas partículas, al congelarse, rebozaban las ramas de árboles y arbustos de una carama refulgente y versicolor, que imprimían al paisaje un carácter decorativo, muy navideño. Pero hoy cambió el tercio y la carama se fue al traste con la aparición del cierzo, un cierzo insistente que empezó a soplar el sábado y aportó sobre nosotros unos cúmulos que presagiaban nieve. Durante el viaje de ida ya cayeron cuatro asperezas, pero luego la ventisca se formalizó, con lo que el cacerío resultó sumamente penoso. La cuadrilla, empero, no renunció, si es caso afrontó las cuestas con mayor ardor que de costumbre como mejor recurso para contrarrestar las bajísimas temperaturas, de las que daban fe las avefrías, revoloteando abajo, en la nava, recién llegadas del norte.

El clima influyó sobre las perdices en dos sentidos distintos, según estuvieran aisladas o en bando. La perdiz solitaria, bajo el cierzo y la nieve intermitente, se amonó en los barbechos, en los huecos de los cavones, en tanto la agrupada, con la vigía sobre un terrón, bien apoyada en el viento, volaba a doscientos metros sin brindar la menor posibilidad. Desgraciadamente, las perdices aisladas eran tan pocas que apenas levantó dos Adolfo, según dice de los pies. Ni Manolo ni yo tuvimos ocasión de disparar sobre ellas. Esto aparte, la perdiz solitaria volada una vez no llegaba a quedarse, arrancaba, como los bandos, a una distancia exagerada. Día peliagudo, en suma. Tanto, que, al retirarnos, Manolo colgaba una patirroja, derribada al volver un mogote, y yo dos. La una al encajar un perdigón de fortuna y, la otra, sorprendida con otra media docena, al remontar un caballón, en la ladera.

Esta última constituyó el entretenimiento del día. Sucedió con ella algo tan inconcebible que sólo se explica por la cellisca que azotaba mis ojos y dificultaba la visibilidad. El caso es que yo tomé por referencia una cresta de greda en la ladera y tras ella la busqué obstinadamente durante más de veinte minutos sin el menor éxito. En torno, las aulagas eran tan ralas y escasas que resulta inadmisible que se hubiera escondido en ellas. Por añadidura, el pájaro se había desplomado como un trapo y la manera de caer la pieza es algo que difícilmente engaña al cazador experimentado. No obstante, como la mano continuaba avanzando, abandoné la búsqueda con gran

desesperación, y me uní a ella.

Afortunadamente, al concluir la vaguada, mi hijo descendió de la pestaña para advertirme que otra cuadrilla nos había cruzado la mano tomándonos la delantera. Les informé de mi desventura y como el lugar de autos estaba próximo y la mañana poco propicia, regresamos sobre nuestros pasos en busca de la perdiz perdida. Y apenas había señalado yo el lugar aproximado del pelotazo, cuando Manolo se detuvo diez metros a mi derecha y me preguntó con cierta sorna: «¿Qué me das si te la cobro?». «Te invito a comer», le respondí sin vacilar. Entonces Manolo sonrió y dijo: «Acércate». Y allí, a sus pies, un metro delante de la cresta de greda, estaba la perdiz muerta.

Insisto en que mi despiste no tiene otra explicación que las difíciles condiciones atmosféricas. Con el lagrimeo de los ojos yo vi caer el pájaro detrás del saliente de greda y a partir de ahí lo busqué hasta la siembra próxima. Por otra parte, la perdiz derribada suele engañar por más que por menos. Con frecuencia calculamos el pelotazo cuatro o cinco metros delante de donde en verdad se ha producido. Entre una y otra razón, yo busqué el pájaro durante veinte minutos a partir de la cresta y ni se me pasó por la imaginación mirar delante. Y allí, afeitando el saliente, semioculto por él, estaba el animal abatido.

De regreso al coche no disparé más que sobre dos perdices recocidas, largas, empujadas por el matacabras, que pusieron en un santiamén tierra por medio. Un día áspero, esquinado, de esos en los que uno se alegra de haber salido al campo por el placer del regreso, por el mayor aprecio que le merecen las pequeñas comodidades que, a su vuelta, le brinda su refugio urbano.

Amargo remate
1 de febrero de 1976

Amanecí cansado. Dormí mal, no por las vísperas, sino porque llevo durmiendo mal desde hace una partida de meses. Las habituales pesadillas se acentuaron esta noche, de modo que, al sonar el despertador, de lo único que estaba en condiciones era de dar media vuelta y volverme a dormir. Pero había que cumplir el rito, con mayor motivo siendo éste el último día de la temporada 1975-1976. Y el caso es que la expedición a Santa María no resultaba demasiado tentadora puesto que, si no me equivoco, en nuestras cuatro últimas cazatas no hemos alcanzado las cinco piezas, esto es, o no hemos visto perdices, o han salido largas, o no hemos acertado a tirarlas.

Para acabar de rematar la función, las tierras del cazadero, reblandecidas por las últimas nieves, estaban hoy pegajosas. Las pellas de greda se adherían a las botas dificultando la marcha. Esta situación, no nueva, suele compensarse por el obstáculo que el suelo adhesivo pone también a los devaneos de la patirroja, la cual, para evitar el barro, suele concentrarse en las pedrizas o en las tierras de pasto abrigadas. Sin embargo, hoy la humedad era profunda, absorbida por la tierra, de forma que a un bicho de tan poco peso como la perdiz no le afectaba, mientras para los setenta u ochenta kilos de un hombre constituía una traba. Este impedimento, unido al cansancio inicial, limitó notoriamente nuestra capacidad ofensiva.

Por otro lado, Santa María parecía hoy una verbena. La abundancia de coches y gentes desconocidas en el campo me llevó a pensar que, siendo último día de temporada y de arrendamiento del término, se había dado barra libre a todos los cazadores de la comarca. Esta proliferación de escopeteros podría haber redundado en beneficio de todos de haber amanecido un día soleado, pero las nubes y un cierzo sutil, aunque moderado, mantuvieron a la patirroja alerta, desparramada con sabia estrategia por los terrones. Quiero decir que se vio caza pero no se cató. Juan cobró una liebre y una perdiz arriba, yo otra abajo y pare usted de contar. ¿Y cuántos tiros disparamos entre los cuatro? Con seguridad no pasaron de docena y media, pero más de la mitad por hacer algo, por aquello de calentarnos la mano. Un triste remate de temporada, en definitiva. Se vieron perdices, pero largas; juntas, pero no apretadas. Así, en una tierra de cuatro hectáreas yo volaría cerca de cuarenta, pero cinco en una esquina, siete en otra, cuatro en el centro, todas ellas en las quimbambas. La propensión a diseminarse por la nava, eludiendo la ladera, hizo inútil cualquier intento de abordarlas.

Con tan parvo cacerío se cierra una temporada lánguida, francamente declinante. Prescindiendo de la pasada, irregular y en la que estuvimos dos meses sin cazar, nos encontramos con que la actual ha sido aún más floja que la flojísima 1973-1974. Ésta, con dos excursiones al sur, nos dio un promedio de 2,85 piezas por cazador-día, mientras la presente se queda en 2,76. Si en una y otra prescindimos de las escapadas al sur, los índices respectivos son de 2,2 y 2,01, y eso que este último guarismo se abulta por las cuarenta torcaces abatidas en dos jornadas en Villanueva de Duero. Mal va el asunto caza, especialmente con la liebre, que de cuarenta y cinco en la temporada 1973-1974 ha pasado a diecisiete en la actual. Hay que esperar que esto de la liebre sea un decrecimiento circunstancial. Más significativo me parece que en sólo dos caceríos en Cogolludo y Sevilleja de la Jara cobráramos más perdices que en toda la temporada en Valladolid y Burgos. El parangón es expresivo respecto al momento que atraviesa la perdiz roja en la meseta norte.

No llegaron los patos
8 de marzo de 1976

Este apéndice cinegético que son los patos y las avutardas viene a ser como una suave transición que nos lleva al ostracismo sin cortar la temporada de una manera abrupta. La caza del pato en laguna reúne un encanto especial, tanto por el medio en que se ejercita como por la variedad de trofeos que brinda. Por eso nos apresuramos a aceptar el cacerío que José María Blanc nos ofrecía, con amable insistencia, en su finca El Masegar, en Quero (Toledo). La finca cuenta con más de doscientas hectáreas inundadas, la mayor parte de aguas someras, y unos refugios de carrizos y masiega que no sólo facilitan la instalación de los puestos sino la cría de patos ronceros, emperezados ante la idea del regreso al norte.

Sucedía, sin embargo, que este año la caza de invierno no acababa de subir a El Masegar. Yo me temía, y así se lo anticipé a Paco León, que no se produjera ni en El Masegar ni en el Taray, que linda con aquélla, ni en el Záncara ni en ninguno de los lavajos del centro de la península, afluencia de patos de regreso, por la sencilla razón de que el pato, como la avefría y otras acuáticas migratorias, apenas entró este año debido a la serenidad del otoño y a que las temperaturas de los países nórdicos sobrepasaron a menudo este invierno las de los países mediterráneos. De este modo, si no hubo patos de ida, mal podría haberlos de vuelta, mas Paco León, mi consocio de Alcyon, seguramente instigado por su deseo antes que por convencimiento, se pasó el mes de febrero anunciándome la inminencia de la arribada a El Masegar de los patos de retorno. Sin darnos cuenta nos metimos en el último día de caza de acuáticas y como la espera no podía prolongarse más y, por otra parte, Santiago, el Pincha, aseguraba desde Quero que paletos y porrones empezaban a moverse, el sábado cogimos el coche, nos reunimos con los Alcyon en Madrid, con José María Blanc, nuestro anfitrión, en Aranjuez, y a las cinco y media de la tarde estábamos en la laguna.

Estos terrenos de marjales dan una impresión de aislamiento más acentuada que la de Tierra de Campos. Seguramente son más solitarios y producen un oxígeno más puro. Pasear en barca a la caída de la tarde, entre islotes de carrizos y espadañas, es agarrar la paz con la mano. No obstante, durante este paseo vespertino se vio poco pájaro, apenas una junta discreta de porrones y media docena de pares de azules. La impresión de la víspera ya fue pobre, impresión que se confirmó, apenas repartidos por los puestos, en la madrugada del domingo.

Demasiado silencio para cosa buena. El parro tiene un despertar muy jaranero y, ayer, la laguna, a la primera luz, continuaba adormecida. Yo había decidido compartir el puesto de Las Mimbreras con Adolfo, ya que en el Záncara nos pintó bien, pero la pretensión de utilizar simultáneamente las dos escopetas hubimos de descartarla a la vista de la angostura del tollo. Comenzamos, pues, a turnar y el chico me dio, de entrada, la primera lección emplomando a dos porrones consecutivos con admirable seguridad.

Y aquí puede decirse que concluyó el cacerío. Con la luz se inició la divagación de pequeños bandos de porrones, paletos y colorados, a una altura inalcanzable, despreciando los cimbeles y con la proverbial escama de finales de temporada. Por aquello de no permanecer inactivos, Adolfo y yo disparamos durante dos horas sobre patos altísimos, con muy escasas posibilidades de derribarlos. Y, a última hora, vista la inutilidad de nuestros esfuerzos, los barqueros comenzaron a navegar por los lucios apartados, entrizando a la gallareta y provocando un traqueo de festival. Pero el pato fino, en rigor, fue muy escaso, hasta el extremo de que el promedio no alcanzó a dos por puesto.

A falta de alicientes cinegéticos, la paz del lugar y la buena compañía de José María Blanc, Marcial Lalanda –hijo del gran torero–, Juan Moreno y Paco González Bueno, a la que más tarde se unió la de un viejo amigo vallisoletano, Lino Llamas, a quien al cabo de siete lustros encontré convertido en un rico hacendado y un conspicuo cazador de safaris, dio ocasión a un almuerzo alborozado donde, como parecía obligado, la caza acuática fue el tema de conversación fundamental. (El consuelo del cazador estriba, cuando no puede cazar con la escopeta, en cazar con la lengua). Desde luego estas lagunas y marjales están llamados a ser un lugar ideal de recepción de patos tan pronto el cielo se arrugue arriba, en los países nórdicos, y se generalicen las nieves y las heladas.

Salida a avutardas
14 de marzo de 1976

Cita con Gabriel Leblic, en Valencia de Don Juan, para cazar la avutarda. A Leblic le acompañan su padre, Agustín de Grandes, Mariano Atienza y Juan Diges, de Guadalajara. Por otra parte se presentan los Escudero, padre e hijo, de Villafranca (Toledo), dos expertos para dirigir la batida. Apenas llegados, decepción: el cupo de cinco avutardas, vigente el año pasado, se ha reducido a dos para proteger la especie. Paciencia.

Empiezo por decir que yo he cazado poco la avutarda y únicamente en media docena de ocasiones con algún provecho. Ahora bien, nuestro sistema, más parecido al acecho, nada tiene que ver con esos ojeos en corto, a medio aire, en que los Escudero son maestros. Estos hombres conocen su oficio, literalmente lo dominan y, después de verlos actuar en las dos batidas de esta mañana, yo explicaría la lección dividiendo la caza de la avutarda en cuatro fases: localización del bando, colocación de las escopetas, entrizamiento de los pájaros y recepción.

A primera vista, el descubrimiento, tratándose de aves tamañas, de hasta diez y quince kilos de peso, en estas tierras abiertas y desamuebladas, no parece difícil. Y, en realidad, no lo es mientras las aves permanezcan activas en barbechos o siembras tremesinas, apenas apuntadas en esta época del año. Pero descubrirlas cuando sestean en unas cebadas de ciclo normal ya tiene su ciencia. Hoy, por ejemplo, el primer bando, apostado en unas vezas, lo hubiera descubierto un ciego, pero el segundo, encamado en un denso trigal, sólo se hizo evidente para la pupila experta de Paco Escudero.

La segunda fase, la colocación de las escopetas, es para mí la más delicada, la que requiere mayor tiento, dada la desnudez del terreno, su falta de accidentes. Por lo general, la cuadrilla ha de desfilar a doscientos metros de los pájaros sin despertar su recelo, cosa harto difícil habida cuenta de la difidencia creciente de este animal. En la primera batida de esta mañana, en un terreno más despejado que un campo de fútbol, el desplazamiento de las diez escopetas se hizo ordenadamente, apiñados tras una manta –el telendón– y, uno a uno, fuimos echándonos cuerpo a tierra, cada sesenta o setenta metros, para quedar inmovilizados, sin otra preocupación que la de observar la actitud del bando. Cualquier movimiento brusco puede, en esta fase, dar al traste con el cacerío.

Pero si la colocación de la línea es la operación más delicada, el entrizamiento de los pájaros me parece la más admirable y difícil. En

ella, los Escudero me dieron la medida de su experiencia. Padre e hijo partieron de puntos opuestos –cada uno de un extremo de la línea de escopetas–, flanqueando el bando, para encontrarse detrás de él. Lo más curioso del caso es que no parecían preocupados de que las avutardas los divisasen. Diría más: parecía evidente su interés en que los pájaros los divisasen, pero en una actitud de indiferencia, de ahí su ladino comportamiento, agachándose e incorporándose, bandeándose, caminando en zigzag, como si el campo los reclamase, como si únicamente el campo requiriera su atención.

Esta estrategia fue puesta en práctica, en los dos ojeos, sin prisas, puntillosamente, de tal manera que cuando Paco y Modesto –¡qué consumados actores!– se cerraron tras los bandos, a éstos no les quedaba otra opción que entrar a las escopetas.

Por último, está la acogida, el recibimiento, momento crucial que, con frecuencia, desbaratan los nervios. El escopetero, tendido en tierra, totalmente inmóvil, no debe incorporarse –arrodillarse– antes de que la avutarda entre en plaza ni después de que se lo coma. La incorporación tiene su momento: sesenta metros si el pájaro trae el viento de culo y cincuenta si vuela a medio aire. Ni antes ni después. Basta que el cazador mueva un pelo para que se produzca la dispersión. La avutarda frena ostensiblemente al avizorar al cazador, pero como, simultáneamente, los ojeadores achuchan por detrás, el bando vacila, se desperdiga y acaba repartiéndose sobre las escopetas. Es el momento.

Ésta es la teoría. La práctica, claro, es más compleja. Se precisan unos nervios bien templados para aguantar la aproximación paulatina de estos pajarotes sin mover un dedo. El corazón del cazador redobla contra los terrones, asendereado por la duda de si acertará con el instante oportuno para incorporarse.

–Bueno, ya está bien de teoría. ¿Quiere decirnos si consiguieron ustedes algo?

Afortunadamente, en el primer ojeo las escopetas no respondimos, fallamos en bloque. Digo *afortunadamente* porque, en caso contrario, a las diez de la mañana se hubiera acabado la fiesta. Pero no respondimos. A cosa pasada se me ocurre pensar que tal vez Manolo o yo, o los dos, sobre quienes irrumpió el bando de once barbones, nos precipitamos. Yo creo que no, y creo, además, que elegí mi presunta víctima a conciencia en el momento que frenaba y tomándole bien los puntos. El caso es que no cayó o, por mejor decir, no se inmutó, pero a los tiros el bando se desdobló, y cinco machos se fueron sobre Mariano Atienza, a mi derecha, y los otros seis sobre las escopetas restantes. Mariano, Manolo, Germán y Juan doblaron también, los dos primeros en magníficas condiciones, los otros dos en no malas, pero por la razón que fuera tampoco acertaron y las once avutardas se largaron a

criar. Para cualquier persona medianamente inteligente no es explicable que cinco escopetas discretas dejen pasar sobre ellas once pájaros disformes sin abatir ninguno. Pero en la caza las cosas son así.

Hasta la una y media de la tarde no se localizó el segundo bando. Sesteaba, casi invisible, en la falda de un collado y la disposición de las escopetas, en semicírculo por el rodapié, fue aún más meticulosa que en el ojeo anterior. Paco y Modesto Escudero acertaron también a entrizarlo y esta vez mi hijo Adolfo –con sus quince años inexpertos– y Juan Diges no fueron tan condescendientes y derribaron un pájaro cada uno, como está mandado. El cacerío estaba hecho.

Más tarde, en el bar de Justi, en Valencia de Don Juan, ante una paella sabrosísima y en su punto, vinieron las chanzas y las conjeturas. A la hora del café se presentaron Begoña y Aureliano Criado con unos amigos y estuvimos de cháchara hasta las tantas. Por la noche, como es de rigor, soñé con el barbón que se me había largado.

Perra nueva
15 de agosto de 1976

La apertura de la media veda aportó este año dos novedades interesantes: nuevo cazadero –Espinosa de Villagonzalo– y nuevo perro, la Tula, una perrita pointer blanca y negra, de fina traza, adquirida por mi hermano Manolo, junto con un coche usado y unas pesetas, a cambio de un automóvil a estrenar. El cambalache demuestra hasta qué punto es importante un perro para un cazador que se estime, en especial en la caza de la codorniz.

El término de Espinosa, que ya pateamos el otoño pasado, es adecuado para el asiento de esta pequeña gallinácea. Lo que sucede es que a las dificultades habituales para la inmigración de codorniz se unía esta temporada la mala cosecha –las espigas, a causa de la sequía, ni encañaron ni granaron– y las escasas siembras de trigo, ya que, inexplicablemente, la cebada da hoy la peseta más fácil y limpia que el cereal rey. Esto explica que los sesenta socios del coto se hubieran concentrado, al despertar el día, en los cuatro rastrojos de trigo del término que, surcados de regatos secos y enmarañados, prestan a estas avecillas una cobertura eficaz. De este modo, el traqueo, a primera hora, fue abundante en estos pagos, mientras Manolo y yo, en compañía del amigo Julián, nos moríamos de envidia en unos rastrojos de cebada desamparados, unos metros más al norte.

Esto no es óbice para que unas horas más tarde la suerte –la mala suerte– se nivelara, puesto que, una vez despachadas las cuatro docenas de pájaros asentados en los trigales y desperdigadas las escopetas por las tierras adyacentes, se pudo comprobar que tampoco este año había codorniz, fenómeno al que habrá que irse acostumbrando porque la pasa de la africana –como ya he explicado en otros momentos por extenso– es cada año que transcurre más mezquina. Las pajas, peinadas a flequillo y más ralas que de costumbre, apenas hacían cuerpo, con lo que dados el amplio número de escopetas y la ausencia de linderos, a las diez de la mañana no quedaba pájaro sin volar. Y los que volaron y sobrevivieron, con su admirable instinto defensivo, se diseminaron por brezales y barbechos donde es difícil que nadie los vuelva a molestar. Seguramente que dentro de un par de días, cuando pase la marabunta y el ambiente se serene, sea más sencillo colgar media docena de codornices que en la jornada inaugural.

¿Y de la perra qué? Evidentemente, las circunstancias no eran las más adecuadas para iniciar a un can. Los perros, como los cazadores, se desmoralizan cuando la escasez de caza es muy acusada. Tal vez

esto influyó en la Tula o tal vez es animal de poco aliento. Es pronto para juzgarla. Pero si tuviéramos que hacerlo por la primera media hora de cacerío, no dudaría en afirmar que estamos ante una digna sucesora de la Dina. En unos minutos, la perrita, dio una breve lección de buen hacer, de sabiduría y de gracia. A lo largo de un arroyo de poco fuste fue mostrando, una tras otra, las tres codornices que había. Pero no con posturas improvisadas o repentinas, propias de perros temperamentales, sino muestras que coronaban un rastreo tenaz, elegantes, ortodoxas, firmes.

Tras este comienzo impresionante, el campo se durmió, dejamos de ver pájaros y la Tula empezó a alargarse, a hacer posturas falsas, a entretenerse con ratones y calandrias. En una palabra, el can ejemplar de la primera media hora entró en picado, se desmoronó. Como los estudiantes inconstantes, no pasó del primer parcial. Durante las cinco horas de vacas flacas, en las que únicamente volamos ocho codornices, tres de ellas juntas, la Tula no se enteró de qué iba la fiesta; no estaba ya a lo que estaba. Apenas la conmovieron las detonaciones y, a la hora de la cobra, hubo que orientarla para que reaccionara. Mas también aquí dio la de arena, ya que en las tres oportunidades de que dispuso machucó los pájaros más de la cuenta. En fin, que estamos como empezamos. ¿Tenemos perra o no tenemos perra? ¿Debemos juzgarla por la primera media hora o por las cinco restantes? Habrá que esperar. Que el animal tiene condiciones es obvio, lo ha demostrado. Lo que hay que ver es si está dispuesta a utilizarlas.

Lo incuestionable es que 1976, en lo tocante a codorniz, es otro año fallido. Es cierto que alguna escopeta aislada colgó una docena de pájaros –¿qué es esto, Dios mío, comparado con las perchas de seis u ocho años atrás?–, pero fueron más las que se volvieron bolos a casa o con un par de codornices. En nuestro caso concreto, las cuentas están claras: vimos once pájaros y derribamos nueve entre tres escopetas, en casi seis horas de cacería. Las perchas son tan decepcionantes e irrisorias como las del año pasado, lo que me lleva a pensar que tal vez ha llegado el momento de entonar un réquiem por la codorniz, una de las cazas más bellas que durante tantos años animó, doblado el verano, los pajonales castellanos.

Vadillo de la Sierra
10 de octubre de 1976

Estreno de cazadero: Vadillo de la Sierra, en la provincia de Ávila. Aunque el nombre ya lo sugería, nunca pensé encontrarme con un terreno tan abrupto, a más de mil metros de altura, con canchos y piornos como exclusivos ornamentos. Para mí, que llevo cuarenta años con la escopeta, estos terrenos son nuevos. En la Castilla llana sé moverme. Su topografía –páramos, laderas, vaguadas, sardas, rispiones y majuelos– me es familiar, de modo que me basta un vistazo para decidir la mejor manera de trastear a la patirroja. En Vadillo, no. El medio me resultó tan desconcertante que, de entrada, cedí la iniciativa a Alfonso Baselga, uno de nuestros consocios madrileños, con experiencia del cazadero. Pero en estos pagos no hay iniciativa que valga; sobra toda estrategia. En estas alturas serranas de riscos y greñura la perdiz no tiene querencias, vuela cuando la acosan, a la buena de Dios. En esta topografía accidentada siempre encontrará cobijo. En consecuencia, volver a volarla dependerá del azar. La cabeza no cuenta. La táctica no puede ser más elemental: coger la mano por un pliegue de piornos y, al cabo, cuando nos cansemos, regresar al pueblo por otro pliegue de piornos. Será la suerte la que decida nuestro morral, no nuestra más o menos inteligente disposición sobre el campo.

Baselga me anuncia que el centro del coto es otra cosa, más diferenciado, con más siembras. Veremos. El terreno recorrido no me parece propicio para perdiz. Sí para conejo. Y también para liebre, contra lo que hacía esperar la densidad del piornal. Quizás estos juicios sean prematuros y mañana haya que rectificar. Es posible. Por de pronto, el primer cacerío confirmó aquellas previsiones. Perdiz con cuentagotas –dos cobradas y dos perdidas– y pelo en abundancia, once gazapos y diez liebres. Las otras dos cuadrillas que, según dicen, respetaron también el cogollito, tuvieron con las perdices mayor suerte que nosotros: dieciocho. Mas veinte perdices para veintitrés escopetas el día de la apertura es un saldo muy pobre.

Para mí, el mayor problema de este cazadero son las tapias que delimitan las brañas para el ganado. ¡Treinta y cinco tapias salté ayer! ¡Siete tapias por hora! Desconozco el número de tapias que mis lectores habrán saltado en su vida, pero convendrán conmigo en que si las primeras se saltan deportivamente, muelleando las piernas, una vez que la fatiga hace presa en nosotros, nos torna torpes y enterizos, saltar una tapia –y más estas tapias serranas cuyas piedras cimeras nos persiguen una vez que estamos del otro lado– constituye una auténtica

tortura. ¡Uno no tiene ya veinte años, qué coño!

Mucho pelo y poca pluma
17 de octubre de 1976

Nos engañó la torcaz. El bando que de mañana sobrevolaba el pinar de Villanueva nos hizo pensar que este año se había anticipado, pero no. La paloma divagadora, que no era mucha, podía ser la nacida aquí, en España, o una insignificante avanzadilla de las que vienen de fuera. Pero de palomazo, nada. Los pinos no dieron pluma y las que nos sobrevolaron eran escasas, díscolas, agrupadas en pequeños racimos de seis u ocho. No obstante, la cuadrilla, cuyos jóvenes elementos van madurando, echó seis abajo, tres Juan, dos Adolfo y la última mi hermano Manolo.

Por supuesto, tampoco vimos perdiz. Ya no sé los años que hace que la perdiz desapareció de estos contornos. Antonio, el guarda, asegura que un bando merodea por los alrededores de la casa, entre ésta y el río, pero aunque nos abrimos en mano no logramos levantarlo. La perdiz ha criado mal este año. Vadillo basta como muestra. De las veinte patirrojas derribadas el primer día, apenas cuatro eran nuevas, igualones, y dieciséis viejas, cuando la proporción debería ser a la inversa. Y es que los turbiones y nublos de este verano hicieron mucho daño. El perdigón de días se defiende mal de la piedra, mientras las aguas de las escorrentías arrastran los nidos con huevos sin piedad.

El cacerío de Villanueva confirma, por contra, que el pelo abunda. Ayer paramos una docena de gazapos y diez liebres, amén de un raposo que revolcó Manolo y se le escabulló a la rastra en el espesar, sin que la Tula, que tiene maneras y figura, diese con él. El conejo, que encamó con placidez, cosa natural en el primer día de sol después de una semana de lluvias, paraba orilla de los vivares, soleándose al amparo de las carrascas. Yo revolqué dos, uno de morros, buscando el bardo, y otro atravesado, en el calvero, a pleno galope, de esos que nos obsequian con una docena de volteretas antes de inmovilizarse.

La liebre anduvo más avisada. Vimos muchas pero levantadas, lejos, haciendo el bolo. De las diez cobradas ni una sola arrancó al paso. Eran liebres furtivas que, según su costumbre, aspiraban a evadirse por las alas. Yo, que iba en punta, abatí dos, ambas largas, desaladas. Mas a estas piezas, si la maleza no estorba, se les toman cómodamente los puntos encañonándolas de largo.

Aunque las predicciones sean todavía prematuras, parece que afrontamos una temporada larga en pelo y corta en pluma. Los aguaceros estivales que malrotaron mucha perdiz aliviaron, por otra parte, la recidiva de mixomatosis.

La perdiz embocada
24 de octubre de 1976

El tiempo se ha metido en agua y no sabe dejarlo. La cosa es como para echarse a temblar. En Castilla transcurren meses sin asomar una nube, pero si la primera aparece, pueden llegar unas detrás de otras, encadenadas, sin solución de continuidad, y lo mismo no escampa hasta la primavera. La otoñada húmeda en la meseta nadie sabe lo que puede durar. Al parecer, el ciclo seco ha terminado. Si es así, bienvenidas sean las lluvias, pues las restricciones de electricidad ya se anunciaban.

La persistencia del agua nos hizo desistir de ir a Vadillo –demasiado viaje para una baza tan aleatoria– y nos fuimos donde Romero, en la ribera del Duero, pues el martes me invitó con insistencia. Esta heredad ofrece una gran ventaja para los días inestables: es chica y entre la casa madre, la del guarda y la de los colonos, uno siempre encuentra un techo a mano donde guarecerse si la lluvia arrecia. Afortunadamente, a media mañana, se desató un ventarrón racheado, que impidió –salvo un calabobos efímero– que nos mojásemos. (El zarzagán pudo provocar una catástrofe en los pinares aledaños de la finca ya que, al llegar, nos encontramos ardiendo un montón de ramas secas, recién olivadas, y el viento propagaba las llamas con rapidez. Entre todos, armados de camales, sofocamos el fuego en un periquete).

Esta finca es agradable de patear. Tierra floja, almohadillada, con dos sardones erizados de pinos albares, muy prietos y misteriosos. Entre ambos y en los bajos, junto al Duero, labores de cereal, y vezas y remolachas donde alcanza el agua. En toda la extensión no hay otro desnivel que la laderilla sur, apenas abrigada de carrascas, que hoy resultó extraordinariamente lebrera. La excursión a lo de Romero ha venido a confirmar las primeras impresiones de esta temporada: el pelo abunda, en especial la liebre, mientras la pluma escasea.

Siete rabonas y dos conejos aculamos hoy, pero el ganado andaba levantado y el botín dice poco en relación con lo visto. También se vio alguna torcaz y zurita, pero era rara la que sesteaba en los pinos. Echamos diez abajo, siete Juan, que este año viene fuerte. Yo no acerté más que a una pero supe arroparla en un muestrario variopinto: tres liebres, un conejo, una perdiz y un raposo. Lo de éste, que siempre alegra un morral, tuvo poca historia. Desorientado en el arcabuco, levantó en un extremo de la mano y atolondradamente se vino contra el otro, el que yo llevaba, es decir, se comportó tan estúpidamente como una liebre a pesar de su fama de marrajo y avisado. Adolfo, a mi lado, que lo recibió con décima y le pegó en el

trasero según comprobamos luego, me cantó su presencia, con lo que me bastó detenerme, tomarle los puntos y foguear sin demora. (Esta temporada, por lo que sea, me encuentro más sereno, con los nervios más compuestos, rara vez me pongo temblón, con lo que la eficacia de mi arma se ha redoblado).

A primera hora de la tarde dimos con un bandito de perdices, cosa rara en estos pagos, en el mismo borde del carrascal. Se armó un barullo regular. Juan bajó una con el derecho y otra, a medias con Adolfo, con el izquierdo, mientras una tercera tiró al monte, como la cabra, sirgada con respecto a mí, y la corté sin más que correr la mano ligero. Hasta aquí todo normal. Los problemas empezaron con la cobra. La primera de Juan, tal vez porque cayó en una mata, no dejó huella y la segunda se embocó en la hura de un conejo ante la desesperación de Adolfo. Esta añagaza no es nueva. La perdiz aliquebrada en monte se emboca en cuanto tiene oportunidad, es su defensa, pero le asusta la oscuridad y rara vez profundiza. Ayer, sin embargo, metiendo el brazo hasta el hombro, no llegamos a tocar pluma, pero cuando nos retirábamos, decepcionados de la inoperancia de la Tula, sentimos cantar a la patirroja, literalmente debajo de nuestros pies, un canto sofocado, a medio tono, subterráneo. El fenómeno, totalmente inédito en mi historial cinegético –una perdiz cantando dentro de la hura de un conejo–, nos hizo volver sobre nuestros pasos y registrar nuevamente la madriguera en cuestión. Adolfo metió mano y esta vez la prendió: «¡Ya la tengo!», voceó alborozado. Mas el pájaro, al sentirse preso, apoyó sus patitas en la mano del chico y tiró para adentro, dejándole entre los dedos, por todo trofeo, cuatro plumas del timón. Tacos y desencanto, porque si siempre es doloroso dejar piezas disminuidas en el monte, más lo es tratándose de perdices, más aún en un coto como éste, muy pobre en ellas, y todavía más en una temporada como la presente en que la pluma se viene dando con cuentagotas.

Error de táctica
31 de octubre de 1976

Cabreros del Río, en Valencia de Donjuán, es, como los otros cuarteles de este coto social, un término demasiado abierto, sin matadero visible para la perdiz. Y, esto aparte, ayer no hicimos bien las cosas, nos equivocamos de tercio. El práctico que nos acompañaba, guiado de la mejor intención, se empeñó en que nosotros hiciéramos lo que desde chico viene viendo hacer a los cazadores del pueblo, esto es, tomar de entrada la media ladera, entre viejas bodegas abandonadas, y atravesar, a renglón seguido, la carretera para patear la vega. Imagino que a las escopetas del pueblo esto no les saldrá mal del todo por la sencilla razón de que aquí han echado los dientes, se conocen entre sí, conocen las querencias de las perdices y saben, en cada momento, qué ala debe avanzar y qué otra detenerse, qué escopetas entrizan ahora y qué otras aflojan, de manera que, mediante bolsas o manos encontradas más o menos disimuladas, puedan cobrar unos pájaros. Pero nosotros, nuevos en la plaza, desconocedores del campo, de la perdiz de Cabreros y de las triquiñuelas al uso, mal podíamos tener éxito con esta táctica. Pero hasta media mañana, que tomé las medidas del cuartel, no advertí que estábamos haciendo lo contrario de lo que procedía hacer, es decir, habíamos comenzado por el fin y llevábamos camino de terminar por el principio. Entonces enveredé las cosas, convencido de que el único matadero apropiado, aparte la remolacha de los bajos, era la media ladera y de que la patirroja que había que azuzar era la del paramillo. En una palabra, mi plan consistía en tomar una mano muy abierta por aquél y volver, tres escopetas por la media ladera y otras tres por los bajos, con la punta izquierda adelantada, a fin de que se tiraran a la vega los menos pájaros posibles. Concluida la vuelta, volveríamos a comenzar, sin adentrarnos en otros terrenos ni buscar perdices de refresco.

En estos pagos tan desamparados no se adelanta nada moviendo quinientas perdices. Para cobrar quince o veinte basta con mover un centenar. Lo otro es un lujo infantil, puesto que los bandos vuelan largos, fuera de tiro, y con mayor motivo en Cabreros, donde encontramos a la perdiz, tras cuatro días consecutivos de caza, resabiada, hosca e inabordable. Jesús, el práctico, la calificó de *gafa,* vocablo que, seguramente por extensión del aplicado a las caballerías de cascos irritados, delata inquietud. ¡Y vaya si estaba inquieta! Que se lo pregunten a Juan, que derribó cuatro en el séptimo cielo, y a Germán y a mí, que hicimos el resto de la pluma. Para mayor inri había poca. Menos que otros años. Así se lo dije al amigo Constancio, el guarda mayor, atribuyendo la escasez a las turbonadas estivales:

–Pues aquí hizo más daño la seca, ya ve usted.

Lo cierto es que a la una de la tarde sólo habíamos cobrado dos perdices, una liebre y un azulón que sorprendió Germán en un charco. A esa hora, y aunque el propósito era cazar solamente hasta las dos y media, rectificamos para terminar cazando como debíamos haber empezado. Los resultados demuestran mi razón. En la mano por el paramillo –con Germán de punta, muy abierto y adelantado– y retorno por la ladera y los bajos, cayeron otras siete perdices, tres liebres y dos palomas. Con una hora más, nada nos hubiera costado rebasar las veinte piezas.

La sorpresa de la jornada nos la deparó un bando de avefrías aposentado en la vega. Es temprano para la quincineta. Se ve que la humedad del otoño ha anticipado la inmigración.

Adiós a Villanueva
1 de noviembre de 1976

Amaneció lloviendo, aunque débilmente, y así transcurrió toda la jornada. Como siempre que amenaza mal tiempo, y a falta de Germán y Juan, los dos puntales de la cuadrilla, nos fuimos a Villanueva de Duero.

Apenas movimos los carrascales y, como suele ocurrir en estos días plomizos, en vano, no vimos bichos. Tan sólo Manolo, que tuvo el santo de cara, revolcó un conejo y abatió una torcaz.

A mediodía, visto el cariz del cielo, cada vez más enlutado, decidimos regresar a casa. Gloria, la mujer del guarda, nos dio la desagradable noticia de que Jaime Urquijo ha arrendado la caza de la finca a un grupo de Serrada. Después de veinte años pateando estos rincones, en vida del buen amigo Alejandro Fernández Araoz, se me hace muy duro decirles adiós pero, aunque duela, no queda otro remedio.

Batida en Yuncos
8 de noviembre de 1976

Alejandro Fernández Araoz, hijo, cuyo contrato de arriendo de la caza de Yuncos cumple este año, nos invitó ayer a un ojeo de despedida. Estos ejercicios de tiro –disparé ciento nueve cartuchos–, practicados de ciento en viento, procuran unos efectos desentumecedores, de auténtica borrachera pirotécnica.

Acerca de la caza en ojeo me pronuncié ya hace un par de años, y poco cabe añadir salvo puntualizar un extremo por demás evidente: la razón por la que se mata menos caza en una batida que la que se mataría si las oportunidades que se nos presentan juntas en una sola jornada se repartieran en seis o siete. Y, a mi juicio, la razón es ésta: en una batida donde las oportunidades surgen a cada minuto, cuando no dos en una décima de segundo, uno no les presta la atención debida, las menosprecia, e incluso cuando está corriendo la escopeta sobre el pájaro que le sobrevuela, existe en su conciencia un doble fondo que le lleva a pensar con glotonería en los pájaros que vendrán detrás. Falta concentración y sobra incontinencia. Y esta falta y esta sobra que motivan yerros garrafales, se acrecientan con la entrada de pájaros en barra, momento en que uno quisiera quedarse con todos y, a menudo, no se queda con ninguno.

Hace años hablaba de serenidad, virtud que sigue pareciéndome inexcusable en este tipo de caza, pero, bien mirado, antes que serenidad, lo que el tirador de ojeo precisa es una disciplina rigurosa, un austero autocontrol: concentrarse en el pájaro que encara como si hubiera de ser el único en toda la jornada. Si así lo hiciéramos, tiraríamos menos tiros y abatiríamos más perdices. Pero, ordinariamente, el tirador de batida ocasional no es capaz de hacerlo así. En un ojeo el tirador se excede, se emborracha, diríamos que dilapida sus cartuchos en aras de la abundancia. El convencimiento de que inmediatamente podrá enmendar el yerro precedente, le absuelve de todo rigor en el disparo que proyecta.

Filosofías aparte, yo me sentí ayer más asentado que hace dos años. Echar abajo veintinueve perdices con poco más de cien tiros y una sola escopeta da, a ojo de buen cubero, una media de tres cartuchos y pico por perdiz, lo que no está, entiendo, nada mal para un tirador de ojeo indocto. Estos pájaros fueron equitativamente repartidos –nueve, seis, siete, uno y seis– en las cinco batidas que se dieron. En el bajo guarismo de la cuarta no me cabe responsabilidad. Situado en el cembo de un camino, en una hondonada, sin otro campo de visión que una calle de olivas, apenas pude tirar sobre perdices atravesadas que

irrumpían por los costados inopinadamente, sin dar tiempo a la toma de puntos. Un cazador a salto y cincuentón exige campo por delante, mucho campo y visibilidad. En los pájaros que reclaman el tiro a saque de escopeta, errará noventa y nueve de ciento.

También Germán, que derribó otras treinta y Luis, mi yerno, con veinte, demostraron que le van cogiendo el tranquillo al asunto. Manolo y Adolfo, en cambio, estuvieron por debajo de sus posibilidades.

A pesar de todo, también en Yuncos se vio menos perdiz que hace dos años. Evidentemente, la seca de comienzos de primavera y las nubadas del final deterioraron pollos y nidos en todas partes.

Las perdices de Vadillo
14 de noviembre de 1976

El adiós al cazadero de Villanueva de Duero se produjo el otro día, según consigné, de manera repentina, absolutamente inesperada. La caza de la finca ha sido arrendada a una cuadrilla de un pueblo próximo, con lo que, por ahora, no hay que pensar en volver por allí. En esta finca, que tuvo sus perdicitas en tiempos de Alejandro Fernández Araoz *senior* y que después, por circunstancias que no se me alcanzan, han desaparecido, hemos pasado muy buenos ratos con la entrada de torcaz a primeros de noviembre y con el pelo el resto de temporada.

El cazadero, por otra parte, a veinte kilómetros de Valladolid, constituía un recurso único cuando el mal tiempo asomaba las uñas. El amago de lluvias, nieve, niebla o viento nos empujaba ineluctablemente a los carrascales de Villanueva. Y si, a lo largo del día, la inclemencia del tiempo no suavizaba, costaba muy poco dar media vuelta –como el pasado día 1– y regresar a casa a almorzar.

Ahora, con el cazadero más próximo a ciento ochenta kilómetros, habrá que pensarlo dos veces antes de ponerse en movimiento.

Para nuestra fortuna, el adiós a Villanueva se vio atemperado por el primer día luminoso con que nos obsequia este otoño borrascoso e informal. Un día de sombras blancas que nos deparó una gratísima jornada de caza en nuestro nuevo coto de Vadillo de la Sierra. La brisa, sutilísima y fresca, mitigó la abierta insolación y facilitó la caminata por estos terrenos arduos, de muy vivos estímulos topográficos. Porque Vadillo, a esta luz, se mostró como lo que es, un cazadero accidentado, donde los canchales, los lomos de piornos, los desniveles del terreno, le mantienen a uno expectante puesto que la pieza no sólo puede saltar donde menos se piensa, como dice el refrán, sino también donde uno *la piensa* más, cosa infrecuente en lides venatorias. A los diez minutos de ceñirme la canana, yo había efectuado ya dos disparos, uno sobre un conejo que me toreó en los recovecos de un cancho y otro sobre una liebre, que paré, a cuarenta metros, en una vieja siembra, cuyos cerros estaban desdibujados por el tiempo. Adolfo y Germán, arriba, le daban también al gatillo con breves intervalos, lo que mantenía viva nuestra atención.

Tras el cacerío de ayer se puede confirmar una cosa: el año es excepcional de liebre (diecinueve conté en cuatro horas corriendo por el campo, lo que da un promedio de cinco por hora), y hay que poner otra en tela de juicio, la escasez de perdiz, al menos en lo que atañe a la provincia de Ávila. Ayer cobramos cuatro por barba Juan Moreno,

Javier Salaberri, Germán y yo. La verdad es que si hablara exclusivamente desde mi personal experiencia tendría que seguir en mis trece (en Vadillo hay poca perdiz), pero Germán, que llevó la arista y se movió de un valle a otro, asegura que levantó más de un centenar solamente en el cuartel 3, donde cazamos, que según Andrés de la Horra, el arrendador, no es el más querencioso. La cifra da, sin duda, para entretenerse y para pensar que Vadillo de la Sierra es un coto equilibrado que produce pelo y pluma a partes iguales, con discreta prodigalidad.

Con las cuatro perdices, me anoté una liebre y un conejo de once disparos, lo que viene a decir que, por una vez, superé esa marca tan difícil de partir con el campo. Si Manolo, que atraviesa un bache, pese a que el jueves abatió un rebeco en Infiesto, hubiera estado a la altura de las circunstancias y Adolfo dispusiera ya de una escopeta de dos tubos, hubiéramos rebasado con holgura las treinta piezas.

Con todo, lo mejor fue el día: cielo azul, sol fúlgido, aire transparente, fina brisa alimentando los pulmones y las es-correntías desaguando en los arroyos las primeras nieves fundidas en los altos. En jornadas soleadas cazar a mil metros de altitud constituye un privilegio.

Día desigual
21 de noviembre de 1976

Volvimos por Vadillo, también en un día luminoso, aunque un norte áspero restase serenidad al clima. A falta de un práctico indígena, nos unimos al amigo Javier Salaberri, que conoce el cuartel 2 por haberlo cazado varias veces. La primera impresión que produce este cuartel es de desnudez, aunque luego, cuando uno se mete en harina, cambie de opinión. De salida, abiertos en un teso, empezaron a brincar liebres por todas partes y en un cuarto de hora la mano se apuntó tres (luego, en todo el día, apenas vimos otras tres, aunque la topografía no parecía sustancialmente diferente). Pero enseguida pagamos la novatada. Salaberri, que suele cazar en solitario, no había pasado de estos primeros morros y, cuando nos adentramos en el cazadero, nos encontrarnos en un terreno desconocido para todos. Quiso la suerte –o la mala suerte– que las perdices primerizas se dieran junto a unos robles, en la boca de un barco muy pronunciado, y allí nos metimos todos, cuatro por la ladera derecha y dos por la izquierda. A la postre, el citado barco resultó una trampa, al menos para las cuatro escopetas del lado derecho, donde los robles y las escobas impedían la visibilidad más allá de cinco metros. Juan y Luis, en cambio, en la cuesta de enfrente, menos pina y agreste, tropezaron con un par de bandos y echaron abajo cuatro perdices, tres conejos, una liebre y una becacina.

Yo, en la pestaña, apenas vi nada. Es decir, vi hielo y escarcha y preví el batacazo. Nuestra ladera, con mucha braña encharcada y veneros de bordes helados, sombreada por el robledal, resulta un cazadero peligroso. Mi peroné derecho, fracturado hace seis años, precisamente en una charquita de hielo, protesta cuando lo someto a estas pruebas. Así que, para ser exactos, descontando los de la liebre final, disparé dos tiros en toda la jornada, a una perdiz endiablada que se ocultó tras la maleza del desmonte del primer aletazo, y a un conejo que me envió Salaberri desde el bocacerral y le paré de un disparo certero. El resto de mi actividad se redujo a sortear obstáculos a fin de evitar contarme yo también entre las víctimas.

Cuando salimos del barco –que, en principio, consideramos un accidente topográfico sin importancia– era ya hora de regresar al coche. Fue en esta breve mano, sin embargo, donde se produjo la anécdota divertida del día. Juan, desde los altos, me voceó que una liebre corría a mi encuentro por el camino, del otro lado de la tapia que yo flanqueaba en ese momento. Cantar Juan la novedad y detenerse todos, escalonados en la ladera, para ver lo que ocurría fue

todo uno. Y lo que ocurrió fue lo que suele ocurrir en la caza cuando de improviso uno se convierte en espectáculo. Me apresté nerviosamente a recibir a la rabona que, al fin, entró de morros, pero la tapia me impedía la toma de puntos, así es que adelanté un paso, trastabillé, le largué el primer disparo, erré, la liebre, sorprendida, me rebasó, afiancé los pies y le largué el segundo, de culo, levantando la cabeza, más pendiente de las caras de guasa de mis compañeros, que adivinaba, que de la pieza, con lo que el animal, indemne, retornó al camino y se perdió en la distancia. El número, acogido con voces y carcajadas en el anfiteatro de la ladera, había concluido.

Comimos en la humilde tasca del pueblo, al abrigo de un fuego de leña –calor en los pies y las rodillas y frío en la espalda–, unos estupendos huevos fritos con tropezones de chorizo y jamón. Como final de fiesta, la mujer que nos atendía, muy amable, me calculó setenta años de edad. No deja de ser curioso que los hombres del campo nos vean viejos a los hombres urbanos y los hombres urbanos veamos viejos a los hombres del campo. ¿Quién llevará razón después de todo?

Cabra del Santo Cristo
27 y 28 de noviembre de 1976

Decir de los cazadores que estamos, todos, un poco de la cabeza, no es ninguna novedad. Lo que un cazador es capaz de hacer por una perdiz no puede imaginarlo más que otro cazador. El cazador con afición está dispuesto a todo. El viernes pasado, por ejemplo, la cuadrilla se desplazó a Jaén, a Sierra Mágina, en la raya con Granada, a más de seiscientos kilómetros de Valladolid, solamente a cazar unas perdices. Los cotos sociales que este año nos cayeron en suerte se habían clausurado a la vista de la cría deficiente de la patirroja y, como compensación, se nos brindó el coto de Cabra del Santo Cristo, donde el Santo Cristo dio las tres voces, en plena serranía Bética. Después de varios cambios de impresiones, la cuadrilla, en la que predomina el elemento joven, decidió acudir puesto que, teniendo en cuenta la distancia, se le asignaban dos fechas consecutivas, aparte anunciársele suculencias cinegéticas sin cuento. Empero, al acceder a los primeros repechos del macizo y divisar los riscos y cortadas en que es pródigo el cazadero, Manolo y yo estuvimos a punto de renunciar.

Desde el mirador del puerto, la perspectiva es realmente escalofriante. La cadena de anfractuosidades, sin solución de continuidad, se extiende hasta las cumbres de Sierra Nevada, de una consistencia vítrea en la distancia. Las olivas y el cereal de los bajos se transforman en aulagas y espartos a cierta altura. Ardua topografía esta. Paisaje duro y agreste, que nos indujo a Manolo y a mí a menear la cabeza con desconfianza hasta que Matías, el guarda mayor, nos tranquilizó un poco:

–A ustedes les ha correspondido un lote muy apacible, no se preocupen.

Y, efectivamente, el lote de La Estación, al que llegamos sobre las once de la mañana, era, no sé si apacible, pero sí, al menos, viable, aunque no faltaran los mogotes adustos y un áspero piso de pedriza. Y aunque el navazo era de lo más bajo del macizo, su altitud no sería inferior a los mil metros. Al apearnos del coche, le hice ver a José, nuestro guía, lo raro que resultaba no divisar un bando entre las pajas y los barbechos:

–Eso no –respondió–. A finales de noviembre la perdiz anda en los espartizales.

Mas en los espartizales, tanto el sábado como el domingo, encontramos también poca perdiz, y la poca que había, díscola y recocida, levantaba larga, volaba recio y se descarriaba por los cuarteles inmediatos al primer salto. Perdiz muy castigada ésta.

Enveredarla resultó difícil, por no decir imposible. A base de piernas y bofes, bajando a los vallejos, subiendo a los picones, algunas logramos acarrear, llevarlas ladera adelante, descolgando unas cuantas en el trayecto.

Con varios vuelos en las costillas, ya cansada, tampoco la perdiz de Mágina se inmoló cándidamente. Amonada entre los espartos, muy espesos, y sin perro, no era fácil levantarla. En una palabra, la doble cacería de Cabra del Santo Cristo resultó sumamente laboriosa y nuestra ilusión de regresar con cincuenta o sesenta perdices se vio muy reducida: quince el sábado y diez el domingo, más seis conejos, cinco liebres y dos codornices. Un balance discreto pero nada compensador, si valoramos los mil trescientos kilómetros de viaje y las veinte horas de automóvil.

Personalmente regresé insatisfecho. El sábado tardé hora y cuarto en encañonar la primera perdiz y hora y media el domingo. El primer día tiré a nueve piezas y a siete el segundo. Al final mi macuto ascendía a cuatro perdices, dos conejos y una codorniz. Verdaderamente para este viaje no se necesitaban alforjas. Siete piezas cobré en Vadillo en una sola jornada hace quince días. Decepcionante después de lo que había oído contar de Mágina. Pero, además de eso, tiré mal. El sábado y el domingo marré perdices a huevo. El sábado por el viento, que escoraba los pájaros tan pronto levantaban, y por cansancio el domingo. Una pena. Tampoco Adolfo y Manolo estuvieron afortunados. Únicamente Juan, imparable este año, con doce piezas, y Germán, con diez, cubrieron el expediente como es debido.

De regreso, el guarda nos informó que esa misma tarde, después de consultar con Madrid, habían clausurado el coto hasta el año próximo. Medida entonada. Mágina da aún para entretenerse pero no es prudente llevar las reservas al límite con lo que luego cuesta reconstruirlas.

Un coto esquilmado
5 de diciembre de 1976

La ausencia de mis hijos nos indujo a Manolo y a mí a dar una vuelta por el coto de Espinosa de Villagonzalo, del que sólo tenemos dos acciones y que, por pitos o por flautas, no pisábamos desde hace más de un año. La experiencia no pudo ser más desconsoladora. A un día perro –cierzo racheado, aguanieve– correspondió un cacerío perro. Durante tres horas, Manolo y yo pateamos laderas y descampados sin levantar una pieza. Una increíble, absoluta, desolación. Y cuando ya, ateridos y desalentados, doblábamos un resalto guarnecido de aulagas, dispuestos a regresar al coche, sentimos dos estampidos delante de nosotros. Ante este sorprendente signo de vida, mi hermano y yo apresuramos el paso. De pronto, en lontananza, en la cumbre de un cabezo, divisamos a un hombrecillo sacudido por el viento, inmóvil, como si montara guardia, escudriñando la ladera que recorríamos. Al divisarnos, se echó escorrentía abajo y, en cuatro trancos, se llegó a nosotros:

–¿No vieron el raposo?

Llevaba un gorro de piel con orejeras, morral de costado, un chubasquero y botas de media caña. Parecía la estampa rediviva del cazador decimonónico:

–Pues no señor, no vimos nada, pero ¿qué iba a hacer un raposo en este desierto?

Pareció enojarse:

–¿Por qué dice usted eso?

–¡Coño! ¿Todavía lo pregunta?

Obstruyó con un dedo el orificio izquierdo de la nariz y se alivió ruidosamente el derecho volviéndonos la espalda. Acto seguido, entre grandes aspavientos, comenzó a exaltar las excelencias del coto, la abundancia de pelo y pluma, y concluyó afirmando que el domingo anterior había derribado tres perdices y dos conejos él solo, y el jueves último (precisamente el día del ciclón, con vientos superiores a los cien kilómetros por hora), con un compañero, once perdices en los pagos de la estación. Miré burlonamente su morral desmayado, su percha vacía y esbocé una sonrisa:

–Se ve que hoy no tuvo suerte.

La aparición de este iluminado Tartarín fue el único incidente que animó una jornada desabrida y nula. Yo sospecho que a este término, de configuración perdicera, no se le ha dado oportunidad de recuperarse desde que era libre. Hoy los socios somos sesenta pero lo sucedido el día de la codorniz ya da idea de nuestra avidez. Ni uno

solo faltó a la cita. Resultado: seis pájaros por barba y los rastrojos arrasados. Es de suponer que con la perdiz habrá ocurrido lo mismo. Sesenta escopetas de buenas piernas habrán recorrido el término en los primeros domingos de octubre y, aprovechando el solillo otoñal y las buenas temperaturas, habrán diezmado los bandos supervivientes de la temporada pasada puesto que, de hecho, perdiz nueva no se ha visto este año en ninguna parte. Así se explica que a primeros de diciembre esto esté esquilmado y uno no tropiece más que con un cazador visionario y lunático, como caído de las nubes, a quien los dedos se le hacen huéspedes.

Este bien dotado coto de Espinosa está pidiendo a gritos una pausa para que su población perdicera pueda rehacerse. De persistir en la actitud actual seguirá sin levantar cabeza: dos docenas de patirrojas en los primeros días, unos gazapetes en las mohedas de El Egido y Fuentemaría y pare usted de contar. Poca, poquísima caza para un acotado de estas posibilidades. Pero, en fin, uno no tiene poder decisorio en lo concerniente a la explotación del coto y habrá de acomodarse a lo que resuelvan los demás.

Caza sin vísperas
8 de diciembre de 1976

El clima inestable de este otoño está dejándonos sin vísperas a los cazadores. Uno siempre teme que la lluvia o la nieve vengan a estropear el cacerío proyectado. De esta manera no hay vísperas o, si las hay, en lugar de encandiladoras son preocupantes. Las vísperas, amagadas de lluvia o nieve, no son tales o, por mejor decir, el cazador que barrunta el sábado que al día siguiente, a pesar del madrugón, tendrá que quedarse en casa, no sólo no anticipa el solaz sino que se deprime. O sea, que hasta después de la cazata uno no disfruta, no está seguro de poder hacerlo, ya que la nube que gravita sobre su cabeza puede, en cualquier momento, dar al traste con sus proyectos. Nuestras horas de esparcimiento quedan de este modo sensiblemente, recortadas.

Sobre estos extremos, un tanto filosóficos, divagábamos ayer, junto al fuego, en la taberna de Vadillo, arropados por las colgaduras de la matanza, con nuestro nuevo compañero Javier Salaberri, después de haber derribado nueve perdices, seis liebres y dos palomas entre cuatro escopetas y de haber disfrutado de una mañana deliciosa, un claro entre dos nubes, pues el tiempo, muy metido en agua, respetó milagrosamente nuestro paseo. El viento ábrego y la escasa luminosidad de las primeras horas fueron las únicas notas adversas que, en lugar de irritarnos, acrecentaron nuestra satisfacción al ser superadas airosamente por la cuadrilla. Tal aconteció con las tres primeras perdices abatidas en la ladera de los canchales por mi hermano Manolo, Salaberri y el que esto narra, tres perdices aisladas, bravías, esquinadas, derribadas a no menos de sesenta metros.

A partir de mediodía, la perdiz, que ya de por sí volaba larga, encontró en el viento un aliado y, al repinarse y tomarlo a su favor, interponía entre ella y las escopetas una distancia insalvable en milésimas de segundo, lo que nos llevó a una toma de puntos precipitada y al disparo súbito, casi sin aculatar. Como, por otra parte, estos terrenos, aunque abrigados de piornos y escobas, permiten una amplia visibilidad, a uno, cuando no tiraba, no le faltaban ocasiones de entretenimiento con las acciones de los demás.

Tal sucedió con las dos palomas que descolgaron, de un bando de cuatro, Javier Salaberri y Manolo cuando, empujadas por el viento, les sobrevolaban a una altura disparatada. Y otro tanto con el doblete de perdices de mi hermano quien, con aplomo y sabiduría, acertó a distribuir su tiempo –décimas de segundo– para aprovechar la coyuntura, aunque a la postre solamente cobráramos la segunda –¿nos

desorientamos respecto al pelotazo de la primera o se fue a peón? Y lo mismo con el acierto de Salaberri, *junior*, al emplomar una patirroja con una carabinilla de doce milímetros en un alarde de rapidez.

Una excursión, en suma, en la que todos quedamos contentos, la caza se repartió con equidad y se consiguió un morral estimulante, pues nueve perdices, habida cuenta que el campo no dio más que pájaros solitarios, o, a lo sumo, agrupados en banditos diezmados, no es mala cifra.

Dos notas chuscas a incorporar a nuestro anecdotario cinegético: la liebre que se dio de morros conmigo en una «calle», entre las tapias de dos corrales, y que volvió grupas como una centella, después de mirarnos unos segundos a los ojos, en cuanto advirtió mi ademán de armarme; y el naufragio de Manolo, que con sus cien kilos se hundió en una ciénaga hasta el ombligo cuando franqueaba una braña encharcada. Su relato pormenorizado es muy sabroso: «Lo primero que hice cuando sentí ceder el suelo y me vi cogido en el trampal fue poner el seguro de la escopeta y arrojarla lejos de mí; al menos de esta manera me quitaba tres o cuatro kilos de encima». El hombre terminó la jornada con los pantalones de agua de Javier Salaberri y unas alpargatas de ocasión, mientras sus ropas se secaban al amor de la lumbre.

Cacería de viejas glorias
12 de diciembre de 1976

Estos días pasados me rondaba la nostalgia y, para acallarla, decidí dar resueltamente un salto atrás y organizar una cacería de viejas glorias en el coto social de Cañamero (Cáceres), esto es, reunir a aquellas escopetas que cazábamos juntas hace veinte o veinticinco años: Olegario Ortiz, Santiago Monsalve, Antonio Merino y mi hermano Manolo. Todos, excepto Manolo, que está a punto, hemos rebasado el medio siglo y por ahí, por deficiente forma física, me temía yo que pudiera fallar la excursión. Ésta, sin embargo –alicientes cinegéticos al margen–, resultó un éxito: volvimos a sentirnos jóvenes, cosa importante a cierta edad, evocamos los remotos tiempos de Tordesillas y Villafuerte de Esgueva (entonces todo el monte era orégano y la cuadrilla, al tiempo que desayunaba en la churrería La Madrileña, antes de acomodarse en el viejo Chevrolet, decidía, sin cortapisas, el lugar a donde le apetecía desplazarse), disfrutamos de un día soleado, quizás excesivamente templado para caminar, nos recreamos en el ameno, recién lavado paisaje de la provincia de Cáceres, estampado en una rica gama de verdes, e hicimos turismo, en fin, por ese pueblo insólito que es Trujillo, bajo las estrellas de una noche calma, muy adecuada para la añoranza.

Cañamero, con sus vaivenes, sus morritos, sus laderas de jaras y tomillos, después de cuatro horas de andadura más una suplementaria para llegar al cazadero desde el coche, atollado en un carril, me permitió hacer una constatación estimulante: la buena forma de los veteranos. A lo largo de la jornada no se produjeron desfallecimientos ni deserciones. El equipo funcionó a la perfección, sincronizado, y lo único sensible fue que la caza, muy mermada aquí como en todas partes, no respondiera a nuestras esperanzas. Los fuelles y las piernas, repito, respondieron bien, y el ojo para tomar los puntos en los momentos decisivos anduvo avisado y preciso como en los mejores tiempos. Pocas veces, creo yo, una cuadrilla habrá aprovechado tan concienzudamente las contadas oportunidades que se presentaron, hasta el punto que, salvo una hembra de azulón –que se largó al exigir el macho un segundo disparo–, no hubo yerros grandes ni pequeños, ya que no pueden considerarse tales los cuatro tiros que se llevó un raposo a cien metros de distancia o los que se descerrajaron alegremente sobre un bando de torcaces en las nubes. Los viejos maestros reverdecieron sus laureles y aunque el arqueo fue corto –cinco perdices, dos liebres y un pato– se hizo todo cuanto podía hacerse, el campo no dio para más.

(Pedro Salinas, director del coto y amabilísimo anfitrión que, a media mañana, nos obsequió con un taco suculento, atribuía la escasa animación del campo a la falta de perros, pero yo creo que a estas alturas del calendario, pese al abrigo de las jaras, la perdiz no aguanta, con lo que la observación de Salinas es únicamente válida para los conejos y, en algún caso, para la liebre roncera, muy apegada al encame.)

La cacería de Cañamero demuestra que el mal año de perdiz ha sido general y que su escasez, según podemos atestiguar nosotros, afecta lo mismo a León que a las dos Castillas, a Extremadura que a Andalucía. Las pocas que se vieron y se cobraron ayer eran pájaros viejos, perdiz caprichosa, escaldada, solitaria, que hace inútil la adopción de cualquier estrategia. Esto quiere decir que nuestras víctimas fueron trofeos meritorios, perdices, la mayor parte de las veces, que uno tira porque hay que tirar pero no se sorprende cuando se van a criar. El pato de Antonio y las dos hermosas liebres de Santiago y Olegario redondearon el parco morral, bastante satisfactorio dadas las condiciones en que se produjo.

El regreso, a los acordes de la banda sonora de la película de Patino *Canciones para después de una guerra*, constituyó un nuevo y vano intento de la cuadrilla, ¡ay!, por reencontrar la juventud perdida.

Escapada a Sedano
21-24 de diciembre de 1976

Este año anticipamos la visita navideña a Sedano puesto que del 27 al 30 tenemos dos invitaciones de José María Blanc, una para cazar patos en El Masegar (Toledo) y, otra, perdices en Almedina (Ciudad Real). Acertamos con la escapada en cuanto al tiempo, desabrido pero no crudo, ya que las predicciones de nieve en las estribaciones montañosas no se cumplieron.

Yo llevaba en la cabeza la idea de tirar a la sorda en el Monte del Médico, junto a Las Puertas, donde el año pasado por estas fechas, Juan mi hijo, levantó tres, tiró dos y abatió una. Con esta intención subimos a Colacintos el miércoles 21. El Monte del Médico, en pleno páramo, batido por un matacabras congelador, es una apañada sarda de roble, intrincada pero con algunos calveros, muy ajustada a las querencias de la becada. Sin embargo, como a la subida nos anticipó el pastor, la becada no había llegado este año –tampoco lo hicieron las avefrías– y en un largo paseo de tres horas, la Ona, la perrita de Luis Hojas, no voló más que una y en un lugar tan enmarañado del arcabuco que no pude ni foguearla. A cambio, y contra todo pronóstico, ya que la topografía no se presta a ello, levantamos dos liebres, una, larga, que corrió la perra con alegres aullidos, y otra que se metió entre las escopetas y marchó indemne tras mis dos tiros a espetaperro.

La mano a las perdices, a la mañana siguiente, resultó más rentable aunque sin exagerar, pese a que la preparamos concienzudamente a base de ocho escopetas (mis hijos Miguel, Germán y Juan, Miguel Varona, el veterinario y los suyos, y Luis Hojas), cifra mínima para cubrir las cuestas disformes de Mozuelos. Vimos poca perdiz y muy escaldada y las pocas que levantamos escaparon a las laderas de enfrente en vuelos altos, raudos, majestuosos. ¡Un hermoso espectáculo estos bichos sobrevolando el vallejo a una altura de doscientos metros! El resultado, dados los escasos pájaros que arrancaron a tiro, fue suficiente para entretener la mañana: seis patirrojas, una de ellas, que cobró la Sally, todavía viva, abandonada ante nuestra irrupción por un águila real.

Por mi parte, y pese a lo accidentado del terreno, no disparé más que cuatro cartuchos, dos sobre dos locas, en Pekín, y otras dos en condiciones, de las cuales sólo derribé una y con el izquierdo, lo que quiere decir que tiré mal, aunque, como de costumbre, siempre exista una disculpa, las gafas recién estrenadas, con una dioptría más, lo que me permitía ver a las perdices más precisas, con sus colores bien

pintados, pero más chicas. Esto y el suelo, que se abombaba a mi paso y venía a mi encuentro haciéndome trompicar, me desconcertó. Habrá que habituarse a ellas en los días que faltan hasta el 29 para no hacer el ridículo en Almedina.

Las liebres de Arroyo Morón
28 de diciembre de 1976

Esto de la caza de patos es como la lotería, puro azar. A veces pintan oros pero con mayor frecuencia pintan bastos. Y el martes, en El Masegar, correspondió esto último. Ya Santiago, el Pincha, me lo había advertido, antes de amanecer Dios, cuando, entre dos luces, me conducía en la barca a mi puesto. Apenas se veían en la laguna unos pares de azules y unas docenas de porrones. Y en cuanto sonó el primer disparo, como era de esperar, estas juntas despreciables se dispersaron por las lagunas colindantes –Taray, Arroyo Morón, Alcázar de San Juan– sin darnos ocasión de tirar del gatillo. Estos escarceos a anátidas, tras un madrugón de respeto, no suelen tener otro encanto que el de asistir al despertar del día entre las cañas de masiega y la transparencia cristalina de los lucios en reposo. El espectáculo siempre es bello, siquiera en esta ocasión faltase el fondo musical con que acostumbran a acompañarlo el avetoro, la focha y la gaviota reidora. Una pena. A ver si al año próximo tenemos mejor suerte.

Presumiendo la incomparecencia del pato, los hijos de Carlos Turón, consocio de Lino Llamas, habían dispuesto unos ganchitos a las liebres en los majuelos de Miguel Esteban, con bula para tirar sobre alguna perdiz, ya que el cazadero está haciéndose y no es cosa de malrotarlo por un capricho. Previamente, Olga Turón, nuestra gentil anfitriona, nos obsequió con un almuerzo a la americana con el que matamos no sólo el hambre sino el frío almacenado en tres horas de plantón en la laguna.

Los tres ganchos, bien montados, resultaron divertidísimos, de una amenidad difícilmente superable, si bien no dejo de reconocer que estas encerronas a las liebres, llevadas a cabo por expertos, que achuchan con precisión matemática, constituyen un procedimiento de caza alevoso. El animal, emparedado entre las voces y los tiros, se desconcierta, no sabe qué partido tomar y, en última instancia, en su inmensa mayoría, se inmola cándidamente a las escopetas. La liebre así entrizada no tiene más que un escape, aparte el de forzar la línea de fuego, sumamente aleatorio: amonarse entre los terrones y dejar que pase sobre ella la marabunta. Este recurso, al que apelaban muy sabiamente las liebres de Villanueva de Duero allá por los años sesenta, no se lo vi practicar a ninguna en los bacillares de Arroyo Morón, tal vez por estar menos maliciadas. Aquí, la rabona levantada corría desalada hacia los puestos hasta que oía la primera detonación. Entonces comenzaba su calvario, sus idas y venidas, sus vacilaciones,

ya que la liebre es animal de curioso comportamiento, muy avisado para burlar la mano por los flancos, pero indefensa cuando, como ayer, se encuentra con que las puntas, levemente adelantadas, de los tiradores, venían casi a coincidir con las de los ojeadores que avanzaban dibujando una gran C. Ante este doble frente, los animales se detenían haciendo el bolo, escuchando, escudriñando los alrededores, titubeaban, corrían paralelamente a las escopetas y, finalmente, apretadas por los voceadores, terminaban por entrar en plaza y ofrecerse en sacrificio ante una perdigonada certera. Mas como los bichos saltaban apenas iniciada la batida y alguna liebre, madrugadora, trataba de poner enseguida tierra por medio y forzar el bloqueo, no hubo momentos tontos, de atonía, en las tres horas largas que duró el acoso. Por otra parte, tratándose de un terreno sin accidentes, que permitía observar con comodidad las entradas a los puestos vecinos, uno disfrutaba de las propias peripecias tanto como de las ajenas, circunstancia que aun en el ojeo en que uno no estaba de suerte evitaba el aburrimiento.

Deportivamente, el sistema es poco o nada meritorio. La única precaución estriba en reportarse cuando la rabona cruza la línea de escopeteros, tirar sólo por delante y por detrás. En cualquier caso, la liebre, animal de mucho bulto y al que, a pesar de sus cabriolas y regates, se le toma bien los puntos, constituyó un blanco prácticamente infalible y el arqueo final nos deparó un saldo de cincuenta y cuatro víctimas que, entre ocho participantes, da un promedio de siete por escopeta. Una barbaridad.

Con la liebre entró abundante perdiz a la que apenas prestamos atención, conforme, a los deseos de nuestros invitantes. Yo entiendo que el cazadero, que es importante en pelo, puede llegar a ser aceptable en pluma, aunque la patirroja, sin labores de cereal en los dos términos que abarca el coto, nunca podrá alcanzar una población elevada.

En el almuerzo posterior, charlamos de lo divino y lo humano con nuestros anfitriones así como con Paco León, Marcial Lalanda y Juan Moreno, consocios del club Alcyon, a quienes no veía desde hacía meses. Al caer la tarde salimos hacia Manzanares para cazar el coto de Almedina, del que la gente se hace lenguas, en la provincia de Ciudad Real.

Almedina
29 de diciembre de 1976

El segundo acto de nuestra escapada pascual representó para mí, antes que una sorpresa, un deslumbramiento. Almedina es uno de los mejores cazaderos de España y, con toda seguridad, aunque yo estoy habituado a poco, el mejor que he pisado desde que estoy en el oficio. Al sentar este criterio de valor, hago caso omiso de las condiciones atmosféricas que deslucieron la jornada, ya que desde las diez de la mañana hasta las dos y media de la tarde, hora en que abandoné, el cielo no cesó de escupir agua con una pertinacia insoportable.

¿Que cómo ha conseguido este vivero de especies menores José María Blanc? Ésta es la cuestión. Al parecer estos pagos siempre fueron perdiceros y ya es sabido que en España un buen terreno perdicero es aquel que puede llegar a dar una patirroja por hectárea. Esto es mucho, sin duda, pero resulta risible comparado con la Almedina actual, que con sus 2.800 hectáreas ha dado esta temporada siete mil piezas –liebres y conejos incluidos– sin que esta fabulosa detracción, aniquiladora en cualquier parte, se haga notoria para el cazador que, a las puertas de enero, pasea por sus cerros con la escopeta al hombro. Quiero decir que, a pesar de las siete mil piezas capturadas, allí siguen viéndose perdices, liebres y conejos en tal cantidad como si la finca no hubiese sido pisada en los últimos diez años. Y, ante este espectáculo insólito, uno se pregunta lleno de perplejidad, ¿cómo será esto al abrirse la temporada, en las primeras semanas de octubre? No lo sé, ni acierto a imaginarlo, pero probablemente excesivo. Ante esta densidad de animales, la escopeta se encabrita, no toma los puntos con la serenidad que esta operación requiere, ni aprovecha las oportunidades con el rigor que debe ser norma en la cinegética. Pero –insistirá el lector– todo esto, ¿cómo se ha fraguado, cómo se ha hecho? Simplemente con cabeza, con sentido común que, según dicen, es el menos común de los sentidos. Así, los bajos han sido sembrados de cereal y los pizorros –una especie de mogotes coronados de cuarcita– se han dejado intactos, tal como Dios los creó, con su corto pasto sujetando las tierras arcillosas y sus pequeñas manchas de carrascas y retamas. En el aspecto biológico, Blanc no ha perseguido a sangre y fuego a águilas y raposos como suele ser habitual; se ha limitado a sacrificar unos centenares de urracas, lagartos y culebras, así como a evitar los plaguicidas en la finca. Esto prueba que la mejor manera de tener caza es dejarla estar, facilitarle grano y agua, si no lo tiene, rechazar la química y reducir al mínimo el aparato mecánico y la intromisión del hombre en los ciclos ecológicos de las especies. Como, al propio tiempo, los cerros erizados

–Cerro del Gato, Cerro del Cuchillo– sirven, simultáneamente, de refugio a la caza y de matadero al cazador, ya tenemos un cazadero como mandan los cánones.

La primera mano, de media hora, sobre el lomo de uno de estos repliegues, con Germán de ala por las tierras enfangadas, constituyó un auténtico festival. Pocas veces he oído traquear con la alegría y frivolidad de esta mañana brumosa. En lo que me concierne, puedo decir que tras marrar lastimosamente tres conejos entre las carrascas, sobre un suelo que era una auténtica pedriza, decidí darlos de lado ante la posibilidad de tomar los puntos a piezas de más enjundia. Pero la lluvia me disminuyó. Las gotas escurrían por la cara externa de las gafas y el vaho las empañaba por dentro, y al pretender corregir ambos defectos cubriéndome con la capucha del chubasquero, lo que conseguí fue limitar mi campo de visión y, con ello, errar perdices que normalmente hubiera bajado un niño. Con todo, al manear la última loma, había cobrado tres patirrojas y dos liebres, cosa de broma al lado de Juan, que no precisa de anteojeras y en el mismo tiempo había hecho seis perdices, cinco liebres y dos conejos, un morral como para dejar bizco a cualquiera.

En este punto, en lugar de afrontar el Cerro del Gato, donde el Rey, según consignó en el libro de visitas, había asistido al mejor ojeo de su vida, a iniciativa mía doblamos a la derecha, con objeto de buscar una caza menos abundante pero más asentada que permitiese no sólo serenar la mano, sino disfrutar del concurso de los perros. La decisión, a mi juicio, fue sensata, pues, aunque se tiró menos, en proporción se cobró más y dimos ocasión a la perrita Timba, una spaniel de una pieza, pequeñita y vivaz, con una nariz prodigiosa, de mostrarnos conejos y perdices, frenando de este modo el alocamiento inicial.

En esta segunda fase observé un hecho insólito, a saber, la perdiz achuchada en las labores por Germán y Juan enfilaba la ladera y, disminuida por el barro adherido a sus patas, se refugiaba entre las piedras de los majanos, de donde no había manera de hacerla salir. Otras, en cambio, levantadas en los pizorros, se descolgaban airosamente sobre las siembras, dando ocasión a las escopetas falderas de cortarlas atravesadas, en tiros vistosos, no demasiado difíciles.

La persistencia de la lluvia me indujo a retirarme sobre las dos de la tarde. Me acompañó José María y, según flanqueábamos un arroyo, charlando y riendo, camino de la carretera donde nos aguardaba un Land Rover, aún tuve oportunidad de descolgar dos perdices y revolcar una rabona.

El balance de la jornada rebasó las cien piezas, cifra que fácilmente se hubiese multiplicado por tres de haber coincidido con un día de cielo alto, soleado y quedo, tan frecuentes en la campiña manchega.

La perdiz chúkar
4 de enero de 1977

El cacerío de ayer en Quintana de Gormaz, provincia de Soria, fue la antítesis del de hace siete días en Almedina, antitético en cuanto al clima –cielo raso y cierzo helado– y antitético en cuanto a caza, ya que estas tierras de Andrés Muñoz dan perdiz, por razones no del todo claras, con cuentagotas.

La zona de Gormaz, rayana al Burgo de Osma, es alta, pedregosa, adusta, de tierra rojiza, como la del páramo de la Lora. La única diferencia es que las leves manchas de sus laderas son de enebro y no de roble.

Según Arturita Suárez, esposa de Andrés Muñoz, en este término, cuando era libre, se mataban perdices a centenares. Hoy, entre siete escopetas, a duras penas llegamos a cinco estando acotado. Naturalmente, esto no es cifra. Según dicen, en los enebrales de la zona prolifera el jabalí. Ésta puede ser una razón de la baja de perdices, pero no basta. Don Juanito, nuestro acompañante de la localidad, me advirtió otra cosa. Parece ser que un veterinario del Burgo analizó hace días las vísceras de una perdiz muerta de muerte natural y encontró en ellas, sin digerir, un almacén de granos de nitrato.

Esto sí es nuevo para mí. El nitrato granulado es el abono utilizado en la comarca y por su presentación, en pequeñas bolitas blancas, como pude observar en varias labores, es incitante para la perdiz y, a la postre, si la cantidad que ingiere es excesiva, puede resultar letal. Si esto se confirmase, al riesgo tremendo de los herbicidas, habría que agregar el peligro de los abonos. Éstas no son otra cosa que especulaciones de aficionado, pero algo hay que pensar cuando terrenos ayer perdiceros no lo son hoy en que las condiciones objetivas son más favorables que las de antaño. En fin, ahí dejo colgada la sugerencia por si algún científico quiere llegar mañana al fondo de la cuestión.

Los ascéticos páramos de Gormaz crían, a cambio, alguna liebre más que los de la Lora. Cinco aculamos ayer y hay que pensar que trabajando el campo con perros se hubiera podido aumentar la cifra, ya que la rabona que levanta a tiro en estas tierras de rala mata esteparia, desguarnecidas, es liebre muerta.

Como la obsequiosidad de Andrés Muñoz no podía dejarnos marchar con las manos vacías, antes de retirarnos a comer estuvo lanzándonos a brazo dos docenas de perdices chúkar –frente y corbata negras, de contornos muy definidos– de las que cría en su finca de

Iscar y que traía ex profeso en unas jaulas. Estas aves, un tanto anquilosadas por la falta de ejercicio, una vez que se desperezan, vuelan bien, aunque, a la postre, solamente una pudiera escapar a la cerrada línea de fusileros. La perdiz chúkar, que se va aclimatando en diversas provincias de España, acabará por ser, si no me equivoco, a nuestros montes lo que la trucha arcoíris es a nuestros ríos, o sea, un sucedáneo para conservar el fuego sagrado una vez que las especies autóctonas desaparezcan.

La colerina
9 de enero de 1977

A primera vista, el hecho de que uno se vaya de vareta la víspera de un cacerío no parece guardar relación alguna con la caza. Pero sólo a primera vista, porque cuando uno ha doblado con holgura el medio siglo todo aquello que le merme facultades influye directamente en aquélla. Y la colerina que me asaltó inopinadamente en la madrugada del domingo me dejó exhausto, literalmente para el arrastre. Uno dispone de un caudal de energías limitado y, si llega al campo con este caudal intacto, podrá caminar durante cinco o seis horas sin forzar el bruto, pero si, pongamos por caso, se va de farra la víspera –una farra honesta como puede ser una cena con los amigos–, sus energías disminuirán de acuerdo con los excesos gastronómicos o las horas robadas al sueño. Pues con la cagalera ocurre otro tanto. La magnitud de ésta determinará la magnitud de nuestro enervamiento. Y el mío debió de ser de órdago a la grande cuando el domingo, a la hora y media de habernos abierto en mano por los piornos de Vadillo, ya no podía con lo puesto; como dirían los chilenos, «no daba más». Mi cuerpo parecía relleno de serrín, sin esqueleto que lo sostuviera, y la escopeta me pesaba como si fuese de plomo. En estas condiciones, poco puede hacer un hombre en el campo.

Mas a la colerina hay que añadir los errores de Andrés de la Horra, administrador del coto, que espontáneamente se erigió en director de la operación que proyectábamos en el cuartel 2. El bueno de Andrés lo hizo sin duda con la mejor intención pero se equivocó de medio a medio. De la Horra demostró no ser cazador de perdices: su terquedad por conducirnos una y otra vez a los zarzales, el ritmo lento, la mano prieta, delató, de salida, su condición conejera. Por añadidura, De la Horra no cogió la ladera, sino que nos bajó en línea recta de la cresta del cerro al rodapié de poniente, esperando encontrar ahí la perdiz bajera, cuando, dada la friura de la mañana y las salpicaduras de nieve, la perdiz no anclaba en los piornos sino en las solanillas, como pudimos comprobar de retirada, cuando ya era tarde para rectificar. Por último, De la Horra, en su afán de que yo anduviera menos, me colocó en el centro de la mano, puesto muy goloso para el que está habituado a él. Pero yo vengo cazando de ala desde hace quince años, si no más, con lo que la nueva posición me impidió disparar con libertad, temeroso de herir a algún compañero, oculto muchas veces tras una tapia o un caballón.

El resultado de mi colerina y de la errónea táctica aplicada fue un doble fracaso, el de la cacería en su conjunto y el mío personal como

tirador. Entre Andrés de la Horra, su yerno Pedro, Javier Salaberri, mi hijo Germán y yo no cobramos más que media docena de gazapos y un par de perdices. Y tengo para mí que yo fui el principal responsable de morral tan exiguo, no porque dispusiera de muchas ocasiones, sino porque las pocas que se me presentaron, a excepción de un conejo que paré en una breña, las desaproveché lamentablemente. Pero concretamente con la perdiz, con la escasísima perdiz que movimos, estuve premioso y envarado. A dos tiré en magníficas condiciones y las erré como un novato y a otras dos, que tampoco salieron mal, me abstuve de foguearlas, por la proximidad de un compañero a la una, y, a la otra, porque los reflejos no me respondieron –¿la colerina?– y cuando quise atinarla andaba ya en las quimbambas.

Lo peor es que el fracaso de ayer tiene mala compostura, al menos esta temporada. Ávila, a la vista de la escasez de perdiz, cerrará con tres semanas de antelación y el tiempo, metido en nieves, no es fácil que respete este cazadero el domingo próximo, último día disponible. Y si no cazamos en Vadillo, ¿dónde iremos a parar con nuestros huesos si lo de Villanueva se ha terminado?

¡Santa María de nuevo!
16 de enero de 1977

Lo del sábado fue algo parecido a un milagro. José Luis Montes, como si estuviera informado del ostracismo de la cuadrilla, me telefoneó desde Burgos para decirme que, al fin, después de muchos paseos, gestiones, papeles, conversaciones y disputas, habíamos renovado el contrato en Santa María del Campo y podíamos ir a cazar cuando quisiéramos. La llamada representó para nosotros lo que un balón de oxígeno para un agonizante: la supervivencia. José Luis se mueve bien en estos pleitos, conoce el paño y, aun cuando ignoro las cláusulas del contrato, sé, y esto es fundamental, que ha llegado a un acuerdo con las escopetas del pueblo, que podrán cazar la margen izquierda del Arlanza, mientras nosotros nos reservamos la derecha, por una cantidad a revisar anualmente, durante los próximos dos lustros. Desde hoy hasta enero de 1987 parecen, pues, garantizadas mis excursiones dominicales y, para entonces, habrá que ir pensando, si no en colgar la escopeta, sí en ejercitar mi afición en menesteres menos esforzados que la perdiz de ladera; pongamos por caso, los conejitos de un carrascal, si es que para entonces –que lo dudo– la mixomatosis ha sido erradicada del país.

Al cabo de un año de no pisarlo, volvimos, pues, por Santa María, arduo cazadero, cuya topografía se modifica cada temporada por los recortes de los tractores, cada día más audaces y estables, que amenazan con convertir el término en un mar de surcos alucinante, donde la perdiz no dispondrá de un mato donde guarecerse. El piso, endurecido por la helada, se tornó pegajoso con el primer sol, haciendo muy penosa la marcha que se vio, sin embargo, animada por la irrupción de algunas perdices escalonadas, pocas para ser éste el primer día de caza tras una pausa de un año. (El creciente cansancio de mis piernas llegó a la extenuación después de correr una alicorta en un barbecho de cavones deslizantes. A partir de ese momento, mi contribución a la mano fue un cero a la izquierda).

Pero ¿cómo resultó nuestra excursión inicial al viejo coto de Santa María? No mal, aunque tampoco extraordinariamente bien teniendo en cuenta las circunstancias. Germán, en la arista, vio mucho pájaro –él habla, no sé si demasiado alegremente, de dos centenares– pero fuera de tiro. A pesar de ello derribó cinco perdices y tres rabonas. Por su parte, Juan hizo dos perdices, un conejo y una paloma; Miguel, perdiz y conejo, y tres perdices yo. Salvo el bando inicial de una docena de pájaros, que erré, no sé si por largas o por frío, yo no vi en la falda y las labores perdices agrupadas, lo que significa que mi

modesta percha se fue haciendo lenta, laboriosamente, a costa de perdices enviadas de arriba.

Una incidencia notable: el frío y la extraña luz de la mañana dificultaron la cobra de perdices en terrenos despejados. La escarcha, en la sombra de los terrones, asumía un tono semejante al azul débil de la pechuga de perdiz, lo que unido al ocre de los barbechos acentuó el mimetismo normal del pájaro con el medio. Mi primera perdiz, abatida en un rastrojo lampiño, tardé cinco minutos en dar con ella, y a la segunda hube de abandonarla tras un cuarto de hora de búsqueda, para, al fin, encontrarla de regreso, a tres metros del montón de piedras que levanté como señal, después de convocar a la cuadrilla para este empeño. ¿Cómo no la descubrí antes? Únicamente admitiendo un mimetismo excepcional cabe explicarse que yo pasara sobre ella más de una docena de veces sin divisarla.

En fin, ¡albricias! Ya tenemos cazadero donde terminar la temporada. Habrá que hablar con Montes para conocer las condiciones. Santa María del Campo, por otra parte, a una hora de casa, alivia nuestros desplazamientos –Vadillo y Sedano quedan a dos horas y cuarto–, lo que no es moco de pavo en estos meses de invierno en que niebla, hielo y nieve se enseñorean con frecuencia de nuestras carreteras.

La penosa marcha
23 de enero de 1977

Santa María y en equipo reducido: Miguel, Germán y yo. Notas de la jornada: el persistente vaho de las gafas, que me inutilizó durante dos horas, la insufrible pegajosidad del suelo y la mala visibilidad. Todas ellas contribuyeron a la percha exigua que armamos entre los tres, lo que no supone, al menos en lo que atañe a Miguel y a mi persona, que las escopetas estén exoneradas de responsabilidad. Esto es, a las circunstancias mencionadas habrá que agregar una más, la más importante: Miguel y yo tuvimos una actuación no ya deslucida, sino mala sin paliativos.

Lo del vaho es un misterio. Hay condiciones climatológicas que lo provocan. También una determinada posición respecto del sol. No obstante para que el vaho se produzca con la pertinacia de ayer han de concurrir varias causas y en una medida determinada. En verano, con la codorniz, hay sol, yo sudo y las gafas no se empañan. En invierno, en días abiertos, hay veces que se empañan y otras no. Veces en que el vaho dura unos instantes o se prolonga un cuarto de hora. Pero lo de ayer es raro. Ayer fue una constante en la mano de ida. En esta mano, que duró media mañana, yo caminé a ciegas, metiendo el dedo a cada momento por la cara interna de los cristales para procurarme alguna luz. En este tiempo, si volaron perdices yo no me enteré, aunque lo cierto es que no las oí. Pero hubiera sido igual. Este caminar a tientas, sobre greda pegajosa, sin esperanza de abrir fuego si la ocasión se presenta, no puede ser más penoso. Bien entendido que esto no es disculpa, ya que el par de perdices que erré de salida las marré con todas las bendiciones, antes de que el vaho empañase mis gafas. Lo mismo ocurrió con la que derribé al volver la mano, esperando a que Miguel y Germán recorrieran un profundo barco y, por tanto, con las gafas limpias. Un cuarto de hora más tarde, saltó el cierzo, que secó el sudor, y los lentes no volvieron a empañarse. Y, sin embargo, yo continué fallando. No perdices a capón, pero sí asequibles. El número de cartuchos disparados, quince, y el de piezas abatidas, dos (la perdiz dicha y una liebrota como un perro que me arrancó en un barbecho), dan idea de mi lamentable actuación de ayer. En mi descargo puede aducirse el mal estado del terreno, con cincuenta litros más de agua por metro cuadrado que el domingo anterior, intransitable, verdaderamente agotador, y, en particular, la mala visibilidad, más que por escasa por los extraños efectos de luz, unas perspectivas mates, irrelevantes, de tal forma que la perdiz en vuelo, que apenas se divisaba con los ojos abiertos, se esfumaba literalmente al guiñar. Esto me indujo a levantar la cabeza, con lo que

la presunta toma de puntos quedaba viciada en origen, dejaba de ser correcta. Por esta causa fallé otros tres pájaros, bien preparados, de esos que en circunstancias normales no hubiera dejado escapar. Menos mal que Germán, por el tozal, volvió por sus fueros de andarín y tirador y, sin ver mucha carne, se hizo con un botín de tres perdices, dos liebres y dos palomas. Su morral salvó ayer el honor de la cuadrilla.

Sorprendente: varias perdices andaban ya en pares, a pesar del frío, lo que prueba que las horas de luz influyen más que la temperatura en el apareamiento. Lupi, el guarda, nos informó que la nueva normativa de la sociedad ha dividido en cuarteles el coto y a nosotros nos corresponde el que hemos cazado, es decir, el que delimitan las carreteras de Lerma, Santa María y la Granja de Retortillo. Lo celebro porque es el sector que más he cazado y al que espontáneamente me lleva la querencia.

Cazando bajo la lluvia
28-30 de enero de 1977

Tres días de perros, ¿por qué no? Vivimos jornadas de crispada tensión y la naturaleza me alivia mejor y más cumplidamente que las píldoras. A veces pienso qué sería de mí sin estas periódicas escapadas al campo, que si físicamente fatigan, espiritualmente orean y equilibran.

El tiempo sigue lluvioso y el piso, lógicamente, en especial en las labores, inviable. De ahí que el viernes, Miguel, Juan y yo, aunque éramos pocas escopetas, tomáramos el laderón norte de Santa María, cuyo suelo era más firme y abrigado que el del resto del coto. A pesar de ello vimos poca perdiz. Diríase que el cielo nublado se las come. Al final, un morral corto (tres liebres, dos perdices y una paloma) pero equitativamente repartido: liebre-perdiz, liebre-perdiz, liebre-paloma. A mi liebre, pese a saltar en un barbecho desamparado, hube de soltarle el izquierdo para pararla. Como suele ser frecuente, desperdicié la ocasión del día, un par de pájaros que me remitieron del bocacerral cuando estaba meando junto a una carrasca. En la caza hay que renunciar a satisfacer incluso las necesidades más perentorias si no queremos dejar de ser hombres alerta.

Ya en casa, Germán me comunicó que José Luis Montes nos aguardaba al día siguiente en el Molino para bichar los conejos, pues los labradores se quejan de sus incursiones a los sembrados y nosotros hemos asumido en el contrato de arrendamiento la responsabilidad de los daños. A las diez y media estábamos en el Molino, con Calleja, pero José Luis, aquejado de una ciática inoportuna, no compareció. Adolfo y su amigo Chuchi Mateos se fueron con aquél y los hurones a tirar unos conejitos a toro suelto en las escarpas, mientras Juan y yo, cada uno por nuestro lado, dábamos unos garbeos por los perdidos de suelo firme, buscando la rabona. Juan, con sus veinte años, encaramándose en las crestas y a paso de carga, consiguió dos perdices y una liebre en hora y media, pero yo fracasé.

El domingo, tal como presagiaron los meteorólogos, amaneció diluviando y diluviando anocheció. Doce horas cayendo agua sin cesar. Empero, ya en Santa María y en vísperas del cierre de la temporada, fui incapaz de quedarme en el coche, y dando pruebas de una insensatez pueril, me lancé a la aventura. Por primera vez en la temporada, cazamos los altos que encaran el pueblo, desde la carretera que enlaza Santa María con Villaverde, en la general Palencia-Burgos. En este rincón, la ladera es tortuosa, con muchas vueltas y revueltas y, lo que es mejor, dispone arriba de un retal de

páramo sembrado de cereal. En la mano previa por éste, llevando la lluvia de espaldas, empujamos varios bandos hacia las cuestas, cogimos luego éstas, muy sucias y pinas, con sabiduría y en una hora de reloj bajamos cinco perdices muy bien repartidas. A partir de este momento, el cielo se fue ofuscando cada vez más, arreció la lluvia y se desató el viento. El regreso por los bajos se convirtió en un verdadero calvario. El agua nos entraba por el cuello y nos escurría por los bajos de los pantalones, mientras el lodo de las tierras convertía éstas en un auténtico trampal donde nos hundíamos hasta las rodillas. Después de tres días de caza, azotado por el agua y el viento, hubo momentos en que, extenuado, experimenté deseos de tumbarme en la ciénaga y dejarme morir. A golpe de voluntad, logré alcanzar la carretera, mientras Miguel se llegaba al coche y bajaba a recogerme. En estas condiciones, como era de cajón, fallé dos hermosas perdices, en tanto Germán y Juan hacían una cada uno y éste, en un fogonazo de fortuna, descolgaba cinco palomas de un bando. Con estas cosas, el resultado, en carne, no fue malo, aunque lo mejor para mí, que había tenido la precaución de llevar unos pantalones de repuesto, fue verme sentado a la mesa de El Pico, en Quintana del Puente, junto a la lumbre del asador, devorando unas patatas con carne y comentando con los chicos las incidencias de la jornada.

Día sorpresa y punto final
6 de febrero de 1977

Día sorpresa, sí señor, pero sorpresa climatológica. Después de un trimestre fúnebre, gris, lluvioso y tristón, hoy, inopinadamente, apareció el sol, un sol redondo, dorado, refulgente, limpio, que teníamos olvidado. A los meteorólogos esta irrupción les causó tanta sorpresa como a nosotros, ya que, metidos en la rutina, habían vaticinado lluvias.

Y con el sol parece como que retornaron las ganas de vivir. Los bichos –como los hombres– se decidieron a estirar las piernas, o las alas, y no había gitano que los parase. ¡Qué manera de volar esta mañana las perdices de Santa María! Por primera vez en mucho tiempo, llevaba yo el bocacerral y las veía despegar, una tras otra, de las aliagas a más de cien metros de las escopetas y, en contra de lo que suele ser frecuente, hoy no esperaba ni la tonta (yo creo que a estas alturas ya no quedan perdices tontas en el campo). El resultado fue un paseo delicioso, acariciados por los tibios rayos de sol, pero de escaso traqueo. A lo largo de cuatro horas no observé indicio de que la patirroja empezase a cansarse o tuviera intención de romper los bandos. Miento. Al final, cuando sobre las tres y media de la tarde cogimos las cuestas por segunda vez, después de patear el páramo y los bajos, la perdiz se había ya diseminado, no volaba agrupada. Una aquí y otra allá. Y todas, abajo, a la nava. Si en este momento hubiéramos tenido el arrojo de renunciar a la comida, nos hubiéramos arremangado y afrontado las siembras con resolución, de seguro hubiéramos conseguido una percha de postín. Pero ni Manolo ni yo estábamos por la labor. Por otra parte teníamos la comida encargada y era un coñazo empezar de nuevo a recorrer cinchas y linderas a las cuatro de la tarde.

La de hoy ha sido, a mi entender, una de las cacerías más ortodoxas que hayamos efectuado en este cazadero a lo largo de los años. Nuestra disposición sobre el terreno y nuestros movimientos por el campo respondieron a lo que podríamos llamar viejos cánones de la caza de la perdiz en Castilla: mano, muy abierta por el páramo, empujando pájaros a la ladera, mano pausada, pero implacable, por ésta, y, finalmente, registro minucioso de los perdidos y accidentes del valle. Pues bien, ni en la cerviguera ni en los bajos –en el páramo ya era de esperar– cogimos descuidada a la perdiz. Se diría que, ante la luminosidad del día, le agradaba distenderse, desplegar sus alas al sol y volar, volar, sin pausa ni fatiga. Creo que de las cinco perdices derribadas ni una lo fue por sorpresa. Todas cayeron al volverse, muy

repulladas, contra la mano.

El único animalito que hoy se emperezó con el sol fue el conejo. Los gazapos, encamados en los perdidos, se manifestaron con alguna asiduidad y Miguel y Germán acertaron a revolcar dos cada uno. Yo no les vi el pelo. Y lo mismo nos ocurrió a todos con la rabona, que, evidentemente, cogió la cama seca con tal gusto que en cinco o seis horas de cacerío no levantamos ninguna. Sin perro y a paso rápido es más que seguro que las dejamos atrás.

Y con el paseo, gratísimo, de hoy se acabaron las perdices por este año, mal año, para ellas y para nosotros. La temporada se salvó gracias al pelo. Porque la patirroja, conforme empezamos a sospechar en las primeras excursiones, crió muy mal; hemos vivido a cuenta del remanente del año anterior, ya que perdiz nueva apenas si se abatió alguna. Triste cosa. La sequía de primavera y las turbonadas de junio acabaron con nidos y polladas.

La cuadrilla, dando de lado los desplazamientos al sur, cobró este año setenta y cuatro pájaros. Esto da un promedio irrisorio por escopeta-día, promedio que me resisto a sacar por no matar la esperanza de cara al futuro. Sin embargo, la garantía de poder contar con Santa María durante los dos próximos lustros y la esperanza de que el ciclo seco haya terminado le hacen a uno desarrugar el ceño.

La caza del conejo con podencos
10 de septiembre de 1977

Hace años, no recuerdo exactamente en qué papel, hablando de la mixomatosis, escribí que la enfermedad había puesto en un brete no sólo a los conejos sino, de rechazo, a las perdices, a los conspicuos conejeros diestros en el tiro a tenazón y, por sabido, a muchos canes duchos en estos menesteres, entre otros a los podencos ibicencos. (Esta última afirmación respondía a mi correspondencia con cazadores mallorquines, ya que yo no tuve nunca oportunidad de cazar con estos perros). Aflora, en unas breves vacaciones en Mallorca, he podido comprobar que, afortunadamente, se está invirtiendo el proceso y, con la recuperación del conejo, muy activa en las islas, se está produciendo un alivio para la perdiz, un renacimiento del tirador a espetaperro, y, lo que todavía es más importante, una milagrosa resurrección del podenco ibicenco, raza que conservaron en su pureza de sangre, en contados ejemplares, hombres de fe y esperanza, como *l'amo'n* Pau Thomas, actual director de la rehala Els Campions, y otros buenos aficionados.

Estas constataciones he podido llevarlas a cabo gracias a los buenos oficios de un puñado de amigos mallorquines, como mi compañero Damián Caubet –que lleva una sección cinegética muy sugestiva en *Diario de Mallorca*–, el doctor Miguel Llobera, Antonio Roselló, Benito Mayol, Antonio Ripoll y otros, gentes amantes de la naturaleza, abiertas y hospitalarias, que nos brindaron a mis hijos y a mí una jornada cinegética inolvidable en Ca's Frares, donde después de despachar a dos carrillos una paella suculenta y un par de ensaimadas del tamaño de ruejos, aliviamos la digestión en el arcabuco, viendo trabajar a los podencos.

El asunto del podenco ibicenco ofrece unos perfiles tan originales que hay que tratarlo despacio. Verlos cazar es ya un espectáculo, similar, en cierta medida, a la caza de liebres con galgo: ni en una ni en otra intervienen armas de fuego. Ambas son cazas incruentas: hay víctimas pero no sangre. Aunque, simultáneamente, existe entre las dos una diferencia sustancial: el galgo trabaja en lo limpio –rastrojos, labores y barbechos–, mientras el podenco –con su fino aire aristocrático– lo hace en lo espeso, en la maraña, esa moheda levantina donde se mezclan las carrascas con la jara, los acebuches y los lentiscos. En resumen, a la liebre, en Castilla, la salva el perdedero, que es, precisamente, el que pierde al conejo mallorquín (son dos acepciones muy sabrosas del vocablo *perder*, según sea la liebre la que se les *pierde* a los galgos o los conejos los que se *pierden* a sí mismos).

La caza del conejo con podenco es una manifestación de pura estrategia canina. Los conductores de rehala –*l'amo'n* Pau Thomas y Pep Vanrell en nuestro caso– no hacen sino dirigir el registro. A lo sumo, excepcionalmente, azuzan a los perros y los orientan con sus voces cuando el gazapo les da esquinazo. En realidad, el podenco ibicenco no necesita del concurso humano. Trabaja en equipo, por libre. La cifra aconsejable son siete pero también pueden ser seis u ocho. En todo caso, el proceso se resuelve en tres fases: detectar al conejo, acosarlo y, finalmente, apresarlo a la carrera. Este último extremo no sería posible en Castilla, donde los montes, minados de huras y vivares, prestarían refugio inmediato al gazapo fugitivo. En Mallorca, en cambio, apenas hay conejeras y las bocas de las roquedas suelen quedar distantes, con lo que el conejo encamado busca su salvación no tanto en la ocultación como en el regate, en el gambeteo.

Siendo un sistema de caza sin escopeta, el entretenimiento deriva de la conducta de los canes. De entrada, el podenco ibicenco actúa a medio gas o produce esta impresión. Se mueve cansina, desganadamente, como desinteresado. En la fase de búsqueda del gazapo, la rehala se desperdiga por la mancha y rastrea con aparente indolencia, sin esa ansiedad aparatosa que muestran los perros conejeros peninsulares. El podenco se mueve, cauta, ágilmente, como si sus patas estuvieran montadas sobre muelles. Esos escorzos son más propios de felino o alimaña que de perro. En torno, un silencio absoluto. La concurrencia debe abstenerse de comentarios para no perturbar la actividad de los perros. De pronto, uno de éstos descubre la pieza. Un ladrido corto, opaco, reprimido, es la señal. Al momento, la rehala empieza a desplegar su estrategia. Los podencos, convocados por la llamada, cercan sin demora la mata donde se ha refugiado el conejo. Este estadio del acoso es sumamente interesante. Los canes husmean en el matorral a excepción de uno –¿del descubridor?– que, más apartado, con un campo de visión más amplio, queda de vigía, a la expectativa. Todo lo que momentos antes parecía en los perros apatía y desinterés es ahora afanosa concentración. Una vez todo dispuesto, uno de los podencos, tal vez el más arrojado, penetra en la espesura y achucha al conejo que arranca por donde puede. Aquí se inicia el episodio más dinámico y apasionante de la competición. Un perro persigue al gazapo, procura no perder el rastro, mientras la compañía, en rapidísimos movimientos, que en principio pueden parecer desordenados, pero que a la postre resultan metódicos y precisos, intentan cortar la carrera de aquél apostándose en los senderos, formando una barrera que se va ampliando a medida que el conejo la rebasa. El duelo es apasionante. Los cortes y fintas del conejo se ven contrarrestados por la velocidad y la inteligencia del podenco. Es estrictamente un juego de astucia y agilidad. De cuando

en cuando, los canes que han perdido de vista al fugitivo brincan airosamente sobre las jaras y los lentiscos –en saltos de hasta dos metros de altura– oteando. El primero que vuelve a descubrirlo, late, de nuevo, en corto y, entonces, la persecución se reproduce. Su duración es más o menos prolongada. La carrera y el éxito o el fracaso de la persecución dependerán de la espesura de la sarda y del genio y la experiencia del conejo. Hay conejos que se las saben todas y hurtan el bulto a los podencos con cierta facilidad, aunque los más, fatigados y desalentados, terminan por inmolarse. En estos casos, el perro sabio llevará el conejo indemne a su podenquero. El buen podenco no abusa; rara vez lastimará a su víctima. Él cumple con atraparlo.

Ésta es, como la de la liebre –cuando el número de caballos y galgos no sobrepasa un límite–, una prueba esencialmente deportiva, según se desprende de las cifras: de trece gazapos corridos en una tarde en el Ca's Frares, únicamente siete pasaron al morral de *l'amo'n* Pau, de lo que se deduce que aproximadamente la mitad logran, mediante frenazos, regates y cabriolas, eludir el cerco de los perros.

Interesante experiencia cinegética, en verdad, esta vivida en pleno verano en la isla de Mallorca.

Nueva temporada
9 de octubre de 1977

Tampoco eran optimistas este año las referencias a la cría de la perdiz. En septiembre se habían visto en Sedano parejas con uno, dos o tres igualones, muy pocas con mayor progenie. La adversidad se atribuía esta temporada a las lluvias torrenciales de primavera y, en especial, a los fríos extemporáneos de julio y agosto. Este año no hubo verano y, cuando el verano falta, ya se sabe que falta para todos, hombres, animales y plantas.

Por todo esto, la apertura ayer en Santa María constituyó una agradabilísima sorpresa. Evidentemente, los expertos nos habíamos equivocado, ya que la perdiz, al menos por estos pagos, había criado bien. Hacía años que no tropezaba con tan nutridas polladas de igualones, pollos de sobacos lampiños, agostizos, de segunda puesta. En cambio, perdiz hecha, de primera puesta, se vieron pocas.

Dada la abundancia de pájaros y lo bonancible del clima –la borrasca se alejaba cuando nos levantábamos a las siete de la mañana y, luego, lució un sol esplendoroso, con algún eclipse, a lo largo del día– logramos unos ramos apetitosos, con un total de treinta y dos perdices, dos codornices y una liebre (sólo saltó una liebre, aunque parezca increíble, el primer día de la temporada en estos cuarteles tradicionalmente lebreros). Y no se llegó a más por la decisión prudente de la cuadrilla de dejarlo al advertir que los pollastres, extenuados, no daban más y se entregaban a las escopetas con la resignación de los mártires. De continuar en tales condiciones hubiéramos provocado una verdadera hecatombe.

Lo más señalado del día es que la mitad del morral se conquistara en una hora –la primera y la última medias– y la otra mitad en las cuatro horas centrales. Claro que en esto tuvo mucho que ver la cuadrilla que, a poco de empezar, nos cruzó la mano forzándonos a bajar a la nava y abandonar la estrategia prevista. Y ya es sabido que un cazador de perdices sin estrategia es un tipo que pasea por el campo con una escopeta en la mano, para quien la cabeza nada significa.

La perdiz nueva, hasta última hora, voló bien, a distancia, aunque no con la energía del pájaro decembrino. Una hubo, cuando seguía yo el rodapié junto a la carretera de Lerma, que se metió contra el morro de un automóvil y, en el momento en que se preveía el batacazo, se repulló en una finta inverosímil, salvándose de la muerte por atropello por cuestión de centímetros.

En Escuderos encontramos a nuestros colegas del pueblo con

Matilde y José Luis Montes. Habían levantado, en las pimpolladas que lindan con Retortillo, seis cochinos hermosos sin lograr abatir ninguno. En cambio, Enrique Calleja, el Molinero, ducho en las artes del aguardo, apioló tres raposos sin más que callar la boca y correr un poco la mano. Los bichos estaban gordos y lustrosos como trullos. A lo que se ve, la cría de la perdiz ha sido beneficiosa para todos.

La visera
12 de octubre de 1977

Buen día el de ayer, excesivamente caldeado, con un sol pegajoso que perjudicó a la caza y a los cazadores. Yo, sin embargo, a pesar de que disparé con cierta alegría –dieciséis cartuchos– no conseguí más que dos patirrojas. Proporción enjuta. ¿Por qué? Sencillamente por la visera. Pero no se crea que llegué enseguida a esta conclusión. Fue al volver la espalda al sol y derribar, tras cuatro fallos, la primera perdiz cuando se me hizo la luz como a Newton al ver caer la manzana. Yo no abatía perdices porque echaba en falta la visera que perdí el domingo. ¿Nostalgia de la gorra? Tampoco es eso, sino hábito. En verano y en invierno yo siempre he cazado con visera. La visera, como una gran ceja, me sombrea el ojo avizor, me delimita el campo visual, me concentra. Prescindir, de repente, de ella después de seis lustros usándola es natural que desconcierte. Uno se siente deslumbrado, la mirada se disipa, se distrae, el ojo echa algo en falta a la hora de tomar los puntos. Los elementos que facilitan el automatismo a la hora de atinar están incompletos y, consecuentemente, los reflejos del cazador hipersensible se resienten de ello. Y por si alguna duda cupiera, la experiencia del domingo me avala: yo, ese día, derribé seis de mis siete perdices antes de perder la gorra. Extraviarla y empezar a errar fue todo uno. En el primer momento yo lo atribuí al cansancio, pero ahora veo que no, que la causa fue la visera. Habrá que mercarse otra sin demora.

Juan, que tuvo con Germán una actuación brillante, derribó una ortega, trofeo meritorio, ya que de ordinario estas aves, emitiendo los consabidos gargarismos, nos sobrevuelan en pequeños bandos a una altura desconsiderada.

El viento
16 de octubre de 1977

El tiempo se puso de cambio. Al ambiente calmo de las últimas jornadas sucedió un viento racheado, un ábrego templado, untuoso, como de respiradero de calefacción. Viento escasamente simpático que, por un lado, no nos impidió sudar y prestó, por otro, a las patirrojas de Santa María un suplemento de velocidad que las llevó a navegar a mil kilómetros hora, proyectadas como centellas. El cambio produjo en mí un efecto sorprendente: erré los pájaros que me surgieron a huevo y derribé los que llegaban descolgados de arriba, pájaros encampanados, diabólicamente rápidos. No se trata de una generalización gratuita. Yo fallé las tres perdices que me salieron a capón y maté las cuatro que me sobrevolaron apoyadas en el viento. La cosa, aparentemente paradójica, tiene su explicación: la perdiz que me arrancaba al paso, el viento de cola, se alejaba en un santiamén, mientras la que llegaba, más rápida incluso, sobre el azul del cielo, me permitía tomarle los puntos de largo, con anticipación, de forma que, al entrar en plaza, yo no tenía más que adelantar los tubos para abatirla. No hay que decir que la altura y la velocidad de los pájaros motivaron tiros bellísimos y desplomes espectaculares. Grata memoria guardaré del anteúltimo, volado en el bocacerral y que en milésimas de segundo se presentó sobre el majuelo que yo recorría, treinta metros delante de mi escopeta y no a menos de cuarenta de altura. El animal braceaba y planeaba alternativamente con el propósito de ganar la ladera de enfrente, del otro lado de la carretera. Su irrupción, a contraluz, me permitió atinarla de lejos, correr audazmente la mano al cruzar frente a mí y oprimir el gatillo sin demora. La perdiz, alcanzada de lleno, se hizo un ovillo en el aire e, impulsada por la inercia, fue a estrellarse, con un pelotazo sordo que la dejó medio desnuda, contra el asfalto de la carretera. Bello tiro que me compensó de las dos falladas al hilo momentos antes.

Ésta fue la tónica, en general: de las quince perdices descolgadas por la cuadrilla, la mayor parte fueron perdices repinadas, altas, nada fáciles. La liebre sigue sin saltar ni dar señales de vida. Una me arrancó a mí, al terminar la jornada, al pie de un caballón, obstáculo que salvó con astucia y rapidez, de forma que cuando quise foguearla, apenas le divisaba las puntas de las orejas. Lupi, el guarda, dice que no debe sorprendernos su escasez, ya que cada vez son más los coches piratas que de madrugada se dedican a fulminarlas alevosamente en caminos y rastrojos aprovechando su inmovilidad a la luz de los faros.

Setas y perdices
23 de octubre de 1977

Tras los aguaceros de viernes y sábado, los recolectores de setas, estimulados por el solillo, invadieron el domingo desde primera hora las cuestas y páramos de Santa María. Hay que ver lo golosa que es la seta. Antaño había un par de seteros en cada pueblo. Hogaño, además de los de los pueblos, centenares de automóviles urbanos se desplazan diariamente al campo con este propósito. No es necesario decir que la caza se resiente de esta invasión. Dos seteros en un coto ni se ven. Cuatro docenas, uno aquí, otro allá, es diferente. A la caza se la hostiga, la perdiz se alarma y la cacería en estas condiciones dista de ser normal. Esto nos sucedió ayer en la ladera de Torremoronta. La perdiz, amedrentada, ni seguía la ladera ni se tiraba a la nava. Indefectiblemente se volvía. La preparación, pues, fue mala y los resultados nada más que regulares, gracias a que en la ladera que flanquea la carretera de Lerma tropezamos con un par de bandos enteros y saltó algún que otro conejito. Para mí, lo mejor fue gozar de la perspectiva del valle desde la pestaña de la ladera, puesto que no suele ser el mío: las pinadas de repoblación y las mesetillas de aulagas en primer plano, dando paso a los álamos del soto y la cinta móvil, reverberante, del Arlanza, del otro lado del cual se extienden, hasta la ladera opuesta, los rastrojos amarillos y los verdes retazos de remolacha. Un cuadro sedante, en su amena languidez otoñal.

Los ganchitos
28 de octubre de 1977

Invitados por Adolfo Simón, Manolo y yo pasamos un día entretenido en el coto de Torrepadre. El tiempo, como suele decirse, impropio de la estación: sol despejado, temperaturas suaves, ambiente quedo, muy adecuado para andar en mangas de camisa. Pero como éramos un pequeño ejército –además de Leonardo Greciet y varios técnicos de Iberduero, estábamos la mitad de los socios de Santa María– acordamos cazar en ganchitos, esto es, una mano armada que avanza sobre una línea, igualmente armada, que espera emboscada, como en batida. Este sistema híbrido no es muy de mi gusto, y como lo que en realidad me agrada es caminar, alterné la mano con el aguardo, actitud arriesgada ya que en la primera uno se acostumbra a tirar sobre la perdiz que se va y, en el aguardo, sobre la perdiz que viene, lo que quiere decir que al final de la jornada uno no sabe a qué carta quedarse.

Topográficamente, el coto de Torrepadre se asemeja mucho al de Santa María, del que no está lejos: labores en altos y valles y mata esteparia en perdidos y laderas, o sea, un terreno apto para mano e inadecuado para batida, ya que existen pocos lugares donde ocultarse. Ello indujo a Greciet, organizador de la cacería, a apostar las escopetas a la caída de las cuestas, a escasos metros de las cumbres, con lo que la entrada de la perdiz, demasiado rápida para los no habituados, forzaba al escopetazo a quemarropa o, lo que aún es peor, a volverse y disparar sobre pájaros ya pasados. Tales dificultades, unidas a mi falta de pericia en estas lides, me dejaron bolo en el primer ganchito, en el que fogueé por tres veces sin ningún resultado práctico. En el segundo, con Adolfo Simón, que con más amplio campo de visión me cantaba la llegada de los pájaros desde la falda de un mogote, acerté a tres, una por delante y dos por detrás.

Mejor fue mi actuación como ojeador, ya que, gracias a mi conocimiento de las perdices y de la técnica de la caza en mano, pude derribar otras tres, refractarias a entrar a los puestos. La mano móvil fue, en conjunto, más eficaz que la línea estática, puesto que de las treinta y dos perdices derribadas entre, aproximadamente, quince escopetas, veinte lo fueron andando. En todo caso no fue un racimo muy brillante para tan alto número de escopetas, habida cuenta, además, que apuramos el cacerío hasta la puesta del sol.

La nava desolada
30 de octubre de 1977

Lo de hoy era de temer. La llegada a Santa María de nuestros consocios franceses y nuestra condescendencia cediéndoles ambas laderas, nos constriñó a movernos en los rastrojos de los bajos, muy desamparados, durante cuatro largas horas. El desenlace era previsible. No había apenas perdiz pero, aunque la hubiera habido, ¿adónde conducirla? El problema no se presentó en la mano de ida ya que sólo levantamos cuatro pájaros díscolos que volaron, rumbo a las cuestas, a doscientos metros de las escopetas. La mano de regreso, en cambio, más abierta y afortunada, voló un bando en un bosquecillo de almendros, única mancha verde en cinco kilómetros a la redonda, que se diseminó por siembras y barbechos. De estas perdices, afanosamente buscadas, acertamos a derribar cinco, verdadero alarde de destreza ya que sólo vaciamos nueve cartuchos. Yo tiré tres y tumbé dos, pájaros muy obligados ambos, que dieron el pelotazo a más de setenta metros. Con el agravante de que el segundo, que cayó alicortado, me forzó a una carrera a pelo para no perderlo (la Tula iba en la otra punta, con Miguel). Al fin pude cobrarla, pero a tan alto precio que llegué al coche, media hora después, materialmente destartalado. La novedad de la mañana la aportó Germán que bajó de las nubes, en magnífico doblete, dos hermosos alcaravanes.

Menos mal que la escuálida percha casi se dobló en el tozal de Torremoronta con las cuatro patirrojas que derribaron mis hijos en circunstancias menos comprometidas que las de la nava. Total, nueve perdices para cuatro escopetas, cifra que no está mal (yo no pido más al campo) pero engañosa respecto a las piezas vistas, muy pocas, a lo largo de la jornada.

La liebre continúa sin dar señales de vida. ¿Qué ha pasado o está pasando aquí? Es incontestable, y lo he dicho en otras ocasiones, que la eficacia de la vigilancia de un coto en lo primero que se advierte es en la rápida multiplicación de la liebre. La liebre es animal muy agradecido a la protección. En cuanto se la vigila un poco se reproduce a ojos vistas. Por eso, el hecho de que cuatro escopetas, abiertas en mano por una vasta planicie de rastrojos y barbechos, no levanten una en el quinto día de caza de la temporada es síntoma de que algo no marcha, de que algo anormal está sucediendo aquí. Habrá que admitir que Lupicinio tiene razón, que los coches furtivos las persiguen de madrugada a sangre y fuego. Y no sólo por los caminos sino por los rastrojos que, sembrados a manta y muy secos, constituyen una autopista por donde los automóviles se mueven con

facilidad. La incivilidad aumenta por días.

El eclipse
1 de noviembre de 1977

Por los Santos, ya se sabe, nieblas al canto. El meteoro no falló este año, aunque levantó piadosamente antes de nuestra llegada al cazadero. A juzgar por lo visto ayer, la falta de perdiz del domingo último no se debió, contrariamente a lo que pensaba, al desguarnecido terreno que pateamos, sino, simplemente, a que hemos terminado con los pájaros nuevos. Esto suele suceder así. Las polladas se abaten los primeros días con facilidad y un mes más tarde la demografía está muy deteriorada. Por otra parte, todo cazador que se precie habrá advertido que, en Castilla, a las cuatro o cinco semanas de la desveda, la patirroja se eclipsa. El pájaro busca su defensa disgregándose por la inmensidad del páramo o de la nava de tal forma que llega a hacerse prácticamente invisible. Esto es tanto más acusado cuanto mayor es el número de cazadores que la presionan. Al cabo de un tiempo, cuando concluyen las vendimias, los sotos pierden la hoja, advienen las primeras heladas y remite, con ellas, el número de perseguidores, se diría que la perdiz resucita, empieza a reagruparse y a hacerse notoria. Diría más, los años que las temperaturas se mantienen altas, como el presente, si la perdiz no adoptara esa táctica de dispersión, no sobreviviría al mes de octubre.

La patirroja es más inteligente de lo que pensamos y, cuando la presión venatoria se acentúa, renuncia a sus espontáneas querencias, se arrima a los caseríos, a los sotos, a los maizales, a las huertas, donde el hombre no puede pisar o no se le ocurriría hacerlo. Pasada la marabunta, las aguas tornan a su cauce y aquí no ha ocurrido nada. Es decir, ha ocurrido que los pollastres agostizos se sacrificaron en cuatro días pero aún queda la reserva de las veteranas y los pollos de primera puesta que, reunidos de nuevo, hacen cifra y animan el cotarro.

Si el lector deduce de lo antedicho que hoy me aburrí no irá descaminado. Quizá *aburrirme* no sea la palabra exacta, ya que nunca me aburro en el campo, pero sí que viví una cazata apagada, fría, sin lances vibrantes, verdaderamente emotivos. Poca perdiz y larga fue la síntesis de la jornada. Y, cuando uno ve un pájaro en Pekín cada media hora, indefectiblemente acaba por invadirle el desaliento. Miguel y Adolfo, según me dicen, tuvieron alguna ocasión pero no acertaron. En resumen, seis perdices para cuatro escopetas, más un gazapo que paró Juan y una paloma que bajó el que suscribe.

La sorpresa de los veteranos
8 de noviembre de 1977

Entre enfermedades, renuncias y dificultades de desplazamiento, esta mañana nos encontramos solos en Santa María Manolo y yo, los dos veteranos de la cuadrilla, uno con otro, con más de un siglo sobre los riñones. El día, bueno, con tenues celajes quede forma intermitente atenuaron la fuerza del sol. El otoño nos está dando lo que no dio el verano: calor.

Por aquello de los kilos, que no por la edad, tomé la parte alta de la ladera, una cuesta respetable, y, lo que es peor, con un juego de vaivén, de sube y baja, como para reventar al más pintado. Conscientes de que no estábamos en condiciones de caminar deprisa, Manolo y yo acordamos hacer una cacería minuciosa, de rastreo antes que de extensión. La cuestión no estribaba en entrizar mucha perdiz –propósito inviable, por otro lado, para dos escopetas– sino en no dejar ninguna atrás. De ahí que, cuando en el cueto que linda con el coto vecino logramos echar a la nava un bando de veinte, mi hermano y yo nos pusimos a registrar perdidos y arroyos con tan buen pie que en poco más de una hora colgamos seis pájaros. Anotaré un tiro bellísimo sobre una perdiz larga que franqueaba la vaguada a toda velocidad, y dos a la asomada, sobre pájaros sorprendidos por mi irrupción. El paseo me sirvió para constatar que, fatiga al margen, los chicos llevan ventaja caminando de ordinario por las cuestas. La perdiz está allí y la que yo tiro otros días desde el rodapié es perdiz que ya ha tomado vuelo, encabronada, lanzada como un cohete sobre el navazo. Quiero decir que, si el fuelle y las piernas responden, el bocacerral y la arista facilitan más oportunidades que la falda. Prueba al canto: el promedio de mis disparos esta temporada está entre los catorce, quince cartuchos. Pues bien, hoy tiré veinticuatro y eso que, en vista de nuestras limitaciones físicas, abreviamos el cacerío. También es cierto que, tras el achuchón inicial, los pájaros se mostraron más taimados y pese a nuestro codicioso recorrido por espuendas y linderas, no logramos más que otros dos. Pero derribar en noviembre en Castilla ocho pájaros entre dos escopetas cincuentonas no es, desde luego, plato de todos los días.

Y para ilustrar la pluma, tuvimos salero parando dos gazapetes y una rabona, los primeros cortando sus gambeteos mareantes entre los matos (el tiro del conejo me parece más problemático cada día para el cazador de edad. El conejo no da cuartel, es un Guadiana. Aparece y desaparece entre la maleza como una centella y el tirador metido en años no es que lo yerre sino, sencillamente, que no encuentra

momento propicio para tirar del gatillo).

La liebre ya es otra cosa. La tía había agarrado la cama con gusto, ya que aguantó a mis pies más de cinco minutos, el tiempo que estuve de plantón en una cincha aguardando a que mi hermano se pusiera en línea. Eso sí, cuando arrancó, rispión arriba, tuve serenidad para darle carrera y cortarla sin dificultad, a treinta metros, del primer disparo.

Entretenidísimo día en conjunto, con un morral que nunca hubiéramos soñado Manolo y yo cuando nos abrimos en mano por la ladera a primera hora de la mañana.

El diluvio
20 de noviembre de 1977

Las lluvias demoraron este año, pero al presentarse inopinadamente ayer lo hicieron de manera tozuda, pertinaz, definitiva, sin la menor pausa, desde las nueve de la mañana a las dos y media de la tarde, es decir, la duración del cacerío. Estos cielos borrascosos, grises, escamotean las perdices, y aunque alguna se vea, las condiciones de luz son tan precarias que, de no recortarse nítidamente contra el cielo, no resulta tarea fácil tomarles los puntos.

La copiosidad de la lluvia nos llevó a refugiarnos en el coche de vez en cuando, de tal modo que no puede hablarse de una cacería regular, continuada, sino de una serie de saltos esporádicos, con diferentes objetivos y desigual fortuna: el de Torremoronta, de diez a once de la mañana; la asomada a los patos del Arlanza en un recodo querencioso y, a última hora, el recorrido por la ladera de Escuderos aprovechando el rato en que el diluvio se convirtió en un discreto calabobos.

La descubierta por Torremoronta no condujo a nada práctico. Juan –recién operado del tabique nasal– aguardaba en el extremo, mientras Germán, Adolfo y yo batíamos la ladera. Volamos tres perdices contadas, bien conducidas en principio pero que, como de costumbre, terminaron repullándose y refugiándose en el coto vecino.

La incursión a los patos, en pleno chaparrón, resultó emocionante. De entre las cañas de la orilla voló una pequeña junta de azulones, semiocultos entre los camales de los chopos, y yo acerté a derribar un hermoso macho que, inesperadamente, se rehízo y, rasando el agua, se perdió tras la última curva del río, sin que yo supiera reaccionar a tiempo. Menos mal que Juan, cuando lo buscaba aguas arriba, entre las espadañas, levantó una gentil hembrita que abatió con tanta fortuna que no presentó problemas de cobra. Minutos después, Juan y Adolfo, sin moverse del soto, volaron dos chochas-perdices, hecho singular pues la becada no suele asentar en estos pagos hasta bien entrado diciembre, cuando la nieve ha pintado de blanco la mitad septentrional de Europa.

Lo que dio algún resultado –aunque no evitó que yo me volviera bolo– fue la mano en las cuestas de Escuderos, donde levantamos dos bandos de perdices y tres liebres. La primera de éstas me la jugó, brincando entre mis pies y salvando un resalto tres metros más arriba que me impidió encañonarla. A cambio, Germán, que había desnudado a otra en el páramo, cobró una en la vaguada en cuyos bajos Manolo había estacionado el automóvil. El propio Manolo, oculto tras una carrasca, y Juan, en el bocacerral, tumbaron tres de los

pájaros que empujábamos, en tanto Adolfo cortaba otra sirgada, endiabladamente rápida, que bajaba del páramo. Total, un ramito discreto en un momento. Luego, en el horno de Benito, en Quintana del Puente, nos sacamos de encima la humedad que traíamos mientras comentábamos las incidencias de la jornada.

El macareno
27 de noviembre de 1977

La niebla, una niebla densa, fría, estancada sobre el navazo, dio al traste con la excursión del domingo. Y el caso es que hacia el norte se divisaba una línea luminosa, anaranjada, como una posibilidad de que el toldo levantara, pero a la hora de rematar el cacerío la visibilidad era tan escasa como cuando empezamos.

A este factor meteorológico habrá que agregar otro agrario para explicar la falta de perdiz en las lomas: el movimiento de tractores. El campesino suele aguardar al tempero para dar vuelta a la tierra y el jueves y el viernes pasados se dieron las condiciones óptimas para ello. Y no es que el tractor ahuyente a la perdiz, sino que estos pájaros acuden a la tierra recién removida a picotear los campos mollares donde se ha hecho una labor de grada. Y como estas siembras de Santa María no tienen fin, es aspiración ilusoria mover los bandos entre tres escopetas. De modo que nos alineamos en la ladera y tiramos para adelante, Germán arriba, en la arista, Manolo por medio y yo faldeando. Caminata inútil. Entre los tres apenas si disparamos a tres perdices descarriadas. Menos mal que, al regreso, Germán hizo una perdiz, una liebre y un conejo y yo, a mi vez, otra rabona, que, como era de esperar, arrancó en un pasillo limpio, duro, sin maleza que obstaculizara su carrera.

El día nos reservaba, sin embargo, una sorpresa cinegética de primer orden, una sorpresa de órdago, que no es fácil se repita, al menos en las mismas circunstancias. Después de retirarse Manolo, Germán y yo regresábamos al coche por un vallejo frontero con la finca de Retortillo, cuando en una junquera despreciable, de no más de treinta metros de diámetro, brincó, arruando, a no más de diez pasos de mi hijo, un tremendo jabalí. Sus gruñidos y las voces de Germán me hicieron mirar abajo, a tiempo de ver cómo mi hijo le sacudía el polvo literalmente, ya que a sus disparos, con perdigón de séptima, el cochino soltó una nubecilla de polvo y pelo, lo que me animó a foguearlo sin transición, también con séptima, de culo, a unos treinta metros de distancia. Ahora, dos días después del hecho, ya más sereno, puedo asegurar que lo que afirmo no son figuraciones: el macareno, al remontar la pequeña pendiente de Retortillo, desplazaba sus jamones dificultosamente, tortoleándose, tanto que voceé a Germán: «¡Éste se queda ahí!». Con el corazón en la garganta observé cómo aquel animal de más de cien kilos coronaba torpemente la cuesta y, al fin, se detenía en la pequeña siembra del tozal, resollando, asomado a la ladera contrapuesta. Nerviosamente indiqué a mi hijo

que corriera tras él y el solitario, como si adivinara nuestro propósito, se alejó al paso y desapareció tras el repecho. La inspección posterior de Germán, en la cumbre de la ladera, no deparó pista alguna. El cochino se había esfumado. ¿Y qué hacer en un coto ajeno sin un mal perro del que echar mano? ¿Por qué dejamos a la Tula en casa? ¿Por qué no nos decidimos a poner en servicio al barbudo Grin? ¿Qué cabía hacer si el jabalí no había dejado en el suelo rastro de sangre? Sencillamente lo que hicimos: comentar nerviosamente el lance, examinar la cama y el hozadero entre los juncos y volvernos por donde habíamos venido a contarle a Manolo la aventura. Pero, a medida que el tiempo transcurre, lamento más no haber acudido al Molino de Calleja o a Retortillo en busca de unos perros, puesto que el jabalí herido, en una heredad tan limpia como ésta, no podía haberse refugiado más que en la greñura del arroyo de los bajos, o, más improbable, en el soto no demasiado enmarañado del Arlanza. Cualquier cosa, pienso ahora, antes que aceptar la posibilidad de haber dejado en el campo un ejemplar tan magnífico sin poner todo de nuestra parte.

Sigue la lluvia
4 de diciembre de 1977

A mitad de semana sobrevino la primera nevada en Valladolid y Burgos y el sábado, bajo el influjo del ábrego, las temperaturas suavizaron y la nieve se convirtió en agua. El domingo llovió más que el día que enterraron a Zafra, lo que nos obligó a recogernos en la Casilla de Escuderos, al amparo de la gloria. A la una las nubes empezaron a resquebrajarse, perdieron su fúnebre calidad y nos decidimos a salir aunque divididos. Adolfo marchó con Matilde a los patos, Germán y José Luis con los hurones a los conejos, mientras yo, que lo que quería era andar, me largué ladera arriba en Torremoronta. En el teso había un rebaño que me impidió tirar a la codorniz que levanté en la linde. Registré el resto de la ladera y las cinchas del final sin resultado, para caer sobre la ladera de la Caseta de los Serranos. En un perdido de aulagas volé media docena de perdices que me torearon. Una escopeta sola está vendida en un terreno tan abierto como éste. En el bocacerral levanté un gazapo que paré del segundo. Germán, en la Torre, había hecho cuatro con los bichos. Por su parte, Adolfo y Matilde, que nos aguardaban en el coche, cobraron un azulón macho, magnífico. Doy gracias por haber podido pasar un par de horas en el campo. Si me lo hubieran dicho esta mañana al salir no me lo hubiese creído.

Almedina y los elementos
8 de diciembre de 1977

Diríase que cualquier proyecto de caza en la finca de José María Blanc en Almedina está gafado, condenado al fracaso por mor de una meteorología adversa. El pasado año, un aguacero despiadado no cesó desde que nos abrimos en mano en el primer pizorro hasta que, a las dos de la tarde, calado hasta los huesos, me decidí a abandonar. Las expectativas anteayer, al salir de Valladolid, no eran ciertamente más esperanzadoras. Nunca vi caer, en estas fechas ya prácticamente invernales, el agua con tanto entusiasmo. Las oleadas de nubes, cada vez más negras y espesas, culminaron a la altura de Aranjuez, donde hubimos de detener el coche porque los limpiaparabrisas no daban abasto.

A la mañana, en Almedina, las nubes persistían pero un viento huracanado del noroeste las mantuvo sin descargar hasta pasado mediodía. Aprovechamos la pausa para salir al campo, pero las rachas de viento no nos permitieron realizar una cazata efectiva, al menos hasta que nos habituamos. Por mi parte, cada cinco minutos el viento me volaba la visera y me descabalgaba las gafas, dejándome inerme. De otro lado, la perdiz arrancaba sin rumbo, tomaba el viento y se ponía fuera del alcance de las escopetas en décimas de segundo. En tales condiciones, en la mano de ida, únicamente Fernando Portillo, más rápido en armarse que Búfalo Bill, Juan Luis y Manolo, hicieron algo de provecho. Para regresar por los pizorros del otro lado de la carretera me hice atar la visera con un cordel que, al propio tiempo, sujetaba las patillas de las gafas. Esto me infundió seguridad, asenté los nervios y en los dos primeros disparos dejé una liebre y una perdiz. La cosa estaba encarrilada. Las perdices seguían saliendo muy fuertes, pero uno no tenía ya otra preocupación que ellas. El dilema ahora era elegir blanco, esto es, decidir a espetaperro si tirar sobre el gazapete que se nos enreda entre los pies o sobre el pájaro atravesado que nos envía el vecino. La abundancia de piezas en la caza a rabo promueve, en el cazador acostumbrado a la escasez, el mismo desconcierto que el ojeo. Y si no que se lo pregunten a Manolo, que en sus dos primeros disparos abatió dos perdices en el viento de mucho mérito y luego se atragantó y le costó caja y media de cartuchos derribar otras dos. Algo análogo podría decir de mí, aunque alcanzara una percha de ocho, y aun de Juan Luis y los dos Pacos –León y González Bueno–, con nueve, diez y doce respectivamente. O sea, el único que conservó la serenidad o sorteó las tentaciones con mayor resolución fue Fernando Portillo, que arrugó catorce perdices, dos liebres, un conejo y una becada.

Sobre la una se reanudó el diluvio y Manolo y yo nos retiramos. Comentario final: el viento y la lluvia deslucieron una vez más el cacerío de Almedina, si bien el botín no fue despreciable: cuarenta patirrojas, once rabonas, diez gazapos y una sorda. No obstante, el cazadero es de tal entidad que estoy convencido que la misma mano, en las mismas horas, con un clima estable y sujetando los nervios, doblaría con facilidad la cifra.

Pobre debut del Grin
11 de diciembre de 1977

Nuestro proyecto era trasladarnos desde Almedina a Sevilla y hacer allí, en el Lucio del Cangrejo, en la marisma del Guadalquivir, una tirada de gansos. Nunca cacé el ganso y me atraía la experiencia. Esta caza se efectúa en lagunas de márgenes desnudas, sin greñura, de manera que los puestos se montan en toneles empotrados en el fondo del estero, la boca a ras de agua. Nuestro temor era que al subir ésta de nivel con los últimos aguaceros se hubieran inundado los bidones, temor que se confirmó horas más tarde, tras breve conversación de Paco León con Frasco, el guarda de la marisma: las aguas no sólo habían anegado los toneles sino que rebasaban sus bordes en veinte centímetros con lo que, con harto sentimiento, hubo que desistir de nuestro proyecto de excursión al sur. Proa, pues, a Valladolid y ayer domingo, con cielo plomizo, lluvia para no variar y unas tierras enfangadas, pesadísimas, hicimos otro intento en Santa María. Novedad: el debut del Grin, un grifón de mi hijo Adolfo, bello de lámina pero al que hemos tenido recluido cerca de un año.

En las dos horas que cazamos sin lluvia apenas tuvo ocasión de manifestarse. Se limitó a seguir a Germán, sin que los rastros de las perdices o los disparos parecieran sacarle de su indiferencia. Bien mirado, su comportamiento como perro de caza fue un poco extraño. Por lo general, la primera vez que campea un perro de caza se adelanta, galopa, enloquece, en una palabra, peca de caliente y el problema del cazador radica en tenerlo a raya. Pues bien, con el Grin aconteció lo contrario: marchaba a la zaga, indiferente, distraído, sumiso, como un lulú. Habrá que pensar que su ostracismo durante once meses lo ha desfibrado circunstancialmente. En cualquier caso, tampoco hubo demasiadas oportunidades para entusiasmarse. Salvo Germán, que levantó tres bandos en el páramo, ayer en la ladera no se vio perdiz. Ni perdiz ni otro tipo de caza. Al final, la percha era de dos patirrojas, la una bajada por Adolfo, a considerable altura, cuando se volvía, en la vertical, y por Manolo la otra.

Ante los exiguos resultados de las últimas cazatas tendremos que revisar nuestra estrategia. Con los campos arados, la perdiz no está en las cuestas. Habrá, pues, que empezar por el principio, como se hizo siempre, es decir, mover el páramo o la nava previamente para empujar la perdiz a sus defensas: cárcavas y laderas. Patear éstas sin meter las perdices antes es, me parece a mí, una pérdida de tiempo.

Al fin escampó
18 de diciembre de 1977

Primer domingo sin lluvia desde hace seis semanas. De todos modos, el sol, que se anunciaba prometedor mientras desayunábamos en la carretera, quedó en un resplandor mortecino, rebajado por los celajes, apagado. Jornada fresca pero, a Dios gracias, sin agua. Lo triste es que este domingo, más luminoso que los seis anteriores, sirviera para alumbrar, en lo que personalmente me concierne, una jornada fatídica, de una mala suerte abrumadora. Lo diré de una vez: abatí cuatro perdices, duras, esquinadas, difíciles y no cobré más que una; las tres restantes quedaron en el campo. ¿Que qué hizo el perro? Desgraciadamente, el Grin no hizo otra cosa que mirar, en ningún momento se dio por aludido. Este dichoso grifón nos ha salido pusilánime, se acobarda con los tiros y ante una liebre alcanzada que no corre más que una tortuga, hace por no llegar, se asusta y, disimuladamente, se rezaga. En una palabra, el Grin tiene de cazador lo que yo de obispo.*

Y el caso es que, tal como estaban ayer las perdices, embarbechadas y díscolas, uno no podía aspirar a derribarlas sino mediante tiros postineros, a larga distancia. Y esto es lo que traté de hacer, guiado por la buena estrella, hasta que la buena estrella se apagó, como digo, a la hora de la cobra, en el bien entendido que la única perdiz que encontré (después de hacerme un conato de torre para volver sobre su trayectoria y derrumbarse tras un altozano) fue gracias a las indicaciones de un pastor testigo del lance. Era la primera de la serie y me felicité imaginando que los hados me eran favorables. Mas, a renglón seguido, irrumpió de los altos un pájaro encampanado, a velocidad de vértigo, en la perspectiva no mayor que una alondra, y yo le tomé los puntos sin dilación, corrí la mano, disparé y se desplomó como un trapo a mis espaldas. Desde lo alto de la ladera mis hijos me vocearon que se había incorporado y apeonaba hacia un majano, en medio del rastrojo, mas, a pesar de mi pechada, cuando me presenté allí con el perro no se veía pluma: unos espinos, varias madrigueras de conejos, cuatro pedruscos y pare usted de contar; de la perdiz, ni rastro. Y, como era de esperar, el Grin se llamó andana.

Media hora después acerté a otra, sesgada, que cayó de riñones sobre un arroyo erizado de juncos y espadañas, tan sucio que ni me molesté en llamar al perro siquiera. Busqué superficialmente y desistí. Pero con la tercera, en la falda, sobre unas aulagas de poca monta, perdí más de media hora sin dar con ella. Algo inexplicable con un pájaro que positivamente ha caído muerto o, por mejor decir, sólo

explicable en un tipo como yo, obcecado y nervioso, que se desconcierta cuando no encuentra la perdiz en el lugar exacto donde de primera intención ha ido a buscarla.

El pelo compensó en parte tanta desdicha: cuatro gazapos y tres liebres engrosaron un morral canijo en cuanto a pluma (tres perdices). Uno de los conejos –¡todavía!– tenía en los ojos pústulas de mixomatosis.

* Al revisar estas notas a dos años de distancia, debo hacer justicia a este perro. El Grin ha llegado a ser un gran cazador, lo que quiere decir que hacer predicciones sobre un can tras sus primeras salidas es algo aleatorio y sumamente aventurado.

Cuatro días en Sedano
26-30 de diciembre de 1977

Entre Navidad y fin de año pasé cuatro días en Sedano con Juan. Arribamos con tiempo blando, clemente, primaveral, y regresamos con nieve en la carretera y siete grados bajo cero de temperatura en el valle. La primera tarde anduvimos en Las Pardas, maneando los brezos y los pimpollos, buscando la liebre, pero que si quieres, no vimos una ni por casualidad. Martes y miércoles los pasé dando largos paseos en bicicleta por las mañanas y leyendo por las tardes. El cielo amenazador y la luz escasa no invitaban a salir al campo.

El miércoles saltó el cierzo y cambió la decoración. Las nubes se adensaron y a media noche se puso a nevar en forma. Al amanecer del jueves, las cuestas en sombra estaban blancas y pardas las del sol, con un cielo rutilante arriba que animaba a coger la escopeta. La llegada desde Arrigorriaga de los hermanos Labayru y el entusiasmo de José Antonio Eguiguren acabaron por decidirnos. En los altos, totalmente desguarnecidos, no había pájaros, por lo que bajamos al hondón de San Pedro y cogimos el vallejo de Valdepuente, muy angosto y abrigado. El solillo se remansaba allí y daba gusto caminar con tan grata temperatura y una luminosidad tan viva. En una braña levantamos un bonito bando de dieciocho o veinte perdices, muy largas, que fogueamos por aportar un poco de alegría a la fiesta. Poco más allá se repitió lo que parecía irrepetible. En la cornisa de piedra que yo llevaba se arrancó, ante mi asombro, un hermoso jabalí, aculado, sin duda, bajo la visera de la roca, al abrigaño, un animal voluminoso, de pelo entrecano, que Juan cantó desde el rodapié. Cuando le quise poner la vista encima remontaba un resalto a cincuenta metros, pero aún tuve tiempo de reparar en su corpulencia, su trotecillo bovino y su pelaje, gris ceniciento en la mayor parte del cuerpo, acentuado en las posaderas. A partir de este momento, introduje una bala en el tubo izquierdo, por si las moscas, y pasé a ocupar el lugar de Juan, en la falda, pues la ladera me resultaba demasiado pina. La bala, por supuesto, no la necesité, pero sí el cartucho del otro tubo, pues en la hora siguiente di con dos banditos de perdices. Del primero abatí una pero fue a caer en la maraña de zarzamoras y pinos del riachuelo y, sin perro, no fui capaz de encontrarla. Del segundo descolgué dos en unos minutos, y otra Juan a media ladera. Una percha sustanciosa para este cazadero de Sedano tan arduo y cicatero. Tanto que Juan, después de comer en casa, volvió al alto con Fernando Labayru y descolgó otras tres.

Estimulados por el resultado y por el solillo de la mañana, tras una

helada tremenda, el viernes volvimos a salir pero ya no fue lo mismo. En el vallejo de Valderramillo volamos tres perdices en París. Al segundo vuelo, una aguardó en la maleza de la escorrentía, y la derribé (un macho hermoso con espolones de tres años). En cuatro horas de andadura no volvimos a ver pájaro. Empero, el tiempo quedo, el cielo alto y un sol tibio hicieron del paseo un ejercicio gratificante.

El tractor, ese enemigo
4 de enero de 1978

El tractor, muy activo y temerario en las últimas semanas, va borrando, paso a paso, los perdidos de la nava en Santa María. De continuar así, este cazadero, convertido en un mar de surcos, sin eriales ni broza, va a darnos muchos quebraderos de cabeza en el futuro, sobre todo tras las primeras labores, cuando las perdices se aquerencian en las siembras. Los robustos y estables tractores modernos son capaces de trepar por una pared y, de no ser por los majanos, fruto de una secular labor de despedregamiento, no quedaría en este coto otro matadero que las laderas. Conscientes de ambas cosas, el embarbechamiento de la perdiz y la falta de refugios, Miguel y yo, que en vista del buen tiempo decidimos tomarnos un asueto, nos abrimos en mano en el paramillo de Torremoronta.

Dos escopetas en estas extensiones, de no contar con el factor suerte, son casi inofensivas. Si se separan poco, dejan la perdiz a los lados; si mucho, entre ellas, amonadas en los terrones. Total, que en el recorrido de un par de kilómetros por el paramillo disloqué un bando de once pájaros con poca fortuna, ya que únicamente cuatro se dieron en la ladera que pensábamos coger luego.

En los palomares de Escuderos las revolamos y bajamos dos, más una paloma que descolgó mi hijo. Y, con todo, hubo suerte en la cobra, ya que la que yo abatí en el bocacerral no llevaba más que un plomo en el ala.

La excursión confirmó el eclipse de la perdiz en Santa María, eclipse evidente tras la primera jornada de noviembre y que viene repitiéndose, domingo tras domingo, sin una sola excepción. A ver si el próximo, en el coto social de Méntrida (Toledo), donde el sorteo nos ha favorecido para su inauguración, nos tomamos el desquite, matamos el gusanillo y recuperamos la euforia de los primeros días de temporada.

Méntrida de milagro
8 de enero de 1978

Méntrida, al fin; Méntrida de milagro. Digo esto porque, después de un viaje de cinco horas, a causa de la niebla, a las once de la mañana encontramos ocupado el cuartel que nos había correspondido en suerte. Al parecer el papeleo burocrático había fallado y se habían emitido dos autorizaciones para el mismo día y el mismo cuartel. La primera reacción fue la de darnos media vuelta pero, aconsejados por el Icona de Toledo, decidimos aguardar por ver si alguna cuadrilla conseguía el cupo con luz suficiente para que nosotros ocupáramos su lugar. Y lo que parecía poco probable sucedió. Un grupo de leridanos consiguió sus treinta y seis piezas sobre las dos de la tarde y nosotros, después de comer un taco, les sustituimos en su cuartel. El sol, que se había mostrado indeciso toda la mañana, terminó por esconderse y quedó una tarde fría, desapacible, de escasa visibilidad. El suelo ondulado del cazadero, un suelo de tiovivo, con siembras de cereal y salpicado de encinas, ofrece poca defensa a la perdiz. A este pájaro no le queda aquí otro recurso que volar y, cuando se agota, acogerse a la greñura del soto, cabe el riachuelo que corre por el centro del valle.

En un cazadero de esta traza la cabeza sirve de poco. A la perdiz no se la conduce, simplemente se la empuja a ningún lado. El sistema consiste, pues, en caminar y caminar con la escopeta de punta adelantada. Así una y otra vez, una vuelta tras otra. Y, al final, bajar a las zarzamoras, meter el perro en ellas y abatir a cascaporrillo las que falten para el cupo. Ésta, por lo que vi, es toda la ciencia que requiere este coto.

Apenas puestos a la tarea, exactamente en cinco minutos, Juan, que bordeaba la maraña, había hecho tres perdices de tres tiros, y en los tres siguientes Manolo, Adolfo y Germán cortaron otras tres. La patirroja, después del castigo de la mañana, andaba desparramada y, ante el acoso, intentaba remontar la línea de escopetas y ahí sucumbía. La única dificultad seria la ponían las encinas que, al correr la mano, cortaban inopinadamente la toma de puntos, al eclipsarse el blanco. Esto salvó a dos perdices que traté de asegurar al coronar una cotera.

El traqueo, con brevísimas pausas, se sostuvo durante un par de horas y sobre las cinco, en el momento en que yo conseguía mi quinta perdiz, Agustín, nuestra conciencia cinegética, nos advirtió que había que dejarlo, ya que Juan llevaba catorce, Manolo diez y, en definitiva, la cuadrilla había cobrado las treinta y seis piezas preceptivas. Esto da pie para pensar que si hubiéramos iniciado la cacería a las nueve de la

mañana, como era lo previsto, con los bandos enteros y sin maliciar, antes de las once hubiésemos concluido la faena. Demasiado temprano para tanto viaje. Pero, a la vez, esto quiere decir que perdices hay en Méntrida de sobra, lo que no supone que como tal coto sea un ideal. Para mí Méntrida es criadero pero no cazadero. Estas perdices, constreñidas a cuarteles de trescientas hectáreas y con poca defensa, serán lógicamente sacrificadas en los primeros días y los beneficiarios de los últimos meses apenas encontrarán restos de la pasada opulencia. Méntrida es un término demasiado chico para albergar cinco cuadrillas diarias. La falta de descansos alternativos me parece, por otro lado, poco prudente. En fin, perdices hay. Lo discreto es organizar su caza para que el personal se entretenga sin matar la gallina de los huevos de oro.

El zarzagán
22 de enero de 1978

El viento fue hoy protagonista: un zarzagán racheado, muy violento a ratos, que se desencadenó tras la borrasca nocturna como remate de las grandes nevadas de la última semana. Este cierzo opera contra el cazador, ataca sus puntos vulnerables: hace lagrimear sus ojos, amorcilla sus manos, vuela su visera, empuja a la perdiz, acumula nubes en el cielo que ensombrecen la visibilidad, etc. Y, por si fuera poco, la nieve se mantenía aún en las linderas y umbrías de Santa María. Mala jornada de caza.

A primera hora de la mañana apenas se vieron pájaros. En la ladera de Torremoronta, que maneamos de salida, ni muestra. En las cuestas sobre la carretera de Lerma, una docena y pare usted de contar. Esto me hizo temer por la suerte del cacerío. De no haber patirrojas al abrigaño, en la solanilla de esta zona, no parecía verosímil encontrarlas en ninguna parte. Y, sin embargo, fuimos a dar con ellas donde menos cabía esperarlo: la ladera norte, despiadadamente batida por el zarzagán, cuando ya Manolo se había retirado y no quedábamos en línea más que Juan y yo. Entonces empezamos a volar perdices, no apiñadas, sino dispersas, una aquí, dos allá, y no demasiado largas, yo diría a media distancia, incluso alguna a capón. Y, entonces, empecé yo a fallar, no pájaros aleatorios, comprometidos, de esos de a ver qué pasa, sino perdices que, al menos de salida, parecían matables. Pero la fatiga, la insensibilidad de las manos (en dos ocasiones se me dispararon simultáneamente los dos tubos de la escopeta), el escozor de los ojos, las intermitencias de luz, la diabólica velocidad de los pájaros, me llevaron a errar una y otra vez. Con un clima más indulgente yo pude llegar al coche con siete perdices y, no obstante, llegué con dos y una tercera que dejé en el campo. Y Juan tuvo aún menos suerte que yo, derribó una sobre los cavones y fue incapaz de encontrarla. Como de costumbre, el Grin, nuestro grifón auxiliar, no auxilió nada. El bicho no se hace. No rastrea, no busca, se achica con los disparos; lo que se dice un turista. A ver qué pasa con la Dina II, que está criando Juan.

Las liebres del paramillo salvaron el morral, después de montar un número de altos y persecuciones muy típico de este animal cuando se encela. Por tres veces me hicieron el bolo a distancia prudencial, delante de la escopeta, y otras tres volvió a arrancar la pareja y a detenerse. Al fin revolqué una expedida por Manolo y Juan, la segunda de una nueva pareja. Un lío. A pesar del frío siberiano la liebre anda ya en celo. Reducir a la primavera el amor de estos

animales es un error. La liebre ama en todas las estaciones.

Sigue el frío
29 de enero de 1978

El cierzo de hoy hizo bueno el del domingo pasado. Dos bajo cero de temperatura ambiente y rachas de viento de hasta ochenta kilómetros a la hora. Rachas incisivas, insidiosas, envolventes que le buscan a uno las costuras, las bocamangas y hasta la bragueta de los pantalones para que no quede rincón del cuerpo sin registrar. ¡Una delicia! Vi poca perdiz, menos que el otro día en el mismo sitio, pero Manolo en el rodapié asegura que levantó varios bandos, alguno nutrido. Pocos o muchos, los pájaros, con la fresca, volaban largos, encabronados. Manolo, Germán y yo hicimos, con suerte, una cada uno.

En la mano inicial tiré al raposo –subió al páramo desde la ladera– cuerpo a tierra y a setenta metros y, aunque le crucé la cara con una perdigonada de séptima, no quedó. Mucha distancia y plomos demasiado chicos.

A las dos, esmorecidos y vacilantes (de tanto contrarrestar las rachas de viento), nos fuimos a comer a Quintana del Puente, en el asadero del Pico.

Remate con Televisión
5 de febrero de 1978

La Televisión que, por lo visto, está filmando unos espacios sobre las mil maneras de matar el ocio de los escritores españoles, vino hoy a Santa María con nosotros. Pensó hacerlo el domingo anterior, pero el temporalazo impidió el vuelo a Valladolid. Tuvieron suerte. De domingo a domingo se produjo un cambio climatológico importante: del cierzo húmedo y borrascoso, pasamos al tiempo soleado y quedo; un preludio primaveral. José Luis Montes anduvo con los cámaras arriba y abajo, de la vega al páramo, del páramo a la vaguada, de la vaguada a Torremoronta. O sea que la cosa por perspectivas no quedará. Y el navazo, con la torre de Santa María al fondo, brindaba hoy unos matices de ocres sutilísimos, de gran plasticidad. Lo mismo digo del Arlanza, todavía algo alto por el deshielo, pero limpio y reverberante entre los esqueletos de los chopos. Lo peor va a ser la parte literaria. Yo me acoplo disciplinadamente al sistema de preguntas y respuestas, pero eso de que me digan de pronto: «Hable usted de la caza durante cinco minutos», no me va. Sobre la caza de la perdiz roja peroraría durante horas, pero reducir el tema a cinco minutos, así, de sopetón, sin el acicate y la concreción del interrogatorio, es empresa complicada. Me temo que los titubeos y la incoherencia sean la tónica de la parte verbal del programa.

La caza se redujo a poco. A las once y media nos abríamos en la ladera con Matilde, la mujer de José Luis, y a las dos lo dejábamos para comer un taco al abrigaño de la Casilla, en Escuderos, con los consocios del pueblo. Por medio, los cámaras se asomaron media docena de veces al cerral para filmar en vivo cómo castigamos el cuerpo los escritores aquí, en Castilla. En cualquier caso, no había perdiz. Al enrasar el cielo y ceder la humedad, los pájaros volvieron a las labores. Es cosa de la época. Y de las siembras no hay quien los saque. Los domingos últimos subieron a la ladera a causa del vendaval y la pegajosidad de las tierras. Pero, en cuanto los barbechos se orearon y el viento encalmó, retornaron a los bajos. Hoy tiré a tres pájaros, dos por calentarme la mano, y al tercero lo toqué, pero fue a caer a las tierras y aunque bajé con la Pequeña, la perra de los Montes, y di con el plumón del pelotazo, el pájaro no apareció vivo ni muerto. Los otros no tiraron más que yo pero Manolo descolgó una patirroja y Juan otra y un gazapo. Para retratarme en la Tele ya teníamos bastante, de modo que regresamos a la Casilla, donde José Luis Montes había dispuesto un suculento aperitivo a base de chorizos y morcillas de Burgos, algo de picar y un buen Rioja.

La temporada ha resultado desigual. A una iniciación estimulante, sucedió un período de lluvias que impidió la caza formal y, cuando éstas cesaron y los tractores movieron la tierra, la perdiz se embarbechó en la nava y ya no hubo manera de meterle mano. Perchas mezquinas, de dos o tres pájaros, pasaron a ser habituales. En conjunto, incluyendo en el cómputo a Méntrida, el promedio de piezas por escopeta y día no es malo: 3,3. Pero si prescindimos del viaje a Toledo, la cosa queda en 2,6, cifra inferior a la de años anteriores si exceptuamos la temporada 1972-1973, temporada deplorable, con un índice de 2,1 piezas por escopeta y día. La perdiz, pues, se ha defendido –en esta zona la cría fue superior– con 154 unidades repartidas entre toda la cuadrilla, pero la liebre –quince piezas– y el conejo –dieciséis– han sido tan escasos que no queda otro remedio que admitir que las cacerías nocturnas de los furtivos motorizados están diezmando estas especies.

Por lo demás, seguimos sin perro. La Tula murió inopinadamente, antes de averiguar si servía o no servía; el Grin –aunque Juan asegura que hoy mostró una perdiz– no sabe por dónde le da el aire, y en cuanto a la Dina II habrá que aguardar a que cumpla nueve meses y empiece a trastear a la codorniz en los regatos para ver a ver qué carta quedarnos.

El último coto

1992

El último coto

–¿Y eso? ¿Por qué considera usted que es el último?

La respuesta es de pata de banco: porque la perdiz silvestre está cada día más recia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bofes son los de ayer. Hoy día para doblegar a una patirroja en las laderas castellanas se requieren unas piernas más resistentes que las que uno usa a diario, mayor agilidad mental y celeridad para tomar los puntos al pájaro a saque de escopeta. Quiero decir con esto que a los sesenta y seis años, de no contar uno con la asistencia de una cuadrilla joven que le entrice la caza, vale más colgar la escopeta y dedicarse a jugar al mus. El viejo cazador es consciente de que si todavía es capaz de derribar alguna perdiz que otra, la faena se debe, antes que a las propias facultades, a la colaboración de los jóvenes compañeros que trajinan para él. Y si las cosas son así, no parece arriesgado el vaticinio de que éste será el último cazadero de que disfrute, puesto que dentro de cinco o diez años, sus arrestos, antes que para pechar con vaguadas y caballones, estarán para dar un paseíto vespertino por el Campo Grande, a paso de jubilado, entre niños, palomas y pavos reales. La melancolía de esta reflexión no resta fuerza a sus argumentos.

Pero en todo esto subyace un aspecto emotivo que deriva del hecho de que, al abordar su última etapa cinegética, el viejo cazador retorne, más o menos, al escenario donde inició sus correrías y precisamente con un hijo del que hace cuarenta años fuera su compañero de fatigas: Genuino Reglero, secretario de Castromonte, un hombre que sólo tenía en la cara las arrugas de reír, esto es, patas de gallo en los vértices de los ojos y dos paréntesis profundos, a ambos lados de la boca. En la vida no es malo tropezarse con seres que únicamente frunzan el rostro para reír, en especial para aquellos hombres proclives a la hipocondría, como es el caso del que suscribe. Uno se va acostumbrando a reír entonces, lo que conlleva la posibilidad de empezar a ver la vida a través de un cristal más optimista. Ahora me vienen a la cabeza, pongo por caso, mis primeras cazatas en el encinar de la Santa Espina, cuando el hermano Eugenio, con la sotana arremangada y sin el babero, tiraba a los conejos a sobaquillo, sin aculatar siquiera la escopeta, mientras Genuino Reglero y yo, después de acorralar a las perdiganas contra las tapias ruinosas del monasterio, colgábamos cada uno media docena como quien no quiere la cosa.

¡Qué tiempos, Señor! Pero nuestras cacerías de entonces apenas tenían otro objetivo que el de abrir boca para la merienda, bien en Castromonte, en casa de Genuino –morcillas, jamón y chorizo de olla–, bien en el refectorio del convento donde los hermanos preparaban una liebre con alubias tan empachosa que uno quedaba inhabilitado para reanudar la cacería, de forma que la jornada terminaba indefectiblemente junto a un bardo, tirando conejos a toro suelto, mientras el tibio sol de membrillo se iba acostando tras las atalayas del carrascal. Genuino Reglero (fallecido hace pocos años, a los ochenta y cuatro, retirado de la caza y de los excesos gastronómicos) rumiaba en su vejez lejanos recuerdos y junto a las arrugas de reír le iban naciendo poquito a poco las remisas arrugas del escepticismo, en tanto el que suscribe, veinte años más joven, iba apalabrando con su hijo Jesús María la incorporación al nuevo coto de El Bibre, dos leguas al sur de la Santa Espina, rayando con Tordesillas y Villalar de los Comuneros. Jesús María Reglero, como es de rigor, ya no caza con la irresponsabilidad con que lo hacíamos su padre y yo en la mancha de Torozos hace ocho lustros. Hoy la caza, si no ponerla –aunque algunos ya lo hagan así–, sí hay que cuidarla y, consciente de ello, Jesús María Reglero, el factótum, guarda las lindes contra el furtivo motorizado, limita las zonas de caza, decreta períodos de veda voluntaria durante las semanas navideñas e instala bebederos para que los pollastres no mueran de sed en la canícula estival. Un coto bien tenido, en suma, donde se desfogan galgueros y escopeteros de cinco pueblos (Vega de Valdetronco, San Salvador, Bercero, Marzales y Gallegos de Hornija) y dos docenas de cazadores de la capital. Si otros titulares de cotos de la vieja Castilla se ajustaran a esta normativa, la perdiz salvaje no andaría por estos contornos tan apuradilla como anda.

A pesar de todo, es obvio que la libertad cinegética se recorta cada año. Desde que tengo uso de razón he proclamado que el supremo placer de la caza residía en la libertad: hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre. Hoy, en virtud de la multiplicación de escopeteros, la concentración parcelaria, la domesticidad del campo y demás adelantos (?), las trabas van constriñendo cada día más aquella libertad. Este mismo coto de El Bibre, aunque parezca paradójico, no cuenta con las diez mil hectáreas que suman los términos que abarca, puesto que al menos siete mil son de terreno abierto, labrantíos sin lindes ni perdidos, de campo raso, donde la titularidad no permite acosar ni ojear a la perdiz, lo que equivale a decir que el nuevo coto no debe medirse a lo ancho sino a lo largo: digamos ocho o diez kilómetros de longitud; ocho o diez kilómetros de ladera, abrigada de pimpollos en algún sector, y de rala vegetación esteparia en el resto, pero, de cualquier modo, un plano inclinado de treinta o cuarenta metros de anchura, que atraviesa un campo desnudo, con sus

ondulaciones, sus cerros, sus espuendas, y donde a la escopeta no le está permitido entrar. Cabe, pues, dividir la ladera en tres cuarteles para que las cuadrillas no se estorben entre sí, pero, en todo caso, unos y otros tendrán que seguir la cuesta obligatoriamente sin posibilidad de lanzarse a campo abierto –hoy demasiado abierto– como se hacía antaño. Una caza, en suma, menos atractiva y misteriosa, más limitada y coercitiva. De esta manera, salvo la mínima variedad que entraña el cambio de cuartel, todas las excursiones vienen a ser la misma, los bandos arrancan en los mismos lugares, vuelan hacia unas mismas querencias, y hay dos cazadores, uno arriba, en el páramo, y otro abajo, en la vega, que se sacrifican por los demás, andan en beneficio ajeno, con contadas oportunidades de descargar la escopeta. La libertad del cazador, entre unas cosas y otras, se la va llevando la trampa. El campo se trabaja para producir cereal y no perdices. La perdiz silvestre es la pagana de un medio domesticado y, de rechazo, lo es también el cazador. Y vista la eficacia creciente de las máquinas, no parece lejano el día en que el tránsito del páramo a la nava se haga no a través de la ladera agreste donde cazamos sino mediante tres bancales asépticos y cultivados, que lo suavicen, con lo que la perdiz quedará a la intemperie y, acosada por herbicidas, abonos, fuel y motores de explosión, lo pasará muy mal. Cuando el viejo cazador habla, pues, de su *último* coto, no se refiere solamente a su decadencia física, a su progresiva decrepitud –la del cazador–, sino también a esta gradual desaparición de la naturaleza y a su sustitución por unas tierras peinadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y la sorpresa. Esto es lo que se nos viene encima sin demora si es que Europa, los países del Mercado Común, y, entre ellos, el nuestro, no disponen otra cosa. El tiempo dirá la última palabra.

Febrero de 1986

Apertura 1986-1987
26 de octubre de 1986

¿Dónde se han metido las perdices que dejamos aquí el primer domingo de febrero, cuando vinimos a conocer el coto? ¿Se han disuelto en el aire? ¿Se las ha comido la tierra? He aquí, en pocas palabras, el tema central de la tertulia que siguió al almuerzo, en el refugio de cazadores de El Bibre. La gente no se preguntaba ya por la cría; admitía que había sido nula (lo que es mucho admitir), pero ¿dónde estaban, al menos, las perdices que sobrevivieron a la temporada 1985-1986? Yo creo que los cazadores, antes que embusteros, somos propensos a la exageración, a las lucubraciones más disparatadas y calenturientas. De ahí, las razones que fueron arguyendo los contertulios para explicar el fenómeno. Hubo quien habló del chajuán, y de la consiguiente emigración de la perdiz, olvidando que el sedentarismo de este pájaro está tan arraigado que antepone morir de calor a desplazarse. Otra voz apuntó a la posibilidad de una fantástica peste aviar cuyas primicias se habían manifestado en los Torozos al comenzar el año. Un tercero sugirió que la perdiz escapaba de los altos y se refugiaba en el regadío de la cuenca buscando agua. Finalmente mi hijo Germán comentó, en tono humorístico, que la incorporación de la familia Delibes a la Sociedad podía haber gafado el coto y dado, al traste con la abundante perdiz de otros tiempos. En cualquier caso, la sucesiva comparecencia de las diversas cuadrillas en el refugio resultó penosa: la primera había cobrado una patirroja, siete la segunda y cinco la tercera, cifras irrisorias cuando la unidad de los botines del primer día de temporada solía ser aquí la docena. Cabía la posibilidad de que la gente hubiera tirado mal, pero la segunda parte es que nadie vio bandos grandes ni en las caminatas por las cuestas ni en los desplazamientos por los caminos. Sin embargo, yo me resisto siempre a emitir un juicio definitivo a las primeras de cambio. Que no hay copia de perdiganas, es manifiesto. Que la cría ha sido mala, casi nula, parece también evidente. Pero que las supervivientes del año pasado hayan pasado a mejor vida cuesta reconocerlo. Para mí es más fácil creer que el retraso en la apertura (quince días) y la entrada de las lluvias han dispersado los bandos por los sembrados, que pensar que han desaparecido. Por de pronto las jaras y pimpollos de la ladera rezumaban agua esta mañana y para nadie es un secreto que a los pájaros les desagrada la humedad. Tampoco es ninguna novedad para un cazador provecto que la perdiz, hasta la aparición de los primeros

hielos, suele diseminarse por rastrojos y barbechos. En realidad, son las heladas y el subsiguiente trajín de tractores por bajos y páramos lo que induce a agruparse a la perdiz y a resguardarse en las cuestas. Cierto que este comportamiento no es obligado, no se repite inevitablemente temporada tras temporada, pero tengamos presente que este año, al retrasarse dos semanas la desveda y habiendo entrado ya el otoño meteorológico, es un año especial.

A falta de pluma, el conejete brincó con alegría entre los chaparros. Otro misterio cinegético: ¿por qué en estas laderas hay tanto gazapo y tan pocos en los montes aledaños, la vieja Espina, por ejemplo, su hábitat natural? Nadie sabe dar una explicación. La caza, como las religiones, no sería tan atractiva sin estos misterios que la rodean. Lo cierto es que el pelo fue el animador de un día de clima grato pero corto en caza. Y con el pelo una revelación: el talento conejuno de la Fita, la joven perra grifona de mi hijo Adolfo. Mostró, latió y sacó a los gazapos por lo limpio… ¡Un prodigio! De esta forma el morral se elevó a veinte, si bien el cronista apenas colaboró con un par de ellos que campearon de largo. Sus reiterados fallos le convencieron de una cosa: que el conejo de los breñales no es pieza para viejos. Este conejo requiere rapidez en armarse y tiro a espetaperro; o sea, reflejos. Y los reflejos, rebasados los sesenta y cinco, se van oxidando poco a poco. Y otra melancólica constatación: cada año que se cumple a partir de los sesenta vale como tres de los de antes, pese a los esfuerzos del viejo cazador por conservar las energías y evitar el anquilosamiento.

Poca perdiz
2 de noviembre de 1986

Nieblas. Nieblas blandas, deleznables, las primeras que amasa el Duero esta temporada. Nieblas efímeras que se fueron diluyendo a medida que el coche iba alejándose del río. Y el cuartel de Fuente de los Santos, no malo en sí, lo parecía hoy debido a la circunstancia de estarse olivando la pimpollada, y ya es sabido que la presencia del hombre ahuyenta la caza. Nada significa el descanso dominical, ya que, al dejar desabrigado el monte, la perdiz desaparece y el pelo no encama. A la caza –excepto a la liebre de páramo– no le gusta el descampado. Así, la mano inicial además de estéril fue triste. Una mano sin voces, ladridos ni tiros. Yo, por mi parte, no vi pieza. La vieja táctica de apretar a la perdiz por las alas no dio esta vez resultado. Los pájaros de las siembras –los pocos que había– volaron al buen tuntún, a cualquier parte menos a las cuestas (¿por el olor a hombre o por la ausencia de resguardo?). Incluso prefirieron volver contra la mano que seguir la línea de la ladera. En suma, poca perdiz y desconfiada. Las siete que se abatieron –excepto la que le metí en la gorra a Manolo al retirarme al coche– se cobraron en el descampado, a base de carreras y saltos, o en las cuatro linderas de los bajos, donde Germán y Juan demostraron ser unos tipos todo terreno. Decepcionado, bajé a la falda, a dar un paseo al sol en pos del viejo Grin que, a última hora, salvó la jornada de un absoluto aburrimiento al mostrarme un gazapete en un cárcavo, cabe un tomillo ralo, y aguantar la postura hasta que subí. Al azuzarlo brincó el conejo como una exhalación y el perro, demasiado caliente, se lanzó en su persecución, estorbándome, hasta el punto de que tuve que tomar puntería entre sus orejas para derribarlo. Esta incontinencia fue el lunar de una faena de concurso, mucho más meritoria si tenemos en cuenta que este perro, en el ocaso de su vida, apenas ha tenido ocasión de conocer al conejo debido a la mixomatosis.

La confirmación
6 de noviembre de 1986

La escasez de perdiz no es sólo cosa de El Bibre. No la hay en Valladolid, no la hay en Castilla, no parece haberla en ninguna parte del mundo. Y lo que más sorprende no es que haya poca (la perdiz es muy exigente para la cría: quiere agua pero no nublado; odia la sequía pero más aún la piedra) sino que esta escasez no se anunciara a su debido tiempo. Es más, en julio y agosto se habló frívolamente de una temporada esperanzadora al comentar la inexistencia de codorniz. Pero luego resultó que en agosto no hubo codorniz, ni hay perdiz en noviembre; no hay nada de nada. No se ven igualones; las cuatro perdices que sobrevuelan el campo son valetudinarias. Incluso he vuelto a oír que muchas de ellas sucumbieron ante el chajuán y la sequía. Tan crítica es la situación que se habla de echar el cerrojo, de clausurar la temporada recién abierta. La medida, si prematura, no me parece descabellada. Yo aconsejaría aguardar unas semanas antes de decidir.

Unos ganchitos
9 de noviembre de 1986

Jesús Reglero nos invitó ayer a unos ganchitos en Coruñeses, una finca pequeña (600 o 700 hectáreas) de cereal, entre La Mudarra y Medina de Rioseco. Y hablo de ganchitos en su acepción más exacta, es decir, unos ojeos a lo pobre, sin pantallas (las escopetas se disimulan tras un majano o un cardo), banderolas, ni disciplina; basta una tropilla de media docena de chavales para patear el terreno como Dios les da a entender. Batida informal, pues, aunque la escasez de perdiz tampoco justificaría una organización más acabada. El día, quedo y transparente, espléndido; uno de esos días frecuentes en Torozos, en que las esquilas de un rebaño se oyen a veinte kilómetros de distancia. Como, por otra parte, el cacerío no incluía jeeps, remolques, ni vehículos de ruedas, las escopetas tuvieron ocasión de pasear en los cambios de puesto. En conjunto fueron cinco ganchos, a un lado y otro de la carretera de León, y los resultados cortos. Entiéndaseme, corto el número de pájaros levantados (no más de un bando en cada batida), pero cumplido el botín conseguido, aproximadamente la mitad de los que entraron. El balance me reafirma en mi vieja creencia de algo que todavía discuten los partidarios de la batida, a saber, que el ojeo es mucho más carnicero que la caza al salto. Las mismas nueve escopetas que ayer formamos la línea, abiertas en mano por estos páramos desarbolados, sin otro accidente que el cembo por donde antaño discurría el llamado Tren Burra, no hubiéramos hecho ni media docena de perdices contra las dos docenas que derribamos ayer. De lo antedicho se deduce que los ojeadores movieron poco ganado (ni más ni menos que el que había) y que, salvo el que tuvo la suerte de tirar en todos los ganchitos –el futbolista Minguela–, el promedio se estableció en dos perdices por barba. En mi caso fue suficiente. Dos perdices de tres es siempre una buena cifra, de no ser que se las tire a calzón quieto, con reclamo. Y las mías venían endemoniadas; muy rasa, invisible, pegada a los cavones, la primera, y arbolada la segunda, a la que emplomé cuando cumplía y cuyo pelotazo a poco me descrisma. Si, además de esto, uno se pasea, respira aire puro y comulga con la naturaleza, ¿qué más se puede pedir? Dos anécdotas divertidas: la astucia de la liebre cuando armaba el tollo en la cima de una vaguada y el chasco del halcón. La rabona, encamada en un espliego a dos metros de donde yo estaba, no se inmutó mientras permanecí armado, pero tan pronto dejé la escopeta en el suelo para recortar una carrasca, se arrancó tranquilamente rastrojo adelante y, pian pianito, sin prisas, franqueó, la carretera y nos dejó a escopetas y

ojeadores con un palmo de narices. El mismo palmo de narices con que se quedó el halcón después de seleccionar a una torcaz de un bando, en un picado fascinante, ante el traqueo disuasorio que armamos las escopetas cuando ya alargaba las garras hacia su víctima.

El remate de la fiesta fue gastronómico. Una merienda en El Cocherón de Reglero, en Rioseco, preparada por Braulio, el de Castromonte: jamón, pimientos, longaniza y tortillas para abrir boca, y setas con patatas y conejo al ajo para cerrarla. Todo ello regado con clarete de la tierra y unos pasteles de Marina para desengrasar. Tema a debatir: métodos para aprehender un zorro sin dañarlo, como hacía Guillermo, el guarda del Tenadillo. Se abre la sesión.

Una liebre negra
14 de noviembre de 1986

Ayer me avisó Carlos Valverde, el maestro taxidermista, para enseñarme una liebre negra que le ha traído para disecar un labrador zamorano. Verdaderamente el animalito es negro como la pez. Ni un pelo blanco en el vientre ni en el rabo; ni un asomo de coloración azul en el interior de las orejas; un negro luto, atezado. Un caso de melanismo integral que se produce raramente entre los lepóridos. En el conejo se da algo más (yo los he visto), pero menos luctuoso, más negro humo, que el de la liebre zamorana. Los biólogos que me rodean advierten que el caso es de libro, entre otras razones porque una liebre negra en un rastrojo amarillo es tan escandalosa como un borrón de tinta china en una cuartilla: algo que no puede pasar inadvertido para el ojo humano y menos aún para la pupila perforadora de una rapaz. Es decir, una liebre negra en Castilla duraría menos que un pastel a la puerta de una escuela. ¿Y esta de Zamora, entonces? Ésta tiene su secreto, esto es, fue capturada por el labrador de lebratillo, antes de llegar a media liebre y criada en cautividad. De este modo no ha tenido problemas de desarrollo y ahora, tras una muerte natural, su dueño quiere conservarla como recuerdo. Sin embargo, cuanto más la miro más me llama la atención su hocico: chato, redondo, indiscutiblemente conejuno. Pero la duda de su filiación se desvanece tras analizar las cerdas de sus bigotes, las de sus costados, las largas orejas erguidas, el tamaño, las zancas posteriores poderosas... sin duda es una liebre con cara de conejo, aunque hasta este rasgo se debilita si uno repara en sus ojos glaucos, desorbitados, de animal que nunca duerme. Otro caso de mutación es la liebre blanca, albina, raro también pero menos infrecuente en esta especie.

El raposo
16 de noviembre de 1986

El mecánico que me arregla el coche se arremanga el mono hasta los codos solamente para decirme:

–Pues lo crea usted o no, este año hemos matado en mi pueblo más raposos que perdices. ¿Puede usted decirme qué ha pasado con ellas?

Anteayer, un taxista cazador, que me llevaba al teatro, mostraba análoga decepción:

–Yo le puedo asegurar una cosa. A finales de agosto, en la media veda, veíamos polladas de perdiz en el coto. Pero polladas disformes, no crea, de hasta una docena de igualones. ¿Qué ha podido suceder de dos meses a esta parte para que no quede ni uno?

Hoy lunes, casi en el portal de mi casa, me he dado de manos a boca con el doctor Olegario Ortiz, viejo amigo y consocio de El Bibre.

–Oye, que eso de que no hay perdices es una verdad como un templo. Cuatro bajamos ayer en Las Peladas una mano de seis. En este coto no había conocido yo una cosa semejante. Pero, según he oído, esto está sucediendo en todas partes. El viernes pasado me tropecé con un chaval muy majo de Valoria la Buena que cruzó de acera sólo para decirme: «Don Olegario, no se lo va usted a creer. A estas alturas no hemos matado en el pueblo dos docenas de patirrojas, cuando el año pasado por estas fechas ya habíamos cobrado más de doscientas».

La quejumbre es general. No hay perdices. Las había pero ha dejado de haberlas. Ayer volvimos a confirmarlo –ya con carácter definitivo– en el cuartel de Valmoro: tres perdiganas entre cuatro escopetas después de cinco horas de caminata. Yo no tiré más que a una, más vieja que Matusalén, reexpedida por Manolo desde la pestaña. Es tal la escasez, que a ratos me hago reproches: «Estás viejo, Miguel. Ni las ves ni las oyes». Pero luego se encuentra uno con el mecánico, con el taxista, con el doctor Ortiz y se consuela: «Ni tú ni nadie; si no las hay, ¿de dónde vas a sacarlas?». Por este camino volvemos a lo de siempre: ¿quién ha escamoteado los cientos de patirrojas que quedaron aquí el año pasado después de cerrar la temporada?

Para colmo de infortunios, también la liebre y el conejo brillaron por su ausencia. El pelo no encama después de la lluvia y el jueves y viernes cayó mucha agua aquí (cerca de treinta litros). Un alivio para la sequía. En suma, la jornada hubiera resultado insípida de no ser por la anécdota del raposo. Antes de verlo, en lo más escabroso de la pimpollada, oí una voz gutural, lejana, procedente de los bajos. Un sonido tan cortado que dudé si se trataría de una voz humana o del

graznido de una corneja. Me detuve y, entonces, sí, oí con precisión la voz del pastor: «¡Ojo, ahí va!». Segundos después asomó entre la maleza, de frente, la cabeza de un raposo que, al verme, volvió grupas y encajó en las posaderas mi perdigonada precipitada. El bicho tiró ladera arriba, pero Adolfo, que llevaba la mano un poco adelantada, le endilgó dos tiros en cuanto apareció en el teso. La Fita lo persiguió hasta lo espeso, ganándole terreno, pero no se decidió a meterle el diente (el zorro acobarda mucho a los perros jóvenes), y Juan, que seguía la pestaña, lo fogueó de través, un tanto apremiado por la proximidad de la perra. Desde el hondón de la cárcava, yo era todo oídos, y en el profundo silencio que siguió a las detonaciones, oí ladrar a un perro y, casi simultáneamente, un débil gruñido. Registré unos metros de monte sin ningún resultado, pero, al terminar de patear la mancha, sugerí a mis hijos regresar sobre nuestros pasos despacito y con los canes a mano. El Grin, más avezado, tomó el rastro trescientos metros más adelante (el fato del raposo es muy persistente) y un minuto después se quedó de muestra orilla un pinabete sin olivar. Allí, cubierto por las ramas bajas, hecho un gurruño, estaba el cadáver del zorro, unos metros más arriba de donde yo lo había buscado.

Los amigos del cuartel vecino, a los que encontré al subir al coche, no habían hecho más que un par de perdices. Decididamente no hay caza. Por impopular que sea la medida, habrá que pensar en cerrar la temporada, antes de que acabemos con la semilla.

La veda de nuevo
20 de noviembre de 1986

Ha sucedido lo esperado, lo discreto, lo más razonable que podía ocurrir: a la vista de los informes pesimistas que llegan de todas partes, la Delegación de Agricultura ha impuesto la veda de la perdiz en la provincia de Valladolid a partir del primero de diciembre. La temporada ha durado exactamente un mes y diez días. La medida es adecuada, pero ¿será suficiente? ¿Remediará la caída demográfica del pájaro o constituirá un simple aplazamiento de su ocaso y desaparición? De momento nadie da explicaciones; ningún organismo parece hacerse cargo del problema. Se cierra la temporada porque hay muy pocas perdices pero nada más. Seguramente ha cundido el pánico, el irracional pánico del mercado. La patirroja promueve desde hace años un turismo caro –norteamericanos, alemanes, franceses, belgas...– y su eclipse puede arrastrar consigo una buena saca de divisas. Y por ahí le duele a la Administración. Yo creo que, a alto nivel, esto es lo que preocupa, lo único que preocupa. Que unas docenas de miles de españoles tengamos que enfundar la escopeta y renunciar a nuestro esparcimiento favorito es sensible, pero no conmueve. La diosa divisa manda en esta sociedad de consumo; está por encima de esas frivolidades. Y, como de costumbre, la disposición sensata de la veda de la perdiz viene acompañada de gestos insensatos. La caza menor sigue abierta pero sólo los domingos; jueves y festivos, no. La Administración no se fía de un tipo con una escopeta en la mano. Comprensible. Pero, si es así, ¿por qué no se veda toda la caza menor? En domingo pueden cometerse las mismas tropelías que los jueves, pero –parecen decirse– siempre es menos peligroso un día que dos. Esto es muy español. Si ésta fuera la filosofía conservacionista –como ahora se dice– que inspira estas medidas precautorias, habría que ir pensando en proscribir la media veda y la caza con perdigón. Si un hombre armado en el campo es peligroso, evitemos que salgan hombres armados en todo tiempo y lugar. Pero esto es injusto, argüirán algunos. Por supuesto, tan injusto como proscribir el fútbol porque los carteristas hacen su agosto en las apreturas ante las taquillas. Lo procedente, entonces, sería organizar un cuerpo de guardería eficaz y doblar las multas para quien abata indebidamente una pieza. De este modo uno podría sacar a pasear el perro y la escopeta sin poner en riesgo a las perdices. Pero esto es frivolizar. Yo creo que los males son más profundos. Acabo de escribir un artículo sobre la catástrofe de Chernobyl y, a los pocos días, ocurría lo del Rhin, el envenenamiento de sus aguas, la pérdida, en un

largo tramo de kilómetros, de su fauna y flora. Y la catástrofe no la han provocado los pescadores, claro. Los pescadores son los paganos de esa catástrofe. La física, la química, la ligereza en el manejo de sustancias venenosas, la avidez consumista en resumidas cuentas, es la causante de estas hecatombes. Pero nadie se estremece. Se diría que los políticos siguen considerando a la naturaleza como un adversario al que hay que domeñar, sin querer advertir que la vida (incluida la nuestra) es parte de ella. ¿No habrá que buscar también por ahí las causas de este súbito decrecimiento de la perdiz roja en España?

Caza de altanería
14 de diciembre de 1986

He pasado un par de días en el campo con media docena de miembros de la Asociación Castellana de Cetrería. ¡Grandes tipos! Pájaros y pajareros se identifican en sus silencios, su paz interior, su fervor por la naturaleza, sus miradas profundas. La cetrería, he aquí una dedicación a tiempo completo. Uno de mis anfitriones aseguraba muy serio que esto es una forma vocacional de esclavitud. El hombre no vive sino para su pájaro. «En realidad –precisaba– todo arte lo es». Sin embargo, después de verlos actuar, no creo que un lienzo en blanco o un bloque de granito exija la dedicación de un azor. Un pájaro vivo, para empezar, requiere no dejarlo morir y, simultáneamente, mantenerlo en forma. El pájaro amansado necesita muscularse, volar todos los días. De otro modo se ablanda, puede convertirse en una semana en una tímida tortolita. Por añadidura, el azor debe conservar la línea. Aumentar diez gramos su peso, a efectos de velocidad y poder, puede ser una catástrofe. Hay, pues, que impedir que los engorde y, llegado el caso, someterlo a una dieta estricta: corazón desgrasado de novilla. El cetrero no puede dormirse; debe convivir con el pájaro. Y, si está casado, también su mujer. Si uno de los cónyuges no es cetrero, la relación sentimental, más que difícil, es imposible. Las aves de presa son en extremo absorbentes.

Pero luego está el adiestramiento. En esta fase, que requiere intimidad, no pueden inmiscuirse terceros. Partiendo de esta base, un hábil cetrero puede amaestrar un ave en cinco o seis semanas trabajando todos los días. Basta este tiempo para aplacarla, sujetarla, someterla a su autoridad.

En la etapa de adiestramiento sobran los mimos y las carantoñas. Quizá sea el ave de presa el único animal que rechaza la caricia. El idilio con el ave debe establecerse a distancia y basarse exclusivamente en incentivos gastronómicos. Nada molesta tanto a estos pájaros como que un ser humano les ponga la mano encima. El arte de cetrería, aparte sus exigencias, es un arte de convivencia, no halagador, pero permanente; un cetrero no puede olvidarse media hora de que lo es.

Pero ¡qué magníficas compensaciones tiene esta dedicación! ¡Qué maravilla ver a estos pájaros desenvolverse en el campo! ¡Qué majestad la del halcón cerrando círculos en el cielo al acecho de la perdiz! El halcón no ignora que su poder reside en el picado (jamás podrá atrapar a una patirroja en vuelo horizontal), y que una vez

fallado el primer intento es bobería proseguir; habrá que esperar otra oportunidad. Por su parte, la perdiz acurrucada en el surco, aterrorizada, sabe que si logra librarse del primer ataque habrá vencido. De ahí la emoción del asalto, el picado electrizado del halcón, el vuelo vibrante de la perdiz en fuga, buscando cobijo en minúsculos accidentes (un cavón, un cardo, un majano) hasta sobrevolar la ladera donde cualquier carrasca puede representar la vida. La embestida vertical es tan rauda que con razón puede calificarse de altanero al halcón. Su eficacia está arriba, en lo alto, en las nubes. Posado en el lomo del surco es un pájaro tan inofensivo como una paloma.

El azor, de mayor tamaño, ojo amarillo glacial, es otra cosa. Entra mejor al pelo (rata, conejo, liebre) que a la pluma. Las demostraciones ante el conejo movido con hurón resultan apasionantes. ¡Soberbia estampa la del cetrero, el pájaro acechando el bardo desde el antebrazo! Su concentración es tan intensa que diríase que escucha el tantarantán del conejo soterrado. Y, tan pronto asoma en la hura, se precipita sobre él. El conejo se acobarda, titubea, se resiste a campear, busca un agujero en el mismo vivar donde guarecerse, y, en último extremo, si no lo encuentra, apelará a la carrera, regateando entre jaras y tomillos. Mas rara vez le servirán estas tretas para despistar al azor, que sólo fallará la acometida si es macho (el macho, de menor envergadura que el conejo, carece de la fuerza y la seguridad de la hembra) o si la persecución se realiza cuesta arriba, donde suele ser burlado por la inercia. En llano o cuesta abajo inapelablemente atrapará al gazapo tras una carrera más o menos larga, nunca excesiva.

Estos duelos azor-conejo o halcón-perdiz responden a una espectacularidad primitiva, un tipo de espectáculo que, a estas alturas de civilización, sólo puede depararnos ya la naturaleza.

El remate
8 de febrero de 1987

Cerramos esta desgraciada temporada en El Atizadero, la finca de los Royo Villanova en la cara norte de Gredos, en el valle del Gaznata. Hablando con mayor rigor despedimos allí, con la disculpa del jabalí, nuestros domingos camperos. Por mi edad me correspondió llevar la pestaña de la ladera, pero sin resultado. Esto es, no vimos jabalíes. El único de la mancha lo levantó el gozquecillo de un pastor al poco rato de pasar nosotros, donde la mano no alcanzaba. Hace un año, apostado en un canchal, en este mismo cazadero, vi dos soberbios cochinos que entrizados por Alejandro y mis hijos se salieron del gancho a cien metros de mi puesto. Aquellos animalotes arruando, desconcertados, constituyeron para mí una novedad insólita. La finca es muy jabalinera. Hace unas semanas, los Royo pequeños, mano a mano, abatieron cuatro cazando al salto como está mandado. Hoy, los bichos no rompieron, pero el paseo bajo el primer sol piadoso del invierno, entre los añosos enebros que amueblan la finca, fue realmente agradable. A mediodía, Mina Payá nos obsequió con una sabrosa paella, digno colofón de una jornada plácida e incruenta. Así cerramos una temporada que esperábamos brillante y ha resultado un desastre. El saldo final habla claro al respecto: treinta y nueve perdices, veintiséis conejos y nueve liebres, que repartidos entre cinco escopetas y siete jornadas de actividad hacen una cifra más bien ridícula.

Rumores contradictorios
15 de marzo de 1987

Una noticia alarmante: según un equipo de biólogos franceses, la perdiz española padece viruela aviar, enfermedad epidémica de muy difícil tratamiento en una gallinácea silvestre. ¿Cómo hacer llegar a un pájaro tan desconfiado el medicamento? Distribuir bebederos por toda España y disolver la medicina en ellos ya sería problemático pero, según dicen, el remedio resultaría tan inútil como arar en el mar. Es preciso inyectarlo; el medicamento hay que distribuirlo pájaro por pájaro. ¿Y qué técnica emplear para capturar a estos bichos tan suspicaces? Tonterías. Tal vez podría llegar a hacerse en una proporción exigua pero ¿cómo aplicarlo al grueso de la población perdicera? Sin embargo, los técnicos de la Jefatura de Caza y Pesca de Burgos disienten de sus colegas franceses, rechazan la idea de una enfermedad infectocontagiosa y culpan a la sequía de la merma de perdices en Castilla. ¿Simplemente por sed? No exactamente por eso. A su juicio la sequía habría determinado la crisis por dos vías diferentes. Primera: provocando la muerte de la fauna insectívora esencial para la dieta de la perdiz en los primeros meses de vida y, segunda, impidiendo la disolución de los granos de abonos y herbicidas que, acumulados en los buches de los pájaros, podrían llegar a ser letales. Explicación sensata sin necesidad de recurrir al expediente de la viruela aviar.

El galgo
12 de junio de 1987

Otro procedimiento de caza que no varía con los tiempos es el de la caza de liebre con galgos. He aquí otro sistema que no precisa de armas de fuego. Con el de cetrería, es método incruento en el que, antes que la resistencia del hombre, se ponen a prueba los recursos de dos animales: el predador y su presunta víctima. De ahí su carácter de duelo natural y la depurada belleza del lance. El hombre que caza utiliza a veces ardides que merman las defensas de la pieza, pero en la caza con galgos actúa simplemente de árbitro o espectador. Como en la cetrería, aquí se enfrenta un animal a otro, un instinto ofensivo a otro defensivo. Lo propio de la liebre es correr. La constitución física del galgo lo impulsa, asimismo, a la carrera. La emoción de la pugna deriva, entonces, de un doble juego de estrategias, el que despliega el galgo para prender y el que articula la liebre sobre la marcha para evitar ser prendida. El galgo es animal desmañado, bobalicón; no sabe por dónde le da el aire. Por sí solo es incapaz de detectar la liebre; hay que cantársela. De esta manera, el aliciente del lance empieza y termina con la carrera. En líneas generales, puede afirmarse que el aguante físico del perro es superior al de la liebre, por lo que, en una persecución sin accidentes, aquél debe terminar por hacerse con la presa. Pero la liebre, más ágil y avisada, crea dificultades donde no las hay, le basta una simple piedra para dar esquinazo al can. Por eso el galgo quiere espacios abiertos por delante, y la liebre perdederos. Sus aspiraciones son opuestas. Esto no impide que, en ocasiones, un matacán fibroso y musculado por años de carreras acabe reventando literalmente a un lebrel de raza (lo he visto con mis propios ojos), o un galgo ingenioso enganche a la liebre en plena espesura. Este duelo, bello de por sí, puede resultar aún más vistoso debido a la multitud de argucias que ambos contendientes suelen improvisar en la carrera.

Pero ahora parece que la presión de las escopetas está reduciendo la población lebrera y los galgueros se lamentan de que cada día hay menos terrenos donde practicar este lance. Realmente la liebre frente a la escopeta no tiene defensa, aunque ella la confía al mimetismo y la velocidad. La liebre encamada deja muchas veces que el cazador pase sobre ella sin saltar. Y, cuando salta, corre desalada aunque siempre a velocidad inferior a los perdigones. Por otro lado, el perro detector, el perro con nariz, puede dar al traste con su recurso del mimetismo. No la ve, pero la huele. Y tarde o temprano acaba localizándola. Entonces, en un noventa por ciento de los casos, la liebre, animal de mucho bulto y de carrera lineal, acaba sucumbiendo al disparo. Y si

esto es incontestable y las escopetas van en aumento, es obvio que la rabona va a pasarlo muy mal de no dictarse alguna norma protectora. Pero ¿qué medidas de protección cabe dispensarle a la liebre a estas alturas? Aunque parezca mentira existe una muy discreta y sencilla que se deduce de lo que llevamos dicho: destinar unas hectáreas de cada coto a la caza con galgos, prohibiendo la entrada a las escopetas o reduciendo la actividad de éstas a la volatería, bajo sanciones que duelan. Esta fórmula ya rige espontáneamente en muchos términos de la Castilla de Campos (en nuestro coto de El Bibre, sin ir más lejos). Es decir, la cohabitación de galgueros y escopeteros que propongo no es nueva. Pero hay otros lugares en los que la insaciabilidad de las escopetas y su mayor número les llevan a ahogar las expectativas del cazador de lebrel. Y es precisamente en estas zonas donde la supervivencia de la liebre corre peligro. Entonces se me ocurre que imponer como obligatoria la medida apuntada tendría una doble eficacia: preservar a la liebre y conservar uno de los procedimientos de caza más antiguos y deportivos, el único, con la cetrería, en el que ni la trampa ni el arma de fuego imponen su ley.

Nueva temporada
15 de agosto de 1987

Calor, mucho calor; un calor insoportable. Esto quiere decir que el chajuán todavía puede ser noticia en Castilla en el mes de agosto. Algo está sucediendo en la meteorología de un tiempo a esta parte. Y no me refiero a los grados –más de cuarenta a la sombra y veintiún de mínima– sino a ese extraño fenómeno de la nube rojiza y ardiente con lluvia de barro en sus desahogos. Nube africana, dicen, y tal vez sea cierto, pero no lo es menos que su presencia en la meseta no es fenómeno habitual. La víspera de la apertura cayeron en Valladolid dos chaparrones de lodo, un lodo pegajoso que emporcó carreteras y automóviles. La refrigeración nocturna, que suele producirse aquí coincidiendo con la Virgen de Agosto, no se produjo este año, antes bien, de madrugada, la temperatura no bajó de veintiún grados. Esta circunstancia no sólo influyó en la conducta de las aves, sino en el rendimiento de perros y cazadores, que a las diez de la mañana ya no podían con su alma.

–Total, que les pintó mal a ustedes la apertura.

En efecto; en los campos de Tordesillas, donde abrimos la temporada, no pintaron oros. Se había especulado mucho sobre la abundancia de codorniz pero luego llegó el tío Paco con la rebaja, de forma que, sin ser una apertura aciaga, tampoco resultó la excelencia que algunos pregonaban. Distingamos: para aquellos que disfrutaron del privilegio ilegal de patear regadíos con frutos pendientes, las perchas fueron lucidas, pudiendo llegar a las tres o cuatro docenas por barba. Pero para el cazador de rastrojo (interminables rastrojos sin pajas, segadas por la base de las cañas) la jornada, salvo alguna excepción, fue prácticamente nula. En suma, volvió a repetirse lo que viene siendo norma en la Castilla llana desde la concentración parcelaria y la expansión del regadío: el que tiene acceso a la humedad se divierte; el que no, apenas levanta pájaro. Esto hace pensar que la codorniz, por mor del bochorno, se va convirtiendo en un ave acuática, una especie de becacina de pico romo, que en los campos encharcados apeona de noche hasta el rastrojo para llenar el buche y antes del crepúsculo ya está de regreso, a la fresca, haciendo la digestión. La prueba de lo que digo está en la jornada de ayer. Mientras la cuadrilla divagó por las pajas, no tiró un tiro. Tan sólo cuando un campesino que regaba un patatal nos invitó a patearlo, hicimos dos docenas de pájaros en poco más de una hora. Pero a las diez de la mañana, con treinta y tantos grados a la sombra y sin otro patatal en perspectiva, se había terminado el cacerío. Cacerío singular

en mis anales cinegéticos, con fango hasta el ombligo, sin rastros para los perros, con codornices inquietas, que apenas podían arrancar debido a la espesura.

Las grandes extensiones de cereal, sin linderas, arroyos, ni morenas, han dejado de ser el cazadero ideal de codornices en Castilla, en especial los veranos en que, como éste, aprieta exageradamente la canícula.

Codorniz de montaña
23 de agosto de 1987

La querencia actual de la codorniz castellana hacia la media montaña es un hecho incontestable. Las breñas, el helecho, las aulagas que bordean las hazas de cereal le entusiasman. Y la atracción no es de hoy. Hace años que este pájaro, al perder la protección que antaño le brindaba la llanura –lindes y perdidos–, se hizo montuno. De ahí que ayer, en los páramos de Sedano, no me chocara tanto que hubiera codorniz como su abundancia. La víspera realizamos la inspección obligada y las calas fueron todas satisfactorias: tanto en Mozuelos como en Barrio, como en Fuente Pecina, había más codorniz que en cualquiera de los quince años anteriores. Así que al día siguiente madrugamos y la primera luz sorprendió a la cuadrilla en los altos de Mozuelos, unos suculentos canteros de trigo, abrigados por unos centenos pinados, aún por cosechar. Dada la frescura de la mañana el pájaro rompió bien en las siembras y en el monte. La Fita, que ya mostró buenas maneras para el conejo, confirmó su fina escuela y dio un curso de bien cazar. Sujeta, muestra y cobra como un adulto. Un vicio tan sólo, fácilmente corregible: su afición a los pollitos tiernos. No obstante, como tres perros para cuatro escopetas no es proporción aconsejable en la codorniz y el viejo Coquer, en compañía, se acompleja y propende al parasitismo, nos dividimos, y mientras Juan y Luis marcharon a Barrio, con Grin y Coquer, Adolfo y yo permanecimos en Mozuelos con la Fita. La perra siguió entonada hasta mediodía, si bien lo escabroso del monte y el centeno pinado la llevaron a perder algunos pájaros. Con todo cobramos dos docenas y media, proporción ideal, ya que la codorniz excesiva sacia, y la escasa, aburre. Uno debe cazar las codornices que es capaz de almacenar en la memoria. La cazata de ayer dio la medida ideal: un pique de la perra cada cinco minutos. Una jornada fruitiva y rentable. Adolfo y yo evolucionamos pausadamente, con método y disciplina, al ritmo del can, sujetándolo cuando pretendía salir de naja. La soledad, el silencio, el delicado aroma del campo, me ayudaron a encontrar en la caza de la codorniz el inefable encanto de antaño, ese arcano de placer que no siempre proporcionan cacerías de mayor enjundia y que ya tenía casi olvidado.

Perros
27 de agosto de 1987

Dos nuevas cazatas han venido a confirmar los buenos presagios de la desveda en el norte. Pese al minucioso peinado del domingo por parte de setenta escopetas, los reducidos cazaderos de Sedano siguen mostrándose obsequiosos. Anteayer colgamos treinta y tres pájaros y veinticinco ayer. Esto no se veía en Castilla desde los Beatles. A pesar del botín, el negro Coquer volvió a demostrar que no está hecho para cazar en compañía. Desconfía de su nariz (que no es mala) y se apunta a la de sus compañeros, a quienes espía, persigue y rompe las muestras tantas veces como la ocasión se presenta. Él solo es un can con vientos, tesonero y práctico, enormemente eficaz. Eso sí, si encuentra un rastro, no hace parada ostentosa, apenas un mínimo movimiento de sorpresa, agita el rabo, husmea las pajas, da tres o cuatro vueltas sobre sí mismo hasta que la codorniz termina por arrancar. Abarca mucho campo y da la impresión de perro apisonadora, que no deja nada atrás. Lo contrario del viejo Grin, pinturero e inseguro. Sus muestras son antológicas, de un academicismo formal. La belleza plástica de sus paradas constituyen un recreo para la vista, pero cuando se le incita discretamente a que entre a por el pájaro, se muestra sorprendido, renuente; no hace ademán. El cazador, nervioso, lo acosa, pero él continuará inmóvil, tieso, la cabeza gacha, la boca entreabierta, babeando. Finalmente, el cazador se impacienta y hace lo que quizá no debería hacer nunca: anticiparse, dar un puntapié al tomillo o a la morena donde presiente se oculta la codorniz. En ese momento el Grin dará un salto sorprendido de que el pájaro no vuele, olisqueará, irá y volverá sobre sus pasos, visiblemente desconcertado, y, como remate, mirará a su dueño con un deje de reproche en sus ojos: le ha estropeado la operación. Pero si la codorniz levanta y el cazador la derriba, el viejo Grin retornará al academicismo, la tomará suavemente entre sus fuertes mandíbulas y la portará dócilmente hasta la mano del matador. En cambio, si transcurridos cinco minutos el ave no vuela, será mejor dejarla: el pájaro se le ha corrido y habrá que olvidarse de él hasta otra ocasión. Pero si la maleza no es exagerada, la nariz del Grin no perdona. Tarde o temprano dará con ella, consumará el proceso con su habitual maestría. Si algún extraño lo observase en una de estas faenas, con su perfil de medalla y su temple de perro sabio, no dudaría en ofrecer un cheque en blanco por él. En cambio si lo viera vacilar en los rincones espesos, en pleno desconcierto, nadie ofrecería dos reales. El Coquer, con sus maneras más o menos

ratoniles, barre el campo; el Grin, con su indecisión, despierta la duda de si no se irá dejando la caza atrás. Son dos concepciones de la caza: perro figurín frente a perro operativo. El ideal sería una mezcla de los dos pero no podemos cruzarlos. Y lo peor es que los defectos se acentúan con la edad. La premiosidad juvenil del Grin se hizo lentitud en la madurez, para terminar siendo inoperancia en la vejez. Esto explica que Juan, aparte de su calidad como tirador, mano a mano con su Coquer, levante y derribe el doble de codornices que cualquier otro miembro de la cuadrilla auxiliado por el Grin. Claro que, hoy como ayer, la identificación hombre-perro, la convivencia diaria, el mutuo conocimiento, es un factor esencial que es necesario tener en cuenta.

Paisajes
3 de septiembre de 1987

Cazar codornices en el alto de Masa tiene su aliciente. Sumados siembras y herbazal, el cazadero no tendrá arriba de cuarenta o cincuenta hectáreas, pero la escarpa de su lado oeste permite que la codorniz en fuga sobrevuele el robledal planeando como una minúscula ala delta. Miguel y yo pateamos ayer tarde este cazadero y, aunque parezca mentira, en el cogollito de cebada y centeno, con maleza en los costados, no levantamos pájaro. La codorniz estaba en la vecindad del monte, agrupada, táctica inteligente, pues de tres codornices que se descuelgan simultáneamente sobre el robledal pueden escaparse dos. Y ayer no sólo ocurrió esto sino que encima perdimos otras dos, abatidas entre las primeras carrascas del arcabuco. Luego, Miguel, que hasta ese momento había tirado mal, hizo una demostración, más propia de una película de Búfalo Bill que de un cacerío de codornices. Apenas cobrado un pájaro, volaron otros dos que sujetó en un doblete fulminante y, mientras cargaba, una cuarta voló a sus espaldas, repinada sobre el monte, y él, serenamente, cerró la escopeta, la encañonó y la derribó en lo espeso. El viejo Coquer puso la guinda a la tarta cobrándola al primer intento.

Hoy subí al Pico Toralvillo con Germán. Apenas vimos codornices. Yo tiré tres tiros cuando el promedio de estos días era de una docena. Al fin se acusa la presión venatoria sobre estas hazas y quizá los primeros desplazamientos migratorios. Ya iba siendo hora, porque las tardes van acortando y la codorniz anda ya nerviosa. A cambio gozamos de una panorámica inigualable. Desde la cresta del Toralvillo (la prominencia más alta de la zona) se dominan las desnudas estribaciones cántabras, sus profundos valles verde oscuro y, en la línea del horizonte, la cadena de plegamientos (Espigüete, Curavacas) que flanquean los Picos de Europa. La luna llena, en el crepúsculo, proporcionaba al anfiteatro geológico un sobrecogedor aspecto fantasmal. La excursión, aun con su acceso peliagudo, bien merece la pena.

Un año excepcional
9 de septiembre de 1987

El mano a mano Grin-Coquer muestra cada día una faceta divertida, la extraña combinación entre la vistosidad y el aristocratismo del primero y la eficacia estajanovista del segundo. El Grin es el detector, el barroco perro de muestra, la nariz; el Coquer, el buscón, el levantador de piezas ajenas, la tenacidad. La conjunción no es mala. Con su arrimo al prójimo y su movilidad eléctrica, el Coquer interrumpe constantemente las muestras esculturales del otro. Su táctica es digna de estudio. Con el ojo derecho sigue su parcela, mientras con el izquierdo observa a su compañero para meterse en su terreno tan pronto observa el más leve pique. Aspira a granjearse nuestro favor levantando lo suyo y lo ajeno; pretende engatusarnos. Pero como no es perro de muestra, sino rastreador, no se para. Ante la codorniz olfateada se limita a hacer con la cabeza un leve movimiento de repliegue, antes de arremeter contra ella agitando nerviosamente el rabo. El grado de agitación del rabo indica la proximidad de la pieza. Nunca aguarda, lo que obliga a la escopeta a ir pendiente de él e impedirle que se alargue. El duelo Grin-Coquer hay días que anima la excursión y da buenos resultados. Uno muestra; el otro levanta. Ayer hicimos trece pájaros entre dos. Con este cacerío, bien a mi pesar, cierro una media veda como no recuerdo otra en los últimos tres lustros. A ojo de buen cubero, la familia habrá cobrado de doscientas cincuenta a trescientas codornices. Y yo solo más de setenta que, repartidas entre diez paseos (nunca de más de tres horas), hacen un promedio diario de siete-ocho pájaros, que no está mal.

Buenos augurios
20 de septiembre de 1987

Jesús Reglero nos invitó a ver volar los halcones en El Bibre, pero el tiempo está tan pesado (se ha reproducido el bochorno africano de la media veda) que no me sentí con fuerzas y me quedé en casa. Reglero se muestra muy optimista respecto a la cría de la perdiz. Según él, la población del coto, tan mermada la última temporada, puede darse por reconstruida. Soy perro viejo y no me fío de las apariencias. No dudo que la cría habrá ido bien pero la aparente abundancia puede irse al traste en cuatro días, pues ya es sabido que los pollastres del año se inmolan cándidamente a las primeras de cambio y, llegado el invierno, podríamos encontrarnos con los bandos tan diezmados como la temporada pasada. Su optimismo coincide, sin embargo, con las revistas del ramo, que anuncian una cría excepcional. Una vez más se confirma el viejo dicho de que la caza sigue al campo; a buena cosecha, buena cría. Mejor es así. Adolfo, que frecuenta la zona sur de la provincia en automóvil, habla de bandos de veinte y hasta de treinta unidades en diferentes estadios de desarrollo, lo que equivale a decir que hay hembras que han hecho dos puestas y, por añadidura, generosas. Nuevas normas para El Bibre: límite de cuatro perdices por día y escopeta y tres semanas de veda voluntaria en Navidad. Reglero *dixit*. Al lado de estas restricciones una liberalidad discutible: cada cuadrilla podrá cazar el sábado el mismo cuartel que le corresponde batir el domingo. Después de la grave crisis pasada, se me antoja demasiado riesgo, aunque siempre existe la posibilidad de dar marcha atrás si el cazadero se resiente.

Buena percha
21 de octubre de 1987

Bueno, esto es lo que hay. La incógnita empieza a despejarse. Y, como de costumbre, a unas cuadrillas les fue bien, a otras regular y a otras mal, el día de la apertura. Faltan datos para completar la información, pero El Bibre está lejos de ser el gallinero que fue. La crisis pasada fue tan profunda que una cría abundante no es suficiente para recuperar lo perdido. Más o menos, entiendo que lo acaecido en El Bibre puede dar la pauta de lo ocurrido en otras partes. Y lo ocurrido aquí es desconcertante: una cuadrilla de siete escopetas abatió once perdices, y otra de cinco, el doble. En conjunto se cobraron setenta perdiganas, cifra muy superior a las veinticinco del año pasado y bastante inferior a las de los primeros años de la década, que rebasaban con holgura el centenar. Ahora bien, no hay que olvidar que hogaño se ha retrasado medio mes la desveda, lo que quiere decir que en la apertura el pájaro está más hecho y el clima más fresco, esto es, la perdiz está en mejores condiciones de defenderse. Habrá que cotejar nuestras impresiones con las de otros términos antes de determinar si el año es bueno o no lo es. Así, al pronto, teniendo en cuenta la poca semilla que quedó el año pasado, la apertura es cuando menos esperanzadora.

La cuadrilla cazó en el cuartel de La Mambla, ladera de pimpollos y mata esteparia, muy querenciosa para la perdiz. Para obviar las cárcavas y el guijo, el viejo cazador optó por faldear la cuesta y en la primera hora y media, salvo los gazapillos que pululaban en torno a los vivares, no vio pieza. En Santa María del Campo, terreno más bravo que éste, la perdiz achuchada en la ladera volaba a la vega, con lo que la escopeta faldera, aunque a pájaros solevantados, tenía oportunidad de traquear. La perdiz tordesillana, en cambio, tiene otras mañas. Vuela por derecho, se retranquea o se escabulle en el páramo a peón; casi nunca tira a los bajos sobrevolando la mano (tal vez algo más en el cuartel de Valmoro, con otra ladera enfrente). De ahí que el cazador faldero rara vez tendrá una oportunidad antes de alcanzar el cerro cónico, la mambla que da nombre al cazadero. Una vez en él ya es otra cosa. La mambla es refugio de perdices acosadas, pero no es fácil de cazar supuesto que el pájaro se vuelve repentinamente contra las escopetas o busca la ladera aledaña rodeando el cerro. Consciente de sus ardides, el viejo cazador, colocado en el paso entre las dos cuestas, derribó dos perdices, la primera como un ciclón a saque de escopeta y, la segunda, bajera, planeando sobre los terrones, larga, recreándose en la suerte. En el último tramo del cuartel, derribó otra y, poco más lejos, una cuarta, junto a un arroyo escuálido, pero

enmarañado, que ni la Fita ni el Bill, el perro de Reglero, con la nariz acartonada, fueron capaces de encontrar. Con la perdiz actual, resabiada y nerviosa, es difícil hacer un buen perro perdicero. Los nuestros desde luego no lo son. Basta como prueba esta perdiz alicorta que antaño hubiera cobrado un cachorrillo de seis meses. Menos mal que los chicos traqueaban arriba y, al fin, consiguieron la percha de veinte perdices que autoriza el reglamento.

El Curto
28 de octubre de 1987

Reglero, Manolo y yo dimos una vueltecita por el monte Curto, en Villabrágima. Este monte forma extensa mancha con otros cinco, entre ellos el de Villagarcía, donde don Juan de Austria se encontró con su hermano Felipe II en 1559. Aunque cinegéticamente poco rentable, el paseo me resultó sumamente evocador. Y no por su carácter histórico sino porque me ayudó a reconstruir mi infancia, a la vera de mi padre, en el monte de Valdés. Nada faltaba en el escenario: matos densos, calveros, caminos de arcilla encharcados, bogales, bellotas y gallaritas. Mejor dicho, sólo faltaba una cosa, el protagonista, el conejo. En dos horas no vi más que uno al que la maraña me impidió tirar. Desconocedores del sardón y de las atalayas que lo delimitan, nos extraviamos y aparecimos en el monte de San Luis, de mi amigo Antonio Braun, donde unos colegas nos orientaron para regresar al coche.

Aculado en el abrevadero encontramos al señor Miguel, el bichero de Tordehumos, quien, auxiliado por sus dos perritas, se brindó a darnos él solo (uno contra tres) unos ganchitos, experiencia curiosa que nunca había vivido. Pero el señor Miguel conoce al conejo; le apuntó el bigote cazándolos, y sabe que hay que batirlos en corto, ya que, de otro modo, se embocan, se amonan o se escurren en diagonal. Sabe, también, que al conejo hay que entrarle con naturalidad, sin voces, hablando con uno mismo o con los perros («¡Ahí está!; ¡aj, aj, aj! ¡Tráelo, Queti, perrina!»), sin truculencias, ni desmadres. Con técnica tan elemental cobramos tres gazapetes (uno por barba) en lo más cerrado del monte, y una liebre yo, una liebre del año («¡Ahí está!; ¡aj, aj, aj! ¡Tráela, Queti, perrina!»), grandota, para redimir el parco morral. A las dos bajamos a comer y allí dejamos al bichero, encorvado, la boina capona en la cabeza, una colilla apagada entre los labios y la esperanza en los ojos.

–¿No viene usted, señor Miguel? Le bajamos.

–¡Quite! Yo me quedo un rato a dar otra vueltecita.

Con sus setenta años a cuestas, el señor Miguel sube andando desde Tordehumos –ocho kilómetros– y al caer la tarde, después de seis horas pateando el monte, regresa al pueblo en el mismo medio de locomoción. La fibra de estos cazadores rurales es admirable.

Tiros contados
1 de noviembre de 1987

Una confidencia: servidor tira mejor cuanto menos tiros tire. La cosa parece un trabalenguas pero es la pura verdad: pocos tiros, muchos blancos. Ejemplo: el domingo pasado vacié la canana y colgué cuatro perdices. Hoy tiré siete cartuchos (a pluma solamente cuatro) y derribé tres perdices y una codorniz (los otros tres, a tres conejitos diabólicos, más vale olvidarlos). Este aparente contrasentido tiene una explicación. Si tiro mucho, suelo hacerlo antes de sujetar la pieza, apresurado, pensando en la que vendrá detrás, en plena exaltación pirotécnica, de manera que el común denominador de estos disparos es la imprecisión. Por contra, si las piezas surgen espaciadas, uno apunta a una diana muy concreta, toma los puntos con tranquilidad y oprime el gatillo en el instante que debe hacerlo. No es lo mismo disparar sobre una perdiz aislada que sobre una de un bando. En la primera no hay dudas; ante el bando la escopeta sensible titubea y se desconcentra. En resumen, a mí no me va la abundancia de caza y, en consecuencia, con diez disparos puedo hacer más daño al campo que con treinta. El maestro Ortega y Gasset ya nos habló de la escasez como justificación de la caza. A la opinión de Ortega –muy atinada– yo añadiría otra: el cazador nervioso tirará mejor cuanto menos le apremie el medio; esto es, cuanto más chorreaditas le remita las piezas. Ni excesivas, ni muy pocas, ésa es mi idea. Hablo de mí, puesto que conozco tiradores a quienes no azora nada la abundancia, se concentran lo, mismo ante un bando de doce perdices que ante doce perdices repartidas a lo largo de la jornada.

Concentración aparte, la cacería de ayer confirmó que no hay tanta perdiz como se creía. No abundan aunque están juntas. De esta forma puede transcurrir una hora sin ver una e, inesperadamente, volar cincuenta. Así ocurrió ayer con un bando disforme que marchó al páramo y voló tan largo, que lo perdimos de vista. A partir de ese momento cazamos la ladera sin fe, conscientes de que aparte los cuatro conejetes que saltaban en las pausas, en las cuestas no quedaban ni dos docenas de perdices. Previsión acertada. La cuadrilla, después de moverse arriba y abajo, de acelerones y frenazos, no colgó más que ocho perdiganas. La anécdota la deparó la codorniz que mostró la Fita en un chaparro. Su dueño, que esperaba el conejo, le soltó los dos tiros precipitadamente, le tiró luego Juan, en las quimbambas, y, finalmente, tras un larguísimo vuelo, me entró a mí, en la otra punta, y acerté a bajarla con el derecho. Un pajarote grande, aunque magro, densamente emplumado, equipado a modo

para invernar en la meseta.

El bocacerral
15 de noviembre de 1987

El término es castellano y se refiere al puesto inmediato al más alto de la ladera, el anterior a la cumbre. Inquilino del bocacerral es, pues, aquel que está a punto de asomar al páramo pero no asoma, se queda en la antesala; parece que va a irrumpir pero no irrumpe. En las empinadas laderas castellanas este puesto es más sacrificado que los falderos, más inestable, pero también más agradecido porque la perdiz rompe ahí y la escopeta disfruta de mayor visibilidad ya que el pinabete a estas alturas, con poco suelo, crece desmedradillo, en tanto los de los bajos son más altos y frondosos. Esto ya anticipa que, cuando uno camina por la falda de la ladera, los árboles no le dejan ver el pájaro, mientras en el bocacerral, uno se siente rey del mundo, domina el cielo y la tierra y, aparte el riesgo de los guijos sueltos, puede apuntar cómodamente y foguear de cerca y de lejos. Ayer, en la Fuente de los Santos, cansado de faldear sin tirar un tiro, me encaramé al bocacerral, con Manolo arriba y Germán de centro y, desde esta posición privilegiada, derribé tres perdices de esas que colman nuestra vanidad de tiradores conspicuos. La primera cruzada, sobre una rampa de tomillos, al coronar un caballón; la segunda en la pimpollada, revolviéndose contra la mano, repinada y alta, y la tercera, con el viento de cola, en una irrupción ruidosa, muy revolucionada. A esta última, aunque tiré rápido, sólo le toqué el ala, de tal manera que Adolfo, que caminaba con la Fita por los bajos, tuvo que correr medio kilómetro para cobrarla. (Desde arriba pude contemplar la operación con todo lujo de pormenores). Un hecho evidente: si en las cuestas derribamos ayer alguna perdiz fue gracias a la abnegación de Juan, que llevó el navazo y empujó a los pájaros a la ladera, su defensa obligada. Pero estos hijos míos tienen las piernas de acero, pues Juan no sólo no se entregó tras cuatro horas destripando terrones, sino que cansó a alguna perdiz suelta y, aunque largas –y, en ocasiones, larguísimas–, abatió media docena. Un buen día y un copioso botín: doce perdices, siete conejos y dos liebres. Sólo faltó la sorda que Germán voló el otro día y hoy se resistió a comparecer.

La pardilla
19 de noviembre de 1987

Me rajé. La invitación de Rafael del Pozo para cazar la perdiz pardilla en la montaña palentina era sugestiva pero me dieron miedo las cuestas (luego resulta que las subieron en coche) y me fui con Manolo a El Bibre a tirar unos conejos. Empeño vano; no había conejos. Es decir, había dos, pero al cobrar el mío comprendí por qué no había conejos en superficie: tenía el pelo empapado como una esponja. En estos pagos la niebla meona apenas se percibe pero moja. Y el conejo, como el gato, rehúye el agua. La odia. Al conejo le gusta encamar en los abrigaños bajo el sol de membrillo. Pero si el suelo está húmedo, se guarece en casa y aguarda a que seque. Manolo y yo nos dimos, pues, un paseo higiénico pero nada más. Los chicos, en cambio, lo pasaron bien en Fuentes Carrionas. Se divirtieron de lo lindo e hicieron carne: trece pardillas. Parecerá increíble pero nunca tuve oportunidad de cazar este pájaro (únicamente en Riocamba, en la montaña leonesa, vi un bando una vez), por lo que escuché con avidez las noticias de mis hijos. La pardilla, como la roja, divaga en bandos, pero, al posarse, se disemina entre las escobas, de tal modo que en la cacería hubo momentos en que los siete perros de Rafael del Pozo estaban simultáneamente de muestra sin estorbarse uno al otro. Siete novias para siete hermanos; un bando entero controlado por las narices de los canes. Y como la pardilla no levanta mientras no azucemos al perro, el cazador siempre llega a tiempo. Tamaña resistencia al vuelo comporta un riesgo: el de su extinción. En un próximo ayer a esta perdiz la defendía la altura; hoy ya no. Hoy la montaña, como el llano, es un trenzado de caminos que la deja siempre al alcance del jeep. De ahí que se necesite un sano espíritu deportivo para enfrentarse con ella. Por ejemplo, el de Rafael del Pozo: jamás acaba con un bando, me dicen; lo recorta pero nunca lo liquida. Siempre deja semilla. Sabe que en las dos o tres parejas que indulta de cada bando está el futuro, la pervivencia de la especie. Ejemplar. Pero ¿puede elevarse a norma esta actitud? ¿Hacen todos los cazadores lo de Rafael del Pozo?

El perro ajeno y el reventón
26 de noviembre de 1987

Pasé la mañana con la Fita en el cuartel de Valmoro pero la perrita no cazó el conejo con la pasión y sabiduría con que suele hacerlo cuando caza con su amo. Los perros son especiales. La Fita y yo nos apreciamos, pero no sé mandarla; desconozco los resortes de la autoridad y ella lo sabe. La autoridad con un perro de caza se basa en un repertorio de miradas, gestos y monosílabos que no pueden improvisarse. Cada momento requiere uno determinado y yo los ignoro. Únicamente quien convive con él lo entiende y se hace entender. Por eso fue inútil que me empeñara en meter a la Fita en vereda. No estaba por la labor. El animal andaba a su aire y mis indicaciones y amenazas no servían de nada. Tampoco quiso cantar a ladrido limpio la arrancada del conejo, como es su costumbre. Se limitó a hacer unas muestras, pero por su cuenta y riesgo. Si yo llegaba, bien; si no llegaba, también. Y, además, agradecido. A veces se alargaba y con mis voces y silbidos ponía en guardia a todos los conejos de la ladera. Yo no sé qué hubiera hecho hoy con un can dócil y bien mandado ya que, en una hora, y sin entenderme con el perro, revolqué tres gazapos y una liebre. Pero con el último conejo ocurrió algo especial: la explosión del disparo resultó excesivamente tonante y ensordecedora, como hueca y a cielo abierto. Tras el examen superficial del arma no advertí nada pero, al intentar cerrarla, comprendí que no era posible hacerlo. Caños y culata andaban cada uno por su lado. La junta había reventado y estaba descoyuntada. Si hubiera doblado al último conejo tal vez se hubiera producido un accidente. A Dios gracias no hubo necesidad. Estos percances son relativamente frecuentes. Franco, sin ir más lejos, tuvo uno semejante que le dejó la mano como un gurruño. Y hay que imaginar que Franco no cazaría con una escopeta de tres al cuarto. Total, que me vi obligado a interrumpir el cacerío (de buen grado, pues un morral de cinco kilos es demasiado morral) y volverme a casa antes de lo previsto.

La escopeta
29 de noviembre de 1987

Mi amigo Pepe Moral me arregló la escopeta. Parece ser que el tornillo que sujeta los expulsadores saltó con la explosión e inutilizó el arma. Una vez en su sitio, ha quedado como nueva.

Perros hambrones
6 de diciembre de 1987

El Coquer se merendó ayer tarde una perdiz, en la maleta del coche. A pesar de haber comido, se la engulló entera (no dejó más que las alas y la cabeza) y, cuando abrimos el maletero, consciente de su pecado, nos miró desde el borde de los párpados pidiéndonos comprensión. Juan le reprendió y, como se trata de un perro muy sensitivo, es posible que sea suficiente. Nunca nos había ocurrido esto con una perdiz, pese a que las piezas muertas viajan siempre en compañía de los perros. En cambio, recuerdo que el Choc, un animal insaciable, se zampó una vez una liebre de tres kilos. En estos casos, el estímulo es la sangre. La víctima incruenta no excita el apetito del can. De ordinario el animal empieza a lamer golosamente la sangre y, sin propósito previo, la pieza va detrás. Con una pieza sin herida abierta es difícil que esto suceda, de no tratarse de un perro hambrón capaz de merendarse las fundas de la escopeta. Lo prudente es separar perros y botín, pues, como dice el refrán, «entre santa y santo, pared de cal y canto».

Doblete
13 de diciembre de 1987

El fotógrafo Catalá Roca, con quien preparo un libro sobre la perdiz roja, nos acompañó hoy con la cámara (no con la escopeta) a nuestra excursión semanal a El Bibre. Con él llegaron de Barcelona Andreu Teixidor, mi editor, y Concha, su mujer. Por primera vez en varios lustros quebranté mi promesa de no salir al campo con mirones, ya que para mí la caza es soledad y concentración. La presencia de curiosos acaba con ambas cosas, y si encima vienen con la pretensión de inmortalizarme (cámara en ristre), la dispersión es ya absoluta. El hecho de que me apunten con una máquina me inutiliza a mí para apuntar con la escopeta, con lo que estas cacerías suelen degenerar en tertulias peripatéticas sin mayor alcance. Sin embargo, ayer, Catalá Roca, más interesado por el paisaje castellano que por mi persona, me indultó, me dejó en libertad de movimientos y marchó por su cuenta con el editor. Concha Teixidor fue la única que me siguió ladera adelante por el bocacerral. Y lo hizo sin dengues, en silencio, persuadida de que la caza al salto es un duro rito, ajeno a cualquier frivolidad. Pude, pues, cazar un par de horas y en este plazo brindar a mi intrépida acompañante una faena inusual (y en España, por mor del decrecimiento de la perdiz silvestre, cada día lo será más): un doblete, es decir, derribar un pájaro con el cañón derecho y otro con el izquierdo en un mismo movimiento. El vuelo de las perdices se produjo con la diferencia de décimas de segundos, tiempo suficiente para poder encañonar, sucesivamente, a las dos. Y, como con alguna frecuencia ocurre en terrenos minados por los conejos, no cobré más que una, la segunda. La primera se refugió alicorta en una hura ante la impotente mirada de la Fita. Previamente había derribado un gazapete y, posteriormente, desplumé a otra perdiz, con lo que mi gentil compañera de fatigas pudo hacerse idea no sólo del punto de aspereza inherente a la caza en mano, sino de su fascinación y su gracia.

Una liebre de una pedrada
17 de diciembre de 1987

Después de medio siglo con la escopeta al hombro, ayer fui testigo de uno de los lances más curiosos de cuantos me ha deparado mi vida de cazador: Adolfo mató una liebre a la carrera de una pedrada, sin que su perra se enterara de qué iba a la fiesta. ¡Lo nunca visto! Porque la segunda parte es que todo vino rodado, fue una pura chiripa. Quiero decir que cuando mi hijo cogió la piedra y cambió de mano la escopeta no pretendía otra cosa que dar un susto a la liebre y levantarla de la cama. Sin embargo, tan pronto amagó con el brazo, la liebre brincó e inició la carrera y fue entonces cuando Adolfo le lanzó el guijo con la buena fortuna de que le alcanzó la nuca y allí quedó, en el surco, moviendo convulsivamente las patas traseras. Acudió la Fita sorprendida de ver una pieza cobrada sin disparo alguno y acudí yo, testigo de la operación, mudo de asombro. Adolfo recogía ya el lepórido y le propinaba el golpe de gracia con el canto de la mano.

Estas mañas de abatir una liebre de una pedrada o mediante un cachavazo suelen ser temas de conversación entre viejos pastores, pero la verdad es que yo sólo he visto derribar una liebre lanzándole una garrocha a Santiago, el joven guarda de Las Gordillas. También he visto agarrar una media liebre hipnotizándola con una boina desmayada en la punta de un palo. Pero derribarla a la carrera de un cantazo es algo tan insólito que estoy seguro que no volverá a repetirse. El propio Adolfo, autor de la hazaña, se quedó estupefacto de su puntería. En cualquier caso, la anécdota confirma cuán reacias son las liebres a arrancar al paso de una persona. El animal sólo brinca si el perro le acosa, o cuando el cazador se detiene inadvertidamente a su lado. De ahí que, en la caza, saber *ver* una liebre en la cama sea un conocimiento sumamente provechoso.

Cigüeñas madrugadoras
18 de diciembre de 1987

¿Qué les pasa a las cigüeñas de Castilla? Ocurre con ellas un doble y curioso fenómeno: cada vez vienen menos pero cada año madrugan más. Ya no aguardan a San Blas como hacían antaño: «Por San Blas la cigüeña verás». A mediados de diciembre he visto dos pares en los campanarios del pueblo vallisoletano de Mojados, en la carretera de Madrid. La primera pareja en la iglesia de Santa María y la segunda en la torre de San Juan. ¿Qué pinta la cigüeña en el mes de diciembre en la meseta? Supongo que la razón no puede ser otra que el clima (aunque la emigración de las aves suele determinarla las horas-luz): o los inviernos son cada vez más templados o la cigüeña menos sensible al frío. En todo caso parece haber un error, bien sea del clima, bien de la cigüeña.

Los elementos
20 de diciembre de 1987

Bien creí que este domingo no podríamos cazar. El final del otoño no ha podido ser más húmedo y, durante los últimos días, la lluvia, aunque no copiosa, no ha cesado de caer. Las siembras están encharcadas, imposibles para caminar por ellas. Los chubascos insistentes del sábado acabaron con nuestras esperanzas, aunque el domingo, después de una amanecida plomiza, se rasgaron las nubes tras los cerros de poniente y nos pusimos en movimiento. Al llegar a Tordesillas había cesado de llover, aunque hacia el este el cielo estaba negro como barriga de topo. La línea de luz sobre las colinas del cazadero constituía, empero, una garantía y, en esta confianza, cogimos la carretera de La Coruña. El problema se presentó al tomar el carril que conduce a El Bibre, ya que en un repecho insignificante el coche se atolló. Los neumáticos rebozados de greda patinaban, se negaban a avanzar y retroceder. Tan grave se ponía la cosa que optamos por la solución heroica: aparcar el coche a empellones y llegarnos al cazadero a campo traviesa. ¡Qué penosa caminata! El légamo añadía un peso de cuatro kilos a cada bota, y la patada al aire para librarnos de él amenazaba con descoyuntarnos los huesos. Pero para mí el mayor tormento lo constituía la idea obsesiva de que de la misma manera que iba tendría, horas más tarde, que volver. Poco después, en lo alto de La Mambla, la belleza de la perspectiva alivió mi sufrimiento. La Castilla hiberniza, árida y desolada, se dulcifica con la lluvia. Se diría que el agua la lava, la peina, pule sus aristas, la matiza para convertirla en un inmenso tapiz ondulado de diferentes tonalidades de ocre. Los retazos de greda albean en lo alto de los oteros y, a ras de tierra, las aldeas de adobe se recuestan en la cadena azulgrisácea de las colinas. La transparencia del aire es de una pureza irreal y el ambiente tan quedo que los pequeños ruidos de la llanura (el graznido de un cuervo, el ladrido de un perro), que se transmiten desde lugares remotos, sorprenden por su calidez inmediata.

A mediodía cambió el viento, giró al suroeste y sus rachas, aunque no frías, lo parecían al soplar sobre nuestros cuerpos sudorosos. No cacé más de hora y media (el temor de la vuelta al coche me enervaba), tiempo suficiente para derribar una perdiz lanzada sobre el navazo encharcado y fallar una segunda a huevo, entre los pinos. A la una y media, con barro hasta las orejas, llegaba al coche y, dos horas después, lo hacían los chicos con un sorprendente morral: ocho perdices.

Conejos
27 de diciembre de 1987

Cara y cruz. Perdices en Coruñeses por la mañana y conejos en el Curto por la tarde. En mi actuación desigual de esta temporada, ayer me correspondió otra vez la de arena: tiré mal, no cumplí. Y aunque derribé dos perdices de pico, otras tres, facilonas, se fueron sin encajar un perdigón. Y en el monte, donde esperaba desquitarme, no me entró más que una pieza, un conejo, eso sí, en un puesto tan limpio como una plaza de toros, pero lo erré a ciencia y paciencia. Mi nieto Germán, en cambio, aculó el primer conejo de su vida, con lo que ya puede considerarse un cazador. El abuelo viene, él va. En la sucinta liturgia cinegética habrá que interpretar el hecho como una ceremonia de alternativa. Pero el acontecimiento de la jornada lo deparó Juan, quien, en un más difícil todavía, abatió liebre y conejo ¡con una carabina de 9 milímetros! Lo que nos queda por ver.

Decididamente estos ganchitos en monte cerrado no me van. Ni me van ni me agradan; resultan un poco verbeneros, nada esforzados. Yo recuerdo que en los montes de mi infancia los conejos corrían por los calveros habitualmente. No recelaban de ellos. Hoy el conejo se resiste a salir al claro, gazapea por lo sucio, no corre. Este conejo de la postmixomatosis es un bicho desconfiado que no campea aunque lo acosen. Al estar más perseguido y cesar las cortas anuales en los montes de encina, se ha hecho a la maraña y es difícil sacarlo de ahí. Para cobrarlo en un ganchito hay que aguardarlo entre jaras y carrascas y sacudirlo en un descuido. Hay en esto más intuición y mala leche que puntería. Pero uno, que a sus años gusta del campo abierto, de la toma de puntos larga y concienzuda, se obstina en colocarse en lo limpio, con lo que, de no ser una cándida liebre, no recibe visitas, y así ve pasar un gancho tras otro sin disparar la escopeta. Y en las zonas del monte donde no existen calveros y ha de instalarse forzosamente entre la broza, tampoco hace fuego porque los gazapos, en sus divagaciones ratoniles, no le dan tiempo, y, si lo hace, es con retraso y sin convicción. En resumen, el cazador, pasado de fecha como el yogur, espera con impaciencia la reanudación de la caza en El Bibre porque allí, aunque sea a doscientos metros, sí puede al menos hacer puntería y foguear.

El bolo
17 de enero de 1988

Desde hace tres semanas venía opositando al bolo y hoy, finalmente, alcancé la plaza. No maté nada; regresé con lo puesto. Y Adolfo, que venía siendo esta temporada el tirador más regular de la cuadrilla, me acompañó en la adversidad. Y aunque quedarse bolo sea un revés cada vez más frecuente, uno está mal enseñado y no se acostumbra a ello. Mi amigo el doctor Ortiz, con su proverbial buen sentido, afirma que el bolo es una cosa que siempre duele. Tiene razón. Y duele más a medida que pasan los años. De joven hay disculpas para justificar un mal día y sobre todo futuro para enmendarlo. De viejo no hay más disculpa que la vejez y apenas queda tiempo para corregirlo. Uno no caza nada porque faltan reflejos, vista y elasticidad, y estas mermas no se recuperan con los años sino todo lo contrario. Una constatación obligada: el nordestazo de ayer puso las cosas difíciles. Ordinariamente, cuando uno regresa bolo de una cacería, la memoria de las piezas que falló le perseguirá como un reproche durante toda la semana. Empero, la tornacaza de ayer no fue tan refinada; las presuntas víctimas no torturaron mi cerebro. ¿Por qué? Porque no hubo presuntas víctimas, porque solamente tuve una oportunidad de romper el maleficio: el pájaro aquel de la pestaña, que antes de coger el viento se elevó en línea recta, inmolándose. Me llené de perdiz, me precipité y se fue a criar. He ahí mi fallo, un fallo de principiante. Las otras tres que tiré fueron perdices alocadas, en un ambiente sombrío, con muy poca luz, de esas que normalmente se fallan. Malo yo y malo el día, aunque fue el viento, recio y frío, el que nos salvó de la lluvia. El botín, con dos bolos, pobre de solemnidad: cuatro perdices y dos conejos. En cambio, cinco liebres nos arrancaron hoy de los pies, precisamente el día que se ha vedado su caza. ¿Qué otro animal puede dar pruebas de una inteligencia semejante?

Semilla
21 de enero de 1988

Ayer, jueves, al levantarme y ver el sol limpio en el cielo, me avié en un periquete y marché a El Bibre, a los conejos, puesto que la patirroja no puede tirarse entre semana. El sol, que me había estimulado, no tardó en ocultarse y entre las nubes y el zarzagán, notablemente frío, compusieron una mañana decididamente desapacible. Tres sorpresas de salida: los caminos intransitables, los conejos embardados y una cantidad de perdices como no podía imaginar. A falta de gazapos, dediqué la mañana a pasear y a hacer puntería sobre los pájaros que me arrancaban a tiro. Estos amagos son un suplicio, pero tuve la paciencia de contarlos y llegué a la conclusión de que, si en lugar de jueves hubiera sido domingo, hoy podía haber colgado fácilmente quince perdices. Esta abundancia en un año que empezó regular y a punto de iniciarse la veda, no deja de ser insólita. ¿Dónde andaban estas perdiganas hace cuatro días? Con toda seguridad, el hecho de que los tractores estuvieran esta mañana en acción, ultimando las labores de ciclo corto, influyó de manera decisiva. Los bandos (que empezaron a volar no bien me apeé del coche) arrancaban con regularidad y seguían dócilmente los pliegues de la ladera. Una observación curiosa: los primeros volaron largos, fuera de tiro, pero a medida que aquellos animalitos fueron comprobando que aquel buen señor de la escopeta no tenía malas intenciones, se confiaron y empezaron a volar a veinte o treinta metros; una bicoca. Pero lo más sorprendente del caso fue la cantidad. Los pájaros, juntos, en pares o separados, arrancaban de todas partes, sin malicia, blandos, a capón. Con fuego real –como se dice en la milicia– hubiera hecho una carnicería. Pero ¿quién me asegura que de haber disparado sobre la primera perdiz las restantes hubieran salido en tan buena disposición? Ahí está la madre del cordero. Lo que decía hace pocos días sobre la inteligencia de las liebres puede extenderse a la perdiz roja. Todos los bichos son inteligentes. La perdiz de ayer se dio cuenta enseguida de que yo no era un ser agresivo, y no mostró prisas por despegar. Aguantaba. Este animal, como buena gallinácea, propende a la sociabilidad, tira al corral, es la actitud inamistosa del hombre lo que le ha hecho esquivo. Yo les he visto apeonando por los paseos asfaltados de una urbanización de Valladolid, de noche, bajo la luz de las farolas. Han advertido que la urbanización es un islote de tranquilidad y se han refugiado en ella; han recuperado su domesticidad. En esas circunstancias no temen al hombre; merodean

entre las casas, se acercan a él, incluso comerían gustosamente de su mano. Estas observaciones dan motivo a una seria reflexión: ¿Es posible que nuestra actitud hostil haya cambiado los hábitos a un ave hasta el punto de convertir en sobresaltada suspicacia su franciscana mansedumbre? Un punto de meditación sin duda. De momento habla el cazador para asegurar que en El Bibre queda abundante semilla y que si la cría fuese normal, la población del año 1986 podría llegar a reconstruirse.

Último día
31 de enero de 1988

Cumplimos el trámite, cerrando la temporada en el cuartel de Valmoro. El día se salvó gracias a la tremolina del oeste que aventó las nubes a poco de iniciarse la jornada. Esto quiere decir que el viento se erigió en protagonista. Las perdices, recostadas en él, se repullaban hasta el cielo y desaparecían de nuestra vista en un decir Jesús. Había que andar muy despierto para encañonarlas. Esto dio ocasión a tiros espectaculares, como uno de Juan sobre un pájaro vertiginoso que fue a dar el pelotazo a cien leguas de la mano. ¡Largo tiro, sí señor! Yo noté el cambio de perdigón –de séptima a sexta– y dejé secas dos perdices a cincuenta metros de distancia. La nota pintoresca la dio la perdiz albina que divisé en un bando de diez (toda blanca salvo las plumas cimeras y las puntas de las alas). Luego, al contárselo a los chicos, comentaron con cierta sorna que la tienen fichada desde el primer día y que incluso Adolfo, aunque larga, había llegado a tirarla. Será que estoy sordo pero no me había enterado.

El balance de la temporada, tras la crisis del año pasado, es satisfactorio. Hemos multiplicado las piezas por cuatro (concretamente la perdiz y el conejo) y el promedio por cazador y día es de tres con cuatro décimas, cifra apañada contando con que tenemos dos sesentones en la cuadrilla. Por mi parte, he abatido cuarenta y cuatro piezas, de ellas veinte perdices, lo que no está mal. Pero, sobre todo, físicamente he dado el tono, ya que, aunque en noviembre, con el sol de membrillo, me desperné pronto, en enero he acabado entero, siquiera redujera los caceríos a tres horas y media, cuatro como máximo.

Córvidos
9 de febrero de 1988

Un espontáneo comunicante me informa de la alarmante proliferación de córvidos en Castilla-La Mancha. Calcula, a ojo de buen cubero, que el crecimiento puede ser de tres por uno cada temporada y atribuye el hecho a las normas de protección que prohíben la utilización de venenos para evitar el desarrollo de la contracaza. Con seguridad mi comunicante no ignora que el empleo de venenos en el campo es un recurso peligroso, puesto que si, por un lado, mata bichos no gratos, por otro puede originar una propagación en cadena de alcance imprevisible, grave en cualquier caso. Pero, al propio tiempo, un desarrollo descontrolado de córvidos (urracas, cornejas, cuervos), así como de zorros y gatos monteses, podría conllevar una amenaza para el equilibrio de otro sector de la fauna, concretamente la caza. Debo reconocer, en apoyo de las tesis del señor Alonso Madero, mi corresponsal, que este año, en las siembras próximas a Tordesillas he visto un bando de picazas de más de un centenar de unidades. Asimismo, en los jardines de mi ciudad, he observado una densidad de urracas –pájaros brillantes, acicalados, bien nutridos– descompensada, excesiva para lo que es aconsejable en un parque urbano. Estos pájaros de pico fuerte destruyen, como es sabido, los nidos ajenos, bien con huevos o con pájaros en carnutas, de tal modo que un exceso de ellos podría amenazar a las poblaciones de ruiseñores, jilgueros y mirlos, aves canoras que amenizan nuestros oídos en primavera. Ante situaciones tan delicadas, sería aconsejable que las autoridades encargadas de velar por la naturaleza se ocuparan del asunto, lo estudiaran a fondo y decidieran la mejor fórmula de ayudar a los débiles, que en este caso, además, coinciden con los amenos y deseables. El uso de veneno es arriesgado, de acuerdo, pero hay otros medios de limitar el desarrollo de algunas especies nocivas cuyo desbordamiento pone en peligro el equilibrio natural.

Coquer «versus» Odín
13 de febrero de 1988

El Coquer, el perro de mi hijo Juan, apareció hoy después de dos meses de darlo por perdido. El animal no soportó la estancia en El Ventorrillo (mi hijo duerme en una estación biológica de Navacerrada pero trabaja en Madrid) lejos de su amo y un buen día se largó carretera adelante como un vagabundo. Recogido en lo alto del puerto por una compasiva familia madrileña, Juan pudo localizarlo mediante un anuncio en los periódicos. Pero lo que encontró en su nuevo hogar no era el perro audaz y arriscado que atrapaba raposos a la carrera, sino un can barbilindo y faldero, solícitamente atendido por sus nuevos amos, que no atendía por Coquer, su nombre de pila y raza, sino por el más pomposo y providente de Odín. El animal, recién rescatado, está ahora hecho un lío con su doble personalidad. No sabe si engallarse, como antaño, ante el perro lobo que usurpa su cuartel en El Ventorrillo o quedarse traspuesto en silencio junto al radiador de la calefacción. A ratos le tira el monte, otros los cojines del sofá. Rechaza olímpicamente el pollo en las comidas, habituado, tal vez, a manjares más exquisitos. Su amo se impacienta, no lo reconoce, espera que vuelva a ser lo que era. Los demás preguntamos por él. Es una metamorfosis demasiado rápida para considerarla irreversible. Por de pronto, el hecho de verlo tan aseado y reluciente, tan melindroso y superferolítico ya le llena a uno de estupor. ¡Lástima que se haya cerrado la temporada y no poder ayudarle a encontrar en el monte su vieja personalidad!

La Fita, madre
27 de marzo de 1988

Y seguimos con los perros. La Fita, la grifona o drahthaar o como quiera que sea, de Adolfo, alumbró esta mañana once cachorros, el primero de ellos muerto. Es su primer parto y sorprende, en un animal tan impulsivo y juguetón, el instinto maternal de que hace gala. La perrita, jadeante y desganada, únicamente se preocupa de la cría y cada vez que Adolfo la baja al parque a que se desahogue, se apresura a hacer sus necesidades para regresar a casa cuanto antes. La gran carnada de perritos moteados la reclama con insistencia y ella se deja mamar hasta la extenuación. Es un animal de raza, tan bello y fuerte que mi hijo pretende conservar los diez cachorros y con ese objeto ha contratado una nodriza, una perrita ratonera recién parida, que podría ayudarla en la crianza.

Dependencia
8 de abril de 1988

Con la nodriza, una perrita canela muy chica, ha sucedido algo chocante. Los tres cachorros que amamanta han ido rezagándose respecto de sus hermanos (que empiezan a pelechar y oscurecerse) y en doce días se han quedado en la mitad. De manera que el tamaño de un ser vivo depende no sólo de los genes y la herencia, sino, esencialmente, de su alimentación y tal vez del volumen de la criadora que lo transmite con su leche. En vista de ello, Adolfo ha devuelto a la pequeña nodriza y ha encomendado el resto de la crianza a una pastora alemana para que contrarreste los efectos negativos de la primera. Habrá que ver si la leche de la pastora agiganta a los lactantes o, por el contrario, la marca de la perrita ratonera es vitalicia.

Milagro incompleto
20 de abril de 1988

Se produjo el milagro aunque no redondo. La leche de la pastora alemana redimió a los cachorrillos, los hizo encorpar y pelechar, aunque ninguno ha llegado a alcanzar el tamaño de los criados por la madre. Unos animalitos tan preciosos han encontrado enseguida pretendientes y, desde Sevilla a San Sebastián, la Fita ha empezado a repoblar España. Ella es la que ha quedado un poco deforme y cansina, más madura, aunque espero, y deseo, que recupere la línea y su impetuosa irreflexión.

Buen año
15 de junio de 1988

Mediado junio y prescindiendo de los días 2 y 3, en que el termómetro llegó aquí, en Valladolid, a los treinta grados, este año aún no hemos conocido el calor. Tibieza aparte, la primavera ha sido lluviosa, con un índice de humedad insólito en la meseta, con lo que las siembras de cereal están prietas y crecidas como pocas veces. La cosecha que se anuncia es buena, levemente afectada en extensiones pequeñas por la piedra y la parpaja. La codorniz reclama incansablemente desde hace meses, pero es arriesgado vaticinar sobre su densidad. La perdiz se ha apareado bien y en Torozos he visto la primera pollada, nueve pollitos ágiles y redondos como canicas.

Juan pasó por aquí con noticias del Coquer. Desde hace dos meses lo tiene con un amigo en el campo en espera de que recupere su rusticidad. El perro está en una madurez peligrosa y, después de su fuga, no muestra la independencia, la curiosidad y el espíritu de aventura que fueron los rasgos definidores de su carácter. A fin de mes lo llevaré conmigo a Sedano.

Nublados
30 de junio de 1988

A lo largo del mes de junio los nublados se han sucedido uno detrás de otro, encadenados, como los vagones de un tren. Nublados pavorosos, de lluvias torrenciales y gran aparato eléctrico. Implacable fue la nube del 23, cuyo pedrisco arrasó páramos y vaguadas. Ya no es oportuno hablar, con la ligereza que lo hacía la televisión hace un mes, de la mejor cosecha del siglo. En Castilla hay que aguardar a que esté el trigo en la panera para cantar victoria. ¿Qué habrá sido de las codornices y perdices que andaban tan pizpiretas hace dos semanas? A las primeras ni se las oye y a las segundas ni se las ve. En dos viajes largos, de trescientos o cuatrocientos kilómetros, por zonas perdiceras, apenas he visto seis u ocho parejas y ninguna pollada. Esto quiere decir que la cría se retrasa o que preparan una segunda puesta.

La perdiz del futuro
10 de julio de 1988

Los cazadores de caza menor se muestran propensos a ojear libros venatorios del pasado con objeto de calcular el ritmo de crecimiento o decrecimiento de alguna especie, en particular la perdiz roja. Y al mismo tiempo se informan de cómo distraían sus ocios los cazadores del pasado. Yo no tengo reparo en confesar esta debilidad mía sobre todo para aliviar el tedio de los meses de veda. Así, cada vez que meto la nariz en una librería de viejo, voy buscando algún libro de caza del XIX que me entretenga con los lances cinegéticos de la época y, de paso, me facilite algunos datos que me permitan vaticinar el momento en que la perdiz roja desaparecerá de nuestros campos. Después, una vez leído, no es raro que me sienta defraudado, puesto que ni las perdices, hace un siglo, eran tantas como imaginaba, ni es posible, comparando las perchas de antaño con las de hogaño, determinar con alguna aproximación la fecha de extinción de este pájaro. ¿Que por qué? Por la sencilla razón de que ahora, cada vez que anoto en estos cuadernos una cacería o el balance de la temporada, no dejo de pensar que quizás algún cazador curioso de los años dos mil y pico se haga una idea errónea, a juzgar por estas cifras, sobre la demografía de la patirroja en la segunda mitad del siglo XX, ya que, según se deduce de ellas, la disminución es escalonada y los altibajos de los morrales dependen de diferentes circunstancias. Ante esta evidencia trato de corregir mis aficiones de augur, a las que antes de la explosión tecnológica era muy aficionado. Pongo por caso: hace veinticinco años, a la vista de las penosas consecuencias cinegéticas derivadas de la concentración parcelaria, la expansión de la máquina y el abuso de los rifles del 22, no tuve empacho en anunciar la rápida extinción de la perdiz roja en España. Con afán de precisión, llegaba incluso a señalar, como últimos reductos donde este pájaro sobreviviría, Toledo, Albacete y Ciudad Real. En términos generales, opinaba que la patirroja era un ave a extinguir, antes que como especie, como objetivo de caza. Pero, luego, llegaron unos años ligeramente más lisonjeros, con el acotamiento de las tierras interiores, una cierta concienciación del cazador y un mayor celo de la guardería, que estabilizaron la población perdicera e incluso fue a más en aquellos acotados negligentes cuyos dueños cambiaron de conducta. Todos estos detalles iban siendo reflejados día a día en mis carnés de caza y en ellos puede observarse, por ejemplo, que en 1970 la cuadrilla había cobrado más patirrojas que en 1965, y en 1975 más que en 1970. ¿Quería decir esto que la perdiz proliferaba en Castilla? ¿Cómo

comentarían este fenómeno los presuntos lectores de mis agendas en el año 2050? ¿Deducirían de estas cifras que, escarmentados por los errores europeos, habíamos acertado a preservar nuestras perdiganas de la química, la técnica y la concentración parcelaria?

No es fácil meterse en la cabeza del cazador del siglo XXI, si es que en el siglo XXI sigue habiendo caza y cazadores. En todo caso, estos carnés no son del todo fidedignos, en primer lugar porque no siempre el cazador caza en los mismos cazaderos y, en segundo, porque cotos abandonados a su suerte han pasado a ser cotos cuidadosamente vigilados y atendidos, y a la inversa. Pero tales factores, aunque considerables, no son determinantes. El factor verdaderamente decisivo que ha venido a revolucionar la caza menor en los últimos años, y a hacer inútil cualquier pronóstico que hagamos sobre su futuro, es su cría en cautividad. La perdiz manufacturada viene a destruir nuestras predicciones de la misma manera que la trucha de piscifactoría destruyó en su día las que evacuamos alegremente sobre la pesca fluvial.

Hasta hace pocos años la perdiz se ha resistido al artificio. Mientras la codorniz y el faisán se multiplicaban dócilmente en gallineros, aquélla no se entregaba, algo faltaba en su dieta que impedía su cría en cautividad. Los años sesenta trajeron, sin embargo, los primeros éxitos en los criaderos franceses. Diez más tarde también se lograban en España y, meses después, nuestros granjeros llegaban a poner en el mercado 300.000 pollitos anuales, límite elástico determinado por la oferta y la demanda. Pero la sangre impura se había instalado ya en el campo y la gran revolución de la caza menor había comenzado. Un pájaro tan exigente como la perdiz roja se insertaba artificialmente en la naturaleza sin grandes dificultades. Un labrador caprichoso, si le daba la gana, podía darse el gusto de repoblar su finca con diez perdices por hectárea, capricho impensable cuando era el campo quien tenía que «fabricarlas». Se trata, pues, de una auténtica revolución que viene a asegurar la pervivencia de una especie en perjuicio de su calidad. En nuestro suelo, en lo sucesivo, habrá más pájaros con pico y patas rojas, pero menos perdices rojas; más gallináceas, pero de corral, escasamente bravas. Y aquellos viejos libros que con tanto entusiasmo ojeábamos en los libreros de lance ya no servirán para facilitarnos una orientación. En este sentido no nos servirán para nada ya que las perdices vamos a confeccionarlas en casa en la cantidad que deseemos. En consecuencia, mis ingenuas predicciones de hace cinco lustros han resultado baldías. La patirroja no sólo verá alborear el siglo XXI sino que puede hacerlo en bandadas tan nutridas como las de los estorninos. Y, de no ser a causa de una epidemia impensable, su supervivencia está asegurada. La perdiz roja

no se extinguirá nunca; la que se irá extinguiendo sin remedio es la perdiz roja silvestre, la perdiz salvaje. Yo deploraré su extinción y quizá colgaré la escopeta, pero con toda seguridad los nuevos cazadores del consumismo, atraídos por la comodidad, fascinados por la abundancia, serán felices abatiendo perdices a docenas sin preocuparse demasiado por su linaje.

De momento, yo sé que las perdices que derribo en mi coto de Tordesillas todavía son silvestres. Pero ¿cuánto tiempo podrá durar esta certeza? ¿Cuántos cazadores podrán hoy afirmar otro tanto en otras regiones españolas? Sin duda, cada vez menos. La perdiz de granja va sembrándose aquí y allá, va mezclándose con la salvaje, con lo que la certidumbre de la pureza de sangre va debilitándose día a día. En el campo está sucediendo con las perdices lo mismo que ocurrió en los ríos de montaña con la trucha. Empieza a dudarse de su origen. Aves y peces pueden fabricarse a mano y esto que, desde un punto de vista alimenticio, constituye un progreso, supone un retroceso desde un punto de vista cinegético. Estamos aniquilando a nuestra competidora. El tan cacareado duelo cazador-animal silvestre está pasando a la historia. A partir de ahora cazadores y pescadores capturarán animales sin alcurnia, que no me atrevo a calificar de laboratorio aunque sí de nacimiento inducido, con lo que la perdiz de otros tiempos llegará a convertirse, de no andarnos con cuidado, en un ave enmollecida y sin arrestos que únicamente arrancará a volar –si es que puede– cuando la hostiguemos.

Reconozco que la tenaz resistencia de la patirroja a desdoblarse en cautividad me mantuvo unos años esperanzado. Se rendían el colín, la codorniz, el faisán; únicamente la especie reina, la perdiz, rechazaba la cría en granja. Los pollitos morían a los pocos días de abandonar la incubadora. ¿De frío? ¿De tristeza? ¿A causa de una dieta defectuosa? No lo sé, pero la perdiz roja española puso muchas dificultades a la hora de sobrevivir tras una alambrada. Mas había demasiada ciencia y demasiados científicos tras ella. Y, finalmente, se entregó; hoy ya se crían patirrojas en gallinero, incluso se habla de unos experimentos genéticos con la perdiz chúkar que producen escalofríos. (Parece ser que la monogamia de la chúkar no es tan estricta como la de la roja, por lo que no es imprescindible aislar las parejas para su reproducción. Esto abarata su precio en el mercado y amenaza sus clásicas virtudes raciales de bravura, desconfianza y velocidad, pues es cosa sabida que cuando la economía manda, la pureza de sangre se va al garete). Todavía la perdiz, en una importante proporción, muere en el empeño, pero en líneas generales ha claudicado; se deja criar. Y con ello, nuestra recia patirroja se erige en protagonista de un gran negocio, ya que un ejemplar en granja vale, unos meses con otros, mil o mil quinientas pesetas, mientras ese mismo pájaro en el campo, con

derecho a derribarlo, puede costar cinco o seis mil. La cría de perdiz, como se ve, puede proporcionar dinero, dinero fácil, objetivo inmediato de nuestra sociedad de consumo. La patirroja puede ser hoy una suculenta fuente de divisas. Mediante el recurso de las cautivas, el arrendador de ojeos puede, incluso, garantizar resultados: quinientas, mil, mil quinientas perdices por batida. Todo dependerá de incrementar la siembra de doméstica la víspera de la cacería. ¿Que la perdiz entra a las escopetas papando aire, floja, inclusive a peón? Nadie va a llorar su debilidad. Para el negociante sólo cuenta que el arrendatario traquee y pague en buenas pesetas. Fuera del botín, nada tiene valor para éste; un abultado guarismo del que pueda pavonearse ante los amigos es lo que ha venido a pagar sin regatear el precio.

Pero yo entiendo que esta conquista de la cría artificial de la perdiz no debe traer consigo la entrega de su caza al más ruin consumismo. Hay que conservar mientras se pueda el prestigio internacional de la perdiz roja española, hacerla valer ante el cazador exigente, ese que, antes que la cifra, sabe valorar la dificultad y el mérito de su tiro. Quiero decir que, aun fabricándolas en granja, hay que hacer lo posible para que este pájaro no pierda su *selvatiquez*, para lo cual, antes que a su origen, debemos atender a la forma de llevar a cabo su repoblación. ¿Cómo ofrecer al campo la perdiz de granja? ¿Cómo integrarla en él sin que su sangre debilite la silvestre? La ventaja es que aún no hemos salido del aprendizaje, esto es, todavía estamos a tiempo de hacer las cosas bien. La repoblación con perdiz cautiva no ha hecho más que empezar y, hasta el día, la oferta se ha realizado de dos maneras diferentes: con perdiz adulta y con pollitos tiernos. La primera, más fácil de hacer, se integra con mayores dificultades. Suele efectuarse en febrero, al concluir la temporada, cuando cesan los tiros y el clima se suaviza. Pero junto a estas ventajas están los inconvenientes: el alimento en esa época es escaso, las nuevas perdices no están enseñadas a buscarlo, los predadores acechan y los machos silvestres suelen relegar a los advenedizos a las peores zonas de alimentación y cría. Al macho oriundo le gusta reventar la fiesta, y a los recién llegados les falta un protector, un conductor que resuelva sus dificultades diarias y les aleccione, lo que comporta problemas de adaptación, con el consiguiente debilitamiento de la perdiz sembrada. De ahí que para mí el procedimiento preferible de inserción sea el segundo, de pollitos, cuatro o seis semanas después de abandonar la incubadora, durante la media veda o al concluir ésta, cuando el rastrojo tiene grano en abundancia y la perdiz silvestre está en plena faena de cría. Tampoco en este caso debe hacerse la oferta al buen tuntún, anónimamente, sino a una madre determinada con unos polluelos de una edad pareja a la de los que pretendemos soltar. El instinto de maternidad de la perdiz roja está muy desarrollado. Jamás

dejará este animal a un pollito sin tutela por mucho que huela a pienso compuesto. Yo he visto a una hembra con once pollos aceptar como suyos a otros cuatro de granja sin rechistar. La numerosa prole se ha escabullido en la espesura, tras de la madre alegre y confiada. Estos depósitos pueden ser tanto más numerosos cuanto más deprimida sea la nidada campera. En todo caso, la adaptación del pollo de incubadora al nuevo hábitat se conseguirá así de manera paulatina y en compañía de sus congéneres silvestres (lo que éstos coman lo comerá él, cuando éstos se escondan se esconderá él). Así, al llegar a la edad adulta, y aunque su mancha de origen sea indeleble, será lo más parecido posible a una perdiz silvestre, a esa vieja y sabia perdiz que, aun antes de perderla, ya estamos añorando.

Ruido y nueces
20 de julio de 1988

No llega el verano. Parece mentira pero es así. A días amaga el calor pero no acaba de asentarse. Mayo y junio fueron meses fríos y húmedos, y julio está dando una de cal y otra de arena. Aún sin temperaturas altas, los nublados menudean; anteayer se desató aquí, en Sedano, una tormenta aparatosa. Pero según los meteorólogos esto ha sido un juego de niños al lado de la que se desencadenó, prácticamente a la misma hora, en el término de Tordesillas, a doscientos kilómetros de aquí y a diez de nuestro coto. Por lo oído, la piedra ha asolado secanos y regadíos; no ha dejado hoja en los tallos; una verdadera calamidad. La capa de granizo, de diez o quince centímetros, lo asfixió todo. Los pueblos del sur del Duero, Serrada, La Seca, Villanueva, han sufrido directamente los embates del temporal. Las informaciones no aluden a la caza pero es de temer que, en amplios sectores, el nubazo haya acabado con ella.

Adiós a la tórtola
10 de agosto de 1988

El 16 de éste apertura en Valladolid. Aquí, en Burgos, la media veda no comenzará hasta el 21 en la zona sur y una semana más tarde en la norte. Fechas tardías pero acordes con la recolección. Sobre la codorniz no me atrevo a vaticinar nada, en cambio tórtola bien se puede asegurar que tampoco la habrá este año. Esta deserción de la tórtola es un misterio; nadie ha explicado su ausencia. Yo recuerdo que, hace pocos años, uno cogía el coche en primavera y en cada sombrajo de la carretera había tres o cuatro parejas. Se contaban por millares. En Sedano daba gloria oírlas arrullarse, verlas volar, aunque en agosto levantaran el campo al sonar el primer disparo y no volviéramos a verlas. Nada digamos de las pasas de La Mancha y Extremadura. Bueno, pues todo esto se lo ha llevado la trampa. ¿Qué trampa? Eso es lo que hay que averiguar. Hay quien habla de los herbicidas, de la mancha verde marroquí, de la progresión del desierto africano, del mar y de los peces. Pero ¿cuál puede ser la verdadera causa de esta deserción general? Porque las razones que se apuntan hubieran producido una merma gradual pero no la desaparición fulminante que se advierte en Castilla. La tórtola no llega aquí; ha dejado de venir de repente, sin avisar. El que conozca el motivo que levante el dedo.

Psicópata
15 de agosto de 1988

A pesar de la larga temporada en Sedano, al Coquer no se le ha pasado el mono. Este perrito está de psiquiatra. No llego a entenderlo. Hace unos días se me ha declarado en huelga de hambre. Salvo el alimento que le doy en la mano no quiere comer nada. Ese mismo alimento servido en cazuela, lo rechaza. Sus mañas son las típicas de un niño malcriado. Patatas, pasta, lentejas, aun guisadas con carne, no las prueba. Otros veranos, la compañía de la Fita y el Grin le ponía nervioso. Defendía su cazuela y les lanzaba una tarascada si se aproximaban demasiado. Este año vuelve la cabeza cuando le pongo la cazuela en el suelo como si fuese veneno. Su actitud es pura afectación, quiere preocuparme, pero lo veo venir. Y si lo dejo veinticuatro horas con la cazuela que, de entrada, ha rechazado, la comida desaparece en buena parte, aunque él amontone inteligentemente los restos para que abulten y yo piense que continúa sin probar bocado. Un psicópata como la copa de un pino.

La codorniz 88
18 de agosto de 1988

Adolfo, con la Fita, fue el único de la cuadrilla que abrió la veda en El Bibre, en el patatal de costumbre, pero no bajó más que tres pájaros en toda la mañana. En cambio, en las tardes siguientes, registrando rastrojos y pajonales, ha cobrado una media de diez codornices diarias, lo que lleva a pensar que sin ser éste un año excepcional tampoco puede calificarse de malo. Novedad curiosa que ya habrá deducido el lector: la codorniz ha abandonado el regadío y ha vuelto de nuevo a lo suyo, las pajas. Mis fantasías del año pasado sobre su transformación en ave acuática no valen ya para éste, lo que quiere decir que, más que el medio, lo que influye en la codorniz es el clima. El año pasado, con sol de fuego, vientos africanos y lluvias de barro, la codorniz se refugió en la verdura y no salió de ella más que de noche, para comer. De esta forma únicamente el cazador que tuvo acceso al regadío tuvo acceso a la codorniz. Este año, según me cuenta sorprendido Adolfo, no vuela una en patatas y remolachas y, en cambio, lo hacen alegremente en ralos pajonales de cebada, ínfimas concentraciones de cardos y linderas con cuatro yerbajos. El cambio de conducta obedece al cambio de clima. Este año no hizo calor de fundamento en Castilla y la codorniz volvió al cereal, su hábitat de siempre. Con estos antecedentes doy por hecho que la apertura en Sedano va a ser pobre. Cuando la codorniz africana busca verdura en Valladolid, busca también la media montaña en Burgos y Palencia. Y al contrario, si el regadío de Castilla no da pájaro, raro será que lo den los pastos del norte. Ambas querencias responden a unos mismos estímulos.

Triste apertura
28 de agosto de 1988

Cumplimos el rito anual y sufrimos la anual decepción, la misma de todos los años, salvo excepciones como el pasado: en la media montaña no hay pájaro esta temporada; no han subido. Los que sí subieron, y en bandadas, fueron los cazadores. Nunca he visto los altos de Covanera y Valdelateja tan animados como esta mañana. Coches de Burgos, Pamplona, Vitoria, Bilbao... cuadrillas de todas partes, ninguna de las cuales abatiría la docena de codornices. Los cazaderos son tan limitados y los cazadores tantos que a las diez de la mañana no quedaba paja por registrar, con lo que no cabía otra salida que dar unos tientos a la bota, pegar la hebra un rato y volverse a casa. Las predicciones, pues, se cumplieron. Si no hay pájaros en los regadíos de la meseta, tampoco los hay en la media montaña del norte.

Yo abrí con Adolfo y mi yerno Luis Silió. Nos pegamos el madrugón de costumbre, a las seis tomamos el café de la esperanza y a las siete estábamos en el campo aguardando que amaneciera Dios. Lo tremendo es que la aurora tardaba en llegar y, en cambio, iban llegando coches en caravana como si las cien hectáreas del alto del Toralvillo no tuviesen fin. De manera que, cuando se dio la salida, nos merendamos las hazas del cazadero en poco más de una hora y se acabó lo que se daba. Nuestra cuadrilla tiró diez tiros para cobrar siete pájaros, pero otras hubo que no llegaron a la mitad. Así que de codorniz de montaña, nada. La codorniz únicamente sube al fresco cuando el bochorno aprieta en el llano. Resumen: a esperar otra apertura.

Un cazadero apropiado
30 de agosto y 2 de septiembre de 1988

Atendiendo la amable invitación de José Luis Montes, hoy flamante presidente de la Diputación burgalesa, pasé dos ratos en los rastrojos de Santa María del Campo. El primero, el día 30, con Luis, en unas navas y páramos que parecen hechos de encargo y que cazamos a la manera tradicional: el arroyo de los bajos hasta media tarde, y los altos después, hasta la caída del sol. Y como en los buenos tiempos, pájaro a pájaro, hicimos una percha de docena y media de codornices, cifra considerable en esta temporada de escasez. Aquí se confirmó que la codorniz castellana del 88 está en el rastrojo y no en el fresquedal. En el páramo los pájaros arrancaron con mayor facilidad y en mayor número que en los arroyos, de tal modo que Luis pudo permitirse el lujo de un doblete, parejita que un Coquer animoso –¿sabrá que mañana viene su amo?– cobró con talento de buen perro. Pasamos tan agradable rato que hoy, 2 de septiembre, volví con Juan, recién llegado de la Argentina (donde ha cazado un poco de todo), a repasar los canteritos de trigo que tan apañados resultaron hace tres días. Hicimos una cazata lucida, veinte codornices, repartidas como buenos hermanos, diez y diez. Esta vez desdeñamos los regatos y subimos, de entrada, a la paramera, donde fue rara la parcela que no nos diera algo. Juan y yo, despacito y buena letra, actuamos como una apisonadora, derribando lo que salía. Y un hecho anómalo en este tipo de cacerías: hubo un rastrojo, especialmente enmarañado, donde la media docena de codornices que albergaba volaron lejos de nosotros, fuera de tiro, sin dejar aproximar ni siquiera a los perros. ¿Por qué esta actitud, esta conducta huidiza? Por más que me estrujo la cabeza no consigo una explicación racional: los pájaros, excesivamente fogueados, estaban sobrexcitados y nerviosos, eso es evidente. Pero ¿por qué solamente en un rastrojo, el más abrigado y alto de todo el cazadero? ¡Ah! Esto pertenece al secreto del sumario, al misterio que rodea a esta avecilla aparentemente rutinaria pero que a veces nos sorprende con una conducta inexplicable.

Perdiz burgalesa
17 de octubre de 1988

Esto de las autonomías está originando un barullo monumental en el mundo cinegético. No sólo existen tantas vedas como comunidades sino, al parecer, tantas como provincias, es decir, cincuenta. Ayer, por poner un ejemplo, abrió Burgos la temporada, pero Valladolid (que también es Castilla y León) no lo hará hasta dentro de una semana. ¿Cuál es la razón que induce al legislador a una medida tan sutil como arbitraria? ¿Cómo puede estar informado un cazador de las fechas de apertura y cierre de la veda en cada una de las provincias españolas? Cazar va pasando a ser una actividad enfadosa, y sólo el hecho de llevar un registro de vedas y desvedas ya constituye un verdadero jeroglífico.

Mis hijos Germán, Juan y Adolfo marcharon a Sedano para aprovechar el privilegio burgalés. En las ímprobas laderas donde otrora abundó la patirroja y hoy escasea, hicieron una percha de respeto: nueve perdices. Para valorar esta cifra en su justa medida hay que considerar que el resto de los socios del coto, hasta sesenta, no derribaron más que otra. ¿Cuál es el secreto de su copioso botín? Un secreto a voces: cazar con la cabeza en lugar de con los pies. No a lo loco sino reflexionando, intuyendo la situación de los bandos, entrizándolos hacia el alto y repartiéndolos inteligentemente en los mataderos. En resumen, la pequeña mano se movió con rapidez y elasticidad, en unos laderones aptos para albergar ocho escopetas, y obtuvieron su premio. Pero –siempre la nota triste– en sus idas y venidas, en su indeclinable caminar, no movieron arriba de treinta o cuarenta pájaros, cuando siete lustros atrás no hubieran sido menos de trescientos.

Cojos
23 de octubre de 1988

Un copioso chaparrón de madrugada estuvo a punto de malbaratar la primera cacería de la temporada. Los accesos al coto de El Bibre se anegaron y, como tantas otras veces, hubimos de subir al cazadero a campo traviesa, con dos kilos de barro en cada bota. En busca de suelo firme, entramos directamente al monte con tomillos y pimpollos empapados como era de esperar. Es decir, nos metimos de bruces en el matadero sin tener nada que matar, sin haber conducido perdices dentro. Y como también al pelo le repele la humedad, transcurrió la primera hora y media del día sin disparar la escopeta. Menos mal que sobre las once un solillo de cierta entidad secó la moheda al tiempo que Germán –desarmado, hoy–, corriendo a las patirrojas por el páramo, nos metió en línea un buen paquete. Justamente ahí, a partir de mediodía, empezó el pimpampún y el macerío. El fracaso que llegué a temer fue finalmente conjurado gracias a los arrestos de Germán y al piadoso solillo que enjugó los pimpollos. Mas a esa hora, yo ya andaba cojo. Desechadas unas botas por blandas y las de goma por pesadas, opté por unas demasiado holgadas que me mancaron un pie. La desolladura me llevó a la falda y mientras Juan y Adolfo amontonaban piezas arriba (ocho perdices cada uno), yo, mucho menos solicitado, abatía dos, una codorniz y un gazapo. Regresé contento de mi resistencia (cinco horas en un terreno pesado) después de la salmonelosis de mayo, de la que todavía quedan reliquias. En fin, parece que hay perdiz (dos docenas fue el botín de hoy), pero en la cuadrilla se produjo una baja: en sus carreras por el páramo, Germán pisó mal, cayó, y se rompió los ligamentos del pie izquierdo. Esto le exigirá unas semanas de reposo cuando aún no había empezado a cazar en El Bibre. Esto se llama mala suerte.

Cazadero nuevo
30 de octubre de 1988

Nada tan desconcertante para un cazador como aterrizar en un cazadero nuevo, donde desconoce no sólo los límites del coto sino las querencias de los bandos y los posibles mataderos. Exactamente esto es lo que nos ocurrió ayer en el término de Adalia. Desde lo alto de una loma no divisábamos más que rastrojos quemados, pajonales desbaratados y los primeros barbechos de esta otoñada. Franqueándolos, nuevas colinas, aradas también, pero en ninguna parte un perdido o una ladera agreste donde empujar a la perdiz e invitarla a aguardar. La imposibilidad de adoptar una táctica nos forzó a manear las tierras un poco como Dios nos dio a entender y, aunque terminamos por dar con un par de bandos, la falta de broza y de conexión entre los miembros de la cuadrilla nos impidieron sujetarlas y tirarlas en condiciones. Es indiscutible que en todas partes la perdiz tiene su trasteo y que, por muy desnudo que el terreno sea, conociendo las querencias del ave y la topografía del terreno, se puede armar una percha. Pero nosotros, ignorantes de todo, apenas si pudimos tomar unas notas para el futuro y disparar lejos, a saque de escopeta, sobre media docena de perdiganas escaldadas. El morral quedó reducido así a cuatro patirrojas, dos conejos y una codorniz. ¡Ah! y una quincineta que Juan desgajó de un bando. (La pasa de avefrías fue ininterrumpida durante toda la jornada, lo que prueba que el temporal de nieve azota al norte de Europa).

Decadencia
1 de noviembre de 1988

Si desde el origen del mundo los hados no se hubieran dedicado a otra cosa que a preparar al viejo cazador una oportunidad de doblete de perdiz, seguro que no la hubieran concebido mejor que la que el cazador (tal vez fatigado por casi tres horas de ladera, tal vez sorprendido por la doble irrupción) desperdició ayer en el cuartel de Las Peladas, o Pico de Fray Gaspar por mejor nombre. El primer pájaro arrancó de unas pajitas mecidas por el viento a no más de tres metros de la escopeta, franco, vibrante y, justo en el momento en que el cazador se disponía a tirar del gatillo, brincó el segundo, esto es, se dio esa mínima diferencia de tiempo entre un vuelo y otro que facilita la operación. Pero como el veterano cazador aún no había fogueado sobre la primera sobrevino la vacilación y, un poco presionado por la segunda, tiró al fin sobre aquélla, la falló, se acentuó el titubeo, para doblar sobre la misma cuando ya estaba en Pekín. Resumen: ni de la primera ni de la segunda cortó pluma. El fracaso dejó al cazador desmoralizado. Veinte años atrás, una cosa así no hubiera sucedido. Veinte años atrás, el primer disparo se hubiera producido dos segundos antes, lo justo para garantizar el derribo de las dos. Esta constatación de la decadencia física de uno, que se produce cada domingo, fue ayer tan escandalosa que ni la perdigana que bajó luego el cazador de las nubes ni el conejete que aculó a setenta metros fueron suficientes para aliviar su melancolía.

Mixomatosis
6 de noviembre de 1988

La mixomatosis ha sido este año más virulenta que en los quince anteriores. Hablo de la recidiva otoñal, que aquí, en Castilla, suele ser más arrasadora que la de primavera. A estas alturas no se ven conejos en El Bibre (uno cazamos ayer pero tampoco se vieron más). ¿Y por qué este año la enfermedad se acusa más gravemente que otros? Esto de la peste de los conejos es de una complejidad manifiesta. Lo que se conjetura en mayo no vale para septiembre, ni lo que se conjetura en Valladolid vale para Ciudad Real. La experiencia me dice, sin embargo, que en el mes de agosto el conejo era una plaga en las cuestas de El Bibre y dos meses más tarde apenas quedan media docena para contarlo. En cambio, pieles, conejos momificados, se ven por todas partes, en particular entre los cardos y tomillos, su querencia favorita. ¿Y qué ha ocurrido este otoño que no ocurriese en los anteriores? Sencillamente que en éste aún no ha empezado el frío, que la alocada meteorología que nos llevó a conocer el verano en marzo y el invierno en julio, sigue sin sentar cabeza en noviembre. Este mes que aquí, en Valladolid, se caracteriza por ser un mes de nieblas tiesas y de fríos primerizos, está siendo un mes blando, soleado, en el que los insectos sobreviven (los coches se llenan de moscas remolonas en cuanto se detienen en el campo). Con los partes meteorológicos en mano, puedo asegurar que la primera semana de noviembre ha transcurrido sin que las temperaturas mínimas bajen de seis grados y con las máximas rozando diariamente los veinte, es decir, un mes de las ánimas inusitadamente templado. Por otra parte, apenas ha llovido y a la tierra, en general, le falta tempero. Y con templanza, la mixomatosis ha hecho de las suyas, se ha soltado el pelo y ha dejado tantos términos desiertos como en el año 1960, cuando más mortífera se mostró. El único consuelo es el campo, ya que durante los dos últimos años los daños causados por los gazapos en las proximidades de los vivares empezaban a ser importantes.

La bonanza, por contra, ha propiciado la permanencia de la codorniz en la meseta, pese a que no pocas tierras ya están alzadas y los rastrojos quemados. Ayer, en La Mambla, mis hijos levantaron diez, en tres golpes, y se quedaron con cinco. Éstas, con las tres que se abatieron en jornadas precedentes, suman ocho, cifra absolutamente anómala a estas alturas del calendario.

Todavía las bajo
13 de noviembre de 1988

Mi aportación al morral comunitario fue ayer bastante más lucida que la perdiz o el conejito habituales: cinco patirrojas, liebre y conejo. Siete piezas de catorce tiros, o sea que partí con el campo. ¡A la vejez viruelas! Resumen: todavía las mato. Lo que no quiere decir que derribe todas las perdices que tiro en condiciones. Ayer corté las que me salieron al paso, nada más. Las encampanadas que llegaban como exhalaciones de lo alto de la ladera o las sesgadas con el viento en popa, me torearon. La vejez, o sus inicios, se conoce en eso. Aquellos tiros reales, quebrando la cintura hacia atrás, que prodigué hace tres o cuatro lustros en las cuestas de Santa María del Campo no encuentran correspondencia en El Bibre. Tengo dificultades para correr la mano, calculo mal la distancia, oprimo el gatillo a destiempo y la pieza se va. Sin embargo, la perdiz al hilo, aunque sea larga, o las que arrancan delante aunque doblen a izquierda o derecha, todavía las acierto. Es un consuelo. Y ayer, sin mover muchas, salieron más claras que de costumbre. También Germán, mi nieto, que cobró la temporada última su primera pieza –creo que un conejo–, abatió sus dos primeras patirrojas, con lo que ya puede considerarse un cazador de verdad.

La puntilla
23 de noviembre de 1988

Éramos pocos y parió la abuela. Noticias de Murcia informan de una nueva epidemia del conejo ajena por completo a la mixomatosis. Se trata de la neumonía hemorrágica vírica (NHV) que en el bienio 1984-1986 dejó diezmada la población conejuna de China. De confirmarse la noticia, explicaría, en cierto modo, la falta de conejos en El Bibre –comentada en estos papeles–, ya que la enfermedad nueva viene a apuntillar a unos gazapos debilitados previamente por la mixomatosis. La NHV, que ha causado también daños considerables en Italia, se ha detectado, al parecer, en Murcia, Alicante, Almería, norte de Asturias y León y, de momento, no se conoce otra manifestación que la hemorragia por boca, evidente en los cadáveres de las víctimas.

El éxito
27 de noviembre de 1988

Hay cazadores que miden el éxito de sus cacerías por el peso del morral. Percha nutrida, diversión cumplida, dice el refrán que me invento porque viene a pelo. Yo mantengo un punto de vista diferente: un par de perdices difíciles justifican la excursión; seis a huevo, no. La cinegética, considerada como deporte, no debe aliarse con la carne. Ayer, por ejemplo, en Las Peladas, pasé un gran día. ¿Tiré muchos tiros o bajé muchas perdices? Ni una cosa ni otra. Únicamente bajé dos, una pareja de esas patirrojas decembrinas que solía matar y ya no mato, pero que ayer, en dos raptos de inspiración, acerté a emplomar. (También puede ocurrir que los cazadores, ciertos cazadores al menos, como los futbolistas, no encuentren la forma hasta mediada la temporada). El primer pájaro exigió un tiro espectacular, diabólico, de arriba abajo, casi en vertical, entre mis pies.

–Oiga, pero lo difícil no es matar una perdiz así en Castilla; sino poder tirarla en esa posición.

De acuerdo, jefe, para que suceda una cosa así el cazador tiene que estar en alto, y yo estaba en la cima del Pico de Fray Gaspar, allí donde la ladera se desploma casi a pico, y la perdiz me rodeaba por la cortada, a toda velocidad. De entrada le tomé rápidamente los puntos, adelanté los caños a tiempo y, cuando hice fuego, el pájaro cayó dando volteretas hasta la falda del cerro. El pelotazo me proporcionó tal satisfacción que, a pesar de llevar tres horas caminando, bajé la ardua ladera y volví a subirla como un chico de quince años. La segunda vino a desmentir –o a confirmar, por excepcional– lo que hace unas semanas decía sobre mi incapacidad para el tiro real. Ayer lo conseguí y de manera intachable. La perdiz, levantada en el páramo a setenta metros, pretendió sobrevolarme, pero yo, serenamente, la dejé cumplir y, en el instante justo, un golpe de escopeta hacia atrás flexionando la cintura me dio oportunidad de un tiro vistoso con el que rematé la faena. Un acierto facilitado por la luz y una tibia temperatura tras una amanecida de hielo y escarcha. Día espléndido de caza por donde quiera que se lo mire.

De ayer a hoy
4 de diciembre de 1988

Hoy, por contra, la jornada fue lúgubre por diversas razones: falta de luz, horizonte sombrío, viento ululante, eclipse de caza. El mal afectó a toda la cuadrilla pero con más intensidad a mí que, de diez a una y media, no disparé la escopeta. Éste es el aspecto tedioso de la caza. No el cobrar más o menos, sino el no ver nada, no oír nada, no esperar nada, como si una gigantesca aspiradora hubiera absorbido previamente la fauna del cazadero. En estos casos el cazador se esfuma, va dejando de ser un hombre alerta –aunque porte una escopeta– para convertirse en un destripaterrones que camina por donde menos grato puede resultarle el paseo. Un aburrimiento, en resumidas cuentas. Lo único que animó un poco la jornada fue el traqueo de Adolfo en La Mambla, tirando a los gazapetes resurrectos que la Fita le mostraba en la espesura. Harto, y destemplado por un regañón frío e insistente, me volví con Manolo a Tordesillas a consolarnos con un lechacito asado. Juan y Adolfo, con toda la fuerza de su juventud en las piernas, profundizaron en los barbechos, campo traviesa, convencidos de que las perdices tenían que andar en alguna parte. Y una vez más acertaron, dieron con ellas. Y tras otras tres horas de andadura entre los terrones, subiendo y bajando, moliéndose los pies, hicieron diez pájaros entre los dos. La perdiz, como no es infrecuente en los días revueltos, se refugia en los nichos de los cavones y alguna, aturdida, aguarda. En todo caso estos dos hijos míos, con su afición y su aguante, son muy capaces de sacar perdices de un pedregal.

El Curto
9 de diciembre de 1988

Festejamos la Inmaculada con unos ganchitos al conejo, en el monte Curto de Villabrágima, lo mismo que el año pasado. A primera vista, en este arcabuco ni la mixomatosis ni la NHV han ocasionado los estragos que temíamos, lo que equivale a decir que los gazapos entraron con alguna asiduidad a las escopetas, sin la abundancia de antaño, pero también sin la escasez de El Bibre. Eso sí, como buenos conejos posmodernos, entraron por lo sucio, caracoleando, cubriéndose con jaras y carrascas o atravesando pasillos escuetos sin dar ocasión al disparo. El morral se logró, pues, sobre cautos animalitos que gazapeaban entre los tallos, o en disparos a quemarropa, a la carrera, cuando huían de la escopeta vecina. En los espesares, este tipo de ganchos pueden resultar peligrosos, más que por los tiros directos, que naturalmente van al suelo, por los rebotes del perdigón en los bogales, muy abundantes en los montes meseteros. La novedad del día fue el conejo muerto que encontró uno de los batidores, sin lesiones aparentes, lo que me lleva a pensar que pudiera ser una de las primeras víctimas castellanas de la neumonía vírica que denunciaba el otro día en este diario. El conejo se reproduce, sin duda, con la misma o mayor facilidad que el topillo campesino (cuyas plagas se producen ahora en varias zonas de Castilla) pero es obvio que tampoco le faltan enfermedades para morir.

La nueva peste
12 de diciembre de 1988

Se confirma la noticia de la nueva epidemia conejuna, de origen vírico, a que me refería en una nota del mes pasado, lo que quiere decir que cuando aún no hemos conseguido superar la mixomatosis, sobreviene un nuevo golpe. ¡Pobres conejos! Las noticias proceden de Levante (Alicante y Murcia) y, según mis informadores, los gazapos, salvo el rosetón en el hociquillo, no presentan síntomas externos, mueren enteros en un espasmo fulminante, pero se ignora todo lo demás, incluido el plazo de incubación de la enfermedad. Ecologistas y cazadores se han puesto en movimiento, aunque la lucha contra una plaga de sintomatología desconocida siempre es difícil. Se habla, como de costumbre, de una vacuna pero, en el mejor de los casos, esto serviría para el conejo doméstico sin apenas aplicación en el silvestre. La verdad es que este encadenamiento de enfermedades, para quien tenga un mínimo de sensibilidad biológica, es alarmante. En unos años han desaparecido de España los olmos y los cangrejos de pata blanca y ahora están amenazados los conejos, las truchas y las abejas (el cuarenta por ciento de los enjambres han muerto en algunas zonas). ¿Es que no sabemos vivir sin sembrar muerte? Estas manifestaciones permanentes de destrucción de especies ¿no serán heraldo de algo más grave?

Adalia, no
18 de diciembre de 1988

Ensayamos el ganchito en Adalia, más por ver lo que el cazadero da de sí que con intención de hacer un cacerío formal. Media docena de chavales se abrieron frente a nosotros pero el resultado fue de una pobreza irrisoria: cinco perdices en cinco ganchos; simplificando, a perdiz por gancho y a tres partes de perdiz por escopeta. A la escasez de perdiganas hay que unir la falta de matas o cembos donde ocultarse, puesto que la utilización de pantallas improvisadas –un hoyo, un cardo, un pequeño majano– no bastan para engañar a la patirroja. De este modo, entre su poquedad y lo mal que se presentaron, no hubo nada que hacer. Yo no me estrené siquiera. Tuve mi oportunidad en un pájaro atravesado en el primer ojeo y dos, no tan mollares, en el segundo, pero no las tropecé. Los tres últimos ganchitos me sobraron; ni siquiera llegué a encararme la escopeta.

La visita indeseada fue el matacabras, áspero y frío, que nos forzó a abrigarnos más de la cuenta, con el consiguiente embarazo que la ropa produce. En suma, un día tan negado que si hubiéramos colocado hoy cinco Tebas en nuestro lugar, el resultado hubiera variado poco. En Adalia no hay densidad de pájaros; está sobrecazado; no hay punto de comparación con El Bibre. Para quitarnos el mal sabor de boca, Reglero nos bajó a los llanos de Gallegos, unas tierras feraces e intactas, que los chavales batieron desganados, muy distanciados entre sí, sin gracia ni eficacia. Con eso y con todo hicimos más carne ahí en media hora (dos perdices y dos liebres) que en el resto del día. Y no digo nada si el bando de veintitantas que se achantó entre dos ojeadores hubiera entrado a las escopetas. La traca hubiera sido de órdago, con la posibilidad de haber doblado el resultado. Pero aquí, en estas tierras de pan llevar, es tan difícil encontrar un batidor experto como un bando de perdices.

Cencellas o carama
5 de enero de 1989

Hoy salió el sol por primera vez en tres semanas, un sol mortecino, pero suficiente para fundir la escarcha que agarrotaba árboles y arbustos. Durante casi un mes, la provincia ha estado entumida bajo una niebla meona, niebla húmeda y densa que al congelarse en el aire, deja los campos albos como después de una nevada. El Curto, con el suelo blanco y las matas adornadas de pequeñas estalactitas, producía un efecto fantasmagórico. El hombre del tiempo de *El Norte de Castilla*, Oliver Narbona, advertía hoy en los titulares de su sección meteorológica: «No es nieve; son cencellas». Oliver llama cencellas a lo que las gentes de Burgos llaman carama. El Diccionario de la Academia identifica ambos términos con escarcha y rocío cuando es obvio que la cencella o carama nada tiene que ver con ellos. La escarcha y el rocío no precisan de la niebla para producirse, mientras que es la niebla meona, congelada en hilachas, la que origina aquéllas. Lo evidente es que ni una cosa ni otra tienen ninguna semejanza con la nieve aunque el paisaje blanqueado por el meteoro puede llamarnos a engaño. Con tanta humedad, sin caza encamada, no entró nada a las escopetas, siquiera mi nieto Germán, familiarizado ya con las lides cinegéticas, cobró una liebre como un perro. La alubiada en Casa Ursi, en Villabrágima, muy sabrosa y en su punto, nos sacó las cencellas de los entresijos.

Una marca
8 de enero de 1989

Tras un mes de veda voluntaria, hoy reanudamos las cacerías de perdices en El Bibre con un resultado sorprendente: dos docenas de pájaros. Y dos liebres para acabar de perfilar el bodegón. El cuartel del Pico de Fray Gaspar se mostró generoso con la cuadrilla. Es preciso, además, hacer una aclaración: enfundamos las escopetas cuando aún quedaban tres horas de luz, con objeto de evitar una masacre. Y otra precisión oportuna: mi hermano Manolo y yo lo habíamos dejado dos horas antes y fue en nuestra ausencia cuando mis hijos, Germán (que al fin se incorporó del todo después de su lesión de ligamentos), Juan y Adolfo, casi doblaron el ramo que llevábamos entonces. En cualquier caso la percha es tan suculenta que uno podría pensar que con cuatro días así se desbarataba el cazadero, y ése hubiera sido mi pensamiento si en las primeras horas del día no hubiera visto bandos nutridísimos, tanto en el páramo como en los bajos, lo que explica, por otra parte, que luego resultara tan rentable la mano por la ladera. Modestamente aporté dos perdices y una liebre a tan lisonjero morral, aquéllas bien matadas, como mandan los cánones, de culo, a cincuenta metros, en torre espectacular, la primera, y sesgada, vertiginosa, entre jirones de niebla, la segunda. Claro que esta cifra es cosa de juego junto a las de Juan y Germán (doce y nueve respectivamente), que hablan por sí solas de su momento, de su madurez como cazadores y tiradores. Con mi liebre, que me quiso comer, la primera que tiro en la temporada, Germán revolcó otra y vimos otras cuatro fuera de tiro. ¿De dónde salió hoy tanta caza? ¿Tan pronto habrá repercutido la actividad de las patrullas rurales de la guardia civil? ¿Efecto de las larguísimas nieblas de diciembre? Lo cierto es que, en punto a liebres, ayer conseguimos en unas horas lo que no habíamos logrado en toda la temporada.

El túnel
15 de enero de 1989

Cuando en Castilla asoma un sol húmedo, grande y amarillo, como una bola de fuego, entre los flecos de la niebla, se puede apostar doble contra sencillo a que en menos de media hora el cielo habrá quedado totalmente despejado. Esto, que desde tiempo inmemorial ha sido así, y se ha repetido con el rigor de una costumbre (en particular cuando los jirones de niebla son móviles e itinerantes), no sucedió ayer. Ayer, Dios sabrá por qué razones, pudo más la niebla. Y el caso es que el disco refulgente del sol efectuó comparecencias periódicas y frecuentes, pero, tantas veces como asomó, fue envuelto de nuevo por la gasa de la niebla hasta anularlo. El cielo no despejó hasta pasadas las dos de la tarde, hora en que los maduros de la cuadrilla estábamos con más ganas de comer que de acosar perdices. En resumen, que, en espera de que la niebla levantase, ayer cazamos en un túnel, a tientas, en lo que suele llamarse un día de fortuna en la confianza de que dejara de serlo. Y aunque parezca mentira, después de la cantidad de perdices que vimos el domingo pasado en el cuartel rayano, ayer no volamos una durante las cuatro horas que pateamos la ladera. Decepcionados, descendimos a las labores y allí, entre los terrones, con unos cavones abismales, volamos un bandito del que Adolfo descolgó dos (un bonito doblete) y una el que suscribe. No vimos más. Tres perdiganas que, si siempre saben a poco, con mayor razón después de las dos docenas de hace siete días. La caza es caprichosa, no hay que darle vueltas. Germán se quedó con su chico un rato más y en los cardos de La Mambla, su querencia, revolcaron tres conejetes.

La peste
19 de enero de 1989

La nueva peste conejuna se va extendiendo gradualmente, como una sombra, por toda la geografía peninsular. Anteayer fue una granja en Benavente (Zamora) y ayer otra de Castañares (Burgos) las que detectaron brotes inequívocos, con la particularidad, en el primer caso, de que la neumonía no afectó a las hembras ni, sorprendentemente, a los conejos de engorde. Como es presumible, la alarma se ha corrido por todo el país. Las autoridades sanitarias recomiendan higiene, evitar contactos y utilizar la vacuna (aún insuficientemente experimentada), pero ecologistas y cazadores reclamamos un control de la epizootia mediante periódicas recogidas de análisis, prohibición de repoblaciones, cuarentenas, incineración de cadáveres, etc. Las acciones puestas en juego y las que se solicitan van encaminadas a evitar el contagio al conejo silvestre, aspiración poco menos que absurda, como se ha demostrado en China, Alemania, Italia y Bélgica, donde el mismo virus ha ocasionado ya enormes estragos en las granjas y en el campo. La nueva peste, al actuar sobre animales castigados por otra peste aún no superada, puede arrasar la especie en España.

Nieblas
22 de enero de 1989

La cacería de ayer se redujo a un paseo de hora y media por la ladera bajo el pegajoso algodón de la niebla, entre pimpollos rezumantes, bajo unas temperaturas congeladoras. Está claro que el clima de este año no quiere cambiar. Nieblas y sequía son las características del invierno en curso. Mal asunto. La simiente, sin gota de humedad, se fosiliza bajo los terrones, y las siembras de otoño, ni tan siquiera apuntan. Si el agua demora un par de semanas habrá que levantar el campo y resembrarlo con cereal tremesino. Pese a los progresos técnicos, el clima sigue mandando en la vieja Castilla.

En condiciones tan adversas, el paseo por las pinadas de Valmoro fue saludable pero inútil. Y el caso es que disparé cuatro tiros –dos perdices y dos gazapos–, pero en apariciones tan súbitas, con luz tan escasa, que no acerté a ninguno. Y para rematar la función, el percutor no picó al tirar a una perdigana (la única pieza del día a la que había tomado los puntos con seriedad) que era precisamente «la que tenía que haber caído». En vista de que la niebla no tenía visos de levantar, regresamos a tiempo de comer en casa y ver por televisión el partido de fútbol Malta-España, que, ciertamente, no nos deparó mayores satisfacciones que la ladera. También en Malta había niebla o, por lo menos, no vimos nada.

Despedida
27 y 28 de enero de 1989

Para cerrar una temporada corta organizamos una despedida larga, una despedida de dos días; un fin de fiesta. La temporada, recortada por la ley por delante y por detrás, ha quedado reducida a catorce domingos contra los dieciocho que eran antaño preceptivos. Sin embargo, a pesar de ser más corta que el año pasado, hemos conseguido veintisiete perdices más, con lo que el promedio cazador-día sale a 4,1 piezas, cuando la temporada anterior apenas alcanzó un índice de 3,4. Empero, el pelo ha descendido, sensiblemente el conejo y de manera alarmante –a una tercera parte– la liebre. Hablo, naturalmente, del coto de El Bibre, porque si me guío por lo visto este fin de semana mis palabras están de más. ¿Y qué es lo que he visto este fin de semana? Simplemente dos entresacas, una en el pinar de Los Pozuelos y otra en el robledal del Curto, donde la rabona ciertamente se dejó ver en cantidad. Siete cobramos en Los Pozuelos, y porque no quisimos más, puesto que hubo un momento en que corrían entre los pinos en hatajo, como los corderos. En lo referente al Curto sucedió más o menos lo mismo. Hicimos catorce pero igual pudimos hacer treinta; no apuramos el monte. Una vez más se demostró que donde no hay conejo hay liebre. Por regla general, el conejo quiere encina y la liebre, roble. Uno y otro amigan mal, no confraternizan. En todo caso, ante estas demostraciones no es justo decir que en la meseta hay poca liebre. La hay donde se guarda y no la hay donde el furtivo tiene fácil acceso. El furtivo sigiloso de hoy, con su furgoneta y su galga, opera de noche en rastrojos, siembras y terrenos abiertos. En cambio, en un pinar o un robledal, la galga afanosa corre el riesgo de descrismarse. De otro lado, la rabona acosada se da cuenta de que la seguridad está en los espesares y acaba refugiándose en ellos. Lo sorprendente, ahora que la trasgresión de la ley de caza ha pasado a ser un deporte, es que el furtivo no allane sardones y arcabucos con cepos y redes, tan operativos como la escopeta o la galga y mucho menos escandalosos. En una palabra, después de una temporada en la que únicamente he tirado una liebre, las entresacas de este fin de semana me han alegrado las pajarillas. A poco empeño que se ponga en su defensa, la liebre no desaparecerá en la meseta. Pero hay que velar por ella.

La veda
5 de febrero de 1989

Tras el prolongado túnel de enero hoy salió el sol y Germán y yo subimos a El Bibre a dar un paseo, por supuesto desarmados. Por vez primera vimos las siembras apuntadas. El campo verdegueaba ante nuestros ojos, lo que equivale a decir que, pese a la falta de agua, tal vez ayudada por las cencellas, la semilla ha germinado y, aunque débil, el brote asoma entre los terrones. Esto no excluye la urgencia del agua. Los últimos meses han sido de sequía ininterrumpida y, doblado febrero, todavía no han aparecido los chaparrones de otoño ni las nevadas de invierno. Tras las nieblas y la carama, se suceden los días abiertos, con sol tibio tras las duras heladas nocturnas. Tal vez por esto, pese al aumento de las horas de luz, la perdiz no se ha apareado todavía. Andan inquietas, desorientadas, propensas a las capillitas, pero no en pares. Es decir, los bandos han empezado a cuartearse pero no se han roto. Los machos buscan novia y los sobrantes se agrupan en las típicas toradas. Los bandos prietos que vimos un mes atrás en este mismo cazadero se han diluido para dar lugar a pequeñas agrupaciones que se van desgajando del clan con la aspiración de formar familia aparte. También los pájaros necesitan agua. Andan polvorientos, secos, deslucidos. Las cuestas de greda parecen de cemento y, de proseguir la sequía, podría producirse en Castilla un doble desastre agrícola y cinegético.

Caza del zorro
12 de febrero de 1989

La caza del zorro con foxterriers, introduciendo los perros en las madrigueras para forzar su salida, no es nueva para mí: la practiqué en Extremadura con Antonio Nogales y Pilar Fisac, su mujer, hace bastantes años. Claro que en Extremadura los grandes canchales dan lugar con frecuencia a espontáneos megalitos, grutas de gran capacidad, con diversos accesos, donde el raposo encuentra no sólo confortable acomodo sino incontables vías de fuga. Ahí, vigilando entradas y salidas con escopetas, no es difícil derribar un zorro o media docena; depende del número de pobladores del canchal. Después de la experiencia extremeña sentía curiosidad por ver cómo podía aplicarse la fórmula en la meseta, donde las zorreras son huras excavadas en tierra sin otra salida que la entrada, es decir, que inquilino y visitante no pueden moverse sin cruzarse en el camino. José Antonio, el zorrero de Villamarciel, asintió cuando le expuse mis temores y adujo que él procura buscar zorreras con dos bocas y, además, utiliza otro tipo de perros, más chicos y tesoneros que los fox, los teckel, que se cuelan por el ojo de una aguja. El macho de esta raza estrambótica tiene una pata tan corta y un prepucio tan largo, que da la impresión de un pentápodo, de tener cinco patas para desplazarse. Pero, pese a su generosa dotación y a la ayuda de los fox, los dos intentos que hicimos ayer no dieron resultado. Los perros acularon a dos raposos (se oían los ladridos sepultados) pero, fuera de una pequeña escaramuza que trascendió a la superficie en el primer sondeo, el respeto mutuo prevaleció a la postre. Perros y raposos se limitaron a ladrarse, gruñirse y mostrarse los dientes durante una hora, pese a las voces de José Antonio azuzando a los chuchos. (Una observación curiosa para los interesados en la semántica: el zorrero me dice que es frecuente encontrar en las madrigueras una hembra con tres o cuatro machos que la van cubriendo por turno. Esto me lleva a pensar si el término *zorra* aplicado a la mujer prostituida no tendrá algo que ver con esta propensión de la raposa a la poliandria).

A falta de zorros, el día templado y radiante (los seis litros de agua del martes apenas sirvieron para hacer más notoria su necesidad) invitaba a dar un paseo por siembras y pinares. Y si en aquéllas vi varios bandos de perdices y las primeras parejas de la temporada, en el monte sorprendí a dos pares de liebres guarreándose.

Bardos
19 de febrero de 1989

Nuestro deseo es compartir la próxima temporada el Curto con Jesús María Reglero. Con esa idea, ayer estuvimos acondicionando aquello –mejor dicho «viéndolo acondicionar»– a fin de hacer más atractivo el hábitat. Con este objeto se sembraron en los calveros, en la fina capa de tierra que recubre los bogales, cebada, vezas y esparceta. Estas semillas, al germinar, forman una pradera densa, que proporciona alimento al conejo, cosa que nunca sobra, y menos en períodos de sequía. Si las nubes de primavera no fallan, pronto dispondrán los conejos del Curto de grandes corros donde holgar y alimentarse. Si nos ceden las laderas de acceso al monte, Reglero tiene en proyecto rodear éste de una corona de girasoles para consolidar la perdiz, aficionada a este grano y querenciosa del escondite que sus cañas proporcionan. Paralelamente, Miguel, el bichero, experto en estas empresas, estuvo montando bardos en las bocas próximas a las siembras. Esto del bardo es fundamental para que el conejo se multiplique y se aquerencie a un determinado lugar. Armar un bardo era una vieja ciencia que ningún conejero de mi tiempo desconocía. Yo recuerdo los bardos del monte de Valdés, en La Mudarra, como auténticas obras de arte. Porque el bardo no es un simple vivar (un trozo de suelo minado, con bocas y galerías comunicadas) sino un vivar cubierto de leña –ramas secas de encina– de forma aproximadamente circular, con un diámetro de ocho o diez metros. La cobertura de leña, invita al gazapo a abrir nuevas huras, de forma que el bardo se transforma en poco tiempo en un aduar, un auténtico poblado, y, teniendo comida cerca, en un vivero de conejos inagotable. La mixomatosis acabó con los bardos y con la costumbre de hacerlos, puesto que el hacinamiento facilitaba la propagación de la enfermedad. Pero hoy que la peste causa una menor morbilidad conviene volver a ensayar estas colmenas conejunas. Todo, naturalmente, a reserva de lo que diga la neumonía hemorrágica que ahora tiene la palabra.

Reglero nos enseñó el lobo que atropello anteanoche con el Land Rover en un carril flanqueado de alambradas. Es un buen ejemplar de cincuenta kilos. Por lo visto venía haciendo de las suyas entre los rebaños de los pueblos próximos. Es el segundo que veo en dos semanas, ya que en mi armería se presentó el otro día un cazador con la cabezota de otro, muerto en tierras zamoranas, más viejo y de mayor envergadura que el del Curto. Este cánido prolifera en Castilla y habría que ingeniárselas para hacer compatible su existencia con la economía de los ganaderos.

La neumonía
5 de marzo de 1989

La nueva peste de los conejos se va extendiendo por la península. Mi amigo Jesús García Fernández, catedrático de Geografía, me dice que brañas y laderas del campo levantino están sembradas de cadáveres con una mancha de sangre en el hocico como distintivo. Otros informadores me comunican que se han visto conejos afectados en Madrid, Salamanca y Zamora. Me temo que a la nueva peste, como a la mixomatosis, la afanomicosis, la varroasis o la grafiosis de los olmos, no va a haber quien la frene. Sin embargo hay quien opina que las noticias sobre la neumonía se están abultando, que la enfermedad es poco contagiosa y únicamente fatal para el conejo mixomatoso. Solución al canto: vacunar al conejo contra la mixomatosis y esperar. Si al conejo lo libramos de ésta conjuraremos el contagio de la neumonía. De acuerdo con esta posibilidad, Germán y yo subimos al Curto con Reglero a vacunar unos gazapos. La pistola para hacerlo en serie gradúa la dosis pertinente y en una hora vacunamos ochenta traídos de El Bibre.

Con los doce litros de agua caídos el lunes, los calveros han empezado a verdeguear y el gazapo hambriento devora los brotes apenas apuntados. Si vuelve el sol y, como parece, continúa la sequía –hoy la temperatura, a mediodía, era en el Curto de veinticuatro grados–, esto va a ser un fracaso. El agua, en cuanto cae, se filtra o se evapora, y basta un leve oreo para que el suelo quede tan árido y polvoriento como antes de llover. Habrá que instalar bebederos para las perdices. La supervivencia en este clima anómalo que venimos padeciendo se está poniendo difícil. El termómetro ha rebasado en Sevilla los veintiséis grados. Ante estas temperaturas ¿con arreglo a qué lógica podemos decir que estamos en invierno?

Vacuna
9 de marzo de 1989

El director general de agricultura de la Junta de Castilla y León dice hoy, con un optimismo prematuro, que la epidemia de neumonía no sólo está controlada sino erradicada de la región gracias a una vacuna específica (no la de la mixomatosis). El director se refiere, por supuesto, a las explotaciones industriales, no al conejo silvestre, más difícil de controlar, aunque entiendo que, en todo caso, para hablar de erradicación hace falta una experiencia más larga. Pero el cazador necesita saber: ¿A cuántas generaciones de conejos afecta la vacuna? Y si la coneja pare cuatro o cinco veces al año, ¿hasta qué carnada alcanza la inmunidad? Al margen de las instalaciones industriales, el tiempo nos dirá si el director general no se ha mostrado demasiado confiado en sus augurios.

Ya llegó
16 de marzo de 1989

Ya llegó; ya está aquí. El guarda de El Bibre encontró anteayer seis conejos muertos entre los cardos de la ladera. Los animales estaban intactos salvo el distintivo del rosetón de sangre en los hocicos. La víspera encontró dos pero no quiso dar la alarma hasta ver confirmada la noticia. Ha llegado la peste conejuna pese a las palabras del director general hace apenas una semana. Y el caso es que el domingo, en mi paseo habitual por el campo, vi más de una docena de gazapos vivos entre la greñura, o sea que la peste parecía no haberse presentado todavía. Mañana, tal vez hoy, las pinadas de El Bibre, y el encinar del Curto, pueden haberse convertido en dos grandes cementerios.

El cementerio
18 de abril de 1989

Se cumplió lo anunciado. Adolfo y yo recorrimos esta mañana con la perra el cuartel de Valmoro y no saltó un solo gazapo. Algo increíble. En los claros se ven cadáveres momificados –piel y huesos– que no parecen recientes. El campo, sin embargo, huele a muerto.

Decididamente, en la nava no se va a salvar ni el veinte por ciento del cereal. En el páramo, en cambio, de siembras más densas y jugosas, el trigo ha dado un estirón con las lluvias de los últimos días.

Más cigüeñas
20 de junio de 1989

El calor (treinta y dos grados) se presentó sin avisar. Y con él una buena noticia del grupo ecologista Alauda: se ven más cigüeñas en Castilla que en los diez últimos años. Las torres desamparadas iban aumentando gradualmente en nuestros pueblos y este año, de forma inesperada, las parejas han vuelto a anidar en ellas. En Valladolid, capital, señoreada antaño por los campanarios, no hubo en 1987 más que tres nidos, en las iglesias de San Pedro, San Juan y Nuestra Señora del Carmen. En el 88 vinieron dos parejas más y en el actual son diez los matrimonios establecidos, el doble que el pasado y tres veces más que el anterior. Entre los amigos de la naturaleza cunde la esperanza. ¿Qué ha ocurrido en África o Castilla en los últimos años para que esta zancuda vuelva por sus fueros? En cierto modo el fenómeno es paralelo al de la codorniz que, tras cuatro lustros de ausencia, ha vuelto por nuestros sembrados en cantidad apreciable. ¿Responderán ambos hechos a unos mismos motivos? Alauda pide dinero para estudiar estos procesos y la Junta, el Estado o quien sea debería facilitárselo sin demora. Saber que la nidificación de la cigüeña en Castilla va a más, en un mundo cada vez más contaminado, constituye una grata noticia, pero convendría conocer las verdaderas causas de estos altibajos para orientar debidamente nuestra conducta.

El verdadero cazador
30 de junio de 1989

A medida que se incrementa la violencia en el mundo, mayor empeño ponen algunos en depurar de agresividad aspectos puramente fruitivos de la actividad humana como pueden ser la juguetería, la caza o los toros. Esta paradoja me recuerda la actitud de aquel carcelero del campo de concentración de Dachau que lloraba el día que se le murió un canario. Ciñéndome a la caza, debo aclarar que sus detractores, cada vez que arremeten contra ella, no matizan, van al bulto: la caza es una actividad bárbara y hay que acabar con ella. No hay diferencias entre especies controladas y especies en riesgo de extinción, venados y pequeñas gallináceas, caza en mano y caza en ojeo... Todo va dentro del mismo saco. Para ellos, cualquier manifestación cinegética es inmoral, un hecho que, sobre producir víctimas inocentes, comporta una agresión permanente contra la naturaleza.

No suelo intervenir en estas confrontaciones convencido de su inutilidad. El español, cuando se empecina en una postura, suele mostrarse recalcitrante. No es que no valore los argumentos del adversario, es que ni siquiera los escucha. Según él, la pretensión de ser simultáneamente cazador y protector del medio natural resulta irrisoria, cuando tal contradicción no es sino aparente. El verdadero cazador es protector convicto, no sólo porque la naturaleza le provee de los animales que necesita para su esparcimiento sino porque su aspiración suprema consiste en disfrutar sus ocios en un medio incontaminado.

En los albores de la humanidad, el hombre era solamente cazador y el orden ecológico no se alteraba por ello. Con el águila o el lobo, era un elemento más a considerar en el equilibrio natural. El hombre cazador era un ser libre, contra una pieza libre, en un medio libre, pero con los artilugios de los que se servía nunca hubiera sido capaz de exterminar una especie. Ha sido después, tras la explosión demográfica y el desarrollo de la química y la tecnología, cuando la ley se ha visto obligada a interponer papeles para que algunos animales sobrevivan. A la hora de medir los quebrantos que el hombre ocasiona en el medio habrá que tener en cuenta estas consideraciones.

Alguno se sorprenderá si afirmo que el objetivo del cazador no es matar, hablo de su primer objetivo y del cazador noble. Quien salga al campo con la idea de amontonar piezas sin preguntarse por el *qué*, el *cómo* y el *cuándo* no es propiamente un cazador sino un exterminador; un ser al que en la jerga cinegética conocemos vulgarmente con el

sobrenombre de *carnicero*. Con esto no quiero decir que no abunden los carniceros, sino que es injusto que se tome esta figura como arquetipo del cazador para justificar las teorías abolicionistas. Para el cazador deportivo, el hecho de abatir en una jornada dos o diez piezas no es esencial; lo esencial es la manera de hacerlo, las dificultades que salvó y lo acertado de la estrategia puesta en juego para lograrlo. Y, aun por encima de esto, todavía pondrá el disfrute de la naturaleza, el milagro del crepúsculo matutino (el turbio sol asomando tras la colina), el placer de hollar la escarcha virgen, o la actitud del perro, nuestro inseparable compañero. En una palabra, el verdadero cazador es capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin necesidad de disparar la escopeta. Y acaso podría llegar un poco más lejos: el cazador sensible, tan pronto advierte la presencia de un elemento que debilita a la pieza perseguida, renunciará a su acoso, enfundará el arma y se irá por donde ha venido. ¿Cuántas veces un escopetero indulgente habrá interrumpido su cacería al observar que los igualones, desbravecidos por la canícula otoñal, se entregaban sin resistencia? La resistencia a la entrega; ahí está el quid. Ortega tenía razón cuando afirmaba que el hombre del siglo XX busca en la caza unas vacaciones de humanidad. Pero simultáneamente el hombre busca en el campo una confrontación con un animal bravo y esquivo. El hombre opone su astucia al recelo de la pieza; su inteligencia a sus instintos; a su bravura su fuerza muscular, y a su velocidad sus reflejos. De manera que el animal que no se defiende no es la piedra de toque apetecida, no sirve. Sacrificarlo no debe reportar ninguna satisfacción. El verdadero cazador exige reacción en su oponente para que el esfuerzo le compense. Si la pugna no se establece, no hay duelo, la caza deja inmediatamente de ser tal. ¿Que a pesar de todo la caza sigue juzgándose un deporte cruel? Quizá, pero lo que quiero consignar ahora es que no es la sangre ni la muerte de la pieza lo que el venador persigue sino la respuesta de su cuerpo a las dificultades de la captura. En contra de lo que la gente cree, no es el *cuánto* sino el *qué y* el *cómo* la quintaesencia de la cinegética depurada.

Sequía
2 de julio de 1989

Nunca, en los más de cuarenta años que llevo frecuentando este pueblo, vi Sedano tan maltratado por la sequía, antes que en sus altos y vallejos, en sus ríos y veneros. Por la pequeña cascada de la Toba no cae una gota de agua y al alegre río Moradillo no lo vi jamás tan afligido. La última primavera –me dicen– apenas llovió y los pocos nublados que se registraron fueron secos, puro aparato eléctrico. Ante ríos tan escuálidos y fuentes tan extenuadas, uno recuerda las afirmaciones de los científicos de que la Tierra puede morir de sed, y se estremece.

Un rumor
7 de julio de 1989

Sin abrir aún la media veda, los cazadores ya estamos pensando en la general. La caza, tanto como actividad, es imaginación. De Canarias llega una buena noticia referente al conejo. Según dicen, en algunos ejemplares afectados por la neumonía hemorrágica se han detectado anticuerpos generados espontáneamente por el bicho como defensa contra la enfermedad, o lo que viene a ser lo mismo, ciertos gazapos canarios se inmunizan a sí mismos. Si el rumor fuera cierto, la influencia desoladora de la NHV quedaría debilitada y la epizootia perdería su hosco perfil amenazador. Pero ¿quién nos garantiza la solvencia de la información?

Media veda
13 de agosto de 1989

Decepcionante apertura en los retales de Las Pardas: ni codorniz, ni tórtola, ni paloma. Nada. Sólo cazadores. Para eso tanto madrugón, el café apresurado de las cinco y media la mañana y la espera de la luz a pie firme en los rastrojos, apenas dadas las seis. Este año ha fallado mi presunción de que, habiendo codorniz en la verdura de las tierras llanas, no puede faltar entre las hazas y escajos de la media montaña. Mis hijos hicieron perchas lucidas hace ocho días en los regadíos de Campos y hoy, por contra, al norte de Burgos, no hemos visto pájaro. Pero con lo de «no ver pájaro» no quiero dar a entender escasez, sino la literalidad de no haber abierto fuego sobre una codorniz. Este coto tiene además un grave inconveniente: muchos aspirantes para pocos trofeos, sesenta cazadores para cuatro canteros mal contados. Y, para mayor escarnio, el cereal, pinado aún en muchas fincas, reducía más el campo de acción. Total que, tras media mañana de búsqueda disciplinada y temeraria (había una escopeta tras cada paja), las perchas estaban tan lacias que daban lástima: uno o dos pájaros por barba. O ninguno, como en el caso del que suscribe. El año climatológico ha desvariado y este desvarío ha trascendido a la caza. La medida coherente de adelantar la apertura, a la vista de los ardores de junio y el anticipo de la recolección, no ha significado nada. En todo caso una mayor proporción de pollos lampiños, de esos que no justifican el cartucho.

Pesadas
17 de agosto de 1989

Los vascos del coto de Pesadas –a pocos kilómetros de Sedano, en el camino de Villarcayo– tuvieron la gentileza de invitarme a través de mi amigo Nicolás, alcalde del pueblo. Al parecer ahí sí ha asentado algún pájaro. Subí un rato con Luis, mi yerno, en una tarde fosca, ventosa, poco propicia para la codorniz, pues ya es sabido que los clásicos enemigos del cazador de esta avecilla son los nervios y el viento. Pero lo peor de todo es que ambos se alíen y, a causa del segundo, se suelten los primeros. Esto es lo que aconteció ayer. El viento nos desconcertó y acabó sacándonos de quicio; eso fue todo. Si a esto añadimos que mi escopeta era prestada, se comprenderá mejor la poca fortuna del cacerío, cuyo balance alcanzó la docena de pájaros cuando sobraron oportunidades para doblar la cifra. Esto no significa que el término de Pesadas sea un cazadero de primer orden, pero, dentro de lo que Castilla está dando este año, sí constituye un coto privilegiado y bien dispuesto. Trigo de páramo, pajas enmarañadas, lindes espesas y verdes, patatales frescos, prestan un cobijo adecuado a las africanas. La única contrariedad, repito, fue el viento. En situaciones así es aconsejable el tiro a tenazón, en el que no estoy práctico y menos aún con escopeta ajena. El viejo Coquer, desconcertado, sin saber qué partido tomar, sin acusar los pájaros, no cooperó a corregir nuestros defectos. Cierto que ha olvidado ya su personalidad refinada y decadente, pero tampoco ha recuperado todavía su sabiduría de antaño. Una cacería frustrada, en suma.

Despedida
21 de agosto de 1989

Luis y yo dijimos adiós a la codorniz en Pesadas. Esta vez tuvimos suerte o acertamos, puesto que fuimos a buscarlas donde estaban, un rastrojo barato y desguarnecido pero próximo al agua. Mano va, mano viene abatimos catorce, sin que transcurriera nunca un cuarto de hora sin disparar un tiro. La Fita, la perra de mi hijo Adolfo, que suele ser un dechado, tuvo una actuación desigual (con un ojo miraba al rastrojo mientras con el otro buscaba a su amo). Se alargó, se hizo la sorda, campó por sus respetos, no se avino a concentrarse hasta poco antes del final. Su actitud nos llevó a traquear sobre pájaros imprevistos, obligados, que irrumpían por sorpresa. Apenas hizo dos muestras en toda la tarde. Por contra, en la cobra tuvo una actuación prodigiosa. Tres pájaros me encontró entre escajos y zarzamoras, en lo más enmarañado de la finca. ¡Qué vientos, qué tesón! ¡Admirable! Y la faena (que nos entretuvo más de un cuarto de hora) con la alicorta de Luis, sin sol ya, entre interminables hileras de paja amontonada, yendo y viniendo, cada vez más picada, la nariz arriba... no hay palabras para calificarla. La categoría de un can se demuestra en situaciones como ésta. Porque, por supuesto, la cobró. Y la cobró viva, sin machucarla. La Fita es una perra que se va del mundo, aunque separada de su amo es habitual que le dé por hacer tonterías.

El simulacro
2 de septiembre de 1989

Estuvo la televisión en Sedano a rodar un reportaje cinegético y, para mayor verismo, mis entrevistadores dispersaron sobre un pequeño cantero dos docenas de codornices vivas compradas en una granja de Madrid. Las muestras de la Fita, el tiroteo, las voces, las cobras de la perra, la percha final fueron, pues, auténticas dentro de una operación simulada. Ante este derroche de pólvora, yo recordaba las cacerías de faisanes en las afueras de Nueva York en 1964. El propio cliente fijaba el número de pájaros que deseaba tirar de acuerdo con su precio y la capacidad de su bolsillo. La incertidumbre no radicaba, pues, en la cantidad de caza que iba a encontrar sino en saber si era capaz de derribar las cuatro o cinco piezas cuyo importe había abonado previamente. El simulacro, aquí o allá, es casi perfecto, con dos fallos inevitables: la sorpresa no existe y los pájaros –criados con pienso compuesto– hieden que tiran para atrás. La actitud de la Fita en la «cacería» de ayer, velando por su pituitaria, movía a risa. Iniciaba la postura a quince metros de distancia para irse aproximando paso a paso, un tanto asombrada del fato del pájaro, hasta obligarlas a arrancar. Por lo demás, la codorniz de granja se ovilla como la silvestre, arranca como ella, apeona y vuela igual, revuela si se la acosa, en una palabra, da el pego, hace el paripé como una actriz profesional. Ante la semejanza del sucedáneo, me dio por pensar que tal vez la presión venatoria que gravita sobre nuestros campos podría aliviarse organizando caceríos de este tipo en determinadas granjas, como hacen desde hace décadas los americanos. Muchos escopeteros serían gustosos de poder tirar del gatillo con esta facilidad, desfogarse sin necesidad de cocerse al sol ni de pegarse una pechada de padre y muy señor mío, y, sobre todo, sin tener que perder tiempo, ese tiempo que tantos pierden en otras actividades mucho menos saludables pero que ellos consideran esenciales. Si lográramos separar el grano de la paja y el artificiero del cazador, quizá las licencias de caza que se expenden en el país disminuyeran sensiblemente y sólo quedarían en el campo aquellas personas cuyo goce depende del esfuerzo físico, de la confrontación con una pieza silvestre reacia a ser capturada. El primero, el pirómano, el partidario del pimpampún preferiría ahorrar esfuerzo, tiempo y dinero, mientras el segundo, el cazador vocacional, ganaría espacios abiertos donde practicar su deporte. Y todos contentos.

A la espera
14 de octubre de 1989

Después de una recolección deficiente, por no decir mala, y sin lluvias a la vista, tras un año de clima enloquecido, no doy una gorda por la temporada de perdiz. Y, sin embargo, los augures no desesperan y anuncian que el año no viene mal. Habrá que verlo para creerlo. Lo de mala cosecha, mala cría, es un dicho que va a misa. Pero naturalmente tampoco el campo se ha comportado de manera uniforme en Castilla sino que ha ido por zonas y nada impide –es más, sería coherente– que la perdiz hiciera lo mismo. Una noticia estimulante es que en El Bibre ven algún conejo que otro entre los pimpollos, tras una primavera de eclipse total. Esto podría dar la razón al canario que anunció que los propios conejos se inmunizaban, de no ser que la nueva peste sea una enfermedad intermitente de esas que se manifiestan por estaciones. Ya es indicativa la noticia de ayer en *El Norte de Castilla* según la cual en el término de San Miguel del Arroyo había una plaga de conejos después de una larga primavera sin vérseles el pelo.

Mal presagio
22 de octubre de 1989

Quién sabe si las tres perdices que encontramos esta mañana despanzurradas en la carretera constituirán un presagio de lo que se avecina. Desde luego, un bando de perdices arrollado por un automóvil no es espectáculo usual en Castilla. Quienes circulamos habitualmente en coche y conocemos a este pájaro sabemos la facilidad con que se atropella a una perdiz durante el atolondramiento del celo, pero ¿tres perdices juntas a mediados del mes de octubre? ¿Cuándo se ha visto u oído semejante disparate? ¿Podemos pensar que se suicida la perdiz sedienta o, en condiciones climáticas adversas, divaga aturdida por el paisaje? Ante un suceso tan extraño detuvimos el coche y recogimos los cadáveres aún calientes, prueba de que el atropello acababa de consumarse. Minutos más tarde, Adalia, el término sin matadero visible, que creo ya describí con tintas sombrías la pasada temporada, nos aguardaba para abrir boca. Y Adalia confirmó lo previsto. La Castilla llana, la Tierra de Campos, tras la dura sequía estival, es lo más semejante a un desierto que uno puede imaginarse: rastrojos quemados, barbechos polvorientos, tierras baldías que no conocen el arado. Abrirse en mano aquí es casi como hacerlo en el Sahara: una disciplina inútil. Y peor aún bajo un sol centelleante, a pesar de los celajes y un viento ábrego que ojalá presagie las primeras lluvias del otoño. En condiciones tan desfavorables, y al cabo de cuatro horas de andadura, la mano cobró cinco perdices viejas, con más espolones que experiencia, que no acertaron a defender su integridad en este ambiente recocido que padece la meseta. Aspeados los perros, molidos los cazadores, nos retiramos en espera de mejores días. Porque lo verdaderamente malo de esta jornada no es que se abatiera poca caza, sino que una mano que abarcaba medio kilómetro de ancho y profundizó en otros quince, apenas volara perdices el primer día de la temporada. La caza está en baja en esta zona; las pocas patirrojas cobradas son supervivientes de otras temporadas. Las polladas del año sucumbieron ante el castigo del chajuán y la sequía. Queda por ver si el mal es general o la desgracia va por barrios, como dije, a la par que la cosecha. Para mí, lo único confortador de esta apertura fue mi respuesta física. Con sesenta y nueve años cumplidos, mi cuerpo aguantó la caminata, el sol de fuego, el desaliento, la sed, las cuestas, el piso ingrato, sin llegar al agotamiento, temor que me asalta cada vez que abro una temporada desde que cumplí los sesenta.

Lluvias tardías
29 de octubre de 1989

Los veinte litros de lluvia del lunes –los primeros en diez meses– suavizaron el piso pero no resucitaron a los pollitos que murieron de sed a lo largo de un verano abrasador. Con la rociada, el campo ha logrado un mínimo tempero y los labradores, impacientes, se apresuran a tirar el grano aunque la germinación no esté ni mucho menos asegurada. Dando de lado al clima, esta primera cacería en El Bibre ha venido a confirmar lo que nos temíamos: la gran escasez de perdiz. En una temporada normal y en este cuartel de Las Peladas solíamos mover cada día entre ciento cincuenta y doscientas perdices para cobrar quince o veinte. Ayer, para empezar, no vimos más que alguna que otra suelta, que en conjunto no sumarían tres docenas, y la percha final se quedó en siete más un conejito afligido que saltó a mi costado cuando caminaba a media ladera. Porque es triste consignar que si Las Peladas no dio pluma, tampoco dio pelo, ya que, aparte del gazapo, no vimos más que dos zorros, que sumados a los nueve que el domingo pasado levantaron nuestros consocios, invitan a pensar que la contracaza, al revés que la caza, ha criado como nunca en estos cuarteles de El Bibre.

La sorpresa de ayer la deparamos los viejos: Manolo, mi hermano, cobró tres perdices, y yo dos más el gazapo. ¿Cuántos años –siglos– hacía que Manolo y yo no emulábamos a los jóvenes de la cuadrilla? En mi caso las tres dianas las conseguí de cuatro disparos, proporción insólita que habla claro de mi acierto al mismo tiempo que da idea de la exigüidad de oportunidades.

¿Último doblete?
1 de noviembre de 1989

La desconfianza en conseguir otro deriva de mi edad respetable, incompatible, en teoría, con estos lances cuya primera exigencia es la rapidez y la destreza. Pero, afortunadamente, la vida reserva estas sorpresas y ayer, en la mambla de La Mambla, tuve la suerte de descolgar dos perdiganas de dos disparos consecutivos y en condiciones desfavorables: levantadas por la escopeta alta, a media ladera, con el viento de cola, de esos pájaros que aun en mis mejores tiempos, y de uno en uno, me costaba Dios y ayuda derribar. Con este asunto del doblete de perdiz, uno nunca acaba de explicarse cómo tuvo tiempo de hacer tantas cosas ante dos pájaros que irrumpen a cien por hora, simultáneamente y sin avisar. Porque esta sucesión de operaciones (aculatar el arma, encañonar a la primera perdiz, disparar, rectificar la puntería sobre la segunda que se aleja, volver a disparar) resulta factible cuando las piezas levantan, con unos segundos de diferencia, al paso del cazador, pero se complica mucho cuando vienen de otro, juntas y muy revolucionadas. Y las dificultades acrecen cuando el cazador que aspira al doblete es un hombre más que maduro, sin la agilidad de reflejos y el automatismo que el hecho requiere. De ahí mi satisfacción, mis humillos ante mis hijos, sin cuyos perros (¡buena faena, viejo Coquer!) nunca hubiera logrado cobrar la segunda, alicorta, a casi cien metros del pelotazo.

El regañón
5 de noviembre de 1989

Cuando el regañón se desmelena en la meseta tiembla el misterio. Es viento tan espeso y consistente que uno puede recostarse en él y descabezar una siesta. Y el de ayer fue tan violento que se convirtió en el protagonista de la jornada, y no digo que la echase a perder porque, según mis hijos, el regañón es un aliado para la caza de perdiz en mano. Y algo de verdad debe de haber en ello cuando Germán, arriba, en el páramo, bajaba siete pájaros de las nubes, cinco Juan, en la nava, y tres Adolfo a media ladera, mientras Manolo y yo no lográbamos quitarnos el bolo de encima y regresamos a casa sin cortar pluma. Antes que al vendaval, al vértigo de las piezas, yo atribuyo mi fracaso a la imposibilidad de concentrarme, pendiente de contrarrestar el viento para impedir que me volara la visera. A pesar de mis precauciones, me pasé la mañana haciendo de Tartarín, corriendo ladera abajo tras de la gorra, cavilando en busca de una solución. En una palabra, no llegué a entrar en lo que se cocía y esto se paga caro en la caza. A pesar de todo tuve mi oportunidad, a la caída de un barco, pero llegué allí tan baqueteado por el viento, tan inestable, que hube de conformarme con soltar los dos tiros precipitadamente y decirle adiós a la perdiz. En mi caso, el regañón sí desquició al hombre-alerta que debe ser el cazador. En resumen, las discretas perchas de que me venía jactando esta temporada se acabaron al fin y ayer me pasé la mañana jugando al pimpampún sin ningún resultado práctico.

No llegó el ciclón
19 de noviembre de 1989

El domingo pasado no salí al campo por temor al aguacero anunciado, aunque a la postre no cayera una gota (al contrario, el día fue despejado, calmo, con un sol excesivo para caminar). En vista del patinazo, ayer desoí los augurios que predecían ciclón, y me fui al resguardo del monte Curto. Sobró el resguardo. El ciclón tampoco se presentó. Sopló un noroeste racheado pero sin fuerza suficiente para volarme la gorra. Habrá que convenir en que la meteorología es una ciencia intrincada y difíciles las predicciones del tiempo. Tras unas jornadas de ladera cogí con ganas el piso llano del arcabuco y, pese a la NHV, revolcamos media docena de gazapetes cuando en los sardones vecinos hace meses (así lo aseguran) que no se ve uno. ¿Habrá influido la vacunación contra la mixomatosis que efectuamos en junio? Al margen de toda lógica, hay quien insiste en que la neumonía únicamente ataca al conejo afectado por la mixomatosis. Con las lucubraciones del cazador podrían escribirse libros. El cazador, a mi juicio, no es embustero, como dice el vulgo, sino desmesurado, ingenuo, propenso a la exageración. La comida en la casilla, en la soledad del monte, mientras caía la noche y la lluvia tamborileaba en los cristales, produce una sensación confortadora de aislamiento, difícil de traducir en palabras.

La lluvia
26 de noviembre de 1989

El clima parece haberse apiadado de la patirroja. Hace un par de semanas que el tiempo se ha metido en agua y no tiene trazas de escampar. Un poco tarde es, pero menos da una piedra. Ayer, al levantarme, llovía de tal manera que desistí de la excursión. Esta vez acerté puesto que no cesó de diluviar en toda la jornada. Los chicos se fueron a Tordesillas, incluso Adolfo con la escayola en una pata, protegiendo los ligamentos que se rompió el otro día, e hicieron una percha tan revuelta como el día: perdices, liebres, palomas, conejo y azulón. Salvo el pato, engañado por las tierras encharcadas, lo más sorprendente son las liebres, pues llevamos años en que saltan con cuentagotas. Lo de ayer no deja de ser lógico ya que la rabona no encama a gusto en lo húmedo y el primer zapatazo la pone en movimiento.

Sondeos
6 de diciembre de 1989

Los cinco ganchitos de ayer en Los Pozuelos (siembras y pinares en tierras llanas) para verificar un conteo de perdiz confirmaron que no la hay o que hay muy poca, y que lo mejor que podríamos hacer, aunque parezca una solución demasiado drástica, es cerrar la temporada sin más contemplaciones. Estos ganchos improvisados, sin pantallas, utilizando cembos y arroyos para disimular las escopetas, no son carniceros pero en cambio son muy indicativos respecto a la caza existente con vistas a su ordenación. El desengaño de ayer pasó de la raya. Hay aún menos perdiz de la que imaginábamos. Media docena de críos dirigidos por el señor Miguel, el bichero de Tordehumos, patearon cientos de hectáreas para mover dos docenas. ¿Qué es esto en una finca de cereal, bien guardada? Nada, o poco menos que nada. Después del triste espectáculo de hoy, mantener abierta la temporada me parece una temeridad que sólo puede conducir a poner en riesgo la especie y prolongar la escasez durante lustros, si es que la perdiz de estos pagos vuelve a levantar cabeza algún día. Sería de agradecer que en los estamentos oficiales prevaleciera el buen sentido. La anécdota de la jornada la deparó mi nieto Pancho, que derribó un macho atravesado (atravesado en todos los sentidos) con la carabinilla de 14 milímetros. Esto ya son palabras mayores.

Las chochas
10 de diciembre de 1989

Típicos días prenavideños en la mancha de la Espina. Nieblas tiernas y frío glacial tras las humedades de noviembre. Aquí, como en todas partes, apenas vimos perdiz. Únicas novedades dignas de mención: el raposo que alcancé en lo sucio cuando pretendía orillarme y la chocha que abatió en el robledal uno de mis hijos. Aparte ésta, se vieron otras, lo que confirma que la becada está haciendo estadía en Castilla en este otoño lluvioso. (Juan y Adolfo cobraron media docena en Torozos hace tres días y mis consocios de Sedano ¡cuarenta y seis! el domingo pasado). Aunque mi memoria alcanza al primer tercio de siglo, no recuerdo cosa igual en estos montes castellanos. La sorda que sobrevuela la cornisa cantábrica suele pasar por la meseta sin saludarnos, ya que las rígidas heladas de diciembre le impiden hincar en tierra su largo pico y alimentarse. Pero algo fundamental está cambiando en el clima español, al menos en su regularidad secular. Este año, por ejemplo, no ha caído una gota en el norte y ha diluviado en el sur, con lo que hay aves (chochas, avefrías) que andan desconcertadas, sin saber a qué carta quedarse. Y en esta indecisión, alguna aterriza en nuestros montes de roble y encina, en cuyos claros pueden observarse los agujeros de sus prospecciones nocturnas. (De la sorda se ha dicho que come lombrices, aseveración difícil de demostrar, al menos en Castilla. Más fácil de demostrar es lo contrario, esto es, que en diciembre, en los sardones castellanos, no hay quien halle una lombriz a un metro de profundidad). La chocha busca en la tierra restos orgánicos, insectos aletargados, larvas, jugos nutricios. De todo ello se alimenta. Y al que no lo crea le recomiendo una cosa: que antes de echar el pájaro a la olla, examine los restos ingeridos por él antes de su muerte.

Ante esta imprevisible invasión de sordas, cabría la posibilidad de dejar abierta la temporada para cazarlas mientras dure la pasa y la contrapasa. Esto sería lo razonable en un pueblo ético y civilizado. Pero ¿somos de veras un pueblo ético y civilizado? Si se sueltan en marzo un millón de escopetas por el campo, ¿quién nos garantiza la integridad de la perdiz?

Veda voluntaria
17 de diciembre de 1989

Con la esperanza de que el ejemplo cunda, los consocios de El Bibre decidimos cerrar hoy voluntariamente la temporada. Oficialmente nadie se ha pronunciado, pero quienes anteponemos la naturaleza a la caza no vemos otra salida honrada que ésta. Si no hay perdiz, ni liebre, ni conejo, ¿dónde vamos tan ufanos con nuestra escopeta al hombro? Como despedida, volvió el viento, un viento muy fino que hacía lagrimear los ojos en detrimento de la visibilidad. Debido a esto o a que no las hay, apenas vi perdices a lo largo de la jornada. Y las pocas que vi no se dejaron tirar; volaron donde Cristo dio las tres voces. Otro tanto le ocurrió a Germán en el páramo (hoy el regañón dejó de ser un aliado). Tan sólo Adolfo, en el centro de la mano, hizo tres tiros de postín a pájaros largos, arbolados, supersónicos (¡oh, qué bello aquel pájaro cortado a setenta metros, cuando ganaba velocidad y altura!). El tío quedará con buen sabor de boca hasta agosto, que se abre la media veda, en tanto Germán y yo rumiamos el bolo. De momento sigue flotando en el aire la pregunta acostumbrada en estos últimos años: ¿Serán suficientes nueve meses y una buena cría para reconstruir la población perdicera de esta región? El balance de la temporada no puede ser más decepcionante. La cuadrilla, a lo largo de diez jornadas, no ha cobrado ni setenta perdices. El promedio por cazador y día ronda las dos piezas, es decir, no llega a la mitad del de la temporada pasada. Las cifras no mienten e invitan a una detenida reflexión.

Tragacete
14 de enero de 1990

Cerrada, al fin, oficialmente la temporada de caza menor en Castilla y León, hicimos una escapada de despedida a Corral de Almaguer, coto manchego donde no había cazado nunca. La cacería tenía un objetivo añadido: conocer a Tragacete, pentacampeón de caza con perro de muestra, destronado este año por mi paisano Gerardo Pérez, de Nava del Rey. La jornada se cumplió con arreglo al plan previsto. Los majuelos de Corral de Almaguer, lisos y marcialmente alineados, albergan perdiz (¿no habrá llegado aquí el piadoso refuerzo del ave de granja?), pero una perdiz extraña, apartadiza e insociable. La estrategia del pentacampeón y la disciplina de la cuadrilla facilitaron, sin embargo, un morral impensable en estas calendas: dieciséis perdices y cinco liebres. Tragacete llevó la mano en todo momento y mediante un hábil tira y afloja, su experiencia y su presteza, nos permitió foguear a pájaros sueltos, encampanados, que se volvían contra la mano rehuyendo el acoso. Esta conducta fue tan reiterada que únicamente tres piezas, de las veintiuna abatidas, fueron levantadas por su matador. Por mi parte conseguí el morral de la temporada: cinco perdices y dos liebres. Mas, junto a la caza, estaba hoy el personaje Tragacete, su astucia, sus piernas, su famosa táctica del caracol (táctica infantil, pues ya es sabido que la perdiz vuela si se le busca el bulto y se cohíbe si se le rodea y, en lugar de entrarla por derecho, nos dirigimos a ella en espiral). Hombre dúctil, con fuelle e intuición, es de esos cazadores a quienes estorba el perro y si se sirve de él en competición es por aquello de acatar las normas del concurso. A pesar del pingüe botín, creo que estas tierras manchegas son para cazarlas en octubre, con temperaturas blandas y pámpanos en los cepones. En enero resultan demasiado desabridas.

El campo en primavera
27 de abril de 1990

Durante esta caótica primavera, cálida en febrero y heladora en abril, he visitado nuestros cazaderos habituales un par de veces. En ambos casos apenas he visto perdices en El Bibre, para ser exacto tres pares el primer día en el camino de Bercero y cuatro el segundo en las siembras de los bajos, en las proximidades de Villalar de los Comuneros. En los páramos desamueblados, con un cereal raquítico y sin humedad, no se ve una. En rigor, en trigos tan arranados la patirroja no tiene donde ocultarse y, en opinión de Adolfo, que ha hecho otro par de visitas por su cuenta, no les queda otro recurso que refugiarse en las laderas. Sólo en la de La Mambla, la más querenciosa de todas, volaron once pares dos domingos atrás. Si mayo no trae agua, estas parejas escatimarán la cría o no criarán. Y si no se enhueran los nidos, habrá que hacer novenas para que las polladas se cumplan. Estas cosas de la naturaleza son cada día más delicadas. Pero admitiendo que la cría sea normal, ¿bastará para rehacer la diezmada población de estos contornos? Muy difícil. La temporada pasada fue excesivamente calamitosa como para remediarla en una puesta. En el mejor de los casos, habría que cazar estos terrenos con cuidado, retirando los réditos sin morder el capital. Más problemático aún es hacer conjeturas sobre el conejo. ¿Qué va a ser de estas camadas primaverales que corretean por el Curto y los montes aledaños? Sólo Dios lo sabe. Los hombres –concretamente los cazadores– carecemos de información sobre la evolución de la neumonía hemorrágica. En España esto es lo habitual. Desde el poder nadie dice una palabra, probablemente porque nadie sabe nada. La evolución de la mixomatosis –tan larga ya– la conocemos por propia experiencia. Y sabemos que, a pesar de sus rebrotes, el conejo va superándola e imponiéndose. Pero ¿de dónde viene y adónde va la neumonía hemorrágica? ¿Es peste ocasional o intermitente? ¿Se está estudiando en los laboratorios? No sabemos una palabra de ella. Y si mañana, casualmente, llegamos a saber algo, será porque lo hemos aprendido observando directamente el monte. Esto quiere decir que estamos en la inopia y todo es posible en España con respecto a la NHV. Puede irse o puede quedarse. Puede que pasado mañana se desate un nuevo ramalazo que arrase nuestros sardones y, por el contrario, puede que el conejo siga criando y se multiplique como si aquí no hubiera pasado nada.

Llegaron las lluvias
15 de mayo de 1990

De nuevo va llegando agua al campo. Agua desordenada y torrencial, de nublado, pero con poca piedra. El cereal, aunque castigado, aguanta. San Isidro se ha mostrado piadoso este año y ha enviado en mayo las aguarradillas de abril, con las que los labradores ya no contaban. La codorniz, a pesar de la estación, apenas da fe de vida. Dentro del hecho de que la africana ya no sobrevuela el Estrecho en la cantidad de antaño, yo me temo una entrada corta esta temporada. ¿Que por qué? Por los antecedentes. Para saber a qué carta quedarnos debemos establecer la gráfica de inmigración de esta avecilla sobre los veinte años anteriores al 87 y no sobre los tres últimos que, a efectos estadísticos, puede darnos una fuerte curva ascendente, satisfactoria pero absolutamente engañosa.

Tras las lluvias de mayo el Curto ofrecía esta mañana un ameno aspecto ajardinado, como no es frecuente ver en los montes de encina: sobre una base de fino césped, un tapiz floral inusitado: chiribitas, ardiviejas, cantuesos, lenguas de buey, ¡hasta amapolas! Nunca vi tantas variedades de flores en un sardón en esta época del año. Reglero cree que la abundancia de pasto está facilitando la recuperación del conejo que, a su juicio, no falta en el monte. La verdad es que yo no he visto ninguno, aunque quizá la hora y el calor los mantuvieran hoy embardados. Tampoco es imposible que Jesús María se deje llevar por su habitual optimismo. Lo cierto es que Manolo y yo recorrimos los sectores más querenciosos del sardón y únicamente vimos dos gazapos y oímos otros tres escabullirse entre la fusca. Habrá que esperar. Cada año, por estas fechas, sobreviene la impaciencia, el frívolo vaticinio. La codorniz sigue sin manifestarse y aunque Jesús sostiene que éste es un buen indicio, yo arguyo que el hecho de que la codorniz no cante no es en sí bueno ni mal augurio. Cuando la codorniz canta está llamando a la pareja; ni su reclamo ni su silencio dicen nada de su abundancia. Si cantan es que hay machos o hembras sin aparear. Y si callan, una de dos: o no han venido o las que hay están emparejadas.

Bella apertura
12 de agosto de 1990

No es fácil imaginar un cazadero de codorniz más ameno que el que nos brindó esta mañana el término municipal de Villaescusa del Butrón para inaugurar la temporada: un vallejo angosto, en forma de hoz, con manantiales en los extremos y flanqueado por unas laderas de galloga, roble y enebro. Por si algo faltase, dividiendo el rastrojo de cebada, un arroyo seco lleno de broza. Haciendo buena mi predicción, el chajuán había empujado allí a los pájaros. Y ahí, en ese cazadero tan recoleto, mi yerno Luis y yo, mano arriba, mano abajo, conducidos por el viejo Coquer (que, como ya he dicho, rastrea y empuja pero no muestra), hicimos docena y media en tres horas.

Desoyendo los requerimientos de mis hijos, di de lado los viejos ritos y no madrugué (creo que fue la primera vez en cincuenta y cinco años). Me tiré de la cama a las siete, no a las cinco como era tradicional, aunque, como de costumbre, dormí con un ojo abierto y a las seis tenía los dos de par en par. Tampoco esperé en los rastrojos la irrupción de la aurora como era de ley, sino que llegamos a ellos con sol en el cielo y, sin pérdida de tiempo, nos pusimos a la tarea. Una tarea ponderada, a ritmo lento, sin largas pausas entre pájaro y pájaro, aunque con calor (el bochornazo de julio se ha reproducido a mediados de éste). Los hontanares, en un extremo y otro, permitieron refrescarse al Coquer, y gracias a ellos pudo cazar tres horas muy concentrado. Y, por mi parte, uno tras otro, hice diez pájaros; eso sí, pajaritos enjutos, como reducidos por los jíbaros, desgrasados, cosa que choca teniendo agua a la vera. Y un lance inevitable en estos duelos de comienzos de temporada: un doblete. El doblete ritual, la primera de frente, hacia adelante, en las pajas y, girando cuarenta y cinco grados, la segunda, sobre el monte ya. Y el desconcierto habitual también, cuando el perro suelta la primera al oír el segundo disparo y se pierden las dos. Tras una lenta reconstrucción de los pasos del Coquer y de mis propios movimientos, pudimos, al fin, cobrarlas.

A las once se eclipsó la vida en el rastrojo. La codorniz, recogida en el monte, a la sombra de los enebros, buscaba el fresco encame de la galloga. Sol, sombra, es el juego habitual del pájaro. La fuerza del sol –mucha o poca– marca sus devaneos del rastrojo a la verdura o de la verdura a las pajas. Su régimen de vida es elemental: comer y sestear. Es obvio que con una buena chaparrada estas tiernas avecillas cogerían un dedo de grasa, pero ¿dónde están los chaparrones si parece que la lluvia ha desaparecido del planeta?

Los chicos abrieron en Sedano, con la competencia y la escasez de cazaderos ya conocidas. Pero afinaron y regresaron con una veintena de pájaros. Están de acuerdo con el resto de las cuadrillas en que hay más codorniz que el año pasado y bastante menos que el famoso verano del 87.

Rincones y altillos
15 de agosto de 1990

El hábitat por delante de la gastronomía. Éste parece ser el lema de la codorniz de montaña. Antes un lugar grato donde vivir que una comida abundante. De modo que un rastrojo prieto, de buen trigo y lindes desamparadas, puede estar desierto y, en cambio, reventar de pájaros un rastrojo ralo de centeno pero con verdura en los bordes. Quiero decir con esto que a esta gallinácea delicada, que ha desdeñado la inmensa llanura amarilla para instalarse en el frescor de la sierra, se la encuentra más fácilmente en los rincones y altillos del cazadero que en los dilatados pajonales. Tan inalterables son estas querencias que mi hijo Juan y yo logramos ayer una percha apañada no en el gran rastrojo ordenado y tupido, sino en las rebabas de las fincas más chicas, en la proximidad del monte, las yerbas o el patatal; allí donde el rastrojo se estiraba en una despeinada franja de cuatro metros. Precisamente ahí y en los altillos, en las prominencias, dominando el panorama, oreándose, papando aire. La preferencia por los altillos suele ser común a todas las especies menores, pero mientras la de la perdiz y la liebre viene dictada por razones defensivas, la de la codorniz, sin despreciar éstas, responde a motivos de otro tipo, fruitivos casi con toda seguridad. El pájaro que ha aguantado las horas de canícula recluido en una yacija minúscula, sin ventilar, al llegar el crepúsculo busca la brisa estimulante al tiempo que el grano. El hecho de que la codorniz de los altos no sea más espantadiza que la de los bajos demuestra que este recurso no es defensivo; el pájaro acude a las prominencias para respirar y sólo en último extremo, en jornadas revueltas como la de ayer, para poder aparejar la vela y alejarse del peligro con mayor celeridad. En aquellos rincones y estos altillos, hicimos Juan y yo dieciséis codornices, y tan sólo cinco en los pajones, en las amplias extensiones de cereal, donde el grano abundaba y las morenas prestaban al pájaro un escondrijo pintiparado.

La junta
17 de agosto de 1990

De codornices, claro; hablo de una junta de codornices, unas docenas de pájaros agrupados, prestos a emprender el viaje de regreso a África conducidos por un guión. En mi larga vida de cazador es la primera vez que contemplo un fenómeno semejante. He sido testigo de dos pasas, pero de una junta nunca. La diferencia es obvia: la pasa es un final de etapa, un descanso, de la codorniz en viaje; la junta, la preparación de ese viaje. Pero si toparse con una pasa es un hecho relativamente fácil, asistir al momento en que los pájaros de un determinado lugar empiezan a reunirse para marcharse, es inusual. Yo había oído decir que la codorniz escoge los rastrojos altos, en pendiente, encarados al norte, para sus juntas, y ayer pude confirmarlo, siquiera al pie del rastrojo se extendía un verdinal mechado de espinos, propicio para apeonar y ser utilizado como pista de despegue.

El revuelo que se produjo al poner pie en el perdido mi hijo Juan y yo no es fácil de describir. La primera codorniz no esperó el acoso de los perros para levantarse; lo hizo espontáneamente y, como si su vuelo fuera la señal, antes de que pudiera encararme la escopeta, se produjo la espantada múltiple: tres pájaros a mi izquierda, cuatro a mi derecha, tres detrás, cinco delante... Una confusión. Doce o quince codornices en el aire, una breve pausa, dos pasos más, la exclamación de Juan sorprendido, un disparo, el estupor de los perros y un nuevo salto de diez o doce codornices dispersándose en el páramo. A nuestros comentarios cruzados, un tanto incoherentes, al desconcierto de los canes, siguió la irrupción de otro corro, y otro, y otro más, hasta el mismo límite del verdinal. Concluirse el prado y terminarse las codornices fue todo uno. Mas la pregunta que nos hacíamos mi hijo y yo ante este despliegue inusitado de avecillas se refería al número: ¿Cuántos pájaros habían volado? ¿Ciento? ¿Ciento cincuenta? ¿Doscientos? No es fácil precisar puesto que algunas se levantaban lejos, a los costados o detrás de nosotros, es decir, fuera del alcance de nuestra vista, pero, teniendo en cuenta que se produjeron seis o siete golpes consecutivos y en cada uno de ellos volarían entre quince y veinte pájaros, la cifra más razonable estaría entre las ciento y las ciento veinticinco. Algo nunca visto. ¿Y qué ocurrió después de semejante algarada? Exactamente lo que temíamos. La dispersión fue tan cabal e inteligente que en el rastrojo y el monte contiguos apenas encontramos luego alguna suelta. El resto se esfumó, se las comió el campo y ni la Fita ni el Coquer, deslumbrados por el revuelo inicial,

fueron capaces de dar con ellas. Una tarde más bien tonta (como cacería, se entiende), pero sobradamente compensada por el espectáculo de la junta, una especie de sueño para el cazador (la copia de codornices reunidas), con sus ribetes de pesadilla (la imposibilidad de acceder a ellas a pesar de su abundancia).

Se van las africanas
23 de agosto de 1990

La junta de codornices del otro día constituye el primer indicio de emigración del verano. Decididamente los pájaros se van. La emigración quizá sea prematura pero también lo han sido la recolección y la marcha de la cigüeña. En los ratos que he salido después de la junta no he visto ni la mitad de codornices que antes de la incidencia. A veces, en los últimos días, hasta han transcurrido dos horas sin levantar un pájaro. Y las que han quedado son pollastres del año, madres tutelares y algún adulto despistado que no oyó el toque de retreta. La escasez desanima a los perros y desconcentra al cazador. Por si fuera poco, sin Adolfo, la Fita se vuelve rara, muestra a las calandrias, amaga con merendarse a la codorniz que cobra, o parasita al Coquer cuando lo habitual es lo contrario. (Creo que ya he dicho que a los perros de casta, cuando el amo se ausenta, les gusta hacer tonterías para llamar la atención).

Visto lo visto, he recordado el tiempo de mis cazatas. De ordinario cazo tres horitas y media, las últimas del día, ya que menos tiempo me parece frívolo y para más no me da la atención. Mi dosis, pues, es ésa, pero, cuando la codorniz escasea, me limito al crepúsculo vespertino y al rato que antecede, un par de horas. Los crepúsculos son los momentos ideales para cazar la codorniz, pero para el matutino hay que madrugar y el segundo es tan bueno como el primero, una vez que la tarde refresca y los perros dejan de jadear. Las perchas, lógicamente, se han quedado en la mitad, pero cinco o seis codornices, no tratándose de un cazador insaciable, dan para entretenerse. En general, no me gusta abatir más piezas que aquellas que luego soy capaz de recordar. Los días van acortando y la brisilla del páramo, aun en estas jornadas caniculares, aconseja el jersey una vez que el sol se pone. Los bosquecillos de hayas y arces denotan ya un encogimiento, una suerte de languidez que preludia la proximidad del otoño.

Una carambola
26 de agosto de 1990

Con la perdiz, este lance de la carambola (derribar dos piezas de un disparo) es relativamente frecuente. Sucede, por lo general, en el primer vuelo, cuando salen todas juntas, atravesadas y a tiro. En ocasiones, fogueando al bulto, caen tres, como me ocurrió a mí en un pinar de Boecillo hace la friolera de cuarenta años. La anécdota se la atribuía a Lorenzo, el protagonista de mi libro *Diario de un cazador*, y desde entonces mi amigo Alfonso Guilarte anda con la broma de levantar un hito conmemorativo del suceso. Pero estas cosas ocurren prácticamente sólo con las perdices, pájaros que divagan en bandos, duermen apretadas unas contra otras y del mismo modo levantan. (Recuerdo un bando de diez, un día crudo de invierno, en Villafuerte de Esgueva, blancas de escarcha, inmóviles, apelotonadas, que nos llevó a cruzar apuestas sobre si eran perdices o piedras).

La carambola de codorniz, aun siendo un tiro mucho más sencillo, es más difícil, porque aunque no es raro que salte la pareja, cada una lo hace por su lado y en distinta dirección, invitando al doblete pero no a la carambola. La codorniz no forma bandos (salvo para emigrar) sino corros. E incluso el pasado día 17, cuando la famosa junta, llegamos a levantar quince de golpe, pero cada una lo hizo desde un lugar diferente aunque próximos entre sí. Lo de ayer, pues, no dejó de ser sorprendente. Macho y hembra volaron paralelos, con no más de cuarenta centímetros de distancia entre una y otra, de tal suerte que cuando encañoné a la de la derecha y disparé, un plomo aislado alcanzó a la de la izquierda y cayeron las dos. La carambola, más que mérito del cazador, es, pues, defecto estratégico de las piezas, lo que en lenguaje cinegético llamaríamos una chamba.

Se acabó la fiesta
9 de septiembre de 1990

Los dos fines de semana con que la provincia de Burgos prolongó la media veda fueron desangelados: la codorniz se había marchado ya. Las lluvias del jueves 30 y el frío subsiguiente hicieron las veces de un otoño anticipado. Las cuatro que quedaban el primero de septiembre habían perdido el sosiego, andaban inquietas, apenas aguantaban la proximidad del perro, con lo que los tiros se hacían largos y problemáticos. Cinegéticamente, el otoño se había instalado en Castilla. La codorniz, escasa ya el primero de mes, había desaparecido del todo una semana más tarde, puesto que en la cazata de ayer, tras un registro concienzudo de tres horas, únicamente volamos una que cobró mi nieto Germán, con lo que dimos por terminada una temporada que aquí, en las estribaciones cantábricas, no ha sido mala, contrariamente a lo ocurrido en tierras de pan llevar (incluida Soria), donde, por lo que dicen, la media veda ha resultado calamitosa.

El desconcierto de la becada
10 de septiembre de 1990

El año pasado nos sorprendió la becada otoñeando en nuestros bosques de roble y encina. La sorda sobrevoló la tierra vasca, donde suele invernar, y se llegó a la meseta atraída por un clima piadoso y un suelo mollar. La novedad me inspiró un artículo sobre el cambio de clima y los desastres que puede suponer en el futuro. Como testigo de estos cambios señalaba a la becada: «La becada no se equivoca» era el colofón de mi artículo.

Hoy recibo carta de un amigo catalán, el señor Puigmartí, de Hospitalet, habitual cazador de sordas en los bosques de Gerona, según me dice, donde suele levantar una media de una docena por jornada. Estas cacerías, que llegaron a convertirse en hábito, se truncaron para el señor Puigmartí el otoño pasado porque la becada no apareció en sus querencias habituales. No asentaron en Gerona. Mi amable comunicante puntualiza contristado: «Sólo levantamos dos en toda la temporada». Más adelante añade este párrafo sorprendente: «Por contra, cazando perdiz en mano en la provincia de Lérida, en terrenos llanos y secos, al paso ligero que exige este tipo de caza, derribamos casi un centenar». Mi amigo no disimula su desconcierto: «¿Qué ocurrió el año pasado, señor Delibes? ¿Quién entiende esto?». En realidad, esto, amigo mío, no hay quien lo entienda, pero quienes nos ocupamos de estos pequeños-grandes problemas venimos obligados a buscarles una explicación. Y en el caso que nos ocupa la única plausible y convincente es el clima. El clima se está equivocando cada día. Debido al dióxido de carbono, a la capa de ozono o a lo que sea, el clima anda trastocado: lluvias tropicales, sequías prolongadas, ausencia de nieves, desorden en las estaciones, aumento de la temperatura media... Los meteoros andan desquiciados. Y en este desquiciamiento se ve envuelta la franciscana becada, ave metódica que, de repente, observa que donde antes llovía, no llueve ya y, en cambio, se inundan tierras donde antes no caía una gota. No nieva en los países nórdicos ni hiela en la meseta... Todo se le pone patas arriba. Y este pájaro sensible no sabe a qué carta quedarse, va donde lo empujan las circunstancias, abandona los bosques de Gerona e inverna en Castilla o en los terrenos más desguarnecidos de Lérida. ¿Qué puede hacer el naturalista, señor Puigmartí, ante un desbarajuste tan formidable? Simplemente constatarlo y, si no le importa caer en el ridículo, arriesgar un vaticinio. ¿Qué hará la becada el próximo año? ¿Quién sabe lo que puede hacer? Para obtener una respuesta convincente habría que preguntarle antes al tiempo cómo piensa

comportarse en los meses venideros.

Los conejos y el hurón
12 de septiembre de 1990

La larga pausa de la veda es propicia a la reflexión, aunque no siempre se saquen de ella consecuencias prácticas aprovechables. Hoy, por ejemplo, se me ocurre que la uniformidad de las disposiciones de la Europa comunitaria para la conservación de las especies es atinada cuando afecta a animales raros en todos los países, pero no si se refiere a otros de irregular distribución. Aclarémoslo con un ejemplo: las normas de conservación del lince pueden ser iguales en toda la Europa comunitaria, pero no las atañederas al conejo. Quiero decir que, si el lince debe ser tratado de la misma manera en todas partes, el conejo no. Someter al conejo nórdico a las mismas normas protectoras que al conejo de los países mediterráneos me parece un disparate.

La península ibérica fue desde antiguo un país de conejos y como tal conocida por iberos y romanos. Aunque con conejo introducido, Australia fue en buena parte arrasada por ellos. En España nunca se llegó a este extremo, pero los conflictos entre campesinos y cazadores son conocidos de todos. Los conejos devoraban las siembras en cuanto apuntaban y los cazadores se resistían a veces a pagar los daños. En Bélgica y Holanda no tengo noticia de estos enfrentamientos y de ello deduzco que las disposiciones que se dicten para limitar la población conejuna o para conservarla no deben ser iguales en todas partes. Será la propia conveniencia o la salud de la agricultura quienes determinen lo que se debe hacer en cada caso.

Se me ocurren estas vaguedades a la vista del real decreto dictado hace unos meses en España que prohíbe, entre otras actividades que ahora no son del caso, la caza del conejo con hurón (o con *bicho,* como suele decirse en la vieja Castilla). Esta prohibición va unida a la del cepo y ambas las justifica el legislador por el hecho de que ni uno ni otro son procedimientos de caza selectivos, o sea, hurón y cepo cazan, según él, indiscriminadamente, no distinguen las especies que matan. ¡Ave María purísima! ¿Cuáles serán las experiencias del legislador sobre estas modalidades de caza? ¿Es que alguna vez de las que ha cazado con hurón ha salido del agujero algún animal distinto de un conejo? ¿Ha cazado urogallos o perdices nuestro legislador valiéndose de un hurón? ¿Cómo puede afirmarse impunemente que la caza con *bicho* no es una caza selectiva? No bromeemos.

Otra cosa es el cepo, ingenio que apresa al que lo pisa. Este sistema de caza sí que hay que ponerlo en práctica con cuidado, ya que si se

coloca en los vivares o en las veredas o cagarruteros de los conejos, el noventa y cinco de las víctimas serán conejos, pero si se coloca en terrenos de todos, lo mismo puede caer en él un gazapo que un garduño, una becada o una perdiz. El cepo viene a ser entonces algo muy diferente del hurón, y quien legisla sobre estas materias debe conocer estas diferencias. Meter en el mismo saco «cepos, lazos, alares, perchas, hurones y aves de cetrería» no deja de ser un desatino.

Un último extremo a tener en cuenta: la observación a pies juntillas del decreto que comento en circunstancias normales no bastaría para impedir la proliferación del conejo en un país como España. Lo que ocurre es que nuestros conejos sufren desde hace siete lustros el azote de la mixomatosis y, por si fuera poco, desde hace unos meses la neumonía hemorrágica vírica. Es decir, no son los decretos los que van a frenar el desarrollo del conejo en España, sino las dos epidemias a que aludo. Devuélvasele la salud a este animalito y no tardaremos en comprobar que la escopeta por sí sola no basta para impedir su multiplicación. El conejo es voraz y prolífico y, liberado de estas epizootias, sería capaz de comerse España entera en un par de temporadas. Únicamente el hurón podría poner coto entonces al conejo sano sin riesgo alguno para las demás especies.

Honores
1 de octubre de 1990

Este verano me he visto reiteradamente honrado por personas o instituciones que estiman que yo he hecho algo en beneficio de la caza. Estos honores son más de agradecer en un momento en que la caza no está de moda, antes bien se ve atacada por todas partes con esa dureza e irresponsabilidad característica de la crítica en el país. Somos un pueblo extremoso, especialmente agresivo con la lengua y, una vez que ésta se calienta, nada importa identificar al cazador con el asesino.

La gente debe irse convenciendo de que la caza, como los toros, son opciones personales, regidas por la ética individual y donde el Estado no tiene por qué intervenir. Otra cosa es que ambas se reglamenten de acuerdo con unas normas de respeto a los animales que impidan su exterminio y los actos gratuitos de crueldad. Aprovecharse de las necesidades primarias del animal, pongo por caso, para cazarlo es inhumano, como lo es la aplicación de ciertos ingenios técnicos o la utilización de procedimientos de acoso que envilecen el instinto predador que subyace en el hombre.

La caza es una actividad deportiva y en consecuencia debe ejercitarse con nobleza. Desde este supuesto acepto estas distinciones, como el premio Carlos III de la Federación Española, el nombramiento de Socio de Honor del grupo San Saturio, de Soria, o el obsequio de una escopeta por parte de Juan Antonio Sarasqueta, obra de su padre, don Víctor Sarasqueta, nombre mítico para el cazador europeo de hace medio siglo. Mi estima hacia estas armas viene de tan lejos que ya en 1954, en el prologuillo dedicatoria de mi libro *Diario de un cazador*, mentaba a la Sarasqueta como un signo de distinción, aunque menospreciaba a algunos de sus usuarios presuntuosos por no considerarlos a su altura. Todos estos honores me conmueven y me inducen a pensar que, pese a sus detractores, el cazador tiene su corazoncito, por lo que me parece más efectivo invitarlo a humanizar la caza que no forzarle a colgar la escopeta por malquerencia de pretendidos «pacifistas».

De nuevo la perdiz
28 de octubre de 1990

Esta inauguración de temporada encerraba para mí un significado especial, toda vez que el pasado día 17 cumplí mis primeros setenta años. Pero no sólo era mi debut como cazador setentón, sino que, después de cuarenta años, estrenaba escopeta y me movía en unos terrenos que en la temporada pasada quedaron muy mermados de perdiz. Demasiadas dificultades para un solo trago. La prueba (que estuvo a punto de irse al traste por mor de la lluvia, sustituida a mediodía por un ábrego violento) se demoró unas horas pero, al fin, se desarrolló contra viento y marea. ¿Con qué resultado? Vayamos por partes. Para empezar, mi complejo de septuagenario se desvaneció en cuanto me enfrenté con la primera ladera y la salvé sin esfuerzo. ¿En qué se diferenciaba este venador con siete décadas a la espalda del que en años anteriores pateaba este mismo cazadero? Bien mirado, en nada. Las piernas respondían y la vista y el fuelle también. Los setenta no pasaban de ser un jalón cronológico sin influencia en el comportamiento físico. Convencido de que la efeméride era un simple hito, fui y volví, subí y bajé, esforzándome en hacerme a mí mismo una demostración de resistencia.

Respecto a la nueva escopeta, albergaba también mis recelos. No había cambiado de arma desde los años cuarenta y la nueva pesaba sensiblemente más que la anterior. Pero, ¡oh milagro!, la Sarasqueta no se me hizo en ningún momento extraña, ni onerosa. Me armaba en un periquete, aculataba bien, tomaba los puntos sin demora y, sobre todo lo demás, mi pulso era más firme, encañonaba con mayor rigor y su retroceso era prácticamente imperceptible. El par de perdices que derribé en pleno vendaval dan fe de lo que digo: corrí los caños a tiempo y oprimí el gatillo en el instante apropiado. Nunca fue para mí la escopeta de don Víctor una dificultad añadida.

Pero, aciertos aparte, ayer se vieron perdices y a las dos de la tarde, cuando Manolo y yo nos retiramos, los chicos habían colgado una docena y la cuadrilla de los médicos no dejaba de traquear en el cuartel vecino. Pronunciarse sobre si la patirroja ha superado o no el bache de la temporada pasada, es prematuro. Que ha criado bien es obvio; los pollastres ingenuos abundan. Pero ¿es igualmente sólida la infraestructura, como se dice ahora? Eliminadas las polladas del año, ¿subsistirá una base que garantice el futuro? Ante el asedio del agua y el viento, los pájaros se refugiaron ayer en la maleza de la ladera y ésa puede ser la razón no sólo de que viéramos muchos sino de que

viéramos *todos*. Habrá que aguardar unas semanas antes de emitir el diagnóstico definitivo.

Nieblas blandas
4 de noviembre de 1990

Tras unas jornadas de vientos y borrascas hoy amaneció un día pintiparado para la perdiz: fuerte helada nocturna (la primera del otoño), blandas nieblas matinales y un cielo alto, con cierzo ligero, que se acentuó a medida que avanzaba el día. En el páramo, charcos helados, crujientes, y en las laderas, un tono ocre uniforme, salpicado por el verde mate de los tomillos. Con objeto de garantizar la cacería, nos ceñimos al esquema tradicional: batir el páramo y la cuenca antes de adentrarnos en la ladera. Pero ni de los altos ni de los bajos sacamos pieza, lo que vino a justificar mis reservas respecto a la recuperación del cazadero. Ya en abril, en una detenida visita a estos canteros, me sorprendió la escasez de parejas. Vimos dos o tres, si mal no recuerdo, en la carreterilla de Bercero, al coronar la varga. Luego, tras un paseo de dos horas por los caminos, no vimos más. De aquel campo arranado se obtuvo en julio una cosecha mezquina, casi de catástrofe, en contraste con la recolección aceptable de unos kilómetros más arriba. Para mayor inri se secaron fuentes y arroyos, y la tierra apelmazada se convirtió en una pista inmejorable para las actividades del furtivo motorizado. Todas estas razones explican sobradamente la falta de perdiz en los rastrojos y su escasez en las cuestas. Porque, a fin de cuentas, ¿cuántos bandos moveríamos ayer? Tal vez exagere si digo que cuatro o cinco (bandos, además, muy aquerenciados, que en lugar de ceñirse a la ladera se volvían a sus barcos y vaguadas sorteando a las escopetas). Por una causa o por otra, levantamos poca perdiz, de forma que en el lugar de concentración habitual, el Pico de Fray Gaspar, apenas encontramos una docena. La jornada, sorda y muda, dio lugar a una serie de consideraciones poco optimistas. El tiroteo del pasado domingo no es significativo. En las laderas abrigadas encontramos perdices, sí, pero mucho me temo que en el conjunto del coto no las haya y, más concretamente, en este desamueblado cuartel. Total, que estamos donde estábamos: ¿volverá a ser este cazadero lo que fue después del varapalo del año pasado? Sólo el tiempo lo dirá, puesto que los socios nos resistimos a meter aquí perdices de granja, solución cómoda pero amollante, una verdadera capitulación. Y los aficionados auténticos no debemos claudicar porque estamos persuadidos de que defender el pájaro salvaje es defender la caza. Teniendo en consideración lo dicho, el ramo de ocho perdices conseguido ayer por la mano es un trofeo meritorio. Y excepcional el mío personal, de tres, partiendo con el campo.

Y al margen de la percha, la confirmación de un fenómeno que ya venía advirtiendo desde hace algunas temporadas: la proliferación del raposo. Tres vimos ayer y Adolfo cobró uno, un bichejo pelón, repulsivo, víctima seguramente de la tiña. Parece mentira que un animal tan bello como el zorro, con sus guedejas rojizas y su cabeza arrogante, pueda quedar convertido en este despojo. Hay que convenir que el chasis del raposo es impresentable; o sea, todo él es carrocería. ¡Dios mío, esa cola larga, afilada y desnuda como una culebra! Esperemos que no se trate del primer indicio de otra epidemia mortal.

El zorro coloniza Londres
8 de noviembre de 1990

La multiplicación del zorro es general en Europa, fenómeno relacionado con la abundancia de basuras y, por tanto, de comida. Yo recuerdo que hace cuatro o cinco lustros, un hijo mío, biólogo, encontró en el estómago de un raposo muerto una suela de zapato. ¡Hasta ese punto llegaba el hambre de los pobres animales! Hoy las cosas han cambiado en un mundo que se alimenta bien, pero en Inglaterra, donde las basuras rurales son tratadas químicamente apenas depositadas, el fenómeno de la proliferación del zorro va acompañado de otro aún más chocante: la colonización por su parte de las grandes ciudades, Londres y Bristol por ejemplo. En un país como Gran Bretaña, donde el zorro promueve espectaculares cacerías y cabalgadas, el hecho de que se meta en casa no ha dejado de sorprender a los ingleses. Que el perro se asilvestre mientras el zorro se domestica es una paradoja que difícilmente encuentra explicación. Los naturalistas se han apresurado a estudiar el caso y, valiéndose de rayos infrarrojos, han conseguido filmar momentos únicos en la vida urbana de estos animales. Para el zorro inglés el problema estriba en eludir la luz, evitar la fiscalización diurna, para poder divagar libremente por calles y tejados durante la noche. La urbanización inglesa, con casas unifamiliares, viejas mansiones y amplias zonas ajardinadas, ha facilitado la instalación del raposo en la ciudad, puesto que no le faltan escondrijos donde pasar el día.

Circulan por ahí dos películas sobre estos intrusos a cuál más interesante. En una de ellas se nos muestra a los zorros paseando por las desiertas calles londinenses, jugando, peleándose entre sí, husmeando en los recipientes de basura, o llamándose unos a otros mediante un ladrido seco y astillado, muy lastimero, que en el campo, salvo en época de celo, suele pasar inadvertido. Este ladrido se ha hecho, hoy, en Londres un ruido nocturno habitual como el maullido de un gato o el aullido de un perro. Los naturalistas Stephen Harris y David Attenborough han logrado descubrir la madriguera de una pareja en el sótano de una vieja casa deshabitada, y, colocando en él una cámara tomavistas, nos han permitido asistir a su vida cotidiana, incluido el desdoblamiento de la hembra en primavera y la atención subsiguiente a los cuatro cachorros de la carnada. ¡Admirable reportaje! El propio Stephen Harris deduce de esta inmigración conclusiones divertidas, como que el raposo es un animal de derechas, puesto que coloniza los barrios conservadores, pródigos en verde y

mansiones tradicionales, y huye de los laboristas, de casas altas verticales, sin recovecos donde esconderse.

Uno se resistía a admitir que un animal tan artero como el zorro llegara al extremo de convivir con el hombre, pero los filmes a que aludo no dejan lugar a dudas. La adaptación del raposo, la adopción de costumbres felinas (incluida la muerte por atropello, la más frecuente) son hechos patentes. Claro que si en la domesticidad del raposo han influido la menor agresividad del hombre, el tratamiento químico de las basuras rurales y el especial carácter de la edificación inglesa, aún tardaremos en verlos paseando por la Puerta del Sol. Pero todo se andará. Por de pronto, en las urbanizaciones de la sierra de Madrid el zorro cohabita ya con el hombre, hasta el punto de que recientes estadísticas aclaran que hay tres veces más raposos en una hectárea urbanizada que en una silvestre. Entonces no es disparatado pensar que el próximo salto será la urbe (en muchas ciudades del continente también ha hecho acto de presencia), pero esto dependerá, en primer lugar, de la proporción entre zorros y basuras, esto es, de si les bastan las del campo urbanizado o les urge buscar comida en otra parte.

Puntería
11 de noviembre de 1990

A cualquiera que se le diga que a las dos de la tarde de ayer, cuando los viejos nos retirábamos, la cuadrilla llevaba un botín de doce perdices, pensará que soy un lloraduelos incorregible y que las cosas no deben de ir tan mal como las pinto. Bueno, pues a pesar de todo, sigo en mis trece. El Bibre anda pachucho, no termina de recuperarse, y una percha pingüe puede deberse a otras razones, verbigracia a que ayer la cuadrilla tirase bien. Y, en rigor, esto es lo que sucedió; que por una vez, y sin que sirva de precedente, las escopetas afinaron, de tal modo que no creo que se necesitaran ni veinte cartuchos para armar tan lucido morral. Y, además, en una mañana lóbrega, achicada por la niebla, con un sol vencido tras los inútiles esfuerzos disolventes de la primera hora. En el valle del Duero ya se sabe, si el cielo enrasa tras una semana de agua y viento, niebla al canto. No falla. Y con la bruma, los últimos adornos de las telarañas, entre chaparro y chaparro, tenues, brillantes, caprichosos. ¿Es que aún quedan insectos que cazar mediado noviembre? La niebla me impidió disfrutar de la naturaleza. Hice un par de perdices mientras aguardaba en un picón la vuelta de la mano y revolqué un zorro, mientras Manolo marraba otro arriba, en la pestaña.

Actividad de las rapaces
15 de noviembre de 1990

En las colinas de la vieja Castilla es fácil observar la presencia de las en tiempos llamadas aves de presa, más conocidas hoy con el nombre genérico de predadores. Rodríguez de la Fuente inició su carrera de naturalista observando las evoluciones de halcones y azores en los altos páramos burgaleses de Poza de la Sal, incluso dedicándose a la cetrería con ellos. Ayer, cuando mi hermano Manolo y yo subíamos en automóvil el repecho de Renedo de Esgueva, una perdiz volada en la ladera se lanzó como un proyectil sobre el parabrisas del coche, lo que me obligó a frenar, circunstancia que me permitió descubrir el motivo de su pánico: tras ella, volando en picado, se precipitaba un halcón que, al toparse con el bocinazo con que le obsequié, renunció a la captura, dibujó una airosa V sobre el suelo y, en gallarda finta, regresó a su cuartel de caza en el páramo. Estos predadores de vuelo raudo, movidos por el hambre, son capaces de las mayores audacias. De niño, recuerdo que un halcón se introdujo en el gimnasio de mi colegio, donde hacíamos ejercicio, tras una paloma aterrorizada. El bicho midió con precisión matemática su impulso y su velocidad, penetró por el costado abierto del edificio, frenó, tomó a la zurita entre sus garras sin dejarla posar, y volvió a salir al aire libre sin tropiezo, antes de que los colegiales pudiéramos cerrar la boca.

Ayer, después de detener el automóvil, seguimos atentamente el vuelo del halcón burlado y, una vez que alcanzó la cumbre de la ladera, comenzó a descender, describiendo círculos cada vez más estrechos, sobre un espino del bocacerral. Nada más ver su actitud, le dije a mi hermano: «Ése va a por otra». Y, en efecto, cuando apenas se hallaba a diez metros del suelo, media docena de perdices, cobijadas bajo el espino, levantaron el vuelo y, siguiendo la ruta de la primera, se avalanzaron sobre el coche, sin que el halcón, consciente de nuestra vigilancia, las persiguiera esta vez. Halcones, raposos, cazadores... Obviamente no puede haber perdices para tantos.

Tertulias inesperadas
18 de noviembre 1990

Cuando la niebla se cierne sobre el Duero hay que echarse a temblar. Son días ciegos, que la ley de caza llama de fortuna (supongo que para los pájaros) y en los que el cazador teme haber madrugado en balde. Él y su cuadrilla se juntan con otras cuadrillas (la de los médicos, la de los asturianos, la de los vascos) en la Cantina de la Zapatera, en Vega de Valdetronco, y allí, de mejor o peor humor, se ponen de palique en espera de que el día abra. Son tertulias improvisadas, de pie, sobre la marcha (el café o el carajillo a mano), a las que se van incorporando poco a poco los campesinos madrugadores. Entre los contertulios existe una corriente de nerviosismo que ellos intentan aplacar hablando de la escasez de perdiz, la neumonía hemorrágica o la abundancia de zorros. De vez en cuando, alguno de sus miembros, el más impaciente, se llega a la puerta y sale a la calle de descubierta. Regresa cariacontecido, con cara de funeral:

–¡Me cago en la puta! Hoy no levanta.

El cazador aborrece la niebla, en particular, como ocurre hoy, cuando baja por noveno día consecutivo. Y lo que más le duele es el convencimiento de que mientras los meseteros nos pelamos de frío el resto de España veranea. La tertulia (hablar por hablar, hablar de lo que se quiere hacer y no se puede) es lo único que alivia un poco la tensión. La Cantina de la Zapatera es un hervor de voces entrecruzadas. Pero la palabra del campesino todavía tiene un peso aquí. Cuando él habla se hace un silencio en los corros:

–Estos días de niebla, de que asomo con el tractor, ya tengo tres raposos detrás. La reja da vuelta a la tierra y ellos se van merendando las carnadas de topillos que saco al aire. El topillo le gusta más al raposo que a un tonto una tiza.

–¿Camadas en este tiempo?

–Es el suyo. El topillo cría en noviembre. La naturaleza tiene sus fueros, ya se sabe.

Entre los cazadores los hay jóvenes y provectos, como el que suscribe y el doctor Ortiz Manchado, que son quienes llevan estas contrariedades con mayor conformidad. Un asturiano lee *El Norte* en un rincón y, de cuando en cuando, suministra un nuevo tema de conversación a la tertulia como quien echa un leño a la chimenea, para animarla: el barullo del Golfo, el crimen múltiple de Extremadura, los arrestos de la señora Thatcher. De esta forma se van

llenando las horas en la atmósfera espesa del cuchitril. De pronto se produce un rebrillo en el ventanuco de la cantina y se abre un silencio esperanzado. Es exactamente el mediodía:

–Bien calculado lo tenía la cabrona.

La cabrona es la niebla. El doctor Ojeda llama cabrona a la niebla. Es el calificativo más piadoso que cabía dedicarle. Ante el estupor general se llega a la puerta, la abre y mira afuera. En ese instante nadie se atreve a hablar para no hostigar a los meteoros. El doctor Ojeda cierra la puerta y se vuelve:

–¡Es el sol! ¡Parece que quiere abrir!

Se produce un revuelo general en la cantina. «¿Dónde está mi macuto?» «Esa canana es mía». «¿Ha cogido alguien mi zamarra?». Unos apuran el carajillo (los médicos, que tienen bula), otros cierran la cremallera de la cazadora, algunos echan mano de su morral. Todos hablan al mismo tiempo en una explosión desatada de euforia. En apenas un par de minutos, las cuatro cuadrillas, los aperos y los perros se apelotonan a la puerta. Arriba, un disco amarillo, luminoso, pugna tercamente con la niebla desgarrada, trata de horadarla. El doctor Ortiz Manchado pestañea después de mirar al cielo. Se siente incapaz de frenar el entusiasmo general, pero como hombre conocedor del campo advierte con cierta cautela:

–Podemos subir al páramo a ver cómo están las cosas.

Por tierras de Don Quijote
22 de noviembre de 1990

Al viento regañón le llaman *el toledano* en La Mancha, aunque no venga precisamente de Toledo. Pero también puede uno pasar una noche toledana sin moverse de Valladolid. Son maneras de hablar. Pero el gallego llega hoy a la tierra de Don Quijote disfrazado de cierzo, un cierzo áspero que se cuela por los resquicios de la ropa y enrojece las orejas y la punta de la nariz. Mal día hemos escogido para visitar al amigo Vicente González, nuestro anfitrión, en su pueblo de Corral de Almaguer. Sin embargo nos hemos abierto en mano disciplinadamente entre los sarmientos, siquiera el cazador no deja de advertir la inutilidad de su táctica con este ventarrón de nieve y sin matadero a la vista. En las primeras horas, la poca perdiz que vuela, solitaria y colérica, lo hace donde Cristo dio las tres voces, entre las nubes, como proyectadas por una lanzadora. En un día así, únicamente los chicos, más ágiles que ellas, pueden cortarlas. Por contra, Manolo, Vicente y yo, fuera de alguna liebre, poco aportamos al morral colectivo. Luego, en el bar El Patas, constatamos que ningún botín se ha aproximado al nuestro (28 piezas) ni de lejos. Ni los de los propios manchegos, que dominan el terreno. Para no perder la costumbre, Claramunt y Tormo nos obsequiaron con una paella tan sabrosa que uno se olvida del regañón disfrazado de cierzo. Claramunt vuelca su talento culinario en una paella muy personal, con carnes encontradas –conejo, pollo...– y el fino detalle de las verduras, alcachofa, guisante, judía verde, que parece que no pero aligeran el arroz y lo matizan. El amigo Claramunt trabaja la paella como el que suscribe: con parsimonia, tenazmente, olvidado del minutero, poniendo especial interés en que cada grano participe de todos y cada uno de los ingredientes. La guinda a la tarta –en este caso, la clementina– la puso José Tormo. Una clementina jugosa, tiesa, sabrosísima, de su naranjal biológico. Tormo es de esos hombres románticos (gracias a los cuales es soportable el excesivo practicismo de nuestros días) obstinado en la noble tarea de rescatar para los alimentos los viejos sabores. Y a fe que con la clementina, exquisita delicia, lo ha conseguido.

El frío
2 de diciembre de 1990

Pues no, señor, no se había acabado el frío, como uno pudo imaginar ingenuamente tras la bonanza de los dos últimos inviernos. El frío sigue en la brecha. Y este año no solamente ha madrugado sino que se está manifestando con despiadada intensidad. En descampado, las heladas han llegado ya a los ocho grados bajo cero, cuando en el 89 la primera no bajó de tres grados y no se presentó hasta bien metido enero. Ayer, en los relejes inundados del camino, el coche, con todo su peso, no consiguió quebrar el hielo. Eran bloques espesos, viejos, que llevan «cociéndose» más de una semana. Y con el hielo, un viento impropio, un viento estenordeste, no recio pero muy frío. Sin embargo, a mí estos días preinvernales, de viento contenido y cielo alto, me placen mucho. El amparo-desamparo de la ladera, con sol arriba, si se acompaña de un paso alegre y sin pausas, activa la circulación, y aunque uno sienta el frío en la cara, por dentro no lo padece. Ayer pateamos mucho terreno pero no vimos más patirrojas que hace un mes en este mismo cuartel. Quizá alguna más; pero eran las mismas, es decir repetidas. En suma, una abundancia engañosa. La perdiz silvestre va paulatinamente a menos no sólo aquí sino en toda Castilla, si es caso con alguna excepción. El otrora infalible Pico de Fray Gaspar volvió a fallarnos y regresamos a casa con seis perdices para cinco escopetas. Muy pocas cuando los tiradores (y yo no me cuento) son diestros y las piernas fuertes. Yo, en el bocacerral, cobré la mía, con esa zorrería característica del viejo venador, un pájaro diabólico procedente del páramo, corrido de atrás adelante y a sesenta metros de distancia. Un bello tiro que justificó la salida al campo y me compensó de mi esfuerzo.

Adiós a la perdiz silvestre
6 de diciembre de 1990

Renovar el arriendo del coto o no renovarlo. He aquí el problema que se le presenta al factótum de El Bibre, Jesús María Reglero, de cuyas decisiones dependemos. La perdiz, la caza en general, está en franca regresión en los terrenos que abarca este coto. ¿Qué hacer, entonces, cuando el contrato llega a su término? Por de pronto no creo que la difícil situación de El Bibre difiera sustancialmente de la de otros acotados de Castilla y León. (Y me refiero sobre todo a la perdiz salvaje, reina de las especies menores). La perdiz roja, acosada por todas partes, está, me parece a mí, dando las boqueadas. Y para disimular su mengua se recurre a la perdiz de granja, que es la misma perdiz roja pero enervada por los vicios que comporta la cría en cautividad. En la reunión de esta mañana, Reglero expresó su voluntad de no recurrir a ella pero enumeró sin ambages las causas que, meteorología aparte, están produciendo a su juicio la disminución de las especies: contaminación, furtivos y alimañas.

¿Puede una sociedad deportiva enfrentarse a tantas adversidades? ¿Qué cabe hacer, por ejemplo, ante el envenenamiento progresivo del campo a causa de la resistencia creciente de las malas hierbas? La avena loca, que prácticamente había desaparecido, vuelve con fuerza, cada año más abundante y agresiva. Lo mismo ocurre con el cenijo en las zonas de regadío, parásito que hace mucho daño a patata y remolacha. Una y otro requieren una cantidad cada vez mayor de herbicida. Y, como éstas, otras. Y sin llegar al veneno puro y simple que son los herbicidas, ¿no representa en sí mismo un peligro grave el abono con nitrato granulado, esas pequeñas bolitas blancas tan atractivas para los pájaros? La química invade el campo y la química, salvo en dosis homeopáticas, suele comportar un riesgo. Cándidamente pregunto: ¿no tendrá nada que ver este envenenamiento creciente con la NHV, la grafiosis, la varroasis y tantas plagas como amenazan hoy al medio ambiente?

A grandes rasgos, éste es el panorama cinegético que pintó Reglero, panorama poco atractivo que justifica sus dudas a la hora de renovar el contrato. La pregunta que todo esto sugiere es de pata de banco: ¿Hay algún cazadero en la región que se vea libre de estos azotes que amenazan a El Bibre? He aquí el nudo de la cuestión. La perdiz salvaje se va extinguiendo donde la había, es decir, en el interior de la península, en las dos mesetas, para ser sustituida por otra, aparentemente igual, pero no nacida ni criada en el campo, sino en corral, como una auténtica gallina. ¿Cómo podemos sostener el

deporte de la caza sobre unos supuestos tan artificiales?

Dos jornadas de castigo
8 y 9 de diciembre de 1990

Temía estos dos días consecutivos de caza pero, si llego a saber las penosas condiciones en que iban a desarrollarse, los hubiera temido aún más. Porque sábado y domingo han sido dos jornadas de abrigo, aunque, puestos a precisar, mejor sería decir de paraguas y abrigo. El sábado cayó un aguacero que no nos impidió desplazarnos al cazadero. Escampó a mediodía y, calzados con botas de agua, pudimos abrirnos en mano por los surcos encharcados. ¡Qué tormento indecible! La clásica patadita al aire para desprender el légamo llega a fatigar tanto que, al cabo de cincuenta pataditas, uno se siente físicamente arruinado, y si aún logra seguir en pie es gracias al principio del tentetieso, esto es, porque la peana pesa más que la estatua; únicamente por eso. Pero si los sembrados son largos y la tierra fango, llega un momento en que el viejo cazador es incapaz de tirar más pataditas al aire o de dar un solo paso con aquellas suelas suplementarias. Su naufragio se hace total; no puede dar más de sí y le falta energía para afrontar cualquier solución de emergencia. Es incapaz de mover un dedo. Y si el viejo cazador no puede ir a la montaña tendrá que ser la montaña la que vaya a él, es decir, habrá de buscar la forma de que el joven cazador que lo acompaña pueda rescatarlo por el camino más próximo y conducirlo, luego, hasta la carretera general. Ce por be, ésta fue mi cacería del sábado día 8 en El Bibre. Una cacería en la que el cazador cayó en el trampal y resultó cazado.

Aunque de otro rango, el suplicio del domingo no le va en zaga. La ola de frío desatada sobre el país se manifestó en la vieja Castilla de manera específica: un dedo de hielo en el piso y un fortísimo viento polar. La inestabilidad (el riesgo del resbalón y el tantarantán consiguiente) fue, pues, la tónica. Para tratar de evitarlo, el viejo cazador eludió el declive, se situó al sopié, y lo que ganó en estabilidad lo perdió en abrigo, ya que, en el descampado, el viento glacial amenazaba con congelarlo. Fue preciso avivar el paso, apelar a los guantes y al tapabocas para contrarrestar el rigor de la climatología, pero, así y todo, los ojos lacrimosos, la mirada nublada, la moquita en la nariz, fueron el aditamento de su penoso caminar. Mas se diría que una suerte de estoicismo, de refinado masoquismo, sostiene al cazador, hasta el punto de que el placer de la caza parece derivar en ocasiones de la victoria sobre los elementos. El maestro Ortega llamaba a esto «el placer de sentirse paleolítico». El goce que deparaba la caza estribaba para él en un retorno al primitivismo.

Cuando yo glosé su ensayo en *El libro de la caza menor*, apostillaba sus reflexiones con estas palabras que, tras las dos últimas jornadas, cobran indiscutible vigencia: «Tenía razón Ortega al afirmar que, con la caza, el hombre, cansado de ser "muy siglo XX" toma la escopeta, silba a su can, sube al monte y se da el gusto, por unas horas o por unos días, de ser paleolítico. Mas don José Ortega omitió mostrarnos el reverso de la medalla, es decir, la satisfacción del retorno, cuando el hombre, cansado de ser paleolítico, silba a su can, toma su vehículo, pone proa a la ciudad y se da el gusto por una semana de ser "muy siglo XX". En este juego entre los extremos reside, a mi juicio, el secreto placer de la caza».

El latigazo
21 de diciembre de 1990

De manera imprevista, el jueves pasado, el veterano cazador se sintió inmovilizado por un lumbago. Si hay un padecimiento no grave pero capaz de baldar a un hombre es éste. El enfermo de lumbago es un tullido que se desplaza de un sitio a otro inseguro, desconfiado, pisando huevos. La rigidez dolorosa de los lomos no sólo le impide girar o arquear el tronco sino mover de un lado a otro la cabeza y hasta mirar con el rabillo del ojo. Todo hace doler al enfermo de lumbago; todo repercute en la región lumbar cuando ésta está hiperestésica, y, si no repercute, el temor de que lo haga es ya bastante para inmovilizarlo. Entonces, ante un lumbago, al afectado no le queda otro remedio que resignarse, encogerse, ponerse calor en los riñones, y sentarse en un sillón a ver pasar la vida. Pretender desafiarlo mediante unos ejercicios gimnásticos moderados es hacer oposiciones a la catástrofe. El lumbago se irá una vez cumplido; meterle prisa, apremiarlo, no deja de ser un grave error. Y mayor aún si la manifestación del mal no ha sido un peso doloroso y creciente en los riñones, sino un latigazo fulminante, un relámpago de dolor que, en un segundo, convierte en estatua al paciente.

El episodio de la historia de Lot cobra para mí sentido si pienso en el lumbago. Yo también me convertí en estatua de sal al salir de la bañera el jueves pasado y tratar de atrapar un calcetín desmayado en el suelo. El intento me produjo tal punzadura que tuve la impresión de haber visto luces, estrellas concretamente, escenografía que, según el dicho popular, acompaña al dolor intenso. Y allí me quedé, tieso, doblado en ángulo recto, medio en cueros, maldiciendo. Cualquier pretensión de acercarme al armarito (metro y medio de distancia) donde guardo algunos analgésicos era una utopía. Así es que permanecí inmóvil, jurando entre dientes, apenado de mi situación, avergonzado de mi antiestética postura, hasta que al cabo de un proceso lentísimo de aproximación logré alcanzar la crema y extender delicadamente una pella por la región dolorida. La ligera mejoría me indujo a confiar en el futuro y, una vez cubiertas las partes pudendas, pude abrir la puerta y pedir ayuda.

Éste fue el principio de mis desdichas. El resto pueden ustedes imaginarlo: el asiento alto y duro; la ayuda ajena para levantarme de la silla; la almohadilla eléctrica en los riñones; la rigidez vigilante para evitar puntazos imprevistos... La hipersensibilidad que produce la coxigodinia (la palabreja no sé si es oportuna aplicada a la lumbalgia) es de tal naturaleza que al cazador no sólo le impide cazar sino pensar

en la caza, no sea que el mínimo trabajo de la imaginación desencadene por simpatía el espolazo. ¡La sensibilización del enfermo es tanta que se diría que es suficiente el pensamiento para despertar el dolor! Entonces, lo procedente es meterse en cama, cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Luego, poco a poco, ir organizando una campaña contra el mal, mezclando remedios científicos y caseros: manta eléctrica, espolvoreadores, faja prieta, ungüentos, masajes, píldoras, inyecciones. Una lucha en muchos frentes. Pero ¡cuán lenta se desarrolla la batalla! Porque la sensación de invalidez que va sustituyendo al dolor en los lomos, hace receloso al enfermo. A ratos sobreviene el optimismo: «En realidad, el domingo podría salir al campo». Pero de inmediato nos asalta la objeción: «¿Y si me resbalo en la ladera, tropiezo, descarrilo o caigo en un desnivel?». El solo pensamiento ya es aterrador. ¿Cómo salir al campo en esas condiciones? He aquí la segunda parte del mal lumbar: la desconfianza. Desconfianza en nuestros pies, en nuestra cintura, en nuestra columna, en todo nuestro organismo. ¿Cómo provocar al tirón inhumano otra vez? El domingo pasado ya me perdí la cacería en la finca de Sarasqueta, en las estribaciones de la Demanda, pero lo hice resignado, persuadido de que al domingo siguiente todo habría pasado, mas a medida que éste se aproxima acrece la duda de si habrá pasado realmente. Y, con la duda, llega el remusguillo en el coxis como una advertencia del hombre precavido (y al que tan poco caso se hace) que el cazador guarda dentro.

Por si fuera poco, las heladas son más crudas cada día, la columna de mercurio ha descendido hasta siete grados bajo cero y el médico nos advierte: «¡Ojo!, no coja usted frío». En suma, el cuerpo a cuerpo con este padecimiento no sólo es duro sino que además se prolonga durante semanas y parece no tener fin.

La perdiz del cojo
23 de diciembre de 1990

En los tiempos heroicos del fútbol, un jugador no podía ser sustituido por otro aunque en una jugada desgraciada se abriese la cabeza en dos mitades. El reglamento era tan rígido que el medio centro o el extremo derecho debían estar adiestrados para, llegado el momento, suplir al cancerbero lesionado. Del fútbol se decía entonces que era un deporte viril y lo último que se esperaba es que un día, andando el tiempo, llegaran a practicarlo las mujeres.

Mas lo que entonces se llamaba pundonor llegaba a extremos tan exagerados que un futbolista podía producirse una lesión grave, casi diría una fractura de tibia y peroné, y negarse a recluirse en la caseta, que es como en aquellos tiempos se designaba a los vestuarios. Lo corriente era que al herido, si estaba descalabrado, se le enrollase una venda bien prieta en la cabeza, y en la pantorrilla o el pie si la lesión afectaba a alguno de los huesos de la parte inferior de las extremidades. Brecha o fractura, el dichoso pundonor impedía al lesionado abandonar la cancha; había que resistir hasta el final en el campo del honor. Llegado el caso, en una época en que casi todos los jugadores eran diestros –el zurdo era rara avis–, se situaba al lesionado en el puesto de extremo izquierdo, que era donde menos estorbaba, pero donde nadie le impedía ir arrastrándose, pasito a paso, hacia el marco contrario, poniendo especial cuidado en no caer en fuera de juego. Con alguna frecuencia, a este jugador, pretendidamente inválido, le llegaba un balón perdido y, en ese caso, sacando fuerzas de flaqueza y empujándolo con el pie bueno, conseguía llevarlo a las mallas. Era el gol del héroe, el famoso gol del cojo, típico de la época, una jugada tan habitual que a menudo el respetable ponía en ella su confianza:

–Como no se lesione alguien hoy, no mojamos.

Es decir, el público, ante la inoperancia del ataque, ponía toda su confianza en el heroico esfuerzo del jugador cojo. Hoy, probablemente, podría suceder lo mismo, pero los entrenadores actuales desconfían de los cojos y tan pronto un jugador siente una pequeña molestia de abductores, lo sustituyen por otro y asunto resuelto.

Ayer, a pesar de mi lumbago en fase decreciente, no me resigné a quedarme en casa. No fue sencillo hacer de mi cuerpo un garabato e introducirlo en el coche, pero, una vez dentro, todo fue coser y cantar. Mas no contaba yo, tras la inactividad de dos semanas, con que mis

músculos, templados de ordinario, se hubieran convertido en pura gelatina. De modo que, a pesar del día, frío pero quedo y soleado, no fui capaz de seguir la mano más allá de hora y cuarto. Las colinas se me hacían verdaderas cordilleras y la ladera un tobogán. Pero, tan pronto advertí mi inutilidad, en lugar de claudicar y retirarme, adopté la gallarda postura de los viejos futbolistas, esto es, permanecí en el campo, pero de extremo izquierdo, separado de la mano, cazando por mi cuenta.

No es preciso decir que mi paso por el páramo, sobre una siembra muelle como una alfombra, con un punto grato de humedad, recién aricado, era indagador y parsimonioso. En realidad buscaba la liebre y para ello me arrimaba a las orillas de los caminos, a los cembos, a los majanos. Cualquier accidente del terreno era revisado concienzudamente por mí. Y en una de estas inspecciones fue cuando una patirroja solitaria voló de una siembra en dirección a la ladera, un sí es no es larga, suspicaz, pero yo le tomé los puntos con rapidez, corrí la mano y disparé. Y allí quedó la tonta, inmóvil después de aletear unos segundos. ¡Había conseguido la perdiz del cojo! Lo que el equipo con dos piernas cada uno, juventud y cerebro, perseguía incansablemente por las cuestas lo había logrado yo con mis setenta a la espalda y mi cintura enteriza, en el páramo desolado, donde parecía imposible que aguantara una pieza.

El zorro en la ciudad
26 de diciembre de 1990

Días atrás hablé de la proliferación del zorro y de su colonización de las grandes ciudades inglesas. Pero sigo recogiendo informes sobre el tema. A estas alturas creo que, antes que la actitud amistosa del hombre y la abundancia de basuras, es el carácter de las ciudades británicas y la facilidad de ocultación que brindan lo que le empuja a ellas. Así y todo, la desconfianza del raposo hacia los humanos va disminuyendo en las islas hasta el punto de que, en las ciudades del sur, no hay un ciudadano inglés que a estas alturas (la colonización del zorro se inició tras la Segunda Guerra Mundial) no haya visto alguna vez un raposo paseando tranquilamente por la calle donde habita. Y aunque las urbes británicas hayan sido las primeras en ser ocupadas, el fenómeno se extiende a otras ciudades del mundo. En Brisbane y Frankston (Australia), pongo por caso, se han visto raposos. Asimismo se han visto en Boston y Nueva York. En algunas ciudades de Canadá su población crece como los hongos en el bosque. Finalmente, dentro del continente europeo, se han visto zorros en Essen, Estocolmo, Copenhague y París. Los estudiosos nos facilitan más datos cada día. Stephen Harris, en un libro muy interesante, aún no traducido al español, cuenta de una graciosa raposita que cruza a diario dos calles muy transitadas de Londres para comerse los restos de los emparedados que tiran a la basura los periodistas de la BBC. El zorro urbano frecuenta los túneles del metro londinense, pero antes que el metro prefiere los parques o las casonas deshabitadas. Nada de esto impide que se les vea haciendo equilibrios en los tejados como los gatos o instalados en los sótanos o sotabancos de las casas de pisos, con los consiguientes ruidos y protestas de los vecinos. Como puede verse, se trata de una colonización cada día más audaz.

Un hecho notable es que la abundancia de comida no haya acabado con sus hábitos cazadores (en su dieta se observan todavía restos de ratas, aves de corral, mirlos, gorriones, pequeños mamíferos… y gatos) ni le haya inducido a prescindir de la fruta. Peras, manzanas y moras son sus postres favoritos. Empero, casi la mitad de su dieta –un treinta, un cuarenta por ciento– proviene de las basuras de la urbe.

Su progreso en el asentamiento sorprende por su cautela: primero coloniza las afueras, luego los suburbios y las zonas ajardinadas y, finalmente, convencido de que la vecindad del hombre es a la postre rentable, invade el centro de la ciudad. Mas pese a las facilidades alimenticias, el zorrito urbano rara vez alcanza la longevidad. De casi dos mil ejemplares muertos y analizados en Gran Bretaña, la mitad no

había cumplido un año, una cuarta parte oscilaba entre uno y dos y únicamente alcanzaba la madurez un seis por ciento. Las causas de muerte son preferentemente violentas: la mitad atropellados por automóviles, una cuarta parte cazados con escopeta, cepo o lazo, un doce por ciento en peleas con otros zorros o perros, y el doce por ciento restante debido a enfermedades.

Ante tan abultada cifra necrológica somos muchos los que nos preguntamos, ¿pero cuántos zorros puede haber en la capital inglesa? Desde Londres no nos facilitan cifras pero Harris sí lo hace desde Bristol, una ciudad no más extensa que Valladolid, donde calcula que morarán más de doscientas familias, esto es, quinientos adultos y mil quinientas crías en los comienzos del verano.

La facilidad de atrapar un zorrito joven ha impulsado a algunos ingleses a adoptar uno como animal de compañía, en sustitución de un perro, por ejemplo. Mas el raposo, aunque cada día esté más cerca del hombre, dista aún mucho de ser un animal que acepte la cautividad. Stephen Harris no lo recomienda: «Estas historias sentimentales inevitablemente terminan mal», advierte.

Tiento decepcionante
30 de diciembre de 1990

Como de costumbre, hemos aprovechado las fiestas navideñas para dar un descanso al coto de El Bibre y realizar, por un lado, un conteo de las perdices que sobreviven en él, y, por otro, comprobar si el conejo alienta aún en el Curto. Los resultados no sólo han sido desiguales sino opuestos. En los bajos de El Bibre quedan más perdices que el año pasado por estas fechas, mientras en el monte Curto apenas se ve un gazapo, lo que, aunque parezca paradójico, quiere decir que la esperanza sigue viva, puesto que la perdiz, habiendo semilla, se recupera tarde o temprano, y en lo referente al conejo, dada su fecundidad, bastan media docena de parejas para repoblar un sardón en menos de un año. Lo que sorprende es la tendencia de los bandos de perdices a abandonar los cerros, su querencia habitual. Este desplazamiento induce a pensar si no será el tiroteo dominical en cuestas y páramos lo que empuja a la patirroja hacia las márgenes de la Hornija, donde se le deja vivir en paz y se siente más segura. Esto no es obstáculo para que, cuando llegue la veda y las aves se apareen, retornen a las laderas en busca de protección para su prole. En cualquier caso, todavía no estamos matando a la madre, como yo temía hace unas semanas. Sencillamente, la madre ha cambiado de habitación. Sigue en El Bibre pero no en las colinas, como parecía natural, sino a unos centenares de metros, en la vega, lo que no deja de ser un consuelo y, en cierto modo, una garantía.

El conejo es otra cuestión. La población conejuna anda diezmada por la doble peste. ¿Cuál puede ser su futuro si es que lo tiene? Nuestros tientos de ayer fueron decepcionantes. No sólo no se vieron conejos, sino que no se advierten juguetes, rascaduras, cagarruteros, ni síntomas de que los haya. Es decir, la huella del conejo es muy débil en el Curto, a mi juicio más débil que nunca, aunque alguno hay. Menos mal que para contrarrestar tanta miseria, mi amigo J.M. Garrote y su cocinero José Luis prepararon unas patatas con costillas adobadas y manillas de cordero, con una salsa roja, espesa y explosiva, que no se la saltaba un gitano. ¡Puro fuego! ¡Lástima que no la probaran los conejos! ¡Para resucitar a un muerto!

¿La caza del futuro?
13 de enero de 1991

La experiencia de ayer en el Curto no por lastimosa resultó menos interesante: un ojeo de perdices de granja sembradas de víspera. Es decir, comprobamos lo que ya es (y lo será aún más en un futuro próximo) la caza de perdiz en España, supuesto que la perdiz silvestre no podrá desarrollarse al ritmo que requiere la avidez de unos cazadores cuya filosofía es ésta: si la naturaleza no puede facilitarnos los pájaros que necesitamos, fabriquémoslos en casa. Para estos señores poco importa que el pájaro vuele mucho o poco, basta con que mueva una pluma y proporcione ocasión de inmovilizarlo de una perdigonada. Alguien, incluso, ha llegado a la avilantez de afirmar que tanto vale un pájaro como otro, que, en el monte, todos son iguales. Es posible que en batidas masivas, donde las aves salvajes y las de granja entran mezcladas, el ojo del tirador, hecho a un traqueo sin pausa, no repare en detalles, no distinga entre el vuelo lanzado de la perdiz de campo y el pando y mollar de la doméstica. Puede ser, digo. De todos modos, el que suscribe, después de la experiencia de ayer, está en condiciones de afirmar que, hoy por hoy, entre la patirroja sembrada de víspera y la silvestre hay la misma diferencia que entre un cerdo estabulado y un jabalí. La primera es pájaro que, pese a la presión de perros y ojeadores, rehúye el vuelo, consciente de su debilidad apeona tratando de ocultarse. Y, si no le queda otro remedio, levanta, pero levanta insegura, en un aleteo fofo, blando, promovido por unas alas y unas timoneras deshilachadas. La perdiz doméstica ojeada en monte suele volar de una en una, en vuelo vertical, sin brío, y afronta la muerte como un pingüino. Derribarla da rubor y uno echa de menos el pelotazo, puesto que éste viene impuesto por la velocidad de la pieza y aquí la velocidad no existe.

Mi amigo Urrutia, que va adquiriendo experiencia en estos lances, hablaba ayer de la *perdiz de plástico*, que es como decir desfibrada, reblandecida, ahíta de pienso compuesto; un pájaro de invernadero en una palabra, anquilosado e indefenso. El ensayo de ayer fue parejo al que realicé ya hace años con faisanes en la finca de José María Luelmo, en Esguevillas, y en las laderas de Peñafiel con Pedro Cuadrado; unas cacerías de pájaros enervados, minusválidos. Un lamentable simulacro. Todavía las perdices no se fabricaban a mano, pero una vez que esto ha llegado a conseguirse, su parecido con el faisán es evidente. Y lo más demoledor de todo es que el faisán de criadero no ha embravecido con los años; sigue siendo un ave floja,

simplona, escasamente incitante. Pues bien, con la perdiz, de no soltarla de pollito, va a ocurrir lo mismo; no va a tener futuro. Dicen que fuera del monte, en campo raso, es más ágil y tiene un vuelo más agresivo. Esto, sin duda, dependerá de la fecha de la suelta. Es decir, la perdiz en descampado, liberada la víspera, puede volar antes pero no mejor que la perdiz en monte. No hay razones objetivas para que esto suceda, puesto que el despeluzamiento de sus alas y la falta de ejercicio son los mismos. Lo que ocurre es que estos pájaros domesticados hacen cifra, engordan las perchas, y el advenedizo valora su diversión por el número de piezas abatidas, no por la dificultad que encierran. Para el que sale al campo a descerrajar tiros, la cría de perdiz roja en cautividad es una gran conquista, pero para el que sale a competir con el pájaro es un paso atrás, algo que viene a acabar con una pugna tan vieja como el hombre, llena de nobleza y dignidad.

El coche dijo no
20 de enero de 1991

No hay duda de que la risa va por barrios. Ayer fue el coche quien dijo no y nos dejó varados en Tordesillas. El motor petardeaba pero no aceleraba, no transmitía su fuerza a las ruedas. Pero una vez más nos salvó la solidaridad de la vida provinciana. Al cuarto de hora, ya nos habían ofrecido dos coches para continuar la excursión y un taller donde guardar y reparar el averiado. Así es que, en un GS baqueteado que nos prestó el mecánico, pudimos llegar a El Bibre y cazar. Una suerte, porque el día, fresco y sin nubes, estaba reclamando el ejercicio. Pero suelo y cielo rara vez coinciden en sus favores a estas alturas del calendario. Quiero decir que, cuando no llueve, acaba de llover (o de nevar), como aconteció ayer, con lo que la marcha por un piso enlodado se hace particularmente penosa. La luz, extrañamente madura y frutal para mediados de enero, invitaba a prescindir de prendas de abrigo. Y hasta las calandrias madrugadoras nos obsequiaron en el páramo con unas paradas nupciales de gran armonía. Algo en el ambiente trascendía a primavera. Y, sin embargo, el cuartel de Valmoro (aunque mis hijos opinen otra cosa) dio poquísima perdiz. Por mi parte no tiré más que a dos pero me mantuve en mi puesto, redivivo, recuperadas las energías, pese al légamo que tiraba de mis botas y se empeñaba en descalzarme. La verdad es que me esforcé en tener fuerza, de tal modo que a las tres horas de marcha me liberé del bolo derribando una perdiz que me exigió más rapidez que destreza. El morral resultó mezquino pero equilibrado, ya que fuera de Germán, que cobró dos, el resto hicimos una cada uno.

El descenso del páramo con el GS del mecánico tordesillano fue una odisea. El barro, como una enorme zapata, bloqueaba las ruedas traseras, de forma que descendíamos patinando, no rodando. Si finalmente renovamos el contrato con El Bibre habrá que pensar en adquirir un todoterreno viejo para subir a las colinas con cierta seguridad. No se puede correr cada domingo una aventura semejante.

Adiós
27 de enero de 1991

Se acabó lo que se daba. Los recortes legales por detrás y por delante (enero y octubre) han dejado reducida la temporada a doce o catorce jornadas a todo tirar. Yo recuerdo cuando la veda de la caza menor se levantaba el tercer domingo de septiembre y se cerraba el segundo de febrero. Eran otros tiempos, desde luego. Hoy, si aspiramos a conservar la caza, hay que poner límites por todas partes. No puede ser de otra manera. Y los que no somos monteros ni amigos del reclamo ya estamos limpiando y engrasando el arma hasta mediados de agosto, que se abrirá la codorniz. En punto a la despedida en sí, puede decirse que ha sido buena y mala, tuvo de todo. Buena en lo concerniente al tiempo (helada matutina y sol despejado) y mala en punto a caza: poca y enloquecida. Y no empleo por capricho el término *enloquecida*. La patirroja de fin de temporada tiene usía, está más escaldada que un gato de fogón. Vuela donde el diablo perdió el poncho, que dirían los bolivianos. De este modo los pocos pájaros que vi ayer fue en lontananza, a más de doscientos metros, pequeñitos como moscas. Con el día, lo mejor de la excursión fue para mí la confirmación de mi reajuste físico. Aguanté bien la aspereza del bocacerral durante las tres primeras horas, y la cuarta caminé decorosamente por el sopié de la ladera. Y desde aquí conseguí mi único pájaro, a medias con Adolfo. El otro cartucho que disparé me sirvió para constatar la rigidez de mi cintura en una perdiz encumbrada que me comió el terreno, con lo que dejé atrás el tiro real que me brindaba. La típica acción del viejo: serena pero tardía. Una lástima.

Mi nieto Germán revolcó otro zorro, la única especie que ha medrado esta temporada. Por lo demás, perdices, poquitas, aunque alguna más que el año pasado; liebres, menos aún, y conejos, ninguno (hablo de El Bibre), tan rematadamente mal como los años más sombríos de la mixomatosis. ¿Qué va a pasar con la neumonía hemorrágica vírica? ¿Qué va a ocurrir con el conejo? ¿Qué va a pasar con la caza? ¿Adónde va mi último coto?

Caza y ecología
21 de junio de 1991

Desde hace años vengo sosteniendo la tesis de que la identificación caza-morral es un error. Precisamente este error ha atraído sobre el cazador las invectivas de los amigos de la naturaleza por considerar su objetivo un atentado contra ella. Cuando hace meses el presidente de la Federación Española de Caza me hizo entrega del premio Carlos III, subrayé este punto: aquel cazador para quien el morral prevalece sobre las circunstancias de la caza no es un modelo de cazador. Esta afirmación no es nueva en mi boca. He dicho mil veces que el placer cinegético no deriva del número de piezas abatidas sino de la manera de hacerlo. De esto se deduce que, el cazador, a solas en el campo, debe guiarse por unos principios morales basados en el respeto hacia los animales que caza. Y estos principios deben inducirlo no sólo a ceñirse a los cupos de capturas autorizados (¡cuántos excesos se han cometido en nuestros ríos con la trucha, hoy en regresión!) sino a enfundar la escopeta, aunque la ley no lo ordene, cuando el enervamiento o escasez de las piezas así lo aconsejen. En una palabra, el cazador debe estar dispuesto a ponerse límites a sí mismo y a dejar de serlo cada vez que la caza se encuentre en dificultades.

Hablo de este modo, animado por el nuevo reglamento por el que se ha regido el último Campeonato de Caza con perro de muestra. En él, la Federación ha establecido una limitación de cartuchos, tiempo y número de piezas para hacer de él un certamen menos cruento y más deportivo. Hoy el objetivo del cazador no debe ser cazar mucho sino cazar bien y, en este sentido, una vez admitido que la ética debe informar esta actividad, no sobraría que cada año se llegase un poco más lejos y fueran puntuando la actuación del perro, la manera de portar y manejar las armas, los reflejos, la prudencia en las dificultades. No desconozco que algunos de estos aspectos se recogen en el Campeonato de San Huberto pero ¿por qué no en los dos? El civismo y la deportividad nunca sobran, y si ahora se ha reducido la sangre, ¿por qué no tomar del Campeonato con perro lo que de más positivo tenga?

Coincide esta moderación de los concursos de caza con la nueva posición de los ecologistas, que empieza a ser tolerante con determinadas manifestaciones cinegéticas. Las conclusiones de su reciente congreso revelan una nueva actitud que me complace airear, puesto que para ellos lo inaceptable no es el hecho de cazar sino hacerlo tal como se viene haciendo en España «debido al grave

deterioro ambiental». Suscribo estas palabras como suscribo otros extremos que denuncian excesos, tales como las referentes a repoblaciones incontroladas, turismo depredador, incumplimiento de los planes de explotación de los cotos, falta de agentes forestales, caza abusiva de la tórtola, falta de control de depredadores, uso de reclamos, caza de insectívoros, falta de respeto a los períodos de veda, competencias de la guardia civil en la vigilancia y control de las especies, etcétera.

Como cazador amante de la naturaleza juzgo importante esta aproximación entre Federación de Caza y ecologistas con objeto de humanizar la actividad cinegética. El momento es bueno para iniciar unos contactos que vendrían a sustituir a las posiciones de intransigencia y acritud que han prevalecido hasta el día y que tan poco han favorecido a la naturaleza y a la caza.

¿El quejigo en peligro?
1 de julio de 1991

Los olmos siguen muriendo. La pequeña olmeda que sombreaba mi refugio de Sedano ha quedado reducida a un ejemplar y, desgraciadamente, herido de muerte. Es curioso porque este superviviente vio prolongada su vida accidentalmente, no porque lo tratáramos contra la grafiosis, sino porque fumigamos su copa contra un pequeño escarabajo, la galeruca, que devoraba la hoja. No recuerdo el nombre del producto, pero es evidente que aquella fumigación alargó la vida del árbol al menos tres o cuatro años. Ahora varias de sus grandes ramas se hallan desfoliadas y el resto conserva una hoja pequeña, débil y enfermiza, que hace pensar en su desaparición inminente. Si dolorosa es la muerte de cualquier árbol, lo es más la del olmo, particularmente en Castilla, tan unido al hombre y a las concentraciones humanas. La olma es un símbolo de unidad, de amparo, en los pueblos de Castilla y León. En muchos de ellos han muerto y ahora se piensa en la necesidad de reemplazarlas. Pero ¿qué poner en lugar de la centenaria olma recién muerta?

También el olmo es árbol de jardín. En el Campo Grande de Valladolid, y en el Parque de las Moreras, los olmos sacrificados han sido incontables. Sin embargo aún hay supervivientes frondosos, auténticos testigos de la especie, como el que flanquea la primera entrada del Campo Grande, por Recoletos, viniendo de Filipinos. A lo largo de tres años lo he visto tratar, ciñendo su grueso tronco por un cinturón de inyectables que le conservan la vida. Tengo entendido que en Soria se han salvado también olmedas enteras. El tratamiento ha de ser a base de productos que faciliten la circulación de la savia, flujo que trata de interrumpir un hongo, el *Ceratocystis*, contra cuyos insectos portadores hay que luchar. Es decir, el árbol muere por falta de circulación. Mas la interrogante inevitable es ésta: ¿Cuándo podremos considerar salvado al olmo que aún pervive? O lo que viene a ser lo mismo: ¿Cuándo se podrá estimar erradicado el hongo que paraliza la circulación de la savia? Por otro lado, ¿se puede confiar en que la actividad del *Ceratocystis* y de los insectos vectores se limitará a destruir los olmos y no otros vegetales?

El equilibrio natural, cada vez más comprometido, trae día a día nuevos motivos de inquietud. En los montes de quejigo de Burgos, que en La Lora ocupan extensas laderas y páramos, se observa este año un deshoje extraño, producido por una plaga de orugas de un apetito voraz. Funcionarios de la Junta me hablan de la posibilidad de fumigar desde el aire estas extensiones de monte para librarlas de los

parásitos. Pero más que la acción inmediata contra la oruga, ¿no interesaría un estudio sobre su procedencia, multiplicación y riesgos de la nueva plaga?

En cualquier caso, entiendo que la preocupación administrativa por el medio ambiente no pasa de ser un gesto que aflora periódicamente en las campañas electorales, pero no se traduce en la actitud vigilante y próxima que requiere la conservación de un bien imprescindible y tan amenazado como la naturaleza.

La baribañuela
4 de julio de 1991

El cuco y la baribañuela me han recibido calurosamente en Sedano. El cuco canta y canta, explícito, insistente. Hay uno, seguramente macho, en la zona de Las Puertas, camino de Nocedo, y otro, probablemente hembra, que le replica desde la ladera de enfrente, en el robledal de Valdebárcena. La baribañuela, alimoche para los científicos, describe círculos concéntricos sobre mi casa, lenta, desflecada, buscando un bocado que no acaba de encontrar. Desconozco la razón por la que en estos pagos de La Lora llaman baribañuela al alimoche, pero es un apelativo más suave, más poético, más musical, siquiera case mal con el aspecto carroñero del bicho. Pero ahí está el nombre: baribañuela, para los amantes de localismos y dialectólogos.

El cuco reclama a la cuca metidos ya en julio. ¿Quiere esto decir que no ha habido primera puesta o que se ha estropeado? Porque mis lectores, sin duda, conocen las argucias de este pájaro, que pone sus huevos en los nidos de otros más pequeños (verderones, petirrojos; generalmente insectívoros) para que se los empollen y críen. En el seto de mi casa he encontrado un nido de petirrojo con los pollos emplumados, lo que quiere decir que el cuco que canta en Las Puertas, o el del robledal de Valdebárcena, no llegará a tiempo de consumar su trapacería este año.

Y ante un caso así, en que las pequeñas aves crían a su tiempo y el cuco se retrasa, ¿qué le cabe hacer a éste? ¿Atender, por una vez, sus obligaciones domésticas o abandonar su prole antes de que rompan el cascarón? Agradecería a los naturalistas que me sacaran de mi ignorancia. De siempre he tenido manía al cuco, a su comportamiento abusivo y feudal, a su costumbre de explotar a los débiles.

Cosa distinta es el críalo, que, como su nombre indica, verifica la misma operación de delegar la incubación de sus polluelos, pero en nidos de pájaros menos inocentes como la urraca o el grajo que, en cualquier caso, podrían oponer resistencia e incluso defender su nidada a picotazos. Mas, para que se den estos casos de parasitismo, el proceso de celo y cría debe ser simultáneo, pues nada adelantarán cuco y críalo si sus presuntos huéspedes hacen la puesta antes o después que sus hembras respectivas.

La aparición de la baribañuela me ha sorprendido un poco. Hace treinta años era presencia habitual por estos montes. Había una emigración superior a la actual, y no digamos a la de hace diez años, en que prácticamente se la dejó de ver por aquí. Este buitre migratorio

se alimenta, por lo general, de despojos de cerdos, conejos y gallinas, o quizá diría mejor se alimentaba. Y cuando el conejo desapareció de estas tierras a causa de la mixomatosis y las aves de corral dejaron de ser el pilar de las economías domésticas, la baribañuela se marchó con viento fresco y no volvió, o si lo hizo fue en tan corto número que resultaba invisible. ¿A qué causas obedecerá la reaparición actual?

Sobre esto no creo que haya dudas: a la formación de basureros comunitarios. La baribañuela ha hecho la del zorro: medrar a costa de nuestros desperdicios. En el basurero de Sedano no es difícil sorprenderla destripando a picotazos las bolsas de plástico con la impaciencia lógica por descubrir su contenido. Esto quiere decir que lo que queda hoy de naturaleza en el mundo se mantiene de manera artificial. Aquí, en Sedano, el carnicero del pueblo tiene una contrata con Medio Ambiente que le obliga a depositar en el páramo los despojos de las reses que mata para que la colonia de buitres de Valdelateja pueda sobrevivir.

El campo no da ya víctimas de bulto –bueyes, vacas, mulas– y una colonia de sesenta u ochenta buitres necesita comer todos los días. Ciérrense las carnicerías rurales, entiérrense las basuras o tratémoslas con productos químicos, y buena parte de la fauna que hoy pulula por el mundo dejaría de existir.

Perros enfermos
29 de julio de 1991

El negro Coquer se volvió ayer a casa sin avisar, cuando dábamos el paseo matutino por el camino de Nocedo. En principio me alarmó su desaparición y anduve recorriendo el valle de arriba abajo, silbándole, sin que el perro apareciera. La Fita me miraba con sus ojos inteligentes, como queriendo comunicarme algo, pero, aunque seguramente estaba en el secreto, no dijo esta boca es mía. El Coquer siempre fue un perro neurótico y ahora, con la senectud (tiene trece o catorce años, alrededor de los cien humanos), las manías se le han acentuado. Al llegar a casa, la puerta de la verja estaba cerrada. Silbé una vez más, antes de franquear la entrada, sin ningún resultado, pero, luego, cuando la Fita se recogía, lo vi colarse a él furtivamente ocultándose tras la perra. A la tarde, cuando les traje la comida, se mostró alegre y glotón como de costumbre, pero esta mañana, a la hora de dar el paseo, lo encontré sentado en medio del patio sin intención de acompañarme. Intenté animarlo inútilmente. No movía un pelo.

Ante su pasividad, me fui con la Fita y, cuando regresamos, una hora más tarde, el animal seguía en el mismo sitio, impasible, como una estatua. Este perro siempre ha sido propenso al ensimismamiento y a veces lo he visto dejar pasar las horas muertas a la orilla del río Moradillo viendo discurrir la corriente. Yo le llamaba El Pensieroso y Juan, hombre de fe, lo disculpaba, asegurándome que miraba a las truchas, que, habituado a acompañarle en sus excursiones piscícolas, los peces habían empezado a llamarle la atención y hasta le gustaba el pescado crudo. Pero, para mí, que aquel perro anciano, inmóvil, estaba pensando, y no precisamente cosas alegres. Mas hoy, al encontrarlo en la misma postura, después de la renuncia de ayer, me preocupó. Le acaricié la cabeza, le propiné unas palmadas en el costado, le dirigí palabras alentadoras, todo en vano. Entonces lo cogí, lo tuve un rato en brazos y lo deposité de nuevo en el suelo. ¡El animal se mantuvo tieso sobre las cuatro patas y hasta dio dos pasos! ¡Al menos no estaba paralítico como yo había temido!

El mal de la Fita no parece tan problemático. Lleva varios días lamiéndose sin cesar la pata derecha y la mano izquierda. Al examinarla hoy descubrí una herida en aquélla, herida que he tratado con agua oxigenada y mercromina, sin ningún éxito. Ya ayer, a la hora de comer, aunque es perra de gran apetito, se mostró indiferente ante el plato de cocido que le ofrecía. Únicamente cuando le puse la cazuela bajo el morro se avino a comer los recortes de carne, la

morcilla y el relleno, es decir los tropezones más gloriosos, pero a los garbanzos ni les hizo caso.

Hoy, como digo, salí de paseo sólo con ella, y como se acentuasen los lametones a la mano izquierda, me detuve, me senté en un mojón y le estuve examinando detenidamente la mano. Al fin, descubrí una leve inflamación tras uno de los dedos. Insistí en la inspección hasta que divisé una minúscula espina que sobresalía un milímetro de la callosidad. Fue como un juego de prestidigitación, pues cuando la agarré con las uñas y tiré, saqué de allí una espiga sanguinolenta de unos tres centímetros de longitud. La perra pareció agradecerlo, pero durante el resto del paseo no dejó de lamerse la mano con insistencia. Ignoro si porque tiene más espigas clavadas o para contemplar los efectos de mi intervención, aunque más me temo lo primero.

Y esto ocurre semana y media antes de la apertura de la media veda, según anuncia el periódico hoy, en la autonomía de Castilla y León. Pero la apertura tiene sus excepciones en varias provincias, donde es preciso separar la zona norte de la sur y la este de la oeste. Estas excepciones están más que justificadas aquí, en Burgos, ya que los trigos del sur de la capital, en Aranda o Santa María del Campo, por poner dos ejemplos, ya están en los silos, mientras aquí, en los páramos de Sedano, empiezan ahora a amarillear y no creo que puedan cortarse antes de tres semanas.

La disposición no concreta fecha para estos pagos, pero parece que se ha fijado, por las federaciones y comisiones de expertos, el domingo 18. Volverá a ocurrir lo que tantas otras veces, que abajo no habrá codorniz y en la Castilla dura, cuando quieran levantar la veda, ya se habrá ido.

Remedios
30 de julio de 1991

Ayer telefoneé a Adolfo, el dueño de la Fita, para comunicarle el estado de la perra. Esto de la penetración de espigas y la infección consiguiente no sólo no es un padecimiento nuevo sino relativamente frecuente en los grifones y demás razas peludas. Me aconsejó unas cápsulas de antibióticos y esta mañana el animal estaba más listo: ladró al verme, me puso las manos en el pecho y comió delante de mí los restos de la comida de ayer. Ahora le daré la segunda toma y esta misma tarde vendrá mi hijo a por él con ánimo de que el veterinario de Valladolid le intervenga las patas afectadas.

Al viejo Coquer lo veo mal. Esta mañana tampoco quiso salir y, lo que es más inquietante, apenas abrió los ojos cuando llegué. Anoche –una noche fría y ventosa– lo trasladé a la panera, donde tiene mantas y abrigo, pero hoy, a las ocho y media de la mañana, con trece grados, estaba tumbado de nuevo en el patio sobre la yerba, como si necesitara aire libre para respirar. Lleva prácticamente cuarenta y ocho horas sin comer, pues, fuera de unas raspas de bonito que le dio mi hija, no acepta ni la mortadela ni la morcilla que le brindo. Lo mejor sería que Adolfo se lo llevara también al veterinario. Mi impresión es que este perro tiene algo que repentinamente ha acentuado su vejez y cuyo remedio no se me alcanza.

Los perros
31 de julio de 1991

Adolfo se llevó a los dos, la Fita a medio comer, el Coquer sin probar bocado, alzando la mano derecha desmayada, como un perro fascista, cuando le obligamos a dar cuatro pasos. A la altura de la primera articulación tiene una inflamación que bien pudiera ser otra espiga enquistada. Cuando Adolfo partió me sentí liberado, pero a la noche, cuando me telefoneó para darme las últimas novedades, me dejó perplejo: la pobre Fita tiene siete fístulas infectadas entre las patas y la barriga. La operarán con anestesia total el día 5 de agosto y, por supuesto, no podrá cazar la codorniz al menos en dos semanas. Más desconcertante me pareció el diagnóstico del Coquer. El perro está bien para su edad, no tiene nada, el absceso puede ser de origen reumático o artrítico, y lo único que se puede hacer por él es darle vitaminas y hormonas. Admitiendo que el saludo fascista del Coquer (con la mano desmayada) y su cojera obedezcan a la artritis, ¿por qué no come ni siquiera una morcilla? ¿Por qué su mirada pitañosa le llega a uno envuelta en desánimo y tristeza? Y, sobre todo, ¿por qué estos síntomas –inmovilidad, inapetencia, melancolía– han aparecido de repente, de la noche a la mañana, un martes, cuando el sábado anterior estaba más contento que unas pascuas? Muchas cuestiones para un solo perro, pequeño y viejo.

El viernes lo traerá de nuevo Adolfo y veremos cómo evoluciona, porque lo que sí le ha sacado el veterinario del oído es una espiga vieja no infectada. La verdad es que en los muchísimos veranos que llevo cuidando a nuestros perros, las espiguitas trepadoras nunca constituyeron un problema; no las había o carecían de la fuerza perforadora de este año. El veterinario está de acuerdo: ningún verano desde que montó la clínica ha quitado tantas espigas infectadas a los perros de Valladolid como éste, comentó cuando observó el doloroso muestrario de la Fita.

El regreso
4 de agosto de 1991

Llegó Adolfo con los perros. La verdad es que el cambio de ambos es espectacular. La Fita, con los antibióticos, está sin fiebre y come algo, aunque sigue dándose lametones a las patas lastimadas en cuanto se detiene. El día 5 el veterinario le quitará las espigas y le abrirá las bolsas de pus. El Coquer, con las vitaminas y las hormonas, está hecho un pollo, como si lo hubieran tratado con gerovital. Se muestra avispado y alegre. ¿Cómo pude pensar hace una semana que se moría? Mónica, mi nuera, doctora en veterinaria, le inyecta las hormonas con maestría y las vitaminas las engulle con un trozo de carne, pues ha recuperado el apetito. Lloró un poco su soledad cuando Adolfo volvió a marchar con la Fita, pero esta mañana salió de paseo conmigo como en los buenos tiempos, aunque sigue desdeñando la panera y durmiendo al raso, como los lobos, cosa incomprensible porque es un perro friolero.

El vencejo
7 de agosto de 1991

Una novedad curiosa. Hoy vi un vencejo levantar del suelo en el patio de la casona, después de un aleteo frenético, y elevarse en el cielo azul en un vuelo veloz, irregular y chillón. (Y digo que es una novedad porque este pájaro tiene las patas tan cortas que, de no estar en un alto, las alas tropiezan en el suelo y no es capaz de despegar por sus propios medios). Al seguirlo con la vista advertí que estaba solo. La primera semana de agosto es temprano para que marchen las aves migratorias. Si hace frío, los pájaros intuyen que es un frío circunstancial y que volverán las altas temperaturas, lo que quiere decir que no se van a las primeras de cambio. El hecho de que los vencejos lo hayan hecho este año nos invita a la reflexión: ¿Quiere esto decir que el verano se ha terminado? ¿O con este vaivén del calor el vencejo se ha hecho un lío y ha puesto pies en polvorosa?

Mientras escribo esto, observo por la ventana y veo que también se han largado golondrinas y aviones. En el cielo agosteño no quedan insectívoros de vuelo sostenido, de esos que surcan el azul a cualquier hora del día y animan el ámbito estival con su estridencia. La cosa es chocante pero no tanto si consideramos las oleadas de calor y frío que se han venido sucediendo este verano. Después de casi mes y medio en Sedano puedo decir que no he dormido dos noches seguidas con la misma ropa. Las temperaturas han sido cambiantes y extremosas. A días con máximas rondando los treinta y cinco grados han sucedido otros en que no se alcanzaron la mitad. Y las mínimas nocturnas lo mismo: han oscilado entre los seis y los diecisiete, esto es, si cada cuatro grados de descenso es una manta (duermo en una cabaña sin cielo raso), echen ustedes la cuenta. Verano veleidoso, seco, sin tormentas de fundamento, y mucho sol, aunque el sol no siempre implique altas temperaturas. ¿Puede haber influido esto en el comportamiento impaciente de vencejos, aviones y golondrinas? Y si los vencejos, aviones y golondrinas se han marchado, ¿qué habrá hecho la codorniz? Por de pronto Gregorio, el labrador más conspicuo del pueblo, me dio ayer una mala noticia: es el primer año que a estas alturas no ha visto volar una codorniz, me dijo.

Convalecencia y apertura
12 de agosto de 1991

La Fita convalece en Valladolid a buen ritmo. El veterinario le abrió las cuatro patas, pues en todas ellas había fístulas infectadas. Ignoro los puntos que le habrá dado, pero desde luego hizo un buen trabajo. Ahora cada vez que Adolfo la saque al campo tendrá que mirarle pies y manos para que no porte la traidora espiguilla. El Coquer, en contra de mi optimismo del otro día, no acaba de levantar cabeza, eso que a juzgar por la edad de su hermana (a Juan se lo dieron ya hecho) no tiene catorce o quince años, sino once o doce, esto es, no es tan valetudinario como yo creía. Seguimos dándole vitaminas y hormonas, pero su alegría de días pasados fue tan efímera como un cohete.

El viernes se volvió otra vez del paseo y, a mi regreso, me esperaba a la puerta de la casona hecho un ovillo. El sábado lo tenté con lo que más podía agradarle, lo subí a las pajas de la finca de Feliciano. ¡Qué desilusión! Yo llevaba una cachava y, de cuando en cuando, apuntaba al aire como si fuera una escopeta y simulaba las explosiones de los disparos. Su mirada era tan crítica que reparé en mi actitud ridícula y sentí vergüenza de mí mismo.

Él no hacía por buscar, pese a que yo le animaba a ello. Caminaba cansino y aburrido y, cada vez que veía un mato o unas pajas un poco espesas, arañaba un poco con las uñas y se acostaba a la sombra. En ningún momento salió de su indiferencia. Es más, cuando llegué al monte de roble se metió dentro y lo perdí de vista. De nada valieron mis voces y silbidos. Pensé en las explicaciones que tendría que darle a Juan al día siguiente, cuando, al cabo de diez minutos, seguía sin atender a mis requerimientos. Pero el animal debía de estar a mi lado, agazapado en algún sombrajo, pues en cuanto hice ademán de largarme apareció detrás de mí con toda la tranquilidad del mundo. Este comportamiento me desespera y cuando Juan llegó de su viaje al Polo Norte y le expuse la situación, me dijo: «Es una depresión; es un perro muy sensible éste». Yo le dije: «Y en el Polo ¿qué?». «Pescamos cientos de bacalaos –me dijo–, pero estaba lleno de turistas.» A las cuatro horas de estar con el perro, Juan me dijo: «¿Sabes que tienes razón? Este animal está raro». La melancolía no desapareció con la presencia de su dueño, y para corroborar este decaimiento esa tarde no comió.

Luego lo sacó de paseo, pero lo acompañó por obediencia, sin la menor muestra de entusiasmo. El jueves, la Virgen, se abrirá la caza en Valladolid y ésa será la prueba definitiva: Juan y Adolfo cazarán

juntos y el Coquer tendrá que demostrar si tiene fuerza y la caza le sigue interesando o si ya no le dice nada.

Rastrojos y patatales
15 de agosto de 1991

Juan y Adolfo abrieron en Valladolid, en los rastrojos y patatales de El Bibre. No les pintó mal, pues hicieron dos docenas contra las tres o cuatro codornices que bajó la gente por término medio en estos pagos. Al parecer es en el sur de la provincia, en la zona que linda con Salamanca –Castronuño, Alaejos–, donde, dentro de la escasez general, se ha dado mejor este año. Estamos en la de siempre o en la de casi siempre. No ha venido codorniz. La Fita, la perrita, cazó con gran eficacia y el consabido pundonor (en una pata aún no le han soltado los puntos), pero el Coquer, que hizo alguna cosa mientras el sol no apretó, a las diez de la mañana ya estaba debajo del coche. O mucho me equivoco o este animal está acabado, o, como suele decirse, para sopitas y buen vino.

La codorniz
18 de agosto de 1991

Dos notas caracterizaron la apertura de la temporada de codorniz en Sedano en 1991: la resurrección inesperada del Coquer y la escasez de inmigrantes africanas. Lo del perro ya me lo había anticipado Juan a poco de verlo: «A este animal, en cuanto lo esquile y le quite dos dedos de barriga, no lo conoces». Pelarle y dieta eran los remedios que mi hijo preconizaba. Mano de santo.

Le quitó de encima un saco de lana –esa lana densa y rizada que cría a veces esta raza– y le impuso un régimen de comidas muy severo, nutritivo, pero sin féculas, grasas ni sustancias de engorde. A mí no dejaba de producirme cierta hilaridad su fe en la peluquería y la dietética, pero ayer por la mañana, cuando fui a recoger al perro, no sé si porque olió las botas y la escopeta o porque realmente era ya *otro*, como me había anunciado Juan, sus ladridos, saltos y cabriolas me sorprendieron.

¿Dónde estaban la abulia infinita, la somnolencia, la indolencia arrastrada del viejo can? Comer (aunque poco) y dormir habían sido los dos únicos ejercicios que el Coquer se había permitido durante el verano, lo que ahora me hace pensar que tal vez las actividades tan limitadas del animal no vinieron impuestas tanto por la falta de energías como por el aburrimiento. ¿Era esto así o tenía razón Juan cuando decía que rasurado y con dos kilos menos el perro recuperaría su antigua vitalidad?

Lo ignoro, pero el Coquer de ayer en el campo no tenía nada que ver con el bicho que me seguía a duras penas por las sendas del monte en nuestros paseos civiles de julio y agosto. Ayer era animal ilusionado, con una tarea que cumplir, y que redobló su esfuerzo al comprobar que la Fita, con dos patas aún infectadas, no podía acompañarnos. Adolfo y yo pusimos en el can toda nuestra esperanza, esperanza muy precaria al comprobar, con dolor, que los cazaderos de Villaescusa del Butrón y Pesadas habían quedado reducidos a la mitad por mor del barbecho. Yo no salía de mi asombro. ¿Por qué ha vuelto el barbecho a Castilla después de un montón de años de no practicarse? ¿Se ha demostrado que el barbecho, como tantas cosas en la vida, no era tan inútil y antediluviano como se había pensado en los últimos lustros? Sencillamente se trata de que en Castilla la supresión del barbecho, a base de abono, resulta demasiado cara.

Por esta razón no pudimos realizar nuestro propósito de abrir la

temporada en el mismo rastrojo del año pasado. La tierra no había sido sembrada. Y no sólo no había sido sembrada sino que había sido arada en fecha reciente y sus cavones se oreaban desnudos al vientecillo frío del páramo. Total, que cogimos el rastrojo de enfrente, el de los rincones y altillos que tan buenos ratos nos deparó en otras ocasiones, pero pese al esfuerzo del Coquer, a su sentido del deber y a su entusiasmo, transcurrieron tres cuartos de hora sin volar un solo pájaro. No había codornices.

El peine bajo de la cosechadora había segado por el pie y la paja había sido recogida. Al regreso encontramos a Pepe de la Rica –con José Ignacio Otxangoitia y Manuel Zubiaga, los titulares del coto–, quien nos advirtió lo que acabábamos de comprobar, que este año había subido poca codorniz –él llevaba una– y, por añadidura, los rastrojos estaban ralos y lampiños. Con tan negras perspectivas nos abrimos en uno de trigo, con calles de paja relativamente abundantes, y allí el Coquer, con una voluntad desconocida, empezó a volarnos pájaros, de media en media hora, que Adolfo y yo echábamos al suelo sin dificultad.

Al final, la percha era de siete codornices, más otra perdida, que el perro, ya cansado, fue incapaz de encontrar, y una novena fallada por mí. Este botín, en más de tres horas, es muy parco botín para primer día, indicio claro de la corta entrada de codornices en estos pagos, escasez que comprobamos al informarnos de las perchas de los cazadores del pueblo. Para mí, lo mejor del día fue la corcita confiada que vimos Adolfo y yo desde el coche, correteando por la Granja de Gredilla, divertido y bellísimo animal que se exhibió ante nuestros ojos fascinados durante diez minutos antes de ocultarse en la espesura del bosque.

Sarasqueta
19 de agosto de 1991

Juan y yo nos reunimos en Burgos con Juan Antonio Sarasqueta y sus amigos y asesores Pachi y Enrique, para perfilar la asociación que han creado en el País Vasco en defensa de la caza y la pesca silvestres y, primordialmente, del medio en que éstas deben desarrollarse. El País Vasco, sus ríos en particular, debido al desarrollo industrial, es una de las regiones españolas más dañadas por la contaminación. La obsesión de Pachi era Inglaterra, el Támesis: si los ingleses han conseguido que vuelva a haber truchas en el Támesis, también podremos conseguirlo nosotros. Por de pronto, los vascos cuentan con un plantel nutrido de cazadores civilizados que en abril se manifestaron en San Sebastián en un número aproximado a los 35.000. Esto constituye una base magnífica para cualquier empeño.

El vasco, además, en líneas generales, es un buen cazador: en mano o a salto, el vasco busca la perdiz, la acosa y la caza con las piernas. No la engaña. Su país da poco: alguna liebre, la sorda en su época y las palomas de Echalar. La afición desborda, entonces, a sus posibilidades. De ahí que se extiendan por Castilla y no vacilen a la hora de hacer ochocientos o mil kilómetros cada domingo para abatir media docena de perdices. Es una afición muy sufrida y resuelta la suya. De ahí que yo tenga confianza en la Asociación de Defensa de la Caza y de la Pesca creada por ellos y que contará con su propio medio de expresión, una revista trimestral que tocará los temas esenciales y no se morderá la lengua a la hora de denunciar los errores y corruptelas de su propia sociedad.

Sarasqueta, Pachi y Enrique tuvieron un detalle conmovedor conmigo: «Usted va a ser nuestra bandera», me dijeron. «La caza y la naturaleza tal como las defiende usted, ése es nuestro objetivo». Y ellos materializaron ese deseo regalándome un bastón-aguijada con el lema, en vasco, *hitza hitz* (el valor de la palabra), símbolo de poder y autoridad. Acordamos reunimos a cazar la sorda en la Sierra de la Demanda, en la finca de Sarasqueta, las dos cuadrillas, con Manu Leguineche, a primeros de noviembre. Fue una sabrosa y cordial reunión.

El elanio azul
23 de agosto de 1991

Cuando uno es zoólogo de afición y tiene la suerte de contar con cuatro hijos biólogos, la naturaleza le dice más cosas que si se asomase a ella sin asesores, que es casi como decir con los ojos cerrados. La otra tarde, sin ir más lejos, apenas nos apeamos del coche en los rastrojos de Villaescusa del Butrón, observamos un pájaro aleteando frenéticamente en las alturas, en vuelo muy distinto al habitual de las rapaces castellanas, más sereno y en planeos sucesivos con objeto de avistar sus presas. Mi hijo Juan se lo quedó mirando muy extrañado:

–Juraría que es un elanio –dijo al cabo de un rato.

–¿Un elanio?

–Una rapaz africana. Nunca se le había visto por aquí.

Apeló a los prismáticos. El animal se cernía ahora sobre nosotros en un aleteo reiterado, sin finalidad aparente. Juan lo observó atentamente a través de los cristales; luego me pasó los anteojos:

–Claro que es un elanio –confirmó en un murmullo.

Es curioso. El pájaro era grande, pecho y vientre de un ligero color azulado que se tornaba añil en los bordes de las alas. Los hombros, en cambio, eran de un negro luctuoso. Una rapaz diferente, de muy vistosa apariencia. En tanto el ave nos sobrevoló y hasta que la perdimos de vista no hubo lugar para otras actividades. Se trataba de un gran descubrimiento y la caza de la codorniz pasó a un segundo plano.

El elanio, originario de Suráfrica, tardó siglos en extenderse por el continente negro, salvó un día el estrecho de Gibraltar y se instaló en la zona sur de la península, Andalucía y Extremadura, principalmente en ésta. Se hizo ave de dehesa, de alcornoque y encina, inmejorables observatorios y árboles adecuados para ocultar sus nidos.

Pero su acampada no fue definitiva. Seguía avanzando unos kilómetros cada lustro y hace tres o cuatro se localizaron algunos ejemplares en Ávila, Segovia y Valladolid. No hubo noticias de nuevos progresos en unos años, pero con ocasión de una plaga de topillos en Santa María del Campo, al sur de Burgos, allí se presentó y Juan lo descubrió un día entre las docenas de ratoneros, lechuzas y milanos que se apelotonaban en los tilos y almendros de la carretera. Aquel montón de pájaros agoreros tenía algo de sobrecogedor, como los de la famosa película de Alfred Hitchcock. Pero la concentración era

comprensible considerando el número de topillos: casi mil trescientos llegó a capturar Juan en una sola hectárea de alfalfa.

Apasionado por el fenómeno, mi hijo dedicó tres años a preparar su tesis doctoral para estudiarlo. Y, allí, entre los predadores acostumbrados, se alzaba cada mañana un elanio azul para participar del maná prodigioso. Más tarde, vencida la plaga, desapareció y mi hijo imaginó que habría regresado a Extremadura o a su punto de procedencia. De ahí que volver a verlo ayer, ocho años más tarde y ochenta kilómetros más arriba, le pareció señal inequívoca de que la colonización del elanio azul progresaba.

Pero semejante despliegue puede llamar a engaño puesto que la densidad de población es débil. Conspicuos ornitólogos cifran, la peninsular, en ciento cincuenta parejas, lo que cae dentro de los límites de las especies amenazadas y protegidas. Mas ahí queda la constatación: el 23 de agosto de 1991 vimos un elanio azul surcando los cielos de Villaescusa del Butrón, en las proximidades de Villarcayo, tal vez el punto más septentrional donde, hasta el momento, ha sido avistado.

Los corzos
25 de agosto de 1991

Como el páramo de Pesadas no da pájaro, Adolfo y yo nos llegamos el lunes 25 al prado de la Ermita, y allí descubrimos una variedad de zarzamora muy sabrosa, distinta de la normal, cuyo fruto aún está verde y no llegará a madurar este año. Aquélla, entrelazada y fresca, con una mora de tamaño mediano pero de grano grande, turgente y jugoso, se da en los rincones más húmedos del término. A falta de mejor cosa que hacer, mi hijo y yo nos pusimos a comer moras con auténtica avidez. Es una fruta tan deliciosa que el propio Coquer se arrimó a la zarza y participó del festín.

Llevábamos diez minutos en un silencio tan profundo que cuando alcé la voz para recordarle a Adolfo que habíamos subido a cazar codornices, dos corcitos que sesteaban en el extremo del prado, a veinte metros de distancia, se incorporaron y uno detrás de otro emprendieron un perezoso trotecillo hacia el monte, del otro lado de la carretera. A mí estos animales tan armoniosos me dejan boquiabierto, y con la boca abierta seguí sus evoluciones por la pradera, sus titubeos a la hora de atravesar el camino, su decisión final y su inserción definitiva en el bosquecillo de robles. Eran corzos jóvenes, de año y pico, de esos que la madre abandona al alumbrar una nueva cría. Tan graciosos como las creaciones de Disney, la nueva aparición de corzos este verano demuestra que estos montes están ya repoblados, aunque si no estoy mal informado, el corzo arribó aquí espontáneamente hace una partida de años, tal vez procedente de la reserva del Saja, y aquí se ha multiplicado.

A última hora de la tarde, mi hijo y yo nos trasladamos a una siembra de cebada, en el páramo de Huidobro, cosechada la víspera, pero el nuevo cazadero no dio más que un pájaro y otros dos –que también abatimos– al caer la noche, cuando se hace difícil distinguir un hilo blanco de otro negro. El final, para romper la monotonía, fue un número. Olvidé las llaves del coche encerradas en la maleta y tuvimos que parar a un automovilista, que telefoneó a mi hijo Juan para que subiera a buscarnos. Hoy el coche continúa en el páramo de Huidobro en espera del nuevo juego de llaves que he reclamado a Valladolid.

Últimas jornadas
31 de agosto de 1991

Ayer viernes me despedí de la media veda en el pajonal que me recomendó Colás, un rastrojo de trigo grande, asomado al valle y rodeado por un bosque de roble. Batía el viento y, después del bochorno de días pasados, imaginé que la poca codorniz que quedase andaría al oreo, deseando respirar. No me equivoqué. Los pájaros estaban no sólo en la parte más alta del rastrojo, sino en las zonas más ralas, donde las pajas habían sido holladas por los rebaños. Al apearme del coche, entre cuatro pajillas enhiestas, levanté una pareja que derribé en doblete sin ninguna dificultad.

Luego registré la hondonada, con las pajas prietas, y la linde del monte, sin que el sufrido Coquer diera con un rastro. Visto lo visto, en la última hora nos acercamos de nuevo a la parte lampiña y alta y allí, en el suelo polvoriento, levanté otras tres codornices, de las que acerté a derribar dos pese a la ya escasa luz. De todas estas excursiones he sacado una conclusión triste: el Coquer no cobra ya *de visu*, como hizo toda su vida, por la sencilla razón de que no le alcanza la vista. A veces ve la dirección del pájaro, la sigue, y vuelve con él entre sus mandíbulas, pero de ordinario hay que guiarlo hasta el pelotazo y darle tiempo para que cobre con la nariz. Es una novedad más que acredita su decadencia física, el ocaso de su carrera de gran perro cazador.

Nueva temporada
27 de octubre de 1991

No oculto que en su día me sorprendieron los vaticinios sobre el año cinegético que hablaban de una cría excepcional de perdiz.

Ayer, día de apertura, la realidad vino a contradecir semejantes previsiones: pocos bandos y ralillos. Me estoy refiriendo a la provincia de Valladolid y, más concretamente, a la parte lindante con la de Zamora, y no hablo por mi cuadrilla, que, mal que bien, apañó ocho pájaros (pocos para una línea de seis escopetas en jornada inaugural), sino por las de los consocios de El Bibre, que no consiguieron más que una los del cuartel de Valmoro y ninguna los de La Mambla; unos fiascos colosales. Con esto se evidencia que el complemento de El Bibre, Villavieja, que es lo que nosotros cazamos, dio más perdices que el meollo del coto. ¿Porque había más? No lo creo; en esto intervino sin duda la suerte, esto es, nuestra cuadrilla tropezó con un par de bandos y la insistencia (una vuelta tras otra por unas mismas laderas) terminó por diezmarlos.

En esta apertura, más bien desangelada, una nota optimista: el par de gazapetes que revolcamos en la pimpollada de La Mambla, a la vera del pueblo. Pocos son, pero demasiados para quien, como yo, no esperaba encontrar ninguno. Parece ser que la neumonía hemorrágica ha hecho una nueva pausa en su quehacer devastador. Lo mismo podría ser la última que una más en un proceso que puede durar decenios. ¿Y los perros? El Coquer acabó en brazos de su amo (a sus años es difícil seguir a Juan), que lo volvió al coche, y a la Fita hubo que dejarla en casa, enferma otra vez, con nuevas infecciones. Ambos fueron sustituidos por el Bill, de Reglero, que cazó con su habitual parsimonia y sólo para su amo, y por una podenquilla nueva, la Tosca, corretona y desmadrada que, aparte de ensanchar los pulmones, no hizo cosa de fundamento para la mano.

Mal año
1 de noviembre de 1991

Ya se puede afirmar sin riesgo a equivocarse que nos encontramos ante un pésimo año de perdiz, al menos aquí, en la zona de El Bibre. Esta mañana, por lo que pudiera tronar, la cuadrilla tomó todas las precauciones imaginables con objeto de garantizar el cacerío. Así, los jóvenes madrugaron y, al apuntar el alba, ya estaban pateando el páramo, tratando de concentrar los pájaros en las laderas de Las Peladas, operación que todos los años ha dado buen resultado. Sin embargo, ésta falló, no porque las cosas se hicieran mal o precipitadamente, sino porque en los altos no había perdices. La mano por el páramo resultó baldía, y la siguiente, por la nava, no consiguió otra cosa que empujar hacia la ladera un bando de catorce o quince patirrojas. Cuando Manolo y yo nos reunimos con los chicos a las diez de la mañana en lo alto del camino de Bercero, ya sabíamos, pues, que había poco que hacer, que no habían entrado pájaros en las cuestas y que la belleza de la mañana, con un sol otoñal todavía centelleante y los latidos de los tractores sobre la inmensidad del páramo (mientras las avefrías madrugadoras se lanzaban en picado sobre la tierra recién movida), no se correspondería con una buena cazata.

De esta manera, la mano en la ladera, incorporados ya los veteranos, resultó infructuosa. Hasta el bando de los bajos se fue saliendo de línea, apeonando por las labores, camino de su querencia. Luego, la penosa marcha continuó sin éxito. Una perdiz aquí, dos allá, pero perdices solitarias, muy escaldadas, que volaban a doscientos metros de las escopetas. Yo puedo afirmar, con la mano en el corazón, que mediado el cacerío no había visto ni una docena de perdices y, por supuesto, ni una sola levantada por mí. Pero la verdadera medida del cazadero la dio, como siempre, el Pico de Fray Gaspar.

Este pico suele ser la prueba irrefutable. Si el cerro da perdices es que las hay en el cuartel; si no las da, más vale enfundar la escopeta y volverse a casa. Pues bien, el Pico de Fray Gaspar, que se adentra en la nava como la proa de un barco poderoso y en cuyas escarpas laterales –babor y estribor– suelen concentrarse los pájaros que uno empuja más los que habitan en ellas, no dio perdices esta vez; no es que diera pocas, es que no dio ninguna, y rodear el cerro sin que sonase un tiro ni se picasen los perros fue lo más decepcionante que uno puede imaginar en este sector. Allí no había pluma. Era el desierto en estado puro. Luego sí, en las cuestas más abrigadas, según nos desplazábamos hacia el oeste, se bajaron cuatro pájaros, incluso se pararon otros dos gazapos, pero ¿qué son estas cifras para el cazadero arduo, sí, pero

prodigiosamente habitado que eran Las Peladas hace tres años?

Las últimas perdices de Las Peladas están entonando el gorigori. Con una novedad lastimosa. Dos de las cobradas a última hora tenían anillas en las patas: una rosa y otra azul ¿Quién anilló estas perdices? ¿Qué significa este anillamiento del que los socios no teníamos noticia? Una de dos: o estos pájaros proceden de granja o fueron capturados de pollos. No hay otra explicación. En cualquier caso, el artificio ha hecho su aparición en El Bibre. Estamos cazando unas perdices –silvestres o domésticas– que previamente soltaron otros para que nosotros nos divirtiéramos. Mal asunto. Somos tan sabios que la caza está dejando de ser por días un hecho natural.

La perdiz y la humedad
3 de noviembre de 1991

Jesús Reglero asegura que las perdices anilladas del otro día lo fueron para estudiar sus movimientos y comprobar si es cierto que los pájaros nacidos en las cuestas se refugian en la cuenca en cuanto empiezan los tiros, reduciendo a ojos vistas la población de los altos.

Aun teniendo en cuenta el apego de la perdiz hacia el territorio en que nace, la teoría ofrecía cierta verosimilitud comparando los bandos censados en agosto con los que luego encontrábamos los cazadores en octubre. Y una de dos: o las perdices se morían en sus primeras semanas de vida o, iniciado el otoño, se marchaban con la música a otra parte. En rigor, se partía de una premisa cuestionable: la de que los bandos de las cuestas eran más numerosos y nutridos en agosto que en octubre, cosa que ninguno de nosotros llegamos nunca a comprobar. Que hoy hay en Castilla más perdices en las tierras irrigadas que en los cerros es un hecho palmario que en los últimos años no ha hecho sino confirmarse. Pero esto no demuestra que bajen de los altos, sino que las perdices necesitan un grado de humedad para criar que hoy no encuentran en el páramo y las laderas. Y, de acuerdo con esta exigencia, se establecen en las proximidades del agua. Como se ve, a una teoría le ha salido una contrateoría que tiene más visos de verosimilitud. Por de pronto, los cazadores de huerta (San Miguel, Villamarciel, por no citar sino términos propincuos a nuestro coto) llevan unos años armando unas perchas con las que nunca soñaron.

Yo mismo cacé perdices con poco éxito en estos términos y en el de Villanueva de Duero hace más o menos veinticinco años. Pero ahora las cosas parecen haber cambiado. Anteayer, un cazador a rabo de San Miguel del Pino me hablaba de ramos suculentos de perdices logrados en los maizales y remolachares de su pueblo. «En cambio en las cuestas –me dijo– se ven muy pocas. La perdiz ha roto con sus antiguas costumbres». Todo esto suena a verdadero y es un proceso que se está desarrollando ante nuestros ojos: la patirroja ha bajado de los páramos a la cuenca buscando humedad.

Queda, únicamente, una duda inquietante: ¿Huye la perdiz de los cerros porque la desertización empieza a hacerse notar, o simplemente a causa de la sequía acentuada de los últimos dos años? Es decir, ¿el cambio de hábitos es pasajero o irreversible? Hay que reconocer que el último agosto, con unas temperaturas altísimas y un sol despiadado, ha secado en Castilla plantas que, normalmente, soportan ardores

extremos, como la retama y el junco. En cambio, en un próximo ayer, en las cuestas existían, incluso en verano, vestigios de humedad (escorrentías, charcas, mínimos arroyos) que han pasado a mejor vida con el chajuán estival. Y entonces yo vuelvo a preguntarme: la sequedad de los altos, ¿es circunstancial o definitiva? ¿Volverá la perdiz a anidar en las laderas o las ha abandonado para siempre? Si tenemos en cuenta la resistencia de los pájaros a cambiar de territorio y su entereza para capear dificultades, parece razonable ponerse en lo peor.

Antaño, la perdiz, aun en los meses de mayor aridez, hallaba en las cuestas humedales que le permitían capear el temporal. Hogaño, esos humedales han desaparecido y la patirroja baja a buscarlos a los cuarteles de riego. (Un ojeo de conteo en los bajos de El Bibre nos demostró el invierno pasado que las perdices que echábamos de menos en las laderas estaban allí, a orillas de la Hornija y al amparo de las parcelas de regadío). Entonces habrá que ir pensando que ese proceso de desertización del que oímos hablar como quien oye llover, puede ser ya un hecho que se traduce en consecuencias lamentables como la huida en masa de las aves de ciertos parajes que hace unos años constituían sus querencias y asentamientos predilectos.

¿De qué escribir?
10 de noviembre de 1991

¿De qué escribir un diario de caza si no hay caza? Éste es el problema. Cuando inicié este carné, hace aproximadamente cinco lustros, la caza menor era tan abundante que no sólo no me faltaba tema sobre el que escribir, sino que eran tan varios que era difícil que la aventura de un día se pareciera ni remotamente a la del siguiente. Sin duda, eran aventuras insignificantes, pero, con la naturaleza al fondo, bastaban para llenar un folio de manera amena y atractiva.

¿Y qué ocurre hoy, ahora, este año? Una cosa muy sencilla: en verano no hubo codorniz y ahora, en otoño, faltan el conejo y la perdiz, las especies menores típicas. ¿Cómo construir, entonces, un diario? Malamente. Apenas queda otro recurso que la reiteración, volver a decir lo que ya dijimos ayer y anteayer. Porque los dos últimos domingos, el día 3 en La Mambla y el 10 en Valmoro, han sido un calco de los anteriores, sólo que peores. Esto es, el día 3 tiré y cacé una patirroja, y ayer no sólo no cacé ninguna, sino que ni tan siquiera las vi; no las había. Y, a la hora de comer, cuando Manolo y yo nos retirábamos, solamente Germán había colgado un pájaro. ¿Qué quiere decir esto? Una cosa muy ingrata que me resisto a transcribir: aquí no quedan ni las perdices supervivientes del año pasado.

Algo muy gordo ha tenido que suceder en amplias extensiones de Castilla y León en este año de gracia –o de desgracia– de 1991. Tan pocas hay que no vale como explicación el abandono de los páramos de que he venido hablando hasta hace cuatro días. Ayer, antes de cazar la ladera, dimos una gran mano por la cuenca y no volamos más que dos bandos: uno de cinco perdices y de cuatro el siguiente. Y terminada la cacería, Manolo y yo recorrimos varios caminos con el coche, con objeto de hacernos una idea de la realidad. Pues bien, en los páramos no vimos una perdiz (cuando hace un lustro era un criadero inagotable) y en los caminos de los bajos solamente encontramos cinco junto a los chopos que flanquean la Hornija. Esto nos ocurría a nosotros ayer, pero a la cuadrilla de los médicos, que batían el vecino cuartel de La Mambla, donde nosotros el domingo abatimos siete perdiganas, se les dio aún peor: entre cuatro escopetas no derribaron pájaro, y vieron media docena por todo caudal. Esto quiere decir lo que más arriba apunto: que las perdices que sobrevivieron a la temporada anterior –no hablemos de la cría– han desaparecido.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? Esto es lo que hay que averiguar. La gente sencilla se empecina con el raposo; hay mucho zorro en las cárcavas. En efecto, ya lo conté en años pasados, el raposo abunda como nunca, raposos orondos, llenos de vida. Pero estos raposos se han multiplicado precisamente cuando faltó el conejo –su comida predilecta antaño– y pegó un bajón espectacular la perdiz. Esto es, los raposos viven como señores desde que los basureros de los pueblos les prestan un comedero fácil y abundante. Basta con visitar uno de estos vertederos en la noche para ver brincar dos o tres zorros que hurgan entre las basuras. Pensar que son los raposos quienes se han merendado los cientos de perdices que en agosto correteaban por estos cuarteles es una ingenuidad. La perdiz volandera no es tan tontorrona como para dejarse apresar, así como así, por un cánido.

El zorro se nutre, cuando no hay conejos, ni basuras, de perdices heridas o enfermas, disminuidas. Hace de barrendero del campo, pero nada más. Vuelvo a contar un hecho indicativo: cuando había perdices en abundancia (hace cinco o seis lustros) mi hijo Miguel hizo una autopsia a un zorro que tenía en el estómago una suela de zapato. ¿Comería un raposo una suela de zapato si la perdiz fuera fácil presa para él? Atribuir la falta de perdices a la voracidad y abundancia de zorros me parece una puerilidad. Es como los vicios que se imputan a las lechuzas, un ave inocente con mala prensa. Ayer yo vi cuatro zorros y ninguna perdiz. Si éstas fuesen su alimento esencial los zorros empezarían a morirse ahora como chinches, puesto que la comida se les ha terminado.

Desgraciadamente, yo achaco la desaparición de la perdiz en amplias zonas de España a motivos más graves: peste, enfermedad, envenenamiento por algún producto químico (abono o pesticida). De la tenia, que transmite la perdiz de granja, ya me han hablado cazadores de Toledo. Y no olvidemos que estas epizootias se extienden con velocidad de vértigo. No vale decir: yo no he puesto perdices de granja en mi coto. El mal llega sin saber por dónde, sin avisar. Y ante una situación tan difícil como la que atravesamos, lo urgente, mientras quede una perdiz en el monte, es estudiarla, analizarla y tratar de emitir un diagnóstico. Y, al mismo tiempo, previo sondeo de otras provincias castellanas, cerrar la temporada donde proceda y sin demora. La medida es dolorosa e, incluso, muy cara para muchos cazadores; pero sería peor que a este hermoso pájaro del secano español se lo llevara la trampa definitivamente por no haber sabido actuar con decisión cuando todavía era tiempo.

Adiós a la patirroja silvestre
17 de noviembre de 1991

Velilla, el nuevo apéndice de El Bibre, es un páramo raso e inmenso que viene a morir sobre el pueblo en unas bellas laderas sinuosas pobladas de pinabetes. Manolo, Germán, Adolfo y yo recorrimos los sembrados a lo largo de varios kilómetros sin conseguir volar una perdiz. Y si no metimos perdices en las cuestas es natural que tampoco luego las levantásemos. Resumen: por primera vez en un montón de años que la memoria no alcanza, la cuadrilla, en su totalidad, se volvió bolo a casa. Con un agravante: no creo que nunca hayamos pateado tantos metros cuadrados de páramo como pateamos ayer.

Los colegas cazadores, que a la vez son hombres de campo, emiten sus diagnósticos: Jesús Aguirre habla del frío prematuro, cuando aún el emplumamiento de las aves no estaba completo. Ésta sería una razón aceptable si el frío hubiera sido intenso y continuado. Pero ¿cómo atribuir a las tres heladas suaves de noviembre la desaparición de la perdiz? Para esa fecha, los bandos ya se habían esfumado. De Zamora llega una sugerencia interesante: los aditivos y colorantes de las semillas de siembra tienen cianuro potásico y envenenan a las perdices. Los labradores de la zona de Sanabria ya adujeron algo así el año pasado. Y el año pasado ya escaseó la perdiz. Su carácter general también encaja con las características del mal que padece el campo castellano. Carlos Valverde, el taxidermista, que echó los dientes en el campo, apunta una causa digna de meditarse: la perdiz está padeciendo la viruela de las gallinas, la vieja peste de las aves de corral. Es más, Valverde piensa que la perdiz silvestre está agarrando todas las enfermedades de las que es portadora la perdiz doméstica, aunque ésta, merced a las vacunas, no las padezca. Todo esto tiene sentido. Los seres humanos vivimos gracias a la profilaxis: la vacuna libra a nuestros hijos de la viruela, el sarampión, la tosferina, el tétanos, la difteria, la poliomielitis, etcétera. Pero ¿qué pasaría si hoy depositáramos entre nosotros unos millares de niños indefensos, sin ninguna profilaxis previa? ¡La vieja imprevisión española! El lucio, el siluro, el cangrejo rojo... Sembrar animales nuevos sin pensar en los daños que pueden acarrear a la cabaña autóctona. Sea lo que sea, la propagación del mal ha sido fulminante y el problema, cinegéticamente, se presenta muy embrollado. Hay quien advierte que cerrar la temporada tampoco solucionaría nada, puesto que las cuatro perdices que quedan terminarán por morirse como las demás. ¿Por qué no cazarlas entonces? En cualquier caso, da la impresión de que estamos abocados a una situación crítica: el final abrupto de la

patirroja salvaje en Castilla. Partir de cero significaría hoy partir de la doméstica, una perdiz vacunada, enervada por la domesticidad, algo que nada tiene que ver con nuestra caza, la caza que hemos defendido y amado. El adiós a la patirroja de sangre pura parece inevitable en la vieja meseta.

Treinta perdices
24 de noviembre de 1991

La cuadrilla de los vascos ha desistido de subir semanalmente al coto de Tordesillas. Renuncia a hacer leña del árbol caído. Persuadidos de que cualquier desafuero puede dar al traste para siempre con la patirroja castellana, la han dejado en paz. También en esto, no sólo en el tiro y en las piernas, se evidencia la deportividad del cazador. Y en tanto se cierra la temporada en nuestro coto, la cuadrilla del que suscribe también dejó El Bibre y marchó a Corral de Almaguer, en La Mancha, con su amigo Vicente González, a ver si es cierto que todavía quedan perdices en aquellos lares.

Y quedaban, en efecto. Allí, en Corral de Almaguer, refuerzan la perdiz silvestre con sueltas controladas de domésticas y hasta el momento el resultado no es malo. La patirroja de granja no forma bandos –no han nacido de huevos hermanos–, pero vuela con brío y no se entrega fácilmente. El veterano que suscribe se soltó el pelo en Corral de Almaguer, se sacó la espina de tanta economía como exige este año El Bibre, y bajó cuatro perdiganas de postín. La una corriendo la mano sin pausa y fogueando a un metro del pico; hecha un ovillo con la perdigonada, la segunda; bajando una tercera de las mismas nubes y adelantándola en el olivar; contando las olivas en las que la perdiz se iba eclipsando, para cortarla a la salida, la última. Un ejercicio juvenil de pulso y precisión (nunca pude soñar que esa última perdiz cayera). Pero éste es el modesto botín propio, puesto que la mano conquistó el cupo que permitía el cuartel, es decir, logró el máximo autorizado: 30 perdices y 6 liebres.

Decir que Adolfo bajó siete patirrojas y paró tres liebres, o Luis Silió, cuatro y tres, respectivamente, es algo que se da por descontado cuando media docena de cazadores conquistan el morral antedicho. Pero la perdiz de Corral de Almaguer volvió a llamarnos la atención, como pájaro duro y solitario. Yo no abatí una que volara de mis pies o huyendo del viejo Coquer que cazó conmigo. Ninguna. Las cuatro que conquisté fueron patirrojas revoladas por la mano y que yo, oculto tras una oliva o rodilla en tierra junto a un sarmiento, derribé más o menos por sorpresa. Juan y Germán afirman que alguna se quedaba a última hora, pero si esto fue así, no llegarían a media docena.

Por lo que me dijo el guarda, hacía mes y medio que las últimas cien perdices de granja, debidamente controladas, habían sido puestas en órbita. Y en un terreno donde no hay monte ni matadero, es

admirable ver cómo el animal se defiende. Las cuatro olivas desparramadas por el cuartel no hacen mancha, no constituyen lo que pudiéramos llamar un resguardo. El terreno es zona de pedriza con los retorcidos sarmientos de la vid bien podados. Y, salvo mínimos repliegues, un terreno planchado como una alfombra. Es decir, un pago más adecuado para ojeo que para mano.

En resumen, los cotos sociales que languidecen en muchos sitios sobreviven en otros como Corral de Almaguer, a pesar del número de cuadrillas que los patean cada domingo. A mí se me antoja que esto de los cotos sociales es un problema de atención, de estar al tanto de lo que sucede día tras día. A las dos ya teníamos el cupo y el amigo Vicente González nos obsequió con unos capones guisados y unos bollos de mosto típicos de la zona.

El ciclo del parásito
28 de noviembre de 1991

El hecho de que en Castilla y León se mueran las perdices y de que los pájaros sobrevivan de Madrid hacia abajo me ha puesto en movimiento y, aunque indirectamente, he entrado en contacto con los investigadores de un criadero de perdiz que parecen estar en la pista de la actual crisis. La tesis de Carlos Valverde de que la perdiz silvestre, con la suelta de las domésticas, está pasando por los mismos avatares morbosos por los que pasó antes la gallina casera, no me pareció descabellada. Peste, viruela, pepita, moquillo son enfermedades graves de las gallináceas que hoy se salvan en la domesticidad mediante la vacuna adecuada.

Con el hombre sucede otro tanto. Los primeros comerciantes de pieles que en el siglo XIX se arrimaron a los esquimales ocasionaron entre éstos una auténtica mortandad. El hombre del sur iba más o menos pertrechado contra ciertas enfermedades y, aunque sólo fuera por el número de generaciones que las había padecido, había generado anticuerpos. Existía también ya una cierta profilaxis. Pero al esquimal lo cogieron indefenso, y centenares de ellos murieron al tomar contacto con los comerciantes. Los muertos por gripe, difteria, poliomielitis y hasta por un banal resfriado fueron incontables.

La situación de la perdiz silvestre que en el campo toma contacto con la doméstica, debidamente vacunada, es semejante a la del esquimal que entraba en tratos con el comerciante civilizado: está a su merced. Y aquí conecta la teoría de Carlos Valverde con las investigaciones de los científicos dedicados a la cría artificial de perdices. El sentido común inspiraba las palabras de Valverde; el laboratorio y los resultados de los análisis hablan por los científicos. Y éstos sugieren que las perdices nuevas del campo, los pollos igualones, sucumben en buena parte por obra de un parásito interno que, tras muchas investigaciones, con perdices recogidas en los campos de Castilla-La Mancha, han identificado: se trata de un nematodo, del género *Tetrameres*, huésped habitual de las aves domésticas, cuya terapéutica, mediante un medicamento disuelto en agua, es sobradamente conocido.

En el ciclo vital de este parásito actúa inevitablemente un intermediario, que puede ser una pulga de agua (*Gammarus sp.*) en patos y aves acuáticas, o un simple saltamontes en el caso de las perdices y gallináceas en general. Estos investigadores, al parecer, se

han preocupado de tratar a las perdices de grandes fincas sureñas instalando bebederos con medicamento disuelto en el agua que en buena medida les han librado de la muerte. Estos bebederos han resultado muy eficaces durante el verano –una perdiz llega a igualón en esos meses– en zonas y terrenos especialmente secos. En cambio, en las zonas húmedas, donde abundan las aguas no tratadas, la posología de la medicación se hace muy problemática. Lo primero es lo que, según mis noticias, ha ocurrido en la baja Castilla, donde en amplias zonas la perdiz sobrevive sin que la mezcla de salvaje y doméstica haya producido en la cabaña graves trastornos. Por contra, en la Castilla alta se ha desatado la gran calamidad que todos conocemos. Ahora bien, ¿se debe esta calamidad exclusivamente al mentado nematodo? Esto es lo que queda por demostrar, ya que en esta región faltan toda clase de datos, y ni siquiera se han hecho muestreos que certifiquen que nuestra patirroja silvestre padece esa enfermedad.

Los signos parecen evidentes, aunque estas intuiciones no sirven a la ciencia mientras no se prueban. Acentuemos en este sentido la investigación y, de momento, intentemos salvar, al menos, las maletas de la catástrofe cinegética que se abate sobre buena parte de las regiones de España.

Una excursión
6 y 8 de diciembre de 1991

El viernes coincidimos en el coto que tiene Juan Antonio Sarasqueta en la Sierra de la Demanda, a más de mil metros de altura, tres expediciones: la vasca, con Sarasqueta a la cabeza, y siete amigos de la tierra; la nuestra, esto es, la castellana, con la familia Delibes en pleno, y el apéndice madrileño, compuesto por Manu Leguineche y su inseparable Javier Martínez Reverte. Quince amigos, en suma, para dar unos tientos a la sorda en los robledales de la sierra y unas carreritas a la liebre en los aulagares extensos que ciñen el pueblecito de Urrez.

Ésta era la disculpa de un encuentro amorosamente preparado durante meses, aunque el verdadero motivo de la reunión fuese vernos, charlar, reír y merendamos un buen asado al caer la tarde en amor y compañía. No hay que decir que este objetivo se cumplió a satisfacción y que una vez más el contacto entre el País Vasco y Castilla se vio sellado por los signos del buen humor y de la amistad.

–Y de la caza ¿qué? ¿Qué me dice usted de la caza?

–Bueno, ésta es otra cuestión. Quiero decir que cazar, lo que se dice cazar (colgar algo de la percha o embutir algo en el morral), yo no cacé nada, pero puse en práctica algo que desde niño me apetecía hacer: buscar la becada en su medio, en el bosque, con unos perros cascabeleros, donde el silencio repentino de las esquilas denuncia la presencia de la pieza.

–¿Es que vio usted a la jauría de muestra, en torno a la pitorra sitiada?

–No, claro, no llegué a tanto, pero me lo imaginé y basta.

El paseo bajo los robles rezumantes, la fusca húmeda tapizando el suelo, el musgo en la cara norte de los troncos, el repiqueteo alegre de los cimbalillos en torno, fue suficiente para crear la ilusión del sitio. ¿Que la sorda no compareció? Bueno, allá ella; eso no es lo esencial. Tengo para mí que la fecha era un poco tardía para encontrarla en estos bosques donde suele sestear a primeros de noviembre, en la pasa, y en marzo, durante la contrapasa, de no ser en años climatológicamente anormales. Y, para hacer un poco de todo, mediada la mañana, me fui con Manu Leguineche y Martínez Reverte a manear la liebre en las aulagas, mientras el resto de la expedición seguía buscando la chocha en otro bosque más querencioso.

Los resultados fueron parcos en ambas expediciones. Los lebreros cobramos dos, exactamente las cobró Manu en la vía de escape hacia

lo alto, cortándonos a Martínez Reverte y a mí unos calzones de antología. Y los de los cencerros volvieron con una becada, pues aunque se vieron otras tres, la única que se sujetó a los cánones de una técnica cinegética depurada y, por tanto, se dejó cazar, fue la primera. Luego la merienda –sopas de ajo, chorizo cocido y lechazo asado–, regada con un buen vino de la ribera del Duero, hizo olvidar muy pronto la mezquindad del monte.

Dos paseos
23 de diciembre de 1991

Las dos sucursales de El Bibre, Villavieja y Velilla, que cazamos por primera vez este año, han hecho bueno aquel coto. En Velilla, tras una noche de lluvia, pasamos la rueda de santa Catalina y salvo Germán y Adolfo, que derribaron conejo y liebre respectivamente, los demás nos volvimos bolos. Velilla, hoy por hoy, es un bello término deshabitado. (Esperemos a ver qué pasa en la zona que hemos dejado descansar este año).

En cambio, Villavieja me sorprendió en dos aspectos: primero, porque hay alguna perdiz más de las que creía, y segundo, porque es un magnífico semillero de liebres. Cogimos bien la mano, en martillo, primero paralelos a la ladera –a kilómetro y medio– y luego contra ella. Vimos los dos bandos del primer día, muy poco mermados, y uno nuevo, lo que equivale a decir que aquí todavía no ha desaparecido la madre. Ahora bien, lo sorprendente no es que derribáramos tres perdices, sino que matáramos cinco liebres y viéramos más de veinte. A estas alturas éste es un guarismo respetable, ya que la liebre de enero es desconfiada: o se amona ante la proximidad del hombre o arranca larga.

En Villavieja no fue así. Brincó en condiciones, lo mismo en las tierras aricadas de los bajos que entre los pinabetes de las colinas. Imagino que en este festival de pelo algo tendría que ver el día, una mañana de helada, con el campo blanco de escarcha, que paulatinamente fue recobrando sus tonos ocres, acuciado por un solillo adormecedor. Un día gratísimo, calmo, seguramente el mejor de la temporada.

Murió la Fita
23 de diciembre de 1991

Ayer murió la Fita. Murió prematuramente, con seis años para siete, en el mejor momento de su vida. Nunca había visto morir un perro joven, abatido por la enfermedad. Mirando hacia atrás recuerdo haber perdido muchos perros –el Bobi, la Ina, la Dina, el Grin–, pero todos ellos animales cumplidos, en los límites de la vejez, por ley natural. De ahí que lo de la Fita me haya impresionado vivamente, no sólo por su juventud, sino porque su carácter y su físico eran la antítesis de la muerte.

Alegre, arrojada, vital, la Fita pasó un verano calamitoso. Venía ya desde el invierno con una especie de erupción escamosa en las articulaciones, pero la invasión de espiguillas que luego se infectaron, y que ya he contado en este diario, mermaron su vitalidad. Hubo que operarla, borrar infecciones, pespuntear toda su anatomía. El pobre animal no acababa de recobrarse. Detrás vinieron las bolsas de pus, la pérdida de pelo, una decadencia notoria. Sus rojas barbitas rilantes, sus ojos color hoja seca, la humillación permanente de la cerviz, hablaban de un animal enfermo. Todavía, cuando uno aparecía con las botas y la escopeta, la perrita sacaba fuerzas de flaqueza y te brincaba, ladraba con ladridos que querían ser de gozo, como pretendiendo imbuirse a sí misma el júbilo de mejores días.

Pero esto era una ficción y ella no lo ignoraba. Temblaba, se convulsionaba, buscaba la rodilla del amo o de los amigos para afirmarse, pero era inútil, la enfermedad iba minándola día a día. Los últimos domingos Adolfo la sacó al campo. Era de ver la alegría del Coquer, su viejo compañero de fatigas, y el que, por ley natural, debería haberla precedido en el tránsito; la satisfacción del encuentro, la vuelta a empezar. Incluso la perrita vivía instantes de felicidad corriendo tras una liebre tocada o cobrando una patirroja alicorta. Evocaba días dichosos y sus ojos acaramelados se hacían más vivos, profundos y brillantes. Mas, luego, terminada la excitación de la cacería, se resumía, volvían los temblores, se le echaban los años encima y aparecía como una criatura cuitada, una dolorosa caricatura de lo que había sido. Indiferente, nerviosa, inventándose el apetito, como esos viejos que creen haber descubierto en la comida la fuente de la salud. La Fita, instintivamente, buscaba a la Fita de un año antes. Todo inútil.

Y es ahora, con la perra recién desaparecida, cuando uno rememora sus hazañas, su afición desmedida, su personalidad. La Fita no era una

perra aduladora, faldera, obsequiosa, sino todo lo contrario, despegada e independiente. A la Fita se la quería por su autonomía, por su fuerza, por sus arranques imprevisibles. Aun siendo un animal bien educado, no era fácil sujetarla. Como los toros bravos, acudía al menor estímulo. Por eso era costoso meterla en vereda, contrarrestar su empuje inicial. De toda una perrada, ella era siempre la más inquieta, la primera en iniciar la jornada y la última en retirarse. Sus facultades eran increíbles; su entrega, total. De ahí que, de regreso, se pasara veinticuatro horas tumbada en una estera, recuperando la energía dilapidada. Como perro fino, latía al pelo y paraba a la pluma. Entrizaba a la perdiz alicorta o se zambullía en las aguas heladas de la laguna para cobrar un pato. ¡Oh, las zambullidas proverbiales de la Fita!

En mi libro *Mi vida al aire libre* relato sus baños en Sedano, en la poza del Moradillo, después de los paseos matutinos, ante la mirada reticente del viejo Coquer. En nuestros paseos era la Fita, su actividad, su temperamento, su gozo de vivir, lo que levantaba mi ánimo. Ahora la perrita está muerta. (Y qué duro, ¡Dios mío!, acabar por propia mano con ese caudal de vitalidad.) Germán y Adolfo la enterraron ayer en El Bibre, en mi último coto, en la cima del Pico de Fray Gaspar donde tantas perdices mostró.

La Fita ha dicho adiós al escenario de sus correrías, ha muerto con el año (un año que no fue piadoso con ella ni con la caza), como si se hubiera dicho secretamente a sí misma: si la perdiz y la caza han desaparecido del mundo, ¿qué pinto yo aquí?

Tiempos de desolación
23 de diciembre de 1991

Mi hijo Miguel, biólogo en activo, da por buena mi nota del 3 de noviembre, en la que hablaba de la desertización de páramos y laderas en Castilla a causa de la sequía. La conversión en leña de plantas resistentes al sol como el aligustre, la retama o la junquera es un hecho comprobado en el último año. Sin embargo, Miguel considera que omito en mi teoría un factor esencial para explicar la desertización de los altos, a saber, el incremento del riego en las vegas. Esto es, no sólo es la sequía (que según cifras facilitadas por el Observatorio de Carralobo está siendo tan dura, que el agua caída en 1990 no pasó de los 325 litros, y 304 en 1991), sino la creciente irrigación de las tierras bajas. El alumbramiento de nuevas aguas comporta el descenso del nivel freático y, con él, la desaparición de humedales y puntos de agua que antes existían en cuestas y parameras. Al mismo tiempo, las plantas resistentes, al no alcanzar sus raíces la primera capa de humedad, se debilitan, languidecen y terminan por morir. De manera que, aceptada esta teoría, la perdiz, que para sacar adelante a sus polluelos precisa de ciertas hierbas e insectos y un determinado grado de hidratación, o se traslada a los regadíos o sucumbe en una proporción importante.

Este hecho no puede aceptarse sin más como única causa del eclipse de la perdiz en extensas zonas de Castilla, pero sí de su desigual distribución en regadíos y tesos. Creo, en definitiva, que esta causa, unida a otras causas, ha creado la alarmante situación actual y da pie para pensar que si el riego en los campos de Castilla no se controla, se producirá un fenómeno extraordinario y a mi juicio no deseable, es decir, que las tierras más altas de Castilla se conviertan en un secarral mientras las vegas adoptan la apariencia de un vergel. La actual marcha de las cosas no invita a pensar de otra manera.

Me sorprende el silencio de la Administración. En años menos dramáticos que el presente –el 86, por ejemplo– se apresuró a adelantar la veda para garantizar la pervivencia de la especie. Pero este año nadie habla, nadie abre la boca, es decir, el pueblo dice que no hay perdices, pero el poder, que debe velar por ellas, calla. Mucho me temo que, en no pocos predios, los cazadores hayamos acabado con la gallina de los huevos de oro, y que lo único que se nos va a ocurrir para que la perdiz se recupere es lo peor que podía ocurrírsenos: abrir las puertas de las jaulas; sembrar los campos con perdices de granja como se hizo antaño en los ríos con las truchas y los cangrejos. Mal asunto. Juan me dice hoy, sin embargo, que en El

Bibre sí se piensa cerrar. No he oído nada, pero me parece una medida plausible que ya debería haberse tomado. En tiempos de desolación lo que procede es no agravarla; no agravar la desolación. No creo que dejando de cazar en El Bibre se arregle nada, pero siquiera será un ejemplo para los demás.

Tiempos de desolación. También murió el Bill, hace cuatro días, el perro de Jesús Reglero. Se diría que los perros de caza se van porque no quieren ser testigos de la tragedia. No hay caza y sin caza ellos no tienen sitio; se sienten sobrantes y sin sentido. Era un animal dócil, de acciones lentas y muy endueñado. Estando con su amo ya podía ir uno con la embajada de que le buscase una perdiz. Ni lo miraba. El animalito murió de viejo –siempre es un consuelo– y como la Fita fue enterrado en El Bibre, escenario de sus triunfos. Diríase que este rincón de Castilla va a convertirse en el cementerio de los grandes perros de la región que desaparecieron al desaparecer la brava perdiz castellana que justificó su existencia.

La despedida
30 de diciembre de 1991

Nos despedimos del año –y de la temporada y, tal vez, de la caza– en el monte Curto. Fue una feliz decisión porque el encinar de Villabrágima, después de las jornadas tristísimas de El Bibre, nos pareció casi, casi el paraíso. Al menos era un arcabuco vivo. Todo el monte pregonaba la existencia de animales: huras sobadas, camas, juguetes, cagarruteros, hierbas despuntadas, revolcaderos... y, de pronto, el conejo mismo brincando y corriendo desalado hacia el bardo. Ante este panorama, lo que uno deseaba era olvidarse de la neumonía hemorrágica vírica y otras miserias. ¿Habrá concluido la NHV? En otros sardones no son tan felices, pero este Curto, comparado con el de los dos últimos años, da otra sensación.

Y no sólo por los conejos; el Curto parecía ayer el bosque animado: liebres desplazándose en parejas, raposos, alguna que otra perdiz y hasta una becada que Manolo y yo tuvimos el honor de fallar. Como además el día, tras una rígida helada nocturna, amaneció despejado, la jornada no pudo resultar más grata, sin olvidar el morral: un zorro, ocho liebres y once gazapos. Un botín abultado, desconocido la presente temporada. El Coquer, el venerable superviviente, pasó un gran día, gloriosamente coronado con las patatas con bacalao que nos guisó, mientras los demás cazábamos, José Luis, el compadre de Jesús Reglero.

Para el viejo cazador, una liebre y un par de conejos no es en modo alguno una mala despedida. Fuera de Corral de Almaguer, donde colgó cuatro perdices, no había alcanzado esta modesta cifra en toda la temporada. En suma, cazamos, comimos y challamos, una tertulia, en la soledad del monte, más bien doliente, no precisamente por el cacerío de hoy sino por lo que se ve –o no se ve– en los alrededores. Reglero confirmó el cierre de la temporada en nuestro coto. Es decir, con el año 1992 llega la abstinencia. Menos mal que la caza no es un deporte olímpico. Sin embargo la Administración, inexplicablemente, continúa sin pronunciarse. ¿Es posible que apure el cáliz hasta las heces?

A ojo de buen cubero, la temporada no puede haber sido más mezquina. Si descontamos las treinta perdices abatidas en La Mancha, no nos queda apenas nada entre las manos. No he conocido una temporada cinegéticamente más pobre que la presente. Ni conejos, ni perdices. La liebre floreció en jornadas sueltas, como la primera y la última en Villavieja, pero no fue un componente habitual del morral.

No hablemos de piezas circunstanciales como la torcaz o la becada, que sólo mis hijos probaron –con cuentagotas– en sus breves escapadas a Sedano.

En resumen, un triste balance, tristeza que acrecienta el temor de que esto sea para siempre, es decir, que la campaña cuyo cierre adelantamos hoy no se limite a ser una mala temporada sino el principio del fin de la caza silvestre en España. Porque, bien mirado, todo parece concitarse para el adiós definitivo. El último coto ha cumplido su misión y yo me descubro ante esa valiente patirroja de ladera que tantas satisfacciones me deparó a lo largo de sesenta años de ejercicio cinegético.

El fin de la perdiz roja silvestre

De mi diario de caza

1996

Una percha inesperada
22 de octubre de 1995

Abrimos la temporada en Villavieja, a un paso de Tordesillas, con una limitación: respetar las liebres para los galgueros. Por mi parte, tras resolver satisfactoriamente la prueba de la ladera (con setenta y cinco años a las costillas), me uní a la expedición a la que también se han incorporado mis nietos Germán y Jorge. Día quedo, de calor intempestivo, húmedo, y pésimos augurios respecto a la cría de la patirroja a causa de la sequía que tiene sediento a medio país. La escasez de pájaros se puso de manifiesto en toda España y, muy concretamente, en Castilla, donde no pocas cuadrillas regresaron a casa con una perdiz a repartir entre cinco o con lo puesto.

A nosotros, en cambio, tocados por el dedo de la suerte, nos pintó bien o mejor que bien: diez patirrojas, dos torcaces y un raposo fue la percha final. ¿Y por qué a nosotros nos fue bien y a los demás mal?, se preguntará el lector. Eso es lo que habrá que averiguar en jornadas sucesivas, pero lo cierto es que, con unas predicciones absolutamente negativas, bajamos dos pájaros más que el año pasado, el mismo día y en el mismo cazadero.

La estrategia fue elemental: partir las escopetas para batir simultáneamente páramo y nava. En total metimos dos bandos en el sardón, de los que descolgamos cinco pájaros; cuatro nuevos (¿dónde está la mala crianza?) y un macho disforme, más viejo que Matusalén. Yo tuve la fortuna de emplomar uno volado por Adolfo en el bocacerral, que me sorprendió por detrás, encampanado y alto, y al que derribé sobre las pajas en un tiro de arriba abajo que siempre me resultó problemático. A la vejez, viruelas. Luego, en la esquina norte de la ladera, mientras aguardaba la vuelta de la mano, revolqué un raposo de buen pelaje, gordo y lustroso, que se colaba ladinamente entre las carrascas.

Los chicos hicieron en la ladera otras cuatro perdices y dos torcaces que volaron de los pinos. Una jornada, en resumen, muy completa en la que, pese a respetar a las liebres –media docena nos arrancaron prácticamente de los pies–, se lograron trece piezas muy estimables.

Pocas es algo
29 de octubre de 1995

Cazamos La Mambla, segundo cuartel del acotado, y enseguida se presentó el tío Paco con la rebaja. ¿Quién dijo que la perdiz no sólo no había criado sino que habían desaparecido buena parte de las que sobrevivieron de la temporada anterior? Premio para el vidente, ya que ayer, fuese quien fuese, acertó de plano con su nefasto augurio. A cambio revolcamos cinco liebres –que es un montón de carne–, pero perdices nada más que una –Adolfo– en una mano de seis escopetas. Total, que en la segunda jornada, que tampoco es esperar mucho, nos topamos con el desierto anunciado. Ni hay pájaros ni el campo está para florituras. Apenas hay tierras levantadas y las que se han sembrado no llegan a cuatro. Falta tempero y la semilla se enquista en los surcos sin humedad. De ahí que el campesino, si se descuida, no podrá aprovechar las siembras de otoño y tendrá que agarrarse a las tremesinas pasada la Navidad. El terreno está duro, apelmazado y escabroso, y basta un paseo de media hora para desollarse uno los pies. Una pena.

Disparé dos tiros en la jornada: perdiz y liebre. La primera un pájaro repullado, apoyado en el viento, de pico, al que naturalmente ni tropecé, y en cambio acerté a una liebre levantada por Juan a más de cuarenta metros y que el propio Juan y mi nieto Jorge cobraron a la carrera entre los tomillos bajos.

En conjunto, un día lamentable, para llorar. Hay aun menos perdiz de lo que pensaba. Sucede lo que ya ocurrió hace cuatro o cinco temporadas: el venador no encuentra perdices nuevas ni viejas, no encuentra nada. O sea, las condiciones de vida han debido de ser tan críticas en primavera y verano que no sólo no ha habido cría sino que también han sucumbido las presuntas criadoras, las adultas. Y si uno se resiste a sembrar en su coto perdiz de granja ¿qué le queda por hacer? Aguardar, solamente eso. Y si el desastre se confirma, volver resignadamente a la veda, medida siempre dolorosa pero inevitable si no queremos matar la gallina de los huevos de oro.

Coruñeses
1 de noviembre de 1995

Jesús Reglero nos invitó a unos ganchitos en Coruñeses, con la esperanza de encontrar alguna perdiz en los barbechos. Estas batidas de mentirijillas –cuatro escopetas contra cinco batidores, alternando–, sin pantallas, cornetín de órdenes, banderolas en las puntas, ni un mínimo estudio del terreno, resultan cómodas en estos páramos inmensos, ya que uno reduce su caminata a la mitad, pero no suelen dar resultado. Ayer, efectivamente, fracasamos; las escopetas en danza no movieron perdices en tres de los cinco ganchos, y apenas dos bandos reducidos en los otros dos. Botín: cinco perdiganas, dos de ellas perdidas, una de Germán, de torre, que fue a desplomarse donde Cristo dio las tres voces, y otra de Jesús, en el arroyo (en estos regatos enmarañados, de mucha broza, no es fácil encontrar una alicorta sin un perro baqueteado). Resumiendo, cobramos tres: una de Reglero, del doctor Ortiz la otra, y la tercera del que suscribe, un pajarón desenfrenado a veinte metros de altura por el lado izquierdo –el malo–, que cayó de bruces en dirección contraria a la que traía. Un macho que, a juzgar por los espolones y la rigidez del pico, debió de nacer hacia el año 15, cuando la Gran Guerra. ¡La madre que lo echó! El pelotazo fue tan recio que lo recogí medio desnudo. Tres liebres que pararon los batidores (yo fui batidor en dos ojeos y no levanté pelo ni pluma) aliviaron el deslucido morral. Lo mejor del día, el clima, ya que la temperatura, en cierto modo alta, se vio atemperada por las nubes, que, una vez más en este otoño nefando, se fueron sin descargar.

En días así, entoldados y dulces, la espera resulta tonificante. Suena el campo –la soledad no es muda en Castilla–: las esquilas de un rebaño, el graznido destemplado de una bandada de cuervos, el gallear irreverente de una picaza... La música de fondo se repite en la meseta año tras año. Ayer apenas se echaba de menos el remoto traqueo de las escopetas en las colinas azules, tan peculiar en los otoños castellanos.

Como de costumbre, en estas visitas esporádicas a Coruñeses, terminamos en El Cocherón, en Medina de Rioseco, ante unas patatas con costillas adobadas de esas que matan a un vivo y resucitan a un muerto. La escasez de perdiz, tratada con clarete de la tierra, multiplica las conversaciones para deplorarla (para deplorar la escasez, quiero decir). Así son las cosas.

Tres perdices de Germán
5 de noviembre de 1995

Cambió el tiempo. Suave, imperceptiblemente, pero cambió. La máxima apenas bajó cuatro grados pero entre las temperaturas extremas se abrió una auténtica sima: diecisiete. Una vez más fue un cambio seco, puesto que las borrascas, que amagan un día y otro por el oeste, no se deciden a entrar, temerosas de que las devore el perro de presa del anticiclón estancado al sur de París. (Traduzco los mapas del tiempo.) La helada nocturna refrescó la temperatura e hizo posible una caminata dura pero sin agobios ni sofoquinas. No picó el sol, de manera que caminé a gusto, sin fatiga, esperanzado a pesar de la escasez. No obstante, los tesos y cabezos de Velilla, abrigados de pimpollos, antaño tan querenciosos, confirmaron la inexistencia de perdiz. A mediodía volaron un par de veces, en la ladera, media docena, solitarias y enrabiadas, pero Germán, en un día de gracia, se las arregló para quedarse con tres. La cuarta fue de Adolfo. En cambio Manolo, Manín y yo nos volvimos bolos a casa por primera vez en la temporada.

La hazaña de Germán se revaloriza si consideramos que, en un gesto deportivo infrecuente entre cazadores, cambió este año el calibre 12 por el 20, con el que los aciertos (el círculo de plomeo del 20 tiene un diámetro muy inferior al del 12: para hacernos una idea, la distancia que va de un paraguas de niño a otro familiar) son infinitamente más meritorios. Lo único malo de estos derribos de perdices largas con calibres cortos es que aumenta el número de alicortas y con ello el riesgo de perderlas, especialmente este año que cazamos sin perro y se levantan en París.

Hablando con unos y con otros en el bar Castilla, de Tordesillas, llegamos a la conclusión de que la cría de perdiz ha sido desastrosa en todas partes. La cuadrilla que cobra un par de ellas regresa a casa con cara de pascuas pero con mala conciencia, ya que las patirrojas que se derriban, salvo en casos excepcionales como las nuestras del primer día, son veteranas reproductoras, con callos y espolones. Un dato a tener en cuenta es que buena parte de las cuadrillas norteñas (asturianos, vascos, gallegos y montañeses), formadas por cazadores avezados, no bajan ya a Castilla; ni se toman la molestia. El cacerío no vale el viaje.

La medida puede ser impopular pero, visto lo visto, insisto en lo ya dicho: lo más prudente sería dar golletazo a la temporada.

Ni pelo ni pluma
12 de noviembre de 1995

Al fin el cambio climático se completó esta semana con las primeras lluvias abundantes que se dan en la península desde hace cuatro o cinco años. El riego fue general, tan oportuno y equitativo que dio más a quien más lo necesitaba. Si hemos de creer a la caja tonta, Huelva recogió, entre viernes y sábado, cien litros por metro cuadrado, y Sevilla otros tantos. Esto siempre es mucho en Andalucía, pero parece más este año, después de una sequía tan severa que ha estado a pique de absorber hasta al Guadalquivir.

Tampoco Castilla se fue de vacío. Los servicios meteorológicos hablan de treinta litros en la meseta alta, cifra que coincide con los recogidos en Valladolid. La lluvia trajo un bajón de las temperaturas, de manera que por primera vez en este otoño cazamos con un vientecillo muy frío que aconsejaba abrigarse y apretar el paso. Pero, probablemente por la falta de luz, la caza se eclipsó en el cuartel que nos tocó batir: el Pico de Fray Gaspar, popularmente conocido por Las Peladas, esto es, el típico cazadero castellano desguarnecido. Con esto no pretendo insinuar que se vio poca perdiz sino, por lo que a mí se refiere, que no vi ninguna. Y con las perdices se eclipsaron la liebre y el conejo, lo que equivale a decir que se me fue la jornada sin un solo sobresalto. Recuerdo muchas cacerías en que me he vuelto a casa bolo y otras en las que no disparé la escopeta, pero una cacería sin ver pelo ni pluma, sin divisar un solo pájaro, ni disfrutar siquiera de una alegría visual, es la primera vez que me ocurre.

La cosa se hace aún más increíble en un laderón querencioso como este de Fray Gaspar (donde solían concentrarse las perdices de toda la nava), pero la evidencia no es discutible. Tan sólo justificó la excursión esa alegría de andar de que hablaba González Ruano. Eso y la variedad de matices que, con la rociada, adquirió el campo de la vieja Castilla, donde por primera vez en los últimos meses volvió a oler a tierra mojada.

El morral, muy apretado. Una patirroja del inevitable Germán con su escopetilla del 20, y un gazapete, totalmente limpio de mixomatosis, de mi hermano Manolo, que ha echado fuera unos kilos y ayer caminó como un muchacho. Tampoco sería fácil buscarle un precedente en los anales de la cuadrilla a percha tan enjuta. Su exigüidad viene a confirmar que el momento cinegético en Castilla es sumamente grave.

Cazar con los ojos
19 de noviembre de 1995

Ya no hay duda. El tiempo se ha metido en agua. En poco más de una semana se han recogido en Valladolid ochenta litros por metro cuadrado. Confortadora noticia, porque uno, con la sequía al cuello, prefiere cazar agua que perdices. Por de pronto es alentador observar cómo cuatro aguaceros copiosos pueden transformar en unos días el paisaje castellano. El suelo de cemento que pisábamos el pasado día 5 no se parece en nada a este campo de retazos verdes brillantes y ocres profundos que divisábamos esta mañana desde el automóvil camino de La Mudarra.

Por desgracia, los efectos de la lluvia sobre la perdiz son bastante más lentos. La calita de ayer en Sardonedo demuestra que la ausencia de patirrojas es general. Porque Sardonedo, que es un hermoso cazadero, raro en Tierra de Campos, bien pudo dar más juego. En este punto la llanada de Torozos se desploma cien metros camino de Rioseco, y en la cuesta, extensa y de escaso desnivel, brota una vegetación riquísima: robles añosos, encinas, chopos, álamos blancos y grupos de negrillos supervivientes de la reciente epidemia. Bueno, pues a pesar de este derroche topográfico no levantamos más que un bando de perdices del que los chicos, arriba, dejaron dos, mientras yo bregaba por los bajos en un inútil empeño por sujetar el resto.

Recuerdo que mi madre solía decirnos cuando no terminábamos la comida que nos habíamos servido en el plato: «Este chico come con los ojos». Y ayer, conforme caminaba penosamente por los barbechos embarrados, advertí que también yo cazaba con los ojos, que ya no era un miembro útil para cazar perdices en cuadrilla. Me explicaré: sabía perfectamente lo que tenía que hacer (correr, adelantarme, entrizar a los pájaros y ponerme de plantón en el pequeño mogote en la falda de la ladera) pero no podía hacerlo. Me faltaban las fuerzas, esto es, cazaba con los ojos. Tres kilos de barro en cada bota me inmovilizaban. Era un náufrago en un mar de greda. Me hundía hasta las corvas para, penosamente, volver a aflorar. Hubo un momento en que pensé pedir ayuda pero, entre la bruma y la distancia, no divisaba la mano ni la mano me veía a mí. Mi agotamiento era tal que carecía del vigor necesario para poner en práctica el viejo recurso de la patadita al aire para despegar las pellas de arcilla de las suelas de las botas. Y, mientras tanto, las pocas perdices que llevábamos delante se volvían muy altas, una tras otra, a la querencia. Entonces me di cuenta de que la prueba de la ladera, a la que con tanto entusiasmo me someto cada año al empezar la temporada, es insuficiente. Subir una ladera en Castilla cuando nadie te atosiga demuestra una forma física discreta a los setenta años, pero nada más. No admite comparación

con la energía necesaria para llevar la punta de la mano por un auténtico atolladero. Esto último requiere menos años y más fuerza de los que yo tengo. De forma que, cuando, al fin, franqueé el barbecho y arribé al rodapié, hube de sentarme en un tomillo para recuperarme. Resollaba. No me sentía cansado sino extenuado. Afortunadamente, al recuperar la vertical, una liebrota grande como un perro, levantada por sabe Dios quién, me cruzó a cincuenta metros y tuve la gran suerte de tumbarla del segundo. El revolcón me confortó. Mi liebre, con las dos perdices, dos zuritas y un conejo, compusieron un morral que no está mal para los tiempos que corren. Máxime cuando Adolfo y Juan nos la hicieron rabona esta mañana.

El cerrojazo
22 de noviembre de 1995

El acuerdo del Consejo Regional de Caza, sugiriendo el cierre de la temporada de caza menor dos meses antes de lo previsto, demuestra buen sentido en nuestros rectores cinegéticos. Sin embargo, la coletilla de que Medio Ambiente autorizará que se siga cazando en aquellos cotos cuyos responsables lo deseen nos deja inmersos en la duda. ¿En qué quedamos, se cierra o no se cierra? Leída la disposición con detenimiento resulta obvio que la veda anticipada únicamente va a afectar a los terrenos libres y a aquellos acotados cuyos titulares se acojan voluntariamente a ella. Una pregunta inocente: ¿cuántas hectáreas de terreno libre quedan en nuestra autonomía?

Para empezar, los aficionados empleamos mal los términos abrir y cerrar la veda. Abrirla significa dejar de cazar y cerrarla empezar a hacerlo. De ahí que nos entenderíamos mejor si hablásemos de abrir y cerrar la temporada. Y el propósito evidente del Consejo de Caza en su reunión de ayer es el de cerrarla en todos aquellos terrenos donde la caza haya disminuido de manera notoria. Y allí donde los socios de un coto entiendan que no ha sucedido así se puede seguir cazando. Otra pregunta: ¿Se puede creer a todos los arrendatarios de cotos? ¿También a aquellos cuyo contrato finaliza este año?

La intención del Consejo de democratizar la caza y que seamos los propios cazadores quienes dictaminemos sobre su ejercicio es loable pero no justa; se presta a interpretaciones que nada van a favorecer a nuestra riqueza cinegética. Tengo entendido, por ejemplo, que en extensas zonas de la provincia de Burgos hay también poca perdiz, pero más que en 1994. Entonces, ¿por qué cerrar este año si no se hizo el pasado? Por su parte, los galgueros estiman que vedar solamente la perdiz les perjudica a ellos, puesto que las escopetas concentrarán entonces sobre la liebre su afán de botín. Por otro lado, de todos es conocida la estrategia defensiva de la perdiz que vive a caballo entre dos cotos y vuela a uno u otro según les entrice la mano. ¿Qué les ocurrirá a las perdices fronterizas del coto *a*, cuyos titulares han decidido cerrar la temporada, si los cazadores de los cotos *b*, *c* y *d*, que cercan aquél, acuerdan seguir cazando? Lo previsible es que el coto *a* sea arrasado y la prudente actitud de sus mandatarios sea premiada (?) con el exterminio.

Se trata simplemente de unos botones de muestra; podría presentar otros. Lo que intento demostrar es que la ambigüedad en estas decisiones de abrir o cerrar la temporada no es buena para la caza. Repito que la intención del Consejo de Caza es plausible, magnífica: ustedes son ya mayorcitos y ustedes deciden lo que mejor convenga. Mayorcitos sí somos, en efecto, pero ¿quiere esto decir que seamos

razonables? Hay que convenir que la perdiz no está sujeta por un hilo a un coto determinado. En cierto modo, las perdices de una zona son un poco de todos los cazadores de esa zona y, en consecuencia, los abusos de unos repercutirán indefectiblemente en los demás. De ahí que no sea aconsejable que en cotos colindantes rijan pautas distintas.

Dos conejos
26 de noviembre de 1995

Afortunadamente el tiempo sigue metido en agua, buen agua; agua bendita. ¿Es el final de una larguísima y extremada sequía o solamente una pausa? Ayer cayeron otros diez litros en Valladolid, con lo que el agua recogida aquí desde el 12 de éste, sobre poco más o menos, se eleva ya a los ciento y pico por metro cuadrado. Esto significa que por los sembrados y barbechos donde la greda predomina apenas se puede transitar y, aunque sin llegar a empantanarme como el otro día, también hoy pasé las de Caín.

–Bueno, y de caza ¿qué?

Seguimos en las mismas; poquísima perdiz. Tampoco hoy disparé la escopeta, me volví bolo, pero siquiera vi volar a cuatro patirrojas, tres en grupo –¡un bando!– y otra por libre. Toda la mano tiró con cuentagotas –nueve cartuchos entre cinco–, pero hubo suerte, ya que el morral, que viene a definir la cacería, fue lucido: tres liebres, dos perdices y dos conejos. Juan, con los dos pájaros –los únicos que se tiraron en toda la jornada– y una rabona, regresó contento a Madrid, pues hizo lo que pudo, no tiró más. El pelo correspondió al resto de la cuadrilla menos a mí, que me tocó mirar. Claro que mirando tampoco perdí el tiempo, pues la luz de esta mañana, contrastada y fina, después del nubazo de ayer, llenó de tonalidades este austero campo de Castilla, a primera vista tan monótono. Desde un páramo berrendo, sobre la nava luminosa, podía divisar hasta cuatro pueblos distintos: Vega de Valdetronco, Gallegos, San Salvador y Villasexmir, las casas arracimadas en derredor de la iglesia, las bardas encendidas, llenas de luz. Por una perra gorda no se puede pedir más.

Lo llamativo del morral de hoy son los dos gazapos. Hacía años que no cobrábamos dos conejos en la misma jornada. ¿Apunta esto a una resurrección? La hazaña del doctor Delille, sembrando la mixomatosis en su finca del sur de Francia, trajo en pocos meses la desolación a Europa. Y son cuarenta años mal contados del suceso. Y treinta y cinco después, para no variar, cuando el conejo empezaba a levantar cabeza, la neumonía hemorrágica vírica trajo la puntilla. Pero el conejo es duro de pelar, aguanta todo lo imaginable. Y yo ya había advertido este año que había huellas, freza en las huras y hasta algún que otro juguete... El conejo latía en el campo aunque no se le viese. Y antes que en los sardones de encina (donde los bardos han venido a convertirse en solemnes panteones), en lo abierto, en lo limpio, donde el contagio es más difícil. En los majanos, en los pliegues de los perdidos, y más concretamente en el cembo del Tren Burra (que en su día unió Valladolid con los pueblecitos de Tierra de Campos) huele a conejo, las bocas están sobadas, los hay... ¡Ojalá signifique esto el final

de dos pestes! Pues hasta hoy, al conejo que no le mataba la mixomatosis le mataba la neumonía. Si no te cogía un coche te atropellaba el autobús; la opción no podía ser más deprimente.

Todos bolos
3 de diciembre de 1995

Cerramos en El Bibre dos meses antes de lo mandado, esto es, acatamos los acuerdos del último Consejo Regional y desistimos de cazar por esta temporada. La responsable y beneficiaria de esta medida es, naturalmente, la perdiz montuna, pero gracias a ella quedan también indultados conejos y liebres. Y lo bonito del caso es que todos los asociados, conscientes del peligro que amenaza a la patirroja, votamos en la misma dirección: hubo unanimidad, esa cosa tan difícil de conseguir entre españoles. No obstante aquí la conseguimos, y eso que en el coto convivimos castellanos, vascos, asturianos y gallegos. *Chapeau* para mis consocios de El Bibre, con el deseo de que el próximo año se arreglen un poco las cosas.

Pero, como me temía, han sido muchos los cotos cuyos titulares han decidido seguir en activo. ¿Es que hay perdices en ellos? Seguramente no, pero eso no hace al caso; bastan su decisión y la notificación consiguiente para seguir cazando. La Consejería aspira a democratizar la caza, a que sean sus gestores los propios cazadores. Ya dije que esto es una bella teoría, pero queda por ver si somos capaces de administrar nuestra riqueza cinegética. Es decir, si somos dignos de esa confianza. Porque a la vista de la jornada de ayer, la última para nosotros, es obvio que la perdiz silvestre, su futuro, pende de un hilo, y estamos a punto de cortarlo.

–Pues ¿qué pasó en la jornada de ayer, si no es mala pregunta?

Nada. No pasó absolutamente nada, y eso es lo peor que le puede suceder a un cazador un día de caza. Por no haber no hubo ni un disparo. La mano se volvió ayer a casa con lo puesto, y eso que fuimos a cerrar a Villavieja, el cazadero donde abrimos el pasado octubre con una percha de diez patirrojas. Ayer, en cambio, ni las vimos. Claro, las cazaron ustedes todas el primer día, dirá algún chusco. El comentario no es de recibo: en octubre quedaron perdices, dejamos perdices en la nava y el páramo, pero ayer no comparecieron. Claro que el día tampoco acompañó. Cazamos bajo la niebla, una niebla no demasiado densa pero húmeda y fría. Niebla meona, decimos por aquí, que no levantó en toda la mañana. Y fue entre la bruma, en un pinar apretado, con alguna carrasca, donde voló la bella durmiente del bosque, es decir, la becada. No miento si digo que la estaba aguardando desde los primeros aguaceros, pues las lluvias en Castilla, nieves en el norte de Europa, empujan a estos pájaros a instalarse en los países meridionales, más templados. Pero la indina voló sin remontar, dio el quiebro de salida prematuramente y la perdí entre los árboles antes de llegar a encararme la escopeta. ¡La oportunidad del día desperdiciada! Así, más que una pequeña aventura cinegética, el

vuelo de la chocha fue una aparición. Adolfo, que está al día en estas cuestiones, dice que han entrado muchas este año, especialmente en Cantabria. Aquí, en Castilla, al norte de Palencia, León y Burgos también invernan algunas en los robledales más prietos, donde no es fácil tirarlas. Un dato expresivo: nuestro amigo José Antonio, de Villamarciel, cobró cinco ejemplares el jueves pasado en un encinar de Torozos, pero no pudo foguear a otras cinco entrematadas. Nosotros, repito, nada, una jornada aciaga en la que todos nos volvimos bolos. ¿Se puede cerrar peor una temporada?

El desquite
6 de diciembre de 1995

Clausurado El Bibre hasta la próxima temporada, organizamos una excursión a Alcaraz (Albacete), a la finca de nuestros amigos los hermanos Ruiz, con ánimo de desentumecer el dedo índice. Daniel Ruiz tiene su ganadería allí, en el término, y los toros corretean por las parcelas alambradas debidamente seleccionados. Al ganadero este año le había corrido el dado, ya que uno de sus toros fue indultado en la plaza de Valencia, cosa que en el mundo taurino es algo así como hablar con Dios. De todos modos, para orillar cuernos, que siempre imponen, cazamos la gran ladera de las estribaciones de la sierra, cuya parte alta estaba cubierta de nieve. Día áspero, de viento ábrego inusualmente frío y violento. La envergadura del cazadero y su dureza nos indujeron a separarnos de la juventud y, mientras los chicos se encaramaban a los altos, Manolo y yo, con Gabino Ruiz, quedamos en la falda, donde cárcavas y pizorros son más suaves que en la cumbre y, por tanto, más andaderos. También aquí hay menos caza que el año pasado, no sólo perdiz sino liebre, sobre todo liebre, ya que entre las siete escopetas de la cuadrilla no fuimos capaces de levantar una sola en una larga jornada. En cuanto a la patirroja, con estar su población muy mermada, no puede compararse con nuestra Castilla. En la Dehesa del Campo sigue habiendo pájaros seguramente por dos razones: primera, allí no caza prácticamente nadie si exceptuamos las excursiones en solitario de Manolo, el tercero de los hermanos, y segunda, la perdiz, emboscada entre coscojas, quejigos y retamas, encuentra más fácil defensa en aquellas laderas que en la meseta. Por otra parte, los terratenientes vecinos no han vacilado a la hora de repoblar sus campos con perdiz de granja y, aunque pequeña, siempre es previsible alguna comunicación entre los pájaros de terrenos colindantes. Pese a todo, no traqueamos demasiado aunque sí lo bastante para abatir más perdices en un solo día que en siete en la desolada Castilla. En cierto modo dimos, pues, gusto al dedo. Por mi parte, paré dos patirrojas supersónicas, con el ábrego en popa, descolgadas sobre el pizorro del Tentadero, que no dijeron ni mu. Y con ellas un gazapete, que regateaba como los ángeles entre los tomillos, único pelo que vi en la jornada. Tres de tres. Es decir, tres piezas de tres disparos, una proporción a la que no estoy acostumbrado. En tanto los chicos, arriba, con Jesús Reglero, concuñado de los Ruiz, derribaron diecinueve en la espesura, lo que a la postre vino a componer un suculento morral. De nuevo Germán, con su escopeta del 20 y siete perdiganas en la percha, fue el matador número uno. Se diría que es el premio a su deportividad. Con el lubricán, al cerrar la noche, apostados en los ribazos del estanque que

Daniel ha construido para abrevar el ganado, los chicos abatieron tres patos finos, uno cada uno: la pareja de azulones y un silbón, especie que no se deja ver por aquí con demasiada frecuencia.

A la tarde, vida social. Recorrido nocturno por Alcaraz, un pueblo bellísimo, que demográficamente va a menos pero estéticamente a más (yo lo encontré aún más bello que el último año). Cena en casa de los Ruiz, con Alicia y sus hijos, y noche en la dehesa, con calor natural a base de edredones, preparando el cuerpo para los quinientos kilómetros de regreso. París bien vale una misa.

La profecía de Ortega
17 de diciembre de 1995

Ortega y Gasset afirmó, en su famoso prólogo al libro del conde de Yebes, que lo que justificaba la caza como actividad era la escasez de piezas. En sus reflexiones venía a decir que si las perdices fueran tan abundantes que se nos posaran en el ala del sombrero, el hombre dejaría de cazarlas. Incluso Ortega fue más lejos y, arrogándose dotes proféticas, vaticinó que la humanización de la naturaleza comportaría la paulatina desaparición de las especies de caza. Y si nos dejamos guiar por lo que ha venido sucediendo en España con las perdices durante las últimas décadas, concluiremos que el maestro tenía razón: la mecanización expulsa a la caza, acaba con ella poco a poco. Incluso no tengo inconveniente en admitir que si la patirroja subsiste aún en nuestro país es porque su población montuna se ha visto reforzada con las aportaciones de los gallineros. Así de claro. De no haberse llevado a buen puerto la reproducción artificial, hace años que la perdiz roja como especie habría entrado en la agonía.

Obsérvese, sin embargo, que al hablar de la extinción de las especies silvestres Ortega generalizaba, no hablaba solamente de la perdiz. Según él fauna y naturaleza estaban tan imbricadas la una en la otra, que aquélla iría desapareciendo a medida que ésta se humanizaba. Y la naturaleza dejaría de ser natural una vez que el hombre impusiera su norma en ella. Como se ve, el gran pensador no quiso saber nada de las posibilidades de adaptación de algunas especies, incluso de aquellas que gozaban fama, al menos entre los fabulistas, de ariscas y difidentes. De este modo, tantos bichos que creíamos perdurables, como la perdiz, la trucha o el cangrejo, se los va llevando la trampa, otros de mayor envergadura, enfrentados al hombre desde siempre, como el lobo, el corzo, o el jabalí, se multiplican y extienden no sólo por el paisaje agreste, sino por las zonas más habitadas y domesticadas de España. Hoy día, por ejemplo, un refugio habitual del jabalí en la Castilla desguarnecida lo constituyen los maizales, lo estamos viendo todos los días. Ítem más: en las laderas que encaran Tordesillas, es decir, en plena civilización, mis hijos y yo divisamos el año pasado una manada de ocho lobos que, hasta el momento y que yo sepa, no han cometido ninguna tropelía. (En la actualidad, los lobos de Castilla apenas atacan a los rebaños de ovejas porque los basureros de los pueblos los abastecen de alimento todos los días. Únicamente hacia el mes de septiembre, la loba con una camada ya crecida, numerosa y hambrienta, que no se atreve a conducir hasta el ejido, puede llevar a cabo alguna sarracina para alimentar a la prole.) Ítem más: naturalistas ingleses han filmado unos vídeos apasionantes que demuestran que el astuto zorro se ha urbanizado, ha tomado

posesión de Londres y otras grandes urbes del país. Estoy exponiendo hechos, no conjeturas. Y ante la diferencia de comportamiento entre una perdiz y un zorro, cabría pensar que la predicción de Ortega afectaba tan sólo a los animales menores. Pero tampoco las cosas parecen ir por ahí. Desde hace unos pocos años, el cormorán, pájaro de agua limpia, estuarios y litoral, se ha asentado en corrientes inmundas como el Pisuerga a su paso por Valladolid o el Duero camino de Portugal. ¿Qué tienen hoy estos ríos que no tuvieran antes? Suciedad, detritus, contaminación; la negativa huella del hombre. Algo semejante podríamos decir de la ardilla roja, huésped cada año más frecuente de nuestra Tierra de Pinares. ¿Qué ha sucedido en Castilla para que la ardilla sea hoy el principal habitante de sus bosques de coníferas?

En resumen, Ortega no acertó en sus predicciones sobre el porvenir de la fauna silvestre. La humanización del medio ha traído de todo: animales que sucumben al domesticarse el planeta como el maestro vaticinaba, y otros, en apariencia menos compatibles con el hombre, que están proliferando en su compañía como nunca se pudo imaginar.

El fin de la perdiz montuna
20 de diciembre de 1995

Ha llegado la hora de poner la palabra *fin* a estas apresuradas notas cinegéticas. La verdad es que yo me proponía anotar día a día mis modestas cacerías hasta el mes de febrero, pero la temporada ha tenido un final abrupto y se ha terminado, al menos para nosotros, en los primeros días de diciembre. La causa es bien conocida: la escasez de caza y principalmente de perdiz. Esta realidad ya se barruntaba pero, ante los vaticinios pesimistas, siempre queda un resquicio de esperanza, por más que la falta de perdiz en octubre responda a un hecho previo: la ausencia de polladas en el estío. Si no hay polladas en junio mal puede haber en otoño perdices igualonas. Y eso se ve. El campo no lo oculta. De este modo las prospecciones de población perdicera que vengo haciendo, con pausas periódicas, desde hace medio siglo, se han precipitado este año, ya que han bastado siete u ocho excursiones para comprobar una realidad que vengo denunciando con reiteración obsesiva: la paulatina (aunque imparable) extinción de la perdiz roja silvestre en la España central.

La última cala en este sentido data del otoño-invierno de 1991, esto es, de hace cuatro años, y de ella dejé constancia en mi libro *El último coto*. La Administración no cerró entonces la temporada oficialmente pero nosotros sí lo hicimos en El Bibre espontáneamente, lo mismo que este año. Con ese motivo dejé escrito lo siguiente: «Mucho me temo que, en no pocos predios, los cazadores hayamos acabado con la gallina de los huevos de oro, y que lo único que se nos va a ocurrir para que la perdiz se recupere es lo peor que podría ocurrírsenos: abrir las puertas de las jaulas, sembrar los campos con perdices de granja como se hizo antes en los ríos con las truchas y los cangrejos». A la vista de la temporada 1995-1996, cerrada por defunción (por defunción de la perdiz, se sobreentiende), se puede asegurar que mi vaticinio de 1991 no iba descaminado. Hoy día a los cazadores nos falta paciencia, lo mismo que ayer a los cangrejeros. No somos capaces de renunciar a cazar dos o tres años para que el campo se repueble. Tenemos prisa. Es el signo de los tiempos. Queremos perdices ya y en abundancia. Ante estas exigencias no hay más que una solución: ponerlas, poner perdices de incubadora y prescindir de la naturaleza en su papel reproductor. Los propietarios de grandes cotos han apelado, incluso con agrado, a la incubadora. Han metido en sus campos miles de perdices de plástico y a vivir. Las escopetas se van contentas, pagan la perdiz muerta a siete mil pesetas y no notan la diferencia, dicen. Y de este modo tan grosero vamos acabando –prácticamente hemos acabado ya– con ese pájaro único del pico y las patas rojas, díscolo y bravo, y sustituyéndolo por otro que vuela, sí,

pero sin el poder y la majestad con que lo hacía el autóctono. No es lo mismo nacer en un jaral que en una incubadora. No es lo mismo alimentarse de pienso que del grano y los insectos de un rastrojo. Pero, en general, al nuevo cazador lo único que le interesa es tirar tiros. A quién o a qué es cosa secundaria. Para él la caza es cuestión de apretar el gatillo. Y de esta manera la caza se ha convertido en un pimpampún para unos y en un negocio redondo para otros. ¿Que hemos borrado del mapa la perdiz roja bravía? Bueno ¿y eso qué importa? Con las de corral se gana dinero y se tiran más tiros. ¿De qué sirve entonces llorarla y condolernos si así lo prefieren los cazadores? Aquello de salir al campo a confrontar nuestra condición física con la de un pájaro no pasa de ser un cuento chino. La finalidad de la caza, hoy, no es confrontar nada sino matar a los pájaros como sea, cuanto más pronto mejor. Y así nos crece el pelo.

ANEXO

Artículos dispersos sobre la caza y la pesca

1958-1994

La pesca de la trucha

Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de la trucha con cucharilla. Puestos a ver, esto de la pesca requiere más esperanza que fe, de ahí que las mujeres, que tienen más fe que esperanza, sean malas pescadoras. Ellas creen, en efecto, que los ríos de montaña están poblados de truchas, pero desesperan de agarrarlas, y de ahí que rara vez se pongan a la tarea. En cualquier caso, el oficio de pescador de trucha con cebo artificial exige tal dosis de paciencia y humildad que desconfío que las generaciones venideras lleguen a ejercitarlo.

Esto no es obstáculo para que la pesca de trucha con cucharilla constituya una hermosa y sugestiva teoría. Si el lector platica con un experto, éste le dirá que nuestros ríos del norte representan en este aspecto un paraíso; que este tipo de deporte es el más económico, puesto que con una misma cucharilla se pueden atrapar tres o cuatro docenas de truchas; que es el ejercicio más sano y también el más adecuado para aventar el mal humor acumulado en seis días de oficina; y, en fin, que extraer del río una pieza de dos kilos constituye una de las emociones más decantadas y profundas que la vida puede deparar aún al hombre de nuestro tiempo.

La teoría, como digo, es tan hermosa, que uno no vacila en proveerse de una caña ligera, un carrete de lanzar, un aparejo, unas botas altas, una docena de cucharillas, dos de emerillones y una cesta, es decir, un equipo completo que, más o menos, andará rondando los quinientos duros. Y apenas se abre la veda, se llega al río con una avidez sólo comparable a la de los antiguos buscadores de oro. Lo curioso del caso es que, mientras usted se obstina en lanzar y recoger inútilmente la cucharilla, su desinteresado asesor, desde la otra ribera, no hará más que amontonar truchas en la canasta valiéndose de una caña de cinco duros y una lombriz. Al final de la jornada, usted habrá dejado entre la maleza del fondo una docena de cucharillas y entonces su asesor le advertirá que principio quieren las cosas, y que para aprender hay que perder, y que en marzo baja un paquete de agua imposible, y que vuelva usted en junio. No hay credulidad comparable a la del aprendiz de pescador, y usted volverá en junio, dejará en el río otra docena de cucharillas sin fruto y, al concluir, su desinteresado asesor le hará ver que el día está raso y los peces advierten el engaño, mas ello no impedirá que él siga amontonando truchas sin moverse de bajo un olmo con su caña de cinco duros y una lombriz. Mas la

constancia del aprendiz raya en la obstinación y usted aguardará al primer nublado para asomarse de nuevo al río. Todo inútil, porque, como le indicará su asesor al terminar la jornada, las aguas bajan lodas y espesas y los peces no distinguen el cebo.

En suma, dudo mucho que exista un momento oportuno para que el aprendiz urbano pueda lograr su primera trucha valiéndose de una cucharilla. En este menester, como en todos aquellos en que la competencia anda por medio, nada como dejarse guiar por los consejos del principiante. El experto truchero suele ser un ente hermético y desconfiado que únicamente le advertirá que en el río hay una piedra después de verle tropezar en ella. Guiado por mi buen deseo, me considero, pues, en la obligación de advertir a los presuntos pescadores de trucha con cebo artificial lo siguiente:

a) Que no se dejen engañar por las apariencias, supuesto que si uno se desplaza a pescar a Cuenca, resulta que el paraíso del pescador está en León, pero si se llega a León, resulta que el paraíso está en Cuenca.

b) Que la práctica choca con la teoría en lo referente a la economía de este deporte. Más fácil que pescar tres docenas de truchas con una cucharilla es pescar una trucha con tres docenas de cucharillas.

c) Que la trucha aún no tiene apetito en marzo y en abril ya se le ha pasado. Y aun dando por supuesto que lo conserve, si el día está claro los peces ven el artificio y si está oscuro no distinguen el cebo.

d) Que no se engañe diciéndose que el campo, al menos, sirve para aventar el mal humor de seis días de oficina. Es mucho más probable que tenga que utilizar los seis días de oficina para disipar el mal humor de un día de pesca adverso que lo contrario.

Y si a pesar de estos consejos el lector persiste en su decisión de pescar truchas con cucharilla, allá él se las componga.

1958 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

Cazadores de huevos

En la provincia de Valladolid se ha descubierto un turbio negocio cinegético, que viene a agravar la ya de por sí delicada situación en que se encuentra la perdiz roja en España. Se trata de la venta de huevos –a ocho pesetas unidad– a un incubador, quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto, cuando no es éste el propio incubador. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del cazador de huevos. Y no se precisa mucha imaginación, dadas las dificultades de la vida en el campo castellano, para prever el volumen que alcanzará este ejercicio si no se adoptan unas draconianas medidas para atajarlo. Por de pronto, parece probado que en un solo pueblo de la provincia aludida han sido destruidos esta temporada alrededor de cien nidos por un total de setecientos huevos, que han procurado a sus aprehensores, en conjunto, cinco mil seiscientas pesetas. Y si el hecho de por sí es reprochable en cuanto tiende a anular el derecho del pueblo en beneficio de cuatro adinerados, lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de pollos vivos y es bien probable que este débil porcentaje se esfume del todo cuando se trate de adaptar estos pollitos, nacidos en domesticidad, a la vida salvaje. Es decir, que en la vergonzosa actividad que comentamos hay dos aspectos a considerar: primero, la sustracción de una riqueza a la comunidad, y, segundo, la pérdida de vidas en un elevadísimo porcentaje.

Por otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de éstos, ya que por encima de la satisfacción cinegética que puedan deparar a sus propietarios, los cotos venían cumpliendo una misión de salvaguarda de las especies y consiguiente repoblación de los campos colindantes. Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que en este caso sí alteran el producto: son los terrenos libres los despojados en beneficio de los cotos. El pueblo-cazador es defraudado por el señor-cazador, reminiscencia feudal que no podemos tolerar pensando en el hombre anónimo que paga su licencia y sale cada domingo al campo.

En sustancia, esta nueva actividad viene a coronar un largo proceso de incivilidad y de pérdida del sentido de convivencia. La indiferencia

ante el porvenir ha tomado carta de naturaleza en la sociedad moderna. Por otro lado, es obvio que el refinamiento, la facilidad de vivir, van anulando en el hombre el espíritu de lucha. La progresiva desvitaminización del fútbol, la renuncia a la «furia» como elemento primordial de nuestros éxitos, encuentra su paralelo en otros campos. Tal, el de la caza. En la caza también existía la «furia española» y también esta «furia» cinegética ha entrado en barrena. El aliciente primero de la caza estribaba en contrarrestar la defensa de las especies a base de un esfuerzo físico del cazador. Pero el hombre de hoy ya no está para esfuerzos, paso a paso va simplificando los procedimientos, y en lugar de nivelar la partida desarrollando su energía y su destreza, lo hace enervando la destreza y la energía de sus víctimas. Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especies antes de que éstas acaben de desarrollarse. Echa mano del ardid, el reclamo o la espera. En una palabra, trata de sustituir el esfuerzo por la astucia, o por la alevosía. Por este camino se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciamos: a capturar las especies antes de que las especies sean, es decir, antes de que sus defensas se hayan insinuado; en una palabra, nuestra progresiva molicie ha hecho posible la aparición –como nuevo Tartarín redivivo– de esta triste figura del cazador de huevos.

Creo interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país al pedir un escarmiento ejemplar para esta fauna antisocial. Mano dura para el autor material de la destrucción de nidos, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto estas infracciones no quiere decir que en otros lugares no existan. Activar la vigilancia, retribuir decorosamente a la guardería, agravar las sanciones de la vigente ley de caza, son medidas que deben adoptarse sin demora si no queremos que nuestra perdiz roja pase en pocos años a ser un mero recuerdo.

1962 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

El matador de conejos número uno

A través de un artículo del admirado y admirable José Pla me entero del fallecimiento, en Francia, del doctor Armand Delille, el matador de conejos número uno: es decir, el hombre que mediante un par de inyecciones exterminó la población conejera de toda la Europa occidental. El lector avisado ya habrá advertido que me estoy refiriendo al importador e iniciador de la mixomatosis en el viejo continente, enfermedad que, pese a los optimistas augurios de los entendidos, continúa en plena virulencia, sembrando cada otoño nuestros montes de grises cadáveres, sin que hasta el momento, que yo sepa, se haya acertado con una vacuna operante y eficaz. Es decir, nuestros conejos siguen a merced de la peste y la pretendida resistencia al virus no acaba de manifestarse.

Ante un hombre que ha causado tanto daño, me sorprende la actitud generosa y comprensiva que adopta José Pla en el artículo que comento. Pla se muestra tan liberal, que incluso atribuye a Delille el don de la sabiduría –no por su conducta para con los conejos, por supuesto–, y para demostrarlo cita un repertorio de condecoraciones con que el provecto doctor fue distinguido en diversas ocasiones de su vida. No es éste el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora –cosa muy discutible–, aunque sí para poner en duda dos de las afirmaciones que hace Pla en su generosa necrológica y que, a mi entender, se excluyen mutuamente. Pla asegura no sólo que Delille fuese una buena cabeza, sino que el hecho de erigirse en verdugo de los gazapos europeos se debió a una pura casualidad. El doctor Delille pensó que inoculando la mixomatosis a un par de roedores exterminaría solamente los conejos de su finca, ya que la misma estaba preservada por una tapia. Tal idea cabe únicamente en una mente infantil, en primer lugar, porque el doctor conocía el arma con que jugaba (la mixomatosis había arrasado ya vastas extensiones de Australia y del continente americano), y en segundo, porque hasta los niños de tres años saben que de poco sirven las bardas de protección de una finca para con los conejos. Las madrigueras de los conejos ahondan en el subsuelo, se prolongan metros y metros y nada más sencillo para ellos que abrir la boca de la hura a un lado de la tapia y buscar la salida por la otra. Media hora le es suficiente a un conejo para realizar esta operación. Y si el doctor Delille tenía tantos en su propiedad que llegaron a obsesionarlo, ¿cómo iba a ignorar esto, que lo saben hasta los chicos? Por otro lado,

¿cómo estando informado de la devastación australiana podía desconocer el doctor que para que la mixomatosis se propague no es preciso el contacto directo, sino que basta con que un insecto pique a un ejemplar sano después de haber picado a otro enfermo? En suma, uno se teme que el finado doctor Delille –q.g.h.–, guiado por el egoísmo, no pensó más que en su propio provecho, en el «después de mí, el diluvio», tan prodigado en nuestra época. Y una de dos: o la cabeza del doctor no era lo que se dice una buena cabeza (o quizá lo fue y al realizar su hazaña ya empezaba a chochear) o los resultados de su experiencia no pudieron sorprenderlo.

Por otra parte, tal vez Pla desconoce que la última de las medallas que le colgaron del pecho al doctor Delille fue precisamente por los beneficios que su acto –la inmolación de los conejos europeos– reportó a la agricultura gala. Fue éste un hecho anómalo e increíble, supuesto que Delille del banquillo de los acusados pasó a ser un benefactor de la humanidad, distinguido y hasta condecorado; es decir, que, por una de esas caprichosas fintas en que también es pródiga nuestra época, el doctor de marras, en lugar de con una condena salió del expediente con una medalla. Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de este rincón del mundo nos ha hecho la pascua.

1963 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

Bromas cinegéticas de Goya

Una faceta poco conocida de Francisco de Goya es la de su afición a la caza; no a la noble caza de altanería, ni al exótico safari, sino a la modesta caza a salto, con morral, escopeta y perro. A los habituales de la cinegética que visitamos con alguna frecuencia el Museo del Prado u ojeamos álbumes de láminas del genial aragonés, nos sorprende el elevado número de obras en que, bien como único asunto, bien como aderezo del cuadro, abordó el tema de la caza. Los motivos son varios, desde los bodegones –donde liebre, becada o azulón son frecuentes protagonistas– hasta las escenas de tiro, pasando por otras preliminares, en las que el venador, por ejemplo, con un perrillo descastado a la vera, carga por la boca el tubo de su larga escopeta, o espera agazapado la eficacia de un reclamo. Ahora recuerdo que hace años, visitando el Metropolitan Museum, de Nueva York, me salió de ojo una aguada inolvidable del maestro de Fuendetodos: un humilde cazador recoge de la boca de un gozquecillo un hermoso conejo que acaba de cobrar. Si no hubiera otras muestras, bastaría esta lámina para demostrar la afición de Goya hacia la caza, no ya como manifestación aristocrática –a las que los Austrias nos tenían tan habituados–, sino como una manifestación más de la vida popular.

Pero es que sí hay otras muestras, y abundantes. Las pasadas Navidades, la empresa Petromed editó un bellísimo libro-álbum, *Goya y la caza*, en el que la pluma sabia de Julián Gállego, en un ensayo de rara amenidad, va engarzando una serie de láminas admirables. Gállego, que seguramente no es cazador, acierta, sin embargo, a darnos el sentimiento de un Goya recluido en la Corte, añorante de horizontes abiertos. Sabíamos que Goya pintó un gran cuadro para la iglesia de San Francisco, pero hasta hoy ignorábamos lo que Goya sentía mientras pintaba aquel cuadro. Las cartas a su paisano, amigo y compañero de correrías juveniles, Martín Zapater –correspondencia, sin respuesta, que ocupa lugar preponderante en el trabajo de Gállego–, nos desvelan el estado de ánimo del pintor en aquellos días: «Trabajo en el borrón para San Francisco –le dice a Zapater–, me estoy callandito y [mientras] tú cazando a manta» (29 de agosto de 1781).

Esta sensación de sentirse atado por unos quehaceres ineludibles es la típica del cazador laborioso que sabe que sus compañeros, menos observantes, se han tomado una jornada de asueto para perseguir a la patirroja. Para Goya, pintor de Corte, abrumado de encargos, esta situación se repite y, lógicamente, va en aumento; su ojo está en el

cuadro que pinta mientras su cabeza está en el monte. Se repudre de añoranza: «No puedo olvidar la envidia que te tengo cuando hablas de caza» (6 de octubre de 1781); «Mucho me alegra que matéis caza…» (2 de noviembre de 1782). En todas sus cartas a Zapater, Goya, encerrado en Madrid, pregunta a su amigo cómo lo pasaron en la última jornada y qué morrales consiguieron. De Pascuas a Ramos, invitado por el infante don Luis, o por decisión propia, sale al campo y entonces relata a Martín Zapater los pormenores de la cacería y da cuenta del volumen de sus perchas: «Yo he estado sirviendo al Serenísimo Señor Infante D. Luis [en Arenas de San Pedro]… y he muerto allí muchísima perdiz, pues me dio permiso para ello. He sentido muchísimo que me hiciera venir a Madrid» (13 de octubre de 1784); «No tengo más tiempo para decirte que me he divertido mucho y que he muerto treinta y ocho piezas entre perdices, conejos y gazapillos, y diecisiete codornices, una liebre y una [sic] ánade muy grande» (17 de mayo de 1785); «Me alegraré de que te hayas divertido en la caza. El otro día salí yo y me divertí: maté dos liebres, tres codornices y una ganga» (30 de agosto de 1780). Y, a lo que se ve, tampoco el genio puede sustraerse a la ingenua vanidad competitiva que prima en este deporte. Así, el 6 de octubre de 1781 se ufana ante Zapater de sus habilidades como tirador: «Yo hice en diecinueve tiros dieciocho piezas, que fueron dos liebres, un conejo, cuatro perdigones, una perdiz vieja y diez codornices. Eso fue en todo el día. El único tiro que erré fue a una codorniz. Con esta felicidad, que me alegra el tenerla porque iba con dos de los mejores [cazadores] que hay por aquí, he cobrado algo de nombre…».

Como puede verse, Francisco de Goya fue un cazador activo que conocía el campo y sabía identificar a las bestezuelas que lo pueblan. Por eso sorprende más al contemplador de sus cuadros de caza la incoherencia que a veces se observa entre la tela que tiene ante sus ojos y la frase que le da título. Para no alargar innecesariamente estas líneas, voy a referirme a dos que figuran en el libro-álbum *Goya y la caza* a que he aludido más arriba. Uno de ellos es el óleo titulado *Caza con mochuelo y red*, que se conserva, por lo visto, en el Ministerio de Hacienda. En él, tres pajaritos revolotean en torno a un mochuelo (?) enjaulado, bajo una red (y un jilguero en jaula distinta) ante la mirada adormilada e indiferente de un perro. Todo en el cuadro –perro, árbol, jilguero, etc.– responde a una interpretación realista menos el mochuelo, que ni por su forma, ni por su color, ni por sus orejas apuntadas, ni por sus cortas patas, puede admitirse que lo sea, que sea un mochuelo. El mochuelo es rechoncho, gris, pequeño, desorejado, patilargo, y el ave que da título al cuadro no ofrece ninguna de estas características. El animal enjaulado en el cuadro es un pollo, un ave por hacer, que por su actitud, patas, ojos, orejas, color, etc., bien

pudiera ser un búho chico, pero teniendo en cuenta su tamaño, lo más probable es que sea un búho real, más conocido como gran duque. Admitamos, sin embargo, que Goya, a pesar de practicar la caza, no fuese un mediano ornitólogo, desconociera el mundo de las aves nocturnas, pero ¿qué pensar, entonces, del óleo titulado *La caza de la codorniz?* He aquí un cuadro realista por los cuatro costados, lienzo complejo, muy habitado, en el que, aparte de los cazadores de escopeta, figuran dos campesinos charlando y tres galgueros (dos a caballo y uno a pie) y tres galgos persiguiendo a una liebre a la carrera. Pasemos por alto el absurdo lugar de la carrera (pura y admisible convención) y reparemos solamente en el ave que da título al cuadro. ¿Cómo puede decir Goya, que a juzgar por los fragmentos del epistolario a Martín Zapater transcritos más arriba, cazaba codornices con frecuencia, que ese pájaro gris, grande, de cola corta y truncada, que sobrevuela el roble y el cazador vestido de azul apunta con su escopeta, sea una codorniz? ¿Cuándo vio Goya a una codorniz volar espontáneamente sobre su cabeza, en un robledal, a gran altura, como una paloma torcaz? ¿Dónde vio una codorniz de ese color, ese tamaño y esos hábitos? La libertad del artista, su imaginación, son imprevisibles, dirá el lector. De acuerdo, pero ¿por qué esa frivolidad en una composición donde los cazadores son cazadores; los caballos, caballos; la liebre, liebre; los galgos, galgos, y el castillo, castillo? ¿No parece ilógico que en un lienzo donde el artista resuelve pictóricamente cada criatura como lo que es, la única excentricidad se produzca precisamente con el ave que le da título? Porque lo difícil de admitir es que la imaginación de Goya lo llevase al extremo de identificar como codorniz a un pájaro que, a primera vista (dados su hábitat, el planeo de su vuelo, su tamaño y su color), pudiera tomarse por una paloma zurita, pero que, analizado atentamente, en detalle, con su ojito cercado y redondo, su cabeza grande, su pico corvo y duro, sus alas puntiagudas, sus garritas recogidas y su cola trunca, nos autoriza a asegurar que se trata de una cotorrita gris americana, que probablemente Goya tomó de alguna lámina exótica procedente de alguno de aquellos países donde tanto abundan. ¿Nos gastó una broma el pintor de Fuendetodos o, lo que es más probable, no fue él quien bautizó el cuadro? ¿Hay constancia documental de que Francisco de Goya titulase este cuadro *La caza de la codorniz*, o cabe que se le pueda haber dado nombre, o rebautizado, posteriormente, después de la muerte del pintor? Sería interesante que algún erudito pudiera responder a estos extremos.

De *Pegar la hebra, 1990*

Cuestión de bulto

Es casi inevitable. La entrevista con un colega periodista interesado en mi obra literaria concluye, si Dios no lo remedia, en el aparente contrasentido de mi doble condición de ecologista y cazador. ¿Cómo siendo usted un conocido conservacionista se va los domingos al campo a cazar perdices? ¿Cómo conciliar su actividad de cazador con su sentimiento proteccionista? Etcétera, etcétera… Con mis amigos no periodistas, cada vez que argumento que en la caza de la perdiz lo que pretendo es oponer mi cabeza, mi resistencia y mi astucia a su bravura y desconfianza, esto es, entablar un juego noble, «entre caballeros», arguyen con una media sonrisa de escepticismo: «Sí, pero la perdiz no tiene escopeta». Todo esto es cierto, pero no lo es menos que si yo pretendo cazar perdices en otoño, sería necio que no tratara de conservarlas en verano, argumento un poco cruel, pero que suelo complementar con mi buena disposición a colgar la escopeta el día que se me demuestre que las piezas de caza están amenazadas de extinción.

Estas controversias, nunca demasiado acaloradas, suelen derivar hacia un punto de convergencia: mi afición cinegética, refrenada por un piadoso franciscanismo, nunca me ha conducido contra animales evolucionados, animales de cierto bulto y ojos humanizados. Por ejemplo, nunca he practicado, practico ni practicaré la caza llamada mayor, adjetivo que en este caso se refiere no a la caza más o menos difícil, sino a la caza de animales grandes: piezas de safari, ciervos, gamos, corzos, alces… La razón que aduzco nunca conmueve, sino que, por el contrario, mueve a burla a mis interlocutores: soy incapaz de apagar unos ojos evolucionados, unos ojos que, aun después de cobrada la pieza, muestran su asombro y estupor ante nuestra agresividad gratuita. El ojito rojo de la perdiz, aun apagado, nunca me ha movido, en cambio, a estas reflexiones, como tampoco lo ha hecho el ojo turbio, desorbitado e inexpresivo de un conejo. Una perdiz muerta, colgada de una percha, es un bodegón; un corzo o un ciervo es un cadáver, con todas las connotaciones de rigidez y despojo que acompañan a la muerte.

–Entonces, lo que a usted le detiene en el instante de apretar el gatillo ¿es el tamaño de la pieza?

–Exactamente, el tamaño de la pieza y la expresión de sus ojos.

Hace algunos años, con ocasión de un viaje a Suecia, los promotores del mismo me comunicaron eufóricos que habían conseguido

organizar una cacería de alces:

–Va usted a pasar un gran día –me decían–, son unos animales de la envergadura de un caballo.

Horrorizado ante esta perspectiva, les rogué que eliminaran este punto del programa, que no entraba en mis cálculos que por mi causa se provocase en Suecia una hecatombe.

–Pero ¿no es usted cazador?

–Bueno, un poco, pero de animalitos más elementales, menos construidos, mejor dotados para su defensa.

–¿Qué quiere usted decir?

–En dos palabras, que mi rapacidad cinegética no va más allá del conejo y la perdiz roja.

También quedaron estupefactos. No comprendían que un hombre habituado a tirar del gatillo se detuviera ante nada. Y este asombro ajeno ante mi incapacidad de dar muerte a un animal cautivador que establece comunicación con la mirada me llena, a la vez, a mí de estupor. En este instinto agresivo que, sin duda, subyace en el hombre, cada cual tiene sus limitaciones. Y la mía es ésa. Para ser sincero, creo que ésa, aunque algunos lo ignoren, es la limitación de todos los humanos. Quiero decir que el tamaño, en una u otra medida, es el freno de todos los hombres en el momento de agredir a otra criatura.

Ahora recuerdo que en una entrevista celebrada en el campo con un avispado reportero, éste, en el momento en que la conversación giraba, como de costumbre, sobre mi respeto por los animales de cierta envergadura, propinó un manotazo a un mosquito que le importunaba.

–¿No conoce usted el insecticida? –me preguntó con un asomo de reproche, como si se dirigiera a un hombre prehistórico.

El mosquito, moribundo, describía círculos agónicos en el suelo.

–Toda mortandad, aunque sea de insectos, me deprime –respondí.

Mi interlocutor quedó un poco confuso contemplando a su víctima en las postrimerías. Y es que para aquel muchacho sensible, que intercedía momentos antes por la perdiz roja, un díptero no merecía compasión. En realidad, el sufrimiento de un mosquito es difícil que despierte la piedad de nadie. Sin embargo, dos amigos biólogos, el matrimonio Llandrés, me decían hace unos años que el sistema nervioso de un insecto es tan complicado que su agonía tiene que ser muy dura. Esta advertencia, unida a mi sentido ecológico, me indujeron a prescindir del insecticida, del exterminio en masa. En mi despacho de verano procuro no dejar entrar a las moscas, y para aquella que, a pesar de mis precauciones, fuerza el bloqueo, uso palmeta, pero procuro asegurarme de su muerte antes de reanudar el trabajo.

En resumen, que, de una u otra manera, el tamaño de la víctima nos afecta a todos. El franciscanismo de algunos impresionables termina en el mosquito. El mío, un poco más arriba: en la perdiz roja. Una simple cuestión de bulto.

De *Pegar la hebra*, 1990

Becadas en Castilla

El caprichoso comportamiento de la meteorología ha motivado que los montes de Castilla cuenten este año* con una visita estable que en los antiguos otoños de la meseta, fríos y secos, solía pasar inadvertida. Me refiero a la chocha, sorda, becada o, como más poéticamente la denominan los venadores franceses, «bella durmiente del bosque». He aquí un pájaro original de un físico curioso: paticorto, de un plumaje marrón, jaspeado, un ojo plano, negro, que llena toda la cuenca, y un pico de seis o siete centímetros, mediante el cual, sondeando las tierras húmedas y mollares, se procura alimento. La chocha, salvo en sus movimientos migratorios, muestra hábitos de anacoreta y suele resguardarse en las arboledas, bien sean bosques frondosos o montes de roble o encina. Después de cincuenta años de patear Castilla, puedo asegurar que nunca tropecé con una becada en una tierra desguarnecida, que no confiara su defensa a la ocultación tras un árbol o matorral y a su arrancada zigzagueante e irregular. Debido a su aislamiento, su escasez y su suculenta tajada, la chocha, con su apariencia de lego franciscano, representa uno de los más altos trofeos de la volatería cinegética en Castilla. Yo he cobrado becadas en los encinares y robledales de la meseta y en los sotos de nuestros ríos, pero, salvo en las pasas, con cuentagotas, una o dos por temporada, cifra semejante a las que lograba mi padre en el monte de Valdés, orilla de La Mudarra, hace tres cuartos de siglo.

¿Y por qué se me ocurre sacar ahora a colación a este pájaro? Por una razón muy sencilla: porque en una temporada cinegética precaria –pocas perdices, pocas liebres y menos conejos–, ha sido la becada la única que, contraviniendo sus costumbres tradicionales, ha animado este año los arcabucos castellanos. Un hijo mío ha logrado una percha de media docena de chochas en una sola jornada y, sin salir expresamente a cazarlas, una parejita ha adornado casi todos los domingos nuestros exiguos morrales. Al margen de mi personal experiencia, tengo noticia de que en los hirsutos robledales de Sedano, un domingo de noviembre, mis consocios abatieron cuatro docenas. Estas cifras son tan aparatosas, tan inimaginables en Castilla, que ni los más viejos de la localidad recuerdan una cosa semejante. La noticia, cinegéticamente, es positiva, pero comporta una sospecha intranquilizadora: ¿cuál es el motivo de esta afluencia insólita de chochas en la árida Castilla? Es cosa sabida que la becada, como la avefría, suele ser en la meseta ave de paso; proviene de las tierras

nevadas de la Europa septentrional y, por regla general, la que no se aposenta en el norte de España, en la zona boscosa de la cordillera Cantábrica (donde los vascos, que son buenos cazadores al salto, tienen perros adiestrados, con cascabel al cuello, para detectarlas), sobrevuela la Castilla gélida de finales de otoño buscando climas más propicios, en Extremadura o Andalucía. ¿Y por qué este año no ha pasado de largo, ha hecho un alto prolongado en Castilla? Muy sencillo: por el clima, por las veleidades meteorológicas. La chocha no ha encontrado este año en Castilla las rígidas heladas acostumbradas que le impiden alimentarse, sino un suelo húmedo, mollar como una alfombra, accesible a su pico perforador. Doscientos litros de agua en apenas un mes garantizaron su estancia, que únicamente las duras heladas de enero llegaron a interrumpir. El cazador dado a la observación habrá advertido, en los claros de los sardones castellanos, agujeros pequeños y profundos que son las calas de las chochas, las perforaciones que verifican con su largo pico, generalmente de noche, en busca de sustento. Todo esto es zoología, naturaleza, vida animal o, como ahora se dice, dando al término una amplitud que no le corresponde, ecología, y está muy bien. Lo que ya no está tan bien es que el cambio de hábitos y esquemas en los animales responda con frecuencia a motivos más profundos, en la mayor parte de los casos inquietantes.

Hace tiempo dediqué un comentario a las irregularidades que advierto en el clima castellano de pocos años a esta parte y anoté un dato curioso: la primera helada no se produjo en Valladolid en 1988 hasta el 20 de noviembre. El retraso era considerable, pero, transcurridos doce meses, resulta risible supuesto que los vallisoletanos hemos cerrado 1989 sin que los termómetros hayan bajado de cero. Tres, cuatro grados fueron las temperaturas mínimas registradas en los últimos días de diciembre, de lo que se deduce que el clima está cambiando, al menos el clima tradicional de la vieja Castilla. Que se sucedan lluvias sin parar –no hablemos de Andalucía– en lugar de escarchas y caramas, y de esta manera entramos en enero, es un fenómeno absolutamente anómalo. Los científicos no se ponen de acuerdo respecto a si el clima del planeta camina hacia un calentamiento o hacia una nueva glaciación, aunque por las observaciones que registramos en este rincón de Europa, más parece que se vaya a producir lo primero que lo segundo. Pero caminemos en un sentido o en otro, lo que no ofrece duda es que está alterado, que los viejos ciclos –hielo, lluvias, templanza, calor, lluvias y hielo– se han desbaratado en Castilla y, a lo que es de ver, en la cornisa Cantábrica –ayer verde y hoy amarilla– y no digamos en Levante y Andalucía.

Es proverbial el escepticismo del campesino castellano, y yo me

considero, a estos efectos, un poco campesino, por lo que, al analizar el desvarío meteorológico, me atrevo a afirmar con ellos que el cambio es evidente, que podemos admitir que el termómetro y el pluviómetro puedan equivocarse, pero la becada, no.

De *Pegar la hebra*, 1990

* Otoño de 1989.

El mal de los peces

La noticia de que los ríos leoneses van a ser repoblados con 700.000 alevines de trucha ha producido en los habituales pescadores de estas corrientes más amargura que satisfacción. Los habituales de los ríos Órbigo, Porma, Luna, Esla, etcétera, no pueden concebir que aquella profusión de peces que albergaban aquellas aguas hace ocho, diez años, se haya ido al traste, se haya dilapidado en tan poco tiempo. Y aquellos otros que únicamente conocían la existencia de tal riqueza por referencias se hacen de cruces y se preguntan: ¿Qué ha sucedido en los ríos leoneses para que se pase de la plétora a la escasez en tan poco tiempo?

León: he aquí un punto de meditación para quienes sienten preocupaciones ecológicas. El equilibrio natural, tan inestable, se quiebra un día aquí y otro allá, de tal manera que a la extinción del conejo de monte en amplias zonas y a la del cangrejo de pata blanca en casi todas las corrientes fluviales, hay que añadir hoy la entrada en barrena de la trucha común. ¿Qué ocurre con ella? ¿Son tantos los pescadores que los ríos no pueden soportar su presión?

Desgraciadamente, mucho me temo que las razones del menoscabo no vayan todas por el mismo camino. El exceso de aprehensores se gradúa con papeles y tercerolas, con unos planes racionales de pesca que se hagan respetar. Pero estas precauciones no han bastado, a lo que se ve, con la trucha leonesa. Ni la rebaja del número de pescadores, ni la de capturas, ni otras medidas protectoras, han producido la reacción esperada. La trucha ha seguido decreciendo y en algunas corrientes, allí donde los ríos llanean, su población ha quedado diezmada. Las causas son conocidas. A un furtivismo voraz, hay que añadir la epidemia de forunculosis que se advirtió ya hace alrededor de diez años y, sobre todo, la alianza de dos elementos devastadores: la contaminación de las aguas y la saprolegnia, un hongo que prende especialmente en la trucha grande, en las aguas templadas. Que la contaminación favorece el desarrollo de la peste, se hace evidente con sólo considerar que la mortandad en las aguas bajas es infinitamente mayor que en las altas –menos sucias, más frías, más oxigenadas–. ¿Y es que no se puede luchar contra este enemigo? ¿Y cómo? ¿Cómo hacer llegar los antibióticos al organismo de una trucha? ¿Qué adelantaremos inoculándoselo a aquellos ejemplares que logremos capturar vivos si la inmunidad no se transmite? ¿Conseguiremos algo con la repoblación? ¿No se contaminarán los

peces nacidos en piscifactorías a las primeras de cambio?

Mal problema, sin duda, agravado, de unos años a esta parte, por la presencia de un nuevo enemigo que amenaza con liquidar los restos del naufragio: el lucio, ese pez grande, exterminador, que no sólo dejará a las truchas sin alimento, sino que devorará a sus crías. Pero lo pasmoso es que este pez no irrumpió por azar, sino que se implantó conscientemente en las corrientes fluviales españolas hace cinco o seis lustros y se presentó a los españoles como una gran conquista. Entonces se distribuyeron alegremente sus alevines, con objeto de «incrementar nuestra riqueza piscícola de agua dulce», sin que a nadie se le ocurriera pensar (como parecía su obligación) que el desarrollo de ese pez podría representar a la larga la desaparición de otros más estimables. Diríase que la degradación progresiva del medio ambiente necesita de estas imprudencias para acelerar el proceso devastador. Ahora recogemos parte de las consecuencias de aquel paso en falso. El lucio, procedente de ríos sucios y caldeados, ha invadido las corrientes frías del sur de la provincia de León y progresa sin pausa. ¿Cómo contener su expansión? ¿Cómo expulsarlo de su nuevo hábitat? ¿Suponen algo en ese sentido las trampas que se le tienden, las modestas capturas realizadas hasta la fecha?

España se enfrenta a un nuevo y grave problema ecológico. La trucha leonesa –mundialmente famosa– está en peligro, a mi entender en grave peligro. Las repoblaciones pueden disimular su gravedad, pero no resolverlo. Todo dependerá de la cantidad, dicen los optimistas; de que echemos truchas suficientes para la contaminación, para la saprolegniosis, para el lucio y para el pescador. Y, entonces, a dormir; todos contentos. No creo que sea éste el camino. Frivolizar con cuestiones tan importantes como ésta ya revela nuestro tercermundismo mental, nuestra dejadez, nuestra tradicional desidia. El problema de la trucha de León desborda las posibilidades de la Junta; debe erigirse en problema nacional. La ciencia y la técnica deben meter sus cabezas, sus manos y su dinero en el asunto, ayudar a los científicos y técnicos leoneses, limpiar sus ríos, poner a punto remedios contra la peste, preservar el hábitat ante la agresión del lucio. Al profano, como es mi caso, no le queda otro recurso que proclamar su dolor ante el peligro por el que atraviesa ese prodigioso vivero de truchas que fue la provincia de León y dar la voz de alarma. Entre otras cosas, para evitar que lo que venía siendo un atractivo duelo entre un pez autóctono –bravo, desconfiado y esquivo– y el ingenio del pescador, se convierta, por mor de la repoblación, en una pantomima pueril según la cual unos hombres atrapasen unos peces que otros hombres depositaron antes en el río para que aquéllos pasaran el rato.

De *Pegar la hebra*, 1990

Los ríos moribundos

Todavía hay quien me pregunta por qué no continúo mi diario de pesca iniciado hace veinte años con *Mis amigas las truchas*, cuando lo cierto es que, en repetidas ocasiones, he dado una explicación racional de mi silencio: no escribo porque no pesco y no pesco porque las pocas truchas que he atrapado últimamente son peces de repoblación colocados allí por personas bienintencionadas que creen que no hemos advertido que el río ya no engendra peces, sino que se limita a engordar los alevines que el Servicio de Pesca deposita caritativamente en él todos los otoños. Entonces, toda aquella hermosa teoría que justificaba el ejercicio de la pesca como una pugna entre la astucia de un pez silvestre y la inteligencia de un hombre con una caña en la mano, se ha venido abajo: no hay ya apenas peces silvestres ni, por tanto, astucia, ni es necesario ejercitar la inteligencia para enganchar media docena de truchas de piscifactoría. Las cosas, desgraciadamente, son así: el furtivo, el lucio, la presión del pescador sin escrúpulos incapaz de respetar los cupos de capturas y, en particular, la contaminación de las aguas, han traído estas consecuencias. Los ríos de montaña españoles, ríos serranos de aguas frías y oxigenadas, siguen siendo serranos en su origen, pero van enajenando sus preciadas virtudes; los residuos y detritos que a ellos arrastran los pequeños afluentes, las alcantarillas y las regueras han terminado con la pureza de sus aguas.

Esto era algo predecible. Quiero decir que el actual estado de nuestros ríos de montaña y la escasez de trucha autóctona no han sido realmente una sorpresa. En mis escritos he ido dejando a lo largo de los últimos años muestras de mi pesimismo creciente. El agravio constante a que sometemos a la naturaleza adopta una de sus expresiones más lamentables en las corrientes fluviales. Hay ríos muertos, como los de las zonas fuertemente industrializadas, ríos agonizantes, que son la mayor parte de los de nuestro país, y ríos simplemente enfermos, que si no se les presta remedio pasarán a engrosar las largas listas de los dos primeros. Lo que ya no quedan son ríos sanos y, teniendo en cuenta que los ríos ibéricos son poco caudalosos, la noticia de la defunción de nuestras aguas fluviales, de no arbitrarse medidas rápidas y eficaces, no tardará en producirse.

Sorprende, sin embargo, que la Europa comunitaria, atenta siempre a conservar en España la fauna que ellos destruyeron antes en sus países respectivos, se preocupe tan poco de nuestros ríos. La

contradicción únicamente es aparente, porque ellos disponen de mayores masas fluviales, llevan años velando por su depuración y, en consecuencia, no ven en tanto peligro los peces como el halcón peregrino, el lince o el buitre negro, por poner solamente tres ejemplos de especies en el límite de supervivencia.

A pesar de esta evidencia, nunca hasta este año había oído tantos lamentos entre mis amigos pescadores: «Ya no quedan truchas», «Habrá que buscarse otro entretenimiento para matar los ocios dominicales», «Yo me he comprado unos palos de golf y a darle a la bolita», «¿Qué ha pasado?», «¿Puede usted decirnos qué ha ocurrido aquí?». No es cosa de volver sobre argumentos ya expuestos. Lo que ha pasado es, ni más ni menos, lo que tenía que pasar, que entre todos la matamos y ella sola se murió. Yo, que desde 1975 me he resistido a salir más de dos o tres veces por temporada a pescar truchas, he constatado, sin embargo, el acelerado deterioro de nuestros ríos, el avance de la contaminación y, con ella, el desarrollo de la forunculosis, la saprolegniosis, la progresión del lucio, la falta de ética del pescador y demás plagas que han asolado a la población truchera. De ahí que me sorprenda el pesimismo repentino que ha surgido entre la clase pescadora de un tiempo a esta parte: salmones apenas han entrado y las truchas se han muerto, ¿a dónde vamos a parar? Sencillamente, estamos coronando un proceso de destrucción de hábitats tradicionales. Pero yo puedo afirmar que en mis dos excursiones a los ríos leoneses en 1990 me fue mejor que los tres anteriores, o quizá sería más exacto decir que me fue menos mal. En Pesquera, en la zona de Cistierna, cogí el cupo, ocho truchas, en abril, y en El Castillo, en la Magdalena, tres. Pero a estas alturas las cifras ya no quieren decir nada, porque mi cupo de Pesquera, como todos los cupos de todos los compañeros con los que tropecé ese día, eran cupos de truchas uniformadas, truchas como colegialas, exactamente iguales, con el mismo peso, la misma longitud, el mismo tono ceniciento y la misma distribución de las pintas. Sólo les faltaba el lazo. Truchas hermanas, de veintitrés centímetros, sembradas seguramente en octubre, procedentes de la misma artesa de la misma piscifactoría. Ni un solo pez de los más de cincuenta que vi ese día se salía de esas características. La mano piadosa del Servicio había depositado los peces en el río en el otoño para que nosotros nos entretuviéramos sacándolos del agua, un poco más crecidos, en primavera. En cambio, en El Castillo saqué solamente tres truchas (y probablemente fuese ese día el campeón del coto), pero eran tres truchas disparejas, cada una de su padre y de su madre, desde una amarilla de veintiséis centímetros, grasienta y bien nutrida, hasta otra de kilo, con bufanda negra y vientre moteado de rojo, díscola y peleona, con escamas y experiencia. ¿Cuánto tiempo llevaba sin pescar una trucha de este

tamaño y estas características? ¿Ocho, diez, doce años? Lo he olvidado. Únicamente sé que al extraerla y vararla en una calita junto a unas mimbreras volví a experimentar aquella emoción indecible que sentía hace treinta años cada vez que un pez salvaje coleaba frenéticamente, trabado en el mosco que yo le había ofrecido. ¿Significa algo que yo encontrara en El Castillo una trucha excepcional en 1990? En el panorama general, verdaderamente desolador de nuestros ríos, poca cosa, por no decir nada. Sí es caso que el río Omaña ha estado mejor guardado que otros ríos y tal vez mejor preservado de la contaminación. Nada más, y no es poco. Pero como ejemplo bien podría servirnos para dar una orientación definida a la desorientada política ecológica española. ¿Por qué no empezar el proceso de recuperación del medio ambiente saneando nuestros ríos, esos cementerios acuáticos donde apenas sobrevive la carpa cenagosa y escatófaga? Bien es verdad que podríamos empezar por cualquier otra parte: nuestros bosques, nuestra atmósfera, nuestro Mediterráneo, nuestras basuras… Lo que apunto es la urgencia, la necesidad de empezar pronto y por algún lado. Nuestra dejadez en este terreno no debe ir más lejos de donde ha ido; urge poner un límite. Los ingleses limpiaron el Támesis con unos resultados iniciales sorprendentes: volvieron a pescarse truchas en él. Tierno Galván, en un bonito gesto, más significativo que eficaz, limpió la cloaca del Manzanares y depositó cuatro barbos y cuatro patos en él. Esto quiere decir que los ríos son agradecidos, muertos susceptibles de ser resucitados. No lo olvidemos y pongámonos sin dilación a la tarea.

De *He dicho*, 1996

Las tórtolas

Las alteraciones climáticas y el maltrato que damos los humanos al medio ambiente producen a menudo daños irreparables y, al propio tiempo, cambios sorprendentes en la conducta de los animales, que en concreto no sabemos a qué achacar. Es lo que está ocurriendo, por ejemplo, con la tórtola común, grácil pájaro migratorio que hasta hace pocos años inundaba la península al llegar el mes de abril y hoy apenas se deja ver. Yo recuerdo que, en mis excursiones primaverales por Castilla y León, la tórtola era una presencia constante y, en el sur, representaba para los cazadores una pieza muy golosa, antes por su tiro que por su carne. Las pasas de tórtolas en Andalucía y Extremadura provocaban en años favorables unos traqueos que ríase usted de Echalar. Se trataba de un pájaro escurridizo, rápido, de vuelo irregular en su iniciación y, por tanto, de un tiro difícil y, en consecuencia, apreciado. Pues bien, este pájaro, que convivía regularmente con los españoles entre abril y septiembre, fue dejando poco a poco de venir, hace cosa de cosa de diez años, hasta prácticamente desaparecer del todo.

Los cazadores hacían sus conjeturas sobre el decrecimiento de la especie, incluso se llegó a afirmar que la tórtola común estaba en vías de extinción y procedía protegerla, cuando lo cierto era que la escasez que se advertía en España no se compadecía con la de otras zonas querenciosas. ¿A qué atribuirla entonces? Las causas aún no se han determinado, pero probablemente el menosprecio actual de la tórtola hacia la península, y más concretamente hacia Castilla, tenga más que ver con los cambios climáticos o de cultivos que con su merma demográfica. Ahora bien, sea una u otra la razón, la pasada primavera he vuelto a encontrar alguna que otra tortolilla en los sombrajos de las carreteras secundarias de Castilla. Diríase que retornar entra en sus cálculos y, al igual que las abejas, envía por delante a unas emisarias para que inspeccionen un terreno que hace pocos años fue objeto de su predilección.

Todo lo contrario está ocurriendo en España con la tórtola turca. Esta variedad de tórtola, con su mayor bulto, su negro collar incompleto y su tenue plumaje gris rosado, era absolutamente desconocida aquí hasta hace un par de lustros. Animal sedentario (en el pasado), ha vivido hasta hace poco tiempo en el sur de la Europa central. Después empezó a divagar y yo la descubrí por vez primera en los años sesenta en los jardines del Principado de Mónaco. Después

bajaron a Niza, Cannes y la parte más meridional de la Costa Azul. Era evidente que el pájaro iba ensanchando sus fronteras muy deprisa siguiendo la línea del litoral mediterráneo, puesto que al poco tiempo pudo vérselas en la Costa Brava catalana. Por su conducta producía la impresión de ser un ave de jardín, amiga de climas templados, de ahí mi sorpresa cuando en la primavera de 1989 tropecé con una pareja de esta especie en los jardines del Campo Grande de Valladolid, esto es, en un clima mesetario alejado de la costa. La teoría de que este pájaro requería una temperatura marítima y dulce cayó por su base. La tórtola turca seguía extendiéndose hacia el suroeste sin reparar en clima ni altitud.

En los años siguientes, ya con cuentagotas, ha ido aumentando la población de tórtolas turcas en Valladolid. Eso sí, siempre en los jardines –alguna en el soto de los ríos–, nunca en campo abierto, confirmando así su vocación urbana. Y una observación interesante: la famosa parejita inmigrante del año 1989 emigró de la capital castellana a sus cuarteles de invierno en cuanto se anunció el otoño. Esperé a la primavera siguiente con curiosidad y, ante mi sorpresa, la parejita emisaria no se presentó sola, sino en un grupito de media docena. Y, al llegar el otoño, mi sorpresa se convirtió en asombro cuando observé que dos de las tres parejas no emigraron, invernaron en el Campo Grande y, en mis paseos matutinos, las encontraba un poco desconcertadas por la niebla, revoloteando arriba y abajo entre los ramajes desnudos, ateridas de frío. Con el tiempo, la inmigración fue aumentando pero a muy pequeña escala, una pareja más, dos parejas más cada año, de forma que el invierno pasado había ya asentadas en el Campo Grande de Valladolid, es decir, en régimen sedentario, dos docenas de tórtolas turcas.

Ante este comportamiento, no ya distinto sino encontrado, entre la tórtola turca y la común, y pese a frecuentar hábitats que no se tocan, se me ocurre preguntar: ¿no tendrá algo que ver la desaparición de nuestros predios de la segunda con la lenta pero incesante colonización de la península por parte de la primera?

De *He dicho*, 1996

Proteger la avutarda

De cuando en cuando sale a relucir en los papeles este pajarote cuya conservación es hoy una de las preocupaciones del viejo continente. Es curioso observar cómo la Europa próspera se inquieta cada día más por aquellos animales que en su día dejó perder y encomienda su protección a los pueblos pobres que todavía los conservan. No hace mucho tiempo que la avutarda y otras aves esteparias tenían una digna representación en los países centroeuropeos, pero, por diversas razones, quedaron circunscritas a las llanuras cerealistas del sur. Hacia 1970, los ornitólogos calculaban que la población avutardera europea apenas alcanzaba los 15.000 individuos, 5.000 en Hungría y 10.000 en España, de éstas 6.000 en Castilla, en la llamada Tierra de Campos. A partir de esta fecha la caza de este pájaro está prohibida en nuestro suelo, un pájaro que por su tamaño –entre siete y quince kilos– y su característica difidencia era una atracción cinegética de primer orden.

Ahora los responsables de su conservación andan revueltos tratando de averiguar si la especie se ha multiplicado con la veda, simplemente se sostiene o, en contra de todas las previsiones, la regresión se ha acentuado. Problema arduo para los pajareros de salón. Dos lustros atrás, Eusebio Marcos, alias el Listezas, vecino de Fuentes de Nava y avutardero de oficio, me aseguraba que la veda no había servido de nada, que los furtivos seguían cazándolas, los chicos destruyendo nidos y cogiendo pollos a la carrera y las segadoras de alfalfa decapitando a las hembras con la cuchilla cuando estaban echadas, empollando. Su amigo, el doctor José V. León, palentino y avutardero de afición, se mostraba todavía más pesimista. Según él, la avutarda en los últimos años (él me hablaba en 1985) había decrecido en un ochenta por ciento, y dada la red de caminos de concentración y la motorización del personal no arriesgaba dos reales por su futuro. Sin embargo, en 1993, el director general del Medio Natural de la autonomía de Castilla y León, adelantaba como buena la cifra de 8.600 avutardas en la Comunidad.

Censar una junta de pájaros no es tarea sencilla, ni con el bicho que hoy nos ocupa ni con otros. Por eso quiero apuntar que para mí, viejo cazador y puntual observador de mis horizontes mesetarios, la población avutardera no sé si se habrá alterado en los últimos diez años, pero sí es seguro que ha decrecido, y mucho, desde la década de los sesenta hasta nuestros días. Hablo, naturalmente, de Tierra de Campos y, fundamentalmente, del rectángulo Mota del Marqués,

Paredes de Nava, Sahagún, Benavente, enormemente querencioso para la especie. Lo que más adelante pueda ocurrir es lo que preocupa ahora a la Unión Europea. La Unión aspira a conservar este pájaro a toda costa, hasta el punto de que hace más de un año (escribo en 1995) adelantó un programa quinquenal y un presupuesto (en el que la Junta participaba con un veinticinco por ciento) de treinta mil millones de pesetas con este fin. Pero esta cifra, que a primera vista nos lleva a pensar en el gordo de la lotería, no es tal; es decir, Europa exige contrapartidas, aspira a sacar provecho de su inversión. Pero ante estas exigencias el campesino castellano se retrae. El campesino mesetario es individualista, le gusta decidir por sí mismo, le enojan las imposiciones y la disciplina. Pero ¿qué es lo que le pide Europa en este asunto de la avutarda? En pocas palabras: reservar para linderas un uno por ciento de la superficie sembrada con objeto de que el animal pueda resguardarse, mejorar los barbechos, picar la paja de los rastrojos, diversificar los cultivos, dejar al menos un diez por ciento para leguminosas y alfalfa y, por último, asistir, a lo largo del año, a los cursos y charlas que se organizarán en los pueblos afectados. Total, lo que dicen ellos: «Casi nada; cambiar el destino de las fincas de arriba abajo y volver a la escuela». Porque, aparte de lo que se les exige, está lo que se les prohíbe: quemar rastrojos, emplear abonos y pesticidas demasiado agresivos, no cosechar antes del 10 al 15 de junio según las zonas, someterse a inspecciones periódicas, etc. El labrador castellano, sopesando ventajas e inconvenientes, ha dicho que no en un porcentaje elevadísimo. Prefiere seguir con sus rutinas y si la avutarda se muere que llore Europa.

Pero al margen del atractivo que estas ayudas pueden suponer para el campesinado, ¿cree la Unión que en caso de ser aceptadas se conservará la avutarda en Tierra de Campos por los siglos de los siglos? No soy optimista, la verdad. Es decir, de acuerdo con el Listezas y el doctor León, creo más bien que este pájaro seguirá amenazado, irá a menos, presionado por la progresiva humanización de la naturaleza y la impune actividad de los furtivos. Entonces pienso que el destino más eficaz de esos dineros sería fomentar la guardería, siempre escasa, y conservar debidamente el medio. Esto es, en un hábitat propicio y bien vigilado, podría pensarse no sólo en la pervivencia de la avutarda sino incluso en su medra.

De *He dicho*, 1996

La caza: mi punto de vista

¿Qué puedo yo decir sobre la caza que no haya dicho antes? Ante esta interrogante uno acaba, como casi siempre, agarrándose al famoso ensayo del maestro, repitiendo aquello de que la caza torna paleolítico al hombre civilizado y le procura unas vacaciones de humanidad. Porque esto que el señor Ortega dijo hace más de cuarenta años, cuando aún el corsé de la civilización no nos oprimía tanto, se va acreditando a cada año que pasa. Ahora bien, siendo esto cierto, ¿es toda la verdad? Al salir a campo cada domingo, ¿procuramos solamente sentirnos paleolíticos por unas horas? Yo creo que a esto habría que añadir un matiz sustancial. El hombre-cazador o el hombre-pescador, que tanto monta, sale al campo no sólo a darse un baño de primitivismo, sino también a competir, a comprobar si sus reflejos, sus músculos y sus nervios están a punto y para ello nada como cotejarlos con los reflejos, los músculos y los nervios de animales tan difidentes y escurridizos como pueden serlo una trucha o una perdiz silvestres. Tenemos, pues, que en la caza subyace un sentimiento de confrontación, de duelo, que tiende en definitiva a demostrarnos si nuestra inteligencia y nuestra resistencia física son capaces todavía de imponerse al instinto defensivo, la rapidez y la astucia de un animal salvaje.

Esta competencia implícita exige una lealtad, una ética. El hombre-cazador debe esforzarse, por ejemplo, porque ese duelo se aproxime a la equidad que presidía los torneos medievales: armas iguales, condiciones iguales. Por sabido, la perdiz no podrá disparar sobre nosotros, pero nosotros quebraremos el equilibrio de fuerzas, incurriremos en deslealtad o alevosía si nos aprovechamos de sus exigencias fisiológicas (celo, sed, hambre), de sofisticados adelantos técnicos (transmisores, reclamos magnetofónicos, escopetas repetidoras) o de ciertos métodos de acoso (batidas, manos encontradas) para engañarla, debilitarla y abatirla más fácilmente. De aquí que yo no considere caza, sino tiro, al ojeo de perdiz y recuse la caza del urogallo –mientras canta a la amada, a calzón quieto–, por considerarla alevosa. En una palabra, para mí, la caza exige un desgaste, una cuota de energía –cada cazador debe elaborarse por sí mismo su propia suerte– y un respeto por la pieza, lo que equivale a decir que el éxito de una cacería no depende del bulto del morral, sino del hecho de que nuestros planteamientos tácticos y estratégicos hayan sido acertados y, al menos en alguna ocasión a lo largo de la

jornada, hayamos logrado imponerlos a la difidencia instintiva de la pieza. Entendida la caza de este modo, una percha de dos perdices, bien trabajadas, limpiamente abatidas, puede ser más gratificadora que otra de dos docenas con todas las circunstancias a nuestro favor. No es, pues, la cantidad, sino la estrategia correcta y lo certero de nuestras intuiciones lo que determina el éxito o el fracaso de una cacería; nuestro grado de satisfacción, en suma. De lo antedicho se deduce que la caza-caza, la caza al salto o en mano, tal como yo la practico, constituye un auténtico ejercicio deportivo.

Sin embargo, hay quien no repara en sutilezas y considera la caza, en cualquiera de sus manifestaciones, un esparcimiento cruel. Nos llevaría demasiado tiempo discutir este extremo, mas si admitimos que el hombre es un animal carnívoro y que para mí no es lícita la caza de un animal gastronómicamente inútil, convendremos que la muerte de una perdiz de una perdigonada no es objetivamente más cruel que cualquiera de los métodos que habitualmente se emplean para el sacrificio de las aves de corral. No deja de ser chocante que, a medida que en la sociedad actual se endurece la postura del hombre contra el hombre, se vaya extendiendo un hipócrita «franciscanismo» que contrasta con aquella actitud. En Alemania me contaban que uno de los guardianes del campo de exterminio de Dachau lloró el día en que se le murió un canario.

Lo que hay que preguntarse entonces no es si la caza es cruel o no lo es, sino qué procedimientos de caza son admisibles y qué otros no lo son. Si la caza sirve para el hombre, para su desarrollo y plenitud, o no sirve. Y el hecho de que en el país se expidan anualmente un millón largo de licencias invita a pensar que sí. No se me escapa que dentro de este millón existen no pocos pirotécnicos –su objetivo es quemar pólvora en salvas– y otros que ven en la caza, en algunas manifestaciones aristocráticas de la caza, una actividad adecuada para completar su carrera. Mas, esto aparte, si la afición a la caza aumenta y aceptamos que se trata de un ejercicio adecuado para aliviar la tensión, individual y social, apoyemos este deporte, democraticémoslo, demos entrada en él al mayor número de practicantes posible. ¿Cómo? ¿Aboliendo los cotos? He aquí otro problema, y no baladí ni inoportuno. El ideal de la caza sería, sin duda, el de hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre. Mas tal cosa, a estas alturas de civilización, ya no es posible.

La supresión de los cotos –únicos criaderos de caza silvestre– comportaría inevitablemente el arrasamiento del campo en menos de dos semanas. ¿Qué hacer, entonces? He aquí un punto delicado, aunque quizás el fenómeno de los cotos mixtos –de pueblerinos y ciudadanos– y el desarrollo del coto social –donde cualquier persona se pueda dar el gusto, por un precio razonable, de cazar un día un

cuartel guardado– puedan ser, entre otras, dos soluciones justas pero incompletas. (No cabe en ellas el millón de ejercitantes.) De lo que no hay duda es de que hoy nadie puede soñar, como antaño, en sacarle una renta al campo al tiempo que se divierte. Hoy la caza, como los toros, como el fútbol, como cualquier actividad recreativa, tiene que costar algo.

De *He dicho*, 1996

El partido de los cazadores

En imaginación política los franceses nos dan sopas con honda al resto de los europeos. Mientras unos y otros nos pasamos la vida discutiendo si para salir de la crisis conviene trabajar más o trabajar menos, el Senado galo dictamina la posibilidad, aunque con carácter experimental, de reducir la jornada de trabajo de 39 a 32 horas, que es como decir que los franceses están a punto de inventar la semana laboral de cuatro días. La medida, como era de esperar, ha provocado una gran polémica, pero ya es sabido que a estos franceses siempre les ha gustado dar la nota. Tengamos presente que, ya en las elecciones europeas de 1989, los cazadores y pescadores del país vecino presentaron una candidatura que se llamaba algo así como «Chasse, Pêche, Nature et Traditions» y que, aunque parecía cosa de broma, se alzó con cerca de un millón de votos, o sea, se quedó rozando ese cinco por ciento preciso para lograr representación parlamentaria.

Cinco años más tarde, los cazadores españoles, que se han considerado desatendidos con la aprobación de la ley de espacios naturales, en un movimiento mimético y acompañados por sectores próximos como agricultores y fabricantes de cartuchos, han fundado la Agrupación FFH (fauna, flora, hábitat) que está dando sus primeros pasos.

La principal exigencia de este grupo es conseguir la gestión de la caza por los propios cazadores, exigencia que, de ser aceptada, llevaría a la citada agrupación a disolverse, pero, en caso contrario, seguiría viva con la esperanza puesta en los millones de cazadores, granjeros, fabricantes de cartuchos, agricultores y aficionados a los toros que, dado su número, podrían convertir mañana la asociación en una organización política, es decir, una especie de Partido de los Cazadores, reforzado por los afines.

Uno, que, sin desinteresarse de la política, dedica los domingos de otoño e invierno al deporte de la caza, se pregunta ingenuamente si la perdiz roja por sí sola puede representar una ideología, esto es, si un cazador será capaz de desentenderse de otros problemas sabiendo preservado su pájaro favorito. Ante una cuestión así, lo primero que a uno se le ocurre preguntar es lo siguiente: ¿Qué tipo de cazador va a ser defendido por la asociación de marras? ¿El cazador de mano, el de ojeo, el reclamista, el de caza mayor, el de caza menor…? ¿Cuál? ¿Todos? ¿Cómo conciliar entonces los intereses del cazador de mano con los del cazador de batida y los de aquél con los del galguero?

Porque si es difícil poner de acuerdo a los cazadores en su diversidad, no digamos nada de la práctica imposibilidad de armonizar los intereses de éstos con los de los campesinos –tradicionalmente sus enemigos– o con los del aficionado a los toros. Y, por otra parte, ¿qué actitud debería adoptar el cazador ante problemas económicos o culturales que lleguen al Parlamento ajenos a la venación? Y si el objetivo político del cazador no va más allá de la caza, ¿qué cara deben poner en el noventa y nueve por ciento de los casos en que lo cinegético no tenga nada que ver con los debates ordinarios del Parlamento?

–Le veo venir. A usted no le gusta un pelo la idea de un Partido de los Cazadores.

No es que me guste o deje de gustarme, es que me parece una salida de tono. Porque, una vez constituido el partido e incluso alcanzada la representación parlamentaria, ¿me quiere usted decir cómo conciliaría esa minoría tantos intereses dispares? Quiero sugerir con este interrogante que la asociación de cazadores, como tal asociación, tiene más posibilidades de influir en el futuro de la caza que organizada en partido. ¿De qué modo? Muy sencillo, exponiendo sus puntos de vista e interesando en ellos a los grupos políticos ya constituidos, haciéndoles ver la ingente cantidad de personas que se mueve en torno a este hecho social. Y más concretamente aún, reconociendo humildemente que la caza en sí no es una ideología pero sí una fuerza, que sus cultivadores son tantos y tan grande el número de actividades afines, que vale la pena tenerlos contentos e incorporar sus afanes a los programas de los partidos en cuestión.

De *He dicho*, 1996

Ortega y la caza

Parece ser que el conde de Yebes escribió su libro *Veinte años de caza mayor* en 1942 y Ortega le entregó su prólogo-ensayo venado ese año, lo que quiere decir que es en el recientemente cerrado 1993 cuando se ha cumplido el cincuenta aniversario de la publicación del mismo, uno de los trabajos más agudos y profundos del gran pensador. Quizá para valorar debidamente estas reflexiones sea preciso ser cazador, por lo que resulta más sorprendente la afirmación de Yebes de que Ortega no lo era, no era cazador, sino que únicamente de Pascuas a Ramos cogía una escopeta. Es decir, si tenía conocimiento del hecho cinegético era a través de las conversaciones que mantuvo con el conde y con otros caracterizados practicantes.

En la revista *Trofeo* se ha reproducido un fragmento de la conferencia del conde de Yebes en el club Urbis, de Madrid, en 1963. El aristócrata-cazador contó en esa ocasión cómo un día, después de muchas vacilaciones, le propuso al maestro la idea de prologar su libro sobre la caza mayor. Ortega le escuchó atentamente y al cabo de un largo rato le cogió del brazo y le dijo con entusiasmo: «Cuente usted con ello; cuente usted con ello sin falta». De esa pronta y entusiasta acogida se deduce que Ortega había meditado ya sobre el fenómeno de la caza y contaba, al menos, con unas ideas básicas que en ese momento le seducía desarrollar. Pero seguramente sin la sugerencia del conde de Yebes estas ideas no hubieran encontrado ocasión de manifestarse y el mundo cinegético hubiera quedado ayuno de estas lucubraciones magistrales sobre la venación.

Leer este ensayo de Ortega –el mejor homenaje que puede rendírsele en esta efeméride– es dar con el verdadero sentido de la caza, a pesar de que el filósofo no la cultivara con asiduidad. Entre sus afirmaciones más rotundas y acertadas están la de la caza como retorno del hombre civilizado al paleolítico, la escasez de piezas como motor de esa actividad y su concepto del cazador como hombre-alerta. Entiendo que sobre estos tres pilares montó Ortega su magistral ensayo. Pero no voy a referirme ahora a la totalidad del trabajo sino a ese segundo punto de los tres enunciados, el de la escasez, en el que el autor no sólo hace afirmaciones rigurosamente exactas sino proféticas.

La gracia de la cacería, para Ortega, es que fuera siempre problemática, el hecho de que nunca la pudiéramos afrontar con la seguridad de acertar. «Ahora se trata –dice– de que cada vez hay menos animales… [de] que la caza desaparece… Cada vez se hacen

mayores esfuerzos para contrarrestar esta decadencia… pero el progreso humano al ir *humanizando* el planeta desaloja de él… la espontaneidad de la Naturaleza.» Éstas son palabras de Ortega en 1942, cuando nada en derredor parecía dar pie para vaticinio tan pesimista. Y ahí radica el mérito de las lucubraciones orteguianas. Hoy todo el mundo habla de la naturaleza agredida, de las enfermedades en cadena del conejo o de la desaparición paulatina de la preciada perdiz roja, aunque ignoremos exactamente las causas que las producen.

Ortega, *grosso modo*, intuía estas causas hace diez lustros: la caza desaparecía al *humanizar* el planeta, o, más concretamente, al desnaturalizarlo. Él previó que la escasez –el estímulo más vivo del cazador– degeneraría en agonía y la agonía en muerte. Entonces, ¿intuía Ortega ce por be el fatídico presente? Indirectamente, sí. Ortega habla de «desalojar la espontaneidad de la naturaleza». ¿Qué otra cosa son las perdices y codornices criadas en granja? Puro artificio, la desnaturalización del medio, el desalojo de la naturaleza como elemento reproductor. Esta domesticidad del medio la señalaba Ortega como un inevitable proceso de degradación.

Pero por si las palabras citadas no fueran suficientemente claras, ahí tenemos una frase del maestro de la que se deduce que rechaza la caza artificial, que él cuando habla de caza está hablando de la caza de animales silvestres. Dice así la frase aludida: «Pertenece al buen cazador un fondo inquieto de conciencia ante la muerte que va a dar al encantador animal». ¿Cabría esta calificación admirativa, de «encantador animal», referida a una gallina o a cualquier otra ave de corral criada con pienso compuesto?

El Semanal, 23 de enero de 1993

La patirroja en Castilla

Con la publicación de mi libro *El último coto*, en octubre de 1992 dejé a la pobre patirroja castellana en una difícil situación, decayendo, con una población de supervivencia verdaderamente irrisoria. Hace pocos meses, sin embargo, cazadores optimistas se las prometían muy felices: lo peor de la regresión había pasado ya, la perdiz había criado bien y, en el futuro, las cosas iban a rodar de otra manera.

A mí, personalmente, la gente optimista no sólo estimula mi deseo de vivir sino que me conmueve. En rigor, el optimista lo que cree no es tanto que las cosas marchen bien sino que así le gustaría que marchasen. La diferencia es digna de tenerse en cuenta. Hoy día los años extraordinarios –me refiero a la cría de la perdiz– únicamente se dan en las granjas. Porque si en un coto, al final de temporada, sobreviven dos docenas de parejas, resulta ridículo pensar que al año siguiente habrá en él cuarenta docenas de perdices. Esto de la perdiz son habas contadas. Es decir, si en una finca han quedado dos docenas de parejas, lo razonable será pensar que a la temporada siguiente habrá cuatro docenas de parejas, si el año es normal, y seis si es extraordinario.

Los números, en estos asuntos, son así de sencillos. Quiero decir que hoy en Castilla (y me temo que en otras muchas regiones de España ocurra otro tanto) la profunda regresión de la patirroja no puede remediarse con un año de cría excepcional. La base demográfica está muy mermada y esta merma no se recupera ni en un año, ni en dos, ni en tres si a la par que una buena crianza no se impone una veda general de la especie por otras tantas temporadas. Pero una medida de esta índole resultaría impopular y se me antoja difícil encontrar a alguien que, en estos años de tinieblas, se atreva a ponerle el cascabel al gato.

–¿Quiere usted decir que la decadencia de la perdiz roja en nuestros pegujales no tiene remedio?

Algo parecido a eso. La transformación en pocos años del campo castellano –la eliminación de abrigos y linderos, el empleo abusivo de plaguicidas y herbicidas, la expansión del furtivo motorizado, a lo que hay que añadir la reciente seca en montes de roble y encina– no se contrarresta en un dos por tres.

Puede suceder que al comenzar una temporada, como la que ahora termina, exista alguna patirroja más que la pasada, pero esto no interrumpe la cuesta abajo; a efectos de recuperación apenas cuenta.

Habrá unos pollos más, en efecto, nuevos e indocumentados, que se dejarán cazar a las primeras de cambio, con lo que, en pocas semanas, las supervivientes vendrán a ser, sobre poco más o menos, las mismas que quedaron el año anterior.

Esto no quita para que los vaticinios optimistas de esta temporada tuvieran su fundamento. Se registró una buena cosecha de cereales y de paja, el clima se ordenó, esto es, hubo lluvias regulares, sin nublados, y, finalmente, el labrador castellano le dio con ganas al mirasol, como dicen por aquí, un cultivo que atrae a la patirroja, cuya simiente le gusta y cuyas cañas le sirven de protección. De forma que los buenos augurios determinaron una buena cría. Pero, como antes decía: ¿qué significa una buena crianza si las parejas reproductoras que hay en el campo apenas llegan a cuatro? Si había pocas en principio seguirá habiendo pocas una vez que los pollitos del año se hayan sacrificado, con lo que el panorama cinegético castellano, ahora que se cierra la temporada 1993-1994, no ha mejorado apenas en relación con la del año anterior.

De otro lado, los impacientes siguen soltando en los cotos patirrojas caseras y de estas sueltas –mal hechas, en general, y en las que mueren por diversas causas unos porcentajes disparatados– y de la hibridación consiguiente ya sabemos lo que sale. Con todo, en la temporada que ahora concluye he notado algo que quiero consignar: la mayor dispersión de las perdices autóctonas (¿o es que no son autóctonas las perdices que creemos que lo son?) y su bravura y difidencia crecientes.

Si meter mano a la perdiz castellana de ladera venía siendo ya un pilar de iglesia en los últimos lustros, en la actualidad es algo que está fuera del alcance de este septuagenario, cuyo botín esta temporada se ha logrado a base de liebres y palomas torcaces. (Porque del conejo, con sus viejos achaques a cuestas más vale no hablar.) Diríase que la perdiz silvestre, con todas sus virtudes acrecidas, está dispuesta a vender cara su vida.

El Semanal, 6 de febrero de 1994

El porvenir del conejo

Sobre la situación de la perdiz roja en Castilla ya he dicho cuatro palabras en este mismo papel no hace aún muchas semanas. Pero otra especie que preocupa seriamente al practicante de caza menor es el conejo. Este año no se les ha visto correr –yo, concretamente, no he visto ninguno– y el síntoma, en un animal alegre de generosa reproducción, no puede ser más alarmante. Por otro lado, entre las causas que hacen decrecer la población de perdiz y las que afectan al conejo no puede establecerse parangón. La población de perdiz decrece por causas físicas (la meteorología y, como dice el maestro Ortega, la desnaturalización del medio, la presión venatoria, etc.), pero el conejo amaga con desaparecer por razones patológicas.

A la mixomatosis, que puso en marcha el doctor Delille en Francia hace más de siete lustros y de la que todavía no se ha visto libre el continente europeo, ha sucedido la neumonía hemorrágica vírica, terriblemente letal, y sobre la que nos falta una información fidedigna. Va para seis años que esta peste se abatió sobre nuestros sardones y mohedas pero por no saber no sabemos siquiera cómo incide sobre la población conejuna, si actúa de manera ininterrumpida o en recidivas periódicas. Únicamente conocemos su virulencia a través de la desolación de nuestros montes y sospechamos que aquélla se extrema sobre animales debilitados previamente por la mixomatosis. Pero conocimientos científicos, consejos prácticos o advertencias sobre el particular no tenemos ninguno.

De ahí que recibamos con gratitud las noticias que nos hablan de recientes repoblaciones con conejos de monte llevados a cabo por científicos –creo que veterinarios– de la Universidad de Zaragoza y del Consejo de Investigaciones Científicas. ¿Y es que tales noticias son buenas? En realidad y de momento, no, ni buenas ni malas, pero, al fin y a la postre, son noticias y es de esperar que de ellas podamos sacar con el tiempo alguna conclusión.

Sucede que el conejo es uno de los animales más medrosos y pusilánimes de nuestra fauna y parece que esto no se ha tenido en cuenta en las primeras repoblaciones. Yo quiero recordar que, cuando mis hijos eran niños, les llevé en cierta ocasión a casa tres conejos silvestres cogidos con hurón y red. Los pequeños jugaron con ellos a pesar de la difidencia y temor que mostraban los prisioneros, pero al día siguiente dos de ellos habían muerto de estrés.

Algo de esto ha debido de ocurrir en la primera experiencia

aragonesa, puesto que en la noche siguiente de la suelta, según leo en la revista *Trofeo*, el cuarenta y dos por ciento de los conejos portadores de collares emisores habían sucumbido y, diez días más tarde, únicamente sobrevivía el nueve por ciento de los echados. La mayor parte de estos conejos fueron víctimas de la predación, pero habrá que convenir que ésta se efectuó sobre animales traumatizados o estresados, bien por efecto de la captura, bien por causa del transporte, suelta o vacunación consiguientes. Es decir, a los predadores se las pusieron como a Felipe II.

Insisto en que para mí ésta es una noticia alentadora: la repoblación del conejo silvestre es posible si ponemos en el empeño todos los cuidados imaginables, esto es, contamos con la sensibilidad y el miedo cerval del conejo antes de lanzarnos a la aventura. Estos animales, una vez vacunados contra la mixomatosis y la NHV, pueden servir de base a una repoblación general de nuestros sardones. La universidad aragonesa y el CSIC deben, pues, proseguir sus investigaciones ya que sus informes son los únicos –al menos, yo no tengo otros– con que cuentan federaciones y sociedades cinegéticas.

Hay que tener en cuenta que el conejo –la caza menor más popular– no sólo es importante por sí mismo sino, indirectamente, como salvaguarda de otras especies. Quiero decir no sólo que hay animales, como el raposo, el lince y el turón, que se alimentan de ellos, sino que las escopetas que distraen habitualmente, y que se me antoja que son mayoría, se vuelven contra la perdiz y la liebre, tan pronto aquéllos desaparecen. Es decir, casi todas las especies de caza menor dependen en cierto modo del conejo y, consecuentemente, salvar el conejo significa, pongo por caso, salvar la perdiz.

El Semanal, 10 de abril de 1994

La seducción de la trucha

Tal vez por aquello de que el viejo vuelve a ser niño otra vez, al llegar a cierta edad el hombre torna a hacerse preguntas sobre el porqué de las cosas. ¿Por qué en un momento determinado de la vida hice esto y no lo otro? ¿Por qué estoy aquí y no allá? ¿Por qué razón el hombre vuelve a tropezar dos veces en la misma piedra? Bien es verdad que al empezar este artículo no pensaba enredarme en tan altas especulaciones. Mis dudas caminaban más a ras de tierra y la pregunta que me formulaba esta mañana al levantarme era sencillamente ésta: ¿por qué un hombre de tesos y parameras, de escopeta al hombro, como era yo, se decidió un día, hace más de treinta años, a bajar a la ribera del río con una caña en la mano a pescar truchas?

He aquí la cuestión. En estas actividades que uno no ha mamado, que no nacen con uno, no es fácil llegar a motivaciones concluyentes. Y en el caso de por qué me hice pescador habría que considerar en principio dos razones fundamentales: primero, una razón de compatibilidad. La pesca de la trucha se iniciaba al comenzar la veda de la caza, esto es, uno podía hacerse pescador sin necesidad de dejar de ser cazador; no era una alternativa. Y, en segundo lugar, estaba la abstinencia, la privación, lo que en este siglo de la droga podríamos designar como «el mono de la perdiz». Terminada la temporada de caza uno se quedaba encogido, con las manos en los bolsillos, sin saber qué determinación tomar. Notaba que le faltaba algo pero no advertía que lo que le faltaba era una buena razón para lanzarse al campo. Entonces se arrugaba, se quedaba vacío y mustio, pero antes de reconocer abiertamente los motivos, atribuía el fenómeno a la primavera:

–Es la tensión baja, me pasa siempre. En cuanto ceden las heladas ya se sabe.

Así un día surgió la trucha, o mejor dicho, la idea de la trucha. En sus fantasías predadoras, uno llegó a identificar la trucha con la perdiz: ambas eran rápidas, difidentes, escurridizas y suculentas en el plato. ¿Por qué no gualdrapear la captura de una y otra? Así apareció el pescador de truchas. Era mucho más nuevo que el cazador de perdices, pero la afición llegó a alcanzar las mismas cotas.

Competir con el animal silvestre, echar a reñir la inteligencia de uno con los instintos y la desconfianza básica de la pieza, era tan emocionante en el monte como en el río. El pez constituía una piedra de toque tan estimulante como el pájaro. La emoción de cortar a la

perdiz, atravesada, a cincuenta metros, únicamente podía compararse a la captura de una trucha de kilo, agazapada entre dos aguas, en el sombrajo de una salciña. Este bicho bravo, esquivo, renuente, al que había que estimular con señuelos, literalmente engañarlo, venía pues a llenar el tiempo de ocio del venador, a prolongar la temporada de caza, de tal modo que las vedas encontradas apenas dejaban unas semanas inactivas cada año. El mono de la perdiz podía aliviarlo la trucha. El de la trucha, la perdiz. Ya teníamos al predador *full time*. La seducción de la trucha había terminado con el venador en paro.

Pero tamaña felicidad no podía durar mucho. Primero vino el ocaso de la trucha, los ríos sucios, mal oxigenados, la sequía, la invasión del lucio, un pez importado para los ríos de llanura que acabó habituándose a las corrientes de montaña:

–¿Qué pasa, Patricio? He agarrado un lucio con cucharilla en el puente.

–Es lo único que queda, mire usted. ¿Recuerda aquellos serenos del Órbigo? Pues a aquellas truchas de antaño se las ha llevado la trampa.

Detrás fue otro río, luego otro. León, aquella prodigiosa provincia truchera, a la que arribaban pescadores de media Europa, se iba quedando sin peces. Y otro tanto ocurría en los páramos castellanos con la patirroja. Entonces empezaron las siembras, como si un pez de pecera pudiera sustituir a un pez de montaña o un ave de corral a una perdiz de ladera. Y el día que en Cistierna atrapé ocho truchillas racioneras, negruzcas, con las mismas pintas y los mismos colores, como ocho monjitas de uniforme, abandoné un deporte en el que ya llevaba metido seis lustros. El hombre caza una perdiz o pesca una trucha porque se siente desafiado por su poder y seguridad; lo que no admite el hombre predador es que otro hombre le ponga las piezas el sábado para que él se entretenga el domingo volviéndolas a atrapar. Eso no le parece juego limpio.

El Semanal, 1 de mayo de 1994

Algo más sobre el conejo silvestre

Hace unas semanas escribía yo en este mismo papel sobre el conejo silvestre, sobre su incierto porvenir después de las duras y sucesivas acometidas de la mixomatosis y la neumonía hemorrágica vírica. En rigor, lo que más me desazonaba del asunto era la indiferencia oficial, este cruzarse de brazos en espera de que la nube pase que suele ser la actitud de la Administración ante problemas de cierta envergadura. Por contra, aplaudí con entusiasmo la noticia de que un grupo de científicos de la Universidad de Zaragoza, financiado por la Diputación General de Aragón, había realizado una experiencia de repoblación conejuna en el valle medio del Ebro. Y aplaudí no porque la experiencia hubiese sido un éxito, que no lo fue, sino porque revelaba un interés por el tema al que los españoles de a pie no estamos acostumbrados. El ensayo de los veterinarios aragoneses, del que apenas sobrevivió un ocho por ciento de los conejos sembrados, no era ninguna solución pero sí era el comienzo de ella; era un camino abierto. El conejo, apuntaba yo, es uno de los animales más medrosos y sensibles de la fauna española y, en consecuencia, aquel que no muriese de miedo durante las operaciones de captura, transporte y vacunación, sería víctima de los predadores tras el estrés consiguiente. Habría, pues, que extremar los cuidados con objeto de no traumatizar en exceso al protagonista de estas experiencias.

Hoy me llega otra noticia que justifica mi entusiasmo inicial: los científicos aragoneses han llevado a cabo un segundo ensayo en la misma zona que el anterior, pero con resultados muchos más halagüeños. La experiencia se desglosa en tres variantes: primera, suelta de conejos controlada pero sin medidas complementarias; segunda, suelta de conejos pero protegidos por una cerca electrificada, más que para evitar su fuga, para impedir el acceso de predadores, especialmente el zorro; y tercera y última, siembra de conejos en un determinado territorio vigilado día y noche por patrullas armadas. Como se ve, los científicos aragoneses no trataron de impedir en ningún momento el estrés del conejo, aspiración ciertamente muy difícil. Es decir, dando por inevitables los efectos estresantes de su captura, transporte y vacunación, tiraron por otro camino: dificultar su predación durante los primeros días de la suelta. Entre las dos posibilidades, impedir su aturdimiento o velar por ellos mientras durase éste, optaron por la segunda. Los porcentajes revelan hasta qué punto acertaron los universitarios aragoneses. En el primer caso, que

reiteraba la experiencia inicial, se dio un porcentaje de supervivencia pareja a aquélla: un seis por ciento. Pero cuando se introdujeron en la práctica elementos inéditos de protección, la supervivencia se disparó. Así, mediante la instalación de cercas metálicas electrificadas, se consiguió que un cuarenta y cuatro por ciento de conejos salvara la prueba, porcentaje que aumentó al cuarenta y seis por ciento cuando la cerca se sustituyó por la vigilancia de patrullas armadas.

Como podrá verse, los científicos están en el camino correcto. Sin embargo aún se abren algunas interrogantes ante la eficacia de su quehacer. Primera: la carestía del montaje de las cercas eléctricas en el primer caso, y la complejidad de organizar grupos armados, que patrullen día y noche la zona repoblada durante ocho o diez días, en el segundo. Hay que contar con un elevado número de personas dispuestas a vigilar un sector con la escopeta al hombro y, además, que el terreno elegido sea llano y abierto, supuesto que montar guardia contra el raposo en un sardón espeso de suelo quebradizo y difícil –terreno muy del gusto de los gazapos por otra parte– sería una misión prácticamente inútil.

Pero sobre todas las cosas existe una cuestión decisiva en la lucha contra la neumonía vírica: ¿hasta dónde llega la eficacia de la actual vacuna? He aquí el busilis de la cuestión, ya que de lo que se trata es de repoblar de conejos unas fincas asoladas por la enfermedad. En este punto me faltan los datos de la ciencia, y la opinión del pueblo llano se muestra dividida. Hay quienes creen que los efectos de la vacunación no van más allá de los animales tratados, mientras los más optimistas aseguran que se prolongan hasta la tercera generación. En cualquier caso, dada la rapidez con que se reproduce el conejo, habrá que convenir que, de momento, el remedio no es ninguna panacea. Habrá que estudiar la composición de la vacuna, entonces.

El Semanal, 17 de julio de 1994

Un perro

Al Ithor lo trajo mi hijo Juan al pueblo hace ahora un año. Era un setter gallego, de tamaño reducido, muy cómodo para la convivencia y los traslados. El animal, de aristocrática cuna, era simpático sin excesos, obediente sin exageraciones. Apenas tenía cinco meses cuando Juan le sembró en un perdido media docena de codornices de granja y él, con incomprensible pericia, fue mostrando una tras otra y cobrándolas sin un fallo. Cuando comenzó la temporada de perdiz, el Ithor no se encontraba a gusto en los cazaderos de llanura, pero en cambio en los de montaña, en mohedas adustas, cazaba a la mano o, si se alejaba, sostenía la muestra el tiempo necesario hasta que el cazador llegara. Únicamente le excitaban los tiros. Las detonaciones, aunque fueran contra las perdices mostradas por él, lo enloquecían y tras ellas iniciaba un galope irrefrenable del que era difícil hacerle desistir.

Este defecto llevó a Juan a encomendar su custodia a un hombre duro que vivía en el campo y que durante seis meses trató de inculcar al animal las virtudes del autocontrol y la obediencia. El ayo tenía fama de gran educador, de modo que cuando Juan volvió a traerlo este año al pueblo para abrir la codorniz, nos las prometíamos muy felices. El año y medio de Ithor, en reclusión durante la veda, nos llevaba a pensar que cogería la apertura con ganas y, como suele decirse, debidamente mentalizado. Y me alegraba, además que su reanudación de la caza fuese precisamente con la codorniz, porque en esta modalidad de caza el perro es inexcusable. Yo suelo decir que la caza de la codorniz, en un cincuenta por ciento, es el perro, cuando, en rigor, el perro es *toda* la caza de la codorniz.

Pero, a pesar de nuestras expectativas, Juan y yo quedamos decepcionados cuando, ante el rastrojo virgen, según amanecía Dios, un Ithor ya adulto se perdía en el pajonal en unas carreras alocadas, sin fundamento. Seguía siendo obediente, incluso acudía a las llamadas con solicitud, pero volvía a reanudar las galopadas en cuanto cesaban los silbidos. Y lo más preocupante del caso es que el perro repetía, una y otra vez, el mismo itinerario, seguía la misma línea de morenas, lo que quiere decir que no iba cazando sino que sencillamente se desfogaba.

Las cosas se agravaron cuando a Juan y a mí empezaron a volarnos codornices a los pies. Lo hacían espontáneamente, no por la presión del perro, que seguía corriendo gallos. Sus vientos, muy sutiles cuando

cachorro, habían dejado de tener sentido. No le servían para nada por la sencilla razón de que ya no buscaba la tufarada delatora; tan sólo se sorprendía cuando el rastro lo buscaba a él y casualmente se cruzaban. Entonces sí, entonces el Ithor volvía a ser el can que prometía, dibujaba una muestra académica, muy cautelosa, y terminaba volando la codorniz. Pero inmediatamente se olvidaba de la muestra y volvía a las andadas. Creo que la decisión de Juan de propinarle dos puntapiés resultó contraproducente. Disminuyeron sus correrías, sí, pero acreció su pasividad. Era menor su brío pero mayor su desconfianza. Ahora caminaba tras de nosotros, con la lengua fuera, absolutamente desmotivado. Seguía siendo un animal de bella lámina pero, por alguna razón desconocida, había desistido de ser cazador; la caza había dejado de interesarle.

¿Qué nos movió a Juan y a mí a volver a sacarlo al campo dos días más tarde? ¿Qué fue lo que provocó su transformación? Un Ithor desconocido nos precedía. Se desplazaba a diez metros, de cazador a cazador, y de vez en cuando se alejaba buscando el aire. El morro en tierra, iba y venía, sin hacer un solo movimiento de más. Era el perro sabio, superdotado, que añoraba dos días antes, el perro rastreador que coronaba sus incursiones con posturas de libro: rígido, una mano levantada, la cabeza vuelta, el vientre a ras de tierra, los ojos inyectados. Así una y otra vez, volaba una codorniz, dos, y salía a cobrarlas sin demora. Juan y yo nos mirábamos asombrados. ¿Cuál es el verdadero Ithor, el de hoy o el de anteayer? Nunca había vivido una experiencia semejante, pero es obvio que con los perros hay que tener paciencia, que un perro –como un tenista, al decir de algún comentarista rebuscado– también puede «salirse» de la cacería.

Bueno, pues el tercer día sucedió lo mismo que el primero es decir, al Ithor se le olvidó cazar. Esperemos que la próxima vuelva a dar la de cal. En ésas estamos.

El Semanal, 25 de septiembre de 1994

PM
PALABRAS
MAYORES

MIGUEL DELIBES

Obras completas VI
El periodista. El ensayista





Colección: **Palabras Mayores**

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa

ISBN: 978-84-90712-22-1

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Nota de los editores

El presente volumen, si bien es el sexto de los siete que integran las *Obras completas* de Miguel Delibes, es el último en ver la luz. Lo hace en vísperas del 17 de octubre de 2010, día en que se cumple el noventa aniversario del nacimiento del autor. Desde que se emprendió el proyecto de estas *Obras completas*, sus editores trabajamos con la idea de culminarlas antes de esta fecha, para compartir con el autor un doble motivo de celebración. Pero Miguel Delibes murió el pasado 12 de marzo y la alegría de la ocasión ha quedado teñida de luto. Ello no empaña, sin embargo, la satisfacción que nos produce haber cumplido el objetivo propuesto y conmemorar el que había de ser el noventa cumpleaños de Delibes con el mejor obsequio posible que unos editores pueden hacer a la memoria de un escritor: haber publicado sus obras completas con el mayor de los cuidados y atendiendo en todo momento a su voluntad, como es el caso. Pues importa subrayar, como no ha dejado de hacerse desde un comienzo, que estas *Obras completas* han sido impulsadas y desarrolladas bajo la tutela del propio autor, y que son en consecuencia un fiel reflejo de sus designios. También en lo tocante a este último volumen, cuyo contenido fue convenido en su momento con Delibes, y que respeta por lo tanto las decisiones tomadas por él en lo relativo a los materiales incluidos.

Se recoge aquí una buena parte de la extensísima labor periodística de Miguel Delibes, presente ya en otros dos volúmenes de estas *Obras completas:* el volumen V, dedicado al Delibes cazador (casi todo él compuesto por piezas publicadas originalmente en la prensa periódica), y el volumen VII, titulado «Recuerdos y viajes» (y del que cabe decir lo mismo que del V). El Delibes periodista, pues, sobre el que el presente volumen centra su atención, se desdobla dentro de estas *Obras completas* en el Delibes cazador, en el Delibes memorialista –si es que cabe pensar en él en estos términos– y en el Delibes autor de extensas crónicas de viajes por España, Europa y las dos Américas. Así y todo, el Delibes periodista cuenta con una producción mucho más amplia de la que suman los tres volúmenes. Y ésta es la razón por la que se hace imperioso dar aquí razón del criterio que justifica la inclusión de unos materiales y la exclusión de otros.

Dicho criterio se explica fácilmente: salvo muy contadas excepciones (apenas una docena y media de piezas breves), estas *Obras completas* se limitan a recoger aquellas piezas periodísticas que

el propio Delibes recogió o dejó que otros recogieran en libro en algún momento de su vida. Esto implica que, de la extensísima labor periodística de Miguel Delibes, lo que se da en estas *Obras completas* es, fundamentalmente, lo recogido en los libros que el autor armó a partir de ella: libros sobre caza, libros de viaje, dietarios o libros de recuerdos personales y, finalmente, libros misceláneos, en los que juntó artículos de la más varia índole, mezclados a veces con charlas o textos de compromiso (discursos, prólogos, cartas abiertas, etcétera).

Por lo que toca al presente volumen, el grueso de su contenido lo constituyen los materiales reunidos en estos libros misceláneos, seis en total, que hubieran podido darse tal y como los armó el propio Delibes en su momento, pero que al diseñar estas *Obras completas* se optó por deshacer, con el consentimiento del autor, adjudicando al volumen V los artículos que tratan sobre cuestiones de caza, y al volumen VII los que tratan de recuerdos personales, si bien las fronteras en este terreno son muy lábiles y por lo tanto discutibles.

Los reunidos en este volumen son todos los artículos restantes (siempre contando únicamente los recogidos antes en libro por el autor), que discurren sobre las más variados asuntos, aunque se reconoce en ellos la insistencia sobre algunos determinados. Esta última es la razón por la que se ha decidido agruparlos en ocho bloques temáticos: el primero, sobre periodismo y periodistas; el segundo, sobre fútbol y otros deportes; el tercero (y el más diverso; de hecho, un cajón de sastre en el que cabe prácticamente de todo), sobre «las cosas de la vida»; el cuarto, sobre la Tierra y sus habitantes (es decir, sobre asuntos de la naturaleza y del medio ambiente); el quinto, sobre libros y literatura; el sexto, sobre los libros del propio Delibes y su oficio de escritor; el séptimo, sobre el cine y las experiencias cinematográficas del novelista; y el octavo y último, sobre Castilla y los castellanos.

Como se ve, son todos asuntos muy delibeanos, que no requieren mayor justificación. Bajo estos epígrafes, por otro lado, y como ya ha quedado apuntado, no sólo se reúnen artículos de periódico, sino también reportajes, ensayos de muy variado fuste, discursos, etcétera. Y al menos dos libros completos o casi completos se dan aquí enteramente: *Castilla habla* (1986) y *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela* (2002).

En cada uno de estos bloques, se han reunido al comienzo los artículos propiamente dichos (o los textos que se han dado como tales, aunque su procedencia no sea en todos los casos netamente periodística), y a continuación, siempre ordenados cronológicamente, y con previa indicación orientativa de cuál es el género al que se adscriben, las piezas restantes. Al pie de cada uno de los textos se da el año de publicación de los mismos, una información que se detalla

en las notas a la edición, al final del volumen, donde se indica además en qué libro o libros ha sido recogida la pieza en cuestión y se hacen, siempre que se estiman necesarias o simplemente oportunas, aclaraciones particulares.

Los ocho bloques mencionados constituyen el cuerpo principal del volumen, al que, por ser el último de las *Obras completas*, se han añadido en calidad de apéndices otros materiales diversos, no todos ligados al Delibes periodista y ensayista; entre ellos, las adaptaciones teatrales de tres novelas de Delibes (*La hoja roja, Cinco horas con Mario* y *Las guerras de nuestros antepasados*) y el libro *La Tierra herida. ¿Qué mundo heredarán nuestros hijos?,* de 2005, una larga conversación de Miguel Delibes con su hijo Miguel sobre las amenazas que se ciernen sobre nuestro planeta a consecuencia de la contaminación producida por el hombre.

Como complemento del volumen se brinda al lector y al estudioso una herramienta excepcional: un extenso censo de las colaboraciones periodísticas de Delibes en el transcurso de más de seis décadas, confeccionado por quien quizá sea el mejor conocedor de esta faceta del escritor: José Francisco Sánchez, autor del prólogo a este volumen y, mucho antes, de una importante monografía sobre la materia: *Miguel Delibes, periodista* (Barcelona, Destino, 1989). A él hay que agradecerle su asesoramiento durante los preparativos del volumen y sus generosas contribuciones al mismo, no sólo como autor del prólogo y del censo mencionados, sino también como proveedor de valiosas informaciones.

En el breve texto preliminar al censo de las colaboraciones periodísticas de Delibes se avisa de las variaciones que a veces cabe detectar entre la versión original de los artículos de Delibes y la recogida en los libros misceláneos. Con ocasión de armar éstos no era raro que Delibes retocara los textos e incluso cambiara los títulos, lo cual hace a veces difícil la identificación y la segura datación de algunas piezas.

Como sea, importa advertir al lector que la obra periodística de Miguel Delibes constituye un ingente caudal de escritura, buena parte de ella dispersa aún en periódicos y revistas, que tal vez en el futuro sea objeto de exploración por parte de los editores y dé ocasión, si los herederos del autor lo autorizan, a compilaciones en las que se rescaten materiales de momento poco accesibles, no recogidos aquí. Sin duda se recobrarían de este modo piezas de gran interés, aunque conviene recordar que la producción periodística de Delibes, como la de todo periodista de profesión, comprende no pocos artículos de ocasión y textos de toda suerte, muchos de ellos sometidos al imperio de la actualidad, de las prisas y de la improvisación, y por lo tanto de muy escaso aliciente fuera del contexto en el que fueron generados.

Los editores quieren aprovechar esta nota para dedicar un recuerdo especial a la persona de Miguel Delibes, que nos acompañó y que nos guió hasta el final en los trabajos de estas *Obras completas,* siempre a través de su director, Ramón García Domínguez, que las ha pilotado con entusiasmo y con dedicación extraordinarios, y que no ha regateado esfuerzos para llevarlas a buen término en los plazos programados. A él y a los herederos de Miguel Delibes queremos expresar también nuestro más sincero agradecimiento, y compartir con ellos el contento muy grande que nos supone coronar con este volumen las *Obras completas* de un escritor por muchas razones verdaderamente excepcional, cuya figura y cuyo talante, al igual que sus textos, perdurarán mucho tiempo en la memoria de sus lectores.

Prólogo

por José Francisco Sánchez

I

Miguel Delibes no fue, como tantos otros, un escritor que escribía en los periódicos, sino un verdadero profesional del periodismo. Empezó muy joven en el oficio, con apenas veintiún años: al principio, en 1941, como dibujante ocasional en *El Norte de Castilla* y luego como redactor. Más tarde asumió la subdirección del periódico, el diario más antiguo de España, y por fin la dirección. Quiere esto decir que el Delibes periodista no se constriñe a su producción escrita para la prensa, con ser ésta copiosa y variada. Va mucho más allá: abarca todo el entramado de decisiones complejas que, especialmente cuando ocupó puestos directivos, tuvieron consecuencias en la línea editorial y en la trayectoria empresarial del periódico.

Como es lógico, esa parte no puede compilarse en sus *Obras completas,* así que me ocuparé brevemente de ella en este prólogo. También, porque afecta de manera decisiva a su producción literaria. No se novela en el aire, sino desde una encarnación histórica concreta. Si el novelista es capaz de tocar el hondón de lo humano, su escritura adquiere una autonomía tal –también del propio autor– que le permite pervivir e interesar a mujeres y hombres de cualquier geografía y de cualquier tiempo. Pero el novelista pertenece a su geografía y a su tiempo, a sus circunstancias. En el caso de Miguel Delibes, el periodismo fue algo más que una circunstancia o un modo de vida.

Ciertamente, nunca se dedicó al periodismo en exclusiva. Primero, lo hizo compatible con la preparación de las oposiciones a la cátedra de Derecho Mercantil de la Escuela de Comercio de Valladolid. Luego, cuando las ganó en 1945, con la docencia. Y por fin, a partir del año 1947, y sobre todo desde que recibió el premio Nadal en enero de 1948, con ésta y con la literatura. Las tres facetas profesionales –docencia, periodismo y literatura– se han dado a menudo en la misma persona, pero no, quizá, con el grado de implicación y excelencia que Delibes alcanzó en ellas.

Son legión los escritores que han colaborado de manera más o menos regular en los medios de comunicación y, singularmente, en periódicos y revistas. Tampoco escasean los que, después de años trabajando como periodistas, inician una carrera en la literatura y

abandonan el periodismo en cuanto adquieren notoriedad bastante. Algunos pocos son capaces de simultanear ambas profesiones, pero cuando esto ocurre, casi siempre se trata de periodistas que tienen un estatus especial en sus medios, por lo común alejado de la toma de decisiones ejecutivas. Es verdad que Álvaro Cunqueiro, como Delibes, fue director de *El Faro de Vigo* (1965-1970), que disputa con *El Norte* el decanato de la prensa española, pero las condiciones personales y profesionales en las que uno y otro actuaron apenas se parecen.

La etapa de formación

Entre 1941 y 1947 discurren, en paralelo, las etapas de formación del Delibes periodista y del Delibes escritor. Empieza a colaborar como ilustrador con *El Norte de Castilla,* diario a cuya plantilla se incorporará como redactor un par de años después, en 1943. En 1947 termina *La sombra del ciprés es alargada.* Basta con cotejar su primer artículo, «El deporte de la caza mayor» (1942), con la novela para comprender que entre ambas fechas se produjo en el joven Delibes un crecimiento interior y estilístico de proporciones muy considerables, casi sorprendentes: nadie podría adivinar en la redacción de aquel primer artículo al escritor que ganaría el premio Nadal apenas cinco años más tarde.

Él mismo solía explicar semejante desarrollo de diversas maneras. Por un lado, argüía –y éste será un tema recurrente en sus artículos y novelas– que la capacidad artística suele expresarse por los medios que cada quien tiene más a mano. En su caso, primero encontró la expresión plástica, el dibujo. Luego, descubrió la expresión verbal, hallazgo que atribuyó siempre al manual de Derecho Mercantil de Joaquín Garrigues (le dedicará un artículo, «Garrigues, el maestro», en 1984; recogido en el volumen VII) que tuvo que utilizar en aquellos años para preparar las oposiciones a cátedra. Pero algunas veces señalaba que el ejercicio del periodismo había sido su campo de entrenamiento.

Sin quitar importancia al manual de Garrigues en el despertar de Delibes como escritor, pienso que el periodismo fue el factor decisivo en su formación literaria, porque le obligó a adquirir paulatinamente las destrezas intelectuales más específicas tanto de un escritor como de un periodista: saber mirar, saber escuchar, saber pensar, entender la naturaleza humana y saber contar. Delibes descolló en todas ellas, en parte porque la práctica del periodismo le enseñó a mirar y escuchar para contar a otros, le enseñó a interpretar y, como consecuencia de todo ello, alimentó buena parte de sus temas literarios, como se verá. En 1971 confesaría a César Alonso de los

Ríos: «Me fue muy útil el ejercicio del periodismo provinciano, porque en él tienes que hacer de todo. Solté la pluma. Y, sobre todo, aprendí algo fundamental: a decir mucho en poco espacio».

Delibes solía decir que había entrado en el periodismo por casualidad. Y así fue. En realidad, entró en el periodismo por un conjunto de casualidades. Tenía condiciones para la ilustración, necesitaba algo de dinero para poder llevar con dignidad su noviazgo con Ángeles de Castro, y los principales accionistas de *El Norte de Castilla,* nietos de su fundador, Santiago Alba, eran primos suyos. En el periódico, le recibió don Martín Hernández, sacerdote –el mismo que oficiaría su boda en 1946– y por entonces subdirector. Le encargó unos primeros dibujos, ilustraciones para una información deportiva. Después hizo caricaturas, retratos y diseñó incluso las cabeceras de varias secciones. Pronto empezó a escribir también breves reseñas cinematográficas, lo que le comportaba una triple compensación: porque siempre fue un apasionado del séptimo arte, porque conseguía entradas gratis para él y para su novia, y porque ganaba unas pesetas adicionales. En 1990 recordaría este trance y aquella conversación con don Martín Hernández en su artículo «Medio siglo de periodista»: «En aquel momento no se me ocurrió pensar que había dado un paso decisivo en mi vida. Tal vez sólo buscaba entonces un poco de publicidad para mis caricaturas y unas pesetas para capear el duro invierno que se avecinaba. Nada más. Si alguien me hubiera insinuado entonces que había puesto la primera piedra de una relación vitalicia, lo hubiera tomado a broma».

Su proyecto profesional estaba en otra parte: las oposiciones a cátedra. Pero a comienzos de 1943 se produjeron algunos acontecimientos preocupantes: el delegado nacional de Prensa destituyó al director de *El Norte de Castilla,* Francisco de Cossío, al redactor jefe que actuaba como subdirector y a dos de los redactores, al tiempo que impuso a la empresa un director ajeno al diario. La plantilla de entonces era pequeña y la injerencia del Gobierno había afectado a la mitad de los miembros. En *El Norte* se dieron cuenta de que pretendían una ocupación del periódico sin intervenirlo, así que intentaron sustituir a los destituidos cuanto antes con personal próximo, para evitar que les impusieran otro ajeno. El más próximo, por muchas razones, era Miguel Delibes, pero no disponía del carné de periodista, uno de los sistemas que utilizaba el régimen para controlar el acceso a la profesión y, luego, la profesión misma: bastaba con retirarle el carné a alguien para que no pudiera seguir ejerciendo.

Para que obtuviera el ansiado documento, lo mandaron a la Escuela Oficial de Periodismo, donde realizó un curso de abril a julio de 1943. Con el carné en la mano y al abrigo de sospechas, Delibes se incorporó finalmente al periódico como «redactor de internacional y

editorialista», según figuraba en los datos oficiales de plantilla. Y efectivamente lo fue. Como redactor de internacional, poco podía hacer en un diario sin espacio ni corresponsales, salvo lo que entonces llamaban «hinchar telegramas». Sus editoriales pueden reconocerse porque los firmaba con variadísimos seudónimos: reservó el de MAX (Miguel, Ángeles y la X que significaba la incógnita del futuro de ambos) para las ilustraciones y caricaturas, mientras que en los artículos de fondo utilizaba variaciones de su nombre, de sus apellidos o ambas: «de Seco» (Delibes Setién Cortés) fue uno de los más frecuentes, pero también bailó las letras de su primer apellido «De Lesbi», y utilizó siglas y otros acrónimos. En cualquier caso, desde el punto de vista del contenido, apenas guarda ningún interés el estudio de aquellas piezas. Por dos razones: el editorial era un género obligatorio en la época bajo riesgo de multa, y los temas venían dados desde la Delegación Nacional de Prensa. No sólo los temas, en realidad, sino su mismo desarrollo, mediante unos bocetos que se enviaban a los diarios periódicamente. Delibes se limitó a seguir esas consignas y, a menudo, las transcribió o resumió. No ocurrirá lo mismo más adelante, pero resulta comprensible que así fuera en esta etapa en la que *El Norte* estaba fuertemente vigilado y controlado por las autoridades del régimen.

Editoriales aparte, Delibes hizo de todo: mantuvo su actividad como caricaturista e ilustrador (a la que dedicará un guiño en su primera novela), escribió crónicas de fútbol, críticas de cine, noticias de actos y exposiciones, alguna crítica literaria, además de gacetillas y notas del día en las que resulta difícil descubrir su mano porque ni las firmaba ni era aún reconocible su estilo, que irá tomando forma, precisamente, en estos años. En mayo de 1946 inicia una serie de artículos literarios en los que la voz de Delibes empieza a afirmarse. La tituló «Meditaciones de un solitario», la firmó con sus iniciales (M.D.S.), que se correspondían a la vez con las iniciales del título, y la ilustró él mismo. Aunque esos artículos carecen de la frescura del Delibes posterior, contienen ya un adelanto de muchos de sus temas periodísticos y literarios, aparte de certificar, como digo, un notable asentamiento de su estilo, de su manera de contar.

Los defectos son aún evidentes y quizá por eso no incluyó artículos de esta época en su primera recopilación periodística, pero resultarán utilísimos para quien pretenda estudiar el Delibes anterior a Delibes, por decirlo de algún modo. Además de los rasgos incipientes de estilo, el investigador encontrará en esos artículos buena parte de los argumentos que siempre le preocuparon: la vocación, la infancia, la muerte, el sentido de la justicia, la naturaleza, etcétera.

Es interesante observar, a la vez, cómo la escritura de Delibes gana en sentido de la audiencia a lo largo de estos años. Las etapas iniciales

de cualquier comunicador se ven marcadas con frecuencia no sólo por los tanteos expresivos, sino por un ansia de brillantez a toda costa que casi olvida a los destinatarios del texto. También para Delibes estos años, en sus propias palabras, fueron años de «veleidades literarias», que se manifestaron particularmente en algunos artículos de opinión. Pero, al mismo tiempo, el trajín periodístico diario le iba obligando a pegarse a la realidad, y algunos de sus trabajos lo manifiestan de manera especial.

Sus críticas de cine, por ejemplo, se distinguieron por un carácter marcadamente informativo, que buscaba proporcionar al lector los datos básicos para orientarle en el visionado o en la elección de la película. Rehuyó, casi desde el principio, las consideraciones especializadas, para minorías, y no tuvo empacho en dedicar espacio a películas secundarias. Características parecidas comparecerán más tarde, cuando arranque con las críticas de libros: sencillez en el planteamiento crítico y disposición favorable para abordar cualquier obra que pudiera resultar de interés para el público.

El nacimiento de un novelista

Con la obtención del premio Nadal en enero de 1948, se abre otra etapa para Miguel Delibes, también como periodista. Su firma casi desaparece del periódico entre este año y 1953: queda reducida a la crítica de libros y a alguna crítica cinematográfica esporádica. Todo tiene su explicación.

Conforme toma cuerpo su faceta literaria, se resiente la periodística. Como algunas críticas de *La sombra del ciprés es alargada* habían levantado dudas sobre la verdadera capacidad del nuevo novelista, éste se apresuró a disiparlas con una segunda novela, *Aún es de día* (1949), que quizá por las prisas y por los recortes que le aplicó la censura franquista, resultó fallida. No recuperaría el tono, en realidad no encontraría completamente su voz hasta que publicó en 1950 *El camino*, donde Delibes ya es Delibes.

La notoriedad literaria, además, trajo las primeras invitaciones a colaborar en otros medios (empezando por la revista *Destino* y por *Vida Deportiva,* ambas de la editora de sus novelas), solicitudes de cuentos y conferencias. La vida del catedrático y periodista, cada año con más hijos, se iba estrechando por el lado más débil. Seguía siendo el más joven de la redacción de *El Norte,* y aunque su prestigio se había asentado, tardaron en verlo así los responsables del Consejo de Administración. Finalmente, tras muchas dudas, le encargaron «a prueba» una sección de libros que arrancó en 1950 y en la que trabajaría semanalmente durante los siguientes años. Para el estudioso

de Delibes parece una circunstancia providencial, puesto que permite seguir las lecturas del escritor en esa época y cómo las juzgó. Permite comprobar también que su sentido de la audiencia había madurado completamente: sabía para quién escribía, de modo que huyó de la crítica sofisticada. Al igual que en las críticas de cine, entendió su labor como un servicio. En el pórtico de aquella nueva sección dejó escrito: «Nadie está libre de equivocaciones, y yo, particularmente en esta cuestión de estimación literaria; me guío un poco por el olfato y por un elemental instinto, ando un tanto a ciegas, sin base sólida y adecuada. No obstante, es una opinión así, la opinión de un hombre normal al margen de toda clase de erudición, la que debería interesar y pesar sobre los presuntos lectores».

También pertenece a ese sentido de la audiencia el talante moral que se afianza en sus textos año tras año, pero que aparece incoado –al principio de un modo elemental– tanto en sus críticas de cine y libros como en los pocos artículos de esta temporada.

Al frente del diario

Los hechos ocurridos en torno al año 1944 habían dado lugar a un *El Norte de Castilla* casi completamente sometido al control de la Administración: el director y el subdirector habían sido reemplazados por hombres ajenos a la empresa –uno de ellos, para mayor agravio, trabajaba en la oficina local de la censura–, y los dos redactores destituidos eran también los más antiguos. Permanecieron sólo aquellos que, por su militancia, no levantaban sospechas del régimen, y entró un Miguel Delibes, colado de rondón y jovencísimo.

A estos avatares se sumaba el peso de la censura previa de las informaciones, las consignas editoriales obligatorias, el control del escasísimo cupo de papel en manos del Estado –*El Norte* salía con cuatro planas– y un sinfín de otros condicionamientos que, para un periódico de tradición liberal resultaban, evidentemente, abrumadores. Se sentían como un diario intervenido, del que apenas quedaba otra cosa en manos del Consejo de administración que la mera propiedad.

Se comprende que, en estas circunstancias, desde *El Norte* vieran con esperanza la constitución del nuevo Ministerio de Información y Turismo en julio de 1951, que había repuesto a Gabriel Arias Salgado como ministro y a Juan Aparicio como director general, en la cúpula rectora de la prensa. Confiaban en una liberalización del régimen y se aprestaron a aprovecharla. El principal objetivo para el Consejo, maravillosamente asesorado por Fernando Altés Villanueva, consistiría en deshacerse del director impuesto. El hombre de la casa pensado

para sustituirlo era Miguel Delibes, el más joven de la redacción, pero ya reconocido por su talento literario, ratificado en 1950 con la aparición de su tercera novela, *El camino,* que recibió el aplauso unánime de la crítica.

Sin duda, influyó también el que César y Jaime Alba, primos suyos, formaran parte del Consejo. Pero no debe exagerarse la importancia de este factor: la relación de Delibes con los Alba nunca fue del todo fluida, como se verá, y de hecho tardaron en reconocer sus méritos y cualidades. Como botón de muestra, baste decir que, con dos novelas y el premio Nadal en sus manos, Jaime Alba pide en 1949 que se encargue a Delibes una sección de crítica literaria «provisionalmente, a título de ensayo». Sin contar con que se le mantuvo en la categoría profesional de «redactor de segunda» hasta que fue promovido, en 1953.

El Ministerio no sólo rechazó la propuesta elevada por *El Norte* de relevar al director impuesto, sino que amenazó con restringir aún más el cupo de papel si no se le otorgaba un nuevo contrato. Así las cosas, decidieron tomar otra vía y procurar el nombramiento de Delibes como subdirector. Lo consiguieron, finalmente, y aprovecharon el nuevo contrato para despojar al director de buena parte de las funciones que le eran propias o se las limitaron a favor del subdirector recién nombrado.

Casi dos años costó el proceso, porque desde Madrid ponían muchas pegas al nombramiento de Delibes. Siempre sería así, siempre les resultaría incómodo. A falta de argumentos más defendibles, dijeron que iba poco por el periódico y que apenas firmaba. Como consecuencia, su actividad en esos años se multiplicó: además de las críticas de libros, retoma las cinematográficas, hace entrevistas, escribe editoriales, artículos... Algunos días su firma apareció hasta cuatro o cinco veces.

Alcanzado el nombramiento, volvió a retirarse a su sección de libros y se prodigó menos en el resto del periódico, porque estaba ocupado en otras labores: las de recuperar la línea ideológica liberal de *El Norte*.

En puridad, Delibes fue director del diario desde 1953. El período que va entre este año y 1958, año en el que, por fin, la empresa consiguió desprenderse del director impuesto, fue relativamente cómodo para Delibes. Pudo trabajar con cierta paz en la reestructuración editorial del diario, en la búsqueda de colaboradores y en las campañas informativas que lanzó. Se encontraba en una posición protegida: el director impuesto le servía de escudo. Era Delibes quien contestaba los oficios de la Delegación de Prensa en los que se advertía o amenazaba al diario por el enfoque de algunas o muchas de sus informaciones, aunque las respuestas llevaban la firma

del director.

Delibes emprende la recuperación del carácter liberal, castellanista y agrario de *El Norte de Castilla,* ideal en el que coincidían el Consejo y parte de la redacción, pero no el régimen político. La búsqueda de una audiencia más amplia –toda Castilla y no sólo Valladolid– comenzó con el lanzamiento de una campaña «En defensa del arte castellano». No tuvo mucha eficacia práctica, pero sirvió para marcar un incipiente tono reivindicativo que, de momento, aún no tenía por qué levantar sospechas en la censura. Después de esa campaña, Delibes lanzó otra más específica, destinada también a toda Castilla, especialmente a la agraria: la «Campaña para la creación y mejora de escuelas», que fue continuada, ya en 1955, por otra «En defensa de la Universidad de Valladolid», que el Gobierno pretendía fusionar con la de Bilbao.

Como primera medida, y antes incluso del lanzamiento de esas campañas sucesivas, Delibes había reunido en una sola página y bajo el rótulo «De la región» las noticias provenientes de toda Castilla, hasta entonces dispersas en el periódico. Es otro indicio claro de la audiencia que pretendía construir. A esa sección añadió, en 1955, los suplementos «Las cosas del campo» y «Ancha es Castilla», con lo que la definición de su público y la recuperación del talante fundacional del diario se hacía visible en la selección y tratamiento de los contenidos, que fueron adquiriendo nervio y propósito.

Como no podía ampliar la redacción, recurrió a múltiples colaboradores. Se formó en torno a él una peculiar escuela de periodismo con los jóvenes talentos que Delibes fue reclutando. Muchos de ellos se convertirían en figuras destacadas del periodismo, de la literatura o de ambos con el andar del tiempo: José Jiménez Lozano, José Luis Martín Descalzo, Francisco Umbral, Manu Leguineche, César Alonso de los Ríos, por ejemplo. Delibes los recuerda en su texto «El grupo “Norte 60”».

No consta que los esfuerzos encaminados a retomar el prestigio castellanista y agrario fueran vistos con sospecha por las autoridades de prensa, salvo algunos aspectos de la campaña en defensa de la universidad. Sin embargo, el tercer empeño, la restitución del carácter liberal, resultó más difícil: sólo en 1954, el diario sufrió cuatro severísimas amonestaciones. El motivo de la primera de ellas ejemplifica sobradamente las circunstancias en las que se movían: la Delegación Provincial estimó que el periódico no había destacado suficientemente la conmemoración del primero de abril, «aniversario de la Victoria», porque Delibes la había limitado a una foto de Franco en primera, a dos columnas, y a un editorial breve, también a dos columnas.

Los roces con la Dirección General de Prensa se agravaron en 1955, hasta el punto de que Juan Aparicio, el director general, escribió en

los siguientes términos a uno de los consejeros del periódico, Segismundo Royo-Villanova: «Está situación me preocupa –se refiere a que de hecho mandaba Delibes y no el director, y a las consecuencias que esto tenía en la línea editorial–, pues tú comprenderás que de ella pueden derivarse males que no se podrán evitar, dada la naturaleza del trabajo que corresponde a un periódico. Yo creo que habría que enderezar algunas cosas dentro de aquella casa y revisar un poco la situación general que, de seguir así, puede ocasionar daños difícilmente reparables».

El tono amenazador era evidente. Delibes había entrado, como personaje sospechoso, en el radar de la Dirección General de Prensa. Se trataba, con todo, de una situación ambigua, en un régimen de censura muy complicado, aliviado algo por las relaciones personales.

Delibes noveló parcialmente esta etapa en *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* (1983), pero también se ocupó de ella en la serie de artículos «La prensa española en los años cuarenta», difundida por la agencia EFE entre marzo y junio de 1979, y recogida en este volumen («La censura de prensa en los años cuarenta»). Basta con acudir a cualquiera de esos textos para comprender el desgaste que suponía trabajar en esas circunstancias, particularmente para un hombre con su sensibilidad, rectitud y sentido de la justicia. Pero sería aún peor, mucho peor, en años posteriores.

La asunción de estas actitudes reivindicativas supone un fuerte giro respecto a la audiencia a la que interpelaban los escritos de Delibes en los años anteriores. Aún así, dadas las circunstancias, ese giro todavía no se hace patente en los textos de esa época sino de un modo germinal. Pero ahí está: en los artículos del año 1952, por ejemplo, se aprecia una notable presencia de temas de carácter social, tratados a menudo con la excusa de algún acontecimiento o documento religioso o de alguna noticia de carácter internacional. Ambos escudos –el religioso y el internacional– serían profusamente utilizados más tarde para abordar, quizá sin mencionarlos directamente, espinosos asuntos de política nacional. También en esta época afloran otros motivos periodísticos y literarios que se convertirán en temas constantes de Delibes: la sensibilidad ecologista, el miedo a un progreso sin controles morales, y la preocupación por el campo castellano (en un artículo de 1952, «Despoblación forestal», se encuentra, por ejemplo, un antecedente inmediato del capítulo IX de *Las ratas,* de 1962).

Así y todo, la producción periodística de Miguel Delibes se movía aún, en apariencia, en el ámbito de lo meramente literario y costumbrista. Sus primeras crónicas de viaje, las de Chile, así lo manifiestan, como las novelas de esta época, sobre todo los dos *Diarios* de Lorenzo el cazador (de 1955 y 1958). *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), sin embargo, apunta ya de manera directa la decisiva influencia que

tuvo su vida periodística en su producción literaria. Una impronta que se vería acentuada con el paso del tiempo, hasta alcanzar su culmen en *Cinco horas con Mario* (1966).

Con todo, esas primeras crónicas chilenas (reunidas en 1961 bajo el título *Por esos mundos* e incluidas en el volumen VII de estas *Obras completas)* adensan ya los tonos y los modos que serían propios de todas las crónicas viajeras del escritor: carecen de datos estadísticos, de citas, de referencias a estudios o informes; Delibes se limita a contar pensando en cómo verían sus lectores aquello que él mismo ve y describe. En el fondo, como ha manifestado a menudo, se dedica a descubrir la misma naturaleza humana en otro paisaje. Pero quizá lo más interesante de esas crónicas sea su carácter conversacional: Delibes entiende el relato como un diálogo con el lector, algo que sólo se hará estilísticamente explícito en sus crónicas de 1968 desde Praga, pero que puede reconocerse en multitud de rasgos de su prosa.

El asentamiento de un propósito

La serpenteante operación destinada a colocar a Miguel Delibes al frente de *El Norte de Castilla* culminó con su nombramiento como director interino en 1958. Fue un proceso lleno de dificultades que he descrito con detalle en otra parte (véase mi libro *Miguel Delibes, periodista,* Destino, Barcelona, 1989). El Consejo de administración de *El Norte* demostró firmeza, resolución y prudencia. Intentaron y consiguieron recuperar la iniciativa y el carácter del periódico al tiempo que supieron velar por la seguridad jurídica y económica de la empresa. Estos avatares hicieron más fuerte al Consejo: muchos de sus miembros no vivían en Valladolid y tuvieron que disponer un sistema de trabajo por correspondencia que resultó inusualmente ágil y eficaz y que, al mismo tiempo, fortaleció el papel de las dos figuras a pie de obra en Valladolid: Fernando Altés Villanueva, entonces gerente, y Miguel Delibes Setién acabarían por asumir casi todo el protagonismo.

La llegada de Delibes a la dirección le priva de cualquier tapadera: queda ya, a todos los efectos, en primer plano. Tomando las precauciones debidas, y siempre de acuerdo con Altés, intensifica las líneas editoriales del período anterior, forzando los límites del régimen de prensa. Inicia una pugna constante por arañar cotas de libertad, incluso frente al propio Consejo, en el que los hermanos Alba se hicieron más fuertes, puesto que César Alba sustituyó al fallecido Antonio Royo Villanova como presidente.

Comienzan a producirse en esta época graves enfrentamientos directos de Miguel Delibes con las autoridades de prensa, de modo especial en 1960, con Adolfo Muñoz Alonso, a propósito de los

premios periodísticos de *ABC* y de otras menudencias bien significativas. Delibes nunca había gozado de los favores de la Dirección General de Prensa, pero las dificultades se tornaron más frecuentes y duras con el paso del tiempo.

Pronto se sintió muy incómodo en la dirección de *El Norte*. Las imposiciones de la censura y de las autoridades de prensa le abrumaban. Se veía, en sus propias palabras, «vejado y humillado». Por eso pensó en abandonar el cargo. El 24 de octubre de 1960 escribía a su primo Jaime Alba, consejero del periódico, en los siguientes términos: «Ya te he dicho muchas veces que lo más irritante de la censura no es lo que corta, sino lo que te obliga a decir por boca de ganso [...] Cada día me siento más vejado, enfurecido y roído de escrúpulos en este cargo. Tan sólo me consuela el hecho de que, al menos, mi sensibilidad no se haya acorchado todavía».

En efecto, la elección de temas y enfoques debía hacerse teniendo muy en cuenta esa audiencia intermedia, la censura, para no molestarla y, si resultaba hacedero, para procurar sortearla. El despliegue de medios e imaginación de que hizo gala Delibes a esas alturas del franquismo fue notable, pero no lo suficientemente discreto como para evitar que Muñoz Alonso, por entonces director general, juzgase que el novelista «intentaba tomarle el pelo», lo que dificultó enormemente su nombramiento definitivo como director, que se retrasó dos años.

Influyó también en ese retraso el que, por ejemplo y también según Muñoz Alonso, «los comunistas decían que en las novelas de Miguel Delibes se atacaba al régimen». Ocurría que, más aún que en épocas anteriores, los temas literarios del escritor se acompasaban con sus preocupaciones periodísticas, hasta el punto de llegar a decir que novelaba lo que no podía contar en el periódico. No debo pararme ahora en ellos, pero la mera enumeración de los títulos de estos años ejemplifica sobradamente la afirmación anterior: *La hoja roja, Las ratas, Viejas historias de Castilla la Vieja, Cinco horas con Mario*...

Pero la carta a Jaime Alba antes mencionada refleja otra lucha paralela: la del director con su Consejo de administración. El Consejo siempre apoyó a Delibes y Altés o ellos supieron imponerse. El problema no radicaba en una falta de conexión ideológica, sino en que los principales accionistas se preocupaban, no ya por la buena marcha económica de la empresa, sino por su mera supervivencia como tal. Permanecía aún el riesgo de incautación del periódico, y lo tenían muy presente. Como por añadidura, varios de los consejeros más importantes no residían en la ciudad, tendían a sobrevalorar los rifirrafes con la Administración franquista de la que, por cierto, algunos formaban parte. Esto último significaba que recibían presiones directas de sus colegas, si bien es verdad que, gracias a estos

consejeros, consiguieron defenderse mucho mejor de las trabas y, por veces, de las embestidas del Ministerio. Por ejemplo, Segismundo Royo-Villanova, que en la época era subsecretario de Educación Nacional, jugó un papel decisivo en los avatares que culminaron con los sucesivos nombramientos de Miguel Delibes y, posteriormente, en la defensa del periódico frente a las arremetidas del Ministerio de Manuel Fraga.

El último párrafo de la minuta que registraba una conversación de Altés con Royo en julio de 1960 me parece muy significativo; «Como resumen de todo, me encarga Segis [Royo-Villanova] [...] que procuremos convencer a Miguel de que ande con cuidado y se dé cuenta de que, sin quererlo, puede perjudicar a la empresa, y de que ésta no tiene más remedio que colaborar con el régimen».

Se trataba, por tanto, de mantener un equilibrio difícil entre la prudencia y la defensa de la independencia periodística. Tanto más difícil de conseguir dada la complicada relación personal de Miguel Delibes con sus primos –especialmente con Jaime–, que no facilitaba mucho el entendimiento entre las partes, pese a la frecuente correspondencia que se cruzaban.

Pero si Delibes relanzó *El Norte* con nuevos bríos fue porque se sintió, al menos hasta 1963, respaldado por el Consejo. No obstante estos matices, el Consejo consiguió que en 1960 fuera confirmado como director en propiedad de *El Norte de Castilla* por el director general de Prensa, Adolfo Muñoz Alonso.

Mal que bien, con sinsabores que minaron su salud, y apoyado en un grupo amplio de jóvenes colaboradores (procedentes, en su mayoría, del catolicismo militante), Delibes consiguió levantar un prestigio de independencia para *El Norte,* del que todos eran conscientes, y que recibió incluso algunos reconocimientos internacionales. Aprendió a manejarse en el sistema de censura e imposiciones, hasta que cambió.

Abandono de la dirección de «El Norte de Castilla»

En julio de 1962 entra Manuel Fraga en el Ministerio de Información y Turismo. Le acompañaba Manuel Jiménez Quílez como director general de Prensa. Se apresuraron a anunciar una liberalización del sistema y una nueva Ley de Prensa, que vería la luz cuatro años más tarde. En el ambiente de esperanza creado por los nuevos dirigentes, Delibes perdió pie.

Los años anteriores habían sido duros, debido a la animadversión explícita del director general. Ahora parecía que el horizonte podría despejarse, y Delibes lanzó a *El Norte* a campañas aún más agresivas.

En realidad, los tiempos habían cambiado poco aún; desaparecieron las consignas escritas, pero se multiplicaron las que no dejaban rastro: llamadas telefónicas, presiones directas o indirectas, y no sólo desde el Ministerio de Información. La censura delegada le fue devuelta, pero casi prefería continuar sin ella (la censura previa exigía la revisión de los originales por parte de la autoridad gubernativa: se trataba, por tanto, de una censura preventiva; la censura delegada dejaba esa revisión previa en manos del director del diario y actuaba sobre la publicación: se trataba, por tanto, de un sistema represivo). Las campañas a favor de la elevación del precio del trigo, del plan Tierra de Campos y, en general, de los pueblos de Castilla alcanzaron en parte sus objetivos, pero terminaron por alejarlo de la dirección del periódico en 1963, porque el Ministerio quiso que se nombrara a otra persona como intermediario entre ellos y el periódico.

En este período, Delibes impulsó aún más la crítica política y social en el periódico, reforzada desde 1961 por «El Caballo de Troya», sección señera del nuevo suplemento semanal de diez páginas. Sus campañas en favor de la elevación del precio del trigo y en pro de un plan social para los pueblos castellanos dieron lugar a un nuevo choque frontal del novelista con el Ministerio de Información, sazonado con múltiples peripecias. El propio Delibes me lo contó así:

Empezaron a llamarme todos los sábados de una manera inevitable. Jiménez Quílez, que era el director general, me llamaba, se sulfuraba. Yo le dejaba desahogarse y luego le decía:

–Pero bueno, entonces, ¿esto de la libertad que decís no es cierto?

–Sí, hombre, ¿cómo no va a ser cierto?

–Pero entonces a mí no me lo aplicas. Esto quiere decir que lo que yo digo es mentira.

–No, no. Tú sabes más de Castilla que nosotros.

–Entonces, si lo que yo digo es verdad y me dais libertad para decirlo, no veo por qué me llamáis.

–Pues, hombre, es el tono que empleáis, esas palabras...

Yo sacaba una libreta y apuntaba las palabras que les habían molestado: que si «Castilla en escombros», que si «La ruina de Castilla»... Pero llegaba a Valladolid y decía:

–Hay que seguir lo mismo, pero evitando estas expresiones. Y seguíamos con la misma campaña.

El Ministerio terminó por comprender que las medidas adoptadas hasta entonces con Delibes ni habían funcionado ni funcionarían nunca. Así que ofreció a la empresa tres opciones destinadas a embridar al director de *El Norte*: la reposición de la censura previa, la destitución del director, o el nombramiento de un subdirector que

actuase como mediador entre la Dirección General de Prensa y el periódico. Lógicamente, teniendo en cuenta las circunstancias políticas y el aura liberalizadora del nuevo equipo ministerial, los gobernantes se inclinaron por la última, que prosperó.

Esta vez el apoyo del Consejo no fue unánime ni incondicionado y, después de seis meses repletos de escollos –aunque con éxitos periodísticos grandes: entrevistas exclusivas con dos ministros y efectiva elevación del precio del trigo–, Delibes decide apartarse voluntariamente de la dirección en junio de 1963. Las razones que le conducen a esta decisión son varias. Algunas las había explicado poco antes en un escrito dirigido al Consejo: «He de hacer notar mi cada día mayor imposibilidad de dedicar a *El Norte de Castilla* el tiempo que su dirección requiere, la fatiga que me procura la solución de los nimios problemas diarios que no pueden delegarse porque los portadores de los mismos los consideran de vida o muerte y "han de tratarlos necesariamente con el director", y sobre todo la depresión moral y el desgaste que conlleva esta lucha contra nervios que es un régimen de censura real sin censura aparente [...] Tal vez la solución más favorable del problema fuese el nombramiento de un subdirector de la confianza de la empresa que actuara como director por un tiempo indefinido, si se quiere, en íntima colaboración conmigo y bajo mi asesoramiento».

Coincidían así los deseos del Ministerio con los deseos de Miguel Delibes. Pero el asunto se agravó porque, cuando la empresa nombró subdirector a Félix Antonio González, éste fue llamado a Madrid y –según parece– el Ministerio le concedió derecho de veto sobre algunas decisiones del director, al tiempo que le hacía responsable de todo: «Si el director se desmanda, usted se va a la calle», cuenta el novelista que le dijeron en Madrid a Félix Antonio.

En estas condiciones, Delibes no podía seguir. Pero, además, echaba de menos el respaldo de la empresa, y publicó una nota en el periódico en la que anunciaba su apartamiento de la dirección sin consultarlo con el Consejo. Resumen muy bien sus sentimientos dos frases de una carta que dirigió entonces al presidente del Consejo, César Alba, para justificar su actitud: «Yo no sé estar a sabiendas en la indignidad y ahí estaba –nos guste o no– desde hace un par de meses».

El Consejo recibió con disgusto su decisión, pero consiguió reintegrarlo al periódico tres meses más tarde, gracias al buen hacer de Fernando Altés Villanueva, gerente del periódico entonces y verdadero protagonista –con Delibes– del desarrollo y consolidación de *El Norte de Castilla* en la segunda mitad del siglo. Delibes regresó con el título de delegado del Consejo en la redacción. Su nueva condición –un tanto extraña, porque seguía siendo director de derecho, pero no aparecía como tal– le permitía soslayar las

incomodidades de los asuntos ordinarios, para dedicarse principalmente a las grandes líneas editoriales y a la prosecución de nuevos proyectos. Al mismo tiempo, se movía en una zona jurídicamente nebulosa que, supuestamente, le evitaría nuevos enfrentamientos con las autoridades de Prensa.

Fraga reconoció en uno de sus tomos de memorias que, desde Valladolid, le mandaban *El Norte* «muy subrayado» y, obligando a Delibes a apartarse de la dirección, pensó que lo desactivaba.

Sin embargo, de la iniciativa personal de Delibes surgieron aún nuevos empeños destinados a prestigiar a *El Norte* frente a sus competidores vallisoletanos: la creación de una Sala de Cultura, la fundación de un cine-club y, sobre todo, un enésimo intento de convertir el diario en el gran periódico regional de Castilla. Eran tres magníficas ideas, pero difíciles de llevar adelante. La primera arrancó con un éxito grande: la Sala de Lectura de *El Norte* se vio desbordada por la afluencia de personas que acudieron a la disertación de Julián Marías. La segunda conferencia, encargada al escritor José María Gironella y prevista para marzo de 1965, tuvo que ser cancelada por mandato gubernativo ante «una posible alteración del orden público, dado que grupos hostiles al señor Gironella con pistolas –y licencia de armas– estaban al parecer dispuestos a utilizarlas contra dicho señor». Estos acontecimientos motivaron una larga carta de Delibes al ministro Fraga Iribarne que comenzaba así: «Excelentísimo Señor: ¿Hasta dónde puede llegar un periódico en la defensa de la libertad y de la Verdad?». Después de exponer con detalle los sucesos acaecidos el día anterior en torno a la frustrada conferencia de Gironella, Delibes concluía: «Disculpe tan larga epístola fruto de mi irritación de periodista amante de la Verdad, que se siente maniatado e impotente a la hora de expresarla». No eran palabras demasiado suaves, si se recuerda que iban dirigidas al mismo ministro que sólo un año antes había enviado a Manuel Fernández Areal, entonces director del *Diario Regional* de Valladolid, a un consejo de guerra. También ese incidente sirvió para que Delibes hablase con enorme claridad. En carta dirigida al presidente de la Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa, que dejó totalmente desatendido a Fernández Areal, el novelista escribió: «Estimo que la ocasión [el consejo de guerra a Fernández Areal], antes que para solicitar favores, se prestaba para sentar –o intentarlo al menos– este principio: un periodista no puede quedar a merced de la primera autoridad que se sienta agraviada por sus escritos».

Ya se ve que, si Miguel Delibes pretendía una cierta paz con las autoridades de prensa, no la consiguió. Y si alguien quiso ver cobardía en su apartamiento de la dirección de *El Norte,* basten estas dos muestras, entre otras muchas, para poner de manifiesto lo contrario.

Pero ni la valentía ni la inteligencia ni el entusiasmo fueron suficientes para que Delibes consiguiera sus otros dos objetivos. El cine-club que el novelista pretendía distaba mucho de lo que se podía conseguir con los medios disponibles y ante las dificultades que opusieron las salas de exposición comerciales. Y el proyecto de convertir *El Norte* en un diario regional no pareció demasiado realista al Consejo, o le pareció demasiado arriesgado desde el punto de vista económico. Se despachó su informe con un escueto: «Mejor llegar temprano y puntualmente a los puntos de venta».

Para entonces ya había entrado en vigor la Ley de Prensa de 1966, que disgustó profundamente a Delibes y a casi todos los periodistas españoles. La Ley obligaba a las empresas a otorgar un nuevo contrato a sus directores según las condiciones que la propia norma legal establecía. Delibes se negó a firmarlo y, después de un forcejeo de meses con su editora, el contrato fue suscrito con un nuevo director.

Delibes quedaba así con el único título de «delegado del Consejo en la redacción», aunque algunos consejeros preferían llamarle «delegado de la redacción en el Consejo», por la solicitud continua de mejoras salariales y profesionales para los redactores. Arrancaba en 1966 su penúltima etapa en *El Norte de Castilla.*

Penúltimos tiempos en «El Norte de Castilla»

Desde 1960 hasta 1970, fecha en la que se produjeron cambios significativos en la composición del Consejo, la vida periodística de Miguel Delibes se puede resumir en un continuo pisar la raya sin saltarla, como él mismo decía. Pero había dos rayas: la raya de la censura y la raya del propio Consejo de administración.

La raya externa, la de la censura, la pisaba con frecuencia mediante expedientes diversos e ingeniosos: seleccionando con intención los recortes que ofrecía en la sección de revista de prensa, titulada «Ideas ajenas», o entrevistando a José María Gironella cuando a éste le prohibieron publicar un artículo sobre las ideas de don Juan de Borbón acerca de la marcha política de España. Teóricamente, Delibes publicó una entrevista con Gironella. En la práctica, Gironella decía lo que no le habían dejado publicar (véase el apéndice V, al final de este volumen).

Pero la otra raya, la doméstica, la del propio Consejo de la empresa, se convirtió en una fuente de amarguras. En especial, la relación de Miguel Delibes con su primo el embajador Jaime Alba, a quien el escritor acusaba de connivencia con el ministerio de Manuel Fraga. Semejante situación y el estado de ánimo correspondiente se reflejan muy bien en el siguiente párrafo tomado de una carta que Delibes

dirigió al presidente del Consejo, César Alba: «Con amargura me he informado de los acuerdos de los últimos consejos de *El Norte*. Desde hace años tengo el convencimiento de ser el blanco de la iras del Ministerio. Les resulto un tipo incómodo. Les molesto. Tal situación, como bien sabes, me ha ocasionado grandes sinsabores y quebrantos de salud que he soportado por cariño al periódico al saberme respaldado por el Consejo. Hoy, este apoyo, en buena parte, ha fallado, y, en consecuencia, yo sobro en todo puesto directivo. No nos engañemos, querido César. Con "revisar" editoriales e ideas ajenas no adelantamos nada, puesto que ambas secciones vengo revisándolas desde su creación. De lo que se trata ahora es de revisarlas con el criterio del Ministerio y del de algún consejero. Y esto no puedo ni quiero hacerlo. Tendría que volver a nacer y nacer distinto».

En el mismo tono se manifestaría Delibes poco después a propósito de la supresión, por orden del presidente del Consejo, de la columna de Manuel Jiménez de Parga: «Tampoco se le ha ocurrido al presidente consultar con su delegado en la redacción antes de barrer esta firma de la nómina, para complacer al ministro. Al señor Fraga no le gusta el señor Jiménez de Parga y esto es suficiente. No deja de ser irónico que tu hermano y tú os lamentéis de que *El Norte* está muerto sin preguntaros en qué medida lo matáis vosotros. Queréis teóricamente un diario independiente y os plegáis a los deseos de Fraga en cuanto éste los formula. De esta manera, quien manda aquí, desde hace más de un año, es el señor Fraga, por doloroso que sea reconocerlo».

Pero a Jaime Alba no le costaba reconocerlo y, de hecho, escribió a Miguel Delibes para hacerle ver que buena parte del éxito de *El Norte* se debía a sus «relaciones de compañerismo y amistad con Manuel Fraga, a quien –concluía– un día podremos muy bien echar de menos».

En el fondo, por tanto, las dos rayas no eran tan distintas. Como consecuencia, en estos años se confirma un proceso de paulatino distanciamiento entre la orientación ideológica que Delibes pretende para el periódico y la actitud de algunos consejeros.

Todo ello contribuyó a que la dedicación de Miguel Delibes al periódico decreciera paulatinamente. *El Norte*, subido a la ola de expansión que experimentó la prensa en esa época de desarrollo, crecía en tirada y difusión, pero la pérdida de calidad con los directores que siguieron a Delibes fue manifiesta, hasta el punto de que el diario llegó a convertirse en una parodia de sí mismo y reemprendió secciones y campañas inventadas por Delibes diez o incluso quince años antes.

En los últimos años sesenta, Delibes apenas acudía a las reuniones del Consejo y se limitaba, en la práctica, a ejercer sus funciones

orientadoras a través de un Comité de Redacción creado con ese propósito, además de gestionar y revisar colaboraciones y seguir la marcha de la Sala de Cultura y del cine-club.

A partir de la muerte de César Alba en 1970 y de la defenestración de Jaime Alba en la junta general de accionistas de ese mismo año, se modifica sustancialmente la composición del Consejo. Delibes vuelve a frecuentar las reuniones, presididas ahora por Alejandro Royo-Villanova. Se le ofrece incluso un puesto de consejero, que no acepta, a pesar de que ya habían desaparecido los principales motivos de discrepancia. Con todo, su intervención resultaría decisiva a la hora de reestructurar en diversas ocasiones la redacción del periódico.

Por lo demás, en 1973 Delibes fue elegido miembro de la Real Academia Española. En 1974 falleció su mujer y el escritor atravesó una crisis personal y profesional larga y profunda de la que tardaría tres años en recuperarse. Su influencia en el periódico decrece en este período. Sigue sin aceptar los ofrecimientos de incorporación al Consejo y declina también, en 1975, la oferta de *El País,* que quiso hacer de él su primer director. Por fin, en 1983, acepta el nombramiento de consejero de *El Norte de Castilla,* condición que no varió con los cambios en la propiedad del periódico.

II

De lo narrativo a lo argumentativo: los textos periodísticos de Miguel Delibes

En este volumen se recoge sólo una parte de la producción periodística de Miguel Delibes en varias decenas de diarios y revistas. Casi todos los periódicos españoles publicaron algún artículo de Miguel Delibes distribuido por las agencias LOGOS, SERCO o EFE. Pero además entregó artículos originales a diarios como *La Vanguardia, Informaciones, Madrid, El Noticiero Universal, Tele-Express, Ya, ABC, El País, La Razón* o a revistas como *Destino, Triunfo, El Español, El Ciervo, Cuadernos Hispanoamericanos, Trofeo* o *El Semanal*. Resulta significativo que, fuera de *El Norte*, la mayor parte de sus colaboraciones periodísticas se hayan destinado a las agencias de prensa o, como en el caso de *El Semanal,* a una revista distribuida por muchos diarios.

Los volúmenes de estas *Obras completas* correspondientes al Delibes cazador, viajero o a sus escritos autobiográficos proceden, en su mayor parte, de recopilaciones de crónicas y artículos periodísticos que el autor agrupó en libros. Títulos como *Por esos mundos, Europa, parada y fonda, USA y yo, Con la escopeta al hombro, Un año de mi vida* y tantos otros comparten un mismo origen con olor a tinta, urgencias y papel de periódico o revista. El presente volumen recoge más material periodístico salido de su mano.

Me detendré ahora en los temas periodísticos de Miguel Delibes, resumiendo –a veces al pie de la letra– lo que ya escribí hace años en el primer número de la revista *Comunicación y Sociedad* (1988).

En contra de lo que parece sugerir tan amplia producción, Delibes advirtió muy pronto que no disponía de una pluma dúctil, capaz de acomodarse sin enojo a cualquier género literario: «Diríase –escribía en 1954– que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree. Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras facetas que nada tienen que ver con ella» («La difícil vida del escritor»).

Hablaba así al hilo de su propia experiencia. De hecho, sus artículos nacieron más a menudo de la necesidad económica que de la afición del autor a este género: «Ya es sabido –reconocía en el prólogo a su primera recopilación de artículos, *Vivir al día* (1968)– que la efímera literatura de prensa es la más rentable dentro de lo poco rentable que

en todo caso resulta la literatura en nuestro país».

La conjunción de ambos factores –dificultad para cambiar de género y necesidad económica– determina que Delibes escriba menos artículos y más novelas a medida que su situación se torna holgada. Pero un tercer motivo se une a los ya indicados para explicar su producción como colaborador periodístico: Delibes no era capaz de escribir –o al menos, de escribir a gusto– sin un tema sólido entre las manos. Más de una vez manifestó su admiración por ciertos articulistas que, como González Ruano o Umbral, eran «capaces de sacar algo de la nada» (*Un año de mi vida*, anotación del 17 de diciembre). Se le hacía trabajoso y arduo repentizar, escribir a cualquier hora de cualquier día sobre cualquier cosa y contra reloj. Tampoco era capaz de escribir por encargo y, de hecho, desatendió casi todos los que le hicieron: «Nunca pude escribir una palabra de encargo, a pie forzado» (*Un año de mi vida*, anotación del 29 de octubre).

Por otra parte, no resulta difícil comprobar que, como articulista, se sintió seguro en algunos pocos temas de los que rara vez se alejó. Se podrían resumir en los siguientes grandes grupos: Castilla y los castellanos; la literatura y, más específicamente, la novela; la naturaleza –en cuyo ámbito se incluirían sus dos deportes preferidos: la caza y la pesca– y el recuerdo de sus amigos. Es notoria la casi total ausencia de asuntos políticos o ideológicos, con la salvedad de las crónicas que envió desde Checoslovaquia (*La Primavera de Praga,* 1968) para la revista *Triunfo* y, quizá, del artículo «Monarquía y república», publicado en el diario *Madrid* el 16 de abril de 1968, y en el que esbozaba una especie de programa político: «Una profunda reforma agraria; una aplicación, incluso en su inevitable proyección político social, de las instrucciones del Concilio y de las últimas encíclicas; una sindicación y unas Cortes absolutamente representativas; una independencia nacional al margen de las querellas de los dos colosos; un juego de libertades con respeto a la opinión ajena y dentro de un orden público garantizado; una reestructuración de la enseñanza que, como última manifestación, permita el acceso a la universidad al que tenga talento, sin mirar la cuna donde ha nacido; una política de nacionalizaciones, no pensando en Pepe, sino en el bien común; una más justa distribución de la riqueza; un sistema impositivo que grave antes y con mayor intensidad al dinero que al trabajo; una meditada descentralización administrativa; un absoluto respeto a las lenguas y culturas que se asientan en el país, etcétera».

Por regla general, Miguel Delibes renuncia, en sus títulos, a los llamados «grandes temas» (con excepción, quizá, de los problemas educativos). Prefiere de ordinario los «pequeños temas», los asuntos

domésticos y, sobre todo, prefiere a las personas mismas –también cercanas, también cotidianas– como asunto de sus artículos. Porque, como él mismo decía de la novela, «el arte narrativo reside, antes que en la originalidad del tema y su importancia, en el don de ahondar en la trascendencia de lo aparentemente trivial, sirviéndonos para ello de unos personajes humanos y consistentes» («La universalidad del escritor», 1980).

Éste fue su modo de tratar, también en el periodismo, los llamados «grandes temas». Su modo –claramente poético– de trascender lo aparentemente trivial: historias de caza y de pesca, de orfebres castellanos, la anécdota de un viaje, los recuerdos de un amigo que se fue. Sólo a través de lo cotidiano podemos descubrir en Delibes su preocupación por la vida y por la muerte, por el progreso técnico, por la suerte de los más débiles: comenzando por los niños, por los no nacidos incluso (su artículo «Aborto y progresismo», de 1986, ha sido reimpreso decenas de veces en papel y se ha multiplicado por miles de páginas en internet), y siguiendo por los campesinos castellanos, hasta alcanzar a todos los hombres.

Se ha escrito mucho sobre la obsesión de Miguel Delibes por la muerte –su biografía, además, lo propiciaba– y por el progreso. Son, desde luego, dos temas centrales en su narrativa. Con todo, la atención que prestó al progreso o a la muerte no fue mayor que la que prestó a la vida y al sentido de esa vida. A Delibes le preocupaba el hombre. No el hombre genérico –la humanidad en abstracto–, sino el hombre de nuestros días, el hombre de la sociedad tecnológica, atrapado en un progreso de índole cuantitativa –puro afán de acumular– y privado de «para-qués», de fines. A Delibes le preocupaba ese hombre –el que veía todos los días en las calles del mundo– desarraigado e inerme ante una cultura que lo arrastra y le impone modos y modas.

Es esta honda precariedad vital del hombre de nuestros días la que provocaba en Delibes un cierto vértigo ante el progreso: «Mi sentimiento principal es el miedo», reza la cita de Horkheimer con la que se abre *Parábola del náufrago* (1969). En esta novela trata de un modo muy explícito e intenso de las difíciles relaciones entre dignidad humana, naturaleza y progreso. Delibes no estaba en contra de los avances técnicos –él mismo lo repitió en muchas ocasiones–, pero sí se oponía al progreso desbocado, privado de sentido, que arrastra en su marea tantas vidas.

Comprendía que ese progreso cientifista –aunque él nunca lo llamara así– se realiza con costes muy elevados que repercuten, contra toda apariencia, en la calidad de vida. «Porque si la aventura del progreso –diría en su discurso de ingreso en la Real Academia, de 1975–, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación;

de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y de la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: '¡Que paren la Tierra, quiero apearme!'».

Delibes presiente que se hace imprescindible una instancia desde la que se pueda juzgar y orientar ese progreso. Un factor corrector para que el hombre, en palabras de Gabriel Marcel, sea capaz de «dominar su propio dominio». Y ofrece una primera solución: «El sentido moral es lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida» («El sentido del progreso desde mi obra»,). Por eso Delibes pregonó siempre la reforma del hombre, su cambio interior, como paso previo imprescindible para la transformación de los sistemas políticos y sociales: «Los sistemas resultarán ineficaces o crueles –todos– si no alumbramos a un hombre distinto» (*La Primavera de Praga).* «Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno. Sin duda, éste puede ser un camino, pero existe otro más corto, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda éste corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen [...] No son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura» («Una historia común»).

Un decenio más tarde, en 1969, concretaría algo más en el diario *Madrid* las reflexiones anteriores: «De ahí que yo no conciba otra manera de organizar la Humanidad que sobre la máxima "amaos los unos a los otros". Se aducirá que veinte siglos de cristianismo no han bastado para borrar –ni para disimular siquiera– la cohorte de injusticias, vejaciones, hipocresías y crímenes que acompaña el paso del hombre sobre la Tierra, mas a esto puede responderse que tal inoperancia no es achacable al cristianismo, sino a los cristianos [...] Desmontar unas estructuras injustas y aproximar fraternalmente el hombre al hombre constituye para el cristiano de nuestros días todo un sugestivo programa» («El hombre-lobo del maquinismo», *Madrid,* 11 de abril de 1968).

El amor es el único antídoto posible contra esa «marea de desamor» que Delibes ve crecer por días en el mundo. Un amor amenazado en muchos frentes. En primer lugar, por el sistema consumista que impone el progreso sin otros fines que el mismo progreso y que conduce al hombre a una quiebra íntima. Se vierte al exterior y deja,

prendido en cada artículo de consumo, en el dinero, trozos de su propio ser. Un hombre así es un hombre roto, incapaz de amor ni fidelidad: una presa fácil para las modas comerciales o culturales: «Con estas cosas de los modos y las modas es muy difícil saber a qué atenerse, puesto que el ser humano, empujado por el prurito de la originalidad, no hace otra cosa que los pollinos, esto es, dar vueltas a una noria, sacando agua de distintos cangilones, aunque hay un momento en que la rueda se termina y los cangilones indefectiblemente se repiten. Quiero decir con esto que la Humanidad es una pescadilla que se muerde la cola» («Sobre el vicio de fumar», *El otro fútbol,* 1982).

Es la vuelta al ciclo, a la vida sin sentido fuera de sí misma, sin un fin exterior, trascendente. Para ese hombre, los demás serán meros instrumentos de ambición o de placer, como lo es él para sí mismo. Entonces, el dolor se torna incomprensible y absurdo y, como consecuencia, carece de sentido cualquier sacrificio. Delibes supo identificar la amenaza, como se deduce, por ejemplo, de las crónicas que envió desde Estados Unidos, recogidas en *USA y yo* (de 1966, en el volumen VII de estas *Obras completas).* Delibes acierta en el diagnóstico e intuye las soluciones y, con frecuencia, sabe narrarlas por medio de sus personajes. Pero, por veces, le resulta difícil concretar la terapia. ¿Cuál es, cuál debe ser la fundamentación de ese amor que predica? De ahí, quizá, su proverbial pesimismo que, entre otras manifestaciones, parece que le dificulta finalizar de un modo esperanzado sus novelas. Y de ahí también que, a falta de fondeadero más seguro y abrigado, opte por el retorno al origen.

Éste es uno de los grandes temas de su obra periodística y novelística. Una búsqueda, casi una investigación del origen que le permite afrontar el futuro incierto de un mundo enloquecido por un progreso que no sabe corregir. Es una reacción lógica al fin y al cabo: volver a las raíces. «La única salida para el tímido es la naturaleza», le dicen a Jacinto San José, protagonista de *Parábola del náufrago.* Por eso, por seguridad, Delibes se vuelve hacia lo originario, hacia lo que algún día estuvo dotado de sentido. Se vuelve hacia aquello aún no mixtificado, todavía singular y alejado de cualquier contaminación técnica que lo torne impersonal, estandarizado y extraño al núcleo vital del hombre. Es la vuelta al origen que, como señala Alasdair MacIntyre (*After Virtue,* 1981), aparece como definidor de identidades y generador de sentido.

El retorno al origen significa, como muy bien ha puesto de manifiesto Vintila Horia, el retorno al amor y a una vida en la que la muerte no es un mero desagüe: mediante «la posibilidad metafísica de amar –dice Vintila– de situarse por encima de los instintos zoológicos de la masa, que son el miedo a la muerte y la confusión aniquiladora

entre amor y sexo [...] el hombre [...] vuelve a las raíces de su origen metafísico» («La sombra del mal en Ernst Jünger y Miguel Delibes», *Estudios sobre Miguel Delibes,* Madrid, 1982, p. 55).

Pero ese camino de regreso no es fácil. Delibes buscó el atajo en lo cotidiano, lo más cercano a sí: su familia, su tierra, sus amigos, sus gentes, en aquellos ámbitos en los que el amor es una planta espontánea, aunque necesite de muchos cuidados. Así, para Delibes, equilibrio fue sinónimo de Ángeles de Castro, su mujer: «Pese a los atentados diarios que veo contra ella, creo en la familia, creo en los hijos y creo en los padres que ya desaparecieron. Considero que es una forma no ya cristiana sino lógica de conformar la sociedad». Vida, para Delibes, es sinónimo de Valladolid, la ciudad natal que nunca abandonó: «Yo soy como los árboles –dijo alguna vez–, crezco donde me plantan».

Este *leit motiv* se manifiesta con mayor o menor intensidad en todos los campos temáticos enumerados más arriba. Delibes arremete siempre contra la corrupción de lo originario. Así, en novela, se muestra contradictor de las tendencias que –como el *nouveau roman* francés– despojan a este género de sus elementos esenciales originarios: la propia narración de una historia con sentido a través de unos personajes. Cuando escribe de caza o de pesca, se enfrenta con los procedimientos, casi siempre técnicos, que desvirtúan el carácter originario del lance deportivo –«hombre libre, sobre terreno libre, contra animal libre»– o amenazan la integridad de la naturaleza: las escopetas repetidoras, la caza con reclamo o desde vehículos, el uso de dinamita o de redes prohibidas que exterminan la pesca, por ejemplo. Al tratar de fútbol, toma partido adverso a las técnicas –otra vez– que hurtan la genuinidad del juego –el obstruccionismo y el cerrojo, por ejemplo–, al tiempo que alancea el ambiente gregario y soez de los estadios.

Mucho preocupa a Delibes ese gregarismo del hombre que habita en las «ciudades impersonales» (como las califica en el título de un artículo de 1956): «Hay, ciertamente, una resistencia obstinada, por mi parte, al gregarismo. No creo necesario, antes bien lo considero perturbador, que todos lleguemos un día a hacer lo mismo y de la misma manera. Si algo especialmente me encocora de esta nefanda sociedad de consumo que hemos montado, es la supresión de matices que su establecimiento comporta: la grosería con que se pretende desbancar toda sutileza, la uniformidad social» («Sobre el vicio de fumar»). «Si [Stuart] Mill temía la uniformidad hace siglo y pico –“ahora que todos leen, oyen y ven las mismas cosas”–, ¿qué diría hoy, tras la invención del cine, el turismo multitudinario y la TV como único alimento espiritual de centenares de millones de seres?» (*Un año de mi vida*, anotación del 28 de enero).

Por eso, sin considerar ninguna de esas invenciones perversa en sí, Delibes recomendaba y vivía la sobriedad: «No tengo en casa el invento –escribía en 1970 refiriéndose al televisor–. No me parece sano para los chicos, aunque ahora salen algunos psiquiatras con que el carecer de televisión crea niños desplazados. Yo pienso que para soslayar el consumismo, nada como evitar los condicionantes» (*Un año de mi vida,* anotación correspondiente al 9 de octubre). Sin embargo, ensalza de continuo lo genuino, lo personal, lo originario frente a lo pretendidamente original. Por eso Delibes, en busca de ese enraizamiento generador de sentido, ha predicado con su vida, con sus novelas y con sus artículos la virtud de la fidelidad: «Una de mis pocas virtudes es la fidelidad, y esta fidelidad se manifiesta lo mismo en la amistad que en el tabaco» («Sobre el vicio de fumar»). Y en sus temas, podríamos añadir. A falta de otras soluciones, intuye que el hombre puede recuperar su sentido –esa luz perdida o trastocada por un progreso indefinido o sin fines– allegándose al origen: a su familia, su tierra, sus amigos, sus gentes y sus cosas. Unas cosas conocidas por su nombre, que sirven para algo y que «Si están allí, como todo lo creado por Dios, es para alguna cosa» (*USA y yo*). Cosas comprendidas y asimiladas que generan, no simples conocimientos, sino saberes. Aquí se apoya su preferencia, bien marcada, por los personajes rurales, compenetrados con su mundo, y que han sido y son los tipos más logrados de muchos de sus artículos: «Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres, y cada pueblo tiene una cara, y no como las ciudades que todas se semejan porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York» («Un árbol en el páramo», *La Vanguardia,* 19 de junio de 1964).

Delibes difícilmente podría expresar una temática tan compleja como la descrita en términos de puro decir: esto es, mediante la simple enunciación enfundada en textos fríos, asépticos, puramente argumentativos. Supondría quizá una incoherencia entre contenido y forma o incluso un imposible. Porque, en el fondo, parece que la sensibilidad de Delibes captó el problema en toda su hondura, pero no siempre supo organizar sus diversos elementos. Es capaz de mostrarlo, pero no de decirlo: «No. Yo no soy un intelectual. Los intelectuales manejan ideas. Yo manejo hechos, realidades, personajes, historias».

Por otra parte, Delibes es novelista y, como tal, dueño de unos recursos expresivos que le facilitan otra voz –acaso mucho más poderosa y eficaz– con la que eludir el puro razonamiento discursivo y volverse hacia la narración. Acaso se puedan señalar vacilaciones, dificultades para inferir y planteamientos retóricos precarios en aquellos artículos en los que no recurre a esa otra voz. Pero no son éstas las características formales de la gran mayoría de sus textos periodísticos. Al contrario, lo primero que destaca es la implícita –o

explícita muchas veces– configuración del artículo como un diálogo con el lector. Sus líneas aparecen plagadas de interpelaciones, de preguntas, de guiños. Más aún, los mismos vocablos son llanos, claros, a menudo coloquiales, con una querencia nunca inhibida hacia los dichos, juegos de palabras, giros y refranes que la sabiduría popular ha ido llenando de sentido.

Abundan los artículos que recogen diálogos del autor con una tercera persona o de terceras personas entre sí. Algunos se acercan mucho a lo que solemos entender por relato corto. Un modo de escribir para los periódicos que, a mediados de los años sesenta, difundiría el *New Journalism* norteamericano. Pero, para entonces, Delibes ya había narrado, por ejemplo, la concesión del premio Nadal a José Luis Martín Descalzo en el más vivo estilo novelesco, escena por escena («Un nuevo Nadal»).

Una última pero decisiva cualidad de sus artículos merece aún ser destacada: los personajes. Son cientos los que transitan por las obras periodísticas de Miguel Delibes. Configuran una galería tan vasta y variada como la de sus personajes de ficción. En ella, junto a una mayoría de vidas corrientes, cercanas y familiares al novelista, se muestran algunos retratos ilustres, no muchos. Pero también éstos pertenecen al ámbito originario de Delibes o le sirven para evocarlo. Éste es su modo de buscar el origen: a través de personajes. Piénsese, por ejemplo, en las diversas entregas periodísticas de su libro *Castilla habla*. Casi no es preciso añadir aquí que esta serie, difundida por la agencia EFE entre 1985 y 1986 con el título «La vuelta a mi mundo en ochenta folios», configura la penúltima búsqueda de las propias raíces protagonizada por Delibes. Parece como si con estos artículos –y con tantos otros– hubiera querido levantar acta notarial de unos hombres arraigados en su mundo y dueños de su identidad, pero en trance de extinción.

Dos primeras condiciones marcan a los personajes periodísticos de Miguel Delibes: siempre están caracterizados positivamente –es decir, tienen carácter ejemplar–, y las virtudes que les atribuye son con frecuencia las mismas, a pesar de la distancia temporal que separa unos artículos de otros. En artículos como «Alejandro Fernández de Araoz» (volumen VII), «Sedano sin Isaac Peña» (VII), «El pintor Mariano de Cossío» (VII) o «Un viajero de tercera» [en este volumen] salta a la vista la repetición de palabras como *sinceridad, fidelidad* y *modestia*; las referencias al carácter anticonsumista de sus personajes, a su sensibilidad y al sentido de la solidaridad humana que les caracterizó. Pero, sobre todo, se hace patente una de las constantes de la obra delibesiana: la prioridad de lo cualitativo sobre lo cuantitativo: «ser mejores» importa más que «ser más ricos».

Aunque los personajes periodísticos de Delibes se definen por sus

virtudes, no se puede decir lo mismo de sus personajes de ficción. En ellos, Delibes se ceba hasta el escarnio: él, que nunca dejó mal parada a ninguna persona de carne y hueso en sus artículos o en sus críticas cinematográficas o literarias, no siente piedad por los personajes de sus novelas. A lo sumo, los cubre con un velo de ternura. Sin duda, con la intención de que los personajes de carne y hueso escarmienten en cabeza ajena de ficción, como me comentó alguna vez. Basta con recordar algunos de sus personajes urbanos solitarios y desarraigados: el Cecilio Rubes de *Mi idolatrado hijo Sisí*, el don Eloy de *La hoja roja*, la Menchu de *Cinco horas con Mario* o el Eugenio Sanz de las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso.*

Aún cabe reseñar una última característica distintiva de los personajes periodísticos de Miguel Delibes, y en esto sí se parecen a los de sus novelas: son personajes que se explican por sí mismos. Es decir, Delibes les deja hablar en los artículos que versan precisamente sobre ellos. Son, como el Lorenzo de los dos *Diarios,* como la Carmen de *Cinco horas* o como el sexagenario, personajes que se muestran explicándose, esto es, mientras hablan. Véase, a modo de ejemplo, un caso como el del sentido artículo sobre José Vidal Cadellans, malogrado escritor catalán que había ganado el Nadal con su novela *No era de los nuestros* (1958). Delibes utiliza en él citas tomadas de la correspondencia entre ambos escritores: «Tras sus desengaños –"me repongo de una simpática enfermedad de pulmón que me ha acompañado fielmente diecisiete años...", "He conocido de cerca eso tan desagradable que llamamos pobreza...", "Cuando tenía catorce años tan sólo murió mi padre..."–, tras sus desengaños, digo, José Vidal llegó a tres importantes conclusiones. Primera: «Lo interesante es el hombre, el Juan de la calle, el hombre tal como es...». Segunda: «Creo que la gente se entiende hablando, pero que es preciso aprender a hablar y a entenderse... y por ello nuestra responsabilidad de escritores es muy crecida...». Y, tercera: «Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, esas llamas vacilantes en medio de la tempestad...» («Sí era de los nuestros»).

Delibes aplica de modo sistemático esta técnica de caracterización en su serie de reportajes «La vuelta a mi mundo en ochenta folios» (1982-1985), donde, tras una pequeña introducción en la que son presentados, cede la palabra a sus interlocutores, que se retratan mientras hablaban:

Miguel, el hippy, vacila a la hora de franquearse. Luego, adquirida una cierta temperatura, llega incluso a ser locuaz:

–Mire, yo en la ciudad no pintaba nada, ¿no? Y no era problema de

colocación; es que allí no me hallaba, la verdad, no podía adaptarme al sistema que allí rige. Yo he conocido las ciudades ya muy quemadas. Han ido creciendo, creciendo y ha llegado un momento en que *nadie sabe lo que es aquello, ni para qué están, ni para qué sirven*... [el subrayado es mío]. Porque hace cien años, igual una ciudad era un sitio acogedor para vivir, pero hoy en día, desde luego, no [...] ¿Mi vida? Mire, yo no uso reloj, pero no faltan quehaceres. Tengo cuarenta cabras que me dan queso, yogur y leche, trabajo en el campo, crío gallinas, patos y conejos, ¿qué más quiere? Con eso nos abastecemos ¿no?» («¿Tentativas de repoblación?»).

Los textos periodísticos de Miguel Delibes se debaten entre los siguientes esquemas dilemáticos, susceptibles acaso de una gradación más rigurosa: saberes frente a conocimientos, cultura frente a ciencia, calidad frente a cantidad, convicciones frente a convenciones, persona frente a masa, responsabilidad frente a gregarismo, originario frente a mixtificado, singularidad frente a uniformidad, individuo frente a organización, realidad frente a apariencia, naturaleza frente a técnica. Con frecuencia, subsume todas esas antinomias –aparentes o reales– en una: naturaleza frente a progreso.

Y en medio, Miguel Delibes buscó el equilibrio.

Sintra, 1 de julio de 2010

Sobre periodismo y periodistas

Ingrid Bergman o la reivindicación de mi amor propio profesional

Creo que no existe cosa tan enojosa para un artista como el que le confundan o no le entiendan sus obras de arte. El artista desearía meter sus ojos en cada uno de los espectadores de sus obras, para que también ellos las arropasen con la misma mirada de complacencia y mimo que las arropa él.

Los fenómenos de gestación de una obra de arte para un artista guardan una semejanza estrechísima con los fenómenos de gestación de un hijo para una madre. El artista y la madre pensaron, tal vez, en un comienzo, que los frutos de su arte o de su amor no tenían excesiva trascendencia. Pero a medida que ven que sus frutos respectivos avanzan, van tomando forma, color y vida, se inicia ese proceso de identificación que advertimos siempre entre una madre y su hijo y un artista y su obra. A ninguna madre le parece feo su hijo, ni a ningún artista excesivamente mala su obra. Ambos se han ido compenetrando lentamente, en tal forma, con sus creaciones, que sería monstruoso no les agradasen luego, cuando casi puede decirse que las han fabricado a su gusto.

Yo, naturalmente, nunca he sido madre. Sin embargo tengo el prurito vanidoso de considerarme un poco artista. Hago caricaturas con buena voluntad y esto ya me parece suficiente título para juzgarme artista. Por eso todo lo que antes afirmaba puedo rubricarlo con la experiencia. Yo llego a identificarme con mis propias obras hasta tal punto que muchas veces las estimo como algo de mérito. Y es curioso, pero me parece que a todos los malos artistas nos pasa lo mismo. No he admirado ninguna exposición de pintura de noveles, donde cada artista no atribuya al fallo del jurado el patrocinio de la envidia y la parcialidad. Sólo, claro, porque sus hijos espirituales les parecen mucho más bellos que los premiados con todas las garantías de legitimidad. (Este sentimiento lo considero, por otra parte, tan legítimo como el fallo del jurado a que aludo).

Calculen, pues, ustedes mi dolor cuando noche tras noche he de enfrentarme con la cerrada incomprensión de mis compañeros de trabajo. Llega uno orgulloso con sus últimas creaciones y las despliega ante los ojos de sus compañeros, pensando siempre lo mismo: «A ver qué tenéis que decir de esto». Y lo terrible es que siempre tienen que

decir algo: «Demasiada nariz...», «Si le quitases un poco de fuerza en la mandíbula...», «¿Quieres que te diga la verdad? Pues no se me parece», etcétera, etcétera.

Un día llegué muy satisfecho con una osada caricatura de Diana Durbin. Eran sólo cuatro rayas con un pequeño borrón negro debajo, que simulaba una boca en actitud de cantar. Esta vez no comencé, como otras, descubriendo a mis compañeros de quién se trataba. En mi ingenua vanidad de artista llegué a suponer que las cualidades de mi obra eran bastantes para reconocerla al primer vistazo. Los preliminares fueron los de siempre. La caricatura rodó de mano en mano y fue contemplada de cerca y de lejos; unos la observaron en su posición normal, y otros, los más, poniendo la boca por sombrero. Yo aguardaba con una ansiedad acongojada a que alguien pronunciase el fallo. Al fin, uno habló, temeroso, vacilante, comiéndose las sílabas:

–¿Benavente? –insinuó.

–¿Qué Benavente? –repliqué yo, indignado.

–Qué Benavente ha de ser..., don Jacinto –añadió el otro, ya más firme.

Como es de suponer, no se publicó jamás aquella caricatura. La quemé con el punzante dolor de quien incinera el cuerpo de un hijo. Después se me olvidó aquello y volví a insistir en mis trabajos con la resignada conformidad de quien se ventila en ellos algo más que el amor propio.

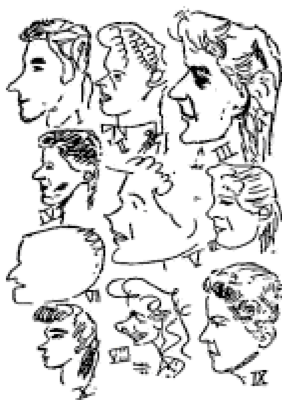
Hace unos días volví a entrar triunfante en la redacción de mi periódico. Llevaba un bocetín a pluma de la bella y gran artista Ingrid Bergman. Me parecía que no la había visto del todo mal, y dado el relieve de la película en que intervenía y de esa pueril esperanza del artista que siempre cree que su último esfuerzo es el mejor, la mostré confiado al grupo de redacción. Esta vez la sentencia salió de una boca tan pronto abrí la carpeta:

–¡Buenísima! –dijo alguien–. Vico, ¿no?

No puedo creer que mis queridos compañeros hagan esto con mala intención. No; estoy convencido de que ellos no hacen esto para mortificarme. A fin de cuentas su labor guarda bastantes analogías con la mía y no desconocen lo que lastima una herida en el amor propio profesional. Más me inclino a creer que no es fácil encontrar en el mundo un par de ojos que vean lo mismo que otro par. Es ésta una posibilidad que vengo rumiando desde hace bastante tiempo y que he tenido oportunidad de ver comprobada ayer. Ante mi fracaso caricatural con Ingrid Bergman se me ocurrió pedir a cada uno de mis compañeros su particular visión física de la gran artista. El resultado de tal visión a la vista está [*véase un párrafo más abajo*]. Montecastro, P.P., M.H., Ceese, Publio, Antoher, Cerrillo, F. y Capicúa plasmaron en sendas cuartillas su correspondiente visión de Ingrid Bergman.

Además, según me manifestaron, la interpretación respectiva está perfectamente de acuerdo con lo que vieron externamente en la protagonista de *Recuerda*. Es decir, que para cada uno la mejor caricatura es la propia.

Líbreme Dios de meterme a criticar estos ensayos. Me cuesta trabajo creer que mi querido amigo y compañero Cerrillo vea en los rasgos de decrépita virilidad de su dibujo alguna semejanza con el suave perfil de Ingrid Bergman. Para mi manera privada de ver el mundo, su apunte se semeja bastante más a Barry Fitzgerald –el viejo cura de *Siguiendo mi camino*– que a Ingrid Bergman. Pero allá su retina y su nervio óptico. Tampoco rima con mi modo de ver las cosas esa caricatura de Antoher, que me recuerda, no sé por qué, a la escultura de Julio César que se conserva y guarda como oro en paño en el Museo Británico. El apunte de mi buen compañero Ceese tiene, según mi cada vez más pobre opinión, riguroso parecido con una pimpante modistilla que suele pasear su garbo inquieto de ocho a nueve por nuestra calle de Santiago y de la que desconozco hasta el nombre...



Pero he dicho que me librara Dios de enjuiciar personalmente estos ensayos y, poco a poco, me voy escurriendo. La verdad es que sólo pretendía justificar esa humillante confusión, que tan de cerca me afecta, de Ingrid Bergman con Antonio Vico. Por lo demás, he advertido, con sumo grado, cualidades sobresalientes como dibujantes en mis nueve compañeros de redacción. No hablemos de la figura y dotes excepcionales de Capicúa, ni del simplismo de Publio, ni del feísmo acusado en Montecastro, M.H. y F. (Y conste que el feísmo, como no podía menos, es una escuela muy apreciada en caricatura, ya que la caricatura consiste en hacer feo a quien no lo es y horrible a quien lo es naturalmente. Un asesinato sin sangre a fin de cuentas.) Para P.P. reservo una sorpresa aún más agradable: y es que he encontrado un par de ojos que ven a Ingrid Bergman exactamente igual que los suyos. (Yo que soy caricaturista profesional, me daría por

muy satisfecho con que me ocurriese esto una sola vez en mi vida). Enhorabuena.

Quede, pues, demostrado que nada ni nadie causa una misma impresión en dos ojos distintos. Cada uno ve a su manera. No hablemos en adelante, por tanto, de buenas o malas caricaturas, sino de armonía o desarmonía entre nuestra ilusión y la del caricaturista. Con esto ya deja uno salvado su amor propio profesional, que no es poco. Además, en mis compañeros hallarán ustedes testimonio de lo difícil que resulta practicar el arte de la caricatura. Porque si difícil es la pintura, que consiste en representar gráficamente lo que se ve, más difícil es aún la caricatura, que consiste en representar lo que se ve en lo que no se ve. (Y no caeré en la vulgaridad de decir que la caricatura consiste en reflejar los rasgos anímicos del caricaturizado, porque ya me dijeron en una ocasión que se sospechaba que el alma no tenía rayas ni rasgos).

Y que me perdonen mis amigos por dar a luz sin su consentimiento estas criaturas espirituales que son suyas. Pero, seguramente, tampoco a Pepe Alegrías le hubiese hecho gracia que alguien que hubiese leído una posible reseña suya a la gran corrida de la Beneficencia, en la que él hubiese vertido lo mejor de lo mejor de su esencia taurina, lo detuviese en la calle para decirle: «Mi querido amigo: muy bonita esa crónica suya sobre las vaquillas de Tudela...».

El amor propio siempre por delante, ¿verdad Pepe Alegrías?

1946

Periodismo de ayer y de hoy

No hace falta llegar a ser lo que con cierta sorna condescendiente llamaban los gacetilleros de antaño una persona provecta para observar lo deleznable de toda actitud humana, la rapidez vertiginosa con que se suceden las modas y las costumbres. Esto, que ya no sorprende cuando se trata de manifestaciones más o menos frívolas, como el sombrero femenino o la línea del automóvil, no deja de causar, en el ánimo de las personas sensibles, una suerte de desencanto cuando afecta a cosas que, tal vez un poco soberbiamente, consideramos sustanciales.

Concretamente en lo que atañe al periodismo, podemos asegurar que la técnica o el arte del oficio ha dado un viraje radical en los últimos cincuenta años. El redactor de sucesos de hace medio siglo no se sentiría hoy tan desplazado en ninguna parte como en la mesa de redacción de un periódico, y a la inversa. Esto presupone que nada hay tan diferente del periodismo de ayer como el periodismo de hoy y

que los progresos en los medios informativos han dado al traste con aquel bello oficio –bello y hasta cierto punto creador– de los hinchadores de telegramas.

Hace cincuenta años, las mesas de redacción estaban encargadas de llenar las planas de un periódico con docena y media de escuetos telegramas, razón por la cual la plantilla de los periódicos se componía de personas cuya cualidad esencial era algo así como una suerte de automatismo imaginativo. Era aquel un arte que ha pasado a la historia y que no andaba lejos del arte del actual fabulador. El corresponsal madrileño facilitaba un argumento esquemático al que el redactor provinciano había de añadir ambiente, circunstancias y escapes laterales. En una palabra, la labor del periodista de antaño consistía en hinchar y en adobar noticias. Las columnas de un periódico resultaban demasiado largas y había que arreglárselas para llenarlas decorosamente. No hay que decir que la fantasía, la enciclopedia Espasa y la geografía del Instituto Gallach constituían entonces unos auxiliares inestimables en las mesas de redacción.

Pero, como todas las cosas, el periodismo ha ido dando la vuelta de una manera insensible y hoy nos encontramos con que los corresponsales, los teletipos, el teléfono y la radio, unido a la escasez y carestía del papel, hacen las columnas de los periódicos insuficientes y el periodista, en lugar de hinchar y adobar, debe aprender a deshinchar, a podar la abrumadora información diaria, de ambiente, circunstancias y escapes laterales. El periodismo del día es sinónimo de sobriedad, y a mayor número de noticias corresponde menor lujo de pormenores. La enciclopedia Espasa y la geografía del Instituto Gallach duermen, en consecuencia, su polvoriento sueño en las estanterías, mientras el redactor extracta las informaciones, descarna las noticias hasta dejarlas reducidas a un puro aunque bien articulado esqueleto. El periodismo provinciano ha dado un viraje de ciento ochenta grados; el procedimiento, el arte del periodista de hoy es opuesto al del periodista de ayer. Antaño había que transformar el rígido telegrama que llegaba de Madrid en frondosa literatura, en noticia pormenorizada; hogaño, la frondosa literatura, la noticia pormenorizada que arriba de Madrid hay que convertirla en rígido telegrama.

He aquí una manifestación más de la dictadura de los tiempos; de la dictadura del vértigo y el apremio, siquiera hoy como ayer las mesas de redacción continúan siendo un auténtico laboratorio de taumaturgos que hinchan o deshinchan, de acuerdo con las exigencias del tiempo y de los lectores.

1958

Recientemente los estudiantes de dos colegios mayores de Valladolid y Bilbao, conocedores de mi condición de periodista, me preguntaban por las oportunidades que para los profesionales del periodismo había significado la Ley de Prensa. La respuesta, en ambos casos, fue concluyente: «La prensa como puente de aproximación entre administradores y administrados sigue en España sin poder cumplir su misión. La prensa continúa incapacitada para facilitar el diálogo. Antes de la ley, a los periodistas no nos dejaban preguntar: después de la ley, los periodistas podemos preguntar, es cierto, pero no se nos contesta. En ambos casos el diálogo se va a paseo. Ésta es la diferencia entre el «antes» y el «después».

La obligación de ceñirse demasiado para atender en lo posible a todas las consultas me impidió extenderme, como hubiera sido mi deseo, en torno a la situación actual de la prensa española muy lejos aún de la libertad, no ya crítica sino meramente informativa. El proceso Iiberalizador que se abrió hace unos meses como una esperanza ha sido menoscabado posteriormente por leyes ya aprobadas, como la reciente reforma del Código Penal, y por otras, en trance de aprobación por las Cortes, como la de Secretos Oficiales. Es decir, que una ley que ya nació cauta y alicorta, como la de la libertad de prensa, es sometida a unos recortes periódicos que debilitan aún más su ya de por sí escasa potencia incisiva.

Mas, sobre otras razones que ahora no son del caso, opera una que me interesa especialmente subrayar: el control de ciertas agencias informativas que priva a muchos periódicos de comunicar a su debido tiempo a los lectores noticias como la reciente de la detención por la policía de un grupo de estudiantes puestos en libertad por el juez de Orden Público, o que apostillan las noticias resaltando aspectos totalmente accesorios pero que predisponen el ánimo del lector sencillo sobre lo fundamental de la cuestión. Recordemos, a vía de ejemplo, la que informaba sobre la detención del padre Jiménez de Parga, «sacerdote educado en el extranjero», o la de cinco religiosos vascos «que no portaban signo alguno aparente de su condición eclesiástica». Es obvio que para un lector avisado, nada significa el haberse formado fuera de España un sacerdote o un seglar, ni, por supuesto, es novedad para él que el hábito no hace al monje, mas tales apostillas al operar sobre mentalidades poco cultivadas –la mayoría del país– implican un juicio temerario desde el punto de vista estrictamente civil y claramente nocivo y desconcertante desde un punto de vista religioso. En una palabra, se utiliza la agencia oficial para deformar la conciencia de los lectores en torno a determinados hechos, imprimiéndoles un perfil que es, ni más ni menos, el que

conviene al poder.

Considero lastimoso que después del paso adelante que, pese a todo, significó en España la Ley de Prensa, se adopte ahora, no ya una actitud de congelamiento en el proceso liberalizador, sino una disposición francamente regresiva. A la prensa se le va restando gramo a gramo y día a día lo que se le dio en un kilo y de una vez, con lo que, en contra de lo que era previsible, la libertad de los periodistas se ve cada día más mermada. O sea, que la libertad, en este caso, progresa para atrás como los cangrejos.

1968

Un cristiano consecuente

José Jiménez Lozano se asoma cada viernes a la última página de *El Norte de Castilla* en una sección titulada «Ciudad de Dios». Ya lleva años en este empeño de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo. Y cada jueves, Pepe Lozano aparece en mi despacho con la boina calada y una sonrisa como un hachazo iluminando su rostro infantil:

–Léelo con cuidado.

Y yo lo leo con cuidado. Y yo lo publico sin cuidado porque sé que un hombre con la suficiente modestia como para desconfiar de sí mismo es un hombre recto y honrado cuyas ideas, forzosamente, han de ser rectas y honradas. Y entonces la columna de Pepe Lozano llega a la casa de don José y a la de Emiliano, el herrador, y al bar Miguelín y al Círculo de Recreo. Y don José y Emiliano, el herrador, y los clientes del bar Miguelín y los habituales del Círculo de Recreo sorben ávidamente las palabras de Pepe Lozano y sus cerebros se ponen en marcha con mayor o menor celeridad. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Es natural. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, tienden a desarraigar tradicionales, torpes prejuicios.

–Pero bueno, ese Jiménez Lozano de su periódico, ¿qué es?

–Cristiano.

–Eso ya lo sabemos; aquí todos somos cristianos.

Esto es precisamente –nuestra pretendida seguridad de cristianos– lo que Pepe Lozano viene cada viernes a hacer tambalear. Las manifestaciones de nuestra fe no se adaptan como es debido a las exigencias evangélicas. Y, con santa paciencia, Pepe Lozano va desmontando unos viejos juegos de ideas en un país como el nuestro, donde las ideas que uno mama, o las que se forja a lo largo de la vida, son muy difíciles de desmontar, tal vez porque se ciñen, de manera

sorprendente, a las conveniencias de cada uno.

–Pero bueno, ¿me quiere decir qué es?

–Cristiano, ya se lo he dicho.

–¿Cómo cristiano?

–Cristiano consecuente.

–¡Ah!

Pepe Lozano vive retirado en un pueblecito de Valladolid, Alcazarén, con sus casas de adobe, su barro, su trigo y su pobreza. También algún pino que otro para disfrazar la aridez. Allí estudia, allí escribe, allí trabaja:

–Oye, Pepe, ¿por qué no te vienes aquí, a Valladolid?

–Por ahora, no interesa.

A Pepe Lozano no le encandilan los puestos para toda la vida, ni le preocupan los seguros de invalidez, ni le tientan las reuniones sociales. Dios proveerá. La inestabilidad que tanto abruma a nuestros coetáneos es para él lo que el agua para el pez.

–Pero, Pepe, ¿no tienes tú la licenciatura de Letras, el título de periodista, el…?

–¿Y eso qué importa?

Nada importa nada sino mostrarse consecuente con las ideas que uno predica. Pepe Lozano lleva esta consecuencia a extremos inconcebibles. Hace unos meses apareció en mi despacho, la boina en la cabeza, una sonrisa ancha, de oreja a oreja:

–El lunes me caso.

–Pero Pepe, así, sin…

–El matrimonio es un sacramento, no una fiesta. De todos modos, si quieres ir…

Y Pepe se va; marcha siempre con su ancha sonrisa y sus prisas porque el coche de línea no aguarda. Y en sus prisas olvida inevitablemente en la redacción la gorra, el paraguas o la cartera. Un buen día, Pepe Lozano depositó la pipa en un buzón de alcance y no advirtió su error hasta que trató de fumarse la carta que llevaba en la mano. Pepe Lozano es así. Pepe Lozano es así porque ordinariamente utiliza la cabeza para pensar y estima que ni la pipa ni la carta merecen una atención desmedida. Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo, Miguel Ángel Pastor, Javier Pérez Pellón, Bernardo Arrizabalaga, César Alonso y Manuel Leguineche fundé un día una sección de *El Norte* titulada «El Caballo de Troya». Esto de «El Caballo de Troya» era una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad, dedicada a enseñar a pensar a los que ordinariamente no piensan y a tratar de ordenar el pensamiento de los que de buena fe desean pensar. La sección cayó muy bien; la sección llevaba el espíritu de Pepe Lozano, que es, para entendernos, un espíritu de caridad justa.

(*Justa* es una palabra incómoda pero insustituible, en este caso, para delimitar el concepto *caridad,* tan maltratado el pobre). Un espíritu, en suma, que está, afortunadamente, cada día más extendido por el país.

–Oiga usted, pero este Lozano es un progresista, ¿no?

–Es un cristiano; un cristiano consecuente, para que me entienda.

–Bueno, eso lo somos todos.

–¡Ah!

Un día, don Dictinio Velloso, inspector de Aduanas jubilado, me llevó en su coche hasta *El Norte de Castilla.* Apenas cerré la portezuela me dijo de sopetón:

–Bueno, ¿y qué hace Lozano?

Me puse en guardia.

–Trabaja.

Él movió la cabeza de un modo ambiguo. Yo tenía mis recelos por aquello de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Le pregunté tímidamente:

–¿Es que le lee usted?

Y él me dijo:

–Naturalmente. Como todo el que busque algo.

1961

Medio siglo de periodista

Ahora que *El Norte de Castilla* celebra el CXXXV aniversario de su nacimiento, se cumple el medio siglo de mi incorporación a su redacción, es decir, que de alguna manera –como caricaturista, redactor, subdirector, director o consejero– mi vida ha estado vinculada a este periódico durante las últimas cinco décadas. José Francisco Sánchez, joven profesor de la Universidad de Navarra que acaba de publicar mi biografía periodística, recuerda en este libro que el día 10 de octubre de 1941 entraba yo en el portal del número 7 de la calle Montero Calvo, de Valladolid, con un portafolios bajo el brazo. Pero no acudía allí con ánimo de ingresar como periodista, sino con un propósito más modesto: hacerme un hueco como dibujante. Recuerdo vivamente los detalles del primer contacto con el que luego sería «mi periódico», mis entrevistas con don Jacinto Altés, capitán de la nave, custodio de su espíritu liberal, y un sacerdote, don Martín Hernández, subdirector en funciones de director por ausencia de don Francisco de Cossío. Con don Jacinto me entrevisté en el despacho de la gerencia, el mismo donde, tras las últimas obras, vuelve a estar hoy. Acogió amablemente, aunque con un interés remoto, mis pretensiones, y se dispuso a contemplar las caricaturas que yo había sacado con

mano temblorosa del portafolios. Yo jugaba con ventaja. Es decir, le mostraba caricaturas de vallisoletanos representativos, es verdad, de figuras sobresalientes por su actividad profesional o por lo que fuese, pero también por sus rasgos, por lo acusado de sus facciones o por el desorden con que se distribuían por sus rostros. Esto es, mi muestrario lo componían los vallisoletanos más distinguidos pero también los más feos. El silencio con que don Jacinto curioseaba lámina tras lámina iba produciéndome un creciente desánimo, hasta que ante una de ellas, acaso más cruel que las demás, se detuvo, extendió el brazo para contemplarla con cierta perspectiva, sonrió levemente y dijo:

–Éste es el doctor Mengano, claro.

Yo asentí complacido, orgulloso. Ese esbozo de sonrisa ya no abandonó sus labios mientras duró la entrevista (unos labios elásticos, en una boca muy dibujada, cuya expresión se concentraba en las comisuras). Por deformación profesional, yo observaba atentamente sus rasgos, los pequeños rizos entrecanos de su breve tupé, sus ojos grises, inquisitivos, su enérgico cogote. Y mientras lo observaba, esperaba impaciente su decisión.

Era plenamente consciente de que no sabía dibujar. Tenía afición y una habilidad innegable para reproducir con el lápiz los rostros de algunas personas, pero nada más. Había en mí madera de caricaturista, pero aún estaba lejos de serlo. No me resultaba difícil alcanzar el parecido de un rostro, pero no osaba pasar de ahí. Temía desarrollar el apunte, perder lo conseguido, estropearlo. Era muy conservador. Tal vez hubiera llegado a ser un discreto caricaturista y hasta un buen dibujante, en manos de un maestro, pero en aquel tiempo eso de pintar monos o aporrear un piano era mirado por el ojo paterno con cierta inquietud: era un hijo en el mal camino, a punto de perderse. Bien es verdad que el país no daba entonces más que para un par de dibujantes y un pianista, por lo que todo lo que fuese apartarse del latín y las matemáticas suponía correr un riesgo. De ahí que cuando yo comencé a coleccionar en una libretita negra, de pastas de hule, las efigies de los frailes de mi colegio, con el consiguiente regocijo de mis compañeros, mi padre no ocultó su preocupación: «No pierdas el tiempo pintando monigotes».

Esto ocurría ocho años atrás. Y no obstante, ahora, a mis veinte años, en 1941, veía la grave figura del gerente de un periódico regocijarse con mis monigotes (don Jacinto había concluido de ver las caricaturas e iniciaba la revisión). Volvió a detenerse en la del doctor Mengano y las comisuras de sus labios se distendieron:

–Está hablando –dijo–. ¿La ha visto él?

El primer dictamen parecía favorable; don Jacinto Altés se incorporó, y yo con él. Me devolvió el cartapacio.

–En todo caso, habrá que contar con el director.

Don Martín Hernández era, de entrada, un cura un poco cortante, aunque tampoco la escenografía de aquel viejo despacho (la rigidez inquisitorial de su otomana, los crespones morados de las redes, las jamugas y los sillones fraileros) lo ayudaban. En cualquier caso, yo me sentía intimidado, de pie, ante la mesa, mientras él, la cabeza gacha (un islote de pelo a cepillo allí donde debería comenzar la calva), ojeaba las caricaturas con ojos inexpresivos. No parecían decirle nada. Cuando acabó y comenzó a hablar con voz monocorde, tal vez ligeramente metálica, casi ininteligible, comprobé que no era un hombre efusivo. Parecía preocupado por algo, en guardia, con la cabeza en otra cosa (meses después, él, con don Francisco de Cossío y dos redactores, serían destituidos por el Gobierno). Más tarde, don Martín y yo haríamos buenas migas, me casaría y bautizaría a mis hijos. Pero aquel 10 de octubre de 1941, mientras esperaba su fallo y me hablaba entre dientes de la escasez de papel, las dificultades con la censura, la obligada moderación, la crítica situación del periódico, etcétera, etcétera, se me antojó muy distante, completamente al margen del asunto que me había llevado allí. Inesperadamente bajó a tierra, hizo una inflexión, cambió de cara y señaló con un dedo los dibujos que yacían sobre la mesa:

–Eso está bien –dijo–. Pase por aquí esta tarde, a las ocho, y le presentaré a la redacción.

Así fue cómo ingresé en *El Norte de Castilla*, hace medio siglo. En aquel momento no se me ocurrió pensar que había dado un paso decisivo en mi vida. Tal vez sólo buscaba entonces un poco de publicidad para mis caricaturas y unas pesetas para capear el duro invierno que se avecinaba. Nada más. Si alguien me hubiera insinuado que acababa de poner la primera piedra de una relación vitalicia, lo hubiera tomado a broma.

1989

Ardides periodísticos

Ahora está de moda tachar de escandalosa a la prensa escrita, cuando la verdad es que, a cambio de algunos excesos, los españoles estamos enterados de lo que pasa en España como no lo estuvimos en ningún otro momento de nuestra historia. El periodismo de investigación ha dado en nuestro país resultados sorprendentes. A los políticos en el poder no les frena hoy la oposición sino los periódicos, y esto se irá notando con mayor intensidad a medida que transcurra el tiempo.

Esto, que es rigurosamente exacto en líneas generales, no impide el uso de ciertas prácticas que revelan una proclividad hacia el periodismo amarillo que convendría evitar. No me refiero ahora a la

agresividad informativa sino a la manipulación de noticias que no atentan contra el honor de nadie pero que dejan a las personas afectadas en la más absoluta indefensión. Para mí, viejo periodista que ha cumplido las bodas de oro con la profesión, no pueden pasar inadvertidos los avances de nuestra prensa en las últimas dos décadas, tanto en el aspecto literario como en el técnico, pero simultáneamente me resulta evidente una progresiva tendencia hacia el periodismo de escándalo.

En este apartado habría muchos puntos que tocar, pero me voy a referir a uno concreto que es el de las entrevistas, una de las secciones más leídas de la prensa escrita y de las más manipuladas. Mi experiencia en este terreno es doble, es decir, comencé como entrevistador y estoy acabando como entrevistado y, en consecuencia, sé lo que un reportero poco escrupuloso, sin tergiversar las manifestaciones del entrevistado, puede hacer con un original en la mano. Para empezar, un periodista avisado, tras una hábil alteración de la entrevista, puede hacerle decir a un personaje lo que nunca pretendió decir sin temor de que lo lleven al juzgado de guardia. Jugar con una entrevista y deformarla es por de pronto un divertido pasatiempo. No hablo de inventarla (atentado que también se practica y que uno tiene que tragarse si el director de la publicación, en lugar de escuchar al ofendido, acepta los embustes del falsario), sino de procedimientos más sutiles e ingeniosos donde el entrevistador acaba por llevar el agua a su molino respetando la verdad. Puedo poner un ejemplo concreto. Un reportero interesado en que determinado personaje se pronuncie sobre ciertos acontecimientos, generalmente políticos, que a éste no le agrada abordar, realizará una larga entrevista ajena al objetivo y únicamente en los últimos minutos aludirá al problema en cuestión. El entrevistado, de buena fe, no dará importancia a este breve inciso entre el fárrago de preguntas a que se ha visto sometido y responderá honradamente a lo solicitado, mas a la hora de la verdad el astuto reportero prescindirá de toda la entrevista excepto de las cuatro o cinco preguntas referentes a la cuestión que le interesaba. Indignación. Protestas. Respuesta del audaz reportero: «Preferí dar la entrevista desmochada antes que aplazarla una semana más». El entrevistado todavía tendrá que darle las gracias al manipulador.

Pero hay otras formas de manipulación que serían incluso divertidas si no fueran tan abyectas. Para no hacer esto interminable me referiré exclusivamente a dos que suelen practicarse con mucha frecuencia. La primera consiste en relacionar en los titulares dos respuestas al cuestionario que no tienen nada que ver entre sí, referentes, lógicamente, a distintos momentos de la conversación. Como estoy hablando desde la propia experiencia no tengo inconveniente en poner

un ejemplo personal del que fui víctima hace unos años. Primer titular: «Miguel Delibes escribe una novela sobre la Guerra Civil». Segundo titular: «Estoy avergonzado de la sangre que he vertido». ¿Era de la sangre vertida durante la Guerra Civil de la que yo estaba avergonzado? Éste era, obviamente, el propósito del reportero, que lo pareciera, pero en modo alguno respondía a la verdad. La «gracia» periodística radicaba precisamente en la escandalosa ambigüedad. Y aun mirando con lupa la añagaza, habrá que convenir que no mentía. Yo había escrito *Madera de héroe,* una novela sobre la Guerra Civil, y así lo reconocí. Como dije media hora más tarde, al ser interrogado sobre mi afición cinegética, que sentía cierta pesadumbre por la sangre vertida, evidentemente la de las perdices. La relación entre una cosa y otra, tan alejadas entre sí a lo largo de la conversación, únicamente existía en los titulares.

Otra forma de manipulación usual suele producirse en las entrevistas telefónicas. En este caso, un periodista nos interroga por nuestro punto de vista sobre un problema o un personaje determinado. Ordinariamente el entrevistador se muestra respetuoso con nuestras respuestas, pero no faltan ocasiones en que, apasionado por la causa que defiende y deseando reforzar su juicio con la unanimidad de los consultados, admite nuestra opinión solamente si coincide con la suya y prescinde de ella y la arroja al cesto de los papeles si pone en duda la tesis que él pretende confirmar. De esta manera tan simple, Fulano será ensalzado o Mengano execrado *por unanimidad,* de acuerdo con el propósito de nuestro interlocutor.

Y si es incontestable que las agresiones verbales contra personas concretas o su intimidad deben ser objeto de sanción por unas leyes penales flexibles y al día, no lo es menos que la simple manipulación, sin falseamiento de nuestros juicios, nos deja con el culo al aire ante la opinión pública y absolutamente indefensos ante el manipulador. Según éste, no se han infringido las normas penales, no se ha faltado a la verdad, lo único que él ha hecho es reducir una entrevista demasiado larga, romperla por exceso de original o encabezarla con dos titulares que son respuestas a cuestiones abordadas en momentos diferentes de la conversación pero recogidas con toda exactitud (la malicia la pone el lector). Un tribunal de honor o algo semejante (sin dar tres cuartos al Estado, interventor muy peligroso en asuntos de prensa) sería, creo yo, bien acogido por todos, especialmente por nosotros los periodistas, antes que para defender al desasistido para velar por la dignidad de una profesión tan noble y que tanto ha significado a lo largo de nuestras vidas.

1990

La censura de prensa en los años cuarenta

«Redimido el periodismo de la servidumbre capitalista, de las clientelas reaccionarias o marxistas», conforme rezaba el preámbulo de la ley del 25 de abril de 1938, la prensa española entró en una etapa «de auténtica libertad [?]... que ya nunca podría desembocar en el libertinaje democrático». ¿En qué consistía esta libertad auténtica? Desde mi posición marginal de caricaturista, primero, y, a partir de 1944, como redactor, yo asistí desde un diario de provincias, *El Norte de Castilla,* a esta transformación taumatúrgica, según la cual al periodista español se le ofrecía la magnánima alternativa de obedecer o ser sancionado. Las disposiciones de la nueva ley no dejaban resquicio a la iniciativa personal. Lustros más tarde, al promulgarse la Ley de Fraga, un periodista me preguntó si la consideraba un avance respecto a la situación anterior. Mi respuesta fue de pata de banco: «Antes te obligaban a escribir lo que no sentías, ahora se conforman con prohibirte que escribas lo que sientes; algo hemos ganado», dije.

Hoy, después de revisar centenares de papeles que se conservan en el archivo de mi periódico, observo que el montaje censorio de aquella primera etapa de la posguerra civil fue tan meticuloso que cuesta trabajo imaginar un aparato inquisitorial más coactivo, cerrado y maquiavélico. De la Delegación Nacional de Prensa llegaban a diario consignas referentes no sólo a lo que era obligatorio publicar sino también a la forma en que debería hacerse y a lo que de ninguna manera debería ser publicado. De este modo la prensa española de los años cuarenta, de una uniformidad monótona y aburrida, sometida a un inflexible control fue convirtiéndose en el más eficaz instrumento propagandístico del nuevo Estado. Esto explica, por ejemplo, que ante el anuncio del Día de la Buena Prensa de 26 de junio de 1942, la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Valladolid enviara la siguiente nota a los periódicos: «Dado que la prensa española, como corresponde a un Estado católico, no necesita distinguirse, ni es conveniente que los periódicos se diferencien entre sí con adjetivos especiales [sic], cuidará ese diario de no publicar, de acuerdo con lo ordenado por la Delegación Nacional de Prensa, notas, referencias o informaciones relacionadas con el Día de la Buena Prensa» (se daba por supuesto que toda era buena). Esto, a su vez, explica que a *El Norte de Castilla* le fuera suprimido el apellido, «independiente» (que desde su fundación, noventa años atrás, figuraba en su cabecera) el 4

de noviembre de 1941.

Pero algo así como una mala conciencia debía de existir en los altos rectores de la prensa nacional cuando, con ocasión de una convocatoria para cubrir cincuenta plazas del Cuerpo Técnico de Secretarios Sindicales –«que brinda a la juventud titulada española una magnífica ocasión de concurrir a una oposición que ofrece la ventaja cierta de la fijeza de la colocación»–, encarecían de los diarios la redacción de una nota laudatoria en cuyos términos «no se hiciese evidente que se trataba de una consigna». La tarea del reportero se hacía así un poco más difícil: había que escribir al dictado sin que lo pareciese, dando la impresión de que lo escrito le salía al periodista del corazón.

Revisando las consignas de los años cuarenta se advierte que ningún asunto de la vida nacional le era ajeno a la Delegación Nacional de Prensa. Tanto en el aspecto político como en el económico, cultural o deportivo, el referido organismo se consideraba en el deber de intervenir, de establecer su criterio e imponerlo sin contemplaciones. Sorprende que la Delegación no solamente determinara los temas que deberían comentarse en editoriales o artículos firmados, sino cuántos habían de ser éstos y cuántos aquéllos, así como su disposición en el periódico (plana, columna, etcétera). Como es previsible, dentro de los temas políticos, las consignas sobre la figura o las palabras de Franco eran las más frecuentes. He escogido como ejemplo una, que excepcionalmente viene sin fecha, aunque puede corresponder al año 1943. Dice así: «Ese periódico publicará en los próximos quince días nueve artículos firmados por sus mejores colaboradores, en la primera plana, comentando el discurso pronunciado por Su Excelencia el Jefe del Estado el día primero de octubre ante el Consejo Nacional. El discurso quedará dividido para estos fines en diversos apartados que se detallan a continuación, debiendo ajustarse cada articulista al tema correspondiente y con sujeción a la orientación fundamental dada por el Generalísimo. Deberá comentarse el sentido del discurso con referencias e ilustraciones adecuadas al tema, eligiendo las frases fundamentales pero sin agobiar el artículo con numerosas o largas transcripciones del propio discurso. Que el comentario tenga aire original y que no se limite a subrayar frases con tono de compromiso periodístico».

A continuación, el delegado establecía los títulos y el contenido de los nueve artículos, así como los fragmentos del discurso de Franco en que debían apoyarse.

Obviamente no siempre las consignas políticas versaban sobre temas de tan altos vuelos. Bastaba el aniversario de un fallecimiento o el discurso formulario de un jerarca para que la máquina se pusiera inmediatamente en movimiento: «Siendo mañana el aniversario de la

muerte del primer estudiante caído, camarada Matías Montero, ¡presente!, adjunto le remito un cliché de la esquela de este ejemplar camarada, para que, sin excusa ni pretexto de ningún género, aparezca en el número del día 9 del corriente de ese periódico. Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista». O bien: «Todos los periódicos del día 17, mañana y tarde, publicarán artículos editoriales glosando el discurso del delegado nacional de Sindicatos… Se aludirá a la necesidad de una organización sindical en la vida moderna… Y se llegará a la consecuencia de que en España la Organización Sindical ha de ser inspirada por la Falange», etcétera, etcétera.

Aun siendo los primeros cuarenta unos años de penuria económica, o más exactamente de hambre, el Estado utilizó habitualmente a la prensa para exponer con caracteres triunfales una situación poco envidiable, donde llegó a hablarse de la copiosidad de nuestros racionamientos en comparación con los de otros países europeos entonces en guerra. «Ese periódico –decía la Delegación Nacional de Prensa el 29 de octubre de 1943– desarrollará una campaña sobre precios y abastecimientos, desde el día 30 hasta el 8 de noviembre, ambos inclusive, de acuerdo con el guión que recibirá por correo. La campaña se realizará por medio de editoriales, comentarios, artículos sueltos, dibujos, caricaturas, etcétera, etcétera. Tendrá como fin esta campaña demostrar que el tipo medio de vida y el régimen nacional de abastecimientos y precios es superior al de la mayoría de los países europeos, para lo cual, ese periódico comparará nuestro racionamiento, restricciones a la libertad y a la iniciativa individual, impuestos, etcétera, con los de otros pueblos. A este fin, las agencias suministrarán datos ampliatorios además de los que los periódicos tengan en sus archivos… Al final [a la vista de los resultados] la Delegación Nacional censurará o felicitará a los directores». Análogo alcance entraña la consigna que obliga a los periodistas a forzar su imaginación, a lo largo de un mes, mediante reportajes, artículos, fotografías, encuestas, etcétera, para convencer a la población de la conveniencia de consumir uvas de Almería, «dada la enorme dificultad para dar salida a la uva de ribera y la abundante cosecha de este año, evaluada en unos veinte millones de kilos».

Esta misión orientadora (?) de la Delegación de Prensa, descendía, en ocasiones, a pormenores irrisorios, cuando no se servía de los periódicos para su propia complacencia, o el halago de un amigo o camarada. He aquí unos ejemplos de estas consignas inanes o adulatorias. En el mes de agosto de 1943, la delegación de Valladolid hace saber a *El Norte de Castilla* que «ante los recientes escritos aparecidos en su diario con motivo de la situación del Real Valladolid Deportivo, queda prohibida la publicación de todo tipo de dimisiones de juntas directivas de clubs deportivos, ya que en el régimen actual

no existe más trámite que el cese que, bien a su instancia o de oficio, conceda el organismo superior respectivo … Únicamente podrán ser publicados los nombramientos de cargos… pero sin publicitarias dimisiones realizadas casi siempre con fines insidiosos». O bien: «Constantemente se reciben quejas en esta Dirección General de Prensa referentes a inexactitudes en noticias y reportajes… Recientemente, el Ministerio de Asuntos Exteriores ha formulado su protesta… por un artículo en el que se asegura que el río Sil es el río en que más salmones se crían en España, afirmación que es completamente ajena a la realidad… siendo muestra del excesivo optimismo con que los autores de reportajes se lanzan a dogmatizar y precisar datos que apenas les son conocidos…». O bien: «Ese periódico publicará un comentario sobre la importancia de la danza en su sentido nacional como expresión de lo netamente popular». O bien: «Inserción obligatoria en primera página, recuadro a una columna: "Los estudiantes del SEU han eliminado de una de las Facultades de nuestra Universidad el retrato de un político funesto para los intereses de Valladolid y de la Patria. En su lugar se han colocado las fotografías de nuestros fundadores y del Caudillo. Parece incomprensible que, al cabo de cinco años del Movimiento Nacional, hayan tenido que tomar los estudiantes una medida tan dentro del nuevo Estado Nacional-Sindicalista, inhibiéndose de ello las respectivas autoridades académicas"». O bien: «Tengo el honor de transmitirle el telegrama recibido en esta Jefatura Provincial de Prensa del Servicio Nacional que dice así: "Comunique *Diario Regional* y *Norte de Castilla* cesen inmediatamente polémica que, por su carácter local y particular, no interesa, quedando apercibidos de suspensión si volviesen a polemizar sobre asuntos no autorizados por Jefatura Nacional de Prensa"». O bien: «Adjunto le remito para su obligada publicación, durante días alternos [*sic*], nota relativa al Concurso Nacional de Bandas de Música que se celebrará en Murcia durante los días 24 y 26 del próximo mes de abril». O bien: «Ese periódico publicará obligatoriamente, en el número correspondiente a mañana, nota relativa al cuarto Concurso de Arada, significándole que el incumplimiento de la presente orden será sancionado, por ser de gran importancia y por la premura de tiempo existente entre hoy y la fecha de celebración del citado concurso». O bien, en fin, este ucase, inspirado probablemente en un alto concepto de la camaradería: «Los periódicos deberán incluir, en la información sobre los funerales celebrados esta mañana en la iglesia de San José por el alma del que fue Jefe del Sindicato Textil, lo siguiente: "El tesorero general del Movimiento, camarada A.E.G., estaba representado por su secretario particular, camarada L.B.M."».

La libertad de movimientos de un director de periódico en esta

etapa fue muy precaria. Con frecuencia, las consignas no solamente sugerían el tema y los términos en que debería ser tratado, sino que se aventuraban a señalar la mejor manera de destacarlo. Ante un discurso del señor Girón, de diciembre de 1941, la Vicesecretaría de Educación Popular hace saber: que la inserción del discurso es, por supuesto, obligatoria «pero ha de publicarse en negrita o cursiva y con distintos titulillos en el texto. Puede empezar el discurso en primera plana, a cuatro columnas por lo menos, para pasar la información a otra cualquiera de las páginas del periódico. Publíquese también la fotografía». A veces prevalece un cierto criterio de condescendencia con la prensa independiente: «La prensa del Partido publicará el discurso del ministro secretario general en Burgos titulado a cuatro columnas. El resto de los periódicos lo harán a tres. Ha de publicarse en la primera plana. En los títulos se entresacarán las frases de los párrafos esenciales del discurso». Las directrices son aún más rígidas y concretas cuando se trata de publicar las palabras del Jefe del Estado: «Ese periódico publicará el discurso pronunciado hoy por Su Excelencia el Jefe del Estado en la Ciudad Universitaria en primera plana, compuesto en negrita y destacando tipográficamente en el texto los párrafos que van subrayados y en mayúsculas en la referencia distribuida por esta Vicesecretaría. La titulación ha de hacerse a toda plana y para ello los periódicos elegirán como títulos y subtítulos algunos de los que a continuación se indican», etcétera, etcétera.

El «cuarto poder» se había desplazado de la Prensa a su Delegación Nacional. Con la misma desfachatez con que se imponía la inserción de un comentario sobre cualquier extremo, se prohibía entonces la mención de un nombre o de una información determinados. Ésta era otra de las facultades de que gozaba la Vicesecretaría de Educación Popular. Las más de las veces, estas limitaciones obedecían a una finalidad tendenciosa, pero otras respondían a un mero capricho personal, o al deseo de complacer a un conmilitón, y versaban sobre asuntos triviales, siquiera el aire de secreto en que se envolvían parecía querer insuflarles una trascendencia de la que evidentemente carecían. Vean algunas muestras de estas consignas prohibitivas: «Comunicación reservada a todos los directores de periódicos, que no deberá ser publicada en la prensa bajo ningún concepto, STOP. Se rectifica el contenido de las bases que convocaron a un certamen para el Decálogo del Campamento, en el sentido de que los trabajos que se presenten no sean publicados en los periódicos autorizados sino que se remitan a la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, departamento de publicaciones, Marqués de Riscal, 16, Madrid, en donde se seleccionarán los trabajos más atinados para poder otorgar el premio». «Ese periódico se abstendrá en lo sucesivo de publicar en la sección demográfica los domicilios de los nacidos y fallecidos en esta

capital». «Queda terminantemente prohibida la publicación de noticias relacionadas con madrinas de guerra para nuestros heroicos voluntarios de la División Azul». «Adjunto le remito, para su publicación en el número correspondiente a mañana de ese diario, nota relativa a los ejercicios espirituales celebrados en Montemayor de Pililla».

La intromisión de la Vicesecretaría en la vida de los diarios españoles llega en ocasiones a extremos hilarantes, como en esta reprimenda a *El Norte de Castilla* por haber publicado una inocua nota de redacción sobre el retraso de una crónica de su colaborador B. Calderón Fonte: «Y por ello, esta Jefatura Provincial apercibirá a la Dirección de *El Norte de Castilla* con el fin de que en todo momento vigile con el mayor cuidado la oportunidad de publicar notas de redacción»; o esta otra, verdaderamente bochornosa, que circuló, unos años más tarde, entre todos los periódicos nacionales, con ocasión del fallecimiento de don José Ortega y Gasset: «Ante la posible contingencia del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, ese diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un solo artículo encomiástico, sin olvidar en él los errores religiosos y políticos del mismo, y, en todo caso, eliminando siempre la denominación de "maestro"».

Ahora que tanto se habla de si la Falange detentó o no el poder entre 1936 y 1975 considero oportuno traer a colación unas consignas que aluden a actos celebrados por otros grupos que también participaron en la guerra a las órdenes de Franco y que, sin embargo, no podían encontrar en los diarios eco de sus conmemoraciones, porque las instrucciones de la Vicesecretaría de Educación Popular al respecto, eran terminantes. Creemos que estas dos, la primera de febrero de 1943 y la segunda de marzo del mismo año, son suficientemente expresivas, con la particularidad de que en ellas, convencido seguramente quien las dictaba de su arbitrariedad, se acentúan las medidas precautorias para que la prohibición no trascienda y el lector pueda achacar la deficiente información a inhibición o desinterés de los propios directores. Veamos: «Para su conocimiento y más exacto cumplimiento, a continuación le transcribo circular cifrada recibida por el teletipo de esta Delegación [la provincial] en el día de hoy: los periódicos, salvo nueva orden, publicarán únicamente la referencia transmitida desde Madrid de los funerales que organizará el Gobierno en sufragio de don Alfonso XIII, absteniéndose de cualquier otra información y de inserción de esquelas. Esta Delegación vigilará el cumplimiento de la presente orden. No creo necesario recordarle que esta noticia es de carácter *secreto* y por tanto no tendrá conocimiento de ella nadie más que usted

[el director], haciéndose responsable en caso de que por cualquier negligencia trascienda a otras personas. Por Dios, España, etcétera». O esta otra, de la Delegación local: «Por la presente pongo en su conocimiento que con referencia a la fiesta de los Mártires de la Tradición, sólo publicará ese diario la reseña de la misa que con tal motivo se ha celebrado en la iglesia de El Salvador, quedando por tanto suprimidos todos los comentarios relativos a la citada misa. Lo que le comunico para su conocimiento y más exacto cumplimiento».

Los diarios españoles, durante una larga etapa, quedaron relegados a una condición servil, donde no solamente la Vicesecretaría de Educación Popular tenía atribuciones sobre ellos sino que tácita o expresamente se las otorgaba a cualquier organismo o personajillo que disfrutara de alguna parcela de poder. Más grave que la misma dictadura resultaban a menudo las pequeñas dictaduras que aquélla generaba, y ante las cuales toda persona, física o moral, quedaba indefensa. A continuación transcribo una carta del concejal delegado del Servicio de Limpieza del Ayuntamiento de Valladolid en el año 43 –reveladora de un estado de hipersensibilidad normal en aquella época en todo el que ocupaba cargos políticos– que en términos imperativos invita al director de *El Norte de Castilla* a que rectifique una anodina información publicada anteriormente en el diario: «Muy señor mío: Visto por esta Delegación del Servicio de Limpieza el suelto publicado en su periódico con fecha 4 del presente mes [la carta es del 5] con el título "Por decoro y por higiene", esta Delegación invita al firmante de dicho suelto a visitar dichos parajes a que alude para comprobar la veracidad de lo que expone... No creo que el interesado de dicho suelto pueda haberse asesorado debidamente de las condiciones en que se encuentran en la actualidad dichos parajes, ya que están en desacuerdo con lo que dicho señor manifiesta, puesto que en la [iglesia de la] Antigua se ha instalado, después de verificar su limpieza adecuada, un foco eléctrico para facilitar la vigilancia que un guardia municipal presta constantemente día y noche... En cuanto a las inmediaciones de la casa de Cervantes, se ha de hacer constar que no existen más que unos escombros que son debidos a una obra que se lleva a cabo en dicho paraje... Por todo lo expuesto, invito a ese periódico de su digna dirección, a que rectifique *públicamente* el suelto antedicho, toda vez que esta Delegación ha sabido subsanar, con antelación a su suelto, los defectos aludidos en el mismo». En otra ocasión –27 de marzo de 1946– es la Fiscalía de Tasas la que decide abrir expediente a nuestro diario con motivo de una información sobre la adulteración de leche, por lo cual la dirección de *El Norte* apela en estos términos ante el fiscal superior: «Hace tiempo publicamos una relación, dada por la citada Fiscalía, de lecheros castigados con multa y cierre de sus establecimientos, medida, ésta, que hizo temer al

público por la escasez de leche. Estos últimos días se me han quejado los lectores por la escasez de este artículo y he podido comprobar que era cierta, y con el mejor deseo de evitarla y cooperar con la autoridad correspondiente, como lo prueban otros artículos anteriores, escribí el que acompaño. No le diré mi sorpresa cuando al día siguiente recibí un oficio del señor fiscal, para que compareciera ante él para responder del artículo citado. Por deferencia al cargo que aquél ostenta y no por creer que un fiscal de Tasas pueda pedir cuentas a un director de un periódico de lo que en él se publica... comparecí ante él exponiéndole con la mayor amabilidad cuanto se le ocurrió preguntarme. Creyendo que lo que correspondía era una aclaración al concepto que da la Fiscalía a la palabra cierre... le ofrecí las columnas del periódico para su aclaración ... Hasta aquí el motivo que si Vuestra Ilustrísima cree de su competencia sabrá juzgar; pero lo que más me interesa hacer constar ante V.I. es la forma violenta en que terminó nuestro diálogo y no por mi parte; y más aún, manifestarle, con el mayor respeto, mi protesta por la frase irreverente contra la Santa Hostia pronunciada ante mí, sacerdote (por estas fechas el director de *El Norte* era un sacerdote impuesto por la Delegación Nacional de Prensa), por el señor fiscal y en presencia del señor juez de Tasas. Cierto que luego se arrepintió, pero la ofensa (por lo que a mí respecta está perdonada) creo merece al menos ser conocida por V.I., no como descargo de un expediente, ya que estoy persuadido de la inexistencia de la más leve falta, sino más bien como reparación y por prestigio del cargo que este fiscal provincial ostenta».

Significativa, me parece, por otra parte, la presión que ejercen en estos años sobre la prensa española las potencias del Eje a través de sus embajadas. Reproduzco dos documentos sumamente expresivos, el primero firmado por el delegado de prensa de la Embajada de Italia, en el año 41, en el que pide «contactos cordiales y amistosos» no sólo con el director sino con los redactores del periódico, de los que solicita relación de «nombres y cargos que ocupan», y el segundo del delegado de prensa de la Embajada Alemana en el 43, mucho más contundente: «Siguiendo órdenes de mi Embajada me permito recordarle por la presente que en la fecha del 22 de junio próximo hará dos años que Europa emprendió la lucha contra el bolchevismo, motivo que no dudo aprovechará ese respetable periódico para hacer resaltar en las columnas del mismo, y preferiblemente en primera plana mediante fotograbados, el carácter e importancia trascendental que para Europa tiene esta lucha», dice en una carta dirigida al director del periódico. Como puede observarse, a pesar de su sutileza, en la sugerencia se consignan no sólo la fecha en que el diario debe resaltar la efeméride sino los medios (artículos, fotograbados) y el lugar (primera plana).

El acatamiento de estas órdenes, consignas, orientaciones, ruegos,

era luego escrupulosamente vigilado por la Vicesecretaría y provocaban, cuándo se incumplían, una serie de apercibimientos, amenazas o sanciones, como se demuestra en los dos oficios que transcribo, el primero de enero de 1943 y del 10 de abril del mismo año el segundo: «Observado por esta Delegación que ese periódico no ha cumplido exactamente lo ordenado sobre la Campaña de Propaganda para el Cantante Anónimo, organizada por Educación y Descanso, no ajustándose lo publicado a las instrucciones y guión que le fueron remitidos oportunamente, queda apercibido para, en el caso de que no cumplimente en todas sus partes y con arreglo a las normas dadas cuanto le fue ordenado a este respecto, ser propuesto para una sanción. Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista». Y el otro: «Esta Delegación Nacional ha visto con disgusto, según se informa por la hoja de inspección número 68, que ese periódico, en su número del día 4 de los corrientes, dejó de publicar editorial o comentario de alcance nacional ... Motivo por el cual se apercibe a esa dirección, etcétera».

Estas amenazas se traducían a menudo en sanciones económicas, reducción en los cupos de papel prensa – tan escaso en aquellas fechas– y destituciones fulminantes que, en el caso concreto de *El Norte de Castilla,* constituyeron una auténtica sangría, ya que de una plantilla de ocho redactores, en tan sólo nueve meses –de marzo a diciembre de 1943–, fueron depuestos de sus cargos cuatro de ellos: el director, don Francisco de Cossío; el subdirector, don Martín Hernández (sacerdote); el redactor-jefe don Eduardo López-Pérez, y el redactor de mesa don José García Rodríguez. Las incidencias a que dieron lugar estas destituciones, su falta de base, etcétera, bastarían para llenar un libro.

Para terminar, quisiera añadir que el control sobre los diarios en estos años fue tan estrecho que afectaba incluso a los folletos que en él se recibían y a la confección técnica de aquéllos, que lógicamente no obedece a unos cánones universalmente admitidos sino al juicio y gusto del director y del redactor encargado del ajuste. Esto no obsta para que la Vicesecretaría se considerase, tanto en el aspecto ideológico como en el técnico, en posesión de la verdad, y que con abrumadora asiduidad torturase a los periódicos con órdenes de este tipo: «A la mayor brevedad posible [ese periódico] remitirá a esta Delegación Provincial, relación de las revistas, folletos, periódicos, etcétera, que se hayan recibido durante la segunda decena de agosto [lo que da pie para suponer que cada diez días los diarios debían informar a la Delegación de los impresos que se recibían en su redacción]». Y en lo atañedero al aspecto técnico, estas tres consignas –correspondientes al 9 y 13 de septiembre y al 7 de octubre de 1943– que reproduzco a continuación dan idea del grado de intervención que

padeció la prensa española en la década de los años cuarenta. Primera: «Con el fin de cuidar la presentación de ese diario, transcribo lo que se me dice [el oficio proviene del Delegado Nacional de Prensa] en la hoja de inspección número 131 correspondiente al número del día 3 de los corrientes: Técnica. Ajuste y confección. Primera página: Algunos titulares antiperiodísticos por su extensión, otros por su imprecisión. Poca variedad tipográfica en sus cabeceras, sin grandes destaques. Faltan más sumarios en algunos titulares y ha de suprimir radicalmente las palabras divididas. Debe evitar la inserción de noticias breves en cabeza. Cuando hay noticias cortas, como la concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad de Burgos al Caudillo, debe recuadrarla y de esta forma la puede desplazar a un segundo término de la plana, dejando sólo las cabezas para las grandes informaciones». Segunda: «En la hoja de inspección número 132, correspondiente al número del día 5 de los corrientes [obsérvese que apenas han transcurrido dos días desde el varapalo anterior] se me dice con relación a ese periódico lo siguiente: Valoración. No recoge en primera [plana] la información sobre la concentración falangista en Palencia, a cuatro pasos de Valladolid, el bombardeo de Berlín, ni la situación bélica en Rusia». Y tercera y última: «Con el fin de cuidar la presentación de ese periódico, transcribo lo que se me dice en la hoja de inspección número 141 correspondiente al número del día 24 de septiembre: Técnica. Ajuste y confección. Primera página: En los sueltos a una [columna] insiste en el artificio titulatorio del que parecía haberse corregido. En una cabecera a dos [columnas] faltan sumarios. Última [página]: las cabeceras a dos [columnas] se repiten ocho veces. Vuelve a incurrir en el defecto de primera en la titulación a una columna».

Es ocioso añadir que en los tres casos registrados se nos hacían estas observaciones, como era habitual en este tipo de correspondencia, en nombre de Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista.

1979

El grupo «Norte 60»

Discurso pronunciado en el acto de investidura como
Doctor Honoris Causa por la Universidad Complutense
de Madrid el 26 de junio de 1987

La propuesta para esta distinción necesariamente tenía que proceder de la Facultad de Información, puesto que a lo largo de cuarenta y tres años no he hecho otra cosa que informar e intentar comunicarme con mis semejantes. ¿Ciencias de la Información o Ciencias de la Comunicación? ¿Es que hay alguna diferencia? A través de mi viejo periódico *El Norte de Castilla,* de mis libros y novelas, mi objetivo ha sido siempre buscar *al otro,* conectar con mis conciudadanos, tenderles un puente. Periodismo y literatura han sido en mi vida dos actividades paralelas que se han enriquecido mutuamente. Primero, como parecía obligado, fue el periodismo. A lo largo de dos años trabajé en mi periódico provinciano antes de lanzarme a la literatura. En ese tiempo aprendí tres cosas fundamentales: a redactar, a valorar humanamente la noticia y a facilitar al lector el mayor caudal de información con el menor número de palabras posible. Pero esto, que es el abecé de la información, no representaba ninguna rémora para la literatura, sino todo lo contrario, aunque haya quien se empecine en contraponer ambas actividades y quien no concede al periodismo otro valor que el de ser el desecho de la literatura. Yo entiendo más bien que la literatura ornamental desapareció el día que el arquitecto Perret reconoció «que el adorno oculta siempre un error de construcción». Hoy día se estima la sobriedad en literatura tanto como pueda hacerse en periodismo y aun se acepta que una y otro puedan ser actividades complementarias. Después de todo, ¿qué hace el periodista que redacta un suceso sino narrar? ¿Qué diferencia hay entre el diálogo de una entrevista y el que se entabla en una novela, aparte de la objetividad que debe presidir el primero? ¿No traza esbozos descriptivos el periodista que ambienta un reportaje? Esto significa que considero el periodismo una escuela literaria, hasta tal punto que es fácil advertir que aquel escritor que no ha pasado por esta escuela se acerca tímidamente a las columnas de los periódicos de vez en cuando para hacer ejercicio de dedos. Lo echa en falta.

Mi vinculación al periodismo ha sido total desde mi incorporación a *El Norte de Castilla,* de Francisco Cossío, en 1941. Mi maduración en el

seno de este periódico, como caricaturista, primero, como redactor y director, después, me hicieron acreedor a un título, el de periodista, del que siempre me he enorgullecido. Pero, simultáneamente, me fui formando como novelista. En mi concepción del periódico como escuela cabían, por tanto, dos vertientes: la estrictamente periodística y la literaria. A mi lado, en mi diario vallisoletano se fueron formando también una serie de muchachos que hoy son grandes escritores y que corroboran mi alto concepto de aquella profesión. Me estoy refiriendo a Francisco Umbral, Manuel Leguineche, José Luis Martín Descalzo, José Jiménez Lozano, César Alonso de los Ríos, Fernando Altés, Javier Pérez Pellón, y tantos otros... A estos jóvenes –estoy hablando de los años sesenta– los fui incorporando a las tareas de *El Norte de Castilla* impulsado por el deseo de imprimir a sus páginas una calidad, una independencia y una preocupación. Activadas por ellos, fueron naciendo aquellas inquietas secciones que, como «Las Artes y las Letras», «Ancha es Castilla» y, especialmente, «El Caballo de Troya», fueron ensanchando las estrechas fronteras de libertad de que entonces disponíamos, secciones que indujeron al periódico *La Croix*, de París, a afirmar que *El Norte de Castilla* era la publicación más independiente de la España de aquellos años. Desde entonces se viene hablando de «El Norte» como escuela, o del grupo de «El Norte 60» para designar a los periodistas y escritores que acabo de citar. Pero esta afirmación, que es cierta, suele ir acompañada de otra que no lo es, a saber, que yo fui el maestro de aquella escuela. Quiero decir: la escuela existió. «El Norte» de los años sesenta lo fue, pero yo no fui el maestro, sino un beneficiario más de las enseñanzas que todos impartíamos. Fue aquella una escuela comunal, sin maestros ni discípulos, en la que todos enseñábamos y aprendíamos simultáneamente, es decir, dábamos lo que teníamos y recibíamos lo que tenían los demás. Entiendo que ésta es la escuela perfecta, la escuela solidaria, no uniformadora, sin imposiciones ni protagonismos. En ella no tuve otro papel que el de copartícipe, coordinador y, seguramente, el de inductor. Pero salvo la oportunidad de reunirlos a todos, ¿cómo podía yo infundir brillantez al estilo de Umbral, trascendencia y sabiduría a los escritos de Jiménez Lozano, imaginación a los de Martín Descalzo, sobriedad y rigor por el dato a los reportajes de Leguineche, o sentido de la ética y el compromiso a los trabajos de César Alonso de los Ríos? Yo recibí de ellos estos dones y los utilicé en mi beneficio. Creo que, más o menos, a ellos les sucedió lo mismo, de tal modo que su iniciación periodística les facilitó luego el acceso a la literatura. Por eso me sorprende recibir a veces la queja de un reportero que se lamenta de haber optado por el periodismo sacrificando su ambición de escribir libros. ¿Cómo puede nadie entender que estas actividades son incompatibles? ¿Es que el

periodismo, en lugar de una pista de despegue, es una atadura que nos impide remontar el vuelo? Hubo un tiempo en que el periodismo utilizaba un lenguaje llano, pobre, de la calle –sin la gracia coloquial–, y la literatura otro, engolado y conceptista; eran dos vías. Pero hoy el lenguaje de la prensa escrita tiende a dignificarse, mientras el más estrictamente literario (salvo en experimentos vanguardistas) se simplifica. Es decir, en todo lo que no sea técnica y estructura, ambas actividades se dan la mano. Para ejercer una y otra, sirve el mismo instrumento. ¿No vale para demostrarlo el proceso de maduración de los escritores citados más arriba? ¿Es que hay únicamente valores periodísticos en las páginas de *Mortal y rosa*, de Umbral; *El camino más corto*, de Leguineche; *Guía espiritual de Castilla*, de Jiménez Lozano; *Vida y misterio de Jesús de Nazareth*, de Martín Descalzo, o *Conversaciones con Miguel Delibes*, de Alonso de los Ríos? No, evidentemente hay más, no sólo es periodismo lo que recatan tan hermosas páginas y, sin embargo, tampoco están alejadas de él. Quiero decir que los autores de estos libros ya alentaban en sus trabajos de *El Norte de Castilla* de la década de los sesenta. En germen, ya estaban allí. Sus libros posteriores ofrecen una prosa más cuidada, libre ya de aquello que es consustancial al periodismo: el apremio. Es decir, se ha serenado, mas la raíz sigue siendo la misma. Lo único que le falta es la crispación que el periodismo conlleva. En este sentido, tal vez podríamos hablar del periodismo como borrador de la literatura.

En esta solemne investidura me ha parecido oportuno evocar a quienes un día, hace ya veinticinco años, me ayudaron a hacer de *El Norte de Castilla* un periódico más grande, moderno e independiente, y, en el terreno personal, a corregir mis defectos de escritor. Todos nos formamos juntos, en la misma escuela y, aunque ellos se declaren mis discípulos, yo me enorgullezco al proclamar que también fueron mis maestros. Es justo que en esta hora desee compartir con ellos el honor de esta designación.

CARTA ABIERTA

A Manuel Ángel Leguineche

Mi querido Manu:

Sé que se ha creado una Asociación de Periodistas Vascos cuya primera decisión ha sido nombrarte Periodista de Honor. ¡Feliz nacimiento el tuyo! No he conocido un periodista, vasco o no vasco, que en el breve plazo de unos años convirtiera sus viajes alrededor del mundo y alrededor de todas las guerras habidas y por haber en lecturas obligadas para el gremio de cabezas cultas y el de los apenas iniciados. Te hiciste lectura indispensable para todos. Te convertiste en un creador original que no hacía libros de ficción, ni de guerras, sino de crónicas creativas y humanas de hombres que no se entendían entre sí porque nadie les había enseñado otra cosa. Pero bajo tus renglones subyacían la vida, la bondad y el amor que estaban dentro de ti. Éste fue tu hermoso oficio, al que tú no añadiste sangre ni crueldad sino al revés, de tal modo que tus libros se vendieron a millares, aunque tú les regateaste el morbo y te manifestaste cauto, sobrio y hermano a todos, hasta que el creciente número de lectores empezamos a ver en ti un mediador del que no sabíamos prescindir, un hombre de bien que nos ponía el mal ante los ojos, pero nos los cerraba para que nos recreáramos en los alicientes de la paz y la vida cotidiana. Cuántos personajes inolvidables, vidas inolvidables, ¡oh, aquel combatiente en una isla solitaria que pasa la vida en una guerra que ya no existía, aquel buen salvaje que nos cautivó convertido, por la magia de tu pluma, en un corresponsal de paz, sacrificado y limpio!

Éste es tu secreto querido Legui; enseñar que, en el fondo de sí mismos, los combatientes querrían ser amigos de sus enemigos; que la paz no costaba tanto como los hombres en guerra pretendían demostrarnos.

Entre guerra y guerra escribiste libros luminosos –¡*Los mayas*!– y esperanzados, sobre una humanidad que hubiera merecido vivir en paz. Quiero decir que la pasión y crueldad apenas trascendían en tus libros. Tú registrabas seres vivos, convincentes con una prosa constructiva en contra de la tragedia que pretendías pintar. No llegabas a pintarla. Pintabas, posiblemente sin quererlo, el lado humano y positivo de las cosas, de los hombres, como el buen salvaje de tu libro inolvidable.

Así has venido a resumir, querido Leguineche, en tu último libro *El*

club de los faltos de cariño –en el que no te corresponde estar–, tus libros bélicos. Ideas, anécdotas, pensamientos, observaciones que son como el poso que han destilado tantos hermosos libros como escribiste en la vida y que sorprendentemente, sin enterarte ni tú mismo, llevaban el sello del humanista. Tu obra dice bien claro que no te gustaba que te mandasen. Ni mandar. La autoridad sobraba en tu credo. Te abraza y felicita.

Miguel Delibes
2007

Sobre las cosas de la vida

La crisis de la didáctica

Si la didáctica es el arte de enseñar, es obvio que tal arte debe ejercerse no sólo desde la cátedra, sino también desde el libro. Al estudiante universitario suele abandonársele un poco a sus propias fuerzas, pensándose quizá que ya es mayorcito, siendo así que un examen superficial de ciertas obras de texto de rango superior nos revelan la necesidad de protección que tiene el estudiante en todas las fases de su vida.

Desacreditado, aunque no en desuso, está el sistema de los apuntes, ya que todo libro, aun el menos sistematizado, aventajará en algo a aquéllos. Esto equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un texto básico, y conveniente sería exigir que este libro se ajustase a una elemental línea didáctica.

A menudo, los libros que aspiran a lograr una eficacia en la enseñanza son oscuros cuando no impenetrables. Los autores de libros destinados a la formación intelectual de la juventud olvidan con frecuencia su elevada misión. No es difícil observar en estos textos antes una finalidad de lucimiento personal que una eficiencia docente. Éste es un grave mal. El profesor que tras años de esfuerzo dominó una materia, no se resigna, a veces, al escribir un libro, a enterrar su erudición. Olvida igualmente que el secreto de la didáctica reside en tender un puente asequible entre el maestro y los discípulos, y que ese puente no puede ser otro que un libro afortunado, un libro esencialmente didáctico.

A veces se confunde en nuestro país la elevación con la complejidad. Hay quien considera una flaqueza un libro científico claro, supuesto que para él la ciencia es sinónimo de hermetismo. Ortega y Gasset ha demostrado que las ideas elevadas pueden expresarse sencillamente. No puede negarse que Ortega haya influido en la manera de pensar de muchos españoles, pero lo que no puede decirse es que les haya enseñado a escribir. Cada día es mayor el número de libros antididácticos que circulan por nuestros centros docentes. Y no sólo no cunde en este aspecto el ejemplo de Ortega, sino que, por el contrario, entre nuestros intelectuales se tiene a gala esconder las ideas más simples bajo un lenguaje inextricable. Las nobles ideas nada ganan arropadas en una terminología conceptuosa. El gran enemigo de nuestro idioma es la pedantería.

Diríase que en nuestro país nadie se conforma al escribir un libro

con sistematizar unos conocimientos. Cada autor apunta a descubrir las raíces metafísicas de su pedazo de ciencia. Considera factible que el alumno asimile en nueve meses los conocimientos que a él le costó nueve años embotellar. Ignora o cierra los ojos a la realidad. No le importa que su juvenil auditorio se mueva entre nubes si ha dejado a salvo su prestigio de hombre profundo.

Yo recuerdo a estos efectos la lucha atroz que en mis tiempos suponía enfrentarse con la lista de los reyes godos o con la Edad Media de la historia de España. Los alumnos nos perdíamos en un intrincado galimatías de nombres y fechas. No acertábamos a distinguir si Recesvinto tenía mayor importancia que Recaredo o a la inversa. Sabíamos quién era Sancho IV, pero no lo que era el Privilegio de la Unión. Conocíamos la fecha en que se produjo la Revolución francesa, mas ignorábamos lo que era el absolutismo. En una palabra, el sistema prolijo de enseñar la historia a través de los nombres de sus protagonistas nos llevaba a conocer figuras grises y anodinas y a ignorar el significado de las más grandes instituciones. Los historiadores olvidan con lamentable frecuencia que hay muchas figuras que ni siquiera merecen el insignificante honor de ser citadas en letras de molde.

Un elemental principio didáctico nos enseña que el maestro debe colocarse a la altura de los discípulos más romos, si quiere que su labor resulte provechosa. No es un mérito sacar un sabio del superdotado, sino sacar a flote, con los conocimientos precisos, a las inteligencias más precarias.

La didáctica es el arte de enseñar, siquiera algunos pedagogos modernos se obstinen en transformarla en el arte de anonadar.

¿La muerte de un teatro?

No creo que aquello de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra, y sin embargo, en la época presente, se observa en todos los terrenos un afán descomedido en los artistas por parecer originales. El ensayo teatral de la comedia de dos personajes ha sido superado por el actor Guitart, quien, en un «más difícil todavía», interpreta una comedia de un solo personaje quemando antes las naves, es decir, sin reservarse un mal teléfono donde agarrarse llegado un caso de apuro.

La limitación del espacio, una de las dificultades más importantes para el autor teatral, ha sido desbordada también por la nueva técnica norteamericana, no ya prescindiendo del decorado o reduciéndolo a una estructura esquemática como en el caso de *Nuestra ciudad,* sino empleando una decoración reversible con la ayuda de la imaginación y la luminotecnia. Estos hechos demuestran, tanto como que al teatro

se le han quedado chicas las dimensiones clásicas, que el teatro no desdeña la influencia cinematográfica si ello viene a procurarle una mayor atención por parte del público. Conviene tener presente que la nueva técnica escenográfica no sólo permite la elusión de la limitación de espacio, sino la del tiempo, imprimiendo plasticidad a las evocaciones.

La muerte de un viajante ha sido muy discutida en España y he advertido que, en general, rechazan sus licencias los viejos, mientras los jóvenes, por el contrario, elogian sin reservas su audacia. Esto quiere decir que la nueva orientación teatral satisface los gustos de la época, lo que nos lleva a pensar que no tardando puede sobrevenirle un colapso al viejo teatro de las rígidas normas y las clásicas limitaciones. Y no deja de ser significativo que este esquinazo propinado al teatro de nuestros mayores provenga precisamente del pueblo más joven del mundo, del más vital, y que haya encontrado el beneplácito de los jóvenes en todas partes, mientras los viejos, los que no entran con el cine, califican de frivolidad el experimento.

Nunca el arte se sintió tan inquieto como en nuestro tiempo. De día en día se cambia de postura y, ya que no mejorando lo presente, se intenta llamar la atención haciendo lo que no hizo nadie.

Las comedias de dos personajes y las de uno son frutos normales de la época. En su mayor parte, estas posturas serán pasajeras, en tanto otras, como la del escenario giratorio, que permite al teatro evadirse de sus tradicionales rígidas normas y adquirir una consistencia menos enteriza, es posible que perdure, supuesto que la desafección al teatro de las nuevas generaciones viene dictada, antes que nada, por la repulsa hacia la morosidad y el artificio demasiado ostensible. Es obvio que un teatro liberado de la coacción del espacio y del tiempo será un teatro, si no más natural, sí más dinámico, ya que en buena parte la palabra será sustituida por la acción. En adelante ya no será preciso que el protagonista recuerde a la protagonista un hecho que normalmente ninguno de los dos debe de haber olvidado para poner al público en situación, sino que veremos con nuestros propios ojos ese acontecimiento que a lo largo de la obra quizá tenga una influencia decisiva. A fin de cuentas, pienso yo, el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra sobre la escenografía, esto es, propende a hacer el artificio menos ostensible, lo que ya es ganar algo.

1956

Ciudades impersonales

En las ciudades americanas y europeas que he visitado últimamente he

observado una tendencia gregaria hacia la uniformidad. Es éste un fenómeno universal, puesto que la primera preocupación de los ediles del mundo entero, empezando por los de casa, parece ser el desarrollo de las grandes vías y del ornato vegetal excesivamente relamido; del alarde botánico que pudiéramos llamar de artesanía. Esta tendencia motiva que las ciudades que carecen de historia, de piedras básicas, sean ciudades impersonales, cuya diferenciación se va haciendo con los años prácticamente imposible. Las pequeñas capitales se esfuerzan en disipar su aire provinciano, y su mayor orgullo estriba en trazar bruñidas calzadas para sus automóviles. Nada digamos de las capitales de Estado, cuya marcha es tan acompasada, que a uno le va resultando difícil, sin atender a otros motivos, saber por qué continente se mueve. Así, Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile son ciudades que evidentemente aspiran a lo mismo; sus diferencias son de matiz o de cantidad, nunca más profundas. El funcionalismo ha saltado fronteras, ha vadeado mares y hoy el Nuevo Mundo, salvo en aquellos sectores con una huella palpable del pasado, ofrece una perspectiva decepcionante en fuerza de regularidad de factura y de tonos. En las ciudades citadas, la particularidad de Río dimana de su luz y de su fronda; la de Buenos Aires, de su enorme densidad demográfica, y la de Santiago, de su decoración andina. Arquitectónicamente, urbanísticamente –aparte alguna audacia vanguardista de los brasileños–, estas ciudades carecen de notas sustanciales, definidoras.

Otro tanto acontece en Europa. En realidad, a Europa la salvan sus vestigios y sus tradiciones. Por mucho que se esfuercen los ediles europeos en borrar el carácter de sus ciudades, no podrán conseguirlo en mucho tiempo. En Europa, cada ciudad tiene su sello, siquiera este sello no se haga ostensible en sus barrios céntricos, todos ellos pretenciosos en su afán de modernidad. Por regla general, lo que el visitante estima en las ciudades que visita constituye una vergüenza para los nativos. Nada más ingrato que tratar de llevar a los ediles al convencimiento de que sin hacer de la ciudad una antigualla, cabe buscar una adecuación entre el pasado y el presente; es decir, que los barrios modernos de las ciudades no tienen por qué propender a rimar con los de la capital vecina más importante, sino con los barrios periféricos y con las características de la región y sus habitantes. Si urbanísticamente trascendieron antaño esas diferencias, no hay razón para borrarlas en nuestros días. A Nápoles le darán la puntilla el día que modernicen sus barrios altos, sus barrios populares, únicos que comunican al visitante una idea aproximada de la vitalidad, de la debilidad exhibicionista de la región. A Cádiz no le imprimen carácter sus monumentos, sino la simetría, la angostura de sus calles, los miradores colgantes de sus casas de tres pisos, su albura con rebrillo de cristales, de un acentuado aire colonial. Nápoles y Cádiz no han

renunciado al progreso, pero tampoco en aras de éste han sacrificado su personalidad.

El declinante acento personal de las ciudades corresponde al declinante acento personal de los individuos. La producción en cadena está desatando efectos que rebasan el ámbito estrictamente industrial y económico. Al cine se le ha acusado asimismo de uniformar psicologías, de facilitar un cliché tentador de seres atractivos y superficiales para que hombres y mujeres tomen modelo de él. Yo entiendo que el fenómeno obedece al anhelo, siempre vivo, pero acentuado en nuestros días, de aparentar más de lo que se es. Esta actitud despierta un afán imitativo que en la mujer se traduce en copiar a su artista predilecta, y en los ediles provincianos en aproximar lo más posible la ciudad que rigen a la capital del país. La identidad del modelo provoca uniformidad, síntoma de decadencia y de falta de imaginación; de dotes creadoras, en suma.

1956

El ingenio y el ingeniero

Afirmar a estas alturas que los españoles somos un pueblo apasionado no es descubrir ningún Mediterráneo. En la argumentación nos mostramos radicales, y en cualquier clase de discrepancia estimamos nuestras razones generalmente más sólidas de lo que son, en tanto las de nuestro antagonista las desdeñamos por deleznables. Ello no es óbice para que en España se apele a la razón y a la justicia con mayor vehemencia que en otras partes. Sin embargo, cuando uno de los protagonistas de una discusión dice en nuestro país «Vamos a darnos a razones», hay que echarse a temblar; las bofetadas no tardarán en producirse. Nada digamos si la cuestión es de índole multitudinaria; la cosa entonces es más grave y cae dentro de la normalidad el que la dirimamos a tiros. La historia del siglo XIX y buena parte de la del XX abonan esta tesis. La fogosidad constituye una rémora en el campo de la dialéctica, donde tiene más valor acertar a dar la vuelta a los argumentos del adversario que tratar de imponer los propios a voz en cuello. En España todos sabemos teorizar sobre la discusión, pero muy pocos sabemos discutir; puestos a ello, la cosa degenerará en violencia o en el más pueril de los bizantinismos.

Creo que ahora anda sobre el tapete el proyecto de reforma de ciertas enseñanzas técnicas con objeto de que aumente en el país el número de ingenieros. «Con más ingenieros, nuestra producción se incrementará», afirman los partidarios de la reforma, y para justificar esto dicen que España apenas da trescientos ingenieros por cada millón de habitantes, siendo así que Estados Unidos da cuatro mil y

Francia dos mil. El razonamiento no deja de ser peregrino y peca de demasiado simplista. Los detractores del proyecto, por contra, afirman que si calculamos por unidad de producción, que es, según ellos, como se debe hacer, viene a resultar que España tiene quince mil ingenieros por cada cien unidades, mientras que Estados Unidos e Inglaterra no disponen más que de catorce mil y siete mil quinientos, respectivamente. Es decir, que nuestro país tiene más ingenieros que las naciones más poderosas e industrializadas. Padecemos también, por lo visto, una inflación ingenieril. España, proporcionalmente, tiene más ingenieros que nadie. Uno, que desde su atalaya de observador guarda una postura objetiva, no puede menos de sobresaltarse. La discrepancia, como se ve, y como es usual en el país, no puede ser más tajante.

Uno, al enfrentarse con este problema, ha de pensar necesariamente en aquello de qué fue antes, el huevo o la gallina, es decir, en el caso que nos ocupa, qué fue antes, el ingenio o el ingeniero. En apariencia, de muy poco ha de servirnos, por ejemplo, alumbrar cada año varios cientos de ingenieros de minas si carecemos de minas donde colocarlos. En cambio, yo pienso que no nos iría mal del todo si ampliásemos en nuestro país el número de ingenieros de caminos, pongo por caso. Allá donde el ingeniero se las ingenia para sacar algo de la nada parece oportuna su multiplicación. Allá donde el ingeniero se limite a explotar una riqueza existente se me antoja razonable que sea esta riqueza la que determine su número.

Para mí los argumentos esgrimidos hasta la fecha, sobre apasionados, pecan de demasiado abstractos. El que unos digan que tenemos menos ingenieros que nadie y otros arguyan que proporcionalmente el número de ingenieros es superior en España al de cualquier otro país, creo que no conduce a ninguna parte; es llevar la discusión a ese terreno de extremismos radicales que tan escasos frutos nos ha rendido hasta el presente. Es posible que, sometiendo el problema a un planteamiento menos numérico y más literario, llegásemos a resultados más realistas. Cualquier cosa antes de encastillarnos en dos polos antagónicos, y andar peloteándonos todo el tiempo con pompas de jabón. Si la tinta, el tiempo y la cabeza que se han gastado en el debate se hubieran aplicado a elaborar un concienzudo proyecto sobre una red de carreteras, eso, pienso yo, iríamos ganando los españoles.

1957

La falta de curiosidad

Llevamos unos años tratando de dar al país un espolazo que lo

arranque de su secular trotecillo apagado. Se han puesto en juego numerosos resortes sin que ninguno, que yo sepa, aborde de frente la cuestión. Nuestro país adolece de una pereza mental exacerbada por una notable falta de curiosidad. A nadie le interesa nada fuera de lo que conoce que, de ordinario, es muy poco. A menos conocimientos, menos curiosidad; no tiene vuelta de hoja.

Es muy posible que esta absoluta falta de curiosidad por las cosas venga dictada por el escepticismo que despierta una prolongada etapa de vida mediocre y sin horizontes. En tiempos de nuestras abuelas, era frecuente escuchar consejos como éste, tratando de estimular a la chica de servicio que se iniciaba en sus labores:

–Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella.

Ante estas perspectivas no es fácil que nadie se encandile. Con los escalafones acontece algo semejante. El escalafón viene a decir, más o menos:

–Paciencia, muchacho. Aguarda a que desaparezcan cincuenta funcionarios de los que te preceden, trabaja con tesón y entusiasmo y, dentro de veinte años, ganarás cuarenta duros más de los que ganas ahora.

Conclusión: el trabajo no rinde; la curiosidad por ampliar nuestros conocimientos desaparece automáticamente.

En los países prósperos no se desdeñan los menesteres humildes, tal vez porque las más grandes figuras de su historia contemporánea empezaron vendiendo periódicos o lustrando zapatos. En nuestro país resulta arriesgado buscar una colocación provisional; pronto se hace rodera y todos sabemos que para salir de una rodera hace falta algo más que buen deseo. Tratar de hacerlo sin una cierta habilidad es hacer oposiciones al batacazo.

En nuestra vieja piel de toro, la rutina, la carencia de fe –muy justificada– en la propia redención han matado a la curiosidad. Una amiga mía llevó a un puerto de mar a su sirvienta de tierra adentro, una muchacha sin otra experiencia viajera que el teso y el río que se dominan desde la torre de la iglesia de su pueblo. Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se le ocurrió preguntar –y ya es algo– es si aquella agua no se salía nunca.

Proporcionalmente, con nuestros grandes ricos, con nuestros ricos sórdidos y tradicionales, acontece otro tanto. Hoy que al rico se le ofrecen a cada paso oportunidades de asomarse al mundo, él no pone nada de su parte porque no siente curiosidad por conocer otras gentes ni otros horizontes. A lo sumo, nuestros proverbiales ricos, en un gesto dispendioso, se llegan a Toledo o a las cuevas de Altamira, pero de ahí no pasan. Con frecuencia, los escritores y caricaturistas del país

afilamos nuestras plumas para ironizar a costa del nuevo rico, del improvisado de la fortuna, cuando, puestos en lo justo, el nuevo rico le da ciento y raya al viejo rico, al rico sórdido y tradicional, en punto al arte de gastarse veinte duros con salero. «Con lo que sé me ha ido muy bien», suele oírse a las mujeres de cierta edad. Y a lo mejor tienen razón. A lo mejor todo eso del progreso y la cultura no es más que un espejismo.

Se ha dicho que nuestra época se distingue por la crisis del diálogo. No sólo han desaparecido las tertulias de los antiguos salones, sino hasta los clásicos cafés de divanes de peluche. Para lo que hoy tenemos que decirnos sobra con las ortopédicas banquetas de las cafeterías. Mas esta crisis del diálogo es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. A poco observador que se sea, se advertirá que los hombres y mujeres que llamamos «con conversación» son los menos aptos para el diálogo. Puestos a ello, se limitarán a dar vueltas en torno a sus problemas particulares. Son aburridos monologuistas; jamás escuchan la réplica. Y es que los problemas ajenos no les interesan; falta curiosidad por las cosas.

Hoy se trata de despertar al país de su tradicional abulia poniendo en juego nuevas leyes y dictando disposiciones más o menos ambiciosas. La lucha –nunca se dijo mayor verdad, puesto que el analfabeto suele defender su ignorancia con el mayor tesón– contra el analfabetismo alcanza auténticos caracteres épicos. ¿Y qué? Yo entiendo que enseñar a leer al que no sabe representa un esfuerzo estéril si aquél no lo hace conscientemente, movido por el anhelo de conseguir un acceso al periódico o al libro, es decir, por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar ésta, no tratando de desengañar –tarea inútil– a la oronda señora que afirma que con lo que sabe le ha ido muy bien, sino haciéndola ver que sabiendo un poco más seguramente podría haberle ido mucho mejor.

1957

Caridad espectacular

Es deprimente observar cómo va perdiendo actualidad aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Esta forma de caridad, la única valedera, ha caído en nuestros tiempos en desuso. Uno hace hoy caridad cuando está convencido de que va a enterarse de su gesto no sólo su mano izquierda sino la mano izquierda del vecino de enfrente, es decir, cuando su nombre va a salir impreso en los papeles o va a ser voceado

por la radio como ejemplo de liberalidad y nobleza. De otro modo, apenas si se arriesgaría a ser caritativo a no ser que a cambio de unos billetes se le ofrezcan dos docenas de buenos escotes y una opípara cena fría. La otra caridad resulta, en 1959, mortalmente aburrida y no poco trasnochada. La mano izquierda no soporta ignorar lo que hace la derecha. En definitiva, uno llega a la caridad a caballo de la sensualidad o de la vanidad; de otro modo prefiere quedarse en el camino.

Mucho me temo que con estos movimientos de caridad colectiva organizada estemos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad o, en todo caso, me pregunto, si con estos movimientos no tratamos de disfrazar de caridad la falta de justicia. Lo cierto es que este fenómeno de la caridad organizada, de la caridad a golpe de gong, va tomando carta de naturaleza en el país y la gente se divierte mucho viendo cómo se rasca el bolsillo el vecino dando ciento por lo que no vale uno o disfrazando de amor al prójimo la más descarada forma de vanidad que han conocido los tiempos.

El juego de azar ha adoptado en nuestra época una modalidad publicitaria muy bien orientada que, dentro del espíritu comercial, es perfectamente correcta. De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que, sin ningún desembolso, se le ofrece la oportunidad de hacerse rico o, siquiera, de atender una necesidad que con el trabajo de cada día sería muy difícil satisfacer. Todo esto está muy bien y es muy plausible dentro del ámbito mercantil para el que estos programas fueran creados. Lo malo empieza cuando se traslada el sistema a otros campos y el instinto de puja y emulación se utiliza, por ejemplo, para estimular la caridad, al socaire de la miseria de ciertas capas sociales o de una calamidad colectiva. Hay momentos en que la solidaridad humana debe manifestarse en silencio porque no es lícito que con el dolor de los unos monten los otros un juego de sociedad. No obstante, y aunque tal vez todos estamos persuadidos de ello, cada vez pisamos menos firme en este terreno. La vida moderna se caracteriza por la inclinación a hacer frivolidad de las cosas más serias y respetables. Hoy son muchos los pasodobles que se marcan en España a costa de los habitantes de las chabolas y demasiadas las verbenas montadas, como un frívolo funeral, por los supervivientes de una catástrofe.

Es posible que estas medidas sirvan para juntar un dinero que sin ellas nunca se podría juntar. Es posible que esos dineros vengan luego a remediar necesidades urgentes o aliviar estremecedoras llagas sociales, pero es evidente que existe un desajuste entre el fin y los medios; una incongruencia entre la manera de allegar esos fondos y su destino. Esto equivale a afirmar que la caridad, como tal, está en nuestro país en franco declive, y todo aquello de la «solidaridad» y el

«desprendimiento de los españoles» no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad, con la intención de ocultar pudorosamente una frívola ligereza y ese exacerbado anhelo de divertirnos, aunque sea bailando un chotis sobre el hambre y la desnudez de nuestros prójimos.

1959

Aviso a los padres de familia numerosa

Considero un deber advertir a mis colegas, los padres de familia numerosa, que a la hora de hacer efectiva la protección oficial que, al parecer, trata de ayudarnos a resolver los arduos problemas de cada día, tomen toda suerte de precauciones para que la tan cacareada protección no se vuelva contra ellos.

Me explicaré. Hace pocos días, con ocasión de un viaje Valladolid-San Sebastián, estrené el talonario que da derecho a un descuento del veinte por ciento en los billetes de ferrocarril. Muy satisfecho –con esa satisfacción pueril que nos desborda a los españoles cuando en lugar de cobrarnos mil por un artículo nos lo ceden en novecientos noventa y nueve–, tomé posiciones en el tren después de cerciorarme de que el carnet de identidad, el carnet de familia numerosa, la tarjeta sin la cual este último carnet es papel mojado, el billete, la reserva y el suplemento de velocidad, figuraban en mi cartera.

Tal precaución resultó superflua cuando a los pocos minutos el revisor me hizo ver que la tarjeta de familia numerosa que acompañaba al carnet de familia numerosa, al billete de familia numerosa, al suplemento de velocidad y a la reserva, estaba caducada, o sea que uno, en lugar de tomar la tarjeta recién renovada, había tomado la de año anterior. Echándolo a barato le dije al revisor que, donde hay chicos, ya se sabe, y que al regreso lo tendría en cuenta, pero él, muy celoso de su deber, tiró del talonario y me dijo que tenía que extenderme el suplemento. Me resigné a pagar mil por lo que me habían cedido en novecientos noventa y nueve, pero mi asombro llegó al colmo cuando el revisor me dijo que el suplemento ascendía a trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos, es decir, que por ser padre de familia numerosa descuidado, en lugar de pagar doscientas pesetas por el billete a San Sebastián, como todo hijo de vecino, la Renfe me castigaba y tenía que pagar quinientas. El motivo para entablar el españolísimo debate estaba más que justificado y, naturalmente, lo entablamos.

Indagué el porqué de esa cantidad y el revisor explicó que, en lugar de pagarle el veinte por ciento que me habían descontado en atención a mis muchos hijos, debía abonarle el cuarenta y, además, para que no

volviera a tomar una tarjeta por otra, tenía que desembolsar otro billete entero.

Traté de hacerle ver que el hecho de tomar una tarjeta de familia numerosa por otra tarjeta de familia numerosa obedecía precisamente a la familia numerosa que le atosiga a uno antes de partir y le pone nervioso y que de esto, entendía yo, es de lo que debía protegerme el Estado.

El hombre, sin descomponer la figura, me dijo que a él no le afectaban las cuestiones sentimentales y que el reglamento era el reglamento. Confieso que perdí los estribos, y le dije que en mi caso no había dolo, culpa ni mala fe y que la sanción, por tanto, no estaba justificada y que todo esto no era más que un atropello.

El revisor seguía sin descomponer la postura y sin descomponer la postura me recomendó que dejara quieta la lengua por si las moscas. Naturalmente, su recomendación fue un nuevo espolazo y entonces voceé que en la taquilla me habían despachado el billete con la tarjeta caducada y que él tenía que aceptarla así le gustara o no.

Llegados a este punto, el hombre, que continuaba, por cierto, sin descomponer la figura, me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el billete, y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que, por lo visto, circula entre los interventores de ferrocarriles pero no entre los padres de familia numerosa, que son los interesados, y en la que, en efecto, se legitimaba su bonita operación.

Ofuscado, le dije que aquello era una perfecta ratonera y ante esto el hombre me hizo una expresiva seña y me dijo que «Sin faltar, ¿eh?» y uno, como buen padre de familia numerosa, cuando le mientan la trena aunque sea con un gesto, se suavizó y abonó las trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos sin rechistar.

Liquidado el incidente, a mí se me ocurre que en el país hemos llegado a un límite; que en España sobran hijos o sobran papeles; que las preocupaciones que unos y otros dan no caben en una cabeza normalmente constituida, es decir, que la familia numerosa y los papeles numerosos son de todo punto inconciliables y que si uno, además de velar por sus hijos y por sus papeles y por la renovación puntual de sus hijos y de sus papeles, tiene que desarrollar cualquier actividad profesional, puede tener por seguro que, a pesar de los notables progresos de la medicina, no alcanzará la jubilación. Esto es muy triste y, ante un hecho así, la protección oficial debería extender un poco más su compasivo manto y decretar:

a) Una protección especial para los poseedores de papeles numerosos.

b) Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, la renovación de sus

hijos, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de éstos o uno de aquéllos.

c) Que el padre de familia numerosa y el poseedor de papeles numerosos sean tratados, en el peor de los casos, como un don Juan particular.

1959

Una historia común

El esfuerzo de varios países europeos por crear un mercado común demuestra hasta qué punto el hombre contemporáneo anhela una fórmula de estrecha convivencia. Tal esfuerzo se me antoja plausible, mas en todo caso considero que se trata de un parche que no afecta para nada a la entraña de la cuestión. Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno y la organización de las cosas en torno. Sin duda, éste puede ser un camino, pero existe otro más corto, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda éste corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen.

Un mundo poblado por hombres de buena voluntad sería un mundo sin problemas, puesto que es incontestable que no son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura.

Viene esto a cuento de la particular y apasionada manera que hay de enseñar la Historia en todos los pueblos del mundo. Y no me refiero tanto a lo que el historiador puede poner en la obra de su propia cosecha, cuanto a la manera subjetiva de enfocar los acontecimientos que nos son comunes.

A este respecto, puedo asegurar que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente a la que tienen nuestros párvulos. Otro tanto acontece con los párvulos italianos respecto al Gran Capitán o con los párvulos belgas respecto a Felipe II y el duque de Alba, y con los párvulos franceses respecto a Francisco I. Esto quiere decir que cada cual habla de la historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros, o el genio conquistador de éstos sea un déspota para aquéllos, y un cobarde para los de más allá. El caso es calentar la imaginación de los pequeños desde que tienen

uso de razón y enseñarles a odiar o despreciar a determinados pueblos desde que nacen. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado, a excepción, tal vez, de esos pueblos inteligentes, meros espectadores de las peleas ajenas, que si fueron felices, según ya es sabido, es porque no tuvieron historia. De este modo, y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo, ya tenemos a nuestros niños dispuestos, desde su más tierna infancia, a ceñirse las cartucheras y a agarrar el fusil.

Esto ocurre, antes que nada, porque los hombres hemos dado en llamar Historia, con mayúscula, al repertorio de violencias que separaron a los pueblos desde su origen. La Historia, por antonomasia, es la reseña de las guerras y crueldades que en el mundo han sido; la Historia que se enseña a los párvulos de todos los pueblos es la historia de las diferencias habidas entre ellos. La historia de las cosas que unen, como puede ser la música, el comercio o la literatura, o no se estudian nunca o se estudian ya por alumnos especializados, con un lastre de prejuicios, odios y menosprecios cuidadosamente asimilados durante la primera infancia.

Antes que un Mercado Común –o además, puesto que éste tampoco estorba–, los prohombres de la política mundial, que cuanta mayor profesión de paz hacen más nos aproximan a una nueva guerra, podrían convocar una asamblea de intelectuales para estudiar la redacción de una historia común, una historia para blancos y negros, en la que, después de resaltar las cosas que a lo largo de los siglos unieron a los hombres, estudiaran objetivamente, y sin cargar las tintas, el repertorio de guerras y crueldades que los separaron.

1959

¿Qué hacemos con la siesta?

Es evidente que las ciencias siguen adelantando que es una barbaridad. El hombre de nuestro tiempo, impulsado por una avidez insaciable de progreso, no encuentra pausa. Mejor dicho, no la encuentra porque no la puede encontrar; porque ya no existe. El hombre moderno ha desterrado las pausas; las ha borrado del globo. El hombre de nuestro tiempo ha acelerado hasta el tope y ha roto después los frenos. Dios sabe dónde, cómo y cuándo podrá detenerse.

Pero, por de pronto, el hombre de nuestro tiempo ha inventado el modo de destripar el viejo, higiénico y acreditado horario de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho de esparcimiento y ocho de sueño. El inventor –un hombre de nuestro tiempo, uncido al apremio de todos los hombres de nuestro tiempo– se llama Engherard y, tras prolongadas vigilias, es decir, predicando con el ejemplo, ha llegado a

la definitiva conclusión de que dormir es perder vida. Esto es, el sistema de los tres ochos representa un anacronismo, y puesto que el hombre precisa más de ocho horas para trabajar y bastantes más de ocho para divertirse, dejémonos de dormir y aprovechemos el tiempo. El profesor Engherard, tras prolongadas vigilias, ha descubierto un sistema de sueño eléctrico que permite eliminar en tan sólo dos horas toda fatiga muscular o nerviosa. Esto, a primera vista, representa un progreso, mas, a segunda vista, ya no lo parece tanto. Es decir, hoy que media humanidad lleva en el bolsillo del chaleco unas píldoras para dormir, el verdadero progreso sería reinventar el sueño natural, tal como Dios nos lo dio. Pero no. Eso sería un invento anticientífico, retrógrado y, por tanto, un baldón para los hombres de la era atómica.

Nuestra suerte, pues, está echada. El sabio descubridor del sueño eléctrico se llama Engherard. El profesor Engherard, tras prolongadas vigilias, ha terminado con los barbitúricos..., pero también con el sueño. Es algo así como desterrar para siempre las jaquecas cortando las cabezas de los pacientes. Pero no seamos cerriles. El hombre de nuestro tiempo siente prisa y el profesor Engherard se ha sacado de la manga los días de treinta horas. ¿Qué más vamos a pedir? Dejémonos llevar por la corriente y no nos detengamos a reflexionar. No hay tiempo para ello. Chaplin ya reflexionó sobre nuestra suerte en *Tiempos modernos* y, luego, reflexionó Tati en *Mi tío,* pero sus reflexiones no nos han servido de gran cosa. Hay que seguir inventando. Y el profesor Engherard, tras prolongadas vigilias, ha mecanizado el sueño. Ya disponemos de más tiempo para trabajar y, sobre todo, para divertirnos. ¿Que después de la jornada de doce horas nos sentimos fatigados? Un calambrito y al baile. ¿Que después del baile nos encontramos derrengados? Otro calambrito y a beber vino hasta las tantas. A estas alturas iba resultando risible aquella arcaica expresión de descabezar una siesta. En la era supersónica, en esta era sideral en que vivimos, no es congruente que el hombre descabece siestas sino calambres.

Se conoce que el profesor Engherard no estaba muy conforme con la idea del robot-hombre y, tras prolongadas vigilias, ha inventado el hombre-robot. Todo muy de agradecer en nombre del progreso. Lo verdaderamente terrible es pensar que, en el futuro, el hombre no dispondrá sino de dos horas diarias para olvidarse del átomo, de la guerra fría, de las matanzas de negros por los blancos, de las matanzas de blancos por los negros, del odio, de la frenética frivolidad, del hambre, de la miseria... Pero no desbarremos. Tras el profesor Engherard vendrá otro profesor Engherard, otro hombre de nuestro tiempo que borrará –¿con otra descarga eléctrica?– toda preocupación de nuestra mente y toda angustia de nuestro corazón. Habremos alcanzado entonces una automatización perfecta, la cumbre del

progreso, y a esas alturas de civilización el hombre de nuestro tiempo ya no experimentará angustia ni echará de menos su siesta ni, a buen seguro, el anacrónico horario de los tres ochos.

1962

El amigo que perdió el tren

Hace ya muchos años se desató en este país una campaña muy movida contra las recomendaciones. El resultado fue positivo, no porque las recomendaciones dejaran de hacerse, sino porque se prodigaron tanto que terminaron por perder toda virtualidad. La gente se decía: «Las recomendaciones deben de ser necesarias, cuando tanto se meten con ellas». Y todo el mundo se dedicó, durante un tiempo, a hacer recomendaciones y a contestar cartas de recomendación, unos sin interesarse demasiado por lo que pedían y otros sin condolerse de verdad por lo que denegaban. Total, que las recomendaciones fueron perdiendo eficacia y en los exámenes, pongo por caso, si el catedrático se interesaba por un alumno, era por aquel que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio, como un bicho raro, sin unos padrinos que lo avalasen.

Esto me lleva a pensar en la conveniencia de organizar ahora una campaña contra las visitas inoportunas. En unos momentos en que se hace matemática de la productividad y que los españoles –al fin– empezamos a valorar el tiempo, parece conveniente pensar, ya que no en suprimir las visitas, sí, al menos, en reglamentarlas. Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, aquellas inefables visitas de nuestros abuelos, quienes, pese a sus esfuerzos, no acertaron nunca con una fórmula adecuada para llenar su tiempo disponible. Entonces, se decía: «¿Conoces a Fulano?». Y se respondía: «No le voy a conocer. Somos visita desde antes de la guerra». La guerra era, claro, la del 14, y el ser visita de alguien obligaba a la presencia física en los natalicios y los óbitos de los allegados. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en esto de la amistad sin artificios ni hipocresía hemos ganado muchos puntos, como hemos ganado, evidentemente, muchos puntos proscribiendo el visiteo sin ton ni son con gentes con las que nada tenemos en común.

Ahora bien, lo verdaderamente inadmisible en nuestro tiempo es la frivolidad con que el desocupado interrumpe la ocupación de los demás. Y no hablo del desocupado de oficio, sino del desocupado circunstancial que, por llenar unas horas, digamos de tren a tren, no vacila en vaciárselas a su prójimo. «Pasaba por aquí y me dije: Voy a subir un rato a ver a Pepe. ¡Menuda sorpresa se va a llevar!» Y, sin otra justificación, el desocupado allana el despacho de Pepe, se

arrellana en un sillón de Pepe, y allí, entre pitillo y pitillo de la cajetilla de Pepe, aguarda tranquilamente la hora del tren. Éste es un hecho que se repite, a diario, en todas partes, sin que al amigo que espera el tren se le ocurra pensar en las cosas que Pepe ha dejado por hacer a cuenta de su visita. Es más, muchas veces, el amigo que espera el tren, piensa al marcharse: «Al pobre Pepe, siempre enterrado entre papeles, lo he distraído un rato». Por supuesto, el amigo que espera el tren no advierte nunca que al día siguiente, otro amigo de Pepe, que también esperará el tren, acudirá a su oficina para «distraerlo un rato».

A veces pienso en la parte de culpa que en las neurosis de nuestra época tienen las visitas intempestivas. Uno, por la mañana, hace su composición de lugar y distribuye su tiempo. Mas, con esa candorosa puerilidad que nos distingue a los españoles, uno, cada mañana, piensa que los amigos que esperan al tren se han acabado la víspera, que, en lo sucesivo, uno es dueño de sus horas. Pero, por la tarde, aparece de repente en la oficina otro amigo que ha perdido el tren y los papeles siguen amontonándose sobre su mesa. Los nervios empiezan a tensarse. El tic-tac del reloj nos echa en cara nuestra dejadez. Y los papeles siguen llegando. Uno se va a la cama pensando en los papeles. Decide madrugar. Por la noche, le asalta una horrible pesadilla: los papeles colman la mesa, la desbordan, cubren el suelo del despacho, empiezan a amontonarse; uno bracea, intenta nadar entre ellos, pero los papeles, como una marea creciente, suben y suben, se aprietan contra el techo y terminan por asfixiarlo. Al cabo, uno se despierta, se levanta, sale de casa y, en la misma puerta, se encuentra con un viejo amigo, un amigo que no lo ve a uno desde hace cinco meses y que ha decidido charlar un rato, hasta la hora del tren.

Los franceses, con su buen sentido característico, han resuelto este problema determinando días y horas para las visitas; días y horas que rigen, incluso, para los amigos que aguardan el tren. La solución es bien simple, pero convendría que los españoles la pusiéramos en práctica todos a una, a fin de evitar que nuestros amigos digan de nosotros que nos hemos convertido en unos monstruos de insociabilidad.

1962

Los entierros

De la vieja costumbre que tenemos los españoles de asociar la muerte con el negro hablaré otro día. Hoy sólo quiero ocuparme de los entierros; de los entierros a la Federica, con carrozas barrocas,

caballos empenachados y aurigas con peluca, que es como se hacen los entierros en mi pueblo. He aquí un buen motivo de contacto social que todavía facilita nuestro país. En España, proscritas las huelgas y las manifestaciones públicas, apenas resta otra posibilidad de concentración multitudinaria que el fútbol y los entierros. De este modo hay amistades de fútbol y amistades de entierro; amistades anudadas ante un gol o ante un féretro de caoba con herrajes de oro.

El caso es que cuando en España comenzó a decirse que era necesario trabajar para levantar al país de su postración, se pensó que los entierros constituían un lastre y que, aunque la práctica de las obras de misericordia estaba muy bien, era preciso reducir el tiempo empleado en ellas, para lo cual las despedidas de los duelos se efectuarían en lo sucesivo en la parroquia del difunto en lugar de en la última parroquia del trayecto hacia el cementerio. «De este modo», se decía, «si el acompañamiento, pongamos por caso, es de trescientas personas y se reduce en media hora la duración del ceremonial y la ciudad da una media de siete entierros diarios, tendremos –¡en nuestra capital solamente, señores!– un ahorro de treinta mil horas mensuales que van a revertir en beneficio de la economía nacional».

Es decir, se trataba de simplificar la muerte de los muertos para mejorar la vida de los vivos. Un objetivo sumamente práctico, sin duda, pero que falló por error de cálculo. En efecto, al español, una vez que sale de sus casillas, no le basta un esparcimiento de media hora, entre otras razones porque media hora apenas da para cruzar cuatro palabras con nuestros amigos de «entierro», de ordinario nuestros amigos más trascendentes, esos amigos que nos dicen: «No somos nadie», o «¡Quién lo iba a decir!», o «Dentro de cien años todos calvos». Uno no sabe cuántos entierros serán precisos para volver a encontrar a ese amigo, y hay que aprovechar la ocasión porque «a Pepe no se le entierra todos los días y la oficina puede aguardar». De otro lado, la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames han dado al traste con esas bonitas treinta mil horas mensuales que iban a redimir nuestra economía.

El espontáneo en pésames es, sobre todo, una rémora que convendría proscribir. El espontáneo en pésames es ese señor que siente más que nadie, más efusivo que nadie, y que al llegar el turno de dar la cabezada de solidaridad no se conforma con ello y se aproxima a los deudos del finado y estrecha sus manos, cálidamente, de uno en uno. Lo peor es cuando un espontáneo en pésames le gana la acción a otro espontáneo en pésames, en cuyo caso el segundo espontáneo en pésames, que siente, naturalmente, más que el primero, que quiso al difunto más que el primero y que se conduele de la desgracia más que el primero, abrazará y achuchará, entre sonoros

palmetazos, a los supervivientes de la familia, entre la decepción de quienes desfilaron ya humildemente y manifestaron su pesar de una manera tan tímida y cicatera como es una inclinación de cabeza. Por contra, los que aún aguardan, vistas las efusivas muestras de condolencia del espontáneo, ya no suelen conformarse con estrechar manos, y entre abrazos, palmetazos y achuchones se van al diablo la mañana y el ahorro de las treinta mil horas y el despertar de la economía del país.

Uno, naturalmente, no está contra los entierros. Uno está, más bien, contra los formalismos falaces. Uno aboga, en suma, por los entierros sencillos, minoritarios, donde el que vaya, vaya por sentimiento y no por educación. Tal vez así se evitaría que en los entierros se hablara tanto de fútbol y que, a la hora de partir, el difunto se encontrara solo por aquello de que los muertos son los únicos hombres puntuales del país. Y tal vez así, también, lograríamos ahorrar estas treinta mil horas y despertar la economía nacional, que, aunque no sea éste el momento más oportuno de decirlo, buena falta le está haciendo.

1962

Partir de cero

Con la universidad española venía ocurriendo algo parecido a lo que alguien dijo de los manicomios, es decir, que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Más concretamente, hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo, y hasta tal punto esto era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como eslogan fidedigno aquello de que en España todo el mundo era abogado mientras no se demostrara lo contrario. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para aquel que no dispusiese de cuatro perras gordas, la universidad era algo tan lejano como un yate o un automóvil; digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en este país era un artículo de lujo, dándose la paradoja de que los diplomas acreditativos del talento se compraban y se vendían, con lo que para ser calificado de intelectual –licenciado– no era preciso tanto tener inteligencia como tener dinero. De aquí derivaban dos males endémicos: a la universidad arribaban con frecuencia adinerados sin masa gris, en tanto los desheredados con ella quedaban perpetuamente anclados a su condición de peones o de braceros.

Afortunadamente algo ha cambiado en los últimos tiempos en la universidad, de forma que ya sí van siendo todos los que están, siquiera aún falta que estén todos los que son. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no da derecho a un

título universitario –y eso está bien–, todavía el talentudo económicamente débil ha de mendigar aquí y allá –si es que alguien de cuantos lo rodean advierte a tiempo sus dotes naturales– para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en este aspecto de la enseñanza algo se ha conseguido, pero aún queda el rabo por desollar. Y si hoy no bastan unos billetes para comprar un título de intelectual, no menos obvio resulta que sin billetes por medio apenas hay procedimiento hábil de probar oficialmente –y menos aún de que se nos reconozca– una inteligencia.

–Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. Eso no es descubrir el Mediterráneo.

Esto es bien cierto y, posiblemente, irremediable, pero lo que sí tiene remedio, y a ello vamos, es a desarraigar los privilegios de casta, es decir, a que sea rico –o medio rico– quien lo merezca y a que sea pobre quien no pueda alcanzar otra cosa. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser esto justo, una sociedad medianamente organizada no tiene derecho a dilapidar talentos sino al contrario, contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. De esta manera, el funcionamiento del cuerpo social será perfecto y el rendimiento del mismo, eficaz. Se trata, en suma, no de hacer caridad, sino de una noble exaltación del egoísmo comunitario que busca el modo de extraer el máximo provecho de cada uno de sus componentes.

Sería de desear que, en este camino emprendido por el principio de igualdad de oportunidades, se llegase a prescindir de trámites burocráticos –¡cuántos padres de muchos presuntos intelectuales no saben ni firmar!– y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza, de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede pasar. Es evidente que, de conseguirse esta meta, dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo aquello de la cuestión social y la lucha de clases pasaría, en poco tiempo, a ser un recuerdo histórico.

1963

Tirios y troyanos

Tengo entendido que un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció y disuelta la peña que patroneaba al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que estas cosas de la «eterna

rivalidad», el «enemigo», el «adversario», no constituyen una mera fraseología deportiva, sino que portan dentro de sí –al menos, en nuestro país– un auténtico sentido de hostilidad. Hoy día, a lo que se ve, en España todavía no es admisible que un atleta se pase a las filas de enfrente, y su actitud, de decidirse a adoptarla, será interpretada no ya como una displicencia, sino, ni más ni menos, como una traición. Y ya es sabido que en esta vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones a menudo más desconsolador y doloroso que la propia muerte.

Y si esto acontece en el terreno deportivo y en una ciudad culta, sobran razones para echarse a temblar. Porque la historia del país –de puertas adentro– es un repertorio abrumador de pasiones incontenidas, un enfrentamiento constante entre tirios y troyanos, con la particularidad de que estos enfrentamientos muy rara vez se mantuvieron en la esfera dialéctica, sino que, desbordando toda contención juiciosa, derivaron inevitablemente hacia una pretensión de hegemonía, previo arrasamiento, claro, del «eterno rival». Y así, nuestra historia íntima se va tejiendo con hilos de violencia, y su perspectiva brinda un abigarrado chafarrinón en el que, sin disputa, es el color rojo el que predomina.

Doblado en su mitad el siglo XX, parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre este punto, a saber: que si la sangre caliente nos valió no pocos éxitos en una etapa histórica en la que prevalecía el corazón, ahora que el cerebro se impone, aquélla no nos servirá para gran cosa; en el mejor de los casos, para obnubilarnos y precipitar nuestras decisiones. De aquí que la intransigencia íbera no sea, en contra de lo que algunos pretenden, fruto de la leyenda negra, ni tampoco, como otros sugieren, envidiable cualidad, fuente de nuestras glorias y grandezas. De la intransigencia al fanatismo no hay más que un paso, y ya sabemos que las más torpes y sangrientas páginas de la historia de todos los tiempos y de todos los países fueron escritas por fanáticos.

Y el caso es que el español, uno a uno, se muestra mollar y transigente; repudia con toda su alma la intolerancia. El español, uno a uno, aspira a encarrilarse por las vías de la comprensión y la convivencia. No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en aquéllos o enrolado en ésta, adquiere indefectiblemente una nociva conciencia gregaria. Sus fobias y sus filias son las fobias y las filias de su equipo, y ya es sabido que las fobias alimentadas en equipo, las fobias, digamos, institucionales, al menos en este país, suelen tener un final cruento.

Sin duda, está lejana la época en que la espada abría camino a la cruz o se imponía un rey a cañonazos. Uno a uno, los españoles estamos persuadidos de que nuestra convivencia únicamente tendrá

una base estable el día que nuestro esquema de ideas pueda ser confrontado pacíficamente con otro esquema de ideas para extraer de esta confrontación conclusiones provechosas no sólo para los tirios, sino también para los troyanos. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una estatua a un troyano, y tirios y troyanos respeten este monumento, podrá decirse que el país en que esto suceda ha alcanzado la madurez y el pueblo que lo habita es un pueblo civilizado.

Esto, repito, que constituye el abecé de la democracia, y que es admitido por el ochenta por ciento de los españoles aisladamente, se echa a rodar tan pronto el tirio o el troyano se polarizan y empiezan a nutrirse no ya con las sugerencias o ideas del sentido común, sino con las sugerencias e ideas –pétreas, inconmovibles– del grupo a que pertenecen. Y si hoy día, para tomar la temperatura del pueblo español, no podemos guiarnos sino de indicios, este que comento no puede ser más decepcionante. Quiero insinuar que si, mediado el siglo XX, no estamos dispuestos a tolerar ni que un deportista, en plena euforia del profesionalismo, cambie los colores de su camiseta, Dios nos coja confesados.

1963

Nada más que la verdad

Termino de leer las memorias de Von Ribbentrop, el embajador y ministro de Asuntos Exteriores de Hitler durante los años de la Segunda Guerra Mundial y en los que inmediatamente la precedieron. No ignoro que mi lectura ha sido un poco tardía, mas el retraso ha sido deliberado, supuesto que la historia necesita perspectiva si queremos comprenderla. De otro modo, el prejuicio y la pasión, sobre acentuar nuestra displicencia crítica, enturbian nuestro cerebro, cuando no lo obnubilan por completo. Y, de entrada, lo que más me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones, unos renglones escritos por un hombre en capilla y sobre una de las etapas más enrevesadas de la historia de todos los tiempos. Pero dejemos esto aparte. Aquí no me interesa tanto la historia como el aspecto meramente humano de la cuestión. Von Ribbentrop, en su libro, se esfuerza por probar que Alemania fue arrastrada a la guerra por la incomprensión de Londres y París. Es decir, todo lo contrario de lo que aspiran a demostrar Chamberlain, Churchill, Eden o De Gaulle en sus memorias o diarios también recientes, hecho que demuestra una vez más aquello del cristal de Campoamor. Y no voy a decir aquí que los argumentos esgrimidos por Ribbentrop sean todos convincentes, pero sí que los argumentos no le

faltan, ni son siempre deleznables. Una cosa está clara, a saber, que la Segunda Guerra Mundial –como casi todas las guerras mundiales o no mundiales– la desató el miedo, la desconfianza que en unos y otros exacerbó la cadena de pactos y contrapactos –de agresión, de ayuda mutua, de amistad, etcétera–, cadena que, a su vez, avivó en cada dirigente responsable la sensación de cerco. Con la particularidad, igualmente manifiesta tras la lectura de la obra, de que estos pactos se los llevó el viento, se convirtieron en papel mojado tan pronto supusieron un estorbo para alguno de los firmantes.

Pero aún hay otra cosa que se desprende de este libro –si comparamos su contenido con el contenido de los que escribieron los de enfrente– y es la confirmación de que en todo episodio dialéctico concurren tres verdades: la verdad de cada interlocutor y la verdad-verdad, es decir, la verdad objetiva. En la pieza de Ribbentrop está la verdad alemana; en las de Churchill, Eden y De Gaulle la verdad aliada; mas la verdad-verdad radica fuera de unos y otros, aunque bajo las cubiertas de las memorias de todos se esconda una parte de ella. Alcanzar ésta queda al margen de la facultad humana y de ahí la profunda enseñanza que se encierra en estos volúmenes. Quiero decir que las cosas podrían embrollarse de nuevo y en el caso de que el conflicto dejara supervivientes volverían a surgir libros de memorias con su partecita de verdad. Mas la verdad real, objetiva, sería que habríamos dejado un mundo en ruinas, inoperante para unos y para otros, con una parte de razón de nuestro lado, con otra parte de sinrazón y con un mucho de ciego egoísmo intransigente.

El libro que comento –y otros semejantes– recatan una provechosa lección: el hombre nunca debe tropezar en la misma piedra. Y, sin embargo, dada la premura por sentar pactos y alianzas y zonas de influencia y etcétera, etcétera, se diría que el hombre –el de Oriente y el de Occidente– no experimenta el menor deseo de escarmentar. Hoy se sigue jugando al mismo juego que en 1938. Y en el juego –dialéctico hasta el momento, afortunadamente– concurren, como siempre, tres verdades: la rusa, la occidental y la verdad-verdad. Y ante el tremendo estallido de 1939 resulta obvio que el hombre de hoy debe afanarse por buscar la verdad-verdad a toda costa, y para ello debe comenzar por intentar comprender las razones *del otro,* aun reconociendo que esta disposición no es cómoda por aquello de que siempre es más sencillo subirse a un carro en marcha que poner en movimiento otro que está parado desde el comienzo de la historia.

1963

Réquiem por un muchacho

En estos días navideños, tan despojados, en esencia, de carácter fúnebre, ha muerto un adolescente, apenas un muchacho, Juan Arias. Por si el hecho –la muerte extemporánea, si es que la muerte puede serlo– no envolviese en sí mismo un signo paradójico, ahí tenemos, como complemento, la circunstancia de que el óbito se produzca en unas fechas en las que los cristianos conmemoran la arribada al mundo de la Luz y la Vida. No obstante, para Juan Arias la Navidad de 1963 ha sido su última Navidad, y quizá haya en todo esto, en la oportunidad del tránsito, una de esas misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. El caso es que Juan Arias ha muerto entre música de zambombas y panderetas, es decir, como deben morir los muchachos que no debieran morir.

Juan Arias vivía en mi casa, como quien dice pared por medio, y era amigo de mis hijos. Y ya es sabido que los amigos de nuestros hijos son un poco como hijos nuestros. De ahí este dolor vivo y lacerante que la noticia me ha producido.

A Juan Arias le falló el corazón. Yo ignoro si algún día los hombres de nuestra época habremos de rendir cuentas por haber creado un mundo excesivamente tenso y trepidante, un mundo sobrecargado para los frágiles corazones de nuestros hijos. En este punto, Juan Arias es un ejemplo. Se diría que Juan Arias, consciente de lo que le aguardaba tras de la puerta, se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros eso tan pesado y tan arduo y tan inconsistente como es la responsabilidad. Y, sin embargo, Juan Arias no tuvo una infancia como los demás niños; el corazón le fallaba. El corazón, en su tic-tac implacable, se obstinaba en introducirlo en ese turbio mundo de los adultos, y él se resistía a entrar en él. (Ésta era –diga lo que quiera la ciencia– la discrepancia, y de ahí la raíz del mal). Por eso Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio y, últimamente, ni siquiera dormir. No obstante, Juan Arias sonreía siempre.

–¿Cómo va eso, Juan?

–Mejor.

Juan Arias, desde hace muchos meses, no podía trabajar, ni estudiar, ni jugar. Llevaba adosada a su adolescencia, como un quiste, una gravedad prematura; una incómoda, desproporcionada gravedad. Era un muchacho con vida de viejo pero con una interioridad pueril, explosiva y abigarrada, como correspondía a su edad. Él sufría, sufría indeciblemente, pero su sufrimiento no trascendía, no rebasaba su corazón enfermo. Había alcanzado la elegancia suprema –el pudor del dolor– que muy pocos seres, así vivan cien años, alcanzan.

–¿Cómo va eso, Juan?

–Mucho mejor.

Y Juan sonreía; con una sonrisa cada vez más pálida, más afilada,

más evasiva, pero sonreía. Todo iba mejor; siempre iba mejor. ¿Es que, acaso, intuía Juan Arias adónde iba? ¿Qué es lo que iba mejor? ¿Su progreso gradual, su paulatina maduración hacia la muerte? ¿Quién lo sabe? ¿Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba durante estos últimos meses? En tanto, su cuerpo se tornaba enjuto, transparente, mientras dentro se ensanchaba –donde parece que los muchachos aún no tienen hueco para ello– una precoz, resignada conformidad.

–¿De veras te encuentras mejor, Juan?

–Pues claro.

Pero al día siguiente de Navidad Juan Arias amaneció muerto; dulcemente muerto, como mueren los muchachos; como sueñan los niños: sonriendo. Tal vez Juan Arias, en esos instantes, acababa de recuperar su libertad, la infancia que nunca llegó a perder pero tampoco a disfrutar del todo. Juan Arias se iba en el umbral, sin conocer la mezquindad ni el odio, sin recoger sobre sus frágiles hombros esa carga tan ardua, tan enojosa, tan inabarcable que es la responsabilidad. Es decir, Juan se iba justamente en la frontera de la infancia, la misma noche de Navidad, entre música de zambombas y panderetas, como deben morir los niños que no debieran morir.

–¿Cómo te encuentras, Juan?

–Ahora, mucho mejor.

1963

Tasas y otros emolumentos

El ministro de Información y Turismo, en su ampliación del Consejo celebrado el pasado día diez, anuncia la mejora de retribuciones de las fuerzas militares, mientras condiciona esta mejora a los funcionarios públicos en razón de que éstos perciben, además del sueldo, tasas y otros emolumentos. He aquí un concepto, el de las tasas, excesivamente vago y desigual que si a veces supone, en efecto, un sensible aumento de los haberes mensuales, en otros no va más allá de una partida simbólica. Quiero decir con esto que las tasas no son sino una tapadera que si en ocasiones encubre los verdaderos y pingües ingresos de los miembros de un escalafón, en otras –me temo que en las más– no significa sino un argumento utilizado con frecuencia para frenar las justas aspiraciones económicas de los funcionarios públicos.

Uno no tiene a mano cifras concluyentes para argumentar con fundamento de causa en todos los terrenos, pero tampoco le faltan algunos botones de muestra que conviene airear para que nadie se llame a engaño. Uno de ellos es el de los catedráticos de escuelas de

comercio, cargo que se alcanza, como es sabido, tras de licenciarse en alguna facultad o escuela especial y previa oposición realizada a través de seis ejercicios eliminatorios. Pues bien, estos funcionarios, de capacidad manifiesta, tienen, de entrada, una retribución que no alcanza ni con mucho el salario mínimo vital; para concretar: 1.450 pesetas. «Sí, verdaderamente esto es poco –argüirá el lector– pero ¿y las tasas y otros emolumentos?». Vayamos a las tasas y otros emolumentos: 900 pesetas de gratificación complementaria y, un año con otro, 1.250 pesetas mensuales de derechos obvencionales. Peseta más, peseta menos, esto hace un total de 3.600. Y hablo de catedráticos de escuelas de comercio, unos privilegiados si comparamos su situación con la de los catedráticos de las escuelas de maestría industrial. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de estas especialidades corrían parejos con los de un teniente, hoy no alcanzan los de un sargento y, para acercarse a aquéllos –los de un teniente–, el profesor tendrá que hallarse en la punta del escalafón, es decir, en trance de jubilarse. Todo esto, por supuesto, antes de las mejoras que ahora se anuncian.

Otros aumentos que razona el señor ministro de Información son los de la guardia civil y policía armada, aumentos perfectamente justificados y contra los que nada tendríamos que objetar si, a la vez, se anunciasen los de la guardería forestal y fluvial, incrementos que no se acuerdan, según parece, porque también éstos –funcionarios públicos– disponen de tasas y otras gabelas además del sueldo. Veamos los ingresos de estos funcionarios, después de pasar unos años en una escuela de capataces e ingresar en el cuerpo tras competida oposición: haberes mensuales, 800 pesetas; gratificación, 175; punto reglado, 250. Total, 1.225 pesetas mensuales si no yerro en la suma, cifra que, como se ve, apenas alcanza las cuarenta pesetas diarias, cuando son sesenta las fijadas hace ya más de un año por el Jefe del Estado como salario mínimo vital.

Sería malevolencia tratar de buscar en estas líneas deslices demagógicos, cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. Es decir, que uno aplaude de corazón las mejoras económicas aprobadas para las fuerzas militares, pero no puede menos de reprobar la objeción de que otros aumentos –de apretada urgencia– se demoren apelando al evasivo argumento de las tasas y otras gabelas. Se aducirá que los civiles –y en particular, los catedráticos– pueden echar mano del pluriempleo, pero sería engañarnos si admitiésemos que la milicia está libre de esta lamentable exigencia.

En suma, las tasas encubren con frecuencia, es cierto, sobresueldos de seis cifras, y esto es irritante; pero tratar de amparar bajo esa tapadera sueldos de hambre resulta evidentemente injusto. Tal vez, a la vista de lo dicho, lo más prudente y equitativo sería suprimir las

gratificaciones, masitas, mandos, derechos obvencionales, vivienda, puntos reglados, etcétera, y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean éstos militares o paisanos.

1964

Los cargos y los hombres

A uno, la verdad por delante, nunca se le hubiera ocurrido pensar que entre los bienes codiciables por el prójimo pudiera contarse el señor alcalde de la población donde uno nació y reside. Le ha bastado, sin embargo, un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con todo eso de los polos y del desarrollo, y a usted le toca mucho y a mí no me toca nada, para convencerse de lo contrario:

–¡Eso es un alcalde y lo demás son cuentos!

–Sí, señor; hombres así son los que necesita el país.

Uno convenía modestamente:

–Sí, sí, evidentemente es un hombre que se mueve.

–¡Cómo se mueve! Y tiene iniciativas, y hace cosas que entran por los ojos, y empuja en Madrid y les está cambiando a ustedes la ciudad...

Uno, la verdad por delante, se acobardaba ante tanto elogio porque a su alcalde, se quiera o no, uno ha de considerarlo un poco como cosa propia y familiar. Es distinto que un gobernador civil o un delegado de sindicatos, pongamos por caso. Pero un alcalde, repito, es como de casa, y ya es sabido que cuando a uno le elogian sus hijos, o sus obras, o su corbata, así de sopetón, y achuchando, no es fácil evitar el sofoco.

Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de esos «aborrecibles hombres de las nueve» que tanto precisa el país; o, para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. Esto, naturalmente, no quiere decir que «su tiempo» no dé otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad.

–Bueno, eso es cosa sabida. Lo da la tierra.

Lo que queda por saber es por qué a la hora de elegir hombres para los cargos –los hombres nacen para los cargos; nunca deben nacer los cargos para los hombres– que requieren dinamismo y eficacia, se repara, antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en aquel otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes, pero que al cargo –al cargo para servir, no para vestir– no le van.

A estas alturas, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. Éste es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. Al buscar al hombre que sirva a la comunidad, nunca deben pesar en nuestro ánimo sus desdichas. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas –para eso están las medallas–, sino de encauzar la administración del país por unas vías operantes y plausibles.

Don Miguel de Cervantes, ilustre excombatiente y excautivo, hubiera hecho, muy probablemente, un pésimo alcalde, lo que equivale a decir que nos hubiera fastidiado directamente y de rechazo, ya que de ser alcalde don Miguel, muy posiblemente Don Quijote no hubiera salido del tintero.

Cuando uno propugna la conveniencia de que todo hombre se realice partiendo de cero, no le mueve solamente un prurito de equidad social, sino el egoísmo como miembro de una comunidad; que la colectividad esté mejor servida; que la sociedad rinda cuanto pueda. Pues bien, en este asunto de los cargos –que deben ser cargas– uno piensa que debería regir la misma ley. Y si existen hombres municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes, o nacionalmente incompetentes, sustitúyanse por otros cuyos rendimiento y eficacia se presuman. Uno no cree demasiado difícil el acertar con este tipo de hombres, la verdad. Y el alcalde de mi pueblo es un ejemplo.

–Así que ¿contento con su alcalde?

–Mire, para mí este señor sólo tiene una pega: que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

–¿Y eso es malo?

–Ni bueno ni malo, pero a decir verdad yo me conformaría con que consiguiera que los habitantes que hoy tiene mi ciudad vivieran satisfechos y felices. ¿Para qué más?

1964

Desarme de corazones

Mientras Rusia y Estados Unidos maduran un proyecto para hacer una pira con los bombarderos atómicos, es decir, procuran allanar dificultades para conseguir un desarme general y completo, el mundo de la frivolidad se solaza a diario con espectáculos de violencia. Se trata de una dolorosa paradoja. 1962 nos brinda el contrasentido de pretender compaginar unas manos vacías con un corazón restallante;

unos dedos sin pistola con unos corazones deseosos de dispararla. En estas circunstancias, es obvio que podría llegar a producirse en el mundo un desarme material, pero los sentimientos de violencia, odio y venganza perdurarían. De poco vale, entiendo yo, no tener un garrote entre las manos cuando nos anima el propósito de abrir la cabeza a un semejante. Y, a la inversa, el garrote no representa un peligro cuando las manos que lo sostienen obedecen a un corazón que no desea descargarlo sobre nadie. En una palabra, es preferible desarmar mentalidades que manos, mas como esta meta no parece de momento asequible, tal vez represente algo positivo –por aquello de que a falta de pan buenas son tortas– dejarnos inermes ante la tentación. Una vez perdido el control, siempre será más leve una bofetada que un tiro.

Viene esto a cuento de que en el mismo periódico provinciano en que leo que Estados Unidos y Rusia estudian la destrucción de los bombarderos atómicos, la cartelera de espectáculos, aunque pequeña de talla, no puede mostrarse más desaforada y agresiva. Vea el lector si cabe mayor furor pirotécnico en menos espacio: *Un balcón sobre el infierno, Juegos de asesinos, Hasta el último aliento* y *La ley de la horca* son los cuatro títulos que, a elegir, brindan las cuatro salas de proyección de esta pequeña capital. El más tonto podrá advertir que el aficionado al cine no tiene aquí escape. Y si compara esta escalofriante cartelera con la noticia de la primera plana, llegará a la conclusión de que entre una y otra no existe concordancia, de que unos y otros andamos jugando a los despropósitos, ya que mientras los dirigentes tratan de convencerse mutuamente de la necesidad de destruir los peligrosos juguetes creados, invitamos a los dirigidos –espectadores de todos los cines del mundo– a construir estos juguetes de nuevo.

Sobre este asunto ya se ha hablado bastante y, sin embargo, observo que cuanto más se habla de él menos se progresa; continuamos donde estábamos, si no más atrás. El gusto por la violencia crece y, lejos de arbitrar medios para evitarlo, le damos satisfacción en unas dosis que aterran. A poco que se frecuenten las salas de cine, un normal espectador observará que un cincuenta por ciento de las películas que hoy se proyectan son violentas; un veinticuatro por ciento, eróticas; otro veinticuatro, estúpidas, y del dos que resta apenas si habrá una estéticamente digna y otra humanamente plausible. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que el mundo se lo reparten el erotismo, la estulticia y la violencia. Y ante una opción tan limitada, los jóvenes espectadores se inclinan por la violencia ya que, a fin de cuentas, es la única postura activa que las pantallas les brindan. Si los mayores, que organizamos el mundo de los menores, declaramos apto el espectáculo, los menores lo aceptarán confiados y con todas sus consecuencias. Y, a buen seguro, si el mundo de mañana organiza otra

conferencia de desarme, el acuerdo será aún más arduo y problemático de lo que está siendo en la actualidad. En resumen, el cuento de nunca acabar.

Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta optimista. Pero aun admitiendo que si el cine es un negocio quienes lo mueven y controlan no pueden arrojar piedras contra su propio tejado, también resulta evidente que de seguir por este camino no serán piedras sino bombas lo que arrojen sobre él. Estas cosas tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro, puesto que, si ya es un paso deshacernos de los medios de agresión, es obvio que la paz nunca llegará a ser estable mientras no desarmemos los corazones de quienes los utilizan.

1964

Gradación de necesidades

Según declaraciones hechas por el propio director general de Enseñanza Primaria, los niños españoles entre siete y catorce años que aún carecen de escuela suman alrededor de trescientos mil, cifra lo suficientemente abultada como para dedicarle unos minutos de reflexión. El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal, según el cual se proyectaba la construcción de catorce mil escuelas, se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, estos centros alcanzarán la cifra de nueve mil, siquiera, a pocos meses de la fecha de conclusión del plazo previsto, no lleguen todavía a seis mil. El señor Tena Artigas concluye que la colaboración privada y la de la Administración local han sido tan escasas que no ha habido posibilidad de llegar más lejos.

A uno se le abren las carnes sólo de pensar que, en los treinta años transcurridos desde la guerra española, aún no hayamos sido capaces de atajar el endémico y vergonzante problema de la enseñanza primaria. Y no hablo de resolverlo en la forma revolucionaria y justa que permita a los muchachos pobres intelectualmente dotados acceder, sin necesidad de recurrir a la caridad de las becas, a la segunda enseñanza y aun a la enseñanza universitaria, sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que esta insuficiencia pueda atribuirse a falta de medios.

Es posible que dentro de la cifra presupuestada para el Ministerio de Educación en nuestro país la construcción de catorce mil escuelas constituya un programa de siglos; es muy posible. Pero muchos

españoles entendemos que en la distribución de las partidas del presupuesto nacional debe prevalecer, como en el viejo mercantilismo, un criterio de economía doméstica. Quiero decir que entre los diversos departamentos ministeriales debe establecerse una amplia comunicación, de tal manera que la gradación de necesidades del país se realice de manera conjunta y eliminando vanidades y actitudes competitivas. Y si una madre antepone la nutrición de los hijos a su vestido, no vemos razón para que en un plano nacional prevalezca, pongamos por caso, la adquisición de media docena de submarinos, y es un decir, a la construcción de unos millares de escuelas.

Hace pocas semanas, la agencia Cifra rectificó el presupuesto del programa espacial español en el sentido de que los seiscientos millones de su coste no eran dólares, como afirmó en principio, sino pesetas. Convengamos en que así, la cifra es más modesta, pero con eso y con todo, ¿hemos pensado en que seiscientos millones equivalen a mil doscientas escuelas y que mil doscientas escuelas pueden albergar y educar a sesenta mil niños? Hemos de convenir en que los españoles, desde el más alto al más bajo, somos un tanto gloriosos y petulantes. El español, por naturaleza, nunca se aviene a quedarse atrás. Y el día que se conquiste la Luna no estaría a gusto si no pudiese exclamar: «Nosotros hemos colaborado a ello». Pero aparte de que en la Luna nada se nos ha perdido, estos alardes pirotécnicos de Arenosillo resultan tan pueriles y desfasados como si el Estado se dedicara ahora a subvencionar a un laboratorio para que tratase de descubrir una vacuna contra la viruela o de aislar el bacilo de Koch. Estas cosas ya están hechas, y si nos interesa saber lo que ocurre en los primeros kilómetros de atmósfera siempre resultará más rápido y económico preguntárselo a los americanos o a los rusos. El hecho es tan peregrino como si los pescadores de la península de Cornualles de 1492 quisieran llamarse a la parte en el descubrimiento de América o, al menos, jactarse de una colaboración eficaz.

Pero esto no es sino un botón de muestra. A los ojos de todo español preocupado por los viejos problemas nacionales, existen muchas partidas del presupuesto que van a atender necesidades menos perentorias que esta de las escuelas que denunciamos. La gradación de las necesidades nacionales debe hacerse con un claro sentido práctico, dejando de lado las muy humanas, y por tanto comprensibles, debilidades departamentales. Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. Y, por supuesto, aquél debe exigir a éstos, en aquellas localidades donde exista problema escolar; la colaboración que se nieguen a prestar voluntariamente. Todo, antes que admitir que el plan cuadrienal para la construcción de escuelas –nada ambicioso, por otra parte– se quede en la mitad por falta de medios y asistencias. Los trescientos mil niños sin escuela que hoy constituyen nuestra

vergüenza pueden ser mañana los huéspedes de nuestras cárceles. ¿Y de quién será entonces la responsabilidad?

1967

La fiesta nacional

Es muy posible que el español haya elevado el espectáculo de los toros a categoría de fiesta nacional por aquello de que al torero en la arena no le resta otra opción que la de matar o ser matado. Uno de los dos ha de perder la verticalidad; de la arena, solamente una de las partes en litigio sale por su propio pie; a la otra, la sacan. ¿Y no será éste, a fin de cuentas, el símbolo de nuestro radicalismo tradicional? ¿No serán los toros «nuestra fiesta» –«España es diferente»– precisamente por lo que tan tremenda opción recata de simbolismo?

En el temperamento español existe una antropofagia latente, presta a manifestarse en cuanto se le da ocasión. El español siempre ha jugado a polarizarse en los extremos. Antes que afirmar, niega; antes que esto, es antiaquello. En su posición dialéctica no cabe la posibilidad de comprender al adversario, cuando menos la de que éste le convenza. Y si frente a aquél nada pueden sus razones, apela a las voces; el caso es imponer su criterio como sea y, por supuesto, sin escuchar antes.

Contemporizar, dialogar, transigir han sido en nuestro país palabras sin sentido. Mas todo esto, entiendo yo, deriva, antes que del cotejo de ideas, del menosprecio hacia las personas que las sustentan. En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas –que se desconocen– sino las personas; no hay juicios, sino prejuicios. Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más a aquel a quien nuestro grupo señala como peligroso. Basta con esto. El español no se mete en averiguaciones; el rastreo intelectual lo aburre y lo fatiga. Odia cordialmente, insulta cordialmente, mata cordialmente; jamás se preguntará el porqué de todas esas actitudes. «Con ésos, mejor no hablar; son unos fanáticos», decimos fanáticamente. Y de este modo todos nos fanatizamos.

Sin respeto a las personas no hay posibilidad de entendimiento. En este difícil país nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. Podría haberla si el prójimo que representa una ideología que se nos dice contraria a la nuestra nos inspirase algo más que un insulto.

En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es «malo»; nació bajo esta idea y la acepta como un hecho natural, lo mismo que acepta tener cinco dedos

en cada mano; es así y basta. No hay por qué escuchar las razones de ese hombre malo: son infundios, son falacias, son mentiras. Y así nos crece el pelo. Por eso yo sugeriría, si las famosas «tres Marías» tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro, esto es, que se añada a las existentes la Educación Cívica, sin otra finalidad que la de enseñar a los muchachos a respetar al prójimo y a separar lo que en él hay de «humano» y de «político».

Se me ocurren estas cosas al filo de la lectura de un admirable y emocionante reportaje de Ana María Badell de Fisac en torno a la Pasionaria. La escritora, que ha entrevistado en Moscú a Dolores Ibarruri, nos cuenta de sus recelos antes de la entrevista, recordando que su abuela se santiguaba como si se hablase del diablo cada vez que se mentaba a la Pasionaria. Pero Ana María Badell se había comprometido a llevarle un recado de una amiga monja. «Dolores –le dijo al fin, tras muchas vacilaciones–, la madre X me ha encargado que le diga que reza mucho por usted». Y la señora Fisac quedó en silencio, la mirada humillada, esperando el exabrupto, pero en vista de que no se producía, levantó los ojos y se encontró con una anciana conmovida, que apenas acertaba a pronunciar palabra. Luego se enteraría de que fue la actitud de algunos católicos lo que separó a Dolores Ibarruri de la Iglesia, y la muerte violenta de su marido y, posteriormente, las de sus tres hijas por falta de atenciones lo que la impulsó a buscar una fórmula de justicia sobre la tierra. En suma, el hecho de que nuestras fórmulas de justicia no coincidan con la de ella nunca deberá llevarnos a identificar a una madre atribulada con el diablo. La Pasionaria es un ser humano con «sus razones» y, al parecer, con una sutil, conmovedora sensibilidad, aunque su «fórmula de justicia», repito, no nos convenza.

1967

Las minidictaduras

En los regímenes no democráticos, o con democracia apellidada, debido precisamente a la ausencia de representatividad y de no participación en el poder, se producen con frecuencia brotes de minidictaduras donde las arbitrariedades no pueden discutirse, ni, por descontado, corregirse mediante una apelación posterior. Los efectos de estas pequeñas dictaduras, aunque a menudo graves, suelen pasar en silencio porque los humillados y ofendidos carecen de amplificadores para hacer patente la injusticia, y el minidictador cuenta de antemano con la garantía de la impunidad. Es obvio que las limitaciones que impone la pequeña dictadura a nivel de oficina o de departamento pueden considerarse irrelevantes desde un punto de

vista político, pero resultan vejatorias desde un punto de vista humano. Con la particularidad de que la minidictadura, como la piedra en la superficie de un estanque, se multiplica en ondas concéntricas, aunque en sentido inverso, esto es, de más a menos, de tal forma que la actitud despótica del jefe de departamento se comunica con mayor virulencia, si cabe, a los diferentes negociados, de aquí al personal subalterno, para incidir, por exigencias de un instintivo y natural desfogamiento, en las relaciones domésticas del más desheredado del escalafón, es decir, de aquel que en la oficina no disfruta de ninguna autoridad. Las consecuencias, pues, de una minidictadura se propagan en cadena y son incalculables en lo que se refiere al ámbito de los afectados, al grado de intensidad con que socavan la convivencia, y en su proyección de malas caras y acritud social. En una adecuada ponderación de valores, la dictadura de los pequeños no es evidentemente la más importante, pero sí puede resultar la más incómoda.

Con frecuencia somos informados de que tal o cual decisión, adoptada a lo mejor en un momento de ofuscación, ha de prevalecer, antes que por su pertinencia, por mantener el principio de autoridad. Los hombres tenemos frases para todo, biombos con los que tratamos de eclipsar la última razón –la verdadera– de nuestras determinaciones, como cuando reclamamos el huevo pretendiendo hacer creer a los demás que lo que nos importa es el fuero, o como cuando, en los países de prensa controlada, se silencia una noticia hasta que una rectificación posterior, conveniente a nuestros intereses, trueca en cañas las lanzas y entonces se airea ésta en aras de la verdad y del derecho del pueblo a ser informado. Algo de esto acontece con el principio de autoridad sin querer advertir que muchas veces, por mantenerlo, la autoridad está atentando contra su misma esencia.

Por supuesto las cosas se agravan cuando el minidictador es un liberal hacia arriba, esto es, reclama la libertad a quienes lo mandan y exige la sumisión de quienes lo obedecen. El mundo actual está lleno de estas paradojas. La vida nos demuestra que las ideas liberales de muchos de nuestros liberales a nivel de política nacional pierden liberalidad, es decir, consecuencia, al tratar de aplicarlas en la pequeña cuadrícula que rigen y controlan. Esto es, hay liberales en la obediencia que se transforman en autócratas a la hora de ejercer el poder. Tamaño contrasentido lo estamos viendo cada día en centros de enseñanza, despachos, ventanillas o simplemente en modestas conserjerías. Se trata de una faceta nueva de la desacreditada ley del embudo: libertad para todo y para todos... menos para los que están bajo mi férula.

La crisis de autoridad es un fenómeno palmario en la sociedad actual en todos los terrenos, pero convendría examinar en qué medida

esta crisis obedece a un ataque frontal e irreflexivo contra ese principio que con tanto celo defienden los detentadores de cargos, y en qué otra a la irritación que produce en el administrado la sumisión inerme ante la injusticia. Creo que no descubro nada del otro jueves si afirmo que, con frecuencia, el manoseado principio de autoridad viene encubriendo una autoridad sin principios, esto es, lo que procede es evitar que se confunda el principio de autoridad con el abuso de autoridad. Desde este distingo, parece evidente que las minidictaduras tendrían menos posibilidades de desarrollo en un sistema flexible con cauces de intercomunicación, que en un clima donde ha prevalecido la autoridad –y su famoso principio– por encima de todo.

1970

Lo importante es participar

El español es hombre que gusta de estar en todas las salsas. De no ser protagonista, jamás desdeña un puesto entre la comparsería. Ahora, desde que funciona en el país la caja mágica de la televisión, nos esforzamos en llevar hasta el hombre de la calle la consigna de que lo importante es participar. Ganar o perder no cuenta, lo único significativo es tomar parte; estar allí. Se trata de un estimulante principio ético-deportivo que sociológicamente tiene otras implicaciones. Por ejemplo, en la entrevista de los dirigentes alemanes con el emperador Hiro-Hito, es obvio que España no pintó nada, pero el chovinismo de nuestras agencias informativas nos hizo saber, para general complacencia, que el camarero que sirvió el banquete era nada menos que Julio Sánchez, de veintiocho años, natural de Villarquemado, provincia de Teruel, esto es, un español. El prurito de la participación no es nuevo. Recuerden a estos efectos que, cuando los satélites artificiales sobrevolaban la Tierra y el primer cohete estaba ya en la Luna, los españoles nos pusimos a hacer juegos de pirotecnia en Arenosillo, por aquello de que lo importante no era ganar, sino participar. El hecho de que nosotros hiciéramos subir nuestros cohetes a quince kilómetros de altura cuando ya estaban explorados centenares de miles, no significaba gran cosa. Otro tanto ocurrió con Estados Unidos al ser elegido presidente el señor Nixon. La gloria de este señor y de su partido nos tocaba muy de cerca puesto que su chófer era un compatriota. En la misma línea del honor de la participación estaba el alpargatero alicantino que fabricó el calzado para los astronautas del *Apolo XIV*, o el hecho de que en la final de la Copa del Mundo de Fútbol de México actuara de juez de línea un árbitro español.

Todo esto, pienso yo, obedece a un candoroso complejo de

inferioridad, el mismo que llevaba a los rusos de la última época de Stalin a proclamar, cada dos semanas, que ellos habían sido los inventores de la cremallera o de los cordones de los zapatos. Y la cosa no deja de tener su encanto, a condición de que nos olvidemos del descubrimiento de América. Quiero insinuar que nuestra incapacidad para abordar grandes empresas degenera, en la actualidad, en un robustecimiento de nuestra capacidad de adhesión. No formamos parte del menú pero sí estamos en los ingredientes de la guarnición. En una palabra, en una u otra forma, estamos en todas las salsas porque lo importante es participar.

[1982]

Juegos peligrosos

El inquietante episodio de la nube radiactiva procedente de la central de Chernóbil me sorprendió en Saarbrüken, al norte de Alemania, y, días después, pude pulsar el ambiente en Maguncia y Friburgo. El pueblo alemán, repetidamente escaldado, tiene una manera práctica y disciplinada de afrontar la vida, y en esta ocasión, como en otras semejantes, no se dejó ganar por la histeria colectiva. Emisoras de televisión y radios locales daban instrucciones de aplicación inmediata y el ciudadano se sujetaba a ellas sin excesiva fe pero con rigor: evitar mojarse con agua de lluvia, eludir la evaporación tras el chaparrón, no comer verduras ni ingerir leche de vaca sin preparar, duchar a los bebés con agua a presión en lugar de bañarlos en aguas muertas. Mas en el pueblo alemán, en el medio universitario donde yo me movía, se advertía un sentimiento de impotencia mezclado con otro de irritación contra los políticos, actitud que luego vi repetirse en Suiza y norte de Italia. La impresión dominante era la de sentirse engañados, ya que en todos los pueblos de la Europa occidental –salvo tal vez en Suecia, donde fui testigo hace pocos años, en Lund, de una gigantesca manifestación exigiendo que se utilizase la energía nuclear como energía alternativa, de transición, nunca definitiva– se aseguró a los ciudadanos que la posibilidad de accidente en las centrales nucleares era técnicamente imposible, un temor que las mentes civilizadas debían desechar. Y era esto, la falsedad de este aserto, y con ello la desaparición del sentimiento de seguridad bajo el que descansaba el viejo continente, lo que en un momento se vino abajo y lo que despertó el enojo europeo. A la vista de lo ocurrido, se hacía evidente que no era necesaria una guerra nuclear para eliminar al hombre de amplios sectores del planeta; bastaba una sucesión de accidentes encadenados, del tipo del registrado en la central de Chernóbil. Y ante un hecho semejante, se abrían unas interrogantes estremecedoras: el

escape de radiactividad apenas había fulminado a unas docenas de personas, pero ¿qué nos reservaba el futuro? ¿Cuánto tiempo permanecería la radiactividad en las áreas afectadas? ¿Cien años? ¿Mil? Y durante este tiempo ¿seguiría en la superficie de la tierra contaminando sus frutos o se filtraría hasta las aguas subterráneas, los manantiales, los ríos? ¿Serían portadores de ella los peces y los pájaros, el trigo, los pastos y las vacas? ¿Hasta cuándo habría que recelar de esas aguas y esos frutos? Estábamos ante una realidad nueva: la radiactividad andaba suelta y la radiactividad no se evapora, ni se desintegra, ni se neutraliza en mucho tiempo, acaso siglos. ¿Cómo encarar entonces con serenidad el futuro si las consecuencias de la catástrofe de Chernóbil resultaban impredecibles y era posible su repetición en otras centrales que se nos daban ayer como seguras? ¿Conoceríamos algún día las consecuencias de la explosión de Chernóbil? Alemanes, suizos, italianos se mostraban escépticos al respecto. En unos años morirían en la zona afectada cientos, millares de seres, aumentaría el número de cánceres, pero el poder, la autoridad –la de aquí y la de allá– pondría buen cuidado en mostrarse cautelosa, disimularía datos y estadísticas para evitar la alarma y, ante su silencio, la inconsciente ciudadanía olvidaría que un vasto sector de Europa central estaba sembrado de muerte y seguiría viviendo sobre el volcán alegremente, como si nada ocurriera.

Hace unos días, en la segunda quincena de octubre, he visitado el coto de Doñana. Allí he asistido a un espectáculo terrible, por un lado, y, por otro, aleccionador: una docena de biólogos, de muchachos y muchachas veinteañeros, se esforzaban diariamente por salvar de la muerte a centenares de patos envenenados aguas arriba por la insensatez de la civilización consumista. Los muchachos habían instalado grandes cercas junto al palacio y allí recluían a los patos enfermos, capturados sin resistencia en las marismas próximas. En la primera jaula, la UVI, donde se encerraban los patos anquilosados, eran lavados uno por uno, medicinados, alimentados con arroz limpio... En la segunda, a donde pasaban una vez recuperada cierta movilidad, disponían incluso de un pequeño estanque para zambullirse. Así hasta alcanzar el último jaulón, donde se estacionaban los ánades repuestos, volanderos, pero a los que los biólogos no daban suelta porque la libertad podía traer consigo la muerte. ¿Qué hacían allí? Esperar –como los campesinos de Centroeuropa– a que pase el peligro, a que llueva y el agua y la tierra se limpien, a que la libertad de volar no comporte un riesgo de envenenamiento. De este modo están sanando el ochenta por ciento de las aves enfermas. ¿Es importante señalar con el dedo la causa de la hecatombe? ¿Importa mucho que sea un pesticida clorado –lo más probable– u otro compuesto químico con distinta fórmula pero

igualmente nocivo? En cualquier caso, ha sido el consumo el que ha provocado la catástrofe de Doñana, como provocó antes la de Chernóbil. Ha sido la sed de dinero, la prisa por producir a cualquier precio, la insaciabilidad, las exigencias de una economía cuya misión es multiplicar el provecho sin reparar en los medios ni en las consecuencias.

El ser humano afronta una situación delicada: tratar de controlar unas fuerzas que él mismo ha desatado y que ahora le hacen frente amenazando su integridad. ¿Cómo salir de este círculo vicioso? Medicamentos que ayer nos recomendaban, hoy se retiran de las boticas como peligrosos, tal vez letales. En nuestro afán de progreso, nos apresuramos a poner en circulación energías y sustancias sin haberlas contrastado previamente. Sembramos el riesgo, incluso la muerte, pero en torno al riesgo y a la muerte creamos inmediatamente intereses a los que nadie parece dispuesto a renunciar después. Peligroso juego. Y más aún desde el momento en que estas cuestiones ecológicas se plantean por los estados –cuando se plantean– solapadamente, dándoles una importancia secundaria, casi como un gesto de liberalidad, sin querer advertir que de su resolución depende a veces la supervivencia del género humano.

1986

Aborto y progresismo

En estos días en que tan frecuentes son las manifestaciones en favor del aborto libre, me ha llamado la atención un grito que, como un derecho natural, suelen corear las manifestantes: «Nosotras parimos, nosotras decidimos». En principio la exigencia parece razonable, y así lo sería si lo parido fuese algo inanimado, algo que el día de mañana no pudiese, a su vez, objetar dicha exigencia, esto es, parte interesada, hoy muda, de tan importante decisión.

La defensa de la vida suele basarse en todas partes en razones éticas, generalmente de moral religiosa, y el motivo de la disputa es, en principio, si el feto es o no portador de derechos y deberes desde el instante de la concepción. Yo creo que esto puede llevarnos a argumentaciones bizantinas a favor y en contra, pero hay una cosa clara: el óvulo fecundado es algo vivo, un proyecto de ser con un código genético propio que, con toda probabilidad, llegará a serlo del todo si los que ya disponemos de razón no truncamos artificialmente el proceso de crecimiento. De aquí se deduce que el aborto no es matar (parece muy fuerte eso de calificar al abortista de asesino), sino interrumpir vida; no es lo mismo eliminar a una persona hecha y derecha que impedir que un embrión consume su desarrollo por las

razones que sea. Lo importante en este dilema es que el feto aún carece de voz pero, como proyecto de persona que es, parece natural que alguien tome su defensa puesto que es la parte débil del litigio.

La socióloga americana Priscilla Conn, en un interesante ensayo, considera el aborto como un conflicto entre dos valores: santidad y libertad, pero tal vez no sea éste el punto de partida adecuado para plantear el problema. El término *santidad* parece incluir un componente religioso en la cuestión, pero, desde el momento en que no se legisla únicamente para creyentes, convendría buscar otros argumentos ajenos a la noción de pecado. En lo concerniente a la libertad, habrá que preguntarse en qué momento hay que reconocer al feto tal derecho y resolver entonces en nombre de qué libertad se le puede negar a un embrión la libertad de nacer. Las partidarias del aborto sin limitaciones piden en todo el mundo libertad para su cuerpo. Eso está muy bien y es de razón siempre que en su uso no haya perjuicio de tercero. Esa misma libertad es la que podría exigir el embrión si dispusiera de voz, aunque en un plano más modesto: la libertad de tener un cuerpo para poder disponer mañana de él con la misma libertad que hoy reclaman sus renuentes madres. Seguramente, el derecho a tener un cuerpo debería encabezar el más elemental código de derechos humanos, en el que también se incluiría el derecho a disponer de él pero, naturalmente, subordinándolo al primero.

Pero lo más curioso del caso es que el abortismo ha venido a incluirse entre los postulados de la moderna «progresía». En nuestro tiempo es casi inconcebible un progresista antiabortista. Para el nuevo progresista, todo aquel que se opone al aborto libre es un retrógrado, imputación que deja a mucha gente, socialmente avanzada, con el culo al aire. Antaño, el progresismo se sostenía en un trípode muy simple: apoyo al débil, pacifismo y no violencia. Años después, se añadió a este credo otro punto: defensa de la naturaleza. Para el progresista, el débil era el obrero frente al patrono, el niño frente al adulto, el negro frente al blanco. Había que tomar partido por ellos, por los débiles. Para el progresista, eran recusables la guerra, las organizaciones belicistas, la energía nuclear, la pena de muerte, cualquier forma de violencia. En consecuencia, había que oponerse a la carrera de armamentos, a la bomba atómica y al patíbulo. El ideario progresista estaba definido y resultaba atractivo seguirlo. La vida era lo primero, lo procedente era procurar mejorar su calidad para los desheredados e indefensos. Había, pues, tarea por delante.

Mas, de pronto, surgió en el mundo el problema del aborto, del aborto en cadena, libre, y con él la polémica sobre si el feto era o no persona, y, ante una cosa así, tan imprevista, el progresismo vaciló. El embrión era vida, sí, pero no persona, mientras que la presunta madre lo era ya, y con capacidad de decisión. No se pensó que la vida del

feto estaba más desprotegida que la del obrero o la del negro, quizá porque el embrión carecía de voz y políticamente resultaba irrelevante. Entonces empezó a cederse en unos principios que parecían inmutables: la protección del débil, la no violencia. Pura estrategia política. Contra el embrión, una vida desamparada e inerme, podía atentarse impunemente. Nada importaba su debilidad si su eliminación se efectuaba mediante una violencia indolora, científica y esterilizada. Los demás fetos callarían, no harían manifestaciones callejeras, no podían protestar, eran aún más débiles que los más débiles cuyos derechos protegía el progresismo; nadie podría apelar; no había valedores. Y ante un fenómeno semejante, algunos progresistas convictos se preguntaron: ¿Es esto honesto? ¿Está de acuerdo con mi manera de pensar? Si nuestra misión no es defender la vida, aun la vida sólo apuntada, la vida más pequeña y menesterosa, contra la agresión social, precisamente en la era de los anticonceptivos, ¿qué pintamos nosotros aquí? Porque para esos progresistas obstinados que aún defienden a los indefensos y rechazan cualquier forma de violencia, es decir, siguen acatando los viejos principios del progresismo, la náusea se produce igualmente ante una guerra, una explosión atómica, una cámara de gas o un quirófano esterilizado.

1986

Pensiones

A los viejos nunca les faltaron temas de conversación, pero el fundamental no ha variado. Cuando cuatro viejos se reúnen suelen hablar del mismo tema que los jóvenes aunque con perspectivas bien diferentes: el dinero. El viejo en España, en un altísimo porcentaje, habla de dinero, y el joven hace otro tanto. Eso quiere decir que a los españoles, antes que el fútbol, las mujeres o la televisión, les preocupan las pesetas.

Claro que las conversaciones no tienen el mismo alcance en unos que en otros, puesto que los jubilados suelen hablar de un dinero estancado, la pensión, que apenas si encuentra un complemento ilusorio en la quiniela o el cuponazo, en tanto que los jóvenes confían lógicamente en que vendrán tiempos mejores con la posibilidad de firmar convenios más pingües e incrementar poco a poco sus primas y sus pluses. En cualquier caso, en épocas de vacas flacas los españoles hablamos de dinero porque no lo hay y lo añoramos, y en épocas de vacas gordas porque abunda y todos esperamos que nos toque algo en la pedrea.

Los jubilados actuales están muy lejos de la triste figura del viejo

Eloy, aquel pensionista de mi novela *La hoja roja* que hace treinta años retraté como paradigma del jubilado español. Hoy las cosas han cambiado y el pensionista actual suele tener mucha vida por delante, no chochea, razona, está aún en condiciones de proyectar un futuro. Sin embargo, al jubilado español han empezado a decírsele de un tiempo a esta parte cosas atroces como que el Estado, su vaca de leche, está en crisis financiera, con lo que la tranquilidad, que debería ser el estado natural del hombre que cesó de trabajar por exigencias de la edad, se va al garete. Para el paciente pensionista resulta tan demoledor que el señor Gil, vicepresidente de la CEOE, le diga hace unos meses que la economía del país da un encefalograma plano, como que el señor Solbes, ministro de la cosa, le diga anteayer que para el año 2020 los jubilados tendrán que procurarse la pensión por otros caminos.

Este tema de las pensiones fue, si no me equivoco, el verdadero caballo de batalla de la última campaña electoral, pero tras las respuestas evasivas de uno y otro candidato para no levantar la liebre llegó un sustancioso informe del escritor Emilio Gómez Vega que vino a poner las cosas en su sitio: en 1982, cuando los socialistas accedieron al poder –decía–, los pensionistas apenas llegaban en España a cuatro millones y medio, pero diez años después habían rebasado los seis millones. Dicho en palabras pobres, en 1975 cada tres trabajadores sostenían a un pensionista, mientras hoy apenas llegan a dos los que lo hacen, y en el 2020 cada trabajador tendrá que pechar con un jubilado, cosa que provocará el encefalograma plano de que hablaba el señor Gil o la quiebra de la Seguridad Social a la que aludía el señor Solbes.

Este hecho facilita al jubilado español un tema lateral de conversación no demasiado optimista, incompatible con el punto de serenidad que un Estado previsor debería procurar a sus pensionistas. ¿Qué cabe hacer en una situación semejante? En líneas generales, poco y no fácil. Para los que hoy cobramos una pensión parece inevitable que ésta se vaya reduciendo o merme su capacidad adquisitiva, que para el caso es lo mismo. De ahí que la actual ministra de Asuntos Sociales, Cristina Alberdi, antes que hablar del Estado del bienestar prefiera hacerlo del Estado de solidaridad o corresponsabilidad, expresión que parece más afortunada y acorde con los hechos.

Quiero decir que en el futuro las cosas deben discurrir de otra manera. Al abocar al siglo XXI se hace necesario pensar en un cambio. La pirámide debe ser la imagen aproximada del corpus laboral español. Lo que no cabe pensar es que el número de trabajadores sea igual o inferior al de los jubilados, porque entonces ya no hay pirámide.

La reforma se impone. ¿Cómo? Lo natural sería creando empleo, buscando la manera de que nuestro altísimo índice de parados se recupere, se acerque al menos a la tasa centroeuropea. De otro modo habrá que ir pensando en extender lo que ya ha empezado a ser moneda corriente en nuestro sistema económico: la pensión privada o la seguridad complementaria, algo así. Porque es evidente que lo que el señor Solbes dijo, aun cuando no quisiera decirlo, es la pura realidad: la Seguridad Social no puede cargar con un número de pensiones que iguale o supere al de los trabajadores que cotizan. La cosa está clará como el agua.

1994

¿Cruzada o guerra santa?

El hombre, una vez suelto el animal que lleva dentro, no encuentra límites a su crueldad. El atentado contra las torres de Nueva York, por ejemplo, es algo que no tiene nombre. ¿Incalificable, monstruoso? Dejémoslo ahí con mi más enérgica condena.

Hoy nos hallamos ante el anunciado segundo acto de la tragedia: la represalia americana. Estados Unidos se esfuerza por arroparse, por ganarse aliados, antes de iniciar aquélla. Necesita apoyo moral. Habla de democracia, de la adhesión de Dios a su causa, de guerra (sin determinar el enemigo) y sobre todo de libertad. ¿De quién? ¿De los afganos, de los iraquíes, de los palestinos quizá? No especifican, pero debemos entender que la libertad de todos.

En cambio se habla poco de justicia. ¿Es normal que para reprimir un atentado criminal se hable de libertad y no se hable de justicia? ¿Y por qué no se habla de justicia? ¿Tal vez no han sido justos –o siquiera imparciales– los americanos en todos los pleitos en que se han visto envueltos los musulmanes? ¿Están siéndolo en la larga pugna entre israelíes y palestinos?

Por de pronto Bush habla de *cruzada* para definir su represión, tal vez para oponerla al término *guerra santa* que ha resucitado algún líder musulmán. ¿Así andamos todavía? ¿Está Dios con ellos como dicen? ¿Con quién estará Dios? Desde luego no con los autores de la masacre de Nueva York, por descontado, pero tampoco quiero creer con los que se obstinan en seguir ignorando, cuando no humillando, a los países más débiles y desposeídos de la Tierra.

Señor Bush, señores de Estados Unidos, comprendo y comparto sus sentimientos de dolor, pero ¿por qué este afán de buscar un pueblo, unos estados a los que castigar?

Debe hacerse justicia, es cierto, así que castiguen individualmente a

los responsables del atentado de Nueva York, búsquenlos bajo las piedras, si hace falta, pero respeten a los pueblos donde se alojan –fundamentalistas hay en todas partes– y demuestren al mundo no su fuerza y su poder, que todos reconocemos, sino que sus niveles éticos y humanos, su capacidad de amor y comprensión, están muy por encima de sus explicables deseos de venganza.

2001

Sobre el fútbol y otros deportes



Sobre los divos

Escribí no hace mucho un artículo sobre los divos para decir que, a mi entender, ellos, como las tácticas, resultan nocivos para el deporte. Dos aficionados al deporte cuadriculado y geométrico, al deporte bajo techo, censuraron en sendas cartas mi posición. Celebro que ahora el Tour de Francia haya venido a ponerse de mi parte, a demostrar la tesis que yo sostenía hace unos meses, y me depare ahora una oportunidad de reforzar mis palabras.

Hemos de convenir en que el divo suele ser una figura antes de serle reconocida su condición de divo; llegar a divo, en deporte, es el primer síntoma de decadencia. El divo ha venido a destruir la posibilidad de la sorpresa, a desterrar el ímpetu y la improvisación. El deporte se convierte de esta manera en una cosa demasiado aséptica y previsible.

En fútbol hemos visto cómo declinaban conjuntos que un día fueron modelo de homogeneidad, cohesión y fuerza en cuanto se incrustó en sus filas un divo hacia quien debían encaminar sus puntapiés los compañeros. Hace unas semanas, la XLIII versión del Tour de Francia demostraba que el divismo no le es menos perjudicial al deporte de los pedales. Efectivamente, cuando los lebreles de segunda fila, o a quienes se consideraba de segunda fila, se vieron libres de la faja ortopédica de la domesticidad y de preconcebidas y agarrotadoras tácticas, probaron sobradamente que corren y aguantan más que los divos; es decir, que los presuntos segundos son capaces de hacer mejores carreras que los primeros o, si se quiere, que, llegada la hora, saben ser más divos que los divos. Ha sido suficiente que por fas o por nefas dejasen de abortarse iniciativas, de estrangularse esfuerzos individuales, para evidenciar que los malos son capaces de dar la vuelta a Francia en bicicleta en menos tiempo que los buenos. Esto, cuando éramos niños, que es cuando uno no entiende aún de espíritu de equipo y de movimientos solidarios y calibra más desinteresadamente el esfuerzo personal, bastaría para coronar a quien fuese con los laureles de campeón.

Es de esperar que este desconcertante, anárquico, pero eminentemente noble y deportivo Tour de Francia 1956 sirva para que quienes aman el deporte por el deporte, para que quienes conocen sus entresijos saquen conclusiones saludables. Por de pronto, salta a la vista que el deporte, si ha de conservar su fibra y su espectacularidad,

ha de responder a una competencia espontánea. La consagración, el todos para uno, comporta en ciertos deportes especialmente viriles el primer indicio de enervamiento. Una cosa es el deporte y otra muy distinta la geometría y la aritmética. Tratar de tamizar el deporte por un cedazo más o menos científico equivale a mixtificarlo. El divismo y las pizarras están echando las cosas a perder. Gane quien pueda y tengamos la fiesta en paz. Se aducirá que el Tour de Francia 1956 ha sido un modelo de desorganización y de insolidaridad, mas uno pregunta: ¿es que el hecho de que los buenos se hayan derrumbado ante el tenaz empuje de los mediocres (?) no demuestra que los mediocres son mejores que los buenos? Esta clase de pruebas deben servir para sacar a flote a la figura que por facultades físicas y por inteligencia demuestre estar más a punto. Por encima de tácticas y técnicas, por encima de viejos prestigios artificialmente prolongados, razonable parece que gane el mejor y no el que haya contado con más ayuda o más eficaces servicios.

1956

Divos y destajistas

Ya veo que hablar de los divos en el deporte puede ser el cuento de nunca acabar, supuesto que a cada afirmación que uno sienta saltan cuatro o cinco contradictores enarbolando sus opiniones apasionadas sobre el problema. Sin embargo, de entre todas las objeciones recibidas con motivo de mi artículo «Sobre los divos», entiendo que no merece la pena de considerarse sino aquella que alude a la belleza del «mínimo esfuerzo» en el deporte, en oposición a los inarmónicos y descoyuntados movimientos de los «destajistas». Los «destajistas», he aquí ya una expresión singular para definir a aquellos que se lanzan al deporte apoyándose en el amor propio y el pundonor antes que en las facultades físicas. Sobre los destajistas habría tanto que escribir como sobre los divos, sin olvidar que un equipo de destajistas puede, y de hecho ocurre así con frecuencia, derrotar a un equipo con tres o cuatro divos en sus filas. Si no fuera por los destajistas el deporte en general hubiera entrado ya en la fase preglacial que ha de anteceder a su desaparición y muerte. Eliminar del deporte la competencia equivale a eliminar la chispa que ha hecho de ciertos ejercicios musculares la mayor atracción de multitudes hoy en día. En lo que se refiere al ciclismo, sujetemos al destajista a la servidumbre de doméstico y obtendremos una prueba tibia, barroca, todo lo llena de adornos, posturas y actitudes atléticas que queramos, pero carente en absoluto de pasión. Démosles, por el contrario, libertad y veremos cómo las medias horarias se reducen y los divos han de convertirse en

destajistas si no quieren verse desbordados por éstos.

Las facultades tienen un límite y si unos descomponen su postura al llegar a cinco, otros la descomponen al llegar a siete y los menos al llegar a diez, pero en definitiva, la clase no servirá nunca para hacer vibrar a las multitudes si no se le agrega el entusiasmo. Entre Poblet, único divo teórico del equipo nacional en el último Tour de Francia, y Bahamontes, un auténtico destajista, yo, como español y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con este último. Hoy es probable que al toledano se le considere ya como un divo en el mundo del pedal. Si él se lo cree y prescinde del ardor combativo, del amor propio de que alardeó en el pasado Tour, habrá perdido como deportista, para mí y para otros muchos aficionados, todo interés. En resumen, los divos, los fijos, las marcas, etcétera, vienen de un tiempo a esta parte ablandando el bravo deporte de la bicicleta y haciéndonos olvidar que a sus cultivadores se los llamó un día «gigantes de la ruta», título sin duda un tanto exorbitante para los partidarios del ritmo y de la postura, de la elegancia del «mínimo esfuerzo» a que alude mi comunicante.

En resumen, yo no desdeño el ritmo, la euritmia y la armonía, pero bien creo que éstos deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. La poesía del movimiento y la proporción tiene ocasión de manifestarse en la gimnasia y la danza; mas si la exhibición se plantea en el terreno de la emulación y uno de los actores debe sobresalir necesariamente de los demás, entonces, junto a la belleza del esfuerzo estéticamente encubierto, operan otros factores que como el entusiasmo, el amor propio y el tesón influyen más directamente que aquél en mantener la grada tensa y expectante, en apasionar a la multitud. Esto equivale a decir que el exhibicionismo apenas si tiene sitio en las competiciones deportivas tal como hoy se desarrollan en el mundo. O si se prefiere, que el público antepone, y no sin razón, el destajista al divo.

1956

El cálculo y la improvisación

La derrota del Atlético de Bilbao a pies del Manchester, después de las precauciones tomadas por los bilbaínos alineando en Las Corts un equipo de suplentes en vísperas del partido de vuelta con el conjunto inglés, demuestra lo mal que encajan en el gran club bilbaíno las previsiones y los cálculos.

El Atlético de Bilbao es sin ninguna duda el único equipo español de Primera División que nutre sus filas de su propia cantera; Bilbao hace sus futbolistas y los gasta. Por añadidura, el conjunto vasco es uno de

los contados grupos españoles que por encima de modos y modas transitorias conserva una peculiar manera de ser y de interpretar el juego del fútbol. Cuando hablamos de solera nos referimos aquí, antes que a la antigüedad, a un respeto por las normas tradicionales, nada desdeñables en el terreno deportivo.

Entre otras razones, es ésta, sin duda, una de las que más han influido en ampliar las simpatías de este equipo fuera del área del País Vasco. En España, país, como es sabido, muy dado a la envidia, se guarda, no obstante, una admiración, muchas veces inconfesada, hacia todo aquel que se abre camino por sus propios medios. Éste es el caso del gran club norteño, que contrasta vivamente con otros clubs no menos fuertes que, sin embargo, deben su potencia al dinero. Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que la forja a fuerza de ingenio y trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con éste.

De otra parte, el equipo vasco responde mejor que ninguno, en lo que se refiere a interpretación del fútbol, a unos cánones temperamentales conocidos en el mundo con el nombre de «furia española» y que en rigor no es otra cosa que la tenacidad, el coraje y la improvisación. Esto equivale a decir que los futbolistas bilbaínos son poco amigos de tácticas previas y que su consigna, por lo general, obedece al elemental y deportivo principio de salir a darlo todo. Del Atlético de Bilbao se ha dicho siempre que es muy capaz de cambiar el signo adverso de un partido en cinco minutos. El hecho de que este principio siga vivo justifica que el paso del conjunto vasco por cualquier ciudad arrastre multitudes y, de otra parte, que el grupo conserve sus rancias virtudes de tesón, resistencia física y velocidad perfectamente incontaminadas. Con las pizarras magnéticas y demás zarandajas ocurre lo que con las medicinas, que sabemos, más o menos, lo que quitan pero no sabemos lo que ponen. En el caso del equipo vasco es obvio que la era de la pizarra magnética está pasando sin dejar huella y el juvenil equipo atlético conserva, si cabe reforzadas, la lozanía y la espectacular espontaneidad de juego que siempre lo caracterizó.

Su eliminación en la Copa de Europa me ha entristecido y no he podido por menos de relacionarla con esas precauciones y esas reservas a que aludía más arriba, incompatibles, a mi ver, con el carácter del viejo y juvenil Atlético bilbaíno. A los leones, entiendo yo, no es necesario preservarlos de las lesiones y la fatiga. En cualquier caso, dejar los titulares en la banda es un pobre recurso de club burgués, de club de tobillos importados a tanto la pieza, pero nunca del celebérrimo, vertiginoso y esforzado Atlético bilbaíno. En sí la cosa no tiene mayor importancia y si la señalo hoy es más bien como síntoma y como razón de lo mal que le sientan al equipo vasco las

previsiones, porque el Atlético de Bilbao, a Dios gracias y ojalá que sea para muchos años, fue de siempre un equipo que saltó al campo a darlo todo y acertó innumerables veces a improvisar sobre la marcha la fórmula de la victoria.

1957

Campeón de taquillas

Como discreto aficionado al fútbol, como uno de esos aficionados modestos que superan el «hinchismo» desaforado una vez alcanzada la adolescencia, he sentido una profunda satisfacción deportiva con el tercer triunfo consecutivo del Real Madrid en la Copa de Europa. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español, tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional por esos campos de Dios. Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico español echar mano a cada momento del equipo de club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo, para representar a España en cualquier confrontación internacional. Esta decisión, supongo yo, nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento en el caso de un revés y aumentaría nuestro mérito en el caso de un triunfo.

Mas a lo que iba, el partido de Bruselas me hizo vibrar de admiración y entusiasmo, al escuchar por la radio cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos parejos. Esto quiere decir que el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro y eficaz en eso de propinar patadas a una pelota; el grupo más diestro y eficaz de Europa, si juzgamos, como debe hacerse, por los tanteos parciales y por ese tres a dos definitivo.

Ahora bien, tras el triunfo me llegan los rumores de que el Real Madrid, en un impulso exaltado de euforia económica y con la pretensión de dar carácter vitalicio a su título bien ganado, no se apresta a reforzar su cuadro con savia nueva sacada de sus propios viveros, sino que pretende incorporar al club dos figuras de relieve mundial, a costa de un buen puñado de millones de pesetas. En una palabra, el flamante campeón de Europa pretende eliminar de sus filas los Pérez y los Rodríguez para injertar «kas» y «uves dobles» a todo pasto. De este modo, el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, aquellos a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles» a partir de la próxima temporada. «Uno no gana si otro no pierde», como apuntaba Colbert en plena fiebre mercantilista.

A mi entender, esta actitud ha venido a empequeñecer la brava

proeza del once madrileño. Esta actitud no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan sólo potencialidad económica. Y esto, en el deporte, me parece a mí, no debe contar o debe contar muy poco. Como español me duelen los comentarios que presiento. En las capitales europeas no se dirá ya que un equipo de fútbol español es el más diestro en el arte de patear una pelota, sino el más poderoso en recursos financieros. Un equipo cuajado de «kas» y «uves dobles» y «eses líquidas» no puede representar, me parece a mí, en ninguna parte, al balompié nacional.

Yo me temo que, por este camino, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas, pero nada más; es decir, que los verdaderos campeones son los espectadores españoles, o si se quiere madrileños, que se rascan el bolso con mayor facilidad que los espectadores del resto de Europa.

Esto es muy triste, y quienes creemos aún que el profesionalismo no destruyó totalmente el deporte no podemos por menos de clamar contra esta lamentable orientación de nuestro fútbol. Estos millones podrían ser muy útiles, a mi juicio, para formar a las nuevas promociones, para desarrollar la cantera futbolística de Vallecas, pongo por caso, e incluso para acabar de poner a punto y en disposición de alcanzar categoría de fenómenos a los muchachitos de Baracaldo y Ondárroa que esperan, pacientemente, su oportunidad. Todo menos adulterar ahora una limpia trayectoria, cuyo último eslabón ha sido Bruselas, para que los aficionados europeos, en lugar de hacerse lenguas del fútbol español, puedan recibir en lo sucesivo los triunfos de nuestros equipos representativos con un displicente: «Así ya se puede».

1958

La Liga agoniza

Un artículo de Brian Glanville, publicado recientemente en la prensa española, afirma que los campeonatos de Liga se encuentran en estado preagónico, han entrado en una fase de desinterés que se traduce en un descenso cada día más acentuado del número de espectadores que acuden a los campos de fútbol. En realidad, Glanville se refiere a Inglaterra y los países del norte de Europa, pero entiendo que no hay razones para limitar la observación a esa zona. El fútbol, como deporte, hace tiempo que languidece en todas partes y su decadencia responde a unas motivaciones que están en el ánimo de todos.

Los efectos del profesionalismo desmesurado empezamos a acusarlos ahora en toda su virulencia. En cada país el campeonato de Liga se dirime prácticamente entre cuatro clubs; los demás bastante

tienen con eludir el descenso. Mas ahora resulta que la lucha por no ser el último apenas si emociona ya a los espectadores, y si éstos todavía llenan los estadios en algunas partes lo hacen estimulados por la idea de que su grupo favorito sea campeón.

En mi ciudad, Valladolid, he constatado esto de modo palmario en la presente temporada. Los últimos años en Primera División, la gente remoloneaba y apenas si colmaba las gradas para presenciar los encuentros en los que participara uno de los cuatro grandes. Ha bastado que el equipo descienda de categoría para que las altas de socios se multipliquen y el público se haga más nutrido, apasionado y tumultuoso. En resumen, lo que algunos vaticinaron que representaría el fin de la afición vallisoletana ha constituido el máximo acicate. ¿Razones? Muy sencillo. Los espectadores de los encuentros de un Valladolid de Segunda División ven la posibilidad de que su equipo sea el primero. Prefieren verlo de cabeza de ratón que de cola de león. De donde se deduce que todo aquello de la exquisitez del juego, la calidad, etcétera, no son más que zarandajas. Ganar es lo único que los aficionados al fútbol exigen de sus colores.

Otra razón que justifica, creo yo, el progresivo debilitamiento de los campeonatos de Liga es la rapidez de las comunicaciones, la facilidad de los contactos entre naciones. En un ayer próximo, éstos se daban con cuentagotas. En cada país se celebraban un par de choques anuales y para ello habían de prepararse las maletas con varias semanas de antelación. Hoy, la Copa de Europa, la Copa del Mundo, la Copa de Ferias, los encuentros amistosos internacionales están a la orden del día, se interpolan en los calendarios de Liga sobre la marcha, con alegre imprevisión. Nada le impide al Real Madrid jugar un miércoles en Viena habiéndolo hecho el domingo anterior en Sevilla y teniéndolo que hacer el siguiente en Bilbao. Estos encuentros, por otro lado, cuando se desenvuelven entre equipos de club encierran para sus protagonistas un mayor aliciente. Ganar los campeonatos nacionales no envuelve para ellos la menor novedad, en tanto que ser campeones de la Copa de Europa o de una superliga europea comporta para los aficionados respectivos un mérito innegable, supuesto que el torneo se ventila entre grupos de fuerzas económicas similares.

En una palabra, los augurios de Brian Glanville no suponen gran perspicacia. Sin necesidad de ser linces, hace tiempo que nosotros denunciamos el peligro. Enfrentar equipos que hacen ordinariamente taquillas de cinco millones de pesetas con otros que a duras penas hacen veinte mil duros, plantea la lucha en un terreno tan desigual que los seguidores del poderoso acaban cansándose de triunfos y los del débil de desgañitarse tratando de animar a los suyos a eludir el descenso.

La misión del entrenador

Para Alfredo Di Stéfano, el gran divo madridista, el entrenador de un equipo de fútbol tan sólo influye en sus éxitos en un diez por ciento, siendo, en cambio, atribuibles a su impericia, el cuarenta por ciento de los fracasos. A lo que se ve, el ariete madridista concede al entrenador muy poca influencia en la marcha del conjunto y, si nos atenemos a sus arbitrarios porcentajes, un preparador está siempre más expuesto a perder que a ganar. En realidad, es muy difícil precisar la participación de los entrenadores en los vaivenes de los equipos a sus órdenes, y puestos a medirlos apenas si podemos concretar un extremo: para la «hinchada» el entrenador es responsable en un ciento por ciento de los descalabros del conjunto, y lo demás son ganas de especular y de enredar las cosas.

Mas el tema es sugerente si lo planteamos en estos términos: ¿Hasta qué punto un entrenador puede comunicar a sus muchachos sus conocimientos, su concepción de la jugada, su sentido de la táctica y de la estrategia futbolísticas? ¿Es posible que un mal defensa pueda entrenar a un buen delantero o un mal delantero a un buen defensa? O, por el contrario, ¿sería capaz un buen defensa de hacer mejor a un mal delantero, y a la inversa? Uno, la verdad, no cree que estos dones sean comunicables, es decir, que hasta cierto punto un futbolista, como un poeta, nace y no se hace. Cosa diferente es que, una vez en sazón, el entrenador se las ingenie mejor o peor para conservarlo en forma; quiero decir, en forma física, con sus reflejos sensibles, sus músculos potentes, sus pulmones capaces y sus miembros ágiles. De esto a pretender que un defensa –bueno o malo– enseñe a tirar a puerta a un delantero o un delantero a sujetar la pelota a un guardameta, media un abismo. Sencillamente, no creo en ello.

Hubo un hombre, enviado de Francia, llamado H.H., que revolucionó todo este asunto del fútbol teórico. Las tácticas, las pizarras magnéticas, la disposición defensiva a ultranza –el famoso cerrojo– se pusieron de moda con su advenimiento. Por entonces nadie hubiera osado sentar plaza de entrenador sin saber hilvanar cuatro frases en torno a la uve doble y a la eme y a los 3-3-4 y a los 4-3-3. A partir de entonces, el deporte del fútbol empezó a convertirse en una ciencia o, lo que es lo mismo, se enmendó la plana a los ingleses y aquello del 2-3-5 se convirtió en un 3-2-5 cuando no en un 4-4-2. En suma, se aspiraba a convertir el fútbol en una cosa distinta de lo que hasta entonces había sido, imprimiéndole un extraño viso matemático.

Afortunadamente, esto va pasando, como todos los sarampiones, y las aguas van tornando a su cauce. ¿Que por qué el señor H.H. sigue triunfando? Sencillamente, porque aparte de ser un excelente preparador físico, su aureola de mago sí es contagiosa, y nada como saberse a las órdenes de un mago para imaginarse invencible, para que la moral del conjunto suba muchos enteros. Y aquí sí habrá que reconocer que Alfredo Di Stéfano se ha quedado corto, porque el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. A este respecto bien podemos decir que la «furia» de un equipo es la «furia» de su entrenador, el entusiasmo de un equipo es el entusiasmo de su entrenador, la tenacidad de un equipo es la tenacidad de su entrenador, de donde deducimos que el alma de un equipo es el alma de su entrenador. Esto quizá explique mejor que nada el fracaso de geniales jugadores –pero fríos y cerebrales– al operar desde la banda y, por el contrario, los grandes, inesperados éxitos de jugadores mediocres, semianalfabetos, que acertaron a poner su corazón debajo de las once camisetas que evolucionaban a sus órdenes.

1964

El otro fútbol

La Eurocopa de Fútbol 1980 nos ha deparado menos vistosidad aun que el Mundial de Argentina 1978, lo que quiere decir que el contrafútbol progresa, que el fútbol ofensivo cuenta cada día con menos posibilidades. Hoy, antes que jugar más, se procura que el contrincante juegue menos. Interesa, más que jugar, no dejar jugar, destruir que crear. Tal connotación negativa elimina de entrada el espectáculo. Así ha ocurrido el mes pasado en Italia, donde, fuera del encuentro entre alemanes y holandeses y de los fulgurantes destellos españoles frente a ingleses e italianos, no se ha visto nada de particular. Con mayor rigor que nunca, allí ha triunfado el antifútbol, lo que si por un lado explica el insólito fenómeno de los estadios vacíos, justificaría, por otro, una apresurada revisión del reglamento de un juego que ha dejado de serlo –la única preocupación de un futbolista parece ser hoy la de no dejar mover a su par–, donde la actual concepción del fuera de juego, pongo por caso, tan sabiamente aprovechada por los belgas para agarrotar al adversario, ya no tiene razón de existir.

Mas, en vista de la proximidad de la Copa del Mundo, y en tanto llega esta revisión, bueno sería sacar unas enseñanzas de la última competición europea, porque lo que resulta obvio es que ante las murallas defensivas que actualmente se practican, nuestro fútbol, el

fútbol español de hoy, resulta pueril, enjuto e inoperante. La cabriola, el regate en corto, el pasecito horizontal, la triangulación del juego en el centro del terreno no conducen a nada práctico. Si acaso a un cierto atractivo visual; pero esto, desgraciadamente, ya no cuenta en fútbol. El señor Kubala justificaba, o trataba de hacerlo, los pobres resultados de nuestra selección afirmando que los mediterráneos somos excesivamente impresionables. Yo creo, por el contrario, que la psicología nada tiene que ver en esto. Para meridionales y septentrionales, existe, sí, eso que ha dado en llamarse la moral, una moral alta o baja; pero el hecho de que nuestra selección empatara con Italia el partido inicial, más propiciaba lo primero que lo segundo y, sin embargo, los dos encuentros siguientes se perdieron. Y no vamos a decir ahora que el juego noreuropeo sea más enterizo o más flexible, más imaginativo o más rutinario que el nuestro, sino, simplemente, que es distinto, que es otro. Y a lo que voy es a que con el nuestro, con nuestro fútbol actual, monótono y anticuado, no vamos a ir a ninguna parte.

La agilidad, el gambeteo ratonil, por ejemplo, tan celebrado en nuestros extremos de otros tiempos, ya no tiene razón de ser. Hoy, cuando los defensas actúan escalonadamente, es muy difícil –salvo en los extremos– salir de dos regates pero, si se sale, ineluctablemente se perderá la pelota en el tercero. En nuestros días, la agilidad está siendo sustituida por la fuerza. Un buen futbolista no es ya un malabarista, sino un atleta. Los belgas, torpes y deslavazados en sus evoluciones, hubieran sido ayer, en la época del medio centro, malos futbolistas, y de hecho lo fueron, y, sin embargo, en 1980 han llegado con todo merecimiento a la final de la Copa de Europa. ¿Cómo es posible? Muy sencillo, por velocidad y fuerza. En nuestros días, la preparación física prevalece sobre la habilidad. El fútbol, el escaso fútbol ofensivo que en la actualidad se produce en el mundo, se genera en la fuerza y la velocidad. Zamora lo entendió así en la segunda parte del partido contra Inglaterra y su actuación, a mi juicio, fue memorable. Rompió la defensa británica, la trajo constantemente en jaque.

En un tiempo no muy remoto, se tuvo por inteligente afirmar que, en el fútbol de calidad, era la pelota, no el futbolista, quien debía correr. Desconozco si esto fue cierto en algún momento, pero estoy convencido de que hoy no lo es. En el fútbol moderno deben correr los dos, pelota y futbolista. ¡Y ay de quien lo entienda de otra manera! El centro del campo, lugar donde se cuecen los éxitos y los fracasos, no será nunca nuestro si el rival de turno nos gana en fuerza y velocidad, que es tanto como decir en entereza y sentido de anticipación.

–Oiga, ¿no se ha fijado usted que el futbolista latino se cae con mayor facilidad que el septentrional?

A eso iba. Los mediterráneos estamos anclados en un fútbol flojo, tenue, de pura floritura. El latino se cae con facilidad, diríase que está buscando la disculpa para caerse. Quiere caerse. Por eso, cuando no se cae por la marrullería adversaria, se tira. Pero se tira sacrificando incluso un contraataque cuando el contrario está adelantado y su puerta desguarnecida. Existe entre los latinos un respeto reverencial por la falta. Yo no sé qué espera el latino de la falta. Se diría que, como en los viejos tiempos con el córner, considera la falta medio gol. En el fútbol noreuropeo, en el otro fútbol, el futbolista se muestra más práctico. No es que sea más estable, pero estima que cuando el contrincante le entra en falta será por algo, seguramente porque su posición y su ataque representan un peligro. Entonces tratará de evitar la zancadilla, la carga, la tarascada, pero si no lo consigue procurará a toda costa conservar la vertical, no caerse, porque esto es mucho más positivo que la falta. Son posiciones opuestas: endeblez contra fuerza; pretendida picardía contra sentido práctico.

La distancia entre nuestro fútbol y el otro se evidencia, asimismo, en los lances a puerta. El mediterráneo –casi debería reducirse al español, ya que el italiano, por lo últimamente visto, ha aprendido mucho– no sabe tirar a gol, no encuentra nunca ocasión de hacerlo. Ante la puerta se pierde en regates y pasecitos. A base de regates y pasecitos llega hasta la línea de meta, pero rara vez la rebasa. Y cuando tira, sus tiros salen desfibrados, follones, con la pólvora mojada, como suele decirse. Un noventa por ciento de los goles de nuestro fútbol son goles de barullo, de *mêlée,* como se decía en los tiempos heroicos. Los nórdicos, conscientes de que las murallas defensivas son hoy difícilmente vulnerables, lanzan de lejos, desde cualquier distancia y posición. Al menos la mitad de sus tantos se producen mediante trallazos desde fuera del área, sin preparación alguna. Son los suyos goles al estilo del legendario Lángara, aquel gran delantero centro del Oviedo. En aquellos tiempos, Lángara sólo había uno: hoy hay muchos entre británicos, alemanes, belgas y holandeses. Casi podría afirmarse que en el otro fútbol todos son Lángaras, no desgraciadamente en el nuestro, donde no hay rematadores, no ya a larga, sino a media distancia. Un vez más falta fuerza. Creo que el preparador que sustituya al señor Kubala debería tener esto muy en cuenta.

Queda, por último –aunque sobre el otro fútbol podría escribirse un tratado– esa obsesión por el pase corto, horizontal, cuando no retrasado, que nos caracteriza, como si en fútbol la retención del balón fuera un mérito. Este juego menudo, trenzado, de salón es indicio de impotencia. Se sustituye la penetración, inexcusable para llegar al gol, por el control del balón, aunque sea en campo propio. Actitud inútil, que a nada conduce y que, en un momento u otro, habrá que abandonar. Pero de hecho, cuando el jugador mediterráneo la

abandona, es para pasar la pelota a un compañero vigilado por un rival, que es tanto como decir para perderla. El otro fútbol tiene un concepto más inteligente del pase. No se trata tanto de esperar a que el compañero se desmarque –esto es ya, también, un concepto anticuado– como de desmarcar la pelota, de remitirla al espacio vacío donde el compañero, a base de velocidad –siempre la velocidad y la fuerza–, pueda anteponerse a su contrario. Éste es el secreto a voces del otro fútbol. Cierto que en la mayor parte de las ocasiones el intento fallará, pero esto no excluye que, con el tiro de lejos, sea el único camino de romper los marcajes, de hacer saltar esos cerrojos obstaculizadores que están dando al traste con la frescura, la euritmia y la belleza de este multitudinario deporte.

1980

El tema del fútbol

Hace unas semanas publiqué un intrascendente artículo sobre fútbol y puedo asegurar que en treinta años corridos que llevo en este oficio de emborronar cuartillas nunca un trabajo mío ha desencadenado un tan abundante número de réplicas y correspondencia como en este caso, lo que quiere decir que, al margen de la liberación que pudo representar para algunos este deporte durante la represión de la dictadura, el fútbol, en cualquier circunstancia política, constituye la pasión dominante para no pocos españoles.

Yo jugué mucho al fútbol de chico y aún de adolescente. El Colegio de Lourdes, de Valladolid, era una potencia entonces, en los años treinta, y con frecuencia medíamos nuestras fuerzas con otros colegios de segunda enseñanza: los jesuitas, los maristas o los muchachos del instituto. No es preciso decir que unas veces ganábamos y otras perdíamos, pero, en cualquier caso, siempre quedaba vivo un deseo: remachar el triunfo obtenido o tomarnos el desquite de la derrota. Había, no obstante, un colegio en Valladolid que siempre nos vencía: el Colegio de Santiago para Huérfanos del Arma de Caballería. He dicho que nos vencía cuando será más exacto decir que nos barría, literalmente nos aplastaba por tanteos contundentes que, todavía lo recuerdo, rara vez bajaban del nueve a cero o el catorce a dos. No creo que en aquel campo de tierra apelmazada que los huérfanos tenían en la trasera del edificio escolar de la calle de Muro alcanzáramos nunca un resultado más halagüeño que el de los seis o siete goles de diferencia. ¿Y qué tenían los huérfanos de Caballería que no tuviéramos el resto de los escolares de Valladolid? ¡Ah, los huérfanos! Aquellos mozos practicaban un fútbol precursor, hecho de inteligencia y sobrentendidos, apoyado en una velocidad de diablos, una entereza

de atletas y un finísimo toque de balón. Posiblemente todo ello dependiera de su preparador físico o del frecuente ejercicio de este deporte, lo cierto es que aquellos muchachos ejecutaban otro fútbol.

Para mayor escarnio, los huérfanos jugaban en alpargatas, sin que sus empeines parecieran resentirse de los secos trallazos que enviaban desde treinta metros contra nuestra portería con aquellos balones recios, coriáceos, que, como dice Vicente Verdú en su estupendo y divertido libro *El fútbol, mitos, ritos y símbolos,* «trascendía el vaho de su vejiga (protegida por talco) y la biografía del cuero al que se le dispensaban cuidados vitalizadores dejándolo secar al sol y embadurnándolo con grasa». Para los huérfanos este pelotón pesadísimo no constituía el menor obstáculo. Sus rapidísimos pies ensayaban el tiro a gol desde cualquier punto y en cualquier circunstancia, sin preparación alguna, y, a menudo, como el lector podrá deducir de los tanteos consignados, lo conseguían. Su movilidad, sus disparos durísimos, con unos pies prácticamente desnudos, me asombraban, hasta el punto de que hoy, a cuarenta años de distancia, todavía los recuerdo con admiración.

Paralelamente a esta actividad yo fui espectador pasivo de fútbol desde 1929, mucho antes de convertirse este deporte en un espectáculo de masas. Durante seis largos lustros fui asiduo del Real Valladolid, asistí a su empecinado trajín en Tercera División, a su paso fulgurante por la Segunda y a sus casi veinte años de Primera, campeón de invierno en una ocasión, empatándole al Madrid en Chamartín, o eliminando al Atlético de la Copa, en otra, con aquel asombroso gol de bolea de Sañudo que dejó estupefacto al desencantado público del Metropolitano. El desaforado profesionalismo –el fútbol fue perdiendo paulatinamente su carácter lúdico y los futbolistas ya no saltaban a la pradera a jugar, sino a ganar dinero–, la táctica del cerrojo, cada día más extremada, y el vocabulario de la grada, soez, irritantemente parcial, me empujaron, años más tarde, a abandonar los estadios y a convertirme en un espectador esporádico de los partidos televisados. Deduzco de todo esto que yo no era un hincha. Tampoco un espectador desapasionado –mis preferencias estaban claras–, pero íntimamente rechazaba una victoria debida al caserismo de un árbitro o a la presión asfixiante de la grada.

Mi artículo anterior no ha sido bien interpretado. Hablo en general, pues hay cartas, como la de don Antonio Calderón, juzgador insigne, que manifiestan una absoluta solidaridad con mi postura. No obstante, los comentarios reprobatorios entienden que yo opongo la velocidad a la belleza, el fútbol-arte al fútbol-fuerza, cuando creo que, tras una atenta lectura de mi artículo, no puede deducirse esto. Ocurre que, en la actualidad, yo identifico la estética del fútbol precisamente con la

velocidad y la fuerza y considero, por otra parte, que únicamente estas cualidades son eficaces para contrarrestar las murallas defensivas al uso.

En mi trabajo anterior había dos cosas claras: primera, el espectáculo se ha terminado si nos obstinamos en seguir aferrados a las antiguas tretas para doblegar a una defensa; y, segunda, la debilidad del fútbol español resulta hoy incontestable frente al de los países del norte de Europa. Me parece ocioso discutir estos dos puntos, pero podemos subrayar algunos extremos que los aclaran. La táctica del marcaje trajo como consecuencia el agarrotamiento de un deporte hasta entonces preferentemente creador. El futbolista, antaño, saltaba al césped con la esperanza de desarbolar por juego al adversario. Hoy salta con la ilusión de inmovilizarlo. Desde este enfoque resulta palmario que el que intente el ataque, al abrirse, lleva las de perder. La defensa escalonada, si se practica bien, es difícilmente vulnerable y el gol, si llega, suele presentarse inopinadamente de un contragolpe a favor del que se defiende. Esto explica ese hecho, aparentemente paradójico, del que se lamentan muchas aficiones, de que sus equipos favoritos juegan mejor fuera que dentro de casa. Fuera, salen a sujetar, a impedir mancillar su meta, dentro, a eludir la sujeción y conseguir un gol. El que sale a construir está perdido. De ahí que hoy impere la destrucción. Dos no juegan si uno no quiere. Y, con la destrucción, adviene la difícil vulnerabilidad de las puertas y, consecuentemente, si en verdad es el gol la salsa del fútbol, el tedio y el aburrimiento. El fútbol actual se sirve en seco, sin salsa ni aderezos, de ahí su insulsez.

En lo concerniente a la baja del fútbol latino, y especialmente del español, frente al noreuropeo, creo que está a la vista. Que el mediterráneo es flojo e inestable, no sabe tirar a puerta, ni pasar al espacio vacío, me parece obvio por evidente. Pretender desbordar las defensas actuales con las artes de antaño, mediante fintas, regates y pelotas bombeadas, se me antoja una quimera. Esto ya no es factible. Frente a esta táctica rutinaria e inoperante, los noreuropeos han puesto en servicio otra, basada en la velocidad y la fuerza, en la energía y el sentido de anticipación, esto es, la táctica que los huérfanos de Caballería de Valladolid ya utilizaban, con resultados sorprendentes, en mis años mozos. El septentrional conserva la vertical mientras puede, tira a puerta desde lejos y sobre la marcha y, sobre todo, tiene la intuición del espacio vacío para dejar la pelota muerta a la que un compañero, de cara al gol, puede llegar antes que su rival. Éste es todo su secreto. Y no se aduzca, en descargo del fútbol español, que los ases nórdicos fracasan al insertarlos hoy en nuestros cuadros porque tropiezan con un adversario más duro. Yo entiendo que el bajo rendimiento de estos divos importados obedece a otras razones: por ejemplo, la pérdida del ritmo de su antiguo equipo y la

ausencia de respuesta a sus intuiciones. La velocidad del nuevo equipo no es la misma que la del de procedencia y el compañero no ve las pelotas que le deja en tierra de nadie o las considera pelotas perdidas. El caso Cruyff en España me parece el más esclarecedor. Cruyff jugaba demasiado para jugar bien, quiero decir para jugar bien aquí, para ser entendido en nuestro país. Se encontraba desasistido, empleaba unos métodos que no eran correspondidos y, lógicamente, se aburrió. Di Stéfano y Kubala vinieron en otros tiempos y encajaron. En la actualidad, el extranjero trasplantado se queda solo y, en términos generales, el bueno se hace malo y el malo se hace peor. Mediterráneos y septentrionales no pueden ser mezclados impunemente. Son dos conceptos del fútbol que normalmente se rechazan. Entre unos y otros no hay entendimiento, no hay correspondencia, no existe asociación. Es algo así como si hubiéramos pretendido encajar un huérfano de Caballería en las filas del equipo de mi colegio allá por los años treinta.

1980

Sobre el Mundial

Aunque nadie dijo aquí, en España, que yo sepa, que no quería fútbol, los organizadores, contraviniendo la filosofía del refrán, nos han dado taza y media. Demasiado fútbol y, en consecuencia, fútbol mediocre. Los responsables entendieron que si un Mundial era, de por sí, un espectáculo, trayendo veinticuatro equipos en lugar de dieciséis el espectáculo se estiraba, se hacía más grande y suculento. Error de base porque, de este modo, lo que la competición ganó en extensión lo perdió en intensidad. Yo creo que una fase final de un torneo mundial debe dar calidad, está obligada a dar bueno antes que mucho. En consecuencia, los participantes deben llegar a ella más cribados tras una exigente y estrecha selección previa. Los organizadores y sus portavoces se apresuran a decir ahora que el de España ha sido el mejor Mundial de cuantos se han jugado. Yo, con la mano en el corazón, lo dudo mucho. Este Mundial, hasta sus últimos encuentros –y no todos– ha sido un torneo de juego conservador, medroso, sórdido, donde apenas algún equipo, como el de Brasil, ha dado la cara desde el primer momento.

La rebelión de los modestos, de la que se habló hasta la saciedad durante los primeros días, no deja de ser una ilusión. Exceptuando Argelia y Camerún en el aspecto defensivo, no hubo, a mi entender, ni rebeliones ni sorpresas. Para mí, la sorpresa, en el caso de Honduras por ejemplo, no deriva del hecho de que el conjunto americano fuese bueno sino de que el de España fuese tan malo que no acertase a

romper su cerrojo más que merced a un penalti condescendiente. Algo semejante aconteció a la selección checa frente a Kuwait. Checoslovaquia, lenta y torpe de ideas, no tuvo inspiración para desbaratar la robusta defensa de los kuwaitíes. Lo cierto es que unos y otros, como El Salvador y Nueva Zelanda, llegaron a España a exhibir, con su buena preparación física, un fútbol primitivo. Nada más. Estos conjuntos podrán llegar a ser algo con el tiempo pero, de momento, no lo son; saltan mucho, corren sin parar, van a por todas, pero construyen un fútbol ingenuo, elemental, inoperante. Su oposición a un contrario de superior categoría no fue nunca brillante, sino incómoda, dura, correosa, amontonada, entusiasta. Salvo Argelia, repito, y Camerún en un orden exclusivamente defensivo, no hubo descubrimientos en esta primera fase del Mundial 82 sino, por el contrario, un descenso inquietante del nivel futbolístico. Hay que tener en cuenta que el tono de una confrontación deportiva no lo marca el promedio de calidad de los dos contendientes, sino el del equipo más bajo, el de calidad inferior. Y como hoy, según vengo sosteniendo desde hace tiempo, no se trata tanto de jugar como de no dejar jugar, es obvio que el equipo que menos deja jugar es el que no sabe jugar. El equipo experimentado que aspira a no dejar jugar lo hace mediante una técnica destructiva, digamos mediante una contratécnica, mientras el modesto, el primitivo, lo hace al buen tuntún, a la buena de Dios, mediante reacciones insospechadas, y nada desconcierta tanto a un equipo de cierta calidad como que su oponente no responda a sus intuiciones, esto es, haga lo que menos esperábamos que hiciese.

De modo que la primera fase, salvo Rusia-Brasil, Argentina-Hungría, Polonia-Perú, y, tal vez, algún otro encuentro, fue una auténtica tabarra. Se hizo un fútbol de oposición, obstructivo, generalmente guiado por la aspiración miserable del cero-cero. Porque otra de las lecciones que pueden extraerse de este Mundial español es que el sistema de puntos no es el más adecuado para hacer de una competición de esta naturaleza el espectáculo vivo, vibrante y atractivo que debe ser. La actitud de las selecciones en la fase inicial fue tan pasiva y conservadora que aburrió a las ovejas. Las técnicas destructivas, que están matando al fútbol, fueron tan extremadas que con notable frecuencia vimos a dos equipos empecinados en jugar al contraataque renunciando al centro del campo que se les brindaba en bandeja. Esto, como disposición previa, antes de conocer las intenciones del rival, no deja de ser risible. Para jugar al contraataque es preciso que el otro juegue de ataque, es decir, nos brinde esa oportunidad. Sin ataque, esto es obvio, no puede haber contraataque. Entonces se ha dado el caso, reiteradamente en este Mundial, de que dos selecciones salten al campo en esta disposición y, encastillados en

sus posiciones de origen, se limiten a un peloteo insulso en el terreno de nadie con unas remotísimas posibilidades de gol. Los empates a cero o a un tanto han menudeado. Italia, que, andando el tiempo, iba a erigirse en campeona del mundo, no pudo con Polonia en la primera fase; ninguna de las dos selecciones marcó un gol. En cambio, días más tarde, cuando la victoria se hizo inexcusable para seguir adelante y volvieron a enfrentarse en las semifinales, las tácticas no pudieron ser las mismas y el choque tuvo un carácter muy distinto.

De todo esto deducimos que la FIFA –aunque el negocio pueda ser, medido en dinero, menos rentable– debería meditar a la hora de organizar el próximo campeonato. Menos equipos y encuentros eliminatorios, donde sea imprescindible ganar, podría ser la solución. Volver a las dieciséis selecciones y emparejarlas en unos octavos de final, a sabiendas de que únicamente los vencedores pasarán a los cuartos, imprimiría al torneo un ardor, una pasión, una espectacularidad de que, salvo en los últimos partidos, ha carecido el que acaba de celebrarse.

Por lo demás, la victoria de Italia sólo hasta cierto punto puede considerarse una sorpresa. Italia es la reina de la oposición, del cerrojo, del fútbol destructor, esto es, del fútbol que se lleva hoy día, lo que quiere decir que su triunfo responde a una lógica elemental. Pero si Italia se hubiera quedado ahí, en el antifútbol, en la defensa a ultranza, no hubiera llegado donde ha llegado. Italia ha reaccionado a tiempo. De su habilidad rematadora ya hablé, hace un par de años, con ocasión de la Eurocopa. Entonces y ahora, Italia no se prodiga en el tiro, pero tira bien: rápido, duro, por sorpresa, colocado. Así, con cuatro o cinco oportunidades –no más– en cada partido, de las que sabiamente aprovecharon en cada ocasión dos o tres, pusieron fuera de combate a argentinos, brasileños, polacos y alemanes, es decir la plana mayor del fútbol mundial. Su triunfo, pues, no ha sido un triunfo casual. Porque desde 1980 a nuestros días, Italia ha aprendido mucho, ha adoptado un esquema de juego peculiar, apto para enfrentarse con cualquiera, acorde con su condición física. No sólo se cierra bien –en una defensa total, no exenta de dureza y marrullerías punibles como en el caso de Gentile con Maradona– y dispara con eficacia, sino que su fútbol de contraataque se ha hecho profundo y vertiginoso, lo que le permite alcanzar el área contraria y hallar el hueco antes de que su rival consiga replegarse y cerrar filas. Con este bagaje y una garra extraordinaria, los italianos se alzaron con el triunfo y dejaron en la cuneta a los aspirantes más calificados al título.

¿Que Italia no realizó el mejor fútbol del Mundial? Eso por descontado. El esplendor, la brillantez y, en todo caso, el espectáculo, corrió a cargo del Brasil y, en ocasiones, de Francia y hasta de Polonia. Italia trenzó un fútbol rápido, eficaz y práctico; Brasil,

vistoso, festivo, alegre, musical, tonificante. Brasil ha acertado a conjugar la fuerza y la filigrana, el malabarismo y la velocidad. Su fútbol es una fiesta. Para Brasil no rige ese socorrido principio de «sudar la camiseta». Su juego es eso, puro juego, un ejercicio de destreza, lúdico, simple y, sobre todo, asociado, todo lo contrario del fútbol laborioso, aplicado, destajista que se le ha opuesto. Los cariocas constituyen un mundo aparte. Mientras Brasil juega, los demás trabajan.

El garbanzo negro, en esta ocasión, fue España. Nunca vimos a nuestra selección tan indefensa y clorótica, tan horra de imaginación, tan agarrotada. Parece una broma la afirmación del señor Santamaría de que la actuación de sus muchachos ha sido honrosa puesto que cayeron al mismo tiempo que Brasil y la Argentina. Lo que hay que preguntarse no es cuándo cayeron sino cómo. En rigor, nuestra selección no pasó a la segunda fase; la pasaron. Los árbitros, como viene siendo norma en estas competiciones, con objeto de mantener en ellas la temperatura propicia, hicieron lo posible –y hasta lo imposible– por empujarnos, por sacar adelante a nuestra selección. Y lo consiguieron. Pero España, tanto en la primera fase como en la segunda, dio la impresión de ser un cuadro juvenil, inexperto, ante aguerridas agrupaciones profesionales de adultos. En una ocasión dije que la psicología poco tiene que ver con el fútbol y, en cierto modo, debo rectificar, puesto que me temo que la prolongada y cenobítica concentración a que han estado sometidos los seleccionados, ha sido contraproducente. Antes de comenzar el torneo, el señor Santamaría nos aseguraba que los muchachos estaban «mentalizados» pero, como se vio enseguida, lo que estaban era obsesionados. Después de mes y medio de aislamiento, pizarras, videos, conminaciones y discursos con una única idea –hacerlos depositarios del honor nacional–, los chicos saltaron al campo el primer día atenazados, y atenazados siguieron hasta su eliminación. Yo, con el mayor respeto hacia los seleccionadores y preparadores físicos, debo decir que no creo que éste sea el camino adecuado. Irlanda y Nueva Zelanda, que vinieron aquí sin tantas precauciones, que hicieron compatibles alegremente la disciplina y el turismo, mostraron una excelente preparación física, jugaron lo que sabían, dieron la talla y se acabó. Todo lo demás es olvidarse de que el jugador de fútbol tiene veinte años. Y si un muchacho a los veinte años no puede estar un rato con su mujer o tomarse una copa con los amigos dos días antes de un partido decisivo, lo mejor es que se dedique a otra cosa. Total, que la reclusión, el martilleo de consignas, el lavado de cerebro, convirtieron a nuestra muchachada en una triste caricatura de equipo. Chelato Uclés, el simpático seleccionador hondureño, acertó con el término adecuado cuando afirmó por televisión que el «seleccionado» español

saltaba al terreno de juego «apuradito». «Apuradito» es un vocablo que en los países sudamericanos encierra unas connotaciones inequívocas: apremiado, nervioso, crispado, encogido, medroso... Convengamos, pues, que las concentraciones deben ser más flexibles y abiertas si queremos que resulten eficaces. Esto aparte, el conjunto español dio poco porque no dispone de mucho que ofrecer. Sus viejos defectos, sus defectos crónicos, se hicieron ostensibles frente a todos pero, especialmente, frente a los más débiles; la combinación en corto, horizontal, sin finalidad alguna; el pase vendido; la debilidad física y la falta de remate nos pusieron al borde del KO ante hondureños y yugoslavos pese a la tutela de los jueces. En un punto discrepo de los expertos: frente a Honduras e Irlanda no faltó imaginación para pasar el balón al pasillo, al hueco, por la sencilla razón de que con once jugadores en el área no había pasillos, ni huecos donde pasarlo, como no los había en el área de la URSS en la segunda parte de su partido contra Brasil. ¿Qué hacer, entonces? Sencillamente lo que Eder y Sócrates hicieron en tales circunstancias: tirar duro, desde fuera del área, haciendo inútil el bloqueo.

–Pero es que eso no sabemos hacerlo nosotros, oiga.

Ahí le duele. Nuestra selección, entre otras cosas, no sabe tirar a gol, lo dije hace mucho tiempo. Y sin tirar a gol es difícil hacer goles. Pero nadie ha intentado remediar este grave defecto –uno entre tantos– que yo sepa. Así, nuestra selección ha salido una y otra vez a ver qué pasa, sin una idea preconcebida, sin una fórmula de juego. Y lo que pasa ya lo hemos visto: no sólo no podemos ganar sino, ni tan siquiera, construir un fútbol aceptable. Este Mundial 82, tan triste para nosotros, podría ser el punto de partida para intentar remediar las cosas. Italia y Francia, que no nos pillan tan lejos, pueden ser buenos espejos donde mirarnos.

1982

El fútbol, en baja

El escritor García Hortelano declaraba hace unos días, en Televisión Española, que, a su juicio, la progresiva deserción de espectadores de los campos de fútbol obedecía a la violencia de este deporte, no a la violencia de las gradas y de la calle, de la que tanto se viene hablando, sino a la de los propios jugadores en la pradera. Yo creo que García Hortelano no va descaminado. Quizá sea excesivo de momento llamarlo violencia, pero, evidentemente, lo que a la gente empieza a molestarle en este triste espectáculo del fútbol es la tarascada, el hecho de que un jugador mediocre se habitúe a cortar la jugada de un jugador notable mediante el empleo de malas artes con el

convencimiento de que es un hecho natural. Hubo un tiempo, futbolísticamente feliz, en el que ambos conjuntos saltaban al campo a ganar, las alternativas en dominio y marcador creaban una tensión que hacía vibrar al público, lo distraía y llegaba incluso a apasionarlo. Hoy, la actitud conservadora, puramente defensiva del noventa por ciento de los equipos, incluidas las selecciones nacionales, ha enfriado al espectador. El público está cansado del peloteo insulso, mecánico, meramente destructor, y ante la falta de agresividad y de goles, opta por quedarse en casa.

Pero en este proceso de desencanto, el público que aún permanece fiel está derivando del aburrimiento a la irritación. Las tácticas de contención no son solamente cerradas, antiestéticas y duras, sino sucias, literalmente reprobables. Por mantener su marco incólume, el futbolista es capaz de cualquier cosa. Ante una situación comprometida, nadie vacila en aplicar un puntapié a la espinilla del adversario, un agarrón o un plantillazo. Tales situaciones se hacen habituales, crean costumbre, hasta el punto de que el propio protagonista llega a considerar estos excesos ardides sin importancia. Incluso algún espectador que, por su posición relevante, parece que debería comportarse con un cierto rigor didáctico, considera pequeñeces tamaños desafueros. No es infrecuente, por ejemplo, que algún comentarista de televisión justifique la zancadilla de un defensor a un delantero que se colaba con la frase de que «no tenía otro remedio». Esto quiere decir que el propio locutor, en determinadas circunstancias, considera que una entrada punible es un recurso oportuno, cuando, en puridad, una acción de esta naturaleza es el reconocimiento paladino de la falta de recursos, de que el futbolista se encuentra absolutamente inerme ante la habilidad de su rival. Cuando se utiliza la fuerza bruta en lugar de los medios admisibles y hay quien lo aplaude o lo justifica, es la esencia misma del deporte la que está en juego.

Yo supongo que es a este tipo de violencia a la que se refería García Hortelano al hablar de la deserción de los espectadores de los estadios. Al renunciar al fútbol ofensivo y apelar a la táctica defensiva de la zancadilla y el patadón, el último resto de belleza que el fútbol conservaba se está evaporando. A estas alturas es inconcebible que un delantero pueda zafarse de la defensa contraria a base de velocidad y destreza y meter un gol (el último que vimos de esta guisa fue el de Maradona a Inglaterra en México). Una jugada así casi es imposible en el fútbol actual. A lo sumo, el futbolista hábil podrá evitar un hachazo, orillar el segundo, pero, si no cae en el tercero, fatalmente caerá en el cuarto. «Es el fútbol moderno», parecen decir. El mismo entrenador, de quien legítimamente deberíamos esperar una orientación ética, nos dice tranquilamente la víspera de un partido importante que la misión

de X en este encuentro será *secar* a Z. X es un destajista y Z un divo. Lo sabemos todos, pero ello no es óbice para que X salga al campo con la insana intención de inmovilizar a Z. Vista la diferencia de facultades entre ambos futbolistas, en esta intención va implícita una serie de patadas, agarrones, codazos, insultos, única manera de que X se imponga a Z, lo anule. Pero esto no es obstáculo para que previamente el preparador anuncie esta intención en los periódicos y, a posteriori, llegado el caso, manifieste que su hombre de cierre cumplió su difícil misión. Todo esto significa dar alas al fútbol negro, al terrorismo futbolístico, y, por otra parte, acabar con el espectáculo. El fútbol está siendo agredido por todas partes, decae, y los que aún lo amamos debemos tratar de revitalizarlo. Los reglamentos se pasan de moda, se quedan estrechos, se burlan con la mayor facilidad... ¿Qué cabe hacer? Ciertas medidas, como el establecimiento de *personales,* pongo por caso, y la expulsión de la cancha del trasgresor a la quinta falta (por muy inocentes que parezcan y aunque lo sean) podrían ser algunas de las vías para iniciar este obligado saneamiento. En cualquier caso, lo urgente es admitir que la violencia no sólo está en las gradas y que, sin dejar de luchar contra ésta, debemos poner los medios para evitar que el fútbol se pudra también por dentro.

1988

El fútbol en pantalla

Debo anticipar que las retransmisiones futbolísticas de nuestra televisión me parecen buenas, técnicamente superiores a las de otros países europeos. La posición de las cámaras (sin olvidar nunca que el fútbol es un juego asociado donde también juegan los que no tienen el balón), la posibilidad de escalonarlas para apurar una jugada, el seguimiento del que corre (hombre o balón), el enfoque del que le sale al paso, que en cualquier momento puede convertirse en protagonista, esto es, la visión y previsión de las jugadas hacen de la televisión española una de las más expertas a la hora de trasmitir un partido de fútbol. Técnicamente, pues, no hay nada que objetar. La objeción que se me ocurre apunta a la voz, al acompañamiento literario. Se diría que algunos comentaristas deportivos han olvidado la revolución informativa que la televisión representa respecto a la radio y siguen aferrados a los viejos recursos de efusividad verbal, esforzándose por traducirnos en palabras lo que estamos viendo con nuestros propios ojos. El comentarista de fútbol habla demasiado, incurre constantemente en redundancia, repitiendo para el espectador algo que el espectador ya sabe porque está siendo testigo de ello. Aquella fogosidad del verbo de Matías Prats sigue viva en algún comentarista,

que no acaba de comprender que el vehículo de información actual es el ojo, mientras el oído ha quedado reducido a un mero complemento. Para perfeccionar las actuales transmisiones de fútbol bastaría con que el locutor advirtiese que estamos viendo lo mismo que él y que si acaso precisamos alguna ayuda es para que nos recuerde el nombre del jugador que en cada momento toca la pelota. Nada más. Que «Fulano avance a trompicones contra la defensa» o que «Zutano sortee habilidosamente, en regates cortos, a tres contrarios» son cosas que saltan a la vista; ante la nuestra, también. Sobra, por tanto, toda alusión al respecto.

Cuando la radio era el único medio de transmitir un partido, el inefable Matías Prats no sólo tenía que informarnos verbalmente de los pormenores (pongo por caso, los matices del gol de Zarra contra Inglaterra), sino, a ser posible, envolver la jugada en una cálida verbosidad que conmoviese nuestra sensibilidad patriótico-deportiva. Aquel hombre, su verbo, solía conseguir este milagro, de ahí que se le considerase un auténtico hombre de radio. Pero todos sabemos que la televisión es otra cosa. La televisión nos muestra lo que está ocurriendo en el estadio y, en consecuencia, es absurdo que simultáneamente alguien nos lo cuente. La retórica resulta superflua, gratuita y ridícula. El espectador de un partido de fútbol suele estar lo bastante informado del reglamento como para interpretar por sí mismo las jugadas que se desarrollan ante sus ojos. Por eso, en lugar de parlotear, lo que procede es revalorizar la imagen; otorgarle toda la pureza, toda la expresividad posibles. Y explicarla únicamente en aquellas ocasiones en que su complejidad así lo aconseje. Esta imagen muda, acompañada por el fragor de la grada –voces, canciones, aplausos–, nos producirá la sensación de que estamos en el campo y, en consecuencia, hará menos enojoso y evidente el vehículo trasmisor. Cuando asistimos a un partido de fútbol, nuestro deseo es presenciarlo, en modo alguno escuchar la interpretación que nuestro vecino de localidad hace de las jugadas que también nosotros estamos contemplando.

Pero todavía es peor la transmisión de partidos en diferido, imágenes que el comentarista ha presenciado previamente y tiene la avilantez de anticiparnos lo que en cada instante va a suceder, privándonos de aquello que en deporte es importante: la sorpresa. Para empezar, los resúmenes de los partidos jugados deberían facilitársele al espectador antes que los resultados. Descubrir uno por sí mismo cómo se desenlaza aquello es una aspiración legítima del televidente deportivo. Mas si esto es demasiado pedir, contenga su verborrea el comentarista, absténgase de anunciar que «en la jugada próxima veremos el primer gol del Barcelona», o «una entrada violenta de Perengano, de la que el árbitro no se entera». ¡Por favor,

señor comentarista: concédanos el pequeño placer de descubrir por nosotros mismos el gol del Barcelona o la violencia de la entrada de Perengano y la impasibilidad del juez ante la jugada! En su afán de hacernos ver que ellos ya están al tanto de todo, los comentaristas en diferido regatean al espectador hasta la emoción de los vicegoles, como diría Fernández Flórez, esas pelotas envenenadas que devuelve la madera: «Estén atentos, señores, porque ahora veremos cómo el remate de Menganito en chilena es repelido por el poste». La omnisciencia del locutor de partidos diferidos es sencillamente insufrible. Lo único que nos queda por descifrar es cuál de los tres maderos que delimitan el marco es «el que repelió el remate en chilena de Menganito».

Una imagen que requiere ser explicada es una mala imagen. Y afortunadamente las imágenes futbolísticas de nuestros cámaras de televisión suelen ser buenas, cuando no excelentes. Siendo esto así, la televisión únicamente debería apelar a la retórica cuando la imagen que nos facilita no es lo suficientemente explícita. Todo lo demás son ganas de redundar y ponernos de mal humor.

1989

El fútbol espeso

Los gitanos tienen razón respecto a lo de los buenos principios. No son aconsejables. Los primeros partidos nos hicieron pensar que esta vez habíamos conseguido liberarnos del tedio y el bostezo que conlleva la fase preliminar de los mundiales. Fue una ilusión. El aburrimiento estaba ahí, agazapado, a la vuelta de la esquina, apenas mediada la liguilla. Es decir, la primera mitad fue entretenida; en cambio la segunda, salvo pequeñas excepciones, aburrió al lucero del alba, siquiera España, tal vez para llevar la contraria, jugó todavía más pobremente en el primer partido contra Uruguay que en los otros dos. En cualquier caso, creo que en toda la fase inicial no hemos visto un partido redondo. Ráfagas, jugadas sueltas, aciertos fugaces que rara vez duraban unos minutos (en lo que se refiere a España, el primer cuarto de hora del segundo tiempo contra Corea y el último del primero contra Bélgica. Poco). Lo único evidente al concluir la fase preliminar es que ni Brasil ha sido Brasil; ni Argentina, Argentina; ni Holanda, Holanda; ni Inglaterra, Inglaterra; ni casi ninguno, casi ninguno. Italia y Alemania, que, de entrada, se desmelenaron (con Checoslovaquia, tal vez), acabaron mostrando sus miserias como cada hijo de vecino. ¿La lluvia? ¿La calor, que diría Di Stéfano? ¿El ejercicio esterilizador de las combinaciones con miras a los octavos de final? ¡Vaya usted a saber! Lo único que cabe decir es que los buenos

principios que anuncié a bombo y platillo en estas páginas no tuvieron luego confirmación.

¿Cómo se manifiesta el aburrimiento en estas fases preliminares de los mundiales de fútbol? No es fácil precisarlo. Cada aburrimiento tiene sus peculiaridades. En esto del fútbol yo me atrevería a sugerir una norma de conocimiento: cuando la pradera de pronto se nos queda pequeña y nos parecen excesivos los veintidós muchachos reunidos en ella, es que amaga el tedio. Pero si once de estos muchachos se concentran en veinte metros cuadrados y los balones y los otros once muchachos del equipo adversario chocan y rebotan contra ellos una y otra vez para retirarse unos segundos y volver a chocar y rebotar, y así hasta mil veces sin conseguir desbordarlos, el tedio futbolístico ha hecho presa en usted. Porque si en el mundo hay algo irresistible es el choque constante entre jugadores de fútbol, la *mêlée* total, el desorden, el amontonamiento de camisetas. Antaño predominaba cierto criterio ecológico en los estadios. Cada jugador tenía su cuartel y todo el mundo lo respetaba. Y como los animales con el suyo, solamente salían a defenderlo cuando un oponente trataba de invadirlo. Entonces se producía el choque. Pero eran choques entre dos, que brindaban cierta euritmia, cierta belleza y donde cabía la posibilidad de que el más hábil desbordase al menos hábil y la emoción se produjese.

Hace cinco décadas el respeto al cuartel ajeno sujetaba a los defensas en su zona y a los delanteros en la suya, y allí aguantaban hasta que les llegase el balón. Si es caso, ese defensa corpulento y arriscado que había en todos los equipos acudía de higos a brevas a rematar un córner si el respetable se lo pedía con insistencia: «¡Fulano, arriba!». Fulano se resistía. Conocía su deber. Su tarea quedaba circunscrita a su cuartel. Pero el público, que veía pasar el tiempo sin que el empate se produjese, volvía a la carga: «¡Fulano, arriba!». De modo que al tercer córner Fulano abandonaba su cuartel y se arrimaba al marco contrario, mirándose las punteras de las botas, como pidiendo excusas, el pañuelo blanco anudado a la frente, mientras el graderío hervía de entusiasmo. Pero eso era excepcional. Hogaño, por contra, se ha perdido el respeto al cuartel ajeno, nadie se ciñe al propio, de forma que cuando el choque se produce no es entre dos hombres, sino entre veintidós; choques catastróficos, donde todos ruedan por el suelo, se meten el pie, ponen gestos de dolor, se fingen muertos sin que la pelota encuentre un pequeño hueco por donde colarse. Se ha puesto en marcha el cerrojo y al espectador le asalta un escalofrío: el partido ya no dará más de sí. El único consuelo es que su inventor fuese un español, don Benito Díaz, y que el tiempo haya venido a corroborar la eficacia del sistema. Pero, como aburrida, no hay táctica deportiva ni actitud humana más aburrida que el cerrojo.

Y como, además, el atleta de hoy está mejor alimentado, ahíto de vitaminas, descansado y con una preparación física infinitamente superior a la de ayer, el futbolista en Italia 90 ha inventado el cerrojo de doble filo, el cerrojo acordeón, el cerrojo de ida y vuelta. Es decir, cabe que los once futbolistas cercados en veinte metros cuadrados se estiren de repente y, entonces, los asaltantes, temiendo una felonía, se retraigan sobre su área y hagan lo mismo que un minuto antes veían hacer a sus rivales: amontonarse en veinte metros cuadrados, afiliarse al numantinismo y achicar pelotas de la mejor manera posible. No es una salida para el espectáculo. El viejo cerrojo se ha convertido en un cerrojo doble, sin duda más tedioso, más inaguantable, por la burla que encierra, que aquél.

El amontonamiento de jugadores es, pues, el primer síntoma de aburrimiento en un campo de fútbol; la sensación de que los futbolistas son muchos, infinitos, de que nadie tiene sitio por donde correr, llega a ser angustiosa y abre la puerta a otra: en la cancha hay más jugadores de los que caben, de improviso se nos ha quedado pequeña. Urge una solución: o reducimos el número de aquéllos o ampliamos ésta. Y uno, en pleno desconcierto, recuerda la frase espartana del ínclito Helenio Herrera el día que le expulsaron a un jugador: «Mejor con diez que con once», gritó desde la banda. Es dudoso que prescindir del delantero centro sea ventajoso para nadie, pero ¿y si nuestro adversario prescinde a la vez de su delantero centro? Diez contra diez o, quizá mejor, nueve contra nueve. ¿No sería beneficioso para todos? ¿No ha resultado demasiado espeso el fútbol de la última semana? Evidentemente, veintidós muchachos sanos, vigorosos, bien atendidos ocupan demasiado espacio, entre carrera y carrera no dejan huecos, trompican entre sí con demasiada frecuencia. ¿Por qué no quitarle densidad al fútbol de fin de siglo? ¿Por qué no transformamos un deporte de tanteo corto en otro de tanteo largo y nos divertimos todos un poco?

He aquí, en pocas palabras, mis pensamientos durante los últimos encuentros preliminares del Mundial. Con escasas excepciones, casi todos los equipos fueron cayendo en los mismos errores, en la tonta conformidad de defender no se sabe bien qué, hasta darse el increíble resultado del Grupo F a falta del último partido: todos empatados a todo, tener que jugarse a cara o cruz los octavos de final o el regreso a casa. «Afortunadamente, aún falta lo bueno», se consuelan los cientos de millones de espectadores del Italia 90. Pero uno se pregunta: «Si hemos venido a divertirnos, ¿por qué ha de haber una fase mala? ¿Por qué no se utiliza el sistema de copa, el famoso KO, desde el principio? Todos los partidos eliminatorios. De esta manera no cabe el cálculo ni el cambalache; no cabe el doble cerrojo; todo el mundo a jugar y a meter goles. Se aducirá que iniciar el campeonato en los octavos de

final reduce el calendario y el número de países participantes. ¿Y por qué no empezar con treinta y dos selecciones, en lugar de dieciséis? De este modo serían ocho más que ahora, y aumentarían también las posibilidades de divertimos.

1990

El ocaso del escalador

La última Vuelta ciclista a España ha puesto de manifiesto una cosa: que en el mundo se están acabando los escaladores. Los hachazos de otros tiempos, aquel súbito golpe de pedal en un desnivel del doce o trece por ciento, que permitía desmarcarse al corredor y, en un instante, abrir un hueco de veinte metros sobre el grupo de seguidores, va pasando a la historia. Aún quedan ejemplares admirables –casi nunca europeos– como Lucho Herrera en los lagos de Enol, pero éstos son la excepción, por lo que no es arriesgado vaticinar que el escalador es una especie a extinguir.

El desconocimiento de esta evidencia indujo a algunos críticos calificados a pronosticar que, como mucho, Melchor Mauri llegaría de amarillo a Cataluña pero no pasaría de ahí. El propio Mauri desconfiaba de sus fuerzas y hablaba de sí mismo como un hombre que se defendía mal en la montaña. Luego se dio cuenta de que defenderse hoy en la montaña no consiste en tirar sino en aguantar al que tira. Nada desconcierta tanto a un trepador que se lo cree como ver a un rodador pegado a su rueda en la pendiente como si no le costase hacerlo. Mauri aguantó y la infernal etapa de los lagos no fue para él tan infernal, apenas si le representó, veinte segundos y eso sin necesidad de levantar el trasero del sillín, simplemente procurando que los titulados escaladores advirtieran que no le era tan difícil seguirlos.

Con el triunfo de Melchor Mauri se ha demostrado que los escaladores están de capa caída, o que la moderna técnica ciclista ha puesto a cualquier corredor en condiciones de serlo. En resumen, el tirón y si te he visto no me acuerdo, que tanto aliciente puso en las etapas de los grandes puertos, se ha ido al traste. Basta que un corredor se vea bien clasificado y un poco de voluntad para, sin más, convertirse en un escalador y un contrarrelojista nato. Yo creo que esta inesperada victoria del catalán Mauri va a hacer correr mucha tinta en las secciones deportivas de los periódicos, entre otras cosas porque su promedio en la contrarreloj de Valladolid (48,18 km/hora) es una marca que firmaría a cierraojos cualquier campeón de la especialidad. ¿Quiere decir esto que Melchor Mauri está ya entre los más grandes?

Quizá todavía no, pero sí quiere decir que, puesto a ello, pueda un día hacer tambalear al más pintado. Mauri, pues, no sólo ha roto los viejos esquemas sino que ha venido a demostrar que un joven sano y fuerte subido a una bicicleta es capaz de cualquier cosa y en cualquier terreno. Y no me refiero sólo a las condiciones físicas. El escalador nació del hambre y de la necesidad. De ahí que los últimos grandes escaladores que hubo en Europa fueran españoles. Para el español, habituado a las dificultades, al duro ejercicio de vivir, subir una cuesta en bicicleta no significaba otra cosa que un sacrificio más.

Al resto de los corredores, situados en otro nivel de vida, no les divertía competir en este terreno. Quiero decir con esto que un repecho molesta a todos los ciclistas pero siempre lo subirá mejor el que está habituado a una vida dura que al confort. El escalador no tenía una estructura física especial; su pecho no era más ancho, su corazón más grande o sus piernas más musculadas que las de un rodador corriente. Era únicamente un hombre más acostumbrado a enfrentarse con la adversidad. De ahí que cuando las condiciones de vida mejoraron en España fueron desapareciendo progresivamente los escaladores y entonces le pasamos el testigo a Colombia, país sudamericano donde todavía el deporte está en cierto modo ligado a la necesidad.

Es obvio que la primera virtud de Melchor Mauri en esta Vuelta ha sido la inteligencia. El nuevo campeón se dio cuenta de que para subir una montaña entre los primeros no hacían falta especiales cualidades, sino una disposición psicológica adecuada: había que hacer un esfuerzo, claro, pero fingir que se subía sin agotarse, como la cosa más natural del mundo, actitud desmoralizadora que provocaba inmediatamente el desistimiento del presunto escalador que, a su vez, estaba simulando que la cuesta arriba era para él un divertimiento. Esto hizo Mauri en el Cerler y lo repitió en los lagos de Enol con tanta maestría y eficacia que en este último puerto vimos a Fabio Parra, el rey de las cumbres, chupando rueda humildemente del catalán, como si en las cuestas arriba no hubiera otro asidero más cualificado.

1991

Fútbol de ataque

Soy de los que creen que el Mundial que se remató hace unos días en Estados Unidos no nos ha brindado un gran fútbol, sino un fútbol residual, como suele ocurrir en estos torneos fuera de temporada. Hablo en términos generales pero, si concreto el juicio en la selección española, tendré que reconocer que apenas vimos media hora brillante en su encuentro con Alemania y una ráfagas fugaces antes Italia en un

partido que, dicho sea de paso, no mereció perder.

En comparación con otras copas del mundo, sin embargo, algo se mejoró en la primera fase. Hasta hoy, las últimas confrontaciones mundiales nos depararon una iniciación lamentable. Todos los equipos, grandes y chicos, jugaban al cero-cero por aquello de que con tres empates era prácticamente imposible no clasificarse. Se exhibía entonces un fútbol triste, aburrido, de contención. Escarmentada por tanta mediocridad, la FIFA se decidió a favorecer un juego de ataque. ¿Cómo? Con las pocas armas de que dispone: expulsando a aquel jugador que zancadilleaba a un adversario por la espalda (norma que no se cumplió ni mucho menos en todas las ocasiones) y premiando al vencedor con un botín generoso: tres puntos. Esto unido al rigor arbitral (las sanciones a Leonardo y Tassotti por codazos alevosos estuvieron muy en su punto) trajo como consecuencia, por una parte, que se jugara más limpio y, por otra, que todo equipo buscase de salida la victoria. Esto no quiere decir que la primera fase deparase un fútbol de calidad pero sí que en ella se vieron los partidos más competidos y el mejor juego del campeonato, muy por encima de las dos semifinales y la final.

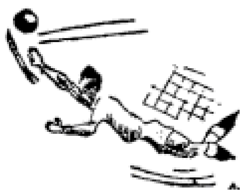
De lo antedicho se deduce que la segunda fase, la de las eliminatorias por partido, dejó mucho que desear. Volvieron las tácticas defensivas a ultranza, hasta tal punto insufribles que se diría que los veintidós jugadores buscaban con afán la prórroga y, durante la media hora de prórroga, la expeditiva e injusta solución de los penaltis. ¡Dios mío cuánto bostezo!

Entre grandes y pequeños reinaba, pues, la desconfianza, el temor. De ahí que cuando algún pequeño lo intentó –Bulgaria, Rumania– se le subió a las barbas al grande. Pero esto no fue lo habitual. Lo habitual fue un ten con ten muy poco espectacular. La FIFA se quedaba con las ganas en su empeño de facilitar el fútbol ofensivo. Como mucho se quedaba a la mitad del camino. Porque aquella desconfianza a que más arriba aludo, se hizo más notoria cuando se enfrentaron dos conjuntos de fuerzas similares hasta llegar al monumento a la desconfianza y al mutuo respeto que fue la final Italia-Brasil. ¿Cómo es posible que dos equipos que en teoría saben desarrollar un fútbol creador se queden en esta pobretería? De todo esto se deduce, que la actitud de la FIFA si remedió en algo las tradicionalmente inaguantables primeras fases, no pudo con la segunda donde los equipos siguieron pensando en no perder antes que en ganar.

Se habla de que la FIFA no va a detenerse en las reformas apuntadas. Me parece bien. El último Mundial ha demostrado que son insuficientes. Volverán, pues, los retoques como el de sacar con el pie el fuera de banda y con ello volverá a demostrarse que tampoco con

esto habremos adelantado gran cosa. No nos engañemos. No podrá conseguirse un vistoso fútbol de ataque en tanto no afrontemos con valentía la regla del fuera de juego. Se dirá que la norma actual es buena. Quizá, pero se aplica mal y, por lo que hemos visto hace un par de semanas, no sólo en España. Se dijo que el fuera de juego dudoso no debería pitarse pero los árbitros del Mundial han seguido pitando los fueras de juego dudosos y los que no lo eran en más de un cincuenta por ciento de los casos. Y estos errores repetidos no sólo eliminan la vistosidad sino que alteran los resultados. Los jueces aducen la imposibilidad de tener el ojo simultáneamente en el jugador que pasa y en el que va a rematar. El árbitro tal vez pero no los jueces de línea que apenas tienen otra cosa que hacer. En todo caso hay que cambiar algo, avanzar en este sentido como sea. No coger el toro por los cuernos no conduce a ninguna parte. Hagamos algo. ¿Qué? De momento se podría prolongar la línea frontal de las áreas hasta las bandas y fuera de estos espacios no habría fuera de juego. Algo por el estilo. De este modo evitaríamos ese tedioso forcejeo en medio campo que, con el calor, ha sido la nota dominante de este Mundial recién terminado.

1994



Sobre la Tierra y sus pobladores

El paisaje manchego

Durante cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. Esto quiere decir que, desde hace apenas una semana, sesenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha, mientras treinta millones de lectores españoles esperan conocerla a través de nuestras plumas. Tal circunstancia rodea nuestro trabajo de una seria responsabilidad.

Confieso que mi conocimiento de La Mancha nunca rebasó el elemental que se adquiere desde la ventanilla de un ferrocarril. Ciudad Real, Almagro, Alcázar de San Juan fueron siempre para mí estaciones de tránsito. Se hace difícil pensar en una de estas localidades como objetivo de un viaje. De otra parte, el paisaje manchego, contemplado en estas condiciones, apenas si ofrece peculiaridades respecto a la zona de Castilla donde ordinariamente me muevo. Se hace preciso trepar a sus cerros, buscar determinadas calidades de luz para que el paisaje de La Mancha nos descubra sus matices definidores. Entonces el observador advierte que la campiña manchega, sin ser opuesta a la castellana, congrega una serie de elementos cromáticos, fotogénicos y vegetales que le dan personalidad.

En términos generales, el paisaje manchego me parece más dulce que el castellano. Está en otro estadio de madurez. Es cierto que el regadío ha transformado profundamente ciertas zonas de Castilla, en particular las situadas en las riberas del Duero y del Pisuerga. No obstante, la Castilla austera e implacable, la Castilla árida y hosca, tan traída y llevada por nuestros escritores, se conserva en toda su pureza en extensas zonas de Palencia y Valladolid. A esta Castilla es a la que me refiero. Frente a ella, el país manchego es más suave, más tierno, más comunicativo; o si se prefiere, menos hermético. Ofrece otro grado de transparencia. No sería exacto hablar de monotonía. La Mancha, desde el cerro de Puerto Lápice o los molinos de Campo de Criptana, no es monótona. En cualquier caso, el paisaje nunca resulta agobiador. Sus ondulaciones, de una tonalidad ocre bien definida, jamás revisten la consistencia bravía del teso castellano. Hay en ellas algo de entrañable; de femenino. Tal impresión despierta a la luz del mediodía en Puerto Lápice y se afianza en Campo de Criptana durante la transición crepuscular. Y esa tierra fuerte –en apariencia digna de absoluta confianza– contrasta vivamente con los pueblos y caseríos diseminados en la distancia, de una cegadora blancura. En este orden

de cosas, La Mancha está más cerca de Andalucía que de Castilla.

Otra cuestión sería hablar de uniformidad. La Mancha carece, efectivamente, de una topografía cambiante. Con la excepción de Ruidera –un remanso de frescura–, el país manchego es más bien uniforme. Con frecuencia, la campiña produce la impresión de ser objeto de un aseo meticuloso, concienzudo, más propio de jardinería; tan perfecta es su organización. Uno piensa entonces que el labrador manchego educa sus cultivos en una disciplina castrense.

El turista llega a La Mancha con tres ideas someras: la calidad del queso manchego y del vino de Valdepeñas y la indolencia de sus habitantes. Las dos primeras previsiones se confirman enseguida; la última no se ve por ninguna parte. El campo no se hace solo. A uno le sorprende no ya la ausencia de hierbas nocivas, sino la escasez de terrenos yermos. Aquella afirmación es gratuita, supuesto que los manchegos viven, y viven bien, del campo; y el campo vive, y vive bien, de los manchegos. Con razón decía el gobernador de Ciudad Real –que dicho sea de paso es un modelo de cordialidad y asequibilidad– que La Mancha ha tenido muy mala prensa. Por ahí debió empezar Don Quijote.

En La Mancha, aparte de los olivos, es tan difícil encontrar un árbol como en las zonas más adustas de Castilla. Esta circunstancia, que en determinados rincones apenas es sensible, resulta particularmente dolorosa en las lagunas de Ruidera. Ruidera con árboles sería uno de los lugares más amenos de España. Tal como está parece un cuadro… pero inacabado. Las vertientes que ciñen las lagunas no reúnen sino brezos, escobas y jaras. El carrizo y la espadaña dominan en las orillas. Ruidera necesita unos árboles, un buen parador y una carretera en armonía. Los árboles podrían traerle a Ruidera, casi sin pensarlo, el parador y la carretera. Todo es cuestión de empezar. De otra parte, las lagunas, en una región donde los ríos caudalosos apenas existen, constituyen la más grata sorpresa topográfica del país.

De La Mancha y del campo manchego podría hablarse largo rato. Y si no es caso de extender más este artículo, tampoco lo es de omitir un recuerdo a los molinos de viento. Los molinos supervivientes de La Mancha imprimen un carácter aplaciente y bucólico al paisaje. Uno se resiste a admitir que Don Quijote, por muy loco que estuviera, viese en el molino un enemigo. El cilindro blanco, deslumbrante, con su sombrero de carrizos secos y sus aspas –a la vez ingrávidas y poderosas–, constituye el elemento decorativo más congruente del campo manchego.

1954

Leo en una revista de cierta solvencia que el hombre no tardará en controlar el clima. Según el autor de este artículo, «hacer llover cuando conviene y hacer brillar el sol cuando se desea son ya exigencias de la vida moderna». En verdad, la vida moderna se nos está volviendo cada día más exigente.

El autor del referido artículo se las promete muy felices. Yo recelo, por el contrario, que la regulación del clima a voluntad no aportará a la humanidad sino nuevos motivos de discordia. Desde hace siglos el hombre ha luchado contra los elementos que se consideraban fatales y ha descubierto que la inexorabilidad de algunos de ellos era solamente relativa. Tal, los hielos polares; tal, las crestas del Himalaya; tal, el espacio; tal, el clima. Poco a poco la dominación de la naturaleza va transformándose en un hecho consumado. Mas, cuando este proceso concluya, el hombre tendrá que detenerse y entonces se preguntará: «Bueno, ¿y ahora, qué?».

El hombre, ante la fatalidad, no tenía otro remedio que resignarse, pero si nunca llovió a gusto de todos, imaginemos nuestra actitud cuando el que abra el grifo sea otro hombre. Desde el momento en que los elementos dependan de nuestra voluntad, nacerá un nuevo motivo de discrepancia entre los hombres. ¿Cómo conciliar tantos intereses como en el mundo operan?

Es previsible que, alcanzado el control del clima, sea la agricultura, de entrada, quien imponga su dictadura. El Estado fijará el tempero, los días de siembra y de recolección. Ante todo, el cazador, el pescador, el alpinista, el esquiador, el aficionado al fútbol se rebelarán: «No me gusta nada este Gobierno –dirán–. Hace llover demasiado». Y, entonces, empezarán a conspirar para derrocarlo e implantar la dictadura del sol. Pero, llegado este momento, serán los campesinos quienes inicien un movimiento de recuperación del poder porque los campos se arruinan y la economía se desbarata. Habrá que inventar entonces un calendario pluviométrico para dar satisfacción a todo el mundo y en lugar de esos inefables Día del Padre, Día de la Madre, Día de la Canción que nos hemos inventado, se instaurarán los días del Esquiador, del Cazador, del Futbolista, del Aficionado a los Toros. En el mejor de los casos, el futbolista, el cazador, el taurino se sentirán postergados y se dirán: «El labrador tiene muchos días y nosotros pocos». Y, de inmediato, tramarán otra revolución.

¿Y qué decir de la gramática y de la literatura? Adiós toda esa bella teoría de los verbos impersonales: *llueve, nieva, graniza, escarcha.* Habrá que decir: *yo llluevo, tú nievas, él graniza, nosotros escarchamos.* En cuanto a ese fácil recurso de los escritores para animar sus partos desencadenando sobre sus páginas los elementos naturales, también

tendrá que desaparecer: «El Gobierno hizo nevar aquel día y Paulina cogió un resfriado», escribirán. Y el protagonista, ante la enfermedad de la amada, se revolverá, asimismo, contra el Gobierno y se convertirá en un nuevo conspirador.

Entiendo que estos progresos no van encaminados ciertamente a encontrar la fórmula de la paz universal. Cuantas más y mayores sean las fuerzas que dependan de la voluntad humana, más numerosos serán los motivos de incomprensión. A mí no me es difícil imaginar los titulares de los periódicos del futuro a este respecto: «Veinte mil llaneros se manifiestan en Venezuela», «El Gobierno llevaba veinte días sin llover para respetar las vacaciones del presidente». O bien: «Los veraneantes de X reclaman un poco de sol», «Si el Gobierno hace sol –responden los campesinos–, arrasaremos nuestros cultivos». Etcétera, etcétera.

En cualquier caso, estamos ante una nueva conquista que terminará, como otras muchas, volviéndose contra nosotros. Si hay un final previsible de la vida sobre la Tierra, ese final se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre se vuelvan contra él y lo sojuzguen. Entonces habrá llegado el momento de morir por Dios o, en el mejor de los casos, la hora de volver a empezar.

1959

La naturaleza en la Constitución

Aunque soy poco amigo de meterme en políticas, estimo que, en el caso de la redacción del proyecto de Constitución, todos los españoles tenemos el deber moral de puntualizar aquellos extremos que consideramos vagos o imprecisos, estrechos o demasiado holgados, ya que en el caso presente no se trata de cortarnos un traje de temporada, sino que aspiramos a algo más estable y duradero. Y si, como español metido en literaturas, encuentro todo el proyecto excesivamente largo y meticuloso –y, en consecuencia, objetable–, voy a limitarme a juzgar un artículo –el 41– y especialmente un apartado –el segundo– que, por querer concretar demasiado, resulta, a mi juicio, incoloro y desorientador. Mis amigos los ecologistas han echado ya su cuarto a espadas en el empeño, generalmente con acierto, y hoy lo echo yo, en la confianza de que entre todos pondremos un poco de orden y precisión en la redacción del mencionado artículo, cosa necesaria si aspiramos seriamente a que en el futuro deje de ser la naturaleza víctima de los desmanes de algunos y la pagana de un desarrollo industrial improvisado e incoherente. El citado punto del artículo 41 dice concretamente así:

«Los poderes públicos velarán por la utilización racional de los

recursos y espacios naturales y de los montes y por la conservación del paisaje y de la fauna, garantizando el mantenimiento y potenciación de los recursos naturales y la protección y mejora del medio ambiente».

He aquí mis objeciones:

a) «Los poderes públicos *velarán*...». Creo que mejor sería *garantizarán,* puesto que si los poderes públicos pueden garantizar que ningún español será discriminado por razón de sexo, religión, etcétera, cosa que me parece muy bien, no hay motivos para que en la relación del hombre con la naturaleza no se haga otro tanto.

b) «...de los recursos y espacios naturales.». Hay que tener en cuenta que los espacios sólo son naturales porque encierran recursos naturales (aire, agua, flores, pájaros, etcétera), con lo que la utilización racional de los recursos condicionará la utilización racional del espacio.

c) «...espacios naturales y de los montes...». El párrafo es desafortunado en su redacción, ya que parece entenderse que establece una separación entre «espacios naturales» y «espacios de los montes». Por otra parte, los montes no son otra cosa que una asociación peculiar de los recursos naturales (determinada densidad de determinados árboles y matorrales sobre un tipo de suelo, con un grado de humedad, una fauna concreta, etcétera).

d) «...y por la conservación del paisaje...». No siempre es fácil definir el paisaje, y en todo caso, si se utilizan racionalmente los recursos y se mantiene su diversidad, automáticamente el paisaje quedaría conservado.

e) «...y de la fauna...» ¿Y por qué no de la flora? ¿Y por qué no del aire? ¿Y por qué no de los ríos y el mar? Entiendo que la fauna es un recurso natural y como tal queda englobado en el punto *b*.

f) «...garantizando el mantenimiento y potenciación de los recursos naturales...». Me parece que utilizarlos racionalmente no es otra cosa. Además, un recurso natural no se potencia desde fuera, aunque se puedan facilitar las condiciones para que él consiga potenciarse. En cualquier caso, diríamos mejor *restaurar* un recurso natural, no potenciarlo.

g) «...y la protección y mejora del medio ambiente...». Frase vaga, ambigua. Las anteriores ya han venido a sancionar esto. Además, ¿están seguros los señores redactores del proyecto de lo que entienden por *mejorar* el medio ambiente? La idea, en principio, es arriesgada, pues, a menudo, cuando se han desecado marismas o urbanizado playas ha sido con la pretensión de estar saneando, o *mejorando*, el medio ambiente. Ojo.

En resumen, el apartado segundo del artículo 41 se hace oscuro y

farragoso precisamente por un innecesario afán de puntualización. Creo que el proyecto ganaría si lo consideramos a mayor distancia, esquematizándolo de la manera siguiente, ya esbozada por los ecologistas:

«Los poderes públicos garantizarán la utilización racional de los recursos naturales con el fin de mantener su diversidad y conservar un entorno equilibrado para las generaciones presentes y futuras».

Tal vez, si se quieren enumerar esos recursos, habrá que hacerlo de manera que no quede ninguno fuera, exhaustivamente como ahora se dice, o sea, suelo, subsuelo, fauna, flora, aguas y atmósfera.

Y una última observación inexcusable sobre el mismo artículo en su apartado tercero, que dice: «Para los atentados más graves contra lo dispuesto en los dos números anteriores, se establecerán por ley sanciones penales y la obligación de reparar el daño causado». Parece obvio que las sanciones deben establecerse contra toda clase de atentados (¿cuáles son los «más graves»? ¿Más graves que qué?) mediante una gradación de penas que abarque todo el abanico de posibilidades de mancillar o destruir lo que es patrimonio común. Nuestras leyes penales, muy rigurosas para sancionar los delitos contra la propiedad privada, se han mostrado siempre condescendientes y tímidas cuando se ha tratado de defender la propiedad de todos.

1982

Comer y holgar

El Congreso Internacional de Caza, reunido en Lisboa, ha llegado a una peregrina conclusión: a los europeos del Mercado Común nos sobran cosas para comer, pero nos faltan lugares donde holgar. Nos sobran alimentos pero nos faltan espacios libres. Los estómagos están satisfechos, pero no las piernas ni los pulmones. ¿Qué podemos hacer? Para el mencionado Congreso, la solución es bien simple: como quiera que la CEE aconseja suprimir el veinte por ciento de cultivos excedentarios, dediquemos estas superficies a criar perdices, para que los europeos puedan correr tras ellas y desfogarse. Solución elemental, que con seguridad sería distinta si los reunidos en Lisboa, en lugar de cazadores, hubieran sido montañeros, pescadores o golfistas. El programa de vida del hombre puede trazarse desde perspectivas diferentes, aunque todos coincidirán en un punto: si el europeo de nuestros días no puede morir de hambre, pero sí de aburrimiento, algo habrá que hacer, habrá que pensar en cambiar las normas por las que hasta el momento nos hemos regido.

Hace bastantes años, hablando de caza, consigné algo que los

congresistas de Lisboa han venido a sancionar ahora, a saber: que la mecanización y la aplicación de la química a la agricultura doblaría la producción de grano, pero mermaría la población de perdices. La conversión del campo en una alfombra, con la consiguiente eliminación de linderas, perdidos, insectos y malas hierbas, sería económicamente plausible si lo que se busca es grano, pero si lo que se busca es caza constituirá un error. Un campo impoluto, ajardinado, suele ser rentable en frutos pero pobre en pájaros, como sucede hoy en la bien ordenada campiña de la dulce Francia. De esto se deduce que, si lo que deseamos ahora son pájaros y, con mayor razón, si aspiramos a que sean bravos y difidentes, ese campo tan aseado habrá que ensuciarlo.

He aquí lo que vinieron a descubrir los congresistas de Lisboa el pasado abril – descubrimiento tardío–, junto a algo que puede revolucionar el futuro del viejo continente y que más arriba apuntaba: si a Europa le sobran pan y mantequilla y le faltan lugares de esparcimiento, es que nos hemos equivocado; hemos medido el progreso del hombre en dinero en lugar de hacerlo en bienestar y salud, y lo que hemos conseguido con esto es echar barriga, acumular ácido úrico y colesterol, y, por si fuera poco, aburrirnos.

¿Y es que ese error de salida ya no tiene remedio? Supongo que sí. Este error, como tantos otros cometidos en nombre del progreso, no nos impide echar marcha atrás, rectificar y, en la medida de lo posible, tratar de recuperar nuestro viejo campo con sus linderas, sus perdidos, sus insectos y hasta sus malas hierbas. Esto es, intentar el equilibrio de tal manera que la buena cosecha de grano no impida la buena cosecha de perdices. Hacerlas compatibles; considerar a la patirroja como una riqueza agrícola más, en lugar de un parásito que devora la riqueza agrícola.

A mi juicio, éste es el nudo de la cuestión. Los congresistas de Lisboa vienen a enmendar la plana a los viejos agraristas. Hoy, una perdiz viva en el campo puede valer más que cien kilos de trigo. Entonces la explotación agraria exige un replanteamiento: la caza es una nueva riqueza a considerar. El antiguo planteamiento, todo por un grano de trigo, ya no es correcto; tampoco el opuesto, todo por una perdiz. Habrá que buscar, entonces, un planteamiento intermedio, conforme al cual trigo y perdices puedan explotarse simultáneamente. De este modo, no sólo comeremos, sino que desterraremos nuestro aburrimiento, nuestras mollas y nuestro colesterol. Y si el nuevo orden de la Comunidad aconseja prescindir del veinte por ciento de cultivos excedentarios, estudiemos la manera de que otros cultivos, entre ellos el de la perdiz, sustituyan a aquéllos. Porque si, como parece probado, la patirroja no prospera en un medio degradado pero tampoco en otro aséptico, promediemos, pongamos en el primero canteros de cereal, y

en el segundo, lindes y mala hierba. Mezclemos. Limpiemos lo sucio y ensuciemos lo limpio. No aspiremos a hacer de nuestras siembras un breñal pero tampoco un jardín. De este modo lograremos un campo más variado, bello y atractivo y, por añadidura, más vivo y rentable, no sólo en dinero, sino en bienestar y salud. Esto parece deducirse, al menos, del último Congreso Internacional de Caza reunido en Lisboa.

1988

Doñana y Europa

La prensa de nuestro país informó hace pocas semanas de la reprimenda de la CCE (especie de ejecutivo de la Europa comunitaria) al Gobierno español por su desatención manifiesta hacia el parque de Doñana. Europa entiende que el uso que se viene haciendo del entorno del parque pone en peligro el mismo parque, su supervivencia, objetivo compartido por no pocos españoles. Otros, en cambio, con esa arrogancia racial poco acorde con el mundo en que vivimos, se preguntan: ¿Con qué razón nos llaman al orden estos cantamañanas? ¿Quién les ha dado vela en este entierro? ¿Quién es el señor Ripa di Meana para decirnos lo que debemos y no debemos hacer en este asunto? Vamos a aclarar las cosas. El señor Ripa di Meana es el comisario (ministro) europeo para el medio ambiente, y su deber es forzar a España a cumplir unas normas que previamente aceptó respecto a la conservación de aves silvestres. El señor Di Meana nada diría si España no hubiera propuesto Doñana como zona de protección especial dentro del programa comunitario. Por otra parte, lo único que ha hecho hasta el momento este señor es emplazar a nuestro Gobierno para que en un plazo prudencial presente el pliego de descargos que estime razonable, reservándose el derecho de meternos en cintura si los motivos que se aleguen no le parecen de recibo.

Al señor comisario le molestan especialmente dos tipos de problemas de muy distinta entidad que quizá no debería haber mezclado en su emplazamiento. Los primeros, de perfil muy concreto, se refieren a temas como el furtivismo en la caza y la pesca ilegal de cangrejos en el parque. Los segundos, que a mi juicio constituyen el fondo de su queja, atañen a la estrategia y planificación con vistas al desarrollo de la comarca, problemas de mayor enjundia que afectan a diversos sectores. A mi entender, los verdaderos problemas del parque son éstos, los que amenazan la misma existencia de Doñana, supuesto que los primeros son cuestiones de policía y actualización de sanciones, aspectos que no deben quitarnos el sueño.

El verdadero nudo de la cuestión estriba en la planificación de los alrededores del parque. El plan de riego Almonte-Marismas y las

urbanizaciones turísticas en el sector, concretamente Matalascañas, ya están ahí y han nacido con el visto bueno, cuando no aupados, por la propia Administración. El señor Ripa di Meana no nos dice nada nuevo a los españoles, puesto que la conservación del medio ambiente es la aspiración universal del momento. La salud de Doñana, la salud ambiental se sobreentiende, peligra con los regadíos, extracciones de agua del subsuelo, uso de fertilizantes y pesticidas y la aglomeración humana en los aledaños. En la playa de Matalascañas llegó a prohibirse el baño el año pasado por su peligrosidad, ya que la contaminación del mar había llegado a extremos de verdadero riesgo. El señor Ripa di Meana tiene la delicadeza de no mencionar este extremo en su rapapolvo, a pesar de ser no sólo manifiesto, sino de una gravedad extrema. Hasta hoy, nuestras respuestas a los reproches comunitarios han sido vagas, promesas de remiendos y *parcheos* para ir tirando. La actitud española de caminar por el filo de la navaja y no reaccionar hasta que se produzca la hecatombe ha sido la norma de conducta seguida hasta el día: «Creemos que nada le va a ocurrir a Doñana, pero, si un día advertimos que se produce deterioro en el parque, ya daremos marcha atrás». He aquí, en síntesis, nuestra postura. Pero Europa, con muy buen sentido, exige mayores garantías. Exige no comprometer la reserva, persuadida de que hay daños irreversibles, de que en cuestiones ecológicas no siempre cabe recular. El requerimiento es taxativo: «El hecho de que hasta el momento no se haya producido un daño importante (se refiere, claro está, a Doñana) no es óbice para aplicar el artículo cuarto de nuestro reglamento (sobre conservación de las aves), cuyo fin es prevenir la aparición de contaminación o de deterioro en las zonas de protección especial». No basta, por tanto, con estar dispuestos a modificar nuestra conducta cuando se produzcan daños, sino que hay que evitar que los daños se produzcan. Entonces no parece procedente responder otra vez al señor comisario con la promesa de que estableceremos medidas paliativas (control de contaminantes, nuevas depuradoras de aguas residuales, traer agua de otra parte), puesto que el riesgo no desaparecerá manteniendo a las puertas de Doñana una explotación agrícola intensiva, una urbanización en vías de crecimiento (son más de ciento cincuenta mil veraneantes los que se concentran en Matalascañas) y otra en proyecto. El ojo inquisitivo de Europa no se apartará de nosotros en tanto no modifiquemos estos planteamientos. En el aspecto ecológico, estimo que ha pasado la hora de permanecer a la defensiva. Es preciso cambiar, pero para recuperar, no para evitar nuevos desmanes. ¿Cómo? Mediante soluciones imaginativas de largo vuelo, no exentas de audacia. No olvidemos que el objetivo es conservar en toda su pureza un parque de asiento de aves único en Europa.

¿Qué responder, entonces, al señor comisario de la CCE? Simplemente eso, que se acabó la política de paños calientes, que la comarca de Doñana va a alterar radicalmente su modelo de desarrollo, orientándose hacia actividades blandas, como ganadería, caza y pesca, turismo *verde,* agricultura biológica y acuicultura extensiva. Para ello, aprovechando que estamos dispuestos a acarrear el agua de otros lugares, trasladaremos los proyectos de regadío a otras zonas de Andalucía (a ser posible, del propio pueblo de Almonte), con mejores tierras y lejos del parque. Al propio tiempo, si son necesarias nuevas urbanizaciones, éstas se extenderán hacia el norte, hacia Mazagón, interrumpiendo la edificación en Matalascañas, ya excesivamente poblada. Y por último, la proyectada autovía de cuatro carriles no flanqueará Doñana, sino que se construirá por el norte, alejada del parque. En resumen, que estamos dispuestos a ser los primeros en velar por esta zona privilegiada de Europa.

Se aducirá, tal vez, que existe un plan de ordenación que impide estas realizaciones, pero me pregunto: ¿Es que la advertencia europea no es razón de peso para modificar este plan? El argumento me parece deleznable. El único argumento en este caso es el dinero. El proyecto enunciado tiene un precio muy alto, para España sola demasiado alto. Seamos sinceros: la economía española no se puede estirar más, sus posibilidades son limitadas y el proyecto sumamente ambicioso. ¿Por qué, si el parque es europeo, refugio de aves europeas, espacio natural que pretendemos preservar de cualquier contaminación, no hacemos de la comarca en que está enmarcado una empresa europea? Algo así podría ser el colofón de la respuesta española al señor Ripa di Meana. La operación de dejar exento el parque de Doñana supone una inversión de miles de millones de pesetas, y, puesto que favorece a todos, debería ser un objetivo común, solidario. El precio no es el mismo si lo paga España que si lo paga Europa («¿Qué le hace un capón a Frutos?», reza un dicho popular castellano). Es preferible arbitrar esta solución antes de que surjan presiones, todo lo idealistas que se quiera, pero presiones al fin y al cabo: no aceptamos sus fresas (o sus tomates) porque se producen en detrimento de Doñana, etcétera. Es necesario evitar el dictamen con que hoy estamos amenazados. Cuando la Unión Europea nos dice que ponemos en peligro el parque, que lo estamos echando a perder, no le falta razón. Que una de las playas más sucias de Europa sea la de Doñana constituye un bochorno nacional. Que corramos el riesgo de dejar sin agua a las anátidas del continente por regar unas malas tierras que han arruinado a quienes las cultivan, un dislate. Digámosles entonces, sencillamente, a nuestros vecinos de Europa: «Concertar en una misma zona un parque nacional, un plan de regadío y una gran urbanización turística fue, en efecto, un grave error que arrastramos desde hace

cinco lustros. Estamos decididos a acabar con todo esto de acuerdo con sus deseos, que son los nuestros, pero ayúdennos, arrimen el hombro, no vaya a suceder que tener y conservar Doñana resulte peor o más gravoso que no tenerlo».

1990

El regreso del lobo

Aún no está lejano el día en que el mundo consideraba al lobo como una fiera alimaña y en España no sólo se le perseguía a sangre y fuego sino que ayuntamientos e instituciones benefactoras premiaban de alguna manera a los alimañeros que presentaban como prueba de sus hazañas los despojos del animal abatido. La imagen del lobero con la cabeza del cánido espetada en un palo era todavía una estampa habitual en los años de la posguerra española, cuando los pobres ganaderos premiaban con unas pobres monedas la proeza del matador. La incorporación a la lucha contra el lobo de procedimientos más eficaces como los cepos o el veneno, trajo como resultado la práctica desaparición de este carnívoro en los territorios que hoy componen la Unión Europea, especialmente en los países más industrializados.

Años más tarde, aparece en España la figura de Félix Rodríguez de la Fuente con sus teorías franciscanas sobre el lobo y su defensa como animal emblemático de la fauna europea. Mediante sus persuasivas charlas, Félix consiguió unos resultados sorprendentes: las gentes, en general, tomaron partido por el lobo, y los mismos niños españoles hicieron frente común contra la malvada e hipócrita Caperucita. Vivir para ver; los papeles se habían invertido: el bueno ahora era el lobo, y la mala, Caperucita. De este modo, y paso a paso, aquel fiero animal protagonista de sangrientas leyendas iba dejando de ser una alimaña para convertirse en una pieza de caza respetable, sometida a la ley de vedas y protegida contra toda clase de asechanzas ilegales.

Coinciden estos años con la incorporación de España a la aventura europea y el desarrollo de un cierto sentimentalismo ecológico, con lo que se concluye que nuestro país debe erigirse en la gran reserva del lobo europeo como prueba de la riqueza faunística del continente en un reciente pasado.

Ya estamos en los tiempos actuales. El Simposio de León de 1994, patrocinado por la Junta y las universidades regionales, pone de manifiesto dos cosas a cuál más interesante: por un lado el lobo se adapta a las condiciones de vida moderna y, por otro, su población crece en proporción a la de los grandes ungulados (ciervo, corzo, gamo, jabalí), que sorprendentemente también van a más en nuestra domesticada Europa. El Simposio leonés advierte, pues, de lo que

viene, de lo inesperado: en tanto Europa pensaba en España como país escaparate del lobo continental, éste empieza a hacerse huésped de todos los países, y mientras Alemania, ejemplo de nación superindustrializada, se deja invadir gustosamente por lobos checos y polacos, Italia asiste satisfecha al incremento de su población y a la ampliación legal de la superficie a ellos destinada. En una palabra, el lobo, tras sañuda persecución, no sólo no se ha extinguido en Europa, sino que se ha ido acomodando a las pautas de un desarrollo cada día más sofisticado, para resurgir con fuerza en todo el continente, siquiera continúe siendo España el país donde más abunda.

De esta manera, de los doscientos lobos contabilizados un poco frívolamente en los tiempos de Rodríguez de la Fuente, la población española pasa a mil quinientos y hoy se calcula, supongo que también un poco frívolamente, que en Galicia hay un ejemplar por cada cien kilómetros cuadrados, y entre tres y ocho al sur de la cordillera Cantábrica, en los accesos a las provincias de Orense, Zamora y León.

En éstas andamos. La población lobuna sigue desarrollándose y hoy, con la profusión de vertederos, ya no depende tan directamente de los grandes ungulados. Vive a su aire y, aunque han disminuido, no cesan del todo las razias contra los rebaños, de forma que el problema hoy no radica tanto en si el lobo existe o deja de existir, como en el modo de hacer compatible su existencia con la del ganado doméstico, esto es, conseguir que aquél no medre a costa del modesto ganadero y de su ruina. La piedad hacia el lobo no debe comportar indiferencia hacia el ganadero. De ahí que, mirando en torno nuestro, la primera medida para alcanzar la coexistencia debería consistir en aceptar los consejos de la European Wolf Network y establecer áreas de tolerancia y, por otro lado, el uso de prácticas disuasorias, como las cercas eléctricas, tan eficaces en los países escandinavos. En todo caso, bien está este espíritu conservacionista siempre que los gobiernos acepten la servidumbre de asumir los daños ocasionados por esta especie, todo lo romántica que se quiera, pero que para el pequeño ganadero, aunque en menor escala que antaño, sigue representando un peligro.

1994

La desertificación

En asuntos de clima, la ciencia no sólo no se desdice sino que corrobora cada día sus pesimistas vaticinios: el agua cada vez es más escasa en el mundo y, en consecuencia, bastará que transcurra medio siglo para que el sur de Europa se convierta en un desierto. Últimamente es la universidad británica de North London la que anuncia graves alteraciones en el viejo continente con motivo del tan

traído y llevado efecto invernadero. Por de pronto, dice, las lluvias han disminuido mucho en la última década tanto en Francia como en Alemania y las zonas alpinas, mientras la sequía va tomando caracteres extremados en las tres penínsulas mediterráneas, particularmente en España.

Las copiosas lluvias del otoño de 1994 en algunas provincias de Castilla la Vieja –ciento cincuenta litros por metro cuadrado en un mes– y las recientes del último invierno parecían desmentir la apocalíptica profecía a que más arriba aludo, pero la esperanza se desvanece si analizamos los datos en períodos más largos o constatamos simplemente la realidad de la mitad sur de España en el otoño de 1995. En algunos puntos de Castilla, por poner un ejemplo, se secaron hace pocos veranos plantas y arbustos, como la retama, la aulaga y el aligustre, cuya resistencia al calor es bien conocida. Es decir, plantas que a lo largo de siglos habían soportado el sol más ardiente se convirtieron en leña por falta de humedad en el subsuelo.

Estos hechos, comprobados personalmente a finales de la década pasada, se vieron agravados dos años después por la decadencia o muerte de arbustos y árboles típicos de Castilla –encina y roble esencialmente– cuyas agrupaciones constituyen, con los pinares, las únicas masas forestales de la región. En las laderas del norte de Burgos, el bosque de roble comenzó a clarear un buen día. Su frenético verdor se fue apagando, se hizo irregular. Había árboles encanecidos, desnudos o puntisecos. Otros hacían el efecto de un encaje cuya transparencia iba aumentando hacia la copa. El revestimiento de las laderas en su conjunto producía la impresión de una floresta enferma, débil y decadente. En el verano siguiente estos síntomas se acentuaron en algunas zonas mientras en otras se advertía una clara recuperación.

Meses después observé el mismo fenómeno en algunos montes de encina de la provincia de Valladolid. El primero de ellos en el sardón de Viana de Cega, un monte denso donde se observaban matas mustias o desfoliadas, hojas atabacadas, raras en plantas de hoja perenne. El hecho, grave de por sí, tomó caracteres más inquietantes cuando me informé de que la degradación de roble y encina no era mal exclusivo de Castilla sino que se observaban síntomas similares en Extremadura y Andalucía, no sólo en las especies mencionadas sino con mayor virulencia aún en rebollos y alcornoques y en la maraña del sotobosque: aulaga, jara, brezo, etcétera. Y, coincidiendo en el tiempo, otro tanto ocurría del otro lado de la frontera, en Portugal y en Francia e Italia, donde el debilitamiento de sus árboles se acusaba en una pérdida progresiva de follaje.

Los montes del sur europeo están pasando por un mal trance en los últimos años y los botánicos no ocultan su preocupación. ¿Están

enfermas las quercíneas? ¿Amenaza a esta especie alguna plaga fatal como la grafiosis de los olmos? ¿O se trata, lo que todavía es más grave, de los primeros síntomas de la desertificación del sur de Europa anunciada por climatólogos del mundo entero? Tratar de emitir un diagnóstico preciso no deja de ser un poco infantil. La reiterada sequía, sin constituir todavía un fenómeno alarmante, está produciendo en los últimos años efectos intranquilizadores. Lo que sí procede entonces es preguntarnos: la disminución de precipitaciones o el desorden de su distribución, ¿es la única causa de estas irregularidades? ¿No cabe que en esta decadencia forestal que denunciamos –empezando por la desaparición del olmo– puedan influir descorches inoportunos o excesivos en los alcornoques o el simple envejecimiento en las demás especies?

Apenas acabadas de escribir estas líneas, encuentro un artículo de Marisa Mesón y José Miguel Montoya en la revista *Quercus* en el que denuncian la influencia de ciertos hongos en el deterioro de nuestras quercíneas. Pero estos científicos hacen una advertencia fundamental: los parásitos no destruyen por sí solos los vegetales; es preciso que encuentren a éstos muy debilitados por otros factores para que actúen. Entonces se me ocurre preguntar: ¿No será la sequía prolongada o la desigual distribución de las lluvias la fase previa para que los hongos de que hablan Mesón y Montoya produzcan los devastadores efectos que hoy lamentamos?

1994

La catástrofe de Doñana

Con frecuencia he advertido que los visitantes del coto de Doñana salen defraudados. El visitante, evidentemente, espera otra cosa. En rigor, lo que el visitante de Doñana espera del coto, por regla general, es un parque zoológico bien montado, cuando nada hay más lejos del espíritu que guió a la constitución del coto que un zoo. El zoo viene a ser una vitrina del mundo animal y, por consiguiente, el puro artificio, la absoluta negación de la naturaleza y la libertad, mientras que Doñana no es sino un rincón del mundo donde el hombre, deliberadamente, se ha vedado toda participación. Las cosas pasan allí sin que el hombre las provoque, esto es, sin su intervención. Doñana es una muestra de lo que podría ser el mundo sin el hombre, mejor dicho, sin que el hombre imperase en él. Entonces resulta que Doñana puede mostrarnos muchos bichos o puede mostrarnos pocos (dependerá, pienso yo, de días y aun de horas) y, a lo mejor, resulta que lo que más nos impresiona de la visita es ver al zorrito Zosty acudir a nuestra llamada, o las zalemas que nos hace un meloncillo cautivo para que le rasquemos la tripa o, lisa y llanamente, observar la indiferencia glacial, la desdeñosa actitud ante el hombre de los dos linces alojados frente a palacio. Sin embargo, esto es, para mí, lo que no es el coto. O sea, a mi entender, el coto es la libertad o, si se prefiere, el equilibrio natural de las especies en un medio silvestre. Es claro que muchas veces el mantenimiento de este equilibrio –las luchas y los pactos– no se manifiesta al primero que llega. El visitante sí puede contemplar las colonias de espátulas en los viejos alcornoques, o el ir y venir de tarros, azulones, cigoñuelas y otras especies acuáticas en lucios y salinas –no digamos en plena marisma–, o sorprender la mirada vigilante del ciervo o del gamo entre la moheda de la reserva. Por lo demás, el asentamiento de ésta, su topografía, no es de una brillantez excepcional; yo diría que es más bien monótona. Y no me refiero a los marjales de la marisma, forzosamente monocordes, sino a la maraña, donde fuera de las atalayas de pinos y alcornoques, no demasiado abundantes, se entremezclan lentiscos, jaguarzos, aulagas y madroños en una vegetación de media altura, muy densa e inextricable. En este medio, en un suelo arenoso, flojo, sin diferencias de nivel, se desarrolla esta experiencia de vida natural. ¿Y cuáles son los resultados? Es claro que uno no está preparado para exponerlos. Sin embargo, para un hombre

cazador, la visita a Doñana –fruto del tesón, del entusiasmo ornitológico de José Antonio Valverde y un grupo de amigos– es sorprendente en no pocos aspectos. Por ejemplo, la abundancia de perdiz. Otro ejemplo: la escasez de raposos. Para mí, cazador mesetero, los pares de perdices que he visto en Doñana, que han sido muchos, no tienen fácil explicación. De siempre he creído que la perdiz roja era pájaro de tierras abiertas, rayanas a una ladera abrigada o un carrascal, con abundancia de grano y un piso áspero, pedregoso, de greda o yeso. No obstante, ninguna de estas circunstancias se dan allí. O, por mejor decir, las condiciones topográficas de Doñana son exactamente las opuestas a las enunciadas: suelo mollar, inexistencia absoluta de grano, paisaje cerrado, llanura ilimitada. Esto quiere decir que yo estaba confundido al configurar el hábitat ideal de la patirroja, o que la patirroja se ha equivocado al instalarse en la reserva de Doñana. Y, sin embargo, sobrevive y se multiplica, como vive y se multiplica el conejo, hecho aparentemente paradójico, en un arcabuco donde dominan físicamente las águilas, linces, milanos, lechuzas y tejones, lo que nos induce a pensar que, dentro de un equilibrio natural, la proliferación de caza no está reñida con la abundancia de predadores.

Algo semejante ocurre con el raposo. En las docenas de kilómetros que he recorrido en el coto, de día y de noche, no he visto un solo zorro, y, sin embargo, el medio natural, fosco y abrigado, sin más claros que los caminos de arena, notable abundancia de pájaros y conejos, no podría ser más propicio para su propagación. ¿Qué sucede? ¿Qué secreto resorte, en este asombroso mundo de la ecología, le pone freno? ¿Es el jabalí? ¿Es el milano? ¿Es el águila imperial? ¡Vaya usted a saber! Por el momento, los expertos atribuyen la escasez de raposos a la fuerte densidad de linces.

La naturaleza es un profundo misterio. Y ante este misterio, millares de hombres en el mundo se sienten fascinados. Mis lectores se sorprenderán si afirmo que de mi reciente visita al coto de Doñana lo que más me ha llamado la atención es la comunión perfecta del hombre con el medio ambiente. La joven D., norteamericana, se instala en la torre de observación antes del alba y no desciende hasta entrada la noche, después de anotar cuidadosamente las salidas y regresos al nido del águila imperial y los alimentos que porta para sus crías. El sueco R., que llegó de Estocolmo en bicicleta, con un enorme macuto a la espalda, no dio la menor muestra de contrariedad cuando el guarda le advirtió que necesitaba un permiso especial de Sevilla para entrar en el coto; al contrario, sonrió y se dispuso a recorrer los doscientos kilómetros de propina –entre ida y vuelta– sin darle mayor importancia. El biólogo británico W., casado con una china y con un hijo de pocos meses, pasa un año en la reserva, entre el cielo y la

tierra, estudiando las costumbres de la urraca. El fotógrafo sevillano C. lleva desplazándose al coto más de treinta noches para conseguir una buena fotografía de un lince en libertad. Para estos hombres no rigen las torpes normas de nuestra sociedad de consumo. Parecen seres al margen. Doñana es el único lugar de España donde uno llega a sabiendas de que allí no hay nada que comprar. El ingreso en palacio –la gran casona aislada en el centro de la reserva, sin luz eléctrica, donde Alfonso XIII se alojaba durante sus monterías– tiene algo de rito monacal. La austeridad de la casa, las comidas comunitarias, la identidad de vocación, crean entre estos hombres un vínculo casi religioso. Las normas de vida, donde el sol suele marcar el ritmo, son prácticamente cenobíticas. Viendo a estos hombres, sin prisas, ajenos a todo espíritu competitivo, liberados de la ambición crematística y de la atracción por los objetos que es la tónica de nuestro tiempo, uno se convence de que el progreso, lo que entendemos los hombres del siglo por progreso, lleva un rumbo equivocado. Estos seres han reencontrado, en el ascetismo y el amor a la naturaleza, un sentido para su vida. Y en ella florecen virtudes como el humanismo, la comunicación, la ayuda mutua, arrumbadas hoy por el progreso tecnológico y el consumo. El reencuentro con las formas de vida primitivas es el reencuentro con el hombre. Doñana es una reserva natural donde el hombre tiene su sitio, que no es ciertamente el de mamífero dominante, sino un eslabón más en la cadena ecológica. El coto de Doñana es un islote al que apenas perturbaban hasta hoy el número creciente de visitantes y el trepidar de los motores –tractores, jeeps– por los caminos.

Ahora a Doñana trata de ponerle cerco el progreso (?). Es una paradoja inadmisible que una urbanización y una autopista aspiren a cortar la salida natural de la reserva al mar y, aún más, que aquélla organice su propaganda sobre la base del medio natural en que va a ser asentada. ¿Es que puede aliarse el medio natural con una urbanización, quintaesencia de los errores de la sociedad moderna, obstinada en degradar el paisaje? ¿Cómo aceptar que este enclave urbano –con sus luces blancas, sus hoteles, sus rascacielos, sus clubs, sus riadas de automóviles y sus estridencias– vaya a asumir los atractivos de la naturaleza circundante? ¿No ocurrirá a la inversa? ¿No se resentirá Doñana –la naturaleza pura y simple– de la trepidación y el artificio que comporta una comunidad de este tipo? Por de pronto, muchas voces y muy sensatas se han alzado contra estos proyectos en curso, solicitando un alto en las obras, advirtiendo sobre el detrimento que a la naturaleza pueden ocasionar. Es una vez más el duelo entre idealistas y especuladores que encuentra un clima idóneo en las sociedades neocapitalistas, duelo terrible, cada día más tenso, en el que aquéllos llevan la peor parte. Mas yo creo llegada la

hora de una reflexión a fondo sobre el sentido del progreso y el desarrollo de este país. Los españoles nos hemos emborrachado de divisas. No pensamos sino en el provecho inmediato, en el dinero fácil. Andamos obcecados con el «milagro español» y no queremos advertir que traducir a pesetas todos los valores, antes que un milagro es un solemne y monumental disparate. Hay infinidad de cosas –la reserva de Doñana, pongo por caso– que no pueden ser medidas en dinero.

Creo que todavía no hace tres meses que emborroné las cuartillas que anteceden a cuenta del coto de Doñana. Entonces me preocupaba que una reserva de vida natural como ésta estuviese a punto de ser encorsetada por una urbanización y una autopista, o sea, la quintaesencia del artificio técnico. En España somos un poco cicateros. Si en lugar de los miles de kilómetros de litoral de que hoy disponemos, dispusiéramos del doble, seguiría causándonos reconcomio dejar una docena de kilómetros para los animales pudiendo alojar en ellos unos centenares más de turistas. Cicateros e insaciables, así somos. ¡Qué le vamos a hacer! Pero el caso es que cuando el delicado pleito entre científicos y especuladores aún no se ha dilucidado o, por mejor decir, está en todo su apogeo, se presenta en Doñana un nuevo problema que viene a demostrar que, en la segunda mitad del siglo XX, hablar de reservas naturales es pura quimera, supuesto que la mano del hombre, sus ingenios y combinaciones químicas, alcanzan a todas partes. Quiero decir que a Doñana ha llegado el veneno de los pesticidas, no se sabe si por el aire o por el Guadalquivir, y ha liquidado en ocho o diez semanas treinta o cuarenta mil patos y aves de marisma y una cifra indeterminada de fauna subacuática, entre otras especies las anguilas, tan codiciadas en esta zona.

En Sevilla, de donde acabo de regresar, la noticia ha causado auténtica consternación. Sevilla –y, en general, toda Andalucía– es ciudad muy pajarera. El andaluz es pueblo canoro por naturaleza; ama todo lo que canta y canta él mismo. A quién le canta el andaluz no es un problema, ya que si las cosas marchan, entonará una copla a la novia o a la madre, y si no marchan, al hambre o a la suerte perra. El caso es cantar. Esta afinidad entre hombres y pájaros se ha traducido ahora en indignación. El taxista que me llevó a hacer el obligado recorrido sentimental sevillano me decía, muy seriamente, que los pájaros tenían en la ciudad más entusiastas que el fútbol. Esto se me antoja una afirmación muy optimista, pero el hombre, para demostrármelo, me condujo a un mercadillo dedicado exclusivamente a aves canoras. Allí se venden, se compran y se permutan pájaros. Es una especie de bolsín donde se intercambian anécdotas y consejos y se

vende todo lo relativo a aquéllos. Al reanudar la marcha y confiarle que mi meta era Doñana, me dijo: «Ya ve lo que está pasando allí; hoy nos han matado a los pájaros; mañana nos matarán a nosotros». El taxista sevillano creo que puntualizó muy sabiamente. El hombre, en su avidez de progreso, ha puesto en marcha una serie de cosas cuyo envés desconoce. A estas alturas es difícil que las fuerzas que ha desatado pueda, llegado el caso, volver a atarlas. Pasear por las marismas de Doñana durante esos días nos lleva a este convencimiento. Existe concretamente una zona en el cuartel de Las Nuevas, al este de Isla Mayor (una extensión de marisma de cinco kilómetros de longitud por dos de anchura), que es un gigantesco pudridero de aves. El pájaro suele tener un pudrir higiénico, no hiede, pero en la actualidad, los cadáveres son tantos que la marisma trasciende. En torno a la casa del guarda de Las Nuevas, las víctimas se arraciman –hasta ocho o diez por metro cuadrado– en las pequeñas radas de los lucios. Mas si uno tiene la curiosidad de introducirse entre los carrizos y espadañas y hurgar en ellos, observará que los cadáveres se multiplican. Hay patos –muchos– que han tenido el pudor de esconderse para morir. En una hectárea de estos pagos se han contado alrededor de setecientas aves muertas, lo que quiere decir que de mantenerse la misma proporción, las víctimas ascenderán a setenta mil. Sin embargo, al sur de los lucios, que aún en esta época permanecen inundados, la densidad decrece, por lo que la cifra más razonable parece la transcrita más arriba.

Luego, en los lavajos, están los patos moribundos, aves tristes, resignadas a su suerte, en una agonía poco espectacular. El ave, en trance, no sufre espasmos ni convulsiones: muere simplemente. Mas no hay nada tan paradójico como la tristeza de los pájaros, su entrega sin resistencia. Barzoneando entre la marisma, no he sentido la satisfacción de levantar un pato, lo que quiere decir que en Doñana, actualmente, a punto de ser invadida nuevamente por los ánsares nórdicos, ya no hay pájaros para morir. Todos los que veranearon en la marisma y las nidadas de primavera han sucumbido a la acción del veneno. Esto supone que, hasta el día, el desastre de Doñana, por el número de aves acuáticas sacrificadas, no tiene precedentes en los anales de los crímenes ecológicos de la humanidad. El naufragio del petrolero *Torrey Canyon,* hace tres o cuatro años, que produjo las mareas negras de que tanto hablaron los periódicos, ocasionó, en superficie, veinticinco mil víctimas, principalmente gaviotas, alcas y corvejones. Los del *Tampico Maru* y del *Witwater,* no alcanzaron, ni con mucho, tan abultada cifra. De esto se deduce que los humanos, en nuestros descuidos y nuestras imprudencias químicas, vamos a más. El hombre olvida que, al nivel científico y técnico alcanzado, ya no puede permitirse el lujo de incurrir en descuidos. Nuestros abuelos

podían dejar el candil encendido o derramar a destiempo el estiércol sobre su huerto. A lo sumo, podrían destruir su casa en un incendio o perder la cosecha. Nada más. Hoy, un descuido –tengamos presente la bomba de Almería– puede desencadenar una hecatombe. Las consecuencias de cada movimiento del hombre deben estar previstas y no debe ser ejecutado éste sin adoptar antes todas las precauciones.

Con el correr de los días, la catástrofe ecológica de Doñana brinda perfiles más inquietantes. Al parecer, varios perros que han ingerido aves contaminadas han muerto. Al propio tiempo, el guarda de Las Nuevas informa de la muerte de media docena de vacas que pastaban en la marisma, por causas desconocidas. En la estación ecológica de Doñana se hablaba estos días de la muerte de una piara de cerdos el 2 de septiembre, cuatro días después de que una avioneta sobrevolara la marisma fumigando algo. Incluso se cuenta –no he podido confirmarlo– que el porquero sufre quemaduras y otro marismeño está hospitalizado. Todo esto demuestra que mi amigo, el taxista sevillano, no iba descaminado. El veneno vertido en los arrozales que lindan con el coto por un brazo del Guadalquivir es, a lo que se ve, de una terrible virulencia. Basta echar un vistazo a la literatura que acompaña a las latas halladas en la marisma para echarse a temblar. Y no hablo de la composición –triclorofenoxil y ácido de éter de butilflicol–, que a mí me dice poco, sino a las precauciones a adoptar en su manejo y que se acompañan de una calavera con las consabidas tibias cruzadas por detrás. He aquí el texto: «Fitoprop X. Mantener el producto fuera del alcance de los niños. No contaminar aguas, alimentos, ni piensos. Lavarse bien y cambiarse de ropa después de efectuar el tratamiento. En caso de intoxicación, avisar al médico; si se ha ingerido el producto, provocar el vómito. No hay antídotos; aplicar terapéutica sintomática y barbitúricos. Contraindicaciones: leche y grasa». Como observará el lector, es preferible columpiarse en un cable de alta tensión que manipular un bote de Fitoprop. La televisión británica ha exhibido en su información sobre el desastre de Doñana esta cartela, tal vez para convencer a los ingleses de que un pueblo tan imprudente como el nuestro no haría un uso razonable de Gibraltar.

Pero es hora de que nos preguntemos: ¿Cómo es posible que un tóxico activo como el Fitoprop X sea utilizado frívolamente en nuestros campos? ¿Puede un granjero (o un servicio) rociar impunemente sus siembras con un pesticida clorado en 1973? Tengo entendido que hace pocos meses una disposición oficial vino a prohibir el uso de estos pesticidas en la agricultura digamos alimenticia: cereales, vides, alfalfa, arroz. Esta disposición vino después de que Estados Unidos proscribiera el empleo del DDT en su país. Mas los norteamericanos, antes mercaderes que proteccionistas, exportaron los excedentes a bajo precio en lugar de destruirlos.

España, si no me equivoco, fue uno de los países que se aprovecharon de estos precios de saldo. Entonces ya conocíamos –y conocía cada quisque– su toxicidad. Si esto se hizo así, fue una imprudencia temeraria. Y, en todo caso, sigue siendo una imprudencia temeraria distinguir entre agricultura alimenticia y agricultura industrial. Conforme a este distingo –que pretende proteger a los bípedos implumes y a la fauna de cuatro patas–, si en la marisma del Guadalquivir se cultivase algodón en lugar de arroz, sería legal el espolvoreo o rociamiento de pesticidas tóxicos. Es decir, la catástrofe de Doñana, en este supuesto, hubiera sido una catástrofe rubricada con todas las bendiciones. Advierto que no soy un experto en legislación agraria y puede ser que la reglamentación de herbicidas y plaguicidas no sea exactamente así. Pero, por si acaso, bueno será recordar algo que, fuera de las mentalidades decimonónicas, ya conoce todo el mundo, a saber, que el veneno esparcido en un campo, aun siendo diseminado con todas las precauciones, no queda ahí, no puede ser localizado por unas vallas o unas balizas. El viento, el agua de riego, las escorrentías lo arrastran, con lo que los efectos secundarios, en predios y aguas inmediatas o alejadas, son literalmente imprevisibles e incalculables, pero, por supuesto, nada buenos.

Y no digamos nada cuando estas fumigaciones se llevan a cabo desde avionetas (y en los arrozales del Guadalquivir estos artefactos actúan, según me han dicho, con alguna asiduidad). En estos casos, los riesgos se multiplican. Hace cinco años, en 1968, en un campo de experiencias de armas químicas, en el mormón estado de Utah (USA), se originó una catástrofe ecológica de perfiles similares a la que ahora lamentamos en Doñana. ¿Cómo había llegado el veneno a cincuenta kilómetros de donde se lanzó? Simplemente el cono de proyección del avión fumigador fue más amplio al ser mayor la altura a que voló que la prevista, pero por encima de esto actuó la meteorología, esto es, los vientos esparcieron gotitas microscópicas del veneno, que aspiradas por una nube fueron depositadas en forma de nieve en las laderas de los montes Stansbury, donde pastaban los rebaños.

El «prohibido jugar con fuego» de nuestros padres ha pasado en pocos años a ser una broma ingenua. El fuego es algo conocido, limitado, visible y hasta controlable. Lo arriesgado en nuestros días es jugar con la química, soltar, aquí o allá, en campos cultivados o yermos, pesticidas clorados, organofosfatos o isótopos radiactivos; hablando en plata, veneno. Porque esto de la contaminación –que los españoles asumimos con humor improcedente y ciertas dosis de reticencia– es no sólo un hecho, sino un hecho muy grave, tal vez el más grave con que hoy se enfrenta la humanidad. En este sentido, veo lo único positivo que deriva del desastre de Doñana: la sensibilización

de la masa; el hecho de haber abierto brecha en el escepticismo popular para hacer ver a las gentes que todo eso del equilibrio ecológico y la necesidad de preservarlo no es un problema de especialistas ni un fruto de la «histeria» de algunos periódicos. La contaminación está ahí y, en una u otra forma, nos amenaza a todos.

Por lo demás, la cuestión estriba ahora en que la catástrofe no se repita y en la incógnita respecto a la duración de los efectos. En lo que atañe al primer punto, es obvio que, en pequeña escala, Doñanas hay todos los días en España. Los peces del Najerilla, del Rudrón, del Eresma se están muriendo ahora mismo. Los del Oria y el Bidasoa hace tiempo que desaparecieron. En el Pisuerga, raro es el año que alguna factoría de ribera no arrasa los barbos y las carpas que empiezan a rehacerse tras la última calamidad. A lo que se ve, el desarrollo, para los españoles, consiste en convertir los ríos en cloacas. Es preciso vigilar y sancionar. Pero no con sanciones simbólicas, que se calculan previamente en el presupuesto y hasta son compensadoras, sino con castigos que hagan daño. Resulta incongruente que en una legislación como la nuestra, tan extremadamente dura para los delitos contra la propiedad personal, los delitos contra la naturaleza, propiedad de todos, queden impunes. La química y la técnica moderna imponen la actualización de nuestros códigos y nuestras leyes.

Respecto al segundo extremo, la duración de los efectos del veneno vertido en Doñana, poco cabe decir. Por el momento, los primeros inmigrantes del otoño han sucumbido también. El doctor Valverde, director del coto, confía en que las grandes mareas de finales de septiembre y las lluvias otoñales laven los lucios afectados. El dilema estriba en si no se anticiparán los ánsares escandinavos que, cada año, suelen llegar a millares por estas fechas para establecer en las marismas sus cuarteles de invierno. De ahí el interés despertado por el desastre en los países nórdicos. Suecia, Noruega y Dinamarca son también pueblos muy pajareros. De los gansos, particularmente, tiene el nórdico un concepto mítico y reverencial. El retorno de los gansos –como en nuestros lares el de la cigüeña– es para ellos heraldo de primavera. La literatura nórdica –como Doñana antes de la hecatombe– está llena de ánsares. Los escandinavos se preguntan ahora –como nos preguntamos los españoles– si Doñana será o no la tumba de sus gansos. Pero para conocer la respuesta no queda otro remedio que esperar.

1975

DISCURSO

El sentido del progreso desde mi obra

Discurso leído en el acto de recepción
en la Real Academia Española
el 25 de mayo de 1975

Señores académicos:

Quiero empezar advirtiendo que a pesar de este frac o, quizá sería mejor decir, dada mi escasa afición a estos atuendos, de este disfraz, yo me considero humana y literariamente muy poco académico, al menos en el sentido tradicional de este término. Mis literaturas, deficitarias en tantos aspectos, no son precisamente admirables por su rigor gramatical y me consta, pongo por caso, que mis laísmos y leísmos son tomados a menudo como ejemplo, en algunas universidades, de lo que no es correcto hacer. Trato de insinuar con esto que mis escarceos literarios, desde su origen, han sido puramente intuitivos y si algo hay estimable en mis escritos, ello no se debe a mérito personal mío, sino a la circunstancia de haber nacido y vivido en Valladolid, ciudad y provincia que quizá no sean un modelo de buen decir castellano pero donde el idioma se manifiesta, en especial en los medios rurales, con una riqueza y vivacidad que todo el mundo reconoce. Una vez admitidas mis propias limitaciones, comprenderéis que mi gratitud hacia vosotros por el hecho de haberme acogido en esta institución dista mucho de ser un gesto formulario o de mero protocolo.

Vengo a ocupar en esta Casa el sillón que dejó vacante don Julio Guillén. Se da de esta manera la circunstancia insólita de que un marinero de segunda –que ésta es mi graduación militar– suceda a un almirante, siquiera sea en una actividad tan ajena a la táctica y la estrategia navales como puede ser la literatura. No tuve el gusto de conocer personalmente al señor Guillén, pero, aunque a distancia, siempre admiré en él dos cualidades fundamentales: su fidelidad al mar –o a la mar, como él prefería y solemos decir quienes en ella hemos vivido– y su asombroso polifacetismo. El almirante Guillén, si no un navegante avezado –aunque también lo fue en ocasiones, e incluso llegó a pilotar un «hidro» en el famoso desembarco de Alhucemas–, sí nos ayudó a descubrir la otra cara del océano: su historia, su literatura, su iconografía y su idioma. El almirante Guillén hizo de todo –escribió, montó un museo, organizó un archivo,

perteneció a dos academias, decoró techos, modeló estatuas, pilotó globos y hasta, si hemos de creer a don Amando Landin, tejió alfombras con sus propias manos– y todo lo hizo movido por su sentido de la belleza y por su pasión marinera. Tal polifacetismo, unido a su sensibilidad y a su sentido del humor –evidentes en todos sus escritos, incluso en los más estrictamente lexicográficos–, nos proporcionan una imagen del señor Guillén parecida a la de un esteta renacentista, un hombre exquisito que busca la perfección en todo, incluso en actividades aparentemente secundarias como la conversación y la cocina. Este culto a la exactitud y la belleza, que creo es la cualidad que mejor define a mi antecesor, se hace aún más reverente en su vasta obra literaria –desde *La carabela Santa María* a *Nostramo Lourido*– y muy concretamente en su bellísimo discurso de ingreso en esta Academia, «El lenguaje marinero», pieza relevante y sabrosísima que tal vez únicamente estamos en condiciones de paladear en toda su rica gama de matices aquellos que hemos sido marineros antes que frailes. Este trabajo revela, por un lado, al gramático y al erudito y, por otro, al purista del idioma y al escritor de talento, cualidades todas ellas que definen al académico nato y que yo ahora, «al seguir sus aguas» –como decimos en terminología marinera–, me esforzaré en tener presentes.

(Vais a permitirme un inciso sentimental e íntimo. Desde la fecha de mi elección a la de ingreso en esta Academia me ha ocurrido algo importante, seguramente lo más importante que podría haberme ocurrido en la vida: la muerte de Ángeles, mi mujer, a la que un día, hace ya casi veinte años, califiqué de «mi equilibrio». He necesitado perderla para advertir que ella significaba para mí mucho más que eso: ella fue también, con nuestros hijos, el eje de mi vida y el estímulo de mi obra pero, sobre todas las demás cosas, el punto de referencia de mis pensamientos y actividades. Soy, pues, consciente de que con su desaparición ha muerto la mejor mitad de mí mismo. Objetaréis, tal vez, que al faltarme el punto de referencia mi presencia aquí esta tarde no pasa de ser un acto gratuito, carente de sentido, y así sería si yo no estuviera convencido de que al leer este discurso me estoy plegando a uno de sus más fervientes deseos y, en consecuencia, que ella ahora, en algún lugar y de alguna manera, aplaude esta decisión mía. Vengo, pues, así a rendir público homenaje, precisamente en el aniversario de su nacimiento, a la memoria de la que durante cerca de treinta años fue mi inseparable compañera.)

El sentido del progreso desde mi obra

Debo reconocer que la elección de tema para mi discurso de ingreso

en esta institución no me ha sido fácil. El carácter literario de la misma, me empujaba, casi fatalmente, en este sentido. Pero ¿cómo meterme en literaturas ante un auditorio tan competente en esta materia? Estaba, por otra parte, la actitud de mis compañeros periodistas, después de mi elección, poniendo el acento en mi vocación campestre; «Un cazador a la Academia», «Del campo a la Academia», «Un cazador que escribe», fueron titulares frecuentes en diarios y revistas en aquella efeméride. ¿No estarían ellos, al sentar estas afirmaciones verdaderas, abriéndome el cauce por donde mis palabras deberían discurrir? ¿Por qué no traer a la Academia una de las preocupaciones fundamentales, si no la principal, que ha inspirado desde hace cinco lustros mi carrera de escritor? ¿No es mi concepto del progreso algo que está en palmaria contradicción con lo que viene entendiéndose por progreso en el mundo de nuestros días? ¿Por qué no aprovechar este acceso a tan alto auditorio para unir mi voz a la protesta contra la brutal agresión a la naturaleza que las sociedades llamadas civilizadas vienen perpetrando mediante una tecnología desbridada?

He aquí, en pocas palabras, la génesis de mi discurso de esta tarde. Cuando hace cinco lustros escribí mi novela *El camino*, donde un muchachito, Daniel, el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad, algunos me tacharon de reaccionario. No querían admitir que a lo que renunciaba Daniel, el Mochuelo, era a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional. Posteriormente mi oposición al sentido moderno del progreso y a las relaciones hombre-naturaleza se ha ido haciendo más acre y radical hasta abocar a mi novela *Parábola del náufrago*, donde el poder del dinero y la organización –quintaesencia de este progreso– terminan por convertir en borrego a un hombre sensible, mientras la naturaleza mancillada, harta de servir de campo de experiencias a la química y la mecánica, se alza contra el hombre en abierta hostilidad. En esta fábula venía a sintetizar mi más honda inquietud actual, inquietud que, humildemente, vengo a compartir con unos centenares –pocos– de naturalistas en el mundo entero. Para algunos de estos hombres la humanidad no tiene sino una posibilidad de supervivencia, según declararon en el Manifiesto de Roma: frenar su desarrollo y organizar la vida comunitaria sobre bases diferentes a las que hasta hoy han prevalecido. De no hacerlo así, consumaremos el suicidio colectivo en un plazo relativamente breve. Su razonamiento es simple. La industria se nutre de la naturaleza, y la envenena y, al propio tiempo, propende a desarrollarse en complejos cada vez más amplios, con lo que día llegará en que la naturaleza sea sacrificada a la tecnología. Pero si el hombre precisa de aquélla, es obvio que se

impone un replanteamiento. Nace así el Manifiesto para la Supervivencia, un programa que, pese a sus ribetes utópicos, es a juicio de los firmantes la única alternativa que le queda al hombre contemporáneo. Según él, el hombre debe retornar a la vida en pequeñas comunidades autoadministradas y autosuficientes, los países evolucionados se impondrán el «desarrollo cero» y procurarán que los pueblos atrasados se desarrollen equilibradamente sin incurrir en sus errores de base. Esto no supondría renunciar a la técnica, sino embridarla, someterla a las necesidades del hombre y no imponerla como meta. De esta manera, la actividad industrial no vendría dictada por la sed de poder de un capitalismo de Estado ni por la codicia veleidosa de una minoría de grandes capitalistas. Sería un servicio al hombre, con lo que automáticamente dejarían de existir países imperialistas y países explotados. Y, simultáneamente, se procuraría armonizar naturaleza y técnica de forma que ésta, aprovechando los desperdicios orgánicos, pudiera cerrar el ciclo de producción de manera racional y ordenada. Tales conquistas y tales frenos, de los cuales apenas se advierten atisbos en los países mejor organizados, imprimirían a la vida del hombre un sentido distinto y alumbrarían una sociedad estable, donde la economía no fuese el eje de nuestros desvelos y se diese preferencia a otros valores específicamente humanos.

Esto, señores académicos, es quizá lo que yo intuía vagamente al escribir mi novela *El camino* en 1949 cuando Daniel, mi pequeño héroe, se resistía a integrarse en una sociedad despersonalizadora, pretendidamente progresista, pero, en el fondo, de una mezquindad irrisoria. Y esta intuición, señores académicos, cuyos principios, auténticamente revolucionarios, acaban de ser formulados por un plantel respetable de sabios humanistas, es lo que indujo a algunos comentaristas a tachar de reaccionaria mi postura. Han sido suficientes cinco lustros para demostrar lo contrario, esto es, que el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la naturaleza, ni en sostener a un tercio de la humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia.

He aquí mi credo, y, por hacerlo comprender, vengo luchando desde hace veinticinco años. Pero, a la vista de estos postulados, ¿es serio afirmar que la actual orientación del progreso es la congruente? Si progresar, de acuerdo con el diccionario, es hacer adelantamientos en una materia, lo procedente es analizar si estos adelantamientos en una

materia implican un retroceso en otras y valorar en qué medida lo que se avanza justifica lo que se sacrifica. El hombre, ciertamente, ha llegado a la Luna pero en su organización político-social continúa anclado en una ardua disyuntiva: la explotación del hombre por el hombre o la anulación del individuo por el Estado. En este sentido no hemos avanzado un paso. Los esfuerzos inconexos de algunos idealistas –Dubcek en 1968 y Allende en 1973– no han servido prácticamente de nada. A pesar de nuestros avances de todo orden, en política, la experimentación constituye un privilegio más de los fuertes. Perfil semejante, aún más negativo, nos ofrece el tan cacareado progreso económico y tecnológico. El hombre, arrullado en su confortabilidad, apenas se preocupa del entorno. La actitud del hombre contemporáneo se asemeja a la de aquellos tripulantes de un navío que, cansados de la angostura e incomodidad de sus camarotes, decidieron utilizar las cuadernas de la nave para ampliar aquéllos y amueblarlos suntuosamente. Es incontestable que, mediante esta actitud, sus particulares condiciones de vida mejorarían, pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántas horas tardaría este buque en irse a pique –arrastrando a culpables e inocentes– una vez que esos tripulantes irresponsables hubieran destruido la arquitectura general de la nave para refinar sus propios compartimientos? He aquí la madre del cordero. Porque ahora que hemos visto suficientemente claro que nuestro barco se hunde –y a tratar de aclararlo un poco más aspiran mis palabras–, ¿no sería progresar el admitirlo y aprontar los oportunos remedios para evitarlo?

El hombre, obcecado por una pasión dominadora, persigue un beneficio personal, ilimitado e inmediato y se desentiende del futuro. Pero ¿cuál puede ser, presumiblemente, ese futuro? Negar la posibilidad de mejorar y, por lo tanto, el progreso, sería por mi parte una ligereza; condenarlo, una necedad. Pero sí cabe denunciar la dirección torpe y egoísta que los rectores del mundo han impuesto a ese progreso. Así, quede bien claro que cuando a lo largo de mis palabras de esta noche yo me refiera al progreso para ponerlo en tela de juicio o recusarlo, no es al progreso estabilizador y humano –y, en consecuencia, deseable– al que me refiero sino al sentido que se obstinan en imprimir al progreso las sociedades llamadas civilizadas.

El progreso

Todos estamos acordes en que la ciencia aplicada a la tecnología ha cambiado, o seguramente sería mejor decir revolucionado la vida moderna. En pocos años se ha demostrado que el ingenio del hombre, como sus necesidades, no tiene límites. El espíritu de invención y el refinamiento de lo inventado arrumban objetos que hace apenas tres o

cuatro años nos parecían insuperables. En la actualidad disponemos de cosas que no ya nuestros abuelos, sino nuestros padres hace apenas cinco lustros no hubieran podido imaginar. El cerebro humano camina muy deprisa en el conocimiento de su entorno. El control de las leyes físicas ha hecho posible un viejo sueño de la humanidad: someter a la naturaleza. No obstante, todo progreso, todo impulso hacia adelante comporta un retroceso, un paso atrás, lo que en términos cinegéticos, jerga que a mí me es muy cara, llamaríamos el culatazo. Y la física nos dice que este culatazo es tanto mayor cuanto más ambicioso sea el lanzamiento. Esto presupone que tanto la técnica como la química, como muchos remedios de botica, sabemos lo que quitan pero ignoramos lo que ponen, siquiera no se nos oculta que, en muchas ocasiones, el envés de aquéllas, sus aspectos negativos, se emparejan, cuando no superan, a los aspectos positivos. Pongamos por caso el DDT. Este descubrimiento alivió, como es sabido, a los soldados de la Segunda Guerra Mundial de la plaga de los parásitos y, una vez firmada la paz, su aplicación en la lucha contra la malaria y otras enfermedades tropicales confirmó su eficacia. La humanidad no ocultó su entusiasmo; al fin estaba en camino de encontrar la panacea, el remedio para sus males. Bastaron, sin embargo, unos pocos años para descubrir la contrapartida, esto es, los efectos del culatazo. Hoy, incluso los escolares de buena parte del mundo saben que este insecticida, en virtud de un proceso que ya nos resulta familiar, se ha incorporado a los organismos animales sin excluir al hombre hasta el punto de que análisis de la leche de jóvenes madres efectuados por biólogos compañeros de mis propios hijos han demostrado que nuestros lactantes son amamantados, en proporción no desdeñable, con DDT. Los suecos, gente amante de las estadísticas, nos dicen que la leche de algunas mujeres de aquel país contiene un setenta por ciento más de insecticida que el nivel tolerado por la salubridad pública para la leche de vaca.

Algo semejante cabría decir de algunas conquistas técnicas encaminadas a satisfacer los viejos anhelos de ubicuidad del hombre: automóviles, aviones, cohetes interplanetarios. Tales invenciones aportan, sin duda, ventajas al dotar al hombre de un tiempo y una capacidad de maniobra impensables en su condición de bípedo, pero ¿desconocemos, acaso, que un aparato supersónico que se desplaza de París a Nueva York consume durante las seis horas de vuelo una cantidad de oxígeno aproximada a la que, durante el mismo tiempo, necesitarían veinticinco mil personas para respirar? A la humanidad ya no le sobra el oxígeno, pero es que, además, estos reactores desprenden por sus escapes infinidad de partículas que interfieren las radiaciones solares, hasta el punto de que un equipo de naturalistas desplazado durante medio año a una pequeña isla del Pacífico para

estudiar el fenómeno, informó en 1970 al Congreso de Londres que, en el tiempo que llevaban en funcionamiento estos aviones, la acción del Sol –luminosa y calorífica– había decrecido aproximadamente en un treinta por ciento, con lo que, de no adoptarse el oportuno correctivo, no se descartaba la posibilidad de una nueva glaciación.

Pero ¿y la medicina?, argüirán los optimistas. ¿También tiene usted alguna objeción que hacer al desarrollo de la medicina? ¿No se ha doblado, en un breve lapso, el promedio de la vida humana? ¿No nos anuncian cada día los periódicos, con grandes titulares, nuevos triunfos sobre el dolor y la muerte? Esto es incontestable. He aquí un punto en el que negar el progreso sería negar la evidencia. Las conquistas de la medicina y la higiene en el último período histórico no sólo son plausibles sino pasmosas. Las enfermedades infecciosas han sido prácticamente erradicadas y se han conseguido notables progresos en aquellas otras de origen genético. Todo esto, repito, es incuestionable. Empero la contrapartida de estos éxitos también se da y, aunque parezca paradójico, deriva de su misma eficacia. La medicina en el último siglo ha funcionado muy bien, de tal forma que hoy nace mucha más gente que la que se muere. La demografía, entonces, ha estallado, se ha producido una explosión literalmente sensacional. A una población estancada hasta el siglo XVII en seiscientos o setecientos millones, ha sucedido un crecimiento lento pero inexorable, hasta conseguir, tras el descubrimiento de los antibióticos, doblarla en los últimos treinta años. Esto supone que, prescindiendo de posibles nuevos avances en este campo, y ateniéndonos al ritmo alcanzado, la población mundial se duplicará cada seis lustros, lo que equivale a decir que los tres mil quinientos millones de personas de 1970, se convertirán en cincuenta y seis mil antes de finalizar el siglo XXI, esto es, si no yerro en la cuenta, la población actual, más o menos, multiplicada por catorce. La pregunta irrumpe sin pedir paso: ¿va a dar para tantos la despensa? Si este progreso del que hoy nos jactamos no ha conseguido atenuar el hambre de dos tercios de nuestros semejantes, ¿qué se puede esperar del día, que muy bien pueden conocer nuestros nietos, en que por cada hombre actual haya catorce sobre la Tierra?

La medicina ha cumplido con su deber, pero al posponer la hora de nuestra muerte viene a agravar, sin quererlo, los problemas de nuestra vida. La medicina, pese a sus esfuerzos, no ha conseguido cambiarnos por dentro; nos ha hecho más pero no mejores. Estamos más juntos –y aún lo estaremos más– pero no más próximos.

El signo del progreso

Mas, para nuestra desgracia, no sólo el culatazo del progreso empaña la brillantez y eficacia de las conquistas de nuestra era. El progreso comporta –inevitablemente, a lo que se ve– una minimización del hombre. Errores de enfoque han venido a convertir al ser humano en una pieza más –e insignificante– de este ingente mecanismo que hemos montado. La tecnocracia no casa con eso de los principios éticos, los bienes de la cultura humanista y la vida de los sentimientos. En el siglo de la tecnología, todo eso no es sino letra muerta. La idea de Dios, y aun toda aspiración espiritual, es borrada en las nuevas generaciones –seguramente porque la aceptación de estos principios no enalteció a las precedentes– mientras los estudios de humanidades, por ceñirme a un punto concreto, sufren cada día, en todas partes, una nueva humillación. Es un hecho que las facultades de letras sobreviven en los países más adelantados con las migajas de un presupuesto que absorben casi íntegramente las facultades y escuelas técnicas. En este país se habla ahora de suprimir la literatura en los estudios básicos –olvidando que un pueblo sin literatura es un pueblo mudo– porque, al distraer unas horas al alumnado, distancia la consecución de unas cimas científicas que, conforme a los juicios de valor vigentes, resultan más rentables. Los carriles del progreso se montan, pues, sobre la idea del provecho, o lo que es lo mismo, del bienestar. Pero ¿en qué consiste el bienestar? ¿Qué entiende el hombre contemporáneo por «estar bien»? En la respuesta a estos interrogantes no es fácil el acuerdo. Ello nos desplazaría, por otra parte, a ese otro complejo problema de la ocupación del ocio. Lo que no se presta a discusión es que el «estar bien», para los actuales rectores del mundo y para la mayor parte de los humanos, consiste tanto a nivel comunitario como a niveles individuales en disponer de dinero para cosas. Sin dinero no hay cosas y sin cosas no es posible «estar bien» en nuestros días. El dinero se erige así en símbolo e ídolo de una civilización. El dinero se antepone a todo; llegado el caso, incluso al hombre. Con dinero se montan grandes factorías que producen cosas y con dinero se adquieren las cosas que producen esas grandes factorías. El hecho de que esas cosas sean necesarias o superfluas es accesorio. El juego consiste en producir y consumir, de tal modo que en la moderna civilización no sólo se considera honesto sino inteligente gastar uno en producir objetos superfluos y emplear noventa y nueve en persuadirnos de que nos son necesarios. Ante la oportunidad de multiplicar el dinero –insisto, a todos los niveles– los valores que algunos seres aún respetamos son sacrificados sin vacilación. Entre la supervivencia de un bosque o una laguna y la erección de una industria poderosa, el hombre contemporáneo no se plantea problemas: optará por la segunda. Encarados a esta realidad, nada puede sorprendemos que la corrupción se enseñoree de las

sociedades modernas. El viejo y deplorable aforismo de que cada hombre tiene su precio alcanza así un sentido literal, de plena y absoluta vigencia, en la sociedad de nuestros días.

Esta tendencia arrolladora del progreso se manifiesta en todos los terrenos. Yo recuerdo que allá por los años cincuenta, un ridículo concepto de la moral llevó a este país a la proscripción de las playas mixtas y la imposición del albornoz en los baños públicos para preservar a los españoles del pecado. Se trataba de una moral pazguata y atormentada, de acuerdo, pero era la moral que oficialmente prevalecía. Fue suficiente, empero, el descubrimiento de que el desnudismo aportaba divisas para que se diera paso franco a la promiscuidad soleada y al bikini. El dinero triunfaba también sobre la moral.

¿Y qué decir de los trabajos rutinarios, embrutecedores, sobre los que se organiza hoy la gran industria? La eficacia, la producción espectacular –o, lo que es lo mismo, el dinero– se anteponen igualmente a la integridad y la dignidad humanas. Fabricar un hombre es una actividad infinitamente más sencilla y agradable que fabricar un automóvil, con lo que nunca ha de faltar el recambio para un hombre inutilizado. Sobre esta base, nace y se extiende la fabricación en serie, en cadena, donde no cuentan más que los resultados. Las nobles advertencias de Charles Chaplin al respecto, en el primer tercio del siglo, es decir, cuando aún era tiempo de reflexión, quedaron como una obra de arte, sin ninguna trascendencia práctica. Así, paralelamente a la producción de cosas, se iban produciendo frustraciones también en cadena. La serie facilita una compensación pendular: si, por un lado, destruye al hombre al anular su amor por la obra bien hecha, por el otro, facilita la consecución de esa obra y esto, cerrar el ciclo, es lo que en definitiva interesa al orden económico de nuestro tiempo. El hecho de que la serie fabrique, de rechazo, hombres en serie y la cadena hombres encadenados no nos desazona porque no interrumpe la marcha del progreso.

Simultáneamente, el desarrollo exige que la vida de estas cosas sea efímera, o sea, se fabriquen mal deliberadamente, supuesto que el desarrollo del siglo XX requiere una constante renovación para evitar que el monstruoso mecanismo se detenga. Yo recuerdo que antaño se nos incitaba a comprar con insinuaciones macabras cuando no aterradoramente escatológicas: «Este traje lo enterrará a usted», «Tenga por seguro que esta tela no la gasta». Hoy no aspiramos a que ningún traje nos entierre, en primer lugar porque la sola idea de la muerte ya nos estremece y, en segundo, porque unas ropas vitalicias podrían provocar el gran colapso económico de nuestros días.

Con la superfluidad es, por tanto, la fungibilidad la nota característica de la moderna producción, porque ¿qué sucedería el día

que todos estuviéramos servidos de objetos perdurables? La gran crisis, primero, y, después, el caos. Apremiados por esta exigencia, fabricamos, intencionadamente, telas para que se ajen, automóviles para que se estropeen, cuchillos para que se mellen, bombillas para que se fundan. Es la civilización del consumo en estado puro, de la incesante renovación de los objetos –en buena parte, innecesarios– y, en consecuencia, del desperdicio. Y no se piense que este pecado –grave sin duda– es exclusivo del mundo occidental puesto que, si mal no recuerdo, Kruschev declaraba en sus horas altas de 1955 que la meta soviética era alcanzar cuanto antes el nivel de consumo americano. El primer ministro ruso venía a reconocer así que si el delirio consumista no había llegado a la URSS no era porque no quisiera sino porque no podía. Sus aspiraciones eran las mismas. En rigor, ambas sociedades, la oriental y la occidental, no son fundamentalmente diferentes, en este punto.

Aceptado lo antedicho, no parece gratuito afirmar que, salvo en unos millares de científicos y hombres sensibles repartidos por todo el mundo, el progreso se entiende hoy de manera análoga en todas partes. El desarrollo humano no es sino un proceso de decantación del materialismo sometido a una aceleración muy marcada en los últimos lustros. Al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objetocentrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, lo ha hecho caer en la abyección y la egolatría.

El deseo de dominación

Con el dinero –y, tal vez, incubada en él– hay, a mi entender, otra nota diferenciadora del progreso moderno: el deseo de sobresalir o, lo que viene a ser lo mismo, la ambición de poder. En este punto, la analogía del hombre con las aves en la llamada por los biólogos «jerarquía del picoteo» es patente. La aspiración de todo hombre es elevar su rango, anteponerse, no tanto acrecentando su cultura y sus facultades como amedrentando a su adversario o debilitándolo. La técnica se convierte así, no ya en una posibilidad de dinero, sino –lo que es más grave– en una posibilidad de dominación. De este modo, mientras entre los hombres se acentúa el espíritu de competencia, en la esfera internacional se plantea una cuestión de hegemonía que no se resuelve, como antaño, fabricando más espadas o más fusiles, sino buscando un arma que, llegado el caso, sea suficiente para arrasar al adversario –y, con él, a la humanidad entera– en unas décimas de segundo. La cuestión de la supremacía no se establece ya en términos de prevalencia sino de aniquilamiento. Tal anhelo de dominación se manifiesta en las relaciones de individuo a individuo, de Estado a

individuo y de Estado a Estado. ¿Cómo? Me limitaré a señalar tres extremos que son, para mí, por graves, los más representativos. Primero, enervando al hombre desde arriba, despojándolo del deseo de participar en la organización de la comunidad, dando así paso a unas autocracias que la manifiesta inhibición del hombre favorece. Segundo, a nivel internacional, procurando la hegemonía a costa de convertir el noble deseo de paz basado en la justicia y la libertad en un equilibrio del terror. Y tercero, encauzando la técnica hacia la fabricación de instrumentos que facilitan el allanamiento de la intimidad del hombre, o la esfera privada de las instituciones, con objeto de controlar a unos y otras.

La pedagogía universal consideró resuelto el problema de la infancia compaginando la instrucción y el deleite, aunándolos en una sola actividad. El juego instructivo o la instrucción amena hacían posible, armonizándolos, la formación y el entretenimiento de los niños, de manera que éstos «no diesen guerra», no alborotasen. Fue, quizá, nuestro Carlos III quien descubrió, con el célebre motín de Esquilache, que los adultos eran «como niños pequeños que lloran y protestan cuando se los limpia y asea». Desde entonces, mayor preocupación que hacer justicia ha sido para los gobernantes buscar la manera de entretener al pueblo para que no la pida, esto es, para que no alborote, para que «no dé guerra». El «pan y toros» ha tenido a lo largo de las edades de la historia múltiples versiones. Pero he aquí que la era supertécnica ha venido a descubrir que también existen juguetes para entretener a los adultos y borrar de sus mentes cualquier idea de participación y responsabilidad. Es más, el ingenio de la técnica moderna descubre «el juguete» por antonomasia, merced al cual el pueblo no sólo no piensa, sino que incluso nos facilita la posibilidad de conducir su pensamiento, de hacerle pensar lo que nosotros queremos que piense. Así el interés por su juguete acaba por enervar en el hombre otros intereses superiores. La alienación se produce entonces como fenómeno general y masivo. Mas si esto, hasta cierto punto, es comprensible, no lo es, en cambio, que admitamos que esta inhibición se fomente desde arriba, mediante el control de este juguete, único alimento espiritual de un elevadísimo porcentaje de seres humanos. La difusión de consignas, la eliminación de la crítica, la exposición triunfalista de logros parciales o insignificantes y la misma publicidad subliminal van moldeando el cerebro de millones de televidentes que, persuadidos de la bondad de un sistema, o simplemente fatigados, pero, en todo caso, incapacitados para pensar por su cuenta, terminan por hacer dejación de sus deberes cívicos, encomendando al Estado-Padre hasta las más pequeñas responsabilidades comunitarias. En este mismo sentido actúa la organización del trabajo a que antes aludía. La rutina laboral genera el

gregarismo en los ocios, de forma que todos los hombres se procuran análogas distracciones y unos mismos estímulos, por lo general no fecundadores, ni liberadores, ni enaltecedores de los valores del espíritu. El hombre, de esta manera, se despersonaliza y las comunidades degeneran en unas masas amorfas, sumisas, fácilmente controlables desde el poder concentrado en unas pocas manos. Es obvio que no en todo el mundo las circunstancias mencionadas operan con la misma intensidad pero, a mi juicio, sirven como exponentes de los riesgos lamentables que comporta la malintencionada aplicación de la técnica a la política y la sociología.

La avidez de poder, a nivel internacional, desata aún mayores riesgos. La vieja carrera de armamentos ha cambiado de signo. Hoy, como he dicho, no es más fuerte quien más armas tiene sino quien las tiene mejores. El objetivo de los pueblos en competencia es acertar con un arma lo suficientemente eficaz como para resolver un conflicto en pocos minutos, aun poniendo en peligro la vida sobre el planeta. Tal arma está ya a disposición de seis o siete potencias, y el resto de los países se limitan a procurar conseguirla o a observar, aterrados, los tira y afloja del juego político internacional, a conciencia de que un gesto mal interpretado o un simple error puede desencadenar la catástrofe. Se aducirá que la marcha hacia la paz es hoy más firme que hace diez años, pero como dice Marías no basta con que nadie quiera la guerra, si «se quiere poder hacerla». Porque, si bien se considera el problema, a la guerra fría de ayer ha sucedido una paz fría, casi más negativa que la situación anterior, ya que esta paz congelada demuestra nuestra incapacidad, o sea que, en vista de que una fraternidad cálida y universal parece fuera de nuestro alcance, nos resignamos a aceptar el miedo como garantía de supervivencia.

Pero los ingenios nucleares están ahí, fabricados por unos hombres y esperando ser utilizados contra otros hombres. La suprema aspiración de los humanos estriba en que sigan ahí, quietos, en los arsenales, es decir, que no lleguen a emplearse. Pero en este caso y aun en el más positivo de que se llegase a un acuerdo de desarme general y completo, ¿qué hacer con ellos?; ¿qué hacer con este elemento devastador cuidadosamente embotellado a lo largo de un cuarto de siglo? ¿Lanzarlo al mar? ¿Enterrarlo? ¿Es que desconocemos, acaso, las propiedades letales de los isótopos radiactivos? ¿No sabemos que el aire, el agua y la tierra contaminados envuelven un riesgo inmediato para la vida? En Hanford, estado de Washington, en las proximidades del río Columbia, hay enterrados ciento veinte tanques de acero y hormigón, los cuales contienen más de doscientos millones de litros de desechos radiactivos; cantidad que, al ritmo de crecimiento actual, puede multiplicarse por cien en el año

2000. Estos tanques y sus posibles filtraciones son celosamente vigilados, pero, a juicio de geólogos norteamericanos, tal vez bastaría un terremoto de las modestas proporciones del de 1918, conocido como «el terremoto de Corfú», para agrietar estos recipientes y liberar la radiactividad que contienen. Los efectos de esta avería, en opinión de científicos competentes, serían tan desastrosos como los que podría ocasionar una guerra nuclear en la que se empleasen todas las reservas atómicas actuales, ya que la radiactividad que almacena uno solo de estos tanques equivale, según Sheldon Novice, «a la producida por todas las armas nucleares probadas desde 1945». Ésta es nuestra situación en la paz atómica de nuestros días.

Mas con ser ésta la novedad más ruidosa, tampoco podemos olvidar la actividad de los pueblos por alcanzar la hegemonía en otros terrenos, como, por ejemplo, la guerra química y biológica. La bomba atómica, por más moderna, parece resumir la mayor posibilidad catastrófica que somos capaces de imaginar, pero no hay que olvidar la evolución de las armas bacteriológicas, cuyo almacenaje no ocupa lugar y cuya producción es infinitamente más barata que aquélla y está, por tanto, al alcance de los pueblos pobres. Según Milton Leitenkey, la potencia destructiva de estas armas equivale a la de las atómicas y el agente portador de la enfermedad puede viajar tan concentrado que, en muchos casos, son suficientes unos pocos gramos, estratégicamente distribuidos, para acabar con la población del mundo. Tenemos el caso de la psitacosis, donde los virus necesarios para destruir hasta el último rastro de vida caben en una docena de huevos de gallina, o el de la brucelosis-letal, resistente a toda vacuna, que puede concentrarse en una pasta, a razón de dos mil quinientos millones de bacterias por gramo, en la seguridad de que bastarían cincuenta gramos para borrar al hombre del planeta. La técnica de la dispersión ha alcanzado asimismo un alto nivel de perfección y variedad: fumigaciones aéreas, disolución en las aguas de los ríos, formación de nubes artificiales mediante generadores o producción de insectos en masa. A este respecto, los japoneses, maestros en la mecánica menuda, han llegado a producir diez litros de pulgas portadoras de microbios –alrededor de los treinta y cinco millones de individuos– en el breve plazo de un mes. Tampoco en este aspecto cabe descartar el accidente, ya que hace apenas seis años, al ser rociado con un organofosfato muy tóxico el campo de pruebas de Utah por la aviación norteamericana, las partículas, arrastradas por un viento imprevisto, ocasionaron la muerte fulminante de los rebaños de ovejas que pastaban en las laderas de Skull y Rush, a cincuenta kilómetros de distancia.

Esto supone que el hombre se ha acomodado a vivir sobre un volcán. Pero «vivir sobre un volcán» era, hasta el día, una situación

accidental, esto es, que se le imponía, no buscada por él. Lo insensato es que el evolucionado hombre del siglo XX haya encendido el volcán para después, tranquilamente, instalarse a vivir en sus faldas.

Un último extremo interesante, dentro de esta fiebre de dominación y poder que nos invade, es el incesante perfeccionamiento de instrumentos audiovisuales, escrutadores de la intimidad, que han venido a destruir la confianza en el hombre y a deteriorar seriamente su sensibilidad. En esta dirección, bien podemos asegurar que la técnica se ha pasado, de tal modo que muchas de sus consecuencias resultan ya irreversibles. El ansia de poder de unos hombres sobre otros, la obsesión de control de las palabras de los súbditos por parte de los gobiernos, hace tiempo que desbordaron resortes tan primarios como la censura de correspondencia y la intervención telefónica. Estos medios, sin duda alguna, corresponden a la prehistoria de las técnicas de intromisión audiovisuales. Recientes escándalos han evidenciado a qué increíble grado de perfección han llegado los mecanismos de espionaje. La revista *El Correo de la Unesco* denunciaba, no hace muchos meses, estos hechos como atentatorios contra la intimidad del hombre. Pero, yo me pregunto: ¿dispone el hombre de algún recurso contra esta carrera desenfrenada de la técnica fuera del viejo y elemental recurso del pataleo? El hombre actual se sabe vigilado o, lo que quizá es peor, siente constantemente sobre sí la posibilidad de ser vigilado. En este punto, la técnica viene haciendo auténticas maravillas. La miniaturización de los ingenios permite, por ejemplo, que un micrófono del tamaño de un grano de arroz colocado en la rendija de una puerta nos informe de lo que se habla detrás de ella. Mejor aún: un micrófono de contacto más chico que una nuez, adosado al exterior de una casa, puede registrar una conversación sostenida en el interior por las vibraciones del muro. Un telescopio, no más largo que un lapicero, conectado a una cámara fotográfica, es capaz de reproducir lo que estamos escribiendo en una cuartilla a cien metros de distancia, es decir, dos o tres veces la anchura de una calle normal. Mediante una bombilla de apariencia inocua pero emisora de rayos infrarrojos es posible obtener fotografías en la oscuridad. Y basta una linternita no mayor que un alfiler para inspeccionar el contenido de una carta sin necesidad de violar el sobre.

Esta técnica, enlazada a la de las computadoras, haría posible, según *El Correo de la Unesco*, almacenar veinte folios de información sobre cada ser humano en apenas diez cintas de dos centímetros y medio de ancho por mil quinientos metros de longitud. O sea, basta una caja de cerillas para archivar datos de computadora que, de estar impresos, no cabrían en una catedral. El mismo *Correo* nos informa de que una empresa americana en liquidación por quiebra puso en venta tres

millones de expedientes relativos a otros tantos ciudadanos, y un consorcio de aquel mismo país ha preparado, mediante computadoras, datos referentes a la situación económica de cien millones de personas, exactamente la mitad de la población.

Si agregamos a estos progresos la creciente difusión de las grabadoras, la utilización de técnicas de detección de mentiras, el lavado de cerebro, la publicidad subliminal, el refinamiento de los métodos de tortura y el uso, cada día más extendido, de las evaluaciones psicofisiológicas de la personalidad, concluiremos que los mundos de pesadilla imaginados un día por Huxley y Orwell han sido prácticamente alcanzados. El afán de dominación del hombre sobre el hombre y de la organización sobre el hombre no se para en barras. Por otro lado, el vacío, cada día más profundo, entre la técnica y la ley, acrecienta nuestro desvalimiento al tiempo que aumentan el desasosiego y el miedo. La Unesco recomienda, es verdad, a los estados la asunción de unas normas base para la formulación de un código internacional que proteja el derecho a la vida privada. Pero uno se pregunta, lleno de zozobra y ansiedad: ¿no serán los estados los primeros interesados en tolerar tales aberraciones si el uso de las técnicas mencionadas viene a consolidar su autoridad y su poder? Y ante esta posibilidad estremecedora se abre la gran interrogante: ¿no se nos habrá escapado de las manos las fuerzas que nosotros mismos desatamos y que creímos controlar un día?

La naturaleza agredida

Esta sed insaciable de poder, de elevarse en la jerarquía del picoteo, que el hombre y las instituciones por él creadas manifiestan frente a otros hombres y otras instituciones, se hace especialmente ostensible en la naturaleza. En la actualidad la abundancia de medios técnicos permite la transformación del mundo a nuestro gusto, posibilidad que ha despertado en el hombre una vehemente pasión dominadora. El hombre de hoy usa y abusa de la naturaleza como si hubiera de ser el último inquilino de este desgraciado planeta, como si detrás de él no se anunciara un futuro. La naturaleza se convierte así en el chivo expiatorio del progreso. El biólogo australiano Macfarlane Burnet, que con tanta atención observa y analiza la marcha del mundo, hace notar en uno de sus libros fundamentales que «siempre que utilicemos nuestros conocimientos para la satisfacción a corto plazo de nuestros deseos de confort, seguridad o poder, encontraremos, a plazo algo más largo, que estamos creando una nueva trampa de la que tendremos que librarnos antes o después». He aquí, sabiamente sintetizado, el gran error de nuestro tiempo. El hombre se complace en montar su propia carrera de obstáculos. Encandilado por la idea de progreso

técnico indefinido, no ha querido advertir que éste no puede lograrse sino a costa de algo. De ese modo hemos caído en la primera trampa: la inmolación de la naturaleza a la tecnología. Esto es de una obviedad concluyente. Un principio biológico elemental dice que la demanda interminable y progresiva de la industria no puede ser atendida sin detrimento por la naturaleza, cuyos recursos son finitos. Toda idea de futuro basada en el crecimiento ilimitado conduce, pues, al desastre. Paralelamente, otro principio básico incuestionable es que todo complejo industrial de tipo capitalista sin expansión ininterrumpida termina por morir. Consecuentemente con este segundo postulado, observamos que todo país industrializado tiende a crecer, cifrando su desarrollo en un aumento anual que oscila entre el dos y el cuatro por ciento de su producto nacional bruto. Entonces, si la industria, que se nutre de la naturaleza y envía los detritus de su digestión a la naturaleza, no cesa de expansionarse, día llegará en que ésta no pueda atender las exigencias de aquélla ni asumir sus desechos; ese día quedará agotada. La novelista americana Mary McCarthy hace decir a Kant redivivo, en una de sus últimas novelas, que «la naturaleza ha muerto». Evidentemente la novelista anticipa la defunción, pero, a juicio de notables naturalistas, no en mucho tiempo, ya que, para los redactores del Manifiesto para la Supervivencia, de no alterarse las tendencias del progreso «la destrucción de los sistemas de mantenimiento de la vida en este planeta será inevitable, posiblemente a finales de este siglo, y con toda seguridad antes de que desaparezca la generación de nuestros hijos». Robert Heilbroner, algo más optimista, aplaza este día terrible, que ya ha dado en llamarse «el Día del Juicio Final», para dentro de unos siglos, en tanto Barry Commoner lo reduce a cinco lustros: «Aún es tiempo –dice éste–, quizá una generación, dentro del cual podamos salvar al medio ambiente de la violenta agresión que le hemos causado». Para Commoner, la década que estamos viviendo, la década de los 70, «es un plazo de gracia para corregir las incompatibilidades fundamentales», ya que, de no hacerlo así, en los tres lustros siguientes la humanidad sucumbirá. A mi juicio, no importa tanto la inminencia del drama como la certidumbre, que casi nadie cuestiona, de que caminamos hacia él. Michel Bosquet dice, en *Le Nouvel Observateur*, que «a la humanidad que ha necesitado treinta siglos para tomar impulso, apenas le quedan treinta años para frenar ante el precipicio».

Como se ve, el problema no es baladí. Lo expuesto no es un relato de ciencia-ficción, sino el punto de vista de unos científicos que han dedicado todo su esfuerzo al estudio de esta cuestión, la más compleja e importante, sin duda, que hoy aqueja a la humanidad.

La naturaleza ya está hecha, es así. Esto, en una era de constantes

mutaciones, puede parecer una afirmación retrógrada. Mas, si bien se mira, únicamente es retrógrada en la apariencia. En mi obra *El libro de la caza menor* hago notar que toda pretensión de mudar la naturaleza es asentar en ella el artificio, y por tanto, desnaturalizarla, hacerla regresar. En la naturaleza apenas cabe el progreso. Todo cuanto sea conservar el medio es progresar; todo lo que signifique alterarlo esencialmente es retroceder. Empero, el hombre se obstina en mejorarla y se inmiscuye en el equilibrio ecológico, eliminando mosquitos, desecando lagunas o talando el revestimiento vegetal. En puridad, las relaciones del hombre con la naturaleza, como las relaciones con otros hombres, siempre se han establecido a palos. La historia de la humanidad no ha sido otra cosa hasta el día que una sucesión incesante de guerras y talas de bosques. Y ya que, inexcusablemente, los hombres tenemos que servirnos de la naturaleza, a lo que debemos aspirar es a no dejar huella, a que se «nos note» lo menos posible. Tal aspiración, por el momento, se aproxima a la pura quimera. El hombre contemporáneo está ensoberbecido; obstinado en demostrarse a sí mismo su superioridad, ni aun en el aspecto demoledor renuncia a su papel de protagonista. En esta cuestión, el hombre-supertécnico, armado de todas las armas, espoleado por un afán creciente de dominación, irrumpe en la naturaleza, y actúa sobre ella en los dos sentidos citados, a cual más deplorable y desolador: desvalijándola y envileciéndola.

La naturaleza desvalijada. La pueril idea de un mundo inmenso, inabarcable e inagotable, que acompaña al hombre desde su origen, se esfuma a mediados de este siglo con la aparición de aviones supersónicos que ciñen su cintura –la del mundo– en unas horas y con el primer hombre que pone su pie en la Luna. Las fotografías tomadas desde los cohetes lunares muestran al planeta Tierra como un pequeño punto azul en el firmamento, lo que equivale a reconocer que cien mil millones de otras galaxias pueden albergar, cada una, cientos de miles de sistemas solares semejantes al nuestro. La técnica, que puede mucho, evidencia que somos poco. Esto supone para el orgullo del hombre, en cierto modo, una humillación, pero también una toma de conciencia: la de estar embarcado en una nave cuya despensa, por abastecida que quiera estar, siempre será limitada. Esta convicción destruye la idea peregrina de la infinitud de recursos y presenta, a cambio, de cara al futuro, el posible fantasma de la escasez. Merced al perfeccionamiento de las técnicas de prospección, el hombre empieza a tocar ya las tristes consecuencias del despilfarro iniciado con la era industrial. La advertencia de la Oficina de Minas de Estados Unidos al respecto es sumamente precisa: las reservas mundiales de plomo, mercurio y platino durarán diez años; quince, las de estaño y cinc,

veinticinco, más o menos, las de cobre, y las de hierro y petróleo apenas setenta. ¿Qué suponen estos plazos en la vida de la humanidad? En rigor, algo tan insignificante que sobrecoge pensarlo. Pues bien, estos recursos, vitales para nuestra economía, se acaban y no son recuperables. ¿Qué hará nuestro flamante hombre industrial el día que los yacimientos de mercurio, plomo, cobre, cinc, estaño, hierro y petróleo se hayan agotado? Es difícil imaginarlo, pero por lo que atañe a este último –el oro negro– ya hemos podido vislumbrarlo en Europa durante la pequeña crisis de abastecimiento que estamos pasando. Una pregunta clave se impone, sin embargo: este consumo exagerado de recursos esenciales ¿es excesivo por exigencias normales de la industria o por una tendencia a la dilapidación que despierta el elevado nivel de vida de las sociedades evolucionadas? Por de pronto, hoy sabemos que Norteamérica, con sólo un seis por ciento de la población mundial, consume un cuarenta por ciento del total del papel, un treinta y seis por ciento de combustibles fósiles y un veinticinco por ciento del acero, mientras produce el setenta por ciento de los desperdicios sólidos del mundo. Entre Europa y Estados Unidos, con un dieciséis por ciento de la población mundial, devoran el ochenta por ciento de los recursos del globo limitados e irrecuperables. En lo atañedero a la agricultura ha llegado a afirmarse que los doscientos millones de americanos causan al planeta una destrucción pareja a la que podrían provocar, si existiesen, cinco mil millones de indios. Como puede observarse, gasto y daño van en razón directa con el grado de evolución.

Por mi parte puedo decir que mi estancia en Estados Unidos, hace unos años, me abrumó, entre otras cosas, por el dispendio que observaba a mi alrededor. Con los excesos americanos, pensaba yo entonces, podrían salir de pobres varios países subdesarrollados. Diariamente, en las primeras horas de la mañana, llamaban mi atención los millares de poderosos automóviles de veinte o treinta caballos desplazando cada uno a una sola persona a su lugar de trabajo. Daba la impresión de que los transportes colectivos, bien organizados y confortables, estaban allí de más. En otras palabras, cada americano malgastaba diariamente en acudir a su trabajo y en regresar de él treinta o cuarenta litros de gasolina. Tamaña frivolidad pude constatarla hace apenas nueve años. Pues bien, en tan breve plazo, este alegre y despreocupado derroche, si que con una importante corrección respecto al número de caballos, se ha trasladado a Europa y, más concretamente, a España. Los pies ya no sirven, en ninguna parte, dentro de ese mundo que hemos dado en llamar civilizado, para desplazarnos, sino para acelerar y desembragar. Como diría González Ruano, el hombre del siglo XX ha perdido la alegría de andar. Malgasta así, no sólo las riquezas

naturales comunes, sino su dinero y su salud. Mas ¿qué importancia tiene esto –se argumentará– frente al tiempo que se gana? Y yo me pregunto: ¿de veras gana algo con tales apremios el hombre contemporáneo? ¿No será más exacto afirmar que la mecanización lo ha desquiciado? ¿No resulta obvio que el hombre protegido por unos cristales y una chapa de hierro, con un pedal en el pie derecho capaz de impulsarlo a cien kilómetros a la hora, se torna duro, insolidario, hermético y agresivo? El gasto de combustibles fósiles, tiene, pues, sobre el gasto en sí, un elevado precio. La civilización, en sus últimas etapas, viene presidida por el signo de la prodigalidad. En treinta años hemos multiplicado por diez el consumo de petróleo. Damos la impresión de no querer enterarnos de que nuestra próspera industria y nuestra comodidad dependen de unas bolsas fósiles que antes de cien años se habrán agotado. El problema, en un próximo futuro, no radicará en hacer nuevas prospecciones y abrir nuevas calicatas. Un día no lejano, la Tierra dirá no a nuestras demandas. Eso sí, llegado el caso, el hombre podrá jactarse de una nueva proeza, en esta época de culto hacia las marcas: haberse bebido en un siglo una riqueza que tardó seiscientos millones de años en formarse.

Cabe una esperanza: la inseguridad de las previsiones en lo que se refiere a nuestras reservas. Pese a los modernos sistemas de prospección, son, en efecto, aleatorios los cálculos de nuestras disponibilidades de metales y combustibles. Amplias extensiones de África, Asia y Sudamérica están prácticamente inexploradas. Sin embargo, dado el ritmo de consumo, parece razonable pensar que nunca, por muchas sorpresas que la geología puede depararnos, los plazos señalados más arriba puedan aumentar más allá de cuatro veces. En cualquier caso, augurar para el plomo y el mercurio una duración de cuarenta años y de setenta para el estaño y el cinc, no es precisamente abrir para la humanidad unas perspectivas halagüeñas.

Pero, quizá, más terminante que especular con el futuro sea analizar nuestro presente, esto es, los problemas que ya son problemas, es decir, que ya están aquí, cuales son la pesca marina y el papel. En este punto, es justo situar, junto a la irresponsable voracidad del consumo, el contumaz envenenamiento del medio de que luego me ocuparé. La humanidad se resiste a embridar la técnica por la biología y así asistimos, frecuentemente, a auténticos disparates ecológicos, provocados por desconocimiento e imprevisión. La presa de Assuán, en Egipto, es un ejemplo ya tópico. De niños nos enseñaron que el limo que depositaban las avenidas primaverales en el valle del Nilo fertilizaba los campos, pero ignorábamos que, al mismo tiempo, fertilizaba las aguas del mar, en su estuario, hasta el punto de convertirlo en un sector privilegiado para la pesca de la sardina. Durante siglos, las sustancias nutricias que arrastraban las aguas hasta

la desembocadura permitieron capturas espectaculares, de hasta quince y veinte mil toneladas anuales de pescado. Hoy, tras la pérdida de nutrientes provocada por la represa del agua, apenas se consiguen quinientas toneladas, o, lo que es lo mismo, el suculento banco de peces ha desaparecido. A estas torpezas podemos añadir la rapacidad con que venimos actuando en medios que exigen, para pervivir, un tacto y una meticulosa reposición. Observemos lo que está sucediendo hoy, ahora mismo, en el famoso banco pesquero del Sahara. La riqueza y variedad de este retazo de mar, de más de doscientos mil kilómetros cuadrados de extensión, ha atraído cerca de cuatro mil embarcaciones de cien banderas distintas. El problema, salvo las dimensiones y el medio, es el mismo que el de la perdiz roja en Castilla la Vieja. Ni la perdiz castellana ni el besugo del banco sahariano pueden soportar esta presión. Así, las capturas en el mar del Sahara, según datos de Ángel Luis de la Calle, superan, el último año, el millón y cuarto de toneladas, cifra abultada que monta, con mucho, cualquier aspiración de rentabilidad razonable. Es manifiesto, pues, empleando un viejo y gráfico dicho, que estamos comiendo de lo vivo. A estas alturas, algunas especies –brecas, besugos– se han extinguido y otras muchas se encuentran en franca regresión. Para atajar este expolio insensato, únicamente cabe una ordenación internacional de la pesca, pero, ¿con qué autoridad contamos para este fin? Nuestros oceanógrafos consideran que la pesca mundial, no sólo en el banco del Sahara sino en todos los mares, ha desbordado con mucho la línea de recuperación o, como dice Lester Brown, dramáticamente, los «límites soportables».

Problema semejante es el del papelprensa, tal vez el símbolo más expresivo de nuestra cultura. No hay papel. El papel se acaba. En estos días, los rotativos más importantes del globo reducen drásticamente el número de páginas. Las fábricas, empero, trabajan a tope, pero la demanda desborda la producción. Mas la escasez no se resuelve en un día, ya que aun dando por buena una rápida adaptación de ciertas industrias similares a la elaboración de papel prensa, apenas conseguiremos aumentar la producción actual en un uno por ciento, cantidad manifiestamente inferior al déficit que hoy se acusa. La cuestión, entonces, no estriba en montar más fábricas, sino en alimentarlas, en plantar más árboles. Emmanuelle de Lesseps nos dice que un periódico de gran tirada se come diariamente seis hectáreas de bosque. Julio Senador, por su parte, advertía a principios de siglo, refiriéndose a Castilla, que cada árbol sacrificado era un nuevo paso hacia la miseria y la tiranía. Tal vez para obviar éstas, los japoneses, gentes de mucho ingenio, han dado en fabricar árboles de plástico para decorar sus campos y carreteras. Pero los árboles de plástico no tienen savia, no prestan cobijo a los pájaros, no facilitan madera, no

crecen; en una palabra, no viven. Sin embargo, el árbol de plástico es, al parecer, más elástico que el de madera y reduce, por tanto, la gravedad de los accidentes de automóvil, hecho que indujo al Gobierno francés en 1973 a considerar la oferta nipona para instalarlos en sus autopistas. He aquí un símbolo ostensible del positivismo que, como una niebla pertinaz, nos va envolviendo. El hombre de hoy antepone a la cultura, en sentido estricto, el goce material y, sobre todo, la seguridad. Pero si aceptamos como bueno el aserto de Senador, convendremos que nuestro mundo camina a marchas forzadas hacia la miseria y la tiranía. Las manchas forestales, el revestimiento vegetal de la Tierra, desaparecen. La vegetación arbórea es un estorbo. De 1882 a nuestros días más de un tercio de los bosques existentes en el mundo han sido destruidos. Dilatadas extensiones de Indonesia, el Congo y Kazajstán, ayer selvas impenetrables, ofrecen hoy al contemplador su monda desnudez. La humanidad requiere pistas y cultivos y, ante esta urgencia, elimina aquello –los bosques– que, momentáneamente, no le es necesario para sobrevivir. El doctor Piquet Carneiro, presidente de la Fundación para la Conservación de la Naturaleza en el Brasil, ha denunciado a su Gobierno que diariamente se derriban allí un millón de árboles con objeto de abrir las autopistas Perimetral Norte y Transamazónica, al norte y sur, respectivamente, del río Amazonas. No es preciso decir que sus voces de alarma contra estos tremendos arboricidios no encuentran eco. El primero vivir y luego filosofar se impone de nuevo. Por otra parte, la afrenta que los países atrasados infligen a la naturaleza está justificada. Porque ¿qué razones morales podrán aducir los países industrializados para vetar el noble afán de los países necesitados para salir de un hambre de siglos?

Nos encontramos, pues, con que el saqueo de la naturaleza, basado incluso en argumentos éticos, resulta por el momento irremediable. Occidente ha montado su prosperidad sobre el abastecimiento de materias primas de sus colonias y, una vez que éstas consiguen la autonomía, el viejo equilibrio se descompensa y se rompe. De aquí que, más que el gasto de metales y recursos no recuperables, a mí, personalmente y en líneas generales, me alarma el despilfarro de aquellos que pueden recuperarse y, sin embargo, no se recuperan. Gastar lo que no puede reponerse puede obedecer a una exigencia de un estadio de civilización voraz que a nosotros mismos, sus autores, nos ha sorprendido, pero terminar con aquello que nos es imprescindible y cuyo final pudo preverse revela un índice de rapacidad y desidia que dicen muy poco en favor de la escala de valores que rige en el mundo contemporáneo.

La naturaleza envilecida. Pero, sin duda, tan imprudente como el

despilfarro progresivo de nuestros recursos, es la disposición humana para ensuciar los que nos quedan, hasta el punto, en muchos casos, de hacerlos inservibles. Por este camino accedemos a una situación crítica: la actual complejidad técnica ya no nos permite utilizar unas cosas sin manchar otras. Esta actitud encierra un peligro inmediato, supuesto que a cambio de un poco más de comodidad hemos degradado el medio ambiente. Aparece así la contaminación, vocablo que está en todas las bocas y en las primeras planas de todos los diarios pero que todavía no ha podido modificar sustancialmente nuestra conducta. La conciencia de este riesgo inspiró, no obstante, las Conferencias de París de 1968 y Londres de 1970, y cristalizó en una serie de conclusiones bienintencionadas en el Congreso de Estocolmo de 1972. El hecho de que a esta última reunión asistieran representantes de ciento diez países indica que la preocupación se ha generalizado, pero, al propio tiempo, el que únicamente siete de ellos se avinieran a satisfacer una cuota para la constitución de un fondo de protección del medio demuestra que dicha preocupación ni es profunda ni se considera vital por la inmensa mayoría de los gobiernos. De la contaminación se habla mucho, como digo, pero la amenaza que comporta, salvo en casos aislados, no cala, no empuja a la acción. Por el contrario, cada país, por su cuenta y riesgo, sigue soñando con incrementar la renta nacional bruta y el nivel de vida de sus habitantes. El problema se estanca, pues, en la pura retórica. Las palabras no concuerdan con los hechos: digo que quiero limpiar pero en realidad lo que hago es seguir ensuciando. Empero, algo hay aprovechable en este Congreso de Estocolmo: por primera vez se acepta que las posibilidades de regeneración del aire, la tierra y el agua, aunque grandes, no son ilimitadas; por primera vez se acepta la posibilidad de que nuestro mundo se vuelva inhabitable por obra del hombre.

El hombre, desde su origen, guiado por unas miras que pretenden ser prácticas, ha ido enmendando la plana a la naturaleza y convirtiéndola en campo. El hombre, paso a paso, ha hecho su paisaje, amoldándolo a sus exigencias. Con esto, el campo ha seguido siendo campo pero ha dejado de ser naturaleza. Mas, al seleccionar las plantas y animales que le son útiles, ha empobrecido la naturaleza original, lo que equivale a decir que ha tomado una resolución precipitada, porque el hombre sabe lo que le es útil hoy pero ignora lo que le será útil mañana. Y el aceptar las especies actualmente útiles y desdeñar el resto supondría, según nos dice Faustino Cordón, sacrificar la friolera de un millón de especies animales y medio millón de especies vegetales, limitación inconcebible de un patrimonio que no podemos recrear y del que quizá dependieran los remedios para el hambre y la enfermedad de mañana. Así las cosas, y salvo muy

contadas reservas, apenas queda en el mundo naturaleza natural.

Pero podría parecer frivolidad dolernos de la desaparición de un paisaje –agravada últimamente por todo lo que una civilización primordialmente técnica trae consigo y por la burda inserción de lo urbano en lo rural– cuando ni siquiera somos capaces de mantener este paisaje domesticado en condiciones de habitabilidad aun a conciencia de que su degradación puede ser nuestra muerte. Durante los últimos años, el medio ambiente ha sido la víctima propiciatoria del progreso humano. Y, para mayor escarnio, la influencia del hombre se ha producido cuando menos trataba de influir en él, es decir, en la lucha frontal por producir ciertas alteraciones en el medio, el medio se ha resistido. Pongamos por caso, las tentativas rusas y americanas por modificar el clima, provocando la lluvia artificial, diluyendo la niebla o licuando el granizo. Estos proyectos, hasta el día, han tenido unos resultados muy cortos por no decir irrisorios; prácticamente han sido nulos. Los aviones siguen buscando un aeropuerto despejado para aterrizar cuando sobre el de destino se cierne la niebla, y las cosechas, periódicamente, se agostan por falta de agua o son arrasadas por la piedra sin que el hombre, pese a sus alardes técnicos, acierte a evitarlo. La influencia del hombre sobre el medio se ha producido, para mal, por vía indirecta, cuando ha pretendido forzar la producción de la tierra o multiplicar sus industrias o su velocidad en un nuevo intento por aumentar su confort y su nivel de vida. Es una vez más el culatazo del progreso. En este orden de cosas, el caso, ya citado, de los aviones a reacción es expresivo.

Otro tanto, aunque con un influjo más inmediato y palmario, podríamos decir de los gases de combustión expelidos por fábricas, calefacciones, automóviles, quemadores de basuras, etcétera, particularmente en las concentraciones industriales y las grandes ciudades. Esta contaminación, además de su nocividad sobre las vidas animal y vegetal, provoca serios trastornos en la salud humana, hecho especialmente patente en determinadas circunstancias meteorológicas. Lo ocurrido en el Valle del Mosa, Pensilvania y Londres es sumamente ilustrativo a este respecto. Por su parte, Manuel Toharia, desde el diario *Informaciones*, nos dice que el Madrid de 1973 ha estado más cargado de contaminantes que el Madrid de 1972 en un quince o veinte por ciento. Hoy, aunque a falta de datos concretos, podemos asegurar que el de 1974 lo ha estado más aún que el de 1973. Y yo me pregunto: ¿hasta cuándo podrá soportar nuestra capital esta mefítica progresión?

Por otro lado, sin ningún título científico, sino como hombre de campo, como simple cazador, vengo observando en amplias zonas de la meseta castellana –riberas del Duero en las proximidades de

Tordesillas, Benavente en Zamora, etcétera– una regresión de la perdiz roja en aquellos puntos en que el secano va siendo sustituido por el regadío. ¿Es que son incompatibles la perdiz roja y el agua? Lo ignoro. Simplemente constato el fenómeno. Pero sí se me ocurre pensar si este decrecimiento no estará relacionado con los distintos tratamientos de la tierra. Veamos. Las siembras de secano en Castilla no son fumigadas con pesticidas o lo son en muy escasa medida, en tanto la huerta –las patatas, por ejemplo– lo es hasta seis y siete veces por temporada, dosis que van en aumento ante la progresiva resistencia del escarabajo a todo tipo de fármacos. Llegados a este punto, la apelación a las teorías de la naturalista americana Rachel Carson se impone. Esta señora relaciona la casi total desaparición del petirrojo y el pigargo de cabeza blanca o águila calva, en Estados Unidos, con el abuso de pesticidas. En el mismo sentido discurren los informes de José Antonio Valverde, quien meses antes de la catástrofe ornitológica de Doñana, en septiembre de 1973, observó que los nidos de aguiluchos laguneros y zampullines albergaban huevos sin cascarón, apenas protegidos por una débil membrana. Estas sospechas nos llevan, aun sin quererlo, a las experiencias de los doctores De Witt, Rudd y Wallace, cuyos resultados coinciden. De Witt ha criado codornices incluyendo dosis crecientes de DDT en su dieta; los pájaros así alimentados no murieron y su puesta fue normal, pero contados de esos huevos dieron pollo y, de los nacidos, menos de la mitad sobrevivieron al quinto día de la eclosión. El doctor Rudd efectuó la misma experiencia con faisanes y, aquí, la puesta disminuyó a la mitad y, de los faisancitos nacidos, sólo una mínima parte lo hicieron en condiciones de viabilidad. Por su parte, los doctores Wallace y Bernard, que han experimentado con petirrojos, han llegado a conclusiones científicas dolorosas; elevadas concentraciones de pesticidas se almacenan en los testículos de los machos y los ovarios de las hembras, con lo que el veneno acumulado en la parte del huevo que alimenta el embrión es causa inmediata de su frustración y su muerte.

Entiendo que aplicar a nuestros campos los resultados de estas experiencias no constituye ningún disparate. Los plaguicidas podrán no afectar directamente a la integridad de las aves adultas –aunque ello dependerá, imagino, del grado de concentración– pero sí afecta, por lo que parece, a su reproducción. Y esto, que explica la desaparición del águila calva en Estados Unidos, puede también explicar la casi total ausencia de perdices jóvenes en los regadíos castellanos, siquiera esta causalidad esté todavía, en cierto modo, por demostrar. Mas la sola sospecha ya es turbadora, con mayor motivo cuando sabemos que el futuro nos reclamará dosis de pesticidas cada vez más elevadas, ya que aunque los países desarrollados consigan fármacos menos persistentes pero más tóxicos que los actuales, los

países pobres seguirán con los no degradables cuya fabricación es más barata. De este modo se calcula que si Asia, África y Sudamérica aspiran a doblar su producción agrícola, las ciento veinte mil toneladas métricas de pesticidas que hoy utilizan se convertirán, dada la mayor resistencia progresiva de los insectos a estas fumigaciones, en setecientas veinte mil. Venimos a caer así en otra de las trampas biológicas de que habla Burnet al enfrentarnos con una disyuntiva extrema: no comer o envenenarnos.

Este azote de la contaminación, que estoy tratando de concretar en unos ejemplos ilustrativos, asume tonalidades aún más sombrías en el mar, donde, por diversas vías –ríos, lluvias, barcos– confluyen todos los elementos contaminantes que el hombre ha puesto en circulación: residuos radiactivos, detergentes, petróleo, fosfatos, mercurio, plaguicidas, etcétera. Ciertamente las posibilidades de recuperación del mar son muy crecidas, pero a estas alturas del siglo XX el hombre puede también vanagloriarse de haberlas rebasado. Se abre así una eventualidad patética: la de la posible muerte del mar, posibilidad no muy remota, puesto que algunos mares interiores bien puede afirmarse que han entrado en agonía. El Báltico, por ejemplo, donde desembocan doscientos ríos procedentes, casi todos, de países fuertemente industrializados, es un gigantesco pozo de infección. A estas alturas, infinidad de peces padecen tumores –el «tumor rojo» lo contraen un setenta y cinco por ciento de anguilas–, otros sufren repugnantes enfermedades de la piel y no pocos mueren tras una prolongada fase de ceguera a causa de los residuos radiactivos de la central nuclear de Hmnö. Y todos los pescados de estas aguas, sin excepción, almacenan tales dosis de mercurio, DDT y PCB que su ingestión resulta gravemente peligrosa para el hombre (no olvidemos que basta una dosis de mil doscientos microgramos de mercurio para matar a un ser humano y la mitad para trastornarle gravemente su sistema nervioso). Resultan, pues, muy discretas y justificadas las advertencias del profesor sueco Gunnel Westö de que no se coma pescado costero más allá de una vez por semana, ni azul de altura, en raciones superiores a ciento cincuenta gramos, y la circular del Ministerio Marítimo polaco en el sentido de que hay extensos sectores del mar Báltico donde la vida ha desaparecido, puesto que ni las bacterias, ni los microbios han podido soportar el grado de contaminación de aquellas aguas. Algo semejante podríamos decir de nuestro Mediterráneo, aunque los estudios verificados hasta el día no sean tan minuciosos.

Sería un error, sin embargo, imaginar que «la muerte del mar» es problema restringido a aguas interiores o a áreas altamente industrializadas. Con una mayor o menor incidencia de contaminantes, el riesgo es general. El oceanógrafo Vital Alsar, que

realizó hace pocos años un periplo alrededor del mundo, manifestó que durante más de un tercio de su viaje no navegó sobre agua sino sobre petróleo. El petróleo –cuya extinción en la Tierra pronto deploraremos– se pierde en el mar en proporciones tan notables que ocasiona su asfixia, ya que la película de aceite que se extiende sobre su superficie impide la oxigenación del agua y la fotosíntesis, provocando la muerte de fauna y flora. Empero, este hecho únicamente se hace noticia de periódico cuando la derrama se produce de una vez y por accidente, como aconteció en 1967 con el petrolero *Torrey Canyon* originando la famosa «marea negra» que costó la vida a cien mil aves acuáticas. Pero si tenemos en cuenta que el *Torrey Canyon* desplazaba ciento dieciocho mil toneladas y que hoy se construyen petroleros de quinientas mil y se proyectan de un millón, concluiremos que la vida en el mar pende de un hilo, supuesto que estas derramas accidentales serán cada vez mayores y a ellas habrá que añadir los vertidos intencionados, procedentes de baldeos y limpieza de tanques, y otros ocasionales que, aunque sin tanta espectacularidad, vienen a representar anualmente lo que cuarenta o cincuenta *Torrey Canyon*. Y ante este problema la esperanza de que quien descubrió el mal descubrirá el remedio es muy vaga y remota. Por de pronto, el uso de disolventes que se aplicó ya a la «marea negra» en Inglaterra fue peor que la enfermedad. El profesor Eric Smith describe así el espectáculo de la costa después del tratamiento: «En la superficie del mar grandes cantidades de diminutos flagelados habían muerto o estaban muriendo. Los huevos de las sardinas se desintegraban o se desarrollaban anormalmente. En las rocas nada quedaba, salvo espesas matas de algas, muertas o moribundas. La superficie de los escollos estaba totalmente vacía de animales, mientras en la base se apiñaba un verdadero cementerio de conchas». Todo esto confirma que hemos creado una técnica avanzadísima con objeto de perfeccionar el mundo y lo que estamos consiguiendo es destruirlo. El navegante Cousteau, después de un largo viaje por los océanos Atlántico, Pacífico e Indico, realizando frecuentes inmersiones, declaraba en el Congreso de Londres que la vida submarina había disminuido en un treinta por ciento en los últimos quince años.

Mas el daño de la contaminación no es sólo directo. Sus efectos son muy complejos. Del Cañizo subraya la relación de la contaminación del medio y el hacinamiento con el desarrollo de ciertas afecciones psíquicas como la ansiedad, la angustia, la tensión, el erotismo y la agresividad. «Estadísticamente –dice– se ha demostrado que en una ciudad de doscientas cincuenta mil habitantes, se asesina el doble, se viola el triple y se roba siete veces más que en un conjunto de pueblos pequeños que sumen los mismos doscientos cincuenta mil habitantes».

Esto ratifica la afirmación de Erich Fromm de que para conseguir una economía sana hemos producido millones de hombres enfermos. Y posiblemente la cadena de males no se interrumpa aquí, puesto que del mismo modo que los contaminantes influyen en enfermedades degenerativas como el cáncer y la leucemia, según se ha demostrado, cabe que lo hagan también sobre ciertas enfermedades y malformaciones congénitas de las que se observa un incremento en nuestro tiempo. En cualquier caso, es obvio que las conquistas rutilantes de la técnica no bastan para ocultar sus miserias.

No desconozco, claro está, los esfuerzos recientes de algunos países para contrarrestar los efectos perniciosos de una mecanización desenfrenada. Los ejemplos de Londres al promulgar la Ley de Aire Puro de 1965 y la reunión de los países ribereños del Báltico en Gdansk el otoño de 1973 para intentar la recuperación biológica de este mar son, sin duda, dignos de ser imitados. Pero las iniciativas aisladas significan poca cosa en este terreno. Los hombres debemos convencernos de que navegamos en un mismo barco y todo lo que no sea coordinar esfuerzos será perder el tiempo. ¿De qué vale, pongo por caso, que Norteamérica instale depuradoras en sus fábricas de cemento si luego estimula la producción de las españolas –que no las tienen– para comprárselo más barato? ¿Qué adelantamos regulando la pesca de la ballena en acuerdos internacionales si Rusia y Japón eluden el compromiso para aprovecharse de la cordura y la inhibición ajenas? ¿Qué sentido tienen las precauciones suecas con los vertidos de sus papeleras si las rusas llenan el mar Báltico de mercurio? ¿Qué podemos sacar, en fin, en limpio de la disposición americana proscribiendo el empleo del DDT si al mismo tiempo envía sus excedentes a los países subdesarrollados a precios de saldo? Mientras el respeto a los delicadísimos mecanismos ecológicos no sea una actitud desinteresada y general, apenas adelantaremos un paso. En este juego participamos todos, pero nadie debe reservarse el derecho de hacer trampas. Nuestro planeta se salvará entero o se hundirá entero. Únicamente empleando la inteligencia y la razón podremos escapar de la amarga profecía de Roberto Rossellini cuando dice que «nuestra civilización morirá por apoplejía porque nuestra opulencia contiene en sí las semillas de la muerte».

Mi obra y el sentido del progreso

A la vista de los papeles garrapateados por mí hasta el día no necesito decir que el actual sentido del progreso no me va, esto es, me desazona tanto que el desarrollo técnico se persiga a costa del hombre como que se plantee la ecuación técnica-naturaleza en régimen de competencia. El desarrollo, tal como se concibe en nuestro tiempo,

responde, a todos los niveles, a un planteamiento competitivo. Bien mirado, el hombre del siglo XX no ha aprendido más que a competir y cada día parece más lejana la fecha en que seamos capaces de ir juntos a alguna parte. Se aducirá que soy pesimista, que el cuadro que presento es excesivamente tétrico y desolador, y que incluso ofrece unas tonalidades apocalípticas poco gratas. Tal vez sea así, es decir, puede que las cosas no sean tan hoscas como yo las pinto, pero yo no digo que las cosas sean así, sino que, desgraciadamente, yo las veo de esa manera. Por si fuera poco, el programa regenerador del Club de Roma con su fórmula del «crecimiento cero» y el consiguiente retorno al artesanado y «a la mermelada de la abuelita», se me antoja, por el momento, utópico e inviable. Falta una autoridad universal para imponer estas normas. Y aunque la hubiera: ¿cómo aceptar que un Gobierno planifique nuestra propia familia? ¿Sería justo decretar un alto en el desarrollo mundial cuando unos pueblos –los menos– lo tienen todo y otros pueblos –los más– viven en la miseria y la abyección más absolutas? Sin duda la puesta en marcha del programa restaurador del Club de Roma exigiría unos procesos de adaptación éticos, sociales, religiosos y políticos, que no pueden improvisarse. O sea, hoy por hoy, la humanidad no está preparada para este salto. Algunas gentes, sin embargo, ante la repentina crisis de energía que padece el mundo, han hablado, con tanta desfachatez como ligereza, del fin de la era del consumismo. Esto, creo, es mucho predecir. El mundo se acopla a la nueva situación, acepta el paréntesis; eso es todo. Mas mucho me temo que, salvadas las circunstancias que lo motivaron, la fiebre del consumo se despertará aún más voraz que antes de producirse. Cabe, claro está, que la crisis se prolongue, se haga endémica, y el hombre del siglo XX se vea forzado a alterar sus supuestos. Mas esta alteración se soportará como una calamidad, sin el menor espíritu de regeneración y enmienda. En este caso, la tensión llegará a hacerse insoportable. A mi entender, únicamente un hombre nuevo –humano, imaginativo, generoso– sobre un entramado social nuevo sería capaz de afrontar, con alguna probabilidad de éxito, un programa restaurador y de encauzar los conocimientos actuales hacia la consecución de una sociedad estable. Lo que es evidente, como dice Alain Hervé, es que a estas alturas, si queremos conservar la vida, hay que cambiarla. Pero a lo que iba, mi actitud ante el problema –actitud pesimista, insisto– no es nueva. Desde que tuve la mala ocurrencia de ponerme a escribir, me ha movido una obsesión anti-progreso, no porque la máquina me parezca mala en sí, sino por el lugar en que la hemos colocado con respecto al hombre. Entonces, mis palabras de esta noche no son sino la coronación de un largo proceso que viene clamando contra la deshumanización progresiva de la sociedad y la agresión a la naturaleza, resultados, ambos, de una misma actitud: la

entronización de las cosas. Pero el hombre, nos guste o no, tiene sus raíces en la naturaleza, y al desarraigarlo con el señuelo de la técnica, lo hemos despojado de su esencia. Esto es lo que se trasluce, imagino, de mis literaturas y lo que quizá indujo a Torrente Ballester a afirmar que para mí «el pecado estaba en la ciudad y la virtud en el campo». En rigor, antes que menosprecio de corte y alabanza de aldea, en mis libros hay un rechazo de un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea. Desde mi atalaya castellana, o sea, desde mi personal experiencia, es esta problemática la que he tratado de reflejar en mis libros. Hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada, al menos por nada noble. Y la destrucción de la naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste. Al hombre, ciertamente, se le arrebata la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante.

En el primero de estos aspectos, ¿cuántos son los vocablos relacionados con la naturaleza, que, ahora mismo, ya han caído en desuso y que, dentro de muy pocos años, no significarán nada para nadie y se transformarán en puras palabras enterradas en los diccionarios e ininteligibles para el *homo tecnologicus*? Me temo que muchas de mis propias palabras, de las palabras que yo utilizo en mis novelas de ambiente rural, como por ejemplo *aricar, agostero, escardar, celemín, soldada, helada negra, alcor*, por no citar más que unas cuantas, van a necesitar muy pronto de notas aclaratorias como si estuviesen escritas en un idioma arcaico o esotérico, cuando simplemente han tratado de traslucir la vida de la naturaleza y de los hombres que en ella viven y designar al paisaje, a los animales y a las plantas por sus nombres auténticos. Creo que el mero hecho de que nuestro diccionario omita muchos nombres de pájaros y plantas de uso común entre el pueblo es suficientemente expresivo en este aspecto.

Y, por otro lado, ¿qué será de un paisaje sin hombres que en él habiten de continuo y que son los que le confieren realidad y sentido? A este respecto, Frederic Ulhman, refiriéndose a la creación de la reserva de Cevennes, escribe en *Le Nouvel Observateur:* «¿Qué interés tiene preservar la naturaleza en un parque nacional si luego no se puede encontrar allí a los que, desde siempre, han vivido la intimidad de su país; si no se encuentra allí a los que saben dar su nombre a la montaña y que, al hacerlo, le dan vida? Cada vez que muere una palabra de *patois*, que desaparece un caserío solitario en pleno campo o que no hay nadie para repetir el gesto de los humildes, su vida, sus historias de caza y el mito viviente, entonces es la humanidad entera

la que pierde un poco de su savia y un poco más de su sabor». El chopo del Elicio, el Pozal de la Culebra o los almendros del Ponciano, a que me refiero en mi relato *Viejas historias de Castilla la Vieja*, son, en efecto, un trozo de paisaje y de vida, imbricados el uno en la otra, como los trigales de Van Gogh o nuestra propia casa animada por la personalidad de cada uno de nosotros y enteramente distinta a todas las demás incluso en el más pequeño de los desconchones. Cada una de esas parcelas del paisaje alberga historias o mitos que son vida, han sido vivificados por el Elicio o el Ponciano y, a la vez, hablan a los demás; el día que pierdan su nombre, si es que subsisten todavía físicamente, no serán ya más que un chopo, unos almendros o un pozal reducidos al silencio, objetivados, muertos, no más significantes que cualquier otro árbol o rincón municipalmente establecido. Y este destino, como añade Ulhman, nos advierte inequívocamente que nos estamos aproximando a uno más, y no el menos pavoroso, de los resultados de nuestra incontrolada tecnología: la pasión y muerte de la naturaleza.

El éxodo rural, por lo demás, es un fenómeno universal e irremediable. Hoy nadie quiere parar en los pueblos porque los pueblos son el símbolo de la estrechez, el abandono y la miseria. Julio Senador advertía que el hombre puede perderse lo mismo por necesidad que por saturación. Lo que no imaginaba Senador es que nuestros reiterados errores pudieran llevarlo a perderse por ambas cosas a la vez, al hacer tan invivible la aldea como la megápolis. Los hombres de la segunda era industrial no hemos acertado a establecer la relación técnica-naturaleza en términos de concordia, y a la atracción inicial de aquélla concentrada en las grandes urbes sucederá un movimiento de repliegue en el que el hombre buscará de nuevo su propia personalidad, cuando ya tal vez sea tarde porque la naturaleza como tal habrá dejado de existir.

En esta tesitura, mis personajes se resisten, rechazan la masificación. Al presentárseles la dualidad técnica-naturaleza como dilema, optan resueltamente por ésta, que es, quizá, la última oportunidad de optar por el humanismo. Se trata de seres primarios, elementales, pero que no abdican de su humanidad; se niegan a cortar las raíces. A la sociedad gregaria que les incita, ellos oponen un terco individualismo. En eso, tal vez, resida la última diferencia entre mi novela y la novela objetiva o behaviorista. Ramón Buckley ha interpretado bien mi obstinada oposición al gregarismo cuando afirma que en mis novelas yo me ocupo «del hombre como individuo y busco aquellos rasgos que hacen de cada persona un ser único, irrepetible». Es ésta, quizá, la última razón que me ha empujado a los medios rurales para escoger los protagonistas de mis libros. La ciudad uniforma cuanto toca; el hombre enajena en ella sus perfiles

característicos. La gran ciudad es la excrecencia y, a la vez, el símbolo del actual progreso. De aquí que el Isidoro, protagonista de mi libro *Viejas historias de Castilla la Vieja*, la rechace y exalte la aldea como último reducto del individualismo: «Pero lo curioso –dice– es que allá, en América, no me mortificaba tener un pueblo y hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: "Allá, en mi pueblo, al cerdo lo matan así o asao". O bien: "Allá en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón"... Y empecé a darme cuenta entonces de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero, y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillos y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y, con los años, no quedaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro».

Esto ya expresa en mis personajes una actitud ante la vida y un desdén explícito por un desarrollo desintegrador y deshumanizador, el mismo que induce a Nini, el niño sabio de *Las ratas*, a decir a Rosalino, el Encargado, que le presenta el carburador de un tractor averiado, «de eso no sé, señor Rosalino, eso es inventado». Esta respuesta displicente no envuelve un rechazo de la máquina, sino un rechazo de la máquina en cuanto obstáculo que se interpone entre los corazones de los hombres y entre el hombre y la naturaleza. Mis personajes son conscientes, como lo soy yo, su creador, de que la máquina, por un error de medida, ha venido a calentar el estómago del hombre pero ha enfriado su corazón. Así, cuando Juan Gualberto, el Barbas, protagonista de *La caza de la perdiz roja*, se dirige a su interlocutor, el cazador, y le dice: «Desengáñese, jefe, los hombres de hoy ya no tienen paciencia. Si quieren ir a América, agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro?», cuando el Barbas dice esto, repito, con su filosofía directa y socarrona, está exaltando lo natural frente al artificio avasallador de la técnica, está condenando los apremios contemporáneos, el automatismo y la falta de comunicación. En una palabra, está rechazando una torpe idea de progreso que, para empezar, ha dejado su pueblo deshabitado. El Barbas, como el resto de mis personajes, buscan asideros estables y creen encontrarlos en la naturaleza. El viejo Isidoro regresa de América con la ilusión obsesiva de encontrar su pueblo como lo dejó. A su modo, intuye que el

verdadero progresismo ante la naturaleza, como dice Aquilino Duque, es el conservadurismo. En rigor, una constante de mis personajes urbanos es el retorno al origen, a las raíces, particularmente en momentos de crisis: Pedro, protagonista de *La sombra del ciprés*, refugia en el mar su misoginia; Sebastián, de *Aún es de día*, escapa al campo para ordenar sus reflexiones; Sisí, el hijo de Cecilio Rubes, descubre en la naturaleza el sentido de la vida; a la Desi, la criada analfabeta de *La hoja roja*, la persigue su infancia rural como la propia sombra… Esta actitud se hace pasión en Lorenzo, cazador y emigrante, quien en un rapto de exaltación, ante el anuncio de una nueva primavera, escribe en su diario: «El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y matacandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que la vi a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas … Era un espectáculo … Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al terminar de crear el mundo».

Mis personajes hablan poco, es cierto, son más contemplativos que locuaces, pero antes que como recurso para conservar su individualismo, como dice Buckley, es por escepticismo, porque han comprendido que a fuerza de degradar el lenguaje lo hemos inutilizado para entendernos. De ahí que el Ratero se exprese por monosílabos; Menchu, en un monólogo interminable, absolutamente vacío; y Jacinto San José trate de inventar un idioma que lo eleve sobre la mediocridad circundante y evite su aislamiento. Mis personajes no son, pues, asociales, insociables ni insolidarios, sino solitarios a su pesar. Ellos declinan un progreso mecanizado y frío, es cierto, pero, simultáneamente, este progreso los rechaza a ellos, porque un progreso competitivo, donde impera la ley del más fuerte, dejará ineluctablemente en la cuneta a los viejos, los analfabetos, los tarados y los débiles. Y aunque un día llegue a ofrecerles un poco de piedad organizada, una ayuda –no ya en cuanto semejantes sino en cuanto perturbadores de su plácida digestión–, siempre estará ausente de ella el calor. «El hombre es un ser vivo en equilibrio con los demás seres vivos», ha dicho Faustino Cordón. Y así debiera ser, pero nosotros, nuestro progreso despiadado, hemos roto este equilibrio con otros seres y de unos hombres con otros hombres. De esta manera son muchas las criaturas y pueblos que, por expresa renuncia o porque no pudieron, han dejado pasar el tren de la abundancia y han quedado marginados. Son seres humillados y ofendidos –la Desi, el viejo Eloy, el tío Ratero, el Barbas, Pacífico, Sebastián…– que inútilmente esperan, aquí en la Tierra, algo de un Dios eternamente mudo y de un prójimo cada día más remoto. Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable buscan en vano un hombro donde apoyarse, un corazón amigo, un calor, para constatar, a la postre, como el viejo

Eloy de *La hoja roja*, que «el hombre al meter el calor en un tubo creyó haber resuelto el problema pero, en realidad, no hizo sino crearlo porque era inconcebible un fuego sin humo y de esta manera la comunidad se había roto».

Seguramente esta estimación de la sociedad en que vivimos es lo que ha movido a Francisco Umbral y a Eugenio de Nora a atribuir a mis escritos un sentido moral. Y, en verdad, es este sentido moral lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida. A mi juicio, el primer paso para cambiar la actual tendencia del desarrollo, y, en consecuencia, de preservar la integridad del hombre y de la naturaleza, radica en ensanchar la conciencia moral universal. Esta conciencia moral universal fue, por encima del dinero y de los intereses políticos, la que detuvo la intervención americana en el Vietnam y la que viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra. Esta conciencia, que encarno preferentemente en un amplio sector de la juventud, que ha heredado un mundo sucio en no pocos aspectos, justifica mi esperanza. Muchos jóvenes del este y del oeste reclaman hoy un mundo más puro, seguramente, como dice Burnet, por ser ellos la primera generación con DDT en la sangre y estroncio 90 en sus huesos.

Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la violencia y la incomunicación, de la autocracia y la desconfianza, de la injusticia y la prostitución de la naturaleza, del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura, de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana:

«¡Que paren la Tierra, quiero apearme!».

CARTA ABIERTA

[Un ecologista de vanguardia]

Carta enviada a la Universidad de Salamanca en agradecimiento
por haber sido nombrado Doctor Honoris Causa,
en noviembre de 2008

Querida Universidad de Salamanca:

Cuando a mis casi noventa años creía tener todo preparado para marchar, me sorprende la buena noticia: el doctor José Ramón Alonso, vuestro rector, me comunica que he sido elegido Doctor Honoris Causa por la Facultad de Biología a propuesta del doctor Miguel Lizana. Releo la carta incrédulo. ¿Por qué Salamanca? ¿No es ésta la universidad de Fray Luis y Unamuno? Es obvio que la lista de los nombres de la Universidad de Salamanca no es una lista cualquiera. Su talla intelectual a lo largo de la historia es infrecuente y ha sido reconocida por todo el mundo culto: «El que quiera aprender que se vaya a Salamanca», se dice aquí, en Estocolmo y en Perú. El viejo dicho no alude a ningún otro sitio, únicamente a Salamanca. Pues bien, es esta Universidad la que llega ahora, a mis casi noventa años, a regalarme con su más alta distinción: Doctor Honoris Causa. ¿Por literato? ¿Por gramático? ¿Por académico?... ¡Por favor, nada de eso! Como sabia que es, la Universidad de Salamanca buscó sus propias razones. Nada de mi infalibilidad gramatical, ni de la presunta perdurabilidad de mi obra. La Universidad de Salamanca, segunda sorpresa, me designa doctor no por una mentira piadosa ni por una probabilidad entre ciento, sino por haber sido ecologista antes de que esa palabra existiese. La Universidad de Salamanca huye de tópicos y crea sus razones: no mi infalibilidad gramatical –que nunca existió–, ni la presunta perennidad de mi obra, que aún está por ver. Mi tocayo Miguel Lizana me considera un ecologista de vanguardia, sencillamente. Un amante defensor de la naturaleza. Esto es cierto, no una fantasía. Yo había nacido naturalista, como otros nacen rubios o morenos. Y me nacieron así frente al Campo Grande de Valladolid, un lugar indicado, pero yo pasé la vida buscando un campo todavía más grande que el Grande. Lizana ya apuntó mi ecologismo prematuro con motivo de mi libro *Un mundo que agoniza*, y mi discurso de ingreso en la Academia. Pero la verdad es que, por entonces, yo era ya un ecologista experimentado que a los tres años cazaba grillos en los ribazos de Geria, con mi padre, que solía ponerlos sobre su calva, bajo

el sombrero, para oírlos cantar en el viaje de vuelta. Luego vino todo lo demás. Fui, pues, un ecologista nato.

En 1998 sufrí una operación de cáncer. Salí vivo del quirófano pero disminuido, reducida mi vitalidad en un cincuenta por ciento. No sólo me faltaban hematíes, millones, sino memoria, vista y capacidad de concentración. No podía escribir ni cazar perdices rojas... No valía ya para la vida. Estaba acabado.

Pero aún me quedaba el rabo por desollar. Delibes no podía ir a Salamanca: ni su edad ni su salud se lo permitían, pero esto tampoco fue un problema para el rector. De nuevo salió a relucir la inteligente simplicidad de la vieja universidad: «Si Delibes no puede venir a Salamanca; Salamanca sí puede ir a Delibes»; y una tarde se presentaron en mi casa los doctores Alonso y Lizana con el diploma, la medalla y todos los atributos pertinentes para el acto. ¡Qué hermosa velada! No hubo discursos pero la cordialidad sustituyó con ventaja a la ceremonia. Tres hijos míos, Ramón García y Henar Sastre, que nos inmortalizó, fueron testigos suficientes. Pocos pero bien avenidos.

De 1998 –fecha de mi operación– a 2008, no he escrito profesionalmente una sola palabra. Tenía la impresión de haber perdido diez años. Pero ¿los había perdido en realidad? Esta inesperada decisión de Salamanca abre mis dudas. La espera era necesaria: Salamanca, por lo visto, maduraba la propuesta de Lizana. O sea, yo no estaba todavía acabado. Me faltaba una última satisfacción. Este nombramiento de su universidad que, según reza el viejo dicho, es la que sabe.

Muchas gracias a todos y un saludo cordial.

Sobre libros y literatura

La difícil vida del escritor

Hacía notar recientemente el agudo César González Ruano la dificultad que encierra para el escritor el cambio de género literario. A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de esta hora con más artículos periodísticos sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. Esto indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil, difícilmente adaptable.

Diríase que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree.

Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras tareas que nada tienen que ver con ella. Tal cosa sucede porque generalmente la pluma no le da al escritor español para vivir, ni le dan, por sí solas, para vivir la otra u otras ocupaciones, no se sabe si principales o accesorias. En una sociedad bien organizada, el escritor debería vivir de su pluma, el profesor de su cátedra y el abogado de sus pleitos. Hoy no sólo no ocurre así, sino que un hombre, compaginando las tres cosas, apenas si sale adelante teniendo tras sí una familia modestamente numerosa.

Ya es un mal que un hombre desempeñe cargos que deberían desempeñar tres hombres, pero no lo es menos el esfuerzo que supone vaciar la cabeza de unas ideas cada dos horas para llenarla de otras ideas completamente distintas, supuesto que pretender alimentar todas al mismo tiempo es el principio del caos. Cuando un escritor se dedica casi exclusivamente a escribir artículos, un impulso inconsciente le da cuerda para las cuatro o cinco cuartillas que le son precisas. Otro tanto digo del escritor especializado en el cuento o en la novela. Casi diría que el grifo de las ideas se cierra automáticamente al alcanzar el tope. En el escritor hay un instinto que la rutina hace más sutil, que facilita su labor en tanto no abandone los cauces habituales, pero que resulta contraproducente en el momento en que cambia de género. Ello explica que los ensayos del escritor de novelas respondan a una técnica de novela, y a una técnica de ensayo la novela del escritor de ensayos. Acabo de leer la única novela escrita por el filósofo Bertrand Russell, y ello me ha servido para reafirmarme

en mi opinión.

La mayor dificultad para el escritor reside en coger el tono. Cada cosa requiere su tono, y de ahí que el cambio de género comporte desasosiego. Uno piensa, en esos casos, que jamás volverá a escribir, porque ello significa un esfuerzo desproporcionado. En cambio, cogido el tono –que tal vez podríamos identificar con la manida inspiración–, uno podría escribir cuatro, seis artículos, dos o tres capítulos de novela seguidos, sin gran esfuerzo. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el momento propicio para abordar la trilogía. Quiero decir con esto que, una vez cogido el tono, es más meritorio economizar elementos que dar rienda suelta al caudaloso torrente que nos desborda; es mucho más difícil hacer una novela corta que una larga. Lo peliagudo en ese momento psicológico, en cierto modo propicio, sería, para el novelista, escribir un artículo de periódico, y para el articulista, un capítulo de novela.

Esto nos lleva a la conclusión de que los escritores, como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. Aunque tal vez de ese modo el escritor se esterilizase en una reiteración mecánica de tono y medida. Uno no sabe ciertamente a qué carta quedarse, siquiera rehúya de antemano y por instinto lo que le procura un desgaste mayor. Es muy posible que en el esfuerzo esté no sólo la dignificación, sino la hondura, mientras en el trabajo fácil y rutinario no haya sino mediocridad. Sea como quiera, en España seguirá el escritor escribiendo un artículo por la mañana y un capítulo de novela por la tarde. Eso en el mejor de los casos. No olvidemos que en nuestro país son frecuentes los seres que pasan el día tras un mostrador, o a la vera de una ventanilla, para poder escribir sus versos o sus novelas por la noche, robándole horas al sueño.

1954

Un viajero de tercera

Biografías como la última que he leído, de Albert Schweitzer, premio Nobel de la paz 1953, deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en esta hora en que todos nos esforzamos por ser más ricos, pero muy pocos por ser mejores o más útiles a la comunidad. Albert Schweitzer nos brinda una lección múltiple, como múltiple y polifacético fueron su talento y su vitalidad. A mi entender, lo menos ejemplar de Albert Schweitzer, con serlo mucho, fueron sus ideas. El ejemplo de Schweitzer es ejemplo de conducta; Schweitzer es el prototipo de hombre que, pese a su valía, solicita siempre el puesto más incómodo y de mayor responsabilidad. No se conforma con invitar al prójimo a la acción; él es la acción.

Quiero decir con esto que Albert Schweitzer no pronuncia una lección dogmática; Schweitzer no es el orador apasionado y henchido; es, sencillamente, un franciscano; un hombre que predica con el ejemplo. En el momento de su consagración en Europa como artista y como intelectual, Schweitzer lo abandona todo para atender a los sufrimientos de sus hermanos negros en el corazón de África. Lambarene, su ciudad-hospital, constituye un símbolo de lo que podría llegar a ser el mundo si los problemas universales se planteasen con la generosidad y elevación de miras con que lo hizo siempre en su reducido mundo el organista de Günsbach.

Anotemos algo esencial: para Schweitzer, la acción no es la violencia. Schweitzer –de ahí su lección sustancial– detesta la violencia y demuestra, sin embargo, que existe un heroísmo superior al que depara el uso de las armas. El meollo de la profunda filosofía de Albert Schweitzer, que forjó sus ideas entre los más prosaicos y abnegados menesteres, reside en la máxima del «profundo respeto a la vida». En esta época en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe brutal, la trayectoria de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado.

La singularidad de este ser reside precisamente en su decidida oposición a las corrientes que privan en su época. Así, su polifacetismo asombroso. Schweitzer es el hombre que no delega en los demás las tareas accesorias. Todo lo lleva a cabo él solo. Su fecunda vida constituye una prueba palpable de las posibilidades del individuo cuando son alentadas por un ideal. Schweitzer es la constancia; es el hombre que inició distintos caminos y los recorrió todos hasta el fin. Su polifacetismo resulta sorprendente en una era cada vez más dada a la especialización, al dominio exhaustivo, con rigurosa exclusividad, de una minúscula parcela de ciencia. Schweitzer es aún más inquieto que los grandes hombres del Renacimiento italiano: predicador y médico; organista y filósofo; arquitecto y misionero; conferenciante y labrador. Asombra observar cómo un hombre de tantas y tan opuestas facetas pudo alcanzar en una sola vida el relieve máximo en cada una de ellas.

Mas la suprema lección que nos brinda este ser extraordinario es una lección de modestia. En esta época tan dada al endiosamiento, donde hasta el más mediocre pontifica y el presunto valor no tiene paciencia para aguardar la confirmación ajena, alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer, un hombre desentendido de toda vanidad, que ni aun en los días en que su nombre fue triunfalmente paseado por los cinco continentes, renunció a su proverbial humildad, a su vocación por los vagones de tercera clase, cuando son tantos –¡oh, Dios!– los que hoy viajan en clase superior a la que en realidad les corresponde.

Todo esto me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de estos hombres verdaderamente grandes en lugar de calentar las mentes infantiles con hazañas de violencia en las que el odio, generalmente, es el principal factor.

1956

La mantisa

En reciente ocasión he comentado el absoluto divorcio que existe en nuestro país entre los hombres de números y los hombres de letras, una vez que sobre los diecisiete años se llega a la encrucijada y se hace indispensable la opción. Tras la elección llega el divorcio y, para el hombre de números, una vez afianzado en su esfera, la lectura de un poema equivale a una claudicación, mientras para el de letras la resolución de una raíz cuadrada implica una tarea evidentemente superior a sus fuerzas. Existe entre ambos mundos, más que un encono, una absoluta y displicente incomunicación.

La asistencia ocasional a unos ejercicios de reválida me ha permitido escuchar la palabra *mantisa* después de casi veinticinco años de no oírla, con la particularidad de que dicha palabra ha tenido la virtud de reavivar en mí sensaciones y aun emociones ya casi olvidadas, pero que afloraron en tal circunstancia como al conjuro de un aroma o una canción. En la aridez fría y práctica del área matemática, la palabra *mantisa* siempre me resultó como un vientecillo sutil y liberador. Junto a voces tan rotundas y contundentes como *ecuación* y *teorema*; junto a palabras de tan desagradable sabor quirúrgico como *quebrado* y *cálculo integral*; junto a palabras de tan acentuado ritmo mecánico como *media diferencial* y *potenciación*; junto a palabras, en suma, ambiguas, vagamente taimadas, como *característica* y *número E*, impregnadas de un difuso y vergonzante tufillo literario, la mantisa suponía la presencia del eterno femenino, de lo fragante y elástico, de lo noblemente sentimental, dentro del mundo de habas contadas, positivo y prosaico, de las matemáticas. La mantisa era, al margen de su significado –que jamás acerté a comprender del todo–, la eufonía dentro de un mundo de aristas pungentes, rígido y enterizo.

Ahora la palabra, surgida al azar, en unos ejercicios de reválida, vuelve a producirme análoga impresión. Uno no acierta a comprender la presencia de una palabra tan engrasada y eufónica, tan torneada y literaria, en el austero campo de la matemática. Puesto a reflexionar sobre ello, uno llega a la conclusión de que hasta los temas más ásperos requieren en la vida el contrapunto de la dulzura, el lubricante del sentimiento. En este sentido, la suavidad de la palabra

mantisa viene a subrayar la rigidez mineral de las palabras *binomio* y *polinomio, substracción* y *corolario*; es su contrapunto. Así las cosas, la mantisa es a las matemáticas lo que la rubia del *saloon* a las películas de vaqueros, lo que el pájaro a la novela tremendista, lo que el oasis al desierto, lo que la enfermera al hospital de heridos de guerra, lo que el aceite al motor, lo que el hada benéfica, en suma, a un cuento de brujas horripilantes.

La mantisa –¡oh dulce y hermosa palabra!– anda perdida ahí, en el frondoso bosque de los coeficientes y los logaritmos, los axiomas y los postulados, como una Mata-Hari de las bellas letras, paracaidista en la retaguardia de los números sin corazón; como una vaga promesa para quienes aguardan la liberación de su purgatorio matemático; como una presencia tonificante y esperanzadora. Uno, que en el fondo no es más que un sentimental, cree honradamente que si ha de llegar el día que entre el mundo de las letras y el de los números se haga la paz y brille la concordia, éstas no se lograrán a través del número E, ni a través de la falaz característica, con toda su carga de pretensiones, con toda su torpe y rastrera ambigüedad, sino a través de la candorosa, espontánea y sufrida mantisa, esa humilde palabra, exilada y perdida, a la cual rindo hoy desde aquí mi modesto homenaje de hombre de letras.

1957

Primeras novelas

Hace pocos días me decía Ángel Oliver en Cartagena, con aplomo autocrítico plausible, que su segunda novela representaba con respecto a la primera un paso considerable. Oliver daba a este progreso un carácter general. «Hay que ver –me decía– cuántas tonterías deja uno de decir en su segundo libro». Ángel Oliver venía a reconocer, seguramente sin proponérselo, que los novelistas primerizos pecan más por exceso que por defecto, y, en consecuencia, las novelas que inician una carrera de escritor no están, en contra de la opinión vulgar, faltas de literatura, sino sobradas de ella; una primera novela es, de ordinario, un torrente de palabras abrumador, un desahogo espontáneo y, como tal, desordenado y prolijo.

Esto significa que el novelista nato, cuando rompe el fuego, considera demasiado romos a sus presuntos lectores, y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia ésta que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua, una superabundancia de elementos literarios que en buena parte la enervan, cuando no la esterilizan. Tal cosa nos lleva a pensar que el perfeccionamiento en el camino de la

novela no estriba en añadir, sino en seleccionar. El novelista, dueño de un argumento y unas palabras, ha de disponer estos elementos de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible, que consiga el impacto reduciéndolos al mínimo, depurándolos de hojarasca superflua. Por regla general, el primer libro se le va de las manos al autor, lo desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por él. Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que esas excepciones, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. Lo común es que los primeros pasos del novelista sean vacilantes, imprecisos, no por no tener nada que decir, sino por tener demasiado; llega un momento en que el escritor es incapaz de controlar todos los resortes puestos en juego por su pluma y la rebelión se hace inevitable.

El novelista joven, que en su primera obra se queda corto, denota falta de imaginación, poca experiencia y exigua vida interior. Lo normal es que un hombre joven, que por vez primera se sienta ante un mazo de cuartillas impolutas, pierda pronto el sentido de la medida. Lo natural es que la vitalidad se imponga al criterio artístico, que la facultad de selección se enturbie a las primeras de cambio. El desequilibrio entre lo físico y lo psíquico es notorio. No basta para evitarlo una formación intelectual profunda. El novelista joven, como el perro de caza que se inicia, es trotón y, por muy fino y sensitivo que sea su olfato, prevalecerá, a la postre, su juventud. Tal vez sea ésta la razón que justifique el aserto de Duhamel, según el cual, aunque es posible ser buen poeta en plena juventud, no se puede ser buen novelista hasta la madurez.

Todo esto me lleva a pensar que la mayor parte de las primeras novelas tienen todo lo que necesitan para ser discretas; si no lo son, no es tanto por lo que les falta cuanto por lo que les sobra. De aquí que una supervisión crítica reflexiva podría equilibrar obras que el inexperto autor, al afectar sus primeras armas, ha alumbrado desequilibradas. Esto equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación, sino por lo que con el tiempo va ganando en punto a discernimiento, capacidad de selección y sentido autocrítico. El novelista madura cuando aprende a administrar, cuando para imprimir un matiz determinado o una situación acierta a hacerlo con una palabra en lugar de emplear una frase; en definitiva, el novelista está a punto cuando elimina de sus obras «las tonterías», cuando su criterio se muestra apto para separar el grano de la paja, o lo que es lo mismo, cuando incorpora a su labor el don inestimable de la sobriedad.

Sí era de los nuestros

A mi retiro de Valladolid llega la noticia de la muerte del escritor Vidal Cadellans, en su retiro de Igualada, a los 31 años de edad. La noticia me ha dejado paralizado unos instantes, pues, aunque no conocía personalmente al escritor, sí lo conocía a través de sus libros, de sus escritos en los periódicos y, sobre todo, de las extensas cartas que me dirigió, hace ahora poco más de un año, con ocasión de un incidente poco grato del que fui protagonista.

A través de estas cartas, Vidal Cadellans me evidenció su necesidad de comunicación, su nobleza de alma, su efusividad y, antes que nada, su sinceridad. Todas estas cualidades ya las barruntaba yo después de leer su libro *No era de los nuestros*, premiado con el Nadal, libro, que, por encima de su valor literario, encerraba un alto valor documental al denunciar una vieja lacra de la sociedad española, siquiera a su autor le pareciera «mediocre y muy por debajo de lo que quisiera haber escrito». De entrada, era, pues, José Vidal un hombre modesto que cultivaba con amor su libertad interna y a quien le dolía España, ya que como ser sensible que era estaba persuadido de que el convencimiento de la perfección patria, personal o de la propia obra es el primer indicio de esterilidad. Tras sus desengaños –«Me repongo de una simpática enfermedad de pulmón que me ha acompañado fielmente diecisiete años...», «He conocido de cerca eso tan desagradable que llamamos pobreza...», «Cuando tenía catorce años tan sólo, murió mi padre...»–, tras sus desengaños, digo, José Vidal llegó a tres importantes conclusiones. Primera: «Lo interesante es el hombre, el Juan de la calle, el hombre tal como es...». Segunda: «Creo que la gente se entiende hablando, pero que es preciso aprender a hablar y a entenderse... y por ello nuestra responsabilidad de escritores es muy crecida...». Y tercera: «Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, esas llamas vacilantes en medio de la tempestad...».

He aquí el mensaje de un joven muerto, de un hombre que se va antes de poder decir muchas cosas: «Estoy ahora tratando de encontrar algunos diarios o revistas en los cuales decir una parte de lo que me muerde el alma, pero la necesidad de gritar a los que duermen, de hacer lo posible, a pesar de todas las limitaciones, para que los españoles piensen por su cuenta, casi me obligaría a disponer de un diario entero». A José Vidal, a los treinta años, le roe el sentido de la responsabilidad, un anhelo apasionado de difundir su noble

inquietud. Sin embargo, no es pesimista: «La vida me ha venido a tratar bastante bien, ya que los largos años de enfermedad me obligaron a abandonar mi recién empezado oficio de encuadernador, abandoné asimismo el de burócrata, más acorde con mi precaria salud, pero incompatible con mi carácter, y he pasado un total de ocho años sobre estos dieciséis o diecisiete de enfermedad en que no he trabajado, lo cual me ha permitido leer cantidades abusivas de libros, aprender algunos idiomas para poder leer más (aprendí inglés para leer a Shakespeare y me daba a todos los diablos, ahora hace diez años, porque me estaba muriendo y no tenía tiempo de acabar de aprenderlo, ya que sólo entendía el "to be or not to be" y para de contar) y disponer de muchísimo tiempo para pasear y pensar».

De otro modo, José Vidal Cadellans se reponía –creía él que se reponía– y, en su ilusión, elaboraba proyectos para el porvenir: «Vivo en un pueblecito cercano a Barcelona –montaña y bosque–, trescientos cincuenta metros de altitud sobre el nivel del mar, como dicen las placas de las estaciones, y entonces me iré a vivir a Igualada, calle San Cristóbal, núm. 2, 2.° 2.ª, donde tienes tu casa». «Mientras, preparo una extraña novela, *Ballet para una infanta melancólica*, manifestación de un joven airado o *young angry man*, que soy yo, bajo una forma bastante especial, pero es una manera de decir que estamos hartos de pillos y que todo lo que nos predican como bueno y eterno es paja y polvo».

Vidal Cadellans esperaba salir a la luz –¿ha salido, tal vez antes de lo que esperaba?– y confiaba, según su último mensaje, en que «si todos aquellos que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas nos ponemos de acuerdo y nos animamos mutuamente y nos decimos mutuamente que no todo es estupidez y tontería y pelotillerismo y luchamos juntos contra todo esto, este país no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. ¿Nos apuntamos al optimismo?».

Se nos ha ido un hombre joven, con el alma extrañamente madura; un hombre cuyo rostro jamás tuve frente a mí, pero al que creía conocer más profunda, lúcidamente que a muchos de los seres con quienes la vida me enfrenta a diario. Silenciosa, humilde, cristianamente ha descansado en su rincón catalán José Vidal, y yo, con el pulso aún inseguro, quiero rendirle desde mi rincón castellano el homenaje de estos renglones.

1960

Camba o la sobriedad

Ha muerto Julio Camba. Julio Camba fue un periodista parco en

palabras o, dicho de otra manera, un maestro de periodistas. Porque las facultades de un escritor de periódicos deben medirse, antes que por su retórica y por lo que dice, por el número de palabras que utiliza para decirlo. Y Julio Camba fue un hombre que no necesitó jamás demasiadas palabras para exponer una idea o contarnos una historia divertida. Y no otra cosa, creo yo, debe encerrar un artículo de periódico.

En este sentido, Camba fue un precursor. Quiero decir que, en los tiempos en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia. Fue Camba quien advirtió que el periodismo es sobriedad. En buena parte, los destinatarios de los periódicos son gentes apresuradas, que gustan de los titulares gruesos, los anuncios grandes y los artículos chicos. De esta manera, los escritores inteligentes, en plena fiebre retórica, se identificaron con el viejo aforismo: lo bueno, si breve, dos veces bueno. (Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, en aquel tiempo, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas y por conferenciantes cuyas disertaciones rara vez duraban menos de un par de horas. De ordinario, los escritores como Camba –de chispazo fulgurante, pero efímero– no apelaban a ese aforismo; sencillamente, lo ponían en práctica). Es decir, en una época en que el periodismo, la literatura y la dialéctica venían crecidos, abombados de retórica, Julio Camba fue un escritor en estiaje; poca agua pero transparente. Éste ha sido, a buen seguro, su legado.

En nuestros días, las modas artísticas se suceden sin que su destinatario –el hombre de la calle– tenga tiempo de digerirlas. El artista, el escritor, rara vez aspira hoy a mejorar lo presente, sino en llamar la atención ejecutando algo distinto. Julio Camba se limitó a hacer lo que hacían los demás, pero intentando superarlo por medio de la síntesis. He aquí una lección de humildad –y de buen sentido– que a los escritores de las nuevas generaciones nos convendría tener en cuenta.

1962

Los premios literarios

A cuenta de los premios literarios se ha consumido mucha tinta en el país: la tinta consumida «para» los premios –por los concursantes– y la tinta consumida «sobre» los premios –por los críticos y comentaristas. Éstos, de ordinario, se han polarizado en posiciones antagónicas: los premios son nocivos y los premios son beneficiosos. Es ahora cuando surge una peregrina tercera posición: los premios de instituciones no mercantiles son beneficiosos porque son desinteresados y los premios

de entidades mercantiles –léase editoriales– son nocivos porque son interesados.

He aquí una valoración de los premios literarios harto caprichosa y simplista. Este criterio diferenciador se asemeja bastante al utilizado por los autores de westerns, según los cuales los tipos del sombrero tejano son buenos, y malos los que llevan plumas en la cabeza. Tal disposición, cuando la adopta un galardonado por entidades no mercantiles, es pareja a la de aquel padre de cinco criaturas cetrinas, para quien los niños morenos eran indefectiblemente más fuertes y despabilados que los niños rubios.

¿Y qué es lo que se achaca a los premios literarios otorgados por editoriales? Sencillamente, que son –o aspiran a ser– un negocio, y en los negocios, ya es sabido, operan circunstancias ajenas a la literatura. Uno, con sus modestas entendederas, imagina precisamente lo contrario, es decir, que el hecho de que los premios de editoriales aspiren a ser un negocio es lo que constituye para el concursante una garantía: su libro, a buen seguro, será leído. Uno está por ver a un comerciante que adquiera su mercancía entre un centenar de modelos que se le ofrecen al mismo precio sin tomarse la molestia de echar antes un vistazo sobre el muestrario.

Yo pienso que son muy pocos los que al hablar de los premios literarios aciertan a desentenderse de su circunstancia personal. De ordinario, cada cual habla de los premios conforme le fue en ellos. Mas uno no considera difícil ser objetivo al abordar esta cuestión. Por de pronto, a estas alturas, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas tanto para juzgar a los hombres como para juzgar a las instituciones. Hoy son ya muy pocos los que se decidirían a catalogar a un hombre por los colores de su bandera. Así, uno considera que hay premios poco honestos entre los concedidos por instituciones y premios honestos entre los discernidos por editoriales. Y a la inversa. Y por lo que se refiere a la influencia de los premios –procedan de donde procedan– en la marcha literaria del país, habrá que establecer una diferencia; es decir, los premios, como todas las cosas, tienen su cara y su cruz.

Cara: los premios han servido para encauzar el relativo interés de los lectores españoles hacia los autores nacionales. (Recuérdese a este respecto que las librerías españolas en 1944 estaban en manos de los Lajos Zilahy, André Maurois, Margaret Mitchell, Daphne du Maurier, las hermanas Brönte, etcétera.) Los premios han estimulado a los jóvenes escritores españoles. Los premios, en fin, han servido a menudo para realizar pingües negocios editoriales. En suma, el triángulo autor-editor-lector se ha beneficiado con ellos.

Cruz: los premios han proliferado tanto en poco tiempo, que a estas alturas es materialmente imposible destacar, cada año y cada premio,

una obra meritoria. Consecuencia: la masa lectora que hace pocos años pedía en las librerías premios y no novelas, solicita hoy novelas y no premios. Los premios, en virtud de la frecuencia con que han servido gato por liebre, se han desprestigiado. Quiere esto decir que la recuperación del propio mercado, realizada paulatinamente por los novelistas españoles a raíz de 1940, está a punto de perderse por la proliferación excesiva de los premios literarios. Hoy día un premio literario ya no consagra a un autor. Dicho todo en palabras simples: los premios literarios, que fueron ayer la cuna de la novela española, pueden ser mañana su sepultura.

1962

La novela abstracta

Conocí a Michel Butor –uno de los más destacados escritores franceses de las últimas promociones– en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor, hace ahora tres años. Butor, además de novelista es profesor, y hay que convenir en que en aquellas conversaciones de Mallorca puso con frecuencia los puntos sobre las íes y se reveló, por el orden y la claridad de sus ideas y la sobriedad de su exposición, como un excelente didáctico. Michel Butor, inteligente y equilibrado, aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en aquella Babel literaria, cuyo desacuerdo a la hora de fijar los límites de la novela fue tan apasionado como unánime.

Pues bien, ahora Butor ha publicado un libro –*Mobile*– sobre la vida de Estados Unidos que va mucho más lejos de donde llegaron hasta ahora los representantes del *anti roman* en Francia. Michel Butor se ha limitado en *Mobile* a colocar por orden alfabético, cambiando frecuentemente la tipografía, nombres de estados, de ciudades, de personas y de neveras, intercalando entre ellos, de cuando en cuando, frases tomadas de periódicos y revistas que aluden a los negros, al mar, a los pájaros o a la productividad. Esto es *Mobile*, libro que el autor subtitula «Ensayo para una representación de Estados Unidos».

Pese a que París, capital de la cultura, está curada de espanto en punto a audacias e innovaciones artísticas, el libro ha sido acogido allí con estupor e irritación por parte de la crítica y del público, actitud que no ha impresionado a Butor, quien ha declarado: «Desde el siglo XIX todos los grandes libros han sido recibidos de la peor manera... *Mobile* está aún en las tinieblas, pero esto no me importa; ya llegará su día».

Para nosotros, no franceses, que conocimos a un Butor ponderado y serio, *Mobile*, su última obra, nos llena de sorpresa y confusión. La sed

de mudanzas, la fiebre de originalidad, nos conduce por días a un terreno peligroso. Es cierto que el *anti roman* –la novela sin hombre y sin sentimiento; la novela del objeto pero sin objetivo– tiene ya en Francia no ya cultivadores inteligentes, sino un cuerpo de críticos y ensayistas de primera fila que la defienden con entusiasmo y basan su existencia en la conciencia gregaria que van originando los medios modernos de difusión. La uniformidad mental es hoy un hecho; apenas hay hombres, sino rebaños, y, en tal sentido, los cultivadores del *anti roman* pretenden ser fieles a su tiempo y servir a la amorfa sociedad en que viven.

En definitiva, a la novela le ha llegado el turno de las experiencias que ya sufrieron antes la poesía y las artes plásticas. El hecho de que el sensato Butor escriba y lance *Mobile* es todo un indicio. Iniciamos, pues, la era de la novela abstracta o de la novela «no figurativa», que es como decir la escisión entre novela y pueblo, pese a ser el pueblo –el pueblo gregario, el pueblo sin cabeza– el pretendido destinatario de este tipo de literatura.

Mas si en el caso, digamos, de la pintura caben razones para justificar los nuevos derroteros, resulta más difícil aducirlas, con cierta lógica, en el caso de la novela. Las formas, el color, son valores pictóricos y es lícito intentar –como dice José María Valverde– «que el ojo se recree por sí solo, sin rendir cuentas al entendimiento». ¿Pero qué hacer cuando el medio de expresión no es el color sino la palabra? La palabra, con todos sus defectos, con todas las posibilidades de equívoco que su interpretación entraña, ha sido hasta ahora el más perfecto medio de comunicación entre los hombres. ¿Será justo, por el hecho de que los hombres no se entiendan, desertar de la palabra, descomponerla, vaciarla de todo sentido y proponer un ejercicio mental al lector en la mera variedad tipográfica de los signos?

Así parece entenderlo Michel Butor cuando afirma que *Mobile*, «por su tipografía, ya expresa algo, ya supone, para el lector, una posibilidad de recreo visual».

1962

Los nuevos caminos

Aludía en mi anterior artículo, «La novela abstracta», a las nuevas corrientes adoptadas por este género literario y al riesgo que envuelve desertar de la palabra como vehículo de comunicación. Mas después de escrito aquél me llega la noticia de que el Prix des Éditeurs ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Johnson, novela –se nos dice– de una novela que no llegó a escribirse, es decir, la novela de una novela frustrada, donde sobran los signos de puntuación y

deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales. En una palabra, una nueva acrobacia en este resbaladizo terreno de la extravagancia. Nos cabe, sin embargo, la satisfacción de que la delegación española de Seix y Barral, junto a otra delegación, intentara inclinar la balanza del lado de Carson McCullers –la finalista– esgrimiendo como argumento pertinente el hecho de que la gran escritora norteamericana «ahonda más en el hombre y sus problemas». La actitud de estas delegaciones es confortadora, aunque el hecho de que su voz fuera en el jurado la voz de las minorías nos revela que los editores, la mayor parte de los editores del mundo, están dispuestos a amplificar y difundir, so pretexto de originalidad, estas nuevas tendencias que vienen a representar a la novela lo que a la química esos estudiantes que mezclan caprichosamente sales y ácidos en un tubo de ensayo en espera de que salga humo o se produzca un vistoso precipitado rojo, amarillo o azul.

El arte de nuestro tiempo va aproximándose por días a la pista de un circo, donde cada trapecista, cada prestidigitador que salta al redondel pretende hacer algo nuevo, olvidando que casi todo está hecho y que la verdadera cuestión no es hacer lo que nadie hizo, sino lo que ya fue hecho pero hacerlo con mayor economía, originalidad o belleza. Pero vistas las dificultades que entraña el triple salto mortal en el trapecio, el trapecista opta por dar una voltereta sobre el lomo de un borrico con la consiguiente algarabía de los niños y de los espectadores ingenuos. Dicho en otras palabras, la mejor manera de llamar hoy la atención no reside en superarse, sino en salirse por la tangente, o sea, en la pirueta. Se argumentará que no pocos hombres que son verdaderos genios usan y abusan de la pirueta y aun que sus piruetas les dan de comer y de beber. Esto es muy cierto, mas hasta el momento se les exigió previamente a estos señores que demostrasen su talento, y una vez hecho esto se les permitió la extravagancia y hasta se admitió como lógico que sus extravagancias, sus piruetas, se cotizaran en el mercado. Lo grave del caso es que ahora se pretenda escalar la fama empezando por la pirueta, siendo así que la mera pirueta queda por completo al margen de la estética. Esto es, yo no encuentro, en contra de lo que se ha dicho, que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística, de la misma manera que no lo entrañaría escribir en las márgenes del libro y dejar impoluto el rectángulo central de cada página donde hasta ahora solía imprimirse.

En definitiva, uno llega por este camino a conclusiones muy turbadoras. El arte se desintegra, afronta el caos por falta de destinatario, afirmación que, en cierto modo, coincide con la de los paladines de las nuevas tendencias, quienes justifican sus extravagancias por la fidelidad obligada del artista a la época en que

vive; es decir, a una sociedad caótica hay que servirle un arte caótico. Uno, no obstante, no ha perdido del todo la esperanza y piensa que otra manera de ser fiel a la época en que vive es tratar de arrancar de su mediocridad, de su materialismo exacerbado, de su vacío mental, a la sociedad en torno, profundizando en el hombre sin renunciar a la belleza. Otra cosa sería aceptar que el artista nace condicionado por el medio ambiente en lugar de ser él quien condiciona, quien debe esforzarse, al menos, por dignificar ese medio.

1962

Oposiciones a escritor

En poco más de un mes leo dos artículos de sendos jóvenes lamentando la escasez de oportunidades que hoy ofrece el país al escritor novel, derivadas de la incomprensión de los consagrados, del desdén de los editores y de la indiferencia de los directores de periódicos y revistas. Siempre he sentido, o he procurado sentir, los problemas ajenos como propios, y he puesto buen cuidado para que mi mentalidad no se fosilice ni se recluya en un compartimiento estanco que la prive de recibir los contactos beneficiosos y tonificantes de las nuevas olas. Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que estos dos muchachos no tienen razón, ya que, aparte de que los directores de periódicos tendrían que doblar el número de páginas para publicar todo aquello que reciben de los jóvenes y los menos jóvenes aspirantes a escritores, es obvio que el número de concursos periodísticos y literarios que hoy se abren a los noveles es, con el turismo, una de las pocas cosas que medran en el país. Quiero dar a entender con esto que el hecho de querer ser escritor, con ser importante, no lo es todo; es preciso, además, saber escribir y que el público consumidor demande nuestros escritos.

Es curioso que estos jóvenes impacientes se lamenten de que nadie les tienda una mano y citen un repertorio de nombres de escritores más o menos asentados en la literatura del país de los que, por supuesto, ignoran no sólo si alguien en su día les tendió una mano, sino las tribulaciones y sinsabores que hubieron de sufrir en sus comienzos. Esto de querer sentar cátedra a los veinte años no creo que sea un mal de la época, sino una prueba más de la exuberancia juvenil propia de todos los tiempos y de todas las latitudes.

Es obvio que los puestos de trabajo no son muchos en el país, ni tampoco fácilmente asequibles. Pero esto es así no sólo en literatura, sino en todo tipo de actividad. Será cosa de la pobreza del suelo, de la defectuosa organización social o de lo que ustedes quieran, pero es así. Ahora bien, y dando por bueno que el procedimiento selectivo de la

oposición no sea el más aconsejable, resulta que de momento no hay otro, y todo aquel que en España aspire a una plaza de lo que sea debe avenirse a pasar por el aro. (Hace aún pocos años, un muchachito con matrículas de honor en todas las asignaturas y premio en la reválida de cuarto fue desplazado por otro con premio en la reválida de sexto y después de realizar ambos unos ejercicios brillantes... ¡para la plaza de «botones» de un banco!).

Si nuestra estructuración social es deficiente, ella debe ser el objeto de nuestra crítica. Pero, en cualquier caso, esos mismos defectos –por comparación– deben llevarnos a pensar que las perspectivas del artista no son, ni mucho menos, tan sombrías como pretenden estos jóvenes. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición. Por otra parte, éstas –o los premios– se convocan sin pausa, constantemente, y constantemente saltan a la palestra nombres nuevos, muchos de ellos cuando no han cumplido o acaban de cumplir los veinte años (hoy, Luis Goytisolo, Payno, Nieto, Santerbás; ayer, Laforet...) Las ocasiones, pues, son frecuentes, y el ambiente, propicio; no es cosa de desesperar.

Ocurre, sin embargo, que los españoles somos muy propensos a sobreestimar nuestro trabajo y a menospreciar el de los demás. Lo propio nos parece siempre lo mejor. Y, en consecuencia, el país es injusto, porque publica lo malo o lo menos bueno y deja inédito lo mejor, es decir, lo mío. Yo creo que esto de someterse al veredicto de un jurado –siempre habrá alguno, pienso yo, que merezca nuestra confianza– debe ser un acto de humildad que hemos de aceptar con todas las consecuencias. Quiero decir que el pastelero que no vende sus pasteles porque son malos, antes que obstinarse en censurar la falta de paladar de los presuntos clientes, debería alterar la receta y, llegado el caso, cambiar de oficio.

1963

Libros con «santos»

Últimamente se percibe en el mundo editorial español una inclinación creciente hacia los libros ilustrados. Mas ya no se trata de obras literarias con algunas fotografías, sino de auténticos álbumes fotográficos con alguna literatura. Bien mirado, el fenómeno no es español, sino que lo que acontece en España es sólo un eco retardado de lo que viene aconteciendo en Europa y América, orientación que, por otra parte, coincide con la aparición de buenas películas literarias, es decir, películas que como *Proceso en Nuremberg*, o *El presidente*, *o Beckett* encuentran en el diálogo uno de los más eficaces recursos expresivos. Esto nos lleva a pensar si la relativamente vieja

competencia palabra-imagen no se habrá resuelto partiendo la diferencia. Sea como quiera, la literatura va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura requiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes.

Esto equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. El hecho de que el hombre exija para su recreo los libros con «santos» demuestra que su curiosidad se ha hecho preferentemente visual y que es lógico, por tanto, que los editores hayan llegado al convencimiento de que hacer «tebeos» para mayores constituye un buen negocio. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna verbal Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando al mundo al escepticismo. Esto, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión: cine, televisión, revistas gráficas. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado, que debió de ser lógicamente el origen de este proceso –recordemos a los miniaturistas medievales–, sea, de momento, su última manifestación. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen –como base de cualquier lucubración intelectual– ha nacido en el hombre a medida que la plástica se erigía en medio expresivo de primer orden. Para la gente nueva, que bebe cada día en los documentales, la televisión o la revista gráfica, un libro sin «santos» constituye un espectáculo de una aridez, de una insulsez irresistible. La literatura en surcos, como el trigo, apenas se concibe ya. Bardem dijo hace tiempo que la humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante esto, hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. De hecho, nada termina con nada. Los periódicos –los que merecen tal nombre– aumentan sus tiradas en plena euforia televisiva y la seda sigue cotizándose a pesar del nylon y las fibras sintéticas.

En el mundo hay sitio para todo y la aparición de productos o medios informativos más evolucionados no tiene por qué representar el fin de los que les precedieron sino, a lo sumo, su transformación, su adaptación a las exigencias del momento. Tal es el caso, creo yo, de los libros ilustrados, cuya proliferación, por otra parte, invita a pensar si la pereza mental que enerva a la sociedad de nuestro tiempo no estará tomando proporciones alarmantes.

1964

Vivir de la pluma

Recibo una carta de un joven escritor amigo mío en la que me expone su pretensión, muy plausible, de vivir de la pluma. «Entre otras razones –me dice–, porque escribir es lo único que sé hacer». En rigor, esto de vivir de lo que se escribe es muy elástico; primero, porque vivir, lo que se dice vivir, se vive con cualquier cosa, y, segundo, porque escribir no sólo es hacer literatura y, aunque en España se consume poca literatura impresa, es obvio que en el periodismo las cosas, si no bien, al menos empiezan a valorarse.

Pero el problema de los jóvenes y maduros que aspiran a vivir de la pluma –y no hablo de este joven amigo mío, de probada capacidad– no debería enfocarse así, con el fin de evitar decepciones y descalabros. Quiero decir que no es a nosotros a quienes corresponde determinar si sabemos o no sabemos escribir. Nuestros artículos o nuestros libros son, en definitiva, un producto que lanzamos a un mercado de libre concurrencia y, consecuentemente, son los consumidores quienes, a la postre, han de decir si «sabemos» o «no sabemos», o, quizá mejor, si «lo que sabemos» les interesa o no les interesa. En una palabra, si aquellos de quienes aspiramos a vivir no reclaman nuestras manufacturas, será empeño vano tratar de forzarlos; en poco tiempo estaremos bloqueados y no nos quedará otro remedio que salirnos por la tangente. De esto se deduce una consecuencia triste: el escritor en nuestro país no está en situación distinta que aquel industrial que lanza al mercado una nueva marca de galletas. ¿Es que se puede vivir en España de las galletas? ¿Y quién lo sabe? Lo único que puede afirmarse con seguridad es que no podremos vivir si, dedicándonos a ello, no las vendemos.

Ahora bien, puede acontecer que no vendamos nuestras galletas o porque su elaboración no es esmerada, es mala, no sabemos hacerlas, o porque la gente tiene mal gusto. He aquí el nudo de la cuestión, tanto para el galletero como para el escritor, y la investigación debemos orientarla, humildemente, por este lado, para el caso de que si fuera la calidad lo que fallase no obstinarnos en vivir de las galletas o de la pluma. Por el contrario, si es el paladar de la presunta clientela el que no está preparado para degustar nuestras galletas o nuestra prosa, el problema es mucho más grave y, por supuesto, no se resuelve en un día. La educación del gusto es un problema de años, cuando no de siglos. Francia ha necesitado siglo y medio para que las modistillas lean novelas nobles en el tranvía. Rusia y Alemania Occidental han precisado muchos lustros para que los niños deletreen las partituras en los conciertos de campanillas. La base cultural de un pueblo no se establece de la noche a la mañana.

De aquí que, cuando a mí me preguntan si es factible en España vivir de la pluma, tenga que responder honradamente que esto, como todo en este país, depende de la demanda; o sea, que las palabras que

estampamos apasionadamente en una cuartilla vienen sometidas a las mismas leyes económicas que los garbanzos. Es decir, en España hay pésimos escritores que, halagando subrepticiamente el erotismo o los sentimientos políticos o melodramáticos de la masa, viven como príncipes, y, a la inversa, no faltan escritores de talento que han de elaborar sus fábulas o sus poemas en la noche, robándole horas al sueño, para atender durante el día una ventanilla que les permita sobrevivir.

1967

La emancipación de la mujer

Lidia Falcón ha publicado un interesante libro (*Mujer y sociedad: análisis de un fenómeno reaccionario*) en el que demuestra su preparación en ese campo, donde desde hace años se debate, de la emancipación de la mujer. Es decir, para Lidia Falcón la mujer sigue siendo un ser oprimido, opresión comparable a la que todavía sufren en el mundo algunas razas de color y más acentuada que la del proletariado, puesto que la suerte de éste puede modificarse de la noche a la mañana mediante un golpe de fortuna. La mujer, por contra –según ha manifestado la autora a Baltasar Porcel–, «está condenada por la fisiología» y únicamente un cambio decidido de mentalidad podría modificar su actual postergación.

A mi modo de ver, Lidia Falcón dramatiza un poco. Emplear a estas alturas para definir la suerte de la mujer los argumentos de las sufragistas me parece un tanto extemporáneo. Virginia Wolf, en un lúcido ensayo traducido al castellano no ha mucho, nos hacía ver las razones por las que en el campo de las letras apenas han existido auténticos genios femeninos. Tales razones podían sintetizarse en una: la mujer ha estado conceptuada en tan poco que no ha dispuesto de una habitación para sí misma y, de esta forma, ha carecido de intimidad y aun de la posibilidad de reflexionar, seguramente porque se la consideraba un ser incapaz de hacerlo. Esto es cierto. Durante siglos, la mujer ha sido relegada a la cocina, y entre esto y limpiar sobre limpio se han ido muchas horas –todas las horas–, durante generaciones, de mujeres inteligentes e imaginativas cuyas únicas ocupaciones bien vistas eran «sus labores». Esto, en rigor, es de ayer. Pero precisamente por estar tan próximo que todos los que tenemos más de cincuenta años lo hemos conocido, nos resultan más intempestivas las situaciones y razones que en su libro pinta o aduce Lidia Falcón. Quiero decir que si comparamos la situación de nuestras madres con la de nuestras mujeres, y la de éstas con la de nuestras hijas, el desaliento no está justificado; no me parece procedente. La

integración de la mujer en la sociedad no sólo camina, sino que camina muy deprisa. La equiparación de sexos en los países de alta civilización es prácticamente un hecho y hoy la mujer que no es médico, ingeniero o abogado es porque su talento o su bolsillo –cosa ésta también injusta, pero que constituye otro problema– no se lo permiten. Hoy día, en Europa, la mujer ha perdido el «derecho» de que le cedan el asiento en el tranvía, pero nadie le niega el acceso a cualquier profesión (hablo en general). La pérdida de aquel «derecho» y la conquista del otro caminan en una misma dirección: la mujer ha dejado de ser un objeto de lujo pero también un burro de carga. Y si trasladamos a Norteamérica nuestro observatorio, concluiremos que allí la mujer, salvo la dirección política –y mejor nos irá, probablemente, el día que derribe esta última barrera–, tiene en sus manos las riendas de todo, incluso las que gobiernan al marido.

De esta manera yo estimo que, hoy día, el problema, como el de los negros, es más social que legal. Cierto es que aún perduran limitaciones anacrónicas en este último aspecto, pero éstas se las llevará el viento no tardando. En cambio, es incontestable –y aquí sí apoyo la tesis de Lidia Falcón con todas mis fuerzas– que la mujer es explotada y vejada por una sociedad que se resiste a reconocerle unos derechos elementales. Los bajos salarios, su expulsión de tiendas y almacenes cuando alcanzan la edad de acceder a la reglamentación laboral, el reconocimiento de una retribución que no percibe (amenazada por el riesgo de perderlo todo) o la amable negativa a admitir su concurrencia a un concurso o una oposición «porque para este puesto se necesita la energía de un hombre» son cosas que están ocurriendo en todas partes todos los días. Esto es, la sociedad se aprovecha todavía de esa situación de incapacidad o inferioridad a qué hasta ahora ha estado relegada la mujer. El actual cerco social es una reminiscencia de un cerco legal que se ha prolongado durante siglos.

En algún otro aspecto entiendo que Lidia Falcón se desborda; es decir, se excede. Aquí el estado de guerra que denuncia no se producirá inter sexos, sino dentro de su sexo; dentro del sexo femenino, quiero decir. Es posible que mi mentalidad de pequeño burgués me induzca a no admitir como mitos o artificios el adulterio o la maternidad. Es muy posible, en verdad, que yo no esté aún suficientemente evolucionado y que por mi edad nunca llegue a estarlo del todo, siquiera la misma Lidia Falcón reconozca ante Porcel que «costará mucho que el hombre más revolucionario del mundo admita que su mujer le pueda ser infiel». En efecto, yo no sé si, revolucionario o pequeño burgués, me resisto a ver en la poliandria una conquista, un símbolo válido de la emancipación femenina. Como me cuesta creer que haya muchas mujeres que se avengan a delegar

alegremente «en un Estado auténticamente responsable» la crianza (la guardería es otra cosa) de los hijos. ¿Cree Lidia Falcón, sinceramente, que el futuro alumbrará alguna vez un Estado con responsabilidad «maternal» ? ¿No será esto investir al Estado de unas atribuciones totalitarias sencillamente repugnantes? ¿El modelo espartano puede constituir un ideal para nadie? Por mi parte, mi limitada imaginación no me permite llegar a configurar un Estado con unas dotes tales que, en este punto, merezca mi confianza. Pretendo decir que, ante esta aspiración, no tengo el menor inconveniente en ceder el paso a la mujer, en dejarle vía libre y que me adelante. Yo, padre, me quedo con mis hijos hasta que puedan volar solos como un pobrecito reaccionario.

El libro de Lidia Falcón es, sin disputa, un libro inteligente, pero quizá demasiado cálido; excesivamente apasionado. La autora respira –y ello es explicable– a través de la herida de una humillación secular. Esto imprime a la obra un vivo carácter polémico, a cuya sugestión yo, al menos, no he acertado a sustraerme.

[1970]

Escribir para niños

Escribir mi librito *Tres pájaros de cuenta* ha supuesto para mí una experiencia nueva e interesante: tomar contacto con el alma del niño en el momento del despertar de sus curiosidades. Francisco Umbral, escéptico impenitente, aunque ahora crea en la posibilidad de enjaular a un estornino, niega la necesidad de la literatura infantil:

–Los niños sólo buscan los libros que les prohíben los mayores.

En realidad, la lectura, como cualquier otra actividad humana, requiere un aprendizaje, una iniciativa y un proceso. Entre los cuentos de Perrault y Andersen, que acunaron nuestra infancia, y las novelas de Proust y Joyce, por poner dos ejemplos de literatura «difícil», hay una serie de etapas que el niño en desarrollo va quemando con puntualidad inalterable: Verme, Salgari, Zane Grey, novela policiaca...

Pero, en rigor, ¿qué es o debe ser la literatura infantil, o por mejor decir, la literatura de transición? Hay quien, en un deseo simplificador que confunde el instrumento con la edad del destinatario, ha hablado de «género menor», cuando son infinitas las obras mayores que nos ha dado esta literatura pretendidamente menor.

En cierta ocasión, Sánchez Silva me animó a escribir un libro para niños. Yo le advertí que no estaba preparado para tal evento y, con determinismo fuera de lugar, llegué a manifestar que escribir para niños era un don, como la poesía, que no estaba al alcance de

cualquiera. El autor de *Marcelino pan y vino* resumió entonces su pensamiento al respecto en una frase escueta, sumamente provocativa:

–Te advierto que escribir para niños no es escribir para tontos –dijo.

Reconozco que su sentencia me dejó perplejo. Porque, en verdad, lo primero que se le ocurre a un escritor a quien se invita a componer un relato para niños, es que tendrá que rebajarse, vocalizar, servirse de una prosa que no es la suya habitual. De otra manera –piensa– no alcanzaría a los niños, me sería imposible establecer una comunicación. El escritor para adultos olvida con frecuencia que los niños son los seres humanos con ideas más claras, que sus ideas tal vez no serán muchas, pero están perfectamente definidas. El lenguaje, entonces, de no tratarse de un lenguaje intrincado y conceptista, no constituye un impedimento para hacernos entender por ellos. El escritor para adultos que, circunstancialmente, se dirige a los niños, no tiene por qué poner voz de falsete, ni sacar «la voz de la abuelita» para contar un cuento. Hacer esto sería menospreciar a sus destinatarios que, de ordinario, suplen su vocabulario limitado con una admirable intuición lingüística cuando la historia que pretendemos referirles les interesa.

Por este camino abocamos a las notas que verdaderamente deben caracterizar a la literatura para niños: tema adecuado, linealidad, y brevedad. El primero no tiene por qué ser simple, ñoño, ni edulcorado, pero sí ha de caer dentro de su mundo o excitar su imaginación. El tema que elijamos no debe dejarlos insatisfechos ni indiferentes, pero tampoco tiene por qué ser exclusivo para ellos. Quiero decir que un gran tema para un relato infantil será aquel que no sólo encandile a los niños, sino que despierte en el adulto sus nostalgias de infancia o sus sentimientos de entonces. Y aún hay más: el ingenioso escritor infantil puede introducir en su relato claves o símbolos –*Alicia en el país de las maravillas*– que permiten sucesivas lecturas enriquecedoras con el correr de los años. José Antonio del Cañizo, en un cuento recientemente publicado, *Las cosas del abuelo*, hace una denuncia del abandono de los viejos, denuncia que los niños no tienen por qué percibir mientras no dejen de ser niños, pero que no les estorba en absoluto para disfrutar del mágico juego imaginativo del autor.

No ha mucho decía yo en alguna parte que la escasez de novelistas de veinte años en nuestros días, contrariamente a lo que sucedió en los años cuarenta, responde a la crispada impaciencia de la juventud actual, ávida de resultados inmediatos, que es como decir poco proclive a abordar una tarea cuyo fin no se barrunta para antes de uno o dos años. La misma disposición trasluce el niño que lee. A un niño que lee, que espontáneamente se sumerge en nuestra invención, no debemos aplazarle largo tiempo su desenlace ni desviarlo del objeto de su atención porque va en contra de su naturaleza. En una palabra,

aquí sí es obligado tener en cuenta que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Esto es, el relato ha de ser breve y lineal.

La literatura infantil que, como hemos dicho, no demanda un estilo propio –salvo en el caso de niños de muy pocos años–, sí requiere una determinada extensión. Por eso el niño de ocho o doce años antepone, contrariamente a lo que hace el adulto, el cuento a la novela, el relato corto a la novela dispendiosa. Pero ese cuento, además, no debe enredarse en circunloquios, divagaciones complementarias, alardes descriptivos ni personajes marginales. Al niño, inmerso ya en la peripecia, debemos facilitarle el acceso hacia el desenlace, puesto que le encocora cualquier interrupción, cualquier ornamento que frene o desvíe su interés. Un relato exento, desnudo, alambicado, es lo que el niño –el de nuestro tiempo, y creo que el de todos los tiempos– exige. De manera que escribir para niños no es, como con mucho tino decía Sánchez Silva, «escribir para tontos», sino todo lo contrario: un ejercicio de afinamiento de nuestras facultades y, en consecuencia, de condensación, de síntesis, paralelo al que viene reclamando, aunque en otra medida, el lector de periódicos o de novelas de nuestros días.

1983

El premio Cavour

Invitado por el profesor Giuliano Soria, traductor al italiano de mi novela *El disputado voto del señor Cayo*, asistí hace unos años a la ceremonia de concesión de los premios Cavour, en Alba (Torino), en el corazón del Piamonte, de donde el conde procedía. Camilo de Cavour es hoy el símbolo de la unidad italiana, por delante, salvo en el sur, del legendario patriota Garibaldi. Estos premios no son los más pingües de Italia –cinco millones de liras– pero sí, pese a su corta edad, unos de los más prestigiados, como lo prueba el hecho de que al fallo final, al aire libre, a la sombra del castillo de Grinzane, última residencia del unificador, asistieron y tomaron parte activa tres ministros del Gobierno, ilustres intelectuales italianos y una notable representación de novelistas extranjeros. ¿Y qué tienen estos premios que justifique su fuerza atractiva? Por de pronto, un planteamiento original. Los premios –uno para la mejor novela italiana y otro para la mejor novela extranjera publicadas durante el año– son fallados por críticos y estudiantes de COU de todo el país, en una votación cuyos últimos compases tienen lugar a la vista del público y en el brillante escenario ya citado. La participación estudiantil otorga a estos galardones, y a los libros distinguidos por ellos, un aire de independencia y una vaga garantía de perennidad. Pero además, en torno a ellos, se montan en la pequeña ciudad de Alba, durante tres

días, unas mesas redondas en las que editores y libreros discuten con intelectuales y escritores sobre un tema señalado de antemano. Tengo entendido que el pasado año la cuestión a debatir fue «literatura y cine»; éste, en el que tuve el honor de intervenir, el tema era sobradamente sugestivo: «¿*Best-seller*: vera gloria?».

No hay que decir que a lo largo de tres jornadas se oyeron allí opiniones diversas, desde la del editor Giorgio Calcagno, que admitía que el *best-seller* existía pero que era una especie de producto de laboratorio que había que preparar con tiempo, hasta la del novelista nigeriano Amos Tutuola que «veía el *best-seller* no en las liquidaciones sino en los ojos de los lectores», pasando por la del catedrático y escritor Roberto Vacca para quien una novela de éxito, obedece a una receta cuyos ingredientes se mezclan en una computadora como si fuera una coctelera, y la del presidente del jurado, Ugo Ronfani, quien estimaba que el libro será la última conquista humana en desaparecer, pues el hombre perderá antes el uso de los pies y de las manos que el del cerebro.

Como representante español, en mi breve ponencia de quince minutos, hice ver que la aparición del *best-seller* era reciente en mi país, donde se había pasado, en poco más de un cuarto de siglo, de la más absoluta penuria intelectual a un consumo de libros considerable: treinta y cinco mil títulos anuales y tiradas, relativamente frecuentes, de cincuenta o cien mil ejemplares. Ante la sorpresa del auditorio subrayé que ya las primeras novelas de Agustí, Cela y Laforet conquistaron el mercado interior en los años cuarenta, en plena posguerra, vendiéndose por decenas de miles de ejemplares, en contraste con las de Baroja, quince años antes, que apenas alcanzaban los dos mil. ¿Era ésta la respuesta lógica de un pueblo indocto al hambre física y a la falta de libertad?, me pregunté. Y aclaré el aparente contrasentido con dos razones obvias: el deseo de olvidar la personal peripecia enfrascándonos en la de un héroe de ficción y la necesidad de buscar un medio de comunicación más fiable que la prensa, sometida a un control muy superior al del libro. Pero este fenómeno de aproximación de la sociedad a la lectura, aunque tardío, es progresivo y, en nuestros días, según informes de los propios editores, existen en España tres o cuatro novelistas que venden por encima de los cien mil ejemplares de cada novela que publican, media docena que venden cincuenta mil y veinte que superan los quince mil o veinte mil. Pero estas tiradas no son exclusivas de las novelas españolas. El lector español, ajeno a todo chovinismo, acoge con la misma avidez novelas extranjeras acreditadas. De *El nombre de la rosa*, de Eco, por ejemplo, se vendieron en España más de trescientos mil ejemplares, doscientos mil de *Rebelión en la granja*, de Orwell, y ciento cincuenta mil de *El tambor de hojalata*, de Günter Grass. Ante estas

cifras, no es fácil admitir, añadí, los resultados de ciertas encuestas que hablan de un cincuenta por ciento de hogares españoles, sin un solo libro. La novela noble ha asaltado incluso el quiosco callejero orillando así el temor reverencial del pueblo hacia las librerías, mal endémico en España.

En cuanto al tema concreto del debate, ¿consideraba al *best-seller* como la verdadera gloria? Respondí sinceramente que, a mi entender, la gloria literaria poco tiene que ver con las tiradas de nuestros libros. Por de pronto, la gloria es un concepto ambiguo, especioso, ya que caben una gloria local y una gloria universal, una gloria efímera y una gloria perdurable... ¿A qué gloria se refiere el enunciado? En cualquier caso, el *best-seller*, creo yo, no es indicio de gloria sino de éxito; éxito de popularidad, de ventas, de dinero. Es decir, un halago a la vanidad y un desahogo económico. Pero este éxito no siempre obedece a calidad, sino que a menudo responde a razones coyunturales cuando no a la explotación de sentimientos primarios de la masa, como ocurrió con el famoso telefilme *Dallas* y otros semejantes, productos de «coctelera», de acuerdo con la feliz expresión del profesor Vacca. En definitiva, éxito y gloria no son términos sinónimos. A veces, el éxito en vida constituye un preludio de la gloria –como en el caso de Verdi, en el mundo de la música–, pero no necesariamente es así. La gloria es un problema de años, ya que es el tiempo quien decide qué autor está destinado a ser olvidado y qué otro está destinado a perdurar.

1985

El secreto de Dickens

Mientras la reacción contra los excesos de la literatura romántica conduce en Francia a un realismo exacerbado –Stendhal, Balzac– en la primera mitad del siglo XIX, el resto de Europa va adentrándose en el realismo paulatinamente –Ibsen, Dostoievski, Tolstoi–, de forma que la superación de las corrientes románticas se produce aquí por etapas, lo que equivale a afirmar que el realismo convive durante un tiempo con los estertores del romanticismo, cuya literatura, aparte otras notas definidoras, se ha distinguido por una exaltación, rayana a veces en el melodrama, de lo sentimental y afectivo.

A Charles Dickens (1812-1870) podemos situarlo en esta encrucijada, esto es, en el momento en que la literatura europea –a excepción de la francesa, que ya se lo ha perdido del todo– empieza a perder el respeto a los rígidos cánones románticos y va asumiendo los cánones realistas que durante tanto tiempo nutrirán la literatura del viejo continente. Dickens pertenece, pues, a esa época de transición en la que se forja la gran novela inglesa del XIX –las Brönte, Tackeray–,

más influyente que influida.

Charles Dickens, de familia humilde, crece en las calles londinenses, desempeña multitud de modestos oficios para ganarse la vida y establece sus primeros contactos con una sociedad –la británica– de la que luego sería el pintor más excelso. Su éxito con los *Papeles póstumos del Club Pickwick*, donde aunó por vez primera poesía y humor, y firmó, como otros trabajos iniciales, con el seudónimo de *Boz*, le abrió las puertas de la fama, celebridad que no haría sino acrecentarse a lo largo de su vida. De la profunda compenetración de Dickens con la sociedad en que vive, se hace eco Stefan Zweig cuando afirma que «no se conoció en el siglo XIX otro caso de identificación tan cordial y tan inquebrantable de un poeta con su pueblo». Esto explica la impaciencia con que los ingleses, tanto urbanos como rurales, esperaban las entregas periódicas de las novelas de Dickens, hasta el punto de poder afirmar que el inglés de esta época vive una doble vida: la propia y la que le procura la inagotable fantasía del autor de estas entregas mensuales. Al inglés de la época victoriana le inquieta casi tanto el destino de los héroes de Dickens como el de sus propios hijos. Sus fascículos llegan al corazón de todos y las tiradas de sus obras se cuentan por cientos de millares de ejemplares. Esta identificación del novelista con su pueblo se pone de manifiesto el día de su muerte, fecha en que cada inglés experimenta la amarga sensación de tener el muerto en casa, tal es la soledad en que les deja el novelista. Tan alto han colocado a Dickens que su entierro en la abadía de Westminster, junto a Shakespeare, se les antoja una retribución mezquina hacia un hombre que ha llenado de tiernas emociones cuarenta años de sus vidas.

Para comprender el éxito creciente de Dickens en la Inglaterra del XIX, conviene recordar que la era victoriana trae a las islas la paz y el bienestar tras la incertidumbre de las guerras napoleónicas. El despotismo ilustrado ha sido sustituido en la mayor parte de Europa por el régimen liberal, y el maquinismo y la revolución técnica (vapor, ferrocarril, telégrafo) conllevan los primeros síntomas de inquietud social que tratan de encauzar primero Saint-Simon, Fourier y Owen y, luego, Marx en su *Manifiesto comunista* (1848), con una orientación mucho más realista. Inglaterra –«nación de tenderos», como decía Napoleón– vive en estos años la plácida digestión de un enorme imperio colonial y una primacía económica. Y a pesar de figurar en cabeza de los países industrializados, y salvando la etapa sangrienta de Peel, la isla anda muy lejos de ser un país revolucionario. Inglaterra es en esta época todo lo conservadora que permite imaginar su opulencia de nación privilegiada.

¿Cómo reacciona Charles Dickens, niño pobre en el seno de una sociedad desahogada, ante esta situación? Lo más cómodo sería

afirmar que se integra en ella, asume las virtudes y defectos de su pueblo y se enrola en el confortable sesteo general. No obstante, decir esto no sería exacto. Dickens no es un revolucionario pero tampoco un ser insensible a la injusticia y la indignidad. No piensa que los hombres vivan en el mejor de los mundos posibles pero tampoco en el peor. Por esta razón, Dickens espera más de la evolución que de la revolución. Cree que la sociedad que retrata es susceptible de mejora cortando de aquí y añadiendo de allá. Por esto, tan arbitrario como calificar a Dickens de revolucionario sería tacharlo de conformista. En una sociedad satisfecha, como es la de su tiempo, puede considerársele uno de los primeros novelistas protesta, que entre el humor y la ternura denuncia abusos, ataca a organismos e instituciones, fustiga, en fin, sin piedad, los sistemas que prevalecen en cárceles, orfanatos, educación, administración de justicia, etcétera. Dickens, humanista, hombre bueno y sensible, tiene fe en la política de reformas; no aspira a remover los cimientos sobre los que descansa el espléndido aislamiento inglés. En definitiva, Dickens, como la mayor parte de sus coetáneos, es un disconforme moderado, actitud que explica la extraordinaria difusión alcanzada por sus escritos.

Pero dejando al margen la circunstancia en que vivió, fue sin duda la equilibrada dosificación de la receta romántico-realista lo que le sirvió no sólo para ser el novelista más leído de su tiempo –un tiempo pródigo en novelistas–, sino un escritor perdurable. La novela, mediado el siglo XIX, es una de las pocas maneras nobles de llenar los ocios de la clase burguesa. Los ocios son largos en esta época y, por ello, las fabulaciones también han de ser largas. Al ocio-río corresponde la novela-río. Y en este tipo de novelas –cuando más si la comunicación con el lector se establece mediante entregas periódicas– ningún recurso tan eficaz como saber despertar emociones *dosificadas* y *contrapuestas*. En este tipo de arte –que, aunque menos depurado, es el que sostiene a los tebeos de nuestro tiempo y, posteriormente, a los seriales de televisión– fue maestro Dickens. La gradación del interés de la trama, la sabia combinación de contrastes –risa, llanto; pobreza, riqueza; bondad, perversidad– suponían, en una época poco maleada, de sensibilidad fácil, resortes de seguro efecto.

Pero no parece justo rebajar el talento de este narrador haciendo depender su éxito de una habilidad circunstancial. Por encima de todo, tuvo Dickens tres virtudes esenciales que revelan al novelista de raza: agudeza para ahondar en el alma humana y descubrir sus pasiones, facultad de desdoblamiento (es Dickens seguramente, uno de los novelistas de todos los tiempos, que más rica y variada galería de tipos humanos nos ha legado) y un estilo personal que hace que una página de este autor sea fácilmente reconocible, por un lector de mínima cultura, entre otras mil.

He aquí, sucintamente expuestas, las razones por las que Dickens fue un novelista con presente y futuro, esto es, un novelista *para siempre*. La sola mención de su nombre ya despierta en el lector iniciado escenas de niebla y nieve, niños harapientos aplastando sus naricillas contra una vitrina repleta de juguetes, el viejo avaro junto a la chimenea de leños crepitantes, velas encendidas, cajitas de música, berlinas, el cochero con el tapabocas hasta los ojos, una calle londinense con árboles escarchados... Todo un universo, en fin, transido de melancolía, envuelto en un halo de candor y sencillez, honestamente moralizador, donde un niño inocente y desvalido se pierde a menudo entre la incomprensión y el egoísmo de los adultos. Un mundo, muy personal, flébil, cuyos materiales, deliberadamente deleznables –hoy diríamos decadentes– y a menudo lacrimosos, se presentan siempre redimidos por la chispa del genio.

[1985]

Los silencios del escritor

Hay ocasiones en que el escritor se calla, enmudece, y su silencio puede prolongarse años o el resto de su vida. Sus seguidores fervorosos dirán entonces: «Le falta inspiración». La inspiración. He aquí un recurso socorrido para abordar al artista cuando el entrevistador no tiene a mano preguntas de más sustancia. ¿Cree usted en la inspiración? ¿Relaciona usted la inspiración con la visita de las musas? Hubo un tiempo en que la inspiración tuvo nombre de mujer, y el artista creía de verdad, o al menos pretendía hacernos creer, que su vena creadora dependía de su visita. Hoy día los creadores aluden a la inspiración con cierta sorna, cuando no afirman categóricamente que la inspiración reside en el trabajo de cada día. Lorca reconocía que el «duende», para que fuera eficaz, debía sorprenderle trabajando. Por mi parte, siempre he sostenido que la inspiración estriba en el hecho de haber dormido bien, no sólo porque para escribir necesite estar descansado, sino porque un sueño reparador es indicativo de un cerebro equilibrado y en blanco. Si la creación requiere concentración, ésta, no puede producirse si tenemos la cabeza en otro sitio. Quiero decir que no es suficiente tener ante nosotros una cuartilla impoluta y una pluma en la mano para poder escribir algo de interés.

Juan Rulfo, a sus prolongados períodos de esterilidad, que, sumados, componen la mayor parte de su vida, los llamaba «la seca». Otros escritores y artistas –plásticos especialmente– hablan del eclipse creador, y el pintor vallisoletano Gabino Gaona, a quien recientemente sus paisanos rendían un homenaje, llama a estas pausas «períodos de aridez». En una entrevista reciente, el poeta José Ángel Valente decía

asumir con paciencia estas etapas infecundas y confesaba que el poeta no escribía cuando quería, sino cuando podía; el poeta estaba siempre a la «espera de la palabra». He aquí una explicación cabal de la actitud de disponibilidad del poeta. El poeta está siempre a la espera de la palabra, pero la palabra puede llegar y puede no llegar. ¿Y el novelista? ¿Esperaba también Rulfo la palabra? Yo creo que en el caso del narrador no es precisamente la palabra lo que espera. El novelista, antes que la palabra, debe esperar el tema o el tono. ¿Y equivalen la palabra, o el tema, o el tono, a la vieja inspiración? ¿Es la «seca», o el «período de aridez», o la falta de tema o de tono, la ausencia de la musa? Desmitificada la literatura, ya no puede hablarse seriamente de la inspiración ni de la musa, sino de etapas de fecundidad y etapas de esterilidad. Esto es, al poeta puede faltarle la palabra, al novelista el tema y al pintor el color, pero hay ocasiones en que teniendo palabras el poeta, temas el novelista y colores el pintor, el prodigio de la creación tampoco se produce porque falta concentración, el artista es incapaz de desentenderse del mundo circundante y fundirse con la obra que tiene entre manos. En cambio, cuando el creador se identifica con la obra de arte, se integra en ella, el libro o el cuadro parecen escribirse o pintarse solos, como si una mano ajena, un *alter ego*, escribiera o pintase por nosotros. Seguramente era a esto a lo que nuestros antecesores llamaron inspiración.

De lo antedicho deducimos que las pausas de un escritor suelen obedecer a dos motivos fundamentalmente: falta de tema o de palabra e imposibilidad de concentrarse. Es decir, por razones distintas pero muy concretas, el escritor ha entrado en una fase de esterilidad. ¿Y no puede responder este silencio, ocasional o definitivo, a otras circunstancias? Ocurre en ocasiones que al artista le invade el desánimo, tiene conciencia de su limitación, de la imposibilidad de alcanzar las grandes cimas del arte, y, entonces, él mismo opta por callarse, se aparta de la corriente creadora porque entiende que con sus aportaciones, bienintencionadas pero mediocres, está contribuyendo a la confusión, contaminando el mundo del arte, que, por esencia, debe ser limpio y diáfano. Algo semejante acontece con aquellos creadores cuya iniciación se produjo a bombo y platillo, con gran aparato coral, y, de pronto, se callan o debilitan su voz hasta hacerla casi inaudible. Es el propio estruendo de su irrupción el que los ha enmudecido. Empezaron la casa por el tejado y hoy se sienten incapaces de superarse. Ante la necesidad de competir con ellos mismos, o el temor de no poder alcanzar el nivel de sus obras iniciales, optan por guardar silencio.

1989

Ejemplo de gran novelista

Alberto Moravia era el más grande novelista italiano contemporáneo. En sus novelas supo armonizar con gran acierto la tradición con la modernidad. Para mí, su valor esencial radica en la precisión con que perfilaba los personajes de sus obras.

Su novela *La romana* –sin duda uno de sus libros capitales– destaca por ser precisamente una obra de protagonistas. Aunque yo la leí hace más de cuarenta años, han perdurado con gran nitidez en mi memoria los perfiles, magníficamente dibujados, de sus tres personajes.

Creo que Moravia es el ejemplo perfecto del gran novelista. Hoy en día, los narradores se centran sobre todo en la estructura de sus novelas, dejando a un lado, casi arrinconando, a los protagonistas.

Moravia era un gran constructor de tipos y es en la elaboración de los factores humanos desarrollados en sus obras donde podemos encontrar el centro cardinal de su pensamiento y de su escritura. Por todo ello, Moravia constituye, a mi juicio, un inevitable punto de referencia en la novela europea moderna y su modo de elaboración literaria aparece, sin duda, como una de las más valiosas aportaciones de este siglo.

1990

Libros baratos

El analfabeto funcional suele utilizar dos argumentos para justificar su desinterés por el libro: la falta de tiempo y su carestía. En una palabra, el no lector no llega a ser lector porque le faltan dos cosas: tiempo y dinero. Según estos iletrados, los alicientes de la vida moderna reducen las horas que la gente dedicaba antes a la lectura y, por otro lado, entienden que el hecho de que un libro normal cueste la mitad que una entrada de fútbol y uno de bolsillo lo mismo que una entrada de cine es realmente abusivo. Argumentos, ambos, que no se tienen en pie y, sin embargo, se da la circunstancia, de que, en las contadas ocasiones en que el libro se ha abaratado en España y se ha sometido a un lanzamiento publicitario eficaz, los resultados han sido óptimos. Para no remontarme al nacimiento de la colección Universal –verdadero alarde editorial, en contenido y presentación– bastará recordar la aparición de la colección RTV que, contando con la asistencia librera y el desprendimiento de los autores, consiguió que una novela superara el millón de ejemplares como cifra de venta normal. No sé si esto demuestra que los que reclaman precios más asequibles para los libros tienen razón, pero sí, indudablemente, que cuando la oferta de los mismos se hace en condiciones más generosas

que las habituales se venden con mayor facilidad.

Desde hace varios lustros vengo sosteniendo que la gran revolución de la novela en el siglo que viene debería consistir en hacerlas más breves. La escasez de pasatiempos para llenar los largos ocios del siglo XIX inspiró la novela río (novela por entregas que en ocasiones duraba más que la vida del lector), de donde se deduce que, en un mundo como el actual, abrumado de tentaciones lúdicas, lo que procede, si aspiramos a conseguir un alto porcentaje de lectores, es darles novelas más cortas, unos libros que puedan leerse en un trayecto de pocas horas en treno en avión. Todo lo que no sea hacer esto significará abandonar al presunto lector en manos de los fáciles melodramas de la televisión. Es evidente que el contencioso, como ahora se dice, entre el libro y los medios audiovisuales también es cuestión de precio y calidad.

Por eso, los que de una u otra manera nos movemos alrededor de la letra impresa, hemos saludado con entusiasmo la aventura iniciada hace unas semanas por Alianza Editorial ofreciendo libros a veinte duros. Libros breves, con un diseño de calidad, papel ecológico y de firmas consagradas. Entiendo que los editores, al estudiar la operación, han sabido salir al paso de los argumentos del analfabeto funcional: novelas o relatos de ochenta o noventa páginas, grandes autores, ámbito universal que abarca cuatro apartados (narrativa española, hispanoamericana, universal y libros de divulgación) y un precio equivalente al de una cerveza. Ante una oferta semejante ¿quién puede alegar que es la falta de tiempo o de dinero lo que le aparta de la lectura? Lógicamente, para dar forma a esta oferta, la editorial ha contado con la liberalidad de los autores, que han reducido sus derechos del diez al dos por ciento, y la entusiasta complicidad de los libreros en cuyas manos deposita doscientos cincuenta mil ejemplares de cada título, cifra que se ha demostrado insuficiente, según los primeros informes, para atender la demanda inicial.

¿Estamos, entonces, ante un fenómeno semejante al de la colección RTV? En cierto modo sí. Tengamos presente que el editor, en su presupuesto (en esas habas contadas que son cien pesetas por libro), incluye no sólo el coste material del volumen y el porcentaje del autor, sino su distribución y la publicidad en un medio caro como es la televisión. ¿Podemos decir, entonces, que el libro está ganando la partida del futuro con este lanzamiento inusual que lo antes posible debería tener imitadores? Es pronto para sacar conclusiones definitivas. Sin embargo, los resultados demuestran que nuestro país ha dado un paso importante para resolver el arduo problema del acercamiento del gran público al libro, hecho que los países socialistas supieron resolver en su día con acierto. Se ha abierto, pues, una

puerta a la esperanza. La colección va dirigida tanto al devorador de libros como al lector ocasional, pero de lo que se trata es de convertir a éste en un lector apasionado. Si uno solo de cada diez lectores circunstanciales fuese ganado para la lectura habitual, no hay duda de que el experimento habría resultado altamente positivo.

1993

El Nadal cumple medio siglo

El pasado día 6 de enero se cumplieron los primeros cincuenta años del premio Nadal, con lo que el famoso premio celebró sin grandes alharacas sus bodas de oro con la novela española. La fecha me parece importante ya que, a cinco años del final de la Guerra Civil, la narrativa española –muertos, viejos o en el exilio sus más caracterizados representantes– había terminado por ser una víctima más de la contienda.

La novela española empieza, pues, a recuperarse, en Barcelona, a partir de 1944, de la mano de un grupo de intelectuales de la revista *Destino* que tratan de rendir con la creación de este premio un homenaje a su amigo y compañero Eugenio Nadal, fallecido prematuramente al borde de la treintena. Y no deja de ser curioso, ahora que tanto se discute sobre la cicatería catalana a propósito del bilingüismo, cuestión en la que no voy a entrar ahora, que sean precisamente catalanes los protagonistas de esta recuperación de la novela escrita en castellano. Los nombres de Josep Vergés, Ignacio Agustí, Joan Teixidor y Juan Ramon Masoliver, junto al notable crítico andaluz Rafael Vázquez Zamora, incorporado solidariamente al grupo, deben ser recordados ahora y enaltecidos como merecen. Porque fueron estos hombres, con algún otro que probablemente olvido –Néstor Luján, por ejemplo, unos años después–, quienes fundaron el premio y constituyeron el primer jurado hasta bien sobrepasado el medio siglo.

Pero junto a la exaltación del malogrado Eugenio Nadal, acompañará desde el primer momento a este grupo un evidente afán de despejar el horizonte a la nueva novela española. No se trataba únicamente de brindar a la memoria de Nadal un homenaje fugaz, sino de poner la primera piedra de un hecho cultural que, al amparo de aquel nombre, se iría revelando indispensable a medida que transcurrían los años.

Y visto en la distancia, juzgado con una perspectiva de medio siglo, ¿a qué motivos cabe atribuir el éxito de la empresa? Yo hablaría, en primer lugar, del acierto del primer fallo y, en segundo, de la irreductible independencia de los hombres que constituyeron el

jurado. Hoy, los nombres de Carmen Laforet y de su novela *Nada* resultan familiares. *Nada* era, y sigue siendo, una novela admirablemente construida, que venía a resumir en su argumento el drama de la Guerra Civil desenlazada cinco años antes. Quiero decir que en el tema de *Nada* se debatía la sórdida lucha entre dos hermanos y concluía con la muerte de uno de ellos y la desaparición de un tercero. Creo que no podía simplificarse más inteligentemente la tragedia de la Guerra Civil. Así vino a reconocerlo desde su exilio Juan Ramón Jiménez, en artículo publicado en la revista *ínsula*, donde abrumado de admiración se preguntaba: «¿Cómo puede llamarse *Nada* un libro que encierra tanto y tan bueno?».

Este incontestable acierto inicial no se hubiera producido si el jurado se hubiera mostrado vulnerable a las influencias; si no hubiera eliminado con decisión, como era de esperar, los nombres que trataron de imponerle los personajillos de la época. No es, por tanto, exagerado manifestar que fue la independencia lo que apuntaló la generosa idea de los hombres de *Destino*. En su debut, los hombres del jurado no se casaron con nadie. Esta actitud hizo posible que una atractiva veinteañera, desconocida de todos y que enviaba su libro desde Canarias, fuera distinguida con el primer galardón.

Tal fue el propósito del premio desde su iniciación: renovar lo establecido, dejar de lado las viejas glorias y abrir paso a la juventud. De esta manera el Nadal se ganó a la gente nueva que empezaba a emborronar cuartillas y no encontraba audiencia en el mundo editorial. Es lógico, pues, que el premio, en los primeros lustros, se erigiera en descubridor de jóvenes valores. Pocos ganadores entre los veinte primeros rebasaban los treinta años y uno hubo, José Antonio Payno, con *El curso*, que no había cumplido veinte cuando consiguió el Nadal.

A lo largo de varias décadas –lo que duró la penuria editorial– se mantuvo el premio Nadal en esta línea: una especie de oposición para novelistas en la que, a diferencia de las de notarías y registros, rara vez se convocaban más de dos plazas, ganador y finalista, firme la primera, la otra en expectativa de destino.

Más tarde, con la aparición de nuevos premios y nuevas editoriales y el mayor desahogo económico, las cosas fueron cambiando y el Nadal pasó a ser una prestigiada institución sancionadora de valores silenciados o insuficientemente reconocidos. En ambos casos, el Nadal ha venido caracterizándose por la seriedad de sus fallos, la exigencia de sus jueces y el rigor intelectual de sus fundadores. ¿Que alguna vez se equivocó? Sin duda, pero por encima de sus errores prevalecieron sus aciertos: el premio no sólo reactivó la novela española de posguerra sino que puso en órbita las cuatro o cinco tendencias narrativas que se manifestaron a lo largo de las cinco últimas décadas.

La novela del Tour

Hace apenas treinta años, el ciclismo por etapas era un deporte de papel, o lo que es lo mismo, un deporte que el aficionado solamente podía seguir a través de los periódicos. Los diarios informaban de los ascensos y descensos de nuestros representantes en la clasificación general, que era en realidad lo que nos interesaba. El paso fugaz del pelotón por la carretera constituía un relámpago versicolor en el que apenas era posible descubrir el perfil del campeón. La velocidad devoraba el espectáculo.

Hoy las cosas han cambiado con el advenimiento de la televisión, ese gran invento tan mal aprovechado que, sin embargo, encuentra en las transmisiones deportivas uno de sus hallazgos más felices. A la televisión, tan justamente vituperada, tenemos que agradecerle, en cambio, el habernos metido en casa las grandes carreras ciclistas y con ello la posibilidad de saborear un deporte que, debido a su dinamismo, nos había estado vedado. Gracias a la pequeña pantalla, el aficionado puede contemplar hoy, día tras día, las pruebas más famosas y ser testigo directo del esfuerzo muscular de los atletas, tanto de los hachazos fulgurantes de un Delgado en la montaña como de las rítmicas galopadas contrarreloj de nuestro ínclito Indurain. Ante un escaparate tan sugestivo, la afición al ciclismo crece como la espuma, aumentan los rodadores en nuestras rutas y los espectadores se arraciman ante los televisores por decenas de millones.

Pero ahí no acaba todo. El ciclismo como deporte sigue subiendo peldaños, ennobleciéndose. Hace unos meses, el joven narrador español Javier García Sánchez lo ha metido en la literatura, ha escrito la novela *El Alpe D'Huez*, un bellísimo relato sobre el Tour de Francia. El protagonista de la historia, el Jabato, nacido en el valle de Iguña, como su creador, ha cumplido treinta y seis años y vive el ocaso de su vida deportiva. Ese hombre experto pero declinante que por última vez se enfrenta con la durísima etapa Bourg-d'Oisans-Alpe D'Huez, que, además de este último puerto, cuenta con la Croix de Fer y el Galibier, dos ingentes colosos, como aperitivo. El Jabato conoce los tres puertos del recorrido, los ha escalado varias veces y sabe por experiencia que la Croix de Fer te desgasta los pulmones, el Galibier te come la moral y Alpe D'Huez, que da título a la novela, te rompe en pedazos. Él sabe todo eso, pero, pese a ello y a su edad, apenas iniciada la etapa, se escapa del pelotón. Ya tenemos la imagen mítica del hombre solo frente a la montaña. El hombre desasistido, sin apoyos, frente a las ingentes cumbres que el veterano ciclista afronta

con la deportiva intención de «armarla» y, de paso, congraciarse consigo mismo. No se busque otra cosa en la novela porque no hay más. Su contenido es ése. Diríase que García Sánchez ha conciliado en ella sus dos amores: el ciclismo y Molledo, su deporte y su patria chica, un pueblecito montañés del valle de Iguña, equidistante de Reinosa y Torrelavega. Pero el Jabato no es el narrador. El que nos cuenta su peripecia es un amigo y compañero de infancia, hoy médico deportivo, que sigue la carrera desde el coche del director técnico del equipo en compañía de dos mecánicos. La novela se desarrolla en un tiempo mínimo, seis horas y nueve minutos (lo que invierte el Jabato en recorrer el kilometraje previsto), mediante una estructura lineal: el recorrido de la etapa con brevísimas alusiones a la infancia del protagonista en su Cantabria natal. Y es en este punto donde García Sánchez muestra su gran aliento como novelista. La tentación de enriquecer la novela con referencias al pasado del corredor, tan socorrida, es desdeñada elegantemente por él para quedarse en la pura esencia, en lo que desde la primera línea es su escueto objetivo: la etapa.

A lo largo de ella, el Jabato –un híbrido bien conseguido entre Perico Delgado y Miguel Indurain– muestra una voluntad indomable, una tenacidad escalofriante en su personal duelo con la montaña. García Sánchez nunca se sale del itinerario, sigue al corredor minuto a minuto, segundo a segundo. Al igual que su héroe, el autor conoce el terreno que pisa, la liviana máquina que utiliza, todo. La jerga ciclista –en bailón, puntos ciegos, hacer la goma– es empleada con contención pero dejando ver que sus conocimientos son vastos. Evidentemente, el narrador domina este recorrido, lo ha hecho repetidamente en automóvil con los ojos bien abiertos. Y al tiempo que la geografía, conoce la historia del Tour y los entresijos de la bicicleta. Pero lo más admirable del relato es que con un argumento tan leve, en un tan reducido escenario, el novelista no caiga en la monotonía, eluda airosamente las reiteraciones, tanto al referirse al paisaje como a la graduación del esfuerzo físico, y nos conduzca carretera arriba, a lo largo de cuatrocientas densas páginas, sin un desmayo (si es caso, hilando muy fino, yo me atrevería a decir que el último capítulo resulta un poco artificial dentro de la tersa naturalidad del resto).

Vivimos así el cansancio progresivo del ciclista, su agonía, su fe y al propio tiempo los cambios plásticos de la naturaleza circundante: la altiva desnudez del Galibier o la amena campiña engañosa del Alpe D'Huez. De la mano del narrador, asistimos a la última gesta del Jabato, narrada con buen pulso, en emotivo crescendo, tan a lo vivo que las penosas pedaladas del corredor son seguidas por el lector con el corazón en un puño.

Los ojos de Faulkner

La biografía que Joseph Blotner ha escrito sobre William Faulkner, y que Destino ha tenido el valor y el acierto de editar, es una gran biografía. Grande en el sentido literal –mil quinientas páginas– y grande por su concepción y contenido: la vida y la obra del gran escritor sureño han sido puntualmente recogidas en ella.

Para mí, la primera sorpresa que depara este libro es la situación económica de Faulkner, que no fue un granjero acomodado del Mississippi, como las frecuentes alusiones a su persona nos habían hecho pensar, sino un hombre que vivió dos tercios de su vida agobiado por las deudas (préstamos, anticipos, hipotecas) y el tercero jugó a ser granjero como antes había jugado a ser piloto de la RAF. Después de leer el libro de Blotner, advierto que, junto al talento natural, existen dos constantes en la historia del escritor: su dependencia del alcohol, que nunca lo abandonaría, y la penuria económica, de la que apenas conseguiría salir, en sus últimos años, una vez ganado el premio Nobel y alcanzada la celebridad.

La adicción al alcohol es una característica de los Falkner –y no Faulkner, como el escritor quiso llamarse– que arranca, que se sepa, de su bisabuelo, el Viejo Coronel, tan semejante a su biznieto, en lo físico y lo espiritual: talla baja, ojos oscuros, profundos, debilidad por el whisky, imaginación y espíritu creador. El alcohol acompañó a William Faulkner hasta en los momentos más importantes de su vida, e incluso su muerte va ligada a él y a su afición a los caballos.

Respecto a sus dificultades pecuniarias dice mucho la correspondencia con sus editores y agentes. Después de publicar sus grandes novelas *Santuario*, *El ruido y la furia*, etcétera, Faulkner continuaba escribiendo pequeños relatos para las revistas como mejor manera de sobrevivir. Muchas de estas narraciones eran rechazadas pero él reutilizaba estos materiales para novelas que surgían después. Es curiosa la manera que el escritor sureño tenía de aprovechar los retales. Casi todo lo que escribió terminó encontrando acomodo en un sitio o en otro. Faulkner, aparte otras habilidades, fue maestro en el arte de intercalar relatos breves en novelas largas, o de introducir en ellas personajes creados anteriormente para otros fines. Pero el escritor no ocultó nunca que escribía cuentos para ganar dinero, por la misma razón que arregló guiones en Hollywood durante un par de lustros.

Sus novelas, aunque llamaran la atención desde un principio, no le daban para vivir. Vendía muy poco. Tiradas de dos mil, dos mil

quinientos ejemplares, eran habituales. La crítica fue desigual con él. Hubo críticos de diarios importantes que le negaron el pan y la sal desde el principio. Otros, en cambio, le consideraron el primer escritor americano de su generación. Pero nunca llegó a conseguir la unanimidad. Hubo muchos que no aceptaron su estilo, difícil, decían, deliberadamente impenetrable. Incluso no faltó quien dijo que «aquello» no era un estilo sino un amaneramiento. En realidad esto podría decirse de sus epígonos, pero ¿quién puede asegurar que la oscuridad respondía en Faulkner a una actitud deliberada? La genialidad en arte casi siempre va ligada a un desequilibrio. Una concepción propia del relato deriva inevitablemente de una peculiar idiosincrasia. Los grandes de la novela –Proust, Joyce, Kafka, Virginia Woolf, etcétera– no fueron seres equilibrados. Fue generalmente una alienación, lo que el vulgo llama rareza o locura, lo que les indujo a explorar oscuras zonas de la mente humana, y en estas incursiones por lo recóndito reside en buena parte su genialidad.

Cuando Hemingway –compañero de generación a quien Faulkner admiraba– publicó *El viejo y el mar*, Faulkner divulgó un juicio admirativo tan enrevesado que nadie supo a ciencia cierta si se trataba de un elogio o un improperio. ¿Y puede admitirse que Faulkner hiciera esta alabanza intencionadamente para que no fuera entendida? Después de conocerlo, a través de esta excelente biografía de Joseph Blotner, me atrevo a decir que no. Sencillamente el cerebro de Faulkner era confuso y él se expresaba confusamente. Y así lo hace no ya en sus obras más acreditadas sino en unas breves líneas dedicadas al libro de un amigo. Sin duda no se trata de una pose. Tennessee Williams, después de conocerlo en una reunión donde Faulkner apenas despegó los labios, comentaba: «Aquellos ojos terribles y enloquecidos me conmovieron hasta las lágrimas». ¿No radicará precisamente ahí, en esos ojos enloquecidos, su estilo y su manera de ver el mundo?

1994

Un nuevo Nadal

Después de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Éste es el lado malo de estas eliminatorias cuantitativas, de un acentuado sabor futbolístico. Tamaña sorpresa ya empezó a roerme allá por el año 48, cuando uno no era sino aspirante al premio Nadal, y el premio Nadal, a su vez, otro aspirante al premio Nadal, con mayúsculas, que ha llegado a ser hoy, después de su XIII edición. Por lo que atañe a éste, las cosas empezaron a enredarse sobre las doce de la noche –y me refiero a Valladolid, tan afortunado en este gordo de las letras españolas–, hora en que Radio Nacional de Barcelona se desentendió, al fin, de la interferencia de una emisora extranjera y dejó oír claramente que *La frontera de Dios*, del padre Martín Descalzo, marchaba lanzada hacia el triunfo. Quedaban en liza aún cinco contrincantes, mas *La frontera de Dios* caminaba bien arropada en una esperanzadora unanimidad del jurado. Conocía la novela del padre Martín, la que, por encima de toda posible objeción técnico-literaria, desarrollaba un tema nuevo, de una fuerza sobrecogedora, que no invitaba precisamente a reparar en virtuosismos de construcción o fórmulas expresivas.

(*En puridad, conocía la novela del padre Martín Descalzo desde cuatro años atrás, los mismos años que hace que lo conozco a él. Esto equivale a decir que mi amistad con el padre Martín Descalzo es ya casi una vieja amistad, una antigua, proverbial amistad. El padre Martín Descalzo arribó a Valladolid de misacantano allá por marzo del 53. Entonces me presenté a él y hasta le hice una caricatura. Existía un sólido motivo entrañable. José Luis cantaba misa el mismo día y en la misma ceremonia en que su tío Francisco, el cura viejo, celebraba sus bodas de oro con el sacerdocio. Bueno, pues le hice la caricatura y a su tío también. Luego guardé el lapicero y el padre Martín Descalzo empezó a hablarme de muchas cosas con mucho aplomo y con mucho fundamento, lo que me hizo sospechar que el padre Martín Descalzo sabía efectivamente un poco de todo. Y una de las cosas que me contó fue el argumento de* La frontera de Dios, *que entonces, aún en la nebulosa, no se llamaba* La frontera de Dios, *sino* No queremos milagros en el pueblo. *La idea me impresionó. Entonces me dijo que la escribiría el día que tuviese tiempo. El padre Martín Descalzo no tuvo tiempo, como es sabido, hasta tres años más tarde. Más arriba dejé*

dicho que el padre Martín Descalzo arribó a Valladolid el año 53. Precisemos. Cuando el padre Martín Descalzo arribó por primera vez a Valladolid aún no era padre. El vallisoletanismo del nuevo Nadal es asunto viejo, asunto de bisabuelos. Los padres proceden de La Parrilla y Nava del Rey –buena tierra de vino–, provectas villas pincianas. Esto no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado: Madridejos, Toledo. A cada cual lo suyo, y no armemos cuestiones.)

Cuando Radio Nacional redujo a cuatro los candidatos, uno de ellos el padre Martín Descalzo, mi mujer aconsejó, como medida discreta, despertar al concursante. Para ello habíamos de servirnos de un tercero, su tío Francisco, el cura, cuyo teléfono utilicé hasta anteayer para ponerme al habla con el padre Martín Descalzo. Era ya la una menos cuarto, pero no vacilé. Llamé insistentemente, violentamente, en vano: Entonces resolvimos despertar al hermano del concursante, el abogado don Antonio Martín Descalzo. Aquí, el teléfono apenas dio dos timbrazos. Se entabló un diálogo cortado, casi eléctrico:

–¿Qué pasa?

–José Luis... Va lanzado hacia el premio.

–Yo también estoy a la escucha. ¿Cómo lo ves?

–De primera. ¿Se le podría avisar?

–Hace unos días le pusieron teléfono; el 6737.

–Gracias.

A poco, Radio Nacional de Barcelona interrumpió su deslumbrante descripción de los salones del Hotel Oriente en noche de gala para comunicar los resultados de la nueva votación. *La frontera de Dios* continuaba con siete votos, pero *Central eléctrica*, de López Pacheco, seguía, asimismo, con siete votos. Llamé al padre Martín. También él estaba a la escucha. También a él, con mayores derechos que a nadie, se le ahogaba con un pelo. No hicimos otra cosa que intercambiar nervios. Por la tensión de los míos calculaba yo la suya. No íbamos a ninguna parte. Colgué. Entonces traté de desfogarme despertando al fotógrafo Cacho, titular de *El Norte de Castilla*, para decirle que estuviese dispuesto para un servicio. El hombre hablaba como contristado. Tenía sueño. No digería lo del Nadal. No debía saber a ciencia cierta de qué se trataba. Le silabeé dos veces que se trataba del premio Nadal y que tenía la corazonada de que iba a «caer» de nuevo en Valladolid.

(*Era el tercer premio que iba a jalonar la carrera literaria del padre Martín Descalzo. El primero, el Ínsula, lo obtuvo en 1952 con sus* Sonetos del Alba. *El jurado es un dato considerable: Aleixandre, Dámaso Alonso, Bousoño, Muñoz Rojas y José Luis Cano. Después, cuando ya*

empezábamos a ser viejos amigos, obtuvo el Naranco para novela corta por su Diálogo de cuatro muertos. *Ya el padre Martín Descalzo estaba «colocado» en Valladolid y yo le había incorporado a la hoja literaria de* El Norte de Castilla. *El padre Martín Descalzo venía dando semanalmente un artículo apasionante y apasionado. Artículos, los suyos, como pirámides, en cuyo vértice, ineluctablemente, estaba Dios. Ahora recuerdo dos recientes, magníficos, con motivo de la muerte de Papini y el Nobel de Juan Ramón. El padre Martín Descalzo sabe ya mucho de los apremios del periodismo. En fin, estas cosas consolidaron nuestra amistad. Nos veíamos con menos frecuencia de lo que ambos desearíamos, en mi casa, y charlábamos. No soy hombre de muchas palabras y procuraba dejarlo hablar. Me entusiasmaba, siempre me entusiasmó, su ardimiento. Y también su fe. El padre Martín, en nuestras charlas, seguía enseñándome muchas cosas, tal vez sin él darse cuenta, sin sospecharlo siquiera. Me asombraba, a su edad, el volumen de su cultura literaria, aunque él disimulara su erudición y aun sus altas, precisas y cálidas ideas sobre las cosas. Su palabra me sentaba. Oyéndole me sentía satisfecho de ser católico y hasta me parecía que él, en cierto modo, era «responsable» de ello.*)

Radio Nacional de Barcelona, tras una entrevista a Díaz-Plaja, nos trajo la anteúltima votación:

–*Central eléctrica*, cinco votos; *La frontera de Dios*, cinco votos; *Los clarines del miedo*, de Ángel de Lera, cuatro votos.

Acrecieron los nervios. La expectación en torno al receptor era solemne, maciza. Al cabo, sobre la voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida. Se puso mi mujer:

–Conferencia de Barcelona –dijo–. ¡Esto es que se lo han dado!

Tomé el auricular:

–Valladolid, sí. ¿Quién llama?

–Vergés.

–¿Salió Martín Descalzo, al fin?

–Sí, acabamos de votarlo. ¿Dónde puedo localizar a este hombre?

–Llama al 6737 –dije–. ¡Adiós!

Colgué apresuradamente. Aspiraba a ganarle por la mano. Entonces se entabló un forcejeo tenaz. Vergés quería el 6737 sin perder hilo. Yo llamaba obstinadamente al mismo número. La radio, a mi lado, seguía haciendo frivolidad, como si el nuevo Nadal aún no hubiera nacido. A intervalos oía la voz de Vergés, levemente destemplada, y la de la señorita telefonista. En un claro conseguí línea. Se puso el propio padre Martín Descalzo.

–Quiero ser el primero en darte un abrazo –le dije.

Se le quebró la voz.

–¿Qué ocurre?

–He hablado con Barcelona. ¡Eres premio Nadal!

Le oí comunicar a sus padres la noticia:

–¡Me lo han dado! ¡Me lo han dado!

Luego no pude hablar más. Le dije que colgara, pues iban a llamarlo del Hotel Oriente.

La radio, al fin, dijo:

–Mil novecientos cincuenta y seis ya tiene Nadal, el padre José Luis Martín, cuya novela...

Pero mi mujer y yo ya andábamos en la calle.

(*El padre Martín Descalzo no empezó a escribir aquí. El vicio de llenar cuartillas le agarró temprano. El padre Martín Descalzo siempre ha ido un poco adelantado. Sin embargo, nunca fue niño prodigio. Desde chico debió tener el suficiente talento para ser prodigio sin parecerlo. A los dieciocho años, para ir al Colegio de Roma, se puso calzones largos, porque su tío, el cura viejo, se negó a que se presentase de bombachos. El rostro del padre Martín Descalzo, de por sí aniñado, trasciende lealtad, sinceridad y simpatía. Entre eso y que siempre navegó adelantado, al llegar a Valladolid para cursar el primero de Filosofía en el Seminario Mayor, un compañero le dijo: «¿Qué pintas tú aquí arriba?». «Soy de primero», respondió José Luis Martín Descalzo. «Eso es abajo», le dijo el otro. Abajo se cursaba el primero de latín, del Seminario Menor. Cuando se confirmó que José Luis Martín Descalzo cursaba Filosofía, los compañeros corrieron hacia el benjamín del grupo a comunicarle la fausta nueva: «David, David –lo rodearon–. Ha llegado uno más chico que tú».*

En Roma, por aquello de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado, tuvo que aguardar un año para ordenarse, y eso después de obtener dispensa para hacerlo año y medio antes de cumplir la edad reglamentaria, los veinticuatro. El 19 de marzo de 1953 se celebró su ordenación. El 28 del mismo mes cantaba su primera misa en Valladolid.

Pero creo que decía más arriba que el vicio de escribir le agarró temprano: en tercero de latín, según propia confesión, el padre Martín Descalzo escribió más de diez mil versos.)

Antes de salir de casa yo traté de confirmar al fotógrafo la necesidad de sus servicios. Éste, con fino olfato, ya estaba en la casa del premiado cuando llegué. Su premura le valió poder obtener una fotografía en la que el padre Martín Descalzo escucha por teléfono la comunicación oficial del premio. Respondo de su autenticidad. En ella, el padre Martín Descalzo aún no tiene puesto el alzacuello. Es un detalle. El fotógrafo lo sorprendió en *negligé*. Luego lo abracé yo, y al hacerlo sentí una rara emoción. Esta cosa del Nadal –por encima, en este caso, de una amistad entrañable– crea indudablemente un

vínculo. Los padres del padre sacan champaña. El hermano, unos suculentos habanos. Empezó a bordonear el teléfono. Luego no lo dejaría en toda la noche. Barcelona, Madrid, Valencia... Ambiente de nervios, de júbilo. El premio Nadal nace en 1956 con dolor de cabeza. A pesar de ello llega el emocionado brindis por la suerte de *La frontera de Dios*. El flamante premio Nadal de 1956 junta sonriente su copa de leche (a las ocho de la mañana celebra misa) a las de champaña de sus familiares y amigos. El teléfono de nuevo. El padre Martín Descalzo lo toma y nos hace un guiño:

–La United Press –dice.

Seguimos el monólogo en expectante silencio:

–Sí, sacerdote, pero no carmelita. Descalzo es apellido.

(*Al padre Martín Descalzo no le asusta trasnochar. Debe de estar habituado. Su noble ambición no le permite reposo. El padre Martín Descalzo es un joven cura revolucionario. A poco de llegar a Valladolid volvió el espíritu de sus hombres como quien vuelve un guante. Arremetió contra nuestro cristianismo inmovilista y rutinario, teórico y conformista, y lo puso patas arriba. La ayuda no le vino mal al padre Marcelo González, otro gran luchador por un cristianismo más humilde, profundo y operante. Pero aún no dije que el padre Martín Descalzo se afirmó en Valladolid ganando por oposición la cátedra de Literatura del seminario. Echó raíces, vaya. Aparte, estaba lo de coadjutor en la parroquia de Santiago y lo de consiliario de Acción Católica Universitaria femenina. Aparte, estaban muchas otras cosas que el padre Martín Descalzo echó generosamente sobre sus espaldas. El padre Martín Descalzo es un infatigable trabajador. Es una fuerza espontánea, en pleno vigor físico, que volará muy alto si los desengaños y las ingratitudes y las incomprensiones no le cortan las alas prematuramente. Ya en Roma dio pruebas de inquietud. Él fue uno de los fundadores del grupo Estría, del cual José María Javierre fue el iniciador. Con ellos, Montalvillo, Montero, Revuelta, García Amor, Montaña y Peralta. Después se agregarían Schöckel y Cabodevilla. Todos influidos por José María Valverde.*

En Valladolid, su fogosidad encontró vasto campo: organizó el cinefórum, las lecturas y coloquios teatrales –¡oh, qué sagaces sus puntos de vista sobre El renegado, El cuarto de estar, *etcétera!– e inició su colaboración en los folletos de Propaganda Popular Católica. Aparte, pongamos sus obligaciones de catedrático y coadjutor; aparte, sus conferencias y sermones. Al azar abro su diario: «16 de noviembre de 1956:8, misa; hasta 10.30, confesonario; 11, entierro; conferencia en la Normal; 3.30, clase en Seminario; 5, visitas; 5.30, charla en la Enseñanza; 8, reunión delegados menores de Acción Católica; 9, Círculo de estudios con la JUMAC». He aquí la vida, un día cualquiera, del último premio Nadal.*)

La madrugada, tras la tensa fatiga de la espera, no era coyuntura propicia para la charla. Además, estaba el teléfono. Fue necesario citarnos a la hora del desayuno para poder dirigir al Nadal unas preguntas reposadas. Pocas:

–¿Tus maestros como novelista?

–Graham Green, Dostoievski y Bernanos.

–¿Qué añades a sus ideas sobre la novela?

–Una visión más serena. Frente a la angustia de ellos por encontrar algo, opongo la tranquilidad de quien ya ha encontrado.

–En una novela, ¿buscas algo además de su valor literario?

–Al terminar una novela me pregunto: «Esto, ¿para qué me sirve?». Me parece exacta una frase de Claudel: «La belleza está hecha para algo muy distinto del placer». En determinados momentos puede agradar una novela que proporcione horas felices. A mí, sinceramente, si no hay más, no me interesa.

–¿Crees en la necesidad de una novela católica?

–Creo que un católico no debe producir sino novelas católicas. Novela católica no es igual a novela de tesis católica ni a novela sermón.

–¿Entonces?

–Hay muchas técnicas para novela católica. Primera: con Dios como paisaje. Segunda: con Dios como personaje, y tercera, con Dios como protagonista.

–Aclara esto.

–Dios-paisaje: a Dios no se le ve pero está al fondo (*La muerte le sienta bien a Villalobos*). Dios-personaje: lo mismo que Pedro y Juan, está Dios como un personaje más (*Los cipreses creen en Dios*), y Dios-protagonista: novela en la que la presencia de Dios es invasora, aunque a Dios no se le vea demasiado, siquiera lata en cada página cierto temblor religioso (*La mujer nueva*).

–*La frontera de Dios*, ¿en qué grupo la incluyes?

–En el tercero, desde luego.

(*Las ideas del padre Martín Descalzo sobre literatura no son de hoy. Son las ideas que ha sostenido –y practicado– en una obra de cierta vastedad y coherencia. Sus libros, además de los citados más arriba, son:* Fábulas con Dios al fondo, *poemas inéditos, y* Un cura se confiesa, *obra confidencial, apresurada, con páginas verdaderamente impresionantes. Sobre esto, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica: «Yo he llegado a cura», «Fray Juan de la Mano Seca», «Cortesía con Dios», «Si Cristo volviera» donde late la misma preocupación que en* La frontera de Dios, *«Creo en el demonio» y «Fábula del ángel cojo». Para dar una idea de la popularidad y difusión de estos títulos bastará decir que entre los*

citados suman una tirada de cerca de medio millón de ejemplares.)

El padre Martín aguarda impávido la nueva andanada. «No conseguí dormir en toda la noche», me dice. Y añade: «Como las buenas noticias tampoco vienen solas, acabo de recibir, una carta en la que me anuncian la edición italiana de *Un cura se confiesa*». Tiene ojos de fatiga, pero ni la noche de insomnio ha dominado su energía, su minucioso, envidiable orden mental.

–¿Crees –le digo de pronto– que el sacerdote-escritor responde a la misma exigencia social que el sacerdote-obrero?

–En el fondo vibra la misma preocupación y acechan los mismos peligros. Yo sentiría equivocarme como alguno de aquéllos se equivocó, pero confío que entre todos habremos hecho acto de presencia del sacerdote en el mundo contemporáneo.

–¿Es eficaz el apostolado desde la novela?

–Sí, pero es difícil. El cura dice: «Pon esta frase». El novelista dice: «Pon esta otra». El equilibrio es casi imposible.

–¿Acecha el sermón?

–Hay que frenarlo en muchos momentos porque tira de uno. Si la novela tiene suficiente pasión humana, equilibra lo que el sermón pueda tener de declamatorio.

–¿Cómo ven tus compañeros esto?

–Es lamentable que muchos no comprendan que ésta puede ser una actividad sacerdotal. Al comunicar mi idea de hacer una novela, uno me dijo: «Quid hoc ad aeternitatem?».

–¿Germen de tu libro?

–Dos cuartillas que escribí en el año 1952. Lo titulaba entonces No *queremos milagros en el pueblo*. Tal vez nació la idea después de ver la película francesa *Dios tiene necesidad de los hombres*. De ahí también que mi idea fuese en origen para un guión cinematográfico. Espero que no pasen inadvertidos los valores plásticos de la novela.

–¿Primer desarrollo del germen?

–Verano de 1953. Desarrollé en quince folios el argumento.

–¿La forma definitiva?

–Escribí la novela en treinta y tres días. Quince en el verano de 1955. Una semana en las navidades del mismo año y los diez restantes en el verano de 1956. Más tiempo tardé en encontrar título adecuado. *La frontera de Dios* resume perfectamente el argumento pero trasciende a cosa conocida. El primitivo título, *No queremos milagros en el pueblo*, me resultaba largo. Pensé en *El becerro de oro* y así tenía hechas las copias hasta el mismo día de depositarlas en el correo, en que me decidí por *La frontera de Dios.*

–¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en

relación con Dios?

–A mis alumnos les señalo esta curva. Edad Media: máximo teocentrismo. Todo en esa época se concentra en Dios, quizá excesivamente, con desprecio de los valores humanos. Segundo, Humanismo. El Humanismo podía haber logrado la síntesis de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores esta unión no se logra y nace el antropocentrismo. Todo gira en torno al hombre y Dios va siendo desplazado gradualmente hasta llegar al máximo del desplazamiento en los finales del siglo XIX. Precisamente en este momento nace el retorno con Dostoievski. Ahora asistimos al momento de ascensión religiosa en lo literario. Precisamente por atravesar el momento de crisis violenta no es fácil lograr una postura perfecta de novela o arte católicos.

(*Confidencial: Uno, aparte los saberes y prendas que adornan al padre Martín Descalzo, dispone de otras razones, profundas razones para estimarlo. El padre Martín Descalzo es el cura de uno, el cura de las misas de los domingos de uno. Los domingos, a esa hora absurda de las siete y media de la mañana, esa hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado, pero en la que se oyen diáfanas las horas de los relojes de todas las torres y el restregar, no menos diáfano, de todas las escobas de todos los barrenderos de la ciudad; a esa hora absurda en que el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades, yo –dicho sea con perdón– y mi cuadrilla llegamos pian pianito a nuestra misa de cazadores, que es la suya, la del padre Martín Descalzo. La suya, y la nuestra, es una misa conmovedora del trasnochador honesto, media docena de chachas pizpiretas, cinco cazadores –uno el burro delante y su cuadrilla– y cuatro bomberos del retén. Y en las vidrieras de la iglesia amanece Dios cada mañana; un Dios de muchos colores. Y uno, si alguno de la cuadrilla se desmanda, o se le pegan las sábanas –que todo es posible–, sale al atrio a entretener al padre Martín Descalzo unos minutos, hasta que el rezagado llega. Y el padre Martín –brillante vencedor del Nadal 1956– se muestra tan comprensivo y razonable que, como quien no quiere la cosa, se deja entretener sin rechistar.*)

1957

La creación literaria

Al examinar, aunque sea someramente, fenómeno tan delicado como el de la facultad creadora del hombre, debo empezar diciendo que desconfío del artista cuya vocación se decide exclusivamente por estímulos exteriores, es decir, aquel artista que irrumpe por deseo de recrear el mundo circundante, por lo que en éste encuentra de sugestivo o pintoresco. Los alicientes del mundo exterior pueden, creo yo, activar una disposición, rara vez determinarla. Si el hombre que se siente fecundado por la realidad externa no portara dentro de sí un repetidor, nunca podría devolvernos un eco de esa realidad. Quiero decir, que el artista –y, concretamente, el novelista– actúa en virtud de un movimiento de dentro afuera, con lo que su obra viene a representar algo así como la salida de humos con que alivia la combustión interior. El arte subyace en los fríos objetos externos, pero para apresarlo, como en el caso del arpa del poeta, se requiere una chispa que los rescate de su inerte pasividad y los ilumine y proyecte. De aquí se deduce, primero, que la obra de arte es el resultado de la conmoción que produce en una determinada sensibilidad la vida en torno y, segundo, que la obra de arte, como los metales, difícilmente puede trabajarse en frío. De lo antedicho se infiere que abordar un objetivo artístico como *hobby*, como pasatiempo, resulta inconcebible, o, mejor dicho, tal posición ante el arte podrá representar una higiénica terapia, todo lo saludable que se quiera para la psicología de su autor, pero irrelevante desde un punto de vista artístico. La creación es un esfuerzo que ocupa al artista mientras éste no se sienta definitivamente parido, esto es, en tanto el escritor no vea su libro en los escaparates y el pintor su cuadro en la sala de exposiciones.

Recuerdo que un amigo mío, comerciante en tejidos, sonreía con malicia cada vez que me oía decir que trabajaba en otra novela. El hecho de escribir novelas o de pintar cuadros no significaba para él trabajo alguno sino, más bien, lo contrario, una evasión del trabajo, pura frivolidad. Para este hombre, trabajar suponía andar afanado en las estanterías, medir piezas, recibir encargos, lidiar con el cliente suspicaz y receloso. Sin demérito para ninguna profesión, el artista, el novelista, no puede sino sentir envidia de aquellos profesionales que echan la trampa a las siete para no volver a acordarse de su oficio hasta la mañana siguiente.

Precisamente la tortura –o tal vez, la dicha– del artista, del

novelista, estriba en la imposibilidad de echar la llave ni de día ni de noche; en su actitud de permanente vigilia. El novelista cuando pasea, cuando come, cuando duerme (?) resuelve mentalmente escenas, verifica situaciones, perfila personajes… En mi caso puedo asegurar que no pocos problemas planteados ante las cuartillas se me han desvelado, de pronto, durante el reposo, lo que equivale a decir que el creador nunca desconecta totalmente su cerebro, de tal forma que su sueño no es la inconsciencia plena sino una fecunda duermevela durante la cual su cabeza prosigue maquinalmente buscando soluciones. Pero lo desalentador del caso es que estas soluciones rara vez lo son del todo, son soluciones provisionales, constantemente sujetas a revisión. Los problemas en arte admiten infinidad de planteamientos y de ahí que el creador nunca pueda estar seguro de haber acertado, siempre ha de admitir la posibilidad de hallar otra solución distinta, más congruente y lógica. Esto es tanto como decir que su tarea nunca concluye, que incluso cuando pone en su manuscrito la palabra *fin* y lo envía al editor, ya hay otra novela en puertas, planteándole nuevas incógnitas, acuciándole con nuevas exigencias. El artista auténtico trabaja, lo quiera o no, en cadena, sin pausa, hasta tal punto que cuando decide hacer un alto y conceder una ventilación a su cerebro, el esfuerzo para desechar las ideas que mecánicamente le asaltan resulta más extenuativo que el trabajo habitual, en cierto modo sistematizado, y ya, forzoso es reconocerlo, un tanto automático. El fuego interior del artista, como el de los altos hornos, no puede apagarse sin daño.

Llegamos así a la conclusión de que el arte –la novela– exige una entrega incondicional, absoluta, ilimitada. Pero ¿basta esta entrega absoluta, sin condiciones, para que el creador surja, para que el novelista se manifieste? Rotundamente no. El arte no es una simple cuestión de voluntad. El pez, en términos metafóricos, está en el río, y el hombre, en la orilla, dispone de todos los artilugios adecuados para su captura, pero precisará de un sexto sentido, una sensibilidad especial, para hacer de estos instrumentos el uso pertinente y alcanzar de esta manera los resultados apetecidos. Cualquier hombre puede llegarse a la margen del río pero únicamente *algunos* afortunados lograrán hacerse con el pez. El resto imitarán sus movimientos, remedarán sus ademanes, emplearán análogos ardides, pero el pez, ineluctablemente, se les escurrirá. Les falta ese sexto sentido para ordenar con un criterio de eficacia los elementos que ordinariamente se brindan a la generalidad de los mortales. Estos hombres son incapaces de captar nada, no aciertan a reflejar nada, siquiera sus oportunidades, e incluso la disposición personal, sean pertinentes. Su esfuerzo, empero, resultará estéril porque no son artistas; les falta, digámoslo así para entendernos, *sensibilidad creadora.*

En la iniciación de mi carrera periodística en *El Norte de Castilla*, tropecé un día con la necesidad de hacer una crítica teatral. A mis veintidós años, yo no entendía de estas cosas, había visto poco teatro, y así se lo dije al entonces director Francisco de Cossío. Pero Cossío, hombre de dilatada experiencia, no se inmutó: «¿Qué importa eso? –me dijo–. Si has enjuiciado un libro o una película sabrás enjuiciar una comedia; en arte, todo es cuestión de sensibilidad». Con los años he comprobado esta verdad elemental. Para saber si una obra de arte es buena o mala, la erudición es un lujo; teniendo la sensibilidad despierta, apenas hay riesgo de equivocarse. Otra cosa, naturalmente, será emitir un juicio académico, una crítica profesional, encajar la obra de arte, relacionarla, filiarla, para lo cual se precisan conocimientos e, incluso, con frecuencia resulta muy oportuna la erudición.

En cierta ocasión, hace ya muchos años, *El Correo de la Unesco* reprodujo un curioso repertorio de pinturas y dibujos de escritores famosos. Al verlos, yo pensé que si algún día quisieran delimitarse las fronteras del mundo de Tolstoi, Gogol, Victor Hugo, Tagore o García Lorca, sus apuntes y dibujos tendrían casi tanto valor como sus obras. Esta actividad, aparentemente secundaria, sirvió para que estos artistas se completasen, y, con ello, perfilaran ciertos contornos difusos o iluminaran algunas zonas oscuras de su obra. Es posible que si nos remontáramos a la infancia o a la adolescencia de estos hombres, nos encontrásemos con que su dedicación a la literatura se debiera a alguna circunstancia trivial: la biblioteca paterna, una prolongada enfermedad, el encuentro con un amigo… o sea, que lo mismo que fueron grandes escritores pudieron, acaso, llegar a ser notables pintores o excelentes músicos. Resulta obvio que su sensibilidad estaba abierta a los cuatro vientos. El resto, en cierto modo, fue oficio. La vida es demasiado breve para desarrollar todas nuestras facultades. En el Renacimiento, época en que los días eran más largos, el polifacetismo artístico fue un hecho natural. El verdadero artista dispone de un mundo propio; su problema inicial estriba en la elección de voz. Tal elección no supone atrofia del resto de sus recursos sino, en el peor de los casos, embotamiento que, únicamente el correr de los años, nos dirá si es ocasional o definitivo.

Los dibujos de un escritor o los escritos de un pintor –recordemos a Solana– expresan la insatisfacción del artista consigo mismo; la desazón que le produce la resonancia, forzosamente limitada, de su voz. Él, lógicamente, quisiera llegar más lejos, ampliar su eco, pero, en sus manos, el instrumento de que habitualmente se sirve no da más de sí, ha alcanzado el límite de sus posibilidades expresivas. De ahí nace su consternación, su desasosiego. Él desearía hablar más alto pero,

llegado a un punto, se siente afónico, incapaz de alcanzar los registros que persigue. Seguramente todos los grandes genios conocieron esta impotencia en mayor o menor grado –recordemos la insatisfacción de Flaubert cuando escribe su *Madame Bovary*–, siquiera el destinatario de sus obras rara vez lo sospeche.

Cuando el novelista pinta, el pintor escribe o el fotógrafo hace cine, los empuja un anhelo de perfección, de añadir un nuevo matiz, de redondear una idea. La pluma, el pincel o la cámara ya no llegan donde ellos quisieran llegar, y entonces cambian de instrumento, ensayan uno nuevo. El artista suele reservar una posibilidad en la trastienda. Ponerla o no en circulación depende, antes que de sí mimo, del entorno, de sus disponibilidades de libertad y de la provisión de discreción de su auditorio. En todo caso, al verdadero artista siempre le será posible derivar, poner en juego otros recursos expresivos. Lo único imposible será reducirlo al silencio cuando verdaderamente tiene algo que decir.

Parece obligado reconocer que nuestra época no facilita la posibilidad de expresión polifacética del artista. Vivimos la era de la especialización, donde el área en que cada hombre se mueve es cada día más reducida. El campo que abarcaba un especialista en 1920 se ha subdividido hoy en diez especialidades diferentes. De este modo, la atrofia del resto de nuestras posibilidades no sólo se anticipa sino que se produce de una manera más radical en nuestros días. A esta exigencia de la vida moderna no ha podido sustraerse el mundo del arte. Más arriba aludía al polifacetismo de los hombres del Renacimiento, pero se podría añadir que todavía nuestro Unamuno vivió un tiempo que le permitió adentrarse y profundizar en diversos géneros, siquiera –salvo su actividad docente– apenas rebasara el campo de la literatura. Pero, dentro de ésta, cultivó el artículo periodístico, el ensayo, el relato breve, la novela, la poesía... En nuestros días apenas hay literatos en sentido genérico, sino poetas, ensayistas, novelistas, dramaturgos en sentido estricto. Al que ve la vida como novelista y amolda su cerebro a la técnica narrativa, le resulta embarazoso desacomodar su mente y actuar ocasionalmente como poeta o como ensayista, y si a veces lo hace será antes como gimnasia mental que por interior exigencia. El artista es una víctima más de las circunstancias históricas, políticas y sociales que le ha correspondido vivir.

Pero una cosa es la especialización y otra muy distinta privar de voz al artista verdadero. El creador auténtico, el hombre que se expresa por una imperiosa exigencia de comunicación, acabará manifestándose, hoy y siempre, aunque lo amordacen; nos dará lo que lleva dentro contra todas las fuerzas del universo asociadas para impedirlo. Rafael Alberti, que en la Argentina de Perón no encontraba

facilidades para difundir sus poemas, vivió varios años en Buenos Aires pintando biombos. La condición previa indispensable para que el artista exista es, pues, portar dentro una chispa creadora y experimentar la necesidad de exteriorizarla. Acuciado por esta exigencia, el pintor pintará cuadros, el escultor cincelará estatuas y el novelista escribirá novelas. Únicamente cuando adviertan la insuficiencia del instrumento habitual para completar su mundo, o al ser privado mediante la violencia de ese utensilio, el creador recurrirá al sucedáneo, actitud, en cierto modo, pareja a la del futbolista que, ante la imposibilidad de hacer gol con el pie, impulsa la pelota con la cabeza.

Ya tenemos al hombre con una chispa dentro, esto es, la posibilidad de un artista. Pero este hombre, desconectado, en frío, nada puede. Para realizar su obra precisará una adecuada temperatura de creación. Yo creo que esta temperatura, si el artista verdaderamente la desea, no puede regateársele, no se le puede escapar. Por aquí enlazamos con la vieja cuestión de la inspiración y la no menos vieja y debatida de si es el desahogo económico o la menesterosidad la situación ideal para que el creador cree. Dostoievski y Cervantes desarrollaron su genio en la indigencia. Proust y otros novelistas, para llenar sus ocios, seguramente para evadirse del tedio de una vida demasiado regalada. Esto quiere decir que el artista puede desenvolverse en cualquier medio, si bien ni la miseria extrema ni la opulencia parezcan los más aconsejables. Un editor alemán me decía, a raíz del «milagro» que puso en pie a su país en apenas dos lustros, que en Alemania surgían pocos novelistas jóvenes debido a que el dinero fácil orientaba la inquietud de los muchachos hacia menesteres más prosaicos pero mejor remunerados. Aparte de que la dedicación al arte rara vez se decide por razones crematísticas, yo estimo que en este punto es arriesgado generalizar, y si es posible que ciertos creadores no puedan realizarse en un ambiente de estrechez, otros habrá a quienes el refinamiento y la molicie esterilicen. Diríase que unos y otros son incapaces de alcanzar, en determinadas circunstancias, la adecuada temperatura.

Hace tiempo, lo que yo vengo llamando temperatura de creación se confundía con la inspiración, y la inspiración, las más de las veces, se identificaba con una musa real o ensoñada. Laura, Beatriz, Leonor son nombres de musas, nombres ligados a la obra de algún gran artista. En ese tiempo, un poeta sin musa llegó a ser tan inconcebible y despreciable como un cazador sin perro. Tan inadmisible era que hubo poetas que en lugar de crear un poema a golpe de musa, se creaban la musa a golpe de poema: es decir, la inventaban. La musa pasó a ser así una quimera o, en el mejor de los casos, un pretexto para

desencadenar un torrente de lirismo. En ocasiones, cuando la musa era un ser de carne y hueso, su actitud desdeñosa venía a facilitar un argumento y el poeta, reelaborando sus propias cuitas, se exaltaba y, por este camino, llegaba a alcanzar una óptima temperatura para crear unas obras más valiosas por su vehemencia que por su armonía. En cualquier caso, esta posibilidad creadora que al poeta se le ofrecía no era válida, pongamos por caso, para el novelista o el pintor. El poema –como un chispazo fulgurante de genio que es– podía responder a un rapto de pasión o de amargura, pero resulta difícilmente admisible que el aliento creador que precisaran Cervantes para escribir el *Quijote* o Velázquez para pintar *Las Meninas* pudiera provenir del estímulo de una musa o de una pequeña contrariedad amorosa.

La novela requiere una elaboración más cerebral –aunque no sólo cerebral–, morosa y reposada que un poema, y si, en todo caso, el creador precisa de un grado de temperatura para lograr expresarse, este grado no puede ser el mismo para las diferentes manifestaciones artísticas. La arquitectura, por ejemplo, para algunos arquitectos no pasa de ser un frío problema de cálculo. Saben levantar una casa con las garantías necesarias para que no se desplome pero sin experimentar la menor desazón estética. Para este empeño son suficientes las matemáticas; sobra toda pasión creadora. Mas esto, insisto, no es el caso del artista que lo es de verdad, sea éste arquitecto, escultor o novelista. Tampoco, ya lo sé, podemos aceptar a estas alturas la musa –el duende, diría Lorca– como fuente de inspiración. En nuestros días resulta inadmisible que un desengaño amoroso pueda motivar una obra importante por su complejidad, pero, a la vez, yo me resisto a admitir que una gran novela pueda ser simplemente fruto de unos cálculos mentales más o menos acertados.

La gente suele interesarse por las horas en que el pintor pinta o el escritor escribe, porque de alguna manera siguen creyendo en la musa y la inspiración, cuando hoy en día ya no puede hablarse de musa e inspiración sino como meras figuras retóricas. Por otro lado, las horas no importan tanto como el estado de espíritu en que el artista trabaja, porque resulta que el espíritu, como el intestino, también puede ser educado. Ahora bien, existen escritores profesionales que escriben tres artículos diarios porque de ellos tienen que vivir, pero si examinamos atentamente sus trabajos, concluiremos que su calidad es diferente, porque uno se fraguó a la temperatura propicia y el otro, no; en el primero intervino el talento, y en el tercero únicamente el oficio. Pero el artista disciplinado, riguroso consigo mismo, debería abandonar su quehacer precisamente en el momento en que, a pesar de sus esfuerzos, intuyese que le falta la temperatura precisa para rematarlo dignamente.

El lector preguntará llegados a este punto: admitamos en un artista la chispa, la sensibilidad creadora, pero ¿cómo, cuándo, de qué manera, alcanzar la temperatura apropiada? Y yo respondo: esa temperatura depende de nuestra capacidad de desasimiento de los problemas de cada día o, dicho de otro modo, de nuestra capacidad de concentración. Una cabeza en blanco, cerrada a todo intrusismo, me parece el requisito indispensable para lograrla. Tal estado de equilibrio nos permite identificarnos con la obra de arte, volcarnos en cada instante de la creación, de tal modo que nos hagamos obra de arte nosotros mismos. A este trance se refiere, seguramente, Lorca cuando afirma que para crear «es preciso despertar al duende en las últimas habitaciones de la sangre». Si preocupaciones extrañas no nos perturban, llega el momento en que, tras la relativa fluidez de la iniciación, se produce el encadenamiento de ideas y palabras de una manera casi automática, como si alguien nos dictara al oído lo que debemos escribir u otra mano escribiera por la nuestra. El artista, absorto, cabalga entonces sin pisar el suelo, en un estado de ingravidez, encerrado en su mundo de ficción y absolutamente ajeno al mundo que lo rodea.

Ortega y Gasset decía que el secreto de la creación en el novelista radica «en acertar a cerrar al lector toda puerta de posible evasión; en retenerle dentro de un mundo herméticamente cerrado». Esto es exacto. Mas lo que Ortega omitió –seguramente porque no era novelista– es que el secreto del narrador en el momento de la creación reside en cerrarse las puertas a sí mismo, en bloquear los escapes, de suerte que su potencia imaginativa se vuelva íntegra sobre el pasaje que en ese momento le ocupa; en que el mundo exterior no exista en ese instante para él, de tal forma, *que mentalmente pueda llegar a leer la novela aun antes de haber sido escrita*. No es posible que el novelista acierte a cerrar las puertas al lector, según pretendía Ortega, si antes, en el momento de la creación, no acertó a cerrárselas a sí mismo.

De ahí que en una conferencia de mis inicios, y cuantas veces se me ha preguntado después si creo en la inspiración, haya respondido, indefectiblemente, que para mí la inspiración consiste en haber dormido bien, idea que Umbral comparte en uno de sus libros y la enriquece con adherencias y precisiones inteligentes. Un sueño plácido revela que no hay problemas que nos conturben, lo que hace posible la concentración. De acuerdo con esto, la musa, en el siglo XX, puede ser algo tangible, real, algo que está al lado del artista, desbrozándole el camino, preservando su aislamiento en la torre de marfil. García Lorca, al que con frecuencia me he referido, decía, con tanto sentido como intención, que la inspiración había de sorprenderle trabajando, lo que equivale a reconocer que es el trabajo quien llama a la inspiración –y a la adecuada temperatura– y no a la inversa, como el

lector sencillo cree.

Para concluir con estas divagaciones, me atrevo a afirmar que leyendo despacio y, aún mejor, releyendo a los grandes y pequeños autores, no es difícil descubrir en sus literaturas qué páginas se escribieron a la temperatura debida y qué otras no; qué páginas se deben al talento del escritor y qué otras al oficio del escribiente. Y lo mismo cabría decir de las obras del pintor o de las del músico. Unas y otras son perfectamente identificables. Las primeras se forjaron en ese estado de enajenación a que una adecuada temperatura espiritual conduce, y las otras en frío, forzando la máquina de hacer arte, que es tanto como decir con una mínima posibilidad de resultado estético.

[2004]

El novelista y sus personajes

A veces los periodistas me preguntan a qué atribuyo el acierto de las adaptaciones de mis novelas al cine o al teatro, por qué la mayor parte de estas películas o funciones teatrales han sido bien acogidas por el público. Naturalmente, la primera razón para que esto haya ocurrido reside en haber dado con unos productores, directores y actores que han entendido mi obra y se han identificado con ella. Y la segunda, en mi preocupación por el delineamiento de personajes; en la importancia que siempre he dado al personaje como eje del relato. Esta casi obsesión mía por dotar a los tipos que pueblan mis novelas de entidad humana la habrán observado ustedes en las adaptaciones al teatro de *Cinco horas con Mario* y *Las guerras de nuestros antepasados*, de cuyos protagonistas hacen Lola Herrera, José Sacristán y Manuel Galiana grandes creaciones. Igualmente evidente se hace esta preocupación en aquellas películas en cuyo guión he intervenido de alguna manera, como *Los santos inocentes*. A la vista de unas y otras, comprenderán ustedes que yo considere la elección de tipos vivos como un fundamental deber del novelista. Entiendo que unos personajes auténticos pueden hacer verosímil un absurdo argumento, y conseguir del estilo un vehículo expositivo cuya existencia apenas se perciba. Poner en pie unos personajes de carne y hueso e infundirles aliento a lo largo de doscientas páginas es una de las operaciones más delicadas de cuantas el novelista realiza. Y hasta tal punto pienso que esto es así que me atrevo a formular esta conclusión: una novela es buena cuando, pasado el tiempo después de su lectura, los tipos que la habitan permanecen vivos en nuestro interior, y es mala cuando los personajes, transcurridos unos meses de su lectura, se difuminan, se confunden con otros personajes de otras novelas, para finalmente olvidarse. El personaje es para mí el eje de la narración y, en consecuencia, el resto de los elementos que se conjugan en una novela deben plegarse a sus exigencias. Tal ocurre, por ejemplo, con la técnica, la estructura, lo que podríamos llamar la fórmula para resolver un libro. Antes de la creación, el novelista es el único que sabe lo que quiere decir en su novela, aunque no vaya a expresarlo por sí mismo, sino mediante los álter ego de los personajes. En consecuencia, el personaje influye sobre la novela aun antes de que el novelista se haya sentado a escribir. De lo que el novelista pretende decir por medio de estos personajes dependerá el tono y la

construcción de la novela. El narrador podrá optar por la fórmula objetiva o la subjetiva, el relato en primera o tercera persona, el recurso de la socialización, donde todos los personajes emergen de las páginas del relato a un mismo nivel y son equivalentes, o la técnica astral, con un protagonista en el centro y un coro de personajes satélites en derredor. En cualquier caso, la fórmula a adoptar la imponen los personajes. El problema de un pueblo en la agonía, que es el caso de mi novela *Las ratas*, no puede plantearse técnicamente lo mismo que el de un hombre acosado por la incomprensión, que es el caso de mi novela *Cinco horas con Mario*. En última instancia serán este hombre, Mario, y los habitantes de aquel pueblo quienes determinen la fórmula a utilizar. Cada tema no tiene más que una solución adecuada dentro de cada cabeza. El novelista viene obligado a buscarla, aunque su solución mejor no sea necesariamente la mejor solución para otro novelista, aun tratándose del mismo tema. En cualquier proyecto de novela existen unas imposiciones de los personajes y otras imposiciones del propio novelista, siquiera sean éstas, en definitiva, las que terminan por prevalecer. Esto equivale a decir que no creo en la rebelión de los personajes, en sentido literal, aunque reconozca que una novela puede malograrse tanto porque la personalidad del autor se muestre tan absorbente que acabe por anular las de sus criaturas, como porque el novelista, en un exceso de simpatía hacia sus muñecos, les ceda el timón de la nave y termine por naufragar.

El hallazgo de la fórmula pertinente es, por tanto, una operación anterior a la redacción de la novela en la que los futuros personajes tienen una fundamental influencia. Encontrar la fórmula idónea y el tono adecuado constituyen probablemente las decisiones esenciales del narrador. Aplicar a un relato una fórmula equivocada puede ser tan catastrófico como hacerlo en un problema matemático, puesto que, en ambos casos, un yerro en el planteamiento suele tener, a la larga, un efecto amplificador. Lo malo es que no siempre que el novelista advierte un error está en condiciones de subsanarlo. De ahí su actitud de hombre en permanente vigilia. Si el sentido autocrítico del novelista fuera tan sutil que, junto a los errores, advirtiera inmediatamente los remedios, sus obras, dentro de sus posibilidades, serían perfectas. Mas esto no suele ser así. Cuando el narrador intenta desarrollar un tema en fórmula equivocada, el relato renquea, vacila y termina por calarse como un automóvil al que pretendiéramos arrancarlo en tercera velocidad.

Acertar con el planteamiento es un problema previo, ajeno todavía a la literatura. El narrador trata de tender un puente que sirva para trasladar al lector a su mundo, al mundo de ficción de su novela, y aislarlo allí. De momento, no interesa tanto que ese puente sea bello

como que sea seguro; el adorno, si viene al caso, puede llegar después. En principio, únicamente debe preocuparle que los lectores puedan franquearlo sin venirse abajo, porque si éstos encuentran arduo el acceso, difícilmente se avendrán a intentarlo y, en consecuencia, nunca podrán ser captados por el relato.

Vivimos unos años críticos para el arte. La sed de mudanzas, el afán de originalidad prevalecen sobre todo. A menudo al escritor novel se le antoja que las fórmulas puestas en juego por sus predecesores han caducado, carecen de vigencia, *ya no se llevan*. Y, entonces, invierte frívolamente los términos del proceso creador e inventa una fórmula antes de disponer de un tema y unos personajes. «Voy a decir algo mediante esta fórmula tan sugestiva», parecen decirse, mas aún no saben qué decir ni qué personajes utilizar para decirlo. Lo único que les encandila es la fórmula. Otras veces el escritor decide utilizar las fórmulas puestas en circulación por otros, olvidando que en el mundo hay tantas realidades como pares de ojos lo contemplan, ya que si llegara el día en que todos viéramos la realidad objetiva de la misma manera, el arte habría perdido su razón de ser. Por eso, si yo veo, pienso y siento como yo, incurriría en un error si tratase de hacerlo como X, aunque sus caminos, sus recursos literarios, su pulso narrativo me parezcan eficaces y seductores. La infidelidad al propio yo no puede conducirnos a buena parte. De ahí que yo no crea en modas pasajeras, en fórmulas narrativas anticipadas, adoptadas con la única finalidad de epatar al lector. Cada novelista debe buscar la fórmula que precise para que la historia que pretende desarrollar y los personajes que han de vivirla quepan cómodamente en ella. Por esto me desazonan algunas corrientes narrativas actuales que prescinden del tema y de los personajes y se quedan en la pura fórmula, como si la pura fórmula encerrara algún atractivo en sí misma. Estos narradores conducen al lector hasta el puente y lo abandonan en él; del otro lado, en la ribera opuesta, no hay nada; está el desierto, el vacío más desolador.

Como determinantes de la fórmula novelesca a adoptar, los personajes delatan ya su rango dentro de la novela. Pero los personajes, unos personajes bien trazados, pueden además conseguir que un tema ligero cobre consistencia y se haga verosímil la peripecia más descabellada. Desde este punto de vista, la misión del novelista consiste en descifrar al hombre y, consecuentemente, su sitio debe estar cerca del hombre. Desconfiemos del novelista de laboratorio. El narrador debe ahogar sus impulsos de insociabilidad y vivir al lado del hombre para poder un día desentrañarlo. Pero esta misión es cada vez más difícil, ya que nuestra época, en virtud del cine, la televisión y el turismo masivo, de la rápida difusión de modos y modas, propende al

mimetismo, a la uniformidad. Nada digamos de la urbanidad, que con frecuencia recata no poco de hipocresía, de tal forma que muchos rasgos distintivos, caracterizadores, se desvanecen hoy con la convivencia y los convencionalismos sociales. Pero, pese a todos los obstáculos, el novelista ha venido al mundo para eso, para descubrir lo que hay de cierto y de postizo en el hombre, para revelárnoslo en su auténtica desnudez.

Este ocultamiento progresivo del hombre se acentúa a medida que asciende en la escala social y se agrupa en mayores concentraciones urbanas. Quizá venga de ahí mi inclinación a novelar a gentes sencillas de las pequeñas ciudades o los medios rurales. Esta tendencia mía ha sido, sin embargo, afeada por algunos que arguyen que a mí, como novelista, me perjudica vivir en provincias. Ante esta afirmación no puedo ocultar mi sorpresa. ¿Quieren decir estos señores que es malo que mis novelas discurran de ordinario en el campo o en pequeñas capitales? ¿O quieren decir que la trascendencia de un libro es menor por ser sus protagonistas gentes elementales o pequeños burgueses, pero nunca gentes de esas que han dado en llamarse gran mundo? ¿Creen de verdad estos señores que un novelista sería mejor viviendo en Madrid que en Sevilla, y mejor aún si fija su residencia en París o Nueva York?

Este hilo nos lleva, sin quererlo, al debatido tema de la universalidad del escritor o, quizá sería mejor decir, al de la universalidad de su obra. En multitud de ocasiones he dicho que para escribir un buen libro no considero imprescindible conocer París ni haber leído el *Quijote*, entre otras razones porque Cervantes escribió el *Quijote* antes de haberlo leído. Captar la esencia del hombre y apresarla entre las páginas de un libro es la misión del novelista. Una buena novela no es sino eso, y el libro será tanto mejor cuanto más sinceramente se haga. Situar geográficamente a ese hombre no deja de ser una cuestión accesoria, siempre que su pintura sea diestra y el fondo del retablo marche acorde con la figura central, es decir, se tengan muy en cuenta las proporciones. De este modo, resulta indiferente que nuestro personaje se mueva en una gran urbe, una capital de provincias o un minúsculo pueblecito. Por otro lado, el hecho de vivir el novelista en Buenos Aires, Londres o Nueva York no le quita ni le añade nada como tal novelista. La experiencia no la da la densidad demográfica del lugar de residencia, sino el vivir con los ojos abiertos. En lo que personalmente me concierne, puedo afirmar que mi leve conocimiento de América no lo adquirí en Valparaíso, ni en Río de Janeiro, ni siquiera en Nueva York, sino en las pequeñas ciudades y en el campo. El clima cosmopolita de Buenos Aires, Río o Nueva York en poco se diferencia del de Madrid, Berlín o Roma. Diría más, en estos ambientes el instinto de observación del novelista topa

con una cortina, el bosque no le deja ver los árboles. Unos hombres asumen los modales de otros hombres y, a la postre, todos vienen a parecer lo mismo.

Se parte, entiendo yo, de una errónea interpretación del concepto universalidad. La universalidad de una novela no la determina su localización, un tema ambicioso o el hecho de barajar en ella altos personajes. La universalidad deriva, a mi juicio, de la agudeza y penetración con que se observa un pedazo de mundo, por pequeño que éste sea, y a través de su interpretación y de un juego bien calculado de reflejos y resonancias, ofrecer una visión del mundo entero, de la vida toda. Pongamos, como ejemplo explícito, el de una novela de guerra. El afán de embotellar en quinientas páginas la totalidad de la guerra, sus mínimas incidencias, no hará el libro más universal que si a través de la pequeña guerra, de la insignificante guerra, de la anónima guerra de un soldado raso, acertamos a dar una visión dramática y viva de la guerra toda. La universalidad no dependerá, pues, del número de páginas, ni de la diversidad de escenarios bélicos que abarquemos, sino del dibujo de ese soldado raso y de su limitada, íntima tragedia.

Escribiendo de y en un pueblecito minúsculo se puede ser un escritor universal. La universalidad estriba en ahondar en el hombre y acertar con su última diferencia. Alumbrar el pedazo de mundo que le ha caído en suerte es la más noble tarea del novelista. Por eso yo no concedo al hecho de «estar viajado» sino una importancia relativa. Los viajes pueden aprovecharse en dos sentidos: bien para ampliar nuestro mundo novelesco con otros seres y otros ambientes, o bien para comprobar lo que hay de diferente en el pequeño mundo donde habitualmente residimos. Aunque parezca paradójico, las posibilidades de universalidad son mayores a través de este segundo camino que a través del primero. Volviendo a mi personal experiencia, recuerdo que a mi regreso de Sudamérica, tras una estancia de varios meses, un entrevistador me preguntó por mi impresión de aquel continente. Yo le respondí que sería una audacia por mi parte tratar de interpretar América tras una visita tan fugaz. El periodista me preguntó, sorprendido: «Su viaje, entonces, ¿no le ha servido de nada?». Y yo le respondí: «Este viaje me ha servido para descubrir Castilla». Y, en efecto, Castilla, la Castilla de mis libros, sólo he acertado a verla tal como es después de recorrer Europa, África y todo el continente americano. Y aún añadiría algo más: cada viaje me ayuda a percibir un nuevo matiz de Castilla, matiz que hasta ese momento me había pasado inadvertido.

Admito, pues, que la universalidad de una obra puede venir impuesta por los problemas de interés general que en ella se planteen –tal, el riesgo atómico–, pero el camino más puro para lograrla es a

través de un localismo sutilmente visto y estéticamente interpretado. Don Quijote, por ejemplo, no puede ser inglés. Es su españolismo esencial, su visión del mundo, dentro de su profunda humanidad, lo que imprime al personaje una dimensión universal. En una palabra, cualquier escritor podrá ser bueno o malo, y la resonancia de su obra sucinta o universal, pero a buen seguro la ciudad donde ha nacido y vive no tendrá la culpa de ninguna de las dos cosas.

Tampoco comparto la opinión, expuesta hace ya muchos años en la fenecida revista *Cuadernos*, sobre el *boom* hispanoamericano, del gran escritor Antonio de Undurraga. En un ensayo, formalmente excelente, titulado «Crisis en la novela latinoamericana», Undurraga decía, con evidente inoportunidad, que «la novela no es planta literaria apta para aclimatarse en Latinoamérica», porque «no hay allí ninguna aptitud sacerdotal para lo bello y lo fino». «Por otra parte –añadía–, atribuir sentido novelesco a todo lo que pasa en América nos parece un despropósito, pues suceden demasiadas cosas insignificantes que se repiten de un país a otro, de una provincia a otra».

A través de estas palabras podemos entender que para Undurraga la originalidad debe radicar en el tema, en los entresijos del tema, y en su singularidad (lo repetido no vale). Yo entiendo, por el contrario, que, ante la dificultad de abordar temas nuevos, la eficacia de un novelista depende de su capacidad para arrancar destellos nuevos de temas viejos, de su talento para plantear éstos desde un ángulo desusado o de exponerlos conforme a las reglas de una estética personal. Así, la rutina, la promiscuidad, la crueldad, la amoralidad que prevalecen en un centro militar peruano, que tan expresivamente describe Vargas Llosa en su novela *La ciudad y los perros*, son las mismas que reinan en tantos lugares semejantes de otros tantos países americanos y europeos (esto es, el tema es repetido) y, sin embargo, Vargas Llosa acierta a pintar este clima bajo una nueva luz, mediante unos recursos desacostumbrados, y logra, de esta forma, un acierto literario, lo que me lleva al convencimiento de que el arte narrativo reside, antes que en la originalidad del tema, en ese don mágico para ahondar en la trascendencia de lo aparentemente trivial, sirviéndonos de unos personajes humanos y convincentes.

A pesar de ser la novela un género de ficción, esto es, algo imaginativo, es incuestionable que ningún narrador ha sabido prescindir de sí mismo a la hora de escribir sus novelas. Mas cabe preguntarse: ¿qué parte de sí revela el novelista en sus personajes? ¿En qué medida se desnuda en ellos? ¿Qué hay de autobiográfico en su relato? La novela debe ser en todo momento una armonía. No se discute que la vida vivida puede trascender en ella, pero en ningún momento olvidarse de la marcha diaria del mundo, esto es, de lo que el narrador ve pasar por su ventana cada mañana, así como de su

sentido de observación y su capacidad fabuladora. ¿Y en qué proporción? La proporción en que unas y otras aportaciones se combinan en la novela serán las que convengan al novelista. De él dependen. El novelista quimérico inventará quimeras, en tanto otro, más curioso que imaginativo, rebuscará en su propia experiencia o transcribirá lo que observa a su alrededor. En cualquier caso, si lo que el novelista pretende es ofrecernos una personal visión del hombre, rara vez, por imaginativo que sea, prescindirá de sí mismo, el hombre, de entre todos, que mejor conoce. Ya tenemos, pues, en principio, una base autobiográfica en toda obra de ficción, base que no solamente se alimenta de la vida del fabulador, sino también de su propia filosofía.

Hay personas, sin embargo, que narran bien, incluso artísticamente, sus vidas, pero tras ese ejercicio se agotan, no disponen sino de un chispazo efímero de genio que dura lo que su experiencia vital. A estos escritores los esteriliza su complacencia en la propia aventura y su desdén por las ajenas. Únicamente saben mirarse una y otra vez al espejo con lo que, para escribir su segundo relato, tendrían que esperar a almacenar un nuevo repertorio de impresiones y vivencias. Y aún es posible que si lo que vertieron en el primero fue, antes que su personal andadura, su posición en la vida, el enfoque de ésta, las novelas posteriores vendrán a ser, inevitablemente, una réplica de la primera.

He aquí un novelista de una sola novela. El creador, que en este caso es un creador muy limitado, no acierta a salir de las rodadas que trazó en su primera obra. No inventa, no observa, administra mal su caudal autobiográfico, que éste, entiendo yo, es uno de los secretos del verdadero creador. En cambio, el novelista nato nos referirá no sólo lo que fue sino lo que pudo haber sido. El auténtico narrador esconde dentro de sí no sólo el personaje, sino tantos personajes como a lo largo de su vida pudo encarnar.

Vivir es optar entre diferentes alternativas. Es esta disyuntiva la que define al hombre. El conjunto de estas decisiones completa su personalidad. Pero la inventiva del novelista debe ser lo suficientemente rica para imaginar lo que hubiera sido su vida invirtiendo los términos de la opción, tomando el camino que de hecho desdeñó. En una palabra, inventarse otra vida. Convertirse en un visionario en lugar de en un memorialista. Por este camino, llegaremos a la conclusión de que el narrador ha de disponer de la facultad de desdoblarse, de ser varios y diversos seres a la vez (no soy así, pero pude ser así). Tan admisible es, entonces, que nos cuente lo que le ha ocurrido como lo que podría haberle ocurrido si alterásemos los supuestos de que partió en la vida real.

Más tarde vendrá la identificación del autor con su personaje, su

capacidad para enmascararse en otra piel, metamorfosis de cuya fidelidad dependerá el grado de conquista del lector por el personaje y, en última instancia, por la novela. Concretando: la identificación autor-personaje a lo largo de la creación determinará, a la hora de la lectura, la identificación lector-personaje.

Pero estoy hablando de personajes protagonistas cuando hoy abunda en el mundo la novela sin protagonista o, mejor dicho, la novela con protagonista colectivo. En estas novelas no puede decirse que todos los personajes sean principales, sino, más exactamente, lo contrario: ninguno lo es. Lo esencial entonces no es tanto el personaje como el problema que entre todos representan. El autor, sin transfigurarse en uno u otro, está aquí encarnando a todos y no para reconstruir con ellos, como si fuera un puzle, una autobiografía, sino para formular su pensamiento en torno a la situación o el problema que aquéllos plantean. Pero el pensamiento también es biografía, de donde concluiremos que en toda novela hay inevitablemente algo de la vida de su autor.

Sucede, finalmente, en otras ocasiones, que el novelista resume su yo en el protagonista, con lo que éste se convierte en el álter ego del autor, en su portavoz, mientras que los personajes secundarios asumen el papel de reactivos. Su posición, sus irrupciones, sus réplicas no persiguen otro objetivo que el de incitar al protagonista a desenmascararse de modo que su perfil humano adquiera el mayor relieve posible. En este caso, la tropa de personajes y personajillos que el fabulador ha creado se moverá en un plano subalterno. Este empleo del personaje secundario es habitual en los libros de Baroja, para quien los segundones constituían unos útiles comodines que, como él decía expresamente, «entran y salen en las novelas como en la vida, sin decir de dónde vienen ni adónde van. El novelista no se preocupa de seguirles la pista cuando no le son necesarios». Estos tipos carecen de personalidad y relieve, no nos incumbe su personal trayectoria. Para Baroja el personaje secundario surge uncido a una servidumbre: realzar al personaje central.

Simplificando: toda novela conlleva, inevitablemente, algo de su autor: su vida real, su vida posible o su propio pensamiento, que éste es el caso de Albert Camus, Thomas Mann, Lionel Trilling y tantos novelistas como encontraron en la novela un vehículo difusor de sus ideas, de marco más amplio que el ensayo.

1981

ENSAYO

La revolución narrativa

La novela, que hasta hace pocos lustros fue un recurso para llenar los ocios de la clase burguesa, ha sido desbordada en esta pretensión por otros procedimientos de diversión más cómodos y eficaces: cine, televisión, revistas gráficas. La novela, por simple que sea, exige un pequeño esfuerzo mental por parte del lector, cual es el de crear las imágenes que la letra impresa sugiere. El cine y la televisión no precisan palabras, aunque, a veces, las utilicen como complemento. Las palabras se nos brindan aquí transformadas en imágenes, con lo que la deserción del presunto lector, atraído únicamente por la peripecia, galvanizado por una pereza mental secular, es inmediata.

En este punto la novela, desbancada en su misión de esparcimiento, aboca a la disyuntiva de transformarse o morir. El novelista tendrá que hacer una cosa distinta de la que venía haciendo o dejar de hacer novela. Mas en el caso de optar por hacer otra cosa, habrá de buscar la *vis atractiva* del género –que hasta ayer fue, como digo, el divertimiento– por otro lado. Hablo, naturalmente, de novela noble, no de novela vulgar, sobrecargada de resortes emocionales, puesto que ésta puede coexistir todavía con el cine y la televisión. Por este camino accedemos a la novela intelectualizada, que va a inquietarnos por el problema que plantea o va a interesarnos por los recursos expresivos o constructivos que pone en juego. Aparece así la novela de ideas o con problemas de fondo –Albert Camus–, la novela de sugerencias o con problemas de forma –Robbe Grillet–, o la novela con problemas de fondo y forma –Max Frisch. En el primero y en el tercer casos, la anécdota a la manera tradicional queda un tanto pospuesta, mientras en el segundo se desvanece del todo, puesto que en el *nouveau roman* la forma y el fondo son una misma cosa. Al lector empiezan a interesarle las ideas o la manera de narrar antes que lo que se narra. En cualquier caso, la lectura de una novela va dejando de ser una diversión y empieza a ser un esfuerzo.

Mas a la vista de estas experiencias constantes, renovadas cada día, parece llegado el momento de preguntarnos si el prurito de originalidad no nos estará llevando demasiado lejos. El filósofo italiano Sciacca, aunque en otra vertiente, contempla el fenómeno con suma sagacidad: «Mientras por un lado –afirma– el hombre contemporáneo es terriblemente conformista (por inercia, comodidad o hipocresía), por el otro es audazmente innovador». Contrapone así

Sciacca la ética de la costumbre a la ética de lo excepcional. «Ética de lo excepcional –prosigue– cuyo objeto es el éxito y su ley hacer algo distinto a lo que los demás han hecho o hacen; distinguirse a cualquier precio... El diferenciarse de la grey, el exceder a la norma... seduce y exalta... Parece como si el hombre contemporáneo, desde el escritor a la mecanógrafa, desde el político al ladronzuelo, poseyese una sola aspiración: ser lanzado, aunque sólo sea durante un día, como un dentífrico».

Esta fiebre de descubrimientos alcanza, a veces, en la novela proporciones exageradas, ya que únicamente en el caso de que la experiencia nos demostrara que la novela que pudiéramos llamar tradicional o figurativa había dejado de interesar al hombre contemporáneo, y, por lo tanto, debería morir, tales excesos innovadores estarían justificados. Pero esto está por demostrar. El lector de nuestros días continúa exigiéndole a la novela –dentro, naturalmente, de estilos más depurados y actualizados– un hombre, un paisaje y una pasión. Tales elementos insertos en un tiempo nos darán una historia. Esta historia (o este argumento), más o menos fragmentada, más o menos dislocada en su enfoque, disposición de actores y cronología, es lo que aún solicita el hombre de hoy y lo que yo considero esencial para que la novela exista.

Sin embargo, desde hace unos años se escriben novelas sin argumento y se intentan escribir sin un lenguaje coherente, o, por mejor decir, destruyendo el lenguaje. Los innovadores más radicales parecen olvidar que la libertad es el único caldo de cultivo en que la creación puede proliferar. Paradójicamente, algunos innovadores pretenden basar la nueva novela en un repertorio de prohibiciones: en la novela no contarás una historia; no delinearás unos personajes; no harás afirmaciones, sino sugerencias. Por este camino, me temo, nos quedaremos sin aquello que pretendíamos renovar, esto es, sin novela.

Naturalmente, yo no me opongo por sistema a la renovación del género. Lo que trato de decir es que algunos experimentos desbordan lo que para mí es esencial. El objeto de experimentación en la novela deben ser sus elementos –personajes, construcción, tiempo, posición del narrador–, nunca la destrucción de los mismos. Jacinto Luis Guereña ponía hace tiempo el dedo en la llaga cuando escribía en *El Nacional* de Caracas: «El novelista actual corre el peligro de mutilarse o por lo menos de marchitarse en cuanto al alcance sensible y humano de sus obras, puesto que al manifestarse muy erudito, muy ágil en las construcciones del idioma, en exceso de refinamiento intelectual, ¿no se acercará a la sequedad?».

La vida que, en una u otra forma, debe constituir el núcleo de la novela no se agota en el intelecto. Consecuentemente, esos inteligentes monumentos formales, esas novelas eufónicas, pero sin

hombre, pasión, ni vida, que están levantando algunos, aportarán posiblemente algún enriquecimiento a la literatura, pero no son ni podrán ser nunca *la novela*. Las técnicas en sí, como vehículos expositivos, no son antiguas ni modernas, sino eficaces o ineficaces, adecuadas o inadecuadas. Admitido esto, las novelas pueden ser buenas o malas dentro de cualquier técnica. Lo primordial en una novela es el *qué* se dice. El *cómo* se dice, por sí sólo, nunca podrá darnos una gran novela y, apurando un poco, ni siquiera una novela.

Cosa distinta son los escarceos exploratorios que tratan de renovar el género empleando nuevos ardides, bien mediante un despliegue frondoso de verbosidad, bien alterando frecuentemente el ángulo del narrador (primera, segunda o tercera persona), bien, en suma, alborotando la cronología o incorporando a la novela noble incentivos (sospechas, pistas, oportunidades de adivinación) propios hasta ayer de la novela detectivesca. Estos novelistas son exploradores dentro del marco adecuado; es decir, buscan nuevos cauces para la novela aceptando los tradicionales elementos de la novela. Estos hombres disponen de un *qué* decir antes de adoptar un *cómo*. El barroquismo verbal, la construcción miscelánea, el cambio de narrador, no bastan para eclipsar la historia conductora, la historia que justifica la verbosidad o la audacia técnica o ambas cosas a la vez. Lo antinatural es inventar un *cómo* decir las cosas sin tener cosas que decir. El *cómo* o deriva del *qué* o es un elemento superfluo. Resulta absurdo, incluso risible, buscar una fórmula de expresión para, a la postre, no expresar nada.

Viables o no, los novelistas en Europa y América vienen esforzándose, como digo, en abrir nuevos caminos a la actual narrativa. ¿En qué medida ha participado España en esta exploración? ¿No estaremos haciendo los novelistas españoles de esta hora pura arqueología novelística?

Si nos atenemos al artículo publicado hace varios lustros en *Corriere della Sera* por el hispanista italiano Carlo Bo, la novela española del tercer cuarto del siglo XX carece de interés porque sus tentativas de investigación y tanteo de nuevas corrientes han sido nulas o tan tímidas que no merecen aprecio. Esto equivale a considerar inútil todo esfuerzo realizado dentro de las viejas normas. A lo que se ve, para Bo, la calidad no cabe ya sino en la pirueta vanguardista, actitud que nos llevaría a descalificar a autores de tan reconocida talla como Alberto Moravia en Italia, Saul Bellow en Estados Unidos o Heinrich Böll en Alemania. Olvida Bo que el término vanguardia implica la existencia de una retaguardia, ya que en otro caso carecería de sentido.

En cambio, para Ramón Buckley, nuestra novela ha llevado a cabo en los últimos años «una intensa experimentación y renovación

estilística». Creo que la estimación de Buckley (y no por lo halagüeña) es más reposada y profunda, puesto que dedica a su análisis todo un volumen titulado *Problemas formales de la novela española contemporánea*, obra que divide en tres capítulos: el objetivismo o behaviorismo, que estudia detalladamente a través de las novelas de Ferlosio y Hortelano; el subjetivismo (que según él aporta nuevos datos para interpretar la realidad y hace aceptable lo inverosímil) de Martín Santos y Ramiro Pinilla, y, finalmente, el selectivismo, tendencia de la que, generosamente, me toma como ejemplo y, de acuerdo con la cual, el autor (sin ser radicalmente objetivo o behaviorista) consigue la invisibilidad mediante una complicada adaptación psicológica del lenguaje escrito al lenguaje hablado, utilizando una técnica narrativa basada en la asociación de ideas, «igual que nosotros –dice– cuando hablamos».

Mas no es esta ocasión para detenerme en el agudo y minucioso análisis que de nuestra novela más reciente lleva a cabo este profesor. De momento, su valioso documento me sirve para demostrar que en estos años de indagaciones y ensayos, en lo que podríamos denominar *furor experimentalista* del medio siglo, España no ha permanecido dormida. Tampoco sería exacto hablar de escuelas, influencias o de nueva novela en España, supuesto que, salvo contadas excepciones, el narrador español, con las modificaciones que el calendario ha exigido, ha continuado aferrado al realismo tradicional. Entiendo, en una palabra, que la evolución de las técnicas narrativas no se ha detenido en España, aunque tampoco se haya descoyuntado, esto es, sin desdeñar un remozamiento no se ha dejado ganar por un prurito delirante de originalidad. Pero, seguramente, para que esta relativa inhibición se produzca, ahora que el colonialismo literario prende con fuerza en todas las latitudes, deben de existir unas razones. He aquí algunas de las que a primera vista se me ocurren:

Primera: El novelista no existe sin un destinatario. El *nouveau roman*, por ejemplo, es una experiencia audaz, propia de pueblos cultos y literaturizados, en el mejor sentido de la expresión. Embarcarnos en aventuras estructurales en España –que, inevitablemente, comportan confusión y exigen esfuerzo– ahora que el país empieza a leer, equivaldría a replegarnos, a cerrar las puertas de la novela a esa masa de lectores incipientes que aún reclaman de la lectura una complacencia emocional. Recordemos que en 1919 los intelectuales chinos hubieron de bajar de las nubes, apearse de su lenguaje conceptista e inextricable, para ponerse al nivel del pueblo. Esto explica el éxito del primer período del movimiento cultural de aquel país, según Stuart Schram. Y con esto no pretendo afirmar que éste sea cuantitativamente el caso de la España actual, pero cualitativamente el argumento continúa siendo válido.

Segundo: En España, aun aceptando que la creación pertenece a las funciones de la inteligencia, rara vez el novelista es un intelectual en sentido estricto. (Tradicionalmente se viene admitiendo en el país que el intelectual se exprese por la vía del ensayo. Casi podría asegurarse que ésta es la diferencia que el pueblo establece entre ambos géneros.) Si observamos que la experimentación narrativa contemporánea responde a un proceso rigurosamente intelectual, encontraremos lógica la escasa aportación española a la experimentación en el campo de la novela.

Tercera: La forma de vida española, abierta y centrífuga, extrovertida, volcada a la calle, difícilmente podría encontrar cauce expresivo más acorde con estas constantes que el realismo. La vida española es, en sí misma, como la italiana, realista, y es en esta reducida parcela donde se han operado los discretos tanteos formales de los últimos lustros en nuestro país. Si la literatura ha de ser fiel a su medio y a su época, el novelista español traicionaría esta fidelidad adscribiéndose a alguna de esas tendencias brumosas, crípticas, que ahora prevalecen. La adopción de técnicas exóticas, sin otra justificación que el mimetismo, haría sentirse al novelista español embarazado, como dentro de un incómodo disfraz.

Cuarta: Tal vez la fatiga de una larguísima tradición narrativa, unida a la dureza de la censura durante casi cuarenta años y a la autocensura que el novelista español se vio forzado a ejercer sobre sí, hayan originado en él una cierta incapacidad resignada, una sumisión apática, una desconfianza hacia los descubrimientos de nuevos caminos. En cualquier caso, el estiaje imaginativo es notorio en la novela española de nuestro tiempo.

Quinta y última: En España nos resistimos –generalizo tal vez una opinión personal– a dar por definitivo el triunfo del consumismo y, como dice Bloch Michel, «de los estereotipos de la cultura de masas». Esto supone que aún creo en los destinos individuales y no acepto, por tanto, aquello de que a una época confusa deba servírsele un arte confuso. Esto supondría no sólo negar al arte la libertad, sino toda posibilidad de redención. A mi entender, el problema debe plantearse así: la fidelidad a una época, ¿entraña que a una época vacía, gregaria y aburrida debe corresponder un arte gregario, vacío y aburrido o, por el contrario, un arte que trate de redimir a la sociedad de esa época de su vacuidad, su gregarismo y su aburrimiento? En pocas palabras: ¿El arte debe ser eco o debe ser voz? ¿Debe ser proyección o debe ser reflejo?

1981

Novela divertida y novela interesante

Con frecuencia los novelistas escuchamos lamentaciones sobre la falta de atractivo de la novela actual. «Hoy no se escriben novelas largas, cargadas de acontecimientos, como hacían Dickens y Dostoievski», suele decirse. Y la lamentación tiene su fundamento. No pocos novelistas del XIX gustaban de tener en vilo a sus lectores a lo largo de unas semanas acerca del destino de sus héroes. La técnica era sencilla: cada entrega resolvía el problema pendiente de la entrega anterior pero creaba otro nuevo, con lo que la intriga del lector podía sostenerse viva indefinidamente. Seguramente fue esto lo que indujo a algunos intelectuales de entonces a catalogar a la novela como género menor. Y, probablemente por esta misma causa, la novela, para no pocos estudiosos actuales, debe dejar de ser un género divertido para pasar a ser un género interesante.

En este breve ensayo sólo pretendo divagar superficialmente sobre algunas características de la novela moderna, dejando aparte su evolución de fondo, evolución que indujo a Julián Marías a afirmar que en los últimos tiempos «casi todas las buenas novelas son malas; quiero decir, malas novelas, que no acaban de serlo. Lo normal es que la novela descarrile en el ensayo, degenere en él, es decir, se desgenere, pierda su género literario».

La novela no podía ser una excepción en el proceso de sutilización de formas que singulariza al arte contemporáneo. Buena parte de este arte se pliega a unos cánones de notoria sencillez que puede llamarse primitivismo o pintura no figurativa, escultura abstracta o minimal, o funcionalismo arquitectónico. Lo indudable es que el arte, a primera vista, tiende a simplificarse, adopta una candorosa apariencia pueril que no excluye, sino que, paradójicamente, provoca la confusión. De un cuadro abstracto sorprende su sencillez, pero a la hora de interpretarlo resulta difícilmente penetrable. A esta característica que podríamos definir como *compleja simplicidad* del arte contemporáneo no podía ser ajena la literatura, generalmente a remolque de las artes plásticas. Esto explica que, bajo una deliberada despreocupación, se advierta en la novela actual una atención preferente por la forma, con la consiguiente postergación del argumento propiamente dicho. Este fenómeno, como digo, no sólo se anticipa en la pintura sino que se manifiesta en ella con mayor desenfado. Las nuevas escuelas alumbran un arte desconectado de la razón, una plástica que constituye un mero

recreo de la vista y que *no ha sido hecho para ser entendido*. La elusión del tema llega a ser total. Las formas y los colores lo son todo. En este sentido resulta atinado el punto de vista de José María Valverde cuando afirma: «La pintura actual no hay que tratar de comprenderla sino de ejercitar el ojo en una nueva libertad, en un movimiento por su cuenta, dejándole que se divierta y busque sus propios placeres sin rendir cuentas al entendimiento». Este principio podría ser aplicado a todas las artes plásticas, mientras que en algún estamento de la poesía bastaría con sustituir ojo por oído. El arte actual, en fuerza de simplificación, va haciéndose ininteligible. Tratar de comprender un *collage* es pura quimera. El propio Picasso afirmaba hace más de medio siglo: «Para interpretar el cubismo se le ha puesto en relación con las matemáticas, la trigonometría, la química y qué sé yo que más. Todo esto ha sido literatura, por no decir tontería, que da malos resultados, cegando a la gente con teorías».

La frase de Picasso es aplicable a la novela, donde la preocupación formal se hace cada día más patente. Tanto la eufonía como la quiebra del lenguaje ocupan lugares preferentes en la inquietud narrativa del último medio siglo. Simultáneamente, el novelista evita completar el cuadro, deliberadamente se reprime, o, dicho de otro modo, empieza a admitir como virtud estética la sugerencia. El redondeamiento de una escena, el remate, viene a ser considerado una concesión vulgar. De este modo, la novela actual exige del lector una participación en la creación. Hace tres décadas, José María Castellet proclamó que había llegado la hora del lector, esto es, la hora en que éste, mediante su imaginación y su inteligencia, *debía* completar un cuadro apenas esbozado por el narrador.

Este hecho lleva a Valverde a considerar que «de este modo, algún lector inteligente puede llegar a saber *más* que el novelista mismo sobre el sentido de la peripecia y sobre los personajes». A mí se me ocurre que ciertas novelas pueden ser comparadas a esos cuadernos infantiles donde el lápiz del artista apenas delimita unos contornos para que los pequeños destinatarios coloreen los espacios en blanco a su capricho, lo que quiere decir que parte de la narrativa actual se distingue por la potenciación de la sugerencia y la eliminación de lo obvio.

Por su parte, Jean Genet advertía que «la oscuridad era la cortesía del autor hacia el lector». El problema está en dilucidar si los lectores, la gran masa de lectores, están o no preparados para esta cortesía y, en última instancia, si la agradecen. En su día, Fernández Almagro se pronunció sobre este extremo sin rebozo: «El lector de tipo medio –escribía– no agradece nada tanto como que el novelista, el pintor o el músico le den toda suerte de facilidades y no le exijan esfuerzo alguno para establecer contacto, de corazón a corazón, con la obra de arte».

En el mismo sentido, cuando Chéjov se lamentaba en carta dirigida a su hermano de que los lectores no lo comprendían, aquél le respondió: «Observa si eres tú quien no los comprende a ellos». Ante esto, cabe preguntarse: ¿Es que la novela debe estar condenada, por voluntad de sus destinatarios, a una secular inmovilidad? Evidentemente el arte no puede permanecer inmutable por concesión a los espíritus primarios, puesto que, junto a éstos, que siguen reaccionando a impulso de los resortes emocionales, están los espíritus cultivados, que exigen su modernización o, si se prefiere, su puesta al día.

En toda tentativa innovadora acecha siempre el riesgo del mimetismo, de tal forma que, en poco tiempo, los nuevos caminos puedan estar tan transitados como los viejos. Hay que pensar entonces que si Faulkner pasó a la historia de la literatura no fue por ser un escritor oscuro, por su juego difícil de superposición de planos y su desdén por el punto y aparte, sino porque, por debajo de su estilo musculado y confuso, se adivina un novelista genial con un mundo propio y unos personales caminos para recorrerlo. La oscuridad no fue el motivo, pero tampoco un obstáculo, para reconocerle una categoría de alto escritor. Ahora bien, tratar de imitar el estilo de Faulkner, ensombreciendo deliberadamente el nuestro, equivaldría a enmascararnos, denotaría un lastimoso estado de incapacidad. Folch y Torres consideraba a Picasso un gran artista y precisaba que «si el afán de mudanzas y su insaciable curiosidad lo impulsaron a desmontar el reloj, lo hizo con la seguridad de que sabría volver a montarlo, no como otros imitadores que copian las piezas del reloj sin saber siquiera que lo son». La fidelidad de la copia no entraña identidad de genio en ninguna manifestación artística.

En una palabra, me parece encomiable la reivindicación de la forma novelesca siempre que tengamos en cuenta que esa forma *hay que llenarla* necesariamente con algo. «Los buscadores de la pura forma –ha dicho el escritor Alex Confort– producen obras con frecuencia de gran mérito pero que terminan por aprisionarlos».

Otra nota distintiva de la novela moderna es su propensión a la objetividad, su empeño por ocultar el artificio disimulando la presencia del narrador. En este punto conviene hacer un distingo esencial. El término *objetivo* aplicado a la novela es ambiguo, se presta a una doble interpretación y, por tanto, al equívoco. Algunos estudiosos emplean el término objetivo como derivado de objeto, mientras otros, al hablar de novela objetiva, están aludiendo a la actitud del autor respecto a la historia que narra. La primera acepción suele aplicarse al *nouveau roman*, puesto que en ella el hombre no rebasa el rango de un objeto más. Quizá por ello, el vocablo *objetal*, utilizado por algunos, resulte más preciso si tenemos en cuenta que en estas obras no hay personajes, ni tiempo, ni acción, esto es, no hay

novela propiamente dicha. De ahí la denominación *antinovela* que Sartre acuñó para los productos de esta escuela. Pero, se preguntará el lector, si el tiempo no existe, ni hay personajes, ni pasiones en juego, ¿qué es lo que hay entonces en estas obras? Simplemente un riguroso ejercicio descriptivo. No descripciones sometidas a la servidumbre de unos personajes o una narración, puesto que éstos no existen, sino descripciones cerradas en sí mismas, sin salida, ya que la descripción de algo estático, que no va a dinamizarse, constituye el objetivo de estos ejercicios literarios.

Mas ésta es una dirección, entre otras muchas, de la novela moderna cuyo estudio pormenorizado me apartaría de mi propósito. Lo que me interesa ahora es recoger la segunda acepción, aquella que identifica objetividad con imparcialidad, esto es, la que se refiere a la actitud desapasionada con que el autor se enfrenta a las peripecias que narra.

Los cambios operados en este sentido en la novela de los últimos cincuenta años son considerables. Y si algunos pueden obedecer al capricho o a la moda y, en tal sentido, van y vuelven, como las faldas largas o cortas, otros, por ser fruto de una reflexión profunda, acaban adquiriendo carta de naturaleza, porque, como dice Bernard Pingaud, «los novelistas de todos los tiempos buscan la manera de dar la imagen más verdadera del suyo». Y uno de estos cambios, a mi entender irreversible, es éste: el novelista actual considera impertinente su intromisión en la trama, y, entonces, para hacer su novela más verosímil opta por salirse de ella.

No hace aún muchos años, la presencia del novelista en la narración era inevitable. El narrador era un ser ubicuo y omnipotente. No sólo dirigía a los personajes, sino que además juzgaba e interpretaba sus actos; sabía más que ellos y se vanagloriaba de su sabiduría ante los ojos del lector, a quien exhortaba frecuentemente con interpolaciones subjetivas: «Dejamos a nuestro héroe...», o bien, «Dedicaremos unas líneas a Fulanito de Tal, que ha de jugar un papel importante en el curso de esta historia», o bien «¡Qué lejos estaba Mengano de sospechar que era ésta la última vez que vería a Zutano!». En una palabra, el novelista participaba de las inquietudes y sentimientos de sus criaturas y, además, se permitía el lujo de anticiparnos sus destinos. En nuestros días, el novelista se muestra más modesto. Movido por un sentimiento de pudor adopta dos decisiones: no inmiscuirse en las acciones que relata y respetar la intimidad de sus personajes. Se refuerza así la posición objetiva del narrador que, más o menos acusada, domina en la novela moderna. Esta actitud se extrema a veces de forma que el novelista, mediante un enfoque externo, no capte ni comunique al lector más de lo que captaría y comunicaría al espectador una cámara cinematográfica. El autor ya no sólo renuncia

al derecho de vaticinar el futuro de sus criaturas sino que, en ocasiones, ni siquiera las define. Son ellas mismas, a través de sus palabras y conducta, conforme preconiza Ortega, las que nos dicen cómo son.

De este modo, el subjetivismo narrativo va pasando a la historia. Aun puede darse –y de hecho se da con relativa frecuencia– una presencia orientadora, más o menos solapada, del autor en la obra, pero no se trata en ningún caso del gobierno autocrático de antaño. La objetividad empieza a manifestarse en España en la novela de posguerra, se acentúa con la irrupción del grupo behaviorista, y llega a extremos de auténtico virtuosismo con la publicación, en 1956, de la admirable novela de Sánchez Ferlosio, *El Jarama*. En este ejercicio límite de novela objetiva, el autor crea su mundo, le infunde vida y, luego, discretamente, se coloca al margen.

José María Castellet anotó en su día que este cambio de orientación no obedecía a la moda sino a una serie de razones históricas, culturales y sociales a las cuales la literatura no era ajena. Y no le faltaba razón. El novelista empieza a perder autoridad sobre sus personajes al tiempo que se debilita la del padre sobre los hijos, la del maestro sobre los discípulos o la del capitán frente a sus soldados. El novelista que aspira a ser fiel a su tiempo no debe entrometerse en la acción, sino limitarse a constatar los actos y conversaciones de sus personajes. El lector descubrirá el sentido del problema planteado a través de las acciones y diálogos que el novelista le brinda. La novela, por tanto, al tiempo que un espejo empieza a ser un magnetófono a orillas del camino.

1982

ENSAYO

España 1936-1950:
muerte y resurrección de la novela

2004

I. Los niños en pie de guerra

Notas elaboradas en torno a los años cincuenta

Al ganar el premio Nadal en 1947, yo caí en el mundo literario español como un meteorito, un pesado pedrusco con dos ojos ávidos, grandes, abiertos como platos, para otear el horizonte. Conforme avanzaba en la caída, mis ojos iban acostumbrándose a ver un mundo devastado, con grandes hogueras dispersas y un olor acre entre pólvora y carne quemada. Era el paisaje después de la batalla. Los pequeños grupos que se concentraban ante las hogueras, de gente muy joven, estudiantes tal vez, me miraban de refilón y comentaban: «¿De qué nido habrá caído este muchacho?». Si el novicio, fuera cual fuese la figura adoptada en la caída, carecía de antecedentes, la sorpresa era fácilmente comprensible, ya que lo normal era que el candidato para cualquier cosa hubiera adoptado alguna disposición previa que anunciase su futuro. Pero yo no había anunciado a nadie mi propósito de inscribirme en el mundo de las letras, había leído cuatro libros y no había escrito ni una palabra. Era un perfecto ignorante. Tampoco la imaginación era mi fuerte, apenas si ocupaba mi cabeza un triste argumento sobre la muerte de mi padre que se me ocurrió recién cumplidos los seis años, y que resucitaba de cuando en cuando, antes de la gran conmoción. Toda mi carga literaria era esta historia de la que sospechaba que algún día tendría que contarla a alguien. Pero ¿a quién, cuándo, dónde, cómo contarla? Casualmente yo sabía que entre la fauna humana existía lo que Ortega y Gasset llamaba *bautistas*, esto es, señores graves que disponían de este privilegio sobre los demás. Eran por lo general gente práctica cuyo practicismo, a veces, quedaba reducido a llevar a cabo alguna de estas clasificaciones. Así, cuando España perdió Cuba, su última colonia ultramarina, un bautista de la época agrupó a los grandes escritores de entonces en lo que llamó «generación del 98», no porque fuera la edad de ninguno de los consignados, sino la fecha en que perdimos la susodicha colonia. La generación del 98 pasó a ser un número de orden o una referencia histórica. De ordinario el bautista echaba mano de una catástrofe para definir a una generación. Aunque no siempre era así: unos años más tarde hubo otro bautista al que le sirvió una concentración de poetas en Sevilla en homenaje a Góngora para dar nombre a otro grupo: la «generación del 27». Y aún habrá otro posterior que distribuirá los dones de sus calificaciones, al acabar la guerra, entre la gente que se va de España y la que se queda, es decir, «novelistas del exilio» para

los que se van y «los niños de la guerra» y «novelistas de la inmediata posguerra» para los que se quedan. Estas promociones, que entonces carecían de nombre, empezaron a moverse cuando yo caí, en forma de meteorito, sobre la España devastada, con unos ojos atónitos, abiertos y grandes como platos. Grupos poco nutridos todos ellos y, en el fondo, pocos novelistas. Baroja y Azorín, que escribían sus últimas prosas, aún representaban al 98; los de Sevilla; en un grupo con escasas disidencias, Guillén, Salinas, Max Aub, Alberti, etcétera, abandonaron España y ocuparon buena parte del mundo desde Inglaterra al cono sur americano; en tanto la nueva juventud que florecía ante las ascuas del paisaje, lanzaba sus primeros libros en un apresurado afán de reanimar la novela española, víctima también de la lucha fratricida.

Al caer de un nido yo había venido, pues, a engrosar el mundo de los escritores más jóvenes, sin experiencias ni publicidad que me anunciara. Había decidido escribir la historia de la muerte de un ser querido, como soñé de niño, y por aquello del letal conflicto y del premio que me concedieron por el libro, a un bautista le dio por afirmar que yo era un escritor de la «inmediata posguerra» y con tal apelativo me quedé. Yo estaba, pues, definitivamente clasificado. Un bautista serio lo había dicho. Por mi parte no tenía otra salida que aceptarlo y, no obstante, iba conociendo a otros escritores de la misma generación, como Camilo José Cela, cinco años mayor que yo, y que no sólo era considerado miembro de esta generación, sino su fundador y el que parecía gobernar en ella. Con él escribían otros, treintones entusiastas, más o menos dispersos por la geografía peninsular, como Gironella, Arbó o Suárez Carreño, que nacían generalmente al calor del premio Nadal, cuando no de su propio esfuerzo. Era un equipo un tanto heterogéneo, alguno de ellos sin género determinado, como González Ruano, presente en todas las salsas, que acababa de chocar con el jurado del primer Nadal que había tenido la osadía de anteponer a una muchachita de veinte años, sin honores literarios, sobre su recargado currículum.

La pertenencia al grupo de «la inmediata posguerra» se diría que venía determinada por dos razones: haber nacido a la literatura alrededor del medio siglo (1950) y muy poco antes que «los niños de la guerra», que entonces estaban haciendo sus primeras armas. O sea, la edad contaba pero no había un criterio uniforme para aplicarla. En este aspecto se operaba con cierta frivolidad y si a mí un bautista madrugador me había encasillado en el grupo de la inmediata posguerra junto a Cela, otro hacía lo mismo con Carmen Laforet, un año aún más joven que yo, dándose, pues, la paradoja de que tanto Carmen como yo nos aproximábamos más en edad a los mayorcitos de la generación del 50 que a los más jóvenes de la nuestra. O sea,

alguno de los bautizados como de «la inmediata posguerra» éramos exactamente «niños de la guerra», pues tanto Carmen como yo éramos, en aquellos años, tan adolescentes como la mitad de los del 50.

Esto y el carácter de sus componentes explican que yo me sintiera más próximo al equipo de «los niños» que a los algo más graves varones de la promoción de «la inmediata posguerra». ¿Y qué escritores componían ésta? Pues con el bueno de Camilo, ya citado, los que cada año ganaban el Nadal o se clasificaban entre los primeros, puesto que estos libros se editaban al tiempo que el premiado. Recuerdo que, en 1947, cayeron del nido conmigo los finalistas Ana María Matute, Rosa Cajal y Manuel Pombo Angulo. Cuatro nuevos elementos que representaban un refuerzo considerable.

La generación de «la inmediata posguerra» era, pues, un grupo muy socorrido para los bautistas, ya que lo mismo caminaban con éstos como viajaban del brazo con los «niños de la guerra».

Una vez que tomé tierra, yo me vi sobre un terreno yermo, con un grupúsculo de dos docenas de presuntos novelistas que acababan de publicar un libro o estaban en trance de hacerlo. El grupito de «los niños de la guerra» empieza a publicar y a dar también sus primeros pasos a la vera del Nadal: Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Castillo-Puche, Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaite, Josefina Rodríguez, José María de Quinto y Medardo Fraile, unidos por la amistad y a veces por matrimonio –Ferlosio y Carmiña Martín Gaite, Josefina Rodríguez e Ignacio Aldecoa. Recuerdo las primeras novelas de este grupo, como *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, de Ferlosio, y *Con la muerte al hombro*, de José Luis Castillo-Puche. La primera novela de Ferlosio se publicó por una editorial rara, pero pese a todo bastó para descubrirlo como un escritor lleno de agudeza y sensibilidad. Con Cela y Carmen Laforet fue, a mi entender, el tercer gran descubrimiento de la novela nacida tras la guerra. Pero así como con los compañeros que me habían asignado los bautistas tuve una relación salteada, ocasional e incompleta, con «los niños de la guerra» conecté varias veces a poco de presentarme en escena y establecí con ellos una relación cordial. Nuestro primer encuentro fue dentro de un autobús, camino de las Lagunas de Ruidera, en una excursión original en la que pasábamos las noches distribuidos en las casas de los campesinos de cada pueblo. Esto me recordó la novela *Motín a bordo*, cuando los marinos sublevados vuelven a la isla amiga y uno por uno duermen en las casas de los taíos (amigos) distribuidos por el jefe de los indígenas. Conté esto a mis compañeros y, a partir de entonces, la conversación giró alrededor de los taíos que nos tocaban cada noche y de sus peregrinas costumbres. Eran unas charlas divertidísimas, pues, entre tantos narradores imaginativos e inteligentes, no faltaban

detalles que nos hacían morir de risa. Meses más tarde, volvimos a encontrarnos todos en Mallorca, en el hotel Formentor, que acababa de inaugurarse. Fue una reunión de falsos pudientes en un hotel de lujo, con canchas deportivas, playa exótica, en el Club de los Poetas y las confortables suites, que nos costó Dios y ayuda abandonar. La rica de la expedición era la encantadora Mercedes Salisachs, que llevó a la isla su yate de lujo para que nos divirtiéramos. Con él costeamos, pirateamos, descubrimos calas y cuevas, y a ratos, cómo no, hablábamos de literatura y de novelas.



CAMILO JOSÉ CELA

Al primer escritor profesional a quien conocí fue, como no podía ser de otro modo, Camilo José Cela. Me lo presentó, como tampoco podía ser de otra manera, el poeta vallisoletano Pepe Luelmo. Valladolid dio siempre buenos poetas, buenos pintores y avispados descuideros y peristas. Pero el poeta era el rey. El poeta no contaba como profesional: era un aficionado y su don no tenía nada que ver con el dinero; si es caso lo manchaba. Y cosa curiosa: el vallisoletano, que es recoleto e independiente, solía ser poeta por parejas o en tertulia, esto es, la gente se reunía para hablar de versos. La pareja de Pepe Luelmo era Paco Pino, coetáneo, de familia bien y poeta infatigable. Luelmo trajo antes de la guerra a Rafael Alberti y lo paseó por Valladolid en su flamante automóvil. Aunque menores en edad, Luelmo y Pino tuteaban a Jorge Guillén –también vallisoletano y de la misma línea política– y le organizaban recitales. Además de traer a la ciudad a grandes poetas, Pepe Luelmo tenía una dedicación habitual: presentar a escritores que no se conocían entre sí y, sobre todo, hacerlo con los que surgían en Valladolid pero no frecuentaban la Puerta del Sol. Pepe Luelmo tenía buena fama de poeta, que descansaba principalmente en el artículo que Azorín dedicó en *ABC* a un libro suyo. Con esto y su fortuna –que como la de Paco Pino era considerable– podía ir por la capital con la cabeza bien alta. Buen conocedor de los negocios, Pepe Luelmo montó en Valladolid una granja avícola de gallinas americanas

que le dio para vivir y conocer el mundo. Sus amigos, que tenía muchos, lo presentaban inevitablemente como el único poeta que vivía «de la pluma». Hacía una poesía conservadora, cuidada y de noble calidad, lo contrario que Paco Pino, que tenía una inclinación decidida por la poesía experimental. Llegó a fabricar libros sin palabras a base de taladros y recortes. Inevitablemente los pagaba de su bolsillo y me los enviaba, pero yo astutamente le preguntaba, antes de aceptarlos, si eran de letras o de agujeros. Yo era profano en estas cosas poéticas y sentía reparo ante la idea de relacionar la poesía de los taladros con una operación artística. No obstante, al terminar nuestra guerra, los libros experimentales de Paco Pino no diré que dieran la vuelta al mundo pero se reconocieron en varias naciones de la vieja Europa, particularmente en los Balcanes, donde surgieron poetas experimentales como moscas. Esto me sorprendió a mí y animó a Paco, que se sentía comprendido y yo creo que llegó a ser considerado como el iniciador de aquella poesía y consecuentemente como el mejor del mundo en el invento.

La pareja Pepe Luelmo-Paco Pino, por su calidad poética, su bonhomía y sus relaciones era muy conocida y estimada en Valladolid. Eran sólo dos pero siempre estaban tramando algo. Así nació una revista llamada *DD-OO-SS*, que se distribuía por toda España y en la que colaboraban con entusiasmo los poetas del 27 y alguno más que no había ido a Sevilla. *DD-OO-SS* fue una revista famosa, hasta el punto que, según mis noticias, se ha hecho sobre ella alguna tesis doctoral en la Universidad de Valladolid.

En una cosa fundamental no coincidían, sin embargo, Luelmo y Pino. Ambos eran grandes tímidos, es cierto, pero mientras Pepe Luelmo, ayudado por su mujer, muy dada a la sociedad, le metió en ella, Pino, que enviudó pronto, se retiró a vivir a un pinar próximo a Valladolid y nunca acompañaba a Pepe Luelmo a Madrid a hacer sus presentaciones. Cuando yo fui con Luelmo para conocer a Cela, Pino se quedó en la tienda, un magnífico almacén de paños en la calle Duque de la Victoria. De forma que Pepe cogió su coche, que subía en tercera velocidad el Alto del León, y me llevó a la capital. Cela había sido tan retratado en diarios y revistas que no me sorprendió físicamente. Sí me llamó la atención su delgadez, que no guardaba proporción con sus manazas y sus brazos verdaderamente musculosos. El festejo consistía en comer en un restaurante del Madrid viejo, charlar un rato de lo divino y lo humano y volvernos por donde habíamos venido. Sin embargo, yo observaba en Luelmo una actitud de desconfianza, como si Cela y yo no fuéramos a congeniar o temiese que aquél saliera con una *boutade* fuera de tono que destrozara la reunión. Y en efecto, a media comida, después de hablar del Nadal, de *La sombra del ciprés* y del *Pascual Duarte*, Camilo, que probablemente

no encontraba en mí el carrete deseado, me dijo con la mejor de sus sonrisas: «Digo que si tú tienes costumbre de j.... después de comer por mí no te prives». No me hizo mella la puntada porque la esperaba. Cela había venido a ser un competidor de Dalí, que, según decían, había roto de un paraguazo la luna del comercio más elegante de la Quinta Avenida para decir que era un gran pintor y en Nueva York nadie le hacía caso. Me quedé mirando a Cela con cierta sorna: «Por favor –le dije–, si tú tienes esa costumbre, cumple y no te preocupes de nosotros. Pepe y yo te esperaremos donde digas y a la hora que nos digas». La cosa quedó resuelta pero no a satisfacción de Cela, que debió de observar que su impertinencia no había causado la impresión que esperaba. Luelmo volvió un poco la cara para que Camilo no le viera reír y éste se esforzó, sin unción alguna, en convencerme de que aquello que me había propuesto era una costumbre muy extendida entre los jóvenes escritores. Con el tiempo me di cuenta de que, como decía Paco Pino, había plantado cara a Cela sin pretenderlo y esto no dejaba de ser importante, ya que Camilo solía escoger sus huestes de aduladores entre los jóvenes aspirantes a escritores que celebraban acobardados la agresividad o el desabrimiento de sus envites. Yo quedé de pie y él desconcertado. Aquello de que yo «no j.... después de comer» pero él podía hacerlo tranquilamente, según su costumbre, le dejó fuera de juego.

Mi posición de independencia se afianzó cuando Camilo José Cela empezó a construir una casa en Palma de Mallorca, con la idea de editar en ella «la mejor revista del mundo», *Papeles de Son Armadans*, cuyo número 1 salió, en efecto, meses más tarde. Cela, que sentía cierta atracción por el dinero, no daba un paso que no considerase bien pagado, y, en mi relación con él, adopté su misma postura. Así, cuando me pidió colaboración para *Papeles*, cuyo número inicial preparaba, y a mi pregunta de cómo pagaba, me contestó que de momento eran pobres de solemnidad pero, con el tiempo, pagarían como el mejor, le contesté muy cordialmente que cuando pasasen las dificultades económicas y pagara como el mejor volviera a escribirme sin falta, puesto que me agradaría mucho escribir en su revista. Pero esta carta nunca tuvo contestación.

Otra actividad divertida de Cela, bien recibida por lo general, era la costumbre de elegir un bebedor ilustre para conversarse con él una botella, como dicen los chilenos. Empezó con Picasso y Miró, que eran de la casa, y ellos sirvieron de cebo para notables aventuras posteriores. Camilo se presentaba en París con tres botellas de Vega-Sicilia y se las conversaba con tres famosos haciendo constar en la etiqueta la fecha y el colega consumidor. El fin del negocio no sé si lo produjo Sartre u otro por el estilo. El caso es que Cela recibió la botella embajadora de vuelta y sin tocar mientras aguardaba en el

portal y con una minuta que decía: «Muchas gracias por la botella pero me gusta saber con quién comparto mis vasos».

A mí me hacían gracia estas iniciativas de Cela y estas inesperadas reacciones de algunos. Nos encontrábamos de tarde en tarde en Madrid, en algún que otro acto cultural, o algún almuerzo, y siempre con la inevitable cantilena en la boca: «Soy el mejor –decía–. Pido perdón por lo fácil que me ha sido».

Así iban discurriendo los meses en aquel Madrid casposo y sucio, viva aún la guerra, con una novela atendida por gente joven empeñada en reanimarla.

Camilo José Cela es, sin duda, el más ruidoso fenómeno registrado en la literatura española en el medio siglo. Digo «fenómeno» a secas ya que para nadie es un secreto que en la elaboración del mismo han participado tanto las altas dotes literarias de su autor como el hecho de su actuación cara al público, de sentirse constantemente en escena, representando. A la hora de valorar su fama, procede, como en el caso de Hemingway, no separar al hombre del escritor. El libro crítico de Juan Luis Alborg es muy contundente cuando dice: «Yo diría que la creación más afortunada de Cela es la leyenda de su propia persona; el único personaje verdadero creado por su pluma es él». No comparto esta afirmación aunque reconozca la importancia que en el fenómeno Cela ha jugado el hombre Cela. Esta decisión de ser siempre noticia en un país como España, donde se lee muy poco, ha ayudado en alta medida a Cela a difundir su nombre y su personalidad. Repito que la postura no es nueva, puesto que cuando Camilo irrumpe en el anodino escenario de la novela española, hay otro artista, un pintor, que en el terreno de la extravagancia le ha tomado la delantera. Me refiero a Salvador Dalí, cuyas anécdotas y despropósitos, sus gracias y desplantes son al menos tan conocidos y celebrados en España como sus cuadros.

No sería justo que yo identificara a Camilo José Cela con Salvador Dalí a estos efectos. Al señalar la trayectoria del pintor, lo único que pretendo es resaltar el precedente y la conveniencia de cuidar las formas cuando en España se aspira a vivir en olor de popularidad. Cela gana la suya de salida a pecho descubierto, pero luego, para sostenerla, se ve en la necesidad de adoptar una pose de hombre tremendo que en ocasiones deriva hacia el histrionismo (el escritor se deja crecer su barba enmarañada hasta el pecho o solicita del gobernador civil de Palma de Mallorca un piquete de la fuerza pública para custodiar hasta su casa un dibujo de Picasso, o manifiesta un menosprecio inalterable hacia sus compañeros de letras: «Soy el número uno y pido perdón por lo fácil que me ha sido»).

En un breve ensayo sobre don Pío, Carlos Rivero escribe: «Es curioso el hecho de que, entre nosotros, la popularidad de un escritor no

derive jamás de la presentación de sus libros sino de unas peculiaridades personales más o menos pintorescas. De antiguo, lo que en España importa más no es la literatura, sino el chisme en torno al literato, su leyenda picante, la caricatura». Esto es exacto y Cela, seguramente, es consciente de ello. A raíz de publicar el *Pascual Duarte*, que desató un aluvión de artículos encomiásticos, presididos por el juicio de don Gregorio Marañón, que prologa la obra, se creyó en el deber de conservar el fuego sagrado «componiendo su facha como ningún otro escritor de posguerra», según Torrente Ballester. El mismo Torrente añade: «Cela es una figura literaria bulliciosa, nombre siempre actual en el comentario y en el chismorreo». En efecto, Camilo José Cela, tras su resonante salida al campo de las letras, es un hombre preocupado por mantener su nombre siempre vivo en las columnas de los periódicos. Sabe que en España la gloria es efímera y tornadiza y se desazona por apuntalarla apelando a recursos extraliterarios. Es demasiado joven para asimilar serenamente los exaltados elogios que ha provocado su primer libro y de ahí que, a raíz de su triunfo, lo veamos presidiendo el gran cenáculo literario del Café Gijón, actuando como protagonista en la película *El sótano*, exponiendo una veintena de cuadros propios en una sala de Madrid, o haciendo declaraciones ególatras a la prensa, inevitablemente con pólvora dentro. Su voz campanuda y grave suena constantemente por las emisoras españolas. Aparentemente, Cela es la novela española del medio siglo. Su irrupción ha sido sonada y él se ocupa de seguir sonando en todo el ámbito nacional, de seguir siendo noticia todos los días y, para ello, recurre al desplante y al golpe de ingenio, cuando no a la impertinencia o a la exaltación desmesurada del «yo». François Mauriac ha escrito: «Los artistas y en particular los hombres de letras constituyen la raza más codiciosa, más hambrienta de alabanzas que existe en el mundo. Un hombre de letras no está jamás ahíto de elogios». Ningún escritor es –somos– ajeno a este pecado. Pero Cela no se presta tampoco a disimularlo. Y cuando los elogios disminuyen, él mismo se los prodiga sin rebozo, lo que le acarrea constantes enemistades. Con los escritores de su generación mantiene un frecuente tiroteo. De Gironella dice: «Es un novelista (por *Un millón de muertos*) oficialmente plausible», es decir, merecedor de aplauso para la dictadura. Zunzunegui, a su vez, dice de Cela, quien con antelación lo ha menospreciado: «Cela trata de encubrir con bravatas su incapacidad para infundir vida a unos personajes a lo largo de doscientas páginas». A veces, Cela lleva sus excentricidades a los libros, como en *Mrs. Caldwell habla con su hijo* –una novela delirante, inconexa– y esto ya es más grave. Eugenio de Nora, uno de sus críticos más comprensivos, escribe: «Este libro es una desbridada liberación de complejos sexuales», mientras que Alborg subraya: «Es un absurdo

libro que ni siquiera posee el valor de un experimento», y Torrente Ballester lo califica de «extraño galimatías… que a todas luces constituye un error». En todo caso, Cela parece jugar con unos y con otros. Se jacta de tener enemigos porque también esto entra en el juego, e incluso les dedica una edición de *La familia de Pascual Duarte*, agradeciéndoles lo mucho que le han ayudado en su carrera.

No obstante, esta tensión simuladora, la necesidad de ser consecuente con una pose adoptada en plena juventud, termina fatigándolo y es entonces cuando el escritor se retira a Palma de Mallorca como capitán de revista, y donde trabaja tranquilamente sin necesidad de tener que apelar a cada paso al histrionismo y a la simulación. ¿Y es que Cela no es así? ¿No es el escritor arrogante y audaz, insensible y agresivo que se nos ofrece en las entrevistas de los periódicos o en las reuniones multitudinarias o en su ya nutrido repertorio de anécdotas? ¿No es el hombre que se ríe del mundo, que goza escandalizando a las beatas, amedrentando a la grey de plumíferos con sus rugidos destemplados? ¿Piensa Cela sinceramente que él y sólo ÉL es la novela española de posguerra?

De siempre he creído que un novelista revela lo que es, su trasfondo humano, a través de su primera novela. No quiero decir que toda primera novela sea necesariamente autobiográfica en el sentido de que la peripecia represente la propia peripecia de su autor, pero sí que a través de esa peripecia imaginaria el novelista nos revela, mejor que en una confesión, su verdadero carácter. Así Dostoievski, en *Pobres gentes*, nos da, con la medida de su gran talento, sus sentimientos, sus complejos, sus debilidades, y los anhelos de los desheredados. Y otro tanto cabe decir del Baroja de *Vidas sombrías*. El novelista que se inicia, por inexperto, no acierta aún a encubrir su intimidad. Se desnuda sin quererlo. A poco que nos esforcemos podremos reconstruir su carácter con los elementos que nos facilita. Nada más sencillo que esto. Pues bien, algo semejante cabrá decir de Cela en relación con *Pascual Duarte*. No, naturalmente, que Cela sea un malhechor, pero Cela está ya en *Pascual Duarte*, exagera en el protagonista de su primera pieza las notas temperamentales que no le importaría hacer pasar como propias. ¿Es mala persona Pascual Duarte? En modo alguno. El desgraciado extremeño, como dice Marañón, «es un manso cordero acorralado por la vida». Es decir, Pascual acaba disfrazando la ternura de crueldad; es un cuitado que cuando se lanza ya no sabe detenerse; un hombre delicado a quien mortifica la idea de que su sensibilidad pueda trascender. Esta actitud es demasiado frecuente en España para que pueda extrañarnos. Pascual, una vez que avanza un paso, se niega a desandarlo. Se emborracha de sangre, pero, en el fondo, es un manso cordero, un ser sensible, casi un poeta… Que esto es así no podemos dudarlo. Los

crímenes de Pascual responden, en cierto modo, a un elemental sentido de la justicia; desde este punto de vista, Pascual tiene algo de reivindicador, de Don Quijote; trata de «desfacer entuertos» a golpe de navaja. Bien, pero ¿y la muerte de la perra Chispa? ¿Por qué razón Pascual mata a un can que le ayuda a cazar perdices? Sencillamente porque lo mira, porque lo escruta atentamente y Duarte no puede resistir su mirada, temeroso de que descubra su fondo sentimental. El apocado, cuando se lanza, es capaz de llegar más lejos que el audaz.

Tal vez me equivoque, pero yo veo así a Cela. Camilo José Cela me parece un hombre ponderado y evidentemente sensible. Pero estas facetas casaban mal con la fama de «hombre tremendo» que le valió su primera novela. Se lanzó entonces, sentó postura de perdonavidas y se vio forzado a ser consecuente con esa postura. No es un exterminador, pero cuando se le calienta la sangre –o la boca– puede aparentarlo. A Cela basta mirarlo atentamente –como la perra Chispa miraba a Pascual– para que inmediatamente lance el exabrupto. Defiende su intimidad como gato panza arriba. Ante cualquier conato de adivinación, se engalla.

A estos efectos, soy testigo de una historia muy reveladora. Con ocasión de unas conversaciones internacionales de novelistas, de las que ya he hablado, celebradas en el hotel Formentor, coincidimos en misa un día festivo apenas una docena de escritores, entre ellos Cela. A la salida, tal vez por parecerle –ante la escasa concurrencia– que aquella profesión de fe no cuadraba con su fama e incluso que podría tomarse como una debilidad, se encaró con el poeta y ensayista José María Valverde, que había comulgado con gran devoción, y le dijo:

–José María, tú eres el único católico español que todavía cree en Dios.

–Y en Jesucristo, que es más difícil –respondió sin vacilar el poeta.

He aquí a Cela. Si él no cree en Dios, ¿por qué madrugó para asistir a una misa? Y si cree, ¿por qué disimularlo? ¿Quién le pedía explicaciones? ¿No hay en esta reacción inesperada algo de lo que mueve a Pascual Duarte contra su perra Chispa? ¿No hay aquí un afán por ocultar los verdaderos sentimientos cuando éstos pueden traducirse por algunos como muestra de blandura? A mi juicio, repito, Cela es un hombre sensible y afectivo que se oculta bajo una máscara de dureza. El hombre suave que aflora en *Pabellón de reposo* se disfraza del hombre feroz que aflora en *La familia de Pascual Duarte*. Éste es Camilo José Cela, un escritor que tuvo que trocar Madrid por Mallorca para poder ser quien es, harto de ponerse la careta de hombre terrible cada mañana.

De otro lado, Cela es uno de los pocos novelistas que viven en España de la pluma y ya es sabido que, como dijo el desgraciado Mariano José de Larra, «en España escribir es llorar». Es posible que

Larra se refiriera, más que al rendimiento económico de la pluma, a los temas dolorosos que nuestro país prodiga y a la escasa resonancia de los escritos que denuncian un problema o sugieren una solución. En cualquier caso, una de las más serias dificultades del escritor en España es la poca difusión que alcanzan sus libros y, en consecuencia, la casi imposibilidad de que el escritor se independice, viva no siendo más que escritor. ¿Cómo consigue esto Cela?

Antes de entrar en pormenores, habrá que reconocerle, aparte sus altas dotes de escritor, un instinto comercial muy aguzado. Porque no se piense que las ediciones normales de sus libros, ni aun las traducciones, en sus comienzos, le dan para un mediano bienestar. Cela cuenta con lectores fieles pero no con un gran público. Es además muy sagaz para explotar la sandez humana que en nuestro siglo alcanza proporciones alarmantes. Y al decir esto no me refiero ahora a los libros-álbumes que puso en circulación con las mejores ilustraciones, sino a las ediciones tontas, por ejemplo, de tres delirantes poemas de Picasso que se vendieron caros y bien. Vivimos unos años tan ofuscados que confundimos el genio pictórico del malagueño con todo cuanto este hombre pueda pensar, tocar o desear. Únicamente así se comprende que se hayan pagado hasta cinco mil duros por tres poemas sin pies ni cabeza. Con la particularidad de que la edición se agotó rápidamente, de forma que cuando un marchante italiano se presentó en avión en Barcelona para comprar la tirada completa hubo que decirle que volviera unos meses después para preparar otra nueva. ¡Era tan fácil! Picasso y Cela, Cela y Picasso, ambos buenos comerciantes y con un sentido publicitario muy desarrollado, repitieron con gusto la aventura. No necesito añadir que estas ediciones de broma, ambas limitadas, representan un buen puñado de miles de duros de los de verdad, que ayudan a vivir a cualquiera. En España, lo que regatea la curiosidad literaria lo da a veces con creces la tontería.

Esto no significa que Cela esté entregado a la frivolidad. Pero conviene distinguir su obra seria de la chirigota, la literatura del negocio. Y si éste es lo que le da a Cela el dinero, es su labor cotidiana, minuciosa y constante lo que le da la fama. Cela es un gran trabajador. No es escritor fértil ni fácil, y si reparamos en el número de títulos publicados por él en la década del medio siglo, convendremos en que una labor así no puede ser fruto sino de la laboriosidad y del entusiasmo.

Bien es cierto que entre lo publicado hay cosas mediocres (*La Catira* y *Mrs. Caldwell habla con su hijo*), pero también las páginas más hermosas que hasta ahora han salido de su pluma, como *La familia de Pascual Duarte* y *Viaje a la Alcarria*, que no es fácil que iguale ni aun alcanzando la longevidad. El propio Cela reconoce que su trabajo es

escribir, y escribir es asimismo el entretenimiento más grato para llenar sus ocios. Sólo así se explica el galimatías que son sus manuscritos, la letra pequeña, remetida y serpenteante que lleva si es preciso, para ampliar un concepto, hasta el ángulo más remoto de la cuartilla, auténtica labor de chinos que dentro de cincuenta años ahorrará sudores y esfuerzos a los futuros investigadores de su obra.

Pero la tarea de perfilar la silueta humana de Cela me está distrayendo tal vez demasiado en perjuicio de su obra. Habrá, pues, que dedicarle unas líneas a ésta, que es lo que de verdad nos interesa. Mas como quiera que su obra está ahí, a la mano, siempre a punto de consulta y, más lejos, su persona, es justo que me haya detenido en ésta, persuadido además de que únicamente conociendo a la persona puede llegarse a la total comprensión de su obra.

A mi entender, tras estudiar los primeros libros de Cela se parte de un error de base, a saber, el de considerarle un novelista, siendo así que no es exactamente esto. Es más. Si hay un género para el que Cela esté peor dotado es para la novela. Quiero decir que únicamente al hacerse más borrosos los límites de la novela pueden incluirse dentro del género narraciones breves como *Pascual Duarte* o devaneos líricos como *Pabellón de reposo*. El propio escritor, consciente de su limitación, se ha atrevido a decir: «Novela es todo libro en cuya primera página figura la palabra *novela*». Buen recurso, hábil y humorístico recurso para no dar explicaciones, para convertir la novela en un cajón de sastre. Pero, por si fuera poco, Cela, desde su nacimiento cómo escritor, ha sentido el prurito de encasillarse como novelista, cuando para serlo le sobra literatura –con frecuencia buena y muy trabajada– y le falta aliento creador, es decir, constancia e imaginación. Cuando Cela afirma: «Mienten quienes quieren disfrazar la vida con la máscara loca de la literatura» está anticipándose a la objeción que presiente. Juan Luis Alborg acierta cuando apunta que para «Cela tiene mayor importancia el hallazgo expresivo que el hallazgo del rasgo psicológico verdadero». Esto es cierto. Le importan más las palabras que los hechos. En consecuencia, al *Pascual Duarte* –un precioso libro– le falta entramado, ambiente, temas laterales, personajes complementarios, para ser un *roman;* de este modo no pasa de ser un relato brioso y brillante, es decir, una novela pequeña, una *nouvelle*. Algo semejante, con sobra de lirismo, le ocurre a *Pabellón de reposo*, y en cuanto a *La Catira*, es un ensayo abundoso de lenguaje en el que el estilo devora al problema. Es éste un punto de vista en el que coinciden los pocos teóricos de la novela que hoy funcionan en España. Torrente Ballester –buen ensayista y agudo novelista– dice: «Las cualidades menores de rápido retratista, el encanto musical de su prosa, tragan y anulan, por sobreabundancia, lo que hay en Cela de novelista». Para confirmar estas palabras, y aun mi propia opinión, no

hay más que observar el arranque de Cela cuando lanza a las librerías media docena de libros y ninguno, ni en la intención del autor siquiera, es propiamente una novela. De lo antedicho se deduce que, hasta hoy, apenas hay ya en la dilatada obra de Cela un solo libro que pueda considerarse tal.

Nos encontramos, pues, con que a Cela no le va el calificativo de novelista. ¿Qué es, pues, Cela si no es novelista? Sencilla, rotundamente, un gran escritor sin género, un artífice de la prosa, que trabaja la palabra y el estilo con un primor al que en España ya no estábamos acostumbrados. Si a esto añadimos su gracia, su desparpajo, su frescura descriptiva, llegaremos a la conclusión de que si Cela está hoy donde está, no lo ha debido al favor o al azar sino a sus propios méritos. Pero a lo que voy, Cela ha nacido a la literatura para caminar sin andaderas, para mariposear por sus extensos límites, para picotear aquí y allá, para cultivar el ensayo y el retrato al minuto, el poema y el libro de viajes, el esbozo y la caricatura. El tema forzado constituye para él un dogal que enerva sus enormes posibilidades. Cela desconoce la fidelidad. Toma y deja personajes; los usa y los tira sin el menor escrúpulo. Limitar a Cela es como pretender ponerle puertas al campo. A Cela hay que dejarlo en absoluta libertad para que nos dé lo mejor de sí mismo. Cela debe salir a lo que salte. Será la única manera de no echarlo a perder. (Discrepo, por tanto, de todos aquellos –que no son pocos– que se obstinan en instruirlo sobre lo que debe hacer y no debe hacer para escribir una buena novela).

Tres peligros amenazan, no obstante, a mi juicio, a Camilo José Cela escritor: el amaneramiento a que puede conducirle una excesiva complacencia estética; las concesiones escatológicas a que es muy dado, y en las que su instinto publicitario prevalece sobre sus dotes de escritor, y, por último, los pujos de erudición que lastran obras como *Judíos, moros y cristianos*, en contraste con la maravillosa frescura y la jugosa naturalidad que se observa en uno de sus libros más cautivadores: *Viaje a la Alcarria*.

No es obligatorio que Cela se someta a la servidumbre que impone una novela. Dejémosle que navegue por sus propios mares; que abra y desbroce sus propios caminos. Dejémosle con su tremendismo, con su afición por los tontos, los locos, los ciegos y los degenerados; dejémosle que, como hábil taumaturgo, transforme en humor la desgracia ajena, y en arte todo el dolor y el horror del mundo; dejémosle, en suma, que viva en su elemento, que se mueva sin coacciones, que afine su pluma sin programas previos. Únicamente así no esterilizaremos su gran talento, su fecundo ingenio, y, como un nuevo Quevedo –pasado por Valle-Inclán y por Hemingway–, nos dará su visión del mundo y de la vida abordando los géneros más dispares. Conformémonos con catalogarlo como escritor, aunque la prosa de

Cela no sea fácil de enjuiciar, ya que si Nora acierta al definirlo como «un lírico disfrazado de humorista», tampoco Torrente Ballester se confunde al afirmar que «en el *Pascual Duarte*, Cela utiliza un realismo de cartel de feria». Cela es así, versátil y multiforme, variopinto, por emplear uno de sus vocablos preferidos, pero, no obstante, es el escritor español, desde su origen, con un estilo más personal y definido. Las palabras que el doctor Marañón dedicó a *La familia de Pascual Duarte* no dudo en atribuírselas al autor, es decir, que para mí «Cela ha tenido el privilegio, excepcional en la historia de la literatura, de pasar, en términos breves, desde la categoría de autor juvenil y de batalla a la de un autor clásico».

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

No pretendo clasificar por su calidad a los jóvenes escritores del medio siglo, sino hacer historia de ese momento de la novela española que trata de enderezarse tras el rudo batacazo de la guerra. La novela fue otra víctima de la Guerra Civil y todos los amantes de la literatura, una vez terminada la contienda, trataron reiteradamente de reanimarla. Así, es curioso que, tras Cela, me venga a la cabeza el nombre de José María Gironella como el del primer novelista de posguerra que consiguió para una novela, *Los cipreses creen en Dios*, la categoría de *best-seller*. Gironella ganó el premio Nadal con su barojiana novela *Un hombre*, novela itinerante, de relativo interés, que fue acogida tibiamente. Gerundense, titular de una librería de viejo, casado con Magda, una mujer bella e inteligente, se encontró, a poco de ser lanzado, con las dos pegas que frenaron su arranque: su mal castellano (idioma de trabajo) y la falta de la deseada descendencia. Sin duda ambas influyeron en la vida del novelista pero no bastaron para desviar su vocación. Gironella siguió escribiendo con su prosa vulgar aprovechando cualquier ocasión para mejorarla. Éramos tan pocos los novelistas de entonces que no teníamos rubor en apoyarnos los unos en los otros. Gironella, cada vez y cada vez que venía por casa, en Valladolid, me pedía el manuscrito de *El camino* y una y otra vez se mostraba enamorado de él. «Dios mío, si yo tuviera tu castellano», comentaba, y en cada visita yo le decía lo mismo: «Escribí este librito en tres semanas, José María: veintiún días, veintiún capítulos». A Gironella se le mudaba el color. Pero si flaqueaba su castellano no así su imaginación, pues construía largas y audaces historias en el aire. Su libro *Un hombre* fue la vida de su protagonista, que recorría Europa sin que su creador hubiera salido de Gerona. Un relato de fantasía sin límites. Su primera novela pasó sin pena ni gloria, lo que ya era bastante en un Nadal que había comenzado tan

atractivo con la novela *Nada*, de Carmen Laforet. No obstante, Gironella era un hombre inquieto. Creía mucho en la influencia del medio y tenía la seguridad de que la novela que maduraba mentalmente sobre la Guerra Civil, sería mejor novela si la escribía en París que en Barcelona. Yo no estaba muy de acuerdo con sus teorías pero tampoco le quitaba las voluntades.

–Tengo cuatro pesetas –me decía–, pero me las voy a gastar en París. Allí voy a escribir mi libro.

Su deseo de marchar a Francia a escribir fue creciendo y al año siguiente me visitó para despedirse:

–He empezado el libro –me dijo; no podía ocultar su satisfacción–. El arranque es muy bueno.

–¿Cómo empieza?

–Yo en el Seminario de Gerona. Los rojos en danza, esperando.

Era un arranque autobiográfico y típico. Gironella, entre sus numerosas dedicaciones, había sido seminarista. Esto le daba a la novela un comienzo atractivo y creíble. En realidad, el tema de la guerra era un tema que tenía para todos la misma dificultad: la imparcialidad era imposible. En la España de 1936 había dos bandos probablemente equivalentes, los que se llamaban rojos y los que se llamaban nacionales. Lo imposible era que el autor se lanzase a la palestra sin ninguna idea previa en la cabeza. No digo que fuese un rojo bolchevique pero tampoco un franquista radical. Lo normal era que no fuera ni una cosa ni otra, pero resultaba imposible privarlo de una determinada simpatía. De momento, los intentos de novelar la Guerra Civil habían fracasado por falta de objetividad. El republicano oscurecía la victoria del franquista, y el franquista se ensañaba con la barbarie del bando republicano. Esto quiere decir que las narraciones de unos y otros, aunque tuvieran valores parciales, no eran publicables, las unas por miedo de los editores a la censura, las otras porque ni siquiera se llegaban a leer. Bajo los mostradores se vendía *La forja de un rebelde*, otra trilogía sobre la guerra, vista desde el lado rojo y, por tanto, tampoco imparcial.

–¿Y tú, estuviste en la guerra?

–Me pasé a los nacionales. La hice en el Pirineo, en un batallón de esquiadores.

Cuanto más profundizaba en Gironella –seminarista pasado al bando nacional– más difícil me parecía su objetividad. No obstante, Gironella había hecho con *Un hombre* algo todavía más complicado: darnos una idea de Europa sin haberse movido de Gerona. No le faltaba imaginación. Su sueño, en cualquier caso, era correr mundo, conocer otras formas de vida y de pensar. Así, tan pronto el novelista ahorra dos duros, salva la frontera y fija su residencia sucesivamente en

Francia, Finlandia, Suecia, Alemania y Suiza, cuando no viaja por América o Extremo Oriente. Su pasión divagadora es tan acusada que incluso cuando habita en España cambia de residencia frecuentemente. En mi libreta de direcciones es la de Gironella la que me ha obligado a mayor número de enmiendas. ¿Me hubiera sucedido otra cosa si Miguel Serra –el protagonista de *Un hombre*– hubiera sido un personaje real y amigo mío? No, Gironella, en potencia, está ya en Miguel Serra y demuestra su inquietud y su insatisfacción cambiando de oficio constantemente: en pocos años lo vemos de dependiente de comestibles, de botones de banco y de librero de lance. Gironella, a mi entender, busca afanosa, desesperadamente, la paz. No quiere admitir que la paz no está en Berlín, ni en Helsinki, ni en Nueva York, ni dentro ni fuera del seminario, sino en el interior de uno mismo. Hombre de imaginación calenturienta, Gironella tocará todas las posibilidades humanas antes de admitir que cada cual ha de fabricarse –y ganarse– a pulso la tranquilidad.

–Miguel, soy millonario. *Los cipreses* son un pozo sin fondo; no hay quien los pare.

Lo veía tan alterado que no sabía si felicitarle o compadecerlo. Pero aquello no fue más que el principio. Fue a más. Día a día iba a más. Gironella se desequilibraba; perdía su inestable serenidad. Y empezó a ponerse en manos de los psiquiatras.

«Vivo dentro de un hoyo», me escribía.

Y aunque Gironella no dejará de trabajar, se agudizan los titubeos notorios ya en etapas normales de su vida. Gironella, en este tiempo, pasa por fases de escepticismo a las que suceden otras de fervor casi místico. Con una sensibilidad a flor de piel, analiza dogmas religiosos, postulados filosóficos y situaciones políticas. Llega a decir que las tentaciones –y el triunfo o la caída– dependen de las drogas, pero, por otra parte, no separa el crucifijo de su mesa de trabajo. El sacerdote-novelista José Luis Martín Descalzo le pregunta un día: «Tú, ¿en qué porcentaje crees?», como si la fe pudiera reducirse a cifras o tantos por ciento.

Papini es su mentor. El de Gironella. Lo lee y lo relee. Las alucinaciones y genialidades del escritor italiano conforman en buena medida su mundo ideológico. Y cuando sana, una de sus primeras decisiones es visitar la casa donde Papini vivió, conversar con su hija y aun meditar dentro del mausoleo donde reposan sus restos. A Gironella siempre le gustó coger el toro por los cuernos. Tras su crisis nerviosa se hizo en él una costumbre frecuentar los sanatorios mentales, observar los tratamientos de electroshock, analizar las reacciones de los pacientes, elaborar estadísticas sobre los lugares y climas más propicios a la locura...; vivía inmerso en el morbo y, seguramente, todo este mundo de alucinación y dolor influirían no

sólo en su carácter, sino también en su obra. La inestabilidad parece haber sido la tónica de su vida, posiblemente porque en su tránsito por diversos oficios y países Gironella no encontró lo que buscaba, seguía sintiéndose desplazado. Últimamente, Gironella, establecido en Barcelona, con piso propio y una esposa solícita que vigila hasta el menor detalle su régimen cotidiano y las menores alteraciones de su carácter, se dedica a la labor paciente de recopilar fichas con las que dar cima a su trilogía sobre la Guerra Civil española, trilogía que, según me decía en carta reciente, se extenderá hasta el día en que Franco deje de ocupar el poder.

Dije ya que, en Gironella, la imaginación prevalece sobre los demás dones. Imaginación volcánica, prefigurada por una honda preocupación metafísica –patente en alguna de sus obras– y orientada, sin embargo, en los más opuestos sentidos. La curiosidad de Gironella hacia el mundo que le rodea es literalmente insaciable. Cuando no conoce el mundo, lo inventa. Tal sucede en sus dos primeras novelas. Y una vez que lo conoce, advierte cuánto hay de valor en la propia experiencia vivida y, entonces, olvida la vida que le hubiera gustado vivir y nos narra simplemente la que ha vivido. Tras su enfermedad, se acentúan su imaginación y su curiosidad hacia los hombres y las cosas. Durante su convalecencia recibí mucha correspondencia suya. Eran cartas dolientes en las que Gironella me refería sus más íntimas sensaciones. En ellas me pedía discreción, puesto que en este país –me decía– enseguida te cuelgan el sambenito de loco. Pero tan pronto se encuentra restablecido, le asaltan a Gironella las dudas, dudas comprensibles entre el pudor del hombre y la vanidad del artista. Como hombre prefiere silenciar sus terribles experiencias de enfermo; como artista le seduce contarnos una parte de la vida que los demás desconocemos. En lo que a mí se refiere, durante todo este tiempo, hasta que Gironella me comunicó su deseo de pronunciar una conferencia en Valladolid, observé la discreción que me pedía. Mas al escuchar su charla, mi sorpresa fue mayúscula. Gironella exponía una tras otra todas las experiencias que, encareciéndome silencio, había venido comunicándome a lo largo de los meses. Esta conferencia sería más tarde un libro, *Los fantasmas de mi cerebro*. El pudor del enfermo desapareció ante la vanidad del artista. Con una particularidad, el libro de Gironella resulta más pormenorizado que su conferencia. Su propia experiencia ha sido enriquecida por lecturas posteriores y aun por experiencias ajenas. A este respecto, recuerdo una anécdota que no puedo resistirme a contar. Durante su estancia en Valladolid, Gironella hacía las comidas en mi casa y tuvimos ocasión de cambiar impresiones y puntos de vista. Por entonces tampoco mis nervios eran demasiado fuertes, con lo que nuestra conversación resultó más sabrosa y apasionada. Gironella me contó cómo en el momento más

crítico de su enfermedad, cada vez que acariciaba a un gato se le erizaban a éste los pelos del espinazo. Yo le conté, a mi vez, cómo tras la última Nochebuena, con ocasión de hallarme reunido con mi familia jugando a los naipes, me sentí poseído de un don profético y adiviné una tras otra hasta ocho cartas seguidas, hecho que me llenó de ansiedad. Gironella me escuchaba atentamente y meses más tarde, al leer su libro, *Los fantasmas de mi cerebro*, me quedé sorprendido porque, tras el episodio del gato, Gironella se atribuía el mío de las cartas como si fuera suyo y decía: «Adiviné uno tras otro hasta siete naipes y no acerté el octavo porque me eché a llorar». He aquí un detalle curioso que demuestra la amplia receptividad del artista, cómo una sensibilidad refinada puede adueñarse de una experiencia ajena seguramente sin advertirlo. El subconsciente ha operado sobre su confusión mental, de forma que Gironella ha llegado a considerar vivido algo que le ha sido relatado. En todo caso, Gironella es hombre puntilloso, de una honda preocupación ética, y cuando habla, busca la concreción, el detalle y, cuando escucha, inquiere pormenores en su afán de llegar al fondo de los asuntos.

Me detengo, tal vez demasiado, en nimiedades, y por ello sólo añadiré, para terminar de perfilar la silueta de Gironella, que él lamenta no haber tenido un hijo y se jacta de haber vencido a la inmodestia. «Ya en el seminario me llamaban El Gallo», confiesa él mismo. Después de su enfermedad me escribía: «He aprendido a ser humilde». Luego, esta pretensión de haber sometido la soberbia ha sido para él una obsesión, de forma que bien puede decirse que hoy día Gironella tiene la vanidad de la humildad, o, en otras palabras, se enorgullece de ser modesto, con lo que automáticamente deja de serlo.

Si reparamos en los libros más vendidos en España y fuera de ella en estos años, nos encontraremos en primer lugar con la novela de Gironella, *Los cipreses creen en Dios*. Si, por otro lado, tenemos en cuenta el precio de este volumen, concluiremos que Gironella es no sólo el único novelista español de este tiempo que se ha enriquecido, sino que se ha hecho virtualmente millonario gracias a sus novelas. Esto, a la vez, quiere decir que José María Gironella es el novelista español más conocido dentro y fuera de España, en la mitad del siglo XX. ¿Responde este éxito a los méritos intrínsecos de su obra, esto es, podemos considerar a Gironella el número uno de entre los novelistas españoles de esta hora? A los artistas siempre nos queda el recurso –y el consuelo– de separar el éxito popular del éxito de la crítica. A menudo, el artista se siente desdeñoso para con la opinión de la masa. Cela afirmaba en Formentor –en el coloquio internacional ya aludido– que prefería que lo leyeran unos millares de personas preparadas que no que lo aplaudiera una masa estúpida y analfabeta. Por el contrario,

el autor aplaudido por el público afirmará, en definitiva, que el veredicto de los lectores no tiene vuelta de hoja; esto es, la mayor parte de la gente compra lo que es bueno; su olfato es tan fino y desarrollado que rara vez se deja embaucar por la opinión de los escogidos. Sea como quiera, a Gironella no podremos nunca regatearle el gran mérito de haber llegado a la masa, de haberse hecho millonario en 1950, de haber acertado a tocar esa fibra sensible de la muchedumbre que le impulsa a comprar un libro y leerlo aunque éste cueste setenta duros y tenga una extensión de ochocientas páginas. ¿Qué fibra es ésta? ¿Cuál ha sido ese tema maravilloso que ha convertido en lectores a millones de españoles y extranjeros considerados como totalmente ayunos en letras? Sencillamente, la política. Durante siglos ha sido la política el juego predilecto de los españoles. Un juego peligroso, es cierto, pero al que todos han jugado. Y este juego, en el que se ha puesto excesiva pasión, va a provocar una guerra fratricida, un conflicto feroz en el que dos bandos tratarán de aniquilarse mutuamente con un ensañamiento inimaginable.

Pero antes que *Los cipreses creen en Dios* existía Gironella. No obstante, Gironella era entonces un autor minoritario, de escaso atractivo para el público. Y esto era así, pese a que para algunos críticos, Hoyos, Pérez Minik, el Gironella de *Un hombre* era superior al Gironella de *Los cipreses creen en Dios*. Hoyos dice de aquel libro: «*Un hombre* es una pieza comparable a las mejores que ha producido la literatura contemporánea». Pérez Minik, sin llegar a estos extremos, no oculta que le parece mejor libro que *Los cipreses creen en Dios*. Ante el fenómeno Gironella, es ya hora de decir que las posiciones críticas se muestran tan antagónicas como los dos bandos beligerantes en 1936. Torrente Ballester lo menosprecia, hasta el extremo de dedicarle apenas veinte líneas en su obra *Panorama de la literatura española*, en tanto que el citado Antonio de Hoyos afirma que Gironella «ha llevado a la novela española el viento de Europa... y que en él las voces *Dios* y *Hombre* suenan como la antigua buena moneda». Torrente, pues, lo desdeña; Hoyos lo enaltece. En el aspecto político, en cambio, su trilogía, aun sin completar, ha provocado las más enconadas reacciones en tirios y troyanos. Calvo Sotelo, hijo del diputado monárquico asesinado días antes de la guerra, censuraba a Gironella en el diario *Ya* su falta de objetividad, mientras que Ignacio Iglesias, exiliado en París, le echaba en cara la misma falta de objetividad en la revista *Cuadernos*, pero precisamente por su posición de simpatizante con los ejércitos de Franco.

De entrada, no necesito decir que no soy admirador de la novela-río. A la hora de escribir yo tengo presente una vieja anécdota que, como todas las anécdotas, se ha atribuido a muy diversos padres, según la cual un redactor de periódico presentó a su director el trabajo que le

había encomendado y que le había resultado excesivamente largo: «Discúlpeme –dijo el redactor a su director–, no tuve tiempo de hacerlo más corto». Por regla general, los autores de novelas extensas no han tenido tiempo de hacerlas más breves; han abierto la compuerta y se han dejado arrastrar por el torrente; han perdido la aguja de marear; han sido dominados. No quiero decir que éste sea exactamente el caso de Gironella, supuesto que Gironella se ha encarado con un problema largo de por sí; y, sobre largo, enrevesado.

En principio, Gironella aún está en la tarea. Ha necesitado todo este tiempo para almacenar anécdotas que den al libro el mayor grado posible de verosimilitud. Hace tres semanas me escribía desde Barcelona inquiriendo detalles sobre el incendio de la Universidad de Valladolid, donde desde 1938 se guardaba –decían– un fichero político-masónico que fue destruido por el fuego. Esto quiere decir que Gironella procede por acumulación de fichas, procedimiento que envuelve riesgos inevitables. Torrente Ballester dice a estos efectos: «A Gironella le falta perspectiva, pasión; la imparcialidad le es imposible». Cierto. He aquí una objeción muy frecuente entre los críticos profesionales y aficionados, siquiera no revelen más que una parte del problema. Quiero decir que si es «imposible escribir sobre tal tema con imparcialidad» no lo es menos «juzgar esos libros con imparcialidad». El autor del libro lo escribe con su verdad y los críticos lo juzgan con la suya. De aquí deduciremos no que Gironella esté equivocado o que lo estén sus críticos, sino que puede estarlo aquél, pueden estarlo éstos y pueden estarlo todos. El valor documental del libro de Gironella únicamente podrá dárnoslo el tiempo. La falta de perspectiva, la pasión ciegan al creador, es cierto, pero no ciegan menos a sus jueces, puesto que tan parte son éstos en el drama como aquél. Es obvio que en estas enconadas cuestiones nadie miente del todo (ni lo hace a sabiendas), pero tampoco posee nadie toda la verdad. Cada uno dispone de su parte de verdad. El conflicto español, como todos los conflictos, es un conflicto de verdades parciales (las de los partidos), una madeja tan inextricable que resulta utópico tratar de buscar al hombre que sea capaz de darnos una verdad objetiva total y satisfactoria. Mejor dicho, la verdad-objetiva nunca la reconoceríamos nadie al compararla con nuestra verdad. Desde este punto de vista, tan vulnerables son los libros de Gironella como las críticas que se han hecho de ellos o de otros libros sobre el mismo tema.

Mas dejemos de lado este aspecto y vayamos al literario. En este punto, sería mezquino negar a los libros de Gironella el carácter de obra más ambiciosa que se ha abordado en España sobre este tema. Novela histórica, arrastra todo el lastre que ello comporta. Para Alborg, «los personajes son agentes de la historia». Para Torrente, «la

visión de lo que aparece queda reducido a periodismo (es decir, historia efímera y precipitada) más o menos fiel, nunca hondo». Para Nora, «más que la gran novela histórica intentada, *Los cipreses creen en Dios* es una especie de monumental examen de conciencia». Para Hoyos, en fin, panegirista número uno de Gironella, «este autor se ha adelantado a los novelistas historiadores extranjeros ganándoles la partida» (¿cómo lo sabe, si se ha adelantado?). Tengamos en cuenta que todos los críticos se refieren al primer tomo de la obra, esto es, a *Los cipreses creen en Dios*, cuando yo entiendo que es un error prejuzgar la totalidad, dictaminar sobre su significado y alcance desde la limitada atalaya que proporciona el primer volumen. Su enfoque político tal vez puede decidirse fidedignamente desde aquí; nunca su calidad literaria. Pretendo apuntar con esto que *Los cipreses creen en Dios* y *Un millón de muertos*, aun caminando ambas a lomos de la historia, tienen muy desigual valor literario. A mi juicio –dejando de lado las simpatías y antipatías del autor–, *Los cipreses creen en Dios* es una novela más lograda dentro de los límites que aquél se impuso. Gironella acierta no sólo al exponer la telaraña enrevesada que era la política española de los años treinta, sino también el proceso de enmarañamiento progresivo, de cerrazón recíproca, del desarrollo del odio y de la incomprensión. Con mejor o peor fortuna, Gironella intenta asomarse a las razones de cada uno de los personajes que componen el vasto retablo. De esta manera, su libro presenta un equilibrio, una cierta ponderación arquitectónica. Existe una adecuación entre las partes y entre cada una de las partes y el todo. Cierto es que sus personajes –salvo la familia Alvear– apenas se caracterizan por rasgos humanos; son las fobias y las filias políticas los que los retratan. Pero esto, aparte de venir impuesto por el tema acotado, era casi obligado en la España de 1934. En todo caso, Gironella procura no presentar tipos totalmente buenos ni totalmente malos. Y tengamos presente que en cada libro, en cada personaje de cada libro, Gironella trata de reflejar una de las tendencias políticas entonces en boga. Si es caso, en algunos aspectos, como el de la masonería, Gironella se muestra un poco ingenuo y convencional (o quizá es ingenua la masonería, supuesto que es arriesgado formar juicio propio sobre una sociedad secreta). Mas Gironella evidencia en el primer libro un gran acierto: acota el espacio novelesco (Gerona), el tiempo (los meses de la preguerra) y pulsa los acontecimientos desde un ser pretendidamente neutro: Ignacio Alvear. Gironella, desde un marco limitado, nos da una síntesis de lo que ocurría en España entera. Y a través de su personaje central –él mismo– vivimos las zozobras y angustias de una época y unos hombres que caminaban inexorablemente hacia su perdición. Los *cipreses creen en Dios* –título poco afortunado por inexpresivo– reúne los suficientes alicientes para

que los idearios políticos de cada grupo, expresados hábilmente, no lo hagan indigesto ni aburrido. Y esto es mucho conseguir. Gironella lo logra imprimiendo a los personajes unos anhelos concretos, todos saben lo que quieren y, aunque en aspiraciones un tanto bajas de techo, nos lo hacen saber enseguida a los lectores. Repito, pues, que a mí este volumen me parece un libro denso y no mal compuesto. Al lado del objetivo fundamental que el autor persigue, importa menos la composición un si es no es arcaica, la endeblez de los tipos femeninos –salvo, quizá, el de Carmen Elgazu, mujer típica y tópicamente española y representativa de la clase media– y los limitados recursos expresivos del autor, quien, pese a la gratuita opinión de Antonio Hoyos de que Gironella escribe como si hubiera nacido en León o La Mancha, se resiente de una pobreza idiomática que, con loable tesón, va venciendo libro tras libro.

Más pobre opinión me merece el segundo volumen de la trilogía, *Un millón de muertos*, pese a ser éste un libro que el lector español devora, buscando en él no ya la anécdota vivida, sino una explicación, o mejor, una justificación de la general insensatez. Hay en él mil cosas –el enervamiento de los tipos, los zigzags cronológicos, la falsedad de la situación sentimental de Ignacio, etcétera– que justifican el que mi aprecio de esta obra sea sensiblemente inferior al que me merece su antecesora. Aunque, concretando, lo que a mi entender debilita a esta obra y la sitúa al borde de la frustración son dos cosas: primera, el afán de Gironella de embotellar en ella la guerra toda; y segunda, el hecho de haber operado sometiéndose en cada página a la servidumbre de un fichero. Me explicaré. Gironella, al llevar la acción fuera de Gerona, rompe la posible armonía de la pieza, la deja sin el apoyo de Ignacio Alvear como referencia del retablo, y, consecuentemente, a decidir la diáspora de la población gerundense a capricho. Hay que enviar un personaje a Madrid, otro a Valladolid, otro a Burgos, otro a Barcelona; uno al frente de Zaragoza, otro a la marina, uno más a la aviación, si queremos estar al tanto de todo lo que sucede en España durante ese trienio. Tal amaño distorsiona la narración, le resta verosimilitud, asoma excesiva y constantemente el artificio. Trasciende, en una palabra, el deseo de ubicuidad, el empeño de estar en todas partes y contarnos, punto por punto, todo lo que ocurre. Siempre, claro está, a fuer de imparcial, de emplear la vieja técnica de una palada de cal y otra palada de arena. Falso. Tal vez menos que otras interpretaciones, pero falso al fin y al cabo. Probablemente su actitud ambigua le valió la conformidad de la censura.

En lo que concierne al fichero, cabe decir otro tanto. Gironella nos dice que ha leído centenares de libros, manipulado millares de fichas antes de abordar esta empresa. El esfuerzo es evidente, se delata a

poca atención que pongamos en la lectura. Gironella está maniatado por su fichero. Actúa sometido a una servidumbre: la de enhebrar esos millares de anécdotas seleccionadas en un argumento e imprimir a este argumento coherencia y verosimilitud. Tal cosa puede lograrse cuando se opera con unas docenas de fichas pero no cuando éstas se cuentan por millares. De aquí que sean muchos los momentos donde las cosas se nos traen por los pelos, sin intento alguno de justificación. Me atrevería a decir que, sin salir de Gerona y sin ese tonto afán de encerrar en el libro millares de anécdotas accesorias, Gironella habría conseguido una obra quizá menos ambiciosa pero literariamente más auténtica.

JOSÉ SUÁREZ CARREÑO

Un tipo que le dio a la literatura española un buen espaldarazo y ayudó, mediante tres acertados golpes, a volver a ponerla de pie fue José Suárez Carreño. Carreño había escrito algo antes de la guerra pero nadie recordaba qué. De manera que Carreño llegó a la chiticalla y, en 1949, ganó el Nadal con su novela *Las últimas horas*, no muy divertida pero construida sabiamente. No era la primera vez que su nombre encabezaba la primera plana de los periódicos, pues cuatro años antes había ganado el prestigiosísimo premio Adonais de poesía con *Edad de hombre*. Carreño, de ascendencia mexicana y con parientes en Valladolid, era conocido mío, primo de los Gavilán (familia de artistas) y escritor por tres costados. Ante él tres grandes premios: el Adonais de poesía, el Nadal de novela, y un tercero de teatro, el Lope de Vega, que ganó también con su obra *Condenados*.

Si hay, pues, un nombre que influyera con pocos gestos pero eficaces en la reanimación de la literatura española éste fue José Suárez Carreño. Ni antes ni después se ha conocido a nadie que reuniera en su persona los tres premios tan prestigiosos. Pero además Carreño se burló en el mejor sentido de todos nosotros, pues a raíz del último premio, y catalogado ya como de la «generación inmediata» por los bautistas, guardó silencio. Todos pensábamos que con un ser tan generosamente dotado por la Providencia, disponíamos del literato del siglo, un literato en prosa y verso que todo lo podía. ¿Y qué pasó? Esto es lo divertido. No pasó absolutamente nada. Carreño se dio por satisfecho con los tres premios conseguidos, enfundó su pluma, se puso el sombrero y no escribió ni una letra más. ¿Dónde se metió Carreño? Ni se sabe: Carreño seguía viviendo una vida misteriosa, se supone que en algún lugar de España, pero sin ninguna seguridad. Él había cumplido lo que se había propuesto pero ni se jactó del triplo ni volvió a humillar a todos los colegas que, aunque de lejos, le hacíamos

la competencia. Carreño había ganado.

CARMEN LAFORET

Mas la generación de la «inmediata posguerra» tenía otros nombres, no muchos, pero con los que hay que contar a la hora de valorar la reanimación de nuestra novela. Carmen Laforet, por ejemplo. Carmen, poco sociable y de una suspicacia casi infantil, hace una ruidosa entrada con *Nada*, su primera novela y el primer premio Nadal. Las ediciones se suceden y los piropos de los críticos llegan de todas las partes del mundo. Laforet cuenta veintiún años y la esperanza en su porvenir está más que legitimada. Entonces comienza la espera paciente de sus lectores. Un año, dos años, tres años..., ¡cuántos años!, pero Laforet no se manifiesta. No tiene prisa. Lo dice en las entrevistas, lo dice en los periódicos, en la calle. *Nada* significa mucho en el raquítico panorama de nuestras letras. Con el tiempo, un título tan vacío pero tan certero: servirá para hacer juegos de palabras poco halagüeños para su autora. «Después de *Nada*, nada»; «*Nada* es todo en Carmen Laforet». «¿Cómo puede llamarse *Nada* un libro que encierra tanto y tan bueno?» Convengamos en que ninguna cosa tan perjudicial para un autor como revelarse con un éxito explosivo. Carmen se convierte en una muchacha asustada por el propio estampido de su novela; una víctima de sí misma. Decir ahora que Carmen Laforet se agotó en su primer esfuerzo yo creo que es pura tontería. Una mujer de tan sólidos recursos, tan exacta, que pone en pie unos personajes tan vivos como los de *Nada* es, sin duda, una novelista. Ahora bien, el hecho de que la segunda novela no llegue, de que transcurran en vano los años, quiere decir que la novelista se teme a sí misma, teme no acertar a superarse, en una palabra, se siente impotente. Y, más o menos, lo que se temía sucedió. Pasaron los años y Carmen, cada vez más empequeñecida, no se decidía, no ya a igualar su éxito inicial, sino ni siquiera a intentarlo. No obstante, Carmen Laforet es la autora de *Nada*, una de las grandes novelas del medio siglo XX. Algo que evidentemente tiene su importancia, como ya advirtió Juan Ramón Jiménez desde el exilio.

TOMÁS SALVADOR

Tomás Salvador se clasificó finalista del premio Nadal en 1951 con *Historias del Valcanillo*. Estaba presente en la cena y, al conocer el fallo, se echó a llorar a moco tendido. Años después, en el diario *Arriba*, respondiendo a una encuesta, Tomás Salvador perdió a su

abuela y afirmó que «en cantidad y calidad él era el autor de posguerra a quien más debía la literatura española. Salvador –que ha pasado de la gratitud humilde a la pequeña soberbia– quiere decir que en esos años escribió mucho y experimentó los más diversos géneros –policíaco, amatorio, futurista, de aventuras, psicológico– en sus escritos. Todo esto es cierto, escribió mucho, pero no lo son, en cambio, los resultados que el novelista se atribuye: escribir tanto y desde tantas vertientes ha impedido, a mi juicio, a Tomás Salvador disponer de un mundo novelesco propio. Por otro lado, su premura en publicar uno o varios libros cada año trae consigo una desigualdad estética flagrante. A novelas bien conseguidas como *Los atracadores* y *Cabo de vara*, hay que unir otras que representan los balbuceos del principiante. En todo caso, las novelas de Tomás Salvador vienen un poco determinadas por la fisiología y por la dedicación de su autor. Salvador es hombre basto y sin pulir, afectado por una hermética sordera, y oficial del cuerpo de policía. La tosquedad, jamás disfrazada, de Salvador se hace patente aun en sus mejores novelas. Por su parte, él afirma que «el refinamiento, la selección, enervan al novelista; esto es, le rinden un flaco servicio». De ahí el carácter torrencial, desmedido de su producción.

La incomunicación a que desgraciadamente le somete su sordera trasciende naturalmente a su obra. Salvador jamás podría escribir *El Jarama*. Salvador escribe –dialoga– sobre leído. Desconoce el lenguaje vivo, fluido, de la calle. Carece, por tanto, desde hace años, de un medio de información tan esencial como el lenguaje hablado. Sospechamos que sus diálogos son tomados de otros libros o de los legajos del cuerpo de policía al que, como he dicho, pertenece desde la mayoría de edad. Estos archivos, de otro lado, le abastecen de argumentos. Repasemos sus títulos y observaremos que se trata de narraciones cuyos argumentos han sido tomados de los archivos policiales o inspiradas por la dedicación profesional de su autor. No digo que esto sea bueno ni malo. Anoto el hecho como simple curiosidad y como posible explicación de la feracidad del autor. Sea como quiera, tal vez el mayor encanto de la prosa de Tomás Salvador estribe en su anarquía, en su absoluta falta de escrúpulos estéticos y, sobre todo, en la posibilidad de sorpresa que cada libro suyo depara.

Inmerso con entusiasmo en el mundo literario, Tomás Salvador ha puesto en marcha varias iniciativas, como son el Premio de la Crítica –él mismo es crítico y autor simultáneamente– y el premio Selecciones Lengua Española, cuyas originales bases permitían premiar una novela cada trimestre.

LUIS ROMERO

Un caso de vocación literaria honesta y profunda es el de Luis Romero, premiado con el Nadal en 1951 por su novela *La noria*. Es significativo el hecho de que este autor, que apunta en su libro una innovación técnica muy estimable, residiera, al ser galardonado, en Buenos Aires, lo que nos da pie para imaginar que Romero, desde América, estaba en condiciones de pulsar unos vientos renovadores que a nosotros, los residentes en España, nos estuvieron vedados hasta varios años después. Algunos han insinuado que la técnica de Romero es más efectista que original e, incluso, Torrente escribe que la atomización de los personajes le impide al autor profundizar en ellos y al lector conocerlos y apasionarse por sus problemas. Discrepo de ambas posiciones. La técnica de *La noria*, más o menos original, resulta plenamente eficaz para alcanzar el fin propuesto: la disección de una gran ciudad, Barcelona, en un día cualquiera de su historia, es algo así como un cuestionario Gallup novelado: una radiografía de la gran ciudad. Y considerada así *La noria*, no tenemos por qué profundizar en esos personajes puesto que ellos no son protagonistas ni portadores de problemas. La protagonista es Barcelona y el problema el de la ciudad, que no es otro que la suma de aspiraciones y de desencantos, de dichas y de tribulaciones que cada personaje aporta en su capítulo. El relevo de los tipos resulta ingenioso y entre todos tejen un drama colectivo muy en línea de la novela moderna.

ÁNGEL MARÍA DE LERA

Una revelación tardía en las letras españolas ha sido Ángel María de Lera, uno de cuyos libros, *Los clarines del miedo*, una novela de toros, ha sido traducida con aceptable fortuna a diversos idiomas. Lera ha llevado hasta el momento una vida azarosa y se dice que después de la Guerra Civil estuvo condenado a muerte por razones políticas. Sea como quiera, hoy Ángel María de Lera no sólo vive sino que ha encontrado un puesto en la literatura a la que se dedica con asiduidad.

En Lera existen dos novelistas: el novelista rural y el urbano. Y no quiero decir con esto que los mundos que abarcan sus obras motiven este distingo. Al decir que coexisten en él dos novelistas pretendo señalar que el Lera de *La boda* y el de *Los clarines del miedo* no tiene absolutamente nada que ver con el Lera de *Bochorno*. Y, por descontado, el hecho de que aquellos dos primeros libros se desarrollen en el campo y el último sobre el asfalto no influye en mi estimación. Lera, en sus temas rurales, pinta unos ambientes y esboza unos tipos auténticos; en sus novelas urbanas, medio, personajes y trama se hunden en una mediocridad melodramática, con resabios de erotismo a lo Alberto Insúa de *El negro que tenía el alma blanca*. Así,

para mí, el Lera que cuenta es el Lera de las dos primeras novelas, que, en puridad, son una misma novela: la novela del poblachón extremeño o manchego, invadido por el polvo y los insectos, asfixiado por la mezquindad y la bruticie. Poco importa que el estudio de este poblachón, muy español, arranque de la fiesta del lugar, con su capea y sus torerillos, su sol y sus moscas, sus garrapiñadas y sus churros, o que arranque de una boda. A mí lo que me importa –y me impresiona– es la verdad, la garra con que Lera compone estos dos aguafuertes, rehuyendo la pincelada tópica y buscando –y hallando– matices nuevos para expresar una realidad vieja. Estas novelas de Lera constituyen la mejor expresión de que la realidad objetiva nada demuestra, de que no hay, por sí mismos, temas inéditos o gastados, sino que todo depende de que el creador acierte a infundirles un hálito personal. Ángel María de Lera lo ha logrado. Y ha logrado, sin aspavientos ni recursos facilones, comunicar al lector no una interpretación negra de España sino la verdad de España o, para ser más justos, la verdad de una buena parte de España en la primera mitad del siglo XX.

JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE

Narrador de extraordinaria viveza, bronco y duro, tal vez falto de disciplina, es José Luis Castillo-Puche. Su amistad y su admiración por Hemingway, creo yo, ha determinado en buena parte su posición literaria. El realismo reporteril, directo y cortante, violento y sin paliativos puede muy bien haberlo tomado Castillo-Puche de su maestro americano. Pero mientras que en Hemingway la violencia realista responde a una explosión vital de exuberancia, en Puche asume un tono marchito y lúgubre, que Nora califica –a mi entender, excesivamente– de «pesimista, triste, obsesivo, repelente, moralmente escurridizo y larvario, espeluznante y macabro». Ante tales calificativos uno puede pensar que Castillo-Puche es, poco más o menos, un enterrador. Y no hay para tanto. Castillo-Puche –persuadido seguramente de las dificultades de obtener la notoriedad con un solo libro– no vaciló en cargarse un muerto a las espaldas –*Con la muerte al hombro* se titula su primer libro– y escribir las más horripilantes escenas imaginables. Bueno, a fin de cuentas, esto es «tremendismo», el deporte literario de moda en España al mediar el siglo. Pero dentro de esto, y con todos sus defectos, *Con la muerte al hombro*, en su primera parte, es una narración briosa, bien llevada, palpitante de vida, de apasionante interés. En su segunda parte, esta novela decae, pierde ritmo, tono y carácter. (Cuando yo conocí a Puche, acababa de publicar su primer libro y sus íntimos amigos lo

llamaban Kafka. No hay que aclarar quién está detrás de esa segunda parte de *Con la muerte al hombro*, con su prosa repentinamente alucinada, que malogra una novela iniciada bajo los mejores auspicios).

Castillo-Puche, ex seminarista también, parece lanzado a una clara meta: denunciar la distancia que existe entre una sociedad que se dice cristiana y los principios del Evangelio. Pero su papel es de airado fustigador, como si viviera en un mundo absoluta y definitivamente corrompido. A Puche lo domina su temperamento impetuoso, volcánico. Estos hombres vehementes, adscritos al terreno del arte, suelen ver claro pero su campo de visión es muy reducido. Son como esos espejos amplificadores que delatan hasta la más insignificante imperfección de nuestro rostro; no dicen mentira pero agigantan el defecto. Consecuentemente ven poco pero profundo, y de ese pozo extraen miserias y desperdicios que en un panorama más amplio pasarían prácticamente inadvertidos; en suma, cargan demasiado las tintas. Así, Yecla, el pueblo natal del autor–, yo no lo veo tan sombrío como lo pinta en *Con la muerte al hombro*, pero, claro es, Puche no tiene por qué verlo con mis ojos y, sobre todo, lo conoce mucho más a fondo que yo.

II. La promoción del 50

«Los niños de la guerra»

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Si a mí se me pidiese un nombre, uno solo, entre los aparecidos en la novela española de posguerra, con mayores posibilidades de supervivencia, es decir, con categoría suficiente para afrontar la inmortalidad literaria, yo daría, sin vacilar, el de Rafael Sánchez Ferlosio. Pero no es solamente ésta la razón por la que yo le otorgo la primacía de la promoción de «los niños de la guerra» –pese a su muy escasa obra–, sino porque su libro fundamental, *El Jarama*, se me antoja una síntesis perfecta de las cualidades de este grupo y porque, a su vez, *El Jarama* se ha erigido en patrón de no pocos narradores que han ido apareciendo con posterioridad; esto es, ha hecho escuela. (Ya veremos también cómo buena parte de la novela socialrealista toma de este libro no la intención sino la técnica, ese descarnado objetivismo que tal vez nació como un experimento aislado antes que como un camino viable para la novela).

Basta conocer a Ferlosio para adivinar en él al hombre impar, el hombre diferente, para descubrir a través de su conversación una veta de genio y de ingenio que lo individualiza; Ferlosio, en cualquier circunstancia, se mostrará indiferente a las seducciones del tópico y la uniformidad. Ferlosio será siempre Ferlosio, es decir, un hombre que haga lo que haga –vivir o escribir– lo hará siempre a su aire, desdeñando la rutina y las convenciones sociales. ¿Quiere decir esto que Rafael Sánchez Ferlosio es uno de los hombres que quedará en las letras españolas? He aquí, aunque otra cosa parezca, una difícil pregunta, con una sencilla respuesta: Ferlosio quedará si él se lo propone; si él decide un día seguir escribiendo. ¿Quiere usted decir que un hombre tan bien dotado, con unas cualidades excepcionales para el menester literario, puede abandonar espontáneamente la partida? Exactamente. Ferlosio no sólo puede abandonar la partida sino que, de hecho, en punto a la novela, la tiene ya abandonada; esto es, desde que alcanzó el premio Nadal a nuestros días, no creo que haya llenado una sola cuartilla con una intención puramente literaria. Tal posición ya da idea de la especial personalidad de este autor que, como es sabido, linda con la literatura por todas partes: su padre es Rafael Sánchez Mazas, autor de *La vida nueva de Pedrito Andía*, y su

mujer, Carmen Martín Gaite, digna novelista de la generación de «los niños de la guerra» también. Pero a estas alturas podría decirse que Ferlosio está hastiado de literatura. De momento, tras su resonante triunfo con *El Jarama*, Ferlosio se empecina en considerar a la novela como un quehacer poco serio. De poco valen con él los argumentos de editores y amigos. Ferlosio no quiere saber nada; no quiere oír hablar de novela. La novela, sencillamente, lo aburre. Es más, pese a tener compuestos dos hermosos relatos, uno sobre la venta de un potro en un ferial castellano y sobre el viaje a Madrid de un palurdo el otro, se niega terminantemente a editarlos. «Estas cosas –decía a Josep Vergés, su editor– son tonterías». Ferlosio es honesto consigo mismo; esto es, su determinación –definitiva o no, equivocada o no– no es el fruto de una pose sino consecuencia lógica de su carácter. La literatura en esencia le parece un menester insulso y él no quiere incurrir en él. Prefiere dedicar su tiempo a los estudios lingüísticos o al ensayo breve. Tengo entendido que Rafael Sánchez Ferlosio realiza desde hace tiempo trabajos de gramática y filología, trabajos que ignoro si algún día verán la luz, pero que, en cualquier caso, mostrarán la genialidad que portan dentro de sí todas las obras –incluidos los dibujos que realiza para entretenimiento de su hija– de este autor.

Después de todo, el verdadero talento, el auténtico genio encubre casi inevitablemente excentricidades. De otro lado, la indolencia le viene de atrás (su padre, Rafael Sánchez Mazas, una de las mejores plumas de la generación de anteguerra, deja pasar lustros sin manifestarse). Ferlosio es inconstante y tornadizo y por ello es comprensible que lo que ayer le sedujo hoy le reviente. El tiempo nos dirá si su fobia hacia la novela es definitiva o si, tan espontáneamente como se fue, vuelve a ella. La narrativa española sería la primera en beneficiarse de este retorno.

Sea como quiera, la vida de Ferlosio marcha acorde con su postura ante el arte. Ferlosio aparenta solazarse buscando las vueltas a los convencionalismos. Si la gente duerme de noche, él duerme de día; si la gente se ajusta a un horario de trabajo, él trabaja en anárquico desorden; si la gente se encadena a una rutina de distracciones, tertulias, etcétera, él se distrae o charla cuando le da la gana. Ferlosio no se sujeta a la tiranía de una vida metódica. A veces desaparece de la circulación durante semanas. Otras se encierra en una habitación, solo, durante días. Al cabo, aparece, ojeroso, las barbas crecidas, pálido. Nadie sabe si estuvo trabajando –ni en qué– o si estuvo durmiendo. Su mujer no muestra la menor extrañeza ante su conducta estrafalaria. Muchacha inteligente, se acomoda a estas extravagancias con toda naturalidad y le pone de comer. Él, no obstante, consciente de su carácter difícil, de sus eclipses domésticos sin aparente justificación, compadece a su esposa, de la que dice, en una de sus

frases geniales, transida de un humorismo sombrío: «Carmen es como una viuda que tuviera el muerto en casa».

Decididamente, Rafael Sánchez Ferlosio, ni como hombre ni como escritor, es un ser vulgar. Ahora bien, aparte de excentricidades, ¿qué veo yo en este autor para concederle tan amplio crédito? Lo diré en pocas palabras: en Ferlosio se da una mezcla de imaginación, observación y sentido del humor que no veo en ninguno de sus coetáneos. Con una, también rara, particularidad: estos ingredientes los manipula con tan espontánea naturalidad que sus libros, lejos de parecemos algo elaborado, se asemejan a los frutos y las flores silvestres, crecen espontánea, naturalmente. No son, las suyas, obras primorosas a base de retoques. Y si lo fueran, nadie advertiría tras su lectura cuáles fueron los personajes más afanosamente trabajados. Son libros inconsútiles, donde no se advierten costuras ni añadidos. Tanto *Alfanhuí* como *El Jarama* son obras de una pieza, libros que se dirían escritos de un tirón, fraguados a una temperatura uniforme, donde sus elementos se conjugan con tanta maestría que el conjunto no se resiente ni por exceso ni por defecto.

No pocos críticos, entre ellos Alborg, dicen que es difícil juzgar a un autor a través de dos libros tan dispares como *Alfanhuí y El Jarama*. Yo, en cambio, no veo tan dispares ambas obras. Es más, creo que tanto en una como en otra está Ferlosio entero. El que en *Alfanhuí* predomine la imaginación del poeta y en *El Jarama* el conductismo más estricto, no quiere decir que pueda dudarse un momento de la paternidad de ambos. Lo que sucede es que estamos tan habituados a juzgar las obras por sus técnicas que olvidamos lo fundamental: el autor. Ferlosio pudo firmar *Alfanhuí* con letra cursiva y *El Jarama* con letra redonda, pero la rúbrica será la misma. En *Alfanhuí* no se prescinde jamás de una apoyatura real, ni en los ambientes ni en los diálogos. *Alfanhuí* es un maravilloso libro donde se hace realidad lo que no existe. *El Jarama* es un libro no menos maravilloso, donde se hace poesía de lo vulgar. Ferlosio en *El Jarama* nos da una receta no nueva –el objetivismo tímido lo lleva a sus últimas consecuencias– mediante la que enaltece la rutina de cada día. En suma, el que Ferlosio cargue de fantasía su primer libro y de vulgar realidad el segundo, no quiere decir que sus libros sean opuestos; bien se ve, tras una lectura atenta, que provienen de la misma fuente. El hecho de que el primero sea un devaneo poético y el segundo un relato realista nos demuestra la capacidad de Ferlosio para exponer su mundo desde muy diferentes enfoques; pero su mundo está lo mismo en un libro que en otro. En *Alfanhuí* nos demuestra que su potencia de inventiva es tan sutil, al menos, como las dotes de observador que evidencia en *El Jarama.*

Fantasía y observación. De esta segunda cualidad no anda mal la

novela española, pero sí de imaginación. De ahí el alto rango que yo concedo a *Alfanhuí*, un libro cautivador en todas las latitudes, pero esencialmente en España, hechos como estamos a una literatura a ras de tierra. *Alfanhuí* es una vaharada de aire puro, una obra jugosa y fresca en cuya peripecia uno se ve inmerso desde el primer capítulo, se identifica con ella hasta tal punto que llega a admitir como real el hecho de que un niño cuelgue unos lagartos al sol para obtener de sus escurriduras preciosos tintes. Y nada digamos de las aventuras posteriores de este niño y de los prodigiosos personajes con que se tropieza. Para mí, *Alfanhuí* tiene mucho de novela neopicaresca –con picardía idealizada, en fino–, un libro originalísimo, entroncado, sin embargo, con la mejor literatura española.

He dicho que el don de observación es el don mejor repartido entre los novelistas españoles de posguerra. Sin embargo, justo es añadir que ninguno ha alcanzado tampoco en este terreno la finura y la sutileza, la fidelidad y la penetración de Rafael Sánchez Ferlosio. El sentido de observación que, aunque a algunos sorprenda, ya manifiesta con nitidez en *Alfanhuí*, alcanza en *El Jarama* auténtico virtuosismo. Nunca se han escrito en España unos diálogos tan vivos como los de *El Jarama*. No creo necesario insistir en que *El Jarama* es su diálogo. Toda la gracia, la mediocridad, el hastío, la pereza mental, la ambición, los convencionalismos de una raza están ahí expuestos con las mismas palabras con que se exponen cada domingo veraniego en cualquier rincón de España. Quienes afirman que los diálogos de *El Jarama* no son naturales sino elaborados, demuestran tener muy poco oído, un don de observación desarrollado de manera incompleta. Estoy de acuerdo con Nora en que *El Jarama* no trata de retratar a una determinada clase social. Creo que en todos los estratos sociales españoles escucharíamos en sus ratos de esparcimiento las mismas insustancialidades, con ligeras variantes de sintaxis y entonación, que oímos a esa docena de muchachos y muchachas un domingo a orillas del río Jarama. Es claro que los críticos, algunos críticos, han pretendido ver más cosas por debajo de esta novela. Por ejemplo, no faltó quien vio una alusión a la Guerra Civil en el paso fragoroso, atronador, de un tren por un puente sobre el río. Ferlosio se reía al leer esta interpretación y comentaba: «Pues, la verdad, no se me había ocurrido».

Si no tuviéramos sus libros, bastarían estas anécdotas para acreditar su agudo sentido del humor. La ironía de Ferlosio es la que lubrica sus obras y la que lo distancia –literalmente lo separa– de sus compañeros de promoción y de no pocos novelistas de otros grupos. La delicada y soterrada zumba de Ferlosio, pese a no haber sido subrayada, que yo sepa, por nadie, con la insistencia que merece, es la que termina de caracterizarlo y de imprimir a su arte unas resonancias clásicas y una

estela perdurable. Ferlosio, como agudo humorista que es, no se esfuerza en hacer humor (el humor elaborado es lo más triste del mundo). El humor fluye de los diálogos –no olvidemos las escenas del merendero en *El Jarama*–, de las situaciones o de los tipos, y tanto vale aquí que recordemos al Coca-Coña, a Mauricio o al alemán de *El Jarama* como al herborista o al don Zana de *Las industrias y andanzas de Alfanhuí*. En resumen, y por encima de la gracia narrativa, de la capacidad fabuladora –¡qué gran autor de cuentos infantiles podría ser Ferlosio!– y de las dotes de observador de este autor, yo coloco su sentido del humor, su ingenio, la piadosa ironía con que contempla y transcribe las más vulgares escenas de la mediocridad humana.

Ya comprendo que para disfrutar de este escritor en toda su intensidad habrá que prescindir de traducciones y conocer el castellano con exactitud. De otra manera, inevitablemente, se nos escaparán matices sabrosísimos. A este respecto, recuerdo que una de las versiones de la obra, creo que francesa, al traducir la frase: «Pásame el Bambú» (el Bambú es, en España, al tiempo que una caña que se utiliza para pescar, una marca de papel de fumar) dice: «Pásame la caña», con lo que no sólo la gracia sino la significación literal de la frase quedan desbaratadas. He aquí un botón de muestra bastante significativo.

IGNACIO ALDECOA

A este grupo objetivo y formalista, desapasionado y aséptico, pertenecen también Ignacio Aldecoa y Jesús Fernández Santos. Ignacio Aldecoa, poeta en su iniciación, es un auténtico maestro de la narración breve. A mi juicio, Aldecoa es más grande cuanto más pequeño escribe. Si exceptuamos a Saroyan y a algún gran escritor italiano como Pavese, no recuerdo haber leído nunca unas historias tan ajustadas, tan sobrias y poéticas como algunas de Aldecoa. En cuatro páginas, Aldecoa infunde aliento a seres de verdad –como los segadores de su relato *Seguir de pobres*– o plantea problemas serios, sin acritud, es cierto, pero con firmeza. Por otro lado, el esmero, la pulcritud de su estilo, hallan su cabal eficacia en estos relatos breves donde tan sólo se aspira a apresar un tipo o la fugacidad de un instante. El recreo del lector acrece, entonces, con su prosa medida, con sus vocablos sopesados, exactos; con su estilo alambicado y, como sin quererlo, muy literario; tan literario como el de Cela. (De este grupo se dijo, un tanto ligeramente, que era el de los epígonos del autor de *Pascual Duarte*, cuando lo cierto es que, fuera de Aldecoa –en sus artículos y, a veces, en sus relatos breves–, yo no veo entre éstos y aquél más analogía que una gran preocupación por el idioma. Sin

embargo, en Ferlosio, Fernández Santos, Quinto, Medardo Fraile, Carmen Martín Gaite, e incluso en Aldecoa –fuera de las ocasiones dichas–, el lenguaje es tan terso como el de Camilo José Cela, si prescindimos tal vez de su *Viaje a la Alcarria*).

Esta maestría de Aldecoa en el relato corto, la seguridad con que se mueve dentro de él, le indujo, indudablemente, a construir sus primeras novelas sobre la base de acumular a lo largo de un sutilísimo hilo argumental una serie de anécdotas y descripciones ambientales que por sí solas constituyen valiosas narraciones independientes. Sus dos primeras novelas son novelas desmembradas o, para mejor entendernos, descuartizadas. La expectativa que reina en el cuartel de la Guardia Civil hasta saber quién es el guardia muerto, constituye el nervio de su novela *El fulgor y la sangre*, pero su verdadera sustancia proviene de las vidas y peripecias que va relatándonos al hilo de esta espera. Otro tanto podría decirse de *Con el viento solano*. La huida del gitano asesino por pueblos y ciudades, renovando a cada página ambientes y personajes, permite a Aldecoa echar mano de sus recursos, mil veces empleados y con envidiable fortuna, en sus magníficas narraciones cortas.

No obstante, en las novelas de largo aliento de Aldecoa, y en particular en *Gran Sol* –espléndido reportaje novelado, lleno de dificultades, sobre la pesca de altura– hay, para mí, cierto exceso de literatura: una morosidad faulkneriana (que en Faulkner es connatural, pero en Aldecoa estudiada), un deleitoso paladeo de vocablos. En estos trances, Aldecoa, a fuerza de querer ser natural, denuncia el artificio. En una palabra, la obsesión por el lenguaje lo empuja insensiblemente al virtuosismo. Así, los vocablos marineros de *Gran Sol* se presentan amontonados, traídos por los pelos. Se ve enseguida que el autor no los domina, ni siquiera los conocía. Los aprendió para esta ocasión, y esa provisionalidad, ese estar prendidos con alfileres, se echa de ver en el libro. Nada de esto impide el que yo vea en Aldecoa a uno de los mejores narradores españoles de mitad de siglo, cuya perfección, en montaje y estilo, se hace, repito, especialmente notoria en sus cuentos y narraciones breves.

JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS

Jesús Fernández Santos presenta, a mi entender, no pocas analogías con Ignacio Aldecoa. No en balde son dos autores que se han formado juntos, de tal manera que no sólo sus lecturas sino que el intercambio de puntos de vista han creado en ellos un ideal estético muy aproximado, si no común. No obstante, en Fernández Santos la prosa es, si no tan precisa como en Aldecoa, sí más transparente. Por lo

demás, su posición objetiva, su predilección por el hombre del pueblo, su velada –y estéticamente plausible– crítica social y todas las demás notas que tipifican a este grupo, se dan en ambos autores en proporciones parecidas. Una característica típica, sin embargo, de Fernández Santos es la plasticidad de su estilo. Es curioso el que yo anotara esta peculiaridad de Santos tras la lectura de su primera –y mejor– novela, *Los bravos*, antes de que su autor se inclinara por el cine. Digo que es curioso porque el director de cine que Fernández Santos fue a ratos perdidos ya estaba en *Los bravos*, en las tomas de las calles del pueblo, en el encuadre del pozo truchero, con la luna encima, en los diálogos ceñidos y breves. Los hombres y los paisajes que Fernández Santos describe con la pluma cobran un realce visual, un relieve extraordinario en el cine. Diríase que en su literatura hay «focos», luces y contraluces. En suma, cabría afirmar que Fernández Santos escribe con la cámara, lo mismo que podríamos decir que Ferlosio escribe con la banda sonora. Las notas descriptivas de Fernández Santos, si escuetas, son de las más vigorosas que se observan en toda la novela española del momento; vigorosas, por lo simples, directas y matizadas. La fuerza visual de su libro es realmente extraordinaria. Tras la lectura del capítulo de *Los bravos* referente al pescador furtivo, uno llega a dudar de si lo ha leído o lo ha visto en un film, tal es su relevante plasticidad. Mas a medida que Fernández Santos se da al cine y se aleja de la literatura, sus obras se debilitan. *En la hoguera*, aun siendo una novela considerable, no tiene el rotundo acierto de *Los bravos*, y en su novela última, recientemente aparecida, se diluyen las grandes virtudes a que someramente he hecho referencia. Queda, sí, una noble calidad, porque un escritor tan cuajado como Fernández Santos nunca podrá escribir una página vulgar.

Ahora bien, en Fernández Santos echo de menos el humor; su realismo es excesivamente rígido, un poco aburrido; falta esa ironía dúctil que con harta frecuencia determina la obra de arte. Consecuencia de esta ausencia de humor, de la posición rabiosamente objetiva en que el autor se coloca, es esa especie de asepsia enteriza y como ajena a nosotros de sus obras. No acierto a explicarlo de otra manera: en las novelas de Fernández Santos se dice magistralmente lo que se dice, pero lo que se dice en ellas nos deja un poco fríos, un poco indiferentes.

ANA MARÍA MATUTE

Falta de humor, también, sombría, propensa a la adjetivación cromática, precoz, y excepcionalmente prolífica, se nos ofrece la

novelista Ana María Matute, la más asidua y personal de cuantas mujeres escriben hoy en España. Ana María Matute, que comenzó a escribir siendo apenas adolescente, va ensanchándose a cada libro que publica, si bien últimamente parece acentuarse su frialdad frente a los temas que narra y los personajes que los viven y, al mismo tiempo, un afán por ensayar técnicas más modernas, donde el espacio y el tiempo novelescos presentan grandes huecos por donde dar entrada a la imaginación del lector. Ana María Matute, tímida y retraída, sosegada y pueril, reserva toda su potencia vital para las cuartillas. Hay que reconocer que comenzó con muy buen tono. A Ana María no le falta imaginación. Si contamos sus poemas en prosa del *Libro de los juegos para los niños de los otros* y sus cuentos infantiles, Ana María Matute, antes de cumplir los veinticinco años, tiene publicados media docena de libros y, si algunos son muy breves –*Fiesta al noroeste*, *Historias de la Artámila*–, otro hay, en cambio, de gran extensión: *Los hijos muertos.*

En puridad, Ana María Matute encaja en la promoción de 1950 un poco forzadamente y, tal vez, antes que por su obra, por su edad y por su empleo del castellano. Quiero decir que el realismo y el objetivismo de Ana María Matute, aunque evidentes, son relativos, como también lo son su preocupación por la forma, la plasticidad de su prosa y su inquietud social. Mas dando de lado la pertinencia o la inoportunidad de su filiación, quedan por ver los rasgos de su manera de novelar. Por de pronto, no cabe duda de que Ana María Matute es una gran escritora. Así lo dije recientemente en un coloquio celebrado en Madrid y, de inmediato, saltó un objetor que me respondió: «Cierto, Ana María Matute escribe muy bien, pero ¿qué dice?». Para este muchacho, Ana María Matute escribe mucho y bien pero no dice nada. Esto, que parece un contrasentido, tiene sin embargo una explicación: Ana María Matute posee una influencia literaria tan copiosa que no resulta fácil de encauzar; se desborda. En cierto modo es lo que le sucede al reciente académico Juan Antonio de Zunzunegui. Pero mientras que éste se entretiene en contarnos cosas baladíes, innecesarias, Ana María Matute se aparta momentáneamente del hilo para estallar en una catarata rutilante de adjetivos, frases sonoras, brillantes y poéticas que son un poco como esos cohetes multicolores que sazonan las fiestas de nuestros pueblos. Esta autora se apoya siempre en el adjetivo, y en el adjetivo fuerte –restallante o cromático–, pero estos adjetivos alguna vez no van montados, esto es, no completan nada, resultan redundantes cuando no superfluos. Si a esto añadimos su afición a la metáfora sensual, al esguince poético, al patetismo lírico, el resultado es bello por sí mismo aunque inocuo para el fondo de la novela. (Consecuentemente, aquellos de sus libros más ceñidos, más sobrios, son los más acertados. Esto explica que yo prefiera *Fiesta al noroeste*, por más representativo del estilo de su

autora, aparte de que esos relámpagos versicolores que derrama sobre sus libros le van al tema de los titiriteros como anillo al dedo.) En suma, yo no me atrevería a decir que este derramamiento cordial de Ana María Matute, este darse a la novela, sea un defecto. Es su manera de hacer; es, en definitiva, su personalidad.

Otra de las notas dominantes de la literatura de esta escritora es su predilección por la infancia, por una naturaleza sencilla pero limpia y por el mundo abigarrado y extraño del circo o de los saltimbanquis. Si no es en ellos es en los adultos donde nuestra escritora muestra su tortura ante la incomprensión humana, la exigencia –casi inexcusable en su obra– de una inmolación, esto es, de una víctima. Yo diría que sobre Ana María Matute (como sobre Juan Goytisolo) pesa demasiado la terrible fuerza dramática de la Guerra Civil y, al propio tiempo, no puede sustraerse de su segunda experiencia desencantada, cuando la vida le negó la rima adecuada, la rima que exigía su exquisita sensibilidad. En todo caso, se diría que Ana María Matute se ha anclado en la infancia; no se resigna a abandonar su conciencia de niña y, de este modo, llena todos sus escritos, bien con aventuras de infancia o bien con la nostalgia de la niñez perdida. Un tinte de candor, de ingenuidad doliente, se extiende por todas sus obras, incluso en las más pretendidamente dramáticas.

Y esta puerilidad, este candor –que es, asimismo, la impronta que define las obras de esta escritora– ese, en definitiva, regusto por la realidad mágico-trágica, se advierte igualmente en el afán de dejar en la nebulosa los ambientes de sus obras. Esos bosques húmedos y frondosos, esas tierras rojas, rara vez los filiaría el lector sirviéndose de los elementos que la autora le facilita. Yo me quedé perplejo cuando Ana María Matute me informó de que la acción de *Los hijos muertos* se desarrollaba en Soria, en un bosque de Soria. Yo no pongo en duda que en Soria exista algún bosque al estilo de los del libro, pero la esencia topográfica de Soria es el pinar, la paramera desabrida, la tierra desnuda e inhóspita; en suma, la desolación que cantó Machado. No, en los libros de Ana María Matute se diluye la entraña española; su esencia es más bien exótica. Y a ello coadyuva su obstinación en bautizar a sus personajes con nombres extraños, nombres sonoros y eufónicos, pero sin raíz hispana. En España nos llamamos Pepe, Luis, Pedro o Miguel, mientras que los héroes de los libros de Ana María Matute se llaman Gus, Cristian, Zarco, Jeza o Valva. De lo antedicho se deduce que Ana María Matute va creando su mundo personal. Un mundo difuso, mágico e intangible (que no se apoya en el suelo) pero transido de un flujo poético, de un cromatismo, de una belleza formal –la belleza del lenguaje por el lenguaje– que lo hacen extraño y misteriosamente atractivo. Yo diría, para resumir, que en Ana María Matute, aun dejando sentado que es

una escritora importante, vale más la música que la letra. Tal vez esto explique, mejor que nada, el hecho de que, para mi gusto, el valor de las obras de Ana María Matute está en razón inversa de su extensión. Esto es, que prefiera el chispazo de sensibilidad de una novela corta a sus novelas extensas, con su andamiaje demasiado liviano para sostener una tan densa carga literaria.

El grupo de «los niños de la guerra» tiene también un considerable desarrollo en Cataluña, concretamente en Barcelona. No reúnen exactamente las características de los «niños de Madrid», pero poseen dos que son suficientes para considerarlos esenciales en la resurrección de la novela española tras la Guerra Civil. Esos niños de Barcelona, mediado el siglo, escriben sus obras iniciales en castellano, cuando su idioma nativo es el catalán. Y no un castellano improvisado sino a veces un castellano de calidad. El castellano de Juan Goytisolo es un idioma progresivo, que va enriqueciéndose a cada libro que escribe. De manera que, teniendo en cuenta su ideología política, podemos conectarlo por edad con «los niños de la guerra», y por joven revolucionario con el subgrupo social realista que se manifiesta en Madrid paralelamente muy pocos años después. Es decir, entre «los niños de la guerra», hay «niños» y «niños»: niños que escriben desde un concepto intelectual de la novela y niños que podríamos llamar políticos, aquellos para quienes la pluma es un instrumento de trabajo con el que tratan de imponer unas ideas más o menos marxistas. Juan Goytisolo hace entonces declaraciones de que el compromiso es la única posición digna para el escritor, sobre todo en España. La cosa no puede estar más clara: para Juan Goytisolo vale lo que se dice; para su grupo, la manera de decirlo, esto es, la intención. Es obvio que no es fácil cambiar el mundo con un libro, pero nadie nos impide intentarlo.

JUAN GOYTISOLO

El mayor de los Goytisolo comienza a escribir muy pronto y, junto a su compromiso político, imprime a su prosa un cierto lirismo al que se adhiere luego Ana María Matute, de la que hablé poco más arriba. En Juan, que ha perdido a su joven madre en un bombardeo de Barcelona, se da una cierta propensión al cosmopolitismo y, sin duda, es el primer «niño de la guerra» que es traducido en Francia. Torrente Ballester, muy reticente con Goytisolo, afirma que «pese a no haber logrado todavía la madurez humana, Goytisolo, por alguna razón, es el novelista español de mayor éxito». Sin duda Torrente quiere recordarnos que Juan Goytisolo, en contacto con la editorial Gallimard de París, tenía entonces más puertas abiertas que otros

novelistas españoles, pero ¿qué relación podía tener en su infancia o adolescencia Juan Goytisolo con *chez* Gallimard? Con seguridad, el romance Goytisolo-Monique Lange no vale en esta época, dadas las edades de los protagonistas. Posiblemente, lo que Juan aprovechó en relación con los mandos de la editorial fue su decidida independencia política. En todo caso, nadie podrá negar a Goytisolo un gesto de generosidad elocuente: haber dado a conocer en Francia los ocho o diez nombres de jóvenes novelistas que habían escrito obras de cierta entidad en España. Esto lo consiguió con su amigo Maurice F. Coindreau, profesor de Princeton y traductor, asimismo, al francés, de mi novela *El camino*. Ahora bien, ¿no es Goytisolo autor de unos primeros libros aureolados de una trágica poesía, transidos de un lirismo muy alejado del relato reporteril?

Es incuestionable que la totalidad de la novela producida en un país en una época determinada no puede ceñirse a unos caracteres comunes. De este modo, el Goytisolo que inicia su carrera literaria con *Juegos de manos* está todavía en ese terreno ambiguo que le irá dando acceso a un objetivo más concreto. La intención de Goytisolo en este aspecto es terminante. Él mismo aclara que en sus dos primeras obras –*Juegos de manos* y *Duelo en el paraíso*– eludió el compromiso y, por tanto, su verdadera línea de novelista político se inicia después. En dos palabras, Juan Goytisolo nace lírico «niño de la guerra» para derivar a autor comprometido. Pero a la hora de valorar su obra, nos encontramos con que el primer Goytisolo todavía sigue vivo en la segunda etapa. Hablamos, por tanto, de un escritor inquieto, cambiante, lo que quiere decir que Goytisolo sigue fiel a su desesperado afán por liberarse de la «ganga» y quedarse con la «sustancia». Pero ¿qué pretendía olvidar el Goytisolo del tercer libro, sin renegar de su primitiva posición? Sencillamente, su trasfondo político venía a ser esa vaporosa niebla que envuelve sus narraciones y les presta un indefinible encanto. Los libros iniciales de Goytisolo constituyen algo etéreo, algo que a veces repta por el suelo y otras te eleva a las zonas de la más decantada fantasía, pero sigue fuera de nuestro control. En estos relatos todo está envuelto en una bruma difuminada, en esa misteriosa región donde las pesadillas se generan.

En *Juegos de manos* hay algo que recuerda a Dostoievski: en esa mezcla de los divertimientos infantiles con la sangre está la poesía. En definitiva, la misma línea provisional de Ana María Matute. No en vano ambos son catalanes y amigos desde la infancia. Nora, al referirse a Juan Goytisolo, hace hincapié en los disfraces. Los niños y los adolescentes de Juan Goytisolo tienen una evidente propensión a enmascararse. Pero si repasamos la obra de Matute observaremos también ese juego de aparentar lo que no se es, o, si se prefiere, de evadirse de la realidad. En definitiva, la manera de hacer de la

escritora, como la de Juan Goytisolo en su primerísima etapa, se distingue también por la tendencia al disfraz. Los adolescentes de las primeras obras de Goytisolo matan jugando, la sangre corre sin que ellos dejen de jugar. El lector averigua con dificultad en qué trance los niños dejan de jugar para convertirse en asesinos. Evidentemente, entre el Goytisolo de las dos primeras novelas y algunas obras de Ana María Matute existe mayor parentesco literario del que les atribuyen algunos de sus críticos, no precisamente para ensalzarlos. Por el contrario, creo que Juan Goytisolo no inventa mucho en sus dos primeras fábulas. A mí me da la impresión de que Goytisolo prolonga en ambos libros algunas aventuras insignificantes vividas de niño por él. Su fantasía hace el resto, es decir, lo mejor: envolver tales aventuras en un polícromo celofán y conducirlas al extremo inesperado. Simplificando, el autor pone la sangre, la tragedia, el muerto donde parecía que nada tenía ya sitio, ni pasaba nada.

Disiento, pues, del criterio de Nora cuando afirma que *Juegos de manos* es un «libro estomagante». Mejor dicho, juzgo que este argumento no es más estomagante o desagradable que el de otras literaturas de su tiempo: *Pascual Duarte*, por ejemplo. Es más, el encanto de aquel libro reside en su vaguedad, en su realismo brumoso, en el hecho de que en ningún momento se recorten nítidamente los contornos de la acción ni los perfiles de sus protagonistas. El propio autor queda en una posición equívoca. Ignoramos si simpatiza con los protagonistas o los execra; ignoramos, asimismo, si esa caterva de pequeños señoritos ociosos está jugando o, contrariamente, pertenecen a esa ralea de miserables que matan por pasar el rato. Pero es precisamente esta ambigüedad reiterada, esta especie de niebla que envuelve la acción, lo que otorga a este libro un valor especial.

Cabría decir lo mismo de *Duelo en el paraíso*. La localización, aunque sugerida por el autor, no corresponde a una topografía concreta y fácilmente identificable. Sospecho que es una creación fantástica de Goytisolo. Como lo es el niño asesinado por otros niños, la víctima inocente. El autor vuelve a regalar el muerto y el contraste entre la bárbara acción y la ingenuidad con que se produce despierta una nota de hiriente dramatismo, una nota terrible y poética que demuestra la crueldad de las guerras, más dolorosas de lo que a primera vista pudieran parecemos. Hay algo ingenuo en la literatura inicial de Juan que aconseja no precipitarse a la hora de catalogarlo.

LUIS GOYTISOLO

En este subgrupo catalán de los «niños de la guerra», pese a la juventud y a la escasa importancia de la primera obra, yo no podía

dejar de aludir al libro *Las afueras*, de Luis, el menor de los Goytisolo. Contrariamente a Juan, que se ha iniciado en la novela con un castellano torpe y desaliñado, Luis, el menor, sorprende con su madura prosa en Barcelona y Madrid. Luis no sólo se desenvuelve en castellano sino en un castellano excelente. ¿Cómo explicar este misterio? ¿Cómo el mayor de los Goytisolo inicia su carrera de novelista con dificultades de expresión y Luis, el menor, se da a conocer a los veinte años con un libro que no encuentra sino elogios y ditirambos en la alta crítica? Es claro que lo primero que se nos ocurre es decir que el menor de los Goytisolo estaba mejor dotado para el español que sus hermanos José Agustín y Juan. Se puede pensar en los genes, en su fuerza, pero no se puede olvidar la desgracia que se abatió sobre esta familia siendo los hijos muy niños. La señora Goytisolo muere a consecuencia de un bombardeo en Barcelona. Los niños, Juan, José Agustín y Luis, se llevaban entre ellos muy pocos años. ¿Cabría pensar que Luis, siendo el menor, sacara mayor provecho de sus últimas conversaciones con su madre? ¿Por qué razón, literariamente, Luis era en origen superior a José Agustín y a Juan? No he leído nada al respecto, pero se trata de un hecho evidente. Pasados los años, a uno se le ocurre que quizá el viudo Goytisolo confiase la educación de su hijo menor a una inteligente preceptora castellanohablante. De esta forma, el autor de *Las afueras* llegó a la adolescencia con una prosa redonda y una novelita experimental sumamente interesante.

EL EXILIO

Si hay un momento en el que la literatura española está contra las cuerdas y a punto de sucumbir es aquel en que se produce la masiva emigración de los intelectuales en plena Guerra Civil. La generación del 27, casi en pleno, y numerosos periodistas y escritores de la época ponen agua por medio y se instalan en diferentes lugares de Europa occidental y las Américas. Afortunadamente, y aunque no en pleno esfuerzo, poetas y novelistas del 27 siguen trabajando, no se apagan y continúan marcando las directrices de la poesía española. Es obvio que estos exiliados, en improvisados refugios, no consiguen empalmar sus quehaceres con lo que venían desarrollando habitualmente en España (revistas poéticas, relaciones personales, conferencias, lecturas), que exigía una dedicación permanente. No obstante, la edad de estos refugiados les ha permitido mantener comunicación con amigos del interior y, en consecuencia, la voz de nuestra poesía no se pierde, no se estanca dentro de nuestras fronteras. Terribles desgracias que llegan al crimen o a la muerte física, como son los casos de García Lorca y

Miguel Hernández, pudieron hacer pensar que había llegado el fin, pero, muy al contrario, la voz de Lorca, acrecentada por su asesinato, multiplicó sus ecos por el mundo entero. No es fácil separar lo que Lorca debe a su pluma y lo que Lorca debe a su muerte, pero, en cualquier caso, cabe decir que la participación de Federico García Lorca en la difusión de la poesía española de este tiempo no puede igualarse con ninguna otra. Lorca murió pero su obra se hizo más grande. Y si fuera posible que toda la poesía emigrada se enalteciera en el exilio del mismo modo que la de Lorca, tendríamos que reconocer que no existiría en la historia de la literatura española un siglo de grandeza como el XX. Ocurre, sin embargo, que no todos los poetas exiliados encontraron el eco de Lorca ni pudieron entregarse a su trabajo como único afán. Había que vivir y, sobre todo, iniciar amistades, establecer relaciones, y eso es tan difícil para el intelectual como crear ambientes. Esto explica mejor que nada que por sí sola la poesía, fuera de la de Lorca, hubiera dejado de oírse o que sin la ayuda de los nuevos refuerzos, que empezaban a manifestarse en España, el lirismo nacional no hubiera podido florecer. Aun sin conocerse, entre el exilio y los poetas de España hubo, a Dios gracias, relación constante, con altos y bajos, en ininterrumpida frecuencia.

En la novela faltó un Lorca. Una víctima que concitara la atención del mundo. La generación del 27, ya de edad, era preferentemente de poetas. Los novelistas, al exiliarse, estaban por terminar de hacer. Max Aub, Ayala, Salazar Chapela, Sender, Chacel, Andújar… han ido haciendo una obra considerable. Pero, entre los novelistas empeñados en la tarea de reanimar la novela, los únicos ya no jóvenes que se añadieron al quehacer común fueron los del exilio. A los «niños de la guerra» y a los de «la inmediata posguerra», se unieron como un refuerzo de calidad, tanto político como literario, los narradores exiliados de la generación del 27. Tendremos, pues, que reconocer que la vitalidad de nuestra novela se sostuvo, a muy duras penas, por los que empezaban y por los que seguían, por los que luchaban por romper un punto muerto –Cela, Goytisolo, Ferlosio– y los que continuaban una labor iniciada en España antes de 1936.

Otra cosa es la llegada a España de la obra de estos escritores, siempre difícil pero nunca imposible. Libreros, viajeros, artistas traían y llevaban lo que se hacía dentro y fuera de España, y el rumor, la comunicación de boca a oreja hacían el resto. Aparte esto, hubo dos narradores con especial comunicación con España: Manuel Andújar y Ramón J. Sender. Andújar, incluso, en un mañana que escapa a mi observación, regresó a España y publicó sus propias novelas, novelas de cierta antigüedad, de revolucionarios y caciques, de poblachones polvorientos al estilo de los de Ángel María de Lera. Ramón J. Sender, en cambio, no quiso regresar a España, pero mandó su embajada: sus

obras. El caso de Sender es único. Sender sometía sus libros a la censura y los vendía luego en las librerías. La editorial Destino distribuía su obra. Todo iba bien. Cierto que la introducción de las obras de Sender en España no tiene lugar antes de la caída del *meteorito*, por lo que el progreso de la novela del exilio y el de la nueva novela no se produce simultáneamente.

Novela de posguerra (1940-2000)

En pocas palabras quiero delimitar estas notas sobre la novela española del último medio siglo, anticipando que mi propósito no es otro que referirme únicamente a la narrativa aparecida dentro de nuestras fronteras, acotación indispensable si aspiramos a evitar que nuestra atención se disperse y, por abarcar demasiado, no lleguemos a la esencia de nada. Quedan excluidas así, por un lado, aquellas tendencias que se manifestaron en España antes de 1936 y, por otro lado, aquellas otras que lo hicieron posteriormente pero fuera de nuestras fronteras. Es evidente que estos escritores exiliados son tan españoles como los que surgieron aquí, pero su dispersión por un lado, la libertad de que gozaron y su desconexión con lo que en ese tiempo se hizo en España aconsejarían un tratamiento separado, realizado ya en buena parte por el profesor Marra López en su obra, casuística y ponderada, *Novelistas españoles fuera de España.*

Otra cosa es que la novela aparecida en España después de 1940 tenga algo que ver, técnica y estéticamente, con los novelistas del exilio. La aspiración a la originalidad, propensión inevitable en los jóvenes escritores, se acentúa tras una guerra civil que, se quiera o no, viene a significar en muchos aspectos una ruptura con el pasado. Entonces, lo que aparece después reúne todas las características de un renacimiento, no tanto tomando esta palabra en el sentido de una brillantez inusitada, como en el literal y más modesto de *volver a nacer*. Las guerras, y especialmente las civiles, constituyen un revulsivo de conciencia de modo que, fatalmente, el escritor sometido a una experiencia que ha herido su sensibilidad, al verse de pie, vivo, entre los escombros, intuye que el arte es una nueva víctima de la guerra, y que él, al sentarse a escribir, arranca más o menos de cero, inicia una nueva era. Pero no todo es simple intuición en lo que decimos. La guerra es un oscuro túnel y, al salir de él, no es posible que el artista vea el entorno de la misma manera que lo hiciera antes de entrar en él. Algo fundamental ha cambiado. Al abandonar el túnel el artista se siente deslumbrado por el sol o, lo que en cierto modo viene a ser lo mismo, todavía arrastra el impacto de la oscuridad. Esto, y el descubrimiento inmediato de la censura gravitando sobre él, amordazándolo, explica mejor que nada que las primeras novelas de posguerra sean, si no crueles, sí dolientes o de psicologías atormentadas. Semejante actitud, por repetida, no puede ser casual. Se

produce como reminiscencia de la guerra y no, como suele suceder en arte, por reacción contra los postulados estéticos de la generación anterior. No se trata ahora de matar al padre sino de aventar un tiempo de miedo y tribulación. Los primeros narradores de posguerra no brotan, como hemos visto, a los acordes de un manifiesto más o menos iconoclasta, sino del amargo rescoldo de un conflicto incivil. Se han forjado en una dura experiencia antes que en los libros y, por otra parte, la vida española –tan extrovertida, tan varia, tan volcada a la calle– les aconseja, como medio idóneo de expresión, el realismo. Y esa cruenta escuela donde se han formado, su más directa e inmediata aventura, les induce a escarbar en las llagas más dolorosas de esa realidad. No queda sitio para la lucubración intelectual, para el lagrimeo lírico. Recuerdo que algunos novelistas españoles afirmaron hace tres o cuatro décadas en Madrid, en un polémico coloquio convocado por la Unesco y el Congreso por la Libertad de la Cultura, que España no estaba en condiciones de realizar una experiencia semejante a la del *nouveau roman* francés porque esto era propio de pueblos libres y prósperos y que, en tanto esas condiciones no se dieran en España, el intento constituiría una evasión censurable. Ahí tienen, en plena década de los sesenta, una implícita declaración de fidelidad al realismo. Pero admitido esto, ¿quiere decir que toda la novela de la prolongada posguerra discurrió en una misma dirección? El asentimiento a este interrogante implicaría un alarmante indicio de monotonía y, en última instancia, de esterilidad. Afortunadamente no ha sido así, es decir, que el realismo español de esta época ofrece un registro variado de matices que abarca desde la escatología truculenta, que el crítico Vázquez Zamora bautizó en su momento con el sobrenombre de *tremendismo*, al paradójico realismo fantástico, al realismo mágico o poético y al seco objetivismo sin más. Pero veamos cuáles son esos grupos que se han manifestado en España en el último medio siglo, cuáles han sido los movimientos narrativos registrados desde 1940 sin olvidar su carácter provisional. Es decir, debemos admitir que, con el tiempo, puede ocurrir que las fronteras que ahora establecemos entre una corriente y otra se diluyan y en el futuro se hable, sin otras distinciones, de una sola generación de la posguerra civil. Esto es incontestable, pero también puede acontecer lo contrario, esto es que, con el transcurso del tiempo, las diferencias que en estas líneas pretendo establecer se afiancen y los grupos de los que ahora voy a hablar queden definitivamente establecidos. De momento no disponemos de otra perspectiva que la actual y, a mi modo de ver, en las últimas cinco décadas han aparecido en España cinco tendencias que se diferencian entre sí por rasgos muy peculiares –bien sean de forma o de fondo–, que de ordinario se corresponden con los altibajos político-sociales por los que ha ido discurriendo la vida del país.

Observen una cosa: en este apartado voy a omitir el vocablo *generación* porque, antes que de generaciones, se trata de grupos que, en algunas ocasiones, incluso conviven en el tiempo. El primero, muy reacio a la caracterización, podríamos considerarlo como el grupo anárquico e intuitivo de la «inmediata posguerra». Su común denominador es, sin duda, la conciencia de la Guerra Civil, el hecho de haberla soportado en las propias carnes, aunque con frecuencia sus edades no coincidan.

El segundo, que se da a conocer corriendo la década de los cincuenta, es el de los objetivistas o behavioristas, niños en la guerra que se replantean el problema de la novela en España y lo encauzan, con notorio rigor, hacia un esteticismo formal, partiendo de la base de una serie de notas comunes. Para mí es el grupo más delimitado y coherente de los surgidos en el país y, en conjunto, el de mejores letras.

La tercera promoción sería, entonces, la del realismo social, escuela que muchos teóricos se obstinan en identificar con la anterior, cuando nunca estuvieron tan separadas dos concepciones de la novela: estética la primera, ética la segunda. Estilista la objetivista, de mera eficacia política la socialrealista. Unos y otros, eso sí, coinciden en la edad, aunque las obras de los últimos aparecen, seguramente por razones políticas, unos años después que las de los primeros.

Tiempo después surgen las primeras manifestaciones de una novelística de vanguardia cuyos ecos todavía no se han apagado. Se trata de una narrativa experimental que, por vez primera desde la Guerra Civil, abandona el cauce del realismo y desplaza el argumento, la historia, a una posición subordinada. Éste es el cuarto grupo con entidad propia que se manifiesta en España a partir de la guerra y que coincide con el *boom* americano.

Finalmente, en los años que vivimos, se advierte una reacción vacilante: los nuevos narradores no creen que el lenguaje críptico sea el más adecuado para dirigirse al lector siquiera tampoco se decidan a entregarse al viejo realismo. Pero, por de pronto, *se vuelven a contar historias*, y existe entre los jóvenes novelistas el saludable convencimiento de que las novelas pueden ser buenas y malas con independencia del procedimiento narrativo utilizado. Pero analicemos estas tendencias mencionadas con un poco de reposo.

¿Cuáles son los rasgos distintivos de esa promoción primera que, un poco apresuradamente, he bautizado con el calificativo de autodidacta? Consideremos, de entrada, las circunstancias de su irrupción. Este grupo, que de alguna manera engarza con el último de anteguerra, se da a conocer cuando el fuego del conflicto mundial asola aún a Europa y, por tanto, antes de que España inicie sus

primeros y tímidos contactos literarios con el exterior. En este tiempo, nuestro país es una isla. El hermetismo es total. Al joven narrador que aspira a iniciar su carrera le faltan contactos y referencias. Desconoce lo que, en ese momento y en los años inmediatamente anteriores, se está haciendo por el mundo. Trabaja en solitario, sin otro asidero que una vasta tradición narrativa cuya necesidad de modernización intuye. Pero ¿cómo, en qué sentido modernizarla? Le faltan libros, teóricos, críticos; en una palabra, le falta orientación. Es comprensible, por tanto, que la anarquía y la improvisación sean las notas definidoras del grupo. De otra parte, salvo contadas excepciones, sus componentes no son universitarios, es decir, su formación es autodidacta, lo que supone que estos narradores se descargan de sus vivencias espontáneamente, un poco como Dios les da a entender. Se instalan en un radical nacionalismo literario, fenómeno comprensible dada la falta de conexión con la cultura europea del momento. Cada uno se apoya en sus autores predilectos, bien sean Quevedo, Valle-Inclán, Baroja o Galdós. Las influencias son casi exclusivamente españolas, sin que los viejos maestros universales –Dostoievski, Proust o Dickens– parezcan de momento seducirlos. Estos novelistas se hacen, pues, hablando en términos relativos, a sí mismos. Cada cual desbroza sus propios caminos y se forma, cuando se forma, a su capricho, pulsando la nota que le conviene porque le agrada estéticamente o le parece más eficaz. Como, al propio tiempo, cada uno aparece en un rincón de España, no existe entre ellos relación personal alguna, ni el menor sentimiento corporativo. Establecer parentescos de escrito a escrito resulta un tanto arriesgado. De ahí que, entre el tremendismo esteticista del *Pascual Duarte* y los relatos que aparecen en los años subsiguientes apenas se advierte otra nota común que el pesimismo. Sus cultivadores acaban de vivir unos años sombríos y sus libros, inevitablemente, resultan también sombríos. Se advierte enseguida que estas obras son los frutos primerizos de unas sensibilidades brutalmente golpeadas por la guerra. En estos momentos de inquietud y desconcierto, nace en Barcelona el premio Nadal, que tanto iba a influir en la constitución de los tres primeros grupos de la novela española de posguerra.

Pero si estos novelistas a que aludimos no proceden de la universidad, no están al día en sus lecturas, carecen de maestros que los orienten, ¿a quién puede extrañarle que escriban mal o pretenciosamente, que empleen técnicas anticuadas, que sus relatos iniciales sean deshilvanados e inmaduros? Estos novelistas tienen sin embargo una compensación: han vivido una vida muy rica en experiencias. Su peripecia vital es muy compleja para tan pocos años. Compensan, pues, su falta de formación con la abundancia de información. Están llenos, tienen muchas cosas que decir, aunque de

momento no sepan cómo decirlas. Así, salvo algún estilista incipiente, los narradores de este grupo refieren sus historias a la pata la llana, sin la menor preocupación formal, dando de lado ese elemento tan fundamental en la novela como es la construcción.

Entrados en la década de los cincuenta, las fronteras españolas empiezan a hacerse más permeables. Ya no es posible mantener por más tiempo la incomunicación. Y si es evidente que la censura extrema su celo en estos años para evitar la difusión de ideas, no lo es menos que se siente impotente para impedir la entrada en España de las obras más significativas del momento. Es decir, no se trata de libros propios, pero el hermetismo de años atrás se agrieta, ofrece una creciente porosidad, de tal modo que las obras editadas en París, México o Buenos Aires llegan hasta nosotros, sí con ciertas alternativas y trapicheos de trastienda, nunca con demasiada dificultad. La cultura española reanuda el contacto con la cultura del mundo. Se interrumpe una incomunicación de casi quince años. ¿Qué va a suceder aquí?

«Los niños de la Guerra Civil» se han hecho hombres en este tiempo, han alcanzado la edad del discernimiento y los más inquietos devoran las novedades literarias con auténtica avidez. Poco a poco van penetrando en España los vientos renovadores de la «generación perdida» americana, Sartre, Camus, Graham Green, Kafka, el *nouveau roman* y los novelistas italianos, Pavese a la cabeza. Los jóvenes narradores españoles se sienten deslumbrados. No aciertan a sustraerse a tan fuertes influencias, ni a mantenerse insensibles a las solicitudes, no tanto del espíritu como de la técnica, que traen consigo las nuevas corrientes. Por otro lado, este grupo de narradores (con representantes en Madrid y en Barcelona), el segundo y coherente que aparece en la España del último medio siglo, es un grupo homogéneo, trabado por vínculos de amistad, por una relación personal frecuente y el consiguiente intercambio de ideas y experiencias. Más intelectual que sus predecesores, los componentes de este grupo proceden de la universidad –de las facultades de Letras de Madrid y Barcelona principalmente– y, en consecuencia, se aproximan a la novela con una base crítica, con un conocimiento teórico, enriquecido por la lectura de sus colegas extranjeros, lo que les confiere una actitud analítica ante la novela que les conduce a la resolución previa de los problemas que aquélla plantea, a una búsqueda constante de soluciones. Esto implica un manifiesto desdén hacia lo hecho por sus antecesores, especialmente por el grupo improvisado de la inmediata posguerra. Entre las obras primerizas, balbucientes de este grupo y las ya cuajadas que llegan de fuera, los objetivistas, lógicamente, no vacilan y llegan a la desoladora conclusión de que todo está por hacer aún en

España. El resultado inmediato es su preocupación por la forma novelesca, un apresurado afán por poner al día las viejas fórmulas nacionales. Por este camino, la novela española empieza a entonarse con las corrientes estéticas del momento, pero, simultáneamente, se enfría, pierde pasión, espontaneidad, lo que en una exaltación nacionalista podríamos llamar celtiberismo. Esto es, enajena parte de aquellas características raciales cuya base estaba en la improvisación.

Con la preocupación por la construcción y el estilo, aparece otra nota diferenciadora de este grupo, como es la preterición de los resortes emocionales, que de entrada comporta una pérdida del favor del público. Y paralela a esta eliminación del sentimiento, empieza a manifestarse en nuestra narrativa una progresiva ausencia de Dios, hecho suficientemente explicado por la tenaz imposición de la enseñanza religiosa como asignatura obligatoria en los centros docentes del país. Todo esto ya entraña una actitud de inconformismo, extensiva a la organización social, postura que todavía no alcanza la absoluta disconformidad del nuevo grupo socialrealista que ya aletea, aunque todavía va a tardar unos años en manifestarse.

Concretando, los novelistas de esta etapa permanecen fieles al realismo pero se distinguen de sus predecesores por su homogeneidad de grupo, el uso frecuente del protagonista colectivo, el diálogo coloquial, la plasticidad de sus obras, notoria en cualquiera de las novelas de la época, que les aproxima al cine; el distanciamiento y objetividad del narrador respecto a la historia que relata y, finalmente, por su posición cerebral ante la novela, que conlleva un sentido crítico que va confiriendo a este género un rango intelectual.

Un grupo tan perfilado como éste es, sin embargo, identificado por no pocos tratadistas con el socialrealista, que aparece poco después. Pero si la inquietud de los primeros era esencialmente estética, la de los segundos es estrictamente ética y todo lo demás va subordinado a este compromiso. Saltamos así de una minuciosa atención por la forma literaria a un absoluto desprecio; del primor estilístico al desaliño. A una preocupación artística sucede otra de tipo político. Es el desasosiego moral el que inspira a los representantes de este último grupo. Mirado más de cerca, el fenómeno no es sorprendente: un nuevo brote de realismo –el más descarnado de la posguerra– encaminado hacia muy concretos objetivos. En pocas palabras, los socialrealistas reconducen el realismo de los objetivistas hacia una finalidad práctica, de transformación social. La disconformidad con la dictadura que, aunque tímidamente, apuntaba ya en algunos narradores de la inmediata posguerra, se acentúa en los objetivistas, para alcanzar caracteres de franca rebeldía en la promoción de los sesenta. Pero, al margen de esta diferencia de fondo entre uno y otro

grupo, subsisten incontestables afinidades. Por ejemplo, el grupo realista crítico no aspira a una revolución formal frente al pasado, esto es, no reniega de los principios estéticos en que se apoya la novela anterior, pero, lejos de considerarlos un fin, se limitan a aceptarlos como un medio. A través de este camino la prosa se deteriora, se empobrece, aunque a sus cultivadores no parezca importarles demasiado. Ya he dicho que los narradores socialrealistas cuentan la misma edad, si no más, que los objetivistas, lo que quiere decir que sus posibilidades de información han sido las mismas. El retraso en su aparición habrá que buscarlo, entonces, en las veleidades de la censura. Sea como fuere, los realistas críticos conservan un respeto no exagerado –salvo en algún caso concreto– por la tendencia objetiva de la narración, operan también con personajes colectivos (la mina, la central eléctrica, el gran grupo burgués...), recogen de sus predecesores el rechazo social, pero éste, que en el grupo segundo constituía un ingrediente más, equilibrado con el conjunto del relato, representa en la nueva promoción el motor que los impulsa. En esencia, mientras que los objetivistas adoptan una postura crítica, revisionista, esencialmente estética, ante la novela de sus predecesores, los socialrealistas adoptan una postura crítica, esencialmente político-social, frente a la actitud conformista de la sociedad en que viven. Esta postura, por si en sus libros no fuera lo suficientemente evidente, se hizo explícita en el famoso coloquio de la Unesco celebrado en Madrid. Los representantes de esta tendencia sostuvieron allí, una y otra vez, la necesidad de utilizar la novela como instrumento de combate ante la mudez obligada de la prensa; es decir, la novela debería ser un recurso para exponer situaciones e ideas que no podían exponerse de otra manera. La conclusión es obvia: lo que caracteriza a este grupo es la intención. Del anhelo esteticista de ventilación artística que movió a los objetivistas, pasamos al anhelo renovador, de ventilación social, que preconiza este grupo.

Ocurre, sin embargo, que este espíritu de misión alcanza un vuelo muy recortado en la práctica. Se recurre una y otra vez a una praxis maniquea: rico, explotador, malo, frente a pobre, explotado, bueno. La fórmula, monótona y no siempre exacta, cuenta con dos vertientes exclusivas: la denuncia de la miseria material y moral en que viven las clases bajas y la diatriba contra lo que ha dado en llamarse gran mundo pero que siempre tuvo, creo yo que en todas partes, poco de grande. El ardor por la denuncia de estas desigualdades produjo un descuido formal que degeneró más tarde en un desaliño estilístico que movió a algunos a calificar al grupo, con vehemencia inmisericorde, como «generación de la berza». Semejante actitud no justificaría que dejáramos de reconocer en este grupo aspectos positivos: su anhelo de

cambiar en profundidad la estructuración clasista de la sociedad española, cortando de arriba y añadiendo de abajo, y el carácter operativo que otorgan al género: la novela no es válida si socialmente no es provechosa.

Hace más o menos seis lustros, asistimos al nacimiento de una cuarta promoción, a la que podríamos llamar experimentalista o, empleando una expresión más tradicional, «grupo de vanguardia». Después de Joyce y Proust creo que en novela va siendo cada día más arduo conseguir originalidad en el procedimiento, esto es, a cualquier innovación que se intente no parece difícil encontrarle un padre. En el caso que nos ocupa es la reacción contra el realismo, por un lado, y la influencia del *nouveau roman*, por otro, lo que invita a la adopción de nuevas formas narrativas en las que de nuevo prevalecen las aspiraciones estéticas frente a las éticas. Se diría que para este cuarto grupo la facilidad de lectura denota ya por sí misma una falta de calidad literaria. Para que ésta exista, por tanto, una cierta dificultad parece imprescindible. La lectura deja de ser así una actividad fruitiva para convertirse en una adivinanza. Ya no se trata tanto de leer como de elucidar. Sin embargo, Susan Sontag decía recientemente en nuestro país que es absurdo identificar profundidad y calidad, que la claridad y la hondura van con frecuencia unidas.

Ahora bien, encontrar un común denominador para los escritores de esta promoción resulta problemático, aunque no tanto rastrear sus próximas influencias: las postreras manifestaciones del *nouveau roman* y el sector más retórico y críptico, pero no por ello el de mayor calidad, de la novela hispanoamericana. Consecuentemente, para estos narradores la historia que se cuenta y los personajes que la viven pasan a un segundo plano; la novela para ellos va dejando de ser figurativa para pasar a ser, ante todo, composición y lenguaje. La palabra se erige en principal protagonista. Un culteranismo de nuevo cuño intenta abrirse paso. Se trata más bien de una entronización de la eufonía, de utilizar muchas palabras hábilmente combinadas para poco o ningún argumento, lo que, en esencia, es el fundamento del *nouveau roman*. Nace así una neorretórica que, cuando no está servida por un auténtico escritor, llega a indigestarse. Movidos por una fiebre innovadora, que se hace pasión en sus manifestaciones teóricas, los novelistas de esta hora visten el muñeco con nuevos ropajes, alteran a capricho el punto de vista del narrador, entremezclan acción y pensamiento, gualdrapean diálogos que se están produciendo en distintos lugares y tiempos, y llevan hasta el extremo la frase explicativa o subordinada, dando lugar a una prosa espesa, tan laboriosamente trabajada como la masa del pan. Para este grupo, la claridad deja de ser la cortesía del autor hacia el lector para pasar a

ser lo contrario. Únicamente lo intrincado y oscuro tiene para ellos valor. El famoso puente de Ortega no pasa de ser una metáfora pueril. El resultado, como el del *nouveau roman*, es desigual. Los menos, los narradores de calidad, nos ofrecen ejercicios literarios enriquecedores, cuando no interesantes, mientras que los menos dotados nos exigen un esfuerzo intelectual desproporcionado y, las más de las veces, inútil. El relato no llega a prender nuestro interés, ahogado por la fronda verbal que termina erigiéndose en protagonista de la obra.

Existe, finalmente, a partir de los años en que el país se democratiza, una quinta vía por la que discurren un puñado de narradores, en buena parte procedentes de la poesía, tan alejados del viejo realismo como de las crípticas fórmulas que les han precedido y que también ellos cuestionan. Los tiempos son otros: el compromiso de los nuevos narradores se establece con la obra de arte, ajenos, como es natural, a la inquietud política de antaño y a los viejos forcejeos con la censura. Hay que hacer cosas interesantes luchando, no contra los obstáculos que otros puedan interponer en nuestro camino, sino contra las propias limitaciones. Se vuelve, entonces, a la buena costumbre de contar historias –ése y no otro es el objetivo de la novela– y por primera vez en mucho tiempo se oye decir que lo importante es que las novelas sean buenas o malas, al margen del procedimiento de que pueda servirse el novelista, y que la libertad de creación debe imponerse a las limitaciones de escuela. Es decir, el ingenio se manifiesta de mil maneras diferentes y lo procedente es reconocerlo así. En este último grupo, coincidente ya con el europeísmo como actitud política, el novelista empieza a concebir un mundo más amplio que aquel que exigían los exacerbados nacionalismos de antaño. Hay entre los escritores menos diferencias fronterizas y también menor fidelidad a unos manuales de escuela. También se da un mayor distanciamiento entre el narrador y el personaje, o sea, se explota aún menos que antaño la subrogación y el sentimiento. Observo, asimismo, en esta promoción, la más moderna de la posguerra civil hasta el nuevo siglo, una prosa poética, una propensión al cosmopolitismo (en la acción, la localización y los personajes), una socorrida apelación a lo policíaco o detectivesco y un retorno a la naturaleza pero desde un plano intelectual; esto es, la naturaleza apenas se considera ya como escenario de dramas rurales o como drama en sí misma, sino como un remanso de paz al que de vez en cuando se desplazan los protagonistas.

No es necesario añadir que, dentro de estos cinco grupos esbozados, no cabe toda la novela española de posguerra. Existen no pocos cultivadores que no podrían ser encasillados en ninguno de ellos sin forzar las cosas. Sin embargo, a mi entender, y aun admitiendo la

existencia de brillantes individualidades independientes, son estas cinco tendencias las que jalonan el discurrir de la novela española del último medio siglo, bien entendido que las citadas promociones no son compartimientos estancos, ni los novelistas que las componen se inmovilizan en sus posiciones de origen, sino que, a medida que las circunstancias invitan, hacen incursiones a otras técnicas u otros grupos, contactos que flexibilizan y enriquecen el panorama narrativo de esta hora. Prevalecen, sí, en cada momento, ciertas modas ocasionales, aunque la adscripción a una moda no sea por sí misma garantía de nada, ni siquiera de modernidad. El ingenio literario siempre prevalecerá sobre las técnicas y el mero encadenamiento de palabras. En este sentido, considero sabias las palabras del director de cine húngaro Ysvan Gaal cuando, refiriéndose a la expresión cinematográfica tan afín a la literaria, decía hace ya años en Madrid: «Ciertamente un estilo es, en general, característico de un autor y debe marchar acorde con su personalidad. Pero también es cierto que es el tema el que debe marcar la forma de expresión que le ha de ser propia. Que una ventana sea de tal o cual forma, grande o pequeña, no es esencial. Lo importante es lo que se vea a través de esa ventana».

Una relectura de «Nada»

A la hora de hacer balance del renacimiento narrativo español de la posguerra civil, encontramos tres novelas de referencia inexcusable –*La familia de Pascual Duarte*, de Cela, aparecida en 1942; *Mariona Rebull*, de Agustí, en 1944, y *Nada*, de Carmen Laforet, en 1945– y una institución: el premio Nadal. De aquellas tres obras, de las que Eugenio de Nora, al enjuiciarlas con una perspectiva de veinte años, afirmó que «son más sintomáticas que culminantes», se dijeron en su momento y por juzgadores ilustres cosas encomiásticas. De la novela de Cela dijo don Gregorio Marañón: «Es una obra que ha tenido el privilegio excepcional de pasar en términos breves desde la categoría de un libro juvenil y de batalla a la de obra clásica». Por su parte, Azorín exclama, tras la lectura de *Mariona Rebull*, refiriéndose a Ignacio Agustí, su autor: «¡Por fin tenemos un novelista!». Por último, ante la novela *Nada*, primer premio Nadal en 1944, Juan Ramón Jiménez se pregunta en la revista *ínsula:* «¿Cómo puede llamarse *Nada* un libro que encierra tanto y tan bueno?». Tras el paréntesis de la guerra, la irrupción de una nueva generación de narradores, es, pues, un fenómeno captado y coreado con entusiasmo –cosa infrecuente en nuestras letras– por escritores destacados de generaciones anteriores, bien dentro de España (Marañón, Azorín), bien en el exilio (Juan Ramón Jiménez).

Estos tres libros imprimen, de salida, a la entonces joven novela española, una notable fuerza expansiva y un carácter innovador aunque propiamente no supongan una ruptura con el pasado. Es decir, aunque estos tres novelistas incorporan a su quehacer una actualización de las técnicas narrativas, no resulta difícil, en particular en Cela y Agustí, rastrear sus influencias. En Cela hay algo de Quevedo y Baroja; en Agustí, de Galdós. No es tan sencillo filiar a la novela de Carmen Laforet. Ésta –tal vez por más joven y, lógicamente, menos mediatizada por sus lecturas– nos ofrece en *Nada* un relato más espontáneo en lo que atañe a tema y procedimiento. Lo que Cela y Agustí nos cuentan en sus novelas son temas muy españoles, en tanto la anécdota de *Nada*, el juego de tensiones y conflictos psicológicos que plantea, así como su estilo, no admiten fronteras; son, en principio, menos localistas. Las narraciones de Cela y Agustí, aun puestas al día, permanecen en una línea literaria clásica, mientras la de Laforet, pese a su realismo, rompe con la tradición y en *Nada*

apuntan ya una serie de notas características que van a distinguir a la novela que sigue a la Segunda Guerra Mundial.

Temáticamente los tres libros mencionados encajan en lo que va a ser tónica general de la novela española contemporánea: el pesimismo. El «manso cordero acorralado por la vida» que es Pascual Duarte, el fracaso sentimental de Rius y el clima que envuelve a la adolescente Andrea responden, dentro de sus diferencias obvias, a unos perfiles dolientes no disimulados. Y, salvo raras excepciones, este tono seguirá prevaleciendo a lo largo de cuatro lustros, en la nueva novela española: así Los *hijos de Máximo Judas* es un relato transido de elementalidad y violencia como el de Cela; *La sombra del ciprés es alargada*, mi primer libro, esconde una desesperanza romántica al modo de *Mariona Rebull*, mientras el primer volumen de Gironella sobre la Guerra Civil podría emparentarse, en su pesimismo, a la novela de Carmen Laforet.

Todo esto no tiene nada de particular. Cuando estas novelas aparecen, el país acaba de salir de una guerra de tres años y sus autores están aún afectados por el desgarro del conflicto. La guerra es un túnel tenebroso y es comprensible que, al abandonarlo, el escritor vea la realidad circundante de diferente manera a como la viera antes de introducirse en él. Algo fundamental ha cambiado por dentro y por fuera. Diríase que el escritor, al salir del túnel, se siente deslumbrado, no acierta a acomodar sus pupilas a la luz. Si a esto añadimos la escisión del alma española, la pérdida de la libertad que la Guerra Civil inevitablemente comportaba y la incertidumbre del futuro, queda suficientemente justificado el tono aflictivo de esta literatura y, concretamente, el hecho de que las tres primeras novelas de posguerra sean, cuando no crueles (*Pascual Duarte*), amargas (*Mariona Rebull*) o de psicologías atormentadas (Nada).

Pero ahí terminan las afinidades *de Nada* con otros relatos coetáneos. Esta novela, si pesimista no es desesperanzada. Al concluir la narración, la adolescente Andrea abandona el infierno de la calle de Aribau e inicia –pensamos– una nueva vida más acorde con su sensibilidad, tan delicadamente pintada por su autora. No es propiamente un final feliz, pero sí un desenlace abierto. Carmen Laforet nos coloca frente a una incógnita: las cosas pueden seguir lo mismo pero también pueden cambiar. Andrea llegará a Madrid con la misma carga de ilusiones juveniles con que llegó a Barcelona en las primeras páginas de la obra. La ruptura con el mundo infantil se ha consumado de manera brutal en la calle de Aribau. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Se ha limitado la autora a narrarnos un episodio negro de una vida o quiere decirnos, por el contrario, que la infancia es, en realidad, la única etapa que merece la pena de ser vivida? En cualquier caso, Carmen Laforet, con esta novela, compuesta de

retazos, realiza por vez primera en España la experiencia de incorporar al lector a la creación; esto es, le facilita unas mimbres y una estructura para que él las rellene y complete. La prolijidad, el afán de atar todos los cabos, típico de la novela de anteguerra, no se da ya aquí; es, quizá, el primer chispazo de renovación formal ofrecido por la novela española. Las zonas de penumbra son muchas en esta historia: la relación real de la tía Angustias con el jefe de su oficina; la infancia de Andrea; los escarceos amorosos de Román, etcétera. Al mundo que la narradora crea no le falta nada, pero deliberadamente deja muchos escapes laterales para que la imaginación del lector vuele a su capricho y recree todo aquello que la autora no ha consignado en el texto.

La participación del lector en el relato, evidente en *Nada*, es el primer aspecto donde se manifiesta un anhelo renovador de las técnicas narrativas que pocos años más tarde será conducido por algunos a extremos cabalísticos. Carmen Laforet, por su parte, construye una novela esencialmente dinámica, donde, pese a utilizar el recurso de protagonista-narradora, cuida de no inmiscuirse en las incidencias del relato, de no convertirse en una autora sabelotodo. Aunque todavía tímida, es notoria ya en su obra una aspiración de objetividad que será uno de los pilares de la novela de los años cincuenta. En rigor, se trata de mermar la autoridad del novelista, de apearle de su tradicional rango jerárquico.

Por otro lado, se advierte en este libro una tendencia a la sobriedad descriptiva. La descripción no existe sino en función de la acción y de los personajes, se rehúye la fruición de la descripción misma, tan celebrada en la novela de anteguerra. El talento de un autor empieza a apreciarse por su capacidad para decirnos las cosas sin decírnoslas o, al menos, sin apercibirnos de que nos las dice, esto es, por su habilidad para sugerir. La descripción en *Nada* es sucinta; Carmen Laforet emplea las palabras justas para que el piso de la calle Aribau cobre realce, el relieve aturdidor que pretende, desde el primer capítulo. Y lo mismo acontece, aunque con menor relieve, con la atmósfera universitaria, en la que la adolescente Andrea se sumerge en un estado de exaltada embriaguez y con el telón de fondo –su policromía, sus hedores, su vértigo, su estruendo– de la ciudad de Barcelona en los años cuarenta. En esta concreción, en la progresiva eliminación de lo superfluo, se manifiesta una vez más el empeño de la escritora por hacer tabla rasa del pasado y desbrozar nuevos caminos. Diríase que Laforet se siente impulsada, antes que por la retórica, por el rigor expresivo. Al estudiar su obra, al analizarla, no podemos dar de lado esta nota fundamental.

Existe otro aspecto en la obra de Carmen Laforet que adquiere

mayor importancia cuando reparamos en la novela que ha venido detrás (me refiero concretamente a la del grupo realista que ha afrontado la crítica de la sociedad española desde dos vertientes encontradas: la mísera condición del proletario –del explotado– y la existencia sobrada y vacía del gran burgués –del explotador–; esta crítica social ha perdido eficacia al recargarse en exceso las tintas, conformando una sociedad maniquea muy simple y, como tal, falsa; los contrastes humanos, en la vida, no se presentan, de ordinario, con esta tajante claridad). Mas a lo que iba, *Nada* es, acaso, la primera narración española donde apunta la novela de grupo, de protagonista colectivo, en el sentido que ésta va a tener unos años después. Cierto que aquí se hace de manera tangencial –las escapadas de Andrea al mundo universitario– y que es precisamente este grupo lo menos consistente y construido de su novela, pero esto no excluye el calificativo de precursora con que en este punto quiero obsequiarla. Los niños bien, los hijos de papá, que hacen del arte y el estudio actividades lúdicas, que viven su vida fácil sin dejarse ganar por la preocupación del prójimo, han promovido en la novela del medio siglo un verdadero torrente literario.

Pues bien, el germen de toda esta temática lo hallamos ya en *Nada*, siquiera su autora presenta el despreocupado mundo estudiantil como contrapunto del mundo electrizado de la calle de Aribau. Quiero decir con esto que a Carmen Laforet no la mueve seguramente un espíritu de crítica social, aunque sí aflora en su novela el desdén de los jóvenes hacia los objetivos materialistas de sus predecesores (Ena dice de su padre, el burgués satisfecho: «Mi padre mismo es un hombre vulgar, sin la menor sensibilidad..., tiene la certeza de su utilidad en este mundo..., y ha sufrido muy poca angustia ante ningún hecho». Un amigo le dice al padre de Iturdiaga, otro de los estudiantes: «Pero ¿usted se da cuenta de lo que puede hacernos ganar la guerra en este caso? ¡Millones, hombre, millones!»). Laforet, en suma, no presenta a este grupo para ensañarse con él –al menos como primera razón– pero, indirectamente, realiza su disección crítica y, lo que es más importante, propone ya un conflicto de generaciones y no precisamente en el sentido, entonces oficialmente plausible, de afirmar que la mejor fue la que hizo la guerra. La generación de la esperanza para Carmen Laforet es la que sigue, la que padeció la guerra sin hacerla, la que no tuvo en la hecatombe arte ni parte. Sin duda aún perviven en el país jóvenes ricos y ociosos pero la tolerancia, el espíritu de comprensión, el primer brote de despreocupación clasista que se manifiesta en ellos, es también un hecho que Carmen Laforet apuntó, con precoz intuición, en 1945, en su novela *Nada*.

El conflicto de generaciones que Carmen Laforet plantea me lleva a preguntarme hasta qué punto influyeron las vivencias de la Guerra Civil en la génesis de su novela. Es posible que ni su propia autora pudiera precisar en qué medida su libro es un eco de aquellos años difíciles. No obstante, su edad entonces (trece, quince años) y aquella en que escribe la novela (diecinueve, veinte), junto a su receptividad bien probada, induce a pensar que *Nada* es un producto directamente relacionado con la guerra.

Antes de ella, Carmen Laforet, prácticamente, no había tenido tiempo de vivir. Las experiencias de los trece años pueden rendir un fruto artístico, pero a más largo plazo; esto es, una vez que aquéllas se han sedimentado, cual es el caso de Proust. Cuando Carmen Laforet escribe *Nada* está todavía dentro de la onda de la guerra, siquiera no sea ya ésta la civil, sino la segunda mundial. Pero la terrible experiencia sigue su curso. La autora ha madurado entre invectivas y cañonazos y, como sus compañeros de promoción, a base de golpes. La exaltación, la violencia, los desequilibrios que la guerra produce, nos serán devueltos en *Nada* depurados por el arte de su autora. Pretendo insinuar que dada la extrema juventud de Carmen Laforet cuando escribe su novela y el momento en que lo hace (más o menos el bienio 1942-1943) ningún acontecimiento pudo hacer tanta mella en su sensibilidad como la guerra y la posguerra (el miedo, el hambre, la inestabilidad y toda su cohorte de privaciones).

Existe, por tanto, una base bélica en la novela que la escritora no oculta. Los habitantes de la calle de Aribau son seres atormentados, desquiciados por la guerra. Son víctimas de su debilidad, pero también de las circunstancias externas. Tipos desorientados, sin norte ni sitio en el mundo (Román tiene talento, pero es indolente; Juan, trabajador, pero inútil y, sin embargo, se obstina en pintar y se duele de lo que estima incomprensión). Carmen Laforet alude a la escasez de la posguerra reiteradamente. Angustias dice que sus hermanos «después de la guerra han quedado un poco mal de los nervios». La abuela achaca a la guerra la diabólica actitud de Román y el desquiciamiento de Juan... La guerra es una presencia constante en el libro. Es, pues, incontestable que Carmen Laforet ha pretendido componer en *Nada* un retablo antibélico, alejado, en su enfoque, del de Remarque, pero no menos persuasivo y eficaz. Esto es, las víctimas de la guerra no son solamente las que yacen en «los cementerios bajo la luna» o los que arrastran por los caminos sus horribles mutilaciones, sino estos seres que, como los de la calle de Aribau, aparentemente intactos, llevan su huella en lo más profundo de sí mismos. Carmen Laforet hace, en suma, en *Nada* un alegato contra la guerra sin necesidad de soldados.

Yo quiero ver además en esta novela algo más revelador y concreto.

Carmen Laforet, proponiéndoselo o no, trazó en *Nada* un cuadro de las circunstancias que se aunaron en España en 1936 hasta desembocar en la Guerra Civil. Me refiero ante todo al esbozo de unas mentalidades atrincheradas en «su verdad», reacias a todo intento de conciliación. Desde este punto de vista, *Nada* me parece una novela simbólica. Los preludios de la guerra y la guerra misma están en ella. ¿Qué es la calle de Aribau sino la España de 1936? ¿No es un verdadero campo de Agramante? ¿No son hermanos los que se enfrentan? ¿No es alegórico ese desenlace en el que un hermano muere, otro huye de casa y el tercero permanece en ella a solas con sus remordimientos?

Tal vez me esté permitiendo una interpretación muy libre de una novela que no pretendió ir tan lejos, pero considero indudable que, consciente o inconscientemente, estas razones operaron en el ánimo de Carmen Laforet al concebirla. Por de pronto, la actitud de la generación adulta, a la que ya he aludido más arriba, resulta un fiel reflejo de buena parte de la sociedad española de los años treinta: unos padres aferrados a un clasismo destructor, decadente, dentro de una religiosidad pietista, no trascendida del verdadero espíritu cristiano. Padres acomodaticios, herederos de una esterilizadora mentalidad hidalga y aspirantes a hacer compatible el alto rango de su jerarquía social con una situación general de pobreza vergonzante.

No me parece oportuno, ni creo que sea posible, polarizar en los personajes de la novela las ideologías en pugna en España por los años treinta. En *Nada* no hay política. Hay una guerra fratricida provocada por unos errores en los que incurren los dos bandos. En Antonia encontramos la cerril ignorancia, ignorancia que en Gloria se hace pretenciosa y agresiva, susceptible de plegarse a cualquier influencia. Juan encama la sumisión junto al arrebato súbito, incontrolable; es un instrumento del que puede sacarse lo mismo un incendiario que un místico. Mas los polos del drama de la calle de Aribau son, a mi entender, Román y la tía Angustias. Román es el exponente de un parasitismo peligroso. Es un sádico que goza humillando o hiriendo. En algún pasaje de la obra confiesa su satisfacción por poseer espiritualmente a su hermano Juan. En realidad, Román domina a todos los ocupantes del piso de Aribau intelectualmente más débiles. La propia Gloria, rebelde en apariencia, considera un honor haber sido distinguida por él alguna vez. La figura de Román es de una arrogancia insufrible. No le preocupan los demás; simplemente los aprovecha para su recreo. Incluso a menudo se divierte destruyéndolos (Juan, Angustias, Ena…). Es un masoquista con manías de grandeza. Ahora bien, su autoridad intelectual, en el seno de la mediocridad ambiente, le otorga una categoría que él explota cruelmente. Y, cuando da por concluido el juego, se elimina.

Frente a él se alza el poder de Angustias. Carmen Laforet ha trazado aquí un carácter muy típico de la España del primer tercio de siglo. Angustias representa la religiosidad fanática. («Durante quince días he estado pidiendo a Dios tu muerte o el milagro de tu salvación»). Diestramente, Carmen Laforet ha conectado el espíritu de un cierto sector del catolicismo español del siglo XX con la fiebre inquisitorial de hace cuatro siglos en la triste y rígida figura de tía Angustias. Ella es la única pura en un medio impuro. Los demás necesitan de su intercesión para salvarse. («Hubiese querido matarte cuando pequeña, antes que dejarte crecer así»). Esta agresividad inquisitorial concuerda con su fariseísmo, su sentido angosto y sombrío del cristianismo, su religiosidad hermética y egoísta y, en fin, su miserable caridad espectacular, esencialmente anticristiana.

Tras una atenta relectura de *Nada*, quiero ver en los errores y defectos de esta familia de la calle de Aribau un paralelo con los errores y defectos que condujeron a la gran familia española a la Guerra Civil. La influencia de la guerra me parece patente en la novela. Intuitiva o intencionadamente Carmen Laforet buscó la liberación de sus fantasmas redactando las hermosas páginas de *Nada*. El egoísmo, la pobreza, las desigualdades, la crueldad, la embriaguez de poder, la ignorancia osada, la religiosidad sin prójimo y, sobre todo, una feroz intransigencia provocaron la tragedia de la calle de Aribau y también, en no escasa medida, la gran tragedia española de los años 1936-1939.

1980

Sobre mis libros

Mis deudas

Todo hombre, en especial si es artista, es hijo de muchos padres, aunque no siempre sea consciente de ello o se resista a reconocerlo. Yo no tengo inconveniente en proclamar que fue mi mujer, Ángeles de Castro, mi novia entonces, en 1940, la que me puso en el camino del libro, acrecentó mi afición a la lectura, así como atribuyo a don Joaquín Garrigues, autor del *Curso de Derecho Mercantil,* mi devoción por la palabra exacta, por la forma literaria. Fue en Steinbeck donde aprendí a combinar dureza y ternura sin necesidad de reblandecer los temas tratados, y en el *nouveau roman* (Butor, Robe-Grillet), la oportunidad de narrar por narrar, por el placer de hacerlo, como mero ejercicio literario. De la llamada Escuela del Norte 60, que se desarrolló en *El Norte de Castilla* de Valladolid por esas fechas, aprendí algo de cada uno de mis compañeros, todos más jóvenes que yo. Así Martín Descalzo me transmitió su apasionado entusiasmo por la vida; Jiménez Lozano me enseñó que la sólida formación intelectual no estaba reñida con la creencia; de Umbral heredé su gusto por la belleza, por la estética, su cuidada utilización del adjetivo; de Manu Leguineche, la curiosidad insaciable del reportero nato, y de César Alonso de los Ríos la inquietud social que vino a influir a la larga en mi sensibilidad política. Me considero deudor, asimismo, de mi padre, que me enseñó a amar la naturaleza, a respetarla y a disfrutarla; de mis siete hermanos y mis siete hijos, que menoscabaron mi egoísmo y me descubrieron desde muy niño el placer de compartir; de Rafael Vázquez Zamora de quien aprendí a establecer unos criterios literarios básicos; de los directores del neorrealismo italiano, a los que debo esa fórmula mágica de utilizar el humor para desbloquear situaciones demasiado tensas; de José Pla, cuya zumba inimitable aspiré en un tiempo a incorporar a mis crónicas viajeras, o de la misma revista *El Ciervo*, para la que escribo estas líneas, que me ha ayudado a hacer compatible la rígida disciplina de la Iglesia con posiciones menos cerradas, más flexibles y personales en aquello que no es fundamental, o a distinguir como no fundamentales cosas que tiempo atrás pudieron parecérmelo.

Podría seguir citando docenas de personas e instituciones que me ayudaron o a quienes debo alguna influencia, pero esto, aparte de ser el cuento de nunca acabar, podría dar pie para pensar que yo he

aportado muy poco al hecho de ser como soy y que he vivido de prestado, cosa que a lo mejor es cierta.

1955

El antihéroe

A Eugenio Sanz Vecilla, protagonista de mi novela *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, se le ha colgado, desde el momento de su nacimiento, un repertorio de calificativos que no le hacen mucho favor. De él se ha dicho, por ejemplo, que es engreído, cutre, absorbente, hipócrita, resentido, arribista, menesteroso, pueblerino, oportunista, patético, impresentable, redicho y qué sé yo qué más. Y uno se pregunta ¿por qué esta retahíla de denuestos para un solo personaje de ficción? ¿A cuento de qué este encarnizamiento del autor a la hora de perfilar al protagonista de su novela? Sencillamente, lo que sucede con mi sexagenario es algo inhabitual, es decir, viene a constituir uno de los contados antihéroes en estado puro que se ha dado en la historia de la literatura.

La narrativa universal está poblada de personajes bien dotados y seductores. No en balde la cuna de la novela está en los libros de caballería y sabido es que el caballero era, por definición, no sólo apuesto y valiente, sino defensor del honor, la mujer y los débiles. Probablemente el vocablo *héroe* aplicado a los personajes de novela responde a este origen y con él pasa a los relatos del siglo XIX, cuyos protagonistas son, a su vez, bien apersonados, inteligentes, generosos, y con frecuencia, ingenieros de caminos. Es evidente que la aspiración del novelista en este siglo es conseguir que el lector o la lectora se identifiquen con él. De ahí que el narrador propenda a dibujar unos tipos no sólo atractivos sino inmaculados. Es la época del héroe sin miedo y sin tacha. El propio novelista admite esta convención y cuando dentro de la novela se refiere a sus personajes los llama héroes. El héroe es un compendio de perfecciones y no parece que pueda ser otra cosa. Si acaso, excepcionalmente, el escritor le atribuye un defecto, pero es un defecto insignificante, más bien un defecto/virtud, esto es, un defecto reversible que, como la audacia o la timidez, pueden añadir un encanto más al protagonista en entredicho. Recordemos, por ejemplo, la figura de Don Juan.

Con el advenimiento del pícaro a nuestra literatura, los tratadistas empiezan a hablar de antihéroe. El pícaro ya no es un dechado de virtudes, sino, con frecuencia, un cúmulo de imperfecciones. El pícaro no es apuesto, generoso y arriscado, sino las más de las veces taimado, embustero y audaz. El protagonista de novela ha dejado de ser, por definición, un arquetipo, y empieza a ser algo muy alejado de lo

ejemplar. Pero ¿es ya definitivamente un antihéroe?

Reflexionemos un poco. El pícaro es un ser defectuoso, pero el objetivo del narrador no es ensañarse con él sino criticar a la sociedad en que vive. El pícaro puede ser un ladronzuelo, pero el amo a quien sirve –representante de una sociedad– es hipócrita, desalmado y falaz, esto es, en la contraposición de caracteres que el lector establece al hilo de la lectura, es el amo el menos edificante. Lo mismo sucede con los héroes de nuestra novela de posguerra, dos siglos después. No hay arquetipos aquí, pero tampoco antihéroes. Pascual Duarte, antes que un lobo, es un cordero acorralado por la vida. Andrea, la protagonista de *Nada*, es una adolescente larguirucha y atónita, pero parece un ángel en el infierno de la calle Aribau. Ambos héroes se contraponen, como en la picaresca del XVII, a una sociedad que tampoco descuella por su cordura. Esto no quiere decir que Pascual y Andrea sean héroes a la manera tradicional, como no lo son los pícaros, pero tampoco son todavía antihéroes; van dejando de ser «héroes» en estado puro para irse asemejando a los hombres corrientes. Mas, a pesar de esta rebaja en su condición humana, continúan siendo héroes, porque resultan atractivos, es decir, el lector los comprende o los compadece; se pone de su parte. La relación lector-protagonista sigue siendo de simpatía. Algo semejante sucede en España cuando el grupo objetivista de los años 50 impone al protagonista colectivo. Ya no hay individuos, sino grupos, «colectivos» como ahora se dice (un pueblo, una mina, una central eléctrica). Pero también los grupos pueden ser buenos o malos, atractivos o repulsivos. Simplemente ha nacido la llamada novela social. En este estadio lo que prevalece son las cualidades de un grupo. Es obvio que también en ellas puede persistir el «héroe» cuando las cosas están tramadas de modo que el lector tome partido por aquél y mentalmente lo apoye. En este caso, el lector no simpatiza con una persona determinada, sino con la gallardía o el valor de un colectivo maltratado. De lo antedicho se deduce que el héroe de novela no se define ya por su belleza, su valor o su inteligencia, sino modestamente por las posibilidades de adhesión sentimental que despierta en el lector. Esto equivale a decir que el auténtico antihéroe no aparece hasta que, como en el caso de mi sexagenario voluptuoso, el personaje se muestra tan odioso y negativo que nos veda todo intento de adhesión: no hay por dónde cogerlo. Ni nos incita a admirarlo ni nos incita a compadecerlo. Únicamente nos despierta una profunda antipatía.

1984

Autocrítica

A sugerencia del editor me encuentro en el difícil trance de seleccionar los libros que podrían figurar en una presunta edición de mis obras escogidas, y el primer escollo con que tropiezo es el de tomar una decisión respecto a mis dos novelas iniciales, *La sombra del ciprés es alargada*, premiada con el Nadal en 1948, y *Aún es de día*, el libro que la siguió, un tanto precipitadamente, ante el temor de quedarme en novelista de una sola novela.

En realidad mi decisión sobre este último libro ya está tomada: llegado el caso no figurará entre mis obras escogidas, escogidas por mí naturalmente. Hay suficientes razones para ello. *Aún es de día* es una novela con cierta carga romántica, pero de un realismo descarnado, desagradable y con un humor, por llamarlo de alguna manera, tosco y primitivo, inadecuado para suavizar las aristas hirientes de algunas escenas. Esta novela, que ya nació contrahecha como su protagonista, acabó de estropearla la censura, que le infligió una serie de cortes, alguno de una docena de páginas, no tanto por razones políticas como morales o acaso sociales, en unos años en los que la cartilla de racionamiento y el estraperlo se erigían en protagonistas de una posguerra difícil. Lo peor de esta serie de calamidades es que, una vez superada la etapa de la censura, el libro no pudo editarse tal y como nació porque tanto Josep Vergés como yo habíamos extraviado las copias originales.

Pero no se trata de una excusa. *Aún es de día*, aun pudiendo disponer hoy de las páginas suprimidas, es un relato que no tiene arreglo, esto es, nunca hubiera figurado en lo que de mí dependiera, en esta pretendida selección de obras escogidas, lo que equivale a decir que en esta tesitura mi problema se reduce casi exclusivamente a *La sombra del ciprés es alargada.*

¿Qué ocurre con este libro? ¿No fue distinguido hace casi cincuenta años con el premio Nadal, para ser reiteradamente reeditado desde entonces con el aprecio de los lectores? ¿No se han manifestado éstos espontáneamente –y aún siguen haciéndolo– en favor de esta novela? Creo que ninguna de estas razones es suficiente para incluirla en una relación de mis libros preferidos. Por de pronto, su segunda parte es un postizo, no es complementaria de la primera, no significa nada. Es superflua, redundante. En la primera parte se narra una amistad de infancia truncada por la muerte en una ciudad, Ávila, donde el frío físico –¡frío y nieve de principios de siglo!– se compadece con la gélida historia que se relata. La anécdota queda cerrada ahí, no necesita segundas partes, lo que no impide que yo se la diera. ¿Cómo? Madurando al pequeño superviviente, haciéndolo marino mercante, aunque su aspiración de no volver a anudar lazos afectivos queda sin efecto al tropezarse con una atractiva muchacha en un yate a la deriva frente a las costas americanas y enamorarse de ella.

En una palabra, *La sombra del ciprés es alargada* tiene a su favor algunas cosas: premio, ambiente, novedad del tema, el proceso de la enfermedad de Alfredo..., pero considerada en conjunto es una novela malograda. De ella rechazo especialmente dos cosas que me parecen fundamentales: el lenguaje, arcaico, almidonado, sentencioso, pasado de moda, y la segunda parte del libro, un pastiche cinematográfico del Hollywood más convencional de los años cuarenta que nada añade a la tesis del argumento (este hecho, el de ser una novela de tesis, lo admitiría teniendo en cuenta la fecha de publicación).

De lo antedicho se deduce que esta obra podría figurar entre las seleccionadas si yo tomara una radical determinación: reducir el texto a la mitad (la primera parte), y escribirla de nuevo, eliminando lo mucho que hay en ella de superfluo o descomedido. Pero ¿es lícito obrar así? ¿Es lícito eliminar en 1995 la mitad de una obra escrita en 1947? ¿Es siquiera ético presentar como novela de juventud un libro rehecho con la experiencia de la vejez? He aquí el problema que en estos momentos me turba y no acierto a resolver. Porque si yo reescribiera ahora el libro, éste debería figurar no como la primera sino como la última de mis obras. Aunque bien mirado ¿quién va a preguntar si este libro es el primero o el último de los escritos por mí? ¿A quién le importa? ¿A quién va a interesarle tal cosa? Lo único que desea el lector que lee una novela es que le guste y le trae al fresco saber si nació así o fue rehecha medio siglo después por el propio autor. Tales vacilaciones no dejan de ser fruto de la vanidad del escritor, que, en el fondo, alimenta la esperanza de que su obra, escogida, completa o incompleta, esté llamada a pasar a la posteridad.

1994

Dejar de hacer novelas

Dos semanas después de recibir el premio Cervantes de manos del Rey en Alcalá de Henares me he retirado a mi refugio de montaña, al norte de Burgos, lejos del revuelto mundo de nuestros días, para tratar de descansar y reflexionar sobre el hecho. Pese a que la sequía perdura en Castilla, la ladera de los Lanchares, enfrente de casa, verdeguea erizada de pimpollos de una altura considerable. El clima piadoso de marzo, seguido de las tres semanas invernales de abril y un breve y repentino estío –treinta y cinco grados se alcanzaron el día 26 en Andalucía– han desconcertado cultivos y frutales. La agricultura sigue un orden natural y la loca meteorología de estos primeros meses del año la ha afectado seriamente. Las heladas de abril han abrasado los nogales y con ellos se han perdido las cosechas de ciruelas, almendras y cerezas y buena parte de la de pera. La cuenca, con la flor de los

reinetos –que aguardaron el paso del hielo para manifestarse– ofrece una engañosa apariencia de feracidad. Al menos tendremos manzanas y algo que nunca podrá llevarse la meteorología: la paz de este lugar, que yo utilizo ahora para reflexionar sobre lo que periódicos y lectores dan por hecho tras mis palabras en la Universidad de Alcalá de Henares: mi retirada de la literatura.

En rigor, lo que yo quise decir en mis breves palabras de Alcalá es que la vida del novelista no se activa con la creación de personajes sino todo lo contrario. El creador vive entre su mundo real y el mundo de ficción de sus novelas, y al repartir su vida entre ambos es obvio que ésta se aligera y, al abocar a la vejez, el narrador se sorprende de que los personajes le hayan arrebatado parte de ella. Y es en este punto de mi discurso cuando afirmo algo incontestable, esto es, que hay obras de viejos verdaderamente *admirables* y otras que *no* debieron escribirse nunca. Entonces –afirmo–, antes que a conservar la cabeza muchos años, que es lo que suelen desearme los amigos, a lo que debe aspirar el novelista es a conservar la cabeza suficiente para darse cuenta de que está perdiendo la cabeza. «Y en ese instante está obligado a frenar, detenerse al borde del abismo y no escribir una letra más». He aquí una de las frases que han dado pie a mis lectores para hablar de la retirada sin querer advertir que condiciono ésta a un doble hecho: estar perdiendo la cabeza y darme cuenta de ello.

Por otra parte, que un escritor decida que no volverá a escribir una novela no deja de ser una arrogancia. El escritor no es quién para decidir esto; el novelista no es más que un mandado. El novelista se limita a atender el requerimiento de un personaje que le pide vida o de una historia que le exige un determinado desarrollo. Así las cosas no parece razonable que sea el novelista el que se despida de sus personajes. Serán ellos, en todo caso, los que le nieguen un día su concurso. Porque si esos personajes no vuelven a requerirlo, el novelista, por mucho que se esfuerce, nunca conseguirá escribir una nueva novela. Podrá, tal vez, redactar un manuscrito con arreglo a los cánones formales, pero será siempre un manuscrito literariamente aceptable pero carente de entidad y de vida.

Cosa distinta es la paulatina pérdida de facultades que acecha con los años al narrador. La edad atenúa la curiosidad del hombre por las cosas. En la vejez no se tiene la avidez de los treinta años, pero tampoco esta dejadez lo autoriza a afirmar que se retira de la novela. A pesar de su indiferencia, el narrador puede resultar fecundado en el momento más inesperado y, entonces, lo quiera o no, se iniciará un proceso ineludible, algo empezará a moverse en su interior y, llegado el caso, sentirá la imperiosa necesidad de expulsarlo. El parangón entre el embarazo femenino y la gestación de una novela no sólo es tan viejo como ésta sino además rigurosamente exacto.

Hay, finalmente, otro párrafo de mi discurso donde considero el Cervantes como una honorable jubilación, pero esto, en el fondo, no deja de ser una frase. La jubilación oficial nunca ha paralizado al jubilado en el momento de producirse. Cualquier escrito, bien sea una carta o una extensa obra literaria, admite siempre una posdata.

Esto es todo lo que se me ocurre sobre el particular en la serena quietud de esta tarde de mayo, mientras el cuco reclama intermitentemente desde el frondoso bosquecillo de Ciella.

1994

DISCURSO

[«Un testigo de Castilla»]

Discurso de agradecimiento al ser investido
Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valladolid
el 28 de enero de 1983

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, Señores Claustrales, Estudiantes, Señoras y Señores:

Vais a permitirme unas breves palabras de agradecimiento hacia esta venerable Universidad, este Ilustre claustro universitario, cuyo único exceso, quizá, a lo largo de una ejemplar trayectoria, sea éste, el de haberse fijado en mi modesta persona para investirme con los atributos honrosísimos de Doctor Honoris Causa. Mi reconocimiento pues, a la junta de Gobierno que presidió D. Alfonso Candau, que tuvo la deferencia de proponer mi nombre para tan alta distinción, y mi reconocimiento a la actual, presidida por D. Justino Duque, que se ha apresurado a llevar a cabo este acto de investidura. Gracias, en suma, a todos, y en especial a la Junta de Facultad de Filosofía y Letras y al catedrático de Lingüística, D. Santiago de los Mozos que en amistoso gesto que me conmueve, se ha dignado apadrinarme en el solemne ritual que estamos celebrando. Y esto aparte, quiero congratularme de compartir esta investidura con Bartolomé Bennassar, catedrático de la Universidad de Toulouse, no sólo porque su presencia realza este acto, sino por la amistad profunda que a él me une y por la admiración que siento hacia él como historiador y como novelista.

Pero, me pregunto, ¿es honesto y medianamente justo hacer punto aquí, cerrar sin más este capítulo de agradecimiento? No olvidemos que, como dijo el maestro Ortega, el hombre es «él y su circunstancia» y, en estos momentos, para mí tan emotivos, no sería discreto olvidarme del entorno, del medio en que mi vida se ha desarrollado y que, en alguna medida, es también acreedor de los honores que hoy se me dispensan. Quiero decir que, al valorar los estímulos merced a los cuales mi obra se ha producido, junto a esta Universidad, que fue la mía como discente y lo ha sido después como docente a lo largo de cuarenta años, sería ingrato dar de lado a mis raíces: Mi familia –en la que incluyo por asiduidad y cariño a *El Norte de Castilla* y a la Escuela de Comercio– mi ciudad y mi región, Castilla, la postrada Castilla, el país donde he nacido y vivido y que forma el cañamazo donde se ha materializado mi obra.

De los tres manantiales de donde brota la inspiración –«imaginación, observación y recuerdo»– bien puedo asegurar que, en mi caso, ha prevalecido la segunda, la observación, lo que equivale a decir que yo he copiado mis fabulaciones del natural, o sea, me ha bastado con tener los ojos abiertos para ver y los oídos alerta para escuchar.

Francisco Umbral afirma en un agudo ensayo que «la clave de mi fórmula novelística estriba en una suerte de ventriloquismo literario, en una fabulosa capacidad para poner voces». Según él, yo «puedo poner voz de niño de pueblo, de criada respondona, de señorita de provincias o de paleto castellano», y es, ésta, añade, una de mis virtudes creadoras a la hora de novelar. La escritora americana Carolyn Richmond, en su libro *Un análisis de la novela «Las guerras de nuestros antepasados»*, confirma la tesis de Umbral cuando dice que «en la obra hay una diversidad de voces narrativas y cada una de ellas está dirigida a un destinatario determinable». Evidentemente, ambas afirmaciones son convergentes y complementarias; pero ¿son enteramente mías estas voces? Lorenzo, el cazador y emigrante, utiliza en sus diarios un lenguaje desgarrado y barriobajero que era el de los barrios vallisoletanos periféricos hace treinta años. Menchu la protagonista de *Cinco horas con Mario* se confiesa con el tono y los lugares comunes de una mujer burguesa del Valladolid de 1960; lo mismo acontece con los protagonistas adultos del *Príncipe destronado*, mientras que los tipos que pueblan mis novelas rurales *Las ratas, Viejas historias de Castilla la Vieja, Las guerras de nuestros antepasados* y el *Disputado voto del señor Cayo* utilizan el habla de los viejos campesinos castellanos, habla, desgraciadamente, hoy en trance de desaparición.

Lo antedicho demuestra que yo no «pongo voces» como generosamente dice Umbral, sino que, en buena parte, las tomo. No me esfuerzo en crear un vocabulario sino esencialmente en recrearlo. Dos breves anécdotas pueden ilustrar este aserto.

En una charla sobre la sequía con un labrador de Tierra de Campos, éste deslizó en la conversación el vocablo *espirar*, con *s*. «Si cae una chaparrada –dijo– quién sabe; lo mismo la planta *espira*, coge vigor, coge sangre, y la cosecha se salva». La palabra *expirar*, con *x*, significaba para mí todo lo contrario de coger «vigor y sangre», pero consultado el diccionario de la Real Academia, *espirar*, con *s*, tal como el campesino la pronunció, significaba exactamente, en su quinta acepción, ‘tomar aliento, alentar’.

En otra ocasión, esta vez en el valle de Esgueva, pregunté a un pueblerino si habían llegado ya las avefrías y, al observar su desconcierto, le hice una aproximada descripción del pájaro, cargando el énfasis en el airoso moño que, como una interrogación, corona su cabeza. «¡Ah! –exclamó mi interlocutor– usted me está preguntando

por las quincinetas». *Quincineta* es, en efecto, avefría en el Diccionario de la Lengua, según pude comprobar al llegar a casa.

Ante esta evidencia, ¿puede afirmarse que el mérito de mi lenguaje sea sólo mío? ¿Merece ser enaltecida una tarea que esencialmente consiste en poner en fila los vocablos que otros me prestan? ¿Radicará quizá mi mérito en inventar unas historias que los acojan o en vertebrar y estructurar esas historias? Quizá sea así, pero será un mérito compartido en todo caso. Si el lenguaje es una de las virtudes que se ensalzan en mis escritos, habrá que reconocer que, en buena medida, ese lenguaje no es mío, es del pueblo, lo he tomado prestado. El mérito, por tanto, en un alto porcentaje, es de mis paisanos. Es decir, si yo escribo bien es porque ellos hablan bien. La precisión, la expresividad, la tersura, el vigor, la flexibilidad de ese lenguaje me han sido dados, estaban ahí; el castellano es un bien mostrenco del que yo arteramente me he adueñado.

Esto supone, en el mejor de los casos, que yo soy un testigo de Castilla que he levantado acta notarial sobre las formas de expresión de nuestros pueblos en la segunda mitad del siglo XX, quehacer que, si algún valor tiene, está en evidente desproporción con el alto homenaje que me estáis rindiendo. Admitid, pues, que a la hora de expresar mi gratitud, junto al glorioso nombre de esta Universidad, coloque los de Valladolid y Castilla y parafraseando y volviendo del revés el famoso verso de Machado, os diga con no poco fundamento: «Os debo cuanto he escrito». Muchas gracias.

DISCURSO

[Una inquietud ética]

Palabras inaugurales del Curso de Verano de El Escorial
dedicado a la novelística de Miguel Delibes

1991

Pocas veces se habrán congregado tantas autoridades en el idioma como las que hoy se dan cita en este Curso de la Universidad Complutense para hacer una vivisección de mi novela. Reconozco mi confusión y mi sonrojo ante este hecho pero al propio tiempo deseo expresar mi reconocimiento no sólo a dicha universidad y sus mentores, sino a los profesores, escritores, hispanistas y críticos reunidos aquí y que a lo largo de una semana, se proponen estudiar mi obra en profundidad. Mas, al margen de estas obligadas y elementales expresiones de gratitud, mi desconcierto es absoluto a la hora de inaugurar este curso. Parece preceptivo que la apertura corra a cargo del autor pero ¿qué le cabe decir al autor que pueda encerrar algún interés y no vaya a ser dicho con mejores palabras por parte de los ilustres invitados? Creo que lo procedente en estos casos es ser breve y sincero. Reconocer, por ejemplo, que al margen de experimentos ocasionales como *Parábola del náufrago*, yo he sido siempre novelista de personajes, y de ahí, quizá, la facilidad con que mis novelas han sido adaptadas al cine o al teatro. Sencillamente he poblado mis libros con unos tipos tan definidos desde el punto de vista humano que harían creíble la más absurda peripecia. Este respeto al personaje no me ha impedido irme adaptando a los nuevos modos narrativos del medio siglo sin adscribirme a modas ni experiencias vanguardistas. Porque lo fundamental para mí ha sido siempre el personaje, un personaje sobre determinado fondo y con una pasión que lo mueva. Estos elementos, engranados en un tiempo, nos dan una historia que, en definitiva, es la novela. No concibo novela sin historia, por breve e insignificante que sea. Para la vanguardia esta concepción mía peca de desfasada, puesto que encierra a la novela en un marco fuera del cual no es concebible, estimación inexacta puesto que yo en modo alguno me opongo a la evolución del género. Entre mis dos novelas iniciales y las posteriores se produce en España un descubrimiento: el de la narrativa que se escribe en el mundo en los años treinta y cuarenta y que yo, adolescente al comienzo de nuestra guerra, no pude conocer a

causa de la censura, hasta tres o cuatro lustros después. Entonces vamos incorporando a nuestro quehacer las novedades del medio siglo: eliminación de la retórica, sustitución del héroe por el antihéroe, el protagonismo colectivo, el rechazo del sentimiento como factor estético, el objetivismo y una obvia plasticidad cinematográfica. Lo que quiero sugerir con esto es que es preciso diferenciar la esencia de la novela de los elementos que en ella participan: construcción, ángulo de enfoque del narrador, tiempo narrativo, etcétera. Estos elementos sí pueden renovarse y, de hecho, yo los modifico en cada relato según mi conveniencia, siempre que de alguna manera, puedan utilizarse para contar algo. Mas la revolución en los elementos de la novela no debe atentar en ningún caso contra su esencia. Pero ¿qué sucedería si un día nos decidiéramos a suprimir su esencia? La experiencia ya está hecha: el *nouveau roman*, la antinovela (o, lo que es lo mismo, la antihistoria), un género que participa de la novela, la poesía y el ensayo y no acaba de ser ninguna de las tres cosas. A mi entender, el *nouveau roman* vale como escuela, pero no como vía. El *nouveau roman* propone algo aún más audaz que la abstracción en la pintura. (Y digo más audaz porque en pintura la forma y los colores son elementos tan sustanciales como pueda serlo el argumento). Con todo, el *nouveau roman* es una coyuntura tentadora para el escritor que aspira a poner su literatura en orden, de acuerdo con el momento histórico que vive. Pero esta escuela preconiza la muerte de la novela, por lo que aquel novelista que como yo no participa de esta idea, podrá tomar del nuevo experimento su sensibilidad descriptiva, su objetalismo y su desapasionamiento, pero no su voluntad aniquiladora. De lo dicho se deduce que yo me ocupo en mis relatos no sólo de objetos (como el *nouveau roman*) sino de hombres e ideas, porque para mí la novela sigue siendo, a despecho de ciertas tendencias, un intento de exploración del corazón humano. ¿Significa esto que la vida es un filón inagotable de historias, que cada lector busca en cada novela una historia nueva jamás oída? No me atrevería a decir tanto. Es más, yo creo que el lector busca en cada novela antes que la originalidad de un argumento los nuevos reflejos que el novelista es capaz de arrancar de un tema viejo o, lo que viene a ser lo mismo, la huella de otra personalidad, con cuyas ideas unas veces coincide y otras discrepa.

Lo importante en un escritor –o lo es para mí– es la fidelidad a sí mismo. Disfrazarnos de otro autor, por sugestivos que nos parezcan su estilo o sus fórmulas, no es aconsejable porque la fidelidad de la copia no entraña identidad de genio. Yo adopté unas formas arcaicas, seudorrománticas en mis dos primeras novelas y no dieron resultado, por infieles a mi sensibilidad estética. Debemos escribir como somos. Entre el hombre que vive y el escritor que escribe no debe abrirse un

abismo. ¿Es que hay un común denominador entre todos los escritos de un escritor? Esto que no puede dudarse cuando de las ideas de un filósofo se trata, resulta más delicado al aplicarlo a las novelas de un novelista. Yo he sostenido, sin embargo, que los novelistas somos gentes de pocas ideas, ideas que con uno u otro ropaje reiteramos a lo largo de nuestra obra. ¿Común denominador entonces? Tal vez, aunque ¿qué relación cabe establecer entre mis novelas *La hoja roja* y *Las guerras de nuestros antepasados*? Y ¿qué otra entre éstas y *El camino* o *Cinco horas con Mario* por ejemplo?

Para el novelista resulta muy aleccionador volver de vez en cuando la vista atrás y reflexionar sobre el camino recorrido. Entonces observará que tal vez las historias que él consideró distintas en su momento tienen entre sí más puntos de coincidencia que los que imaginaba. Y no me refiero ahora a mi propensión a novelar vidas humildes o dramas de la vida rural, sino a algo más hondo y definidor. Mi novela, en general, es novela de perdedores, de seres humillados y ofendidos, pobres seres marginados que se debaten en un mundo irracional. El acoso o la marginación de estos seres puede provenir de muy diversas causas (la ignorancia, la crueldad, el desamor, la organización) pero nunca estarán lejos el Dinero y el Poder. He aquí el común denominador de mis fábulas: el hombre como animal acosado por una sociedad insensible (duro drama suavizado por una punta de ironía que desbloquea las situaciones extremas). Esto implica que yo he lastrado mi obra con una preocupación moral, esto es que, a mi inquietud estética, he unido una inquietud ética, que si literalmente es irrelevante, busca de alguna manera un perfeccionamiento social.

Pero dejemos hablar a quienes saben ver más allá de las palabras y a quienes, en definitiva, hemos venido a escuchar aquí estos días. Nada más y muchas gracias a todos por vuestra asistencia.

La función de los personajes

Discurso de agradecimiento al ser investido
Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá de Henares
el 30 de mayo de 1996

Ante todo quiero agradecer a esta histórica Universidad y muy especialmente a su rector y su Facultad de Letras, esta honrosa distinción de incorporar mi nombre a la nómina de doctores Honoris Causa que desde su fundación vienen cooperando a mantener su prestigio. Y al profesor Antón Alvar, su laudatio, afectiva y generosa, que hace ya definitivamente impagable mi deuda de gratitud con la brillante dinastía de los Alvar. Cumplido gustosamente este deber elemental, voy a dedicar unas palabras a la función de los personajes en la novela, completando en cierto modo lo que ya anticipé en esta entrañable aula hace dos años con ocasión de recibir de manos del Rey el premio Cervantes de Literatura.

De aquel discurso y de estas pocas palabras de hoy, se puede deducir que para mí la creación de personajes constituye la tarea principal que el novelista realiza. Y lo considero así desde el momento en que unos personajes que vivan de verdad hacen verosímil un absurdo argumento, determinan el *tempo* novelesco y hacen de la estructura unos ingeniosos portarretratos cuya existencia apenas se percibe. Poner en pie unos personajes de carne y hueso e infundirles aliento a lo largo de doscientas páginas es, pues, la operación más delicada de cuantas el novelista realiza. Y hasta tal punto creo esto así que no dudo en formular esta conclusión: una novela es buena cuando pasado un tiempo después de su lectura los tipos que la habitan permanecen vivos en nuestro interior, los recordamos, somos capaces de presumir sus reacciones ante los estímulos que la vida nos ofrece a diario, y es mala cuando transcurridos unos meses de su lectura, se difuminan, se confunden con otros personajes de otras novelas para finalmente olvidarse.

Dada la preminencia del personaje en la novela parece natural que el resto de los factores que en ella se conjugan se plieguen a sus exigencias. Tal, por ejemplo, la técnica, lo que podríamos llamar la fórmula para resolver un libro. Antes de la creación propiamente dicha, es el narrador el único que sabe lo que quiere decir en su novela, aunque en buena medida no vaya a expresarlo por sí mismo

sino mediante los «álter egos» que son sus personajes. En consecuencia, el personaje influye en la novela antes de que el novelista se haya sentado a escribirla. De lo que quiera decir en ella dependerá no sólo la construcción sino el tono y el enfoque de la misma. El novelista podrá optar así por el relato objetivo o subjetivo, el relato en primera o tercera persona, la técnica de la socialización donde todos los personajes emergen de las páginas del libro a un mismo nivel o por la técnica astral con un protagonista en el centro y un coro de personajes satélites alrededor. En cualquiera de estos casos y en otros que podría enumerar, la técnica a adoptar viene dictada no sólo por el tema sino también por los personajes. Técnicamente no puede tratarse lo mismo el problema de un pueblo en la agonía, que es el caso de mi novela *Las ratas*, que el de un hombre acosado por la mediocridad y la estulticia, que es el caso de mi novela *Cinco horas con Mario*. En última instancia serán este hombre, Mario, o los habitantes de aquel pueblo los que aconsejen en buena medida la técnica a utilizar. Si cada argumento, como parece obligado, no tiene más que una solución adecuada dentro de cada cabeza, es claro que el novelista está obligado a buscarla. Pero su solución mejor no tiene por qué coincidir con la mejor solución de otro novelista aun tratándose del mismo tema. En cualquier proyecto de novela existen unas imposiciones de los personajes y otras imposiciones del propio novelista. Éste no deberá mostrarse sordo a las exigencias de aquéllos, aunque sea su decisión la que termine por prevalecer, lo que equivale a decir que no creo en la rebelión de los personajes, aunque admita que un relato puede malograrse lo mismo porque la personalidad del autor se muestre tan absorbente que anule las de sus criaturas, como porque aquél, en un exceso de simpatía hacia sus muñecos, pierda el timón de la nave y termine por naufragar.

La búsqueda de la formula literaria a adoptar es, repito, una operación previa a la redacción de la novela en la que los personajes, aún nonatos, tienen decisiva influencia. Hallar la fórmula adecuada es encontrar vía libre a la creación, y, por el contrario, aplicar una fórmula equivocada suele ser tan catastrófico como hacerlo en un problema matemático, puesto que este tipo de errores se potencian ineluctablemente con el transcurso del tiempo.

En nuestros días, el arte vive momentos críticos. La sed de mudanzas, la fiebre de originalidad, prevalece sobre todo. A menudo el escritor, como otro artista cualquiera, entiende que las fórmulas puestas en juego por sus predecesores han caducado, carecen de vigor, ya no se llevan. Y, entonces, invierte frívolamente los términos del proceso creador y concentra en la fórmula sus facultades. Inventa una fórmula antes de tener un tema y unos personajes. «Voy a contar algo mediante esta fórmula»; parece decirse, pero aún no sabe qué decir ni

qué personajes utilizar para decirlo. Lo único que le mueve es la fórmula. Otra veces, el escritor decide utilizar las fórmulas empleadas por otros escritores olvidando que en el mundo hay tantas realidades como pares de ojos lo contemplan y que si llegara el día en que todos viéramos la realidad objetiva de la misma manera, el arte habría perdido su razón de ser.

Por esta razón, si yo veo, siento y pienso como yo, me equivocaría si tratara de hacerlo como X aunque sus recursos literarios me parezcan eficaces y seductores. La infidelidad a nosotros mismos no puede conducirnos a buena parte. De ahí que me muestre escéptico ante modas pasajeras, fórmulas narrativas anticipadas, adoptadas con la única finalidad de epatar al lector. El novelista, después de escuchar a los personajes, ha de buscar la fórmula constructiva que precise para que la historia que nos va a contar y las personas que han de vivirla quepan cómodamente en ella. De ahí mi desazón ante ciertas corrientes narrativas que prescinden del tema y los personajes para quedarse en la pura fórmula como si ésta encerrara un atractivo en sí misma. Estos narradores conducen al lector hasta el puente de que hablaba Ortega refiriéndose a la novela y le abandonan en él; del otro lado, en la ribera opuesta, no hay nada, está el desierto, el vacío más desolador.

Pero el personaje sigue siendo un elemento esencial a la hora de esbozar los planos de la novela. Esos personajes los encontraremos unas veces fuera de los límites físicos del creador y otras, al menos en parte, dentro, en lo más profundo de él. Porque a pesar de ser la novela un género de ficción está claro que ningún autor se ha acercado a ella olvidándose de sí mismo. Ante este hecho incontrovertible cabe preguntarse: ¿Qué parte de sí revela el novelista en sus personajes? ¿En qué medida se desnuda en ellos? No hay que olvidar que la novela debe ser una armonía y que junto a aspectos de la vida del autor, debe caber en ella la vida circundante y aquella otra vida que no llegó a ser pero que uno puede imaginarse como hubiera discurrido si hubiera sido. Autobiografía, observación e invención vienen a ser entonces los tres afluentes que forman el caudal de la novela. ¿Y en qué proporción los utiliza el narrador? Es obvio que no hay una receta general, que es la propia personalidad del novelista quien establece esa proporción. No existe un novelista igual a otro. Quiero decir que el novelista quimérico inventará quimeras en tanto otro, más curioso o imaginativo, rebuscará en su experiencia vital o en lo que ocurre en su derredor para darnos las claves de su novela. En todo caso, si lo que el novelista pretende facilitarnos es una visión del hombre y de las tribulaciones de su corazón, rara vez, por fantasioso que sea, prescindirá de sí mismo, el hombre de entre todos que mejor conoce. Sin embargo hay escritores que narran bien, incluso

artísticamente, sus vidas, pero tras ese ejercicio se agotan, no disponen sino de un chispazo efímero de genio que no va más allá de la propia experiencia. Estos escritores se complacen en su imagen ante el espejo pero les falta curiosidad para adentrarse en la vida ajena, y fantasía para inventarse una nueva, de tal manera que si aspiran a escribir un segundo relato habrán de esperar a almacenar un nuevo caudal de impresiones y vivencias. Y hasta es posible que si lo que vertieron en la primera novela, antes que su personal andadura, fue su filosofía vital, la segunda novela y aun las posteriores no pasarán de ser un remedo de la primera. He aquí un novelista de una sola novela. El creador en este caso no consigue salir de las rodadas iniciales, no sabe inventar, se resiste a observar, administra mal su caudal autobiográfico, no acierta a dividir en porciones su yo, a darse indirectamente y con cuentagotas, cuando esto, entiendo yo, es el secreto del novelista. El auténtico narrador recata dentro de sí no solo el personaje que es en la vida sino los cientos de personajes que a lo largo de ella pudieron encarnarse en él.

Vivir es optar entre diferentes alternativas y son estas decisiones las que conforman la personalidad. Pero la fantasía del novelista debe ser tan rica como para imaginar lo que podría haber sido su vida de haber tomado un camino que en la realidad desdeñó. Es decir, novelista es aquel que mentalmente sabe crearse una vida distinta de la vivida; convertir el memorialista en visionario. Apurando esta idea llegaremos a la conclusión de que lo que caracteriza al narrador es la facultad de desdoblamiento (no fui así pero pude ser así). Tan admisible es entonces que nos cuente lo que le ha ocurrido como lo que podría haberle ocurrido si alterásemos los supuestos de los que realmente partió. Lo importante es la capacidad del autor para desdoblarse en otra persona, metamorfosis de cuyo acierto dependerá la posterior acogida del libro por los lectores, ya que en todo relato la identificación autor-personaje en el momento de la creación determinará la identificación lector-personaje llegada la hora de la lectura.

Pero estoy hablando de personajes protagonistas cuando hoy abunda en el mundo la novela sin protagonistas, esto es con protagonista colectivo. En estas narraciones todos los personajes suelen ser secundarios. Ninguno es tan importante como el problema que a través de ellos trata de plantear el autor.

Con frecuencia también, el novelista resume su yo en el protagonista, que se convierte así en el álter ego del autor, mientras los personajes secundarios asumen en la obra el papel de reactivos. Es decir, su actuación en el relato no tiene otro objetivo que el de incitar al protagonista a desenmascararse a fin de dotarlo del mayor relieve posible. En estos casos, la tropa de personajes complementarios que el

autor ha creado se moverá inevitablemente en planos subalternos. Esta forma de utilizar el personaje suele ser habitual en las novelas de Baroja, para quien los segundones representan unos útiles comodines que, como él decía, «entran y salen en la novela como en la vida, sin decirnos de dónde vienen y adónde van. El novelista no se preocupa de seguirles la pista cuando no le son necesarios».

En una palabra, y para cerrar esta reflexión, todo personaje de novela conlleva, fatalmente, algo de su autor: su vida real, su vida posible o su propio pensamiento, que éste es el caso de Albert Camus, Thomas Mann, Lionel Trilling y tantos otros escritores que encontraron en la novela un vehículo difusor de sus ideas de marco más amplio que el ensayo.

La esencia de la novela

Palabras de apertura del ciclo «Encuentro con Miguel Delibes», al serle concedido el Premio Nacional de las Letras 1991

En circunstancias tan especiales como la presente, en que uno se siente de pronto objeto de análisis de estudiosos y críticos, no queda otra alternativa que preguntarse: ¿Es acreedora mi obra de esta atención? ¿Qué procede decir de mi persona en tanto que novelista? En realidad, mi línea de trabajo ha sido la novela, aunque en ocasiones haya venido acompañada de ensayos, libros de caza o de viajes y narraciones breves. Pero aquel género, la novela, cuyo contenido sigue siendo indefinido para algunos, era aún un género más ambiguo en la época en que yo empecé a escribir. La definición de la novela se consideraba entonces un problema tan arduo que alguno de sus cultivadores llegó a decir que novela era todo libro que bajo su título llevara un subtítulo con la palabra novela: esto es, un libro era una novela si su autor así lo declaraba paladinamente en la sobrecubierta. En rigor nunca me mostré acorde con este criterio caprichoso. Entendía que la novela debía encerrar en sí alguna peculiaridad que la caracterizara. Por de pronto era una obra en prosa, ficticia, vivida por unos seres inventados, desarrollada a lo largo de un tiempo, etcétera. En resumen, después de horas de reflexión y tras leer millares de relatos, llegué a una conclusión un tanto obvia: la novela era un género literario donde se contaba una historia inventada. Todo lo que no fuera esto –la historia– podía ser modificado. Lo que a mi juicio no procedía era precisamente lo que intentaban hacer los partidarios del *nouveau roman:* basar la modernización de la novela en el escamoteo de su esencia. Para estos escritores la novela podía seguir subsistiendo aun suprimiendo la historia, que era precisamente lo que a mi entender la justificaba. Al no comulgar con este criterio, estuve, desde el primer momento, al lado de los que consideraban *antinovela* a la *nueva novela*. Quiero decir que el *nouveau roman* me parecía un ejercicio descriptivo bello desde el punto de vista literario, pero que en sí mismo no era ni un poema, ni un ensayo, ni un drama, ni una novela. Podía participar de todos los géneros pero su verdadera esencia no estaba en ninguno de ellos y, en consecuencia, más que de una *novela nueva* podía hablarse de un

género nuevo, distinto de los hasta ahora barajados en literatura. Hoy sabemos que el *nouveau roman* fue un movimiento vanguardista que se quedó en eso: en un prurito de modernización que pasará a la historia por su novedad, pero que no movió a la novela un ápice de donde estaba. Mas, en su día, esta escuela no dejó de ser, para los que entonces empezábamos, una incitación. Alguno comparó al *nouveau roman* con la pintura abstracta (un cuadro sin tema), olvidando que la composición, la luz, la forma y los colores son en pintura elementos sustanciales: esto es, un cuadro puede juzgarse antes por sus elementos y por lo que sugieren que por la anécdota aprisionada en el lienzo. El argumento no es fundamental en él, todo lo contrario que en la novela, donde, ejercicios renovadores al margen, constituía su razón de ser. Ésta, al menos, fue mi postura ante los nuevos modelos narrativos aparecidos en Francia en el segundo tercio del presente siglo. Y sigue siéndolo hoy ante la inefable postura de algunos novelistas extranjeros reunidos en Barcelona, en reciente sesión del Pen Club, para quienes el nuevo siglo exige un cambio de modos narrativos, como si la esencia de la novela dependiera de la circunstancia temporal en que se escribe. Para mí una novela era –y sigue siendo– una historia inventada encaminada a explorar las contradicciones que anidan en el corazón humano y, por tanto, requiere, al menos, un hombre, un paisaje *y* una pasión. Ahora bien, aceptado mi punto de vista, ¿puede admitirse que exista algún común denominador en mis historias? ¿Se advierte en ellas algún elemento unificador que simplifique su estudio?

Digamos que en la Europa del medio siglo, la negación del *nouveau roman* casi implicaba la aceptación de la fórmula socialrealista, esto es, un realismo que utilizaba la literatura como arma contra la organización injusta de la sociedad. Es decir, fuera del *nouveau roman*, la literatura, en cierto modo, se ponía al servicio de la política. Surgía así una forma de narración poco flexible, con un enfoque reiterativo y maniqueo: el pobre-bueno incesantemente explotado y el rico malo, explotador insaciable. Reducida a este esquema, la novela clásica quedaba inmovilizada. La fórmula social-realista o del realismo crítico, aunque extraliteraria, buscaba en su objetivo social un nuevo enfoque de la novela. Pero esta receta tan simple se resistía a admitir que haciendo malo al pobre, y bueno al rico, el fondo de injusticia seguía existiendo. Por otra parte este enfoque de la novela se me antojaba muy limitado. El corazón humano albergaba algo mucho más complejo y profundo que todo eso. Y a abismarme en esas honduras y complejidades aspiré yo en mi aventura de narrador. Y tal vez para llegar al último repliegue de ese corazón humano, o al más disimulado y recóndito origen de la injusticia, utilicé la fórmula del realismo, es cierto, pero no del realismo socialrealista al uso, sujeta a una directriz

política inevitable, sino a un realismo aderezado con ribetes poéticos procedentes bien de los personajes protagonistas –Azarías, el Nini–, bien del sentido de la misma peripecia: *El camino, Los santos inocentes, o Viejas historias de Castilla la Vieja*. Y lo hacía así porque entendía que la literatura no sólo no tenía por qué subordinarse a la rigidez de la política, sino porque siempre consideré que la denuncia indirecta, matizada con elementos poéticos, era en cualquier caso más operativa y eficaz que una condena literal. Es decir, solapé en mis relatos una intención moral según la cual no renunciaba a la esperanza de poder conseguir un día un perfeccionamiento social.

Pero esto no es más que una confidencia con la que en modo alguno trato de constreñir a los estudiosos, críticos y colegas que van a ocuparse estos días de mi novela. Simplemente es un desahogo cordial, un prologuillo, que voy a rematar con unas breves palabras de agradecimiento al Ministerio de Cultura y al comisario nombrado para organizar estos actos, a las fundaciones March y Mapfre, que prestaron su ayuda y sus aulas para celebrarlos, a la organización de la exposición y a las dos docenas de escritores, novelistas, hispanistas, críticos, naturalistas, actores, etcétera, que tan generosamente se han prestado a reflexionar en voz alta sobre mi obra.

A todos ellos y a ustedes, que han tenido la gentileza de acompañarnos esta tarde, muchas gracias.

Confidencia

Esto de las confidencias literarias puede, indudablemente, resultar un tema socorrido para una charla, pero, para aquellos para quienes la vanidad no es su flaco, resulta, al mismo tiempo, poco complaciente. Y el tema me parece socorrido en cuanto que uno es, probablemente, de entre todos los humanos, el hombre que mejor conoce, pero, por otro lado, hay algo poco edificante en esto de tomarnos a nosotros mismos como pieza de análisis y practicarnos una autovivisección, esto es, actuar como si, en plena exaltación narcisista, nos consideráramos el ombligo del mundo. A mí, personalmente, me es ingrato analizarme por tres importantes razones: primera, porque soy un hombre retraído, muy celoso de mi intimidad; segunda, porque considero que mi obra, al lado de las de los grandes autores que en el mundo han sido, es poco significativa; y, tercera y última, porque no dispongo del rigor mental suficiente para hacer un lúcido planteamiento y, en consecuencia, poderles ofrecer una lección interesante. Claro que, llegados a este trance, yo podría echar mano de los agudos juicios de Alfonso Rey, Leo Hickey, Manuel Alvar, Edgar Pauk, Ramón Buckley, Janet Winecof y de tantos otros, pero esto, en buenas palabras, no sería otra cosa que escurrir el bulto.

Las circunstancias me obligan, pues, a intentar hilvanar unas palabras sobre mi condición de narrador y sobre el sentido último de mi propuesta. Para ello considero inexcusable aclarar, en breve introducción, el contexto en que mi actividad se ha desarrollado, ya que desde 1939, año en que concluye la Guerra Civil, hasta nuestros días, han aflorado en España cinco promociones de novelistas que han ido jalonando, a lo largo de medio siglo, nuestro quehacer narrativo. La irrupción de estos grupos va ligada a la evolución política y a la consiguiente flexibilidad de la censura, instrumento que, con mayor o menor rigor, no dejó de ser utilizado por el poder durante cerca de cuarenta años.

Como he dicho, no todos los narradores españoles caben en los cuatro o cinco grupos citados y glosados en páginas anteriores, pero ellos representan, a mi juicio, las tendencias más significativas de la época de posguerra. También es notorio que los novelistas de una u otra promoción no se inmovilizan en sus posiciones de origen sino que, a medida que se va modificando el entorno, evolucionan, cambian de postura, procurando acomodar su manera de hacer a las

circunstancias de cada momento.

Y, dentro de este marco que tan sucintamente he esbozado, ¿dónde sitúo mi obra? Debo empezar por reconocer que soy un escritor de vocación tardía. La atracción por los libros no se produjo temprano en mí. Mis aficiones de infancia y de adolescencia fueron el dibujo y el modelado en barro, prácticas que hube de abandonar ante opciones que los padres de entonces consideraban más provechosas. Pero es éste, seguramente, el primer impulso artístico que advierto dentro de mí. Luego evoluciono, de una manera insensible, hacia las letras, porque yo creo que el arte es uno y la elección de un instrumento u otro obedece, por regla general, a circunstancias personales ajenas a la estética. En mi caso particular, mi inclinación hacia la literatura se produce, aparte de la influencia de mi mujer, gran lectora, por la conjunción casual de dos factores absolutamente ajenos el uno al otro: mi encuentro con el curso de Derecho mercantil de don Joaquín Garrigues y mi ingreso como redactor del periódico de Valladolid *El Norte de Castilla*, en 1941. El hecho de que una materia tan árida como el Derecho Mercantil influyera en mi destino se debe a la magia de su autor, ya que, por debajo de las aburridas teorías jurídicas, yo encontré en él la belleza, la gracia y la exactitud expresivas. Garrigues aquilataba los términos, administraba los adjetivos con admirable precisión, exponía el mayor número de ideas con el menor número de palabras e, incluso, como fiel orteguiano, iluminaba el prosaísmo inevitable de los textos jurídicos con hermosas y rutilantes metáforas. Garrigues, a mi entender, no fue sólo un gran maestro, sino un excelente escritor. A partir de él, empecé a tomar gusto a la expresión verbal y, por primera vez en la vida, experimenté el placer de encadenar unas palabras a otras para formular con precisión una idea. La palabra se me ofreció como un instrumento bello y poderoso cuyo simple manejo me deparaba un placer que nunca hubiera sospechado.

La segunda concausa fue mi ingreso en el diario *El Norte de Castilla*, centenario periódico liberal de Valladolid, donde en principio había desempeñado una labor de caricaturista. Tal ingreso se produjo accidentalmente al ser expulsados de su redacción, por el Tribunal especial para la represión de la masonería y el comunismo, cuatro compañeros y con objeto de evitar que el diario fuera incautado y convertido en un órgano oficial. Mi tarea como redactor en un periódico provinciano, donde como se sabe es preciso hacer un poco de todo, me ayudó a soltar la pluma y, al propio tiempo, me enseñó dos cosas fundamentales que, en mi subsiguiente dedicación a la novela, habían de serme útiles: resaltar el aspecto humano de cada acontecimiento y ceñirme a una expresión sintética que, si siempre es aconsejable en periodismo, lo era más en aquellos años de escasez en los que los diarios españoles apenas contaban con cuatro o seis

páginas, incluida publicidad. De aquel tiempo data seguramente mi propensión a considerar el periodismo como un borrador de la literatura.

Lo antedicho explica que yo hiciera tarde –veinticinco, veintiséis años– y cara al público lo que en una inteligente dosificación de esfuerzos debí realizar privadamente en la adolescencia y ocultar pudorosamente después. A mí me faltó el pudor porque carecía aún de sentido crítico. Ésta es la razón de que mis dos primeras novelas –*La sombra del ciprés es alargada* y *Aún es de día*– vieran la luz cuando, dentro de un proceso normal de maduración, venían a representar los ejercicios primerizos de un aspirante a escritor y, como tales, unas obras de tanteo y exploración escritas para ser destruidas. De ahí que me resista a considerar estas obras, toscas e inmaduras, como la primera etapa de mi quehacer narrativo, a no ser que merezca la consideración de etapa el período del despertar, el aprendizaje y los coscorrones.

Ahora bien, dentro del esquema de grupos que anteriormente he presentado, ¿en cuál de ellos incluiría mi obra? A esto debo responder que ninguna incitación me ha sido ajena y si yo, por la fecha de publicación de mi primer libro –1948–, pertenezco cronológicamente al primer grupo, por mi edad, mi creciente preocupación por la forma novelesca, evidente a partir de mi tercera novela, *El camino*, no dudo en adscribirme al segundo; por mi inquietud social, aún tratada desde «individualidades irrepetibles», como dice Buckley, es decir, mediante personalidades concretas, puedo encontrar acomodo en el tercero y, finalmente, por mi afán de explorar nuevos horizontes, mis atentados deliberados contra la gramática –la transcripción literal de los signos de puntuación o el uso y abuso de la onomatopeya– y, en resumen, mis pretensiones vanguardistas en *Parábola del náufrago*, en el cuarto y en el quinto. Es decir, que yo estoy, como Dios, en todas partes.

En cualquier caso, a lo largo de estos años hay que contar con un elemento perturbador, la censura, que no sólo veda la exposición de situaciones políticas o eróticas, sino realidades económicas y sociales que a la Administración interesa tener ocultas. Pero la censura, que constituyó el freno y la sordina de la novela española a lo largo de cuarenta años, acabó en algunos casos por ser un acicate de la imaginación del escritor que le condujo a buscar soluciones inteligentes para decir lo que pretendía decir sin ofenderla ni encabritaría. Ella fue, por ejemplo, la que me sugirió la técnica a emplear en mi novela *Cinco horas con Mario*, de forma que sus efectos se produjeran de rebote, los dedujera el propio lector, puesto que en el reiterado monólogo de Carmen nada había que no fuera oficialmente *plausible*. En principio, y a lo largo de un centenar de folios, inicié la novela con Mario vivo, pero su posición disconforme con la dictadura

en general, su abrupta crítica de la sumisión política y el consumismo económico, la hacían decididamente impublicable. Así nació la idea de sacrificar a Mario. Con Mario muerto, escuchando impasible las acusaciones mezquinas de su mujer, se idealizaba su figura y, de paso, yo decía indirectamente todo aquello que no podía expresar de otra manera. La censura que, sin duda alguna, supuso una coacción inadmisible a la libertad del escritor e hizo descarrilar novelas que sin ella hubieran alcanzado otra calidad, fue, en algún sentido, un desafío, una provocación para el escritor, que le incitó a buscar nuevas formas expresivas y a exponer, con mayor eficacia estética, ideas y realidades que entonces, bajo el imperio de la ley del silencio, estaban proscritas.

Mas, al margen de circunstancias históricas y de experimentos ocasionales como el de *Parábola del náufrago*, no estará de más advertir que mi novela –cuyo embrión, suele ser un personaje, como el Ratero en *Las ratas*, o una idea, como en *El disputado voto del señor Cayo*– o, mejor dicho, mi concepto de novela, puede parecer a estas alturas un poco anacrónico. Para mí, una novela requiere un hombre (un protagonista), un paisaje (un ambiente) y una pasión (un móvil). Estos elementos, engranados en un tiempo, nos dan una historia, historia, cuya cronología puede ser de horas –*El príncipe destronado*– o puede ser de lustros –*Mi idolatrado hijo Sisí o Madera de héroe*. Para algunos colegas, este concepto mío peca de estrecho, de envarado, porque viene a regatear a la novela posibilidades de evolución. Mi idea sobre el particular es que no debemos confundir la esencia de la novela –la anécdota, la historia que se revela– con los elementos que en ella se barajan: enfoque, construcción, personajes, tiempo narrativo... Estos elementos pueden ser, a mi juicio, sometidos a las innovaciones que se quiera, cambiarlos, alterarlos, jugar estéticamente con ellos, siempre que no se inhiban de la servidumbre de contar algo. Dos títulos que seguramente están en la mente de todos aclararán lo que vengo diciendo: *La casa verde*, de Vargas Llosa, y *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos. Decir de estas novelas que son dos novelas tradicionales se me antoja un disparate. Son, sencillamente, novelas figurativas porque en ambas, por debajo de los trucos literarios de buena ley que ambos utilizan, se mueven unos personajes y discurren sendas historias. Mi concepto de la novela no es, pues, tan cerrado como parece puesto que, dentro de ella, cabe la renovación de sus elementos, siempre que respetemos su esencia, la historia. ¿Y qué ocurriría si intentáramos suprimir ésta, si decidiéramos prescindir de la historia? La experiencia ya está hecha, el *nouveau roman*, la antihistoria, un género que participa de la novela –en su ingrediente descriptivo–, de la poesía y del ensayo pero no es ninguna de las tres cosas. Sus propios cultivadores la designan como «antinovela», esto es, lo contrario de la novela, un nuevo género, literariamente bello,

gratificante para muchos, seguramente enriquecedor, que se adapta a las exigencias del mundo moderno y todo lo que se quiera, pero que ha dejado de ser novela para pasar a ser precisamente su antítesis. De lo antedicho se deduce que yo manejo hombres y cosas, no ideas (éstas van implícitas en la acción), con lo que para mí la novela, en líneas generales, sigue siendo un intento de exploración del corazón humano y me resisto a considerar al hombre como un objeto más. Esto no es obstáculo para que yo aplauda la buena novela de ideas –Thomas Mann, Camus, Lionel Trilling–, o la novela intimista, sofrenada, escrutadora de sensaciones, proustiana para mejor entendernos, por la que siento no sólo respeto sino una viva admiración.

Cada novelista es un ser que le pone un tamiz a la vida para quedarse con los ingredientes que le conviene y con ellos urdir una trama. Pero la vida se repite y, por ello, antes que la originalidad de un tema, el lector suele buscar en cada novela los nuevos reflejos que aun pueden arrancarse de temas ya usados. En otras palabras, el lector no debe perseguir en un relato tanto una historia inédita como la interpretación que el autor realiza de unos hechos más o menos conocidos. En definitiva, el lector busca en una novela, antes que un argumento nuevo, la huella de otra personalidad y el grado de coincidencia y discrepancia que la lectura le depara con ella. Tengamos en cuenta que un mismo tema propuesto a distintos escritores nos daría diferentes novelas, lo que demuestra que, en el aspecto literario, el tema no es en sí más importante que la manera de tratarlo.

Lo fundamental, a mi juicio, es la fidelidad del escritor a sí mismo. El agudo crítico español Rafael Vázquez Zamora afirmó en una ocasión que si Faulkner escribía en un estilo de largos párrafos encadenados y abundantes oraciones subordinadas, prolija y confusamente, era porque no sabía hacerlo de otra manera. Es decir, Faulkner, el cerebro de Faulkner, era así, caótico y difuso. Pero Faulkner fue un maestro porque, pese a su estilo laberíntico, disponía de un mundo personal y unos personales caminos para recorrerlo. Tratar de imitar su estilo será un recurso que el lector advertirá enseguida. En fondo y forma, el novelista debe mostrarse como es. Yo asumí el papel de «literato» en mis dos primeras novelas y me estrellé. Un estilo brillante o apagado, una forma sencilla o abrupta, unos, temas optimistas o pesimistas, que conllevan una determinada visión del mundo, nos irán desvelando, novela a novela, lo que el escritor es y piensa, no lo que pretende ser. Es su auténtica imagen lo que interesa al lector.

Esta fidelidad al propio yo, con la creación de tipos humanos creíbles y la sencillez de estilo quizá sea lo más personal que yo

advierto en mi obra. A través de unas constantes que traslucen mi afición, mi devoción o mi preocupación, como son la naturaleza (el hombre como parte de ella), la muerte (la gran incógnita), la infancia (como edad activa y suficiente) y el prójimo (el sentimiento, el respeto, el amor al otro), presentes en todos mis libros, yo vengo haciendo mis propias radiografías de la sociedad en que vivo, en un escenario muy reducido y concreto: Castilla. Y, si echo la vista atrás, observo que, a lo largo de medio siglo, no he sido capaz de producir más que dos relatos optimistas, *Diario de un cazador* y *Mi vida al aire libre*, siquiera en los demás no falte la ironía, que no enmascara mi escepticismo, pero sí engrasa y hace más soportables, sin restarles eficacia, las situaciones más tensas, bloqueadas y dramáticas.

En el resto de mis libros expongo un solo tema con variantes anecdóticas: la frustración, el acoso del individuo por una sociedad indiferente, opresiva, cuando no hostil. En el fondo, los escritores somos gentes de pocas ideas; si me apuran diría que somos seres de una sola idea obsesiva que, de una u otra forma, se reitera a lo largo de nuestra obra. En mi caso, tal vez podría afirmarse que, desde mi infancia, ensombrecida por un prematuro temor a la muerte, y mi adolescencia y primera juventud, atormentadas por las guerras civil y mundial, hasta nuestros días, dominados por amenazas hasta ayer insospechadas (el terror atómico, la progresiva destrucción de la naturaleza, el hambre en el mundo, los fundamentalismos, etcétera), me han poseído unos sentimientos de soledad, de incomprensión y de miedo. El hombre, en mi mundo novelístico, es inevitablemente un pobre animal acosado, bien por la ignorancia (*Las ratas*), la crueldad (*Aún es de día*) o la estulticia y la hipocresía (*Cinco horas con Mario*). A través de la lectura de mis novelas, creo que se llega fácilmente a dos conclusiones importantes: primera, que en mi mundo narrativo me he erigido en notario de mi tiempo, para registrar unos tipos que aún perviven pero que, por una razón o por otra, están en trance de desaparecer: el jubilado don Eloy, Desi, la criada analfabeta; el tío Ratero; Carmen, la de *Cinco horas con Mario;* el señor Cayo; Paco, el Bajo; Cipriano Salcedo... Y, segunda, que, ante el dilema que plantea la sociedad contemporánea, y frente a esa misma sociedad, yo, sin caer en dogmatismos políticos, he tomado parte por los débiles, los oprimidos, los pobres seres marginados que bracean y se debaten en un mundo materialista, estúpidamente irracional. Esto implica algo terrible, imperdonable desde un punto de vista literario, a saber, que yo, como novelista, he adoptado una actitud moral, hecho que, por otra parte, nunca he desmentido, puesto que a mi aspiración estética –hacer lo que hago lo mejor posible– ha ido siempre enlazada una preocupación ética: procurar un perfeccionamiento social. Afirmo esto teniendo muy presentes las palabras de Gide: «Es con los buenos

sentimientos con los que se hace mala literatura», y a conciencia de que la moral nada tiene que ver con el arte, antes bien, es un lastre para ella. La novela que quede, quedará por sus valores literarios al margen de la preocupación moral de su autor. Pero, pese a esta convicción, yo no he podido desprenderme de ella e, incluso, estoy por asegurar que sin una norma ética como guía es muy posible que mi obra literaria, buena o mala, no se hubiera realizado.

[2004]

Sobre la «e» minúscula

Han tenido que pasar veinticinco años desde mi ingreso en la Real Academia para que me detenga por un breve tiempo a reflexionar (aunque mis circunstancias físicas no sean en este momento las más adecuadas para ello) sobre la letra del sillón que ocupo en tan docta institución, la «e» minúscula. Y es que, por mucho que se repita, los escritores, o al menos algunos escritores, no somos estrictamente hombres de letras. Entiendo que quienes nos dedicamos a la narración, aquellos que construimos historias de hombres, paisajes y pasiones, en fórmula que reiteradamente he puesto de manifiesto, respondemos mejor al título de hombres de palabras que al más frecuente y pomposo de hombres de letras. Personajes, escenarios y emociones se crean y se transmiten con palabras, siquiera sean necesarias las letras, como los ladrillos de un edificio, para la más modesta construcción literaria. Pero es indudable que hubo narradores mucho antes de que existiera la escritura. Y también que aún hoy viven a nuestro alrededor, generalmente en el campo y con sus voces puestas en sordina por mor de la televisión, grandes fabuladores y cronistas orales –algunos de cuyos discursos he recogido en mi *Castilla habla*– que raramente han puesto en su vida una letra detrás de otra, como no fuera para estampar su firma allí donde se les ha requerido.

Reconozco, pues, mi escasa afición a indagar en los misterios de las letras, siquiera mis alumnos de Historia de la Cultura, en la vieja Escuela de Comercio de Valladolid, nunca dejaron de saber que nuestro alfabeto latino se desarrolló a partir del griego, que éste era heredero de una escritura semita, y que todos ellos hundían sus raíces en los primeros sistemas escritos mesopotámicos de hace poco más de cinco mil años. Incluso, a poco que me apuren, alguno de aquellos mercantilistas quizá recuerde que también fue mérito de los griegos construir un sistema independiente de vocales y consonantes, creando así el caldo de cultivo imprescindible para el alumbramiento primigenio de esa desvaída «e» con que la Academia me distingue.

Pero insisto en que mi preocupación por las letras se ha limitado, en gran medida, a la que pueda derivarse de su utilidad para reproducir sobre el papel las palabras y expresiones que se utilizan en el lenguaje común, la manera de hablar de la gente de mi entorno. Hace ya medio siglo, cuando pergeñaba mi novela *El camino*, me di cuenta de que era posible hacer literatura escribiendo sencillamente, del mismo modo

que hablaba. No eran necesarias las frases o construcciones complicadas, tal como, algo pretenciosamente, había intentado hacer en mis dos primeras novelas. Pero escribir como se habla, con tener sus ventajas, puede dar lugar a pequeños problemas, que en mi caso han estado relacionados con las letras y en particular con el uso de la «e». El que suscribe, a mucha honra, es de Valladolid, nacido y criado en esta ciudad, y por tanto aprendió a hablar allí, y allí ha escuchado y tendido a reproducir el habla de los viejos castellanos. Y es de buena ley reconocer que, por bien que se hable en Castilla, las gentes de mi tierra no usamos con demasiada corrección la «e» en el pronombre «le». Pecamos unas veces por exceso y las otras por defecto. Refiriéndonos a una mujer, por ejemplo, nos suena bien la expresión «darla un beso», pero eso es incurrir en laísmo y sería más adecuado decir «darle un beso». Y otro tanto ocurre al hablar de un animal y afirmar que «le han capturado», cuando tan descarado leísmo debería ser sustituido por «lo han capturado». Incluso llega a ocurrir que uno, contraviniendo su primer impulso, intente enmendarse y hablar bien, aunque le suene raro, y diga «lo prendió fuego» cuando, ahora sí, evidentemente debería haber dicho «le prendió fuego». Con tales antecedentes, a nadie puede sorprender que los leísmos y laísmos de mis novelas hayan sido puestos con mucha frecuencia como ejemplos de cómo no se debe hablar o escribir, siquiera la pequeña diferencia entre lo correcto y lo incorrecto se esconda tan sólo en una letra, casualmente nuestra «e» minúscula.

Con todo, quizá la magia abrumadora de saber a las letras mudos signos que representan sonidos y pueden, por tanto, agruparse en palabras y en frases y transmitir emociones, haya sido puesta de manifiesto mejor por alguno de los protagonistas de mis obras que por mí mismo, hoy en día incapaz de reflexiones de altura. No en vano un novelista habla por boca de sus personajes, razón por la que a veces, en determinadas circunstancias, convendría prestarles su voz. Intuyo que quienes hemos aprendido a leer y escribir de niños perdimos, al hacerlo, la capacidad de asombro ante el prodigio de la palabra convertida en trazos sobre un papel. Asumimos que es algo normal y por ello no nos llama la atención. Pero Paco, el Bajo, analfabeto protagonista de *Los santos inocentes*, en su calidad de hombre hecho y derecho, no puede disimular su perplejidad, y hasta su rebeldía, ante los recovecos de la escritura, y lo que le parecen trampas de la gramática y tratos de favor para determinadas letras.

Pero Paco, el Bajo, aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, que el Hachemita aseguraba en Cordovilla que los muchachos podían salir de pobres con una pizca de conocimientos, e incluso la propia Señora Marquesa, con objeto de erradicar el analfabetismo del cortijo, hizo venir durante tres veranos consecutivos a dos señoritos de la ciudad para que, al terminar las faenas cotidianas, les juntasen a

todos en el porche de la corralada, a los pastores y a los guardas, y allí, a la cruda luz del aladino, con los moscones y las polillas bordoneando alrededor, les enseñasen las letras y sus mil misteriosas combinaciones, y los pastores, y los porqueros, y los apaleadores, y los gañanes y los muleros, cuando les preguntaban decían, la *b* con la *e* hace *be*, y la *c* con la *e* hace *ce*, y, entonces, los señoritos de la ciudad, el señorito Gabriel y el señorito Lucas, les corregían y les desvelaban las trampas y les decían, pues no señor, la *c* con la *a* hace *ca*, y la c con la *i* hace *ci*, y la *c* con la *e* hace *ce*, y la *c* con la *o* hace *co*, y los porqueros, y los pastores, y los muleros, y los gañanes y los guardas se decían entre sí, desconcertados, también te tienen unas cosas, parece como que a los señoritos les gustase embromamos, pero no osaban levantar la voz, hasta que una noche Paco, el Bajo, se tomó dos copas, se encaró con el señorito alto, el de las entradas, el de su grupo, y, ahuecando los orificios de su chata nariz (por donde, al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos), preguntó, señorito Lucas, y ¿a cuento de qué esos caprichos? y el señorito Lucas rompió a reír y a reír con unas carcajadas rojas, incontroladas, y, al fin, cuando se calmó un poco, se limpió los ojos con el pañuelo y dijo, es la gramática, oye, el porqué pregúntaselo a los académicos, y no aclaró más, pero, bien mirado, eso no era más que el comienzo, que una tarde llegó la *g* y el señorito Lucas les dijo, la *g* con la *a* hace *ga*, pero la *g* con la *e* hace *je*, como la risa, y Paco, el Bajo, se enojó, que eso ya era por demás, coño, que ellos eran ignorantes pero no tontos y a cuento de qué la *e* y la *i* habían de llevar siempre trato de favor, y el señorito Lucas, venga de reír, que se desternillaba el hombre de la risa que le daba, una risa espasmódica y nerviosa, y, como de costumbre, que él era un don nadie y que ésas eran reglas de la gramática y que él nada podía contra las reglas de la gramática, pero que, en última instancia, si se sentían defraudados escribiesen a los académicos, puesto que él se limitaba a exponerles las cosas tal como eran, sin el menor espíritu analítico, pero a Paco, el Bajo, estos despropósitos le desazonaban y su indignación llegó al colmo cuando, una noche, el señorito Lucas les dibujó con primor una H mayúscula en el encerado y, después de dar fuertes palmadas para recabar su atención y pedir silencio, advirtió, mucho cuidado con esta letra; esta letra es un caso insólito, no tiene precedentes, amigos; esta letra es muda, y Paco, el Bajo, pensó para sus adentros, mira, como la Charito, que la Charito, la Niña Chica, nunca decía esta boca es mía, que no se hablaba la Charito, que únicamente, de vez en cuando, emitía un gemido lastimero que conmovía la casa hasta sus cimientos, pero ante la manifestación del señorito Lucas, Facundo, el Porquero, cruzó sus manazas sobre su estómago prominente y dijo, ¿qué se quiere decir con eso de que es muda?, te pones a ver y tampoco las otras hablan si nosotros no las prestamos la voz, y el señorito Lucas, el alto, el de las entradas, que no suena, vaya, que es como si no estuviera, no pinta nada, y Facundo, el Porquero, sin alterar su postura abacial, ésta sí que es buena, y ¿para qué se pone entonces?, y el señorito Lucas, cuestión de estética, reconoció, únicamente para adornar las palabras, para evitar que la vocal que la sigue quede desamparada, pero, eso sí, aquel que no acierte a colocarla en su sitio incurrirá en falta de lesa gramática.

Me honra la Academia con el sillón de la letra «e», pero no cualquier «e», sino la «e» minúscula. También alguno de mis más humildes personajes literarios ha mostrado su sorpresa ante la existencia de letras de distintas categorías. La alfabetización que para Paco, el Bajo,

era un posible camino hacia el progreso, un medio para salir de pobres, en el caso de la Desi, protagonista de *La hoja roja* y descubridora allí de las mayúsculas, es una auténtica y espontánea fascinación por el hecho mismo de la escritura.

Mientras el viejo Eloy escribía a Leoncito, el chico, en la mesa de la sala, la Desi, la muchacha, con el escobón y la bayeta en la mano, contemplaba extasiada por encima de su hombro cómo la pluma garrapateaba sobre el papel. La tinta fluía sumisamente sobre el pliego y ella, la muchacha, fruncía los párpados, como si el sol la deslumbrase, en un esfuerzo por descifrar aquellos caracteres. Desde niña, las letras la fascinaron. La maravillaba la extraña capacidad del hombre para atrapar las palabras y fijarlas indefinidamente en un papel, con la misma facilidad que don Fidel, el maestro, allá en el pueblo, arrancaba una flor y la prensaba entre las páginas de un libro.

A poco de llegar, la chica le dijo al viejo: «Daría dos dedos de la mano por aprender a leer, ya ve». Entonces el señorito rompió a reír y dijo: «Hija, eso no cuesta dinero». Y se puso a la tarea. Pero la muchacha era roma y de lento discurso y necesitó un año y cinco meses y siete días para dominar el abecedario sin una vacilación. Y una tarde, de pronto, el endiablado mundo de las letras, que ella consideraba definitivamente sometido, se amplió hasta lo inverosímil. Le preguntó recelosa: «¿Es cierto que esto también es una eme, señorito?». «Claro, Desi –respondió pacientemente el viejo–. La eme mayúscula». «¿Cómo dijo?», inquirió la chica. «Ma-yús-cu-la, hija», repitió el viejo. La muchacha se enojó como si la hubieran jugado una mala pasada: «¿Y eso qué es, si puede saberse?». Y el señorito le explicó que las mayúsculas eran algo así como los trajes de fiesta de las letras, pero la Desi, la muchacha, porfió que para qué demontre requerían las letras trajes de fiesta y él respondió que para escribir palabras importantes como por ejemplo Desi…

Naturalmente, uno está muy satisfecho con la «e» minúscula y no piensa, a diferencia del viejo Eloy, que su sillón merezca menos fiesta que si se tratara de una mayúscula. De todos modos, tampoco puede escoger. Y desde su primario interés y asombro ante las letras, no muy lejano de los de la Desi o Paco, el Bajo, está seguro de que la «e» tiene los suficientes matices y complicaciones (aunque no llegue a los de la plurifónica «e» de los franceses) como para que a nadie sepa a poco. Por de pronto, hoy la nueva Europa, la Europa unida, obedece a un símbolo escueto y modesto, que en carpetas y portafolios, oficinas y departamentos, se define estrictamente con la pequeña «e» minúscula de ordinario menospreciada.

2007

Entre lo local y lo universal

A los participantes del Congreso Internacional sobre Miguel Delibes celebrado en Valladolid en octubre de 2007

Queridos amigos congresistas:

Desde hace largos meses he esperado este día con ilusión, con la ilusión de que mis achaques fuesen a menos de forma que me permitieran abrazaros y desarrollar cara a cara esta amistosa reunión. Sin embargo, una de las cosas que he aprendido últimamente es una perogrullada: a partir de cierta edad, la salud, cuando se mueve, es inevitablemente a peor. Esto es exactamente lo que me ha ocurrido, de tal manera que para poder dirigiros hoy unas palabras de bienvenida he tenido que echar mano de estos artilugios inventados que tanto me asustan. Pero, en fin, bien o mal, de acuerdo o no con nuestros planes, nos hemos reunido todos aquí, para iniciar nuestros trabajos.

«Cruzando fronteras: entre lo local y lo universal», es el título que habéis dado al congreso. No pocos de vosotros habéis cruzado fronteras y recorrido largas distancias para estar hoy en Valladolid y entregaros fervorosamente a platicar sobre mi quehacer literario, que hace ahora sesenta años que echó a andar. En 1947, en efecto, gané el premio Nadal con mi novela *La sombra del ciprés es alargada*, y tras este primer título vinieron unos cuantos más de todo tipo.

En Valladolid, pues, comencé a escribir y en Valladolid sigo haciéndolo. No escribiendo exactamente, pues ya no me quedan fuerzas, pero sí recibiendo cordialmente los testimonios de adhesión y cariño de cuantos habéis acudido a escarbar en mis raíces y reflexionar sobre mis constantes literarias. «Entre lo local y lo universal», se han titulado, repito, estas reuniones, unificando lo que en mi obra puede haber de local y universal, aspiración que nació conmigo, con mi afán de trascender lo propio y darle un alcance universal, como insinué ya hace la friolera de treinta años en mi discurso de ingreso en la Academia Española: «La universalidad del escritor –dije entonces– debe manifestarse a través de un localismo sutilmente visto y estéticamente interpretado. No se trata, pues, de hacer costumbrismo sino de imprimir a las costumbres categoría de hábitos seculares que definen la condición humana de un lugar del

mundo. Don Quijote, por ejemplo, no puede ser inglés».

Desde muy temprano me di cuenta de que mi tierra y mi literatura iban a caminar imbricadas en un único objetivo, es decir que Valladolid y Castilla iban a constituir la materia prima de mi obra. Para ello procuré no quedarme en lo anecdótico, en lo meramente circunstancial, sino incluir lo general en lo personal, al hombre en los hombres que me rodeaban. En una palabra, indagar en lo más recóndito del corazón humano para convertir esas costumbres en hábitos profundos y tradicionales, en una realidad inmediata. Así mis novelas, desde *La sombra del ciprés*, que transcurre en Ávila, hasta la última, *El hereje*, cuyo escenario es Valladolid, han cruzado fronteras, se han traducido a numerosas lenguas y han sido y son leídas por hombres y mujeres de cualquier cultura y condición, pero previamente han nacido en mi patria chica y en mi propia lengua.

Hay entre vosotros varios traductores de mis obras que podrán dar fe de esto que digo. Por eso quiero daros las gracias a todos por vuestro trabajo de cada día y por vuestra presencia hoy en esta ciudad. Gracias extensivas, con mi reconocimiento, a los hispanistas, profesores y estudiosos de mi obra que os habéis dado cita asimismo aquí. Y muy particularmente a la Universidad de Valladolid y a su rector, a la cátedra Miguel Delibes y sus responsables en Valladolid y Nueva York, así como a todos aquellos que habéis participado de una manera u otra en la organización de este congreso.

Para no extenderme demasiado, debo deciros que en estas sesiones van a presentarse los dos primeros volúmenes de mis *Obras completas*, en edición de Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores y editorial Destino, dirigidas por Ramón García. Añadir mi nombre al de cuantos ya han sido acogidos en esta prestigiosa colección de tan prestigiosas firmas editoras, constituye para mí un nuevo honor que me mueve a agradecérselo cordialmente a sus promotores y directores. Mi obra completa –objeto de estudio de este congreso internacional que ahora se inaugura– va a reunirse en siete volúmenes, prologados y anotados por eminentes eruditos del ensayo y la exégesis literaria. Gracias también a ellos. Y gracias, finalmente, a cuantas autoridades, civiles o académicas, ponentes, congresistas y asistentes a estas jornadas de estudio, que con vuestro solo interés por mi persona y mi obra ya me estáis honrando.

Bienvenidos, pues, a esta ciudad que es la vuestra, a esta universidad, a los paisajes urbanos y rurales por los que transitan mis personajes, a sus calles y lugares de esparcimiento… Y al par que os deseo a todos una grata estancia y un fructífero esfuerzo, os envío un cordialísimo abrazo como expresión de mi gratitud.

Sobre cine y experiencias cinematográficas

Algo sobre el cine español

Se habla mucho de nuestro cine, con la particularidad de que rara vez es para elogiarlo y sí con excesiva frecuencia para denostarlo. Esto ya revela una inquietud, aspecto no despreciable, supuesto que la inquietud es el primer paso en arte. Los hombres y los pueblos adormecidos en la monotonía, nunca produjeron obras de importancia. Habrá que contar, pues, con esta incomodidad nuestra en torno a nuestro cine para predecirle un futuro más lisonjero que el presente.

Los eternos disconformes, al censurar la actual orientación del cine español, se dejan arrastrar por determinadas consideraciones específicas, que poco o nada significan en el conjunto del problema. Se afirma, por ejemplo, que la cinematografía española abusa de los toreros, las «bailaoras» y las pelucas. «Tal disposición –se dice– es equivocada»... Ésta no es la cuestión. No se trata, al estudiar globalmente «nuestro problema cinematográfico», de si esta tendencia es superior a aquélla, sino de dotar al cine español de personalidad. Es decir, que nuestro cine aporte algo diferente de las aportaciones de los demás. En una palabra, que tanto al traducir en imágenes historias de época como aventuras detectivescas lo hagamos con patrón propio, sin dejamos conducir dócilmente por precedentes, por buenos que sean, extranjeros. Es secundario, por tanto, el tema y sus características. La personalidad no radica en el problema sino en su resolución. Es obvio, sin embargo, que una cinematografía incipiente hallará un camino más viable operando con cuestiones, escenarios y tipos de nuestros días que remontándose a siglos pasados. Abordar asuntos de época sin una preparación previa y un largo oficio, nos pondrá inevitablemente a pique de caer en el engolamiento.

Si de algo pecó el cine español con injustificada insistencia fue de plantearse problemas excesivos para sus pobres fuerzas. En este terreno la ambición nos jugó malas pasadas. El señuelo de lograr una obra grande llevó a muchos a confundir el fin con los medios. Lo grande no precisa materiales suntuosos, complejos recursos técnicos ni asuntos sobrecargados. Unas pobres mimbres pueden servir de base a lo genial, como a diario demuestra la nueva escuela italiana. Confundir lo grande con lo suntuoso, y aun con lo caro, es un error archirrepetido en nuestra corta tradición cinematográfica. Y caso curioso es que, cuando se plantearon temas sencillos y se resolvieron a

satisfacción, fue cuando el cine español se apuntó sus éxitos más sobresalientes. El desequilibrio entre los medios y el proyecto conduce indefectiblemente a la ampulosidad. No es el éxito la resolución parcial de un complejo programa, sino la resolución total de un programa por sencillo que sea. Afrontar un empeño fardado de dificultades –bien de orden técnico, ambiental, interpretativo, etcétera– es ponerse al borde del fracaso. Esto quiere decir que el cine español, para llegar a ser algo considerable, no debe comenzar por lo difícil, sino por lo fácil. Aquí convendría recordar que Walt Disney antes de su *Blancanieves* realizó centenares, y aun millares, de películas de dibujos de corto metraje.

Ahora se especula sobre si *Bienvenido, Mr. Marshall* señala o no una nueva era de nuestra cinematografía. Esto, de momento, no debe desvelarnos. Pasamos la vida preocupados por señalar las películas que marcan un viraje decisivo a nuestra historia cinematográfica, pero el viraje decisivo no llega. En su día se dijo algo así de *El escándalo* y *Surcos*, pero lo cierto es que hasta el momento una y otra no son sino empresas plausibles en un panorama mediocre. Lo importante, de momento, es dar con la fórmula que imprima al cine español esencia española... Con pandereta o sin ella, pero con sinceridad. No se trata, repetimos, de lograr copias más o menos certeras de *Brigada 21* o *Nápoles millonaria*. Hace falta no ya resolver dignamente nuestros temas, sino resolverlos a la española. ¿Que los temas deben ser sencillos? Ello, evidentemente, parece el comienzo obligado de todo aprendizaje.

1953

El cine en relieve y la televisión.

El desarrollo apresurado de la televisión en Estados Unidos ha metido las imágenes vivas en el hogar, hecho que hace reflexionar a los productores cinematográficos sobre la necesidad de introducir las suficientes innovaciones para rescatar a los norteamericanos para las salas de proyección. Esto quiere decir que el cine, como los ejércitos, sólo siente el estímulo del progreso cuando hay un adversario enfrente. El tanque es fruto de la guerra del 14; la bomba atómica, de la del 39. El cine conoce la tercera dimensión cuando la televisión se divulga, como conoció el sonido cuando la radio se alzó en competidora.

Las casas norteamericanas han lanzado las primeras películas tridimensionales que, como sucede en todos los grandes virajes, carecen de virtudes técnicas y arguméntales porque se basta y se sobra el relieve –elemento revolucionario– para despertar el interés de las

masas. Aventuras disparatadas y fieras que «se salen» son hasta el día los temas barajados por las productoras. Mas del calor con que del otro lado del océano se ha tomado la tercera dimensión, puede dar fe la rapidez con que quedan anticuados procedimientos que, como el de las gafas *ad hoc*, nos parecían ayer el último grito. Hace un par de semanas la Metro divulgaba sus iniciativas y ahora es la Fox la que nos anuncia, en cuidado folleto, el sistema Cinema Scope, que proyectado sobre una pantalla levemente cóncava y sin necesidad de las gafas «primitivas» nos comunica la ilusión de que Ava Gardner o el mismísimo tigre de Kumaon se sientan en la butaca de al lado.

He aquí el comienzo de una nueva era para el arte cinematográfico. Una era que como todas las eras revolucionarias viene activada por el miedo a desaparecer. De nuevo el lema «renovarse o morir» se manifiesta en plena vigencia. Del cine en relieve, o con profundidad, hay opiniones abrumadoras que, como la de Shelley Winters al referirse al Cinema Scope, nos hacen pensar en el espectáculo que en un próximo futuro ofrecerán las salas donde se proyecten las proezas natatorias de Esther Williams. Dice Winters: «Es como asistir a un gran espectáculo y estar sentado en el mismo escenario». Esto quiere decir que al tiempo que se acentúa el sentido realista del cine, acrecen sus buenas y sus malas influencias. Así como hasta hoy se explican ciertos crímenes diciendo: «He ahí las enseñanzas del cine», mañana se justificarán las mayores atrocidades, afirmando: «El relieve, hijo, el relieve».

Bromas aparte, es evidente que el cinematógrafo inicia una nueva etapa, tan trascendental, cuando menos, como la que señala la aparición del sonido. La plástica actual quedará relegada en unos meses. Y el cine en relieve dejará de preocuparse por el relieve, y dedicará toda su capacidad a producir obras de cierta consistencia. Antes, claro, soportaremos esa etapa inefable –tal vez plúmbea– que en cualquier actividad suponen siempre los balbuceos iniciales.

1953

El neorrealismo se lava la cara

No pocos críticos e incontables aficionados al cine, después de ver el film italiano *Tres enamoradas*, llegaron a la conclusión de que el neorrealismo está tocando a su fin. Para éstos la fórmula del neorrealismo es simplista: apología de la basura y desenlace desesperanzado. Esta equivocada identificación les lleva al convencimiento de que la escuela italiana ha sido vencida por la resistencia del público. Evidentemente si nos dejamos guiar por el escaso aprecio que en nuestra ciudad se dispensó a películas tan

excepcionales como *Nápoles millonaria* y *Ladrón de bicicletas*, y el éxito tumultuoso de *Tres enamoradas*, llegaremos a la conclusión de que hay algo sustancial que separa a estos films. Sin embargo, hay que reconocer que todos ellos responden a idéntica fórmula y, consecuentemente, que tan neorrealista es *Tres enamoradas* como *Ladrón de bicicletas*, supuesto que la única diferencia entre ambas radica en que mientras en aquélla los problemas sentimentales de las tres jovencitas se solucionan favorablemente, en ésta se cierra el film sin que la bicicleta, medio indirecto de subsistencia de una humilde familia, aparezca. Esto demuestra hasta qué punto el convencionalismo de un desenlace puede arrastrar multitudes y cómo, a pesar de la evolución del mundo, el tema amor sigue siendo el de impacto más directo y seguro en el corazón de la masa.

El neorrealismo, que es un realismo resurrecto, no inventado, por tanto, por los italianos, es sencillamente una valiente reacción contra la dorada mentira de Hollywood. Este cine aséptico y confortable, tecnicista y pulcro, despreocupado y rutilante, no es, aunque otra cosa parezca, un cine inofensivo, supuesto que fomenta en el gran público una idea de la vida totalmente falsa. Contra su fabulosa falta de verdad nació la tendencia italiana, en una fase en que este país, arruinado y maltrecho por la guerra, no podía admitir aquello que contradecía su verdadera situación y le dolía como un sarcasmo. El genio latino hizo lo demás, hasta acuñar una fórmula que si empezó aireando lacras, escarbando en medios miserables y rematando sus obras con desenlaces angustiosos, no demuestra que la inmundicia y la desesperanza constituyan su última razón de ser. El neorrealismo, nuevo vuelo a ras de tierra en oposición a los devaneos idealistas e imaginativos de otras cinematografías, permite interpretar una fábula con final amargo o con final feliz, una historia de amor lo mismo que una incomprensión social. El neorrealismo no está en el tema, ni en el desenlace, sino en la manera de enfocarlos.

Desde este punto de vista, resulta evidente que el neorrealismo tiende a suavizar su primitiva crudeza; propende a ser cada día más «real». Esto no supone que la escuela se traicione a sí misma sino que evoluciona. Rebasada la razón de su nacimiento, equilibrada la economía del país, obstinarse en la brutalidad de los temas llegaría a ser una mentira tan grande como la de Hollywood, siquiera fuese sucia en vez de dorada. De ahí la distancia que separa *El limpiabotas* de *Tres enamoradas*, distancia mayor en apariencia que en sustancia artística. El neorrealismo pervive aunque, según parece, vaya desarrugando el ceño y se haya lavado la cara.

1953

Nunca progresó tanto la técnica de la guerra como en los tiempos de guerra. El temor a desaparecer constituye, evidentemente, un agudo estímulo de la inteligencia. Suprimida la competencia, sobreviene la rutina y, con la rutina, la mediocridad. Esto demuestra hasta qué punto es un hecho cierto el concepto de que la necesidad aguza el ingenio.

Ahora el cine busca en el volumen una salida al problema que le crea la televisión. Los productores aspiran a que el presunto espectador encuentre en las salas de proyección algo diferente de lo que tiene en casa. Una cosa es el arte y otra, distinta, el comercio. Si repasamos la breve historia del cinematógrafo, observaremos que todos sus avances (?) vienen determinados, antes que por un noble anhelo de superación, por la necesidad de conservar el favor del público. Esto quiere decir que el séptimo arte no avanza tanto por un camino racional como por un camino impuesto por las circunstancias. A la fuerza ahorcan. El cine no se desarrolla mediante un proceso natural, sino bajo el imperio de la coacción, dando paso de esta manera a un arte sofisticado. Lo peor que le puede acontecer a un arte, siquiera sea el séptimo, es bailar al son que le tocan.

El nacimiento de la radio decidió la aparición del cine hablado, y a los programas musicales respondió el cine con melifluas películas musicales. La cuestión radica en no quedarse atrás, sin importar demasiado el sentido de la marcha. Los impulsores de este movimiento de renovación no parecen darse cuenta de que la esencia del cine es la imagen y que ninguno de los elementos añadidos posteriormente –sonido, color y relieve– rebasan la condición de meros accidentes. El cine es un arte joven, y todos estos afeites y postizos no logran otra cosa que darle una grotesca apariencia de senectud prematura. De este modo, el séptimo arte es hoy tan estrafalario como una niña disfrazada de mujer o tan elaborado como una fruta madurada lejos del árbol. El cine va degenerando en una manifestación artificiosa y convencional.

El diálogo, sobre constituir un fabuloso resorte de atracción de analfabetos, no coadyuva en nada a reforzar el valor de la imagen; antes al contrario, no pocos directores aprovechan la palabra para eludir el esfuerzo que comporta una explicación visual. La esencia del cine se desvirtúa, y lo que debiera entrar por los ojos entra por los oídos, dándose una interpretación grosera a un arte independiente, de sutilísimos matices. Otro tanto diríamos del relieve, inefable truco adicional de 1953, que anda muy lejos de implicar una revolución plástica, supuesto que el teatro nos brinda, no sólo la sensación de volumen, sino la sensación de carne y hueso, objetivo que nunca

logrará alcanzar el cine, por mucho que se esfuerce. El progreso del cinematógrafo no debería radicar, ciertamente, en aunar los valores de la escultura, el teatro, la música y la literatura, sino en hallar fórmulas inéditas de expresión visual. En tanto el cine no recurra a la coherencia y combinación de las imágenes en un noble anhelo de renovación artística, será un arte estancado o, si se prefiere, un arte que se mueve, pero a la deriva. Conforme con esta consideración, un director que acertara a insinuar el paso del tiempo sin recurrir al manoseado símbolo de la caída de las hojas del calendario, o a comunicar la sensación de distancia sin echar mano de los raíles del ferrocarril o los postes telegráficos, sería para nosotros un director más meritorio que aquel que, valiéndose del truco del relieve, sobrecoge a los espectadores con un león domesticado que amenaza arrojarse sobre la sala. El volumen constituye un truco efectista que nada tiene que ver con la estética.

Uno se pregunta, a la vista de estas aberraciones, si el cine caminaría por estos derroteros si no lo empujaran. Uno se pregunta si el cine, sin la radio, la revista y la televisión, habría alumbrado el sonido, el color y el relieve. Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve –que han distraído su afán de progreso limpio–, no estaría a estas alturas a un nivel artístico más estimable de lo que está. Uno se pregunta: ¿Es esto progreso? ¿No estará el cinematógrafo mixtificando su esencia artística en su afán de halagar el gusto del gran público? Uno se pregunta: ¿No le es más sencillo al cine americano, abrumado de recursos técnicos, inventar el relieve que inventar un argumento original resuelto de manera original? Uno, en suma, se pregunta: ¿No será ésta la madre del cordero?

1953

¿Agoniza el relieve?

Noticias recientes de Norteamérica inducen a pensar que la novedad del relieve es una revolución sin alas. Todo parece indicar que el relieve morirá antes de haber madurado, sin que ello arrastre la desaparición del cine como pronosticaron algunos augures. Esto quiere decir que la televisión no le hace daño al cine plano, de la misma manera que los espectáculos que a diario nos brinda la calle no implican una amenaza para el teatro.

La Paramount anuncia su propósito de no filmar más películas en tercera dimensión y dedicar todo su esfuerzo a la consecución de buenas películas planas. La decisión tiene mayor valor después del triunfo rotundo de *Shane* y *Roman Holliday*, dos films que han competido con éxito con las últimas películas 3-D lanzadas al mercado

norteamericano por otras casas productoras. Otro éxito de la Columbia, *De aquí a la eternidad*, por lo visto sin precedentes en la historia del cine, y ajustado a la técnica antigua, es decir, desdeñando el volumen, ha descubierto que el público no desea tanto cambios revolucionarios como la calidad estética y espectacular de los films fieles al antiguo patrón. Todo indica, en suma, que es el tema y no el modo lo que interesa a los espectadores cinematográficos. La misma orientación sigue la Metro, condicionando su afiliación a la nueva técnica al resultado de *Arena*, la última película plana salida de sus estudios.

De momento, Hollywood buscó la solución a su crisis de argumentos en el relieve. Prefirió cavilar sobre la resolución técnica de los temas que en los temas mismos. Si no encontraba temas nuevos sería lo más aconsejable buscar nuevos procedimientos para resolverlos. Esto y la televisión empujaron al cine por el camino del relieve. A un pueblo tan preparado en el aspecto técnico como el norteamericano le fue mucho más sencillo hallar el relieve que un argumento original. La inteligencia no tiene un tope tan próximo como la imaginación. El cine americano no necesita técnicos sino inventores de argumentos. Ello explica el porqué, una vez encontrada y desarrollada la fórmula del relieve, los temas de sus películas languidecieron aún más de lo que ya estaban en estos últimos tiempos. Bastaba un león rugiente «precipitándose sobre la sala», o una locomotora «arrollando» al espectador para justificar un film y garantizar su éxito espectacular, éxito apoyado exclusivamente en la novedad y que no podía ser duradero, como ahora demuestran las noticias que se reciben de Hollywood.

Evidentemente el cine no precisa trascendentales mutaciones técnicas sino grandes temas y acento personal. Las películas no sólo han de ser distintas sino que también deben parecerlo. Aquí podríamos hablar del Hollywood devorador de personalidades; del Hollywood que uniforma cuanto toca. Digamos de pasada que René Clair necesitó volver a Europa para ser de nuevo René Clair. Con esto queremos decir que las películas que traten grandes temas y los desarrollen con arte –dinamismo, coherencia, elocuencia visual, ritmo– serán secundadas por la masa espectadora, lo mismo si conservan su fidelidad al cine primitivo como si se alían a la técnica de la tercera dimensión. La 3-D puede conservarse como un considerable factor a efectos de trucaje y aun como un nuevo sistema plástico. Sin olvidar la otra innovación de la pantalla ampliada, surgida como una consecuencia del sistema Cinema Scope, que duplica el campo de proyección. La Metro piensa rodar películas planas para ser proyectadas en pantallas de una longitud de dos veces y media la normal. Ello, se dice, se aproxima más a la visión natural

del hombre y es, por tanto, más eficaz y convincente. Sería curioso que después de cuanto se ha hablado del cine en relieve, no perdurase otra cosa que el ensanchamiento de la pantalla, circunstancia accesoria del procedimiento Cinema Scope, del que nos hicimos eco en su día.

1953

Cine católico

Hace pocas semanas hablábamos de la necesidad que apremia al cine español de encontrarse a sí mismo; de una fórmula de expresión estética al margen de imitaciones. El tradicionalismo religioso de los españoles brinda, sin duda, un filón inagotable a nuestras productoras. Si existe una constante histórica que nos define a través de los siglos, ésta es la catolicidad, lo que equivale a decir que en ella puede hallar nuestro cine no sólo una salida artística digna, sino una oportunidad de hacer apostolado. La manera de ser religiosa de este país no tiene igual en el mundo y, en consecuencia, cabría en este término intentar una labor de verdadero aliento personal, valiente y profunda.

Es evidente el esfuerzo de algunos guionistas y directores en este sentido, si bien en ninguna de las ocasiones, se perdió de vista hasta ahora el aspecto comercial. El halago a los gustos multitudinarios es hasta hoy la característica de nuestro cine. Se explota demasiado la emoción fácil y superficial, quintaesenciada en el melodrama, de la misma manera que el género cómico apela a la astracanada como recurso infalible. De este modo, el cine no sólo pierde su valor como factor educativo, sino que se convierte en el más fidedigno exponente de nuestro mal gusto nacional. Se hace precisa una renovación que sobre estar más en consonancia con las premisas estéticas de todos los tiempos, contribuya tanto como a una educación del gusto a un refinamiento de la sensibilidad.

En los últimos años hemos visto películas que con el marchamo de católicas han pretendido darnos gato por liebre. Si existe un aspecto de nuestro cine que precisa originalidad con mayor apremio que los demás, es éste, el cine religioso. En su día, por ejemplo, se elogió de manera aspaventosa y poco seria la película *La Señora de Fátima*, una réplica tardía y mediocre de *La canción de Bernadette*. Ahora ocurre algo semejante con *La guerra de Dios*, un film que juzgaríamos discreto, si una desaforada propaganda previa, al afilar nuestra atención, no nos llevara a encontrar en su desarrollo un cúmulo deplorable de errores. En *La guerra de Dios* hay no sólo influencias de *Siguiendo mi camino*, sino de *Cerca de la ciudad*, otra anodina, muestra de nuestro cine católico. Esto quiere decir que tampoco en este

aspecto calza el cine español zapatos propios y que, sobre ser evidente la buena intención de determinados realizadores, una vez tras otra los tiros se quedan cortos.

Ante esta recalcitrante persistencia del espíritu imitativo, el espectador siente la necesidad de remontarse para hallar películas españolas que con todos sus defectos porten dentro de sí lo que ahora ha dado en llamarse un mensaje. *La mies es mucha, Balarrasa* y, particularmente, *El Judas*, son películas de noble aliento español. La primera halla hábilmente en la competencia de la misión protestante un eficaz estímulo para romper la costra de indiferencia de muchos católicos, en tanto *Balarrasa*, intenso novelón, aunque bien dosificado, es no sólo una lección de fe y esperanza, sino una de esas películas que a pesar de su falta de sutileza, o precisamente por ello, llegan a las mayorías, y las minorías exigentes aceptan y aun admiran. Para mi gusto, *El Judas* es la película más completa de las realizadas en España a instancias de la idea religiosa. En *El Judas*, ante todo se perciben vientos renovadores y el espectador no se mueve en el ñoño y milagrero ambiente de siempre. *El Judas*, película construida sobre una idea estupenda, responde en sus rasgos generales al concepto que la mayor parte de los amantes del séptimo arte nos hemos forjado del cine católico. Esto no quiere decir sino que el primer paso para una labor eficaz es la elección cuidadosa de temas. Las bellas ideas, aun deficientemente desarrolladas, conservan intacto su halo de grandeza.

1953

Efectos sonoros

Desde un punto de vista artístico, la palabra no añadió nada al cinematógrafo. Desde un punto de vista comercial, ya es otro cantar. De cualquier modo, el diálogo aproximó el cine a las multitudes, siquiera atrofiase la imaginación de los realizadores a quienes se les vino a las manos la oportunidad de decir en palabras lo que debía decirse por medio de imágenes. Consideradas así las cosas, el sonido constituye uno de los mayores enemigos del cine-arte. Cuando un director no tiene que forzar su discurso para hacerse comprender, se enerva su espíritu de inventiva. Ésta es la razón de que el cine haya ganado en popularidad lo que ha perdido en pureza artística. Lo importante en cine no sólo es hacerse entender, sino hacerlo por medios congruentes. La esfera de la oratoria, y aun de la dialéctica, deben quedar muy lejos de las salas de proyección.

Mas no es nocivo en sí el recurso del sonido. Es nocivo el abuso, como es nocivo el principio de circunscribirlo al diálogo. El sonido, empero, tiene una utilización mucho más amplia, siquiera no lo

entiendan así la mayor parte de los directores de películas. En general podemos decir que en España el sonido es un resorte sin explotar. En muy raras ocasiones merecen citarse los fondos musicales de films españoles, a no ser que como en los casos de *La Revoltosa*, *Doña Francisquita o Teatro Apolo*, constituya la música el *leit motiv* de la producción. Tampoco faltan ejemplos en otras partes en que el éxito de una película viene dictado no ya por sus cualidades fílmicas ni por su tónica musical, sino por la feliz incrustación en la anécdota de una pieza aislada de segura sugestión popular. Ahí tenemos sin ir más lejos la película *Ana* con su *baiao*.

Esto quiere decir no que una canción haga una película, ni siquiera que muchas canciones la justifiquen, como ocurre en los films españoles citados más arriba, sino la importancia que la música tiene como apoyo y aun subrayado de la imagen. En puridad, la música constituye el empleo más acorde del sonido en el arte cinematográfico. La música es un lícito resorte emotivo que no entorpece para nada –antes bien, refuerza su eficacia– el lenguaje de las imágenes. Recordemos que el complemento del cine mudo era un piano al pie de la pantalla que era aporreado solemnemente en las secuencias más emocionantes del film.

Esto hace más ostensible el abandono en que se tienen, en general, los fondos musicales de las películas, indiferencia que es aún más notable en España hacia otros efectos sonoros en cuya utilización no sólo René Clair es maestro –recordemos la perforadora de *Mujeres soñadas*–, sino que los italianos cuidan esmeradamente, con resultados eficaces. Es obvio que si la imagen puede tener un gran valor en sí misma, tales efectos expertamente administrados pueden no sólo reforzarla, sino revalorizarla. Todo lo que el diálogo dice, se le resta de expresión a la imagen, fenómeno que no ocurre con los fondos musicales y, concretamente, con los ruidos. Este hecho debería llevar a los directores a reducir el diálogo y ampliar la participación de efectos sonoros que no sean palabras, que es precisamente lo contrario de lo que en nuestro país está ocurriendo.

Aparte *Mujeres soñadas*, de René Clair, antes citada, nos vienen a la pluma una serie de títulos que, como *El tercer hombre, Solo ante el peligro, Milagro en Milán* y *Juegos prohibidos*, denotan la amplia participación que el sonido puede tener en el éxito. La sonoridad, lejos de ser una rémora, debería constituir un factor considerable que realzase el valor estético del cine. Música y ruidos son dos efectos lícitos de primera magnitud. La palabra, en cambio, no sólo debería ser cuidada, sino economizada. Un cine al que se le vaya toda la fuerza por la boca, difícilmente podría producir una obra de arte.

1953

Cuatro películas francesas recientes: *Sentencia cumplida, Fanfán, el invencible, Mujeres soñadas*, y, últimamente, *Juegos prohibidos* ofrecen una perspectiva considerable para constatar el buen momento por que atraviesa la cinematografía gala. Es natural que estos títulos, por su destino a la exportación, constituyan la cumbre del cine francés actual. Ello no significa nada, supuesto que estas películas son la demostración palpable de las calidades que el genio francés puede arrancar cuando quiere del arte cinematográfico. Todas estas cintas, cada una en su estilo, son prodigios de sensibilidad y belleza, piezas equilibradas que evidencian la primacía espiritual de Europa frente a la rutilante técnica americana.

Es sensible, sin embargo, que films como los citados no lleguen al gran público, posiblemente porque el gran público localiza sus preferencias en artistas determinados y rehúye estas obras que resultan anónimas en lo que atañe a su archivo de bellos rostros. El caso de *Juegos prohibidos*, film proyectado recientemente en nuestras pantallas, resulta explícito a estos efectos. El público no acabó de entregarse al maravilloso juego de René Clement, por demasiado amargo, o demasiado irreverente. Es curioso que en nuestro siglo, belicoso y escéptico, alguien se asombre aún de las resonancias un poco lúgubres de las manifestaciones artísticas o le asuste el hurto de las cruces de un camposanto por dos criaturas sin discernimiento.

Sea como quiera, es evidente la buena factura estética del cine francés actual. Este *Juegos prohibidos*, de René Clement, es un magnífico exponente. Llega además en un momento de confusionismo en que el cine está abocado a una salida incierta. Alguien ha dicho que estos altibajos del séptimo arte revelan mejor que nada su condición de criatura en mantillas. Efectivamente, si comparamos la vida del cine con la de las demás artes plásticas, convendremos en que aquél se debate aún en los balbuceos de la primera infancia. Ello no es obstáculo para que en un momento determinado pueda sobrevenir el colapso.

Volviendo al film de René Clement, es prudente subrayar el amplio predominio del léxico visual sobre el verbal. Aun siendo evidente el parentesco de esta película con el cine italiano, el laconismo de *Juegos prohibidos* determina la última diferencia. Es en este aspecto donde la pieza de Clement adquiere una excepcional calidad. Y tal vez su fuerza radique precisamente en el violento contraste entre su arranque y la paz bucólica que destilan las imágenes posteriores del film. En uno y otro momentos, empero, René Clement acierta con el matiz pertinente y, lo mismo en el caótico éxodo de los fugitivos que en la simplicidad de las secuencias campesinas, se hace ostensible su aguzada

preocupación por las condiciones fotogénicas. No existe en el film una sola escena que dé pie para pensar que ha sido montada alegremente. Con la particularidad de que no por esto el film denota el agarrotamiento peculiar de las obras excesivamente elaboradas, sino todo lo contrario: *Juegos prohibidos* es un prodigio de espontaneidad y fluidez.

Ahora se anuncia la proyección en España del film *El espía*. La cinta, si sonora, carece de diálogos. Constituye, en suma, un intento de retorno a la pureza cinematográfica primitiva. No está mal la experiencia como esfuerzo reivindicatorio, si bien se nos antoja demasiado extremosa para hacer escuela. Es obvio que el cine no puede recoger velas tan radicalmente si quiere conservar el afecto de las multitudes. Por otro lado, tampoco creemos conveniente esta actitud, de la misma manera que nos mostramos enemigos de la locuacidad excesiva. Existe un punto medio cuyo modelo pudiera ser este inolvidable film de René Clement, *Juegos prohibidos*.

1953

Un western castizo

La película hispano-italiana *Carne de horca* se presta a numerosas consideraciones. En primer lugar, ya es loable el espíritu que la anima; el afán de concluir de una vez con la típica y tópica leyenda del bandolero de buen corazón, indulgente y generoso. Mas, de otra parte, *Carne de horca* viene a descubrir un género muy español, cuya expresión principal radica en el tiroteo y la cabalgada. Una especie de western castizo, asentado en nuestras serranías andaluzas. Esto demuestra una vez más que si nuestra cinematografía languidece, en un mediocre nivel, no puede decirse que sea por falta de motivos ni escenarios. *Carne de horca*, sin constituir una pieza redonda, reúne los suficientes valores para justificar los galardones con que ha sido distinguida.

No nos gustan del film el nudo propiamente dicho –el bueno involucrado puerilmente entre los malos con la finalidad de desenmascararlos–, la consumación invisible del linchamiento, escena magníficamente dispuesta para resultado tan pobre, los pastores de guardarropía y, particularmente, las escenas rodadas en interiores. Esto quiere decir que los valores de la película residen especialmente en la participación dramática de la naturaleza en el tema. El film pierde su recia contextura, diluyéndose en un novelón barato, cuando se abandonan los riscos o los blancos pueblos deslumbrantes. En cambio las secuencias al aire libre son de una abrumadora violencia plástica, alcanzando Vajda en determinados momentos magistrales

aciertos fílmicos. Tal ocurre, por ejemplo, con la llegada del cadáver del señor Osuna a horcajadas sobre el caballo, la muerte del barbero o el acoso de los bandoleros en el caserío del valle. Pongamos su tanto de mérito en manos del maestro Muñoz Molleda, que subraya estas escenas con un motivo musical muy adecuado y eficaz. Es, sin embargo, la brutal desnudez de los cuadros –muy a lo *¡Viva Zapata!*, lo que equivale a decir de la buena escuela del Indio Fernández– lo que imprime a estas secuencias su patético acento, de una sinceridad desacostumbrada en nuestro cine. Esto nos lleva a pensar que este sistema de coproducción –del brazo con los italianos– puede rendirnos positivos resultados. Esta *Carne de horca*, con todos sus errores, fácilmente comprensibles, sí es un verdadero paso hacia adelante. Una buena fotografía puede carecer de aliento. En nuestro cine estábamos habituados a una pulcritud fotográfica fría e inexpresiva. *Carne de horca* es un ejemplo de todo lo contrario. Si el cine ha de ser un medio de expresión por medio de imágenes, *Carne de horca* es, en ciertos momentos, un modelo muy estimable. Con la ventaja de que los tiros y las galopadas constituyen de por sí una seria garantía de que el factor público no ha de regatearle su apoyo y su calor.

1953

Sinceridad del cine europeo

A medida que el cine europeo va saliendo del bache producido por la guerra, se advierte, en contra de la creencia de muchos, que Europa no se conforma con ser una sucursal de Hollywood. Al margen de su mayor o menor producción, es patente que la cinematografía europea sigue conservando, y aun en forma más acentuada que en la preguerra, su personalidad. Más difícil sería deslindar campos dentro de lo europeo, supuesta la afinidad notoria, no ya entre italianos y franceses, sino entre éstos y –respetando categorías– húngaros, alemanes y españoles. *La balada de Berlín, Juegos prohibidos, Surcos* y *En algún lugar de Europa*, todas ellas excelentes películas, demuestran sobradamente que el neorrealismo no es exclusivo de Roma, siquiera, como el Renacimiento, tenga en ella su cuna.

Esta fidelidad a lo real, que a veces se confunde con lo sucio y sombrío, cuando no con lo tétrico, es una de las diferencias más acusadas que separan la cinematografía europea de la norteamericana.

Recientemente se han estrenado en nuestra ciudad dos films, de noble aliento artístico ambos: *El salario del miedo* y *Duelo al sol*, que pueden servir para puntualizar posiciones. No vamos a reparar en el aspecto técnico ni en el punto de vista utilizado por cada director, supuesto que ello equivaldría a personalizar. Cabe, sin embargo,

establecer características genéricas, que en el caso que nos ocupa evidencian la tendencia europea por los temas verosímiles, transidos de humanidad, en oposición al apego a lo ficticio, a lo desmesuradamente novelesco que tipifica la producción americana. Así, mientras *El salario del miedo* relata una peripecia convincente, que se ve y se toca, *Duelo al sol*, sin dejar de ser un film de muy estimables cualidades, se pierde en un enredo novelesco, totalmente artificioso.

La sensibilidad es más exquisita en el cineasta europeo. Los directores europeos dieron a Hollywood nuevas orientaciones, mientras su personalidad no quedó incorporada a la voluntad gregaria que rige los destinos del cine yanqui. René Clair es una buena muestra. Midamos la distancia que media entre *Me casé con una bruja* y *Mujeres soñadas*, y podremos ver hasta qué punto la fuerza absorbente de Hollywood enerva el genio creador.

Disquisiciones al margen, y con ellas las extralimitaciones del neorrealismo, resulta incontestable la mayor sinceridad del cine europeo de la hora presente. Y también su superior fidelidad a la hora que vivimos. Para Hollywood es inoperante la solución que da Clouzot a *El salario del miedo*. A los norteamericanos les cuesta demasiado sacrificar –aunque una mínima y elemental lógica lo exija– a los seres que en el decurso del relato conquistaron nuestras simpatías. Hollywood sacrifica espectacularmente a los gángsters, a los perversos y a los malos de los *westerns*, pero renuncia a eliminar o a dejar en la indigencia a los personajes atrayentes. Al antihéroe lo aniquila; al héroe lo premia con un prolongado beso. *The end*. Naturalmente esto constituye el secreto a voces del cine comercial. Suprímase esto, la apostura de los galanes, la rutilante belleza de las actrices, y la cinematografía yanqui renunciaría a la incuestionable predilección de que el gran público le hace objeto. Esto no quiere decir que cuando Hollywood lo pretende no pueda igualar, y aun superar, los modelos europeos. Citemos como ejemplos, sin salimos de las fronteras del año actual, *Brigada 21, Solo ante el peligro* y *¡Viva Zapata!* Tales excepciones no hacen sino confirmar, que el cine europeo sirve a la sinceridad como tónica, mientras Hollywood lo hace como excepción.

1953

Actores, ambientes y decorados

Días atrás hablábamos de la sinceridad del cine europeo, oponiéndolo a la artificiosidad que, en general, ofrecen los argumentos americanos. En realidad, la sinceridad del cine europeo obedece a otras razones de tanta entidad cuando menos como la que puede representar la mayor consistencia humana de sus temas. Es decir, no solamente es sincero

por los temas que desarrolla sino por su procedimiento. Esto nos lleva a pensar que el neorrealismo no radica tanto en los motivos como en las fórmulas. Reducir el sistema neorrealista a los argumentos pesimistas, ambientados en climas bajos y encarnados en una humanidad dolorida, es una concepción demasiado estrecha y vulgar, siquiera el realismo italiano, al margen de *Una hora en su vida* y *Tres enamoradas*, no nos facilite muchas muestras para una consideración más alentadora.

Así y todo, la sinceridad del cine europeo posee raíces más sólidas. Prescindamos de la ficción y reparemos, por ejemplo, en los ambientes. Con escasas excepciones, el ambiente del cine se habría contagiado de la artificiosidad del teatro. No nos brindaba ambientes reales sino prefabricados. Ésta fue la causa de que en la vida se hablase de una casa de cine o una fiesta de cine para definir algo que estaba más allá de la realidad. Algo que no era natural ni pretendía serlo. El cine estaba muy satisfecho de ser, al igual que el teatro, un artificio. De ahí esos salones asépticos, esas calles pulcras, esos barcos relucientes.

El cine europeo de la posguerra ha dado un golpe de muerte a esta rutilante mentira al prescindir de los decorados. La verdad está en la calle y en la calle hay que buscarla. Es posible que el neorrealismo sea el parto de una economía deficitaria. En ese caso el neorrealismo viene a demostrar que el verdadero artista, el genio, pinta con los dedos si no tiene para pinceles. El talento no puede esconderse. La agudeza del temperamento latino podrá manifestarse en una u otra forma de acuerdo con sus posibilidades dineradas; lo que no puede es sucumbir por falta de medios económicos.

Con la elusión del decorado, el cine italiano prescindió del hombre actor. He aquí otro mito. El actor en América no es ya un elemento primordial sino el principal factor del éxito. Muchas malas películas fueron sacadas a flote por un reparto de rostros conocidos. No por buenos actores, sino por actores populares. Los italianos han demostrado que el actor se esconde con frecuencia en cualquier hombre de la calle. El actor de cine no precisa dotes extraordinarias porque en el cine sobran la mímica y la grandilocuencia. El actor de teatro necesita muchas veces «subrayar» con la voz o con el gesto. En el cine este recurso puede obviarse fácilmente mediante un primer plano. El ensayo *de Ladrón de bicicletas* no pudo ser más expresivo. Las cintas italianas posteriores, evidentemente superpobladas, confirman el buen éxito del ensayo. En nuestros medios, Ana Mariscal omitió con valentía los actores de oficio en su *Segundo López* con un resultado halagüeño. Esto quiere decir, no ya que todos sirvamos para el cine, sino que no hace falta un don especial para encarnar una figuración cinematográfica. Tal vez todo se reduzca a sensibilidad.

Son, en suma, numerosos los factores a considerar en el cine europeo de la posguerra. Factores coincidentes en dotar al séptimo arte de un acento de sinceridad del que, con algunas excepciones, había carecido hasta nuestro tiempo.

1953

El interés artístico

Ignoro si son menos los films españoles que hoy merecen ser considerados como de interés nacional o si la propaganda de las empresas se ha cansado de utilizar el estribillo como eslogan publicitario. Lo cierto es que desde hace algún tiempo las películas españolas, salvo algunas y no siempre acertadas excepciones, afrontan el veredicto del público desnudas de toda coacción de carácter sentimental. Tal vez sea éste el procedimiento más ecuánime, supuesto que el cine, como la literatura, no deben valorarse tanto por el tema que abordan cuanto por la manera de desarrollarlo. Es decir, en arte no es la materia sino el trabajo de la materia lo interesante.

Al amparo de generosas concesiones ha proliferado en España un cine enclenque e inconsistente; un cine sin otro valor que sus pretensiones desmesuradas. Gran parte del nefasto cine de *barbas* y del desfibrado cine moralizador de nuestro tiempo consiguió una distinción amparándose en el carácter del asunto que abordaba. Nuestra disconformidad con el sistema no quiere decir oposición a que se filmen aspectos de nuestra historia, ni mucho menos a que se utilice el cine como instrumento de formación multitudinaria. Pero el cine es eso: cine. En este sentido, no puede desdeñarse el aspecto artístico, es decir, la resolución del problema. Si inocuo es el cine intrascendente, ayuno de sentido artístico, resulta evidentemente perjudicial el cine empeñado en una gran empresa, malbaratada por incapacidad o, lo que es peor, por negligencia de sus realizadores.

No es la primera vez que el cine transforma un tema sublime en una obra grotesca. He ahí el peligro de esta frívola inclinación que hoy se observa en nuestros cineastas por los motivos históricos. No hay que olvidar que la grandeza de un hecho o una figura se pierde cuando los medios empleados para esbozarla, o su disposición estética, resultan inadecuados.

Bien está, pues, que nuestro cine tenga un estímulo, siempre que su concesión no se prodigue, supuesto que en su vitalidad incipiente el cine español apenas si nos ofreció a estas alturas media docena de obras de mérito. No obstante, a la hora de atribuir cualquier distinción, debiera contarse con el factor artístico como elemento primordial y aun decisivo. Una obra de arte encierra siempre un

interés, aunque desarrolle un tema vulgar. Un tema grande, y aun magnífico, torpemente realizado no sólo merece el silencio, sino la censura.

1954

La lección de «El espía»

La película *El espía*, recientemente estrenada en Valladolid, se presta a numerosas y saludables consideraciones. En nuestra reseña crítica ya indicábamos que no es *El espía* una película a propósito para hacer escuela, puesto que, como dice certeramente García Escudero, volver del cine sonoro al mudo implicaría, siquiera aparentemente, un retroceso. Sin embargo, en *El espía* hay una lección que deben tener en cuenta las cinematografías de todos los países, incluida la italiana. El cine actual es un cine que habla demasiado. Con frecuencia se le va toda la fuerza por la boca. Tremendo defecto, supuesto que no es la palabra sino la imagen la que ensalza al cinema a la categoría de arte.

La palabra ha venido a popularizar el cine hasta el punto de relegarlo a la condición de prisionero de la masa. Esto, por un lado. De otro, la palabra pone en manos de los directores incompetentes un elemento mediante el cual puede explicarse todo aquello que no se sabe explicar con un léxico exclusivamente visual. He aquí los dos grandes peligros de la incorporación de la palabra al cine: darlo todo facilitado, con lo que se resta al arte la sutileza, y mixtificar, mediante la anexión de un factor extra-artístico, lo que en principio fue puro siquiera fuese incompleto.

En *El espía* se pronuncia una lección de sobriedad. Tan lacónico es el film *El espía*, que no se dice en él una palabra. Todo se apunta; todo se sugiere. A veces, la necesidad de hacerse entender exige la insistencia, la reiteración. De otra parte, no hay otra manera de imbuir en el espectador los sucesivos estados de ánimo del protagonista que su gesticulación, su mímica y las composiciones técnicas, los efectismos puramente fotográficos, que nos hablan de alucinación, arrepentimiento o miedo. Tamaña tarea no puede improvisarse; exige tiempo y cabeza. En nuestra reseña hablábamos de inteligencia. He aquí lo que *El espía* es: un film inteligente. Insistimos en que es la poda total de aditamentos, la concreción del tema a una línea escueta, desnuda, la que hace posible un film de esta naturaleza. Ninguna película actual sería comprendida por nadie omitiendo el sonido, el diálogo.

Esto no quiere decir que el cine deba retornar a la mudez absoluta. Pero una cosa es ésta, y otra, igual de extremosa pero más nociva para el cine-arte, la verbosidad descomedida. La mayor parte de las

películas venden a la palabra la esencia del cine. El matiz fotográfico, el matiz expresivo, el matiz en la composición de los planos, va desapareciendo porque mediante los personajes o la socorrida voz en *off* puede decirse cuanto se quiera, sin necesidad de comprimirnos los sesos para apuntarlo por el único procedimiento lícito: la imagen. En este sentido, el cine actual tiene mucho que aprender de *El espía,* una película que, ya que no como un camino, sí debe ser considerada como una oportuna y pertinente lección.

1954

Las pequeñas historias de Duvivier

Bajo el cielo de París viene a confirmar la predilección de Julien Duvivier por las películas de tema múltiple, por los argumentos de varios cabos. Duvivier, a través de sus etapas europea, norteamericana y neoeuropea, ha conservado esta característica que si se inicia de manera seria con *Carnet de baile*, se cierra con el film a que aludimos al principio, pasando por *Seis destinos* y *Al margen de la vida*, alumbrados en Hollywood. He aquí una trayectoria, índice de una manera original de concebir el cine. Si en *Carnet de baile* era un carnet el engarce de unas breves anécdotas, en *Seis destinos* lo fue un frac, y en *Bajo el cielo de París*, esta gran urbe. El aglutinante es accesorio, habida cuenta de que lo que a Duvivier interesa es dejar trazados en cada obra una serie de tipos, de caracteres. Duvivier gusta de reflejar la humanidad multiplicando en cada film los tipos y sus problemas; relatando una historia grande que es la suma de varias historias pequeñas, para lo cual se vale del subterfugio de conceder la primacía de sus películas no a una persona, supuesto que ello implica casi forzosamente una limitación, sino a un carnet de baile, a un traje de etiqueta o a una ciudad. Tanto vale.

Esta manera de ver exige una especial manera de hacer. Duvivier ha tenido imitadores, lo que no obsta para que él siga siendo el padre de las películas divididas en *sketches*. Unas veces aparecerán éstos consecutivamente; otras, entremezclados. De cualquier modo, esta interpretación de la vida en el arte cinematográfico requiere una técnica pertinente. El caso más reciente, *Bajo el cielo de París*, nos da fe de que los films de esta naturaleza deben basarse en la economía de los medios expresivos. Cualquier morosidad puede quebrar no sólo el ritmo sino la armonía de la obra. La matización de caracteres debe ser rápida, contundente, apuntada con cuatro trazos certeros. Ninguna historia debe imponerse a las demás, supuesto que cada una es una parte del todo. De ahí que, por encima del coto cerrado que es cada anécdota, ésta habrá que valorarla en función de las demás. La

película no queda resuelta en tanto no lo estén sus elementos integrantes por separado y determinada su respectiva correlación dentro del conjunto.

Ni la emigración ni el retorno a la patria han desviado a Duvivier de su trayectoria.

En su día admiramos y elogiamos *Seis destinos* y *Al margen de la vida*. Hoy, después de ver *Bajo el cielo de París*, observamos que a aquellos films les faltaba algo. Tenían, sí, una rara perfección técnica, pero adolecían de imprecisión ambiental. Duvivier ha necesitado volver a París para dar al medio ambiente una participación en su cine, como ya la tuvo en su famosa *Pepe Le Moko*. En nuestro comentario crítico hablamos de que la emoción del regreso se traducía en el film. También pudiera ocurrir que Duvivier necesite de la influencia del medio para que su sensibilidad entre en funciones. Sea como quiera, *Bajo el cielo de París* es una de las películas más completas del gran director francés; el director cuya debilidad por los temas múltiples, aunados en empresa común, es un hecho incontestable.

1954

La resurrección del melodrama

El melodrama tuvo su época de esplendor en la segunda mitad del siglo XIX, y no sólo por la generosa aceptación del pueblo, sino porque en esa época, tal vez porque en ella se sintieron atraídos por este género equívoco hombres de talento, se escribieron los únicos melodramas dignos de atención. Sin embargo, ningún otro género ha servido para patentizar de manera tan notoria a lo largo de los años la discrepancia entre los gustos del gran público y la voz de la crítica. La acumulación de peripecias, junto a la explotación de sentimientos exagerados, es una recta infalible para alcanzar el corazón de la masa. Tan es así, que los autores, percatados de que eran el número y la intensidad de sus incidencias el vehículo emocional más propicio, abandonaron la técnica y la sutileza como elementos superfluos, llegándose al verdadero engendro teatral.

Con el advenimiento del cinematógrafo, el melodrama encuentra un nuevo medio de expresión, incompleto, sin embargo, hasta la incorporación de la palabra al cine. No obstante, se usa y aun se abusa del melodrama puro como lo demuestran títulos que despertaron vehementes pasiones: *Los dos pilletes, Las huerfanitas de París*, etcétera.

Con el progreso de la técnica cinematográfica, el melodrama puro aparece con intermitencias. Las más de las veces se lo esconde bajo un insuficiente disfraz. En ocasiones de mano del género detectivesco,

otras diluido en una trama bélica. Sin embargo, se tiene el pudor de suavizar sus aristas. Es un melodrama discreto, mixtificado. Esto no es obstáculo para que de cuando en cuando asome la oreja el melodrama con toda su elementalidad de origen. Afortunadamente, esto sucede de tarde en tarde.

Es por esto más sorprendente la virulencia con que resurge el género en nuestros días. No sólo asombra la frecuencia, sino la desnudez primitiva con que se presenta. No se desdeñan los personajes típicos, ni los horrores típicos, ni los típicos reactivos sentimentaloides. Son sus elementos, el niño prematuro, la deshonra, el dolor de la madre separada de su hijo por el engaño o la violencia, el título aristocrático del padre, el refugio conventual, el ser perverso origen de todas las tragedias, etcétera, etcétera. Los folletinistas de hace cien años no utilizaron ingredientes distintos. Tenemos claros ejemplos que demuestran nuestra afirmación: *El derecho de nacer, Los hijos de nadie, Los hijos no se venden* y, con ciertas pretensiones más modernistas, la película española *Persecución en Madrid*.

No es lo más lamentable la reaparición de este género con toda su ingenuidad original, malsana y perturbadora. Lo peor es que esta clase de cine revive al calor fervoroso del pueblo. No es, pues, un ensayo. El melodrama prolifera con la seguridad de la diana comercial. La masa no le regatea su apoyo. Este cine, de otra parte, carece de toda virtud artística. Ocurre lo mismo que antaño. Basta y sobra con la acumulación de incidencias patéticas. Esto quiere decir que la nefasta reaparición del melodrama en su primitiva pureza, sobre suponer un nuevo estrago en la sensibilidad estética de las multitudes, de por sí poco cultivada, es un efecto más de los muchos y nocivos que procura el hecho de que el cine antes que un arte sea una industria.

1954

El cine español: confusionismo y desorientación

Acaban de discernirse los premios que anualmente concede el Sindicato Nacional del Espectáculo a las mejores películas españolas. Estos premios, pingües y numerosos, constituyen una prueba más de que el cine en nuestro tiempo es objeto de una generosa atención oficial. Ellos vienen a ser el complemento de los créditos rumbosos y disposiciones protectoras con que el Estado español distingue al cine entre las demás artes. Lo cierto es que, pese a estas andaderas, el cine nacional aún se mueve torpemente, y por cada una de cal nos da ciento de arena. La música, la novela, la pintura se defienden por sus propios medios y, pese a que hoy se las engloba en una crisis general del espíritu, es patente que el tono medio de cada una de estas

manifestaciones supera con mucho al nivel medio que ofrece nuestro cine.

El cine constituye hoy el arma de mayor y más directa influencia sobre las multitudes. De otro lado el cine puede ser para España, con el tiempo –si voluntariamente no restringimos su área de influencia a la América latina–, una saneada fuente de divisas. Como vehículo espiritual, y aun como inversión económica a largo plazo, consideramos, pues, que el cinematógrafo merece una atención minuciosa y una positiva ayuda por parte de las autoridades, lo que no quita para que, de vez en cuando, hagamos examen de conciencia y meditemos sobre si el actual sistema de estímulo y protección ha producido hasta la fecha algún resultado práctico. Es decir, si las bases sobre las que se montó esta ayuda son eficaces o convendría modificarlas.

El cine español en los últimos años acusa un cierto perfeccionamiento técnico. Sigue resintiéndose, empero, de temas insulsos, guiones endebles, escasez de actores y de directores con visión propia. En una palabra, el cine español se parece hoy al americano, mañana al alemán y pasado al francés. Le falta personalidad: le falta esa chispa espiritual que induce al espectador a descubrir la nacionalidad de un film sin necesidad de preguntar por su director. En suma, nuestro cine, pese al apoyo reiterado de los medios oficiales, sigue desorientado.

Lo malo es que con la lista de los premios gordos del Sindicato del Espectáculo a mano, tampoco resulta fácil salir de dudas. En primer lugar se ha hecho un maridaje extraño entre *Bienvenido Mr. Marshall* y *La guerra de Dios*. ¿Cabe establecer siquiera un parangón entre un film que empezando por la idea inspiradora es una suma de innovaciones audaces y otro que no es sino un cajón de tópicos dorado por una técnica brillante aunque fría? ¿Cabe anteponer la película *Jeromín*, prototipo del tan nefando y censurado cine de *barbas*, a *Carne de horca*, que, con todos sus defectos, ofrece en sus escenas de exteriores unos valores plásticos formidables? Ciertamente, el fallo 1954 del Sindicato no contribuye a esclarecer el turbio ambiente de la cinematografía nacional. Casi diríamos que fomenta el actual confusionismo. Uno se pregunta, ¿qué es lo que se premia? ¿Los valores estéticos o los valores comerciales? ¿El arte o la industria? ¿Desde qué punto de vista puede equipararse *La guerra de Dios* a *Bienvenido Mr. Marshall*? Los recientes galardones equivalen a decir: *La guerra de Dios, Jeromín*... he ahí el camino, cuando en realidad deberían decir: «Prohibido el paso».

1954

El color llegó al cine con una aspiración notoria de servir de adorno: de hacer más grato el espectáculo. Durante varios años el color ha cumplido una misión extra-artística, supuesto que el cromatismo de la imagen en nada cooperaba a reforzar su fuerza expresiva. No obstante, no todos los directores concibieron el color como un elemento ornamental y hubieron de ser los alemanes, con su inolvidable *Corazón de piedra*, los primeros en descubrir que el color podía desempeñar en un film un papel no ya digno, sino preponderante.

Tras *Corazón de piedra* llegaron *Lo que el viento se llevó* y *Duelo al sol*, films en los que honradamente se abandona la pretensión de dar al color unos matices naturales y, sin embargo, en grata pirueta impresionista, muy alejada de la realidad, se encuentra una fórmula artística para resolver el problema. No se trata de recrear, por ejemplo, una puesta de sol tal como Dios nos la envía cada día, sino de dar a este hecho una expresión pictórica. De esta manera el color se eleva de condición, se ennoblece, y permite en todo caso la interpretación personal. En las películas anteriormente citadas es ostensible la acritud de los tonos, acritud perfectamente acorde con los temas que desarrollan, congruentemente matizados en cada escena. No puede afirmarse con verdad que el color de *Duelo al sol* sea bueno porque es real, sino que es bueno precisamente por su condición fantástica, por sus tintas encendidas, hirientes, fuera de toda normalidad, pero perfectamente ajustadas al drama que sirven, de tal manera, que gran parte de la fuerza del film radica en este elemento. Algo semejante cabría decir de Lo *que el viento se llevó*.

La coloración, como la música, constituye un excelente resorte evocativo. Últimamente hemos tenido ocasión de ver cómo el ambiente parisino del novecientos se reconstruía prodigiosamente en la película *Moulin Rouge* a base de música y de color. Si *Moulin Rouge* ha de pasar a la historia del cine, no será ciertamente por su tema, sino por su color. El poder sugeridor del film reside, aparte de en el hábil trazado escenográfico y la propiedad del vestuario, en los tonos con que ha sido iluminado y, especialmente, en esa capacidad con que se comunica al espectador la sensación de atmósfera enrarecida, la atmósfera de vicio y disipación del *Moulin Rouge*. Sin duda, el colorido de *Moulin Rouge* no tiene nada que ver con el colorido de *Duelo al sol*, de la misma manera que el tema de uno y otro film nada tienen en común. Esto nos lleva a pensar que el color en el cine puede ser un factor artístico de primer orden, siempre que no se le considere un valor en sí mismo, sino un valor subordinado a la causa que sirve. Desde este punto de vista, convendremos en que no son los matices sino la propiedad con que se administren lo que da al color una

categoría artística dentro del cine. Una película es una armonía y en tal sentido no puede prescindirse de estudio previo del color, como no deben ser improvisados sus fondos musicales.

1954

El cine cómico

Tal vez el género cinematográfico más directamente influido por el advenimiento de la palabra haya sido el cómico. De aquella fórmula de la hilaridad utilizada por Charlot, Buster Keaton, Pamplinas, Harold Lloyd a esta otra aplicada hoy por los Bob Hope, los Cantinflas y los Sandrini, media un abismo. Seguramente es en esta faceta donde más claramente se advierte la decadencia del cine como medio de expresión *sui generis*.

La comicidad cinematográfica, cuya base estuvo antaño en la pantomima y la pirueta, ha pasado a residir en una defectuosa dicción. Hace pocos días, refiriéndome al estreno de una película de Sandrini, hacía observar que, de seguir por estos derroteros la comicidad iberoamericana, los castellanos precisaríamos del doblaje para comprenderla. Esto, que aplicado a Sandrini no pasa de tener un valor relativo, es mucho más acentuado en lo que se refiere a Cantinflas. El trabalenguas se ha erigido –¡grave pecado!– en el supremo recurso cómico del cine. Sobre estos dos cómicos se ha escrito mucho y se ha dicho que podrían ser geniales en manos de un buen director y operando sobre un guión escrupulosamente elaborado. Es posible que así sea, siquiera hasta el momento, y en mi modesta apreciación, ninguno de los dos nos ha brindado motivos de consistencia para que los consideremos otra cosa que unos caricatos discretamente dotados.

En el cine no debería haber lugar, o, de haberlo, muy reducido, para el chiste o la dicción torpe. El cine cómico del mundo está pidiendo a gritos un poeta que acierte a aprovechar los mil y un resortes que brinda la técnica de la imagen. La agudeza visual está virtualmente extinguida en el mundo del cine y cuando surge no es precisamente en un film cómico. René Clair y De Sica han sido en nuestros días los más diestros cultivadores de un humor esencialmente cinematográfico. Pero, estos señores no operan con cómicos y su humor es demasiado sutil. De otra parte, no son los directores sino los actores quienes han cambiado el sentido tradicional de las películas *de risa*. Son cómicos que sepan hacer reír mediante pantomimas y piruetas los que hacen falta. En su sosa excentricidad a veces fastidiosa por lenta y machacona, son Laurel y Hardy quienes conservan una idea más aproximada de lo que debe ser la comicidad en el cine. Tampoco los Marx se han traicionado a sí mismos, siquiera su gracia siga siendo

más propia de pista que de pantalla. En todo caso, el cine actual no tiene como el de antaño media docena de grandes actores que tengan la virtud de provocar la hilaridad sin necesidad de despegar los labios.

Cada día la cinematografía mundial está más enfangada en los temas de escalofrío. Si añoramos a los Chaplin, Keaton, Lloyd, etcétera, no es tanto por su arte de grandes cómicos como por el respiro que su presencia procuraría a los aficionados de nuestro tiempo, acostumbrados a levantarse de la butaca con los nervios de punta o las lágrimas en los ojos.

1954

Alfred Hitchcock

El panorama cinematográfico está lleno de hombres que vendieron su ambición artística por un plato de lentejas. Hombres que quedaron en promesas o cuya visión personal del cine duró lo que la estrechez económica. En este sentido, la llamada de Hollywood, en contra de lo que a primera vista pudiera parecer, ha causado al séptimo arte considerables perjuicios. El hecho de que Hollywood haya sido escuela de no pocos grandes actores y no pocos grandes directores no resta fuerza a la afirmación de que otros que arribaron allá en vías de ser grandes perdieron las alas y aun, lo que es más sensible, la noble ambición de descollar, ganados por la menos noble de la fortuna fácil. Hollywood, cuya superabundancia de medios técnicos es una realidad incuestionable, tiene el peligro de la fabricación en serie, de la estandarización. Es muy raro, efectivamente, teniendo en cuenta la fecundidad de los estudios americanos, encontrar un film que se separe de un cliché tópico, bien sea el del consabido *western,* el policíaco, el psicológico, el de la mascarada histórica o el de guerra. Hallar un film que, como *Solo ante el peligro* o *Brigada 21*, tenga un olor y un sabor propios dentro de un género trillado, es un hecho excepcional.

Tal vez por eso sea más sorprendente el caso de Hitchcock, el hombre que cambió Inglaterra por Norteamérica, sin desprenderse de su personal interpretación del cine. Hitchcock es el hombre que ennobleció el melodrama y basó su cine en unas características inconfundibles que van desde el contenido de los temas a las argucias de la realización. Las obras de Hitchcock son personalísimas. El gran director inglés no busca el impacto en el corazón sino en los nervios del espectador. Desde *39 escalones* a *Yo confieso*, la carrera de Hitchcock está jalonada de hitos emocionales: *Sospecha, Recuerda, Rebeca, La sombra de una duda*. Los asuntos de intriga los resuelve Hitchcock a base de dinamismo y un loable estudio de los tipos. Nada

digamos de sus recursos para exacerbar la expectación. Pocos directores han sabido despertar en torno a sus obras un clima tan denso, tan apasionado. Con la particularidad de que Alfred Hitchcock no operó casi nunca con argumentos extraordinarios. En el mismo caso de *Yo confieso*, un film digno de verse, Hitchcock recurre a asunto tan manido como el del sigilo sacramental, pero son los toques de ambiente, la individualidad de los tipos, su técnica de descubrimientos parciales, su persuasiva receta para mezclar imágenes y sonidos, las que otorgan a su cine una manera de ser que no admite confusión con ninguna otra. Casi ningún film de Hitchcock es una obra orgánica. El mismo *Yo confieso* ofrece un final desproporcionado y falso. Sin embargo, nunca una película de este director nos dejó fríos en la butaca. Esto quiere decir que Hitchcock tiene su fórmula y que pese a la emigración su fórmula sigue vigente. El mismo paralelo existente entre *39 escalones* y *La sombra de la duda*, se acusa entre *Posada Jamaica* y *Rebeca*. La escuela la lleva el hombre, no la hace el ambiente, siquiera muy pocos directores hollywoodienses se esfuerzan en confirmar esta verdad incontestable.

1954

Cine español: menos cantidad y más calidad

Leemos en una revista dedicada al cine una nueva lamentación referente a las dificultades con que tropieza la producción española. Éste es el cuento de nunca acabar, supuesto que los realizadores se quejan de la desafección del público y el público se queja del bajo nivel de las películas españolas. Para rellenar este abismo existe una protección oficial, no siempre bien encauzada, que coloca al cine en mejores condiciones que las demás artes o, si se prefiere, que las demás industrias, para hacer frente a la competencia. No es esto bastante, al parecer, habida cuenta que los enterados solicitan ahora para el cine nacional la exención de impuestos.

Desconozco la reacción de nuestros directores y artistas frente a estas reiteradas muestras de solicitud, si bien es evidente, que la solución de este problema, la solución terminante estriba sencillamente en que el cine español se gane la atención de los espectadores españoles. Se aducirá que esto no está al alcance de cualquiera y que la competencia en este terreno, donde no sólo el arte sino la técnica interviene, se presenta en condiciones desventajosas para nuestro cine. Éste es un enfoque erróneo de la cuestión, considerando que no son pocos los films españoles que en los últimos años, gozaron del favor público en una proporción igual o mayor que los mejores films extranjeros. Esto quiere decir que cuando se acierta

el público no regatea su apoyo. Ocurre, sin embargo, que en torno a tres o cuatro figuras con cierta visión cinematográfica pululan una serie de aficionados cuyas obras no sólo desprestigian su propio nombre sino el del cine español, siendo así que nuestro cine no está el pobre para muchos trotes.

Vigilar la producción sería un medio más eficaz que el de la exención de impuestos para evitar el colapso de la industria nacional. Es más gallardo ganarse la vida que deberla a la limosna y la compasión. Nuestro cine, si no en su mayoría de edad, sí está en condiciones de defenderse. Cuatro, seis, ocho títulos dan fe de ello. Lo verdaderamente nocivo es que lo malo, por más abundante, origine en el aficionado español una predisposición al escepticismo.

En España hay un problema de calidad, no de cantidad. Otro gallo nos cantara si la producción normal, con un ochenta por cien de películas deleznables, quedara reducida a la mitad, pero con un tono medio discreto. A esto debe atenderse de momento. A esto deben atender con frecuencia cuantos están embarcados en este negocio del cine. Hay que ganarse a cuerpo limpio el crédito y la confianza del país. El procedimiento es claro. No se trata de producir galletas, sino de producir obras de arte. Mendigar un aumento de la protección que ya se disfruta –premios, créditos, proyección obligatoria, etcétera– sin antes apurar la capacidad de nuestros técnicos, actores, estudios, etcétera, nos parece prematuro y fuera de lugar.

1954

El ojo mágico de Max Ophüls

El mérito de Max Ophüls en *Madame de…*, radica no sólo en haber conseguido un film vivaz y dinámico, sino en haberlo logrado contra viento y marea, luchando con un tema que, por su carácter, desarrollo y ambiente, propende al reposo y al estatismo. Del fútbol argentino se dijo un día que había dado en el clavo al descubrir que más importante que el que se muevan los jugadores lo es el que se mueva la pelota. Ophüls en *Madame de…*, descubre que un film puede ser movido sin necesidad de que se muevan sus personajes. Dentro de un salón cabe el desarrollo ágil de una escena que en manos de un director inexperto sería insufrible y farragosa. ¿Cómo ha conseguido el veterano director alemán este prodigio de la movilidad no disponiendo sino de un tema simple, dos escenarios y tres personajes por toda dotación?

Ophüls demuestra ser con esta película uno de los pocos directores que en nuestros días saben que el buen cineasta no debe hablar con palabras sino con señas, o, si se prefiere, mediante imágenes. Ophüls

no se ha dormido con la cámara en la mano. Ha hecho de ella un ojo curioso, inquisidor, cuya avidez de novedades nunca se da por satisfecha. El ojo mágico que Ophüls utiliza en *Madame de…* sirve no ya para ambientar, taladrando puertas, ventanas y cortinajes, subiendo del suelo al techo y bajando del techo al suelo, sino para perseguir a los tipos sin desmayo, arrancando en soberbios primeros planos la expresión de unos ojos o de unas manos. La cámara de Ophüls, en asombrosa ductilidad, amplía el escenario mediante investigaciones minuciosas y profundas, aprovechando la gran ventaja que el cine ofrece en este aspecto sobre el teatro. En una palabra, Max Ophüls ha logrado un film sencillamente excepcional sin materiales excepcionales, si excluimos los intérpretes. Todo en él es labor personal. Sobre este mismo guión un director mediocre hubiera fracasado. Ophüls no, porque es un hombre experimentado que no ignora que, cuando un tema ofrece limitaciones ambientales y una acción mínima, cabe buscar nuevas dimensiones, holgura y movimiento, no captándolos, supuesto que son inexistentes, sino creándolos, empleando un hábil juego de cámara, buscando nuevos ángulos y perspectivas. Lo más sorprendente es que Ophüls en tan difícil empeño no abandona nada al azar. Todo está previsto y estudiado siquiera en ningún momento dé la película señal de esfuerzo, de cosa excesivamente elaborada.

Otras virtudes hay en *Madame de…* que, como su fino humor, roto a última hora por la tragedia, su interpretación y sus diálogos, hacen de ella, si no una película precisamente aleccionadora desde un punto de vista moral, sí uno de los films artísticamente más interesantes de la presente temporada.

1954

Cine infantil

La decadencia del género cómico, la proliferación de películas truculentas y eróticas, la intelectualización del *western* han traído como consecuencia inmediata el alejamiento de la infancia de las salas de proyección. Hoy un niño apenas puede asomarse a un cine sin que pongamos en peligro su candor o su equilibrio nervioso. Esto es un mal. Y tan equivocados estamos en la apreciación del cine apto para menores, que con frecuencia admitimos como films pertinentes aquellos que exhiben con todo lujo de pormenores la técnica del crimen. Un beso puede hacer prohibitiva una película. Un tiro, por lo visto, no.

De un tiempo a esta parte, venía siendo Walt Disney el único hombre que de tarde en tarde enviaba un film útil no sólo para recrear

a nuestros hijos, sino para educar sus gustos y su sensibilidad. Walt Disney constituía algo así como una pausa en el tremendismo, realismo y erotismo de nuestro tiempo. Y uno dejaba, sin reservas, que sus pequeños se solazasen en estos espectáculos apropiados a su mentalidad; se fuesen empapando poco a poco en los valores artísticos, el estremecimiento poético y la ponderada moraleja de las fábulas de Disney.

Pero he aquí que *Alicia en el país de las maravillas* viene a demostrar que Walt Disney no puede ser considerado a ojos cerrados un creador apto para menores-menores. Dejemos de lado el bache que artísticamente supone este film en relación con los precedentes, bache que se acusa especialmente en la coordinación de elementos, que en el caso concreto de *Alicia en el país de las maravillas* está muy lejos de la perfección. Lo más sorprendente de la nueva obra de Disney es su concepción totalmente de espaldas, no ya a la comprensión infantil, sino a sus gustos y a su conveniencia. La línea elemental de anteriores piezas, el tono suave, amable, exquisito de *Blancanieves* o *La Cenicienta*, se quiebra aquí violentado por un prurito filosófico, se enreda en una complejidad ininteligible, se ensombrece con la presencia casi constante de monstruos y escenas excitantes, se desboca en un ritmo descomedido, vertiginoso, que sobre ser confuso resulta, por añadidura, nocivo. En una palabra, Disney se equivoca; cambia de bando y ofrece un film no conseguido desde el punto de vista artístico e impropio para sus diminutos e incondicionales seguidores.

A la vista del problema que crea la escasez de películas auténticamente infantiles, sería interesante que la cinematografía española, de producción caprichosa y desordenada, dedicase un poco de atención a aspecto tan interesante. No hablamos ahora de películas de dibujos animados, ni siquiera de esos films disparatados cuya esencia es la pirueta y la pantomima, sino de películas que, dentro de un tono intelectual asequible al público a quien van destinadas, conjuguen los valores artísticos con los valores recreativos o estrictamente formativos. A este respecto, aquel inolvidable *Pepino y Violeta*, salido de los estudios italianos, pudiera ser un digno ejemplo a imitar.

1954

Sangre y cama

En la Semana de Cine de Valladolid se ha proyectado la película *Mi sitio en la montaña*, que los críticos han considerado un pasatiempo infantil, una hábil recreación del mundo de Twain, pero falto de profundidad ideológica. El juicio no ha dejado de sorprenderme, ya

que si evidentemente *Mi sitio en la montaña* no es un filme genial, ni trascendente, sí conjuga valores suficientes para atraer y sostener la atención del espectador adulto. Entiendo que descubrir los misterios de la naturaleza y los entresijos del alma de un niño equilibrado y normal son dos objetivos lo suficientemente excelsos como para que el adulto les dedique unos minutos de atención. No ha sido así, sin embargo.

Por contra, la presentación, en el mismo festival, de una excelente película sobre una pequeña esquizofrénica ha obtenido el beneplácito general, sin duda por entenderse que el problema que la obra planteaba era más profundo. Claro está que esto de las profundidades es relativo y tan importante –me parece– es aprender a integrar a los pequeños en el mundo en que viven –y muy especialmente en la naturaleza– para facilitarles la elusión de la neurosis y de la esquizofrenia, como ayudarles a salir de la neurosis y la esquizofrenia cuando, debido a nuestra incompetencia para integrarlos en el mundo que los rodea, han caído en ellas. De esta actitud se deduce que la pedagogía para orillar los problemas, convertida en espectáculo, no ennoblece a éste y sí, en cambio, el tratamiento del problema una vez que éste se presenta. La entidad, por tanto, de un tema, reside, de acuerdo con este criterio, no en la prevención del problema, sino en su remedio. El vale más prevenir que curar puede ser receta útil para la vida, pero no a buen seguro para construir con ella una película, de lo que concluimos que la vis atractiva de una narración fílmica o literaria radica en buena medida en el morbo, en lo patológico.

Se ha escrito mucho sobre el estragamiento de la sensibilidad humana por mor de las obras de ficción, pero toda esta ofensiva de contención contra el cine negro, amarillo o verde, de poco ha servido, supuesto que la película sin sangre o cama apenas interesa ya al gran público. No se valora, porque, *a priori*, no puede ser importante. Sin embargo, no es lo más grave este estragamiento del gusto adulto, con serlo mucho, sino nuestra conducta orientada –quizá sin advertirlo– hacia la perversión del gusto infantil. Quiero decir que se equivocan quienes consideran *Mi sitio en la montaña* una película adecuada para niños. Lo será, a lo sumo, para aquellos que conservan su candor frente a las asechanzas incesantes del erotismo y la violencia, pero no para aquellos –entiendo que mayoría– que prematuramente han sucumbido a las solicitudes del sexo y la violencia y que valoran el atractivo de una película por la tensión erótica o la sangre en ella derramada.

De lo antedicho concluimos que, fuera de lo patológico, lo erótico o lo violento, ya no hay cine *importante*. La diferencia entre las exigencias de un espectador infantil y las de un espectador adulto es cuestión de matiz. Para el pequeño, el valor de un filme de buenos y

malos depende de la cantidad de sangre derramada. Para el adulto, del refinamiento con que la asechanza, y el subsiguiente derramamiento de sangre, se produzcan. Otro tanto cabe decir del uso de la cama. De todo ello inferimos que en el cine, la estética es simplemente cuestión de posturas: posturas para yacer o posturas para morir. Para los pequeños que han perdido su candor y apenas intuyen la estética, las posturas todavía no cuentan, sólo cuenta la cantidad, bien sea de muertos, bien de insinuaciones sexuales. Entiéndaseme que no soy un puritano y que creo que el sexo y la muerte violenta pueden facilitar excelentes argumentos cinematográficos, y, de hecho, los facilitan, pero me duele la unilateralidad, la obstinación para enfocar el mundo a través de este agujero, como si el mundo se agotara en la metralleta y la cama.

1969

Experiencias cinematográficas

Acabo de regresar del bello pueblo de Alburquerque en el que Mario Camus está rodando una película basada en mi novela *Los santos inocentes*. Esta excursión, muy ilustrativa, ya que, a más de constatar la maestría de Camus como director, he comprobado la ductilidad de Paco Rabal y Alfredo Landa encarnando dos papeles dificilísimos, no es, en contra de lo que alguien ha afirmado, mi primer contacto con el cine.

En su aspecto técnico-literario, conecté ya con él, hace veinticinco años, con ocasión del doblaje al español de la película *Doctor Zhivago*, anécdota que ya he contado en este libro. Mi cometido era muy concreto: realizar una revisión de los diálogos que me eran entregados en bruto. La misión tenía dos vertientes: pulir aquéllos de forma que, al ser trasladados al español, no perdieran eficacia ni eufonía, y ajustarlos estrictamente a los movimientos labiales de los protagonistas. A este respecto recuerdo que cuando, en la película en cuestión, un tren de prisioneros es trasladado a Siberia, uno de ellos se encara con el guardián y lo increpa con una breve letanía de improperios, tres en concreto. Mi obligación, en este caso, consistía en introducir en siete sílabas tales improperios; y ante la dificultad de encontrar en castellano tres vocablos lo suficientemente expresivos y breves para meterlos en siete sílabas, los reduje a dos, muy sonoros y concluyentes: *lacayo* y *lameculos*, vocablo este último un poco duro para la época, lo que motivó que mi vecina de butaca, el día del estreno de la película en Valladolid, se volviese sorprendida a su acompañante y le dijera: «¡Qué gracia! ¿Te has fijado?, también dicen *lameculos* en Rusia».

Esta experiencia me fue muy útil, ya que siempre he sido partidario de la economía literaria, de decir con el menor número de palabras el mayor número de cosas posible. Detrás de ésta vinieron otras intervenciones de menor responsabilidad, como la revisión literaria de tal o cual guión o una remota asesoría en aquellos que tuvieran como tema novelas mías. En este sentido, mi primera vivencia fue *El camino*, película rodada por Ana Mariscal en el pueblecito abulense de Candeleda. Recuerdo que ya entonces me sorprendió tanto la lentitud del proceso creador como que el argumento no se rodase linealmente, es decir, de principio a fin, sino fragmentado, sin ninguna lógica, filmando antes, pongo por caso, la muerte de un niño que sus travesuras. Recuerdo, también, que los pequeños protagonistas se cansaban de la morosidad del rodaje, de forma que cuando Ana Mariscal inició la toma de la escena en que Daniel, el Mochuelo, deposita un tordo entre las manos muertas de su amigo Germán, el Tiñoso, éste se había dormido profundamente en el ataúd, hecho que impresionó mucho a su madre, allí presente, pero que en punto a naturalidad facilitó extraordinariamente las cosas.

Con *Retrato de familia*, de Giménez-Rico, versión cinematográfica de *Mi idolatrado hijo Sisí*, la lección tuvo otro carácter. Se trataba de una novela de trescientas cincuenta páginas, lo que equivale a decir cinco o seis veces la extensión de un guión normal, con lo que la poda obligada de toda novela al ser llevada al cine se hacía en este caso extremada. Giménez-Rico resolvió el problema inteligentemente, no comprimiendo el argumento, sino limitando el relato al tercero de los tres libros de que la novela consta y apelando, en brevísimos saltos atrás, a los dos primeros cuando le era necesario para definir los tipos. Otra cosa aprendí en *Retrato de familia*, y es que a pesar de que uno pretenda evitar, revisando atentamente el guión, el exceso erótico gratuito, la imagen puede incurrir en él sin traicionar la letra, puesto que la imagen es muda y la cámara se filtra entre las palabras como el sol a través de un cristal.

Mis dos últimas experiencias, de momento, se refieren a *La guerra de papá*, de Antonio Mercero, tomada de mi novela *El príncipe destronado*, y *Los santos inocentes*, sobre la novela del mismo título y a la que Mario Camus estará dando ahora los últimos toques. La asombrosa lección de Mercero, como he dicho en otras ocasiones, fue servirse de un niño de tres años, Lolo García, y hacerlo actuar ante las cámaras con gracia y naturalidad, sin sospechar lo que estaba haciendo, como por juego. En el rodaje de *La guerra de papá*, Lolo García no trabajaba, jugaba. El admirable quehacer de Mercero estribaba en eso: en dar apariencia lúdica a lo que, una vez montado, habría de tener una finalidad seria.

Y no deja de ser curioso que ahora Camus, en Extremadura, esté

haciendo algo parecido, pero con adultos. También Camus trata de hacerlos jugar, aunque el juego, esta clase de juegos, no forme parte de las actividades normales del hombre. De ahí su dificultad. Porque si difícil es hacer que juegue un niño pareciendo que trabaja, no lo es menos que un adulto trabaje dando la impresión de que juega. Pero Camus lo consigue y Paco Rabal –Azarías– y Alfredo Landa –Paco, el Bajo– se comportan en la película como niños, como «santos inocentes», única manera de crear la atmósfera adecuada para que el tema propuesto funcione, es decir, convenza y conmueva al espectador.

1984

Dirigir a un niño

Transcurridos quince años de su estreno, he vuelto a ver la película de Antonio Mercero *La guerra de papá*, basada en mi novela *El príncipe destronado*. Creo que el primer acierto de Mercero fue cambiarle el título a la pieza, puesto que la Guerra Civil española, al cabo de medio siglo, sigue siendo un tema de actualidad cuyo rescoldo está lejos de extinguirse. Para justificarlo, Mercero, director exquisitamente sensible, no necesitó introducir alteraciones sustanciales en el tema, sino que le bastó con subrayar las constantes alusiones de Quico y sus hermanos a la guerra de su padre y acentuar la mentalidad reaccionaria de éste, no añadiéndole texto al guión, sino imágenes casi subliminales a la película –banderolas, fotografías, armas–, tan caras a estos grupos. Con tan leve insinuación hizo posible que el espectador reparara en la otra cara de la historia, semioculta por el asunto fundamental: el desvalimiento de un niño de tres años desplazado de su condición de benjamín por el nacimiento de una hermana.

El príncipe destronado fue, con *Cinco horas con Mario* y *Los santos inocentes*, una de las novelas que dejé dormir durante años antes de decidirme a publicarla. Pero mientras la interrupción de *Cinco horas con Mario* vino determinada por la renqueante marcha de la novela (con un Mario vivo, indigesto y antipático, erigido en conciencia del mundo) y el de *Los santos inocentes* por mor de una sequía que me dejó sin recursos después de presentar a los personajes del drama, en *El príncipe destronado* no hubo tal atasco, sino que su redacción discurrió fluidamente y fui yo quien decidió archivarla una vez terminada, por temor de que esta historia careciese del interés y la garra que yo había querido infundirle.

Recuerdo que la primera vez que Mercero y yo nos reunimos en Valladolid para hablar de la película, yo le expuse mis dudas acerca de la posibilidad de hallar un niño tan tierno (tres años) que fuera capaz

de expresar, con sus naturales limitaciones mímicas y sin saber de qué se trataba, un personaje tan complejo como Quico, el protagonista. Éste era un aspecto fundamental, puesto que sin niño no podía haber película, y echar mano de un niño retaco, físicamente retrasado, suponía un ardid tan burdo que convertía en grotesco un empeño, en principio, sugestivo y noble. Pero Mercero no se arredró ante la dificultad. Se pasó semanas enteras viendo desfilar a niños de tres años, guapos, feos, espontáneos o redichos. No creo equivocarme si afirmo que en aquellos días pasaron por sus manos más de cuatrocientas criaturas. Y cuando le llegó el turno a Lolo García y vio sus ojos, oyó sus respuestas y observó su naturalidad, me puso un telegrama entusiasta que decía: «Ya tengo niño», telegrama que vino a coincidir con otro del productor del filme, dispuesto a desistir del proyecto por falta de protagonista. Lo que Mercero hizo hacer a aquel niño ante la cámara es conocido de todos. Lolo García encarnó magistralmente al Quico, con lo que Antonio Mercero vino a demostrar que, a más de la imaginación propia del creador de historias (*La cabina*, *La Gioconda está triste*, universalmente aplaudidas), poseía unas dotes de director de actores sencillamente admirables. Porque la dirección de un niño tan chico no puede compararse con la dirección de un adulto. A un adulto se le instruye directamente; se dirige uno a un cerebro responsable. A un niño de tres años no servía de nada explicarle la historia que iba a interpretar. Entonces Mercero le creó un repertorio de juegos paralelo al de la historia, de tal modo que el niño jugaba durante horas y rodaba durante minutos, pero sin salirse de sus juegos. Los personajes de la película formaban parte de su mundo habitual, un poco distorsionados, de manera que levantaran en el alma del pequeño, ya antes de actuar, sentimientos de simpatía o antipatía. Así, cuando el niño golpea al recluta que besa a la Vítora es porque Mercero había tenido cuidado de que, al margen del rodaje, la Vítora fuese un personaje positivo para el pequeño, compartiese sus juegos y le obsequiase diariamente con dulces y juguetes. De este modo, cuando Mercero le hace reaccionar ante la cámara diciéndole que el Femio está pegando y mordiendo a la Vítora y que la defienda, el niño se lanza contra él a puntapiés y puñetazos, con sus modestas fuerzas, pero con auténtica furia. Claro que no en todas las escenas los estímulos eran tan directos. Pero es lo mismo, lo que quiero decir es que el pequeño Lolo no estaba actuando durante el rodaje, sino jugando, combinando su vida cotidiana con la de ficción. Y el talento de Mercero consistía en anudar ambas vidas, en sacarlo de la primera y meterlo en la segunda (la película) sin que Lolo se enterase apenas ni dejase de jugar. A mi juicio, Mercero se reveló en esta película, no ya como un consumado director de actores, sino como un avezado

psicólogo infantil.

Lo extraño de toda esta historia es que en un país como el nuestro, tan proclive a los galardones, este hecho, excepcional en el mundo, de que un niño de tres años soportase sobre sí el peso de una película de hora y media con la mayor naturalidad, pasara inadvertido a la hora de conceder aquéllos. Porque una de dos: o el pequeño Lolo García era un prodigioso actor a los tres años y, como tal, acreedor a un reconocimiento público, o era solamente un niño como los demás, al que la sabiduría y experiencia de un director habían hecho pasar por prodigio, en cuyo caso era éste quien merecía la distinción.

1985

Novela y cine

Hay un dicho publicitario que afirma que una imagen vale más que mil palabras, cálculo un poco exagerado desde el momento en que una novela –incluso la de más breve paginación–, para que quepa en una película de metraje normal, ha de ser podada previamente. La expresividad de una imagen, que puede ser mucha, es inevitablemente limitada. El dicho en cuestión puede ser válido en la descripción, es decir, el escritor tendría que acumular muchos adjetivos para describir una escena inerte que la plástica resolvería con una sola fotografía, pero en el aspecto narrativo carece de sentido. La imagen muerta, la fotografía, puede representar con fidelidad un lugar, pero si no la encadenamos a otras imágenes no refiere nada, todo lo más podrá sugerir algo, cosa que también puede hacer el escritor con muchas menos de mil palabras.

La idea que tenemos del cine, si la relacionamos con la novela, conlleva, como digo, la idea de poda. Adaptar al cine, convertir en una película de extensión normal una novela de paginación normal, obliga inevitablemente a sintetizar, porque la imagen es incapaz de absorber la riqueza de vida y matices que el narrador ha puesto en su libro, lo que quiere decir que no es equitativo que la relación entre palabra e imagen se establezca en la proporción de una a mil. Susan Sontag, aparte el problema de la extensión, ve en el fenómeno de adaptación de una novela al cine la cuestión, para ella insoluble, de que el filme asuma la calidad literaria del libro, problema que, para mí, deja de serlo desde el momento en que, de lo que se trata, es de contar la misma historia mediante un instrumento distinto, esto es, la calidad literaria sería sustituida en el cine por la calidad plástica, cosa que no siempre sucede pero es a lo que se aspira. De este modo, el problema número uno en este tipo de adaptaciones y prácticamente el único (contando con que el cine va a darnos una versión de la historia

distinta de la literaria) es el de la extensión. Para la misma Susan Sontag, la extensión ideal para hacer una película de un libro serían los cuarenta o cincuenta folios, y cita, como ejemplo de su aseveración, el filme *La señora del perro* sobre un cuento de Chejov, llevada al cine con el título de *Ojos negros*. A mi entender, si lo que pretendemos es que el director nos dé su personal visión sobre un tema, es decir, haga su propia obra, hay que concederle un mayor margen de libertad. Forzarlo a aprovecharlo todo implicaría agarrotarlo, regatearle la condición de creador. Quiero decir con esto que, a mi juicio, el material literario sobre el que va a operar un director de cine no debería ser demasiado largo pero tampoco demasiado breve. Una novela larga (corta) tal vez fuese lo pertinente. No un *roman* ni una *nouvelle*, sino un *roman* poco extenso. Mi limitada experiencia cinematográfica me enseña que de un *roman*, de una novela larga, el adaptador no puede darnos sino una síntesis, o una visión parcial. Ante una novela extensa se le abren dos caminos: o conservar el hilo conductor del relato y omitir las adherencias (escenas complementarias, personajes secundarios, matices anecdóticos) o filmar, únicamente, un fragmento cronológicamente limitado y olvidarse de los demás. La primera vía, aunque más ambiciosa, supone la destrucción de la novela base, incluida la estructura, mas optar por la segunda, aunque más respetuosa, comporta el inconveniente de que, ante la película, el lector-espectador se sienta lógicamente defraudado: en la novela ocurrían más cosas.

Giménez, Rico, autor de *Retrato de familia*, adaptación fílmica de mi novela *Mi idolatrado hijo Sisí*, resolvió de esta última manera el problema que le planteaba la paginación del libro. Yo entiendo que para resumir en un filme de cien minutos una obra de más de trescientas apretadas páginas (y dando por supuesto que una imagen no puede cargar con mil palabras) la solución ética es ésta: utilizar una parte y dejar intacto el resto. De los tres libros, de más de cien páginas cada uno, de que constaba mi novela, Giménez-Rico únicamente utilizó el tercero, con cuatro esporádicas incursiones a los dos anteriores para aclarar secuencias del último. Abarcar por completo los tres libros, hubiera obligado a Giménez-Rico a hacer una película de seis horas de duración, o mejor aún, un serial televisivo sin límites de tiempo.

Por eso digo anteriormente que tal vez la extensión ideal de una novela para ser adaptada *íntegra* al cine, sin forzar al director a moverse en una gatera (como ocurriría en el caso de un cuento largo), sería la de ciento cincuenta a doscientas páginas. Ante un libro de esta extensión, el adaptador puede contarlo todo o casi todo tras efectuar un desmochado inteligente que evite un despliegue innecesario de

secuencias. Eso sí, ante doscientas páginas e incluso ante ciento cincuenta, el director sigue obligado a eliminar cosas (las imágenes no soportan todavía semejante carga a pesar del famoso dicho), generalmente escenas o personajes episódicos. Cuando Antonio Mercero estrenó *La guerra de papá*, versión filmada de mi novela *El príncipe destronado*, algún comentarista insinuó que con una novela de tan corta extensión (167 páginas) y tan rica en diálogos, el guión estaba prácticamente hecho. Y esto era cierto en parte, puesto que, a pesar de todo, había que prescindir de aquello que alargara innecesariamente el filme o rompiese su ritmo. Tengo un poco lejana esta experiencia, pero quiero recordar que el guionista eliminó tipos episódicos, como el del señor Avelino, el tendero, y escenas bastante prolongadas como la escapada de los niños al piso de la tía Cuqui para ver la televisión, porque las 167 páginas de la novela aún le venían largas.

Más reciente tengo el rodaje de Los santos inocentes (176 páginas de letra grande y abierta). Mario Camus siguió fielmente la obra que, si corta, no fue para él una camisa de fuerza que lo inmovilizara, esto es, pudo eliminar –y eliminó de hecho– personajes y escenas que restaban fluidez al relato y cuya asunción hubiera representado tal vez un enriquecimiento pero, también, y esto era más grave, un desequilibrio de la obra: Rogelio, el otro hermano de la Nieves, no tiene, por ejemplo, sitio en la película. Ni lo tiene el Ireneo, el hermano muerto de Azarías. Tampoco la Nieves encuentra momento para expresar su deseo de hacer la Primera Comunión, tema que en la novela tiene su importancia pero que en el filme hubiera sido inoportuno o hubiese forzado a incluir una secuencia con el correspondiente alargamiento. Por otro lado, Camus aportó sus propias ideas: el hecho de insertar la historia de los inocentes sobre otra historia inventada por él, la de la Nieves y el Quirce redimidos, demuestra que, operando sobre una novela de extensión media, el tema no fuerza al cineasta, respeta su libertad, le permite desenvolverse, y, al propio tiempo, los cien minutos de proyección son suficientes para acoger, sin coparlos, la historia y los matices que el narrador expuso en su libro, lo que no sería tan fácil estirando una breve narración o comprimiendo una extensa. En ambos casos, por razones distintas, la obra base quedaría desvirtuada.

1985

La mirada del actor

Hay actores que afirman que, en su quehacer interpretativo, tanto les da el teatro como el cine, mientras otros se decantan en un sentido o

en otro. Yo creo que hay actores versátiles a los que el paso del cine al teatro, o a la inversa, no les afecta demasiado, lo que no quiere decir que sea lo mismo actuar para el teatro que para el cine, ya que el primer plano vino a revolucionar la expresividad anteponiendo el gesto al ademán. Hay que tener en cuenta que, a partir de la décima fila de butacas, los rasgos del actor se difuminan, sus palabras se pierden, y entonces, el actor, para hacerse comprender, debe reforzar no sólo el volumen de voz sino también su mímica. El actor de teatro da natural en la platea a través de un discreto énfasis que la distancia aminora. A veces ha de recurrir al aspaviento y la gesticulación para conseguir que en el patio de butacas cobre su verdadero sentido lo que trata de comunicarnos. Lo primero que debe tener, por tanto, el actor de teatro es un sentido de la medida para que la proyección de su voz, sus visajes y ademanes no se pasen ni se queden cortos. Después habrá que tener en cuenta otras cualidades –tono, prestancia, dominio escénico– para que podamos calificarle de buen o mal actor. Mas, de ordinario, el actor mediocre, antes que faltarle estas cualidades, de lo que carece es de mesura. El actor mediocre se excede, subraya la voz y la pantomima; chilla, gesticula. Hay en él una sobrecarga interpretativa o, como ahora suele decirse, se «sobre-interpreta».

Con el advenimiento del cinematógrafo, las circunstancias cambiaron para el actor, puesto que, al aproximar su rostro a la audiencia, bastaba un levísimo visaje para comunicar al espectador una emoción. Erróneamente se quitaba importancia a la voz (a menudo doblada), malinterpretando el hecho de que el actor ya no necesitaba forzarla. Pero simultáneamente adquirió valor algo que en el teatro no lo tenía tanto: un fruncimiento de cejas, el aleteo de la nariz, la profundidad de una mirada; en una palabra, la gesticulación. El actor, que ordinariamente procedía del teatro, había de dominarse al comparecer ante una cámara. El primer plano era un amplificador que podía traicionarlo. La imagen predominaba y, al mismo tiempo que se prescindía del manoteo excesivo, había que matizar el visaje, aprender a decir las cosas con los ojos.

Estas reflexiones obvias me asaltan al volver a ver la interpretación que el actor Francisco Rabal hace del protagonista de la película *El disputado voto del señor Cayo*. Rabal, según propia confesión, se metió en el teatro para llegar al cine. Permaneció cinco años en los escenarios para disciplinarse, para adquirir soltura. Pero el primer Rabal cinematográfico era todavía un Rabal gesticulante, pasado de mímica. Esto era muy frecuente entre los actores de cine que procedían de las tablas, es decir, casi todos. La carrera de Francisco Rabal ha venido a ser entonces un largo esfuerzo por eliminar lo superfluo, por controlar no ya su cuerpo, sino, y muy especialmente, su rostro, por alcanzar una austeridad expresiva. Buñuel fue para el

actor un encuentro saludable. *Nazarín* es ya una figuración muy digna, tal vez un poco rígida todavía, pero convincente. El actor avanza visiblemente en su camino de perfección. Hay que conocer el amor propio y la profesionalidad de Rabal para comprender sus progresos. Por otro lado, el cambio constante de directores opera a su favor, lo enriquece, le fuerza a estar siempre alerta, impidiéndole el amaneramiento. Así llega el que para mí es el momento cumbre de su carrera, de la mano de Mario Camus, encarnando a un retrasado mental, Azarías, en *Los santos inocentes*, trabajo que le proporcionó, junto a Alfredo Landa, el premio de interpretación de Cannes 1984, máxima distinción para un actor europeo. La figuración de Rabal, impecable, se diluye, sin embargo, al tratarse de un filme muy habitado. Como solía decirse en las antiguas gacetillas, «comparte honores estelares» con otros muchos actores y actrices de calidad (el citado Landa, Diego, Terele Pávez, Agustín González, etcétera), y entre los méritos de Camus sobresale este de haber sabido armonizar la participación de todos, sin hegemonías, en beneficio de la obra. Por otra parte, la interpretación de un tonto en una película suele ser muy socorrida. El exceso apenas se percibe; las dosis de gestos y ademanes no están tasadas, no claman. Y si además se le pone un pájaro en la mano, las posibilidades de acertar se multiplican. Naturalmente, no digo esto en demérito del actor; al contrario. En la interpretación del personaje de Azarías cabe la demasía, pero Francisco Rabal no incurre en ella. Su tonto es un tonto comedido, templado, absolutamente convincente. A lo que voy es a que con esta figuración no se agotan sus posibilidades; la provisión de matices que atesora su madurez. Para manifestarlas únicamente necesitará una oportunidad, una película con protagonista, de técnica astral, donde el resto de los intérpretes giren a su alrededor. Giménez-Rico va a proporcionársela con *El disputado voto del señor Cayo*. El señor Cayo-Rabal es aquí el eje, y Giménez-Rico lo trata como a tal, recoge la cámara, y durante muchos minutos del filme la historia se registra en los ojos del actor. Es a través de sus pupilas como llega a la sala. He aquí la prueba de fuego para el actor de cine. Rabal es poco expresivo cuando cava la tierra, gesticula o extrae reteles del río. El actor muestra en esas actividades esa especie de gravidez espesa que distingue sus movimientos y que, tratándose de un viejo campesino, le va muy bien. Pero con lo que Rabal comunica el apego a la tierra del señor Cayo, su humanidad profunda, su orgullo, su soledad, es con los ojos, en los primeros planos, de los que tan frecuentemente echa mano el director. Así, no es fácil olvidar la expresión de Rabal en la larga secuencia en que relata la historia del Paulino y, sobre todo, su mirada cuando responde al torpe ofrecimiento de los políticos: «Pero yo no soy pobre». En ese momento, además de asombro, esos ojos denotan

perplejidad, humillación, incredulidad, rebeldía... En suma, se trata de una mirada polivalente, la mirada de un gran actor de primeros planos –eso es Rabal– o, lo que viene a ser lo mismo, de un gran actor cinematográfico.

1988

El cine y la buena mesa

Con pocos días de diferencia, he visto dos películas, ambas excelentes, en las que curiosamente la comida juega el papel principal. No me refiero al grave problema del hambre sino al simple acto de comer, a la degustación sensual de exquisitos manjares en grupo. La primera, de John Huston, está basada en el relato «Los muertos», de James Joyce, recogido en su libro *Dublineses*, cuya publicación provocó en su día la reacción violenta de sus conciudadanos al considerarse ridiculizados por el autor. La película, titulada asimismo *Dublineses*, me confirma en la impresión que ya me sugirió la lectura del libro, esto es, que Joyce pone más ternura y comprensión que acritud en el juicio de sus compatriotas.

En este relato que sirve de base al filme, las hermanas Morkan, dos viejas profesoras de música, y Mary Jane, su sobrina, obsequian, siguiendo una tradicional costumbre, con una cena de fin de curso a los alumnos de su academia. Salvo la recepción y despedida de invitados, los personajes se pasan la película comiendo. El eje del filme es la comida. La comida como rito, las relaciones con los vecinos de mesa, las evocaciones, los comentarios generales, el discurso final, prevalecen sobre la plasticidad de los manjares. Y como es habitual en Huston, el estudio profundo de los tipos, la perfilada diferenciación de los comensales (las viejecitas pusilánimes, el fracasado, el borrachín perturbador, la alumna predilecta) infunden interés a una larguísima secuencia que, sin la sensibilidad de su autor, hubiera resultado insoportable.

Aún permanecía viva en mí la sorpresa de este filme, el hecho anómalo de que una comida sirviera de base a una película y con semejante futilidad un director pudiera deleitarnos durante hora y media, cuando asisto a la proyección de otra, *El festín de Babette*, del director danés Gabriel Axel, cuyo argumento, sutilísimo, acaba desembocando en otra comida, la que Babette, la criada de dos ancianas, también hermanas, brinda a la pequeña congregación parroquial de que forman parte, con motivo del centenario del nacimiento de su pastor. También aquí existe cierta ceremonia social, comunicación, protocolo, preparativos y despedida, hasta el punto de que, sin ser lícito hablar de plagio, uno se ve forzado a pensar que

Axel conocía la obra de Huston o a la inversa. En cualquier caso, la originalidad de Axel estriba en el hecho de haber cargado el acento, antes que en el ágape, en el aspecto puramente visual de las viandas. La preparación de los platos (con el previo regodeo en las materias primas), su aliño, condimento y adorno, son referencias sustanciales, de una plasticidad sensual, que a menudo dominan sobre la entidad de los comensales y hacen la boca agua al espectador de buen diente. En *El festín de Babette* hay una exaltación culinaria, una primacía del artículo comestible que en *Dublineses* queda un poco relegada, aunque en ambas películas, repito, el ágape, la preparación, ingestión y degustación de manjares constituya el elemento primordial.

Anoto la peculiaridad de estas obras que, aun siguiendo la corriente hedonista del momento, han tenido el valor de cambiar la cama por la mesa o, como cierta pintura europea influida por el puritanismo, el desnudo por el bodegón. En *Dublineses* y *El festín de Babette* se exalta la gastronomía por encima del erotismo. Hay una sustitución de un pecado capital por otro: la lujuria por la gula. El instinto placentero sigue moviendo a los protagonistas, mas en este caso el placer es gustativo.

Pero, se preguntará el lector, ¿todo queda en eso? ¿No hay más que un cambio en el estímulo hedonista de los personajes? ¿Se limitan Huston y Axel a ofrecernos dos admirables ejercicios cinematográficos o se trasluce de sus películas una segunda intención? Yo, siguiendo con el paralelo entre ambos films, quiero ver en ellos, en los dos, una utilización de la comida –y, por extensión, de la bebida– como elemento liberador; los dos ven, en el mero hecho de compartir la mesa, una oportunidad de comunicación entre seres habitualmente encerrados en sí mismos, aislados y solitarios. Bajo la euforia creciente, aunque siempre controlada, de los comensales, existe una comunión, un anhelo de relación, una voluntad de diálogo que les induce a soltar las lenguas y provoca confidencias insospechadas, celosamente guardadas durante décadas. Así, en *Dublineses*, en su espléndida escena final, Gretta confiesa a su marido que su amor, el único amor de su vida –sí que platónico–, fue un adolescente muerto en Galway a los diecisiete años. De análoga manera abren sus almas los vecinos de la aldea danesa, desvelan, por vez primera, las razones de sus viejas rivalidades, y hasta el general –invitado de honor–, que visitó el lugar en sus tiempos de cadete, declara a una de las viejecitas anfitrionas su amor vitalicio. En suma, sin excesos de glotonería ni borracheras estentóreas, sin trasmutar en orgía un ágape fraternal, Huston y Axel coinciden en considerar el acto de comer como una válvula de escape, una oportunidad para hacer aflorar los sentimientos y rencores que de otro modo se pudrirían indefinidamente en los corazones de los hombres.

[1990]

La cuna de Rabal

A pesar de su sólida constitución, de sus despachaderas, de su rostro tallado a hachazos, Francisco Rabal no es lo que en cine suele entenderse por un hombre duro. Diría más: Rabal es un ser afectivo, hondo y familiar, proclive al sentimentalismo. Ante la más mínima manifestación de cariño, los ojos del actor se enternecen, se nublan de lágrimas. Midiendo su físico y sus características de actor por el baremo del viejo Hollywood, y dando de lado cualquier tentación comparativa, yo diría que está más cerca de Spencer Tracy que de Humphrey Bogart.

En cierta ocasión, Rabal me mostró un periódico en el que se hablaba con elogio de uno de mis hijos y, mientras yo leía el artículo, él me observaba con atención:

–¿Es que tú no lloras? –me preguntó de pronto, desconcertado.

–Pero lo que aquí dice no es para llorar, Paco.

–¿No? Yo cuando leo algo bueno de mis hijos siempre lloro.

Hace unos años acompañé a Rabal a Murcia, a la tierra donde nació y dio sus primeros pasos, y comprobé su emoción, su profundo sentido familiar, tanto cuando la inefable Chacha Damiana nos invitó a comer un pulpo con ajos tiernos, como cuando sus primos Catalina y Giner bajaron de su casa de Totana para hacerle el rendibú. En ambos casos Rabal puso el corazón por delante, una afectuosidad exenta de formalismos. Y es que Rabal cuando besa es que besa de verdad.

Pero –me pregunto– ¿no será esta dilección, esta espontánea efusividad, la condición natural del murciano de la costa? El habitante de Águilas, moreno, cenceño, de mirada ardiente, recata algo de bereber (Orán queda a un paso, en la otra ribera del Mediterráneo); ante el forastero se muestra dulce, afable, extravertido, acogedor, muy sensible a la lisonja. Y su aparente dejadez levantina no le ha impedido incorporarse al exigente cultivo de invernadero nacido hace pocos años unos kilómetros más abajo, en la provincia de Almería. El aguileño, tesonero y eficaz, ha abandonado el tradicional trabajo del esparto, para aplicar su laboriosidad a la rentable técnica del goteo. Paco Rabal se identifica con este cuadro humano hecho, a partes iguales, de afectividad y trabajo. Y ante esta identificación cabe preguntarse una vez más: ¿es el hombre su medio? Ortega ya nos dejó dicho: dime el paisaje en que vives y te diré quién eres. Pero si esto es así, ¿es que la mina del interior, los cuarteles serranos donde Rabal nació, tienen algo que ver con esta dulce cadencia del litoral?

Porque, en rigor, Águilas, la población de Águilas, no es la cuna del

actor. Su verdadera cuna está unos kilómetros más arriba, en las viejas minas de la sierra de Almenara, en un cordal de trescientos metros más o menos, que empuja suavemente a la pequeña península hacia el mar. Ahí, en la parte central de ese serrijón moteado de espartizales, en la Cuesta de Gos, entre Peñarrubia y Pinares, vio la primera luz Paco Rabal. ¿Y no se repelen, en principio, la aspereza de la mina y el idílico ambiente del litoral? ¿No viene a ser la mina sinónimo de naturaleza muerta, de tierra calcinada? No exactamente en la mina levantina. Esta mina no imprime carácter al paisaje, no lo asola, no lo destruye. Entre el cordal de Almenara y la costa no hay solución de continuidad. La serrezuela es árida como la tierra de los bajos no redimida por el agua; pero ni una ni otra sugieren la idea de desolación. La mina –pozos verticales en la tierra– no trasciende aquí; diríase que se puso un especial esmero en abrir los pozos sin herir el paisaje. Incluso los viejos mineros ejercían aquí, en sus horas libres, de labradores. En la mente del actor prevalece la imagen del padre campesino sobre la del minero. Y recuerda que cuando, con sus primeros ahorros, le regaló un chalé en la Ciudad Lineal, aquél, con un claro sentido práctico, desmontó los arriates para sembrar patatas.

Hoy que los pozos de la mina, flanqueando las ramblas, están medio cegados y los cactus y las pitas crecen en torno suyo, el bucolismo del Rincón de los Rencos, donde Rabal nació, se acrecienta. Media docena de casitas diseminadas, con emparrados en sus puertas y naranjos en los bancales, se asoman a las profundas cárcavas y ponen en el cordal, de un tono marrón volcánico, una nota de frescor. La rambla madre se abre ladera abajo a un mar lejano, puro y azul, y en los altillos florecen de blanco y rosa los almendros, en tanto en los abrigaños se resguardan higueras y olivos, alguna que otra palmera subrepticia. Nada evoca aquí la dureza, la oscuridad de la mina. Dentro de un clima piadoso, la Cuesta de Gos, más concretamente este Rincón de los Rencos, con sus olivas y sus higueras, compone un entrañable retablo bíblico. Y sin embargo, sabemos que el actor pasó aquí, de niño, penalidades. La familia vivió en la pobreza y, en épocas negras, hasta conocieron el hambre. Es decir, este tibio rincón fue en ocasiones frío e ingrato para el actor y los suyos, mas, no obstante, el ambiente prevaleció, la luz y la dulzura del paisaje pudieron más que las circunstancias familiares. Quiero insistir en que Rabal es todo lo contrario de un hombre duro, sombrío o amargado, aunque por dentro vaya otra procesión.

En su temple, en su risa, en su disposición, abierta a la vida, en su carácter, se traslucen antes que la necesidad, el encanto y la ternura del Rincón de los Rencos, el esplendor de esta tierra. Así las cosas, tal vez fuera oportuno revisar la sentencia de Ortega en el sentido de que no es tanto el paisaje en que se vive el que hace al hombre, como el

paisaje *en que se vivió de niño;* es decir, es el medio el que actúa como futuro determinante: dime en qué paisaje se desarrolló tu infancia y te diré cómo serás de adulto.

1993

¿Un hombre de cine?

La Semana de Cine de Valladolid ha tenido la gentileza de dedicarme un ciclo del último festival con un libro incluido, *Miguel Delibes. La imagen escrita*, debido a la pluma de Ramón García. En general, los ciclos, y no digamos la edición de libros de homenaje, estuvieron reservados hasta ahora, en la Semana, a directores, guionistas o intérpretes, gentes que aportaron algo personal a la historia del séptimo arte. Y si siempre ha sido así, ¿cómo justificar esa comparecencia mía en este certamen de 1993? ¿Puedo yo ser considerado, en alguna medida, un hombre de cine? ¿Hasta dónde? Yo creo que, estirando mucho el concepto, quizá encontraríamos alguna razón tangencial para explicar el fenómeno. Siete novelas mías, por ejemplo, han sido trasladadas a la pantalla, hallaron en la imagen una prolongación de su existencia literaria. Mi nombre ha servido como elemento aglutinador de los trabajos de varios directores de primera fila, como Mario Camus, Antonio Giménez-Rico, Antonio Mercero o Ana Mariscal. Esto es, algún valor plástico debió de encontrarse en mis obras literarias para que esta transposición se llevara a efecto nada menos que en siete ocasiones diferentes. Pensando en estas cosas, llego a la conclusión de que quizá hay algo en mis narraciones que las aproxima al cine, que existen prosas que, quizá por estar pensadas en imágenes, encuentran el complemento que las redondea mediante su adaptación cinematográfica.

Esto al margen, no puedo ocultar la importancia que el cine ha tenido en mi vida. Como espectador me inicié a los seis años en el cine Hispania de Valladolid, todavía mudo, donde semanalmente se proyectaban películas apropiadas para niños. Esta costumbre de frecuentar las salas de cine la conservo de viejo pese al empeño de la televisión por meternos el invento en casa. El cine, película aparte, es magia, y uno necesita penumbra, compañía discreta, sombras silenciosas en derredor, y un timbre nervioso anunciando la proyección para ser seducido. Todo lo que no sea eso es puro sucedáneo.

Quince años después, recién ingresado en *El Norte de Castilla*, hice mis pinitos en la crítica cinematográfica. Es ocioso aclarar que aquellas críticas no eran tales críticas sino unas líneas de orientación para el lector del periódico, por lo que, fuera de algunas

intervenciones afortunadas, como el entusiasmo con que recibí la aparición del neorrealismo, no hay en ellas, creo yo, nada reseñable.

Más tarde sí tuvo lugar un hecho singular y aislado, tal vez el único en el que he desarrollado una actividad estrictamente cinematográfica: me refiero al doblaje de la película *Doctor Zhivago*, o mejor dicho, la versión definitiva de unos diálogos burdamente traducidos del inglés. Esta tarea, partiendo de las conversaciones en bruto, no ofrecía ninguna dificultad. Únicamente había un punto clave y comprometido que era precisamente el que hacía atractiva la tarea: la necesidad de ajustar los diálogos a los movimientos labiales de los personajes. La Metro, productora del filme, me facilitaba el número de sílabas de que debía constar cada frase y yo había de ceñirme a él. A veces faltaban o sobraban sílabas y entonces era necesario remover toda la frase para acoplarla a los movimientos previstos. Fue una labor divertida que me llevó bastante tiempo.

–¿O sea que usted no ha intervenido a fondo en ninguna de las películas que se han rodado sobre sus novelas?

Entendámonos. Intervenciones de fuste no he tenido ninguna. Desde siempre he visto muy claro que existen dos actividades paralelas pero que nada tienen que ver la una con la otra: contar una historia con palabras y contar la misma historia con imágenes. Son dos cosas distintas aunque a simple vista pueda parecer lo mismo. Entonces, en todas las ocasiones en que mis novelas han sido llevabas al cine, menos en una, yo he tenido un trato amistoso con los directores de mis películas: hemos charlado largamente, hemos cambiado impresiones, incluso hemos discutido, pero a la postre han sido ellos los que han contado la historia a su manera, como debe ser. Únicamente peiné los diálogos o escribí aquellos otros que no figuraban en las novelas para que no desentonaran del resto.

En el ciclo que ha llevado mi nombre en el Festival de Valladolid no ha habido, pues, obras mías en sentido literal, sino obras ajenas inspiradas en obras mías que tal vez se escribieron bajo la influencia del cine pero nunca con la intención de ser trasladadas a él.

1993

La suplantación

¿Qué siente un narrador cuando ve que los personajes que él creó para animar una novela, y que únicamente existían en su imaginación, se levantan y toman cuerpo real en una película o una obra teatral basada en aquélla? Ésta es una cuestión que suele plantearse cada vez que un entrevistador aborda el tema de la relación del escritor con el

cine y ante la cual yo debo reconocer que, en principio, el autor ve en el actor, al margen de toda valoración, un entrometido. Aquel señor no se corresponde con el personaje imaginado por él. Es más viejo, o más gordo, o más cutre; carece, en una palabra, del físico y las maneras que él le atribuyó.

Este hecho, sin embargo, deja de tener sentido cuando el actor se identifica con el personaje y hace de él una creación. En ese caso se va operando en la cabeza del autor un proceso de subrogación, la figura del actor se agiganta en tanto la imagen ficticia del personaje se va desvaneciendo poco a poco. A estas alturas resulta indiferente que el actor sea más alto o más bajo que el modelo, su actuación va configurando a un ser humano que apenas tenía una borrosa existencia en la mente del autor, y, si su interpretación es sobresaliente, la suplantación será todavía más rápida y eficaz. No sólo la imagen del figurante terminará desplazando al ente imaginado, sino el autor aceptando que el difuminado personaje imaginado ha desaparecido para convertirse en un ser de carne y hueso: el actor que tiene ante sus ojos. Un curioso fenómeno de subrogación que yo he vivido repetidas veces en el teatro y en el cine hasta el punto de que hoy no puedo recrear el físico de alguno de mis personajes novelescos sin recurrir a la imagen de la actriz o el actor que los encarnaron. Digamos, para entendernos, Lola Herrera con Carmen Sotillo o Paco Rabal con el señor Cayo.

Creo, pues, que la cosa no ofrece dudas: el personaje ficticio sigue vivo en la mente del creador mientras un buen actor no lo asesina. O para decirlo de otra manera: ante un mal actor, el perfil del personaje inventado subsiste, pero ante uno bueno se esfuma y el intérprete se erige en protagonista con tanta autoridad como si el primero no hubiera existido.

Pero aquí no terminan todas las combinaciones posibles. Por ejemplo, en el teatro, el protagonista es un ser coyuntural que mañana puede ser sustituido por otro. Nadie es único protagonista de nada hasta el fin de sus días. Esto quiere decir que lo normal es que el protagonista de una función sea mañana reemplazado por otro de distintas características. Y ante una segunda interpretación ¿qué sucede en la mente del creador que estaba identificado con la primera? Afinando, pueden ocurrir dos cosas: primera, que el suplente sea de escasa entidad, en cuyo caso la imagen del primero sigue imponiéndose como si aquél no hubiera existido, y segunda, que el nuevo tenga tanta personalidad como el primero, y entonces se produce en la cabeza del autor una disociación. ¿Cuál de los dos es «su» personaje? La duplicidad es notoria. Bien mirado, los dos lo son, aunque en buena lógica dos personajes distintos no puedan encarnar convincentemente un mismo personaje, hecho que viene a provocar en

el autor un fenómeno de esquizofrenia. Aquellos dos intérpretes son diferentes, tal vez opuestos, y sin embargo ambos se adaptan al personaje inventado como el guante a la mano. Cada uno a través de su personalidad le infunde vida, provocando de entrada, en la mente del autor, un grave desconcierto. Hablo por propia experiencia y de un hecho aún próximo. José Sacristán, al cabo de un año y medio de interpretar a Pacífico Pérez, protagonista de *Las guerras de nuestros antepasados*, cede los bártulos a Manuel Galiana. Sacristán hace un Pacífico ingenuo, osado y terminante, muy divertido y conmovedor; el Pacífico de Galiana es más cauto, parsimonioso y apocado pero igualmente convincente. ¿Cuál es el Pacífico que a la postre prevalece en la mente del autor? ¿En cuál de los dos piensa cada vez que le hablan de ese personaje? Mi respuesta puede parecer salomónica pero tengo que reconocer que pienso en los dos. Dos grandes actores no se excluyen mutuamente al infundir vida a un mismo personaje sino que lo completan y enriquecen. Después de ver actuar a Sacristán uno piensa que acaso le convendría el freno de Galiana y, después de ver a Galiana, tal vez eche de menos el desgarro de Sacristán. Dos creaciones. Dos actores muy distintos para un solo Pacífico verdadero.

[1996]

Milana bonita

Yo he tenido mucha suerte con las películas que se han hecho de mis novelas, ocho o diez ya, pero sin duda ha sido *Los santos inocentes*, de Mario Camus, la que más satisfecho me ha dejado. Mario Camus logró una obra de arte, una de las mejores películas que ha conseguido el cine español en los últimos años. Acertó a impregnar de poesía el aire y las criaturas de la novela, una novela que yo concebí como un poema en prosa.

Recuerdo que Camus se me presentó en Sedano un verano con el propósito de hacer una película sobre mi novela. Me pareció una buena decisión y una buena mano. Porque hay una cosa clara: se logra una buena película cuando se cuenta, primero, con un buen narrador y, después, con un buen cineasta. Entonces, normalmente, no hay nada de qué protestar.

La mitad del guión estaba ya hecho por mí y entre los dos modificamos alguna cosa: textos y adaptación de nuevos diálogos, sobre todo. Pero Camus aceptó la historia, prescindió de algún personaje, y la puso de pie. El director de cine no ha de ser más respetuoso con la novela que el novelista con el guión.

Prescindió, por ejemplo, de uno de los hermanos de la Nieves, el hijo del guarda, e incluso de alguna de las situaciones de la novela,

como aquel golpe de gracia de los señoritos del cortijo para enseñar el abecedario a los porqueros y gañanes de la casa; mató incluso algún mirlo y unas cuantas tórtolas que revoloteaban por mis páginas, pero vino a demostrar que de una novela corta, sensiblemente corta, puede hacerse una gran película.

Los santos inocentes no planteó muchas dificultades, ni para Camus ni para mí. Enseguida supe que iba a ser una estupenda película. Atábamos cabos pronto y sólo los mirlos o los milanos, las urracas o los palomos poblaban nuestras discusiones. Incluso Camus aprovechó una niebla inusual en Extremadura para rodar y darle mayor profundidad al ambiente. Al principio, recuerdo, Mario quería eliminar algunas reiteraciones de mi querido Azarías y algunas otras frases que podían cortar el ritmo del relato. Y yo no quería. Me estoy refiriendo a ese «Milana, bonita», tantas veces repetido en el guión y que acabó convirtiéndose en el grito de guerra del bueno de Rabal, que coreaba todo el mundo en Cannes, en aquel Festival que nos concedió el premio. «Qué razón tenías, Miguel», me decía Camus, encantado de haberme hecho caso.

El éxito de *Los santos inocentes* se debe en gran parte a los actores. Yo tenía toda la confianza del mundo en Landa y en Paco Rabal. Había trabajado con ellos y sabía que eran magníficos. Pero no había trabajado nunca con Terele Pávez, que me pareció un fenómeno. Cuando, el primer día, la vi hacer de madre de los chicos, tan perfecta, me dejó asombrado. Y estupendo también Juan Diego. Realmente no estuvo mal nadie. Es, en fin, una de esas películas en la que empiezas a mirar y está todo el mundo acertado. Tal vez por eso no me produjo un gran impacto: Aparecían realmente en la pantalla los personajes qué se movían y hablaban en la novela. Supongo que no es fácil lograr la sintonía. Yo quedé más que satisfecho.

Antes, y después, se han hecho otras películas sobre novelas mías. *El príncipe destronado o El señor Cayo* han conseguido también, como *Diario de un jubilado*, buenos personajes. Muy recientemente, se ha rodado *Las ratas*, que tal vez tiene más aire de documental castellano que de película tradicional, y en estos momentos estoy ante Cipriano Salcedo, *El hereje*, que tiene muchos novios, unos novios de mucha estatura cinematográfica, españoles y extranjeros. Y hay que elegir. Yo, bien hecha, me la imagino de todas las maneras. La cuestión es acertar. Y para ello no hay reglas seguras. Hay magníficas películas basadas en magníficas novelas. Hay malas películas basadas en malas novelas. Y hay buenas películas basadas en malas novelas y a la inversa.

1999

Sobre Castilla y los castellanos

El pueblo ante el drama

Si nos detenemos a considerar la Semana Santa vallisoletana, llegaremos a la conclusión de que el encendido fervor del pueblo se consigue a base de buscar el contraste más relevante entre la figura de Jesús y la perversidad diabólica de los sayones.

En la composición plástica de la Pasión del Señor por medio de «pasos» –agrupación de figuras habitualmente dispersas–, existe, aparte del símbolo religioso, una contraposición de actitudes humanas que es, en última instancia, lo que conmueve la sensibilidad del espectador sencillo.

Efectivamente, el hombre se siente seducido desde su origen por la eterna pugna entre el bien y el mal, por la oposición inconciliable entre lo bueno y lo malo. En puridad, todo en la vida obedece a este enfoque maniqueo. El melodrama llega al alma popular por sus acusados contrastes entre lo íntegramente bueno y lo absolutamente malo. Al pueblo no le satisface la contemplación del espectáculo y, de hecho, lo rechaza si, mentalmente al menos, no se le brinda una participación. En los desfiles procesionales de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional, y esto se consigue humanizando lo que, por principio, es divino. De aquí que en el espectador sencillo de la Pasión del Señor sea muy difícil separar la complacencia estética de la emoción religiosa y del dolor humano. El pueblo no comprende el arte si éste no promueve en él una remoción de sentimientos.

La vida es un constante deslindar entre lo bueno y lo malo. El secreto de la pervivencia del western y de su continuado éxito entre los públicos elementales del mundo, radica en la tajante separación de buenos y malos. Si la diferencia entre unos y otros se diluye, el éxito decrece. Esto significa que el western, si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento y mantenerse en su candorosa pureza inicial, De otro modo atraerá a un sector, hasta ahora reacio, pero perderá, en cambio, el apoyo del gran público que de siempre le fue adicto.

La Pasión del Señor –la representación plástica que mañana desfilará por nuestras calles– enciende en el espectador, habitualmente frío, una llama de fervor que la crueldad de los sayones torna compasiva. El hondo concepto religioso del castellano le impide exteriorizar sus sentimientos. De aquí que la característica de la

Semana Santa de Castilla sea el recogimiento. En Andalucía no es posible acallar del todo la vitalidad popular, que precisa explayarse siquiera por la válvula de la saeta. Esto quiere decir que en el sur la procesión es un acto externo, mientras que en Castilla, la procesión va por dentro. Es una manera diferente de acusar el impacto. Al castellano, lo sobrenatural le paraliza; de otro modo, patearía violentamente la flagelación como un acto cobarde y aplaudiría, frenético, el momento de la resurrección del Señor como evidencia palpable del triunfo del bueno sobre los malos. Es más, si por un instante los sayones tomasen carne y el espectador primario fuese liberado de su agarrotamiento, toda la fuerza pública del mundo resultaría insuficiente para evitar el linchamiento. El conflicto entre la bondad intachable de Jesús y la refinada perversidad de los sayones alcanza en estos desfiles un patetismo dramático.

Se ha dicho que Castilla es lacónica y sobria. La belleza y personalidad de su Semana Santa habrá de buscarse, pues, en su sobriedad y su laconismo. Esto no quiere decir que el espectador sea insensible al drama que se desarrolla ante sus ojos, sino todo lo contrario. En el alma del pueblo borbotea un sentimiento de revancha porque sabe que, a la postre, Cristo resucitará y los sayones, sus verdugos, caerán de espaldas. El presentimiento de esa hora, de ese final feliz, le hace soportar, aparentemente impávido, las dolorosas incidencias del camino del Calvario.

1956

La ruina de Castilla

Cuatro desastrosas cosechas consecutivas han sumido a los pueblos de Castilla en el pesimismo y la amargura. El campesino castellano está hoy, antes que nada, desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, todo aquello que pudiéramos estimar como buenos consejos, los ha seguido a pies juntillas nuestro labriego, aunque a la postre le hayan servido de bien poco contra los elementos desatados. Quiero dar a entender que, hasta hoy, la frustración de las cosechas se debía en Castilla, antes que a los elementos, a la ausencia de elementos, es decir, a la falta de agua, a la sequía. De cuando en cuando, de Pascuas a Ramos, a la helada tardía o a la furia del nublado. Pero he aquí que, para escarnio de nuestro agro, la pérdida de las últimas cosechas la ha provocado el agua, agua extemporánea y excesiva; agua torrencial antes de la siembra, o persistente cuando el trigo estaba apilado en la era para ser trillado.

Se trata, pues, a diferencia de lo acaecido hoy en Cataluña o ayer en

Cádiz y Valencia, de una tragedia sorda y en cuatro actos; de una calamidad paulatina pero implacable, que ha terminado por derrumbar la ya de por sí inestable economía agraria castellana. Ante esta situación, el labrador castellano ha pasado a depender de los acreedores. Debe al Servicio Nacional del Trigo; debe a las casas de maquinaria; debe a los suministradores de abonos; debe, en fin, a la tienda de comestibles. Y hasta tal punto es grave la situación, que no puede pensarse que se arregle… con una óptima cosecha. La desmoralización del campesino castellano es tal, que hace pocos días uno de ellos me decía:

–Créame, no sé si es preferible recoger cosecha o no. Porque si la cosecha es mala, nos iremos a pique definitivamente y a morir… Pero si fuera buena, los acreedores, que ya han demostrado comprensión y paciencia, querrán, lógicamente, cobrar todos al mismo tiempo, y la cosecha, por larga que sea, nunca dará para tantos.

En una palabra, el agricultor castellano ha perdido su tradicional serenidad. Mira su tierra y su cielo con absoluta desconfianza. «Si no me la juegan hoy me la jugarán mañana», piensa. Y ante esta amenaza, los desheredados han iniciado ya el éxodo hacia las grandes ciudades. El campo se va despoblando precisamente en un momento en que se está tratando de resolver siquiera una parte del problema de Castilla.

No obstante, la emigración de nuestros campesinos no viene impuesta exclusivamente por la actual contingencia económica. Hay, junto a ella, una grave cuestión moral o, si se prefiere, una grave cuestión social. Algún lector de mi novela *Las ratas* me ha objetado que me mostraba en ella demasiado desabrido cuando, en realidad, cualquiera que conozca superficialmente la vida de los pequeños pueblos de Castilla podrá atestiguar que no he incurrido en la menor exageración. Los pueblos de Castilla se debaten entre el miedo y el tedio. Es decir, al temor de que la pobre cosecha actual se malogre por cualquier circunstancia, hemos de añadir la total ausencia de estímulos que hagan siquiera llevadera la vida en nuestros medios rurales. O sea, el miedo que gravita sobre ellos durante seis días de la semana no puede eludirse el séptimo sino mediante el sexo y el vino. La higiene, la urbanización, la menor confortabilidad, el salón recreativo, el deporte, la cultura constituyen para el labriego castellano una quimera. En esta situación, nada puede extrañarnos que la juventud, que confusamente barrunta mundos más halagüeños, escape del campo aunque sea para sumirse en la negra aventura del paro, del suburbio o de la chabola.

1956

Una reciente disposición ha venido a ordenar el adecentamiento de nuestros pueblos, seguramente con vistas al turismo. Es significativo observar que lo que en veinte siglos no hemos decidido por propio respeto, lo hagamos ahora por respeto a los demás, o tal vez por la vanidad de parecer más aseados de lo que somos. En cualquier caso, el hombre de la calle o el gacetillero, cuando observan algo anómalo dentro de un racional curso de las cosas, se preguntan y aun preguntan a la opinión: ¿Qué dirán los turistas que nos visitan? Cuando, dentro de un cuadro de lógica elemental, deberíamos decir: si esto está mal o aquello marcha inadecuadamente, evitémoslo o mejoremos su funcionamiento. Es decir, si observamos la falta o la deficiencia, corrijámoslas, antes que por lo que diga el turista, por lo que aquello encierra de incongruente o perjudicial. Ello no significa, antes al contrario, que censuremos el respeto al prójimo pero, con frecuencia, nuestro espíritu de superación no proviene de ese respeto sino del bochorno que nos produce que el forastero nos contemple sin ambages, en nuestra propia salsa. Lo peor de todo esto es, sin embargo, que a nuestro condescendiente «¿Qué dirá el turista que nos visita?», no corresponda el turista con un «¿Qué dirá el nativo que visitamos?», con lo que nuestra generosa actitud queda sin la debida contraprestación.

Pero estoy saliéndome del tiesto. Hablaba del adecentamiento de los pueblos «por real decreto», fenómeno no nuevo, puesto que ya Carlos III realizó esfuerzos en este sentido y, con frecuencia, la reacción popular lo dejó atónito, hasta el punto de que en cierta ocasión exclamó: «Los españoles son como niños pequeños; lloran y patean cuando se les limpia y adecenta». Por otra parte, Salazar, en Portugal, dispuso igualmente hace unos años que los pueblos se brindaran al visitante con la cara lavada. Esto, tanto como una aspiración higiénica loable, encubre un sentimiento de incomodidad por el hecho de que la miseria pueda trascender. En este sentido, antes que adecentar los exteriores de los pueblos procedería estudiar los interiores y ver de descubrir aquellas lacras cuyas manifestaciones nos resultan vergonzantes. Pretendo decir que tal vez estudiando la organización administrativa y aun los aspectos económico y social de nuestros medios rurales –y modificándolos de acuerdo con las conclusiones extraídas– mejoraríamos su presencia, si no por otra cosa, sí por aquello de que la cara es el espejo del alma. La mirada torva, el desaseo, el abandono, responden ordinariamente a unos entresijos deficientes, susceptibles de ser perfeccionados.

De otro lado, a los hombres de nuestros pueblos, tan generosos como bien mandados, conviene hablarles claro y controlarlos de cerca,

a fin de evitar desaguisados. Pongo por caso el de dos pueblecitos serranos cuyas casas son de piedra noble y que han sido enjalbegados hasta las tejas por aquello de cumplimentar debidamente la disposición de adecentamiento. (Y aun tengo entendido que la abnegación del mocerío de uno de estos pueblos llegó al extremo de brindarle al cura su prestación personal para encalar la iglesia –un templo ciertamente híbrido pero con un sabor antañón y digna prestancia– y destruir el nido de cigüeñas que coronaba la torre).

Si hay algo a lo que no podemos renunciar los españoles, pese a lo que nuestra pobreza y deficiente organización social deje trascender, es a nuestra personalidad regional. Con esto quiero decir que prefiero un pueblecito soriano o montañés con su pátina –o su porquería– de siglos, que un pueblecito soriano o gallego que pueda confundirse con un cortijo extremeño. Bien están el decoro y el aseo siempre que el decoro y el aseo no den al traste con nuestra peculiar fisonomía.

1963

Los pueblos moribundos

Desde hace unos lustros se observa en Castilla –en los pueblos y aldeas castellanos– una tendencia progresiva a la emigración. El éxodo se acentúa a medida que las voces de sirena de la civilización son más embaucadoras y sugestivas. Pero, al propio tiempo, no sería justo desconocer que este movimiento general hacia la periferia –que ofrece unas perspectivas de vida más estables y lisonjeras– es promovido en buena parte por las condiciones ínfimas, por los escasos alicientes que la vida rural, y muy especialmente la de los burgos castellanos, brinda a sus habitantes. De este modo se está produciendo en Castilla, particularmente en Castilla la Vieja, y más concretamente en las provincias de Burgos y Soria, el abandono de pueblecitos enteros, lugares que al ser visitados producen una impresión desoladora.

La población de Castilla nunca fue excesiva. En la Edad Antigua la región es, como casi todas las regiones españolas, un crisol de razas, con la particularidad de que las pobres, cuando no míseras, condiciones de vida que Castilla ofrece no suponen una tentación para el invasor. Quiero decir que de los pueblos íberos, fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, tan sólo asientan en Castilla las tribus más sobrias y sufridas, o sea, aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad –esto es, contra una tierra ingrata y una climatología veleidosa– supone un estímulo antes que una causa de desaliento. Esto explica tal vez que en Castilla se haya fraguado el país –digamos sus virtudes más definidoras–, de acuerdo con la frase de Ortega: «España es una cosa hecha por Castilla».

Hoy nadie escoge voluntariamente la miseria y nada puede extrañarnos, por tanto, que los más desheredados busquen aquí o allá unas migajas de civilización o de confortabilidad, llegando, si ello fuera preciso, al desarraigo, incluso en zonas como Castilla, donde la resistencia a la emigración bien puede considerarse hasta nuestros días como una constante histórica.

Acabo de visitar Cortiguera, un pueblo burgalés en trance de desaparición. Quiero dar a entender que en él aún alienta la vida –una vida lánguida, feble, apenas perceptible–, aunque lógicamente cabe pensar que por poco tiempo. Entre sus abandonadas casas de piedra, muchas de ellas con blasón en sus fachadas y airosos arcos de dovelas en sus zaguanes, habitan dos matrimonios de viejos y dos viudas, asimismo viejas. Es un pueblo moribundo; un pueblo en la agonía. Sus callejas tortuosas invadidas por la ortiga y el helecho, sin un ladrido, ni una risa de niño que quiebre el silencio, encierran un patetismo tétrico, un lúgubre aire de camposanto. Junto a una esquina, el forastero se topa con una vieja desgreñada que hace leña pacientemente. Le sorprende nuestra irrupción.

–Bienvenidos seáis –dice, y prosigue en su tarea.

La estampa de la vieja entre los muros agrietados de piedra amarilla, bajo un silencio sobrecogedor, es puramente medieval. La expresión de sus pequeños, punzantes ojos azules, es lejana y atónita; es la expresión de un ser que ha olvidado hace tiempo lo que es la vida de relación. Lenta, torpemente, nos da una idea de los recientes avatares del pueblo. Los jóvenes se fueron a Bilbao; los hijos de los jóvenes ya no conocen el lugar de sus mayores; ni unos ni otros quieren volver a oír hablar de él. ¿Para qué? Eso quedó atrás y se acabó.

Uno dice, tal vez infundadamente:

–Es una pena.

Y la viejecita del pelo estoposo y la punzante mirada azul arguye rápida:

–A ellos no les dio pena marchar.

Uno pasea su mirada estupefacta por las ventanas desvencijadas, las pinas callejas sin gritos de niño, la torre de la iglesia asaeteada por los vencejos, la fuente de agua fresca cantando en la plaza su inútil canción, y piensa cuánta culpa nos cabe a los hombres de las ciudades de estos éxodos repetidos. Porque Cortiguera es un pueblo sin carretera, sin ferrocarril, sin teléfono, sin centros culturales, sin deportes, sin baile, sin televisión, y la juventud del siglo XX es, con justa razón, poco dada al sacrificio anónimo, al heroísmo inútil, al esfuerzo no recompensado.

1963

A propósito de mi libro *Viejas historias de Castilla la Vieja*, un comentarista madrileño me acusa de intentar resucitar la España negra, como si la España negra –o, más propiamente, miserable– hubiera muerto alguna vez. Claro es que el escritor al que aludo vive en la capital, y mucho me temo que antes de lanzar su acusación no se haya tomado la molestia de darse una vuelta por estas tierras de pan llevar. Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias –que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente esa: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo– no son verdaderas. Es claro que un escritor está obligado a someterse a toda suerte de críticas, pero no tiene, creo yo, por qué aceptar que le tilden de embustero.

Los españoles, en efecto, somos muy propensos a extremar elogios y censuras. A veces, es cierto, nos ayudan los extranjeros, pero de ordinario las afirmaciones –buenas o malas– más radicales respecto a un personaje o una circunstancia histórica las formulamos nosotros solos. Así, las leyendas negras en torno a la colonización de América o a la figura de Felipe II. Pero, en fuerza de enderezar argumentos o de desorbitarlos, viene a resultar que nos creamos unas leyendas blancas, no sé si tan falsas como las que se pretende rebatir, pero sí, sin duda, igualmente nocivas.

Pero iba con Castilla, una región que puede que fuera blanca alguna vez, pero que desde que tengo los ojos abiertos –y ya va para cuarenta y cuatro años que los abrí– la he visto ir de tumbo en tumbo hasta abocar a la dramática situación presente. Y si es notorio que para levantar o resucitar una leyenda negra hace falta una previa disposición de ánimo, es obvio que sin esta deliberada predisposición no podrá hablarse hoy de una Castilla blanca. Esto quiere decir que el viajero de buena fe y sin prejuicios verá negra a Castilla –hablo de sus pueblos y de su economía agraria–, y si en lugar de viajero es un observador indígena, comprobará que año tras año la postración rural de Castilla no sólo no se ataja ni se contiene, sino que va en aumento. Y por si fuera insuficiente esta progresiva decadencia, las últimas catastróficas cosechas han venido a darle la puntilla o, si se prefiere, han terminado de enlutarla.

Estos poblachos de barro son cada día más míseros. El cultivo del trigo no resulta rentable y las contadas tierras de regadío –remolacha o patata– no encuentran la debida protección y sus precios se derrumban. Total, que aunque el labriego castellano ha sido tradicionalmente reacio a la emigración, las cosas han llegado a tal extremo que no le queda otra salida que ir haciendo las maletas. Intento decir que los jóvenes no se resignan a morir donde nacieron.

Vagamente –hoy la total incomunicación es imposible– intuyen mundos menos hostiles y arduos, más habitables, y hacia ellos se encaminan un poco por instinto. En las parameras de Soria y Burgos hay pueblos enteros abandonados. Pueblos que las trepadoras, los helechos, la zarzamora y la ortiga van demoliendo poco a poco. De aquí a unos años, esos pueblos, que todavía conservan un rastro humano, podrán mostrarse al visitante fríos y en escombros, como nuevas ruinas de Numancia.

Y si las cosas son así, ¿por qué voy a disimularlas? ¿Por qué mi amigo Masats ha de buscar para fotografiarlo lo que espontáneamente no se ofrece a sus ojos? ¿Por qué crear una leyenda blanca? Seguramente nuestro objetor preferiría ver a una bonita muchacha cogiendo flores en una pradera, que a una vieja escuálida, enlutada hasta los ojos, sentada al sol en una sillita de enea. Seguramente nuestro objetor preferiría ver un amplio cruce de autopistas que esa encrucijada dramática de cuatro caminos polvorientos. Posiblemente nuestro objetor preferiría ver un muelle salón de cine que ese salón de baile desportillado y con el suelo de chinarros. Pero, ¿dónde están la pradera, la autopista y el salón de cine? Y si me apura un poco, ¿dónde está la muchacha?

En verdad, porque conozco y amo a Castilla no puedo permitirme licencias en su interpretación. Castilla, mejor o peor pintada, es así. Castilla se debate en una agónica disyuntiva; o se adoptan medidas inmediatas de protección y planificación de su economía agraria o terminará –y a corto plazo– convertida en un pajonal estéril. A no ser que el sueño de Valdeajos se haga realidad y lo que no dio el suelo en siglos lo dé ahora el subsuelo en años. El oro negro, en pura paradoja, es el único que puede hacer blanca a Castilla de la noche a la mañana.

1964

El poder del escritor

Recibo una amarga carta de una vecina de la comarca zamorana de Las Arribes del Duero rogándome que trate de evitar que «la zona más deprimida, demográfica, social y culturalmente de Europa sea convertida en basurero nuclear del continente». El primer efecto que esta carta me ha producido ha sido de desconcierto; luego, de enternecimiento ante la confianza que esta señora me muestra. Ella apela a «mi amor por las zonas rurales», que es en verdad muy vivo y profundo, pero desgraciadamente este sentimiento no me da un ápice de poder. Yo, a pesar de este afecto bien probado, carezco de fuerza para desviar los planes de la Administración. Creo que lo que procede en este caso es interesar a los representantes parlamentarios de la

comarca para que este desatinado proyecto no se lleve a cabo. Y, en caso necesario, apelar al Defensor del Pueblo, y hacerle ver que el hecho de ser la zona más pobre de Europa no justifica que se instale en ella un cementerio nuclear. Una cosa así haría bueno el conocido comentario de aquel reportero que, tras un accidente de ferrocarril, relativizaba la catástrofe con estas palabras: «Afortunadamente, todos los muertos eran de tercera». El marginado, el desheredado, el habitante de la comarca más deprimida de Europa no necesita radiactividad, sino remedios que lo rejuvenezcan y lo saquen de su postración. Dividir el país en sectores de primera, segunda y tercera clase supondría instalar en él una injusticia de base.

Este proyecto de Las Arribes del Duero me trae a la cabeza otros dos proyectos de redención de Castilla verdaderamente risibles. El primero afecta a la comarca de La Lora, en Burgos, concretamente al pueblo de Sedano, en una situación demográfica límite; y el segundo, a la provincia de Soria, la provincia de Castilla y León más deprimida y depauperada. La vida de los sedaneses tiene hoy su base en los pensionistas. No hay en el pueblo un solo puesto de trabajo. Los hombres y mujeres en edad de trabajar lo hacen en labores ocasionales, emigran o se apuntan al paro. Algunos han encontrado trabajo en Burgos o en las instalaciones fabriles de Quintanilla de Sobresierra. De este modo, la población estable envejece. No hay en la comarca más que uno o dos matrimonios en condiciones de reproducirse. Son pueblos, como ahora se dice, en fase terminal. ¿Y de qué materias primas dispone esta comarca que pudieran dar pie a una factoría? No lejos, Aguilar de Campo lleva una vida próspera, pujante, en unas circunstancias topográficas parejas. ¿Más galletas? Tampoco se trata de eso, pero Sedano producía una fruta –peras, manzanas, ciruelas, nueces, etcétera– excelentísima que los industriales conserveros se disputaban. ¿Por qué no fabricar en la misma comarca esas conservas? No hay empresarios, no hay decisión. ¿Y para cuándo las cooperativas? ¿Por qué no se induce el sentimiento cooperativo lo mismo que se decide la instalación de un cementerio nuclear? Pues, no señor. Los rumores hablan de residencias de ancianos, pabellones de reposo para funcionarios, escuelas de no sé qué. Y uno se echa las manos a la cabeza. ¿Más ancianos? ¿Más reposo? ¿Escuelas para quién, si apenas hay niños, ni jóvenes, en veinte kilómetros a la redonda?

Otro caso semejante, de mayor amplitud, se registra en la provincia de Soria. En Soria no quedan sorianos, no hay sitio. Es decir, sobra espacio físico pero no encuentran dónde ocuparse, cómo sobrevivir. Soria precisaría de un espaldarazo, de un empujón, de un polígono de desarrollo, de un profundo estudio agropecuario de la zona, algo que pueda ponerla en marcha y revitalizarla. Y ¿qué se les ha ocurrido a

nuestras autoridades regionales? Algo mucho más sencillo y descabellado: instalar una estación de esquí en los Picos de Urbión. Cierto que los pueblos de los alrededores han dado su asentimiento por aquello de que mejor es algo que nada, pero ¿se ha pensado en que las estaciones de esquí son ya suficientes en España y, en general, su vida es poco rentable? ¿Por qué va a serlo más la de Urbión, alejada de los núcleos de población más densos? Entiendo que Soria –capital y provincia– tiene necesidades apremiantes, pero su atención no tiene por qué afectar a la sierra de Urbión, cuyo valor ecológico, paisajístico y cultural está muy por encima de tan pintoresco proyecto.

Pues bien, querida corresponsal de Las Arribes del Duero, hace cinco meses que dirigí una carta al presidente de la Comunidad castellanoleonesa en este sentido y todavía estoy esperando respuesta, ¿Qué puede, entonces, hacer por usted este pobre escritor, cuyas cartas ni siquiera obtienen contestación? El poder del escritor, querida señora, es muy frágil, no va más allá de su pluma y de la emisión de un voto en una urna cada cierto tiempo. Aunque otra cosa se diga, no tiene otro poder. Por eso, hoy, al dar respuesta pública a su petición, no se me ocurre otra cosa que solidarizarme con ustedes y repetir otra vez que lo que Castilla necesita son ideas e inversiones rentables, revitalizadoras, no asilos de ancianos, pabellones de reposo, escuelas sin alumnos, ni cementerios nucleares. Algo que sujete a los jóvenes a la tierra donde nacieron, en lugar de fantasmas y amenazas que faciliten su dispersión.

1987

Sobra vino

Hace aproximadamente una década, mi amigo Wenefrido de Dios me decía en su pueblo de Guarrate (Zamora), charlando de las exigencias del Mercado Común respecto a la agricultura: «A estas alturas ya deberíamos saber qué quitamos y qué ponemos, qué sembramos y qué dejamos de sembrar porque aquí, como dice mi vecino, lo que falta es un director de orquesta». Pues bien, han transcurrido dos lustros desde entonces y a la agricultura castellana le sigue faltando un mentor. Nadie le enseña, nadie le aconseja, nadie le guía. Del corazón de la Unión Europea, antes que sugerencias, llegan instrucciones perentorias cuando no órdenes. De esta manera, de modo insensible, se ha ido abriendo paso en Castilla la política de la subvención. Te doy tanto para que dejes de sembrar esto o sacrifiques aquello. El excedente manda. Y no parece haber otros correctores económicos que éste.

Mas, en cualquier caso, este tipo de subvención debe admitirse como un parche, nunca como un remedio definitivo. El labrador

castellano está habituado a vivir de su trabajo y esa política de sentarse y extender la mano no le satisface. Tiene la impresión de que no le conduce a ninguna parte, esto es, intuye razonablemente que, si deja de sembrar una cosa, en su lugar debería poner otra.

Esto de cobrar por no hacer, no acaba de entrarle en la cabeza, porque a la larga, se mire como se mire, el abandono de las tierras, o la eliminación progresiva de las reses, sólo puede comportar un empobrecimiento de la economía.

Y lo más desazonador de esta política es que parece no tener fin. Uno podría pensar que al cabo de tanto tiempo la economía agropecuaria estaría ya más o menos asentada en la Europa unida, pero ahora resulta que no, que la risa va por barrios y hoy le ha tocado el turno al vino. En Europa sobra vino. El viejo continente está ebrio. Los pueblos de la Unión Europea no pueden beber más y, al parecer, la exportación está saturada. Se impone una vez más la política de la destrucción. Hay que arrancar cepas. Sobran anualmente treinta y seis millones de hectolitros de vino. Y ante esta cifra, la Comisión Europea no se devana los sesos, divide tantas viñas entre tantos países y acuerda que España debe descepar trescientas mil hectáreas de este cultivo. ¿Y si las cosechas merman en los próximos años? ¿Y si en este tiempo le salen a Europa nuevos clientes? Bueno, parece decirse la Comisión, si una cosa así ocurriera ya resolveríamos sobre la marcha.

El asunto, pues, es grave. Descepar es fácil, pero para envejecer un bacillar no basta el buen deseo. Una parra es un producto de años. A este respecto, recuerdo los juicios de mi amigo Wenefrido sobre la calidad de los mostos: «Buen vino, cepa añeja», sentenciaba, frente a la obsesión ministerial por renovar nuestros viñedos. «Nuestras cepas –añadía– son inmejorables, y esto se lo discuto yo al ministro y al lucero del alba. Ahora, si lo que buscan es cantidad, entonces me callo». He aquí otra vez la madre del cordero: si en España arrancamos las cepas de trescientas mil hectáreas, como está mandado, ¿por qué las sustituimos?

Mi buen amigo, el campesino de Guarrate, centraba la cuestión con un buen sentido admirable: «A nuestros vinos –decía–, aun siendo unos vinos de artesanía, les es difícil competir en cantidad con otros europeos. Ve, ahí tiene el vino de Toro, un vino dificilísimo, de cepas centenarias, de un paladar que no puede compararse con nada bueno, pues ese vino, si lo que prima es la cantidad, lo mismo se hunde. La cosa no tiene pierde. Si una parra francesa le da a usted nueve kilos de uva, mientras en España la media es de tres o cuatro, y lo ponen al mismo precio, ya me dirá usted dónde vamos a parar. Porque los vinos de Castilla (Toro, Rueda, La Nava, Peñafiel) son pura golosina. Caldos extraordinarios que pueden competir con cualquiera precisamente por

su cepa escatimosa, de mosto concentrado. Sería una pena que estas viñas, a lo mejor con ciento treinta años encima, desaparecieran. Porque esto del Mercado Común puede ser eterno, pero lo mismo puede acabarse mañana. ¿O no?».

Las palabras de mi amigo Wenefrido, pronunciadas hace dos lustros, vuelven a cobrar hoy rigurosa actualidad en Castilla. ¿Cómo medimos la, al parecer, necesaria reducción de caldos? ¿Por la riqueza de la uva o por la extensión de los cultivos? ¿Puede ser inteligente sacrificar la calidad a la cantidad?

1994

REPORTAJE

Semana Santa en Valladolid

Las cosas resultarán más fáciles si empezamos por decir que Valladolid, aunque a algunos les asombre, es una ciudad importante. Importante con esa importancia que imprimen las cosas fundamentales: arte, religión, economía, historia… Tal vez, en su forma, Valladolid no sea espectacular y aun ni siquiera importante; mas a la hora de definir la estructura de España o de buscarle sus esencias toparemos ineluctablemente con la vieja ciudad castellana vivificando sus raíces, regulando el pulso de la nación.

Poco importa que el turismo y quien lo orienta hayan tardado siglos en darse cuenta de esto. Poco importa que ciertas guías señalen nuestra ciudad como punto de tránsito, ideal para el almuerzo, dando preferencia a nuestro pan lechuguino –aliciente, sin duda, nada desdeñable– sobre los gigantescos partos de nuestros imagineros. El turismo, es cosa sabida, se mueve un poco a impulsos ciegos y elementales; carece, a menudo, de una experta y eficiente orientación.

Respecto a lo que hay y no hay en la Semana Santa vallisoletana, es una cuestión muy compleja. Un andaluz, amigo mío, me decía en cierta ocasión: «Desengáñate; vuestra Semana Santa no tiene color».

Yo no creo que todos los andaluces piensen lo mismo, pero sí me explico que para un hombre del sur la Semana Santa vallisoletana carezca de color. Queda por ver, naturalmente, si el gran drama del Gólgota tuvo «color», es decir, si al calvario de Cristo no le va mejor la grisura que el abigarramiento. En todo caso, hay que asomarse a Sevilla para comprender que el andaluz, en general, precisa de la luz y la estridencia como del agua el pez. No es defecto eso, sino una manera de ser, como es una manera de ser nuestra proverbial llaneza y sobriedad. Yo estimo que de todo necesita el mundo, pero si hay momentos en la vida en que el silencio vibra activado por el ardor de la fe y la devoción, la Semana Santa vallisoletana es uno de ellos, tal vez el primero de ellos. Todo es cuestión de medio, y hay que reconocer que en Valladolid la saeta no se aclimata.

Otra cosa es buscarle a un pueblo un común denominador. El español es una mezcla explosiva de razas, individualista y, a menudo, contradictorio; no es sencillo verdaderamente hallar dos españoles que piensen de la misma manera. Por eso sorprende la rara y entusiasta unanimidad de los vallisoletanos ante su Semana Mayor. Unanimidad

no creada por una colectiva conciencia artística, sino más bien por una colectiva conciencia religiosa, en la que coinciden, pongo por caso, los más extremosos criterios políticos o sociales. Toda barrera desaparece aquí en tan gran ocasión, y Castilla es un bloque aglutinado y sin fisuras, una única entidad corpórea y un solo y sólido espíritu religioso. Y aun en los años de más esquinada pugna político-social, la Semana Santa siguió agrupando a los vallisoletanos, y la supresión de las manifestaciones externas, que en otras partes procedió de abajo arriba, en Valladolid procedió de arriba abajo y la disposición prohibitiva topó con una unánime y vehemente repulsa popular. Si de calificar, pues, la Semana Santa vallisoletana se trata, ya tenemos sus tres principales matices definidores: sobriedad, popularidad y recogimiento.

Claro que hay más, y en cierto sentido sería cosa de investigar si fue el entusiasmo religioso castellano quien movió a los Gregorio Fernández, Juni, De la Maza, a crear sus portentosas tallas, o fueron éstas las que promovieron aquél. Quizá exista en todo esto una oculta y vivificante reciprocidad. En todo caso, los siglos se eslabonan antes que nada por los sentimientos, y en Castilla el sentimiento religioso es no sólo el sentimiento más puro, sino también el más arraigado. No tiene nada de extraño que Castilla vibre hoy ante las tallas de sus imagineros, ni tampoco que los imagineros presintiesen en sus pulsos, hace siglos, esta vibración. Existe en todo esto, entiendo yo, algo de esa misteriosa comunicación, no por imprecisa menos notoria, que da la continuidad de la fe.

De todos modos, conviene hacer resaltar la parte activa que las imágenes toman en las manifestaciones religiosas de nuestra Semana Santa. Ellas constituyen el núcleo fundamental de atracción. Bien entendido que la imagen tiene en Castilla un valor escueto y no precisa de aditamentos superfluos para despertar el fervor popular. A los castellanos les admira y sobrecoge la recomposición plástica y escalonada del drama del Gólgota. Ello exige en ciertos casos una agrupación de figuras, habitualmente dispersas, para formar los «pasos» procesionales, composiciones que se logran en todo momento buscando el contraste más elocuente entre la bondad suprema de Jesús y la perversidad diabólica de los sayones. Esta oposición inconciliable de buenos y malos, ostensible en el desfile de los pasos, es, sin duda, lo que más directamente llega al pueblo y le conmueve. Merced a este contraste, adquieren también toda su grandeza y dignidad artística las Vírgenes y Cristos.

A este respecto, no podemos dar de lado a las figuras señeras de Gregorio Fernández y Juan de Juni; la Semana Santa castellana no es concebible sin ellos. Prescindiendo del factor humano, nada desdeñable en su aliento religioso y su organización, los pasos de

Fernández y Juni constituyen el elemento espectacular por excelencia. Es su plástica la que se impone, promoviendo en las almas un anhelo de desagravio. Ante un Cristo o una Virgen de Juni o de Gregorio Fernández, uno piensa si no sería el mismo Dios quien inspiró directamente a nuestros imagineros tallas tan sublimes y portentosas.

Se ha dicho que Valladolid, en Semana Santa, es un gigantesco templo. La metáfora es certera. Los hombres y mujeres de Valladolid viven esas fechas agrupados en cofradías, y un sano y estimulante sentimiento de emulación hace que nuestra Semana Santa no sea un algo estancado y muerto, sino efervescente y progresivo. Cofradías que, como las de la Oración del Huerto, de los Artilleros, de la Sagrada Cena, de Jesús Nazareno, del Discípulo Amado, de la Exaltación de la Cruz, de la Preciosa Sangre, de las Siete Palabras, del Desprendimiento, de la Piedad, de la Santa Vera Cruz, del Santo Sepulcro, de Nuestra Señora de las Angustias, jalonan la Pasión del Redentor y le acompañan en cada una de las fases específicas de su calvario.

Por lo demás, entre el conmovedor desfile de las Palmas del Domingo de Ramos, y la patética procesión de la Soledad del Sábado Santo, Valladolid es un semillero de fe. Fe ostensible en la procesión del Santísimo Rosario del Dolor, en la procesión del Encuentro, en el Viacrucis procesional, en la procesión de Caridad y Penitencia, en el desfile procesional de la Santísima Virgen de la Amargura, en la procesión del Cristo de la Luz –o de los Docentes–, en la procesión general de la Sagrada Pasión del Salvador o del Santo Entierro, y, por último, en ese grandioso acto del sermón de las Siete palabras, en la Plaza Mayor, de vagas reminiscencias medievales.

Analizando el fondo de las cosas, quizá se advierta una identidad insospechada en lo que se refiere a las Semanas Santas de las diversas geografías peninsulares. Ello no es sorprendente, puesto que en lo sustancial coincidimos y las diferencias regionales radican en puntos accesorios, de mera matización. En este sentido, Castilla se muestra como lo que es: sobria, lacónica y llana. La belleza de su Semana Santa, de sus procesiones, ha de buscarse, pues, en su sobriedad, su llaneza y su laconismo. Otra cosa sería una inconsecuencia, incompatible con nuestro temperamento.

1952

Don Álvaro o la fuerza de la maledicencia

Mi primer contacto con don Álvaro de Luna –que fue mi primer contacto con la muerte– data de los tiempos en que yo estudiaba el *Epítome del párvulo*. Aún recuerdo, en la página de la derecha, según se mira, un luctuoso grabado a plumilla, de autor desconocido, que representaba el cuerpo de don Álvaro, enfundado en ropajes negros, momentos antes de ser enterrado por los frailes de la Misericordia en la iglesia de San Andrés, de Valladolid. La cabeza, que durante nueve días se exhibió pendiente de un garabato, en la Plaza Mayor, para escarmiento del pueblo, había sido superpuesta groseramente por el dibujante de forma que se hiciese ostensible el degüello. Don Álvaro, tendido sobre un túmulo, recubierto de luto y con cuatro hachones en los vértices, ya no era valido, ni el objeto de la ira real; era, simplemente, un retazo de historia en descomposición. Y el *Epítome del párvulo* aclaraba, más o menos, que Juan II era un rey artista y don Álvaro de Luna, su privado, mas uno, que entonces era un párvulo –y por lo tanto un ingenuo–, sin otra cultura que aquel epítome, no se explicaba que del valimiento al cadalso no hubiera más que un paso, o que en la senda sinuosa de la política anduviera el odio tan cerca del amor. Y el *Epítome del párvulo* decía simplemente: «Unidos los esfuerzos de la reina y la nobleza hicieron recelar a don Juan II de la fidelidad de don Álvaro, quien fue injustamente acusado y ejecutado días más tarde en la Plaza Mayor de Valladolid».

Los párvulos vallisoletanos nos asombrábamos de que en nuestra Plaza Mayor se hubiera perpetrado un crimen así, pero recitábamos la historia de don Juan II con su música y su letra, porque eran los tiempos en que cada tema tenía su música, y a veces la música ayudaba a la letra, y a la inversa. Mas, desde entonces, mis paseos por la Plaza Mayor fueron acompañados de una sombra siniestra. La banda de música del Regimiento de Infantería de San Quintín interpretaba *Agua, azucarillos y aguardiente* desde el quiosco levantado en el centro y yo hacía esfuerzos por ahuyentar los fantasmas de mi espíritu. Mas, me gustase o no, yo veía, en lugar del quiosco, el cadalso, y al verdugo Juan González en vez de al director de orquesta. La gente era la misma, y aun el Ayuntamiento, y hasta la cadena de soportales que circunda la plaza. Mas la gente, en lugar de aplaudir, crispaba los puños y pedía a voces la cabeza de don Álvaro. Pero eso ocurrió antes, casi cinco siglos atrás, muchas generaciones atrás.

Ahora aplaudían a la banda de San Quintín, pero uno sentía, aunque recitase la lección de don Juan II de Castilla, cada tarde, monótonamente, con su música y su letra, un inevitable estremecimiento.

Don Álvaro de Luna llegó a Valladolid el 1 de junio de 1453, procedente de la fortaleza de Portillo. Este pueblo ofrece en nuestros días la particularidad de ser dos. Arriba, sobre un teso de yeso cristalizado, se asienta Portillo, y abajo, en la falda, entre los trigos y los pinares, está el Arrabal. Situado en la carretera Valladolid-Segovia, Arrabal de Portillo es un pueblo netamente castellano: austeridad viril y, en lontananza, suaves ondulaciones femeninas. Tierra dura y deleznables edificaciones de adobe. Tan sólo, aun en nuestros días y con excepción de la iglesia, es el castillo que sirvió de prisión al Condestable el único edificio construido con piedra noble.

Tal como hoy están las comunicaciones, cuyo trazado es posible no difiera en sustancia del de entonces, don Álvaro hubo de recorrer, caballero en lánguida mula, aproximadamente veintiséis kilómetros. El itinerario del Condestable, visto sobre un mapa, tiene forma de 4, ya que don Álvaro entró en Valladolid por lo que en la actualidad es carretera de Madrid; es decir, el prisionero dejó el camino de Segovia en Herrera de Duero y por lo que es hoy carretera de las Maricas abocó a la de Madrid en el cruce de Boecillo. Aquí el suelo es arenoso y sus cultivos, aparte de los extensos bosques de pinares, son el cereal y la vid. Posiblemente los ojos de don Álvaro no contemplasen distinto panorama, supuesto que los ensayos de otros cultivos no han dado resultado en nuestros días. Cruzado el Duero, rutilante en el mediodía primaveral, y a las puertas del convento del Abrojo –cuyos sólidos muros se cotizan en la actualidad por encima de las tierras que cobijan–, la comitiva tropezó con fray Alonso de la Espina, franciscano, quien se unió a la expedición y acompañó a don Álvaro hasta su última hora. Fue fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con estas palabras: «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». A lo que don Álvaro respondió elevando los ojos al cielo: «Bendito seas, Dios y Señor que gobiernas el mundo».

Frente al Abrojo existe hoy una casilla derruida de peones camineros y un pinar que se extiende varios kilómetros, flanqueando la ribera norte del Duero. En estos primeros días de junio, esta zona se anima con el canto de los grillos y el rumor sensual de las tórtolas en celo. El aire es tibio aún, si bien en el cargado aroma de los pinares se presiente la inminencia del verano.

Fray Alonso vivía en el convento de franciscanos del Abrojo, donde años después descansara don Juan de Austria, y que hoy es una finca particular. A este respecto, es curioso observar que si don Álvaro

hubiese efectuado su triste gira cinco siglos más tarde, hubiera encontrado un oblato del Corazón de María motorizado y un seminarista escocés en el lugar donde topó con fray Alonso, y después, jalonando los últimos kilómetros del trayecto, una dominica francesa, un redentorista, un fraile de San Juan de Dios –en cuyo convento los mineros asturianos hacen cura preventiva contra la silicosis–, un hermano de la Doctrina Cristiana y, ya en la entrada de la capital, un agustino y una madre reparadora. Esto quiere decir que, tradicionalmente, el clero regular vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad lugar para su asentamiento.

Llegados a Valladolid, el prisionero y sus guardianes se apearon en el palacio de Vivero, donde años más tarde se casarían los Reyes Católicos y donde en la actualidad tienen su sede los tribunales de justicia de la ciudad. (Es posible que con esto se quiera borrar la gran injusticia cometida con el Condestable). No obstante su condición de prisionero, los servidores de Alonso Pérez de Vivero, a quien se había dado muerte en Burgos por orden de don Álvaro, acogieron a éste con gritos y destemplanzas, lo que aconsejó a las autoridades trasladar al cautivo a la casa de don Alonso Estúñiga, en la calle Francos, que se conserva intacta en nuestros días. El edificio tiene una contextura maciza, la fachada animada por unos relieves exagonales, un portón en arco, tres leves ventanas enrejadas en el piso superior. Como única placa conmemorativa exhibe un mohoso letrero que dice: «Asegurada contra incendios». No hay indicio externo que exprese que en ella pasó su última noche don Álvaro de Luna. El turismo rara vez se acerca a la casa y el ciudadano apenas tiene noticia de su significación histórica. Sin duda, recibe más visitas el depósito de vinos de J. Peteira «al por mayor; blanco, Toro, clarete», que se abre en la acera de enfrente, treinta metros calle abajo. Don Álvaro queda enterrado en la compleja sima de nuestra Edad Media. Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna confesó antes de su muerte, le dirá: «Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto en estos días». Ello no obsta para que el Condestable sufriera en esta calle y en esa casa la prolongada agonía de su última noche en el mundo. Le acompañaba, con fray Alonso que le confesó y confortó hasta el fin, otro franciscano del Abrojo. Don Álvaro conservó la entereza y, de madrugada, «afeitóse, aderezó su vestidura, comulgó y comió unas pocas guindas y bebió una taza de vino». Más tarde, don Álvaro se dispuso a esperar y hasta es posible que, en su angustiosa espera, descorriese varias veces uno de los visillos de encaje que tamizan la luz de los balcones y cuya laxitud y tono descolorido hacen presumir al ingenuo observador que su origen se remonte a los tiempos del Condestable.

En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del

prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja –el actual ensanche de la Calle de las Angustias, frente al teatro Calderón, donde ahora se anuncia con una cartela gigante la producción Cecil B. de Mille, *Sansón y Dalila*–, Cantarranas y Costanilla. Algunas de estas calles pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez –fundador de la ciudad–, aunque pocos edificios se conservan de aquel tiempo. Empero, el trazado es el mismo. En la actualidad es en estas calles sombrías, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos y pequeños comerciantes: «Mi tienda. A. Lozano, comestibles y frutas»; «Del Valle, pintor»; «La Conchita, confitería».

Por ellas, hace la friolera de quinientos años, desfiló entre una escolta abigarrada e impávida el condestable don Álvaro de Luna, caballero en enlutada mula, precedido de diez pregoneros, entre ellos un tal Femando –al parecer, el apellido no ha sido digno de pasar a la posteridad–, quien dio el pregón inicial: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a este cruel tirano usurpador de la corona real; en pena de sus maldades y de los deservicios que hizo al Rey, mándale degollar por ello».

Dicen las crónicas que al lanzar el pregón se le trabó la lengua al susodicho Fernando y dijo «servicios» por «deservicios» y don Iñigo Estúñiga le reprendió. Don Álvaro, aparentemente tranquilo, exclamó: «Dices bien, que por los muchos servicios que hice al Rey me manda degollar».

La Plaza Mayor de Valladolid conserva un rancio sabor pese a los urinarios subterráneos y a sus pretenciosos jardinillos enanos. En la época de don Álvaro, lo que hoy es Plazuela del Ochavo formaba un todo con la plaza. Ello indujo a algunos a divulgar la leyenda de que en una argolla de hierro adherida a uno de los edificios de la citada plazuela fue atado don Álvaro para ser ejecutado. Tal informe es incierto, supuesto que esta argolla es una de las muchas que existían en los pilares y columnas de los soportales para amarrar los toldos que preservaban las procesiones del Corpus.

El cadalso, según todas las opiniones, se levantó en el centro de la plaza para que el público tuviese facilidades para presenciar el espectáculo. Era, aquél, un público que denostaba al reo con el mismo frenesí que le hubiese aclamado unos meses antes, esto es, un público muy semejante al de nuestros días. Don Álvaro, pues, no recibió desde el tablado otra cosa que imprecaciones y sarcasmos. El cadalso daba frente al antiguo convento de San Francisco, que ocupaba un costado de la plaza y otro de la que, en nuestros días, es la calle del Duque de la Victoria. La entrada del convento, según todas las apariencias, es la misma del actual teatro Zorrilla, que, en nuestro afán de dejar datos exactos para la historia de dentro de quinientos años, proyecta en

estos días, con acogida clamorosa, la película de Lucien Emmer *Tres enamoradas*. Entonces era un gigantesco convento, donación de la reina doña Violante, quien adquirió «todas aquellas casas que tienen la faz contra el mercado de la calle que llaman de Ollero (Duque de la Victoria) hasta la casa de Domingo Velasco».

Don Álvaro de Luna subió al cadalso con templado espíritu y serena conformidad. Ahora hace exactamente quinientos años. Su presencia fue acogida con un alarido de la multitud. El Condestable se inclinó hacia los dos franciscanos que lo acompañaban y dijo: «Estad seguros que muero con la fe de los mártires». Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: «¿Para qué es el garabato que está en ese madero?». «Para colgar vuestra cabeza», respondió el verdugo. A lo que adujo don Álvaro: «Después de muerto yo, el cuerpo y la cabeza no son nada». Segundos después don Álvaro de Luna se descubrió el cuello y mientras recostaba su cabeza en la muesca del madero murmuró una oración. La fulminante cuchillada del verdugo segó su vida en unos instantes.

La multitud prorrumpió en un nuevo alarido al caer la cabeza del Condestable sobre el tablado. Don Álvaro, que meses antes dejó de ser valido, cesaba ahora, sencillamente, de ser un prisionero.

1953

REPORTAJE

Castilla habla

1986

Al pintor Vela Zanetti

Las voces aparentemente elementales de un pastor, un caracolero, unos modestos labradores, un molinero, un capador, un pinero, etcétera, aparte su riqueza de expresión, que he procurado conservar intacta, apuntan con frecuencia sabiamente a los ancestrales problemas de Castilla y León: sequía, pobreza del suelo, individualismo, despoblación, envejecimiento, contaminación, abandono oficial, desconfianza... La menesterosidad, en suma, de una región que en el pasado alumbró mundos y que hoy se nos muestra achacosa, mal comunicada, pagana de un incipiente desarrollo, siquiera la incomprensión periférica haya venido considerándola en el último medio siglo como expresión del centralismo español.

Por supuesto este libro no es una novela pero tampoco un estudio científico, apoyado en datos y estadísticas, sino algo a mi juicio más elocuente: un libro vivo donde la realidad castellana nos es expuesta por sus propios protagonistas, los más humildes vecinos de nuestros pueblos y aldeas. Esto no quiere decir que la lectura de estas páginas constituya un simple pasatiempo sino que de los monólogos de estos supervivientes de un éxodo aún inconcluso pueden sacarse provechosas enseñanzas, primer paso para plantearnos con sinceridad y conocimiento de causa el futuro de esta región a raíz de la incorporación de España a Europa.

M.D.

La sequía

A falta de nubes de más enjundia, el Santo Labrador ha hecho por Castilla lo que ha podido. El cárdeno nubarrón, procedente del suroeste, se ha ido desplazando sobre Tierra de Campos y ahora riega mansamente unos sembrados que desde hace ocho semanas no veían el agua. El agua de nublado es zaina. Entreverada con piedra lo mismo puede representar un alivio que la puntilla para estos campos sedientos. Conforme el Santo Labrador empuja la nube sobre Berrueces, el cronista observa en torno las parcelas amarillas abrasadas por el sol y los hielos tardíos de las últimas jornadas. En cambio, el señor Pedro, mira al cielo, difidente, con esa suerte de atónita resignación con que el labrador de la Meseta observa los fenómenos ajenos a su voluntad. Frente a la casa, del otro lado de la carretera, se desmoronan las bardas de adobe de un viejo corral y, tras ellas, el pueblo, arranado, se apiña en torno a la iglesia, un templo monumental, ciclópeo, del siglo XVI. El señor Pedro vuelve la espalda a la ventana, se sienta en un taburete y extiende sus grandes manos hacia la lumbre:

–Nada, no señor, esta nube no arregla nada. Hombre, depende de cómo sea la nube, ¿no?, pero le prevengo que aquí la situación es de desastre. Vea mi caso, que es el de tantos. Yo soy un labrador de cien hectáreas, ¿no?, bueno, pues el año pasado tiré trescientos kilos de abono del 12-24-16, un abono bueno, según dicen, ¿verdad? Bien, pues para San Juan Bautista hará el año que tuve que levantar la siembra sin coger tampoco una espiga. Este año volví a abonarlas tal cual y usted mismo puede ver los resultados: un desastre. ¿Sin llover? Hombre, eso se lo puedo decir fijo porque lo tengo apuntado. Ve, aquí lo tiene, de enero a la fecha no han caído aquí ni siquiera cincuenta litros. ¿Qué le parece? Esto después de un año en que se perdió todo, en que yo, para decírselo en plata, tuve que comprar hasta la semilla que sembré. ¿Qué va usted a esperar de un año que a mediados de mayo apenas si han caído cincuenta litros de agua? Hombre, esta lluvia de hoy es una esperanza, no digo que no, porque aquí, en Campos, todavía no está perdido todo... Pero no nos engañemos, hoy aquí el campo es como un enfermo en las últimas, le lleva usted a un médico y nada, le lleva usted a otro y lo mismo y, en éstas, llega un conocido y le dice: «Oye, que me han dicho que en Madrid hay un curandero que a todos arregla, que si tal y que si cual». ¿Qué haría usted? Ir al curandero, ¿no? ¿Y qué hace el curandero? Parigual que

los médicos: nada. De las siembras tremesinas es bobería esperar nada, es decir, para conseguir algo tendrían que caer ahora veinte litros, a la semana que viene otros veinte, y a este tenor hasta junio. Chorreados y en cantidad, ¿comprende? Un milagro. Pero puede venir, ¿no? Quién sabe si hoy caen, a lo mejor, quince o veinte litros y la planta espira, coge vigor, coge sangre y, dentro de una semana, otros quince o veinte y, entonces, sí, entonces Dios sabe lo que podría ocurrir. Pero más vale no pensarlo, no señor, que a la altura que estamos eso es imposible.

Hace unos años se pensó por estas agrias tierras del páramo que la técnica, al fin, había conseguido someter a la naturaleza. Un subsolamiento profundo hasta alcanzar la más arcana humedad de la tierra, un tratamiento químico adecuado, nuevos plaguicidas y herbicidas y los riesgos de cosecha catastrófica habrían sido eliminados de Castilla. Un año podría ser peor que otro, pero de ninguna manera nulo. Recientes reveses parecen, empero, demostrar lo contrario, esto es, que pese a los espectaculares avances de la técnica y de la química, la dependencia del cielo en Castilla sigue siendo absoluta.

–Aquí el clima, las circunstancias climatológicas, son las que mandan, desengáñese usted. Eso sí, si el agua viene a tiempo, dándole a la tierra lo que necesita, se puede coger doble o triple de lo que se cogía ayer, eso por descontado. Pero ¿cuándo viene el agua a tiempo, digo yo? Ve, ahí tiene a mi difunto padre. En su época no se hablaba de hectáreas sino de iguadas que venían a ser cincuenta y seis áreas. Y, entonces, tres cargas eran una buena cosecha. Ya ve, seis sacos, a ochenta y seis kilos que pesaba la media carga, eche cuentas. Hoy día, viniendo las cosas por su orden, una iguada puede dar muy a gusto el doble. Claro que le estoy hablando de trigo, ¿eh?, no de otra cosa. Por más que yo tengo para entre mí que está cambiando el tiempo, que ahora ni hiela fuerte en invierno, ni diluvia en primavera, ni en verano aprieta la calor como apretaba antaño. Le voy a confesar una cosa: yo fui el primero en este pueblo en sembrar las dos hojas y cogía unas cosechas extraordinarias, pero, de un tiempo a esta parte, llevamos unos años, que yo no sé qué pasa, pero esto no marcha, tanto da el barbecho como las dos hojas, ni el abono ni el oreo son solución en estas tierras.

La instalación, hace apenas un par de años, de una estación experimental de lluvia artificial, a un paso de aquí, en Villanubla, hizo bailar en una pata a la gente sencilla de la meseta. Pensaban, no sin cierto fundamento, que si el hombre había sido capaz de colocar a un congénere en la luna, no resultaba más difícil formar una nube de un cañonazo y destriparla, luego, con otro, para hacerla derramar su agua redentora sobre los campos. El nuevo giro de la conversación parece

animar un poco al señor Pedro:

–Sí señor, ahí, en Villanubla, hubo hasta hace poco una combinación, o, por mejor decir, unas relaciones internacionales, y no sé si están en ello todavía. Que yo sepa, el aparato no lo han desmontado y, hasta hace unos meses, de aquí, de todos estos pueblos, mandábamos el parte diario con las nubes, las temperaturas y todas esas cosas. Y estos datos los conservan y los están estudiando en Rusia, en América, o no sé dónde. ¡Imagínese si eso diera resultado! ¡El agua a capricho! Porque el riego por aspersión aquí no trae cuenta. Yo fui el primer labrador del pueblo que me decidí y no encontré agua hasta doscientos cincuenta metros. ¡Hágase idea, para regar catorce hectáreas! Pero si yo hice la perforación, bien lo sabe Dios, no fue por mí, sino pensando en los chicos que aún andaban en casa. Ya ve, yo pedí dinero al banco tan pronto encontré el agua y me dijeron que sí, que bien, que de acuerdo. Pero se presentó la sequía y, según la condición que me pusieron, yo no podía regar la alfalfa mientras el dinero no llegara. Pero el dinero no acababa de venir y la alfalfa se secaba; y yo con el agua a mano. ¿Usted qué hubiera hecho? Pues regar la alfalfa, natural, lo mismo que hice yo, pero lo que pasa, me quedé sin crédito lo mismo que me quedé sin abuela. ¿Qué le parece? ¿Cree usted que eso es de razón? Ahora, según dicen, dan donde el Irida unos créditos bastante apañados, al once por ciento, en diez años, con subvenciones y eso. Menos mal, porque si esto de los préstamos no se resuelve, no queda otro remedio que vender, liquidarlo todo, ¡qué sé yo!

Estos predios de Tierra de Campos no son precisamente latifundios. La propiedad está muy repartida. Veinte, treinta, cincuenta hectáreas. Rara es la finca que llega a las ciento. Ante esta realidad manifiesta y las veleidades del cielo, pregunto al señor Pedro cómo se las arregla la gente:

–¿Que cómo vive el personal? Pues se lo voy a decir a usted. Aquí, en Campos, la gente vive artificial, a la que salta. O sea, coge un crédito y lo gasta, pide otro más largo para pagarlo y seguir viviendo, y así. Pero tenga usted por seguro que el pueblo está empeñado hasta los ojos y, si se pierde también esta cosecha, yo no sé lo que va a pasar. Una pena. Tractores sí, de eso no falta. Aquí, en Berrueces, puede haber unos sesenta, más que vecinos, que, por regla general, cada labrador tiene dos. ¿Que para qué? Pues muy sencillo, porque si los tiene Fulano, los tengo yo; porque si me compro uno nuevo y por el viejo no me dan nada, me quedo también con él; y porque para muchas labores tener dos tractores es conveniente. Lo de la cosechadora, no señor, ése es otro cantar. Para mercarse un trasto de ésos habría que vender el término. Aquí, desde hace mucho, mucho tiempo, cosechan los catalanes y los valencianos. En alquiler, natural.

Traen dos máquinas y tres o cuatro de personal (pero entendidos, ¿eh?) y cobran a razón de tres mil pesetas hectárea, veinte duros arriba, veinte duros abajo. ¿Que por qué no lo hacemos los castellanos? ¿Y quién lo sabe? Quizá la cosechadora llegó aquí más tarde y nadie se tomó la molestia de conocerla a fondo. ¡Vaya usted a saber! Por de pronto somos más dejados, aparte que hoy un trasto de éstos cuesta una fortuna. ¡Y para lo que nos va a servir!

Los hijos del señor Pedro entran y salen de la habitación. Son muy jóvenes. Apenas curiosean al intruso unos instantes y vuelven a salir a la calle, a ver llover, o pasan al interior de la casa. La mujer del señor Pedro ofrece al cronista unos bollos caseros y un vaso de vino. El señor Pedro atiza el fuego:

–Yo, si quiere que le diga la verdad, no he conocido una calamidad semejante. ¡Dos años sin coger un grano, que se dice pronto! Yo me recuerdo que allá por el año cuarenta y pico, cuando yo era chaval, hubo también un año malo, muy malo, pero entonces se trabajaba con yunta, era otra cosa. Como esto de hoy, no se ha conocido. Usted repare en lo que supone esta sequía para un labrador como yo. El año pasado metí cuatrocientas mil pesetas en cuarenta hectáreas, más las labores. Este año he metido otras cuatrocientas mil pesetas, más las labores. ¿Y qué he sacado en limpio? Nada, absolutamente nada. ¿Y dónde voy a parar por este camino, eh, me lo quiere decir? Mire usted, esto no hay quien lo aguante. Esto está, vamos, yo qué sé lo que le iba a decir. Es como aquel funcionario que terminara un mes y no cobrase, terminara otro y tampoco, otro más y la misma, y encima tuviese que pagar la pluma, la tinta y los papeles de su bolsillo. ¿Quién aguantaría eso? Pues el campo, tal cual. Los chicos están conmigo, a ver, pero porque no encuentran un agujero donde meterse. Si no ¡de qué!, aquí no paraban ni las ovejas.

Pepe, el Cepero

La mixomatosis, la mortífera peste de los conejos, que aún anda lejos de remitir, se propagó un día de manera bastante uniforme por la geografía española, pero, al cabo de veinticinco años, el ritmo y la gravedad de las recidivas son muy diversos. Hay lugares donde el conejo no levanta cabeza desde hace cinco lustros y, otros, en cambio, que, sin verse libres de la visita anual de la peste, han conseguido reconstruir su antigua población. La peste será más floja en estos lugares o los conejos más fuertes, el caso es que la mixomatosis ha dejado de ser en ellos una calamidad irreparable. En líneas generales, puede decirse que la franja norte de Castilla la Vieja ha sido castigada con mayor dureza que la sur. En los arcabucos de las provincias del

norte apenas se ve un conejo sano, mientras en las pedrizas y escabrosidades de Salamanca y Ávila todavía es posible encontrar conejos en abundancia. Pepe Rivas, o Pepe el Cepero, opera en las proximidades de ambas provincias, del otro lado de la sierra, y asegura que allí donde el conejo no puede vencer a la mixomatosis es que hay poco conejo, ya que los lugares conejeros deben dar para la enfermedad y para el morral. Pepe, el Cepero, es hombre de media edad, recio, chaparro, ligeramente metido en carnes, aunque se mueve con agilidad envidiable.

–Todos los años no se cogen los mismos conejos porque no hay un año igual a otro, pero, si el tiempo acompaña, yo suelo cazar del orden de los quince mil; puede subir uno arriba, o bajar uno abajo, pero estando el año aparente, por menos de quince mil conejos no me ahorco. La coneja no pare igual en todos los sitios, hay mucha variación; concretamente, aquí, una coneja suele echar cuatro o cinco gazapillos por término medio, en cambio yo he cazado conejas en Sevilla con doce crías en la barriga. Y esto no quiere decir que la caza andaluza sea mejor que ésta, sino que, por el clima o por la circunstancia que sea, cría más que la de aquí. Y, aguarde, que también hay que contar con los pastos, que la coneja, si la otoñada viene buena, da mucho conejo, de que apunta la hierba ya está criando, es animal que va con el campo. Y a lo mejor te hace un par de camadas seguidas en septiembre y octubre y, de repente, si se niega un poco el agua, se amodorra y hasta marzo no vuelve a criar. Pero tenga por seguro una cosa: la coneja que pare en mayo rara vez logra la cría, y no por la peste, que antes no la había y se morían igual, sino porque el animalito es tan tierno que no puede con la calor, se le empiezan a inflamar las asadurillas, se le llenan de piedras, da en criar tripa y se muere sin remisión. Y la peste nada tiene que ver con esto; es la calor. Es más, le voy a decir una cosa que le va a sorprender: antes de la peste no se cazaban aquí más conejos que ahora, con todos los que se mueren. ¿Y quiere saber por qué? Muy sencillo, antaño había en el campo cantidad de alimañas, que se dice, zorras, turones, jinetos, culebras, lagartos, que no dejaban hacerse a la caza. Y como, entonces, no se mataban estos bichos, pues a ver, iban a más; pero hoy, que su caza está autorizada, se mete mucho dinero en las fincas para descastarlos y morirá mucho conejo, no digo que no, pero queda más caza. ¡No vea el daño que hacían los bichos estos al campo! En una ocasión, cazando un servidor en una finca de El Escorial, cayó una zorra en un cepo y ¿sabe lo que me dijo un veterinario que estaba conmigo? Me dijo esto, fíjese bien, que todavía no lo he olvidado: «En punto a gasto, un animal de éstos es más caro que un furtivo». Y lo dijo un veterinario, dese cuenta, que no era un cualquiera. ¿Horas? Mire, aquí, en esto nuestro, la jornada no se mide por horas, pero para

colocar cien cepos, que es con lo que venimos trabajando, eche usted tres horas o tres y media. Pero aguarde, que luego viene el recogerlos, sacarlos los conejos, destriparlos, aviarlos y, por último, poner los cepos otra vez. Total que, entre unas cosas y otras, hay que estar todo el día de Dios detrás de ello. Eso sí, con cien cepos nosotros podemos agarrar ochenta o noventa conejos y, si pinta bien, más que cepos, no porque caigan dos en uno, no señor, sino porque dando otra vueltecita por la tarde se redondea el morral.

Mientras se explica, Pepe, el Cepero, hace una demostración. Pisa fuerte el muelle del cepo, abre los aros, coloca la palanquilla, sujeta el plato por dentro para que no se dispare, y lo tapa cuidadosamente con tierra. La hora no es propicia –las once de la mañana– y Pepe, el Cepero, coloca las trampas en las bocas de las huras. Con una docena de ellas cubre un vivar y, al desparramar la tierra sobre la última, le dice al cronista:

–Le advierto que tengo una hija en Madrid, en la Universidad a Distancia, y todo se la vuelve decirme: «Padre, a ver si deja eso de una vez y se viene aquí, a vivir conmigo». Ya ve. ¿Qué se me ha perdido a mí en Madrid? Madrid para los madrileños, como yo digo; lo mío es el cepo.

Se endereza junto al cronista, las manos en los riñones:

–Nosotros no trabajamos por un salario sino a tanto conejo, diez o doce duros como mínimo, que, en habiendo caza, no está mal, un jornal arreglado, cuatro o cinco mil pesetillas, un billete grande. La época ideal para el cepo es el mes de mayo, que es cuando más dinero vale la caza, luego empieza todo a desbarajustarse y, como no hay un duro, el conejo se regala, ya ve usted este año, ¡a noventa pesetas kilo! Con todo, no hay descanso, en los cotos industriales puede cazarse todo el año, le estoy hablando de cepos, entiéndame, que con la escopeta ya es otra cosa, pero, unas con otras, yo puedo cepear quince o veinte fincas por temporada. Concretamente este año casi puedo decírselas de memoria: La Cucaña, Malpartida, Cabezuela, El Bardo, El Alamillo, El Horcajo, La Dehesa, Galleros, ¡qué sé yo!, ponga otras tres o cuatro que ahora no me vienen a la memoria. Bien entendido que para este oficio no vale cualquiera, que el cepo hay que saberlo poner, que hay que ponerlo allí donde lo pide el conejo, que el propio animal te lo va indicando. Y como hay que llevar el campo todo adelante, palmo a palmo, pues unas veces deben colocarse en las vereditas, otras en los cagarruteros o allí donde hay muestra de ellos, cogiendo, por así decir, todas las pistas del conejo. Porque, por un lado, la caza es lo más listo que hay pero, por otro, lo más ignorante. Y el conejo, pongo por caso, es muy rutinero, siempre hace el mismo camino, las mismas paradas, y, para ir a ensuciar, nunca cambia de cagarrutero. Los cepos son de fábrica, qué hacer, de Don Benito para más señas. Ya

sé que hacer un cepo no tiene ciencia, pero la tiempla del codillo del muelle, ésa no hay quien se la dé, porque, una de dos, o lo quiebras o el resorte no salta, no tiene fuerza. Ése es para mí el misterio del cepo: la tiempla del codillo. El conejo, de no ser que los aros le agarren las patas de las manos, no sufre; en cogiéndole bien, no dice ni pío. Además es infinitamente más rentable que el hurón, dónde va. Para la cosa de explotación de caza no conocerá usted a nadie que cace con bicho. Y no por otra cosa sino porque todavía no ha nacido quien pueda atrapar cien conejos con bicho en un día. El hurón va bien para distraerte un rato cazando a toro suelto o para el furtivo, pero para el negocio, no; tiene muchos inconvenientes el bicho, el primero de todos que por menos de nada se te trasconeja y ya estás echando la tarde entera para sacarlo de la hura. No, ya le digo que, en este oficio, como norma, no hay descanso, o, por mejor decir, no debería de haberlo, aunque a veces las circunstancias obligan, los polleros andan asfixiados, los conejos no tienen salida y hay que hacer un alto, porque, como no hay trabajo, el dinero no corre y como quien tira normalmente del conejo es la gente obrera, la gente pobre, pues no te queda otro remedio que parar. Eso sin contar la competencia, que cada día es más goloso esto. Igual en Talavera hay más de cincuenta ceperos, hágase idea. Y por estos pueblos de los alrededores la misma copla. De la parte de Ávila y Salamanca, tal vez bajen un poco, y en Sevilla, ya ve, con la nube de conejos que hay, no se conocía el oficio, que hasta mentira parece. Me acuerdo que en un pueblo que le dicen Valencia de las Torres enseñamos a cepear a cuatro o cinco, y detrás venían más, el pueblo entero, y lo que yo les dije: «El que quiera aprender que vaya a la escuela». En la trampa puede caer una perdiz, qué hacer, en ese punto no le falta razón, el cepo es muy sensible y todo lo que toca en el plato, sea liebre, perdiz, paloma o rata puede darse por muerto, eso seguro. Pero, si usted lo quiere, no hace daño, que, por ejemplo, en las fincas de mucha perdiz, le pone usted una talama sobre el cepo y la perdiz, que no gusta de lo sucio, arrodea antes que pisar el plato. En lo tocante a las liebres, alguna cae, pero no hacen número. Para agarrar liebres en cantidad, y además vivas, para repoblación y esas cosas, no hay como la red, una red tal cual la de los pescadores, pero de varios cientos de metros de larga. La sujeta usted entre dos árboles o dos estacas, entriza a los animales, y liebre que se engancha ya no se suelta. Contra más vueltas dé, peor para ella, más se enreda. Igual que los pájaros. ¿No ha visto usted nunca atrapar pájaros con red? Pues es igual; la técnica es la misma.

Pueblos envejecidos

En la Castilla alta, en un ramal de la carretera Burgos-Santander, en el

fondo de un pequeño valle de frutales, se alza el pueblo de Sedano, lugar de adopción del cronista, al que lleva vinculado más de cuarenta años. Entonces, hace nueve lustros, su juventud extrema y su amor incipiente ponían lo que quitaban el hambre y las sombras de posguerra. Apenas apuntaba agosto, el cronista amarraba una camisa y un par de calzoncillos al soporte de su bicicleta Arelli y salía pedaleando de Molledo-Portolín, en la provincia de Santander, atravesaba Reinosa y el balneario de Corconte, almorzaba un par de huevos con chorizo en el estanco de Paradores de Bricia y, al caer la tarde, entre dos luces, aparecía por Sedano, cuando las gentes del pueblo disponían sus arañas y reteles para salir a cangrejos en el río Moradillo. Allí, en un rincón de la plaza, en la casa de los Gallo, esperaba la novia del cronista. Enfrente, la fonda de la señora Pilar le albergaba y le daba de comer y de beber tres veces al día por el módico precio de dieciocho pesetas. En aquel tiempo, Sedano era una comunidad palpitante y estructurada, un pueblo principal, con su notaría, su registro, su juzgado, su telégrafo, su fonda y su farmacia. Era un pueblo de economía pobre, de mera subsistencia tal vez, pero un pueblo vivo, con demografía creciente, jóvenes en sus bailes y niños en sus escuelas. Pero ¿cómo sujetar aquellos niños una vez convertidos en hombres? De este modo comenzó la emigración. Darío Espinosa, una institución en el pueblo, con cerca de ochenta años a las espaldas, reconoce la decadencia de la villa:

—¿Pensionistas aquí? ¡Qué sé yo! Y el caso es que si llego a saber que le interesaba eso a usted los podía haber contado. Pero lo mismo hay más de cuarenta, entre hombres y mujeres. Y mozos, lo que se dice mozos, ponga usted doce o quince. Y, luego, esos mozones, como yo digo, de cuarenta para arriba, que lo mismo hay una docena de ellos. Para entendernos, en edad de trabajar, no llegan ni tampoco a dos docenas, que los unos, los más jóvenes, andan ahí, en lo de Riotinto, en Quintanilla de Sobresierra, y los otros, por ahí abajo, en Covanera o Sargentes, a lo que salga, cualquier cosa menos el campo. Más prefieren ir a ganar mil pesetas o dos mil a donde sea, o estarse mirando, que trabajar en el campo. Del campo no quieren saber nada, no les gusta. ¿Que si hay tierra en este pueblo? Pues dejará de haber, hombre, fíjese desde el Prado de Fuente Herrera, en el kilómetro 5, hasta Covanera, toda la vega, lo menos diez kilómetros. Y en esos diez kilómetros, igual no hay diez fanegas sembradas, quite un poco que siembran Severo y Gregorio y lo demás está erío. Que ese terreno no da para vivir, de acuerdo. Por eso, lo que convendría hacer aquí es arreglar un poco la vega, que es bien hermosa, de forma que bastase para ocho o diez familias. Fíjese, de que se asoma uno al castro, en la iglesia, lo que hay, por allá abajo, tan anchuroso... ¡Pues todo erío! Y otro tanto le digo del ganado. En este valle caben a gusto diez

manadas como la de Manolito. Más de cinco mil ovejas cogen aquí, ya lo creo que cogen. Usted fíjese desde el páramo de Covanera hasta Nocedo, todo mirando. Y, luego, las cuestas de Gredilla, y todo eso de Rozas, tan rico, todos esos altos, hasta Moradillo. Y de ahí al monte de Masa, madre de Dios, el terreno que hay, si no se abarca con la vista. Lo que le digo, más de cinco mil ovejas; y cabras no, porque dicen que no convienen, que nos las hicieron quitar porque, al decir de los políticos, estropeaban el monte y, ahora, ya ve, nos obligan a cortar el monte desde el tronco, todo al raso. ¿Entiende usted eso?

El señor Darío levanta los hombros como diciendo: «Lo que hay que aguantar». Sedano todavía no es la montaña pero apunta ya. Son las primeras estribaciones de la cordillera Cantábrica. Adustas cuestas recubiertas de roble o pinadas de repoblación que, a medida que se acercan al pueblo, se desnudan, ofrecen sus lomos turgentes, como descomunales cetáceos, mostrando en las cumbres la osamenta de sus comisas rocosas. Asimismo, el clima de Sedano es clima de transición, al menos en estío; ni la canícula despiadada de la planicie, ni las húmedas brumas del norte. Cielo alto, calor seco y una brisa fresca, tonificante, al morir el día. Y, en los bajos, la peregrina amenidad de su vega, surcada por el río Moradillo, flanqueado de chopos y, a izquierda y derecha, minúsculas hazas de cereal, huertas, canteros, largas ringleras de manzanos chamosos y, festoneando las faldas, corpulentos nogales y castaños de Indias:

—¿Que qué haría yo con esto si se me diese autoridad? Pues mire, para empezar, como dicen que el arbolado es malo y viejo, arrancarlo. Porque los frutales ya no hay quien los sulfate y, aunque sean jóvenes, se secan muchos, yo no sé si es cosa de la tierra, que tiene poca cal, o qué, pero el frutal se está perdiendo, lo mismo el pequeño que el grande. Y es que, oiga usted, los árboles son mayormente como las personas, cada cual necesita su comida y su medicamento y eso es muy caro. Por eso, yo los quitaría todos y, en su lugar, sembraría alfalfa, cebada y patatas, y ya no cabrían disculpas de que los árboles no dejan arar. Después, lo parcelaría en forma, de modo que todo el mundo pudiera tener dos o tres fincas apañadas, que hoy día, conforme está, hay que pisar lo del vecino para ir a arar cuatro surcos, que hay fincas, oiga usted, que no llegan ni a un celemín. Esas fincas, mire usted, aunque sólo fuera por dignidad, no deberían ni existir. Porque en los sitios donde se ha hecho la parcelaria, yo he visto fincas de una fanega o dos, pequeñas, según lo que corresponda, pero es otra cosa. Y aquí también se hizo la parcelaria, es cierto, que estuvo medido desde más arriba de Castañeda, lo que tiene es que el personal es muy contrario y acabaron por dejar las cosas como estaban, porque en este pueblo, por lo que sea, que yo en esto no me meto, se adolecen de cualquier reforma.

Día a día, año a año, el cronista ha ido asistiendo a la decadencia de este bello pueblo, a la agonía y muerte de las aldeas vecinas. En la actualidad, Sedano apenas suma doscientos habitantes, la tercera parte que hace cuarenta años y, en virtud de una dinámica imparable, han ido desapareciendo del pueblo la notaría, el registro, el juzgado, la fonda y el telégrafo. La población activa apenas llega a veinte jóvenes, la mitad de ellos parados o empleados ocasionales, ya que el lugar, fuera de la actividad autónoma, no brinda un solo puesto de trabajo. La demografía de hace un par de años nos da un saldo deplorable: nueve defunciones contra un solo nacimiento, lo que significa que la población de Sedano, como casi toda la de la Castilla rural, es una población envejecida que vive del retiro y asiste, aparentemente impasible, pero mordida por el dolor y la nostalgia, al declinar de unas formas de vida, al ocaso de una cultura. Y esto sucede en la cabecera de comarca. ¿Qué decir de los pueblos serranos de las inmediaciones? Patética relación: Nocedo, Cortiguera y Mozuelos, vacíos y arruinados; Valdelateja, vacío; Huidobro y Quintanaloma, tres habitantes; Turzo, seis; Cubillas del Rudrón, nueve; Pesquera, diez; Nidáguila, doce habitantes... ¿Para qué seguir? ¿Qué cabría hacer para revitalizar esta zona del Rudrón, tan deprimida? ¿Cooperativas agropecuarias? ¿Unas modestas industrias alimentarias que transformasen la escasa producción de la comarca y sujetasen al también escaso personal?

–¿Sedano dentro de veinte años? Como siga así, nada, oiga; pero nada de nada. Si hoy tiene setenta vecinos y cuarenta pasamos ya de los setenta años, usted me dirá qué porvenir le aguarda. Jóvenes no hay, o, por mejor decir, aquí no cría uno, así es que el pueblo se va a pique, no tiene solución. Porque, con todo lo que digan, hace cuarenta años, el pueblo era otra cosa; pobres éramos, pero se vivía. Con más trabajo, es cierto, pero también con menos envidias que ahora. Con un borriquillo subía uno a los altos, hoy a éste, mañana al otro, y a cosechar el poco verano que había. Luego, el marrano; matábamos un chinillo cada uno, el que podía de cien kilos, de cien; el que podía de ciento cincuenta, de ciento cincuenta. Y con el marrano y la huerta nos pasábamos el año, que entonces no había vicio; ni carnicería, ni fresco. O sea, nadie comía merluza aquí más que algún señorito, una colilla a la semana a todo tirar. Pero como estábamos enseñados a eso ni nos costaba. Que yo me recuerdo acarreando a los cinco años, levantándome todos los días a las dos de la mañana, noches enteras regando o pelando. Y en resumidas cuentas, ¿para qué? Para nada, ésta es la pura verdad. Para pagar la renta y un poco de trigo para el año, que a algunos ni para eso les alcanzaba. Así es que, después de lo que hemos pasado nosotros, la juventud no ha querido saber del campo, ha hecho fu como el gato, no ha querido trabajar en él, que a

algunos ni se lo mientes.

Las oreanas del Sil

Nadie coincide; no hay acuerdo a la hora de bautizar a las buscadoras de oro de la zona alta del Bierzo. Sánchez Palencia las llama aureanas, otros les dicen lavadoras o bateadoras, pero ellas se denominan a sí mismas *oreanas*. El caso es que el beneficio de mineral de oro en ríos gallegos (Sil, Miño, Lor) y leoneses (Duerna, Eria, Cúa) viene de Roma. Marín habla de esta actividad en la época medieval. Para Becerro de Bengoa la producción anual en el valle del Sil, en el primer tercio del siglo XIX, llegaba a los siete kilos. Sea como quiera, las aureanas todavía están ahí, vivitas y coleando, y el viajero puede encontrarlas en el pueblecito de Pumares, a caballo entre las provincias de Orense y León, después de franquear el jugoso paisaje del Bierzo, camino del Barco de Valdeorras, y charlar tranquilamente con ellas. Junto a Ovidio Alejandre, gran pontífice del coloquio, están su señora, María Encamación Mariñas, y Delfina Fernández Blanco, ambas aureanas durante muchos años y hasta época reciente. Son gentes locuaces que hablan de su viejo oficio con una suerte de candor y nostalgia, de tal manera que el cronista nunca sabe a punto fijo si menosprecian o añoran su pasado. Cualquier vecino de Pumares que haya cumplido treinta años puede recordarlas en plena actividad, abriendo calicatas a orillas del Sil, las faldas arremangadas, lavando luego en el río las arenillas depositadas por la avenida. María Encamación Mariñas tiene una voz meliflua y cadenciosa:

–El río ha arrastrado oro de siempre, que yo tenga noticia, hace más de cien años que mi bisabuela lo lavaba. El que nos llamaran esto o lo otro o lo de más allá, poca importancia tiene, digo yo, no íbamos a reñir por eso, pero entre nosotras y en los pueblos vecinos, nos han dicho siempre las oreanas y, por mi parte, yo le puedo decir a usted que he estado lavando oro toda mi vida o, si mejor lo prefiere, media vida, que ya va para treinta años que lo dejamos. ¿Acabarse? No señor, no es que se haya acabado, que haberlo haylo, pero en el pueblo salieron mejores proporciones, luego después vino el embalse y todo cambió. Oreanas, que yo sepa, sólo hubo aquí, en Pumares, que en los pueblos de al lado nunca les dio por esto del oro, no me pregunte por qué. De manera que nosotras íbamos, aguas arriba, por Quereña, Peñarrubia, Vegas, Toral hasta Villafranca del Bierzo, de la parte de León, y, aguas abajo, ya en la provincia de Orense, por San Clodio, Quiroga, Peñamala, Montefurado y Covas. ¡Todo el río nuestro! ¡Allí no había competencia!

Pumares es una aldea sosegada, con olor a heno y gemidos de

chirriones, a la que se accede sin más que atravesar el adarve del muro de la presa. Atrás queda el ruido, la polución, el motor, todo lo que comporta la civilización mecánica. A pocos kilómetros, ya en la provincia de León, están Las Médulas, fantasmal topografía, donde los romanos demolieron montes enteros y construyeron acequias, en una tentativa de explotación del oro a gran escala. Esto demuestra, como confirma una de las tertulianas del cronista, Delfina Fernández Blanco, que «toda esta parte de la vega era muy orifica». Delfina y María Encarnación van engarzando sus respuestas, mientras Ovidio Alejandre puntualiza de vez en cuando algún extremo.

–Los lavaderos se encontraban en los remansos, nosotras los conocíamos bien y, allí donde topábamos con una lameira, nos deteníamos, cavábamos, echábamos unos puños de tierra al cuenco, nos remangábamos las sayas y al río a lavarla. Cavar, cavábamos con un sacho, en la ribera, sí señor, echábamos agua al cuenco y le dábamos vueltas y vueltas hasta que quedaba en el fondo una arenita finita, finita, que volcábamos en una lata grande de sardinas, de uno seiscientos. Y, a la noche, la azogábamos, vueltinas, vueltinas, hasta que se formaba una bolita negra, la echábamos en un plato con unas brasas de torgo o encina y se quemaba, se le quitaba la costra oscura del mercurio y entonces quedaba una bolina amarillina y brillante; oro puro, a ver, en bruto, pero oro puro, sí señor.

Delfina Fernández Blanco saca una bolita negra bien arropada en un trapo blanco y la muestra al cronista con sacrosanto respeto:

–Vea –dice–, así quedaba el oro después de azogarlo.

Por su parte, Ovidio Alejandre sube de la bodega un gran cuenco –la batea–, un cono hueco, muy abierto, de madera negra, parcheado de hojalatas, y lo pasea ante los ojos de la concurrencia:

–Ve, aquí tiene el cunco, o el cuenco, o el plato como le dicen otros. Es de castaño, pero no se piense que de madera de castaño sino de unas verrugas muy duras que salen al pie de este árbol. Si fuera de madera pura se abriría, a ver, no aguantaría la humedad. Luego hubo una época, cuando el wólfram, en que no había platos de castaño y los hicimos de zinc, pero el oro resbalaba y se salía y cuando lo azogábamos parece como que el mercurio quisiera pegarse al fondo, de forma que no hicimos vida de ellos.

María Encarnación Mariñas vuelve a tomar la palabra:

–Mire usted, el oro estaba invariable en los mismos lugares. Después de una crecida, la corriente dejaba la tierra en este recodo, en el otro y en el de más allá, inclusive siempre en las mismas grietas. El río inundaba invariablemente las mismas praderas y ahí había que buscarlo. O sea, que éste era oficio de verano, con aguas someras y lameiras al descubierto. Buscar oro era un segundo trabajo para ayudar al marido y ganar un duro, ¿comprende usted? Y era cosa de

mujeres que los hombres, con atender al ganado y a la tierra, ya tenían bastante. Eso sí, en verano, tan pronto las aguas mermaban, ya estábamos en el río. Y a lo mejor nos tirábamos ocho días allí, no crea usted que volvíamos por el pueblo. Dormíamos donde se terciaba, al sereno o en casa de algún conocido, y así íbamos pasando el verano. Quia, no señor, no cargábamos con la arena, sólo faltaría, llevábamos el mercurio y lo azogábamos en el río, de modo que volvíamos con el oro limpio a casa. A veces, en las juntas de las peñas, salían pepitas. Pero no eran pepitas redondas sino aplastadas, muy finitas, como la linaza, para que se haga una idea. Pesar, pesar, podían pesar medio gramo, un gramo, aunque una vez me recuerdo que salió una de tres gramos y medio. Pero nadie se hizo rico con esto, créame. Aquí lo ordinario era sacar al día un gramo o dos y, si bajábamos a una lameira virgen, ponga usted cinco, y con mucha suerte ocho o diez, pero, por término medio, no llegaría a tres, por más que una vez la Asunción, una muchacha de aquí, sacó en el hueco de una peña treinta y cinco gramos de una platada.

Delfina Fernández completa la información de su compañera:

–En los años treinta, el gramo de oro iba a dos pesetas y media, no se pagaba más, y los últimos que sacamos, allá por el 56, me parece que se pagaron a setenta y cinco. Como verá, esta nuestra era una profesión muy aventurera, pero si hacíamos un verano de ochenta duros, buenos eran, mire usted, máxime en una época en que el jornal de un hombre yo no sé si llegaría a las tres pesetas. Vender el oro era muy sencillo, venía por aquí un señor una vez al mes y nos visitaba a las oreanas casa por casa. La cuadrilla de Pumares nunca pasó de catorce mujeres, hombres no había, ni tampoco niños, y, según dicen, del otro lado del monte, de la parte de la Cabrera, había otras cuadrillas pero nosotras no las conocimos. También oí decir que había una mina de oro allá, por Ambasmestas, pero lo cierto es que nunca dimos con ella, a saber si no sería cosa de la imaginación.

Nuevamente tercia Ovidio Alejandre, con su afán puntilloso, clarificador. Según él es imposible calcular la cantidad de oro que extrajeron las oreanas del Sil en los últimos treinta años de actividad, pero, fuera de este río, apenas si encontraron algo en el Cúa, en Villafranca del Bierzo. Admite que los romanos disolvieron montes enteros en Las Médulas, como si fueran azucarillos, pero también explotaron los yacimientos del Sil mediante procedimientos industriales:

–A kilómetro y medio de aquí, entre la vía y el río, montaron los romanos una draga para sacar oro, que luego se hundió con toda la herramienta dentro y qué sé yo las penas que tuvieron que pasar aquellos hombres para ponerla a flote. Pero yo le oí contar a mi abuela, que en paz descanse, que, antes de construirse la vía, lavaron

oro los romanos ahí y entre esto y Las Médulas sabe Dios la fortuna que debió llevarse para su pueblo aquella gente. ¿Explotarlo hoy a gran escala? Quite de ahí, no señor, ya se sabe que esto no es productivo, o sea no hay un buen filón de tierra orifica que lo justifique y, para más, la gente que construyó el embalse sacó la arena para la obra de las lameiras y, luego, las cubrió de agua, de manera que ya me dirá usted dónde van a ir a buscarlo. Hoy día, con decirle que ni los chiquillos se arriman al río está dicho todo. Lo de las oreanas, para bien o para mal, es asunto terminado.

¿El último molino?

El Arlanza baja regateando entre un soto de álamos y negrillos desde la sierra de la Demanda, donde se proyecta un pantano, forma unos hileros imperceptibles ante el puente de Escuderos y, frente al molino, se explaya, inunda el estero, se bifurca y, en el centro, surge una isla pelada, de cascajo. Las truchas quedaron arriba, en Covarrubias y San Pedro de Arlanza; estas aguas, más templadas, son del barbo y de la boga. Alguna pintona, sin embargo, se descuida y, entonces, Enrique Calleja, el molinero, arma los trebejos y la captura, como aquel ejemplar de hace años que dio en la báscula más de seis kilos de peso. Alrededor del molino –un caserón lóbrego, junto al río–, en los altillos, cuatro o cinco palomares muy habitados y, entre ellos, buscando las perspectivas, dos chalés con tejado de pizarra. Hay quien asegura que el molino de Escuderos, sobre el Arlanza, es el último molino de la provincia de Burgos. Molino, a la vieja usanza, se sobreentiende, puesto que en todas partes prolifera el molino de tractor, de martillos, aprovechando la fuerza del vehículo y su combustible.

–Yo no lo entiendo –le dice al cronista Enrique Calleja–. Yo muelo en mi molino un saco de ochenta kilos por veinticinco pesetas, mientras que uno de esos de martillo gasta un litro de gasóleo para molturar ese saco. Más caro. Y, sobre más caro, más lento.

–Por lo general, estos pintorescos molinos de Castilla y León han pasado a manos de artistas, intelectuales y extranjeros que aman la soledad, el aire limpio, el murmullo del agua a sus pies. El cronista le dice esto a Enrique Calleja y Enrique Calleja –con la cabeza y los hombros nevados de harina– asiente:

–¡Qué me va a decir a mí! Aquí, en esta zona, de unos años a esta parte, han desaparecido los molinos de La Peña, Hontoria, Tordomar, Presencio, Villafruela, Royuela, Villaverde de Mogina, Celada, Pampliega, Frandovínez, ¡qué sé yo! Cierto que aún queda el de Peral, pero la riada le llevó la presa y ésta es la hora en que no puedo decirle si muele algo o no muele nada.

El cronista mira a los ojos claros, un poco orientales, de Enrique Calleja y le pregunta por el momento de mayor esplendor de la molinería. Su respuesta lo desorienta:

–Éste, hoy, ahora, es el mejor momento, porque si se han cerrado los molinos no crea que es por falta de trabajo. Se cierran, una de dos, o por miedo a la competencia o porque la mayor parte de los molineros son unos gandules. Mire usted, en este pueblo, hace treinta años, había más habitantes, pero menos ganado que ahora, luego las perspectivas del molino, con eso de los piensos, son hoy mejores que antes, ¿no? Pues nada. Se han muerto los molineros mayores, los viejos, y los nuevos no quieren saber nada. Mejor dicho, quieren apretar un botón y ya está, que se lo den todo hecho. Bueno, bien pensado, tal vez fuera mejor la época de la guerra, pero yo no la viví porque me pilló en el frente; pero me han dicho que fue buena, pero muy grosera, ¿me entiende?, o sea, todo a base de estraperlo. De todos modos, yo creo que ahora se hace más, se muele más, que estoy por apostarme que me hago yo más en tres horas que ellos se hacían en un día. Las fábricas de harina, a comienzos de siglo, nunca fueron competencia para los molinos, aunque la gente crea otra cosa. Bueno, les quitó un poco si usted quiere, pero les dejó el pienso, que las fábricas no molturaron el pienso nunca, lo suyo era el trigo. Y trigo para grandes industriales; para la cosa rural seguía vigente el molino, que la gente estaba enseñada al molino y, aun con las fábricas en todo su apogeo, el molino no dejó nunca de moler. Incluso el personal mejor prefería el pan de molino que el de fábrica, porque decía que era más sabroso, más nutritivo. La fábrica lo sacaba más blanco, es cierto, porque el molino no podía apurar y dar la blancura que daban ellas, pero la gente porfiaba que el pan de fábrica era de menos alimento, que era como agua. Porque las fábricas sacaban harina del salvado, ¿comprende? Es decir, después de haber molido, tenían unas máquinas que rascaban la piel del salvado, rascaban el pellejo por dentro, y daban más harina. Pero esto no quita para que lo nuestro fuera de mayor alimento.

Por el ventano se divisa el caz que acarrea agua al molino. En la entrecana cabeza de Enrique Calleja no es fácil adivinar qué es cana y qué harina. Todo él está espolvoreado de blanco como un polvorón. Es hombre de cierta edad, de mejillas rojizas, un poco duro de oído, pero fornido, corpulento. Sus ademanes lentos, quizá un poco pesados, pero resueltos. Los ruejos, al girar, estremecen la casa con un bum-bum acompasado. Enrique Calleja, como buen sordo, levanta un poco la voz al hablar:

–Todo lo referente al molino me lo hago yo, hasta las piedras, ve ahí, que, por cierto, ya no son piedras; es decir, no son piedras de cantería, que el ruejo actual es prefabricado, un amasijo de cemento

con cuarzo y piedra fina; eso es. Y la primera piedra que me hice me aconsejaron dejarla seis meses al oreo para que el cemento fraguase. Pero a mí me urgía, la verdad, y a los doce días ya estaba funcionando y, sin embargo, es la mejor piedra que he tenido. Sufrió un desgaste fuerte de primeras, natural, pero después se asentó y no he tenido otra piedra como ésa. Y lo mismo que eso, todo. Quiero decirle que para reparaciones aquí no entra nadie, y de no ser que se rompa un hierro, que hay que llevarlo a la fragua, lo demás me lo hago yo en casa. Ahora mismo, cuando usted llegó, andaba arreglando un palón que se partió ayer: un palón, o sea, lo que es un árbol, un enebro, ¿no?, bueno pues bajé al soto, corté otro y ahí lo tiene usted puesto.

Enrique Calleja, el molinero, es hombre de campo, hombre que, como suele decirse, hace a pelo y a pluma. En los asuetos, pesca las cuatro truchas que cada año se despistan, sorprende al azulón en los restaños, al amparo de los negrillos, zorrea en la maleza del soto o busca la liebre en su encame. Antes, cuando aún había cangrejo de pata blanca, los atrapaba a cestos en el cauce y los condimentaba con sabiduría gastronómica:

–No señor, las fábricas no hacen pienso, ya se lo he dicho. Es decir, hay algunas dedicadas a eso, pero es pienso compuesto. Los piensos naturales, como toda la vida pasó, no los hacen más que los molinos. Luego, los labradores mismos, si quieren, les añaden los correctores: vitaminas de maíz, avena, inclusive soja, y hacen un compuesto con la cebada. Esos correctores le pueden costar al labrador peseta y pico o dos pesetas, es decir que el producto se encarece en peseta y media o dos pesetas, pero lleva ya todas las vitaminas; lo envuelve bien, bien, bien envuelto y se lo da al ganado, a todo el ganado, que lo mismo sirve este pienso para vacas y cerdos que para destetar corderillos. Hoy este molino pasa por grande, pero antaño no, que en el Pisuerga los había hasta de doce pares de piedras y éste no tiene más que cuatro. Pero hoy un molino, grande o chico, no da guerra, mi mujer y yo nos sobramos para atenderlo. Basta con dar a un conmutador para que el grano suba a una piquera grande donde cogen tres o cuatro mil kilos. Luego cae a las tolvas, a los molinos, por su propio peso, y en la boquilla, ya molido, mi mujer, yo o el mismo cliente lo cogemos en un saco y con la carretilla, muelle arriba, lo metemos en el remolque. ¿Capacidad? ¡Huy, madre! Este molino puede hacer fácil veinticinco mil kilos diarios. Y el día que tengo género vaya si los hago. Pero esto no es lo normal; lo normal es quitar cuatro o cinco remolques cada día, o sea, quince mil kilos. Hoy, por ejemplo, voy a quitar lo que tengo aquí, vea, cuatro, ocho, unos diez mil kilos. ¿Vender el molino? Lo pienso a veces, no crea que no, y no porque me vaya mal, sino por otra razón: el molino es de dos y ya sabe lo que pasa con estas cosas compartidas. Luego están los chicos míos que no lo pueden ver ni en

pintura; lo odian a muerte. Basta que yo me vaya un día por ahí para que ellos lo cierren. ¡Una pena! Que este molino, donde lo ve, lo levantó mi abuelo, que era arquitecto. Siglo y medio tiene ya, pero el día que yo falte no hay sucesores, ¡me cago en la mar!, y si Dios no lo remedia se hundirá todo.

Los girasoles

De pocos años a esta parte se advierte, en el paisaje del secano castellano, un cambio de color. Castilla fue siempre, por la Virgen de Agosto, una extensa e inconsútil lámina amarilla –de un amarillo desgastado y polvoriento– de matizadas gradaciones, apenas quebrada, en lontananza, por la línea gris– azulada de las colinas. Mas, de pronto, este panorama se transforma, y el cronista comprueba que ese amarillo desvaído y pálido, que lo ha acompañado desde la infancia, no forma ya en la meseta mancha continua. Un nuevo cultivo, el girasol, pone en los áridos campos castellanos una nota de frescor, una acentuada nota verde, quebrando la secular amarillez estival. Y lo que parecía un capricho aislado y pasajero de unos pocos labradores –zamoranos y burgaleses, en un principio– no sólo se va asentando sino que se va extendiendo. La «mancha verde» alcanza ya, en algunos términos, un quince o un veinte por ciento de la superficie cultivada. Esto supone la incorporación de un nuevo factor al campo castellano, donde el secano se destinó, desde siempre, a viña y cereal. Atraído por la novedad, el cronista visita el pueblo de Santa María del Campo, donde el verde de la gigantea se manifiesta con especial amplitud. Tres labradores, Eloy Santiuste, Avelino Hermoso y Eduardo Gómez, se avienen a charlar con él. Los dos primeros son labradores conspicuos; tirando a calvo y reposado Eloy Santiuste; rucio, apasionado, altísono, Avelino Hermoso. Eduardo Gómez, más joven, es hombre de otra generación, más mesurado y cerebral, con barba recortada y aires de penene universitario. También Santiuste se expresa a medio tono, sin alzar la voz, como si esto de la incorporación del girasol al agro castellano fuese una cosa previsible, esperada, casi fatal:

–Mire usted, hace unos años yo no pude sembrar la finca por estar muy achacosa, prácticamente imposible. Entonces se me quedaron de más las tierras y, un buen día, se presentó en el pueblo uno de Extensión Agraria ofreciendo girasol como remedio de todos los males. Y así empezamos unos y otros, como una probatura, por pura casualidad. Y, en unos sitios, la prueba fue bien y, en otros, no tanto. Porque una cosa quiero advertirle, para este cultivo no todas las tierras son iguales, que, aunque no lo parezca, el girasol es caprichoso y, por poner un caso, la tierra de greda no le va, es mala, el girasol

nace en ella pero no medra, queda canijo, se conoce que le falta tierra abajo. En cambio la pesnaga, como le decimos aquí, la tierra más arenisca y de más cuerpo, le va de maravilla; al girasol le cuesta nacer, pero, una vez que nace, hace más. Eso de que la gigantea sustituye al barbecho vamos a dejarlo, mire; lo que pasa es que el girasol es un cultivo distinto o, en pocas palabras, una alternativa de cultivo. Para empezar, se siembra tarde, bien entrado mayo, de forma que deja descansar la tierra y el avenazo y otras malas hierbas se mueren con la labor. Luego orea, no le voy a decir que como el barbecho, pero en cierta medida, sí, ventila la tierra, la oxigena.

Avelino Hermoso toma el testigo sin vacilar, apenas lo mira el cronista. Como Eloy Santiuste, arranca de su experiencia personal:

–Este año pasado, yo, después de cultivar el girasol, le di un repaso a la tierra, le quité la broza y quedó limpia como una patena. No, los palos no estorban nada, se pasa un cultivador y listo. En cuanto a que dé más el cereal que el girasol, según y cómo, que yo le diría que, ciertos años y en ciertas tierras, puede ser al revés; tal como lo oye. De forma que yo, a esto del girasol, no le veo inconveniente, al revés, le veo la ventaja de que como no hay que tirar abono, todo es momio; las treinta o cuarenta mil pesetillas que nos deja cada hectárea, las encontramos como casi libres, no como el trigo y la cebada que tienen un gasto muy grandísimo, sólo en abono más de ocho mil pesetas obrada, fíjese. En cambio, al girasol, yo por lo menos, no le pongo nada, le dejo a su caer. Dicen que mejor sería abonarle, valiente novedad, pero, lo que yo digo, para sacar entre seiscientos y mil trescientos kilos de pipas, que es lo que venimos sacando por estas tierras, basta con sembrar y esperar.

Eduardo Gómez se atusa las negras barbas profesorales cuando el cronista le pregunta por el aprovechamiento de la gigantea. Su lenguaje es cortado, directo, preciso, eficaz:

–Aquí lo que se aprovecha del girasol es el aceite. La pepita negra no es de consumo, no vale para ello, es demasiado pastosa. Incluso, si se come mucha, puede producir trastornos y dolores de cabeza. De manera que las tortas, que se cogen aquí, son exclusivamente para aceite. En Burgos ya hay cinco casas comerciales alrededor de la pipa que se moltura en Nava del Rey y Deusto. Molerse se muele sólo la pipa; la torta ya vacía la escupe la cosechadora, que es la misma del cereal, únicamente se cambia el molinete y se la quitan, una sí y otra no, las guías del desgranado. Pero el girasol tiene además una ventaja sobre los otros cultivos de secano: salva mejor la sequía; tiene raíces de hasta dos metros y medio y chupa la humedad de lo profundo, donde las otras plantas no alcanzan. Claro que si le viene agua de arriba, mejor que mejor, que el girasol, regado por el pie, puede llegar a dar hasta ocho mil kilos por hectárea. Ahora bien, éste es un cultivo

rotatorio, no debe ponerse todos los años en las mismas parcelas, que la tierra tiene sus exigencias y, si se abusa de ella, a la planta le puede atacar el mildeu.

Corrobora Eloy Santiuste:

–Hasta la fecha aquí se ha sembrado poco y a nadie se le ha ocurrido poner toda la finca de gigantea. Yo, concretamente, nunca he pasado de diez hectáreas y cada año cambio de sitio, voy rotando, de manera que a la misma parcela no vuelve el girasol hasta cinco o diez años más tarde.

Avelino Hermoso niega rotundamente cuando el cronista pregunta si no se barbechan las tierras de girasol:

–No, no, no; eso nunca. Lo que hacemos, después de recoger el girasol, es sembrar trigo.

Eduardo Gómez puntualiza:

–Trigo especial, de marca, de ciclo largo. Después de cosechar el girasol, allá para el mes de octubre, se pasa una grada de disco, sin voltear el terreno, y la tierra queda hueca, muy bien preparada, ya que los tallos y raíces del girasol le proporcionan materia orgánica.

Los tres hombres titubean e intercambian miradas cuando el cronista formula la pregunta clave: ¿Qué rinde más, una hectárea de trigo o una hectárea de girasol? Para Eloy Santiuste depende del año, mientras Avelino Hermoso hace hincapié en la falta de gastos del girasol y en el aprovechamiento de la cáscara como abono y Eduardo Gómez insiste en que la pregunta carece de sentido si no se tienen en cuenta otros factores, ya que hay tierras buenas y malas, años húmedos y secos y, por tanto, es gratuito establecer una proporción válida en todas las circunstancias. Mas cuando el cronista precisa que habla de una tierra igual para ambos y de un clima normal, Eloy Santiuste vacila un momento, pero su respuesta es contundente:

–Yo me inclino a creer que dejaría más margen el girasol que el trigo, ya ve usted qué cosas.

Poco versado en estas cuestiones, el cronista exclama:

–Pero entonces esto del girasol puede representar una revolución para el secano de Castilla.

Eduardo Gómez sonríe, dubitativo, como diciendo: «Aguarde, no corra usted tanto», pero, a renglón seguido, su respuesta viene a ser también una cálida defensa del girasol:

–Tenga presente que el primer año, aquí, en Santa María, se sembraron solamente veinticinco hectáreas, y hoy, tres años después, vamos por las seiscientas cincuenta. Esto ya quiere decir algo. Porque, además, le advierto que lo que remedió un poco la sequía del año pasado fue el girasol, no el cereal –enseña los blancos dientes en una sonrisa para añadir–: Ya veremos lo que pasa este año.

Eusebio Marcos, alias el Listezas, vecino de Fuentes de Nava, Palencia, hizo en tiempos su oficio de la caza de la avutarda. Y seguramente no habrá en Tierra de Campos otro hombre (de no ser su hermano, ya fallecido) que haya abatido en su vida más barbones que él. Eusebio Marcos, el Listezas, conoce a fondo el mundo de la avutarda (sus querencias, costumbres, el pavoneo del macho, las cruentas reyertas en la época de celo, los mil y uno procedimientos para cazarlas) pero hoy, más cerca de los setenta que de los sesenta, no ha tenido otro remedio que aceptar la veda indefinida y colgar la escopeta como último recurso para evitar su extinción. La avutarda, en efecto, pese a su conocida difidencia, va desapareciendo de Europa (ha desaparecido ya de enormes extensiones) y los pocos países que las conservan (verbigracia, los húngaros) las protegen drásticamente, prohíben su caza y condenan a prisión y a una multa considerable a los infractores. Ante unos vasos de vino y unos bollos, Eusebio Marcos, el Listezas, a quien José V. León, médico palentino y avisado pajarero, ha puesto en contacto con el cronista, evoca, en su casa de Fuentes de Nava (pueblo ribereño de la laguna de La Nava, cuando la laguna existía), sus dorados días de actividad.

–En La Nava, nada, no queda una avutarda, en cambio en los campos de alrededor, Frechilla, Boada, Guaza, muchas, un montón, todas las que usted quiera. Se conoce que como ahora alfalfan en todas partes, el pájaro se ha repartido y no es como antes, que tenía unas querencias determinadas. Anteayer, sin ir más lejos, levanté yo un bando en las cebadas de Castromocho que más de cincuenta ya llevaba. Cazarlas, cazarlas, las he cazado como he podido, mire, pero hay un método que no falla, que yo no sé qué instinto tendrá el bicho este pero siempre vuelve donde voló de primeras. Y si usted la aguarda allí, bien tapado, con un poco de paciencia, las agarra de seguro, si no a toda la manada, sí a unos cuantos machos. Desconfiada siempre lo fue, nunca se dejó arrimar este bicho de no ir uno en un carro o una caballería. Así las he cazado yo también hace qué sé yo el tiempo. Pero las cazatas más lucidas las hice siempre con el cimbel, con el muñeco que decimos nosotros, en marzo o abril, depende, cuando retoñan las alfalfas, que al no ver nada en el campo, acuden ciegas a él. Muñeco le decimos nosotros a un coto donde prende usted la cabeza, la cola y las alas de una avutarda para engañarlas, ¿comprende?, para que crea que es una de ellas, no vaya a pensarse que tiene otra ciencia. Y vienen, lo que se dice ciegas, a pararse junto a él. Pero es preciso tirarlas a tiempo, eso sí, no dejarlas pasar, porque la que pasa no vuelve. ¿Ponerme plumas en la cabeza como un pielroja? ¡Quia, no señor!, eso son tontunas de aquí, del vecindario,

como decir que la avutarda va en parejas. En la vida de Dios ha ido en parejas la avutarda, ¡nunca! Eso sí, en el mes de abril los machos empiezan a liarse, porque les pica el celo, y un buen día, el más valiente, se coge, pim-pam, pim-pam, y, a la chiticalla, se busca un sitio apropiado. Y detrás de él, los demás, a ver, pero cada cual a su apartadizo, que si se juntan dos en un pago, ya tenemos la gresca armada. ¡Menudas sarrasinas he visto yo con este motivo, oiga! Mi difunto hermano, que gloria haya, y yo hemos cogido muchas a mano después de una pelea de ésas, que no hacían más que resollar, ni levantar el vuelo podían, de la fatiga. ¡Y no vea la sangre! Como cristos se ponían, tanto o más que los gallos de pelea.

Mentira parece que un pajarote de estas dimensiones, de un metro de alto y dos de envergadura, de siete a quince kilos de peso, asiente precisamente en nuestros campos más desguarnecidos, donde se le puede descubrir a un kilómetro de distancia. España es, con diferencia, entre los países europeos, el más querencioso, el más frecuentado por la avutarda, y dentro de España, la cuenca del Duero, y dentro de la cuenca del Duero, la Tierra de Campos, la región más llana, diáfana y desamueblada del país. Seis mil pájaros se han censado los últimos años en esta zona (de los diez mil que aún quedan en España), la mitad, empero, que hace dos lustros.

–¿Nido dice usted? De eso, nada, ve ahí, con una pequeña escarbadura les basta. La avutarda pone aquí, pone ahí y pone allá, siempre en la misma disposición, que yo no sé qué instinto tendrá este animal pero siempre alinea los nidos de la misma manera. Mire que he cogido yo avutardas en el nido, no una, sino cientos de ellas, bueno, pues todas ponían igual. Imagine, por un momento, que esta tapeta es la parcela, ¿verdad?, bueno, pues la avutarda, yo no sé si porque se pierde o qué, pone los huevos aquí, a metro o metro y medio del lindazo, la otra un poquito más allá y la tercera, en la misma esquina de la siembra, no falla. Y, mayormente, en cebadas, que vienen antes; en trigos, pocas. Pero le voy a decir una cosa: si la avutarda está para sacar y la espanta usted, ésa no vuelve, según se echa a volar caga en el nido y no vuelve. En cambio, la que no está para sacar, yo no sé qué instinto tienen, sale andando, pian, pianito, se aleja sin volar, y ésa, por lo regular, vuelve. Lo normal son dos huevos pero si, por un casual, pone tres, los tres saca, que es instinto de ellas sacar la nidada entera. Yo no creo que haya hoy más avutardas que hace cuatro años, cuando empezó la veda, porque, para mí, no es la escopeta la que hace daño, sino el agarrarlas de pollos, cuando se ceban en las alfalfas. Entonces casi no vuelan y sale uno al campo y coge una, sale otro y coge dos y así, como comprenderá, no hay pájaro que aguante. Créame, más bajas causa esto que la misma escopeta, que a la legua se ve cuando la avutarda está en nidos, que la avutarda ya se sabe, si no

está en manadas, está en nidos. Pero, con eso y con todo, yo no creo que se pueda acabar con ellas. ¡Ande y que no he cazado yo avutardas ni nada con el muñeco! Y ahí las tiene usted, ¡tan frescas!

El doctor León no ve las cosas con el mismo optimismo que su amigo, el Listezas. Para el doctor, la población avutardera en la zona de La Nava ha decrecido en los últimos años en un ochenta por ciento: «Créame, donde antes había cien pájaros, hoy hay veinte y me temo que esto no va a ser fácil corregirlo». A su juicio, los rifles con visor, las segadoras de alfalfa (que, frecuentemente, decapitan a la madre y a los pollos en el nido), la creciente codicia cinegética, los caminos de concentración, mientras no se estreche la vigilancia, pueden más que la veda protectora y explican, por sí solos, la alarmante regresión de este pájaro en Tierra de Campos. A Eusebio Marcos, el Listezas, los dedos se le hacen huéspedes. Puntualiza:

–Y le advierto que, a pesar de la veda, siguen cazando con el jeep, pero esos que vienen aquí con el fusil, yo me los conozco, no matan nada, no saben ni agarrarlo. Y, además, vienen a cazar por vicio, que es lo peor. Porque si yo he cazado lo que he cazado ha sido por hambre, por necesidad, porque tenía que comer, que vendíamos la carne por kilos, parejo que en la carnicería, que si en aquellos entonces la carnicería cobraba los filetes de novilla a ochenta pesetas, pues a ochenta pesetas poníamos nosotros el kilo de avutarda. Y nos lo quitaban de las manos, ¿eh? Y si, acaso, cazábamos demasiadas, pues, con un cacho tocino, para hacer unos chorizos, que, como entonces había hambre, todo se comía, que aún me recuerdo que había un inspector de la parte de Palencia que cada vez que venía por casa me decía: «Listezas, está cojonudo el chorizo este, ¿qué le has puesto?». ¡Huy madre, las sarracinas que habré armado yo! Tenga por seguro que en los buenos tiempos sí que cazaba cien avutardas al año, ya lo creo. Y más. Y también doscientas, si me apura. Yo y mi difunto hermano, que gloria haya, salíamos con mi chaval, que entonces no levantaría dos palmos, y yo me llegaba donde él y le decía: «Aguarda un rato, majo, y cuando veas al papa en aquella cotarra, sales andando». Y, al cabo de un rato, el chaval se arrancaba a correr llorando, llorando y, una vez que alcanzaba la cotarra, y los dos machos que habían entrado ya estaban en el morral, yo me iba orilla suya y le decía: «Mira, rapaz, deja ya de llorar y vete por derecho contra aquella atalaya que tu tío y el papa van a matar muchas». ¿Se da cuenta? O sea, el chaval, sin saber ni lo que hacía, nos ojeaba, y un servidor y mi difunto hermano, que gloria haya, nos poníamos en los pasos, que la avutarda, yo no sé qué instinto tiene, así vuele a doscientos por hora, siempre va buscando los bajos... ¡Aquello era cazar, sí señor! Con escopeta y cartuchos del doble cero, no con esos fusiles de ahora, con todos los adelantos, que el personal no sabe ni

manejarlos.

Los palomares

–Como negocio, esto de los palomares no lo es, no es negocio, vaya; yo, al menos, no lo veo, no acabo de verlo. En tiempos, tal vez, cuando la mano de obra, la albañilería, era más asequible, estaba más barata. Pero ¡ni aun entonces! Que un palomar requiere muchas atenciones, no es sólo la intemperie sino la palomina esa que todo lo abrasa y no queda más remedio que cambiar la techumbre de cuando en cuando para que no se venga abajo. Claro que lo mira usted por otro lado y la palomina esa es lo más rentable, lo que más agradezco yo del palomar, más que la caza, ya ve usted. Y, un año con otro, un palomar le deja a usted remolque y medio de palomina, un abono de excepción, que me recuerdo que hace años los valencianos subían aquí a por él porque para el naranjo no había cosa igual; se cotizaba muy bien, muy bien. Hoy, ya se sabe, con el mineral, todo resuelto, pero le participo que la palomina, la cagarruta de oveja y la porquería de cerdo son los mejores abonos naturales que existen. Pero, con eso y con todo, un palomar no rinde, no rinde, come mucho, no es negocio, vaya. Que si reparaciones, que si jalbegue, que si veneno, que si matrícula... La matrícula, como lo oye, un palomar sin matrícula no vale nada, es un cero a la izquierda, ni puede acotarse, ni la caza se puede comerciar; no sirve para nada.

Entre Medina de Rioseco y Villalón, a unos kilómetros del primero, se alza el caserío de Pozo Pedro, una vieja casa de labranza, híbrida de ladrillo y adobe, con habitaciones profundas y frescas. A su vera, tres palomares, dos de ellos, de tierra y paja, en la parte posterior del edificio, semiderruidos; cilíndrico, con capuchón, el uno y, encalado, de cuatro pisos, como un zigurat mesopotámico, el otro. Ante el portón del caserío, un tercer palomar, redondo también, pero primorosamente enjalbegado, con ocho pináculos en la cubierta y cuatro troneras orientadas a los cuatro puntos cardinales, resalta entre el verde tierno de las siembras. («Ya le puede gustar a usted; trescientas mil pesetas me costó el año pasado acondicionarlo»). Alfredo Rodríguez es un hombre de media edad, de rostro curtido, en contraste con su sonrisa blanquísima, siempre abierta:

–Hace años sí, pero tengo entendido que esa disposición no rige ya, viene de cuando se sembraba a voleo, a mano, que a lo mejor no te daba tiempo de tapar las troneras y, de mañana, las palomas se comían el grano. Que yo sepa, hoy no se cierran las trampillas durante la sementera, yo, al menos, no tranco el mío, que las mismas máquinas atollan la simiente y no hay peligro, no hay peligro. Por

regla general, la paloma se defiende sola, no requiere cuidados, come por su cuenta, lo que no quita para que, en mi caso, como tengo al lado el caserío, eche en el corral las barreduras de la era, en el cubierto, bajo la paja, y ellas se entretienen escarbándolas y comiendo. Claro que bajan palomas de otros palomares pero con eso ya se cuenta, no se puede evitar. Palomina aparte, tiene usted de beneficio la entresaca de pichones, pero ésta, como la fuga de palomas en primavera, se compensa con las forasteras que llegan en invierno, la zurita principalmente, que, así que arrecia el frío, busca refugio en los palomares. La que más alto se cotiza es la bravía, que no sé si va a quinientas o seiscientas el par, para el tiro de pichón o eso, y no es que sea una paloma especial, no, es esa que ve usted ahí, que dicen que vuela mejor y es más recia. El hecho de atraparlas no tiene ninguna ciencia, no hay más que cegar por la noche las troneras y el animalito queda indefenso. A mí me las han pedido muchas veces, pero que muchas, y nunca las he vendido. El Gitano, uno de por aquí, que se dedica a eso, me viene cada año, «Véndeme unas palomas, Alfredo», y yo, «Que no, Gitano, que ni lo he hecho ni lo pienso hacer, ya lo sabes, que yo no crío palomas para eso». Ahora, estas del tiro de pichón son las que más dan, con diferencia, pero, a cambio, el palomar tarda tres o cuatro años en recuperarse. Lo que no va en lágrimas, va en suspiros. Se mire por donde se mire, esto de las palomas no es negocio, ni creo que lo haya sido nunca. Todavía antes de la guerra, con los palomeros, vaya, pero lo que es hoy… Lo mío es un capricho, un hobby, como dicen ahora, que un día me llego al palomar y me digo: «Voy a llevarme unos pichones para casa». Y afano unos cuantos y los reparto entre la familia y, si sobra alguno, me llego donde el Hotel Norte y le digo al dueño: «En el coche tengo unos palominos, ¿te interesan?». «Pues sí, bájalos». Y no hay más. Es decir, yo nunca he explotado esto como negocio; los tengo como entretenimiento pero me cuesta dinero, me cuesta dinero.

El palomar rústico de Castilla, principalmente en Tierra de Campos, no sólo decora y amuebla el paisaje: lo calienta. Es una referencia en la inmensidad desolada del páramo. La expansión del palomar por estos pueblos data del XIX, de finales de siglo. Palomares de barro, cuadrados unos, otros rectangulares; los más, redondos como diminutos cosos taurinos. En antigüedad se llevan la palma los de Wamba, del XVIII, y, los más bellos, como conjunto, los de Villavicencio de los Caballeros, diez palomares encaramados en una loma, como un bando de perdices, dominando el llano. La plasticidad del conjunto acrece cuando estos palomares, iluminados por el sol poniente –que arranca de la paja fulgores de oro viejo– se recortan sobre un nubazo negro, de verano. Mas en contra de lo que vulgarmente se cree, un palomar no es una simple garita para refugio de pájaros nómadas. El

palomar castellano, aparte su arquitectura más o menos caprichosa y bella, tiene su ciencia, su técnica. En la parte interna del muro de adobe (que preserva como ningún otro material del calor y del frío) van incrustados los nidales, en forma de casquete esférico, de no menos de veinte centímetros de profundidad. Por medio, un pasillo para que las aves merodeen y, frente por frente, otro muro con nidales, delimitando el patio central. Curiosamente, la puerta de los palomares se abre siempre a mediodía para evitar el zarzagán, el frío cierzo del norte:

–Los mayores enemigos del palomar son, sin duda, la grajeta y el cazador. La grajeta, si te descuidas, entra en el palomar en la época de puesta y no te deja un huevo. También el tordo es malo pero ése, al menos, convive con la paloma, todo lo más, se mete bajo las tejas; te las destroza pero las deja en paz. A la grajeta la combatimos con huevos envenenados pero van caros, van caros. A tres mil quinientas pesetas la caja. A ver, se reparten en los colgadizos y dentro. Morir no sé si morirán, pero de seguro no vuelven. Más difícil es deshacerse de los cazadores, una perdición, créame. Los hay desahogados que se ponen alrededor del palomar, tiran una piedra y ¡pun-pun!, al bulto. Otras veces se colocan en los pasos. Para ir a comer y a beber, la paloma tiene sus caminos en el aire y los cazadores los conocen y, entonces, aguardan ocultos y, según pasa el bando, pun-pun, una docena al suelo. Y, luego, no se olvide del figurín, el figurín que llaman ellos, la caza con figurín, un palomo vivo que amarran a un poste, de cimbel, y allí acude el palomar entero, a ver, donde va una, van todas, van todas. ¡Y menos mal que este año anticiparon la veda, si no me dejan sin un pájaro! Y le advierto que eso del figurín está prohibido, ¿eh?, está prohibido. Es como la siembra de yeros. La paloma, como es sabido, es caprichosa de los yeros, y si la aguardan en la lindera, a cubierto, con el alba, acaban con ellas. Y le participo que yo tengo acotado el palomar, si no, no sé lo que pasaría. Sí, como lo oye, acotado, entablillado y todo, que hoy día un palomar es muy goloso y, además de los de la escopeta, están los otros, los de la mano larga, que el año pasado, cuando me metí en obra, le puse una puerta de chapa sobre la de tablas. Ya ve, conforme están los tiempos, puertas blindadas, como en las casas.

Las dificultades se amontonan y el negocio es poco rentable. Así las cosas, no tiene nada de particular que la mayor parte de los palomares de Tierra de Campos, a pesar de ser pieza esencial de la fisonomía de Castilla, estén hoy abandonados. La personalidad de un paisaje viene dictada a veces por detalles, nimios en apariencia, pero de acusada significación. Persuadido de ello, Manuel Fuentes, a su paso por la alcaldía de Medina de Rioseco, editó libros y folletos, organizó concursos y conferencias, animando al personal a conservar los

palomares, tratando de convencer a sus dueños de que un palomar contribuye no sólo a crear la imagen de Tierra de Campos sino que, debidamente atendido, puede llegar a ser remunerador:

–Y, a fin de cuentas, yo no sé para qué nos gastamos tanto dinero en el palomar, porque le diré una cosa, contra más viejo y cochambroso esté, más cariño le toma la paloma. Parece que debería ser al contrario, ¿verdad?, pues no señor: contra más viejo, más querencia le muestra. Yo he hecho una obra en el palomar el año pasado, ¿verdad?, bueno, pues la paloma, desde entonces, le rehúye, ¡qué sé yo!, le choca verlo tan arreglado, tan blanco; no la gusta. Por lo que sea, no lo sé, pero no la gusta. La prueba es que este año la caza ha disminuido. Menos mal que, al cabo del tiempo, la paloma pierde el recelo y el palomar se recupera.

¿Tentativas de repoblación?

La puesta en escena no ha podido ser más propia: Miguel, el hippy –piel bronceada, cumplidos bigotes, largo cabello recogido en cola de caballo, gargantilla negra y rodilleras floreadas sobre los vaqueros–, ha irrumpido por el primer recodo del pueblo semidesierto, jinete en poderosa yegua alazana, seguido a trote corto por un potrillo, rojo también, y dos pacíficos perros lobos. Miguel, el hippy, es el pionero de esta tímida inmigración que, de un tiempo a esta parte, se observa en los pueblos serranos de Burgos. Tras él fueron llegando otros jóvenes desengañados que, bien emparejados o en reducidas comunas, han ido estableciéndose en pueblos abandonados o con una población simbólica: Cortiguera, Nocedo, Hoyos del Tozo, Zamanzas, Gredilla la Polera... ¿Puede significar esto el comienzo de la repoblación de estos pueblos, carentes ya de jóvenes parejas para procrear?

De momento, la presencia de estos minúsculos grupos es testimonial. Ellos saben de lo que huyen –la ciudad hacinada–, pero desconocen hasta los más elementales rudimentos de la vida campesina. No saben desenvolverse. Su vida, durante los primeros meses, es libre, sí, pero desconcertada, de tanteo y, salvo en algún caso concreto, sin objetivos definidos, sin un programa, mejor o peor hilvanado, de regeneración campesina. Viven simplemente. Algunos se cansan, renuncian pronto, se van, pero no tardan en ser sustituidos por otros. Miguel, el hippy, titubea a la hora de franquearse, pero, al poco rato, adquirida una cierta temperatura confidencial, llega incluso a ser locuaz:

–Mire, yo en la ciudad no pintaba nada, ¿no? Y no por problemas de colocación, sino porque no me gustaba, la verdad, no acertaba a adaptarme al sistema que allí rige. Las ciudades que he conocido

estaban ya muy quemadas, han ido creciendo, creciendo, y llega un momento en que nadie sabe para qué están, ni para qué sirve una cosa tan grande... Porque hace cien años igual una ciudad era un sitio acogedor, ¿no?, pero hoy, desde luego, no. Yo he vivido en Alemania antes de venirme aquí y allí es donde lo he visto más claro, porque hoy día Alemania es como una ciudad tremenda que nunca se acaba, ¿no?, que aquí en España estamos en una fase un poquitín más primitiva, pero todo se andará. Y lo peor es que esto no hay quien lo pare, que hay muchos intereses en juego y es como una cadena sin fin, que una cosa engendra la otra y si un día, por casualidad, se parase, sería una catástrofe: gente sin trabajo, falta de servicios, dinero que no corre... el caos. Yo me considero hippy, desde luego, aunque dentro de la familia hippy hay muchas filosofías, que lo mismo encuentra usted entre ellos gente macrobiótica que seguidores del Gurú, ¿no?, pero, en general, los hippies, del grupo que seamos, tenemos un enfoque diferente respecto a casi todo. ¿Mi vida, dice? Mire, yo, para empezar, aunque quehaceres no me faltan, no uso reloj, tengo cuarenta cabras que me procuran leche, yogur y queso, crío gallinas, patos y conejos y, para desengrasar, trabajo el campo, ¿qué más quiere? Con esto nos abastecemos, ¿no? Pero ahora es cuando quiero empezar en serio, porque hace ocho años, cuando llegué, no tenía medios ni sabía una palabra de esto. El mío ha sido un problema de adaptación, cosa lógica, porque al renunciar a la vida organizada se queda uno como descolgado, ¿no? Ésa es la razón de que, durante años, haya comerciado por los pueblos con globos, pulseras y cestería, pero esto lo vamos a dejar para entregarnos en cuerpo y alma al ganado y a la tierra. ¿Aislado? ¿Aislado de quién? Yo vivo con mi mujer, es decir, mi compañera, y mis dos hijos, y, pegando, en la casa de al lado, vive otra gente que, más o menos, está en la misma onda que nosotros, ¿no? Y, enfrente, hay otra casa donde esperamos a otra pareja y, por último, está Nemesio, uno de aquí que siembra todo el término. Más o menos hay cuatro o cinco casas ocupadas, más las de los que vienen en verano.

Turzo es un pueblecito recoleto, apartado, de calles angostas, donde sus casas, de piedra, en su mayor parte cerradas, aún se mantienen en pie. Es la viva representación de la vieja aldea castellana de principios de siglo. Los perros sestean perezosamente al sol y las gallinas, seguidas de sus polluelos, escarban entre el barro y las boñigas de la calzada. No existe circulación rodada en el pueblo. No obstante, a pesar de sus pequeñas dimensiones, sus casas denotan nobleza, manifiesta en los arcos de dovelas que dan acceso a sus fríos zaguanes, en sus corridas galerías de madera pintada, en los sólidos dinteles de nogal que rematan los vanos. En el frontispicio de una vieja casona figura esta piadosa leyenda: «Poco cristiano sería / el que a esta casa

llegara / y por vergüenza dejara / de decir Ave María. / Y menos aquel que oyendo / esta palabra divina / no respondiera diciendo / sin pecado concebida». Y, debajo, signándola, dos nombres y una fecha: «Blas López y su esposa, Eulogia López, 2, de junio de 1909». He aquí el pueblo escogido por Miguel, el hippy, para su retiro. El interior de su casa se despinta un tanto del sobrio entorno: amplio zaguán atestado de cachivaches, pina escalera de madera, cocina con hogar de faldón, vasares y enseres por todas partes. Arriba y abajo, en cada hueco de pared, carteles de los fetiches de nuestro tiempo: los Beatles, los Rolling Stones, Bob Dylan, John Lennon... Del otro lado de la mesa-camilla, de espaldas a la lumbre, Miguel, el hippy, continúa sincerándose con el cronista:

–Además hay otra cosa. Rica o pobre, en estos pueblos, había una cultura, ¿no? Aperos, faenas, costumbres, palabras... Y todo esto, para mí, es muy importante. Se mire como se mire, esto es una herencia que hay que conservar. Porque ya los nuevos pueblos no quieren saber nada de eso, de entrada les fastidian las tradiciones, y tanto les da organizarse aquí, en Rusia o en Estados Unidos. Para ellos la comunidad es como una industria. Pero la vieja cultura es una cultura de otro orden, ¿no?, más o menos lo mismo que la que pueda haber en los pueblos indígenas de cualquier país atrasado. En cuanto a lo de repoblar estos pueblos, es difícil, muy difícil. Por lo regular, los hippies se han establecido en lugares donde el clima es más benigno, ¿no?, el sur, Canarias, Ibiza, la costa mediterránea. Pero todo eso está muy quemado ya porque tras ellos ha ido la sociedad de consumo y lo ha destrozado, porque la sociedad de consumo, como usted sabe, no respeta nada, destroza cuanto toca. Y, entonces, claro, la gente tendrá que buscarse otro sitio, como lo busqué yo. Porque yo todo eso me lo pensé y me dije: «Miguel, el sitio que tiene más posibilidades de futuro es el más agreste, el más frío, el que menos agua tenga y más incomunicado esté». Y, aunque las motivaciones personales igual son diferentes, como yo han pensado los que se han establecido luego en Cortiguera, Nocedo, Hoyos y por ahí. De momento, entre nosotros, hay algo que nos une, ¿no?, algo que no te va, como si dijéramos un enemigo común. Ahora bien, una cosa voy a decirle: yo tengo más fe en los que se asientan en un sitio humildemente sin otra aspiración que sobrevivir, que en los que vienen con grandes proyectos, yo voy a hacer tal cosa, yo voy a hacer tal otra, con mucha gente, ¿no?, de no ser que se trate de una comunidad religiosa o de tipo pragmático, que las hay, comunidades que tienen un líder, una disciplina y, bien o mal, han funcionado. Pero lo que deja algo de huella es la constancia, la permanencia, el decir, bueno, yo he pasado aquí un año, he pasado cinco, he pasado diez, eso es lo que cuenta a mi entender. Porque yo sigo creyendo en las comunidades que antes se asentaban en los

pueblos, que tendrían una autoridad, no lo dudo, pero también tenían cantidad de cosas en común: pastos, ganado, recolección, trilla, pastoreo. Y eso es lo que para mí es una cultura, ¿no? Aquí, en Turzo, por ejemplo, todo se tenía antes en cuatro payos: patatas en un sitio, en otro grano, en el de más allá legumbres y, en el último, leña. E iban rotando, ¿no? Y todos iban donde los demás, de forma que unos pudieran ayudar a los otros, ¿no? Todo como muy bien, muy organizado. Eso era para mí una comuna y lo que yo entiendo que debe ser una comuna. Pero, como ya le dije, la restauración de la vieja comunidad rural es difícil porque en esta sociedad de consumo raro sería que alguien no viniera con fines crematísticos, no pensara antes que nada en el dinero. Por eso yo dudo que este pueblecito vuelva a ser lo que era. La cosa sería más fácil partiendo de cero, en un pueblo vacío, a la disposición de todo el que quisiera instalarse en él. Pero hacerlo donde ya hay gente, como es el caso, obliga a respetar ciertas normas, ciertas costumbres, a plegarse a lo que hay, porque uno no ha venido aquí a revolver, ni a empujar a nadie. En este caso, a lo más que podemos aspirar es a vivir al lado de los que ya están, es decir, a convivir y ayudarnos mutuamente, que dado los tiempos que corren, no es poca cosa, no crea.

Petróleo y patatas

El chorro de petróleo, negro y afilado como un ciprés, tuvo hace veinte años sobre ascuas a la comarca de La Lora. El 6 de junio de 1964, los pueblecitos de la cuenca del Rudrón se llenaron de ruido y actividad: caravanas, perforadoras, plumas, camiones con remolque, palas mecánicas, cisternas... Era el petróleo, una insólita esperanza. La Lora, Burgos, Castilla, España entera, vibraron ante el acontecimiento, vislumbraron de pronto una posibilidad de redención. Las compañías olfateaban el subsuelo con avidez, y las voces de queja se mezclaban con las de esperanza. («Los del petróleo me han marrotado las patatas, tú». «Aguarda, ya te las pagarán. Más que las patatas vale lo que hay debajo»). La expectativa, la fiebre del oro negro, se iba extendiendo por todas partes. No obstante, los campesinos del páramo no perdieron su flema habitual, su ancestral escepticismo. Rodeados de curiosos, de centenares de forasteros, miraban, sin creerlo, la charca negra, de reflejos irisados, que anegaba los patatales en torno a la torre metálica. Dos aguaduchos, que parecían haber brotado espontáneamente de la tierra, como los hongos, vendían refrescos sin pausa. Los niños se apeaban de los coches, llenaban frascos con el aceite del charco con unción casi religiosa y los guardaban luego en los bolsillos de sus pantalones furtivamente, como un tesoro. Era el petróleo, el primero que se alumbraba en España y en el vasto páramo

desarbolado, iba dejando de oler a alholva y espliego y empezaba a oler a garaje. José Manuel Gallo, vecino de Sargentes de La Lora, instalado hoy en San Felices, unos kilómetros más abajo, en la carretera general, vivió el espejismo como protagonista:

–En realidad el primer petróleo no salió el día seis, como se ha dicho, sino el dos, sólo que aquello no se vio, fue de tapadillo, a ver si me explico, que me recuerdo que era la fiesta de San Juan de Ortega y ese día vino por aquí don Adolfo Arroyo, un químico de las prospecciones, y, al caer el sol, me llamó así a un aparte y me dijo: «Ha salido petróleo, José Manuel». Digo: «Bueno, ésos son cuentos». Y él: «Te apuesto dos botellas de mano, tú». Y fui y me las aposté, ya ve. Y, al día siguiente, subimos a la torre y era cierto, había salido. Pero ese día manó pero no brotó, a ver si me explico, no salió el golpe fuerte, el chorro podríamos decir, eso fue el seis, que lo tengo presente porque es el día que hace Gondra los años, el jefe de todo esto. Ahora, tampoco se piense usted que estaba preparado, fue sencillamente una coincidencia. Pero, a la tarde, qué le voy a decir, todo el pueblo se alborotó: «¡Ha salido petróleo, ha salido petróleo!». Y, detrás, vino todo el belén. Resumiendo, el seis fue el día oficial, por decirlo de alguna manera. Que había que ver el chorro. ¡Una bendición, oiga! ¿Que si duró mucho? Pues a voluntad, ya se sabe, esas cosas son a voluntad, que el chorro no es más que una maniobra, o sea abrir o cerrar el paso, como un grifo. El personal, contento, qué hacer, contento y preocupado, qué será de esto ahora, qué no será, que algunos hasta pensaron que había llegado la hora de cambiar de vida. Pero no se piense que por ello dejaron de atender sus labores, eso nunca. Ahora bien, de que la compañía se puso a buscar gente, empezaron los tiquismiquis. El personal andaba reacio al principio: hombre, esto del petróleo, que si no es seguro, que si tal y que si cual, nadie se determinaba, hasta que un buen día estaban tal que así los ingenieros en un grupo charlando y tomando el sol y yo me llegué donde ellos y les dije: «Apúntenme, yo soy el primero». Que los vecinos, a ver, una broma, cosas de José Manuel, y que si va, que si no va, hasta, que fui. A partir de ahí empezó a llegar gente de todas partes y, no es porque yo lo diga, pero todo el que vino entonces se colocó. Ésta es la pura verdad, y el que diga lo contrario miente. Ahora, de esto a decir que todo el vecindario de Sargentes no pensaba más que en vender sus fincas y abandonar la agricultura, hay distancia, me parece a mí. Porque aquí, el personal sembró, el personal cosechó, todo el mundo siguió el mismo plan como si nada hubiera ocurrido. Que luego vinieran los forasteros metiendo el golondro en la cabeza, que vaya suerte, que Dios nos había venido a ver, que nos había tocado la lotería, ése es otro cantar, pero con el vecindario no ocurrió así. Contra lo que puedan decir las malas

lenguas, el vecindario no dejó de acudir a sus labores, ni un mes, ni una semana, ni tampoco un día. Otra cosa es la curiosidad natural, mire usted, que si los del petróleo han hecho esta maniobra o han dejado de hacerla, que si éste se iba o el otro venía... lógico. Como era lógica la avalancha de forasteros, que no vea usted lo que era esto por aquellos días, una peregrinación, una romería, madre, el personal que se juntó aquí. Que un sucedido muy particular fue el de un vecino de Santa Coloma que se vino en la burra a ver qué era eso del petróleo y, según estaba así, mirando, le agarraron por broma la burra con un *Winchi* de la torre y se la colgaron arriba, a más de treinta metros de altura, que allá vería, el animal pataleando, y al hombre, la preocupación, que se pensó que se había quedado sin burra para los restos.

El señor Antonio, alcalde de Sargentes en aquellos días, renquea con su pierna de palo por las calles del pueblo. Se llega hasta la furgoneta de la fruta, coge una pera, y se la va comiendo con fruición, despedazándola con los dedos. Luego, paso a paso, apoyándose en los bastones, se encamina al surtidor de gasolina que regenta. La gasolinera que, con el hallazgo del petróleo, parecía llamada a una actividad incesante, apenas vive de los tractores del pueblo y los Land Rover de la compañía. El cronista se aproxima a él pero el señor Antonio, pese a su fama de conversador, no se presta a la charla. Dicen que está escaldado con los periódicos y la tele. El cronista insiste, pero apenas obtiene algún que otro monosílabo. Tan sólo esboza una carnosa sonrisa cuando el cronista menciona al padre Manjón, hijo ilustre del pueblo. «El mayor sabio que ha habido en el mundo», comenta a media voz. Y retorna al silencio. José Manuel Gallo, en cambio, tiene ya la boca caliente y no hay quien lo pare:

–En el pueblo se notó más movimiento, faltaría más. Se abrieron tres bares nuevos: el Venecia, el Castellano y el Javier, de los que sólo queda uno, el Venecia, con barra americana y todos los adelantos. Eso sí, trabajo no le ha faltado a nadie, todos han trabajado lo que han querido aquí, en ese particular no ha habido políticas ni competencias. Se mire por donde se mire, aquello fue una revolución nacional, qué digo nacional, ¡mundial!, que no había lugar en el mundo donde no se hablara de Sargentes. Y en lo tocante al pueblo, como le digo, todo el que quiso trabajar pudo hacerlo, que a nadie se le negó. Otra cosa es ahora, que la gente pide que le coloquen, cuando ya no hay de qué. ¿Que se ganaba poco? Esas cosas son relativas, que cuando yo empecé, y le estoy hablando de hace veinte años, ningún mes bajaba de las treinta mil pesetas, que entonces era dinero, con mayor razón teniendo los gastos pagos. En aquellos entonces, más de trescientas personas de los pueblos de los alrededores se emplearon aquí. Después vino la baja, los ingenieros empezaron a decir que la bolsa no era

grande y que si tal y que si cual, pero, mire, llevamos veinte años y todavía no se ha agotado. ¡Con decirle que cada día produce mil seiscientos barriles está dicho todo! Peseta más, peseta menos, cuatro millones diarios, que no es moco de pavo. Asunto aparte es el de la refinería que, como nos ocurre siempre, nos la llevaron los de fuera. A Santurce se fue, bien dice usted, que, en un principio, se pensó en montarla aquí, en Burgos, entre Trespaderne y Santa María de Garoña, pero, al cabo, como de costumbre, nos quedamos sin ella. ¿Desilusión dice? Hombre, en esto de la refinería, siempre queda el resquemor, pero en lo tocante al petróleo, ¿a cuento de qué desilusión? No se tenía idea de que existía, lo encontraron, salió, pues todos contentos. Después la merma se ha ido viendo ya muy poco a poco. Esto es como un señor que cae enfermo y el hombre va perdiendo, va perdiendo, hasta que llega un día en que se muere, pero ya no le coge a nadie de sorpresa. Aquí es cierto que las obras han ido para abajo pero tampoco está parado, ve ahí, que ahora mismo se acaban de abrir cinco pozos que han movido unos cuantos millones. Yo tengo para mí que lo que quieren es chupar bien la bolsa esa. En cuanto a personal, hoy no queda más que el de mantenimiento, treinta o treinta y cinco empleados, que viven en Burgos, es cierto, pero si se le dan facilidades, son partidarios de comer y alternar en Sargentes. Y ganan bien, no crea, que entre pitos y flautas un peón del petróleo no se ahorca hoy por veinte mil duros. Y con veinte mil duros creo yo que se puede defender una casa. Sargentes seguiría existiendo igual sin el petróleo, qué hacer, que el personal aquí no se arruga, es muy trabajador, y la patata de La Lora está pero que muy cotizada. Decir que este pueblo hubiera muerto sin el petróleo no es cierto, como tampoco lo es que la gente se haya hecho rica con él, que las fincas de La Lora están muy repartidas y, las que se han vendido son de éste, de aquél y del de más allá, cada una de su dueño, que otra cosa sería que el terreno de los pozos y las pistas, a doscientas cincuenta pesetas metro que se ha pagado, fuera de un señor solo. Ése sería otro cuento.

Una compleja teoría de carriles y carreteras se dibuja en el páramo; enlaza unos pozos con otros, éstos con los depósitos, los depósitos con el resto de las instalaciones. El oleoducto zigzaguea, se adapta a la agreste topografía, se aleja y termina desplomándose sobre la estación de servicio, en la carretera general de Burgos a Santander, cerca de Quintanilla de Escalada. Las bombas, hercúleas, negras, solitarias, silenciosas, brillantes, bracean sin tregua, día y noche. Y entre las pistas, ciñendo los enormes tanques plateados, crecen, en cuadrículas geométricas bien trazadas, enhiestas, verdinegras, las afamadas patatas de la Lora. Patatas de secano (milagrosamente refrescadas cada atardecida por las nieblas del pantano del Ebro), más lozanas y jugosas que las de los bajos, de regadío. El triángulo Valdeajos-

Ayoluengo-Sargentes, que saltó a la fama en 1964 merced al petróleo, vive hoy –cuatro millones de kilos de producción anual– de la patata. Petróleo y patatas, un extraño maridaje en los páramos de la Castilla alta.

La sed

El clima de la meseta es desordenado y versátil, y resignarse ante sus veleidades, una temeridad. Castilla aspira no ya a conseguir agua (hay años que sobra), sino a regularla, a poder disponer de ella a voluntad, entre dos nubes, o supliendo la ausencia prolongada de éstas. Con esta finalidad fueron surgiendo embalses en los altos, tomas en las corrientes fluviales (hace pocos lustros, el Duero llegaba entero a Portugal), perforaciones en busca de agua artesiana, y, aunque a ritmo lento, algo va progresando la política agraria en este sentido. Cincuenta años atrás, apenas había en Castilla media docena de parcelas irrigadas, mientras hoy, según datos fidedignos, solamente en Valladolid se riegan 70.000 de las 540.000 hectáreas en cultivo que hay en la provincia. En números redondos, la progresión durante la última década ha sido de 2.500 hectáreas anuales. Pero mientras el agua de embalse es fácil y barata, la del subsuelo es cara y problemática. Ello no quita para que el castellano busque el agua donde pueda, de tal modo que hoy Castilla presenta una faz tan agujereada como un queso de Gruyère. Por estas tierras áridas, el agua ha llegado a ser tan valiosa como el petróleo. Los pueblos rivalizan en operaciones de sondeo, actividad especialmente intensa en Campaspero, el pueblo de las canteras. Cientos de pozos horadan su fuerte suelo de greda y tobiza y, merced a ellos, aunque con una tendencia moderada a la baja, la demografía se sostiene, no se ha derrumbado como en tantos pueblos tras la pomposa industrialización de los años 60. Recorriendo sus calles, se advierte una villa vital, desahogada, un pelín arrogante. Dos octogenarios pasean su jubilación por los jardines de la plaza, frente al Ayuntamiento, el uno, Jesús García Acebes (grueso, colorado, decidor), chupetea golosamente un mondadientes, mientras su homónimo, Jesús García García (cogitabundo, tímido, indeciso), se limita a asentir o disentir, a puntualizar las afirmaciones del otro.

–Todo lo que hay en este pueblo es propiedad, sí señor, y, aunque las labranzas son pequeñas, todavía se emplean algunos mediatines, que llamamos. En estos años se han abierto pozos, ¿sabe usted?, y, debido a ello, se ha empleado todo el personal, ahora bien, si un día blega el agua, tendrán que marcharse, natural, lo mismo que vinieron, del aire no se pueden mantener. Porque ahora mismo tiene usted en el pueblo doscientos forasteros trabajando, lo mismo andaluces, que

extremeños, que gitanos, aquí hay de todo, pero es por la remolacha. Ahora bien, si un día esto se acaba, blega el agua y se secan los pozos, aquí no puede quedar ninguno porque no da para ello. Hace veinte años esto era puro secano, lo de los pozos empezó con el aparcelamiento, que hasta entonces andábamos todos con las yuntas. Ahora sí, ahora hay unas mil doscientas hectáreas de riego, una cuarta parte del término. Lo malo es que aquí el riego es muy pagano, muy engañoso, por decirlo así, porque, uno se cree que tiene agua y no la tiene. Ya ve usted ahora, muchos pozos, también más de ciento, andan escasos de ella. Pero, según le iba diciendo, lo de la perforación empezó con el aparcelamiento, o sea que llevamos diez o doce años con ello. Antaño, cuando el secano, aquí era todo cereal, todo el término, cereal y leguminosa, y se dejaba mucho barbecho entonces. ¿Sacar agua, dice? Ande, eso cualquiera, pero no con la vara y el péndulo, que eso son cuentos, todo mentira; que si la vara se empina lo mismo puede haber debajo una bolsa de agua que de aire, ¿lo sabía usted acaso? Pues eso, que me recuerdo que una vez vino aquí un chalado con un chinchatez, o sea una barra con unas valvulitas y unos contrapesos colgando, y ni pum, oiga, aquello no funcionaba, mucho aparato para nada. Y le voy a decir a usted más: antaño había en Campaspero sólo cuatro pozos, pero cuatro pozos hechos a conciencia, ¿eh?, a picamartillo y con el agua a veinticinco metros. Pero vino la concentración, empezaron a cavar por todas partes y llegó la escasez, hasta tal punto que hay quien ha perforado setenta metros y ha fracasado. Y lo que son las cosas, oiga usted, la zona de agua que está de este lado del pueblo, que le decimos las Canteras, no tiene buena tierra, y la otra, donde está el momio, todo lo bueno, el cogollito, no tiene agua. Ya es mala pata, ¿no le parece? Pero vamos a otra cosa, señores, que, desde que se ha hecho la traída, quién sabe los miles de litros que se consumen en Campaspero. La higiene, el riego, la limpieza, lo que usted quiera. El hecho es que este pueblo hace veinte años, nosotros lo conocemos bien, era un puebluco con unas calles muy malas, indecorosas le iba a decir, pero ¡cuidado hoy!, cómo está Campaspero, oiga, que no tiene nada que envidiar a Valladolid.

Campaspero se yergue sobre un páramo raso, sin colinas visibles que lo circunden, desolación que sorprende más tras franquear el verde vallejo que le da acceso por Traspinedo, abrigado, de cerros frondosos, al que los nativos, un poco pretenciosamente, denominan la Suiza de Castilla. En un próximo ayer, la fama de Campaspero provenía de sus canteras. La piedra constituía aquí una industria floreciente. Decir en Castilla de un edificio «es de piedra de Campaspero» era sentar una garantía de firmeza y longevidad.

En la actualidad el agua, la preocupación por ella, ha desplazado a la piedra. Apenas una empresa se dedica hoy a serrar ésta para

revestir de losetas construcciones deleznables. Guardar las apariencias, ocultar celosamente lo mediocre, parece ser la pauta de la sociedad contemporánea. Los edificios de Campaspero, sin embargo, en especial su Ayuntamiento, producen una impresión sólida y maciza, de pisapapeles.

–Pero, además, quiero advertirle una cosa, en Campaspero, todos los pozos son pasantes, todos, o sea, se comunican unos con otros. Que yo digo muchas veces que la tierra es como el cuerpo de un hombre, venas por aquí, venas por allá, pero siempre comunicadas, de forma que usted hace un pozo y le sale agua, pero hace otro, un poco más allá, y a lo mejor falla. Es decir, hay tanta sangre o tanta agua y, una vez que se acaba, por mucho que usted pique, pues se acabó. Y eso no hay quien lo mueva. ¡Y Dios sabe los cientos de miles de litros que se consumen en este pueblo! Con una condición: no hay ganado, ¿eh? Que antaño había cuatrocientos pares de machos, de machos romos, propios para laborar la fincabilidad que había en Campaspero. ¿Que qué son machos romos? Muy sencillo, yo se lo explicaré. El macho romo era hijo de madre burra y padre caballo. Y si era yeguata, había que echarla, para cubrirla, un burro; es decir, iban cruzados. Que entonces es cuando decimos que está preñada del contrario, que el contrario es la contrariedad del macho, para que usted me entienda. O sea, la mula puede ser yeguata y puede ser burreña. Y si es burra, tiene que llevar un caballo para que salga macho o mula, y si es caballo o yegua, pues al contrario, un burro, y eso es el contrario que se llama, ¿me ha entendido? Ahora, aquí, en Campaspero, el ganado burreño nos resultaba muy bien para trabajar, que era duro como él solo. ¿Hoy? ¡Quite usted de ahí! ¿Para qué están las máquinas? Que le voy a decir a usted una cosa, entre tractores, maquinaria para el campo, tuberías para los pozos, motores y demás, no se puede calcular los cientos de millones que habrá aquí metidos. ¿Entre secano y regadío? Pues no va a haber diferencia, hombre, de rendimiento, digo, pero mucha. Aun viniendo la lluvia a tiempo, dejará... Mire, si ahora no hubiera escasez de agua, esto sería un vergel. Entiéndame, con el riego hay que emplear más mano de obra y gastar muchas pesetas en gasóleo y electricidad, pero con todo. ¡Y cuidado que han subido el gasóleo y la electricidad, señores, que han subido muchísimo, hombre, dónde vamos a parar! ¿Problemas? Por ese lado que usted dice, no señor. Aquí, al que se le seca un pozo se aguanta el pobre hombre y a callar. Porque no vaya usted a creer que porque los pozos sean pasantes, si pincha aquí va a secar todos los que vienen detrás, no señor. El agua será antojadiza y todo lo que usted quiera, pero la tierra, por bajo, tiene vaguadas y desniveles como los tiene arriba. ¡Vamos, digo yo! Y donde haya un remanso, que decimos, por ejemplo, un hoyo que tenga cuatro, ocho metros de desnivel, allí se

concentrará más agua que fuera. Y si este señor, por un suponer, tiene un pozo pegado al mío o yo al suyo, y se le seca a él, ¡mala suerte! Si se me seca a mí, pues mala suerte también. ¡Nos aguantamos! Pero ¿quiere usted más? ¿No hay un señor ahí, en una finca orilla la mía, que se le secó el pozo la primavera pasada y está regando ahora? ¡Y no ha llovido! ¿Ha visto usted alguna vez semejante despropósito? ¿De dónde ha salido el agua, me lo quiere decir? Los desniveles de por bajo, no tiene otra explicación. Yo, a mi juicio, es eso. Porque si aquí no ha llovido y hay agua ahora y no la había hace cinco meses, ¿de dónde ha salido el agua? Pues los desniveles, a ver, otra explicación no cabe. Pero no se vaya usted a pensar que en todas partes ocurra así. Que si hoy hay en el campo doscientos pozos, ciento cincuenta están en las últimas, y hasta secos los hay algunos. Ya ve, con el capital que cuesta perforarlos, que hoy día un pozo de esos de setenta metros se pone, bien entubado y tal, por encima del medio millón de pesetas, motor aparte. ¡Hombre, claro que me recuerdo de mi juventud, pues no me voy a recordar! Eran otros tiempos, desde luego, pero tampoco tan malos como va diciendo por ahí la gente, ¿eh? Nosotros, aquí, nunca teníamos cosechas abundantes, pero nunca las teníamos pequeñas. O sea, era un pueblo que vivía bien. Si Campaspero no tenía cosecha antes de los pozos y antes de esto, raro sería que encontrara usted en Castilla quien la tuviera. Porque, mire usted, aquí la cebada, el trigo y la leguminosa granaban de tal manera que no había grano mejor en los contornos. Que te llegabas a Valladolid, yo me recuerdo, siendo joven, donde don Emeterio Guerra, y el trigo de Campaspero, no es porque yo lo diga, lo rifaban. Así, como lo oye. ¿Que, por qué? Pues porque era de páramo, hombre, y ya es sabido que el trigo de páramo tiene más harina, es más migoso, la granazón sale más tiesa, más dura, ¡qué sé yo! Pero como el trigo de Campaspero ya le aseguro yo que no le había. Y si no, vaya usted a Valladolid y pregúnteles a los harineros.

Un robinsón en la montaña

Cuatro perros descastados, hostiles, feroces, corren aullando hasta la pradera donde el cronista acaba de detener su automóvil. Son perros resabiados, hechos al silencio y la soledad, que se alborotan ante cualquier contingencia. Tras ellos, el señor Luis, llamándolos a voces, anticipándose a cualquier desaguisado. Aunque no es natural de Huidobro, él es el último vecino de Huidobro. Hace ya casi veinte años que llegó de Pesquera de Ebro con la familia, después que una riada se llevara por delante la presa de la central eléctrica donde trabajaba. Desde entonces vive con su mujer, la señora Victoria, y su hermano, el señor Antonio, en la Casa del Obispo, una casona noble,

rectangular, de dos plantas, con balconaje de hierro forjado. Hombre acuitado, afable y laborioso, agradece –al contrario que sus perros– la visita de cualquier forastero que venga a romper la monotonía de su vida.

–El día que llegamos aquí quedaban todavía dos vecinos en el pueblo, un tal Joaquín, que vivía, ve ahí, en esas casas, que las decían de la Úrsula, y el Aureliano, un muchacho a cuyo padre le mató un toro. Quite de ahí, hombre, qué plaza ni qué ocho cuartos, ahí fuera, en campo abierto, pegando a los lavaderos. Era un toro grandote y, unos días antes, así que le vi, le dije al chico: «A ese toro mejor sería quitarle; es grande ya». Porque los toros sueltos, en pasando de tres años, son peligrosos. Y aquél tenía lo menos cuatro y, de que entré y le vi el mirar, le dije al chico: «Este toro tener cuidado con él». Y, a las tres semanas, ¡tate!, dice que le dio un palo así, el animal se revolvió y, ¡pum!, en un pispás le dejó en el sitio. Y lo mismo le sucedió a un pastor que tuvimos aquí, no crea, claro que en ese caso la culpa fue suya, que al demonio se le ocurre ir a clavarle al animal un trinche en el cuadril. Sí señor, nosotros también tenemos toros, qué hacer, pero vigilados y, de que vemos que el animal te presenta cara y no te obedece, le hablas y se hace el remolón o le arreas un palo y se te vuelve en lugar de huir, malo, ese toro está concibiendo malas ideas; hay que apartarlo.

El señor Luis y los suyos ocupan la Casa del Obispo sin pagar renta por ella. La Casa del Obispo es del pueblo y el señor Luis y su familia son el pueblo ahora. El Obispo, que lo era entonces de Guadix, la mandó construir para veranear, porque, nacido y criado en el pueblo, le agradaba volver, de cuando en cuando, al lugar de sus mayores. A la hora de morir, temeroso de que sus sobrinos pleitearan por ella, la cedió al pueblo y, durante decenios, la casa cumplió nobles misiones sociales: escuelas, concejo, vivienda para maestros.

–En la actualidad no pasan de setenta y cinco vacas pero, si esto estuviera organizado, el valle da holgadamente para doscientas. Claro que lo primero que hace falta es herramienta, máquinas para desbrozar, y eso cuesta una fortuna. Ahí, en las faldas, por un ejemplo, tendríamos que abrir unos carasoles, que los bajos están hoy chorreando agua y el ganado nada agradece tanto como el sol y el abrigaño. Pero para eso harían falta créditos baratos, porque los créditos que dan hoy a la agricultura no se pueden pagar porque el campo no rinde para ello. Ya ve usted este año, pedimos dinero al Senpa para el abono de cobertera y el Senpa nos lo dio, sí señor, pero a un nueve por ciento cuando hace apenas tres años valía un cuatro. No es buen negocio esto, no crea. Estos tres últimos años el ganado ha estado más barato que hace seis, de modo que usted me dirá. Hablo de los años pasados, para que usted me entienda, que yo me decía para

entre mí: «Esto no puede ser, Luis; esto es la ruina». Y menos mal que este año se han recuperado los precios, son un poco más arreglados, que tal como ha subido la vida, no es que estén en relación, eso de acuerdo, pero, en fin, ya es otra cosa.

Las laderas de Huidobro, al norte de Burgos, erizadas de hayas, olmos, tilos, robles y avellanos, delimitan un verde valle en el que pasta el ganado. Sobre una cotera descansa la iglesia, una ermita románica semiderruida (con un bello ábside en buen estado de conservación) que el señor Luis utiliza, desde hace años, como pajar. Al pie, el pueblo arruinado, devorado por la madreselva, apenas tres casas erguidas, y en las cuestas del sur, entre la fronda, se ven blanquear los lavaderos de una vieja mina de cobre, abandonada hace años, cuya explotación nunca pasó de un sistema primitivo. Contra el azul del cielo se recortan las siluetas de dos alimoches planeando y, sobre ellos, un águila real. El valle, silencioso, parece fuera del mundo y, sin embargo, la codicia y la agresividad de la técnica han llegado hasta él. Una pala mecánica –¿autorizada por quién?– ha abierto un calvero en el bosque, desenraizando las hayas más bellas y corpulentas. Dos caballos pacen en la cotera de la ermita.

–A ver, también tenemos yeguas, qué hacer. Donde hay vacas debe haber yeguas; la yegua es única para limpiar el campo. La vaca tiene una mala condición, que allí donde caga sale un corro de hierba que ella no come, de forma que, cuando está todo roído, quedan unos pies de hierba alta que sólo come la yegua, que es muy hambrona, come lo bueno y lo malo, porque ya es sabido que un caballo come lo que tres vacas, por eso le digo que estos animales son buenos para limpiar, que ni los retoños dejan, ni las zarzas en cuanto apuntan. ¿Leche o carne, dice usted? Bien mirado, la leche da más, pero es un trabajo muy esclavo. Lo más aparente sería una explotación mixta, es decir un rebaño de vacas lecheras en las praderas de aquí abajo, en lo llano, para encuadrarlas en invierno, y otro de intensivo, o como le digan, de vacas puras, de raza, estabuladas, y, a mayores, yeguas en proporción. Tenga usted por seguro que si esto se hubiera hecho a su tiempo, mediante cooperativas o como sea, este pueblo no estaría hoy abandonado.

Los inviernos son interminables y crispados en Huidobro. Cuando el señor Luis explotaba las vacas de leche, pasaba mil penas para acarrear ésta hasta Burgos, a causa de la nieve. En cierta ocasión la furgoneta se le atolló en el camino de Nocedo y hubo de abandonarla durante nueve días con las perolas dentro. La nieve no dejó de caer durante una semana larga y el frío era tan riguroso que la leche no se alteró.

–Llegué a Burgos, oiga, le echaron unas gotitas de un líquido azulado para comprobar, y estaba intacta, como si fuera del día. ¡A

ver, con esas temperaturas! Muy crudos son los inviernos aquí, sí señor. No queda otro remedio que amarrar las vacas bajo techado y apilar pienso por si se pone a nevar. ¿Para dos semanas? Y para tres meses también, por la que pueda tronar. Aquí ya se sabe, hierba y paja; con hierba y paja se pasan las vacas, siempre que no estén criando, se sobreentiende.

Cae la tarde tras los cristales friolentos de la ventana y Evita, la primogénita del matrimonio, conecta el televisor. El señor Luis sonríe al advertir la sorpresa del cronista:

–Luz no tenemos, no señor. Nos alumbramos con un alternador y el alternador se mueve con un tractor. Y la tele, con la batería de un coche. Hay que ingeniárselas. Y como no hay interferencias, o como se diga eso, pues no se ve mal del todo. Acompaña, qué hacer. Ya ve, en invierno, meses enteros pasamos sin ver un alma. Si es caso, de Pascuas a Ramos, un cazador. ¿Perdices? ¡Quite de ahí, no es terreno para ellas!; si es caso, el jabalí. Y, si me apura, algún lobo, que esta comarca es muy querenciosa para el lobo, usted habrá visto la lobera que hay arriba, justo en la raya, que Dios sabe la pila de años que tendrá encima, que lo mismo viene de cuando los moros. Me recuerdo que una vez se presentó un lobo, en un invierno muy frío, ahí, delante esa puerta. Y ella le vio, que dice que estaba mirando así, de través, y todo lo que se le ocurrió fue decirle: «Toma, perrín». Que, oiga, oírla y pegar un brinco fue todo uno, que de seguida salí yo, tras él, y vi al otro en el cerro, arriba, esperando, que se conoce que habían venido dos y sólo bajó uno al olor de los cachorrillos que teníamos en la cuadra. El lobo baja a menudo, qué hacer, de que caen cuatro copos enseguida se ven las huellas, pero hasta la fecha nunca tuvimos disgustos con el ganado, que en ese particular hemos tenido suerte.

Los carrascales

Siempre me resistí a creer aquella cándida historia que nos contaban de párvulos para hacer patente nuestra incuria, según la cual, hace cuatro siglos, una ardilla desembarcada en Gibraltar podía llegar al Pirineo saltando de rama en rama, sin tocar tierra. La deforestación de Castilla en los últimos siglos, con ser una cosa muy seria, no creo que haya llegado a tanto. Quiero decir que, a la vista de las limitadas especies arbóreas que hoy sobreviven, no parece razonable que en un pasado más o menos remoto alguna de ellas llegara a constituir un bosque ininterrumpido. Si prescindimos de los pinos del sur del Duero, robles y encinas en sierras, pedrizas y parameras, y álamos y chopos festoneando regatos y tierras húmedas, la árida Castilla de nuestros días apenas da árboles en cantidad, de lo que se desprende que los

únicos vegetales capaces de constituir una maraña densa, pegajosa e inextricable si no se los guía, son los robles y las encinas. Aun hoy en día, estos sardones son presencia habitual en Castilla, e incluso la historia se refiere a ellos como escenarios de hechos relevantes, como el encuentro de Felipe II con su hermano don Juan de Austria en un arcabuco de Torozos, o la afrenta a las hijas del Cid, por parte de los infantes de Carrión, en el robledal de Corpes. Estas manchas, de un verde rígido y fúnebre, rompen a menudo la parda uniformidad de Castilla y hay que pensar que, dada su aptitud para reptar, crecer y enmarañarse, si la vieja historia de la ardilla es cierta, los elementos de aquella selva castellana fueron esencialmente el roble y la encina.

Tati Herrero se rasca su calva cabeza y eleva el tono agudo de su voz cuando el cronista le pregunta si estas espesuras prestan todavía al hombre alguna utilidad o únicamente sirven para refugio de alimañas y forajidos:

–Hace pocos años, oye, un carrascal de éstos era una riqueza. Conejos por un lado, carbón por otro y, luego, el tanino, que también tuvo su momento. A un monte de esta extensión se le sacaba una renta crecida, ya lo creo. Pero, de unos lustros a esta parte, todo ha cambiado. Conejos no queda uno y esto era un vivero, bastaba una hora para llenar el morral. En este momento, si te digo que hay cien conejos en el monte, ten por seguro que exagero. Y lo que ha sido esto, ¡santo Dios! Ahí enfrente, del otro lado de la carretera, en la Planta, cogían con red diez mil conejos por temporada. Al conejo, no siendo con malas artes, era imposible descastarlo. Pero, amigo, no contábamos con la mixomatosis. Y el caso es que en otras partes, como Ciudad Real, Ávila y Toledo, el conejo ha levantado cabeza, pero lo que es aquí como si hubieran pasado una apisonadora. ¿Por qué esa diferencia, me pregunto yo? ¿El revestimiento vegetal, tal vez? No lo sé, lo único que puedo decirte es que los pocos conejos que quedan aquí andan en las laderas, a la intemperie, donde no hay carrascas. En el espesar, por lo que sea, no se ve uno, ni siquiera crece la hierba. Y de una manera gradual, la mermada población va desplazándose hacia abajo, hacia el río. Y otra circunstancia curiosa: los brotes de mixomatosis aparecen en el monte de repente, de la noche a la mañana; el primer chaparrón de verano acaba con ellos. ¿Quién es el responsable? Hay que suponer que el mosquito. Con las primeras lluvias el mosquito baja a ras de tierra y disemina la peste entre la cabaña. Ésta suele ser la tónica en Castilla, excepto en las tierras bajas y desabrigadas, donde, como hay menos mosquitos, el animal aguanta mejor. Boecillo, por ejemplo. En el Raso Portillo metes al bicho en un bardo y te saca doce o quince conejos. Lo metes aquí, en el monte, y ya puedes sentarte a esperar. Y es que en Boecillo falta la mancha. El Raso es eso: raso, desguarnecido. Por eso te decía antes que el

matorral influye, no sé hasta qué punto, pero influye. ¿Podrá este monte volver a ser lo que era en cuanto a conejos? Yo me temo que no, que ni soñarlo. Los vivares están infectados, habría que hacer algo, limpiarlos o cegarlos. Ahora dicen que hay una vacuna; no sé. Lo mismo es como la de antaño, ¿recuerdas? Jabalí, en cambio, abunda; va a más. De forma que si algún conejo nace, se lo come, seguro; el jabalí hoza igual que los cerdos.

Los vivos ojos de Tati Herrero se empañan de melancolía. Allá por el año 40 Tati Herrero se presentó con su hermano Luis a pasar siete días en el monte y la estancia se prolongó casi medio siglo. El cronista y su cuadrilla, que los sabían allí, subían de vez en cuando a tirar unos tiros, beber unos vasos y pegar la hebra. En aquel tiempo los Herrero tenían intereses en Vega Sicilia y hasta el taco de la mañana se pasaba con ese vino. Como es presumible, después del taco, no se cobraba un conejo –se disparaba siempre al que no era–, y hasta había que hacer títeres para evitar los perdigones ajenos. ¡Qué tiempos! Tati Herrero cabecea nostálgico antes de hablar:

–Otra riqueza a tener en cuenta era la encina. En otoño abrían los troncos y familias enteras subían de los pueblos próximos al monte y, mientras los hombres hacían leña, las mujeres y los niños arrancaban la corteza y la apaleaban. Cuando tenían un buen montón, venía una camioneta y la llevaba a Villarramiel. En toda esta comarca lo mismo había doscientas industrias familiares de tanino. El tanino se apreciaba mucho para curtir pieles y hacer collarones y arreos para las caballerías, pero, hoy día, los americanos fabrican un producto que hace las veces por la cuarta parte de precio. ¿Cómo vamos a competir? Es como lo del carbón, un verdadero rito antaño. Se dividía el monte en dieciocho partes y cada año cortabas una. Dieciocho años es lo que tardaba en madurar la encina, de manera que en cuanto terminabas con la última, empezabas con la primera otra vez. Siempre había labor y, con estas talas parciales, el carrascal no llegaba nunca a espesar demasiado. Había una zona densa, claro está, pero también estaba la corta y la media corta, y los calveros donde se podía cazar. Con la encina se hacían dos tipos de carbón, el famoso picón, con lo menudo, y el llamado así, de encina, a base de camales gordos. Con éstos se hacía un verdadero trabajo de artesanía. Las ramas se entrecruzaban hasta alcanzar una altura de tres o cuatro metros, las tapabas bien con tierra, y el montículo lo minabas de galerías para meter lumbre. Naturalmente había que vigilarlo para evitar que se abriera una grieta y se arrebataran los palos, mas, de ordinario, a las tres semanas el carbón estaba hecho. Pero a lo que iba, de estas faenas, entre corteza y carbón, podías sacar al año doscientas o trescientas mil pesetas, que en los años cuarenta y cincuenta suponían un buen pellizco. Ahora tendrías que pagar esa cantidad para que te lo limpiaran, para que te

dejaran el monte como te lo dejaban entonces. Ya comprendo que hoy día tener familias enteras durante semanas pendientes de unos kilos de carbón no es humano ni rentable, pero, al propio tiempo, es un derroche, en estos tiempos de escasez, renunciar a una energía que tienes en la mano. ¿Qué cabe hacer? Hay quien habla seriamente de volver al picón y al carbón de encina, o aprovechar, como ya se ha hecho en Palencia, un aglomerado de astillas, virutas y serrín que da muy buen resultado en calefacciones y panaderías. Según un entendido, utilizando esta energía, España podría ahorrar doce mil millones de pesetas de fuel al año. No sé, yo no me atrevo a hacer cálculos, pero, de hecho, acertar con un medio barato de aprovechar esta energía sería un hallazgo, pues, según tengo entendido, también en las yeserías y en otros hornos va mejor la encina que el fuel. Todo esto está muy bien, pero si la mano de obra necesaria para preparar la astilla va a ser más cara que el fuel, ¿dónde está el ahorro? Son cuestiones muy complejas y yo no veo otra solución que esperar. Hoy por hoy estos carrascales no sirven para nada; en el futuro, Dios dirá. ¡Ah!, y un consejo: si alguien que te quiere mal te deja un monte de éstos en herencia, no lo cojas; no vale dos reales. No lo tomes a broma, pero mi mujer y yo vivimos de los piñones. De todo este sardón, el piñón es lo único que se cotiza y aquí hay más pinos de los que parece a primera vista.

Las setas y otros frutos silvestres

Es hombre conocido en toda la comarca pero, en Torrepadre, su pueblo natal, los vecinos se hacen lenguas: «Huy, madre, el Angelito. Al Angelito le suelta usted un año sin alimento, arriba, en el páramo, y baja más gordo». Pero hoy, Ángel Rodríguez, como de costumbre, pese al frío, ha salido al campo. En vista de ello, el cronista gasta el tiempo paseando por las calles del pueblo. Torrepadre, a poco más de ocho leguas de Roa de Duero, es burgo chico, que mezcla adobe, piedra y ladrillo en su caserío. El cronista se cansa pronto de su callejeo sin objeto y abandona el lugar a paso corto, por el camino del frontón, faldeando la ladera. Pero Ángel Rodríguez sigue sin aparecer. «Habrá encontrado un filón de berros o de níscalos allá arriba, ¡vaya usted a saber!», le dice un campesino que camina en dirección contraria. Al filo de las dos de la tarde, aparece Ángel, no por delante, como el cronista esperaba, sino por detrás, siguiéndole los pasos. El cronista tiende la mano, se presenta, y su interlocutor se excusa: «Perdone, bajé por el valle y no nos encontramos». En su casa, alrededor de la mesa, Ángel Rodríguez sonríe abiertamente:

–Pues ayer –dice– cogí cuarenta y cinco variedades de setas en el pinar de Torremoronta.

Al cronista, la duda debe de pintársele en el semblante, porque Ángel Rodríguez se vuelve hacia la puerta entornada, bascula la silla, y vocea: «Rosa, trae las setas que dejé anoche en el frigorífico, haz favor». Y su señora se persona con un envoltorio de papel de periódico y, al desenvolverlo ante los ojos del cronista, deja ver un montón de setas de distintos tamaños, formas y colores. Ángel Rodríguez anticipa que no va a comérselas, con lo que el cronista emite un profundo suspiro de alivio. Las setas están destinadas a una sociedad micológica, de la que Ángel es afiliado, para ser analizadas.

–Puede usted decir que una seta crece en una noche, completamente seguro. Es muy rápida en medrar la seta; si hasta creo que hay un dicho sobre el particular. Claro que setas las hay de muchas clases, pero yo puedo decirle a punto fijo cuáles son y cuáles no son venenosas. En Castilla, la más común es la de cardo, que nunca es mala, inclusive teniendo larvas. Esta seta es la que se sirve en hoteles y restaurantes, y yo la he visto cultivar en cuevas, entre paja, aprovechando la humedad. Pero yo tengo para entre mí que el sabor de la seta cultivada no puede ni compararse con el de la silvestre, especialmente la de altura, la de páramo quiero decir, que aunque la llamemos de cardo no siempre sale del tronco del cardo, que a menudo se cría en el tronco de la uñagata, como aquí le decimos. Bien entendido que lo de mejorar de gusto con la altura no es especial de la seta, sucede con todas las plantas, es decir, el fruto de altura tiene más oxígeno, tiene más riqueza, tiene más aroma, tiene más paladar, tiene más todo... Lo de comer setas es peligroso, ciertamente, pero el envenenamiento por este motivo va disminuyendo y yo creo que es a causa de que la gente sale más a ellas, se apunta en sociedades micológicas, hay más divulgación a través de calendarios, libritos, folletos y, por todas estas razones, la gente va conociéndolas mejor. Este año, que ahora acaba, yo me he merendado un plato de setas de dos especies que no había comido en mi vida. Y le prevengo que no he sentido ningún reparo, se lo digo como lo siento. Claro que no era un albur sino que venían recomendadas por un amigo: «Oye, prueba este tipo de setas que te van a gustar». Y yo he ido y las he probado, sin ningún reparo, como le digo. Aparte la seta de cardo y el champiñón de campo, o champiñón de páramo, como aquí le dicen, hay otros dos hongos por estas tierras, muy sabrosos los dos, muy buenos: la crispilla y el orejón. El orejón lo da la putrefacción de la hoja del chopo, y de la putrefacción de la del álamo nace la crispilla, que es como una nuez grande, en forma de colmena, muy porosa, muy rica...

Ángel Rodríguez, hombre joven, con la buena color de las cumbres, es maestro de escuela en Santurce. Ángel Rodríguez se prevale de su noble condición didáctica para inculcar en los niños el amor a la naturaleza. El cronista mienta el tirón de la patria chica y Ángel

asiente con ardor: «Mire, a la media hora de dar las vacaciones, ya estoy yo en la carretera con mi señora y los chavales, camino del pueblo». Y esto se repite en verano, Navidad y Semana Santa. Ángel Rodríguez sabe ver el campo, especialmente el suyo, el castellano. De los desnudos páramos burgaleses saca recursos insospechados.

–El espárrago triguero no lo conozco, no es fácil que se dé por aquí. Tampoco salí nunca a trufas, criadillas de tierra que dicen, ni sé de nadie que lo haga por estos contornos, aunque yo tengo para entre mí que si en Aragón y Toledo se dan en los encinares, aquí tiene que haberlas. Cualquier día me animo y pruebo, aunque ya sabe usted que la criadilla no da indicio, no asoma, y hay que andar descalzo por el monte para notar el bollo o, mejor todavía, valerse de perros o de marranos que las detecten. Aquí, lo que de verdad gusta es la escoba tierna, achicoria le decimos, que tiene un tallo así, del tamaño de un espárrago. La escoba se cría en los majuelos, sobre todo si están arados con mimo, porque la escoba gusta de la tierra hueca. En una viña porosa pega usted una cavada y salen abajo los tallos que es una bendición. Pero éstos hay que cogerlos en las primeras semanas de primavera, pues si se aguarda más, la planta se seca, echa arriba lo que llamamos la escoba y ya no vale para comer.

El cronista se asombra de que estas mondas laderas que divisa por la ventana, apenas punteadas de aulagas y brezo, sean tan pródigas, tan fructíferas para el hombre. Rosa María Yagüe, hasta ese momento silenciosa, rompe la larga pausa de su marido para apuntarle: «Es que después de tanto hablar, ¿no vas a decirle nada al señor de los berros?».

–Es cierto, los berros, ¡pues no me había olvidado de los berros! Y mire que son una riqueza aquí, que orilla los manantiales se crían en cantidad. El tamaño cambia según sean berros o berras, pero, a la postre, ambos son comestibles, siquiera la berra, que es mucho más grande, pica más y sea menos diurética. No es que se tomen como remedio, no es eso, se comen en ensalada, que están muy finos, pero además tienen esas propiedades que digo, que hay que ver la cantidad de minerales que lleva la planta esa. Y ya que hablamos de remedios, no se olvide del llantén, como suena, con dos eles, una infusión muy buena para gargarismos, recomendable para anginas, faringitis, llagas de boca y afonías. Y, por si fuera poco, tiene un paladar muy gustoso. Como verá yo tengo un fruto para cada estación, o sea mi calendario: en invierno o, por mejor decir en Navidad, setas y berros; en primavera, achicoria y caracol, que ya empieza a moverse; té silvestre, manzanilla y llantén en verano y, finalmente, en el otoño, la endrina para el pacharán, sin olvidar la bellota, que la bellota grande, bien asada, sin pasarla, es más sabrosa todavía que la castaña. De forma que en el pueblo van a andar en lo cierto: a mí me suelta usted en el

monte y no me muero de hambre; en cualquier época del año podría valerme.

Pastor de ovejas

Camino de Miranda de Ebro, rebasado el desfiladero de Pancorbo, tropieza el viajero con el inefable monumento al pastor, al pastor tradicional de estas tierras, impávido guardián de rebaños de ovejas. En este enclave castellano de pliegues y repliegues, el pastor de ovejas sigue siendo una constante, pero la estereotipada imagen que el monumento remeda (pastor de perro y zurrón, zamarra de piel de cordero, cayada y manta a cuadros terciada sobre el pecho) va siendo sustituida por el pastor de tabardo, gabardina y macferlán, paraguas colgado del antebrazo y un transistor en la mano para matar el silencio. Es la nueva figura del pastor-ganadero o pastor-amo, pastor que apacienta su propio rebaño porque no tiene en quien delegar o la delegación supondría renunciar al beneficio. Vivaracho, cetrino, dicharachero, Augusto Fernández es el arquetipo de viejo pastor de raza, concienzudo, profesional. Recién jubilado, Augusto gesticula, se exalta, habla por los codos, como si pretendiera resarcirse del laconismo de sesenta y cinco años de soledad en el monte:

–El pastor de hoy nada tiene que ver con el pastor de ayer, ni de lejos, no sabe de la sujeción, de la esclavitud de antes, ni le hable usted de dormir al raso con las ovejas como un servidor ha dormido. Hoy el pastor no sabe de eso, está más baldío, que yo me recuerdo antaño, en llegando San Pedro, ya andaban los ganados en el monte, y el pastor equilicual, a ver, allí esclavo, hasta octubre, tres meses, ¿qué le parece? Ahí pegando, en el vallejo de Valdepuente, en una cueva que usted habrá visto más de cien veces, que le dicen la cueva del Cuarrés, orilla unas nogalas, habrá estado durmiendo mi difunto padre igual cuarenta años, cuidando los carneros del difunto don Manuel. ¿Tiempo disponible? El que quisiera, mire, eso sí, con un ojo en el ganado, faltaría, que a mí siempre me ha gustado cumplir con mi obligación. Alguno salía artista, bien dice, que conocí yo un pastor, ya difunto, que tocaba el clarinete con mucha propiedad, y un día fui y le pregunté: «¿Dónde se ha mercado usted ese clarinete?». ¿Y sabe qué me dijo? Me dice: «Éste me lo ha hecho un hijo». «¿Cómo un hijo?», le pregunté yo. «Pues un hijo, lo que está usted oyendo, un hijo que también es pastor.» Y, oiga, no vea usted, ni de fábrica, un clarinete elegante. Otros había que hacían silbos, cascanueces, tentemozos, monigotes de piedra o madera, pero a mí nunca me dio por ahí. Yo estaba a lo que estaba, al ganado, que no sólo es el cuido de las ovejas, sino el daño que pueden hacer al campo si se las deja solas. Nunca he gastado honda, no señor; de chiquito, sí, pero en el oficio,

no, no me gustaba, que para tirar piedras andaba más suelto con la mano. ¡Con decirle que una vez desnuqué a una liebre de un cantazo! A la carrera, a ver, y tapada, que todavía tiene más mérito, que la zorra de ella ya había dado el quiebro en el desmonte. Mi rebaño era grande, ya lo creo, unas ochocientas ovejas, con la cría, claro, o sea, unas trescientas cincuenta madres; ochenta, más o menos, crías del año, y otras trescientas y pico, nuevas. Lo que le digo, por las ochocientas andaría cuando menos. Pero le participo que se pueden llevar más, eso depende del terreno y, sobre todo, de las siembras. Hoy aquí, en esto, con los bajos en erío, mejor se llevan dos mil cabezas que antes quinientas, ¿qué le parece?

El lobo, he ahí el gran mito viviente de esta bucólica profesión; mito que, a medida que la Castilla montañosa se despuebla, vuelve por sus fueros. Hace pocos meses, la prensa hablaba de la proliferación del lobo en la montaña leonesa. En el término de dos meses, el cronista ha levantado dos: uno en la montaña palentina y otro al norte de Burgos (furtivos, ojos llameantes, trotecillo lobero, rabo entre piernas), cuando paseaba tranquilamente por el monte. Augusto Fernández podría escribir un tratado sobre las asechanzas de este animal, siempre en lo alto, en la vaguada o en el cerro, sin mostrar más que la cabeza, viéndolas venir: «El lobo caza a la espera; de la forma que va el ganado, así obra él».

–Con el lobo me habré confrontado yo más de ocho veces. Una vez tuve dos ataques en menos de una semana. Pero con ése no hay que tener miramientos; lo mejor es vocearle y amagar con la garrota. Un día, en esa mirada indicial que echamos de mañana los pastores, vi un bulto raro agazapado tras un carrasco y me dije: «Mira, mira donde anda el lobo». Le voceo, oiga, y no se mueve; vuelvo a vocearle y lo mismo. ¿Sabe qué tuve que hacer? Echar un juramento, ¿qué le parece? «¡Me cago en tal, ¿qué haces ahí?», le voceé. Y entonces sí, se arrancó ladera arriba tal cual si fuera una persona, que si no me pongo así, como de mala leche, hablando en castellano, yo creo que todavía está aguardando. Pero, con todo, alguna oveja ya me ha comido, ya. Ahí bien cerca, en el depósito de Barruelo, me comieron una el día los Santos mismo, hace qué sé yo los años. Bajaron tres, disformes, la cogieron y, ¡zas!, se fueron cada uno por su lado con un buen golpe de carne en la boca. Y los perros, nada, no señor, no quieren saber del lobo, ¡tienen miedo! ¡Le tienen miedo los jodíos! Que los animales, digan lo que quieran, también son miedosos. Que yo me recuerdo en el campo, cuando dormía con las ovejas, se arrimaban unas a otras y no por frío, qué va, que al ganado este le gusta la fresca, sino porque la noche les imponía. Una vez tuve yo un perro negro, poco más grande que ese suyo, pero más fuerte, que ése sí que era bravo. Una vez se confrontó con una jabalina con crías y le quitó

un jabato, ¿qué le parece? Corbato le llamaba, que tenía una lista blanca así, sobre el pecho, hijo de lobera y pastor, muy majo, un perro elegante, sólo le faltaba hablar. Y valiente, ¿eh?, no vea. Pero, por regla general, estos perros que llevamos nosotros son cobardes para el lobo, se achican. Como el lobo tiene un fato diferente, un fato que tira para atrás, notan que es un enemigo malo, y se acobardan.

Augusto Fernández se explaya, se recrea narrando sus apasionantes aventuras montaraces, sus gajes cinegéticos (una vez acunó una liebre en los brazos al dar el brinco, acosada por el perro). Y como naturalista nato ha ido observando, año tras año, el decrecimiento de la fauna silvestre, la progresiva contaminación de la naturaleza: «Antaño la oveja tomaba la atmósfera del clima, ahora qué sé yo cómo respira». En sus correrías, a través de sus miradas «indiciales», Augusto no sólo ha comprobado la casi absoluta desaparición del conejo, sino que ha encontrado perdices muertas, liebres muertas, tordos muertos, arrendajos muertos... «Nos vamos quedando sin pájaros, ¿no se ha dado usted cuenta?»

–Ordeñar nunca ordeñé, no señor, no entraba en la contrata, y además le puedo anticipar que a estas ovejas de por aquí no se las cuida para dar leche, no son lecheras. No hay una, por buena, buena, que quiera ser, que tenga un cuartillo. Una oveja, para dar leche, no se tiene que mojar, no tiene que coger frío, ha de estar bien alimentada... Y, a pesar de todo, oiga, aquí se hacía un queso elegante, que no le había mejor en toda la comarca, pero eso es por los pastos, únicamente por los pastos, que son muy finos, porque ya es sabido que conforme sea la hierba así sale el queso. En cuanto al esquileo, toda la ciencia está en saber meter la tijera, meterla hacia abajo, llanita, llanita, para no herir a la res. El vellón salía entero, qué hacer, y, por regla general, hacia mediados de julio, teníamos la faena hecha, que, unas con otras, un buen esquilador puede pelar nueve ovejas en una hora. Teniendo precaución, eso sí, porque el ganado se constipa, se pone a toser y hay que darle una botica especial para quitarle los mocos. A ver, es como si a una persona delicada le quitaran el abrigo en un repente, equilicual. Y, en días de calor, a una oveja recién esquilada, no se le ocurra a usted ponerla a la sombra y, menos todavía, bañarla, como hacían antes, para que blanquease, porque se le puede cortar la digestión, e incluso se han dado casos de ovejas que, según las está esquilando uno, dan en temblar y temblar, hasta que terminan muriendo. Yo no puedo decirle si es de frío o de miedo, pero se mueren, ¿qué le parece?

Al pastor de antaño le bastaba un mendrugo macerado en el agua de un manantial para pasar la jomada. Hoy, el pastor lleva bota, merienda con pan reciente y música de baile en el transistor. Al decir de Augusto, no le falta nada y, por si fuera poco, desayuna, cena y

duerme en casa:

–Pues, con todo y con eso, ya ve usted, no salen pastores, no hay vocación, los pastores se acaban como tantas cosas. A estas alturas, nadie quiere ser pastor; a la juventud no le hable usted de ello. Y eso que, por aquí, un pastor se embolsa trescientos billetes al cabo del año, más la Seguridad Social. Pero es bobería, los jóvenes de hoy no se sujetan, no están capeados a ello, no saben lo que es sacrificarse. Y no crea usted, pero, con estos pastos elegantes, la oveja podía ser una buena solución para estos pueblos, ¡ya lo creo que sí! Y, todavía, quién sabe, conforme están las cosas, a lo mejor, les guste o no les guste, acaban en ello, y si no, al tiempo.

La Trapa

–Entre los monjes sigue en vigor el valor del silencio, aunque la norma ha cambiado un poco. Recuerdo que cuando yo llegué aquí, hace veintidós años, se usaban todavía las señas, el lenguaje gestual. Aquel silencio no tiene ya para nosotros ningún valor. Yo no creo quebrantar la norma del silencio si pido la azada a un compañero. Hoy tenemos momentos para hablar y momentos para callar, momentos fuertes de silencio como las doce horas que siguen a completas, esto es, a partir de las ocho de la tarde. De ocho a ocho es el gran silencio. Luego cabe hablar, pero no hablar por hablar, sino con un sentido de lo necesario. También el claustro (lo que llamamos el auditorio del Espíritu Santo), la iglesia, la sala capitular, el refectorio, son lugares de respeto y silencio. Sí, naturalmente, recibimos visitas familiares, pero ni siquiera en esas circunstancias se nos va la fuerza por la boca. Un sentido vocacional debe marcar la vida del monje. Hemos elegido la soledad para encontrar a Dios y esta opción excluye las demás. El monje descubre este sentido por sí mismo y limita espontáneamente sus visitas y su correspondencia. Las mismas familias, conscientes de lo que buscamos, nos ayudan y, sobre todo, ayudan a los novicios, para quienes este imperativo es más duro. Quiero decirle con esto que aunque nada hay reglamentariamente establecido, las visitas de cada monje no suelen pasar de dos al año.

A mediados de marzo, en San Isidro de Dueñas (Palencia), hace más frío dentro del monasterio que fuera. Es un dato a tener en cuenta. Para el cronista, más friolero que un gato agostizo, el frío, este frío afilado, intruso, de la meseta, es el compendio de todas las mortificaciones. Empero los monjes salen y entran, atraviesan claustros, pasean, leen en la biblioteca, tranquilamente, ajenos por completo a él. Hasta los octogenarios parecen desenvolverse en un ambiente climatizado. Cada cual desempeña sus tareas con su liviana

túnica blanca y su escapulario negro, como si el frío no los afectase. Éste es para el cronista el primer milagro de la Trapa. Cincuenta y dos monjes y seis novicios conviven en este caserón de piedra, cuadrado, macizo, sin una especial belleza en su construcción, a la entrada de Venta de Baños, a trece kilómetros de Palencia, en el camino entre Valladolid y Burgos, junto al Canal de Castilla, en la confluencia de los ríos Pisuerga y Carrión. El primer monasterio que se levantó aquí, según consta en documentos, data de comienzos del siglo X, cuando el rey don García y doña Munia, su esposa, concedieron a los benedictinos que en él se alojaran «todo lo necesario para su sustento, atención a peregrinos y culto a Dios». Hace un siglo, tras la desamortización de Mendizábal, fue restaurado por los cistercienses de la Estrecha Observancia –vulgo trapenses–, gracias a los desvelos de don Cándido, que compró el inmueble en estado de ruina a su propietario, don Francisco Echánove, bisabuelo del cronista. El abad actual, padre Gonzalo María Fernández, bilbaíno, hombre fuerte, mirada franca y voz modulada, que conjuga un raro equilibrio entre intelectual y campesino, transmite una grata sensación de placidez y satisface la insaciable curiosidad del cronista:

–Nuestro tronco es benedictino pero, a partir de 1098, hay dos interpretaciones de esta tradición, las dos legítimas, que en España corresponderían a los benedictinos propiamente dichos (Silos, Montserrat, etcétera), y la nuestra, cisterciense, en la que ocupa un lugar preponderante el trabajo manual. El Císter está más marcado por la sencillez, una sencillez que se expresa hasta en la liturgia. Con los cartujos no tenemos nada que ver, salvo la amistad y que ambos somos consecuencia del movimiento de renovación de la vida monástica en el que dominan la soledad y la pobreza. Pero dentro de la vida cartujana tiene usted que distinguir la vida del padre cartujo de la del hermano, puesto que son muy diferentes. El padre vive muy metido en su celda, muy solitario, en tanto el hermano se dedica a trabajar. Yo he pasado varios meses en una cartuja y lo conozco bien. Por eso puedo decirle que la vida del padre cartujo es casi eremítica, ora, lee y come en la celda y, fuera de los oficios, no va a la iglesia. Prácticamente el padre no habla y, si habla solo, mal asunto. No obstante, los domingos tienen recreo y los lunes unas horas de paseo. Nuestra vida, en cambio, es muy cenobítica, somos monjes de comunidad, y el hábito, ya lo ve, blanco y negro, en tanto el de los benedictinos es totalmente negro. Luego tiene usted el trabajo. En la Trapa, el trabajo manual es muy fuerte, de ordinario en el campo, cinco o seis horas, según las constituciones. Claro que hay excepciones, por enfermedad, incapacidad física o vejez, pero hasta los más ancianos desempeñan alguna tarea, ya que, además de la tierra, atendemos los gallineros, la vaquería y las funciones de casa,

limpieza, cocina, lavado de ropa, etcétera. Es cierto que de unos años a esta parte se ven menos sayales de monje por estos campos. Hay quien lo sigue usando, pero para escardar, sacar remolacha o las faenas estivales, el sayal es un agobio, es como un baño turco, y los jóvenes, por regla general, prefieren el mono, es más funcional y más humano, y nada impide que lo usen. El trabajo manual tiene para el trapense no sólo un carácter social, sino también espiritual, aparte de ser nuestro sustento. En cuanto a eso de levantarse de noche a orar y luego volver a la cama, no es hábito trapense, sino cartujano. Nosotros madrugamos, es decir, nos levantamos a las cuatro y ya no volvemos a acostarnos hasta las nueve de la noche. En esto hemos incluido otra novedad. Antes dormíamos en una sala corrida, dividida en camarillas muy chicas y con un techo común. Esto, para algunos monjes nerviosos, era muy duro, y ahora disponemos de celdas individuales que nos facilitan un sueño reparador. Así que a las cuatro nos levantamos y cantamos maitines; de cinco a seis y media, oración; después, misa concelebrada, lectura y, a las diez, tercia y trabajo. A la una menos cuarto, sexta con la oración de mediodía, comida, siesta facultativa, nona a las dos y media, y vuelta al trabajo. Finalmente, a las seis y media tenemos vísperas, cena, un cuarto de hora de oración, doctrina monástica o información en la sala capitular y, por último, la Salve y a la cama. En este monasterio somos menos monjes que en 1930, pero tenga en cuenta que desde entonces la comunidad ha hecho cuatro fundaciones: México, Angola, San Pedro de Cardeña, en Burgos, y Osera, en Galicia, de modo que entre todos hacemos mayor número que aquí hace medio siglo. Tampoco crea que la comunidad sea más vieja que entonces, hay mucha gente joven, lo que quiere decir que vocaciones no faltan. En este momento tenemos seis novicios, tres que hacen los votos este año, dos postulantes y un muchacho de Huelva que ha venido un poco a ver esto. Luego hay personas de edad que nos telefonean, como un guipuzcoano de sesenta años, que llamó anteanoche con la pretensión de retirarse aquí sin saber nada de lo que es esto. También los apremios del siglo, la agitación de la vida moderna, empuja a la gente hacia estos remansos de paz. Yo siempre he sostenido que el monacato ha dado a la sociedad de su tiempo lo que a esa sociedad le faltaba: cultura, religiosidad o silencio. Yo le aseguro que por aquí pasa mucha gente descorazonada, muy rota, que ha sido maltratada por la vida, o sale de la droga o de la prisión. Un ejemplo muy concreto: un muchacho de diecinueve años que acogimos con todo cariño y que no tuvo tiempo de reaccionar; al día siguiente de llegar se colgó de una higuera de la huerta. Muy doloroso, ¿no? Trapenses hay también en Burgos y creo que pocas autonomías serán tan ricas en vida monástica como Castilla y León, pues, aparte de los nuestros tiene usted la Cartuja de

Miraflores, las Huelgas, Silos... Sólo de trapenses hay siete monasterios en España, y ocho de mujeres, con un total de unos trescientos cincuenta monjes y trescientas monjas. No, claro, los monasterios no pueden quedarse al margen de las mudanzas del siglo. Es natural. Nuestras piedras no son impermeables. Así, la gente llega a nosotros con menos sentido de lo sagrado; proceden del ruido, y el silencio, pese a no ser total, les sobrecoge; no son tan duros, físicamente quiero decir, soportan peor las mortificaciones. Usted dice que tiene frío pero este frío no puede compararse con el de hace años. El Vaticano Segundo nos exigió una renovación de acuerdo con el mundo actual, de tal manera que esa renovación fuese adaptación y no relajamiento. El rigor, pues, ha ido cediendo sin perder un ápice de religiosidad. En la capilla hemos puesto calefacción. El razonamiento era obvio: si hay colisión entre mortificación y oración, hay que salvar ésta. No puede uno rezar con devoción con los pies entumidos de frío. Pero tampoco crea que la temperatura es elevada; sencillamente hemos matado las temperaturas bajo cero. Cuando yo llegué aquí y tenía que tocar maitines a las tres de la madrugada, se me reventaban las manos de sabañones. Es lo que se ha tratado de evitar. Con este objeto, hace diez o doce años, nos reunimos en comunidad y votamos, votamos como solemos hacerlo aquí para adoptar una decisión de régimen interior: una alubia blanca, el «sí», una pinta, el «no», y un garbanzo, el voto en blanco. Recuerdo que yo tenía a mi lado a un padre joven con un gran sentido de la mortificación, que me mostró la alubia blanca antes de depositarla y me dijo: «Esto por los mayores». Magnífico gesto, ¿no le parece? Un gesto voluntario, por supuesto, ya que el voto es secreto y nadie tiene que dar explicaciones a nadie sobre lo que hace. Total, que se aprobó. Respecto a la comida, no hay motivos tan razonables para un cambio. Seguimos sin comer carne, pescado, ni huevos, la dieta es vegetariana. Hoy hemos comido una sopa caliente y un plato de lentejas limpias, sin tropezones. Y a la noche cenaremos un plato de arroz con patatas y un vaso de leche, nada más. A lo largo del año solemos tomar después una fruta, pero en Cuaresma prescindimos también del postre, es una vieja tradición. En punto a si conservamos o no el canto gregoriano, no tengo más remedio que darle una respuesta ambigua: seguimos con el latín pero hemos dado entrada a mucho castellano. Yo disfruto con el gregoriano pero no veo bien que las comunidades tengan que dividirse en dos grupos, coristas y legos, según canten bien el latín o no. Este problema de la doble comunidad se nos presentó con el Concilio Vaticano. Entonces optamos por el castellano, mejor dicho, conservamos el Kyrie, el Sanctus, el Benedictus y el Agnus Dei, pero al propio tiempo la inspiración melódica gregoriana hemos procurado adaptarla al castellano. Entiéndame, no digo traducir al castellano los textos, sino

trasladar la inspiración melódica. Yo creo firmemente que algunas cosas que hemos compuesto ahora durarán siglos. Esto no quiere decir que se acepte cualquier cosa. Hoy día funciona una comisión de canto, compuesta por monjas y monjes, que decide sobre el valor de las antífonas que se van componiendo. Razonan y discuten sin límite de tiempo y únicamente se admiten aquellas que han alcanzado el consenso. Es decir, es un trabajo muy depurado. En todo caso, seguimos cantando el gregoriano puro a diario, tanto en la Salve como en el Kyrial de las misas, y también en ciertos himnos y antífonas, como los de los oficios de San José. No es un gregoriano de la calidad del de Silos, que corresponde al de Solesmes, en Francia, pero es el gregoriano tradicional. Por otra parte, Montserrat también se va por el catalán de una manera muy clara. Para mí la cuestión del gregoriano debería resolverse así: sin romper con el pasado, adaptar al castellano, al catalán o al francés su inspiración melódica. Pero dejemos este asunto. Nuestro monacato, en contra de lo que usted sugiere, no es una reclusión. Hemos elegido la soledad, de acuerdo, pero eso no implica adoptar actitudes irracionales. Así, los padres van de vez en cuando a la ciudad, al médico o al dentista, y al ecónomo una vez a la semana a proveerse de alimentos. También vamos a Dueñas, donde estamos censados, a votar cada vez que hay elecciones. Con papeleta, claro, allí lo de las alubias no lo admiten, y, por supuesto, en conciencia, nada de disciplina de voto inspirado por el abad o la comunidad. Yo procuro ser muy respetuoso con mis hermanos, ser padre espiritual pero no político, este aspecto lo tengo muy claro. Televisor no tenemos, no señor, ni tampoco radio, pero estamos suscritos a dos diarios, y cada vez que traen noticias que el abad considera de interés, se leen en el refectorio en lugar del libro de turno. De este modo la comunidad está al día. También entran aquí revistas y libros profanos que no requieren mi visto bueno. Considero que el padre bibliotecario tiene cabeza y con eso es suficiente. Hay un presupuesto que él administra y al propio tiempo sugiere los libros que deben leerse en el refectorio. La relación con el exterior es cada vez mayor, cosa inevitable, puesto que cada día es más difícil ser autónomo, es algo que se nota, que se impone. Antiguamente nos hacíamos en esta casa hasta el calzado, hoy lo compramos hecho. Aun lamentándolo, en una u otra medida en nuestros días nadie puede sustraerse a la sociedad de consumo.

El capador

El pasado de los pueblos castellano-leoneses no puede concebirse sin la figura del capador, bien el capador autodidacta, humilde, local, improvisado, como Salvador de la Viuda, en Mayorga de Campos, en

la frontera provincial entre Valladolid y León, bien el castrador profesional, titulado, con ínfulas de facultativo, como don Jesús García, en Bercero, en tierras de Tordesillas, junto a Villalar de los Comuneros, ambos ya retirados. Pero entre capador y castrador se establecía una diferencia. El capador propiamente dicho era el aficionado, el clandestino, el intruso, que se enorgullecía de su capadora como el eminente cirujano de su bisturí, en tanto el castrador oficial, el diplomado, no conjugaba de entrada el verbo capar, y hablaba doctoralmente de sistemas de castración, catgut y «gobernáculo teste». Mientras el capador a escondidas, modesto y franciscano, llamó siempre gochos a los cochinos y jamás rebasó los límites de su pueblo, el castrador diplomado, técnico y distante, les decía cerdos y gozó en su día de un dilatado renombre regional. Don Jesús García, que en sus correrías profesionales llegó hasta La Mancha, admite su condición actual de castrador jubilado aunque no esté conforme con haber sido englobado en el ambiguo apartado de los «autónomos», ni con la modestia de su pensión.

–A mí me enseñó a castrar un maestro herrador del ejército, maño él, Tomás Lapuente se llamaba, apenas cumplí los dieciséis años. Más tarde hice un cursillo en la Facultad de Veterinaria de León, me dieron un diploma y me instalé aquí, en Bercero, donde he vivido toda la vida. Y le advierto a usted una cosa: yo iba para veterinario, pero un amigo me desengañó: «Jesús –me dijo–, si quieres ganar dinero, métete en la castración; no hay oficio más rentable y más independiente que ése». Y aquí me tiene usted. Castrar he castrado todo lo castrable: perros, caballos, cerdos, machos mulares, novillos, lo que usted quiera... Por distintos motivos, claro está: al caballo para amansarle, al cerdo para la ceba y al macho porque si coge entero a una yegua la desgracia; a éstos hay que castrarlos a todos, hablo del macho mular, ojo, del macho que viene del burro...

El capador Salvador de la Viuda desciende de pastores. Él mismo fue pastor y su padre y su abuelo también lo fueron.

–Yo nunca fui capador de oficio. Empecé a capar por una tontuna, porque un vecino me dijo un día: «Cápame el gocho, Salvador, y si te se muere no te preocupes, nos lo comemos». Y así empecé.

Salvador de la Viuda únicamente ha capado gochos y «algún que otro perro porque, en llegando el celo, me abandonaban el rebaño». Tímido y solitario, nunca cobró una peseta. Y su objetivo al capar un gocho no era sólo para que engordase sino «para que el tocino enverronase, cogiera gusto, que aquí decimos enverronado al tocino de buen paladar». A los gallos los capaban las mujeres. Al gallo se le capa para que no gallee, porque hay personas que gustan de oírle cantar pero no quieren pollos y le tienen en casa como quien tiene un canario, para que dé el quiquiriquí desde las bardas cada mañana.

Don Jesús García, el castrador oficial, evoca los tiempos de anteguerra:

–Castrar un cerdo valía entonces una peseta y seis reales una cerda. ¿Que, por qué esa diferencia? Porque una cerda es mucho más difícil, dónde va. Aunque sea mala comparanza, la vagina de una cerda es totalmente como la de una mujer, exactamente igual, y, por tanto, quitarle los ovarios, una operación delicada. A la cerda se la castra porque si llega el celo te empieza a dar la luna y, si la agarra el verraco en esas condiciones, te la preña y te estropea la ceba. ¡Quite usted de ahí la capadora! Yo nunca he castrado con capadora sino con arreglo a los tres procedimientos que me enseñaron mis maestros, don Juan Morros y don Tomás Rodríguez: a talla, a mordaza y a pulgar. ¿Las diferencias? Se las voy a decir a usted: en el primero, que también le decimos a testículo descubierto, liga usted el cordón con catgut, lo retuerce hasta que chasca y el testículo sale intacto. En la castración a mordaza, en lugar de catgut utiliza usted dos cañas de bambú untadas de sulfato que queman el cordón y sueltan el testículo. Con el sistema a pulgar no hay sangre y se llama así porque mete usted el dedo por el pico de la bolsa testicular, entre el cordón y el «gobernáculo teste», y, una vez que rasga éste, ya puede empezar las torsiones hasta que el testículo queda inútil, una carnosidad, completamente atrofiado. Yo nunca cosí el ojal del bisturí, nunca; lo dejaba destilar y lo trataba con polvos secantes. Y con el perro ni eso; el perro es un animal que se cura solo, con la lengua, y le dejaba hacer. Sufrir, naturalmente que sufrían los animales, usted dirá. Ahora se les inyecta, se les pone anestesia, pero en mis tiempos no, se hacía en vivo y el animal sufría. Castrar un bicho no sólo es dejarle impotente, sino sin apetito sexual; ahora bien, si le ha castrado usted a pulgar y le deja el testículo alegre, como decimos nosotros, o sea con una vena que irrigue, entonces puede cubrir. En cuanto al poder es natural que tengan más fuerza los enteros que los castrados, lo que no quiere decir que éstos queden inútiles, que el toro, por ponerle un ejemplo, puede seguir entrando al trapo. Y, si no, ve, ahí tiene a los bezados que sueltan en las capeas de los pueblos, bueyes son, pero embisten lo mismo que un toro bravo.

Para el capador de Mayorga de Campos, Salvador de la Viuda, el gallo capado deja de ser un gallo, pierde majeza y autoridad. Puede seguir cantando pero «cualquier gallina del corral un poquitín arrogante, si le hace frente le acobarda». Capador de capadora, Salvador de la Viuda afirma que al gocho capado hay que protegerlo, apartarlo de la vecera, porque el gocho es muy sanguino y, si no se le aparta, se lo comen los demás.

–Así sean hermanos, sí señor, que en el gocho puede más su condición de sanguino que el parentesco, que la misma gocha si le da

el fato de la sangre, puede comerse a su propio hijo.

Don Jesús García, el castrador de Bercero, se va por las evocaciones:

–En una ocasión, en Toro, siendo yo joven, un tratante quiso meterme gato por liebre y va y me trae un caballo ya hecho, que había cubierto mucho, como si fuera quinceno. No le exagero, tenía el cordón como esta muñeca mía, duro como una piedra, pero en fuerza de torsiones se lo dejé como un hilo y, según concluí de operar, me vuelvo a él y le digo: «Castrado ya está, pero virgen no era». ¡Ya ve, a mí me la iba a pegar! Y como esta parábola le contaría otras que alrededor de nuestra profesión hay mucha fullería. Hombre, riesgo siempre hay alguno, pero interviniendo con propiedad y en animales jóvenes no suele pasar nada. De higos a brevas; en los castrados a pulgar, puede producirse un cólico, pero con unas friegas secas en el abdomen enseguida se les pasa. Ahora me recuerdo de un potro, aquí cerca, en Villalar, castrado a talla, con una hemorragia postoperatoria. Fue muy escandaloso, que la sangre de por sí lo es, pero le desinfecté, le taponé con un algodón empapado en agua oxigenada, le di dos puntos de sutura y a correr. Eran tiempos difíciles, desde luego; hoy no puede ocurrir eso. Hoy día, para castrar a un animal, aparte la dieta reglamentaria, le preparan, o sea le ponen una inyección contra la hemorragia, otra inyección contra el tétanos y otra más contra la infección, de manera que así cualquiera. Otra cosa que tuvo siempre mucha importancia fue saber sujetar al bicho, no sólo para que no mordiera ni coceara, sino para que nos permitiese intervenir. Al verraco yo le metía una cesta por la cabeza y no se movía; en cuanto a las caballerías, las trababa bien con una soga, las colocaba un lazo a la cabeza y otro al rabo, de modo que no pudieran ciscalear, y al suelo. Contra más pegadas al vientre quedaran las patas, mejor se le intervenía. Pero le estoy hablando de la prehistoria de esta profesión. Hoy ya no se castra y, cuando se hace, los cerdos por ejemplo, se castra con todas las garantías.

Don Jesús García se extravía en el recuerdo. También el capador de Mayorga de Campos se enternece al evocar sus primeros pasos ilegales, de intrusismo caritativo.

–Por aquellos entonces, solía hacer jornada en este pueblo don Pedro, el capador de Palazuelo de Vedija, muy estimado en toda la comarca.

Salvador de la Viuda entorna los ojos, sus labios delgados esbozan una complacida sonrisa.

–Don Pedro hacía una gira de meses, de pueblo en pueblo, que se recorría de una tirada también más de veinte kilómetros. Me recuerdo que llegaba en su caballo zaino, se plantaba en medio la plaza y se ponía a tocar la chufla. Y la gente decía «prepara el macho (o el burro, o la gocha o lo que fuera) que ha llegado el capador, o sea, se formaba

un revuelo. Don Pedro siempre paraba en la posada y luego el pinche cogía la lista y le acompañaba casa por casa. A don Pedro no le importaba si yo capaba gochos de tapadillo o no. Él castraba a los animales de más alcance y además lo suyo, de por sí, era la labranza.

Salvador de la Viuda se rasca con dos dedos el colodrillo, bajo la boina capona, y su mirada taciturna se remonta:

¡Qué tiempos, me cago en diez!

El asado

La austeridad castellana se manifiesta preferentemente en la cocina. A la cocina castellana no le va el barroquismo, la miscelánea, ni esos rizados y poéticos adjetivos con que los franceses suelen adornar sus menús. En rigor, la gastronomía castellana ha destacado siempre en los dos alimentos fundamentales: pan y vino. «Con pan y vino se anda el camino», reza el refrán, pero es obvio que si el pan es lechuguino, de cuatro canteros, y el vino de Rueda o Vega Sicilia, es posible que el camino se haga dos veces y hasta sin sentirlo. El guiso típico castellano no abunda. A la pregunta del comensal: «¿Qué me puede usted servir?», el mesonero castellano, tras un no demasiado largo repertorio de manjares, concluirá inevitablemente: «Y, por supuesto, también asado». Nunca mencionará el animal, porque el asado por antonomasia es en Castilla el lechazo, el cordero lechal. Por sabido también se asan el cabrito y el tostón, pero el primero es más propio de la zona de Guadalajara y, en cuanto al tostón, al decir de Florencio, el interlocutor del cronista esta mañana, por cada cochinillo que se asa, se asan diez corderos lechales en Castilla. De manera que asado y lechazo vienen a ser aquí una misma cosa y aunque no ofrece duda que el plato es más sabroso cuanto más desprovisto de aderezos se presente, su preparación se remonta hasta antes del nacimiento de la víctima:

–Para mí –dice Florencio– el triángulo del asado está entre Aranda, Roa y Peñafiel, o, para simplificar, en Burgos y Valladolid. El de Segovia no me parece tan bueno como la gente dice, es un poquitín más basto. Y la cosa se explica porque, en general, la oveja segoviana pasta en cuestas y pedrizas, en tierras altas y áridas, donde conseguir comida no es fácil. Entre esto y que no hay agua a mano, la oveja se cansa, se le seca la leche, se muscula de más y todo esto se lo transmite al lechazo, de forma que su carne no puede ser tan fina. En cambio, sí es fina y muy especial la carne del cordero que ha comido esa hierba, el cordero de cinco o seis meses, el cordero grande. ¡Ese, ése es el buen cordero segoviano! El lechazo de calidad empieza a hacerse en el vientre de la madre, depende de la raza de la madre, de

la vida que la madre lleve y de la hierba que coma. En cuanto a raza, yo me pienso que aquí, en Castilla, la mejor de todas es la churra; luego ya vienen la entrefina y la castellana. Y la peor de todas, la merina. La merina es más propia para hacer corderos porque da poca leche y la carne, en sí, tiene algo de gusto a eso, ¿cómo le diría?, ¡a mugre!, sí señor, tira un poco a mugre la carne de la merina, y en parte es porque no se le da sal. Por aquí sí, por aquí les echamos cuatro o cinco piedras cada dos semanas y vaya si se conoce. Pero es que, además, la leche de la merina tira un pelín a agria, es un poco hebrosa, y el cordero que la mama cría músculo, no es bueno de comer. Por eso le digo que, por estas tierras, ninguna como la churra para lechazar, sin olvidarnos del semental, que no todos los sementales valen. Y el semental para lechazar es conveniente que no sea animal de mucho hueso, un camero de caña fina en manos y patas es lo más indicado. En cambio, para hacer corderos, cuanto más hueso tenga el semental, mejor, porque es sabido que un animal de hueso gordo desarrolla mucho comiendo. ¡Pues claro está que influye en los corderos la sequía! Pero le prevengo una cosa: si la oveja está a cubierto y a la fresca, en la ribera del río pongo por caso, apenas si siente la sequía. Vea, por un ejemplo, de aquí a Tordesillas, toda la cuenca del Duero adelante, pues ¡tan a gusto! Ahora bien, la tierra buena, buena, para la cría del lechazo, es el valle de Esgueva, como eso no lo hay. Allí el animal come de capricho y tiene el pienso a mano, a un paso de la tenada, en abundancia, sin necesidad de buscarlo. ¡Y luego esa hierba tierna, tiesecilla, oiga, que no la hay más rica en toda España! La hierba de este valle, ya sea por el rocío, la escarcha o el riego, está siempre con algo de agua y es la humedad esa la que le da esa savia tan suave, tan buena, al lechazo; se la transmite la madre por la teta, y es algo especialísimo.

El señor Florencio controla el negocio con diligencia. Su mano derecha, con dos dedos tajados en un percance de infancia, es como un certificado profesional. Va, viene, sirve, controla, conversa, estimula, regaña. «¿Le atienden a usted?», «¿Les servimos o esperamos a los que faltan?», «¿Ha quedado satisfecho el señor?», «Los de la mesa cuatro llevan un cuarto de hora esperando». Después, al concluir de comer, el señor Florencio presenta el Libro de Oro a los notables. Y los notables, firman, halagan al señor Florencio, le piropean, inician un diálogo con otros notables que puedan venir detrás, o todas estas cosas a la vez. Hace unos años, el cronista, inspirado por el lechazo y el vinillo de la tierra, dejó consignada esta sentencia: «Mi paladar evidencio / cuando hay que comer lechazo / comiéndolo en 'ca' Florencio». Meses más tarde, el penalista Ángel Torio, que pasó por allí, en compañía de su mujer, le dejó chico al cronista con este ripio: «Si tú no me lo prohíbes / volveré donde Florencio / junto con Miguel

Delibes». Y el catedrático y oftalmólogo Nicolás Belmonte, en un quiebro muy torero, como corresponde a su apellido, dejaba constancia de su ingenio: «Siempre firmo con gran brío / pero hoy tengo que humillarme / después de lo de Torio». Ripio más, ripio menos, así circularían hace siglos, piensa el cronista, los primeros cantares de gesta.

–Hoy día, para comer lechazo, todos los meses son buenos, que ahora no es como antes, que hoy la oveja se ha enviciado y pare dos veces. Con todo, para mí, el mejor lechazo, su mejor época, está entre diciembre y abril. Hay quien opina lo contrario, claro, pero yo prefiero el lechazo en las fechas que le digo, recién muerto y asado, sin orearlo, que tiene mejor gusto así, con todo lo que la gente diga. Y, además, que no se pase de cámara, eso es importante. Recién matado tal vez esté un poquito más tieso pero también más jugoso. Porque todo eso que usted ve escullir en la carnicería, eso rojo que gotea del morro y parece sangre, pues no es sangre, no señor, es el propio jugo de ellos, como si dijéramos su sustancia. Por eso, en cuanto deje de gotear, debe usted meterlo en la cámara un día o dos, pero dos mejor que cuatro, ¿eh?, el lechazo que no se pase de cámara. El tiempo de sacrificio debe estar entre las dos y las tres semanas, no antes pero tampoco después; yo me atrevería a decirle que entre los quince y los veinte días es lo mandado. Que sea macho o hembra poco importa a esa edad, poca diferencia habrá, quiero decir, tal vez la hembra sea un poquitín más fina a condición de que no esté gorda, que el sebo nunca es bueno. Por último viene la hora de la verdad, el asado, que debe ser simplemente eso: asado, que en algunos sitios lo mismo le echan ajo que azafrán o perejil y, naturalmente, lo desvían. En Haro, pongo por caso, no tienen costumbre de comerlo a palo seco. En casa, en cambio, no se le echa nada, si es caso sal y sin pasarse que para eso está el salero. Porque es que los cocineros esos que lo condimentan, lo desvían, lo quitan el paladar, como yo digo, y ya sabe a cualquier cosa menos a lo que debe saber. Así es que al lechazo, con una pinta de sal, debe usted meterlo al horno, bien apretado, bien apretado, con bastante lumbre y ¡hale, que se ase! Eso sí, mirando al reloj, que un lechazo nunca debe estar en el horno más de una hora, que les hay que, con buena lumbre y teniendo cuidado que no se quemen, se hacen en cuarenta minutos y hasta en media hora si me apura. En cambio, el cordero, que va lento y encima le echan agua de limón o cosas de ésas, no se asa, mire usted, se cuece. Al cabo de tres horas, ese lechazo no sale asado sino cocido. Y no le hablo por hablar, ve, ahí tiene usted el reconocimiento del maestro, que si el maestro lo dice no queda más que decir «Amén» –el señor Florencio, muy ufano, muestra al cronista una fotografía de Cándido, el Mesonero Mayor de Castilla, cuya dedicatoria reza así: «A Florencio, que es el que mejor asa el

cordero de España»–. Cándido –concluye Florencio con arrogancia– cada vez que quiere comer un buen lechazo se viene a casa. Y una vez que come a satisfacción, lo que sobra se lo lleva para la familia, que él sabe mejor que nadie que el lechazo bien asado no se pasa. Yo supongo que esto quiere decir algo, ¿no lo cree usted así?

Los caracoles

Gregorio Rodríguez, sedanés de nacimiento, es uno de los pocos agricultores perseverantes en los ásperos páramos de la Castilla norte. Su generación es la generación del éxodo, la generación que hace cinco lustros abandonó el medio rural para probar fortuna en los complejos industriales de España y el extranjero. Pero Gregorio Rodríguez se quedó, permaneció fiel a la tierra y, consciente de su soledad y sus dificultades, trató de ponerse al día, profundizó pacientemente en los entresijos de la mecánica, de tal forma que, en la actualidad, el tractor o la cosechadora no encierran secretos para él. A estas alturas, la figura enjuta y fibrosa de Gregorio Rodríguez, en las hazas y páramos de La Lora, trajinando con el tractor, es estampa habitual. Curioso por las cosas del campo, Gregorio Rodríguez es, al propio tiempo, el informador puntual de las cinco docenas de cazadores de la comarca. Él sabe como nadie si la temporada en curso subió mucha o poca codorniz, si el jabalí anda en la mancha o alzó velas, o si las polladas de perdiz se lograron o las marrotó la nube. Pese a su ajetreo ininterrumpido, desde lo alto de la cosechadora, Gregorio siempre tiene una tímida sonrisa a punto, una palabra amable para aquel que se le aproxima en busca de información. Lo más difícil es encontrar en casa a este azacán infatigable. Después de varias tentativas el cronista ha logrado localizarlo y retenerlo unos minutos. Gregorio y Dominica, su mujer, ríen de buena gana cuando el cronista les comunica que su propósito es hablar de caracoles.

–Yo empecé a coger caracoles hace cuarenta años, de chiquito, y en cuanto juntaba un fardillo de ellos, me llegaba a la tienda de Satur Peña a cambiarlos por higos o por galletas. Entonces íbamos con un bote de tomate y un palo y les sacábamos de las juntas como podíamos. Esto era en febrero o marzo. En abril, si el tiempo ablandaba, los bichos empezaban a moverse y en las huertas y las tapias los atrapábamos por docenas. Yo no sé por qué pero aquí, en Sedano, siempre hubo afición por esto, de forma que, a los cuatro años de empezar yo, ya cobrábamos en dinero, unas pesetillas por kilo, con lo que algunas personas mayores se animaban a acompañarnos en busca de un sobresueldo. Yo me acuerdo como si fuera hoy que los primeros calzones largos que gasté, de esos azules de mahón, me los compré a cuenta de un cubo de caracoles. Esta costumbre se extendió

pronto a otros sitios pero yo creo que aquí, en Sedano, fuimos los primeros, aunque hoy, ya lo ve usted, los caracoleros salen a miles; por todas partes. Y ávate con los gitanos. De que caen cuatro gotas, invaden la provincia, que yo creo que llegan hasta el Escudo, no vea fiebre igual, noches enteras pasa esa gente al sereno y todavía dicen que son vagos. Esto de coger caracoles se ha convertido en una profesión rentable, que en las pescaderías de Burgos se están pagando ya a cuatrocientas y quinientas pesetas kilo. Claro que el caracolero de hoy va preparado: su chubasquero, su farol, su balde de plástico; no es como nosotros, que nos alumbrábamos con una tea de neumático que soltaba un tufo que apestaba. Pero aún me recuerdo que, antaño, más que el caracol grueso, el personal estimaba lo que llamábamos la caracola, un caracol más chico, redondito, color naranja o listado, más fino; se pagaba mejor. Y para coger un cubo de ellas, de caracolas quiero decir, en una noche de abril, tampoco se piense que teníamos que movernos demasiado. Mayo también era un mes bueno, pero el caracol ya se pagaba peor, que, para esas fechas, el bicho daba en criar un verdín en el moco que era feo y se limpiaba mal. En todo caso, los mejores días, con diferencia, eran los de lluvia, templaditos, de esos días de primavera, de sol y aguarradillas, o sea de calor y humedad, que es lo que al caracol le gusta. Para salir formalmente a ellos, aquí siempre se esperó, desde que yo era chico, a que cayeran cuatro gotas. Y entonces salíamos aprisa y corriendo, antes de escampar, que estos animalitos se orean pronto y enseguida vuelven a esconderse. Y si era de noche o de amanecida, mejor que mejor, que los caracoles nunca se dieron bien a mediodía. Y tapias y huertos aparte, estos bichos mostraron siempre querencia por la hiedra, no sé si porque comen de ella, o porque se esconden mejor o por la fresca, lo cierto es que no se apartan de ella. De todos modos, el caracol, como el cangrejo, la rana y todas esas cosas, va para abajo, no sólo porque la gente los busca más, sino por la manía esa de quemar linderas y regatos que, por lo menos en estos pueblos, está haciendo mucho daño. Quiero decirle que concretamente aquí hay hoy menos caracoles que antaño, dónde va a parar, pero muchos menos, lo que sucede es que los que vienen a buscarlos meten más bulla, son más mal considerados y atajan por derecho, que lo mismo les da marrotar un huerto que echar abajo una pared. Y le advierto una cosa: si no se pone coto a estos abusos, el caracol acabará desapareciendo, que hoy va uno orilla un camino o una reguera y no los ve y, si no los ve, es que no los hay, no tiene vuelta, que si los hubiera, se los vería, que, por ley natural, el caracol tira arriba. A lo mejor hay que poner vedas o lo que sea, pero si queremos que el caracol no se extinga habrá que hacer algo, de alguna manera habrá que protegerlos.

El caracol empieza, en efecto, a escasear en extensas zonas de

Castilla, debido a la concentración parcelaria, las quemas de arroyos y rastrojos, los abonos inorgánicos, los herbicidas, y, sobre todo, a la elevación del nivel de vida, que despertó cierta proclividad a la exquisitez en los rudos paladares castellanos, de forma que animales y frutos antaño menospreciados empezaron a estimarse, lo que trajo consigo la codicia y el subsiguiente saqueo del campo por falta de medida. Resultado: hoy el caracol, como la trucha o la codorniz, ha pasado a ser una manufactura y los criaderos artificiales tratan de suplir a la naturaleza. Y una gran nave en tinieblas, con mesas electrificadas y rincones de tierra y macetas para que el animal desove, constituyen, en nuestra sociedad supertécnica, el hábitat del caracol.

–Sí, ¿qué me va a decir a mí?, ya he oído hablar de ellos. Pero ¿cree usted, de verdad, que esos criaderos van a resolver el problema? ¿Qué sacamos en limpio con tanto criadero? Sólo una cosa y se la voy a decir a usted, que todo lo que se críe en fábrica, sea carne o pescado, tenga el mismo gusto, sepa a pienso compuesto. Yo creo que para ese viaje no necesitábamos alforjas. Porque si lo que ocurre es que la tierra está envenenada, lo primero que habría que inventar es algo que la desemponzoñe, vamos, creo yo, y facilitar a esos animales una vida natural, que hay que ver, por un ejemplo, con qué agrado se aparean los caracoles. ¿Los ha visto usted? Con eso que dicen que si son hermafroditas y tienen el pito y lo otro en la cabeza, pues, a ver, se acoplan por los dos sitios que es un gusto y, una vez que se aparean, lo mismo se tiran el día entero, tan ricamente. Con una condición, que como eso del macho y la hembra aquí no rige, todos quedan preñados y, entonces, una vez que encuentra humedad, el bicho abre un agujero en el suelo, hace la puesta y la cubre con tierra. Y, de cada puesta, según tengo entendido, salen cuarenta o cincuenta caracolillos, ya con la casa a cuestas, y al cabo del año, ya son adultos. Y, si las cosas son así, ¿quiere decirme qué pintan los criaderos esos? Comerlos, lo que se dice comerlos, en casa no los comemos o, para serle sincero, los comemos una vez al año y, por lo que a mí respecta, puedo decirle que ni me gustan ni me disgustan, o sea, hablando claro, a mí el caracol no me sabe a nada o, por mejor decir, tiene el gusto del aliño, y está bueno si el aliño está bueno y al revés. Según mi señora, los catalanes los comen asados con una pizca de sal y así los sacan el gusto. En cuanto a los franceses, que son muy escogidos para estas cosas de comer, he oído decir que primero los ponen sobre una chapa templada y, una vez que los bichos confiados sacan los cuernos, los asan y quedan tal cual, con los cuernos al aire. Por cosas de la presentación, ¿sabe usted? Hasta qué punto es eso cierto, no lo sé, lo que sí le puedo asegurar es que si en casa los comemos poco no es porque sepan mejor o peor, sino por las fatigas de limpiarlos, por no

andar quitándoles el moco, que es un engorro. A mí, de primeras, me dijeron que la baba se quitaba con sal y una pinta de vinagre, pero de seguida me di cuenta que lo del vinagre no era bueno, ya ve, que se conoce que les escuece y el animalito da en encogerse y meterse dentro de la concha y ya no hay cristiano que lo saque. Hay quien dice que echándolos en un cajón de salvado limpian al tiempo moco e intestino, pero yo creo que lo mejor es lavarlos con sal gorda, que la sal es un buen depurativo, les quita el moco y les hace echar fuera la porquería. Y si, encima, les da usted dos o tres aguas, mejor todavía, que con un bicho tan baboso la limpieza nunca está de más.

Alfares bíblicos

José Delfín Val, amigo del cronista, es una autoridad en cuestiones de alfarería. La alfarería, según él, es el arte de modelar piezas de uso común a base de barro, solamente cocido o cocido y vidriado. La alfarería es viejo oficio, casi tan viejo como el mundo. Y lo curioso es lo poco que ha variado con el tiempo, el hecho de que aún subsistan alfares como los de veinte siglos atrás. Tal, el de los hermanos Gómez San José, Conceso y Alberto, en Arrabal de Portillo. Esta venerable reliquia artesana convive con alfares más evolucionados, de rueda electrificada y horno de fuel, pero, para el cronista, el carácter artesano de este oficio no se pierde por el hecho de electrificar la rueda o sustituir por combustible la energía humana, sino cuando se elude la mano, cuando el molde sustituye a los dedos para dar forma al barro. No obstante, la rueda con volandera de Conceso y Alberto, este horno elemental donde se alcanzan los novecientos grados de temperatura a base de tamuja, produce en el visitante una viva emoción, esa emoción que sólo despiertan ya en el hombre lo primitivo y lo auténtico. Conceso levanta el pie de la volandera y sonríe al cronista.

–Hay muchos alfares en este pueblo, ya lo creo, y ha habido doble, vaya usted a saber por qué. En lo que atañe a unos servidores, la tradición nos viene de largo, de la época del bisabuelo, y, de entonces acá, la industria ha cambiado poco, aunque las nuestras sean las únicas ruedas del pueblo que todavía funcionan a pedal, por volandera. Aquí no hay secretos, todo está a la vista, lo único el acarreo del barro, que antaño era una tarea dura, que lo mismo se tiraba usted dos semanas para picar el hoyo y llegar al bajo, que lo de arriba no servía, tenía china, pero de todos modos, si se sacaba a mano es porque no se conocían otros procedimientos. Quiero decirle que hoy ya no se pica en ninguna parte; va una pala mecánica, lo saca, y, en un santiamén, llena un camión. Antaño, con un seroncillo que hacía poco más que una canasta y un burro, hacíamos la labor del

día. Ahora te viene de Zaratán un camión de cuatro ejes y te descarga el barro para el año entero en cinco minutos. Y, para mayor inri, el barro de ahora es mejor, más limpio, no tiene el calizo ni la china que tenía antes. En cuanto a piezas, más o menos hacemos lo de siempre por no variar, un poco de todo, de uso y de adorno, a gusto del consumidor. Ayer mismo vino el notario y se llevó dos cántaros, y yo me pienso que cuando viene gente de ésta, que pudiéramos llamar de postín, y se lleva dos cántaros no va a ser para ir a la fuente a por agua. Lo mismo que esa tinaja del rincón; un encargo para un chalé de Navacerrada. ¡Puro capricho, ya ve usted! O los herradones que ha encargado una clienta para poner flores, aunque la verdad es que estos chismes se siguen vendiendo para ordeñar, que el jueves, sin ir más lejos, me pidieron cuatro de una vaquería de Zamora. Puestos a ver, se viene haciendo lo mismo de siempre sólo que en otra proporción, que si ayer se hacía más recipiente (pucheros, cazuelas, botijos, cántaros y barreñones) hoy al personal le da más por otros objetos (jarrillas, botijillos, tiestos, huchas), lo que usted ve. El barnizado no encierra dificultad. Ve, ahí tiene los ingredientes: minio y blanco para envolverlo, es decir, greda de Salamanca. Proporción: una de minio por cuatro de greda, ésa es la proporción, pero tenga en cuenta que el minio este no es el minio que se usa en pintura, entiéndame, es igual, sólo que éste es el minio de plomo, el minio que llaman de alfarero, que, al mezclarlo con tierra, se pone amarillo; la greda, por así decirlo, se come al minio, le rebaja el color, no para que haga más bonito ni más feo sino porque le impermeabiliza y hace fuerza al cacharro.

Conceso y Alberto no se ponen de acuerdo. Callan ambos o hablan a la vez, quitándose uno al otro la palabra de la boca. Y cuando el cronista les ruega que hablen por turno, es Alberto el que cede, se vuelve sumiso, aplica el pie a la volandera y se pone a pedalear con el entusiasmo de un *routier*. Conceso frunce la frente como si tratara de ordenar la lección en la cabeza antes de exponerla:

–De manera que lo primero de todo es mojar el barro; lavarle en la pila para que esponje. A la media hora se pasa a las pilas secas para que oree y ahí se queda cinco o seis días hasta que se hace. No hay miedo de que se seque, no; antes de que seque se mete en casa. Hoy he metido yo un montón más grande que ése para trabajar todo el mes de marzo. Y en verano acarreamos cantidad, para medio año por lo menos. Antes de usarlo, tiene usted que sobarlo en ese poyato para que suavice y envolver con lo blando alguna dureza que tenga para poder manejarlo en el torno sin dificultad. El torno eléctrico no tiene volandera, evidente, no tiene más que el árbol metálico, aunque yo he conocido aquí ruedas con árbol de madera y, además, cuadrado, por si fuera poco. En lo tocante al horno, el nuestro sigue siendo de tamuja, o de burrajo, si usted prefiere llamarlo así, pero la mayor parte de los

alfares lo tienen ya de fuel.

Conceso se mueve por el cuchitril con desenvoltura. Se agacha, para salvar una viga, y advierte al cronista: «Ojo con la cabeza». Después reanuda la marcha hacia el fondo del sotechado donde se divisa el horno:

–Ve, éste es el horno de tamuja. Y si se le sabe alimentar, se consiguen las mismas temperaturas que con fuel, en concreto novecientos grados. Y estos cacharros rotos que ve todo alrededor, los dejamos aposta para evitar la ceniza de los ojales. La hornada, atizando en forma, puede llevar algo más de doce horas, trece me llevó la de ayer. Pero atizando, ¿eh?, que si se duerme uno no cuece, que tiene que ser seguido, sin parar, de continuo. De esa forma consigue usted una temperatura que ni con un carro de carbón. Porque el fuego, conforme es el horno, tiene que ser con llama y, para eso, nada como el burrajo, que el burrajo da mucha llama y poca fuerza. Gastar, claro que gasta, y mucho, ponga usted por lo bajo dos galeras de tamuja, o sea, hablando en plata, siete u ocho mil pesetas hornada, precio parejo al del fuel. La ventaja es que éstos no dan ceniza, que no es poco.

El cronista sigue a Conceso por el chamizo. Al pasar bajo la viga, vuelve a agachar la cabeza y advierte: «¡Ojo!». Luego, ambos salen al patio soleado donde se apila la tierra y yacen tres grandes tinas de piedra. A mano derecha hay un almacén de tamuja y, en un pequeño cobertizo, un montón de cacharros defectuosos y polvorientos:

–Pues no van a distinguirse, ¡dejará! ¿Cómo no va a conocerse una cazuela hecha a mano de otra hecha a molde? ¡Adónde la veas, hombre! Y no sólo se conoce la que está hecha a mano sino hasta la mano que la ha fabricado, que cada pieza tiene una hechura y cada alfarero una manera de trabajar. Pero eso no sabe verlo cualquiera; eso lo veo yo y otro como yo, que no crea que hay mucha gente capaz de apreciar el arte. No señor, nosotros no somos artistas, mi hermano y yo trabajamos el barro para comer, sobre estar de obreros, mejor estamos en casa. ¿Piezas diarias? Eso depende, no es lo mismo cocer cántaros que botijillos, pero ponga usted que mientras herradones de esos para ordeñar podemos hacer veinte o veinticinco, huchas se pueden hacer doscientas. Para aquí y para fuera, para todas partes, que gracias a Dios Clientes no faltan: Segovia, Ávila, Valladolid, Zamora y, antaño, Burgos. ¡Dios sabe los miles de botijos que se llevaban antaño a Burgos! ¡Ni sé dónde podían beber tanta agua! Ahora no es que no los compren, a ver si me entiende, sino que antes se cargaban carros completos y hoy vienen coches y furgonetas a todas horas y es más difícil llevar las cuentas.

–Especiales, son gallos especiales, gallos que sólo se dan aquí, en estos pueblines, que sale usted de ellos y ni en Nocedo, ni en Valdorria, ni en la Mata de la Riva, ni en el mismo Boñar, que está ahí pegando, se crían. El porqué no sabría decirle, porque, mire usted, el que un pollín de éstos se críe en La Cándana y no se críe en La Vecilla, que está a un paso, es algo que no tiene explicación, pero así es. Cada gallo va a juego con su gallina; o sea, una gallina corriente, de esas rojas que ve usted ahí, no vale para el cruce, vale para huevos pero no para hacer pollos. La gallina tiene que ser negra o gris para la pluma india, con una collarina amarilla tal que así, por el pescuezo, que es de donde se saca la pluma que llamamos flor de escoba.

Los galleros de Boñar no se dedican a la cría de gallos de pelea sino a la cría de gallos de río, de pluma fina. El gallo de Boñar (León), de una zona concreta de Boñar –Ranedo de Curueño, La Matica, La Cándana, Campohermoso–, es un gallo de pluma lustrosa y jaspeada, apropiada para fabricar mosquitos para la pesca de salmónidos. Al decir de los entendidos, el gallo que se cría en esa zona no puede aclimatarse en otra, pierde el lustre y, en consecuencia, su poder de seducción. De ahí que el mosco de Boñar se cotice más alto que el mosco de otros pueblos y regiones. Y de ahí también, el jubileo que esas plumas provocan, bien de pescadores que gustan de manufacturarse sus engaños, bien de fabricantes de moscas, bien de los plumeros que actúan como intermediarios y venden al por menor en la ciudad lo que compran en el campo al por mayor. «Alguno de ésos ha hecho un dineral, menuda», le asegura al cronista Amelia Robles, viuda, vecina de Ranedo de Curueño, que se gana la vida pelando trimestralmente dos docenas de gallos que ahora divagan en torno a la casa, escarbando entre las boñigas, emitiendo triunfales quiquiriquíes. Sus vecinos, «diez, once, no, doce, también crían gallos, como todos los habitantes de esta zona, porque aunque no nos hagan ricos, algo dejan». Conmueve el recelo de esta anciana que toma al cronista por un inspector que viene a husmear en los ingresos que le procura su modestísima industria. Tras de la casa se empinan los prados y más arriba riscos cubiertos de nieve deleznable que empieza a fundir. El agua canta en las cárcavas y corre a engrosar el caudal del Curueño, al fondo del valle, que, más abajo, afluye en el Porma. En las faldas, entre río y montaña, bosques de roble con hoja de invierno, matos de brezo y escoba, hirsutos, encogidos, sin florecer aún:

–Aquí, a Ranedo, los primeros gallos que hubo vinieron de La Matica. En La Matica, La Cándana y Campohermoso, yo he conocido estos gallos de siempre, de toda la vida, desde que era chavala. En cambio, en Matallana, que está a un paso, ya no. Bonitos ya lo creo

que son, pero hay que ver lo que comen, y de lo bueno, no crea usted, que los mis pollines se alimentan de maíz, trigo y cebada, más un poco de fresco que cogen de las alfalfas. Y, también de vez en cuando, los vacuno, una vacuna contra la cólera o la peste o como la llamen. Los vacuno, de recién nacidos, sí señor, apenas echan la capa, una vacuna de la botica, y luego los vuelvo a vacunar, cuando se tercia, que, por un ejemplo, llega un día mi nieto y me dice: «Abuela, a Fulano, el de La Matica, se le está muriendo un pollín». ¿Se da cuenta? Entonces voy yo y los vacuno. Y como yo todos los vecinos del pueblo. Y así hasta otra. Hay que atenderlos, que un gallo de éstos vale mucho dinero, hasta diez mil pesetas, que una vecina mía vendió cinco el año pasado y cincuenta mil pesetas le dieron. Por eso, tanto los pollos como los huevos son especiales, que hay que ver la sustancia que tienen los huevos estos, que los de granja los echa usted en la sartén y se quedan aplastados, como la suela de un zapato, y éstos aumentan, se ponen blanquines, se rizan, da gusto verlos. En cuanto a los pollos, si valen lo que valen es por el lustre, ni más ni menos, por la raza, que desde que nacen, una vez que a los siete meses les hago la limpia, la capa ya tiene brillo, unos más que otros, natural, que, por un ejemplo, como el de flor de escoba hay pocos. Claro que para qué le salga a usted uno bueno de flor de escoba hay que tener paciencia, aunque le advierto que el corzuno, que tiene la penca más fina y así como escalerada, también se paga muy bien. El lustre es de condición, como le digo, de raza, pero para que no lo pierdan, tiene que andar el animal al aire libre y al sol, que los encierra usted un par de días y ya lo han perdido. Y lo mismo ocurre si le saca usted de aquí. Saca usted un pollo de estos pueblines y enseguida se desgenera, y, en cambio, le lleva usted de aquí a La Matica y se queda igual, qué digo igual, acaso mejor, ya ve qué cosas. Es como las gallinas de pluma india, esas grisinas que ve usted ahí, tan guapas. Bueno, pues una gallina de ésas mejor cría en La Cándana que en cualquier otra parte. Yo tengo ahora veintidós gallos de pluma distinta, pues cada luna la trucha quiere una diferente, por lo general de negra a blanca, conforme van templando las aguas. Y he llegado a quitar catorce mazos del lomo de un gallo. La colgadera ya es otra cosa, se paga menos. Pero he tenido gallos que entre plumas de lomo y colgaderas me han dejado más de veinte mazos. Y si cada mazo tiene doce plumas y las pelas se hacen cada tres meses, eche usted cuentas. Tanto da en invierno como en verano, sí señor, siempre que la pela se haga en menguante. El mazo puede valer hasta quinientas pesetas, pero ésos son los buenos, buenos, los más pasaderos no se pagan arriba de ciento cincuenta o doscientas. Una vez pelados, a los tres meses la pluma vuelve a salir, ni más fuerte ni más floja, aunque a veces la nueva tiene más lustre. Lo de pelar un gallo vivo no tiene ciencia, mire, yo le cojo tal que así, con esta mano

le sujeto y con la otra le voy quitando pluma a pluma, eso sí, sin tirar para arriba, con cuidado, empezando por el pescuezo y terminando por el rabo. Luego le quito todo alrededor y unas pocas colgaderas y, una vez que reúno doce plumas, ato los mazos con un hilín y las voy cosiendo en un cartón, para que el plumero las vea bien presentadas, y al gallo le unto bien con aceite para que la peladura no se le encone. La vida de un gallo, como la de las personas, dura lo que Dios disponga, pero yo tengo gallos de seis años y, cuanto más viejos son, mejores plumas me dan, o sea, más largas, de más obra. Por eso yo nunca sacrifico a los mis pollines, se me mueren de viejos. Y puedo decirle algo más: la carne de estos gallos es más rica que la de los otros; tiene poco momio, es cierto, porque este gallo no es de ceba, pero sustancia, ¡ay madre qué sustancia tienen estos animales! ¿Si sube gente por pluma? Más cada día, y eso que el negocio está difícil, que hay que ver lo que cuesta hoy alimentar a estos bichos. Si le dijera que por un saco de trigo de cincuenta kilos estoy pagando dos mil pesetas, no se lo cree. Y los mis pollines se comen un saco de ésos en quince días, incluso ha habido meses de gastar tres sacos, que a mí me gusta echarlos a los pobrines y ellos nunca se sacian. Eso sin contar otras quiebras, que hace tres años, con eso de la contaminación, la gente no pudo pescar y una servidora se quedó con toda la pela en casa. Ni pescadores, ni plumeros. ¡Ni una pluma vendí! Y lo mismo le digo de los bichos esos, el raposo o el garduño, o como los llamen, que el invierno pasado a mí me mató cinco pollos y treinta a la mi hija, hágase cuenta, pero de los mejoritos, ¿eh?, muchos de ellos de flor de escoba, eso sin contar los pavos que cría para Navidad. ¿Mosquitos? Eso depende. Hay plumas de mucha obra de las que salen hasta tres, pero lo corriente es uno o dos. De todos modos, si el mazo de plumas se vende a doscientas pesetas y el mosco a ochenta, ya ve usted si trae cuenta. Eso si no compra usted colgaderas, que tienen más obra y cunden más. Así es que los clientes suben de todas partes, de León, de Santander, de Bilbao, ¡hasta de Madrid suben, hágase idea! Pero a nosotros nos trae más cuenta que vengan los plumeros, los del oficio, porque aunque pierdas mil pesetas con ellos, te dan el dinero junto y se llevan todo, lo bueno y lo malo. Para la mosca seca se usa una pluma especial, las colgaderas esas que son un poco ablancadas, o esas otras pequeñitas, de junto a la cabeza, que es peligroso quitarlas porque a lo mejor el gallo se muere. Yo sólo las quito a veces para complacer a una amistad, para un señor que responda, ¿me entiende?, que hay uno de Madrid que cada vez que viene por casa me pide unas plumas de ésas, pero muy atento me advierte: «Señora Amelia, si el gallo se muriera por esto, el día que vuelva por aquí se lo pago entero, ya lo sabe».

Doblado el Pico la Teta, del otro lado del Pico la Muela, en el valle Valdecelada, cabe el Pico Alto, a tres kilómetros de Íscar, divisa el cronista a Eleuterio Cabrero, más conocido por el cariñoso apelativo de Tello Totorro, arqueado sobre el arado, azuzando a un viejo macho, acorrillando un majuelo. Tello Totorro anda tan ensimismado en su quehacer que apenas advierte la llegada del cronista. Sorprende la figura de este setentón alto, desgarbado, manejando un apero primitivo en el pueblo más evolucionado de la comarca. Tello Totorro saluda al cronista llevándose dos dedos a la visera de la gorra. Para él quitar la mala hierba de la viña es un agradable pasatiempo. Llegado el otoño pisa la uva, la prensa y elabora unas cántaras de vino artesano para consumo familiar. Así pasa el rato. Ante la insistencia del cronista se sienta con él en un ribazo, a la solisombra de un cerezo silvestre. Arriba, en los trigos del alto, reclama una codorniz. Antes de empezar a hablar, levanta la bota, chasca la lengua y murmura al cabo, como para sí: «El vino en bota y la mujer en pelotas, ¿quiere un trago?». Se limpia los labios con la bocamanga y mira insistentemente al cielo azul.

–Para decirlo en dos palabras, el Íscar que yo conocí se terminaba en las casas de Celestino y de los Roques, pegando al Peñascal, a mano derecha según sale usted hacia Cogeces. Ésas eran las últimas casas del pueblo. ¡Y hay que ver los cientos de ellas que se han construido después! Barrios enteros, oiga, con su jardín y bien pavimentados. Y no le digo nada de la parte de Pedrajas. En aquel tiempo, el pueblo no llegaba a quinientos vecinos, que entonces se contaba por vecinos como contábamos el dinero por reales. Y hoy, ¡qué le voy a decir! Si en la guerra eran ochocientos, vecinos digo, o sea familias, hoy mayormente ha doblado. Y de coches y televisiones tres cuartos de lo mismo, o sea que, mayormente, el coche y la televisión, aquí, no le falta a nadie. A decir verdad, la población, en lo que va de siglo, sólo bajó el 18, el año de la gripe, que lo demás todo ha sido subir y subir, que pocos pueblos de Castilla podrán decir lo mismo. Por aquellos años, siendo yo mozo, ya había alguna industria aquí; todas movidas a vapor; mayormente, que yo recuerde, la del Tío Nano, la de Gabino Cabrero y la de Mariano Sanguino, todas carpinterías, pero ninguna pasaba de doce obreros. O sea, que, mayormente, el desarrollo de Íscar ha venido con posterioridad, después de la guerra. Y hay que reconocer que, hoy día, Íscar es un pueblo industrial, que más del setenta por ciento del personal se dedica a ello y la agricultura se apaña con el quince por ciento restante, servicios aparte, que antaño, yo me recuerdo, todos andábamos a la piña, el viñedo y el cereal, pero hogaño la industria ha ido en progreso y lo ha absorbido todo. Y como

la industria empezó tan aprisa, el pueblo no daba abasto con el personal, se quitaban los obreros los unos a los otros, ya sabe usted: «Si te vienes conmigo te doy una peseta más», esas cosas, total, que hubo que traer gente de fuera, de Villaverde, de Pedrajas, incluso de Olmedo, una vez que se pararon las industrias de los Rodríguez, de don Eloy quiero decir, que entonces eran las más fuertes. Hoy es otra cosa. Hoy las cosas se han asentado y el personal de Íscar se basta para atender sus industrias, que son unas pocas. Anote: carpinterías (el negocio más importante), achicoria y frutos secos, piensos compuestos, mataderos de aves, carrocerías de camiones, imprentas y hasta una metalúrgica. ¡Qué le voy a decir! Con una particularidad, oiga usted, que salvo la carpintería de Sanguino, que trabaja la madera de aquí para encofrados, traviesas y cajonería, las demás la traen de fuera, de Soria, del Espinar y hasta de Finlandia, Guinea y eso, o sea, mayormente del extranjero. Quia, no señor, en Íscar no apareció nunca una mina de oro, lo que tiene es que del pueblo salieron unos vecinos muy industriales, muy metidos en el asunto, y venga y dale, venga y dale, fueron progresando a base de mucho sacrificio, que yo a esos señores los he visto ir a Olmedo a pie, ida y vuelta, andando, dese bien cuenta. ¿Que quiénes eran? Pues se lo voy a decir, que, por desgracia, hoy todos son difuntos, pero el primero de todos fue don Agustín Muñoz y, después, Nano Velasco, el padre de la mujer de Cayo; Mariano Sanguino y Gabino Cabrero, a los que ya he mentado antes; y Gabriel Sánchez Rico. Éstos podríamos decir que fueron los pioneros, que a Gabriel, pongo por caso, le he visto yo trabajando con la garlopa y ya ve dónde ha llegado. Estos hombres empezaron trabajando con pinos de la tierra, de Fuentelolmo, Coca, Pedrajas, mayormente pino duro, malo, hasta que fueron descubriendo el pino de fuera, que entonces se acarreaba con transportes de mulas, no vea usted, que, para mí, de ahí viene el que llamaran a Íscar «el pueblo de los taburetes», por más, y que yo sepa, taburetes nunca se fabricaron aquí, sino en Cantalejo, como los trillos, que yo me recuerdo que salían a venderlos en carros por Tierra de Medina.

Un paseo por las calles de Íscar deja al cronista asombrado. Este pueblo vital, con semáforos, coches por las calles, niños jugando en los jardines, zona comercial, once bancos, treinta cafés, cuatro restaurantes, biblioteca pública, media docena de centros de enseñanza, mil doscientos teléfonos, langostinos y gambas en los bares, moqueta en todas las dependencias del Ayuntamiento, no tiene nada que ver con la habitual imagen mortecina –como una candelita azul a punto de extinguirse– de la mayor parte de los pueblos castellanos. Si uno quiere buscar un parangón tendría que llegarse a Palencia, a Aguilar de Campoo, el pueblo de las galletas. ¿Cómo progresaron estos pueblos al lado de otros que siguen arrastrando su

penuria y mediocridad? Íscar, por no tener, no tiene ferrocarril, ni carretera general. El cronista piensa que quizá los ricos del pueblo volcaron en él sus ahorros en lugar de invertirlos en empresas nacionales o de mayor calibre. No se resigna a silenciar su pensamiento. Tello Totorro le sale al paso:

–Mayormente no es que estos señores invirtieran el dinero del campo en el pueblo, no señor, que ninguno tenía un real cuando empezó, no tenían más que el crédito del banco y dos manos para trabajar. Luego se avalaban unos a otros y así iban saliendo de apuros, que a todos ellos los he visto yo trabajar de obreros. Y es que el iscariense, lo mire por donde lo mire, es un hombre de arranques y de iniciativa. Y lo sigue siendo, aunque ahora parte de la juventud se está desengañando y empieza a darse cuenta que, como dice el refrán, el que más trabaja peor albarda tiene. De todos modos, hoy, mayormente, la industria del pueblo trabaja con las máquinas más modernas, que sólo una de ellas hace la labor de diez hombres. Porque el industrial de aquí se va a las ferias de Alemania o de donde sea y se trae lo mejor de lo mejor y cueste lo que cueste, que Íscar, en ese particular, está al día. Aquí no cuajó nunca la cooperativa, no señor. Los carpinteros lo intentaron pero los socios no se ponían de acuerdo, que uno, mayormente, era especial para la obra, mientras el de más allá era desidioso, total que terminaron regañando y deshaciendo la sociedad. La agricultura sigue, a ver qué remedio, cereal, patata, remolacha, zanahoria, la cosa de los pinos... El regadío no llegará a novecientas hectáreas de las cinco mil ochocientas que tiene el término. Agua de pozo, como está mandado, pero aquí no aflora hasta los doscientos metros, es decir, que es cara y difícil. Si Íscar hubiese dependido del campo, lo hubiera pasado mal, ya se lo digo, que si hubo épocas florecientes, hoy la agricultura anda un poco ramplona. Y la verdad es que a la juventud la ha sujetado la industria, que allá por los años sesenta, algunos mozos marcharon al extranjero, por niñez, por probar la aventura, pero salvo unos pocos, que se pueden contar con los dedos de las manos, todos han vuelto. La juventud aquí se divierte, oiga, que para eso estamos en libertad. Antaño las mujeres llevaban la saya larga y había que remangarlas mucho para tentárselo, pero hoy, con eso de la libertad, se lo ponen a usted en la mano. Mocerío, mocerío, chicos y chicas de quince a veintitrés años, habrá en Íscar acaso ochocientos y el doble de niños, que el pueblo tiene tres colegios públicos, un instituto y un centro de Formación Profesional. ¡Que hay que ver cómo está Íscar a ese respecto! ¡Talmente como una ciudad, oiga! Claro que se nota la crisis, faltaría más. Mayormente el personal ha estado viviendo mejor que vive hoy, sin duda, pero el paro casi ni se siente, prácticamente no lo hay. ¿Solución para Castilla y León? ¡Qué sé yo, oiga! Ya está todo muy mirado, como quien dice,

muy explotado, es difícil. Yo creo que no queda tecla por tocar. Y después de ver la propaganda que está haciendo la tele para poder conservar las industrias que hay, ¿quién se atreve a montar una nueva?

El Calvario de Ahedo

Almudena Díez, una joven estudiante burgalesa, circunstancialmente en Bilbao, fue la primera que le habló al cronista de los «pasos» de Ahedo como una tradición con ribetes originales, digna de verse: «Vaya usted por allí; no se lo pierda». Semanas más tarde, la señora Victoria, la de la Casa del Obispo, en Huidobro, también se hizo lenguas de la procesión de Ahedo:

–¡Huy, madre, no vea lo bien que está! Para un pueblo pequeño, claro, no vamos a decir que sea como la procesión de Valladolid, pero que está muy bien, muy bien... La arman los mismos vecinos, ¿se da cuenta?, y uno de ellos hace de nazareno, pero con todo, ¿eh?, que no le falta detalle: la túnica, el cordón, la corona de espinas, las respectivas caídas, tal cual si fuera Jesucristo. El hombre va descalzo y los otros, *los judíos*, dándole zurriagazos, que le ponen, no vea usted cómo le ponen, que el pobre llega reventadito, pero él mismo les anima: «Que me deis, que me deis», que le den, ¿se da cuenta?, que si no le dan no tiene gracia, que hubo un año, antes de casarme yo, que le pusieron en llaga toda la espalda. Esto sólo se puede hacer por vocación, mire usted, únicamente por vocación, que él tiene mucha vocación y, si hace lo que hace, es sólo por amor al pueblo, por darle vida, que hay que ver el personal que acude. Con una condición, que las mujeres preparan una alubiada para todos, vecinos y forasteros, y, de que termina la procesión, todos juntos a cenar, lo mismo si hace frío que si hace calor, igual si son mil que si son dos mil que si son tres mil...

Ahedo del Butrón, como es frecuente en los altos de La Lora y la Bureba, es una aldea encajonada en una angostura, con las cuestas erizadas de roble, ocre aún en esta tarde abrileña de Viernes Santo. La carretera de Ahedo es una carretera muerta, que concluye en el pueblo, que no conduce a ninguna parte. Es un ramal de la de Dobro, que, al propio tiempo, lo es de la de Burgos a Villarcayo, que se bifurca en el alto de San Cristóbal, antes de descender el tirabuzón de La Mazorra. El caserío, encaramado en la ladera, muy apretado, es de piedra de toba, y forma altillos y callejuelas pinas y tortuosas. A la llegada del cronista, ya hay allí dos docenas de coches, estacionados donde han podido. El personal se agrupa en las calles. La mayor parte de ellos son forasteros, asisten, por vez primera, como el cronista, a la

representación del Calvario. Se diría que los vecinos del pueblo se han esfumado. «Andan con el ganado que acaba de bajar del monte», aclara un hombre acicalado, de media estatura, que parece bien informado. El cronista le pregunta por Ciriaco Sedano, el nazareno de la procesión. «Soy su hermano político, para servirle. Mi cuñado anda recogiendo las cabras y su señora preparando las alubias para la noche, pero pase, pase usted que enseguidita suben». Al fin, entra Ciriaco en la casa. Es hombre cincuentón, corpulento, sanguíneo, de maneras abaciales, tal vez un poco premioso. Consciente de su protagonismo, mide las palabras, acciona, subrayándolas, procurando no defraudar a la audiencia de hombres y mujeres que se apiña boquiabierta alrededor de su sitial.

–Yo, de cualquier forma, lo he vivido desde chico, o sea, en este pueblo esto es ya tradicional, una costumbre de siglos. Según unos libros viejos que guardamos, allá por el año 1710 había aquí una hermandad que le decían de la Santa Vera Cruz y los hermanos, de alguna forma, asistían a ceremonias de tribulgatorio, como los entierros. Y parece ser que el fin principal de la organización, aunque el libro no lo diga, estaba muy relacionado con la Semana Santa. O sea, tal noche como hoy, la noche de Viernes Santo, todos los hermanos, con velas, formados en dos filas, armaban una procesión; podríamos decir que eran un poco como jueces, un silencio, una seriedad impresionantes. Esto por un lado; luego está lo otro, o sea, yo he conocido a un anciano que llevó la cruz hasta los noventa y dos años, hágase idea. O sea, no sé, el pueblo será lo que quiera, pero siempre ha vivido profundamente este día. Porque se puede dar el caso de que haya gente más o menos fría pero, en llegando Viernes Santo, parece como que se transformara, ¿no?, o sea, se concentra, trata de ayudar, se pone a disposición... Y, si me apura, esta tradición de que le hablo puede que sea anterior al 1710, que ya entonces figuraban en cuentas los higos, las alubias y el litro de vino que se bebía cada hermano después de la procesión, pero, como no conservamos libros más antiguos, vaya usted a saber de cuándo viene esta ceremonia. Por lo que a mí respecta, llevo diez o doce años saliendo con la cruz, sí señor, que a mayores no lo llevo en cuenta. Lo que sí me recuerdo es que la cogí, por así decirlo, cuando al señor Maximiano, que la llevaba, le vinieron mal las cosas y tuvo que emigrar a Bilbao. Pesar, pesar, ponga usted por lo bajo cuarenta o cincuenta kilos. Y, en cuanto a los guijos, hombre, molestar, molestan, pero tampoco se crea usted que es una cosa del otro jueves. Yo, desde luego, esta noche saldré descalzo, como todos los años, o, al menos, lo intentaré, pero si usted hubiera visto al anciano de noventa años de que le hablo, no le chocaría tanto. Y en aquel tiempo había «judíos» de verdad, que había que ver cómo arreaban, que le hacían bailar al

pobre viejo a base de bien, que aquello parecía puro milagro, un hombre de sus años mantenerse tieso. Bueno, pues ese señor fue siempre descalzo y eso, como usted comprenderá, es para mí un ejemplo. Lo peor de todo, sin duda alguna, es la cruz, no el peso, entiéndame, sino la posición, porque el madero es muy largo y, si vas erguido, pega atrás y, para librar que pegue, hay que ir un poco inclinado y, entonces, duelen los riñones y hay que trabajárselo. Pero peor todavía es cuando vas tranquilamente con la cruz y los «judíos» tiran de atrás. En esos casos se pasa mal, la verdad. Y eso que los «judíos» de ahora no son como los de antes, dónde va a parar, ni pensarlo, que, por mi parte, ya en plan sacrificio, pegarían mucho más; lo que pasa es que ellos no se comprometen. Se dio el caso el año pasado que vinieron al pueblo por estas fechas dos mozos de remango: Rafa, el de Dobro, y el Toribio, que ahora anda navegando. Bueno, pues llegan al bar y me dicen: «Prepárate Ciriaco que este año te matamos». Y voy y les digo: «Bien, bien, valientes, hale, adelante». Y ¿qué pasó? Pues que el Rafa, que es un chico así un poco descarado, entró en la iglesia voceando, como que se iba a comer el mundo, ¿comprende? y, luego, de que salió al pórtico, calló la boca, manso como un cordero y, al terminar, voy hasta él y le digo: «¿Qué ha pasado, Rafa, que parece que no se te ha oído?». Y va y me dice él: «¿Querrás creer que no he podido, Ciriaco?». Y eso es lo que quiero decirle a usted, que el que más y el que menos se emociona y, a la postre, todos sus propósitos quedan en nada. Tan sólo recuerdo a dos, Pedrillo, que le decíamos así, Pedrillo, y su padre. ¡Ésos sí que eran un par de «judíos» de cuidado! Porque es que, además, oiga, tenían el carácter y las formas de auténticos «judíos» y tiraban de la soga sin duelo, y mortificaban al cristo cuanto podían. Pero hoy, eso no se da, hay más consideración, como yo digo, más humanidad.

Ciriaco Sedano expresa su confianza en el futuro. Ciriaco tiene fe en la juventud –«Cuando pasemos esta etapa que todo el mundo vemos que ha sido un poco loca, volveremos a lo fundamental y ellos se harán cargo»– pero no cree que sus hijos tomen el relevo, «porque hay otros más fuertes en el pueblo». Ante sus declaraciones, su hermano político, siempre al quite, precisa: «Esto no es cuestión de fuerza, Ciriaco, sino una condición». Al fin, Ciriaco, apremiado por la hora, se pone en pie, las manos en los riñones, como el torero llegada la hora de la verdad, y se dirige al cronista en demanda de ayuda: «De alguna manera esto sería ideal si hubiera una preparación un poco ordenada, porque ahora se hace todo a la que salta y así sale lo que sale». Sin embargo, el cronista, después de contemplar la pasión de Ahedo, en la que de un modo u otro participa todo el pueblo, discrepa de Ciriaco Sedano. El encanto de estas sencillas manifestaciones de fe reside, precisamente, en su espontaneidad, en su improvisación, en su falta de

ensayo. Si algo sobra en Ahedo ese día son los mirones, que con su mera presencia vienen a convertir en espectáculo un acto de piedad comunitario. Lo demás está bien como está, sería un error cambiarlo. Porque el día que en la escena de la flagelación, pongamos por caso, se amarre al cristo a una columna auténtica en lugar de a un tubo de uralita desportillado, como se hace ahora, o los cuatro sayones, con sus túnicas rojas de guardarropía, pierdan sus despachaderas y sustituyan sus improvisados exabruptos («¡Levanta, perro!, aún no has cogido la cruz y ya estás cansado») por un texto literario de circunstancias, ese día, digo, los «pasos» de Ahedo dejarán de ser una manifestación penitencial espontánea para convertirse en una rambalesca escenificación del drama del Calvario.

Concluido el desfile, ya en la iglesia, los «judíos» crucifican al nazareno, mientras un niñito de siete años llora inconsolable al pie de la cruz. El cronista se vuelve al hombre que le acompaña y le pregunta por la razón de su llanto, y el hombre que le acompaña, emocionado, señala con un dedo a Ciriaco Sedano –quien con la túnica, la corona de espinas, la peluca y las barbas postizas resulta irreconocible– acostado sobre el madero y farfulla, ahogando un sollozo:

–A ver, natural, ¿qué quiere que haga la criatura? Al fin y al cabo es su tío.

El cronista, vallisoletano de origen y de residencia, vacila a la hora de tomar una determinación para trasladarse en automóvil a Santa Marina del Rey, junto al río Órbigo, en León. Cabría llegarse a la capital y doblar, luego, a la izquierda, por la comarcal de Astorga. Cabría, asimismo, tirar por la general de La Coruña, que además es autovía, y, en el empalme de La Bañeza, coger el ramal de la derecha. El cronista, como buen castellano, tozudo y ecléctico, termina por rechazar ambas posibilidades y tirar por el camino del medio: la carretera de Valencia de Don Juan, más angosta y descuidada, es cierto, pero más corta y amena también. Este itinerario permite, salvado el pueblo de Villamañán, pasar de un salto de la monotonía uniforme de Tierra de Campos a la ordenada geometría del regadío en la zona del Páramo. En los términos de Urdiales del Páramo, Santa María del Páramo, Bercianos del Páramo, Mansilla del Páramo y otros pueblos, con distintos apellidos o con el nombre a secas –Huerga, Bustillo–, el campo se anima, se cuadricula, se domestica. Esta comarca, redimida por las aguas del Porma, unida, sin solución de continuidad, con la de la cuenca del Órbigo, irrigada, a su vez, por el pantano del Luna, es una extensión de riego considerabilísima de, aproximadamente, cincuenta mil hectáreas. Para un castellano, habituado a la aridez, pendiente siempre de un cielo caprichoso, el tránsito es una bendición. El agua no sólo garantiza la cosecha, sino que sujeta al personal, dignifica la vida, ahorma el paisaje. A partir de Villamañán, pocos kilómetros más arriba, el campo parece otro: tierras parceladas por acequias y caminos, caballos y vacas en las praderas, el ronroneo laborioso de los tractores, florecientes pueblecitos de mampostería, postes oblicuos en los cultivos de lúpulo y un terreno (adormecido todavía en estos primeros días de primavera) que se adivina rico y sufrido. El cronista piensa en lo que podría ser la vieja Castilla si los proyectos de riego del pantano del Porma y las obras interminables del pantano de Riaño se llevaran a buen término: ciento cincuenta mil hectáreas de secano cambiarían su fisonomía; una verdadera revolución para la Tierra de Campos.

Santa Marina del Rey marcha acorde con la vitalidad de los pueblos del trayecto: mujeres que van y vienen de la compra, viejos al sol seleccionando alubias para la siembra, un remolque amarillo en un sotechado, un abigarrado ingenio para hilerar alfalfa, vehículos a troche y moche, casas en construcción y, a mano izquierda, según se baja al río, un amplio edificio de tres plantas: «Salones Victoria. Bodas, banquetes». ¡Un derroche! El cronista, que no aspira a tanto, se refugia en Casa Lidia a comerse un par de huevos con jamón. Bajar al

río con el estómago vacío es una temeridad; la trucha, pez veleidoso, nos entretiene a veces más de la cuenta. El cronista, mientras almuerza, ve llegar, a través de la ventana, a un hombre setentón pedaleando en una bicicleta azul, pequeña, de mujer. Entra en el bar con la boina capona bien ajustada.

–Hombre, Pedro, dichosos los ojos.

–Mira, pasaba por aquí y me dije: voy a tomar un blanco donde la Lidia.

La señora Lidia le sirve un blanco. El cronista, deslumbrado aún por la vitalidad del pueblo, pregunta por su población. El hombre de la boina titubea. Responde con seguridad la señora Lidia:

–Los dos mil habitantes largos ya tiene.

El hombre encoge los hombros. No parece conforme. Discute un rato con la señora Lidia. Sostiene que Benavides, del otro lado del río, es mayor:

–Vamos, no diga, señor Pedro. Benavides tendrá más industria y mejor comercio, no lo discuto, pero es más chico. El único pueblo más grande en toda la vega es Carrizo. Ve, ahí tiene el alcantarillado, señor Pedro, sin ir más lejos. Aquí costó muchos millones. ¿Sabe usted lo que pagamos cada vecino? Ciento y pico mil pesetas, de modo que ya lo sabe.

–Pero pagaríais por fachada, digo yo. ¿Cómo va a pagar lo mismo el que tenga cuatro como el que tenga veinte metros de fachada?

El hombre de la boina, que ha consumido su blanco, pide un vaso de agua. Bebe un sorbo y lo paladea. Hace un gesto de desagrado con los labios:

–Para agua buena la de Hospital.

–Tampoco ésta es mala, señor Pedro; es artesiana.

El cronista tercia tímidamente que en León y Castilla no hay agua mala; que Santa Marina y Hospital, Hospital y Santa Marina, son pueblos privilegiados que apenas acusarían la sequía, que arruinó dos cosechas consecutivas en Tierra de Campos. El hombre de la boina, acodado en el mostrador, sonríe, escéptico, deniega reiteradamente con la cabeza mientras la señora Lidia asiente con energía.

–Diga usted que sí; aquí la seca se notó poco. Las alubias y el ganado se vendieron a buen precio. Y ve, ahí tiene a los de la casina. –La señora Lidia se vuelve hacia el cronista para facilitarle una explicación–: Mi marido y yo alquilamos una casina ahí arriba, a una legua escasa, a un matrimonio que no tenía donde caerse muerto. Bueno, pues ella se quedó en la casa con cuatro jatos y él marchó a Alemania. A los tres años regresó y, con sus ahorros y las cuatro vacas, compraron una finca de veinte cuartales que no es que sea una finca grande pero sí es una finca apañada. Eso no pasa en muchos sitios,

señor Pedro, que el campo será aquí muy sujeto y todo lo que usted quiera, pero da la peseta. Aquí a nadie le falta el café, la copa y la faria después de comer. ¿O es mentira eso?

El hombre de la boina sigue como contrariado:

–La labranza se aprende pronto –sentencia.

–Según y cómo. Llega la hora de abonar y qué le pone usted ¿químico o de cuadra?

–Hombre, el químico cría más vicio que el de cuadra, es cosa sabida, pero las habas crecen bien con cualquier cosa. Al trigo, en cambio, no le eche usted de cuadra porque cría porquería, meaínas, merulla, amapolas y toda clase de mala hierba.

Se acerca la hora del mosco y el cronista se despide y baja al río. Un sol clemente, acariciador, se estanca en el estero. El cronista va pespunteando minuciosamente las chorreras con sus varadas. Con la tibieza del día, la sirga es hoy un jubileo.

–¿Qué, pican?

–Alguna entra.

–Más podría haber si no fuera por el Icona...

–Gracias al Icona quedan algunas, digo yo.

–Mire usted, el Icona se ha puesto enfrente del ribereño y eso es mal negocio. Si hubiera dejado un tramo libre entre coto y coto, como está mandado, el personal no echaría lejía al río, ni haría otras barrabasadas que yo me sé.

Así va pasando el tiempo. El río está vivo y la trucha entra bien al engaño a pesar del sol y de su reverberación en el agua. Hacia las cuatro de la tarde el cronista encesta el último pez y sube al automóvil. Se recuesta en el capó para descalzarse las botas y no ha concluido de quitarse la primera cuando suena el petardeo inconfundible de la moto de Patricio, el guarda. Por el rostro de Patricio no pasa el tiempo. Tiene la piel atezada y las arrugas profundas propias del hombre que vive al aire libre:

–¿Qué, se marcha?

–Yo ya cumplí.

–¿Cogió el cupo?

–A ver, como mandan los cánones.

Patricio y el cronista, viejos amigos, pegan la hebra. Hablan de pesca, del río y de sus problemas, de televisión; de fútbol, de política y, finalmente, del pueblo. Patricio, el guarda, está satisfecho de su estabilidad. Hombre pragmático, de razonamientos convincentes, cierra el diálogo sin vacilaciones:

–Mire usted, en veinticinco años que llevo aquí, el vecindario no sólo no ha disminuido sino que ha aumentado. Y los pocos que emigraron quieren volver. Por algo será, digo yo. En este pueblo hay

quien con doce o quince vacas se saca cien mil pesetas mensuales de leche tan ricamente. Y luego están la huerta, las gallinas, la madera... Estas choperas disformes que usted ve son del común. Y el chopo de ribera crece pronto, en catorce años está hecho. Y un chopo con otro le deja a usted mil duros limpios de polvo y paja. Que luego hay quien se queje, no digo que no, que eso de la quejumbre está en nuestra condición, como yo digo, señor Miguel, pero, con todos los respetos, no lleva razón.

Tierra de Pinares

El curso del Duero divide en dos la provincia de Valladolid a la altura de Simancas: arriba, a mano derecha, se inician los páramos de Tierra de Campos, áridos y desguarnecidos, mientras enfrente, en la ribera opuesta, en los términos de Villanueva de Duero, Viana de Cega y Mojados, se alzan las primeras pinadas de lo que más al sur, en los campos de Pedrajas, Cuéllar y Coca, se convertirá en Tierra de Pinares. La vejez robusta, apacible y servicial de Mariano Sastre, obrero del campo, ocasionalmente licitador, nos trae la voz de la experiencia:

–En esta tierra tiene usted pino negral y pino albar, o, por mejor decir, pino resinoso y pino piñonero, y, de un tiempo a esta parte, se han plantado también en las cuestas pinos de esos que yo he dado en llamar carrascos, que no dan fruto o el que dan es malo, y sólo vale para leña o carpintería basta, pues su madera es demasiado recia. El pino resinoso, estando claro el árbol, puede tener una vida larga, ahora, si es gusto del amo explotarlo y tirarlo a muerte, en cosa de cuatro o cinco años está sentenciado. Quiero decirle que si a un pino de resina se le hacen cuatro caras, o como aquí le decimos, entalladuras, en cinco años ese pino remata, hay que quitarle y dejar que crezcan los nuevos que están con él. La miera o la resina de la que se sacan la trementina, la colofonia y qué sé yo qué otras químicas tuvo su mejor momento en los años cincuenta a setenta, pero hoy día el negocio está un poco parado, que, según dicen, que yo ya estoy retirado, no da ni para pagar los salarios. La campaña resinera dura, más o menos, lo que la calor, de abril a octubre, que es cuando el pino suda, y el trabajo está organizado de forma que cada resinero labore un cuartel, es decir cuatro o cinco mil árboles. Ellos conocen sus pinos, que cada cual tiene su maña para sacar la zarandaja con la azuela y poner el tiesto debajo. Hoy, con eso del progreso, se utilizan otras técnicas, o sea se le quita al pino la miaja de cáscara que tiene, sin llegar a la madera, se le inyecta el ácido y listo. El otro sistema daba más, doble si me apura, pero era más trabajoso y, además, la inyección estropea menos el pino, no le quita madera. De todos

modos, matarle le mata igual, porque lo mismo le sangra, pero el árbol queda entero y puede aprovecharse luego para tablillas o lo que sea, porque al pino no le mataban las cuatro caras, le mataba el desangrarlo. Las entalladuras le remondaban, pero, entre cara y cara, se dejaba una tira de corteza para que la savia circulase, con cuidado de no asfixiarlo. Y esas tiras de roña iban ensanchando, ensanchando hasta llegar a cubrir las entalladuras. Y aun le diría más: si el pino ese estaba claro y no le abrían más que una cara y le remondaban por ella una y otra vez, ese pino podía vivir hasta cincuenta años. No se agotaba, ya ve, seguía dando resina. Ahora bien, esto no suele hacerse, que aquí al pino se le tira a muerte, se le abren cuatro caras y, cuando llevan cuatro o cinco años sangrándole, se le corta y a otra cosa, es decir, que los pinos así tratados nunca pueden llegar a la edad esa que yo le mencionaba antes, ni soñarlo. Pero tan pronto cede la calor, el pino negral empieza a raer, se le quita la poca resina que ha quedado en la entalladura y hasta otro año. De todos modos, hoy el producto no se cotiza. Dese cuenta de que de siete duros a que se estuvo pagando hace veinte años ha bajado a cinco pesetas. Como verá no es para alegrársele a uno las pajarillas.

Entrando en Tierra de Pinares por Arrabal de Portillo, a través del llano de Marugán, antes de llegar a Cogeces –cuyo cementerio tiene los cipreses más papujados que haya visto el cronista–, el viajero recibe una grata sorpresa: el Balcón de Marugán, un espléndido mirador desde donde se divisa en primavera uno de los paisajes más bellos de Castilla la Vieja: la cuenca de los ríos Cega y Pirón, que confluyen entre pinares y canteros de cereal, con más de veinte pueblos diseminados en perspectiva: Cogeces, Megeces, Mojados, La Mata, Vallelado, Remondo, La Fresneda, etcétera. Cultivos variopintos matizan la tierra a ambos lados de los chopos que custodian el Cega, entre el verde sombrío de los pinares y los cuetos frondosos que lo flanquean. Al fondo del valle, más allá de Íscar, donde ensancha la nava, los pinos, como convocados a toque de corneta, se reúnen, se espesan, forman mancha inconsútil, hasta perderse en el horizonte, camino de Segovia, un horizonte calinoso, cerrado por la línea gris, furtiva, de la sierra, que el viajero apenas percibe:

–Ahora, yo creo que hoy tiene más afecto aquí el pino albar, el pino piñonero. Para cosechar las piñas hay que subirse a las copas de los árboles, no hay otro procedimiento. En cuanto a lo de rentar, depende, como todo, del año que venga, que llevamos tres muy malos, pero, vamos, sin ponerse en lo peor, un pino puede dejarle a usted veinte quinas de piñas, es decir, un ciento de ellas, casi media carga. Un año malo, es imposible calcularlo, puede haber árbol que lleve una carga y otro, a su lado, no llevar ninguna, que el pino es ventolero y uno nunca sabe por dónde va a salir. Ordinariamente la cosa del piñón se

hace por subasta, es decir, los ayuntamientos lo anuncian y entonces vienen de todas partes a ver los árboles, y el que mete el pliego más alto, aquél es el rematante de ello. De primeras los guardas marcan la tasación y, luego, de ahí para arriba, cada cual puja conforme lo haya visto él; el que haya visto pocas piñas, pues poco, y el que haya visto muchas, pues mucho, según, cada uno pone la cantidad que le parece a él. El piñón ha estado muy caro, sí señor, pero que muy caro, pero este año, todo lo contrario, está por los suelos. Que el año pasado, sin ir más lejos, se pagó a dos mil setecientas pesetas kilo y éste, según he oído decir, no van a dar más allá de mil quinientas, hágase idea, casi la mitad. ¿Cuál es la razón? No me diga, pero este año el piñón no tiene salida. A lo mejor los confiteros han tirado de otro artículo y éste se ha quedado parado. ¡Qué sé yo! Y ya ve, en no valiendo el fruto, se remata por menos dinero, viene menos personal a las subastas, el mercado cae, todo se viene abajo. Ahora, yo tengo para mí que ésta es una baja pasajera, porque mil quinientas pesetas no es precio para un artículo como éste, teniendo el trabajo que tiene, que no es solamente subirse al árbol, sino luego acarrear las piñas hasta el corral, amontonarlas para que se oreen, y, luego, allá para junio, tenderlas para que abran y suelten el fruto. El piñón se vende con cáscara o pelado, a gusto del consumidor, que en Pedrajas hay máquinas bien modernas para mondarlos. Pero el pino es muy ventolero, a ver, aguanta la calor, pero, como todas las plantas, necesita agua y, si no llueve, no echa fruto. Este año yo no sé qué va a pasar porque el pino, cuando se coge la piña, ya tiene tres cosechas marcadas: una, la que se tira, otra, la del año que viene y, otra, la del siguiente. La primera, ya es piña; la segunda, perindola, y la tercera, muy chica, una cosita así, en cuanto que se la advierte. O sea, que en el pino se pintan los frutos de tres años, de tal forma que éste, aunque al fin ha llovido y el árbol tiene potencia, puede cogerse una mala cosecha de piñas y, en cambio, anunciarse una buena de perindolas. ¿Me comprende usted? Finalmente el otro pino que le digo, el carrasco, ese que han puesto en las cuestas, no da más que para siembra y mala madera, y, en último extremo, para sujetar la tierra, para que los turbiones del otoño no se la lleven. El carrasco es pino que, en buen terreno, se hace pronto, pero si la tierra es mala o no tiene suelo, queda canijo, no desarrolla. Aquí, en los rebarcos, hay pinos de éstos muy curiosos, que andarán ya por los veinticinco o treinta centímetros de diámetro, mientras los de las laderas quedan pilongos, aguantan pero no medran; eso sí, valen para adorno, para que los cerros verdegueen y la tierra no se vaya, que a fin de cuentas para eso los han puesto.

El canaricultor

La casa es un auténtico guirigay: trinos, pitidos, silbidos, gorjeos... Agudos y graves suben y bajan de tono, se sostienen. Aun levantando la voz no es fácil entenderse. En el corral, al sol, bajo un cobertizo, las jaulas se apilan unas sobre otras, sin dejar hueco. Jaulas chicas para machos solos, terciadas para parejas criadoras, grandes para nidadas de canarios jóvenes y, en un rincón, en un jaulón descomunal, revolotean las hembras solitarias, hembras sin amor, a las que Julián Sánchez Chico condenó a la virginidad por falta material de viviendas. En la cocina, donde Julián conduce al cronista, prosigue el concierto, más desafinado y nervioso, al observar los pájaros cómo un desconocido comparte la mesa con su amo.

–El secreto de la cría de canarios en cautividad no es otro que el que los pájaros estén sanos, bien alimentados y el apareamiento se haga en su momento. Porque para juntar dos canarios no sólo hay que tener en cuenta la estación, sino las señales que ellos muestran, que el macho se pone a cantar a lo loco y la hembra a moverse que no puede parar quieta. Por otro lado, a los dos se les pela así la parte del ano, y el del macho queda un poco más sobresalido que el de la hembra, porque la fecundación, como la de todos los pájaros, se produce por frotamiento, no se vaya usted a pensar otra cosa. Ahora, una vez apareados, les pone usted en la jaula un nidito de plástico o un simple colador con un algodón encima y, entre los barrotes, un rebujo de pelos de cabra y, ellos solos, pelo a pelo, van tejiendo un nido que no vea. Y lo mismo hacen si les pone usted un trapo o un cacho arpillera, porque estos animalitos, cuando están en trance, todo lo que pillan lo aprovechan. Lo mejor es que en cada jaula viva sólo una pareja, aunque hay machos que aguantan hasta tres hembras, pero esto no es recomendable. Lo prudente es macho y hembra; uno con una. Y así, juntitos, los tiene usted hasta mayo, de forma que puedan hacer dos o tres puestas. Lo normal es que pongan de dos a cuatro huevos en cada puesta, con lo que, si todo va bien, puede usted sacar, por término medio, nueve pájaros de cada pareja. Ésa es la regla, pero como todas las reglas, también tiene su excepción, que tuve yo una vez una canaria timbrada que crió veintiún pollos en cuatro puestas, tres de cinco y una de seis, pero esto no es frecuente. Los pollitos no necesitan atenciones especiales y las pocas que requieren se las da la madre. Luego sí, a las dos semanas, cuando se arrancan a comer solos, hay que echarles una mano. Yo suelo darles una dieta que les va muy bien: magdalena migada y huevo duro, y no vea usted cómo lo celebran, primero lo cogen del pico de la madre y, al poco tiempo, ellos solitos, del comedero. Así hasta que echan a pelar alpiste, que una vez que echan a pelar alpiste hay que quitarles el huevo y la magdalena. De todos los canarios que he conocido, yo creo que el que mejor cría es el timbrado español verde, o ponga usted mejor el timbrado español, sin

más, porque hoy día, con tanto cruce y tantos experimentos, los hay verdes, amarillos y de todos los colores. El timbrado español es el canario genuino, el canario de Canarias. Los demás son cruces, proceden de él. No, ése no, ese rojo que ve ahí viene del cardenalito, un pájaro de Venezuela que vale su peso en oro, una fortuna, tanto que su caza está castigada con pena de muerte, hágase usted idea. También puede usted cruzar canaria con jilguero y, en ese caso, sale jilguero, el mixto que llaman, que canta como jilguero y no vale para criar. Bueno, a ver si me explico, saca el cante puro del jilguero y el del canario, o, por mejor decir, saca la voz del jilguero pero el canto del canario, porque prácticamente el jilguero no sabe más que una pieza pero, al ser descendiente de canaria, que pone en el cruce un setenta y cinco por ciento, saca también las habilidades de la madre. Y lo mismo le digo del verderón, pero, eso sí, para que la canaria los acepte, tanto al uno como al otro, no debe haber estado nunca con canarios, machos se sobreentiende. Los mixtos no son flojos, está usted mal informado, los verdaderamente flojos son los blancos. El macho blanco resulta blando y, por añadidura, la hembra no es buena criadora. Claro que yo le hablo de mi experiencia, que les hay a quienes los blancos les han dejado buenos dividendos, pero a mí no. El precio varía mucho, de ordinario lo que se paga es el color. A mí me dan mil pesetas por uno normal, pero yo he llegado a pagar más del doble por uno de mi gusto, lo que quiere decir que no hay precios fijos. Fuera aparte están los fraudes, que en los concursos no falta quien presente un canario como de raza pura y luego resulta que lleva sangre de timbrado como los demás. No sé si habrá quien viva de los canarios; yo, desde luego, ni por asomo; si los crío es por entretenimiento, para pasar el rato. Pero ¡si sólo el alpiste va a diecisiete duros y estos míos, ahí donde los ve, se me meriendan medio kilo diario!

Sorprende el hecho de que casi todos los canaricultores españoles lo sean por *hobby*, como pasatiempo, siendo así que un canario vale hoy de mil a mil quinientas pesetas en el mercado y una pareja da, por término medio, nueve o diez crías por año. Pero la cosa deja de sorprender si consideramos que la hembra apenas se cotiza –se paga muy poco– ya que no canta y sólo tiene valor como elemento reproductor. Julián Sánchez Chico siente cierta admiración por aquellos aficionados que estudian, vigilan la alimentación, cruzan y entrecruzan los pájaros, con objeto de conseguir un ejemplar de concurso. Para Julián Sánchez Chico, la dieta ideal, para un canario adulto, consiste en una envuelta de alpiste, cañamones, nabina, negrillo y avena, más una hojita de lechuga de postre para aligerar el vientre:

–De todos modos, éste es un pájaro muy sufrido para la comida, que

le dejas dos días sin comer y como si tal cosa; en cambio le dejas ese tiempo sin beber y te has quedado sin él. El canario aguanta muchas perrerías pero necesita agua. Y hablando de perrerías ¿querrá usted creer que con unos polvos que les dan les cambia de color la pluma? Pues así es, que yo lo he visto hacer, aunque a mí no me guste eso. Le echa usted unos pocos de polvos en el agua y el pájaro, sea del color que sea, se vuelve rojo, pero rojo encendido, ¿eh?, más rojo que el tomate. Claro que luego tira la pluma y le nace amarilla otra vez, o blanca, o del color que fuese en un principio. Pero vea usted si la naturaleza es sabia: el pájaro que abusa del colorante ese enferma, empieza con unos ruiditos roncos, agarra el asma y termina por morirse, que, a lo que se ve, algo hay en esos dichosos polvos que ataca al pulmón. Pero a mí, ya le digo, no me gusta eso. Porque una vez que se empieza, es como la droga, no se sabe dejarlo, tiene que seguir dándoselo si no quiere que pierda el color. Hoy, el canario más cotizado no es el timbrado sino ése, ese que ve usted ahí, el malinoy, que canta lo mismo que el timbrado pero tiene una voz más suave, más aterciopelada, que no molesta, igual que si le pusieran sordina. En cuanto al peor enemigo de estos bichos, es el piojo, la piojina, el piojillo, el mismo que el de la gallina, ese que es como una punta de alfiler, sólo que rojo, y se mueve que no para. El piojillo es su peor enemigo, sin duda alguna. No sólo desazona a los pájaros sino que les acobarda de tal modo que algunos se suben al palo, dan en no comer, y, si no se pone remedio a tiempo, terminan por morirse. Contra el piojo, lo mejor el insecticida. Le echa usted dos golpes de spray, *chips, chips*, y, en unos días, el piojillo o se muere o se va. Mala enfermedad también es el asma, que no sólo la agarran con los polvos esos de que le hablo, sino por el frío y la humedad. El canario es un animalito muy delicado. Yo digo que son como los hombres, porque lo mismo un pájaro de éstos puede morirse de un portazo, o séase de un susto, de un infarto o como quiera usted llamarlo. Hombre, con eso no quiero decirle que pegue usted ahora un puñetazo en la mesa y se mueran todos los pájaros que hay aquí, pero que un canario puede morir de un susto es cosa comprobada. Es muy sensible este pájaro y muy inteligente. A mí, que no soy de esos que los dan mimos, que soy más bien frío con ellos, me conocen y me quieren. Se arrima usted, en cambio, a la jaula y ya están con el pío-pío y el revoloteo de alarma. Eso quiere decir que saben distinguir al amo de los demás. En lo tocante a inteligencia le contaré a usted un sucedido que demuestra hasta qué punto la tienen los animalitos estos: un conocido mío hizo un agujero en el suelo de la jaula y colgó fuera un dedal de agua con una cadenita. De primeras, el pájaro andaba despistado, como suele decirse, pero, de que aprendió dónde estaba el agua, cada vez que tenía sed, tiraba de la cadena con el piquito y la iba sujetando con la

patita. Así, una y otra vez, hasta que ponía el dedal a su alcance y podía beber. Pero tan pronto se saciaba, levantaba la patita y el dedalito volvía a caer y el pájaro, todo orondo, se subía al palo y empezaba a cantar. ¿Eh? ¿Qué me dice usted a esto?

El Dehesón del Encinar

Del otro lado de Gredos, trepando por los puertos de La Menga y El Pico, deslizándose, luego, por el tobogán de Villarejo hasta Arenas de San Pedro, entre Candeleda y Oropesa, casi en la línea que separa las dos Castillas, se encuentra el Dehesón del Encinar. El cronista llevaba lustros –antes de morir don Miguel Odriozola en 1974– con la ilusión de visitar este rincón, vasta y ondulada pradera moteada de encinas y alcornoques centenarios, donde don Miguel creó, hace más de cuarenta años, su centro de cría de cerdo ibérico. El sabio genetista aspiraba a seleccionar y difundir esta raza, la mejor adaptada a las condiciones de las dehesas de encinas y alcornoques del suroeste de la península. Para ello barajó, en principio, cuatro soleras típicas: Ervideira y Caldereira –portuguesas –y las extremeñas Puebla y Campanario. El profesor Odriozola inició sus experiencias con las piaras en pastoreo, pero, tras el brote de peste porcina africana de 1963, optó por la estabulación. Éste es el origen de las edificaciones –naves de cría, unidades de cubrición, mataderos– que, con las viviendas de los veinte empleados, salpican de blanco el verde apetitoso de la finca en primavera. Al pie de la Residencia –centro del complejo– reciben al cronista Jaime Rodrigáñez y Luis Silió, que con María Teresa Dobao forman el trío de investigadores que hoy tienen a su cargo esta piara experimental. Con ellos, un hombre de mirada franca y ancha sonrisa, Julián Fernández, que inició de niño la aventura junto a don Miguel y hoy es el encargado del centro.

–Esto empezó a funcionar allá por el año 1944, si no antes, que me recuerdo que se trajeron las cerdas de Portugal y, a continuación, vinieron las pueblas. Unas y otras se llevaron al Quinto de Mengacenal al cuidado del tío Pedro, el suegro de David, hasta que se hicieron adultas para la cubrición. Entonces no había naves, ni nada de lo que usted ve, y se improvisaron ahí unos corrales en el tejar. Teóricamente la cubrición se hacía en los papeles, pero cuando una cerda salía en celo, mi padre llegaba y decía: «Don Teodoro, la cerda número tal ha salido en celo». Don Teodoro, entonces, se arrimaba al papel y decía: «Pertenece al verraco número tal». Y allí íbamos con la cerda, la echábamos el verraco y hasta que la cubría, un día, dos días, tres días, según. Y, luego, la paridera, los ciento once días, que me recuerdo que por aquel entonces, en la Casa de los Pobres, había unas cochiqueras viejas, donde teníamos que estar día y noche, hasta el parto, fuera de

la nave, a la intemperie. Como verá, todo de artesanía. Más tarde vino la construcción de naves, donde hubo que meter las otras parideras, pero todavía sin el piso echado. O sea, se hicieron primero las naves de cría y, después, la nave de verracos. Por aquel entonces vino don Miguel y adjudicó una nave a cada porquero. Me recuerdo que entonces teníamos un sueldo de ocho o nueve pesetas y había que estar día y noche, las veinticuatro horas, trajinando. Eso sí, con el jornal nos daban casa, luz y leña. Cerdo, no señor, no nos dejaban tener, pero sí un burro, dos cabras y unas gallinas. Pero al montarse el centro, como había que pesar todos los piensos y tal, por un por si acaso, se suprimieron los animales y nos daban lo que decían la excusa, que me parece que eran veinticinco kilos de tocino a cambio de las gallinas y doscientos kilos de magro a cambio del burro y de las cabras. Entonces las cerdas, en cuanto llevaban tres días paridas, salían al campo, dos horas por la mañana y dos por la tarde, y a los lechones, atendidos por mujeres, se les sacaba también a los parques. Las cosas fueron más o menos bien hasta que el año 63 se presentó el primer brote de peste africana. ¡Qué desgracia, oiga! Las mujeres lloraban por los rincones y los hombres ni sabíamos lo que hacer. Los cerdos andaban cabizbajos, como baldados diría yo, sin ganas de comer y fiebre de más de cuarenta grados. Cerdas hubo, abocadas a parir, que tuvimos que matar a base de almanadas, o sea, golpes secos en la cabeza, porque era peligroso hacer sangre. Y el resto que no murió, ahí quedó, se iban haciendo los partos y se marcaban donde se hacían, pero no se tocaban. Los apestados, en cambio, se quemaban con gas-oil, se arrojaban a una zanja y se cubrían con cal viva. Una tragedia. Y aquí nosotros aislados, o sea, al que había cogido dentro no podía salir y al que había cogido fuera no podía entrar, que me recuerdo que Moisés, ni pudo ir al hospital a ver a su mujer que acababa de dar a luz. Hasta que unos meses más tarde se le ocurrió a don Miguel la operación Arca de Noé, es decir, trasladar unas piaras a una isla en las marismas del Guadalquivir para salvar la semilla de la peste, ¿entiende? Pero ¿qué pasó? Pues pasó, ni más ni menos, que de las sesenta cerdas y veinte machos que llevamos allí no salvó ni uno. A los seis meses llegó la peste por el agua, que había gente ignorante que echaba al río los guarros muertos. Así que llamé a don Jaime y me dijo que a los de la segunda tanda les diera de beber de una cisterna nueva, con agua de Lebrija, del pueblo, ¿sabe? Pero algún verraco había bebido ya en el río y tampoco hubo remedio. Menos mal que salvaron los que quedaron aquí y montamos con ellos otra Arca de Noé en el Bercial y con ellos salvamos la semilla.

Don Miguel Odriozola, una especie de quijote anglosajón, que se jactaba de haberse sumergido en invierno en todos los ríos y manantiales de España, y humanizaba su mente científica con

divertidos inventos como el de la mesa-carretilla para tomar datos mientras seguía a la piara por el monte, adelantó en el Dehesón a Jaime Zuzuárregui, otro ingeniero, que permaneció en la finca cerca de cuarenta años y murió con las botas puestas, fulminado por un derrame cerebral en el porche de su casa. Ambos recogieron sus observaciones fundamentales en sendos libros, cuya edición patrocinaron las fundaciones Martín Escudero y Juan March. De la fusión de las cuatro razas iniciales surgió el pelirrojo Torbiscal, mientras conservaban en pureza una de ellas, la Puebla, marranos negros, lampiños, el famoso «pelón guadianés», prácticamente desaparecido. Hoy, la piara del Dehesón es la preferida por los ganaderos, que cruzan, a veces, con el Duroc-Jersey. En los tres últimos años, el Dehesón del Encinar ha suministrado más de dos mil quinientos reproductores de cerdo ibérico a ochenta y tantas ganaderías. Su rendimiento óptimo en paletas y jamones –según datos de los mataderos de Jabugo– y su aptitud para campear por topografías de encinas y alcornoques ponen a este cerdo por delante de los ibéricos de otras procedencias.

–El establecimiento de unidades de cubrición lo planeó don Miguel a su modo. Me recuerdo que un día me preguntó: «Julián, ¿qué puede saltar un cerdo?». Y lo que yo le dije: «Un metro o metro y medio a todo tirar». Y él replicó: «Pues entonces que levanten las tapias de tres metros». ¿Se da cuenta? Don Miguel era así, no le gustaban las cosas a medias. De modo que dividió las unidades con paredes de tres metros para evitar que un animal entrara en una cochiquera que no le correspondía. Y para garantizar la paternidad, candó las puertas y las precintó, de forma que hasta para limpiar había que saltar la tapia. Y allí se estaban en la cochiquera, durante veinticinco días, siete cerdas con su macho. Al cabo de este tiempo se quitaba el precinto, se abría el candado y se sacaba a los animales, mejor dicho, se sacaba al macho, pues las hembras aguardaban otros tres días por si se había producido algún equívoco. Don Miguel, ya le digo, era muy escrupuloso para esto de la genealogía. Andando el tiempo, las cerdas parían y nosotros recogíamos a los lechones en unos cajones y cada dos horas les llevábamos a mamar. Había que enseñarles a coger teta, pues cada lechón se acostumbra a una teta, y ya sabe usted que no todas las cerdas tienen las mismas, que por lo regular serán diez, pero yo las he visto con ocho y hasta con catorce tetas. De modo que cada porquero tenía una nave asignada y yo, que por entonces cumplí los diez años, echaba una mano a mi padre, pero me dormía, no aguantaba tantas horas sin dormir; en cambio mi padre, que gloria haya, recostaba la frente en la ventana, de pie, ¿se da cuenta?, hasta que oía gruñir a los lechones y entonces me voceaba: «¡Arriba, muchacho, hay que darlos de mamar!». Y yo, medio dormido, los

ponía a mamar, pero, por lo regular, la mamada demoraba una hora, de manera que yo dormía cuando dormía, una de cada dos. ¿Juntarlos, dice? Imposible, no señor; don Miguel temía, y con razón, que la madre los aplastara o no acertaran a coger teta, o sea, había que vigilarlos. A la semana sí, los lechones espabilaban y podía uno dejarlos con la madre sin mayor reparo. Luego, don Miguel y don Jaime crearon un premio para el lechón de mayor peso, quinientas pesetas, ¿se da cuenta?, de forma que todos nos preocupábamos de alimentar bien a la cerda para que tuviese leche y, de vez en cuando, les echábamos a los lechones a escondidas unos puñaditos de pienso para que medrasen más. ¿Trampa dice? Según se mire, oiga, que al fin y al cabo todos hacíamos lo mismo y todo iba en beneficio del ganado. Semanas después venía el destete y el «desfile», que yo llamaba. Don Miguel y don Jaime nos decían un día: «Venga, hay que ver a los verracos». Y, uno a uno, se los traíamos hasta la mesa-carretilla y ellos hacían sus anotaciones, qué sé yo, el largo del animal, la altura, el pelo, el tamaño de la cabeza, esas cosas. Después se ponían con las cerdas y hacíamos otro tanto, y la que les gustaba se quedaba para reproductora y, la que no, se desechaba. Y luego, finalmente, les tocaba el turno a los lechones, que don Miguel quería verlos a todos, incluso a los alguacilillos que decíamos, los abuelos, los más desmedrados. Y reclamaban las camadas, una a una, por el número de los padres, o sea, por los verracos. Y cuando acababan con uno, empezaban con el otro, otro padre, quiero decir, hasta que terminaban con la paridera. Y así que concluíamos, don Miguel se encerraba en la Residencia a estudiar, que en esos casos no quería oír ni un pájaro, que me recuerdo que había entonces aquí un chico un poco retrasado que le llamábamos Anción, y qué sé yo qué pájaro reclamaba, pero lo hacía tan recio y con tal propiedad que teníamos que encerrarle con llave bien lejos para que no le molestase. Don Miguel tenía un carácter un poco fuerte, sí señor, pero todo el mundo le quería, que lo que tenía de nervioso lo tenía de buena bondad, a ver si nos entendemos.

En 1979, el Dehesón del Encinar pasó al INIA, y el mes de marzo de 1984 fue transferido a la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, coincidiendo casi con la paridera número cien de su historia. En los años transcurridos, el volumen de datos registrados es de mucho bulto: 9.500 fichas de camada, 65.000 fichas individuales y 4.500 fichas de despiece, cifras que suponen, sin duda, el mayor esfuerzo realizado en España sobre una raza autóctona de cualquier especie ganadera. Julián Fernández, el encargado, entorna los ojos con cierta añoranza:

–Pero todo esto que le cuento pasó, como todas las cosas pasan en la vida. Hoy día el trabajo en el centro es muy distinto, aunque sea igual, a ver si nos entendemos. Quiero decirle que el fin es el mismo, pero

las instalaciones y las condiciones de trabajo son diferentes. Hoy un porquero no sale por menos de sesenta billetes, tiene vacaciones retribuidas, horas extraordinarias, sus días libres a la semana; en fin, que es otra cosa. Pero aquí, a mi entender, ha habido un pagano: el ganado. O sea, con la gente y el horario de que disponemos se dejan por hacer muchas cosas. Blanquear las cochiqueras, pongo por caso, cada medio año, como se hacía antaño. Hoy las cochiqueras llevan cuatro o cinco años sin blanquear. Se desinfectan, faltaría más, pero no se blanquean. Y como eso, tantas cosas. Esto no quita para que este ganado se cotice cada día más y hayamos tenido que establecer un turno de espera, que no creo que me equivoque si le digo que de Salamanca a Jerez de la Frontera tenemos pedidos para dos años.

¿Adiós al cangrejo de patas blancas?

Si Dios y el Icona no lo remedian, mucho se teme el cronista que nuestro tradicional cangrejo de patas blancas, el *Austropotamobius pallipes*, para hablar con propiedad, salvo en insignificantes regatos, haya pasado a mejor vida en Castilla la Vieja. Pero el hombre de hoy, con mayor razón en estas tierras desamparadas, está ya tan hecho a la adversidad, tan habituado a los reveses ecológicos, que decir adiós a una especie más –sea de aves, mamíferos o reptiles– no lo desazona; se diría que entra en el juego cotidiano de lo posible y aun de lo lógico. Y ahora le ha tocado el turno al cangrejo de patas blancas –tan codiciado– como antes le tocó al conejo. La afanomicosis, un hongo importado, según parece, con una remesa de cangrejos foráneos, arrasó en pocos días ríos y arroyos de media España, en especial los de las regiones del interior. En opinión de los expertos, se trata de un hongo pegajoso y muy activo, hasta tal punto que basta sumergir en un río o un lavajo un retel procedente de aguas infectadas, para producir una hecatombe. Esto explica que en cuestión de meses las corrientes fluviales castellanas, especialmente las más ricas en crustáceos, por ser entonces el contagio más fácil, quedaran convertidas en torvos cementerios acuáticos. Ángel Mena, que tiene a su cuidado los tres cotos del Rudrón, que se ahocina de Hoyos del Tozo a Valdelateja, tiene así, un aire más bien marchito y funeral.

–Un año antes de venir la mortandad ya se les notó que tenían menos fuerza que la que tenían de costumbre; aguantaba menos el animal. Después, ya, vino la mortandad en septiembre del 79, y, en menos de dos semanas, el río quedó barrido, pero es que ni muestra, todo el cauce lleno de cascos, que hasta pena daba el mirarlo. Luego llegó la riada y lo arrastró todo, de forma que, mayormente, el público ni cuenta pudo darse del desastre. De primeras, se pensó que en el coto habían echado algo, pero ¡qué va!, era la peste. Los cangrejos se

aletargaban, como que estaban dormidos, y, al tiempo de morir, daban un coletazo y patas arriba. No crea que hacían más aspavientos. Eso sí, ya antes de morir estaban descompuestos; se les ponía así como un velo colorado entre las patas, los cogía usted, y descompuestos: la cola por un lado y el caparazón por otro. Y, como le digo, en un principio, yo pensé en una descomposición de cebos, ácido, veneno, o algo por el estilo, pero de que vi el alcance de la mortandad me desengañé. Poco después, de la parte de Palencia, empezaron a comentar que si se debía a una enfermedad de los cangrejos que trajeron los americanos, porque en Aranda, en el año 73, echaron de éstos, me creo yo que en el río Esgueva, y no quedó ni rastro, ni del autóctono, ni del americano. Todos se contagiaron. Entonces empezamos a pensar que el mal, el virus ese o lo que fuera, lo traían los reteles. El caso es que aquí, hasta que no han venido a pescar los de Aranda, el río seguía bien. Pero de que vinieron ésos, en cuestión de horas, se fue a pique. Y hoy le puedo asegurar que en el Rudrón, con más de treinta kilómetros de curso, no queda un cangrejo vivo. ¡Y cuidado que tenía cangrejos este río! ¡Millones de cangrejos, oiga! Ponga cien por metro cuadrado y me quedo corto. ¡Una enormidad!

El entusiasmo de Ángel Mena por su río lo comparte el cronista, aficionado también a la pesca del cangrejo, quien no encontró jamás una masa de agua tan propicia como ésta. Con una singularidad: el Rudrón, río de cierta enjundia, de aguas transparentes y oxigenadas, permitía observar, desde la orilla, las evoluciones del cangrejo, su irrupción, sus vacilaciones ante el retel, sus idas y venidas y, al cabo, la claudicación final, hecho que hacía más entretenida la pesca de este crustáceo, ordinariamente ciega. El cronista llevaba más de cuarenta años mojando sus reteles en el Rudrón y aún recuerda, antes de que este tramo se acotase y se dictara la ley de limitación de capturas, su botín récord: sesenta y cuatro docenas en dos horas. Sesenta y cuatro docenas de cangrejo acorazado, rodeno, de grandes pinzas, cuya cola, tiesa y sabrosa, constituía un manjar suculento.

–¿Supervivientes? Tal vez quede alguno en el nacimiento de algún arroyo o en aguas cerradas, no digo que no, pero lo que es en el río, ni uno. Por regla general se puede decir que en aquel río donde la peste empieza por arriba, ése va entero. Y en el río donde la enfermedad empieza por abajo siempre puede quedar alguno en cabecera. Aquí hay unos pocos en el río Sargentes y en el arroyo ese que baja por la ermita de San Andrés. Ahí hemos cogido ahora veinte cangrejos y los hemos metido en el río en una jaula a ver qué pasa. Los animales llevan veintiocho días y aguantan. Hace dos años echamos más de dos mil que se trajeron de Ciudad Real y a los ocho días palmaron. Cangrejos de tres y cuatro centímetros, no crea usted, que no duraron ni una semana. Y estos de la jaula llevan ya veintiocho días y viven,

están bien. A ver si por lo menos aguantan hasta el otoño, hombre, porque aguantando mes y medio yo me pienso que el río ya ha sanado, que el mal se ha ido y, si así fuera, este mismo año podríamos empezar a repoblar algo. ¿Con el autóctono? ¡Qué sé yo! En España no tenemos criaderos, mire usted. Está el de Burgos, pero ése es de cangrejo americano. Habrá que mirarlo. Porque si echamos del uno, decimos adiós al otro, eso no tiene vuelta. Hay quien dice que de la parte de Hungría hay un cangrejo que era talmente el de aquí. Claro que no es el de aquí. Pero sembrar el autóctono, mire usted, y aguardar a que se reproduzca costaría una pila de años y mucho dinero. Además, ¿dónde vamos a ir por ellos? En Ciudad Real pueden darnos ocho, diez mil docenas, pero yo me digo ¿qué son diez mil docenas para repoblar todos los ríos y arroyos de Castilla? ¡Si más de diez mil docenas las tenía sólo este río! En todo caso, repoblando con unos o con otros, habrá que esperar. Mucho tiempo, sí señor, años. Y, de ser con el autóctono, más de veinte, eso contando con que reproduzca a satisfacción. Y, dígame, ¿quién es el guapo que va donde un pescador de cangrejos de los fetén y le dice: «Prepare usted los reteles. Para el año 2005 vamos a abrir la veda»?

A juicio del cronista, Ángel Mena ha puesto el dedo en la llaga. La regeneración espontánea, aparte de muy lenta, sólo sería posible en los ríos donde hubiera supervivientes. Donde no existen, que es en la mayor parte de las corrientes y lavajos de España, habrá que elegir entre repoblar con cangrejo foráneo o hacerlo con autóctono, a sabiendas de que en este caso, la espera para la recuperación demográfica sería cosa de lustros. Esto nos induce a pensar que, descartados el cangrejo de la marisma y el de Galitzia, diferentes de nuestro añorado *Austropotamobius pallipes*, la elección podría recaer en el cangrejo Señal (*Pacifastacus leniusculus*), más chato que el nuestro, más retaco, pero de características similares. Al menos, a él han recurrido algunos países europeos que pasaron por este trance antes que nosotros.

Más pan y menos vino

Don Heraclio Sanz asistió al resurgimiento del viñedo en los términos de Cigales, Mucientes y Fuensaldaña, a principios de siglo, después de la filoxera, cuando él contaba cuatro o cinco años de edad y, por primera vez, se implantaron aquí patrones americanos. Para evitar un rebrote de la enfermedad, hubo que poner palos exóticos e injertarlos en los palos del país. Los primeros aún subsisten y entre el *riparia* («que es más duro y da menos, pero resiste más») y el *agamon* («que da más peso pero aguanta menos tiempo») hay otras tres o cuatro variedades todavía vigentes. Sobre esta base, viene

elaborándose en esta comarca vallisoletana un vino clarete, suave y chispeante, que ahora, por mor del alto precio de la mano de obra y la baja cotización de los caldos, anda en riesgo de desaparecer, porque el viñador viejo, presionado por abajo y por arriba, ha empezado a descepar, a sustituir el viñedo por cereales. Don Heraclio Sanz expone el problema con escéptica resignación, sin poder ocultar su melancolía:

–Es mucho engorro esto de la viña, yo lo comprendo, no sólo por la mano de obra que, cinco abajo o cinco arriba, uno siempre acaba arreglándose, sino porque en este asunto hay poca formalidad. Hágase cuenta: usted empieza la vendimia a bulto, como quien dice, pero el domingo siguiente se presenta uno que vive en Valladolid y tiene aquí unas aranzadas y no hace más que llegar a la plaza y no crea que duda: «A ver, ¿cuánto quieres tú?», «Pues tanto» y, ¡hala!, si hay que dar mil pesetas más, pues mil pesetas más, lo que sea, lo que no puede hacer es dejar la uva otra semana en la viña y que se pase. Ante esto, los demás cogen marcha y ya no hay quien los pare: «Pues si a Fulano le han pagado tanto, yo no soy menos que Fulano». Y ya está armada, la de siempre. Esto de un lado, de otro están los vinateros, que si se conchaban para pagar la uva, usted no tiene nada que discutir. Lo toma o lo deja; ellos fijan los precios y a callar. Y si a usted se le ocurre rechistar, peor todavía, que en La Mancha, donde las parras son de mayor rendimiento, le van a dar los caldos que pida a ese precio y con más grados. Así es que pasa lo que pasa, uno tiene una viña de poca producción y tal y una mañana se cabrea, coge el arado y, ¡hala!, fuera con ella. Así hemos descepado la mitad del término, y tres cuartos de lo mismo ha ocurrido en los de Mucientes y Fuensaldaña, porque hay que tener en cuenta que en estas tierras el promedio de kilos por cepa no pasa de dos, cuando hay zonas, como usted sabe, donde se cogen cinco y hasta seis y, para remate, con una graduación más alta que la de aquí.

La llegada a Cigales por la cuesta de la Legua sorprende al cronista. En poco tiempo, el panorama ha cambiado. Aquellos cerros rosados, punteados de cepas, acicalados, ajardinados, como sólo se ven ya en los campos de La Mancha, han desaparecido. El trigo y la cebada , en parcelas densas e hirsutas, tras las copiosas lluvias de mayo, se mezclan con los majuelos. Diríase que éstos son ahora islas entre mares de cereal. Tras las lejanas lomas, festoneadas de almendros, se adivinan los Torozos y, abajo, en la nava, se extiende el pueblo, un pueblo castellano muy peculiar, diseminado, con su iglesia de torres gemelas de aire bizantino en el centro y los agujeros de acceso a sus bodegas, en los pliegues y desmontes del ejido. Paso a paso, Cigales va dejando de ser el pueblo del vino para integrarse en la zona de Campos. Hacia Mucientes, viñas moribundas a orilla de la carretera y

un viñador moviendo la tierra con un macho blanco, tratando de resucitar una de ellas. En los bajos, en todo el recorrido hasta Valladolid, por Fuensaldaña, predomina la cebada y sólo de tarde en tarde asoma en el horizonte el lomo de una colina orlada de cepas.

–Aquí, para poner dos aranzadas, o sea, ochocientas parras, se necesita algo más de una obrada, quizás obrada y cuarto, depende de la marca que le demos, es decir, la distancia entre cepa y cepa. Esto es, si dos obradas hacen poco menos que una hectárea, ahí pueden coger holgadamente tres aranzadas con una marca de diez pies. En cambio, si le fijas una marca de siete pies, igual puedes meter cuatro o cinco aranzadas en una hectárea. Esto, claro, requiere mucha mano de obra y yo, por ahorrar unas pesetas, estoy sacando un lineo de cada dos, de manera que en la viña haya calles de seis pies y calles de doce y por éstas pueda meter el arado y trabajarla. No el arado viñero, que ése entra en cualquier parte, pero tampoco el grande, es decir, un arado terciado que en la marca de doce pies entre holgado con el apero, un apero hecho de propósito, naturalmente. Y, de este modo, aunque sólo sea en un sentido, puede mover la tierra a poco precio, porque en esto, como en todo, lo más caro es un hombre. En la carretera de Valladolid tengo yo un cacho de quince aranzadas, de muy poca marca, y allí se puede tirar un obrero con un macho qué sé yo el tiempo. De modo que el otoño pasado me vino así la idea a las mientes y le dije al cavador: «Este año voy a sacar un lineo y dejar una marca de doce pies para meter el apero». Pero al hombre no le gustó la idea, a ver, defendía su jornal: «¡Coño, Heraclio, parece mentira; mira que todavía da bastante uva este majuelo!», me dijo. Total, que no me decidí, me dio pena el hombre y, entre unas cosas y otras, quedó la cosa por hacer. De cualquier forma, una viña plantada en este plan, de mucha marca, siempre es buena, desde que se planta es buena; menos cepa pero más uva. Y te cuesta menos vendimiarla, y te cuesta menos podarla, y te cuesta menos todo. Un hombre con un tractor se hace las quince aranzadas en una jornada, en lugar de tener que andar nueve o diez días con la mula dándole al dengue. Y con la poda, otro tanto. Antaño, un obrero bueno te podaba una aranzada; ahora, uno regular no te llega a las trescientas cepas. Por eso es preferible el destajo, un duro cepa, dos mil pesetas aranzada. Lo malo del destajo es que no es un trabajo hecho a conciencia, que hay cepas que, por lo que sea, no tienen más que cuatro palos y llega el podador, pega un corte y ya vale, no crea que mira si están sobreviejos ni nada de nada, pin-pan, pin-pan, pin-pan, a esquilar, como yo digo. ¿Variedad de cultivos, dice? ¿Más todavía? Eso lo tenemos en Cigales desde que abrí los ojos, aunque ahora, por las razones que le vengo dando, haya más. De ordinario, las tierras de viña eran tierras que daban poco. Porque puede suceder que una tierra mala para cereal a

lo mejor es buena para viña porque tiene buen subsuelo abajo y sale un majuelo apañado. Y a la recíproca: tierras a lo mejor buenas para cebada y trigo pueden resultar sequeronas para viña, lo que no quita para que ahora ni miremos eso, o sea pongamos cereal en las unas y en las otras, lo mismo si son buenas, que si son regulares, que si son malas. ¿Para qué tanto trabajar, si, al fin y a la postre, va a ser lo mismo? Cooperativa ya hace tiempo que tenemos, sí señor, pero ahora ha comprado una embotelladora y se ha empeñado en no sé cuántos millones y, a ver, no hay reparto, ¿qué reparto va a haber? Primero habrá que pagar los atrasos de lo otro, digo yo. Pero con eso y con todo, yo tengo para mí que la cooperativa es el único medio de salir adelante, aunque esto no baste para impedir que en el pueblo cunda la desgana, y hoy uno, mañana otro, todos vayamos descepando, con lo que el pueblo pierde no sólo dinero sino también fisonomía, que no quiero pensar lo que diría mi difunto padre si un día levantara la cabeza y viera en lo que hemos convertido todas estas roturas.

El alimañero

Defenderse, interponer obstáculos entre los animales agresivos y la tribu fue una necesidad ineludible en tiempos remotos. El fuego, las trampas, los lazos cubrieron en principio esta necesidad que, con el tiempo, se iría extendiendo a la defensa de las pertenencias y los animales domésticos que el hombre primitivo precisaba para su sustento. Hoy, desaparecido ese riesgo, puede decirse que el alimañero profesional, el hombre que, en el buen sentido de la palabra, vive de la trampa, ha desaparecido también, aunque subsista el trampero circunstancial, aquel que durante sus horas libres continúa dedicándose a esta actividad no para defenderse de nada, sino para conseguir un sobresueldo. El alimañero sigue siendo, pues, una estampa típica de Castilla, principalmente en aquellos lugares agrestes donde la alimaña abunda. Florencio López es uno de ellos. Florencio alardea de ser no sólo uno de los más avisados, sino también maestro de alimañeros en la sierra norte de Burgos. Su ceja alerta, sus pequeños ojos grises incisivos, su cauta manera de desplazarse, ya denotan su condición. En el mundo de Florencio, un mundo que para el resto de los mortales pasa inadvertido, una mínima huella, una rascadura, un pelo o un excremento pueden significar una pista y, en consecuencia, una posible captura y unas pesetas.

–¡Qué sé yo los años que hace que me dedico a este oficio! Tendría yo dieciocho y para diciembre cumpliré los cincuenta y uno, de modo que una vida enteja. No señor, los alimañeros no van en aumento, al menos en estas tierras, que me los conozco a todos, que aquí no hay ni más ni menos que los que haya enseñado yo. Ve ahí tiene al guarda de

Terradillos. El hombre me viene un día y me dice: «Florencio, ¿puedes enseñarme esto? Mira que el coto está minado de raposos y yo no puedo con ellos». Bueno, pues a enseñarle, ¿cómo le dice usted que no? Y, como éste, dos de Tubilla, otro de Tablada, ¡qué sé yo! Después de todo es natural que nos ayudemos los unos a los otros, que también a mí los socios del coto me agradecen que les quite las alimañas, así es la vida. En lo tocante a eso de la autorización que usted dice, hay mucho que hablar, que una vez me dijeron a mí que sí, que había que sacarla, que era necesaria y, entonces, me llegué donde un tío mío, que es subteniente de la Guardia Civil y se llama Eliseo, y voy y le digo: «Mire, tío, yo más quiero andar tranquilo por el campo que otra cosa, así que haga usted el favor de ir donde el Icona por una autorización para poder cazar». Y va mi tío, que era subteniente de la Guardia Civil, ya ve si conocería las normas de caza, y me dice: «Florencio, si lo que quieres cazar es el coto, son los socios los que han de pedirte el permiso y no yo». Así es que me fui donde Gorostiza, uno de Bilbao, que por las trazas parece el más señalado de la cuadrilla, y le planteé la cuestión. Y él va y me dice entonces: «Mira, Florencio, tú tranquilo; caza como quieras y cuando quieras que a ti no te va a pasar nada por eso». Pero yo, por si las moscas, se lo dije al guarda del coto y así quedó la cosa de momento. Pero un año después los del Icona volvieron sobre el asunto y celebraron en Burgos una reunión de guardas con ese motivo y, conforme terminó, me llegué donde José Luis, el de Tubilla, que si sabe poner cepos es gracias a mí, y me dijo tan contento: «Florencio, ahora sí que puedes cazar a discreción. En la reunión han dicho que no hace falta ningún permiso, de modo que ya lo sabes».

El pintoresco pueblecito de Santa Coloma, escondido en un vallejo, junto al río, rodeado de abruptas laderas de hayas y robles, cuenta con once habitantes en invierno y más de doscientos en verano. Ahora han pavimentado la carretera de acceso y, aunque el trazado es sinuoso, el cronista no encuentra dificultad para llegar a él. Los ojos grises, pequeños, acerados, de Florencio López centellean cuando habla.

–Pero, para mí, la verdad en la mano, lo que tiene interés de todo esto son las pieles. Por una piel de raposo te dan hoy tres billetes, en cambio, cuando yo empecé, las buenas andaban entre las setenta y cinco, y las cien pesetas, no te daban más. Y también tiene usted las de garduño, gato montés, tasugo, gineta y nutria. Creo que le he dicho todas, porque aunque está también la comadreja, ésa es tan chica que no vale ni la molestia de poner el cepo. Ahora, cuando cae una, así, bien cogida por la garganta, me alegro por el mal que hacen, que estos bichos se meten en las cuadras y dan en morder las tetas de las vacas y no paran hasta que las desgracian. Por eso, en este pueblo, hay una vieja costumbre, y así que muere una vaca, queman los cuernos en el

establo porque, según dicen, el tufo ahuyenta a la comadreja. Si yo tuviera que escoger uno de todos estos bichos me quedaría con la nutria, sin dudarlo, pero va para veinte años que no se ve una por aquí, ni tampoco freza, ni patadas, ni rastro siquiera. ¿Y sabe usted por qué? ¿No?, pues se lo voy a contar: la presa que levantaron en el Ebro, ahí en Sobrón, de la parte de Zaragoza, tiene la culpa. La nutria se alimenta de anguilas, y como la anguila baja a depositar al mar y luego sube a los ríos, al construir la presa de que le hablo, le cerraron el paso y ni las volvimos a ver el pelo. Después de la nutria, más prefería yo la gineta, que la piel de la gineta también iba cara, pareja a la del raposo, pero ya llevamos lo menos cinco años que tampoco he cogido de eso. Bien mirado, lo único que cazo aquí ahora son garduños y zorros. De lo demás, ni los veo. O sea que mucho trabajar, señor Miguel, para nada, que de chaval lo mismo cogía cincuenta o sesenta pieles por temporada y este año, lo crea o no, ni siquiera he llegado a diez: cinco raposos y cuatro garduños para ser exacto. Cinco mil duros escasos. Con la pega de que el animal que tiene una calva, así sea como una uña, no vale, no lo quiere nadie. Basta que el animal tenga en los hombrillos un chivarro de esos de detrás de las orejas, para que le paguen a usted la mitad, o sea, media piel. Lazo no uso, no me gusta, yo siempre he salido con cepo, el lazo es muy traicionero. Y atraigo a los animales donde conviene, sólo faltaría. Le voy a confesar una cosa: yo atraigo a los raposos con las tripas de ellos mismos, y si son de hembra mejor que de macho, porque es el macho entonces el que baja al taste de la orina, se encela y va detrás. O sea que yo rastreo las tripas desde el monte, lo mismo cinco kilómetros o más. Que ¿cómo?, eso es bien fácil, oiga, agarro las tripas, las ato con una cuerda y las pongo en un bote ocho o diez días, hasta que pudren. Después me subo con ellas al monte y las traigo rastreando por caminos y cameras hasta el mismo cepo. Y no es que el animal entre ciego, por derecho, hasta la trampa, entiéndame, sino que yo, si tal que aquí está el cepo, le pongo una tajadita de tocino delante, a cuatro metros, para clarearle de hambre, un trocito pequeño, lo parto con la navaja y lo pongo encima una piedra. Y de la parte de fuera, a la salida del rastro, otra tajadita de cebo por si acaso. Porque yo entro por una parte y salgo por la otra y voy a parar al río u otro sitio cerrado por donde no pueda pasar él. De forma que él viene tal que así, y, a la entrada o a la salida, coge el rastro, ve la tajadita de tocino y se mete de bruces en el cepo; no tiene escape. Yo donde mejor los agarro es en la vereda del río, cuando crecen los trigos, y si hay fruta podrida bajo los árboles, mejor que mejor. ¿Prohibidas? Dejará de haber piezas prohibidas, señor Miguel, sin ir más lejos, el gato montés, la nutria, la gineta si me apura... O sea, libre, libre, lo que se dice libre, no quedan ya más que el tejón, el raposo y el garduño. Claro que

puede caer en el cepo una pieza prohibida, pero, en ese caso lo mandado es soltarla. ¿Coja? Qué han de quedar cojas, pierda cuidado, mis cepos no mancan, luego los verá usted. Pero tampoco se crea que con tantas prohibiciones hayan aumentado las alimañas, al revés. Y esto se ve claro en cuanto caen cuatro copos. La nieve lo tapa todo y, entonces, observa usted por aquí y por allá, y ni una patada, ni un pelo, ni un rastro, ¡ni una nada! Con lo que ha sido esto, señor Miguel, que, en llegando el invierno, hasta los lobos andaban ahí, en las ribaceras o por el páramo, como Pedro por su casa.

Hornillos y dujos

–El dujo de pie, como aquí le decimos, es el dujo plantado, tieso, para que se entere, que el dujo tumbado, es decir, el hornillo, es el que va empotrado en el muro de una casilla que le decimos la hornillera. Tanto el uno como el otro son cachopos aserrados, pero el hornillo lleva, de la parte de fuera, un posadero y unos agujeritos para que entre y salga la abeja y, de la parte de dentro, una tapa que se quita y se pone para catar la miel o meter el enjambre. Yo, la verdad, no he trabajado más colmenas que éstas y estoy conforme con los hornillos, qué le voy a decir, que un año con otro le producen a uno quince o veinte kilos de miel, más la que deja usted para la mantención de las abejas que, más o menos, es otro tanto. Mitad por mitad es como suele hacerse aquí la partición, es decir, mitad para el amo, mitad para ellas, aunque, bien mirado, nunca se sabe lo que uno deja dentro.

Jacinto de Diego, en la frontera de los ochenta años, lleva más de sesenta metido en este negocio de las abejas, vieja debilidad familiar, transmitida de generación en generación, puesto que su padre y su abuelo tuvieron la misma afición y su hijo Doro, uno de los hombres más populares de la comarca, se ocupa ahora de la inspección de los hornillos durante los fríos días invernales. Doro de Diego asiste a la conversación de su padre con el cronista, le suple cuando su memoria flaquea, apura un concepto o una anécdota cuando lo considera de interés, ya que sus conocimientos sobre el asunto no desmerecen de los de su progenitor.

–Un enjambre, mil abajo o mil arriba, puede tener alrededor de cuatro mil abejas, contando los zánganos, aunque le participo que éstos son una minoría y viven poco, justo el tiempo de enjambrar, que las obreras, para Santiago, ya empiezan a matarlos y en agosto no queda uno, que los ve usted negrear, a montones, al pie de las hornilleras. La enjambrazón suele producirse alrededor del veinte de mayo pero, si el año viene bueno, igual se adelanta quince días, y, si viene malo, es decir, sequizo, crudo, sin lluvias, lo mismo no hay

enjambrazón ni en mayo, ni en junio, ni nunca. Ahora, en un año normal, puede haber de una a cinco enjambrazones, depende de las reinas. ¿Conocer a la reina? ¡Y cómo no la voy a conocer! Se la distingue enseguida, que mide más del doble que las otras y tiene así, alrededor del vientre, unos hilillos rojos que no tienen las demás. Por lo general, el dujo de pie, no me pregunte por qué, da más enjambres que el hornillo pero menos miel, que en este punto es más escatimoso a causa del frío. Quia, no señor, no todas las reinas nuevas salen con su enjambre, ¡aviados estaríamos! Las reinas, cuando son muchas, se matan entre ellas antes de salir, y ni siquiera llegan a enjambrar. Pero las que salen son siempre nones, nunca pares, y de acuerdo con ellas van los enjambres: uno, tres, cinco. La primera en salir dicen que es la vieja, no la nueva, reina digo. Y si el enjambre que la acompaña no tiene dispuesto alojamiento, arman un tetón, un racimo grande de abejas, para que me entienda, en la rama de un árbol o en una aulaga, y allí aguardan hasta que uno las echa mano o las emisarias encuentran casa, una grieta en una roca, un agujero en un árbol o vaya usted a saber.

Las hornilleras decoran vaguadas y barcos en los cordales de la cuenca alta del Ebro. En los primeros días del verano el cronista observa en alguna de ellas una gran actividad, mientras en otras los hornillos permanecen muertos, mudos, trasunto del abandono, de la ruina de las vecinas aldeas serranas. La despoblación, la caída demográfica de la Castilla dura, trae consigo la despoblación, la caída demográfica, de sus colmenas:

–¿Coger el enjambre? Eso no tiene dificultad. Yo veo el tetón colgado de un árbol o un espino, agarro la escriña, meto un chamo húmedo por el agujero, les echo un poco de humo y ¡todas adentro! De que entra la reina, todas detrás, no crea que se lo piensan dos veces. Y, una vez en la hornillera, destapo el hornillo, meto la escriña, zarandeo el chamo y ya las tiene usted instaladas. ¿Para hacer humo? Yo con un bote o un puchero con un agujero en el culo me apañé siempre; ponía dentro un poco de lumbre y un poco de paja, yerba encima para que no se cayera, y ¡a soplar! Sin juntar los labios, a ver, de otra manera se abrasa usted los morros. En tiempos del difunto don Manolo, ya empezó el personal a utilizar el aparato ese, el humión, el humeón, o como le digan, pero yo siempre me las apañé con el puchero. Y ni para esto, ni para la faena de cata usé guantes, nunca me gustaron a mí los guantes, son un engorro. Y otra cosa voy a decirle: pocas abejas me habrán picado a mí. Y por una razón bien sencilla: porque me quedo quieto parado, porque no hago aspavientos, que contra más aspavientos haga usted, más han de picarle, que la abeja se piensa que cuando usted entra en su casa pegando manotadas nada bueno estará tramando.

La señora Paulina, discreta, atenta a la conversación, ofrece al cronista un café. El cronista, con esa manía suya de buscar pequeñas soluciones para la maltrecha economía castellana, está echando sus cuentas. Si un hornillo deja quince kilos de miel y el kilo de miel se paga a quinientas pesetas, son siete mil quinientas pesetas por hornillo, luego doscientas hornilleras, de diez hornillos cada una, en las inmediaciones de cada caserío, dejarían limpios siete millones y medio de pesetas, a cada pueblo. Pero, según parece, la cuenta del cronista es la cuenta de la lechera:

–Mire usted, el invierno es muy largo; hay mucho invierno aquí y el frío le hace daño a la abeja, pero que mucho daño, por eso la movilista, de no estar al abrigaño, no rinde aquí lo mismo que en otras partes. Y lo mismo sucede con el dujo de pie. Las abejas pasan frío en él, mueren muchas y la diarrea y el arañuelo las atacan con más frecuencia. Fíjese este año. Yo caté muy tarde, metido diciembre, y las abejas se amontonaban de la parte del sol, al norte no había una, y esto en la pared, en la hornillera quiero decir. De forma que si la cuenca alta del Ebro es buena por la flor, que es mucha y abundante, es mala por el clima. Emigración aparte, yo creo que ésta es la razón de que hoy haya cuatro veces menos colmenas que hace treinta años. Antes, en las vaguadas de Las Hazas había un ciento de ellas, y puede que me quede corto; hoy, no hay ninguna, pero ni una de muestra. Y en los demás vallejos, por un estilo. Porque cuente, además, con los enemigos de la abeja, los cuatro mosqueteros, como yo digo: el ratón, el picarrelincho, el lagarto y el garduño. El ratón horada el hornillo y se come la miel; el picarrelincho hace un agujero y se come las abejas (pero sólo la cabeza, no crea usted, que es muy escogido el pájaro este). Luego el garduño, que no vea bicho más goloso; cuatro hornillos me desbarató el año pasado, pero enteritos, oiga, que no dejó ni un panal. Y, en los dujos de pie, cuidado con el lagarto, que como la abeja sale por bajo, si monta bien el aguardo, en cuatro días acaba con el enjambre. Como verá todo requiere sus cuidos y sus desvelos. Y luego hay que estar sobre ello, mirar los hornillos de vez en cuando y allá para febrero o marzo, si se las ve que andan apretadas, echarlas un poco de comida para que tiren hasta la primavera, que es más bien tardía aquí. Por si fuera poco ahora he oído hablar de una peste que viene de Francia, como la de los conejos, no me acuerdo cómo la llaman. Usted dirá, lo que nos faltaba para el duro. Por lo demás, la calidad de la miel es aquí de primera, aunque el color, el sabor y hasta su consistencia varíen de valle a valle, según lo que la abeja coma. Así, de la parte de Las Hazas y Escanillo, orilla el monte, que abunda el brezo, pues la miel, a ver, sabe a brezo. Hace años, en la Tobaza, la miel era blanca y sabía a tila, porque en la carretera había una ringlera de tilos y la abeja se cebaba en la flor de esos árboles. Aquí,

ya lo ve usted, a menos de medio kilómetro de distancia, que no hay brezo ni tilos, la miel tiene otro color y otro paladar, un gusto, yo diría, a hierbas medicinales: tomillo, lavanda, mejorana, espliego... Casi toda la hierba que hay por aquí es medicinal, con lo que la miel sale más sana y la gente viene a comprarla por eso: porque además de tener un gusto distinto, sienta bien al estómago, e, incluso, a algunos se lo ha arreglado.

Castilla en el Mercado Común

El pueblo, en la provincia de Zamora, no lejos de Portugal, cuenta con quinientos vecinos y mil quinientas hectáreas. Tierra muy repartida, produce la impresión, en perspectiva, de una gran tela remendada a la que aún no hubiera llegado la concentración parcelaria. Salvo la pradera comunal, que irriga en el estío el regato Valdeladrones y cría pacíficas vacas, es terreno flojo, de secano, al que el personal ha redimido, a base de ahorros y sacrificios, con más de un centenar de pozos. Rayano a Fuentesaúco, el pueblo de los garbanzos, el término está mimado como un jardín. El esfuerzo llega al último rincón; no se ven perdidos aquí. Pero a Guarrate, que éste es el nombre del pueblo en cuestión, nadie le ha regalado nada, todo ha sido fruto de la imaginación y tenacidad de sus habitantes. Ellos fueron los primeros en ensayar el girasol como cultivo alternativo hace quince años, y ellos quienes, a base de valor y abnegación, encontraron en el espárrago y el pepinillo, cultivos muy laboriosos, unos recursos agrícolas impensados en Castilla, al margen de la rutina de la remolacha y el cereal. Valor e imaginación que no faltaron a la hora de bautizar con el nombre de Wenefrido a un hijo del pueblo, siquiera el sentido de la economía y el practicismo castellanos lo resumieran en Uve, su letra inicial, nombre con el que hoy es conocido en toda la comarca. Uve de Dios, hombre avisado y resuelto, es el elegido por el cronista para abordar problema tan peliagudo como el de Castilla ante el Mercado Común.

–El cultivo del pepinillo es un trabajo muy duro, no crea, muy exigente, en el que no sólo deja usted los riñones sino también los ojos. Porque el secreto del pepinillo está en no dejarle crecer demasiado, ya que si crece hay que tirarlo, no le vale a usted para nada, ni para forraje del ganado. De manera que hay que bajar a la tierra todos los días, mañana y tarde, si no quiere usted perderlos. Éste es el famoso pepinillo en vinagre, ese que le ponen a usted en los pinchos de los bares, y, según tengo yo oído, nos lo compran para exportarlo a Alemania y otros países de poco sol. Esto significa que, en lo que al Mercado Común se refiere, el pepinillo no va a tener problemas. Ahora bien, la esperanza de Castilla está hoy en el girasol,

ya ve usted qué cosas, un cultivo que hace una docena de años, fuera de las huertas, ni se conocía aquí. Porque, según tengo entendido, el girasol que en España va a cuarenta y siete pesetas se paga en Europa a setenta y cuatro. Queda margen, ¿no? En lo tocante a los demás cultivos, los labradores de Castilla y León lo vemos todo un poco negro. Si acaso, el garbanzo. Pero para el garbanzo no hay maquinaria, no puede meterse la bimadora y entonces el artículo se pone por las nubes. ¿Y qué vamos a decir de la remolacha? Ahí, en esa tierra donde ha estado usted, tenemos un pozo con el agua a ciento ocho metros y nosotros gastamos, para regar media hectárea, un promedio de doscientos litros, o sea, calculando a ojo, ocho mil pesetas diarias, lo que quiere decir que ese pozo habría que cegarle, no es rentable. Y, como el nuestro, la mayor parte de los pozos de la región, porque, como hay que tirarse tres meses regando, a ese precio no hay cultivo que compense. Y ahí está el problema: ¿qué ponemos si quitamos la remolacha? Aquí pensamos que cereales, darle dos riegos nada más y tirar para adelante. Y, como alternativa, el girasol... No sé, mire usted, estamos en un mar de dudas. Nosotros, el año pasado, pusimos ajos y, una vez que los cosechamos, sembramos girasol y, con un par de riegos, después de sacarle los ajos, la media hectárea nos dejó del orden de setenta mil pesetas, que no son de despreciar. Quiero decirle que el girasol se da muy bien, muy bien, en el regadío y, según mi propia experiencia, en contra de lo que dicen por ahí, no esquilma la tierra, que nosotros llevamos sembrándolo diez años seguidos en la misma finca y todavía no le hemos puesto un grano de mineral. Hace tiempo, la alternativa del cereal era la algarroba o la veza, pero como eran muy costosas y rendían poco, ensayamos el girasol, que es lo que tenemos ahora. O sea, el ciclo va de la siguiente manera: trigo (o cebada), girasol, otra vez trigo, y, al cuarto año, barbecho; eso es lo que hacemos nosotros. Y puedo asegurarle que el tercer año da tanto como el primero, que la realidad es que el girasol, sin ponerle abono de ninguna clase, nos ha salvado estos años atrás. Al trigo sí se le abona, pero al girasol ni una pinta, se le dan las labores y nada más. Pero, le estoy hablando del trigo, cuando aquí nadie siembra trigo, que tiene mala salida, sino cebada, pero, a fin de cuentas, es lo mismo. Tanto uno como otra no sabemos cómo van a ir con esto del Mercado Común porque desconocemos los precios de fuera, nadie nos ha informado. El trigo duro suele ir bien pero es un trigo que por aquí no se trabaja, se siembra el semiduro; el duro yo no sé cómo iría, si mejor o peor que en otras tierras, ni el precio que traería, que ésa es otra. La cebada, hasta el día, nos ha dejado un dinero, pero siempre a condición de que la trabajemos nosotros, en explotaciones familiares, porque muchas veces, si medimos las horas, no sacamos ni el jornal base, no da ni para pagar un salario.

Guarrate fue un marquesado que el año 1924 pasó a manos de cinco vecinos de Fuentesaúco. Unos años más tarde, los renteros del viejo marquesado decidieron hacerse dueños de las tierras que cultivaban y pagaron a los propietarios, por pueblo y término, 850.000 pesetas. En aquel tiempo, la tercera parte del terreno era monte de encina y, con los primitivos medios de que entonces se disponía, hubo que desmatarlo para poder ponerlo en cultivo. Esto quiere decir que la tenacidad y el valor vienen en Guarrate de generaciones. Como de generaciones vienen la imaginación y el sentido del humor. Su folclor es único en Castilla. La Fiesta de los Gallos, en la que los nuevos quintos se confiesan en verso ante el vecindario, burlándose de sus propios defectos y degollando su pasado (simbolizado en un gallo) con una espada, tiene, posiblemente, un origen vacceo, celtibérico.

–De patata, nada, mire usted, que la patata de Castilla será buenísima y todo lo que usted quiera pero es un cultivo muy engañoso, que un año va bien y otro, ya lo está usted viendo, hay que tirarla. Y con Europa encima, todavía peor, que yo, la verdad, veo muy dudosos todos aquellos artículos que necesitan agua porque ellos, los extranjeros digo, tienen más. Por esa razón veo también mala salida para los productos de la vaca que aquí, en este pueblo, abunda aunque no sea lo normal en Castilla. En cambio la oveja y, en particular, la cabra, van a ir de perillas, por todo, por los lechales y por el queso, que dicen que tiene mejor gusto que los de allá. Ya ve usted, tengo yo un hijo perito agrónomo que ha andado por ahí, de la parte de Sequeros, en la sierra de Béjar, y dice que allí, la cabra, verdaderas piaras, lo mismo que en Extremadura. Quiero decirle que la gente, aunque nadie le ha dicho nada, ha empezado a moverse. En cuanto a los vinos, a los nuestros, a los de Castilla y León, me refiero, les va a ser difícil competir aunque sean unos vinos de artesanía. Ve, ahí tiene el vino de Toro, un vino dificilísimo, unas cepas centenarias, un paladar que no puede compararse con nada, bueno, pues ese vino, que a mi juicio debería tener futuro, si lo que prima es la cantidad, pues lo mismo se hunde. La cosa no tiene pierde, si una parra francesa le da a usted nueve kilos de uva, mientras que en España la media es de tres o cuatro, y lo ponen al mismo precio, ya me dirá usted dónde vamos a ir. Pero los vinos de Castilla, según lo veo yo, son pura golosina. Toro, Rueda, La Nava, Peñafiel... son vinos extraordinarios que pueden competir con cualquiera, precisamente por su cepa escatimosa, de mosto concentrado. Sería una pena que estas viñas, a lo mejor con ciento treinta años encima, desaparecieran. Porque esto del Mercado Común puede ser eterno pero también puede acabarse mañana, ¿o no? El ministro habla de mejorar pero yo entiendo que estas cepas son inmejorables, y esto se lo discuto yo al ministro y al lucero del alba. Es como lo de arrancar majuelos porque las parras

tienen muchos años. Pues, mejor que mejor, ¿no?, «buen vino, cepa añeja», ya se sabe. Ahora, si lo que buscan es cantidad, entonces me callo, pero para vino esas cepas son insuperables, lo digo y lo sostengo, con la particularidad de que la viña, aquí, está en una tierra floja que, a lo mejor, no va a servir para otra cosa. Resumiendo, mire usted, aquí, en Castilla, el personal está inquieto; más que inquieto, acobardado, no sabe a qué carta quedarse, espera instrucciones. Anoche se lo decía yo a un vecino, un hombre así, de temperamento fuerte: «Desengáñate, Fulano, ahora lo que tenemos que hacer es trabajar más de oído». Y lo que él me contestó: «¿Y quién coños lleva la batuta? Porque aquí nadie dice nada». Y está en lo cierto, oiga, porque lo primero que deberían hacer es decirnos qué hacemos, adonde vamos, qué esperan de nosotros. El personal anda desorientado, créame, que el cartero me decía anoche: «Hombre, mira, yo creo que cuando lo han hecho…». Pero no se trata de que lo hayan hecho o hayan dejado de hacerlo, es que nosotros, a estas alturas, ya deberíamos saber qué quitamos y qué ponemos, qué sembramos y qué dejamos de sembrar, porque aquí, como dice mi vecino, lo que falta es un director de orquesta.

APÉNDICES

APÉNDICE I

Viejas reseñas de cine (1943-1962)

Selección

Deliciosamente tontos

España, 1943. Comedia. Director: Juan de Orduña. Principales intérpretes: Amparo Rivelles, Alfredo Mayo, Alberto Romea, Pedro Barreto.

Se acusa en la cinta estrenada ayer en Pradera mucho del significativo y cacareado paso de gigante de la cinematografía internacional.

De un argumento no excesivamente original, se ha logrado sacar bastante más partido del que podía esperarse.

Abunda la cinta en efectos cómicos sobresalientes y tipos de graciosos perfectamente acoplados y definidos, aunque en ocasiones el buen Riquelme se nos ofrezca un poquitín pesado y machacón.

Brillante la interpretación, sobresaliendo Amparito Rivelles, extraordinariamente fotogénica en algunos primeros planos.

Toda la serie de «graciosos», en sus distintos papeles, consiguen mantener al público en constante carcajada.

Claros fotografía y sonido.

En resumen, una película alegre, amable y entretenida, que no es ello poco.

25 de abril de 1943

Navidades en julio

Christmas in July, Estados Unidos, 1940. Comedia. Director: Preston Sturges. Principales intérpretes: Dick Powell, Ellen Drew, Raymond Walburn.

Por todo no es ésta una película ambiciosa. El tema es fundamentalmente cómico con un revés amargo, ya que la comicidad se logra a costa de la quiebra de un sueño sentimental en el que hemos entrado con alma y vida y del que nos cuesta, aun a los mismos espectadores, desengañarnos. No obstante, la misma ingratitud del enredo es fuente pródiga de una gracia fluida, natural, humana y que cae por completo dentro de la más estricta verosimilitud. (Y no es manco el mérito para una película que busca hacer reír en 1945). Además son otros varios sus valores y bien dignos de estima, por cierto: una interpretación ajustadísima, en la que bordan con primor los principales papeles –llenos de dificultades– Ellen Drew y Dick

Powell, y una fotografía intachable, diáfana y pulcra en todo momento.

Y creo que con lo dicho es suficiente. Dentro de su falta de ambición, *Navidades en julio* es una película lograda, graciosa, limpia y que aplaudiríamos a su final si aquí tuviésemos tan expresiva costumbre.

26 de octubre de 1945

El capitán Kidd

Captain Kidd, Estados Unidos, 1945. Aventuras. Director: Rowland W. Lee. Principales intérpretes: Charles Laughton, Randolph Scott, Barbara Britton, Reginald Owen.

Alrededor de la interpretación de Charles Laughton tiene que girar, forzosamente, toda posible crítica de *El capitán Kidd*. Porque, una vez más, por encima, muy por encima de cualquier otro valor, está en esta película el mérito interpretativo de este gran actor. Sin miedo de exagerar podríamos colgarle a Laughton cuantos adjetivos encomiásticos nos viniera en gana. Nunca pecaríamos por exceso. Nunca. Porque si tal vez le encontramos a primera vista, en esta cinta, hasta un cierto derroche pródigo de facultades expresivas, si profundizamos un poco advertiremos que el cínico desalmado Kidd sólo podría adquirir los acusados perfiles de todo un carácter –torcido, malvado, terrible desde luego– merced a ese juego de expresión con que Charles Laughton nos obsequia constantemente en su mímica, sus gestos e incluso en las inflexiones de su voz.

Tras de este mérito hemos de colocar –y con mayor razón por ser desusado en estas películas de aventuras– el diálogo. Como exige el ambiente donde el asunto se desenvuelve, es fuerte, agrio, cáustico, pero –y aquí la razón de su valía– con un tono de ironía mordaz, de segunda intención, de agresividad rebozada en suave humorismo, que ayuda enormemente a Laughton en su magnífica labor interpretativa.

Lo demás merece poca atención. La trama, muy de aventuras. En su primera parte, sin embargo, el argumento está por encima de la segunda mitad, donde la acción degenera en el novelón auténtico, falso, ingenuo, amañado al gusto de la galería, con un remate excesivo y olvido absoluto de la más elemental lógica. A pesar de ello, el desarrollo se sigue con interés, aun cuando el desenlace se deja adivinar fácilmente.

Bellos y sugestivos los fotogramas de horizontes amplios en contra de los planos parciales, donde se advierte excesivamente el decorado. Fluida la narración y acierto evidente en algunos contrastes de luz. La

interpretación de las segundas figuras, entonada.

21 de abril de 1946

Sargento York

Sergeant York, Estados Unidos, 1941. Drama. Director: Howard Hawks. Principales intérpretes: Gary Cooper, Joan Leslie, Walter Brennan, George Tobias.

Muchas y muy buenas cosas encierra esta película. Sobre el guión, modelo de equilibrio y administración escénica, una interpretación maravillosa y una justeza infrecuente en la conjugación de los diversos elementos técnicos. Argumentalmente no podemos juzgar *Sargento York* como una película bélica más. *Sargento York* tiene mucha más profundidad que todo eso. Arrancando de la génesis –en la cinta– del tipo, un hombre borrachín y pendenciero, y rematando su silueta con su última heroicidad, el sargento, es todo un proceso psicológico ascendente de un hombre campesino que ve, de pronto, derrumbarse, por fuera y por dentro, su sustancial manera de ser ante la vida. El relato de esta evolución está llevado con un ritmo consecuente con la complejidad del tema, matizando las variadas peripecias de la acción con una sutileza y una finura extremadas, arrancando de cada momento cuanto puede dar de sí en ternura, ironía o emoción.

Gary Cooper incorpora un sargento York con una sinceridad conmovedora. Sabe marcar las diversas transiciones espirituales del tipo con su flexibilidad característica. Del inicial pendenciero, al místico intermedio y al héroe final van los correspondientes abismos que Gary Cooper apunta con sólo el recurso de su mímica portentosa. Entonadísimas todas las segundas figuras.

En resumidas cuentas, una película que, por todos los conceptos, es muy digna de verse.

14 de septiembre de 1947

Las campanas de Santa María

The bells of St. Mary's, Estados Unidos, 1945. Melodrama musical. Director: Leo McCarey. Principales intérpretes: Bing Crosby, Ingrid Bergman, Henry Travers, William Gargan.

Lo prodigioso de estas películas es ver cómo de una nadería, de una serie de problemas nimios, intrascendentes, sin necesidad de echar mano de recursos violentos ni pasiones arrebatadoras, se consigue

algo muy grande extraído de la propia inconsistencia y suavidad del argumento, algo tan intensamente humano, real y vivo, que, sin esfuerzo, blandamente, va entrando en el alma del espectador de una manera tan directa, penetrándola tan hondo, que los ojos no pestañean en las dos horas largas de proyección.

No otra puede ser la opinión global de esta realización. Porque el argumento en sí, con un planteamiento, proceso, nudo y desenlace, no existe como tal: no es otra cosa que una serie de anécdotas inefables hilvanadas única y exclusivamente en el simple hecho de que todas van a verter en el alma de unos mismos protagonistas. Viendo este film uno evoca sin querer otra gran película de la pasada temporada: *Siguiendo mi camino*. Entre las dos hay algo más que un simple parentesco de género. Existe un algo que les es común no sólo en lo sustancial, sino en la exposición misma. Si prescindimos del cura viejo y en su lugar colocamos una monja, veremos que el paralelo no es un simple capricho. En ambas la razón del tema estriba en la disparidad de criterio frente a los elementales problemas de la vida, sin que esa disparidad implique rivalidad intrincada ni mucho menos discrepancia de fin. Las amigables componendas entre una y otro originan, en *Las campanas de Santa María*, un sinfín de sabrosísimos incidentes expuestos con sutil delicadeza y una tan fina sensibilidad, que agota en todo momento las posibilidades psicológicas, emotivas y cómicas de cada escena, cada situación y cada plano. Todo está arropado con un cuidado meticuloso, una minuciosidad extremada. Desde que penetramos en el convento en compañía del padre O'Malley, el ambiente está conseguido, notamos dentro el clima, un tanto tibio y alegre, de la organización monjil –pausado, ingenuo, inefable–, que termina de ser sólidamente apuntalado con la exacta y expresiva escena del gato con el sombrero. Tal vez sea este fiel reflejo del ambiente, esta manera de entrarnos por el detalle más nimio o insignificante, lo que revela con mayor exactitud la pericia y competencia de un realizador.

Maravillosa la interpretación de Ingrid Bergman en todo momento; difícil y exacta en cada reacción y cada gesto. A su lado cumplen los demás, aunque un poco desdibujados por la contundencia expresiva de aquélla. Muy adecuados todos los elementos técnicos.

En fin, una gran película por cualquier lado que se la mire. Y sobre todo un gran sedante para los nervios, tensos ya a fuerza de complejos enervantes, temperamentos agrios y mentalidades obsesivas.

5 de diciembre de 1947

Vivir en paz

Vivere in pace, Italia, 1946. Bélica. Director: Luigi Zampa. Principales intérpretes: Aldo Frabrizi, Mirella Monti, Heinrich Bode, John Kitsmiller, Ernesto Almirante.

Estamos ante una espléndida muestra de cine italiano de la posguerra. Con *Vivir en paz* la cinematografía latina ha conseguido su más perfecta obra de arte. Tal vez sea preciso llegarse a ella para hallar la película bélica que echábamos de menos, la película bélica con personalidad: esa película que nos mostrase todos los horrores de la contienda, sin enseñárnosla, escamoteándonosla, haciéndonosla gravitar, tan sólo, como una negra amenaza sobre la apacible quietud de un pueblecito de la retaguardia. Seguramente este fondo de un simplismo elemental, tranquilo en medio de tantos horrores, es la mejor piedra de toque con que podía soñarse para hacer más ostensible el drama, para que el latigazo sangriento, que acaba quebrando la serenidad paradisíaca de este escenario, se hiciera más evidente y estremecedor.

El asunto, de una inmensa profundidad humana, está expuesto y narrado con una sinceridad incisiva que acaba mordiendo hasta en el ánimo más superficial y vano. Sinceridad en los caracteres inefables que dan vida a la acción, en el conflicto que se adensa a medida que el pueblo entero va haciéndose cómplice del descubrimiento de los dos evadidos; sinceridad a chorros en los escenarios naturales de impresionante belleza en que la cinta se ha rodado; sinceridad en diálogos y expresiones; sinceridad, en fin, en cuantos diversos elementos se han conjugado para dar a luz esta bella creación de la cinematografía europea.

La parte técnica recuerda con extraordinaria eficacia los indudables aciertos argumentales del film. (Hay planos, en él, de una tan elocuente plasticidad que las palabras sobran; donde toda la emoción del momento se absorbe por los ojos). La interpretación, adecuadísima y precisa por parte de todos los componentes del nutrido reparto. Una película, en resumidas cuentas, que supone un soberbio triunfo del cine latino.

9 de abril de 1948

Tres espejos

España, 1947. Policiaca. Director: Ladislao Vadja. Principales intérpretes: Mari Carrillo, Paola Bárbara, Rafael Durán, Virgilio Teixeira.

En Juan Vilaret, en su fácil, humana y flexible interpretación, se

encierra la mejor virtud de *Tres espejos*. El, para mí, nuevo actor cinematográfico da en esta película una sencilla lección de lo que significa dar vida a un personaje sin estridencias ni desorbitaciones, con la difícil facilidad de expresar lo que siente, sin excesos mímicos ni recursos antinaturales. En su inalterabilidad aparente, en su presencia física calmuda y adiposa, en su tono de voz persuasivo y melifluo, se concentra un mundo de posibilidades expresivas que dará mucho juego en el porvenir del cine español.

La película, sin llegar a la altura de las grandes producciones, evidencia una habilidad poco frecuente en nuestro cine tanto en lo atañedero al guión como a la exposición y desarrollo. Es sin duda, hasta el día, la mejor película española de tipo policíaco. Nada importan algunas contradicciones demasiado ostensibles, ni la presencia de algunos tipos, que sobran y enervan, con los baches que sus intervenciones ocasionan, el vigor argumental. Éstos son pequeños lunares que no bastan para eclipsar la buena calidad de la cinta en general ni sus concretos sobresalientes méritos.

Muy certeros los elementos técnicos, colaboran adecuadamente al logro del film. Es lástima que el fondo demasiado turbio de *Tres espejos* no la haga recomendable desde el punto de vista moral.

1 de mayo de 1948

Cuatro pasos por las nubes

Quattro passi fra le nuvole, Italia, 1942. Comedia. Director: Alessandro Blassetti. Principales intérpretes: Gino Cervi, Adriana Benetti, Giuditta Rissone, Carlo Romano.

Con *Cuatro pasos por las nubes* la cinematografía italiana confirma la excelente factura, evidenciada ya, recientemente, en *Vivir en paz*. Destacan aquí, como en aquella película inolvidable, esas virtudes magníficas del cine latino que nos llevan a «vivir» del todo las incidencias de la fábula. Otra vez esa abundancia estrepitosa de tipos pintorescos, pero sinceros y humanísimos; de nuevo la sensibilidad latina matizando las situaciones, los caracteres, los planos elocuentísimos y expresivos; otra vez la sinceridad rural de la ambientación, el ingenio, la fluidez y la riqueza jugosa de los diálogos. Todo colabora, en fin, en *Cuatro pasos por las nubes* a brindarnos una película muy grata e interesante, donde la moraleja final –la intransigencia derrotada– atenúa lo que de inaceptable, dentro de lo humano, tiene el tema.

5 de junio de 1948

La calle sin sol

España, 1948. Policiaca. Director: Rafael Gil. Principales intérpretes: Amparo Rivelles, Antonio Vilar, José Nieto, Mary Delgado.

Me será permitido hacer una distinción tajante entre los dos primeros tercios y el último de la película. Ello es absolutamente necesario si queremos poner a un lado lo que de bueno y muy bueno tiene este film español y la parte que tiene de censurable. En esa primera parte no pueden negarse la agilidad, el nervio, la gracia y el equilibrio al argumento y la exposición. Tras esa serie de escenas mudas de gran fuerza plástica y expresiva con que la cinta se inicia, hasta que el protagonista nos descubre su identidad, *La calle sin sol* es una película fácil que se desenvuelve lógicamente, por sí sola, con un dinamismo muy cinematográfico y bien graduado, y en que el interés se sostiene con recursos verosímiles y naturales nacidos, sin retorcimientos, del mismo meollo de la trama. Después la cinta cae y no por falta sino por sobra de acontecimientos. Los hechos se acumulan, el folletín surge al primer plano con una fuerza avasalladora, los convencionalismos se apilan entreverados con las absurdidades más inadmisibles, todo en servicio de un grato desenlace que puede tener de feliz lo que le sobra de artificioso, retorcido y anormal.

Esto no es óbice para que reconozcamos las virtudes de esta película. A las mencionadas es preciso añadir la apropiada ambientación, exacta y sincera, siempre con ese pintoresquismo bajo, turbio y, a ratos, asfixiante del Barrio Chino barcelonés; los jugosos, certeros y españolísimos diálogos y una interpretación flexible y convincente en los principales papeles –Amparo Rivelles mucho más dúctil y expresiva que en anteriores films suyos. Y reiteremos, porque ello es una de las características más acusadas de la película, el ritmo fluido, fácil y vertiginoso con que Rafael Gil ha sabido desarrollar en imágenes este interesante argumento de Miguel Mihura. Moralmente *La calle sin sol* no es limpia.

20 de noviembre de 1948

Berlín exprés

Berlin Express, Estados Unidos, 1948. Suspense. Director: Jacques Tourneur. Principales intérpretes: Merle Oberon, Robert Ryan, Charles Korvin.

Partamos de la base de que esto –*Berlín exprés*– es cine auténtico; es decir, un relato cuyo esencial medio de expresión es el lenguaje de las

imágenes. Y hasta tal punto es esto así que los diálogos y el soliloquio explicativo que durante su primer tercio acompañan a la cinta resultan totalmente superfluos.

Esto por delante, añadamos ahora que la película –encajada en el género de espionaje– es interesante de cabo a rabo. El espectador se siente envuelto en el ambiente tenso del tema desde los planos iniciales y ya no le abandona hasta el final. Hay, es verdad, a raíz de la escena del tiroteo en la cervecería, un desmayo evidente en el film y un notorio retorcimiento de lo verosímil para dar lugar, seguramente, a que la cinta se prolongue un poco y alcance unas normales dimensiones. Esto se advierte enseguida, mas no es defecto considerable al lado de tan ostensibles virtudes. Sin duda, lo mejor de todo es el viaje de París a Frankfurt a bordo del *Berlín exprés*. La atmósfera de reticencias y recelos del siniestro presentido y que no acaba de surgir es de una sinceridad estremecedora. Y es aquí, en esta fase, también, donde la cámara se juega con mayor precisión y donde el espectador se aturde un poco, agobiado por la abundancia de imágenes.

No olvidemos tampoco el valor documental de esta cinta. Nada hasta hoy nos dio la sensación desoladora tan completa como ese Frankfurt y ese Berlín, exhibidos aquí con descarnada crudeza. Como llamada a la paz bastan esas elocuentes cicatrices; estimamos superflua la parrafada final y grotesca, con la realidad a la vista, esa alianza anglo-franco-ruso-yanqui en favor de la paz. Y a fin de cuentas, esos alemanes resistentes, diseñados con perfiles tan siniestros, son, ni más ni menos, tan héroes como aquellos otros resistentes franceses que hoy se jactan de ser los salvadores de Francia.

12 de marzo de 1949

Cayo Largo

Key Largo, Estados Unidos, 1948. Drama. Director: John Huston. Principales intérpretes: Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Edward G. Robinson, Lionel Barrymore.

El público se sorprendió ayer al tropezarse con una cinta reposada, lenta, de minucioso delineamiento de caracteres en contra de lo que su título, el reparto y los eslóganes propagandistas hacían presumir. No es la acción, el dinamismo, los horizontes abiertos, la característica de este film, sino todo lo contrario. De nuevo asistimos a la experiencia del escenario único (con una limitación de espacio puramente teatral). En él se mueven una serie de figuras hábilmente

trazadas, pero cuyos parlamentos resultan excesivos y muy escasa la acción. El director ha jugado con el público; prolonga el estallido que se presiente hasta los metros finales: se recrea en fingir que algo va a pasar para luego no pasar nada; mantiene embotellada la acción intencionadamente y así la angustia, la tensión va ganando a la sala; la atmósfera se carga por momentos mediante una atinada y constante fricción de los tipos que, en última instancia, rehúyen el choque definitivo.

El juego de caracteres, sus reacciones –que los definen con toda claridad–, están hábilmente entremezclados; logran despertar el interés sin que, justo es reconocerlo, éste llegue a ser apasionante en ningún momento, si exceptuamos el desenlace. Es ésta, pues, una buena película de estudio, conscientemente morosa, bien hecha y perfectamente interpretada por un selecto grupo de actores, entre los que descuellan Humphrey Bogart, Robinson y Barrymore. Y tratándose de una cinta de gángsteres podemos estimar su desarrollo como un experimento plausible, acertado y original.

14 de enero de 1945

Belinda

Belinda, Estados Unidos, 1948. Drama. Director: Jean Negulesco. Principales intérpretes: Jane Wyman, Lew Ayres, Charles Bickford, Agnes Moorehead.

Ante películas de esta envergadura, el crítico suele enfrentarse con el problema de no saber por dónde empezar los elogios. Desde luego esto, por su rara frecuencia, constituye un dilema agradable. Se ha estrenado *Belinda* y diré, de una vez para librarme de este peso de perfección, que aún me abruma, que ante ella se experimenta ese escalofrío indefinible que sólo produce la obra de arte madura, quintaesenciada y plena. A mi modesto entender, *Belinda* es una obra conseguida, absoluta, rotundamente lograda.

No puede discutirse, por evidente, la sustancia melodramática, folletinesca, que impregna su argumento, pero esto, para mí, lejos de ser un defecto, representa un mérito más al constatar con qué dignidad, con qué maravillosa objetividad se ha orillado la atracción constante de lo lacrimoso y sensiblero para llevar la acción a un terreno sólido, duro, de una dureza de pedernal que, a veces, sobrepasa los límites de la más descarnada crudeza. El problema y su raíz son indiscutiblemente folletinescos, pero los vuelos, la humanidad, la emoción que trasciende de *Belinda*, truncan el curso plañidero y fácil para fijar la obra en una línea sobria y fuerte y…

tierna también, mas sin concesiones ni blandenguerías: una línea severa, excesivamente desgarrada en ocasiones.

El despertar a la vida de la sordomuda es de una perfección indecible. Ello, a fin de cuentas, constituye el tema entero y el proceso de trasmudación de Belinda, el paulatino desgarramiento de la costra que hasta entonces la ha mantenido herméticamente cerrada y que, por un lado, le permite ir abriéndose a la vida, y, de otro, mostramos las incipientes vibraciones de su alma, seca y virgen hasta entonces, da ocasión a Negulesco –genial director de *Belinda*– a forjar un poema, si desgarrado a veces, de una patética y conmovedora ternura siempre. Y junto a Belinda, ese plantel de tipos humanos, de una pieza, que la rodea y que tan certeramente coopera a hacer de este film una auténtica obra de arte.

Bueno será, a la hora de calibrar las excelencias de la película, dar a Jane Wyman lo que le corresponde. Rara vez se ha dado a un personaje cinematográfico un papel tan erizado de obstáculos como éste de sordomuda que Jane Wyman encarna en *Belinda*, y rara vez, también, ha existido una adecuación, una compenetración tan total y convincente y perfecta como la de Jane Wyman con su ficción. No puede caber mayor dominio, mayor justeza y elocuencia con unos medios de expresión tan limitados. El rostro de Jane Wyman es un espejo fiel donde el penetrar de la vida, la fecundación de un alma va reflejándose gradualmente, con una inusitada ponderación de matices, en una suave, modulada, equilibrada transición. Algo, en fin, que los adjetivos son reacios a expresar. Recordemos a este efecto, como momentos culminantes, la reacción de la sordomuda ante el anuncio de su maternidad, la oración ante el padre muerto, la instintiva defensa del hijo... Resulta difícil, en una palabra, imaginar una sensibilidad artística más cabal y desarrollada. Jane Wyman demuestra en *Belinda* que en el cine, en el buen cine, sobran las palabras.

Sería interminable esta reseña si reparásemos en todos los méritos que *Belinda* reúne. Anotemos, para terminar, la estupenda actuación de todas las segundas figuras, la elocuencia de la cámara, la belleza magnífica de los exteriores –en escenarios naturales–, la precisión de los diálogos, la ajustada sintonización de los fondos musicales y cuantos elementos han cooperado a la consecución de esta película.

Moralmente, por su bronca y desgarrada violencia, *Belinda* sólo es apta para personas de sólido criterio.

23 de abril de 1950

Una hora en su vida

Prima comunione, Italia, 1950. Comedia. Director: Alessandro Blasetti. Principales intérpretes: Aldo Fabrizi, Gaby Morlay, Ludmilla Dudarova, Lucien Baroux.

Como latinos, debemos congratularnos de que en estas cosas de cine sean los italianos quienes hayan llevado el gato al agua, es decir, quienes hayan sacado a la cinematografía mundial de un crítico y peligrosísimo punto muerto. Nadie osa discutir que el cine americano logró en los últimos años obras muy dignas y estimables. Mas, precisamente en eso, acechaba el peligro. El cine encontró sus roderas –cómodas, populares, económicas roderas– y en fuerza de rodar sobre ellas resultaba cada día más difícil enmendar la dirección, buscar fórmulas nuevas o, al menos, que cada pueblo viese en el cine un medio de expresión nacional, propio e insobornable, donde se reflejara el alma y virtudes y características de una raza con honradez y fidelidad. Y sobre todo que cada cual enfocase sus problemas desde un ángulo privativo y peculiar, característico.

Tal es la orientación italiana en los últimos tiempos. Llamemos su receta neorrealismo o realismo a secas, lo fundamental y lo importante es que el cine italiano ha encontrado su fórmula de expresión, una fórmula, por otro lado, que estaba aguardando ahí, a la vuelta de la esquina, al alcance de todas las fortunas, precisamente porque a ella le sobran estudios, escayola, pelucas y guardarropía, una fórmula cuyos soportes fundamentales son la veracidad y la sencillez.

Del hecho de exponer las cosas tal cual son, como las vemos cada día en cualquier calle de cualquier ciudad, surgieron películas tan asombrosas y fundamentales como *Vivir en paz, Cuatro pasos en las nubes*, la inolvidable –e ingratamente incomprendida aquí– *Ladrón de bicicletas* y, ahora, esta maravillosa muestra de equilibrio artístico y de buen gusto que es *Una hora en su vida*.

Verdaderamente en estas cintas el tema es secundario. La cuestión es acertar a comunicar su latido, su calor humano, al espectador, con los recursos más simples y elementales posibles; saber conjugar la acritud y la ternura o el júbilo y el dolor, el hastío y la esperanza, porque todo eso es la vida y lo que está detrás de la vida, y es la vida y lo que está detrás de la vida lo que interesa y emociona y conmueve a todos los hombres del mundo.

¿Qué más da una bicicleta robada que un traje de primera comunión extraviado? ¿Qué más da, si a fin de cuentas se nos mete el problema en el alma y se nos hace partícipes de un drama latente, que por minutos nos acucia con mayor vigor?

Alessandro Blasetti nos vuelca el problema del infeliz egoísta Carlo Carlonne con una exactitud, una humanidad, un amor por los leves pormenores y las pequeñas cosas, un sentido del humor tan incisivo y

discreto, una comicidad tan fina; unos quiebros tan conmovedores de ternura, unas vivaces y elocuentes evasiones a lo que pudo ser o a lo que fue, un ritmo cinematográfico tan medido, seguro y escueto, un apurar los recursos expresivos de la imagen y, en fin, con un cuadro de intérpretes tan prodigiosos e imbuidos de su condición de pequeñas partes en el todo, que el resultado no puede ser otro que este modelo de armonía, gracia, tacto y equilibrio que es *Una hora en su vida*. Y, por si poco fuera, ahí queda, siempre viva y nunca expresada, esa sana moraleja, esa llamada a la solidaridad de todos los hombres y cuyo más feroz enemigo es el egoísmo, que brota como un lamento de cada plano del film.

25 de marzo de 1951

Las zapatillas rojas

The Red Shoes, Gran Bretaña, 1958. Drama musical. Directores: Michael Powell y Emeric Pressburger. Principales intérpretes: Anton Walbrook, Marius Goring, Moira Shearer.

Entiendo que esto es belleza pura, un limpio y decantado recreo de los sentidos, al margen de lo que hasta aquí –con sus recursos arguméntales puramente subjetivos, con resortes emocionales ajenos a lo externo– hemos considerado como película. En este caso la película es ostentación, vistosidad, graciosa y equilibrada mezcla de ritmo, cadencia, luz y color, sin que el tema propiamente sea algo más que una mera e inocua disculpa.

Mas entendamos que en este caso la cinematografía no se ha limitado a filmar un espectáculo coreográfico al uso, sino que ha apurado las posibilidades que el cine brinda para evadirse –en estos maravillosos vuelos de la fantasía que son los *ballets*– de esa torturante limitación de lugar, cuya cicatería merma o destruye en multitud de ocasiones la grandiosidad de un espectáculo de este tipo. En *Las zapatillas rojas* no hay que decir que se ha hecho del *ballet* un maravilloso espectáculo cinematográfico, en el que las figuras, la danza, la composición adquieren el máximo realce, la más expresiva, eficaz, rotunda plasticidad. Gracias al cine son posibles también esos contundentes contrastes de luz, esas luminosas interpolaciones de color, esas limpias, poéticas metamorfosis a los ojos del espectador que hacen de *Las zapatillas rojas* un espectáculo alucinante, ajustado y fantástico, en el que el *ballet* alcanza unos límites insospechados de eficacia.

Al logro de esta armonía cooperan en buena parte unos fondos orquestales soberbios, una hábil dirección, unos bailarines de

primerísima fila y un tecnicolor que, si no sincero, sí colma una finalidad imprescindible en una película en la que el cromatismo, el resorte puramente sensual, es el principal protagonista.

29 de abril de 1951

Oliver Twist

Oliver Twist, Gran Bretaña, 1948. Drama. Director: David Lean. Principales intérpretes: John Howard, Alec Guiness, Robert Newton, Kay Walsh, Anthony Mewley.

Prescindiendo de los tonos sombríos y la índole melodramática de un argumento universalmente juzgado, hay que reconocer que la versión cinematográfica de *Oliver Twist*, una de las grandes novelas de Carlos Dickens, se ciñe con encomiable fidelidad al patrón literario y nos traslada con notable verismo plástico al ambiente londinense que con tal genial maestría reflejó su autor. Dos razones de suficiente peso para catalogar *Oliver Twist* entre las buenas películas de esta temporada.

En el primer aspecto, la condensación argumental se ha efectuado con sutil ponderación de valores, conservando lo que hay de fundamental en la sombría peripecia vital del niño Oliver y prescindiendo, en hábil poda, de aquellas frondosidades puramente literarias sobre las que resultaba inoperante toda tentativa de traducción plástica. De este modo el *Oliver Twist* película resume toda la fuerza y el aliento y la humanidad que Carlos Dickens infundió a su inmortal novela.

De otro lado, es decir, en lo que atañe a la recreación de un ambiente, el trazado y encarnación de unos tipos, unas calles y un modo de vivir, la película sigue también las directrices del más puro sabor dickensiano. David Lean, su experto director, ha sabido concentrar en ella todo ese mundo de violentos contrastes, de opulencia y miseria, de absoluta maldad y absoluta bondad, de dureza y sentimentalismo, peculiares de las creaciones de Dickens. Y también transmitirnos la sensación de ese Londres húmedo y triste, donde pulula una fauna pintoresca y estrafalaria, y viven y progresan unas instituciones benéficas miopes y cicateras. Dickens, en una palabra. Fidelidad a la que no es ajena la adecuación lírica de los personajes, así como su interpretación, extraordinaria en el niño John Howard encarnando al protagonista. En resumidas cuentas, *Oliver Twist* es fiel a *Oliver Twist* y David Lean es fiel a Carlos Dickens. No puede pedirse más a la adaptación cinematográfica de una novela universalmente famosa.

27 de mayo de 1951

Un hombre va por el camino

España, 1949. Drama. Director: Manuel Mur Oti. Principales intérpretes: Ana Mariscal, Fernando Nogueras, Pacita de Landa, Julia Pachelo.

Mur Oti ha dado, efectivamente, con *Un hombre va por el camino* un paso audaz y, a mi entender, significativo para nuestro cine. Si en el amplio panorama internacional *Un hombre va por el camino* no sugiere una nueva fórmula, sí lo hace de fronteras para adentro. Es más, a mi juicio, esta película enseña lo que el cine español debe ser y, probablemente, lo único que, de momento, puede ser el cine español.

Un hombre va por el camino está, sin duda, emparentado con el admirable neorrealismo italiano: parentesco ostensible en todos los detalles y matices del film, aunque cada detalle y matiz refleje, no menos, un insobornable y auténtico españolismo. Mur Oti ha conseguido, al fin, prescindir de pelucas empolvadas, heroicos episodios de nuestra historia y argumentos decimonónicos; ha logrado lo que, al parecer, no era posible conseguir en nuestra patria: llegar al espectador sin gastarse un puñado de millones de pesetas. Sólo por esto ya merecería Mur Oti el aplauso y su película ser destacada. Pero hay más en *Un hombre va por el camino*. Sus calidades poemáticas cobran a veces insospechadas alturas y la emoción –una emoción simplicísima, limpia y sincera– se logra a base de unos recursos puramente cinematográficos, en virtud de unas imágenes que se alzan como supremo valor del film, con la consiguiente y natural postergación de esos resortes que en cine han de tener un lugar secundario. Y ello es lo que más se evidencia en este film de Mur Oti, en el que sólo ese final, con inaudita acumulación de peripecias –que quiebran desdichadamente su limpia trayectoria poemática–, malogra: una ponderada estimación de valores y una fina sensibilidad. Ambas cualidades al servicio de una pura y decantada obra cinematográfica.

10 de junio de 1951

El limpiabotas

Sciuscià, Italia, 1946. Aventuras. Director: Vittorio de Sica. Principales intérpretes: Franco Interlenghi, Rinaldo Smordoni, Angelo d'Amico, Anniello Mole.

El limpiabotas es, por de pronto, un valiente y profundo alegato contra

el sistema correccional de menores seguido en Italia. En este sentido esta nueva película de De Sica recuerda al Dickens combativo, el de la injusta justicia y los correccionales corruptores, aquellos antros donde «el bueno se hace malo y el malo se hace peor». Con todo, su declarada intención a priori le resta fuerza moralizadora; otras películas italianas, a mi juicio, sin tanto pronunciamiento explícito, alcanzaron en este aspecto mayor eficacia. En cuanto al alcance de la película, aun expresamente limitado a la infancia abandonada de la posguerra, va evidentemente mucho más lejos. En *El limpiabotas* hay algo más que una infancia abandonada. Hay en ella demasiados funcionarios venales, demasiados abogados tramposos, demasiados padres insensibles como para que aceptemos sin más aquella definición tan concreta. De Sica ha apuntado en *El limpiabotas*, ni más ni menos, el grave colapso moral que amenaza a todo un gran pueblo.

Como película, *El limpiabotas* está acogida a la expresiva fórmula italiana del neorrealismo y, como en sus predecesoras, hay en ella una marcada predilección por lo bajo y popular. Es ostensible en el film ese doble juego de la nueva escuela, donde bajo un alarde pirotécnico de ironías y sarcasmos, casi grotesco, se esconde una angustia sorda, un drama en carne viva. Late en ella una profunda preocupación social, expresada con esa viveza latina tan directa e hiriente. Esa larga galería de muchachos, tan prodigiosamente captados en su humana reacción, resulta de una aplastante elocuencia a este respecto.

La narración está hábilmente llevada, salvando el duro escollo de la monotonía a que se prestaba la vida en el reformatorio. Magnífica la interpretación, hecho doblemente meritorio tratándose de una película superpoblada y en la que una mayor parte de los intérpretes son muchachos de corta edad. La lección, si amarga y desgarrada, pudo resultar igualmente eficaz sin los toques sombríos del desenlace. Aquí podría decir que si, a mi ver, *El limpiabotas* queda artísticamente por debajo de *Ladrón de bicicletas* y *Nápoles millonaria*, aun siendo una buena película, no es por defecto, sino por exceso.

29 de noviembre de 1952

La Cenicienta

Cinderella, Estados Unidos, 1949. Animación. Director: Walt Disney.

Contemplando las películas cortas de Walt Disney uno piensa inevitablemente en las películas cortas de Charlot. En las aventuras de Mickey o de Donald existe un parentesco con las peripecias de Charlot. Este parentesco viene dictado, más que por la similitud de incidencias cómicas, por el trasfondo de humanidad que palpita lo

mismo en las grotescas desventuras de Charlot que en los reveses de los monigotes de Disney. Esto quiere decir que en arte el genio sólo tiene una manifestación, tanto si se opera con hombres de carne y hueso como si se opera con muñecos.

Éste es el caso de Disney que, ahora, con la expresión animada del fantástico relato de Perrault, alcanza éxito parejo, por no decir superior, al de sus anteriores producciones de largo metraje. Y precisamente el éxito no está en la animación de una peripecia de todos conocida, sino en el fantástico aderezo de Walt Disney, en su poética recreación de la Cenicienta, a base de detalles de franca comicidad y desbordada imaginación. Escenas tan maravillosamente logradas como la multiplicación de Cenicienta en las pompas de jabón o la rutilante intervención del hada desmemoriada, con las metamorfosis posteriores, así como la aguda contextura de los tipos –el rey (¿el Pequeño Rey?), el gran duque, Lucifer (el gato egoísta), así como los ratoncitos Jack y Gus– no se olvidan fácilmente. Todo constituye una armonía, armonía aún más asombrosa si consideramos el gran número de voluntades y actitudes que Disney ha de sincronizar y coordinar para conseguirla. En suma, una de esas obras de muchos que por su fluidez y exquisito equilibrio parece obra de uno solo.

La música y el color son dos personajes más, perfectamente dosificados, en esta película que es una verdadera suma de aciertos.

21 de diciembre de 1952

Brigada 21

Detective Story, Estados Unidos, 1951. Policiaca. Director: William Wyler. Principales intérpretes: Kirk Douglas, Eleanor Parker, William Bendix, Lee Grant.

La primera sorpresa que depara *Brigada* 21 es que, pese a su título y a ser una película llena de policías, no es una película policíaca, propiamente dicha. A ver si nos entendemos: en este film lo policíaco actúa en función de lo humano, de forma que el interés arranca de lo genérico y no de lo específico. Tanto valdría, en consecuencia, que esta película se desarrollara en una comisaría neoyorquina, como en la antesala de un dentista. Los problemas individuales que plantea no se estiman tanto en razón de su raíz delictiva cuanto en la de su veraz raíz humana.

Esto, por primera providencia. Tampoco vamos a decir que la fórmula adoptada aquí era inédita, pero sí que el director del film se ha creado la misma dificultad de John Ford en *La diligencia* o que los directores de *Náufragos* y *Claudia esposa moderna*, por el puro recreo

de resolverla. *Brigada 21* es película con problema y, lo que ya es más importante, con problema brillantemente resuelto. Claro que nos referimos a la limitación de escenarios, que si en las anteriormente citadas películas se redujo a un carromato, un barquichuelo o un sofá, respectivamente, en *Brigada 21*, salvo brevísimas evasiones, se reduce a un despacho de policía. Ni esto, ni la acción zigzagueante, con la correspondiente sustitución de personajes, son sistemas nuevos, aunque el hecho de su infrecuente uso ya habla por sí solo de las dificultades que implica.

Otra sorpresa, y no desdeñable, es que una película tan estrictamente ceñida produzca la impresión de variedad y dinamismo. Esto ya da idea de un inteligentísimo control técnico. Es verdad que la dirección del acreditado William Wyler opera sobre un guión modélico, pero ello no resta méritos a un director que ha sabido jugar con la cámara, buscando en todo momento la mayor intensidad expresiva. A ello coadyuva el trabajo de los intérpretes, magnífico, de rara perfección hasta en las figuras episódicas. Los tipos que encarnan, de veraz contextura humana, diríanse arrancados de las mejores páginas de un Saroyan o un Steinbeck. ¡Qué gran sensación de realidad comunican la ingenua maldad de la ladronzuela, el impensado mal paso de Arturo o el perverso y achulado refinamiento del estrambótico Charles! Son, todos ellos, personajes de una pieza, definidos con economía de medios, pero con certera elocuencia. Y en esto, precisamente, estriba el secreto de la maestría en la expresión.

William Wyler ha huido como de la peste del acomodaticio convencionalismo a que son tan dados sus colegas americanos. *Brigada 21* es consecuente en su trayectoria. Aunque tal vez el público agradeciera más que el film se cerrase con la reconciliación del matrimonio. Wyler apura el cáliz porque ello se acomoda más a la lógica, aunque sea doloroso. Aquí pudo tropezar el film pero tampoco tropezó. Ello quiere decir que *Brigada 21*, aun siendo una película difícil, está resuelta con inteligente, excepcional gallardía desde el principio hasta el fin.

14 de enero de 1953

Un americano en París

An American in Paris, Estados Unidos, 1951. Musical. Director: Vincent Minelli. Principales intérpretes: Gene Kelly, Leslie Caron, Oscar Levant, Georges Guétary.

Antes que los aciertos fragmentarios y la calidad de los elementos que aquí entran en juego, y que han sido subrayados con sendos Óscares,

conviene resaltar, la unidad de la composición. Una suma de aciertos parciales no implica un acierto total, de la misma manera que una combinación de facciones perfectas no nos da ineluctablemente un rostro hermoso. En *Un americano en París* se opera con una serie de factores de primera magnitud, cuya disposición y jerarquía constituyen el verdadero problema de la película. Y es aquí, precisamente, en esta gradación de valores, en este cálculo minucioso del vigor y amplitud asignados a cada elemento, donde *Un americano en París* nos proporciona la medida de su calidad. Ya es raro, pongo por caso, que en una película musical, como es ésta, la partitura no devore a la imagen, bastardeando así la esencia cinematográfica del film, sino por el contrario, el fondo musical, con toda su intensidad y sugestiva factura, no pasa de ser un fondo, sin rebasar jamás su rango complementario. Es así como la música cabe en el cine porque sólo el cine es capaz de hacer plástica una sinfonía con todos los riesgos que el hecho envuelve. La sintonización del movimiento al compás ya es el ritmo, ajeno a la imagen, pero en el caso concreto de *Un americano en París* coopera igualmente a pulir la brillante armonía del conjunto.

Es claro que en este tipo de películas el asunto no se valora sino como portador de oportunidades coreográfico-musicales. En este sentido, el tema es un mero soporte que no vale tanto por sí, cuanto por las ocasiones propicias que brinda a la fantasía del realizador. En la película que comentamos, aparte su incontenible simpatía, el argumento «sugiere» no pocas evasiones de la imaginación, y cuando no las sugiere nos ofrece una visión de París por demás pintoresca y grata. Mas el nervio del film reside en esas evasiones de que hablamos, precisamente porque en ellas se opera esa conjunción de luz, música, ritmo y color, que la justifica como tal obra de arte. Así, señalando con el dedo, aunque no esté bien visto, el sueño alucinado del concertista que desconfía en los propios méritos; la mascarada estudiantil en blanco y negro, o la poética transcripción en imágenes vivas del desengaño amoroso del pintor a través de una rosa roja. Son los citados los momentos culminantes del film, en servicio de los cuales existe el resto. Y si todo merece elogios, hemos de parar aquí especialmente la atención, tanto por la idea que nutre los *ballets* como por su desarrollo, cuidado hasta la minucia, lo mismo en el aspecto musical que en el de la coreografía, la escenografía o la indumentaria. La aleación está pulcramente equilibrada y en su vibración ardiente, intensa, vagamente delirante, hay algo de la fogosa manera de Falla.

Es *Un americano en París* una de las películas que permiten entrever las inmensas posibilidades del cine. Tras su goce estético, al espectador le agarra la sensación de hallarse ante un filón –el cine– a medio explotar. Por no tomar tampoco aquí más que un botón de muestra, reparemos, a vía de ejemplo, en el papel confiado al color en

este film. No al color como medio de humanización –el tecnicolor sigue siendo irreal– sino a todo lo contrario, como procedimiento de deshumanización, como ayuda para fugarnos de lo real e insinuar un clima de pesadilla o delirio, pongamos por caso. El contraste cromático constituyeren el cine en color, uno de los recursos visuales más eficaz y lógico y, sin embargo, por una errónea manera de interpretarlo, es hoy día de los menos explotados.

Podrían ciertamente hacerse otras muchas consideraciones en torno a este film –de una rara perfección dentro del género musical–, pero limitémonos, para no caer en una extensión inusitada, a reseñar la buena calidad de la fotografía, la interpretación, la dirección artística, la dirección técnica, así como de los efectos especiales.

23 de enero de 1953

Milagro en Milán

Miracolo a Milano, Italia, 1950. Melodrama. Director: Vittorio de Sica. Principales intérpretes: Francesco Golisano, Paolo Stoppa, Emma Gramatica, Guglielmo Barnabò.

Habrá que convenir en que *Milagro en Milán* es una *rara avis* en el ralo panorama de la cinematografía mundial; una de esas películas tocadas de la gracia del genio que, no obstante la sencilla facilidad con que desde la butaca abocamos a su fin, es una obra difícil y compleja, tanto en su tema como en su desarrollo. En primer lugar, para filiar esta producción no basta la consabida referencia al neorrealismo, puesto que aquí, por encima de esa tendencia, se observa un halo poético que presta al film ese encanto maravilloso que comporta lo divagatorio. Esto es *Milagro en Milán:* una lucubración poética, afilada por la ironía, con referencia inmediata al problema social, pero sin mítines, discursos ni tesis farragosas y rectilíneas. Viendo esta película uno se remonta instintivamente al moderno realismo literario norteamericano, dulcificado igualmente por la ternura y la poesía, si bien en el film, tal vez por influjo del espíritu latino, existe una gracia más vivaz, un acento más cálido, más espontáneo, ajeno, en apariencia, a todo cerebralismo. Uno va sin querer, al observar lo que *Milagro en Milán* encierra de apología del miserable y del vagabundo, a *Tortilla Flat o Los arrabales de Cannery*, de John Steinbeck.

Hemos dicho que *Milagro en Milán* es película difícil. Y lo es, en primer término, por ser obra muy habitada, donde desde un principio se arrastra un caudal humano diferenciado y abundante. Hay, además, una constante utilización del contraste como medio de expresión y un juego de matices cuya finura y delicadeza constituyen la gracia más

peculiar del film. No obstante tales dificultades, *Milagro en Milán* está conjuntada con perfecto equilibrio. Es una armonía que llega más hondo cuando uno se percata de que la intención de Vittorio de Sica no es transmitirnos un drama real, sino precisamente su elusión, su escamoteo por medio de unos recursos imaginativos de complicada expresión cinematográfica. He aquí otra de las grandes dificultades del film, nada despreciable por cierto.

Todo esto nos da idea de que tema y desarrollo comportan serios problemas, lo que hace más resonante el acierto de Vittorio de Sica al resolverlos con una pulcritud de prestidigitador. Es de notar, por lo que atañe al aspecto técnico, que la imagen, siempre a cuestas con un sujeto multitudinario, comunica eficazmente las sensaciones previstas, secundada con acierto por los efectos sonoros, que tan meticulosamente cuidan los italianos, como se evidencia, por ejemplo, en el martilleo monótono de los cascos del caballo que arrastra la carroza fúnebre. Con la misma precisión cooperan a la armonía del conjunto la cámara, los tipos y sus intérpretes, la música de fondo y el ensamblaje de escenas. Este éxito redondo no impide subrayar momentos especialmente logrados, sutiles golpes de efecto, que, como el entierro, el barómetro humano, la calefacción solar o el cambio de color del negro y la blanca enamorados, son por sí solos bastantes para acreditar el talante de un realizador.

Se ha dicho de *Milagro en Milán* que obedece a un móvil comunista, pero evidentemente es ésta una apreciación errónea. *Milagro en Milán* está mucho más próxima de la doctrina cristiana que de la comunista. Que duela a algunos, o que pueda doler, ya es otra cosa. La ironía y mordacidad de ciertas escenas, si fuertes, no son ciertamente vanas. Pero la película, sin ir más lejos, está en la línea en que también forman Jerome K. Jerome, Priestley y tantos otros que reclaman para el mundo un poquito de solidaridad y otro poquito de fe. Y esto es así, a Dios gracias. Tirar por otro lado es empeñarse en buscar tres pies al gato.

7 de marzo de 1953

Solo ante el peligro

High Noon, Estados Unidos, 1952. Western. Director: Fred Zinnemann. Principales intérpretes: Gary Cooper, Grace Kelly, Katty Jurado, Lloyd Bridges.

Hemos hablado insistentemente del proceso de dignificación del western que se observa últimamente en Hollywood. Si otras no hubiera, bastaría esta muestra, *Solo ante el peligro*, para acreditar la

afirmación, ya que nos hallamos ante una de las películas de raro mérito, de verdadero mérito, que en los últimos años ha lanzado la cinematografía americana. A la vez, este film excepcional, no da idea de sus posibilidades cuando un director se decide a imprimir a su obra un sello personal. Y ya es importante que Zinnemann ahora, como antes Ford en *La diligencia*, o Wyler en *El forastero*, arranque su éxito de esa veta histórica, tan rica en heroísmo como en sustancia anecdótica, de la colonización del Oeste.

Lo importante es que el triunfo de Zinnemann viene determinado precisamente por lo que *Solo ante el peligro* no tiene de *western*, entendido éste en el sentido inefable de trepidante acción y primarias emociones. El tema aquí es escaso: se reduce a la espera de unos bandidos por el sheriff de Hadleyville, desatendido de sus conciudadanos.

Esta espera, que en el film supone hora y media, es exactamente el tiempo de duración de la película. Esto quiere decir que en *Solo ante el peligro* acompañamos al sheriff minuto a minuto en su angustioso peregrinar, y como a él nos va creciendo, minuto a minuto, un sentimiento de decepción en el pecho. He aquí el principal factor que juega Zinnemann en *Solo ante el peligro*: la expectación, una expectación tensa, creciente y erizada. De ahí el tremendo valor de esos planos del reloj, o de la vía del ferrocarril, por donde llegará el peligro y, quizá, la muerte, o las insistentes alusiones visuales a la silla desde donde el bandido anunció su venganza. En torno a estos objetos se teje una trama que, como es obvio anunciar a estas alturas, ha sido creada en función del desenlace.

El mérito de Zinnemann radica en haber logrado tanto con tan poco: en haber sabido arrancar de la imagen, de los diálogos –ceñidos y sobrios–, de un guión sabiamente decantado de elementos superfluos, una fuerza suficiente para crear un clima de agobio, de acorralamiento pocas veces igualado en la historia del cine. Y a la vez esas breves pinceladas, necesarias a la anécdota, que tan sobriamente nos comunican el latido de una ciudad en formación y la psicología de sus habitantes.

Buena parte del éxito recae sobre el veterano Gary Cooper, para quien los años no han pasado en vano, tanto por las huellas de su rostro como por la experiencia que revela su trabajo, impresionante, tal vez uno de los más logrados y matizados. ¡Con qué economía de gestos refleja las sensaciones de desengaño, angustia y miedo, lo mejor de su dilatada carrera de actor! Y no olvidemos el motivo musical, monótono, obsesionante, como otro de los elementos empleados para la consecución de un *clima* denso y patético.

15 de marzo de 1953

Río Rojo

Red River, Estados Unidos, 1948. Western. Director: Howard Hawks. Principales intérpretes: John Wayne, Montgomery Clift, Joanne Dru, Walter Brennan.

En *Río Rojo* se nos relata una interesante historia del Oeste, inteligentemente vista y desarrollada, si bien en fondo y forma ofrece pocas novedades. Las fuentes del interés responden a lo que es tradicional en este tipo de películas, rebasado ya el concepto del western primitivo (un bueno, un malo, muchos tiros y una muchacha rubia). *Río Rojo*, de acuerdo con la nuevas orientaciones del western, basa su fuerza en el estudio de los tipos que, en contra de lo que ocurría en el pasado, tienen no sólo fachada sino también profundidad. De este lado la tácita competencia establecida en principio da aliento al film, cuyo motivo principal –y es aquí donde *Río Rojo* brinda escenas menos gastadas– es el traslado de un gigantesco rebaño de millares de cabezas en busca de mercado. El problema humano que engendra la diversidad de criterio sobre la conducción del rebaño, gravitando sobre el éxodo mencionado, da motivo a escenas muy logradas, en las que prevalece con frecuencia una intención documental. Ello no evita que la reiteración asome en ocasiones, dando paso a la fatiga. No obstante, la dirección del film es lo bastante hábil para rellenar de incidencias el itinerario, demorando, con buen criterio psicológico, las escenas fuertes –que luego resultan menos– para el final.

La interpretación es muy buena en John Wayne y más desvaída, menos verdad, en Montgomery Clift, el gran ambicioso de *Un lugar en el sol*. La copia, notoriamente deteriorada, tiene algunas interrupciones en el diálogo que, por otro lado, es sobrio y desafiante, adecuado a la nueva concepción del género Oeste.

2 de abril de 1953

El crepúsculo de los dioses

Sunset Boulevard, Estados Unidos, 1950. Drama. Director: Billy Wilder. Principales intérpretes: Gloria Swanson, William Holden, Erich von Stroheim, Nancy Olson.

Esta vez la realidad ha respondido a la propaganda. *El crepúsculo de los dioses* es, efectivamente, una excelente película. Y no tanto, a mi juicio, por la realización impecable de Billy Wilder –director de los mayores éxitos de Hollywood en los pasados años– cuanto por la idea

nutricia, muy ambiciosa dentro de su localización simbólica. El caso de la actriz famosa que se niega a aceptar no sólo su ocaso como ídolo de las multitudes, sino su decadencia como mujer, si no nuevo, sí lo parece en esta obra de Wilder, quien al referir la anécdota a una gran actriz del cine mudo, desbordada por el cine parlante, nos conduce a esa inefable entraña de Hollywood donde el actor X sigue siendo en la película el actor X, sin pretender por una vez ser cosa diferente. Esta desnudez, que es sinceridad, infunde al film un vivo acento de convicción. La idea, pues, es magnífica, como es magnífico, a su vez, el guión en que aquélla se ha vertido. El espectador acepta el principio de ver cine en el cine, y las constantes referencias a actores y directores actuales le comunican una cómoda sensación de verosimilitud. Por una vez no se ha pretendido «engañarlo». Hollywood cuenta una historia patética de la que son protagonistas sus propios moradores.

La película adquiere en ocasiones un vivo carácter vindicatorio del lejano cine mudo, sofisticado con la palabra. Cuando Gloria Swanson dice «que entonces había caras y hoy tiene que haber voces porque no hay caras», aludiendo a la uniformidad inexpresiva de las actrices actuales, uno piensa que la Swanson está hablando por su propia boca y no interpretando un papel. Esto ya viene a decir que sobre el fino humor y los contrastes dramáticos de *El crepúsculo de los dioses* se cierne un halo de melancolía. Tal vez, en definitiva, *El crepúsculo de los dioses* no sea otra cosa que un canto nostálgico y añorante a aquel gran cine que fue. Y tal vez la Swanson al exaltar sus altos valores y renegar de su orientación actual no tenga que fingir. Por de pronto su participación en el film, su interpretación flexible, apasionada, llena de matices, es uno de los factores más considerables en el éxito de la pieza.

Tema tan difícil y complejo lo ha resuelto Wilder con gran talento. Prueba de ello, la mejor, es que en ningún instante trascienden al espectador los empalmes de la narración. La sencilla fluidez del relato induce a pensar en una obra de una pieza; una obra sin escollos. Es perfecta la ambientación, el trabajo de las segundas figuras, la irónica trascendencia del diálogo –único fallo: su exceso en determinadas ocasiones– y, ante todo, la labor de la cámara, empeñada en expresivas audacias, como en los planos de la piscina, de una aspereza visual que sólo atenúa la voz del muerto refiriendo su propia desventura.

27 de octubre de 1953

Segundo López

España, 1952. Comedia. Director: Ana Mariscal. Principales intérpretes: Ana Mariscal, Luisita Esteso, Severino Población, Tony Leblanc.

Ana Mariscal ha conseguido con su *Segundo López* no sólo un ensayo neorrealista digno de consideración, sino uno de los films más estimables de cuantos se han hecho en España. Otra cosa es que *Segundo López* no haya tomado de la nueva escuela italiana otra cosa que el procedimiento. Tal nos dijo su autora antes de comenzar su proyección. Mas resulta evidente que, fuera de los rótulos de los establecimientos y el acento de los protagonistas, todo en la cinta –los tipos, la equilibrada mezcla de ironía y patetismo, la escena de la muerte presunta entre el estruendo de los músicos y hasta la idea de los mendigos enchisterados– tiene un acusado sabor italiano. Ello no es óbice para que también el film trascienda en ocasiones al añorado Charlot –el desenlace– y aun a la tierna visión de Steinbeck creador de los mendigos de *La vida es así*.

No apuntamos estas consideraciones como defecto, supuesto que ya es indicio de sensibilidad arrogarse tan alto magisterio. Ana Mariscal con este experimento neorrealista no sólo demuestra esto, sino una inteligencia despierta. El film, en general, constituye un acierto no exento de valentía. *Segundo López* es una película de escasa consistencia argumental que, si sujeta la atención, no es por la gradual dosificación de un tema con nudo y desenlace, que no existe, sino por la fuerza sugestiva de lo episódico. Ana Mariscal pudo rematar su *Segundo López* donde lo remató, o antes o después. Esto quiere decir que la película no es un todo eslabonado con un objetivo definido. Las secuencias del film inducen a pensar en una improvisación sobre la marcha. No hay altibajos sensibles ni puntos culminantes en los que la pasión o el humor quiebren una uniformidad que se advierte desde las primeras escenas. Tales características revalorizan la labor de la señorita Mariscal, que en ningún momento precisa recurrir a la violencia para encubrir una posible insuficiencia de expresión.

Dentro del tono estimable de la película, en su conjunto, sobresalen algunas escenas como aquella en que Segundo López y el golfillo Chirri se encuentran con la cama de la enferma –un tipo bien interpretado por Ana Mariscal, pero artificioso– desarmada cuando ellos le llevaban el consuelo de sus obsequios. Tampoco faltan concesiones recusables en el film, ni escenas forzadas que, como la del callista y algunas otras con la vieja neurótica, resultan demasiado bastas y tienen un carácter superfluo. La cámara realiza una labor muy eficaz, sin alardes ni pretensiones. La narración es sencilla, sin que ello reste al film calidad plástica ni acento sugeridor. Una película, en suma, considerable que revela, entre otras cosas, que una

mujer sensible e inteligente puede abordar con éxito una empresa cinematográfica. Una muestra más de la perspicacia y clarividencia de esta actriz-directora es el acierto en la elección de los dos personajes centrales de su *Segundo López* entre gentes de la calle. Particularmente, el golfillo Chirri puede ser en el futuro un elemento aprovechable, dada la falta de sentido artístico que se observa en nuestra infancia.

La señorita Mariscal introdujo su obra en Valladolid con una simpática intervención. Al natural, sigue siendo bella y desenvuelta. Le falta, sin embargo, para ser una consumada oradora la técnica en el movimiento de las manos. Su intervención fue largamente aplaudida.

5 de noviembre de 1953

Duelo al sol

Duel in the sun, Estados Unidos, 1946. Western. Director: King Vidor. Principales intérpretes: Gregory Peck, Jennifer Jones, Joseph Cotten, Lionel Barrymore.

Uno ha de aceptar, de entrada, que se encuentra ante un film de méritos infrecuentes. Después de todo, King Vidor no es un advenedizo y, prescindiendo de este áspero e hiriente *Duelo al sol*, cuenta en su haber con un brillante historial que le acredita. De aquí que no nos asombre lo más mínimo la magistral versión cinematográfica que ha conseguido de la novela de Niven Busch, excesivamente recargada y convencional. Esto encierra mayor mérito y viene a demostrar que el cine tiene muy poco que ver con la literatura, supuesto que de una novela mediocre puede lograrse una gran película y a la inversa. El film *Duelo al sol* constituye, efectivamente, una suma de valores y aciertos en lo que atañe a realización. Si no bastase la precisa concatenación del relato, el agrio vigor de los planos y la excelencia de la fotografía, serán más que suficientes las escenas de las cabalgadas, el baile de la india con que la película se inicia, la doma del potro salvaje o el broche final para valorar un film con arreglo a un racional criterio de estimación.

Realización al margen, es incuestionable el interés novelesco del argumento de *Duelo al sol*, en el que el amor desbordado de dos fuerzas elementales ocupa el núcleo central. Esta línea sustantiva está flanqueada por otras anécdotas secundarias que restan grandeza a un tema en el que la violencia del instinto, el odio exacerbado y la desnuda pasión constituyen las fuerzas dominantes. Existe en este film, a la manera de un viento asolador que todo lo aniquila, una suerte de cálida vibración, de salvaje ardimiento, que culmina en la áspera y agobiadora escena del desenlace. Buena parte de esta fuerza

va ínsita en la figura de la mestiza, un carácter primitivo y contradictorio, arrebatado e instintivo, trazado con notable vigor.

King Vidor ha empleado el color con otro objeto que el meramente decorativo. El color en *Duelo al sol* es un elemento más que coopera con desusada nobleza en el logro de la pieza. Pocas veces hemos visto en cine conceder al tecnicolor tal beligerancia. Los efectos de contraluz, el rojo cielo de los crepúsculos, las vastas panorámicas, cuidadosamente estudiadas en sus efectos cromáticos, son, con los fondos musicales, recursos auxiliares de una extraordinaria eficacia.

Excelente la labor de los intérpretes, especialmente Jennifer Jones, encarnando la mestiza, alrededor de la cual gira el conflicto. Jennifer Jones –Perla, animada de un temperamento diabólico– realiza una magistral creación. Dos escenas bastan para revelar su excepcional labor: su reacción tras la marcha de Jessie y el desenlace.

Desde un punto de vista moral, la película es inadmisible, tanto por su forma como por la ausencia de principios éticos e ideas elevadas.

29 de noviembre de 1953

Arroz amargo

Riso amaro, Italia, 1948. Drama. Director: Giuseppe de Santis. Principales intérpretes: Vittorio Gassman, Silvana Mangano, Doris Dowling, Raf Vallone.

Con frecuencia el inteligente cine italiano de esta hora produce la misma sensación que esos pordioseros que, al llegar a la primera esquina, se despojan de los zapatos decorosos que acaban de regalarles para excitar más fácilmente la compasión. Evidentemente, Italia tiene –o ha tenido– un interés especial en mostrar al mundo sus lacras sin atemperarlas con eufemismos. Del gobierno italiano se dijo en fecha reciente que manejaba expertamente al Partido Comunista con vistas a los dólares estadounidenses. Es posible que, en cierto modo, el neorrealismo persiga asimismo atraerse la ayuda del hermano adinerado, si es que hemos de dar como un hecho cierto la existencia de la hermandad occidental. Resulta innegable que, a pesar de su sinceridad, el cine italiano, con receta neorrealista, rara vez nos da motivos para pensar que en Italia exista no ya un rincón hermoso, sino medianamente aseado. Recientes films nos dieron fe de que el realismo no se agota en la miseria, siquiera sea ella su fuente nutricia predilecta.

Con *Arroz amargo*, una excelente película, vuelve el cine italiano a subrayar sus lacras sociales. Hay quien ve en este film una abierta propaganda de partido, quien lo juzga tendencioso. Uno no llega a

tanto. Aquí, como en anteriores temas de reciente memoria, los italianos exhiben a lo vivo sus ásperos problemas –sociales y económicos– sin intentar una solución ni plantear siquiera una fórmula para remediarlos. En *Arroz amargo* hay por fondo un drama colectivo: el cultivo y recolección del arroz, expuesto directamente, sin concesiones ni adornos. Es en este aspecto donde el film alcanza su mayor fuerza, su máxima grandeza. El ambiente es sucio y depresivo, mas la realización e interpretación son excelentes. Más bajo, por lo elaborado y por lo que trasciende el artificio, es el drama personal involucrado en aquél. Tipos y reacciones resultan un tanto de pie forzado, como lo son igualmente los esguinces «tremendistas» que De Santis se ha permitido a lo largo del relato. De cualquier modo, *Arroz amargo* tiene empaque de gran película, y, sobre todo, esa ponderación de elementos que el neorrealismo logra con aparente sencillez, llámese como quiera el director de la obra en cuestión.

El tema es fuerte y hay escenas de una plástica excesivamente sugerente. Las mutilaciones a que se ha sometido el film, así como el aditamento verbal del desenlace, no son suficientes para aclarar la turbiedad de la anécdota. Todo ello es lamentable –lo que la película tiene de más y lo que tiene de menos. Preferible sería reservar su proyección intacta para sesiones de cineclub a hacerlo en salas públicas con tamañas licencias.

7 de enero de 1954

Moulin Rouge

Moulin Rouge, Estados Unidos, 1953. Drama. Director: John Huston. Principales intérpretes: José Ferrer, Colette Marchand, Suzanne Flon, Zsa-Zsa Gabor.

La vida del infortunado Henri Toulouse-Lautrec obedece a dos constantes fatales: su deformidad física y su talento pictórico. Entre ambos fuegos consumió su vida, una vida prematuramente desenlazada, y en este aspecto, y salvo las licencias de tipo sentimental que en el film puedan involucrarse, *Moulin Rouge* se ciñe honradamente a la peripecia vital del gran dibujante francés. Se aducirá que la descomedida afición al alcohol de Toulouse-Lautrec, fielmente expresada en la película, es otro rasgo característico de su personalidad. Esto es cierto, si bien esta debilidad es una consecuencia de las dos constantes apuntadas al principio, supuesto que Lautrec buscó en el alcohol no sólo el olvido, sino también la inspiración. Su pintura, esencialmente vital y dinámica, tiene no poco de delirante y exasperada. Los croquis y bocetos que con discreta frecuencia

reproduce el film son, de un lado, confirmación de nuestro aserto y, de otro, demostración de la dignidad con que John Huston ha abordado este empeño biográfico.

Así las cosas, un mediano realizador se hubiera encontrado precisado de mimbres para concluir el cesto. El tema, limitado y reiterativo, da en apariencia poco de sí. De ahí el mérito de Huston, que consigue una pieza maestra sin un tema del otro jueves, ni por su tono ni por sus posibilidades. ¿Cómo ha realizado Huston este milagro? Sencillamente evadiéndose. Saliéndose del hombre y dedicando una atención minuciosa a una ciudad –París– y a una época –las postrimerías del XIX–; es decir, al ambiente. El ambiente es un factor de peso en el film. Huston no lo ha aprehendido caprichosamente, sino escalonando una influencia progresiva. Toulouse-Lautrec imprime carácter al Moulin Rouge; el Moulin Rouge imprime carácter a Montmartre y Montmartre imprime carácter a París. Mediante esta escala, Huston recrea un clima, sin forzar la nota, un clima cargado de vistosidad y fuerza sugeridora. En *Moulin Rouge* es la consecución del ambiente uno de los más certeros méritos, supuesto que en el film la época tiene tanto valor como el pintor Lautrec. Es un fondo que, en ocasiones propicias, adquiere relevancia de verdadero protagonista.

Nos hallamos, en suma, ante un film que justifica la filiación artística del cine. Si es caso, yo pondría más reparos al diálogo, excesivamente preciosista. Mas de otra parte es inevitable subrayar dos méritos extraordinarios: el color y la colosal interpretación de José Ferrer. Nunca se consiguieron en el cine unos matices de colorido tan convincentes como éstos de *Moulin Rouge*. La atmósfera recargada, enrarecida del cabaret es de una realidad asombrosa. De José Ferrer, bien secundado por el resto del reparto, no cabe sino decir que ha logrado la mejor interpretación de su larga y bien cimentada carrera de actor. Empezando por su precisa adaptación física y terminando por sus recursos expresivos, sobrios y exactos, sin desbordarse nunca, su labor, llena de escollos, es un acierto definitivo. En fin, una película de las grandes, siquiera en el aspecto moral merezca serias objeciones.

5 de febrero de 1954

Lilí

Lili, Estados Unidos, 1953. Musical. Director: Charles Walters. Principales intérpretes: Leslie Caron, Mel Ferrer, Zsa-Zsa Gabor, Jean-Pierre Aumont.

De vez en cuando una película del tono de *Lilí* nos demuestra que aún

es posible conmover a los hombres por el camino de la sencillez. *Lilí* es un modelo de cine sencillo, sin trivialidades, de cine humano, sin sensiblerías. En torno a esta muchacha elemental, símbolo de la más pura ingenuidad campesina, Helen Deutsch desarrolla un tema suave, tocado de la gracia poética y que, si en todo momento responde a un digno rango artístico, tiene momentos, como el de las conversaciones de Lili con los títeres, de una emoción inefable.

A la hora de enjuiciar este gran éxito que *Lilí* representa, bueno será tener en cuenta la atinada proporción con que se han mezclado los elementos que juegan en la película. *Lilí* es un film orgánico en el que cooperan factores visuales y auditivos. Factores que como la música y el color ayudan a crear un clima que Walters y Planck resuelven definitivamente por medio de una plástica ejemplar. El ambiente alegre de la feria, con su trasfondo de melancolía, con su policromía pintoresca y la musiquilla atrayente de los tiovivos, es un elemento considerable a anotar en el haber del director. La misma filiación deben tener el ritmo y la proporción con que se han barajado los diversos elementos, entre los que hay que anotar dos prudentes incrustaciones coreográficas: dos sueños de Lilí.

Por lo demás, sería injusto omitir que el principal aliciente de *Lilí* es Lilí, es decir, Leslie Caron. A un estudio humano certero y convincente, sólo quebrado en la despedida de Marcus, el ilusionista, ha respondido Leslie Caron con una maravillosa interpretación. Es difícil imaginar a otra actriz en este papel de muchacha inocente, ignorante y pura, aparentemente sencillo pero peliagudo a la hora de comunicar al espectador estados de ánimo tan próximos y, a la vez, tan distantes. Una creación, en suma, bien arropada por la sobriedad de Mel Ferrer y la discreta labor de Jean-Pierre Aumont en su papel de ilusionista fatuo, conquistador y frívolo.

Lilí constituye, en resumen, un gratísimo espectáculo, estimable y recomendable por muchas razones, entre las que no es la menor el motivo musical –«Hi-Lili, Hi-Lo»–, que muy pronto se hará popular.

25 de mayo de 1954

Los sobornados

The Big Heat, Estados Unidos, 1953. Policiaca. Director: Fritz Lang. Principales intérpretes: Glenn Ford, Gloria Grahame, Jocelyn Brando, Lee Marvin.

La nota fundamental que diferencia el cine policíaco clásico del actual radica en la sustitución de la acción propiamente dicha por la matización psicológica de los tipos. La cinta policial, de tendencia

moderna, parece que se recrea en demorar los tiros y los puñetazos, y si despierta el interés y hasta el apasionamiento, se debe sobre todo a la tensión que el espectador acumula en esa desahogada expectativa. Pero para el verdadero aficionado al cine violento –cine de pendencias y tiroteos– la moderna fórmula de sobriedad, pese a su mayor densidad psicológica, a su humanidad más persuasiva, no significa ningún avance. Esto quiere decir que las buenas películas policiales de corte clásico tienen tan buena acogida, si no mejor, que las mejores piezas recientes dentro del género. Tal es el caso de *Los sobornados*, film trepidante, de acción avasalladora, que no concede al espectador un momento de respiro. Ciertamente existen en la obra tipos, ambientes y aun reacciones artificiales, mas Fritz Lang, que no es precisamente un novel, conduce la película con tal maestría y, de otra parte, la acumulación de incidentes se verifica a un ritmo tan vertiginoso, que el espectador desdeña cuanto no sea seguir de cerca el apasionante hilo del relato. Como, además, en *Los sobornados* se extreman las calidades humanas de buenos y malos, de tal manera que todos lo sean íntegramente, la sala toma, de entrada, partido –vehemente partido– por el ex sargento de policía, paladín de una causa justa y vengador del asesinato de su propia mujer. Sobre esto, no se puede silenciar la buena factura de las peleas, tan convincentes en su violento realismo. He aquí un extremo –fundamental en las películas de este carácter– en el que los americanos siguen siendo maestros inigualables. Certera la interpretación, con Glenn Ford, Gloria Grahame y Jocelyn Brando en los papeles centrales. En suma, una película movida e interesante, siquiera la copia pasada ayer denote ciertos síntomas de vejez.

29 de octubre de 1954

La ley del silencio

On the Waterfront, Estados Unidos, 1954. Drama. Director: Elia Kazan. Principales intérpretes: Marlon Brando, Eva Marie Saint, Karl Malden, Lee J. Cobb.

De vez en cuando Hollywood nos sorprende con una de estas películas excepcionales, sobre demostrar su capacidad técnica, muestra las posibilidades de unos hombres coaccionados de ordinario por el señuelo de lo comercial. Esto evidencia una vez más que lo americano no se reduce a lo blando, lo amerengado y lo artificioso. *La ley del silencio* es la prueba más próxima donde poder asirnos. He aquí una película recia, sostenida dentro de unos márgenes de honradez artística, que responde a una inquietud de tipo espiritual y cuyo

problema se resuelve sin necesidad de apelar a concesiones de tono fácil y sensiblero. El desenlace de *La ley del silencio* constituye un modelo de sobriedad, siendo todo lo satisfactorio que cabe exigir tras las dos horas de angustia empleadas en el planteamiento y desarrollo del tema.

Ante un film de esta dignidad, da lo mismo agarrar un cabo que otro. Por uno u otro lado llegaremos a la misma conclusión: una excelente película. Y si el tema tiene hondura, fibra y convicción, la imagen fuerza y relieve, y propiedad los registros sonoros, ¿qué podemos decir de esa galería de tipos secundarios, decisivos desde su aparición ante la cámara, la sugestión del ambiente y la labor interpretativa?

Hemos visto muchas veces en el cine un conflicto de estibadores. Incluso hemos visto este mismo conflicto que se desarrolla en *La ley del silencio*. Este film puede servirnos ahora para descubrir la desleída palidez, la pobretería de cuantas películas le precedieron dentro del género. Los muelles, los barcos, el sacrificio de una profesión no son en este caso mera literatura, sino una realidad constante gravitando sobre unas vidas; una realidad manifiesta lo mismo en las brumosas azoteas, con la poética nota de las palomas, como en la confesión de Marlon Brando, cuya voz es ahogada por el aullido de las sirenas, momento éste tal vez el más dramático del film. Y otro tanto cabe decir de los tipos, sólidos, duros, de una pieza, a cuya actuación y movimientos siempre consecuentes se unen unas fisonomías adecuadas. Al medio y los personajes les viene como anillo al dedo la narración realista, eficaz y directa, que en algunas escenas, como las de los asesinatos o la del desenlace, adquiere una vibración estremecedora.

Elia Kazan ha conjugado y encauzado sabiamente estos elementos y ha contado la historia como debe contarse en el cine, utilizando la imagen como vehículo y haciendo que los actores que sirven al film sean algo más que unos muñecos mecánicos. Marlon Brando –el inolvidable Zapata– logra una auténtica creación, hallando en un nutrido plantel de actores una cooperación valiosa. Un film extraordinario, en resumen, verdadero alivio para cuantos, tarde tras tarde, sentados en una butaca, esperamos poder justificar el hecho de que al cine se le haya denominado séptimo arte.

8 de diciembre de *1954*

Julio César

Julius Caesar, Estados Unidos, 1953. Drama. Director: Joseph L. Mankiewicz. Principales intérpretes: Marlon Brando, James Mason,

Louis Calhern, John Gielgud.

Comienzo por declarar mi prevención hacia las películas históricas en general y, en particular, a las que recogen un episodio anterior a Nuestro Señor Jesucristo. Es un problema de sensibilidad, sin otro fundamento. En un próximo pasado Cecil B. de Mille se soltó el pelo en este menester y se gastó la hijuela en pelucas, barbas, túnicas y corazas. Reconozco que ahora las cosas se hacen con mayor dignidad y que este *Julio César* de Mankiewicz posee una categoría artística incontestable. No es la primera ni la segunda vez que Shakespeare asoma a la pantalla, conservándose en la versión cinematográfica su lenguaje henchido y altisonante, de un retoricismo un tanto trasnochado. Y ésa es, en verdad, la única objeción que cabe hacer de esta pieza magnífica: objeción no desdeñable si aceptamos como bueno el axioma de que el cine no debe entrar por los oídos sino por los ojos. Claro que también sería posible jugar un buen partido de fútbol en una plaza de toros. Prescindiendo, pues, de lo que sea o deba ser la esencia del cinematógrafo, podemos afirmar que *Julio César* es una de las más grandes películas teatrales de todos los tiempos. Film con una serie evidente de servidumbres que han sido vencidas con inteligente criterio. Sólo de esta manera puede despertarse y mantenerse el interés sobre un tema de acción mínima, de escenas prolongadas durante más de quince minutos, de unos diálogos retorcidos e interminables aun cuando de una indiscutible belleza. Al logro colaboran la propiedad de ambientes y caracterización, el juego de la cámara, el decoro y grandiosidad de los escenarios, la pureza de la fotografía y el ritmo –que no es dinamismo– lento de intencionado recreo expositivo, muy de procesión de Viernes Santo. Y, ante todo, la interpretación, espléndida, con Marion Brando y James Mason a muchos codos sobre los demás. En suma, una importante película histórica que viene a corroborar que el cinematógrafo ha procurado al teatro de William Shakespeare una nueva e insospechada dimensión; o, en menos palabras, uno de los mayores éxitos teatrales conseguidos en el cine hasta la fecha.

13 de febrero de 1955

La calle desnuda

The Naked Street, Estados Unidos, 1955. Policiaca. Director: Maxwell Shane. Principales intérpretes: Anthony Quinn, Farley Granger, Anne Bancroft, Peter Graves.

Estamos probablemente ante uno de esos films piadosamente

suavizados por la censura a base de cortes y añadidos, de forma que el espectador no sepa con exactitud a qué carta quedarse. De otro modo habría que pensar que la figura de Regal, el gángster, es inconsecuente y tornadiza, difusa y convencionalmente definida. En cualquier caso nos hallamos ante una película policíaca de cierta fibra e interés permanente. En películas de este tipo esto es lo esencial y apenas si tiene mayor importancia la forma y aun los recursos que se hayan puesto en juego para imprimir movilidad a la trama y un interés escalonado a su desarrollo. Una y otro existen y lo demás no cuenta. Esto ya nos lleva a imaginar que se trata de una pieza discreta, sin ninguna novedad en el tema, ni el menor virtuosismo en la realización. Ya es bastante si a lo apuntado añadimos la decorosa factura técnica con que Hollywood sella sus producciones y esa interpretación convincente, aunque un tanto uniforme, que suele caracterizar a las películas americanas de buenos y malos.

18 de octubre de 1956

Calabuch

España-Italia, 1956. Comedia. Director: Luis G. Berlanga. Principales intérpretes: Edmund Gwenn, Valentina Cortese, Franco Fabrizi, Pepe Isbert.

Está magnífica película de Berlanga confirma nuestra reciente afirmación de que el cine español ha entrado en el buen camino. No faltará quien alegue que este camino nos lo han desbrozado los italianos, mas ya se sabe que el crear escuela en cualquier manifestación artística no es un fenómeno que se dé todos los días. Por si fuera poco, Berlanga en *Calabuch* ha insuflado al neorrealismo de un viento renovador y ha expresado, en unas imágenes de agudísima elocuencia, una estupenda lección de solidaridad humana.

Calabuch ofrece un contrapunto, lleno de sensibilidad y belleza, al mundo ferozmente atormentado de nuestros días. La creación de ese tipo extraordinario, Jorge, el sabio atómico que huye de la fama y se cobija en un pequeño lugar «donde nadie simula ser diferente de lo que es», ya constituye un extraordinario acierto. La incrustación de este sabio en una minúscula aldea, de una plástica infrecuente, da ocasión a un director de gran inteligencia para un devaneo imaginativo que no tiene de real sino las figuras de carne y hueso en que se apoya. Este film de Berlanga cae dentro de ese hermoso realismo poético que tan grandes obras está produciendo hoy en la literatura como en el cine. Tendencia arriesgada de la que sólo un hombre de acusada sensibilidad puede salir airoso. Berlanga

demuestra en esta película que su capacidad para el humor es paralela a su capacidad para la ternura. De aquí este prodigio de equilibrio, tan alejado de la bufonada como del sentimentalismo fácil. Equilibrio que se manifiesta en el tema, en los tipos –definitivos en su sobria y caricaturesca matización–, en los diálogos, de admirable justeza, y en la composición, perfectamente proporcionada, concienzudamente resuelta.

Berlanga ha narrado esta historia con gran sentido cinematográfico. El encadenamiento de escenas es suficiente para probar su talento de realizador. Finalmente, y a hombros de nuestros hombres nuevos, va entrando en el país el convencimiento de que es la imagen la que debe hablar en el cine. En este aspecto, Berlanga da una soberbia lección, sujetando a golpe de cámara toda la gracia, toda la emoción que cabe en ese pequeño pedazo de mundo que ha escogido como escenario de su obra. Si a ello añadimos la limpieza de la fotografía, el ágil, fluido ritmo de la narración, la disciplinada actuación del pueblo como «masa» y el acierto interpretativo vendremos al reconocimiento de que la solución técnica del film marcha acorde con su tema y su dignísima factura literaria.

Una espléndida película española, en suma, filiada al realismo, pero con un acusado, insobornable acento ibérico, al que no es ajena la profunda lección de convivencia que nos brinda.

25 de octubre de 1956

Marty

Marty, Estados Unidos, 1955. Drama. Director: Delbert Mann. Principales intérpretes: Ernest Borgnine, Betsy Blair, Joe Mantell.

Esta película viene a corroborar las inmensas posibilidades del cine americano cuando se decide a tomar las cosas en serio. *Marty* es una lección convincente por cuanto se ha logrado una pieza de consideración operando con unos materiales aparentemente deleznables. Naturalmente que para arrancar de estos materiales ese mágico soplo que desde las primeras secuencias transforma la sala en un ojo ávido y expectante hacen falta talento y sensibilidad. También en el cine, pese a la opinión contraria de no pocos de nuestros candorosos «cineastas», pueden más el talento y la sensibilidad que el dinero.

Marty constituye una prueba contundente de ello. En *Marty* ha bastado un minúsculo problema sentimental para montar sobre él una gran película. Esto se ha conseguido profundizando en la humanidad del tema y componiendo los personajes –hasta los más episódicos– a

base de diseñarlos con matices definitivos. Esto equivale a decir que tanto mérito como a Delbert Mann, el director, que ha narrado la hermosa historia con una predilección ostensible por los primeros planos, le corresponde a Paddy Chayefsky, cuyo guión, de armónicas proporciones, es un dechado de naturalidad, de palpitación y vida. En lo que atañe a su aspecto literario, es notoria su filiación al realismo poético tan en boga en nuestro tiempo, siquiera en su parte técnica apenas se advierte algún virtuosismo de vanguardia. Chayefsky ha desmontado pieza por pieza dos almas, con tal fortuna, que la identificación del espectador con los dos protagonistas de la historia es fulminante y total. Cuando Marty y Clara se ponen en contacto, el espectador respira; Chayefsky nos ha hecho partícipes de sus complejos, nos ha metido de lleno en sus problemas más íntimos.

De este modo un film de leves incidencias, de desarrollo moroso, de parlamentos extensos, de escasa movilidad y de contextura maciza, se nos hace ligero, alegre; nos seduce y atrae desde la felicísima escena inicial. Uno, ante estos diálogos intencionados, expresivos y graciosos, acepta el desbordamiento verbal como un complemento congruente de la imagen. Imagen que, como más arriba apuntamos, tiene su expresión más elocuente en los primeros planos, a través de los cuales se hace palmaria la extraordinaria interpretación de Ernest Borgnine, Betsy Blair y todas las segundas figuras.

En suma, es éste un film cuyos méritos no caben en esta breve nota, apremiada por el tiempo y el espacio. Sólo añadiremos que el film plantea –con el principal– una serie de agudos problemas sociales. Al público, habituado al cine americano, poco amigo de dejar cabos sueltos, le resultó inesperado y demasiado rápido el cerrojazo final. El público desearía saber si Marty compró o no la carnicería y si finalmente consiguió vivir con independencia. En todo caso el asunto, concretado a última hora en el cerebro y el corazón de Marty, queda perfectamente resuelto en la magnífica escena del desenlace.

16 de diciembre de 1956

El silencio es oro

Le silence est d'or, Francia, 1947. Melodrama. Director: René Clair. Principales intérpretes: Maurice Chevalier, François Périer, Marcelle Derrien, Dany Robin.

Una película que por donde quiera que se la mire lleva la inconfundible marca de su autor, lo que equivale a afirmar –dado que su autor es nada menos que René Clair– que *El silencio es oro* es una de esas contadas películas en las que el cine se manifiesta como un

auténtico juego de ingenio, lleno de viveza y sabor. El talento afilado y sensible de René Clair anda aquí tras cada plano, tras cada secuencia, manifestándose lo mismo en la composición que en el desarrollo de un guión lleno de maliciosas, graciosísimas sutilezas. No es preciso decir que la película rebosa de resonancias chaplinianas –que no otro ha sido el maestro del gran director francés–, resonancias que se traducen tanto en la capacidad de sugerencias y en el finísimo sentido del humor como en los tipos manejados, la reiteración de motivos –incluso musicales de rotundo acierto– y en la zumbona y nostálgica evocación de una época –¡ay!– cada día más lejana. Todo esto, conjugado con maestría y alentado por un plantel de actores de categoría, encabezados por un Chevalier decadente, en una faceta inédita, sirve para dar vida a un París finisecular, el París de los albores del cine, los viejos verdes, los abonos de la ópera y las boquitas de piñón. Una película graciosa y melancólica, en suma, a la que sólo cabe censurar el mal estado en que la copia llega a nosotros, salpicada de irritantes cortes y con una fotografía con evidentes indicios de haber rodado demasiado.

10 de febrero de 1957

Almas sin conciencia

Il bidone, Italia, 1955. Drama. Director: Federico Fellini. Intérpretes: Broderick Crawford, Giuletta Masina, Richard Basehart.

A estas alturas es evidente que apenas sí algún director italiano, fuera de Fellini, mantiene insobornable su fidelidad a la fórmula neorrealista. El divismo ha empezado a minar una técnica cinematográfica que asombró un día por su fuerza y audacia. Fellini, el admirable animador de *La Strada*, permanece sin embargo fiel a su línea, ajeno a toda tentación comercial, y si en aquel film realizó un auténtico prodigio artístico, cerrado a toda concesión, ahora con *Almas sin conciencia* nos brinda una película dura, maciza, de nobilísima factura estética, siquiera algunas escenas, apuradas en exceso, adolezcan de cierto desequilibrio. Ello no obsta para que el lenguaje plástico de Fellini, desnudo e hiriente, dentro de una agudeza con no poca frecuencia despiadada, resulte de una extraordinaria eficacia.

Mas tal vez lo más importante del cine de Fellini sea su afán por buscar por debajo –o por encima– de la anécdota un algo trascendente. En Fellini tiene seguramente el cine actual el director de más intensa preocupación espiritual. Y es curioso cómo una vez más encontramos aquí –de rechazo– una llamada a la convivencia, a la

solidaridad humana. Tras *La Strada* y *Almas sin conciencia* queda bien patente el horror de Fellini por la soledad, esa soledad que de nuevo en el desenlace de este film vuelve a brindarle motivo para usar de las secuencias más patéticas y tremendas de la historia del cine.

Un buen film, un excelente film, en resumen, cuya dolorosa huella no recata fulgurantes ramalazos de ingenio muy latino. La película está bien interpretada por un nutrido plantel de actores entre los que destaca en una figuración perfecta el veterano Broderick Crawford, cuya ductilidad mímica –y su gran talento de actor– le permiten pasar sin transición de la cara de obispo a la de gángster más violento y despiadado. Una interpretación, la suya, sencillamente genial.

2 de junio de 1957

El chico

The Kid, Estados Unidos, 1920. Drama. Director: Charlie Chaplin. Principales intérpretes: Charlie Chaplin, Jackie Coogan, Edna Purviance, Carl Miller.

Resulta verdaderamente deprimente que haya necesidad de echar mano de estos films de Chaplin, con cuarenta años a las espaldas, para que el cine de hoy, el monótono, mimético y anodino cine de nuestros días, reciba una ráfaga de viento renovador. No es esta ocasión de hacer una análisis crítico de *El chico*. Bastará decir que como juego de imágenes, como ejemplo de expresividad plástica, no ha sido superado. La agudeza, la malicia realizadora del gran Chaplin, se manifiesta a cuarenta años vista con la misma espontánea frescura, las mismas jugosidad y fragancia que entonces. Habituados a los burdos recursos de hoy, recursos alumbrados por la impotencia estética, por la sequedad creadora de los cineastas actuales, *El chico* cobra aún mayor relieve e importancia, se yergue, en verdad, como uno de esos hitos fundamentales en todo proceso artístico.

En suma, consideramos un estupendo acierto esta vuelta al ayer, cuando ese ayer es Chaplin, el genial redentor del melodrama. *El chico*, como muestra de su genio, como muestra de lo que debe ser el cine que habla por la imagen, como muestra, en fin, de un arte independiente, es una película que no debe dejar de ver –o de volver a ver– ningún buen aficionado.

10 de noviembre de 1957

Moby Dick

Moby Dick, Estados Unidos, 1956. Drama. Director: John Huston. Principales intérpretes: Gregory Peck, Richard Basehart, Leo Genn, Orson Welles.

Es sorprendente la manera con que el director John Huston ha conseguido conservar en la película los altos valores poéticos de la novela de Herman Melville sin mermas de la acción, sin menoscabo de su vibrante movilidad. A través de esta conjunción, tan difícil pero tan exacta en el film que comentamos, es posible juzgar la maestría de Huston, quien al abordar la filmación de una novela de aventuras no ha olvidado que el cine tiene sus propios medios de expresión. Así, a través de una multiplicación asombrosa de planos, de un juego ágil e incesante de cámara, asistimos al acoso de Moby Dick, la gran ballena blanca, sin que por un momento pese sobre el espectador la monotonía del mar o la limitación de un barco ballenero. Huston ha conseguido de entrada –con una prodigiosa ambientación– un ritmo congruente y sostenido y una caracterización rápida y eficaz de los personajes que viven la estupenda aventura. Lo demás le ha venido rodado, es la recompensa lógica de los aciertos de montaje y composición. Quiero decir que el *crescendo* del interés conforme el film avanza, a costa de un resorte tan pueril –en apariencia– como es el odio del capitán hacia una ballena, es una consecuencia normal de la maestría con que se han caracterizado los tipos y traducido sus estados de ánimo. Si a ello añadimos la realización técnica no sólo del aspecto documental de la película, verdaderamente impecable, sino de la manera plástica, eficacísima, de transmitirnos las sensaciones –la canícula, el tedio, el miedo– que gravitan sobre los protagonistas, tendremos suficientemente explicada la impresión de verosimilitud de realidad que desde el primer momento arrastra al espectador.

Se trata, en resumen, de una excelente película, calculada en todos sus efectos, convenientemente vivida por unos actores avezados y donde los recursos acústicos han sido manejados con gran tacto para, en combinación con la imagen, obtener en cada instante los efectos apetecidos.

11 de octubre de 1958

Fanny

Fanny, Estados Unidos, 1961. Melodrama. Director: Joshua Logan. Principales intérpretes: Leslie Caron, Horst Buchholz, Charles Boyer, Maurice Chevalier.

No deja de resultar curioso este trasplante de nuestro castizo sainete al

barrio de pescadores de Marsella. Porque, en puridad, *Fanny* es eso, un auténtico sainete, montado en torno a un extenso repertorio de personajes populares, con una anécdota artificiosa y vulgar, y un ambiente pintoresco, muy propicio al fotograma en tecnicolor. A estas características hemos de añadir el montaje esencialmente literario de la pieza, desarrollada a través de extensos parlamentos donde la falta de acción, de dinamismo, resulta a veces exasperante y fatigosa. Todo esto equivale a afirmar que *Fanny* es una obra teatral filmada sin excesiva malicia, esto es, sin pretender en ningún momento ampliar sus posibilidades expresivas mediante los mil y uno recursos que el cine brinda. Ello no es obstáculo para que el desgarro de los diálogos, la afortunada –sí que, también, con un tufo inevitable de bambalinas– interpretación, los blandos recursos melodramáticos utilizados hagan su presa en el espectador sencillo y lleguen, incluso, a producirle una superficial emoción.

Sin duda, lo más grato de este film es la presencia de Leslie Caron, más atractiva y graciosa, más fotogénica que nunca, si bien su belleza, su simpatía, su desenvoltura ante la cámara pueden muy poco frente a un guión cuyo lastre de origen resulta muy difícil de contrarrestar.

En suma, la gente esperaba una segunda *Lilí* y *Fanny* no es *Lilí*. Esto, por descontado.



Alfredo Mayo, Ana Mariscal y José Nieto



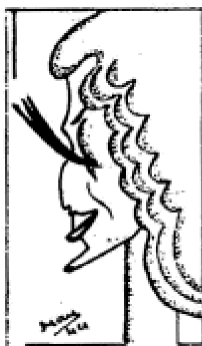
Celia Gámez



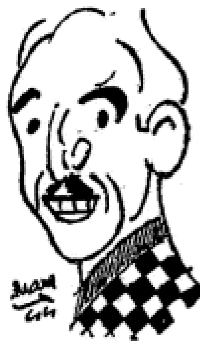
Imperio Argentina



Alfredo Mayo



Jeanette MacDonald



Walt Disney



Gary Cooper y Barbara Stanwyck



Groucho Marx





Clark Gable, Claudette Colbert y Spencer Tracy



Henry Fonda



Veronica Lake



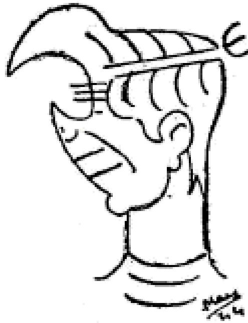
Cary Grant



Bela Lugosi



Irene Dunne y Charles Boyer



Mickey Rooney

APÉNDICE II

Dos antologías

Castilla, lo castellano
y los castellanos

1979

Castilla, hoy

Rafael Borrás, director literario de Planeta, se acercó un día a Valladolid con objeto de animarme a escribir un ensayo sobre Castilla, invitación que decliné por entender que un ensayista es un hombre de ideas, un hombre que profundiza en un tema desde posiciones, digamos, teóricas, o, quizá, más exactamente, filosóficas, y ése no era mi caso:

–Pero yo no sé hacer eso –le respondí–. Yo estoy lejos de ser un hombre de ideas; a mí lo que en realidad me divierte es escribir sobre hombres y cosas. Además, un ensayo sobre Castilla me exigiría viajar, tomar notas, hojear libros, analizar estadísticas, y esas cosas no van conmigo.

–Bueno, tú puedes hacerlo sin tanta preparación, mejor dicho, ya lo has hecho. Creo que después de leer atentamente tus novelas, la realidad castellana queda muy clara.

En ese momento, Jesús Torbado, que asistía a la reunión y conoce, por personal experiencia, las limitaciones del narrador, terció oportunamente, tras un cauto, prolongado silencio, muy castellano por otra parte:

–Vendría a ser lo mismo o, tal vez, más eficaz, que, en lugar de viajar por Castilla, Miguel lo hiciera por sus libros que versan sobre Castilla. Seguramente a través de los temas que toca en ellos, los personajes que los animan y las situaciones que plantea, la imagen de Castilla, lo castellano y los castellanos, resultaría más convincente.

Así quedó concertado este libro, una especie de antología caprichosa y desordenada, donde, tomando una pieza de aquí y otra de allá y acoplándolas de manera congruente, he tratado de construir el puzle para ofrecer una estampa de la región castellano-leonesa actual, mas, al volver sobre lo escrito y releerme, observo con cierto asombro y no pequeño desencanto, que he precisado demasiados libros para conseguir no ya una representación global de Castilla, como cabría esperar, sino apenas una vaga aproximación. Advierto, asimismo, con cuánto fundamento Francisco Umbral señala, en su breve estudio sobre mi obra, que yo he «desnoventayochizado» Castilla, en el sentido de que si aquellos grandes escritores del 98, generalmente periféricos, se dejaron ganar por la tentación esteticista, puramente descriptiva, de una Castilla abierta y sin problemas, yo he ido, con más modestia, es cierto, pero más directamente al grano y he hecho sociología en mis novelas. Mi pupila, acomodada ya desde origen, no

se ha dejado deslumbrar por los cielos altos y los horizontes lejanos de mi región, envolviéndolos en una piadosa ojeada contemplativa para recrearme, luego, en blandas pinturas a la acuarela, sino que ha descendido, tal vez un poco demasiado abruptamente, al hombre para describir su marginación, su soledad, su pobreza y su deserción presentes. La estampa de Castilla desertizada, con sus aldeas en ruinas y los últimos habitantes como testigos de una cultura que irremisiblemente morirá con ellos, puesto que ya no quedan manos para tomar el relevo, es la que he intentado recoger en mi novela *El disputado voto del señor Cayo*, como un lamento, consciente de que se trata de una situación difícilmente reversible. Este hecho sociológico, el más importante acaecido en mi región y que ha dejado una huella imborrable en Castilla y los castellanos, asomará, lógicamente, como una constante, a lo largo de las páginas que siguen.

Contrasta esta realidad social castellana con la imagen que durante los últimos lustros ha circulado por la periferia del país, aceptándose como buena la torpe ecuación Administración=Madrid y Madrid=Castilla, luego Administración=Castilla. Se daba así una imagen de Castilla centralista y dominadora, más propia de una retórica tonante y vacía, anacrónicamente imperialista, que de un hecho real, fácilmente constatable. Castilla, región agraria, pese a los incipientes brotes de industrialización en algunas de sus ciudades, sobre su ya viejo, impenitente abandono, se ha visto sometida a lo largo de casi medio siglo a la presión del *precio político*, eficaz invento para mantener inalterable el precio de la cesta de la compra y, con él, el orden social de los más a costa del sacrificio económico de los menos.

Por otro lado, la equivocada política seguida desde Madrid con las regiones periféricas más desarrolladas, donde, mediante el halago económico, se pretendió acallar sus anhelos de conservar la identidad cultural e histórica, aportó sobre la totalidad del país dos consecuencias no por previsibles menos deplorables: por una parte, se hizo más profunda la diferencia entre regiones ricas y pobres, con el consiguiente trasvase de hombres de éstas –cada día más depauperadas– a aquéllas, y, por otra, no cesaron de exacerbarse los sentimientos secesionistas en algunos pueblos del litoral, orgullosos de sus raíces y de sus peculiaridades culturales y reacios a dejarse comprar por un plato de lentejas.

Un suelo pobre, como el nuestro, dependiente de un cielo veleidoso y poco complaciente, unido a una política arbitraria que permite subir el precio de la azada pero no el de la patata, y al recelo proverbial del hacendado castellano, cicatero y corto de iniciativas, que prefiere, por más seguro y rentable, invertir en la industria los menguados beneficios del campo, han dejado a Castilla sin hombres ni dinero, en

tanto la energía que produce, sin aplicación posible en la región, alimenta a la industria ajena, para ya, metidos de lleno en un delirante círculo vicioso de contradicciones, y aprovechando la desertización de algunas de nuestras provincias y su nula capacidad de protesta, se ha dispuesto la instalación de centrales nucleares con objeto de continuar sosteniendo el desarrollo del vecino con el riesgo propio. Aquel viejo dicho de «Castilla hace sus hombres y los gasta» en que se pretendió simbolizar la abnegación y el desinterés castellanos, apenas si conserva hoy algún sentido puesto que la Castilla desangrada de esta hora está resignada a hacer sus hombres para que los gasten los demás.

A pesar de lo dicho, no creo exista hoy en Castilla un arraigado sentimiento regionalista, una conciencia histórica y cultural profunda. El castellano, de ordinario, no se siente especialmente castellano sino vaga, inconscientemente español. Villalar no es tanto la expresión espontánea de un sentimiento autonomista como una resuelta tentativa de crearlo. Pero, por el momento, el castellano, me parece a mí, no siente *eso*. Para que un sentimiento localista reivindicativo despierte o se afiance basta un solo golpe bajo, contundente y despiadado, como el propinado a Cataluña en abril de 1939 («Señores: a partir de hoy hay que hablar cristiano»). A Castilla no le ha faltado el golpe bajo, le ha faltado la contundencia. A Castilla se le ha ido desangrando, humillando, desarbolando poco a poco, paulatina, gradualmente, aunque a conciencia. Se contaba de antemano con su pasividad, su desconexión, la capacidad de encaje de sus campesinos –en medio siglo no he asistido en mi región a otra explosión de cólera colectiva que la invasión de carreteras por los tractores en la primavera del 76–, de tal modo que la operación, aunque prolongada, resultó incruenta, silenciosa y perfecta.

En este tiempo no han faltado grandes palabras, desde el «¡Arriba el campo!» del levantamiento de 1936 al Plan de Redención Social de la Tierra de Campos, planes de desarrollo industrial, planes de regadío... ¿En qué ha quedado todo ello? ¿Qué sucederá aquí, si es que ha de llegar, el día que Castilla y León se decidan a aprovechar el agua de sus embalses? ¿De dónde sacar las manos para atender los cultivos de regadío, mucho más exigentes, si no las hay ya ni para el secano, si en la vieja Castilla, en su mayor parte, no quedan más que viejos y niños? Si el proceso no se detiene, para entonces nuestra comarca se habrá quedado sin un hombre, sin un kilovatio, sin una peseta. Y yo me pregunto, esta situación de atonía, de agonía, ¿es realmente reversible?

Aunque planteada de manera esquemática, creo que ésta es la situación actual de Castilla. Mas esta mansedumbre, esta pasividad, esta especie de fatalismo que de siempre acompaña al castellano, no

excluye la existencia de un idioma –que por extendido hemos dejado de considerar *nuestro*–, unas costumbres, una cultura, un paisaje, una forma de vivir. A rescatarlos, a subrayarlos va encaminado este libro, que, repito, no es un libro de ideas, sino un libro sobre hombres y cosas humildes que nos hablan de una Castilla maltratada pero que, pese a los últimos y poco optimistas avatares, no ha enajenado aún su personalidad.

«Ancha es Castilla», reza un viejo y acreditado aforismo. Pero si Castilla es ancha o no lo es depende no sólo de la perspectiva que adoptemos para contemplarla, sino de la parte del país que recorramos, lo que equivale a afirmar que Castilla, antes que ancha –o además– es varia y diversa. Manuel Bartolomé Cossío afirma que el paisaje de Castilla es el cielo, mientras que Ortega y Gasset asegura que en Castilla no hay curvas. Tales afirmaciones –cielo alto y tierra llana, uniforme–, la impresión de infinitud y vacuidad que su paisaje produce en el forastero, se refieren a la Castilla llana y, más propiamente aún, a la Tierra de Campos. Esta Castilla, la Castilla árida y desamueblada, dotada de elementos mínimos, es la Castilla de Unamuno, Azorín y Machado, la Castilla espectacular precisamente por la carencia de ornato, por la falta total de espectáculo: el mar de surcos, el páramo pedregoso, los sombríos montes de encina, los pueblecitos de adobes, rodeados de bardas, con la esquemática pobeda sombreándolos, los cerros motilones pespunteados por una docena de almendros raquíticos, las dos hileras de chopos flanqueando marcialmente el hilo escuálido, invisible, de un regato... Ésta, quizá, sea, desde un punto de vista topográfico, la Castilla esencial, la Castilla por antonomasia y, por ende, la Castilla literaria.

Castilla, sin embargo, no se agota ahí. Cantabria, a mi entender, a pesar de sus plegamientos, su feracidad y su nivel de vida más desahogado, es también Castilla, incluso una de las cunas de su idioma, y si ascendemos desde el Cantábrico a la meseta, hasta las llamadas tierras de pan llevar, observaremos que se va produciendo un proceso gradual de desecación y aplanamiento. La tierra va perdiendo jugosidad, verdor y orografía, hasta alcanzar la Castilla parda, sequiza y planchada de la Tierra de Campos.

En mis novelas, en mi afán por abarcar la totalidad de la región donde he nacido y vivo, no podía desdeñar ninguna de sus expresiones paisajísticas, y si en *El camino* rindo un emocionado homenaje a la Montaña, al Valle de Iguña, donde están mis raíces familiares, en *Las ratas, La hoja roja, Diario de un cazador, La mortaja* y *Viejas historias de Castilla la Vieja* retrato la desnudez, los campos yermos de Valladolid, Palencia y Zamora, al norte del río Duero, y, finalmente, en *Las guerras de nuestros antepasados, El disputado voto del señor Cayo, Parábola del náufrago, Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* y *Mis amigas las truchas* existen prolijas descripciones de la bronca comarca intermedia, el norte de León, Palencia, Burgos y Soria, tal vez la parte

de Castilla menos exaltada literariamente, aunque no la menos bella, donde los ingentes plegamientos y sus peculiaridades vegetales, que preludian las tierras del norte, se conjugan con el clima extremoso y los cielos hondos y azules propios de la Castilla llana.

He aquí una interpretación personal del paisaje montañés, extraída de las páginas de *El camino*, una novela escrita en 1950, cuando mis vivencias de estos valles eran frescas y directas y se renovaban puntualmente cada año. [Véase *El camino*, capítulo III del volumen I].

La Castilla adusta y mineral, la Castilla de transición entre la humedad norteña y la aridez de las tierras de pan y vino, está sintetizada en estas breves páginas de *El disputado voto del señor Cayo*, novela publicada en diciembre de 1978. [Véase *El disputado voto del señor Cayo*, capítulo V, volumen III].

Por último, los dos capitulillos que siguen pertenecen a *Viejas historias de Castilla la Vieja*, una novela corta que data de 1964 y que pudiera estar ambientada en cualquier pueblecito de Valladolid o Zamora. [Véase en *Viejas historias de Castilla la Vieja*, «Amiano 'el Cosario'» y «Los hermanos Hernando», del volumen III.]

DEPENDENCIA DEL CIELO

Estrabón calificó la meseta norte como «país frío, áspero y pobre». No aludió, sin embargo, a la aridez, tal vez porque entonces no era árida, cuando es precisamente la escasez de agua o su desigual distribución la razón determinante del bajo rendimiento agrario castellano (bien entendido que, a partir de aquí, al hablar de Castilla, consideraremos al margen la provincia de Santander, cuya pluviometría y la densidad de sus bosques –una cosa llama a la otra– la alejan de la desmantelada topografía de las provincias del sur). Esto presupone que Castilla la Vieja, salvo un puñado de hectáreas redimidas recientemente en cada provincia por los riegos por aspersión (un ocho, quizá un diez por ciento de las tierras cultivables), es tierra de monocultivo, de cereal, del áspero, aleatorio secano, mientras los perdidos y laderas de sus lomas, albergan pequeños rebaños de ganado lanar y algunos atajos de cabrío. Poca cosa. Hablar hoy de una riqueza ganadera, o de un conflicto entre siembras y rebaños, como en tiempos de la Mesta, resultaría desproporcionado y a todas luces pretencioso.

Mas lo peor de la economía agraria castellana no es que sea pobre sino que sea insegura. La dependencia del cielo es aquí total. Pero tal vez antes que lluvias, nieves o sol, lo que se echa en falta en Castilla es un orden meteorológico que asegure un tempero adecuado para las

siembras otoñales, hielo en diciembre para que la planta afirme, aguarradillas en abril para que el sembrado esponje y sol fuerte en junio para que la caña espigue. La volubilidad atmosférica es, sin embargo, la tónica dominante. Las lluvias, prematuras o tardías (el exceso de agua impidió sembrar en la otoñada del 59 y trillar, hasta que el grano se nació en las eras, en el verano del 61), las heladas intempestivas o los nublados de julio, dan al traste, año tras año, con buena parte de las cosechas. Afortunadamente la reciente, y todavía modesta, mecanización del agro, la siembra de cereales tremesinos, la subsolación profunda, la concentración parcelaria, el abandono de tierras marginales y los tímidos ensayos de irrigación, van alejando poco a poco el fantasma de la cosecha catastrófica pero, a pesar de todo, Castilla sigue dependiendo del clima hasta tal punto que, como ya he dicho antes en alguna parte, empleando un lenguaje metafórico, si el cielo de Castilla es alto es porque lo habrán levantado los campesinos de tanto mirarlo. Por ello, nada tiene de particular que el refranero, el rico y sentencioso refranero castellano, tenga al clima como protagonista principal. Recordemos, siguiendo un orden cíclico: «Septiembre o seca las fuentes o se lleva los puentes», «En llegando San Andrés, invierno es», «Año de nieves, año de bienes», «Si la Candelaria plora, el invierno está ya fora», «En febrero, un rato al sol y otro al brasero», «Marzo ventoso y abril lluvioso, sacan a mayo florido y hermoso», «Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana», «Agua agostera, tronza la era pero apaña la rastrojera»... El cielo, el tiempo, continúa siendo, a pesar del tractor, de la selección de semillas y otros avances técnicos y científicos, el gran protagonista de Castilla. A estos efectos, me parece indicativo el capítulo XV de mi novela *Las ratas*, donde asistimos a la tensa expectativa de los habitantes de una aldea ante la amenaza de una helada tardía. [Véase *Las ratas*, capítulo XV, volumen II].

RELIGIOSIDAD

La inseguridad atmosférica ha originado en el labriego castellano una segunda naturaleza basada en la desconfianza: desconfianza en las propias fuerzas y en la asistencia del sol o del agua que necesita. Esta desconfianza, apuntalada en razones climatológicas, va extendiéndose después hacia sus convecinos y hacia la vida misma y acaba configurando una manera de ser: la del hombre insatisfecho, receloso, que vive en una perpetua zozobra. El campesino castellano, por sistema, nunca nos dirá que las cosas van bien. Es incuestionable que el noventa y nueve por ciento de las veces tendrá razón; la cosecha, por fas o por nefas, se le tuerce o se le niega, pero cuando, por raro

azar, llega un año en que los elementos se combinan, al fin, de una manera congruente y la tierra se muestra generosa, el campesino, que ha adoptado la quejumbre como un tic, no lo reconocerá así, nunca faltará un *pero* o un «*sin embargo*» que le impedirá exteriorizar abiertamente su satisfacción.

Su impotencia frente al cielo, la conciencia de su insignificancia en un paisaje infinito, acentúan la religiosidad del castellano, una religiosidad activa, que se muestra en tradiciones y fiestas –San Roque, la Virgen– pero con un ingrediente de interés, a la manera romana: «Doy para que me des». «Sacar el Santo», «las rogativas», etcétera, constituyen viejos hábitos para impetrar del cielo un favor, generalmente la lluvia. (Me cuentan que hace años, en un pueblecito de Castilla, ante la primera nube que apareció en el firmamento, tras una larga y seca primavera, los mozos se decidieron a sacar el Santo, implorando ayuda para sus campos, mas en plena procesión la nube se asentó sobre el término y en lugar de agua empezó a descargar piedras del tamaño de avellanas. Los mozos, desconcertados primero y despechados después, tomaron las andas y, en un impulso de irritación colectiva, arrojaron la imagen, insensible a sus ruegos, a la poza más profunda del río. He aquí, en última instancia, y a contrapelo, un auténtico acto de fe popular).

De otra parte, el paisaje monótono, la vida rutinaria, la vecindad inmediata y constante con la mediocridad, le hace propenso a aceptar lo mágico, la milagrería, la superstición, cualquier cosa que venga a quebrar el rastrero curso de la vulgaridad cotidiana. Esta proclividad a lo maravilloso, que en principio parece reñida con su tradicional desconfianza, es, sin embargo, un hecho notorio y contagioso que puede observarse en cualquier aldea de Castilla la Vieja por insignificante que parezca.

A lo largo de mi obra, yo he procurado hacerme eco de esta debilidad; así, las «visiones» de la abuela Benetilde en *Las guerras de nuestros antepasados*, el portento de los pájaros que no se vuelan de las andas de la Virgen en *La hoja roja*, el episodio del petróleo en *Las ratas*, etcétera, son manifestaciones de una tendencia a la milagrería, de un estado de credulidad, que yo llamaría de «expectativa de prodigio», motivado, las más de las veces, por hechos perfectamente naturales y de una simplicidad elemental.

Como exponente de este rasgo he tomado el capítulo XIX de *El camino*, sumamente explícito en este sentido. [Véase el *El camino*, capítulo XIX, volumen I].

SUMISIÓN

La escasa ilustración del hombre de campo en Castilla, sus condiciones de vida, siempre estrechas y, a menudo, insuficientes, le hicieron caer, desde antiguo, bajo la arbitrariedad del cacique. En Castilla la Vieja, tierra de minifundios, se ha ido debilitando, sin embargo, la institución caciquil en el último medio siglo, hasta desaparecer del todo en no pocas circunscripciones. Mas el bracero, el modesto colono, el aparcero, siguen alentando bajo un vago sentimiento de desamparo, de temor, que les inclinan a situarse espontáneamente bajo la protección del poderoso o del que consideran tal. Esta sensación de inseguridad acreció durante los últimos lustros, con el advenimiento de la civilización del papel, debido al desconocimiento por parte del campesino de los trámites burocráticos. El campesino cree, con sobrado fundamento, que un papel firmado a destiempo puede acarrearle la desgracia o, al menos, un cúmulo de sinsabores. Esta situación inspira, por un lado, un supersticioso temor a los papeles y, por otro, la conveniencia de granjearse el valimiento de aquel que, de alguna manera, domina este inextricable mundo, más tenebroso aún para él que el de los elementos atmosféricos. Mas el hombre que influye en la comunidad rural no es ya necesariamente un cacique, considerando a éste como una eminencia económica o política. En nuestros días, el cacique puede ser un titulado, o simplemente un hombre letrado o con cualquier tipo de ascendencia social, religiosa, etcétera. En todo caso, en nuestros pueblos, como en la vieja jerarquía del feudalismo europeo, todavía se establece una graduación de sumisiones que las más de las veces, por supuesto, no generan relaciones afectivas, sino todo lo contrario.

A lo largo de mis libros tropieza uno con no pocas situaciones que acreditan lo dicho, pero, quizá, donde mejor se observa esto es en el capítulo VII de *Las ratas*, historia que se desarrolla durante la dictadura y en la que puede advertirse que la institución castellana del cacique –y no sólo castellana, puesto que en el sur tuvo aún mayor desarrollo– no desapareció en esos años, sino que subsistió adoptando una forma de jerarquización política, de burocracia escalonada, a la que sólo osaron oponerse tipos desheredados y lunáticos como el tío Ratero, protagonista de la novela. [Véase *Las ratas*, capítulo VIII, volumen II].

PIEDRAS VENERABLES

Ortega y Gasset, con esa lucidez metafórica que le caracteriza, dejó escrito que España es esa cosa hecha por Castilla, frase brillante y simplista que, como tal, se presta a interpretaciones y no debe ser tomada al pie de la letra. En todo caso, se hace evidente que la

historia de Castilla es una historia épica y laboriosa, una fuerza atractiva, aglutinadora, en la unidad del país. Este proceso, nunca sobrado pero sí suficiente, que alcanzó su apogeo en las famosas ferias de Medina del Campo, Villalón y Rioseco –la India Chica–, fue sembrando nuestra región de piedras venerables, monumentos que desde la prehistoria –los Toros de Guisando– al barroco han ido dejando constancia del fervor, la imaginación y el esfuerzo de nuestros antepasados. Las ciudades castellanas –Ávila, Segovia, Zamora, Salamanca, Burgos, Soria, León, etcétera– constituyen auténticos museos, expresiones insuperables de los más variados estilos –románico, gótico, plateresco–, pero mi pluma, más volcada al campo y poco dada al cultismo, pasó de largo sobre estas piedras, felices documentos de un pasado glorioso, si exceptuamos tal vez la ciudad de Ávila en *La sombra del ciprés es alargada*. En cambio ha consignado como hitos, como si de viejas atalayas se tratase, aquellas piedras que fueron marcando su huella en el transcurso de los siglos para pasar a configurar nuestro paisaje rural y darle una personal fisonomía. Así sucede con los castillos y torres, emblemas de nuestra región –*La caza de la perdiz roja*–, o la humilde iglesia románica, aún erguida entre las ruinas de un pueblo sin vida –*Las guerras de nuestros antepasados*– y, particularmente, con carácter de auténtico protagonismo, con la pequeña ermita prerrománica que se yergue airosamente sobre el teso, dominando la aldea perdida en las estribaciones serranas del norte de la región en *El disputado voto del señor Cayo*. Recordemos este pasaje en el que piedras, plantas y animales, se conjugan y confunden para formar un todo armónico. [Véase *El disputado voto del señor Cayo*, capítulo VII, volumen III].

DOS MUNDOS

Refiriéndose al campesino soriano, Antonio Machado afirma en uno de sus versos que «desprecia cuanto ignora», afirmación incontestable, cuya contrapartida es el desdén de la clase burguesa –y aun intelectual– ante el quehacer campesino y la cultura de la tierra. En mi novela *El disputado voto del señor Cayo*, he expuesto este problema desde las dos variantes: la del intelectual –doblado en político– que desconoce absolutamente el medio rural y la del labriego –sin desdoblar– para quien el mundo intelectual constituye un mundo críptico, impenetrable. Entiendo que en Castilla esta desconexión es un hecho paladino. El ser urbano, ganado por la fiebre y los apremios de la ciudad, desconoce la realidad del campo, no distingue el trigo de la cebada ni un barbecho de un rastrojo, mientras el pueblerino no es capaz siquiera de imaginar qué significa un cine-club, un ateneo o una

sala de cultura. Obviamente, ellos no son los responsables de este estado de cosas sino sus víctimas. Un abandono de siglos, ha provocado la marginación de los pueblos de Castilla, perdidos entre los surcos como barcos a la deriva. Esto origina en el hombre rural, antes que desprecio hacia las clases letradas, una especie de resentimiento, aunque en el fondo lata una admiración soterrada hacia ellas, alentada por el convencimiento de que su acceso al mundo de la ilustración –al somero mundo de la ilustración del abecedario y las cuatro reglas– le liberarían de la servidumbre a que aludíamos dos capítulos más arriba. Este anhelo de elevarse, de dignificarse, de redimirse intelectualmente, se hizo más relevante –en algunos casos casi patético– en Castilla la Vieja, en la década de los sesenta, con motivo del fenómeno de la emigración del pueblo a la ciudad, donde exigían unos mínimos conocimientos. Creo que en todo tiempo, sin embargo, el campesino ha admirado al escribano, al hombre letrado, aunque rebozara su admiración en una actitud desdeñosa, de aparente menosprecio. La Desi, la muchacha analfabeta, de *La hoja roja*, trasladada del medio rural para servir en la ciudad a un viejo jubilado, totalmente desprovista de doblez, traiciona esta postura despectiva de autodefensa y deja traslucir aquel anhelo de ilustración siempre insatisfecho. [Véase *La hoja roja*, capítulo III, volumen II].

FILOSOFÍA SOCARRONA

La ciencia de la tierra, de los animales, de las plantas, de las mudanzas atmosféricas es, en rigor, la única sabiduría de los hombres del campo. Sabiduría limitada pero rigurosa y profunda. El amor a la tierra, no tanto en cuanto patria, que esta es cuestión que trataremos después, sino como sustento, como soporte de su precaria subsistencia, se acentúa en Castilla precisamente por mor de la ingratitud de aquélla, de su versatilidad. Es el eterno problema del amor no correspondido o insuficientemente correspondido. El viejo Cayo, protagonista de mi novela *El disputado voto del señor Cayo*, deslumbra a Víctor y Laly, los dos presuntos diputados que acuden a visitarlo con fines electorales, con sus conocimientos de la vida rural. El señor Cayo puede muy bien ser considerado como el arquetipo del campesino castellano que conoce y ama a su tierra, un ser primario, lacónico, llano, muy suyo, pero cuyos movimientos van ineluctablemente presididos por el signo de la eficacia. El señor Cayo sabe lo que es y lo que quiere, y al propio tiempo tiene una clara conciencia de sus límites. Hombre íntegro apegado a su medio y a sus costumbres, desprecia «lo inventado», y todo aquello que se aparta de su reducido círculo vital. Indiferente a las grandes conquistas técnicas del siglo –alejadas, por otra parte, de

sus posibilidades–, vive la vida en un régimen de estricto ayuntamiento con la tierra, como podría hacerlo un campesino de tres siglos atrás. Esta forma de entender la vida, de alta calidad humana aunque sobria y sacrificada, apenas se practica ya en las comarcas más adustas de la meseta y desaparecerá, sin duda, con «los señores Cayos» que aún perviven, puesto que las nuevas generaciones, hechas a la televisión, la radio y el automóvil, derivarán –están derivando ya– hacia otros derroteros, más amplios, es cierto, aunque menos naturales y auténticos. Entre estos personajes, supervivientes de una civilización milenaria, aún se encuentran ejemplares de rara expresividad, filósofos rudimentarios y socarrones, dispuestos a exponer sus puntos de vista sobre la vida, los hombres y las cosas tan pronto su interlocutor se lo proponga. Esta socarronería no es fruto de la ingenuidad sino nacida de una experiencia que le ha desvelado lo que hay detrás de las cosas (que éstas no son siempre lo que aparentan) y que le lleva a reírse de las situaciones difíciles y aun de sus propias deficiencias sin caer por ello en el cinismo. En el fondo, esta actitud, tal vez sea el refugio de una esperanza que no se atreve a manifestar.

Estos viejos campesinos no tienen prisa –no la tienen la tierra ni el sol– ni tampoco la locuacidad y mímica desbordadas del campesino andaluz, pongo por caso, antes bien se muestran controlados, si que observadores y perspicaces, y una vez vencida su reserva, divagarán sobre lo divino y lo humano con agudeza y discreción, con una propiedad de lenguaje que para sí quisieran muchos que se denominan intelectuales, aun dentro de la elementalidad de su discurso.

Como muestra de este ejemplar humano, desgraciadamente en decadencia, traigo a estas páginas a Juan Gualberto, el Barbas, un cazador furtivo asilvestrado y montaraz, sin pelos en la lengua, protagonista de mi relato breve *La caza de la perdiz roja*, en diálogo con *el Cazador*, al fin y al cabo, un hombre urbano. [Véase *La caza de la perdiz roja*, capítulo I, volumen V].

APEGO A LA TIERRA

Los dos breves capitulillos que trascribo a continuación, primero y último de mi narración *Viejas historias de Castilla la Vieja*, reflejan el sentimiento de patria chica del castellano, menos nostálgico que el del gallego, por ejemplo, pero no menos ferviente. Ocurre que el castellano es seco, como su tierra, y siente un instintivo pudor, una tendencia a encubrir su intimidad, como si de una debilidad femenina se tratara. En la vida patriarcal del agro castellano, los mundos del hombre y de la mujer han estado de siempre claramente delimitados. Laly, la muchacha feminista de *El disputado voto del señor Cayo*, lleva

razón cuando en charla con su compañero Víctor, que aduce que «en estos pueblos desconocen hasta la existencia de movimientos feministas», exclama irritada: «Pues en 1977 ya es hora de que se enteren». Evidentemente ya es hora, pero el campesino castellano, el viejo campesino ha parado deliberadamente el reloj. El reloj del campo es la tradición, y dentro de esa norma no cabe la equiparación de la mujer, que ha nacido subordinada al hombre, para ayudarle en las faenas, alumbrarle los hijos, servirle y conservar los recuerdos familiares. Al hombre le corresponde ser duro, en el trabajo y en la vida, y mostrarse como tal, y en esa entereza obligada cabe tanto la impasibilidad ante la ausencia o el regreso de un amigo como la aceptación de la muerte y el paso del tiempo, o la ocultación del sentimiento de patria chica. Cuando la Desi, la criada de *La hoja roja*, como cualquier pueblerino ausente del lugar donde nació y creció, dice «allá en mi pueblo», imprime a sus palabras una enamorada calidez, un sentimiento reverencial, está hablando, aunque se trate de un villorrio perdido y miserable, «de lo mejor del mundo». Fuera de él, aunque esté a dos leguas, «no se siente en casa», ni se siente obligada a celar el tirón de sus raíces, de su añoranza. La actitud del Isidoro, protagonista de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, empequeñecido ante el hombre de la capital de provincia más próxima, es externamente menos sentimental, esto es, la que le corresponde en cuanto hombre, pero su costra de indiferencia se desvanece una vez que la distancia aumenta y se ve desplazado a otro mundo. Quiebra, entonces, la implacable exigencia de la virilidad –tal vez porque no se siente vigilado–, lo mismo que le sucede a *el Indiano* en *El camino*. Veamos la reacción de aquél. [Véase *Viejas historias de Castilla la Vieja*, «El pueblo en la cara» y «El regreso», volumen III].

Conducta análoga se observa en Lorenzo –hombre = autocontrol–, cazador y emigrante, quien tras un año de estancia en Chile, aprovecha un modesto golpe de fortuna para decidir el regreso. Hasta ese momento, la nostalgia de Lorenzo se ha mostrado más o menos reprimida –delegada en Anita, su mujer, a la que reprende por su blandura (?)–, mas una vez tomada la determinación, reconoce que su país, su ciudad, su casa, sus amigos, constituyen casi su única razón de existir. Veamos estas páginas de *Diario de un emigrante*. [Véase, las entradas correspondientes al domingo 3 de abril, sábado 9 de abril, jueves 12 de enero y sábado 28 de enero, volumen II].

HUMANIZACIÓN DE LOS ANIMALES

La población mermada, dispersa, asentada en pequeños pueblecitos y

caseríos, frente a la colmena trepidante de la gran urbe hace cada día más pronunciada en Castilla la distancia que media entre campo y ciudad. La primera impresión que recibe el hombre de asfalto que se traslada al medio rural es la de haberse quedado sordo. Esta impresión de vacío ya fascinó a Azorín a principios de siglo cuando, refiriéndose a una aldea castellana, escribe: «Y no percibís ni el más leve rumor, ni el retumbo de un carro, ni el ladrido de un perro, ni el cacareo lejano y metálico de un gallo… La sensación de abandono y muerte que antes os sobrecogiera, se acentuará ahora de modo doloroso a medida que vais recorriendo estas calles y aspirando este ambiente». Diríase que al maestro levantino se le fue la mano, hizo futurismo en su descripción, trasladándose imaginativamente a uno de los pueblos abandonados de nuestros días, es decir, de medio siglo más tarde. Y ni aun así; la impresión de vacío que producen las callejas de un villorrio castellano, enfangadas en invierno y polvorientas en verano, se ve atenuada, precisamente, por lo que él echaba en falta: las manifestaciones de la vida irracional. Y todavía diría más: la soledad progresiva del hombre en el campo, al operar sobre su afectividad, le ha ido acercando más cada día a los animales, a los que, se diría, ha dotado de alma, humanizándolos. Y al hacer esta afirmación no pretendo insinuar que haya eliminado de sus relaciones los malos tratos, sino, más bien, que la soledad lo ha empujado a buscar en el animal una referencia, un destinatario, un eco de su propio yo, casi diría, un interlocutor. La aproximación hombre-animal es patente en Castilla, donde no se concibe la vida sin un can ladrando en la noche, un cerdo gruñendo en la pocilga, o las pisadas resignadas de un pollino acarreando una brazada de mieses por una tambera. El animal forma parte esencial de la vida en las pequeñas comunidades. Las estampas del Senderines en mi relato «La mortaja» o del señor Cayo, en la novela que protagoniza, que no encuentra ayuda para enterrar a los últimos muertos del lugar, resultan muy elocuentes en este aspecto, ya que, en el peregrinar solitario del niño del primer relato a lo largo de toda una noche, apenas si lo acompañan –acolchando una situación excesivamente bloqueada y dramática– el brillo de las luciérnagas, el canto de los grillos y las llamadas de la codorniz en celo. Y otro tanto diría del señor Cayo, que comparte su vida con su mujer muda, un perro descastado, un asno sumiso y una docena de gallinas. Habituado al silencio, el señor Cayo (como el Nini, de *Las ratas*) apenas comprende otro lenguaje que el de los pájaros: los gemidos del cárabo que anidó en el pajar, los gritos destemplados de las chovas en los cantiles o el reclamo insistente del cuclillo buscando pareja. Estos sonidos que para el hombre urbano representan una nota indicativa de la soledad del campo, e incluso vienen a subrayar el silencio, representan para el hombre rural una manifestación de vida y una compañía impagable

(recordemos que el señor Cayo da cuerda al reloj sin manecillas de la torre de la iglesia porque su tic-tac llena). Tal sentimiento, extensivo, aunque en menor grado, al mundo de la botánica, se hace explícito en el lenguaje. El campesino suele emplear voces femeninas, más tiernas y maternales, para designar árboles y pájaros que en los diccionarios y en el vocabulario capitalino son resueltamente masculinos: torda por tordo, nogala por nogal, rendaja por arrendajo, olma por olmo, etcétera. Esta compenetración hombre-animal, hombre-vegetal, se hace patente en toda mi obra, llena de perdices, liebres, zorros, perros, ratas, camachuelos, jilgueros, gallos, palomas, urracas, truchas y, también, de árboles y arbustos, de manera que bastaría abrir cualquiera de mis libros, incluso los de ambiente urbano (recordemos la perra Fany y los peces de colores de *La sombra del ciprés es alargada*), para demostrar cuanto antecede. Pero, quizá, donde este sentimiento se manifiesta con mayor ternura es en el capítulo VI de *Las ratas*, donde vemos al Nini (el niño-sabio protagonista) junto a su perra en íntima comunión con la naturaleza que lo rodea. [Véase *Las ratas*, capítulo IV, volumen II].

INDIVIDUALISMO

La despoblación, los caseríos diseminados por la montaña o la llanura, mal comunicados por intransitables caminos de relejes, han acentuado la propensión al aislamiento del castellano. El campesino, tal vez por su deficiente sentido de la organización o por estar habituado a resolver por sí mismo desde niño los problemas que a diario se le plantean, no cree en la eficacia de la tarea colectiva, se muestra refractario a toda empresa común. Su vida parece regirse por una máxima que no deja de ser un dislate: lo mío es mío pero lo de todos no es de nadie. De esta manera, el castellano, que en los momentos cruciales y ante las dificultades de sus prójimos es un ser desinteresado, generoso y compasivo, se torna reacio a la asociación y hasta insolidario en la vida cotidiana normal. Por ello resultaría risible hablar de servicios comunes en las aldeas castellanas. Las anécdotas del Servicio de Concentración Parcelaria a lo largo de los años ilustrarían copiosa y sabrosamente este capítulo. El mero hecho de haberse tenido que prolongar durante lustros una gestión que debió realizarse en un corto número de años ya da idea de la resistencia del castellano al cambio y la reorganización. El minifundio es tradicionalista y conservador, reacio a pactos y a toda idea de disciplina. Es muy discutible que la escasa densidad demográfica de la región –veinte, veinticinco habitantes por kilómetro cuadrado– haya determinado esta proclividad al individualismo, pero lo que ha

influido, sin duda alguna, es su pobreza. El tener poco acrece el amor, que a veces se torna codicia, sobre ese poco, que, en definitiva, es lo único *nuestro*. Ortega y Gasset, ante las parameras inhóspitas de Soria, se pregunta: «¿Habrá algo más pobre en el mundo?... Yo la he visto en tiempos de recolección, cuando el anillo dorado de las eras apretaba sus mínimos pueblos en un ademán alucinado de riqueza y esplendor. Y, sin embargo, la miseria, la sordidez, triunfaba sobre las campiñas y sobre los rostros como un dios adusto y famélico, atado por otro dios más fuerte a las entrañas de esta comarca...».

Pobreza, incomunicación, creciente soledad, van acentuando, día a día, el irreductible individualismo castellano –mal general de todo el país, aunque seguramente en otra medida–, causa generadora de no pocos de nuestros infortunios. Unas páginas de mi novela *El camino* aluden a este defecto. [Véase *El camino*, capítulo III, volumen I].

Indicativo, asimismo, aunque en este caso de rechazo, me parece el episodio de *El disputado voto del señor Cayo* referente a la vida del pueblo como comunidad, durante los primeros meses de la Guerra Civil. En él se demuestra que el castellano, únicamente ante una calamidad pública podrá llegar a hacer dejación de su individualidad, acogerse a una disciplina común y aceptar diluirse en un gregarismo impersonal que, aunque espontáneamente le repugne, no deja de ser un mal menor que tal vez pueda ayudarle a sobrevivir a la catástrofe. [Véase *El disputado voto del señor Gayo*, capítulo VII, volumen III].

LABORIOSIDAD

El amor a la tierra, al que ya hemos aludido, proviene seguramente del hecho de que el campesino castellano ha dejado literalmente su vida en los surcos. «Su tierra» forma parte de sí mismo, se mira en ella; hay en esa actitud una suerte de narcisismo. Para él no es lo mismo un cavón que otro cavón, ni la puesta del sol tras el cerro desde una perspectiva que desde otra perspectiva. De ahí su resistencia tozuda a cambiar de fincas. En el caso de las permutas que exigía la concentración parcelaria se tomó por interés –que tal vez existió en algunos casos– lo que era más bien sentimentalismo. No se trataba de ganar o perder en la calidad de la tierra sino de la familiaridad con ella, del hecho de haber llegado a integrarse en ella en una comunión entrañable y, lógicamente, a ver como bueno –con frecuencia como lo mejor– lo que no era más que regular y, en ocasiones, malo. Hay que tener en cuenta que el viejo campesino, desde la siembra en octubre, con el primer tempero otoñal, hasta la recolección en agosto, bajo la violenta canícula estival, visitaba su

predio a diario, lo araba, lo aricaba, lo limpiaba de malas hierbas, rogaba al santo para que una helada tardía o un nubazo intempestivo no malrotaran el trabajo de todo un año. En una palabra, vivía en, de y para su tierra, en una entrega total, sin limitación de esfuerzos ni de tiempo. Y esto ha sido así durante siglos, hasta que las máquinas han dulcificado las labores y han quebrado aquella comunión.

Los historiadores nos dicen que de los pueblos que en la antigüedad fueron ocupando España –íberos, celtas, romanos, etcétera– apenas asentaron en Castilla las tribus más sufridas y esforzadas, es decir, las menos. Las preferencias de los ocupantes fueron siempre por el litoral o las regiones meridionales, de clima más benigno y perspectivas más halagüeñas. Esto explica el hecho de que el castellano, antes de serlo, antes de existir Castilla como tal Castilla, sea, desde origen, un ser austero, laborioso y tenaz. Es incuestionable que en las nuevas generaciones, hechas al tractor y la cosechadora, el panorama ha variado, pero el viejo campesino que aún sobrevive en las tierras altas continúa aferrado a las costumbres tradicionales, no concibe las nuevas normas de racionalización del trabajo, ni tiene para él ningún sentido el hecho de que el hombre, llegado a determinada edad, tenga que sentarse a descansar. El señor Cayo, tantas veces citado, arquetipo del castellano viejo, ante el estallido de cólera de Laly, su visitante ocasional, al verlo coger la azada a los ochenta y tres años, responde con toda naturalidad: «¡To! ¿Y si me quita usted de trabajar el huerto, en qué quiere que me entretenga?». El campesino no concibe otra cosa, no comprende, por ejemplo, la justicia de una jubilación retribuida. Su vida y su razón de ser es la tierra, trabajar la tierra, sudar la tierra, morir sobre la tierra y, al final, ser cubierto amorosamente por ella. Mi narración «Los nogales», del libro *Siestas con viento sur*, constituye, en cierto modo, una adecuada ilustración de lo que digo. [Véase «Los nogales», volumen II].

RENCILLAS Y BANDERÍAS

Si el hombre es un ser sociable por naturaleza, habrá que convenir que el castellano lo es en una modesta medida, esto es, menos que los demás hombres. El castellano rural propende al retraimiento, a la hurañía, manifestación suprema del laconismo puesto que el huraño no sólo rehúye la conversación sino también la presencia. Y el castellano tiende a la misantropía aunque elementales exigencias de comunicación –el aldeano habita en pequeños caseríos, con contados lugares de esparcimiento– le pongan en contacto con otros seres, porque es un hecho notorio que pocos hombres, muy juntos y durante demasiado tiempo no es receta aconsejable para una armoniosa

convivencia.

Esta confraternización ineludible, sin posibilidad de escape, que le fuerza a ver, día tras día, los mismos rostros y a escuchar las mismas palabras pronunciadas por los mismos labios, y subrayadas por unos mismos gestos, acrecen los defectos ajenos y generan, inevitablemente, inquinas y antipatías que se fomentan, luego, con la murmuración, una de las pocas maneras de llenar los ocios, fuera del sexo y del alcohol, que les quedan a estos seres olvidados.

Es éste un proceso inexorable al que no pueden sustraerse otros hombres, intelectualmente más evolucionados y, consecuentemente, mejor pertrechados contra el tedio, sometidos a un régimen de vida promiscuo, lo que viene a demostrar que no se trata de un defecto congénito sino promovido por circunstancias ambientales. Dionisio Ridruejo, en su hermoso libro *Cuadernos de Rusia,* nos habla de sus frecuentes escapadas a la estepa helada para atenuar la tensión que le producía la convivencia obligada, siempre estrecha y con los mismos compañeros, de la chabola o la posición. En este caso, el problema se planteaba entre hombres cultivados, lo que no impedía frecuentes discusiones que, a menudo, degeneraban en altercados. Resulta comprensible que este difícil equilibrio humano, trasladado a nuestros pueblos y aldeas –los poblachones extremeños, manchegos y andaluces, por su alta demografía, cuentan con otras defensas– se haga aún más precario, en primer lugar por la elementalidad de los protagonistas, y, en segundo, por la conciencia de que no se trata de una situación circunstancial y pasajera, como la guerra, sino, si Dios no lo remedia, definitiva.

De otra parte está nuestro cainismo, el secular cainismo español, terrible herencia cuyos resultados más dolorosos pudimos constatar los que hoy rebasamos el medio siglo. Tal estado de tensión, de rivalidad larvada o de franco enfrentamiento, se da también en nuestros pueblos, generalmente montado de manera artificiosa –los del cerro contra los del llano, los de la ribera contra los del interior–, absolutamente carente de base y más acentuado cuanto menor sea el número de habitantes. El señor Cayo, a quien tantas veces he apelado en estas páginas, comunica a los políticos que le visitan que en el pueblo no quedan más que dos vecinos, pero advierte: «Háganse cuenta de que si hablan con ése, no hablan conmigo. De modo que elijan». Evidentemente estamos ante un caso extremo pero representativo de un estado permanente de hostilidad que se traduce, en las villas más pobladas, en la existencia de grupos o banderías que dirimen sus diferencias en enfrentamientos mitad verbeneros, mitad bélicos, pero ineluctablemente inciviles y con frecuencia cruentos, como esta cantea que recojo de la obra *Las guerras de nuestros antepasados*, novela rural en su primera parte, desarrollada en forma

de diálogo entre el médico de un sanatorio penitenciario y Pacífico Pérez, muchacho hipersensible y no violento a quien el entorno y el ambiente familiar empujan al homicidio. [Véase *Las guerras de nuestros antepasados*, «Tercera noche», volumen III].

CAZADORES Y PESCADORES

Siendo la caza y la pesca las primeras actividades del hombre sobre la Tierra, nada tiene de particular que en nuestras sociedades rurales, tan primitivas, continúe siendo la predación una de sus notas características. El conocimiento del medio y de los seres que lo pueblan, así como de sus evoluciones y costumbres –sendas, pasos, huellas, excrementos–, hacen de cada hombre de campo en Castilla, al menos en potencia, un cazador. Durante muchos años, este régimen competitivo entre el hombre y el animal silvestre, que, como digo, constituye un rasgo general, encontró en nuestros pueblos un símbolo vivo, peculiar, racionalista, paciente y sabio, no exento de romanticismo –tal vez el romanticismo que hoy emana de todo lo anacrónico o, simplemente, anterior a la mecanización–, que fue el cazador furtivo, ese hombre que vivía de y para la caza, que conocía los montes, trochas, sotos y páramos mejor que la cocina de su casa. La simple exposición de las taimadas artes de un cazador furtivo darían tema suficiente para un largo y amenísimo volumen. Yo he visto a un personaje de Belver de los Montes atrapar una pareja de perdices mediante dos lazos improvisados con las crines de su yegua. Tampoco es nueva para mí la figura del pastor desnucando con la garrota una liebre a la carrera. Este ser montaraz, lleno de encanto y sugestión, que yo he tratado de retratar, con diferencias de matiz, en los personajes Juan Gualberto, el Barbas, de *La caza de la perdiz roja*, y Matías Celemín, el Furtivo, de *Las ratas*, hoy por mor de un distinto concepto de la vida, si que, también, por la presión, cada vez más organizada, de leyes y tricornios, va pasando a la historia para ser sustituido –¡ay!– por la torva, alevosa figura del furtivo motorizado.

No obstante, y pese a la deforestación sufrida por Castilla, que provocó la desaparición de especies valiosas, como ciervos, corzos, linces, etcétera, la baja densidad demográfica de la región, unida a su exiguo desarrollo industrial, ha tenido la contrapartida ventajosa de que en estos predios la contaminación no ha alcanzado, ni con mucho, el nivel de otras regiones, con lo que el deterioro ecológico ha sido, hasta el momento, notablemente inferior. De este modo en Castilla hemos conservado –se han conservado solos– aves, mamíferos, peces que en otras latitudes son ya casi un recuerdo, y entre esto y la nueva ley de caza, que, en buena medida, ha venido a poner ésta en manos

de los campesinos, resulta todavía familiar la vieja estampa otoñal del cazador, con el perro a la vera, persiguiendo a perdices, liebres y conejos a través de perdidos y pegujales.

Otro tanto cabría decir de las aguas de nuestros ríos, aún no mancilladas, que han hecho, especialmente, de la provincia de León y de las zonas altas de las de Zamora, Palencia, Soria, Burgos, Ávila, Segovia, Logroño y Salamanca, viveros inapreciables de salmónidos estimados en toda Europa. La caza –controlada hoy por los ayuntamientos– y la pesca, para los pueblos ribereños, sirven, por un lado, para entonar la modestísima economía rural y facilitar, por otro, tenues contactos con la sociedad urbana. Las figuras del cazador y del pescador constituyen, junto con la del pastor y la del galgo –protagonista de un bellísimo y deportivo sistema de caza poco practicado en el resto del país y en quien Ortega simbolizó la horizontalidad de Castilla, siquiera su silueta afilada, los costillares tensos como cuerdas de guitarra, constituya más bien la expresión viva de nuestra pobreza–, el ornato animado, mil veces repetido, de unos páramos y navas que, sin ellas, se dirían desprovistos de sujeto.

Mis pequeñas literaturas están prietas de cazadores, como podrá comprobarse en estas páginas entresacadas de mi libro *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*. [Véanse las entradas correspondientes a los días 8 de diciembre de 1971 («Perdiz de invierno») y 8 de octubre de 1972 («Nuevo coto»), volumen V].

Estampa análoga nos brindan los pescadores de ribera en los ríos castellano-leoneses, en los que la trucha es principal protagonista. A continuación transcribo dos excursiones, muy pobres desde el punto de vista piscícola, pero ricas en contenido humano, incluidas en el libro *Mis amigas las truchas*. [Véanse las entradas correspondientes a los días 10 de julio de 1972 («Pastorín») y 30 de abril de 1976 («Truchas y piedras»), volumen V].

DESCONFIANZA Y HOSPITALIDAD

Castilla ha sido de siempre, y de manera especial a lo largo del último medio siglo, la gran olvidada. La desasistencia del poder central en este lapso ha sido absoluta. Nada se hizo en su día por dignificar la vida campesina, por sujetar los hombres a su medio. La dispersión de los caseríos impedía, por otra parte, que aquellos seres constituyeran una fuerza estimable de oposición, o al menos de protesta, con lo que su desencanto o su cólera, rumiados aisladamente, apenas si trascendían, o se recibían por el poder, cuando llegaban, con un encogimiento de hombros. «Castilla siempre fue sumisa». «Para contar

con Castilla no es preciso gastar un duro». Esta filosofía, dígase lo que se quiera, fue la que prevaleció en Madrid durante los últimos cincuenta años.

Mas en el castellano, morugo y escéptico por naturaleza, acabó por acusarse este desvalimiento. Su reserva ante los extraños y su laconismo se acentuaron, extendiéndose, entonces, la especie de que el castellano era inhospitalario y desabrido, cuando lo que en realidad hay en el campesino castellano-leonés es un trasfondo de desconfianza ante el forastero, que si alguna vez llamó a su puerta nunca fue para darle nada. Pero esta reticencia inicial, que es, en definitiva, una actitud de autodefensa, nada tiene que ver con el desabrimiento. Nuestro campesino es muy perspicaz; le es suficiente una mirada para separar, mentalmente, el grano de la paja. De entrada ya no espera nada de nadie y sabe que aquello que obtenga lo deberá a su propio esfuerzo (la prestación personal ha sido hasta el día el único procedimiento de conseguir pequeñas mejoras en el campo). De ahí su tibieza política. De ahí su socarrona difidencia ante las grandes palabras. Pero todo ello no le ha impedido conservar su decoro, su tradicional hidalguía, su nobleza, su dignidad, virtudes que le inducirán a compartir un vaso de vino con el primer forastero que llegue tan pronto barrunte que no viene a él de mala fe. Estas notas que aspiran a perfilar el carácter castellano –recelo y desconfianza que no excluyen el señorío y la hospitalidad– se hacen patentes en el capítulo VIII de *El disputado voto del señor Cayo*, donde éste acoge en su propia casa a los tres visitantes, les brinda su fuego y su pan, e incluso les ofrece sus ropas de gala para sustituir a las suyas, mojadas por el aguacero. [Véase *El disputado voto del señor Cayo*, capítulo VIII, volumen III].

FATALISMO

La desatención administrativa, la lucha desigual que a diario se le presenta con los meteoros –y su impotencia frente a ellos– han hecho del castellano un ser fatalista, resignado, que acepta de antemano como algo inevitable, todo lo que pueda sobrevenirle. El «estaba escrito» y «lo que sea sonará» son los principios por los que se rige la vida rural. De nada vale enseñar los dientes o mantenerse en un espíritu de rebeldía. Cabe asegurar que lo único que sostiene al campesino castellano es la desdibujada esperanza de que un buen día el poder central se acuerde de que existe –y no para doblarle los arbitrios o recortarle más aún los precios de sus productos esenciales– y que los elementos atmosféricos se ordenen al fin, al menos una vez en la vida, conforme a sus deseos. ¿Y entre tanto? ¿Qué aguardan

estos seres casi paleolíticos en la segunda mitad del siglo XX? Simplemente aguardan a que llueva o a que escampe, nada más. Y aun conscientes de que su participación en este punto es inútil, afanan de sol a sol, aran y siembran, despedregan y escardan, podan y olivan... Tal vez, si el tiempo ayuda, les sea dado recolectar unas espigas y unos racimos con los que alcanzar otro año y poder comenzar otra vez. La vida, hoy por hoy, no les ofrece otros alicientes.

El fatalismo de estos seres raya a veces en lo patético. Yo recuerdo que en una de mis cacerías, allá por el año 64, conocí a dos hermanos en un pueblecito a veinticinco kilómetros de Valladolid, dos hombres ya maduros, con las piernas casi totalmente agarrotadas, que avanzaban a trompicones por una calleja enlodada. Uno de mis compañeros, vecino del lugar, me informó que una extraña enfermedad había asaltado el mismo día a ambos hermanos el «año del hambre» –¿1940, 1942?– y desde entonces, cinco lustros atrás, apenas podían valerse. El médico del pueblo diagnosticó una parálisis producida por el consumo excesivo de almortas –dieta obligada en aquellos años–, y al inquirir yo por qué no se llegaban a Valladolid a consultar con un especialista, mi acompañante me respondió llanamente: «No, si están en ello, pero un día por otro lo van dejando y ya ve usted, ¡veinticuatro años!». Éste es el fatalismo castellano, fatalismo resignado del hombre hecho a la adversidad, convencido de que las cosas, una vez que se tuercen, no hay nadie que las enderece. Esta conformidad, incluso ante los más terribles reveses, es notoria a lo largo de toda mi narrativa. Para ilustrar literariamente este apartado yo podría echar mano de *El camino, Las ratas, Viejas historias de Castilla la Vieja, La mortaja, Las guerras de nuestros antepasados*, etcétera, pero he preferido, como botón de muestra, un capítulo, el IV de *La hoja roja*, donde una riada desencadena una serie de sucesos calamitosos que los afectados, salvo Práxedes, *el Raposo*, en el que hace presa la locura, aceptan con mansa resignación. [Véase *La hoja roja*, capítulo IV, volumen III].

PICARESCA

«De donde no hay no se puede sacar», dice un viejo adagio castellano. No obstante, el propio castellano trata de desmentir este aserto sacando algo de donde no lo hay. Víctor, el candidato a diputado, exclama ante sus amigos después de conocer al señor Cayo, en pleno deslumbramiento: «Este tío, coño, es como Dios, de la nada saca cosas». Mas no quería referirme a esto ahora, o sea, al hecho o al dicho, también muy castellano, de que «Fulano sea capaz de sacar pan de las piedras», aludiendo a su tenacidad. A lo que iba es a que

Castilla, paridora de pícaros en nuestra literatura clásica, continúa siendo hoy, como pueblo corto en recursos y largo en ingenio, un país en el que el hombre se las agencia por cualquier medio para ahorrar o multiplicar una peseta.

Lejos del campo, donde ya dejé dicho que la laboriosidad es la tónica, en nuestras pequeñas capitales de provincia, el pícaro, astuto y avisado, adaptado a las nuevas circunstancias, subsiste como elemento definidor. En este sentido, creo que Lorenzo, el bedel protagonista de mis novelas *Diario de un cazador* y *Diario de un emigrante*, es un digno exponente. Lorenzo, pese a su contraposición a la figura del castellano viejo que estoy tratando de caracterizar en estas páginas –un individuo juicioso, sumiso, lacónico, trabajador, fácil presa de rencillas, escéptico y fatalista–, sigue fiel a su espíritu en lo esencial, ya que, aparte de sus tretas, su exultante alegría de vivir y de ser partidario del mínimo esfuerzo, conecta con el castellano rural, con el castellano de pura cepa, en su socarronería, su filosofía sentenciosa, su insobornable individualismo, su hospitalidad y tantas y tantas cosas. De entre las notas de su *diario*, espigo unas cuantas que nos darán idea de su perfil, el perfil de un pícaro siglo XX, de raíz, entiendo yo, muy clásica y muy castellana. [Véase *Diario de un cazador*, entradas correspondientes al viernes 26 de septiembre, martes 23 de diciembre, lunes 30 de marzo, viernes 3 de abril, lunes 6 de abril, martes 7 de abril, miércoles 8 de abril, jueves 9 de abril, viernes 10 de abril, domingo 12 de abril, lunes 13 de abril, jueves 16 de abril, lunes 27 de abril, miércoles 3 de junio, jueves 18 de junio y sábado 20 de junio, del volumen II].

DANZAS Y CANCIONES

Antonio Machado, poeta andaluz, impresionado por la austeridad de los lugareños sorianos, hace referencia a ellos en un verso duro y sombrío: «Atónitos palurdos sin danzas ni canciones», afirma. En rigor, el campo castellano nunca careció de folclore, de exaltaciones festeras, pero si el folclore debe ser revelador del carácter de un pueblo, parece coherente que el referente al castellano sea como él, parco y sobrio, tan alejado, por referirnos a dos manifestaciones extremas, de la explosión vital, proclive a la coreografía y al cante, del andaluz, como del derroche pirotécnico, atronador, del levantino.

No deja de ser curioso que el verso de Machado, como la frase de Azorín más arriba transcrita, tal vez hubiera sido válido hoy cuando muchas aldeas sorianas –y de otros puntos de Castilla– han quedado vacías y arruinadas, con lo que no sólo han desaparecido las danzas y las canciones sino también la vida; pero no en los tiempos del poeta,

cuando aún Castilla, bien que comedidamente, cantaba y danzaba, celebraba el final de la recolección con fiestas en honor de los respectivos patronos, de las que aún guardan recuerdos añorantes los viejos supervivientes de estas tierras. El investigador y erudito vallisoletano Joaquín Díaz, con un fervor y una dedicación admirables, está tratando de rescatar ahora lo que fue aquel folclore: romances, canciones, danzas originales, aunque escasas y localistas (la famosa Danza de Carnaval, por ejemplo, que alegró no pocos de nuestros pueblos, en la que un personaje –el murrio–, seguramente conectado con tradiciones antiquísimas y evocando, tal vez, la figura del diablo, vagaba entre los danzantes levantando las sayas a las mozas y provocando la hilaridad general), y una instrumentación musical primaria, aunque rica en ritmos, a base del almirez, la botella, los hierros, la zambomba, las tejoletas, el pito de caña, el arrabel (una sarta de manillas de cabra engarzadas en una cuerda), la dulzaina, etcétera. Castilla cantaba y danzaba, entonces, y canta y danza hoy en las comunidades que han logrado sobrevivir a la inercia de los tiempos, bien que de un modo poco personal y un tanto pálido y monocorde.

Las danzas y canciones son también escasas en mis novelas, aunque no faltan. Las alusiones e incluso las descripciones de fiestas locales, como las Águedas, la Pascuilla, la Octava, etcétera, están ahí. Mas estas fiestas, religiosas y profanas, carecen de rasgos definidores, de una vibración auténticamente personal, y por ello he preferido traer aquí, antes que una fiesta, una ceremonia ritual, común a toda la región, y muy característica, que, desdeñando las incitaciones del progreso, ha pervivido, con leves variantes, en todos los pueblos de Castilla: me refiero a la matanza del cerdo. Este rito, que se inicia con las primeras heladas y en el que se conjugan música y gastronomía, viene a aportar un poco de calor humano al durísimo y prolongado invierno de la meseta subrayando un costumbrismo que, en el aspecto folclórico, resulta un tanto átono y descolorido. Vean el capítulo V de mi novela *Las ratas*. [Véase *Las ratas*, capítulo V, volumen II].

LOS APODOS Y LOS DÍAS

Quizá estas leves pinceladas quedarían un tanto incompletas si no aludiera aquí a una vieja costumbre castellana según la cual ni los nombres cristianos ni el calendario, con sus meses y sus días, tienen en nuestros pueblos y aldeas el mismo significado que en otras partes. En Castilla los días se llaman santos y los hombres se llaman motes. Las referencias a un plazo, un ciclo o una faena agrícola no se designan por un guarismo seguido del nombre de un mes cualquiera, sino por el

escueto nombre de un santo que lo resume todo. En Castilla nadie dirá «de quince de julio a quince de agosto» sino «de Virgen a Virgen».

Los santos, antes que santos, son fechas concretas del calendario agrícola. Este hábito –como el de expresarse por aforismos–, en cierto modo revelador de pereza mental, se torna agudeza y fuente de ingenio a la hora de rebautizar a los convecinos, lo que quiere decir que en Castilla el santoral, que es el calendario del campo, pierde toda virtualidad para designar a las personas, puesto que el apodo llega a imprimir carácter en nuestras pequeñas comunidades rurales. En Castilla, el pueblo no hace masa; es uno a uno. Así, del mismo modo que en *El camino* ni Daniel, ni Roque, ni Germán, los tres pequeños protagonistas, son tales, sino el Mochuelo, el Moñigo y el Tiñoso, en *Las ratas*, que es la novela de donde he tomado el capítulo que sigue, no hay fecha o plazo que no vayan referidos a un santo, ni apenas afirmación que no pueda condensarse en una frase hecha, o a un proverbio. [Véase *Las ratas*, capítulo XI, volumen II].

EL ÉXODO

La desilusión producida por un esfuerzo socialmente despreciado y mezquinamente retribuido; la grisura de una vida lánguida, sin alicientes, en contraste con el ritmo aparentemente alegre, frívolo y desahogado de la capital, y el atractivo de los salarios fijos, no pendientes de una nube, embaucó a la juventud campesina en la década de los sesenta, provocando un éxodo repentino a la ciudad, no preparada aún para recibir esta avalancha. Resultado: por un lado el desamparo del agro y, por otro, la aparición de los cinturones industriales de las ciudades, donde la promiscuidad y el chabolismo sentaron sus reales. Este proceso, aunque gradual, fue demasiado rápido, provocando los defectos que derivan de toda improvisación. De ordinario, el primer paso fue descender de la aldea a la cabecera de comarca, de aquí a la capital de provincia, y de la capital de provincia a la periferia o Madrid, y, por lo que se refiere a Castilla, en menor escala, al extranjero. En cualquier caso, muchos campos quedaron yermos, otros desatendidos, las familias rotas –los abuelos al cuidado de los nietos en espera de que los padres encontraran acomodo– y la cultura campesina en trance de desaparecer. Ciertamente, al filo de los sesenta, la demografía rural castellana era demasiado alta pese a ser una región eminentemente agraria –quizá un treinta por cien de su censo–, ya que en los países más avanzados bastaba un tercio de esa cifra para sostener la agricultura y aun un cuarto en el caso de Estados Unidos, país fuertemente mecanizado. El error, pues, no radicó en la entresaca de población, que era conveniente, sino en la forma

multitudinaria, fulminante e indiscriminada con que se produjo. De esta manera, el campo quedó en manos de los viejos, cuya vida no podía prolongarse demasiado tiempo, y de unas docenas de jóvenes, los más rezagados, momentáneamente frenados por la crisis de los setenta, pero con las maletas hechas –esto es, ya espiritualmente ausentes–, prestos a marchar en cuanto la oportunidad surgiera. Esto quiere decir que, pese al arraigo del castellano, las nuevas generaciones renuncian al heroísmo y huyen allá donde barruntan una vida más confortable, más acorde con lo que las imágenes de la televisión les sugiere a diario.

Castilla se enfrenta, pues, con una disyuntiva a corto plazo. En uno u otro sentido, su economía está en trance de cambiar de signo. Los próximos años nos dirán si Castilla la Vieja encuentra en una profunda reforma agraria y en los planes de regadío e industrialización complementarios una, aunque tardía y casi inimaginable, redención o, por el contrario, la contumaz indiferencia oficial y la huida irreversible de la juventud terminan por convertirla en un enorme pajonal, apto tan sólo para que los rebaños pasten en sus laderas.

El problema del abandono del campo, tocado episódicamente por mí en *El camino, La hoja roja*, *Las ratas, Las guerras de nuestros antepasados* y otras novelas, muestra, a mi entender, todo su dramatismo en el capítulo V de *El disputado voto del señor Cayo*, cuando los tres visitantes urbanos, dispuestos a dar un mitin electoral, se encuentran un pueblo vacío, con apenas dos vecinos aferrados a una vida primitiva, aunque llena de autenticidad y hecha a la medida humana. [Véase *El disputado voto del señor Cayo*, capítulo V, volumen III].

EL CASTELLANO ANTE EL PROGRESO

La emigración campesina, contrariamente a lo acaecido en otras regiones, no se ha producido en Castilla, al menos en amplias zonas, por un caso de extrema necesidad, lo que equivale a decir que aún hoy en día existen términos municipales donde las tierras –en muchos casos marginales– no se cultivan o se cultivan parcialmente, y los frutos de los árboles no se recogen por falta de brazos. Lo que empezó, pues, siendo un fenómeno socioeconómico de acomodación –los jóvenes encontraban cada día mayores dificultades de trabajo en el campo– se ha convertido en un fenómeno de mimesis: «¿Dónde va Vicente? Donde va la gente». De este modo, paso a paso, las aldeas se han ido despoblando y el caso del señor Cayo, aunque límite, no es excepcional en los pueblos serranos de la zona norte de Castilla y León, donde apenas permanecen aquellos seres para los que, dadas su

edad o sus condiciones personales, no queda sitio en la ciudad, o aquellos otros, más sentimentales, que eligieron para morir el mismo lugar donde nacieron. Se ha producido así una contraposición entre viejos y jóvenes, entre los que optaron por la fidelidad a la tierra, con todos los sacrificios inherentes a esta actitud, y los que optaron por el progreso –a mi juicio mal entendido– y, concretamente, por el consumo. Es un enfrentamiento, por decirlo de alguna manera, entre calidad y cantidad de vida, pero como los emigrados lo han sido en proporción ingente y, por añadidura, son los jóvenes, los que quedan, pocos y envejecidos, de no sobrevenir un milagro, pueden ser considerados como los últimos exponentes de un modo de vida que desaparecerá con ellos.

Yo podría apelar a varios de mis relatos para reflejar esta antinomia pero, por una vez, y para rematar estas páginas, voy a erigirme en portavoz de estos seres marginados y recurrir al ensayo –género que inicialmente rehusé– transcribiendo los últimos párrafos de mi discurso de ingreso en la Real Academia Española, titulado «El sentido del progreso desde mi obra», escrito en 1973 y posteriormente recogido, junto a otros trabajos, en mi libro *S.O.S.* En este breve estudio salgo al paso de quienes, a la vista de alguna de mis novelas, me tildaron de reaccionario, sin querer advertir que yo no rechazo el progreso en cuanto tal, sino una orientación del progreso que considero torpe e irracional por el doble motivo de que deshumaniza al hombre y destruye la naturaleza. Veamos estas páginas. [Véase *Mi obra y el sentido del progreso* en el Discurso, *El sentido del progreso desde mi obra*, en el presente volumen].

Los niños

1994

Al doctor Ernesto Sánchez-Villares

Prólogo

Reunir en un volumen aquellos relatos míos, bien sean cuentos o capítulos de novela, en los que los niños juegan un importante papel ha sido para mí una tarea más bien placentera. ¿Que por qué? Sencillamente porque, como he dicho en otras ocasiones, el niño es un ser que encierra todo el candor y la gracia del mundo y tiene abiertas ante sí todas las puertas, esto es, está a tiempo de serlo todo en la vida, en tanto el hombre es un niño que ha perdido el candor y la gracia y ha concentrado en una –el oficio que desempeña– sus posibilidades. Esto quiere decir que la carga de misterio que un niño recata es superior a la del adulto y, en consecuencia, su participación en un relato puede imprimir a éste tanto interés, si no mayor, como el protagonizado por un hombre hecho y derecho.

Al hablar de las constantes de mi obra suelo asociar a la infancia, la muerte y la naturaleza. A veces las tres constantes coinciden en un mismo relato, como sucede en *El camino*, y otras se da el contrasentido, de que sea un niño que apenas ha comenzado a vivir el que muere (*La sombra del ciprés es alargada*). En todo caso son tantas las novelas mías –ocho, según cálculo de Ramón García en un lúcido ensayo sobre mi obra– en que los niños se erigen en protagonistas como aquellas otras en las que no desempeñan ningún papel. Estos niños que corretean y hacen travesuras a lo largo de las páginas de mis libros pueden ser niños burgueses o de «gente bien», o niños olvidados, pobres y desatendidos, pero hay uno, el Mochuelo, en la ya mencionada novela *El camino*, que no es ni lo uno ni lo otro, que viene a resumir el sentido de mi obra ante el progreso y, en consecuencia, uno de los pilares en que aquélla se asienta: la defensa de la naturaleza. Esto equivale a decir que cuando yo empecé a garrapatear papeles, esto es, hace casi medio siglo, ya cifraba el progreso en una armonía entre técnica y naturaleza y no en la imposición de aquélla sobre ésta. Ya me animaba entonces un sentimiento ecologista, o *verde*, como ha dado en llamarse más tarde.

Los libros con pequeños protagonistas traducidos en el extranjero han tenido tanta aceptación como cuando se editaron en España, lo que equivale a decir que la infancia es la patria común de todos los mortales, que en nuestro ciclo vital es ésta la etapa de la vida más añorada por todos. El hombre no conoce la codicia ni el odio hasta después de haber rebasado la adolescencia.

He aquí, pues, una antología sobre los niños a lo largo de mi obra. Hay en ella muchos niños y muchas obras, siete de ellas novelas (*La*

sombra del ciprés es alargada, El camino, Mi idolatrado hijo Sisí, Las ratas, Viejas historias de Castilla la Vieja, Las guerras de nuestros antepasados y *Madera de héroe*) de las que he entresacado uno o varios capítulos alusivos a la infancia, y tres cuentos de mayor o menor paginación, en cualquier caso breves, que se incluyen íntegros: «El refugio», «La contradicción» y «El conejo», a más de un capítulo de mi libro autobiográfico *Mi vida al aire libre*.

La antología está planeada de acuerdo con un esquema muy simple: por un lado niños urbanos y por otro niños rurales, niños en cualquier caso, pero con un sentido de la vida y la muerte esencialmente diferente. Y, dentro de cada uno de los apartados, me pliego a un orden cronológico: desde el infante recién nacido que trastoca, con su aparición, el mundo de los adultos en *Mi idolatrado hijo Sisí*, hasta el desgraciado adolescente de «La contradicción», cuento recogido en el libro *La partida*. Desde los pequeños protagonistas de «El conejo» hasta el joven Pacífico Pérez que evoca su infancia rural en *Las guerras de nuestros antepasados*. En estas historias breves se barajan niños de toda edad y condición que gozan o sufren ante los ojos del lector. Alguien podrá objetar que falta algún niño que a su juicio sería más representativo, objeción que puede hacerse de cualquier antología, pero que en este caso, en que he realizado una valoración detenida, no consideraría procedente.

M.D.

Los niños de pueblo

LAS GUERRAS DE NUESTROS ANTEPASADOS

Las guerras de nuestros antepasados intenta ser un alegato contra la violencia. Pacífico Pérez, un ser naturalmente bueno y candoroso, termina por aceptar aquélla debido a la presión del entorno. Su padre es violento, su abuelo también, su bisabuelo otro tanto, su pueblo no menos. En esa tesitura Pacífico termina por dejar de serlo, por dejar de ser pacífico, y matar a un convecino, sin saber muy bien por qué. En el fragmento que reproduzco a continuación se recoge un sabroso diálogo de Pacífico Pérez con el médico del sanatorio penitenciario donde ha sido recluido. Ganado por la actitud humana y paternal del doctor, Pacífico se desahoga con él y llega a contarle pormenores de su infancia que nunca ha contado a nadie. A través de este anecdotario se hace evidente la hipersensibilidad del niño, notoria desde el momento de su nacimiento en el que Pacífico asegura que tuvo conciencia de la crueldad del mundo y pretendió refugiarse en el vientre de su madre otra vez. A partir de aquí los extraños signos que acompañan a su vida son reveladores de un estado morboso debido al cual todas las actitudes de violencia que observa a su alrededor repercuten dolorosamente en él. La hiperestesia de Pacífico cobra mayor relieve desde la insensibilidad de los seres que lo rodean: el Bisa (el bisabuelo), el Abue (el abuelo) y Padre, sin olvidar a su novia y a su hermana, que juegan un importante papel en esta historia. La forma dialogada entre el Dr. (doctor) y P. P. (Pacífico Pérez) no es un recurso circunstancial, adoptado por conveniencias del momento, sino que la novela entera se desarrolla con esta fórmula, con lo que la misma no es otra cosa que un extensísimo diálogo, sin intervención visible del autor, dividido en siete partes que corresponden a las siete noches en que Pacífico visita al médico en su despacho. [Véase *Las guerras de nuestros antepasados*, «Primera noche», volumen III].

EL CONEJO

Los niños de esta breve narración, escrita hacia 1962, no son rurales ni urbanos. Mejor dicho, son niños urbanos que se supone están provisionalmente trasplantados a un pequeño pueblecito. Es, por tanto, el medio en que se desenvuelve la acción lo que me ha

animado, como en el caso de «La herencia», a incluirlo en el apartado de niños rurales, puesto que en esos casos los pequeños actúan como tales. Bien mirado, la acción del relato nos da idea de la dificultad de adaptación de unos niños de ciudad a la vida del campo. Juan y Adolfo, los dos pequeños protagonistas –siete y tres años respectivamente–, desean insertarse en un medio diferente al suyo y buscan la emoción y la aventura en las pequeñas incidencias del lugar: el trabajo del herrador, la muerte de una convecina, el cuidado de una coneja blanca. Es palpable la semejanza de estos dos niños con el Juan y el Quico de *El príncipe destronado*. Diría más, aunque no guardo fiel memoria de ello: *El príncipe destronado* nació, sin ninguna duda, de este breve relato; es el germen de aquella novela. Me refiero, es claro, al mundo de los niños, no al de los adultos. Es decir, el padre y la madre no están aquí más que apuntados, mientras en la novela adquirían un relieve de cierta entidad y eran exponentes de otros problemas sociales. En este cuentecito, fuera de su desapego hacia el mundo de los niños, la incomprensión de sus andanzas y la falta de interés de la madre hacia los campesinos, el matrimonio no está definido. Lo más interesante para mí de esta historia es la relación del Boni, el herrador del pueblo, con los dos pequeños. El respeto reverencial de Juan, la admiración hacia sus saberes naturales, la urgencia de su consejo para salvar al conejo enfermo, revelan, al par que el recíproco desconocimiento de dos mundos vecinos –el rural y el urbano–, la dependencia de éste en muchas cosas respecto a aquél, tema que desarrollo con cierta extensión en otra novela posterior, *El disputado voto del señor Cayo*. [Véase «El conejo», volumen III].

LAS NUECES, EL AUTILLO Y EL ABEJARUCO

Éste es el primero de los cuatro capitulillos de *Viejas historias de Castilla la Vieja* que incluyo en este volumen. El tema de *Viejas historias* es muy simple: un joven campesino de un pueblecito castellano, incapaz de estudiar y de afanar en el campo, emigra a América. En su nueva residencia recuerda los pormenores de su vida en el pueblo hasta que, no pudiendo reprimir la nostalgia, regresa a él al cabo de casi medio siglo. En una curva del camino, en el mismo lugar donde le encontró el día de la partida, tropieza con Aniano, el Cosario. Aniano le da la bienvenida con toda naturalidad, como si le hubiera visto la víspera, únicamente le dice: «Ya la echaste larga», y con la misma naturalidad el emigrante responde: «Pchs, cuarenta y ocho años». Este carácter austero y fatalista del castellano preside esta novela corta. Y con él la pobreza y escepticismo de una región que sabe grande su pasado pero vive las estrecheces y dureza del presente

con entereza. Lógicamente, las evocaciones del emigrante durante su estancia en Sudamérica van dirigidas hacia su infancia, sus contactos con el medio natural, inalterable a lo largo de los años, las pequeñas historias del lugar, alguna de las cuales se recuerdan en los capítulos que reproduzco.

En algunas entrevistas he dicho que de toda mi obra es esta narración la que prefiero y, medio en broma medio en serio, argumento que como es la más corta de las escritas por mí es la que me ha dado menos ocasiones para equivocarme. Pero cuando insisten en las razones de mi preferencia aduzco que el alma de Castilla está en ella, que no es fácil trazar un boceto de la Castilla árida, espectacular por su ausencia de espectáculo, una Castilla inmutable a lo largo de los siglos, como la reflejada en esta novelita de sesenta páginas, que nació para acompañar unos magistrales grabados de Jaume Pla y después fue ilustrada con sensibilidad y talento por el fotógrafo Ramón Masats. [Véase *Viejas historias de Castilla la Vieja*, capítulo I, volumen III].

LA BODA DE LA SARA

El camino es la tercera de mis novelas y la primera que yo acepto como mía después de las dos primeras, que considero obras de aprendizaje. En *El camino* se da, con un argumento que nos brinda los avatares de un pueblecito de la Montaña en los años de la posguerra española, un plantel de personajes un tanto estrambóticos pero humanos, convincentes y divertidos, vistos a través de los ojos de un niño, Daniel, apodado el Mochuelo. La novela responde a un breve tiempo: las horas de la noche que preceden a la partida de Daniel hacia la ciudad adonde se dirige para comenzar sus estudios de acuerdo con el deseo de su padre de que progrese. El Mochuelo no está de acuerdo con la decisión paterna y, en su última noche en el pueblo, sobreexcitado e insomne, reconstruye la breve historia del valle, de la que él participó en compañía de sus dos inseparables amigos, el Moñigo y el Tiñoso. La sucesión de peripecias y anécdotas muy propias de la edad de los protagonistas conforma el perfil abigarrado de un pueblecito en el que pasé muchos veranos de mi infancia y adolescencia: Molledo, entre la hoz de Reinosa y la de Torrelavega, donde mi padre nació y murió después de ochenta y un años de vida completos: desde el 6 de agosto de 1874 al 5 de agosto de 1955.

Pero como parte fundamental de esta historia se nos muestra también la apretada solidaridad de una amistad infantil. Las travesuras de los pequeños protagonistas, la deformada visión de los

hechos que el niño juzga y el autor traduce con ironía adulta, hacen revivir en el lector –de cualquier lugar del mundo– su propia infancia y la nostalgia por los años perdidos. [Véase *El camino*, capítulo XV, volumen I].

LOS MAESTROS DEL NINI

Mi novela *Las ratas* nació como consecuencia de un mal momento de la agricultura castellana. Las aspiraciones de los campesinos en los años sesenta eran sistemáticamente desatendidas por el Gobierno y *El Norte de Castilla*, el periódico vallisoletano del que yo era director entonces, se volcó en una campaña de reivindicación económico-social que cayó mal entre los políticos de Madrid. El poder acentuó entonces la presión sobre el diario por medio de amenazas y sanciones hasta que le obligó a moderar el tono. Semanas antes yo había conocido en un pueblo segoviano a un hombre que vivía de cazar ratas de agua que vendía luego a los gañanes que olivaban los pinares. Aquello me pareció un símbolo de la pobreza de Castilla e, irritado como estaba con la actitud de Madrid frente al periódico y aprovechando que la censura de libros era menos rígida que la de prensa, decidí escribir una novela con aquel tema, poniendo junto al ratero, como contrapunto, a un niño sabio, el Nini, que resultó ser el verdadero protagonista. La historia se desarrolla a lo largo de las cuatro estaciones del año y las fechas no están marcadas por el calendario sino por el santoral. El Nini es una especie de señor Cayo infantil, cuyos conocimientos de las aves, las plantas y el clima le convierten a sus once años en el mentor de sus convecinos, una especie de ser con facultades sobrenaturales que linda con el prodigio. En el capítulo que recojo en este volumen podemos sin embargo comprobar que la sabiduría del Nini no procedía de la ciencia infusa ni del diablo, como aseguraban algunos vecinos, sino de los hombres más experimentados del lugar, sus abuelos, los extremeños, y el tío Rufo, el Centenario, a los que el niño admira y escucha con expectante curiosidad. [Véase *Las ratas*, capítulo III, volumen II].

LA HERENCIA

Por una vez, los niños que circulan por estas páginas no son inventados. Mis hermanos y yo asumimos el protagonismo en un relato autobiográfico –quizá el único que ha salido de mi pluma– tomado de *Mi vida al aire libre*, que es uno de los pocos libros que he escrito con placer, sin mezcla de pesar alguno. En *Mi vida al aire libre*

recojo mi incipiente afición a los deportes, pero en «La herencia», que es el capítulo que abre el volumen, trazo un esbozo de la figura de mi padre que, como buen francés, a su aspecto profesional serio, incluso grave, unía un entusiasmo pueril por las actividades de aire libre que lo mismo le llevaba a viajar con media docena de grillos en la cabeza, debajo del sombrero, que a correr en biciclo a principios de siglo por los paseos del Campo Grande. Mi padre, aunque trabajaba, era lo que entonces se llamaba un *sportman*, y ahora le agradezco que pusiera tanto empeño en enseñarme a nadar y a montar en bicicleta como en las calificaciones que iba obteniendo en mis estudios de bachillerato en el colegio de los baberos.

Alrededor de mi padre pululan la friolera de ocho hijos y son sus travesuras las que figuran en este libro dedicado a los niños y que en esta ocasión eclipsan a las que llevaron a cabo los que luego salieron de mi pluma. Quiero decir que el niño –que soy yo– que inventó más tarde al Nini, el Moñigo o el Tiñoso está en estas páginas en carne mortal haciendo más o menos lo que sus colegas llevaron a cabo en invenciones posteriores. [Véase *Mi vida al aire libre*, capítulo I, volumen VII].

Los niños de ciudad

LA GRIPE

He aquí la novela del hijo único. Cecilio Rubes, negociante en materiales higiénicos, representante del burgués por excelencia, ha procurado siempre apartar los obstáculos que se oponen a una vida de placer. Sin embargo un día su esposa le anuncia que espera un hijo. Cecilio va asimilando la novedad paulatinamente y cuando Cecilín –Sisí– nace, hace de él un apéndice de su egoísmo. Sisí podrá disfrutar de la vida porque para eso ha nacido en una familia próspera y, según su padre, la educación debe reservarse para los pobres. Cecilio Rubes no necesita, por tanto, educar a su hijo. Desde el primer momento le da lo que pide y muchas veces se anticipa a sus deseos colmándole de caprichos. Sisí crece en la demasía y a partir de los doce años su amigo Ventura Amo le inicia en la vida del sexo, de la que Sisí, como Cecilio, llegará a ser un insaciable degustador. Cuando Sisí cumple los dieciocho años estalla la Guerra Civil y aunque su padre procura por todos los medios librarlo del peligro, Sisí muere en un destino sin apenas riesgo, y Cecilio Rubes, incapaz de soportar su ausencia, se quita la vida.

La novela está dividida en tres libros que corresponden a la segunda década del siglo XX, a la tercera y a la cuarta. Esto daba la posibilidad de presentar a Sisí en esta antología en los primeros meses de vida, en la adolescencia y en la juventud. Los doce años de Sisí ofrecían un indudable interés novelesco, pero puesto que ya hay otros niños de edad aproximada en este volumen (Daniel, el Mochuelo, Nini, Pedro, Alfredo, etcétera) decidí presentarle en la primera infancia, etapa en la que el niño, antes de despertar a la razón, actúa de manera maquinal pero influye sustancialmente en los adultos que lo rodean, en especial en su padre, cuyo itinerario vital vendrá marcado desde el nacimiento por su pequeña presencia. [Véase *Mi idolatrado hijo Sisí*, capítulo V, volumen I].

EL MUNDO DE QUICO

Quico es un niño de tres años que, en compañía de sus cinco hermanos, su padre, su madre, la Domi y la Vítora y una imaginación calenturienta vive las más extraordinarias aventuras sin salir de entre

cuatro paredes. La dificultad principal de esta novela consistía en hacer girar los acontecimientos alrededor de un niño de tan corta edad. Y no sólo hacer girar los acontecimientos sino que la responsabilidad protagonista de la novela la llevara él, compartida, en ciertos momentos, por su hermano Juan (cinco o seis años) y pocos, muy pocos adultos. Como quiera que la vida de un menor de tres años se repite cada día, han bastado las horas de una jornada, desde que se despierta Quico hasta que lo acuestan, para acotar el tiempo del relato. Aquí los capítulos son las horas, y entre nueve de la mañana y nueve de la noche caben en la cabeza de Quico sorpresas, alegrías, anhelos y sinsabores… El tema es simple: Quico, un pequeño de tres años, es destronado por su hermanita Cristina, de uno. El niño no es consciente de ello pero vive unos meses ofuscado y dolido, delatando a la pequeña, renegando de su pito incontrolable y deseando atraer sobre sí la atención de los adultos. Pero en vista de que falla en sus intentos finge un accidente que lleva el temor y la angustia a cuantos le rodean, hasta que el percance se resuelve de manera imprevista.

En una novela de este corte podría haberse seleccionado cualquier capítulo con los ojos cerrados. Las travesuras y las ideas de Quico son divertidas siempre, incluso cuando está solo. Con mayor razón cuando derivan de su trato con los grandes, motivo que me ha inducido a escoger unas páginas que nos dan ocasión de asistir a las relaciones del pequeño con la meliflua tía Cuqui, la corrida señora Domi, la elemental Vítora y el zangón del Femio, que sube al piso a despedirse de la novia antes de marchar a África. [Véase *El príncipe destronado*, «Las cuatro» y «Las cinco», volumen III].

FAMILIA DE ALTO COPETE

Creo que *Madera de héroe* es la novela más ambiciosa que he escrito, y no me refiero tanto a la calidad literaria como a su densidad, el friso de personajes que muevo en ella, y a su sólida arquitectura. El hecho de haber sido escrita más cerca de los setenta años que de los sesenta, es decir, con un caudal de experiencia considerable, no es ajeno tampoco a esta valoración. Por otro lado, el tema que desarrollo en ella tiene, en general, mayor relieve y consistencia, más amplitud que otros abordados por mi pluma. *En Madera de héroe* presento a un muchachito que, en virtud de ciertos signos peregrinos, llega a creer que está llamado a ser héroe, hasta que la cruel realidad de la guerra civil le desengaña y le hace ver que esos signos son simplemente manifestaciones de miedo.

Pero el proceso de desarrollo de Gervasio, el protagonista, apenas tendría interés sin el fondo familiar y social que contribuye a

caracterizarlo. Los personajes que rodean al presunto héroe, empezando por mamá Zita y papá Telmo, y el ambiente aristocratizante del palacio en que vive, constituyen el símbolo de una época –años veinte y treinta– decisiva en la historia española que se desenlazará con el tremendo choque de la guerra civil, ante la que los dos cónyuges adoptan posturas opuestas.

La crispación y dureza de esos años están reflejados con objetividad y sin paliativos en este libro. Los niños Florita y Gervasio, en su desconcierto, van viviendo los preparativos del drama. Niños de seis y siete años en el capítulo elegido, los vemos insertos en el ambiente decadente de una gran familia, fascinados por el vecino café cantante, doblado en prostíbulo, y por el mundo del servicio doméstico, prolongado en la lavandera y la costurera, cuyas viviendas en los arrabales de la ciudad aportan a la narración un atisbo de ruralismo que en estas páginas tan representativas no podía faltar. [Véase *Madera de héroe*, capítulo II, volumen IV].

HISTORIA DE UNA AMISTAD

El crítico andaluz Rafael Vázquez Zamora, que fue jurado del premio Nadal hasta su muerte, me hizo ver a la publicación de *El camino* que esta novela tenía el mismo argumento que la primera parte de *La sombra del ciprés es alargada*, que ambas narraban la historia de una amistad infantil truncada por la muerte. Me sorprendió su clarividencia y lo certero de su juicio. Yo no había pensado en ello. Sin embargo, después de decirlo me di cuenta de que era así, y que la diferencia entre ambos libros radicaba en su tratamiento y en la psicología de los pequeños personajes. *La sombra del ciprés* estaba escrita en un lenguaje rebuscado, arcaizante, repleto de adjetivos, y uno de sus personajes, Pedro, era un ser hipersensible que adolecía de una neurosis precoz. A diferencia de él, *El camino* estaba escrito en un lenguaje claro y sencillo, apoyado en la ironía, y los niños eran verdaderos niños, con sus juegos normales y su equilibrio emocional.

Al margen de los errores básicos, tantas veces denunciados por mí, de *La sombra del ciprés es alargada*, no se me oculta que la base de su argumento está en la primera parte y que la segunda no es más que una redundancia y, por lo tanto, sobra. Pero en la primera, aparte de una amistad infantil, existe una nefasta influencia del maestro don Mateo Lesmes sobre Pedro. La visión luctuosa del mundo de éste, la triste y negativa teoría del desasimiento, el presentimiento de la muerte de su amigo Alfredo, provienen de aquél, de su sombrío concepto de la existencia. Muestra de lo antedicho es el capítulo que he escogido de la primera parte del libro, aquel en el que Pedro y

Alfredo deciden realizar su proyectada excursión nocturna hasta Cuatro Postes, durante la cual se manifiesta la grave enfermedad de Alfredo que, finalmente, provocará su muerte. Entiendo que sería difícil encontrar un fragmento donde mejor se evidenciase la amistad de los dos niños y la carga pesimista, de renunciación a la vida, que por influjo de don Mateo anida ya en el corazón de Pedro. [Véase *La sombra del ciprés es alargada*, libro primero, capítulo XII, volumen I].

EL REFUGIO

Yo tenía quince años al comenzar la Guerra Civil y recuerdo que una de las cosas que hubo que improvisar en tan críticas circunstancias fueron los refugios antiaéreos en las ciudades de retaguardia. Como es natural no existían construcciones ad hoc y se aprovecharon para tan urgente servicio los sótanos de las casas más nobles y resistentes y los almacenes subterráneos de los comerciantes de los bajos.

Las incursiones de aviones sobre ciudades no preparadas para defenderse resultaban dramáticas, a pesar de la elementalidad de los aparatos agresores y de los proyectiles que portaban. Yo quiero suponer –me falta memoria reciente– que, aparte del Sargentón, la mujer autoritaria y agresiva a la que recuerdo perfectamente, los otros personajes que protagonizan este cuento (el catedrático de universidad, el funerario, la chica del principal, el dueño de la tienda de ultramarinos) serían asiduos visitantes de los refugios que yo frecuentaba y en ellos se traslucía con toda crudeza el miedo que provocaba la situación. En aquellos agujeros, según creo recordar, antes que ese vínculo solidario que dicen crea la vecindad de la muerte, existía un afán de descargar sobre el prójimo responsabilidades de las que únicamente el conflicto era culpable.

Al lado de este ingrediente humano, «El refugio» ofrece el elemento grotesco que deriva de la improvisación a que obligaba la carencia de armamento adecuado en los dos bandos contendientes. Las ametralladoras en la torre de la catedral y los cañones de artillería pesada empotrados en las afueras de la ciudad, que únicamente disparaban cuando sus servidores juzgaban que los aviones se aproximaban a su radio de acción, son dos factores típicos que no he inventado, sino que en el verano del 36 existían ya en mi ciudad de residencia, como, más o menos, supongo que existirían en todas las pequeñas ciudades españolas alejadas de los frentes de combate. [volumen III].

LA CONTRADICCIÓN

Un muchachito agoniza en un hospital de Valladolid y una monja vela sus últimos momentos. He aquí la contradicción: un muchacho muere mientras sus cuidadores, que triplican su edad, viven. La gran contradicción de la vida. En esos breves minutos, el muchacho se confía a la religiosa, reconoce la imposibilidad de arrepentirse de sus pecados si ello implica la necesidad de perdonar al conductor del camión que lo arrolló. He aquí, en esquema, el argumento de este cuento. Una vez más, a lo largo de mi obra, se produce la gran contradicción: un niño o un muchacho ante la muerte. Alfredo muere en *La sombra del ciprés* y lo hace también el Tiñoso en *El camino*, mientras Pacífico mata en *Las guerras de nuestros antepasados* o Nilo, el Viejo, muere en «Los nogales» ante la pasividad idiota de Nilo, el Joven. De las constantes de mi obra, la infancia y la muerte, como sucede en la vida, se presentan frecuentemente unidas. De aquí que éste sea un tema recurrente y como tal lo haya elegido para cerrar este volumen dedicado a los niños en mi obra. [volumen III].

APÉNDICE III

Tres adaptaciones teatrales

Cinco horas con Mario

1981

Sobre el telón levemente iluminado se oye una música, el tema de la obra, basado en La mala muerte, *de Luis Eduardo Aute, orquestado con piano, viola y corno inglés. Oscuro. Sube telón. Poco a poco la luz va descubriendo en el centro del escenario la siguiente esquela:*



ROGAD A DIOS EN CARIDAD
POR EL ALMA DE

D. Mario Díez Collado

que descansó en el Señor, confortado
con los Auxilios Espirituales,
el 24 de marzo de 1966,
a los 49 años de edad

– R. I. P. –

Su desconsolada esposa, doña María del Carmen Sotillo; hijos, Mario, María del Carmen, Álvaro, Borja y María Aránzazu; padre político, Ilmo. Sr. D. Ramón Sotillo; hermana, María del Rosario; hermanas políticas, doña Julia Sotillo y doña Encarnación Gómez Gómez; tíos, primos y resto de la familia doliente, participan tan sensible pérdida y suplican una oración por el eterno descanso del finado.

Misa de alma: Mañana, a las 8, en la Parroquia de San Diego.

Conducción del cadáver: A las 10.

Las misas Gregorianas se avisarán oportunamente.

Casa mortuoria: Alfareros, 16, pral. dcha.

Gráficas Pío Tello.

La esquela está montada sobre telón negro y ocupa el escenario de arriba abajo. A la izquierda del espectador, en sombras, hay una mesa de despacho donde se ven algunos libros, una escribanía, una caja de tabaco y un termo. Apenas aparece la esquela, funde la música con el ambiente del velatorio en off.

VOZ DE CARMEN. Tome nota, Pío. ¿Ya? Rogad a Dios en caridad por el alma de Don Mario Díez...

VOZ DE PÍO. (*Al teléfono.*) ¿Es que no tenía Don Mario tratamiento?

VOZ DE CARMEN. No, ya ve, sólo los directores. El ilustrísimo es sólo para los directores.

VOZ DE PÍO. (*Al teléfono.*) Otros con menos merecimientos lo tienen.

VOZ DE CARMEN. Ya ve, las cosas, ¿qué quiere que yo le haga? Una orla bien negra, Pío, por favor.

VOZ DE PÍO. (*Al teléfono.*) Descuide.

VOZ DE VALEN. Cuando me lo dijeron no podía creerlo. Si le vi ayer.

VOZ DE CARMEN. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. Y esta mañana, ya ves, Valen. ¿Cómo me iba a imaginar una cosa así?

VOZ DE MOYANO. ¿Le importa que pase a verlo?

VOZ DE CARMEN. Al contrario, Moyano, pase, pase...

VOZ DE AMIGA. Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo. No ha perdido siquiera el color. Lo dicho, Carmen.

VOZ DE VALEN. Prefiero recordarle vivo, ya ves.

VOZ DE AMIGA. Te advierto que no impone lo más mínimo.

VOZ DE ANTONIO. Se mueren los buenos y quedamos los malos.

VOZ DE BENE. El corazón es muy traicionero, ya se sabe.

VOZ DE CARMEN. No es porque yo lo diga, pero en la vida había estado enfermo

VOZ DE NIÑO. ¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!

VOZ DE CARMEN. ¡Calla, Borja!

VOZ DE DORO. Deje, señorita, no le pegue, la criatura ni se da cuenta; le va a lastimar

VOZ DE BERTRÁN. No era bueno, era un hombre cabal, que es distinto. Don Mario era un hombre cabal y hombres cabales entran pocos en kilo. ¿Usted me comprende, señora?

VOZ DE CARMEN. Pase usted a la cocina, Bertrán; aquí no podemos ni rebullirnos

VOZ DE DORO. (*Llorosa*). No lo hubo más bueno que nuestro señor y ¡mírele ahí...!

VOZ DE CARMEN. No quiero escenas, Doro, ¡guárdese las lágrimas para mejor ocasión!

VOZ DE CABALLERO. ¿Les parece que abramos un poco?

VOZ DE SEÑORA. La atmósfera está muy cargada.

VOZ DE CABALLERO. Así, que no se forme corriente.

VOZ DE SEÑORA. Es muy mala la corriente.

VOZ DE BENE. El corazón es muy traicionero, ya se sabe.

VOZ DE ARÓSTEGUI. Era un hombre bueno.

VOZ DE NICOLÁS. Bueno ¿para quién?

VOZ DE MOYANO. No es un muerto; es un ahogado.

VOZ DE CABALLERO. Podrían guardar un poco más de respeto.
VOZ DE CARMEN. Gracias, Transi, mona, te lo agradezco en el alma.
VOZ DE ENCARNA. ¡Mírame, Mario! ¡Estoy sola! ¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Te das cuenta? ¿Qué es lo que he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?

Bullicio. Cuchicheos.

VOZ DE SEÑORA. ¿Quién es?
VOZ DE CABALLERO. Menuda.
VOZ DE SEÑORA. Lo mismo es la querindonga.
VOZ DE CABALLERO. Por lo visto es su cuñada.
VOZ DE HOMBRE. Ayúdenme. Hay que sacarla de aquí. Esta mujer está muy afectada.
VOZ DE SEÑORA. Lo dicho.
VOZ DE BENE. Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.
VOZ DE SEÑORA. No parece un muerto. Talmente está como dormido. Ni siquiera le ha bajado el color.
VOZ DE LUIS. Un infarto. Debe haber ocurrido sobre las cinco de la madrugada.
VOZ DE DORO. Señora, un telegrama.
VOZ DE HOMBRE. ¿A qué hora es mañana la conducción?
VOZ DE AMIGA. Menchu, mona, qué gusto me da verte tan entera.
VOZ DE CARMEN. De veras, Valen, prefiero estar sola, si no te lo diría igual, ya me conoces.

Se empieza a oír el tema musical con un solo instrumento, el corno inglés.

VOZ DE CARMEN. Mario, acuéstate, te lo suplico. Quiero quedarme a solas con tu padre.
VOZ DE MARIO. Como quieras, pero si necesitas algo, avísame; yo no podré dormir en toda la noche.
VOZ DE CARMEN. Hasta mañana, hijo.

Ha desaparecido la esquela en un oscuro brevísimo. Mientras sigue la música, aparece lentamente un haz de luz que ilumina un punto central del decorado, la cabecera de un rectángulo prominente que simboliza el féretro donde reposa el cadáver de Mario. El decorado es el interior de una gran caja en perspectiva, realizado en un solo color: el violeta. A la derecha del espectador hay cuatro sillas arrinconadas contra la pared. Las sillas tienen un marcado aire de reclinatorio de iglesia y están tapizadas del mismo color que el decorado. En el centro izquierda, una silla más, igual a las otras. Más a la izquierda y tras la mesa de despacho que ya conocemos, un sillón en cuyo respaldo hay una toquilla de lana negra. Carmen Sotillo, protagonista de la obra, está situada de pie en el centro, entre la silla y el

supuesto cadáver de Mario, su marido. Lentamente también, mientras habla, se irá iluminando su figura, antes en contraluz, al tiempo que cesa la música.

CARMEN. Era tarde para su costumbre, pero al abrir las contraventanas aún pensé que pudiera estar dormido. Me chocó su postura, sinceramente, porque Mario solía dormir de lado y con las piernas encogidas, que le sobraba la mitad de la cama, de larga, claro, que de ancha, a mí cohibida, pero él se hacía un ovillo, dice que de siempre, desde chiquitín, desde que tenía uso de razón; pero esta mañana estaba boca arriba, enteramente normal, igualito que dormido... Pero cuando le toqué en el hombro y le dije: «Vamos, Mario, se te va a hacer tarde», retiré la mano como si me hubiese quemado. (*Se echa a llorar. Se tapa la cara con las manos. Saca un pañuelo con el que se seca las lágrimas y se sienta en la silla que está a su lado. Cuando se calma, prosigue*).

Y ahora que empiezan las complicaciones, querido, zas, adiós muy buenas, como la primera noche, ¿recuerdas?, te vas y me dejas sola tirando del carro. Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras; mira Transi, imagínate, con tres criaturas; pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos, sin una palabra de agradecimiento, como si todo esto fuera normal. Los hombres, por regla general, una vez que os echan las bendiciones, a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo. Claro que con vosotros eso no rige. Os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó. Y no es que yo vaya a decir ahora que tú hayas sido un cabeza loca, cariño, sólo faltaría, que no quiero ser injusta, pero tampoco pondría una mano en el fuego, que el verano de la playa bien se te iban las vistillas, que yo recuerdo a la pobre mamá, que en paz descanse, con aquel ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual, «el mejor hombre debería estar atado», ¿qué te parece? Mira Encarna, tu cuñada es, ya lo sé, pero desde que murió tu hermano Elviro, ella andaba tras de ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza, que todavía estás por contarme lo que ocurrió entre Encarna y tú el día que ganaste las oposiciones. Que Encarna tiene más conchas que un galápago. Y tú, dale, que estaba sola, que era tu cuñada, valiente novedad, a ver quién lo niega, que tú siempre sales por peteneras, que para todo encontrabas disculpas, querido, menos para mí, ésa es la pura verdad... Tú viste la escenita de esta mañana, Mario, cuando se presentó de improviso, ¡qué vergüenza!... «¡Dios mío...! ¡Este también se me ha ido! ¡Éste también...!» ¡Qué bochorno!, no irás a decirme que es la reacción normal de una cuñada, Mario, que llamó la atención, que yo achicada, a ver... ¡Si parecía ella la viuda, hijo! (*Se levanta y se*

dirige, mientras habla, al grupo de sillas. Las ordena maquinalmente adelantando tres y poniéndolas en fila, una al lado de la otra. Luego se sienta en la más próxima al cadáver. La luz ilumina ahora más intensamente este lado de la escena, mientras ha bajado en el otro. A lo largo de la representación persistirá este juego de luces, precediendo a Carmen en sus movimientos).

Para serte sincera, cariño, nunca me gustó Encarna, ni Encarna ni las mujeres de su pelaje; claro que para ti hasta las mujeres de la vida merecen compasión. Y nada de que ninguna mujer es así por su gusto y que son unas víctimas... Palabras, Mario, que a ti siempre te han perdido las palabras; ¿por qué no trabajan?, di, ¿por qué no se ponen a servir como Dios manda? Que el servicio desaparece no es ninguna novedad, Mario, que yo recuerdo en casa dos criadas y una señorita para cuatro gatos, que aquello era vivir; que cobrarían dos reales, no lo niego, pero, comidas y vestidas, ¿quieres decirme para qué necesitaban más? Pues bueno era papá para eso: «Julia, ya está bien, deja un poco para que lo prueben también en la cocina». Entonces existía vida de familia, daba tiempo para todo, y, cada uno en su clase, todos contentos. Ahora, ya lo ves cómo andamos, que aquí me tienes aperreada todo el día de Dios, si no estoy entre pucheros, lavando bragas, ya se sabe; que una no puede dividirse y por mucha disposición que se tenga, con una asistenta para siete de familia, a duras penas se puede ser señora. Que la pobre Doro, fiel y cariñosa a su modo, pero muy cortita, que yo no me explico cómo en el extranjero admiten a esta clase de gente, Mario, que se van a cientos, fíjate, cada vez más, a saber qué harán allí...

Claro que, bien mirado, la tonta fui yo, o no tonta, vete a saber, el caso es que una tiene principios y los principios son sagrados, ya se sabe, que te pones a ver y nada como los principios. ¡Anda que si yo hubiera querido! Mira Eliseo San Juan, sin ir más lejos, el de la tintorería, que no hay vez, sobre todo si salgo con el suéter azul, que no se meta conmigo: «Qué buena estás, qué buena estás; cada día estás más buena»... Ni a sol ni a sombra, hijo, que es ceguera la de ese hombre y, como él, otros que me callo, que no es porque yo lo diga, pero aún estoy para gustar, tonto del higo, que no soy ningún vejestorio...; y tú, que si es un tipo vulgar ese San Juan..., me río yo. Cuántas no le harían ascos. Mira Valen, «como animal no tiene desperdicio». Y Valen sabe lo que dice, Mario, que es un cielo, menudo ojo clínico. (*Se levanta adelantándose hacia el espectador*). Por más que luego tú, por las noches, ni caso, que no he visto hombre más apático, hijo mío, y no es que a mí eso me interese especialmente, que ni frío ni calor, ya me conoces, pero al menos podrías contar conmigo, que los días buenos no los aprovechabas y luego, de repente, zas, el antojo, en los peores días, en plena

ovulación… «No seamos mezquinos con Dios», «No mezclemos las matemáticas en esto…». ¡Ja! ¡Qué facilito!, ¿verdad? (*Se vuelve en un arranque hacia el cadáver y echa a andar rodeándole*). Que luego la que andaba reventada nueve meses, desmayándose por los rincones, era yo, que lo que es tú, cariño, con tus clases, tus tertulias y tus papelotes tenías bastante; a ver, que así cualquiera, que me gustaría a mí verte dando a luz, una y no más, Santo Tomás, en cuanto lo probases, a ver… Y luego lo del coche, por mil años que viva, cariño, me será muy difícil perdonarte que me quitases el capricho de un Seiscientos. Comprendo que a poco de casarnos era un lujo, pero luego… ¡Si lo tenía todo el mundo! Nunca lo entenderás, pero a una mujer, no sé cómo decirte, le humilla que todas sus amigas vayan en coche y ella a patita; porque yo no digo hace años, pero lo que es ahora, si el mismo Crescente el de la tienda de ultramarinos, ¡si parece que los regalan, Mario! Si un Seiscientos lo tienen hoy hasta las porteras, pero si los llaman ombligos, cariño, ¿no lo sabías?, porque dicen que los tiene todo el mundo. Y a mí un Seiscientos, imagina, de cambiarme la vida. Es lo mismo que lo de la cubertería. (*Ha llegado a la mesa y recoge de ella una Biblia. Luego se dirige de nuevo al grupo de sillas para sentarse en la misma que ocupaba antes*).

Sí, de sobra sé que no somos millonarios y que un catedrático no tiene, como tú dices, el sueldo de un ministro, ¡ojalá! Pero hay otras cosas, creo yo, que hoy día nadie se conforma con un empleo. Y no me salgas ahora con tus articulitos de *El Correo*, y que tienes tres novelas publicadas. ¡Ja! ¿Y si yo te dijera que tus libros y tu periodicucho no nos han dado más que disgustos? A ver si miento, no me vengas ahora, hijo; líos con la censura, líos con la gente y, en sustancia, dos pesetas. Tú mucho con que si la tesis y el mensaje y todas esas historias, pero ¿quieres decirme con qué se come eso? A la gente le importan un comino las tesis y los mensajes; créeme, Mario, que tenía razón Higinio Oyarzun, que tus libros son la obra de un pacifista y un traidor; Mario, que a ti te echaron a perder los de la tertulia, el Aróstegui y el Moyano ese, el de las barbas, que son unos inadaptados. Y no será porque papá no te lo dijera, que si escribías para divertirte, bien, pero que si pretendías la gloria o el dinero, era mejor que lo buscases por otros caminos… Y me explico que a otro cualquiera no le hicieras caso, pero lo que es a papá…, un hombre bien objetivo que es, no me digas, que colabora en las páginas gráficas de *ABC* yo creo que desde que se fundó, hace muchísimo… Y yo misma, Mario, ¿no te dije yo mil veces que buscases un buen argumento, sin ir más lejos el de Maximino Conde, el que se casó con la viuda y luego se enamoró de la hijastra? Un argumento de película, fíjate, que toda la ciudad

pendiente. Porque tú sabes escribir, querido, te lo digo y te lo repito; lo único, los argumentos, que no sé qué maña te das, que ni escogidos con candil. Eso cuando se te entiende, que cuando te pones a hablar de estructuras, plusvalías y cosas de esas, me quedo *in albis*, te lo prometo... ¡Con lo que a mí me gustaría que escribieses libros de amor! Que el tema del amor es de los que llegan; que el amor es un tema eterno, Mario, pues porque sí, porque es humano, porque está al alcance de todas las mentalidades. Métetelo en la cabeza, mira Don Juan Tenorio, eso no se pasa, no son modas de un día, que tú me dirás sin amor qué sería del mundo, ni existiría, a ver, natural... Y tú dale con que «el mundo está lleno de injusticias y que hay gente que se muere de hambre»... ¡Palabras, Mario, que a ti siempre te han perdido las palabras!, como cuando la colaboración de Madrid, hala, a la calle, por una cabezonada, que si te pusieron Cruzada en vez de Guerra Civil, o una pamplina de esas (*hojea la Biblia*), que tiraste por la borda mil doscientas pesetas al mes, y mil doscientas pesetas al mes pueden ser el arreglo de una casa, cariño... (*Se da cuenta de que no ve y se levanta yendo hacia el escritorio, busca con la mirada. No encuentra lo que busca*). Y es que os pasáis la vida hablando de si el dinero es astuto, de si el dinero es egoísta, ¡ya ves tú!, y lo único que no decís del dinero es la pura verdad, Mario, que es necesario...

¿Es que tanto esfuerzo...? ¿Dónde habré puesto yo mis gafas?... ¿Es que tanto esfuerzo te hubiera costado ganar para un coche, cariño? ¡Aquí están! (*Encuentra las gafas en uno de sus bolsillos. Se sienta en la silla que hay en el centro junto al supuesto féretro*). Porque no nos engañemos, Mario, las cosas salen de dentro y tú, desde que te conocí, tuviste gustos proletarios, porque no me digas, que al demonio se le ocurre ir al Instituto en bicicleta, que ya es el colmo.

Dime la verdad, ¿te corresponde eso a ti? Desengáñate, Mario, cariño, la bici no es para los de tu clase, que cada vez que te veo en ella se me abren las carnes, te lo juro, y no te digo nada cuando le pusiste la sillita de mimbre en la barra para el niño, ¡te hubiera matado!, que me hiciste llorar y todo. No quiero pensar que hicieras esto por humillarme, Mario, pero la categoría obliga, tonto de capirote, y un catedrático de Instituto, no te digo yo que sea un ingeniero, pero es alguien, me parece a mí... Que el mismo Antonio, cuando le hicieron director, aunque con mucha vaselina, ya te lo vino a decir, ¿recuerdas?, que la bicicleta sobraba... Y te diré una cosa que no te he dicho nunca: a mí no hay quien me saque de la cabeza que cuando Antonio te formó expediente, aparte de otras razones, que yo no me meto, es porque te tomó un poco de manía por lo de la bici, ya ves...

Es como lo de poner a los chicos los nombres de la familia.

¿Quieres decirme que hubiese hecho yo en casa con un Elviro y un José María, cosa más vulgar, por mucho que les hubieran matado? Pasé por Mario y Menchu, que, al fin y al cabo, eran los nuestros, pero ¿a qué más? habiendo nombres tan bonitos como Álvaro, Borja o Aránzazu, y es que vivís en la Edad Media, hijo.

Y volviendo a lo de la bici, te diré que yo nunca me tragué que el guardia aquel te pegase, que yo estaba totalmente de acuerdo con Ramón Filgueira, el alcalde, ¿a santo de qué te va a pegar un guardia por atravesar el parque en bicicleta? Te daría el alto y tú te asustaste y te caíste, lógico… Por eso te salió aquel moratón en la cara… Que lo que dijo Filgueira, el propio pedal. Que digas que venías cansado de corregir ejercicios, que eso sí debe de ser muy latoso, lo comprendo, todos iguales y así, pero ¿por qué pagarla con el pobre guardia? Que tampoco debe de ser muy agradable que digamos plantarse en una esquina a las tres de la madrugada, y así toda la noche, Mario, que se dice pronto, y más con la helada que caía… Y si Ramón Filgueira te recibió en el ayuntamiento como un padre, ¿a qué ton echar los pies por alto y poner al guardia de vuelta y media? Pero tú, ¡venga!… «aquí el certificado», «abuso de autoridad»…, que si en vez de toda esa pataleta de niño chico tú te vas derecho a Filgueira y le dices: «Pues lleva usted razón, Filgueira, me he obcecado», todo hubiera cambiado, y ni él, ni Josechu Prados, ni Oyarzun, ni nadie, nos hubiera negado el piso, eso te lo aseguro yo. Pero, escucha, Mario, aún te digo más, dando por bueno que el guardia aquel te pegara un coscorrón, que me permito dudarlo, ¿no vale un coscorrón por un piso de seis habitaciones, ascensor, agua caliente central, y setecientas pesetas de renta? Piensa con la cabeza, cariño, que no digo darles la razón, entiéndeme, sino, simplemente, mostrarte tolerante… Ya lo decía la pobre mamá: «En la vida vale más una buena amistad que una carrera…». Y buena era mamá, Mario, que a las pruebas me remito, no he visto otra inteligencia como la suya, que cuando nos hicimos novios pasé las penas del infierno, te lo prometo, que ya desde chiquitina, fíjate, al tiempo de rezar, me decía: «Hija, casarse con un primo hermano o con un hombre de clase inferior es hacer oposiciones a la desgracia»… Así que cuando lo nuestro, yo frita, imagina, que fue Transi la que me lo dijo, que tu padre prestaba dinero a interés, claro que yo en esto ni entro ni salgo, que también lo prestan los bancos y es una cosa legal.

Menos mal que mamá todavía andaba horrorizada con lo de Julia y Galli Constantino, cosa que aquí, para *inter nos*, no me extraña nada, que lo de Julia fue una campanada de las gordas. Te guste o no, mamá fue una verdadera señora, Mario, como ya no las hay, que tú la conociste, y no hay más que ver cómo murió, que yo se lo

decía a papá: «Ha muerto como se duermen las actrices en el cine»; pero igualito, ¿eh?, ¡ni un mal gesto, ni un ronquido!, fíjate que eso del estertor parece de cajón, ¿no?, pues ni eso, Mario, como te lo digo….

Bueno, pues yo temblaba cuando mamá fue a conocer a tus padres, Mario, y, luego, nada... «Parecen buena gente. Con ese chico, ya todo un catedrático, puedes ser feliz, hija». Claro que, no nos engañemos, después de lo de Julia y Galli Constantino, que fue una campanada de las gordas, cualquier cosa la hubiera parecido bien. Pero a lo que iba, Mario, acuérdate, que mamá siempre decía: «El que no llora no mama y el que tiene padrinos se bautiza», ¿recuerdas?; bueno, pues tú, ¡hala!, por las bravas, «soy funcionario y familia numerosa, según la ley me corresponde un piso»... ¡Mira el pelo que has echado! Y es que tú has pretendido ser bueno y sólo has conseguido ser tonto, Mario, así como suena. Y no quieres darte cuenta de que la ley la aplican unos hombres, y no es a la ley, que ni siente ni padece, sino a esos hombres a los que hay que cultivar y bailarles un poquito el agua, zascandil (*se le ha dormido una pierna. Se levanta, zarandea la pierna después de hacerse la señal de la cruz con saliva sobre el pie, y va hacia la mesa. Luego vuelve a sentarse cojeando*), que ya te lo dijo Ramón Filgueira, que un guardia a las dos de la madrugada, y más con la helada que estaba cayendo, es lo mismo que el ministro de la Gobernación, a ver. Como el trepe que le armaste a Josechu Prados, porque no me digas a mí, que a Josechu, a bueno no le gana nadie, de una familia de aquí, de toda la vida, figúrate los Prados, conocidísimos, que hizo la guerra en primera línea, honrado a carta cabal..., que al fin y al cabo él era el jefe de mesa..., y si a Josechu le da por decir que el noventa por ciento de «síes», el cuatro de «noes» y el seis de abstenciones, en blanco o como se diga, que diga misa si quiere, qué te importaba a ti, al fin y al cabo él era el jefe de mesa, que eres el espíritu de la contradicción, cariño. Igual que con el viaje de novios, hijo, que me hiciste pasar la rueda de Santa Catalina, un desprecio así... Que empiezo por reconocer que estaba asustada, que sabía que tenía que pasar algo, por lo de los hijos, claro, y estaba resignada, te lo juro, pero tú te acostaste, diste media vuelta y «buenas noches», como si te hubieras metido en la cama con un carabinero. Y luego, «que si te pareció más delicado...» ¡Qué bochorno!... Que Valen, que es un cielo, dice que ella sangró... Y yo qué la voy a decir, Mario, a ver; que yo también, un poco... Que los hombres no entendéis de estas cosas, cariño. Claro que eso no hubiera ocurrido si en vez de casarme contigo lo hubiera hecho con Eliseo San Juan, el de la tintorería, pongo por caso, o con el mismo Paco, si me apuras, que le ves ahora y forradito de millones... (*Se ilumina su rostro. Se levanta*

y avanza hacia los espectadores).

Porque no te he dicho una cosa, Mario...; que el otro día, hará cosa de dos semanas, el dos para ser exactos, Paco me llevó al centro en su Tiburón rojo, no veas cosa igual. Que yo estaba parada en la cola del autobús y, de repente, ¡plaf!, un frenazo: «¿Vas al centro?...» «Pues sí...» «Sube, te llevo». Te digo mi verdad, cariño, Paco como si fuera otro hombre, un dominio, una seguridad, parece mentira un cambiazo así... (*Se vuelve y va hacia el fondo del decorado rodeando el féretro por la izquierda del espectador*).

Pero no es sólo la noche de boda, Mario, que un poquitín más de pasión no te hubiera venido mal. Que siempre te mostraste muy apático conmigo. Mucho «amor mío», mucho «mi vida» y, luego, nada entre dos platos. (*Se detiene. Parece escupir sus palabras sobre el muerto.*) Que Valen dice que siempre es distinto, que siempre hay algo nuevo, y yo la digo que sí para que se calle; a ver, no la voy a decir que mi marido es un rutinario, que es la pura verdad, Mario, que enseguida te pasa y a una la dejas con la miel en los labios, ni disfrutar, que no es que diga que eso para mí sea fundamental, ni mucho menos, pero vamos, que en el fondo, quien más quien menos, a nadie le amarga un dulce. (*Ha echado a andar y se acoda finalmente sobre el respaldo de la silla solitaria*).

Y no es que yo pida imposibles, entiéndeme, que a veces pienso si en ese aspecto seré una ansiosa; pero gustando como gusto, me da rabia tu indiferencia, para que te enteres, que no sé qué tendrán mis pechos, pero hay que oír a Eliseo San Juan, el de la tintorería: «¡Qué buena estás; qué buena estás; cada día estás más buena!», que se le llena la boca... Porque lo que yo quiero hacerte ver, Mario, es que entre hombre y mujer hay un instinto, y las mujeres con principios, las honradas, las que somos como se debe ser, gozamos excitando a los hombres, pero sin llegar a mayores, mientras que las fulanas se van a la cama con el primero que pillan. Ésa es la diferencia, pero si vemos que vosotros no reaccionáis, pues a ver, acomplejaditas, que pensamos tonterías, inclusive, que no servimos... Porque las mujeres, aunque no lo creáis, somos muy complicadas, Mario...

Es lo mismo que lo de Menchu con los estudios (*se quita la rebeca y la deja sobre el respaldo de la silla. Recoge un rosario de la mesa y pasea de un lado a otro del escenario mientras juguetea con el rosario entre los dedos*), a la niña no la tiran los libros, y yo la alabo el gusto, porque en definitiva, ¿para qué va a estudiar una mujer, Mario, si puede saberse? Para mí una chica que estudia es una chica sin sexy. ¿Estudié yo, además? Pues mira, tú no me hiciste ascos, que a la hora de la verdad, con todo vuestro golpe de intelectuales, lo que buscáis es una mujer de su casa. ¿Sabes lo que decía mamá a este respecto? Decía, verás, decía: «A una muchacha bien le sobra

con saber pisar, saber mirar y saber sonreír, y estas cosas no las enseña el mejor catedrático». ¿Qué te parece? A Julia y a mí nos hacía andar todas, las mañanas diez minutos por el pasillo con un librote en la cabeza, y decía con mucha guasa: «¿Veis cómo los libros también pueden servir para algo?».

No es por nada, Mario, pero algún día te darás cuenta de lo poco que me has ayudado en la educación de los niños. Y perdona mi franqueza, pero ¡vaya un legado que les dejas!, que cuando lo del expediente y lo del guardia te hicieron una ficha, y eso, te guste o no, ya son antecedentes. No quiero ni pensarlo, pobrecitos, el día que se enteren. ¡Vaya ejemplo! Mira tu hijo mayor, ya lo estás viendo, cómo se pone cada vez que habla... Que el día que le oí defender el Estado laico casi me desmayo, Mario, palabra, que hasta ahí podíamos llegar... No quiero entristecerme más de lo que estoy, pero la juventud está podrida, Mario. Tú dirás que estrangulo su personalidad, que me pones mala, grandísimo alcornoque, porque si su personalidad consiste en negarse a llevar luto por su padre, yo no quiero hijos con personalidad. (*Se sienta de repente en la silla sin reparar en la Biblia que está en el asiento. Al notarla da un respingo*). Ya le oíste esta mañana: «Que el luto es un convencionalismo estúpido».

Me hace gracia... que tú, muy puritano y todo lo que tú quieras, pero el verano de la playa bien se te iban las vistillas, hijo mío, que me diste las vacaciones, fíjate, de no volver, que ni amarrada vuelvo yo a la playa contigo... Mario, que estabas tan blanquito, y luego con el meyba hasta las rodillas y las gafas, ¡qué horror!, daba grima verte, la verdad, que yo, algunas veces, como si no fueras conmigo, como si no te conociera, que no debería decírtelo, pero hasta vergüenza me daba. El espíritu de la contradicción, eso es lo que tú eres..., que me pongo a pensar y ni un solo gusto me has dado en la vida... (*Va a dejar la Biblia sobre la mesa. Vuelve a pasear de un lado a otro del escenario.*) Acuérdate de lo del traje de novia... «Que para qué iba hacerme un traje así...» Lo blanco, Mario, por si te interesa saberlo, es símbolo de virginidad, que, yo al fin y al cabo, pues mira, no era ni más ni menos por eso, pero después de lo de Julia y Galli, a mamá le hubiese gustado que la gente dijera: «Ahí viene una virgencita...», pues porque sí, Mario, porque somos humanos, porque siempre ha sido así, porque para una mujer la pureza es la prenda más preciada..., que la pobre mamá, hay qué ver lo que pasó, que lo de Julia y Galli fue una campanada de las gordas, que sólo de recordarlo me muero de vergüenza. ¡Qué vergüenza, Mario, cómo los encontré, si vieras! Fue el mismo día que se tomó Santander, no se me olvidará en la vida, abrazados, revolcándose en la alfombra, ¡qué espanto, no lo quiero ni pensar! Y el carota de él,

todavía, que «jugábamos, bambina»; sinvergüenza, que casi me da un patatús, es que no faltó ni el canto de un duro. Y el caso es que yo hubiera jurado que a Galli le gustaba yo. (*Va a por la rebeca y se la pone*).

Pero imagina lo que fue aquello para mamá que en paz descanse, un golpe de muerte, ella tan correcta, tan bien relacionada, porque lo de Julia fue la comidilla, que tú en la luna, hijo, que no me lo explico, que se enteraron hasta las ratas, que esas cosas por mucho que se quiera no se pueden ocultar. ¡Pobrecita mamá, lo que ella pasó! (*Va hacia el fondo rodeando el féretro por la izquierda del espectador).* Con decirte que hasta escribió a Roma, está dicho todo, que ella pretendía deshacer el primer matrimonio de Galli, ¿comprendes?; pero él, por lo visto, tenía dos hijos con la otra y eso es lo malo, los hijos para estas cosas, según dicen, fatal, es dificilísimo. (*Da la vuelta volviendo sobre sus pasos. Luego se dirige al grupo de sillas, las coloca, saca su pañuelo del bolsillo y limpia con cuidado los bordes de los respaldos*). Y es que a Galli Constantino le acogimos en casa como de la familia, Mario, no te vayas a creer. Que a papá, el pobre, lo único que le sacaba de quicio, con lo monárquico que es, era que Galli le hiciera saludar a la romana todas las noches después del parte; ¡imagínate papá!, lo menos marcial del mundo, y, al acabar, Galli: «¡Viva la España!», «¡Viva la Italia!». Siempre era la misma canción, que todos ¡viva!, pero muy bajito, muertos de vergüenza, que era una juerga... ¡Quién podía pensar que se entendía con Julia!, Mario... cariño, que siendo imparciales y hablando en plata, Julia fue una sinvergüenza. (*Rodeando el grupo de sillas se enfrenta con el muerto*).

Porque dime una cosa, Mario, ¿te hubiera gustado a ti casarte conmigo después de acostarme con Galli Constantino? No, ¿verdad? (*Se sienta en la silla central del grupo*). Y luego tú, con ese afán de justificarlo todo, dale, que si las guerras son un desastre, que trastornan muchas cosas... ¡Qué tendrán que ver las guerras con la vergüenza, digo yo!

No sé si diré una barbaridad, porque con vosotros, hijo, nunca se sabe, pero yo lo pasé divinamente en la guerra, por qué voy a decir otra cosa..., con las manifestaciones y los chicos y todo manga por hombro, ni me daban miedo las sirenas ni nada, que otras, no veas, como locas a los refugios en cuanto empezaban a sonar, que yo la gozaba. Recuerdo que mamá nos hacía ponernos medias y peinarnos a Julia y a mí para bajar al sótano de doña Casilda, imagina, que a veces nos cogían los bombazos y las ametralladoras en plena escalera y era una risa, los tropezones (*se descalza y estira las piernas*); pero yo, por mucho que digáis, lo pasé bien bien en la guerra; no me digas, si aquello era como una fiesta que no se

acababa nunca, cada día algo distinto, que si los legionarios, que si los italianos, que si se tomaba esto o aquello, y todo el mundo, hasta los viejos, cantando *Los voluntarios*, que tiene una letra bien bonita, o *El novio de la muerte*, que ésta sí que es el no va más. (*Tararea la música de «El novio de la muerte»*). Y entonces ni me importaban los bombardeos, ni el Día del Plato Único, que mamá, con ese arte especial que tenía, juntaba todo en un plato y ni pasábamos hambre, te lo juro, como el Día sin Postre, que Transi y yo comprábamos caramelos y ni notarlo. Los que sí eran un poco así, como frescos, ahora me doy cuenta, eran los de los pueblos, ¡a ver, gente sin trato!, que yo recuerdo que cuando les clavábamos el *detente*, pero en la carne, ¿eh?, todo el tiempo tocándonos, «dadnos suerte», «dadnos suerte», que Transi y yo ni rechistar, a ver, eran tan valientes. ¿Sabías que yo, aunque ya era novia tuya, fui madrina de uno? Pablo, Pablo Haza creo que se llamaba (*Se levanta de improviso y sin dejar de hablar cruza el escenario. Recoge la toquilla negra de lana que hay sobre el respaldo del sillón y se la pone, volviendo a sentarse luego en el mismo sitio*), me escribía unas cartas tronchantes, llenas de faltas de ortografía, un patán de la cabeza a los pies; pero no te den celos, cariño, algo había que hacer por esa pobre gente y yo le contestaba, que una vez se presentó con permiso y empeñado en salir conmigo, figúrate; yo le dije que de eso ni hablar, y, entonces, que al cine, y yo que no, menos, imagínate, con toda la gente, y entonces él empezó a dramatizar que lo mismo le mataban al día siguiente, y yo que qué le iba a hacer, que lo sentiría en el alma, y él, entonces, se metió un dedo con toda la uña negra en la boca y me puso en la mano una muela de oro, que yo horrorizada, «¿Para qué hace usted eso?», porque eso sí, Mario, muy de usted, no te vayas a creer, buena era mamá: «Está bien ayudarles, pero guardando las distancias; los soldados son gente baja»; y él, que los moros cascaban las cabezas de los muertos, figúrate qué espanto, para quitarles los dientes de oro, y que se lo guardara hasta el final de la guerra, que debió ser un presentimiento, porque del bueno de Pablo Haza nunca más se supo, que tuvimos que ir mamá y yo un día a entregar la muela al Tesoro. (*Coloca la silla que tiene a la derecha delante de sí y pone los pies en ella*). De esto hubo mucho en la guerra, desgraciadamente; mira Juan Ignacio Cuevas sin ir más lejos, me parece que ya te lo conté, el hermano de Transi, que era así como retrasado, medio anormal, pero le movilizaron y le llevaron a un cuartel, para servicios auxiliares y así; pero lo que pasa en las guerras, de repente debió de hacer falta gente o qué sé yo, el caso es que una mañana, los padres de Transi se encontraron un papelito todo lleno de faltas por debajo de la puerta: «Me yeban –figúrate, con i griega– a la gerra –sin u–. Tengo muchísimo miedo,

a Dios –separado–, Juanito». (*Se rasca una pierna con el pie de la otra*). Bueno, pues ésta es la hora, y ya ha llovido, que revolvieron Roma con Santiago, no te vayas a creer, buenos son, pues lo que se dice ni rastro. Claro que, lo que yo digo, conforme estaba, preferible que Dios se lo llevase, una carga, imagina qué porvenir, de peón de albañil o algo parecido, mejor muerto; pero a Transi, hijo, le dio sentimental, «ay, no, guapina, un hermano es un hermano», que eso, según desde donde lo mires, Mario, reconócelo, que no todos los hermanos son iguales; ya ves los tuyos, que Oyarzun, que está enterado de todo, yo no sé de dónde saca el tiempo, me ha dicho que había testigos que vieron a tu hermano José María en el mitin de Azaña en la Plaza de Toros, y en abril del 31 dar vivas a la República, agitando la bandera tricolor como un loco, Mario, que eso es todavía peor. (*Quita las piernas de la silla, se incorpora sin levantarse y se dirige al muerto*). Es como lo de que dijo, cuando le iban a fusilar, figúrate, que no era la primera vez que un justo moría por los demás; historias, muerto de miedo es lo que estaría rezando el *Señor mío Jesucristo*, natural, que no es que se lo censure, entiéndeme, que me parece lógico, pero vosotros, con tal de hacer una frase, sois capaces de poner en evidencia hasta a los muertos, Mario, que mi bochorno pasé, las cosas como son, porque estaba harta, en la calle, «A tu cuñado lo han paseado por rojo», con segundas, a ver, pero yo tan fresca contestaba: «Y Elviro el mayor ha muerto como un héroe en la Cuesta de las Perdices con dos días de diferencia» (se *levanta y se pone los zapatos; se dirige a la mesa*), y todas se quedaban heladas, Mario, te lo prometo, que yo casi disfrutaba, te doy mi palabra de honor, que ya sé que la guerra es horrible, cariño, pero al fin y al cabo es oficio de valientes, que de los españoles dirán que hemos sido guerreros, pero no nos ha ido tan mal me parece a mí, que no hay país en el mundo que nos llegue a los talones, ya le oyes a papá: «Máquinas, no; pero valores espirituales y decencia para exportar». (*Coge de nuevo la Biblia y se sienta en la mesa casi de espaldas a los espectadores, de cara al muerto, con el libro entre las manos*).

Que tú, mucha Biblia, mucha Biblia y, luego, hay que ver las cosas que escribes, hijo. Que el Señor no gusta de las medias tintas, Mario, y Él me perdone, pero yo creo, y fíjate bien en lo que te digo, que Juan XXIII, que en gloria esté, metió a la Iglesia en un callejón sin salida. No es que diga que fuese malo, Dios me libre, pero para mí que lo de Papa le venía un poco grande o que, a lo mejor, le pilló demasiado viejo, que todo puede suceder… Lo que quiero decir es que aquel buen señor hizo y dijo cosas que asustan a cualquiera, no me digas, que ahora va a resultar que hasta los protestantes son buenos, que acabaremos por no saber dónde tenemos la mano

derecha. Es como lo de la píldora, ya ves, a buena hora, cuando una está toda deformada cargada de hijos, que tampoco es justo, me parece a mí, porque o todas o ninguna, que ahora va a resultar que la parejita es lo decente.

Dichoso Concilio, que todo lo puso patas arriba, ya ves: la Iglesia de los pobres, ¡buenos están los pobres ahora! Y no quiero pensar en el día que dé la vuelta la tortilla, cuatro tiros de agradecimiento, como yo digo, y los que no somos pobres ¿qué?...

Y tú, dale con que «hemos desfigurado a Cristo»... ¿Y no eres tú el primero? Por si te interesa saberlo, Mario, Cristo, para empezar, no hubiese tenido nunca un hermano rojo, ni un padre prestamista. (*Ha soltado la Biblia y va a acodarse en el respaldo de la silla solitaria*).

Claro que así nos crece el pelo, que te pones a ver y hasta los negros del África quieren ya darnos lecciones, cuando no son más que caníbales, por más que tú vengas con que no les enseñamos otra cosa... Mira papá qué bien enfocó el problema por la tele la otra noche: «El problema racial es un problema de almas y no de cuerpos»... Una verdad como un templo, Mario, digas lo que digas, que para mí, los negros, no hay más que fijarse un poco, están hechos de otro barro; para otra clase de oficios, la caña de azúcar y así, que la mayoría, ya lo sabes tú, son boxeadores.

Desengáñate de una vez, Mario, el mundo necesita autoridad y mano dura, qué manía la tuya, que me sacas de quicio. Con la mano en el corazón, ¿tú no crees que una poquita de Inquisición nos vendría al pelo en las presentes circunstancias? Yo lo pienso muchísimas veces... Que si la bomba atómica esa la perfeccionasen de tal modo que pudiera distinguir, que ya sé que es una bobada, pero bueno, y matase sólo a los que no tienen principios, el mundo quedaría como una balsa de aceite, ni más ni menos, ni menos ni más... Que es lo que siempre he sostenido, cariño, que tus ideas sobre la caridad son como para recogerlas en un libro; todo lo que yo hago por los pobres te parece mal y, en cambio, lo que hace Cáritas te parece bien, que no lo entiendo, la verdad, porque si algo ha hecho Cáritas en este sentido... (*Descubre que algo está mal en la silla*). ¡Vaya! ¡Ya han roto la silla otra vez!... Porque si algo ha hecho Cáritas en este sentido es impedir el trato directo con el pobre y suprimir la limosna. (*Busca con la mirada y por fin se quita un zapato, y usando el tacón como martillo, golpea en la silla, hasta que la deja a su gusto. Luego se sienta*). Y con estas cosas estáis revolviendo a los pobres de más, y el día que os hagan caso y todos sean ingenieros de caminos, ¡adiós el Evangelio!, tonto del higo... Es como lo de aquel paleto, Hernando de Miguel o como se llamara, cuando te regaló el cordero. Qué cosa más natural, una atención, a ver, si su hijo no estaba preparado para los exámenes, lógico. Pero

el pobre hombre se viene desde el pueblo con el lechazo a cuestas y tú le recibes a voces, que tampoco son maneras, me parece a mí, para terminar tirándole el lechazo por el hueco de la escalera, que le diste en mitad de la espalda, para haberle matado, vamos. Un animal de cuatro kilos lo menos, una pena. Ya ves qué daño hubieras hecho a nadie cogiendo ese lechazo, que los niños, tú lo sabes, no andan sobrados de carne, que con tanta subida apenas la prueban. Pues tú, no señor... ¡Cuatro kilos por el hueco de la escalera! ¡Ya ves qué bobada! Si la gente quiere tener detalles, ¡deja a la gente! Mira el Niño Jesús, bien de quesos y de ovejas le llevaron al portal, ¿no? Y no dijo ni pío, que no era tonto, lo aceptó; humildemente, pero lo aceptó... (*Se levanta y pasea hacia el fondo, rodeando de nuevo el cadáver.*)

¿Y es que tú crees que Cristo hubiese hablado de la caridad como tú hablaste cuando diste la conferencia en el Ropero? ¡Vaya un trago, hijo!, que lo tuyo no es normal, menudo sofocón, un feo semejante, porque si aceptas es para hablar de la caridad como Dios manda, que tenías un auditorio de lo más selecto, y te lo cargaste a las primeras de cambio, con lo de los festivales benéficos, que lo que Valen decía: «¿Qué mal hacemos jugando bridge por los pobres?». Pues, ninguno, naturalmente, zascandil, que si jugando bridge puedes remediar una necesidad, bendito sea el bridge. Pero tú, dale, que yo, horrorizada: «¡Le linchan!, ¡a este hombre le linchan!..., ¡es... de lo que no hay!». Y mira que era una oportunidad que ni pintada... Que lo que procedía era todo lo contrario de lo que hiciste, hijo, qué sé yo, estimular a la gente a dar y a ir a las fiestas benéficas, y al final, hubiera sido un detalle simpático que subastases tu pitillera o algo así, un objeto personal.

Pero tú, dale que te pego: «Todos los redentores aman al prójimo, unos para redimirlo de veras y otros para utilizarlo de pedestal», que cayó como una bomba, pero entre todo el mundo, ¿eh?, ¡fíjate Valen lo liberal que es!, que a algunos se les oía desde el portal. Que luego tú: «Dejadme; un hombre no puede abrir la boca sin ofender», la frasecita de rigor, ¡cómo no!, literatura, zascandil... Mírate en mi espejo, ¿ofendo yo?, no, ¿verdad?, pues mira, bien de ello que hablo, que no paro, una tarabilla, tú me dirás, que a veces, si no tengo con quien, pues yo sola, ¡fíjate qué risa!, cualquiera que me viera, pero me importa un bledo. Tú, en cambio, ya se sabe, si abres la boca es para fastidiar, hoy, ayer y todos los días: «La caridad, queridos amigos, no debe declararse en Hacienda para eludir impuestos...». Que ya lo dijo Oyarzun, «Buena frase para un diputado comunista»... Y tú, dale con que... «Estamos en una sociedad convencional, en la que aún quedan muchos marginados...» ¡Vagos, eso es lo que son! Una cuadrilla de vagos,

que si pueden quitarte la cartera, no creas que se lo piensan dos veces. Y luego decís de los que mandan, que para mí, si de algo pecan, es de demasiada blandura, fíjate. (*Se sienta en la silla en la que antes puso los pies*).

Hijo de mi alma, si hubo meses con las amnistías o eso, que parecía nuestra casa la sucursal de la cárcel, que me gustaría saber a mí quién te dio vela para este entierro; qué olores, y el olor, pase, pero por ayudar a un preso, por si no lo sabías, te pueden detener, como lo oyes, por cómplice o como se llame. Y tú, que no eran delincuentes comunes, vaya salida, pues mucho peor todavía. Al fin y al cabo, cariño, el criminal lo es en un arrebato, se ofusca, a ver, pero lo que es los otros, a ciencia y paciencia, fíjate, a sangre fría, que no es decir me obcequé, ni mucho menos, que son malos por naturaleza y nada más. Porque con ese afán de confraternizar, tú te pasas, Mario, no digas que no, sin ir más lejos, ahí tienes lo de Bertrán. ¿Tú crees que está ni medio bien que un catedrático se deje ver en público con un bedel? Pues, no señor. A lo sumo «buenos días» o «buenas tardes»... Educación y buenos modales, con eso basta.

Eso sí, las cosas como son, ayer, muy afectado, se presentó de los primeros y derechito al comedor; a ver qué te crees, que le dejé un ratito, pero ya le dije: «Bertrán, pase a la cocina, si no le importa, aquí no podemos ni rebullirnos», ¿de cuándo acá va a estar un bedel entre los catedráticos? (*Se quita las horquillas del moño y se arregla el pelo*).

Es como lo del expediente, Mario, ¿qué podía hacer Antonio en un caso así? Cumplir con su deber, ni más ni menos.

¿Tú crees que un cristiano puede decir a boca llena, en plena clase, que fue una lástima que la Iglesia no apoyase a la Revolución francesa? ¿Te das cuenta de lo que dices?, ¿es que estás en tus cabales, Mario, una blasfemia así? ¿Pues no era la Revolución francesa aquella de las tiorras desgreñadas que cortaban la cabeza al rey y a las monjitas y a toda la gente buena, la de Pimpinela Escarlata o eso? Vamos, que se necesita cuajo para decir una cosa así.

En resumidas cuentas (*se levanta, deja las horquillas que le han sobrado en la mesa y se adelanta hasta un lugar entre la silla sola y el supuesto féretro*), lo que te he dicho mil veces, tú y los de la tertulia os creéis que la vida es un circo donde cada cual puede hacer lo que le da la gana, y estáis pero que muy equivocados. Siempre debe haber uno que diga esto se hace y esto no se hace y ahora todo el mundo a callar y a obedecer. Únicamente así pueden marchar las cosas. Por más que ahora esté todo revuelto con eso del Concilio. Que buenos se están poniendo los curitas jóvenes, que no dan

importancia a nada, sólo a si el obrero gana mucho o poco. ¡Dichoso Concilio! (*Echa a andar hacia el grupo de sillas, rebasándolas para ir a recostarse en el borde del decorado*).

Ya le oyes a papá, cuando la República un guirigay. Una monarquía es otra cosa, la República, qué sé yo, es como más ordinaria, no lo niegues, que yo era una niña, pero recuerdo cuando se implantó, desarrapados y borrachos por todas partes, un asquito, hijo, que yo cada día comprendo más a papá, te lo aseguro, Mario, su ceguera por el rey. Que para él, el rey era el no va más, más que cualquiera de nosotros, más que toda la familia junta, que es veneración lo de papá por la monarquía, un culto. (*Pasa por detrás del grupo de sillas yendo hacia el muerto, rodeándolo.*) Y en cuanto se confirmó lo de la República, se levantó, muy pálido, muy solemne, no sé cómo explicarte, se fue al cuarto de baño y volvió con una corbata negra: «No me quitaré esta corbata mientras el rey no vuelva a Madrid», dijo, que todas calladas como si hubiera muerto alguien.

Eso es fidelidad a una idea, no me digas, y lo demás son bobadas. Mira, tú, con tu padre, ¿recuerdas?, buena prisa para quitarte el luto, es que te faltó tiempo, ¿eh?, y siquiera con tu padre un amago, que con tu madre ni eso.

El luto es para recordarte que tienes que estar triste, y si vas a cantar, callarte, y si vas a aplaudir, quedarte quieto y aguantarte las ganas. Que yo recuerdo el tío Eduardo, cuando lo de mamá, en el fútbol, como una piedra, igual, ni en los goles, fíjate, que llamaba la atención, y si alguno le decía, «¿Tú no aplaudes, Eduardo?», él enseñaba la corbata negra y sus amigos lo comprendían muy bien, ¿qué te crees?; «Eduardo no puede aplaudir porque está de luto», decían, y todos conformes, a ver, de pata de banco. (*Rodeando el cadáver mientras habla, ha llegado hasta la mesa, coge el termo y se sirve en el vaso del propio termo un líquido humeante, té o café. Con el vaso en la mano se dirige al grupo de sillas y se sienta en la del centro*). Claro que estas leyes para ti no rigen. Verdaderamente, tú tienes el don de la inoportunidad, cariño, ya ves ahora, que me desnude, imagínate, a la vejez viruelas, con los músculos del vientre tronzados, la espalda llena de mollas y hecha una calamidad. Pues, no señor, no me da la gana, si eso te gustaba haberlo pedido a su tiempo, que yo, aunque me esté mal el decirlo, tuve una gran figura, un poco de más de *poitrine*, quizá, que no es que ahora me queje, entiéndelo bien, que no sé si por suerte o por desgracia nunca tuve pechos de viuda, y si me fío de Eliseo San Juan, una Sofía Loren, ya ves, pero una no tiene ya edad para exhibiciones y, sobre todo, no está de humor. Las cosas a su tiempo, Mario, y en vez de dar media vuelta y hasta mañana, que pasé una humillación que no te

imaginas, habérmelo pedido entonces y todos contentos.

Es como esa historia de que llegaste al matrimonio tan virgen como yo, ¿recuerdas?, «No me lo agradezcas, Menchu, fue ante todo por timidez»... Mira, guapín, eso se lo cuentas a un guardia, una bola así, que os pensáis que somos tontas, que me gustaría ver la cara que pondría Eliseo San Juan o el propio Paco Álvarez si se lo contase. Paco... es curioso... ¡Qué cambiazo! (*Se oscurece todo el escenario. Sólo queda iluminada Carmen, sentada*). Que parece otro hombre, que me encantaría que lo vieras, Mario, sólo por gusto, que ha echado un empaque que no veas, con una americana inglesa de sport, sacando el codo por la ventanilla, como muy curtido y, luego, esos ojos de un azul verdoso, entre de gato y de agua de piscina..., ¡de sueño, vamos!, no parece el mismo, que los hombres es una suerte, como yo digo, si no valéis a los veinte, no tenéis más que esperar otros veinte, yo no sé qué pasa. Y me di cuenta enseguida, no te creas, un Tiburón rojo, aquí, inconfundible, no podía ser otro, y aunque intenté hacerme la tonta, él, ¡plaf!, en seco, un frenazo de cine, ¿eh?, que se quedó un rato el coche como temblando y Paco venga de sonreír; «¿Vas al centro?», y yo, toda acomplejada, a ver, que Crescente el de la tienda no hacía más que fisgar desde el motocarro, «Sí», «Pues, arriba», y ya con la portezuela abierta, a ver qué podía hacer, me colé, y más cómoda que en el sofá del cuarto de estar, Mario, te lo prometo, que lo que yo le dije, «Me chifla tu coche», que es verdad, que parece que ni tocas el suelo ni nada. Y, luego, con ese olor a tabaco rubio, que es un olor que a mí me chifla, es uno de esos hombres que te azaran, fíjate, quién se lo iba a decir a él. Yo daría lo que fuese porque tú fumases rubio, Mario, que te parecerá una tontería, o por lo menos emboquillado, y no ese tabaco de picadura que te gastas, hijo, que ya no se ve por el mundo. Y encima te quemas la ropa y te pones echo un asco..., que ni sé cómo me enamoré de ti, francamente, que me acuerdo cuando empezaste a salir conmigo, que Transi me decía: «¿Qué es lo que ves en ese sietemesino?». ¿Y sabes lo que veía, Mario, quieres saberlo? Pues un chico muy flaco, como hambriento de cariño, ya ves tú, con los ojos tristes y los tacones roídos, ¡que destrozas el calzado, hijo, que contigo no hay zapato que resista!, y luego, a cada vuelta, unas miradas que partían el corazón, ¿eh? Que yo le decía a mamá: «Ese chico me necesita». Ya ves, a esa edad, me emocionaba sentirme imprescindible, que mamá, con ese ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual... «Nena, no confundas el amor con la compasión», date cuenta. (*Se levanta mientras habla y se dirige a la mesa.*) Muchas veces pienso, un poco a lo tonto, Mario, que si tú en lugar de ser hijo de tu madre, tan pagada de sus cosas, hubieras sido hijo de la mía, serías otra persona, como lo estás oyendo. (*Cierra el*

termo. Se oyen las campanas de un reloj de iglesia lejanas. Son las cinco. Carmen se dirige de nuevo junto al cadáver, se detiene junto al lateral de la izquierda del espectador).

Yo no sé a santo de qué has podido tú enfermar del corazón. Porque yo, la verdad, que se mueran del corazón los hombres de negocios, que de un telefonazo pueden perder o ganar millones, lo comprendo, pero que te mueras del corazón tú, un hombre que jamás se ha preocupado del dinero, que tiene una mujer que de dos saca cuatro, un hombre al que no le ha faltado nunca nada, no hay derecho, la verdad, no hay derecho, y no hay derecho. (*Pasea de un lado a otro por el fondo del escenario*).

Y no es que me queje de vicio, Mario, que tú lo puedes ver, veinticuatro años de matrimonio, que se dice pronto, y ni una triste cubertería, que cada vez que recibo, que ya se aburre una, una cena fría, a base de canapés, qué remedio, siempre lo mismo para no variar, el caso es no utilizar más que cuchillos y tenedorcitos de postre, que muchísimas veces me pregunto, Mario, si mereceré yo este castigo. Que lo tuyo pasa ya de castaño oscuro, que con los extraños vengan zalemas y atenciones y en casa, punto en boca, que eso es lo que peor llevo, fíjate. (*Avanza hacia el espectador por el lateral derecho del cadáver*).

Acuérdate con Valen la otra noche, tú dirás, como un enano ¡cómo lo pasaste!, y no olvides que los Rojo son de la mejor gente de aquí, para que te hagas una idea, lo que sucede es que como él es catedrático del instituto, tiene que hacer a los dos paños, a ver. Pero si Vicente no fuera catedrático, ya te lo digo desde aquí, ¡de qué pisábamos nosotros su casa! (*Vuelve a mover el grupo de sillas maquinalmente y las coloca como estaban cuando se levantó el telón*).

Y qué cena, de sueño, vamos, que sobró de todo, hasta langosta, y cómo estaba la langosta, Mario, y qué bien servido todo, ni las bodas de Canaán, como yo digo, que si tú no te propasas, una de las noches más felices de mi vida, fíjate, menuda cena, que como ella dice «Veniros a tomar una copa el sábado», le quita importancia, te piensas que va a ser otra cosa; pero cuando empezaste a disparar desde el balcón los corchos del champán contra las farolas, te hubiese matado, fíjate, que no son formas, que yo cualquier cosa antes que perder los modales, Mario, que estaba allí lo mejor de lo mejor, menuda es Valen para eso. (*Se dirige hacia la silla solitaria y luego a la mesa, donde se sienta de cara al público en primer término. Se oscurece el escenario y sólo queda ella iluminada*).

Y, luego, a los cuatro días, aquí mismo: «Estoy solo, Carmen», ¿te acuerdas?, que yo como si no te oyera, como un palo, que si hablo es para ponerlo peor, que desde que te vino eso, la distonía, o la depresión, o como se llame, llorabas por cualquier pamplina, hijo,

¡vaya sesiones!, y que si la angustia la tenías por no saber cuál es el camino, y por no saber con qué haces daño o dejas de hacerlo, cuando hasta el más niño sabe que un golpe en las costillas con un lechazo de cuatro kilos puede matar a un hombre, que no hablo por hablar, Mario. Que muchísimas veces pienso que tú estabas bien cuando estabas mal, y mal cuando estabas bien, aunque parezca un despropósito. Que no sé a santo de qué esa perra, «¿Vienen?», que me metías el corazón en un puño, hijo, y a despertarme, sin la menor consideración, que a saber a quién esperabas, que no había manera de sacártelo ni con sacacorchos. Entonces empezaba la función, «¿Vienen?», y, tieso, lo mismo que un palo, a escuchar, sentado en la cama, que yo, en vilo, te lo prometo, «¿Quién tiene que venir?», y tú, «No sé, subían las escaleras», decías, que yo ni me atrevía a mover un dedo, y el corazón paf, paf, paf, te lo juro, «No oigo nada, Mario», y tú, «Ya no, fue antes»; ya ves, que no te lo creerás, pero luego tardaba más de un cuarto de hora en volver a agarrar el sueño, que aquello era el no vivir, una pesadilla. Es como lo de llorar, las primeras veces me desgarrabas el corazón, ¿eh? ¡Madre, qué hipo! «¿Y por qué lloras, querido?», y tú, «Ni lo sé, por todo y por nada»; ¿tú crees que ésas son formas? (*Va hacia la silla sola y se acoda en el respaldo. En un momento de excitación se quita los zapatos*).

Porque, lo que yo digo, quien más quien menos, todo el mundo tiene un montón de lágrimas por derramar en la vida, lógico, y si no las echas a tiempo, las echas a destiempo, la cosa no tiene vuelta de hoja. Y no sería porque no te lo advirtiera, cariño, acuérdate cuando murió tu madre, detrás de ti a todas partes, «Llora, Mario, llora; luego eso sale y es peor». Pues tú, todavía, que me faltaba sensibilidad, ya ves, precisamente sensibilidad; pero si es una de mis peplas, hijo, que me pongo a hacer mayonesa estando indispuesta y ya se sabe, a arreglarla, toda se me corta, que bastante desgracia tengo...

¡Me río yo de tu enfermedad! Nervios, nervios..., cuando no saben qué inventar, los médicos todo lo arreglan con los nervios. Que parecía que te mataban, madre, qué aspavientos, y que si no dormías, y que si cada vez que lo intentabas se te hundía el colchón en el vacío. Y, luego, que sentías miedo, que nunca me cansaré de repetírtelo, Mario, que sentir miedo y no saber de qué es de tontos, pero de tontos de baba, hijo mío, así como suena, y tú, venga, que «Como cuando de chico vas a examinarte y estás esperando que te llamen, una cosa, así, en el estómago...». Y en vista de eso, a tumbarte en la cama, que menuda vida te pegaste a cuenta de los nervios, hijo... Y todavía si la cama te hubiera acercado a mí, vaya, pero ni ese consuelo, lo mismo que si te acostases con un

carabinero, que eso es lo peor que llevo, fíjate, y no por el hecho en sí, que de sobra sabes que a mí esas cosas ni frío ni calor, sino por lo que significa, que ya llovía sobre mojado... (*Vuelve a rodear el cadáver*).

Los hombres me hacéis gracia, Mario, os enfermáis cuando queréis y os sanáis cuando os da la gana, que yo no quiero pensar en el dineral que hemos gastado en botica con tus dichosos nervios. Te apuesto lo que quieras a que si me devolvieran ese dinero peseta a peseta, mañana un Seiscientos, qué digo un Seiscientos, un Milquinientos. Con uno de mis jaquecones me gustaría haberte visto. Porque no me digas, si al sentir vértigo le das importancia, fíjate dónde tendría que estar yo, que no puedo ni subirme a una silla, ni al mismo autobús, date cuenta, ¿qué me vas a decir a mí?, que me gustaría verte en el Tiburón de Paco, Mario, eso, sólo un minuto, ya ves, por puro capricho, para que supieras lo que es vértigo. ¡Santo Dios!, si parece que ni tocas el suelo, ni nada.

Esto fue anteayer, Mario, sí, exactamente el lunes. Y yo no quería, te lo puedo jurar, no por nada, pero la gente es muy mal pensada, y Crescente el de los ultramarinos no hacía más que fisgar todo el tiempo desde el motocarro, pero Paco me abrió la portezuela y yo no tuve valor. Y él, entonces, dio media vuelta y salió como un cohete por la carretera del Pinar, que yo le decía (*se adelanta al público*), «Vuelve, ¿estás loco?, ¿qué va a decir la gente?», pero él, ni caso, cada vez pisaba más y decía, ¿sabes lo que decía?, decía, «Déjales que digan misa». (*Avanza hacia la izquierda del espectador. Entre la silla y el féretro*). Que yo, te lo juro, «Da la vuelta, Paco, tengo un montón de cosas que hacer», pero él venga de reírse, que tiene toda la dentadura completa, figúrate qué envidia, «Demos tiempo al tiempo; la vida es breve», y, ¡hala!, como un loco, a ciento veinte, que en éstas, nos cruzamos con el Dos Caballos de Higinio Oyarzun, que a saber de dónde vendría a esas horas por esa carretera, y yo quise agacharme, pero estoy casi segura de que me vio, date cuenta qué apuro, y Paco, «¿Te ocurre algo, pequeña?» y, luego, «Es que estás igual», y yo, «¡Qué bobada!, fíjate los años que han pasado», y él, muy fino, «El tiempo no pasa igual para todos», una galantería, tú dirás, pero que se agradece, por qué voy a decir lo contrario. (*Se adelanta de nuevo al público y luego va retrocediendo de espaldas lentamente hasta llegar al cadáver por la derecha del espectador*). Y cuando paró no me quitaba ojo y venga de encender pitillos, uno tras otro, que si no fumó veinte no fumó ninguno, y «Qué es de Transi?», y lo que yo le dije, que no había tenido suerte, y que si se acordaba de Evaristo, el viejo, pues se casó con ella, ya de mayor, y a los cinco años la había abandonado con tres criaturas y él se había largado a América, a Guinea, me parece, que Paco,

entonces, «Todos nos equivocamos, no es fácil acertar», que me dejó de una pieza, que le brillaban los ojos y todo, Mario, te lo juro, que a mí me dio lástima, un hombrón así, que no pude por menos, «¿No eres feliz?», y él, «Dejemos eso. Vivo y no es poco», pero me miraba cada vez más de cerca y yo estaba toda aturdida, a ver, pensando en la mejor manera de ayudarle, que entonces se me ocurrió recordarle cuando paseábamos juntos por la Acera, Mario, y él, «¡Qué tiempos!», y, de repente, «Tal vez entonces perdí mi oportunidad. Luego, ya ves, la guerra», como con pena, que lo que yo le dije, «Pues tú te portaste bien bien en la guerra, Paco, no digas», que él, sin venir a cuento, se desabotonó la camisa, que no lleva suéter ni nada en pleno invierno, y me enseñó las cicatrices del pecho, un horror, no te puedes ni imaginar, entre los pelos, que quién lo hubiera dicho, tan varonil, que me dejó helada, te lo prometo, que eso es lo último que me esperaba, y le dije: «Pobre», sólo eso, nada más, te lo juro, pero él me puso el brazo por detrás, que yo pensé que en buen plan, te lo juro, y cuando me quise dar cuenta ya me estaba besando (*se arrodilla lentamente; se oye el tema musical para un instrumento solo, mientras el escenario se oscurece y sólo queda ella iluminada*), visto y no visto, y sí, desde luego, muy fuerte, que yo no sabía lo que hacía, como de tornillo, sí, apretadísimo y muy largo, ésta es la verdad, pero yo no puse nada de mi parte, como lo estás oyendo, que estaba como hipnotizada, te lo juro, y luego aquel olor entre de colonia y tabaco rubio, que trastorna a cualquiera, que yo sólo te quiero a ti, no hace falta que te lo diga, pero estaba como atontada, a lo mejor de la misma velocidad, la falta de costumbre, vete a saber, cualquier cosa, como un fardo, lo mismito, y el corazón pon, pon, pon, como desbocado, no puedes hacerte idea, los principios, lógico, y no podía ni menear un dedo, que ni árboles, imagínate, con los que había, sólo el runrún de sus palabras, cerquísima, desde luego, prácticamente encima, que era como estar en las nubes (*abre las manos como si volara; se oye el tema musical de nuevo*), una desorientación, y él me abrió la puerta y, muy suave, «Baja», y yo como sonámbula, bajé y nos sentamos detrás de una mata (*se sienta en el suelo*), al sol, más bien grande, sí, muy grande, nos tapaba desde luego, y figúrate a esas horas, en día de labor, ni un alma, que si yo estoy en mis cabales de qué, y Paco insistiendo, «Aquí donde me ves, que parece que lo tengo todo estoy solo, Menchu», que yo «Pobre», otra vez, pero conmovida de veras, Mario, como si no supiera decir otra cosa, y él, como enloquecido, empezó a abrazarme y a estrujarme por el suelo, y me decía, me decía, ¿sabes lo que me decía?, «Veinticinco años soñando con estos pechos, pequeña», cada vez más frenético, figúrate, que yo, como tonta, «Pobre», esto te dará idea, que él como fuera de sí, que hasta

me rompió la ropa y todo, Mario, pero yo no era yo (*se arrodilla*), que le rechacé, te lo juro, le recordé a nuestros hijos, qué ni sé de dónde me vinieron las fuerzas porque estaba completamente sin voluntad, pero le paré los pies, que se debió quedar de un aire, te lo prometo, que me caiga muerta, que a saber tú con Encarna en Madrid (*se apoya en el féretro*); perdona, perdóname, no quise decir eso, pero no pasó nada de nada, puedes estar tranquilo, que le recordé a nuestros hijos, o a lo mejor fue él, ya ni me acuerdo, pero para el caso es lo mismo, que me quitó la palabra de la boca, que ni hablar podía, estaba desquiciada, Mario, tienes que hacerte cargo, sólo quiero que me comprendas, ¿oyes? (*se aparta del féretro y continúa de rodillas*), porque aunque hubiese hecho algo malo, no era yo, puedes estar seguro, que la persona que estaba allí no tenía nada que ver conmigo; pero no pasó nada, nada de nada, y si Paco no hubiera reaccionado, hubiese reaccionado yo, ya me conoces, pero él, después de todo, tenía la culpa, a él le correspondía, que cuando se separó tenía unos ojos que daban miedo, echaban chispas, Mario, pero dijo, «Somos dos locos, Carmen, discúlpame, no quiero perjudicarte», y se levantó, ¡y se levantó!, ¡y se levantó! (*solloza*), que yo avergonzada, sí, así fue, bien mirado fue él...; pero lo importante es que no pasó nada, tienes que creerme, es mi última oportunidad, Mario, ¿no lo comprendes?, y si tú no me crees yo me vuelvo loca, y si te quedas ahí parado es que no me crees, ¡Mario!, ¿es que no me estás escuchando?, te estoy hablando con el corazón en la mano, para mí el que me perdones es cuestión de vida o muerte, Mario, mírame, anda, aunque sólo sea un momentín, por favor, no me vayas a confundir con mi hermana, me aterro sólo de pensarlo, ya ves Julia, una cualquiera, con un italiano, que no tiene perdón, en plena guerra, en frío, Galli, un desconocido, buena diferencia con Paco, que perdería la cabeza y todo lo que tú quieras, pero, en resumidas cuentas, un caballero; Mario, mírame un poco, di algo, no te quedes ahí parado, que parece que no me creyeras (*llorando y muy bajito*), que al fin y al cabo, si a su tiempo me compras el Seiscientos, ni Tiburones ni Tiburonas; pero perdóname, Mario, anda, te lo pido de rodillas, no hubo más, te doy mi palabra, que yo sólo he sido para ti, te lo juro, te lo juro por lo más sagrado, no tengo nada de qué avergonzarme, ¡te lo juro, Mario, te lo juro!, ¡¡te lo juro, mírame!!, ¡¡que me muera si no es verdad!!; pero no te encojas de hombros, por favor, mírame, de rodillas te lo pido, anda, que no lo puedo resistir, no puedo, Mario, te lo juro, ¡mírame o me vuelvo loca! ¡¡Anda, por favor!!

Se ilumina el escenario. Entra Mario, hijo de Carmen, por la derecha del espectador.

MARIO. ¿Qué te pasa, mamá? ¡Levántate! ¿Qué haces ahí de rodillas? (*La recoge*).

CARMEN. (*Incorporándose.*) Rezaba, sólo rezaba.

MARIO. ¿Estás bien?

CARMEN. Bien, hijo, ¿por qué?

MARIO. ¿Tienes frío? Me ha parecido que hablabas sola.

CARMEN. No está alterado, ¿te das cuenta? No ha perdido siquiera el color.

MARIO. (*Llevándola hacia la silla del centro.*) Ven, vamos...

CARMEN. (*Sentándose en la silla.*) Sin gafas no se parece. De joven no gastaba gafas y me miraba en el cine todo el tiempo, ¿sabes?; de esto hace muchísimos años, ¡qué sé yo el tiempo!, que tú yo no sé si habías nacido, te estoy hablando del año catapún, pero era bonito, te lo confieso, aunque yo no sé qué pasa que todo en la vida acaba por estropearse.

MARIO. No has debido quedarte sola. Estás muy excitada.

CARMEN. Parece mentira que para los demás sea hoy un día corriente; un día como otro cualquiera, fíjate. Yo no puedo hacerme a la idea, Mario; me es imposible.

MARIO. Todo el mundo pasa por este trance alguna vez, mamá...

CARMEN. Las cosas no son como antes.

MARIO. El mundo cambia, mamá, es natural.

CARMEN. A peor, hijo, siempre a peor.

MARIO. (*Levantándose y yendo hacia el sillón que hay detrás de la mesa de despacho donde se sienta*). ¿Por qué a peor? Sencillamente, poco a poco nos vamos dando cuenta de que lo que uno viene pensando desde hace siglos, las ideas heredadas, no son necesariamente las mejores. Es más, a veces no son ni tan siquiera buenas, mamá.

CARMEN. No sé qué quieres decir.

MARIO. (*Tocando los objetos de la mesa*). Hay que escuchar a los demás, mamá, eso quiero decir.

CARMEN. No os entiendo. Todos habláis en clave como si pretendierais volverme loca. No es posible. No es posible que tú seas aquel pequeñín, que cuando empezó a ir al colegio y yo le decía al verle las notas: «¡Este niño es un sabio!», él me decía: «Mamá, no soy un sabio; soy un filósofo».

MARIO. (*Azorado*). Por favor, mamá. (*Toma una petaca de la mesa y se la muestra*). ¿Te importa que me quede con su petaca?

CARMEN. Pero ¿a ti te gusta ese tabaco, hijo?

Mario asiente sin contestar.

CARMEN. (*Después de una pausa*). Y tú, hijo, ¿has dormido?

MARIO. No. No he podido... Una cosa rara. Cada vez que lo intentaba parecía que se me hundía el colchón. Un vértigo. Aquí en el

estómago (*se señala la parte alta del estómago*), es algo así como cuando vas a examinarte y estás esperando que te llamen.

Se oscurece el escenario, sólo queda iluminado el rostro de Carmen

CARMEN. (*Tensa*). ¡¡No!! (*Llora.*) ¡No, no, no! ¡¡Mario!!

Baja el telón, mientras se escucha de nuevo el tema musical con la orquestación del principio.

La hoja roja

1987

PRÓLOGO

Historia de esta historia

Con la adaptación al teatro de mi novela *La hoja roja* me vienen a la memoria los avatares de esta triste historia, al mismo tiempo confortadora, de un viejo jubilado y su criadita analfabeta, que nació arropada por una beca de la Fundación March hace la friolera de treinta y ocho años. Esta beca de la March fue una ayuda generosa que yo, persuadido de que había que justificarla, solicité para hacer un viaje por los países bálticos (interesado por entonces, que explicaba Historia del Comercio, por la actividad de la Hansa Teutónica) y consignar mis impresiones sobre los establecimientos principales de aquella famosa agrupación. Pero sucedió un hecho inesperado. En la fiesta que siguió a la entrega de ayudas en la sede de la Fundación, el padre Félix García, factótum entonces de la entidad, me llevó a un aparte y tímidamente me sugirió la posibilidad de cambiar el destino de la beca:

–Digo, Delibes, que por qué en lugar de un libro de viajes no nos escribe usted una novela.

Lo miré un tanto perplejo:

–Pero para escribir una novela no necesito gastar ese dinero. Lo puedo hacer tranquilamente en mi casa –le respondí.

Entonces el padre Félix García volvió a sorprenderme con una proposición absolutamente inusitada en el país entonces y ahora, y en lugar de exigirme esa serie de promesas, certificados, justificantes, recibos, avales y declaraciones juradas que conlleva en España la entrega de una cantidad de dinero a fondo perdido, me dijo sin la menor solemnidad:

–Usted lógicamente tiene obligaciones profesionales, como clases, conferencias, colaboraciones de prensa, etcétera, y lo que la Fundación pretende es que se desentienda usted de alguno de esos compromisos y dedique ese tiempo a la creación, en este caso concreto a escribir una novela sin interrupciones ni sobresaltos, en un plazo razonable.

No hubo más. Con el tiempo he comprendido que esta confianza en el hombre, junto a una ordenada gestión, explica en parte la eficacia de esta entidad, el hecho innegable de que a pesar de su corto presupuesto la cultura española de las últimas décadas haya girado en torno suyo. Éste fue el origen de mi novela *La hoja roja*, historia que

efectivamente andaba varada desde hacía meses por falta de tiempo material para escribirla.

El libro se publicó en 1959 y pronto se tradujo en Francia, Alemania, Rusia y otros países. Y, como suele ocurrir con mis novelas, se comprendió mejor en el Este que en el Oeste, cosa poco sorprendente puesto que estas historias de desheredados cuadraban mal con la fiebre consumista que en los primeros años sesenta ya se hacía notar en el Occidente europeo. Recuerdo que Paco Umbral apuntó, en una semblanza mía que escribió para Edhasa por aquel tiempo, que el viejecito solitario y apartadizo que protagonizaba el libro era mi padre, afirmación no rigurosamente exacta (mi padre tuvo una jubilación laboriosa y muy acompañada) aunque sí aproximada; ya que las jubilaciones precarias y solitarias de alguno de sus amigos sí me aportaron datos con los que perfilar la figura de don Eloy.

El libro recogía la confluencia de dos soledades y una lección (cosa que no tiene por qué encerrar una novela), a saber, que todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser y que todas esas barreras de la edad, el dinero, la educación, la clase social, etc., no dejan de ser entelequias, invenciones de una burguesía vieja y aburrida para justificar su preeminencia.

Creo que fue el propio Umbral (último conquistador físico de Madrid) quien efectuó o asesoró la adaptación de la novela a televisión y yo el encargado de presentar la serie. Poco baqueteado en estos menesteres, me obstiné en aprenderme un folio de memoria, a fin de hacerlo con propiedad, pero mi cabeza, más preocupada por la palabra que por la idea, se hizo un jardín, como dicen los cómicos, del que no logré desembarazarme hasta que decidí olvidarme del dichoso folio y salir por otro registro. Mi admiración, ya vieja, por los actores, obligados no sólo a aprenderse un texto de memoria sino a exponerlo fluidamente, con naturalidad, acreció con este tropiezo.

A poco de escribir *La hoja roja* advertí que las limitaciones de espacio y tiempo hacían de la novela una historia fácilmente adaptable al teatro; la vi en teatro. Hacia el año 1965 entré en contacto con Alfonso Sastre por mediación de José María de Quinto. Aunque muy joven, Alfonso era ya un hombre prestigiado en el mundillo de la escalera, que creo acababa de estrenar o estaba a punto de hacerlo su *Escuadra hacia la muerte*. Vivíamos la etapa más brillante del socialrealismo y Sastre acariciaba el proyecto de conseguir un repertorio de obras de este carácter y formar una compañía para representarlas. No sé si era exactamente así pero algo parecido. José María de Quinto, amigo suyo, autor de un bello libro de relatos y hombre familiarizado con la escena, pertenecía, como el propio Sastre, a esa promoción de narradores objetivistas que como Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa y Martín Gaite se habían consagrado con

sus primeros libros. En su piso de Madrid, Quinto y yo nos reunimos varias veces para hablar de las posibilidades escénicas de la novela y estudiar su adaptación. Pero las dificultades que Sastre encontró para llevar adelante su proyecto terminaron por hacerlo desistir y a nosotros con él. No recuerdo si Quinto y yo llegamos siquiera a terminar un borrador de la comedia. Creo que no, pero si lo terminamos yo, desde luego, no lo conservo.

Después, a finales de los años sesenta, vino la colección RTV. Fue una experiencia interesante: se trataba de divulgar un centenar de obras literarias sobre la base de reducir su precio a 25 pesetas. Esto ya indica que tanto los autores como los editores y libreros recortaron sus márgenes comerciales hasta reducirlos a una cantidad exigua, casi simbólica. *La hoja roja* hizo el número 17 de la colección y se vendieron de ella un millón cien mil ejemplares. Un comentarista malévolo afirmó que la cifra no quería decir nada, puesto que ése era el número de suscriptores de la colección, afirmación mendaz puesto que las ventas de estos libros oscilaron entre los cien mil y el millón largo de ejemplares, lo que nos llevaría a determinar, como es lógico, el número de suscriptores por la tirada más baja.

Pero esta patética historia de la *La hoja roja* (que en su día mi amigo y editor José Vergés me invitó a titular de otra manera para soslayar la escandalosa cacofonía que yo había buscado de propósito) no había aún terminado de rodar. Algunos directores cinematográficos solicitaron los derechos para hacer una película pero, convencido de que el paso siguiente debería ser el teatro, rechacé sus ofrecimientos.

Poco después me puse a la tarea de adaptación de la novela. Las limitaciones de lugar y tiempo contaban con un añadido extrateatral que era la limitación económica, que no imponía nadie pero de hecho existía: si se podía resolver una obra con un solo decorado y tres actores era más fácil de representar que con dos decorados y cuatro actores. Regía, pues, ya en el teatro, una disposición tácita pero evidente: una función con más de cuatro o cinco intérpretes tenía muy pocas posibilidades de ser estrenada. Yo reduje lo que pude el personal de mi comedia y no quedé descontento del resultado. Inicié algunas gestiones para su estreno que de momento no quedaron en nada. En éstas estaba cuando un verano se presentó en Sedano el productor Juan José Seoane, quien después de leer la versión y comentarla con Manolo Collado, el director elegido por él, llegó a la conclusión de que había que enriquecer la obra, dando entrada a más personajes y multiplicando y modernizando los decorados. En una palabra, Seoane, sin renunciar al clima sórdido y triste de la obra, trataba de sacarla de su modesta presentación y convertir una obrita de cinco personajes y un decorado en algo mucho más complejo, de ocho o diez figurantes, siete decorados y quince cuadros, para lo cual

contaba, según me dijo, con la colaboración de Cultura y la generosa ayuda del Ayuntamiento y la Diputación de Valladolid. La cosa, bien por mi deficiente adaptación, bien por tratar de resolver una historia antigua con una escenografía moderna, bien por la falta de integración de los personajes secundarios, o por la razón que fuese, no funcionó como yo había imaginado que funcionaría, aunque se sostuvo más de tres meses en Madrid con una audiencia considerable.

Hasta hoy ésta ha sido la historia de *La hoja roja*. Alguien dijo, a raíz de su estreno, que «afortunadamente estas amargas situaciones ya habían sido superadas». Imagino que se referiría al braserillo de picón de encina sustituido hoy por una estufa de butano, porque en lo que atañe a la soledad de los viejos y a la insuficiencia de sus pensiones, son problemas que, si no acrecentados, sí están hoy al menos tan vivos como hace treinta y ocho años cuando esta historia se escribió.

Acto primero

Primera escena. Transcurre en una zona neutra que hará recordar que Eloy está en un estradillo frente a una mesa de comensales. Quizá pudiera incorporarse un personaje mudo que subiera y bajara del patio de butacas y diera vueltas alrededor de Eloy, haciéndole fotografías con flash. Eloy ofrece su discurso de despedida.

ELOY. Respetado señor alcalde, apreciados compañeros: no tengo condiciones de orador pero de alguna manera quisiera agradecer este homenaje por mi jubilación después de servir a la Corporación durante más de cincuenta y tres años. (*Se pasa un pañuelo por la nariz y hace un silencio para tomar impulso*). En realidad me explico torpemente y tengo poca voz, pero creo que lo que procede en estos casos es dejar hablar al sentimiento. (*Pausa*). Recuerdo una vez, allá por el año 30, pocos días después de que mi amigo Pepín Vázquez dijera aquella cosa horrible de que la jubilación es la antesala de la muerte, que tuve que hacer un discursito en la Sociedad Fotográfica, pero lo hice tan desmañadamente, con tan poquita voz, que mi esposa me regañó al terminar: «Para este papel más hubiéramos adelantado quedándonos en casa», me dijo. A mi señora le gustaba el relumbrón y yo, a lo largo de veintinueve años que pasé junto a ella, nunca pude satisfacerla. Al contrario, mi vocación era la oficina y a lo largo de medio siglo jamás me desentendí de mi condición de funcionario municipal. Que recuerdo que cada vez que mi señora y yo salíamos de paseo, yo observaba las bocas de riego y las papeleras públicas y los rincones con inmundicias y ella, mi señora, se enojaba y me decía: «Eloy, deja quietas las basuras o no vuelvo a salir de casa». Así me decía. (*Sonríe*). Pero mi vocación era más fuerte que yo mismo y durante nuestros paseos por la ciudad no acertaba a desentenderme de las necesidades municipales. Recuerdo un día, allá por el año 33, que, al llegar a la plaza, me detuve y le dije: «Mira, Lucita» y ella me respondió: «Qué es lo que quieres que mire». Y yo, entonces, le mostré las nuevas carretillas de la limpieza y los escobillones de brezo y le dije: «Mujer, hemos estrenado material» y ella me replicó irritada: «¡Por Dios bendito, Eloy, deja de pensar en las basuras o me volverás loca!». (*Alrededor de don Eloy brujulea el fotógrafo. Los ojos del viejo se van tras la cámara y titubea*). Y es que yo siempre vi en la oficina una prolongación del hogar y en el hogar una prolongación de la oficina, de modo que al dejar hoy la Corporación me siento como si me hubieran puesto los muebles en

la calle. Y, en lo sucesivo, cada vez que me tropiece con el coche-manga, o bien el recoge-perros, o bien el carro-volquete, mi corazón se irá tras ellos, porque para mí el carro-volquete, o el recoge-perros o el coche-manga son parte de mi propio ser. (*Se pasa el pañuelo por la nariz*). Y no quiero molestarles más. Después de cincuenta y tres años de servicio, yo seguiré viendo mi casa en la Corporación porque por mucha que sea la fuerza de la Ley, nada puede contra el sentimiento. (*Pequeña pausa*). He dicho. (*Suenan fríos aplausos grabados, alguna risa mientras se hace la oscuridad*).

Cuando vuelve la luz nos encontramos en una vivienda modesta, de moblaje pobre, de los años cincuenta, con tres ambientes definidos: sala-comedor con balcón a la calle, cocina con ventana y cuarto de la Desi. También se verá la puerta de acceso a la casa y la de la habitación de Eloy con su montante. Acción: simultánea a la de la noche del homenaje a Eloy. En escena Desi y Marce.

MARCE. Vamos maja, que a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree.

DESI. Mira, Marce, guapina, de donde no hay no se puede sacar. Y menos ahora que a mi señorito le han dado el cese.

MARCE. ¿Es que todavía no estaba cesante el carcamal ese?

DESI. Hoy se lo dieron, ya ves. Y esta noche el señor alcalde le ha convidado a cenar, para que te enteres. Por eso te llamé. A mí me da miedo quedarme sola. Doy en pensar en la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una noche a la entrada del monte y entre esto y que soy corta de respiración como decía la Caya, me da el ahogo y no acierto a dormirme.

MARCE. (*Escucha las explicaciones con un deje de desprecio y conmiseración*). Y lo de la soldada todavía pase, pero ni aunque le busques con candil encuentras un tipo más raro que tu señorito.

DESI. Tampoco es eso, Marce, guapina. Que mi señorito tendrá sus rarezas, no lo niego, pero no es pamplinero, ve ahí, que a la comida no le pone reparos y de la limpieza ni se preocupa.

MARCE. Así tienes esto, maja. ¡Madre, qué suelos! Para meter el arado.

DESI. Además le guardo ley al señorito, Marce, que otra cosa no, pero se hace de querer. La señora Caya me decía allá en el pueblo: «El cariño de una mujer por un hombre nace la tercera vez que le lava los calzoncillos». Y no le falta razón. De modo que ya lo sabes.

MARCE. (*Se incorpora y se estira. Bosteza*). Me voy arriba que esta noche me han armado una fregadera del demonio.

DESI. (*Con sonrisa resplandeciente*). Aguarda un momento, Marce. Quiero enseñarte una cosa. (*Va hasta su habitación, saca una maleta de cartón mientras la Marce fisga los objetos y las fotografías*).

MARCE. (*Tomando un retrato*). ¿Es ésta la difunta?

DESI. La señorita era.

MARCE. (*Vuelve a dejar la fotografía*). Suerte has tenido en no conocerla. ¡Vaya cara de perro! (*La Desi ha abierto la maleta y va extendiendo mudas, toallas, sábanas y una colcha azul claro*).

DESI. Mira, Marce.

MARCE. (*Entrando en la habitación de Desi y asombrada*). Tú ganarás dos reales, maja, pero bien los luces.

DESI. (*Extasiada ni la oye*). Es para la noche aquella.

MARCE.. ¿Con el Picaza?

DESI. ¿Con qué otro había de ser?

MARCE. ¿Y la Matilde? Acuérdate de la última carta de la Silvina.

DESI. Ésa para el gato. De que el Picaza venga a la mili, ni se vuelve a acordar de ella.

MARCE. (Los *ojos en blanco*). Para la noche aquella yo me mercaré un camisón transparente como el de mi señorita.

DESI. (*Se santigua*). ¡ Serás capaz!

MARCE. Anda, maja. ¿De dónde sales tú ahora?

DESI. Eso es muy indecente, Marce.

MARCE. Mira ésta. Para la noche aquella ya no hay decente ni indecente. (*Vuelve a bostezar. Coge una punta de la colcha y la palpa*). Bueno, maja me subo. Que lo gastes con salud. (*Abre la puerta y Marce se va. Desi se muerde el puño al quedarse sola y mira hacia los lados, se oye un ruido como el ajuste de un mueble*). ¡Ay madre! (*Se rehace. Va doblando las prendas y metiéndolas en la maleta. La cierra. Se oyen unos pasos que se van aproximando. La Desi se arrodilla, los ojos en el techo*). Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo. Que no sean los ladrones, amén. (*Los pasos se detienen ante la puerta y se oye el llavín en la cerradura. Desi se levanta, radiante*). Si es el señorito. (*Se abre la puerta y aparece Eloy derrengado, macilento, con un pimpante clavel blanco en la solapa*). ¡Ave María! ¡Anda y que tampoco viene usted chulo!

ELOY. (*Aplanado.*) Ya me dieron la jubilación, hija.

DESI. La juli...

ELOY. El retiro, si lo prefieres. (*Se quita el abrigo ayudado por Desi*).

DESI. ¿El retiro?

ELOY. (*Encogiéndose de hombros.*) Es la ley.

DESI. ¿Qué es la ley, señorito?

ELOY. (*Carraspea.*) Bueno, supongo que la ley es eso que se ha inventado para que los hombres no hagamos nunca lo que nos da la gana. ¿Me explico o no me explico, hija?

DESI. ¿Es que es mala la ley, señorito?

ELOY. (*Menea la cabeza*). Cuando aprendas a leer aprenderás todas estas cosas, Desi. (*Entra en la cocina con la Desi detrás. Señala el fogón*).

Mañana no prendas hasta las doce, hija. (*Queda inmóvil, ensimismado, mirando al vacío*). A mí me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Quedan cinco hojas. (*Sale como sonámbulo*). Hasta mañana, hija. Que descanses.

Desi queda asombrada sin comprender lo dicho por Eloy. Comienza a guardar sus cosas en la maleta mientras se produce el oscuro.

Al volver la luz, la acción transcurre en el mismo lugar. Desi, mientras friega, canta. Sale Eloy de su habitación, ella se calla y él se pone a escribir sentado a la mesa. Poco a poco ella se va acercando a él sigilosamente.

DESI. (*Por encima del hombro de Eloy*). Daría dos dedos de la mano por escribir como usted, ya ve.
ELOY. Eso no cuesta dinero. Yo te enseñaré.
DESI. (*Señalando el periódico*). ¿Qué dice aquí arriba, señorito?
ELOY. Mira, aquí dice. (*Pone el dedo bajo el renglón*). Fran-co-i-nau-gu-ra-un-sal-to-de-a-gua-en-Lé-ri-da.
DESI. (*Sonríe*). ¡Vaya! (*Descubre de pronto la fotografía del viejo*). ¡Pero ese que está ahí es usted!
ELOY. (*Ufano dobla el periódico y se lo pasa*). Natural, hija, es sobre el acto de ayer.
DESI. (*Mirándolo atentamente*). ¡Vaya! Bien majo le han sacado a usted, ¿no es cierto?
ELOY. Es para el chico. Ese que está a mi lado es el señor alcalde.
DESI. ¿Este fuerte que chupa del puro?
ELOY. Ése.
DESI. No dirá que está de mal año. (*Deja el periódico y vuelve a mirar a la carta que escribe Eloy*). ¿Y escribe usted a su hijo por lo del cese?
ELOY. Claro, hija, le cuento lo de ayer. Sólo me falta firmar.
DESI. (*Maliciosa*). Buena farra debieron armar anoche. Se me hace a mí que venía usted así, un poquillo piripi.
ELOY. ¿De qué sacas esas cosas? Fue una cena sencilla. Los compañeros de la oficina me dieron un homenaje. Eso fue todo.
DESI. Un home... ¿Cómo dijo?
ELOY. Un homenaje, hija. Una comida. (*Toma el periódico*). Verás, el diario lo dice aquí. Escucha: «Los funcionarios del Negociado de Limpieza del Ayuntamiento se congregaron anoche en apretado haz en torno a don Eloy Núñez. A los postres, después de breve y emocionado discurso del homenajeado –ése soy yo, hija– el señor alcalde le impuso la medalla con el escudo de la ciudad, al tiempo que pronunciaba estas palabras: “El señor ministro ha considerado que la abnegación de don Eloy Núñez durante más de medio siglo de servicios ininterrumpidos a la Corporación, le hace acreedor a

esta distinción que yo le impongo en su nombre”. Cálidos aplausos acogieron las palabras del señor alcalde, quien, acto seguido, estrechó conmovido contra su pecho al homenajeado –ése soy yo, hija– que a duras penas pudo reprimir las lágrimas». ¿Qué te parece, Desi?

DESI. ¡Madre! Ya puede ponerse contento su hijo.

ELOY. (*Repentinamente ausente*). Es mala época esta, andará muy ocupado.

DESI. Siempre anda ocupado su hijo.

ELOY. A ver, Desi. Es notario en Madrid.

DESI. ¿Y eso qué es, si puede saberse?

ELOY. Bueno, un notario es el que dice esto sucedió así o de la otra manera. Y, eso sí, hay que creerle.

DESI. ¿Aunque no sea cierto?

ELOY. Aunque se diera ese caso, hija. Así está establecido. Ése es su oficio, hacer ciertas las cosas aunque no sean ciertas.

DESI. (*Pausa*). Pues en Madrid anda la Alfonsina, mi hermana, también es casualidad.

ELOY. (*Se cruza el batín ostensiblemente*). Madrid es muy grande, hija.

DESI. ¿Es que tiene frío?

ELOY. Más que calor, Desi.

DESI. ¡Otra! Es usted más friolero que un gato agostizo. (*Se agacha para dar vuelta al brasero*). ¿Está más a gusto?

ELOY. (*Observa a la chica con inquietud*). Ten cuidado, Desi, el carbón se va sin sentirlo.

DESI. (*Reparando en el vaso de leche intacto*). Pero si no ha probado usted la leche.

ELOY. Los viejos vivimos del aire, Desi, no te preocupes.

DESI. ¿Es que está enfermo?

ELOY. No, Desi.

DESI. Si lo está, dígalo.

ELOY. No, Desi.

DESI. NO empecemos con el no y luego vaya a resultar que sí.

ELOY. Que no, Desi.

DESI. (*Señalándole la punta de la nariz*). Señorito el pañuelo.

ELOY. (*Saca el pañuelo y se lo pasa maquinalmente por la punta de la nariz*). Gracias, hija. (*Se queda inmóvil y después se pone a buscar algo*).

DESI. ¿Quiere usted alguna cosa?

ELOY. El álbum, hija.

DESI. ¿El libro de los retratos? (Lo *saca de un cajón*). Ve, ahí lo tiene.

ELOY. (*Empieza a mirar los retratos. Evocando*). Mis dos hijos, Leo y Goyito.

DESI. (*Mirándolo tiernamente*). ¿Es cierto, señorito, que un hijo le

cambia a una la vida?

ELOY. Así es, Desi. Lucita, mi señora, y yo tuvimos dos, los dos varones, pero el segundo, Goyito (*la Desi, interesada, se recuesta en cualquier mueble*), se nos murió a los veintidós años sin guardar antesala. (*Evocador*). Pepín Vázquez, un viejo amigo mío, decía que la jubilación era la antesala de la muerte, pero mi hijo Goyito se fue a los veintidós sin guardar antesala. De este modo, quedó solo Leo, el mayor, y yo me decía, me decía: «Este chico ha de ser más que yo». Y ya ves, hija, notario en Madrid a los cuarenta y dos años.

DESI. (*Sacudiendo el dedo índice contra los otros tres*). ¡Jolín!

ELOY. Pero para que Leoncito pudiera ser notario en Madrid, Goyito y yo tuvimos que renunciar al tabaco, al café y al postre de por las noches. El chico era delicado y mi señora y yo, para sobrealimentarlo, decidimos comprarle un jamón. Y cada vez que Goyito se arrimaba al jamón, el otro se ponía loco.

DESI. (*Apasionada por la historia*). ¡Qué perro debía ser el Goyito! (*Repentinamente empieza a saltar sobre el pie derecho y golpearse la oreja izquierda, en actitud que parece ser habitual y no sorprende a Eloy*).

ELOY. Deja, hija, vas a armarte una cantera.

DESI. No hace más que cantar, parece que tuviera un cínife dentro. No hago vida de él.

ELOY. Déjale que cante.

DESI. (*Cesa en los saltos*). ¡Qué fácil se dice!

ELOY. De todas maneras, mis hijos tuvieron más suerte que yo, bueno o malo tuvieron un padre. Cuando yo nací, el mío estaba de cuerpo presente. Lo que se dice ni conocerlo.

DESI. (*Palmeándose el muslo*). ¡Será capaz!

ELOY. Como lo estás oyendo, hija. Me sucedió lo mismo que al rey. Cuando el rey nació tuvieron que envolverlo en pañales negros. Lo que es la vida, un hombre que tenía todo, en cambio no tenía padre.

DESI. No empiece usted con sus pitorreos. Padre lo tiene hasta el más pobre.

ELOY. Pues ya ves lo que son las cosas, Desi, el rey no lo tenía. (*Eloy cierra el álbum y va a guardarlo. Desi lo interrumpe*).

DESI. A ver cuándo me saca una a mí, concho.

ELOY. ¿Una foto?

DESI. A ver.

ELOY. (*Mirando el reloj de péndulo, se incorpora torpemente*). Mira, hija, todavía me da tiempo antes de arreglarme. Ponte ahí.

DESI. (*Ilusionada*). ¿Es que va a sacarme una?

ELOY. Anda, ponte ahí junto a esa silla.

DESI. (*Se adelanta hasta una silla y se recuesta, muy rígida, en el respaldo*). ¿Está bien así, señorito?

ELOY. (*Ha sacado de un cajón de la cómoda una vieja cámara y un trípode telescópico. Arma éste desmanotadamente*). Aguarda un poco; voy a hacerla con exposición. (*Entorna las cortinas*).

DESI. (*Desde su rigidez*). ¡Vamos, señorito, concho! Da usted tiempo a descabezar una siesta.

ELOY. Calma, hija.

DESI. ¿Va en broma o en serio, señorito?

ELOY. En broma, Desi. Hoy un carrete cuesta una fortuna. (*Agachándose y apuntándola*). Quieta. Un momento. (*Dispara*). Ya está. (*Empieza a recoger los bártulos*).

DESI. A ver si un día se tira un detalle y me saca una de verdad.

ELOY. Ya veremos. Ahora voy a arreglarme, hija. No quiero hacer esperar al señorito Isaías.

Desi se acerca a la mesa, recoge el álbum, lo acaricia y, mientras lo guarda, la luz desaparece. Comienzan a oírse unas campanas y vemos a Eloy e Isaías paseando junto a las tapias de un cementerio. Ambos con bastón, el de Isaías muy elegante.

ELOY. Bueno, ya dejamos al pobre Ceballos a buen recaudo. Apenas ha sobrevivido un año a la jubilación. ¿Recuerdas cuando Pepín decía aquello de que la jubilación era la antesala de la muerte?

ISAÍAS. Pepín... Pepín fue toda su vida un neurasténico. Recuerdo que en sus depresiones migaba coco en el estanque del parque para envenenar a los peces de colores.

ELOY. Pero antes que nada, Pepín fue un atleta. No olvides su viaje en bicicleta a Madrid, para asistir a la coronación del rey. Era un obseso, ¿recuerdas? ¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?, nos decía a cada paso. Él creía que la longevidad era cuestión de músculos y pensaba que el superviviente sería él. (*Larga pausa*). Sin embargo, él murió y el superviviente está entre tú y yo Isa, pero a ambos nos ha salido ya la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

ISAÍAS. (*Se levanta del banco y se separa del muro*). Tengamos la fiesta en paz, Eloy. Y cuídate porque yo pienso llegar a los ciento.

ELOY. ¿Quieres creer que cada día que pasa echo más en falta la oficina?

ISAÍAS. Natural; cincuenta y tres años hacen costumbre. ¿Se te ha ocurrido pensar que de no ser por tu tío Hermene hoy serías un picapleitos en ejercicio?

ELOY. (*Añorante*). Mi tío Hermene... Era un hombre único. El día que le dije que no quería ser abogado no se alteró. Me dijo simplemente: «Haz lo que quieras. La vida es corta y si nos la amargamos unos a otros obligándonos a hacer lo que no nos gusta no merecería la pena vivirla». Por esta razón yo entré en el Ayuntamiento.

ISAÍAS. Vida tranquila entonces, ¿eh, Eloy?

ELOY. (*Enojado*). ¡A qué ton tranquila! Entonces se tomaban los problemas con otra seriedad, no como hoy que todo marcha manga por hombro. Sin ir más lejos, ahí tienes a don Nicomedes Fernández Piña. ¿Cuántas veces crees que reunió el pleno en 1903 antes de decidir el asfaltado de la plaza?

ISAÍAS. (*Irónico*). Vete a saber.

ELOY. ¡Doce veces! ¿Y cuántas para aprobar el alcantarillado en 1904?

ISAÍAS. Ni idea.

ELOY. ¡Diecisiete!, y puede que me quede corto.

ISAÍAS. (*Riendo*). Pero aún no has dicho a qué hora convocaba los plenos el inefable don Nicomedes.

ELOY. ¿Qué importancia tiene eso? Lo importante es que entonces no se escurría el bulto como ahora. Las cuestiones se debatían a fondo y cada cual cumplía con su obligación.

ISAÍAS. (*Se le encandilan los ojos. Apunta con el bastón a algo que discurre fuera de escena*). Atiende, atiende, Eloy. ¡Qué maravilloso contoneo! No había ejemplares de estos en nuestra época.

ELOY. (*Siguiendo la dirección del bastón*). Para ti la Paquita Ordóñez no era nadie, claro.

ISAÍAS. (*Que mira a lo lejos a la supuesta muchacha*). ¡Ah, bueno, la Paquita Ordóñez! Mira a quién has ido a mentar ahora.

ELOY. Poldo Pombo bebía los vientos por ella, ¿recuerdas? A menudo nos arrastraba hasta la Casa de Baños para tratar de sorprenderla en *deshabillé*.

ISAÍAS. El mejor recuerdo que guardo de Poldo Pombo es la vez que le regaló a mi hermana Lupe un lorito de pico blando. Lupe atravesaba un mal momento y el detalle de Poldo le ayudó a sobrellevarlo.

ELOY. Poldo Pombo, Pepín Vázquez, Madame Catroux, la francesa, nuestra primera profesora… Tenemos ya más amigos del otro lado que en éste.

ISAÍAS. A propósito, ¿sabes quién anda apuradillo?

ELOY. (*Ansioso*). ¿Quién?

ISAÍAS. Pintado, el de la ferretería.

ELOY. Ya tendrá años Pintado.

ISAÍAS. Rondará los setenta y cuatro. No le pongo ni uno más.

ELOY. (*Pensativo, triste*). A esas edades ya se sabe. (*Titubea*). ¿Sabes que tampoco yo me encuentro muy católico?

ISAÍAS. ¿Qué te ocurre, gran hombre?

ELOY. Unas molestias pertinaces, ¿sabes? Al orinar… Mejor dicho, antes de orinar siento el prurito y nada… Cuatro gotas… El parto de los montes… No sale.

ISAÍAS. La próstata, Eloy. Nada grave. Procura concentrarte al orinar. Ya sabes lo que decía Pablo Gatón: «A los setenta, la alternativa es dura: la próstata o la vida».

ELOY. (*Que escucha encogido*). Pablo tenía una frase aún más patética. Creí que te referías a ella.

ISAÍAS. ¿Qué decía?

ELOY. Decía, verás, decía: «Los viejos y los ajusticiados nos arrimamos a la pared para tener donde agarrarnos en el momento de la caída».

ISAÍAS. ¡Vaya por Dios! (*Se separa supersticiosamente del muro. Consulta un antiguo reloj de cuatro tapas que ha sacado del bolsillo del chaleco*). Se va haciendo la hora, Eloy. Andando poquito a poco. (*Ambos se arrancan a andar esgrimiendo sus bastoncitos*).

La luz se va con ellos y durante el brevísimo cambio de escenario la luz descubre a Desi cantando como una loca mientras arregla la cocina. Estamos nuevamente en casa de Eloy por la mañana. Es invierno y está nevando. Eloy sale, en bata, de su cuarto, se sienta a la mesa y toma su desayuno. Después se pone de rodillas frente a la mesa. Al entrar Desi en la sala y verlo así, se queda cortada.

ELOY. (*Con bata y bufanda*). Pasa, pasa, hija, no estoy rezando.

DESI. También se pone usted de unas formas.

ELOY. Es una vieja costumbre, hija. Si no me arrodillo un rato después de las comidas se me estropea la digestión. Bien pensado es una cosa razonable. ¿Por qué crees tú que hace antes la digestión un niño que un adulto?

DESI. A saber...

ELOY. Por un motivo muy sencillo, hija. Porque su estómago está más cerca del centro de la Tierra, ¿comprendes?, y la gravedad tira de los alimentos con más fuerza.

DESI. No empiece... Si con un vaso de leche se pone usted así ¿qué haría si se comiera un lechón de los que asa el tío Boti en mi pueblo?

ELOY. (*Se levanta y va hacia el balcón. Aparta los visillos*). Sigue nevando. (*La Desi se coloca a su lado y mira también a la calle*). Ahí va Martínez al almacén.

DESI. (*Suelta una risotada y se palmea sonoramente el muslo*). ¡A poco coge una liebre el pelado ese!

ELOY. ¿Qué pelado, hija?

DESI. El de la bici. ¿Es que no le ha visto?

ELOY. ¿Y por qué razón ha de ser un pelado?

DESI. Ya ve, manías.

ELOY. Pepín Vázquez, un amigo mío, marchó hasta Madrid en bicicleta para asistir a la coronación del rey. No creo que fuese un pelado por eso. (*Desi se pone a saltar y a golpearse el oído izquierdo*). Deja, Desi, vas a lastimarte.

DESI. No hace más que cantar. No hago vida de él.

ELOY. Déjale que cante. (*Desi cesa en sus saltos.*) ¿Llamó el cartero, hija?

DESI. Ande, ya va para rato.
ELOY. (*Se cruza la bata y se da vuelta a la bufanda*). ¿Y nada?
DESI. Nada.
ELOY. (*Volviéndose, decidido*). Hoy vamos a dar la lección en la cocina, hija.
DESI. (*Tras él*). ¡Será capaz! ¿Puede saberse qué se le ha perdido a usted en la cocina?
ELOY. Calor, Desi. Tengo frío.
DESI. (*Se interpone*). ¿Es que ha visto usted alguna vez a un señorito en la cocina? ¿Es que está mal de la cabeza?
ELOY. ¿Qué importa eso, Desi?
DESI. (*Al verlo entrar resueltamente*). ¡Virgen, habrá que oír a la Marce ahora!
ELOY. (*Volviéndose*). ¿Quién es la Marce, hija?
DESI. ¿Quién va a ser? Una compañera, la de arriba, la del aparejador.
ELOY. (*Que ha llevado el periódico bajo el brazo*). ¡Ah, ya! (*Le alarga el periódico*). ¿Qué dice ahí, Desi? (*Se sienta junto al fogón, se afloja la bata y la bufanda y la mira*).
DESI. (*Lee muy lentamente*). Fran-co-con-de-co-ra-do-con-el-Co-llar-del-Mé-ri-to-e-cua-to-ria-no.
ELOY. (*Asiente*). ¿Y ahí abajo?
DESI. (*Muy concentrada*). Los-nie-tos-del-Cau-di-llo-pa-sa-dos-por-el-man-to-de-la-Vir-gen-del-Pi-lar. (*Le muestra el diario a Eloy*). ¿Es cierto que ésta es también una pe, señorito?
ELOY. Pilar. Claro, Desi, una pe mayúscula.
DESI. ¿Cómo dice?
ELOY. Ma-yús-cu-la, hija.
DESI. ¿Y eso qué es, si no es mala pregunta?
ELOY. Las mayúsculas son algo así como los trajes de fiesta de las letras.
DESI. ¿Y para qué demontre necesitan las letras traje de fiesta?
ELOY. Para escribir palabras importantes. ¿No conoces a nadie cuyo nombre empiece por pe o por pi?
DESI. (*Súbitamente iluminada*). ¡¡¡Picaza!!!
ELOY. Bueno, está bien, hija, Picaza... ¿Cómo se te ha ocurrido un nombre tan raro?
DESI. Es una amistad. Del pueblo, ¿sabe?
ELOY. ¿Una amiga tuya se llama con ese nombre?
DESI. (*Azorada*). Es un mote. Y no es una amiga, es un amigo, para que se entere.
ELOY. Está bien. Pues para escribir Picaza la primera letra que tendrías que poner es una P como ésta. ¿Dónde tienes el cuaderno?
DESI. (*Se pone de puntillas y coge un cuaderno manoseado y sucio de un vasar*). Le advierto que hoy no estoy para bromas.

ELOY. Sólo un ratito, Desi.

DESI. (*La estorba Eloy*). Ahueque, porque si no...

ELOY. (*Corre el taburete y quedan las dos cabezas juntas. La Desi coge el lapicero con torpes dedos, se inclina sobre el papel y trata de escribir mordiéndose la punta de la lengua*). ¡Tira el palo de un trazo, hija!

DESI. ¿Puede saberse con qué se come eso?

ELOY. ¿Cuál?

DESI. ¡Concho, cuál! Lo que acaba de decir.

ELOY. (*Reparando en sus manos inhábiles*). Déjalo, Desi. Con esas manos no puedes valerte. Tienes los dedos llenos de sabañones. ¿Por qué no te pones guantes?

DESI. Aviada iba una si el jornal fuese para eso.

ELOY. ¿Y qué mejor empleo, Desi?

DESI. Los guantes, como la cartera, están bien vistos en las señoritas y en las fulanas. En una criada no pegan. ¿Lo quiere más claro?

ELOY. Pues la Antonia, hija, la criada de mi tío Hermene, gastaba guantes. No creo que tuviera mala fama por eso.

DESI. (*Repentinamente bienhumorada*). ¿No era la Antonia la chica esa que le contaba tantas historias?

ELOY. (*Pequeña pausa*). La Antonia, la criada de mi tío Hermene, fue mi primer calor. Cuando cosía la ropa en la cocina, yo me sentaba a su lado y me decía: «Enhébrame la aguja, caraguapa. Ya no me alcanza la vista».

DESI. ¡Será capaz! ¿Le decía caraguapa a usted?

ELOY. ¿Qué tiene de particular, Desi? Yo era una criatura entonces. Y yo le decía: «¿Con hilo rojo, Antonia?» y ella levantaba los hombros y me decía: «Bueno, con hilo rojo, luego la desenhebras y me la enhebras con blanco. Es para coserme unas bragas».

DESI. Vamos, que hace falta valor.

ELOY. ¿Para qué, hija?

DESI. ¡Otra! ¿Todavía lo pregunta? (*Un silencio que Desi aprovecha para animarlo*). Y luego le contaba a usted una historia, ¿no es eso?

ELOY. Eso es, Desi, luego me contaba una historia. La Antonia sabía muchas historias y las contaba con mucho sentimiento. Una que me contaba muchas veces era la de la Emma Abbot. ¿Conoces tú la historia de la Emma Abbott, hija?

DESI. De qué, señorito. Una se ha pasado la vida en un pueblo y ya sabe usted lo que son los pueblos.

ELOY. Pues verás, al decir de la Antonia, la Emma Abbott, la primadona, era una cantante hermosísima y cuando murió, solamente en vestidos dejó una fortuna. Pero el vestido más hermoso, uno cuajado de perlas, brillantes y pedrería, que lucía en su ópera favorita, le sirvió de mortaja y cuando, después de muerta, se lo acabaron de poner, la rociaron con gasolina y la prendieron

fuego, porque ella lo había ordenado así. Y una vez que la Emma Abbott ardió entera, con vestido y todo, de forma que no quedaron más que unas pocas cenizas, un amigo de la familia las encerró en un cofre de oro repujado y se las llevó a una hermana de la Emma Abbott, que vivía en Inglaterra y le dijo: «Miss Clark, esto es lo que queda de su hermana».

DESI. ¿Y qué dijo miss Clark, señorito?

ELOY. A saber, hija. Diría: «No somos nadie», o algo por el estilo. (*Pausa. Al viejo se le ha calentado la lengua y añade*). Otras noches a la luz del quinqué, mientras mi tío Hermene llegaba, la Antonia me contaba la historia de Ravachol, que es aún más interesante. ¿Conoces la historia de Ravachol, Desi?

DESI. De qué, señorito.

ELOY. Pues mira, hija, el tal Ravachol era un tipo de cuidado, que andaba todo el tiempo tramando perrerías y, una vez que le echaron el guante, le juzgaron y le condenaron a la guillotina. Y el día de la ejecución el piquete le despertó y el jefe le dijo: «Ravachol, arriba, es la hora», pero Ravachol dio media vuelta en el jergón porque se caía de sueño y, entonces, uno del piquete le zarandeó y le dijo: «Espabila, Ravachol, ha llegado tu hora».

DESI. (*Apasionada*). ¿Y qué contestó Ravachol, señorito?

ELOY. Dijo, verás, dijo: «Sin apechugar». Y, en un momento, se vistió, se afeitó, se peinó e hizo de vientre delante de la guardia. Finalmente dijo que «listo» y, en éstas, se le acercó el cura y le dijo: «Ravachol, Dios te aguarda, ¿quieres confesar tus pecados?». Pero Ravachol escupió y respondió: «Los cuervos luego». Y otro soldado le quiso vendar los ojos pero él le apartó y le dijo: «Ni se te ocurra». Y cuando caía ya la cuchilla sobre su pescuezo, Ravachol volvió los ojos al cura y voceó: «¡Viva la República Popular!». Y su cabeza rodó dentro del cubo y, desde allí, separada ya del tronco, abrió los ojos y volvió a vocear: «¡Viva la República Popular!».

DESI. (*Horrorizada*). ¿Es que puede hablar una cabeza sola, señorito?

ELOY. Por lo visto, hija. Un amigo de un primo hermano de la Antonia, que formaba en el piquete, decía que se muriera si la historia no era cierta.

DESI. ¡Virgen!

ELOY. Ravachol se crió sin padres y ya se sabe, hija, lo que sucede con los muchachos que se crían sin padres. (*Se incorpora y se acerca lentamente a la ventana*). ¿Pero es que no va a dejar nunca de nevar?

DESI. Ya ve, cuatro días sin parar. (Lo *mira*). Señorito, el pañuelo.

ELOY. (*Vuelve a sentarse pasándose el pañuelo por la nariz*). Gracias, hija.

DESI. (*Pausa*). Pues una noche de nieve allá en mi pueblo, don Jerónimo, el cura, agarró un garduño con un cepo.

ELOY. (*Contemporizador*). Vaya, hija. Y el cura ese, don Jerónimo, ¿era

joven o viejo?

DESI. Mire, fue el que me bautizó de modo que muy mozo tampoco se piense usted que era. También fue don Jerónimo el que cerró trato con el Picaza para que cantara en las bodas y los funerales de postín. Y en las misas de difuntos sacaba la voz gorda y asustaba a la concurrencia. Era una juerga.

ELOY. ¿Es que cantaba bien ese muchacho?

DESI. Fíjese si cantaría bien que en mi pueblo un bautizo a palo seco vale dos duros y cinco si canta el Picaza. Conque calcule. Y en las bodas y en los funerales, tal cual, que me recuerdo que don Fidel, el maestro, decía (*ríe*), ¿sabe usted lo que decía? Pues que el Picaza tenía una hermosa voz pero le faltaba oído. (*Se palmea el muslo)*. ¡Ya ve usted que tendrá que ver una cosa con la otra! (*Quita las arandelas y remueve la lumbre*).

ELOY. Para, Desi, el carbón se va sin sentir.

DESI. ¿No tenía usted frío?

ELOY. No, hija. Ahora estoy bien.

DESI. (*Que hurga entre los pucheros*). ¡Jolín, me quemé! (*Agita los dedos de la mano lastimada.*)

ELOY. Anda con ojo, Desi.

DESI. (*Chupándose el dedo*). ¡Otra! ¿Y qué quiere que yo le haga? (*Pausa*). Allá en mi pueblo, Marcos, mi medio hermano, que era inocente, se quemó una vez las piernas cuando las hogueras de San Juan.

ELOY. ¿Tienes un medio hermano, hija?

DESI. Tenía. Práxedes, el Raposo, le sacó las tripas con una horca cuando la riada del 46.

ELOY. ¡Vaya por Dios! ¿Es eso cierto?

DESI. Mire, tan cierto como que a estos ojos se los ha de comer la tierra. No vea usted qué riada. No dejó cosa en su sitio. En la vida vi una calamidad semejante.

ELOY. Dime, hija, ¿y cómo fue eso?

DESI. Las cosas, que el Raposo tampoco tuvo la culpa, no se vaya usted a pensar. El río le arrastraba la vaca muerta y el Marcos, que era inocente, no hacía más que cantar desde el corral: «¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva, los pajaritos cantan, las nubes se levantan, que sí, que no, que llueva a chaparrón!». ¿Conoce esa canción? Pues eso. Y, entonces, fue el Raposo, agarró una horca y lo dejó en el sitio en menos de lo que se tarda en decirlo. (*Agita la mano lastimada*). ¡Jolín!

ELOY. ¿Duele?

DESI. Don Federico decía: «No hay cosa peor que una quemadura seca y una mancadura de zapato», de modo que ya ve.

ELOY. ¿Y quién es ese don Federico?

DESI. Ya ve usted quién iba a ser, el médico de mi pueblo.
ELOY. Y ese muchacho, Desi, ¿qué fue de él?
DESI. ¿Qué muchacho?
ELOY. El Zorro, hija, el de la horca.
DESI. (*Ríe*). Qué Zorro ni que demontre! El Raposo querrá usted decir.
ELOY. Eso, hija, el Raposo.
DESI. Lo empapelaron, a ver, pero no era ningún muchacho, no se crea, apuesto a que el Práxedes no cumple ya los veinticinco, ve ahí. (*Inesperadamente empieza a aumentar la luz de la escena a través de los vanos y Desi corre hacia el balcón de la sala, se lleva ambas manos a la cara y grita con júbilo*). ¡¡El sol, señorito, es el sol!! (*Ambos se miran mientras la luz se rebaja sobre ellos*).

Durante el oscuro oímos los gritos de Desi hablando por la ventana. Al volver la luz, está asomada a la ventana de la cocina, que da al patio de luces, mirando hacia arriba. Se entromete la voz de la Tasia desde el piso inferior.

DESI. ¡Marce! ¡Marce!
VOZ TASIA. ¿No puedes callar la boca? ¡Madre, qué voces!
DESI. ¿Quién te ha dado a ti vela para este entierro? ¡¡Marce!!
VOZ MARCE. ¿Qué quieres, maja?
DESI. ¿A que no te recuerdas qué día es hoy?
VOZ MARCE. No será el día de tu santo.
DESI. Te se había olvidado, ¿eh?
VOZ TASIA. ¡No sabía que hoy fuera San Antón!
DESI. ¡¡No me busques la boca, tú, estropeabarrigas!!
VOZ MARCE. Ahora bajo un momentín, maja. (*Desi cierra la ventana, se alisa el pelo, se da una crema de caja. Se oye llamar a la puerta con los nudillos de manera convencional. Es la Marce*).
MARCE. (*Dándole un beso.*) ¡Que las tengas muy felices, maja. Y que cumplas muchos.
DESI. (*La coge de la mano muy nerviosa.*) ¡Viene él, Marce! ¿Te das cuenta? Es que no puedo parar quieta. Dentro de quince días estará aquí.
MARCE. ¿Quién, el Picaza?
DESI. Acabo de tropezarme con el hijo de don Ulpiano en la camioneta, y me lo ha dicho. ¿Te das cuenta, Marce?
MARCE. ¿Viene a caballería?
DESI. Todavía no lo sé, guapina. Pero pasa, no te quedes ahí parada como un pasmarote. Siéntate y come una raja de chorizo. (*Marce se sienta. Desi va a la cocina y trae una ristra de chorizos, un cuchillo y un pan. Los parte*). Vamos, come una raja de chorizo Marce, es de confianza. (*Mientras Marce empieza a engullir, Desi acerca tímidamente su rostro a la otra*). Marce, por favor, ¿eché ya fuera el pueblo?

MARCE. (*Con la boca llena*). No corres tú poco, maja.

DESI. (*Decepcionada*). Pues me doy la crema que me dijiste todas las noches.

MARCE. Tampoco te creas que es la purga de Benito, maja. La crema esa no hace milagros.

DESI. (*Está eufórica y se olvida. Se sienta junto a la Marce y la toma del brazo*). Digo, Marce, que yo me he de casar en tal día como hoy. Desde que era chavala lo tengo determinado: la boda el día mi santo. ¿Tú, Marce?

MARCE. (*Come más chorizo*). Ya veré. Aún no lo he decidido.

DESI. (*Ilusionada*). En vida de mi difunta madre ella decía: «A cada una os regalaré una gallina el día de la boda como hacía mi difunta suegra». Pero luego se murió y la Caya como no me mande cuatro palos por correo ya puedo darle las gracias, ¿no te parece, Marce?

MARCE. (*Revientafiestas*). Tampoco me parece a mí que con una gallina se pueda ir muy lejos.

DESI. ¡Ay, no digas, Marce! Una gallina puede ser el avío de una casa. Es un huevo diario, que se dice pronto.

MARCE. (*Comiendo*). Como quieras.

DESI. (*Evocadora*). Allá en mi pueblo el día de la boda, el novio y el padrino van a buscar a la novia a casa. El vecindario anda a la puerta y aviada vas si no saludas con simpatía. A mi hermana, la Silvina, yo no hacía más que decirla: «Da de mano al vecindario, mujer, da de mano al vecindario». Y ella andaba implada y me voceaba: «¿Quieres candar el pico. Yo sé lo que tengo que hacer». Pero si yo la aconsejaba eso era por su bien. Si no te cuelgan la fama de antipática y vas aviada, ¿eh, Marce?

MARCE. En los pueblos ya se sabe.

DESI. Y luego las vecinas, que si le ponen el sostén a la novia, que si se lo dejan de poner. Es una juerga.

MARCE. (*Que empalma una raja de chorizo con otra*). A mí no me van esas costumbres.

DESI. (*Imparable*). En la iglesia de mi pueblo hay dos filas de bancos tal que así, la de la derecha para los hombres y la de la izquierda para las mujeres. Pero eso es para las misas de los domingos que en las bodas nadie hace caso y en los bancos de los hombres se ponen los invitados de una parte y, en los de las mujeres, los de la otra y, chica, algunas veces se miran así unos a otros como si fueran a abanicarse, ya ves qué cosas.

MARCE. Antes me quedo soltera que casarme en un pueblo, ya ves tú.

DESI. ¡Quita de ahí, Marce! Para sosas las bodas de la capital. En mi pueblo te metes en juerga a las diez de la mañana y hasta las diez del día siguiente no has terminado. Primero el refresco, luego la comida, con orquesta y todo, y, después, la cena. Y no hablo de

muertos, Marce, que ve ahí tienes a mi hermana que te lo puede decir. (*Marce bosteza, aburrida*). Tú no sabes la que se armó en mi pueblo con el refresco de la Silvina. Empezaron los mozos copa va, copa viene y que ¡viva el señor cura! y que ¡vivan los padrinos! y que ¡viva el acompañamiento! y ya te puedes figurar. Al final, todo el mundo piripi venga de cantar: «Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal». Y le hicieron corro a don Fidel, el maestro, que no bebe y dale que le das. ¡Hasta el señor cura andaba en el corro, figúrate, Marce!

MARCE. Ya es humor.

DESI. Ahora, lo mismo que te digo una cosa te digo la otra. Si no puedo dar refresco, comida y cena y llevar orquesta como Dios manda, yo no me caso. Siempre se lo digo a él, ¿eh, Marce?

MARCE. A ver.

DESI. (*Reparando en su frialdad*). No estarás disgustada, ¿verdad, Marce?

MARCE. ¿A qué ton voy a estar disgustada?

DESI. Come otro poco chorizo, guapina.

MARCE. No puedo meter ni una raja más, estoy empapujada. (*Se incorpora*). Bueno, me subo, que tengo invitados. ¡Buena fregadera van a armarme esta noche! Que cumplas muchos, maja.

DESI. ¿Le dirás al Argimiro que para Reyes viene él?

MARCE. Descuida. De aquí a dos semanas nos vamos todos juncos armando cuarteto.

DESI. ¡Virgen! Todavía me parece mentira, fíjate.

MARCE. (*Se dirige hacia la puerta*). Eso sí, a ver si le atas corto, que no venga luego con la veta, que ya sabes el Argimiro cómo las gasta. Y le guste o no, el Argimiro es su superior. (*Abre y cuando ya ha salido Desi la llama*).

DESI. ¡Marce!

MARCE. (*Asomando la cabeza.*) ¿Qué tripita se te ha roto ahora?

DESI. Digo que bajarás el jueves a misa de Gallo, ¿no?

MARCE. Tengo yo los zancajos para misas de Gallo.

DESI. ¿Es que tú no rezas nunca, Marce?

MARCE. ¿Para qué? ¿Para que no me roben? Desengáñate, hoy nadie quiere alhajas con dientes.

Desi cierra la puerta y se santigua. La luz se va y durante el brevísimo oscuro oímos villancicos en una radio vecina. Al volver la luz, el viejo repasa el álbum de fotos en la mesa camilla.

DESI. Hace dos días que no sale usted de casa, ¿no estará enfermo el señorito Isaías?

ELOY. Así es, Desi.

DESI. ¿De cuidado?

ELOY. No, hija, no. Una gripe sin importancia. Mañana, si Dios quiere, se levantará.

DESI. Más vale así. (*Llaman a la puerta con cierto apremio*).

ELOY. (*Preparado como un perro de muestra, mirando incrédulo a la puerta*). Llaman, Desi, ¿has oído? (*La Desi se atusa el pelo, abre, coge algo y cierra*).

DESI. (*Yendo hacia Eloy con una carta en la mano*). ¡Una carta señorito!

ELOY. (*Va hacia ella conmocionado. Mira y remira la carta antes de abrirla. La abre, al fin. Sonríe*). Es de mi hijo. (*Hay una pausa mientras mira el* christmas, *ya que fuera de la firma no hay nada que leer*).

DESI. (*Expectante*). ¿Buenas noticias, señorito?

ELOY. Mi hijo me felicita las Pascuas. (*Le muestra la tarjeta*). ¿Sabes qué dice aquí, hija?

DESI. (*Deletrea.*) Fe-li-ci-da-des-y-prós-pe-ro-a-ño-nue-vo. Eso otro no lo entiendo.

ELOY. Aquí abajo pone «León».

DESI. ¡Quién lo diría!

ELOY. Los notarios y los médicos ya se sabe, Desi. (*Eufórico*). ¿Por qué no traes la botellita que subiste anoche para celebrarlo?

DESI. ¿No era para la cena?

ELOY.. Ya dejaremos un poquito, no te preocupes. (*Desi va a la cocina y Eloy grita*). ¡Y trae también un par de copas, hija! (*Eloy se sienta e invita a Desi a hacerlo a su lado*). Siéntate, Desi.

DESI. No sé qué me da, señorito.

ELOY. Vamos, ¿estás tonta? Siéntate. (*Se sienta Desi, le da una copa, llena las dos y las entrechoca*). ¡Por la carta!

DESI. ¡Qué cosas tiene usted, señorito! (*Bebe poco a poco, Eloy también*).

ELOY. (*Evocador*). Hace muchos años, en tal noche como ésta, el tío Hermene nos abría todos los armarios de la casa y la Rosina, la hija de la Antonia, yo y los amiguitos de ambos, nos disfrazábamos y mi tío premiaba con un duro de plata al que ganara el concurso. ¿Te acuerdas tú de los duros de plata? (*Llena otra vez las copas con manos temblorosas*).

DESI. ¿Qué duros?

ELOY. Los redondos.

DESI. A mí que me registren. (*Eloy le pasa la copa de nuevo*).

ELOY. ¡Por los duros de plata!

DESI. ¿Y de la Antonia qué fue, señorito?

ELOY. Lo de la Antonia es una triste historia, hija. Al morir mi tío, mi hermana la despidió.

DESI. Eso, pagó la chica. Siempre pagan justos por pecadores.

ELOY. (*Caviloso*). Justos por pecadores. Es muy cierto, hija. Mi hijo Goyito fue a morir solo allá lejos y no era responsable de nada. (*Se incorpora, tambaleándose*).

DESI. Vamos, siéntese. A ver si se cae usted ahora y se tronza un hueso. (*Eloy se sienta. Desi se arrebola*). ¿Sabe que lo mismo me caso al cabo de año?

ELOY. ¿Qué dices, hija? ¡Hay que brindar por eso!

DESI. El día que yo me case, señorito, usted no faltará a mi boda.

ELOY. ¿Dónde, hija?

DESI. ¡Otra! En mi pueblo.

ELOY. Y… y… ¿y quién es el novio si no es indiscreción?

DESI. ¿Quién había de ser? El Picaza.

ELOY. ¿Un muchacho de tu pueblo se llama con ese nombre tan raro?

DESI. Es un mote, para que lo sepa.

ELOY. Será un buen muchacho ese Picaza, ¿verdad, hija?

DESI. Ya ve, mientras no le salga la veta, un pedazo de pan. Pero el día que le sale la veta es capaz de cualquier perrería.

ELOY. (*Que ha bebido otra copa*). Yo iré de padrino, ya lo creo. Yo seré el padrino de tu boda.

DESI. Trato hecho. (*Pausa. Sonríe*). Ya verá usted la que se organiza en el refresco. Los mozos empiezan copa va, copa viene, y, luego, arman corro y cantan: «Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal». Es una juerga.

ELOY. ¿Cómo es eso, Desi?

DESI. ¿Cuál, el cantar? Pues eso: «Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal».

ELOY. (*Incorporándose dificultosamente, le tiende una mano como invitándola a bailar*). Vamos, Desi. (*Se agarran de las manos. Al principio sólo canta el viejo*). Con el pin-piribín-pimpín… (*Pero enseguida se incorpora la Desi y empiezan a cantar a dúo y a girar y a girar*).

DESI Y ELOY. Con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal… ¡Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal…!

ELOY. Venga, otra vez, Desi. ¡Más fuerte!

DESI y ELOY. ¡Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal…!

DESI. ¡Pare ya, señorito, me mareo…!

ELOY. ¡Más fuerte, Desi, más fuerte! ¡Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal…!

DESI. ¡ Suelte, señorito, me manca la mano!

ELOY. (*Solo*). ¡Con el pin-piribín-pimpín, con el pan-parabán-pampán, al que no le gusta el vino es un animal! Con el… (*Suena insistentemente el timbre de la puerta. Eloy se tambalea, se agarra al respaldo de una silla. Asombrado*). Han llamado otra vez, Desi, ve a abrir.

DESI. (*Va hasta la puerta de la calle dando bandazos. Abre, permanece un rato en la puerta entreabierta, habla con alguien, cierra y regresa avergonzada*). Es la chica de abajo. Que hagamos el favor de no meter bulla; que hay un enfermo.

Ambos se miran avergonzados mientras cae el telón.

Acto segundo

Escena octava. Casa de Eloy. En escena, la Desi. Mira por el balcón, se vuelve, se dirige a la cocina, va a abrir la ventana y, en ese momento, suena el timbre de la puerta. Desi abre. Aparece un recluta bajo, cetrino, patizambo, con una grasienta caja de zapatos atada con un cordel, bajo el brazo.

DESI. (*Llevándose las manos a la boca*). ¡¡Picaza!!
PICAZA. (*Desde la puerta*). ¿Qué dice la burra más burra de todas las burras?
DESI. ¡Ay, madre! ¿Quién me iba a decir? Anda, pasa. ¿Sabes que te cae bien la ropa de militar?
PICAZA. Pu… puede.
DESI. Me pensé que vendrías a caballería.
PICAZA. Un… un primo hermano de don Ulpiano me ha sacado de asistente, ve ahí.
DESI. (*Quita el cordel de la caja y se sienta en el borde de una silla*). Anda, siéntate hombre. Come un bollo.
PICAZA. So… sólo un momento, me aguardan abajo. (Se *sienta*). ¿Sa… sabes que al Caraplana le ha tocado Marruecos?
DESI. ¡Virgen! Habrá que oír a la Críspula.
PICAZA. I… imagina.
DESI. Anda, come un bollo, Picaza, no te acobardes. (*Picaza coge un bollo*). Madre, qué color traes.
PICAZA. La… la de siempre, ¡no te amuela!
DESI. Puede. Pero llevando tiempo en la capital, la cosa choca. Cuando termines la mili habrás echado fuera el pueblo. Les pasa a todos.
PICAZA. A… a saber, eso nunca se sabe.
DESI. Bueno, cuenta, ¿qué novedades hay por el pueblo?
PICAZA. Co… como no sea lo del milagro, poca cosa.
DESI. ¿Es que ha habido un milagro?
PICAZA. La… la Tina, se metió entre las patas de un macho para coger a la chavala y, cuando salió, llevaba un Sagrado Corazón bien dibujado, tal que aquí, en lo alto del brazo.
DESI. Ya sería una coz.
PICAZA. Qui… quita de ahí, una coz. Tenía el corazón con las gotas de sangre y todo y bien dibujado. Y… y el cura dice que es cosa de estudiarlo, porque la Tina cuando se metió bajo las patas de la caballería, voceó bien claro: «¡Sagrado Corazón, sálvala!».
DESI. Sí que es chocante.

PICAZA. Ca… calcula. (*Se desabotona la guerrera y saca un papel doblado en ocho dobleces. Lo despliega*). O… otra cosa, antes de que me se olvide. Me… menuda la prepara este año el cura para la Virgen. A… atiende. (*Lee el papel entrecortadamente*). «En… en un justo anhelo de restaurar la grandiosidad de la fiesta de Nuestra Señora de la Guía, de acuerdo con su hermosa tradición, hacemos un llamamiento a los hijos de este pueblo seguros de encontrar el eco que nuestro propósito merece, solamente concebido a la mayor gloria de Dios y de nuestra Santísima madre, la Virgen de la Guía». Es… esto, es sólo el empiece. Lu… luego hace un presupuesto que con sermón, verbena, cohetes y refresco, se pone en quince mil novecientas noventa y cinco pesetas. (*Da vuelta al papel*). Y… y termina diciendo: «A escote nada es caro. Contribuye a la celebración de la festividad de la Virgen de la Guía». (*Pliega el papel y lo guarda*). ¿Qué… qué te parece?

DESI. (*Desdeñosa, imitando a la Marce.*) En los pueblos, ya se sabe. (*Saca del seno un rebujo y le alarga un pequeño billete al Picaza.*) Toma, le mandas esta peseta a don Jerónimo de mi parte.

PICAZA. Ya… ya van por las diez mil pesetas. Con… con la subasta del pardillo se sacaron setecientas, mayormente en la escuela, ya ves tú.

DESI. ¿Hizo don Fidel una subasta?

PICAZA. A… a ver. El maestro llevó un pájaro y el chavea de la Críspula pujó hasta trescientas veinticinco y don Fidel va y le dice: «Es… este dinero es para la Santísima Virgen ¿te llevas el pájaro o lo subastamos otra vez?». Y… y el chaval se acobardó y que otra vez, señor maestro, que las trescientas veinticinco para la Virgen. Y así hasta cuatrocientas quince y, en la de las chavalas hasta trescientas once y como nadie se quedaba con el pájaro, el cura lo puso al pie de la Virgen. Y… y ahora andan con que si otro milagro porque el pardillo no se vuela.

DESI. ¿No se vuela el pardillo del pie de la Virgen?

PICAZA. A… a ver. El maestro me lo dio y yo mismo le quebré las alas. (*Se hace un silencio. El Picaza, sentado en el diván, mira a la Desi sentada en una silla*). Vamos, arrímate un poco, que no muerdo.

DESI. (*Se incorpora y se sienta junto a él*). Formales, ¿eh, Picaza?

PICAZA. (*Le pasa el brazo por los hombros y empieza a canturrearla* Jalisco *al oído. Desi calla, los ojos cerrados, arrobada, retira la mano del Picaza que progresa. Picaza, insiste*). Mi… mientras el Picaza ande en la mili, se acabaron en el pueblo las bodas y los funerales de postín, ya ves qué cosas.

DESI. (*Se pone en pie de un salto*). ¡ Chico, qué importancia!

PICAZA. (*Se levanta también.*) Por… porque se puede, mira tú. (*Desi empieza a saltar y a golpearse la oreja*). ¿Si… sigue eso?

DESI. A ver, sigue siempre. De que llegan los fríos se pone a cantar y es

como si tuviera un cínife dentro de la cabeza.

PICAZA. Si... si que la tía Gaya te dejó una reliquia.

DESI. Mira, ¿y qué es de ella?

PICAZA. Co... como siempre, para encerrar.

DESI. ¿Volvió el Raposo?

PICAZA. An... anda, para el quince del que viene, un año. (*Se acerca a la Desi*). Bu... bueno me largo... Me aguardan abajo. (*Echa las manos a las caderas de la chica y las oprime*). ¿Sa... sabes que te pinta la capital?

DESI. (*Ríe pero da marcha atrás*). Quieto, Picaza, no empecemos.

PICAZA. Co... coña, ni que te fuera uno a comer.

DESI. Mira, por si acaso.

PICAZA. ¿No... no somos novios?

DESI. A ver.

PICAZA. ¿No... no nos vamos a casar?

DESI. ¿Es eso cierto, Picaza?

PICAZA. ¿Qué... qué te pensabas si no?

DESI. Y ¿para cuándo, Picaza?

PICAZA. De... de que pase la mili, mira. Mi... mi comandante me ha prometido un camión para el día que cumpla.

DESI. (*Conmovida se sienta en el sofá y Picaza vuelve a pasarle el brazo por los hombros)*. ¿Viviremos en la capital, Picaza?

PICAZA. Me... mejor que en el pueblo, ¿no?

DESI. ¿Y lo de cantar?

PICAZA. E... eso se acabó.

DESI. ¿Es que no piensas volver a cantar?

PICAZA. No... no digo eso. Si... si sale una chapuza se aprovecha y a vivir. (*La mano del Picaza progresa bajo la rebeca de Desi*).

DESI. (*Da un respingo*). ¡Saca esa mano o te suelto un bofetón, vaya! (*Picaza retira la mano. Desi se inclina y coge el periódico. Pretende distraerlo*). Atiende, Picaza, ya sé leer.

PICAZA. (*Le pasa de nuevo los brazos por los hombros*). A... a verlo. (*Desi sigue el titular con el dedo*).

DESI. El-Cau-di-llo... (*Se endereza*). Quieto, Picaza. (*Vuelve al periódico*). Re-ci-be... (*Torna a enderezarse*). ¿Quieres parar quieto de una vez, Picaza? (*Prosigue*). Al-Rey-Simeón. (*Se pone en pie de un brinco.*) ¡Te estás quieto o te suelto un guantazo, vaya!

PICAZA. Es... está bueno eso... ¿No... no nos vamos a casar?

DESI. Pues para entonces, mira. (*Se hurga bajo el jersey*). Me has roto un botón, cacho patoso, para que te enteres.

PICAZA. (*Va hacia la puerta*). Pu... pues no te has hecho tú poco señorita.

DESI. A la hija de mi madre no la llevas tú al altar con berretes, Picaza, eso que se te quite de la cabeza.

PICAZA. (*Irritado*) ¡An... anda y que te zurzan! (*Sale y cierra con un portazo*).

DESI. (*Solloza, cae de rodillas y dice con unción*). Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo... Que no le salga la veta al Picaza, ¡amén!

La luz se rebaja sobre la Desi y al terminar de hablar ésta, sobre el brevísimo oscuro empiezan a oírse los ayes y lloros de Áurea. El decorado se ha ido mutando. La casa de Eloy ha dado paso a la casa de Isaías, más rica que la de Eloy. Se advierte en ella –flores, cortinas, adornas– la presencia femenina. Isaías está en la cama, agonizando. Y a su lado unas butaquitas y una mesa. Entra Eloy tímidamente. Áurea incorporándose se dirige a él.

ÁUREA. ¡Ay, ay, ay, Eloy!, esto se acaba. ¿Se da usted cuenta? Si no parece el mismo. (*Áurea se sienta*).

ELOY. ¿Cómo ha sido?

ÁUREA. ¡Horrible, horrible! (*Pasa las cuentas del rosario*).

LUPE. Todo imprevisto, Eloy. Ayer se levantó, ya le vio usted, y estuvo bien. Por la tarde se acostó un poco mareado, pero no le dimos mayor importancia. Hoy, sin embargo, no debía encontrarse bien; no quiso levantarse. Y a las dos, cuando le traje la comida, le encontré dormido, bueno dormido, en realidad estaba ya en coma, pero yo, tonta de mí, le llamé y le zarandeé, sin darme cuenta, tratando de despertarle. El médico dice que una congestión cerebral, muy grave. Ya me ha advertido que, de salir de ésta quedará paralítico, o tonto, o mudo, pero yo creo, Eloy, que para tanto como eso, mejor sería que Dios se lo llevase.

ELOY. ¡Oh, no, eso no, Lupe! Lo importante es conservar a Isaías con nosotros.

ÁUREA. ¡Sí, Sí, Sí!

LUPE. No en estas condiciones, Eloy. Conozco a mi hermano y no podría soportarlo.

ELOY. Por favor, no diga eso. Si quedase paralítico, yo le sacaría en el carrito todas las mañanas a tomar el sol y charlaríamos. Pero si se va, Lupe, ya nada tendrá remedio. ¿Es que no se da cuenta?

LUPE. No hable con el corazón, Eloy. Vea en qué estado está.

ELOY. (*Se aproxima a la cama. Toma entre las suyas con un cariño infinito la mano paralizada. Se inclina sobre el enfermo que emite un ligero ronquido uniforme*). ¡Isaías, soy yo, Eloy! ¿Me oyes? (*Silencio y ronquidos*). ¡Isa, Isa, ¿no me oyes? ¡Tu amigo Eloy ha venido a verte! (*De repente Isaías hace un garabato con su mano útil sobre la frente. Eloy se vuelve hacia ellas*). ¿Le han visto ustedes? ¡Se ha persignado!

ÁUREA. Desde esta mañana, es lo único que hace.

ELOY. (*Vuelve a reclinarse sobre el lecho*). ¡Isa, soy yo, Eloy! ¡Estoy aquí

contigo! ¿Me oyes? (*Saca un planchado pañuelo del bolsillo y lo pone con amor bajo la mejilla de Isaías que, en ese momento, deja de roncar*). Así está mejor. Él ve algo y, sin embargo, a mí no me oye. (*Se acerca a Lupe, y a Áurea, caviloso*). Lo que Isaías ve ahora, está ya del otro lado. (*Áurea se sienta al lado de Isaías y Eloy va a sentarse al lado de Lupe*).

ELOY. Hace la friolera de sesenta y cuatro años que conocí a su hermano en el Centro Educativo de Madame Catroux, la francesa. Desde entonces, nunca me separé de él. Con Pepín Vázquez y Poldo Pombo. (*Lupe se estremece levemente*). Formamos un cuarteto y en el colegio nos conocían por los cuatro mosqueteros. Un día, Pepín, no sé qué mosca le picó, se puso sombrío y nos dijo: «¿Quién de los cuatro sobrevivirá a los demás?». Y ya ve usted el panorama. A mí, me ha salido la hoja roja en el librillo de papel de fumar.

LUPE. No le comprendo.

ELOY. Bueno, quiero decir que es un aviso; la vida no es más que una sala de espera.

LUPE. (*Desconcertada.*) ¿Una sala de espera?

ELOY. (*Se pasa una mano temblorosa por la frente*). ¡Oh, excúseme Lupe! No sé lo que me digo. (*Pausa*). ¿Recuerda usted a Pepín Vázquez y a Poldo Pombo?

LUPE. Pues claro, cómo no los voy a recordar. La hazaña de Vázquez yéndose a Madrid en bicicleta hizo época en su tiempo. En cuanto a Pombo, nunca podré olvidar sus atenciones para conmigo. En una ocasión, allá por el año cinco, me regaló un lorito de pico blando muy parlanchín. Yo atravesaba un mal momento entonces y el detalle de Pombo me ayudó a sobrellevarlo. (*Se oye un ronquido como un estertor. Eloy corre al lado de Isaías y Lupe se levanta y también se acerca*).

ELOY. (*Tomando entre las suyas una mano de Isaías*). ¡Isaías, soy yo, Eloy, ¿no me oyes? ¡Estoy aquí contigo! ¡No olvides que me has prometido llegar a los ciento! (*Isaías se santigua. Eloy, como para sí*). Él ve algo y, sin embargo, a mí no me oye. Lo que Isaías ve ahora está ya del otro lado. (*Se inclina hasta rozar el oído del enfermo*) ¡Isa, Isa!

ÁUREA (*Que se dirige a una butaca*). ¡Por Dios, Eloy, no puede dejarle en paz! (*Se sienta*).

ELOY. (*Se incorpora y va hacia ella*). Disculpe, Áurea. La vida es como una sala de espera. Todos estamos en ella, y de vez en cuando, alguien dice: «¡El siguiente!». (*Se sienta al lado de Aurea*). Y de este modo el mundo se va renovando, unos entran y otros salen, porque más tarde o más temprano a todos nos llegará el turno.

ÁUREA. ¡Por el amor de Dios, Eloy, no diga esas horribles cosas!

ELOY. Es así, Áurea, ¿qué podemos hacer?

ÁUREA. (*Llorando*). Nada, Eloy, verdaderamente nada.

LUPE. (*Que está al lado de Isaías*) ¡Eloy! (*Le pone el oído en el pecho*) ¡Eloy! ¡Ha muerto! (*Junta las manos y levanta los ojos al cielo*). Señor recibe el alma de tu siervo Isaías. *(Se produce una gran confusión, Eloy corre hacia la cama. Áurea y Lupe se abrazan y rezan. A continuación Lupe se dirige al teléfono*).

ELOY. (*Se acerca y toma la mano del muerto*). Amén. Isa, ¿le dirás a Pepín quién es el superviviente?

LUPE. (*Mientras Áurea reza al lado de Isaías, Lupe ha marcado un número de teléfono*) ¿Mamés García? Sí, sí, espero.

ELOY. (*En actitud de detenerla*) ¡Oh, Lupe, por favor! No se moleste. Yo me ocuparé de la funeraria, la papeleta y todos esos trámites engorrosos.

LUPE. (*Sin oírlo*) ¿Mamés? Soy la señorita Cobos. Mi hermano acaba de fallecer... Exactamente, Don Isaías... De repente, claro... Gracias, gracias, Mamés... Voy a pedirle un favor, ¿podría usted subir a afeitarle antes de que se ponga rígido y se le demude el rostro?... Es la costumbre, con mi padre hicimos lo mismo... Gracias, gracias, Mamés. Le espero... suba cuanto antes... Adiós. (*Dirigiéndose a Eloy...*) ¿Quiere un café, Eloy?, le hará bien.

ELOY. (*Arruinado*). Deje, Lupe. No tengo apetito.

Mientras Eloy mira patéticamente a Isaías la luz va desapareciendo sobre ellos. A la vez oímos la voz de un fotógrafo –de esos, al minuto, con un delantalón gris, una máquina de cajón con los costados llenos de fotografías-reclamo y un paño negro– sobre el que en primer término se concentra la luz. Desi y Picaza están parados delante de él en actitud de posar para una foto.

FOTÓGRAFO. Quietos un momento. (*Oculta la cabeza bajo el paño negro, vuelve a aflorar*). Sonrían, por favor.

PICAZA. (*Firme junto a la Desi, rígida también*). ¡A... apura, coña!

FOTÓGRAFO. (*Dispara, asoma*). Es una cincuenta.

PICAZA. (*Saca la cartera, se registra los bolsillos y, al fin, junta el dinero*). ¿Ta... tardará mucho?

FOTÓGRAFO. Un momento... En lo que dan un paseíto. Pero no se alejen demasiado, tengo que marcharme.

La Desi y el Picaza comienzan a caminar y mientras la casa de Isaías desaparece la luz nos va descubriendo un banco en una plaza. Es uno de esos días luminosos y tibios de finales de enero, muy frío en los crepúsculos. En la esquina contraria a la que estaba el fotógrafo, puede verse un kiosco de bebidas.

PICAZA. (*Come pipas de girasol y, de vez en cuando, mete la mano en el

bolsillo de la guerrera y saca un puñado y le da a la Desi, que también come. Va escupiendo mondas de pipas y camina haciendo eses deliberadas. De repente se detiene y se queda mirando a la plaza del decorado). A... anda, que si la estatua esta en lugar de estar aquí la llevaran a mi pueblo...

DESI. (*Remedando a Marce*). Vamos, olvídate del pueblo, ¡concho! Parece que no hubiera más cosas en el mundo. (*Se le queda mirando*). ¿Sabes que andas como un recluta, Picaza?

PICAZA. ¿Y... y en qué distingues tú los andares de un recluta?

DESI. Ya ves. En que arrastran las botas y hacen dos veces el camino, como los perros. (*Les chista el fotógrafo y se acercan. Les entrega la fotografía y él recoge sus humildes trebejos y se va en busca de mercados más favorables*). ¡Vaya una cara que me ha sacado el baboso ese; parece una cualquier cosa! (*Se palmea el muslo y suelta una risotada*) ¡Anda que tú, madre qué facha!

Aparecen por un lateral Marce y el cabo Argimiro. Desi a media voz.

DESI. Guárdala, que no la vea ella.

ARGIMIRO. (*De militar, con sus galones. Con sorna*). A la paz de Dios. ¿Qué dice la parejita? (*Dándole al Picaza un golpecito en el hombro. Bromea.*) Chaval, eres pequeño pero bajo. ¿Es que no piensas ascender?

PICAZA. (*No entiende la broma. Cierra los puños y cambia la expresión*). De... déjate de bromas, pequeño y todo si hay que partirse el alma, me la parto con cualquiera.

DESI. Vamos, Picaza, tampoco te pongas así, que no ha dicho nada.

PICAZA. Po... por si acaso.

MARCE. Oye, majo, guarda los humos que el Argimiro es tu superior. Que un día le vas a cabrear de más y va a ponerte media hora de firme en medio del paseo.

ARGIMIRO. Venga, chico, no quise molestar. Pago un vaso en el kiosco de la esquina. (*Le pasa el brazo por los hombros*) ¿Aguardáis aquí?

MARCE. Aquí estamos, Argi. No la echéis larga que ya se conoce el relente. (*Se cruza las puntas del chaquetón. A Desi, ofendida*). Es verdad que el Picaza ese no hace más que comprometer. No va una tranquila con él. Va una volada.

DESI. (*Pausa*). Lo que pasa es que a ti no te gusta el Picaza, Marce; eso es lo que pasa.

MARCE. ¿Y a quién va a gustarle, di? ¡Madre, qué patas! Le pasa un perro por medio y no se entera.

DESI. Todos tenemos defectos, guapina.

MARCE. ¿Defectos? Ni buscado con candil encuentras uno más facha.

DESI. No digas, Marce. Tú no le has visto saludar. Cuando se cuadra para saludar a un general parece una medalla.

MARCE. Ni falta que me hace, mira.

DESI. (*Pone una mano en el antebrazo de la Marce*) ¿Sabes una cosa, Marce? Para el cabo de año me caso.

MARCE. ¿Con el Picaza?

DESI. Anda, ésta, ¿pues con quién había de ser?

MARCE. Que digas que tú eres como eres, que lo que es yo todavía no he mirado a un raso a la cara.

DESI. No todos van a ser jefes, Marce, guapina, compréndelo. Después de todo una tampoco es una señora.

MARCE. (*Despechada*). A saber qué ves en él, maja. ¡Madre, un hombre que no sabe hacer una O con un canuto!

DESI. El Picaza lee de corrido, Marce, para que te enteres. Y sabe las cuatro reglas.

MARCE. Paja no sé si comerá pero cebada seguro. (*Pausa*) ¿Y dices que te lo ha pedido?

DESI. A ver... En cuanto llegó del pueblo. Su comandante va a ponerle a guiar un camión el día que cumpla.

MARCE. De los hombres no creas una palabra.

DESI. No todos van a ser iguales, Marce, guapina.

MARCE. Fíate. (*Regresan Argimiro y Picaza, empujándose, enredando. Picaza lleva un palillo entre los dientes. Se quedan de pie, delante del banco. Marce, inesperadamente, añade*). Picaza, ¿te ha contado ésta la que mangó con el viejo el día de Navidad? Menuda juerga armaron. Si no suben los vecinos echan la casa abajo.

DESI. (*Estupefacta. Titubea*). No... no hagas caso, Picaza; está de broma.

PICAZA. ¿Es cierto lo que dice aquí?

DESI. (*Compungida*). Según y cómo.

PICAZA. (*La agarra por la muñeca*). ¿Qué... qué es eso de según y cómo?

DESI. ¡Suelta, Picaza, me estás mancando!

PICAZA. Y los demás no te mancan, ¿verdad?

DESI. No hay demás, para que te enteres, Picaza.

PICAZA. Y... y el viejo no es nadie, ¿no?

DESI. (*Acosada, rompe a llorar y, entre hipo e hipo, dice*). Si vas a dar oídos a todos los cuentos, marcha y no vuelvas.

PICAZA. (*Rompe irritado el mondadientes y lo tira al suelo*) ¡Co... con viento fresco! (*Se aleja*).

ARGIMIRO. (*Corre tras él*) ¡Aguarda! (*Salen*).

DESI. (*Tras una pausa, deshecha en llanto*). Eso no es de amigas, Marce. Lo que has hecho, no es de amigas. ¿Puede saberse qué has ganado con ello?

MARCE. Vamos, maja, no te tomas tú poco a pechos las cosas. A los hombres, hay que darles unos poquitos de celos, que todavía no has salido del cascarón.

DESI. (*Más serena*). El Picaza no es de esos hombres que necesitan de

celos, Marce.

MARCE. Todos los hombres necesitan de celos. Todos los hombres son iguales.

DESI. ¿Y si no vuelve, qué?

MARCE. (*Señala el saquillo blanco en el extremo del banco*). Digo yo que siquiera por la ropa tendrá que volver. No va a dejar ahí la muda.

ARGIMIRO. (*Que aparece por el lateral, medio arrastrando al Picaza. Bromeando*). Recluta, discúlpese ante la dama. ¡Es una orden!

MARCE. (*Se pone en pie y se acerca a Argimiro, mientras Picaza va hacia el banco y se sienta enfurruñado junto a Desi. Se vuelve a ellos*). Argi y yo nos vamos a dar un garbeo por la calle Mayor. Ahí sentada se queda una esmorecida. (*Se alejan*).

DESI. Picaza, yo soy una chica honrada, por si lo quieres saber.

PICAZA. Con... con quien te parece, ¿no?

DESI. ¿Es que vas a empezar otra vez? (*Picaza humilla la cabeza. Desi se enternece. Por el saco*) ¿Puede saberse qué pinta aquí el chisme ese?

PICAZA. Es... es la muda. Demetrio el de Villacabrales me ha dado las señas de una lavandera.

DESI. (*Coge el saquillo y se lo pone sobre el regazo*) ¡Faltaría más, estando una aquí! Pasado mañana tienes la ropa lista, Picaza, de modo que ya lo sabes.

PICAZA. (*Saca del bolsillo un paquetito y se lo entrega*). To... toma. Lo compré para ti.

DESI. (*Impaciente lo desenvuelve*) ¡Habrase visto! (*Se pone en el dedo el anillo y lo contempla arrebatada*). Y le has puesto nuestras letras y todo. ¿Estás loco, Picaza?

PICAZA. Es... es de acero inoxidable.

DESI. (*Deslumbrada*). No hace falta que lo digas, se ve a la legua. ¿Pero a qué ton viene este gasto?

PICAZA. ¿No... no nos vamos a casar?

DESI. A ver...

PICAZA. Pu... pues entonces. (*Pausa*) ¿Sabes qué te digo?

DESI. ¿Qué?

PICAZA. Que la Marce esa es una cuentera.

DESI. Eso tampoco, Picaza, cada uno es cada uno. Y ella tiene sus manías, como los demás. ¿Sabes con la que sale ahora? Que antes se queda soltera que casarse en un pueblo, ya ves tú. Y eso no, Picaza, que donde esté la cocina del tío Boti que se quite la de cualquier hotel de postín.

PICAZA. (*Se acaba de romper el hielo*). E... eso mismo digo yo.

DESI. (*Amartelados*). Si algo siento, Picaza, es lo de la gallina, ya ves tú.

PICAZA. ¿Qué... qué gallina?

DESI. Mi madre, que gloria haya, nos prometió una gallina a cada hija el día que nos casáramos. Y parece que no, Picaza, pero una gallina

puede ser el avío de una casa. Es un huevo diario, que se dice pronto.

PICAZA. Tampoco nos vamos a morir sin la gallina, creo yo.

DESI. (*Manotea, se va entusiasmando.*) Hay que armarla sonada, Picaza. El Boliche que no vaya. La orquesta esa no vale dos reales.

PICAZA. Po... por mí, yo no corro por el baile, ya lo sabes.

DESI. ¿Y te casarás con el caqui, Picaza?

PICAZA. Me ahorro un corte, ¿no?

DESI. (*Ante el asedio de Picaza*). Deja quietas las manos, Picaza.

PICAZA. Di... digo que tampoco estaría mal el refresco en el Soto.

DESI. Para quieto, te digo.

PICAZA. (*Cede un poco en su asedio*). Po... por más que allí baja todo Dios, los críos y todo y te dan la murga.

DESI. Desengáñate, Picaza, donde estén los salones del tío Boti que se quite lo demás.

PICAZA. E... eso es cierto.

DESI. (*Estalla eufórica*) ¿Sabes que todavía me parece mentira? (*Se junta al Picaza y recuesta la cabeza sobre su hombro*). Cántame *El relicario*, anda, como en la era. No te hagas de rogar.

PICAZA. (*La estrecha, esta vez sin propasarse, y ella escucha conmovida los trémulos enternecidos del muchacho. A media voz*). «Un... un lunes abrileño yendo hacia el Pardo, le conocí...».

Ambos comienzan a caminar con la canción y mientras desaparecen de escena el parque irá desapareciendo con ellos y tomando presencia la casa de Eloy. El viejo termina de hacer una maleta exageradamente grande. La cierra y la deja en un rincón. Entra Desi. Que viene de la calle. Ve la maleta.

DESI. ¿Es que se va por fin? ¿Le ha convidado su hijo?

ELOY. Le he puesto un telegrama, Desi. Ya está avisado. (*Se queda mirando a la chica*) ¿Y cómo te las vas a arreglar tú?

DESI. No se apure. Me subo donde la Marce y en paz.

ELOY. ¿La Marce?

DESI. La chica de arriba, la del tercero, la del aparejador. Usted no se preocupe. Lo que hace falta es que sea para bien.

ELOY. (*Desconcertado*) ¿Para bien..?

DESI. El viaje, digo. Pero ¿no sale el tren a las tres, señorito?

ELOY. A las tres, sí, hija.

DESI. Pues entonces siéntese un rato que de pie se va a cansar.

ELOY. No falta tanto, hija. (*Se sienta junto a la mesa camilla. y se pone a hacer números en los márgenes del periódico*).

DESI. Señorito, el pañuelo.

ELOY. (*Sin dejar de hacer números se pasa el pañuelo por la punta de la nariz*). Gracias, hija.

DESI. (*Reparando en la bandeja que hay en el aparador*) ¿Es que tampoco tomó hoy la leche?

ELOY. Deja, Desi, no tengo ganas. Los viejos vivimos del aire.

DESI. Esfuércese, concho. Sí que va a echar usted pantorrillas si no. (*Se lo queda mirando, los brazos en jarras y le reconviene*). Anda que si por un amigo se pone usted así, ¿qué deja para cuando se le muera alguien de la familia? (*Eloy no responde*). Pero ¿puede saberse qué escribe usted?

ELOY. Cuentas, hija.

DESI. Déjese de cuentas, se le van a volver los sesos agua.

ELOY. ¿Sabes, Desi, los días que vive un hombre?

DESI. A saber.

ELOY. Pon veinticinco mil quinientas cincuenta.

DESI. ¡Jolín!

ELOY. ¿Es que te parecen muchos, hija?

DESI. ¿Y a usted no? ¡Ya tiene una tiempo de aburrirse!

ELOY. (*Cogitabundo, dice tras una pausa*) ¿Te confiesas tú, Desi?

DESI. A ver, por la cuenta que me tiene.

ELOY. Confesado, tal vez sea más fácil esperar.

DESI. Esperar, ¿a quién?

ELOY. (*Se levanta*). Bueno, me marcho, hija, se me va hacer tarde. (*Se dirige hacia la maleta*).

DESI. Pero ¿está usted en sus cabales? ¿No sale el tren a las tres?

ELOY. No te pienses que sobra tanto tiempo, Desi. Además tengo que sacar el billete y todo. (*Recordando algo*) ¿Dónde pusiste el cepillo de los zapatos, Desi? Antes quise meterlo en la maleta y no lo encontré.

DESI. ¿Es que su hijo no va a tener cepillo?

ELOY. Por si acaso, Desi. Uno nunca sabe. (*Se dirige como un autómata hacia la cocina y Desi lo sigue*). Ten mucho cuidado con la luz... Y (*señala el fogón*) para ti sola no prendas, dentro de cuatro días ya no hará frío... Y si vienen los de la Sociedad Fotográfica me das de baja... les dices... o, mejor, no les des explicaciones, me das de baja y se acabó.

DESI. Está bien, vaya descuidado.

ELOY. Otra cosa, si por pitos o por flautas, mi hijo no me dejara volver, te pondré una tarjeta, Desi. A lo mejor Leoncito no me deja volver, ya sabes cómo son los hijos.

DESI. Está bien. Vaya descuidado. (*Agarra el asa de la maleta y en esa postura dice a Eloy*). Anda que ya hace falta coraje para irse tan lejos.

ELOY. No es lejos Madrid, hija.

DESI. ¡También más de cinco leguas!

ELOY. Eso sí, hija.

DESI. ¡Será capaz! ¿Y todavía dice que no es lejos?

ELOY. (*Mira el reloj de péndulo que marca la una y veinte*). Bueno, vamos, hija. (*Desi levanta la maleta con visible esfuerzo, se pone roja, trastabillea*) ¿Pesa, hija?

DESI. (*Se dirige hacia la puerta dando bandazos*). A decir verdad, como un muerto, señorito.

Ambos salen por la puerta, y mientras baja la luz, se oye el fragor de un tren que se mezcla con el ruido de motores de muchos coches a la par que va apareciendo el lujoso comedor de Suceso y Leoncito, hijos de Eloy, en Madrid. Están sentados a la mesa comiendo.

SUCESO. Toma un poco de vino (*a Eloy*), ¿quién decías antes que se había muerto?

ELOY. (*Como quitándose importancia*) ¡Ah, sí, bueno, mi amigo Isaías! Nos conocíamos desde los ocho años. Cayó con una gripe sin importancia el lunes y el martes a mediodía de cuerpo presente. Una congestión.

LEÓN. (*Distraído*) ¿De quién habláis, padre?

ELOY. Isaías, el de la gestoría ¿no le recuerdas? Un hombre flamante, muy atildado, siempre con su bastoncito. Desde chico me habrás visto con él.

LEÓN. (*Pensativo*). No caigo. Pero ya tendría años, supongo.

ELOY. El mes pasado cumplió los setenta y dos.

LEÓN. A esas edades ya se sabe.

ELOY. Él estaba bien, Leo. Un poquito alta la tensión pero nada más. Su ilusión era llegar a centenario. Pero agarró la gripe y, pocas horas después, perdió el conocimiento. Yo le llamaba a voces, al oído, pero no me oía y, en cambio, no hacía más que santiguarse. Y yo me pregunto, Leo ¿qué puede ver un hombre, perdido el uso de sus sentidos, para persignarse todo el tiempo?

LEÓN. Alucinaciones, padre. Vete a saber. El hombre muere como nace, sin enterarse.

ELOY. Isaías no era religioso, Leo, y a mí no me oía. Lo que pudiera ver o escuchar estaba ya del otro lado. (*Ve a León arrugar la cara y echar la cabeza hacía atrás*) ¿Te ocurre algo, Leo?

LEÓN. Nada, la nuca. Me punza la nuca, soy una calamidad. Me levanto como con una sensación rara... De inestabilidad, ésa es la palabra. Siento la impresión de que en cualquier momento puedo desmayarme.

ELOY. ¿Consultaste al médico, hijo?

LEÓN. No es eso, padre. Uno arrastra toda la vida el esfuerzo de la oposición. La oposición es un degolladero.

ELOY. (*Después de beber. Bajando la voz*). También yo, desde hace un par de meses, siento unos síntomas raros, Leo. En la primera

micción, después de levantarme, al acabar, orino un poco de sangre.

LEÓN. Tienes suerte. Yo daría lo que tengo por padecer alguna enfermedad concreta. Pero esto de los nervios no lo entiende nadie, nadie…

ELOY. De todos modos, hijo, a mí me ha salido ya la hoja roja en el librillo de papel de fumar. (*Suceso ríe.*) Ahora que recuerdo el día de mi homenaje el señor alcalde…

LEÓN. …Y luego esa tensión insidiosa, sé, pero ¿sé que soy el que más sé? Uno nunca está seguro de si no vendrá otro más preparado y le quitará la plaza.

ELOY. (*Bebiendo de su copa. Mirando a Suceso*). Está rico este vino, hija… da calor. Y si me pongo a pensar, yo no tengo calor desde que la Antonia, la criada de mi tío Hermene, se fue de casa… (*Suceso lo mira divertidísima, con la misma expresión con que se mira a los monos de un zoo*). Lucita, la madre de Leo, apenas daba calor, hija, que me recuerdo el día que la enseñé las nuevas carretillas de la limpieza y los escobillones de brezo. Yo iba con todo entusiasmo, pero ella se plantó y me dijo… me dijo: «Por los clavos de Cristo, Eloy, deja de pensar en las basuras o me volverás loca». ¿Qué te parece? (*Bebe. Suceso ríe. Y cuando Eloy va a beber otra vez, León le sujeta la mano*).

LEÓN. Padre…

SUCESO. ¿Quieres dejarle en paz? Desde que llegó es el único rato que le he visto un poco animado.

ELOY. En realidad, a mí sólo me comprendió mi tío Hermene. ¿Sabes, hija, lo que me respondió el día que le dije que no quería ser abogado?

SUCESO. (*Sigue muy divertida el proceso de locuacidad de Eloy*) ¿Qué?

ELOY. Me dijo, verás, me dijo: «Haz lo que quieras. La vida es corta y si nos la amargamos unos a otros obligándonos a hacer lo que no nos gusta no merecería la pena vivirla». Por esa razón yo entré en el Ayuntamiento. (*Suceso va a servirle coñac*).

LEÓN. ¿Estás loca? ¿No ves que no está acostumbrado? (*Forcejeando por quitarle la copa*). Déjalo ya, padre.

ELOY. (*Sonríe, mirándolo*). Recuerdo que un día tu madre dijo que estabas muy delgado y te podías enfermar y, entonces para sobrealimentarte, decidimos comprarte un jamón… Y cada vez que tu hermano se arrimaba al jamón, tú te ponías loco.

LEÓN. (*A Suceso, que ríe a carcajadas*). Son tonterías. No le hagas caso. No sabe lo que dice.

ELOY. (*Conmovido*). Goyito era un idealista.

LEÓN. ¿Un idealista? No empecemos, padre. Gregorio, como tantos otros, quiso hacer a tiros su carrera, porque era incapaz de mancharse las manos y de agarrar un libro. Él buscaba su propio provecho y fue a morir allá, en Smolensko, entre la nieve, donde

nadie lo llamaba.

ELOY. (*Repentinamente serio, acusador*). Nunca quisiste a tu hermano, Leo.

LEÓN. Es mejor no recordar aquellos tiempos, padre. Resultan demasiado sórdidos.

ELOY. Pero Goyito murió, y el tío Hermene murió, y Pepín Vázquez murió, y la Antonia se fue, hija. Sólo me quedaba Isaías, pero Isaías en cierto modo, era también Goyito y el tío Hermene, y Madame Catroux, y Pepín Vázquez, y la Antonia y todos, pero... ahora también Isaías se ha muerto, hija.

SUCESO. (*Divertidísima*). En la vida he visto a tu padre tan inspirado.

LEÓN. No dice más que tonterías. Está mareado. Ha mezclado y no tiene costumbre.

ELOY. ¿Sa... sabes, hija, los días que vive un hombre... descontando, claro está, las horas que ha estado dormido?

SUCESO. ¿Cómo quieres que sepa eso?

ELOY. Más o menos quince mil novecientos noventa y cinco. ¿Y las horas?

SUCESO. Tampoco.

ELOY. Pon trescientas setenta y seis mil seiscientas ochenta. ¿Y los minutos?

SUCESO. ¡Ni idea!

ELOY. (*Sin hacer caso de las risas de Suceso*). Veintiún millones novecientos cincuenta y cuatro mil ciento treinta y cuatro. ¿Y los segundos?

SUCESO. (*Desternillada*) ¡Qué disparate!, esto es demasiado.

ELOY. (*Jadeando*). Mil trescientos dieciséis millones cuarenta y ocho mil seiscientos treinta segundos.

SUCESO. Son muchos segundos, ¿no?

ELOY. La vida, hija, es una sala de espera... Todos procuramos distraernos y apenas escuchamos cuando alguien dice: «El siguiente», porque nos asusta pensar que algún día el siguiente seremos nosotros...

LEÓN. (*Se incorpora*) ¡Calla, por favor! (*Suceso ríe. A Eloy le sobreviene un espasmo y vomita. Queda como muerto mostrando sus dientes amarillos. Suceso y León se dirigen hacia él, asustados*).

SUCESO. Un cojín... ¿Dónde hay un cojín? Leo, un cojín...

ELOY. (*Con una mueca que aspira a ser una sonrisa*). Leo, bésame en la frente, rozándome apenas con los labios, como hacías de niño. (*Leo lo besa*). Ahora tú, hija. (*Suceso arruga la nariz pero se sobrepone, se agacha y lo besa. Eloy cierra los ojos beatíficamente*).

La luz se concentra sobre la figura macilenta de Eloy. Mientras al son de una música de gramófono toma presencia nuevamente la casa de Eloy.

Desi y Marce esperan nerviosas porque Picaza y Argimiro se retrasan.

MARCE. ¿Puede saberse a qué hora les citaste?
DESI. A las cuatro y media, Marce; te lo he dicho veinte veces.
MARCE. ¿Y les dijiste que aquí?
DESI. A ver, Marce. Les dije lo que tú me dijiste, que mi señorito andaba en Madrid y que podíamos bailar aquí un rato. Que luego dábamos un barrido y listo.
MARCE. Pues van a dar las seis, maja. Ya se le habrá ocurrido al Picaza una de las suyas.
DESI. Eso sí que no, Marce. En la vida de Dios he visto al Picaza más formal.
MARCE. Pues tú dirás dónde se han metido.
DESI. Lo único un arresto.
MARCE. Pero vendría el otro a avisar, ¿no? No van a arrestarles a los dos al mismo tiempo.
DESI. A saber, Marce. (*Marce se acerca al gramófono y pone un disco de moda de los años 50. Toma a la Desi por la cintura y se marcan unos compases desganados. Se sueltan. Desi a media voz, en un aparte, fervorosamente*). Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo. Que no le haya pasado nada al Picaza, amén. (*Marce da vueltas por la habitación curioseándolo todo*). Como no se hayan olvidado.
MARCE. ¿Olvidarse? ¡Qué coña van a olvidarse! Algo que habrá tramado el Picaza ese, que no sabe qué inventar, que lo que dice el Argimiro, que un día lo va a cabrear de más y va a tenerle una hora de firme en medio del paseo.
DESI. Tampoco te pongas así, guapina.
MARCE. ¿Y cómo quieres que me ponga? La mili no es cosa de broma, maja, que se ande con ojo, que, le guste o no, el Argimiro es su superior y un día las va a pagar todas juntas. Que uno es bueno hasta que deja de serlo, maja. (*Vuelve a mirar el reloj*). Algo ha pasado, Desi, no hay quien me lo saque de la cabeza. Estoy frita. (*Coincidiendo con el final de sus palabras suena, reiterada, nerviosamente el timbre de la puerta*).
DESI. (*Ilusionada*) ¡Ya están aquí! (*Abre mientras Marce quita el gramófono; aparece resollando, desgreñado, amarillo, el gorro en la mano, el cabo Argimiro, alto como un varal*).
ARGIMIRO. Agua... Agua...

Pide un vaso de agua. Desi va a la cocina temblando y se lo trae. Argimiro se derrumba en una silla, el rostro entre las manos.

MARCE. (*Zarandeando al Argimiro*) ¡Habla, coña! ¿Qué demontres ha pasado?

ARGIMIRO. (*Bebe agua, jadea. Habla entrecortadamente*). Todo ha ocurrido donde la Caprichitos, con la Domi, una de las chicas. Pero si el Picaza no se tropieza con la rata muerta en la calle no hubiera pasado nada, pero él la agarró por el rabo y, de que llamamos, salió a abrir la Domi, la Tuerta y, entonces, el Picaza la tiró la rata a la cara... Y la otra, no veas, se arrancó a gritar, pero a base de histerismos ¿eh?, que le dijo al Picaza que esas bromas a la zorra de su madre y el Picaza que iba así, un poquillo mamado, que retirara esas palabras, pero la chica erre que erre, que eso a la zorra de su madre y que a la zorra de su madre. Y él porfiando, que retirara esas palabras, pero la Domi terca en sus trece, hasta que el Picaza se cabreó, abrió la navaja y la degolló allí mismo, en el rellano, en menos de lo que se tarda en decirlo...

DESI. (*Se ha sentado, lívida, tiesa, espantada*) ¡Virgen...!

ARGIMIRO. La tía sangraba como un chon. ¡Madre, qué espectáculo!

DESI. (*Empieza a gemir en un crescendo lastimero*) ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande! (Los *sollozos parecen brotar de sus entrañas*) ¡Qué desgracia tan grande, Dios mío!

MARCE. (*Desi va a sollozar pero se queda agarrotada, sin respiración, la boca abierta, congestionada, como un bebé que no se arranca a llorar. Marce se abalanza hacia ella y le palmea ardorosamente la espalda*) ¡Vamos, mujer! (*Vuelve a golpearle la espalda cada vez más asustada. A Argimiro*) ¡Vamos, haz algo, tú! No te quedes ahí como un pasmarote. ¿No ves que no se arranca? (*La zarandea por los hombros*). Desi, ¿estás tonta? (*Finalmente Desi se arranca a llorar a chorros, unos sollozos desgarrados. Marce la deja llorar un rato; luego la sacude por el brazo*). Vamos, déjalo ya, con eso no adelantas nada, calla la boca.

DESI. (*Mirándola como a una desconocida*) ¿Que calle la boca, Marce? Si es él lo único que me queda en el mundo, ¿es que no te das cuenta? (*Gimiendo*). Que siempre lo peor ha ido a tocarle a él, que es más bueno que las pesetas...

MARCE. Eso sí que no, maja. El Picaza es un comprometedor y ha ido a pasar lo que tenía que pasar.

DESI. (*Con una energía insólita en ella, los ojos extraviados*) ¡¡Calla!!

ARGIMIRO. (*Conciliador*). De momento el Picaza ha quedado tranquilo en la Prevención, pero lo más fijo es que le juzguen por lo militar y, si libra el pellejo, de treinta años no le salva ni la caridad.

DESI. (*Fuera de sí*) ¡Dios mío, que no maten al Picaza! ¡Que no le maten, Virgen de la Guía bendita! Que ha sido la veta; yo le diré al señor juez que ha sido la veta. Y la Culohueco, el médico y hasta el señor cura vendrán del pueblo a certificarlo, que tú mismo lo puedes decir Argimiro, que el Picaza tiene buenas entrañas...

MARCE. (*Sujetándola por los brazos*). La veta, la veta, siempre andas con

la coña de la veta a vueltas. Que es un comprometedor, eso es lo que le ha perdido, Desi, métetelo en la cabeza.

DESI. ¡Fuera! (*Paraliza a Marce con una mirada fulminante, enloquecida. Luego, la empuja, escupe*) ¡¡Sal de esta casa!! (*Marce recula asustada*) ¡¡Sal y no vuelvas, ¿me oyes?!! ¡¡Quiero olvidarme hasta de tu nombre!! ¡Fuera!

ARGIMIRO. Tampoco te lo tomes así, Desi.

DESI. (*Le propina un empellón*) ¡Y tú también! ¡Marcharos los dos! ¡Fuera! ¡Fuera! (*Abre la puerta*) ¡Marcharos donde no pueda volver a veros! ¡Fuera! (*Salen. Desi cierra la puerta y se arranca en sollozos. Cuando se calma un poco, pone los brazos en cruz y balbucea*) Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo... ¡Que no maten al Picaza, amén!

La luz se concentra sobre Desi. En primer término aparece la figura del Picaza sentado en un taburete. Desi avanza hacia el Picaza que mira indiferente al público y fuma todo el tiempo.

DESI. Picaza, ¿qué es lo que has hecho?, ¿di? (*Silencio*) ¿Es que no me oyes, Picaza?

PICAZA. (*Con cierto orgullo*). Ya... ya lo ves.

DESI. (*Nerviosa, conteniendo el llanto*). Picaza, ¿no ves que te has perdido? (*Silencio*) ¿Qué pintabas tú donde esas mujeres, di? ¿Qué pintabas tú allí?

PICAZA. (*Tras una pausa*). La... la marrana mentó a mi madre y por ahí no paso.

DESI. Pero tú la buscaste la boca, Picaza.

PICAZA. E... ella mentó a mi madre y por ahí no paso.

DESI. Pero ¿qué pintabas tú allí, di?

PICAZA. Ya... ya lo ves.

DESI. (*Mirando de reojo a los celadores*) ¿Les dijiste ya lo de la veta? Di, ¿se lo has dicho? (*Deniega el Picaza con la cabeza y fuma*). Pues tienes que decírselo cuanto antes, ¡cuanto antes, Picaza! (*Lloriquea y grita*) ¡Y que vengan don Fidel, don Federico, la Culohueco y don Jerónimo a salir por ti!

PICAZA. De... deja tranquilo al cura.

DESI. (*Ante la indiferencia de Picaza lo agarra por la guerrera y le zamarrea, desesperada*). Pero ¡dime!, ¿qué tenías tú que hacer allí con aquellas mujeres? ¿Qué pintabas tú allí? (*Se le cae la lumbre del cigarrillo sobre el pantalón y Picaza se incorpora y se sacude*).

PICAZA. ¿Es... es que no puedes parar quieta?

GUARDIA. (*Se acerca a Desi y la toma por un brazo*). Andando, chica, se me puede caer el pelo. Dios nos manda ser hermanos pero no primos.

DESI. (*Agarra al Picaza de una mano y grita, tratando de resistir al guardia*

que tira de ella). Dime, ¿qué pintabas tú allí?

GUARDIA. ¡Vamos!

DESI. (*Por fin, suelta al Picaza y vocea, volviendo la cara, en tanto el guardia la arrastra hacia la puerta*) ¡Picaza! ¡ Si necesitas algo, manda razón!, ¿oyes?, ¡la ropa o lo que sea, ya lo sabes, para eso estamos!

Tras un oscuro brevísimo Desi aparece en su habitación en casa de Eloy, desolada. Los ojos pequeños y mates de tanto llorar. Extiende su ajuar sobre el camastro y lo contempla enternecida. Está psíquicamente derrumbada. Suena el llavín en la puerta. Entra Eloy, literalmente arrastrado por el peso de la maleta. La suelta. Respira agitadamente. La Desi lo ha oído entrar, sale de su habitación y se lanza en los brazos del viejo tan por sorpresa y con tal ímpetu que casi lo tira.

DESI. ¡Ay, señorito, qué desgracia tan grande!

ELOY. ¿Qué es lo que pasa, hija? ¿Qué ha ocurrido?

DESI. (*Se arranca a llorar. Eloy trastabillea y se apoya en la pared para no caer*) ¡Él, ya ve!

ELOY. ¿El militar ese? ¿Tu novio?

DESI. Él no es malo, señorito, se lo juro.

ELOY. (*Le propina palmaditas en la espalda*). Vamos... vamos... Serénate, hija. ¿Qué es lo que ha pasado?

DESI. Una mujer de la vida le mentó a su madre y, entonces, fue él y la rebanó el pescuezo con la navaja... ¡La ha matado, señorito!

ELOY. ¡Dios mío! ¿Es eso cierto? (*Se separan*).

DESI. (*Asintiendo*). La veta, ¿sabe usted? Él tiene buenas entrañas pero la veta le perdió.

ELOY. (Se *despoja del abrigo y la Desi lo ayuda*). Vamos, hija, tranquilízate. Todo se arreglará.

DESI. El Argimiro dice que si no le mandan al cuadrante, treinta años a la sombra no hay quien se los quite.

ELOY. Ahora estás alterada, eh Desi; no debes pensar en ello. No adelantes acontecimientos. ¿Te pongo un poco de tila?

DESI. Deje, no tengo ganas.

ELOY. (*La toma delicadamente por el brazo y la conduce hasta el sofá*). Siéntate, hija, lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte. A todos nos ha pasado alguna vez en la vida algo parecido. Es... es como si el mundo se hundiera bajo tus pies, ¿no es verdad, hija? Como si todo se hubiera acabado de repente. Pero todas las cosas pasan en la vida, Desi; todo termina por pasar.

DESI. (*Más relajada, haciendo pucheros*). Él no es malo, señorito, se lo juro. El señor cura se lo puede decir; que, no es porque yo lo diga, pero en el pueblo no había fiesta sin el Picaza. Que si en las bodas y los bautizos no cantaba él, parece como si faltara algo, vaya. (*Eloy se va ausentando de puntillas y va a la cocina donde pone un cazo a*

hervir, en el infiernillo. Desi prosigue, ensimismada, sin reparar en su ausencia). Y, luego, en la era, no vea, me cantaba para mí sola *Jalisco y Por qué tengo penas* con todo el sentimiento. Y si un día en el cocherón, le daba por tocar al Boliche *El relicario*, él me lo iba cantando a mí, al oído, mientras duraba el baile. Y la tía Caya, o sea, mi madrastra, me regañaba cada vez que bailábamos en el Cocherón, que decía que el demonio andaba suelto en los bailes cerrados, ya ve qué cosas, que si una quisiera hacer algo malo, tanto da en cerrado como en abierto, como yo digo. Pero lo que le repudría a la tía Caya era ser plato de segunda mesa, que si mi padre, que gloria haya, la llevó al altar, fue al morir mi difunta madre, o sea, su hermana, que los mozos venga de guasearse: «Señor Galo, ¿es que no tuvo bastante con una hermana que ahora va por la otra?». Y lo que mi difunto padre decía, ¿sabe usted lo que les decía?: «Al fin y al cabo es un remiendo de la misma tela», eso les decía, ¿qué le parece?

ELOY. (*Acaba de regresar y está de nuevo junto a la chica, como si no se hubiera movido. Pone la taza de tila sobre la mesa*). Anda bebe. (*La ayuda a beber la tila. Cuando acaba, pone la jícara sobre la mesa otra vez.*) ¿Estás más tranquila? (*Ella asiente.*) Tú no te apures, todo se arreglará. Más o menos todos hemos pasado alguna vez por un trance semejante; no eres tú la primera. Sin ir más lejos a la Antonia, la criada de mi tío Hermene, se le murió el marido al año y medio de casarse.

DESI. (*Sollozando todavía pero interesada, por primera vez desde la llegada del Argimiro, en otros asuntos*) ¡No me irá usted a decir que degolló también a una mujer de esas...!

ELOY. No se trata de eso ahora. Al marido de la Antonia le estalló entre las manos un mazo de cohetes el día de la fiesta de su pueblo. Ellos iban allí a disfrutar del día y ya ves tú.

DESI. (*Progresivamente interesada*) ¡Virgen! ¿Y se puso a servir la chica entonces?

ELOY. No, hija, la Antonia había servido ya nueve años en casa de mi tío Hermene. Y, al ocurrir la desgracia, volvió allí con la niña.

DESI. ¿Tenía una criatura encima?

ELOY. Claro, hija, la Rosina. Pero el tío Hermene fue y las recogió a las dos. Y aquí donde me ves, yo me crié con ellas.

DESI. Su tío de usted debía ser un pan bendito.

ELOY. Mi tío no hacía esas cosas sólo por la Antonia, Desi. La Antonia y él eran viejos amigos. Recuerdo que los jueves por la tarde se iban juntos al teatro.

DESI. (*Que hipa y suspira de vez en cuando*). No empiece. ¿Que iba al teatro su tío con la criada?

ELOY. ¿Por qué no, hija? Todos necesitamos calor, los señoritos y las

criadas. (*Evocador*). La Antonia fue también mi primer calor. Tenía un gran corazón la Antonia. A veces me decía: «Enhébrame esa aguja», y yo le preguntaba: «¿Con hilo rojo, Antonia?». Y ella me decía: «Bueno, está bien, con hilo rojo, luego me la desenhebras y me la enhebras con blanco. Es para coserme unas bragas».

DESI. ¡Virgen!

ELOY. Otras veces recuerdo que me decía: «Me duelen los riñones, caraguapa».

DESI. ¿Le decía caraguapa a usted?

ELOY. ¿Qué tiene de particular, Desi? Yo era una criatura entonces. Y yo la decía: «¿Dónde tienes los riñones, Antonia?». Y ella, entonces, se desabrochaba el escote y me enseñaba dos verrugas para que yo se las besara.

DESI. Vamos, que hace falta valor.

ELOY. ¿Para qué, Desi?

DESI. ¡Otra! ¿Y todavía lo pregunta?

ELOY. En la vida, todos necesitamos calor, Desi, un calor por fuera y otro por dentro, pero, puestos a ver, hija, los dos calores son el mismo calor. Y, empujado por esta necesidad, el hombre inventó el fuego y, desde entonces, todo fue bien, los hombres se sentaban alrededor de la hoguera y charlaban de sus cosas; las llamas facilitaban la comunicación, ¿comprendes? Pero desde que vino el progreso y el calor se entubó, la comunidad se ha roto, hija, porque es inconcebible un fuego sin humo... (*Se abre una larga pausa cargada de significado, de pronto, Eloy se incorpora, mira el reloj de péndulo*). Esta noche vamos a cenar aquí tú y yo juntos, hija. (*Va retirando las cosas de la mesa camilla*).

DESI. (*Palmeándose el muslo.*) ¡Será capaz!

ELOY. ¿Por qué no, hija? También yo me he quedado solo.

DESI. ¿Lo dice por lo del señorito Isaías?

ELOY. (*Patético*). Y por mi hijo, y por mi hija política... Seguramente ya no volveré a verlos. (*Inesperadamente se vuelve, agarra a la Desi crispadamente por el brazo y dice casi a gritos*) ¡¡Desi, tú no me abandones nunca!!

DESI. ¡Otra! ¿Habló alguien de marcharse?

ELOY. (*Tras unos titubeos seniles*). Desi, ¿por qué no hemos de compartir lo poco que yo tengo?

DESI. A saber con qué se come eso, señorito.

ELOY. (*Sin oírla*). Tendrás estorbo por poco tiempo, hija, a mí me ha salido ya la hoja roja en el librillo de papel de fumar. Quedan cinco hojas.

DESI. Como no se explique más claro.

ELOY. El día de mañana, cuando yo muera, estos cuatro trastos serán para ti.

DESI. (*A quien repentinamente se le ha hecho la luz*). Lo que usted mande, señorito.

TELÓN Y FIN

Las guerras de nuestros antepasados

1990

Prólogo

En ocasiones he dicho que el novelista suele ser un hombre de una idea obsesiva que desarrolla, en diversas variantes, a lo largo de sus novelas. Yo soy uno de esos novelistas, en cuanto que los protagonistas de mis relatos son seres presionados por el entorno social, perdedores, víctimas de la ignorancia, la política, la organización, la violencia o el dinero. Y tal vez en el libro donde más ostensiblemente se manifiesta este hecho es en mi novela *Las guerras de nuestros antepasados*, que, con la colaboración de Ramón García, he trasladado ahora a la escena. Pacífico Pérez, protagonista de este drama, es un hombre hipersensible que por mor de la violencia circundante, en especial la de sus belicosos familiares, acaba convirtiéndose en un hombre gratuitamente agresivo, inhibido y escéptico. Se aducirá que el mundo civilizado (?) ha desterrado las guerras y, en consecuencia, este drama no volverá a repetirse. Pero yo me pregunto: ¿Estamos seguros de que esto es así? Y si lo es, ¿no es el miedo, antes que un sentimiento de fraternidad, el que ha instalado en el mundo esta paz vigilada? Sobre el hombre gravitan cada día más elementos de presión que lo condicionan, que van minando progresivamente su libertad natural: el terror atómico, el consumismo, la droga, la televisión, el dinero, la destrucción del medio ambiente… ¿Quién puede asegurar que el hombre «ya» no está amenazado?

Entiendo que esta fábula vivida por Pacífico Pérez demuestra lo contrario: que la libertad individual muchas veces no pasa de ser una entelequia. El diálogo de Pacífico con el doctor Burgueño, médico del sanatorio penitenciario donde está internado, plantea al hombre contemporáneo problemas urgentes y esenciales: ¿Es libre el hombre? ¿Hasta dónde llega su responsabilidad? ¿Está el progreso moral a la altura del progreso técnico? ¿Es el sexo el amor? ¿Puede el hombre llegar a ser solidario?

ESCENARIO

Despacho-consulta del doctor Burgueño López, en el sanatorio penitenciario de Navafría. Todo muy sencillo y escueto, pero sin faltar ninguno de los elementos propios de una consulta médica: mesa, armario o alacena con material médico, tubos de ensayo y objetos de laboratorio, fichero para historiales, una cama ortopédica, alguna silla suelta…

El elemento preponderante de la escenografía será una gran ventana con barrotes, en la pared del fondo, a través de la cual la luz marcará el paso de día a noche, muy poco a poco, como realmente se produce.

Acto único

El escenario completamente a oscuras. Solamente estará iluminada, en el proscenio, la figura del doctor Burgueño López, que se dirige al público.

DOCTOR. El enfermo Pacífico Pérez ingresó en el Sanatorio Penitenciario, de Navafría aquejado de una grave dolencia pulmonar, una fibrosis bilateral con cavernas tuberculosas ya viejas, condenado a veinte años de reclusión por un delito de asesinato y pendiente de juicio por un nuevo crimen.

Su extremada timidez, su actitud taciturna y distante ante los compañeros, sin dejar de ser afable, despertaron pronto mi curiosidad. Producía la impresión de que todo le resultaba ajeno y que él no era sino una presencia flotante cuya irrupción en este mundo se debía a un hecho casual.

Poco a poco mi curiosidad acabó convirtiéndose en una verdadera obsesión por ayudarle ante la perspectiva de una nueva condena que, como reincidente, esta vez podría ser la pena capital.

En nuestros primeros encuentros se limitó a asentir o denegar con la cabeza o, a lo sumo, a contestar con monosílabos. Cuando le sugerí la posibilidad de charlar más abiertamente de su pasado se negó. Pero, tras un lento y dificultoso proceso de convencimiento accedió, incluso a hacerlo ante un magnetófono, bajo mi palabra de que el «chisme ese», como Pacífico lo llamaba, jamás hablaría sin su autorización.

Lo que van ustedes a escuchar es el resultado de esa grabación. Notarán balbuceos y torpezas de expresión que no son sino el exponente de una manera de ser, de una manifestación del léxico campesino de Castilla que, desgraciadamente, va desapareciendo.

Fue una tarde de primavera de 1961.

Mientras lentamente se ilumina el escenario el doctor se acerca a su mesa de trabajo y pulsa la tecla de un magnetófono.

DOCTOR. (*Al micrófono.*) Pacífico Pérez, recluso número 117.

Después pulsa la tecla de STOP. Abre un cajón y extrae unos sobrecitos de semillas. Se dirige al fichero y coge un expediente. Lo hojea y lo deja sobre la mesa. Comprueba que en el armario hay una botella de anís. Dispone y orienta el micrófono del magnetófono y en ese momento llaman a la puerta. Acude y abre.

DOCTOR. Buenas tardes, Pacífico. Pasa. ¿Cómo te encuentras? (*Tendiéndole la mano.*)

PACÍFICO. Mire...

DOCTOR. ¿No sientes molestias? ¿Estás cansado? Siéntate. ¿Sabes? Tengo un regalo para ti.

PACÍFICO. ¿Un regalo? También tiene usted cada cacho salida.

DOCTOR. Somos amigos, ¿no? Mira, estas semillas son para ti, para tu jardín. Son flores. Anda, cógelas, son tuyas. Un bonito jardín, Pacífico. Desde aquí veré crecer los alhelíes y las margaritas reales cuando las siembres.

Pacífico Pérez se acerca a la ventana y el doctor le pasa la mano por el hombro. Ambos miran al exterior mientras hablan.

DOCTOR. Has sabido escoger el sitio, ¿eh? La tapia del patio lo resguarda del cierzo.

PACÍFICO. A ver, sí señor. La flor de maceta no aguanta el zarzagán.

DOCTOR. ¿Y cómo las riegas?

PACÍFICO. Acarreo agua del pilón.

DOCTOR. ¿Del pilón? ¿Del que está al otro extremo del patio?

PACÍFICO. Tal cual, doctor.

DOCTOR. ¿Con qué traes el agua?

PACÍFICO. Con qué había de ser, con el plato de aluminio.

DOCTOR. ¿Con el plato?

PACÍFICO. Talmente, doctor, ¿qué tiene de particular?

DOCTOR. ¿Y para cavar la tierra?

PACÍFICO. Con un tenedor viejo me arreglo.

DOCTOR. (*Girando ambos de cara al público, sin quitar el doctor la mano del hombro de Pacífico, que lleva los sobres de semillas en la mano*) ¡Es extraordinario, Pacífico! Con un tenedor has conseguido esas flores. (*Señalándole las semillas*) ¿Te gustan las semillas que te he traído?

PACÍFICO. Ande, a ver. A nadie le amarga un dulce.

DOCTOR. Bueno, Pacífico, ¿te parece que charlemos?

PACÍFICO. ¿Charlar? Pero ¿es que va a ser ahora mismo?

DOCTOR. En eso habíamos quedado el otro día ¿no? (*El doctor, al tiempo que se sienta, pulsa el botón de marcha del magnetófono, sin dejar de hablar*) ¿No te importa, verdad?

PACÍFICO. ¿Es el chisme ese de que me habló?

DOCTOR. El mismo. Graba con mucha fidelidad.

PACÍFICO. Ya le dije que no lo entiendo. ¿Y qué es lo que quiere usted grabar?

DOCTOR. Tu vida, Pacífico. Algo que facilite un argumento para tu defensa. Dentro de quince días es el juicio y después de lo del Ángel Mari te acusan de reincidencia. Lo más fácil es que esta vez te condenen a muerte. Mi deseo es ayudarte.

PACÍFICO. ¿Ayudarme? Si me cayeron veinte años en el primer pleito, no me van a caer más en el segundo, ¿o sí, doctor?

DOCTOR. No seas tan confiado. Una reincidencia es una reincidencia y lo más fácil es que te condenen a garrote vil. ¿Sabes lo que eso significa? Te trincan la garganta con un cepo de hierro y dan vueltas y vueltas a un tornillo hasta que te asfixia. Pero esperar día tras día que eso ocurra es todavía mayor suplicio, ¿comprendes?

PACÍFICO. ¡Concho, doctor! Se pone usted de unas formas que me he arrancado a sudar y todo.

DOCTOR. No es cosa de broma, Pacifico. Ha llegado el momento de la verdad. Y todo lo que podamos hacer en tu favor tal vez resulte insuficiente.

Pacífico Pérez se encamina lentamente de nuevo a la ventana, dando la espalda al público. El doctor va hacia él y se queda detrás.

DOCTOR. ¿Sabes de qué me estaba acordando al ver tus flores?

PACÍFICO. (*Breve silencio antes de contestar*). Como usted no me lo diga.

DOCTOR. Pues recordaba una vez, siendo yo niño, que mi abuela sembró calabazas y calabacines en el huerto, en cuadros rayanos, y cuando las plantas florecieron, las abejas fecundaron indistintamente unos y otros y las calabazas nacieron con forma de calabacines y los calabacines con forma de calabazas. ¿Qué te parece?

PACÍFICO. (*Sin demasiado entusiasmo, pero aceptando, por cortesía, la conversación del médico*). Con las abejas ya se sabe.

DOCTOR. ¿Es que entiendes tú de abejas?

PACÍFICO. Qué hacer... Allá en el pueblo era yo el que cataba las colmenas. Las cataba desnudo. ¿Y quiere creer que en la vida me picó un bicho de esos?

DOCTOR. ¿Desnudo? ¿Una colmena de abejas? ¿Sin carilla ni guantes?

PACÍFICO. ¡A ver, tal como lo oye, en cueros vivos! A pelo, como decimos en mi pueblo.

DOCTOR. ¿Lo dices en serio? (*Pausa*). Tú eres de Humán del Otero, ¿verdad?

PACÍFICO. Sí, señor, nacido y criado.

DOCTOR. ¿Cuál es tu primer recuerdo del pueblo?

PACÍFICO. Bueno, vamos, o sea, me pongo a pensar y, me recuerdo por un igual del Bisa y del Abue y de Madre y de la casa y de todo. ¡Ande que si no me fuera a recordar!

DOCTOR. ¿Cómo era tu casa?

PACÍFICO. Bueno, vamos, o sea, en realidad no lo sé, doctor. Mi casa era como todas, o sea, distinta.

DOCTOR. ¿Y por qué era distinta tu casa?

PACÍFICO. Pues porque la casa de cada quien es siempre la casa de cada

quien, ¿no? Mire, por un ejemplo, doctor, mi casa era de piedra de toba, o sea, como todas las del pueblo, las del Humán y las del Otero. Pero tenía una galería de cristales, tal que así, corrida, que no tenían las demás. Y en la trasera, sabe usted, quedaba la higuera y el pilón, donde cada año, por San Pedro, bañábamos a mi bisabuelo.

DOCTOR. Perdona, Pacífico, hablas del Humán y del Otero como de cosas diferentes.

PACÍFICO. A ver, doctor, natural. El Otero quedaba arriba, en el cerro, junto al camposanto y la parroquia. Abajo, orilla del Embustes, o sea, el río, estaba el Humán.

DOCTOR. ¿Y de qué vivía la gente en tu pueblo?

PACÍFICO. Ande, según. En las huertas, por mayor, frutales, manzanos en su mayor parte, pero en los vallejos había algún haza de cereal. Y unas nogalas hermosas, oiga.

DOCTOR. ¿Y arriba?

PACÍFICO. ¿En los altos? Aulagas y moheda para el jabalí.

DOCTOR. ¿No había en el pueblo alguna industria, alguna destilería de sidra, por ejemplo?

PACÍFICO. De eso nada, no señor. Digo, por todo haber, la miel. O sea, en las vaguadas y en las breñas se criaba bien el brezo. Y allí, al amparo de la humedad, montaron los del pueblo las colmenas.

DOCTOR. ¿Quién era en tu casa la cabeza, el jefe, por así decirlo?

PACÍFICO. ¿El amo de la casa? El Bisa, claro.

DOCTOR. ¿El Bisa?

PACÍFICO. O sea, mi bisabuelo.

DOCTOR. Ya. ¿Y cómo era tu bisabuelo? ¿Cómo lo recuerdas?

PACÍFICO. Bueno, yo me recuerdo del Bisa en la silla de ruedas, de acá para allá, que no paraba quieto, oiga. Y, por San Pedro, en el pilón, cuando lo bañábamos, chapoteando, que hay que ver cómo la gozaba el hombre.

DOCTOR. Antes me has dicho que también recordabas a otros miembros de tu familia.

PACÍFICO. ¡Qué hacer, doctor! Al Abue, por ejemplo, con la cara plana, bebiendo del porrón y mirando de lado, como los peces.

DOCTOR. ¿Con quién hacías mejores migas, con el Bisa o con el Abue?

PACÍFICO. Parigual, mire. Los dos me contaban historias de cuando sus guerras. Pero eran tan largas que las más de las veces me quedaba dormido. Que me recuerdo que el Bisa se renegaba y le decía al Abue... O sea, le decía una cosa que no está bien que yo se la repita, doctor.

DOCTOR. ¿Qué le decía? Estamos entre hombres, Pacífico, yo no voy a asustarme.

PACÍFICO. Pues decía, verá, decía, a ver si vamos a joderla, Vitálico, este

chico no tiene nada entre las piernas.

DOCTOR. ¿Eso decía?

PACÍFICO. Cabalmente.

DOCTOR. ¿Y no te humillaba que tu bisabuelo dijera eso de ti?

PACÍFICO. A decir verdad, no señor. O sea, yo le oía como quien oye llover. El Bisa hablaba de su guerra y yo, a mayores, nunca me interesé por esos asuntos.

DOCTOR. ¿Pero a qué guerra se refería?

PACÍFICO. Eso no me pregunte, oiga. Lo cierto es que en casa, empezando por el Bisa y terminando por Padre, todos tenían una guerra de que hablar, ¿comprende? Que luego andaba el tío Teodoro, que al decir del Bisa, así que acabaron las guerras aquí, se largó a las Américas a buscar otra.

DOCTOR. Pero digo yo que al hablar de sus guerras mencionarían algún nombre, algún general, alguna batalla.

PACÍFICO. Eso sí, doctor. Por un ejemplo, al Bisa, el general Moriones y el duque de la Torre no se le caían de la boca. Por lo que respecta al Abue, ya se sabe, el Abd-el-Krim y el fuerte de Igueriben, siempre la misma copla. Si le digo mi verdad, doctor, en casa, el único que hablaba de la guerra de verdad, o sea de Brunete, Teruel y esas cosas, era Padre.

DOCTOR. Ya. Y el viejo, ¿qué historias te contaba el viejo?, tu bisabuelo quiero decir.

PACÍFICO. Sólo contaba una, oiga, siempre la misma, desde que nací.

DOCTOR. ¿Y qué es lo que más recuerdas tú de esa historia?

PACÍFICO. Todo, oiga, en particular cuando me contaba lo de la bayoneta. Porque la habilidad del Bisa era la bayoneta, ¿sabe usted? Ya lo decía él: «Lo mío es la bayoneta».

DOCTOR. ¿Y se jactaba de eso?

PACÍFICO. ¿Cómo dice?

DOCTOR. ¿Que si presumía?

PACÍFICO. A ver, sí señor. Él decía que era muy sencillo pero la cuchillada tenía su ciencia, no crea: o sea, tres dedos debajo del ombligo, ¡cuaj!, bayoneta adentro, media vuelta a la derecha y listo. Que los había, hágase cuenta, que agarraban el caño del fusil, y hacían por sacarla, la bayoneta, digo;boberías, ya ve usted, que siempre hará más fuerza el que empuja de la parte de fuera ¿no?

DOCTOR. ¡Qué barbaridad!

PACÍFICO. Y el Bisa, así que terminaba, siempre me decía lo mismo.

DOCTOR. ¿Qué decía?

PACÍFICO. Pues, decía, verá usted, decía: «Y mi abuela tenía un gato con las orejas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez»?

DOCTOR. ¿Desde cuándo comenzó el viejo a contarte esas historias?

PACÍFICO. Desde que nací, oiga. Mire usted, doctor, en realidad, tanto el Bisa como el Abue y Padre lo que querían era que yo fuese un buen soldado así que llegara mi guerra.

DOCTOR. ¿Es que a la fuerza tenías tú que hacer otra guerra?

PACÍFICO. Por lo visto, sí señor, eso decían, que yo me recuerdo al Abue: «Todos tenemos una guerra como todos tenemos una mujer, o sea que no lo dudaban».

DOCTOR. ¡Qué cosas!

PACÍFICO. Pero, ¿quiere usted más? Si no había acabado yo de nacer y ya andaban el Bisa y el Abue hurgándome entre las piernas, con que si era mucho o si era poco.

DOCTOR. ¿Y quién te ha contado a ti esas cosas?

PACÍFICO. ¿Contarme? No señor, de eso me recuerdo yo, como me recuerdo del día que nací, los gritos de Madre, la sangre, la ropa blanca y el resplandor… Tanto miedo me dio que quise dar media vuelta y meterme dentro de Madre otra vez.

DOCTOR. ¿Por qué no lo hiciste?

PACÍFICO. Yo ya me rebullía, doctor, pero no pude; me arrastraba la corriente.

DOCTOR. La corriente… ¡Es curioso! Escucha, Pacífico, yo quisiera creerte, pero eso que me estás contando es pura fantasía… Nadie se acuerda del momento en que nació.

PACÍFICO. Como usted quiera, doctor, pero, después de todo, son cosas que pasan. ¿No nacen terneros con dos cabezas? Y sin ir más lejos, ahí tiene usted al Hibernizo, en la finca de mi tío Paco. Lo ve usted y un manzano como otro cualquiera, ¿no?, y sin embargo, en llegando la primavera, se aletarga. Y en diciembre, cuando todo se encoge, él ¡hala, a florecer! Un lleva-contrarias, que decía Madre.

DOCTOR. ¿Daba fruto regularmente el árbol ese?

PACÍFICO. Pues no había de darlo, natural, todos los años, pero en enero, con las heladas y las nieves. Contra más duro fuera el invierno, más fruto daba. Con la particularidad de que la manzana del Hibernizo es más chica, tal que así, pero conserva el aroma durante años y nunca pudre.

DOCTOR. Verdaderamente es un caso insólito.

PACÍFICO. Pues aún queda lo más chocante, doctor.

DOCTOR. ¿Más chocante?

PACÍFICO. Mis tiritonas, ya ve.

DOCTOR. ¿Qué tiritonas?

PACÍFICO. ¡Cuáles habían de ser!, las mías a cuenta del árbol. De que di en pensar en el frío que pasaría el Hibernizo, así que empezaban las heladas fuertes, me entraba una temblequera que para qué. Que usted no lo creerá, doctor, pero Madre no daba abasto a ponerme mantas y edredones, pero ni por ésas. En dos o tres días no paraba

de tiritar y, al cabo, me levantaba, oiga, me llegaba al huerto de mi tío Paco y ¡tate! Las yemas del Hibernizo habían brotado, ¿entiende?

DOCTOR. ¿Quieres insinuar que tú sentías por el árbol?, ¿que experimentabas los fríos del árbol?

PACÍFICO. Bueno, oiga, yo no digo nada, ¿entiende? Que en la vida ocurren cosas raras, que a todos nos pasan. Y como, al parecer, usted se ha interesado por mí, o sea, por las mías, pues, se las cuento. ¡Que es la primera vez que lo hago, se lo advierto! ¡Que se pinta usted solo para hacerme soltar la tarabilla!

DOCTOR. Pero Pacífico ¿es cierto lo que me cuentas?

PACÍFICO. Tan verdad como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DOCTOR. Si yo no desconfío de ti. Lo único que temo es que tu imaginación te juegue una mala pasada.

PACÍFICO. Es que si usted pone en cuarentena lo de las tiritonas, ¿me quiere decir qué adelanto contándole lo de la bombilla?

DOCTOR. ¿La bombilla?

PACÍFICO. Pues eso, oiga, o sea que de chaval, allí en el pueblo, había días que me levantaba de la cama como si tuviera, tal que así, arriba del pecho, una bombilla.

DOCTOR. Pero... una bombilla, ¿una lámpara de cristal quieres decir?

PACÍFICO. Tal cual, oiga, una bombilla en lugar de corazón. Y el día que tenía la bombilla dentro todo me acobardaba, que ni a moverme me atrevía por miedo a quebrarla. Era una pepla, créame. Todo se me venía a mí. Que ahora me recuerdo que la noche que sentí llorar a la higuera tenía la bombilla dentro.

DOCTOR. Así que lloraba la higuera, ¿eh, Pacífico?

PACÍFICO. Qué hacer, doctor, como un niño. El Abue la había podado por la mañana y ni la vendó siquiera.

DOCTOR. Y tú, ¿qué hiciste?

PACÍFICO. Bajar, natural, a escondidas. Con que según la estaba vendando los muñones, apareció Madre: «¿Qué haces aquí, hijo mío?». Que lo que yo la dije: «Curando a la higuera que lloraba, madre». Y ella: «¿Que lloraba la higuera, criatura?». Bueno, ya sabe usted lo que son las madres. O sea, me llevó a la cama, me arropó, me dio un vaso de ponche y no dijo nada.

DOCTOR. ¿Así es que te daba grima ver podar los árboles?

PACÍFICO. Qué grima ni qué ocho cuartos, doctor, un dolor como si me hubieran escachado los huesos. Allá vería, las manos rojas, hinchadas como morcillas, una cosa disforme, no podía con el dolor, tal como si me hubieran cortado los dedos.

DOCTOR. Curioso, muy curioso... (*El doctor se acerca al armario y saca la botella de anís y las copas*) ¿Una copita de anís? (*Pacífico asiente*). El otro día vi que te gustaba.

PACÍFICO. Ya le he dicho antes que a nadie le amarga un dulce.

DOCTOR. Tu bisabuelo, Pacífico, si peleó en la guerra carlista, tendría un montón de años.

PACÍFICO. Mire, sobre este particular no puedo precisarle. Eso sí, a mi tío Paco le oí decir que el Bisa era contemporáneo de Prim. Que a saber quién sería ese buen señor, pero sí le puedo asegurar que en la vida vi una cara tan arrugada, o sea, tan pellejuda como la del Bisa. Y no le digo nada cada vez que le bañábamos en el pilón, oiga, que, aunque me esté mal el decirlo, tenía arrugas hasta en el culo.

DOCTOR. Oye, Pacífico, y tu familia, ¿de dónde procedía, del Humán o del Otero?

PACÍFICO. Para todos los efectos, los Pérez procedíamos del Humán, nacidos y criados.

DOCTOR. ¿Y qué barrio era mayor?

PACÍFICO. Mire usted, parejos. Que si el Humán, por un ejemplo, tenía cincuenta vecinos, el Otero no pasaría de los sesenta. Allá se andarían.

DOCTOR. ¿Y os llevabais bien?

PACÍFICO. ¡Quia, doctor, ni por pienso! Todo lo contrario. Por un decir, cuando los del Humán mientan a los del Otero siempre dicen esos cabrones, y Dios Padre me perdone. Pero si los del Otero mientan a los del Humán dicen esos hijos de puta, ¿se da cuenta? O sea, en la vida se han visto dos pueblos más juntos y más descuadrillados. Al decir del Abue, eso venía de atrás, las rencillas, digo, de cuando los moros, échele. A mi pueblo le dicen Humán del Otero, pero, en realidad, mi pueblo son dos.

DOCTOR. ¿Y era el Abue quien te hablaba de la guerra de África, no es así, Pacífico?

PACÍFICO. ¿De la guerra de África?

DOCTOR. ¿No era él quien te hablaba de Abd-el-Krim y del fuerte de Igueriben?

PACÍFICO. Ah, eso sí señor. Era una historia curiosa, no crea. O sea, para que me entienda, los moros cercaron el fuerte, pero ellos, o sea el Abue y los suyos, quietos parados, los dejaron arrimar, tal que si el fuerte estuviera vacío, y de repente, el sargento «¡Fuego a discreción, viva España!». Y allí vería el jorco, doctor, ta-ca-tá, ta-ca-tá, la ametralladora y la fusilería, que dice, el Abue, digo, que hombres y caballos rodaban por la arena como moscas, como el pim-pam-pum ese, oiga, una matanza. Que el Abue en su elemento, a ver, «¡Guerra al moro que es de caucho!», se desgañitaba, y así se tiraron más de seis horas, que se dice pronto, que según el Abue el tubo de la ametralladora se le puso al rojo vivo. Pero así y todo, miraba a los muertos y se decía para entre él: «¿No se estarán haciendo los muertos los jodidos estos para arrimarse a la rastra

como culebras?». ¿Se da cuenta, la desconfianza? Y dice que, entonces, les tomaba la mira, a los muertos, digo, y ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá, otra rociada, para asegurarse, por si las moscas; o sea, los remataba.

DOCTOR. Por lo que cuentas, la especialidad del Abue era la ametralladora.

PACÍFICO. Talmente, doctor. Él mismo lo decía: lo mío es la puntería. Y a veces porfiaba con el Bisa, porque el Bisa decía que un muerto a bayoneta bien valía un ciento de los otros.

DOCTOR. ¡Qué cosas, Pacífico! ¿Y tu Padre qué prefería, la bayoneta o la ametralladora?

PACÍFICO. Quite de ahí. Lo de Padre eran las bombas de mano. O sea, para que me entienda, Padre cazaba tanques con las Laffitte. Al decir suyo, él cavaba una trinchera somera, en zigzag, y allí se metía, y así que el enemigo se arrimaba, el tanque, digo, ¡zas!, una botella de gasolina, al morro, y, a seguido, la Laffitte. Dice que no fallaba, el tanque se prendía en un santiamén.

DOCTOR. ¿Y no le disparaban los de dentro?

PACÍFICO. Ande, pues ahí estaba el chiste. Padre aguantaba, o sea los dejaba arrimar tanto que el cañón del tanque no podía bajar más, no daba, ¿entiende? Estaba bien discurrido, no crea.

DOCTOR. ¿También pensaba tu padre que tu guerra no podía tardar?

PACÍFICO. Así es, sí señor. Igual que el Abue que decía: «¡Ay chaval!, ¿puede saberse qué va a ser de ti el día que llegue tu guerra?». Que a Padre se le alcanzó a decir entonces: «Será el primero de casa que la pierda».

DOCTOR. ¿No les dijiste nunca a ninguno de los tres que a lo mejor no había más guerras?

PACÍFICO. Por mayor, una vez se me ocurrió, doctor. Se lo dije tal que así al Bisa, y no quiera saber cómo se puso, oiga, que la guerra estaba en nuestros huevos, y que mientras los hombres tuviéramos huevos, y Dios Padre me perdone, pues eso, habría guerras, ya ve qué formas. Mire, para que se haga una idea, el Bisa, así que llegaba la primavera, se ponía a mirar para los cerros del poniente y no lo dejaba; que, a su decir, las guerras eran fruto del calor, y se quedaba tal que así, como si fuera a ver venir la guerra por la ladera abajo, ¿se da cuenta? Y entonces me decía: «Tu guerra ya no puede demorar, Pacífico; nunca se estuvo tanto tiempo sin guerras». Y así que le dije que no veía el motivo, el Bisa se arrancó a reír, y que apañados estaríamos si las guerras necesitasen un motivo. Bueno, pues de ahí no le sacaba usted. Y si a mí se me ocurría preguntarle, «¿Quién organiza las guerras, Bisa?», él salía con la de siempre: «Las guerras no se organizan, Pacífico, se lían». Total, hablando en plata, doctor, la guerra se armaba como se puede armar un nublado,

porque sí. ¿Se da usted cuenta ahora?

DOCTOR. ¿Y qué pensabas tú de todo eso?

PACÍFICO. Pensar… A mayores, yo me sabía desde niño diferente a ellos. Verá, doctor, el Bisa, el Abue y Padre eran zurdos, mientras yo era diestro, como mi tío Paco.

DOCTOR. ¿Qué tiene eso que ver?

PACÍFICO. Pues no va a tener que ver, tiene usted cada cacho salida. Si ellos eran zurdos y yo diestro es que yo era diferente de ellos, ¿no? Y si a ellos les gustaba una cosa, lo natural es que a mí me gustase la contraria. Todos nacemos marcados, doctor, contra eso no hay quien luche.

DOCTOR. Y cuando tú sufrías al ver podar los árboles les parecerías afeminado, ¿no es así?

PACÍFICO. ¡Qué afeminado, oiga! Marica, maricón, y que Dios Padre me perdone, de lo peor, ¿entiende?

DOCTOR. No aceptaban tu sensibilidad.

PACÍFICO. ¡A santo de qué! Ellos eran peleones de natural, o sea, no cejaban, a ver, lo suyo. Pero, ¿quiere usted más? Si aún me ensuciaba yo las bragas, que no tendría arriba de cuatro años, y ya andaba el Bisa malmetiendo al Abue para que disparase la escopeta orilla la cuna para que me fuera haciendo. Que la primera vez que el Abue disparó, me entró la temblequera, se me desbarataron los ojos y me puse tieso, a la muerte, oiga, que no vea lo que me costó volver. Así que el Bisa, «Este chico al médico», a voces, ¿se da cuenta?, y todo el mundo a callar la boca.

DOCTOR. ¿Al médico? ¿Por lo del desvanecimiento?

PACÍFICO. Por lo del desvanecimiento y por todo lo demás. Que el Bisa se plantó ante don Alfaro y le dijo: «Hablando en plata, doctor, ¿cree usted que se puede ser hombre sin nada entre las piernas?». Así. Que don Alfaro, muy bien mandado, me bajó los pantalones, me tumbó en la mesa, me anduvo mirando y que bien, ¿comprende?, que respecto a ese punto podían dormir tranquilos.

DOCTOR. ¿Y el Bisa?

PACÍFICO. ¡Se lo puede usted imaginar! «Que mire usted, don Alfaro, que este chico es blando, que tiene rarezas, que se le hinchan los dedos si ve podar un árbol o se reniega si catamos las colmenas. ¿Qué coños puede esperarse de una criatura así el día que llegue su guerra?» Que lo que don Alfaro dijo, que si lo que querían era un hombre de empuje, escuelas y oportunidades no habían de faltarme; que bueno estaba el mundo.

DOCTOR. Una persona razonable, ese don Alfaro.

PACÍFICO. Un médico rural, ya ve.

DOCTOR. ¿Y tus abuelos salieron satisfechos?

PACÍFICO. A mayores, no señor, de qué.

DOCTOR. ¿Quieres decir, Pacífico, que nadie en casa estaba de tu lado?

PACÍFICO. Fuera de mi tío Paco, nadie, no señor.

DOCTOR. ¿Tu tío Paco? ¿El que has dicho que era diestro, como tú?

PACÍFICO. Tal cual, doctor. Y por eso tampoco se entendía con su hermano. Allí donde el Abue decía negro, el tío Paco decía blanco. O sea, como el perro y el gato, ¿sabe? Pero, entre usted y yo, doctor, lo peor de todo, es que entre ellos faltaba de aquí.

DOCTOR. ¿Corazón?

PACÍFICO. Llámelo como quiera. Lo que no había es cariño y sin cariño, ya se sabe, dos hermanos peor que dos extraños.

DOCTOR. Entonces tú te llevabas mejor con tu tío que con ningún otro miembro de la familia, ¿no es eso? Exceptuando tal vez a tu madre, claro.

PACÍFICO. A ver.

DOCTOR. ¿La querías mucho?

PACÍFICO. Pues no la había de querer, doctor, si no la había más buena. Ella afanar y callar, ya se sabía. Lo único «ése es bueno o ése es malo» que no se equivocaba nunca, oiga, talmente como en el Juicio Final.

DOCTOR. Tu madre decía de tu tío Paco que era bueno, ¿no es cierto?

PACÍFICO. Tal cual, eso decía, sí señor. Aunque los abuelos decían que era un vago y un zascandil. Pero yo le tenía mucho aprecio a mi tío Paco, ¿sabe, doctor?, que aún le recuerdo caminando carretera adelante, con la visera a cuadros, que yo me pienso que ni para dormir se la sacaba, oiga, muy tieso él, con la cachaba en la mano, ¿entiende?, que lo mismo le servía para espantar un tábano que para aplastar un mato de ortigas.

DOCTOR. ¿Pero tu tío Paco vivía con vosotros?

PACÍFICO. Ni por pienso, oiga. Vivía solo. Con dos docenas de pichones blancos y, al decir de la gente, le mandaba mensajes con ellos, con los pichones, digo, a una mujer de Córdoba, o sea, que era su novia. Pero, a decir verdad, él nunca hablaba de todo eso. Porque mi tío Paco era diferente, eso sí, y además me enseñó una cosa muy importante, doctor.

DOCTOR. ¿Qué te enseñó?

PACÍFICO. Pues, mire usted, a mayores mi tío Paco me enseñó a mirar, que hay cosas que uno tiene delante de las narices y, por lo que sea, no las ve. O sea, por él supe, para que usted me comprenda, que nuestro pueblo era hermoso, que desde lo alto del Crestón veía los tejados del Humán y, alrededor, las ringleras de manzanos. Y abajo, en la cuenca, el Embustes, el río, digo, espejeando con el sol. Y en el cerro, el caserío del Otero, y la parroquia, y las tapias del camposanto, donde fusilamos al Krim. O sea, doctor, para que me entienda, yo aprendí a mirar y usted lo creerá o no, que es muy

libre, pero sólo de ver el mundo yo me sentía como otro, que a días, a saber por qué, me entraba la tristeza y hasta sentía ganas de llorar y todo. Lo mismo que cuando subíamos los días calmos a ver alentar las chimeneas, ¿sabe usted?, que él me decía, mi tío, digo, que el humo de las chimeneas era como la vida, que te pones a ver y nada hay más cierto, doctor. Y tenga por seguro que si a mí me mandaron a la ciudad, a estudiar, a él se lo debo.

DOCTOR. Ya... ¿Cuánto tiempo estuviste en la ciudad?

PACÍFICO. Tres años para cuatro. Aunque volvía en vacaciones, ¿sabe usted? Bueno, aún me recuerdo de la primera vez que regresé al pueblo para la Navidad. ¡Menuda expectación, oiga! El Bisa, así que entré en casa, ni tiempo de besar a Madre, doctor: «¿Qué tal en el colegio?», que yo quieto parado, ni rechistar, que no se me alcanzaba por dónde arrancar, oiga, hasta que de repente me vino así la idea a las mientes y entonces le dije para congraciarme: «¿Sabe usted, Bisa, que una vez hubo en el mundo una guerra que duró cien años?». Que allí le vería, tosió, se puso rojo, medio asfixiado, «Eso no es posible», que yo, «Se lo juro, Bisa, viene en los libros», y el Abue, entonces, relamiéndose, «¡Cien años a tiro limpio!», y yo, «Bueno, no había tiros entonces, Abue», y el Bisa, a voces, ¿entiende?, se desgañitaba: «¡A machetazos, eso es lo mío!; ¡me gusta ese colegio, me gusta ese colegio!». Menudo corro de locos se organizó en un santiamén.

DOCTOR. ¿Y tu tío Paco?

PACÍFICO. Él me preguntó, si no había aprendido más que eso, que fui yo, entonces, y le conté lo de las guerras de preguntas que armábamos en la clase, o sea, unos contra otros, para hacernos caer. Y él decía, «Ya veo que no perdiste el tiempo». Y, en éstas, le solté una ocurrencia que de tiempo tenía yo entre ceja y ceja, doctor, así que le dije: «Tío, ¿es que en la vida hay que ir siempre contra alguien?». Que él dio unos golpecitos con la cachaba, y, al cabo me dijo, «Eso se llama competir», y se quedó mirando al fuego. Y usted no lo creerá, doctor, pero ni por ésas me aclaraba, y le dije, «¿Es que no se puede vivir sin competir, tío?, ¿no podemos ir todos juntos a alguna parte?», y él se acuitó, se agarró a la cachaba y dijo, «Eso todavía no se ha inventado», ¿comprende?, que yo no lo entendí, hasta la tarde que ocurrió lo del Ángel Mari. Pero lo cierto es que el colegio me sirvió de poco provecho, doctor.

DOCTOR. ¿Por qué?

PACÍFICO. De primeras por lo de los lentes. No quiera saber la que se armó en casa cuando don Alfaro me dijo que los necesitaba. Que al Bisa todo se le volvía decir: «¿Visteis en vuestras guerras algún soldado con lentes?».

DOCTOR. ¿Y te pusiste gafas, entonces?

PACÍFICO. Qué hacer, doctor, pero con nueve meses de retraso, no se crea, que para entonces no veía yo un cura en un montón de nieve. Así que entre esto y la raíz cuadrada, que se me atragantó, oiga, que cumplí los diecisiete y andaba en el cuarto curso, o sea retrasado. Pero esto entre usted y yo, que a la Candi, la chica con la que hablaba, la hice creer que tenía el grado.

DOCTOR. ¿No le dijiste la verdad a tu novia?

PACÍFICO. Sobre este particular, no señor; cualquiera, no vea cómo las gastaba. La Candi, para que usted se entere, quería arreglar el mundo y eso de los saberes de cada quien lo llevaba muy en cuenta.

DOCTOR. ¿Y tus relaciones con esa chica comenzaron, dices, sobre los diecisiete años?

PACÍFICO. Quia, no señor, lo de la Candi fue más tardío, sobre los veintiuno. Que me recuerdo, que para entonces, ya había fallecido Madre.

DOCTOR. La muerte de tu madre te dejaría desconsolado.

PACÍFICO. Pues no lo crea, doctor.

DOCTOR. ¿Pretendes hacerme creer que no sentiste dolor con la muerte de tu madre?

PACÍFICO. Pues, a mayores, no señor, ya ve. O sea, sí pené por ella, entiéndame, pero tampoco una pena del otro jueves, no se crea.

DOCTOR. ¿Más o menos que cuando veías podar los árboles?

PACÍFICO. Aguarde, oiga, eran cosas diferentes. Lo de los árboles fue de chaval.

DOCTOR. ¿Y ya no sentías la bombilla en el pecho?

PACÍFICO. No señor; para entonces ni me recordaba de la bombilla.

DOCTOR. ¿Tampoco tiritabas cuando el Hibernizo echaba las yemas?

PACÍFICO. Tampoco, no señor. Cuando falleció mi difunta madre, el Hibernizo ya estaba seco.

DOCTOR. ¿Y en qué momento crees tú que sobrevino el cambio?

PACÍFICO. Digo yo que sería al hacerme hombre, pero a punto fijo no puedo decirle.

DOCTOR. ¿Y qué ocurrió en tu casa a raíz de la muerte de tu madre?

PACÍFICO. ¡Huy, la Virgen! La guerra, doctor.

DOCTOR. ¿Cómo la guerra?

PACÍFICO. Algo parecido a eso, oiga. De primeras, el Bisa nos mandó aviar a todos para ir a enterrar a Madre, pero él no crea que subió. Siempre decía: «Yo al Otero si no me suben, no subo».

DOCTOR. ¿Cómo es posible que tu bisabuelo llevara las cosas a esos extremos? ¿Es que en toda su vida no subió al Otero ni una sola vez?

PACÍFICO. Si quiere que le diga mi verdad, doctor, fuera de la noche que fusilamos al Krim, en la vida vi al Bisa en el Otero. Pero… tampoco se piense que fuera sólo cosa de él.

DOCTOR. ¿Es que los demás hacían lo mismo?

PACÍFICO. Mire, doctor, para que me entienda de una vez, los del Otero y los del Humán, los del Humán y los del Otero no se podían ver ni en pintura. Que ahora me recuerdo de la vez que al cura se le ocurrió decir desde el pulpito que debíamos amarnos los unos a los otros, que todos éramos hermanos de todos porque todos éramos hijos de un mismo Padre. Allá vería, o sea, el Ángel Mari, desde el coro, a voces, ¡menos los del Humán!, ¿comprende? Y a la salida, dese cuenta, le zamarreó y todo al cura, el Ángel Mari, digo, y le dijo, ¿sabe usted lo que le dijo?

DOCTOR. ¿Qué, Pacífico?

PACÍFICO. Pues le dijo, oiga, que si volvía a mentar a los de abajo como hermanos suyos le arrimaba un par de hostias que le iba a recordar de por vida. ¿Cree usted que ésas son maneras, con un religioso además?

DOCTOR. No parece... El Krim, era el perro, ¿verdad?

PACÍFICO. El perro era, tal cual.

DOCTOR. ¿Y cómo fue para fusilarlo?

PACÍFICO. Le juzgaron, ya ve usted, porque se merendaba los huevos que ponían las gallinas. Pero le prevengo que aquello no era nuevo; el Krim desde cachorro tenía esa mala costumbre. Pero una tarde, el Bisa, qué sé yo qué idea le daría, dijo: «Allá en mi batallón a todo el que cogía lo que no era suyo se le ejecutaba en el acto. ¿Por qué no fusilamos al Krim?». Que el Abue ni le dejó terminar: «Yo estoy a la orden, padre». Y así, tan a lo bobo, el Bisa, el Abue y Padre armaron consejo sumarísimo y condenaron al animal.

DOCTOR. ¿Le ejecutaron enseguida?

PACÍFICO. Con el alba, a ver, no había día más cerca. Que allí los vería. Los tres aviados con sus ropas y medallas de cuando sus guerras. Y el Bisa se vino orilla mía y me dijo: «Venga, Pacífico, llama al Krim y vamos para arriba». Que yo le llamé, a ver, y allí vería al animalito tan dócil, cómo iba a imaginarse él. Y el Bisa, «Andando», que yo, «¿Al Otero, Bisa?», y él, «Al Otero; para lo único que sirve el Otero es para matar a un perro». Y para el cerro tiramos, oiga, los cuatro, o sea, los cinco, que había una luna grande como un ruejo y me recuerdo que el Krim no hacía más que gañir, y el Abue y Padre, uno a cada lado, escoltándolo, como si se tratase de un prisionero. Y conforme llegamos al camposanto, el Abue dijo que amarrara al perro a la cancela, que el animalito gañía como un alma en pena, oiga, qué será el instinto. Pero así que fui a vendarle los ojos, que si quieres, por más que lo intenté, él se quitaba el trapo con la pezuña y el Bisa, entonces, se arrancó a reír y «Déjale estar, eso es que los tiene bien puestos», ¿entiende?

DOCTOR. Terrible.

PACÍFICO. Tenía usted que haberlo visto: la luna arriba, el animal orilla la tapia, los cuatro cipreses detrás, y de la parte de acá, tal que así, los tres, el Bisa, el Abue y Padre, con las escopetas, apuntando. Y entonces fue cuando el Abue dijo al Bisa que tenía el mando, pero el Bisa que él no daba la orden porque quería disparar y ellos, o sea, el Abue y Padre, que también querían disparar, que entonces es cuando al Bisa se le ocurrió la idea: «¿Y por qué no da la orden el mozo?», por mí, ¿se da cuenta?, que, bien mirado, yo estaba allí de más, doctor.

DOCTOR. ¿No te resististe?

PACÍFICO. Qué hacer si resistirme, sólo faltaba, pero él, «Es fácil, mira, primero dices "apunten", luego "disparen" y, al cabo de un rato, "¡fuego!", ¿oyes?». Pero yo porfiaba, que lo iba a hacer mal y que por qué no habían de arreglarse solos, pero el Bisa la cogió modorra y dale, y «¿Por qué has de hacerlo mal? ¡Mira que es desconfiada esta criatura!». Así es que quieras que no, me pusieron a orilla de ellos, el Bisa me hizo una seña y yo, «Apunten», que ni me salía la voz del cuerpo, oiga, y los tres la escopeta al hombro, o sea, aculataron. Y el Bisa, entonces, «¡Vivo!», que yo «¡Disparen!», y el Bisa, «Venga», que yo, a ver, «¡Fuego!», que cerré los ojos y me tapé los oídos, pero con eso y con todo, oiga, menudo estampido. (*Larga pausa*). Pero aún faltaba lo peor, doctor. El Bisa agarró la escopeta de Padre y «¡Pégale el tiro de gracia, anda!», me dijo, que yo, «¿Yo?», y el Bisa, «Tú, a ver, te corresponde»...

DOCTOR. ¡Pero...!

PACÍFICO. Y yo agarré la escopeta, se la fijé al Krim tal que así en el codillo, cerré los ojos y disparé, los dos caños a un tiempo, ¿comprende?, que el culatazo fue tan grandísimo que me sentó en las lajas, como lo está oyendo, y ellos, «¡bien, Pacífico!», «¡ya eres un hombre!». Pero, a decir verdad, yo apenas si les oía, que andaba ya vomitando orilla las tapias del camposanto.

Pausa larga.

DOCTOR. ¡Qué horror! A buen seguro no lo pasarías peor en la mili.

PACÍFICO. Bueno, en realidad, a mí la mili no me quitó el sueño, doctor, ésa es la derecha. Me dieron inútil, ya ve. Pero de que me pusieron la vista encima, no crea, que no tardaron ni tampoco cinco minutos. No había acabado de echarme los rayos el doctor y ya el sargento me andaba diciendo: «Tú estás cumplido, muchacho», que yo, «¿Tan pronto?». Y él, «Tienes tres vías de agua: cegato, estrecho de pecho y los pulmones agujereados». Conque esa misma tarde, Padre y yo cogimos el coche de línea y nos volvimos para el pueblo.

DOCTOR. Para los tuyos sería una decepción tremenda.

PACÍFICO. Tampoco crea que tanto, doctor. O sea, de primeras, Padre sí

se puso un poco murrio, pero ya en el coche me dijo: «¿Sabes lo que te digo, Pacífico? Que peores cosas hay en la vida y el día que llegue tu guerra, nadie te quita de ir de voluntario». Eso me dijo.

DOCTOR. ¿Y tus abuelos?

PACÍFICO. Padre los toreó bien, no crea. O sea, así que llegamos, los dos estaban al acecho, pero Padre les voceó: «El general ha felicitado al chico. Dice que ya está enseñado». Y al Bisa se le iluminó la cara, y bailaba la silla que es lo que hacía siempre que se sentía contento.

DOCTOR. ¿Y te pusiste en cura, Pacífico?

PACÍFICO. ¿En cura de qué, doctor?

DOCTOR. Del pecho, ¿de qué iba a ser?

PACÍFICO. ¡A santo de qué, oiga! Padre en jamás de los jamases me preguntó cuáles eran las tres vías de agua.

DOCTOR. ¿Nunca?

PACÍFICO. Nunca.

DOCTOR. Empezaste a trabajar, entonces.

PACÍFICO. Así es, doctor, cataba colmenas pero sin carilla ni humeón, a pelo, ya se lo he dicho.

DOCTOR. ¿Y no te picaban las abejas?

PACÍFICO. ¿De qué, doctor? La abeja respeta a quien la respeta. Y yo nunca saqueé las colmenas, oiga, que si había tres panales agarraba uno y dejaba dos para el enjambre. Yo se lo explicaba a las abejas y ellas tan tranquilas.

DOCTOR. ¿Hablabas tú a las abejas?

PACÍFICO. Talmente, doctor.

DOCTOR. ¿Qué les decías?

PACÍFICO. Eso era lo de menos, oiga. Las hablaba como se puede hablar a un perro, o sea, con cariño. No importa lo que usted pueda decirlas, lo que importa es el tono, o sea que ellas se den cuenta por el tono de que uno está de su parte y no está allí para explotarlas. Que por los celos de barrio, no crea que por otra cosa, al Ángel Mari le picó el amor propio y dijo que lo que hacía un hijo del Humán bien podía hacerlo un hijo del Otero. ¿Se da cuenta? Y sin encomendarse a Dios ni al diablo se puso a catar en pelotas la Hornillera de la Peña.

DOCTOR. ¿Y cómo le fue?

PACÍFICO. Allí le vería, doctor. Como un harnero salió el hombre; como un ecce homo, oiga. Con decirle que el cura tuvo que sacramentarle está dicho todo.

DOCTOR. Se conoce que el Ángel Mari no supo convencer a las abejas. ¿Qué tiempo estuviste de catador?

PACÍFICO. Ponga un par de años. Más no. Si mal no recuerdo dos veranos después se presentó la Candi en el pueblo y entonces se acabaron las colmenas y se acabó todo. Yo no sé lo que me dio la

chavala esa que desde el primer momento me llevó en el pico.

DOCTOR. Dijiste antes que tenías veintiún años cuando conociste a esa chica.

PACÍFICO. Pues sí, o sea, no, doctor, que yo conocía a la Candi cuando era así, de chavala, en la escuela. Pero a esas edades ya se sabe, las chavalas, una raza aparte, que ni las mirábamos a la cara. Pero hablar, lo que se dice hablar, lo que usted dice: yo tenía veintiuno y ella veintitrés; o sea la Candi era más moza.

DOCTOR. ¿Qué quieres decir con eso de que se presentó un verano en el pueblo? ¿Es que no vivía allí?

PACÍFICO. A mayores, no señor. Verá usted, la Candi era hija del señor Bebel, el herrador del Otero, o sea la hermana del Ángel Mari...

DOCTOR. (*Interrumpiéndolo*.) Sí, sí, continúa. Eso ya lo sé.

PACÍFICO. Bueno, pues la Candi, de chavala, así que murió su difunta madre, marchó a la capital, donde unas tías, y no volvió por el pueblo mientras no acabó, ¿lo comprende ahora?

DOCTOR. Mientras no acabó ¿qué?

PACÍFICO. De estudiar, oiga. La Candi tenía estudios.

DOCTOR. ¿Qué clase de estudios?

PACÍFICO. Eso sí que no puedo decírselo. O sea, no lo sé. Ahora, se ponía a hablar y un libro abierto, las cosas como son.

DOCTOR. ¿Y cómo empezaron vuestras relaciones?

PACÍFICO. Talmente en la boda del Parmenio Marrero, durante el refresco. Yo siempre he sido un poco retraído para eso del baile, ¿comprende? Y estaba así, tan ricamente, tomándome un vermú y, en éstas, se me arrima ella, me agarra del brazo y me dice con todo el descaro: «Llévame a dar un garbeo, tú; estoy de sudor y de música hasta los cojones».

DOCTOR. ¿Dijo cojones, Pacífico?

PACÍFICO. Cojones dijo, doctor, por lo más santo se lo juro. ¡Anda, y qué menudo pico se gastaba! Con decirle a usted que el Ángel Mari, su hermano, digo, a su lado, un oblato misionero. ¡Usted no conoce a la Candi!

DOCTOR. ¿De qué fue de lo primero que hablasteis?

PACÍFICO. Pues mire, a decir verdad, me habló de los del pueblo. Que, me recuerdo, que ella me dijo, que el personal de los pueblos tenía el mirar plano, y que si me había fijado en ello. Y yo, que natural, de no ver más que campo, y ella, que mis ojos eran distintos, que digo yo que sería por los lentes, que otra cosa no, doctor, ¿no le parece? Y en éstas llegamos al puente, sobre el Embustes, y ella que a sentarnos. Con que nos sentamos tal que así, en el pretil y entonces yo, por salir del paso, la dije que si había reparado que los ríos hablaban como las personas, que el Matayeguas voceaba y la Salud rutaba y el Lirón cantaba como una mujer, ¿se da cuenta?

Que ella, que muy poético, y sin más ni más, me pasó el brazo por detrás, o sea por los hombros, y me pegó un beso de película.

DOCTOR. ¿Te besó ella a ti?

PACÍFICO. Le choca, ¿eh?, pues con todo el poder, oiga, que no me soltaba, y yo, no sé si andaba constipado, o qué, que por las narices no podía respirar y por la boca no me dejaba ella, o sea que me ahogaba, que no hacía más que decirme para entre mí, aquí la palmas, Pacífico. Y para más, los lentes, ¿se da cuenta?, menuda, se me hincaban tal que así, arriba de la nariz; que no vea qué dolor. Que cuando ella me soltó, si no estaba privado poco me faltaba, se lo juro.

DOCTOR. ¿Y os empezasteis a ver con frecuencia?

PACÍFICO. Todos los días, doctor. Que a mí, salir con la Candi me petaba y me acobardaba, no sé si me explico. O sea, si me petaba es porque estaba rica, y por verla fumar de negro, que no soltaba el cigarro ni por cuanto hay, que era una cosa chocante esa, ¿entiende? Pero luego, me acobardaba lo que decía, las cosas de los libros, o sea, que se burlara de mí. Total, cuatro días, como quien dice, que, al cabo, nos enredamos y ni me fijaba en eso.

DOCTOR. ¿Que os enredasteis? ¿Quieres decir que...?

PACÍFICO. Eso es, sí señor.

DOCTOR. ¿Allí en el pueblo?

PACÍFICO. Bueno, como quien dice.

DOCTOR. Pero ¿os veíais en el pueblo o no os veíais en el pueblo?

PACÍFICO. Sí, doctor, o sea, no.

DOCTOR. ¿En qué quedamos, Pacífico?

PACÍFICO. En realidad nos citábamos en Prádanos, en la sierra, un pueblo abandonado orilla del mío, que estaba en ruinas pero que debió de vivir gente de fuste allí; en tiempos, claro. O sea, que tenía palacios con escudos y arcos en las puertas y una ermita de mucho mérito.

DOCTOR. ¿Y qué impresión le hizo a la Candi cuando la llevaste por primera vez?

PACÍFICO. Bien, oiga. De primeras, se quedó como sin habla, que todo le chocaba, las casas de piedra con los escudos, las camberas cubiertas de madreselvas, que hacía un sol de justicia... Entonces nos llegamos a la plaza del pilón, y un grillo dale, tal que así, doctor, al pie nuestro, que gracias a él, se conocía el silencio, ya ve qué cosas, que para mí un pueblo sin gritos de chavales ni ladridos de perros, ni es pueblo ni cosa que se le parezca, ¿comprende? Y nos sentamos frente por frente del palacio y la Candi se quedó con la boca abierta, tal cual, mirándolo todo, los tres escudos y la balconada de hierro, y luego se volvió a mí y me dijo: «¡Joder, qué maravilla, chico!».

DOCTOR. ¿Siempre utilizaba esas palabras?

PACÍFICO. Qué hacer, Doctor. Si hablaba peor que un carretero. ¡Pero si inclusive, cuando se ponía cariñosa no sabía orillarlas!

DOCTOR. Y tú, ¿qué decías?

PACÍFICO. En esos momentos, nada, ya ve, reír y darme el lote. Yo iba tras lo que iba, y nada más. Después de todo, ella jugaba con las cartas boca arriba, ¿entiende?, que, por un ejemplo, conforme a sus planes, todo el que tuviera que ver con ella, ya sabía que iba para cabrón, y que Dios Padre me perdone.

DOCTOR. ¿Y qué planes eran ésos, Pacífico, si no es indiscreción?

PACÍFICO. Ande, ¿por qué ha de serlo? La Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina. Que, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?, o sea, sin remilgos. De forma que cada chavala pudiera alternar con todos los hombres y viceversa, sin que nadie tuviera derecho a cabrearse. O sea, doctor, si la Candi pensaba así, todo el que tuviera que ver con ella, más pronto o más tarde terminaría con los cuernos, de manera que la comunidad esa, o como se llame, sería una fábrica de cabritos. Ella no engañaba a nadie o engañaba a todos, según se mire.

DOCTOR. Ya. Pero en aquellos momentos, por lo que veo, poco te importaba lo que pensase o dejase de pensar tu novia.

PACÍFICO. Aguarde, que todavía hay más. O sea, la Candi, el primer día, después de mirar el palacio y de andar de acá para allá, como un dominguillo, cogió y se sacó la blusa por la cabeza, luego se quitó los pantalones, y se quedó en cueros vivos, oiga, lo único los playeros, que no vea carnes más ricas, prietas y blancas como las reinetas; que a mí, a ver, la cabeza se me trascordó, lógico, y para remate va y me dice: «Así hemos de volver a vivir, Pacífico, como Adán y Eva en el paraíso, ¡desnúdate!».

DOCTOR. ¡Qué fogosidad! ¿Sin más preámbulos?

PACÍFICO. Nada, oiga. Y con todo el imperio, que ella las gastaba así.

DOCTOR. Y, ¿te quedaste desnudo?

PACÍFICO. Aguarde, no corra tanto, primero me saqué la faja, que no vea que calamidades, oiga, que si no me daba diez vueltas no me daba ninguna, luego me saqué los pantalones y la camisa. Que un servidor, ya usted lo habrá advertido en los reconocimientos, siempre ha sido un poco pechiliebre, o sea, la espina me arma tal que así, entre las tetillas, como una punta, ¿no?, de forma que me dejé la elástica y los calzoncillos. Que no vea la Candi, oiga, así que me vio, a pitorrearse, ¿entiende? Pero yo ya andaba encendido, doctor, y me arranqué tras ella y, conforme llegamos al pilón, ella se metió dentro, y me salpicaba, y a reír, que el agua la escurría por la canal de los pechos, y yo me ponía loco, natural, pero así que intenté arrimarme, ella brincó una tapia, y yo detrás, que yo creo

que ni las manos puse, oiga, como un carnero. Y la emprendió a correr cambera abajo, riéndose, que no paraba de reír, que el eco del monte repetía su risa y era aún peor, doctor, que yo, ¡aguarda, Candi!, y ella a reír, y la risa, y el eco… Aquello era para volverse loco, doctor, como un mal sueño, o sea, de los de lo verás pero no lo catarás, para que me entienda. Y, en éstas, apareció encima de una tapia, la Candi, digo, con una vara de fresno en la mano, toda desnuda, imagine, tan viva entre las cosas muertas, que yo, ¡aguarda, Candi!, a voces, casi lloraba. Y otra vez a la carrera, ¿se da cuenta?, como quien dice jugando al escondite. Pero ella resollaba ya, doctor, y yo, para qué voy a decirle, ni podía con mi alma, que ésa es otra. Y, en éstas, la Candi brincó sobre las ruinas del palacio y la emprendió escalera de caracol arriba y yo detrás, doctor, ciego, natural, y, conforme alcanzamos la salona, se arrancó una torcaz con un aleteo del demonio, y ella se asustó, o sea, dio media vuelta y entonces la atrapé, ¿entiende?, que ella reía, y resollaba, que ni hablar podía, y allí mismo, doctor, entre la palomina y las telarañas… pues eso.

DOCTOR. ¡Vaya, hijo! Sí que fue una conquista laboriosa.

PACÍFICO. Calcule.

DOCTOR. ¿Y cambiaron algo las cosas con la posesión?

PACÍFICO. No se me alcanza bien lo que quiere decir, oiga.

DOCTOR. Quiero decir que si después de lo de la salona continuaron las cosas como estaban.

PACÍFICO. Más o menos, Doctor.

DOCTOR. Pero, concretamente, ¿cuáles solían ser vuestros temas de conversación?

PACÍFICO. Pues no sé, oiga. De los prejuicios sí me recuerdo que hablábamos a menudo. Que me decía todo el tiempo: «No hay tipo con más prejuicios a cuestas que mi hermano Ángel Mari».

DOCTOR. ¿Qué te decía del Ángel Mari?

PACÍFICO. Decía, verá, decía: «Fíjate si será bestia el Ángel Mari que si un día nos pillara así, sería capaz de matarte».

DOCTOR. A ver, a ver, Pacífico, ¿te anunció la Candi que su hermano sería capaz de matarte si te sorprendía con ella?

PACÍFICO. ¿Anunciarlo, dice?, tampoco se ponga usted así. Ella dijo eso, como decía otras cosas, como decía, por ejemplo, que la renegaba ser mujer. A ver si me explico, no es que la renegase ser mujer, sino que las mujeres, como ella decía, fueran un cero a la izquierda, ¿entiende? Ella era gustosa de ser diferente de los demás. Que, no se me olvidará la tarde que sacó de palacio una capa, negra de un lado y roja del otro, toda apolillada, y la emprendió a correr cambera abajo. Que, conforme corría, enseñaba las cachas, primero la una y luego la otra, ¿se da cuenta? Y a mí estas cosas, doctor, no sé si

porque era nuevo, o qué, me ponían loco, la verdad, que al mismo infierno hubiera bajado. Aquella mujer me tenía encoñado, Doctor. Ésa es la derecha.

DOCTOR. Y tú ¿no sentías remordimientos?

PACÍFICO. ¡Qué hacer, doctor, cada noche! Pero, a la mañana, ver a la Candi y olvidarme de ellos era todo uno. Que yo, sin ella, no era nada, un guiñapo, como suele decirse. Y ya es sabido que si el uno necesita del otro, el otro abusa del uno, natural, es ley de vida. O sea, se aprovecha.

DOCTOR. Una cosa, Pacífico: ¿nunca hablasteis de un futuro para los dos, al margen de la comuna?

PACÍFICO. Mayormente, no señor. O sea, mientras la Candi no quedó preñada, ni lo mentó.

DOCTOR. Y cuando supo que estaba embarazada, ¿qué dijo?

PACÍFICO. De primeras quería estropear el fruto, ¿entiende? Pero al día siguiente cambió de parecer y habló de casarse conmigo y alumbrar la criatura.

DOCTOR. Y tú, ¿qué respondiste?

PACÍFICO. Que calma, a ver. Que me lo pensaría.

DOCTOR. ¿Te asustaba la responsabilidad de un hijo?

PACÍFICO. ¿La criatura? No señor, de qué. Pero estaba lo otro, o sea, lo de cabrón, compréndalo, que no era cosa de broma, que ella misma lo advertía, que el que se juntase con ella iba para cabrón y que Dios Padre me perdone.

DOCTOR. ¿La Candi ya estaba encinta cuando ocurrió lo del Ángel Mari?

PACÍFICO. Talmente Doctor.

DOCTOR. ¿Y dónde estabais vosotros cuando os sorprendió?

PACÍFICO. En la braña, tal que así, sentados en la hierba, como de costumbre.

DOCTOR. ¿Desnudos?

PACÍFICO. Bueno ella, la Candi, digo, sí señor, desnuda andaba. En lo que a un servidor respecta, tenía la elástica y los calzoncillos puestos.

DOCTOR. Perdona la indiscreción, ¿qué hacíais en ese momento?

PACÍFICO. Nada especial, oiga. O sea estábamos sentados al sol tranquilamente, mondando piñones.

DOCTOR. ¿Mondando piñones?

PACÍFICO. Piñones tostados, sí señor, de esos que tienen una rajita por medio; que se abren con una navaja.

DOCTOR. Es decir, que tú tenías la navaja en la mano.

PACÍFICO. En la mano, sí señor.

DOCTOR. Y él, ¿no te amenazó al llegar?

PACÍFICO. No señor, de eso nada. Lo único que dijo el Ángel Mari fue: «Esto ya me lo tenía yo mamado, cacho zorra, hada con el

sietemesino este del Humán». Eso dijo, ni más ni menos.

DOCTOR. ¿Pero tu novia no te había dicho en Prádanos una vez que si el Ángel Mari os encontraba en la forma que os encontró sería capaz de matarte?

PACÍFICO. Si quiere que le diga la verdad, doctor, para entonces ni me recordaba que el Ángel Mari me hubiese jurado la vida.

DOCTOR. ¿Y no te la guardaría por lo de las colmenas? Según las declaraciones del juicio, él llevaba un palo en la mano...

PACÍFICO. Una garrota, sí señor, tal que así, en la mano derecha. Pero no me amenazó con ella ni nada. El Ángel Mari apartó las salgueras y se quedó mirándome todo el tiempo.

DOCTOR. Y tú, ¿qué sentiste tú en ese momento?

PACÍFICO. Frío, ya ve. Con unas cosas y otras se había levantado el relente y yo había escondido la faja debajo de las mimbreras.

DOCTOR. Pero estarías ofuscado, me imagino.

PACÍFICO. Ya está usted como el abogado. No señor, le digo a usted que no estaba ofuscado.

DOCTOR. (*Un tanto nervioso*). Está bien, de acuerdo, ¿qué hiciste entonces?

PACÍFICO. Me puse de pie, tal que así, y le tiré un viaje con la navajilla, ¿se da cuenta?, al Ángel Mari, digo. No hubo más.

DOCTOR. ¿Y qué hizo él...?

PACÍFICO. Nada, oiga, ni tiempo tuvo. O sea, soltó la garrota y se llevó las manos al pecho, natural, donde le había pinchado. Sólo dijo: «Me ha matado». Luego cayó al suelo, hecho un gurruño, meneó un poco las piernas y al rato se quedó quieto.

DOCTOR. Atiende, Pacífico, ¿no era tu navaja como un juguete, un instrumento apropiado para abrir piñones y poco más?

PACÍFICO. Ande, a ver, si no tendría ni cuatro dedos de hoja. Todo eran cachas.

DOCTOR. ¡Pues al agredirle con un arma tan inocente, está claro que tú no pretendías matarlo! Fue pura fatalidad...

PACÍFICO. Puede que fuera como usted dice, Doctor. Ahora, cuando le espeté, yo iba derecho a por él; pero con todo el poder, ¿eh?, las cosas como son.

DOCTOR. (*Se va poniendo más nervioso*) ¿No sería el afán de deslumbrar a la Candi lo que te empujó a agredirle?

PACÍFICO. Eso no, doctor. Yo sacaba de ella lo que quería. No necesitaba más.

DOCTOR. Pero en cualquier caso, Pacífico, después del pronto, te acercarías a auxiliar al Ángel Mari, ¿no?

PACÍFICO. Está usted muy equivocado, doctor. Lo mío no fue un pronto, ya se lo dije entonces al abogado y así lo dije también en el juicio.

DOCTOR. (*Se levanta*). Así fue, Pacífico, y así te cayeron los veinte años

de condena. Pero es que dentro de quince días te van a volver a acusar. Esta vez de reincidencia, ¿comprendes? Y eso es más grave. ¿No sería el momento de hacer ver a los jueces que tú no tuviste intención de matar al Ángel Mari?

PACÍFICO. Pero eso no es cierto, doctor.

DOCTOR. (*Desarmado*). Está bien, Pacífico. (*Breve pausa*). ¿Qué sentiste al pinchar al Ángel Mari?

PACÍFICO. Que era fácil, mire.

DOCTOR. ¿Nada más?

PACÍFICO. Bueno, y que era blando. Más blando de lo que yo me imaginaba, doctor. (*Larga pausa*).

DOCTOR. ¿Cómo es posible que se te hinchen los dedos cuando ves podar un árbol y luego puedas matar a un hombre en frío, sin sentir un estremecimiento? (*Pausa*). Vamos a ver, Pacífico y, por favor, no contestes a la ligera, ¿es cierto que cuando tú apuñalaste al Ángel Mari, él no te había agredido?

PACÍFICO. Cierto, sí señor.

DOCTOR. Pero, aunque después de apuñalarlo no le echases una mano, algún tipo de remordimiento sí sentirías ¿no?

PACÍFICO. A mayores, ninguno, no señor.

DOCTOR. ¿Cómo te explicas que unas semanas antes sintieras remordimientos por tus excesos carnales y no los sintieras después de matar a un hombre? ¿Tan rematadamente malo te parecía el Ángel Mari?

PACÍFICO. Hombre, como dañino sí era dañino el Ángel Mari, ¿a qué vamos a negarlo? Pero eso no hace al caso, oiga. O sea, talmente me hubiese pasado lo mismo con otro.

DOCTOR. Y entonces, ¿qué hiciste?

PACÍFICO. Pues mire, me recuerdo que aparté a la Candi que me andaba zamarreando, me llegué donde las mimbreras y me puse tranquilamente la faja y los pantalones. Luego me llegué al cuartelillo, donde el sargento Metodio y se lo dije, o sea, le dije: «Sargento, he matado al Ángel Mari, me doy preso», ¿comprende?

DOCTOR. Comprendo, Pacífico, pero ¿cómo es posible que te marcharas de allí sin mirar siquiera el cuerpo de la víctima?

PACÍFICO. Eso no, doctor. Mirarle, sí le miré, al Ángel Mari, digo. Que en el pecho, conforme se mira, al lado izquierdo, tenía un ojalito negro. Pero que apenas si sangraba ni nada, oiga.

DOCTOR. Y la Candi ¿qué hacía?

PACÍFICO. Lloraba.

DOCTOR. Lloraba, ¿eh? ¿Y no te acusaba?

PACÍFICO. Sí y no, oiga. O sea, ella, la Candi, digo, decía «Le has matado, Pacífico», ¿se da cuenta?

DOCTOR. Está bien. Y el Bisa, tu padre y el resto de la familia, ¿cómo se

enteraron?

PACÍFICO. El sargento Metodio les mandó razón.

DOCTOR. ¿Fueron a verte?

PACÍFICO. Qué hacer, uno por uno pasaron por el cuartelillo, como había ordenado el sargento.

DOCTOR. ¿Y qué te dijeron?

PACÍFICO. El Bisa, por mayor, que por los síntomas lo mío iba a ser la bayoneta. Eso dijo. En cuanto al Abue, que bien, pero que mejor hubiera aguardado a que se abriera la veda.

DOCTOR. ¿La veda?

PACÍFICO. La veda, tal cual, sí señor. O sea que el matar hombres como el matar jabalíes había que hacerlo a su tiempo. Que uno mata en enero un jabalí, pongo por caso, y le dan un premio, pero lo mata en julio y lo mismo le toca penar por ello. Pues con los hombres, parejo, doctor. Uno los mata en la guerra y una medalla, pero los mata en la paz y una temporada a la sombra.

DOCTOR. ¡Qué cosas, hijo! Y la Candi, ¿no se arrimó por el cuartelillo?

PACÍFICO. Ella no, señor.

DOCTOR. ¿Y después? ¿Qué pasó con la Candi?

PACÍFICO. Que dio a luz, eso pasó. Pero yo no conocí a la criatura hasta que ella, la Candi, digo, fue a visitarme al penal.

DOCTOR. Te emocionaría el ver a tu hijo.

PACÍFICO. A mayores, no señor. Sentí pena.

DOCTOR. ¿Pena?

PACÍFICO. Sí señor. De siempre me dieron pena los niños de pecho, a saber por qué. Cuando más el mío, ya ve, en la situación que yo andaba.

DOCTOR. ¿Y no volvió ella a hablarte de sus planes?

PACÍFICO. ¿Del casorio, dice? Qué hacer, oiga. Me dijo de casarnos en la misma cárcel, que lo que yo la dije: «La criatura no merece un padre preso». ¿Qué sabe lo que me contestó? Que más valía tener un padre preso que no tenerlo.

DOCTOR. ¿Estás cansado?

PACÍFICO. ¿Cansado? No señor, de qué.

DOCTOR. Una cosa, Pacífico. No hemos hablado de tu ingreso en aquella cárcel. ¿Qué impresión te hizo ver caer el rastrillo detrás de ti?

PACÍFICO. Bien, oiga, o sea, me dije para entre mí: «Ya puedes vivir tranquilo, Pacífico».

DOCTOR. ¿Es que te dio sensación de seguridad el rastrillo?

PACÍFICO. Exactamente, sí señor.

DOCTOR. Y luego, ¿cómo fue el proceso, el juicio quiero decir?

PACÍFICO. Pues cada uno por su lado, doctor, ya se puede imaginar.

DOCTOR. ¿Cómo cada uno por su lado?

PACÍFICO. Pues eso, oiga, que el abogado armó las cosas a su gusto, o

sea que el Ángel Mari era un criminal, que me había provocado porque no quería que hablase con su hermana, ¿comprende? De modo que andaba tras mío con una garrota por todas partes. Y conforme dio conmigo, yo anduve más listo y en lo que él levantaba la garrota, yo lo rajé con la navaja de los piñones. O sea, que inocente, legítima defensa y esas cosas.

DOCTOR. Ya, ¿y el fiscal?

PACÍFICO. Otro tanto, pero al revés, para que me entienda. Que yo al Ángel Mari le había jurado la vida, y que lo de los piñones fue una disculpa para tener la navaja siempre a mano y poder montarme una coartada. O sea que culpable y, por si no fuera bastante, con premeditación y alevosía.

DOCTOR. ¿Y tú qué les dijiste?

PACÍFICO. Pues la verdad, oiga. O sea, que ni el abogado ni el otro señor, el cojo, llevaban razón. Bueno, pues no quiera saber el alboroto que se armó por una cosa tan tonta. Que allí se enzarzaron, o sea el abogado y el otro; que el uno voceaba que si yo había confesado no había nada que objetar, y el otro, que nones, que un examen pericial médico, que lo que yo había hecho oponiéndome a la defensa demostraba bien claro que tenía la cabeza trascordada.

DOCTOR. ¿Accedió la sala al examen médico?

PACÍFICO. Qué hacer, sí señor, muy atentos. Mire, de don Luis María, el psiquiatra, no me puedo quejar. Él quería demostrar a toda costa que yo estaba chalado, ¿se da cuenta?, o sea tenía buena intención.

DOCTOR. Te haría muchas preguntas.

PACÍFICO. Ande que por preguntar no quedaría. Don Luis María me preguntó hasta por la madre que me parió.

DOCTOR. ¿Fuiste sincero?

PACÍFICO. A ver, doctor.

DOCTOR. ¿Le contaste que te acordabas del día que naciste?

PACÍFICO. Eso, no señor.

DOCTOR. ¿Por qué se lo ocultaste?

PACÍFICO. No se lo hubiera creído, oiga. ¿Para qué iba a perder el tiempo?

DOCTOR. ¿Le dijiste que cada vez que veías podar un árbol se te enconaban los dedos de las manos?

PACÍFICO. No señor, eso tampoco.

DOCTOR. ¿Y que a veces sentías llorar a la higuera en el corral?

PACÍFICO. Esas cosas ni las menté, no señor. Yo me maliciaba que si le contaba a don Luis María esas historias, acabaría diciendo que estaba chalado.

DOCTOR. ¡Pues de eso se trataba, Pacífico! Desde el momento en que el tribunal decide someterte a un examen médico, y dices lo que quieres y callas lo que te da la gana, le desorientas y las

conclusiones son falsas, ¿me comprendes? (*Pausa*) ¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa?

PACÍFICO. Mire, si algo siento es el haberme ido del pico con usted.

DOCTOR. Tampoco es eso, Pacífico. No necesito decirte que sin tu consentimiento yo no diré una palabra. Puedes estar tranquilo. En cuanto a las cintas, no saldrán de aquí mientras tú no lo autorices, ya lo sabes.

PACÍFICO. Pero, ¿de verdad se piensa usted que yo esté chalado?

DOCTOR. Tú no puedes saber si estás o no estás loco.

PACÍFICO. ¿Es cierto eso, doctor? ¿Puedo yo estar chalado sin saberlo?

DOCTOR. Escucha, Pacífico. Una sensibilidad extremada o una inestabilidad emocional no significa que estés chalado.

PACÍFICO. Pero yo no estoy chalado, doctor. Se lo juro por mi madre.

DOCTOR. Naturalmente que no, Pacífico. ¿Digo yo lo contrario?

PACÍFICO. Se lo piensa y basta.

DOCTOR. ¿Quién te dice que yo piense que estás perturbado?

PACÍFICO. Bueno, vamos, o sea, usted se piensa que si yo le cuento a don Luis María lo que le he contado a usted, él hubiera dicho que yo estaba chalado.

DOCTOR. Anda, olvídalo y vamos al meollo del asunto. El informe fue que no estabas perturbado.

PACÍFICO. No lo estaba, no señor, estaba cuerdo. De forma que me cayeron veinte años y un día.

DOCTOR. Y te internaron en el sanatorio de Góyar.

PACÍFICO. Talmente, sí señor. Una vez que me vieron el pecho me enviaron al sanatorio penitenciario.

DOCTOR. ¿Qué impresión te produjo?

PACÍFICO. Bien, mire, con eso de que andábamos del pecho, parece que había otra consideración. Que a mí, me pusieron en una celda con otros tres, todos bacilíferos: el Patita, el Capullo y don Santiago.

DOCTOR. ¿Delincuentes comunes?

PACÍFICO. Comunes todos ellos, sí señor; y bacilíferos, natural. El Patita penaba por hombría. Ya ve usted qué cosas tiene la vida. Mató a un compañero que quería abusar de él en un taller de Granada. Veinte años le cayeron, artículo 406. Que lo que don Santiago decía, oiga: «Patita, tú no eres un delincuente, eres un regenerador social».

DOCTOR. ¿Un regenerador social? ¿Eso decía?

PACÍFICO. Tal cual, doctor. En cuanto al Capullo, mató a su señora con un canivete, pero la señora andaba preñada de otro y ya sabe usted lo que pasa con estas cosas: parricidio y aborto, veintitrés años y ocho meses, más accesorias; una exageración. Que lo que el Capullo decía, que qué más hubiera querido él que haber salvado a la criatura...

DOCTOR. ¿Y tú, Pacífico? ¿Contabas tú lo del Ángel Mari?

PACÍFICO. A ver qué remedio.

DOCTOR. ¿Y qué decían tus compañeros?

PACÍFICO. ¿Quiere la verdad?

DOCTOR. Naturalmente.

PACÍFICO. Pues que dejara quieto al Ángel Mari y contase lo de la Candi.

DOCTOR. ¿Es que contaste también tus relaciones con la Candi?

PACÍFICO. Una tarde solté el mirlo, ya ve, que ni cuenta me di, y conté lo de Prádanos, cuando ella corría desnuda por las camberas. Y luego, cuando quise dar marcha atrás, ya no era el caso.

DOCTOR. ¿Por qué?

PACÍFICO. Aquello les gustaba más que comer con los dedos, doctor, no quiera saber, que había días que el Patita me hacía referir tres veces la misma historia.

DOCTOR. Y don Santiago, ¿qué pintaba allí don Santiago?

PACÍFICO. Andaba también del pecho.

DOCTOR. Digo preso. ¿Por qué delito estaba encerrado?

PACÍFICO. A punto fijo no lo sé, doctor, pero al decir de radio petate, don Santiago cometió una estafa de cien millones y andaba tan ricamente en el Brasil tocándose la barriga. Pero un día se enteró de que iban a condenar a otro por esa estafa, a un inocente, ¿se da cuenta?, y entonces agarró un avión y se presentó en Madrid; «Señor juez, yo soy el autor de esa estafa», dicen que dijo. Y el juez: «A ver, los cuartos». Y don Santiago: «Eso sí que no; de cuartos, nada». ¿Comprende? O sea, don Santiago dejó bien guardado el dinero y si se entregó fue para que no penase un inocente.

DOCTOR. Esa historia no se la cree ni un niño, Pacífico.

PACÍFICO. Mire, por mí... Yo no digo nada, pero cuartos ya tenía don Santiago, ya, que hay que ver cómo vestía y las comidas que le servían de un bar del pueblo, con camarero y todo, oiga. ¿Cree usted que eso no cuesta dinero? Don Santiago era abogado. Y miraba por los demás, que en la galería no vea, don Santiago por aquí, don Santiago por allá. Todo el mundo a pedirle consejo. Que a la legua se veía que era de gente bien, doctor, no vea qué presencia, que yo, la verdad, verle y recordarme de mi tío Paco fue todo uno. Pero don Santiago andaba muy cogido del pecho, tosía todo el tiempo, y había días que para bajar al patio tenía necesidad de un taxi.

DOCTOR. ¿Un taxi?

PACÍFICO. Aguarde, doctor, allí le decíamos taxi a las costillas, para que lo sepa. O sea, bajábamos a don Santiago a cuestas, como a los niños. Y unas veces nos daba un duro por el servicio y otras no nos daba nada, según. Y si quería tomar un café donde el director o el jefe de servicios, tampoco crea que necesitaba recomendaciones. El dinero es muy amable, doctor.

DOCTOR. ¿Recibía don Santiago muchas visitas?

PACÍFICO. Sí señor, a menudo. De una mujer.

DOCTOR. ¿Por qué sabes tú que era una mujer?

PACÍFICO. El Capullo la vio dos veces, oiga. Además no hacía falta verla, que conforme volvía, olía a perfume que tiraba para atrás. Don Santiago, digo.

DOCTOR. ¿Se veían en el locutorio?

PACÍFICO. Quia, no señor. En el taller, orilla el economato, de la parte de atrás, a solas. Don Santiago estaba muy considerado.

DOCTOR. ¿Qué vida hacíais allí?

PACÍFICO. ¿Qué quiere que le diga? Ordenada, ya ve. O sea, los bacilíferos llevábamos trato especial. Que, por un ejemplo, si a usted no le petaba, no se levantaba de la cama ni para comer. Por lo demás, entrábamos y salíamos a capricho y, por las tardes, a la galería, a tomar el sol, tan ricamente, a mirar y platicar. ¿Qué más íbamos a pedir?

DOCTOR. ¿Nunca sentiste envidia de ver a la gente trajinando por las calles del pueblo?

PACÍFICO. A decir verdad, no señor, al contrario. Cada vez que les echaba la vista encima, me decía para entre mí: De buena te has librado, Pacífico.

DOCTOR. Fuera del penal ¿te sentías amenazado?

PACÍFICO. Pues no había de sentirme, natural.

DOCTOR. ¿Te encontrabas más seguro dentro?

PACÍFICO. Qué hacer, doctor, ni comparar.

DOCTOR. Pero, si tan a gusto estabas, ¿puede saberse por qué te fugaste?

PACÍFICO. Porque los planes se torcieron, sólo por eso.

DOCTOR. Pero ¿no participaste tú en la excavación del túnel?

PACÍFICO. En el túnel, sí señor, pero eso fue de grado, o sea, por compañerismo.

DOCTOR. No te entiendo.

PACÍFICO. Pues está claro como la luz bendita, oiga. O sea, don Santiago me habló, muy prudente el hombre, de que estaban cavando un túnel para escapar y que si quería hacer algo por los demás, ahí tenía una oportunidad, que lo que yo le dije, que si había que echar una mano, yo gustoso, a ver, que contaran conmigo.

DOCTOR. Es decir, que os pusisteis de acuerdo.

PACÍFICO. Aguarde, nos pusimos de acuerdo para arrimar el hombro, eso sí, pero ya le participé que yo no me largaría; o sea, que estaba a gusto en el penal; ése fue el trato. Y esa misma tarde don Santiago me puso a topear.

DOCTOR. ¿A topear? ¿Quieres decir que te metiste en el agujero?

PACÍFICO. A ver, sí señor.

DOCTOR. Un buen remedio para el pecho, ¿no es cierto?
PACÍFICO. Calcule.
DOCTOR. ¿Cómo organizabais el trabajo? ¿Por turnos?
PACÍFICO. Por turnos, sí señor. Don Santiago lo tenía todo pensado. A las ocho, después del desayuno entraba por un ejemplo el Capullo; a la una, después del almuerzo, el Patita y, luego de la retreta, el tercero, o sea, digamos un servidor, pero el último que entraba ya se sabía, se tiraba allí dentro hasta el alba.
DOCTOR. ¿Y no te angustiaba la soledad?
PACÍFICO. ¿De qué, oiga? Mejor. Que lo mismo daba en imaginar al Hibernizo florecido entre la nieve, que miraba alentar las chimeneas del Humán, que recordaba el olor de las manzanas. Porque lo crea o no, para mí, mi pueblo, así, de lejos, es ese olor, o sea, el olor de las manzanas. Que, cierro los ojos, doy en pensar en aquel olor y entonces parece como que me volviera el ánimo.
DOCTOR. El caso es que pasabas una noche de cada cuatro en vigilia, tragando polvo.
PACÍFICO. A decir verdad, de cada tres, doctor, porque don Santiago no topeaba. Él llevaba la dirección. Tenía el plano y decía lo que habíamos de hacer, ¿entiende?, si rascar de arriba, de abajo o de los lados. Lo que es una dirección.
DOCTOR. ¿Con qué rascabais?
PACÍFICO. Mire, por mayor, con los rabos de las cucharas y las herramientas que nos pasaba la mujer.
DOCTOR. ¿Qué mujer? ¿La del perfume?
PACÍFICO. A ver, la de siempre.
DOCTOR. Ya. Y así que terminasteis el túnel, ¿quién te obligó a marchar?
PACÍFICO. Como obligarme nadie, doctor. O sea, don Santiago me lo aconsejó una vez que mató al Vegas, el vigilante. Le pegó un testarazo con la barra con la que topeábamos, y le dejó tieso.
DOCTOR. (*Con auténtica sorpresa y recalcando las palabras*) ¡O sea que el que mató al vigilante fue don Santiago!
PACÍFICO. Don Santiago, sí señor.
DOCTOR. ¿Y has esperado hasta ahora para decirlo?
PACÍFICO. Pero esto para entre usted y yo, no se vaya a ir de la lengua. Que una vez que el Vegas cayó muerto lo metieron en mi petate y don Santiago me dijo: «Apura, hijo, tú te vienes con nosotros». Que lo que yo le contesté: «Eso ni lo sueñe». Y él insistió: «No te puedes quedar aquí. Te harían cantar». Y lo que yo le dije: «Aunque así sea, don Santiago». Que agarró la barra y me dijo: «Rápido, hijo, decide. Si no vienes con nosotros, tendré que golpearte».
DOCTOR. ¿Te amenazó con golpearte con la barra?
PACÍFICO. Con la barra, natural.

DOCTOR. Es decir, o te fugabas o te mataba.

PACÍFICO. Él nunca habló de matarme, no la líe.

DOCTOR. Tú dirás.

PACÍFICO. Él sólo dijo que tendría que golpearme. Y, claro, enseguida me determiné y le dije que de acuerdo, que me iba con ellos. Así es que me quité los pantalones y nos largamos.

DOCTOR. ¿En calzoncillos?

PACÍFICO. A ver, se había puesto a nevar y don Santiago dijo que con la nieve lo mejor era la ropa blanca.

DOCTOR. Vamos, que don Santiago lo tenía todo previsto.

PACÍFICO. Más o menos. El plan era dejar la cerviguera tal que así, a mano derecha y coger el mixto de las dos y diez, en el repecho de la estación. Pero al difunto Capullo lo apiolaron a poco de salir del túnel, ¿se da cuenta? Y la guardia, ya sobre aviso, alcanzó al Patita de un balazo en el recodo. Y entonces es cuando don Santiago me dijo de separarnos y mientras él tiró cerviguera arriba yo me metí en el cembo, camino de la estación, que fue entonces cuando sentí ponerse en marcha un motor en el cerro, que yo pensé para entre mí, ya estamos rodeados.

DOCTOR. (*Con mucha intención*) ¿Y no se te ocurrió que pudiera ser don Santiago?

PACÍFICO. ¿El del coche?

DOCTOR. Naturalmente, Pacífico. La mujer le esperaba en la carretera del alto con la ropa y un automóvil para escapar. Don Santiago nunca pensó coger el tren con vosotros.

PACÍFICO. ¿Quién le ha dicho eso? Usted la tiene tomada con don Santiago.

DOCTOR. Está más claro que el agua Pacífico… Y una vez te dejó solo, ¿qué hiciste?

PACÍFICO. A mayores, al llegar orilla de la estación, estaba tiritando, y me ovillé en un montón de estiércol. Qué alivio, oiga, que fue meterme dentro y un calorcito piernas arriba, que no vea. ¡La gloria bendita! Allí me atraparon. Ni tiempo me dieron de ver pasar el tren.

DOCTOR. ¿Dónde te llevaron?

PACÍFICO. De primeras al depósito, para reconocer los cadáveres, o sea, el Vegas, el Patita y el Capullo. Pero como a don Santiago no le habían pescado, todo se les volvía preguntarme por él.

DOCTOR. ¿Y por qué no dijiste entonces que fue don Santiago el que mató al vigilante?

PACÍFICO. Ya ve, no quise hacerle mal tercio.

DOCTOR. Y el Patita y el Capullo, si estaban muertos, ¿por qué no les echaste las culpas?

PACÍFICO. Porque no era cierto, oiga. ¿O es que para usted eso de

mentir con los muertos no rige?

DOCTOR. ¿Y entonces qué dijiste?

PACÍFICO. No dije nada.

DOCTOR. ¿Y al abogado? ¿Tampoco le has dicho nada?

PACÍFICO. No señor.

DOCTOR. Pero ¿es que no quieres darte cuenta de la gravedad de la situación, Pacífico? Van a condenarte por un delito que no has cometido. Y ya te he dicho lo que es morir en garrote vil.

PACÍFICO. Razón no le falta, doctor.

DOCTOR. Pues aún estamos a tiempo de evitarlo: basta que declares formalmente que don Santiago mató al vigilante con la barra.

PACÍFICO. Yo no quiero perjudicar a nadie, doctor.

DOCTOR. Pero con tu silencio te perjudicas a ti, ¿no te das cuenta?

PACÍFICO. Si me condenan, ya se ocupará don Santiago de que no paguen justos por pecadores. Ya lo hizo una vez.

DOCTOR. Honradamente, Pacífico, ¿crees tú todo ese cuento de que don Santiago se presentó para evitar que condenaran a un inocente?

PACÍFICO. Mire, doctor, otra cosa no, pero radio petate andaba bien informada. O sea, usted puede decirme cualquier cosa menos que no es cierto que don Santiago se presentó de grado. Eso sí que no.

DOCTOR. Atiende, Pacífico. La verdad es que tú no querías evadirte, pero don Santiago mató al vigilante y entonces te obligó. Incluso te amenazó con matarte si no le secundabas.

PACÍFICO. Eso no cuenta, doctor. Yo no quería pero me largué, ésa es la derecha.

DOCTOR. No seas testarudo, Pacífico. Te largaste porque te amenazaron. Y la verdad es que tú no mataste al vigilante. De momento esto es lo único que tiene importancia.

PACÍFICO. Bien mirado, no lo hice, no señor. Pero en su pellejo, en el de don Santiago, digo, hubiera hecho otro tanto. Todos somos culpables, ¿no cree?

DOCTOR. ¡No seas terco, Pacífico! El tribunal te juzga y te condena por lo que has hecho, no por lo que podrías haber hecho de estar en el lugar de otro.

PACÍFICO. Mire, doctor, lo mejor es dejar las cosas como están, ¿no le parece? (*Pausa*).

DOCTOR. Pacífico, sólo voy a pedirte un favor…

PACÍFICO. Usted dirá.

DOCTOR. Que tu abogado me señale para declarar ante el tribunal. Tu caso es un caso médico.

PACÍFICO. ¿Otra vez se va a salir usted ahora con lo de que estoy chalado? Pues no estoy chalado, para que lo sepa.

DOCTOR. Esto de la chaladura no es lo que tú te crees, hay matices. El hombre es una máquina muy complicada.

PACÍFICO. Vaya una novedad que me saca usted ahora.

DOCTOR. Escucha, Pacífico y no te alteres, por favor. Yo quedo al margen, te lo prometo. Pero aparte los análisis y las pruebas directas, tú me autorizas a que ponga en manos de los peritos estas cintas con el magnetófono, ¿qué te parece?

PACÍFICO. ¿El chisme ese? ¿El que todo lo parla?

DOCTOR. Eso es.

PACÍFICO. (*Enarbola violenta y amenazadoramente la silla*) ¡Me cago en diez! Antes lo escacho, fíjese.

DOCTOR. ¡Quieto, Pacífico! ¡Suelta la silla!

PACÍFICO. Usted me prometió...

DOCTOR. Calma, Pacífico, serénate. Yo te prometí que sin tu autorización no haría público nada de lo que hemos hablado. Y lo prometido es deuda, ¿me comprendes? Por eso te pedía autorización. ¿Qué te pasa? ¿Te pones malo?

PACÍFICO. Deje, no es nada, doctor.

DOCTOR. Siéntate un rato, anda. ¿Quieres un poco de agua?

PACÍFICO. Mejor me acuesto, oiga.

DOCTOR. Espera un poco. ¿Te encuentras mejor?

PACÍFICO. Sí señor, ya se me pasa.

DOCTOR. Antes de marcharte, Pacífico, yo quisiera hacerte una última pregunta, ¿te importa?

PACÍFICO. De qué, no señor.

DOCTOR. (*Casi suplicante*) ¿Qué puedo hacer yo por ti en esta difícil situación en que me has colocado?

PACÍFICO. Tenerse quieto, oiga. O sea, que me deje tranquilo, ¿entiende? Se lo agradezco igual.

Pacífico sale y el doctor se acerca al magnetófono. Pulsa la tecla de STOP y en ese momento la luz del escenario empieza a decrecer hasta el oscuro total, al revés de lo que ocurre en el inicio de la obra. El doctor se acerca al proscenio, queda sólo él iluminado, y se dirige al público.

DOCTOR. El juicio, como estaba previsto, se celebró quince días más tarde. Acuciado por mi conciencia, a pesar de la palabra dada y de acuerdo con el tío de Pacífico, don Francisco Pérez, puse estas cintas en manos del juez. La prueba fue desestimada y el recluso condenado a muerte.

A petición propia contrajo matrimonio con la señorita Cándida Morcillo, ceremonia a la que asistí como único testigo.

El infortunado Pacífico Pérez fue ejecutado en garrote en la madrugada del día 13 de septiembre de 1961.

APÉNDICE IV

La Tierra herida. ¿Qué mundo heredarán nuestros hijos?

Un diálogo entre Miguel Delibes
y Miguel Delibes de Castro

NOTA DEL AUTOR PARA LA PRESENTE EDICIÓN

El libro La Tierra herida *dudé en incluirlo en las* Obras completas *porque aunque estaba firmado por un hijo mío, biólogo, y por mí, ¿qué aportaba yo a la obra? Poco menos que nada. Me limité a preguntar cosas y cosas hasta la impertinencia. Esto no quita para que el que sabía y tenía experiencia sobre la naturaleza era mi hijo Miguel, educado desde niño en su conservación.*

Mis consejeros, sin embargo, me cogieron ya un poco viejo, pero me hicieron ver que lo que decía Miguel no lo hubiera dicho, tal vez, a otro entrevistador cualquiera. Total: que me dejé convencer, aunque persuadido de que quien nos ponía en guardia ante la alteración del clima, sus causas, sus efectos y sus posibles remedios era mi hijo y sólo él. Y si hoy acepto esta decisión de incluir este libro en las Obras completas, *se debe a que, poco o mucho, algo hemos contribuido, creo yo, a remediar, o al menos alertar, sobre un problema de envergadura incalculable*.

M.D.
Febrero de 2009

No, aire,
que no te canalicen,
que no te entuben,
que no te encajen,
ni te compriman,
que no te hagan tabletas,
que no te metan en una botella,
cuidado!

Pablo Neruda, *Oda al aire*

Hace casi treinta años, con ocasión de mi ingreso en la Real Academia de la Lengua, aproveché el auditorio más intelectual y cultivado que de costumbre para dar salida a mi angustia sobre el futuro de la Tierra. El discurso que pronuncié entonces dio lugar a un libro titulado S.O.S. *primero y* Un mundo que agoniza *después. Aunque ha pasado mucho tiempo, aquella preocupación mía por el medio ambiente no ha disminuido, sino al contrario. Cualquiera que en los últimos lustros haya estado al tanto de mis declaraciones públicas, o leído mis crónicas de caza y pesca, puede atestiguarlo. El abuso del hombre sobre la naturaleza no sólo persiste, sino que se ha exacerbado: agotamiento de recursos, contaminación, escasez de agua dulce, desaparición de especies... Además, nuevos nubarrones, que en los años setenta aún no percibíamos, han aparecido, amenazadores, en el horizonte, especialmente dos: el adelgazamiento de la capa de ozono y el cambio climático*.

Respecto al clima debo decir que, quizá por castellano y hombre de campo, siempre me ha interesado especialmente. Gran parte de mi vida ha transcurrido al aire libre, entre labradores que fiaban su futuro a las veleidades del cielo; hombres y mujeres que dependían para subsistir antes de los caprichos de la sequía, el pedrisco o la helada negra, que del propio esfuerzo. ¿Qué sería de ellos, y de quienes necesitábamos su trabajo, si el clima cambiara? ¿Y cómo se manifestaría ese cambio? Con frecuencia había leído vaguedades sobre el calentamiento de la Tierra, pero tras el verano de 2003 (un infierno de cinco meses), julio de 2004 me sorprendió en Sedano, un pueblecito del norte de Burgos, con temperaturas durante las madrugadas de dos y tres grados en los páramos y máximas de veinticinco grados a lo largo del día. «Esto no es lo convenido», me decía a mí mismo. Yo no había olvidado el bochorno sostenido del verano anterior, los casi cincuenta grados del sur del país. En aquel momento me pareció indudable que el cambio de clima había dejado de ser una conjetura para convertirse en una evidencia. Es decir, que ya no era momento de teorizar sobre la amenaza, puesto que la amenaza se había hecho realidad. Pero entonces ¿qué significaba aquella friura del amanecer un año más tarde? ¿Tal vez mis temores estaban infundados? Si las razones que justificaban el cambio climático no se habían alterado en doce meses, ¿por qué este subeybaja de los termómetros?

En aquellas circunstancias, aproveché una visita de mi hijo Miguel, unos meses después de haber sido galardonado por el rey con el premio Jaume I El Conqueridor por sus desvelos ambientales, para hacerle ver mi perplejidad. Dejé caer una serie de preguntas relacionadas entre sí en un tono intrascendente, que seguramente traslucía, sin embargo, mi honda preocupación. Sus respuestas, empero, fueron tan incitantes y prolijas que

en poco más de veinte minutos nos habíamos enredado en una conversación, para mí reveladora y apasionante, sobre el futuro de la Tierra. Al final de aquella mañana ya había convencido a Miguel para extender nuestra charla y tratar, además, de darle publicidad, pues me parecía obligado que los habitantes del planeta conocieran la opinión de los científicos sobre la situación por la que éste atraviesa. ¿Qué puede decirle un estudioso de la naturaleza a un ciudadano, como soy yo, ignorante pero preocupado? ¿Los argumentos de los expertos son tranquilizadores o, por el contrario, suficientes para aumentar nuestra preocupación? Y había algo más: si los problemas son reales, ¿por qué no se les pone remedio?

Un poco sin plan previo, empezamos a hablar en Sedano mediado julio de 2004, mas nuestra conversación habría de extenderse, con las pausas naturales, esos pocos días que estuvo en el pueblo, buena parte de sus vacaciones de verano y otros fines de semana en los últimos meses, cuando vino a visitarme.

Todo surgió, en cualquier caso, cuando se me ocurrió decirle, como de pasada:

¿Tú puedes explicarme por qué tras un verano tórrido sin precedentes en España, largo de mayo a octubre, sobreviene un verano mucho más fresco que de ordinario (hablo de esta zona castellano-leonesa en la que estamos)? ¿Cuál es la razón de que la Tierra se caliente o se enfríe a capricho, si, por lo que sé, el efecto invernadero y la debilidad de la capa de ozono siguen siendo problemas no resueltos?

Las cosas no son tan sencillas como piensas. Es cierto que hay una tendencia general al calentamiento, pero eso no quiere decir que necesariamente tenga que hacer cada día más calor que el anterior o que cada verano sea más cálido que el precedente. Y menos aún en un mes o un lugar determinados, como puede ser julio en el norte de España (por ejemplo, aunque en Sedano haga fresco estos días, el pasado 29 de junio sufrimos en Sevilla la noche más cálida en mucho tiempo, con una mínima de más de treinta grados). Los expertos creen poder predecir el clima futuro en un marco general, global, como solemos decir, pero sus modelos (representaciones simplificadas de la realidad mediante simulaciones de ordenador) apenas permiten descender con detalle a escalas locales, donde además influyen muchos otros factores, como el uso del suelo en el entorno próximo. Por otra parte, entiendo que es una cuestión de probabilidades, que es más probable que pasemos mucho calor en verano ahora que hace veinte años, y lo será más aún dentro de otros veinte. Y en cuanto a este verano, aún no cantes victoria, que no está mediado. Ya veremos qué ocurre en agosto.

¿Pero ésa es tu opinión o te basas en datos concretos? Para llegar a alguna parte necesitamos hablar con cierto rigor.

Considerando la temperatura media de la Tierra, la década más suave desde 1861, fecha en que empiezan a conservarse los registros, ha sido la última del siglo XX, entre 1990 y 1999, y el año más cálido fue 1998, seguido por 2002 y 2003. Los estudiosos saben que la media mundial ha aumentado casi siete décimas de grado en el último siglo. Puede parecer poco, pero es un cambio importante y, sobre todo, muy rápido (para que compares, en la época de las glaciaciones, cuando los casquetes de hielo polares cubrían gran parte de Europa, la temperatura media apenas era cinco grados inferior a la actual, y hace tres siglos, en la llamada Pequeña Edad del Hielo en el viejo continente, sólo un grado más baja). Además, parece demostrado que la subida de la temperatura en España ha sido superior a la media global.

Recientemente, Francisco Ayala Carcedo, que era asesor del Grupo para el Cambio Climático en la ONU, y por desgracia acaba de morir, ha puesto de manifiesto que el aumento de temperatura como consecuencia del efecto invernadero no sólo se ha hecho sentir ya en España, sino que es más grave de lo que suponíamos. Entre los años 1971 y 2000 la temperatura media anual de la España peninsular ha aumentado más de un grado y medio, es decir entre dos y tres veces más que el promedio de toda la Tierra en cien años. Su conclusión es que estamos asistiendo a una verdadera «africanización» del clima del país, de manera que las temperaturas en el sur de España son ya parecidas a las que se registraban en el norte de Marruecos en 1975.

Hablas del «cambio climático a consecuencia del efecto invernadero». ¿Es que hay otro? El agujero de la capa de ozono ¿no es el causante, o uno de los causantes, de ese efecto? ¿O son cosas relacionadas pero distintas? María Luz Paisán Grisolía, sobrina de Grisolía, el sabio valenciano, compañero de Severo Ochoa, que tanto hace por esos premios Rei Jaume I, ha escrito en Adelaida (Australia) una tesis sobre mi obra y con ese motivo hemos intercambiado varias cartas. Yo aproveché nuestra relación y su amabilidad para hablar de los efectos del sol sin el filtro del ozono en Australia. Sus informes no podían ser más negativos. La gente, me dice en una de sus cartas, baja a la playa tapada, se desviste o se quita el albornoz a la orilla del mar y se da un baño corto. Es lo mismo que sean niños o grandes. Al regresar a la arena vuelven a cubrirse y, sin tomar un minuto de sol, se marchan a casa a comer. ¿Qué te parece? Esto no es un informe alarmista de un australiano radical, sino el de una muchacha española, intelectual e inteligente, que reside allí. «Lo veo todos los días», dice. Por supuesto, tengo otras noticias de los efectos del sol directo sobre las

merinas del Cono Sur chileno, que deambulan con los ojos ciegos, reventados, siguiendo de oído la marcha de los marotos. Aunque los informantes no sean hombres particularmente instruidos, no hay razón para no creerlos.

Seguramente tienes razón y he hablado con poca precisión, tal vez porque me contagio del afán periodístico por resumir en titulares muy cortos asuntos largos y complicados. Referirnos sólo al cambio climático puede ser ambiguo, pues el clima varía de forma natural y, por supuesto, lo ha hecho muchas veces en la historia de la Tierra, antes y después de que existiéramos los humanos y al margen de nuestro comportamiento. Esos cambios ocurren a distintas escalas, casi siempre en lapsos de tiempo muy largos, pero a veces de forma brusca, en milenios, o incluso en periodos más cortos. La catalana Belén Martrat, por ejemplo, en su trabajo de tesis doctoral, ha comprobado que la temperatura del mar Mediterráneo en las costas españolas ha subido y bajado de forma muy significativa en múltiples ocasiones a lo largo de los últimos doscientos cincuenta mil años. Las razones de los cambios climáticos son numerosas y condicionan de distinta manera la periodicidad de los ciclos: la actividad del Sol, que no es constante, la cantidad de polvo interestelar, la inclinación del eje de nuestro planeta y su posición relativa respecto al Sol, la forma de la órbita terrestre, la disposición de los continentes, que ha cambiado a lo largo del tiempo, la actividad volcánica en la Tierra, los tipos y niveles de actividad biológica, que afectan a la composición de la atmósfera, las corrientes marinas, que distribuyen calor por la superficie terrestre y cuyas alteraciones pueden provocar regionalmente cambios muy repentinos de la temperatura, etcétera. Por eso conviene aclarar que cuando hablamos del cambio climático general nos estamos refiriendo, casi siempre, al relacionado con el efecto invernadero, y no a otro.

Pero incluso ese matiz es incompleto o, peor aún, inexacto, pues el efecto invernadero de la atmósfera es natural e imprescindible para la vida en la Tierra tal y como la conocemos. En realidad, si quisiéramos hablar correctamente deberíamos referirnos, cada vez, al «cambio climático o calentamiento mundial debido al incremento del efecto invernadero que se origina como consecuencia de las actividades humanas», pero es una frase demasiado larga, poco práctica para trabajar con ella.

En cuanto a la segunda parte de tu pregunta, los vecinos australianos de la sobrina de don Santiago Grisolía hacen muy bien protegiéndose del sol, pues la debilidad de la capa de ozono en las proximidades del Polo Sur puede producir quemaduras e incluso tener efectos peores a largo plazo. De hecho, hace quince años se publicó

que muchas de las personas mayores de setenta y cinco años en el nordeste de Australia padecían algún tipo de cáncer de piel. Pero eso es bastante independiente del cambio climático que comentábamos. Si hubiera que encontrar una relación entre los dos asuntos, tal vez sería opuesta: de algún modo, la merma de la capa de ozono ayuda a que el incremento del efecto invernadero sea menos extremo, aunque el peligro que representa no compense el posible beneficio. ¡Pero ya habrá tiempo para hablar de ello!

O sea que el clima, a veces, cambia solo, sin nuestra influencia, que la abundancia de ozono no siempre es buena, sino que puede ser hasta perjudicial para el calentamiento... Me parece que tenemos que sistematizar un poco lo que hablamos, pues de otra manera voy a terminar más confundido que al comienzo. ¿Por dónde íbamos?

Creo que estábamos hablando de Ayala Carcedo, que analizó los datos correspondientes al periodo 1971-2000 en treinta y ocho observatorios meteorológicos distribuidos por toda la península y en treinta y seis ha detectado aumentos significativos de la temperatura media en estos treinta años. En algunos, como los de Valencia, Sevilla y Burgos, el incremento se acerca o supera los dos grados, mientras que sólo en dos, Huelva y Lugo, la temperatura se ha mantenido estable. Y todavía ha cambiado de forma más llamativa la probabilidad de que ocurran pequeñas olas de calor en sitios frescos. Al comenzar la década de los setenta, en el observatorio de Navacerrada apenas se registraban cinco días por año con temperaturas máximas superiores a veinticinco grados; después de 1990, en cambio, en promedio se registran veinticinco días cada año por encima de esa máxima, y con cierta frecuencia se superan los treinta días. Imagino que algo parecido ocurrirá en Sedano, aunque aquí hablemos de pasar de treinta grados en lugar de veinticinco grados.

Esto es grave, sin duda, pero creo que la falta de lluvia es asunto aún más preocupante. Parece que llueve bastante menos que antes, según los observatorios provinciales. Y, desde luego, las precipitaciones de nieve han remitido últimamente.

En España, la tendencia de la lluvia no es tan clara como la de las temperaturas. Parece evidente que cada vez llueve menos en invierno, y desde luego han disminuido notablemente los días de nieve. En el observatorio de Navacerrada, por ejemplo, se registraban aproximadamente cien días de nieve por año en 1970, y sólo sesenta días unos años después, a finales de siglo. También parece claro que, incluso si siguiera lloviendo lo mismo, el ascenso de las temperaturas

estaría provocando ya mayor aridez, un déficit de agua dulce, pues por una parte aumenta la evaporación en marismas, lagunas, ríos y embalses, y por otra las plantas exigen mayor humedad, ya que transpiran más. No haber tenido en cuenta esos y otros efectos probables del cambio climático fue una de las mayores críticas a las previsiones del Plan Hidrológico que había preparado el gobierno de Aznar. Un informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente que acaba de aparecer, por ejemplo, predice una disminución aguda del caudal de los ríos del sur del continente en los próximos decenios, con efectos especialmente notables en la vertiente mediterránea de la península ibérica. Cabe pensar que, si los ríos van a llevar menos agua en el futuro, tal vez será inviable desviar parte de su caudal a otras cuencas.

Pero imagino que el cambio de clima habrá tenido ya consecuencias que se irán agravando por días. Pienso que nosotros, el pueblo llano, no estamos bastante informados sobre ello y creo que deberíamos estarlo. ¿Qué está pasando en este punto? Y sobre todo, ¿qué puede pasar?

Es sencillo describir lo que está ocurriendo, al menos lo más directo e inmediato. E incluso podemos ir más allá, pues ya estamos padeciendo no pocas consecuencias. Por ejemplo, el riesgo de incendios forestales es ahora más alto que antes, y asimismo han aumentado las dificultades para apagarlos (un informativo radiofónico ha abierto este verano su edición nacional con el titular «Iberia en llamas»). Eso quiere decir que el miedo que tú tenías en los últimos veranos, cuando Sedano estaba cercado por los fuegos, de ser trasladado con toda la familia a un polideportivo, no era ajeno al cambio climático. Pero hay muchos otros efectos, a veces más sutiles, relacionados con la agricultura, la salud, los riesgos de catástrofes meteorológicas y, por supuesto, con la ecología y el equilibrio general del planeta. Algunos de estos cambios, paulatinos, ya los hemos comentado tú y yo en Valladolid, paseando por el Campo Grande. El otoño pasado te hice ver que las hojas de los árboles parecían brotar antes en primavera y caer más tarde en otoño. Es así. En muchos lugares se han producido estas novedades durante lustros, demostrando que no era una simple impresión nuestra, sino un hecho. Hace tiempo se publicó que en Centroeuropa, entre Escandinavia y Macedonia, las hojas de los árboles habían adelantado su salida un promedio de cinco días en los últimos treinta años. Claro que eso no es nada al lado de los álamos temblones de Canadá, cuyas yemas revientan un mes antes de la fecha habitual a comienzos del siglo XX.

No sé si seguirá publicándose en España un viejo calendario que yo a veces he consultado y que registraba ese tipo de cosas tan curiosas…

Voluntarios de numerosos países anotan los principales hitos fenológicos para las distintas instituciones que llevan a cabo el seguimiento de esos procesos y preparan los calendarios que mencionas. Las bases de datos acumuladas son más que una curiosidad, pues constituyen una herramienta preciosa para estimar los efectos del calentamiento terráqueo a medida que ocurren. Una de las mejores series disponibles en el mundo, en cantidad y calidad, corresponde al pueblecito catalán de Cardedeu, treinta kilómetros al norte de Barcelona, donde durante más de cincuenta años, desde 1952, un mismo observador, el señor Pere Comas, ha anotado cuidadosamente las fechas de aparición y caída de las hojas, salida de las flores y de maduración de los frutos de más de cien especies de plantas cultivadas y silvestres. También ha registrado las primeras fechas de cada año en que veía golondrinas, vencejos y distintas especies de mariposas, o cuando oía cantar los primeros ruiseñores, cucos y codornices.

Junto a mi amigo Josep Peñuelas y otros investigadores del CSIC, Pere Comas ha publicado los análisis de estos datos en una revista científica, y los resultados son apasionantes. Naturalmente hay altibajos (como decíamos antes, las tendencias son sólo eso, tendencias; no quiere decir que lo que ocurre un año se repita, incrementado, el siguiente), pero en promedio la aparición de las hojas de las plantas se ha adelantado dieciséis días y su caída se ha retrasado trece días a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. Si llamáramos invierno al periodo del año en el que los árboles están desnudos, sin follaje, en el 2000 esa estación hubiera sido (insisto, por término medio) un mes más corta que en 1952.

Pero ¿acaso responden todos los vegetales al unísono? La reducción del número de días de invierno ¿afecta a toda la flora por igual?

No, por supuesto. Cada especie tiene una respuesta, lo que por un lado complica las cosas y por otro aumenta el interés. Por ejemplo, los fresnos y los manzanos adelantan más de un mes la salida de las hojas y retrasan once o doce días su caída; los avellanos, en cambio, brotan doce días antes y retrasan la pérdida de las hojas veintidós días. Y los perales son casi la imagen especular de los manzanos: adelantan la salida del follaje tan sólo ocho días, pero retrasan su caída más de un mes.

¿Por qué dices que complica las cosas?

Porque se producen desajustes entre unas especies y otras y eso puede tener consecuencias ecológicas importantes. Muchas plantas de Cardedeu y de todas las zonas no tropicales del mundo son muy

sensibles al aumento de la temperatura, de manera que echan hojas y florecen una vez que han acumulado determinado número de horas de calor. Digamos que se sirven de esa capacidad de respuesta ante la temperatura para conseguir estar activas en el momento del año más adecuado. Pero la acumulación de calor no es la única «pista» posible y otras especies de plantas y animales utilizan claves diferentes para conseguir, en la práctica, lo mismo. Así, muchos vegetales y animales ajustan sus ciclos al cambio en la duración relativa del día y la noche. Como eso no se ha modificado, las especies que se ajusten a esa clave seguirán con los patrones fenológicos tradicionales, cada vez más diferentes de los nuevos. Si una determinada especie de planta adelanta su ciclo porque responde a la temperatura, por ejemplo, y los insectos que la polinizan no lo hacen, porque responden al número de horas de luz, se producirá un desacoplamiento entre ellos, y flores e insectos no coincidirán en el tiempo, lo que es problemático para ambos.

Pero bueno, ¿estás elucubrando o esto que mencionas ha ocurrido ya en alguna parte? Ese desajuste entre unas especies que adelantan su ciclo por la temperatura mientras que otras, relacionadas con las primeras, no lo hacen porque responden a variables diferentes, ¿es una suposición o un hecho?

Ya en 1998 se publicó en Inglaterra que los carboneros comunes, los pájaros, no han cambiado sus fechas de cría, y sin embargo los insectos de que se alimentan sí se han adelantado, de manera que cuando los pollitos carboneros necesitan más comida ya ha pasado la época en que sus presas son más abundantes. Lo mismo ha ocurrido en Holanda con los papamoscas cerrojillos: en 1980 la mayor parte de los pollitos nacía a primeros de junio, cuando había más orugas; en el año 2000 los pequeños papamoscas siguen naciendo más o menos por la misma fecha, quizá un poco antes, pero debido al adelanto de las plantas la mayor abundancia de orugas ocurre a mediados de mayo y los pájaros se la pierden, con penosas consecuencias para su éxito reproductor. Desajustes parecidos se están observando cada vez en más lugares, incluida España, y con distintos grupos de especies.

A propósito de pájaros, ¿también el ruiseñor y el cuclillo han adelantado las fechas primaverales de llegada a Cataluña? ¿Qué dice de eso el señor Comas?

Me cuenta Josep Peñuelas que, lamentablemente, don Pere Comas ha fallecido este año, tras haber registrado datos fenológicos casi hasta su muerte. No se lo podremos preguntar, por tanto, pero de sus notas se desprende que generalmente los pájaros migratorios no adelantan sus

fechas de llegada, sino que, incluso, las retrasan. O, para ser más exactos, o no migran o, si lo hacen, cada vez llegan más tarde para criar. Habrás notado, por ejemplo, lo antiguo que se ha quedado aquello de «Por San Blas, la cigüeña verás», pues actualmente en muchos lugares se ven cigüeñas durante todo el invierno (en el mismo sentido, las espátulas de la pajarera de Doñana, que antes ocupaban los nidos en marzo o abril, ahora se instalan ya en enero). Tú mismo escribiste hace años, seguro que te acuerdas, acerca de las codornices que habían dejado de viajar a África y pasaban el invierno en Extremadura, donde, si no me equivoco, llegaste a cazarlas. Claro que ¡quién iba a imaginar entonces que ese fenómeno, que nos parecía una simple rareza, anunciaba un cambio climático que no sospechábamos! De todos modos, en las notas del señor Comas lo que se aprecian son retrasos. Las primeras golondrinas llegan a Cardedeu, ahora, una semana después que mediado el siglo XX, mientras que los primeros ruiseñores cantan casi quince días más tarde, y el más temprano reclamo de las codornices se hace esperar más de un mes respecto a las fechas tradicionales. Naturalmente, esto no quiere decir que para los pájaros no exista el calentamiento. Sucede, simplemente, que esas especies, que en su mayoría pasan el invierno al sur del Sahara, responden a otros condicionantes, que pueden ser muy variados.

Pero hablas y hablas del calentamiento a consecuencia del efecto invernadero, como si tuviéramos claro de qué se trata. ¿Qué es, en concreto, el «efecto invernadero»? En pocas palabras, ¿en qué consiste?

Afortunadamente, el planeta Tierra, por sí mismo, sin nuestra aportación, es un gigantesco invernadero. De otro modo, como te dije al principio, no podríamos vivir.

Entonces ¿por qué simpatizáis tan poco con el «efecto invernadero» como nuevo fenómeno? ¿Por qué razón no empleáis con él más que denuestos?

El efecto invernadero es un fenómeno natural y, te reitero, imprescindible para la vida en la Tierra tal y como funciona hoy. De no ser por el efecto invernadero, la temperatura media en la superficie del planeta sería de dieciocho grados bajo cero, nada menos que treinta y tres grados más baja que ahora (la media terrestre es de quince grados sobre cero). Ya habíamos comentado antes que en este tema existe cierta confusión, porque lo que nos preocupa y denostamos no es el efecto invernadero como tal, sino su reciente incremento, responsable del cambio climático o calentamiento general.

Para empezar, antes de complicarnos más, explícame cómo se produce ese

efecto invernadero beneficioso del que hablas.

Nadie ignora que prácticamente toda la energía que recibe la Tierra llega del Sol en forma de radiación electromagnética, que percibimos como luz y calor. La temperatura de la superficie terrestre, en consecuencia, resulta de un balance entre la energía recibida del Sol y la que la propia Tierra refleja, devolviéndola al espacio exterior en forma de radiación infrarroja. Ocurre que una parte de la energía reexpedida por la Tierra no escapa directamente al espacio, sino que es retenida por algunos gases –los llamados hoy gases de efecto invernadero– que forman parte de la atmósfera. Esos gases se calientan y envían de nuevo energía hacia la superficie de la Tierra que, a su vez, absorbe una parte y devuelve otra, que será parcialmente retenida por los gases de invernadero... Así se origina un ciclo que retiene energía durante algún tiempo, de manera que, aunque las cantidades que entran y salen acaban siendo iguales (si no, la Tierra se calentaría indefinidamente), se alcanza un equilibrio térmico a mayor temperatura de la que correspondería si esos gases no existieran. El fenómeno físico es distinto del que hace caldearse un invernadero, pero como la imagen es muy gráfica, se le llama así. De alguna manera, es como si algunos gases de la atmósfera fueran la tapadera transparente que cierra el invernadero natural de la Tierra.

¿Qué gases son ésos con capacidad para retener calor? ¡Recuerda que en el colegio nos enseñaban que la atmósfera estaba formada por oxígeno y nitrógeno!

Esos dos, que son los componentes básicos, no tienen cualidades de gas de invernadero, así que si no estuvieran acompañados por otros, viviríamos (en el supuesto de que pudiéramos hacerlo) en un planeta congelado. Afortunadamente, otros gases, así como distintas partículas y aerosoles, forman parte de la atmósfera junto al oxígeno y el nitrógeno, a veces en pequeñas proporciones, pero con importantes consecuencias. De entre todos los componentes naturales de la atmósfera, el principal gas con efecto invernadero es el vapor de agua, y después el dióxido de carbono (el célebre CO_2, el anhídrido carbónico de otros tiempos), el metano, el óxido nitroso y el ozono. De ellos, el vapor de agua preocupa menos, pues su tiempo de residencia (o vida media) en la atmósfera es muy corto, apenas una semana. El CO_2, en cambio, permanece en la atmósfera cien años o más (lo que significa que seguiremos pagando las consecuencias de las emisiones del último siglo incluso si ahora mismo dejáramos de emitir) y el metano entre diez y quince años.

Por lo que veo, hemos debido cambiar la atmósfera para mal. Quiero decir

que estamos transformando el efecto invernadero, que en sí era bienhechor, en un calentamiento indeseable. ¿Quién inspira nuestros actos, para que allí donde ponemos la mano estropeemos el mundo? ¿Qué torpes operaciones hemos efectuado en la atmósfera?

Pienso que no deberíamos afrontar las cosas con complejo de culpa. Todos los seres vivos, no sólo nuestra especie, transforman su entorno, así que en ese aspecto no somos demasiado diferentes de los demás. Lo que ocurre es que nosotros somos muy numerosos y además tenemos una enorme capacidad de actuación.

Para que te hagas una idea, desde la fecha en que leíste tu discurso de ingreso en la Academia, hace apenas treinta años, la población humana se ha incrementado en cerca de dos mil trescientos millones de almas. Eso quiere decir que en las tres últimas décadas se ha sumado al mundo bastante más gente que toda la que vivía en él en 1920, cuando tú naciste. Y en lo que a mí respecta, desde que vine al mundo, mediado el siglo, el número de personas sobre la Tierra se ha multiplicado por algo menos de tres. Como resultado, hoy somos seis mil cuatrocientos millones de personas y cada año se añaden a esta cifra unos ochenta millones más (¡el censo mundial se incrementa con casi un cuarto de millón de personas cada día!). Es un crecimiento galopante, sobre todo si tenemos en cuenta que hace dos mil años, cuando nació Cristo, el número de habitantes del globo probablemente no excedía los trescientos millones, y que para doblar esa cifra hubieron de transcurrir cerca de mil setecientos años (en el siglo XX, en cambio, la población se dobló en sólo cuarenta años). Seguramente en toda la historia ninguna otra especie ha sido tan abundante como los humanos hoy, al menos en lo que atañe a nuestra biomasa, al peso corporal. Proporcionar los recursos suficientes para satisfacer las necesidades del cuarto de billón de kilos de *Homo sapiens* que hoy acumulamos es una tarea ímproba, que da lugar a una enorme presión sobre los ecosistemas del planeta.

Pero llegar a ser tantos ha sido posible, como te decía antes, porque nuestra capacidad de actuar sobre el medio es muy alta, cada vez mayor. Esa capacidad nos ha permitido cambiar seriamente el ambiente desde la Antigüedad. Hace sólo unos días, Germán, tu hijo y mi hermano, contaba en un curso a futuros arqueólogos cómo los pobladores de estos páramos burgaleses, hace cinco mil años, quemaron los bosques para poder cultivar los campos. Hoy las cenizas de aquellos árboles aparecen junto a los monumentos funerarios megalíticos que Germán está excavando. Al quemar el bosque, tanto en el pasado como en la actualidad, todo el carbono retenido por la vegetación, y en parte por el suelo, es liberado a la atmósfera en forma de CO_2 y, si no es asimilado de nuevo, incrementa el efecto

invernadero. El problema se hizo grave con la revolución industrial y el consiguiente consumo masivo de combustibles fósiles. Quemar carbón, petróleo o gasolina, aunque parezca otra cosa, no es muy distinto que quemar árboles u otros seres vivos fosilizados, y en todo caso el efecto es exactamente el mismo: carbono previamente retenido (en este caso, en los combustibles) es liberado en grandes cantidades a la atmósfera en forma de dióxido de carbono. Pero además nuestras actividades generan más metano, más óxido nitroso, y también otros productos completamente artificiales, como los famosos CFC (los clorofluorocarbonos), que no existían previamente en la naturaleza y tienen una enorme capacidad de retener calor, junto a su bien conocida habilidad para destruir el ozono.

¡El ozono! Ya salió el ozono a relucir. Para mí, uno de los problemas más graves que tenemos planteados en la atmósfera y del que te hablé hace días a propósito de mi correspondencia con la señorita Grisolía, desde Adelaida. ¡Hablemos del agujero de ozono! Se me antoja que hay un punto en el que el cambio climático y el agujero de ozono se dan la mano, ¿no es así?

A menudo se confunden popularmente las dos cosas, aunque ya te dije que son asuntos diferentes. De todos modos, la atmósfera es tan compleja que resulta difícil encontrar un proceso del todo independiente de otro. Por ejemplo, como acabo de decirte, los CFC destruyen el ozono, pero además son poderosos gases de invernadero. La cuestión es todavía más complicada, ya que el propio ozono incrementa también el efecto invernadero, de manera que los dichosos clorofluorocarbonos, al destruirlo, ayudan a que la Tierra se caliente un poquito menos. Esta y otras muchas relaciones enrevesadas, a menudo contradictorias, hacen que algunas predicciones a largo plazo sobre el futuro del clima no sean del todo seguras.

De cualquier forma, el incremento del efecto invernadero y la reducción de la capa de ozono comparten, al menos, dos características generales que quizá ayuden a la confusión. La primera es que ambos se originan por la liberación de gases producidos por la actividad humana, y la segunda es que, al afectar a la atmósfera terrestre, los dos son fenómenos de carácter global que influyen en toda la Tierra, aunque sus efectos se perciban más en unos lugares que en otros.

Según creo, el ozono funciona sobre la superficie terráquea como una crema solar sobre el cuerpo humano, es decir, la protege de los efectos nocivos de los rayos. Vamos, lo que ahora nos recomiendan en las farmacias como cremas protectoras, ¿no es así?

Efectivamente, el ozono que abunda en la parte alta de la atmósfera,

en la estratosfera, actúa como un paraguas que protege a los seres vivos de la radiación ultravioleta, que entre otras cosas puede provocar cáncer y cataratas. La capa de ozono no ha existido siempre y se ha formado como resultado de la actividad de los seres vivos (fundamentalmente algunas bacterias, las algas y las plantas) que mediante la fotosíntesis rompen la molécula del agua y unen sus componentes al CO_2, reteniendo el carbono y el hidrógeno y liberando el oxígeno en la atmósfera (tres átomos de oxígeno forman una molécula de ozono). La importancia de esta capa de ozono para los seres vivos es tal que hasta que no existió los animales y las plantas no pudieron colonizar la tierra firme, puesto que necesitaban vivir bajo las aguas para que les sirvieran de escudo protector.

Así cuenta María Luz Grisolía lo que cuenta: ¡El albornoz, el albornoz! ¿Qué hemos hecho para que el escudo de ozono se haya hecho pedazos?

En realidad no se ha roto, sino que se ha debilitado, como una ropa tazada, transparente a fuer de usada. El motivo principal han sido esos gases de nombre complicado, los CFC o clorofluorocarbonos, que alrededor de 1930 comenzaron a utilizarse con profusión con fines industriales. La General Motors los usó por primera vez como refrigerantes para los coches, pero pronto se aplicaron a congeladores y neveras, y poco después como disolventes industriales y propulsores para los atomizadores (los tan utilizados sprays) de matamoscas, lacas del pelo, desodorantes… El problema de los CFC, que en aquella época se consideraban prácticamente inertes, incapaces de reaccionar con nada, es que no lo son tanto, y en la parte alta de la atmósfera interactúan con el ozono y lo descomponen.

Hace cuarenta años no se tenía constancia de que los CFC tuvieran ningún efecto nocivo sobre el ambiente. Como ocurre con todo producto nuevo, sin embargo, existía cierta inquietud, al menos intelectual, sobre su destino final. ¿Dónde iban a parar? ¿Se degradaban de algún modo? ¿O se acumulaban en la tierra, el agua o el aire? El famoso científico James Lovelock, impulsor de la revolucionaria hipótesis de *Gaia*, descubrió en 1970 que los CFC se concentraban en la atmósfera, pero no le dio mayor importancia. Pocos años después un estudiante mexicano, Mario Molina, y su profesor estadounidense, Sherwood Rowland, investigaban en esa dirección, sin pensar, según han contado muchas veces, que el asunto fuera demasiado apasionante. Fueron ellos quienes se dieron cuenta, con sorpresa, de que los CFC se activaban con la luz del Sol en la parte alta de la atmósfera, de modo que el cloro destruía el ozono al reaccionar químicamente con él para formar monóxido de cloro. Como el monóxido de cloro es inestable y se deshace para volver a

liberar cloro, el ciclo se repite muchas veces, hasta el punto de que una sola molécula de CFC puede llegar a destruir más de cien mil moléculas de ozono.

Mario Molina y su colega publicaron en 1974 un artículo científico describiendo sus hallazgos, pero como el tema les parecía muy grave, no se limitaron a transmitirlo al mundillo de la ciencia, sino que trataron de llamar la atención del conjunto de la sociedad a través de los medios informativos. En definitiva, dieron la voz de alarma ante el mundo: «Si los países industrializados continúan liberando en la atmósfera un millón de toneladas de CFC al año, la capa de ozono puede estar en peligro».

Yo pensaba que el agujero de ozono se había descubierto trabajando a pie de obra, en la Antártida. De hecho, recuerdo que mi amigo y compañero el novelista Raúl Guerra Garrido, ganador del premio Nadal, ambientó su libro El síndrome de Scott *en una base científica de aquel continente, con protagonistas investigadores que intuían que el ozono estaba desapareciendo*.

No te falta razón, y Guerra Garrido, que usó muchos datos reales, hizo bien situando esas investigaciones en la Antártida, pues aunque Molina y Rowland avisaron de lo que podía pasar, no demostraron que ya estuviera pasando. Los acontecimientos que siguieron sirven para ilustrar, entre otras cosas, no sólo las reticencias de la sociedad ante las advertencias de los investigadores, sino también algunos modos de proceder en esta profesión, que es la mía.

La primera reacción al anuncio fue de escepticismo. Aquí y allá se había medido el espesor de la capa de ozono y no se habían detectado cambios significativos (porque he dicho antes que la capa de ozono era como un paraguas, pero la imagen no es del todo adecuada. Sería, más bien, como una gruesa envoltura alrededor de la Tierra, en cierto modo similar a la capa de nata sobre un pastel, que puede ser más o menos gruesa. Cuando hablamos de un «agujero» en la capa de ozono lo hacemos incorrectamente, pues en realidad no existe tal agujero, sino una extensa zona en el Polo Sur donde la cubierta de ozono estratosférico se ha vuelto particularmente delgada). Políticos, hombres de negocios y también muchos científicos pensaban que el proceso descrito por Molina y Rowland tal vez fuera cierto, pero que en todo caso debía ser muy lento. Por añadidura, existía un satélite meteorológico, el *Nimbus* 7, que medía la cantidad de ozono en la estratosfera, pero no había detectado nada. «Si las cosas empeoran», parecían pensar, «ya nos enteraremos y entonces adoptaremos las medidas necesarias, a buen seguro difíciles y caras».

Pero en 1982, unos equipos de investigación japoneses e ingleses

que tomaban medidas desde tierra, en la costa de la Antártida, detectaron con sorpresa que la capa de ozono parecía ser asombrosamente delgada sobre ellos. Sus hallazgos eran tan llamativos, por imprevistos y fuera de lugar, que los investigadores imaginaron que sus aparatos estaban estropeados, o que ellos mismos se habían equivocado en algo. Los japoneses anunciaron tímidamente sus hallazgos en 1984, y sólo en 1985, cuando los datos reunidos en tres años confirmaban un adelgazamiento extremo de la capa de ozono en la primavera antártica, los ingleses se decidieron a dar a conocer los suyos.

Pero ¿no nos mantenía un satélite informados de la situación? ¿Cómo pudo no darse cuenta? ¿Acaso fallan tanto esos trastos? ¡Aviados estamos si tenemos que depender de tamaños sistemas de vigilancia!

Exactamente lo mismo que tú se preguntaron, inquietos, los investigadores, antes de volver a analizar los datos del satélite *Nimbus* 7. Entonces se dieron cuenta de que la culpa no era del satélite, sino de algún «sabio» de la NASA que había programado el ordenador de a bordo para que eliminara todos los «datos absurdos», que debían atribuirse a fallos de medida. ¡Durante años, en consecuencia, se había despreciado una información fundamental, pues las medidas recogidas sobre el espesor del ozono eran demasiado pequeñas para admitirlas como válidas! En suma, los científicos actuaron como un padre que cierra los ojos ante la evidencia de que su hijo está en la droga, porque considera imposible que algo tan grave pueda ocurrirle a él y lo descarta por absurdo.

Si no he entendido mal, la escasez de ozono se registra alrededor del Polo Sur. Eso explica que los problemas se hayan notado sobre todo en Nueva Zelanda, Australia y la Patagonia chilena y argentina. También justifica los temores y las precauciones ante el sol de que me hablaba María Luz. ¿Hay alguna evidencia de que, como consecuencia de la debilidad de la capa de ozono, se hayan producido daños a la salud humana en estas zonas?

Aparte de lo dicho, la disminución del espesor de la capa de ozono es bastante general, con la excepción de los trópicos. Se da también entre nosotros, por tanto, y todavía más sobre el Polo Norte. Sin embargo, el llamado «agujero», donde la capa es especialmente tenue, se produce efectivamente sobre el Polo Sur, desde el comienzo de la primavera hasta el final del verano australes, con un máximo en septiembre.

Como cabía esperar, algunos datos confirman que los mayores perjuicios a la salud han debido darse en esa zona. En 1999, por ejemplo, con la capa de ozono menguada sobre una de las ciudades

más meridionales del mundo, Punta Arenas, en Chile, se multiplicaron las visitas a los médicos por quemaduras en la piel. También allí parecen haber aumentado los cánceres cutáneos, desde 1994, más que en otros lugares de la Tierra y, sobre todo, más que en el mismo sitio en épocas anteriores. Probablemente algo parecido haya ocurrido en otras ciudades meridionales del mundo.

De todos modos, hay que hacer notar que, pese al agujero de ozono, la cantidad de radiación ultravioleta que alcanza Nueva Zelanda o la Patagonia no es muy diferente de la que recibimos en España en verano. Ocurre, sin embargo, que por falta de costumbre sus cuerpos no están preparados para soportar tales niveles de insolación. Por otra parte, también en nuestras latitudes la frecuencia del cáncer de piel va en aumento. En este caso, sin embargo, a pesar de que la capa de ozono pueda ser hoy un poco más tenue que en el pasado, los doctores atribuyen un papel más importante a la costumbre de disfrutar del sol con poca ropa y sin medidas protectoras.

¿Y qué me dices de la ceguera de los carneros denunciada por los pastores de la Patagonia chilena a comienzos de los noventa?

En esa época se dieron, en efecto, casos de ceguera entre las ovejas del Cono Sur, y en 1992 el *New York Times* publicó que estaban relacionados con el agotamiento del ozono estratosférico. No tengo que decirte lo influyentes que son los periódicos importantes y más si se publican en Nueva York. Al poco tiempo dieron esa misma noticia en cabecera los noticiarios de la televisión de todo el mundo, y Al Gore, el político que estuvo a punto de ser presidente de Estados Unidos, se refirió en su libro ecologista *La Tierra en juego* a cazadores patagónicos que cobraban conejos con los ojos glaucos y a pescadores que enganchaban salmones invidentes. Los expertos, sin embargo, eran más bien escépticos ante esa relación de causa a efecto, pues los daños de los rayos ultravioleta suelen ocurrir a largo plazo y los descritos parecían demasiado próximos. Unos estudiosos de la Universidad Johns Hopkins (que está en Maryland, donde tú diste clases) desplazados a Chile comprobaron que la ceguera de las ovejas de la Patagonia era debida a una conjuntivitis infecciosa. El ozono, por tanto, en apariencia poco tiene que ver en el asunto, aunque, desde entonces, la historia se repita asiduamente. No obstante, también es cierto que la radiación ultravioleta daña al sistema inmunitario, de manera que la escasez de ozono podría hacer a las ovejas más sensibles a las infecciones.

Esto me hace pensar que tal vez sea debido a ese fiasco el hecho de que no se denuncie con más frecuencia la tenuidad de la capa de ozono, cuando me parece un problema gravísimo. ¿Qué se ha hecho para solucionarlo,

aparte de bajar cubiertos a las playas australes y evitar el sol a toda costa?

Afortunadamente, si se habla poco del asunto es porque parece en vías de solución correcta. Conocedores de la extrema gravedad de quedar a merced de la radiación ultravioleta, los países punteros del mundo reaccionaron, en esta ocasión, con sentido común, dinamismo y efectividad. Tan temprano como en 1987, cuarenta y tres naciones firmaron el Protocolo de Montreal, estableciendo plazos para prohibir la fabricación y posteriormente la utilización de CFC. En un principio, el objetivo era que los niveles de uso de estos productos se rebajaran en 1999 a la mitad de los de 1986, pero la disminución del ozono estratosférico crecía a un ritmo tan alarmante, y los riesgos para la salud eran tan altos, que se estimó imprescindible acelerar los plazos: con unas pocas excepciones, la producción y el uso de CFC fueron prohibidos en los países desarrollados a partir de 1995, y deberán desaparecer en los demás antes de 2010. Ello ha permitido que los niveles de estos gases en la atmósfera, por ahora, se hayan estabilizado, y poco a poco deberían reducirse. El agujero de la capa de ozono alcanzó su tamaño récord en el año 2000 y se confía en que nunca supere esas dimensiones. De hecho, su crecimiento fue muy rápido en los ochenta, menor en los noventa y parece haberse detenido en la actualidad. Como los CFC son muy estables y tardan lustros en desaparecer, no obstante, las previsiones optimistas apuntan a que puede estar «cerrado» en el año 2050, no antes. El Protocolo de Montreal, firmado en la actualidad por más de ciento ochenta países, puede considerarse un éxito rotundo, a pesar de algunas denuncias sobre fabricación y comercio ilegales de CFC, y de que países en rápido desarrollo, como China, hayan incrementado su producción de otros gases nocivos para la capa de ozono, como los llamados halones (con el compromiso de renunciar a ellos a partir de 2009).

Ojalá tengáis razón, pero me temo que vuestros pronósticos sean demasiado optimistas. Lo que me sorprende es que este rápido remedio haya sido posible por casualidad, gracias a los estudios de unos señores que estaban buscando otra cosa. ¿Es que los científicos trabajáis por tanteo?

En general, los científicos intentamos saber más acerca de cualquier cosa, con la certeza de que todo conocimiento ayuda a la humanidad a ser y a vivir mejor. Por eso me interesa mucho lo que apuntas. Mario Molina y su colega Rowland recibieron en 1995 el premio Nobel de Química por su descubrimiento del efecto de los CFC sobre la capa de ozono. Toda una lección. Habitualmente los científicos ponemos mucho énfasis en la defensa de la investigación básica, esa que, a primera vista, no parece servir para nada. Éste es un ejemplo de hasta

qué punto puede tener utilidad. Rowland y Molina sólo querían saber qué ocurría con los CFC, adónde iban a parar, y se encontraron de improviso con el diagnóstico (y, de camino, con la receta para la solución) de un gravísimo problema para la humanidad. En 1997 un equipo canadiense presentó oficialmente a la ONU un informe según el cual la reducción del uso de CFC habría evitado más de veinte millones de casos de cáncer de piel y ciento veintinueve millones de casos de cataratas. ¡Y todo gracias a una investigación que, en principio, no servía para nada! Claro que eso no quita para que, además, se haga en el mundo mucha, y muy buena, investigación orientada a objetivos concretos.

El cumplimiento de las medidas acordadas en el Protocolo de Montreal, por costoso y difícil para empresas y gobiernos, se me antoja muy meritorio. En este caso hay que quitarse el sombrero ante la eficacia de la respuesta de la comunidad internacional.

Estoy de acuerdo contigo, este asunto invita al optimismo. De todos modos, el abandono de los CFC y otros gases relacionados, y con efectos parecidos, no ha sido tan traumático como se pensaba al principio. De hecho, un comité de expertos del Programa para el Medio Ambiente de las Naciones Unidas afirmó, hace ya diez años, que «la sustitución de los productos que destruyen el ozono ha sido más rápida, más barata y más novedosa de lo que imaginábamos», haciendo notar que sólo el aire acondicionado de los coches había subido de precio de manera apreciable como consecuencia de ella. Algunos opinan, incluso, que la prohibición de los CFC nos ha permitido ahorrar dinero, por los daños que ha evitado en cosechas, ecosistemas salvajes, materiales de construcción sensibles a la radiación ultravioleta, etcétera.

Aun así, los sustitutos son otros productos químicos de nombres igualmente complicados, algunos de los cuales afectan también a la capa de ozono, aunque en menor medida, e incrementan el efecto invernadero. Todos estarán igualmente prohibidos antes de 2040 en todo el mundo. En definitiva, en este caso parece haberse dado con el remedio, pero hay que reconocer que no era tan difícil como se pensaba al principio, y desde luego menos que resolver otros problemas que nos afectan.

Eso, eso. ¡Con estas noticias esperanzadoras casi nos habíamos olvidado del calentamiento terráqueo! Enseguida volvemos a él, pero antes aclárame una cosa. He leído en los periódicos que la concentración de ozono es muy alta en Atenas, donde se han celebrado los juegos olímpicos, y amenaza a los pulmones de los ciclistas y de los corredores de fondo. ¿No habíamos dicho que el ozono era nuestro halo protector? ¿En qué quedamos?

El ozono tiene dos caras, como suele ocurrir en la naturaleza: nada es totalmente bueno ni exclusivamente malo. Para la vida, lo negativo es quedarse corto o pasarse. En algunos casos, como el del ozono, que sea beneficioso o perjudicial depende de donde se encuentre. El mismo ozono que nos protege cuando está situado en la estratosfera, la parte alta de la atmósfera, nos daña cuando está en la troposfera, que es la parte baja, la que está en contacto con la superficie terrestre. El ozono «malo» se forma principalmente en las ciudades, al reaccionar químicamente los contaminantes de los coches y de las industrias en presencia de la luz del sol, por lo que es un fenómeno propio de los días de anticiclón con ausencia de viento. Pero cada vez es más evidente que también se forma en el campo, como consecuencia de la interacción, en presencia de la luz, de compuestos orgánicos volátiles liberados por la vegetación y los óxidos de nitrógeno del aire.

Junto a otros productos, el ozono forma esa especie de calima sucia, gris, más o menos amarillenta, que se observa en ocasiones sobre nuestras ciudades y que suele llamarse *smog*, palabra inglesa de nuevo cuño que se formó juntando humo (*smoke*) y niebla (*fog*). El *smog* se hizo tristemente famoso porque mataba a miles de personas en Londres hace unos lustros, y es que sólo el ozono ya provoca cansancio y anemia, e irrita los ojos, la garganta y los pulmones, agravando el asma, los enfisemas y otros problemas del aparato respiratorio. Cuando los niveles de ozono son muy elevados se recomienda, especialmente a los alérgicos, no salir a la calle, y a todo el mundo evitar el deporte al aire libre, lo que nos irrita a los aficionados a correr y a la bicicleta.

De todas maneras, esta contaminación urbana tiende a controlarse cada vez más, al menos entre nosotros, y periodos duraderos con altos niveles de ozono suelen ser, por su carácter excepcional, noticia en los periódicos. En sentido contrario, en la cuenca mediterránea, cerca del mar, el ozono y otros contaminantes originados en las ciudades y los grandes complejos industriales son transportados por la brisa a las zonas rurales y durante varios meses cada año dañan a las plantas, llegando a afectar al rendimiento de los cultivos. Algo parecido ocurre en la sierra de Madrid: el ozono producido en la capital se acumula al pie de la sierra, donde todos los años se registran en verano algunos días con niveles de ozono por encima de lo recomendable. Vamos, que uno se larga a Guadarrama con la esperanza de respirar aire puro y puede ocurrirle justo lo opuesto.

¡Pues sí que estamos buenos! Volvamos, sin embargo, al asunto del cambio climático, donde sospecho que hemos dejado muchos cabos por atar. En su momento comentabas que a diferencia de los CFC, con tendencia a

disminuir, el dióxido de carbono no cesa de aumentar desde la revolución industrial. ¿Tan importante ha sido el incremento de CO_2 en la atmósfera como para hacer cambiar el clima de toda la Tierra?

Anota. En la actualidad, veinticinco mil millones de toneladas de dióxido de carbono son emitidas cada año a la atmósfera como resultado de la quema de combustibles fósiles (carbón, petróleo, etc.), la actividad de ciertas industrias, la deforestación y los cambios de uso del suelo. Una parte importante de ese CO_2, la mitad o más, se reabsorbe en la naturaleza, pero aproximadamente el cuarenta y cinco por ciento incrementa el efecto invernadero. Antes de la revolución industrial la concentración de CO_2 en la atmósfera era de doscientas ochenta partes por millón (ppm), en los años cincuenta del pasado siglo de aproximadamente 315 ppm, y en la actualidad de unas 370 ppm o más. Según evolucionen las cosas, para el año 2100 se esperan entre 540 y 970 ppm. Nunca ha habido tanto CO_2 en la atmósfera desde hace al menos cuatrocientos mil años. Y seguramente nunca, en esos cuatro mil siglos, ha hecho tanto calor como el que me temo que hará dentro de pocos lustros.

No *es que yo dude de los científicos, pero a veces vuestras rotundas afirmaciones parecen más propias de magos que de gente de estudios. ¿Cómo conocéis con tanta seguridad el dióxido de carbono que había en la atmósfera en un ayer tan remoto?*

Los investigadores analizan la composición de las pequeñas burbujas de aire encerradas en los hielos perpetuos de los casquetes polares y de algunos glaciares. La escasa nieve que cae anualmente en la Antártida, por ejemplo, se deposita helada formando capas parecidas a los anillos de crecimiento de un árbol, que por tanto pueden fecharse. Cuanto más profundo está ese hielo, más tiempo hace que cayó la nieve que lo ha originado. En las cercanías de la base antártica rusa de Vostok, un equipo formado por franceses, rusos y americanos ha conseguido extraer testigos de hielo hasta una profundidad de más de tres mil metros, formados hace aproximadamente cuatrocientos mil años. Los análisis de las burbujas y del polvo contenidos en el hielo hasta esa profundidad permiten estimar la cantidad de gases de efecto invernadero que ha habido en la atmósfera desde entonces. Además, aunque no viene al caso detallarlo, las proporciones de diversos isótopos en esas mismas burbujas proporcionan información sobre las temperaturas a lo largo del periodo en cuestión. Pues bien, los datos de Vostok indican que en varias ocasiones en el pasado la concentración de CO_2 en la atmósfera se ha acercado a las 300 ppm, pero con más frecuencia ha estado cerca de las 250 ppm. Las temperaturas, por su parte, han oscilado en un rango de unos diez o

doce grados, coincidiendo las épocas más frías con aquellas en las que había menos dióxido de carbono en la atmósfera, y al revés las más cálidas (aunque ello no demuestre una relación de causa a efecto).

Esas variaciones tan notables parecen apoyar la idea, defendida por algunos, de que el actual cambio climático es un fenómeno natural, de que esas cosas pasan porque tienen que pasar, porque el mundo es así. Además, como tú mismo me has dicho hace unos días, ya sabemos que han ocurrido otras veces con anterioridad. ¿Podrían tener razón los escépticos al defender que lo del cambio climático es una falsa alarma, o al menos que la afirmación de que los humanos lo provocamos no es más que un mito? Quiero decir que las cosas tal vez vayan por donde tienen que ir y los motivos de preocupación sean infundados.

Rotundamente no. Los científicos tienden a ser muy prudentes, a veces en exceso, como con frecuencia se encargan de denunciar los grupos ecologistas y como recordarás que ocurrió con las medidas del ozono en la Antártida. Habitualmente los expertos evitan afirmar nada con rotundidad hasta no estar seguros de que tienen argumentos sólidos para defenderlo. En el caso del clima, ello les lleva a reconocer a menudo las muchas incertidumbres inherentes a sus predicciones. Los escépticos (que, por cierto, nunca publican sus artículos en revistas de investigación reconocidas), incluido el propio presidente Bush, se aprovechan de ello y comentan: «No está demostrado que el clima cambie a causa de las actividades humanas; hasta los propios expertos admiten que tienen dudas». Y es cierto, las dudas son muchas, pero la fundamental no lo es: sólo los cambios atmosféricos debidos a la actividad humana pueden explicar los aumentos de temperatura en la Tierra detectados en los últimos decenios.

Pero, si no me equivoco, esa certeza es reciente, no ha existido desde el principio.

En efecto, el consenso prácticamente unánime entre los científicos es bastante reciente. Ya en la segunda mitad del siglo XIX se sospechaba que pequeños cambios en las concentraciones de vapor de agua y dióxido de carbono podían tener importantes consecuencias sobre el clima. A lo largo del siglo XX, a medida que fueron acumulándose registros meteorológicos, se comenzaron a percibir síntomas de un calentamiento más o menos generalizado, que muchos estudiosos relacionaron con el uso masivo de combustibles fósiles. Movidos por esta preocupación, la Organización Meteorológica Mundial y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente crearon en 1988 el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (más conocido por sus siglas en inglés, IPCC). En él se

reúnen miles de los mejores especialistas mundiales y su misión es evaluar la información científica disponible y asesorar a los gobiernos sobre la mejor manera de mitigar los efectos del cambio climático o adaptarse a ellos. El IPCC ha publicado tres voluminosos «informes de síntesis» en 1990, 1995 y 2001. La evolución de su manera de informar sobre las causas del problema ha sido muy significativa y refleja perfectamente la prudencia de los científicos, a la que antes me refería. En el primer informe el IPCC decía que con los datos manejados «no es posible afirmar» que el incremento de la temperatura media del planeta, ya innegable entonces, fuera consecuencia de las actividades humanas. En aquel momento sólo grupos como WWF o Greenpeace anunciaban lo que se nos venía encima, soportando a causa de ello frecuentes burlas y denuncias de falta de rigor. En el segundo informe, sin embargo, el IPCC aseguraba que el conjunto de evidencias disponibles «sugiere un cierto grado de influencia humana sobre el clima global». El tercer y hasta la fecha último informe ya se refiere a «interferencias antropógenas peligrosas en el sistema climático», confirmando que la probabilidad de que sea casual la coincidencia entre los efectos esperados por los expertos y los detectados «es ínfima». Podemos afirmar, por tanto, como escribió un periodista científico, que desde el 2001 la relación directa entre el cambio climático y las actividades humanas «ya es oficial».

De todos modos, dado que la realidad del calentamiento global es evidente, imagino que resulta más tranquilizador saber que se debe a nuestras acciones que no pensar que ocurre sin que tengamos ni idea de por qué, ¿no te parece?

Estás en la línea del meteorólogo Luis Balairón, que defendió ese punto de vista en un curso de verano en el que coincidimos en El Escorial. Si pretendemos no hacer nada, es preferible no sentirnos culpables, así que disfrutaremos alimentando las dudas y postulando que esto es lo que hay y por tanto no queda más remedio que asumirlo. Pero si aspiramos a arreglarlo, es mucho más reconfortante saber que conocemos las causas y podemos tomar las medidas oportunas para minimizar los daños, aunque al tiempo resulte penoso tener que aceptar nuestra responsabilidad.

Pero pasemos a los daños, porque evidentemente esa «interferencia antropógena peligrosa» que has mencionado no debe quedarse en el adelanto de la fecha de floración de los cerezos, que más que daño parece una lucubración poética.

No, no, claro. Ya dijimos entonces que los efectos del cambio climático son numerosos e importantes en muchos ámbitos, aunque luego nos

centráramos en la fenología de árboles y pájaros. La aparición más temprana de hojas y flores o los cambios en la distribución de muchas especies, que en nuestro hemisferio se están desplazando hacia el norte (como el elanio azul, un ave de presa africana que se ha vuelto común en España, o algunas mariposas mediterráneas que colonizan Centroeuropa; en paralelo, especies norteñas como el urogallo se hacen raras en latitudes meridionales), son sólo los síntomas de que algo serio está ocurriendo.

Con distintos márgenes de confianza, los investigadores relacionan con el cambio climático de origen humano distintos fenómenos ya constatados o probables. No obstante, el clima es tan complicado, depende de tantas cosas, que es muy difícil hacer predicciones respecto al futuro más o menos próximo. Ya dijimos que los estudiosos se apoyan en sofisticados modelos de ordenador que tratan de reproducir las condiciones previsibles de la atmósfera y, a partir de ellas, la climatología de la Tierra, pero tropiezan con graves dificultades. Parte de ellas resultan de que no saben bien cómo funcionan algunos elementos tan comunes como las nubes, por ejemplo, ya que por un lado aumentan el calentamiento y por otro lo disminuyen (en un informe divulgativo de la NASA se llama a las nubes «verdadera molestia para los investigadores del clima»). Pero también influye el hecho de que todo está relacionado con todo de una manera muy compleja, no lineal, de forma que pequeños cambios imprevistos en un lugar pueden alterar las previsiones que se han hecho en otros. Eso se ha definido como el «efecto mariposa», propio de los sistemas caóticos, conforme al cual «el batir de alas de una mariposa en Tokio puede originar una tormenta que no iba a ocurrir en Ámsterdam o, por el contrario, evitar que se forme otra que podría haber ocurrido». Para terminar de complicar las cosas, la evolución del clima global y, en consecuencia, lo que pueda pasar, dependerá mucho de nuestro comportamiento actual y futuro. Dicho de otra manera: cabe imaginar distintas situaciones, todas ellas posibles, con efectos muy diferentes en cantidad y calidad.

¡Pero apúntame alguna! Hay que ir directamente al grano. Hombres y mujeres, excepto los muy pusilánimes, deseamos conocer los problemas para exigir a los partidos y a los medios que presionen a los políticos, que les trasladen nuestras inquietudes, nuestros temores, para poner remedio a la situación.

Es posible adelantar por dónde irán los tiros. Respecto a 1990, que se toma como referencia, los expertos estimaron en 2001 que la temperatura media mundial ascenderá entre 1,4 y 5,8 grados centígrados antes de finalizar el siglo XXI. Casi todas las predicciones

más recientes, sin embargo, han tendido a oscurecer el panorama, de manera que afirmaciones del tipo «los expertos dicen que el calentamiento será mayor del previsto, por tal o cual razón» no cesan de aparecer en la literatura científica y en los periódicos. Muy recientemente la Agencia Europea de Medio Ambiente ha presentado un informe según el cual el aumento de la temperatura en nuestro continente, de aquí al 2100, oscilará entre 2 y 6,3 grados centígrados (en España se esperan subidas de cuatro grados centígrados para el 2080). Igual que en el caso general, la diferencia entre las dos cifras radica tanto en las incertidumbres sobre el comportamiento de algunos componentes del sistema (por ejemplo, los océanos) como en la mesura que muestre la humanidad en el uso de gases de efecto invernadero. Hablando claramente, como los gases de invernadero son muy persistentes, por bien que lo hagamos la temperatura seguirá aumentando, y si lo hacemos mal subirá de manera desmedida. En todo caso, será el cambio más rápido registrado en el clima en los últimos diez mil años, tras la última glaciación.

Tienes una gran habilidad para escabullirte. Perdona que insista y no te vayas por las ramas. ¿Con qué consecuencias?

Los expertos ya han constatado que el aumento mundial de la temperatura está produciendo una subida del nivel del mar (que en promedio ha crecido entre diez y veinte centímetros desde 1900), la fusión de los glaciares en las montañas (las famosas nieves del Kilimanjaro, del premio Nobel Ernest Hemingway, desaparecerán en quince o veinte años), la reducción del espesor de las masas de hielo en los polos (el Polo Norte podría ser fácilmente navegable en verano antes de cincuenta años), el incremento de lo que se han llamado «eventos climáticos extremos» (como olas de calor, grandes sequías o tremendas inundaciones), la decoloración y muerte de los corales, especialmente en los años cálidos (al elevarse la temperatura del agua desaparecen las algas que, en simbiosis con los pólipos coralinos, les proporcionan color y energía), el deshielo, en Alaska y Siberia, del *permafrost*, el suelo permanentemente congelado (que al ablandarse, como si fuera un helado derretido, hace que los edificios se resquebrajen y se caigan), y otros cambios de parecido tenor.

De todos modos, para empezar podríamos fijarnos en dos fenómenos muy relacionados entre sí y que el calentamiento global exacerba, aunque no sean consecuencia exclusiva del mismo. Se trata de la desertización y la escasez de agua dulce. Ambas amenazas, juntas o por separado, pero más pronto que tarde, pueden poner al conjunto de la humanidad en serios apuros (muchas poblaciones humanas los están sufriendo ya).

Yo tenía entendido que la erosión y la falta de agua eran cuestiones más bien locales, propias de zonas secas, y producidas, en cierto modo, por causas naturales. Vamos, que mientras en unos lugares escasean el agua y el suelo profundo, en otros sobran, pero porque Dios lo ha querido así. ¿Crees que estoy equivocado?

Mi compañero Juan Puigdefábregas dice que, hasta hace poco, hablar de la desertización era exponer un catálogo de desastres (sequía, pérdida de suelo fértil, ausencia de vegetación, etcétera), mientras que ahora se pone más atención en las causas que la producen, generalmente resultado de un desequilibrio entre las actividades humanas y los recursos naturales. Por eso está muy de moda distinguir entre la desertización, que es el proceso más o menos natural al que tú te referías, y la desertificación, que, aunque con efectos relativamente similares, es el resultado de nuestras acciones. A mí no acaba de gustarme la palabra *desertificación*, que me huele a traducción directa del inglés, pero se ha hecho oficial y es casi obligado emplearla (aunque no sé lo que pensaréis al respecto los académicos). De todos modos, en un planeta como el nuestro, que en la práctica resulta cada vez más pequeño, y con el hombre como especie dominante, es casi imposible distinguir lo natural de lo que no lo es. Una sucesión de años secos que hacen avanzar el desierto en Malí o Senegal, ¿puede considerarse natural o es en parte debida al calentamiento de la Tierra producido por el hombre? En cualquier caso, los documentos oficiales entienden por desertificación «la degradación de las tierras de zonas secas resultante de factores tales como las variaciones climáticas y las actividades humanas».

Por lo demás, tienes razón en que durante mucho tiempo estos problemas han podido parecer locales, limitados, pero cuando afectan, como ahora, a muchos sitios a la vez, y toda la humanidad somos víctimas potenciales de sus consecuencias, no queda más remedio que entenderlos como una calamidad mundial. De hecho, la desertización, o desertificación, ostenta el dudoso honor de haber sido el primer tema ambiental al que la comunidad internacional dio rango de problema general. Ocurrió tras la sequía catastrófica de los años setenta del siglo pasado, que mató de hambre a cientos de miles de personas en el Sahel, al sur del Sahara. A raíz de la sequía, en 1977 se celebró en Nairobi (Kenia) la primera Conferencia Internacional de las Naciones Unidas para el Combate contra la Desertificación. No obstante, poco se hizo por el asunto antes de la Cumbre de Río, donde resurgió la idea de que las Naciones Unidas promovieran un acuerdo global para luchar contra el problema. Dicho convenio entró en vigor a finales de 1996, tras ser ratificado por medio centenar de países, incluido el nuestro. Hoy se ha doblado con creces el número. En el

convenio se relaciona la desertificación no sólo con la degradación de los suelos, sino también con la de los recursos hídricos, la vegetación y la calidad de vida de las personas.

Estás de acuerdo, entonces, en que se trata de un problema localizado en las zonas secas. No llego a ver de qué manera la erosión en el borde del Sahara, a la que te refieres, podría afectar a los alemanes, por ejemplo, que no carecen de agua ni de buenos suelos. ¡Y digo a los alemanes por no hablar de los asturianos o los gallegos, que son menos!

Cuesta darse cuenta de lo pequeño que se nos va quedando el planeta en que vivimos. ¡Si te dijera que el polvo del Sahara, arrastrado en gigantescas nubes por los vientos, se detecta hoy tanto en el Caribe, donde daña a los arrecifes de coral, como en la cuenca del Amazonas, donde aumenta la productividad de la selva! ¡Y, por supuesto, también llega a toda España y a Centroeuropa! A veces, en Sevilla, se arman grandes colas en las máquinas de lavar coches, pues ha caído del cielo tanto barro que los limpiaparabrisas apenas bastan para despejar los cristales y poder conducir. Y la cosa parece ir a más: Anna Ávila y Josep Peñuelas han demostrado que, al menos en Cataluña, la frecuencia de las lluvias de lodo africano se ha doblado entre los años cincuenta y los años noventa del pasado siglo.

En la práctica, la desertificación suele medirse como la pérdida de suelo fértil, y el hecho de ser habitantes de un planeta que pierde la capacidad de producir alimentos repercute en todos nosotros. Según el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, la aridez y la desertificación afectan a más de la tercera parte de las tierras del globo y amenazan al menos a mil millones de personas en más de ciento diez países. Y eso sin considerar la pérdida de productividad en tierras húmedas, como la cuenca amazónica. Allí, tras el descuajo del bosque, el suelo que queda es tan pobre que después de obtener unas magras cosechas hay que abandonarlo y deforestar otra parcela para volver a empezar. Así que mucho me temo que en breve habrá que preocuparse también por la degradación de tierras húmedas, con lluvias abundantes. De todos modos, es cierto que la desertificación afecta especialmente a África y a Asia, pero en esos dos continentes viven casi dos terceras partes de la población del planeta.

En estos momentos, en la escena política mundial preocupa especialmente la situación de China, con un creciente poderío económico y más de mil trescientos millones de habitantes. Acabamos de hablar de las tormentas de polvo y de las lluvias de barro que se originan donde el suelo desprovisto de vegetación no puede oponer resistencia a los embates del viento. Como es lógico, esas tormentas son características de lugares que han sufrido una intensa erosión (en

el sureste de Irán hubo que abandonar ciento veinticuatro aldeas en el año 2002 porque las casas y los campos habían quedado sepultados bajo la arena). Pues bien, las nubes de polvo en el norte y el oeste de China alcanzan unas proporciones hasta hoy desconocidas y afectan seriamente a los países vecinos. El 12 de abril de 2002, por ejemplo, Corea del Sur fue barrida de forma especialmente violenta por una tormenta de arena procedente de China; en Seúl hubo que cerrar los aeropuertos y suspender las clases en los colegios, y los hospitales fueron saturados por pacientes que no podían respirar o tenían problemas importantes en los ojos. Esos vendavales de polvo, aunque menos intensos, se repiten regularmente desde hace años al comienzo de la primavera, hasta el punto de que los coreanos y los japoneses los soportan estoicamente, como si fueran una veleidad meteorológica periódica. Con relativa frecuencia, incluso, los vientos cargados de partículas de suelo han atravesado el Pacífico y se han hecho notar en la costa oeste de Estados Unidos.

Naturalmente, las condiciones son peores en la propia China. Los habitantes de Pekín (adonde las dunas del desierto del Gobi se acercan año tras año) ya se han acostumbrado a luchar contra las nubes de arena, pero los agricultores y los ganaderos no pueden hacerles frente y deben abandonar sus tierras. La situación podría obligar a emigrar a decenas de millones de chinos, algo impensado y sin precedentes. Un informe del Banco Asiático para el Desarrollo calcula que sólo en la provincia de Gansu cuatro mil pueblos corren peligro de ser sepultados por el polvo.

Casos extremos de erosión como los que describes deben ser conocidos desde la Antigüedad, pues recuerdo una terrible maldición bíblica, me parece que del Deuteronomio *el quinto libro de Moisés, que decía: «Yahvé dará como lluvia a tu tierra polvo y arena, que caerán del cielo sobre ti hasta tu destrucción». Sin embargo, a juzgar por lo que cuentas y lo que se lee en los periódicos, esta calamidad en China parece un hecho bastante reciente, al menos en las proporciones actuales*.

Efectivamente. En el pueblecito de Dongsheng, en la actual Mongolia Interior, reposan los restos de Gengis Khan, el caudillo que hace ocho siglos guió a los jinetes mongoles a la conquista de un enorme imperio, que llegó a extenderse de Europa oriental al actual Vietnam. Las estepas del Gran Khan eran un mar de hierba verde que, en verano, alcanzaba la barriga de los caballos. Hoy aquellos herbazales se han convertido en poco más que un desierto pardo salpicado de escuálidos matorrales. En el siglo XXI el mausoleo de Gengis Khan es azotado a menudo por tormentas de arena.

La desertificación suele originarse cuando se fuerza a la tierra a dar

de sí más de lo que puede. El caso chino (agravado, además, por unas décadas de sequía relacionada seguramente con el cambio climático) no es una excepción. A partir de las reformas económicas de 1978, comenzaron a cultivarse en el norte y el oeste de China antiguos terrenos baldíos, y en los terrenos del común dedicados al pastoreo aumentó enormemente el número de cabezas de ganado (hasta diez veces, entre 1977 y 2001). Los cultivos no dieron buen resultado y en la actualidad se sustituyen por plantaciones de árboles. Pero más de cien millones de vacas y casi trescientos millones de cabras y ovejas están hoy, literalmente, comiéndose el noroeste del país (en Estados Unidos hay unos millones de vacas menos y tan sólo ocho millones de ovejas y cabras en una superficie semejante). El exceso de ganado en el norte de China desnuda el suelo de vegetación y el polvo queda a merced de los fuertes vientos estacionales. Se estima que unos dos mil quinientos kilómetros cuadrados, casi como media provincia de Girona, se suman al desierto cada año por esta causa.

En general, cultivar tierras inadecuadas (o hacerlo mal en las adecuadas) y eliminar la cubierta vegetal, con incendios forestales, talando bosques o mediante un pastoreo abusivo, son las causas más evidentes de la desertificación. Claro que no podemos olvidar la que se produce por el uso inadecuado del agua, como ocurre, probablemente, en algunas explotaciones del sureste español.

Esto nos toca más de cerca. ¿Qué podemos esperar en España, dado nuestro clima y con el Sahara a dos pasos?

Desgraciadamente, en este tema África sí parece empezar en los Pirineos. Gran parte del sur, el centro y el levante ibéricos son naturalmente frágiles y proclives a la desertificación, tendencia que han avivado las intervenciones humanas. Como resultado, España es un país con serias dificultades en este punto. Según los datos del Programa Nacional de Acción contra la Desertificación, treinta y cuatro provincias españolas sufren el problema en un grado alto o muy alto. Los focos principales están situados en Canarias, en toda la costa mediterránea, Andalucía, Castilla-La Mancha y Aragón. En opinión de mi colega José Luis Rubio, que fue uno de los primeros premios Rei Jaume I de Medio Ambiente, «España es el país con mayor riesgo de pérdida de suelo de toda Europa» y «la desertificación es el más grave de los problemas ambientales que afectan a nuestro país». La investigadora del CSIC Teresa Mendizábal, a la que también conozco desde hace muchos años, ha explicado el cambio reciente de las acciones que están detrás de la desertificación de parte de España: «Hasta hace tres o cuatro décadas –afirma –podíamos hablar de una mala gestión del bosque, de talas indiscriminadas e incendios

provocados. Hoy sería más propio referirse a una agricultura inadecuada y a la sobreexplotación del suelo y de los acuíferos». Jorge Olcina, de la Universidad de Alicante, lo matiza subrayando, no sin razón, que la cubierta vegetal se está recuperando en gran parte del país (no hay más que ver las laderas de Sedano, antes peladas y hoy cubiertas de carrascas, quejigos y pinos de repoblación), de manera que la erosión tradicional debería estar reduciéndose. Sin embargo, Olcina añade un nuevo motivo de preocupación: la construcción, «los efectos letales de la pérdida de suelo fértil debida a las urbanizaciones», en sus propias palabras.

Para Juan Puigdefábregas, del que hablábamos antes, el paradigma, el caso más típico de cómo se produce la nueva desertificación en España, son los cultivos bajo plástico que cubren miles de hectáreas en la provincia de Almería. «En los años setenta –dice– los agricultores invirtieron mucho dinero en la transformación de pedregales en regadíos. Hace ya años que los pozos dan señales de agotamiento o sólo afloran agua salada por infiltración del mar. Mas los agricultores no pueden abandonar estas explotaciones, en las que invirtieron mucho, porque están endeudados. No les queda más remedio que seguir sobreexplotando los acuíferos». Es una vía insostenible, que antes o después terminará con la tierra convertida en un yermo.

Está claro que en los países ricos, como el nuestro, pueden buscarse opciones, siempre caras, para retrasar el proceso, desde desalar el agua del mar hasta trasvasarla de otras cuencas, pero en los países pobres, cuando se agotan los pozos, sólo quedan el hambre y la emigración. El propio José Luis Rubio, al que acabo de mencionar, nos contaba hace unos meses que en un congreso científico celebrado recientemente en Valencia se había demostrado por primera vez la relación directa y estrecha entre los procesos de desertificación (que producen hambrunas) y los alzamientos y revueltas populares en el mundo en desarrollo.

Asunto delicado. Pero, ya que ha surgido, ¿podemos conocer tu punto de vista sobre el problema tan debatido de los trasvases? El Levante necesita agua pero en España, como en otras regiones del mundo, tampoco nos ponemos de acuerdo. Habría que discutirlo con calma y espíritu abierto. ¿No está superada ya la hora de las leves trabas, de las posiciones domésticas?

Creo que la discusión que tú pides, serena y abierta, es precisamente lo que ha faltado. Nadie negaría el agua para dar de beber a un sediento, pero la cosa cambia si te la piden para plantar naranjos en laderas inhóspitas, para cultivar bajo plástico en parques naturales o para construir más urbanizaciones y campos de golf (y dar de beber a

quienes los construyen y utilizan). ¿Hasta qué punto son ésas verdaderas necesidades? Cuando menos, es un tema complejo y habría que haber empezado el debate por ahí. Hace unos meses escuché en la televisión a un empresario levantino, completamente seguro de sí mismo, convencido de la solidez de sus argumentos, afirmar: «Sólo queremos seguir haciendo lo que hemos hecho hasta ahora, nada diferente; pero se nos ha terminado el agua y necesitamos que la traigan de otro sitio. ¿Quién puede oponerse a eso?». Me sorprendió que aquel señor, sin duda inteligente, no se planteara siquiera que tal vez lo que «habían hecho hasta ahora» era insostenible, que no se podía mantener, puesto que había llevado al agotamiento de un recurso tan vital como el agua. Es como si yo gastara más de lo que gano, me sorprendiera al quedarme sin blanca y reclamara un aumento de sueldo para seguir manteniendo el tren de vida «de siempre».

Un hidrólogo muy famoso, Peter Gleick, ha escrito que hay que buscar una «nueva vía» (lo que en España se ha llamado «nueva cultura») para el agua. La medida del progreso no debería ser la cantidad de agua que se usa, sino el bienestar individual y colectivo que se obtiene por cada litro utilizado. Dicho de otro modo, no habría que obcecarse preguntándose a cada momento «¿de dónde saco más agua?», sino «¿de qué forma puedo reducir su consumo?». Y existen fórmulas para lograrlo, desde renunciar a ciertos usos a hacer el gasto más eficiente, evitar las pérdidas en las conducciones, favorecer los usos cerca de donde está el recurso, gestionar mejor los acuíferos, reducir la contaminación, que convierte al agua en inservible, reutilizar las aguas residuales afectando lo menos posible al caudal de los ríos que se alimentan de ellas… Si a pesar de todas esas medidas sigue siendo necesaria más agua en alguna parte, pues habrá que proporcionarla, con los menores costes sociales, económicos y ambientales posibles (por ejemplo, el trasvase del Ebro previsto tenía un enorme impacto, pero el de las grandes plantas desalinizadoras tampoco va a ser manco y habrá que tenerlo en cuenta). De todos modos, siempre me ha llamado mucho la atención la paradoja de que, siendo España una tierra más bien seca, nos contemos entre los países europeos con mayor consumo doméstico de agua por habitante y año.

En todo caso, si hay agua para todos, si sobra, ¿por qué tantas precauciones?

Precisamente ahí está la madre del cordero. Tenemos que acostumbrarnos a pensar que el agua es un bien escaso, precioso, cada día más caro, y que esté donde esté tiene algún papel, hace falta para algo. Me saca de quicio oír a personas ilustradas lamentarse de que no

sé cuántos hectómetros cúbicos de agua se han desperdiciado porque han ido a parar al mar. ¡Pero si para eso, entre otras muchas cosas, están los ríos! Gracias a que llevan agua hasta la desembocadura existen las playas y comemos boquerones fritos, por citar dos ejemplos. ¿Sabías que hay una relación directa entre la cantidad de agua que el Ebro y el Ródano vuelcan al mar cada año y el éxito de las pesquerías de la flota de bajura al año siguiente? A más agua, más anchoas y sardinas. Podrá decirse que esa agua hace más falta en otros sitios, eso no lo discuto (aunque habrá que demostrarlo), pero lo que no se puede defender es que por el hecho de ir al mar sea agua perdida. ¿Quieres un ejemplo aún más llamativo, que aparece en muchos libros? Tras llenarse la gran presa de Asuán, en los años sesenta del siglo XX, el flujo del río Nilo disminuyó un noventa por ciento y los desembarcos de las pesquerías egipcias bajaron, en promedio, un ochenta por ciento. Las capturas de sardinas, por ejemplo, pasaron de dieciocho mil toneladas en 1962. a poco más de quinientas ocho años después. La pesca de langostinos descendió de más de ocho mil toneladas en 1963 a poco más de mil en 1969.

Uno de los dramas ambientales más conocidos en el mundo ha sido el del mar de Aral, el lago gigantesco situado al sur de lo que fue la Unión Soviética. Aral era alimentado por las aguas de dos grandes ríos provenientes del sur y del este, el Amu Daria y el Sir Daria. A partir de 1960, sin embargo, en el marco de un plan agrícola faraónico, esas aguas fueron derivadas para el riego de campos de arroz, trigo y, sobre todo, algodón. El lago comenzó a secarse y ha perdido la mitad de su superficie y dos terceras partes de su volumen. La pesca desapareció y con ella la forma de vida de millares de personas. Hay esqueletos de barcos varados en tierra, a decenas de kilómetros del agua. El nivel ha descendido quince metros y gran parte del fondo, cubierto por costras salinas, es hoy tierra firme. El viento levanta y dispersa las sales, que han resultado tóxicas para las personas y las plantas. Los cultivos han fracasado, la contaminación se ha incrementado, el paisaje es lunar... ¡Eso prueba que sí era importante que el Amurdaria y el Syrdaria llevaran agua hasta su desembocadura! En la actualidad, los cinco países afectados por la crisis del mar de Aral discuten sobre la manera de poner en marcha un costosísimo programa de recuperación ambiental.

Sigo con el tema, pero en España. ¿Has visto recientemente los salmones del río Pas en Puenteviesgo? ¿Recuerdas que íbamos a verlos todos los años, camino de la playa, cuando erais niños? Hasta hace nada yo he seguido yendo por allí asiduamente, al menos una vez cada verano, la visita obligada a La Montaña. ¡No te puedes imaginar qué tristeza! ¡ Un río muerto! Un río de charcos donde unos pocos salmones (en compañía,

eso sí, de cada vez más múgiles, ¡menudo consuelo!) se hacinan unos sobre otros, sin posibilidad de encarar la mortecina corriente. He preguntado las razones y me han dicho que se llevan el agua del río porque hace falta en Santander.

¿Lo ves? Te respondes a ti mismo cuando preguntabas si había agua para todos. Desgraciadamente, no la hay. Lo que se lleva a Santander, no pueden tenerlo los salmones. Una de dos. Eso mismo, de una forma u otra, se repite en todo el mundo, pues el agua dulce es un bien limitado y las necesidades de los hombres crecen cada día. Vamos a las cifras, tan elocuentes: cada vez que la población humana se duplica (y ya sabemos que eso ocurre con creciente rapidez), las exigencias de agua dulce se multiplican por tres. A lo largo del siglo XX el consumo de agua de nuestra especie ha aumentado siete veces. Hoy día, sólo los seres humanos utilizamos casi el sesenta por ciento del agua dulce disponible en la biosfera.

A los que hemos sido hombres de mar antes que escritores, este asunto nos trae siempre a la cabeza la frase que Samuel T. Coleridge, escritor romántico inglés de finales del XVIII, puso en boca del viejo marinero protagonista de uno de sus poemas. Paralizado por la calma chicha en medio del Pacífico, bajo «el sol sangriento del mediodía», el navegante de Coleridge, angustiado, proclamaba: «Agua, agua por todas partes / y ni una sola gota para beber». Doy fe de que se puede pasar mucha sed rodeado de agua. ¿Sabéis cuánta agua dulce hay en el mundo?

Hace unos años un equipo de investigadores de San Petersburgo, encabezado por el profesor Shiklomanov, echó las «cuentas del agua» del planeta. La cantidad total de agua existente, en forma de vapor, de hielo o como agua líquida, salada o dulce, es limitada y constante. De acuerdo con los cálculos de los rusos, que ellos mismos reconocen haber obtenido «a partir de premisas algo burdas», el noventa y siete y medio por ciento de esa agua es salada y está en los mares y océanos, por lo que, a primera vista, podría parecemos poco útil. Sin entrar a discutir las funciones de los océanos (que contribuyen a regular el clima, por ejemplo), debemos señalar que el agua salada es fundamental, porque la dulce, que tanto necesitamos, procede en su totalidad de la evaporación del agua del mar y al mar acaba volviendo tras un ciclo más o menos largo. El Sol es el motor de esa enorme y gratuita factoría desalinizadora de agua marina, mientras que los recursos geológicos y los seres vivos son las piezas de sostén de la maquinaria. Una parte del agua evaporada cae a la superficie terrestre en forma de lluvia, nieve o granizo y, o bien se evapora de nuevo, o bien, antes de volver al mar, se deposita temporalmente en el suelo, los ríos, lagos, aguas subterráneas, glaciares, etcétera. ¡Incluso en el

cuerpo de los seres vivos, que en gran medida estamos hechos de agua! Pero, según las cuentas de Shiklomanov, casi nueve décimas partes del agua dulce están congeladas formando los casquetes polares ártico y antártico y los glaciares de las altas montañas, o son aguas subterráneas tan profundas que resulta impracticable extraerlas. En definitiva, de toda el agua que hay en nuestro planeta, poco más de cuatro partes de cada mil son agua dulce asequible para la mayoría de los seres vivos (el escritor Marq de Villiers lo ha expresado de un modo muy gráfico: «Si toda el agua de la Tierra se guardara en un bidón de cinco litros, el agua dulce disponible no llenaría del todo una cucharilla»). Eso hace que la competencia por el recurso agua dulce sea feroz, no sólo entre los hombres, sino también entre el hombre y las demás especies, sean salmones del Pas o nutrias del Segura.

Recuerdo que se atribuye a Mark Twain, a este propósito, la frase: «El whisky es para beber y el agua para luchar». De todos modos, lo que me dices desafía los planteamientos habituales, al menos tal como creo haberlos observado en España. Tal vez por rutina, hasta las últimas «batallas del agua», a raíz de la propuesta de trasvase del Ebro, lo normal era que los españoles consideráramos al agua dulce como algo ilimitado y prácticamente gratuito. O sea, un bien abundante y barato, aunque quizá, mal repartido. Ya sabes que solemos decir que nunca llueve a gusto de todos, lo que puede traducirse como que siempre llueve de más o de menos, bien para unos, mal para otros. La meteorología juega con nosotros y, sobre todo, con los meteorólogos, que raras veces aciertan de lleno. Pero lo que a nadie se le había ocurrido es que lloviera mal para todos. Los políticos no nos explican eso. Los políticos apenas hablan de cosas importantes. A los «profanos preocupados» nos da la sensación de que no comparten la preocupación de los científicos, que cada cual anda por su lado. Con el problema concreto del agua, mi impresión es que a los políticos les preocupa, sí, pero no más allá de los cuatro o cinco años que va a durar su mandato. ¡Después de mí el Diluvio!, parecen pensar.

Un día que estaba muy agobiado, mientras fui director de la Estación Biológica de Doñana, alguien, creo que fue José Antonio Valverde, me aconsejó: «No olvides los asuntos importantes por ocuparte de los urgentes». Me di cuenta de que tenía toda la razón del mundo, pero nunca me fue fácil seguir su recomendación. A veces pienso si a los políticos no les sucederá lo mismo. De todos modos, creo que la mayoría son muy conscientes del problema que tenemos encima. Con una población mundial que puede superar los nueve mil millones de personas mediado este siglo, necesitaremos mucha más agua que ahora (entre otras cosas, para regar los campos y poder comer) y no sé de dónde la obtendremos.

Y las aguas subterráneas, ¿no podrían ser una solución? ¡Claro que ya me has dicho que hay pozos en Almería que alumbran agua salada!

Las aguas subterráneas están tan sobreexplotadas como las de superficie. Cuando los pozos se secan es porque los acuíferos se agotan. Algunos acuíferos, que se recargan con las lluvias y el deshielo, pueden explotarse de nuevo, pero sólo en la medida en que se dé la recarga. Otros, los llamados acuíferos fósiles, están aislados de las aguas superficiales y no pueden recargarse, de manera que una vez agotados lo están para siempre. Depender de aguas subterráneas por encima de su nivel de recarga es, por tanto, vivir hipotecados para el futuro, porque antes o después se acabarán. Además, los acuíferos alimentan las fuentes y veneros, así que explotándolos en exceso ponemos en riesgo, también, la salud de arroyos, ríos y zonas húmedas.

Esa explotación excesiva, por desgracia, está ocurriendo en gran parte del mundo. Mientras la única manera de extraer agua de la tierra fue con molinos de viento o con norias movidas por borricos, era muy difícil, por no decir imposible, agotar los acuíferos. Todo eso ha cambiado, claro está, con la poderosa maquinaria de hoy, que permite alumbrar pozos para extraer agua almacenada a cientos o a más de mil metros de profundidad. En España, las Tablas de Daimiel (un parque nacional por el que Cosme Morillo y los restantes redactores de *Fauna*, con Félix Rodríguez de la Fuente a la cabeza, peleamos mucho cuando escribíamos la enciclopedia) se secaron a consecuencia de la explotación abusiva del acuífero que las alimentaba. Hay problemas parejos en Canarias, Aragón, Levante y en tierras de Medina, al sur de Valladolid, como se encargaba de advertirme cada vez que nos veíamos el ecólogo Femando González Bernáldez, que nos dejó prematuramente. Y en otros países es aún peor. Hoy día se esquilman acuíferos en lugares tan ricos como Estados Unidos y tan pobres como la India. En Libia, por ejemplo, el agua fósil utilizada para regar, después de ser transportada centenares de kilómetros, excede en siete veces a la que el país recibe cada año en forma de lluvia. Cuando se acabe su agua subterránea, lo que sin duda ocurrirá, ¿qué van a hacer los libios? La respuesta de los tecnócratas es muy característica de la manera de pensar de los «optimistas ambientales»: «Ahora, regando, resolvemos un problema; cuando se nos plantee otro, al agotarse el agua, ya veremos; seguramente para entonces tengamos otras soluciones».

Puedo entender que los humanos necesitamos el agua dulce para beber, lavarnos, regar, refrigerar las máquinas... pero no me hago idea de las proporciones. ¿Lo sabes tú? ¿No lo calcularon en las cuentas esas de las

que hemos hablado antes?

Como casi todo a estas escalas tan grandes, se sabe aproximadamente. Entre el setenta y el ochenta por ciento de las exigencias de agua corresponden a la agricultura, para los regadíos. El restante veinticinco por ciento se lo reparten las industrias y, en menor medida, el consumo doméstico. De todos modos, como podrás comprender, varía mucho de unos lugares a otros, pues en países húmedos, como Alemania, prácticamente no se gasta nada en regar y casi todo va a la industria. La crisis mundial del agua dulce afectará sobre todo a la producción de alimentos en los países en desarrollo y va a traducirse en hambre, desórdenes y migraciones.

El hambre es muy mala consejera. Movidos por el hambre, los hombres han peleado en el pasado en guerras territoriales, tratando de arrebatar las fuentes de alimento a otros hombres. Tengo la sensación de que en el presente sufrimos guerras horrendas por el petróleo, otro recurso hoy por hoy esencial. ¿Llegaremos a vivir guerras similares por el agua?

Podría ser, y así está escrito. Marq de Villiers dice que «ha habido guerras, o amenazas de guerra, en varios sistemas fluviales» y explica que la resistencia israelí a aceptar un Estado palestino tiene que ver con el control de los recursos hídricos de los altos del Golán y la franja de Gaza, o que Egipto ha anunciado que no le quedaría otro remedio que ir a la guerra si Etiopía desvía en su provecho una parte significativa del Nilo Azul. La tensión existe entre otros muchos países: la India y Pakistán por el río Indo; Irak, Siria y Turquía por el Éufrates y el Tigris; México y Estados Unidos por el río Colorado; la India y Bangladesh por el Ganges; Brasil y Argentina por el río Paraná; Namibia y Botswana por el paraíso natural del delta del Okawango... No obstante, hay quien cree que se ha sobrestimado el riesgo de guerras del agua, pues en todo caso guerrear resultaría más caro que obtener agua a altos precios. Si te digo la verdad, a mí siempre me ha parecido una visión demasiado optimista, incluso ingenua, pues cuando los hombres deciden hacer la guerra raramente consideran sus costes. Al oír el argumento me acuerdo de la perplejidad de tu personaje Pacífico Pérez, de *Las guerras de nuestros antepasados*, cuando el Bisa le decía que «apañados estaríamos si las guerras necesitasen motivos».

Verdaderamente, con la pérdida de suelo fértil y la creciente demanda de agua dulce, los agricultores lo van a pasar mal para darnos de comer a tantos, y los gobiernos para atender las demandas de los agricultores y de los pueblos hambrientos. E imagino que será todavía peor cuando avance el cambio climático, pues a más temperatura habrá más desertización y

mayor necesidad de agua.

La ineludible necesidad de producir más, derivada del crecimiento de la población humana, está originando también problemas ambientales de otros tipos. En un artículo de hace tres años, un ecólogo llamado David Tilman y varios de sus colegas llamaron la atención sobre el aumento del uso de pesticidas y abonos químicos en el conjunto del planeta a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Sus datos eran inequívocos. Antes de 1950, señalaron, prácticamente no se utilizaban herbicidas e insecticidas químicos, mientras que en 1975 se emplearon un millón y medio de toneladas y hacia 1990 el doble. El crecimiento es lineal, sin altibajos ni vacilaciones, de manera que de seguir las cosas igual podría adelantarse que en el año 2025 se emplearán cerca de seis millones de toneladas. No es fácil que la naturaleza pueda soportar ese nivel de envenenamiento. Sin olvidar que a los pesticidas habría que sumar otros productos químicos fabricados a gran escala, de los que no hemos hablado. Actualmente se comercializan en Europa cerca de treinta mil productos químicos diferentes (para pinturas, envases, nuevos materiales, impermeabilizantes, etcétera), y de muchos de ellos no se conocen los efectos a medio y largo plazo sobre los seres humanos y la vida silvestre. Mundialmente, la producción de estos compuestos ha pasado en los últimos setenta años de tan sólo un millón a cuatrocientos millones de toneladas. No es raro, por tanto, que mis amigos de WWF-ADENA tilden a esta contaminación química de «la cara oculta de la industrialización y una amenaza transgeneracional brutal e invisible».

En cuanto a los abonos, en 1960 se usaron alrededor de diez millones de toneladas de fertilizantes nitrogenados, que subieron a cerca de cincuenta millones en 1980 y aproximadamente a ochenta millones en 1999. Con cifras más bajas, un crecimiento semejante, imparable, se observa en el uso de abonos fosforados. Las Naciones Unidas han advertido que los niveles de fertilización a que estamos sometiendo al planeta constituyen un «experimento incontrolado». ¿Con qué posibles consecuencias? Desde luego, el abonado excesivo (como conoce todo el que esté familiarizado con los vertidos de purines de las granjas porcinas) favorece a las malas hierbas y a las especies exóticas, contamina los ríos y los lagos, que pierden el oxígeno, y a otra escala posibilita las mareas rojas en los océanos, potencia la lluvia ácida, acrecienta el efecto invernadero… Para algunos estudiosos, los cambios inducidos por el hombre en el ciclo del nitrógeno tendrían tanta trascendencia para el futuro de la vida en la Tierra como los referentes al aumento del CO_2.

Pero tienes razón; centrándome en tu pregunta, el cambio climático, en principio, dificulta la lucha contra la desertificación y exige, para

producir lo mismo, el empleo de más agua dulce. Y no sólo eso. El aumento de las temperaturas también afecta negativamente al rendimiento de las cosechas. Hay bastantes estudios al respecto y se sabe que pequeñas alzas mantenidas en la temperatura media condicionan gravemente los rendimientos de las cosechas de cereal, que se agosta. Muy gráficamente, unos investigadores de Ohio, en Estados Unidos, escriben que por encima de cuarenta grados centígrados las plantas de su tierra dejan de producir, pues entran en un estado de *shock* térmico y su único objetivo es sobrevivir (más o menos lo mismo que me ocurre a mí en Sevilla cuando, como hace unas semanas, alcanzamos los cuarenta y cuatro grados centígrados a la sombra). En el caso del arroz, un estudio en el sur de la India sugiere que por cada grado que sube la temperatura se produce una reducción en la cosecha de un seis por ciento. Con el maíz y la soja en Estados Unidos parece ser peor, pues por cada grado que aumenta la temperatura entre junio y agosto, cae un diecisiete por ciento el rendimiento de esos cultivos. En sentido contrario, todo hay que decirlo, un aumento de la concentración de CO_2 en la atmósfera funciona, de hecho, como la aportación de un fertilizante (el carbono), lo que al menos a corto plazo aumentaría la productividad. El efecto neto, por tanto, es difícil de imaginar.

Yo pienso, sin embargo, que algunos de estos reveses podrían compensarse, pues al fin y al cabo otros sitios que ahora son demasiado fríos se verán favorecidos por la subida de temperaturas y se podrá cultivar en ellos.

Cierto. No puede negarse que en algunos lugares de la Tierra las circunstancias, al menos sobre el papel, pueden mejorar. Tal vez Groenlandia se vuelva de verdad una «tierra verde» (*green land*), como sugiere su nombre. O quizá los escandinavos dejen de viajar al Mediterráneo, donde hará demasiado calor, y en cambio los españoles, para regocijo de nuestros vecinos nórdicos, acudamos en masa a tomar el sol a las playas del Mar del Norte, con una temperatura ideal. Pero, en lo que atañe al clima, ningún cambio, y menos aún si es brusco, resulta bueno, ya que cuesta mucho adaptarse a él.

Recuerdo haber leído hace años, cuando el cambio climático tan sólo comenzaba a ser un tema de conversación, una novela que me llamó mucho la atención y tenía que ver con esto. La buscaré en casa, pero recuerdo que se titula *El genio* y es de un alemán, Dieter Eisfeld. El protagonista, un sabio solitario que trabaja con ordenadores, inventa una máquina que permite programar los meteoros a voluntad. Puede traer, al accionarla, el frío o el calor, la lluvia o el sol, la niebla o el granizo. Durante unos días consigue sol y temperaturas de agosto en mitad del invierno alemán y los periódicos proclaman, exultantes,

la «liberación de la tiranía de las estaciones». El inventor se muestra muy satisfecho porque cree haber hecho una gran aportación a la humanidad, pero pronto se da cuenta de que su máquina provoca enfrentamientos de toda índole, desde exigencias de multinacionales a trifulcas entre afectados de distintos sectores (por ejemplo, los agricultores quieren más lluvia y los empresarios turísticos menos), conflictos bélicos entre países, etcétera. Le agobian su inmensa responsabilidad y las múltiples presiones que recibe, pero todo empeora aún más cuando el control de la máquina se le escapa de las manos y el clima enloquece.

¿Puede enloquecer el clima? Únicamente eso explicaría las continuas noticias de sequías pavorosas, inundaciones catastróficas, tornados devastadores…

Para el genio de la novela de Eisfeld el frío invernal de Alemania era de locos, de manera que él cree hacer un favor a sus paisanos al transformarlo en su novela en un calor razonable. Pronto se da cuenta, sin embargo, de que todo el mundo espera el hielo y la nieve en invierno, y por tanto, son lo normal, es decir, lo cuerdo. Cambiarlo sólo provoca trastornos. En ese sentido, como tú sugieres, el calentamiento que sufrimos equivale a que el clima haya perdido la cabeza, se está volviendo loco. Ahora no sabemos bien qué se puede esperar, cuál es la norma, si lo normal ha dejado de ser normal. Siempre han existido eso que algunos meteorólogos llaman «aberraciones climáticas» (sequías o lluvias catastróficas, olas de frío o calor, heladas tardías, etcétera), pero en todos los casos cabía el consuelo de que se trataba de algo episódico, excepcional, de que las cosas volverían a su cauce, pues lo que había ocurrido no era más que eso, una aberración. Las predicciones indican, sin embargo, que las presuntas rarezas van a dejar de serlo para entrar a formar parte de la normalidad. Como han escrito Karl y Trenberth, dos prestigiosos especialistas americanos, en lo que atañe al clima «nos estamos aventurando en lo desconocido».

Según hablabas pensaba en las «gotas frías» de nuestras zonas mediterráneas. Cuando yo era niño no existían o, al menos, eran tan raras que no tenían nombre. Hoy se habla de ellas como se habla de la niebla, un fenómeno atmosférico normal. Se cuenta con las gotas frías y se calculan sus resultados catastróficos.

Pero por mucho que se calculen sus efectos, no dejan de ser catástrofes. Hay que ponerse en el lugar de las compañías de seguros. Sólo pueden sobrevivir cubriendo riesgos improbables. Si la desgracia que te amenaza es habitual, nadie querrá asegurarte, pues perdería

dinero. Cada vez hay más quejas y más reticencias de las empresas a la hora de emitir pólizas por catástrofes naturales relacionadas con la climatología. Por ejemplo, un importante grupo de empresas financieras liderado por Swiss Re, una de las compañías reaseguradoras más importantes del mundo, anunció en marzo de 2004 que los costes económicos derivados de desastres naturales amenazan con doblarse cada década. Según sus expertos, puede suponer que las aseguradoras atiendan demandas de entre treinta y cuarenta mil millones de dólares anuales, lo que equivale, señalan significativamente, a que «las Torres Gemelas de Nueva York fueran atacadas por terroristas cada año». Gerhard Berz, responsable de los estudios sobre riesgos ambientales de la empresa Munich Re, informó de que la ola de calor del verano de 2003 en Europa costó la vida a veinte mil personas y pérdidas económicas de más de trece mil millones de dólares. Pero además dijo que debemos irnos acostumbrando a veranos así de calmosos, pues «mediado el siglo XXI ésa será, más o menos, la norma». La frecuencia creciente de catástrofes similares, anuncian, podría llevar a las compañías de seguros a la insolvencia.

¿Cómo podemos adaptarnos a esa «normalidad anormal» que se aproxima, que ya está aquí?

Seguro que se pueden intentar muchas cosas, pero no es fácil decidir cuáles, pues, como te he dicho, no sabemos con precisión qué se nos viene encima en cada momento y en cada zona del mundo. Cabe intentar, por ejemplo, sustituir los cultivos actuales por otros más resistentes a la sequía o que requieran menos gasto de agua (se ha hablado de sustituir el trigo por el sorgo y el mijo, o el arroz por el trigo), pero para eso deberíamos estar seguros de que, allá donde se intente, la sequía va a predominar. A ese nivel de detalle la incertidumbre reina en todas partes. Es prácticamente seguro que los cambios de temperatura van a afectar a ciertos lugares de diferente modo que a otros, siendo, por lo regular, más acusados en latitudes altas (hacia el norte y hacia el sur) que en las medias y bajas. Las precipitaciones totales pueden aumentar, pues con más calor habrá más evaporación, pero caerán con más frecuencia en forma de lluvias torrenciales y no de suaves chirimiris, y también lo harán de manera desigual según los lugares. Groseramente, se cree que en el norte de Europa, Asia y América lloverá más, tanto en verano como en invierno, mientras que en el centro de África lloverá más en invierno, en el este de Asia en verano, y en Australia y África del Sur, como hemos visto que está ocurriendo en España, disminuirán las precipitaciones invernales. Además, ya lo hemos hablado, con carácter general (y para eso es muy difícil prepararse adecuadamente)

aumentará la frecuencia de fenómenos extremos como olas de calor, sequías, inundaciones, tornados, gotas frías, vientos huracanados, etcétera.

Una película reciente, titulada El día de mañana *en España y catalogada como ciencia ficción, anuncia una paradójica glaciación como consecuencia probable del calentamiento global.*

Es cierto. Se trata de una superproducción americana sin grandes aspiraciones de rigor científico, pero que debería tener la virtud de sensibilizar a la gente. En la película, como en la realidad, los científicos advierten del peligro, pero los responsables políticos se hacen los sordos, hasta que ya es demasiado tarde. El argumento está basado en una posibilidad real, postulada, entre otros, por el climatólogo Wallace Broecker: como consecuencia del aumento de temperaturas y el consiguiente deshielo de las masas de agua árticas, que afectaría a la salinidad del mar, podría atenuarse o interrumpirse por completo la Corriente del Golfo, la célebre *Gulf Stream* del océano Atlántico que, procedente del sur, templa las aguas que bañan las costas europeas. Si eso ocurriera, traería como consecuencia un enfriamiento repentino de todo el Atlántico norte, incluyendo Europa occidental y por tanto España. La mayoría de los expertos considera poco probable, por ahora, el riesgo de que cambios en la corriente oceánica del Atlántico provoquen un brusco «efecto ártico» en Europa y Norteamérica, pero no lo descartan por completo. Hasta ese extremo llegan nuestras dudas: probablemente en veinte años nos asaremos de calor, pero también podríamos pelarnos de frío.

Lo que sí es más seguro es la subida del nivel del mar, ¿no?

Desde luego. Ya está ocurriendo. En Vigo se estima en algo más de dos milímetros por año y en Alicante se han medido recientemente subidas anuales de cuatro milímetros. De acuerdo con las previsiones del grupo de expertos de la ONU, que con el paso del tiempo y los nuevos datos podrían resultar excesivamente prudentes, muchos glaciares van a derretirse. De hecho, ya lo están haciendo; antes hablamos del Kilimanjaro pero, sin necesidad de ir tan lejos, el glaciar del Monte Perdido, en los Pirineos, que ocupaba cerca de quinientas hectáreas a principios del siglo XX, no abarca hoy más de veinte (por cierto, la pérdida de los glaciares tendrá repercusiones importantes, pues constituyen auténticos depósitos de agua dulce que, entre otras cosas, alimentan los arroyos y ríos en verano, cuando no llueve). También se derriten los hielos polares. Además, el agua del mar, al calentarse, se dilata, se da de sí, como cualquier otro cuerpo. A consecuencia de la fusión de los hielos y de la dilatación del agua

líquida, el nivel del mar, que ha subido unos veinte centímetros en el siglo XX, ascenderá en el XXI entre diez centímetros y un metro.

La subida del mar es una de las consecuencias más preocupantes del cambio climático. Perjudica a las playas, ya en regresión, lo que en algunos países, como España, obliga a regenerarlas artificialmente de forma casi permanente. Daña, también, a los acuíferos y los pozos cercanos a la costa, que se contaminan con agua salada. Produce la destrucción de humedales y marismas costeras… Pero no es sólo eso, con ser mucho. Recuerdo que ya en Brasil, en la Cumbre de Río, algunos Estados limitados a islas con escaso relieve manifestaban su angustia porque el país entero podía desaparecer físicamente si el océano ascendía tanto como se anunciaba. Hace unos años los habitantes del pequeño archipiélago de Tuvalu, en el Pacífico, a medio camino entre Hawái y Australia, se hicieron tristemente famosos porque fueron pioneros en anunciar que se rendían ante los embates de la mar. Los ciclones inundaban cada vez con más frecuencia sus tierras bajas, el agua dulce se tornaba salada, las cosechas se perdían… Ya en 1997, durante la Conferencia de Kioto, el señor Toaripi Laupi, primer ministro de Tuvalu, se dirigió a la asamblea y les explicó que una de sus islas había sido barrida por el mar. «No quedaron cocoteros, ni árboles, ni plantas; sólo rocas y arena», añadió. Poco después tuvo que pedir oficialmente, a Australia primero y a Nueva Zelanda después (en ambos casos sin éxito, dicho sea de paso), que dieran cobijo en calidad de refugiados ambientales a los once mil ciudadanos del país (por fin parece haberse firmado un acuerdo con Nueva Zelanda, que acepta acogerlos «en pequeñas dosis» cuando la situación sea desesperada y sin posibilidad de vuelta atrás). De todos modos, los gobernantes del archipiélago se han planteado llevar el asunto a los tribunales internacionales: «Nos hallamos en primera línea del cambio climático sin ninguna culpa; es justo que las industrias y los habitantes de los países más desarrollados se responsabilicen de las consecuencias de sus acciones», afirman con toda razón.

De una forma menos angustiosa y algún tiempo antes, el presidente de las Maldivas, un archipiélago del océano Índico famoso por los atractivos turísticos de sus islas paradisíacas, avisó de lo que podría ocurrirle a su país. Cuenta con trescientos mil habitantes en más de un millar de islas y atolones cuyo relieve apenas supera el metro de altitud. ¿Qué sucederá si el mar sube ese metro? ¿Cómo aguantarán en caso de tormenta con grandes olas? No puede sorprender que las Maldivas fuera el primer país en firmar el Protocolo de Kioto para controlar la emisión de los gases de invernadero.

Si nos fijamos, sobre todo, en el número de personas afectadas, puede ser peor aún en las zonas bajas de los continentes. Suponiendo

que el mar suba un metro, sólo en Bangladesh podrían inundarse más de veinte mil kilómetros cuadrados, en su mayor parte arrozales, lo que obligaría a desplazarse a diecisiete millones de personas. Al menos cien millones de almas viven actualmente en el mundo por debajo de un metro de altura sobre el nivel del mar.

¿Quieres decir que en un futuro no lejano los refugiados climáticos pueden ser tan numerosos como los que hoy día se ven obligados a desplazarse por el hambre, las guerras y otras calamidades?

Es francamente difícil distinguir unos refugiados de otros pues, como hemos ido viendo, todos los problemas están muy relacionados. Ya dijimos, a propósito del agua, que las guerras actuales están cada vez más trufadas de conflictos ambientales. Sin duda, la convicción de que el uso prudente de los recursos naturales es una base imprescindible para la libertad, la justicia, la erradicación de la pobreza y, en definitiva, el respeto mutuo y la vida en común, ha tenido mucho que ver en la concesión del premio Nobel de la Paz a la ecologista keniata Wangari Maathai (a quien, dicho sea de paso, yo no conocía previamente, como a veces os ocurre a los escritores con el Nobel de Literatura). De cualquier forma, hay que admitir que para miles de millones de personas el panorama no es ahora mismo muy alentador, y de no cambiar mucho las cosas será peor dentro de unos lustros.

¿Y la salud? ¿Cómo soportará la salud del hombre estos cambios? Antes lo mencionaste, pero me parece que se habla poco del asunto. Yo, al menos, no tengo noticias.

Existen revistas científicas e institutos de investigación médica que se llaman *Cambio global y Salud,* o cosas parecidas. Se dedican a estudiar cómo pueden repercutir sobre la salud humana los cambios recientes de amplitud mundial, sean climáticos, ambientales, sociales o económicos. Un clima más cálido, por ejemplo, favorece la expansión de mosquitos portadores de enfermedades que hoy están restringidos a climas tropicales. Esto ya está ocurriendo. La posibilidad de que el paludismo y el dengue, entre otros males, proliferen en latitudes templadas, donde hasta ahora han sido desconocidos, es más que una amenaza. También se han relacionado con la suavización de las temperaturas invernales algunos brotes de una encefalitis transmitida por garrapatas, por ejemplo en Suecia. El adelanto de la aparición del polen repercute directamente, sobre las personas alérgicas. Indirectamente, el aumento del calor, la proliferación de sequías e inundaciones y la escasez de agua dulce, irán aparejadas sin duda con un incremento de enfermedades infecciosas como el cólera y la salmonelosis que, por cierto, tú mismo padeciste en tus carnes.

Me sorprende que tratándose de un problema de esta magnitud, que desafía mis peores presagios, no se estén haciendo esfuerzos mayores por remediarlo, como decía en una entrevista en El Norte de Castilla *Eduardo Galante. Ahora da la impresión de que hablamos con más frecuencia en España de cumplir con el Protocolo de Kioto, pero otros países siguen llamándose andanas, ¿no es cierto?*

En 1992, en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, a la que asistí, se acordó un gran convenio marco de carácter general sobre el clima, auspiciado por la ONU. Entonces eran muchos más que ahora los que dudaban de la influencia humana en el cambio climático, así que la primera tarea fue convencer, poco a poco, a los escépticos (para ello fue muy importante que ecologistas y científicos fueran de la mano, cada uno en sus respectivos campos de actuación). Lo cierto es que, tras mucho tira y afloja, en 1997 se firmó en la ciudad japonesa de Kioto un protocolo concreto que, simplificando mucho, obligaba legalmente a los países industrializados a reducir un cinco por ciento sus emisiones de gases de efecto invernadero antes del año 2012. Es curioso mirar aquel momento desde aquí, cuando añoramos tanto la entrada en vigor del protocolo, pues lo cierto es que entonces a los conservacionistas nos pareció un acuerdo muy tímido. Y lo era, dicho sea de paso: cumpliendo con Kioto no evitaremos que la Tierra se siga calentando, pero lo hará menos que si desatendemos el protocolo. Probablemente nuestra añoranza sea sólo una demostración más de que, para hacer camino, lo más difícil e importante es empezar a andar.

Visto con perspectiva, el Protocolo de Kioto se elaboró con una lucidez y generosidad infrecuentes en las relaciones internacionales. Para empezar, se aceptó que sólo los países desarrollados redujeran sus emisiones, asumiendo que los países pobres, que emitían muy poco, no estaban en disposición de reducir nada (más bien al contrario). Además, se fijó el cinco por ciento de disminución como promedio, pero admitiendo que cada país redujera la producción de gases de acuerdo con su situación económica y social. Así, considerando siempre como base las emisiones de 1990, la Unión Europea aceptó una reducción del ocho por ciento en el periodo 2008-2012, mientras que Estados Unidos reduciría un siete por ciento, Japón un seis por ciento y Rusia no bajaría sus emisiones pero tampoco las aumentaría, se mantendría en los niveles de 1990.

Yo tenía entendido que, por un lado, Estados Unidos no quería colaborar y, por otro, España, pese a formar parte de la Unión Europea, estaba autorizada a producir más gases de invernadero, bien que en cantidades limitadas, y no debía reducirlos.

Empezando por el final, en el seno de la Unión Europea se negoció la manera de repartir el ocho por ciento de reducción conjunta, y mientras unos países aceptaron bajar más allá de esa cantidad, otros, menos fuertes, fueron autorizados a incrementar de manera controlada sus emisiones. En el caso de España, el tope admitido es llegar a liberar en 2012 un quince por ciento más de gases de efecto invernadero que en 1990.

Respecto a la posición de Estados Unidos, lo que está haciendo es negarse a ratificar el protocolo, de manera que incluso si entrara en vigor no le afectaría. En principio, esa postura era compartida por otros países desarrollados importantes, como Rusia, Japón, Canadá y Nueva Zelanda, pero hoy sólo Australia, con Mónaco y Liechtenstein, secunda a los norteamericanos en su rechazo a la ratificación. Naturalmente, llama mucho la atención la actitud de Estados Unidos, porque es la primera potencia contaminadora del mundo y, en consecuencia, la principal responsable del calentamiento que sufrimos todos.

Para entrar en vigor, el protocolo requería que se alcanzara un doble cincuenta y cinco: tenían que ratificarlo cincuenta y cinco países y entre todos ellos debían sumar, al menos, el cincuenta y cinco por ciento de los gases ingratos que se emiten actualmente a la atmósfera. Asumiendo que los dos países citados antes no iban a ratificarlo, al menos a corto plazo, la decisión ha estado durante largo tiempo en manos de Rusia, que sin comerlo ni beberlo se vio de pronto investida de un papel estelar: si Rusia ratificaba el protocolo se superaría el segundo cincuenta y cinco (el primero ya estaba superado ampliamente) y sería de obligado cumplimiento; si no lo hacía, no. En esas condiciones, Rusia se ha dejado querer, diciendo a veces con vehemencia que firmaría y otras, con el mismo énfasis, que no, de acuerdo con el beneficio que indirectamente, esperaba obtener de una postura u otra. En octubre de 2004, el gobierno ruso primero y luego la Duma, el parlamento, aprobaron la ratificación, que fue comunicada oficialmente a la ONU mediado noviembre. Como tienen que transcurrir tres meses, ya puede confirmarse que conocemos la fecha histórica en la que el Protocolo de Kioto entrará en vigor: el 16 de febrero de 2005.

En cuanto a la Unión Europea, se comprometió liberalmente a respetar los acuerdos de Kioto al margen de quien los firmara y de que llegaran a entrar en vigor o no. Es como si los europeos hubiéramos dicho: «Si el mundo padece calamidades aún mayores por el cambio climático, que no quede sobre la conciencia de Europa el no haber intentado remediarlo». Tal vez fuera una actitud algo quijotesca e ingenua, pero te confieso que como ciudadano europeo me sentí orgulloso y confortado por una toma de postura tan decidida. Cuando

en la reunión sobre el clima de Bonn, en 2001, se llegó a un acuerdo de mínimos para que Kioto siguiera adelante, a pesar de los intentos de boicot por parte de la delegación estadounidense, la comisaria europea de Medio Ambiente, Margot Wallström, se despidió de los periodistas con una frase afortunada: «Estamos cansados pero felices; creo que podemos volver a casa y mirar a nuestros hijos a la cara».

Comparto tu satisfacción. Lo que de momento me preocupa es si lo vamos a cumplir o no, porque firmar es muy fácil mientras no hay detrás una norma de derecho internacional que obligue al cumplimiento.

Ésa es otra cuestión y no baladí. La verdad es que durante un tiempo, y con cierto aire provocador, he defendido la negativa de Bush y del gobierno norteamericano a firmar. Mi argumento era que si uno no piensa cumplir, lo más honrado y valiente es decirlo a la cara y afrontar las consabidas críticas. Me parecía peor la actitud española, en teoría muy en consonancia con los planteamientos de Kioto pero con muy pocos deseos de llevarlos a la práctica. Por ejemplo, en primavera de 2004, a los siete años de firmar el protocolo, en España se registraba un aumento del cuarenta por ciento de las emisiones de gases nocivos respecto a 1990, cuando, como te he dicho, en 2012 no deberíamos pasar del quince por ciento. Además, nos faltaba el plan nacional de asignación de emisiones que exigía la Comisión Europea, plan que el gobierno surgido de las urnas en marzo de 2004 ha tenido que preparar a toda prisa y ha presentado hace poco al Consejo Nacional del Clima de España. Por lo demás, hay países europeos, como Francia, Alemania, Suecia y el Reino Unido, que ya hoy parecen encaminados a cumplir con Kioto, mientras que Italia y Grecia serán sancionadas por la Comisión por no haber presentado ni siquiera planes nacionales. A España no se la sancionará porque, aunque con retraso, ha presentado su plan (que evaluarán en Bruselas) antes de finalizar el pasado mes de julio. De todos modos, el conjunto de la Unión Europea ha reducido un poco sus emisiones en los últimos años, aunque, curiosamente, una de las razones que lo explican es que, como hace más calor, se consume menos energía en calefacción (pero bastante más, al menos en el sur, en aire acondicionado en verano).

¿Qué argumentos utilizan los países que no quieren ratificar el protocolo, particularmente Estados Unidos? ¿Qué aducen esos señores que sea medianamente razonable, para justificar el poner en peligro el futuro del mundo?

Los argumentos han ido variando con el tiempo y aún siguen haciéndolo. Al principio se decía que el cambio climático era una falacia y «el mayor engaño de todos los tiempos». Más tarde se afirmó

que el calentamiento del mundo parecía cierto, pero que no estaban claras las causas y, en consecuencia, no había suficiente certeza como para obligar al país a hacer sacrificios. Enfáticamente, algunos han dicho también que el protocolo supone un atentado contra la libertad, la democracia y la libre competencia, emblemas todos muy americanos. Quizá el argumento más sólido, aunque sea poco solidario, se refiere al impacto de la ratificación del protocolo sobre los balances económicos a corto plazo de las empresas yanquis, en especial de las relacionadas con el petróleo. Así, hay quien dice que el coste económico y social de cumplir con Kioto será mayor, probablemente, que el resultante de afrontar las consecuencias del calentamiento general, y que por tanto es preferible «esperar y ver». A veces también se utiliza otro soniquete, particularmente irritante por lo que tiene de injusto, según el cual o reducimos las emisiones todos, los países pobres y los ricos, o no tendría por qué hacerlo ninguno.

Pero imagino que las diferencias entre las emisiones de los países industrializados y las de los que no lo están serán enormes.

Las diferencias se refieren, sobre todo, a la cantidad de gases nocivos emitida por habitante. Dicho de otra manera, cada persona acomodada, cada uno de nosotros, contamina mucho más que un habitante de Asia o África, al margen de que ellos sean más numerosos. Sin ir más lejos, Estados Unidos, que no llega al cinco por ciento de la población mundial, emite más del veinticinco por ciento de los gases de invernadero. La Unión Europea, antes de su reciente ampliación, producía el quince por ciento de las emisiones totales. En promedio, cada americano emite anualmente a la atmósfera el equivalente a unas veintitrés toneladas de dióxido de carbono, mientras que cada europeo rondamos las once toneladas y en muchos países del que antes llamábamos Tercer Mundo no se llega a las dos toneladas. Cada habitante de China o la India, entonces, emite muchísimo menos que un europeo, y no digamos ya que un americano, pero como los chinos y los indios son tantos, la cantidad de emisiones brutas de China sólo está por detrás de la americana, mientras que la de la India se sitúa en el quinto o sexto puesto. Una vez más, por tanto, se superponen los dos factores que están asociados de forma permanente e indisoluble al impacto de la humanidad sobre el ambiente: de un lado, el derroche de los más ricos, y de otro, el enorme tamaño de la población mundial. Incluso si consumieran, en promedio, mucho menos que hoy, los nueve mil millones de hombres y mujeres que poblarán la Tierra hacia el año 2050 la someterán, inevitablemente, a un enorme estrés.

En todo caso, tanto la concentración actual de CO_2 en la atmósfera

como sus consecuencias (que, como sabemos, persistirán mucho tiempo aunque reduzcamos a cero las emisiones) son debidas casi exclusivamente a la revolución industrial y a la deforestación en el hemisferio norte. Como afirmaban los gobernantes de Tuvalu, los países pobres del sur no se han beneficiado económica y socialmente de estos cambios y sí que sufren, en cambio, sus efectos negativos. Estamos en deuda con ellos, por tanto, lo que vincula la problemática ambiental con la exclusión, la pobreza, la inmigración y, en definitiva, la solidaridad.

Como ocurre siempre, los pobres llevan la peor parte. Volveremos sobre eso. Pero aclárame una cosa. Cuando afirmas que España no cumple supongo que estás acusándonos a los españoles, a personas y organismos concretos, pues en último término quienes contaminan no son los gobiernos ni las leyes que dictan los parlamentos. En ese sentido, me parece inconcebible que tú o yo, o cualquier otro europeo medio, enviemos cada año a la atmósfera once mil kilos de dióxido de carbono. ¿No estarás equivocado? ¿De dónde sale ese CO_2*? ¡Desde luego, yo no soy consciente de emitirlo!*

Supongo que esa inconsciencia, que compartimos casi todos, es una parte sobresaliente del problema. Porque he de confesarte que yo también me sorprendí al saberlo y, como te ocurre a ti, la gente me mira escéptica cuando cito la cifra en las conferencias. Se estima que algo menos del treinta por ciento de la emisión de CO_2 en España corresponde a la producción y distribución de energía eléctrica, es decir que cada vez que encendemos la televisión o el aire acondicionado, por no hablar de la iluminación nocturna y los anuncios luminosos de nuestras ciudades, estamos colaborando en la liberación de gases que originan calentamiento. Cerca de la cuarta parte lo producen las industrias del petróleo, el cemento, la siderurgia, la cerámica y el vidrio, las químicas, el papel, etcétera, de manera que también emitimos dióxido de carbono al construir la segunda residencia, comprando un coche, perfumándonos e incluso editando libros y periódicos. El sector del transporte es responsable de casi otro veinticinco por ciento de las emisiones, así que nuestros desplazamientos diarios al trabajo, los atascos del fin de semana en las carreteras y, por ejemplo, la adquisición de bienes producidos lejos de nuestro domicilio, también colaboran lo suyo (un coche normal emite unos ciento setenta gramos de dióxido de carbono por kilómetro recorrido, aunque cada vez se fabrican modelos más limpios). Cerca de un once por ciento debe corresponder a la agricultura, la ganadería y los cambios de uso del suelo, de modo que producimos dióxido de carbono cada vez que destruimos un paisaje natural para plantar fresas, urbanizar el terreno o construir una autopista. Además, una

cantidad no despreciable de las emisiones es consecuencia de las calefacciones y otros procesos que se han llamado «difusos».

También debemos tener presente que, aunque el CO_2 es el gas más extendido de entre los que hablamos, hay otros con efectos parecidos, y su impacto suele medirse en el equivalente al de toneladas de dióxido de carbono. Por ejemplo, es importante el metano, cuyas emisiones no son tan fáciles de reducir. Se libera metano al perderse en las conducciones de gas, por ejemplo, y eso puede corregirse, pero mucho de este gas es producido de forma natural, cuando hay poco oxígeno, en las tablas donde se cultiva el arroz, que tanta gente necesita para vivir, y también se libera en grandes cantidades a la atmósfera a través de las flatulencias y ventosidades de las vacas, ovejas, cabras y otros animales herbívoros, incluidas, sorpréndete, las termitas. Hay tantas termitas en el mundo que el metano que producen en su aparato digestivo y liberan en la atmósfera afecta al clima general. Naturalmente, reducir las emisiones de metano es bastante más difícil que rebajar las de dióxido de carbono.

Los entresijos del mundo son, al menos, curiosos. Recientemente leía que hay complicadas negociaciones para comprar y vender derechos de emisión o para lograr permisos para emitir más a cambio de plantar árboles. Como los soldados de cuota antaño, vamos. Da la impresión de que algunas empresas y ciertos países ricos no quieren hacer los deberes y pretenden conseguir que otros los hagan por ellos a cambio de dinero, en la manifestación más humillante del capitalismo.

Esas discusiones también han pesado lo suyo a la hora de retrasar (o impedir) la ratificación del Protocolo de Kioto por parte de distintos países. Leyendo los debates, a veces da la impresión de que lo que algunos pretendían era marear la perdiz y retrasar el momento de tomar decisiones difíciles. Pero, efectivamente, en el acuerdo de Kioto se contemplan distintos mecanismos de flexibilidad para compensar reducciones de CO_2 no realizadas. Por ejemplo, puesto que los bosques absorben CO_2 (por eso se les llama «sumideros» de carbono) se admite que cierto nivel de reforestación podría justificar la autorización de una mayor tasa de emisión por parte de las industrias de algún país. Sin embargo, no se contempla el caso de los incendios forestales, desgraciadamente tan de moda, que tienen el efecto contrario; dado que devuelven mucho carbono a la atmósfera deberían, en buena lógica, contabilizar, pero restando a las tasas asignadas. Otros mecanismos para flexibilizar son llamados de «desarrollo limpio» y de «aplicación conjunta» y suponen que los países desarrollados puedan aumentar algo el total de sus emisiones si ayudan a la implantación de tecnologías limpias en países en desarrollo, o a la modernización de

industrias muy contaminantes en países del antiguo bloque soviético. Y queda, por fin, el asunto del comercio de derechos de emisión, al que te has referido, según el cual los países y las empresas que se excedan en la producción de gases de efecto invernadero pueden pagar por ese exceso a otros que se hayan quedado cortos. Aún no se sabe el precio al que podría cobrarse en el mercado internacional la venta del derecho a emitir una tonelada de CO_2, pero se supone que puede ser de alrededor de diez dólares, o de ahí para arriba. A manera de comparación, la Unión Europea impondrá a los países miembros una multa de cuarenta euros por cada tonelada de dióxido de carbono emitida de más con respecto a los planes del período 2005-2007, y de cien euros a partir del periodo 2008-2012. Lo que es innegable es que los gases contaminantes serán cada vez más, al menos en Europa, un asunto tan importante para los financieros y los economistas como para la gente preocupada por la salud del mundo.

Por lo que veo hay mucho cabo suelto de origen muy distinto. La cosa se complica. Me parece dificilísimo ver con claridad lo que podríamos y deberíamos hacer.

No es sencillo, pues aunque con frecuencia las soluciones parezcan claras, se enturbian al mezclarse con innegables problemas sociales y económicos. Por ejemplo, es indiscutible que el carbón no es una fuente saludable de energía, pues entre otros perjuicios su combustión da lugar a la producción de mucho CO_2, pero prescindir del carbón generará un gran conflicto social en la minería. En otros casos, tal vez las dificultades podrían asumirse, pero hay empresas que antes que disminuir sus beneficios amenazan con trasladar las fábricas a países más permisivos. En todo caso, como ciudadanos debemos tomar conciencia del problema, mantenernos bien informados y asociarnos para exigir a nuestros gobiernos que favorezcan las medidas que contribuyen a reducir el calentamiento mundial, aunque eso suponga tener que sacrificarnos un poco o pagar algo más. Por ejemplo, hay que apoyar el uso de las energías renovables (eólica, solar, de biomasa, minicentrales hidroeléctricas...), mejorar la eficiencia energética en todos los procesos industriales, favorecer el transporte público en perjuicio del privado, incentivar fiscalmente a quienes disminuyan las emisiones (y, al revés, gravar a quienes las aumenten), etc. Debería resultarnos muy muy caro mantener nuestras casas en invierno a más de veinticinco grados (cuando a veintiún grados y con un jersey se puede estar tan a gusto) y otro tanto enfriarlas demasiado en verano. Pero también tendría que ser obligatorio construir viviendas mejor aisladas, que requieran menos calefacción y menos aire acondicionado, aunque sean más caras, y que estén dotadas de paneles solares para calentar el agua. Y nosotros, las mujeres y los

hombres demócratas de a pie, deberíamos escoger a los gobiernos que apoyan estos planteamientos, comprar los productos de las empresas que asumen estas normativas, evitar cualquier gasto superfluo de electricidad, andar más a pie o en bicicleta, usar transportes públicos, separar y reciclar las basuras, unirnos a otros que piensen como nosotros a la hora de reclamar, etcétera. Por supuesto, también hemos de ser, colectiva e individualmente, más solidarios con los que menos tienen y a los que, sin ellos comerlo ni beberlo, hemos metido en un callejón de difícil salida con nuestro modelo de desarrollo.

Realmente, los argumentos a favor del uso de energías limpias parecen abrumadores. Sin embargo, los propios ecologistas ponen el grito en el cielo cuando se instalan molinos eólicos, que matan a las aves y afean el paisaje (aunque sobre gustos no hay nada escrito; no te oculto que a mí no me desagrada ver las lomas de Sedano decoradas por esas orlas de molinos), y nada te quiero contar si se saca a colación la energía nuclear. Precisamente he oído que Gorbachov, el antiguo presidente de la Unión Soviética, hacía mención de no sé qué famoso científico que preconizaba el uso de la energía nuclear como único remedio a corto plazo contra el calentamiento de la Tierra. ¿Cuál es tu opinión? ¡Espero que te mojes!

No puedo negarte que existe el riesgo de que, por evitar lo malo, caigamos en lo peor. Vamos, que a menudo no queda otro remedio que escoger entre distintas opciones negativas, aunque tratemos de evitar la más mala. Yo prefería el Pico Otero, nuestro punto de referencia en el páramo de la Lora, como era antes, sin una corona de molinos encima, pero reconozco sin ambages que la energía eólica, como la solar, se debe potenciar. Hay que conseguir que cada vez sea más importante. Admitido esto, habrá que buscar la mejor manera de lograrlo. Quiero decir que con frecuencia se nos exigen síes o noes incondicionales, y no debería ser de ese modo. «¿Aceptáis la necesidad de generadores eólicos? ¡Pues molinos en todas partes y a callar!» Tampoco es eso. Se pueden colocar donde afecten menos al paisaje (en principio, no me repugna la idea de líneas de generadores en el mar), se pueden detener cuando hay grandes migraciones de aves, o cuando la dirección del viento los vuelve peligrosos para la fauna... Un par de colegas de Doñana, Luis Barrios y Alejandro Rodríguez, que han estudiado: el efecto sobre las aves de los molinos eólicos de Tarifa, en el Campo de Gibraltar, sugieren que un estudio cuidadoso de la ubicación de las torres, la dirección y la velocidad de los vientos dominantes y el comportamiento de los animales podría mitigar las pérdidas, que en su caso afectan sobre todo a buitres y cernícalos.

Lo de la energía nuclear es harina de otro costal. Ciertamente, es una energía alternativa a la de los combustibles fósiles, pero nadie, ni

sus más acérrimos defensores, admite que sea una energía limpia. El motivo no radica tanto en los riesgos inmediatos (los partidarios arguyen, con razón, que el automóvil mata a muchísima más gente y nadie propone prohibirlo) como en que carecemos de una solución técnica para almacenar los residuos radiactivos, de larga vida y alta peligrosidad. Lo que algunos proponen, sin embargo, es que sea admitida como «energía de transición», para sustituir al petróleo hasta que las energías renovables (solar, eólica, mareal…), limpias de verdad, puedan satisfacer nuestras necesidades. No está nada claro que ésa sea una buena solución, entre otras cosas porque si ahora las empresas invierten a fondo en la energía nuclear tradicional, de fisión, sin duda descuidarán los esfuerzos por potenciar otras energías. Como ocurre con frecuencia, la solución provisional, de transición, puede transformarse en definitiva, al no haber apostado de veras por opciones diferentes. En ese caso, ¿qué hacemos con la basura radiactiva? Los defensores de la alternativa nuclear argumentan, de nuevo, que ya se está investigando para reducir el periodo de vida activa de los residuos (que ahora se cifra en decenas de miles de años) y que en último término se llegará a obtener energía nuclear limpia mediante la fusión de elementos ligeros, inocuos. Por su parte, los opositores aseguran que, además de peligrosa, la energía nuclear es ruinosa, y citan a la prestigiosa revista *Forbes* que la calificó como «el mayor fiasco en la historia económica norteamericana». De cualquier forma, aunque yo no entiendo mucho de este asunto, en la reunión internacional sobre el clima celebrada en Bonn en julio de 2001 se excluyó la energía nuclear de entre las opciones para combatir el cambio climático que podían recibir apoyo financiero en el marco del Protocolo de Kioto.

Además, déjame decirte otra cosa. En España, y sólo somos un reflejo de lo que ocurre en otras partes, el consumo de energía crece el doble que el nivel medio de renta y, por supuesto, muchísimo más deprisa que la población. ¿Por qué damos por hecho que es inevitable que las cosas sigan así? ¿Por qué, como te planteaba hablando del agua, no cambiamos nuestra manera de pensar y consideramos la posibilidad de consumir menos y más eficientemente, evitando así el riesgo nuclear?

Todo eso está muy bien, como dices, para España y otros países parecidos al nuestro. Pero ¿cómo vas a pedirle a un pobre de Gabón que consuma menos, si no tiene donde caerse muerto?

Ahí me has pillado. Tienes toda la razón. Por mucho que uno se dé cuenta de que los problemas son mundiales, con frecuencia se le escapan propuestas que sólo tienen sentido en su entorno inmediato, y

no pueden ni deben aplicarse más que en él. Es de justicia que los países pobres, que como hemos repetido apenas tienen responsabilidad en el calentamiento general, consuman cada vez más energía por habitante para intentar escapar de su sino. Pero la forma de producir esa energía no debería ser distinta de la que planteábamos para nosotros mismos. Ha de basarse en el sol, el viento, la biomasa, etcétera. Y ha de acumularse en forma de electricidad y sobre todo de hidrógeno, que muy probablemente será el combustible limpio del futuro (ya empieza a serlo, en cierta medida, por ejemplo en Islandia).

Estoy de acuerdo contigo y ya lo estaba en mi discurso de ingreso en la Academia, cuando critiqué el despilfarro y el abuso de la naturaleza por parte de unos pocos, mientras otros mueren de hambre. Pero me parece que esta charla se está prolongando en exceso y va llegando la hora de concluir…

Aguarda. Antes debo decirte algo sobre la pérdida de especies y poblaciones, lo que llamamos «crisis de la biodiversidad», que es uno de los aspectos más destacados de la problemática ambiental mundial. No olvides, además, que es mi tema de trabajo, el único que conozco de cerca. En los restantes asuntos, hasta ahora, he venido hablando de oído.

Pero ¿no crees que ante problemas tan graves como el calentamiento de la Tierra, la escasez de agua dulce o el agujero de ozono, la extinción de unas cuantas especies tal vez no resulte demasiado preocupante? Nuestros coetáneos pueden lamentar que desaparezcan los osos panda, pero una vez perdidos nadie va a echarlos de menos, y en cambio sí que sufrirán en sus carnes, cada día, la sed, la violencia de los tornados o la subida del nivel del mar.

Entenderlo así es comprensible desde una perspectiva humana, pero radicalmente equivocado. Supongamos que mientras volamos en un avión a once kilómetros de altura nos anuncian que está a punto de agotarse el combustible y que se han soltado algunos remaches del aparato. Probablemente la mayoría de los pasajeros se preocupará casi exclusivamente de la primera información, pues quedarse sin queroseno en pleno vuelo parece un peligro inmediato e irreparable. Al fin y al cabo, pueden pensar, ¿qué nos importan en estos momentos dramáticos unas tuercas de más o de menos? Pero es una cuestión de plazos y de proporciones. Si las tuercas y los remaches que se sueltan son tantos que algunas piezas esenciales del aparato se caen o dejan de funcionar, llegará un momento en que la segunda amenaza será tan grave, o más, que la primera. Los animales, las plantas, los hongos y los microorganismos, todo eso que hoy se conoce con el nombre de

biodiversidad, son como las tuercas y los tornillos de la maquinaria de la vida. Trillones de individuos de millones de especies, interactuando de múltiples maneras entre sí y con el soporte físico de la Tierra, hacen que las condiciones del planeta sean favorables para la vida, de tal manera que su ausencia pone en peligro nuestra propia supervivencia. Aunque no te lo parezca, es un problema gravísimo.

Todo eso suena bien, la del avión es una buena metáfora, pero me pregunto hasta qué extremo se sustenta en datos científicos. ¿Es solamente bonito o también realista?

Para la humanidad, la importancia de los servicios que prestan los sistemas naturales es evidente. Por ejemplo, quítale al suelo los miles de bacterias, hongos, ácaros, insectos, gusanos, etcétera, que viven en cada centímetro cúbico y dejará de ser fértil, porque esos organismos son los que descomponen los residuos, en ocasiones nocivos, y los convierten en nutrientes para las plantas. Asimismo, el suelo vivo da soporte a la vegetación y actúa como una esponja reteniendo agua dulce, que más tarde mana en forma de fuentes y regatos. Si atentáramos contra las especies que vivifican el suelo, si las elimináramos, nos quedaría tan sólo una superficie yerma, tan inerte e improductiva como el cemento, sobre la que no podríamos vivir. También son animales, plantas y microorganismos los que depuran el agua dulce, absorbiendo y modificando los productos perjudiciales. Los bosques retienen el suelo disminuyendo el riesgo de avalanchas, mientras que los carrizos y las espadañas de lagunas y marjales frenan las aguas y evitan inundaciones... Un grupo de investigadores del que formaba parte mi amigo argentino José Paruelo estimó hace años el valor económico del conjunto de esos servicios entre el doble y el triple del producto global bruto, es decir de todo el dinero que se mueve en el mundo cada año.

Creo que deberías esforzarte por concretar un poco más esas utilidades, que tal como te explicas se me antojan llamativas pero un poco vagas. Por ejemplo, a casi todo el mundo le gustan los pájaros e incluso las mariposas, pero le desagradan las moscas y las hormigas. «A mí, si me quitas los insectos, me gusta el campo», se oye decir con frecuencia. Y en efecto, llegada la primavera el campo está hermoso, lo malo es que con las flores aparecen también las avispas. A mucha gente le molestan estos bichos y no comprende el afán de su conservación. ¿Puedes explicarme cuál es su importancia? ¿Para qué sirven los tábanos y los mosquitos en esa «maquinaria de la vida» que me has descrito?

No es casual que donde hay flores también haya insectos. Ambos se necesitan, no pueden vivir separados. Las plantas y los insectos han

evolucionado juntos desde hace cientos de millones de años, y si existen muchas especies de insectos es porque hay muchas especies de plantas y a la inversa. Eso supone que, una vez admitido que las plantas nos ayudan a vivir, por fuerza hemos de reconocer también la importancia de los insectos. ¿Cuál es su papel en la naturaleza? Desempeñan muchos papeles, pero uno de ellos, y no de los menores, es la polinización. Me centraré en ése. Los insectos que en los días tibios viajan de flor en flor, atraídos por su color, su olor y, en último extremo, por el néctar u otro alimento que esperan conseguir de ellas, transportan en su cuerpo de unas a otras el polen que debe fecundarlas. Hace más de tres siglos lo describió poéticamente sor Juana Inés de la Cruz, al escribir: «Ayudando el uno al otro / con mutua correspondencia, / la abeja a la flor fecunda, / y ella a la abeja sustenta».

Los expertos han calculado que, del cuarto de millón de especies de plantas con flores que hay en el mundo, cerca del noventa por ciento necesitan los servicios de al menos un animal para ser polinizadas. Los pies de estas plantas que carezcan de ese mensajero en el momento oportuno no producirán frutos ni semillas. A mucha distancia de los animales está el viento, un polinizador mucho menos eficaz que, no obstante, es utilizado para la fecundación por veinte mil especies vegetales. Un estudio de la FAO presentado a finales del siglo XX consideró el caso de mil trescientas treinta especies de plantas de interés en la agricultura, y encontró que siete de cada diez necesitaban el transporte de polen de unas flores a otras (no se autofecundaban) y, de ellas, sólo el dos por ciento usaban el viento para hacerlo. Todas las restantes dependían para su fecundación exclusivamente de los animales.

En los trópicos, la variedad de animales que transportan polen es muy grande e incluye, por ejemplo, a pájaros como los colibríes y también, por raro que parezca, a más de un centenar de especies de murciélagos. En nuestras latitudes, sin embargo, la polinización es, sin discusión, una tarea de insectos. Muchos de esos insectos son himenópteros, el grupo que incluye a las abejas, las avispas y las hormigas, pero también hay muchísimos escarabajos, moscas, mariposas, etcétera. Gracias a que los insectos abundan en Sedano hasta el punto de llegar a ser molestos (ya sabes que mi hermana Camino defiende enérgicamente que todos los insectos, sin excepción, pican) podemos disfrutar de las ciruelas claudias y las manzanas reinetas.

¿Y no podríamos arreglarnos solamente con las abejas? Pican si las estorbamos, pero son limpias y laboriosas. Quizás, con ellas podríamos obviar otros animalitos y de paso viviríamos más tranquilos. Aunque me da

la impresión de que todo está previsto…

¡Previsto no es la palabra más adecuada! La verdad es que ignoramos tantas cosas de la biodiversidad (existen, tirando por lo bajo y sin contar a las bacterias, entre doce y más de treinta millones de especies, y sólo tenemos catalogadas a un millón y medio), que no podemos ni siquiera imaginar el papel de cada una de ellas en la dinámica de los sistemas vivos, y menos aún, por supuesto, insinuar si alguna es sustituible por otras y en su caso por cuáles. Por cierto, que de esa ignorancia se aprovechan hábilmente los antiambientalistas para negar el valor de la diversidad de los seres vivos y teorizar sobre la posibilidad, por ejemplo, de sustituir todos los bosques tropicales del mundo por eucaliptales, que ellos suponen más rentables.

Sin embargo, en el asunto que me planteas sí te puedo contestar: nuestras familiares abejas no valen para todo. De las más de mil plantas cultivadas cuya biología reproductora ha investigado la FAO, solamente el doce por ciento son polinizadas por abejas domésticas, mientras que más del ochenta por ciento lo son por himenópteros silvestres. Y el problema es que esas avispas y esos abejorros silvestres no viven en colmenas movilistas que se puedan trasladar de aquí para allá, sino que exigen ambientes bien conservados para subsistir. Es decir, que eliminando sotos y ribazos y abusando de los insecticidas ponemos en peligro la polinización de las plantas que más nos interesan.

En definitiva, por mucho que nos disgusten los zumbidos de las avispas y los picotazos de los tábanos, debemos mucho a los insectos, y no sólo por amor a las flores. En los años ochenta del siglo pasado se estimaba que la polinización por insectos, sólo en Estados Unidos, debía valorarse anualmente en más de nueve mil millones de dólares.

Dispones de argumentos bastante convincentes, pero sigo sin ver claro que España o el mundo vayan a ser muy diferentes con o sin linces ibéricos, por ejemplo, por citar una especie que tan cara te resulta.

Aunque no lo creas, el hecho de que haya o no linces sí que hace las cosas un poco distintas. Se ha comprobado, por ejemplo, que los linces matan a los zorros y otros depredadores, y como resultado allí donde viven linces hay más conejos y otras especies de caza menor, por referirme yo, ahora, a algo que para ti es muy cercano. De todos modos, los organismos vistosos y atractivos, como el lince o el gorila de montaña, son como los abanderados de un ejército en plena batalla: no son los que más luchan, pero sí que son muy importantes como emblemas. Si ni siquiera logramos mantener a salvo al abanderado, podemos dar la batalla por perdida. Cuando intentamos salvar de la extinción al lince ibérico es porque su destino está ligado

al de otros centenares de miles de especies amenazadas, que trabajan sin saberlo, en conjunto con todas las demás, para que la Tierra sea el planeta vivo que es y, en consecuencia, nuestra especie pueda vivir en él. No se trata sólo, por tanto, de sentimentalismo o de buenas intenciones. Nuestro interés por conservar las especies amenazadas tiene unas sanas y poderosas raíces egoístas.

Un momento, y perdona que te contradiga. Yo pienso que la desaparición de unos cuantos animales y plantas no puede afectar al funcionamiento de la naturaleza salvo, quizás, en algún mínimo detalle. ¡Imagino que para que fuera de otro modo tendrían que extinguirse muchísimas especies, como ocurrió cuando desaparecieron los dinosaurios!

¡Es que eso es, precisamente, lo que ocurre! ¡Se están extinguiendo muchísimas especies! Seguramente tantas como entonces o puede que más. No podemos saber el número preciso, pues como te he dicho ignoramos cuántas especies hay, pero diferentes cálculos permiten estimar que se extinguen entre diez mil y cincuenta mil especies por año. Yo suelo citar a Edward Wilson, uno de los «inventores» de la palabra biodiversidad, que dice que anualmente desaparecen veintisiete mil especies, lo que supone setenta y dos diarias y tres cada hora. Aunque se trata de una aproximación grosera, es una cifra fácil de retener. Eso puede representar la pérdida, cada año, del uno por mil de todas las especies vivientes. A ese ritmo, en mil años no quedaría ninguna (incluidos nosotros). Y aunque diez siglos pueden parecer mucho tiempo, no es ni siquiera un suspiro a escala geológica, y desde luego mucho menos del plazo que necesitaron los dinosaurios, y todos sus desaparecidos acompañantes, para extinguirse al final de la Era Secundaria.

Pero ¿a qué especies te refieres? ¿Cómo es posible que se extingan tres especies por hora? ¡No irás tú también a echar la culpa a los cazadores! ¡Buenos se van a poner con tus teorías!

La verdad es que ahora, al menos en el mundo desarrollado, donde la caza es una actividad lúdica y económicamente rentable, las poblaciones animales cazables tienden a aumentar más que a disminuir. Capítulo aparte es que tales aumentos, como tú sabes mejor que yo, se fundamenten con frecuencia en prácticas censurables, como las repoblaciones con animales criados en granjas, híbridos o especies exóticas. Los cazadores extinguieron muchas especies en el pasado y, para sorpresa de muchos, en el pasado remoto, cuando parecían ser «buenos salvajes» que nunca habían roto un plato.

Allí donde iban llegando, los hombres y las mujeres liquidaban en poco tiempo la fauna cazable. Los primeros australianos conquistaron

ese continente hace aproximadamente sesenta mil años, quizá menos, y transcurridos veinte mil habían acabado con prácticamente todas las especies de mamíferos y de aves de gran tamaño. En América del Norte ocurrió algo parecido, si no tan extremo, hace diez milenios, poco después de que invasores asiáticos accedieran al continente a través del entonces istmo de Bering. Los polinesios llegaron a Nueva Zelanda hace mil años y en los siguientes cuatrocientos terminaron con cientos de miles de moas, aves gigantescas de varias especies que en aquellas islas tenían el papel ecológico que en otras latitudes corresponde a los caballos y a los ciervos. En parecidas fechas, tal vez un poco antes, ocurrió lo mismo en Madagascar. Llegaron los primeros malgaches y decenas de extrañas especies que habían evolucionado en la isla se perdieron, entre ellas un pájaro enorme del que la leyenda decía que cazaba crías de elefante, y que aparece con el nombre de Ave Roe en la historia de *Simbad el marino*.

Pero no hace falta ir a lugares exóticos para encontrar ejemplos. Las islas del Mediterráneo fueron pobladas por los humanos hace entre cuatro y diez mil años. Pues bien, en poco tiempo desaparecieron especies exclusivas como los elefantes e hipopótamos enanos en Chipre o algunas musarañas y lirones tan grandes como conejos en Mallorca.

Los humanos del pasado obedecieron el mandato bíblico de «creced y multiplicaos» a costa de las especies que durante millones de años habían ocupado los ecosistemas recién colonizados. Lo mismo, ni más ni menos, que seguimos haciendo hoy, sólo que ahora en el conjunto del globo.

Dices que lo seguimos haciendo hoy, pero antes has manifestado que la caza no te parece, en la actualidad, un problema especialmente preocupante. ¿Sostienes, entonces, que son otras presiones de origen humano las que provocan las extinciones de las especies?

Evidentemente. Un ecólogo llamado Brian Czech lo ha explicado con claridad y sencillez: «Cuando los recursos son limitados –viene a decir– lo que usan unos no pueden utilizarlo otros». Su análisis es tan simple como el propio enunciado: la Tierra dispone de unos recursos limitados (el espacio, el alimento que se puede producir, el agua dulce, etcétera), así que lo que usemos los humanos no podrán utilizarlo las especies silvestres, que desaparecerán. ¿Recuerdas que lo hablamos a propósito de los salmones del Pas, encerrados en un río casi seco? Ya dijimos que en la actualidad hay en el mundo más de seis mil cuatrocientos millones de personas. Para mantener calientes y a cubierto, y dar de comer y beber a esta multitud, necesitamos ciudades, campos de cultivo, miles de millones de animales

domésticos, pescar y cazar intensamente, desviar o secar ríos, talar bosques… Es cierto que unas pocas especies, las que se adaptan mejor a nuestra manera de vivir, como las ratas, los zorros y los gorriones, se ven beneficiadas, pero la inmensa mayoría sufren nuestra competencia en sus carnes.

De todos modos, la causa de fondo de la pérdida de la fauna y la flora, ese desplazamiento de otras especies por las abrumadoras exigencias de la nuestra, se manifiesta en forma de mecanismos concretos. Con frecuencia los llamamos «los cuatro jinetes del Apocalipsis de la pérdida de biodiversidad» y son la explotación excesiva, la destrucción y la fragmentación de los hábitats naturales, el impacto de las especies exóticas y las extinciones en cadena o por razones múltiples.

Los cuatro jinetes, así expuestos, no me dicen nada.

Descendamos al detalle. La explotación desmedida, cazar y pescar animales o cortar árboles por encima de su capacidad de recuperación, es el mecanismo de extinción más intuitivo, pues cualquiera entiende que no debe sacar del banco más dinero del que ingresa. En la actualidad este jinete ha perdido importancia, pero aún genera muchos problemas. Recordemos, por ejemplo, la crisis de las pesquerías en el Mediterráneo, la extinción comercial de los bancos de bacalao en Terranova, o el riesgo de desaparición de los tigres y las panteras de las nieves en Asia, sañudamente perseguidos por sus presuntas cualidades curativas en la medicina china.

Luego está el segundo jinete. La destrucción, modificación y fragmentación de los hábitats naturales es hoy, probablemente, la principal amenaza para muchas de las especies vivas. No en vano la valoración de las tasas mundiales de extinción se basa con frecuencia en el ritmo con que se destruyen las selvas tropicales, que albergan los mayores contingentes de biodiversidad. Hace medio siglo los bosques maduros ocupaban unos cincuenta millones de kilómetros cuadrados en el mundo, de los que hoy hemos perdido cerca de la tercera parte; para Wilson se trata de «uno de los cambios ambientales más profundos y rápidos en la historia del planeta». Además, por desgracia, no suele hacer falta eliminar el bosque por completo, sino que basta con parcelarlo para provocar fenómenos de extinción similares. Probablemente, en una mancha forestal de cien mil hectáreas podrán sobrevivir los osos, pero no lo harán en mil manchas de cien hectáreas, aunque la superficie total de bosque sea la misma en los dos casos.

La introducción de especies exóticas es el tercer jinete responsable de las extinciones. En este mundo globalizado (aunque te canse la

palabra) cada vez es más fácil trasladarse de un lugar a otro, lo que hace inevitable que animales y plantas salten las barreras naturales de su distribución, ayudados voluntaria o involuntariamente por los humanos. El sueco Ebenhard calculó hace quince años que habían sido introducidas en distintos lugares del mundo al menos ciento dieciocho especies de mamíferos, y que la peor de todas ellas, la culpable de más extinciones, era el gato doméstico (recuerdo lo que te impresionó la historia del gato del farero: un solo ejemplar de gato, propiedad del farero, originó a finales del siglo XIX la extinción de un pajarito exclusivo de una isla de Nueva Zelanda). Para algunos estudiosos, la creciente e imparable introducción de especies plantea unos problemas para el futuro del mundo tan serios como las alteraciones en la composición de la atmósfera, a las que hemos dedicado tanta atención.

Por último, puesto que en la naturaleza todas las cosas están interrelacionadas, un cambio en los hábitats o la extinción de cualquier especie desequilibra las comunidades y acerca a la extinción a otras especies distintas. El caso es claro cuando, por ejemplo, desaparece la especie que poliniza a otra concreta, o cuando se extingue una especie de árbol del trópico a costa del cual vivían decenas de hongos e invertebrados. Pero con mucha frecuencia las relaciones son menos evidentes y los motivos de extinción esconden causas múltiples que se alimentan entre sí. Seguramente, este cuarto jinete es más común de lo que imaginamos y muy difícil de controlar.

De lo que llevamos hablando deduzco, que hay muchos puntos de contacto entre lo que dices de la extinción de especies y otros temas que han salido antes a relucir, como el cambio climático y la erosión del suelo.

Exactamente. Has dado en el clavo. El cambio climático, por ejemplo, de un modo u otro tiene que ver con modificaciones en los paisajes, con la reducción del agua disponible, con el acceso de especies a lugares donde no existían, con pérdidas en la agricultura, que conllevan un aumento de la presión humana sobre la flora y la fauna silvestres... Todo ello está incrementando las tasas de extinción, hasta el punto de que a principios de 2004 se publicó un polémico estudio que anticipa la desaparición en los próximos cincuenta años de entre el dieciocho y el treinta y cinco por ciento de las especies del mundo debido al rápido calentamiento de la Tierra. Al mismo tiempo, la pérdida de bosques y praderas y de las especies que contienen exacerba el efecto invernadero... Seguramente todo lo que hemos venido hablando no sean sino manifestaciones parciales de una única crisis ambiental planetaria.

El ocaso de los anfibios, las ranas y los sapos, puede ser útil para

ilustrar esta situación. Hace unos lustros se detectó, en un plazo breve, la desaparición de varias especies de anfibios en lugares del mundo muy distantes entre sí. En otras ocasiones no llegaron a extinguirse, pero casi, y especies extraordinariamente comunes se volvieron raras. ¿Por qué desaparecieron simultáneamente ranas y sapos que vivían en lugares y ambientes muy distintos? Hasta hoy no disponemos de una sola respuesta que satisfaga a todo el mundo, tal vez porque no puede haberla. Lo único claro es que todo un conjunto de factores está relacionado con la crisis mundial de los anfibios. Veamos: la radiación ultravioleta debida a la escasez de ozono, el calentamiento de la Tierra, que seca el ambiente y cambia los hábitats, la fertilización excesiva con abonos químicos, que afecta especialmente a los renacuajos... Todo ello debilita el sistema inmunitario de los anfibios, de manera que las enfermedades se extienden como hongos, y nunca mejor dicho: precisamente unos hongos llamados quitridios, que en Europa no se creían peligrosos para la fauna, han terminado prácticamente con los sapos parteros –los que transportan los huevos pegados al cuerpo– del parque natural de Peñalara, en la sierra de Guadarrama.

A pesar de todo, sigo en mis trece. Todo lo que anuncias, que representa una pérdida ecológica, es doloroso, lamentable, lo que quieras, pero no puede compararse la desaparición de especies digamos menores, o *de segunda, con los gravísimos problemas que amenazan al futuro del mundo a corto plazo. Me parece que ambas cuestiones no pueden tutearse, son magnitudes distintas*.

Lamento no haberte convencido. Sin duda me he explicado mal, pero para mí es muy importante que lo entiendas. Para empezar, no podemos hablar de especies menores o de segunda y, en el caso de que las hubiera, no sabemos cuáles son. ¿No recuerdas un día que íbamos a pescar al Najerilla y se nos paró el coche porque había una broza en el chiclé? Hasta que no nos enseñaron de qué minúsculo tubito se trataba, cómo había que sacarlo y que podíamos limpiarlo soplando un poco, bien hubiéramos podido pensar que se trataba de una pieza menor. ¡Y sin embargo todo el coche dejaba de funcionar por culpa del maldito chiclé! Con las especies silvestres pasa un poco lo mismo: nos pueden parecer carentes de importancia, pero no sabemos qué significan ni para qué sirven, incluso en el plano más directamente práctico. Por ejemplo, hasta que se descubrió, ¿quién hubiera imaginado que la corteza del sauce escondía la aspirina, tan utilizada en todo el mundo?, ¿cuántos secretos útiles similares no se habrán perdido en especies ya desaparecidas o a punto de hacerlo?

Por otra parte, no es que sean cuestiones de distinto orden, sino

que, como acabo de decirte, son diferentes manifestaciones de una sola y única crisis. Por ejemplo, te he comentado que muchas especies desaparecen porque se talan los bosques tropicales, pero también por eso llueve menos, aumenta el dióxido de carbono en la atmósfera, se pierde suelo fértil y progresa la desertización, se producen aluviones de lodo que sepultan pueblos enteros... Está demostrado que un mundo con menos especies es más vulnerable ante cambios como los derivados del calentamiento general. Te reitero que es todo el sistema vivo de la Tierra, esa maquinaria que llamamos biosfera, la que está desequilibrándose, y créeme si te digo que la pérdida acelerada de especies es una de sus manifestaciones más preocupantes, aunque a ti no te lo parezca.

A veces, pequeños hechos anuncian grandes catástrofes, así que no deberías desdeñar la desaparición de un hongo o de un escarabajo. Estábamos hablando de las ranas, ¿recuerdas? Antiguamente los mineros colgaban en la parte alta de las galerías una jaula con un canario. Cuando el canario dejaba de cantar, se ponía triste o, peor aún, se desvanecía, había que abandonar el tajo a toda prisa, porque una galería donde no vivía a gusto un pájaro no era saludable para un minero. A los conservacionistas nos gusta decir que todo el mundo es hoy la galería, los mineros somos la humanidad y los anfibios, que hacen de canario, nos están advirtiendo de que no deberíamos estar muy tranquilos encerrados en un planeta donde las ranas no pueden vivir.

Creo que tienes razón. ¡Coincidimos en lo fundamental, así que no vamos a pelearnos a estas alturas, después de tantas horas juntos! Además, hemos quedado en que el experto eres tú y hay que darte crédito. En lugar de dedicar nuestro tiempo a distinguir entre problemas de primera y segunda categoría, más vale que antes de terminar hablemos un poco de cómo podemos salir de ésta, si es que se puede salir. Verás, ahora debo confesarte que cuando empecé, como jugando, sin darle importancia, a preguntarte sobre el clima, ya tenía la sensación, que no ha dejado de acompañarme en los últimos años, de que las cosas iban de mal en peor. Alguna vez he bromeado, incluso, con evidente humor negro, en que a este paso todavía tendría tiempo de ser testigo presencial del tránsito universal. Yo pensaba, antes de hablar contigo, que la Tierra se estaba suicidando, pero no sabía bien cómo pretendía hacerlo, si envenenada por un exceso de barbitúricos, indefensa por la pérdida total de la capa de ozono, agotados sus recursos, desangrada, con las venas rotas, por la ausencia de agua de sus ríos, o abrasada a lo bonzo por el calentamiento general. Todo lo veía posible. Hoy tengo la impresión de que puede morir, pero no creo que haya decidido aún el método de suicidarse. En otras palabras, me parece, por lo que te he oído, que no hay causas graves y leves, o al menos que no es fácil

diferenciarlas. Lo que amenaza es un colapso general. Fallan muchas cosas, todas encadenadas entre sí. Unos desórdenes precipitan otros, como ocurre en el cuerpo de un enfermo terminal. Estoy por decir, incluso, aunque no pase de ser una imagen literaria, que el cambio climático no es más que la, fiebre de un planeta enfermo. ¿Acabará muriendo la Tierra?, ¿se suicida?, ¿la matamos?, ¿o solamente aspiramos a ayudarlo a bien morir?

Por favor, no me cerques. No quiero ser tan pesimista como tú, aunque reconozca que, a grandes rasgos, tienes razón. James Lovelock sostiene que la Tierra funciona como un superorganismo, al que llama *Gaia*, y no me extrañaría que se te hubiera adelantado con la metáfora de la fiebre, porque ha dicho cosas muy parecidas. Pero, fiel a su hipótesis, Lovelock piensa que la Tierra no morirá porque, como todo ser vivo, sabrá defenderse, y lo hará incluso de nuestra especie si proseguimos hostigándola. Así que ahí tienes una primera respuesta: la Tierra no se suicida; la estamos matando. Y la segunda es inmediata: no lo conseguiremos; a corto o medio plazo la vida en el planeta no desaparecerá de ninguna manera. A lo peor desaparecemos nosotros, los humanos, o tendremos que cambiar nuestra manera de vivir, pero la Tierra no morirá.

La vida es más fuerte que nosotros y, por nuestro propio bien, sería bueno que lo tuviéramos claro. Los hombres necesitamos una cura de humildad. Necesitamos al resto de los seres vivos pero éstos, en cambio, no nos necesitan. Hay vida en este planeta desde hace más de tres mil millones de años, pero sólo en los últimos doscientos mil han existido hombres de nuestra especie. Defendiendo, contracorriente, que desde el punto de vista biológico los auténticos reyes de la creación son las omnipresentes bacterias, Stephen Jay Gould escribió: «Dudo mucho que consigamos influir algún día de modo significativo en la diversidad bacteriana. No podemos bombardear, irradiar y relegar al olvido a las bacterias. No podemos ni siquiera hacer mella en ellas con alguno de los muchos y malignos dispositivos que somos capaces de concebir». Así pues, no pienses en una Tierra muerta. En el peor de los casos, ¡siempre nos quedarán las bacterias!

¡Pero eso no me vale! Yo no puedo imaginar un mundo deshabitado, sin gente. Cuando yo te hablo de la muerte de la Tierra estoy refiriéndome, de alguna manera, a la desaparición de la humanidad. En Un mundo que agoniza *yo mismo citaba a Frédéric Uhlman, un autor francés, creo recordar, para preguntarme qué interés tenían los pájaros o las montañas si no había nadie capaz de darles nombre y, en consecuencia, vida... ¡La Tierra no tiene sentido sino en su relación con el hombre!*

Es una afirmación polémica, pero creo que, en el fondo, todos estamos

de acuerdo. ¿Para qué conservar esto o lo otro si nadie puede valorarlo, echarlo de menos cuando falte? En realidad, la mayor parte de los conservacionistas luchamos por un planeta humano, en el sentido más inmediato de la expresión. Por un planeta donde nuestra especie tenga su lugar bajo el Sol.

Yo dije una vez que el progreso (en general) tiende a calentar el estómago del hombre pero enfría su corazón. El escritor estadounidense Norman Mailer ha ido más lejos. Para él es muy posible que la tecnología (la de hoy, la que venimos usando a diario) acabe con la humanidad, acabe por ser mortal para ella. Parece llegada la hora de preguntarnos si no será el XXI *el último siglo antes de que nuestra presencia en la Tierra toque a su fin. ¿Has leído en alguna parte una interpretación tan radicalmente negativa del progreso como la enunciada por Mailer, quien, por otra parte, tiene un enorme talento y un gran ascendiente sobre los intelectuales?*

Te contestaré con una historia. Un «suicidio terráqueo» parecido al que tú crees intuir se dio ya, aquí mismo, hace entre mil y dos mil millones de años. Entonces apenas había oxígeno en el agua y en la atmósfera y, por tanto, tampoco seres vivos que lo respiraran. Los organismos vivían sin él, eran lo que los biólogos llamamos ahora «seres anaerobios». Pero resultó que algunos (en aquella época, ciertas algas microscópicas y algunas bacterias; luego lo harían también las plantas) aprendieron a usar el CO_2 y el agua para quedarse con el carbono y el hidrógeno y liberar oxígeno como producto de desecho (es la fotosíntesis; creo que ya te lo he contado, a propósito del ozono). Desde nuestro punto de vista ese oxígeno era, incluso para algunos de los seres que lo producían, un peligro, pues no podrían vivir en un mundo en el que llegara a ser demasiado abundante. Y eso es, precisamente, lo que ocurrió. Llegó un momento en el que hubo tanto oxígeno en la atmósfera que las bacterias anaerobias, antes dominantes, quedaron arrinconadas, restringidas a lugares recónditos (por ejemplo, el sedimento del fondo profundo de los lagos) adonde no llegaba el producto de esa contaminación.

Imagina por un momento, haciendo un ejercicio de ciencia ficción, que alguno de aquellos seres anaerobios se hubiera dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. En ese caso, como hizo Mario Molina con los CFC y el ozono, habría advertido a los demás: «Ojo con seguir mandando oxígeno a la atmósfera o acabaremos matando a la Tierra». Pero era su Tierra la que estaban matando, la Tierra de los que vivían sin oxígeno, no la tuya y la mía. Mirándolo con la perspectiva que dan miles de millones de años, de ninguna manera podemos pensar hoy que aquella «muerte», nunca anunciada, fuera mala para el planeta, ya que gracias a ella estamos nosotros aquí.

Yo encuentro dos mensajes claros en esta historia. El primero es que, si no matar a la Tierra, sí ha ocurrido ya que algunos organismos la transformaran de tal manera que después fue difícil para sus antiguos pobladores seguir ocupándola. El segundo es que aquellas algas y bacterias que, a base de liberar oxígeno, deterioraron su mundo, no podían darse cuenta de lo que hacían, ni medir los efectos de su actividad, ni hacerlo saber a los demás, ni cambiarlo. En otras palabras, no estaban en condiciones de evitar la crisis, cosa que nosotros, gracias al mismo conocimiento que nos permite progresar, sí que podemos hacer. Partimos, por tanto, con una enorme ventaja.

Contaminar la Tierra provocando una catástrofe ambiental de dimensiones globales no requiere progreso. Hace dos mil millones de años lo hicieron aquellos seres primitivos. Evitar que vuelva a ocurrir, en cambio, sí que exige progresar, aunque por fuerza deba ser un progreso del tipo que tú llamaste «estabilizador y humano». Así pues, en mi opinión la cuestión no es tanto que la humanidad haya avanzado en exceso sino, tal vez, que ha avanzado poco. Como escribió León Felipe, el barro del que estamos hechos «no está bien cocido todavía».

Pero si sabemos lo que ocurre, si lo estamos midiendo, calculando, ¿por qué no avanzamos un poco más para evitarlo? ¿Qué es lo que nos impide reaccionar como el Homo sapiens *que parece que somos? ¿Acaso estamos condenados a repetir el error de las bacterias anaerobias que me has contado, con el agravante de que ahora lo haremos con plena conciencia?*

Pienso que sí que se hacen cosas importantes y es necesario decirlo. La evidente torpeza para hacer ver que no todo es negativo, que se mejora en algunos aspectos, me parece un fallo grave de nuestro mensaje, del mensaje de los conservacionistas. La dificultad surge, tal vez, porque cuando un problema se soluciona, o se suaviza, pierde interés, deja de ser objeto de denuncia. ¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué en los últimos años se hablaba menos del agujero de ozono? Simplemente porque estaba en vías de solución. ¡Además, de una forma espectacularmente rápida y efectiva, de las que animan a continuar en esta lucha por un mundo mejor! ¡Habría que contarlo más a menudo! ¿Y qué me dices de Londres bajo el *smog*, que tan adecuadamente ambientaba las películas policíacas? Hablábamos de él cuando mataba a cientos de personas al año, pero ¿quién se acuerda ahora, cuando ha pasado a la historia? Con la contaminación de los ríos ocurre algo parecido. En Europa hay en estos momentos más nutrias que hace treinta años, seguramente debido a la prohibición del DDT y a la disminución del uso de otros contaminantes, pero ¿quién lo comenta? Es mucho más frecuente oír hablar de que aún se produce,

comercializa y utiliza ilegalmente DDT en la propia España, que de los buenos resultados obtenidos con su prohibición.

Creo que hablar en exceso de catástrofes ambientales aviva la inacción y el fatalismo. El hombre tiende a dormirse si cree que de nada valen sus desvelos. En conjunto, el mundo tiene hoy más problemas ambientales que nunca, porque cada vez somos más personas, cada vez consumimos más y cada vez utilizamos tecnologías más agresivas. Eso es evidente. Pero también lo es que jamás antes se había dedicado al asunto tanta atención. Esto, me parece a mí, ya es algo. Hace poco más de treinta años, en 1972, la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano apenas despertó otro interés que el de los especialistas. Creo recordar que entonces se pidió una segunda conferencia que nunca llegó a celebrarse. Sólo veinte años más tarde, sin embargo, representantes de más de ciento setenta países, casi todos ellos del más alto nivel político, acudieron a Río convocados por la Cumbre de la Tierra. También allí se pidió una continuación, en este caso con éxito: en 2002 se celebró en Johannesburgo la Cumbre Río + 10...

Se diría que vamos bien, pero perdona que te interrumpa. Tú has estado en alguna cumbre. ¿Qué opinión te merecen? ¿No te parecen nuestros acuerdos y pretenciosas reuniones internacionales pequeños parches para grandes reventones? ¿Tienen algo que hacer ante la crisis ambiental estos parches ocasionales o son más bien fórmulas para tranquilizar nuestras conciencias, mientras la vida sigue?

Desde luego, las grandes cumbres (Río, Johannesburgo) han dado de sí menos de lo que esperábamos, pero sin duda mucho más que si no se hubiesen celebrado. Defiendo, por tanto, la utilidad de estas reuniones, incluso aunque sirvieran sólo como símbolos, como mensajes a la ciudadanía de que los problemas ambientales son serios, están ahí y tenemos que darles importancia. Precisamente por eso fue muy negativo que el presidente de Estados Unidos, el país más poderoso de la Tierra, el que más consume, el que más contamina, el que hace más y mejor investigación, se negara a asistir en persona a la Cumbre de Johannesburgo. ¿Qué idea estaba transmitiendo con ese gesto? Era como decirnos a los seis mil millones largos de habitantes del globo: «No seáis necios. Los problemas ambientales no son tan graves como os dicen; por eso, yo no voy a Johannesburgo ni pienso actuar radicalmente para solucionarlos; además, sé lo que me digo, pues para eso dispongo de los mejores científicos del mundo» (luego se supo que un importante *lobby* petrolero había felicitado a Bush por no acudir en persona a la cumbre, ya que, en su opinión, en la reunión predominaban los programas «anti-libertad, anti-humanidad, anti-

globalización y anti-Occidente»; anti-todo, vamos).

Una vergüenza. Pero ¿qué podía esperarse? El poderoso siempre tiene las de ganar, eso no hemos conseguido modificarlo todavía. Y si eso es lo que nos traen las cumbres, ¿me quieres decir cómo vamos a encontrar en ellas una solución para el gran problema?

Mira, no. Cuestión distinta es que las grandes conferencias que tú consideras pretenciosas solucionen algunos problemas. En realidad, allí se va con los deberes ya hechos, o bien se dejan por hacer. Las cumbres son más bien escaparates donde se muestran las intenciones, se exhibe todo lo que se ha trabajado antes y se plantean las obligaciones que hay que resolver después. Y también son casinillos para charlar y convencerse unos a otros. En Río, por ejemplo, el ponente que despertó mayor curiosidad fue Fidel Castro. ¿Qué te parece? Cuando le correspondió hablar no cabía un alfiler en la sala de plenos, hasta los pasillos estaban abarrotados, todos nos las habíamos arreglado para conseguir una invitación. Se había producido ya la crisis de la Unión Soviética y Fidel parecía más solo que la una. Recuerdo que, sorprendido por la acogida y los deseos de verlo (mucho mayores que el interés por el contenido de su intervención), quise imaginar entonces que de alguna manera reflejaban el aprecio colectivo por la diferencia, el deseo de un mundo que funcionara de otra manera, aunque no fuera la manera de Fidel. Quizás era una expresión muda del anhelo convertido en lema diez años más tarde, y tan reiterado aún hoy: «Otro mundo es posible».

Pues no sé si abrió la puerta a un mundo distinto, pero yo entiendo que de Río salió un bienintencionado programa que todavía se está intentando poner en marcha. Porque ése es otro asunto, y no baladí. Mi impresión es que en las cumbres se aprueban muchas cosas que no son sino expresiones de buenos deseos. Luego hay que trabajar mucho, darles muchas vueltas, hasta que sale algo concreto. ¿No estás de acuerdo con lo que digo?

Hombre, sí. Mira, hace dos años, en Johannesburgo, por ejemplo, se aprobaron cosas tan juiciosas como recuperar antes de 2015, «allí donde sea posible», los caladeros pesqueros agotados. Pero, ¿cómo vamos a hacerlo? Es cierto que se menciona la necesidad de establecer una red de reservas marinas antes de 2012, mas no quién, o quiénes, deben renunciar a seguir pescando, ni si serán o no compensados de algún modo, ni cuándo o cómo se establecerán las oportunas limitaciones. Sin duda, todas esas cuestiones, que hay que discutir luego, son mucho más complicadas que la mera declaración, que cualquiera de nosotros aplaudiría sin reservas, de devolver vida y aliento a los bancos esquilmados.

Claro que tenemos una demostración aún más cercana. En la Cumbre de Río se aprobó, con la firma de casi todos los países asistentes, el Convenio sobre el Cambio Climático. Se trataba de unas líneas generales de actuación que habrían de concretarse cuanto antes en un acuerdo detallado. Fueron necesarios cinco años para redactarlo y así nació el Protocolo de Kioto, del que tanto hemos hablado. Pero hoy, a los siete años de Kioto y doce después de Río, al protocolo aún le faltan unos meses para estar vigente. La demora, ahí es donde veo yo más problemas. Utilizando tu símil, en las grandes cumbres ambientales se repasan los reventones y se decide qué parches hay que poner para que la cosa no vaya a más. Pero luego pasa el tiempo y, con frecuencia, ni siquiera esos parches ineludibles han sido colocados.

Me estás dando la razón, entonces. ¿Tú ves en esos acuerdos verdadera voluntad de solucionar el problema ambiental, o el viejo truquito de hacer que se hace para no hacer nada? ¿Tú crees que los gobernantes del mundo son sinceros de cara al futuro de la Tierra o están dando largas al asunto?

Me pones en un brete. Tus preguntas van escapando del ámbito más o menos científico y me fuerzan a entrar de lleno en el terreno de las opiniones. ¿Qué te puedo decir? Quizá porque tengo una cierta propensión a ver la viga en mi ojo antes que buscar la paja en el ajeno, raras veces me apunto a denostar por sistema a los políticos. El trabajo de los políticos me parece difícil y creo, además, que los gobernantes, democráticos, por la cuenta que les tiene, se mueven casi siempre en la dirección que estiman preferida por la mayor parte de la población (la participación de España en la guerra de Irak supuso, a este respecto, una excepción clamorosa). Desde este punto de vista, por tanto, me parece que los ciudadanos tenemos una elevada responsabilidad y con frecuencia nos resistimos a aceptar los cambios necesarios.

¿A qué cambios te refieres?

Pongamos el uso del automóvil como caso típico, aunque podríamos citar miles. ¿Qué solemos hacer los conductores cuando no podemos aparcar o se forman grandes atascos? Apenas nadie reacciona diciendo: «No vuelvo a usar el coche; viajaré en tren y usaré más la bicicleta por la ciudad». La mayoría exigimos más aparcamientos subterráneos, nuevas carreteras, desdobles, circunvalaciones... demandamos la M-30, y enseguida la M-40, y luego la M-45, y la M-50, y ya andamos pensando en otras emes; añadimos autopistas de peaje paralelas a las no tan viejas autovías ordinarias, ya congestionadas... En mi ciudad, en Sevilla, que tanto se presta a los

desplazamientos ciclistas, siento como si hubiéramos bajado los brazos ante los coches. En una calle aledaña a la mía se ha reducido la anchura de la acera y se han quitado los árboles para que puedan aparcar más coches. La vía de circulación ha quedado tan estrecha que los automóviles no pueden adelantarme cuando vuelvo de trabajar en bici y me pitan nerviosos. Los vehículos circulan ya (dicen que provisionalmente) por el interior del Parque de María Luisa, donde apenas es cómodo correr o pasear... En una palabra, tratando de solucionarlo se engorda el problema. En todas partes se incentiva la compra de coches, todos nos preocupamos si las ventas disminuyen (porque eso supone que la economía va mal) y no sabríamos qué hacer si la mitad de las fábricas tuvieran que cerrar. Vivimos en la cultura del automóvil y apenas nadie busca fórmulas para salir de ella, sino maneras de afianzarla, de huir hacia delante. No queremos ver otra solución. Creo que eso no es culpa de los políticos, o al menos no sólo de ellos. Somos casi todos los que nos quejamos de que faltan autopistas y plazas de aparcamiento, en vez de quejarnos de que sobran coches.

¿No crees tú que los políticos tienen una responsabilidad aún mayor? La sociedad deposita en ellos su confianza y ellos deben responder con su liderazgo, tienen que marcar el camino, hacernos ver qué es lo mejor a medio plazo y cuándo nos estamos equivocando. Ésa es su obligación, y no sólo multar y vocear.

De acuerdo, de acuerdo. Es verdad que los políticos, preocupados por conservar sus votos, a veces se empecinan en el error y, lo que aún es peor, se empeñan en convencernos de que no existe tal error. Me acuerdo, por ejemplo, de la llamada «ecotasa turística», ese pequeño impuesto (un euro diario) que empezó a cobrarse a los visitantes de la costa balear para compensar el coste ambiental que suponía su presencia. Hay informes de muchos premios Nobel de Economía que recomiendan, como una vía razonable para enderezar la situación, reducir los impuestos sobre el trabajo y gravar con tasas, sin embargo, las actividades que producen un impacto ambiental. Además, es una práctica educativa, pues enseña a la gente que los precios a que compramos «naturaleza» no representan con frecuencia los costes reales (un árbol vale mucho más que la madera que se paga por él). Un responsable público realmente preocupado por el futuro ambiental debería esforzarse por convencer a la sociedad de la importancia de la ecotasa y otros impuestos parecidos, pero en lugar de eso algunos políticos clamaron asegurando que supondría la ruina del sector turístico. ¡Por un euro diario! En resumen, esa ecotasa, que ciertamente no era perfecta (por ejemplo, sólo pagaban los usuarios de hoteles), se abolió y ahora la gente puede pensar que la destrucción

del litoral no debe ser asunto muy grave, cuando los políticos no se deciden a cobrar ni siquiera un euro para restaurarlo. Claro que lo mismo que hablamos del litoral podríamos hacerlo del agua, que se regala o se vende a un precio irrisorio en relación con lo que vale. O de la gasolina... Hace unas semanas, en la playa, soporté durante casi una hora el molesto bramido de dos motos de agua que competían, haciendo cabriolas y levantando olas de espuma, muy cerca de los bañistas. Aparte de refunfuñar por el ruido infernal, pensaba todo el tiempo en nuestra conversación, en la tuya y la mía, y en la gasolina que los motoristas estaban consumiendo. Si de verdad se incluyeran en el precio del combustible los costes que provoca (en contaminación, ruido, salud pública, molestias, calentamiento terrestre, etcétera), ¿cuánto valdría estar una hora haciendo monerías con una moto de agua?, ¿se divertiría mucha gente de esa manera, a sabiendas de su coste? A los políticos, en efecto, les corresponde orientar nuestros comportamientos utilizando el poder que hemos puesto en sus manos (por ejemplo, para dictar e imponer normas, tasas, incentivos, subsidios, sanciones...), aunque luego seamos nosotros los que tengamos la última palabra.

En definitiva, probablemente estemos inmersos en un círculo vicioso: los políticos no harán mucho si la sociedad no se lo exige por las bravas, y la sociedad no va a exigirlo de esta manera mientras los políticos muestren dudas y no apuesten con decisión por el camino correcto.

Tu reiteración en repartir culpabilidades no deja de parecerme un golpe bajo, pero bueno. Déjame que te repita la pregunta anterior referida ahora al conjunto de la sociedad, en lugar de limitarla a los gobernantes. Cuando se hacen encuestas, la gente asegura que, tras las preocupaciones más o menos coyunturales (paro, terrorismo), el medio ambiente es una de las cosas que más los desazona. ¿Crees que somos sinceros al afirmar eso o que se trata, simplemente, de una forma de lavar nuestras conciencias que no compromete a otra cosa? ¿Por qué no reaccionamos más activamente? ¿Por qué el pueblo no es más exigente con quienes nos gobiernan?

¡Qué difícil contestarte! Seguramente tú, como creador de personajes y, digámoslo así, experto en el alma humana, podrías encontrar respuestas más adecuadas. Y, desde luego, deben tenerlas otras personas que se dedican al estudio de estas cuestiones desde la sociología, por ejemplo. Vamos, que a poco prudente que yo fuera, no debería atreverme ni siquiera a meter un pie en ese charco. De todos modos, intentaré ofrecerte mis puntos de vista, probablemente algo confusos.

En primer lugar, creo que mucha gente no sabe lo que está

ocurriendo, no es verdaderamente consciente del problema y de su trascendencia (según una encuesta reciente, por ejemplo, más del cuarenta por ciento de la población de Estados Unidos considera preferible «esperar y ver» a tomar medidas contra el cambio climático). Por eso es tan importante contarlo. Falta información y falta educación. Fíjate que incluso alguien como tú, especialmente sensibilizado e ilustrado, vacila antes de reconocer las graves consecuencias de la pérdida de especies. Se ha dicho a menudo que sólo una sociedad bien informada es una sociedad libre. Pero hay un problema añadido y es que, muy probablemente, una parte de la población prefiere no saberlo («bastantes líos tengo ya en casa para que me vengan a sermonear con los de fuera», sería, más o menos, la justificación). No sé si eso es el miedo a la libertad, del que hablaba Erich Fromm, pero si no lo es, se le parece mucho. Otro autor famoso, Garret Hardin, que puso de moda la expresión «la tragedia de los comunes» para referirse a la dificultad de proteger los bienes colectivos, como el ambiente, lo ha llamado el «factor avestruz». Parecería, dice, que metiendo la cabeza bajo la arena creemos que no está ocurriendo lo que no podemos ver. Además, una parte de los creadores de opinión, con una actitud muy frívola, afirman lo que a mucha gente le gustaría creer: «Aquí no pasa nada, todo son alarmismos sin fundamento de los agoreros». Hace unos meses oía un tertuliano radiofónico, sociólogo por más señas, asegurar sin reparos que el cambio climático era una superchería. ¡Toma del frasco! Me indignó hasta el punto de que respondí gritándole al aparato de radio: «Pero, ¿qué sabrá este tío?, ¿se creerá con más autoridad que los tres mil científicos del grupo de expertos de la ONU?». Todavía más recientemente, en un periódico, un escritor humorístico despotricaba del Protocolo de Kioto y, tras explicarnos que Kioto estaba en Japón, acababa preguntándose si íbamos a tolerar que los japoneses nos dijeran lo que teníamos que hacer. Naturalmente, aportaciones de este tipo no contribuyen nada a la sensibilización de la sociedad.

Por otro lado, están las dificultades reales. No es un problema sencillo y por eso no se ha resuelto. Estabilizar la población mundial, por ejemplo, un requisito imprescindible, requiere llevar la cultura, la educación y la higiene a todos los rincones del planeta, exige que las mujeres estén mejor informadas y puedan decidir lo que quieren, y nada de eso es fácil de conseguir. Incluso a niveles más cercanos, las cosas son complicadas desde el punto de vista moral, social y económico. Ya lo dijimos hablando de lo que debería hacerse para mitigar el calentamiento general. Conocemos las recetas, pero no estamos seguros de cuál es la mejor forma de aplicarlas, cuál tendrá menos costes. Es muy fácil decir que la combustión de carbón, que es la que produce más CO_2, tiene que eliminarse con urgencia, pero es

mucho más difícil ponerlo en práctica, cerrar las minas. Para empezar, los empresarios españoles han advertido que la economía del país puede resentirse a partir de 2008 si se obliga a cumplir con los compromisos de Kioto, y algunos han sugerido que podrían trasladar sus negocios a otros lugares.

Ante la amenaza de crisis cercana, mucha gente prefiere cerrar los ojos y dejar las cosas como están. Tanto más si, como suele ocurrir, tendemos a refugiarnos en un cierto providencialismo, en el viejo dicho «Dios proveerá». A menudo se oye: «Si siempre, hasta el momento, la humanidad ha encontrado remedio a sus problemas, ¿por qué ahora no va a ocurrir lo mismo?». Pero ese planteamiento tiene truco, pues no es verdad que siempre se hayan resuelto los problemas (muchas civilizaciones han caído por causas relacionadas con el ambiente) y tampoco las dificultades han sido antes tan alarmantes como las actuales.

Existe también, me parece, cierto fatalismo, que quizás algunos discursos como el nuestro puedan alimentar. La gente instruida, en este caso, podría decir: «Soy consciente de que hay un problema, pero es tan gordo, tan gordo, que queda por completo al margen de mis posibilidades de actuación. Yo me inhibo; yo no puedo hacer nada». Algo hay de cierto en este planteamiento, pues una crisis ambiental de proporciones globales, que afecta a toda la Tierra, sólo puede solucionarla un cambio de magnitud parecida. Pero volvemos a lo de antes: los ciudadanos tenemos que desempeñar un papel importante forzando a las empresas y a los gobernantes a cambiar. Si no lo hacemos, ocurrirá lo que ya está ocurriendo, que unos por otros dejaremos la casa sin barrer.

En todo caso, reconozco que personalmente me cuesta decidir, cuando se trata de dar la voz de alarma, qué es pasarse y qué quedarse corto. Un discurso demasiado dramático, del tipo «el barco se hunde; sálvese quien pueda», tal vez asuste en demasía a la gente, que se retraería de actuar. Pero otro dulcificado en exceso, del estilo «yo sólo aviso y el que avisa no es traidor», podría llevarlos a considerar que el problema no es muy serio, y tampoco actuarían. En fin, es un lío. Casi siempre que intento convencer a otros de la gravedad del problema acabo con una sensación agridulce, y sospecho que ellos también.

Dices cosas sensatas, pero me da la impresión de que utilizas más justificaciones que explicaciones. ¿Sugieres, acaso, que en este conflicto no hay intereses egoístas, problemas éticos? ¿Crees que no hay culpables?

De ninguna manera. Hay intereses poderosos y bien conocidos detrás de los que pretenden que las cosas sigan como están. Antes te hablaba de liderazgos. Pues bien, en pura lógica debería corresponder a

Estados Unidos liderar el cambio mundial desde una economía basada en los combustibles fósiles a otra basada en energías limpias. Pero ¿está en condiciones de hacerlo? El *lobby* más poderoso de aquel país, hoy por hoy, es el de las empresas del petróleo y el gas. Todos sabemos cómo se las gastan (el grito de «no más sangre por petróleo» es de una crudeza y un realismo que sobrecogen). Este *lobby* capaz de encender guerras, de sufragar gastos militares para garantizarse el petróleo de Oriente Próximo a mayor precio del que cuesta el propio petróleo, de proponer la descatalogación del refugio natural más importante de Alaska para explotar sus yacimientos de crudo, ¿cómo va a ratificar el Protocolo de Kioto? ¿De verdad podemos creer que le preocupa más el futuro de la humanidad que sus propios intereses? Sólo un ejemplo. En abril de 2002, el director desde hacía años del grupo de expertos de la ONU sobre cambio climático, el doctor Watson, representante de Estados Unidos y sinceramente preocupado por su misión, fue cesado tras una fuerte campaña diplomática en su contra. Poco antes se había filtrado un informe de varias empresas petroleras que proponían a la administración Bush la estrategia a seguir hasta conseguir que Watson fuera sustituido por «otra persona más amistosa». En aquella ocasión un meteorólogo ecologista afirmó: «Hasta los más cínicos deben estar sorprendidos por la desfachatez con que la delegación americana defiende su política en pro del petróleo». Claro que, por otra parte, cabe decir que si bien Estados Unidos no lidera el cambio mundial hacia una economía basada en energías diferentes, sí que se posiciona para cuando ese cambio sea inevitable, apostando en la sombra por el avance en las tecnologías de las energías renovables. Seguramente, como cantara Luis Eduardo Aute, «pretende no perderse ningún tren».

Suele atribuirse el desinterés por el futuro del medio ambiente a la ausencia de una ética intergeneracional. En otras palabras, se supone que, aunque casi nunca lo hagamos, deberíamos adoptar las decisiones de hoy teniendo en cuenta las condiciones en que vamos a dejar el mundo para los hombres de mañana. Probablemente, sin embargo, este discurso se ha quedado, al menos en parte, anticuado, puesto que las decisiones de hoy ya están haciendo sufrir a las generaciones de hoy. Ya estamos purgando nuestros pecados. No hay que discutir, por tanto, los pros y los contras de una ética intergeneracional aparentemente contrapuesta a otra ética intrageneracional. Hay que hablar sólo de ética, para todos y para todo tiempo.

Ética que sin duda nos lleva a topar con los pobres, capa humana sobre la que repercuten todos los problemas, especialmente los más graves, ¿no es cierto?

Por muchas razones, los problemas ambientales ya están afectando con mayor gravedad a los más pobres del mundo, que, reitero, son los que menos culpa tienen. Casi todos los países desarrollados están en latitudes altas (en el hemisferio norte y también en el sur) y ya te dije que a ellos puede hasta beneficiarles, de alguna manera, el cambio climático, puesto que las temperaturas serán más benignas (de hecho, algunas cosechas ya rinden más, y los frutos son más tempranos que antes, en el centro y norte de Europa; también, como dijimos, gastan menos en calefacción). Por añadidura, los países pobres tienden a ser los más poblados y, en consecuencia, los sometidos a mayores tensiones ambientales, como las derivadas de la escasez de agua, la erosión del suelo y la consiguiente desertificación. Por otra parte, cuanto más desarrollado está un país, mejor preparado se encuentra para adaptarse a los cambios y superar las posibles catástrofes: como bien sabemos, una gran tormenta tropical tal vez cause en Florida cuatro o cinco muertes, pero el mismo huracán, en Haití, matará a miles de personas. Nada necesito decirte de la diferente capacidad de respuesta de ricos y pobres ante las enfermedades. Basta con recordar lo que ocurrió con el «mal de las vacas locas», una enfermedad que se originó en Europa, una tierra de ricos. Aunque apenas contagió a nadie y los síntomas de los afectados se demoraban muchos años en aparecer, se gastó muchísimo dinero en investigar sobre ella, y no digamos en erradicarla; se actuó, en definitiva, como había que actuar, porque podía hacerse. Pero marca un agudo contraste con la incapacidad de los países pobres para eliminar la malaria, que mata cada año a millones de seres, o incluso con el hecho de que en el mundo en desarrollo muchos niños sigan muriendo de simples diarreas que podrían curarse con un poco de atención.

¿Es posible que los ciudadanos de los países ricos estemos siendo poco activos en la lucha por el medio ambiente porque sabemos que, ocurra lo que ocurra, no lo pasaremos tan mal como otros? En este sentido, es demoledor, por cínico y deshumanizado, el argumento de que una importante crisis mundial que redujera el número de los más humildes (que precisan recursos comunes, como el agua, y producen residuos indeseables, como el CO_2, y, sin embargo, están excluidos del «sistema global», en el sentido de que no consumen mercancías comercializadas por las empresas multinacionales) podría ayudar a solucionar los problemas del capitalismo. Esta posibilidad fue denunciada hace años por Susan George, hoy una elegante septuagenaria convertida en icono de los antiglobalización, en un ensayo de ficción titulado *El informe Lugano*, que tu nieta Rocío devoró y subrayó apasionadamente. La señora George presenta, como si fuera real, el documento confidencial que un grupo de expertos muy bien remunerado habría elaborado, a petición de unos anónimos

solicitantes, sobre las amenazas al capitalismo y las estrategias a seguir para mantenerlo triunfante a lo largo del siglo XXI. ¿Cuál es la conclusión de los estudiosos? Sencilla: sobran pobres. En el mundo sobran muchos pobres. Los excluidos no han sido aún suficientemente excluidos; deberían desaparecer. Si se pretende evitar el desastre hay que eliminar a cientos de millones de ellos, e incluso se recomienda en el informe, la manera de hacerlo. De forma casi profética, el comité de sabios de ficción, al que se ha pedido expresamente que «deje a un lado sentimientos y prejuicios», propone cosas tan estremecedoras como echar mano de la guerra, ya que también en el mundo actual la guerra constituye, «junto a la enfermedad y el hambre [...] una estrategia de reducción de la población muy prometedora»; y aludiendo al terrorismo enseguida plantea, aunque el libro está escrito antes del atentado del 11 de septiembre de 2001, «orientar a la opinión pública (a favor de la guerra) debería ser algo relativamente sencillo, porque la amenaza (de la barbarie terrorista) es real». Recientemente, Susan George reiteró que nadie ha sido capaz, hasta ahora, de desmentir sus datos ni de encontrar fallos a su argumentación, e incluso que teme que planteamientos como el de *El informe Lugano* disten de ser mera ficción y puedan existir en la realidad. Naturalmente, ese es un terreno abonado para que prosperen rumores del tipo de los que sostienen (con poco fundamento, es cierto) que el SIDA y otras enfermedades que asolan especialmente al Tercer Mundo han nacido en laboratorios occidentales.

¡Calla, por favor! Ahora soy yo el que prefiere no saber más. Me temo que sea hora de cerrar la tienda y depositar nuestra confianza en la última reserva moral de la humanidad. Ojalá se active pronto y lleguemos a tiempo de remediarlas cosas.

Te anticipo algo: Susan George, aunque otra cosa pudieras pensar, no es pesimista. Dice que «estamos en un momento histórico. Hay un mundo de jóvenes que parecen considerarse ciudadanos del mundo. Creo que es el comienzo de un cambio». ¿No te suena parecido a lo que afirmabas tú al final del discurso de entrada a la Academia? Te lo recuerdo. Entonces apelabas a esa conciencia moral universal que, por encima del dinero y los intereses políticos, «viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra». Y añadías: «Esta conciencia, que encarno preferentemente en un amplio sector de la juventud, que ha heredado un mundo sucio en no pocos aspectos, justifica mi esperanza». No hay que rendirse, pues. Todos los expertos coinciden en que la ciencia es incapaz de predecir el mundo que vendrá, porque depende en gran medida de las decisiones que, individual y colectivamente, tomemos los humanos. En otras palabras, que el futuro no está escrito; que, en palabras de Salvador Allende, «la

historia está en nuestras manos». Debemos seguir luchando, por tanto, porque además, como tú dices, aún estamos a tiempo.

Que Dios te oiga, hijo, por el bien de todos.

APÉNDICE V

Un prólogo y dos entrevistas

Prólogo al manual «Síntesis de Historia de España»

1949

Un libro escrito con una finalidad pedagógica debe ser, ante todo, un libro sencillo, conciso y claro. Ha de sacrificarse, pues, a ello la posible erudición del autor y, aun con mayor motivo, las galas literarias, que si acrecen la belleza de la obra pueden perturbar su claridad expositiva.

Al abordar la tarea de dar a la luz un libro de Historia de España he procurado atenerme a estas normas elementales, máxime considerando que este libro es una somera síntesis destinada, preferentemente, a los alumnos que comienzan la carrera mercantil o que inician su inteligencia en el vasto campo de la Historia.

Urge, a mi ver, una profunda revolución en los libros de texto elementales; esta revolución debe tender a hacer libros poco extensos y sencillos, es decir, pedagógicos, sin que la poca extensión ni la llaneza expositiva sean obstáculo para que en ellos se concentre la esencia de la materia a que se destinan. Debe procurarse en ellos delinear un esqueleto perfecto de la ciencia en cuestión para que en su día el alumno estudioso o interesado en esa materia pueda rellenar cómodamente esa estructura ósea, elemental, asimilada en sus primeros estudios, con nuevos y más profundos conocimientos que redondeen y den armonía a ese elemento básico. En resumen, creo que la misión de la enseñanza elemental debe reducirse a esto: imprimir en el alumno unas ideas generales pero concretas y expresivas y dejándole el camino abierto para ser ampliadas en su día.

Por lo que se refiere a la Historia, estimo que es conveniente ofrecer al alumno no iniciado una visión panorámica de tan vasto campo, omitiendo el accidente nimio o aquel otro que pese a su relativa o aparente trascendencia no aporta ni significa nada apreciable para la evolución humana. La Historia debe contemplarse a vista de pájaro, desde una mayor o menor altura, según la edad y preparación del alumno a quien dedicamos nuestros esfuerzos. El seguir minuciosamente las vicisitudes de un reino por las diferentes personas que ciñen la corona lo juzgo antipedagógico, por la sencilla razón de que esta concreción detallada coopera a enturbiar la diafanidad de la perspectiva general. (Los árboles no dejarán ver el bosque).

En los libros de iniciación a la Historia hemos de conformarnos,

pues, con trasladar a ellos los cuatro trazos fundamentales, es decir, los acontecimientos que imprimen un rumbo nuevo a la humanidad. Para ello nada mejor que ofrecer los acontecimientos a la curiosidad del alumno de la manera más escueta posible, sin romper su continuidad con observaciones accesorias y sin rebozarlos en una hojarasca o una vegetación superfluas y que por excesivamente frondosas ocultan el nervio que vivifica la acción.

Éste es el camino que he procurado seguir al concebir y desarrollar mi *Síntesis de Historia de España*. He abandonado, en lo posible, el método tradicional del «rey por rey» y la acumulación de nombres y fechas para acogerme a la unidad de las instituciones y «tendencias de cada época». Y al lado de estas ideas generales he relatado, a veces, algún hecho aparentemente trivial o pintoresco, con plena conciencia, persuadido de que esa pincelada trágica o cómica, al herir más profundamente la imaginación infantil que el hecho esencial, ayudará a llegar a éste por la cita o el ejemplo que le acompaña. (Las coplas que protagoniza José Bonaparte, por ejemplo, tan llamativas para una mentalidad de doce años, servirán para que el alumno se eleve de ellas al amor a la independencia de los españoles y en consecuencia rememore todos los acontecimientos heroicos que alrededor de ellas tejieron a principios del siglo pasado nuestros compatriotas).

En una palabra, he procurado por todos los medios poner la Historia al alcance de la mentalidad más obtusa o menos preparada intelectualmente. Si con esta pequeña obra cooperase lo más mínimo a facilitar la comprensión, por parte de nuestros jóvenes alumnos, de la historia patria, y despertase en sus almas el amor o, tan siquiera, la curiosidad hacia ella, me daría por enteramente satisfecho.

Más que una realidad

Entrevista a los directivos de FASA-Renault

1953

«En torno a la empresa FASA se había creado en nuestra ciudad una turbia atmósfera de desconfianza. Ello movió al periodista a visitar las instalaciones en el día de ayer para ver con sus propios ojos qué ocurría con la FASA, cuándo lanzaba la FASA los primeros automóviles y, si se terciaba, qué podría valer a la vuelta de unos años un «4-4». De entrada, el periodista se asombra de lo que sus ojos descubren: inmensas, claras y ventiladas naves; largas y conmovedoras hileras de pequeños Renault descalzos; ingentes pirámides de negros neumáticos, y, en conjunto, una febril actividad fabril. Compulsando la vitalidad del gigantesco organismo, cuatro rostros sonrientes: don Manuel Jiménez-Alfaro, director gerente; señores López González y Gutiérrez Semprún, consejeros, y el ingeniero señor Gimeno.

–*Señor Alfaro, esto marcha.*

–Ya lo ve.

–*¿Cuántos coches?*

–Montados más de diez. Cien más aguardan en el almacén.

–*Entonces, ¿va en serio?*

–¿Cómo?

–*No se ofenda. La atmósfera chorreaba desconfianza.*

–Bien. Ahí lo tiene. A primeros de julio comenzaremos la producción en cadena: seis por día. Más adelante saldrán veinticinco coches diarios. Uno cada veinte minutos.

–*¿Venta al público?*

–Digamos a primeros de agosto.

–*¿Precio?*

–Aquí juegan factores ajenos a nosotros. No respondo.

–*Precio en fábrica, señor Jiménez-Alfaro.*

–No respondo, le digo. Hay consultas por medio.

–*La actividad de los talleres parece un poco dispersa.*

–Aún no está articulada la cadena. De momento no hay más que cien obreros y pronto contaremos con cuatrocientos. Estamos en la fase final.

–¿Superficie de las instalaciones?

–Sesenta mil metros cuadrados.

–¿Piezas francesas?

–En un cuarenta por ciento calculo la aportación española. En precio, más del sesenta por ciento.

–¿Aportación de Valladolid fuera de la mano de obra?

–Los primeros presupuestos se piden a la industria local. Claro que todo queda subordinado a la calidad de los productos y la seguridad de los plazos.

–¿Cuándo alcanzarán el ritmo de veinticinco diarios?

–A finales de año.

–Las malas lenguas aseguran que sólo montan ustedes los neumáticos, ¿qué hay de cierto?

–Les diré. De los primeros coches hemos recibido los monocascos completos y los grupos moto-propulsores montados. Ahora bien, ya disponemos de instalaciones con mandos electrónicos para iniciar la soldadura de los monocascos en nuestros propios talleres. Al mismo tiempo, dado que la industria española no constituye problema, empezaremos el montaje de los grupos moto-propulsores con piezas nacionales.

–¿Sólo harán el «4-4»?

–Inicialmente, sólo.

–Futuro.

–Fragatas, furgonetas y lo que salte. Los talleres están acondicionados para ello.

–¿Subordinados a la Renault francesa?

–Sociedad independiente, aunque ligada a París por contrato. Más importante que éste son los vínculos afectivos, a los que desearíamos imprimir carácter de permanencia. La Renault, como usted sabe, es la primera sociedad europea de fabricación de automóviles.

–¿Cómo marchan los diez coches montados?

–Suba y pruebe.

–No hace falta.

–Suba por favor.

El señor Jiménez-Alfaro nos da un paseíto por las afueras de la ciudad. Regresamos.

–¿Qué le parece?

–Corre bien, suena bien y no es incómodo.

–¿Por qué había de serlo?

–Los coches pequeños son incómodos. Bien. ¿Qué media le saca usted a este primer parto de la FASA?

–Madrid-Valladolid, dos horas, treinta y siete minutos. Eche la

cuenta.

–*No está mal. ¿Cuántas piececitas ajustan ustedes en cada coche?*

–Mil novecientas quince diferentes. En total, cada Renault 4-4 es una suma de más de cuatro mil piezas.

–*Rompecabezas que resuelven aquí.*

–Rompecabezas que resolvemos aquí, naturalmente. Rompecabezas que el día que lancemos a la calle veinticinco automóviles supondrá una movilización diaria de cien mil piezas.

–*¿Y de capitales?*

–Más de un millón de pesetas diario. Esto, no lo dude usted, reportará grandes beneficios a la ciudad.

–*¿Experiencia personal?*

–Puede decir que nací en un automóvil. Desde 1919 no me ocupo de otra cosa.

–*Explíqueme, ¿a qué obedece que Valladolid sea cuna de la FASA?*

–Bien. Esto requiere calma. En primer lugar es un hecho incontestable que España necesitaba producir automóviles. Guiado por esta idea y por una razón de amistad inicié conversaciones con la Renault en 1950. Al obtener la autorización oficial, me informaron que en Valladolid existían terrenos y naves fácilmente adaptables, y el alcalde, señor Regueral, me indicó que algunos capitalistas de la ciudad deseaban cubrir varios millones de capital social.

–*Segundo paso*.

–El segundo paso consistió en ponerme en la relación con don Santiago López, promotor de las primeras reuniones y activo colaborador mío en esta empresa. Tras varias conversaciones, se llegó a la reunión en el Banco Castellano, que desde entonces nos abrió sus puertas, y donde nació el grupo fundacional encabezado por don Francisco Mateo.

–*¿Y eso fue todo?*

–Eso fue todo. Lo demás ya lo conoce usted.

Don Juan de Borbón ante el futuro de España

Entrevista a José María Gironella

1967

La publicación de la entrevista que con don Juan de Borbón ha celebrado en Estoril José María Gironella coincidió con unos días de estancia mía en Barcelona. Del reportaje de Gironella se deduce una abierta simpatía del escritor hacia el conde de Barcelona, siquiera Gironella, en lo que a mí se me alcanza, nunca estuvo movido por sentimientos monárquicos. Esto y el hecho, creo que evidente, de que las convicciones monárquicas del pueblo español, empezando por uno mismo, no son tampoco ni muy vivas ni muy profundas, me han llevado a entrevistar a mi colega. Tenía, por otro lado, la sospecha de que Gironella silenciaba algo en su entrevista. Hay un párrafo a este respecto, en el capítulo tercero de su reportaje, muy sintomático: «Hablamos –dice Gironella refiriéndose a su conversación con don Juan– por espacio de dos horas y media. Ante la imposibilidad de transcribir en este corto trabajo el contenido de nuestra charla, me limitaré a decir que don Juan, más aún que la víspera, me dio la impresión de haber elaborado en su mente un esquema amplio y realista respecto a muchos problemas que afectan al mundo en general y a España en particular». Este párrafo, unido a la necesidad que hoy experimenta el pueblo español de buscar un camino estable para el futuro, me animó a visitar a Gironella en su piso barcelonés de la calle de San Elías:

–*Vamos a ver, José María, en tu reciente reportaje dices que por falta de espacio no te extiendes en las consideraciones que a don Juan le merecen el presente y el porvenir de España. Yo no voy a poner limitaciones de espacio ni de tiempo. ¿Crees de verdad, que don Juan de Borbón se ha planteado a fondo el problema de España?*

–Sinceramente, creo que sí –responde resueltamente Gironella.

–*¿De qué hablasteis primero?*

–De Europa. Para don Juan lo que aceptamos habitualmente como «vieja Europa» tiene un significado propio, con posibilidades de futuro y no prevé que las nuevas grandes potencias mundiales acaben por minimizar su papel histórico. Europa terminará consiguiendo su unidad, tan pronto como sea posible establecer el puente necesario

entre el pragmatismo inglés y el genio de Francia. Europa es fundamental en el mundo civilizado. En cuanto a Rusia, ha de considerársela más bien asiática y su evolución dependerá en buena medida del desenlace de la revolución china. ....,

–*¿Y el papel de España?*

–Me decía don Juan que nuestro país debe vincularse a las formas y estructuras de Europa. El hecho ofrece y ofrecerá siempre algunas dificultades, pues la «leyenda negra» que pesa sobre nosotros constituye, aun en los momentos más favorables, un serio obstáculo. Pero es absolutamente indispensable conseguir tal vinculación, o de lo contrario caeríamos en un aislamiento que podría resultarnos fatal. Por lo demás, el interés es mutuo. No debe olvidarse que España podría aportar a Europa su carácter genuino, lo que supondría un efectivo enriquecimiento. Todo ello exigiría por nuestra parte, adaptarnos a determinadas normas generalmente establecidas por el derecho público en el continente.

–*Adentrémonos en España.*

–A este respecto me decía don Juan de Borbón que la misión del Gobierno debe ser facilitarle al pueblo los instrumentos precisos para alcanzar la meta que su instinto le dicta. Encauzar sus aspiraciones, pero sin bloquearle dicho instinto, que suele ser certero. En consecuencia, la representatividad popular en el seno de las Cortes y más arriba debía ser auténtica en cuanto se refiriese a los llamados «cauces naturales», es decir, familia, municipio, sindicato y, siempre dentro de la ley, debían establecerse otros cauces de carácter formalmente político. Trazar la índole específica y los límites de tales asociaciones es, para él, un problema de orden técnico.

–*¿Planteó entonces don Juan las diferencias de tecnocracia y política?*

–Para el conde de Barcelona, la tesis en boga según la cual en el mundo moderno los tecnócratas han de desplazar a los políticos, pecaba de radicalismo. Los tecnócratas habían de aportar, cada vez con mayor rigor, su asesoramiento a los encargados de gobernar. Los fundamentos de la sociedad actual y futura necesitaban del consejo de los ingenieros, de los economistas, de los arquitectos, de los científicos, etc. Pero los políticos para él siguen siendo tan indispensables como antes. La política –me dijo– es un arte, no una ley matemática ni un libro de texto. Ofrece matices en la dinámica de los pueblos que un grupo de tecnócratas no conseguiría detectar nunca. Es necesario, me decía, precaverse contra la frialdad de las estadísticas, habida cuenta de que a menudo los reflejos íntimos de los ciudadanos modifican los resultados previstos.

–*¿Y el papel del rey?*

–A la antigua máxima de Thiers: «El rey reina, pero no gobierna», prefería el conde de Barcelona la fórmula sugerida por un

comentarista actual: «El rey no gobierna, pero reina». El matiz, la inversión de los términos, era agudo, pues si bien la misión del rey no ha de consistir en gobernar, si ha de consistir en reinar. Y reinar es tarea importante, en el sentido de que, en una Monarquía, el Gobierno ha de tener siempre plena consciencia de que por encima de él existe una institución suprema con garantías de continuidad.

–¿Te habló don Juan del futuro de la Monarquía?

–La juventud española –siguió diciéndome don Juan– ignora ciertamente lo que es la Monarquía. Don Juan sabe que entre el hombre medio español circula la tesis de que dicha institución es anacrónica y ha perdido sus posibilidades de eficacia. Sin embargo, un estudio objetivo demostraría que el balance de las ocho monarquías existentes en Europa es francamente positivo. Casi todas ellas figuran entre los países más avanzados y disciplinados, y después de la última guerra fueron de los primeros en recuperarse. Por otra parte, resulta excesivamente cómodo argüir, como suele hacerse, que dichos países, dadas las características de sus ciudadanos, funcionarían igualmente bien bajo cualquier otra estructura de gobierno. Eso no está demostrado –me aclaró. La monarquía ofrece, a su juicio, incluso en nuestros días, ventajas enormes; a condición, esto es indudable, de que sepa adaptarse política, económica y socialmente a los imperativos de la época. El sistema monárquico, según él, dista mucho de ser perfecto, pero también existen puntos vulnerables en el sistema republicano, en los regímenes presidencialistas y en cualesquiera que puedan inventarse en el futuro. En el fondo, y como tantas veces se ha dicho, la política viene a ser el arte de «elegir entre inconvenientes».

–¿Cree entonces don Juan que la monarquía puede ser popular en España?

–La posibilidad de que la Monarquía alcanzara a hacerse popular en España depende para él de muchos factores. Para que ello ocurriera la premisa indispensable habría de ser que quien la encarnara tomara en cuenta la doctrina contenida en la Encíclica «Populorum Progressio». Don Juan opina que no se puede volver atrás, y que las realidades sociales son insoslayables. Ahora bien, no podía olvidarse que la Monarquía tiene en España un arraigo de siglos.

–Amigo Gironella; según tú don Juan mencionó «las realidades sociales insoslayables». ¿Cuáles son éstas?

–Entre estas realidades sociales consideradas insoslayables figura para don Juan la de la nacionalización de determinadas fuentes de riqueza y de producción. Era indispensable admitir esta necesidad, al modo como era indispensable regular la circulación en las grandes urbes. Claro está que existe el riesgo de efectuar dicha nacionalización con un criterio excesivamente centralista y estatal, siendo así que los bienes públicos deberían pasar en la mayor cuantía posible a las

corporaciones regionales, provinciales y locales. Al propio tiempo y dentro de este terreno, para el conde de Barcelona, es preciso plantearse a fondo el problema de la legitimidad de la propiedad privada. Este problema no está resuelto satisfactoriamente ni en el área capitalista ni en el área marxista. De ahí que los debates al respecto hayan sido cada vez más frecuentes e incisivos y que participen en ellos los gobiernos, los economistas, los sociólogos y la propia Iglesia.

–*En estas ideas del conde de Barcelona de que me das noticia existe sin duda una clara preocupación descentralizadora*.

–Así es. En aquella larga entrevista me habló Su Alteza Real de que el problema del excesivo centralismo revertía también sobre campos ajenos a la economía. Las regiones tienen siempre una importancia medular, que ha de inspirar el máximo respeto; y reconocerlo así resulta perfectamente compatible con la indispensable unidad nacional. Hay que conservar lo peculiar y de ahí saltar a lo global. La operación a la inversa se manifiesta inoperante. Las regiones españolas, con sus tradiciones, con sus hábitos, su pequeña y su gran historia, algunas de ellas con sus idiomas propios, no han de ser vivero de resentimientos, sino otros tantos vehículos de enriquecimiento cultural y patrio. Las adhesiones afectivas cuentan, y él cree que evitar los extremismos es un problema táctico de ensamblamiento y convivencia.

–*Hay también otros problemas...*

–Sí, don Juan de Borbón me dijo que España ha vivido siempre con dolor el conflicto de la enseñanza. Conflicto esencial, que es preciso afrontar con firmeza, sobre todo teniendo en cuenta que el país es fundamentalmente agrícola y que el atraso cultural del campo es una rémora que obstaculizará siempre cualquier esfuerzo hacia un progreso auténtico. A estos efectos, el ideal sería llegar al establecimiento de la enseñanza primaria, gratuita; y gratuita la enseñanza secundaria, hasta un nivel bastante avanzado. A partir de ahí, y para los estudios superiores y universitarios, la experiencia recogida en todas partes aconseja efectuar una criba justa. Una criba de talentos y aptitudes, no de signo clasista. Norteamérica, en este aspecto, parece estar bastante bien organizada.

–*¿Y sobre el cuerpo docente?*

–Tampoco don Juan vaciló en este punto. Hay que partir de la base de que todo intento de fomentar la enseñanza está condenado al fracaso si el profesorado no cuenta con una asignación digna, que le permita cubrir con holgura sus necesidades vitales y de formación progresiva. Ahora bien, tal asignación, que crea una selección vocacional de los mejores, debe aparejarse con una disciplinada y férrea exigencia de cumplimiento por parte del profesorado en

cuestión, al que hay que exigir una dedicación intensiva.

–*¿Qué otros temas abordasteis en tan larga entrevista?*

–El problema de la enseñanza introdujo en el diálogo el que plantea la rebeldía de la juventud actual, rebeldía que no reconoce fronteras, que se extiende por doquier como uno de los fenómenos más acuciantes de la época. El inconformismo» de dicha juventud hay que considerarlo justificado en sus arranque. Las generaciones anteriores han pecado, por lo general, de falta de sinceridad en lo básico, con flagrantes contradicciones entre sus cánones ideológicos y sus actos. Y esto, lo mismo en el plano de la religión, tan sagrado, que en el de la política, tan importante, que en el de las costumbres. La falta de sinceridad ha sido advertida por los jóvenes y de ahí que muchos valores establecidos sean ahora impugnados por aquéllos incluso en forma violenta. Con todo –prosigue Gironella, resumiendo las palabras de don Juan de Borbón en su entrevista–, no debe olvidarse que la juventud actual, por lo mismo que carece de experiencia, apunta certero en lo negativo, en la acusación, pero no tiene base, suficiente para colmar el vacío de un plan definido y constructor. De ahí la inadaptación, los abusos, la tendencia a encogerse de hombros y la fascinación que ejercen sobre la mentalidad de los jóvenes doctrinas aparatosas que si éstos vieran aplicadas sobre sus cabezas, detestarían como nadie. Aunque el peor de los males es crear en el espíritu juvenil un clima de asepsia, de indiferencia. Por supuesto, bajo este estado de cosas bate un hecho determinante: la época es de signo vitalista. Los hombres maduros envidian la vitalidad de la juventud y de ahí que consientan en convertir a ésta en protagonista. Ello entraña peligros, en la misma medida en que los entrañaba la postura contraria: el exceso de severidad, la obediencia ciega por simples razones cronológicas.

–*¿Algo más?*

–En resumen, éstas fueron las palabras y las ideas de don Juan de Borbón.

Censo de colaboraciones periodísticas de Miguel Delibes

El siguiente censo recoge, ordenados cronológicamente, la mayor parte de los artículos, reseñas, reportajes, entrevistas y otras colaboraciones de Miguel Delibes publicados en la prensa periódica. Se trata de un documento de trabajo, creado en buena medida durante la preparación de la tesis doctoral que posteriormente dio lugar al libro titulado *Miguel Delibes, periodista* (1989), de José Francisco Sánchez, y que ha servido de soporte para la presente edición. Pese a su extensión, sin embargo, no se ofrece con pretensiones de exhaustividad. Su autor es consciente de que faltan piezas en este censo, algunas de las cuales, aun constándole su existencia, no ha conseguido localizar, o ha desistido de hacerlo, por diferentes razones. Su propósito es servir de complemento a los materiales proporcionados en el presente volumen y constituir una primera base de datos a partir de la cual emprender investigaciones que sin duda lo perfeccionarán.

Es importante advertir que se aprecian a veces importantes variantes entre el título con que Delibes recoge algunos de sus artículos en sus libros misceláneos y aquel con el que fueron originalmente publicados. Y no sólo eso: a pesar de algunas declaraciones suyas en sentido contrario, Delibes retocó también el texto de algunos de sus artículos con ocasión de recogerlos en libro. Por otro lado, en aquellos de sus libros misceláneos en que se da al final de cada pieza el año de publicación, no es raro que Delibes se equivoque, razón por la cual cabe detectar algunas diferencias entre la datación dada en aquellos libros y la que consta en este censo. Por último, conviene advertir que algunos de los materiales que Delibes publicó en sus libros misceláneos, aunque tenían forma de artículo, en realidad no habían visto la luz previamente o se trataba de guiones para charlas, conferencias, discursos u otro tipo de intervenciones públicas. De ahí que no figuren en este censo.

A partir de mediados de los años cincuenta, la inmensa mayoría de los artículos de Delibes fueron distribuidos por agencias de prensa, principalmente SERCO (Servicios de Colaboraciones), LOGOS y EFE. Quiere esto decir que, con la excepción de algunas colaboraciones más estables –y siempre cortas– con *Informaciones* o *La Vanguardia*, Delibes apenas escribió directamente para otros medios. En ese mismo sentido, el de la búsqueda de una cierta democratización de sus textos,

puede entenderse su etapa como colaborador de *El Semanal*, suplemento distribuido por varias decenas de diarios.

Cuando no se indica la procedencia de los artículos, hay que deducir que fueron publicados en *El Norte de Castilla*. En todos los demás casos, se da el nombre de la agencia que los distribuyó o el lugar de publicación. En cuanto a las series de artículos, no siempre están detalladas todas sus entregas; en algunos casos, se dan sólo las fechas de comienzo y final de la serie en cuestión. A continuación del título, se detalla –cuando corresponde– la modalidad a la que pertenece el texto en cuestión (reseña de cine, reseña de libros, editorial, crónica, etcétera), toda vez que no se trate de un artículo propiamente dicho.

1942

9 de septiembre: «El deporte de la caza mayor» (firmado: «Miguel Delibes Setién»).
15 de septiembre: «La exposición del Corisco» (por primera vez, firma «Miguel Delibes»).
25 de octubre: «Castilla en el pincel: La exposición de pintura de F. Illera Valencia».

1943

3 y 5 de marzo: «Un pintor vallisoletano» (sobre Diego Jiménez; se publicó en la segunda edición del 3 y en la primera del 5).

1944

27 de febrero: «El hijo del gánster» (primera reseña de cine).
4 de marzo: «Al servicio del deber» (reseña de cine).
18 de marzo: «Inocencia y juventud» (reseña de cine).
24 de marzo: «Una campesina en Broadway» (reseña de cine).
31 de marzo: «El caballero del antifaz» (reseña de cine).
22 de abril: «Yo la maté» (reseña de cine).
13 de octubre: «Prefiero a la secretaria» (reseña de cine).
15 de octubre: «Sangre, sudor y lágrimas» (reseña de cine).
20 de octubre: «El expreso de Broadway» (reseña de cine).
5 de noviembre: «Para ti, soldado. Manual del soldado, adaptado y compuesto por Aresto González de la Vega»; primera reseña de libros.
5 de noviembre: «La cantera de la Virgen», de Jean Touseul (reseña de libros; hay dudas sobre su autoría).
1 de noviembre: «Mamá a la fuerza» (reseña de cine).
25 de noviembre: «Volvió el amor» (reseña de cine).
1 de diciembre: «Grandes almacenes» (reseña de cine).
8 de diciembre: «Ella, él y sus millones» (reseña de cine).
15 de diciembre: «Fruto dorado» (reseña de cine).

31 de diciembre: «Ahí está el detalle» (reseña de cine).

1945

2 de enero: «Algo sobre la censura moral de espectáculos».
7 de enero: «El mago de Oz» (reseña de cine).
19 de enero: «Inés de Castro» (reseña de cine).
4 de febrero: «La primera cita» (reseña de cine).
18 de febrero: «España marinera, I. Los desposorios de España con el mar» (artículo editorial).
22 de febrero: «España marinera, II. Los mares se unen» (artículo editorial).
25 de febrero: «España Marinera, III. Misión de nuestra marina mercante» (artículo editorial).
25 de febrero: «Adversidad» (reseña de cine).
2 de marzo: «España marinera, IV. Dos momentos» (editorial).
4 de marzo: «La centuria (Portavoz de la Juventud Nacional Sindicalista)» (reseña de la revista así titulada).
7 de marzo: «España marinera, V. Desarrollo de nuestra marina mercante» (artículo editorial).
13 de marzo: «España Marinera, VI. La pesca y los pescadores» (artículo editorial).
23 de marzo: «El gato salvaje» (editorial firmado sobre el ataque japonés a Filipinas).
25 de marzo: «La familia imposible» (reseña de cine).
13 de abril: «Más fuerte que el orgullo» (reseña de cine).
19 de abril: «Una chica que promete» (reseña de cine).
26 de junio: «Frente a la calumnia» (editorial firmado; comenta un discurso de Franco).
28 de julio: «La patria salvada» (editorial firmado sobre las ventajas de la neutralidad).
28 de agosto: «Igualdad ante la ley» (editorial firmado).
8 de septiembre: «Un aniversario glorioso. Francisco de Quevedo y Villegas».
16 de septiembre: «Presentación del Circo Feijoó», primera crítica de un espectáculo circense.
19 de octubre: «Héroes del mar» (reseña de cine).
29 de noviembre: «Guadalcanal» (reseña de cine).
27 de diciembre: «La verdadera revolución» (editorial firmado; comenta un discurso de Franco).
29 de diciembre: «Seis destinos» (reseña de cine).

1946

2 de enero: «Políticos y políticos» (editorial firmado; comenta un discurso de Franco).

8 de febrero: «Noche en el trópico» (reseña de cine).
9 de febrero: «Amor y periodismo» (reseña de cine).
16 de mayo: «Meditaciones de un solitario, I. justificación» (serie de artículos literarios compuesta por quince entregas que llegan hasta el 23 de febrero de 1947; todos los artículos van firmados «M.D.S.» e ilustrados por MAX; no se han localizado las entregas VI, XIII y XIV; puede tratarse de un error en la numeración, y en ese caso las entregas serían doce, y no quince).
12 de junio: «Meditaciones de un solitario, II. Del valor del silencio cuando se tiene el estómago vacío».
27 de junio: «Meditaciones de un solitario, III. Reivindicaciones del intelectual».
4 de julio: «Meditaciones de un solitario, IV. La chimenea».
17 de julio: «Meditaciones de un solitario, V. Acre censura de las teorías eclécticas y de quienes las sustentan».
30 de julio: «Meditaciones de un solitario, VI. De cuán tardos somos para percatarnos de lo negativo de nuestras cualidades».
2 de agosto: «Meditaciones de un solitario, VII. La boda sencilla».
8 de agosto: «Meditaciones de un solitario, IX. La crisis de las frases célebres».
17 de agosto: «Meditaciones de un solitario, X. El gato prodigioso».
28 de agosto: «Meditaciones de un solitario, XI. El hijoísmo».
14 de septiembre: «Sangre en Filipinas» (reseña de cine).
20 de septiembre: «Meditaciones de un solitario, XII. La vocación».
19 de octubre: «Ingrid Bergman o la reivindicación de mi amor propio profesional» (recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

1947

23 de febrero: «Meditaciones de un solitario, XV. La diligencia y el avión» (última entrega de la serie).
31 de marzo: «Publicaciones» (reseña de libros).
23 de abril: «Diálogo de la Previsión y el Seguro».
Julio: todas las críticas de cine publicadas en *El Norte de Castilla* durante este mes son de Miguel Delibes.
10 de octubre: «Esclava de un recuerdo» (reseña de cine).

1948

4 de marzo: «Estatuto del Magisterio Nacional Primario» (reseña de libros).

1949

3 de julio: «Viaje a pie, de José Pla» (reseña de libros).

1950

23 de abril: Miguel Delibes comienza a escribir una sección de crítica

literaria titulada «Los libros».
4 de junio: «Vuelo fatal», de Vicki Baum (reseña de libros).
23 de julio: artículo sobre William Saroyan.
6 de agosto: artículo sobre el planteamiento de la sección «Los libros».

1951

11 de enero: «Nuestra amiga la Luna», de Pierre Rousseau (reseña de libros).
24 de abril: «Entre modestos anda el juego» (artículo de fútbol; comienza con este artículo una columna personal sin periodicidad fija titulada «La ventana»).
9 de junio: «Fútbol internacional» (artículo de fútbol para «La ventana»).
4 de julio: «Adiós Mr. Royo».
11 de julio: «Tiempo de perros» (artículo de fútbol para «La ventana»).
19 de julio: «Correspondencia del periodista» (artículo de fútbol para «La ventana»).
2 de agosto: «La aurora del pan» (artículo para «La ventana»).
8 de agosto: «La edad difícil. Cómo educar a nuestros hijos», de Luisa Guarnero (reseña de libros).
8 de diciembre: «Pan y aceite» (editorial, autoría dudosa).

1952

24 de febrero: «El juguete en la vida del niño» (reseña de libros).
Abril, *Mundo Hispánico*, núm. 49, pp. 23-26: «Semana Santa en Valladolid» (reportaje).
2 de abril: entrevista al representante de la sección económica del grupo de panadería (firmada: «SETIÉN»; es la primera entrevista publicada por Delibes).
9 de abril: «Premio a la virtud. Con Francisca Manzano, madre de catorce hijos» (entrevista).
20 de abril: «El libro-libro y el libro-mueble» (reseña de libros); firmado: «Miguel Setién».
20 de abril: «Primeros pasos de una gran empresa» (resumen histórico sobre *El Norte de Castilla*, que cumplía cien años; firmado: «Miguel Setién»).
23 de abril: «Al habla Enrique Gavilán» (entrevista).
26 de abril: «Al habla el pintor Ignacio Guibert» (entrevista).
7 de mayo: «Carta abierta de Juan Riesgo, agente de seguros» (firmado: «Delio de Miguel»).
18 de mayo: «Geografía económica de España», de Francisco Cortada Reus (reseña de libros).
19 de mayo: «Galicia, Castilla, la vida y la muerte y el Sr. López Rueda (D. José)» (artículo en polémica con otro publicado por José López

Rueda en *Faro de Vigo*).

26 de junio: «El señor López Rueda (D. José) vuelve a la carga» (artículo-polémica).

2 de julio: «La opinión pública».

27 de julio: «Despoblación forestal» (artículo sobre los antecedentes del capítulo 9 de *Las ratas*).

16 de julio: «Yo no he plantado un árbol» (respuesta a una cordial polémica con José María Luelmo a propósito del artículo «Despoblación forestal», que termina el propio Luelmo con el artículo titulado: «A Miguel Delibes: Tú sí has plantado un árbol» (3 de septiembre).

30 de julio: «La calle estrecha», de Josep Pla (reseña de libros).

31 de julio: «Vistas al exterior. Eisenhower y Stevenson frente a frente» (con este artículo comienza Delibes una columna de política internacional que será de periodicidad semanal a partir del 14 de diciembre de este mismo año; concluye el 5 de septiembre de 1953. No se recogen todas).

5 de agosto: «Momento deportivo. Músculos y cabeza» (con este artículo comienza Delibes «Momento deportivo», una columna de deportes sin periodicidad fija; sólo llegó a escribir seis).

7 de agosto: «Crisis de millonarios» (editorial sin firma).

8 de agosto: «La caza de la codorniz» (artículo para «Momento deportivo»).

9 de agosto: «Esfuerzos inútiles».

10 de agosto: «Lo demás es silencio», de Gabriel Celaya (reseña de libros).

10 de agosto: «Europa entre bastidores, de Paul Schmidt (reseña de libros).

23 de agosto: «La subida de los huevos» (editorial).

23 de agosto: «Pocas aunque no falten» (artículo para «Momento deportivo»).

23 de agosto: «El deporte puro».

31 de agosto: «La tarjeta de fumador» (editorial).

3 de septiembre: «Comercio exterior» (editorial sin firma, de autoría material; sabemos que lo hizo Delibes por otros documentos).

3 de septiembre: «Una delantera eficaz» (artículo para «Momento deportivo»).

5 de septiembre: «Hombres al desnudo» (reseña sobre biografías y memorias).

7 de septiembre: «Justicia cumplida» (reseña de cine).

9 de septiembre: «Cultura occidental» (editorial: autoría compartida con Francisco de Cossío).

19 de septiembre: «Los blancos y los negros».

27 de septiembre: «Al fin la perdiz» (artículo para «Momento

deportivo»).
29 de septiembre: «Sombra de amor», de Manuel Arce (reseña de libros).
3 de octubre: «Vivir al día».
5 de octubre: «Los problemas de los demás».
6 de octubre: «Consuelo en el dolor», del padre Graf (reseña de libros).
8 de octubre: «La caza alevosa».
16 de octubre: «Susceptibilidad y suspicacia» (editorial en defensa del derecho a la crítica municipal).
22 de octubre: «Hombres inadaptados»
26 de octubre: «La lucha por Europa», de J. Prat Ballester (reseña de libros).
31 de octubre: «La huida del tiempo».
6 de noviembre: «Eisenhower, presidente» (editorial).
16 de noviembre: «Un bachillerato humanizado» (editorial).
28 de noviembre: «Oxígeno y deporte».
4 de diciembre: «Transporte urbano» (editorial en defensa del derecho a la crítica municipal).
2 de diciembre: «Desventajas de Occidente» (editorial).
10 de diciembre: «Carrera de armamentos» (editorial).
11 de diciembre: «Las cosas de la moda».
21 de diciembre: «Vistas al exterior. Balance semanal» (columna de política internacional).
26 de diciembre: «Historia de la Gastronomía», de Harry Schaculi (reseña de libros).

1953

4 de enero: reseñas de *Primeros planos*, de Carmen Molina (firmada M.D.); *Restauración de la persona humana*, de Carlo Guoachi (firmada D.S.); *Recuerdos y narraciones*, de Frédéric Mistral (firmada D.S.); *Lo que España debe a la masonería*, de Eduardo Comín (firmada S.C.); *Cerca y lejos*, de Pearl S. Buck (firmada M.); reseña de la segunda edición de *Pabellón de reposo*, de Camilo José Cela (firmada S.); de *El amor amargo*, de Octavio Aparicio (firmada De Seco); de *Antología poética*, de Miguel Torga (firmada M.); de la colección «O crece o muere» (firmada M.); comentario sobre el premio Ateneo 1952: «Aunque novel novelista no es autor novel» (firmado «Delibes»).
7 de enero: «El tabaco en libertad» (editorial).
11 de enero: «La niña mártir» (editorial).
20 de enero: «En la mañana de San Antón. Interviú con el perro Kim a través de sus amas» (entrevista).
23 de enero: «Un americano en París» (reseña de cine).
25 de enero: «Ordenación de los estudios mercantiles» (editorial).
1 de febrero: «El mundo mira hacia lo alto» (entrevista a don Marcelo

González Martín, entonces canónigo vallisoletano).

6 de febrero: entrevista a Fernando González, autor de la antología *Las mil mejores poesías en lengua castellana*.

7 de febrero: «Entrevista a Jasper Francois, holandés que aprende castellano en nuestra ciudad».

12 de febrero: «José María Stampa, nuevo catedrático de Derecho Penal» (entrevista).

13 de febrero: «Entrevista con Luis Maté, autor teatral».

27 de febrero: «Un nuevo bachillerato» (editorial).

1 de marzo: «El hombre de Colorado» (reseña de cine).

5 de marzo: «Mi espía favorita» (reseña de cine).

7 de marzo: «Milagro en Milán» (reseña de cine).

24 de marzo: «Goya. Un corazón en el ruedo» (reseña de cine).

21 de abril, en *Informaciones*: «Adiós a las armas».

3 de mayo: «Para comprender el átomo», de Fritz Khan (reseña de libros).

21 de mayo, en *Informaciones:* «Decadencias supuestas».

13 de junio, *El Español:* «Don Álvaro o la fuerza de la maledicencia» (artículo-reportaje; recogido en *Vivir al día*, 1968).

11 de julio, en *Informaciones:* «Marcas inútiles».

30 de julio: «Algo sobre el cine español» (primer artículo de veintidós sobre cine que Delibes escribió para la sección «Desde la cabina», entre 1953 y 1954; éste y los dos siguientes, sin embargo, se publicaron finalmente sueltos; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

4 de agosto: «El cine en relieve y la televisión» (artículo destinado a la sección «Desde la cabina» pero publicado suelto; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

5 de agosto: «Tres minutos con José Farilla» (entrevista).

12 de agosto: «Tres minutos con Manuel Arce» (entrevista).

13 de agosto: «Tres minutos con Tino Ramos» (entrevista).

15 de agosto: «Hoy, la codorniz» (artículo para «Momento deportivo»).

8 de septiembre: «Tres minutos con el alcalde de Laguna» (entrevista)

13 de septiembre: «Pórtico de una campaña. Creación y mejora de escuelas» (editorial campaña sin firma).

13 de septiembre: «El neorrealismo se lava la cara» (artículo destinado a la sección «Desde la cabina» pero publicado suelto; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

23 de septiembre, en *Informaciones:* «Juventud desilusionada» (también publicado en *Atenas*, núm. 236, octubre de 1957).

25 de septiembre: «Tres minutos con un cazador» (entrevista).

26 de septiembre: «Tres minutos con el alcalde de Rábano» (entrevista).

6 de octubre, en *Informaciones:* «El cine a la deriva» (artículo, recogido

en *Vivir al día*, 1968; de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

9 de octubre: «Creación y mejora de escuelas. Síntesis y punto final» (editorial sin firma, cierre de campaña).

9 de octubre: «¿Agoniza el relieve?» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

18 de octubre: «Cine católico» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

24 de octubre: «Efectos sonoros» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

14 de noviembre: «Un western castizo» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

26 de noviembre: «Sobre Dostoievski», de Tomás de Castresana (reseña de libros).

26 de noviembre: «Bibliotecas municipales» (editorial sin firma).

27 de noviembre: «Tres minutos con el presidente de la tuna» (entrevista).

2 de diciembre: «Tres minutos con el alcalde de Peñafiel» (entrevista).

12 de diciembre: «Sinceridad del cine europeo (I)» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

19 de diciembre: «Sinceridad del cine europeo (II)» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita, 1993*).

20 de diciembre de 1953: «Actores, ambientes y decorados» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

28 de diciembre, en *Informaciones:* «La crisis de la didáctica» (texto publicado también en *El Norte de Castilla*, recogido en *Vivir al día*, 1968, con fecha incorrecta: 1955).

1954

8 de enero: «Cien años de vida. Aclaración y propósito» (editorial sin firma).

1 de enero, en *Destino:* «Los primeros cien años de *El Norte de Castilla*».

2 de enero: «Una teoría de la novela del Oeste», de F. Alemán (reseña de libros).

7 de enero: «Arroz amargo» (reseña de cine).

16 de enero: «El interés artístico» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

22 de enero: «La lección del espía» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

30 de enero: «Las pequeñas historias de Duvivier» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*,

1993).

7 de febrero: «La resurrección del melodrama» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

13 de febrero: «El cine español. Confusionismo y desorientación» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

20 de febrero: «El progreso del color» (artículo para «Desde la cabina»).

6 de marzo: «El cine cómico» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

6 de marzo: «Moulin Rouge» (reseña de cine).

20 de marzo: «Hitchcock» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

27 de marzo: «Cine español: menos cantidad y más calidad» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

8 de abril: «Selección cuidadosa» (artículo para «Desde la cabina»).

23 de abril: «Demanda del libro español».

24 de abril: «El ojo mágico de Max Ophuls» (artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

22 de mayo: «Cine infantil» (último artículo para «Desde la cabina»; recogido en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

3 de junio: «En un lugar de La Mancha...» (reportaje; trata del mismo asunto y es de la misma fecha que «El paisaje manchego», recogido en *Vivir al día*, 1968).

10 de agosto: «El ballet de Helsinki» (crítica de espectáculos)

1 de diciembre: empieza en esta fecha el suplemento «Las Artes y las Letras», al que se incorpora una sección de crítica literaria, titulada «Nota bibliográfica» (firmada: «Seco»)

7 de diciembre: «El cuarto en discordia» (reseña de *El cuarto de estar*, de Graham Greene).

8 de diciembre: resumen histórico sobre *El Norte de Castilla* destinado a un suplemento especial con motivo del centenario.

9 de diciembre, en *Informaciones:* «El centenario de un periódico».

1955

9 de marzo: entrevista al nuevo alcalde de Cuéllar, Felipe Suárez Muñoz.

9 de abril: «Del otro lado del charco. Volando hacia Río de Janeiro» (primera entrega de una serie de crónicas de Delibes sobre su viaje a Chile, terminada el 19 de julio; las crónicas también fueron publicadas en *Destino*, núms. 939-948, de agosto y septiembre de este mismo año, y recogidas posteriormente en el libro *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)*, de 1956, refundido más

adelante en *Por esos mundos*, de 1961. La única crónica que cambió de título al pasar a libro fue «Temuco: el último reducto del indio araucano», del 29 de junio, que en el libro se tituló «El ocaso del indio araucano». En el libro, las crónicas no se dan en el mismo orden en que fueron originalmente publicadas).

6 de mayo: «Aves raras y sus curiosidades» (reseña de libros).

17 de junio: «El gran error del peronismo».

20 de octubre: «Sobre la novela histórica» (reseña de libros).

1956

15 de enero: «La decadencia del atentado» (difundido por la agencia SERCO, para la que Delibes empezó a escribir un artículo mensual desde comienzos de este año).

21 de enero: «El temor estridente» (difundido por la agencia SERCO).

26 de febrero: «El signo de Venus» (reseña de cine).

24 de marzo: «Los errores del peronismo» (difundido por la agencia SERCO).

29 de abril: «Yo fui amigo de Hitler» (reseña de libros).

6 de mayo: «Nipho y el periodismo español» (reseña de libros).

8 de julio: «Justificación espontánea. Juan Domingo» (difundido por la agencia SERCO).

22 de agosto: «Las horas en blanco» (texto difundido por la agencia SERCO).

11 de septiembre: «La competencia» (texto difundido por la agencia SERCO).

19 de septiembre: «La perrita Loy» (cuento; recogido en *La partida* con el título «La perra»).

23 de septiembre: «Renovarse o morir. ¿La muerte de un teatro?» (recogido en *Vivir al día*, 1968).

19 de octubre: «Divos y destajistas» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).

16 de noviembre: «Don Pío o la sinceridad» (difundido por la agencia SERCO).

16 de diciembre: «Albert Schweitzer» (reseña de libros, recogida en *Vivir al día*, 1968, con el título «Un viajero de tercera»).

21 de diciembre: «Los mundos ignorados» (difundido por la agencia SERCO).

1957

7 de enero: «Un nuevo Nadal» (reportaje, publicado también en *Destino* el 13 de enero; recogido en *Vivir al día*, 1968).

10 de enero: «Mal de letras» (difundido por la agencia SERCO).

20 de enero: «La romana», de Alberto Moravia (reseña de libros).

27 de enero: «El cálculo y la improvisación» (difundido por la agencia

SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
30 de enero: «Pintan oros» (difundido por la agencia SERCO).
20 de marzo: «La mantisa» (difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
24 de marzo: «Una guía de España» (reseña de libros).
12 de mayo: «La hora del lector» (reseña de libros).
16 de mayo: «La increíble caminata» (reseña de libros).
19 de mayo: «El último Mussolini» (reseña de libros).
23 de mayo: «Primeras novelas» (difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
14 de junio: «El ingenio y el ingeniero» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
30 de junio: «Coma bien... con permiso del médico» (reseña de libros).
30 de julio: «El programa y el profesor» (texto difundido por la agencia SERCO).
4 de agosto: «La cortesía del escritor» (texto difundido por la agencia SERCO).
21 de agosto: «Actores españoles» (texto difundido por la agencia SERCO).
5 de octubre: «La falta de curiosidad» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
26 de octubre: «La sensibilidad creadora» (difundido por la agencia SERCO).
3 de noviembre: «Historia de la literatura» (reseña de libros).
17 de noviembre: «Galicia» (reseña de libros).
24 de noviembre: La calefacción y el rigor» (difundido por la agencia SERCO).
1 de diciembre: «Historia de la literatura francesa» (reseña de libros).
15 de diciembre: «Dos libros sobre pintura» (reseña de libros).
29 de diciembre: «Los espontáneos» (texto difundido por la agencia SERCO).

1958

28 de enero: «La torre de papel» (texto difundido por la agencia SERCO).
28 de febrero: «Periodismo de ayer y de hoy» (difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
16 de marzo: «Historia de la cultura española» (reseña de libros).
27 de marzo: «Punto y seguido» (texto difundido por la agencia SERCO).
16 de mayo: «La pesca de la trucha» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
23 de mayo: «Historias de España» (reseña de libros).
20 de junio: «Los derechos del niño» (texto difundido por la agencia

SERCO).
8 de junio: «Andalucía» (reseña de libros).
1 de julio: «Campeón de taquillas» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
27 de julio: «Defensa del Cantábrico» (texto difundido por la agencia SERCO).
28 de agosto: «Mr. O.J. Eggan, el sensato» (texto difundido por la agencia SERCO).
14 de octubre: «Defensa de la propina» (texto difundido por la agencia SERCO).

1959

8 de enero: «Los estados máquina» (texto difundido por la agencia SERCO).
30 de enero: «La pérdida de memoria» (texto difundido por la agencia SERCO).
8 de febrero: «Confesiones» (sobre las memorias de Francisco de Cossío; reseña de libros).
14 de marzo: «Arte a la medida» (texto difundido por la agencia SERCO).
22 de marzo, en *SP (Revista de Información Mundial)*: «Semana Santa en Valladolid: El color y la fe» (reportaje).
19 de abril: «Caridad espectacular» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
3 de mayo: «Tras la pista de los animales desconocidos» (reseña de libros).
3 de mayo: «El espectador y la crítica» (reseña de libros).
27 de mayo: «Aviso a los padres de familia numerosa» (difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
23 de junio: «El hombre que llovía demasiado» (difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
23 de junio: «Escultores del siglo XVI» (reseña de libros).
19 de agosto: «La España civilizada» (texto difundido por la agencia SERCO).
26 de septiembre: «Una historia común» (texto difundido por la agencia SERCO; recogido en *Vivir al día*, 1968).
Diciembre: comienza a publicar Delibes, a través de la agencia SERCO, la serie de crónicas de viaje titulada «Portugal y España, hombro con hombro», recogida posteriormente en el libro *Europa, parada y fonda* (1963).

1960

6 de enero: «Un gran pintor y un gran hombre. Ha muerto Mariano de Cossío» (recogido en *Vivir al día*, 1968 con el título «Ha muerto

Mariano de Cossío»).
26 de marzo: carta abierta al director de *ABC* sobre los premios Mariano de Cavia y Luca de Tena.
2 de septiembre: «El día eterno».
27 de septiembre: «La perra chica».
30 de octubre: «La hora de la muerte. El testamento de José Vidal» (recogido en *Vivir al día*, 1968 con el título «Sí era de los nuestros»).
17 de noviembre: «El pez» (cuento).

1961

12 de marzo: Delibes comienza a publicar en el suplemento dominical de *El Norte de Castilla* una sección de crítica literaria titulada «Los libros de la semana» y firmada «Seco».
18 de abril: «Continuidad literaria».
20 de septiembre: «Sedano, sin Isaac Peña» (recogido en Vivir al día, 1968).
12 de octubre, en el «Suplemento Avícola» de *El Norte de Castilla:* «La perdiz roja –gallina de monte– en peligro».

1962

18 de enero: «El cambio de horario».
18 de febrero: «La tentación de vivir» (última reseña de libros de Miguel Delibes).
22 de febrero: «El tiempo es oro. Los entierros» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
27 de febrero: «Dos películas».
16 de marzo: «Camba o la sobriedad» (texto recogido en *Vivir al día*, 1968).
18 de abril: «Los premios literarios» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
7 de mayo, en *Vida Deportiva*: «Por primera vez el Español a segunda división, que jugó [*sic*] con más pena que gloria en Valladolid» (crónica de fútbol, firmada: «Miguel de Seco»).
11 de mayo: «Crónica de familia» (última crítica de cine publicada por Delibes).
9 de mayo: «Un niño pide socorro».
15 de mayo: «Cuarentinas y cuarentones».
27 de mayo: «La novela abstracta» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
Junio: «Los nuevos caminos» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
21 de julio: «Algo más sobre premios».
15 de agosto: «Cazadores de huevos» (texto recogido en *Vivir al día*, 1968).
24 de octubre: «¿Qué hacemos con la siesta?» (texto recogido en *Vivir al día*, 1968).
12 de noviembre: «Nada más que la verdad» (texto recogido en *Vivir al*

día, 1968)
15 de diciembre: «Un escritor de provincias».
19 de diciembre: «Los signos externos».

1963

3 de enero: «Codornices en diciembre».
15 de enero: «El cerrojo».
9 de febrero: «Historias sin veneno».
16 de febrero: «Novela del siglo XX».
25 de febrero, en *Vida Deportiva:* «El ataque azulgrana dio un paso atrás» (crónica de fútbol, firmada: Miguel de Seco).
24 de marzo, en la sección «El Caballo de Troya» de *El Norte de Castilla:* «La ruina de Castilla».
10 de mayo: «Guardería mal pagada».
27 de mayo, en *Vida Deportiva:* «Derrota mínima del Barcelona en Valladolid» (crónica de fútbol, firmada: «Miguel de Seco»).
19 de junio, en *Ya:* «Oposiciones a escritor» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
28 de junio: «La música de la era atómica».
31 de julio, en *Ya:* «Los pueblos moribundos» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
3 de agosto: «La cara lavada» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
21 de agosto, en *Ya:* «La cola del cangrejo» (recogido en *Vivir al día*, 1968)
4 de septiembre: «La veda de la perdiz».
15 de septiembre, en *Ya:* «Tirios y troyanos» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
1 de octubre: «Juegos peligrosos» (recogido en *Pegar la hebra, 1990*).
11 de octubre, en *Ya:* «El matador de conejos número uno» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
4 de noviembre, en *Vida Deportiva:* «Un Valladolid recuperado vence (2-0) al Español» (última crónica de fútbol para *Vida Deportiva*, firmada: «Miguel de Seco»).
6 de noviembre, en *Ya:* «El equipaje de los bachilleres».
27 de diciembre: «Réquiem por un muchacho» (recogido en *Vivir al día*, 1968).

1964

6 de febrero: «Tasas y otros emolumentos» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
23 de febrero, en *Ya*: «Los conejos y la peste».
14 de marzo: «La misión del entrenador» (texto recogido en *Vivir al día*, 1968).
15 de marzo: «Partir de cero» (recogido en *Vivir al día*, 1968).

30 de mayo: «Muertos de tercera».
19 de junio, en *La Vanguardia:* «Un árbol en el Páramo» (con este artículo, se anuncia el inicio de la colaboración de Delibes para este periódico).
24 de junio: «Llenar silencios».
9 de julio, en *La Vanguardia:* «Los cargos y los hombres» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
24 de julio, en *La Vanguardia:* «Sin licencias de interpretación. Castilla negra y Castilla blanca» (texto recogido en *Vivir al día*, 1968).
7 de agosto, en *La Vanguardia*: «En torno a la torre de Valdeajos. Se vende pueblo».
13 de agosto: «Celadores del dolor».
14 de agosto, en *La Vanguardia*: «Despropósitos. Desarme de corazones».
11 de septiembre, en *La Vanguardia*: «La formación cultural del pueblo. El problema de la enseñanza».
18 de septiembre, en *La Vanguardia:* «Pocas y difíciles. Algo más sobre la codorniz».
9 de octubre, en *La Vanguardia*: «Goldwater en su salsa» (comienza una serie de crónicas de viaje titulada: «Bocetos Made in USA», que se prolongará hasta julio de 1965 y que dará lugar al libro *USA y yo*, de 1966; las crónicas del viaje que Delibes realizó a Estados Unidos en septiembre de 1964 fueron publicadas también en *El Norte de Castilla*, con el título «La otra cara América», y en el semanario *Destino*, con el título «USA por el ojo de la cerradura»).
30 de octubre: comienza a publicarse en *El Norte de Castilla* la serie de treinta y cinco crónicas de viaje titulada «La otra cara de América»).
4 de diciembre, en *La Vanguardia:* «Los tartarines de la era atómica» (crónica perteneciente a la serie titulada «Bocetos Made in USA», que se prolongará hasta el 22 de octubre de 1965; todas los crónicas publicadas por Delibes en *La Vanguardia* hasta esa fecha pertenecen a esta serie).
11 de diciembre, en *La Vanguardia:* «Un continente sin polvo» (crónica).

1965

1 de enero, en *La Vanguardia:* «Washington, la anti-Nueva York».
29 de enero, *en La Vanguardia:* «Del arte culinario al arte plástico» (crónica).
5 de febrero, en *La Vanguardia:* «Cambio Cadillac por abuela» (crónica).
12 de febrero, en *La Vanguardia:* «¿Quién me compra un mono?» (crónica).
19 de marzo, en *La Vanguardia:* «Luz, color y movimiento» (crónica).

10 de abril, en *Destino:* «¿Para qué sirven las piernas?» (crónica).
16 de abril, en *La Vanguardia:* «Los miedos americanos» (crónica).
14 de mayo, en *La Vanguardia:* «El sentido práctico» (crónica).
21 de mayo, en *La Vanguardia:* «El miedo a la insolidaridad» (crónica).
19 de mayo, en *Destino:* «La caza en España».
11 de junio, en *La Vanguardia:* «Contra el imperio del crimen» (crónica).
2 de julio, en *La Vanguardia*: «La anteúltima morada» (crónica).
24 de julio, en *La Vanguardia:* «La muerte disfrazada» (crónica).
30 de julio, en *La Vanguardia:* «La vida rural» (crónica).
27 de agosto, en *La Vanguardia:* «Un campo generoso» (crónica).
3 de septiembre, en *La Vanguardia:* «La política de las tres 'aes'» (crónica).
1 de octubre, en *La Vanguardia:* «Una historia condensada» (crónica).
29 de octubre, en *La Vanguardia:* «La ciudad de los contrastes» (crónica).
22 de octubre, en *La Vanguardia:* «Harlem y Bowery Street» (crónica).
17 de diciembre, en *La Vanguardia:* «Cetrería. Pájaros contra pájaros».

1966

Agosto: «La trucha» (distribuido por la agencia LOGOS).
Agosto: «La caza» (distribuido por la agencia LOGOS).
30 de diciembre, en *La Vanguardia:* «La carrera de Comercio. Un anteproyecto que no debiera prosperar».

1967

Enero, en *Revista de Occidente:* «Juan Ramón en Maryland» (recogido en *Vivir al día*, 1968).
6 de agosto, en *La Vanguardia:* «La máquina y la bestia».
10 de septiembre, en *La Vanguardia:* «Los caminos del diálogo. La fiesta nacional» (recogido en *Vivir al día*, 1968, con el título «La fiesta nacional»).
7 de noviembre: «Miguel Delibes entrevista a José María Gironella» (entrevista, recogida en el libro de José María Gironella, *Conversaciones con Don Juan de Borbón*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1968).
3 de diciembre, en *La Vanguardia:* «Libre ocurrencia. Vivir de la pluma» (recogido en *El otro fútbol*, 1982).

1968

7 de febrero, en *Tele-Express:* «La nueva ley de caza».
28 de febrero, en *Tele-Express:* «El progreso de la libertad».
31 de marzo, en *Destino:* «La novela española en esta hora».
11 de abril, en *Madrid:* «El hombre-lobo del maquinismo».

16 de abril, en *Madrid:* «Monarquía y república».

25 de mayo, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (I). La Primavera de Praga» (primera crónica de una serie de seis que daría lugar, ese mismo año, al volumen titulado *La Primavera de Praga*. Miguel Delibes viajó en automóvil a Checoslovaquia, en compañía de su esposa Ángeles, en mayo de 1968).

1 de junio, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (II). El fracaso económico».

8 de junio, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (III). El problema ideológico».

15 de junio, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (IV). La evolución de la revolución».

22 de junio, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (V). Paisaje y paisanaje».

29 de junio, en *Triunfo:* «Viaje a Checoslovaquia (VI). El castellano, la cultura y la caza».

20 de agosto, en *Diario de Navarra:* «Nuestra modesta revolución cultural» (texto publicado también en *La Vanguardia* el 22 de agosto).

2 de septiembre, en *El Noticiero Universal:* «El Cristo defenestrado».

1969

Este año Miguel Delibes comienza a publicar en *El Noticiero Universal* una serie de veinticinco artículos sobre la temporada de caza de 1969-1970 que dará lugar al libro *Con la escopeta al hombro*, de 1970.

25 de marzo: «El que quiera peces… Eliminar la competencia».

15 de junio, en *La Vanguardia:* «La perversión del gusto infantil. Sangre y cama» (recogido en *El otro fútbol*, 1982; de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

14 de agosto, en *La Vanguardia:* «Yo, cangrejero furtivo. Pliego de descargos».

27 de noviembre, en *La Vanguardia:* «En la muerte de un gran escritor. Aldecoa y la novela de posguerra».

1966

17 de enero: «El cuento del barquito y las Escuelas de Comercio» (publicado de nuevo en *La Vanguardia* el 25 de enero).

1 de febrero: «Una información parcial. Los estudios mercantiles» (publicado de nuevo en *La Vanguardia* el 6 de febrero con el título «Los estudios mercantiles. Sobre una información»).

21 de marzo, en *Triunfo:* «Sobre la caza y su ordenación».

12 de abril, en *La Vanguardia:* «Las minidictaduras» (recogido en *El otro fútbol*, 1982).

4 de junio, en *El Mundo:* «Sobre la pena de muerte» (respuesta a una encuesta).

9 de agosto, en *La Vanguardia:* «Política de caza y pesca. El cangrejo y el urogallo».

20 de junio, en *Destino:* Delibes comienza a publicar a partir de esta fecha, y hasta el 20 de junio de 1971, una serie titulada «Notas», que dará lugar al libro *Un año de mi vida,* de 1972.

25 de noviembre, en *La Vanguardia:* «Alejandro F. de Araoz, el amigo» (recogido en *El otro fútbol*, 1982).

5 de diciembre, en el suplemento literario de *Le Monde:* «El secreto de una estética» (sobre Ana María Matute).

26 de diciembre: «Adiós a un amigo» (texto recogido en *El otro fútbol*, 1982).

1971

Octubre, en *Trofeo:* «Sobre la caza del conejo».

1972

12 de abril, en *La Vanguardia:* «La tragedia del coto de Doñana. Un desastre biológico sin precedentes» (crónica).

9 de septiembre, en *Triunfo:* «El problema de la caza. Los cotos privados».

1973

20 de septiembre, en *La Vanguardia:* «La tragedia del coto de Doñana. Una tragedia biológica sin precedentes» (crónica).

22 de septiembre, en *La Vanguardia:* «Doñana: Han aparecido latas de pesticidas a medio quemar» (crónica).

1974

27 de febrero, en *La Vanguardia:* «Uno de los que abrieron camino a la nueva novela» (declaraciones con motivo de la muerte de Ignacio Agustí).

10 de octubre, en *La Vanguardia:* respuesta a una encuesta sobre el espionaje.

1979

Marzo: «La prensa española en los años cuarenta (I). Lo que ya es historia» (distribuido por la agencia EFE; publicado en *La Vanguardia* el 11 de marzo con el anuncio del regreso de Miguel Delibes a sus páginas; recogido en *La censura en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Abril: «La prensa española en los años cuarenta (II). Las uvas de Almería y los salmones del Sil» (artículo distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura en los años cuarenta y otros ensayos*,

1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Mayo: «La prensa española en los años cuarenta (III). El escaso poder del cuarto poder» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Junio: «La prensa española en los años cuarenta (y IV). El aparato sancionador de la nueva inquisición» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Julio: «Sobre la creación artística (I). La sensibilidad creadora» (distribuido por la agencia EFE).

Agosto: «Sobre la creación artística (II). Redondear la obra» (distribuido por la agencia EFE).

Septiembre: «Sobre la creación artística (III). La musa y la inspiración» (distribuido por la agencia EFE).

Octubre: «La perdiz roja» (distribuido por la agencia EFE).

Noviembre: «Suecia hoy (I). La naturaleza sueca» (comienza a publicarse, distribuida por la agencia EFE, una serie de seis crónicas de viaje por Suecia que se prolongará hasta abril de 1980 y que será recogida en el libro *Dos viajes en automóvil*, de 1982).

Diciembre: «Suecia hoy (II). En tinieblas» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).

1980

Enero: «Suecia hoy (III). El valor de unas manos» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).

Febrero: «Suecia hoy (IV). Espejo del mundo» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).

Marzo: «Suecia hoy (V). La convivencia sueca» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).

Abril: «Suecia hoy (y VI). Lo español en Suecia» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE, última de las correspondientes al viaje en automóvil por Suecia).

Mayo: «Una interpretación de *Nada* (I). El pesimismo de la novela española de posguerra» (artículo distribuido por la agencia EFE; recogido, junto a sus dos continuaciones, en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 198 5; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Junio: «Una interpretación de *Nada* (II). Carmen Laforet innovadora» (distribuido por la agencia EFE).

Julio: «El otro fútbol» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *El otro fútbol*, 1982).

Agosto: «Una interpretación de *Nada* (III) La guerra civil en una novela» (artículo distribuido por la agencia EFE).

Septiembre: «Compleja codorniz» (distribuido por la agencia EFE).
Octubre: «El tema del fútbol» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *El otro fútbol*, 1982).
Noviembre: «Los personajes en la novela» (distribuido por la agencia EFE).
Diciembre: «La universalidad del escritor (distribuido por la agencia EFE).

1981

Enero: «El novelista en sus personajes» (texto distribuido por la agencia EFE).
Febrero: «La caza con perdigón» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *El otro fútbol*, 1982).
Marzo: «La revolución narrativa en España» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985).
Abril: «La experimentación en España» (texto distribuido por la agencia EFE).
Mayo: «Un viaje a los Países Bajos (I). Paso por Francia» (comienza a publicarse, distribuida por la agencia EFE, una serie de diez crónicas de viaje por Bélgica y Holanda que se prolongará hasta marzo de 1982. y que será recogida en el libro *Dos viajes en automóvil*, de 1982).
Junio: «Un viaje por los Países Bajos (II). Lovaina la Nueva» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Julio: «Un viaje por los Países Bajos (III). La cuna del emperador» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Agosto: «Un viaje por los Países Bajos (IV). Brujas, la ciudad dormida» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Septiembre: «Un viaje por los Países Bajos (V). La Venecia del Zuiderzee» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Octubre: «Un viaje por los Países Bajos (VI). La capital de la protesta juvenil» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Noviembre: «Un viaje por los Países Bajos (VII). La Holanda manufacturada» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Diciembre: «Un viaje por los Países Bajos (VIII). De los Pólderes a La Haya» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).

1982

Enero: «Un pintor» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *El otro fútbol*, 1982).
Febrero: «Un viaje a los Países Bajos (IX). El mercantilismo holandés» (crónica de viaje distribuida por la agencia EFE).
Marzo: «Un viaje por los Países Bajos (y X). El regreso» (última crónica

del viaje en automóvil por los Países Bajos, distribuida por la agencia EFE).

Abril: «Novela divertida y novela interesante» (texto distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Mayo: «La novela objetiva» (distribuido por la agencia EFE).

Junio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. La sequía» (comienza una serie de crónicas sobre Castilla distribuidas por la agencia EFE entre junio de 1982 y agosto de 1986 y que darán lugar al libro titulado *Castilla habla*, de 1986).

Julio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Un Robinson de la montaña» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Agosto: «Sobre el Mundial» (crónica distribuida por la agencia EFE; recogido en *El otro fútbol*, 1982).

Septiembre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Los palomares» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Octubre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Petróleo y patatas» (crónica distribuida por la agencia EFE).

17 de octubre, en *El País:* «La caza: mi punto de vista» (recogido en *He dicho*, 1996).

Noviembre: «La caza en Castilla» (distribuido por la agencia EFE).

Diciembre: «La vuelta a mi mundo en 80 folios. En busca del agua» (crónica distribuida por la agencia EFE).

1983

Enero: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. ¿Tentativas de repoblación?» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Febrero: «Escribir para niños» (artículo distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985).

Marzo: «El magnetismo del doctor» (artículo distribuido por la agencia EFE; publicado en *La Vanguardia* el 14 de abril con el antetítulo «Relatos de la Pelegrina»; recogido en *He dicho*, 1996).

Abril: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. El calvario de Ahedo» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Mayo: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. El milagro del agua» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Junio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. El asado» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Julio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Los carrascales» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Agosto: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Más pan y menos vino» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Septiembre: «Ha muerto un hombre de teatro» (artículo distribuido

por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Octubre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Alfares bíblicos» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Noviembre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. ¿Adiós al cangrejo de patas blancas?» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Diciembre: «La vuelta a mi mundo en 80 folios. Los girasoles» (crónica distribuida por la agencia EFE).

1984

21 de enero, en *ABC:* «Experiencias cinematográficas» (recogido en *He dicho*, 1996; de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

Febrero: «Garrigues, el maestro» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Marzo: «Guillén y Valladolid» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985).

Abril: «El antihéroe» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *La censura de prensa en los años cuarenta y otros ensayos*, 1985; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Mayo: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. La avutarda en Tierra de Campos» (crónica distribuida por la agencia EFE).

16 de junio, en *ABC:* «El dehesón del Encinar (I)».

17 de junio, en *ABC:* «El dehesón del Encinar (II)».

Julio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. ¿El último molino?» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Agosto: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Las setas y otros frutos silvestres» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Septiembre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Pueblos envejecidos» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Octubre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. El canaricultor» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Noviembre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Pepe El Cepero» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Diciembre: «Juventud y novela» (artículo distribuido por la agencia EFE).

1985

Enero: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Pastor de ovejas» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Febrero: «Un viaje en tren» (artículo distribuido por la agencia EFE).

Marzo: «Cultura popular» (artículo distribuido por la agencia EFE).

Mayo: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Hornillos y dujos» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Junio: «España, zoo de Europa» (distribuido por la agencia EFE).
Julio: «Novela y cine» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra, 1990;* de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).
Agosto: «La concesión de los premios Cavour» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *He dicho*, 1996, con el título «El premio Cavour»)
Septiembre, en *La Vanguardia:* «Breve paseo por Croacia» (crónica; recogida en *He dicho, 1996*).
Septiembre: «Castilla ante el Mercado Común» (distribuido por la agencia EFE).
Octubre: «Un buen año de codorniz» (texto distribuido por la agencia EFE).
Noviembre: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Los caracoles» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Diciembre: «Yo trabajé para Orson Welles» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra, 1990;* de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

1986

Enero: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Tierra de pinares» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Marzo: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Íscar un pueblo pujante» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Abril: «Bromas cinegéticas de Goya» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).
Mayo: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. La Trapa» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Mayo: «Los galleros de Boñar» (distribuido por la agencia EFE).
Junio: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. El capador aficionado y el castrador oficial» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Julio: «Empacho de fútbol gris» (distribuido por la agencia EFE).
Agosto: «La vuelta a mi mundo en ochenta folios. Las oreanas del Sil» (crónica distribuida por la agencia EFE).
Septiembre: «Recuerdos de anteayer. La hoja roja» (distribuido por la agencia EFE).
Octubre: «Juegos peligrosos» (distribuido por la agencia EFE).
Noviembre: «Aborto libre y progresismo» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).
Diciembre: «Cuestión de bulto» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

1987

Enero: «El futuro de la perdiz roja» (distribuido por la agencia EFE).

Febrero: «Dirigir a un niño» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *He dicho,* 1996; de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita,* 1993).

Marzo: «La trucha leonesa en peligro» (texto distribuido por la agencia EFE).

Abril: «El primer recuerdo» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Mayo: «Redimir a un pueblo» (distribuido por la agencia EFE; recogido con algunos cambios en *Pegar la hebra*, 1990, con el título «El poder del escritor»),

Julio: «El grupo Norte 60» (distribuido por la agencia EFE; de nuevo en *Pegar la hebra*, 1990).

Agosto: «Alquiler de famosos» (distribuido por la agencia EFE).

Septiembre: «La apertura de la codorniz» (distribuido por la agencia EFE).

Octubre: «Mi último coto» (distribuido por la agencia EFE).

Noviembre: «Caza de altanería» (distribuido por la agencia EFE).

Diciembre: «El cangrejo» (distribuido por la agencia EFE).

1988

Enero: «Yo, pescador de caña I. La pesca de mar» (distribuido por la agencia EFE).

Febrero: «Yo, pescador de caña II. El toro y las lubinas» (distribuido por la agencia EFE).

Marzo: «Yo, pescador de caña III. La aventura de Pesués» (distribuido por la agencia EFE).

Abril: «Yo, pescador de caña V. La llamada de la trucha» (distribuido por la agencia EFE).

Mayo: «Yo, pescador de caña VI. La época dorada» (distribuido por la agencia EFE).

Junio: «El ocaso» (distribuido por la agencia EFE).

Julio: «Un novelista y su generación» (texto distribuido por la agencia EFE).

Agosto: «El fútbol, en baja» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Septiembre: «Con la codorniz a vueltas» (distribuido por la agencia EFE).

Octubre: «La mirada del actor» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990; de nuevo en *Miguel Delibes: La imagen escrita*, 1993).

Noviembre: «Comer y holgar» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Diciembre: «Un extraño clima» (distribuido por la agencia EFE).

1989

Enero: «Sobre “Las edades del hombre” (distribuido por la agencia EFE).

Febrero: «La comida como tema» (distribuido por la agencia EFE).

Marzo: «Un libro de Cossío» (distribuido por la agencia EFE; publicado en *La Vanguardia* el 19 de marzo con el título «La cepa de los Cossío»; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Abril: «La caza con galgos» (distribuido por la agencia EFE).

Mayo: «La muerte del mar» (distribuido por la agencia EFE).

Junio: «Fútbol y televisión» (texto distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990, con el título «El fútbol en pantalla»).

Julio: «Reconocimiento de un gran escritor» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Agosto: «Los silencios del escritor» (distribuido por la agencia EFE).

Septiembre: «La revolución cinegética» (texto distribuido por la agencia EFE).

5 de septiembre, en *ABC:* «La presión sobre el ser humano» (es el mismo texto empleado por Miguel Delibes para el programa de mano del montaje teatral realizado a partir de la adaptación de su novela *La guerra de nuestros antepasados*).

Octubre: «Siembra de perdices» (distribuido por la agencia EFE).

Noviembre: «Mi vida al aire libre» (distribuido por la agencia EFE).

Diciembre: «Medio siglo de periodista» (texto distribuido por la agencia EFE).

1990

Enero: «La Primavera de Praga» (crónica distribuida por la agencia EFE).

Febrero: «Becadas en Castilla» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *Pegar la hebra*, 1990).

Marzo: «Tragacete de la Mancha» (texto distribuido por la agencia EFE).

Abril: «Los conejos y el hurón» (distribuido por la agencia EFE).

Mayo: «Los motivos del cazador» (distribuido por la agencia EFE).

Junio: «Los ríos moribundos» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *He dicho, 1996*).

Julio: «El fútbol espeso» (distribuido por la agencia EFE).

19 de agosto, en *El Semanal:* «El tirador, el carnicero y el cazador» (primer artículo publicado en *El Semanal*, dentro de una sección titulada «Diario de un cazador al salto». La colaboración duró hasta diciembre de 1994).

26 de agosto, en *El Semanal:* «Días de nervios y viento».
2 de septiembre, en *El Semanal:* «Simulacro casi perfecto».
6 de septiembre, en *El País:* «Doñana y Europa» (recogido en *He dicho,* 1996).
Septiembre: «Frivolidades periodísticas» (distribuido por la agencia EFE; recogido en *He dicho,* 1996, con el título «Ardides periodísticos»).
9 de septiembre, en *El Semanal:* «El presagio de la temporada».
16 de septiembre, en *El Semanal:* «La madre del cordero».
23 de septiembre, en *El Semanal:* «Adiós a la perdiz» (recogido en *He dicho, 1996*, con el título «El fin de la perdiz roja silvestre»).
27 de septiembre de 1990: «Ejemplo de gran novelista. En la muerte de Alberto Moravia».
30 de septiembre, en *El Semanal:* «Una percha nutrida».
7 de octubre, en *El Semanal:* «Nieblas tiernas».
14 de octubre, en *El Semanal:* «La astucia de un campeón».
21 de octubre, en *El Semanal:* «Naturaleza delicada».
28 de octubre, en *El Semanal:* «Un largo paseo».
Noviembre: «Caza y ecología» (distribuido por la agencia EFE).
4 de noviembre, en *El Semanal:* «Cambio de costumbres».
11 de noviembre, en *El Semanal: «A* ritmo lento».
18 de noviembre, en *El Semanal:* «La codorniz de los altos».
25 de noviembre, en *El Semanal:* «Espantada múltiple».
2 de diciembre, en *El Semanal:* «Perros de raza».
9 de diciembre, en *El Semanal:* «Primeras lluvias».
16 de diciembre, en *El Semanal:* «Un problema de ética».
23 de diciembre, en *El Semanal:* «Mis primeros setenta años».
30 de diciembre, en *El Semanal:* «Helada nocturna».

1991

6 de enero, en *El Semanal:* «Aves de presa».
13 de enero, en *El Semanal:* «Días de niebla».
20 de enero, en *El Semanal:* «Noche toledana».
27 de enero, en *El Semanal:* «Panorama sombrío».
3 de febrero, en *El Semanal:* «Días de abrigo».
10 de febrero, en *El Semanal*. «Un zarpazo».
17 de febrero, en *El Semanal:* «Pundonor».
24 de febrero, en *El Semanal:* «Colonización audaz».
3 de marzo, en *El Semanal:* «Tiesto decepciónate».
10 de marzo, en *El Semanal:* «El consuelo».
17 de marzo, en *El Semanal:* «Perdices de plástico».
24 de marzo, en *El Semanal:* «Enfundar la escopeta».
5 de mayo, en *El Semanal:* «El día de los poetas muertos» (recogido en *He dicho*, 1996).

30 de junio, en *El Semanal:* «Un nuevo Nadal, recuerdo de José Luis Martín Descalzo».
18 de agosto, en *El Semanal:* «El don de la palabra» (recogido en *He dicho*, 1996).
9 de junio, en *El Semanal:* «El ocaso del escalador».
28 de agosto, en *El Semanal:* «Sorpresa en el dehesón».
1 de septiembre, en *El Semanal:* «¿El roble en peligro?».
8 de septiembre, en *El Semanal:* «Mala cosecha».
15 de septiembre, en *El Semanal:* «Recibimiento en Sedano».
22 de septiembre, en *El Semanal:* «Un perro enfermo».
29 de septiembre, en *El Semanal:* «Los aciertos de Mónica».
6 de octubre, en *El Semanal:* «Larga tertulia».
13 de octubre, en *El Semanal:* «Vitaminas y hormonas».
20 de octubre, en *El Semanal:* «Peluquería y dietética».
27 de octubre, en *El Semanal:* «El tesón de coquer».
3 de noviembre, en *El Semanal:* «Descubrimiento».
10 de noviembre, en *El Semanal:* «Siete codornices».
17 de noviembre, en *El Semanal:* «Un gran perro cazador».
24 de noviembre, en *El Semanal:* «El cangrejo americano».
1 de diciembre, en *El Semanal:* «Las liebres».
8 de diciembre, en *El Semanal:* «Muerte en la meseta».
15 de diciembre, en *El Semanal:* «Apertura desangelada».
22 de diciembre, en *El Semanal:* «Perdices anilladas».
29 de diciembre, en *El Semanal:* «Una duda inquietante».

1992

5 de enero, en *El Semanal:* «Cuestión de escrúpulos».
12 de enero, en *El Semanal:* «Buscar soluciones».
19 de enero, en *El Semanal:* «Acoso y derribo».
26 de enero, en *El Semanal:* «Sabios conejos».
2 de febrero, en *El Semanal:* «Situación crítica».
9 de febrero, en *El Semanal:* «Sacarse la espina».
16 de febrero, en *El Semanal:* «El nematodo».
23 de febrero, en *El Semanal*: «Lluvia mansa».
1 de marzo, en *El Semanal:* «Viejos amigos».
11 de marzo: «Emilio Salcedo, el amigo» (texto recogido en *He dicho*, 1996).
8 de marzo, en *El Semanal:* «Ni un bando».
15 de marzo, en *El Semanal:* «Homenaje merecido».
22 de marzo, en *El Semanal:* «Castilla seca».
29 de marzo, en *El Semanal:* «Acaba la temporada» (con este artículo finaliza la sección titulada «Diario de un cazador al salto»).

1993

31 de octubre, en *El Semanal:* «La cuna de Rabal» (recogido en *He dicho, 1996*; con este artículo comienza una sección titulada «La emoción de las cosas», de periodicidad mensual, aunque a veces es quincenal; todos los artículos que siguen pertenecen a esta sección).
14 de noviembre, en *El Semanal:* «¿Un hombre de cine?» (recogido en *He dicho*, 1996).
28 de noviembre, en *El Semanal:* «El año que no hubo verano» (*sic*).
12 de diciembre, en *El Semanal:* «Libros baratos» (recogido en *He dicho*, 1996).
2 de diciembre, en *ABC:* «He sido un novelista de personajes» (transcripción en forma de artículo de una intervención realizada en un curso de verano de El Escorial dedicado al autor y dirigido por José Jiménez Lozano en 1991, dos años antes de la publicación del artículo).

1994

23 de enero, en *El Semanal:* «Ortega y la caza».
6 de febrero, en *El Semanal:* «La patirroja en Castilla»
27 de febrero, en *El Semanal:* «Mi vicio oculto» (recogido en *He dicho*, 1996).
13 de marzo, en *El Semanal:* «Las pensiones».
27 de marzo, en *El Semanal:* «¿Ha comenzado la desertización?».
10 de abril, en *El Semanal:* «El porvenir del conejo».
1 de mayo, en *El Semanal:* «La seducción de la trucha».
15 de mayo, en *El Semanal:* «El partido de los cazadores» (recogido en *He dicho*, 1996).
29 de mayo, en *El Semanal:* «Dejar de hacer novelas»
12 de junio, en *El Semanal:* «Menos vino» (texto recogido en *He dicho, 1996, con* el título «Sobra vino»).
3 de julio, en *El Semanal*: «Las tórtolas» (texto recogido en *He dicho*, 1996).
17 de julio, en *El Semanal*: «Algo más sobre el conejo silvestre».
31 de julio, en *El Semanal:* «La novela del Tour» (texto recogido en *He dicho*, 1996).
15 de agosto, en *El Semanal:* «Fútbol de ataque».
28 de agosto, en *El Semanal:* «La vuelta del lobo» (texto recogido en *He dicho*, 1996, con el título «El regreso del lobo»).
11 de septiembre, en *El Semanal:* «Autocrítica» (texto recogido en *He dicho*, 1996).
25 de septiembre, en *El Semanal:* «Un perro» (texto recogido en *He dicho*, 1996).
16 de octubre, en *El Semanal:* «Conservar la avutarda» (recogido en *He dicho*, 1996, con el título «Conservar la avutarda»).
6 de noviembre, en *El Semanal:* «Los ojos de Faulkner» (recogido en *He

dicho, 1996).

1995

7 de junio: «Los Rubio» (recogido en *He dicho*, 1996).

Septiembre-octubre, en *El Ciervo:* «Mis deudas» (respuesta a una encuesta de la revista: «¿Qué debo a quién?»; recogida en *He dicho, 1996*).

1999

2 de mayo, en *El Cultural* de *La Razón:* «Milana bonita».

2000

13 de diciembre, en *ABC:* «La vanagloria del descubridor» (líneas escritas con motivo del Premio Cervantes a Francisco Umbral).

2001

18 de septiembre, en *El Mundo:* «¿Cruzada o guerra santa?».

2002

13 de diciembre, en *La Vanguardia:* «En prosa y en verso» (a propósito del premio Cervantes concedido a José Jiménez Lozano).

2004

29 de febrero, en *El País:* «La mujer nueva» (cuatro líneas sobre Carmen Laforet a propósito de su muerte).

2 de mayo, en *El País:* «Rafael Sánchez Ferlosio» (fragmento del capítulo dedicado al escritor en el libro de Miguel Delibes titulado *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela*, de 2004).

3 de diciembre, en *El País:* «Imaginación, observación y sentido del humor» (es el mismo artículo que el anterior, con el título cambiado).

2007

Septiembre, en *Kazetariak-Periodistas:* «A Manuel Ángel Leguineche» (transcripción de la carta enviada con motivo del homenaje de la Asociación de Periodistas Vascos a Manu Leguineche).

ADDENDA

Se detallan a continuación los títulos de algunos textos que, si bien recogidos por Miguel Delibes en alguno de sus libros misceláneos, no han podido ser localizados, debido quizá a que Delibes varió el título con ocasión de compilarlos o a que carecen de publicación previa. La fecha que se da a continuación de algunos títulos es la que Delibes les

atribuye en el libro correspondiente; cuando no la llevan, se da la fecha de publicación del libro en cuestión.

«La difícil vida del escritor», 1954 (*Vivir al día*, 1968).
«Sobre los divos», 1956 (*Vivir al día*, 1968).
«El pueblo ante el drama», 1956 (*Vivir al día*, 1968).
«Ciudades impersonales», 1956 (*Vivir al día*, 1968).
«La Liga agoniza», 1962 (*Vivir al día*, 1968).
«El amigo que perdió el tren», 1962 (*Vivir al día*, 1968).
«Libros con "santos"», 1964 (*Vivir al día, 1968*).
«Gradación de necesidades» 1967 (*Vivir al día*, 1968).
«Vela Zanetti, el hombre» (*El otro fútbol*, 1982).
«La Naturaleza en la Constitución» (*El otro fútbol*, 1982).
«Sobre el vicio de fumar» (*El otro fútbol*, 1982).
«La emancipación de la mujer» (*El otro fútbol*, 1982).
«El mal de los peces» (*Pegar la hebra*, 1990).
«El cine y la buen mesa» (*Pegar la hebra*, 1990).
«Paco Pino», 1989 (*He dicho*, 1996; la fecha se deduce por tratarse de palabras escritas con motivo de haberle sido otorgado a Francisco Pino el Premio de Castilla y León de las Letras).
«Guillén en su sitio» (*He dicho*, 1996).
«La suplantación» (*He dicho*, 1996).
«Dos contertulios» (*He dicho*, 1996).